

GEORGE R. R.
MARTIN

JUEGO DE TRONOS

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO / 1



se



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Tras el largo verano, el invierno se acerca a los Siete Reinos. Lord Eddard Stark, señor de Invernalia, deja sus dominios para unirse a la corte del rey Robert Baratheon el Usurpador, hombre díscolo y otrora guerrero audaz cuyas mayores aficiones son comer, beber y engendrar bastardos. Eddard Stark desempeñará el cargo de mano del rey e intentará desentrañar una maraña de intrigas que pondrá en peligro su vida... y la de los suyos.

En un mundo cuyas estaciones duran décadas y en el que retazos de una magia inmemorial y olvidada surgen en los rincones más sombríos y maravillosos, la traición y la lealtad, la compasión y la sed de venganza, el amor y el poder hacen del juego de tronos una poderosa trampa que atrapa en sus fauces a los personajes... y al lector.



George R. R. Martin

**Juego de tronos
Canción de hielo y fuego - 1**

PRESENTACIÓN

Hielo y fuego, invierno y verano, Norte y Sur. El eterno contraste entre lo cálido y lo gélido es el eje sobre el que gira la trama de esta saga monumental, que marca el esperadísimo retorno de George R. R. Martin a la literatura tras una pausa de más de diez años dedicados al medio audiovisual. Lobos y dragones, casas nobiliarias y vasallos, guerreros valientes y cortesanos intrigantes, hechiceros y brujas forman parte de esta Canción de hielo y fuego que ha cautivado a los lectores estadounidenses desde su aparición en 1996.

Es otoño en el continente de Poniente, en un mundo en el que las estaciones han sido trastocadas por un evento sideral y duran decenios. Mientras se preparan para el largo invierno que se avecina, los habitantes de los Siete Reinos han asistido al derrocamiento de la dinastía de los Targaryen, sangre de dragones cuyo linaje se remonta a más de dos siglos atrás, por parte de los ejércitos de Robert Baratheon, libertador para unos, usurpador para otros. Viserys y Daenerys Targaryen, últimos supervivientes de la dinastía, se han visto abocados al exilio en las tierras libres del este, donde planean reunir un ejército que les permita recuperar sus reinos perdidos. Entretanto, en la fría y austera Invernalia vive Eddard Stark, Guardián del Norte, amigo íntimo y general del rey, con su mujer y sus seis hijos, que están llamados a ser protagonistas, aun involuntarios, de acontecimientos futuros. A la muerte en circunstancias sospechosas del consejero principal del rey y cuñado de Eddard, Robert pide a su viejo amigo que abandone sus dominios septentrionales y se reúna con él en Desembarco del Rey, la capital del reino. Allí se enfrentará a las intrigas de la reina Cersei y de su hermano Jaime el Matarreyes, capitán de la Guardia Real, verdugo del último rey Targaryen y sospechoso de mantener relaciones incestuosas con su hermana, la reina...

Como puede verse, ni siquiera el incesto es un tema tabú para Martin. Su potente prosa le permite adentrarse sin temor en los rincones más profundos de la naturaleza humana, desarrollar cientos de personajes, mezclar tramas simultáneas como solo un maestro puede hacerlo. Diferentes puntos de vista se entrecruzan durante todo el libro, debido a la original puesta en escena que Martin nos ofrece: cada capítulo está narrado desde el punto de vista de uno de los personajes. El mundo de Poniente está construido con una riqueza abrumadora y una originalidad impresionante. Sirva como ejemplo el concepto majestuoso del gran Muro del Norte, un muro de hielo de decenas de metros de altura y espesor que cruza todo el continente de este a oeste y que protege los reinos civilizados de los pueblos bárbaros del lejano y frío norte. Los guardianes del Muro son los Hermanos Negros de la Guardia de la Noche, un cuerpo policial-militar con aires de orden religiosa que ofrece una segunda oportunidad de llevar una vida honorable a proscritos y condenados, cuya pena es inmediatamente conmutada si aceptan «vestirse de negro».

Concebida originalmente en cuatro volúmenes, la saga vio pronto aumentada su longitud a seis tomos, aunque tras la aparición de A Feast for Crows (Festín de Cuervos) en octubre de 2005, el autor se plantea ampliarla a siete. En castellano están disponibles, además de este Juego de Tronos, sus continuaciones, A Clash of Kings (Choque de reyes) A Storm of Swords (Tormenta de espadas) y el anteriormente mencionado A Feast for Crows. Los títulos provisionales de los volúmenes quinto y sexto son A Dance for Dragons y The Winds of Winter, respectivamente. La saga no tuvo un arranque espectacular; la edición en tapa dura de Juego de Tronos no llegó a ser éxito de ventas, y no fue hasta la aparición de la edición en paperback que las ventas no se dispararon. El enorme éxito de la edición en tapa blanda aumentó las ventas de A Clash of Kings, ya en tapa dura, y A Storm of Swords alcanzó el duodécimo puesto en la prestigiosa lista de best sellers del New York Times en noviembre de 2000. A consecuencia de este éxito a posteriori, la primera edición de Juego de tronos se cotiza a precios espectaculares en el mercado del coleccionista. El propio Martin pone a la venta en su página web varios ejemplares por quinientos dólares, cuando el precio original era de veinte.

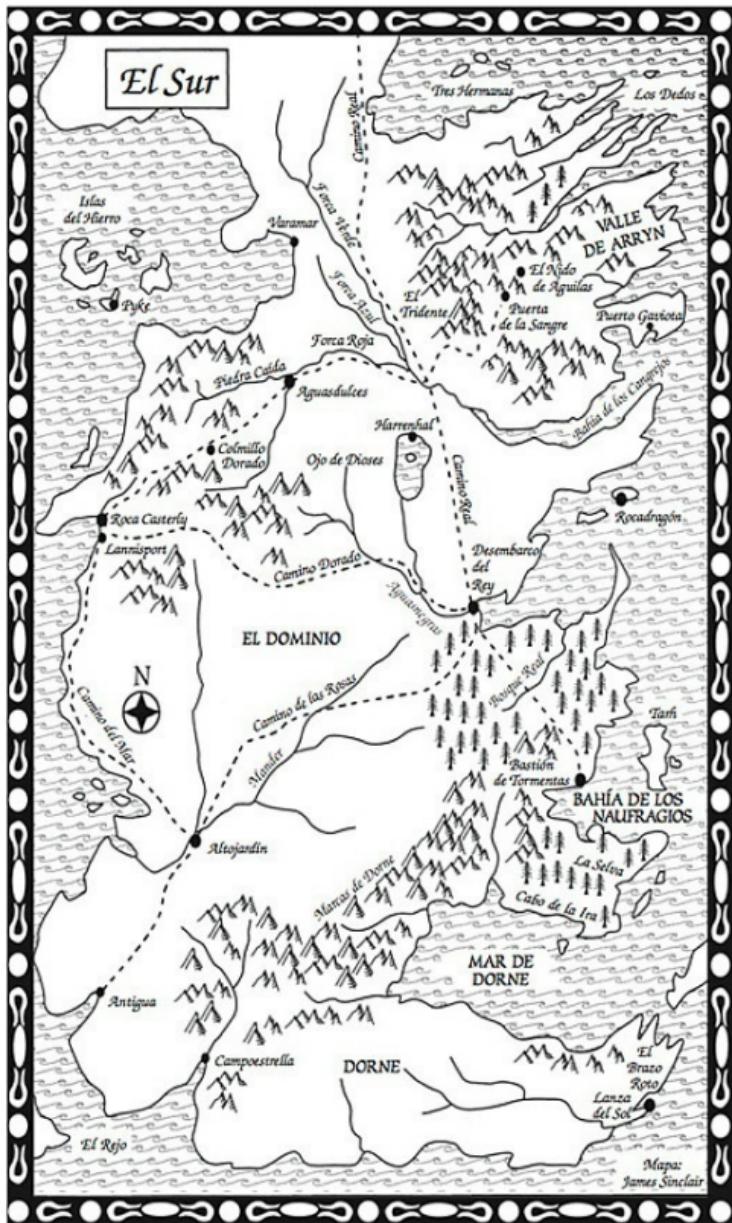
En cuanto al autor, George R. R. Martin es sobradamente conocido por el aficionado de habla hispana. Su primera novela, Muerte de la luz, publicada por Edhasa (en Nebulae Segunda Época), es una pieza de coleccionista, o más bien lo era antes de su reedición en esta misma colección. Sus obras Sueño del Fevre y Los viajes de Tuf son clásicos del género, y han gozado de un respetable éxito en España. Asimismo, Martin da muestra de su destreza en una serie de cuentos cortos, recopilados en varias antologías, que le han valido cuatro Hugos y dos Nébulas hasta la fecha. Especialmente recomendables son «Los reyes de la arena», premios Hugo y Nébula, una escalofriante historia sobre los peligros de jugar a ser Dios, y «Una canción para Lya», premio Hugo, un bellísimo canto a una mujer que abraza una religión alienígena.

Esperamos que nuestros lectores estén de acuerdo con nosotros en que esta saga es la mejor y más impresionante obra de fantasía mitológica que se haya escrito después de Tolkien. Decidan por ustedes mismos.

JOSEP BURILLO

Este es para Melinda.





Dicen que en los detalles está el demonio.

Un libro tan largo como este tiene muchísimos demonios, y hay que estar alerta para no caer en sus garras. Por suerte, yo conozco a muchísimos ángeles.

Mi agradecimiento y mi aprecio, por lo tanto, a todas esas buenas personas que me prestaron sus oídos y sus conocimientos (y, en varios casos, sus libros) para que pudiera salir bien parado entre tantos detalles: a Sage Walker, Martín Wright, Melinda Snodgrass, Carl Keim, Bruce Baugh, Tim O'Brien, Roger Zelazny, Jane Lindskold y Laura J. Mixon, y por supuesto, a Parris.

Y un agradecimiento especial a Jennifer Hershey, por sus esfuerzos que van por encima y más allá del deber...

PRÓLOGO

—Deberíamos volver ya —instó Gared mientras los bosques se tornaban más y más oscuros a su alrededor—. Los salvajes están muertos.

—¿Te dan miedo los muertos? —preguntó ser Waymar Royce, insinuando apenas una sonrisa.

—Los muertos están muertos —contestó Gared. No había mordido el anzuelo. Era un anciano de más de cincuenta años, y había visto ir y venir a muchos jóvenes señores—. No tenemos nada que tratar con ellos.

—¿Y de veras están muertos? —preguntó Royce delicadamente—. ¿Qué prueba tenemos?

—Will los ha visto —respondió Gared—. Si él dice que están muertos, no necesito más pruebas.

—Mi madre me dijo que los muertos no cantan canciones —intervino Will. Sabía que lo iban a meter en la disputa más tarde o más temprano. Le habría gustado que fuera más tarde que temprano.

—Mi ama de cría me dijo lo mismo, Will —replicó Royce—. Nunca te creas nada de lo que te diga una mujer cuando estás junto a su teta. Hasta de los muertos se pueden aprender cosas. —Su voz resonó demasiado alta en el anochecer del bosque.

—Tenemos un largo camino por delante —señaló Gared—. Ocho días, hasta puede que nueve. Y se está haciendo de noche.

—Como todos los días alrededor de esta hora —dijo ser Waymar Royce después de echar una mirada indiferente al cielo—. ¿La oscuridad te atemoriza, Gared?

Will percibió la tensión en torno a la boca de Gared y la ira apenas contenida en los ojos, bajo la gruesa capucha negra de la capa. Gared llevaba cuarenta años en la Guardia de la Noche, buena parte de su infancia y toda su vida de adulto, y no estaba acostumbrado a que se burlaran de él. Pero aquello no era todo. Will presentía algo más en el anciano aparte del orgullo herido. Casi se palpaba en él una tensión demasiado parecida al miedo.

Will compartía aquella intranquilidad. Llevaba cuatro años en el Muro. La primera vez que lo enviaron al otro lado, recordó todas las viejas historias y se le revolvieron las tripas. Después se había reído de aquello. Pero ya era veterano de cien expediciones, y la interminable extensión de selva oscura que los sureños llamaban el bosque Encantado no le resultaba aterradora.

Hasta aquella noche. Aquella noche había algo diferente. La oscuridad tenía un matiz que le erizaba el vello. Llevaban nueve días cabalgando hacia el norte, hacia el noroeste y hacia el norte otra vez, siempre alejándose del Muro, tras la pista de unos asaltantes salvajes. Cada día había sido peor que el anterior, y aquel era el peor de todos. Soplaba un viento gélido del norte, que hacía que los árboles

susurraran como si tuvieran vida propia. Durante toda la jornada, Will se había sentido observado, vigilado por algo frío e implacable que no le deseaba nada bueno. Gared también lo había percibido. No había nada que Will deseara más que cabalgar a toda velocidad hacia la seguridad que ofrecía el Muro, pero no era un sentimiento que pudiera compartir con un comandante.

Y menos con un comandante como aquel.

Ser Waymar Royce era el hijo menor de una antigua casa con demasiados herederos. Era un joven de dieciocho años, atractivo, con ojos grises, gallardo y esbelto como un cuchillo. A lomos de su enorme corcel negro, se alzaba muy por encima de Will y Gared, montados en caballos pequeños y recios adecuados para el terreno. Calzaba botas de cuero negro, y vestía pantalones negros de lana, guantes negros de piel de topo y una buena chaquetilla ceñida de brillante cota de malla sobre varias prendas de lana negra y cuero curtido. Ser Waymar llevaba menos de medio año como hermano juramentado en la Guardia de la Noche, pero sin duda se había preparado bien para su vocación. Al menos en lo que a la ropa respectaba.

La capa era su mayor orgullo: de marta cibelina, gruesa, suave y negra como el carbón.

—Apuesto algo a que las mató a todas con sus propias manos —había comentado Gared en los barracones, mientras bebían vino—. Seguro que nuestro gran guerrero les arrancó las cabecitas él mismo.

Todos se habían reído.

«Es difícil aceptar órdenes de un hombre del que te burlas cuando bebes», reflexionó Will mientras tiritaba a lomos de su montura. Gared debía de estar pensando lo mismo.

—Mormont dijo que siguiéramos sus huellas, y ya lo hemos hecho —dijo Gared—. Están muertos. No volverán a molestarnos. Nos queda un camino duro por delante. No me gusta este clima. Si empieza a nevar, tardaremos quince días en volver, y la nieve es lo mejor que podemos encontrarnos. ¿Habéis visto alguna tormenta de hielo, mi señor?

El joven señor no parecía escucharlo. Observaba la creciente oscuridad del crepúsculo con aquella mirada suya, entre aburrida y distraída. Will había cabalgado el tiempo suficiente junto al caballero para saber que era mejor no interrumpirlo cuando mostraba aquella expresión.

—Vuelve a contarme lo que has visto, Will. Con todo detalle. No te dejes nada.

Will había sido cazador antes de unirse a la Guardia de la Noche. Bueno, en realidad había sido furtivo. Los jinetes libres de los Mallister lo habían atrapado con las manos manchadas de sangre en los bosques de los Mallister, mientras despellejaba un ciervo de los Mallister, y tuvo que elegir entre vestir el negro y perder una mano. No había nadie capaz de moverse por los bosques tan

sigilosamente como Will, y los hermanos negros no tardaron en explotar su talento.

—El campamento está casi una legua más adelante, pasado aquel risco, justo al lado de un arroyo —dijo Will—. Me he acercado tanto como me he atrevido. Eran ocho, hombres y mujeres. Niños no, al menos no he visto ninguno. Habían puesto una especie de tienda contra la roca. La nieve ya la había cubierto casi del todo, pero la he visto. No había hoguera, aunque el lugar donde había estado encendida se distinguía claramente. Ninguno se movía; los he observado un buen rato. Ningún ser vivo ha estado jamás tan quieto.

—¿Has visto sangre?

—La verdad es que no —admitió Will.

—¿Y armas?

—Algunas espadas, unos cuantos arcos... Uno de los hombres tenía un hacha. De doble filo, parecía muy pesada, un buen trozo de hierro. Estaba en el suelo, junto a su mano.

—¿Recuerdas en qué postura se encontraban los cuerpos?

—Un par de ellos estaban sentados con la espalda contra la roca —contestó Will encogiéndose de hombros—. La mayoría, tendidos en el suelo. Como caídos.

—O dormidos —sugirió Royce.

—Caídos —insistió Will—. Había una mujer en la copa de un carpe, medio oculta entre las ramas. Una vigia. —Esbozó una sonrisa—. He tenido buen cuidado de que no me viera. Cuando me he acercado, he visto que ella tampoco se movía. —Muy a su pesar, se estremeció.

—¿Tienes frío? —preguntó Royce.

—Un poco —murmuró Will—. El viento, mi señor.

El joven caballero se volvió hacia el soldado de pelo cano. Las hojas que la escarcha había hecho caer de los árboles pasaron susurrantes junto a ellos, y el corcel de Royce se movió, inquieto.

—¿Qué crees que pudo matar a esos hombres, Gared? —preguntó ser Waymar en tono despreocupado. Se ajustó el pliegue de la larga capa de marta.

—El frío —replicó Gared con certeza férrea—. Vi a hombres morir congelados el pasado invierno, y también el anterior, cuando era casi un niño. Todo el mundo habla de nieve de veinte varas de espesor, y de cómo el viento gélido llega aullando del norte, pero el verdadero enemigo es el frío. Se echa encima de uno más silencioso que Will; al principio se tira y castañetean los dientes, se dan pisotones contra el suelo, y se sueña con vino caliente y con una buena hoguera. Y quema, vaya si quema. No hay nada que queme como el frío. Pero solo durante un tiempo. Luego se mete dentro y empieza a invadirlo todo, y al final no se tienen fuerzas para combatirlo. Es más fácil sentarse, o echarse a dormir. Dicen que al final no se siente ningún dolor. Primero se está débil y

amodorrado, y todo se vuelve nebuloso, y luego es como hundirse en un mar de leche tibia. Como muy tranquilo todo.

—Qué elocuencia, Gared —observó ser Waymar—. No me imaginaba que te expresaras así.

—Yo también he tenido el frío dentro, joven señor. —Gared se echó la capucha hacia atrás para que ser Waymar le viera bien los muñones, donde había tenido las orejas—. Las dos orejas, tres dedos de los pies y el meñique de la mano izquierda. Sali bien parado. A mi hermano lo encontramos congelado en su turno de guardia, con una sonrisa en los labios.

—Tendrías que usar ropa más abrigada —dijo ser Waymar encogiéndose de hombros.

Gared miró al joven señor y se le enrojecieron las cicatrices en torno a los oídos, allí donde el maestre Aemon le había amputado las orejas.

—Ya veremos hasta qué punto podéis abrigaros cuando llegue el invierno. —Se subió la capucha y se encorvó sobre su montura, silencioso y hosco.

—Si Gared dice que fue el frío... —empezó Will.

—¿Has hecho alguna guardia esta semana pasada, Will?

—Sí, mi señor. —No había semana en que no hiciera una docena de guardias de mierda. ¿Adónde quería llegar con aquello?

—¿Y cómo estaba el Muro?

—Lloraba —dijo Will con el ceño fruncido. Ahora que el joven señor lo señalaba, estaba claro—. Si el Muro lloraba, no se pudieron congelar. No hacía suficiente frío.

—Muy perspicaz —asintió Royce—. La semana pasada tuvimos unas cuantas heladas ligeras, y algunas ráfagas de nieve, pero en ningún momento hizo tanto frío para que ocho adultos murieran congelados. Y te recuerdo que eran hombres con ropa de piel y cuero, que estaban cerca de un refugio y que sabían encender una hoguera. —La sonrisa del caballero no podía ser más confiada—. Llévanos hasta ese lugar, Will. Quiero ver a los muertos con mis propios ojos.

Y ya no hubo más que hablar. La orden estaba dada, y el honor los obligaba a obedecerla.

Will abrió la marcha con su montura desgreñada, eligiendo cauteloso el camino entre la maleza. La noche anterior había caído una ligera nevada, y había piedras, raíces y depresiones ocultas al acecho del descuidado y el imprudente. A continuación iba ser Waymar Royce sobre el gran corcel negro, que piafabía impaciente. Un corcel no era montura adecuada para una expedición de exploración, pero cualquiera se lo decía al joven señor. Gared cerraba la marcha. El anciano soldado iba murmurando para sus adentros mientras cabalgaba.

Caía la noche. El cielo despejado se volvió de un tono púrpura oscuro, el color de un moretón viejo, y se fue tornando negro. Empezaron a aparecer las estrellas

y una media luna. Will agradeció la luz en su fuero interno.

—Seguro que podemos ir a mejor paso —dijo Royce cuando la luna brilló en el cielo.

—Con este caballo, no —replicó Will. El miedo lo había vuelto insolente—. ¿Quiere mi señor abrir la marcha?

Ser Waymar Royce no se dignó responder.

En algún lugar del bosque, un lobo aulló.

Will hizo que su caballo se situara bajo un viejo carpe nudoso, y desmontó.

—¿Por qué te detienes? —preguntó ser Waymar.

—Mejor vamos a pie el resto del camino, mi señor. Está cerca, tras aquel risco.

Royce se detuvo un instante, mirando a lo lejos con gesto reflexivo. El viento frío soplaba entre los árboles. La larga capa de marta se agitó tras él como una cosa semiviva.

—Aquí falla algo —murmuró Gared.

—¿De verdad? —dijo el joven caballero con una sonrisa desdeñosa.

—¿No lo notáis? —preguntó Gared—. Escuchad la oscuridad.

Will sí lo notaba. Llevaba cuatro años en la Guardia de la Noche, y nunca había tenido tanto miedo. ¿Qué pasaba?

—Viento. El susurro de los árboles. Un lobo. ¿Cuál de esos ruidos es el que asusta tanto, Gared?

Al ver que Gared no respondía, Royce se bajó del caballo con gesto elegante. Ató el corcel a una rama baja, a buena distancia de los otros caballos, y desenvainó la espada larga. La empuñadura refulgía con el brillo de las piedras preciosas, y la luz de la luna parecía fluir por el acero pulido. Era un arma magnífica, forjada en castillo, y estaba nueva. Will pensó que nadie la había blandido jamás con ira.

—Aquí, los árboles están muy juntos —aviso—. La espada se os va a enredar con las ramas, mi señor. Es mejor llevar un cuchillo.

—Cuando necesite consejos, los pediré —replicó el joven señor—. Tú quédate aquí, Gared, vigila los caballos.

—Nos hará falta una hoguera. —Gared desmontó—. Yo me encargo.

—¿Eres completamente idiota, viejo? Si hay enemigos al acecho en este bosque, lo que menos falta nos hace es una hoguera.

—El fuego mantendría alejados a algunos enemigos —señaló Gared—. Osos, lobos huargo y... y otras cosas.

—Nada de hogueras. —Ser Waymar apretó los labios.

La capucha de Gared le ensombrecía el rostro, pero Will advirtió que tenía un brillo duro en los ojos al mirar al caballero. Durante un momento temió que el anciano fuera a desenvainar la espada. Era un arma corta y fea, con la empuñadura descolorida por el sudor y melladuras en la hoja tras muchos años

de uso frecuente, pero Will no habría apostado nada por la vida del joven señor si Gared llegaba a esgrimirla.

—Nada de hogueras —murmuró Gared entre dientes bajando la vista.

Royce lo consideró un acatamiento y dio media vuelta.

—Guíame —dijo a Will.

Will se abrió camino por un bosquecillo y ascendió por la ladera hasta el pequeño risco donde podía ocupar una posición ventajosa junto al árbol centinela. Bajo la capa fina de nieve, el terreno estaba húmedo y fangoso, resbaladizo, plagado de piedras y raíces ocultas con las que cualquiera podía tropezar. Will no hacía el menor ruido al avanzar. A su espalda, oía el suave tintineo de la cota de malla del joven señor, el crujir de las hojas y maldiciones entre dientes cada vez que la espada se le enredaba con las ramas y se le enganchaba la espléndida capa de marta.

El enorme centinela estaba justo en la cima del risco, donde Will recordaba; las ramas más bajas, a apenas un codo del suelo. Will se tendió de brúces sobre la nieve y el lodo, y se deslizó bajo ellas para espiar el claro desierto de abajo.

El corazón le dio un vuelco. Durante un instante no se atrevió ni a respirar. La luz de la luna iluminaba el claro, las cenizas de la hoguera, la tienda cubierta de nieve, la gran roca y el arroyuelo casi congelado. Todo estaba igual que unas horas antes.

Habían desaparecido. Todos los cadáveres habían desaparecido.

—¡Dioses! —Oyó a su espalda. Ser Waymar Royce acababa de cortar una rama con la espada. Se encontraba junto al centinela, con el arma todavía empuñada y la capa ondeando al viento; las estrellas iluminaban el noble perfil que cualquiera podía ver.

—¡Agachaos! —susurró Will, apremiante—. Algo va mal.

Royce no se movió. Contempló el claro desierto al pie del risco, y dejó escapar una carcajada.

—Por lo visto, tus cadáveres han levantado el campamento.

Will se había quedado mudo. Las palabras no le acudían a la mente. Aquello era imposible. Recorrió una y otra vez el campamento con la mirada. Un hacha de combate enorme, de doble filo, seguía tirada donde la había visto la vez anterior. Un arma de gran valor...

—Ponte de pie, Will —ordenó ser Waymar—. Ahí no hay nadie. No te quiero ver escondiéndote bajo un arbusto. —Will obedeció de mala gana. Ser Waymar lo miró con desaprobación—. No pienso fracasar en mi primera expedición y ser el hazmerreír del Castillo Negro. Encontraremos a esos hombres cueste lo que cueste. —Miró a su alrededor—. Sube a ese árbol. Venga, deprisa. A ver si divisas una hoguera.

Will dio media vuelta sin decir nada. Era inútil discutir. El viento soplaban y se le clavaba en los huesos. Llegó junto al árbol, el centinela gris verdoso, y empezó

a trepar. Ya tenía las manos pegajosas de resina antes de desaparecer entre las ramas. El miedo le atenazaba las entrañas como una comida mal digerida. Susurró una plegaria a los dioses sin nombre del bosque y sacó un puñal de la vaina. Se lo puso entre los dientes para seguir trepando con las dos manos. El sabor del hierro frío le proporcionó cierto consuelo.

De pronto, oyó la voz del joven señor al pie del árbol.

—¿Quién anda ahí?

Will detectó cierta inseguridad pese al tono desafiante. Se detuvo. Escuchó. Miró.

Los bosques le dieron la respuesta: el rumor de las hojas, el gélido discurrir del arroyo, el ulular lejano de un búho de las nieves...

Los Otros no hacían ruido.

Will divisó un movimiento por el rabillo del ojo. Unas sombras claras se deslizaban entre los árboles. Giró la cabeza y vio otra sombra blanca en la oscuridad. Desapareció al instante. El viento agitaba suavemente las ramas y hacía que se arañaran unas a otras con dedos de madera. Will tomó aliento para lanzar un grito de advertencia, pero las palabras se le congelaron en la garganta. Quizá estuviera equivocado. Quizá hubiera sido solo un pájaro, un reflejo sobre la nieve, un espejismo de la luz de la luna. Al fin y al cabo, ¿qué había visto?

—¿Dónde estás, Will? —preguntó ser Waymar desde abajo—. ¿Ves algo? —Caminaba con cautela, de pronto alerta, espada en mano. Él también debía de haber advertido su presencia, aun sin verlos—. ¡Responde! ¡Por qué hace tanto frío? —añadió.

Era cierto, hacia mucho frío. Will, tiritando, se aferró todavía con más fuerza a la rama. Apretó la cara contra el tronco del centinela. Notó la savia dulce y pegajosa en la mejilla.

Una sombra surgió de la oscuridad del bosque. Se alzó ante Royce. Era alta, tan dura y flaca como los huesos viejos, con carne pálida como la leche. Su armadura parecía cambiar de color cada vez que se movía; en un momento dado era blanca como la nieve recién caída, al siguiente negra como las sombras, o salpicada del oscuro verde grisáceo de los árboles. Con cada paso que daba, los juegos de luces y sombras danzaban como la luz de la luna sobre el agua.

Will oyó como a ser Waymar Royce se le escapaba el aliento en un sonido siseante.

—No te acerques más —dijo el joven señor.

Tenía la voz chillona como la de un niño. Se retiró la larga capa de marta de los hombros para tener libertad de movimiento en los brazos durante el combate, y agarró la espada con ambas manos. El viento había cesado. Hacía mucho, mucho frío.

El Otro se deslizó adelante con pasos silenciosos. Llevaba en la mano una espada larga que no se parecía a ninguna que Will hubiera visto en la vida. En su

forja no había tomado parte metal humano alguno. Era un rayo de luna translúcido, una espiral de cristal tan delgada que casi no se veía de canto. Aquella arma emitía un tenue resplandor azulado, una luz fantasmagórica que centelleaba en su filo, y sin saber por qué, Will comprendió que era más cortante que cualquier hoja.

—Adelante si quieres, bailemos. —Ser Waymar le hizo frente con valentía.

Alzó la espada por encima de la cabeza, desafiante. Le temblaban las manos a causa del peso, o tal vez fuera por el frío. Pero Will pensó que en aquel momento ya no era un crío, sino un hombre de la Guardia de la Noche.

El Otro se detuvo. Will le vio los ojos; azules, más oscuros y más azules que ningún ojo humano, de un azul que ardía como el hielo. Estaban fijos en la espada temblorosa, sobre la cabeza de ser Waymar, en la luz de luna que fluía por el metal. Durante un instante, se atrevió a albergar esperanzas.

Salieron de entre las sombras en silencio, todos idénticos al primero. Eran tres... cuatro... cinco... Quizá ser Waymar llegó a sentir el frío que emanaba de ellos, pero no los vio, no oyó como se aproximaban. Will tenía que lanzar un grito de aviso. Era su deber. Y su muerte, si osaba hacerlo. Se estremeció, se aferró al árbol con más fuerza y guardó silencio.

La espada transparente hendió el aire.

Ser Waymar la detuvo con acero. Cuando las hojas chocaron, no se oyó el ruido de metal contra metal; tan solo un sonido agudo, silbante, apenas por encima del umbral de audición, como el grito de dolor de un animal. Royce paró el segundo golpe, y el tercero, y luego retrocedió un paso. Otro intercambio de golpes, y volvió a retroceder.

Tras él, a derecha e izquierda, los observadores aguardaban pacientes, silenciosos, sin rostro; el dibujo cambiante de sus delicadas armaduras los hacía casi invisibles en el bosque. Pero no hicieron ademán alguno de intervenir.

Las espadas chocaron una y otra vez, hasta que Will sintió deseos de taparse los oídos para protegerse del lamento angustioso que emitían. Ser Waymar jadeaba ya por el esfuerzo, el aliento le surgió en nubecillas blancas a la luz de la luna. La hoja de su espada estaba cubierta de escarcha; la del Otro brillaba con luz azul.

Entonces, el quite de Royce llegó un instante demasiado tarde. La hoja transparente le cortó la cota de malla bajo el brazo. El joven señor lanzó un grito de dolor. La sangre manó entre las anillas. Despedía vapor en medio de aquel frío, y las gotas eran rojas como llamas al llegar a la nieve. Ser Waymar se llevó la mano al costado. El guante de piel de topo quedó teñido de rojo.

El Otro dijo algo en un idioma que Will no conocía; la voz era como el crujido del hielo en un lago invernal, y las palabras sonaban burlonas.

—¡Por Robert! —gritó ser Waymar Royce haciendo acopio de toda su furia.

Y se lanzó hacia delante con un rugido, blandiendo la espada escarchada con

ambas manos y descargando todo su peso en un ataque en arco paralelo al suelo. El Otro paró el golpe con un movimiento casi fortuito.

Cuando las hojas se encontraron, el acero se quebró.

Un grito despertó ecos en el bosque nocturno, y la hoja tembló y saltó en mil pedazos que salieron disparados como una lluvia de agujas. Royce cayó de rodillas entre gritos mientras se cubría los ojos. La sangre le manaba entre los dedos.

Los observadores se adelantaron al unísono, como si les hubieran dado alguna señal. Las espadas se alzaron y descendieron en un silencio sepulcral. Fue una carnicería sin ira. Las hojas translúcidas hendían la cota de malla como si fuera seda. Will cerró los ojos. Bajo él, sonaban voces y risas agudas como carámbanos.

Cuando reunió el valor necesario para mirar de nuevo, ya había pasado mucho tiempo, y el risco estaba desierto.

Siguió entre las ramas, sin apenas atreverse a respirar, mientras la luna se deslizaba por el cielo negro. Por fin, con los músculos agarrotados y los dedos entumecidos por el frío, bajó del árbol.

El cadáver de Royce yacía de brúces en la nieve, con un brazo extendido. La gruesa capa de marta estaba desgarrada por mil sitios. Allí tendido, muerto, resultaba más obvio que nunca que era muy joven. Un niño.

Encontró a unos pasos lo que quedaba de la espada, con la punta rota y retorcida como un árbol sobre el que hubiera caído un rayo. Will se arrodilló, miró a su alrededor con cautela y la recogió. La espada rota sería la prueba que necesitaba. Gared sabría qué significaba, y si no, lo sabría el Viejo Oso, lord Mormont, o el maestre Aemon. ¿Seguiría Gared esperando con los caballos? Tenía que darse prisa.

Will se levantó. Ser Waymar Royce estaba de pie junto a él.

Sus ropas lujosas eran andrajos; el rostro, una máscara ensangrentada. Tenía un fragmento afilado de su espada clavado en la pupila blanca y ciega del ojo izquierdo.

El derecho estaba abierto. La pupila ardía con un brillo azul. Veía.

La espada rota se le cayó de los dedos. Will cerró los ojos para rezar. Unas manos largas y elegantes le acariciaron la mejilla y se cerraron en torno a su garganta. Iban enguantadas en piel de topo de la mejor calidad, y estaban pegajosas por la sangre, pero su roce era frío como el hielo.

El día había amanecido fresco y despejado, con un frío vivificante que señalaba el final del verano. Se pusieron en marcha con la aurora para ver la decapitación de un hombre. Eran veinte en total, y Bran cabalgaba entre ellos, nervioso y emocionado. Era la primera vez que lo consideraban suficientemente mayor para acompañar a su padre y a sus hermanos a presenciar la justicia del rey. Corría el noveno año de verano, y el séptimo de la vida de Bran.

Habían sacado al hombre de un pequeño fortín de las colinas. Robb creía que se trataba de un salvaje que había puesto su espada al servicio de Mance Rayder, el Rey-más-allá-del-Muro. A Bran se le ponía la carne de gallina solo con pensarlo. Recordaba muy bien las historias que la Vieja Tata les había contado junto a la chimenea. Los salvajes eran crueles, les decía, esclavistas, asesinos y ladrones. Se apareaban con gigantes y con espíritus malignos, se llevaban a los niños de las cunas en mitad de la noche y bebían sangre en cuernos pulidos. Y sus mujeres yacían con los Otros durante la Larga Noche, para dar a luz espantosos hijos medio humanos.

Pero el hombre que vieron atado de pies y manos al muro del fortín, esperando la justicia del rey, era viejo y huesudo, poco más alto que Robb. Había perdido en alguna helada las dos orejas y un dedo, y vestía todo de negro, como un hermano de la Guardia de la Noche, aunque las pieles que llevaba estaban sucias y hechas jirones.

El aliento del hombre y el caballo se entremezclaban en nubes de vapor en la fría mañana cuando su señor padre hizo que cortaran las ligaduras que ataban al hombre al muro y lo arrastraran ante él. Robb y Jon permanecieron montados, muy quietos y erguidos, mientras Bran, a lomos de su poni, intentaba aparentar que tenía más de siete años y que no era la primera vez que veía algo así. Una brisa ligera sopló por la puerta del fortín. En lo alto ondeaba el estandarte de los Stark de Invernalía: un lobo huargo corriendo sobre un campo color blanco hielo.

El padre de Bran se erguía solemne a lomos de su caballo, con el largo pelo castaño agitado por el viento. Llevaba la barba muy corta, salpicada de canas, que le hacían aparentar más años de los treinta y cinco que tenía. Aquel día mostraba una expresión adusta y no se parecía en nada al hombre que por las noches se sentaba junto al fuego y hablaba con voz suave de la Edad de los Héroes y los hijos del bosque. Bran pensó que se había quitado la cara de padre y se había puesto la de lord Stark de Invernalía.

En aquella mañana fría hubo preguntas y respuestas, pero más adelante Bran no recordaría gran cosa de lo que allí se había dicho. Al final, su señor padre dio una orden, y dos de los guardias arrastraron al hombre harapiento hasta un tocón de carpe situado en el centro de la plaza. Lo obligaron a apoyar la cabeza en la dura madera negra. Lord Stark desmontó y Theon Greyjoy, su pupilo, le llevó la

espada. Se llamaba *Hielo*. Era tan ancha como la mano de un hombre y en posición vertical era incluso más alta que Robb. La hoja era de acero valyrio, forjada con encantamientos y negra como el humo. Ningún filo era comparable a los de acero valyrio.

Su padre se quitó los guantes y se los tendió a Jory Cassel, el capitán de la guardia de su casa. Blandió a *Hielo* con ambas manos.

—En nombre de Robert de la casa Baratheon, el primero de su nombre, rey de los ándalos y los rhoynar y los primeros hombres, señor de los Siete Reinos y Protector del Reino; y por orden de Eddard de la casa Stark, señor de Invernalia y Guardián del Norte, te sentencio a muerte.

Alzó el mandoble por encima de su cabeza.

—Mantén controlado al pony —le dijo a Bran Jon Nieve, su hermano bastardo, acercándose a él—. Y no apartes la mirada. Padre se dará cuenta.

Bran mantuvo controlado al pony y no apartó la mirada.

Su padre le cortó la cabeza al hombre de un golpe, firme y seguro. La sangre, roja como el vino veraniego, salpicó la nieve. Uno de los caballos se encabritó y hubo que sujetarlo por las riendas para evitar que escapara al galope. Bran no podía apartar la vista de la sangre. La nieve que rodeaba el tocón la bebió con avidez y se tornó roja ante sus ojos.

La cabeza rebotó contra una raíz gruesa y siguió rodando. Fue a detenerse cerca de los pies de Greyjoy. Theon era un joven de diecinueve años, flaco y moreno, que se divertía con cualquier cosa. Se echó a reír, y dio una patada a la cabeza.

—Imbécil —murmuró Jon, en voz lo suficientemente baja para que Greyjoy no oyera el comentario. Puso una mano en el hombro de Bran, que alzó la vista hacia su hermano bastardo, y le dijo con solemnidad—: Lo has hecho muy bien.

Jon tenía catorce años, y ya había presenciado muchas veces la justicia.

Durante el largo camino de regreso a Invernalia parecía hacer más frío, aunque el viento ya había cesado y el sol brillaba alto en el cielo. Bran cabalgaba con sus hermanos, que iban a buena distancia por delante del grupo, aunque el pony tenía que esforzarse para mantener el paso de los caballos.

—El desertor murió como un valiente —dijo Robb. Era fuerte y corpulento, y parecía crecer a ojos vistas; tenía la piel clara de su madre, y también el pelo castaño rojizo y los ojos azules de los Tully de Aguas dulces—. Al menos tenía coraje.

—No —dijo Jon Nieve con voz tranquila—. Eso no era coraje. Estaba muerto de miedo. Se le veía en los ojos, Stark.

Los ojos de Jon eran de un gris tan oscuro que casi parecían negros, y se fijaban en todo. Tenía más o menos la edad de Robb, pero no se parecían en nada. Jon era esbelto, y Robb, musculoso; era moreno, y Robb, rubio; era ágil y ligero, mientras que su medio hermano era fuerte y rápido.

—Que los Otros se lleven sus ojos —maldijo Robb sin mostrarse impresionado—. Murió como un hombre. ¿Una carrera hasta el puente?

—De acuerdo —asintió Jon espoliendo su montura.

Robb soltó una maldición y salió disparado tras él, y galoparon juntos sendero abajo. Robb iba riendo y provocándolo, y Jon galopaba silencioso y concentrado. Los cascos de sus caballos levantaban nubes de nieve.

Bran no intentó seguirlos. El pony no podría mantener aquel paso. También él se había fijado en los ojos del hombre andrajoso, y estaba recordándolos. Al cabo de un rato, el sonido de las risas de Robb se perdió a lo lejos, y los bosques quedaron de nuevo en silencio.

Se encontraba tan inmerso en sus pensamientos que no oyó que el resto del grupo le había dado alcance hasta que su padre se adelantó para cabalgar junto a él.

—¿Te encuentras bien, Bran? —preguntó con tono que no carecía de dulzura.

—Sí, padre —le dijo Bran. Alzó la vista. Su señor padre, vestido de cuero y envuelto en pieles, a lomos de su gran caballo de guerra, se alzaba a su lado como un gigante—. Robb dice que ese hombre murió como un valiente, pero Jon opina que tenía miedo.

—Y a ti, ¿qué te parece?

—Un hombre puede ser valiente cuando tiene miedo? —preguntó Bran después de meditar un instante.

—Es el único momento en que puede ser valiente —dijo su padre—. ¿Comprendes por qué lo hice?

—Era un salvaje —dijo Bran—. Secuestran a las mujeres y las venden a los Otros.

—La Vieja Tata te ha estado contando historias otra vez —dijo su señor padre con una sonrisa—. La verdad es que ese hombre rompió su juramento, desertó de la Guardia de la Noche. No existe ser más peligroso. El desertor sabe que, si lo atrapan, se puede dar por muerto, así que no se detendrá ante ningún crimen por espantoso que sea. Pero no me has entendido. No te pregunto por qué el hombre debía morir, sino por qué tenía que ajusticarlo yo en persona.

—El rey Robert tiene verdugos —dijo Bran, inseguro. No sabía la respuesta.

—Ciento —admitió su padre—. Igual que los Targaryen, que reinaron antes que él. Pero nuestras costumbres son las antiguas. La sangre de los primeros hombres corre todavía por las venas de los Stark, y creemos que el hombre que dicta la sentencia debe blandir la espada. Si le vas a quitar la vida a un hombre, tienes un deber para con él, y es mirarlo a los ojos y escuchar sus últimas palabras. Si no soportas eso, quizás es que ese hombre no merece morir.

» Algún día, Bran, serás vasallo de Robb, tendrás tierras propias y deberás defenderlas en nombre de tu hermano y de tu rey, y te corresponderá hacer justicia. Cuando llegue ese día, no te resultará grato, pero no debes apartar la

vista. El gobernante que se esconde tras ejecutores a sueldo olvida pronto lo que es la muerte.

En aquel momento, Jon reapareció en la cima de la colina que se alzaba ante ellos.

—¡Padre, Bran, venid, deprisa! ¡Mirad lo que ha encontrado Robb! —les gritó agitando los brazos y volvió a desaparecer.

—¿Algún problema, mi señor? —preguntó Jory, que se les había acercado cabalgando.

—No me cabe duda —respondió su padre—. Venga, vamos a ver qué nueva travesura se les ha ocurrido ahora a mis hijos.

Puso el caballo al trote. Jory, Bran y los demás lo siguieron.

Robb estaba en el extremo norte del puente y Jon seguía a caballo, a su lado. Las nevadas de las postrimerías del verano habían sido copiosas aquella última luna. Robb estaba hundido hasta las rodillas en la nieve; se había echado la capucha hacia atrás y el sol le arrancaba reflejos del pelo. Acunaba algo en el brazo, y los dos chicos hablaban en susurros emocionados.

Los jinetes avanzaron con cautela entre los ventisqueros, siempre buscando los puntos firmes en aquel terreno oculto y desigual. Jory Cassel y Theon Greyjoy fueron los primeros en llegar junto a los chicos. Greyjoy reía y bromeaba mientras cabalgaba. Bran oyó su exclamación ahogada.

—¡Dioses! —Se le escapó a Greyjoy, mientras trataba de controlar a su caballo y al mismo tiempo desenvainar la espada.

—¡Aléjate de eso, Robb! —gritó Jory, que ya la había empuñado, con la montura encabritada.

—No puede hacerte daño, Jory —dijo Robb con una sonrisa mientras alzaba la vista del bullo que llevaba en brazos—. Está muerta.

Para entonces Bran ya estaba consumido de curiosidad. Habría esboleado al poni, pero su padre lo obligó a desmontar junto al puente para acercarse a pie. Bran se bajó de un salto y echó a correr.

Jon, Jory y Theon Greyjoy ya habían desmontado también.

—Por los siete infiernos, ¿qué es eso? —preguntó Greyjoy.

—Un lobo —le dijo Robb.

—Un monstruo —replicó Greyjoy—. ¡Qué tamaño!

El corazón de Bran latía a toda velocidad. Avanzó por un ventisquero que le llegaba a la cintura para ir junto a su hermano.

Había una forma muerta, enorme y oscura, semienterrada en la nieve manchada de sangre. El tupido pelaje gris estaba lleno de cristales de hielo, y el hedor de la corrupción lo envolvía como el perfume a una mujer. Bran divisó unos ojos ciegos en los que reptaban los gusanos y una boca grande llena de dientes amarillentos. Pero lo que más lo impresionó fue el tamaño que tenía. Era más grande que su poni, el doble que el mayor sabueso de las perreras de su

padre.

—No es ningún monstruo —dijo Jon con calma—. Es una loba huargo. Son mucho más grandes que los otros lobos.

—Hace doscientos años que no se ve un lobo huargo al sur del Muro —dijo Theon Greyjoy.

—Pues ahora estoy viendo uno —replicó Jon.

Bran consiguió apartar los ojos del monstruo. Solamente en aquel momento advirtió el bulto en brazos de Robb. Dejó escapar un grito de emoción y se acercó. El cachorro no era más que una bolita de pelaje gris negruzco; todavía no había abierto los ojos. Hociqueaba a ciegas contra el pecho de Robb, buscando leche entre los pliegues de cuero de su ropa, sin dejar de gimotear. Bran extendió la mano, titubeante.

—Vamos —le dijo Robb—. Tócalo, no pasa nada.

Bran hizo una caricia rápida y nerviosa al cachorro, y se volvió al oír la voz de Jon.

—Toma. —Su hermano le puso un segundo cachorro en los brazos—. Hay cinco.

Bran se sentó en la nieve y apretó al cachorro contra el rostro. Tenía un pelaje suave y cálido que le acariciaba la mejilla.

—Lobos huargo en el reino, después de tantos años —murmuró Hullén, el caballerizo mayor—. Esto no me gusta.

—Es una señal —dijo Jory.

—No es más que un animal muerto, Jory —dijo el padre de los niños con el ceño fruncido. Parecía preocupado. La nieve crujía bajo sus botas cuando caminó en torno al cuerpo—. ¿Qué la mató?

—Tiene algo en la garganta —señaló Robb, orgulloso de haber dado con la respuesta aun antes de que su padre formulara la pregunta—. Ahí, justo debajo de la mandíbula.

Su padre se arrodilló y palpó bajo la cabeza de la bestia. Dio un tirón, y alzó el objeto para que los demás lo vieran. Era un fragmento de dos palmos de asta de venado, ya sin puntas, empapado en sangre.

Se hizo un silencio repentino en el grupo. Los hombres contemplaron el asta, intranquilos, y ninguno se atrevió a decir nada. Incluso Bran se dio cuenta de que tenían miedo, aunque no comprendía por qué.

—Es increíble que viviera lo suficiente para parir —dijo su padre mientras tiraba a un lado el asta y se limpiaba las manos en la nieve. Su voz rompió el hechizo.

—Quizá no vivió tanto —dijo Jory—. Se dice... A lo mejor ya estaba muerta cuando nacieron los cachorros.

—Nacidos de la muerte —intervino otro hombre—. Peor suerte aún.

—No importa —dijo Hullén—. Pronto estarán muertos ellos también.

Bran dejó escapar un grito de consternación.

—Cuento antes mejor —asintió Theon Greyjoy y desenvainó la espada—. Trae aquí a esa bestia, Bran.

—¡No! —exclamó Bran con ferocidad. El animalito se había apretado contra él como si pudiera oír y comprender—. ¡Es mío!

—Aparta esa espada, Greyjoy —dijo Robb. Durante un momento, su voz sonó tan imperiosa como la de su padre, como la del señor que sería algún día—. Nos vamos a quedar con los cachorros.

—Es imposible, chico —dijo Harwin, que era hijo de Hullen.

—Les haremos un favor matándolos —dijo Hullen.

Bran alzó la vista hacia su padre, implorante, pero solo encontró un ceño fruncido.

—Lo que dice Hullen es verdad, hijo. Es mejor una muerte rápida que agonizar de frío y hambre.

—La perra de ser Rodrik parió otra vez la semana pasada —dijo Robb, que se resistía, testarudo—. Fue una camada pequeña; solo vivieron dos cachorros. Tendrá leche de sobra.

—Los matará en cuanto intenten mamar.

—Lord Stark —intervino Jon. Resultaba extraño que se dirigiera a su padre de manera tan formal. Bran lo miró, aferrándose a aquella última esperanza—. Hay cinco cachorros —siguió—. Tres machos y dos hembras.

—¿Y qué, Jon?

—Tenéis cinco hijos legítimos. Tres chicos y dos chicas. El lobo huargo es el emblema de vuestra casa. Estos cachorros están destinados a vuestros hijos, mi señor.

Bran vio cómo cambiaba la expresión de su padre, vio las miradas que intercambiaban los demás hombres. En aquel momento quiso a Jon con todo su corazón. Pese a sus siete años, comprendió qué había hecho su hermano. Las cuentas cuadraban solo porque Jon se había excluido. Había incluido a las niñas, incluso a Rickon, que era solo un bebé, pero no al bastardo que llevaba el apellido Nieve que, según dictaba la costumbre, debían tener en el norte todos los desafortunados que nacían sin apellido propio.

—¿No quieres un cachorro para ti, Jon? —preguntó con voz amable su padre, que también lo había comprendido.

—El lobo huargo ondea en el estandarte de la casa Stark —señaló Jon—. Yo no soy un Stark, padre.

Su señor padre miró a Jon, pensativo. Robb se apresuró a romper el silencio que reinaba.

—Yo alimentaré al mío en persona, padre —prometió—. Empaparé un trapo en leche caliente para que la chupe.

—¡Yo también! —se apresuró Bran.

—Resulta fácil decirlo, pero veréis que hacerlo no lo es tanto —dijo el padre después de estudiar larga y atentamente a sus hijos—. No permitiré que los criados pierdan el tiempo con esto. Si queréis esos cachorros, los tendréis que alimentar vosotros. ¿Entendido? —Bran asintió a toda prisa. El cachorro se le retorcía entre los brazos y le lamía el rostro con una lengua cálida—. También tendréis que educarlos —siguió su padre—. Es imprescindible que los entrenéis. El encargado de los perros no querrá saber nada de estos monstruos, os lo aseguro. Y que los dioses os ayuden si los descuidáis, si los tratáis mal o si no los entrenáis. No son perros; no os harán carantoñas para conseguir comida, ni se marcharán si les dais una patada. Un lobo huargo es capaz de arrancarle el brazo a un hombre tan fácilmente como un perro mata una rata. ¿Seguro que queréis esa responsabilidad?

—Sí, padre —dijo Bran.

—Sí —asintió Robb.

—Y pese a todo lo que hagáis, los cachorros quizás mueran.

—No se morirán —dijo Robb—. No lo permitiremos.

—Entonces, os los podéis quedar. Jory, Desmond, recoged el resto de los cachorros. Ya es hora de que volvamos a Invernalia.

Solo cuando estuvieron de nuevo a caballo y en marcha se permitió Bran disfrutar del dulce sabor de la victoria. Llevaba al cachorro entre los pliegues de las prendas de cuero para darle calor y protegerlo en la larga cabalgada de vuelta a casa. Se preguntaba qué nombre le iba a poner.

En mitad del puente, Jon se detuvo de pronto.

—¿Qué pasa, Jon? —preguntó su señor padre.

—No lo oís?

Bran oía el viento entre los árboles, el sonido de los cascos de los caballos contra los tablones de carpe y los gemidos de su cachorro hambriento, pero Jon parecía percibir algo más.

—Ya lo tengo —añadió Jon.

Hizo girar al caballo y galopó de vuelta por el puente. Lo vieron desmontar en la nieve junto a la loba muerta y arrodillarse. Un momento después regresó cabalgando hacia ellos. Sonreía.

—Este se debió de alejar de los demás —dijo.

—O lo echaron —replicó su padre, con los ojos clavados en el sexto cachorro.

Tenía el pelaje blanco, mientras que los demás cachorros de la camada eran grises. Los ojos eran tan rojos como la sangre del hombre harapiento que había muerto aquella mañana. A Bran le pareció muy extraño que ya los tuviera abiertos, mientras que los demás aún seguían ciegos.

—Un albino —dijo Theon Greyjoy, burlón—. Este morirá antes incluso que los demás.

—No, Greyjoy —dijo Jon lanzando una mirada gélida al pupilo de su padre —. Este es mío.

A Catelyn nunca le había gustado aquel bosque de dioses.

La sangre Tully le corría por las venas; había nacido y se había criado en Aguasdulces, muy al sur, en el Forca Roja del Tridente. Allí, el bosque de dioses era un jardín alegre y despejado, en el que las altas secuoyas proyectaban sombras sobre las aguas de arroyuelos cristalinos, los pájaros cantaban desde sus nidos escondidos y el aroma de las flores impregnaba el aire.

Los dioses de Invernalia tenían un bosque muy diferente. Era un lugar oscuro y primitivo, tres fanegas de árboles viejos que nadie había tocado en diez mil años, mientras el castillo se alzaba a su alrededor. Olía a tierra húmeda y a putrefacción. Allí no crecían las secuoyas. Era un bosque de recios árboles centinela parapetados tras agujas color verde grisáceo, robles imponentes y carpas antiguos como el mismísimo reino. Allí, los gruesos troncos negros estaban muy juntos, y las ramas retorcidas tejían una techumbre tupida, mientras las raíces deformes se entrelazaban bajo la tierra. El silencio y las sombras imperaban, y los dioses de aquel bosque no tenían nombre.

Pero sabía que allí era donde estaría su esposo aquella noche. Siempre que le quitaba la vida a un hombre, buscaba la tranquilidad del bosque de dioses.

Catelyn había sido ungida con los siete óleos y había recibido su nombre en el arcoíris de luz que llenaba el septo de Aguasdulces. Profesaba la Fe, igual que su padre, que su abuelo y que el padre de su abuelo antes que ellos. Sus dioses tenían nombres y unos rostros que le eran tan familiares como los de sus progenitores. El culto consistía en un septón con un incensario, el olor del incienso, un cristal de siete facetas lleno de luz y voces que entonaban cánticos. Los Tully tenían un bosque de dioses, como todas las grandes casas, pero no era más que un lugar por donde pasear, leer o tomar el sol. El culto quedaba reservado para el septo.

Ned había hecho construir para ella un pequeño septo donde pudiera cantar a las siete caras de dios, pero la sangre de los primeros hombres corría aún por las venas de los Stark; sus dioses eran antiguos, eran los dioses sin rostro y sin nombre de la espesura, los mismos a los que habían adorado los hijos del bosque.

En medio del bosquecillo, un arciano viejísimo se alzaba junto a un estanque pequeño de aguas negras y frías. Ned lo llamaba «el árbol corazón». La madera del arciano era blanca como el hueso, con hojas de un rojo oscuro que pendían como un millar de manos ensangrentadas. En el tronco había una cara tallada, con rasgos alargados y melancólicos, y ojos enrojecidos de savia seca, extrañamente atentos. Aquellos ojos eran viejos, muy viejos; más viejos que la mismísima Invernalia. Habían visto el día en que Brandon el Constructor puso la primera piedra, si se podía dar crédito a las historias. Habían presenciado como los muros de granito se alzaban en torno a ellos. Se decía que los hijos del bosque habían tallado las caras en los árboles durante el amanecer, siglos antes de que

llegaran los primeros hombres, procedentes de la otra orilla del mar Angosto.

Hacía mil años que habían talado o quemado los últimos arcianos del sur, a excepción de los de la isla de los Rostros, donde los hombres verdes montaban guardia, silenciosos. Allí, tan al norte, todo era diferente. Había un bosque de dioses en cada castillo, un árbol corazón en cada bosque de dioses y una cara tallada en cada árbol corazón.

Catelyn encontró a su esposo sentado en una roca cubierta de musgo, bajo las ramas del arciano. Tenía el mandoble *Hielo* sobre las rodillas, y estaba limpiando la hoja en aquellas aguas negras como la noche. El mantillo milenario que cubría como una gruesa alfombra el suelo del bosque de dioses devoraba el sonido de sus pasos, pero los ojos rojos del arciano parecían seguirla mientras se acercaba.

—Ned —lo llamó con suavidad.

—Catelyn —dijo su esposo alzando la vista hacia ella. Su voz era distante, formal—. ¿Dónde están los niños?

Siempre le preguntaba lo mismo.

—En la cocina, discutiendo sobre cómo van a llamar a los cachorros. —Se quitó la capa, la tendió sobre el mantillo del bosque y se sentó con la espalda apoyada contra el arciano—. Arya adora a la suya, y Sansa también está encantada, pero Rickon no lo termina de ver claro.

—¿Tiene miedo? —preguntó Ned.

—Un poco —admitió—. Solo tiene tres años.

—Debe aprender a enfrentarse a sus miedos. —Ned frunció el ceño—. No va a tener tres años toda la vida. Y se acerca el invierno.

—Es verdad —asintió Catelyn.

Aquellas palabras le provocaron un escalofrío, como siempre. Eran el lema de los Stark. Todas las familias nobles tenían un lema. Y aquellas consignas familiares, piedras de toque, aquella especie de plegarias, eran alardes de honor y gloria, promesas de lealtad y sinceridad, juramentos de valor y fidelidad... Todos menos el de los Stark. El lema de los Stark era: «Se Acerca el Invierno». Catelyn reflexionó sobre lo extraños que eran aquellos norteños. No era la primera vez que lo hacía.

—He de reconocer que ese hombre murió bien —dijo Ned. Tenía en la mano un retal de cuero engrasado. Mientras hablaba, lo pasaba con suavidad por la hoja del mandoble, haciendo que el metal cobrara un brillo oscuro—. Me alegré por Bran. Habrías estado orgullosa de él.

—Siempre me enorgullezco de Bran —señaló Catelyn.

No apartaba la vista de la espada. Se veían claramente las ondulaciones del interior del acero, donde el metal fuera plegado cien veces sobre sí mismo en la forja. A Catelyn no le gustaban las espadas, pero era innegable que *Hielo* poseía una belleza propia. La habían forjado en Valyria, antes de que la Maldición cayera sobre el antiguo Feudo Franco, donde los herreros trabajaban el metal

tanto con hechizos como con martillos. *Hielo* tenía cuatrocientos años y conservaba el filo del día en que la forjaron. Su nombre era aún más antiguo, un legado de la Edad de los Héroes, cuando los Stark eran los Reyes en el Norte.

—Con el de hoy van cuatro este año —dijo Ned, sombrío—. El pobre estaba medio loco. Algo le inspiraba un miedo tan profundo que ni me entendía cuando le hablaba. —Suspiró—. Ben me ha escrito; dice que la Guardia de la Noche tiene ahora menos de mil miembros. No son solo las deserciones. Últimamente también hay bajas en las expediciones.

—¿Será por los salvajes?

—Estoy seguro. —Ned alzó a *Hielo*, y contempló el frío acero en toda su longitud—. Y esto irá a peor. Puede que llegue el día en que no nos quede más remedio que llamar a nuestros vasallos y cabalgar hacia el norte para encargarnos de una vez por todas de ese Rey-más-allá-del-Muro.

—¿Al otro lado del Muro? —La sola idea hizo que Catelyn se estremeciera.

—No tenemos nada que temer de Mance Rayder —dijo Ned, que había visto el temor dibujado en su rostro.

—Más allá del Muro hay cosas aún peores.

Volvió la vista para contemplar el árbol corazón, con la corteza clara y los ojos rojos, que los observaba, los escuchaba, que parecía pensar lentamente.

—Pasas demasiado tiempo escuchando los cuentos de la Vieja Tata. —Él sonrió con cariño—. Los Otros están tan muertos como los hijos del bosque; hace ocho mil años que desaparecieron. En opinión del maestre Luwin, no existieron nunca. Nadie los ha visto jamás.

—Hasta esta mañana nadie había visto jamás un lobo huargo —le recordó Catelyn.

—No escarmiento; a estas alturas ya debería saber que no se puede discutir con una Tully —dijo con una sonrisa pesarosa. Deslizó a *Hielo* dentro de su vaina —. No habrás venido hasta aquí a contarme historias de miedo, ¿verdad? Ya sé que no te gusta este lugar. ¿De qué se trata, mi señora?

—Hoy hemos recibido noticias amargas, mi señor. —Catelyn tomó la mano de su esposo—. No he querido molestarte hasta que te hubieras aseado. —No había manera de suavizar el golpe, así que se lo dijo directamente—. Lo siento mucho, mi amor. Jon Arryn ha muerto.

Lo miró a los ojos, y vio cuán duro era el golpe, como había supuesto. En su juventud, Ned había estado de pupilo en el Nido de Águilas, y lord Arryn, que no tenía hijos, había sido como un padre para él y para su otro pupilo, Robert Baratheon. Cuando el Rey Loco, Aerys II Targaryen, pidió sus cabezas, el señor del Nido de Águilas alzó en una revuelta a sus vasallos de la luna y el halcón, antes que entregar a aquellos a los que había jurado proteger.

Y, hacía ya quince años, este segundo padre se había convertido también en su hermano, cuando Ned y él se casaron al mismo tiempo con dos hermanas, las

hijas de lord Hoster Tully, en el septo de Aguasdulces.

—Jon... —dijo él—. ¿Está confirmada la noticia?

—La carta llevaba el sello real, y era del puño y letra de Robert. Te la he guardado. Dice que la muerte de lord Arryn fue muy rápida. Ni siquiera el maestre Pyelle pudo hacer nada, aparte de darle la leche de la amapola para que no sufriera.

—Algo es algo —suspiró. Catelyn veía el dolor reflejado en su rostro, pero aun así Ned pensó primero en ella—. ¿Y tu hermana? —preguntó—. ¿Y el hijo de Jon? ¿Qué sabemos de ellos?

—El mensaje decía solo que se encontraban bien, y que habían vuelto al Nido de Águilas —dijo Catelyn—. Yo preferiría que hubieran ido a Aguasdulces. El Nido está tan arriba, es tan solitario... Además, fue siempre el hogar de Jon, no el de mi hermana. El recuerdo de su esposo estará en cada piedra. La conozco bien. Necesita el consuelo y el apoyo de su familia y amigos.

—Tu tío está en el Valle, ¿no? Tengo entendido que Jon lo nombró Caballero de la Puerta.

—Brynden hará todo lo que pueda por ella y por el niño —asintió Catelyn—. Eso me tranquiliza un poco, pero...

—Ve con ella —le pidió Ned—. Llévate a los niños. Animad los salones con ruido, con gritos, con risas. Su hijo necesita la compañía de otros niños, y no podemos dejar sola a Lysha en estos momentos.

—Ojalá pudiera seguir tu consejo —dijo Catelyn—. La carta traía otras noticias. El rey está de camino hacia Invernalia, viene a buscarte.

Ned tardó un momento en entender qué le decía, pero cuando lo comprendió desapareció la nube que le oscurecía los ojos.

—¿Robert viene hacia aquí?

Catelyn asintió, y el rostro de su esposo se iluminó con una sonrisa.

A ella le habría gustado compartir su alegría. Pero había oído las habladurías en los patios: una loba huargo muerta en la nieve, con un asta rota en la garganta. El miedo le retorcía el estómago como una serpiente que se le enroscara en las entrañas, pero se obligó a sonreír para aquel hombre al que amaba, aquel hombre que no creía en los presagios.

—Ya me imaginaba que te alegrarías —dijo—. Tenemos que avisar a tu hermano, que está en el Muro.

—Desde luego —asintió Ned—. Ben no se lo perdería por nada del mundo. Le diré al maestre Luwin que envíe su pájaro más veloz. —Ned se levantó y la ayudó a ponerse en pie—. Ese hijo de... ¿Cuántos años han pasado? ¿Y no se le ocurre avisarnos con más antelación? ¿Decía el mensaje cuántas personas venían en el grupo?

—Calculo que, como mínimo, cien caballeros, con todos sus criados, y por lo menos cincuenta jinetes libres. También vienen Cersei y los niños.

—Robert querrá que vayan cómodos; no forzará mucho la marcha —dijo él
—. Mejor, así tendremos más tiempo para los preparativos.

—Con la comitiva viajan también los hermanos de la reina.

Ned hizo una mueca. No sentía el menor afecto hacia la familia de la reina, y era recíproco. Catelyn lo sabía muy bien. Los Lannister de Roca Casterly se habían unido muy tarde a la causa de Robert, cuando la victoria ya estaba asegurada, y aquello no se lo había perdonado jamás.

—En fin, si por el placer de tener aquí a Robert tengo que soportar una plaga de Lannisters, qué le vamos a hacer. Por lo visto, Robert se trae a la mitad de su corte.

—Allá donde va el rey, el reino lo sigue —señaló Catelyn.

—Tengo muchas ganas de ver a los chiquillos. El pequeño todavía mamaba del pecho de la Lannister la última vez que nos encontramos. Ahora debe de tener ya cinco años, ¿no?

—El príncipe Tommen ha cumplido ya los siete. Tiene la edad de Bran. Por favor, Ned, cuidado con lo que dices. La Lannister es nuestra reina, y se dice que su orgullo aumenta con cada día que pasa.

—Tenemos que organizar un banquete con trovadores —dijo Ned apretándole la mano—, faltaría más, y seguro que Robert quiere salir de caza. Enviaré a Jory hacia el sur con una guardia de honor para que los reciba en el camino Real y les proporcione escolta hasta aquí. Dioses, ¿cómo vamos a dar de comer a tanta gente? ¿Y ya están en camino? Ese condenado... Voy a darle de patadas en su culo de rey.

Su hermano le mostró el vestido largo para que lo examinara.

—Mira qué belleza. Tócalo. Venga, acaricia la tela.

Dany lo tocó. El tejido era tan suave que parecía deslizarse como agua entre los dedos. Nunca había llevado nada tan delicado. Se asustó y apartó la mano.

—¿De verdad es para mí?

—Un regalo del magíster Illyrio —asintió Viserys con una sonrisa. Aquella noche, su hermano estaba de buen humor—. Este color te resaltará el violeta de los ojos. Y también dispondrás de oro, y de joyas de toda clase. Me lo ha prometido Illyrio. Esta velada debes parecer una princesa.

« Una princesa », pensó Dany. Ya se había olvidado de cómo era aquello. Quizá nunca lo hubiera sabido del todo.

—¿Por qué nos ayuda tanto? —preguntó—. ¿Qué quiere de nosotros?

Llevaban casi medio año viviendo en la casa del magíster, comiendo en su mesa y mimados por sus criados. Dany tenía trece años, edad suficiente para saber que regalos como aquellos rara vez eran desinteresados allí, en la Ciudad Libre de Pentos.

—Illyrio no es ningún idiota —dijo Viserys. Era un joven flaco, con manos nerviosas y ojos color lila, siempre febriles—. El magíster sabe que, cuando esté sentado en mi trono, no olvidaré a mis amigos.

Dany no dijo nada. El magíster Illyrio comerciaba con especias, piedras preciosas, huesodragón y otras mercancías menos delicadas. Según los rumores, tenía amigos repartidos por las Nueve Ciudades Libres, y aún más lejos, en Vaes Dothrak y en las legendarias tierras que se extendían más allá del mar de Jade. También se decía que jamás había tenido un amigo al que no hubiera vendido de buena gana por un precio razonable. Dany oía los comentarios en las calles y se enteraba de aquellas cosas, pero nunca se le ocurriría discutir con su hermano mientras este tejía sus redes de sueños. No quería, bajo ningún concepto, suscitar su ira, lo que Viserys llamaba « despertar al dragón ».

—Illyrio va a enviar a las esclavas para que te bañen —dijo su hermano después de colgar el vestido largo junto a la puerta—. Quitate bien la peste a establo. Khal Drogo ya tiene mil caballos; esta noche busca una montura distinta.

—La examinó con gesto crítico—. Sigues igual de desgarbada. Enderézate. —Le empujó los hombros hacia atrás con las manos—. Que se enteren de que ya tienes formas de mujer. —Le rozó ligeramente los pechos incipientes y pellizcó un pezón—. No me falles esta noche. Si me fallas, lo pagarás caro. No querrás despertar al dragón, ¿verdad? —Le dio un pellizco retorcido y doloroso a través del tejido basto de la túnica—. ¿Verdad? —insistió.

—No —respondió Dany dócilmente.

—Muy bien. —Le dedicó una sonrisa y le tocó el pelo casi con afecto—.

Cuando escriban la historia de mi reinado, dirán que comenzó esta noche, hermanita.

En cuanto él se marchó, Dany se dirigió hacia la ventana y contempló pensativa las aguas de la bahía. Las torres cuadradas de ladrillo que conformaban el perfil de Pentos eran siluetas negras ante el cielo del ocaso. Dany alcanzaba a oír los cánticos de los sacerdotes rojos, que estaban encendiendo las hogueras nocturnas, y los gritos de los chiquillos harapientos que jugaban al otro lado de los muros de la hacienda. Durante un momento deseó con todas sus fuerzas estar allí fuera con ellos, descalza, jadeante y vestida con harapos; sin pasado a sus espaldas, sin futuro, y sobre todo sin la perspectiva de asistir a un banquete en la mansión de Khal Drogo.

En algún lugar hacia el poniente, más allá del mar Angosto, se extendía una tierra de colinas verdes, llanuras en flor y anchos ríos caudalosos, donde torres de piedra oscura se alzaban entre imponentes montañas grisáceas y caballeros con armadura cabalgaban hacia la batalla bajo los estandartes de sus señores. Los dothrakis denominaban aquel lugar *Rhaesh Andahli*, Tierra de los Ándalos. En las Ciudades Libres se hablaba de los ponentis y de los Reinos del Ocaso. Su hermano utilizaba un nombre más sencillo, la llamaba *nuestra tierra*. Para él, aquellas palabras eran como una plegaria. Si las repetía con frecuencia suficiente, los dioses acabarían por escucharlas. «Nuestra por derecho de sangre; solo la traición nos la arrebató, pero sigue siendo nuestra, será nuestra eternamente. No se le puede robar a un dragón lo que es suyo. No, no. El dragón recuerda».

Quizá el dragón recordara, pero Dany no. Nunca había visto aquella tierra que, según su hermano, les pertenecía, aquel reino más allá del mar Angosto. Los lugares de los que le hablaba, Roca Casterly y el Nido de Águilas, Altojardín y el Valle de Arryn, Dorne y la isla de los Rostros... no eran más que palabras para ella. Viserys tenía ocho años cuando salieron huyendo de Desembarco del Rey para escapar de los ejércitos del Usurpador, pero en aquellos días Daenerys no era más que un proyecto en el vientre de su madre.

Pero su hermano le había contado tantas veces aquellas historias que, en ocasiones, Dany llegaba a imaginar cómo había sido todo. La huida a medianoche hacia Rocadragón, con la luz de la luna reflejada en las velas negras del barco. Su hermano Rhaegar luchando contra el Usurpador en las aguas ensangrentadas del Tridente y muriendo por la mujer a la que amaba. El saqueo de Desembarco del Rey a manos de aquellos a los que Viserys llamaba *los perros del Usurpador*, los señores Lannister y Stark. La princesa Elia de Dorne suplicando piedad mientras le arrancaban del pecho al heredero de Rhaegar y lo asesinaban ante sus ojos. Los cráneos bruñidos de los últimos dragones, mirando sin ver desde las paredes del salón del trono donde el Matarreyes le había abierto la garganta a su padre con una espada dorada.

Ella había nacido en Rocadragón nueve lunas después de la huida, durante una tormenta de verano que amenazaba con quebrantar la solidez de la propia isla. Se dijo que la tormenta había sido espantosa. La flota de los Targaryen, anclada cerca de allí, quedó destruida; el viento arrancó enormes bloques de piedra de los parapetos y los precipitó a las aguas embravecidas del mar Angosto. Su madre había muerto en el parto, y aquello jamás se lo había perdonado Viserys.

Dany tampoco tenía recuerdos de Rocadragón. Habían huido de nuevo justo antes de que el hermano del Usurpador se hiciera a la mar con la nueva flota. Para entonces, de los Siete Reinos que habían sido suyos ya solo les quedaba Rocadragón, la cuna de su antigua casa. No lo conservarían mucho tiempo. La guarnición tenía intención de venderlos al Usurpador, pero una noche ser Willem Darry y otros cuatro leales entraron en las habitaciones de los niños y se los llevaron junto con su aya. Protegidos por la oscuridad, pusieron rumbo hacia el refugio que les ofrecía la costa braavosi.

Recordaba vagamente a ser Willem, un hombretón corpulento y canoso, casi ciego, que rugía órdenes desde el lecho de enfermo. Los criados le tenían pánico, pero con Dany siempre fue amable. La llamaba *princesita* y, a veces, *mi señora*, y tenía las manos suaves como el cuero viejo. Pero nunca salía de la cama, y el hedor a enfermedad, un olor dulzón, cálido y húmedo, lo envolvía día y noche. Aquello fue mientras vivieron en Braavos, en la casa grande con la puerta roja. Allí Dany había tenido una habitación para ella sola, y junto a su ventana crecía un limonero. Cuando murió ser Willem, los criados les robaron el poco dinero que les quedaba y se marcharon, y poco después el dueño de la gran casa los puso de patitas en la calle. Dany lloró amargamente cuando la puerta roja se cerró tras ellos para siempre.

Desde entonces habían seguido vagando, de Braavos a Myr, de Myr a Tyrosh, y de allí a Qohor, a Volantis y a Lys. Nunca se quedaban mucho tiempo en ningún lugar. Su hermano se negaba. Insistía en que los asesinos a sueldo del Usurpador les pisaban los talones, aunque Dany jamás había visto a ninguno.

Al principio los magísteres, arcones y príncipes mercaderes estaban encantados de recibir a los últimos Targaryen en sus hogares y a sus mesas, pero a medida que pasaban los años y el Usurpador seguía ocupando el Trono de Hierro, las puertas se les cerraron y sus vidas eran cada vez más miserias. Hacía mucho que se habían visto obligados a vender los últimos tesoros que conservaban, y ya no les quedaba ni el dinero de la corona de su madre. En los callejones y tabernuchas de Pentos llamaban a su hermano *el Rey Mendigo*. Dany prefería no saber cómo la llamaban a ella.

—Algún día lo recuperaremos todo, hermanita —le prometía él. A veces le temblaban las manos al hablar del tema—. Las joyas y las sedas, Rocadragón y Desembarco del Rey, el Trono de Hierro y los Siete Reinos. Volveremos a tener

todo lo que nos arrebataron.

Viserys vivía pensando solo en aquel día. En cuanto a Dany, lo único que quería recuperar era la casa grande de la puerta roja y el limonero junto a su ventana, la infancia que no había llegado a tener.

Llamaron suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo Dany mientras se apartaba de la ventana.

Las criadas de Illyrio entraron, hicieron una reverencia y pusieron manos a la obra. Eran esclavas, un regalo de uno de los muchos amigos dothrakis del magister; en la Ciudad Libre de Pentos no existía la esclavitud. Sin embargo, eran esclavos. La anciana, menuda y gris como un ratoncillo, no abría nunca la boca, pero la jovencita lo compensaba con creces. Aquella chica de ojos azules y pelo rubio que no paraba de parlotear mientras trabajaba era, a sus diecisés años, la favorita de Illyrio.

Le llenaron la bañera con agua caliente que habían subido de la cocina, y la perfumaron con aceites aromáticos. La jovencita ayudó a Dany a quitarse la túnica de algodón basto por encima de la cabeza y a meterse en la bañera. El agua estaba casi hirviendo, pero Daenerys no hizo ni un gesto, no dijo nada. Le gustaba el calor. La hacía sentir limpia. Además, su hermano le decía a menudo que nada era demasiado caliente para un Targaryen.

«Nuestra casa es la casa del dragón. Llevamos el fuego en la sangre», aquellas eran sus palabras.

La anciana le lavó la larga cabellera, tan rubia que era casi plateada, y se la desenredó suavemente, siempre en el más completo silencio. La chica le frotaba la espalda y los pies, y le comentaba la suerte que tenía.

—Drogo es tan rico que hasta sus esclavos llevan collares de oro. En su *khalasar* cabalgan cien mil hombres; su palacio de Vaes Dothrak tiene doscientas habitaciones, todas con puertas de plata maciza.

Y siguió sin cesar, largo rato, acerca de lo guapo que era el *khal*, alto y valiente, audaz en la batalla, el mejor jinete que jamás hubiera montado a lomos de un caballo, un arquero perfecto... Daenerys no dijo nada. Siempre había dado por supuesto que, cuando llegara a la mayoría de edad, se casaría con Viserys. Los Targaryen se habían casado entre hermanos durante siglos, desde que Aegon el Conquistador había desposado a sus hermanas. Viserys le había dicho mil veces que tenían que mantener pura la estirpe; por sus venas corría sangre de reyes, la sangre dorada de la vieja Valyria, la sangre del dragón. Los dragones no se apareaban con las bestias del campo, y los Targaryen no mezclaban su sangre con la de hombres inferiores. Sin embargo, Viserys hacía planes para vendérsela a un bárbaro.

Cuando estuvo aseada, las esclavas la ayudaron a salir del agua y la secaron con toallas. La chica le cepilló la cabellera hasta que quedó brillante como plata fundida, mientras la anciana la ungía con el perfume florespecia de las llanuras

dothraki: una gota en cada muñeca, detrás de las orejas, en los pezones, y la última, toda frescor, entre las piernas. La vistieron con las prendas etéreas que le había enviado el magister Illyrio y le pusieron el vestido largo, de oscura seda color ciruela para que le resaltara el violeta de los ojos. La joven le calzó las sandalias doradas mientras la anciana le colocaba la diadema en el pelo y le deslizaba pulseras de oro con incrustaciones de amatistas en las muñecas. Por último le pusieron el collar, un grueso torques dorado con grabados de antiguos jeroglíficos valyrios.

—Ahora pareces toda una princesa —le dijo la chica, asombrada, cuando terminaron.

Dany contempló su imagen en el espejo azogado que Illyrio, siempre atento, le había proporcionado.

«Una princesa», pensó. Pero recordó lo que le había dicho la joven, que Khal Drogo era tan rico que hasta sus esclavos llevaban collares de oro. Sintió un escalofrío repentino y se le erizó el vello de los brazos desnudos.

Su hermano la esperaba en el fresco salón recibidor. Estaba sentado al borde de la piscina y removía el agua con los dedos. Al verla llegar, se levantó y la examinó con ojo crítico.

—Quédate ahí —le dijo—. Da una vuelta. Sí. Bien. Tienes un aspecto...

—Regio —intervino el magister Illyrio, que en aquel momento cruzaba el arco de la entrada. Se movía con una delicadeza sorprendente en un hombre tan corpulento. Bajo las prendas sueltas de seda de colores llamativos, los pliegues de grasa se le movían al caminar. Llevaba anillos en todos los dedos, y su criado le había aceitado la barba amarilla dividida en dos partes para que brillara como oro de verdad—. Que el Señor de Luz os llene de bendiciones en este día venturoso, princesa Daenerys —añadió al tiempo que le tomaba la mano. Hizo una inclinación galante con la cabeza, y los dientes amarillentos y podridos se le asomaron durante un momento entre el oro de la barba—. Es una auténtica visión, alteza, una auténtica visión —le dijo a su hermano—. Drogo se quedará extasiado.

—Está muy flaca —replicó Viserys. Tenía el pelo rubio plata, como ella, y lo llevaba recogido hacia atrás y sujeto con un prendedor de huesodragón. Le daba un aspecto severo, que le enfatizaba los rasgos duros y huesudos del rostro. Apoyó la mano en el puño de la espada que le había prestado Illyrio—. ¿Estás seguro de que a Khal Drogo le gustan las mujeres tan jóvenes?

—Ya le ha llegado la primera sangre. Es suficientemente mayor para el *khal* —le respondió Illyrio por enésima vez—. Y miradla ahora. Ese pelo tan rubio, esos ojos violeta... La sangre de la antigua Valyria corre por sus venas, no cabe duda, no cabe duda. Además, es la hija del viejo rey y la hermana del nuevo; Drogo enloquecerá por ella.

Cuando le soltó la mano, Dany se dio cuenta de que la suya temblaba.

—Tienes razón —dijo su hermano, titubeante—. A esos bárbaros les gustan cosas muy raras. Niños, caballos, ovejas...

—Será mejor que no se lo digáis a Khal Drogo —señaló Illyrio.

—¿Me tomas por idiota? —La ira relampagueó en los ojos lila de Viserys.

—Os tomo por un rey —contestó el magíster con una ligera reverencia—. Los reyes no adoptan las mismas precauciones que los hombres vulgares. Perdonadme si os he ofendido. —Se volvió y dio unas palmadas para llamar a los porteadores.

Las calles de Pentos estaban ya oscuras cuando se pusieron en marcha en el palanquín de Illyrio, decorado con tallas muy elaboradas. Dos criados caminaban delante para iluminarles el camino con recargadas lámparas de aceite de cristal azul claro, mientras una docena de hombres fuertes cargaban las varas sobre sus hombros. Dentro, tras las cortinas, hacia calor e iban demasiado apretados. Dany percibía con claridad el hedor de las carnes pálidas de Illyrio incluso a través de sus perfumes pegajosos.

Su hermano, que iba junto a ella tendido entre almohadones, no se daba cuenta. Su mente estaba muy lejos, al otro lado del mar Angosto.

—No nos hará falta todo su *khalasar* —dijo Viserys. Jugueteaba con el pomo de la espada prestada, aunque Dany sabía que nunca había blandido ninguna por necesidad—. Me bastará con diez mil. Sí, con diez mil dothrakis puedo arrasar los Siete Reinos. Y hay otros que tampoco quieren al Usurpador. Tyrell, Redwyne, Darry, Greyjoy... Los de Dorne arden en deseos de vengar la muerte de Elia y de sus hijos. Y el pueblo llano estará con nosotros. Claman por su rey. —Miró a Illyrio con ansiedad—. ¿No es cierto?

—Son vuestro pueblo, y os aman —dijo el magíster Illyrio, afable—. A lo largo y ancho de todo el reino, en todos los poblados, los hombres brindan por vos en secreto y las mujeres bordan dragones en los estandartes y los esconden a la espera del día en que volváis cruzando las aguas. —Se encogió de hombros—. Al menos, eso me dicen mis agentes.

Dany no disponía de agentes ni de manera alguna de saber qué hacía o pensaba el pueblo al otro lado del mar Angosto, pero desconfiaba de las palabras aduladoras de Illyrio. En realidad, desconfiaba de todo lo que procediera de él. En cambio, su hermano asentía con entusiasmo.

—Yo mismo me encargaré de dar muerte al Usurpador —prometió el joven, que nunca había matado a nadie—, igual que él mató a mi hermano Rhaegar. Y también acabaré con Lannister, el Matarreyes, por lo que le hizo a mi padre.

—Eso sería de lo más apropiado —dijo el magíster Illyrio.

Dany vio asomarse una sonrisa entre los labios regordetes, pero su hermano no se dio cuenta. Viserys asintió y apartó una cortina para contemplar la calle. Dany supo que estaba luchando una vez más en la batalla del Tridente.

La mansión de nueve torreones de Khal Drogo se alzaba junto a las aguas de

la bahía, con los altos muros de ladrillo cubiertos de hiedra clara. Illyrio les había dicho que fue un regalo de los magísteres de Pentos al *khal*. Las Ciudades Libres siempre eran así de generosas con los señores de los caballos.

—No es que tengamos miedo de esos bárbaros —les explicó con una sonrisa—. El Señor de Luz defendería los muros de nuestra ciudad contra un millón de dothrakis... o eso nos aseguran los sacerdotes rojos. Pero ¿para qué correr riesgos, cuando la amistad se puede comprar a tan bajo precio?

El palanquín se detuvo ante la puerta de la finca, y uno de los guardias de la casa apartó bruscamente los cortinajes. Tenía la piel cobriza y los ojos almendrados de los dothrakis, pero iba afeitado y llevaba el casco de bronce con punta de los Inmaculados. Les dirigió una mirada fría. El magíster Illyrio le gruñó algo en el áspero idioma dothraki; el guardia replicó de la misma manera y les hizo una señal para que cruzaran la puerta.

Dany advirtió que su hermano tenía la mano crispada sobre la empuñadura de la espada ajena. Parecía casi tan asustado como ella.

—Eunuco insolente —murmuró Viserys mientras el palanquín se alzaba de nuevo y se dirigía hacia la casa.

—Esta noche habrá muchos hombres importantes en el banquete. —Las palabras del magíster Illyrio eran pura miel—. Son personas que tienen enemigos. El *khal* está obligado a proteger a sus invitados, sobre todo a vos, alteza. No cabe duda de que el Usurpador pagaría mucho por vuestra cabeza.

—Sí, claro —asintió Viserys, sombrío—. Ya lo ha intentado más de una vez, Illyrio. Sus asesinos a sueldo nos siguen adondequiero que vayamos. Soy el último dragón, y no podrá dormir tranquilo mientras yo viva.

El palanquín amainó la marcha y se detuvo. Alguien apartó los cortinajes, y un esclavo le tendió la mano a Daenerys para ayudarla a salir. Dany se fijó en que el collar que llevaba era de bronce corriente. Su hermano la siguió, todavía con la mano sobre la empuñadura de la espada, aferrándola con fuerza. Hizo falta la ayuda de dos hombres fuertes para poner de nuevo en pie al magíster Illyrio.

En el interior de la casa, el olor a especias, a limón dulce y a canela creaba una atmósfera casi palpable. Los acompañaron hasta un salón recibidor en el que había una vidriera de cristal coloreado que representaba la Maldición de Valyria. A lo largo de las paredes se quemaba aceite en lámparas de hierro negro. Un eunuco situado bajo un arco de piedra con motivos vegetales anunció su llegada.

—Viserys de la casa Targaryen, el tercero de su nombre —proclamó con voz alta y clara—, rey de los ándalos, los rohynar y los primeros hombres, señor de los Siete Reinos y Protector del Reino. Su hermana, Daenerys de la Tormenta, princesa de Rocadragón. Su honorable anfitrión, Illyrio Mopatis, magíster de la Ciudad Libre de Pentos.

Pasaron junto al eunuco para acceder a un patio de muros cubiertos de hiedra

clara. La luz de la luna teñía las hojas con tonalidades hueso y plata mientras los invitados paseaban ante ellas. Muchos eran señores dothrakis de los caballos, hombres corpulentos de piel rojiza, con largos bigotes adornados con anillos de metal y cabelleras negras bien aceitadas, trenzadas y llenas de campanillas. Pero entre ellos había también jaques y mercenarios de Pentos, Myr y Tyrosh; un sacerdote rojo aún más gordo que Illyrio; hombres velludos del Puerto de Ibben, y señores de las islas del Verano, de piel oscura como el ébano. Daenerys los miró, maravillada... y, de pronto, con un escalofrío de temor, se dio cuenta de que era la única mujer entre los presentes.

—Aquellos tres de allí son jinetes de sangre de Drogo —les susurró Illyrio, inclinándose hacia ellos—. El que está junto a la columna es Khal Moro, con su hijo Rhogoro. El hombre de la barba verde es el hermano del arconte de Tyrosh, y el que está detrás de él es ser Jorah Mormont.

—¿Un caballero? —preguntó Daenerys. El último nombre le había llamado la atención.

—Ni más ni menos. —Illyrio sonrió tras la barba—. Ungido con los siete óleos por el mismísimo septón supremo.

—¿Qué hace aquí?

—El Usurpador quería ajusticarlo —les dijo Illyrio—. Alguna disputa sin importancia. Creo que vendió unos cazadores furtivos a un esclavista tyroshi en vez de entregarlos a la Guardia de la Noche. Una ley absurda. Cada uno tendría que ser libre de hacer lo que quisiera en sus tierras.

—Quiero hablar con ser Jorah antes de que acabe la velada —dijo su hermano.

Dany se sorprendió a sí misma mirando al caballero con curiosidad. Era un hombre de cierta edad, más de cuarenta años, y tenía una calvicie incipiente, pero parecía fuerte y en forma. Sus ropas no eran de seda y algodón, sino de lana y cuero. Llevaba una túnica color verde oscuro, con el bordado de un oso negro alzado sobre las patas traseras.

Aún estaba mirando a aquel hombre extraño de su tierra natal al que no había visto nunca cuando el magíster Illyrio le puso una mano húmeda en el hombro desnudo.

—Venid, mi querida princesa —susurró—. Ahí está el *khal* en persona.

Dany sintió deseos de huir y esconderse, pero su hermano estaba mirándola. Sabía que, si lo disgustaba, despertaría al dragón. Se volvió con el corazón en un puño, y miró al hombre que, si Viserys se salía con la suya, la pediría en matrimonio antes de que acabara la noche.

«La joven esclava no andaba desencaminada», pensó. Khal Drogo era un palmo más alto que el hombre de mayor estatura de la sala, pero su andar era ligero, tan elegante como el de la pantera de la casa de fieras de Illyrio. También era más joven de lo que Dany pensaba; no tendría más de treinta años. Tenía la

piel del color del cobre bruñido, y lucía muchos anillos de oro y bronce en el espeso bigote.

—Tengo que ir a presentar mis respetos —dijo el magíster—. Esperad aquí, le diré que venga.

—¿Le has visto la trenza, hermanita? —le preguntó Viserys mientras Illyrio se alejaba, agarrándola del brazo con tanta fuerza que le hizo daño.

La trenza de Drogo era negra como la noche; estaba impregnada de aceites aromáticos y adornada con multitud de campanillas que tintineaban suavemente cada vez que se movía. Le colgaba por debajo de la cintura, más abajo incluso de las nalgas, y la punta le rozaba la parte trasera de los muslos.

—¿Ves lo larga que la lleva? —continuó Viserys—. Cuando un dothraki cae derrotado en combate, le cortan la trenza para que todo el mundo sepa que ha sido avergonzado. Khal Drogo nunca ha perdido una batalla. Es la reencarnación de Aegon Lorddragón, y tú vas a ser su reina.

Dany contempló a Khal Drogo. Tenía el rostro severo y cruel, con ojos tan fríos y oscuros como el ónice. Su hermano la golpeaba a veces, cuando ella despertaba al dragón, pero no le daba miedo de la misma manera que aquel hombre.

—No quiero ser su reina —se oyó decir con voz frágil, queda—. Por favor, Viserys, por favor, no quiero. Quiero irme a casa.

—A casa? —No levantó la voz, pero la ira reverberaba en ella—. ¿Cómo vamos a volver a casa, hermanita? ¡Nos quitaron nuestra casa! —La arrastró hacia las sombras, fuera de la vista de los demás; hundió los dedos en la piel de la niña—. ¿Cómo vamos a volver a casa? —repitió, pensando en Desembarco del Rey y en Rocadragón, y en todo el reino que habían perdido.

Dany se refería solo a sus habitaciones en la hacienda de Illyrio, que sin duda no eran su verdadero hogar, pero no tenían otra cosa. Su hermano ni siquiera pensaba en aquello. Allí no tenía nada parecido a un hogar. Ni la casa grande de la puerta roja había sido un hogar para él. La aferró con más fuerza todavía, exigiendo una respuesta.

—No lo sé... —dijo al final Dany con la voz quebrada y los ojos llenos de lágrimas.

—Yo sí —dijo él con voz cortante—. Vamos a volver a casa con un ejército, hermanita. Vamos a volver con el ejército de Khal Drogo. Y si para eso tienes que casarte y acostarte con él, lo harás. —Sonrió—. Si hiciera falta dejaría que te follara todo su *khalasar*, hermanita, los cuarenta mil hombres uno tras otro, y también sus caballos si con eso consiguiera mi ejército. Da gracias de que sea solo Drogo. Con el tiempo, hasta puede que te guste. Venga, sécate los ojos. Illyrio lo trae hacia aquí, y no quiero que te vea llorar.

Dany se giró y vio que era verdad. El magíster Illyrio, todo sonrisas y reverencias, acompañaba a Khal Drogo hacia ellos. Se secó con el dorso de la

mano las lágrimas que no había llegado a derramar.

—Sonríe —susurró Viserys, nervioso, con la mano otra vez en la empuñadura de la espada—. Y haz el favor de erguirte. Que vea que tienes tetas. Ya andas bastante escasa aunque te pongas derecha.

Daenerys sonrió y se irguió.

Los visitantes entraban como un río de oro, plata y acero bruñido por las puertas del castillo, más de trescientos, la élite de sus vasallos, los caballeros, las espadas juramentadas y los jinetes libres. Sobre ellos ondeaba una docena de estandartes dorados, agitados por el viento del norte, en los que se veía el venado coronado de Baratheon.

Ned conocía a muchos de los jinetes. Allí estaba ser Jaime Lannister, de cabellos tan brillantes como el oro batido, y Sandor Clegane, con el espantoso rostro quemado. El muchachito alto que cabalgaba junto a él únicamente podía ser el príncipe heredero, y el hombrecillo atrofiado que iba detrás de ellos era sin lugar a dudas el Gnomo, Tyrion Lannister.

Pero el hombretón corpulento que cabalgaba al frente de la columna, flanqueado por dos caballeros con las capas níveas de la Guardia Real, era casi un desconocido para Ned... hasta que se bajó del caballo de guerra con un rugido harto familiar, y lo estrechó en un abrazo de oso que le hizo crujir los huesos.

—¡Ned! ¡Cómo me alegro de verte! ¡Sigues igual, no sonrías ni aunque te maten! —El rey lo examinó de pies a cabeza y soltó una carcajada—. ¡No has cambiado nada!

Ned habría deseado poder decir lo mismo. Habían pasado quince años desde que cabalgaran juntos para conquistar un trono. El señor de Bastión de Tormentas era entonces un joven de rostro afeitado, ojos claros y torso musculoso; el sueño de cualquier doncella. Con casi dos varas y media de altura, se erguía por encima de todos los demás, y cuando se ponía la armadura y el gran yelmo astado de su casa, se convertía en un verdadero gigante. También tenía la fuerza de un gigante, y su arma favorita era un martillo de guerra de hierro que Ned apenas si podía levantar. En aquellos tiempos, el olor del cuero y la sangre lo envolvía como un perfume.

Muchos años después era el perfume lo que lo envolvía como un perfume, y tenía una circunferencia tan excepcional como su estatura. Ned había visto al rey por última vez nueve años atrás, durante la rebelión de Balon Greyjoy, cuando el venado y el lobo huargo se unieron para poner fin a las pretensiones del que se había proclamado rey de las islas del Hierro. Desde aquella noche en que estuvieron juntos ante la fortaleza vencida, donde Robert aceptó la rendición del señor y Ned se llevó a su hijo Theon como rehén y pupilo, el rey había engordado al menos cuatro arrobias. Lucía una barba negra y tan basta como el alambre, que por lo menos servía para ocultar la papada y los temblorosos mofletes del rey, pero nada podía disimular la barriga ni las bolsas oscuras bajo los ojos.

Pero Robert era también el rey de Ned, ya no era solo un amigo. No podía decirle aquello.

—Alteza —fue su saludo—. Invernalia está a vuestra disposición.

El resto del grupo también había desmontado, y los mozos de cuadra acudieron a llevarse los caballos. La reina consorte de Robert, Cersei Lannister, entró a pie junto con sus hijos menores. La casa sobre ruedas en que habían viajado, un enorme carroaje de dos pisos hecho de roble y metales dorados, que remolcaban cuarenta caballos de tiro, era tan ancha que no podía pasar por las puertas del castillo. Ned hincó una rodilla en la nieve para besar el anillo de la reina, mientras Robert abrazaba a Catelyn como si fuera una hermana largo tiempo ausente. A continuación presentaron a sus respectivos hijos, con los comentarios típicos por parte de los adultos.

—Llévame a tu cripta, Eddard —le dijo el rey a su anfitrión en cuanto terminaron las formalidades del recibimiento—. Quiero presentar mis respetos.

El corazón de Ned se llenó de afecto hacia el rey, por recordarla aún después de tantos años. Pidió una lámpara de aceite. No hacía falta decir más. La reina había iniciado una protesta: llevaban viajando desde el amanecer, todos estaban cansados y tenían frío; lo primero era descansar un rato. Que los muertos esperasen. No dijo más. Robert le había dirigido una mirada, y su hermano mellizo, Jaime, la agarró por un brazo y la apartó de allí en silencio.

Ned y aquel rey al que apenas reconocía bajaron juntos a la cripta. Los tortuosos peldaños de piedra eran estrechos. Ned iba delante con la lámpara.

—Ya pensaba que no íbamos a llegar nunca a Invernalia —se quejó Robert mientras descendían—. Tal como se habla de mis Siete Reinos en el sur, uno tiene tendencia a olvidar que tu parte es tan grande como los otros seis juntos.

—Espero que hayáis tenido un buen viaje, alteza.

—Pantanosa, bosques, campos y ni una posada decente al norte del Cuello —dijo Robert con un bufido—. En la vida había visto nada tan inhóspito. ¿Dónde vive toda tu gente?

—Puede que sea demasiado tímida para salir —bromeó Ned. Ya notaba el frío que subía de la cripta, un aliento gélido procedente del centro de la tierra—. No se ven muchos reyes en el norte.

—En cambio, sí se ven muchas nevadas de finales de verano. ¡Nieve, Ned! ¡Nada menos que nieve! —Tuvo que apoyarse contra la pared para mantener el equilibrio en la bajada.

—Sí, aquí son frecuentes —dijo Ned—. Espero que no os molestaran. Por lo general son nevadas ligeras.

—Los Otros se lleven tus nevadas ligeras —maldijo Robert—. ¿Cómo será este lugar en invierno? No quiero ni pensarlo.

—Los inviernos son duros —admitió Ned—. Pero los Stark lo soportaremos, como siempre hemos hecho.

—Tienes que venir al sur —le dijo Robert—. Tienes que probar el verano antes de que se acabe. En Altojardín hay campos enteros de rosas doradas que se

extienden hasta donde alcanza la vista. Las frutas están tan maduras que estallan en la boca. Hay melones, melocotones y ciruelas de fuego más dulces que nada que hayas probado. Ya verás, te he traído unas pocas. Hasta en Bastión de Tormentas, con ese viento que sopla de la bahía, durante el día hace tanto calor que no dan ganas ni de moverse. ¡Y no te imaginas cómo están las ciudades, Ned! Hay flores por todas partes; los mercados están a rebosar de comida; los vinos veraniegos son tan baratos y tan buenos que te puedes emborrachar solo con respirar cerca de ellos. Todos los ciudadanos están gordos y borrachos, y se han hecho ricos. —Se echó a reír y se palmeó el estómago prominentemente—. ¡Y las mujeres, Ned! —exclamó, con los ojos chispeantes—. Te juro que parece que, con el calor, las mujeres se olvidan del recato. Nadan desnudas en el río, justo ante los muros del castillo. En las calles hace demasiado calor para la ropa de lana o piel, así que van por ahí con esos vestiditos cortos, de seda si tienen dinero y de algodón si no, pero qué más da, en cuanto empiezan a sudar, el tejido se les pega a la piel y es como si fueran desnudas. —El rey se rio con ganas.

Robert Baratheon siempre había sido hombre de apetitos voraces, poco dado a negarse ningún placer. No era nada de lo que se pudiera culpar a Eddard Stark, pero Ned advirtió que aquellos placeres se estaban cobrando su precio. Cuando llegaron al pie de las escaleras, Robert jadeaba, y se le veía el rostro congestionado a la luz de la lámpara mientras se adentraban en la oscuridad de la cripta.

—Alteza —dijo Ned con respeto.

Movió la lámpara en un semicírculo amplio. Las sombras se agitaron en torno a ellos. La luz temblorosa tocó las piedras del suelo, y fue acariciando una larga procesión de columnas de granito que se alejaban a pares en la oscuridad. Entre las columnas estaban los muertos, sentados en tronos de piedra contra las paredes, la espalda apoyada en los sepulcros que contenían sus restos mortales.

—Ella está al final, con mi padre y con Brandon.

Abrió la marcha entre las columnas, y Robert lo siguió sin decir palabra, titirando en aquel frío subterráneo. Allí jamás hacía calor. Las pisadas de los dos hombres resonaban sobre las piedras y despertaban ecos en la bóveda del techo mientras caminaban entre los muertos de la casa Stark. Los señores de Invernalia contemplaban su paso. Sus efigies estaban talladas en las piedras que sellaban las tumbas, sentadas en largas hileras, con los ojos ciegos fijos en la oscuridad eterna y con grandes lobos huargo de piedra tendidos a sus pies. Las sombras trémulas hacían que las figuras de piedra parecieran agitarse cuando los vivos pasaban ante ellas.

Según la antigua costumbre, todos los que habían sido señores de Invernalia tenían una espada larga cruzada sobre el regazo para mantener a los espíritus vengativos en sus criptas. Las más viejas se habían ido oxidando hasta reducirse a polvo hacia ya mucho tiempo, y solo quedaban unas manchas rojas allí donde el

metal había descansado sobre la piedra. Ned se preguntó si aquello significaría que los fantasmas vagababan libremente por el castillo. Esperaba que no. Los primeros señores de Invernalia habían sido hombres tan duros como la tierra sobre la que gobernaban. En los siglos previos a que los Señores Dragón llegaran por mar, nunca habían jurado lealtad a hombre alguno, y se hacían llamar *los Reyes en el Norte*.

Por fin, Ned se detuvo y alzó la lámpara de aceite. La cripta se prolongaba ante ellos en la oscuridad, pero más allá de aquel punto las tumbas estaban vacías y abiertas; eran agujeros negros a la espera de sus muertos; los esperaban a él y a sus descendientes. A Ned no le gustaba pensar sobre el tema.

—Es aquí —le dijo al rey.

Robert asintió en silencio, se arrodilló e inclinó la cabeza.

Se encontraban ante tres tumbas juntas. Lord Rickard Stark, el padre de Ned, había tenido un rostro afilado y adusto. El escultor lo había conocido bien cuando vivía. Estaba sentado en pose de sosegada dignidad, con los dedos de piedra aferrados a la espada que tenía sobre el regazo, pero en vida todas las espadas le habían fallado. A ambos lados, en dos sepulcros más pequeños, se encontraban sus hijos.

Brandon tenía veinte años cuando murió estrangulado por orden de Aerys Targaryen, el Rey Loco, pocos días antes de la fecha fijada para su matrimonio con Catelyn Tully de Aguas dulces. Obligaron a su padre a presenciar su muerte. Era el heredero legítimo, el primogénito, nacido para gobernar aquellas tierras.

Lyanna solo llegó a cumplir los diecisésis años; era una niña mujer de belleza insuperable. Ned la había querido mucho. Robert, todavía más; estaba destinada a ser su esposa.

—Era más hermosa que esta estatua —dijo el rey tras un largo silencio. Los ojos se le demoraron en el rostro de Lyanna, como si pudiera devolverle la vida a fuerza de voluntad. Por fin, se levantó con torpeza a causa de su peso—. Ay, Ned, ¿por qué tuviste que enterrarla en un lugar como este? —Tenía la voz ronca por el dolor rememorado—. Se merecía algo mucho mejor que la oscuridad...

—Era una Stark de Invernalia —dijo Ned con voz suave—. Este es su lugar.

—Debería estar enterrada en alguna colina, bajo un árbol frutal, con un techo de sol y nubes, donde la pudiera acariciar la lluvia...

—Yo estaba con ella cuando murió —le recordó Ned al rey—. Quería volver a casa y descansar entre Brandon y nuestro padre.

Todavía le parecía recordar su voz algunas veces.

«Prométemelo —le había suplicado en una habitación que olía a sangre y a rosas—. Prométemelo, Ned». La fiebre le había arrebatado las fuerzas, y su voz era débil como un susurro, pero cuando Ned le dio su palabra, el miedo desapareció de los ojos de su hermana. Recordaba cómo le había sonreído, con cuánta fuerza le había aferrado la mano mientras dejaba de resistirse a la

muerte, cómo se le habían caído de entre los dedos los pétalos de rosa, negros y marchitos. Después de aquello, ya no recordaba nada. Lo habían encontrado muy quieto, mudo de dolor, abrazado a Lyanna. Howland Reed, el menudo lacustre, había desentrelazado las manos de los hermanos. Ned no recordaba nada de aquello.

—Le traigo flores siempre que puedo —dijo—. A Lyanna... le gustaban las flores.

—Juré matar a Rhaegar por esto —dijo el rey después de tocar la mejilla de la estatua y acariciar la piedra áspera como si esta tuviera vida.

—Y lo hicisteis —señaló Ned.

—Solo una vez —dijo Robert con amargura.

Se habían enfrentado en el vado del Tridente, en el centro mismo de la batalla: Robert, con su martillo y su enorme yelmo astado; el príncipe Targaryen, con su armadura negra. Llevaba en el peto el dragón de tres cabezas de su casa, todo recubierto de rubíes que resplandecían a la luz del sol. Las aguas del Tridente enrojecieron en torno a los cascos de sus corceles mientras ellos cruzaban las armas una y otra vez, hasta que por último, un golpe del martillo de Robert destrozó el dragón y el pecho que había debajo. Cuando Ned llegó al lugar, Rhaegar yacía ya muerto en el río, y hombres de ambos ejércitos se zambullían en las aguas turbias para buscar los rubíes que se habían desprendido de la armadura.

—Lo mato todas las noches en mis sueños —admitió Robert—. Pero un millar de muertes sigue siendo menos de lo que merece.

Ned no pudo disentir.

—Tenemos que regresar, alteza —señaló al final—. Vuestra esposa os está esperando.

—Los Otros se lleven a mi esposa —murmuró Robert con amargura. Pero, pese a todo, echó a andar con pasos pesados por donde habían llegado—. Por cierto, si me sigues tratando con tanta formalidad, haré que te corten la cabeza y la claven en una pica. Entre nosotros hay mucho más que esas tonterías.

—No lo he olvidado —replicó Ned con tranquilidad. Al ver que el rey no decía nada, siguió hablando—. Dime qué le pasó a Jon.

—Jamás había visto a nadie enfermar tan deprisa —dijo Robert sacudiendo la cabeza—. Organizamos un torneo para celebrar el día del nombre de mi hijo. Si hubieras visto a Jon aquel día, habrías pensado que iba a vivir eternamente. Dos semanas después estaba muerto. La enfermedad pareció inflamarle las entrañas. Lo abrasó por dentro. —Se detuvo junto a una columna, ante la tumba de un Stark muerto mucho tiempo atrás—. Yo amaba a ese anciano.

—Lo sé. Yo también. —Ned hizo una pausa—. Catelyn teme por su hermana. ¿Qué tal lleva Lysa la tragedia?

—La verdad es que no muy bien —admitió Robert después de fruncir los

labios con amargura—. Creo que la pérdida de Jon la ha enloquecido, Ned. Se ha llevado al chico de vuelta al Nido de Águilas. Es lo contrario de lo que le dije. Yo quería que se criara como pupilo de Tywin Lannister en Roca Casterly. Jon no tenía hermanos, y el chiquillo era su único hijo. ¿Cómo iba a permitir yo que lo educaran solo mujeres?

Ned preferiría confiar un niño a los cuidados de una víbora que a lord Tywin, pero no quiso decirlo. Algunas heridas no llegan a cerrarse jamás, y sangran de nuevo a la menor mención.

—La esposa ha perdido al marido —dijo con cautela—. Tal vez la madre tenga miedo de perder al hijo. Es un niño muy pequeño.

—Tiene seis años, es débil y enfermizo, y ahora es el señor del Nido de Águilas. Que los dioses nos amparen. Lord Tywin nunca ha tenido un pupilo. Para Lysa debería ser un honor. La de Lannister es una casa grande y noble. Pero no quiso ni hablar del tema. Se marchó en plena noche, sin siquiera pedir mi venia. Cersei se puso como una fiera. —Suspiró profundamente—. El niño lleva mi nombre, ¿lo sabías? Robert Arryn. Juré protegerlo. ¿Cómo lo voy a hacer si su madre se lo lleva a escondidas?

—Siquieres, lo adoptaré yo como pupilo —propuso Ned—. Lysa daría su consentimiento. Catelyn y ella estaban muy unidas cuando eran niñas, y también ella puede vivir aquí si quiere.

—Es una oferta muy generosa, amigo mío —dijo el rey—. Pero llega tarde. Lord Tywin ya ha dado su consentimiento. Dejar al chico como pupilo de cualquier otro sería una afrenta.

—Me preocupa más el bienestar de mi sobrino que el orgullo de un Lannister.

—Eso es porque no duermes noche tras noche con una Lannister —rio Robert, con una carcajada que resonó entre las tumbas y despertó ecos en la bóveda del techo. Su sonrisa era un relámpago de dientes blancos en la inmensa espesura de la barba negra—. Ay, Ned —añadió—, sigues siendo demasiado serio. —Rodeó los hombros de Ned con un brazo inmenso—. Había planeado esperar unos días antes de hablar contigo, pero ya veo que no hará falta. Vamos a dar un paseo.

Caminaron entre las columnas. Los ojos ciegos de piedra parecían seguirlos a su paso. El rey mantuvo el brazo sobre los hombros de Ned.

—Supongo que te preguntarás por qué he venido a Invernalia después de tanto tiempo —continuó Robert.

—Sin duda por el placer que te produce estar conmigo —dijo Ned a la ligera. Lo sospechaba, pero prefirió no decir lo que le pasaba por la cabeza—. Y también está el Muro. Tienes que ir a visitarlo, alteza, debes recorrer sus almenas y hablar con los hombres que lo defienden. La Guardia de la Noche no es ni una sombra de lo que fue. Benjen dice que...

—Ya me figuro que sabré muy pronto lo que dice tu hermano —lo

interrumpió Robert—. El Muro lleva en pie... ¿Cuánto? ¿Ocho mil años? Puede esperar unos días más. Tengo problemas más apremiantes. Corren tiempos difíciles. Necesito hombres de confianza a mi lado. Hombres como Jon Arryn. Me sirvió como señor del Nido de Águilas, Guardián del Oriente y desempeñó el cargo de mano del rey. No será fácil encontrar quien lo reemplace.

—Su hijo... —empezó Ned.

—Su hijo heredará el Nido de Águilas con todos los ingresos que eso conlleva —replicó Robert bruscamente—. Nada más.

Aquello tomó a Ned por sorpresa. Se detuvo, boquiabierto, y se volvió para mirar a su rey. No pudo contener las palabras que salieron de sus labios.

—Los Arryn han sido siempre los Guardianes del Oriente. El título va con los dominios.

—Es posible que, cuando sea mayor de edad, le devuelva ese honor —dijo Robert—. Tengo este año y el siguiente para pensármelo. Pero un niño de seis años no me vale como jefe guerrero, Ned.

—En época de paz, el título no es más que un honor. Deja que el chico lo ostente. Aunque solo sea en memoria de su padre. Eso se lo debes a Jon por sus servicios, qué menos.

—Los servicios que me prestó Jon eran su deber para con su rey y señor. —El rey no parecía satisfecho. Quitó el brazo de los hombros de Ned—. No soy ningún ingrato, Ned. Tú lo sabes mejor que nadie. Pero el hijo no es como el padre. Un niño no puede defender todo el oriente. —Su tono se suavizó—. Bueno, ya basta del tema. Tengo cosas más importantes que comentar, y no pienso discutir contigo. —Robert agarró a Ned por el codo—. Te necesito, Ned.

—Siempre a tus órdenes, alteza. Siempre. —Era lo que tenía que decir, y lo dijo, temiendo lo que llegaba a continuación. Robert no dio señas de haberlo oido.

—Aquellos años que pasamos en el Nido de Águilas... Dioses, fueron buenos tiempos, ¿eh? Quiero que vuelvas a estar a mi lado, Ned. Te necesito en Desembarco del Rey, no aquí, en el fin del mundo, donde no le sirves de nada a nadie. —Robert clavó la vista en la oscuridad, tan melancólico como un Stark durante un momento—. Te lo juro, sentarse en un trono es mil veces más duro que conquistarla. La ley es un asunto tedioso, y contar calderilla, aún más. Y los súbditos... siempre hay súbditos, siempre, y todos quieren verme. Me tengo que sentar en esa maldita silla de hierro y escuchar sus quejas hasta que se me quedan la mente en blanco y el culo en carne viva. Todos quieren algo: dinero, tierras o justicia. Y las mentiras que me cuentan... ni te imaginas. Y las damas y caballeros de mi corte son iguales. Estoy rodeado de imbéciles y aduladores. Es como para volverse loco, Ned. La mitad de ellos no se atreve a decirme la verdad, y la otra mitad no la sabe. Hay noches en que deseo que nos hubieran derrotado en el Tridente. Bueno, no, no es en serio, pero...

—Te comprendo —dijo Ned con voz amable.

—Lo sé —dijo Robert mirándolo—. Pero eres el único, amigo mío. —Sonrió—. Lord Eddard Stark, te nombro mano del rey.

Ned se dejó caer sobre una rodilla. La oferta no lo sorprendía. Si no era para aquello, ¿qué objetivo tenía el viaje de Robert? El que ejercía el cargo de mano del rey era el segundo hombre más poderoso de los Siete Reinos. Hablaba con la voz del rey, tenía el mando de los ejércitos del rey y redactaba las leyes del rey. En ocasiones incluso se sentaba en el Trono de Hierro para impartir la justicia del rey, cuando este estaba ausente, o enfermo, o indisposto por cualquier motivo. Robert estaba poniendo en sus manos una responsabilidad del tamaño del mismísimo reino.

Era la última cosa que Ned deseaba en el mundo.

—Alteza —dijo—, no soy digno de ese honor.

—Si quisiera concederte algún honor —gruñó Robert impaciente, pero de buen humor—, permitiría que te retirases. Mi intención es que controles el reino y pelees en las guerras mientras yo me dedico a comer, a beber y a acostarme con chicas; tres actividades que me llevarán pronto a la tumba. —Se dio una palmada en la barriga y sonrió—. ¿Sabes qué se dice del rey y su mano?

—Lo que el rey sueña, la mano lo crea. —Ned lo sabía.

—Una vez me llevé a la cama a una pescadera que me contó que el pueblo llano tiene una versión mejor del dicho: «El rey come y la mano limpia la mierda».

Echó la cabeza hacia atrás en una estruendosa carcajada. Los ecos resonaron en la oscuridad, y los muertos de Invernia parecieron mirar a los dos hombres con ojos fríos y reprobatorios.

Por fin, las carcajadas cesaron. Ned seguía con una rodilla hincada en el suelo, mirando hacia arriba.

—Por los dioses, Ned —se quejó el rey—. Al menos podrías sonreír.

—Dice la voz popular que aquí hace tanto frío en invierno que a uno se le congela la risa en la garganta y lo ahoga —dijo Ned con tono neutro—. Quizá por eso los Stark no tenemos mucho sentido del humor.

—Ven conmigo al sur y te enseñaré a reír de nuevo —prometió el rey—. Me ayudaste a conseguir este maldito trono; ayúdame ahora a conservarlo. Nuestro destino era gobernar juntos. De no ser por la muerte de Lyanna habríamos sido hermanos, nos uniría la sangre, no solo el afecto. Pero no es demasiado tarde. Tengo un hijo, y tú una hija. Mi Joff y tu Sansa unirán nuestras casas, como en el pasado quisimos hacer Lyanna y yo.

—Sansa no tiene más que once años. —Aquella oferta sí que lo había sorprendido.

—Edad suficiente para prometerse —dijo Robert agitando una mano en gesto impaciente—. Lo del matrimonio puede esperar unos años. —El rey sonrió—. Maldita sea, ponte de pie y di que sí.

—Nada me sería más grato, alteza —respondió Ned. Titubeó un instante—. Estos honores son tan inesperados... ¿Te importa si medito un poco antes de responderte? Tengo que hablar con mi esposa...

—Claro, claro, díselo a Catelyn, consúltalo con la almohada siquieres. —El rey palmeó a Ned en el hombro y lo ayudó a ponerse en pie, aunque le costó un esfuerzo—. Pero no me hagas esperar demasiado. No tengo mucha paciencia.

Durante un momento, un presentimiento oscuro y ominoso nubló la mente de Eddard Stark. Invernalia era su lugar en el mundo; su vida estaba en el norte. Contempló las figuras de piedra que lo rodeaban y respiró hondo en el silencio gélido de la cripta. Sentía los ojos de los muertos clavados en él. Sabía que lo estaban escuchando. Y se acercaba el invierno.

Había ocasiones, aunque no muchas, en las que Jon Nieve se alegraba de ser el hijo bastardo. Aquella noche, mientras se llenaba una vez más la copa de vino de la jarra de un mozo que pasaba junto a él, pensó que era una de ellas.

Volvió a ocupar su lugar en el banco, entre los escuderos jóvenes, y bebió. El sabor dulce y afrutado del vino veraniego le impregnó la boca y dibujó una sonrisa en sus labios.

La sala principal de Invernalia estaba llena de humo, y el aire, cargado del olor a carne asada y a pan recién hecho. Los estandartes cubrían los muros de piedra gris. Blanco, oro y escarlata: el huargo de los Stark, el venado coronado de los Baratheon y el león de los Lannister. Un trovador tocaba el arpa al tiempo que recitaba una balada, pero en aquel rincón de la sala apenas se lo oía por encima del crepitar de las llamas, el estrépito de los platos y las copas, y el murmullo de cientos de conversaciones ebrias.

Corría la cuarta hora del festín de bienvenida dispuesto en honor al rey. Los hermanos de Jon ocupaban sitios asignados con los príncipes, junto al estrado donde lord y lady Stark agasajaban a los reyes. Seguramente, su padre les permitiría a los niños beber una copa de vino, dada la importancia de la ocasión, pero solo una. En cambio allí abajo, en los bancos, nadie impedía a Jon beber tanto como quisiera para saciar su sed.

Y estaba dándose cuenta de que tenía la sed de un hombre, para regocijo de los jóvenes que lo rodeaban y lo animaban a servirse de nuevo cada vez que vaciaba la copa. Eran buenos muchachos, y Jon disfrutaba de las historias que contaban, anécdotas de peleas, de cama y de caza. Estaba seguro de que sus compañeros eran más divertidos que los hijos del rey. Para satisfacer su curiosidad le había bastado observar a los visitantes cuando entraron en la sala. El cortejo había pasado a escasa distancia del lugar que se le había asignado en el banco, y Jon había tenido ocasión de examinar a cada uno de ellos.

Su señor padre iba a la cabeza, acompañando a la reina. Era tan bella como comentaban los hombres. Se adornaba la larga cabellera rubia con una diadema engastada con piedras preciosas, cuyas esmeraldas le hacían juego con los ojos verdes. Su padre la ayudó a subir a la tarima y la acompañó a su asiento, pero la reina ni siquiera lo miró. Jon vio lo que ocultaba tras su sonrisa, pese a sus catorce años.

A continuación iba el rey Robert, con lady Stark del brazo. Para Jon, el rey fue una gran decepción. Su padre le había hablado a menudo de él: el sin par Robert Baratheon, demonio del Tridente, el guerrero más feroz del reino, un gigante entre los príncipes... Jon veía solo a un hombre gordo y de rostro congestionado bajo la barba, que sudaba bajo sus ropas de seda. Caminaba como si ya hubiera bebido bastante.

Tras ellos llegaron los niños. El pequeño Rickon iba el primero, con toda la dignidad que era posible en un chiquillo de tres años. Jon había tenido que apremiarlo para que siguiera avanzando, porque se detuvo ante él para charlar. Justo detrás iba Robb, vestido con ropas de lana gris con ribetes blancos, los colores de los Stark. Llevaba del brazo a la princesa Myrcella. Era apenas una chiquilla; no llegaba a los ocho años, con una cascada de rizos dorados recogidos en una redecilla joyeada. Jon advirtió las miradas de reojo que lanzaba a Robb mientras avanzaban entre las mesas y las sonrisas tímidas que le dirigía. Le pareció muy sosa. Y Robb ni siquiera se daba cuenta de lo idiota que era; le sonreía como un bobo.

Sus medio hermanas iban con los príncipes. A Arya le había tocado acompañar a Tommen, un niño regordete que llevaba el pelo rubio, casi blanco, más largo que ella. Sansa, dos años mayor, iba con el príncipe heredero, Joffrey Baratheon. El muchacho tenía doce años; era más joven que Jon y que Robb, pero para consternación de Jon, los superaba a ambos en altura. El príncipe Joffrey tenía el cabello de su hermana y los ojos verde oscuro de su madre. Los espesos rizos dorados le caían sobre la gargantilla de oro y el cuello alto de terciopelo. Sansa, a su lado, parecía radiante de felicidad, pero a Jon no le gustaron los labios fruncidos de Joffrey, ni la mirada aburrida y desdenosa que dirigió al salón principal de Invernalia.

Le interesó mucho más la pareja que iba detrás de él: los hermanos de la reina, los Lannister de Roca Casterly. El León y el Gomo. No había manera de confundirlos. Ser Jaime Lannister era hermano mellizo de la reina Cersei: alto, rubio, con ojos verdes deslumbrantes y una sonrisa que cortaba como un cuchillo. Iba vestido con ropas de seda escarlata, botas altas negras y capa negra de raso. En el pecho de la túnica se veía el león rugiente de su casa, bordado en hilo de oro. Lo llamaban *el León de Lannister* cuando estaba presente, y *Matarreyes*, a sus espaldas.

A Jon le costó apartar la vista de él.

«Este es el aspecto que debería tener un rey», pensó mientras lo veía pasar.

Entonces se fijó en el otro, que renqueaba medio oculto por su hermano. Tyrion Lannister era el más joven de los hijos de lord Tywin, y con mucho, el más feo. Los dioses habían negado a Tyrion todas las gracias que derramaron sobre Cersei y Jaime. Era enano; media la mitad que su hermano y le costaba seguir su ritmo con aquellas piernas atrofiadas. Tenía la cabeza demasiado grande en proporción al cuerpo, y los rasgos deformes, aplastados, bajo un ceño inmenso. Un ojo verde y otro negro lo escudriñaban todo bajo una mata de pelo lacio tan rubio que parecía blanco. Jon lo observó, fascinado.

Los últimos grandes señores en entrar fueron su tío, Benjen Stark, de la Guardia de la Noche, y el joven pupilo de su padre Theon Greyjoy. Benjen le dedicó a Jon una cálida sonrisa al pasar junto a él. Theon no se dignó mirarlo,

pero aquello no era ninguna novedad. Cuando todos se hubieron sentado, tras los brindis y los agradecimientos reciprocos, comenzó el banquete.

Jon había empezado a beber en aquel momento, y no había parado.

Algo se le frotó contra la pierna por debajo de la mesa. Jon vio los ojos rojos que se alzaban para mirarlo.

—¿Otra vez tienes hambre? —preguntó.

Todavía quedaba medio pollo a la miel en la mesa. Jon fue a arrancarle un muslo, pero se le ocurrió una idea mejor. Pinchó la pieza entera y la dejó caer al suelo, entre las piernas. Fantasma la devoró en un silencio salvaje. A sus hermanos no les habían dejado asistir al banquete con los lobos, pero en aquel rincón de la sala había innumerables chuchos, y nadie había protestado por la presencia de su cachorro. Se dijo que en aquel aspecto también tenía suerte.

Le escocían los ojos. Se los frotó con energía, maldiciendo el humo. Bebió otro trago de vino y se dedicó a mirar cómo su huargo devoraba el pollo.

Los perros correteaban entre las mesas tras los pasos de las camareras. Uno de ellos, una perra negra de grandes ojos amarillos, captó el olor del pollo. Se metió bajo el banco para reclamar su parte. Jon observó el enfrentamiento. La perra lanzó un gruñido bajo y se acercó más. Fantasma alzó la vista en silencio y clavó aquellos ojos rojos en la hembra. La perra lanzó al aire una dentellada desafiante. Era tres veces más grande que el cachorro de huargo. Fantasma no se movió. Se irguió junto a su botín, abrió la boca y enseñó los colmillos. La perra se puso en tensión, ladró de nuevo y cambió de idea con respecto a aquella pelea. Dio media vuelta y se alejó, no sin lanzar otra dentellada al aire por cuestión de orgullo. Fantasma volvió a concentrarse en su comida.

Jon sonrió y acarició el tupido pelaje blanco por debajo de la mesa. El huargo alzó la vista hacia él, le dio un mordisquito cariñoso en la mano y siguió comiendo.

—¿Este es uno de los huargos de los que tanto se habla? —preguntó una voz conocida, muy cerca de él.

—Sí —dijo Jon sonriendo a su tío Ben, que le había puesto una mano en la cabeza y le revolvía el pelo casi igual que él había hecho con el lobo—. Se llama Fantasma.

Uno de los escuderos interrumpió la anécdota procaz que estaba contando para hacer sitio al hermano de su señor en el banco. Benjen Stark se sentó a horcajadas y le quitó la copa a Jon de entre los dedos.

—Vino veraniego —dijo tras beber un trago—. No hay nada más dulce. ¿Cuántas te has tomado, Jon? —Jon sonrió. Ben Stark se echó a reír—. Lo que me temía. En fin, yo era más joven que tú la primera vez que me emborraché a conciencia. —Cogió de la bandeja más cercana una cebolla asada que rezumaba salsa oscura y le dio un mordisco. Se oyó un crujido cuando le hincó los dientes.

Su tío era un hombre de rasgos afilados, duros como la roca, pero los ojos

azul grisáceo siempre parecían sonreir. Iba invariablemente vestido de negro, porque pertenecía a la Guardia de la Noche. Aquella velada, sus ropas eran de suntuoso terciopelo negro, con botas altas de cuero y un cinturón ancho con hebilla de plata. Llevaba una gruesa cadena de plata en torno al cuello. Mientras se comía la cebolla, Benjen observó a Fantasma con gesto divertido.

—Un lobo muy tranquilo —señaló.

—No se parece a los otros —asintió Jon—. Nunca hace ruido. Por eso le he puesto el nombre de Fantasma. Bueno, por eso y porque es blanco. Los otros son todos oscuros, grises o negros.

—Todavía hay huargos más allá del muro. A veces los oímos cuando salimos de expedición. —Benjen Stark clavó los ojos en Jon durante un largo momento—. ¿No comes en la misma mesa que tus hermanos?

—Casi siempre —respondió Jon con tono monocorde—. Pero lady Stark ha pensado que esta noche sería un insulto para los miembros de la familia real sentar a un bastardo entre ellos.

—Ya entiendo. —Su tío volvió la cabeza para mirar hacia la mesa de la tarima, al otro lado de la sala—. Mi hermano no parece nada contento esta noche.

Jon también se había dado cuenta. Un bastardo tiene que aprender a fijarse en todo, a descubrir las verdades que la gente oculta tras los ojos. Su padre respetaba todas las normas del protocolo y de la cortesía, pero había en él una tensión que Jon le había visto en escasas ocasiones. Hablaba poco, y miraba la sala sin ver. A dos asientos del suyo, el rey se había pasado la noche bebiendo. Tenía el rostro regordete congestionado bajo la espesa barba negra. Había hecho muchos brindis, había reído con todas las bromas y había atacado cada plato como si estuviera muerto de hambre; a su lado, la reina parecía gélida como una escultura de hielo.

—La reina también está enfadada —dijo Jon a su tío en voz baja—. Mi padre ha bajado con el rey a la cripta esta mañana. La reina no quería que fuera.

—Te fijas en todo, ¿eh? —Benjen miraba a Jon con ojos atentos—. Un hombre como tú nos sería muy útil en el Muro.

—Robb me supera con la lanza —dijo Jon hinchido de orgullo—, pero yo soy mejor con la espada, y dice Hullen que cabalgo tan bien como cualquiera del castillo.

—No está nada mal.

—Llévame contigo cuando vuelvas al Muro —le pidió Jon en un impulso repentino—. Mi padre me dejará ir si se lo pides tú, estoy seguro.

—El Muro es un lugar duro para un chico, Jon. —Benjen estudió su rostro detenidamente.

—Ya casi soy un hombre —protestó él—. Mi próximo día del nombre cumpliré quince años, y dice el maestre Luwin que los bastardos crecemos más

deprisa que los otros niños.

—Eso es cierto —dijo Benjen con una mueca. Cogió la copa de Jon, la llenó de la jarra más próxima y bebió un largo trago.

—Daeron Targaryen solo tenía catorce años cuando conquistó Dorne —dijo Jon. El Joven Dragón era uno de sus héroes.

—Una conquista que duró un verano —señaló su tío—. Ese niño rey que tanto admirabas perdió diez mil hombres en la conquista de Dorne, y cincuenta mil más intentando defenderlo. Nadie le había explicado que la guerra no es un juego. —Bebió otro trago de vino—. Además —siguió—, Daeron Targaryen solo tenía dieciocho años cuando murió. ¿O esa parte se te había olvidado?

—Nevero olvido nada —se jactó Jon. El vino lo estaba volviendo osado. Trató de erguirse en el banco para parecer más alto—. Quiero servir en la Guardia de la Noche, tío.

Había pensado en aquello mucho tiempo, cuando por las noches yacía en la cama y sus hermanos dormían a su alrededor. Algun día, Robb heredaría Invernalia; como Guardián del Norte, tendría el mando de grandes ejércitos. Bran y Rickon serían vasallos de Robb y gobernarían territorios en su nombre. Sus hermanas Arya y Sansa se casarían con herederos de otras grandes casas, y se irían hacia el sur para ser las señoras de sus castillos. Pero ¿qué lugar había para un bastardo?

—No sabes lo que pides, Jon. La Guardia de la Noche es una hermandad juramentada. No tenemos familia. Ninguno de nosotros será nunca padre. Estamos casados con el deber. No tenemos más amante que el honor.

—Los bastardos también tenemos honor —dijo Jon—. Estoy dispuesto a prestar vuestro juramento.

—Solo tienes catorce años —dijo Benjen—. Todavía no eres un hombre. Mientras no conozcas a una mujer no entenderás a qué estarías renunciando.

—¡No me importa! —insistió Jon, exaltado.

—Quizá te importaría si lo entendieras. Si supieras qué te puede costar ese juramento no tendrías tantas ganas de pagar el precio, hijo.

—¡No soy tu hijo! —Jon sintió que la rabia crecía en su pecho.

—Y es una pena. —Benjen se levantó y le puso una mano en el hombro—. Vuelve a hablar conmigo cuando hayas tenido unos cuantos bastardos, y veremos si has cambiado de opinión.

—Jamás engendraré un bastardo —dijo, masticando las palabras y temblando de ira—. ¡Jamás! —escupió, como si fuera un veneno. De pronto se dio cuenta de que la mesa había quedado en silencio y todo el mundo lo estaba mirando. Se le acumularon las lágrimas tras los párpados. Consiguió ponerse de pie—. Dispensadme —añadió con sus últimos restos de dignidad.

Dio la vuelta y se alejó para que no le vieran llorar. Debía de haber bebido más de lo que creía. Mientras intentaba alejarse, trastabilló y se tambaleó. Chocó

contra una camarera y provocó que se le cayera la jarra de vino especiado, que fue a estrellarse contra el suelo. Las carcajadas estallaron a su alrededor, y Jon sintió como las lágrimas ardientes le quemaban las mejillas. Alguien intentó ayudarlo a mantenerse en pie. Se sacudió las manos que lo sostenían y corrió, sin apenas ver, hacia la puerta. Fantasma lo siguió cuando salió a la noche.

El patio estaba silencioso y desierto. El único centinela se arrebujaba en su capa para protegerse del frío en lo alto de las almenas de la muralla interior. Parecía aburrido, sin duda lamentaba tener que estar allí solo, pero Jon se hubiera cambiado por él sin pensarlo dos veces. Por lo demás, el castillo estaba oscuro y no se veía a nadie. En una ocasión, Jon había estado en una fortaleza deshabitada, era un lugar temible donde lo único que se movía era el viento, y las piedras guardaban silencio acerca de los que habían habitado allí. Aquella noche, Invernalia le recordaba a aquel lugar.

El sonido de la música y las canciones salía por las ventanas abiertas, a su espalda. Jon no tenía el menor deseo de escuchar aquello. Se secó las lágrimas con la manga, enfadado por haberlas derramado, y dio media vuelta para irse.

—Chico —lo llamó una voz Jon se volvió. Tyrion Lannister estaba sentado en la cornisa, sobre la puerta de la gran sala. Parecía una gárgola. El enano le sonrió desde donde estaba—. ¿Ese animal es un lobo?

—Es un huargo —dijo Jon—. Se llama Fantasma. —Miró al hombrecillo y, durante un momento, olvidó su tristeza—. ¿Qué haces ahí arriba? ¿Por qué no estás en el banquete?

—Hace demasiado calor, hay demasiado ruido y he bebido demasiado vino —replicó el enano—. Hace tiempo descubrí que se considera de mala educación vomitar encima de tu hermano. ¿Puedo ver más de cerca tu lobo?

Jon titubeó un instante, luego asintió.

—¿Puedes bajar solo o te traigo una escalera?

—Anda ya.

El hombrecillo se dio impulso y saltó de la cornisa. Jon dejó escapar una exclamación al ver como Tyrion Lannister giraba en el aire, caía sobre las manos y, de un salto hacia atrás, se ponía en pie.

Fantasma retrocedió, inseguro. El enano se sacudió el polvo y soltó una carcajada.

—Lo siento. Me parece que he asustado a tu lobo.

—No tiene miedo —dijo Jon. Se arrodilló y llamó al animal—. Ven aquí, Fantasma. Ven. Eso es.

El cachorro de lobo se acercó y hociqueó la mejilla de Jon, pero sin dejar de vigilar a Tyrion Lannister. Cuando el enano hizo ademán de ir a acariciarla, retrocedió y le mostró los colmillos en un gruñido silencioso.

—Vaya, qué tímido —observó Lannister.

—Siéntate, Fantasma —ordenó Jon—. Eso es. Quietos. —Alzó la vista hacia el

enano—. Ahora ya puedes tocarlo. No se moverá hasta que yo se lo diga. Le he enseñado.

—Ya lo veo —asintió Lannister. Acarició el pelaje níveo, entre las orejas de Fantasma—. Qué lobo tan obediente —añadió.

—Si yo no estuviera aquí, te haría pedazos —dijo Jon. No era verdad, pero algún día loería.

—Entonces será mejor que no te alejes —dijo el enano. Inclinó la enorme cabeza a un lado y examinó a Jon con sus ojos desparejados—. Soy Tyrion Lannister.

—Lo sé. —Jon se levantó. De pie, era más alto que el enano. Se sintió algo incómodo.

—Y tú eres el bastardo de Ned Stark, ¿no? —El muchacho sintió un frío que lo atravesaba. Apretó los labios y no respondió—. ¿Te he ofendido? —continuó Lannister—. Lo siento. Los enanos no necesitamos tener tacto. Generaciones de bufones con trajes de colorines me dan derecho a vestir mal y a decir todo lo que se me pase por la cabeza. —Sonrió—. Pero eres el bastardo.

—Lord Stark es mi padre —admitió Jon, tenso.

—Sí —dijo al final Lannister después de examinar su rostro—. Se nota. Hay más del norte en ti que en tus hermanos.

—Medio hermanos —lo corrigió Jon. El comentario del enano le había gustado, pero intentó que no se le notara.

—Permité que te dé un consejo, bastardo —siguió Lannister—. Nunca olvides qué eres, porque, desde luego, el mundo no lo va a olvidar. Conviértelo en tu mejor arma, así nunca será tu punto débil. Úsalos como armadura y nadie podrá utilizarlo para herirte.

—Qué sabrás tú lo que significa ser un bastardo. —Jon no estaba de humor para aceptar consejos de nadie.

—Todos los enanos son bastardos a ojos de sus padres.

—Eres hijo legítimo; tu madre era la esposa del señor de Lannister.

—¿De verdad? —Sonrió el enano, sarcástico—. Pues díselo a él. Mi madre murió al darme a luz, y nunca ha estado muy seguro.

—Yo ni siquiera sé quién era mi madre —dijo Jon.

—Sin duda, una mujer. Como la mayoría de las madres. —Dedicó a Jon una sonrisa pesarosa—. Recuerda bien lo que te digo, chico. Todos los enanos pueden ser bastardos, pero no todos los bastardos son necesariamente enanos.

Sin decir más, dio media vuelta y renqueó hacia el banquete, silbando una melodía. Cuando abrió la puerta, la luz se derramó por el patio y proyectó su sombra contra el suelo. Y allí, durante un instante, Tyrion Lannister pareció alto como un rey.

De todas las habitaciones del Gran Torreón de Invernalia, las estancias de Catelyn eran las más cálidas. Rara vez tenían que encender la chimenea. El castillo se alzaba sobre manantiales naturales de agua termal, y las aguas hirvientes recorrian el interior de los muros como la sangre el cuerpo de un hombre; espantaban el frío de las salas de piedra y llenaban los invernaderos interiores de una humedad cálida que impedía que se congelara la tierra. En una docena de patios, los pozos abiertos humeaban día y noche. En verano, nadie prestaba atención al tema; en invierno, suponía la diferencia entre la vida y la muerte.

El cuarto de baño de Catelyn estaba siempre caliente y lleno de vapor, y las paredes eran cálidas. Aquel ambiente le recordaba a Aguasdulces, a los días al sol con Lysa y Edmure. Pero Ned nunca había soportado el calor. Los Stark estaban hechos para el frío, le decía. Ella siempre se reía y le replicaba que, en tal caso, habían elegido el peor lugar para edificar el castillo.

De manera que, cuando terminaron, Ned dio media vuelta y se bajó de la cama, como ya había hecho mil veces. Atravesó la habitación, descorrió los pesados cortinajes y fue abriendo de una en una las ventanas altas y estrechas para que la cámara se llenara con el aire de la noche.

El viento le azotó el cuerpo desnudo cuando se asomó a la oscuridad con las manos vacías. Catelyn se subió las pieles hasta la barbilla y lo miró. Le parecía más menudo, más vulnerable, como el joven con el que se había casado en el septo de Aguasdulces hacia quince largos años. Sentía las ingles doloridas; el sexo había sido apasionado y apremiante. Era un dolor grato. Notaba la semilla de su esposo en su interior, y rezó para que diera fruto. Ya habían pasado tres años desde que naciera Rickon. No era demasiado mayor; aún podía darle otro hijo.

—Le diré que no —decidió Ned mientras se volvía hacia ella. La preocupación se reflejaba en sus ojos; tenía una sombra de duda en la voz.

—No puedes —dijo Catelyn mientras se incorporaba en la cama—. No puedes y no debes.

—Mi deber está aquí, en el norte. No quiero el cargo de mano de Robert.

—No lo va a entender. Ahora es rey, y los reyes no son como los otros hombres. Si te niegas a hacer lo que te pide querrá saber por qué, y más tarde o más temprano empezará a pensar que estás en su contra. ¿No comprendes que eso nos pondría en peligro a todos?

—Robert jamás nos haría daño ni a mí ni a mi familia. —Ned sacudió la cabeza rehusando aceptar aquella posibilidad—. Estamos más unidos que si fuéramos hermanos. Si me niego, rugirá, gritará y maldecirá, y antes de una semana nos estaremos riendo del tema juntos. Lo conozco.

—¡Conocías a Robert! —replicó ella—. Al rey no lo conoces de nada. —

Catelyn recordó a la hembra de huargo muerta en la nieve, con el asta clavada en la garganta. Tenía que hacérselo entender—. Para un rey, el orgullo lo es todo, mi señor. Robert ha venido hasta aquí a verte, para otorgarte esos grandes honores; no se los puedes escupir a la cara.

—¿Honores? —Ned rio con amargura.

—A sus ojos, sí.

—¿Y a los tuyos?

—Sí, a los míos también. —Ella también se había enfadado. ¿Por qué su esposo no lo entendía?—. Se ofrece a casar a su hijo con nuestra hija; ¿es que eso no es un honor? Sansa podría llegar a ser reina. Sus hijos serían reyes de todo lo que hay entre el Muro y las montañas de Dorne. ¿Qué tiene eso de malo?

—Por los dioses, Catelyn, Sansa no tiene más que once años —dijo Ned—. Y Joffrey es... es...

—... el príncipe heredero del Trono de Hierro —terminó Catelyn—. Y yo solo tenía doce años cuando mi padre me prometió a tu hermano Brandon.

—Brandon. —Aquello hizo que Ned frunciera los labios con amargura—. Sí. Brandon sabría qué hacer. Siempre sabía qué hacer. Todo tenía que haber sido para Brandon. Tú, Invernalia..., todo. Él sí nació para ser la mano del rey y padre de reinas. Yo no pedí ocupar su puesto.

—No —dijo Catelyn—, pero Brandon murió, tú ocupas su lugar y tienes que cumplir con tu deber, te guste o no.

Ned se apartó de ella y volvió a la noche. Clavó los ojos en la oscuridad. Quizá contemplaba la luna y las estrellas, o tal vez a los centinelas de la muralla.

Catelyn se enterneció al ver su dolor. Eddard Stark se había desposado con ella para ocupar el lugar de Brandon, según mandaba la costumbre, pero la sombra de su hermano muerto aún se interponía entre ellos, igual que la otra, la sombra de la mujer cuyo nombre él no pronunciaría jamás, la mujer que había concebido a su hijo bastardo.

Estaba a punto de acudir junto a él cuando sonó, estrepitoso e inesperado, un golpe en la puerta. Ned se volvió con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

La voz de Desmond les llegó del otro lado.

—Mi señor, está aquí el maestre Luwin. Ruega que lo recibáis; dice que es urgente.

—¿Le has dicho que había dado orden de que no se me molestara?

—Sí, mi señor, pero ha insistido.

—Muy bien. Hazlo pasar.

Ned se acercó al guardarropa y se puso una gruesa túnica. Catelyn advirtió de pronto que hacía mucho frío. Se sentó en la cama y se volvió a cubrir hasta la barbillita con las pieles.

—Sería mejor que cerraras las ventanas —sugirió.

Ned asintió con gesto ausente. El maestre Luwin entró en la habitación.

Era un hombre menudo y gris. Tenía unos ojos grises y perspicaces que veían muchas cosas. El cabello, el poco que le quedaba a su edad, también era gris. Vestía una túnica de lana gris ribeteada de piel blanca, los colores de los Stark. En las grandes mangas sueltas llevaba bolsillos secretos. Luwin siempre se guardaba unas cosas y sacaba otras de aquellos bolsillos: libros, mensajes, artefactos insólitos, juguetes para los niños... A Catelyn le extrañaba que pudiera levantar los brazos con todo el peso que cargaban las mangas.

El maestre esperó a que la puerta se cerrara tras él para empezar a hablar.

—Mi señor —dijo a Ned—, perdonad que os moleste mientras descansáis. Me han dejado un mensaje.

—¿Qué te han dejado un mensaje? —Ned lo miró irritado—. ¿Quién? ¿Ha llegado un jinete? No me han informado.

—No ha venido ningún jinete, mi señor. Se trata de una caja de madera tallada; la han puesto en la mesa de mi observatorio mientras dormitaba. Los criados dicen que no han visto a nadie, pero sin duda, quien la haya traído venía en el grupo del rey. No hemos recibido más visitas del sur.

—¿Una caja de madera? —se interesó Catelyn.

—Dentro había una lente nueva para el observatorio, magnífica, por cierto. Parece de Myr. Los fabricantes de lentes de Myr no tienen rival.

—Una lente —gruñó Ned, con el ceño fruncido. Aquellas cosas le colmaban la paciencia, y Catelyn lo sabía—. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Lo mismo me he preguntado yo —dijo el maestre Luwin—. Obviamente, aquello no era solo lo que parecía.

—Una lente es un instrumento para ayudarnos a ver. —Catelyn se estremeció pese a las gruesas pieles.

—Cierto, mi señora. —Rozó con los dedos el collar de su orden, que llevaba bajo la túnica; era una cadena pesada, muy ajustada al cuello; cada eslabón, forjado con un metal diferente.

—¿Y qué querrán que veamos con mayor claridad? —Catelyn volvió a sentir en las entrañas los agujonazos del miedo.

—También eso me lo pregunté. —El maestre Luwin se sacó un rollo de papel de la manga—. El verdadero mensaje estaba en un fondo falso que encontré al desmontar la caja de la lente, pero no es para mí.

—Bien, dámelo. —Ned tendió la mano.

—Lo siento, mi señor —dijo Luwin sin moverse—. El mensaje no es para vos tampoco. Pone que es privado, para lady Catelyn. ¿Puedo? —Catelyn asintió; no se atrevía a hablar. El maestre puso el papel en la mesita junto a la cama. Estaba sellado con una gota de lacre azul. Luwin hizo una reverencia y se volvió para retirarse.

—Quédate —le ordenó Ned. El tono de su voz era serio. Miró a Catelyn—.

—¿Qué te pasa, mi señora? Estás temblando.

—Tengo miedo —admitió. Cogió la carta con manos vacilantes. Las pieles se deslizaron y dejaron al descubierto su desnudez, sin que a ella le importara. El lacre azul mostraba el sello de la casa Arryn, la luna y el halcón—. Es de Lysa. —Catelyn miró a su esposo—. No nos va a gustar lo que diga. Este mensaje está lleno de dolor, Ned. Lo presiento.

—Ábrelo. —Ned tenía el ceño fruncido y el rostro cargado de preocupación.

Catelyn rompió el sello. Recorrió las líneas con la mirada. Al principio no les encontró sentido. De pronto se acordó.

—Lysa no ha querido correr ningún riesgo. Cuando éramos niñas, teníamos un lenguaje secreto.

—¿Aún lo entiendes?

—Sí —reconoció Catelyn.

—Entonces, dinos qué pone.

—Será mejor que me retire —sugirió el maestre Luwin.

—No —pidió Catelyn—. Vamos a necesitar tu consejo.

Salió de entre las mantas y se bajó de la cama. El aire nocturno envolvía su piel desnuda con la frialdad de una mortaja. Cruzó la habitación.

El maestre Luwin apartó la vista. Incluso Ned parecía algo escandalizado.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Encender la chimenea —replicó Catelyn. Se puso una túnica y se arrodilló ante la chimenea fría.

—El maestre Luwin... —empezó Ned.

—El maestre Luwin me ha atendido en todos y cada uno de mis partos. No es momento para falsos recatos.

Deslizó el papel entre la leña y puso los troncos más gruesos encima.

Ned cruzó la habitación en dos zancadas, la agarró por el brazo y la hizo ponerse en pie. Acercó el rostro a un par de dedos del de su esposa.

—Dímelo, mi señora! ¿Qué decía ese mensaje?

—Era una advertencia —dijo Catelyn, rígida ante su brusquedad—. Si tenemos el sentido común de escucharla.

—Sigue —dijo Ned clavando los ojos en los suyos.

—Lysa dice que Jon Arryn fue asesinado. —Los dedos que le sujetaban el brazo presionaron aún más.

—¿Quién lo hizo?

—Los Lannister. La reina.

—Dioses —susurró Ned, con voz ronca, y la soltó. Le había dejado marcas rojas en la piel—. Tu hermana ha enloquecido de dolor. No sabe lo que dice.

—Lo sabe muy bien —replicó Catelyn—. Lysa es impulsiva, no lo niego, pero este mensaje lo escribió con mucho cuidado y lo ocultó para que solo lo viera yo. Sabía que, si caía en malas manos, supondría su sentencia de muerte. Si

decidió correr semejante riesgo es que tiene algo más que simples sospechas. —Miró a su esposo—. Ahora sí que ya no podemos elegir. Tienes que ser la mano de Robert. Tienes que ir con él al sur y descubrir la verdad.

Se dio cuenta al momento de que Ned había llegado a una conclusión muy diferente.

—Las únicas verdades que entiendo están aquí. El sur es un nido de víboras. Lo mejor es que ni me acerque.

—El cargo de mano del rey confiere mucho poder, mi señor. —Luwin se tiró del collar en el punto donde le estaba rozando la delicada piel del cuello—. Poder para descubrir la verdad acerca de la muerte de lord Arryn, y para llevar a los asesinos ante la justicia del rey. Poder para proteger a lady Arryn y a su hijo si todo esto es cierto.

Ned miró a su alrededor, desesperado. Catelyn deseaba con toda su alma correr a abrazarlo, pero sabía que no debía hacerlo. Primero debía obtener la victoria, por el bien de sus hijos.

—Dices que quieres a Robert como si fuera tu hermano. ¿Abandonarías a un hermano en medio de los Lannister?

—Los Otros se os lleven a los dos —masculló Ned, sombrío.

Se apartó de ellos y volvió junto a la ventana. Catelyn no dijo nada; el maestre, tampoco. Aguardaron en silencio mientras Eddard Stark se despedía interiormente del hogar que amaba. Cuando por fin se alejó de la ventana tenía la voz cansada y llena de melancolía, y un brillo húmedo en el rabillo de los ojos.

—Mi padre fue al sur una vez para responder a la llamada de un rey. Jamás volvió a casa.

—Era otra época —dijo el maestre Luwin—. Era otro rey.

—Sí —aceptó Ned con voz neutra. Se sentó en una silla junto a la chimenea—. Catelyn, tú te quedarás aquí, en Invernalia. —Aquellas palabras azotaron como un viento helado el corazón de su esposa.

—No —dijo, temerosa de repente. ¿Acaso era aquél su castigo? ¿No volver a ver su rostro, no volver a estar entre sus brazos?

—Sí —replicó Ned con un tono que no admitía disputa—. Tendrás que gobernar el norte en mi lugar mientras yo le hago los recados a Robert. Siempre tiene que haber un Stark en Invernalia. Robb ha cumplido ya catorce años, pronto será un hombre adulto. Tiene que aprender a gobernar, y yo no estaré aquí para enseñarle. Que tome parte en los consejos cuando los celebres. Debe estar preparado cuando llegue su momento.

—Quieran los dioses que sea dentro de muchos años —murmuró el maestre Luwin.

—Confío en ti como si fueras de mi propia sangre, maestre Luwin. Quiero que aconsejes a mi esposa en todo, en lo importante y en lo trivial. Enseña a mi hijo lo que necesita saber. Se acerca el invierno.

El maestre Luwin asintió con gesto grave. Se hizo el silencio, hasta que Catelyn reunió valor suficiente para plantear la pregunta cuya respuesta más temía.

—¿Y los demás niños?

Ned se levantó, la abrazó y le alzó la barbilla para mirarla a los ojos.

—Rickon es muy pequeño —dijo con delicadeza—. Se quedará con Robb y contigo. Los demás vendrán conmigo.

—No lo soportaré —dijo Catelyn, temblorosa.

—Tendrás que soportarlo. Sansa tiene que casarse con Joffrey, ahora está claro, no podemos darles el menor motivo para que duden de nuestra devoción. Y ya va siendo hora de que Arya aprenda las costumbres de una corte sureña. Dentro de pocos años, ella también estará en edad de casarse.

Sansa brillaría con luz propia en la corte, se dijo Catelyn para sus adentros, y bien sabían los dioses que a Arya le hacía falta refinarse un poco. De mala gana, las dejó partir en su corazón. Pero a Bran, no. A Bran, imposible.

—Sí —dijo—. Pero por favor, Ned, por el amor que me profesas, deja que Bran se quede aquí, en Invernalia. No tiene más que siete años.

—Yo tenía ocho cuando mi padre me envió como pupilo al Nido de Águilas —respondió Ned—. Ser Rodrik me ha dicho que Robb y el príncipe Joffrey no simpatizan. Eso no es bueno. Bran puede tender un puente entre ellos. Es un niño dulce, con la risa fácil; se hace querer. Que crezca con los pequeños príncipes, que se haga amigo de ellos igual que Robert y yo nos hicimos amigos. Así, nuestra casa estará a salvo.

Tenía razón. Catelyn lo sabía. Pero aquello no lo hacía menos doloroso. Los iba a perder a los cuatro: a Ned, a las dos niñas y a su querido Bran. Solo le quedarían Robb y el pequeño Rickon. Ya sentía el peso de la soledad. Invernalia era un lugar tan, tan vasto...

—Pero que no se acerque a los muros —dijo con valor—. Ya sabes cuánto le gusta trepar a Bran.

—Gracias, mi señora —susurró Ned, secándole a besos las lágrimas de los ojos antes de que se derramaran—. Es muy duro, lo sé.

—¿Qué pasa con Jon Nieve, mi señor? —preguntó el maestre Luwin.

Catelyn se puso tensa al oír aquel nombre. Ned percibió su rabia y se apartó de ella.

Muchos hombres tenían bastardos. Catelyn lo había sabido toda su vida. No le sorprendió descubrir que, en el primer año de su matrimonio, Ned había tenido un hijo con alguna chica a la que había conocido estando en campaña. Al fin y al cabo tenía necesidades de hombre, y aquel año lo habían pasado separados: Ned guerreaba en el sur mientras ella permanecía a salvo en el castillo de su familia, en Aguasdulces. Pensaba más en Robb, el bebé que mamaba de su pecho, que en aquel marido al que apenas conocía. Si entre batalla y batalla encontraba alguna

diversión, mejor que mejor. Y si su semilla daba fruto, debía ocuparse del niño; era lo que se esperaba de él.

Pero había hecho más aún. Los Stark no se parecían a los demás hombres. Ned se llevó al bastardo a casa y lo llamó hijo ante todo el norte. Cuando las guerras terminaron por fin y Catelyn se trasladó a Invernalia, Jon y su ama de cría ya estaban instalados allí.

Aquello le dolió. Ned no hablaba de la madre del niño, no decía ni una palabra de ella, pero en el castillo no había secretos y Catelyn oía a las doncellas contar las historias que a ellas les habían relatado los soldados de su esposo. Hablaban en susurros de ser Arthur Dayne, la Espada del Amanecer, el más mortífero de los siete caballeros de la Guardia Real de Aerys, y de cómo el joven señor de Invernalia lo había matado en combate singular. Y contaban cómo luego Ned llevó la espada de ser Arthur a la hermosa y joven hermana de este, que lo aguardaba en un castillo llamado Campoestrella, a orillas del mar del Verano. Lady Ashara Dayne, alta, hermosa, con ojos hechiceros color violeta. Catelyn había tardado quince días en reunir valor suficiente, pero al fin, una noche en la cama, preguntó directamente a su esposo qué había de verdad en aquello.

Fue la única vez en todos sus años de matrimonio en que Ned le dio miedo.

—No vuelvas a preguntarme nunca acerca de Jon —dijo con voz fría como el hielo—. Es sangre de mi sangre; no tienes por qué saber más. Y ahora, quiero que me digas dónde has oído ese nombre, mi señora.

Ella le había jurado obediencia. Se lo dijo. Y a partir de aquel día los rumores cesaron, y el nombre de Ashara Dayne no se volvió a pronunciar entre los muros de Invernalia.

Fuera quien fuera la madre de Jon, Ned debía de haberla amado con locura, porque nada de lo que Catelyn le dijera pudo convencerlo de que alejara de allí al muchacho. Era la única cosa que jamás perdonaría a su esposo. Había llegado a querer a Ned con todo su corazón, pero nunca había sentido cariño hacia Jon. Por Ned habría soportado la existencia de una docena de bastardos, mientras no tuviera que verlos. Pero Jon era una presencia constante, y a medida que crecía se parecía más a Ned que ninguno de los hijos legítimos que ella le había dado. Aquello empeoraba aún más la situación.

—Jon no se puede quedar —dijo.

—Robb y él están muy unidos —señaló Ned—. Había pensado...

—No se puede quedar aquí —lo interrumpió Catelyn—. Es hijo tuy o, no mío. No lo quiero a mi lado.

Sabía que estaba siendo dura, pero era lo que sentía. Y Ned no haría ningún favor al chico dejándolo en Invernalia.

—Sabes que no me lo puedo llevar al sur —le dijo su marido con una mirada llena de angustia—. En la corte no hay lugar para él. No admitirán a un chico con

apellido de bastardo; se burlarán; lo rechazarán.

—Por lo que se cuenta —replicó Catelyn blindando su corazón contra la súplica muda de los ojos de Ned—, tu amigo Robert también ha tenido una docena de bastardos.

—¡Pero ninguno ha entrado en la corte! —exclamó él—. Ya se ha cuidado bien de eso la Lannister. ¿Cómo puedes ser tan cruel, Catelyn? No es más que un niño. No... —Estaba dominado por la ira. Habría dicho más cosas, y peores, pero el maestre Luwin lo interrumpió.

—Hay otra solución —dijo con voz tranquila—. Vuestro hermano Benjen vino a verme hace unos días, para hablarme de Jon. Por lo visto, el muchacho aspira a vestir el negro.

—¿Quiere unirse a la Guardia de la Noche? —Ned lo miró, commocionado.

Catelyn no dijo nada. Que Ned meditara sobre la idea; en aquel momento, era mejor que ella guardara silencio. Pero de buena gana habría besado al maestre. Era la solución perfecta. Benjen Stark era un hermano juramentado. Jon sería como un hijo para él, el hijo que nunca tendría. Y el chico también prestaría el juramento cuando llegara su turno. No tendría hijos que algún día pudieran disputar Invernalia a los nietos de Catelyn.

—Servir en el Muro es un gran honor, mi señor —dijo el maestre Luwin.

—Y hasta un bastardo puede llegar muy alto en la Guardia de la Noche —reflexionó Ned. Pero todavía había un atisbo de duda en su voz—. Jon es demasiado joven. Si un hombre maduro quiere prestar el juramento es una cosa, pero un niño de catorce años...

—Es un gran sacrificio —asintió el maestre Luwin—. Pero corren tiempos difíciles, mi señor. Su camino no es más cruel que el que os aguarda a vos, o a vuestra señora.

Catelyn pensó en los tres hijos que iba a perder. No le fue fácil seguir guardando silencio.

Ned se apartó de ellos y volvió a mirar por la ventana, callado, con semblante pensativo. Por fin, suspiró y dio media vuelta.

—Muy bien —dijo al maestre Luwin—. Supongo que es lo mejor. Hablaré con Ben.

—¿Cuándo se lo diremos a Jon? —preguntó el maestre.

—Cuando sea el momento. Hay que hacer preparativos. Pasarán al menos dos semanas antes de que lo tengamos todo a punto para la partida. Que Jon disfrute estos últimos días. Pronto terminará el verano, y también su infancia. A su debido tiempo, yo mismo se lo diré.

Las puntadas de Arya volvían a estar todas torcidas.

Las contempló con el ceño fruncido, desalentada, y miró de hurtadillas hacia donde estaba su hermana Sansa con las otras niñas. Las labores de costura de Sansa eran siempre exquisitas. Todo el mundo lo decía.

«Las labores de Sansa son tan bonitas como ella —dijo una vez la septa Mordane a su señora madre—. Tiene unas manos tan hábiles, tan delicadas... —Cuando lady Catelyn le preguntó por Arya, la septa lanzó un bufido—. Arya tiene manos de herrero».

Arya echó una mirada furtiva hacia el otro extremo de la sala, temerosa de que la septa Mordane pudiera leerle el pensamiento, pero aquel día no le prestaba atención. Se había sentado con la princesa Myrcella y era toda sonrisas y adulación. La septa no tenía ocasión de instruir a una princesa en las artes femeninas todos los días, como le había dicho a la reina cuando llevó a la niña para que estuviera con ellas. A Arya le pareció que las puntadas de Myrcella también estaban algo torcidas, pero por la manera en que las alababa la septa Mordane, nadie lo habría imaginado.

Examinó de nuevo su labor, buscando alguna manera de rescatarla, y al final suspiró y dejó la aguja. Miró a su hermana con gesto abatido. Sansa charlaba alegremente mientras cosía. Sentada a sus pies estaba Beth Cassel, la hija pequeña de ser Rodrik, que se bebía cada palabra que salía de sus labios. Jeyne Poole, a su lado, le susurraba algo al oído.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Arya de repente. Jeyne la miró sobresaltada; luego dejó escapar una risita. Sansa pareció avergonzada. Beth se sonrojó. Nadie le dio respuesta—. Decídmelo —insistió Arya.

Jeyne miró de reojo para asegurarse de que la septa Mordane no las estaba escuchando. Myrcella dijo algo en aquel momento, y la septa estalló en carcajadas igual que el resto de las señoritas.

—Hablábamos del príncipe —dijo Sansa con voz suave como un beso.

Arya sabía bien a qué príncipe se refería. A Joffrey, claro. El alto, el guapo. A Sansa le había tocado sentarse con él en el banquete. A Arya le correspondió el pequeño y gordito. Naturalmente.

—A Joffrey le gusta tu hermana —susurró Jeyne, tan orgullosa como si fuera la responsable de aquello. Era la hija del mayordomo de Invernalia, y también la mejor amiga de Sansa—. Le dijo que era muy hermosa.

—Se va a casar con ella —intervino la pequeña Beth, soñadora—. Y Sansa será la reina.

Sansa tuvo la decencia de sonrojarse. Tenía una manera de sonrojarse muy bonita. Todo lo que hacía era muy bonito, pensó Arya con un recorrido sordo.

—No te inventes cosas, Beth —reprendió cariñosamente Sansa a la pequeña,

al tiempo que le acariciaba el pelo. Volvió la vista hacia Arya—. ¿A ti qué te parece el príncipe Joff, hermana? Es muy galante, ¿verdad?

—Jon dice que parece una niña —replicó Arya.

—Pobre Jon —dijo Sansa con un suspiro, sin dejar de coser—. Le tiene envidia, porque es bastardo.

—Es nuestro hermano —replicó Arya en voz demasiado alta.

Sus palabras se oyeron claramente en el silencio de la sala de la torre. La septa Mordane alzó la vista. Tenía el rostro huesudo, ojos perspicaces y una boca de labios finos que parecían hechos para fruncirse. En aquel momento estaban fruncidos.

—¿De qué estáis hablando, niñas?

—Es nuestro medio hermano —la corrigió Sansa con tono suave y preciso. Sonrió a la septa y le dijo—: Arya y yo comentábamos lo contentas que estamos de que la princesa nos acompañe hoy.

—Desde luego —asintió la septa Mordane—. Es un gran honor para nosotras.

—La princesa Myrcella sonrió insegura ante el cumplido—. ¿Por qué no estás cosiendo, Arya? —preguntó la septa. Se puso de pie. Sus faldas almidonadas parecieron susurrar cuando cruzó la sala en dirección a ella—. A ver esas puntadas.

Arya quería gritar. Era muy propio de Sansa atraer la atención de la septa. No tuvo más remedio que tenderle la tela. La septa la examinó.

—Arya, Arya, Arya —dijo—. Esto está mal. Muy mal.

Todos la miraban. Aquello era excesivo. Sansa era demasiado educada para sonreír ante el apuro de su hermana, pero Jeyne lo compensaba de sobra. Incluso la princesa Myrcella parecía sentir lástima por ella. Arya sintió como se le llenaban los ojos de lágrimas. Se levantó bruscamente y corrió hacia la puerta.

—¡Arya! —gritó la septa Mordane—. ¡Vuelve aquí! ¡No te atrevas a salir! Tu señora madre se va a enterar de esto. ¡Y delante de nuestra princesa! ¡Eres una vergüenza para todos!

Arya se detuvo ante la puerta y dio media vuelta, mordiéndose los labios. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Se las arregló para hacer una reverencia rígida en dirección a Myrcella.

—Con vuestra venia, mi señora.

Myrcella la miró y luego clavó la vista en sus damas como pidiendo ayuda. Pero si la niña parecía insegura, la septa Mordane, no.

—¿Adónde crees que vas? —rugió.

—Tengo que herrar un caballo —contestó Arya con voz dulce, mirándola.

La consternación en el rostro de la septa le produjo cierto placer. Dio media vuelta, salió y bajó por las escaleras tan deprisa como pudo.

No era justo. Sansa lo tenía todo. Sansa era dos años mayor; quizá cuando nació Arya ya no quedaba nada. Era lo que pensaba a menudo. Sansa sabía

coser, bailar y cantar. Escribía poesías. Tenía buen gusto al vestirse. Tocaba el arpa y, por si fuera poco, también el carillón. Y lo peor, era hermosa. Sansa había heredado los pómulos altos de su madre y la espesa cabellera rojiza de los Tully. Arya había salido a su señor padre. Tenía el pelo castaño y sin brillo, y un rostro alargado y solemne. Jeyne la llamaba Arya Caracaballo, y cuando la veía llegar relinchaba. Y para empeorarlo todo, lo único que Arya hacía mejor que su hermana era montar a caballo. Bueno, aquello y llevar las cuentas de la casa. A Sansa no se le daban bien los números. Si acababa por casarse con el príncipe Joff, le haría falta un buen mayordomo.

Nymeria la esperaba en la garita de los guardias, al pie de las escaleras. Se incorporó en cuanto vio llegar a Arya. La niña sonrió. Aunque nadie más la quisiera, la cachorrita de lobo huargo la adoraba. Iban juntas a todas partes, y Nymeria dormía en su habitación, al pie de la cama. Arya se la habría llevado a la sala de costura de buena gana si su madre no lo hubiera prohibido. Así, la septa Mordane no se quejaría tanto de sus puntadas.

Nymeria le mordisqueó ansiosa la mano mientras la desataba. Tenía los ojos amarillos. Cuando reflejaban el sol, brillaban como dos monedas de oro. Arya le había puesto su nombre en memoria de la reina guerrera de Rhoyne, que había guiado a su pueblo en el cruce del mar Angosto. Aquello también había sido un escándalo. Sansa, por supuesto, había llamado Dama a su cachorrita. Arya hizo una mueca y abrazó con fuerza a la loba. Nymeria le lamió una oreja, y la niña se echó a reír.

La septa Mordane ya debía de haber avisado a su señora madre. Si se iba a su cuarto, la encontrarían. Y Arya no quería que la encontraran; tenía mejores planes. Los chicos se estaban entrenando en el patio, y se moría por ver cómo tumbaba Robb al galante príncipe Joffrey.

—Vamos —susurró a Nymeria. Se puso de pie y echó a correr, con la loba pisándole los talones.

En el puente cubierto que unía el Gran Torreón con la armería había una ventana desde la que se divisaba todo el patio. Allí fue adonde se dirigió.

Llegó jadeante, con el rostro congestionado, y se encontró a Jon sentado en el alféizar, con la barbilla apoyada en una rodilla. Estaba observando el patio tan concentrado que no se dio cuenta de su presencia hasta que su lobo blanco se levantó para recibirlas. Nymeria dio unos pasos cautelosos. Fantasma era ya más grande que sus hermanos de camada. La olfateó, le mordisqueó una oreja y volvió a tenderse junto a Jon.

—¿No deberías estar cosiendo, hermanita? —preguntó el chico mirándola con curiosidad.

—Prefiero ver cómo pelean —contestó Arya con una mueca.

—Bueno —dijo Jon con una sonrisa—, ven aquí.

Arya se subió a la ventana y se sentó junto a él mientras en el patio resonaba

todo un coro de golpes y gruñidos.

Sufrió una ligera decepción al ver que los que luchaban eran los más pequeños. Bran iba tan envuelto en protectores que parecía que se hubiera vestido con almohadas, y el príncipe Tommen, que ya era bastante regordete de por sí, se asemejaba a una pelota. Resoplaban, jadeaban y se golpeaban con espadas de madera acolchadas bajo la atenta mirada del anciano ser Rodrik Cassel, el maestro de armas, un hombretón corpulento orgulloso de los magníficos bigotes blancos que le cubrían las mejillas. Junto a él divisó a Theon Greyjoy, que vestía un jubón negro con el símbolo de su casa, un kraken dorado. El desprecio se traslucía en su rostro. Los dos combatientes se tambaleaban ya, y Arya supuso que llevaban un buen rato peleando.

—Es algo más cansado que coser, ¿no? —observó Jon.

—Es algo más divertido que coser —replicó Arya.

Jon sonrió y le revolvió el pelo. Arya se sonrojó. Siempre habían estado muy unidos. El muchacho tenía el rostro de su padre, igual que ella. Eran los únicos. Robb, Sansa, Bran, incluso el pequeño Rickon... Todos los demás eran claramente Tully, con sonrisas abiertas y cabellos de fuego. Cuando era pequeña, Arya temía que aquello significara que ella también era bastarda. Acudió a Jon con sus temores, y él fue quien la tranquilizó.

—¿Por qué no estás tú en el patio? —le preguntó.

—A los bastardos no nos permiten hacer daño a los príncipes —dijo el muchacho esbozando una sonrisa—. Las magulladuras que reciban mientras se entrenan se las tienen que causar espadas legítimas.

—Oh. —Arya se sintió avergonzada. Debería haberlo imaginado. Por segunda vez aquel día, pensó que la vida era injusta. Contempló cómo su hermano pequeño lanzaba una estocada contra Tommen—. Podría hacerlo igual de bien que Bran —dijo—. Él tiene solo siete años, y yo, nueve.

—Estás demasiado delgada —dijo Jon mirándola con la sabiduría de sus catorce años. Le cogió el brazo para palpar el músculo. Suspiró y sacudió la cabeza—. No creo que pudieras ni levantar una espada larga, hermanita, no digamos ya blandirla. —Arya se sacudió la mano del brazo y lo miró, airada. Jon le revolvió el pelo otra vez. Bran y Tommen seguían moviéndose en círculos, el uno en torno al otro—. ¿Ves al príncipe Joffrey? —preguntó Jon.

Arya no lo había visto al principio, pero al mirar de nuevo lo descubrió al fondo, bajo la sombra de un muro de piedra. Estaba rodeado de hombres a los que ella no conocía, jóvenes escuderos con librea de los Lannister y de los Baratheon. También había en el grupo algunos hombres mayores. Supuso que eran caballeros.

—Mira los blasones que lleva bordados en la ropa —dijo Jon.

Arya hizo lo que le decía. El jubón acolchado del príncipe lucía un escudo bordado exquisitamente. Las divisas estaban divididas: a un lado, el venado

coronado de la casa real; al otro, el león de los Lannister.

—Los Lannister son orgullosos —observó Jon—. No les basta con el emblema real. Pone la casa de su madre al mismo nivel que la del rey.

—¡La mujer también es importante! —protestó Arya.

—¿Vas a hacer tú lo mismo? —Jon dejó escapar una risita—. ¿Aunar las divisas de los Tully y los Stark?

—¿Un lobo con un pescado en la boca? —La idea la hizo reír—. Quedaría ridículo. Además, si las chicas no podemos luchar, ¿para qué queremos escudo de armas?

—A las chicas les dan los escudos —dijo Jon encogiéndose de hombros—, pero no las espadas. A los bastardos les dan las espadas, pero no los escudos. A mí no me mires, hermanita; yo no he dictado las normas.

Se oyó un grito en el patio. El príncipe Tommen había caído rodando e intentaba levantarse sin conseguirlo. Con tantos protectores parecía una tortuga sobre el caparazón. Bran estaba de pie junto a él, con la espada de madera en alto, dispuesto a golpear de nuevo en cuanto se pusiera en pie. Los hombres que los rodeaban se echaron a reír.

—¡Basta! —exclamó ser Rodrik. Tendió una mano al príncipe y lo ayudó a levantarse—. Buena pelea. Lew, Donnis, ayudadlo a quitarse los protectores. —Miró a su alrededor—. Príncipe Joffrey, Robb, ¿queréis probar otra vez?

—De buena gana —dijo Robb adelantándose impaciente. Todavía estaba sudoroso del combate anterior.

En respuesta a la llamada de Rodrik, Joffrey avanzó hasta el sol. El cabello le brillaba como hebras de oro. Parecía aburrido.

—Esto es un juego para niños, ser Rodrik.

—Es que sois niños —señaló con sorna Theon Greyjoy después de soltar una carcajada.

—Puede que Robb sea un niño —dijo Joffrey—. Yo soy un príncipe. Y me he cansado de pinchar a los Stark con una espada de juguete.

—Has recibido más golpes de los que has dado, Joff —dijo Robb—. ¿Tienes miedo?

—Estoy aterrado —dijo el príncipe Joffrey mirándolo fijamente—. Eres mucho mayor que yo. —Los hombres del grupo de los Lannister se echaron a reír.

—Joffrey es un mierda —dijo Jon a Arya mientras observaba la escena con el ceño fruncido.

—¿Qué proponéis? —Ser Rodrik se tironeaba del mostacho blanco, pensativo.

—Acero con filo.

—Hecho —dijo inmediatamente Robb—. ¡Lo vas a lamentar!

—El acero afilado es demasiado peligroso —dijo el maestro de armas poniendo una mano en el hombro de Robb para calmarlo—. Os dejaré combatir

con espadas de torneo, embotadas.

Joffrey no dijo nada, pero un hombre al que Arya no conocía, un caballero alto con el pelo negro y cicatrices de quemaduras en el rostro, dio un paso para situarse ante el chico.

—Este es tu príncipe. ¿Quién eres tú para decirle con qué espada debe pelear?

—El maestro de armas de Invernalia, Clegane. Será mejor que lo tengas presente.

—¿Entrenas a mujeres? —preguntó el hombre de las quemaduras. Tenía la musculatura de un toro.

—Entreno a caballeros —replicó ser Rodrik con mordacidad—. Pelearán con acero cuando estén preparados. Cuando tengan edad suficiente.

—¿Cuántos años tienes, chico? —preguntó el hombre de las quemaduras a Robb mientras lo miraba.

—Catorce.

—Yo maté a un hombre cuando tenía doce años. Y no fue con una espada embotada, de eso puedes estar seguro.

Arya vio que Robb se erizaba. Lo habían herido en su orgullo. El chico se volvió hacia ser Rodrik.

—Déjame que lo intente. Lo puedo vencer.

—Pues véncelo con una espada de torneo —replicó ser Rodrik.

—Vuelve a retarme cuando seas mayor, Stark —dijo Joffrey encogiéndose de hombros—. Mayor, ¿eh? No viejo.

Los hombres del grupo de los Lannister estallaron en carcajadas. Las maldiciones de Robb resonaron en todo el patio. Arya se tapó la boca, conmocionada. Theon Greyjoy lo agarró por el brazo para que no se abalanzara contra el príncipe. Ser Rodrik se retorció los bigotes, consternado.

—Vamos, Tommen —dijo Joffrey a su hermano pequeño, fingiendo un bostezo—. Se ha acabado el recreo. Deja a los niños con sus chiquilladas.

Aquello provocó más carcajadas en el grupo de los Lannister y más maldiciones de Robb. Ser Rodrik estaba tan furioso que el rostro se le puso rojo como un tomate bajo los bigotes blancos. Theon tuvo que sujetar a Robb con mano de hierro hasta que los príncipes y su cortejo estuvieron lejos, a salvo.

Jon los observó alejarse, y Arya observó a Jon. Tenía el rostro tan tranquilo como el estanque del bosque de dioses. Por fin se bajó del alféizar.

—El espectáculo ha terminado —dijo. Se inclinó para rascar a Fantasma entre las orejas. El lobo blanco se levantó y se restregó contra él—. Más vale que vayas corriendo a tu habitación, hermanita. Seguro que la septa Mordane está al acecho. Cuanto más tiempo pases escondida, más duro será el castigo. Te vas a pasar el invierno haciendo costura. Cuando llegue el deshielo en primavera encontrarán tu cadáver, con la aguja entre los dedos congelados.

—Odio coser! —exclamó Arya con pasión. No le había hecho gracia el

comentario—. ¡No es justo!

—No hay nada justo —dijo Jon.

Le revolvió el pelo de nuevo, y se alejó con Fantasma. Nymeria echó a andar tras ellos, pero se detuvo y retrocedió al ver que Arya no los seguía.

La niña, de mala gana, echó a andar en dirección contraria.

Era peor de lo que había supuesto Jon. Cuando llegó a su cuarto, la esperaba la septa Mordane, pero no estaba sola. Estaba con su madre.

La partida de caza se puso en marcha al amanecer. El rey quería que hubiera jabalí en el banquete de la noche. El príncipe Joffrey cabalgaba con su padre, así que Robb había recibido permiso para ir también con los cazadores. Junto con ellos iban su tío Benjen, Jory, Theon Greyjoy, ser Rodrik e incluso el extraño hermano pequeño de la reina. Al fin y al cabo, era la última cacería: al día siguiente por la mañana emprenderían el viaje hacia el sur.

Bran había tenido que quedarse en Invernalia con Jon, las niñas y Rickon. Pero Rickon no era más que un bebé, las niñas no eran más que niñas, y Jon y su lobo parecían haberse esfumado. Bran tampoco los buscó con demasiado interés. Tenía la sensación de que Jon estaba enfadado con él. Últimamente, Jon parecía enfadado con todo el mundo. El niño no entendía por qué. Sabía que su hermano iba a marcharse con su tío Ben al Muro, para unirse a la Guardia de la Noche. Aquello era casi tan emocionante como ir al sur con el rey. El que se tenía que quedar en Invernalia era Robb, no Jon.

Llevaba días muriéndose de impaciencia; no veía la hora de emprender el viaje. Iba a recorrer el camino Real a caballo, no a lomos de un pony, sino de un caballo de verdad. Su padre sería la mano del rey; vivirían en el castillo rojo de Desembarco del Rey, el castillo que habían construido los Señores Dragón. La Vieja Tata decía que allí había fantasmas, y mazmorras donde habían pasado cosas horribles, y que los muros estaban adornados con cabezas de dragón. Solo con imaginarlo, a Bran le daban escalofríos, pero no tenía miedo. ¿Por qué iba a tenerlo? Su padre estaría con él, y el rey, y todos los caballeros del rey, y sus espadas juramentadas.

Algún día, el mismo Bran sería caballero y pertenecería a la Guardia Real. La Vieja Tata decía que eran las mejores espadas del reino. Solo eran siete, vestían armadura blanca y no tenían esposa ni hijos; vivían solo para servir al rey. Bran se sabía de memoria todas las leyendas. Sus nombres le sonaban a música celestial. Serwyn del Escudo Espejo. Ser Ryam Redwyne. El príncipe Aemon, el Caballero Dragón. Los gemelos ser Erry y ser Arryk, que se habían matado mutuamente en una lucha a espada hacía cientos de años, cuando el hermano luchó contra la hermana en la guerra que los trovadores llamaron la Danza de los Dragones. El Toro Blanco, Gerold Hightower. Ser Arthur Dayne, la Espada del Amanecer. Barristan el Bravo.

El rey Robert había llegado al norte acompañado por dos de sus guardias reales. Bran los había observado con fascinación, sin atreverse a dirigirles la palabra. Ser Boros era un hombretón calvo y con papada, y ser Meryn tenía bolsas bajo los ojos y barba color óxido. Ser Jaime Lannister se parecía más a los caballeros de las historias, y también pertenecía a la Guardia Real, pero Robb dijo que había matado al viejo rey loco y que ya no contaba. El más grande de

los caballeros vivos era ser Barristan Selmy, Barristan el Bravo, lord comandante de la Guardia Real. Su padre le había prometido que, cuando llegaran a Desembarco del Rey, podría ver a ser Barristan en persona, y desde entonces Bran marcaba en la pared los días que faltaban para la partida, ansioso por ver un mundo con el que solo había soñado, de empezar una vida que apenas podía imaginar.

Pero ahora que había llegado el último día, Bran se sintió perdido de repente. No conocía más hogar que Invernalia. Su padre le había dicho que aquel día debía despedirse de todo el mundo, y él lo había intentado. Cuando los cazadores se marcharon, vagó por el castillo con su lobo para ver a todos los que iban a quedar atrás: la Vieja Tata y Gage, el cocinero; Mikken, en la herrería; Hodor, el mozo de cuadra que siempre sonreía y cuidaba de su pony, y solo sabía decir «Hodor»; el hombre de los invernaderos, que le daba moras cuando lo visitaba...

Pero no fue posible. Había ido al establo en primer lugar, y allí estaba su pony, pero ya no era su pony; le iban a dar un caballo de verdad, y el pony se quedaría en Invernalia, y de pronto, Bran tuvo ganas de sentarse en el suelo y llorar. Dio media vuelta y salió corriendo antes de que Hodor y los otros mozos de cuadra le vieran las lágrimas en los ojos. Así terminaron las despedidas. En lugar de visitar a nadie más, Bran se pasó la mañana a solas en el bosque de dioses, intentando, sin conseguirlo, enseñar a su lobo a recoger y devolverle el palo que le lanzaba. El cachorro era más listo que cualquiera de los perros de su padre, y Bran habría jurado que entendía todo lo que le decía, pero por lo visto no le interesaba la caza de palos.

Todavía no se había decidido por ningún nombre para el animal. Robb llamaba al suyo Viento Gris, porque corría muy deprisa; Sansa le había puesto Dama a la suya; Arya la había bautizado con el nombre de una reina bruja de las leyendas, y el del pequeño Rickon se llamaba Peludo, que en opinión de Bran era un nombre bien idiota para un huargo. El lobo de Jon, el blanco, se llamaba Fantasma. A Bran le habría gustado que aquel nombre se le hubiera ocurrido a él, aunque su lobo no fuera blanco. Había probado cientos de nombres en las dos últimas semanas, y ninguno acababa de gustarle.

Por fin se hartó del juego del palo y decidió ir a trepar. Con todo lo que había pasado últimamente, hacía semanas que no subía a la torre rota, y quizás aquella fuera su última oportunidad.

Cruzó el bosque de dioses por el camino más largo, dando un rodeo para evitar el estanque donde crecía el árbol corazón. El árbol corazón siempre le había dado miedo. En opinión de Bran, los árboles no deberían tener ojos, ni hojas que parecieran manos. Su lobo corría pisándole los talones.

—Tú te quedas aquí —le dijo al pie del árbol centinela que se alzaba junto al muro de la armería—. Túmbate. Eso es, muy bien. Quietoo.

El lobo hizo lo que le ordenaban. Bran lo rascó detrás de las orejas, dio la vuelta, de un salto se agarró a una rama baja y se aupó. Se movía con facilidad de rama en rama, y ya estaba a mitad del tronco cuando el lobo se puso de pie y empezó a aullar.

Bran miró abajo. El lobo se calló y clavó en él sus ojos amarillos y rasgados. El niño sintió un extraño escalofrío. El lobo volvió a aullar.

—¡Calla! —le gritó—. Siéntate. Quietos. Eres peor que mi madre.

Los aullidos lo persiguieron mientras seguía trepando, hasta que por fin saltó al tejado de la armería y el lobo lo perdió de vista.

Los tejados de Invernalia eran el segundo hogar de Bran. Su madre decía a menudo que Bran ya trepaba antes de empezar a andar. El niño no recordaba cuándo aprendió a andar, pero tampoco recordaba cuándo trepó por primera vez, así que suponía que era cierto.

Para un niño, Invernalia era un laberinto de piedra gris formado por murallas, torres, patios y túneles que se extendían en todas direcciones. En las zonas más antiguas del castillo, las salas estaban inclinadas y a diferentes niveles, así que uno nunca sabía a ciencia cierta en qué piso estaba. El maestre Luwin le había dicho hacía tiempo que la edificación había ido creciendo a lo largo de los siglos como un monstruoso árbol de piedra, con ramas gruesas, nudosas y retorcidas, y raíces profundamente hundidas en la tierra.

Cuando salía a los tejados, cerca del cielo, Bran abarcaba toda Invernalia de un vistazo. Le gustaba cómo se veía desde allí, cómo se extendía a sus pies; disfrutaba cuando sobre su cabeza solo se encontraban los pájaros y toda la vida del castillo se desarrollaba abajo. Podía pasarse horas enteras entre las gárgolas informes, desgastadas por la lluvia, que desde su lugar en el Primer Torreón lo vigilaban todo: a los hombres que trabajaban la madera y el acero en el patio, a los cocineros que se ocupaban de las verduras en el invernadero, a los perros inquietos que correteaban por las perreras, el silencio del bosque de dioses, a las jovencitas que chismorreaban junto al pozo donde lavaban los platos... Aquello lo hacía sentir como si fuera el señor del castillo, en un sentido que jamás conocería ni el propio Robb.

Así había aprendido también los secretos de Invernalia. Los constructores no se habían molestado en nivelar el terreno. Tras los muros había colinas y valles. Había también un puente cubierto que iba del cuarto piso de la Torre de la Campana al segundo de la torre donde se criaban los cuervos. Bran lo sabía. También sabía que era posible penetrar en el muro interior por la puerta sur, subir tres pisos y circundar toda Invernalia por un angosto túnel excavado en la piedra, para después salir al nivel del suelo por la puerta norte, donde una pared de cien varas se alzaba a la espalda. El chico estaba seguro de que ni siquiera el maestre Luwin sabía aquello.

A su madre la aterraba pensar que algún día Bran se caería de un muro y se

mataria. Él le decía que no, pero ella no lo creía. Una vez consiguió que le prometiera que no volvería a trepar. El niño se las arregló para mantener su promesa durante quince largos días; en todos se sintió profundamente desgraciado, hasta que una noche salió por la ventana del dormitorio mientras sus hermanos estaban sumidos en un profundo sueño.

Al día siguiente, atormentado por el remordimiento, confesó su crimen. Lord Eddard le ordenó que fuera al bosque de dioses para purificarse. Puso a varios hombres de guardia, para asegurarse de que Bran pasaba la noche allí a solas, reflexionando sobre su desobediencia. A la mañana siguiente no había ni rastro del niño. Lo encontraron durmiendo a pierna suelta entre las ramas más elevadas del árbol centinela más alto del bosquecillo.

Su padre se enfadó, pero no pudo contener una carcajada.

—No eres hijo mío —le dijo a Bran cuando consiguieron bajarlo—. Eres una ardilla. Pues bien, así sea. Si quieres trepar, trepa, pero que no te vea tu madre.

Bran lo intentó de todo corazón, aunque en el fondo sabía que no la engañaba. Y ella, ya que no conseguía que su padre se lo prohibiera, buscó la ayuda de otros. La Vieja Tata le contó a Bran la historia de un niño malo que trepó tan alto que lo alcanzó un rayo y los cuervos se acercaron a picotearle los ojos. Aquello no impresionó lo más mínimo al chico. En la cima de la torre rota, donde nadie aparte de él subía jamás, había nidos de cuervos; muchas veces se llenaba los bolsillos de maíz antes de trepar, y los pájaros lo comían de su mano. Ninguno había mostrado nunca el menor interés en sacarle los ojos a picotazos.

Más adelante, el maestre Luwin hizo un muñeco de arcilla, lo vistió con la ropa de Bran y lo lanzó al patio desde lo alto del muro, para demostrarle qué le sucedería si se caía. Aquello había sido más divertido, pero Bran se limitó a mirar al maestre.

—Yo no soy de arcilla —le dijo—. Además, nunca me caigo.

Después hubo una temporada en que los guardias lo perseguían cada vez que lo veían en los tejados e intentaban obligarlo a bajar. Aquello fue lo mejor de todo. Era como jugar con sus hermanos, solo que Bran ganaba siempre. No había guardia capaz de trepar tan arriba como él, ni siquiera Jory. Además, casi siempre pasaba desapercibido. La gente nunca miraba hacia arriba. Era otra de las cosas que le gustaban de trepar: se sentía casi invisible.

También le gustaba la sensación de escalar una pared, piedra tras piedra, buscando las grietas entre ellas con los dedos de las manos y los pies. Siempre se quitaba las botas e iba descalzo cuando trepaba. Se sentía como si tuviera cuatro manos en vez de dos. Disfrutaba con aquel dolor profundo y dulce que le invadía después los músculos. Le gustaba el sabor que tenía el aire en la cima, dulce y fresco como un melocotón de invierno. Le gustaban también las aves: los cuervos de la torre rota, los diminutos gorriones que anidaban en las grietas entre las piedras, el viejo búho que dormitaba en el despán polvoriento, sobre la armería...

Bran los conocía a todos.

Y, más que nada en el mundo, le gustaba estar en lugares a los que nadie más podía ir, y ver la mole gris y dispersa de Invernalia de una manera que ningún otro veía. Así, todo el castillo era el escondite secreto de Bran.

Su territorio favorito era la torre rota. En el pasado había sido una torre de vigilancia, la más alta de Invernalia. Hacía mucho tiempo, cien años antes de que naciera su padre, cayó un rayo que la incendió. El tercio superior de la estructura se había derrumbado y caído en el interior, y la torre jamás se había reconstruido. De cuando en cuando, su padre enviaba ratoneros a la base de la torre para acabar con los nidos que siempre encontraban en el laberinto de cascotes y vigas chamuscadas y podridas. Pero ya nadie subía a la cima desgarrada de la estructura, a excepción de Bran y los cuervos.

Conocía dos caminos para llegar allí. Se podía trepar por un lado de la propia torre, pero las piedras estaban sueltas y el mortero que las había mantenido unidas ya no era más que un recuerdo, así que a Bran no le gustaba descargar todo su peso sobre ellas.

El mejor camino partía del bosque de dioses; había que trepar a las ramas más altas del centinela, y cruzar sobre la armería y la sala de la guardia, saltando de tejado en tejado, descalzo para que los guardias no oyieran las pisadas sobre ellos. Así se llegaba al lado menos visible del Primer Torreón, la zona más antigua del castillo, una fortaleza redonda y achatada que era más alta de lo que parecía a simple vista. Solo estaba habitada por ratas y arañas, pero se trepaba muy bien por sus viejas piedras. Desde allí se podía ir directamente adonde las gárgolas se asomaban para mirar ciegas al espacio vacío, y pasar de una a otra balanceándose, colgado de las manos, hasta rodear todo el lado norte. Y entonces, si uno se estiraba mucho, mucho, se podía aupar hasta el punto más cercano de la torre rota. Lo último era trepar por las piedras ennegrecidas hasta los nidos, poco más de cinco varas, y allí los cuervos se le acercaban por si les había llevado maíz.

Bran iba pasando de gárgola en gárgola, con la facilidad que da la práctica, cuando oyó las voces. Se sobresaltó tanto que estuvo a punto de caerse. Nunca había visto a nadie en el Primer Torreón.

—No me gusta —decía una mujer. Debajo de Bran había una hilera de ventanas, y la voz le llegaba de la última de aquel lado—. La mano tendrías que ser tú.

—No lo quieran los dioses —replicó la voz indiferente de un hombre—. No es el tipo de honor que deseo. Implica demasiado trabajo.

Bran se quedó donde estaba, colgado de una gárgola, escuchando; de pronto, le daba miedo seguir adelante. Si se daba impulso para balancearse hasta el siguiente asidero podían verle los pies.

—¿No te das cuenta del peligro que corremos? —insistió la mujer—. Robert

quiere a ese hombre como si fuera su hermano.

—Robert no traga a sus hermanos. Y la verdad es que lo comprendo. Stannis le provocaría una indigestión a cualquiera.

—Déjate de tonterías. Stannis y Renly son una cosa, y Eddard Stark es otra muy diferente. Robert escuchará la opinión de Stark. Malditos sean los dos. Debí insistir en que te nombrara a ti, pero estaba segura de que Stark le diría que no.

—Aún hemos tenido suerte —dijo el hombre—. El rey podría haber elegido a uno de sus hermanos o, peor todavía, a Meñique, los dioses nos ayuden. Prefiero enemigos honorables que no sean ambiciosos; me costará menos dormir por las noches.

Bran comprendió que estaban hablando de su padre. Tenía que oír qué decían. Unos pocos codos más... pero podrían verlo por la ventana.

—Tendremos que vigilarlo de cerca —dijo la mujer.

—Prefiero vigilarte a ti —replicó el hombre. Parecía aburrido—. Ven aquí.

—Lord Eddard jamás había mostrado el menor interés por nada que sucediera al sur del Cuello —dijo la mujer—. Jamás. Planea algo contra nosotros, te lo digo yo. Si no, ¿por qué iba a abandonar sus tierras?

—Por mil razones. Por deber. Por honor. Porque quiere ver su nombre en letras grandes en el libro de la historia, o por escapar de su esposa, o por ambas cosas a la vez. A lo mejor quiere estar en un sitio cálido por una vez en la vida.

—Su esposa es la hermana de lady Arryn. Y me extraña que Lysa no estuviera aquí para darnos la bienvenida con sus acusaciones.

Bran miró abajo. Bajo la ventana había una cornisa muy estrecha, de apenas unos dedos de anchura. Trató de descender hacia ella. Estaba muy lejos; no llegaría.

—Te preocupas demasiado. Lady Arryn no es más que una estúpida miedosa.

—Esa estúpida miedosa compartía el lecho de Jon Arryn.

—Si supiera algo a ciencia cierta, habría hablado con Robert antes de huir de Desembarco del Rey.

—¿Tú crees? Robert ya había accedido a poner en custodia como pupilo a ese enfermizo hijo suyo en Roca Casterly. No, ni en sueños. Sabía que el crío sería rehén de su silencio. Ahora que está a salvo en su Nido de Águilas, puede que se sienta más valiente.

—Madres. —La palabra, en labios del hombre, tenía el tono de una blasfemia—. Eso de parir os afecta a la cabeza. Estás todas locas. —Soltó una carcajada. Fue un sonido amargo—. Que lady Arryn sea tan valiente como guste. Da igual qué sepa o crea saber; no tiene ninguna prueba. —Hizo una breve pausa—. ¿Verdad?

—¿Crees que el rey le exigirá pruebas? —replicó la mujer—. Ya te lo he dicho. No me ama.

—¿Y quién tiene la culpa de eso, querida hermana?

Bran estudió la cornisa. Podía soltarse y dejarse caer. Era demasiado estrecha para aterrizar sobre ella, pero si lograba aferrarse mientras caía y darse impulso hacia arriba... Pero claro, aquello quizás hiciera ruido y atrajera a las dos personas a la ventana. El chico no sabía bien qué estaba oyendo, pero estaba seguro de que a ellos no les gustaría que se enterase.

—Estás tan ciego como Robert —decía en aquellos momentos la mujer.

—Si quieras decir que los dos vemos lo mismo, es verdad —replicó él—. Yo veo a un hombre que preferiría la muerte antes que traicionar a su rey.

—Ya tricionó a un rey, ¿acaso lo has olvidado? No, no estoy negando que sea leal a Robert, eso es evidente. Pero ¿qué pasará cuando Robert muera y Joff ocupe el trono? Y cuanto antes suceda eso, más a salvo estaremos nosotros. Mi esposo se impacienta de día en día. Si Stark está a su lado, las cosas irán todavía peor. Sigue enamorado de la hermanita, esa insípida de diecisésis años que lleva tanto tiempo muerta. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que decida cambiarme por una nueva Lyanna?

De pronto, Bran tenía mucho miedo. No había nada que deseara más que volver por donde había llegado e ir con sus hermanos. Pero ¿qué les diría? Comprendió que tenía que acercarse más. Tenía que ver a las personas que estaban hablando.

—Deberías pensar menos en el futuro y más en los placeres inmediatos —dijo el hombre dejando escapar un suspiro.

—¡Para ya!

Bran oyó el repentino restallido de la carne contra la carne, y luego la risa del hombre.

El chico se dio impulso hacia arriba, trepó sobre la górgola y reptó por el tejado. Aquel era el camino fácil. Avanzó por el tejado hasta la siguiente górgola, que estaba justo sobre la habitación donde discutía la pareja.

—Esta charla empieza a aburrirme, hermana —dijo él—. Ven aquí y cállate un rato.

Bran se sentó a horcajadas sobre la górgola, se aferró con fuerza con las piernas y se dejó caer cabeza abajo. Quedó colgado por las piernas y, poco a poco, estiró el cuello hacia la ventana. El mundo era muy extraño visto del revés. El patio parecía deslizarse suavemente bajo él, con las piedras húmedas de nieve fundida.

Bran miró por la ventana.

Dentro de la habitación había un hombre y una mujer que se peleaban. Ambos estaban desnudos. Bran no alcanzaba a divisar quiénes eran. El hombre le daba la espalda, y su cuerpo ocultaba a la mujer a la que empujaba contra la pared.

Se oían ruidos suaves, húmedos. Bran se dio cuenta de que se estaban

besando. Los observó con los ojos abiertos de par en par, aterrado, sin atreverse siquiera a respirar. El hombre había puesto una mano entre los muslos de la mujer y debía de estar haciéndole daño, porque ella empezó a gemir.

—Para —decía—. Basta, basta... Oh, por favor...

Pero la voz era baja y débil, y en vez de empujarlo para obligarlo a alejarse, hundió las manos en el pelo del hombre, aquel pelo rubio enmarañado, y le obligó a bajar el rostro hacia su pecho.

Bran vio la cara de la mujer. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta; gemía. Se le mecía la cabellera dorada mientras movía la cabeza adelante y atrás, pero aun así reconoció a la reina.

Debió de dejar escapar algún sonido. De pronto, la mujer abrió los ojos y lo miró directamente. Lanzó un grito.

Todo sucedió de repente. La mujer apartó al hombre de un empujón mientras gritaba y señalaba, enloquecida. Bran intentó auparse de nuevo a la gárgola. Iba demasiado deprisa. Rozó inútilmente la piedra lisa con la mano y, en medio del pánico, se le resbalaron las piernas y cayó. Hubo un instante de vértigo, una sacudida estremecedora cuando la ventana pasó junto a él. Estiró una mano, se agarró a la cornisa, se resbaló, estiró la otra y consiguió aferrarse. Quedó colgando contra la pared del edificio. El impacto lo había dejado sin aliento. Bran se quedó suspendido de un brazo, jadeante.

En la ventana, sobre él, aparecieron dos rostros.

La reina. Y Bran reconocía también al hombre que estaba a su lado. Se le parecía tanto como si fuera su imagen especular.

—Nos ha visto —dijo la mujer con voz chillona.

—Eso parece —asintió el hombre.

Los dedos de Bran empezaron a resbalar. Se aferró a la cornisa con la otra mano. Hincó las uñas en la piedra. El hombre le tendió el brazo.

—Dame la mano —dijo—. Te vas a caer. —Bran se aferró al brazo con todas sus fuerzas. El hombre lo izó hasta la cornisa.

—¿Qué haces? —le gritó la mujer.

El hombre no hizo caso. Era muy fuerte. Subió a Bran hasta el alféizar de la ventana.

—¿Cuántos años tienes, chico?

—Siete —dijo Bran, temblando de alivio. Sus dedos habían dejado marcas profundas en el antebrazo del hombre. Se soltó mansamente.

—Qué cosas hago por amor —dijo con desprecio el hombre, mirando a la mujer.

Dio un empujón a Bran.

Bran, gritando, se precipitó al vacío. No había nada a lo que agarrarse. El patio ascendió a su encuentro.

A lo lejos, un lobo empezó a aullar. Los cuervos volaban en círculos en torno a

la torre rota, esperando su maíz.

En algún punto del gran laberinto de piedra que era Invernalia, un lobo aullaba. El sonido ondeaba en el castillo como una bandera de luto.

Tyrion Lannister alzó la vista de los libros y se estremeció, aunque la biblioteca era cálida y acogedora. El aullido de un lobo tenía algo que arrancaba al hombre de su lugar y su tiempo, y lo abandonaba en un bosque oscuro de la mente, corriendo desnudo ante la manada.

El lobo aulló de nuevo, y Tyrion cerró el pesado libro con cubiertas de cuero que había estado leyendo, un tratado de hacia un siglo acerca del cambio de las estaciones, escrito por un maestre que llevaba mucho tiempo muerto. Ocultó un bostezo con el dorso de la mano. La lamparilla parpadeaba, a punto de quedarse sin aceite, y la luz del amanecer empezaba a filtrarse por las altas ventanas. Se había pasado la noche leyendo, pero no era ninguna novedad. Tyrion Lannister no era de los que necesitan mucho sueño.

Al bajarse del banco se dio cuenta de que tenía las piernas rígidas y doloridas. Se las masajeó para activar la circulación, y cojeó hacia la mesa sobre la que el septón roncaba suavemente con la cabeza apoyada en el libro abierto ante él. Tyrion leyó el título. Una biografía del gran maestre Aethelmure; aquello lo explicaba todo.

—Chayle —llamó con suavidad.

El joven alzó la cabeza bruscamente y parpadeó, confuso. Llevaba en el cuello una cadena de plata de la que colgaba el cristal de su orden.

—Voy a ver qué desayuno. Encárgate de volver a poner los libros en los estantes. Ten cuidado con los pergaminos valyrios, están muy secos. *Máquinas de guerra de Ayrmidon* es muy poco común, tienes el único ejemplar completo que he visto en mi vida.

Chayle, todavía medio dormido, lo miró con asombro. Tyrion le repitió las instrucciones pacientemente, dio una palmadita en el hombro al septón y lo dejó dedicado a sus quehaceres.

Una vez fuera, Tyrion inspiró una bocanada del fresco aire matutino e inició el laborioso descenso por los empinados peldaños de la escalera de piedra que se enroscaba por el exterior de la torre de la biblioteca. Iba muy despacio; los peldaños eran altos y estrechos, mientras que él tenía las piernas cortas y torcidas. El sol naciente aún no había despejado las sombras de los muros de Invernalia, pero los hombres ya estaban trabajando en el patio. Le llegó la voz áspera de Sandor Clegane.

—Lo que le está costando morir a ese crío. Ya se podría dar más prisa.

Tyrion miró abajo y vio al Perro de pie junto a Joffrey, rodeados ambos por un enjambre de escuderos.

—Por lo menos se muere sin hacer ruido —dijo el príncipe—. El que arma escándalo es el lobo. Esta noche casi no he podido dormir.

Clegane proyectaba una sombra alargada sobre la tierra dura mientras su escudero le ponía el yelmo.

—Si lo deseas, puedo silenciar a esa bestia —dijo a través del visor abierto.

El escudero le puso la espada larga en la mano. Clegane la sopesó y la probó blandiéndola en el aire frío de la mañana. A su espalda el patio resonaba con el estrépito del acero contra el acero.

—¡Enviaré un perro para matar a otro perro! —exclamó el príncipe; parecía divertirle enormemente la idea—. Son una auténtica plaga en Invernalia, los Stark no lo notarán si les falta uno.

—Lamento no estar de acuerdo, sobrino —dijo Tyrion después de saltar del último peldaño al patio—. Los Stark saben contar hasta seis, a diferencia de algunos príncipes que conozco.

Joffrey tuvo la decencia de sonrojarse.

—Una voz que surge de la nada —dijo Sandor. Escudriñó por la abertura del yelmo, mirando a un lado y a otro—. ¡Espíritus del aire, sin duda!

El príncipe se echó a reír, como siempre que su guardaespaldas se embarcaba en aquella payasada. Tyrion ya estaba acostumbrado.

—Aquí abajo.

—Vaya, si es el diminuto lord Tyrion —dijo el hombretón tras bajar la vista hacia el suelo y fingir que advertía en aquel momento su presencia—. Perdonadme, no os había visto.

—Hoy no estoy de humor para aguantar tu insolencia. —Tyrion se volvió hacia su sobrino—. Joffrey, ya deberías haber visitado a lord Eddard y a su esposa para presentarles tus respetos en las dolorosas circunstancias que atraviesan.

—¿De qué les van a servir mis respetos? —Joffrey era petulante como solo puede serlo un príncipe niño.

—De nada —replicó Tyrion—. Pero es lo que debes hacer. Tu ausencia ha sido muy comentada.

—El hijo de los Stark no me importa lo más mínimo —dijo Joffrey—. Y no soporto los lloriqueos de las mujeres.

Tyrion Lannister alzó el brazo y abofeteó a su sobrino con fuerza. La mejilla del chico se puso roja.

—Una palabra más y te doy otra vez.

—¡Se lo voy a contar a mi madre! —exclamó Joffrey.

Tyrion lo abofeteó de nuevo. Las dos mejillas se pusieron del mismo color.

—Cuéntaselo a tu madre —dijo Tyrion—. Pero antes ve a ver a lord y lady Stark, arrodillate ante ellos, diles lo triste que es todo esto, que estás a su servicio para cualquier cosa que puedas hacer por ellos o por su familia en este momento

de dolor, y que los tienes siempre presentes en tus oraciones. ¿Entendido? ¿Entendido?

El chico parecía a punto de echarse a llorar, pero se las arregló para asentir débilmente. Dio media vuelta y salió corriendo por el patio, con la mano en la mejilla. Tyrion lo observó alejarse a toda velocidad.

Se le ensombreció el rostro. Se giró y se topó con Clegane, que se alzaba ante él tan imponente como una montaña. Su armadura negra como el carbón tapaba el sol. Se había bajado el visor del yelmo, que reproducía la cara enfurecida de un sabueso negro; daba miedo mirarlo, pero a Tyrion siempre le había parecido que tenía mejor aspecto que la cara terriblemente quemada de Clegane.

—El príncipe recordará lo que habéis hecho, diminuto señor —le advirtió el Perro. El yelmo convertía su risa en un retumbar cavernoso.

—Eso espero —replicó Tyrion Lannister—. Y si se olvida, su perrito se lo recordará, ¿verdad? —Miró a su alrededor—. ¿Sabes dónde está mi hermano?

—Desayunando con la reina.

—Ah —dijo Tyrion.

Dedicó un saludo automático a Clegane y se alejó silbando, a toda la velocidad que le permitían sus piernas atrofiadas. Sentía compasión por el primer caballero que pusiera a prueba la paciencia del Perro aquel día. Tenía muy mal genio.

El desayuno que servían en la sala matutina de la casa de invitados era frío y triste. Jaime estaba sentado a la mesa con Cersei y los niños, y todos hablaban en voz baja.

—¿Todavía no se ha levantado Robert? —preguntó Tyrion mientras tomaba asiento sin esperar a que lo invitaran.

—El rey no se ha acostado —dijo su hermana. Lo miraba con la misma expresión de leve disgusto que le había dedicado desde el día en que nació—. Está con lord Eddard. Se ha tomado muy a pecho su dolor.

—Nuestro Robert tiene un gran corazón —comentó Jaime con una sonrisa desganada.

No eran muchas las cosas que Jaime se tomaba en serio. Tyrion, que conocía a su hermano, lo sabía y se lo perdonaba. Durante los largos y terribles años de su infancia, el único que alguna vez le había mostrado cierto afecto y respeto había sido Jaime, y por ello Tyrion estaba dispuesto a perdonarle casi cualquier cosa.

Un criado se aproximó a la mesa.

—Pan —pidió Tyrion—, y un par de pescaditos de esos, y una jarra de cerveza negra para pasarlo todo. Ah, y un poco de panceta ahumada, tostada hasta que cruja.

El hombre hizo una reverencia y se alejó. Tyrion se volvió de nuevo hacia sus hermanos. Eran mellizos, hombre y mujer, y aquella mañana parecían una

copia uno del otro. Los dos se habían vestido de un tono verde que les hacía juego con los ojos. Los cabellos rizados de ambos les caían sobre los hombros, y se adornaban muñecas, dedos y cuello con joyas de oro.

Tyrion se preguntó durante un momento cómo sería tener un hermano gemelo, y pensó que prefería no saberlo. Ya era bastante duro enfrentarse a sí mismo cada mañana en el espejo. La sola idea de ver a alguien como él era aterradora.

—¿Sabes algo de Bran, tío? —preguntó el príncipe Tommen.

—Anoche pasé por la habitación del enfermo —dijo Tyrion—. No ha habido ningún cambio. El maestre cree que es una buena señal.

—No quiero que Brandon se muera —dijo Tommen con timidez. Era un chiquillo encantador; en nada se parecía a su hermano. Pero Jaime y Tyrion tampoco eran precisamente idénticos.

—Lord Eddard tenía un hermano que también se llamaba Brandon —caviló Jaime—. Fue uno de los rehenes asesinados por Targaryen. Por lo visto, ese nombre trae mala suerte.

—No tan mala, no tan mala —dijo Tyrion. El criado le sirvió su plato. Arrancó con los dedos un pedazo de pan moreno, mientras Cersei lo miraba con cautela.

—¿Qué quieres decir?

—Que los buenos deseos de Tommen pueden hacerse realidad —dijo Tyrion dedicándole una sonrisa malévolas—. El maestre dice que el niño tiene posibilidades de sobrevivir.

Myrcella dejó escapar una exclamación de alegría y Tommen sonrió, nervioso, pero Tyrion no estaba mirando a los niños. La mirada que Jaime y Cersei se cruzaron no duró más que un segundo, y pese a ello a Tyrion no le pasó inadvertida. Luego, su hermana clavó la vista en la mesa.

—No es ninguna bendición. Los dioses del norte son crueles al permitir que el niño padezca un dolor tan intenso durante tanto tiempo.

—¿Qué dijo exactamente el maestre? —quiso saber Jaime.

La panceta crujía al morderla. Tyrion la masticó un instante, pensativo.

—Cree que si el niño fuera a morir, ya habría muerto —dijo finalmente—. Han pasado cuatro días sin novedad.

—¿Se va a poner bueno Bran, tío? —preguntó la pequeña Myrcella. Tenía toda la belleza de su madre, y un corazón muy diferente.

—Tiene la espalda rota, pequeña —dijo Tyrion—. Al caer se rompió también las piernas. Lo mantienen vivo a base de miel y agua; de lo contrario habría muerto de hambre. Si despierta, tal vez pueda comer alimentos sólidos, pero nunca volverá a caminar.

—Si despierta —repitió Cersei—. ¿Es probable?

—Solo los dioses lo saben —respondió Tyrion—. El maestre alberga

esperanzas. —Mordió otro trozo de pan—. A ratos juraría que el lobo mantiene al chico con vida. Ese animal pasa el dia y la noche al pie de su ventana, sin dejar de aullar. A veces lo echan de ahí, pero siempre vuelve. El maestre me contó que una vez cerraron la ventana para evitar el ruido, y Bran pareció debilitarse. En cuanto la abrieron, el corazón volvió a latirle con fuerza.

—Esos animales tienen algo antinatural —dijo la reina estremeciéndose—. Son peligrosos. No toleraré que los traigan al sur con nosotros.

—Pues te va a costar impedirlo —dijo Jaime—. Siguen a las niñas allí adonde van.

—Entonces —dijo Tyrion atacando el pescado—, ¿vais a partir pronto?

—Siempre será más tarde de lo que me gustaría —replicó Cersei. De pronto frunció el ceño—. ¿Cómo que si vamos a partir? ¿Y tú? ¡Dioses! No me digas que vas a quedarte aquí.

—Benjen Stark vuelve a la Guardia de la Noche con el hijo bastardo de su hermano —dijo Tyrion después de encogerse de hombros—. Tengo intención de ir con ellos para ver ese muro del que tanto hemos oído hablar.

—¡Mi querido hermano, espero que no estés pensando vestir el negro! —dijo Jaime con una sonrisa.

—¿Cómo? ¿Hacer yo voto de celibato? —Tyrion se echó a reír—. Las putas se morirían del disgusto desde Dorne a Roca Casterly. No, lo único que quiero es subirme al Muro y mear por el borde del mundo.

—Los niños no tienen por qué escuchar esas groserías. —Cersei se levantó bruscamente—. Tommen, Myrcella, vamos. —Salió de la estancia, seguida por su séquito y los chiquillos. Jaime Lannister clavó los fríos ojos verdes en su hermano, pensativo.

—Stark se negará a marcharse de Invernalia mientras su hijo esté a las puertas de la muerte —dijo.

—Hará lo que le ordene Robert —replicó Tyrion—. Y Robert le ordenará que emprendamos el viaje. De todos modos, lord Eddard no puede hacer nada por el niño.

—Podría poner fin a su sufrimiento —dijo Jaime—. Si se tratara de mi hijo, yo lo haría. Es lo más misericordioso.

—Mi querido hermano, te recomiendo que no se lo sugieras a lord Eddard —dijo Tyrion—. No se lo tomaría nada bien.

—Ese niño, si sobrevive, será un lisiado. Peor que un lisiado. Un ser grotesco. Prefiero mil veces una muerte limpia.

—Manifiesto mi más profundo desacuerdo, en nombre de todos los seres grotescos del mundo —dijo Tyrion encogiéndose de hombros, gesto que acentuó su deformidad—. ¡La muerte es tan... definitiva! Mientras que la vida está llena de posibilidades.

—Eres un gnomo perverso. —Jaime sonrió.

—Desde luego —admitió Tyrion—. Espero que el chico recupere el conocimiento. Me interesaría muchísimo oír lo que tenga que contar.

—Tyrion, mi querido hermano —dijo Jaime con voz tensa; la sonrisa se le había agriado como la leche—, hay veces en que me pregunto de parte de quién estás.

Tyrion tenía la boca llena de pan y pescado. Bebió un trago de cerveza negra para pasarlo todo, y dedicó a Jaime una sonrisa feroz.

—Pero, Jaime, mi querido hermano —dijo—. Me ofendes. Ya sabes cuánto amo a mi familia.

Jon subió por las escaleras despacio, tratando de no pensar que tal vez no volviera a pisarlas nunca más. Fantasma caminaba en silencio junto a él. En el exterior, la nieve se arremolinaba y se colaba por las puertas del castillo; en el patio todo era ruido y reinaba el caos, pero entre los gruesos muros de piedra hacía calor y reinaba el silencio. Demasiado silencio para el gusto de Jon.

Llegó al rellano y se detuvo un rato, asustado. Fantasma le hociqueó la mano. Aquello le dio ánimos. Se irguió y entró en la habitación.

Lady Stark estaba junto a la cama. Llevaba allí casi quince días con sus noches. No se había alejado ni un momento de Bran. Le llevaban allí las comidas, y le habían puesto un orinal y un camastro, aunque se decía que apenas dormía. Era ella en persona quien lo alimentaba con la miel, el agua y la mezcla de hierbas que lo mantenían con vida. No había salido ni una vez de la habitación. De manera que Jon no había entrado.

Pero ya no quedaba tiempo.

Se detuvo en la puerta un instante, sin atreverse a decir nada, sin atreverse a acercarse. La ventana estaba abierta. Abajo, un lobo aullaba. Fantasma lo oyó y alzó la cabeza.

Lady Stark miró en su dirección. Durante un momento pareció no reconocerlo; después parpadeó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con una voz extraña, monótona, carente de emociones.

—He venido a ver a Bran —dijo Jon—. Para despedirme.

El rostro de la mujer no cambió de expresión. Tenía la larga cabellera castaña sucia y enredada. Parecía haber envejecido veinte años.

—Ya te has despedido. Vete.

Una parte de él quiso dar media vuelta y echar a correr, pero sabía que, si lo hacía, quizás nunca más vería a Bran. Dio un paso nervioso hacia el interior de la habitación.

—Por favor —dijo.

—Te he dicho que te vayas. —Una sombra de frialdad había cubierto los ojos de la mujer—. No queremos que estés aquí.

En el pasado, aquello habría hecho que saliera corriendo. En el pasado, aquello lo habría hecho llorar. En aquel momento solo lo enfurecía. Pronto sería un hermano juramentado de la Guardia de la Noche y se enfrentaría a peligros mucho peores que Catelyn Tully Stark.

—Es mi hermano —dijo.

—¿Quieres que llame a los guardias?

—Llámalos —la desafió Jon—. No me puedes impedir que lo vea.

Cruzó la habitación, manteniendo siempre la cama de Bran entre ellos, y bajó

la vista hacia su hermano.

Ella le sostenía una mano, que parecía una garra. Aquel no era el Bran que recordaba. Había perdido mucho peso; tenía la piel tensa sobre unos huesos como palillos. Bajo la manta, las piernas estaban dobladas en ángulos que revolvieron el estómago a Jon. Los ojos del niño, abiertos sin ver, estaban hundidos en profundas cuencas negras. Era como si hubiera encogido tras la caída. Parecía una hoja, como si un soplo de viento pudiera llevárselo a la tumba.

Pero, bajo la frágil caja de costillas destrozadas, el pecho subía y bajaba cada vez que respiraba débilmente.

—Bran —dijo—. Siento no haber venido antes. Tenía miedo. —Jon notó que las lágrimas le corrían por las mejillas. Ya no le importaba—. No te mueras, Bran, por favor, no te mueras. Todos tenemos muchas ganas de que despiertes. Robb, y yo, y las chicas, todos...

Lady Stark lo observaba. No había dado ninguna voz de alarma. Jon decidió interpretarlo como una aceptación de su presencia. Fuera, al pie de la ventana, el lobo huargo aulló de nuevo. El lobo al que Bran no había tenido tiempo de poner nombre.

—Tengo que irme ya —siguió—. El tío Benjen me espera. Me voy al norte, al Muro. Tenemos que marcharnos hoy, antes de las nieves.

Recordó lo emocionado que había estado Bran ante la perspectiva del viaje. Aquello fue más de lo que pudo soportar. La idea de dejarlo atrás, en aquel estado, era demasiado para él. Se secó las lágrimas, se inclinó y besó suavemente a su hermano en los labios.

—Quería que se quedara conmigo —dijo lady Stark en voz baja. Jon la miró con cautela. La mujer ni siquiera lo miraba. Le hablaba a él, pero en parte era como si el chico no estuviera en la habitación—. Recé para que se quedara —siguió con voz monótona—. Era mi hijito del alma, mi favorito. Fui al septo y recé siete veces a los siete rostros de Dios para que Ned cambiara de idea y permitiera que se quedara aquí, conmigo. A veces las plegarias reciben respuesta.

Durante unos tensos instantes, Jon no supo qué decir.

—No ha sido culpa tuya —dijo al fin.

—No te he pedido tu absolución, bastardo. —Lady Stark clavó la mirada en él; estaba llena de odio.

Jon bajó la vista. La mujer sostenía una mano de Bran. Él tomó la otra y la apretó. Los dedos eran como huesos de pajarillo.

—Adiós —dijo.

Cuando ya estaba en la puerta, lady Stark lo llamó.

—Jon.

El chico no se habría detenido, pero era la primera vez que se dirigía a él por su nombre. Se volvió y vio que lo miraba directamente a la cara, como si lo viera

por primera vez.

—Sí?

—Ojalá te hubiera pasado a ti —le dijo.

Luego se volvió de nuevo hacia Bran y se echó a llorar, con unos sollozos que le estremecían todo el cuerpo. Jon nunca la había visto llorar.

El descenso hasta el patio se le hizo muy largo.

En el exterior reinaban el ruido y la confusión. Los hombres cargaban carromatos, gritaban, ponían arneses a los caballos, los ensillaban y los sacaban de los establos. Había empezado a caer una ligera nevada y todo el mundo tenía prisa por partir.

Robb estaba en medio del caos, gritando órdenes como el que más. En los últimos días parecía haber crecido, como si la caída de Bran y el estado de su madre le hubieran dado fuerzas. Junto a él se encontraba Viento Gris.

—El tío Benjen te está buscando —le dijo a Jon—. Quería haber emprendido la marcha hace una hora.

—Ya lo sé —dijo Jon—. Iré enseguida. —Miró a su alrededor, entre el jaleo y la confusión—. La partida me está resultando más dura de lo que pensaba.

—A mí también —dijo Robb. Tenía nieve en el pelo, y se le derretía con el calor corporal—. ¿Has ido a verlo? —Jon asintió. Desconfiaba de su voz, y no se atrevió a hablar—. No va a morir —añadió Robb—. Lo sé.

—Los Stark sois duros de pelar —respondió Jon con voz cansada. La visita le había quitado todas las fuerzas. Robb supo al instante que algo iba mal.

—Mi madre...

—Ha sido... muy amable —le dijo Jon.

—Menos mal. —Su hermano pareció aliviado y sonrió—. La próxima vez que nos veamos irás vestido de negro.

—Siempre me ha sentado bien ese color. —Jon se obligó a devolverle la sonrisa—. ¿Cuándo será eso?

—Pronto, de verdad —prometió Robb. Se acercó a Jon y lo abrazó con energía—. Hasta la vista, Nieve.

—Hasta la vista, Stark —dijo Jon abrazándolo a su vez—. Cuida mucho de Bran.

—Descuida. —Se separaron y se miraron algo incómodos—. El tío Benjen dijo que, si te veía, te enviaría a los establos —añadió Robb.

—Aún me falta despedirme de alguien —respondió Jon.

—Entonces, no te he visto —dijo Robb.

Jon se alejó del muchacho, que quedó rodeado de carromatos, lobos y caballos.

Recorrió la corta distancia que lo separaba de la armería. Recogió un paquete y echó a andar por el puente cubierto que llevaba al Torreón.

Arya estaba en su habitación, colocando sus pertenencias en un baúl de carpe

pulido en el que ella misma habría podido meterse. Nymeria la ayudaba. Arya solo tenía que señalar, y la loba cruzaba la habitación en un par de saltos, agarraba una prenda de seda con los dientes y se la llevaba. Pero, cuando olió a Fantasma, se sentó sobre las patas traseras y aulló.

Arya miró hacia atrás, vio a Jon, se puso en pie de un salto y le echó los delgados brazos al cuello.

—Tenía miedo de que te hubieras marchado ya —dijo, emocionada—. No me dejaban salir a despedirte.

—¿Qué has hecho esta vez? —preguntó Jon echándose a reír.

—Nada. —Arya lo soltó e hizo una mueca—. Ya lo había recogido todo. —Señaló el enorme baúl, que apenas estaba a un tercio de su capacidad, y la ropa dispersa por toda la habitación—. La septa Mordane dice que tengo que hacerlo otra vez. Dice que no había doblado bien la ropa. Dice que una dama sureña como debe ser no tira los vestidos al baúl como si fueran trapos.

—Es lo que habías hecho, hermanita?

—Y qué más da, si al final van a quedar todos arrugados? —replicó la niña—. ¿A quién le importa si van doblados o no?

—A la septa Mordane —dijo Jon—. Y me parece que tampoco le gustará nada que Nymeria te esté ayudando. —La loba lo miró con sus ojos color oro oscuro—. Pero mejor así. Te he traído una cosa, y tienes que guardarla bien en el baúl.

—Un regalo? —El rostro de Arya se iluminó.

—Más o menos. Cierra la puerta.

—Nymeria, aquí. —Arya se asomó al pasillo, cautelosa y emocionada a la vez—. Vigila.

Dejó a la loba fuera para que los alertara si llegaba algún intruso, y cerró la puerta. Jon ya había retirado los trapos con que llevaba envuelto el objeto. Se lo tendió.

—Una espada —dijo Arya en voz baja, entrecortada. Los ojos se le habían abierto como platos. Eran unos ojos oscuros, como los del chico.

La vaina era de cuero gris, muy suave y flexible. Jon extrajo muy despacio la hoja para que pudiera ver el brillo azul oscuro del acero.

—No es ningún juguete —le dijo—. Ten cuidado, no te vayas a cortar. Con un filo así puedes hasta afeitarte.

—Las chicas no nos afeitamos —dijo Arya.

—Algunas deberían. ¿No te has fijado en las piernas de la septa?

—Las tiene muy flacas. —La niña soltó una risita.

—Igual que tú —dijo Jon—. Le encargué esta espada a Mikken; es muy especial. Es como las que utilizan los jaques en Pentos, en Myr y en otras Ciudades Libres. No basta para cortarle la cabeza a un hombre, pero si eres rápida lo puedes dejar hecho un colador.

—Puedo ser rápida —dijo Arya.

—Tendrás que entrenarte todos los días. —Le puso la espada en las manos, le enseñó cómo sostenerla y retrocedió un paso—. ¿Qué opinas? ¿Te parece bien equilibrada?

—Sí.

—Primera lección —dijo Jon—. Tienes que clavarla por el extremo puntiagudo. —Arya le dio un golpe de plano con la hoja en el brazo. A Jon le dolió un poco, pero sonrió como un idiota.

—Eso ya lo sé —dijo Arya. Una sombra de duda le nubló el rostro—. La septa Mordane me la quitará.

—Para eso tendría que saber que la tienes —señaló Jon.

—¿Con quién voy a entrenarme?

—Ya encontrarás a alguien —le aseguró Jon—. Desembarco del Rey es una ciudad de verdad, mil veces más grande que Invernalia. Hasta que lo encuentres, mira cómo se entrenan en el patio. Corre y monta a caballo; tienes que fortalecerte. Y pase lo que pase...

Arya sabía lo que venía a continuación.

—¡Que no... se entere... Sansa! —dijeron al unísono.

—Te voy a echar mucho de menos, hermanita. —Jon le revolvió el pelo.

—Ojalá vinieras con nosotros. —De pronto, Arya parecía a punto de llorar.

—A veces, los caminos diferentes llevan al mismo castillo. ¿Quién sabe? —Empezaba a sentirse mejor; no iba a permitirse ceder ante la tristeza—. Me tengo que ir ya. Si sigo haciendo esperar al tío Ben, me pasará mi primer año en el Muro vaciando orinales. —Arya corrió hacia él para abrazarlo por última vez—. Antes suelta la espada —le advirtió Jon entre risas. La niña dejó la espada casi con timidez, y lo cubrió de besos—. Casi se me olvida —añadió Jon dando media vuelta, ya en la puerta. Arya tenía otra vez la espada entre las manos y la sopesaba—. Todas las espadas importantes tienen nombre.

—Como *Hielo* —asintió ella. Contempló la hoja que tenía en la mano—. ¿Esta tiene nombre? Anda, dímelo.

—¿No te lo imaginas? —bromeó Jon—. Es lo que más te gusta en el mundo.

Arya se quedó desconcertada un instante. Luego se le ocurrió. Tenía una mente rápida.

—*Aguja!* —dijeron los dos a la vez.

El recuerdo de la risa de Arya lo acompañó y le dio calor en el largo viaje hacia el norte.

Daenerys Targaryen se casó con Khal Drogo con miedo y esplendor bárbaro en un prado, fuera de las murallas de Pentos, porque los dothrakis creían que todo acontecimiento importante en la vida de un hombre debía celebrarse a cielo abierto.

Drogo había convocado a su *khalasar* para que lo acompañara, y acudieron los cuarenta mil guerreros dothrakis junto con innumerables mujeres, niños y esclavos. Acamparon tras los muros de la ciudad con sus vastos rebaños, erigieron palacios de hierba trenzada, devoraron todo lo que encontraron, y de día en día hicieron crecer el nerviosismo entre los habitantes de Pentos.

—Los otros magisteres han dobrado la guardia en la ciudad —les comentó Illyrio una noche en la mansión donde había vivido Drogo, ante enormes bandejas de pato a la miel y chiles anaranjados.

El *khal* se había ido con su *khalasar* y la casa había quedado a disposición de Daenerys y su hermano hasta el día de la boda.

—Más vale que casemos pronto a la princesa Daenerys, antes de que la mitad de las riquezas de Pentos vaya a parar a los bolsillos de mercenarios y jaques —bromeó ser Jorah Mormont.

El exiliado había ofrecido su espada a Viserys la noche en que Dany fue vendida a Khal Drogo. Su hermano la había aceptado de buena gana. Desde entonces, Mormont los acompañaba constantemente.

El magíster Illyrio dejó escapar una risita a través de la barba, pero Viserys ni siquiera sonrió.

—Por mí como si se la quiere llevar mañana —dijo. Miró a Dany, que bajó los ojos—. Mientras pague lo acordado, claro.

—Ya os lo he dicho mil veces; está todo arreglado —dijo Illyrio haciendo un gesto lúgido con la mano; los anillos centelleaban en los dedos regordetes—. Confiad en mí. Si el *khal* os ha prometido una corona, la tendréis.

—Sí, pero ¿cuándo?

—Cuando el *khal* lo diga —replicó Illyrio—. Primero se llevará a la chica, y una vez estén casados tendrá que ir con todo su cortejo por las llanuras para presentarla al *dosh khaleen* en Vaes Dothrak. Después de eso quizá llegue vuestro turno. Si los presagios son favorables a la guerra.

—Me meo en los presagios de los dothrakis. —Viserys se moría de impaciencia—. El Usurpador ocupa el trono de mi padre. ¿Hasta cuándo habré de esperar?

—Lleváis la mayor parte de vuestra vida esperando, oh, gran rey —contestó Illyrio encogiéndose de hombros—. ¿Qué importan unos meses más, unos años más?

—Os aconsejo que tengáis paciencia, alteza —dijo ser Jorah con un gesto de asentimiento. Había viajado muy hacia el este, incluso había llegado a Vaes Dothrak—. Los dothrakis cumplen siempre su palabra, pero hacen las cosas cuando lo consideran oportuno. Un inferior puede suplicar un favor al *khal*, pero nadie puede imponerle nada.

—Cuidado con esa lengua, Mormont, si no quieres quedarte sin ella. —Viserys estaba furioso—. No soy inferior a nadie; soy el legítimo señor de los Siete Reinos. El dragón no suplica.

Ser Jorah bajó los ojos, respetuoso. Illyrio esbozó una sonrisa enigmática y arrancó un ala al pato. La miel y la grasa le corrieron por los dedos y le gotearon por la barba cuando mordisqueó la carne tierna.

« Ya no quedan dragones », pensó Dany mirando a su hermano, aunque no se atrevió a decirlo en voz alta.

Pero aquella noche soñó con un dragón. Viserys la golpeaba, le hacía daño. Estaba desnuda, atenazada por el terror. Huía de él, pero sentía el cuerpo desmañado y torpe. La golpeó de nuevo. Ella tropezó y cayó. « Has despertado al dragón —gritaba su hermano al tiempo que le asestaba una patada—. Has despertado al dragón, has despertado al dragón ». Los muslos de Dany estaban pegajosos de sangre. Cerró los ojos y gimió. Casi como respuesta se oyó el sonido espantoso de algo que se desgarraba, y el chisporroteo del fuego. Cuando alzó la vista de nuevo, Viserys había desaparecido, por todas partes se alzaban columnas de llamas y en medio de ellas estaba el dragón. Giró lentamente la enorme cabeza. Cuando los ojos de lava fundida se clavaron en los suyos, Dany despertó temblorosa, empapada de sudor. Jamás había tenido tanto miedo...

Hasta que por fin llegó el día de su boda.

La ceremonia empezó al amanecer y se prolongó hasta el ocaso. Fue un día interminable de borracheras, festines y trifulcas. Entre los palacios de hierba se había erigido una gran tribuna de tierra y allí estaba Dany, sentada junto a Khal Drogo, dominando la explanada que hervía con la actividad de los dothrakis. Nunca había visto tanta gente junta, ni personas tan extrañas y aterradoras. Los señores de los caballos se ponían ropas lujosas y ricos perfumes cuando visitaban las Ciudades Libres, pero a cielo abierto mantenían las viejas costumbres. Tanto hombres como mujeres vestían chalecos de cuero pintado sobre el pecho desnudo, y calzones de crin sujetos con cinturones de bronce; y los guerreros se aceitaban las largas trenzas con grasa derretida. Se atiborraban de carne de caballo asada con miel y chiles, bebían leche fermentada de yegua y los excelentes vinos de Illyrio hasta embriagarse por completo, y se intercambiaban bromas y pullas por encima de las hogueras con unas voces que a los oídos de Dany sonaban ásperas y extrañas.

Viserys ocupaba un lugar bajo ella, y estaba impresionante con una túnica nueva de lana negra que lucía un dragón escarlata en el pecho. Illyrio y ser Jorah

estaban sentados junto a él. El puesto que se les había asignado era de gran honor, justo por debajo de los mismísimos jinetes de sangre del *khal*, pero Dany había advertido la ira en los ojos violeta de su hermano. No le gustaba estar sentado por debajo de ella, y se enfurecía cuando los esclavos ofrecían cada plato primero al *khal* y a su esposa, y le servían a él los bocados que ellos rechazaban. Pero no podía hacer otra cosa que ahogarse en el resentimiento, y aquello hizo, de manera que su talante iba empeorando con cada insulto que percibía contra su persona.

Dany no se había sentido jamás tan sola como allí, sentada en medio de aquella vasta horda. Su hermano le había ordenado que sonriera, así que sonrió hasta que le dolieron los músculos de la cara y las lágrimas le asomaron a los ojos. Hizo todo lo posible por ocultarlas, porque sabía lo mucho que se enfadaría Viserys si la veía llorar, y también porque la aterraba la posible reacción de Khal Drogo. Los esclavos ponían ante ella trozos de carne humeante, gruesas salchichas oscuras y empanadas dothrakis de morcilla, y más tarde frutas, compota de hierbadulce y delicados pastelillos de las cocinas de Pentos, pero ella lo rechazaba todo. Tenía el estómago del revés, y sabía que no podría retener nada.

No tenía con quién hablar. Khal Drogo gritaba órdenes y chanzas a sus jinetes de sangre, y se reía con sus respuestas, pero apenas si miraba a Dany. No tenían un idioma común. Ella no entendía ni una palabra de dothraki, y el *khal* apenas conocía unas cuantas palabras del desvirtuado valyrio de las Ciudades Libres, y ninguna de la lengua común de los Siete Reinos. Hasta habría agradecido la posibilidad de conversar con Illyrio y con su hermano, pero estaban demasiado abajo para oírla.

Así que permaneció allí sentada, con sus ropajes de seda, con una copa de vino endulzado con miel en las manos, sin atreverse a comer nada, hablando consigo misma.

—Soy de la sangre del dragón —se decía—. Soy Daenerys de la Tormenta, princesa de Rocadragón, de la sangre y la semilla de Aegon el Conquistador.

El sol apenas había recorrido una cuarta parte de su trayectoria por el cielo cuando Dany vio morir al primer hombre. Sonaban los tambores mientras algunas de las mujeres bailaban para el *khal*. Drogo observaba con rostro inexpresivo, aunque seguía su movimiento con los ojos y, de cuando en cuando, lanzaba un medallón de bronce para que las mujeres pelearan por él.

Los guerreros también miraban. Por fin, uno de ellos avanzó hacia el círculo de mujeres, agarró a una bailarina por el brazo, la tiró al suelo y la montó allí mismo, como un semental monta una yegua. Illyrio ya le había advertido que podía suceder algo así.

—Los dothrakis se aparean como los animales de sus rebaños —fueron sus palabras—. En un *khalasar* no existe la intimidad, y su concepto del pecado y la

vergüenza no es igual que el nuestro.

Dany, atemorizada, apartó la vista de la pareja que copulaba en cuanto comprendió qué estaba pasando, pero pronto un segundo guerrero se adelantó, y un tercero, y al final no tuvo adonde desviar la mirada. Entonces, dos hombres fueron a por la misma mujer. Oyó un grito; en un instante, los *arakhs* estuvieron desenfundados y las hojas largas, mitad espada y mitad cimitarra, brillaron bajo el sol.

Los guerreros empezaron a moverse en círculo, lanzando estocadas y saltando el uno contra el otro en una danza de muerte; hacían girar las hojas sobre sus cabezas y se gritaban insultos, sin que nadie hiciera ademán de intervenir.

Todo terminó tan deprisa como había empezado. Los *arakhs* hendieron el aire a la vez, a tal velocidad que Dany no pudo seguirlos con la vista; uno de los hombres dio un paso en falso, el otro blandió el arma en un arco paralelo al suelo. El acero penetró en la carne justo por encima de la cintura del dothraki y seccionó el torso, del vientre a la columna vertebral, desparramando sus entrañas por la arena. Mientras el perdedor agonizaba, el vencedor agarró a la mujer que tenía más cerca, que ni siquiera era la que había provocado la disputa, y la tomó allí mismo. Los esclavos se llevaron el cadáver y se reanudó el baile.

El magíster Illyrio también había hablado a Dany de aquella posibilidad.

—Una boda dothraki en la que no haya como mínimo tres muertos se considera aburrida —le había dicho.

Su boda debió de ser un verdadero acontecimiento; antes de que se pusiera el sol habían muerto doce hombres.

A medida que pasaban las horas, el terror se fue apoderando de Dany hasta que llegó un momento que tuvo que echar mano de todo su autodominio para no gritar. Tenía miedo de los dothrakis, con sus costumbres extrañas y monstruosas que los hacían parecer bestias con piel humana, en vez de hombres. Tenía miedo de su hermano, de lo que haría con ella si le fallaba. Y sobre todo tenía miedo de lo que sucedería aquella noche bajo las estrellas, cuando Viserys la entregara al gigante que bebía junto a ella, a aquel hombre enorme con un rostro tan impasible y cruel como una máscara de bronce.

—Soy de la sangre del dragón —se repitió.

Cuando el sol estuvo por fin muy bajo en el horizonte, Khal Drogo dio unas palmadas; los tambores, los festines y los gritos se interrumpieron al instante. Drogo se levantó e hizo ponerse en pie junto a él a Dany. Era el momento de que le entregaran sus regalos de boda.

Y ella sabía que después de los regalos, después de que se pusiera el sol, llegaría el momento de montar a caballo y consumar el matrimonio. Dany trató de quitarse aquel pensamiento de la cabeza, pero no pudo. Se agarró los brazos para no temblar.

El regalo de su hermano Viserys fueron tres doncellas. Dany sabía que no le habían costado nada; sin duda, Illyrio le había proporcionado las chicas. Irri y Jhiqui eran dothrakis de piel cobriza con el pelo negro y los ojos almendrados, mientras que Doreah era una muchacha lysena de cabello rubio y ojos azules.

—No son vulgares criadas, hermana mía —dijo su hermano mientras las llevaban ante ella de una en una—. Illyrio y yo las hemos elegido personalmente para ti. Irri te enseñará a montar a caballo; Jhiqui, el idioma dothraki, y Doreah te instruirá en las artes femeninas del amor. —Sonrió con los labios apretados—. Es muy eficaz, te lo garantizamos.

—Es una nadería, princesa —se disculpó ser Jorah Mormont por su regalo—, pero un pobre exiliado no puede permitirse más —añadió mientras ponía ante ella un pequeño montón de libros antiguos.

Eran historias y canciones de los Siete Reinos, escritos en la lengua común. Dany le dio las gracias de todo corazón.

El magíster Illyrio dio una orden, y cuatro esclavos corpulentos se adelantaron portando un gran cofre de cedro con adornos de bronce. Al abrirlo descubrió los mejores terciopelos y damascos que se podían encontrar en las Ciudades Libres... y, sobre ellos, entre los suaves pliegues de los tejidos, tres huevos grandes. Dany se quedó sin aliento. Eran los objetos más hermosos que había visto en la vida, cada uno diferente, de colores tan vivos que al principio pensó que tenían incrustaciones de piedras preciosas, y tan grandes que tuvo que utilizar ambas manos para coger uno. Lo alzó con delicadeza, pensando que era de esmalte o de frágil porcelana, o incluso de cristal soplado, pero pesaba como si fuera de piedra maciza. La superficie del huevo estaba cubierta de escamas diminutas y, cuando le dio vueltas entre los dedos, brillaron como metal pulido a la luz del sol poniente. Uno de los huevos era de color verde oscuro con motitas de bronce que aparecían y desaparecían al moverlo. Otro era de color crema con vetas doradas. El último era negro, negro como el mar de medianoche, pero con remolinos y ondulaciones escarlata que parecían darle vida.

—¿Qué son? —preguntó, maravillada.

—Huevos de dragón, de las Tierras Sombrias que están más allá de Asshai —dijo el magíster Illyrio—. Se han convertido en piedra con los eones, pero conservan el fuego y la belleza.

—Los guardaré como un tesoro.

Dany había oído historias acerca de huevos como aquellos, pero jamás había visto uno, ni soñado que llegaría a verlo. Era un regalo espléndido, aunque sabía que Illyrio se podía permitir tal generosidad. Al venderla a Khal Drogo había ganado una fortuna en caballos y esclavos.

Los jinetes de sangre del *khal* le presentaron las tres armas tradicionales, y eran sin duda magníficas. Hago le ofreció un gran látigo de cuero con empuñadura de plata; Cohollo, un *arakh* magnífico con engastes de oro, y Qotho,

un arco largo de huesodragón, más alto que ella. El magíster Illyrio y ser Jorah le habían enseñado la fórmula tradicional para rechazar aquellos obsequios.

—Es un regalo digno de un gran guerrero, oh sangre de mi sangre, y yo soy una simple mujer. Que los reciba en mi lugar mi señor esposo.

De manera que Khal Drogo también tuvo « regalos de novia» .

Otros dothrakis le entregaron también obsequios sin fin: chinelas, joyas, anillos de plata para el cabello, cinturones de medallones, chalecos pintados, suaves pieles, sedas, frascos de perfumes, prendedores, plumas, diminutas botellitas de cristal morado y una túnica tejida con las pieles de un millar de ratones.

—Un regalo principesco, *khaleesi* —dijo Illyrio acerca de esto último cuando le explicaron de qué se trataba—. Trae buena suerte.

Los regalos se apilaban en torno a ella en grandes montones, más de los que podía imaginar, más de los que quería o tendría tiempo de usar en toda su vida.

Y, por último, Khal Drogo llevó ante ella su presente. Un susurro expectante se inició en el centro de la multitud cuando se alejó de Dany, un susurro que fue extendiéndose por todo el *khalasar*. Cuando regresó, los dothrakis que ya habían entregado sus regalos se apartaron para dejarle paso, y guio al caballo hasta detenerlo ante ella.

Era una yegua joven, briosa y espléndida. Dany sabía lo justo sobre caballos para comprender que no se trataba de un animal cualquiera. Tenía una cualidad especial que quitaba el aliento. Era gris como el mar del invierno, con crines que parecían humo plateado.

Extendió el brazo con gesto titubeante para acariciar el cuello del animal; pasó los dedos por la plata de sus crines. Khal Drogo dijo algo en dothraki, y el magíster Illyrio se lo tradujo.

—Dice el *khal* que es plata para la plata de vuestro cabello.

—Es preciosa —murmuró Dany.

—Es el orgullo del *khalasar* —dijo Illyrio—. La tradición manda que la *khaleesi* cabalgue a lomos de una montura digna del lugar que ocupa al lado del *khal*.

Drogo se adelantó y le rodeó la cintura con las manos. La alzó con tanta facilidad como si se tratara de una niña y la sentó en la fina silla dothraki, mucho más pequeña que aquellas a las que estaba acostumbrada. Dany titubeó un instante, insegura. Nadie le había dicho cómo debía comportarse en aquel momento.

—¿Qué hago ahora? —preguntó a Illyrio.

—Coged las riendas y cabalgad —respondió ser Jorah Mormont—. No hace falta que os alejéis mucho.

Dany, nerviosa, se hizo con las riendas y metió los pies en los estribos. Como amazona no era demasiado buena; había pasado mucho más tiempo viajando en

barcos, en carrozas y en palanquines que a caballo. Rezó para no caerse y quedar en ridículo, y dio a la yegua un ligero toque con las rodillas.

Y por primera vez en horas, olvidó el miedo. O quizás fuera por primera vez en la vida.

La yegua color gris plata tenía un trote suave como la seda; la multitud se abrió para dejarles paso; todos los ojos estaban clavados en ella. Dany se sorprendió al comprobar que avanzaba mucho más deprisa de lo que había pretendido, pero era una sensación más emocionante que aterradora. La yegua cambió a un trote rápido, y Dany sonrió. Los dothrakis le abrían camino. La más leve presión de sus piernas, el menor toque de riendas, y la yegua respondía. La puso al galope, y los dothrakis empezaron a aclamarla, a reír y a gritar mientras se apartaban de su trayectoria. Al dar media vuelta para emprender el regreso, se encontró con que una hoguera ardía en su camino. Era imposible desviarse a un lado o al otro, y tampoco tenía espacio para detenerse. Una osadía que jamás había sentido invadió a Daenerys, que espolgó a su montura.

La yegua plateada saltó las llamas como si tuviera alas.

—Dile a Khal Drogo que me ha regalado el viento —pidió al magister Illyrio cuando se detuvo ante él.

El obeso pentoshi se acarició la barba amarilla y repitió sus palabras en dothraki, y por primera vez, Dany vio sonreír a su esposo.

El último jirón de sol desapareció tras los altos muros de Pentos en aquel momento. Dany había perdido la noción del tiempo. Khal Drogo ordenó a sus jinetes de sangre que le llevaran su caballo, un esbelto semental castaño rojizo. Mientras el *khal* lo ensillaba, Viserys se acercó a Dany, que seguía a lomos de la yegua plateada, y le clavó los dedos en la pierna.

—Haz que quede satisfecho, hermanita, o te juro que verás despertar al dragón como nunca lo has visto antes.

El miedo regresó con las palabras de su hermano. Volvió a sentirse una niña; tenía solo trece años y estaba sola; no se sentía preparada para lo que estaba a punto de suceder.

Cabalgaron juntos mientras empezaban a aparecer las estrellas, y dejaron atrás el *khalasar* y los palacios de hierba. Khal Drogo no le dirigió la palabra; se limitó a montar su semental a paso ligero en el crepúsculo. Las campanillas de plata de su larga trenza tintineaban suavemente.

—Soy de la sangre del dragón —susurraba Dany tras él, tratando de conservar el valor—. Soy de la sangre del dragón. Soy de la sangre del dragón.

El dragón nunca tenía miedo.

Más adelante no habría sabido decir cuánto tiempo pasó ni cuánta distancia recorrieron a caballo, pero ya había oscurecido por completo cuando se detuvieron en un prado cubierto de hierba junto a un arroyo. Drogo descabalgó y la bajó de la yegua. Dany se sentía frágil como el cristal en sus manos, y no se

atrevía a confiar en sus piernas. Se quedó allí, desvalida y temblorosa con su atuendo nupcial de seda, mientras él ataba los caballos; cuando se volvió para mirarla, ella se echó a llorar.

—No —dijo Khal Drogo, que contemplaba sus lágrimas con un rostro extrañamente inexpresivo. Alzó la mano y se las secó rudamente con un pulgar encallecido.

—Hablas la lengua común —se maravilló Dany.

—No —repitió él.

Quizá fuera la única palabra que conocía, pensó, pero al menos conocía una, más de lo que ella esperaba. Aquello hizo que se sintiera mejor en cierto modo. Drogo le rozó el cabello con suavidad; acarició con los dedos las hebras de oro blanco de su pelo, al tiempo que murmuraba algo en dothraki. Dany no comprendió qué decía, pero su tono de voz era cálido y tenía una ternura que nunca habría esperado de aquel hombre.

Le puso un dedo bajo la barbillita y le levantó la cabeza para que lo mirase a los ojos. Drogo se alzaba muy por encima de ella; superaba en estatura a todo el mundo. La asió suavemente por debajo de los brazos, la alzó y la sentó en una roca redondeada junto al arroyo. Luego se sentó en el suelo ante ella con las piernas cruzadas. Por fin, sus rostros estaban a la misma altura.

—No —dijo.

—¿Es la única palabra que sabes decir?

Drogo no respondió. La larga trenza, muy gruesa, caía hasta el suelo junto a él. Se la echó por encima del hombro derecho y empezó a quitarse las campanillas del pelo, una a una. Tras un instante de vacilación, Dany se inclinó hacia delante para ayudarlo. Cuando terminaron, Drogo hizo un gesto. Ella lo comprendió. Lentamente, con mucho cuidado, empezó a deshacerle la trenza.

Le llevó mucho tiempo. Durante largo rato, Drogo permaneció sentado, en silencio, observándola. Cuando hubo terminado, sacudió la cabeza, y la cabellera cayó sobre su espalda como un río de oscuridad, aceitado y brillante. Dany no había visto nunca una melena tan larga, tan negra, tan espesa.

Entonces le tocó el turno a él. Empezó a desvestirla.

Tenía dedos hábiles y sorprendentemente amables. Una a una le fue quitando las capas de seda, con ternura, mientras Dany permanecía inmóvil y silenciosa, mirándolo a los ojos. Cuando le dejó al descubierto los pechos menudos, ella no pudo contenerse: desvió la mirada y se cubrió con las manos.

—No —dijo Drogo. Le apartó las manos de los pechos suavemente, pero con firmeza, y le alzó el rostro de nuevo para que lo mirase—. No —repitió.

—No —dijo ella como un eco.

La hizo levantarse y la atrajo hacia sí para quitarle la última prenda de seda. Dany notó el aire gélido de la noche en la piel desnuda. Se estremeció y se le puso la carne de gallina. Tenía miedo de lo que iba a suceder a continuación, pero

durante unos momentos no pasó nada. Khal Drogo se quedó sentado con las piernas cruzadas y se dedicó a mirarla, como si se bebiera su cuerpo con los ojos.

Al cabo de un rato empezó a tocarla. Primero suavemente, luego con más energía. Dany presentía la fuerza brutal de sus manos, pero en ningún momento sintió dolor. Le tomó la mano y acarició los dedos, uno a uno. Le rozó la pierna con delicadeza. Le acarició el rostro, recorrió la curva de sus orejas, le pasó un dedo por los labios. Le puso ambas manos en el pelo y se lo peinó con los dedos. Le dio la vuelta, le hizo un masaje en los hombros y deslizó un nudillo por la columna vertebral.

Pareció que transcurría una eternidad antes de que las manos del hombre llegaran por fin a sus pechos. Acarició la piel delicada hasta que la sintió erizarse. Hizo girar los pezones con los pulgares, los pellizcó suavemente y empezó a tirar de ellos, muy ligeramente al principio, luego con más insistencia, hasta que estuvieron tan erectos que empezaron a dolerle.

Solo entonces se detuvo, y la sentó en su regazo. Dany estaba ruborizada y sin aliento, sentía el corazón desbocado en el pecho. Drogo le sostuvo el rostro con ambas manos y la miró a los ojos.

—¿No? —dijo.

Dany supo que era una pregunta. Le tomó la mano y la llevó hacia abajo, hacia la humedad, entre sus muslos.

—Sí —susurró mientras guiaba el dedo del hombre hacia su interior.

La orden le llegó una hora antes del amanecer, cuando el mundo estaba tranquilo y gris.

Alyn lo sacudió para arrancarlo bruscamente de sus sueños, y Ned, somnoliento, salió con torpeza al gélido exterior donde el sol todavía no había salido. Se encontró con su montura ya ensillada, y al rey, a lomos de la suya. Robert llevaba guantes marrones y una gruesa capa de piel con capucha que le cubría las orejas; parecía un oso a caballo.

—¡Venga, Stark! —rugió—. ¡Vamos, vamos! Tenemos que discutir asuntos de estado.

—Desde luego —dijo Ned—. Pasa, alteza.

Alyn levantó la solapa de la tienda.

—No, no, ni hablar —dijo Robert. Su aliento formaba una nube de vapor con cada palabra—. El campamento tiene oídos. Además, quiero cabalgar un poco por tus tierras.

Ned advirtió que ser Boros y ser Meryn aguardaban tras él con una docena de guardias. No había nada que hacer excepto frotarse los ojos hasta espantar el sueño, vestirse y montar.

Robert marcaba el ritmo de la marcha; llevaba al límite a su enorme corcel negro, y Ned galopaba junto a él tratando de mantenerse a su altura. Le gritó una pregunta mientras cabalgaban, pero el viento se llevó sus palabras, y el rey no la oyó. Después de aquello Ned cabalgó en silencio. No tardaron en abandonar el camino Real para atravesar las llanuras onduladas, todavía cubiertas por la niebla. La guardia ya había quedado atrás, a distancia suficiente para no poder escuchar su conversación, pero Robert no aminoró la marcha.

Amaneció mientras bordeaban la cima de un risco, y el rey se detuvo por fin. Estaban más de una legua al sur del grueso del grupo. Cuando Ned tiró de las riendas, se encontró a Robert con el rostro sonrojado y alegre.

—Dioses —dijo entre risas—, ¡qué bien sienta salir y cabalgar como cabalga un hombre de verdad! Te lo juro, Ned, esa marcha de tortuga que llevamos vuelve loco a cualquiera. —Robert Baratheon nunca se había caracterizado por su paciencia—. Maldita casa con ruedas, no para de crujir y de chirriar, parece que suba una montaña cada vez que se encuentra un bache. ¡Te prometo que, como se le vuelva a romper un eje, la quemó! ¡Y Cersei va a pie el resto del viaje!

—Será un placer encenderte la antorcha —dijo Ned riéndose.

—¡Eres un amigo! —El rey le palmeó el hombro—. Ganas me dan de dejarlos atrás a todos y seguir la marcha a nuestro ritmo.

—Tengo la impresión de que lo dices en serio. —En los labios de Ned bailaba una sonrisa.

—Desde luego, desde luego —respondió el rey—. ¿Qué opinas, Ned? Tú y yo solos, dos caballeros vagabundos por el camino Real, con las espadas al costado y solo los dioses saben qué por delante... Y tal vez la hija de un granjero, o la muchacha de cualquier taberna, para calentarnos las camas por la noche.

—Ojalá fuera posible —dijo Ned—. Pero tenemos deberes, mi señor... para con el reino, para con nuestros hijos, yo para con mi señora esposa y tú para con tu reina. Ya no somos los muchachos que fuimos.

—Tú nunca has sido el muchacho que fuiste —gruñó Robert—. Una lástima. Pero hubo un tiempo... ¿cómo se llamaba aquella chica tuya? ¿Becca? No, esa era la mía, dioses, qué bonita era, con el pelo tan negro y los ojos tan grandes y tan dulces que uno se podía ahogar en ellos. La tuy a se llamaba... ¿Aleena? No. Me lo dijiste una vez. ¿Era Merry! Ya sabes cuál digo, la madre de tu bastardo.

—Se llamaba Wylla —replicó Ned con cortesía helada—, y preferiría no hablar de ella.

—Wylla, eso. —El rey sonrió—. Vaya mujer debía de ser para que lord Eddard Stark dejara de lado su honor aunque fuera solo durante una hora. Nunca me llegaste a contar cómo era...

—Ni te lo contará. —Ned apretó los labios, furioso—. Si de veras me aprecias tanto como dices, deja el tema, Robert. Me deshonré y deshonré a Catelyn, a los ojos de los dioses y de los hombres.

—Por favor, si casi no conocías a Catelyn.

—La había tomado por esposa. Llevaba a mi hijo en el vientre.

—Eres muy duro contigo mismo, Ned. Siempre has sido igual. Maldición, ninguna mujer quiere meterse en la cama con Baelor el Santo. —Le dio una palmada en la rodilla—. En fin, no insistiré si te molesta tanto. Te juro que a veces te erizas de una manera... el emblema de tu casa debería ser el puercoespin.

El sol naciente perforó con dedos de luz la niebla blanquecina del amanecer. Una vasta llanura, pelada y marrón, se extendía ante ellos, su monotonía aliviada tan solo por algunos montículos bajos y alargados aquí y allá. Ned se los señaló al rey.

—Los Túmulos de los primeros hombres.

—¿Nos hemos metido en un cementerio? —dijo Robert con el ceño fruncido.

—En el norte hay túmulos por doquier, alteza —le dijo Ned—. Esta tierra es vieja.

—Y fría —gruñó Robert mientras se arrebujaba más con la capa. Los guardias habían detenido sus caballos tras ellos, al pie del risco—. Bueno, no te he traído aquí para hablar de tumbas, ni para discutir sobre tu bastardo. Anoche llegó un jinete; lo enviaba lord Varys desde Desembarco del Rey. Mira. —El rey se sacó un papel del cinturón y se lo entregó a Ned.

El eunuco Varys era el consejero de los rumores del reino. Servía a Robert de

la misma manera en que antes había servido a Aerys Targaryen. Ned desenrolló el papel con nerviosismo, pensando en Lysa y en su espantosa acusación, pero el mensaje no tenía nada que ver con lady Arryn.

—¿De qué fuente procede esta información?

—¿Te acuerdas de ser Jorah Mormont?

—Ojalá pudiera olvidarlo —dijo Ned con aspereza.

Los Mormont de la isla del Oso eran una casa antigua, orgullosa y honorable, pero sus tierras eran frías, remotas y pobres. Ser Jorah había intentado llenar las arcas de la familia vendiendo unos furtivos a un traficante de esclavos tyroshi. Los Mormont eran vasallos de los Stark, de manera que su crimen había deshonrado al norte. Ned había hecho un largo viaje hacia el oeste hasta la isla del Oso, pero cuando llegó se encontró con que Jorah se había embarcado para ponerse fuera del alcance de *Hielo* y de la justicia del rey. Desde entonces habían transcurrido cinco años.

—Ser Jorah está en Pentos, y daría cualquier cosa por conseguir un indulto real que le permitiera regresar del exilio —explicó Robert—. Lord Varys aprovecha a fondo esa circunstancia.

—Así que el esclavista es ahora un espía —dijo Ned con repugnancia. Le devolvió la carta—. Yo preferiría que fuera un cadáver.

—Por lo que me dice Varys, los espías son mucho más útiles que los cadáveres —replicó Robert—. Dejando aparte a Jorah, ¿qué opinas de este informe?

—Daenerys Targaryen ha contraído matrimonio con un señor dothraki de los caballos. ¿Y qué? ¿Quieres que le envíemos un regalo de boda?

—Puede, un cuchillo —dijo el rey con el ceño fruncido—. Bien afilado, y un hombre valiente que lo empuñe.

Ned no se molestó en fingir sorpresa; el odio que Robert sentía hacia los Targaryen rozaba la locura. Recordó las frases airadas que habían intercambiado cuando Tywin Lannister entregó a Robert como obsequio y muestra de lealtad los cadáveres de la esposa y los hijos de Rhaegar. Ned lo consideró un asesinato; Robert dijo que aquello era la guerra.

—Para mí no son bebés, son cachorros de dragón —replicó el nuevo rey cuando alegó que el príncipe y la princesa no eran más que bebés. Ni siquiera Jon Arryn fue capaz de aplacar aquella tormenta. Eddard Stark había partido aquel mismo día, invadido por una rabia gélida, para participar en las últimas batallas de la guerra, que estaban teniendo lugar en el sur. Hizo falta otra muerte para reconciliarlos, la de Lyanna, y el dolor que compartieron por su pérdida.

—No es más que una niña, alteza. —Ned había aprendido y contuvo su temperamento—. Tú no eres Tywin Lannister, no asesinas a inocentes.

Corría el rumor de que la hijita de Rhaegar había gritado y llorado cuando la sacaron a rastras de debajo de la cama y vio las espadas. El niño no era más que

un bebé, pero los soldados de lord Tywin lo arrancaron del pecho de su madre y le estrellaron la cabeza contra la pared.

—¿Y cuánto tiempo seguirá siendo inocente? —La boca de Robert era una línea dura—. Esa «niña» no tardará en abrirse de piernas y empezará a parir cachorros de dragón para que me persigan.

—De todos modos —insistió Ned—, asesinar niños sería una vileza... sería abominable...

—¿Abominable? —rugió el rey—. Lo que hizo Aerys con tu hermano Brandon fue abominable. La manera en que murió tu padre fue abominable. Y Rhaegar... ¿cuántas veces crees que violó a tu hermana? ¿Cuántos cientos de veces? —Gritaba tanto que su caballo relinchó, nervioso. El rey tiró de las riendas con fuerza para calmar al animal, y señaló a Ned con el dedo—. Acabaré con todos los Targaryen que se me pongan por delante, hasta que estén tan extinguidos como sus dragones, y luego mearé sobre sus tumbas.

Ned sabía que no debía llevarle la contraria al rey cuando lo dominaba la ira. Si los años no habían aplacado su sed de venganza, no había palabras que pudieran hacerlo.

—De todas maneras, a esta no la tienes delante —dijo con voz calmada.

—No, malditos sean los dioses, un mercachifle pentoshi de quesos la puso a salvo junto con su hermano en sus tierras, y los rodeó de eunucos de gorros puntiagudos, y ahora los ha entregado a los dothrakis. Debi matarlos a los dos hace años; habría sido sencillo, pero Jon era igual que tú. Idiota de mí que le hice caso.

—Jon Arryn era un hombre sabio y una buena mano.

Robert soltó un bufido. La rabia se estaba esfumando tan deprisa como había aparecido.

—Se dice que ese Khal Drogo tiene una horda de cien mil hombres. ¿Qué crees que opinaría Jon de eso?

—Opinaría que ni un millón de dothrakis representan una amenaza para el reino mientras estén al otro lado del mar Angosto —replicó Ned con tranquilidad—. Los bárbaros no tienen barcos. Y no les gusta el mar abierto; les inspira terror.

—Puede ser. —El rey se acomodó en la silla, inquieto—. Pero en las Ciudades Libres se pueden conseguir barcos. Ese matrimonio no me gusta, Ned. En los Siete Reinos todavía hay quienes me llaman *Usurpador*. ¿Ya has olvidado cuántas casas combatieron junto a los Targaryen en la guerra? Por ahora se limitan a esperar su oportunidad, pero si tuvieran la menor ocasión me asesinarían mientras duermo, y también a mis hijos. Si el Rey Mendigo cruza el mar con una horda dothraki, esos traidores se unirán a él.

—No lo cruzará —prometió Ned—. Y si por casualidad se atreve, lo tiraremos de nuevo al mar. Una vez elijas al nuevo Guardián del Oriente...

—Por última vez —refunfuñó el rey—, no voy a nombrar guardián al hijo de

Arryn. Ya sé que es tu sobrino, pero mientras haya una Targaryen apareándose con dothrakis tendría que estar loco para poner una cuarta parte del reino en manos de un criollo enfermizo.

—El caso es que necesitamos un Guardián del Oriente. —Ned ya había previsto aquello—. Si no quieres a Robert Arryn, nombra a uno de tus hermanos. Stannis demostró sobradamente su valía durante el asedio de Bastión de Tormentas. —Dejó que la proposición permaneciera en el aire un instante. El rey frunció el ceño y no dijo nada. Parecía incómodo—. Es decir —terminó Ned con calma mientras lo miraba fijamente—, si no has prometido ese honor a nadie más.

Robert tuvo la honradez de sobresaltarse. Pero al instante se fingió contrariado.

—Y si lo he hecho, ¿qué pasa?

—Se trata de Jaime Lannister, ¿verdad?

Robert espolgó a su caballo e inició el descenso por el risco hacia los Túmulos. Ned se mantuvo a su altura. El rey cabalgaba con la vista fija al frente.

—Sí —dijo al final. Una palabra, seca, para zanjar el asunto.

—El Matarreyes —dijo Ned. De modo que los rumores eran ciertos. Estaba pisando terreno peligroso, y lo sabía—. Es un hombre muy capaz y valiente —siguió, cauteloso—, pero su padre es el Guardián del Occidente, Robert. Con el tiempo, ser Jaime heredará ese honor. Nadie debería tener el control sobre Oriente y Occidente a la vez.

No mencionó lo más preocupante: que aquella designación pondría la mitad de los ejércitos del reino en manos de los Lannister.

—Libraré esa batalla cuando se presente el enemigo —replicó el rey con tozudez—. Por el momento, lord Tywin sigue en Roca Casterly y parece decidido a vivir mil años, así que dudo mucho que Jaime herede nada a corto plazo. No me fastidies con esto, Ned; he tomado una decisión.

—¿Puedo hablar con sinceridad, alteza?

—Por lo visto no hay manera de impedirlo —gruñó Robert mientras seguían cabalgando por la hierba alta.

—¿Crees que puedes confiar en Jaime Lannister?

—Es el mellizo de mi esposa, y hermano juramentado de la Guardia Real. Su vida, su fortuna y su honor están ligados a los míos.

—Igual que estaban ligados a los de Aerys Targaryen —señaló Ned.

—¿Por qué voy a desconfiar de él? Siempre ha hecho todo lo que le he pedido. Su espada contribuyó a conseguir el trono que ocupó.

«Su espada contribuyó a ensuciar el trono que ocupas», pensó Ned, pero no permitió que las palabras llegaran a sus labios.

—Juró proteger la vida de un rey con la suya propia. Y le cortó la garganta a ese mismo rey.

—¡Por los siete infiernos, alguien tenía que matar a Aerys! —gritó Robert, al tiempo que tiraba de las riendas para que su caballo se detuviera bruscamente junto a un antiguo túmulo—. Si no lo hubiera hecho Jaime, nos habría tocado a ti o a mí.

—Nosotros no éramos hermanos juramentados de la Guardia Real —replicó Ned. Decidió que ya había llegado el momento de que Robert supiera toda la verdad—. ¿Te acuerdas del Tridente, alteza?

—Allí fue donde conseguí mi corona, ¿cómo quieres que me olvide?

—Rhaegar te hirió —le recordó Ned—. Así que, cuando las huestes de Targaryen se dieron a la fuga, dejaste la persecución en mis manos. Los supervivientes del ejército de Rhaegar huyeron de vuelta a Desembarco del Rey. Nosotros los perseguimos. Aerys estaba en la Fortaleza Roja con varios miles de hombres que le eran leales. Yo estaba seguro de que nos encontraríamos las puertas de la ciudad cerradas.

—Y sin embargo, cuando llegaste nuestros hombres habían tomado la ciudad.

—Robert asintió con un gesto impaciente—. ¿Y qué?

—No fueron nuestros hombres —explicó Ned con calma—, sino los de los Lannister. En los parapetos ondeaba el león de los Lannister, no el venado coronado. Y se habían valido de la traición para tomar la ciudad.

La guerra llevaba entonces casi un año de fieros combates. Algunos nobles de las grandes casas y de las menores se reunieron bajo el estandarte de Robert; otros permanecieron leales a los Targaryen. Los poderosos Lannister de Roca Casterly, los Guardianes del Occidente, se mantuvieron al margen de todo e hicieron caso omiso de las llamadas a las armas que les llegaban tanto del bando rebelde como de los partidarios del rey. Seguramente, Aerys Targaryen pensó que los dioses habían oído sus plegarias cuando vio a lord Tywin Lannister ante las puertas de Desembarco del Rey, con un ejército de doce mil hombres y jurándole lealtad. De modo que el Rey Loco cometió la última locura: abrió a los leones las puertas de su ciudad.

—La traición es moneda corriente entre los Targaryen —dijo Robert. Se estaba enfureciendo de nuevo—. Los Lannister les pagaron con la misma moneda. Era lo que se merecían, ni más ni menos. Eso no me va a quitar el sueño.

—Tú no estuviste allí. —La voz de Ned estaba llena de amargura. A él sí le había quitado el sueño. Llevaba catorce años viviendo con aquellas mentiras, y todavía le provocaban pesadillas—. Fue una conquista sin honor.

—¡Los Otros se lleven tu honor! —maldijo Robert—. ¿Acaso los Targaryen saben siquiera qué es eso? ¡Baja a tu cripta; pregúntale a Lyanna sobre el honor del dragón!

—A Lyanna la vengaste en el Tridente —dijo Ned al tiempo que tiraba de las riendas para detenerse junto al rey. «Prométemelo, Ned», había susurrado ella.

—Eso no me la devolvió. —Robert apartó la vista y clavó la mirada en la distancia gris—. Maldigo a los dioses, me concedieron una victoria vacía. Una corona... ¡Yo había rezado por tu hermana! Por recuperarla sana y salva, y que fuera mía de nuevo, como estaba previsto. Dime, Ned, ¿de qué sirve llevar corona? Los dioses se burlan de las plegarias de reyes y pastores por igual.

—No puedo hablar por los dioses, alteza. Solo sé lo que vi cuando llegué aquel día a la sala del trono —dijo Ned—. Aerys estaba en el suelo, muerto, ahogado en su propia sangre. Las calaveras de dragón colgaban de las paredes. Los hombres de los Lannister estaban por todas partes. Jaime vestía la capa blanca de la Guardia Real sobre la armadura dorada. Es como si lo viera. Hasta su espada tenía reflejos de oro. Se había sentado en el Trono de Hierro, por encima de sus caballeros, y llevaba un yelmo con forma de cabeza de león. ¡Cómo resplandecía!

—Eso ya lo sabe todo el mundo —protestó el rey.

—Yo seguía a caballo. Recorrió la sala en medio del silencio, entre las largas hileras de calaveras de dragón. Parecía que me observaran. Me detuve ante el trono y alcé la vista para mirar a Jaime. Tenía la espada dorada cruzada sobre las piernas, con el filo manchado por la sangre de un rey. Mis hombres fueron entrando detrás de mí. Los hombres de los Lannister retrocedieron. No llegué a decir ni una palabra. Lo miré fijamente, sentado en el trono, y aguardé. Por último, Jaime se echó a reír, se levantó, se quitó el yelmo y me dijo: «No temas, Stark únicamente se lo estaba calentando a nuestro amigo Robert. Lamento comunicarte que, como asiento, no es muy cómodo».

El rey soltó una carcajada que sonó como un rugido. El ruido sobresaltó a una bandada de cuervos, que salieron volando de entre la hierba y batieron las alas en el aire, enloquecidos.

—¿Crees que debo desconfiar de Lannister porque se sentó un rato en mi trono? —Las carcajadas le sacudían el cuerpo—. Jaime tenía diecisiete años, Ned, era poco más que un niño.

—Niño u hombre, no tenía derecho a ese trono.

—Puede que estuviera cansado —sugirió Robert—. Matar reyes es un trabajo agotador. Y bien saben los dioses que en esa maldita sala no hay otro sitio donde poner el culo. Y por cierto, te dije la verdad, es una silla incomodísima. En más de un sentido. —El rey sacudió la cabeza—. Bueno, ahora que ya conozco el terrible pecado de Jaime, podemos olvidarnos de este asunto. Estoy harto de secretos, de trifulcas y de asuntos de estado, Ned. Es tan aburrido como contar calderilla. Venga, vamos a cabalgar, que en los viejos tiempos lo hacías bien. Quiero volver a sentir el viento en el rostro.

Espoleó a su caballo y emprendió el galope sobre el túmulo, dejando a sus espaldas una lluvia de tierra.

Durante un momento, Ned no lo siguió. Se había quedado sin palabras, y lo

invadía una sensación abrumadora de impotencia. Se preguntó, no por primera vez, qué hacia allí, por qué había llegado hasta donde estaba. Él no era un Jon Arryn, dispuesto a reprimir las locuras de su rey y a inculcarle sabiduría. Robert haría lo que le viniera en gana, como había hecho siempre, y nada que Ned dijera o hiciera tendría importancia. Su lugar estaba en Invernalia. Su lugar estaba con Catelyn en aquel momento de dolor, y con Bran.

Pero no siempre era posible estar en el lugar que le correspondía a cada uno, meditó. Eddard Stark, resignado, espoleó a su caballo y emprendió la marcha en pos del rey.

El norte parecía eterno.

Tyrian Lannister sabía interpretar los mapas tan bien como cualquiera, pero dos semanas en el miserable sendero de cabras en que se convertía allí el camino Real le habían demostrado que los mapas eran una cosa, y el terreno, otra muy diferente.

Habían salido de Invernia el mismo día que el rey, en medio de la confusión causada por la partida real, acompañados por los gritos de los hombres, el relinchar de los caballos, el traqueteo de los carromatos y los chirridos de la enorme casa rodante de la reina. Caía una ligera nevada. El camino Real estaba poco más allá del castillo y la ciudad. En aquel punto, los vasallos, los carromatos y las columnas de caballeros y jinetes libres se dirigieron hacia el sur, llevándose el tumulto, mientras que Tyrian se encaminó hacia el norte con Benjen Stark y su sobrino.

Después de aquello, todo fue más frío, y mucho, mucho más silenciosos.

Al oeste del camino quedaban los riscos de pedernal, grises y escarpados, con altas torres de vigilancia en las cimas. Hacia el este, el terreno descendía hasta convertirse en una llanura ondulada que se extendía hasta perderse de vista. Vieron puentes de piedra que salvaban riachuelos de aguas turbulentas, y pequeñas granjas que formaban círculos en torno a modestas fortalezas con cercas de madera y piedra. El camino estaba muy concurrido, y por la noche podían acomodarse en las rudimentarias posadas que lo bordeaban.

Pero, a tres días de marcha de Invernia, las granjas dejaban paso a bosques densos, y cada vez se encontraban con menos viajeros en el camino Real. Los riscos de pedernal se hacían más altos y escabrosos a medida que avanzaban, y al quinto día eran ya verdaderas montañas, frías gigantes color gris azulado con promontorios dentados y cumbres nevadas. Cuando soplaban el viento del norte, de los altos picos se alzaban largos penachos de nieve que ondeaban como estandartes.

El camino, siempre flanqueado al oeste por las montañas, discurría hacia el norte y hacia el noreste a través de un bosque, una densa extensión de robles, abetos y brezo negro, que parecía más antiguo y más oscuro que ninguno de los que Tyrian había visto en la vida. Benjen Stark le dijo que era el bosque de los Lobos. Era cierto; en las noches parecía cobrar vida con los aullidos de manadas lejanas, y los de otras no tan lejanas. El lobo huargo albino de Jon Nieve alzaba las orejas ante aquel coro nocturno, pero no se unió a él nunca. En opinión de Tyrian, aquel animal tenía algo inquietante.

Para entonces, el grupo era de ocho miembros, sin contar el lobo. Tyrian viajaba con dos de sus hombres, como correspondía a un Lannister. Benjen Stark iba solo con su sobrino bastardo y unos cuantos caballos de refresco para la

Guardia de la Noche, pero en las lindes del bosque de los Lobos pasaron una noche tras la cerca de madera de un refugio forestal, y allí se les unió otro de los hermanos negros, un tal Yoren. Era un hombre siniestro, cargado de espaldas, con los rasgos ocultos tras una barba tan negra como sus ropas; parecía tan recio como una raíz vieja y tan duro como una roca. Lo acompañaban dos chicos desharrapados, unos campesinos de los Dedos.

—Violadores —dijo Yoren, dedicando una mirada fría a sus custodiados.

Tyron lo comprendió al momento. Se decía que la vida era dura en el Muro, pero sin duda era mejor que la castración.

Cinco hombres, tres muchachos, un lobo huargo, veinte caballos y una jaula de cuervos que el maestre Luwin había entregado a Benjen Stark. Sin duda era un grupo extraño para el camino Real, o para cualquier camino.

Tyron se fijó en que Jon Nieve miraba a Yoren y a sus hoscos acompañantes con una expresión extraña en el rostro, demasiado parecida al abatimiento. Yoren tenía la espalda deforme y oía mal; tenía piojos en el pelo y la barba, llevaba ropas viejas y remendadas, y rara vez se lavaba. Los dos reclutas jóvenes oían aún peor; parecían tan estúpidos como crueles eran.

Sin duda, el muchacho había cometido el error de pensar que la Guardia de la Noche estaba compuesta de hombres como su tío. Si era así, Yoren y sus acompañantes habían supuesto para él un duro despertar. Tyrion compadeció a Jon. Había elegido una vida difícil... o quizás sería más correcto decir que le habían elegido una vida difícil.

El tío de Jon no despertaba en él la misma simpatía. Por lo visto, Benjen Stark compartía con su hermano la animadversión contra los Lannister, y no se alegró en absoluto cuando Tyrion le comunicó sus intenciones.

—No hay posadas en el Muro, Lannister, te lo advierto —le había dicho mirándolo desde toda su altura.

—Estoy convencido de que encontrarás algún lugar donde meterme —fue la réplica de Tyrion—. No sé si te habrás dado cuenta, pero soy muy pequeño.

Por supuesto, al hermano de la reina nadie le negaba nada, así que el asunto quedó zanjado, pero a Stark no le hizo la menor gracia.

—No vas a disfrutar con el viaje, te lo garantizo —amenazó en su momento.

Y desde que se pusieron en marcha había hecho todo lo posible por cumplir aquella promesa.

Al final de la primera semana, Tyrion tenía los muslos en carne viva de tanto cabalgar, sentía calambres atroces en las piernas y estaba helado hasta los huesos. Pero en ningún momento se quejó. Antes la muerte que darle aquella satisfacción a Benjen Stark.

Saboreó un atisbo de venganza con el asunto de sus ropas de montar, unas pieles de oso andrajosas, viejas y malolientes. Stark se las había ofrecido en un alarde de la galería propia de la Guardia de la Noche, esperando sin duda que

él las rechazara elegantemente. Tyrion las aceptó con una sonrisa. Cuando salieron de Invernalia llevaba las ropas más abrigadas que tenía, y pronto descubrió que eran del todo insuficientes. Allí arriba hacía frío, mucho frío, cada vez más. Por las noches, las temperaturas descendían muy por debajo del punto de congelación, y cuando soplaban el viento era como un cuchillo que cortara sus mejores ropajes de lana. Sin duda, Stark lamentaba ya su impulso caballeroso. Quizá hubiera aprendido la lección. Los Lannister no rechazaban nada, ni elegantemente ni de ninguna manera. Los Lannister aceptaban todo lo que se les ofrecía.

A medida que avanzaban hacia el norte, las granjas y los refugios eran cada vez más escasos y pequeños, y estaban más adentrados en el bosque de los Lobos, hasta que al final ya no les quedaron más techos bajo los que cobijarse; a partir de allí solo podrían contar con sus recursos.

Tyrion no servía de gran cosa a la hora de montar ni de levantar un campamento; demasiado pequeño, demasiado cojo, siempre estorbando. Así que mientras Stark, Yoren y los demás hombres erigían refugios rudimentarios, se ocupaban de los caballos y encendían una hoguera, adoptó la costumbre de coger sus pieles y un pellejo de vino, y alejarse de todos para leer.

En la decimoctava noche de viaje, el vino era dulce y ambarino, una delicia poco común de las islas del Verano que había llevado durante todo el trayecto desde Roca Casterly, y el libro, una reflexión sobre la historia y las características de los dragones. Lord Eddard Stark le había dado permiso para llevarse prestados unos cuantos volúmenes de la biblioteca de Invernalia, que eran auténticas rarezas, y Tyrion los había cogido para su viaje hacia el norte.

Encontró un lugar cómodo lejos del ruido del campamento, junto a un arroyo de aguas rápidas, tan transparentes y frías como el hielo. Se refugió del viento cortante tras un roble viejo y retorcido, se arrebujó en las pieles con la espalda apoyada contra el tronco, bebió un trago de vino y empezó a leer acerca de las propiedades del huesodragón. « El color negro del huesodragón se debe a su alto contenido en hierro —le informó el libro—. Es fuerte como el acero, pero más ligero y mucho más flexible, y por supuesto, completamente incombatible. Los dothrakis valoran en sobremanera los arcos de huesodragón, y no es de extrañar. Estos arcos tienen un alcance muy superior a los de madera».

Tyrion sentía una fascinación morbosa por los dragones. La primera vez que fue a Desembarco del Rey, para asistir al matrimonio de su hermana con Robert Baratheon, se había propuesto buscar las calaveras de dragón que habían decorado los muros de la sala del trono en tiempos de los Targaryen. El rey Robert los había sustituido por estandartes y tapices, pero Tyrion porfió en su empeño hasta que encontró las calaveras en el sótano húmedo donde las tenían almacenadas.

Había esperado toparse con algo impresionante, quizás incluso aterrador, no

que fueran hermosos. Y lo eran. Negros como el ónix, tan lustrosos que parecían resplandecer a la luz de la antorcha. Tyrion presintió que les gustaba el fuego. Metió la antorcha entre las fauces de una de las calaveras más grandes, y las sombras saltaron y danzaron en el muro, tras él. Los dientes eran cuchillos largos y curvos de diamante negro. La llama de la antorcha no era nada para ellos; se habían bañado en el calor de llamas mucho más intensas. Cuando se alejó, Tyrion habría jurado que las cuencas vacías de los ojos de la bestia lo seguían.

Había diecinueve calaveras. La más antigua tenía tres mil años; la más reciente, apenas siglo y medio. Estas eran las más pequeñas; había dos, no mucho más grandes que cráneos de mastín, con extrañas malformaciones. Le recordaron a los dos últimos cachorros nacidos en Rocadragón. Eran los últimos dragones de los Targaryen, quizás los últimos del mundo, y no habían sobrevivido mucho tiempo.

Las otras calaveras iban aumentando de tamaño hasta llegar a los tres grandes monstruos de las canciones y las leyendas, los dragones que Aegon Targaryen y sus hermanas habían liberado en los Siete Reinos de antaño. Los bardos les habían dado nombres de dioses: Balerion, Meraxes y Vhagar. En aquel sótano, Tyrion se situó entre sus fauces abiertas, mudo de admiración. Un guerrero podría haber entrado a caballo por el gaznate de Vhagar, aunque no le habría resultado tan fácil salir. Meraxes era aún más grande. Y el mayor de todos, Balerion, el Terror Negro, podría haber engullido un uro entero, o incluso uno de los mamuts lanudos que, según se decía, vagaban por las frías llanuras más allá del Puerto de Ibben.

Tyrion pasó un largo rato en el sótano húmedo mientras se le consumía la antorcha, contemplando el enorme cráneo de ojos vacíos de Balerion, tratando de aprehender el tamaño del animal cuando vivía, de imaginar cómo habría sido cuando desplegaba las grandes alas negras y surcaba los cielos, respirando fuego.

Un antepasado lejano de su familia, el rey Loren, de la Roca, intentó enfrentarse al fuego cuando se alió con el rey Mern, del Dominio, para oponerse a la conquista de los Targaryen. Habían pasado casi trescientos años desde aquellos tiempos, cuando los Siete Reinos eran reinos de verdad, y no simples provincias de un reino mucho mayor. Entre los dos reyes reunían seiscientos vasallos, cinco mil caballeros con sus monturas, y cincuenta mil jinetes libres y soldados. Según las crónicas, las fuerzas de Aegon Lordragón eran menos de una quinta parte, y en su mayoría se componían de soldados reclutados entre las filas del último rey al que había asesinado, con lo que su lealtad era más que dudosa.

Las huestes chocaron en las amplias llanuras del Dominio, en medio de campos dorados de trigo listo para la cosecha. Cuando los dos reyes iniciaron la carga, el ejército de los Targaryen se estremeció y huyó en desbandada. Los cronistas escribieron que, durante unos momentos, aquello fue el fin de la

conquista... pero solo durante aquellos pocos momentos, antes de que Aegon Targaryen y sus hermanas entraran en combate.

Fue la única ocasión en que liberaron a Vhagar, a Meraxes y a Balerion a la vez. Los bardos lo llamaron « Campo de Fuego » .

Aquel día ardieron casi cuatro mil hombres, entre ellos el rey Mern, del Dominio. El rey Loren consiguió escapar, y vivió lo suficiente para rendirse, jurar fidelidad a los Targaryen y engendrar un hijo, cosa por la que Tyrion le estaba muy agradecido.

—¿Por qué lees tanto?

Tyrion alzó la vista al oír aquella voz. Jon Nieve estaba a poca distancia de él y lo miraba con curiosidad. Cerró el libro, dejando dentro el dedo para marcar la página.

—Mírame bien y dime qué ves.

—¿Es un truco o qué? —El chico le lanzó una mirada desconfiada—. Te veo a ti, Tyrion Lannister.

—Para ser un bastardo, estás muy bien educado, Nieve —dijo Tyrion con un suspiro—. Lo que ves es un enano. ¿Qué edad tienes? ¿Doce años?

—Catorce —dijo el chico.

—Catorce, y eres más alto de lo que yo seré en la vida. Tengo las piernas cortas y torcidas, y me cuesta caminar. Necesito una silla de montar especial para no caerme del caballo. Por cierto, la diseñé yo mismo, por si te interesa. Tenía que elegir entre eso o ir en pony. Tengo fuerza en los brazos, pero también son cortos. Nunca seré una buena espada. Si hubiera nacido en una familia de campesinos, seguramente me habrían abandonado a la intemperie para que muriera, o me habrían vendido como monstruo de feria. Pero soy un Lannister de Roca Casterly, y eso que se perdieron las ferias. Se esperan cosas de mí. Mi padre fue mano del rey veinte años. Después resulta que mi hermano mató a ese mismo rey, ironías de la vida. Mi hermana se casó con el nuevo rey, y ese odioso sobrino que tengo será rey tras su muerte. Debo hacer algo por el honor de mi casa, ¿no te parece? Pero ¿qué? Puede que tenga las piernas cortas en relación con el cuerpo, pero la cabeza la tengo demasiado grande, aunque yo prefiero pensar que es del tamaño adecuado para mi mente. Tengo una idea bastante precisa de cuáles son mis puntos fuertes y mis puntos débiles. Mi mejor arma está en el cerebro. Mi hermano tiene su espada; el rey Robert tiene su martillo, y yo tengo mi mente... Pero una mente necesita de los libros, igual que una espada de una piedra de amolar, para conservar el filo. —Tyrion dio un golpecito a la tapa de cuero del libro—. Por eso leo tanto, Jon Nieve.

El chico absorbió la información en silencio. No tenía el apellido de los Stark, pero sí el rostro: alargado, solemne, cauteloso, un rostro que no delataba nada. Fuerá quien fuera su madre, no había dejado gran cosa en su hijo.

—¿De qué trata ese libro? —preguntó.

—De dragones.

—¿Y para qué te sirve? Ya no existen —dijo el chico, con la inmensa seguridad que da la juventud.

—Eso dice la gente —replicó Tyrion—. Qué pena, ¿no? Cuando yo era de tu edad soñaba con tener un dragón para mí solo.

—¿De verdad? —inquirió Jon, desconfiado. Quizá pensara que Tyrion se estaba burlando de él.

—De verdad. Hasta un niño feo y deformé puede mirar el mundo desde arriba si va a lomos de un dragón. —Tyrion apartó a un lado las pieles de oso y se puso en pie—. A veces encendía hogueras en las entrañas de Roca Casterly, y me pasaba las horas contemplando las llamas, imaginando que eran fuegodragón. A veces fantaseaba con que mi padre ardía en ellas. Otras, que mi hermana. —Jon Nieve lo miraba tan horrorizado como fascinado. Tyrion se echó a reír a carcajadas—. No pongas esa cara, bastardo. Yo conozco tu secreto. Tienes los mismos sueños.

—No —se espantó Jon—. Yo jamás...

—¿No? ¿Nunca? —Tyrion arqueó las cejas—. Vaya, me imagino que los Stark han sido muy, pero que muy buenos contigo. Seguro que lady Stark te trata como si fuieras hijo suyo. Y en cuanto a tu hermano Robb, siempre ha sido cariñoso contigo, ¿por qué no? Él se quedará con Invernalia, y tú, con el Muro. En lo que respecta a tu padre... Bueno, seguro que ha tenido excelentes motivos para despacharte a la Guardia de la Noche...

—Basta ya —dijo Jon Nieve, con el rostro contraído por la rabia—. ¡La Guardia de la Noche es una vocación muy noble!

—Eres demasiado listo para creerte semejante cosa —dijo Tyrion después de reírse—. La Guardia es un pudriadero para los inadaptados de todo el reino. Ya he visto cómo mirabas a Yoren y a sus pupilos. Esos son tus nuevos hermanos, Jon Nieve, ¿te gustan? Campesinos hoscos, deudores, cazadores furtivos, violadores, ladrones y bastardos como tú. Todos acabáis en el Muro, vigilando por si aparecen endriagos, tiburientes y todos los monstruos con los que te asustaba tu ama de cría. Lo bueno es que no existen los endriagos ni los tiburientes, así que como trabajo no es muy peligroso. Lo malo es que se te congelarán los huevos, pero como de todos modos no te dejan tener hijos, tampoco importa mucho.

—¡Basta ya! —chilló el chico. Dio un paso hacia delante con los puños apretados, al borde de las lágrimas.

De pronto, sin motivo, Tyrion se sintió culpable. Se adelantó para dar al chico una palmadita en la espalda, o murmurar alguna disculpa.

No vio al lobo, no supo dónde estaba ni cómo llegó hasta él. En un momento estaba avanzando hacia Nieve, y al siguiente se encontraba tendido de bruces contra el suelo de roca dura; el libro se le había caído de las manos, el impacto lo había dejado sin aliento y tenía la boca llena de tierra, sangre y hojas podridas.

Cuando trató de levantarse sintió un doloroso calambre en la espalda. Se había hecho daño en la caída. Apretó los dientes, frustrado, se agarró a una raíz y se incorporó. Tendió una mano hacia el chico.

—Ayúdame —le pidió. Y de pronto el lobo estaba entre ellos. No gruñó. Aquel animal del infierno nunca emitía el menor sonido. Se limitó a mirarlo con sus brillantes ojos rojos y a enseñarle los colmillos, cosa que fue más que suficiente. Tyrion volvió a dejarse caer al suelo con un quejido—. Pues no me ayudes. Me quedaré aquí hasta que os vayáis.

—Pídeme lo que necesites —dijo Jon acariciando el espeso pelaje blanco de Fantasma. Sonreía.

Tyrion Lannister sintió que la rabia hervía en su interior, y la dominó a fuerza de voluntad. No era la primera vez que lo humillaban, y tampoco sería la última. Y quizás en aquella ocasión se lo merecía.

—Estaría muy agradecido si me prestaras tu ayuda, Jon —dijo con voz dócil.

—Al suelo, Fantasma —dijo el chico.

El lobo huargo se sentó sobre los cuartos traseros. Los ojos rojos no se apartaron ni por un momento de Tyrion. Jon dio la vuelta para situarse tras él, le pasó las manos por debajo de los brazos y lo levantó sin esfuerzo. Luego recogió el libro y se lo devolvió.

—¿Por qué me ha atacado? —preguntó Tyrion, después de mirar de soslayo al lobo huargo y limpiarse la sangre de la boca con el dorso de la mano.

—A lo mejor ha pensado que eras un endriago.

Tyrion le lanzó una mirada agria. Luego se echó a reír, con un bufido de diversión que le salió por la nariz sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Oh, dioses —dijo entre carcajadas entrecortadas—. Sí, me imagino que tengo pinta de endriago. ¿Qué hará entonces con los tiburientes?

—Mejor que no lo sepas.

Jon recogió el pellejo y se lo tendió. Tyrion quitó el tapón, echó la cabeza hacia atrás, apretó el pellejo y bebió un largo trago. El vino fue como un fuego fresco que le bajó por la garganta y le calentó el estómago. Luego se lo tendió a Jon Nieve.

—¿Quieres?

—Es verdad, ¿no? —dijo el chico tras aceptarlo y beber un trago con cautela—. Lo que me has dicho de la Guardia de la Noche es cierto. —Tyrion asintió. Jon Nieve apretó los labios—. Pues si es así, que así sea —dijo al final.

—Muy bien, bastardo —dijo Tyrion sonriendole—. Casi todos los hombres prefieren negar la verdad antes que enfrentarse a ella.

—Casi todos —repitió Jon—. Pero no es tu caso.

—No —admitió Tyrion—. No es mi caso. Ya no acostumbro a soñar con dragones. Los dragones no existen. —Recogió las pieles de oso—. Vamos, tenemos que volver al campamento antes de que tu tío llame a la Guardia.

El campamento no estaba lejos, pero el terreno era irregular y, cuando llegaron, tenía calambres en las piernas. Jon Nieve le tendió la mano para ayudarlo a salvar unas raíces protuberantes, pero Tyrion lo rechazó. Se iba a abrir camino por sus medios, como había hecho toda la vida. Aun así, se alegró de llegar al campamento. Las tiendas ya estaban alzadas contra el muro de un refugio que llevaba mucho tiempo abandonado y les servía como escudo contra el viento. Los caballos estaban atendidos, y la hoguera, encendida. Yoren se había sentado en una piedra para despellejar una ardilla. El olor delicioso del guiso inundó las fosas nasales de Tyrion. Llegó como pudo hasta donde Morrec, su criado, removía el caldero. Morrec le tendió el cucharón sin decir palabra. Tyrion lo probó y se lo devolvió.

—Más pimienta —dijo.

—Ah, ya estás aquí —dijo Benjen Stark saliendo de la tienda que compartía con su sobrino—. No vuelvas a alejarte solo, Jon. Pensé que te habían cogido los Otros.

—Fueron los endriagos —le dijo Tyrion con una carcajada.

Jon Nieve sonrió. Stark miró a Yoren, desconcertado. El viejo gruñó, se encogió de hombros y volvió a su sangrienta labor.

La ardilla dio algo de sustancia al guiso, y aquella noche lo comieron junto a la hoguera, acompañado de pan de centeno y queso duro. Tyrion pasó de mano en mano su pellejo de vino, hasta que incluso Yoren se suavizó. Uno a uno, se fueron retirando a las tiendas para dormir, todos menos Jon Nieve, a quien había correspondido el primer turno de guardia.

Tyrion fue el último en retirarse, como siempre. Antes de entrar en la tienda que sus hombres le habían alzado se detuvo un instante y miró hacia atrás, en dirección a Jon Nieve. El chico estaba de pie junto a la hoguera, con el rostro imperturbable y tenso y la mirada fija en las llamas.

Tyrion Lannister sonrió con tristeza y fue a acostarse.

Ya habían transcurrido ocho días desde que Ned y las niñas se fueron de Invernalia cuando el maestre Luwin fue a verla de noche al cuarto de Bran, llevando una lamparilla y los libros de contabilidad.

—Ya es hora de que repaséis las cuentas, mi señora —dijo—. Tenéis que saber cuánto nos ha costado esta visita regia.

Catelyn contempló a Bran en el lecho y le apartó el cabello de la frente. Se dio cuenta de que le había crecido mucho. Pronto tendría que cortárselo.

—No me hace falta ver las cifras, maestre Luwin —replicó sin apartar los ojos del niño—. Ya sé lo que nos ha costado la visita. Llévate esos libros fuera de mi vista.

—Mi señora, el séquito real gozaba de un apetito muy saludable. Tenemos que reabastecer las despensas antes de...

—He dicho que te lleves esos libros —lo interrumpió—. El mayordomo se encargará de eso.

—No tenemos mayordomo —le recordó el maestre Luwin. Catelyn pensó que era como una rata gris; no la iba a dejar escapar—. Poole se ha ido al sur para ocuparse de la casa de lord Eddard en Desembarco del Rey.

—Ah, sí, ya lo recuerdo —asintió Catelyn, distraída.

Bran estaba muy pálido. Pensó que debería acercar más la cama a la ventana, para que le diera el sol de la mañana.

El maestre Luwin puso la lamparilla en una hornacina, junto a la puerta, y jugueteó con la llama, inquieto.

—Tenéis que prestar atención de inmediato al asunto de los nombramientos, mi señora. Además del mayordomo, necesitamos un capitán de los guardias para ocupar el puesto de Jory, un caballerizo...

Catelyn volvió la mirada con brusquedad y la fijó en él.

—¿Un caballerizo? —su voz restalló como un latigazo.

—Sí, mi señora. —El maestre estaba aturdido—. Hullen se marchó al sur con lord Eddard, así que...

—Mi hijo yace en una cama, Luwin, está destrozado, se muere, ¿y quieres que me dedique a pensar en un nuevo caballerizo? ¿Crees que me importa lo que pasa en los establos? ¿Crees que me preocupa lo más mínimo? De buena gana mataría hasta al último caballo de Invernalia con mis manos si eso sirviera para que Bran abriera los ojos, ¿lo entiendes? ¿Lo entiendes?

—Sí, mi señora. —El hombre inclinó la cabeza—. Pero los nombramientos...

—Yo me encargaré de los nombramientos —dijo Robb.

Catelyn no lo había oído llegar, pero estaba en la puerta, mirándola. Con un repentino ramalazo de vergüenza se dio cuenta de que había estado gritando. ¿Qué le pasaba? Estaba agotada, y le dolía la cabeza constantemente.

El maestre Luwin miró a Catelyn; luego, a su hijo.

—He preparado una lista con todas las personas que deberíamos tener en cuenta para ocupar las vacantes —dijo al tiempo que le tendía a Robb el papel que se había sacado de la manga.

El muchacho repasó los nombres. Catelyn advirtió que venía del exterior; tenía las mejillas enrojecidas por el frío y el viento le había revuelto el pelo.

—Excelentes hombres —dijo—. Mañana hablaremos de ellos. —Le devolvió la lista. El maestre Luwin la hizo desaparecer rápidamente en la manga.

—Como digáis, mi señor.

—Ahora, déjanos solos —indicó Robb.

El hombre hizo una reverencia y salió de la estancia. Robb cerró la puerta y se volvió hacia su madre. Catelyn vio que llevaba una espada.

—¿Qué haces, madre?

Catelyn había pensado siempre que Robb se parecía a ella. Tenía la compleción de los Tully, el mismo pelo castaño, los mismos ojos azules, igual que Bran, Rickon y Sansa. Pero también en más de una ocasión había visto algo de Eddard Stark en su rostro, algo tan severo y duro como el norte.

—¿Qué qué hago? —repitió asombrada—. ¿Cómo puedes preguntarme eso? ¿Tú qué crees? Estoy cuidando de tu hermano. De Bran.

—¿De verdad? No has salido de esta habitación desde que resultó herido. Ni siquiera fuiste a la entrada del castillo cuando mi padre y las chicas se fueron al sur.

—Los despedí aquí, y los vi partir por la ventana.

Hadía suplicado a Ned que no se fuera, no en aquel momento, y menos con lo que había pasado; la situación era completamente diferente, ¿no se daba cuenta? Fue inútil. Él le dijo que no tenía elección y decidió marcharse.

—No puedo dejarlo solo ni un momento, porque ese momento podría ser el último. Tengo que estar con él por si... por si...

Tomó la mano inerte de su hijo y entrelazó los dedos con los suyos. Era una mano tan frágil y enflaquecida, tan débil... pero, pese a todo, aún se notaba el calor de la vida a través de la piel.

—No se va a morir, madre. —El tono de Robb se había suavizado—. El maestre Luwin dice que el peligro de muerte ha pasado.

—¿Y si el maestre Luwin está equivocado? ¿Y si Bran me necesita y yo no estoy aquí?

—Rickon te necesita —replicó Robb bruscamente—. Solo tiene tres años; no entiende qué está pasando. Cree que todos lo han abandonado y me sigue todo el día, se me agarra a la pierna y no para de llorar. No sé qué hacer con él. —Hizo una pausa y se mordisqueó el labio inferior, un gesto que le había visto cuando era pequeño—. Y yo también te necesito, madre. Lo intento, pero no puedo... no puedo hacerlo todo yo solo.

El repentino arrebato de emoción le quebró la voz, y Catelyn recordó que solo tenía catorce años. Quiso levantarse, correr a él y abrazarlo, pero Bran la tenía agarrada por la mano y no pudo moverse.

En el exterior de la torre, un lobo empezó a aullar. Catelyn se estremeció.

—Es el de Bran. —Robb abrió la ventana para que el aire de la noche entrara en habitación de la torre, tan mal ventilada. El aullido se oyó con más fuerza. Era un sonido frío y solitario, lleno de melancolía y desesperación.

—No, no —dijo ella—. Bran necesita calor.

—Lo que necesita es oírlos cantar —dijo Robb. En algún lugar de Invernalia, un segundo lobo empezó a aullar a coro con el primero, y luego un tercero, más cerca—. Peludo y Viento Gris —añadió Robb mientras sus voces subían y bajaban al unísono—. Si prestas atención, se nota la diferencia.

Catelyn estaba temblando. Era la pena, era el dolor, era el aullido de los lobos huargo. Noche tras noche, los aullidos, el viento gélido y el castillo tan gris y tan vacío, siempre igual, siempre igual, y su niño tendido allí destrozado, el más dulce y cariñoso de sus hijos, el más encantador, Bran, que adoraba reír y trepar y soñaba con ser caballero... Pero todo eso se había acabado; nunca volvería a oír su risa. Sollozó, soltó la mano del niño y se tapó los oídos para protegerse de aquellos aullidos espantosos.

—¡Haz que se callen! —gritó—. No lo soporto, que se callen, que se callen, que se callen... ¡Mátalos, lo que sea, pero hazlos callar!

No recordaba haber caído al suelo, pero de repente, Robb la ayudaba a incorporarse con brazos fuertes.

—No tengas miedo, madre. Jamás le harían daño. —La ayudó a llegar hasta el catre que estaba en un rincón de la habitación—. Cierra los ojos —le dijo con cariño—. Descansa. El maestre Luwin dice que apenas has dormido desde la caída de Bran.

—No puedo —sollozó ella—. Que los dioses me perdonen, Robb, no puedo, ¿y si se muere mientras duermo?, ¿y si se muere?, ¿y si se muere...? —Los lobos seguían aullando. Catelyn gritó y volvió a taparse los oídos—. ¡Por los dioses, cierra la ventana!

—Solo si me prometes que vas a dormir. —Robb se dirigió hacia la ventana, pero cuando iba a cerrar los postigos se oyó otro sonido por encima del aullido lastimero de los lobos huargo—. Son los perros —dijo, prestando atención—. Todos los perros están ladrando a la vez. Eso sí que es raro... —Catelyn oyó claramente como su hijo tragaba saliva. Alzó la vista, y lo vio muy pálido a la luz de la lamparilla—. Fuego —susurró el muchacho.

«Fuego —pensó ella—, ¡Bran!».

—Ayúdame —dijo apremiante mientras se incorporaba en el catre—. Ayúdame con Bran.

—Se ha incendiado la torre de la biblioteca —dijo Robb; no dio señal de

haberla oido.

Catelyn alcanzaba a ver la luz rojiza y parpadeante por la ventana abierta. Se relajó, aliviada. Bran estaba a salvo. La biblioteca se encontraba al otro lado del patio; el fuego no llegaría hasta allí.

—Gracias a los dioses —susurró.

—No te muevas de aquí, madre —dijo Robb mirándola como si se hubiera vuelto loca—. Volveré en cuanto apaguemos el fuego.

Salió corriendo, y lo oyó gritar a los guardias y descender a toda prisa, saltando los escalones de dos en dos o de tres en tres.

En el exterior, en el patio, se oían gritos de «¡Fuego!», pasos apresurados, relinchos de caballos asustados y ladridos frenéticos de los perros del castillo. Mientras escuchaba aquel caos, se dio cuenta de que los aullidos habían cesado. Los lobos huargo estaban en silencio.

Catelyn se acercó a la ventana, murmurando una oración silenciosa de agradecimiento a los siete rostros de Dios. Al otro lado del patio, en la biblioteca, las llamaradas brotaban de las ventanas. Se quedó observando cómo la columna de humo se alzaba hacia el cielo y recordó con tristeza los libros que los Stark habían acumulado a lo largo de los siglos. Luego cerró los postigos.

Al volverse, vio al hombre.

—No deberíais estar aquí —murmuró él con voz ronca—. Aquí no tenía que haber nadie.

Era un hombrecillo menudo, sucio, con ropas marrones mugrientas y hedor a caballerizas. Catelyn conocía a todos los hombres que trabajaban en los establos y no era uno de ellos. Estaba flaco, tenía el pelo rubio y lacio, y los ojos claros muy hundidos en el rostro huesudo. Y llevaba un puñal en la mano.

—No —dijo Catelyn mirando el cuchillo y a Bran. La palabra se le quedó trabada en la garganta; fue apenas un susurro. El hombre alcanzó a oírla.

—Es un acto de misericordia —dijo—. Ya está muerto.

—No —repitió Catelyn más alto, había recuperado la voz—. No, no.

Corrió hacia la ventana para pedir ayuda a gritos, pero aquel hombre era más veloz de lo que había supuesto. Le tapó la boca con una mano, le echó la cabeza hacia atrás y le puso el puñal en la garganta. El hedor que despedía era insoportable.

Catelyn agarró la hoja con las dos manos y tiró con todas sus fuerzas para apartársela del cuello. Lo oyó maldecir junto a la oreja. Tenía los dedos resbaladizos por la sangre, pero no soltó el puñal. La mano que le cubría la boca presionó con más fuerza, impidiéndole la respiración. Ella giró la cabeza hacia un lado y sus dientes encontraron carne. Los clavó con fuerza en la palma de la mano. El hombre rugió de dolor. Catelyn le hincó aún más los dientes y dio un tirón desgarrador, y de pronto él la soltó. El sabor de la sangre le llenó la boca. Respiró una bocanada de aire y gritó; él la agarró del pelo y la empujó, Catelyn

tropezó y cayó al suelo. Lo vio sobre ella, jadeante, tembloroso. Él todavía aferraba el puñal con la mano derecha, llena de sangre.

—Aquí no tenía que haber nadie —repitió como un idiota.

Catelyn vio la sombra que se deslizaba por la puerta abierta tras él. Se oyó un ruido sordo que no llegaba a ser un gruñido, apenas un susurro amenazador, pero él también debió de oírlo, porque empezó a dar la vuelta justo cuando el lobo saltaba. Hombre y bestia cayeron juntos, en parte sobre Catelyn. El lobo mordió. El grito del hombre duró menos de un segundo, lo que tardó el animal en arrancarle media garganta.

La sangre cayó como una lluvia cálida sobre el rostro de Catelyn.

El lobo la miraba. Tenía las fauces enrojecidas y empapadas, y los ojos le brillaban con destellos dorados en la oscuridad de la habitación. Se dio cuenta de que era el lobo de Bran.

—Gracias —susurró Catelyn con un hilo de voz.

Alzó la mano, temblorosa. El lobo se acercó con suavidad, le olfateó los dedos y lamió la sangre con una lengua húmeda y áspera. Cuando se la hubo limpiado dio media vuelta sin hacer el menor ruido, se subió de un salto a la cama de Bran y se tendió junto a él. Catelyn se echó a reír, histérica.

Así fue cómo la encontraron Robb, el maestre Luwin y ser Rodrik cuando irrumpieron con la mitad de los guardias de Invernalia. Tuvieron que esperar a que se calmara antes de abrigarla con mantas y llevarla al Gran Torreón, a sus habitaciones. La Vieja Tata la desnudó, la ayudó a entrar en la bañera llena de agua humeante y le limpió la sangre con un paño suave.

Después llegó el maestre Luwin a vendarle las heridas. Los cortes de los dedos eran profundos, llegaban casi hasta el hueso, y tenía el cuero cabelludo en carne viva en los puntos donde el hombre le había arrancado mechones enteros. El maestre le dijo que el dolor no había hecho más que empezar y le dio la leche de la amapola para ayudarla a dormir.

Por fin, Catelyn cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlas, le dijeron que había dormido durante cuatro días. Catelyn asintió y se incorporó en la cama. Todo lo sucedido tras la caída de Bran le parecía una pesadilla, un sueño espantoso de sangre y pena, pero el dolor de las manos le recordaba que era muy real. Se sentía débil y aturdida, pero también decidida, como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

—Traedme un trozo de pan con miel —dijo a sus sirvientas—, y avisad al maestre Luwin; tiene que cambiarme los vendajes.

La miraron sorprendidas y se apresuraron a cumplir sus órdenes.

Catelyn recordó cómo se había comportado y se sintió avergonzada. Les había fallado a todos: a sus hijos, a su esposo, a su casa... No se repetiría jamás. Demostraría a aquellos norteños cuán fuerte podía ser una Tully de Aguasdulces.

Robb llegó antes que la comida que había pedido. Luego entraron Rodrik

Cassel y el pupilo de Ned, Theon Greyjoy, y por último Hallis Mollen, un guardia fornido de barba castaña cuadrada. Robb le dijo que era el nuevo capitán. Su hijo vestía ropas de cuero curtido y cota de malla, y llevaba una espada a la cintura.

—¿Quién era? —les preguntó Catelyn.

—Nadie lo sabe —respondió Hallis Mollen—. No era de Invernia, mi señora. Algunos dicen que lo han visto aquí y por los alrededores del castillo en las últimas semanas.

—Entonces, vino con el grupo del rey —dijo—, o con alguno de los Lannister. Debió de quedarse atrás cuando se fueron todos.

—Es posible —asintió Hal—. Últimamente ha habido tanto forastero en Invernia que no había manera de decir con quién estaba cada uno.

—Se había escondido en los establos —dijo Greyjoy—. Se le notaba en el olor.

—¿Cómo pudo pasar desapercibido? —preguntó con brusquedad.

—Entre los caballos que lord Eddard se ha llevado al sur y los que enviamos al norte para la Guardia de la Noche —dijo Hallis Mollen con la vista baja, avergonzado—, los establos están casi vacíos. Cualquiera podría esconderse de los mozos de cuadras. Quizá Hodor lo viera; se dice que últimamente se porta de manera muy rara, pero con lo bobalicón que es...

—Hemos descubierto dónde ha dormido estos días —intervino Robb—. Tenía noventa venados de plata en una bolsa de piel, escondida entre la paja.

—Menos mal que la vida de mi hijo no se vendió barata —dijo Catelyn con amargura.

—Perdonadme, mi señora. —Hallis Mollen la miró, confuso—. Pero ¿cómo sabéis que quería matar al chico?

—Es una locura —dijo Greyjoy, que también parecía dudarlo.

—Su objetivo era Bran —insistió Catelyn—. No dejaba de murmurar que yo no tenía que estar allí. Prendió fuego a la biblioteca, pensando que iría a apagarlo y que los guardias me acompañarían. Si no hubiera estado enloquecida por la pena, quizás se habría salido con la suya.

—¿Por qué querría alguien matar a Bran? —dijo Robb—. Dioses, si no es más que un niño indefenso, está dormido...

—Vas a tener que aprender a encontrar esas respuestas siquieres gobernar el norte, Robb. —Catelyn dirigió una mirada desafiante a su primogénito—. ¿Qué crees tú? ¿Por qué querría nadie matar a un niño dormido?

Antes de que pudiera responder, las sirvientas volvieron de la cocina con una bandeja de comida. Había mucho más de lo que había pedido: pan recién hecho, mantequilla, miel, mermelada de zarzamoras, panceta, un huevo pasado por agua, un trozo de queso y una jarra de té de menta. Y junto con la comida llegó el maestre Luwin. Catelyn descubrió de repente que ya no tenía apetito.

—¿Cómo se encuentra mi hijo, maestre? —preguntó.

—Sin cambios, mi señora —contestó el hombre con la vista baja.

Era la respuesta que esperaba, ni más ni menos. Sentía un dolor punzante en las manos, como si la hoja del puñal estuviera todavía cortando la carne. Hizo salir a las sirvientas y clavó la mirada en Robb.

—¿No sabes aún la respuesta?

—Alguien tiene miedo de que Bran despierte —dijo el muchacho—. Tiene miedo de lo que pueda contar, de algo que sabe.

—Muy bien. —Catelyn se sintió orgullosa de él. Se volvió hacia el nuevo capitán de la guardia—. Hay que mantener a salvo a Bran. Hemos acabado con un asesino, pero puede que haya más.

—¿Cuántos guardias queréis que ponga, mi señora? —preguntó Hal.

—En ausencia de lord Eddard, mi hijo es el señor de Invernalia —respondió ella.

—Quiero un hombre dentro de la habitación, día y noche, otro en la puerta y dos al pie de las escaleras. —Robb se irguió un poco más—. Nadie puede entrar a ver a Bran si mi madre o yo no damos permiso antes.

—A vuestras órdenes, mi señor.

—De inmediato —sugirió Catelyn.

—Y que el lobo esté con él en la habitación —añadió Robb.

—Sí... Sí —asintió Catelyn. Hallis Mollen hizo una reverencia y abandonó la habitación.

—Lady Stark —dijo ser Rodrik cuando salió el guardia—, ¿os fijasteis por casualidad en el puñal que llevaba el asesino?

—Dadas las circunstancias, no pude examinarlo con detalle, pero te aseguro que estaba bien afilado —replicó Catelyn con una sonrisa seca—. ¿Por qué lo preguntas?

—Encontramos el cuchillo; ese rufián lo tenía todavía en la mano. Me pareció un arma de demasiado valor para un hombre así, de modo que la estudié a fondo. La hoja es de acero valyrio, y la empuñadura, de huesodragón. Es imposible que le perteneciera. Se la tuvo que dar alguien.

—Cierra la puerta, Robb —dijo Catelyn después de asentir, pensativa. El muchacho la miró extrañado, pero obedeció—. Lo que voy a deciros no debe salir de esta habitación —siguió Catelyn—. Quiero que me lo juréis. Si mis sospechas son ciertas, aunque sea solo en una mínima parte, Ned y mis hijas corren un peligro terrible, y la menor indiscreción que cometamos les podría costar la vida.

—Lord Eddard es como un segundo padre para mí —dijo Theon Greyjoy—. Lo juro.

—Tenéis mi palabra —dijo el maestre Luwin.

—Y la mía, señora —dijo ser Rodrik.

—¿Y tú, Robb? —preguntó mirando a su hijo. El muchacho asintió—. Mi

hermana Lysa cree que los Lannister asesinaron a su esposo, lord Arryn, la mano del rey —continuó Catelyn—. He caido en la cuenta de que Jaime Lannister no participó en la cacería el día de la caída de Bran. Estuvo todo el tiempo aquí, en el castillo. —Se hizo un silencio de muerte en la habitación—. No creo que Bran se cayera de aquella torre —dijo rompiendo el silencio—. Creo que lo tiraron.

La conmoción se reflejó en los rostros.

—La sola idea es monstruosa, mi señora —dijo Rodrik Cassel—. Hasta el Matarreyes tendría escrúpulos a la hora de asesinar a un niño inocente.

—¿Tú crees? —dijo Theon Greyjoy—. Tengo mis dudas.

—La ambición de los Lannister es tan infinita como su orgullo —dijo Catelyn.

—El niño no había resbalado jamás —señaló el maestre Luwin, pensativo—. Conocía hasta la última piedra de Invernalia.

—Dioses —maldijo Robb; tenía el joven rostro ensombrecido por la ira—. Si es cierto, lo pagará muy caro. —Desenvainó la espada y la blandió en el aire—. ¡Lo voy a matar!

—¡Guarda eso! —le gritó ser Rodrik hecho una furia—. Los Lannister están a cientos de leguas. Nunca desenvaines la espada si no tienes intención de utilizarla. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir, chiquillo idiota?

Robb guardó la espada, avergonzado. De repente volvía a parecer un niño.

—Veo que el arma de mi hijo es ya de acero —dijo Catelyn a ser Rodrik

—Me pareció que era el momento adecuado —replicó el viejo maestro de armas.

—Desde luego —dijo mientras Robb la miraba con ansiedad—. Puede que Invernalia necesite pronto de todas sus espadas, y más vale que no sean de madera.

—Si llega la ocasión, señora —dijo Theon Greyjoy con la mano en la empuñadura de su arma—, recordad que mi casa está en deuda con la vuestra.

—Lo único que tenemos son conjecturas. —El maestre Luwin juguetó con los eslabones de su collar—. Estamos hablando de acusar al amado hermano de la reina. A ella no le va a hacer gracia. Si no conseguimos pruebas, más nos valdrá guardar silencio.

—¿Qué más pruebas quieres que el puñal? —dijo ser Rodrik—. La desaparición de un arma así no puede haber pasado desapercibida.

—Alguien tiene que ir a Desembarco del Rey —dijo Catelyn; había comprendido que solo existía un lugar para dar con la verdad.

—Yo mismo —se ofreció Robb.

—No. Tú debes permanecer aquí. Siempre tiene que haber un Stark en Invernalia. —Miró a ser Rodrik, con sus bigotes blancos; al maestre Luwin, vestido con la túnica gris; al joven Greyjoy, tan esbelto, tan moreno, tan impetuoso. ¿A quién enviar? ¿Cuál de ellos inspiraría mayor confianza? De pronto, supo la respuesta. Apartó a un lado las mantas. Tenía los dedos vendados,

tan rígidos e inútiles como si fueran de piedra. Bajó de la cama—. Tengo que ir yo —añadió.

—¿Os parece que es una idea sensata, mi señora? —dijo el maestre Luwin—. No cabe duda de que vuestra llegada despertará las sospechas de los Lannister.

—¿Y qué pasa con Bran? —preguntó Robb; el pobre muchacho parecía muy confuso—. No irás a decirme que piensas dejarlo solo.

—Ya he hecho por Bran todo lo que he podido —dijo Catelyn poniéndole una mano vendada en el hombro—. Ahora, su vida está en manos de los dioses, y en las del maestre Luwin. Tú mismo me lo has dicho, Robb: tengo que pensar en el resto de mis hijos.

—Necesitaréis una buena escolta, mi señora —dijo Theon.

—Enviaré a Hal con un pelotón de guardias —señaló Robb.

—No —replicó Catelyn—. Un grupo numeroso llamaría la atención, y es lo que menos nos interesa. No quiero que los Lannister sepan que me dirijo hacia allí.

—Mi señora, al menos permitid que os acompañe yo —suplicó ser Rodrik—. Una mujer no debe viajar sola por el camino Real; es peligroso.

—No pienso ir por el camino Real. —Meditó un instante y asintió—. Dos jinetes pueden ir tan deprisa como uno, y sin duda más que una columna larga que además tenga que mantenerse al ritmo de los carromatos. Agradeceré vuestra compañía, ser Rodrik. Seguiremos el Cuchillo Blanco hasta el mar, y alquilaremos un barco en Puerto Blanco. Con un poco de suerte, caballos descansados y vientos favorables, llegaremos a Desembarco del Rey mucho antes que Ned y los Lannister.

« Y entonces —pensó—, que sea lo que los dioses quieran» .

Mientras desayunaban, la septa Mordane le dijo a Sansa que Eddard Stark había salido al amanecer.

—El rey lo mandó llamar. Creo que se han ido otra vez de caza. Tengo entendido que por estas tierras todavía quedan uros salvajes.

—Nunca he visto un uro —dijo Sansa al tiempo que daba un trocito de panceta a Dama, por debajo de la mesa. La loba huargo lo tomó de su mano con la delicadeza de una reina.

—Una dama noble no echa de comer a los perros en la mesa —dijo la septa Mordane con un bufido de desaprobación al tiempo que partía otro trozo de panal para que la miel goteara sobre una rebanada de pan.

—No es una perra, es una loba huargo —señaló Sansa; Dama le lamía los dedos con su lengua áspera—. Además, mi padre dijo que podíamos traerlas si queríamos.

—Eres una niña muy buena, Sansa. —Aquello no había servido para aplacar a la septa—. Pero en lo que respecta a esas criaturas pareces tan testaruda como tu hermana Arya. —Frunció el ceño—. Por cierto, ¿dónde está Arya?

—No tenía hambre —dijo Sansa. Sabía que, con toda probabilidad, su hermana habría bajado a hurtadillas a la cocina muchas horas antes, y engatusado a algún pinche para que le diera el desayuno.

—Recuérdale que hoy tiene que ponerse un vestido bonito. Como el de terciopelo gris. Nos han invitado a viajar con la reina y con la princesa Myrcella en el carro real; debemos estar impecables.

Sansa ya estaba impecable. Se había cepillado la larga cabellera castaña rojiza hasta que estuvo deslumbrante, y lucía su mejor vestido de seda azul. Llevaba más de una semana esperando aquel día. Viajar con la reina era un gran honor, y además vería al príncipe Joffrey. Su prometido. Solo con pensar en ello sentía los nervios a flor de piel, a pesar de que faltaban muchos años para que se casaran. Sansa todavía no conocía de verdad a Joffrey, pero estaba enamorada de él. Era como siempre había imaginado a su príncipe: alto, guapo, fuerte, con cabellos como el oro. Atesoraba las pocas oportunidades que tenía de estar con él. Si algo le daba miedo aquel día era Arya. Su hermana tenía la habilidad de estropear todo. Nunca se sabía por dónde iba a salir.

—Se lo recordaré —dijo, insegura—, pero se vestirá como siempre. —Esperaba no pasar demasiada vergüenza—. ¿Puedo retirarme?

—Sí.

La septa Mordane se sirvió otra rebanada de pan con miel, y Sansa se levantó del banco. Dama la siguió cuando salió de la sala común de la posada.

Una vez en el exterior, se detuvo un momento entre los gritos, las maldiciones y el crujir de las ruedas de madera mientras los hombres desmontaban tiendas y

pabellones, y cargaban los carros para emprender la marcha un día más. La posada era un gran edificio de piedra clara. Tenía tres plantas; Sansa no había visto jamás otra tan grande; pero aun así solo podía albergar a una tercera parte de la partida real, que contando a los hombres de su padre y a los jinetes libres que se les habían unido en el camino tenía ya más de cuatrocientos miembros.

Arya estaba a la orilla del Tridente, intentando que Nymeria se quedara quieta mientras le cepillaba el lodo seco del pelaje. A la loba no parecía gustarle nada. Arya vestía la misma ropa de montar que había llevado el día anterior, y también dos días antes.

—Tienes que ir a ponerte algo bonito —le dijo Sansa—. Te lo manda la septa Mordane. Hoy vamos a viajar en el carromato de la reina con la princesa Myrcella.

—Yo no —replicó Arya al tiempo que intentaba deshacer un nudo en el pelaje gris de Nymeria—. Mycah y yo vamos a cabalgar río arriba para buscar rubíes en el vado.

—Rubíes —repitió Sansa, desconcertada—. ¿Qué rubíes?

—Los rubíes de Rhaegar, por supuesto —contestó Arya mirándola como si la considerara estúpida—. Aquí es donde el rey Robert lo mató y consiguió la corona.

Sansa se quedó boquiabierta, mirando incrédula a su flacucha hermana pequeña.

—No puedes ir a buscar rubíes; la princesa nos está esperando. La reina nos invitó a las dos.

—¿Y a mí qué? —replicó Arya—. La casa con ruedas no tiene ventanas; no se ve nada.

—Pero ¿qué quieres ver? —preguntó Sansa, molesta. Ella se había vuelto loca de alegría con la invitación, y la idiota de su hermana lo iba a estropear todo, justo como se había temido—. No hay más que prados, granjas y refugios.

—Mentira —se empecinó Arya—. Si vinieras con nosotros alguna vez lo verías.

—No me gusta montar a caballo —replicó Sansa con convicción—. Te manchas toda, y luego te duele todo el cuerpo.

—No te muevas —ordenó Arya a Nymeria después de encogerse de hombros—. No te estoy haciendo daño. —Miró a Sansa—. Cuando estábamos cruzando el Cuello conté treinta y seis tipos de flores que no había visto en mi vida, y Mycah me enseñó un lagarto león.

Sansa se estremeció. Habían tardado doce días en cruzar el Cuello por un cenagal negro, interminable. Jamás lo había pasado peor. El aire era húmedo y pegajoso; el paso era tan estrecho que ni siquiera podían levantar bien el campamento por las noches, y se veían obligados a pernoctar en medio del camino Real. Los árboles semiahogados los asfixiaban al pasar, con ramas que

goteaban de las que pendían cortinas de fungosidades macilentas. Había flores enormes que brotaban en el lodo y flotaban en charcas de agua estancada, pero cualquier imbécil que se saliera de la ruta para arrancar una se encontraba con arenas movedizas, serpientes acechando desde los árboles y lagartos león flotando en el agua como troncos negros con ojos y dientes.

Nada de aquello detenía a Arya, claro. Un día se presentó con su sonrisa de caballo, el pelo enredado, la ropa llena de barro y un manojo de flores verdes y moradas para su padre. Sansa deseó con toda su alma que le dijera a Arya que debía aprender a comportarse como la dama de alta cuna que teóricamente era, pero en vez de eso la abrazó y le agradeció las flores. Aquello la hizo sentir aún peor.

Luego resultó que las flores moradas se llamaban *bесos venenosos*, y a Arya le salió un sarpullido por los brazos. Sansa pensó que así aprendería la lección, pero en vez de eso, Arya se rio, y al día siguiente se untó de barro los brazos, como cualquier campesina ignorante, solo porque su amigo Mycah le dijo que así dejarían de picarle. También tenía ronchas y magulladuras en los brazos y en los hombros, verdugones violáceos y manchas verdosas y amarillentas. Sansa se las había visto cuando su hermana se desnudaba antes de acostarse. Solo los siete dioses sabían cómo se había hecho aquello.

Arya seguía cepillando los nudos del pelaje de Nymeria, al tiempo que hablaba de las cosas que había visto en el viaje hacia el sur.

—La semana pasada divisamos una atalaya encantada, y el día anterior perseguimos una manada de caballos salvajes. Tendrías que haber visto cómo huyeron en cuanto olieron a Nymeria. —La loba se retorció ante un tirón, y Arya la regañó—. Para quieta; tengo que cepillarte el otro lado, que estás llena de barro.

—No debes salirte de la columna —le recordó Sansa—. Lo dijo padre.

—Tampoco me alejé tanto. —Arya se encogió de hombros—. Además, Nymeria me acompañó. Y no lo hago todos los días. También es divertido cabalgar junto a los carromatos y charlar con la gente.

Sansa sabía bien con qué tipo de gente le gustaba charlar a Arya: escuderos, mozos de cuadra, sirvientas, ancianos, niños desnudos, jinetes libres de lenguaje grosero y linaje incierto... Arya trababa amistad con cualquiera. El tal Mycah era el peor: hijo de un carnicero, de trece años, sin la menor educación, dormía en el carromato de la carne y olía como el tajo del matadero. Sansa sentía náuseas solo con verlo, pero por lo visto Arya prefería su compañía a la de su hermana.

—Tienes que venir conmigo —dijo Sansa, que empezaba a perder la paciencia—. No puedes desobedecer a la reina. La septa Mordane te está esperando.

Arya hizo caso omiso. Tironeó con fuerza del cepillo; Nymeria gruñó y se

zafó de ella, agravada.

—¡Vuelve ahora mismo!

—Nos darán té y pastas de limón —prosiguió Sansa, adulta y razonable. Dama le restregó contra la pierna. Ella la rascó detrás de las orejas, tal como sabía que le gustaba, y la loba se sentó a su lado para observar cómo Arya perseguía a Nymeria—. ¡No me digas que prefieres montar un caballo viejo y maloliente, y acabar toda sudorosa y magullada, en vez de tumbarte sobre almohadones de plumas y tomar pastas con la reina!

—La reina no me cae bien —dijo Arya sin darle importancia. Sansa se quedó boquiabierta. ¡Ni siquiera su hermana podía decir semejante cosa! Pero la niña siguió hablando, sin darse cuenta—. Además, no me deja que vaya con Nymeria.

Se puso el cepillo debajo del cinturón y se dirigió hacia su loba. Nymeria, cautelosa, la observó acercarse.

—La casa con ruedas de la reina no es lugar para una loba —dijo Sansa—. Y además, a la princesa Myrcella le dan miedo, ya lo sabes.

—Myrcella es una criaja. —Arya rodeó el cuello de Nymeria con el brazo, pero en cuanto sacó el cepillo, la loba huargo se liberó de su presa y escapó. La niña lo tiró al suelo, frustrada—. ¡Ya verás cuando te atrape! —gritó.

Sansa no pudo disimular una leve sonrisa. En cierta ocasión, el encargado de las perreras le había dicho que cada animal sale a su amo. Dio un rápido abrazo a Dama. La loba le lamió la mejilla, y Sansa dejó escapar una risita. Arya la oyó y dio media vuelta.

—Me importa un cuerno lo que digas, yo me voy a montar. —Su rostro alargado, equino, tenía el gesto testarudo que significaba que iba a imponer su voluntad.

—Dioses, Arya, hay veces que pareces una chiquilla —suspiró Sansa—. De acuerdo, iré yo sola. Así será todo más agradable. Dama y yo nos comeremos todas las pastas de limón, y lo pasaremos mejor sin ti.

Dio media vuelta para marcharse, pero el grito de Arya la alcanzó.

—¡A ti tampoco te dejarán entrar con Dama!

Desapareció persiguiendo a Nymeria por la orilla del río antes de que a Sansa se le ocurriera una respuesta.

Sola y humillada, Sansa emprendió el camino de vuelta hacia la posada; sabía que la septa Mordane la estaría esperando. Dama caminaba a su lado con pisadas suaves. La niña estaba al borde de las lágrimas. Ella solo quería que las cosas fueran bonitas, agradables, igual que en las canciones. ¿Por qué no era Arya dulce, delicada y amable como la princesa Myrcella? Le habría encantado tener una hermana así.

No comprendía cómo dos hermanas podían ser tan diferentes, habiendo nacido con tan solo dos años de diferencia. Ojalá Arya fuera bastarda, como Jon;

así, todo sería más sencillo. Si hasta se parecía a Jon: tenía el rostro alargado y el pelo oscuro de los Stark, sin rastro de los rasgos ni de la complejión de su madre. Y, según se rumoreaba, la madre de Jon había sido una vulgar campesina. En cierta ocasión, cuando era pequeña, Sansa había llegado a preguntar a su madre si no se habría cometido algún error. Quizá los endriagos hubieran secuestrado a su verdadera hermana. Pero su madre se echó a reír y le dijo que no, que Arya era su hija, hermana legítima de Sansa, sangre de su sangre. Sansa no creía que su madre tuviera motivo alguno para mentir, así que debía de ser verdad.

Cuando se acercó al centro del campamento, su congoja se desvaneció al instante. Ante la casa con ruedas de la reina se había reunido toda una multitud. A los oídos de Sansa llegó un murmullo de voces entusiasmadas. Alcanzó a ver que las puertas estaban abiertas; la reina se encontraba en la cima de los peldaños de madera y sonreía a alguien situado más abajo.

—Es un gran honor el que nos hace el Consejo, señores —la oyó decir.

—¿Qué pasa? —preguntó a un escudero que conocía.

—El Consejo ha enviado jinetes de Desembarco del Rey para que nos proporcionen escolta el resto del camino —respondió él—. Una guardia de honor para el rey.

Sansa se moría por ver mejor, así que permitió que Dama le abriera un camino entre la multitud. La gente se apresuró a apartarse de la loba huargo. Cuando estuvo más cerca vio a dos caballeros que habían hincado la rodilla en tierra ante la reina; lucían unas armaduras tan refinadas y hermosas que la hicieron parpadear.

La armadura de uno de los caballeros mostraba un complicado dibujo de escamas esmaltadas en blanco, tan brillantes como la nieve recién caída, con engastes y cierres de plata que brillaban al sol. Cuando se quitó el casco, Sansa vio que se trataba de un anciano de pelo tan blanco como su armadura, pero pese a ello parecía fuerte y gallardo. Llevaba sobre los hombros la capa nívea de la Guardia Real.

Su acompañante tenía unos veinte años, y su armadura era de acero color verde oscuro como el de un bosque. Sansa no había visto jamás a un hombre tan atractivo; era alto, de constitución fuerte, con cabellos color negro azabache que le caían sobre los hombros y enmarcaban un rostro perfectamente afeitado en el que brillaban unos alegres ojos verdes a juego con la armadura. Llevaba bajo el brazo un yelmo astado con una magnífica rejilla de oro.

Al principio Sansa no se fijó en el tercer desconocido. No se había arrodillado como los otros. Estaba de pie a un lado, junto a los caballos, y lo observaba todo con una expresión sombría en el rostro huesudo. Tenía la tez afeitada, llena de cicatrices de viruelas, con las mejillas y los ojos hundidos. No parecía un anciano, pero apenas le quedaban unos mechones de cabello sobre las orejas, y los llevaba tan largos como la melena de una mujer. Su armadura era una cota

de malla color gris acero sobre cuero endurecido, sencilla y sin ningún adorno, que parecía antigua y muy usada. Sobre el hombro derecho se le veía la sucia empuñadura de cuero de un mandoble, que llevaba a la espalda porque era demasiado largo para colgárselo de la cintura.

—El rey ha salido de caza, pero sé que cuando regrese se sentirá muy complacido de veros —les decía la reina a los dos caballeros que se habían arrodillado ante ella.

Sansa no podía apartar la vista del tercer hombre. Este pareció notar la presión de su mirada y volvió la cabeza muy despacio hacia ella. Dama gruñó. De pronto, Sansa Stark se vio invadida por el terror más aplastante que había sentido en la vida. Dio un paso atrás y tropezó con alguien.

Unas manos fuertes la agarraron por los hombros, y durante un momento, Sansa pensó que se trataba de su padre; pero al dar la vuelta vio el rostro quemado de Sandor Clegane, que la miraba desde arriba con la boca retorcida en una mueca que intentaba ser una sonrisa.

—¿Tiemblas, niña? —preguntó con voz áspera—. ¿Tanto miedo te doy?

Le daba miedo, sí, como había sucedido desde la primera vez que puso los ojos sobre el destrozo que había causado el fuego en aquel rostro, aunque en aquel momento no le pareció ni la mitad de aterrador que el otro. De todos modos, Sansa se debatió para librarse de sus manos; el Perro se echó a reír, y Dama se interpuso entre ellos con un gruñido de advertencia. Sansa se dejó caer de rodillas y echó los brazos al cuello de la loba. A su alrededor se congregó un grupo boquiabierto; notaba todas las miradas clavadas en ella, y oyó comentarios en voz baja y risas ahogadas.

—Un lobo —dijo un hombre.

—Por los siete infiernos, es un huargo —dijo otro.

—¿Qué hace en el campamento? —insistió el primero.

—Los Stark los contratan como amas de cría —le llegó la voz áspera del Perro.

Sansa se dio cuenta de que los dos caballeros recién llegados la miraban, y miraban también a Dama con las espadas desenvainadas. Volvió a sentir miedo y vergüenza. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Ve con ella, Joffrey —le oyó decir a la reina.

Y de pronto, allí estuvo su príncipe.

—Dejadla en paz —dijo Joffrey.

Se alzaba junto a ella hermoso como un sueño, vestido de cuero negro y lana azul, con rizos dorados que brillaban al sol como una corona. Le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Qué sucede, mi dulce dama? ¿Qué temes? Nadie osará hacerte daño. Envainad todos las espadas. La loba es su animal de compañía; eso es todo. —Miró a Sandor Clegane—. Y tú, Perro, fuera de aquí; asustas a mi prometida.

El Perro, siempre fiel, hizo una reverencia y se alejó silencioso entre el gentío. Sansa trató de controlarse. Se sentía estúpida. Era una Stark de Invernia, una dama de alta cuna, y algún día sería reina.

—No ha sido culpa suya, mi dulce príncipe —intentó explicarle—. Ha sido por el otro.

Los dos caballeros recién llegados intercambiaron una mirada.

—¿Payne? —rio el joven de la armadura verde.

—Ser Ilyn también me da miedo a veces, hermosa dama —le dijo a Sansa con amabilidad el más anciano, el de blanco—. Su aspecto inspira temor.

—Como debe ser. —La reina había bajado de la casa con ruedas. Los espectadores se apartaron para abrirle paso—. Si los malvados no temen a la justicia del rey, es que nos hemos equivocado al elegirlo para ese puesto.

—Entonces, alteza, no cabe duda de que la elección fue acertada —dijo Sansa, que por fin había recuperado la compostura.

Una carcajada general estalló a su alrededor.

—Bien dicho, niña —dijo el anciano de blanco—. Como corresponde a la hija de Eddard Stark. Es un honor conocerte, aunque haya sido de manera tan irregular. Soy ser Barristan Selmy, de la Guardia Real.

Hizo una reverencia. Sansa conocía sobradamente el nombre, y las frases corteses que la septa Mordane le había enseñado a lo largo de los años acudieron a su memoria.

—Lord comandante de la Guardia Real —dijo—, consejero de nuestro rey Robert, como antes lo fuisteis de Aerys Targaryen. El honor es mío, buen caballero. Hasta en el lejano norte cantan los bardos las hazañas de Barristan el Bravo.

—Querrás decir Barristan el Viejo —dijo el caballero verde riendo de nuevo—. No lo adules con palabras tan dulces, niña, ya se lo tiene demasiado creído.

—Sonrió a Sansa—. Bueno, niña loba, si también eres capaz de llamarme por mi nombre, tendré que reconocer que eres sin duda la hija de nuestra mano.

—Más cuidado cuando te dirijas a mí prometida —replicó Joffrey, tenso.

—Quiero responder —intervino Sansa rápidamente, para aplacar la ira de su príncipe. Sonrió al caballero verde—. Vuestro casco luce astas doradas, mi señor. El venado es el emblema de la casa real. El rey Robert tiene dos hermanos. Por vuestra juventud solo podéis ser Renly Baratheon, señor de Bastión de Tormentas y consejero del rey, y así os llamo.

—Por su juventud solo puede ser un mequetrefe engreido —dijo ser Barristan riéndose entre dientes—, y así lo llamo yo.

La carcajada fue general, y la inició el propio lord Renly. La tensión se había esfumado, y Sansa empezaba a sentirse a gusto... hasta que ser Ilyn Payne empujó a dos hombres a los lados para situarse ante ella. No sonreía. No dijo ni una palabra. Dama le mostró los dientes y empezó a gruñir, emitiendo un sonido

sordo de amenaza, pero en esta ocasión Sansa la hizo callar poniéndole una mano en la cabeza con suavidad.

—Si os he ofendido, lo lamento mucho, ser Ilyn.

Esperó una respuesta que no llegó. El verdugo se quedó mirándola; los ojos incoloros parecieron arrancarle la ropa, y luego la piel, hasta dejar su alma desnuda ante él. Siempre silencioso, dio media vuelta y se alejó.

—¿He dicho algo malo, alteza? —preguntó Sansa al príncipe, mirándolo. No comprendía nada—. ¿Por qué no me ha hablado?

—Hace catorce años que ser Ilyn se muestra poco comunicativo —comentó lord Renly con una sonrisa maliciosa.

Joffrey miró a su tío con desprecio reconcentrado. Luego tomó las manos de Sansa entre las suyas.

—Aerys Targaryen hizo que le arrancaran la lengua con unas tenazas al rojo vivo.

—Pero se expresa de manera muy elocuente con la espada —dijo la reina—, y la devoción que siente por nuestro reino no tiene rival. —Sonrió con gentileza—. Sansa, tengo que hablar con los señores consejeros hasta que regrese el rey con tu padre. Lo siento mucho, pero el día que ibas a pasar con Myrcella tendrá que posponerse. Por favor, discúlpame ante tu querida hermana. Joffrey, ¿tendrías la amabilidad de ser hoy el anfitrión de nuestra invitada?

—Será un placer, madre —respondió Joffrey con toda formalidad.

La tomó del brazo, y juntos se alejaron de la casa con ruedas. Sansa volvía a ser feliz. ¡Iba a pasar un día entero con su príncipe! Miró a Joffrey con adoración. Qué apuesto era, cómo la había rescatado de ser Ilyn y del Perro, pero si era casi como en las canciones, como en los tiempos en que Serwyn del Escudo Espejo salvó a la princesa Daeryssa de los gigantes, o como cuando el príncipe Aemon, el Caballero Dragón, defendió el honor de la reina Naerys contra las calumnias del malvado ser Morgil.

El roce de la mano de Joffrey en la manga hizo que el corazón le latiera más deprisa.

—¿Qué te gustaría hacer?

—Lo que tú deseas, mi príncipe —respondió Sansa mientras pensaba: «Estar contigo».

—Podemos ir a montar a caballo —dijo Joffrey después de meditar un instante.

—Oh, me encanta montar a caballo —dijo Sansa.

—Tu loba puede asustar a los caballos. —Joffrey lanzó una mirada a Dama, que iba pisándoles los talones—. Y por lo visto, mi perro te asusta a ti. Mejor los dejamos a ambos aquí y nos vamos solos, ¿qué te parece?

—Si es lo que tú deseas... —respondió Sansa, insegura, tras titubear un instante—. Tendré que atar a Dama. —Pero no entendía bien a qué se refería

Joffrey —. No sabía que tenías un perro...

—En realidad es el perro de mi madre —dijo el príncipe riéndose—. Le ha ordenado que me cuide, y lo hace.

—Ah, ese perro —asintió ella. Se habría dado de bofetadas por torpe. Su príncipe no la amaría si le parecía torpe—. ¿No correrás peligro sin él?

—No temas, señora. —La mera pregunta parecía haber molestado al príncipe Joffrey—. Ya soy casi un adulto; no luchó con espadas de madera como tus hermanos. Esto es lo único que necesito.

Desenfundó la espada y se la mostró. Era una espada larga perfectamente adaptada para un niño de doce años, de brillante acero azulado, forjada en castillo y de doble filo, con empuñadura de cuero y una cabeza de león que parecía de oro en el pomo. Sansa dejó escapar un grito de admiración, cosa que complació a Joffrey.

—Le he puesto nombre: la llamo *Colmillo de León*.

De manera que dejaron en el campamento al guardaespaldas de Joffrey y a la loba huargo de Sansa, y se dirigieron hacia el este por la orilla norte del Tridente sin más compañía que *Colmillo de León*.

Fue un día mágico, glorioso. El aire era cálido y les llevaba el aroma de las flores, y los bosques tenían una belleza apacible que Sansa no había visto jamás en el norte. El caballo del príncipe Joffrey era un pura sangre bayo veloz como el viento, y lo montaba con desenvoltura tan temeraria que Sansa tenía que esforzarse para que su yegua le siguiera el paso. Fue un día de aventuras. Exploraron las cuevas que había junto a la ribera, siguieron el rastro de un gatosombra hasta su guarida y, cuando sintieron hambre, Joffrey localizó un refugio por el humo, y ordenó que sirvieran comida y vino a su príncipe y a la dama que lo acompañaba. Comieron truchas recién pescadas, y Sansa bebió más vino que en toda su vida.

—Mi padre nos deja tomar solo una copa, y eso en los festines —confesó a su príncipe.

—Mi prometida puede beber tanto vino como desee —replicó Joffrey al tiempo que volvía a llenarle la copa.

Después de comer reanudaron la marcha con más calma. Joffrey cantó para ella mientras cabalgaban; tenía una voz aguda y dulce, muy pura. A Sansa se le había subido un poco el vino a la cabeza.

—¿No deberíamos volver ya? —preguntó.

—Enseguida —dijo Joffrey—. Estamos muy cerca del campo de batalla, es allí, donde el río traza una curva. Ahí fue donde mi padre mató a Rhaegar Targaryen, ¿sabías? Le aplastó el pecho, chas, a través de la armadura y todo. —Joffrey blandió un martillo de guerra imaginario para mostrarle cómo había sucedido—. Luego, mi tío Jaime mató al viejo ese, Aerys, y mi padre llegó a rey. ¿Qué es ese ruido?

Sansa también lo había oído; era el sonido de madera contra madera que llegaba de los bosques. No sabía por qué, pero la ponía nerviosa.

—No lo sé —dijo—. Volvamos al campamento, Joffrey.

—Quiero ver qué pasa.

Joffrey dirigió su caballo hacia el origen del ruido, y a Sansa no le quedó más remedio que seguirlo. Los sonidos se oían ya claramente, y al acercarse más oyeron también respiraciones jadeantes y algún que otro gruñido.

—Ahí hay alguien —dijo Sansa con ansiedad. De pronto deseaba con todas sus fuerzas que Dama los hubiera acompañado.

—Conmigo estás a salvo. —Joffrey desenvainó a *Colmillo de León*. El susurro del acero contra el cuero la hizo estremecer—. Por aquí —añadió mientras cabalgaba hacia un grupo de árboles.

Tras ellos, en un claro desde el que se divisaba el río, vieron a un niño y a una niña que jugaban a los caballeros. Sus espadas eran palos de madera; de hecho, parecían mangos de escobas, y los dos corrían por la hierba lanzándose vigorosas estocadas y mandobles. El chico era bastante mayor, mucho más alto y fuerte, y era el que atacaba. La niña, una cría flacucha que vestía ropas de cuero embarradas, esquivaba y conseguía bloquear con su palo la mayoría de los golpes del chico, pero no todos. En una ocasión le lanzó una estocada, que él detuvo con su palo; el chico hizo un movimiento de barrido; su palo descendió y asestó a la chica un duro golpe en los dedos. Ella gritó y perdió el arma.

El príncipe Joffrey se echó a reír. El chico miró a su alrededor con los ojos muy abiertos, sobresaltado, y dejó caer su palo en la hierba. La niña los miró mientras se lamía los nudillos para calmar el dolor, y Sansa se quedó horrorizada.

—¡Arya! —exclamó incrédula.

—¡Marchaos! —les gritó Arya, que tenía los ojos llenos de lágrimas de rabia—. ¿Qué hacéis aquí? ¡Dejadnos en paz!

Joffrey miró a Arya, luego a Sansa y por fin a Arya de nuevo.

—¿Es tu hermana? —La niña asintió, sonrojada. Joffrey miró al chico, un muchacho desgarbado de rostro toscos y pecoso y espesa pelambre rojiza—. ¿Y tú quién eres, chico? —preguntó en un tono imperioso que no delataba que el otro le llevaba un año.

—Mycah —murmuró el muchacho. Reconoció al príncipe y bajó la vista—. Mi señor.

—Es el hijo del carnicero —dijo Sansa.

—Es mi amigo —intervino Arya con tono brusco—. Déjalo en paz.

—El hijo de un carnicero y quiere ser caballero, jeh? —Joffrey desmontó, espada en mano—. Recoge tu espada, carnicero —dijo; le brillaban los ojos de diversión—. A ver qué tal lo haces. —Mycah se quedó paralizado de miedo. Joffrey avanzó hacia él—. Venga, que la cojas te he dicho. ¿O es que solo peleas con niñas?

—Me lo pidió ella, mi señor —dijo Mycah—. ¡Me lo pidió ella!

A Sansa le bastó con mirar el rostro congestionado de Arya para saber que el chico decía la verdad, pero Joffrey no estaba en disposición de escuchar nada. El vino lo hacía aún más audaz.

—¿Coges tu espada o no?

—No es más que un palo, mi señor —dijo Mycah con un gesto de negación
—. No es una espada. Solo es un palo.

—Y tú no eres más que el hijo de un carnicero, no un caballero. —Joffrey alzó a *Colmillo de León* y puso la punta en la mejilla de Mycah, justo debajo del ojo. El muchacho temblaba de manera incontrolable—. ¿Sabes que estabas atacando a la hermana de mi señora?

Un brillante punto de sangre brotó de la mejilla de Mycah y descendió en lentos hilillos rojos por la cara del muchacho.

—¡Que pares ya! —gritó Arya.

Cogió el palo que había soltado. De repente, Sansa tuvo miedo.

—No te metas en esto, Arya.

—No le voy a hacer daño. No mucho —dijo el príncipe Joffrey a Arya, sin apartar los ojos del hijo del carnicero.

Arya se lanzó hacia él.

Sansa se bajó de la yegua, pero no fue suficientemente rápida. Arya blandió el palo con ambas manos. Se oyó un sonoro crujido cuando la madera se quebró contra la nuca del príncipe, y los acontecimientos parecieron precipitarse ante los ojos horrorizados de Sansa. Joffrey se tambaleó y dio media vuelta entre maldiciones. Mycah echó a correr hacia los árboles a tanta velocidad como le permitían las piernas. Arya blandió de nuevo su arma contra el príncipe, pero en esta ocasión Joffrey paró el golpe con *Colmillo de León* y le arrancó el palo roto de entre las manos. Tenía la nuca ensangrentada y echaba chispas por los ojos.

—No, no, basta, basta, parad ya los dos, lo estáis estropeando todo —sollozaba Sansa sin cesar, pero nadie la escuchaba.

Arya cogió una piedra y se la tiró a Joffrey, apuntando a la cabeza. Pero le dio al caballo, y el animal partió al galope hacia los mismos árboles donde se había refugiado Mycah.

—¡Basta ya! ¡Basta ya! —gritó Sansa.

Joffrey lanzó un tajo contra Arya al tiempo que gritaba obscenidades, cosas terribles, cosas sucias. Arya retrocedió, asustada de repente, pero Joffrey la persiguió hasta el bosque, hasta que la tuvo arrinconada contra un árbol. Sansa no sabía qué hacer. Contempló la escena, impotente, con los ojos arrasados de lágrimas.

En aquel momento, un relámpago gris pasó a toda velocidad junto a ella, y de pronto allí estaba Nymeria. Llegó de un salto y cerró las mandíbulas alrededor del brazo con el que Joffrey sostenía la espada. El acero se le cayó de las manos

cuando la loba lo derribó. Rodaron por la hierba, la loba gruñendo, el príncipe gritando de dolor.

—¡Quitádmela de encima! —chilló—. ¡Quitádmela de encima!

—¡Nymeria! —restalló como un látigo la voz de Arya.

La loba huargo soltó a Joffrey y fue a situarse junto a Arya. El príncipe se quedó tendido en la hierba, sollozando y apretándose el brazo herido. Tenía la manga empapada en sangre.

—No te ha hecho daño. No mucho —dijo Arya.

Recogió del suelo a *Colmillo de León* y se situó junto al príncipe, con la espada sujetada entre las dos manos.

—No —gimoteó Joffrey alzando la vista con un gemido de terror—. No me hagas daño. Se lo voy a contar a mi madre.

—Déjalo en paz! —gritó Sansa a su hermana.

Arya dio media vuelta y lanzó la espada a lo lejos, utilizando todo el cuerpo para impulsarla. El acero azulado centelleó al sol cuando la espada pasó girando sobre el río. Chocó contra el agua y desapareció con un chapoteo. Joffrey dejó escapar un gemido. Arya corrió hacia su caballo, con Nymeria pisándole los talones.

Cuando se hubieron marchado, Sansa corrió junto al príncipe Joffrey. El muchacho tenía los ojos cerrados por el dolor, y su respiración era entrecortada. Sansa se arrodilló junto a él.

—Joffrey —sollozó—. ¿Qué te han hecho, mi pobre príncipe? No tengas miedo, iré a caballo al refugio y volveré con ayuda.

Le apartó de la frente el suave pelo rubio, con gesto de ternura infinita.

Él abrió los ojos de repente y la miró, y en sus pupilas solo había odio y el más profundo desprecio.

—Pues ve de una vez —escupió—. Y no me toques.

—La han encontrado, mi señor.

—¿Nuestros hombres o los de Lannister? —preguntó Ned mientras se levantaba a toda prisa.

—Ha sido Jory —respondió su mayordomo, Vayon Poole—. No ha sufrido daño alguno.

—Alabados sean los dioses —dijo Ned. Sus hombres llevaban cuatro días buscando a Arya, pero los de la reina también habían salido de caza—. ¿Dónde está? Dile a Jory que la traiga aquí ahora mismo.

—Lo siento, mi señor —dijo Poole—. Los guardias de la entrada eran hombres de los Lannister, y han informado a la reina en cuanto Jory la ha traído. La han llevado directamente ante el rey...

—¡Maldita mujer! —rugió Ned mientras se encaminaba a zancadas hacia la puerta—. Busca a Sansa y llévala a la sala de audiencias. Quizá tenga que declarar.

Rojo de ira, bajó por las escaleras de la torre. Él mismo había dirigido la búsqueda los tres primeros días, y apenas si había dormido una hora desde la desaparición de Arya. Aquella mañana se había sentido tan cansado, tan invadido por el dolor, que apenas se tenía en pie, pero en aquel momento, la rabia lo invadía otra vez y le daba nuevas fuerzas.

Varios hombres lo llamaron cuando cruzó el patio del castillo, pero Ned tenía demasiada prisa para hacerles caso. Habría echado a correr, pero era la mano del rey, y la mano debe conservar la dignidad siempre. Era perfectamente consciente de los ojos que lo seguían, de las voces que, en susurros, se preguntaban qué iba a hacer.

El castillo era una modesta edificación, a medio día a caballo al sur del Tridente. Los miembros de la expedición real se habían convertido en invitados forzados de su señor, ser Raymun Darry, durante el tiempo que durase la búsqueda de Arya y del hijo del carnicero a ambos lados del río. Como visitantes, no eran bienvenidos. Ser Raymun vivía bajo la paz del rey, pero su familia había combatido bajo el estandarte del dragón de Rhaegar en el Tridente, y sus tres hermanos mayores habían muerto allí, hecho que ni Robert ni ser Raymun habían olvidado. Los hombres del rey, los de Darry, los de Lannister y los de Stark se hacinaban en un castillo demasiado pequeño, y la tensión se palpaba en el ambiente.

El rey se había adueñado de la sala de audiencias de ser Raymun, y allí lo encontró Ned. La sala estaba atestada cuando entró. Demasiada gente, pensó. Si Robert y él pudieran tratar el asunto a solas, lo arreglarían de forma amistosa.

Robert estaba desplomado en el trono de Darry, al fondo de la sala; tenía una expresión huraña en el rostro. Cersei Lannister y su hijo estaban de pie junto a él.

La reina tenía la mano apoyada en el hombro de Joffrey. El brazo del muchacho aún estaba envuelto en gruesos vendajes de seda.

Arya estaba en el centro de la sala, con la única compañía de Jory. Todos los ojos estaban clavados en ella.

—¡Arya! —gritó Ned. Se dirigió hacia ella; sus botas resonaban en el suelo de piedra. Cuando la niña lo vio, dejó escapar un grito y se echó a llorar. Ned hincó una rodilla en el suelo y la abrazó. Arya temblaba.

—Lo siento —sollozaba—. Lo siento, lo siento.

—Ya lo sé —dijo él. Qué pequeña la sentía entre los brazos; no era más que una niñita flaca. Era incomprensible que fuera causa de tantos problemas—. ¿Estás bien?

—Sí. —Tenía la carita sucia, y las lágrimas dejaban un rastro rosado al correrle por las mejillas—. Pero tengo hambre. Comí bayas silvestres, pero no había nada más.

—Enseguida te daremos algo de comer —prometió Ned. Se levantó para enfrentarse al rey—. ¿Qué pasa aquí?

Recorrió la sala con los ojos en busca de rostros amigos. Pero, aparte de los de sus hombres, encontró pocos. Ser Raymun Darry mantenía una expresión neutra. En los labios de lord Renly casi afloraba una sonrisa que podía significar cualquier cosa, y el anciano ser Barristan estaba serio; los demás eran hombres de los Lannister, todos hostiles. El único rastro de suerte era que tanto Jaime Lannister como Sandor Clegane estaban ausentes, ambos dirigiendo partidas de búsqueda en la zona norte del Tridente.

—¿Por qué no se me ha informado de que mi hija había aparecido? —exigió saber Ned con tono airado—. ¿Por qué no la han llevado conmigo de inmediato?

Se dirigía a Robert, pero fue Cersei Lannister la que respondió.

—¿Cómo osas dirigirte a tu rey en ese tono?

—Cállate, mujer —le espetó el rey; aquel comentario lo hizo reaccionar. Se irguió en el trono—. Lo siento, Ned. No quería asustar a la niña. Me ha parecido que lo mejor era traerla aquí y zanjar el asunto lo antes posible.

—¿Qué asunto? —El tono de voz de Ned era gélido.

—Demasiado bien lo sabes, Stark —dijo la reina avanzando un paso—. Tu hija agredió a mi hijo, con ayuda del chico del carnicero. Y su loba trató de arrancarle el brazo.

—¡Es mentira! —gritó Arya—. Solo lo mordió un poco. Le estaba haciendo daño a Mykah.

—Joff nos ha contado lo ocurrido —dijo la reina—. El hijo del carnicero y tú lo golpeasteis con palos, y le dijiste a tu loba que lo mordiera.

—No es verdad —replicó Arya, otra vez al borde de las lágrimas. Ned le puso una mano en el hombro.

—¡Claro que sí! —insistió el príncipe Joffrey—. ¡Me atacaron todos, y ella

tiró *Colmillo de León* al río!

Ned advirtió que el muchacho no miraba a Arya al hablar.

—¡Mentiroso! —gritó Arya.

—¡Cállate! —chilló a su vez el príncipe.

—¡Basta ya! —rugió el rey al tiempo que se levantaba, con la voz ronca de irritación. Se hizo el silencio. Robert miró a Arya desde las profundidades de su espesa barba—. A ver, niña, me lo vas a contar todo. No te dejes nada, y no te apartes de la verdad. Mentirle a un rey es un crimen muy grave. —Se giró hacia su hijo—. Cuando termine ella, te tocará a ti. Hasta entonces, no quiero que abras la boca.

Arya comenzó a narrar su historia, y en aquel momento Ned oyó como se abría la puerta tras él. Volvió la vista y vio entrar a Vayon Poole con Sansa. Ambos se quedaron al fondo de la sala, en silencio, mientras Arya hablaba. Cuando contó cómo había lanzado la espada de Joffrey al Tridente, Renly Baratheon se atragantó de risa. El rey se enojó.

—Ser Barristan, acompaña a mi hermano afuera antes de que se ahogue.

—Mi hermano es demasiado bondadoso —dijo lord Renly conteniendo la risa—. Puedo encontrar la salida yo solo. —Hizo una reverencia ante Joffrey—. Ya me contarás luego cómo consiguió desarmarte con un palo de escoba una niña de nueve años que no abulta más que una rata mojada, y encima pudo tirar tu espada al río.

Mientras la puerta se cerraba a sus espaldas, Ned le oyó decir «Colmillo de León» y estallar en carcajadas una vez más.

El príncipe Joffrey, muy pálido, empezó a narrar una versión de los hechos muy diferente. Cuando su hijo terminó de hablar, el rey se levantó pesadamente. Por su aspecto, era obvio que le habría gustado estar en cualquier lugar menos allí.

—Por los siete infiernos, ¿qué se saca en claro de esto? Él dice una cosa, ella otra...

—No eran los únicos presentes —intervino Ned—. Ven aquí, Sansa. —Ned había oído de sus labios la versión de la historia la misma noche en que Arya desapareció. Sabía la verdad—. Cuéntanos lo que pasó.

Su hija mayor se adelantó, titubeante. Iba envuelta en terciopelo azul con ribetes blancos, y llevaba una cadena de plata en torno al cuello. Se había cepillado la espesa cabellera color castaño rojizo hasta arrancarle destellos. Miró a su hermana, y luego al joven príncipe.

—No lo sé —dijo llorosa, con ganas de esconderse donde fuera—. No me acuerdo. Todo sucedió tan deprisa que no vi...

—¡Asquerosa! —gritó Arya. Se lanzó como una flecha contra su hermana, la derribó y cayó sobre ella—. ¡Mentirosa, mentirosa, mentirosa, mentirosa!

—¡Basta ya, Arya! —gritó Ned. Jory la apartó de su hermana sin que dejara

de dar patadas. Sansa estaba pálida y temblorosa. Ned la ayudó a ponerse de pie —. —¿Te encuentras bien? —preguntó. Pero la niña miraba a Arya y no dio muestras de haberlo oido.

—Esa criatura es tan salvaje como el animal piojoso que la obedece —dijo Cersei Lannister—. Quiero que reciba su castigo, Robert.

—Por los siete infiernos —maldijo Robert—. Mírala bien, Cersei. No es más que una niña. ¿Qué quieres que haga?, ¿que la mande azotar por las calles? Maldita sea, los niños se han peleado siempre. Ya ha pasado todo. Nadie ha sufrido daños permanentes.

—Joff tendrá que llevar esas cicatrices el resto de su vida. —La reina estaba furiosa.

—Ciento —dijo Robert Baratheon mirando a su hijo mayor—. Y quizás le enseñen una buena lección. Ned, encárgate de que tu hija reciba un buen castigo. Yo haré lo propio con el mío.

—Desde luego, alteza —asintió Ned, aliviado.

Robert hizo ademán de marcharse, pero la reina no había terminado.

—¿Y qué hay de la loba huargo? —le gritó—. ¿Qué pasa con la fiera que ha herido a nuestro hijo?

—Me había olvidado de la condenada loba —dijo el rey con el ceño fruncido después de detenerse y dar media vuelta.

Ned advirtió que Arya se tensaba en brazos de Jory. Jory se apresuró a intervenir.

—No hemos encontrado ni rastro de la loba, alteza.

—¿No? —Robert no parecía contrariado—. Vaya, hombre.

—¡Cien dragones de oro para el hombre que me traiga su piel! —dijo la reina alzando la voz.

—Un pellejo muy caro, ¿no crees? —gruñó Robert—. A mí no me metas en esto, mujer. Si quieras pieles, págetelas con oro Lannister.

—No te imaginaba tan tacaño —respondió la reina mirándolo con frialdad—. El rey con el que creía haberme casado habría tendido una piel de lobo sobre mi lecho antes del ocaso.

—No se pueden hacer milagros; sin animal no hay piel que valga. —Robert tenía el rostro congestionado de rabia.

—Pero hay una loba —dijo Cersei Lannister.

Hablaban con voz tranquila, pero sus ojos verdes brillaban triunfales. Los presentes tardaron un instante en comprender a qué se refería; cuando cayó en la cuenta, el rey se encogió de hombros, irritado.

—Como quieras. Que se encargue ser Ilyn.

—¡No lo dirás en serio, Robert! —protestó Ned.

—Basta ya, Ned, tema zanjado. —El rey no estaba de humor para más discusiones—. Los lobos huargo son fieras salvajes. Más tarde o más temprano

habría atacado a tu hija, como la otra loba hizo con el mío. Regálale un perro; será mejor para ella.

Fue entonces cuando Sansa se dio cuenta de lo que estaban diciendo. Miró a su padre con los ojos llenos de miedo.

—No querrá matar a Dama, ¿verdad? —Vio la verdad en su rostro—. No, a Dama no, Dama es buena, Dama no ha mordido a nadie...

—Dama no estaba allí —gritó Arya, furiosa—. ¡Dejadla en paz!

—Detenlos. No permitas que la maten —suplicó Sansa—. Por favor, por favor, no fue Dama, fue Nymeria, fue Arya, diles que no, no fue Dama, no dejes que le hagan daño, haré que se porte bien, de verdad, de verdad...

Se echó a llorar. Ned no pudo hacer más que abrazarla mientras sollozaba. Miró a Robert, al otro extremo de la sala. Su mejor amigo, más que un hermano.

—Robert, por favor. Por el cariño que me tienes. Por el amor que sentías por mi hermana. Por favor.

El rey los miró un largo momento; luego clavó los ojos en su esposa.

—Maldita seas, Cersei —dijo con desprecio.

Ned se irguió y se liberó con suavidad del abrazo de Sansa. Todo el cansancio de los cuatro últimos días volvía a pesarle en los miembros.

—Entonces hazlo tú mismo, Robert —dijo con una voz fría y afilada como el acero—. Al menos ten el valor de hacerlo tú mismo.

Robert miró a Ned con ojos inexpresivos, muertos, y salió sin decir palabra, con pasos pesados como el plomo. El silencio invadió la sala.

—¿Dónde está la loba huargo? —preguntó Cersei Lannister en cuanto su esposo hubo salido. Junto a ella, el príncipe Joffrey sonreía.

—La fiera está encadenada junto al puesto de guardia —respondió de mala gana ser Barristan Selmy.

—Avisad a Ilyn Payne.

—No —intervino Ned—. Jory, llévate a las niñas a sus aposentos y tráeme mi espada *Hielo*. —Las palabras le sabían a bilis en la garganta, pero se obligó a pronunciarlas—. Si hay que hacerlo, lo haré yo.

—¿Tú, Stark? —preguntó Cersei Lannister mirándolo con desconfianza—. ¿Qué es, un truco? ¿Por qué vas a hacer semejante cosa?

Todos lo miraban, pero los ojos de Sansa eran los que lo herían.

—La loba es del norte. No merece que acabe con ella un carnicero.

Salió de la sala con un extraño ardor en los ojos, mientras los alardos de su hija le resonaban en los oídos, y encontró a la cachorrilla de lobo donde la habían encadenado. Ned se sentó un rato junto a ella.

—Dama —dijo, saboreando el nombre.

No había prestado mucha atención a los nombres elegidos por sus hijos para los huargos, pero en aquel momento se dio cuenta de que Sansa había estado acertada. Dama era la más pequeña de la camada, la más bonita, la más dulce y

confiada. Lo miraba con brillantes ojos dorados mientras él le acariciaba el pelaje espeso y gris.

Jory no tardó en llevarle a *Hielo*. Todo terminó enseguida.

—Elige a cuatro hombres y que lleven el cadáver al norte —dijo después—. Quiero que la entierren en Invernalia.

—¿Tan lejos? —preguntó Jory, atónito.

—Tan lejos —confirmó Ned—. Si la Lannister quiere una piel de lobo, tendrá que buscarse otra.

Se encaminaba hacia la torre para dormir por fin cuando Sandor Clegane y sus jinetes llegaron de la cacería.

Un bulto colgaba cruzado del corcel de Clegane, una forma pesada envuelta en una capa ensangrentada.

—Ni rastro de tu hija —gruñó el Perro desde su montura—. Pero no hemos perdido el día. Aquí traemos a su animal.

Dio un empujón al fardo, que cayó al suelo con un golpe sordo a los pies de Ned.

Ned se inclinó y retiró la capa, buscando ya las palabras que tendría que decir a Arya, pero no se trataba de Nymeria. Era Mycah, el hijo del carnicero. El cadáver estaba cubierto de sangre reseca. Un tajo espantoso, asestado desde arriba, casi lo había cortado por la mitad desde el hombro hasta la cintura.

—Lo mataste desde el caballo —dijo Ned.

Los ojos del Perro parecieron brillar a través de su espantoso yelmo canino.

—Corrió mucho. —Observó el rostro de Ned y se echó a reír—. Pero no lo suficiente.

Le parecía que llevaba siglos cayendo.

—Vuela —susurró una voz en la oscuridad, pero Bran no sabía volar y lo único que podía hacer era caer.

El maestre Luwin hizo un muñeco de arcilla, lo coció hasta que quedó duro y quebradizo, lo vistió con ropas de Bran y lo tiró desde el tejado. Bran recordaba cómo se había destrozado al estrellarse.

—Pero yo no me caigo nunca —dijo mientras caía.

El suelo, abajo, estaba tan lejos que apenas lo distinguía entre los jirones de niebla gris que lo rodeaban, pero sentía que estaba cayendo y sabía qué le esperaba al llegar abajo. No se puede caer eternamente, ni siquiera en sueños. Sabía que despertaría un momento antes de chocar contra el suelo. Uno se despierta siempre un momento antes de chocar contra el suelo.

—¿Y si no te despiertas? —le preguntó la voz.

El suelo estaba ya más cerca, pero todavía muy lejos, a mil leguas, pero más cerca que antes. Hacía mucho frío allí, en la oscuridad. No había sol ni estrellas; nada más que el suelo que se alzaba para aplastarlo, los jirones de niebla gris y la voz susurrante. Sintió ganas de llorar.

—No llores. Vuela.

—No sé volar —dijo Bran—. No sé...

—¿Estás seguro? ¿Lo has intentado alguna vez?

La voz era aguda y tenue. Bran miró a su alrededor para ver de dónde procedía. Un cuervo trazaba círculos, descendiendo junto a él pero sin ponerse a su alcance.

—Ayúdame —suplicó.

—Es lo que intento —replicó el cuervo—. ¿No llevarás maíz encima, por casualidad?

Bran se metió la mano en el bolsillo y la oscuridad giró vertiginosa a su alrededor. Cuando sacó la mano, unos cuantos granos dorados se le escaparon entre los dedos. Cayeron, como caía él.

—¿Eres un cuervo de verdad? —preguntó Bran cuando el cuervo se le posó en la mano y empezó a comer.

—¿Estás cayendo de verdad? —replicó el cuervo.

—No es más que un sueño —dijo el chico.

—¿Tú crees?

—Cuando choque contra el suelo, me despertaré —le aseguró Bran al pájaro.

—Cuando choques contra el suelo, morirás —replicó el cuervo, y siguió comiendo maíz.

Bran miró abajo. Ya alcanzaba a ver montañas, con las cumbres cubiertas de nieve y ríos como hebras de plata entre los bosques oscuros. Cerró los ojos y se

echó a llorar.

—Así no ganas nada —dijo el cuervo—. Ya te lo he dicho, tienes que volar en vez de llorar. Venga, no es tan difícil. Yo estoy volando.

—Tú tienes alas —señaló Bran.

—A lo mejor, tú también. —El chico se tocó los hombros en busca de algún rastro de plumas—. Hay alas de muchos tipos —añadió el cuervo.

Bran se miró los brazos y las piernas. Estaba muy delgado; no era más que piel tensa sobre los huesos. ¿Siempre había sido tan flaco? Trató de hacer memoria. Un rostro surgió de la niebla gris, brillante, dorado, y se cernió sobre él.

—Qué cosas hago por amor —dijo.

Bran gritó.

El cuervo remontó el vuelo con un graznido.

—Olvídate de eso —chilló—. No pienses en eso, es lo que menos falta te hace, olvídalos, olvídalos...

Volvió a posarse sobre Bran, esta vez en el hombro, y lo picoteó hasta que el rostro brillante y dorado se esfumó.

Bran caía más deprisa aún. Los jirones de niebla gris aullaban a su paso, se desplomaba hacia el suelo.

—¿Qué me haces? —preguntó lloroso al cuervo.

—Enseñarte a volar.

—¡No sé volar!

—Pues estás volando.

—¡No estoy volando, estoy cayendo!

—Todo vuelo comienza con una caída —dijo el cuervo—. Mira abajo.

—Me da miedo...

—¡Mira abajo!

Bran miró abajo y sintió como si se le licuaran las entrañas. El suelo ascendía hacia él a toda velocidad. El mundo entero se extendía allí, era un tapiz blanco, castaño y verde. Lo veía todo con tanta claridad que durante un instante se olvidó de tener miedo. Veía el reino entero y a cada uno de los que allí se encontraban.

Vio Invernalia tal como lo veían las águilas: los esbeltos torreones parecían chatos y rechonchos desde arriba; los muros del castillo no eran más que líneas en la tierra. Vio al maestre Luwin en su balconada; estudiaba el cielo a través de un tubo brillante de bronce y tomaba notas en un libro, con el ceño fruncido. Vio a su hermano Robb, más alto y fuerte de como lo recordaba; practicaba esgrima en el patio y la espada que tenía en la mano era de acero. Vio a Hodor, el gigante bobaclón de los establos, que llevaba a la fragua de Mikken un yunque cargado al hombro igual que otro cualquiera podría cargar una bala de heno. En el corazón del bosque de dioses, el gran arciano blanco se inclinó sobre su reflejo en el estanque negro; las hojas crujían con el viento gélido. Cuando percibió la mirada

de Bran, alzó los ojos de las aguas tranquilas y se la devolvió con deliberación.

Miró hacia el este, y vio una galera que surcaba las aguas del Mordisco. Vio a su madre, sentada a solas en un camarote, que contemplaba el cuchillo ensangrentado que reposaba en la mesa ante ella mientras los remeros hacían avanzar la nave y ser Rodrik, tembloroso y jadeante, se inclinaba sobre la borda. Ante ellos se fraguaba una tormenta; los truenos retumbaban y los rayos rasgaban el cielo, pero por alguna extraña razón no se daban cuenta.

Miró hacia el sur, y vio la gran extensión verdeazulada del Tridente. Vio a su padre suplicarle algo al rey con el rostro desencajado por la pena. Vio a Sansa llorar hasta quedarse dormida y vio a Arya vigilar en silencio, mientras ocultaba secretos en lo más profundo de su corazón. Los tres estaban rodeados de sombras. Una sombra era oscura como la ceniza, con el rostro espantoso de un perro. Otra tenía una armadura muy hermosa, dorada y brillante como el sol. Sobre ambas se cernía un gigante con una armadura de piedra, pero cuando se levantó el visor del yelmo, dentro no había más que oscuridad y sangre espesa, negra.

Alzó la vista y miró hacia la otra orilla del mar Angosto, hacia las Ciudades Libres y el verde mar dothraki y aún más allá, hacia Vaes Dothrak, bajo su montaña, hacia las tierras fabulosas del mar de Jade, hacia Asshai de la Sombra, donde los dragones se agitaban a la luz del amanecer.

Por último miró hacia el norte. Vio el Muro, que brillaba como cristal azul, y a su hermano bastardo Jon, que dormía solo en una cama fría, con la piel cada vez más pálida y encallecida a medida que el recuerdo del calor se disipaba. Y miró más allá del Muro, más allá de los bosques interminables cubiertos de nieve, más allá de las orillas heladas y los grandes ríos de hielo, azules de puro blancos, más allá de las llanuras en las que nada podía crecer ni vivir. Miró hacia el norte, y más al norte, y más al norte, hacia el telón de luz que había al final del mundo, y más allá del telón. Miró hacia lo más profundo del corazón del invierno, y en aquel momento dejó escapar un grito de terror, y el calor de las lágrimas le abrasó las mejillas.

—Bien, ya lo sabes —le susurró el cuervo posado en su hombro—. Ya sabes por qué tienes que vivir.

—¿Por qué? —preguntó Bran sin comprender, mientras caía sin cesar.

—Porque se acerca el invierno.

Bran miró al cuervo, y el cuervo lo miró. Tenía tres ojos. El tercer ojo estaba lleno de una sabiduría espantosa. Bran miró abajo. Ya no había nada más que nieve, y frío, y muerte, un páramo helado en el que se alzaban blancos carámbanos dentados, como brazos a la espera de acogerlo. Ascendieron hacia él como lanzas. Vio los huesos de otros mil soñadores empalados en ellos. Estaba aterrizado.

—Un hombre puede ser valiente cuando tiene miedo? —Oyó que

preguntaba su voz, tenue y lejana.

—Es el único momento en que puede ser valiente, Bran —le respondió la voz de su padre.

—Ahora, Bran —lo apremió el cuervo—. Elige: vuela o muere.

La muerte trató de asirlo mientras gritaba.

Bran abrió los brazos y voló.

Unas alas invisibles atraparon el viento, se hincharon y lo elevaron. Las espantosas agujas de hielo se alejaron, a sus pies, y el cielo se abrió ante él. Bran remontó el vuelo. Aquello era mejor que trepar. Era mejor que nada. El mundo se empequeñeció abajo.

—¡Vuelo! —gritó, emocionado.

—Ya me he dado cuenta —dijo el cuervo de tres ojos. Echó a volar y aleteó ante su rostro, demorándolo, cegándolo. Cuando las plumas le golpearon las mejillas, Bran se tambaleó. El cuervo le asestó un picotazo terrible en la frente, entre los ojos, que lo cegó de dolor.

—¿Qué haces? —gritó.

El cuervo abrió el pico y graznó; fue un chillido agudo de miedo, y los jirones de niebla gris que se arremolinaban a su alrededor se desgarraron como un velo, y vio que el cuervo no era tal, sino una mujer, una criada de larga cabellera negra a la que había visto antes. ¿Dónde? En Invernalia, claro, la recordaba bien; y entonces se dio cuenta de que estaba en Invernalia, en una cama, en una habitación helada en la cima de una torre, y la mujer de pelo negro dejó caer la palangana de agua, que se estrelló contra el suelo, y corrió escaleras abajo gritando: «Está despierto, está despierto, está despierto».

Bran se tocó la frente, entre los ojos. Aún le quemaba la zona que el cuervo le había picoteado, pero no tenía nada, ni sangre ni herida alguna. Se sentía débil y mareado. Trató de salir de la cama, pero no pudo.

En aquel momento percibió que algo se movía junto al lecho, justo antes de caer con agilidad sobre sus piernas. No sintió nada. Un par de ojos amarillos, brillantes como el sol, se clavaron en los suyos. La ventana estaba abierta y en la habitación hacía frío, pero la calidez que emanaba el lobo lo envolvió como un baño caliente. Bran se dio cuenta de que era su cachorro... ¡o no? ¡Le parecía tan grande...! Extendió un brazo para acariciarla; la mano le temblaba como una hoja.

Cuando su hermano Robb irrumpió en la habitación, jadeante tras subir a toda velocidad los peldaños de la torre, el lobo huargo lamía el rostro de Bran. El niño alzó la vista, con calma.

—Se llama Verano —dijo.

—Llegaremos a Desembarco del Rey en menos de una hora.

—Tus remeros nos han prestado un gran servicio, capitán —dijo Catelyn mientras se apartaba de la borda forzando una sonrisa—. Cada uno de ellos recibirá un venado de plata como muestra de mi gratitud.

—Sois demasiado generosa, lady Stark —El capitán Moreo Tumitis hizo una breve reverencia—. La única recompensa para ellos es el honor de transportar a una dama de vuestra alcurnia.

—Pero seguro que aceptarán la plata.

—Como deseéis —dijo Moreo con una sonrisa.

Hablabía a la perfección la lengua común, con apenas un deje tyroshi. Le contó que llevaba treinta años surcando el mar Angosto, al principio como remero, luego como oficial, y al final como capitán de galeras mercantes propias. La *Danzarina de las Tormentas*, una galera de dos mástiles y sesenta remos, era su cuarta nave y la más rápida de todas.

Era sin duda la nave más rápida disponible en Puerto Blanco cuando Catelyn y ser Rodrik Cassel llegaron tras su agotadora cabalgada río abajo. Los tyroshis tenían fama de avaros, y ser Rodrik habría preferido alquilar una chalupa pesquera en Tres Hermanas, pero Catelyn insistió en hacerse con la galera. Fue una suerte. Habían tenido el viento en contra la mayor parte del viaje, y sin los remos de la galera, en aquellos momentos todavía estarían pasando por los Dedos, en vez de volar hacia Desembarco del Rey y el final del viaje.

«Falta muy poco», pensó Catelyn. Los dedos heridos por el puñal aún le dolían bajo las vendas de lino. Sentía como si el dolor la espolease, le impidiera olvidar. No podía doblar el dedo anular ni el meñique de la mano izquierda, y jamás recuperaría plenamente el movimiento de los otros tres. Pero era un bajo precio por la vida de Bran.

Ser Rodrik apareció en cubierta en aquel momento.

—Mi buen amigo —saludó Moreo a través de su barba verde. A los tyroshis les gustaban los colores vivos hasta en el pelo facial—. Me alegra constatar que tienes mejor aspecto.

—Sí —asintió ser Rodrik—. Hace casi dos días que no deseo morir. —Hizo una reverencia ante Catelyn—. Mi señora...

Era verdad que tenía mejor aspecto. Estaba un poco más delgado que cuando zarparon de Puerto Blanco, pero casi volvía a ser él mismo. Los fuertes vientos del Mordisco y las inclemencias del mar Angosto no le habían sentado bien, y a punto estuvo de caer por la borda cuando una tormenta estalló sobre ellos de manera inesperada en Rocadragón, pero consiguió aferrarse a un cabo hasta que tres hombres de Moreo lograron rescatarlo y ponerlo a salvo bajo cubierta.

—El capitán me decía que falta poco para que lleguemos —dijo Catelyn.

—¿Tan pronto acaba el viaje? —Ser Rodrik esbozó una sonrisa irónica.

Tenía un aspecto extraño sin sus poblados bigotes blancos. Parecía más menudo, menos imponente y diez años mayor. Pero en el Mordisco se había impuesto la lógica, y se sometió a la navaja de afeitar de un marinero, después de que se le ensuciara el mostacho por tercera vez cuando vomitó por encima de la borda.

—Os dejaré solos para que habléis de vuestros asuntos —dijo el capitán Moreo. Hizo una reverencia y se alejó.

La galera surcaba las aguas como una libélula; los remos subían y bajaban a un ritmo impecable. Ser Rodrik se agarró a la baranda y contempló la orilla.

—No he sido un protector muy valiente.

—Estamos aquí, ser Rodrik, y a salvo —dijo Catelyn tomándole el brazo—. Es lo único que importa. —Metió la mano entre los pliegues de la túnica, con los dedos rígidos, buscando algo. Aún tenía el puñal. Necesitaba tocarlo de cuando en cuando para recuperar la seguridad—. Ahora tenemos que encontrar al maestro armero del rey, y rezar para que sea de confianza.

—Ser Aron Santagar es un hombre engrizado, pero honrado. —Ser Rodrik hizo ademán de acariciarse los bigotes, para descubrir una vez más que ya no los tenía. Aquello siempre lo desconcertaba—. Puede que reconozca el puñal, sí... Pero en el momento que pisemos tierra estaremos en peligro, mi señora. En la corte hay muchos que conocen vuestro rostro.

—Meñique —murmuró Catelyn entre dientes.

El rostro acudió rápidamente a su memoria, la cara de un niño, aunque ya no era ningún niño. Su padre había muerto hacía varios años, de manera que ya era lord Baelish, pero lo seguían llamando *Meñique*. Edmure, el hermano de Catelyn, le había puesto aquel apodo hacía mucho tiempo, en Aguasdulces. Las modestas posesiones de su familia se encontraban en el más pequeño de los Dedos, y además, Petyr era flaco y menudo para su edad.

—Lord Baelish era... eh... —Ser Rodrik carraspeó y se perdió en la búsqueda del término más cortés. Pero Catelyn no estaba para cortesías.

—Era el pupilo de mi padre; pasamos la infancia juntos en Aguasdulces. Para mí era como un hermano, pero sus sentimientos eran menos... fraternales. Cuando se anunció mi compromiso con Brandon Stark, Petyr lo desafió por el derecho a mi mano. Fue una locura. Brandon tenía veinte años; Petyr, apenas quince. Tuve que suplicarle a Brandon que le perdonara la vida; lo dejó escapar con tan solo una cicatriz. Después, mi padre lo expulsó. No he vuelto a verlo desde entonces. —Alzó el rostro hacia la brisa, como si el aire fresco pudiera borrar los recuerdos—. Me escribió a Aguasdulces cuando Brandon murió, pero quemé la carta sin leerla; entonces ya sabía que Ned se casaría conmigo en lugar de su hermano.

—Ahora, Meñique es miembro del Consejo Privado del Rey —dijo ser

Rodrik mientras volvía a intentar acariciarse los bigotes inexistentes.

—Sabía que llegaría lejos —asintió Catelyn—. Siempre fue muy listo, incluso de niño, pero una cosa es ser listo y otra ser inteligente. ¿Cómo lo habrán tratado los años?

Muy por encima de ellos, el vigía gritó algo desde la cofa. El capitán Moreo se acercó por la cubierta, repartiendo órdenes a diestro y siniestro, y a su alrededor la *Danzarina de las Tormentas* se vio inmersa en una vorágine de actividad mientras Desembarco del Rey se empezaba a divisar sobre las tres altas colinas.

Catelyn sabía que hacía trescientos años las colinas estaban pobladas de bosques, y tan solo un puñado de pescadores vivía en la orilla norte del Aguasnegras, donde aquel río profundo y rápido desembocaba en el mar. Fue entonces cuando Aegon el Conquistador llegó en barco desde Rocadragón. Allí fue donde su ejército pisó tierra y allí, en la colina más alta, construyó su primera y rudimentaria fortificación de madera y barro.

En aquellos momentos, la ciudad cubría la costa hasta donde alcanzaba la vista de Catelyn. Había mansiones, glorietas, graneros, almacenes de ladrillo, posadas de madera, tenderetes callejeros, tabernas, cementerios y burdeles; cada edificación apoyada en las contiguas. Hasta sus oídos, pese a la distancia, llegaba el griterío del mercado de pescado. Entre los edificios había calles anchas bordeadas de árboles, callejuelas serpenteadas y callejones tan estrechos que dos hombres no los podían recorrer hombro con hombro. En la cima de la colina de Visenya se alzaba el Gran Septo de Baelor, con sus siete torres de cristal. Al otro lado de la ciudad, en la colina de Rhaenys, se divisaban los muros ennegrecidos del Pozo Dragón, cuya enorme cúpula estaba derrumbada y no era ya más que una ruina, tras las puertas de bronce que llevaban más de un siglo cerradas. La calle de las Hermanas iba de un edificio al otro, recta como una flecha. A lo lejos se alzaban los muros de la ciudad, altos y fuertes.

A lo largo de la dársena se alineaba un centenar de muelles, y el puerto estaba lleno de barcos. Continuamente iban y venían botes pesqueros de altura y fluviales; los barqueros realizaban una y otra vez el trayecto entre las dos orillas del Aguasnegras, y las galeras mercantes descargaban productos de Braavos, Pentos y Lys. Catelyn divisó la engalanada barcaza de la reina, amarrada junto a un ballenero panzón del Puerto de Ibben con el casco ennegrecido por la brea, mientras, río arriba, una docena de navíos de guerra dorados y esbeltos reposaban sobre sus cascos, con las velas recogidas y los crueles espolones de acero lamidos por el agua.

Y dominándolo todo, observándolo todo de forma amenazadora desde la Colina Alta de Aegon, estaba la Fortaleza Roja: siete torres enormes, achatadas y coronadas por parapetos de hierro; una inmensa barbacana de aspecto macabro; salas abovedadas, puentes cubiertos, barracones, mazmorras y graneros; gruesos

muros horadados de aspilleras para los arqueros... todo en piedra de un color rojo claro. Había empezado a construirla Aegon el Conquistador y había terminado su hijo, Maegor el Cruel, quien después ordenó cortar la cabeza a todos los artesanos, albañiles y carpinteros que habían trabajado en ella. Juró que solo los que llevaran la sangre del dragón conocerían los secretos de la fortaleza que los Señores Dragón habían construido.

Pero los pendones que ondeaban entonces en las almenas eran dorados, no negros, y allí donde el dragón de tres cabezas había vomitado fuego se erguía el venado coronado de la casa Baratheon.

Una nave cisne de mástiles altos de las islas del Verano salía del puerto en aquel instante, con las velas blancas hinchadas por el viento. La *Danzarina de las Tormentas* pasó junto a ella en dirección a la orilla.

—Mi señora —empezó ser Rodrik—, mientras estaba en cama me he dedicado a pensar cuál sería la mejor manera de actuar. No debéis arriesgaros a entrar en el castillo. Iré yo, y le pediré a ser Aron que se reúna con vos en un lugar seguro.

Catelyn miró al anciano caballero mientras la galera se acercaba al muelle. Moreo gritaba órdenes en el valyrio vulgar de las Ciudades Libres.

—Corréis tanto peligro como yo.

—No soy de la misma opinión —dijo ser Rodrik con una sonrisa—. He visto mi reflejo en el agua y me ha costado reconocerme. Mi madre fue la última persona que me vio sin bigotes, y murió hace ya cuarenta años. Creo que estaré a salvo, mi señora.

Moreo rugió una orden. Los sesenta remos se alzaron del río como si fueran uno solo, iniciaron un movimiento inverso y volvieron al agua. La galera perdió velocidad. Otra orden. Los remos se introdujeron en el casco. En cuanto llegaron al muelle, varios marineros tyroshis saltaron a tierra para amarrar el barco. Moreo se acercó a Catelyn y a ser Rodrik, todo sonrisas.

—Ya estamos en Desembarco del Rey, mi señora, como ordenasteis. Y jamás barco alguno ha realizado el trayecto más deprisa, ni de manera más segura. ¿Necesitáis ayuda para llevar vuestras pertenencias al castillo?

—No vamos a alojarnos en el castillo. ¿Conoces alguna posada limpia y cómoda que no esté muy lejos del río?

—Sí, claro. —El tyroshi se acarició la barba verde—. Conozco varios locales adecuados para vuestras necesidades. Pero previamente, disculpad mi atrevimiento, está el asunto de la segunda mitad del pago, tal como acordamos. Y también la plata que, en vuestra generosidad, prometisteis como recompensa. Me parece que eran sesenta venados.

—Para los remeros —le recordó Catelyn.

—Claro, claro —asintió Moreo—. Aunque más valdrá que les guarde el dinero hasta que volvamos a Tyrosh. Por el bien de sus esposas e hijos. Si les dais

la plata aquí se la jugarán a los dados o la dilapidarán toda en una noche de placer, mi señora.

—Hay cosas peores en las que gastar el dinero —intervino ser Rodrik—. Se acerca el invierno.

—Cada cuál debe tomar sus propias decisiones —dijo Catelyn—. Se han ganado la plata. No es asunto mío cómo la gasten.

—Como queráis, mi señora —asintió Moreo con una sonrisa y una reverencia.

Para asegurarse, Catelyn quiso pagar a los remeros en persona, un venado para cada uno y un cobre extra para los dos que transportaron sus baúles hasta la posada que les había recomendado Moreo, a medio camino de la cima de la colina de Visenya. Era un local destalado del callejón de la Anguila. La propietaria era una vieja amargada, con un ojo estrábico que los miraba con desconfianza, y mordió la moneda que le dio Catelyn para asegurarse de que no era falsa. Pero las habitaciones eran amplias y luminosas, y Moreo les había jurado que los guisos de pescado eran los más sabrosos de los Siete Reinos. Y, lo mejor de todo, la mujer no mostró el menor interés por averiguar sus nombres.

—Es aconsejable que no os acerquéis a la sala común —dijo ser Rodrik cuando se hubieron instalado—. Ni en un lugar como este sabe uno quién lo puede estar vigilando. —Tenía puesta la cota de malla, y llevaba el puñal y la espada larga bajo una capa oscura con capucha, que se echó sobre la cabeza—. Volveré con ser Aron antes de que anochezca —prometió—. Deberíais descansar entretanto, mi señora.

Catelyn estaba cansada, sí. El viaje había sido largo y fatigoso, y ya no era joven. Las ventanas daban al callejón y a un paisaje de tejados, y a lo lejos se divisaba el Aguasnegras. Observó como ser Rodrik se alejaba por las calles concursadas hasta que lo perdió de vista entre la multitud, y decidió seguir su consejo. El colchón estaba lleno de paja, no de plumas, pero no le costó lo más mínimo dormirse.

La despertaron unos golpes en la puerta.

Catelyn se incorporó bruscamente. A través de la ventana se veían los tejados de Desembarco del Rey, teñidos de rojo por la luz del sol poniente. Había dormido más tiempo del que pretendía. Un puño volvió a golpear la puerta.

—¡Abrid en nombre del rey! —exigió una voz.

—Un momento —respondió. Se puso la capa. El puñal estaba sobre la mesilla de noche. Lo cogió antes de abrir la pesada puerta de madera.

Los hombres que irrumpieron en la habitación vestían la cota de malla negra y la capa dorada de la Guardia de la Ciudad. Al ver el puñal en la mano de la mujer, su jefe sonrió.

—No lo vais a necesitar, señora. Venimos para escoltaros hasta el castillo.

—¿Con qué autoridad? —El hombre le mostró una cinta. Catelyn se atragantó.

El sello era un sinsonte de lacre gris—. Petyr —dijo. Tan pronto. A ser Rodrik le había pasado algo. Miró al jefe de los guardias—. ¿Sabéis quién soy?

—No, mi señora —dijo—. Mi señor Meñique nos ha ordenado solo llevaros al castillo, y ha insistido en que se os dé un buen trato.

—Podéis esperar fuera mientras me visto —dijo Catelyn después de asentir.

Se lavó las manos en la jofaina y se puso vendas limpias. Tenía los dedos hinchados y torpes, y le costó trabajo anudarse el corsé y echarse una capa parda por los hombros. ¿Cómo había sabido Meñique que estaba allí? Ser Rodrik no se lo habría dicho jamás. Era anciano, sí, pero también testarudo y leal hasta la muerte. ¿Habrían llegado tarde? Tal vez los Lannister estaban ya en Desembarco del Rey. No, si fuera así habría sido Ned el que llamara a su puerta. Entonces, ¿cómo...?

En aquel momento se le ocurrió. Moreo. El maldito tyroshi sabía quiénes eran y dónde estaban. Catelyn esperaba que, por lo menos, hubiera cobrado un alto precio por la información.

Los guardias habían llevado un caballo para ella. Cuando se pusieron en marcha ya se estaban encendiendo las lámparas en las calles, y Catelyn sintió los ojos de la ciudad clavados en ella, en la mujer que cabalgaba rodeada por guardias de capa dorada. Cuando llegaron a la Fortaleza Roja, el rastrillo estaba bajado, y las enormes puertas, cerradas, pero en todas las ventanas se veían luces y movimiento. Los guardias descabalgaron, dejaron las monturas en el exterior y la guiaron primero a través de una portezuela estrecha y luego por peldaños incontables hasta una torre.

Él estaba a solas en la habitación, sentado ante una mesa de madera muy pesada, escribiendo a la luz de una lámpara de aceite. Cuando la hicieron pasar, dejó la pluma y la miró.

—Cat —dijo en voz baja.

—¿Por qué se me ha traído aquí de esta manera?

—Marchaos —indicó a los guardias con un gesto brusco. Los hombres se fueron—. Espero que te hayan tratado correctamente —siguió—. He dado órdenes muy precisas. —Se fijó en las vendas—. Tienes las manos...

—No estoy acostumbrada a que se me haga acudir como a una criada —dijo Catelyn con voz gélida, haciendo caso omiso de la pregunta implícita—. De niño eras más cortés.

—Te he hecho enfadar, mi señora. No era mi intención.

Parecía contrito. Su rostro le evocó a Catelyn recuerdos vívidos. Había sido un chiquillo muy travieso, pero tras cada trastada siempre parecía contrito. Se le daba muy bien. En aquel aspecto no había cambiado. Petyr, de niño, era menudo, y se había transformado en un hombre menudo, tres dedos más bajo que ella, esbelto y rápido, con los mismos rasgos afilados que ella recordaba, con los mismos ojos color gris verdoso que parecían reír. Lucía una barbita

puntiaguda y entre el pelo negro se asomaban algunas hebras plateadas, aunque aún tenía cerca los treinta años. Combinaban de maravilla con el sinsonte de plata que, en forma de broche, le servía para cerrarse la capa. Ya de niño le gustaba mucho la plata.

—¿Cómo has sabido que estaba en la ciudad? —le preguntó.

—Lord Varys lo sabe todo —dijo Petyr con una sonrisa traviesa—. Enseguida se reunirá con nosotros, pero antes quería verte a solas. Ha pasado demasiado tiempo, Cat. ¿Cuántos años?

—Así que quien me ha encontrado es la Araña del rey. —Catelyn hizo caso omiso de su familiaridad. Tenía preguntas más importantes que plantearle.

—Será mejor que no lo llames así —dijo Meñique con un gesto como de dolor—. Es muy sensible. Supongo que por ser eunuco. En la ciudad no sucede nada sin que Varys se entere. A menudo se entera antes de que suceda. Tiene informadores por todas partes. Los llama «mis pajaritos». Pues uno de sus pajaritos se enteró de tu visita. Por suerte, Varys vino a hablar conmigo antes que con nadie.

—¿Por qué contigo?

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. Soy el consejero de la moneda, consejero del rey. Selmy y lord Renly han partido hacia el norte para recibir a Robert, y lord Stannis se encuentra en Rocadragón, así que solo quedamos el maestre Pyccelle y yo. Y yo era la elección obvia, claro. Varys sabe que siempre fui amigo de tu hermana Lysa...

—¿Sabe Varys...?

—Lord Varys lo sabe todo... excepto qué haces aquí. —Arqueó una ceja—. ¿Qué haces aquí?

—Una esposa tiene derecho a añorar a su marido, y si una madre necesita tener cerca a sus hijas, ¿quién se lo puede negar?

—Muy bien, mi señora —dijo Meñique entre risas—, muy bien. Pero no pensarás que me lo voy a creer, ¿verdad? Te conozco demasiado bien. Recuérdame, ¿cuál era el lema de los Tully?

—Familia, Deber, Honor —recitó Catelyn, tensa. Tenía la garganta reseca. Petyr la conocía demasiado bien.

—Familia, Deber, Honor —repitió él—. Tres cosas que te obligaban a permanecer en Invernalia, donde te dejó la mano. No, mi señora, ha pasado algo. Lo repentino de tu viaje delata su urgencia. Te suplico que me dejes ayudarte. Los viejos amigos deberían confiar unos en otros... —Alguien llamó a la puerta con suavidad—. Adelante —dijo Meñique.

El hombre que entró era regordete, iba perfumado y empolvado, y estaba calvo como un huevo. Vestía un chaleco de hilo de oro sobre una túnica muy suelta de seda morada, y calzaba unas chinelas puntiagudas de terciopelo. Tomó la mano de Catelyn entre las suyas.

—Es un verdadero placer volver a veros después de tantos años, lady Stark —Tenía la carne blanda y húmeda, y el aliento le olía a lilas—. Oh, ¿qué os ha pasado en las manos? ¿Una quemadura, mi dulce señora? Los dedos son tan delicados... Nuestro querido maestre Pyelle prepara un ungüento maravilloso. ¿Queréis que envíe a alguien en busca de un tarro?

—Gracias, mi señor —contestó Catelyn retirando las manos—, pero el maestre Luwin se ocupa ya de mis heridas.

—Lo de vuestro hijo ha sido muy triste para todos —dijo Varys meneando la cabeza—. Con lo joven que es... Los dioses son crueles.

—En eso estamos de acuerdo, lord Varys —dijo ella. Le otorgaba el título por simple cortesía, ya que el único dominio de Varys era la telaraña, y su única posesión, los informantes.

—Espero que no solo en eso, mi dulce señora —puntualizó el eunuco abriendo los brazos—. Tengo en gran estima a vuestro esposo, la nueva mano, y sé que ambos amamos al rey Robert.

—Sí —se obligó a decir ella—. Sin duda.

—Nunca hubo rey más querido que Robert —intervino Meñique, sarcástico. Esbozó una sonrisa traviesa—. Al menos según le dice todo el mundo a lord Varys.

—Mi querida señora —dijo Varys con solicitud—, en las Ciudades Libres hay hombres con poderes curativos maravillosos. Solo tenéis que decírmelo y enviaré a buscar a uno para vuestro querido Bran.

—El maestre Luwin ya está haciendo todo lo que es posible por Bran —replicó. No quería hablar de Bran allí, con aquella gente. Confiaba poco en Meñique, y nada en Varys. No iba a permitir que vieran su dolor—. Según me dice lord Baelish, a vos es a quien debo dar las gracias por hacerme venir aquí.

—Sí, sí, me declaro culpable. —Varys rio entre dientes como una niñita—. Espero que me perdonéis, bondadosa señora. —Se acomodó en un sillón y juntó las manos—. ¿Puedo pediros que nos enseñéis el puñal?

Catelyn Stark miró al eunuco asombrada, atónita. Era una araña, pensó, o quizás un brujo, o algo peor. Sabía cosas que nadie podía saber, a menos que...

—¿Qué le habéis hecho a ser Rodrik? —exigió saber.

—Me siento como el caballero que llega a la batalla sin lanza. —Meñique estaba desconcertado—. ¿De qué puñal estamos hablando? ¿Quién es ser Rodrik?

—Ser Rodrik Cassel es el maestro de armas de Invernalia —le informó Varys—. Os aseguro que no se le ha hecho ningún daño a vuestro buen caballero, lady Stark. Llegó a primera hora de esta tarde. Fue a ver a ser Aron Santagar en la armería, y hablaron de cierto puñal. Al anochecer han salido juntos del castillo y han ido a esa espantosa choza donde os alojáis. Todavía están allí, bebiendo, en la sala común, a la espera de vuestro regreso. Ser Rodrik se alarmó mucho al ver que os habíais marchado.

—¿Cómo sabéis todo eso?

—Me lo cuentan los pajaritos —sonrió Varys—. Sé muchas cosas, mi dulce señora. En eso consiste mi servicio al rey. —Se encogió de hombros—. Habéis traído el puñal, ¿verdad?

—Ahí lo tenéis —dijo Catelyn, que había sacado el arma de entre los pliegues de la capa, mientras la arrojaba a la mesa ante él—. Quizá vuestros pajaritos os digan a quién pertenece. —Varys cogió el cuchillo con una delicadeza exagerada, y pasó el pulgar por el filo. La sangre brotó al instante. Dejó escapar un gritito y soltó el puñal en la mesa—. Cuidado —añadió Catelyn—. Está muy afilado.

—No hay nada que conserve el filo mejor que el acero valyrio —dijo Meñique mientras Varys se lamía el pulgar y lanzaba a Catelyn una mirada de reproche. Cogió el puñal, lo sopesó y lo agarró por la empuñadura. Lo lanzó al aire y lo atrapó con la otra mano—. Tiene un equilibrio perfecto. Así que el motivo de tu visita es la búsqueda de su propietario. Para eso no tenías que hablar con ser Aron, mi señora. Debiste acudir a mí.

—Si hubiera acudido a ti, ¿qué me habrías dicho?

—Que solo hay un cuchillo como este en todo Desembarco del Rey. —Cogió la hoja entre el índice y el pulgar, la alzó por encima del hombro y la lanzó con un golpe experto de muñeca. Fue a clavarse en la puerta de roble, donde quedó vibrando—. Es mío.

—¿Tuy o? —Aquellos carecía de lógica. Petyr no había estado en Invernalia.

—Lo fue hasta el torneo del día del nombre del príncipe Joffrey —dijo al mismo tiempo que cruzaba la habitación para arrancar el puñal de la madera—. Aposté por ser Jaime en la justa, igual que la mitad de la corte. —La sonrisa tímida de Petyr hacía que volviera a parecer casi un niño—. Loras Tyrell lo descabalgó, y muchos perdimos una pequeña fortuna. Ser Jaime perdió cien dragones de oro; la reina, un colgante de esmeraldas, y yo, mi puñal. Su alteza recuperó el colgante, pero el ganador de la apuesta se quedó con todo lo demás.

—¿Quién? —exigió saber Catelyn, con la boca seca de miedo. Los dedos le dolían, con el dolor del recuerdo. Lord Varys le escudriñaba el rostro.

—El Gnomo —dijo Meñique—. Tyrion Lannister.

El patio resonaba con la canción de las espadas.

Bajo la lana negra, el cuero curtido y la cota de malla, el sudor corría helado por el pecho de Jon, que forzó más el ataque. Grenn se tambaleó hacia atrás, tratando de defenderse con torpeza. Cuando alzó la espada, Jon aprovechó el hueco para lanzar un ataque con un movimiento de barrido que dio a su contrincante en la pierna y lo dejó cojeando. Al golpe descendente de Grenn respondió con otro ataque por encima del hombro que le abolló el casco. Cuando Grenn intentó un ataque lateral, Jon lo desvió y lo golpeó en el pecho con el antebrazo envuelto en malla. A continuación le asestó un golpe en la muñeca que le arrancó un grito de dolor y le hizo soltar la espada.

—¡Ya basta! —Ser Alliser Thorne tenía una voz más cortante que el acero valyrio.

—El bastardo me ha roto la muñeca —dijo Grenn apretándose la mano.

—El bastardo te ha dejado cojo, te ha abierto esa cabeza hueca que tienes y te ha cortado la mano. O es lo que te habría hecho si estas espadas tuvieran filo. Por suerte para ti, la Guardia necesita también mozos de cuadra, no solo guerreros. —Ser Alliser hizo un gesto en dirección a Jeren y a Sapo—. Poned de pie al Uro; tiene que preparar unas exequias.

Jon se quitó el casco mientras los demás chicos ayudaban a Grenn a levantarse. Le gustó la sensación del aire gélido de la mañana en el rostro. Se apoyó en su espada, respiró profundamente y se permitió disfrutar un momento del sabor de la victoria.

—Eso es una espada, no el bastón de un anciano —le dijo ser Alliser con brusquedad—. ¿Te duelen las piernas, lord Nieve?

—No —respondió Jon. Detestaba que lo llamaran así; era el apodo burlón que ser Alliser le había puesto el primer día de entrenamiento. Los demás chicos se lo habían apropiado y le tocaba aguantarlo constantemente. Envainó la espada larga.

Thorne avanzó hacia él a zancadas. Sus ropas de cuero negro susurraban ligeramente cuando se movía. Era un hombre compacto, de unos cincuenta años, frugal y duro, con hebras blancas en el pelo negro y ojos como esquirlas de ónice.

—Dime la verdad.

—Estoy cansado —reconoció Jon. El brazo le ardía por el peso de la espada, y una vez terminado el combate, empezaba a notar las magulladuras.

—Lo que te pasa es que eres débil.

—He ganado.

—No. El Uro ha perdido.

Uno de los chicos dejó escapar una risita burlona. Jon era demasiado

inteligente para responder. Había derrotado a todos aquellos que ser Alliser le había puesto por delante y no había conseguido nada. El maestro de armas no tenía para él más que palabras mordaces. Estaba seguro de que Thorne lo detestaba. Pero claro, aún detestaba más a los otros.

—Se acabó —les dijo Thorne—. Hay un límite para la ineptitud que puedo soportar en un día. Si alguna vez nos atacan los Otros, ruego a los dioses que tengan arqueros, porque no servís más que para detener las flechas.

Jon siguió a los demás hasta la armería, caminando solo. Allí andaba solo a menudo. El grupo con el que se entrenaba era de casi veinte muchachos, pero no había ni uno al que pudiera considerar su amigo. Casi todos le llevaban dos o tres años, y aun así, ninguno luchaba la mitad de bien que Robb a los catorce. Dareon era rápido, pero tenía miedo de que lo hirieran. Pyp manejaba la espada como si fuera un puñal; Jeren era débil como una niña; Grenn era lento y torpe. Los golpes de Halder eran brutales, pero le dejaban la guardia abierta. Cuanto más tiempo pasaba con ellos, más los despreciaba Jon.

Una vez en el interior, Jon colgó la espada y la vaina de un gancho del muro de piedra, haciendo caso omiso de los que lo rodeaban. Empezó a quitarse metódicamente las prendas de malla, cuero y lana empapadas en sudor. En los braseros de hierro situados a ambos extremos de la estancia alargada ardían pedazos de carbón, y aun así, el muchacho titirataba. Allí, el frío lo acompañaba siempre. En pocos años olvidaría cómo era el calor.

El cansancio le cayó encima de repente mientras se ponía las prendas negras que eran su atuendo cotidiano. Se sentó en un banco mientras trataba de abrocharse la capa. «Hace tanto frío...», pensó recordando los cálidos salones de Invernalia, donde el agua caliente recorría los muros como la sangre el cuerpo de los hombres. Había poco calor en el Castillo Negro. Allí, los muros eran fríos, y las personas más frías aún.

Nadie le había dicho que la Guardia Negra iba a ser así; solo Tyrion Lannister. El enano le había dicho la verdad en el camino hacia el norte, pero entonces ya era tarde. Jon se preguntaba si su padre sabría cómo era el Muro. Seguro que sí, pensó. Aquello aún le dolía más.

Hasta su tío lo había abandonado en aquel lugar gélido en el fin del mundo. Allí arriba, el afable Benjen Stark se había transformado en otra persona. Era el capitán de los exploradores, y pasaba día y noche con el lord comandante Mormont, el maestre Aemon y los demás oficiales de alto rango, mientras Jon quedaba a los cuidados nada tiernos de ser Alliser Thorne.

Tres días después de llegar, Jon había oído comentar que Benjen Stark iba a guiar una partida de seis hombres en una expedición al bosque Encantado. Aquella misma noche fue a buscar a su tío a la gran sala común y le suplicó que lo llevara.

—Esto no es Invernalia —le respondió el hombre, que cortaba la carne con el

puñal y un tenedor—. En el Muro, cada hombre tiene lo que se gana. Aún no eres explorador, Jon. Eres un simple novato que todavía huele a verano.

—Se acerca el decimoquinto día de mi nombre —dijo Jon, cometiendo el error de discutir con él—. Ya soy casi un hombre.

—Eres un niño —replicó Benjen Stark con el ceño fruncido—, y lo serás hasta que ser Alliser diga que estás preparado para ser un hombre de la Guardia de la Noche. ¿Creías que porque llevas sangre Stark tendrías un trato especial? Estás muy equivocado. Cuando prestamos el juramento nos olvidamos de nuestra antigua familia. Siempre habrá un lugar en mi corazón para tu padre, pero mis hermanos son estos.

Hizo un gesto con el puñal en dirección a los hombres que los rodeaban, todos de negro, todos fríos y duros.

Al día siguiente, Jon se levantó al amanecer para ver partir a su tío. Uno de los exploradores, un hombretón muy feo, entonaba una canción indecente mientras ensillaba el caballo, y el aliento se le elevaba como una columna de vapor en el aire gélido de la mañana. Ben Stark sonrió al ver aquello. En cambio no sonrió a su sobrino.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no, Jon? Hablaremos cuando regrese.

Mientras veía a su tío guiar al caballo hacia el túnel, Jon recordó lo que Tyrion Lannister le había contado en el camino Real, e imaginó a Ben Stark tendido muerto, en un charco de sangre roja sobre la nieve. Solo con pensarla se sintió fatal. ¿En qué se estaba convirtiendo? Buscó a Fantasma en la soledad de su celda, y enterró la cara en el espeso pelaje blanco.

Si había de estar solo, convertiría la soledad en su armadura. En el Castillo Negro no había bosque de dioses; solo un pequeño septo y un septón borracho, pero Jon no sentía nada que lo motivara a rezar a ningún dios, nuevo ni viejo. Pensó que los dioses, si existían, eran tan crueles e implacables como el invierno.

Echaba de menos a sus verdaderos hermanos: al pequeño Rickon, con los ojos brillantes al pedirle una golosina; a Robb, su rival y su mejor amigo, su eterno compañero; a Bran, testarudo y curioso, que siempre quería seguirlos y participar en cualquier cosa que hicieran Robb y Jon. También echaba de menos a las chicas, incluso a Sansa, que jamás lo había llamado de otra manera que no fuera «mi medio hermano» desde que tuvo edad y uso de razón para comprender el significado de la palabra «bastardo». Y Arya... A ella la extrañaba aún más que a Robb. Añoraba a aquella chiquilla flaca, siempre con las rodillas llenas de arañazos, el pelo revuelto y desgarrrones en la ropa, tan valiente y voluntariosa... Arya nunca había parecido encajar del todo en Invernalia, igual que él, pero siempre conseguía arrancarle una sonrisa. Jon hubiera dado cualquier cosa por estar junto a ella en aquel momento, revolverle el pelo una vez más, ver cómo hacía muecas, terminar una frase al unísono...

—Me has roto la muñeca, bastardo.

Jon alzó los ojos al oír la voz hosca. Grenn estaba de pie ante él, cuello grueso, rostro enrojecido, acompañado por tres de sus amigos. Conocía a Todder, un chico bajito y feo con voz muy desagradable. Todos los reclutas lo llamaban *Sapo*. Los otros dos eran los que habían llegado al norte con Yoren; Jon los recordaba, eran los violadores detenidos en los Dedos. Lo que no recordaba era cómo se llamaban. Si podía evitarlo, nunca hablaba con ellos. Eran unos salvajes y unos matones, sin un ápice de honor.

—Si me lo pides por favor —dijo mientras se levantaba—, te rompo la otra.

Grenn tenía dieciséis años y le sacaba una cabeza a Jon. Los cuatro eran más corpulentos que él, pero no le daban miedo. A todos los había derrotado en el patio.

—A lo mejor te rompemos nosotros a ti —dijo uno de los violadores.

—Inténtalo. —Jon fue a coger su espada, pero uno de ellos le agarró el brazo y se lo retorció a la espalda.

—Siempre nos dejás mal —se quejó Sapo.

—Ya estabais mal antes de que os conociera —se burló Jon. El chico que le tenía cogido el brazo tiró de él hacia arriba, con fuerza. El dolor lo recorrió como un latigazo, pero Jon no gritó.

—Menuda boca tiene el señorito —dijo Sapo acercándose un poco más. Tenía ojillos porcinos, pequeños y brillantes—. ¿La boquita la sacaste de tu mamá, bastardo? ¿De qué trabajaba? ¿De ramera? ¿Cómo se llamaba? A lo mejor me la he tirado alguna vez.

Jon se retorció como una anguila y clavó el talón en el empeine del muchacho que lo tenía sujeto. Se oyó un grito de dolor, y quedó libre. Se lanzó contra Sapo, lo derribó de espaldas contra un banco y cayó sobre su pecho, con las dos manos en su cuello, y le golpeó la cabeza contra el suelo de tierra.

Los dos chicos de los Dedos se lo quitaron de encima y lo tiraron al suelo sin contemplaciones. Grenn empezó a darle patadas. Jon intentaba esquivar los golpes cuando, en la penumbra de la armería, retumbó una voz.

—¡Basta! ¡Parad ahora mismo!

Jon consiguió ponerse en pie. Donal Noye los miraba con el ceño fruncido.

—Las peleas, en el patio. Si metéis vuestras rencillas en mi armería, serán mis rencillas, y eso no os va a gustar.

Sapo se sentó en el suelo y se palpó la nuca con cuidado. Cuando apartó los dedos, los tenía ensangrentados.

—Ha intentado matarme —se quejó.

—Es verdad, yo lo he visto —asintió uno de los violadores.

—Me ha roto la muñeca —insistió Grenn, y se la mostró a Noye.

—Una magulladura. —El armero apenas la había examinado un instante—. Un esguince como mucho. Dile al maestre Aemon que te prepare un ungüento. Ve con él, Todder, es mejor que te eche un vistazo a eso de la cabeza. Los demás,

a vuestras celdas. Tú no, Nieve. Quiero hablar contigo.

Jon se dejó caer sentado en el banco largo de madera mientras los otros se alejaban. No hizo caso de sus miradas, de las promesas silenciosas de venganza. Le dolía el brazo.

—La Guardia necesita hasta al último de los hombres —empezó Donal Noye en cuanto estuvieron a solas—. Incluso a hombres como Sapo. No es ningún honor matarlo.

—Ha dicho que mi madre era una... —Jon había enrojecido de ira.

—Una ramera. Lo he oído. ¿Y qué?

—Lord Eddard Stark no es hombre que se acueste con rameras —dijo Jon con tono gélido—. Su honor...

—No le impidió engendrar a un bastardo. ¿Verdad?

—¿Puedo marcharme? —Jon apenas lograba contener la ira.

—Te marcharás cuando yo diga.

El muchacho frunció el ceño y clavó la vista en el humo que se elevaba del brasero, hasta que Noye lo cogió por debajo de la barbilla. Los dedos gruesos le obligaron a girar la cabeza.

—Y mírame cuando te hable, chico.

Jon lo miró. El pecho del armero era como un barril de cerveza, y la tripa hacía juego. Tenía la nariz ancha y plana, y siempre parecía mal afeitado. Llevaba la manga izquierda de la túnica de lana negra prendida al hombro con un broche de plata en forma de espada.

—Las palabras no convierten a tu madre en una ramera. Es lo que es, y nada de lo que diga Sapo lo puede cambiar. Y por cierto, las madres de algunos de nuestros hombres sí eran rameras.

« La mía, no », pensó Jon, obstinado. No sabía nada de su madre; Eddard Stark se negaba a hablar del asunto. Pero soñaba con ella con frecuencia, tan a menudo, que casi podía ver su rostro. En los sueños era hermosa y de alta cuna, y sus ojos rebosaban bondad.

—¿Te parece que lo has tenido difícil porque eres el hijo bastardo de un noble? —prosiguió el armero—. Pues Jeren es el retoño de un septón, y Cotter Pyke es el hijo bastardo de una criada de taberna. Ahora está al mando de Guardiaoriente del Mar.

—No me importa —replicó Jon—. No me importan ellos, ni tú, ni Thorne, ni Benjen Stark, ni nadie. Detesto este lugar..., es muy frío.

—Sí. Frío, duro y cruel. Así es el Muro, y así son los hombres que lo patrullan. Nada que ver con los cuentos que te contaba tu niñera. Nosotros nos meamos en los cuentos, y también en la niñera. Las cosas son como son, y estarás aquí el resto de tu vida, igual que nosotros.

—Vida —repitió Jon con amargura. El armero podía hablar de la vida, porque había vivido. No vistió el negro hasta después de perder un brazo en el asedio de

Bastión de Tormentas. Antes había sido herrero de Stannis Baratheon, el hermano del rey. Había recorrido los Siete Reinos de punta a punta. Había disfrutado de los banquetes y de las mujeres; había combatido en cien batallas. Se decía que Donal Noye había forjado el martillo de guerra del rey Robert, el que acabó con Rhaegar Targaryen en el Tridente. Había hecho todo lo que Jon jamás podría hacer y, de mayor, más cerca ya de los cuarenta que de los treinta, había recibido un hachazo, y la herida se infectó hasta tal punto que hubo que amputarle el brazo. Solo entonces, tullido, cuando poco le quedaba ya de vida, Donal Noye llegó al Muro.

—Sí, vida —asintió Noye—. Que sea corta o larga depende de ti, Nieve. Por el camino que vas, tus hermanos te cortarán la garganta cualquier noche de estas.

—No son mis hermanos —saltó Jon—. Me detestan porque soy mejor que ellos.

—No. Te detestan porque te comportas como si fueras mejor que ellos. Te miran y ven a un bastardo criado en un castillo que se comporta como un señor.

—El armero se inclinó hacia él—. No eres ningún señor. Recuérdalo siempre. Tu apellido es Nieve, no Stark. Eres un bastardo y un matón.

—¿Yo? ¿Matón, y o? —Jon estuvo a punto de atragantarse con la palabra. La acusación era tan injusta que lo había dejado sin aliento—. Han sido ellos los que me han atacado. Los cuatro.

—Cuatro muchachos a los que habías humillado en el patio. Cuatro muchachos que seguramente te tienen miedo. Te he visto pelear. Contigo no es un entrenamiento. Si tu espada tuviera filo, estarían muertos. Eso lo sabes bien, y ellos también lo saben. Los dejas en nada. Los avergüenzas. ¿Te sientes orgulloso de eso?

Jon titubeó. Se sentía orgulloso cuando ganaba. ¿Por qué no? Pero el armero le estaba quitando también aquello, hacía que pareciera algo malo.

—Todos son mayores que yo —dijo a la defensiva.

—Mayores, más altos y más fuertes, cierto. Pero me apuesto lo que sea a que tu maestro de armas te enseñó a pelear con hombres más corpulentos en Invernalia. ¿Era algún anciano caballero?

—Ser Rodrik Cassel —asintió Jon con cautela. Percibía que allí había alguna trampa; notaba como se cerraba en torno a él.

—Piénsalo bien, chico. —Donal Noye se inclinó hacia delante, hasta que su rostro casi rozó el de Jon—. Antes de conocer a ser Alliser, ninguno de los otros había tenido un maestro de armas. Sus padres eran granjeros, carreteros, cazadores furtivos, herreros, mineros, remeros en galeras mercantes... Lo poco que saben de lucha lo aprendieron en los malecones, en los callejones de Antigua y de Lannisport, en burdeles de las afueras y tabernas a lo largo del camino Real. Quizá esgrimieran palos alguna vez antes de llegar aquí, pero te puedo asegurar que, en veinte años, no he visto ni a uno que tuviera suficiente dinero para

comprar una espada de verdad. —Parecía sombrío, torvo—. Bueno, ¿qué tal te saben ahora las victorias, lord Nieve?

—¡No me llames así! —le espetó Jon. Pero su ira carecía ya de fuerza. De pronto se sentía avergonzado y culpable—. No sabía... no pensé...

—Pues más vale que empieces a pensar —le advirtió Noye—. O eso, o tendrás que dormir con un puñal bajo la almohada. Ya te puedes ir.

Cuando Jon salió de la armería era ya casi mediodía. El sol había conseguido asomar entre las nubes. Le dio la espalda y alzó la vista hacia el Muro, que resplandecía azul y cristalino bajo aquella luz. Pese a las semanas transcurridas seguía sintiendo escalofríos con solo mirarlo. El polvo arrastrado por el viento a lo largo de los siglos lo había erosionado, lo cubría como una película y le otorgaba un color grisáceo, como de día nublado... pero cuando le daba el sol en un día despejado, brillaba, cobraba vida con la luz, era un acantilado colossal blanco azulado que se alzaba inabarcable hacia el cielo.

Benjen Stark le había dicho a Jon en el camino Real, la primera vez que divisaron el Muro a lo lejos, que era la edificación más grande jamás construida por el hombre.

—Y también la más inútil —añadió Tyrion Lannister con una sonrisa.

Pero hasta el Gnomo se fue quedando sin palabras a medida que se acercaban. Se divisaba desde varias leguas de distancia; era una línea azul claro, inmensa y continua, que cruzaba el horizonte norte, de este a oeste, y se perdía de vista en la distancia. «Aquí termina el mundo», parecía proclamar.

Cuando por fin divisaron el Castillo Negro, los torreones de madera y las torres de piedra parecían simples juguetes esparcidos sobre la nieve al pie de la vasta muralla de hielo. La antigua fortaleza de los hermanos negros no era ninguna Invernalia. De hecho, no era un verdadero castillo. Como carecía de muros era imposible defenderlo de ataques procedentes del sur, del este o del oeste; pero en realidad, lo único que importaba a la Guardia de la Noche era el norte, y al norte se alzaba el Muro. Tenía una altura de más de trescientas varas, tres veces más que la torre más alta de la fortaleza que protegía. Su tío le contó que la parte superior era tan ancha que una docena de caballeros con armaduras podían cabalgar por ella hombro con hombro. Allí montaban guardia las sobrias líneas de catapultas enormes y las monstruosas grúas de madera, como esqueletos de pájaros inmensos, y entre ellos caminaban hombres de negro a los que la distancia reducía al tamaño de pulgas.

Allí, junto a la entrada de la armería, mirando arriba, Jon volvió a sentir un sobrecogimiento casi tan abrumador como el día en que lo había visto por primera vez desde el camino Real. Así era el Muro. A veces uno casi se olvidaba de que estaba allí, igual que se olvida del cielo o de la tierra que pisa, pero en otras ocasiones parecía como si no hubiera otra cosa en el mundo. Era más viejo que los Siete Reinos, y Jon empezó a sentir vértigo mirándolo desde abajo. Sentía

como si el peso de todo aquel hielo cayera sobre él, como si estuviera a punto de derrumbarse. Y el muchacho tenía la intuición de que, si el muro caía, el mundo caería con él.

—Hace que uno se pregunte qué hay al otro lado —dijo una voz conocida.

—Lannister —dijo Jon bajando la vista—. No me había dado cuenta... Es decir, creía que estaba solo.

—Pillar a la gente desprevenida tiene muchas ventajas. —Tyrion Lannister iba envuelto en pieles tan gruesas que parecía un oso diminuto—. Nunca se sabe qué se va a aprender.

—De mí no aprenderás nada —replicó Jon. Apenas había visto al enano desde que terminara el viaje. Como hermano de la reina, Tyrion Lannister había sido el invitado de honor de la Guardia de la Noche. El lord comandante lo había instalado en habitaciones de la Torre del Rey (así llamada aunque hacía más de un siglo que ningún rey ponía el pie en ella); Lannister comía en la mesa de Mormont, se pasaba los días cabalgando sobre el muro y las noches bebiendo y jugando a los dados con ser Alliser, Bowen Marsh y los otros oficiales de alto rango.

—Yo siempre aprendo algo allí donde voy. —El hombrecillo señaló la cima del Muro con un bastón negro y nudoso—. Como iba diciendo... ¿por qué será que, en cuanto un hombre construye un muro, su vecino quiere saber inmediatamente qué hay al otro lado? —Inclinó la cabeza y miró a Jon con sus curiosos ojos dispares—. Porque quieres saber qué hay al otro lado, ¿verdad?

—Nada especial —dijo Jon. Se moría por acompañar a Benjen Stark en sus expediciones, por adentrarse en los misterios del bosque Encantado; quería combatir a los salvajes de Mance Rayder y proteger el reino del ataque de los Otros, pero era mejor no hablar de las cosas que uno quería—. Los guardias dicen que solo hay bosques, montañas, lagos helados y nieve por todas partes.

—Y también hay endriagos y tiburientes —señaló Tyrion—. No nos olvidemos de ellos, lord Nieve; si no, ¿a qué vendría tanto jaleo?

—No me llames lord Nieve.

—¿Preferirías que te llamaran el Gnomo? —preguntó el enano arqueando una ceja—. Si dejas que se den cuenta de que sus palabras te hacen daño, jamás te libraráis de las burlas. Si te ponen un mote, adóptalo y transfórmalo en tu nombre, y así no podrán usarlo para herirte. —Hizo otro gesto con el bastón—. Ven, acompáñame. Deben de estar sirviendo alguna bazofia en la sala común, y me iría bien tomar algo caliente.

Jon también tenía hambre, así que echó a andar junto a Lannister, acortando el paso para acomodarse al avance torpe del enano. El viento empezaba a soplar, y a su alrededor se oían los crujidos de los edificios de madera. En la distancia, una contraventana olvidada golpeteaba sin cesar, y en un momento resonó un golpe sordo, cuando una espesa capa de nieve se deslizó de un tejado y cayó al

suelo cerca de ellos.

—No he visto a tu lobo —dijo Lannister mientras caminaban.

—Cuando nos entrenamos lo dejo encadenado en los establos viejos. Ahora todos los caballos están en los establos del este, así que no molesta a nadie. El resto del tiempo lo pasa conmigo. Mi celda está en la Torre de Hardin.

—La que tiene el almenaje derrumbado, ¿verdad? Hay un montón de piedras en el patio, y la torre se inclina tanto como nuestro noble rey Robert después de una noche de borrachera. Creía que esos edificios estaban abandonados.

—Aquí, a nadie le importa dónde durmamos —dijo Jon encogiéndose de hombros—. Casi todos los torreones están vacíos; cada uno puede elegir la celda que le dé la gana.

En el pasado, el Castillo Negro había albergado a cinco mil soldados, cada uno con caballos, criados y armas. Entonces, los ocupantes no eran ni la décima parte, y algunas edificaciones se estaban desmoronando.

La carcajada de Tyrion Lannister se elevó con una nube de vapor en el aire frío.

—Le diré a tu padre que arreste a unos cuantos albañiles más, antes de que tu torre se derrumbe.

Jon detectó el sarcasmo, pero la verdad era innegable. La guardia había construido diecinueve grandes fortalezas a lo largo del Muro, pero solo tres de ellas estaban ocupadas por aquel entonces: Guardiaoriente, en la orilla gris barrida por los vientos; la Torre Sombria, junto a las montañas donde terminaba el Muro, y entre ellas, el Castillo Negro, al final del camino Real. Las otras fortalezas llevaban largo tiempo desiertas, y eran lugares solitarios, fantasmales, donde los vientos helados silbaban a través de ventanas negras y los espíritus de los muertos paseaban por los parapetos.

—Para mí es mejor estar solo —dijo Jon, testarudo—. A los demás chicos les da miedo Fantasma.

—No son tontos —dijo Lannister. Cambió de tema de repente—. Oye, se dice que tu tío lleva fuera demasiado tiempo.

Jon recordó lo que había deseado en medio de la rabia, la visión de Benjen Stark muerto en medio de la nieve, y esquivó la mirada de su acompañante con rapidez. El enano percibía demasiadas cosas, y no quería que le viera la culpa en los ojos.

—Dijo que habría vuelto antes del día de mi nombre. —Su día del nombre había llegado y pasado desapercibido hacia ya dos semanas—. Iban en busca de ser Waymar Royce; su padre es vasallo de lord Arryn. El tío Benjen dijo que a lo mejor tenían que llegar hasta la Torre Sombria. Eso está montaña arriba.

—Tengo entendido que últimamente han desaparecido muchos guardias —dijo Lannister mientras subían por las escaleras de la sala común. Sonrió y abrió la puerta—. Puede que los endriagos estén hambrientos este año.

La sala era inmensa, barrida por corrientes de aire frío pese al fuego que chisporroteaba en la enorme chimenea. En las vigas del techo elevado anidaban los cuervos. Jon oyó sus graznidos mientras los cocineros de turno de aquel día le daban un cuenco de guiso y un trozo de pan negro. Grenn, Sapo y otros muchachos estaban sentados en el banco más cercano al fuego, riendo e insultándose con sus voces groseras. Jon los miró pensativo un instante y optó por un lugar en el extremo más alejado de la sala, lejos de los demás.

—Cebada, cebolla, zanahoria —murmuró Tyrion Lannister olfateando el guiso con desconfianza. Se había sentado enfrente de él—. Alguien tendría que explicarles a los cocineros que los nabos no son carne.

—Es estofado de carnero. —Jon se quitó los guantes y se calentó las manos con el vapor que despedía el cuenco. El olor le hizo salivar.

—¿Nieve? —Jon conocía la voz de Alliser Thorne, pero esta vez tenía un matiz extraño que no le había oído nunca. Se volvió—. El lord comandante quiere verte. Ahora mismo.

Durante un instante, el miedo paralizó a Jon. ¿Para qué quería verlo el lord comandante? Seguro que habían recibido noticias de Benjen, seguro que estaba muerto, su visión se había hecho realidad.

—¿Se trata de mi tío? —farfulló—. ¿Ha vuelto? ¿Está bien?

—El lord comandante no está acostumbrado a esperar —fue la respuesta de ser Alliser—. Y yo no estoy acostumbrado a que nadie cuestione mis órdenes, menos aún un bastardo.

—Basta ya, Thorne. —Tyrion Lannister se puso de pie—. Estás asustando al chico.

—No te metas en lo que no te importa, Lannister. Aquí no hay lugar para ti.

—Pero en la corte sí —sonrió el enano—. Solo tengo que decir las palabras adecuadas a las personas oportunas y te morirás de viejo antes de que te permitan entrenar a otro muchacho. Venga, dile a Nieve por qué quiere verlo el Viejo Oso. ¿Hay noticias de su tío?

—No —respondió ser Alliser—. No tiene nada que ver con él. Esta mañana ha llegado un pájaro de Invernalia con un mensaje relativo a su hermano. A su medio hermano —corrigió de inmediato.

—Bran —jadeó Jon. Se puso en pie, pero le temblaban las rodillas—. A Bran le ha pasado algo.

—Lo siento mucho, Jon —dijo Tyrion Lannister poniéndole una mano en el brazo.

Jon casi ni lo oyó. Se sacudió la mano de Tyrion y recorrió la sala a zancadas. Cuando llegó a las puertas, las zancadas eran ya una carrera. Corrió hacia la Torre del Lord Comandante, levantando la nieve a su paso. Los guardias le permitieron entrar, y subió de dos en dos los peldaños de la torre. Ante el comandante se presentó un Jon jadeante, con las botas empapadas y el rostro

desencajado.

—¿Qué dice de Bran el mensaje? —preguntó.

Jeor Mormont, lord comandante de la Guardia de la Noche, era un anciano gruñón de enorme cabeza calva y barba gris hirsuta. Tenía un cuervo posado en el brazo, y le estaba dando granos de maíz.

—Tengo entendido que sabes leer. —Se sacudió el cuervo, que batió las alas, voló hasta la ventana y se posó en el alféizar, donde se quedó para observar como Mormont se sacaba un rollo de papel del cinturón y se lo tendía a Jon.

—Maíz —graznó con voz áspera—. Maíz, maíz.

Jon recorrió con el dedo el perfil del lobo huargo en el lacre blanco del sello roto. Reconoció la letra de Robb, pero las palabras eran borrosas y apenas podía leerlas. Se dio cuenta de que estaba llorando. Y entonces, a través de las lágrimas, comprendió el sentido de las palabras y alzó la cabeza.

—Se ha despertado —dijo—. Los dioses nos lo han devuelto.

—Inválido —dijo Mormont—. Lo siento, muchacho. Lee el resto de la carta.

Leyó lo que le faltaba, pero no importaba. Nada tenía importancia. Bran iba a vivir.

—Mi hermano va a vivir —le dijo a Mormont.

El lord comandante asintió, cogió un puñado de maíz y silbó. El cuervo voló hasta su hombro.

—¡Vivir! ¡Vivir! —graznó.

—Mi hermano va a vivir —dijo a los guardias cuando bajó corriendo las escaleras, con una sonrisa en el rostro y la carta de Robb en la mano.

Los guardias intercambiaron una mirada. El muchacho volvió corriendo a la sala común, donde Tyrion Lannister estaba terminando de comer. Cogió al hombrecillo por debajo de los brazos, lo alzó en vilo y giró con él.

—¡Bran va a vivir! —exclamó exultante. Lannister parecía sobresaltado. Jon lo soltó y le puso el papel en las manos—. Mira, lo pone aquí —añadió.

Los demás se estaban agrupando a su alrededor y lo miraban con curiosidad. Jon advirtió la presencia de Grenn a pocos pasos. Tenía una mano envuelta en gruesos vendajes de lana. Parecía receloso e incómodo, en absoluto amenazador. Jon se dirigió hacia él. Grenn retrocedió y levantó las manos.

—No te acerques a mí, bastardo.

—Siento lo de tu muñeca —dijo Jon con una sonrisa—. Robb me hizo la misma maniobra una vez, solo que con una espada de madera. Me dolió como los siete infiernos, así que lo tuyo debe de ser peor. Oye, si quieres te puedo enseñar a defenderte de ese ataque.

—Vaya, lord Nieve quiere ocupar mi puesto —se burló Alliser Thorne, que lo había oído todo—. A mí me costaría menos enseñar a un lobo a hacer malabarismos que a ti entrenar a este uro.

—Acepto la apuesta, ser Alliser —dijo Jon—. Me gustaría mucho que

Fantasma aprendiera a hacer malabarismos.

Oyó como Grenn se atragantaba. Se hizo el silencio.

En aquel momento, Tyrion Lannister estalló en carcajadas. Tres hermanos negros se rieron también en una mesa cercana. Las risas se generalizaron, y al final, hasta los cocineros se unieron a ellas. Los pájaros alzaron el vuelo en las vigas, y por último, hasta Grenn se echó a reír.

Ser Alliser no apartó los ojos de Jon ni un momento. A medida que las carcajadas lo rodeaban, una sombra le cubrió el rostro. Tenía el puño apretado.

—Has cometido un grave error, lord Nieve —dijo al final con el tono acre de un enemigo.

Eddard Stark cruzó a caballo las imponentes puertas de bronce de la Fortaleza Roja. Estaba magullado, cansado, hambriento e irritado. Aún no había descabalgado, y soñaba con un largo baño caliente, una gallina asada y un colchón de plumas, cuando el mayordomo del rey le dijo que el gran maestre Pyccelle había convocado una reunión urgente del Consejo. Se solicitaba que la mano los honrara con su presencia en cuanto lo considerase conveniente.

—El momento más conveniente sería mañana por la mañana —gruñó Ned mientras descabalgaba.

—Transmitiré vuestras disculpas a los consejeros, mi señor —dijo el mayordomo con una profunda reverencia.

—No, maldita sea —suspiró Ned. No era prudente ofender al Consejo incluso antes de empezar su trabajo—. Iré a verlos. Pero antes quiero ponerme algo más presentable.

—Sí, mi señor —asintió el mayordomo—. Os hemos preparado las antiguas habitaciones de lord Arryn, en la Torre de la Mano. Espero que os resulten adecuadas. Haré que suban vuestras cosas allí.

—Gracias —dijo Ned al tiempo que se arrancaba los guantes de montar y se los colgaba del cinturón. El resto de su grupo llegaba en aquel momento a las puertas. Vio a Vayon Poole, su mayordomo, y lo llamó—. Por lo visto, el Consejo me necesita con urgencia. Encárgate de acompañar a mis hijas a sus dormitorios, y dile a Jory que las vigile para que no salgan. Sobre todo, que Arya no vaya a explorar. —Poole hizo una reverencia. Ned se volvió hacia el mayordomo real—. Mis carros aún vienen de camino por la ciudad. Necesito una indumentaria más adecuada.

—Será un placer conseguírosla —dijo el mayordomo.

Y así fue cómo llegó Ned a la cámara del Consejo, muerto de cansancio y vestido con ropas prestadas. Cuatro consejeros aguardaban su llegada.

La cámara tenía una decoración sumtuosa. El suelo estaba cubierto de alfombras de Myr, en vez de esteras, y en un rincón había un biombo tallado, procedente de las islas del Verano, en el que aparecía un centenar de bestias fabulosas pintadas en colores brillantes. De las paredes colgaban tapices de Norvos, Qohor y Lys, y una pareja de esfinges valyrias flanqueaba la puerta, con ojos de granates tallados que brillaban en las cabezas de mármol negro.

El consejero al que Ned apreciaba menos, el eunuco Varys, se acercó a él en cuanto entró.

—Lord Stark, me entristecieron mucho las noticias de los problemas que surgieron durante el viaje. Todos hemos visitado el septo y encendido velas por el príncipe Joffrey. Rezo por que se recupere pronto.

La mano del eunuco manchaba de polvo la manga de Ned. El eunuco

desprendía un olor desagradable y dulzón, como el de las flores de los cementerios.

—Vuestros dioses os han escuchado —replicó Ned con educada frialdad—. El príncipe está cada día más fuerte.

Se liberó de la mano del eunuco y cruzó la sala hacia donde estaba lord Renly, al lado del biombo, hablando en voz baja con un hombre de poca estatura que no podía ser otro que Meñique. Renly acababa de cumplir los ocho años cuando Robert subió al trono, pero era ya un hombre, y tan parecido a su hermano que a Ned le resultó desconcertante. Al mirarlo tenía la sensación de que no habían pasado los años y era Robert quien estaba ante él, recién obtenida la victoria en el Tridente.

—Ya veo que habéis llegado sano y salvo, lord Stark —dijo Renly.

—Y también vos —respondió Ned—. Perdonadme, pero a veces sois la viva imagen de vuestro hermano Robert.

—Una mala copia —dijo Renly encogiéndose de hombros.

—Pero con mucho mejor gusto en el vestir —apostilló Meñique—. Lord Renly se gasta en ropa más que la mitad de las damas de la corte.

Era cierto. Lord Renly lucía una indumentaria de terciopelo verde, con doce venados de oro bordados en el jubón. Llevaba echada al hombro de manera informal una capa corta de hilo de oro, prendida con un broche de esmeraldas.

—Hay crímenes peores —dijo Renly con una carcajada—. Por ejemplo, tu gusto en el vestir.

Meñique hizo caso omiso de la pulla y miró a Ned con una sonrisa casi insolente.

—Hace años que tenía ganas de conoceros, lord Stark. Supongo que lady Catelyn os habrá hablado de mí.

—Así es —replicó Ned con voz gélida. Lo exasperaba la arrogancia del comentario—. Tengo entendido que también conocisteis a mi hermano Brandon.

Renly Baratheon se echó a reír. Varys se acercó discretamente para escuchar.

—Demasiado bien —respondió Meñique—. Todavía conservo un recuerdo de su amistad. ¿También hablaba de mí Brandon?

—A menudo, y con cierto ardor —dijo Ned. Tenía la esperanza de que aquello pusiera punto final a la conversación. Los duelos verbales le colmaban la paciencia.

—Yo creía que el ardor no se correspondía con la personalidad de los Stark —siguió Meñique—. Aquí, en el sur, se dice que estáis hechos de hielo, y que os derretís si bajáis del Cuello.

—No tengo intención de derretirme a corto plazo, lord Baelish. De eso podéis estar seguro. —Ned se dirigió hacia la mesa del Consejo—. Espero que os encontréis bien, maestre Pyelle —dijo.

—Tan bien como puede encontrarse un hombre de mi edad, mi señor —dijo el gran maestre sonriéndole con amabilidad desde su silla elevada, al extremo de la mesa—. Pero, por desgracia, me canso enseguida.

Sobre el rostro bondadoso, unos mechones de pelo blanco le bordeaban la amplia cúpula calva de la frente. Su collar de maestre no era una simple gargantilla de metal, como el que lucía Luwin, sino que constaba de dos docenas de cadenas muy pesadas, enlazadas de manera que le llegaban hasta el pecho. Los eslabones eran de todos los metales conocidos: hierro negro y oro rojo; cobre brillante y plomo mate; acero, cinc, plata blanca, latón, bronce y platino. Tenía engarzados granates, amatistas, perlas negras y, aquí y allá, una esmeralda o un rubí.

—Deberíamos empezar ya —dijo el gran maestre con las manos entrelazadas sobre el amplio abdomen—. De lo contrario puedo quedarme dormido en cualquier momento.

—Como deseéis.

El sillón del rey, con los cojines bordados en oro con el venado coronado de los Baratheon, estaba vacío en la presidencia de la mesa. Ned ocupó la silla contigua, como correspondía a la mano derecha del rey.

—Señores —empezó en tono formal—, lamento haberlos hecho esperar.

—Sois la mano del rey —dijo Varys—. Estamos a vuestra disposición, lord Stark

Los demás fueron ocupando sus asientos habituales, y Eddard Stark tuvo la repentina sensación de que estaba fuera de lugar allí, en aquella sala, con aquellos hombres. Recordó lo que le había dicho Robert en las criptas de Invernalia. «Estoy rodeado de imbéciles y aduladores», se había quejado el rey. Ned miró a los hombres sentados en torno a la mesa, y se preguntó cuáles serían los imbéciles y cuáles los aduladores. Creía conocer la respuesta.

—Solo somos cinco —señaló.

—Lord Stannis se fue a Rocadragón poco después de que el rey emprendiera la marcha hacia el norte —dijo Varys—, y no me cabe duda de que el valiente ser Barristan cabalga en estos momentos junto al rey por la ciudad, como corresponde al lord comandante de la Guardia Real.

—Deberíamos esperar a que llegaran el rey y ser Barristan —sugirió Ned.

—Si esperamos a que mi hermano nos honre con su regia presencia —dijo Renly Baratheon con una carcajada—, nos pueden salir canas.

—El buen rey Robert tiene muchas preocupaciones —dijo Varys—. Nos confía a nosotros los asuntos de menor importancia para aliviar su carga.

—Lo que quiere decir lord Varys es que todos estos asuntos de finanzas, cosechas y justicia matan de aburrimiento a mi regio hermano —intervino lord Renly—, así que nos corresponde a nosotros gobernar el reino. De cuando en cuando nos hace llegar alguna orden. —Se sacó de la manga un papel enrollado

y lo puso sobre la mesa—. Esta mañana me ordenó partir a caballo a toda prisa, y pedirle al gran maestre Py celle que convocara este Consejo. Tiene una misión apremiante para nosotros.

Meñique sonrió y le tendió el papel a Ned. Llevaba el sello real. Ned rompió el lacre con el pulgar y extendió el papel para leer las órdenes urgentes del rey. A medida que iba leyendo, la incredulidad se apoderaba de él. ¿Acaso Robert se había vuelto loco? Y que quisiera hacerlo en su honor ya era demasiado.

—Por todos los dioses —maldijo.

—Lo que quiere decir lord Eddard —anunció lord Renly— es que su alteza nos ordena organizar un gran torneo para celebrar su nombramiento como mano del rey.

—¿Cuánto? —preguntó Meñique sin alzar la voz.

—Cuarenta mil dragones de oro para el campeón —leyó Ned—. Veinte mil para el segundo, otros veinte mil para el ganador del combate cuerpo a cuerpo, y diez mil para el vencedor de la competición de tiro con arco.

—Noventa mil piezas de oro —suspiró Meñique—. Y no nos olvidemos del resto de los gastos. Robert querrá también un festín por todo lo alto. Eso implica cocineros, carpinteros, doncellas, juglares, malabaristas, bufones...

—Bufones nos sobran —señaló lord Renly.

—¿Podrá cargar el tesoro con los gastos? —preguntó el gran maestre Py celle mirando a Meñique.

—A qué tesoro os referís? —replicó Meñique con una mueca—. No digáis tonterías, maestre. Sabéis tan bien como yo que las arcas llevan años vacías. Tendré que pedir prestado el dinero. Los Lannister serán generosos, no me cabe duda. Ya le debemos a lord Tywin más de tres millones de dragones; no importa que sean cien mil más.

—¿Estáis insinuando que la corona tiene deudas por valor de tres millones de piezas de oro? —Ned estaba atónito.

—La corona tiene deudas por valor de más de seis millones, lord Stark. Los Lannister son los principales acreedores, pero también hemos pedido crédito a lord Tyrell, al Banco de Hierro de Braavos y a varias compañías financieras de Tyrosh. Últimamente he tenido que dirigirme a la Fe. El septón supremo regatea mejor que un pescadero de Dorne.

—Aerys Targaryen dejó las arcas repletas. —Ned no daba crédito a sus oídos—. ¿Cómo habéis permitido que se llegara a esta situación?

—El consejero de la moneda consigue el dinero —replicó Meñique, encogiéndose de hombros—. El rey y la mano lo gastan.

—No es posible que Jon Arryn permitiera a Robert llevar el reino a la ruina —insistió Ned con ardor.

El gran maestre Py celle sacudió la calva cabeza. Las cadenas tintinearon suavemente.

—Lord Arryn era un hombre de gran prudencia, pero por desgracia, su alteza no siempre atiende a los consejos más sabios.

—A mi regio hermano le encantan los torneos y los festines —dijo Renly Baratheon—. Y detesta eso que llama « contar calderilla» .

—Hablaré con Su Alteza —dijo Ned—. Este torneo es una extravagancia, y el reino no se lo puede permitir.

—Como queráis, hablad con él —dijo lord Renly—. Pero mientras, más vale que vayamos haciendo planes.

—Otro día —replicó Ned.

Quizá su tono fue demasiado brusco, a juzgar por las miradas que se clavaron en él. En adelante debería recordar que ya no estaba en Invernalia, donde solo tenía que responder ante el rey. Allí era tan solo el primero entre iguales.

—Ruego que me disculpéis, señores —dijo con voz más amable—. Estoy muy cansado. Dejemos el trabajo por hoy; lo reanudaremos cuando tengamos la cabeza más despejada.

No les pidió permiso, sino que se levantó, saludó con un gesto de la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

En el exterior, carromatos y jinetes seguían cruzando las puertas del castillo. El patio era un caos de lodo, caballos y hombres que gritaban. Lo informaron de que el rey no había llegado aún. Después de los desagradables acontecimientos del Tridente, los Stark y los miembros de su séquito habían cabalgado muy por delante de la columna principal, para alejarse de los Lannister y de la creciente tensión. Apenas vieron a Robert. Según los rumores, viajaba en la casa con ruedas, siempre borracho. Si era así, aún tardaría horas en llegar. Pero, para Ned, siempre llegaría demasiado pronto. Le bastaba con mirar el rostro de Sansa para sentirse furioso de nuevo. Las dos últimas semanas de viaje habían sido muy tristes. Sansa le echaba la culpa de todo a Arya, y le decía que la loba muerta debería haber sido Nymeria. Y Arya se quedó helada al enterarse de lo sucedido con el hijo del carnicero. Sansa lloraba hasta dormirse, Arya se pasaba los días meditabunda y silenciosa, y Eddard Stark soñaba con un infierno helado, reservado para los Stark de Invernalia.

Cruzó el patio exterior, pasó bajo el rastrillo que daba al patio de armas, y se dirigía hacia lo que creía que era la Torre de la Mano cuando Meñique apareció de repente ante él.

—Os habéis equivocado de camino, Stark. Venid conmigo.

Ned lo siguió, no sin cierta vacilación. Meñique lo guio hasta una torre, bajaron por unas escaleras, cruzaron un patio pequeño situado a un nivel inferior y recorrieron un pasillo desierto, vigilado por armaduras vacías, reliquias de los tiempos de los Targaryen, con yelmos de acero negro adornados con crestas de escamas de dragón, polvorrientas y olvidadas.

—Por aquí no se va a mis aposentos —señaló Ned.

—¿Quién ha dicho que vayamos a vuestros aposentos? Os llevo a las mazmorras. Una vez allí os cortaré el cuello y emparedaré vuestro cadáver — replicó Meñique con sarcasmo—. No hay tiempo para tonterías, Stark Vuestra esposa espera.

—¿A qué jugáis, Meñique? Catelyn está en Invernalia, a cientos de leguas de aquí.

—¿De verdad? —Los ojos verde grisáceo de Meñique brillaban de diversión —. En ese caso, tiene una doble idéntica. Venid, os lo digo por última vez. O no vengáis, y me quedaré yo con ella.

Bajó las escaleras a buen paso. Ned, agotado, lo siguió. Empezaba a preguntarse si aquel día tendría fin. No le gustaban las intrigas, pero ya se estaba dando cuenta de que eran parte fundamental de los hombres como Meñique.

Al pie de las escaleras había una puerta pesada de hierro y roble. Petyr Baelish levantó la tranca e indicó a Ned que saliera. Los envolvió la luz rojiza del ocaso. Se encontraban en un risco escarpado desde el que se dominaba el río.

—Hemos salido del castillo —dijo Ned.

—No hay quien os engañe, geh, Stark? —se burló Meñique—. ¿Qué os ha dado la pista?, ¿el sol o el cielo? Seguidme. Hay ranuras talladas en la roca. Por favor, no os caigáis; si os matáis, Catelyn no se mostrará nada comprensiva.

Y sin más empezó a descender por el risco, con la agilidad de un mono.

Ned examinó la pared rocosa e inició el descenso, aunque más despacio. Como había dicho Meñique, encontró ranuras, cortes poco profundos, en la roca; resultarían invisibles desde abajo a menos que uno supiera exactamente qué buscaba. El río estaba muy abajo, a una distancia aterradora. Ned apretó el rostro contra la roca y trató de mirar hacia el agua solo cuando era imprescindible.

Cuando por fin llegó a la base del risco, a un sendero estrecho y embarrado que discurría paralelo al río, encontró a Meñique recostado en una roca y comiendo una manzana con gesto lúgido. Ya casi se la había terminado.

—Os hacéis viejo y lento, Stark —dijo al tiempo que tiraba el resto de la manzana al río con gesto descuidado—. No importa; haremos el resto del camino a caballo.

Dos monturas los esperaban. Ned montó, y trotó tras él por el sendero y luego por la ciudad.

Al cabo de un rato, Baelish tiró de las riendas ante un destalado edificio de madera, de tres pisos, con todas las ventanas iluminadas. De él salían sonidos inconfundibles de risas y música. Junto a la puerta, colgada de una cadena pesada, había una lámpara de aceite muy recargada. El globo que la cubría era de cristal rojo. Ned Stark desmontó hecho una furia.

—Un burdel —dijo al tiempo que agarraba a Meñique por el hombro y lo obligaba a girarse—. Me habéis hecho recorrer todo este camino para traerme a

un burdel.

—Vuestra esposa está dentro —dijo Meñique.

—Brandon fue demasiado bueno contigo. —Aquello había sido el insulto definitivo. Estampó al hombrecillo contra la pared, sacó el puñal y le puso la punta en la barbilla.

—¡No, mi señor! —exclamó una voz apremiante—. Dice la verdad.

Ned oyó unos pasos a su espalda. Se volvió con el cuchillo en la mano y vio a un anciano de pelo canoso que corría hacia ellos. Iba vestido con ropas bajas, y la papada le temblaba al correr.

—No te metas donde no te llaman —empezó Ned; entonces, de pronto, lo reconoció. Bajó el puñal, atónito—. ¿Ser Rodrik?

—Vuestra esposa está en el piso de arriba —dijo Rodrik Cassel después de asentir.

—¿Es cierto que Catelyn está aquí? —Ned no sabía qué decir—. ¿No es una broma estúpida de Meñique? —Enfundó el puñal.

—Ojalá lo fuera, Stark —bufó Meñique—. Seguidme. Y por favor, intentad parecer un poco más lascivo y un poco menos la mano del rey. No nos haría ningún bien que os reconocieran. Lo mejor sería que acariciarais un par de pechos por el camino.

Entraron en el edificio, cruzaron una sala común atestada, en la que una mujer gruesa cantaba canciones obscenas mientras algunas jovencitas apenas cubiertas por vestidos de lino y sedas de colores se apretaban contra sus amantes y se agitaban en sus regazos. Nadie le prestó la menor atención a Ned. Ser Rodrik se quedó abajo esperando, mientras Meñique lo guiaba hasta el tercer piso, recorría un pasillo y por último abría una puerta.

En la habitación aguardaba Catelyn. Al ver a Ned dejó escapar un grito, corrió hacia él y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Mi señora —susurró Ned, maravillado.

—Eh, muy bien —se burló Meñique mientras cerraba la puerta—. La habéis reconocido.

—Ya pensaba que no llegarías nunca, mi señor —susurró Catelyn contra el pecho de Ned—. Petyr me ha mantenido informada. Me ha contado tus problemas con Arya y con el príncipe. ¿Cómo están mis hijas?

—Tristes y furiosas —dijo él—. No lo comprendo, Cat. ¿Qué haces en Desembarco del Rey? ¿Qué ha pasado? ¿Se trata de Bran? ¿Ha...? —La palabra que acudía a sus labios era *muerto*, pero no podía pronunciarla.

—Sí, se trata de Bran, pero no es lo que piensas.

—Entonces... —Ned estaba desconcertado—. ¿Qué? ¿Qué haces aquí, mi amor? ¿Y qué clase de lugar es este?

—Es exactamente lo que parece —dijo Meñique mientras se sentaba junto a la ventana—. Un burdel. ¿Se os ocurre un sitio menos adecuado para buscar a

Catelyn Tully? —Sonrió—. Da la casualidad de que este local me pertenece, así que no me costó nada disponer su estancia. Tengo mucho interés en evitar que la noticia de la presencia de Cat en Desembarco del Rey llegue a oídos de los Lannister.

—¿Por qué? —preguntó Ned. En aquel momento advirtió la extraña posición en que Cat tenía las manos, las cicatrices aún recientes y la rigidez de los dos últimos dedos de la izquierda—. Estás herida. —Le cogió las manos y las giró para ver las palmas—. Dioses. Son cortes muy profundos... ¿Son tajos de espada, o...? ¿Qué te ha pasado, mi señora?

—Alguien intentó rajarle la garganta a Bran con esta hoja —contestó Catelyn mientras sacaba un puñal de la capa y se lo daba.

—Pero —dijo Ned sobresaltado—... ¿quién iba a...? ¿Por qué...?

—Deja que te lo explique todo, mi amor —dijo ella poniéndole un dedo sobre los labios—. Así iremos más deprisa. Atiende.

De modo que Ned escuchó mientras Catelyn se lo contaba todo, desde el incendio de la torre hasta Varys, los guardias y Meñique. Cuando terminó, Eddard Stark estaba sentado junto a la mesa, boquiabierto, con el puñal en la mano. El lobo de Bran le había salvado la vida, pensó con amargura. ¿Qué había dicho Jon al encontrar los cachorros en la nieve? «Estos cachorros están destinados a vuestros hijos, mi señor». Él había matado a la loba de Sansa, y ¿por qué? ¿Era culpa aquello que sentía? ¿O miedo? Si los dioses habían enviado a aquellos lobos, ¿qué locura había cometido?

Ned, lleno de dolor, se obligó a centrarse en el puñal y en su significado.

—El puñal del Gnomo —repitió. Aquello carecía de lógica. Cerró la mano en torno a la suave empuñadura de huesodragón, clavó la hoja en la mesa y sintió cómo mordía la madera. Se quedó allí, erguida, burlona—. ¿Por qué querría Tyrion Lannister matar a Bran? Nuestro hijo no le ha hecho nunca ningún daño.

—¿Es que los Stark no tenéis más que nieve en la cabeza? —saltó Meñique—. El Gnomo jamás actuaría solo.

—Si la reina ha tenido algo que ver con esto, o... —Ned se levantó y paseó por la habitación—. O, los dioses no lo quieran, si el propio rey... No, eso me niego a creerlo.

Pero, incluso mientras lo decía, recordó aquella gélida mañana en los túmulos, cuando Robert había hablado de enviar mercenarios para matar a la princesa Targaryen. Recordó al hijito de Rhaegar con el cráneo destrozado y cómo el rey había mirado hacia otro lado, igual que había desviado la mirada en la audiencia de Darry, no hacía tanto. Aún le resonaban en los oídos las súplicas de Sansa, y recordaba las lejanas de Lyanna.

—Lo más probable es que el rey no supiera nada —dijo Meñique—. No sería la primera vez. Robert tiene mucha práctica en cerrar los ojos para no ver lo que no quiere ver.

Ned no supo qué decir. Le pareció ver el rostro del hijo del carnicero, casi cortado en dos, y después de aquello, el rey no había dicho nada. Le palpaban las sienes.

—En cualquier caso —continuó Meñique mientras se dirigía a la mesa y arrancaba el cuchillo—, la acusación sería de traición. Si acusáis al rey, os las veréis con Ilyn Payne antes de que os dé tiempo a decir nada. En cuanto a la reina, si encontrarais pruebas y si consiguierais que Robert os prestara atención, quizá... solo quizá...

—Ya tenemos pruebas —dijo Ned—. Está el puñal.

—¿Esto? —Meñique dio un golpecito despectivo al arma—. Un pedazo de acero. Muy bonito, pero de doble filo, mi señor. No os quepa duda de que el Gnomo jurará que perdió el puñal, o que se lo robaron, mientras estaba en Invernalia. Su secuaz está muerto; ¿quién podrá demostrar que miente? —Lanzó el cuchillo en dirección a Ned—. En mi opinión, lo mejor que podéis hacer es tirarlo al río y olvidaros de que alguna vez salió de una forja.

—Soy un Stark de Invernalia, lord Baelish —dijo Ned lanzándole una mirada gélida—. Mi hijo ha quedado tullido; quizás esté al borde de la muerte. Y ya habría muerto, y también Catelyn, de no ser por un cachorro de lobo que encontramos en la nieve. Si de verdad pensáis que puedo olvidarme de eso, seguís siendo tan estúpido como cuando alzasteis la espada contra mi hermano.

—Puede que sea estúpido, Stark, pero aún estoy aquí, mientras que vuestro hermano lleva ya más de catorce años pudriéndose en su tumba de hielo. Si tantas ganas tenéis de pudriros a su lado, no seré yo quien os lo impida, pero prefiero que no me invitéis a esa fiesta, muchas gracias.

—Seríais la última persona a la que querría invitar a ninguna fiesta, lord Baelish.

—Me partís el corazón. —Meñique se llevó una mano al pecho—. Siempre he pensado que los Stark sois un tanto cargantes, pero por lo visto, Cat os ha cogido cierto afecto, aunque por motivos que se me escapan. Por ella, trataré de mantenerlos con vida. Soy un estúpido, lo sé, pero nunca he podido negarle nada a vuestra esposa.

—Le he hablado a Petyr de nuestras sospechas sobre la muerte de Jon Arryn —dijo Catelyn—. Ha prometido ayudarte a descubrir qué pasó.

No era precisamente lo que Eddard Stark quería oír, pero lo cierto era que necesitaban ayuda, y en el pasado, Meñique había sido casi un hermano para Cat. Tampoco sería la primera vez que se veía obligado a hacer causa común con un hombre al que despreciaba.

—De acuerdo —dijo al tiempo que se metía el puñal en el cinturón—. Has hablado de Varys. ¿El eunuco sabe todo esto?

—Por mí, no —dijo Catelyn—. No te casaste con ninguna idiota, Eddard Stark. Pero Varys es capaz de averiguar cosas que nadie más sabe. Juraría que lo

suyo son artes oscuras, Ned.

—Todos saben que tiene espías —replicó él.

—No, hay algo más —insistió Catelyn—. Ser Rodrik habló con ser Aron Santagar en secreto, pero la Araña se enteró de su conversación. Ese hombre me da miedo.

—Yo me encargo de lord Varys, mi dulce señora —dijo Meñique con una sonrisa—. Disculpa esta pequeña obscenidad, pero lo tengo bien cogido por las pelotas. —Cerró los dedos sin dejar de sonreír—. O lo tendría, si el pobre tuviera pelotas. Mira, si se descubre el pastel, los pajaritos empezarán a cantar, y eso a Varys no le interesa. Yo que tú me preocuparía más por los Lannister que por el eunuco.

Ned lo sabía sin ayuda de Meñique. Recordaba el día en que habían encontrado a Arya, la expresión en el rostro de la reina al decir: «Pero hay una loba», con voz tan suave, tan tranquila. Pensó en el pequeño Mycah y en la repentina muerte de Jon Arryn, en la caída de Bran, en el anciano loco, Aerys Targaryen, agonizando en el suelo de la sala del trono mientras su sangre se secaba en una espada dorada.

—Mi señora —dijo al tiempo que se volvía hacia Catelyn—, aquí ya no puedes hacer nada más. Quiero que vuelvas de inmediato a Invernalia. Si había un asesino, puede que haya más. Quienquiera que ordenase el asesinato de Bran no tardará en enterarse de que el chico sigue vivo.

—Me gustaría ver a las niñas... —empezó Catelyn.

—Sería poco sensato —apuntó Meñique de inmediato—. La Fortaleza Roja está plagada de ojos indiscretos, y los niños tienden a hablar demasiado.

—Lo que dice es cierto, amor mío. —Ned la abrazó—. Vuelve a Invernalia con ser Rodrik. Yo cuidaré bien de las niñas. Vuelve a casa con nuestros hijos, ocúpate de ellos.

—Como deseas, mi señor. —Catelyn alzó el rostro y Ned la besó. Las manos heridas de la mujer lo abrazaron con fuerza desesperada, como si quisiera mantenerlo a salvo para siempre entre los brazos.

—Si mi señor y mi señora quieren disponer de un dormitorio, no habrá ningún problema —dijo Meñique—. Pero os lo advierto, Stark, aquí cobramos por ese tipo de cosas.

—Lo único que pido es que nos dejéis un momento a solas —dijo Catelyn.

—Muy bien. —Meñique se dirigió hacia la puerta—. Pero que no sea un momento muy largo. La mano y yo deberíamos volver cuanto antes al castillo, o pronto advertirán nuestra ausencia.

—Nunca olvidaré cuánto me has ayudado, Petyr —dijo Catelyn acercándose a él y tomándole las manos entre las suyas—. Cuando tus hombres fueron a buscarme, no sabía si me llevarían ante un amigo o ante un enemigo. Y he encontrado en ti un amigo, más que un amigo. He encontrado al hermano que

creía haber perdido.

—Soy un sentimental sin remedio, mi dulce señora —dijo Petyr Baelish con una sonrisa—. Pero no se lo digas a nadie. He tardado años en convencer a la corte de que soy pervertido y cruel, no quiero que tanto esfuerzo se quede en nada.

—Yo también os lo agradezco, lord Baelish —consiguió decir Ned con cortesía, aunque no se había creído ni una palabra.

—Vaya, eso sí que es algo para contar a los nietos —comentó Meñique mientras salía.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Ned se volvió hacia Catelyn.

—En cuanto llegues a casa, envía un mensaje con mi sello a Helman Tallhart y a Galbart Glover. Diles que reúnan cada uno a cien arqueros para defender Foso Cailin. Con doscientos arqueros se puede defender el Cuello contra cualquier ejército. Da instrucciones a lord Manderly de que debe fortificar y reparar todas las defensas de Puerto Blanco, y encargarse de que estén bien dotadas de soldados. Y de ahora en adelante quiero que se vigile de cerca a Theon Greyjoy. Si hay guerra, necesitaremos de la flota de su padre.

—¿Guerra? —El miedo se transparentaba en el rostro de Catelyn.

—La cosa no llegará tan lejos —le aseguró Ned, rezando por estar en lo cierto. La abrazó de nuevo—. Los Lannister son despiadados ante el débil, como descubrió muy a su pesar Aerys Targaryen, pero no osarán emprender un ataque contra el norte sin el respaldo de todo el poder del reino, y nos encargaremos de que no lo consigan. Debo seguir fingiendo que aquí no ha pasado nada. Recuerda por qué he venido, mi amor. Si encuentro pruebas de que los Lannister asesinaron a Jon Arryn... —Sintió que Catelyn temblaba entre sus brazos. Las manos heridas de su esposa se aferraron a él.

—Si encuentras pruebas... —dijo—, ¿qué sucederá entonces, mi amor?

—Toda justicia emana del rey —dijo Ned; sabía que aquello era lo más peligroso—. Cuando sepa la verdad, acudiré a Robert.

«Y rezó por que sea el hombre que creo que es —terminó para sus adentros—, y no el hombre en quien temo que se ha convertido».

—¿Seguro que queréis dejarnos tan pronto? —le preguntó el lord comandante.

—Completamente seguro, lord Mormont —respondió Tyrion—. Mi hermano Jaime ya se estará preguntando qué me ha pasado. Igual piensa que me habéis convencido para vestir el negro.

—Ojalá pudiera. —Mormont cogió una pata de centollo y la partió con las manos. El lord comandante era viejo, pero seguía teniendo la fuerza de un oso—. Sois un hombre de gran astucia, Tyrion. En el Muro hacen falta hombres como vos.

—Si es así —dijo Tyrion con una sonrisa—, haré que reúnan a todos los enanos de los Siete Reinos y os los envíen, lord Mormont.

Se echaron a reír. Tyrion se comió la carne de una pata de centollo y cogió otra. Les habían llegado aquella mañana de Guardiaoriente, en un barril de nieve, y estaban deliciosos.

—Lannister se está burlando de nosotros. —Ser Alliser Thorne era el único hombre de la mesa que ni siquiera esbozó una sonrisa.

—Solo de vos, ser Alliser —dijo Tyrion.

Sonaron de nuevo las carcajadas, pero esta vez tenían un matiz nervioso, inseguro.

—Tenéis una lengua muy larga para no ser ni medio hombre —le espetó Thorne clavándole los ojos negros llenos de desprecio—. ¿Qué os parece si salimos los dos al patio?

—¿Para qué? —preguntó Tyrion—. Los centollos están aquí.

Aquello provocó más carcajadas. Ser Alliser se levantó, con los labios muy apretados.

—Salgamos y repetid vuestras bromas con un acero en la mano.

—Vaya, ser Alliser —dijo Tyrion examinándose la mano derecha—, si ya tengo acero en la mano, aunque parece un tenedor para marisco. ¿Queréis batirnos en duelo? —Se subió a la silla de un salto y pinchó repetidamente el pecho de Thorne con el diminuto instrumento. Las carcajadas llenaron la sala de la torre. Al lord comandante se le escaparon trocitos de centollo de la boca y estuvo a punto de ahogarse. Hasta el cuervo se unió al regocijo general.

—¡Duelo! ¡Duelo! ¡Duelo! —graznó desde la ventana.

Ser Alliser Thorne salió de la habitación, tan rígido como si tuviera una daga clavada en el culo.

Mormont seguía tratando de recuperar la respiración. Tyrion le dio unos golpecitos en la espalda.

—El vencedor se queda con el botín —exclamó—. Reclamo para mí los centollos que correspondian a Thorne.

—Ha sido muy cruel por vuestra parte provocar así a nuestro estimado ser

Alliser —lo reprendió el lord comandante cuando por fin consiguió recuperarse.

—Si alguien se dibuja una diana en el pecho —dijo Tyrion después de sentarse y beber un trago de vino— tiene que ser consciente de que más tarde o más temprano le van a lanzar flechas. He visto cadáveres con más sentido del humor que vuestro estimado ser Alliser.

—No creáis —intervino el lord mayordomo, Bowen Marsh, un hombre tan redondo y sonrosado como una granada—. Si supierais los apodos que pone a los chicos a los que entrena...

—Seguro que los chicos también le han puesto algún que otro mote —dijo Tyrion, que había oído algunos de aquellos apodos—. Quitaos la venda de los ojos, amigos. Ser Alliser Thorne debería estar limpiando los establos, no entrenando a vuestros jóvenes.

—Si de algo no anda precisamente escasa la Guardia es de mozos de cuadras —gruñó lord Mormont—. Últimamente no nos envían otra cosa. Mozos de cuadras, rateros y violadores. Ser Alliser es un caballero ungido, uno de los pocos que han vestido el negro desde que soy lord comandante. Peleó con gran valor en Desembarco del Rey.

—En el bando en que no debía —señaló ser Jaremy Rykker con tono seco—. Lo sé bien; yo estaba con él en las almenas. Tywin Lannister nos dio a elegir: vestir el negro o ver nuestras cabezas clavadas en picas antes de la noche. No os ofendáis, Tyrion.

—No me ofendo, ser Jaremy. Mi padre es muy aficionado a las cabezas clavadas en picas, sobre todo si pertenecen a alguien que lo haya molestado. Vos tenéis un rostro noble; no me cabe duda de que os imaginaba ya decorando la ciudad sobre la puerta del Rey. Habríais sido un adorno espléndido.

—Muchas gracias —respondió ser Jaremy con sonrisa sarcástica.

El lord comandante Mormont carraspeó.

—A veces tengo la sensación de que ser Alliser está en lo cierto, Tyrion. Os burláis de nosotros y de nuestro noble propósito en este lugar.

—A todos nos hace falta que se burlen de nosotros de cuando en cuando, lord Mormont —replicó Tyrion encogiéndose de hombros—. De lo contrario, empezamos a tomarnos demasiado en serio. —Tendió la copa—. Más vino, por favor.

—Para ser un hombre tan pequeño tenéis realmente una sed muy grande —comentó Bowen Marsh mientras Rykker se la llenaba.

—Yo, en cambio, pienso que lord Tyrion es un gran hombre —dijo el maestre Aemon desde el extremo más lejano de la mesa. Hablaba sin levantar la voz, pero los oficiales superiores de la Guardia de la Noche guardaron silencio para escuchar al anciano—. Creo que es un gigante que ha venido a visitarnos aquí, al fin del mundo.

—Me han llamado muchas cosas, mi señor —dijo Tyrion suavemente—.

Pero rara vez gigante.

—Yo creo que es así. —Los ojos lechosos y nublados del maestre Aemon se clavarón en el rostro de Tyrion.

—Sois demasiado bondadoso, maestre Aemon —dijo Tyrion con una inclinación de cortesía. Por una vez, se había quedado sin ninguna réplica aguda.

El ciego sonrió. Era un hombrecillo menudo, arrugado y calvo, tan hundido bajo el peso de cien años que el collar de maestre, con los eslabones de metales diversos, le colgaba suelto de la garganta.

—Me han llamado muchas cosas, mi señor —dijo—. Pero rara vez bondadoso.

En aquella ocasión fue Tyrion el que inició la carcajada general.

Mucho más tarde, cuando el trascendental asunto de la comida quedó zanjado y los demás comensales se fueron, Mormont ofreció a Tyrion un asiento junto a la chimenea y una copa de aguardiente tibio, tan fuerte que se le saltaron las lágrimas.

—El camino Real puede ser peligroso tan al norte —comentó el lord comandante mientras bebían.

—Cuento con Jycky con Morrec —dijo Tyrion—. Y Yoren va a volver hacia el sur.

—Yoren solo es un hombre. La Guardia os escoltará hasta Invernalia —anunció Mormont en un tono que no admitía discusión—. Bastará con tres hombres.

—Como deseéis, mi señor —dijo Tyrion—. Podrás enviar al joven Nieve. Le gustará volver a ver a sus hermanos.

—¿Nieve? —Mormont frunció el ceño—. Ah, el bastardo de Stark No, mejor no. Los jóvenes tienen que olvidar la vida que dejaron atrás, a sus hermanos, a sus madres y todo eso. Si va a visitarlos será peor para él. Entiendo de estas cosas. Mis parientes de sangre... Mi hermana Maege gobierna ahora en la isla del Oso, desde la deshonra de mi hijo. Tengo sobrinas a las que no conozco. —Bebió un trago—. Además, Jon Nieve no es más que un niño. Necesitaréis tres espadas fuertes que os protejan.

—Me commueve vuestra preocupación, lord Mormont. —El licor fuerte hacía que Tyrion empezara a marearse, pero no estaba tan borracho para no darse cuenta de que el Viejo Oso quería pedirle algo—. Me gustaría corresponder a vuestra amabilidad de alguna manera.

—Podéis hacerlo —dijo Mormont sin rodeos—. Vuestra hermana se sienta junto al rey. Vuestro hermano es un gran caballero, y vuestro padre es el señor más poderoso de los Siete Reinos. Habladles en nuestro nombre. Contadles cuáles son nuestras necesidades. Vos sois testigo, mi señor. La Guardia de la Noche agoniza. Tenemos menos de un millar de hombres. Seiscientos aquí, doscientos en la Torre Sombria y ni siquiera esa cifra en Guardiaoriente. Y ni la tercera parte

de ellos son guerreros. El Muro tiene cien leguas de longitud. Pensadlo bien. Si hubiera un ataque, tengo un hombre para defender cada setenta pasos.

—Cada ochenta —bostezó Tyrion.

Mormont no dio muestras de haberlo oido. El anciano se calentó las manos ante el fuego.

—Envié a Benjen Stark en busca del hijo de Yohn Royce, que desapareció en su primera expedición. El chico de Royce estaba más verde que la hierba de verano, pero insistió en que se le concediera el honor de dirigir la expedición; dijo que como caballero tenía derecho a ello. Yo no quería ofender a su padre, así que cedí. Lo envié con dos hombres, dos de los mejores de la Guardia. Estúpido de mí.

—Estúpido —graznó el cuervo. Tyrion alzó la vista. El pájaro lo miró con ojos que eran como cuentas negras, al tiempo que encrespaba las plumas—. Estúpido —graznó de nuevo.

Sin duda el viejo Mormont no se lo tomaría a bien si estrangulaba a aquel pajarraco. Lástima.

—Gared era casi tan viejo como yo, y llevaba más tiempo en el Muro —siguió el lord comandante sin hacer caso del irritante animal—, pero por lo visto renegó de su juramento y se fugó. Yo jamás lo habría creído de él, pero lord Eddard me envió su cabeza desde Invernalia. De Royce no ha habido noticias. Un desertor y dos desaparecidos. Y ahora Ben Stark también ha desaparecido. —Suspiró—. ¿Y a quién envío a buscarlo? Dentro de dos años cumpliré los setenta. Soy demasiado viejo y estoy demasiado cansado para soportar esta carga, pero si dejo mi puesto, ¿quién lo ocupará? ¿Alliser Thorne? ¿Bowen Marsh? Tendría que estar tan ciego como el maestre Aemon para no ver qué son. La Guardia de la Noche se ha convertido en un ejército de chiquillos resentidos y viejos cansados. Sin contar a los hombres que se han sentado esta noche a la mesa, puede que haya otros veinte que sepan leer, y muchos menos capaces de pensar, de planificar, de dirigir. En el pasado, la Guardia se pasaba los veranos construyendo; cada lord comandante elevaba el Muro y lo dejaba más alto que como lo había encontrado. Ahora nos limitamos a sobrevivir.

Tyrion comprendió que el anciano hablaba muy en serio, y sintió cierta pena por él. Lord Mormont se había pasado buena parte de la vida en el Muro, y necesitaba creer que todos aquellos años tenían sentido.

—Os prometo que le hablaré al rey de vuestras necesidades —dijo con toda seriedad—. Y también informaré a mi padre y a mi hermano Jaime.

Lo haría, desde luego. Tyrion Lannister siempre cumplía su palabra. Lo que se calló fue el resto: el rey Robert no le haría el menor caso, lord Tywin le diría que se había vuelto loco, y Jaime se limitaría a reírse.

—Sois joven, Tyrion —dijo Mormont—. ¿Cuántos inviernos habéis vivido?

—Ocho o nueve —contestó Tyrion encogiéndose de hombros—, me falla la

memoria.

—Y todos cortos.

—Así es, mi señor. —Había nacido al final de un invierno, un invierno terrible y cruel que según los maestres había durado casi tres años, pero sus primeros recuerdos eran de la primavera.

—Cuando era niño, se decía que un verano largo significaba siempre que se avecinaba un invierno largo. Este verano ha durado nueve años, Tyrion, y está a punto de empezar el décimo. Pensadlo bien.

—Cuando yo era niño —replicó Tyrion—, mi ama de cría me decía que algún día, si los hombres eran buenos, los dioses otorgarían al mundo un verano que no acabaría nunca. Quizá hemos sido mejores de lo que creemos, y por fin estamos viviendo el Gran Verano.

Sonrió. Al lord comandante, en cambio, no pareció hacerle gracia.

—No sois tan tonto como para creeros eso, mi señor. Los días ya se acortan. No cabe duda, Aemon ha recibido cartas de la Ciudadela que concuerdan con sus datos. Estamos viviendo el final del verano. —Mormont agarró con fuerza la mano de Tyrion—. Tenéis que conseguir que lo comprendan. La oscuridad está cerca, mi señor. En los bosques hay seres salvajes, lobos huargo, mamuts y osos de las nieves grandes como uros; y en mis sueños he visto cosas aún más oscuras.

—En vuestros sueños —repitió Tyrion, que cada vez necesitaba más otra copa.

—Los pescadores que faenan cerca de Guardiaoriente han divisado caminantes blancos en la orilla —dijo Mormont haciendo caso omiso de su tono de voz.

—Los pescadores que faenan cerca de Lannisport divisan sirenas. —Esta vez Tyrion ya no pudo contenerse.

—Denys Mallister nos ha escrito que los montañeses se trasladan hacia el sur, más allá de la Torre Sombría; es una migración como jamás se había visto. Huyen, mi señor, pero... ¿de qué? —Lord Mormont se dirigió hacia la ventana y escudriñó la noche—. Mis huesos son viejos, Lannister, y aun así nunca habían sentido un frío como este. Os lo suplico, decidselo al rey. Se acerca el invierno, y cuando caiga la Larga Noche, lo único que se interpondrá entre el reino y la oscuridad que llega del norte será la Guardia de la Noche. Si no estamos preparados, que los dioses se apiaden de nosotros.

—Que los dioses se apiaden de mí si no duermo un poco esta noche. Yoren está decidido a partir con la primera luz del alba. —Tyrion se puso en pie, somnoliento por el vino y cansado de tantas predicciones funestas—. Quiero daros las gracias por vuestra amabilidad, lord Mormont.

—Decidselo, Tyrion. Decidselo a todos, y conseguid que os crean. Es el único agradecimiento que necesito. —Silbó, y el cuervo descendió para posársele en el hombro. Mormont sonrió, le dio unos granos de maíz que llevaba en el bolsillo, y

en ello seguía cuando Tyrion salió.

En el exterior, el frío cortaba como un cuchillo. Tyrion Lannister se ajustó las pieles, se puso los guantes y saludó a los pobres desgraciados que tenían que montar guardia ante la Torre del Lord Comandante. Cruzó el patio en dirección a sus habitaciones, situadas en la Torre del Rey, a toda la velocidad que le permitían las piernas. La nieve crujía bajo sus pies a medida que rompía con las botas la capa de hielo nocturno, y su aliento ondeaba ante él como un estandarte. Se metió las manos bajo las axilas y caminó aún más deprisa, sin dejar de rezar por que Morrec hubiera recordado caldearle la cama con ladrillos calientes de la chimenea.

Detrás de la Torre del Rey, el Muro brillaba a la luz de la luna, inmenso, misterioso. Tyrion se detuvo un instante para contemplarlo. Le dolían las piernas por el frío y el paso acelerado.

De repente, se apoderó de él una extraña locura, un ansia desesperada de mirar una vez más hacia el fin del mundo. Pensó que sería su última oportunidad. Al día siguiente cabalgaría hacia el sur, y nunca tendría motivos para regresar a aquel desierto gélido. La Torre del Rey se alzaba ante él, con la promesa de una cama blanda y caliente, pero Tyrion pasó de largo y se dirigió hacia la extensión blanca del Muro.

Una escalerilla de madera ascendía por la cara sur, apoyada en vigas rudimentarias que se clavaban profundamente en el hielo. Los hermanos negros le habían asegurado que era mucho más resistente de lo que parecía, pero a Tyrion le dolían demasiado las piernas solo con imaginarse el ascenso. Así que se dirigió hacia la jaula de hierro que había junto al pozo, se introdujo en ella y dio tres fuertes tirones de la cuerda de la campana.

Tuvo que esperar lo que le pareció una eternidad entre los barrotes, con el Muro a su espalda. Tanto para que a Tyrion le diera tiempo a preguntarse por qué estaba haciendo aquello. Estaba a punto de optar por olvidarse de su capricho repentino e irse a la cama cuando la jaula sufrió una sacudida y empezó a ascender.

Al principio subía a trompicones; luego, con un movimiento más fluido. El suelo se alejó de la jaula bamboleante, y Tyrion tuvo que aferrarse a los barrotes de hierro. Sentía el frío del metal incluso a través de los guantes. Advirtió con alegría que Morrec tenía encendida la chimenea de su habitación, pero la del lord comandante estaba a oscuras. Por lo visto, el Viejo Oso tenía más sentido común que él.

La jaula siguió ascendiendo poco a poco, y las torres quedaron abajo, junto con todo el Castillo Negro, bañado por la luz de la luna. Desde allí arriba se veía bien lo lúgubre y desierto que estaba: torreones sin ventanas, muros derrumbados, patios llenos de escombros... A lo lejos se divisaban las luces de Villa Topo, la pequeña aldea situada media legua más al sur, a la vera del camino

Real, y de cuando en cuando, la luz de luna arrancaba destellos al agua, allí donde los arroyos gélidos descendían de las montañas para correr por las llanuras. El resto del mundo era un desierto negro de colinas azotadas por el viento y extensiones rocosas salpicadas de nieve.

—Por los siete infiernos, si es el enano —resonó al fin una voz ronca.

La jaula se detuvo con un último movimiento brusco, y se quedó suspendida, meciéndose mientras las cuerdas crujían.

—Pues tráelo aquí, maldita sea.

Se oyó un gruñido y el gemido de la madera a medida que la jaula se deslizaba hacia un lado, y por fin tuvo el Muro a sus pies. Tyrion esperó a que la jaula se detuviera antes de abrir la puerta y saltar al hielo. Una figura recia vestida de negro estaba apoyada en la manivela, mientras otra sujetaba la jaula con manos enguantadas. Tenían los rostros protegidos por bufandas de lana, de manera que solo se les veían los ojos.

—¿Qué quieres, a estas horas de la noche? —preguntó el de la manivela.

—Echar un último vistazo.

Los dos hombres intercambiaron una mirada de desagrado.

—Mira cuanto quieras —dijo el otro—. Pero ten cuidado, no te vayas a caer. El Viejo Oso nos despellejaría.

Bajo la enorme grúa había un pequeño cobertizo, y Tyrion atisbió el resplandor mortecino de un brasero, al tiempo que le llegaba una breve ráfaga de aire tibio cuando el hombre de la manivela abrió la puerta para volver al interior. Pronto estuvo solo.

Allí, el frío era espantoso, y el viento tironeaba de la ropa como un amante insistente. La cima del muro era más ancha que algunos tramos del camino Real, así que Tyrion no corría peligro de caerse, aunque la superficie era más resbaladiza de lo que le habría gustado. Los hermanos solían espolvorear con piedra machacada la zona de tránsito, pero el peso de infinitas pisadas fundía el Muro, de manera que el hielo parecía crecer en torno a la gravilla y engullirla hasta que la superficie quedaba lisa de nuevo, y había que echar más piedra machacada.

Pero no era ningún obstáculo insalvable para Tyrion. Miró hacia el este y hacia el oeste; todo el tramo del Muro que se divisaba era un vasto camino blanco sin principio ni fin, con un abismo negro a cada lado. Hacia el oeste, decidió sin ningún motivo concreto, y echó a andar en aquella dirección por la zona más cercana al norte, que parecía tener más gravilla.

Tenía las mejillas enrojecidas por el frío, y a cada paso que daba sus piernas protestaban más y más, pero Tyrion no les hizo caso. El viento soplabía contra él; la gravilla crujía bajo las botas, y al frente, la cinta blanca seguía el perfil de las colinas y se elevaba más y más hasta perderse en el horizonte occidental. Pasó junto a una catapulta gigantesca, alta como el muro de una ciudad, cuya base se

hundía profundamente en el muro. En algún momento habían quitado el brazo para repararlo y no habían vuelto a ponerlo; yacía junto a la estructura principal como un juguete roto, incrustado en el hielo.

Una voz amortiguada le ordenó detenerse desde el otro lado de la catapulta.

—¡Alto! ¿Quién va?

—Si me quedo quieto mucho tiempo me congelaré, Jon —dijo Tyrion, que se había detenido, mientras una forma blanquecina y peluda se deslizaba hacia él en silencio y le olisqueaba las pieles—. Hola, Fantasma.

Jon Nieve se acercó a él. Con las diversas capas de piel y cuero parecía más corpulento. Llevaba la cara casi oculta por la capucha de la capa.

—Lannister —dijo al tiempo que se aflojaba la bufanda para dejarse la boca al descubierto—. Este es el último lugar donde esperaría encontrarte. —Llevaba una lanza con punta de hierro muy pesada, más alta que él, y tenía una espada enfundada al costado. Cruzado sobre el pecho llevaba un cuerno negro con bandas de plata.

—Este es el último lugar donde esperaba estar —admitió Tyrion—. Ha sido un capricho. Si toco a Fantasma, ¿me arrancará la mano de un mordisco?

—No mientras esté yo aquí —le aseguró Jon.

Tyrion rascó al lobo blanco detrás de las orejas. Los ojos rojos lo miraron impasibles. La bestia ya le llegaba al pecho. Tyrion tuvo la sensación de que, en menos de un año, sería él quien tendría que alzar la vista para mirarlo.

—¿Qué haces aquí arriba esta noche? —preguntó—. Aparte de congelarte las pelotas...

—Me toca guardia —dijo Jon—. Otra vez. Ser Alliser ha tenido la amabilidad de pedir al comandante al cargo de los turnos que se ocupe de mí. Por lo visto cree que si me mantienen despierto la mitad de la noche, me dormiré durante los entrenamientos de la mañana. Hasta ahora he conseguido decepcionarlo.

—¿Fantasma sabe ya hacer malabarismos? —preguntó Tyrion con una sonrisa.

—No —respondió Jon, también sonriente—, pero esta mañana, Grenn se ha defendido bien de Halder, y a Pyp ya no se le cae la espada tan a menudo.

—¿Pyp?

—Se llama Pypar. Es el chico menudo, el que tiene las orejas tan grandes. Me vio entrenar con Grenn y me pidió ayuda. Thorne ni se había molestado en enseñarle a sujetar bien la espada. —Se giró hacia el norte—. Tengo que vigilar un tercio de legua de Muro. ¿Quieres caminar conmigo?

—Siempre que vayas despacio... —accedió Tyrion.

—El comandante al cargo de los turnos me ha dicho que tengo que andar para que no se me hiele la sangre, pero no a qué velocidad.

Echaron a andar. Fantasma iba junto a Jon como una sombra blanca.

—Me marcho mañana —dijo Tyrion.

—Ya lo sé —dijo Jon con una extraña tristeza.

—Tengo pensado detenerme en Invernalia en el camino de vuelta hacia el sur. Si quieres que lleve algún mensaje de tu parte...

—Dile a Robb que seré comandante de la Guardia de la Noche y que conmigo estará a salvo, así que más vale que se vaya a coser con las niñas, y que Mikken le funda la espada para hacer herraduras.

—Tu hermano es más alto que yo —dijo Tyrion con una carcajada—. Me niego a entregar ningún mensaje que conlleve mi pena de muerte.

—Rickon preguntará que cuándo voy a volver. Si puedes, intenta explicarle dónde estoy. Dile que mientras tanto se puede quedar con todas mis cosas. Eso le gustará mucho.

—Oye, no sé si lo sabes, pero eso mismo se lo podrías decir por carta. —Tyrion Lannister tenía la sensación de que aquel día la gente le estaba pidiendo demasiado.

—Rickon aún no sabe leer. Y en cuanto a Bran... —Se detuvo bruscamente—. No sé qué mensaje enviarle a Bran. Ayúdalo, Tyrion.

—¿Cómo quieras que lo ayude? No soy un maestre que pueda aliviarle el dolor. Ni conozco hechizos que le devuelvan las piernas.

—A mí me ofreciste ayuda cuando la necesitaba.

—No te ofrecí nada más que palabras.

—Entonces, dale palabras también a Bran.

—Le estás pidiendo a un cojo que enseñe a bailar a un tullido —dijo Tyrion—. Por sincera que sea la lección, el resultado no puede ser más que grotesco. Pero sé lo que es querer a un hermano, lord Nieve. Prestaré a Bran la poca ayuda que esté en mi mano.

—Gracias, mi señor de Lannister. —Se quitó el guante y le tendió la mano desnuda—. Amigo mío.

Tyrion se sintió extrañamente conmovido.

—La mayoría de mis parientes son bastardos —dijo con una sonrisa irónica—, pero eres el primero al que me une la amistad. —Se quitó el guante con los dientes, y estrechó la mano de Nieve, carne contra carne. El apretón del chico era firme y fuerte.

Jon Nieve se puso de nuevo el guante, dio media vuelta bruscamente y caminó hacia el gélido antepecho norte. Más allá, el Muro era un precipicio abrupto. Más lejos, solamente había oscuridad inexplorada. Tyrion se reunió con él, y juntos contemplaron el fin del mundo.

La Guardia de la Noche no permitía que el bosque se acercara a menos de ochocientos pasos de la cara norte del muro. Hacía siglos que habían talado la espesura de carpas, robles y árboles centinela para crear una ancha franja de terreno descubierto en la que no pudiera ocultarse enemigo alguno. Tyrion había oído que en algunas zonas del Muro, entre las tres fortalezas, la espesura había

recuperado terreno a lo largo de las décadas, y que había centinelas verde grisáceo y arcianos blancos enraizados al pie de la muralla de hielo. Pero el Castillo Negro era un voraz consumidor de madera para las chimeneas, y allí las hachas de los hermanos negros detenían el avance del bosque.

Aun así, el bosque nunca estaba lejos. Desde donde se encontraban, Tyrion alcanzaba a verlo, divisaba los árboles oscuros que se alzaban amenazadores más allá de la franja de terreno abierto, como un segundo muro paralelo al primero, un muro de noche. Pocas veces se había blandido un hacha contra aquella madera negra; ni la luz de la luna conseguía penetrar en el viejo entramado de raíces, ramas y matorrales de espinos. Allí, los árboles crecían immensos, y no era de extrañar que la Guardia de la Noche llamara a aquella espesura el bosque Encantado.

Allí de pie, observando aquella oscuridad en la que no ardía hoguera alguna, a merced del viento y sintiendo el frío como una lanza en las entrañas, Tyrion Lannister pensó que casi podía creer los rumores sobre los Otros, el enemigo en la noche. Sus bromas sobre endriagos y tiburientes ya no le parecían tan divertidas.

—Mi tío está ahí fuera —dijo Jon Nieve en voz baja; se apoyó en la lanza y escudriñó la oscuridad—. La primera noche que me enviaron aquí, pensé: «Ahora vendrá el tío Benjen, seré el primero en verlo y haré sonar el cuerno». Pero no ha venido. Ni esa noche ni ninguna otra.

—Dale tiempo —dijo Tyrion.

Mucho más al norte, un lobo empezó a aullar. Otro se unió a su llamada, y otro más. Fantasma inclinó la cabeza y escuchó. El muchacho le puso la mano encima.

—Si no vuelve, Fantasma y yo iremos a buscarlo —prometió Jon.

—Te creo —dijo Tyrion.

Pero lo que pensaba era: «¿Y quién irá a buscarte a ti?». Se estremeció.

Su padre había estado peleando otra vez con el Consejo. Arya se lo notó en la cara cuando se sentó a la mesa, otra vez tarde, como sucedía tan a menudo. Ya habían retirado el primer plato, una sopa de calabaza espesa y dulce, cuando Ned entró a zancadas en el Salón Pequeño. Lo llamaban así para diferenciarlo del salón principal, donde el rey podía celebrar festines con mil invitados, pero se trataba de una inmensa estancia alargada, de grandes techos abovedados y bancos para doscientas personas junto a las mesas sostenidas por caballetes.

—Mi señor —dijo Jory al ver entrar a Ned.

Se puso de pie, e inmediatamente lo imitó el resto de la guardia. Todos los hombres lucían capas nuevas, de gruesa lana gris con ribetes de seda blanca. Los cierres eran broches en forma de manos de plata, que los identificaban como miembros de la casa y la Guardia de la Mano. Solo eran cincuenta, así que casi todos los bancos estaban vacíos.

—Sentaos —dijo Eddard Stark—. Ya veo que habéis empezado sin mí. Me alegra ver que aún quedan hombres con sentido común en la ciudad. —Hizo una señal para que se reanudara la comida. Los criados empezaron a servir bandejas de costillas, asadas con una costra de ajo y hierbas.

—En los patios se comenta que habrá un torneo, mi señor —dijo Jory al tiempo que volvía a sentarse—. Se dice que vendrán caballeros de todas partes del reino para las justas y los festines en honor a vuestro nombramiento como mano del rey.

Arya se dio cuenta de que a su padre no le gustaba lo más mínimo aquello.

—¿Se comenta también que es lo que menos deseo en el mundo?

—¡Un torneo! —exclamó Sansa con los ojos abiertos como platos. Estaba sentada entre la septa Mordane y Jeyne Poole, tan lejos de Arya como podía sin exponerse a un reproche de su padre—. ¿Se nos permitirá asistir, padre?

—Sabes de sobra qué opino, Sansa. Tengo que organizar los juegos de Robert y encima fingir que me siento honrado. Pero nada me obliga a exponer a mis hijas a semejante locura.

—¡Por favor! —insistió Sansa—. ¡Quiero verlo!

—La princesa Myrcella asistirá, mi señor —intervino la septa Mordane—. Y es más joven que lady Sansa. Todas las damas de la corte estarán presentes; es lo que se espera de ellas en un gran acontecimiento como ese. Y el torneo es en vuestro honor; resultaría muy extraño que vuestra familia no asistiera.

—Supongo que sí. —Ned tuvo que darle la razón—. Muy bien, me encargaré de que tengas un lugar, Sansa. —Miró a Arya—. De que las dos tengáis un lugar.

—No me importa esa estupidez de torneo —replicó ella. Sabía que el príncipe Joffrey asistiría, y lo detestaba.

—Será un acontecimiento espléndido —dijo Sansa alzando la cabeza—.

Nadie querrá que vayas.

—Ya basta, Sansa. —El rostro de su padre se nubló de ira—. Una palabra más y cambiaré de opinión. Estoy harto de esta guerra que os traéis entre las dos. Sois hermanas y quiero que os comportéis como tales, ¿entendido?

Sansa se mordió el labio y asintió. Arya bajó la cabeza para mirar el plato con gesto hosco. Sentía que las lágrimas le escocían en los ojos. Se los frotó, furiosa, decidida a no llorar. El único sonido que se oía era el tintineo de los cuchillos y los tenedores.

—Os ruego que me disculpéis —dijo su padre a los presentes—. Esta noche no tengo apetito. —Salió de la estancia.

En cuanto se hubo marchado, Sansa empezó a intercambiar susurros emocionados con Jeyne Poole. Al otro extremo de la mesa, Jory se rio de un chiste, y Hullén empezó a hablar de caballos.

—En cambio, tu caballo de guerra quizás no sea el mejor para una justa. No es lo mismo, no, ni de lejos.

Los hombres ya conocían aquel tema. Desmond, Jacks y el propio hijo de Hullén, Harwin, lo hicieron callar a gritos, y Porther pidió más vino.

Nadie hablaba con Arya. A ella no le importaba. Lo prefería así. Si se lo hubieran permitido, habría preferido comer a solas en su dormitorio. A veces la dejaban, como cuando su padre tenía que comer con el rey, o con cualquier gran señor, o con los enviados de tal o cual lugar. El resto de las veces comían en las habitaciones privadas de lord Eddard, solos Sansa, Arya y él. En aquellas ocasiones era cuando más añoraba a sus hermanos. Quería tomarle el pelo a Bran, jugar con el pequeño Rickon, y que Robb le sonriera. Quería que Jon le revolviera el pelo y la llamara hermanita, y que los dos acabaran las frases al unísono. Pero ninguno de ellos estaba allí. No le quedaba nadie, solo Sansa, y Sansa no le dirigía la palabra si su padre no la obligaba.

En Invernalia comían en el salón principal la mitad de las veces. Su padre decía que un señor tiene que comer con sus hombres si quiere conservarlos.

—Debes conocer a los hombres que te siguen —le oyó decir a Robb una vez —, y ellos deben conocerte. No les pidas a tus hombres que mueran por un desconocido.

En Invernalia había siempre un asiento de más a su mesa, y cada día pedía a un hombre diferente que comiera con ellos. Una noche podía ser Vayon Poole, y la charla versaría sobre monedas, panaderías y sirvientes. La noche siguiente sería Mikken, y su padre lo escucharía hablar de armaduras, de espadas, sobre cómo debe ser una forja caliente y la mejor manera de templar el acero. Otro día podía ser Hullén con su interminable charla sobre caballos, o el septón Chay le de la biblioteca, o Jory, o ser Rodrik, o incluso la Vieja Tata con sus cuentos.

No había nada en el mundo que a Arya le gustara más que sentarse a la mesa de su padre y escuchar aquellas conversaciones. También le encantaba oír a los

hombres de los bancos: mercenarios curtidos como el cuero, caballeros, jóvenes escuderos osados, ancianos soldados ya canosos... Les tiraba bolas de nieve y los ayudaba a robar empanadas de la cocina. Sus esposas le daban galletas; ella inventaba nombres para sus bebés, y jugaba con sus hijos a monstruos y doncellas, a esconder el tesoro, al ven a mi castillo... Tom el Gordo la llamaba *Arya Entrelospiés*, porque decía que ahí era donde estaba siempre. A ella le gustaba el apodo mucho más que *Arya Caracaballo*.

Pero aquello era en Invernalia, a un mundo de distancia, y allí todo era diferente. Aquella era la primera vez que comían con los hombres desde la llegada a Desembarco del Rey. Y Arya lo detestaba. Odiaba el sonido de las voces, la manera en que se reían, las historias que contaban. Antes eran sus amigos, se sentía a salvo entre ellos, pero ya sabía que era mentira. Habían permitido que la reina matara a Dama, y aquello ya era espantoso, pero cuando el Perro encontró a Mycah... Jeyne Poole le había dicho a Arya que lo habían cortado en tantos trozos que se lo entregaron al carnicero en un saco, y al principio, este pensó que era un cerdo que habían matado. Y nadie alzó una protesta, ni desenfundó una espada, ni nada. Ni Harwin, que siempre parecía tan osado al hablar, ni Alyn, que iba a ser caballero, ni Jory, que era el capitán de la guardia. Ni siquiera su padre.

—Era mi amigo —le susurró Arya al plato, en voz tan baja que nadie la oyó. Ni siquiera había tocado las costillas, ya frías y con una película de grasa solidificada que las pegaba al plato. La niña las miró y sintió náuseas. Se apartó de la mesa.

—¿Adónde crees que vas, jovencita? —preguntó la septa Mordane.

—No tengo hambre. —A Arya le costó gran trabajo hablar con educación—. ¿Me disculpáis, por favor? —recitó, rígida.

—No, no te disculpamos —replicó la septa—. Si casi no has tocado la comida. Siéntate ahí y limpia el plato.

—¡Límpialo tú!

Antes de que nadie pudiera detenerla, Arya corrió hacia la puerta, mientras los hombres reían a carcajadas y la septa Mordane la llamaba a gritos con voz cada vez más chillona.

Tom el Gordo estaba en su puesto de guardia ante la puerta de la Torre de la Mano. Parpadeó sorprendido al ver que Arya corría hacia él y al oír los gritos de la septa.

—Eh, pequeñaja, alto ahí —empezó.

Pero Arya se le escurrió entre las piernas y subió como un rayo por la escalera de caracol de la torre. Tom el Gordo jadeaba tras ella.

De todo Desembarco del Rey, el único lugar que a Arya le gustaba era su dormitorio, y lo mejor de este era la puerta, una plancha enorme de roble oscuro con tirantes de hierro negro. Cuando cerraba aquella puerta y bajaba la tranca,

nadie podía entrar: ni la septa Mordane, ni Tom el Gordo, ni Sansa, ni Jory, ni el Perro, ¡nadie! La cerró.

Cuando tuvo la puerta atrancada, Arya se sintió por fin a salvo y pudo echarse a llorar.

Se sentó junto a la ventana sollozando. Odiaba a todo el mundo, pero sobre todo se odiaba a sí misma. Todo era por su culpa; todo lo malo que pasaba era por su culpa. Lo decía Sansa, y también Jeyne.

—Arya, nena, ¿qué te pasa? —preguntó Tom el Gordo mientras llamaba a la puerta—. ¿Estás ahí?

—¡No! —gritó ella.

Los golpes en la puerta cesaron. Un momento más tarde oyó pisadas que se alejaban. Era fácil engañar a Tom el Gordo.

Arya se dirigió hacia el baúl situado al pie de la cama. Se arrodilló, levantó la tapa, y empezó a sacar la ropa a brazadas. La seda, el satén, el terciopelo y la lana se amontonaron en el suelo sin orden ni concierto. Estaba allí, en el fondo del baúl, donde la había escondido. Arya la sacó casi con ternura, y extrajo la esbelta hoja de la funda.

—*Aguja*.

Pensó de nuevo en Mycah, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Por su culpa, por su culpa, por su culpa. Si no le hubiera pedido que jugara a las espadas con ella...

Se oyeron golpes en la puerta, más fuertes que antes.

—Arya Stark, haz el favor de abrir esta puerta, ¿me oyés?

Arya se giró, con *Aguja* en la mano.

—¡Será mejor que no entres! —advirtió al tiempo que hendía el aire con ademán fiero.

—¡Se lo voy a decir a lord Eddard! —rugió la septa Mordane.

—¡Y a mí qué! —gritó a su vez Arya—. ¡Vete!

—¡Te vas a arrepentir de este comportamiento insolente, jovencita, te lo aseguro!

Arya prestó atención hasta que oyó el sonido de los pasos de la septa que se alejaban.

Volvió junto a la ventana, con *Aguja* en la mano, y miró abajo, hacia el patio. Ojalá se le diera bien trepar, como a Bran, pensó. Saldría por la ventana, bajaría de la torre y escaparía de aquel palacio odioso, de Sansa, de la septa Mordane y del príncipe Joffrey, de todos. Robaría comida en las cocinas, se llevaría a *Aguja*, sus botas buenas y una capa abrigada. Buscaría a Nymeria en los bosques de cerca del Tridente, y volverían juntas a Invernalia, o tal vez huirían al Muro con Jon. Echaba de menos a Jon más que a nadie en el mundo. Con él quizás no se sentiría tan sola.

Alguien dio unos golpes suaves en la puerta. Arya se apartó de la ventana y

de sus sueños de evasión.

—Arya —oyó la voz de su padre—. Ábreme. Tenemos que hablar.

Arya cruzó la habitación y levantó la tranca. Su padre estaba solo. Parecía más triste que furioso. Aquello hizo que la niña se sintiera aún peor.

—¿Puedo pasar? —Arya asintió y bajó la vista, avergonzada. Su padre cerró la puerta—. ¿De quién es esa espada?

—Mía. —Casi se había olvidado de que tenía a *Aguja* en la mano.

—Dámela.

Le entregó la espada de mala gana; quizás no volviera a sostenerla en la vida. Su padre la examinó a la luz, haciendo girar la hoja para examinar los dos lados. Probó la punta con el pulgar.

—Una espada como las de los jaques —dijo—. Pero me parece reconocer la marca del forjador. Es obra de Mikken. —Arya no era capaz de mentirle. Bajó los ojos. Lord Eddard Stark suspiró—. Mi hija de nueve años consigue armas de mi herrería y yo ni me entero. Se supone que la mano del rey tiene que gobernar los Siete Reinos, y ni siquiera puedo controlar mi casa. ¿Cómo es que tienes una espada, Arya? ¿Cómo la has conseguido? —Ella se mordió el labio y no dijo nada. Nunca traicionaría a Jon, ni siquiera ante su padre—. Bueno, tampoco importa —añadió él tras una pausa. Contempló la espada que tenía entre las manos—. No es juguete para un niño, y menos todavía para una chiquilla. ¿Qué diría la septa Mordane si supiera que juegas con espadas?

—No estaba jugando —replicó Arya—. Y odio a la septa Mordane.

—Basta ya —le espetó su padre con tono duro y cortante—. La septa no hace más que cumplir con su obligación, y bien saben los dioses que se lo pones difícil a la pobre mujer. Tu madre y yo la hemos cargado con la misión imposible de hacer de ti una dama.

—¡Yo no quiero ser una dama! —rugió Arya.

—Debería romper en dos este juguete ahora mismo; así se acabaría tanta tontería.

—*Aguja* no se rompe —dijo Arya desafiante, aunque el temblor en la voz traicionaba sus palabras.

—Vaya, así que tiene nombre, ¿eh? —Su padre suspiró—. Ay, Arya. Tienes algo de salvaje, hija. Mi padre lo llamaba «la sangre del lobo». Lyanna tenía un poco de eso, y mi hermano Brandon, mucho. A los dos los llevó a morir jóvenes.

—La niña captó la tristeza en su voz; no acostumbraba hablar de su padre, ni de sus hermanos, que habían muerto mucho antes de que ella naciera—. Lyanna habría llevado una espada si mi padre lo hubiera permitido. A veces me la recuerdas. Hasta te pareces a ella.

—Lyanna era hermosa —dijo Arya, extrañada. Era lo que decía todo el mundo. En cambio nadie lo decía de ella.

—Ciento —asintió Eddard Stark—. Hermosa y voluntariosa, y murió joven.

—Alzó la espada y la interpuso entre ellos dos—. ¿Qué pensabas hacer con... *Aguja*, Arya? ¿A quién querías ensartar? ¿A tu hermana? ¿A la septa Mordane? ¿Sabes lo primero que hay que saber de la lucha con espada?

—Hay que clavarla por el extremo puntiagudo. —Lo único que recordaba era la lección que le había dado Jon.

—Bueno, sí, eso es lo esencial. —A su padre se le escapó la carcajada.

Arya necesitaba con desesperación que la comprendiera, que viera las cosas como ella.

—Estaba intentando aprender, pero... —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Le pedí a Mycah que se entrenara conmigo. —Se rompieron las compuertas y el dolor la recorrió como una oleada. Se volvió, temblorosa—. Se lo pedí yo —sollozó—. Fue culpa mía, fue culpa...

Su padre la abrazó, la sostuvo con dulzura y le dio la vuelta para que sollozara contra su pecho.

—No, pequeña, no —murmuró—. Llora por tu amigo, pero no te culpes. Tú no mataste al hijo del carnicero. El crimen lo cometieron el Perro y la mujer cruel a la que sirve.

—Los odio —le confió Arya con el rostro enrojecido y la nariz goteando—. Al Perro, a la reina, al rey y al príncipe Joffrey. Los odio a todos. Joffrey mintió; no fue como él dijo. Y también odio a Sansa. Si que se acordaba, pero mintió para gustarle a Joffrey.

—Todos mentimos —dijo su padre—. ¿O de verdad piensas que me creí que Nymeria escapó?

—Jory me prometió que no se lo diría a nadie. —Arya se había sonrojado.

—Y mantuvo su palabra —dijo él con una sonrisa—. No necesito que me digan ciertas cosas. Hasta un ciego vería que esa loba jamás te habría abandonado por su voluntad.

—Tuvimos que tirarle piedras —sollozó Arya—. Le dije que se fuera, que era libre, que ya no la quería. Que se marchara a jugar con otros lobos, los oíamos aullar y Jory dijo que en los bosques había muchos animales, así que podría cazar y comer ciervos. Pero aun así me seguía, y al final tuvimos que tirarle piedras. Yo le di dos veces. Lloró y me miró de una manera que me hizo sentir mucha vergüenza, pero era lo que tenía que hacer, ¿verdad? Si no, la reina la habría matado.

—Era lo que tenías que hacer —le aseguró su padre—. Y hasta en aquella mentira... había cierto honor.

Había dejado a *Aguja* a un lado para abrazar a Arya. Volvió a coger la espada y se dirigió a la ventana. Allí se quedó un momento, observando el patio. Al final se volvió hacia ella con mirada pensativa. Se sentó en la silla, junto a la ventana, con *Aguja* en el regazo.

—Siéntate, Arya. Tengo que explicarte unas cuantas cosas. —La niña,

nerviosa, se acomodó al borde de la cama—. Eres demasiado pequeña para cargar con mis preocupaciones, pero también eres una Stark de Invernalia. Ya conoces nuestro lema.

—Se Acerca el Invierno —susurró ella.

—Los tiempos duros y crueles —asintió su padre—. Los probamos en el Tridente, pequeña, y también cuando Bran se cayó. Naciste durante el largo verano, no has conocido otra cosa, pero ahora, el invierno se acerca de verdad. ¿Te acuerdas también del emblema de nuestra casa?

—El lobo huargo —dijo ella, con la imagen de Nymeria en la mente. Se abrazó las rodillas contra el pecho. De repente tenía mucho miedo.

—Te voy a contar algo sobre los lobos, hija. Cuando cae la nieve y sopla el viento blanco, el lobo solitario muere, pero la manada sobrevive. El verano es tiempo para riñas y altercados. En invierno tenemos que protegernos entre nosotros, darnos calor mutuamente, unir las fuerzas. Así que si quieres odiar a alguien, Arya, odia a aquellos que nos harían daño. La septa Mordane es una buena mujer, y Sansa... Sansa es tu hermana. Sois diferentes como el día y la noche, pero por vuestras venas corre la misma sangre. La necesitas, y ella te necesita a ti. Y que los dioses me ayuden, porque yo os necesito a las dos.

—No odio a Sansa —dijo Arya. Su padre parecía tan cansado que se puso triste—. Lo digo de mentira. —Era solo verdad a medias.

—No quiero asustarte, pero tampoco te voy a mentir. Hemos venido a un lugar muy peligroso, hija. Esto no es Invernalia. Tenemos enemigos que no nos quieren bien. No podemos permitirnos pelear entre nosotros. Tu testarudez, tus escapadas, las palabras bruscas, la desobediencia... En casa no eran más que los juegos veraniegos de una niña. Pero aquí y ahora, con el invierno tan cerca, las cosas cambian. Es hora de que empieces a crecer.

—Lo haré —juró Arya. Nunca lo había querido tanto como en aquel momento—. Yo también puedo ser fuerte. Puedo ser tan fuerte como Robb.

—Toma —dijo él, tendiéndole la empuñadura de *Aguja* después de cogerla por la punta. Ella miró la espada con ojos maravillados. Durante un momento le dio miedo tocarla, como si al tender la mano hacia ella fueran a arrebatarla de nuevo—. Venga, es tuya —insistió su padre.

—¿Me la puedo quedar? —dijo cogiéndola—. ¿Para siempre?

—Para siempre. —Sonrió—. Si me la llevara, no me cabe duda de que antes de quince días encontraría un mangual debajo de tu almohada. Pero, por favor, por mucho que te provoque tu hermana, no la mates.

—Te lo prometo. —Arya se abrazó a *Aguja* mientras su padre salía del dormitorio.

Por la mañana, durante el desayuno, se disculpó ante la septa Mordane y le pidió perdón. La septa la miró con desconfianza, pero su padre asintió.

Tres días después, al mediodía, el mayordomo de su padre, Vayon Poole,

envió a Arya al Salón Pequeño. Las mesas de caballetes estaban desmontadas, y los bancos, amontonados contra las paredes. La estancia parecía desierta hasta que una voz desconocida la llamó.

—Llegas tarde, chico. —Un hombre flaco y calvo, de nariz ganchuda, salió de entre las sombras con un par de espadas de madera en las manos—. Mañana quiero que estés aquí al mediodía.

Tenía un acento extraño, de las Ciudades Libres. Quizá de Braavos, o de Myr.

—¿Quién eres tú? —preguntó Arya.

—Soy tu profesor de baile. —Le lanzó una de las espadas de madera. Ella fue a cogerla, falló y oyó cómo se estrellaba contra el suelo—. Mañana la atraparás. Ahora recógela.

No era un simple palo, sino una espada de madera, con guarda, puño y pomo. Arya, nerviosa, la recogió, la aferró con ambas manos y la sostuvo ante ella. Pesaba más de lo que parecía, mucho más que *Aguja*.

El hombre calvo chasqueó los dientes.

—No se hace así, chico. No es un mandoble; no te hacen falta las dos manos. Se coge solo con una.

—Pesa demasiado —dijo Arya.

—Pesa lo que tiene que pesar, para fortalecerte y para que esté equilibrada. Tiene un hueco lleno de plomo. Cógela con una mano.

Arya soltó la mano derecha y se limpió la palma sudorosa en la ropa. Sujetó la espada con la mano izquierda. El hombre asintió.

—Muy bien, con la izquierda. Todo se invierte, desconciertas al adversario. Pero la posición es errónea. Pon el cuerpo de costado, sí, así. Oye, eres todo huesos. Esto también está bien; así cuesta más acertarte. A ver cómo la agarras. Espera. —Se acercó a ella y le examinó la mano, le separó los dedos y se los colocó bien—. Exacto, así. No la aprietas con tanta fuerza. Tienes que cogerla con destreza y con delicadeza a la vez.

—Y si se me cae? —preguntó Arya.

—El acero tiene que formar parte de tu brazo —replicó el hombre calvo—. ¿Se te puede caer parte del brazo? No. Syrio Forel fue la primera espada del Señor del Mar de Braavos durante nueve años, y entiende de estas cosas, así que hazle caso, chico.

Era la tercera vez que la llamaba *chico*.

—Soy una chica.

—Chico, chica, qué más da —bufó Syrio Forel—. Eres una espada, es lo único que importa. —Chasqueó los dientes—. Bien, así es como se agarra. No estás sujetando un hacha de guerra; tienes en la mano una...

—... aguja —terminó Arya en su lugar con decisión.

—Como quieras. Ahora, empezaremos a bailar. Recuerda que esto no es la danza del hierro de Poniente, la danza de los caballeros, todo golpes y estocadas.

No, esta es la danza del agua de Braavos, rápida e inesperada. Todos los hombres están hechos de agua, ¿lo sabías? Cuando los pinchas, se les escapa el agua y mueren. —Dio un paso atrás y cogió su espada de madera—. Vamos, intenta darme.

Arya intentó darle. Lo intentó durante cuatro horas, hasta que le dolieron todos los músculos del cuerpo. Mientras tanto, Syrio Forel chasqueaba los dientes y corregía sus movimientos.

Al día siguiente empezaron los entrenamientos en serio.

—El mar dothraki —dijo ser Jorah Mormont al tirar de las riendas para detenerse junto a ella al borde del risco.

Bajo ellos, la llanura se extendía, inmensa y desierta, hasta perderse en el lejano horizonte. Dany pensó que sí, que era un verdadero mar. A partir de aquel punto no había colinas, montañas, árboles, ciudades ni caminos; solo una llanura eterna cubierta de hierba que se ondulaba con el viento como si formara olas.

—Es tan verde... —comentó.

—Aquí y ahora —asintió ser Jorah—. Tendríais que verlo cuando florece. Se cubre de flores color rojo oscuro hasta donde abarca la vista, parece un mar de sangre. Si se ve en la estación seca, el mundo se vuelve del color del bronce viejo. Y esto no es más que *hranna*, niña. Ahí hay cientos de tipos de hierbas, algunas amarillas como el limón y otras oscuras como el índigo, hierbas azules y anaranjadas, y otras que son como un arcoíris. Se cuenta que en las Tierras Sombrías, más allá de Asshai, hay océanos de hierba fantasma, más alta que un hombre a caballo y más blanca que el vidriolechoso. Mata a todas las demás hierbas y brilla en la oscuridad con los espíritus de los condenados. Según los dothrakis, algún día, la hierba fantasma cubrirá el mundo entero y será el fin de toda vida.

—Prefiero no hablar de eso ahora —dijo Dany; la sola idea hacía que se estremeciera—. Esto es tan bonito que no quiero ni pensar en la muerte de todo.

—Como digáis, *khaleesi* —obedeció ser Jorah, respetuoso.

La joven oyó el sonido de voces a su espalda, y se volvió. Mormont y ella se habían distanciado del resto del grupo, y los demás ascendían por el risco. Su doncella Irri y los jóvenes arqueros de su *khas* cabalgaban con la elegancia de centauros, pero Viserys se seguía peleando con los estribos cortos y la silla plana. Aquel no era lugar para su hermano; no debería haber ido con ellos. El magister Illyrio había insistido en que permaneciera en Pentos, le había ofrecido la hospitalidad de su casa, pero Viserys se negó en redondo. Iba a seguir a Drogo hasta que pagara la deuda, hasta que tuviera la corona que le había prometido.

—Y si intenta engañarme, aprenderá por las malas que es peligroso despertar al dragón —había jurado Viserys al tiempo que se llevaba la mano a la espada prestada. Ante aquella afirmación, Illyrio se limitó a parpadear y desechar suerte.

Dany pensó que, en aquel momento, no quería escuchar ninguna de las quejas de su hermano. El día era demasiado perfecto. El cielo tenía un color azul intenso y sobre ellos, muy arriba, un halcón de caza trazaba círculos. El mar de hierba se cimbrelaba y suspiraba con la brisa; el aire le acariciaba cálido el rostro, y ella se sentía en paz. No quería que Viserys lo estropeara todo.

—Esperad aquí —dijo a ser Jorah—. Decid a los demás que no se muevan. Que yo lo he ordenado.

El caballero sonrió. Ser Jorah no era un hombre guapo. Tenía el cuello y los hombros de un toro; y el vello negro y crespo que le cubría el pecho y los brazos era tan espeso que no había quedado nada para la cabeza. Pero su sonrisa siempre reconfortaba a Dany.

—Estáis aprendiendo a hablar como una reina, Daenerys.

—Como una reina, no —replicó ella—. Como una *khaleesi*. —Espoleó al caballo y descendió al galope por el risco, sola.

La bajada era abrupta y rocosa, pero Dany cabalgaba sin temor, y la alegría y el peligro eran como una canción en su pecho. Viserys se había pasado la vida diciéndole que era una princesa, pero Daenerys Targaryen no se había sentido como tal hasta que cabalgó en la yegua plateada.

No había resultado fácil. El *khalasar* había levantado el campamento a la mañana siguiente de la boda. Se habían dirigido al este en dirección a Vaes Dothrak, y para el tercer día Dany pensó que se iba a morir. La silla le provocó en las nalgas llagas horrorosas, que sangraban. Tenía los muslos en carne viva; las manos, llenas de ampollas de las riendas, y los músculos de las piernas y la espalda le dolían tanto que apenas aguantaba sentada. Cuando anochecía, sus doncellas tenían que ayudarla a desmontar.

Pero las noches tampoco le proporcionaban alivio. Khal Drogo ni la miraba mientras cabalgaban, igual que no la había mirado durante la boda. Se pasaba las noches bebiendo con sus guerreros y jinetes de sangre, organizando carreras con los mejores caballos, y viendo a las mujeres danzar y a los hombres morir. En aquellas áreas de su vida, Dany no tenía lugar. Cenaba sola, o con ser Jorah y con su hermano, y después lloraba hasta quedarse dormida. Pero todas las noches, poco antes del amanecer, Drogo entraba en su tienda, la despertaba a oscuras y la montaba tan despiadadamente como a su garañón. Siempre la tomaba por detrás, como era costumbre entre los dothrakis. Dany daba las gracias por ello: así, su señor esposo no le veía las lágrimas en el rostro, y podía disimular los gritos de dolor entre los almohadones. En cuanto acababa, él cerraba los ojos y empezaba a roncar con suavidad, y Dany tenía que permanecer tendida junto a él, con el cuerpo magullado, demasiado dolorida para dormir.

Aquello se repitió día tras día, y noche tras noche, hasta que Dany supo que no podría soportarlo ni un momento más. Decidió que se mataría antes de seguir así.

Pero aquella noche, cuando se quedó dormida, volvió a tener el sueño del dragón. En aquella ocasión no aparecía Viserys. Solo estaban el dragón y ella. Tenía las escamas negras como la noche, húmedas y pegajosas de sangre. De la sangre de Dany. Los ojos eran como pozos de magma, y cuando abrió la boca exhaló una llamarada de un rugido. El sonido era una llamada para ella. Abrió los

brazos al fuego; lo estrechó contra el pecho, dejó que la engullera, que la limpiara, que la atemperara. Notaba que la carne se le quemaba, se le caía; que la sangre le hervía y se le evaporaba; pero no había dolor. Se sentía fuerte, nueva, salvaje.

Y al día siguiente, para su sorpresa, ya no estaba tan dolorida. Era como si los dioses la hubieran escuchado y se hubieran apiadado de ella. Hasta sus doncellas advirtieron el cambio.

—Khaleesi, ¿qué os pasa? —dijo Jhiqui—. ¿Estáis enferma?

—Lo estaba —dijo ella. Se encontraba ante los huevos de dragón que le había regalado Illyrio el día de su boda. Tocó uno, el más grande, pasó la mano con suavidad por la cáscara. « Negro y escarlata —pensó—. Como el dragón de mi sueño ». Notaba la piedra cálida bajo los dedos, ¿o acaso seguía soñando? Retiró la mano, nerviosa.

Desde aquel momento, cada día le resultaba más fácil que el anterior. Se le fortalecieron las piernas. Se le reventaron las ampollas, se le encallecieron las manos, y los muslos tiernos pasaron a ser duros y flexibles como el cuero.

El *khal* había encargado a la doncella Irri que enseñara a Dany a cabalgar al estilo dothraki, pero su verdadera maestra fue su montura. Parecía conocer sus estados de ánimo, como si compartieran la misma mente. Cada día que pasaba, Dany se sentía más segura en la silla. Los dothrakis eran un pueblo duro, poco dado a sentimentalismos, y no tenían la costumbre de poner nombres a los animales, así que Dany pensaba en ella simplemente como en la plata. Jamás había amado tanto a ningún otro ser vivo.

A medida que cabalgar le iba resultando menos penoso, Dany empezó a fijarse en la belleza de las tierras que la rodeaban. Iba a la cabeza del *khalasar*, con Drogo y sus jinetes de sangre, de manera que veía el paisaje siempre impoluto. Tras ellos la horda podía desgarrar la tierra, enfangar los ríos y levantar nubes de polvo asfixiante, pero ante ellos, los campos estaban siempre verdes y frondosos.

Pasaron por las colinas onduladas de Norvos, cerca de los cultivos en bancales y de aldeas cuyos habitantes los miraban con temor desde lo alto de muros blancos de estuco. Vadearon tres ríos anchos y tranquilos, y un cuarto que era rápido, estrecho y traicionero. Acamparon junto a una catarata altísima de aguas azuladas; atravesaron las ruinas de una ciudad muerta donde, según se decía, los fantasmas aullaban entre las columnas de mármol ennegrecido. Cabalgaron por caminos valyrios que tenían más de mil años, rectos como una flecha dothraki. Durante media luna recorrieron el bosque de Qohor, donde las hojas entrelazadas formaban un dosel de oro muy por encima de las cabezas, y los troncos de los árboles eran anchos como las puertas de una ciudad. En aquel bosque había alces enormes, tigres moteados, y lémures de pelo plateado y grandes ojos color violeta, pero todos escapaban ante la proximidad del *khalasar*,

y Dany no llegó a ver a ninguno.

Para entonces, el dolor no era más que un recuerdo lejano. Todavía se sentía magullada tras un largo día a caballo, pero era una sensación placentera, y cada mañana montaba de nuevo deseosa de ver las maravillas que la aguardaban en las tierras que se extendían ante ella. Incluso empezó a encontrar placer en las noches, y si gritaba cuando Drogo la tomaba, no era siempre de dolor.

En la base del risco, la hierba que la rodeaba era alta y suave. Dany puso la potranca al trote y cabalgó por la llanura, perdida entre la vegetación, disfrutando de la soledad. En el *khalasar* nunca estaba sola. Khal Drogo acudía a ella solo tras la puesta del sol, pero sus doncellas le daban de comer, la bañaban y dormían junto a la puerta de su tienda. Los jinetes de sangre de Drogo y los hombres del *khas* de Dany nunca estaban demasiado lejos, y su hermano era una sombra molesta, día y noche. En aquellos momentos lo oía gritar furioso a ser Jorah, con voz chillona. Siguió cabalgando, mientras se sumergía en las profundidades del mar dothraki.

El verdor la engulló. El aire tenía la fragancia de la tierra y la hierba, mezclado con el olor del caballo, del sudor de Dany y de los aceites de su pelo. Olores dothrakis. Aquel era su lugar. Dany los respiró y se echó a reír, feliz. De repente tuvo la necesidad de sentir el suelo bajo los pies, de que se le metiera entre los dedos aquella tierra espesa y negra. Se bajó de la silla y dejó que la plata pastara mientras ella se quitaba las botas altas.

Viserys cayó junto a ella, tan repentino como una tormenta de verano. Detuvo su caballo con tal brusquedad que el animal casi se encabritó.

—¿Cómo te atreves —le gritó— a darmes órdenes a mí? ¡A mí! —Se bajó del caballo con torpeza y estuvo a punto de caer. Recuperó el equilibrio con el rostro congestionado. La agarró por los brazos y la sacudió—. ¿Te has olvidado de quién eres? ¡Mira la pinta que tienes!

A Dany no le hacía falta mirarse. Estaba descalza, llevaba el pelo aceitado, y vestía prendas de cuero dothrakis para cabalgar y un chaleco pintado de colores que había sido uno de sus regalos de boda. Su aspecto era el adecuado para aquel lugar. Viserys vestía sedas de ciudad y cota de malla, y estaba sucio y sudoroso. Y no dejaba de gritar.

—Tú no le das órdenes al dragón, ¿entendido? Soy el señor de los Siete Reinos, y no obedezco a la putilla de un señor de los caballos, ¿me oyés? —Le metió la mano bajo el chaleco y le clavó los dedos en el pecho hasta hacerle daño—. ¡Me oyés?

Dany le dio un violento empujón.

Viserys se quedó mirándola con los ojos liláceos llenos de incredulidad. Su hermana jamás le había plantado cara. Nunca lo había desafiado. La rabia le distorsionó el rostro. Dany supo que Viserys le iba a hacer daño. Mucho daño.

Crac.

El restallido del látigo fue como un trueno. La cinta de cuero se enroscó en torno a la garganta de Viserys y lo hizo retroceder. Cayó de espaldas sobre la hierba, ahogándose. Los jinetes dothrakis se burlaron de él cuando intentó liberarse. El que manejaba el látigo, el joven Jhogo, preguntó algo. Dany no entendía aún el idioma, pero para entonces ya habían llegado Irri, ser Jorah y el resto de su *has*.

—Jhogo pregunta si queréis que lo maten, *khaleesi* —dijo Irri.

—No —respondió Dany—. No.

Jhogo entendió la negativa. Otro jinete ladró un comentario, y los dothrakis se echaron a reír.

—Quaro dice que deberíais cortarle una oreja para que aprenda a teneros respeto —tradujo Irri. Viserys estaba de rodillas sujetándose la cinta de cuero que le atenazaba el cuello, gritando incoherentemente, intentando respirar.

—Diles que no es mi deseo que se le cause daño alguno —dijo Dany.

Irri repitió sus palabras en dothraki. Jhogo dio un tirón del látigo, sacudiendo a Viserys como una marioneta de cuerda. Cayó de nuevo al suelo, con una fina línea de sangre bajo la barbilla, allí donde el cuero había mordido la piel.

—Lo advertí de lo que sucedería, mi señora —dijo Mormont—. Le dije que se quedara en el risco, como ordenasteis.

—Lo sé, lo sé —replicó Dany, sin dejar de mirar a Viserys.

Su hermano estaba tendido en el suelo, y pugnaba por recuperar la respiración entre sollozos, con el rostro congestionado. Resultaba patético. Siempre había sido patético. ¿Por qué ella no se había dado cuenta antes? En su interior, en el lugar que antes ocupaba el miedo, tenía una sensación de vacío.

—Encargaos de su caballo —ordenó Dany a ser Jorah. Viserys se quedó mirándola. No daba crédito a lo que oía. La propia Dany tampoco podía creerse lo que estaba diciendo, pero le salieron las palabras—. Que mi hermano camine detrás de nosotros hasta el *khalasar*. —Entre los dothrakis, el hombre que no iba a caballo no era un hombre; era lo más bajo entre lo más bajo, carecía de honor y de orgullo—. Que todos lo vean tal como es.

—¡No! —gritó Viserys. Se volvió hacia ser Jorah—. Dale una bofetada, Mormont —suplicó en la lengua común, que los jinetes no comprendían—. Hazle daño. Te lo ordena tu rey. Mata a estos perros dothrakis y dale una lección.

El caballero exiliado miró a Dany y luego a Viserys. Ella iba descalza; tenía tierra entre los dedos de los pies y aceite en el pelo; él vestía sedas y acero. Dany vio la decisión dibujada en su rostro.

—Caminará, *khaleesi* —dijo. Se hizo cargo del caballo del muchacho, mientras Dany volvía a montar en su plata.

Viserys lo miró y se sentó en la tierra. No abrió la boca, pero tampoco se movió, y los ojos con que los vio alejarse estaban cargados de veneno. Pronto lo perdieron de vista entre las hierbas altas. Dany se asustó.

—¿Sabrá encontrar el camino? —preguntó a ser Jorah.

—Hasta un hombre tan ciego como vuestro hermano puede seguir nuestro rastro —replicó.

—Es orgulloso. Quizá esté demasiado avergonzado para volver.

—¿Y adónde va a ir? —dijo Jorah riéndose—. Si no encuentra el *khalasar*, el *khalasar* lo encontrará a él. Nadie se ahoga en el mar dothraki, niña.

Dany comprendió que era verdad. El *khalasar* era como una ciudad en marcha, pero no avanzaba a ciegas. Siempre había exploradores por delante de la columna principal, por si se divisaba caza o algún enemigo, y otros jinetes guardaban los flancos. En aquella tierra, en su tierra, no había nada que se les escapara. Las llanuras formaban parte de ellos... y también habían pasado a formar parte de ella.

—Le he pegado —dijo con la voz llena de asombro. Todo le parecía un sueño extraño y remoto—. Ser Jorah, ¿creéis...? Cuando vuelva estará muy enfadado conmigo... —Se estremeció—. He despertado al dragón, ¿verdad?

—¿Tenéis poder para despertar a los muertos, niña? —Ser Jorah dejó escapar una carcajada despectiva—. Vuestro hermano Rhaegar era el último dragón, y murió en el Tridente. Viserys no es ni la sombra de una serpiente.

—Pero... Vos... le jurasteis lealtad... —Lo brusco de aquellas palabras la había sobresaltado. De repente, todo aquello en lo que siempre había creído parecía cuestionable.

—Ciento, niña —asintió ser Jorah—. Y si vuestro hermano es la sombra de una serpiente, ¿qué somos los que lo servimos? —Había amargura en su voz.

—Pero, aun así, es el verdadero rey. Es...

—Decidme la verdad —le pidió Jorah mientras detenía el caballo y la miraba—. ¿Queréis que Viserys se siente en un trono?

—No sería un buen rey, ¿verdad? —dijo Dany después de meditar un momento.

—Los ha habido peores..., pero no muchos. —El caballero volvió a poner su montura al paso.

—De todos modos —insistió Dany situándose junto a él—, el pueblo llano lo espera. El magíster Illyrio dice que están bordando estandartes de dragones y rezando por que Viserys cruce el mar Angosto y regrese para liberarlos.

—El pueblo llano, cuando reza, pide lluvia, hijos sanos y un verano que no acabe jamás —replicó ser Jorah—. A ellos no les importa que los grandes señores jueguen a su juego de tronos, mientras los dejen en paz. —Se encogió de hombros—. Pero nunca los dejan en paz.

Dany cabalgó en silencio un rato, analizando las palabras del caballero como si fueran un rompecabezas. El hecho de que al pueblo no le importara si lo gobernaba su verdadero rey o un usurpador iba contra todo lo que le había dicho Viserys durante años. Pero cuanto más pensaba en todo aquello, más ciertas le

parecían las palabras de ser Jorah.

—Y vos, ¿qué pedís cuando rezáis, ser Jorah? —le preguntó.

—Un hogar —dijo, con la voz ronca por la nostalgia.

—Yo también querría un hogar —dijo ella con sinceridad.

—Mirad a vuestro alrededor, *khaleesi*. —Ser Jorah se echó a reír.

Pero Dany no estaba pensando en las llanuras. Pensaba en Desembarco del Rey y en la gran Fortaleza Roja que había construido Aegon el Conquistador. Pensaba en Rocadragón, donde había nacido. En su imaginación, ambos lugares brillaban con un millar de luces y había una chimenea tras cada ventana. En su imaginación, todas las puertas eran rojas.

—Mi hermano no recuperará jamás los Siete Reinos —dijo Dany. Se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que lo sabía. Toda su vida. Solo que no se había permitido formular las palabras, ni siquiera en un susurro. Pero en aquel momento las decía en voz alta, para que las oyera Jorah Mormont, para que las oyera todo el mundo.

—¿Eso creéis? —preguntó ser Jorah mientras la miraba calibrándola.

—No sabría dirigir un ejército ni aunque mi señor esposo se lo diera —dijo la chica—. No tiene dinero, y el único caballero que lo sigue lo considera inferior a una serpiente. Los dothrakis se burlan de su debilidad. Jamás nos llevará a casa.

—Sois sabia, niña —sonrió el caballero.

—No soy ninguna niña —replicó ella, furiosa. Espoleó a su montura hasta poner la plata al galope. Cabalgó cada vez más deprisa, dejó muy atrás a Jorah, a Irri y a los otros; el viento cálido le agitaba el pelo, y el sol poniente le bañaba el rostro con luz rojiza. Cuando llegó al *khalasar*, había anochecido.

Los esclavos le habían plantado la tienda a la orilla de una charca alimentada por el agua de un riachuelo. Oyó voces roncas, procedentes del palacio de hierba entrelazada, en la colina. Pronto habría risas, lo que significaría que los hombres de su *khals* estarían contando lo sucedido aquel día entre la hierba. Cuando Viserys llegara cojeando, todo hombre, mujer y niño del campamento sabría que era un caminante. En el *khalasar* no había secretos.

Dany dejó la plata al cuidado de los esclavos y entró en la tienda. Las sedas la hacían fresca y umbria. Justo cuando dejaba caer a sus espaldas la tela que hacía las veces de puerta, vio un dedo de luz roja que parecía tocar sus huevos de dragón, al fondo de la tienda. Durante un momento fue como si un millar de gotas de fuego escarlata le revolotearan ante los ojos. Parpadeó, y desaparecieron.

«Piedra —se dijo—. No son más que piedra. Hasta Illyrio me lo dijo: todos los dragones han muerto».

Acarició el huevo negro con la palma de la mano; recorrió con los dedos la curva de la cáscara. La piedra estaba tibia. Casi caliente.

—El sol —susurró Dany—. Los ha calentado el sol por el camino.

Ordenó a sus doncellas que le preparasen la bañera. Doreah encendió una hoguera junto a la tienda, mientras Irri y Jhiqui cogían de los caballos de carga la gran bañera de cobre, otro de los regalos de boda, y acarreaban agua de la charca. Cuando el baño estuvo a punto, Irri la ayudó a entrar y se metió en el agua con ella.

—¿Habéis visto alguna vez un dragón? —preguntó mientras Irri le enjabonaba la espalda y Jhiqui le quitaba la arena del pelo. Había oido decir que los primeros dragones llegaron procedentes de oriente, de las Tierras Sombrías, más allá de Asshai y las islas del mar de Jade. Quizá allí vivieran todavía, en reinos extraños y salvajes.

—Ya no quedan dragones, *khaleesi* —dijo Irri.

—Murieron todos —corroboró Jhiqui—. Hace ya mucho, mucho tiempo.

Viserys le había contado que los últimos dragones de los Targaryen habían muerto hacia un siglo y medio, durante el reinado de Aegon III, al que llamaban *el Veneno de Dragón*. A Dany no le parecía tanto tiempo.

—¿En todas partes? —preguntó decepcionada—. ¿Incluso en oriente?

La magia había muerto en occidente cuando cayó la Maldición sobre Valyria y las Tierras del Largo Verano, y ni el acero fraguado con hechizos ni los bardos de tormentas ni los dragones pudieron recuperarla, pero Dany siempre había oido decir que en oriente las cosas eran de otra manera. Según las leyendas, en las islas del mar de Jade había mantícoras; los basiliscos infestaban las selvas de Yi Ti, y los recitadores de hechizos, los brujos y los aeromantes practicaban sus artes abiertamente en Asshai, mientras que en lo más oscuro de la noche, los portadores de sombras y los magos de sangre llevaban a cabo conjuros horripilantes. ¿Por qué no podía haber también dragones?

—No hay dragones —insistió Irri—. Los hombres valientes los matan, porque son bestias espantosas. Lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —corroboró Jhiqui.

—Una vez, un mercader de Qarth me dijo que los dragones venían de la Luna —comentó la rubia Doreah mientras calentaba una toalla ante el fuego.

Irri y Jhiqui tenían más o menos la edad de Dany; eran chicas dothrakis tomadas como esclavas cuando Drogo destruyó el *khalasar* de su padre. Doreah era mayor, de casi veinte años. El magister Illyrio la había encontrado en un lupanar de Lys.

—¿De la Luna? —Dany volvió la cabeza con curiosidad, y los mechones húmedos, blancos como la plata, le cayeron sobre los ojos.

—Me dijo que la Luna era un huevo, *khaleesi* —asintió la joven lysena—. Antes había dos lunas en el cielo, pero una se acercó demasiado al Sol, y con el calor se cascó. De ella salieron mil millares de dragones, y bebieron el fuego del Sol. Por eso los dragones respiran llamas. Algún día, la otra luna también besará el Sol, se romperá, y volverán los dragones.

Las dos chicas dothrakis se echaron a reír.

—Eres una esclava tonta con pelo de paja —dijo Irri—. La Luna no es ningún huevo. La Luna es una diosa, la esposa del Sol. Lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —corroboró Jhiqui.

Dany tenía la piel enrojecida y brillante al salir de la bañera. Jhiqui la tendió de bruces para untarle el cuerpo de aceite y sacarle el polvo de los poros. Despues, Irri la salpicó con florespicio y canela. Mientras Doreah le cepillaba el pelo hasta que tuvo el brillo de las hebras de plata, pensó en la Luna, en huevos y en fantasmas.

La cena constó sencillamente de fruta y queso con pan frito, todo acompañado por una jarra de vino mezclado con miel.

—Quédate a comer conmigo, Doreah —ordenó Dany, y despidió a las otras doncellas. La chica lysena tenía el pelo color miel, y ojos como el cielo en verano. Cuando estuvieron a solas, clavó aquellos ojos en el suelo.

—Me honráis, *khaleesi* —dijo.

Pero no se trataba de un honor, sino de un servicio. Mucho después de que la luna brillara en el cielo, ellas seguían sentadas, hablando.

Aquella noche, cuando Khal Drogo entró en la tienda, Dany lo aguardaba. El hombre se detuvo en la entrada y la miró, sorprendido. Ella se levantó muy despacio y dejó caer al suelo las prendas de seda con que dormía.

—Esta noche debemos salir afuera, mi señor —le dijo, porque los dothrakis creían que todo hecho importante en la vida de un hombre debe tener lugar bajo el cielo abierto.

Khal Drogo la siguió al exterior. Las campanillas de su pelo tintineaban. A pocos pasos de la tienda había una zona de hierba suave, y Dany lo hizo tenderse allí. Cuando él intentó darle la vuelta, ella le apoyó una mano en el pecho.

—No —dijo—. Esta noche quiero mirarte el rostro.

En el corazón del *khalasar* no hay intimidad. Dany sintió mil ojos clavados en ella mientras lo desnudaba; oyó los murmullos cuando hizo las cosas que Doreah le había dicho que hiciera. No le importaba. ¿Acaso no era la *khaleesi*? Los únicos ojos que importaban eran los de su esposo, y cuando lo montó, vio en ellos algo que no había visto jamás. Lo cabalgó con tanta fuerza como a la plata, y cuando a Khal Drogo le llegó el momento del placer, gritó su nombre.

Estaban al otro lado del mar dothraki cuando Jhiqui pasó los dedos por la suave prominencia que era el vientre de Dany.

—Lleváis un niño dentro, *khaleesi* —dijo.

—Lo sé —respondió Dany.

Era su decimocuarto día del nombre.

Abajo, en el patio, Rickon corría con los lobos.

Bran observaba la escena sentado junto a la ventana. Fuera adonde fuera el niño, Viento Gris llegaba antes de un salto para cortarle el paso, hasta que Rickon lo veía, gritaba de puro contento y echaba a correr en otra dirección. Peludo le pisaba los talones, pero se revolvía si los otros lobos se le acercaban demasiado. Se le había oscurecido el pelaje, que era casi negro, y tenía los ojos de fuego verde. Verano, el lobo de Bran, iba el último. Tenía el pelaje plateado y color humo, y veía el mundo a través de unos ojos de oro amarillo. Era más pequeño que Viento Gris, y también más cauto. Bran creía que era el más listo de la camada. Oyó las risas despreocupadas de su hermano mientras corría por el suelo cubierto de tierra con sus piernecitas gordezuelas, casi de bebé.

Le escocían los ojos. Quería estar allí abajo, y reír y correr. Enfadado consigo mismo, Bran se enjugó las lágrimas con los nudillos antes de que brotaran. Ya había pasado su octavo día del nombre. Era casi un hombre adulto; no podía llorar.

—Era mentira —dijo con amargura al recordar al cuervo de su sueño—. No puedo volar. Ni siquiera puedo correr.

—Todos los cuervos son unos mentirosos —asintió la Vieja Tata, que estaba sentada con su labor de costura en las manos—. Me sé un cuento sobre un cuervo.

—Ya estoy harto de cuentos —replicó Bran, petulante. Antes le gustaban mucho los cuentos de la Vieja Tata. Pero las cosas habían cambiado. Se tenía que pasar el día con ella; era la que lo cuidaba, lo limpiaba y le hacía compañía, y aquello no servía más que para empeorar las cosas—. Odio tus estúpidos cuentos —insistió.

—¿Mis cuentos? —La anciana le dedicó una sonrisa desdentada—. No, mi pequeño señor, no son míos. Los cuentos son, a secas, antes y después de mí, y antes de ti también.

Bran, lleno de rencor, pensó que era una vieja muy fea. Encogida, arrugada, casi ciega, demasiado débil para subir escaleras; apenas le quedaban unos mechones de pelo blanco en el cuero cabelludo, de un color rosa sucio. Nadie sabía a ciencia cierta cuántos años tenía, pero según su padre ya la llamaban *Vieja Tata* cuando él era niño. Era, sin duda, la persona más anciana de Invernalia, quizás la más anciana de los Siete Reinos. Había llegado al castillo como ama de cría de algún Brandon Stark cuya madre había muerto en el parto. Brandon Stark era un hermano mayor de lord Rickard, el abuelo de Bran. O quizás un hermano pequeño, o un hermano del padre de lord Rickard. La Vieja Tata cambiaba la historia cada vez que la contaba. En todas ellas, el bebé moría a los tres años de unas fiebres de verano, pero ella se quedaba en Invernalia con sus

hijos. Ambos murieron en la guerra en la que el rey Robert subió al trono, y su nieto también cayó ante las murallas de Pyke durante la rebelión de Balon Greyjoy. También sus hijas se habían casado, se habían marchado y habían muerto mucho tiempo atrás. El único descendiente que le quedaba era Hodor, el gigantón retrasado que trabajaba en los establos. Y la Vieja Tata vivía, y vivía, y seguía viviendo, con sus labores de costura y sus cuentos.

—¿A mí qué me importa de quién son los cuentos? —dijo Bran—. Los odio.

No quería cuentos, y no quería a la Vieja Tata. Quería a su madre y a su padre. Quería ir a correr con Verano. Quería trepar por la pared de la torre rota y dar de comer a los cuervos. Quería volver a montar en poni con sus hermanos. Quería que las cosas fueran como habían sido.

—Me sé un cuento sobre un niño que odiaba los cuentos —dijo la Vieja Tata con su sonrisa estúpida, mientras movía las agujas sin cesar, *clic, clic, clic*, hasta que a Bran le entraron ganas de gritar.

Sabía que las cosas nunca volverían a ser como antes. El cuervo lo engañó para que volara, pero cuando despertó estaba inválido y el mundo había cambiado. Todos lo habían abandonado: su padre, su madre, sus hermanas... Hasta su hermano bastardo, Jon. Su padre le había prometido que cabalgaría en un caballo de verdad hasta Desembarco del Rey, y sin embargo, se habían marchado sin él. El maestre Luwin había enviado a lord Eddard un pájaro con un mensaje, y otro a su madre, y otro al Muro; pero no llegó ninguna respuesta.

—A veces, los pájaros se pierden, hijo —le explicó el maestre—. De aquí a Desembarco del Rey hay mucha distancia y muchos halcones; puede que el mensaje no les haya llegado.

Pero, para Bran, era como si todos hubieran muerto mientras dormía... o quizás era él quien había muerto, y los demás lo habían olvidado. Jory, ser Rodrik y Vayon Poole se habían marchado también, así como Hullen, Harwin, Tom el Gordo y una cuarta parte de la guardia.

Los únicos que quedaban eran Robb y el pequeño Rickon, y Robb había cambiado. Se había convertido en Robb el Señor, o al menos lo intentaba. Llevaba una espada de verdad y no sonreía nunca. Se pasaba el día ejercitando a la guardia y entrenándose en el manejo de la espada, con lo que en el patio resonaba constantemente el choque de metal contra metal, mientras Bran miraba desconsolado desde la ventana. Por las noches se encerraba con el maestre Luwin para hablar o repasar libros de cuentas. En ocasiones se iba a caballo con Hallis Mollen, y estaba ausente varios días, visitando las fortalezas lejanías. Siempre que se iba durante más de un día, Rickon lloraba y no paraba de preguntar a Bran si Robb iba a volver. Pero, incluso cuando estaba en Invernalia, tenía más tiempo para Hallis Mollen y para Theon Greyjoy que para sus hermanos.

—Te puedo contar la historia de Brandon el Constructor —dijo la Vieja Tata

—. Siempre ha sido tu favorita.

Hacía ya milenios, Brandon el Constructor había edificado Invernalia y, según algunas leyendas también el propio Muro. Bran conocía la historia, pero nunca había sido su favorita. Quizá fuera la favorita de algún otro Brandon. A veces, la Tata le hablaba como si fuera su Brandon, el bebé al que había dado el pecho hacía ya tantos años, y en otras lo confundía con su tío Brandon, el que había muerto a manos del Rey Loco antes incluso del nacimiento de Bran. Su madre le había dicho una vez que la Vieja Tata había vivido tanto tiempo que, para ella, todos los Brandon Stark eran uno solo.

—Esa no es mi favorita —dijo—. Mis historias favoritas eran las de miedo.

Se oyó un estrépito en el exterior, y se volvió hacia la ventana. Rickon corría por el patio hacia el puesto de guardia, y los lobos lo seguían, pero la orientación de la ventana de la torre no le permitía ver qué pasaba. Frustrado, se pegó un puñetazo en el muslo. No sintió nada.

—Ay, mi dulce niño de verano —dijo la Vieja Tata con voz queda—, ¡qué sabrás tú del miedo! El miedo es cosa del invierno, mi pequeño señor, cuando la capa de nieve es de cincuenta varas y el viento aúlla gélido desde el norte. El miedo es para la larga noche, cuando el sol oculta el rostro durante años enteros, los bebés nacen, viven y mueren en la oscuridad, los huargos están famélicos y los caminantes blancos recorren los bosques.

—Te refieres a los Otros —dijo Bran.

—Los Otros —asintió la Vieja Tata—. Hace miles y miles de años hubo un invierno frío, duro y largo como jamás hombre alguno había conocido. Hubo una noche que duró una generación, los reyes tiritaban y morían en sus castillos, igual que los porqueros en sus chozas. Las madres asfixiaban a sus hijos para no verlos morir de hambre, y lloraban, y las lágrimas se les helaban en las mejillas. —Su voz y sus agujas se callaron a la vez; miró a Bran con ojos claros, lechosos—. Dime, niño, ¿son estas las historias que te gustan?

—Bueno —reconoció Bran de mala gana—, sí, pero...

La Vieja Tata asintió.

—Fue durante aquella oscuridad cuando aparecieron por primera vez los Otros —empezó, mientras las agujas hacían *clic, clic, clic*—. Eran cosas frías, cosas muertas, que aborrecían el hierro, el fuego, la luz del sol y a toda criatura con sangre caliente en las venas. Arrasaron aldeas, ciudades y reinos; derrotaron a héroes y ejércitos. Eran innumerables, siempre a lomos de caballos blancuzcos y muertos, al frente de huestes de cadáveres. Ni todas las espadas de los hombres pudieron detener su avance; ni las doncellas ni los niños de pecho despertaron su compasión. Dieron caza a las muchachas por los bosques helados y alimentaron a sus sirvientes muertos con la carne de los niños humanos. —Había bajado mucho la voz; casi no era más que un susurro, y Bran se dio cuenta de que se había inclinado hacia delante para oírla.

—Eran los tiempos anteriores a la llegada de los ándalos, y mucho antes de que las mujeres cruzaran el mar Angosto huyendo de las ciudades de Rhoyne; y los cien reinos de aquel entonces eran los reinos de los primeros hombres, que habían arrebatado estas tierras a los hijos del bosque. Pero aquí y allá, en lo más profundo de la espesura, los hijos seguían viviendo en sus ciudades de madera, en las entrañas de las colinas, y los rostros de los árboles montaban guardia. Así que, mientras el frío y la muerte invadían la tierra, el último héroe quiso buscar a los hijos, con la esperanza de que su magia arcana pudiera recuperar lo que habían perdido los ejércitos de los hombres. Emprendió la marcha hacia las tierras muertas con una espada, un caballo, un perro y una docena de compañeros. Buscó y buscó durante años, hasta que desesperó de dar jamás con los hijos del bosque en sus ciudades secretas. Sus amigos fueron muriendo uno a uno, y también su caballo, y por último su perro, y hasta su espada se congeló, de tal manera que se rompió cuando quiso utilizarla. Y los Otros olieron la sangre caliente que le corría por las venas, y siguieron su rastro en silencio; lo persiguieron con manadas de arañas blancas, casi transparentes, grandes como sabuesos...

La puerta se abrió con estrépito, y faltó poco para que a Bran se le saliera el corazón por la boca del susto. Pero solo era el maestre Luwin, aunque inmediatamente después apareció por la puerta el gigantesco Hodor.

—¡Hodor! —anunció el mozo de cuadras, como tenía por costumbre, al tiempo que dedicaba a todos una amplia sonrisa.

—Han llegado visitantes —dijo el maestre Luwin, que no sonreía—. Se requiere tu presencia, Bran.

—Me estaban contando un cuento —se quejó el niño.

—Los cuentos esperan, mi pequeño señor; cuando vuelvas, este estará donde lo dejaste —dijo la Vieja Tata—. En cambio, los visitantes no tienen tanta paciencia. Y a veces traen sus propios cuentos.

—¿De quién se trata? —preguntó Bran al maestre Luwin.

—De Tyrion Lannister, y también vienen algunos hombres de la Guardia de la Noche con noticias de tu hermano Jon. Robb está reunido con ellos. Hodor, ayuda a Bran a bajar a la sala.

—¡Hodor! —asintió el mozo alegremente. Se agachó para no tropezar con la parte superior de la puerta. Media alrededor de dos varas y media; costaba creer que por sus venas corriera la misma sangre que por las de la Vieja Tata. Bran se preguntaba si, cuando fuera viejo, se arrugaría y se encogería tanto como su tatarabuela. No parecía probable ni aunque viviera mil años.

Hodor levantó a Bran con tanta facilidad como si se tratara de una bala de heno, y lo acunó contra el pecho gigantesco. Siempre despedía cierto olor a caballo, pero no era desagradable. Tenía brazos grandes y musculosos, cubiertos de vello castaño.

—Hodor —repitió.

En cierta ocasión, Theon Greyjoy había comentado que Hodor sabía muy pocas cosas, pero que no cabía duda de que al menos sabía muy bien cómo se llamaba. Cuando Bran se lo contó, la Vieja Tata se echó a reír con cloqueos de gallina, y le confesó que el verdadero nombre de Hodor era Walder. Nadie sabía de dónde había salido lo de Hodor, pero cuando empezó a repetirlo constantemente pasaron a llamarlo así. Era la única palabra que decía.

Dejaron a la Vieja Tata en la habitación de la torre, con sus agujas y sus recuerdos. Hodor tarareaba algo sin melodía mientras cargaba a Bran escaleras abajo y por la galería. El maestre Luwin iba tras ellos, aunque tenía que apurar el paso para seguir las largas zancadas del mozo de cuadras.

Robb estaba sentado en el trono elevado de su padre. Vestía cota de malla y cuero endurecido, y tenía el rostro adusto de Robb el Señor. Theon Greyjoy y Hallis Mollen estaban de pie a su lado. Junto a los muros de piedra gris, bajo las ventanas altas y estrechas, había una docena de soldados. En el centro de la sala se encontraban el enano y sus criados, con cuatro desconocidos que lucían las prendas negras de la Guardia de la Noche. En cuanto Hodor entró con él en la sala, Bran captó la ira contenida en el ambiente.

—Cualquier miembro de la Guardia de la Noche es bienvenido en Invernalia, durante tanto tiempo como desee permanecer —decía Robb con la voz de Robb el Señor.

Tenía la espada cruzada sobre las rodillas, desenfundada para que todos vieran el acero. Hasta Bran sabía qué significaba recibir a un invitado con la espada así.

—Cualquier miembro de la Guardia de la Noche —repitió el enano—. Pero yo no, ¿verdad? ¿Te he entendido bien, chico?

—En ausencia de mis padres, yo soy el señor de Invernalia, Lannister —dijo Robb levantándose y apuntando al hombrecillo con la espada—. No me llames chico.

—Si fueras un señor, tendrías la cortesía de un señor —replicó el hombrecillo, como si no viera la espada que le apuntaba al rostro—. Por lo visto, tu hermano bastardo heredó toda la elegancia de tu padre.

—Jon. —A Bran se le cortó la respiración en los brazos de Hodor.

—Así que es cierto, el chico sigue vivo. —El enano se había girado para mirarlo—. Me parecía increíble. Los Stark sois duros de pelar.

—Y los Lannister haríais bien en recordarlo —dijo Robb al tiempo que bajaba la espada—. Trae aquí a mi hermano, Hodor.

—Hodor —dijo Hodor. Se adelantó sonriente y depositó a Bran en el trono elevado de los Stark, donde se habían sentado los señores de Invernalia desde los tiempos en que eran los Reyes en el Norte. El asiento era de piedra fría, pulida por incontables traseros. En los extremos de los gigantescos brazos había tallas de

cabezas de huargos con las fauces abiertas. Bran se agarró a ellas cuando se sentó, con las piernas inútiles colgando. La enormidad del trono lo hacía sentirse casi como un bebé.

—Dices que tienes algo de que hablar con Bran —dijo Robb mientras le ponía una mano en el hombro a Bran—. Bien, Lannister, aquí lo tienes.

La mirada de Tyrion Lannister hacia sentir incómodo a Bran. Tenía un ojo negro y el otro verde; clavaba ambos en él como si lo estudiara, como si lo calibrara.

—Me han dicho que eras un trepador excelente, Bran —dijo por último—. Cuéntame, ¿cómo es que te caíste aquel día?

—Yo no me caigo nunca —insistió el niño. Nunca, nunca, nunca se caía.

—No recuerda nada de la caída, ni de lo que estaba haciendo antes —intervino con amabilidad el maestre Luwin.

—Qué extraño —dijo Tyrion Lannister.

—Mi hermano no ha venido a responder a tus preguntas, Lannister —dijo Robb, cortante—. Dile lo que tengas que decirle y sigue tu camino.

—Tengo un regalo para ti —dijo el enano a Bran—. ¿Te gustaría cabalgar, chico?

—El niño ha perdido el uso de las piernas, mi señor —se adelantó el maestre Luwin—. No puede montar a caballo.

—Tonterías —replicó Lannister—. Con el caballo correcto y la silla adecuada, hasta un tullido puede cabalgar.

—¡Yo no soy un tullido! —La palabra había sido como una puñalada en el corazón de Bran. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas incontenibles.

—Entonces, yo no soy un enano —dijo el enano con una mueca—. Mi padre se alegrará mucho cuando se entere.

Greyjoy soltó una carcajada.

—¿A qué clase de caballo y silla os referís? —preguntó Luwin.

—A un caballo inteligente —replicó Lannister—. El chico no puede darle órdenes con las piernas, así que hay que adaptar el caballo al jinete, enseñarlo a que responda a las riendas, a la voz. Yo optaría por un potro de un año que esté sin entrenar; así no habrá que hacerle olvidar unas cosas antes de aprender otras. —Se sacó un rollo de papel del cinturón—. Dadle esto a quienquiera que os fabrique las sillas. Será más que suficiente.

—Ya... ya veo —dijo el maestre, que curioso como una ardilla gris había cogido el papel de manos del enano, lo había desenrollado y lo estaba estudiando—. Dibujáis muy bien, mi señor. Sí, seguro que funcionará. Tendría que haberseme ocurrido a mí.

—No me ha resultado difícil, maestre. No es tan distinta de las sillas que utilizo yo.

—¿De verdad podré montar a caballo? —preguntó Bran. Quería creerlo, pero

le daba miedo. Quizá fuera otra mentira. El cuervo le había prometido que podría volar.

—Podrás —le aseguró el enano—. Y te juro una cosa, chico: a lomos de un caballo, serás tan alto como cualquier hombre.

—¿Qué es esto, Lannister? ¿Una trampa? —Robb Stark parecía desconcertado—. ¿Qué significa Bran para ti? ¿Por qué quieres ayudarlo?

—Me lo pidió tu hermano Jon —respondió con una sonrisa Tyrion Lannister, llevándose una mano al pecho—. Y mi punto débil son los tullidos, los bastardos y las cosas rotas.

En aquel momento se abrieron de golpe las puertas que daban al patio. La luz del sol entró a raudales en la sala mientras Rickon, jadeante, se precipitaba hacia el interior. Los lobos huargo lo seguían. El niño se detuvo en la puerta con los ojos muy abiertos, pero los lobos entraron. Clavaron la mirada en Lannister, o quizás captaron su olor. Verano fue el primero en empezar a gruñir. Viento Gris lo imitó. Se acercaron amenazadores al hombrecillo, uno desde la derecha y otro desde la izquierda.

—A los lobos no les gusta vuestro olor, Lannister —comentó Theon Greyjoy.

—Ya va siendo hora de que me marche —asintió Tyrion.

Dio un paso hacia atrás... y en aquel momento, a sus espaldas, Peludo salió de entre las sombras, gruñendo. Lannister retrocedió, y Verano se lanzó contra él desde el otro lado. El enano se tambaleó, inseguro, y Viento Gris le lanzó una dentellada al brazo que le arrancó un trozo de tela de la manga.

—¡No! —gritó Bran desde su trono, mientras los hombres de Lannister desenfundaban las espadas—. ¡Ven, Verano! ¡Aquí!

El lobo huargo oyó la voz, miró a Bran y, a continuación, miró de nuevo a Lannister. Retrocedió sin apartar los ojos del hombrecillo, y por último se tendió bajo los pies colgantes de Bran.

Robb había estado contenido el aliento. Lo dejó escapar con un suspiro.

—¡Viento Gris! —llamó. Su lobo volvió con él, rápido y silencioso. Ya solo quedaba Peludo, que seguía gruñendo al hombrecillo y mirándolo con unos ojos que eran como llamaradas verdes.

—¡Llámalo, Rickon! —gritó Bran a su hermano pequeño.

—¡A casa, Peludo, vamos a casa! —gritó Rickon al recuperarse de la sorpresa. El lobo negro gruñó por última vez a Lannister y corrió hacia Rickon, que se le abrazó con fuerza al cuello.

—Qué interesante —comentó con voz inexpresiva Tyrion Lannister. Se quitó la bufanda y se secó la frente con ella.

—¿Os encontráis bien, mi señor? —preguntó uno de sus hombres, espada en mano. No dejaba de mirar a los lobos, nervioso.

—Tengo una manga rota y los calzones incomprensiblemente mojados, pero no tengo nada herido salvo la dignidad.

—Los lobos... —Hasta Robb parecía conmocionado—. No entiendo por qué han hecho eso...

—No cabe duda de que me han confundido con la cena. —Hizo una reverencia rígida en dirección a Bran—. Muchas gracias por llamarlos, joven señor. Te aseguro que les habría resultado muy indigesto. Y ahora sí que me voy de verdad.

—Un momento, mi señor —dijo el maestre Luwin. Se dirigió hacia Robb e intercambiaron con él unos susurros. Bran trató de escucharlos, pero hablaban demasiado bajo.

—Quizá... —dijo Robb Stark envainando la espada—. Puede que haya sido poco cortés contigo. Has sido amable con Bran, y... bueno... —Robb hizo un esfuerzo por recuperar la compostura—. Te ofrezco la hospitalidad de Invernalia, Lannister.

—No me vengas con falsas cortesías, chico. No simpatizas conmigo y no quieres que me quede aquí. Antes he visto una posada fuera de los muros, en Las Inviernas. Allí me darán cama, y así, los dos dormiremos mejor. Y por unas cuantas monedas, igual hasta encuentro alguna ramera amable que me caliente las sábanas. —Se dirigió a uno de los hermanos negros, un viejo de espalda encorvada y barba enmarañada—. Partiremos hacia el sur al amanecer, Yoren. Nos encontraremos en el camino. —Sin añadir más, recorrió la sala trabajosamente con sus piernas cortas, pasó junto a Rickon y salió por la puerta. Sus hombres lo siguieron.

Los cuatro miembros de la Guardia de la Noche se quedaron donde estaban. Robb se volvió hacia ellos, inseguro.

—He ordenado que os preparen habitaciones, y no os faltará agua caliente para limpiaros el polvo del camino. Espero que nos honréis con vuestra presencia esta noche durante la cena.

Formuló la invitación de manera tan torpe que hasta Bran se dio cuenta de que era un discurso aprendido, no palabras que le salieran del corazón. De todos modos, los hermanos negros se lo agradecieron igual.

Hodor tomó a Bran en brazos para llevarlo de vuelta a la cama, y Verano los siguió por las escaleras de la torre. La Vieja Tata estaba dormida en su silla. Hodor dijo: «Hodor», cogió a su tatarabuela, que roncaba con suavidad, y se la llevó. Bran se quedó allí tendido, pensando. Robb le había prometido que aquella noche podría cenar con la Guardia de la Noche en el salón principal.

—Verano —llamó. El lobo se subió a la cama de un salto. Bran lo abrazó con tanta fuerza que sintió el aliento cálido en la mejilla—. Ahora podré montar a caballo —susurró a su amigo—. Pronto iremos a cazar juntos por los bosques, ya verás.

No tardó en quedarse dormido.

En el sueño trepaba por una vieja torre sin ventanas, metía los dedos en las

grietas de las piedras ennegrecidas y buscaba puntos de apoyo con los pies. Trepaba cada vez a más altura y atravesaba las nubes hacia el cielo nocturno, pero la torre seguía y seguía. Cuando se detuvo para mirar abajo, el vértigo lo paralizó, y los dedos casi perdieron su agarre. Bran gritó y se asió con todas sus fuerzas. La tierra estaba miles de leguas más abajo, y él no sabía volar. Él no sabía volar. Aguardó hasta que el corazón dejó de palpitarse con violencia, y siguió trepando. No podía hacer otra cosa que subir y subir. Muy por encima de él, como una silueta negra contra la luna, le pareció distinguir las formas de las gárgolas. Tenía los brazos doloridos y entumecidos, pero no se atrevía a detenerse para descansar. Se obligó a trepar más deprisa. Las gárgolas observaban su ascenso. Tenían ojos brillantes y rojos como carbones en un brasero. Quizá en el pasado fueran leones, pero en aquel momento eran seres retorcidos y grotescos. Bran las oía murmurar entre ellas, con voces terribles de piedra. «No escuches —se dijo—, no escuches»; mientras no las escuchara, estaría a salvo. Pero entonces, las gárgolas se soltaron de la piedra y empezaron a descender por la torre, hacia Bran, y este supo que no estaba a salvo.

—No he oído nada —sollozó mientras se le acercaban—. No he oido nada, no he oido nada. —Se despertó sudoroso y sin aliento, perdido en la oscuridad, y vio una gran sombra que se cernía sobre él—. No he oido nada —susurró, temblando de miedo.

—Hodor —dijo la sombra, y encendió la vela que había junto a la cama.

Bran suspiró, aliviado.

Hodor le limpió el sudor con un pañuelo húmedo y caliente, antes de vestirlo con manos hábiles y tiernas. Cuando llegó la hora, lo bajó al salón principal, donde ya habían instalado la gran mesa sobre caballetes ante la chimenea. El puesto del señor, en la cabecera, quedó libre, pero Robb se sentó a la derecha, y Bran frente a él. Aquella noche cenaron lechón asado, empanada de pichón y nabos con mantequilla, y el cocinero había prometido panales de postre. Verano comía sobras de la mano de Bran, mientras que, en un rincón, Viento Gris y Peludo se peleaban por un hueso. Los perros de Invernalia ya no se atrevían a entrar en la estancia. Al principio, a Bran le había parecido raro, pero ya se estaba acostumbrando.

Yoren era el mayor de los hermanos negros, así que el mayordomo lo había colocado entre Robb y el maestre Luwin. El anciano despedía un olor acre, como si llevara mucho tiempo sin bañarse. Arrancaba la carne con los dientes y rompía los huesos para chupar la médula. Se encogió de hombros cuando le preguntaron por Jon Nieve.

—La pesadilla de ser Alliser —gruñó.

Dos de sus compañeros se echaron a reír, y Bran no entendió nada. Pero cuando Robb se interesó por su tío Benjen, el silencio de los hermanos negros le resultó ominoso.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—Las noticias son malas, señores —dijo Yoren limpiándose los dedos en el chaleco—, y es cruel pagar así vuestra comida y hospitalidad, pero quien hace una pregunta debe ser capaz de soportar la respuesta. Stark ha desaparecido.

—El Viejo Oso lo envió en busca de Waymar Royce —intervino otro de los hombres—, y ya debería haber regresado.

—Hace demasiado tiempo —asintió Yoren—. Lo más probable es que haya muerto.

—Mi tío no ha muerto —dijo Robb Stark en voz alta, furiosa. Se levantó del banco y apoyó la mano en la empuñadura de la espada—. ¿Me oís? ¡Mi tío no ha muerto!

Su voz resonó entre los muros de piedra, y de repente, Bran tuvo mucho miedo.

El anciano Yoren alzó la vista hacia Robb, impasible.

—Como digáis, mi señor —dijo al tiempo que se sacaba un trocito de carne de entre los dientes.

—No hay un hombre en el Muro que conozca el bosque Encantado mejor que Benjen Stark. —El más joven de los hermanos negros se agitó en el asiento, inquieto—. Encontrará el camino de vuelta.

—Puede que sí, puede que no —replicó Yoren—. No es la primera vez que un hombre diestro entra en esos bosques para no salir jamás.

Bran no podía dejar de pensar en el cuento de la Vieja Tata sobre los Otros y el último héroe, perseguido en el bosque por muertos andantes y arañas grandes como sabuesos. Durante un momento tuvo pánico, hasta que recordó el final de la historia.

—Los hijos lo ayudarán —dijo—. ¡Los hijos del bosque!

Theon Greyjoy soltó una risita despectiva.

—Los hijos del bosque desaparecieron hace miles de años, Bran —intervino el maestre Luwin—. Las caras de los árboles son lo único que queda de ellos.

—Puede que eso sea así aquí abajo, maestre —dijo Yoren—. Pero, más allá del Muro, ¿quién sabe? Allí arriba no siempre es posible distinguir lo que está vivo de lo que está muerto.

Aquella noche, cuando hubo terminado la cena, el propio Robb se encargó de llevar a Bran a la cama. Viento Gris abría la marcha, y Verano la cerraba. Su hermano era fuerte para su edad, y Bran resultaba tan ligero como un fardo de trapos, pero las escaleras eran empinadas y oscuras, y cuando llegaron arriba, Robb jadeaba.

Depositó a Bran en la cama, lo tapó con las mantas y sopló para apagar la vela. Durante un rato, se quedó sentado junto a él en la oscuridad. A Bran le habría gustado hablar, pero no sabía qué decir.

—Te encontraremos el caballo perfecto, te lo prometo —susurró Robb al

final.

—¿Volverán algún día? —preguntó Bran.

—Sí —dijo Robb, y en su voz había tal esperanza que el pequeño supo que estaba hablando su hermano, no Robb el Señor—. Madre regresará pronto. Con un poco de suerte podremos salir a caballo a recibirla cuando vuelva. ¡Menuda sorpresa se llevará cuando te vea cabalgar! —Pese a la oscuridad, Bran le vio la sonrisa en el rostro—. Y después, cabalgaremos hacia el norte para ver el Muro. No le diremos nada a Jon; llegaremos el día menos pensado, tú y yo juntos. Será toda una aventura.

—Una aventura —repitió Bran con tristeza.

Oyó sollozar a su hermano. La habitación estaba tan oscura que no podía ver las lágrimas en el rostro de Robb, de manera que tendió la mano en busca de la suya. Los dos hermanos entrelazaron los dedos.

—La muerte de lord Arryn nos entristeció mucho a todos, mi señor —dijo el gran maestre Pyelle—. Por supuesto, os diré cuanto queráis saber acerca de su agonía. Tomad asiento, por favor. ¿Queréis algún refrigerio? ¿Unos dátiles? También tengo unos caquis muy buenos. Ya no puedo tomar vino; por desgracia no lo digiero bien, pero puedo ofreceros leche muy fría endulzada con miel. Es muy refrescante con este calor.

Era cierto que el calor resultaba agobiante; Ned sentía la túnica de seda pegada al pecho. El aire espeso y húmedo envolvía la ciudad como una manta de lana mojada, y la ribera del río era un caos, ya que los pobres habían abandonado sus cuchitriles asfixiantes y mal ventilados para pelear por un lugar donde dormir cerca del agua, el único sitio donde soplaban algo de brisa.

—Os lo agradezco mucho —dijo Ned al tiempo que se sentaba.

Pyelle cogió una diminuta campanilla de plata entre el índice y el pulgar, y la hizo sonar con delicadeza. Una criada muy joven y esbelta acudió a la estancia de inmediato.

—Leche muy fría para la mano del rey y para mí, niña, por favor. Que esté bien dulce. —La muchachita fue a buscar las bebidas; el gran maestre entrelazó los dedos y se apoyó las manos en la barriga—. El pueblo dice que el último año de verano es siempre el más caluroso. No es así, pero a veces lo parece, ¿verdad? En días como este me dais envidia los norteños, con vuestras nevadas de verano. —La pesada cadena enjoyada que el anciano llevaba al cuello tintineó cuando se movió en el asiento—. Ciento que el verano del rey Maekar fue más caluroso que este, y casi igual de largo. Algunos idiotas, incluso en la Ciudadela, pensaron que ya había llegado el Gran Verano, el verano sin fin, pero al séptimo año se acabó de repente; tuvimos un otoño corto y luego un invierno espantosamente largo. Pero el calor, mientras duró, fue terrible. Antigua era un horno durante el día; solo cobraba vida de noche. Salíamos a pasear por los jardines de la ribera y hablábamos sobre los dioses. Recuerdo bien los olores de aquellas noches, mi señor... Perfume y sudor; melones maduros; melocotones y granadas; belladona y flores de luna. Por aquel entonces yo todavía era joven, me estaba forjando el collar. El calor no me agotaba, como me sucede ahora. —Pyelle tenía los párpados tan caídos que parecía a punto de dormirse—. Os ruego que me perdonéis, lord Eddard. No habéis venido a escuchar recuerdos seniles de un verano olvidado antes de que naciera vuestro padre. Perdonad a este viejo por sus divagaciones. Ah, ahí viene la leche. —La criada depositó la bandeja entre ellos, y Pyelle sonrió—. Eres una buena chica. —Cogió una copa, la probó y asintió—. Gracias. Puedes retirarte.

» ¿Qué me estabais diciendo? —preguntó Pyelle clavando en Ned los ojos claros y legañosos, cuando se retiró la criada—. Ah, sí, me preguntabais por lord

Arryn...

—Así es. —Ned bebió un trago de leche fría por pura educación. Su frescor resultaba agradable, pero estaba demasiado dulce para su gusto.

—Si queréis que os diga la verdad, la mano no parecía él mismo en los últimos tiempos —dijo Pyccelle—. Durante varios años estuvimos sentados juntos en el Consejo; debí darme cuenta antes, pero lo atribuí a la carga que llevaba tanto tiempo soportando. Sobre aquellos anchos hombros recaían todas las responsabilidades del reino. Y eso no era lo único. Su hijo siempre había sido enfermizo, y su esposa estaba tan preocupada que no permitía que se apartara de su vista. Habría bastado para agotar hasta a un hombre fuerte, y además, lord Jon no era joven. No era de extrañar, pues, que pareciera melancólico y cansado. O eso creía yo entonces. Ya no estoy tan seguro.

—¿Qué podéis contarme de la enfermedad que acabó con él?

—Un día vino a pedirme cierto libro —dijo el gran maestre abriendo las manos en gesto de dolor e impotencia—; estaba tan sano y robusto como siempre, aunque me pareció muy preocupado. A la mañana siguiente se retorcía de dolor y estaba demasiado débil para levantarse de la cama. El maestre Colemon pensó que era un corte de digestión. Había hecho mucho calor, y la mano acostumbraba a tomar vino muy frío, cosa que puede provocar problemas de estómago. Pero lord Jon siguió debilitándose, así que yo mismo fui a verlo. Por desgracia, los dioses no me dieron poder para salvarlo.

—Tengo entendido que expulsasteis al maestre Colemon.

El asentimiento del gran maestre fue tan lento y deliberado como el avance de un glaciar.

—Así fue, y me temo que lady Lysa no me lo perdonará jamás. Puede que me equivocara, pero en aquel momento me pareció lo mejor. El maestre Colemon es como un hijo para mí, y soy el primero en reconocer y admirar su talento, pero es joven, y a menudo, los jóvenes no comprenden la fragilidad de un cuerpo envejecido. Estaba purgando a lord Arryn con pócimas y jugo de pimienta. Temí que eso lo matara.

—¿Os dijo algo lord Arryn en sus últimas horas?

—En su delirio, la mano repitió muchas veces el nombre de Robert —dijo Pyccelle con el ceño fruncido—, pero no sabría deciros si llamaba a su hijo o al rey. Lady Lysa no consintió que el niño entrara en la habitación por temor a que se contagiara. El rey iba a visitarlo y se pasaba horas sentado junto al lecho, le hablaba y bromeaba sobre cosas del pasado para tratar de levantarle el ánimo. El cariño que le profesaba era evidente.

—¿Nada más? ¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

—Cuando vi que ya no cabía albergar ninguna esperanza, le administré a la mano la leche de la amapola, para que no sufriera. Justo antes de cerrar los ojos por última vez, susurró algo a su esposa y al rey, una especie de bendición para

su hijo. « La semilla es fuerte », dijo. Costaba trabajo entender qué decía. La muerte no le llegó hasta el amanecer, pero después de aquello, lord Jon se quedó tranquilo y no volvió a hablar.

Ned bebió otro sorbo de leche, aunque le costaba contener las náuseas ante el dulzor.

—¿Notasteis algo antinatural en la muerte de lord Arryn?

—¿Antinatural? —La voz del anciano maestre era un susurro apenas audible —. No, la verdad es que no. Fue triste, sin duda. Pero, en cierto modo, no hay nada tan natural como la muerte, lord Eddard. Jon Arryn descansa en paz ya, por fin se ha librado de su carga.

—¿Habíais visto otros casos de la enfermedad que se lo llevó? —preguntó Ned—. ¿En otros pacientes?

—Hace casi cuarenta años que soy gran maestre de los Siete Reinos —replicó Pyccelle—. Durante el reinado de Robert, y antes del suyo, el de Aerys Targaryen, y antes del suyo, el de su padre, Jaehaerys II, y antes del suyo, durante unos meses, serví al padre de Jaehaerys, Aegon V el Afortunado. He visto más enfermedades de las que quiero recordar, mi señor. Y os puedo decir algo: todos los casos son diferentes, y todos los casos se parecen. La muerte de lord Jon no fue más extraña que tantas otras.

—Su esposa no opina lo mismo.

—Ahora lo recuerdo, la viuda es hermana de vuestra noble esposa —dijo el gran maestre con un gesto de asentimiento—. Perdonad la ruda franqueza de este anciano, pero el dolor puede extraviar hasta a las mentes más fuertes y disciplinadas, y la de lady Lysa nunca lo fue. Desde que dio a luz un bebé ya muerto ha visto enemigos por todas partes, y el fallecimiento de su señor esposo la ha destrozado.

—De modo que estáis seguro de que Jon Arryn murió a causa de una enfermedad repentina.

—Así fue —asintió Pyccelle con seriedad—. ¿A qué otra cosa pudo deberse, mi buen señor?

—Al veneno —apuntó Ned con voz tranquila.

Los ojos adormilados de Pyccelle se abrieron de par en par. El anciano maestre se agitó en su asiento, incómodo.

—Es una idea inquietante. No estamos en las Ciudades Libres, donde esas cosas pasan todos los días. Según el gran maestre Aethelmure, allí cada hombre puede ser un asesino, pero incluso así desprecian al envenenador. —Se quedó en silencio un instante, pensativo—. Lo que indicáis es posible, mi señor, pero no me parece probable. Un maestre conoce los venenos más comunes, y los síntomas de lord Arryn no correspondían a ninguno de ellos. ¿Y qué clase de monstruo en forma de hombre osaría asesinar a tan noble señor?

—Tengo entendido que el veneno es un arma de mujer.

—Eso se dice. —Pyccelle, meditabundo, se acarició la barba—. De mujeres, de cobardes... y de eunucos. —Carraspeó y escupió hacia los arbustos. Sobre ellos, en la pajarera, un cuervo graznaba sin cesar—. Lord Varys nació esclavo en Lys, ¿lo sabíais? No confiéis en las arañas, mi señor.

—Seguiré vuestro consejo, maestre. —A Ned no le hacía la menor falta que se lo dijeran. Varys tenía algo que le ponía la carne de gallina—. Y os agradezco la ayuda. Ya os he robado bastante tiempo. —Se levantó.

—Espero haber contribuido a tranquilizaros —dijo el gran maestre Pyccelle mientras se levantaba trabajosamente y lo acompañaba a la puerta—. Si puedo serviros en cualquier otra cosa, solo tenéis que decirlo.

—Hay un detalle —respondió Ned—. Siento curiosidad por examinar el libro que le prestasteis a Jon el día anterior a que cayera enfermo.

—No creo que os interese lo más mínimo —dijo Pyccelle—. Es un volumen muy tedioso sobre los linajes de las grandes casas, escrito por el gran maestre Malleon.

—De todos modos, me gustaría verlo.

—Como deseéis. —El anciano abrió la puerta—. Lo tengo aquí, por alguna parte. En cuanto lo encuentre haré que os lo envíen a vuestros aposentos.

—Habéis sido muy amable —dijo Ned—. Una última cuestión —añadió, como si se le acabara de ocurrir—. Habéis mencionado que el rey estaba junto al lecho de muerte de lord Arryn. ¿Lo acompañaba la reina?

—No, no —respondió Pyccelle—. Estaba de viaje hacia Roca Casterly, con su padre y los niños. Lord Tywin había venido a la ciudad con su séquito, para el torneo del día del nombre del príncipe Joffrey, sin duda con la esperanza de que su hijo Jaime ganara la corona del campeón. Se debió de llevar una gran decepción. Sobre mí recayó la tarea de enviarle a la reina la noticia de la repentina muerte de lord Arryn. Jamás había sentido tanta tristeza al soltar un cuervo.

—Alas negras, palabras negras —murmuró Ned. Era un proverbio que la Vieja Tata le había enseñado de niño.

—Eso dicen las verduleras —asintió el gran maestre Pyccelle—. Pero nosotros sabemos que no siempre es así. Cuando el pájaro del maestre Luwin nos trajo la noticia acerca de vuestro hijo Bran, el mensaje alegró todos los corazones nobles del castillo, ¿no es cierto?

—Es como decís, maestre.

—Los dioses son piadosos. —Pyccelle inclinó la cabeza—. Acudid a mí siempre que me necesitéis, lord Eddard. Estoy aquí para prestar mis servicios.

«Sí —pensó Ned mientras la puerta se cerraba—. Pero ¿a quién?».

Iba de vuelta hacia sus habitaciones cuando se encontró con su hija Arya en la escalera de caracol de la Torre de la Mano. La niña agitaba los brazos para mantener el equilibrio sobre una pierna. La piedra basta le había llenado de

rozaduras los pies descalzos. Ned se quedó mirándola.

—¿Qué haces, Arya?

—Syrio dice que un danzarín del agua puede mantenerse durante horas sobre un dedo del pie —contestó ella moviendo las manos para mantener el equilibrio.

—¿Qué dedo? —bromeó Ned sin poder contener una sonrisa.

—Cualquier dedo —replicó Arya, exasperada. Saltó con la pierna derecha para caer con la izquierda, y se tambaleó peligrosamente antes de recuperar el equilibrio.

—¿Y es imprescindible que lo hagas aquí? Si te caes por las escaleras te vas a hacer daño.

—Syrio dice que un danzarín del agua no se cae nunca. —Apoyó la pierna para tener los dos pies en el suelo—. Padre, ¿va a venir Bran a vivir con nosotros?

—Hasta dentro de mucho tiempo, no, pequeña —dijo—. Tiene que recuperar las fuerzas.

La niña se mordió un labio.

—¿Qué hará Bran cuando sea mayor?

—Tiene muchos años para encontrar la respuesta a esa pregunta, Arya —dijo Ned, que se había arrodillado a su lado—. Por ahora, nos basta con saber que está vivo.

La noche en que llegó el pájaro de Invernalia, Eddard Stark llevó a las niñas al bosque de dioses del castillo, una fanega de olmos, alisos y álamos desde donde se divisaba el río. Allí, el árbol corazón era un gran roble de ramas inmensas llenas de plantas trepadoras. Pero se arrodillaron ante él, como si fuera un arciano, para dar las gracias. Sansa se quedó dormida apenas apareció la luna, y Arya se durmió también varias horas más tarde, acurrucada en la hierba bajo la capa de Ned. Él se mantuvo despierto, solo. Cuando la luz del amanecer empezó a bañar la ciudad, los capullos rojos de aliento de dragón rodeaban a las niñas dormidas.

—He soñado con Bran —le había susurrado Sansa—. Sonreía.

Ned regresó al presente.

—Quería ser caballero —le decía Arya—. Caballero de la Guardia Real. ¿Podrá serlo?

—No —replicó él. No tenía sentido mentir—. Pero algún día puede ser el señor de una gran fortaleza, y sentarse en el Consejo del Rey. Puede erigir castillos, como Brandon el Constructor, o navegar en un barco por el mar del Ocaso, o adoptar las creencias de tu madre y llegar a ser septón supremo.

«Pero nunca volverá a correr detrás de su lobo —pensó con una tristeza que no se podía expresar con palabras—. Ni yacerá con una mujer, ni sostendrá en brazos a su hijo».

—Yo también puedo ser consejera de un rey, construir castillos y ser septón supremo? —preguntó Arya inclinando la cabeza a un lado.

Ned le dio un beso en la frente.

—Tú te casarás con un rey, gobernarás en su castillo, y tus hijos serán caballeros, príncipes y señores, y quizá alguno sea septón supremo, sí.

—No —dijo la niña con una mueca—. Eso, para Sansa.

Dobló la pierna derecha y siguió con sus ejercicios de equilibrio. Ned suspiró y se fue.

Una vez en sus habitaciones, se quitó las prendas de seda manchadas de sudor, cogió la palangana que había junto a su cama y se echó agua fría por la cabeza. Alyn entró cuando se secaba la cara.

—Ha venido lord Baelish. Solicita una audiencia, mi señor —dijo.

—Acompáñalo a mis estancias —dijo Ned mientras cogía una túnica limpia, la del lino más ligero que encontró—. Lo recibiré ahora mismo.

Cuando Ned llegó, Meñique estaba sentado junto a la ventana, observando el entrenamiento con espadas de los caballeros de la Guardia Real, en el patio.

—Ojalá la mente del viejo Selmy fuera tan afilada como su espada —dijo con melancolía—. Las reuniones del Consejo serían mucho más animadas.

—Ser Barristan es tan valiente y honorable como el que más en Desembarco del Rey. —Ned había aprendido a respetar al anciano y canoso lord comandante de la Guardia Real.

—Y también pelma como el que más —puntualizó Meñique—, aunque seguro que hará un buen papel en el torneo. El año pasado desmontó al Perro, y hace solo cuatro que fue el campeón.

El tema del posible vencedor del torneo no interesaba lo más mínimo a Eddard Stark.

—Lord Petyr, ¿esta visita tiene algún motivo, o solo venís a disfrutar del paisaje que se divisa desde mi ventana?

—Le prometí a Cat que os ayudaría en vuestras indagaciones, y lo he hecho —dijo Meñique con una sonrisa.

Aquello cogió desprevenido a Ned. Con o sin promesas de por medio, no conseguía confiar en lord Petyr Baelish, que siempre le parecía demasiado listo.

—¿Tenéis algo para mí?

—Tengo a alguien —lo corrigió Meñique—. A cuatro, para ser exactos. ¿No se os ocurrió interrogar a los sirvientes de la mano?

—Ojalá fuera posible —contestó Ned con el ceño fruncido—. Lady Arryn se llevó a todo su séquito cuando volvió al Nido de Águilas. Todos los que trataban de cerca a su esposo la acompañaron en su huida: el maestre de Jon, su mayordomo, el capitán de su guardia, sus caballeros y criados...

—Se llevó a casi todo su séquito —dijo Meñique—, pero quedaron algunas personas. Una ayudante de cocina embarazada, que se casó a toda prisa con uno de los palfreneros de lord Renly; un caballerizo, que se alistó en la Guardia de la Ciudad; un criado despedido por hurto, y el escudero de lord Arryn.

—¿Su escudero? —Ned estaba gratamente sorprendido. Los escuderos solían conocer bien las idas y venidas de sus señores.

—Ser Hugh del Valle. El rey lo nombró caballero tras la muerte de lord Arryn.

—Enviaré a alguien a buscarlo —dijo Ned—. Y también a los otros.

—Mi señor, ¿tenéis la amabilidad de acercaros aquí, a la ventana? —preguntó Meñique con una mueca.

—Por qué?

—Venid y os lo mostraré, mi señor. —Ned se acercó a la ventana con el ceño fruncido. Petyr Baelish hizo un gesto descuidado—. Mirad al otro lado del patio, junto a la puerta de la armería. ¿Veis a un niño sentado en los escalones, que afila una espada con una piedra de amolar?

—Sí, ¿qué pasa con él?

—Es un informante de Varys. La Araña muestra gran interés en todo lo que hacéis. Ahora mirad hacia la muralla. Más al oeste, sobre los establos. ¿Veis al guardia que vigila desde el baluarte?

—¿Otro de los pajaritos del eunuco? —preguntó Ned cuando lo diviso.

—No, ese es de la reina. Como veis, desde su posición divisa sin problemas la puerta de esta torre; así sabe siempre quién os visita. Y hay muchos otros; a la mayoría no los conozco ni yo. La Fortaleza Roja está llena de ojos. ¿Por qué creéis que oculté a Cat en un burdel?

—Por los siete infiernos —maldijo Eddard Stark; detestaba aquellas intrigas. Era cierto; parecía que el hombre de la muralla lo vigilaba. Se apartó de la ventana, incómodo—. ¿Es que todo el mundo informa a alguien en esta maldita ciudad?

—No todo el mundo —replicó Meñique. Contó con los dedos de la mano—. A ver, estamos vos, yo, el rey... Aunque, bien pensado, el rey le cuenta demasiado a la reina, y de vos no estoy del todo seguro. —Se levantó—. ¿Tenéis a vuestro servicio a algún hombre en quien confiéis plenamente?

—Sí —dijo Ned.

—En ese caso, me encantaría venderos un palacio precioso que tengo en Valyria —replicó Meñique con sonrisa burlona—. La respuesta más sensata habría sido «no», mi señor, pero si insistís... Enviad a ese ser maravilloso a ver a ser Hugh y a los otros. Vuestras idas y venidas no pasan desapercibidas, pero ni Varys ni la Araña pueden vigilar a todos los hombres de vuestro servicio todas las horas del día. —Se dirigió hacia la puerta.

—Lord Petyr —empezó Ned—. Os... os agradezco vuestra ayuda. Quizá me equivocaba al desconfiar de vos.

—Tardáis mucho en aprender, lord Eddard. —Meñique se pasó los dedos por la barbita puntiaguda—. Desconfiar de mí ha sido lo más inteligente que habéis hecho desde que desmontasteis al llegar.

Jon estaba enseñando a Dareon a asestar golpes de costado cuando el nuevo recluta entró en el patio de entrenamiento.

—Tienes que separar más los pies —insistió—. No querrás perder el equilibrio. Muy bien. Ahora tienes que girar mientras asestas el golpe; pon todo tu peso en la espada.

—Por los siete dioses —murmuró Dareon, apartándose y levantándose el visor—. No te pierdas eso, Jon.

Jon dio media vuelta. A través de la ranura del visor del yelmo divisó al chico más gordo que había visto en su vida. Estaba de pie ante la puerta de la armería, y por lo menos pesaba diez arrobas. El cuello de piel de su chaqueta bordada desaparecía bajo la papada. Tenía unos ojos claros que miraban nerviosos en todas direcciones, su rostro parecía una luna llena, y se pasaba los dedos regordetes por la casaca de terciopelo para secarse el sudor.

—Me... me han dicho que viniera aquí a... a entrenarme —dijo sin dirigirse a nadie en concreto.

—Un señorito —dijo Pyp a Jon—. Sureño, de la zona de Altojardín, seguro.

—Pyp había recorrido los siete reinos con una compañía teatral y alardeaba de que sabía de dónde era cualquiera con tan solo oír su voz.

El chico llevaba bordado en el pecho del abrigo, en hilo rojo, un cazador dando un paso. Jon no reconoció el emblema. Ser Alliser Thorne echó un vistazo a su nuevo alumno.

—Por lo visto, en el sur ya andan escasos de ladrones y cazadores furtivos. Ahora nos envían al Muro a los cerdos. ¿Qué clase de armadura son las pieles y el terciopelo, mi señor Jamón?

Más tarde descubrieron que el nuevo recluta tenía armadura propia: jubón acolchado, coraza, cota de malla y yelmo, y hasta un escudo de madera y cuero en el que se veía el mismo emblema del cazador. Pero, como ninguna de las prendas era negra, ser Alliser lo obligó a equiparse de nuevo en la armería. Tardó media mañana. Su volumen obligó a Donal Noye a desmontar una cota de malla, para ampliarla poniéndole trozos de cuero en los costados. El yelmo no le entraba en la cabeza, así que el armero tuvo que quitar el visor. Las prendas de cuero le apretaban de tal manera las piernas y las axilas que casi no podía moverse. Una vez uniformado para el combate, el muchacho nuevo parecía una salchicha demasiado hecha, a punto de reventar.

—Esperemos que no seas tan inepto como pareces —dijo ser Alliser—. Halder, averigua qué sabe hacer ser Cerdí.

Jon Nieve hizo una mueca. Halder había nacido en una cantera y había trabajado en ella como aprendiz. Tenía dieciséis años, era alto y musculoso, y sus golpes eran los más fuertes que había sentido Jon en la vida.

—Esto se pone más feo que el culo de una puta —murmuró Pyp, y no le faltaba razón.

El combate había acabado en menos de lo que canta un gallo. El muchacho gordo acabó en el suelo, tembloroso; le salía sangre del yelmo roto y le corría entre los dedos regordetes.

—¡Me rindo! —chilló—. ¡Basta, me rindo, no me pegues más!

Rast y algunos de los otros chicos se reían. Pero ser Alliser no quería que aquello terminara tan deprisa.

—En pie, ser Cerdí —ordenó—. Recoge la espada. —Pero el chico siguió aferrado al suelo, de bruces, de modo que Thorne le hizo un ademán a Halder—. Dale golpes de plomo con la espada hasta que se levante. —Halder asestó un golpe ligero en las nalgas de su rival—. ¡Esa es toda la fuerza que tienes? —se mofó Thorne.

Halder alzó la espada larga con ambas manos y asestó un golpe tan fuerte que la coraza se rompió. El chico nuevo aulló de dolor.

Jon Nieve dio un paso al frente. Pyp le puso una mano enguantada en el hombro.

—No, Jon —susurró, clavando una mirada de ansiedad en ser Alliser Thorne.

—En pie —repitió Thorne. El chico gordo se debatió para incorporarse, resbaló y cayó de nuevo—. Vaya, parece que ser Cerdí empieza a captar la idea —observó Thorne—. Otra vez.

Halder alzó la espada para asestar un nuevo golpe.

—¡Córtanos un poco de jamón! —le gritó Rast entre carcajadas.

—Ya basta, Halder —dijo Jon mientras se liberaba de la mano de Pyp.

Halder miró a ser Alliser.

—El bastardo habla y los campesinos tiemblan —dijo el maestro de armas con su voz gélida, hiriente—. Te recuerdo, lord Nieve, que aquí mando yo.

—Mira a ese chico, Halder —dijo Jon haciendo caso omiso de Alliser—. No hay ningún honor en golpear a un enemigo caído. Se ha rendido. —Se arrodilló junto al chico gordo.

—Se ha rendido —repitió Halder bajando la espada.

—Vaya, por lo visto nuestro bastardo se ha enamorado —dijo Alliser con los ojos de ónix clavados en Jon Nieve mientras este ayudaba al chico a ponerse en pie—. Quiero ver tu acero, lord Nieve.

Jon desenfundó su espada larga. Se atrevía a desafiar a ser Alliser solo hasta cierto punto, y tenía la sensación de que lo había sobrepasado con creces. Thorne sonrió.

—El bastardo quiere defender a su amada, así que este será el ejercicio. Rata, Espinilla, echadle una mano a Cabeza de Piedra. —Rast y Albett se adelantaron para situarse junto a Halder—. Los tres podréis hacer gritar un rato a lady Cerdí. Solamente tenéis que derrotar antes al bastardo.

—Ponte detrás de mí —le dijo Jon al chico gordo. Ser Alliser solía hacer que se enfrentara contra dos rivales, pero nunca contra tres. Sabía que aquella noche se acostaría magullado y ensangrentado. Se preparó para resistir el ataque.

De repente, Pyp estuvo a su lado.

—Tres contra dos es más deportivo —dijo el muchacho menudo con tono alegre. Se bajó el visor y desenfundó la espada. Antes de que Jon pudiera protestar, Grenn se había adelantado para unirse a ellos.

En el patio se hizo un silencio mortal. Jon sentía los ojos de ser Alliser clavados en él.

—¿A qué esperáis? —preguntó a Rast y a los otros, con una voz engañosamente suave.

Pero Jon fue el primero en moverse. Halder apenas tuvo tiempo de detener el golpe con su espada.

Jon lo hizo retroceder; cada golpe era un ataque; quería mantener desequilibrado al muchacho mayor. «Debes conocer a tu enemigo», le había enseñado ser Rodrik. Jon conocía a Halder; tenía una fuerza brutal, pero carecía de paciencia y no le gustaba defenderse. Seguro que si lo frustraba lo suficiente bajaría la guardia.

El sonido del acero contra el acero resonó por el patio cuando los muchachos se enfrentaron. Jon detuvo un ataque salvaje que le iba directo a la cabeza, pero el impacto de las espadas hizo que un calambre le recorriera el brazo. Lanzó un golpe lateral que acertó a Halder en las costillas, y su recompensa fue un grito amortiguado de dolor. El contraataque acertó a Jon de pleno en el hombro. La cota de malla crujió, y el dolor le recorrió el cuello como un latigazo, pero Halder había perdido el equilibrio durante un instante. Jon le lanzó un tajo a la pierna izquierda, y el muchacho cayó con una maldición.

Grenn se defendía bien, tal como Jon le había enseñado, y apenas daba tregua a Albett, pero la presión era excesiva para Pyp. Rast le sacaba dos años, y también pesaba una arroba y media más. Jon se le acercó por detrás y dio un golpe en el casco del violador, que resonó como una campana. Rast se tambaleó; Pyp se coló bajo su guardia, lo derribó y le puso la espada en la garganta. Jon también estaba sobre él.

—Me rindo —gritó Rast, al verse enfrentado a dos espadas.

—Esta farsa ya se ha prolongado demasiado por hoy —dijo despectivo ser Alliser Thorne, contemplando aquello con repugnancia. Se marchó. La sesión de entrenamiento había terminado.

Dareon ayudó a Halder a ponerse en pie. El hijo del picapedrero se quitó el yelmo con dificultad y lo lanzó al otro lado del patio.

—Durante un instante he pensado que, por fin, ya te tenía, Nieve.

—Durante un instante me has tenido —replicó Jon. Sentía un dolor lacerante en el hombro, bajo la cota de malla y la coraza. Envainó la espada y fue a

quitarse el yelmo, pero cuando levantó el brazo, el dolor fue tal que lo obligó a apretar los dientes.

—Espera, te ayudo —dijo una voz. Unas manos de dedos gruesos le soltaron el yelmo del gorjal y lo alzaron con suavidad—. ¿Te ha hecho daño?

—No es la primera vez que recibo un golpe. —Se tocó el hombro e hizo una mueca. A su alrededor, los muchachos salían del patio. El chico gordo tenía sangre en el pelo, allí donde Halder le había hendido el casco.

—Me llamo Samwell Tarly, de Colina... —Se detuvo y se pasó la lengua por los labios—. No, era de Colina Cuerno, hasta que... que me fui. He venido a vestir el negro. Mi padre es lord Randyll, vasallo de los Tyrell de Altojardín. Yo era su heredero, pero... —Se quedó sin voz.

—Yo soy Jon Nieve, bastardo de Ned Stark, de Invernalia.

Samwell Tarly asintió.

—Si... si quieras puedes llamarme Sam. Mi madre me llama Sam.

—Tú a él lo puedes llamar lord Nieve —dijo Pyp al tiempo que se acercaba a ellos—. Y ni te imaginas cómo lo llama su madre.

—Estos dos son Grenn y Pypar —presentó Jon.

—Grenn es el feo —indicó Pyp.

—Tú eres más feo que yo —dijo Grenn frunciendo el ceño—. Yo al menos no tengo orejas de murciélagos.

—Quiero daros las gracias a todos —dijo el chico gordo con seriedad.

—¿Por qué no te has levantado y has luchado? —quiso saber Grenn.

—Lo he intentado, de verdad, pero... no podía. No quería que me pegara más. —Clavó la vista en el suelo—. Es que... soy un cobarde. Mi padre me lo dice siempre.

Grenn lo miró atónito. Hasta Pyp, que siempre tenía algo que decir, se había quedado sin palabras. ¿Qué clase de hombre se calificaba como cobarde?

Samwell Tarly debió de ver en sus rostros lo que pensaban. Sus ojos buscaron los de Jon y luego se apartaron rápidamente como animales asustados.

—Lo siento, de verdad que lo siento —añadió—. Yo no elegí... ser como soy.

—Eché a andar hacia la armería con pasos pesados.

—Te han hecho daño —le gritó Jon—. Mañana lo harás mejor.

—No. —Sam lo miró por encima de un hombro, con gesto triste—. No lo haré mejor. —Párpadeó para contener las lágrimas—. Nunca lo hago mejor.

Cuando el chico gordo estuvo lejos, Grenn frunció el ceño.

—A nadie le caen bien los gallinas —dijo, incómodo—. Me arrepiento de que lo hayamos ayudado. Ahora, todos pensarán que nosotros también somos unos gallinas.

—Tú eres demasiado tonto, no llegas a gallina —le dijo Pyp.

—Eso es mentira —bufó Grenn.

—Es verdad. Si un oso te atacara en el bosque, serías demasiado tonto para

escapar corriendo.

—Mentira —insistió Grenn—. Escaparía corriendo más deprisa que tú.

Se detuvo de golpe al ver la sonrisa de Pyp y comprendió qué había dicho. Se le puso rojo el cuello. Jon dejó allí a sus compañeros, discutiendo, y entró en la armería para colgar la espada y despajarse de la maltratada armadura.

La vida en el Castillo Negro seguía ciertas pautas; por las mañanas había entrenamientos con espada, y por las tardes, todo tipo de trabajos. Los hermanos negros encomendaban a los reclutas tareas diferentes, para ver cuáles eran sus habilidades. Jon adoraba las escasas tardes en que lo enviaban a cazar con Fantasma para abastecer la mesa del lord comandante, pero por cada uno de aquellos días tenía que pasar una docena con Donal Noye en la armería, manejando la piedra de amolar mientras el herrero manco afilaba las hachas embotadas por el uso, o bombeando el fuelle para que Noye forjara una espada nueva. En otras ocasiones le correspondía llevar mensajes, montar guardia, limpiar el estiércol de los establos, hacer flechas, ayudar al maestre Aemon con los pájaros, o bien a Bowen Marsh con la contabilidad y los inventarios.

Aquella tarde, el comandante de las guardias lo envió a la jaula de la grúa con cuatro toneles de piedra machacada, para tender gravilla por los caminos helados de la parte superior del muro. Era un trabajo aburrido y solitario, pese a la compañía de Fantasma, pero a Jon no le importaba. En los días despejados, desde la cima del Muro se divisaba medio mundo, y el aire era siempre frío y tonificante. Allí tenía tiempo para pensar, y a su mente acudió Samwell Tarly... y, curiosamente, también Tyrion Lannister. Se preguntaba qué habría pensado Tyrion del chico gordo.

—Casi todos los hombres prefieren negar la verdad antes que enfrentarse a ella —le había dicho el enano con una sonrisa. El mundo estaba lleno de gallinas que se hacían pasar por héroes. Para admitir la propia cobardía, como había hecho Samwell Tarly, hacía falta una especie singular de valor.

El hombro magullado lo hacía trabajar despacio. La tarde estaba ya bien avanzada cuando Jon terminó de echar gravilla por los caminos. Remoloneó en la cima del Muro para ver la puesta de sol, que teñía el cielo del oeste de un color rojo sangre. Por fin, cuando empezó a envolverlo la oscuridad, Jon hizo rodar los toneles vacíos hacia la jaula, e indicó a los hombres de la grúa que lo bajaran.

Cuando llegó con Fantasma a la sala común, los demás estaban ya terminando de cenar. Un grupo de hermanos negros bebía vino especiado y jugaba a los dados cerca de la chimenea. Sus amigos estaban sentados en el banco más cercano a la pared oeste, y reían a carcajadas. Pyp estaba contando una historia. El chico actor de las orejas inmensas era un magnífico mentiroso capaz de imitar cien voces, y más que contar historias las vivía y representaba todos los papeles: en un momento era el rey, y al siguiente, un porquerizo. Cuando se convertía en tabernera o en princesa virginal ponía una voz en falso

que hacía llorar de risa a todos los que lo rodeaban, y sus eunucos eran siempre parodias escalofriantemente certeras de ser Alliser. A Jon le gustaban tanto como a cualquiera las representaciones de Pyp, pero aquella noche dio media vuelta y se dirigió hacia el final del banco, donde Samwell Tarly estaba sentado, a solas, tan lejos de los demás como era posible.

Cuando Jon se sentó frente a él, estaba terminándose la empanada de cerdo que habían servido los cocineros para cenar. El chico gordo abrió los ojos de par en par al ver a Fantasma.

—¿Es un lobo?

—Un lobo huargo —dijo Jon—. Se llama Fantasma. El lobo huargo es el emblema de la casa de mi padre.

—El de la nuestra es un cazador.

—¿Te gusta cazar?

—Lo detesto. —El chico gordo se estremeció. Parecía a punto de echarse a llorar otra vez.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Jon—. ¿Por qué tienes siempre tanto miedo?

Sam contempló lo que le quedaba de empanada y movió la cabeza con gesto débil, demasiado asustado para hablar. Una carcajada resonó por toda la sala. Jon oyó a Pyp chillar con voz aguda. Se puso de pie.

—Vamos afuera —añadió.

—Para qué? —La cara redonda y regordeta se alzó hacia él con desconfianza—. ¿Qué vamos a hacer fuera?

—Hablar —replicó Jon—. ¿Has visto el Muro?

—Estoy gordo, no ciego —dijo Samwell Tarly—. Claro que lo he visto, tiene más de trescientas varas de altura.

Pero pese a todo se levantó, se echó sobre los hombros la capa con ribetes de piel y siguió a Jon fuera de la sala común, todavía desconfiado, como si temiera que alguna trampa cruel lo aguardara en el exterior. Fantasma iba junto a ellos.

—No me imaginaba que sería así —dijo Sam mientras andaban. Sus palabras formaban nubes de vapor en el aire helado, y el esfuerzo por mantener el paso de Jon lo hacía jadear—. Los edificios están medio derrumbados, y hace tanto... tanto...

—¿Frío? —La escarcha formaba ya una costra dura sobre el castillo, y Jon oía el crujido suave de la hierba gris bajo las botas. Sam asintió con tristeza.

—No soporto el frío —dijo—. La otra noche me desperté, y el fuego se había apagado. Pensé que iba a morir congelado antes del amanecer.

—¿En el lugar de donde vienes hacia calor?

—No había visto la nieve hasta hace un mes. Estaba cruzando los túmulos con los hombres que mi padre designó para acompañarme al norte, y de repente empezó a caer esa cosa blanca, como si fuera lluvia. Al principio me pareció

muy bonito, era como si bajaran plumas del cielo, pero no paraba, y yo me helaba hasta los huesos. Los hombres tenían hielo en las barbas y en los hombros, y seguía cayendo nieve. Tenía miedo de que no acabara nunca.

Jon sonrió.

El Muro se alzaba ante ellos, con su brillo pálido a la luz de la luna menguante. En el cielo, las estrellas brillaban claras y nítidas.

—¿Me van a obligar a subir ahí arriba? —preguntó Sam; al ver los peldaños de madera, el rostro se le había desencajado—. Si tengo que subir por esa escalera, me muero.

—Hay una grúa —señaló Jon—. Te pueden llevar arriba en una especie de jaula.

—Me dan miedo las alturas. —Samwell Tarly sorbió por la nariz.

—¿Es que tienes miedo de todo? —preguntó Jon, incrédulo, frunciendo el ceño. Aqueello ya era demasiado—. No lo entiendo. Si de verdad eres tan gallina, ¿qué haces aquí? ¿Por qué se une un cobarde a la Guardia de la Noche?

Samwell Tarly lo miró durante un momento larguísimo, y al final la cara redonda pareció desmoronarse. Se sentó en el suelo cubierto de escarcha y se echó a llorar con unos sollozos tremendos que le estremecían todo el cuerpo. Jon Nieve no sabía qué hacer; se limitó a mirarlo; como la nieve, parecía que las lágrimas no acabarían jamás.

Fantasma sí supo qué hacer. El huargo claro, silencioso como una sombra, se acercó a Samwell Tarly y empezó a lamerle las lágrimas del rostro. El chico gordo dejó escapar un grito de sobresalto... y sin saber por qué, al instante siguiente, los sollozos se habían transformado en risas.

Jon Nieve también se echó a reír. Después, se sentaron juntos en el suelo helado, arrebusados en las capas y con Fantasma tendido entre ellos. Jon le contó cómo Robb y él habían encontrado a los cachorros recién nacidos entre las nieves de las postimerías del verano. Le parecía como si hubieran pasado mil años. No tardó en hablarle también de Invernalia.

—A veces sueño con ese lugar —dijo—. Recorro las salas desiertas. Mi voz levanta ecos, pero nadie responde, así que camino más deprisa, abro las puertas, llamo a la gente. Ni siquiera sé a quién estoy buscando. La mayor parte de las noches es a mi padre, pero otras es a Robb, o a mi hermanita Arya, o a mi tío.

El recuerdo de Benjen Stark lo entriscié; su tío seguía desaparecido. El Viejo Oso había enviado expediciones en su búsqueda. Ser Jaremy Rykkr había dirigido dos batidas, y Qhorin Mediamano había recorrido todo el terreno desde la Torre Sombría, pero lo único que encontraron fueron unas marcas en los árboles, que su tío había dejado para señalar el camino. En las tierras altas y pedregosas del noroeste, las marcas desaparecían de repente, y se perdía por completo todo rastro de Ben Stark.

—En tu sueño, ¿encuentras a alguien alguna vez? —preguntó Sam.

—A nadie —contestó Jon sacudiendo la cabeza—. El castillo está siempre desierto. —Nunca había hablado a nadie de aquel sueño, y no entendía por qué se lo contaba a Sam, pero se sentía bien al hacerlo—. Hasta los cuervos de la pajarera han desaparecido, y en los establos solo quedan huesos. Es lo que más miedo me da siempre. Echo a correr, abro todas las puertas, subo los escalones de la torre de tres en tres, llamo a gritos a alguien, a cualquiera. Y por fin me encuentro ante la puerta que lleva a las criptas. Dentro está muy oscuro, pero veo la escalera de caracol que desciende. Y sé que tengo que bajar, pero no quiero. Me da miedo lo que sea que me espera abajo. Los antiguos Reyes del Invierno están en las criptas, sentados en sus tronos, con lobos de piedra a los pies y espadas de hierro sobre el regazo, pero no son ellos los que me dan miedo. Grito que yo no soy un Stark, que aquel lugar no me corresponde, pero no sirve de nada; tengo que bajar, y empiezo a descender por las escaleras, tanteando las paredes, porque no llevo ninguna antorcha y no hay luz. Todo está cada vez más oscuro, y empiezo a tener ganas de gritar. —Se detuvo, algo avergonzado—. En ese punto es donde siempre me despierto. —Y despertaba con la piel fría y pegajosa, temblando en la oscuridad de su celda. Fantasma se subía de un salto y se tendía junto a él; le proporcionaba un calor reconfortante como el amanecer. Volvía a dormirse con el rostro contra el pelaje blanco del huargo—. ¿Tú sueñas con Colina Cuerno? —preguntó.

—No. —Sam apretó los labios—. Detestaba aquel lugar.

Rascó a Fantasma detrás de las orejas, ensimismado, y Jon respetó el silencio. Pasó un largo rato. Al final, Samwell Tarly empezó a hablar, y Jon Nieve escuchó sin interrumpir, para descubrir cómo un cobarde confeso había llegado al Muro.

Los Tarly eran una familia antigua y honorable, vasallos de Mace Tyrell, señor de Altojardín y Guardián del Sur. El hijo mayor de lord Randyll Tarly, Samwell, nació destinado a heredar tierras ricas, una fortaleza sólida y un mandoble casi legendario llamado *Veneno de Corazón*, forjado en acero valyrio y que se transmitía de padre a hijo desde hacía casi quinientos años.

Si su señor padre sintió algún orgullo cuando nació Samwell, este se fue desvaneciendo a medida que el muchacho crecía recordete, blando y torpe. A Sam le gustaba escuchar música y componer canciones, vestir ropas de terciopelo y jugar junto a los cocineros en las cocinas del castillo, rodeado por los aromas deliciosos de los pasteles de limón y las tartas de arándanos. Sus grandes pasiones eran los libros, los gatitos y la danza, pese a su torpeza natural. Pero la mera visión de la sangre le daba mareos, y lloraba si veía matar un pollo. Por Colina Cuerno pasaron una docena de maestros de armas, que intentaron transformar a Samwell en el caballero que su padre soñaba. El niño recibió insultos y bastonazos; lo abofetearon y lo mataron de hambre. Un hombre lo hacía dormir con la cota de malla para hacerlo más marcial; otro lo vistió con las

ropas de su madre y lo hizo desfilar por las afueras del castillo, para ver si la vergüenza le inculcaba algún valor. Pero Sam no hacía más que engordar y cada vez era más asustadizo, hasta que la decepción de lord Randyll se transformó en furia y en desprecio.

—Una vez —le confió Sam en susurros— vinieron al castillo dos hombres de Qarth, dos hechiceros de piel blanca y ojos azules. Mataron un uro y me hicieron bañarme en la sangre caliente, porque decían que eso me daría valor. Pero me dieron arcadas y vomité. Mi padre los mandó azotar.

Por fin, después de tres niñas en otros tantos años, lady Tarly le dio a su señor esposo otro hijo varón. Desde aquel día en adelante, lord Randyll no volvió a mirar a Sam, y dedicó todo su tiempo a su hijo pequeño, un niño robusto y feroz, mucho más de su agrado. Samwell conoció así varios años de paz y tranquilidad, con su música y sus libros.

Hasta que amaneció el decimoquinto día de su nombre, cuando lo despertaron y se encontró con el caballo ensillado y el equipaje listo. Tres soldados lo escoltaron hasta un bosque cercano a Colina Cuerno, donde su padre estaba desollando un ciervo.

—Ya eres casi un hombre, y sigues siendo mi heredero —dijo lord Randyll Tarly a su hijo mayor, sin dejar de limpiar el despojo con un cuchillo largo—. No me has dado motivos para desheredarte, pero no permitiré que te quedes con las tierras y el título que corresponden a Dickon por derecho. *Veneno de Corazón* debe ser para un hombre que pueda esgrimirlo, y tú no eres digno ni de tocar la empuñadura. Así que he decidido que hoy anunciarás que deseas vestir el negro. Renunciarás a todo derecho sobre la herencia de tu hermano, y emprenderás el viaje hacia el norte antes de que anochezca.

» De lo contrario, mañana habrá una cacería, tu caballo tropezará en estos bosques, tú te caerás y morirás... o eso es lo que le diré a tu madre. Y por favor, no imagines que te resultaría fácil desafiarme. Nada me produciría mayor placer que darte caza como al cerdo que eres. —Dejó el cuchillo de desollar a un lado. Tenía los brazos empapados de sangre hasta el codo—. Así que puedes elegir. La Guardia de la Noche... —Metió las manos en las entrañas del ciervo, le arrancó el corazón y se lo mostró, ensangrentado y goteante—. O esto.

Sam contó la historia con voz tranquila, inexpresiva, como si le hubiera pasado a otra persona y no a él. Y por extraño que pareciera no lloró ni una vez. Cuando terminó, los dos chicos se quedaron sentados un rato, escuchando el sonido del viento. No se oía otra cosa en el mundo entero.

—Deberíamos volver a la sala común —dijo Jon al final.

—¿Por qué? —preguntó Sam.

—Hay sidra caliente, o vino especiado si lo prefieres —dijo Jon encogiéndose de hombros—. Algunas noches Dareon nos canta algo si está de humor. Antes era juglar... bueno, no del todo, era aprendiz de juglar.

—¿Cómo es que vino a parar aquí? —preguntó Sam.

—Lord Rowan de Sotodeoro lo pescó en la cama con su hija. La chica tenía dos años más que él, y Dareon dice que lo ayudó a entrar por la ventana, pero delante de su padre dijo que había sido una violación, y aquí acabó el pobre. Cuando el maestre Aemon lo oyó cantar dijo que su voz era miel derramada sobre un trueno. —Jon sonrió—. Sapo también canta, si es que a eso se lo puede llamar cantar. Canciones de borracho que aprendió en la taberna de su padre. Pyp dice que su voz es como meados derramados sobre un pedo.

Ambos rieron juntos.

—Me gustaría oírlos a los dos —reconoció Sam—, pero no querrán que esté ahí. —Se le ensombreció el rostro—. Mañana me obligará a pelear otra vez, ¿verdad?

—Sí —tuvo que reconocer Jon.

—Más vale que intente dormir. —Sam se puso en pie con torpeza. Se arrebujó en su capa y se alejó con pasos pesados.

Cuando Jon volvió a la sala común, con Fantasma por toda compañía, los demás aún estaban allí.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Pyp.

—Estaba hablando con Sam —dijo.

—Es un verdadero gallina —dijo Grenn—. Durante la cena había sitio en el banco con nosotros, pero le ha dado miedo y se ha sentado lejos.

—A lord Jamón no le parecemos suficientemente dignos para compartir la cena con nosotros —apuntó Jeren.

—Se ha comido un trozo de empanada de cerdo —dijo Sapo con una sonrisa—. ¿Sería pariente suyo? ¡Oink! ¡Oink!

—¡Basta ya! —les espetó Jon, furioso. Los chicos, desconcertados por lo repentino de su furia, se quedaron callados—. Escuchadme —añadió Jon. Y les explicó qué iban a hacer. Pyp le dio su apoyo, como sabía que haría, pero se llevó una sorpresa muy agradable cuando Halder también lo respaldó. Grenn no se decidía al principio, pero Jon sabía cómo convencerlo. Uno por uno fueron accediendo todos los demás. Jon persuadió a algunos, lisonjeó a otros, humilló a unos cuantos, y amenazó cuando fue necesario. Al final, todos estuvieron de acuerdo. Todos menos Rast.

—Haced lo que os dé la gana, nentitas —dijo Rast—, pero si Thorne vuelve a decirme que ataque a lady Cerdí, cortaré una loncha de panceta para la cena. —Se rio en la cara de Jon antes de dar media vuelta y marcharse.

Horas después, mientras el castillo dormía, tres muchachos lo visitaron en su celda. Grenn le sujetó los brazos y Pyp se le sentó en las piernas. Jon oyó la respiración acelerada de Rast cuando Fantasma le saltó sobre el pecho. Los ojos del lobo huargo ardían como brasas rojas mientras mordisqueaba la piel tierna de la garganta del muchacho, lo justo para que brotaran unas gotas de sangre.

—Acuérdate de que sabemos dónde duermes —le dijo Jon con voz suave. Por la mañana, Jon oyó como Rast les decía a Albett y a Sapo que se había cortado al afeitarse.

De aquel día en adelante, ni Rast ni nadie hizo daño a Samwell Tarly. Cuando ser Alliser los enfrentaba al chico gordo, se limitaban a defenderse y a detener sus golpes lentos y torpes. Si el maestro de armas les ordenaba que atacaran, se limitaban a bailar en torno a Sam, y a asestar ligeros golpes contra la coraza del pecho, el yelmo o la pierna. Ser Alliser se enfurecía, los amenazaba, los llamaba gallinas, mujercitas y cosas peores, pero nadie hacía daño a Sam. Al cabo de unas pocas noches, ante la insistencia de Jon, se sentó a cenar con ellos, ocupando un puesto junto a Halder en el banco. Pasaron dos semanas antes de que juntara el valor suficiente para intervenir en la conversación, pero al poco tiempo se reía de las muecas de Pyp y bromeaba con Grenn como el que más.

Samwell Tarly era gordo, torpe y asustadizo, pero no carecía de cerebro. Una noche fue a ver a Jon a su celda.

—No sé qué hiciste —dijo—, pero sé que hiciste algo. —Apartó la vista con timidez—. Nunca había tenido un amigo.

—No somos amigos —dijo Jon. Puso una mano en el hombro carnoso de Sam—. Somos hermanos.

Y era cierto, pensó cuando Sam se fue. Robb, Bran y Rickon eran hijos de su padre, y todavía los quería, pero Jon sabía que nunca había sido uno de ellos. Catelyn Stark se había encargado de aquello. Los muros grises de Invernalia seguirían apareciendo en sus sueños, pero su vida estaba en el Castillo Negro, y sus hermanos eran Sam, Grenn, Halder, Pyp y el resto de los marginados que vestían el negro de la Guardia de la Noche.

—Mi tío tenía razón —susurró a Fantasma.

Deseó con todo su corazón volver a ver a Benjen Stark para poder decírselo.

EDDARD

—La causa de todos los problemas es el torneo de la mano, señores —se quejó el comandante de la Guardia de la Ciudad ante el Consejo del Rey.

—El torneo del rey —lo corrigió Ned con una mueca—. Te garantizo que la mano no quiere saber nada del tema.

—Podéis llamarlo como queráis, mi señor. Llegan caballeros de todas partes del reino, y por cada caballero llegan también dos mercenarios, tres artesanos, seis soldados, una docena de comerciantes y dos de prostitutas, y más ladrones de los que quiero imaginar. Este condenado calor tiene a los ciudadanos al borde de un ataque, y ahora, con tantos visitantes... Anoche tuvimos un ahogado, una reyerta de taberna, tres peleas con navajas, una violación, dos incendios, ni se sabe cuántos robos, y una carrera de caballos de borrachos por la calle de las Hermanas. La noche anterior encontramos la cabeza de una mujer en el Gran Septo, en el estanque del arcoíris. Por lo visto, nadie sabe de quién era, ni cómo llegó allí.

—Qué espanto —comentó Varys con un escalofrío.

—Si no puedes mantener la paz del rey, quizás otro deba dirigir la Guardia de la Ciudad, Janos. —Lord Renly Baratheon era menos compasivo—. Otro que sea capaz.

—Ni el propio Aegon el Dragón podría mantener la paz, lord Renly. —Janos, un hombre grueso y con papada, se hinchó como un sapo furioso, con el rostro enrojecido—. Lo que necesito son más hombres.

—¿Cuántos? —preguntó Ned inclinándose hacia delante. Como de costumbre, Robert no se había molestado en asistir a la sesión del Consejo, así que la mano tenía la obligación de hablar en su nombre.

—Tantos como sea posible, lord Eddard.

—Contrata a cincuenta hombres —le dijo Ned—. Lord Baelish se encargará de que recibas fondos.

—Ah, ¿sí? —dijo Meñique.

—Desde luego. Conseguiste cuarenta mil dragones de oro para el torneo; no me cabe duda de que encontrarás algo de calderilla para mantener la paz del rey.

—Ned se volvió hacia Janos Slynt—. También te cederé a veinte espadas de mi casa para que sirvan con la Guardia hasta que acaben los festejos.

—Os lo agradezco, lord Eddard —dijo Slynt con una reverencia—. Os prometo que aprovecharemos al máximo vuestro esfuerzo.

Cuando el comandante salió de la estancia, Eddard se volvió hacia el resto del Consejo.

—Cuanto antes acabe esta locura, mejor —dijo. Por si no fuera suficiente con los gastos y las molestias, todos se empeñaban en echar sal en la herida de Ned denominándolo «el torneo de la mano», como si él fuera la causa. ¡Y

Robert creía sinceramente que debería sentirse honrado!

—Estos acontecimientos hacen prosperar al reino, mi señor —dijo el gran maestre Pyccelle—. Dan a los grandes una oportunidad de alcanzar la gloria, y a los pequeños, un descanso en medio de sus preocupaciones.

—Y llenan más de un bolsillo —agregó Meñique—. Todas las posadas de la ciudad están ocupadas, y las putas caminan como si montaran a caballo.

—Menos mal que mi hermano Stannis no está aquí —intervino lord Renly riéndose—. ¿Os acordáis de aquella vez que propuso prohibir los burdeles? El rey le preguntó si no sería mejor prohibir también comer, cagar y respirar. A veces me pregunta cómo engendró Stannis a esa hija tan fea. Va al lecho conyugal como quien se dirige al campo de batalla, con una expresión sombría en el rostro, pero decidido a cumplir con su deber.

—Yo también estaba pensando en vuestro hermano Stannis. —Dijo Ned, que no había participado en la carcajada—. ¿Cuándo terminará su visita a Rocadragón y volverá a ocupar su puesto en este Consejo?

—Seguro que en cuanto arrojemos al mar a todas las putas —replicó Meñique, lo que provocó otra carcajada.

—Ya he oído bastante charla sobre putas por hoy —dijo Ned al tiempo que se levantaba—. Hasta mañana.

Harwin estaba de guardia cuando Ned volvió a la Torre de la Mano.

—Di a Jory que acuda a mis habitaciones, y pídele a tu padre que ensille mi caballo —ordenó Ned con cierta brusquedad.

—Sí, mi señor.

Mientras subía por las escaleras, Ned pensó que la Fortaleza Roja y el torneo de la mano lo exasperaban hasta límites inimaginables. Añoraba el refugio de los brazos de Catelyn, el ruido de las espadas de Robb y Jon al chocar en el patio de entrenamientos, los días frescos y las noches frías del norte.

Una vez en sus habitaciones se despojó de las ropas de seda con que acudía al Consejo, y mientras aguardaba la llegada de Jory, centró su atención en el libro, *Linajes e historia de las grandes casas de los Siete Reinos*, con muchas descripciones de nobles caballeros, damas y sus descendientes, obra del gran maestre Malleon. Pyccelle le había dicho la verdad: no era una lectura amena en absoluto. Pero Jon Arryn se había interesado por aquel libro, y Ned estaba seguro de que tenía algún motivo. En aquellas páginas amarillentas y quebradizas se ocultaba algo, algún hecho importante. Pero ¿cuál? Aquel tomo tenía más de cien años. Apenas quedaba algún hombre con vida de los nacidos cuando Malleon recopiló su polvorienta lista de matrimonios, nacimientos y defunciones.

Volvió a abrirlo por el capítulo relativo a la casa Lannister y fue pasando las páginas, con la vana esperanza de encontrar la clave en el momento menos pensado. Los Lannister eran una familia antigua; sus orígenes se remontaban a Lann el Astuto, un embaucador de la Edad de los Héroes, tan legendario como

Bran el Constructor, aunque mucho más apreciado por juglares y narradores. En las canciones, Lann conseguía sacar a los Casterly de Roca Casterly sin más arma que su ingenio, y robaba el oro del sol para dar brillo a los rizos de su cabello. A Ned le habría gustado contar con su ayuda en aquel momento, a ver si conseguía sacar la verdad oculta en aquel condenado libro.

Un golpe brusco en la puerta anunció la llegada de Jory Cassel. Ned cerró el libro de Malleon y le dijo que entrara.

—He prometido ceder veinte hombres a la Guardia de la Ciudad hasta que acabe el torneo —dijo—. Te encomiendo que los elijas. Pon a Alyn al mando, y asegúrate bien de que los hombres comprenden que su misión es poner fin a las reyertas, no iniciarlas. —Ned se levantó, abrió un arcón de cedro y sacó ropa interior de lino ligero—. ¿Has encontrado al mozo de cuadras?

—Al guardia, mi señor —lo corrigió Jory—. Jura que no volverá a tocar un caballo en lo que le queda de vida.

—¿Te ha dicho algo interesante?

—Asegura que conocía bien a lord Arryn. Que eran amigos íntimos. —Jory dejó escapar un bufido—. Dice que la mano le daba a cada chico una moneda de cobre en su día del nombre. Que se le daba bien tratar a los caballos. No los presionaba demasiado, y les llevaba zanahorias y manzanas, así que los animales se ponían contentos al verlo.

—Zanahorias y manzanas —repitió Ned.

Por lo visto, aquel chico iba a ser aún menos útil que los otros. Y era el último de los cuatro que había mencionado Meñique. Jory había hablado con todos, uno por uno. Ser Hugh se mostró brusco y poco propenso a colaborar, tan arrogante como solo podía serlo un caballero recién nombrado. Si la mano quería hablar con él, estaría encantado de recibirla, pero no permitiría que lo interrogara un simple capitán de la guardia... ni aunque dicho capitán fuera diez años mayor que él, y cien veces mejor espada. La sirvienta, por lo menos, había sido amable. Comentó que no era bueno que lord Jon leyera tanto, que parecía melancólico y estaba muy preocupado por la frágil salud de su hijito, y que siempre discutía con su esposa. El antiguo criado, que se había hecho zapatero, jamás había intercambiado dos palabras con lord Jon, pero conocía multitud de chismorreos: el señor había discutido con el rey; el señor apenas probaba su comida; el señor iba a enviar a su hijo como pupilo a Rocadragón; el señor estaba muy interesado en la cría de perros de caza; el señor había visitado a un maestro armero para encargarle una armadura nueva, forjada en plata, con un halcón de jaspe azul y una luna de madreperla en el pecho. El propio hermano del rey había ido con él para elegir el dibujo, según el criado. No, lord Renly no; el otro, lord Stannis.

—¿Y el guardia recordaba algo más de interés?

—Asegura que lord Jon era tan fuerte como un hombre que tuviera la mitad de sus años. Iba a menudo a cabalgar con lord Stannis.

«Otra vez Stannis», pensó Ned. Aquello era extraño. Jon Arryn y lord Stannis siempre mantuvieron una relación cortés, no amistosa. Y cuando Robert emprendió el viaje hacia Invernalia, Stannis se retiró a Rocadragón, la fortaleza isleña de los Targaryen, que él mismo había conquistado en nombre de su hermano. No había dicho cuándo pensaba regresar.

—¿Adónde iban cuando salían a caballo?

—Según el chico, visitaban un burdel.

—¿Un burdel? —Se sorprendió Ned—. ¿El señor del Nido de Águilas y mano del rey iba a un burdel con Stannis Baratheon?

Sacudió la cabeza, incrédulo, pensando en lo que diría lord Renly si supiera aquello. Las aventuras de Robert eran tema de canciones de taberna en todo el reino, pero Stannis era muy diferente. Apenas tenía un año menos que el rey, y no se le parecía en nada: era austero, adusto, implacable, y su sentido del deber rozaba el fanatismo.

—El chico está seguro. Dice que la mano se llevaba tres hombres como escolta, y que siempre bromeaban cuando devolvían los caballos al establo.

—¿A qué burdel iban?

—Él no lo sabía. Los guardias lo sabrán.

—Lástima que Lyra se los llevara —gruñó Ned—. Los dioses nos ponen todos los impedimentos que pueden. Lady Lyra, el maestre Colemon, lord Stannis... todo el que podía saber qué le sucedió a Jon Arryn está a mil leguas.

—¿Vais a hacer venir a lord Stannis de Rocadragón?

—Todavía no —dijo Ned—. Esperaré a tener una idea más precisa de qué está pasando, y de su papel en esto.

Aquel asunto lo tenía muy preocupado. ¿Por qué se había marchado Stannis? ¿Había tenido algo que ver con el asesinato de Jon Arryn? ¿O había tenido miedo? A Ned le costaba imaginar algo capaz de atemorizar a Stannis Baratheon, que en el pasado había soportado un año de asedio en Bastión de Tormentas, sobreviviendo a base de ratas y del cuero de las botas, mientras en el exterior, lord Tyrell y lord Redwyne organizaban festines a la vista de sus muros.

—Tráeme el jubón, por favor. El gris, el que tiene el emblema del lobo huargo. Quiero que el armero sepa quién soy. Igual eso lo vuelve más sincero.

—Lord Renly es tan hermano de lord Stannis como del rey —dijo Jory mientras se dirigía hacia el guardarropa.

—Pero por lo visto no lo invitaban a esas expediciones.

Ned no sabía qué pensar de Renly, siempre tan amistoso y sonriente. Hacía pocos días, Renly lo había llevado aparte para mostrarle un exquisito medallón de oro en forma de rosa. Dentro había un retrato en miniatura, del vivido estilo myriense, que representaba a una hermosa joven con ojos de gacela y una cascada de suave cabello castaño. Renly parecía muy deseoso de saber si la chica le recordaba a alguien, y cuando Ned se encogió de hombros por toda

respuesta, se mostró decepcionado. Le confesó que la dama era Margaery, la hermana de Loras Tyrell, pero algunos decían que se parecía a Lyanna.

—Pues no —le había respondido Ned, divertido. ¿Sería posible que Renly, tan parecido a Robert de joven, se hubiera encaprichado de la chica que consideraba una nueva Lyanna? Le pareció una extravagancia.

Jory le tendió el jubón y lo ayudó a ponérselo.

—Puede que lord Stannis regrese para el torneo de Robert —dijo mientras Jory le anudaba la prenda por la espalda.

—Sería todo un golpe de suerte, mi señor.

Ned sonrió, sombrío, mientras se colgaba una espada larga del cinto.

—En otras palabras, que es improbable.

Jory le puso la capa sobre los hombros y se la cerró en el cuello con el broche propio del cargo de la mano.

—El herrero vive sobre su taller, en una casa grande, al comienzo de la calle del Acero. Alyn conoce el camino, mi señor.

Ned asintió.

—Los dioses se apiaden del criado si me está haciendo perder el tiempo.

Era una pista muy pequeña en la que depositar sus esperanzas, pero el Jon Arryn que Ned Stark había conocido no era de los que se ponían armaduras de plata enjoyadas. El acero era el acero. Servía para protegerse, no para adornarse. Podía haber cambiado, claro. No sería el primero que veía las cosas de otra manera tras unos cuantos años en la corte... Pero el detalle era demasiado llamativo para que Ned lo pasara por alto.

—¿Puedo serviros en algo más?

—Tendrás que empezar a visitar prostíbulos.

—Dura misión me encomendáis, señor —sonrió Jory—. A mis hombres no les importaría ayudarme. Creo que Porther ya ha empezado por su cuenta.

El caballo favorito de Ned estaba ensillado y lo aguardaba en el patio. Varly y Jacks se unieron a él. Debían de estar asfixiados en los cascos de acero y las cotas de malla, pero no se quejaban. Lord Eddard pasó por la puerta del Rey y salió al hedor de la ciudad, con la capa blanca y gris ondeando a sus espaldas. Le parecía ver ojos por todas partes, y puso el caballo al trote. Sus guardias lo siguieron.

Atravesaron las concurridas calles de la ciudad, pero no podía evitar mirar hacia atrás con frecuencia. Tomard y Desmond habían salido del castillo temprano, aquella misma mañana, para ocupar posiciones en la ruta que iban a seguir y vigilar que nadie fuera tras ellos, pero a pesar de todo, Ned no se sentía seguro. La sombra de la Araña del Rey y de sus pajaritos lo ponía tan nervioso como una doncella en su noche de bodas.

La calle del Acero comenzaba en la plaza del mercado, junto a la puerta del Río, que era como se la denominaba en los mapas, o la puerta del Lodazal, que

era como la llamaba la gente. Un equilibrista subido en unos zancos se movía entre la multitud como un insecto gigantesco, entre el criterio de una horda de criños descalzos que lo seguían. Cerca de allí, un par de niños que no serían mayores que Bran se batían en duelo con palos, rodeados por los gritos de ánimo de unos y las maldiciones furiosas de otros. Una vieja puso fin a la contienda mediante el sistema de asomarse por la ventana y vaciar un cubo de agua sucia sobre los contendientes. A la sombra del muro, los granjeros pregonaban la mercancía de sus carretas: «Manzanas, las mejores manzanas, serían baratas aunque costaran el doble», o «Melones, dulces como la miel», o «Nabos, cebollas, ajos, que se acaban, que se acaban».

La puerta del Lodazal estaba abierta, y unos cuantos guardias de la ciudad, con capas doradas, se encontraban bajo el rastrillo apoyados en las lanzas. Cuando una columna de jinetes procedentes del oeste se acercó a ellos, los guardias se pusieron en acción: empezaron a gritar órdenes y a organizar el tránsito de personas y carros para que el caballero pudiera entrar con su escolta. El primer jinete que cruzó la puerta portaba un largo estandarte negro. La seda ondeaba al viento como si estuviera viva. En el tejido aparecía el dibujo de un cielo nocturno hendido por un rayo o púrpura.

—¡Dejad paso a lord Beric! —gritaba el jinete—. ¡Dejad paso a lord Beric!

Tras él llegó el señor en persona, un joven gallardo de pelo dorado rojizo y capa de seda negra tachonada de estrellas.

—¿Venís a combatir en el torneo de la mano, mi señor? —le preguntó un guardia.

—¡Vengo a ganar el torneo de la mano! —replicó lord Beric sobre el clamor de la multitud.

Ned se alejó de la plaza por la calle del Acero y siguió su tortuoso recorrido por una larga colina, pasando junto a herreros que trabajaban en sus fraguas al aire libre, mercenarios que regateaban por cotas de malla y mercaderes encanecidos que trataban de vender espadas y navajas. Cuanto más ascendían, más grandes eran los edificios. El hombre que buscaban estaba en la cima de la colina, en una gran casa de madera y yeso cuyos pisos superiores descollaban sobre la calle estrecha. La doble puerta de la entrada era de ébano y arciano, y tenía tallada una escena de caza. Una pareja de caballeros de piedra montaba guardia en la entrada; sus armaduras eran unas hermosas obras de brillante acero rojo que los transformaban en un grifo y un unicornio. Ned dejó el caballo al cuidado de Jacks y entró en la casa.

La joven criada se fijó al instante en el broche y el emblema de Ned, y el maestro armero salió de inmediato, todo sonrisas y reverencias.

—Trae vino para la mano del rey —dijo a la criada, al tiempo que señalaba a Ned el sillón más cómodo—. Soy Tobho Mott, mi señor, poneos cómodo, os lo ruego. —Llevaba una casaca de terciopelo negro con martillos bordados en las

mangas con hilo de plata. Del cuello le colgaba una cadena de plata muy pesada, con un zafiro del tamaño de un huevo de paloma—. Si lo que queréis son armas nuevas para el torneo de la mano, habéis venido al lugar indicado. —Ned no se molestó en corregirlo—. Mi trabajo cuesta su buen dinero, mi señor, y lo digo con orgullo —siguió mientras llenaba dos copas de plata—. En los Siete Reinos no hay artesano capaz de igualar mis piezas, eso os lo aseguro. No tenéis más que visitar todas y cada una de las forjas de Desembarco del Rey para comparar. Para aporrear a martillazos una cota de malla vale cualquier herrero de pueblo. Lo que yo hago son obras de arte.

Ned bebió un trago de vino y dejó que el hombre siguiera parloteando. Tobho se jactó de que el Caballero de las Flores compraba allí sus armaduras, así como otros muchos grandes señores, los que entendían del buen acero, incluso lord Renly, el hermano del propio rey. ¿Había visto la mano la armadura nueva de lord Renly, la verde con las astas doradas? No había otro armero en la ciudad capaz de conseguir un verde tan intenso; él sabía dar color al mismísimo acero; la pintura y los esmaltes eran los recursos del aprendiz. ¿O tal vez lo que buscaba la mano era una espada nueva? Tobho había aprendido de niño a trabajar el acero valyrio en las forjas de Qohor. Para coger armas viejas y forjarlas de nuevo había que conocer los hechizos.

—El lobo huargo es el emblema de la casa Stark, ¿verdad? Puedo haceros un yelmo de huargo tan realista que los niños huirán nada más veros —le aseguró.

—¿Le hiciste un yelmo con un halcón a lord Arryn? —preguntó Ned con una sonrisa.

—La mano vino a visitarme, acompañado por lord Stannis, el hermano del rey —contestó Tobho Mott después de una larga pausa y de dejar a un lado la copa de vino—. Por desgracia, ninguno de los dos me hizo el honor de encargarme armas ni armaduras.

Ned se quedó mirándolo sin decir palabra, a la espera. A lo largo de los años había aprendido que, a veces, el silencio da más fruto que las preguntas. Fue una de aquellas ocasiones.

—Querían ver al chico —añadió al final el armero—. Así que los llevé a la fragua.

—El chico —repitió Ned. No tenía ni la menor idea de a quién se refería—. A mí también me gustaría ver al chico.

—Como deseáis, mi señor —dijo Tobho Mott dirigiéndole una mirada fría, desconfiada, sin rastro de su anterior amabilidad.

Guio a Ned a una puerta trasera y por un patio estrecho, hasta la oscura construcción de piedra donde estaba la fragua. Cuando el armero abrió la puerta, la ráfaga de aire caliente hizo que Ned se sintiera como si entrara en la boca de un dragón. En el interior resplandecía una forja en cada esquina, y el aire apestaba a humo y a azufre. Los trabajadores alzaron la vista de las tenazas y los martillos el

tiempo justo para secarse el sudor de la frente, mientras los aprendices de torso desnudo seguían manejando los fuelles.

El maestro llamó a un muchacho alto, más o menos de la edad de Robb, pero con el pecho y los brazos muy musculosos.

—Es lord Stark, la nueva mano del rey —dijo al chico de ojos azules y hoscos, que se retiraba de la frente el pelo empapado de sudor. Tenía el cabello negro como la tinta, espeso e indómito. La sombra de una barba incipiente le oscurecía la mandíbula—. Este es Gendry. Es muy fuerte para su edad, y trabaja duro. Enséñale a la mano el yelmo que has hecho, chico.

El muchacho los guio hacia su mesa de trabajo y, casi con timidez, tendió a Ned un yelmo de acero con forma de cabeza de toro y dos enormes cuernos curvos.

Ned dio vueltas al yelmo entre sus manos. Era de acero basto, sin pulir, pero denotaba una mano experta.

—Un trabajo excelente. Sería un placer que me permitieras comprarlo.

—No está en venta —dijo el chico arrebatándoselo de las manos.

—Estás hablando con la mano del rey, chico. —Tobho Mott lo miraba horrorizado—. Si su señoría quiere este yelmo, regálaselos. Te ha hecho el honor de pedírtelo.

—Lo he forjado para mí —replicó el muchacho con testarudez.

—Os pido mil perdones, mi señor —dijo el maestro a Ned—. El chico es todavía basto como el acero sin trabajar; le sentarán bien unos cuantos golpes. De todas maneras, ese yelmo es un trabajo de aprendiz. Perdonadlo y prometo que os haré otro como nadie ha visto jamás.

—El muchacho no ha hecho nada que deba perdonarle. Gendry, cuando lord Arryn vino a verte, ¿de qué hablasteis?

—Me hizo preguntas, mi señor, nada más.

—¿Qué preguntas?

—Que cómo estaba —contestó el chico encogiéndose de hombros—, que si me trataban bien, que si me gustaba el trabajo, y cosas sobre mi madre. Que quién era, qué aspecto tenía y todo eso.

—¿Qué le respondiste? —insistió Ned.

—Murió cuando yo era muy pequeño. —Gendry se apartó de la frente un mechón de pelo negro—. Sé que era rubia y que a veces me cantaba canciones, de eso sí me acuerdo. Trabajaba en una taberna.

—¿Lord Stannis también te hizo preguntas?

—¿El calvo? No, ese no dijo ni palabra; solo me miraba como si yo fuera un violador y me hubiera tirado a su hija.

—Cuidado con lo que dices, malhablado —intervino el maestro—. Estás ante la mano del rey. —El chico bajó los ojos—. Es un muchacho listo, pero muy terco. Ese yelmo es así porque los demás dicen que es obstinado como un toro,

hasta lo llaman *Cabeza de Toro*. Y a él le gusta restregárselo por las narices.

Ned apartó el espeso pelo negro de la frente del chico.

—Mírame, Gendry. —El aprendiz alzó la vista. Ned estudió la forma de la mandíbula, los ojos como hielo azul. «Claro. Ya lo entiendo», pensó. Continúa trabajando, muchacho. Siento haberte molestado.

Volvío a la casa con el maestro.

—¿Quién pagó la tasa para el aprendizaje del chico? —preguntó a la ligera.

—Vos mismo habéis visto que es muy fuerte. —Mott parecía alarmado—. Tiene buenas manos, parecen hechas para sostener el martillo. Promete mucho. Lo acepté como aprendiz sin que me pagaran.

—Dime la verdad —replicó Ned—. Las calles están a rebosar de chicos fuertes. El dia que aceptes a un aprendiz gratis será el dia en que el Muro se derrumbe. ¿Quién pagó su cuota?

—Un señor importante —confesó el maestro de mala gana—. No me dijo su nombre y no lucía ningún emblema. Me pagó en oro el doble de la tarifa habitual, y me dijo que me pagaba una vez por el chico y otra por mi silencio.

—Describemelo.

—Era recio, fuerte, no tan alto como vos. De barba castaña, pero con hebras rojas, o eso me pareció. Llevaba una capa de buen tejido, terciopelo morado muy grueso con bordados de plata. Se había echado la capucha sobre la cara y no lo vi bien. —Titubeó un instante—. No quiero meterme en problemas, mi señor.

—Ninguno de nosotros quiere, pero vivimos en tiempos problemáticos, maestro Mott —dijo Ned—. Ya sabes quién es el chico.

—Solo soy un armero, mi señor. Solo sé lo que me dicen.

—Ya sabes quién es el chico —repitió Ned con paciencia—. No te hago ninguna pregunta.

—Es mi aprendiz —replicó el hombre. Miró a Ned cara a cara, con ojos duros como el hierro forjado—. No me importa quién fuera antes de llegar aquí.

Ned asintió. Tobho Mott, maestro armero, le caía bien.

—Si llega un día en que Gendry prefiera esgrimir espadas en vez de forjarlas, envíamelo. Tiene madera de guerrero. Hasta entonces, maestro Mott, puedes contar con mi agradecimiento. Y con mi promesa: si alguna vez quiero un casco para asustar a los niños, acudiré a ti.

Su guardia aguardaba en el exterior con los caballos.

—¿Habéis averiguado algo, mi señor? —preguntó Jacks mientras Ned montaba.

—Sí —respondió Ned, todavía intrigado.

—Por qué había mostrado interés Jon Arryn en un bastardo del rey? Y ¿por qué aquello le había costado la vida?

—Deberíais cubrirlos la cabeza, mi señora —le dijo ser Rodrik mientras los caballos trotaban hacia el norte—. Os vais a resfriar.

—No es más que agua, ser Rodrik —replicó Catelyn. Tenía el pelo completamente empapado, con mechones pegados a la frente, y se imaginaba el aspecto descuidado que debía de presentar, pero por una vez no le importaba en absoluto. La lluvia del sur era suave y cálida. A Catelyn le gustaba sentirla en la cara, dulce como el beso de una madre. La hacía volver a su infancia, a los largos días grises en Aguasdulces. Recordaba bien el bosque de dioses, las ramas dobladas por el peso de la humedad, las risas de su hermano, que la perseguía entre montones de hojas mojadas. Recordaba cómo preparaba con Lysha pasteles de barro, lo pesados que eran, y cómo le resbalaba el lodo entre los dedos. Se los habían servido a Meñique entre risitas, y el niño había comido tanto barro que se había pasado una semana enfermo. Qué jóvenes eran entonces.

Catelyn casi había olvidado aquello. En el norte, la lluvia caía fría y dura; a veces se helaba durante la noche. Mataba tantas cosechas como nutrita, y hacía que los hombres corrieran en busca del refugio más cercano. No era una lluvia bajo la que jugaran las niñas.

—Estoy empapado —se quejó ser Rodrik—. Calado hasta los huesos. —Los rodeaba un bosque cerrado, y el golpeteo constante de la lluvia en las hojas se acompañaba con el chapoteo de los cascos de los caballos en el lodo del camino—. Esta noche nos hará falta una buena hoguera, mi señora. Y tampoco nos sentaría mal una buena cena caliente.

—En la próxima encrucijada hay una posada —le dijo Catelyn.

En su juventud había dormido en ella más de una vez, cuando acompañaba a su padre en algún viaje. Lord Hoster Tully era un hombre inquieto; siempre estaba yendo de un lugar a otro. Catelyn recordaba bien a la posadera, una mujer obesa llamada Masha Heddle, que masticaba hojamarga día y noche, y parecía tener una provisión inagotable de sonrisas y pasteles para los niños. Los pasteles rebosaban miel, eran riquísimos y dulces, pero las sonrisas eran el terror de Catelyn. La hojamarga había manchado los dientes de Masha de un color rojo oscuro, y su sonrisa era un horror ensangrentado.

—Una posada —repitió ser Rodrik, melancólico—. Ojalá... Pero no podemos correr el riesgo. Si queremos conservar el anonimato, es mejor que busquemos algún refugio de pastores... —Se interrumpió bruscamente al oír unos sonidos más adelante en el camino: chapoteos en el agua, el tintineo de la malla, el relincho de un caballo—. Jinete —aviso al tiempo que echaba mano a la espada. Nunca estaba de más ser precavido, ni siquiera en el camino Real.

Siguieron los sonidos; doblaron un recodo del camino y los vieron: era una columna de hombres armados, que vadeara sin el menor sigilo un arroyuelo

crecido. Catelyn tiró de las riendas para cederles el paso. El estandarte que portaba el primero de los jinetes estaba empapado y colgaba lacio del asta, pero los guardias llevaban capas color añil y sobre sus hombros volaba el águila plateada de Varamar.

—Son hombres de Mallister —le susurró ser Rodrik, como si ella no se hubiera dado cuenta—. Será mejor que os echéis la capucha sobre la cara, mi señora.

Catelyn no se movió. Entre los hombres viajaba el propio lord Jason Mallister, rodeado por sus caballeros, junto a su hijo Patrek y seguido por los escuderos. Sabía que se dirigían a Desembarco del Rey, al torneo de la mano. A lo largo de la semana se habían cruzado con incontables viajeros que iban en sentido contrario al suyo: caballeros y mercenarios, juglares con arpas y tambores, carromatos cargados de lúpulo, maíz o barriletes de miel, comerciantes, artesanos y prostitutas. Todos se dirigían hacia el sur.

Escudriñó a lord Jason sin la menor discreción. La última vez que lo había visto bromeara con su tío, durante el banquete de su boda con Ned. Los Mallister eran vasallos de los Tully, y los regalos habían sido muy generosos. Lord Jason tenía ya el pelo encanecido, y el tiempo le había cincelado arrugas en el rostro, pero los años no habían conseguido hacer mella en su orgullo. Cabalgaba como si no le tuviera miedo a nada. Catelyn lo envidió por ello. Ella tenía miedo de tantas cosas... Lord Jason hizo un gesto de saludo con la cabeza al pasar junto a ellos, pero no era más que el ademán cortés de un gran señor al cruzarse con unos desconocidos. En sus ojos fieros no hubo asomo de identificación, y su hijo ni se molestó en mirarlos.

—No os ha reconocido —se asombró ser Rodrik cuando hubieron pasado de largo.

—Solo ha visto a un par de viajeros manchados de barro, empapados y cansados, a un lado del camino. Ni se le pasaría por la cabeza que uno de ellos fuera la hija de su señor. No pasará nada si entramos en la posada, ser Rodrik.

Ya era casi de noche cuando llegaron al edificio, situado en la encrucijada, al norte de la gran confluencia del Tridente. Masha Heddle estaba más gruesa y canosa de como la recordaba Catelyn, y seguía mascando hojamarga, pero apenas les dedicó una mirada somera, sin rastro de su aterradora sonrisa roja.

—Solo me quedan dos habitaciones en la planta de arriba —dijo sin dejar de mascar—. Están bajo el campanario; así, seguro que no os olvidáis de las horas de las comidas, aunque a algunos les parece que el ruido es excesivo. Pero no hay otra cosa, estamos hasta arriba. O dormís en esas habitaciones, o en el camino.

Optaron por las habitaciones, un par de buhardillas polvorrientas en la cima de una escalera estrecha y destortalada.

—Dejad las botas aquí —dijo Masha en cuanto le hubieron pagado—. El

chico os las limpiará. No quiero que me embarréis las escaleras. Y estad atentos a la campana; el que llega tarde a la mesa no come.

No hubo sonrisas, ni mencionó pastel alguno.

La campana que anunciaba la cena resonó ensordecedora. Catelyn se había puesto ropa seca, y estaba sentada junto a la ventana, viendo caer la lluvia. El cristal era lechoso, lleno de burbujas, y en el exterior, el ocaso empezaba a tender su manto. Catelyn apenas llegaba a divisar el lodazal que era la encrucijada de los dos grandes caminos.

La encrucijada la hacía pensar. Si en aquel punto se desviaban hacia el oeste tendrían por delante un viaje agradable hasta Aguasdulces. Su padre siempre le había dado consejos sabios cuando más los necesitaba, y deseaba con toda el alma hablar con él, prevenirlo contra la tormenta que se fraguaba. Si Invernalia debía prepararse para la guerra, cuánto más Aguasdulces, que se encontraba más cerca de Desembarco del Rey y tenía el poderío de Roca Casterly vigilando desde el oeste como una sombra. Si su padre hubiera estado más fuerte, quizás lo habría hecho, pero Hoster Tully llevaba dos años postrado en el lecho, y Catelyn no quería cargarlo con más preocupaciones.

El camino que se dirigía hacia el este era más agreste y peligroso: había que ascender por colinas rocosas y atravesar bosques espesos para adentrarse en las montañas de la Luna, recorrer caminos estrechos y atravesar simas profundas, hasta llegar al Valle de Arryn y a los pedregosos Dedos. Allí encontraría a su hermana... y quizás algunas de las respuestas que buscaba Ned. Sin duda, Lysa sabría más de lo que se había atrevido a poner por escrito en la carta. Quizás tuviera las pruebas que Ned necesitaba para provocar la caída de los Lannister, y si empezaba la guerra, necesitarían a los Arryn y a los señores de oriente que les habían jurado lealtad.

Pero el camino de la montaña era peligroso. Los gatosombra merodeaban por los desfiladeros; no eran extraños los desprendimientos de rocas, y los clanes de las montañas se dedicaban a robar y asesinar a los viajeros, antes de desaparecer como la bruma cada vez que los caballeros recorrían el Valle en su busca. Hasta el propio Jon Arryn, uno de los más grandes caballeros que había conocido el Nido de Águilas, viajaba siempre con una buena guarnición cuando tenía que cruzar las montañas. El único guardián de Catelyn era un caballero anciano, cuya mejor armadura era la lealtad.

No, pensó. Aguasdulces y el Nido de Águilas tendrían que esperar. Debía encaminar sus pasos hacia el norte, hacia Invernalia, donde sus hijos y sus obligaciones la aguardaban. En cuanto cruzaran el Cuello podría descubrir su identidad a cualquiera de los vasallos de Ned, y enviar jinetes con orden de montar guardia en el camino Real.

La lluvia oscurecía los campos más allá de la encrucijada, pero Catelyn veía en sus recuerdos las tierras despejadas. El mercado quedaba justo al otro lado del

camino, y el pueblo, a menos de media legua, no era más que medio centenar de granjas blancas alrededor de un pequeño septo de piedra. Seguramente ya habría más. El verano había sido largo y tranquilo. Hacia el norte, el camino Real discurría a lo largo del Forca Verde del Tridente, por valles fértiles y bosques frondosos, cerca de ciudades prósperas, fortines seguros y castillos donde habitaban los señores del río.

Catelyn los conocía a todos: los Blackwood y los Bracken, enemigos eternos, cuyas disputas se veía obligado a zanjar su padre; lady Whent, la última de su estirpe, que moraba con sus fantasmas bajo las bóvedas cavernosas de Harrenhal; y el irascible lord Frey, que había enterrado a siete esposas y había llenado sus dos castillos de hijos, nietos y bisnietos, y también de hijos bastardos y nietos bastardos. Todos eran vasallos de los Tully; habían jurado poner sus espadas al servicio de Aguasdulces. Pero, en caso de guerra, ¿bastaría con aquello? Catelyn sabía que jamás había habido un hombre tan decidido como su padre; no le cabía duda de que convocaría a sus vasallos. Pero ¿acudirían? Los Darry, los Ryger y los Mooton también habían prestado juramento a Aguasdulces, pero en el Tridente se aliaron con Rhaegar Targaryen, mientras que lord Frey y sus hombres habían llegado mucho después de que finalizara la batalla, con lo que había serias dudas sobre a qué bando pensaban apoyar («Al vuestro», había jurado solemnemente a los vencedores tras el fin del combate, pero aquello no impidió que su padre lo apodara *el finado lord Frey*). No, no debía haber guerra, deseó Catelyn con toda su alma. No podían permitirlo.

Ser Rodrik entró a buscarla justo cuando cesaba el estrépito de la campana.

—Si queréis cenar algo, más vale que nos demos prisa, mi señora —dijo.

—Será mejor que dejemos de ser señora y caballero hasta que estemos más allá del Cuello —respondió ella—. Los viajeros sin rango llaman menos la atención. Podemos ser un padre y su hija que recorren el camino Real por asuntos familiares.

—Tenéis razón, mi señora —asintió ser Rodrik. La carcajada de Catelyn lo hizo caer en la cuenta de lo que había dicho—. Es difícil olvidar las costumbres de toda una vida, mi... hija mía. —Fue a retorcerse los desaparecidos bigotes y dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Vamos, padre —dijo Catelyn cogiéndose de su brazo—. Masha Heddle es una excelente cocinera, pronto lo verás. Eso sí, mejor no alabes sus guisos. Su sonrisa te estropearía la cena.

La sala común era alargada y estaba barrida por corrientes de aire. En un extremo había una hilera de toneles de madera, y en el otro, una chimenea. Un criado jovencito corría de un lado a otro con espetones de carne, mientras Masha sacaba cerveza de los barriles sin dejar de mascar hojamarga.

Los bancos estaban abarrotados; los aldeanos y los granjeros se mezclaban sin problema con todo tipo de viajeros. La encrucijada hacia que allí se reuniera

gente de lo más dispar: los tintoreros de manos ennegrecidas y amarillentadas compartían asiento con los pescadores del río, que apetaban a pescado; un herrero de músculos prominentes casi aplastaba a un anciano septuagésimo; los mercenarios curtidos y los mercaderes obesos intercambiaban chismorreos como amigos de toda la vida.

Entre los comensales había demasiados guerreros para el gusto de Catelyn. Junto a la chimenea estaban sentados tres que lucían el emblema del corcel rojo de los Bracken, y había un grupo numeroso con las cotas de malla de acero azulado y las capas gris plateado. Llevaban en los hombros broches con otro emblema que conocía, las torres gemelas de la casa Frey. Examinó sus rostros, pero todos eran demasiado jóvenes para haberla conocido. El mayor de ellos no tendría ni la edad de Bran cuando ella partió hacia el norte.

Ser Rodrik localizó un par de lugares vacíos en el banco más cercano a la cocina. Frente a ellos, un joven agraciado acariciaba distraídamente las cuerdas de una lira.

—Las siete bendiciones caigan sobre vosotros, buena gente —dijo cuando se sentaron. Tenía delante una copa de vino vacía.

—También sobre ti, juglar —saludó a su vez Catelyn.

Ser Rodrik pidió pan, carne y cerveza en un tono que añadía «y que sea ahora mismo». El juglar, un muchacho de unos dieciocho años, los miró descaradamente y les preguntó adónde iban, de dónde venían y si tenían alguna noticia de interés que compartir. Las preguntas volaban rápidas como flechas, sin hacer pausa alguna para esperar las respuestas.

—Salimos de Desembarco del Rey hace dos semanas —dijo Catelyn, en respuesta a la menos comprometedora de las preguntas.

—Hacia allí voy yo —sonrió el joven. Como ella había supuesto, tenía más interés en contar su historia que en escuchar las ajenas. Nada le gustaba tanto a un juglar como el sonido de su voz—. El torneo de la mano atraerá a grandes señores con las bolsas bien repletas. La última vez gané más plata de la que podía cargar... o de la que habría podido cargar, si no la hubiera perdido toda apostando por la victoria del Matarreyes.

—Los dioses no sonríen al que apuesta —dijo ser Rodrik con severidad. Era norteño, y compartía el punto de vista de los Stark acerca de los torneos.

—A mí no me sonrieron, desde luego —replicó el juglar—. Vuestros crueles dioses y el Caballero de las Flores me jugaron una mala pasada.

—Sin duda, aprendiste una lección —señaló ser Rodrik.

—Desde luego. La próxima vez apostaré por ser Loras.

Ser Rodrik hizo además de retorcerse los bigotes que no tenía, pero antes de que se le ocurriera una réplica hiriente se acercó a ellos el criado, a toda prisa. Les puso delante gruesas rebanadas de pan, y sobre ellas, trozos de carne recién sacados del espetón, chorreando jugo caliente. De otro espetón les sirvió

cebolletas, guindillas y setas gruesas y jugosas. Ser Rodrik atacó la comida con entusiasmo mientras el muchacho corría a buscarles cerveza.

—Me llamo Marillion —dijo el juglar, al tiempo que tañía una cuerda de la lira—. Ya me habréis oído cantar por ahí...

Los modales del muchacho hicieron sonreír a Catelyn. Los trovadores errantes rara vez se dirigían hacia el norte, y mucho menos llegaban a Invernalia, pero durante su infancia en Aguasdulces había conocido a muchos como él.

—No, lo siento —dijo.

—Vosotros os lo perdéis —replicó Marillion haciendo sonar otra nota—. ¿Cuál es el mejor juglar que habéis escuchado?

—Alia de Braavos —respondió ser Rodrik al instante.

—Bah, yo soy mil veces mejor que ese vejestorio —replicó Marillion—. Será un placer demostraroslo, si tenéis una moneda de plata con que pagar una canción.

—Tengo un par de monedas de cobre, pero antes las tiraría a un pozo que pagar por oír tus aullidos —gruñó ser Rodrik. Toda Invernalia conocía bien su opinión sobre los juglares. La música estaba bien, siempre que fuera cosa de mujeres, pero no comprendía por qué un muchacho sano querría llevar una lira en la mano pudiendo esgrimir una espada.

—Tu abuelo tiene el carácter agriado —dijo Marillion a Catelyn—. Solo pretendía entonar un cántico en honor a tu belleza. Lo cierto es que nací para cantar ante reyes y grandes señores.

—Es evidente —dijo Catelyn—. Tengo entendido que a lord Tully le gusta mucho la música. Supongo que habrás estado en Aguasdulces.

—Mil veces —asintió el juglar con ligereza—. Me tienen una habitación reservada, y el joven señor es como un hermano para mí.

Catelyn sonrió, imaginando qué diría Edmure de oír aquello. En cierta ocasión, un juglar se había acostado con la chica que le gustaba a su hermano, y desde entonces detestaba a todo el gremio.

—¿Y qué hay de Invernalia? —le preguntó—. ¿Has viajado al norte?

—Para qué? —Marillion se encogió de hombros—. Allí no hay más que ventisqueros y pieles de oso, y los Stark no entienden de otra música que no sea el aullido de los lobos.

Catelyn oyó que la puerta de la posada se abría y se cerraba al otro extremo de la sala.

—Posadera —gritó a su espalda la voz de un criado—. Necesitamos establo y comida para nuestros caballos, y mi señor de Lannister exige una habitación y un baño caliente.

—Oh, dioses —empezó ser Rodrik antes de que Catelyn tuviera tiempo de silenciarlo apretándole el brazo con fuerza.

—Lo siento mucho, mi señor —decía Masha Heddle haciendo reverencias y exhibiendo su espantosa sonrisa roja—, pero no tenemos sitio, ni una habitación.

Catelyn vio que eran cuatro: un viejo con el uniforme de la Guardia de la Noche, dos criados... y él, diminuto y osado, su pesadilla.

—Mis hombres pueden dormir en el establo, y en cuanto a mí..., tú misma puedes ver que no me hace falta una habitación muy grande. —Sonrió burlón—. Con que haya fuego en la chimenea y las pulgas del colchón no sean multitud, me doy por satisfecho.

—Es que no hay nada, mi señor. —Masha Heddle estaba desesperada—. Os digo la verdad. Es por el torneo, no tengo...

Tyron Lannister se sacó una moneda del monedero, la lanzó al aire, la volvió a coger y la lanzó de nuevo. Hasta Catelyn, sentada al otro extremo de la sala, vio que era de oro.

—Podéis dormir en mi habitación, mi señor —dijo un mercenario de capa azul descolorida poniéndose en pie.

—He aquí un hombre inteligente —dijo mientras le lanzaba la moneda. El mercenario la atrapó en el aire—. Y hábil, para más señas. —El enano se volvió de nuevo hacia Masha Heddle—. Espero que no haya problemas para darnos de comer.

—Os serviré lo que queráis, mi señor, lo que queráis —le aseguró la posadera.

«Y ojalá se te atragante», pensó Catelyn, pero la imagen que le acudió a la mente fue la de Bran atragantándose, ahogándose en su propia sangre.

—Mis hombres tomarán lo mismo que estés sirviendo a esta gente —dijo Lannister después de echar un vistazo a lo que había en las mesas más cercanas—. Ración doble; ha sido un viaje muy largo. Yo quiero un ave asada, pollo, pato, pichón, lo que sea. Y una jarra de tu mejor vino. ¿Quieres cenar conmigo, Yoren?

—Será un placer, mi señor —respondió el hermano negro.

El enano ni siquiera había mirado hacia el otro extremo de la sala, y Catelyn empezaba a dar gracias por la multitud que abarrotaba los bancos, cuando Marillion se puso en pie de repente.

—¡Mi señor de Lannister! —gritó—. Sería un placer para mí animar vuestra cena. ¡Cantaré la gran victoria de vuestro padre en Desembarco del Rey!

—¿Qué quieres? ¿Que se me indigeste la comida? —bufó el enano. Sus ojos desiguales se clavaron un instante en el juglar, empezaron a apartarse de él... y se encontraron con los de Catelyn. Ella giró el rostro, pero era demasiado tarde. El enano sonreía.

—Lady Stark, qué placer tan inesperado —dijo—. Sentí mucho no veros en Invernalia.

Marillion la miró boquiabierta, y la confusión dejó paso al rubor cuando vio

que Catelyn se ponía en pie lentamente. La mujer oyó a ser Rodrik maldecir entre dientes. Si el enano se hubiera entretenido más en el Muro, pensó, si se hubiera...

—Lady... Stark? —dijo Masha Heddle sin apenas vocalizar las palabras.

—La última vez que me alojé aquí era todavía Catelyn Tully —le dijo a la posadera. Oyó los murmullos que surgieron y sintió todos los ojos clavados en ella. Miró a su alrededor, observó los rostros de los caballeros y las espadas juramentadas, y respiró profundamente para controlar los latidos frenéticos de su corazón. ¿Se atrevería a correr el riesgo? No tuvo tiempo para pensarla; pasó un instante y su propia voz le resonó en los oídos—. Tú, el del rincón —le dijo a un hombre de edad avanzada en el que no se había fijado hasta entonces—. Ese emblema que llevas bordado, ¿es el murciélagos negro de Harrenhal?

—Sí, mi señora —respondió el hombre poniéndose en pie.

—Y es lady Whent amiga fiel y sincera de mi padre, lord Hoster Tully de Aguasdulces?

—Sin duda —respondió el hombre con firmeza.

Ser Rodrik se levantó con calma y se aflojó la vaina de la espada. El enano los miraba, asombrado, con una expresión de desconcierto en los ojos desiguales.

—El corcel rojo siempre fue bienvenido en Aguasdulces —dijo Catelyn a los tres caballeros sentados junto a la chimenea—. Mi padre considera a Jonos Bracken uno de sus vasallos más antiguos y leales.

Los tres soldados cruzaron miradas indecisas.

—Su confianza honra a nuestro señor —dijo al final uno de ellos, aún titubeante.

—Envidio a vuestro padre por tener tantos y tan buenos amigos —intervino Lannister—, pero no entiendo adónde pretendéis llegar, lady Stark.

Catelyn no le hizo caso. Se volvió hacia el grupo numeroso que vestía de azul y gris. Eran más de veinte; constituyan la clave de su plan.

—También reconozco vuestro emblema: las torres gemelas de Frey. ¿Cómo se encuentra vuestro señor?

—Lord Walder está muy bien, mi señora —contestó el capitán poniéndose en pie—. Tiene intención de contraer matrimonio de nuevo en su nonagésimo día del nombre, y ha pedido a vuestro señor padre que lo honre con su presencia en la ceremonia.

Tyrian Lannister disimuló una risita, y Catelyn supo que lo tenía en su poder.

—Este hombre entró en mi casa como invitado, y allí conspiró para asesinar a mi hijo, a un niño de siete años —proclamó en voz alta para que la oyera toda la sala, al tiempo que señalaba al enano. Ser Rodrik se situó junto a ella, espada en mano—. En nombre del rey Robert y de los buenos señores a los que servís, os ordeno que lo apreséis y me ayudéis a llevarlo a Invernalia, donde se someterá a la justicia del rey.

No habría sabido decir qué le proporcionó mayor satisfacción: el sonido de una docena de espadas que se desenvainaban al unísono o la expresión del rostro de Tyrion Lannister.

Sansa acudió al torneo de la mano con la septa Mordane y Jeyne Poole, en una litera con cortinas de seda amarilla tan finas que veían a través de ellas. Convertían el mundo entero en oro. Al otro lado de los muros de la ciudad, junto al río, habían plantado un centenar de tiendas, y el pueblo llano acudía en riadas para presenciar los juegos. Tanto esplendor dejaba a Sansa sin aliento: las armaduras brillantes, los enormes corceles con guadrapas de oro y plata, los gritos del gentío, los estandartes ondeando al viento... y los caballeros, sobre todo los caballeros.

—Es mejor que en las canciones —susurró cuando se acomodaron en los lugares que su padre le había prometido, entre los grandes señores y las damas de alcurnia.

Sansa llevaba aquel día un vestido precioso, una túnica verde que le resaltaba el castaño rojizo de la melena. Sabía que todos la miraban con aprobación y sonreían.

Vieron pasar a caballo a los héroes de mil canciones, cada uno más fabuloso que el anterior. Los siete caballeros de la Guardia Real, excepto Jaime Lannister, lucían armaduras del color de la leche y capas tan blancas como la nieve recién caída. Ser Jaime llevaba capa blanca, sí, pero el resto de su indumentaria era de oro de la cabeza a los pies, incluso el yelmo en forma de cabeza de león. También la espada era dorada. Ser Gregor Clegane, la Montaña que Cabalga, pasó al galope junto a ellos como una avalancha. Sansa recordaba a lord Yohn Royce, que había visitado Invernalia hacia ya dos años.

—Su armadura es de bronce y tiene miles y miles de años; lleva grabadas unas runas mágicas que lo protegen de todo mal —susurró a Jeyne.

La septa Mordane les señaló a lord Jason Mallister, vestido de índigo y plata, con alas de águila en el yelmo. Había abatido a tres vasallos de Rhaegar en el Tridente. Las niñas disimularon una risita al fijarse en el sacerdote guerrero Thoros de Myr, con la túnica roja ondeando al viento y la cabeza rapada, hasta que la septa les dijo que en cierta ocasión había escalado los muros de Pyke con una espada llameante en la mano.

Sansa no conocía al resto de los jinetes; había caballeros errantes de los Dedos, de Altojardín y de las montañas de Dorne, jinetes libres y escuderos recién ascendidos a los que nadie había dedicado canciones; estaban los hijos más jóvenes de grandes señores y los herederos de las casas menores. Los jóvenes todavía no habían protagonizado grandes hazañas, pero Sansa y Jeyne estaban seguras de que alguna vez sus nombres resonarían por los siete reinos. Ser Balon Swann. Lord Bryce Caron de las Marcas. Ser Andar Royce, heredero de Yohn Brone, y su hermano menor, ser Robar, ambos con armaduras plateadas con incrustaciones en bronce de las mismas runas arcanas que

protegían a su padre. Los gemelos ser Horas y ser Hobber, en cuyos escudos se veía el racimo de uvas que era el emblema de los Redwyne, burdeos sobre azul. Patrek Mallister, el hijo de lord Jason. Seis Frey del Cruce: ser Jared, ser Hosteen, ser Danwell, ser Emmon, ser Theo, ser Perwyn, hijos y nietos del anciano lord Walder Frey, y también su hijo bastardo, Martyn Ríos.

Jeyne Poole confesó que le daba miedo el aspecto de Jalabhar Xho, un príncipe exiliado de las islas del Verano, que llevaba una capa de plumas verdes y escarlata sobre una piel negra como la noche, pero cuando vio al joven lord Beric Dondarrion, con cabellos como el oro rojo y un escudo negro con el dibujo de un rayo, anunció que estaría dispuesta a casarse con él allí mismo.

El Perro también participaba en las lides, así como el hermano del rey, el atractivo lord Renly, de Bastión de Tormentas. Jory, Alyn y Harwin representaban a Invernalia y al norte.

—Comparado con los otros, Jory parece un pordiosero —bufó la septa Mordane.

Sansa no tuvo más remedio que darle la razón. La armadura de Jory era de color gris azulado, sin adornos de ningún tipo, y su fina capa gris parecía un trapo sucio. Pero hizo un excelente papel: desmontó a Horas Redwyne en su primera justa y a uno de los Frey en la segunda. En la tercera aguantó tres enfrentamientos contra un jinete libre, Lothor Brune, cuya armadura era tan austera como la suya. Ninguno de los dos cayó del caballo, pero la lanza de Brune era más firme y sus golpes mejor colocados, y el rey le dio la victoria. A Alyn y a Harwin no les fue tan bien. Ser Meryn de la Guardia Real desmontó a Harwin en la primera justa, y Alyn cayó ante ser Balon Swann.

Las justas duraron todo el día y hasta bien entrado el ocaso; los cascós de los grandes caballos de guerra dejaron el campo convertido en un erial de tierra desgarrada. Sansa y Jeyne gritaron al unísono una docena de veces, cuando los jinetes chocaban y las lanzas saltaban en pedazos, mientras el pueblo llano animaba a sus favoritos. Jeyne se tapaba los ojos como una niña asustada cada vez que un hombre caía, pero Sansa era más dura. Una gran dama sabía comportarse durante un torneo. Hasta la septa Mordane advirtió su compostura, y le hizo un gesto de aprobación.

La actuación del Matarreyes fue excepcional. Derribó con facilidad a ser Andar Royce y a lord Bryce Caron de las Marcas, y luego tuvo un duro enfrentamiento contra el canoso Barristan Selmy, que había derrotado en las dos primeras lides a hombres que eran treinta y cuarenta años más jóvenes que él.

Sandor Clegane y su gigantesco hermano, ser Gregor, la Montaña, también parecían invencibles; derribaban a un rival tras otro con ferocidad. El momento más aterrador de la jornada se produjo durante la segunda justa de ser Gregor, cuando acertó con la lanza a un joven caballero del Valle bajo el gorjal de la armadura con tal fuerza que se le clavó en la garganta y lo mató al instante. El

joven cayó a menos de cinco pasos de donde estaba Sansa. Aún tenía la punta de la lanza de ser Gregor clavada en el cuello, y la sangre brotaba lentamente al compás de los latidos, cada uno más débil que el anterior. La armadura del joven era nueva, brillante; el acero, al reflejar la luz, mostraba destellos de fuego a lo largo del brazo extendido. En aquel momento, el sol se ocultó tras una nube, y el fuego desapareció. La capa era azul, del color del cielo en un día despejado de verano, con un ribete de medialunas; pero a medida que se empapaba de sangre, la tela se oscurecía y las lunas se fueron tornando rojas una a una.

Jeyne Poole se echó a llorar y se puso tan histérica que la septa Mordane tuvo que llevársela para que recuperase la compostura, pero Sansa se quedó allí, con las manos entrelazadas sobre el regazo, observando la escena con una extraña fascinación. Era la primera vez que veía morir a un hombre. Pensó que también ella debería estar llorando, pero no le salían las lágrimas. Quizá se le hubieran agotado llorando por Dama y por Bran. Se dijo que la cosa sería diferente si se hubiera tratado de Jory, de ser Rodrik o de su padre. Para ella, el joven caballero de la capa azul no era nadie, un desconocido del Valle de Arryn cuyo nombre había olvidado nada más oírlo. No habría canciones que lo recordaran; los juglares no glosarían sus hazañas. Era una lástima.

En cuanto retiraron el cadáver, un muchacho con una pala echó tierra sobre el lugar donde había caído para tapar la sangre. A continuación se reanudaron las justas.

Ser Balon Swann fue el siguiente en caer ante Gregor, y el Perro derribó a lord Renly. La caída de Renly fue tan violenta que pareció salir despedido volando de su caballo, con las piernas en el aire. Su cabeza chocó contra el suelo con un *crac* claramente audible que hizo que la multitud contuviera el aliento, pero solo se le había roto una púa del asta dorada del yelmo. Lord Renly se puso en pie y el pueblo empezó a vitorearlo, porque el atractivo hermano menor del rey Robert era uno de los favoritos. Con una reverencia elegante, entregó la púa rota al vencedor. El Perro dejó escapar un bufido y la lanzó a la multitud. Varios hombres empezaron a pelearse por el pedacito de oro, hasta que lord Renly se dirigió hacia ellos e impuso paz. Para entonces ya había regresado la septa Mordane, pero sola. Le explicó que Jeyne no se encontraba bien y que la había acompañado de vuelta al castillo. Sansa casi se había olvidado de Jeyne.

Más tarde, un caballero errante de capa a cuadros se deshonró al matar al caballo de Beric Dondarrion, y lo eliminaron del torneo. Lord Beric cambió la silla a otra montura, pero inmediatamente lo derribó Thoros de Myr. Ser Aron Santagar y Lothor Brune se cruzaron tres veces, sin resultado; después, ser Aron cayó ante lord Jason Mallister, y Brune, ante Robar, el hijo menor de Yohn Royce.

Al final solo quedaron cuatro: el Perro y su monstruoso hermano Gregor, Jaime Lannister el Matarreyes, y ser Loras Tyrell, al que llamaban *el Caballero*

de las Flores.

Ser Loras era el hijo pequeño de Mace Tyrell, señor de Altojardín y Guardián del Sur. Tenía diecisés años, con lo que era el jinete más joven del torneo, pero había desmontado a tres caballeros de la Guardia Real aquella misma mañana, en sus tres primeras justas. Era el hombre más atractivo que Sansa había visto jamás. El peto de su armadura estaba repujado y esmaltado para formar un ramo de mil flores diferentes, y su corcel blanco como la nieve llevaba una manta de rosas blancas y rojas. Después de cada victoria, ser Loras se quitaba el casco, cabalgaba despacio por el perímetro del campo, y por último cogía una rosa blanca de la manta y se la lanzaba a alguna hermosa dama de la multitud.

Su último enfrentamiento del día fue contra el joven Royce. Las runas ancestrales de ser Robar no bastaron para protegerlo: ser Loras le quebró el escudo y lo derribó de la silla con un estrépito aterrador. Robar se quedó tendido en el suelo, gimiendo, mientras el vencedor repetía su recorrido por el campo del honor. Por último apareció una camilla que lo transportó a su tienda, aturdido e inmóvil. Sansa no llegó a verlo. Solo tenía ojos para ser Loras. Cuando el caballo blanco se detuvo ante ella sintió como si el corazón se le fuera a salir del pecho.

A las otras doncellas les había entregado rosas blancas, pero la que cogió para ella era roja.

—Mi dulce señora —dijo—, no hay victoria que sea ni la mitad de hermosa que vos.

Sansa aceptó la flor con timidez, enmudecida ante aquel despliegue de galantería. El cabello del joven era una cascada de rizos castaños, y tenía los ojos como oro líquido. Sansa aspiró la fragancia de la rosa, y la conservó entre las manos hasta mucho después de que ser Loras se alejara.

Cuando por fin alzó la vista había junto a ella un hombre que la miraba. Era bajo, tenía barbita puntiaguda y un mechón de cabello plateado; era casi tan mayor como su padre.

—Debes de ser una de sus hijas —dijo. También tenía unos ojos grises que no acompañaban a la sonrisa de su boca—. Eres una Tully.

—Soy Sansa Stark —dijo ella algo incómoda. El hombre lucía una capa gruesa con cuello de pieles, y el broche de plata con que se la cerraba representaba un sinsonte. Tenía los ademanes desenvueltos de un alto señor, pero no lo había visto nunca—. No tengo el honor de conoceros, mi señor.

—Es lord Petyr Baelish, mi niña. —La septa Mordane acudió al instante en su ayuda—. Del Consejo Privado del Rey.

—Cuando era joven, tu madre fue mi reina de la belleza —dijo el hombre con voz queda. El aliento le olía a menta—. Has heredado su cabello.

Le rozó la mejilla con los dedos al acariciarle un mechón castaño rojizo. De repente, dio media vuelta y se alejó.

La luna ya estaba alta en el cielo y la multitud empezaba a cansarse, de modo que el rey decretó que los tres últimos combates tendrían lugar a la mañana siguiente, antes del combate cuerpo a cuerpo. Los asistentes regresaron a sus hogares comentando las justas que habían visto y los enfrentamientos que tendrían lugar al día siguiente, y la corte se dirigió hacia la ribera para dar comienzo al banquete. Hacía horas que seis gigantescos uros se asaban girando lentamente en espitas de palo, mientras los pinches de cocina los rociaban con mantequilla y hierbas hasta que la carne chisporroteaba, crujiente. Junto a las tiendas se habían instalado bancos y mesas, sobre las que había fresas, hierbadulce y pan recién salido de los hornos.

A Sansa y a la septa Mordane se les asignaron lugares de gran honor, a la izquierda de la palestra elevada sobre la que estaban el rey y la reina. Cuando el príncipe Joffrey se sentó a su derecha, sintió un nudo en la garganta. No había vuelto a hablar con ella desde los espantosos sucesos del Tridente. Al principio, Sansa pensó que lo detestaba por lo que le habían hecho a Dama, pero cuando se le secaron las lágrimas se dijo que, en realidad, no había sido culpa de Joffrey. La culpa había sido de la reina. A ella era a la que tenía que detestar; a ella y a Arya. De no ser por Arya no habría pasado nada malo.

Aquella noche no podía sentir nada malo hacia Joffrey. Estaba demasiado atractivo. Llevaba un jubón azul oscuro, tachonado con una doble hilera de cabezas doradas de león, y la frente ceñida con una diadema delgada de oro y zafiros. El cabello le brillaba como si fuera de metal. Sansa lo miró y se estremeció, temerosa de que no le hiciera caso o, peor todavía, de que le dijera algo desagradable y tuviera que retirarse de la mesa entre lágrimas.

Sin embargo, Joffrey sonrió y le besó la mano, guapo y galante como los príncipes de las canciones.

—Ser Loras tiene buen ojo para la belleza, mi señora.

—Ha sido muy amable —objetó Sansa, tratando de parecer modesta y tranquila, aunque su corazón cantaba—. Ser Loras es un gran caballero. ¿Crees que ganará mañana el torneo, mi señor?

—No —replicó Joffrey—. Mi perro lo derrotará, y si no, mi tío Jaime. Y dentro de pocos años, cuando tenga edad para participar en las justas, yo los derrotaré a todos.

Alzó la mano para llamar a un criado que llevaba una jarra de vino veraniego helado, y le sirvió una copa. Sansa miró a la septa Mordane con preocupación, pero Joffrey se adelantó y llenó también la copa de la septa, de manera que asintió, le dio las gracias y no añadió ni una palabra más.

Los criados llenaron las copas una y otra vez a lo largo de la noche, pero más adelante, Sansa no recordaría haber probado siquiera el vino. No lo necesitaba. Estaba ebria con la magia de la velada, aturdida por el lujo y esplendor, embelesada por las maravillas con las que había soñado toda su vida sin atreverse

a albergar la esperanza de ver jamás. Los juglares, sentados ante la tienda del rey, llenaban el anochecer de música. Un malabarista hacía girar en el aire una cascada de bastones en llamas. El bufón particular del rey, un simplón con cara de torta al que llamaban *Chico Luna*, bailaba sobre zancos con su traje de mil colores, y se burlaba de todo el mundo con tan hábil crueldad que Sansa llegó a preguntarse si realmente sería un retrasado. Ni la septa Mordane estuvo a salvo de él: cuando el bufón cantó una cancioncilla acerca del septón supremo, se rio tanto que se derramó encima la copa de vino.

Y Joffrey fue la viva imagen de la cortesía. Se pasó la noche hablando con Sansa, la colmó de cumplidos, la hizo reír, le contó los pequeños cotilleos de la corte y le explicó las pullas de Chico Luna. Sansa estaba tan cautivada que olvidó toda cortesía y apenas si dirigió la palabra a la septa Mordane, que estaba sentada a su izquierda.

Mientras tanto se fueron sirviendo los diferentes platos de la cena: una sopa espesa de cebada y venado; ensaladas de hierbadulce, espinacas y ciruelas con frutos secos por encima; caracoles en salsa de miel y ajo. Sansa no había probado nunca los caracoles, así que Joffrey la enseñó a sacarlos de su concha, y él mismo le puso el primero en la boca. Después sirvieron trucha pescada en el río aquel mismo día, horneada en barro; su príncipe la ayudó a romper la envoltura sólida para dejar al descubierto el pescado jugoso. Y cuando se sirvió la carne, él mismo le ofreció la mejor tajada con una sonrisa seductora. Sansa advirtió que todavía le molestaba el brazo derecho al moverlo, pero en ningún momento se quejó.

Más tarde se sirvieron empanadas de pichón y criadillas, manzanas asadas que olian a canela, y pastelillos de limón bañados en azúcar, pero para entonces Sansa estaba tan llena que apenas pudo comerse dos pastelillos, por mucho que le gustaran. Estaba decidido si se enfrentaría a un tercer pastelillo cuando el rey empezó a gritar.

A medida que se iban sirviendo los diferentes platos, el rey Robert había ido levantando la voz. A veces, Sansa lo oía reír a carcajadas o rugir órdenes por encima del estruendo de la música y el ruido de los platos y los cubiertos, pero estaba demasiado lejos para entender lo que decía.

En aquel momento, en cambio, todo el mundo lo entendió.

—¡No! —rugió con una voz que ahogaba el resto de los sonidos. Sansa se quedó boquiabierta al ver que el rey se levantaba, inseguro, con el rostro congestionado. Llevaba en la mano una copa de vino y estaba completamente borracho—. ¡No consentio que me digas qué tengo que hacer, mujer! —le gritó a la reina Cersei—. ¡Aquí el rey soy yo! ¿Entendido? ¡Yo soy el que manda, y si digo que mañana voy a pelear, es que voy a pelear!

Todos los asistentes lo miraban. Sansa se fijó en ser Barristan, y en Renly, el hermano del rey, y también en el hombre bajito que antes le había tocado el pelo

mientras le hablaba de una manera extraña, pero ninguno hizo ademán de interferir. El rostro de la reina era una máscara tan pálida que parecía esculpida en nieve. Se levantó de la mesa, se recogió las faldas y, sin decir palabra, se alejó seguida por sus sirvientes.

Jaime Lannister puso una mano en el hombro del rey, pero este lo empujó hacia atrás. Lannister trastabilló y cayó. El rey se echó a reír con carcajadas ebrias, groseras.

—Vaya con el gran caballero; todavía te puedo tumbar. No lo olvides, Matarreyes. —Se golpeó el pecho con la copa adornada con piedras preciosas, de manera que el vino le salpicó la túnica de seda—. ¡Con mi martillo en la mano no hay hombre en el reino capaz de enfrentarse a mí!

—Como digáis, alteza —dijo Jaime Lannister, algo forzado, después de levantarse y sacudirse el polvo.

—Se te ha derramado el vino, Robert —dijo lord Renly adelantándose con una sonrisa—. Espera, te traigo otra copa.

Sansa se sobresaltó cuando Joffrey le puso la mano en el brazo.

—Se hace tarde —dijo el príncipe. Tenía una expresión extraña en el rostro, como si no la viera—. ¿Necesitas compañía para volver al castillo?

—No —empezó a decir Sansa. Miró a la septa Mordane, y se sobresaltó al ver que tenía la cabeza apoyada en la mesa y dormía con ronquidos muy suaves, propios de una dama—. Es decir... sí, gracias, eres muy amable. Estoy cansada, y el camino es tan oscuro... Me gustaría que alguien me protegiera.

—¡Perro! —llamó Joffrey.

Sandor Clegane apareció tan de repente como si hubiera surgido de la noche. Se había cambiado la armadura por una túnica de lana roja, con una cabeza de perro recortada en cuero y cosida en el pecho. La luz de las antorchas hacía que su rostro quemado brillara con un tono rojo mortecino.

—Sí, alteza?

—Acompaña a mi prometida al castillo; que nada malo le suceda —le ordenó el príncipe con tono brusco. Y, sin siquiera despedirse, Joffrey se alejó de ella a zancadas.

A Sansa le parecía sentir físicamente la mirada del Perro.

—Creías que Joff te iba a acompañar en persona? —Se echó a reír. Su carcajada era como los gruñidos de los perros en las peleas—. Ni lo sueñes. —La cogió del brazo para ponerla en pie; Sansa no se resistió—. Vamos, no eres la única que tiene sueño. He bebido demasiado, y puede que mañana tenga que matar a mi hermano.

Se echó a reír de nuevo. Sansa, que de repente estaba aterrada, sacudió a la septa Mordane por el hombro para tratar de despertarla, pero solo consiguió que la mujer roncara más fuertemente. El rey Robert se había marchado con paso inseguro, y de pronto la mitad de los bancos se había vaciado también. El festín

había terminado, y con él, el sueño.

El Perro cogió una antorcha para iluminar el camino. Sansa lo siguió. El terreno era rocoso y desigual, y la luz titubeante hacía que pareciera moverse bajo los pies. Avanzaron entre las tiendas; todas tenían un estandarte y una armadura en el exterior. El silencio se hacía más denso a cada paso. Sansa no soportaba mirar al Perro, le daba miedo, pero la habían educado para mostrarse siempre cortés. Una verdadera dama no haría caso de aquel rostro desfigurado, se dijo.

—Hoy habéis sido muy valeroso, ser Sandor —consiguió recitar.

—Ahórrate los cumplidos vacíos, niña, y el tratamiento cortés —soltó Sandor Clegane con un bufido—. No soy ningún caballero. Escupo sobre los caballeros y sobre sus juramentos. Mi hermano es caballero. ¿Te has fijado en él?

—Sí —susurró Sansa, temblorosa—. Ha sido muy ...

—¿Valeroso? —terminó el Perro.

La niña se dio cuenta de que se burlaba de ella.

—No había otro que lo superase —consiguió decir al final, orgullosa de sí misma; no había mentido.

—Tu septa te ha enseñado bien. —Sandor Clegane se detuvo de repente, en medio de un prado oscuro y desierto. Sansa no tuvo más remedio que detenerse junto a él—. Eres como esos pajarillos de las islas del Verano, ¿verdad? Uno de esos pájaros parlanchines tan bonitos; repites todo lo que te han enseñado.

—Eres descortés conmigo —dijo Sansa, que sentía que el corazón se le aceleraba en el pecho—. Y me das miedo. Quiero marcharme ya.

—No había otro que lo superase —repitió el Perro—. Desde luego que no. Nadie ha podido superar a Gregor, nunca. Ese chico de hoy, el de la segunda justa, qué lástima, ¿no? Lo has visto, ¿verdad? El pobre idiota no pintaba nada en este torneo. No tenía dinero, ni escudero, ni nadie que lo ayudara a ponerse la armadura. Llevaba el gorjal mal ajustado. ¿Crees que Gregor no se dio cuenta? ¿Crees que la lanza de «ser» Gregor fue a acertarle ahí por casualidad? Si lo crees, es que tienes la cabeza hueca como la de un pájaro. La lanza de Gregor se clava donde quiere Gregor. Mírame. ¡Mírame! —Sandor Clegane le puso una mano enorme bajo la barbilla y la obligó a alzar la vista. Se acuclilló ante ella y acercó la antorcha—. Bonito espectáculo, ¿verdad? Mírame bien. Es lo que deseas. Lo has estado deseando todo el viaje por el camino Real. Pues mírame bien.

Le aferraba la mandíbula con dedos de hierro. Tenía los ojos clavados en ella. Ojos ebrios, llenos de rabia. Sansa tuvo que mirar.

El lado derecho de su rostro estaba demacrado, con el pómullo afilado y un ojo gris bajo la ceja espesa. Tenía la nariz grande y ganchuda, y el pelo fino, oscuro. Lo llevaba largo y peinado hacia el otro lado, donde no tenía cabello.

El lado izquierdo de su rostro estaba destrozado. De la oreja apenas si

quedaba el agujero; el fuego había consumido el resto. El ojo aún veía, pero la carne de alrededor no era más que un amasijo cicatrizado, negra y dura como el cuero, llena de cráteres y hendiduras que brillaban, rojas y húmedas, cada vez que se movía. En la mandíbula se veía un trozo de hueso, allí donde el fuego había quemado toda la carne.

Sansa se echó a llorar. Él la soltó, y tiró la antorcha al suelo.

—¿Se te han acabado los cumplidos, niña? ¿Tu septa no te ha enseñado qué decir en estos casos? —No obtuvo respuesta—. Todos creen que fue en algún combate. Un asedio, una torre en llamas, un enemigo con una antorcha... Un imbécil me preguntó si me lo había hecho un dragón. —La carcajada fue más suave, pero igual de amarga—. Te voy a decir qué me pasó, niña —siguió, una voz en la noche, una sombra que se inclinaba sobre ella hasta que pudo oler el hedor del vino en su aliento—. Yo era más pequeño que tú, tenía seis años, o siete, no sé. Un tallista instaló su taller en la aldea cercana al castillo de mi padre, y para ganarse su favor nos envió regalos. Aquel anciano hacía unos juguetes maravillosos. No recuerdo qué me dio a mí, pero yo quería el regalo de Gregor. Era un caballero de madera, todo pintado; estaba articulado y tenía unos cordeles para moverlo y hacerlo luchar. Gregor tenía cinco años más que yo; para él, aquel juguete no tenía la menor importancia: ya manejaba una espada, media casi cuatro codos y medio y tenía la musculatura de un toro. Así que le robé su caballero, pero no lo disfruté, te aseguro que no lo disfruté. Estaba muerto de miedo, y hacía bien, porque me descubrió. En la habitación había un brasero. Gregor no dijo ni una palabra; me cogió, me sujetó con un brazo y me aplastó la cara contra los carbones al rojo, y me tuvo así mientras yo gritaba y gritaba y gritaba. Ya has visto lo fuerte que es. Incluso entonces hicieron falta tres hombres para hacer que me soltara. Los septones hablan de los siete infiernos. ¿Qué saben ellos? Solo alguien que ha sufrido quemaduras como las mías sabe lo que es el infierno.

» Mi padre le dijo a todo el mundo que las sábanas de mi cama se habían incendiado, y el maestre me puso ungüentos. ¡Ungüentos! A Gregor también le correspondieron sus ungüentos. Cuatro años más tarde lo ungieron con los siete aceites, recitó sus juramentos de caballero, y Rhaegar Targaryen le dio un golpecito en el hombro y le dijo: "Levantaos, ser Gregor".

La voz ronca fue perdiendo fuerza. Se quedó ante ella, en silencio, acuclillado. No era más que una forma grande; la noche lo envolvía e impedía ver otra cosa. Sansa oyó su respiración trabajosa. Se dio cuenta de que ya no sentía miedo. Sentía compasión.

El silencio se prolongó largo rato, tanto que empezó a tener miedo una vez más, pero temía por él, no por ella. Le puso una mano en el hombro gigantesco.

—No era un caballero de verdad —susurró.

El Perro echó la cabeza hacia atrás y lanzó un rugido. Sansa retrocedió tan

bruscamente que estuvo a punto de caerse, pero él la sujetó por el brazo.

—No —dijo—. No, pajarito, no era un caballero de verdad.

Sandor Clegane no añadió ni una palabra más en todo el camino de regreso. La llevó hasta donde aguardaban los carromatos, dijo a un cochero que los llevara a la Fortaleza Roja y subió tras ella. Atravesaron en silencio la puerta del Rey y recorrieron las calles iluminadas por antorchas. Abrió la puerta trasera y la guio hasta el castillo, con el rostro quemado crispado y los ojos llenos de sombras. La siguió por las escaleras de la torre y la acompañó hasta la puerta misma de su dormitorio.

—Gracias, mi señor —dijo Sansa con docilidad.

—De lo que te he contado esta noche... —dijo el Perro con voz más ruda que de costumbre, agarrándola por un brazo e inclinado hacia ella—. Si alguna vez se lo cuentas a Joffrey... o a tu hermana, o a tu padre... o a quien sea...

—No se lo diré a nadie —susurró Sansa—. Lo prometo.

Con aquello no bastaba.

—Si alguna vez se lo cuentas a alguien —añadió—, te mataré.

—Lo he velado yo —dijo ser Barristan Selmy mientras contemplaban el cadáver del carro—. No tenía a nadie aquí. Me han dicho que su madre vive en el Valle.

A la luz pálida del amanecer, el joven caballero parecía dormido. En vida no era atractivo, pero la muerte le había suavizado los rasgos bastos, y las hermanas silenciosas lo habían vestido con su mejor túnica de terciopelo. El cuello alto ocultaba los destrozos que la lanza le había causado en la garganta. Eddard Stark miró al muchacho y se preguntó si habría muerto por su culpa. Un vasallo de los Lannister lo había matado antes de que Ned tuviera ocasión de hablar con él. ¿Pura casualidad? Ya nunca lo sabría.

—Hugh fue escudero de Jon Arryn durante cuatro años —siguió Selmy—. En su memoria, el rey lo nombró caballero antes de emprender el viaje hacia el norte. El chico lo deseaba con todo su corazón. No estaba preparado.

—Nadie lo está. —Ned había dormido poco y mal, y se sentía tan cansado como si tuviera mil años.

—¿Para qué lo nombrén caballero?

—Para que lo maten. —Ned lo cubrió con la capa, una tela azul manchada de sangre, ribeteada de lunas. Cuando la madre preguntara por qué había muerto su hijo, le dirían que había luchado para honrar a la mano del rey, Eddard Stark, reflexionó con amargura—. Esto era innecesario. La guerra no es ningún juego.

—Se volvió hacia la mujer que estaba junto al carro. Vestía de gris y tenía el rostro oculto; solo se le veían los ojos. Las hermanas silenciosas preparaban a los hombres para la tumba, y mirar el rostro de la muerte era un mal presagio—. Enviad su armadura al Valle. A la madre le gustará conservarla.

—Vale al menos una pieza de plata —señaló ser Barristan—. El chico se la hizo forjar especialmente para el torneo. Un trabajo sencillo, pero de calidad. No sé si habrá terminado de pagar al herrero.

—La pagó ayer, mi señor, y a un precio muy alto —replicó Ned. Se volvió de nuevo hacia la hermana silenciosa—. Enviadle la armadura a su madre. Yo trataré con el herrero.

La mujer hizo un gesto de asentimiento.

Más tarde, ser Barristan acompañó a Ned a la tienda del rey. El campamento empezaba a despertar. Las salchichas chisporroteaban sobre las hogueras e impregnaban el ambiente de su olor a ajo y a pimienta. Los jóvenes escuderos corrían de un lado a otro cumpliendo los encargos de sus señores, mientras bostezaban y se desperezaban. Un criado que llevaba un ganso bajo el brazo clavó la rodilla en el suelo al verlos.

—Mis señores —murmuró mientras el ganso graznaba y le lanzaba picotazos a los dedos.

Los escudos situados ante las tiendas identificaban a sus ocupantes: el águila plateada de Varamar, el campo de ruiñores de Bryce Caron, el racimo de uvas de los Redwyne, el jabalí pinto, el buey rojo, el árbol en llamas, el carnero blanco, la espiral triple, el unicornio morado, la doncella bailarina, la víbora, las torres gemelas, el búho con cuernos y, por último, los blasones níveos de la Guardia Real, que brillaban como el amanecer.

—El rey tiene intención de pelear hoy en el combate cuerpo a cuerpo —dijo ser Barristan mientras pasaban junto al escudo de ser Meryn, que tenía la pintura saltada y un corte profundo allí donde la lanza de Loras Tyrell había chocado contra la madera al derribarlo.

—Sí —asintió Ned, sombrío. Jory lo había despertado la noche anterior para llevarle aquella noticia. No era de extrañar que hubiera dormido tan mal.

—Se dice que las bellezas de la noche se diluyen en el amanecer, y que la luz de la mañana repudia a los hijos del vino. —Ser Barristan también parecía preocupado.

—Eso se dice —asintió Ned—, pero no se aplica a Robert. —Cualquier otro reconsideraría lo que dijo en una bravata de borracho, pero Robert Baratheon lo recordaría, y si lo recordaba, no se echaría atrás.

La tienda del rey estaba cerca del agua, y la niebla matutina del río la envolvía en jirones grises. Era la más grande y opulenta del campamento, toda de seda dorada. Junto a la entrada estaban el martillo de Robert y su inmenso escudo de hierro, en el que se veía el venado coronado de la casa Baratheon.

Ned había albergado la esperanza de encontrar al rey todavía en la cama, inmerso en el sueño del vino, pero la suerte no lo acompañó. Cuando llegaron, Robert bebía cerveza de un cuerno pulido y rugía órdenes a los dos jóvenes escuderos que intentaban en vano ponerle la armadura.

—Alteza —decía uno al borde de las lágrimas—, se os ha quedado pequeña, no os cabe. —Siguío intentando ajustarle el gorjal, pero se le cayó al suelo.

—¡Por los siete infiernos! —maldijo Robert—. ¿Es que lo tengo que hacer todo yo? ¡Malditos mequetrefes! ¡Recoge eso! ¡No te quedes ahí mirando, Lancel, recógelos! —El chico se precipitó a obedecer, y fue entonces cuando el rey reparó en su presencia—. Mira qué par de alcornoques, Ned. Mi esposa insistió en que estos dos me sirvieran de escuderos, y son peor que inútiles. Ni siquiera saben ponerme la armadura. Escuderos, ¡ja! No son más que porqueros vestidos de seda.

—No es culpa de los chicos —le dijo Ned al rey. Solo necesitó echar un vistazo para comprender el problema—. Estás demasiado gordo para tu armadura, Robert.

Robert Baratheon bebió un largo trago de cerveza, tiró el cuerno vacío a un lado, junto a las pieles con que se abrigaba por la noche, y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿Gordo? Gordo, jeh? —dijo con voz sombría—. ¿Te parece que esa es manera de hablar a tu rey? —Dejó escapar una de sus carcajadas, repentina como una tormenta—. Ay, Ned, maldito seas, ¿por qué tienes razón siempre? —Los escuderos sonrieron nerviosos hasta que el rey se volvió hacia ellos—. Vosotros. Sí, los dos. Ya habéis oído a la mano. El rey está demasiado gordo para esta armadura. Id a buscar a ser Aron Santagar; decidele que necesito que me ensanchen el peto. ¡Venga! ¿A qué esperáis?

Los chicos tropezaron el uno con el otro en su afán por salir de la tienda. Robert consiguió mantener una expresión severa hasta que se perdieron de vista. Luego se dejó caer en una silla, muerto de risa.

Ser Barristan Selmy también se echó a reír. Hasta a Eddard Stark se le escapó una sonrisa. Pero los pensamientos sombríos volvieron a imponerse. Se había fijado en los dos escuderos: dos chicos atractivos, rubios y esbeltos. Uno era de la edad de Sansa y tenía largos rizos dorados; el otro, de unos quince años, tenía el cabello color arena, la sombra de un bigote incipiente y los ojos verde esmeralda de la reina.

—Ay, daría cualquier cosa por ver la cara de Santagar —dijo Robert—. Supongo que tendrá suficiente sentido común para mandarlos a buscar a otro. ¡Deberíamos tenerlos corriendo todo el día!

—Esos chicos... —inquirió Ned—, ¿son de la familia Lannister?

Robert asintió al tiempo que se secaba los ojos.

—Primos. Hijos de un hermano de lord Tywin. Uno de los muertos. O a lo mejor del que sigue vivo, ahora que lo dices. No me acuerdo. La familia de mi esposa es muy amplia, Ned.

«Y muy ambiciosos», pensó Ned. No tenía nada en contra de los dos escuderos, pero le preocupaba que Robert estuviera rodeado por los parientes de la reina de la mañana a la noche. Por lo visto, el hambre de títulos, cargos y honores de los Lannister no conocía límites.

—Se dice que anoche tuviste un pequeño altercado con la reina.

—Quería prohibirme que participara en el combate cuerpo a cuerpo. —Del rostro de Robert había desaparecido todo asomo de alegría—. Ahora, la condenada debe de estar de morros en el castillo. Tu hermana jamás me habría avergonzado de esa manera.

—No conociste a Lyanna como yo, Robert —replicó Ned—. Viste la belleza de la superficie, no el hierro que había debajo. Ella te habría dicho que no debías tomar parte.

—¿Tú también? —preguntó el rey con el ceño fruncido—. Estás amargado, Stark. Has vivido demasiado tiempo en el norte; se te ha helado la sangre. Pero a mí todavía me corre por las venas. —Se dio unos palmetazos en el pecho para demostrarlo.

—Eres el rey —le recordó Ned.

—Me siento en ese condenado Trono de Hierro cuando hace falta. ¿Significa eso que no tengo las mismas necesidades que el resto de los hombres? Un poco de vino de vez en cuando, una chica que grite en la cama, sentir un caballo entre las piernas... Por los siete infiernos, Ned, quiero golpear a alguien.

—Alteza —intervino ser Barristan Selmy—, no está bien que el rey participe en el torneo. No sería una competición justa. ¿Quién osaría golpearos?

—Pues... —Robert pareció sinceramente desconcertado—. Cualquiera, claro. Si puede. Y el último que quede en pie...

.... serás tú —terminó Ned. Enseguida se dio cuenta de que Selmy había dado en el clavo. Los riesgos del combate cuerpo a cuerpo eran un aliciente más para Robert, pero aquello lo hería en su orgullo—. Ser Barristan tiene razón. No hay un solo hombre en los Siete Reinos que se atreva a incurrir en tu ira haciéndote daño.

—¿Insinúas que esos cobardes me dejarían ganar? —El rey se puso en pie. Tenía el rostro congestionado.

—No te quepa la menor duda —dijo Ned, al tiempo que ser Barristan Selmy asentía en acuerdo silencioso.

Durante un instante Robert fue incapaz de formular palabra, tal era la ira que lo invadía. Cruzó la tienda a zancadas, dio media vuelta y la cruzó de nuevo, con el rostro atormentado. Cogió la coraza del suelo y se la tiró a Barristan Selmy en un ataque de rabia muda. Selmy la esquivó.

—Vete de aquí —le dijo al final el rey, con voz gélida—. Vete de aquí antes de que te mate. —Ser Barristan se marchó rápidamente. Ned estaba a punto de seguirlo cuando el rey lo llamó—. No, Ned, tú quédate. —Ned se volvió. Robert cogió el cuerno de nuevo, lo llenó de cerveza del barril que tenía en un rincón y se lo tendió—. Bebe —añadió con tono brusco.

—No tengo sed...

—Bebe. Tu rey te lo ordena. —Ned cogió el cuerno y bebió. La cerveza era negra y espesa, tan fuerte que escocía en los ojos. Robert se sentó de nuevo—. Maldito seas, Ned Stark. Malditos seáis Jon Arryn y tú. Yo os quería a los dos. ¿Por qué me hicisteis esto? Tú deberías haber sido el rey. O Jon.

—Tú tenías más derechos, alteza.

—Te he dicho que bebas, no que discutas. Tú me hiciste rey, así que al menos ten la cortesía de escucharme cuando hablo. Mírame bien, Ned. Mira en qué me ha convertido la realeza. Dioses, estoy tan gordo que no quepo en la armadura. ¿Cómo he acabado así?

—Robert...

—Bebe y calla; el rey está hablando. Te lo juro, jamás estuve tan vivo como cuando peleaba por este trono, ni tan muerto como ahora que lo tengo. Y en cuanto a Cersei... Eso se lo debo a Jon Arryn. Después de que me arrebataran a Lyanna no quería casarme, pero Jon dijo que el reino necesitaba un heredero.

Me dijo que Cersei Lannister sería un partido excelente, que fraguaría una alianza con lord Tywin si Viserys Targaryen intentaba recuperar el trono de su padre. —El rey sacudió la cabeza—. Yo adoraba a ese anciano, te lo juro, pero ahora creo que era más idiota que el Chico Luna. Si, Cersei es hermosa, sin duda, pero tan fría... Por la manera en que se guarda el coño se diría que tiene entre las piernas todo el oro de Roca Casterly. Oye, si no te vas a beber esa cerveza, dámela. —Tomó el cuerno, lo vació de un trago, eructó y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Siento mucho lo de tu hija, Ned, de verdad. Lo del lobo. Mi hijo mintió, apostaría lo que fuera. Mi hijo... tú a tus hijos los quieres, ¿verdad?

—Con toda mi alma —dijo Ned.

—Pues te voy a contar un secreto, Ned. Más de una vez he soñado con renunciar a la corona. Tomaría un barco que fuera a las Ciudades Libres, me llevaría solo el martillo y el caballo, y me pasaría todo el tiempo entre trifulcas y putas; para eso nací. El Rey Mercenario, ¡los juglares me adorarían! ¿Sabes por qué no lo hago? Porque me imagino a Joffrey sentado en el trono y a Cersei a su lado, susurrándole al oído. Mi hijo. ¿Cómo he podido engendrar un hijo así, Ned?

—No es más que un niño —dijo Ned con torpeza. El príncipe Joffrey no era de su agrado, pero sentía el dolor en la voz de Robert—. ¿Ya te has olvidado de lo indómito que eras tú a su edad?

—Si el chico fuera indómito, no me preocuparía, Ned. Tú no lo conoces como yo. —Suspiró y sacudió la cabeza—. Bah, quizá tengas razón. Jon se desesperaba conmigo a veces, pero acabé por ser un buen rey. —Robert miró a Ned, y frunció el ceño al ver que seguía callado—. Tienes mi permiso para hablar y darme la razón.

—Alteza... —empezó Ned con cautela.

—Venga, di que soy mejor rey que Aerys y asunto concluido —dijo Robert dándole una palmada en la espalda—. Eres incapaz de mentir, ni por amor ni por honor, Ned Stark. Todavía soy joven, y ahora que estás conmigo, las cosas van a cambiar. Haremos que este reino sea tema de canciones, y a los siete infiernos con los Lannister. Huele a panceta. ¿Quién crees que será el campeón? ¿Te has fijado en el hijo de Mace Tyrell? El Caballero de las Flores, así lo llaman. De un hijo así, cualquiera estaría orgulloso. En el último torneo hizo caer al Matarreyes sobre su dorado culo; tendrías que haber visto la cara que puso Cersei. Me reí hasta que me dolió todo. Renly dice que tiene una hermana, una doncella de catorce años, bella como un amanecer...

Desayunaron pan de centeno, huevos de ganso cocidos y pescado frito con cebollas y panceta ahumada, todo en una mesa montada sobre caballetes junto al río. La melancolía del rey se esfumó con las nieblas de la mañana, y no pasó mucho tiempo antes de que, comiendo una naranja, empezara a rememorar una mañana en el Nido de Águilas, cuando ambos eran niños.

—Le había dado a Jon un barril de naranjas, ¿te acuerdas? Solo que estaban

podridas, y la mía se la tiré a Dacks, y le dio en la nariz. ¿Te acuerdas de él, el escudero de Redfort, el que tenía la cara picada? Él me lanzó otra, y antes de que Jon tuviera tiempo ni siquiera de tirarse un pedo, las naranjas volaban por toda la sala principal. —Dejó escapar una carcajada estrepitosa, e incluso Ned sonrió, recordando la escena.

Pensó que aquel era el muchacho con el que había crecido. Aquel era el Robert Baratheon al que conocía, al que quería. Si conseguía demostrar que los Lannister eran los responsables del ataque a Bran, que habían asesinado a Jon Arryn, aquel hombre atendería a razones. Sería el fin de Cersei, y también del Matarreyes, y si lord Tywin osaba alzarse en occidente, Robert lo aplastaría como había aplastado a Rhaegar Targaryen en el Tridente. Lo veía todo muy claro.

Aquel desayuno le supo mejor que nada de lo que había comido en mucho tiempo, y después, la sonrisa le afloró más a menudo y más fácilmente, hasta que llegó el momento de que se reanudara el torneo.

Ned se dirigió a la liza con el rey. Había prometido a Sansa que vería los últimos enfrentamientos con ella. La septa Mordane se encontraba enferma, y su hija no quería perderse el final de las justas. Antes acompañó a Robert a su lugar, y se dio cuenta de que Cersei Lannister había optado por no asistir. Aquello también le infundió esperanzas.

Se abrió camino entre el gentío hasta donde estaba su hija, y la encontró justo cuando sonaban los cuernos anunciando la primera justa. Sansa estaba tan absorta que apenas advirtió su llegada.

El primer jinete en presentarse fue Sandor Clegane. Llevaba una capa verde oliva sobre la armadura color gris ceniza. Era, junto con el yelmo en forma de cabeza de perro, su única concesión al adorno.

—Cien dragones de oro por el Matarreyes —anunció en voz alta Meñique al ver entrar a Jaime Lannister a lomos de un elegante corcel bayo.

El caballo llevaba una manta de malla dorada, y Jaime brillaba de la cabeza a los pies. Hasta su lanza era de madera dorada procedente de las islas del Verano.

—Acepto —gritó lord Renly—. Parece que esta mañana el Perro tiene hambre.

—Hasta los perros hambrientos saben que no deben morder la mano que les da de comer —replicó Meñique con tono seco.

Sandor Clegane se bajó el visor con un *clang*, y ocupó su lugar. Ser Jaime lanzó un beso a alguna mujer que ocupaba un puesto entre el pueblo, se bajó el visor con suavidad y se encaminó hacia la otra punta de la liza. Ambos aprestaron sus lanzas.

Ned Stark habría dado cualquier cosa por verlos perder a los dos, pero Sansa observaba la escena ansiosa, con los ojos húmedos. La tribuna, erigida a toda

velocidad, se estremeció cuando los caballos emprendieron el galope. El Perro se inclinó hacia delante con la lanza firme, pero Jaime se inclinó a un lado con destreza un instante antes del impacto. La punta del arma de Clegane chocó, inofensiva, contra el escudo dorado con el emblema del león, mientras que la del Matarreyes acertaba en perpendicular. La madera se astilló, y el Perro tuvo que luchar para no caerse. Sansa contuvo el aliento. La multitud gritó.

—¡Ya estoy haciendo planes para gastar tu dinero! —le gritó Meñique a lord Renly.

El Perro consiguió mantenerse sobre la silla a duras penas. Tiró de las riendas del caballo, lo obligó a dar media vuelta y se dirigió hacia su punto de arranque para el segundo pase. Jaime Lannister tiró la lanza rota y cogió una nueva mientras bromeaba con su escudero. El Perro emprendió de nuevo el galope. Lannister hizo lo propio. En aquella ocasión, cuando Jaime se inclinó en la silla, Sandor Clegane se inclinó también. Las dos lanzas saltaron en mil pedazos, y cuando las astillas cayeron al suelo, había un caballo bayo sin jinete. Ser Jaime Lannister, dorado y magullado, rodaba por tierra.

—Sabía que el Perro iba a ganar —dijo Sansa.

—Si sabes quién va a vencer en el segundo enfrentamiento —le gritó Meñique, que la había oído—, dímelo pronto, o lord Renly me desplumará. —Ned sonrió.

—Lástima que el Gnomo no esté con nosotros —añadió lord Renly—. Yo habría ganado el doble.

Jaime Lannister volvía a estar de pie, pero el recargado casco de león se le había abollado en la caída y no se lo podía quitar. El pueblo lo abucheaba y lo señalaba; las damas y los caballeros intentaban disimular las risitas sin conseguirlo, y por encima de cualquier otro ruido, Ned oía las carcajadas del rey Robert. Por último tuvieron que llevarse al León de Lannister a la forja de un herrero, ciego y dando tumbos.

Para entonces, ser Gregor Clegane ya había ocupado su puesto en la liza. Era enorme; Eddard Stark no había visto en su vida a nadie tan gigantesco. Robert Baratheon y sus hermanos eran hombres corpulentos, al igual que el Perro, y en Invernalia, el mozo de cuadras retrasado, Hodor, los dejaba pequeños a todos. Pero el caballero al que apodaban *la Montaña que Cabalga* era aún más grande que Hodor. Media más de dos varas y media, tenía los hombros gigantescos y los brazos gruesos como troncos de árboles. Su corcel casi parecía un pony entre las enormes piernas embutidas en la armadura, y la lanza que llevaba era, en sus manos, un palo de escoba.

A diferencia de su hermano, ser Gregor no vivía en la corte. Era un hombre solitario que rara vez salía de sus tierras, a no ser para una guerra o un torneo. Había estado al lado de lord Tywin cuando cayó Desembarco del Rey. Entonces era un caballero recién nombrado, apenas tenía diecisiete años, pero ya resultaba

inconfundible por su tamaño y por su ferocidad implacable. Según se rumoreaba, había sido el propio Gregor el que estampó contra una pared el cráneo del príncipe bebé Aegon Targaryen y después violó a la madre, la princesa dorniense Elia, antes de pasarla por la espada. Eran cosas que no se decían en presencia de Gregor.

Ned no recordaba haber cambiado dos palabras con él: aunque Gregor había estado en su bando durante la rebelión de Balon Greyjoy, no era más que un caballero entre miles. Lo observó con cierta inquietud. Ned no prestaba atención a las habladurías, pero lo que se comentaba de ser Gregor era abominable. Estaba a punto de contraer matrimonio por tercera vez, y se decían cosas terribles acerca del destino de sus dos primeras esposas. Según los rumores, su fortaleza era un lugar sombrío donde los criados desaparecían sin dejar rastro, y ni los perros osaban entrar en el salón. Había habido una hermana que murió joven en extrañas circunstancias; el fuego había desfigurado a su hermano, y su padre había muerto en un accidente de caza. Gregor había heredado la fortaleza, el oro y las propiedades de la familia. Su hermano pequeño, Sandor, salió de allí aquel mismo día y puso su espada al servicio de los Lannister. Se decía que no había regresado a su hogar ni siquiera de visita.

Cuando hizo su aparición el Caballero de las Flores, un murmullo recorrió la multitud, y Ned oyó el susurro fervoroso de Sansa: «Es tan guapo...». Ser Loras Tyrell era esbelto como un junco, y vestía una armadura de plata increíble, tan pulida que su brillo cegaba, con filigranas de enredaderas negras y diminutas nomeolvides azules. El pueblo se dio cuenta al mismo tiempo que Ned de que el azul de las flores provenía de cientos de zafiros. Una exclamación de asombro escapó de miles de gargantas. El muchacho llevaba a los hombros una capa muy pesada, de verdaderos nomeolvides, miles de ellos, cosidos a la lana tejida.

Su montura era una preciosa yegua gris, tan esbelta como el jinete, la imagen viva de la velocidad. El gigantesco semental de ser Gregor relinchó en cuanto le llegó su olor. El muchacho de Altojardín hizo un movimiento con las piernas y su yegua empezó a caminar de lado, ágil como una bailarina. Sansa se le agarró del brazo.

—Padre, no permitas que ser Gregor le haga daño —dijo.

Ned se fijó en que Sansa llevaba la rosa que ser Loras le había entregado el día anterior. Jory también le había contado aquello.

—Lo que llevan son lanzas de torneo —tranquilizó a su hija—. Están fabricadas de tal modo que se rompen en cuanto chocan; así, nadie resulta herido. —Pero recordó al muchachito muerto, en el carro, con su capa ribeteada de lunas, y las palabras se le marchitaron en la garganta.

A ser Gregor le costaba controlar a su caballo. El semental relinchaba, piafaba y sacudía la cabeza. La Montaña lo golpeó cruelmente con la bota de la armadura. El caballo se encabritó y estuvo a punto de derribarlo.

El Caballero de las Flores saludó al rey, cabalgó hasta el extremo más lejano de la liza y aprestó su lanza. Ser Gregor consiguió llevar a su caballo hasta su línea de salida, peleándose con las riendas. Y, de pronto, comenzó. El semental de la Montaña emprendió el galope, un galope enloquecido, mientras que la yegua cargaba con la suavidad de la seda. Ser Gregor alzó el escudo y aprestó la lanza sin dejar de pelear con su discola montura, tratando de hacer que avanzara en línea recta. Y, de pronto, Loras Tyrell estaba encima de él, con la punta de su lanza en el lugar preciso, y al instante siguiente la Montaña caía. Era tan enorme que su caballo cayó también, en una maraña de acero y carne.

Ned oyó aplausos, vítores, silbidos, gritos de asombro, murmullos emocionados y, por encima de todo, la risa ronca y áspera del Perro. El Caballero de las Flores tiró de las riendas en el extremo de la liza. Su lanza no estaba ni astillada. Los zafiros brillaron al sol cuando se levantó el visor y sonrió. La multitud estaba loca por él.

En medio del campo, ser Gregor Clegane consiguió ponerse en pie hecho una furia. Se arrancó el yelmo y lo estrelló contra el suelo. Su rostro era una máscara de rabia, y el pelo le caía por delante de los ojos.

—¡Mi espada! —gritó al escudero.

El muchacho se la llevó corriendo. El semental ya se había puesto en pie.

Gregor Clegane mató al caballo de un solo tajo, tan feroz que casi seccionó el cuello del animal. En menos de un instante, las aclamaciones se convirtieron en gritos de horror. El semental cayó de rodillas y trató de relinchar. Para entonces Gregor se dirigía ya, con la espada ensangrentada en la mano, hacia la zona de la liza donde estaba ser Loras Tyrell.

—¡Detenedlo! —gritó Ned. Pero sus palabras se perdieron en el rugido de la multitud. Todos gritaban, y Sansa estaba llorando.

Todo sucedió muy deprisa. El Caballero de las Flores pedía a gritos su espada; ser Gregor derribó de un golpe a su escudero y agarró las riendas de la yegua. El animal olió la sangre y se encabritó. Loras Tyrell consiguió a duras penas mantenerse sobre la silla. Ser Gregor blandió la espada y asestó un golpe salvaje con ambas manos, que acertó al muchacho en el pecho y lo derribó. El corcel huyó, y ser Loras quedó tendido en la tierra. Gregor alzó la espada para asestar el golpe definitivo.

—Déjalo en paz —dijo una voz ronca, al tiempo que una mano de hierro lo apartaba del muchacho.

La Montaña se giró, mudo de rabia, blandiendo la espada larga en un arco mortífero en el que había puesto toda su asombrosa fuerza, pero el Perro detuvo el golpe y se lo devolvió, y los dos hermanos pelearon durante lo que pareció una eternidad, mientras los criados ponían a salvo al aturdido Loras Tyrell. Tres veces vio Ned a ser Gregor lanzar golpes brutales contra el yelmo de cabeza de perro, y en cambio, Sandor no dirigió ni un solo ataque contra la cabeza desprotegida de

su hermano.

La voz del rey puso fin a aquello. La voz del rey y veinte espadas. Jon Arryn les había dicho que un buen comandante debía tener buena voz en el campo de batalla, y Robert había comprobado en el Tridente cuán cierto era aquello.

—¡QUE CESE ESTA LOCURA! —rugió—. ¡LO ORDENA VUESTRO REY!

El Perro se dejó caer sobre una rodilla. La espada de ser Gregor hundió el aire, pero él pareció recuperar por fin el sentido común. Dejó caer la espada y miró a Robert, rodeado por su Guardia Real y por otra docena de caballeros y soldados. Sin decir palabra, dio media vuelta y se alejó a zancadas, apartando de un empujón a Barristan Selmy.

—Dejad que se marche —dijo Robert.

Y, tan deprisa como había comenzado, todo terminó.

—¿Ahora el Perro es el campeón? —preguntó Sansa a Ned.

—No —respondió él—. Tiene que haber una última justa, entre el Perro y el Caballero de las Flores.

Pero Sansa estaba en lo cierto. Momentos más tarde, ser Loras Tyrell volvió a la liza. Vestía un sencillo jubón de lino, y se dirigió hacia Sandor Clegane.

—Os debo la vida. Sois el caballero vencedor.

—No soy ningún caballero —replicó el Perro.

Pero aceptó la victoria, y la bolsa del campeón, y quizás por primera vez en su vida, las aclamaciones del pueblo, que le aplaudió mientras salía de la liza para dirigirse hacia su tienda.

Ned y Sansa se encaminaron hacia el prado de tiro con arco, y Meñique, lord Renly y algunos hombres más les dieron alcance.

—Tyrell sabía que su yegua estaba en celo —iba diciendo Meñique—. Estoy seguro de que el chico lo tenía todo planeado. Gregor siempre monta sementales grandes y temperamentales, con más ardor que sentido común. —Por lo visto, le parecía una idea muy graciosa. No así a ser Barristan Selmy.

—En los trucos no hay honor —dijo el anciano, rígido.

—No habrá honor, pero sí veinte mil piezas de oro —sonrió lord Renly.

Aquella tarde, un muchacho llamado Anguy, un plebeyo desconocido procedente de las Marcas de Dorne, ganó en la competición de tiro con arco a ser Balon Swann y a Jalabhar Xho, a cien pasos, cuando el resto de los arqueros ya habían quedado eliminados en distancias más cortas. Ned envió a Alyn en su busca para ofrecerle un puesto en la Guardia de la Mano, pero el chico estaba ebrio de vino, victoria y riquezas jamás soñadas, y lo rechazó.

El combate cuerpo a cuerpo duró tres horas. Tomaron parte casi cuarenta hombres, jinetes libres, caballeros errantes, escuderos deseosos de labrarse una reputación... Lucharon con armas embotadas, en un caos de lodo y sangre; formaban pequeños ejércitos que peleaban juntos y luego se dividían a medida que se formaban y rompián alianzas, hasta que solo quedó un hombre en pie. El

vencedor fue el sacerdote rojo Thoros de Myr, un demente que se afeitaba la cabeza y luchaba con una espada llameante. No era la primera vez que vencía en un combate de aquella clase. La espada llameante asustaba a los caballos de los demás jinetes, y a Thoros no lo asustaba nada. El resultado final fueron tres miembros rotos, una clavícula destrozada, una docena de dedos aplastados, dos caballos que hubo que rematar e incontables cortes, esguinces y magulladuras. Ned daba gracias a los dioses por que el rey no hubiera participado.

Aquella noche, durante el festín, Eddard Stark se atrevió a albergar más esperanzas que en mucho tiempo. Robert estaba de un humor inmejorable. Los Lannister se habían esfumado, y hasta sus hijas se comportaban bien. Jory había llevado a Arya para que tomara parte en la celebración, y Sansa habló a su hermana con amabilidad.

—El torneo ha sido magnífico —suspiró—. Deberías haberlo visto. ¿Cómo van tus clases de baile?

—Estoy toda llena de cardenales —informó Arya alegremente al tiempo que le enseñaba con orgullo una enorme magulladura violácea que tenía en la pierna.

—Debes de bailar fatal —señaló Sansa, dubitativa.

Más tarde, cuando Sansa se fue a escuchar a un grupo de trovadores que interpretaba la compleja serie de baladas entrelazadas denominada «la Danza de los Dragones», Ned quiso ver él mismo la magulladura.

—Espero que Forel no te presione demasiado.

Arya se mantuvo en equilibrio sobre una pierna. Cada vez se le daba mejor.

—Syrio dice que cada herida es una lección, y que cada lección te lleva un paso adelante.

Ned frunció el ceño. La reputación de Syrio Forel era excelente, y su extravagante estilo braavosi era perfecto para la estrecha espada de Arya, pero aun así... Hacía pocos días, la niña había vagado por el torreón con los ojos vendados por una tira de seda negra. Le explicó que Syrio la estaba enseñando a ver con los oídos, con la nariz y con la piel. Y antes de eso la había tenido haciendo volteretas adelante y atrás.

—¿Seguro que quieres seguir con esto, Arya?

—Mañana vamos a cazar gatos —contestó ella después de asentir.

—Gatos —suspiró Ned—. Creo que cometí un error al contratar al braavosi. Si quieras, le diré a Jory que se encargue de enseñarte. O también puedo hablar con ser Barristan. De joven era la mejor espada de los Siete Reinos.

—No —replicó Arya—. Quiero aprender con Syrio.

Ned le acarició el pelo. Cualquier maestro de armas pasable podría enseñar a Arya a lanzar y detener estocadas sin tanta tontería con vendas, volteretas laterales y saltos sobre una pierna, pero conocía demasiado bien a su hija pequeña; sabía que no valía la pena discutir cuando proyectaba hacia fuera aquella mandíbula testaruda.

—Como quieras —dijo. Sin duda no tardaría en cansarse de aquello—. Pero ten cuidado, jeh?

—Te lo prometo —le aseguró la niña con solemnidad al tiempo que saltaba de la pierna derecha a la izquierda con un movimiento fluido.

Mucho más tarde, una vez hubo llevado a sus hijas de vuelta, atravesando la ciudad, y las hubo dejado en sus respectivos dormitorios, a Sansa con sus sueños y a Arya con sus magulladuras, Ned subió por las escaleras que llevaban a sus habitaciones, en la cima de la Torre de la Mano. Aquel día había hecho calor, y el ambiente de la estancia era denso y oía a cerrado. Ned se dirigió hacia la ventana y abrió los pesados postigos para que entrara el aire fresco de la noche. Echó un vistazo al otro lado del patio, y advirtió la luz tililante de una vela en la ventana de Meñique. La medianoche había quedado ya muy atrás. Abajo, junto al río, la jarana apenas empezaba a decaer.

Sacó el puñal y lo examinó. El arma de Meñique, que Tyrion Lannister había ganado en una apuesta de torneo, enviada para asesinar a Bran mientras estaba inconsciente. ¿Por qué? ¿Para qué quería el enano matar a Bran? ¿Para qué querría nadie matar a Bran?

El puñal, la caída de Bran... Todo tenía alguna relación con la muerte de Jon Arryn, lo presentía, pero las circunstancias de la muerte de Jon seguían siendo tan oscuras como al principio. Lord Stannis no había regresado a Desembarco del Rey para el torneo; Lysa Arryn protegía su silencio tras los altos muros del Nido de Águilas; el escudero había muerto, y Jory seguía investigando por los prostíbulos. No tenía nada; solo al bastardo de Robert.

Porque a Ned no le cabía duda de que el hosco aprendiz del armero era el bastardo del rey. Llevaba los rasgos de los Baratheon grabados en el rostro, en la mandíbula, en los ojos, en aquella mata de cabello negro. Renly era demasiado joven para haber engendrado a un chico de su edad, y Stannis, demasiado frío y orgulloso. Gendry era hijo de Robert.

Pero, aun sabiendo aquello, ¿qué había descubierto? El rey tenía más hijos bastardos repartidos por los Siete Reinos. Había reconocido abiertamente a uno, un niño de la edad de Bran cuya madre era de alta cuna. El chico estaba de pupilo en Bastión de Tormentas, a cargo del gobernador de la fortaleza de lord Renly.

Recordó la primera vez que Robert había sido padre, cuando él mismo era casi un chiquillo, en el Valle. Tuvo una hija, una niña preciosa, y el joven señor de Bastión de Tormentas se encargó de su manutención. La visitaba a diario incluso mucho después de perder todo interés por la madre. A menudo arrastraba a Ned consigo, tanto si quería como si no. Aquella niña tendría ya diecisiete o dieciocho años; más de los que tenía Robert cuando la engendró. El concepto se le hizo muy extraño.

A Cersei no le debían de hacer gracia los vaivenes de su señor esposo, pero al

fin y al cabo, no tenía importancia si el rey engendraba a un bastardo o a un centenar. La ley y el uso reconocían pocos derechos a los hijos ilegítimos. Gendry, la chica del Valle, el muchachito de Bastión de Tormentas... Ninguno de ellos representaba una amenaza para los hijos legítimos de Robert...

Unos golpecitos en la puerta interrumpieron sus cavilaciones.

—Aquí hay un hombre que quiere veros, mi señor —dijo la voz de Harwin—. Se niega a dar su nombre.

—Que pase —dijo Ned, intrigado.

El visitante era un hombre recio, con botas agrietadas llenas de barro, una pesada túnica marrón de tejido basto, una capucha que le ocultaba el rostro y las manos ocultas en las mangas amplias.

—¿Quién eres? —quiso saber Ned.

—Un amigo —replicó el encapuchado en voz baja, extraña—. Tenemos que hablar a solas, lord Stark.

—Puedes marcharte, Harwin —dijo Ned. La curiosidad pudo más que la cautela.

Cuando estuvieron a solas en la habitación, con todas las puertas cerradas, el visitante se retiró la capucha.

—¡Lord Varys! —exclamó Ned, atónito.

—Lord Stark —respondió Varys con toda cortesía al tiempo que se sentaba—. ¿Puedo pediros algo de beber?

Ned llenó dos copas con vino veraniego y le tendió una a Varys.

—Aunque hubiera pasado junto a vos no os habría reconocido —dijo, incrédulo. Jamás había visto al eunuco vestir otra cosa que no fueran sedas, terciopelos y los más ricos damascos; y aquel hombre no olía a lilas, sino a sudor.

—Es lo que deseaba con toda mi alma —replicó Varys—. No nos ayudaría en absoluto que ciertas personas supieran que hemos tenido esta conversación en privado. La reina os vigila de cerca. Este vino es excelente, muchas gracias.

—¿Cómo habéis pasado desapercibido para el resto de mis guardias? —preguntó Ned. Porther y Cayn estaban apostados en el exterior de la torre, y Alyn, en las escaleras.

—La Fortaleza Roja tiene caminos que solo conocen los fantasmas y las arañas. —Varys sonrió en gesto de disculpa—. No os entretendré mucho tiempo, mi señor. Hay algunas cosas de las que debéis estar informado. Sois la mano del rey, y el rey es un idiota. —El tono empalagoso del eunuco se había esfumado; su voz era en aquel momento afilada como un látigo—. Sí, es vuestro amigo, lo sé, pero sigue siendo un idiota. Y un idiota muerto, a menos que vos lo salvéis. Hoy ha faltado poco. Querían matarlo durante el combate cuerpo a cuerpo.

—¿Quién? —consiguió preguntar Ned, que durante un momento se había quedado mudo de la sorpresa.

—Si de verdad necesitáis respuesta a esa pregunta, sois tan idiota como

Robert, y yo estoy en el bando que no debo. —Varys bebió un trago de vino.

—Los Lannister —dijo Ned—. La reina... No, no me lo puedo creer, ni siquiera de Cersei. ¡Le pidió que no luchara!

—Le prohibió que luchara, y eso delante de su hermano, sus caballeros y la mitad de la corte. Decidme con sinceridad, ¿se os ocurre mejor manera de obligar al rey Robert a participar en el torneo?

Ned sintió náuseas. El eunuco tenía razón: si uno quería que Robert Baratheon hiciera algo, le bastaba con decirle que no podía, que no debía.

—Pero, aunque hubiera participado, ¿quién se habría atrevido a matar al rey?

—Había cuarenta jinetes —contestó Varys encogiéndose de hombros—. Los Lannister tienen muchos amigos. En medio del caos, con los caballos relinchando, tantos huesos rotos, Thoros de Myr con esa espada absurda que lleva siempre, ¿quién podría decir que el golpe que mató a su alteza fue intencionado?

—Se volvió a llenar la copa—. Cuando todo terminara, el asesino estaría transido de dolor. Casi me parece oír sus sollozos. Qué tristeza. Pero no me cabe duda de que la compasiva viuda se apiadaría del pobre desdichado, lo ayudaría a ponerse en pie y besaría su frente en gesto de perdón. El buen rey Joffrey no tendría más remedio que indultarlo. —El eunuco se pasó un dedo por la mejilla—. O quizás Cersei permitiría que ser Ilyn le cortara la cabeza. Un riesgo menor para los Lannister, aunque sería una sorpresa muy poco grata para su amiguito.

—Conocíais todo este plan y no hicisteis nada. —Ned estaba airado.

—Yo controlo rumores, no guerreros.

—Podríais haber acudido antes a mí.

—Ah, sí, desde luego. Y vos habríais ido a hablar con el rey, ¿verdad? Y cuando Robert supiera del peligro que corría, ¿qué creéis que habría hecho?

—Los habría enviado a todos al infierno y habría participado para demostrar que no tenía miedo —dijo Ned después de meditar un instante.

Varys extendió las manos.

—Tengo que confesaros algo más, lord Eddard. Sentía curiosidad por saber qué ibais a hacer vos. «¿Por qué no acudisteis a mí?», me preguntáis. Y os diré la verdad: porque no confiaba en vos, mi señor.

—¿Que no confiabais en mí? —El asombro de Ned fue genuino.

—En la Fortaleza Roja hay dos tipos de personas, lord Eddard —dijo Varys—. Las que son leales al reino y las que no sienten lealtad más que hacia ellas mismas. Hasta esta mañana no tenía manera de saber a qué grupo pertenecíais... así que aguardé... y ahora estoy seguro. —Sonrió con una sonrisa regordeta y tensa a la vez, y durante un momento, su rostro público y su rostro privado fueron el mismo—. Empiezo a comprender por qué la reina os tiene tanto miedo. Desde luego que sí.

—Es a vos a quien debería temer.

—No. Yo soy lo que soy. El rey me utiliza, pero se avergüenza de ello.

Nuestro Robert es muy resuelto y viril, y a los hombres como él no les gustan las serpientes, las arañas ni los eunucos. Si un día Cersei le susurra al oído: « Mata a ese hombre», Ilyn Payne me cortará la cabeza antes de que tenga tiempo de pestañear, y ¿quién llorará por el pobre Varys? Ni en el norte ni en el sur se componen canciones en honor de las arañas. —Extendió una mano blanda y rozó el hombro de Ned—. En cambio a vos, lord Stark, creo... No, estoy seguro... de que jamás os mandaría matar, ni siquiera por su reina, y en eso puede residir nuestra salvación.

Aquello era ya demasiado. Durante un momento, Eddard Stark deseó con todas sus fuerzas volver a Invernalia, a la limpia simplicidad del norte, donde los enemigos eran el invierno y los salvajes de más allá del Muro.

—Pero Robert debe de tener más amigos leales —protestó—. Sus hermanos, su...

—¿... su esposa? —terminó Varys con una sonrisa como una navaja—. Sus hermanos detestan a los Lannister, de eso no cabe duda, pero odiar a la reina y amar al rey son dos cosas muy diferentes, ¿verdad? Ser Barristan ama su honor; el gran maestre Pyccelle ama su cargo, y Meñique ama a Meñique.

—La Guardia Real...

—Un escudo de papel —replicó el eunuco—. Por lo que más queráis, lord Stark, intentad no poner esa cara de sorpresa. El propio Jaime Lannister es un hermano juramentado de las Espadas Blancas, y ya conocemos todos el valor de sus juramentos. Los días en que la capa blanca la llevaban hombres como Ryam Redwyne y el príncipe Aemon, el Caballero Dragón, solo perviven en las canciones. De los siete que componen ahora la guardia, el único que es de auténtico acero es ser Barristan Selmy, y no olvidemos que es viejo. Ser Boros y ser Meryn pertenecen a la reina en cuerpo y alma, y sobre los demás tengo serias sospechas. No, mi señor. Si se desenfundan las espadas, vos seréis el único amigo verdadero de Robert Baratheon.

—Hay que informar a Robert —dijo Ned—. Si lo que decís es verdad, aunque solo sea en parte, hay que informar a Robert enseguida.

—¿Y qué pruebas le vamos a presentar? ¿Mi palabra contra la de ellos? ¿Mis pajaritos contra la reina y el Matarreyes, contra sus hermanos y su Consejo, contra los Guardianes del Oriente y del Occidente, contra todo el poder de Roca Casterly? Por favor, llamad directamente a ser Ilyn; así ahorraremos tiempo. Sé adónde lleva ese camino.

—Pero, si estáis en lo cierto, intentarán matarlo de nuevo.

—Desde luego —asintió Varys—. Y me temo que más temprano que tarde. Los estáis poniendo muy nerviosos, lord Eddard. Pero mis pajaritos estarán atentos, y quizás vos y yo, juntos, podamos anticiparnos a sus golpes. —Se levantó y se echó la capucha sobre la cara—. Gracias por el vino. Volveremos a hablar. La próxima vez que me veáis en el Consejo, intentad tratarme con vuestro

desdén habitual. No creo que os cueste demasiado. —Ya estaba junto a la puerta cuando Ned lo llamó.

—Varys. —El eunuco se volvió—. ¿Cómo murió Jon Arryn?

—Me preguntaba cuánto tardaríais en llegar a eso.

—Decídme lo.

—Lo llaman «lágrimas de Lys». Es una sustancia muy rara y costosa, transparente y dulce como el agua, que no deja rastro. Mil veces supliqué a lord Arryn que tuviera un catador, se lo rogué en esta misma estancia, pero no me hizo caso. Me dijo que esa idea nunca se le pasaría por la cabeza a un hombre de verdad. A un hombre completo.

—¿Quién le suministró el veneno? —Ned tenía que saber el resto.

—Algún amigo querido, alguien que a menudo compartía con él el pan y el vino, no me cabe duda. Pero ¿quién? Había tantos... Lord Arryn era un hombre bondadoso y confiado. —El eunuco suspiró—. Había un muchacho... Le debía a Jon Arryn todo lo que tenía, todo lo que era, pero cuando la viuda huyó al Nido de Águilas junto con todo su séquito, él se quedó en Desembarco del Rey y prosperó. Siempre me alegra de ver que los jóvenes prosperan en la vida. —Su voz volvía a ser un látigo; cada palabra, un golpe—. Debía de ser una figura galante en el torneo, ¿verdad?, con la armadura nueva, la capa ribeteada de lunas... Lástima que muriera tan joven... y de manera tan inoportuna, antes de que pudierais hablar con él.

—El escudero —dijo Ned. Sentía como si a él también lo hubieran envenenado—. Ser Hugh. —Engranajes dentro de engranajes dentro de engranajes. El corazón le latía a toda velocidad—. Pero ¿por qué? ¿Por qué en estos momentos? Jon Arryn fue la mano del rey durante catorce años; ¿qué hacía ahora para que lo mataran?

—Preguntas —replicó Varys al tiempo que salía por la puerta.

Tyrion Lannister observó como, a la mortecina luz que precedía al amanecer, Chiggen degollaba a su caballo, y anotó una ofensa más en la cuenta de los Stark. El mercenario se acuclilló junto al animal y le abrió el vientre con el cuchillo de desollar. Movía las manos con destreza, sin malgastar un solo corte: había que hacer el trabajo deprisa, o el olor de la sangre atraería a los gatosombras de las cumbres.

—Esta noche no nos acostaremos con hambre —dijo Bronn.

Él sí que parecía una sombra, flaco como un esqueleto, con ojos negros, pelo negro y barba de varios días.

—Puede que algunos sí —replicó Tyrion—. No me gusta la carne de caballo. Y menos la del mío.

—La carne es carne —replicó Bronn mientras se encogía de hombros—. A los dothrakis les gusta el caballo más que la ternera o el cerdo.

—¿Tengo pinta de dothraki? —preguntó Tyrion con amargura.

Era cierto: los dothrakis comían carne de caballo; también abandonaban a los bebés deformes para que los devorases los perros salvajes que corrían tras sus khelasars. Las costumbres de los dothrakis no le parecían un modelo aceptable.

—¿Quieres probar, enano? —preguntó Chiggen mientras cortaba una tira fina de carne sanguinolenta y la examinaba.

—Ese caballo me lo regaló mi hermano Jaime en mi vigesimotercer día del nombre —señaló Tyrion con voz monótona.

—Pues dale las gracias de nuestra parte. Si vuelves a verlo. —Chiggen sonrió, mostró los dientes amarillentos y se comió la carne cruda de dos bocados—. Parece de buena raza.

—Está mejor frito con cebollas —señaló Bronn.

Tyrion no respondió; se alejó cojeando. El frío se le había clavado en los huesos, y tenía las piernas tan doloridas que apenas podía caminar. Quizá su yegua había tenido suerte. A él le quedaban por delante más horas de cabalgar, seguidas por unos pocos bocados de comida y breves ratos de sueño sobre el suelo frío y duro. Y después otra noche igual, y otra, y otra, y solo los dioses sabían cuándo terminaría aquello.

—Maldita mujer —murmuró mientras caminaba trabajosamente para reunirse con sus captores—. Maldita sea ella, malditos sean todos los Stark.

Los recuerdos aún le resultaban amargos. En un momento estaba pidiendo la cena, y al siguiente se enfrentaba a una habitación repleta de hombres armados, mientras Jyck desenfundaba su espada.

—¡Nada de espadas —gritó la tabernera—, nada de espadas aquí, os lo ruego, señores!

Tyrion se apresuró a agarrar el brazo de Jyck para que lo bajara, antes de que

ambos acabaran despedazados.

—No seas descortés, Jyck —dijo—. Nuestra anfitriona ha dicho que nada de espadas. Haz lo que te ha pedido. —Se obligó a esbozar una sonrisa, aunque sabía que le estaba saliendo tan débil como se sentía él—. Estáis equivocada, lady Stark, no tengo nada que ver con ningún ataque que haya sufrido vuestro hijo. Por mi honor...

—Honor de Lannister —replicó ella. Alzó las manos para que las vieran todos los presentes—. Fue su puñal el que me dejó estas cicatrices. El cuchillo con el que quería cortarle la garganta a mi hijo.

Tyrion sintió crecer a su alrededor la rabia, una rabia espesa alimentada por los cortes de las manos de la Stark.

—Matadlo —siseó desde el fondo una borracha sucia. Otras voces la secundaron, más deprisa de lo que parecía imaginable. Eran desconocidos que hasta hacía un instante se habían mostrado amistosos y de repente pedían a gritos su cabeza.

—Si lady Stark cree que debo responder de algún crimen —dijo Tyrion alzando la voz y procurando que no le temblara—, la acompañaré de buena gana.

Era la única salida posible. Tratar de abrirse camino por la fuerza era un suicidio seguro. Más de una docena de espadas se habían desenfundado como respuesta a la petición de ayuda de la Stark: el hombre de los Harrenhal; los tres Bracken; un par de mercenarios desabridos que, por su aspecto, lo matarían en cuanto hiciera algo, aunque fuera escupir, y unos cuantos campesinos idiotas que, obviamente, no tenían ni idea de qué hacían. ¿Y qué tenía Tyrion a su favor? Un puñal colgado del cinturón y dos hombres. Jyck manejaba bien la espada, pero Morrec ni contaba; era parte mayordomo, parte cocinero y parte ayuda de cámara, no soldado. En cuanto a Yoren, fueran cuales fueran sus sentimientos, no haría nada: los hermanos negros juraban no tomar partido en las disputas del reino.

Y así fue: el hermano negro se apartó a un lado con discreción cuando intervino el anciano caballero que acompañaba a lady Catelyn Stark.

—Desarmadlos —dijo; el mercenario llamado Bronn se adelantó para cogerle la espada de la mano a Jyck y quitarles los puñales—. Bien —asintió el anciano. La tensión, en la sala común, había cedido de manera palpable—. Excelente.

Tyrion reconoció entonces la voz gruñona del maestro de armas de Invernalia, solo que sin bigotes.

—¡No lo matéis aquí! —suplicó a Catelyn la posadera con una lluvia de salivillas teñidas de escarlata.

—No lo mates en ninguna parte —puntualizó Tyrion.

—Llevaoslo a otro sitio, mi señora, nada de sangre aquí, por favor, nada de

peleas de grandes señores.

—Nos lo llevamos a Invernalia —dijo ella.

«Bueno, tal vez...», pensó Tyrion. Para entonces ya había tenido ocasión de mirar detenidamente la estancia y valorar así su situación. Lo que vio no le resultó del todo desalentador. Sí, la Stark había sido lista, sin duda. Los había obligado a recordar en público los juramentos que sus respectivos señores habían prestado a su padre, y luego les había pedido socorro, claro, porque era mujer. Sí, muy inteligente. Pero no había tenido tanto éxito como creía. En la sala común había casi cincuenta personas, y la súplica de Catelyn Stark apenas había puesto en pie a una docena. Los demás parecían confusos o asustados; algunos, hasta hoscos. Tyrion advirtió que solo dos de los Frey se habían movido, y únicamente para volver a sentarse enseguida cuando vieron que su capitán no se levantaba. Si se hubiera atrevido, habría esbozado una sonrisa.

—De acuerdo, vayamos a Invernalia —dijo. El camino era largo; lo sabía bien porque llegaba de allí. Y en un camino largo podían suceder muchas cosas —. Mi padre querrá saber qué me ha pasado —siguió al tiempo que establecía contacto visual con el hombre que se había ofrecido a cederle su habitación—. Pagará una cantidad muy generosa a quien le lleve la noticia de lo que ha pasado esta noche. —No era cierto, desde luego, pero Tyrion compensaría al mensajero cuando recuperase la libertad.

—También nos llevaremos a sus hombres —anunció ser Rodrik mirando a su señora. Parecía preocupado, y tenía motivos—. Y os estaremos agradecidos a los demás si guardáis silencio acerca de lo que habéis visto.

Tyrion tuvo que contenerse para que no se le escapara una carcajada. ¡Silencio! Viejo idiota... A menos que se llevaran a todos los presentes, la noticia empezaría a correr en cuanto salieran por la puerta. El jinete que llevaba la moneda de oro en el bolsillo volaría como una flecha a Roca Casterly. Y si no, otro lo haría. Yoren contaría la historia en el sur. Aquel juglar idiota también le sacaría partido. Los Frey informarían a su señor, y solo los dioses sabían qué haría él. Lord Walder Frey era vasallo de Aguasdulces, sí, pero también era un hombre cauteloso que había llegado a su avanzada edad porque siempre se aseguraba de estar en el bando del vencedor. Como mínimo enviaría un pájaro mensajero a Desembarco del Rey, y quizás llegara incluso más lejos.

—Tenemos que ponernos en marcha de inmediato. —Catelyn Stark no era mujer que perdiera el tiempo—. Necesitamos caballos descansados, y provisiones para el camino. Vosotros, sabed que contáis con la gratitud eterna de la casa Stark. Si alguno quiere acompañarnos para vigilar a nuestros cautivos hasta Invernalia, será bien recompensado, lo garantizo.

No hizo falta más. Los muy idiotas se abalanzaron sobre la oportunidad. Tyrion examinó sus rostros, y se prometió que serían bien recompensados, aunque no de la manera que imaginaban.

Pero, mientras lo sacaban en vilo al exterior, ensillaban los caballos bajo la lluvia y le ataban las manos con soga basta, Tyrion Lannister no sentía verdadero temor. Antes de que acabara el día, los jinetes saldrían en pos de ellos, los pájaros surcarían el cielo, y sin duda, alguno de los señores que vivían cerca del río tendría suficientes ganas de granjearse el favor de su padre para echarle una mano. Todavía se estaba congratulando por su astucia cuando alguien le cubrió los ojos con una capucha y lo alzó a la silla del caballo.

Emprendieron el galope bajo la lluvia y, antes de que pasara mucho tiempo, Tyrion tenía calambres en los muslos y las nalgas le dolían intensamente. Incluso cuando estuvieron a buena distancia de la posada, y Catelyn Stark les permitió avanzar al trote, el viaje era duro, por terreno escabroso, y todo lo empeoraba la imposibilidad de ver. La capucha amortiguaba también los sonidos, por lo que no alcanzaba a entender lo que se decía a su alrededor; la lluvia empapaba la tela y hacía que se le pegara a la cara, hasta el punto de que le costaba trabajo respirar. La soga le estaba dejando las muñecas en carne viva, y sentía como si le apretara más y más a medida que pasaba la noche. «Estaba a punto de sentarme ante un fuego y una gallina asada, y ese condenado bardo fue y abrió la boca», pensó con disgusto. El condenado bardo los acompañaba en el viaje. «De esto va a salir una gran canción, y yo seré el que la componga», había dicho a Catelyn Stark, al tiempo que anunciaaba su intención de cabalgar con ellos para ver cómo terminaba aquella aventura fascinante. Tyrion sospechaba que al muchacho no le iba a parecer nada fascinante la aventura cuando los alcanzaran los jinetes de los Lannister.

Por fin había escampado, y la luz del amanecer se filtraba a través de la tela húmeda que le cubría los ojos cuando Catelyn Stark dio al fin orden de desmontar. Unas manos bruscas lo apareon del caballo, le desataron las muñecas y le arrancaron la capucha de la cabeza. Cuando vio el estrecho sendero pedregoso, las colinas escarpadas a su alrededor y los picos nevados a lo lejos, en el horizonte, sus esperanzas se desvanecieron de inmediato.

—Esto es el camino alto —farfulló al tiempo que miraba a lady Stark con ojos acusadores—. Es el camino hacia oriente. ¡Dijisteis que iríamos a Invernalia!

—Lo dije, sí, varias veces, y muy alto —asintió Catelyn Stark, dedicándole la más leve de las sonrisas—. No me cabe duda de que vuestros amigos irán en esa dirección cuando empiecen a perseguirnos. Les deseo buen viaje.

Incluso días después, el recuerdo de aquel momento le haría sentir una rabia amarga. Tyrion se había enorgullecido toda la vida de su astucia; era el único don que le habían dado los dioses, pero aquella loba siete veces maldita de Catelyn Stark había sido más lista que él. Aquello le dolía más que el secuestro.

Se detuvieron el tiempo justo para alimentar y abrevar a los caballos, y emprendieron la marcha de nuevo. No volvieron a ponerle la capucha a Tyrion.

Después de la segunda noche tampoco se molestaron en atarle las manos, y una vez ganaron altura apenas si lo vigilaban. Por lo visto, no temían que escapara. ¿Y por qué iba a ser de otra manera? Allí, el terreno era abrupto y escarpado, el camino alto se convertía en un sendero pedregoso. Si escapaba, ¿hasta dónde podría llegar, solo y sin provisiones? Los gatosombra lo devorarían, y los clanes que habitaban en los refugios de la montaña eran simples grupos de bandoleros y asesinos que no acataban más ley que la de la espada.

Pero aun así, la Stark los hacía avanzar sin reposo. Tyrion sabía hacia dónde se dirigían. Lo había sabido desde el momento en que le quitaron la capucha. Aquellas montañas eran los dominios de la casa Arryn, y la viuda de la antigua mano era una Tully, hermana de Catelyn Stark... y poco amiga de los Lannister. Tyrion apenas había tratado a lady Lysa durante los años que pasara en Desembarco del Rey, y no sentía las menores ganas de retomar la relación.

Sus secuestradores estaban agrupados en torno a un riachuelo, poco más abajo del camino alto. Los caballos habían bebido a placer de las aguas gélidas, y en aquel momento pastaban la hierba parda que crecía en las grietas de las rocas. Jycky Morrec estaban sentados muy juntos, hoscos y deprimidos. Mohor estaba de pie junto a ellos, apoyado en una lanza, y lucía en la cabeza un casco de hierro redondo que más bien parecía un cuenco. Cerca de allí, Marillion, el bardo, engrasaba su lira y se quejaba de que la humedad estaba dañando las cuerdas.

—Tenemos que descansar un poco, mi señora —le estaba diciendo ser Willis Wode a Catelyn Stark cuando Tyrion se aproximó a ellos. Era uno de los hombres de lady Whent, un caballero errante rígido e imposible que había sido el primero en levantarse en apoyo de Catelyn Stark en la posada.

—Ser Willis está en lo cierto, mi señora —intervino ser Rodrik—. Ya hemos perdido tres caballos...

—Los caballos no serán lo único que perdamos si los Lannister nos alcanzan —les recordó la mujer. Tenía el rostro demacrado y curtido por el viento, pero no había perdido ni un ápice de su decisión.

—No parece muy probable —señaló Tyrion.

—La señora no te ha pedido tu opinión, enano —le espetó Kurlekét, un hombretón gordo de pelo cortado a cepillo y rostro porcino. Estaba al servicio de los Bracken, concretamente de lord Jonos. Tyrion se había tomado un interés especial en memorizar todos sus nombres, para poder agradecerles más adelante el trato cortés que le habían deparado. Un Lannister siempre pagaba sus deudas. Kurlekét lo descubriría más tarde o más temprano, al igual que sus amigos Lharys y Mohor, el buen ser Willis, y los mercenarios Bronn y Chiggen. Tenía preparada una lección muy especial para Marillion, el de la lira y la voz dulce de tenor, que tanto se esforzaba en rimar *enano* con *fulano*, y *cojo* con *despojo*, para preparar el canto sobre su humillación.

—Dejad que hable —ordenó lady Stark

Tyron Lannister se sentó en una roca.

—A estas alturas, los soldados de mi familia deben de estar cruzando el Cuello al galope por el camino Real, en pos de vuestro bulo... eso si se han puesto en marcha, cosa que no es segura en modo alguno. Oh, no me cabe duda de que mi padre habrá recibido la noticia..., pero el amor que siente hacia mí es bien limitado, y no estoy seguro de que se vaya a tomar muchas molestias. —Aquellos eran mentiras solo a medias; a lord Tywin Lannister le importaba un bledo su hijo deformado, pero no toleraba el menor insulto contra el honor de su casa—. Estamos en tierras crueles, lady Stark. No encontraréis amparo ni auxilio hasta que lleguéis al Valle. Y lo peor es que os arriesgáis a perderme a mí. Soy pequeño, no muy fuerte, y si muero... ¿de qué habrá servido todo?

Lo que decía era verdad; Tyron no sabía cuánto tiempo más podría resistir aquel ritmo.

—Podría contestaros que mi deseo es que muráis, Lannister —replicó Catelyn Stark.

—No lo creería —replicó Tyron—. Si me quisierais ver muerto, solo tendríais que dar la orden, y cualquiera de vuestros incondicionales amigos me proporcionaría de buena gana una gran sonrisa roja. —Miró a Kurleket, pero aquel hombre era demasiado obtuso para captar el sarcasmo.

—Los Stark no matamos a hombres indefensos.

—Tampoco yo —dijo—. ¿Cuántas veces he de decirlo? No tuve nada que ver en el intento de asesinato de vuestro hijo.

—El asesino iba armado con vuestro puñal.

—No era mío —insistió Tyron; sintió que la sangre se le subía a la cabeza—. ¿Queréis que os lo vuelva a jurar? Penséis lo que penséis de mí, lady Stark, no soy ningún imbécil. Y solo un idiota entregaría su arma a un patán. —Durante un instante, le pareció ver la sombra de una duda en los ojos de la mujer, pero esta se repuso.

—¿Por qué iba a mentirme Petyr?

—¿Por qué caga un oso en el bosque? —replicó—. Porque está en su naturaleza. A los hombres como Meñique les cuesta menos mentir que respirar. Vos deberíais saberlo mejor que nadie.

—¿Qué queréis decir, Lannister? —La mujer dio un paso hacia él con el rostro tenso.

—Vaya —dijo Tyron inclinando la cabeza a un lado—, pues que en la corte todo el mundo le ha oído contar cómo le entregasteis vuestra virtud, mi señora.

—¡Mentira! —gritó Catelyn Stark.

—Enano malvado... —dijo Marillion, conmocionado.

—Solo tenéis que dar la orden, mi señora —dijo Kurleket mientras desenfundaba el puñal, un arma de hierro negro y aspecto sanguinario—, y

pondré a vuestros pies esa lengua mentirosa. —Los ojillos de cerdo le brillaban de emoción ante la perspectiva.

—En el pasado, Petyr Baelish me amaba. —Catelyn Stark miraba a Tyrion. Tenía los ojos más fríos que había visto en la vida—. No era más que un niño. Su pasión fue una tragedia para todos nosotros, pero era sincera y pura, y no algo de lo que se pueda hacer mofa. Quería mi mano. Esa es la única verdad. Realmente sois un hombre malvado, Lannister.

—Y vos sois una mujer estúpida, lady Stark. Meñique nunca ha amado a nadie que no fuera Meñique. Y os aseguro que de lo que alardea no es de vuestra mano, sino de esos pechos redondos, de esa boca dulce y del calor que hay entre vuestras piernas.

Kurleket lo agarró por el pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás hasta dejarle el cuello al descubierto. Tyrion sintió el beso frío del acero bajo la barbilla.

—¿Lo rajo, mi señora?

—Si me matas, la verdad muere conmigo —jadeó Tyrion.

—Dejad que hable —ordenó Catelyn Stark.

Kurleket soltó de mala gana el pelo de Tyrion. Este inhaló una bocanada de aire fresco.

—¿Cómo os dijo Meñique que llegó a mi poder ese puñal? Decidme lo.

—Dijo que se lo habíais ganado en una apuesta, durante el torneo del día del nombre del príncipe Joffrey.

—Cuando el Caballero de las Flores derribó a mi hermano Jaime. ¿Fue eso lo que os contó?

—Sí —admitió ella, con el ceño fruncido.

—¡Jinetes!

El grito les llegó desde un risco azotado por el viento, por encima de ellos. Ser Rodrik había enviado a Lharys a aquella roca para que vigilara el camino mientras ellos descansaban.

Durante un tenso momento, nadie se movió. Catelyn Stark fue la primera en reaccionar.

—Ser Rodrik, ser Willis, a los caballos —ordenó—. Poned las otras monturas detrás de nosotros. Mohor, vigila a los prisioneros...

—¡Dadnos armas! —Tyrion se puso en pie de un salto y la agarró por el brazo—. Van a hacer falta todas las espadas.

Ella sabía que tenía razón; Tyrion se daba cuenta. A los clanes de la montaña no les importaban las enemistades entre las grandes casas. Matarían con igual entusiasmo a un Stark que a un Lannister, de la misma manera que se mataban entre ellos. Quizá le perdonaran la vida a Catelyn Stark; todavía era joven y podía tener hijos. Pese a todo, la mujer titubeaba.

—¡Los oigo acercarse! —gritó ser Rodrik

Tyrion giró la cabeza para escuchar, y él también lo oyó: cascos de al menos

una docena de monturas, cada vez más cerca. De repente, todos corrían, buscaban las armas y montaban a caballo.

Una lluvia de guijarros cayó sobre ellos cuando Lharys bajó del risco, mitad corriendo y mitad resbalando. Fue a caer jadeante ante Catelyn Stark. Era un hombre de aspecto desgarbado; de debajo de su casco cónico de acero salían mechones de pelo color herrumbre.

—Son veinte hombres, puede que veinticinco —dijo, sin aliento—. Hermanos de la luna o serpientes de leche, no sé. Deben de tener vigías, mi señora... Nos han visto, saben dónde estamos.

Ser Rodrik Cassel estaba ya a caballo, con la espada en la mano. Mohor estaba acuclillado tras un peñasco, sujetaba la lanza de punta de hierro con ambas manos y tenía el puñal entre los dientes.

—Eh, tú, bardo —gritó ser Willis Wode—. Ayúdame a ponerme la coraza.

Marillion siguió paralizado en el sitio, aferrado a la lira y pálido como la leche, pero Morrec, el criado de Tyrion, se puso en pie rápidamente y fue a ayudar al caballero con su armadura.

—No tenéis elección —le dijo Tyrion a Catelyn Stark; todavía no la había soltado—. Nosotros tres, y otro hombre desperdiciado para vigilarnos... Aquí arriba, cuatro hombres pueden suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

—Dadme vuestra palabra de que depondréis las armas en cuanto acabe la lucha.

—¿Mi palabra? —Los cascos de los caballos resonaban cada vez más cerca. Tyrion esbozó una sonrisa cargada de intención—. Oh, claro mi señora. Tenéis mi palabra... por mi honor de Lannister.

—Dadleis armas —dijo ella al final; durante un momento había pensado que le escupiría.

Y se alejó al instante. Ser Rodrik le lanzó a Jyck su espada, con la vaina, y dio media vuelta para enfrentarse al primer enemigo. Morrec cogió un arco y un carcaj, y clavó una rodilla en tierra junto al camino. Era más diestro con el arco que con la espada. Y Bronn cabalgó hasta Tyrion para ofrecerle un hacha de doble filo.

—Nunca he peleado con hacha. —No estaba cómodo con aquella arma extraña en las manos. Tenía el mango corto, la cabeza pesada y una púa amenazadora en la punta.

—Haz como si estuvieras cortando leña —replicó Bronn al tiempo que desenvainaba la espada larga que llevaba cruzada a la espalda.

Escupió y emprendió el trote hacia donde estaban Chiggen y ser Rodrik. Ser Willis montó y fue a reunirse con ellos mientras se ponía como podía el casco, un cilindro de metal con una pequeña hendidura para ver y una pluma larga de seda negra.

—La leña no sangra —dijo Tyrion sin dirigirse a nadie en concreto. Sin

armadura, se sentía desnudo. Buscó una roca en los alrededores, corrió hacia donde estaba escondido Marillion y le gritó: —Échate a un lado.

—¡Lárgate! —le chilló el muchacho—. ¡Soy bardo, no quiero tomar parte en esta lucha!

—¿Qué pasa? ¿Ya no tienes ganas de aventura? —Tyrion dio unas cuantas patadas al chico hasta que se apartó un poco. Justo a tiempo, porque al momento siguiente los jinetes cayeron sobre ellos.

No hubo heraldos, estandartes, cuernos ni tambores; solo el sonido vibrante de las cuerdas de los arcos cuando Morrec y Lharys empezaron a disparar. De repente, los hombres del clan surgieron como un trueno en el amanecer; eran morenos, enjutos, llevaban corazas y armaduras de distintas procedencias, y ocultaban los rostros tras medios yelmos con rejilla. En las manos enguantadas llevaban todo tipo de armas: espadas, lanzas, guadañas afiladas, garrotes con púas, puñales, pesadas mazas de hierro... A la cabeza del grupo cabalgaba un hombre corpulento, con una capa de piel rayada de gatosombra, que blandía un enorme mandoble.

—¡Invernalia! —gritó ser Rodrik y se precipitó a su encuentro seguido por Bronn y Chiggen, que lanzaban gritos inconexos de batalla.

—¡Harrenhal! ¡Harrenhal! —exclamó ser Willis Wode tras ellos, haciendo girar la bola con púas del mangual sobre la cabeza.

De repente, a Tyrion le entraron unas ganas inmensas de ponerse en pie de un salto, blandir el hacha y gritar «¡Roca Casterly!». Por suerte, el ataque de locura apenas duró un segundo, y se encogió todavía más en su escondrijo.

Oyó los relinchos de los caballos asustados y el choque del metal contra el metal. La espada de Chiggen destrozó el rostro descubierto de un jinete que vestía cota de malla, y Bronn cayó entre sus enemigos como un huracán, repartiendo golpes a diestro y siniestro. Ser Rodrik se enfrentó al hombretón de la capa de gatosombra; los caballos giraban el uno en torno al otro mientras ellos cambiaban golpe por golpe. Jyck montó un caballo y se lanzó al galope al centro de la refriega. De repente, Tyrion vio que el hombre de la capa de gatosombra tenía una flecha en la garganta. Cuando abrió la boca para gritar, lo único que salió fue sangre. Cuando su cadáver llegó al suelo, ser Rodrik ya estaba peleando con otro hombre.

De pronto, Marillion dejó escapar un grito y se cubrió la cabeza con la lira. Un caballo salvó de un salto la roca tras la que se ocultaban. Mientras el jinete daba la vuelta para enfrentarse a ellos, haciendo girar un mangual, Tyrion consiguió ponerse en pie y blandir el hacha con ambas manos. La hoja se clavó en la garganta del caballo cuando este cargó contra ellos, y el mango estuvo a punto de escapársele de las manos mientras el animal relinchaba y se derrumbaba. Consiguió recuperar el arma y apartarse del camino justo a tiempo. Marillion no tuvo tanta suerte: el caballo y su jinete cayeron justo encima del

bardo. Tyrion retrocedió un paso aprovechando que la pierna del bandolero había quedado atrapada bajo la montura, y enterró el hacha en el cuello del hombre, por encima de los omoplatos.

Oyó los gemidos de Marillion bajo los cadáveres mientras trataba de sacar el hacha.

—¡Que alguien me ayude! ¡Los dioses tengan piedad de mí, estoy sangrando!

—Creo que es sangre de caballo —replicó Tyrion. La mano del bardo salió de debajo del animal muerto; se clavaba en el polvo del suelo como una araña de cinco patas. Tyrion clavó el talón en los dedos engarfiados. El crujido que oyó le resultó de lo más satisfactorio—. Cierra los ojos y hazte el muerto —le aconsejó al tiempo que alzaba el hacha y daba media vuelta.

Los acontecimientos se precipitaron. El amanecer se llenó de gritos y alaridos, y se impregnó del olor a sangre; el mundo se sumergió en el caos. Las flechas silbaban junto a sus oídos e iban a estrellarse contra las rocas. Vio a Bronn, que luchaba descabalgado, con una espada en cada mano. Tyrion se mantuvo en los límites de la refriega; se deslizaba de una roca a otra y salía de entre las sombras para lanzar hachazos a las patas de los caballos que pasaban junto a él. Encontró a un enemigo herido, lo remató y se quedó con su yelmo. Le quedaba enorme, pero en aquel momento agradecía cualquier tipo de protección. Jyck había recibido un tajo en la espalda al mismo tiempo que mataba al hombre que tenía delante, y más tarde, Tyrion se encontró con el cadáver de Kurlek. Una maza había destrozado el rostro porcino, pero reconoció el puñal, que pudo recuperar de entre los dedos muertos. Se lo estaba colgando del cinturón cuando oyó el grito de una mujer.

Catelyn Stark estaba atrapada contra la pared rocosa de la montaña y la rodeaban tres hombres, uno a caballo y dos a pie. Sujetaba como podía el puñal en las manos heridas, pero estaba acorralada y sin posibilidad de escapar. «Que se carguen a la muy zorra —pensó Tyrion—, y que les aproveche», pero se encontró avanzando hacia ellos. Hirió al primer hombre en la corva antes de que se dieran cuenta de su presencia: la pesada cabeza del hacha cortó la carne y el hueso como si fueran madera podrida. «Leña que sangra», pensó como un idiota mientras el segundo hombre se lanzaba contra él. Se agachó para esquivar el tajo de la espada, blandió el hacha, el hombre retrocedió... y Catelyn Stark lo agarró por detrás y lo degolló. El jinete recordó de repente una cita inaplazable y se alejó al galope.

Tyrion miró a su alrededor. Todos los enemigos estaban muertos o habían desaparecido. Sin saber cómo, mientras no miraba, la pelea había terminado. Por doquier había caballos moribundos y hombres heridos que gemían y gritaban. Para su inmensa sorpresa, él no era uno de ellos. Abrió los dedos y dejó caer el hacha al suelo. Tenía las manos pegajosas de sangre. Habría jurado que la lucha

había durado medio día, pero el sol apenas se había desplazado.

—¿Ha sido tu primera batalla? —le preguntó Bronn más tarde, mientras le quitaba las botas a Jyck. Eran unas botas de buena calidad, como correspondía a un sirviente de lord Tywin: de cuero grueso, flexible y bien engrasado, mucho mejores que las de Bronn. Tyrion asintió.

—¡Qué orgulloso se va a sentir mi padre! —dijo. Le dolían tanto las piernas que apenas si se tenía en pie. Lo raro era que durante la lucha no había sentido el dolor.

—Ahora lo que te hace falta es una mujer —dijo Bronn con un brillo poco habitual en los ojos oscuros. Guardó las botas en su silla de montar—. Cuando un hombre ha recibido su bautismo de sangre, no hay nada como una mujer, te lo digo yo.

Chiggen interrumpió el concienzudo saqueo de los cadáveres de los bandoleros el tiempo justo para soltar un bufido y lamerse los labios.

—Si ella quiere, por mí encantado —dijo Tyrion lanzando una mirada hacia el lugar donde lady Stark vendaba las heridas de ser Rodrik. Los mercenarios soltaron la carcajada, y Tyrion sonrió. «Es un buen comienzo», pensó.

Poco más tarde se arrodilló junto al arroyo y se lavó la sangre de la cara con agua fría como el hielo. Volvió cojeando junto a los demás, y echó un vistazo a los cadáveres. Los bandidos muertos eran hombres flacos y desastrados, con caballos pequeños y huesudos a los que se les contaban las costillas. Las armas que Bronn y Chiggen les habían dejado tampoco eran gran cosa: mazas, garrotes... hasta una guadaña. Recordó al hombretón de la capa de gatosombra y el mandoble, el que había peleado con ser Rodrik, pero cuando encontró el cadáver en el suelo pedregoso resultó que al fin y al cabo no era tan corpulento: le habían quitado la capa, y la hoja de la espada era de acero de mala calidad; estaba mellada y oxidada. No era de extrañar que hubieran quedado nueve bandidos muertos en el campo de batalla.

A ellos solo les había costado tres bajas: Kurleket y Mohor, dos de los soldados de lord Bracken, y su criado Jyck, que se había lanzado valientemente al combate montando a pelo. «Idiota hasta el final», pensó Tyrion.

—Lady Stark, os ruego que os apresuréis —dijo ser Willis Wode mientras escudriñaba los riscos a través de la hendidura del yelmo—. Los hemos ahuyentado por ahora, pero no estarán lejos.

—Tenemos que enterrar a nuestros muertos, ser Willis —replicó ella—. Eran hombres valientes. No permitiré que los devoren los buitres o los gatosombras.

—El suelo es demasiado pedregoso para cavar —señaló ser Willis.

—Entonces recogeremos piedras para amontonarlas sobre los cadáveres.

—Recoged todas las piedras que queráis —le dijo Bronn—, pero no contéis con Chiggen ni conmigo. Tengo mejores cosas que hacer en vez de amontonar piedras encima de cadáveres... como respirar, por ejemplo. —Miró al resto de

los supervivientes—. Los que queráis seguir vivos más allá de esta noche, venid con nosotros.

—Me temo que tiene razón, mi señora —dijo ser Rodrik con voz cansada. El anciano caballero había resultado herido durante la lucha: tenía un corte profundo en el brazo izquierdo, una lanza le había rozado el cuello, y en aquel momento aparentaba toda su edad—. Si nos quedamos aquí volverán a atacarnos, no cabe duda. Y puede que esta vez no tengamos tanta suerte.

Tyron vio claramente la ira en el rostro de Catelyn, pero la mujer no tenía opción.

—De acuerdo, y que los dioses nos perdonen. Emprenderemos la marcha ahora mismo.

Ya no estaban escasos de caballos. Tyron trasladó su silla al caballo moteado de Jyck, que parecía tener fuerzas para resistir al menos tres o cuatro días más. Estaba a punto de montar cuando Lharys se acercó a él.

—Dame el puñal, enano.

—Que se lo quede —dijo Catelyn, ya a caballo—. Y que le devuelvan también el hacha. Si vuelven a atacarnos, nos hará falta.

—Tenéis mi gratitud, señora —dijo Tyron mientras montaba.

—Podéis guardárosla —replicó ella, cortante—. Sigo sin confiar en vos.

La mujer se alejó antes de que se le ocurriera una buena respuesta. Se ajustó el yelmo robado y cogió el hacha que le tendía Bronn. Recordó que había comenzado el viaje con las muñecas atadas y una capucha en la cabeza, y llegó a la conclusión de que las cosas habían mejorado mucho. No necesitaba para nada la confianza de lady Stark mientras tuviera el hacha, todo iría bien.

Ser Willis Wode abrió la marcha, y Bronn ocupó la retaguardia, mientras lady Stark iba protegida en el centro, con ser Rodrik siempre a su lado como una sombra. Marillion no dejaba de lanzar miradas rencorosas a Tyron. El bardo tenía varias costillas rotas, además de la lira y cuatro dedos de la mano con que la tocaba, pero no todo habían sido pérdidas para él: se había hecho con una magnífica capa de gatosombra, una piel espesa y negra con franjas blancas. Se arrebuscó entre los pliegues y, para variar, no abría la boca.

Antes de que hubieran recorrido mil pasos empezaron a oír los gruñidos roncos de los gatosombra, y no tardaron en llegarles también los fieros rugidos de las bestias que se disputaban los cadáveres que habían dejado atrás. Marillion palideció a ojos vistas. Tyron puso el caballo al trote para situarse a su lado.

—¿No se te ocurre ninguna palabra que rime con *gallina*? —le preguntó. Volvió a espolrear el caballo, adelantó al bardo y fue a situarse junto a ser Rodrik y a Catelyn Stark. Ella lo miró con los labios apretados en una línea delgada.

—Como iba diciendo antes de que nos interrumpieran tan groseramente —dijo Tyron—, el cuento que os contó Meñique tiene un fallo muy grave. Penséis lo que penséis de mí, lady Stark, de una cosa podéis estar segura: jamás apuesto

contra mi familia.

El enorme gato negro, al que le faltaba una oreja, arqueó el lomo y bufó.

Arya recorrió el callejón descalza, pisando con apenas la punta del pie, atenta a los latidos de su corazón, respirando lenta y profundamente. « Silenciosa como una sombra —se dijo—, ligera como una pluma». El gato la observaba acercarse con ojos cautelosos.

Cazar gatos era difícil. Tenía las manos llenas de araños a medio curar, y las dos rodillas cubiertas de costras en los puntos donde se las había dejado en carne viva en diferentes caídas. Al principio, hasta el gato gordo del cocinero había conseguido eludirla, pero Syrio la obligó a insistir, día y noche. Arya acudió a él con las manos ensangrentadas.

—¿Tan lenta eres? —le dijo Syrio—. Tendrás que moverte más deprisa, chica. Tus enemigos no se limitarán a arañarte. —Le había untado las manos con fuego myriense, que escocía tanto que tuvo que morderse el labio para no gritar. Y a continuación el hombre la envió a cazar más gatos.

La Fortaleza Roja estaba llena de gatos: gatos viejos y perezosos que seseaban al sol, cazarratones de ojos fríos y cola erizada, cachorrillos rápidos con garras afiladas como agujas, gatas repeinadas y confiadas, sombras escuálidas que rondaban los vertederos de basura... Arya los había cazado a todos, uno por uno, para presentárselos con orgullo a Syrio Forel. Solo le faltaba aquel, el demoniaco gato negro de una sola oreja.

—Es el verdadero rey del castillo —le había dicho uno de los hombres de capa dorada—. Viejo como el pecado y el doble de malo. Una vez, el rey había organizado un festín en honor del padre de la reina, y ese cabrón negro saltó a la mesa y le quitó de las mismísimas manos a lord Tywin su codorniz asada. Robert se rio tanto que estuvo a punto de darle un ataque. Ni se te ocurra acercarte a ese, niña.

La había hecho correr por medio castillo: dos veces en torno a la Torre de la Mano; a través del patio de armas; por los establos; escaleras de caracol abajo, más allá de la pequeña cocina, las pocilgas y los barracones de los capas doradas; junto al pie del muro que daba al río, y escaleras arriba hasta el paseo del Traidor; luego, otra vez abajo, cruzando una puerta y en torno a un pozo, saliendo y entrando en edificios desconocidos, hasta que Arya estuvo desorientada por completo.

Y por fin, ya lo tenía. Había muros altos a ambos lados, y delante, una pared de piedra sin ventanas.

« Silenciosa como una sombra —se repitió mientras se deslizaba hacia delante—, ligera como una pluma» .

Cuando estaba a tres pasos de él, el gato trató de escapar. Primero a la izquierda, luego a la derecha, y de derecha a izquierda corrió también Arya para

cortarle el camino. Bufó de nuevo y trató de pasar entre sus piernas. «Rápida como una serpiente», pensó ella. Agarró al gato con ambas manos. Lo estrechó contra su pecho, riendo y bailoteando mientras las zarpas del animal le arañaban la pechera del chaleco de cuero. Siempre rápida, besó al animal entre los ojos, y retiró el rostro antes de que se lo arañara. El gato bufó y se retorció.

—¿Qué hace ese chico con el gato?

Arya se sobresaltó, soltó al animal y se giró hacia el lugar de donde venía la voz. El gato desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Al final del pasadizo había una niña de rizos dorados, con un vestido de seda azul hermoso como el de una muñeca. A su lado había un niño rubio y gordito, que llevaba un venado rampante bordado en perlas en el jubón y una espada en miniatura a la cintura. «La princesa Myrcella y el príncipe Tommen», pensó Arya. Tras ellos se alzaba una septa de una corpulencia increíble, seguida por dos hombres que lucían la capa escarlata de la guardia de los Lannister.

—¿Qué le estabas haciendo al gato, chico? —insistió Myrcella. Se volvió a su hermano—. Qué chico tan zarrapastroso, ¿verdad? —dijo con una risita.

—Zarrapastroso y maloliente —asintió Tommen.

Arya se dio cuenta de que no la habían reconocido. ¡Ni siquiera se percataban de que era una chica! Tampoco resultaba extraño: iba descalza y sucia; la larga persecución por el castillo le había enredado el pelo, vestía un chaleco de cuero roto por los zarzazos de los gatos y unos pantalones marrones de tela basta, doblados justo por encima de las rodillas llenas de costras. Nadie se pone faldas de seda para cazar gatos. A toda prisa, inclinó la cabeza y clavó una rodilla en el suelo. Quizá no la reconocieran. De lo contrario, sería espantoso. La septa Mordane lo consideraría un insulto personal, y a Sansa le daría tanta vergüenza que no volvería a dirigirle la palabra.

—¿Qué haces aquí, chico? —preguntó la gruesa septa adelantándose un paso—. En esta parte del castillo no se puede entrar.

—A estos mocosos no hay quien se lo impida —dijo uno de los hombres de capa roja—. Es como intentar mantener a raya a las ratas.

—¿Quiénes son tus padres, chico? —insistió la septa—. Responde. ¿Qué te pasa? ¿Eres mudo?

Arya no podía decir palabra. Si hablaba, Tommen y Myrcella la reconocerían de inmediato.

—Tráeloa aquí, Godwyn —ordenó la septa.

El guardia más alto echó a andar hacia ella. Arya sintió que el pánico le aferraba la garganta como la mano de un gigante. «Tranquila como las aguas en calma», se dijo para sus adentros.

Godwyn fue a agarrarla, y entonces Arya se movió. «Rápida como una serpiente». Se inclinó hacia la izquierda, permitiendo que los dedos del hombre apenas le rozaran el brazo, y giró a su alrededor. «Suave como la seda de

verano» . Cuando él dio la vuelta, Arya ya corría por el pasadizo. « Veloz como un ciervo» . La septa le gritaba algo. Ella rodó entre sus piernas, gruesas y blancas como columnas de mármol, y se lanzó contra el príncipe Tommen, que cayó sentado con un sonoro *uf*. Esquivó al segundo guardia y escapó a toda velocidad.

Oyó a su espalda gritos y pasos apresurados, que se acercaban más y más. Se dejó caer y rodó por el suelo. El capa roja pasó descontrolado junto a ella, a trompicones. Arya se puso en pie de un salto. Vio una ventana en el muro, alta y estrecha, poco más que una tronera. Saltó, se agarró al alféizar y se izó. Contuvo la respiración y se retorció para atravesarla. « Resbaladiza como una anguila» . Cayó al otro lado ante una sobresaltada fregona, se levantó, se sacudió la ropa y echó a correr de nuevo. Salió por la puerta a un pasillo largo, bajó por unas escaleras, cruzó un patio oculto, dobló una esquina, saltó un muro y se coló por una ventana baja y estrecha que daba a un sótano oscuro. Los sonidos quedaron a su espalda, cada vez más amortiguados.

Arya estaba sin aliento y completamente extraviada. Si la habían reconocido, iba a tener problemas, pero creía que no había sido así. Se había movido muy deprisa. « Veloz como un ciervo» .

Se acuclilló en la oscuridad contra una pared de piedra húmeda, y prestó atención por si oía sonidos de sus perseguidores. Pero solo le llegaron a los oídos los latidos de su corazón y el goteo distante del agua. « Silenciosa como una sombra» , se dijo. ¿Dónde se encontraba? Los primeros días, después de llegar a Desembarco del Rey, tenía pesadillas en las que se veía perdida en el castillo. Su padre decía que la Fortaleza Roja era más pequeña que Invernalia, pero en sus sueños le parecía inmensa, un laberinto interminable de piedras que parecían moverse y cambiar a sus espaldas. Siempre se encontraba vagando por salas sombrías, pasando junto a tapices descoloridos; bajaba por escaleras de caracol interminables, atravesaba patios y puentes, y únicamente el eco respondía a sus gritos. En algunas estancias, la piedra roja de los muros parecía rezumar sangre, y nunca había ventanas. En ocasiones oía la voz de su padre, pero siempre muy lejos, y se iba alejando por mucho que ella tratara de correr en su dirección, hasta que se desvanecía por completo y Arya quedaba a solas en la oscuridad.

Se dio cuenta de que todo estaba muy oscuro en aquel momento. Se abrazó las rodillas desnudas contra el pecho, y se estremeció. Decidió quedarse sentada allí, muy callada, y contar hasta diez mil. Para entonces ya podría salir y buscar el camino de regreso.

Apenas iba por ochenta y siete cuando la habitación pareció iluminarse un poco, a medida que los ojos se le acostumbraban a la oscuridad. Poco a poco, los objetos que la rodeaban empezaron a tomar forma. Enormes ojos vacíos la miraban hambrientos desde la penumbra, y entrevió las sombras puntiagudas de unos dientes enormes. Había perdido la cuenta. Cerró los ojos, se mordió el labio

y apartó el miedo de ella. Cuando alzara la vista de nuevo, los monstruos habrían desaparecido. Nunca habrían estado allí. Se intentó convencer de que Syrio se encontraba junto a ella, en la oscuridad, y le susurraba al oído. «Tranquila como las aguas en calma —se dijo—. Fuerte como un oso. Fiera como un carcayú». Abrió los ojos de nuevo.

Los monstruos seguían allí. El miedo, no.

Arya se puso en pie y avanzó con cautela. Las cabezas la rodeaban por doquier. Tocó una con curiosidad, y se preguntó si sería auténtica. Rozó una mandíbula gigantesca con los dedos. El tacto era, desde luego, muy auténtico. El hueso era suave, frío y duro. Pasó los dedos por un diente, negro y afilado, una daga de oscuridad. Le dio escalofríos.

—Está muerto —dijo en voz alta—. No es más que una calavera; no me puede hacer daño.

Pero, por extraño que pareciera, daba la sensación de que el monstruo detectaba su presencia. Arya sentía como si los ojos vacíos la observaran en la penumbra, sentía que en aquella sala oscura y cavernosa había algo que no le deseaba nada bueno. Se apartó del cráneo y chocó de espaldas contra otro, aún más grande. Durante un momento fue como si los dientes se le clavarán en el hombro, como si intentara arrancarle un bocado de carne. Arya giró en redondo, y uno de los largos colmillos desgarró el cuero de su chaleco cuando echó a correr. Otra calavera apareció ante ella; era el monstruo más grande de todos, pero la niña ni siquiera aminoró el paso. Saltó una barrera de dientes negros altos como espadas, pasó como una centella entre mandíbulas hambrientas y se lanzó contra la puerta.

Dio con una pesada argolla de hierro incrustada en la madera y tiró de ella. La puerta ofreció resistencia un instante antes de empezar a moverse hacia el interior, con un crujido tan estrepitoso que a Arya le pareció que debía de oírse en toda la ciudad. Abrió la puerta lo justo para pasar y se encontró en un pasillo.

La sala de los monstruos era oscura, pero aquel pasillo era el pozo más negro de los siete infiernos. «Tranquila como las aguas en calma», , se dijo Arya. Pero incluso después de esperar un rato para que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad, allí no había nada que ver, aparte del perfil vago y grisáceo de la puerta por la que había llegado. Movió los dedos ante el rostro. Sintió el desplazamiento del aire, pero no vio nada. Estaba a ciegas. «Un danzarín del agua ve con todos los sentidos», recordó. Cerró los ojos, acompañó la respiración, se empapó del silencio y extendió las manos.

Rozó la piedra basta de la izquierda con los dedos. Siguió la pared sin apartar la mano, con pasos cortos y fluidos. «Todos los pasillos llevan a alguna parte. Si hay una entrada, hay una salida. El miedo hiere más que las espadas» . Arya no iba a tener miedo. Cuando por fin la pared terminó de repente, le pareció que había caminado largo rato. Una ráfaga de aire fresco le acarició la mejilla. Los

mechones de pelo suelto le rozaron la piel.

Le llegaron ruidos procedentes de abajo, el roce de unas botas, el sonido lejano de las voces. Un atisbo de luz rozaba apenas la pared, y Arya descubrió que a sus pies se abría un gran pozo negro, con una boca de diez varas de diámetro, que se hundía en las profundidades de la tierra. De las paredes sobresalían piedras enormes a modo de peldaños, que formaban una escalera circular hacia abajo, muy abajo, oscura como la escalera al infierno de la que les solía hablar la Vieja Tata. Y de la oscuridad, de las entrañas de la tierra, surgía algo...

Arya se asomó por el borde y sintió en el rostro el aliento negro y frío. Divisó muy a lo lejos la luz de una antorcha solitaria, una llama diminuta como la de una vela. Alcanzó a distinguir las figuras de dos hombres que subían. Sus sombras se proyectaban en las paredes del pozo, altas como las de gigantes. Le llegaba el eco de las voces subiendo por el pozo.

—... ha encontrado a uno de los bastardos —decía uno—. Los demás no tardarán en llegar. Un día, dos, un par de semanas...

—Y cuando lo descubra, ¿qué hará? —preguntó una segunda voz, con el acento suave de las Ciudades Libres.

—Solo los dioses lo saben —replicó la primera voz. Arya alcanzó a divisar un jirón de humo gris, procedente de la antorcha, que se retorcía como una serpiente en su ascenso—. Los muy imbéciles intentaron matar a su hijo, y lo que es peor, fueron unos chapuceros. No es del tipo de hombres que olvidan esas cosas. Te lo aseguro: tanto si nos gusta como si no, el lobo y el león se van a enfrentar muy pronto.

—Demasiado pronto, demasiado pronto —se quejó la voz con acento—. ¿De qué nos sirve una guerra ahora? No estamos preparados. Retrásalo.

—Es como si me pidieras que detuviera el tiempo. ¿Me has tomado por un mago?

—Ni más ni menos —contestó el otro dejando escapar una risita.

Las llamas lamieron el aire frío. Las sombras altas estaban casi a su nivel. Un instante más tarde, pudo ver al hombre que llevaba la antorcha, seguido por su acompañante. Arya se alejó silenciosamente del pozo, se dejó caer de brúces y se pegó todo lo posible a la pared. Contuvo la respiración.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó el que llevaba la antorcha, un hombre gordo que vestía una capa corta de cuero.

Incluso con las pesadas botas, parecía que se deslizaba por el suelo sin hacer el menor ruido. Bajo el casco de acero se divisaban un rostro redondo con cicatrices y la sombra de una barba negra; llevaba una cota de malla sobre las ropas de cuero, y del cinturón le colgaban un puñal y una espada corta. A Arya le resultaba extrañamente familiar.

—Si una mano puede morir, ¿por qué no otra? —replicó el hombre que

hablaba con acento; lucía una barbita amarilla de dos puntas—. Ese baile ya lo has bailado, amigo mío.

Arya no lo había visto jamás; de aquello estaba segura. Era obeso hasta límites repugnantes, pero caminaba con paso ligero y apoyaba el peso en las puntas de los pies, como haría un danzarín del agua. Los anillos que lucía brillaban a la luz de la antorcha; eran de oro rojo y plata blanca, con incrustaciones de rubíes, zafiros y ojos de tigre. Tenía al menos un anillo en cada dedo; en algunos, dos.

—Aquellos fueron entonces, y esto es ahora. Y esta mano no es igual que la otra —dijo el hombre de la cara marcada mientras se dirigían hacia el pasillo.

«Inmóvil como una piedra —se dijo Arya—, silenciosa como una sombra». Los hombres, deslumbrados por el resplandor de su antorcha, no la vieron pese a la escasa distancia.

—Es posible —dijo el de la barba de dos puntas, que se había detenido para recuperar el aliento tras el largo ascenso—. Pero, sea como sea, necesitamos tiempo. La princesa está embarazada. El *khal* no hará nada antes de que nazca su hijo. Ya sabes cómo son estos salvajes.

El hombre de la antorcha empujó algo. Arya oyó una especie de retumbar. Desde el techo bajó una enorme losa de roca que, a la luz de la antorcha, parecía de color rojo. El estrépito estuvo a punto de hacerla gritar. Donde antes había estado la boca del pozo, solo se veía piedra maciza.

—Pues si no hace algo pronto, será demasiado tarde —replicó el hombre gordo del casco de acero—. Esto ya no es un juego para dos jugadores, si es que lo fue alguna vez. Stannis Baratheon y Lysa Arryn han escapado de mi alcance, y los rumores dicen que están reuniendo ejércitos. El Caballero de las Flores ha escrito a Altojardín para apremiar a su padre para que envíe a su hermana a la corte. La niña es una doncella de catorce años, dulce, hermosa y manipulable. Lord Renly y ser Loras quieren que Robert se acueste con ella, la despose y la nombre reina. En cuanto a Meñique... Las intenciones de Meñique únicamente las conocen los dioses. Pero el que me quita el sueño es lord Stark. Ya tiene al bastardo, ya tiene el libro y dentro de poco tendrá la verdad en sus manos. Y ahora, por culpa de la intromisión de Meñique, su esposa ha secuestrado a Tyrion Lannister. Lord Tywin lo considerará un insulto, y Jaime siente un extraño afecto por el Gnomo. Si los Lannister van al norte, los Tully harán lo mismo. Tú dices que debemos demorarlo todo. Yo digo que todo lo contrario. Ni el mejor malabarista puede mantener en el aire cien pelotas a la vez durante mucho tiempo.

—Tú eres mucho más que un malabarista, amigo mío. Eres un verdadero mago. Solo te pido que sigas ejerciendo tu magia un poco más de tiempo. —Echaron a andar por el pasillo por el que había llegado Arya, hacia la habitación de los monstruos.

—Haré lo que pueda —dijo en voz baja el que llevaba la antorcha—. Necesito oro y cincuenta pájaros más.

La niña dejó que se adelantaran, y caminó a hurtadillas tras ellos. «Silenciosa como una sombra».

—¿Tantos? —Las voces eran más tenues a medida que la luz se alejaba de ella—. Los que quieras tú no son tan fáciles de encontrar... Demasiado jóvenes para haber aprendido el abecedario... quizás un poco mayores... no se morirían tan a menudo...

—No... más jóvenes son más seguros... trátalos bien...

—... si conservaran la lengua...

—... es un riesgo...

Mucho después de que las voces se perdieran a lo lejos, Arya alcanzaba todavía a divisar la luz de la antorcha, como una estrella humeante que le marcaba el camino. Dos veces le pareció que desaparecía, pero ella siguió adelante, y en ambas ocasiones se encontró en la parte superior de las escaleras, empinadas y estrechas, mientras la luz brillaba mucho más abajo. En un momento tropezó con una roca, cayó contra la pared, la palpó y notó que era tierra sostenida por vigas de madera, mientras que antes, el túnel había sido de piedra.

Caminó sigilosa tras ellos, recorriendo una gran distancia. Por último los perdió, pero no era posible que se hubieran desviado; solo podían haber seguido adelante. Tanteó de nuevo la pared y siguió caminando, ciega y extraviada. Se imaginó que Nymeria caminaba junto a ella en la oscuridad. Al final se encontró metida hasta las rodillas en un agua de olor repugnante, y deseó poder danzar sobre aquella sustancia, como sin duda habría hecho Syrio. Se preguntaba si volvería a ver la luz. Ya era de noche cerrada cuando Arya salió al aire libre.

Descubrió que se encontraba en la salida de una alcantarilla, justo en la desembocadura del río. Ella misma despedía un hedor tan repugnante que se desnudó allí mismo, dejó la ropa en la orilla y se sumergió en las aguas oscuras y negras. Nadó hasta que se sintió limpia, y salió del río tiritando. Por el camino cercano pasaban algunos jinetes, pero si se fijaron en la niña flaca que lavaba sus harapos a la luz de la luna, no dieron señales de ello.

Se encontraba muy lejos del castillo, pero en cualquier punto de Desembarco del Rey bastaba con alzar la vista para ver la Fortaleza Roja, en el punto más elevado de la Colina Alta de Aegon, así que no había manera de perderse. Ya tenía la ropa casi seca cuando llegó ante el puesto de guardia. El rastrillo estaba bajado, y las puertas, cerradas, así que dio la vuelta para entrar por una poterna trasera. Los capas doradas que estaban de guardia se echaron a reír cuando les dijó que le abrieran.

—Lárgate —le dijo uno—. En la cocina ya no quedan sobras, y no se admitten mendigos después de anochecer.

—No vengo a mendigar —replicó ella—. Vivo aquí.

—He dicho que te largues. ¡O hace falta que te dé una bofetada para que me entiendas?

—Quiero ver a mi padre.

Los guardias se miraron.

—Yo quiero follarme a la reina, y mira de lo que me sirve —dijo el más joven.

—¿Y quién es tu padre, chico? —preguntó el viejo con el ceño fruncido—. ¡El ratonero de la ciudad!

—La mano del rey —replicó Arya.

Los dos hombres se echaron a reír, y el mayor le lanzó una bofetada, casi de manera automática, igual que haría con un perro que lo molestara. Arya vio llegar el golpe antes de que iniciara el movimiento. Danzó para apartarse del camino, y no llegó a tocarla.

—No soy un chico —les espetó—. Soy Arya Stark de Invernalia, y si me ponéis una mano encima, mi señor padre hará que claven vuestras cabezas en la punta de una pica. Si no me creéis, id a buscar a Jory Cassel o a Vayon Poole, en la Torre de la Mano. —Se puso las manos en las caderas—. ¡Me abris la puerta, o hace falta que os den una bofetada para que me entendáis?

Cuando Harwin y Tom el Gordo la acompañaron ante él, su padre estaba retirado en una habitación, con una lámparilla de aceite junto al codo. Leía el libro más grande que Arya había visto jamás. Era un tomo gigantesco, grueso, con páginas de pergamo amarillo y quebradizo llenas de escritura ilegible, y tapas de cuero descolorido. Lo cerró para escuchar el informe de Harwin, y tenía el rostro tenso cuando les dio las gracias a los hombres y les ordenó que se retiraran.

—¿Te das cuenta de que la mitad de mi guardia te estaba buscando? —dijo Eddard Stark en cuanto se encontraron a solas—. La septa Mordane está al borde de un ataque. Lleva horas en el septo, rezando por que te encuentres bien. Arya, sabes de sobra que nunca puedes cruzar las puertas del castillo sin mi permiso.

—No he cruzado las puertas —replicó ella—. Bueno, sí, pero sin querer. He bajado a las mazmorras, y resulta que había un túnel, estaba todo oscuro y yo no tenía antorcha ni velas, así que tenía que seguir caminando. No podía volver por donde había entrado, porque había monstruos. ¡Padre, hablaban de que querían matarte! Los monstruos no, los dos hombres. Ellos no me han visto, porque me he quedado quieta como una piedra y silenciosa como una sombra, pero yo los he oído. ¡Decían que tenías un libro y un bastardo, y que si una mano podía morir, otra también! ¡Ese es el libro? ¡Y el bastardo es Jon?

—¡Jon? Arya, ¿se puede saber de qué hablas? ¡Quién ha dicho eso?

—Aquellos hombres —replicó la niña—. Había uno gordo con anillos y barba amarilla de dos puntas, y otro con cota de malla y casco de acero, y el gordo

decía que tenían que retrasarlo, pero el otro decía que no podía seguir haciendo juegos malabares, y que el lobo y el león se iban a enfrentar, y que esto ya no era un juego para dos jugadores. —Intentó recordar el resto. No había comprendido todo lo que había oído, y los conceptos se le mezclaban en la cabeza—. El gordo decía que la princesa estaba embarazada. El del casco de acero, que llevaba la antorcha, decía que tenían que darse prisa. Me parece que era un mago.

—Un mago —dijo Ned sin sonreír—. ¿Llevaba barba larga y blanca, y sombrero puntiagudo adornado con estrellas?

—¡No! No era como en los cuentos de la Vieja Tata. No parecía un mago, pero el gordo decía que era un mago.

—Arya, te lo advierto, como te estés inventando todo esto...

—No, ya te lo he dicho, estaba en las mazmorras, y había una pared secreta. Yo estaba cazando gatos, y entonces... —Frunció los labios. Si reconocía que había derribado al príncipe Tommen, su padre se iba a enfadar mucho con ella —. Y me he colado por la ventana. Y allí estaban los monstruos.

—Monstruos y magos —dijo su padre—. Menuda aventura, ¿eh? ¿Y dices que hablaban de malabarismos y de juegos?

—Sí —reconoció Arya—. Pero...

—Seguro que eran titiriteros, Arya —la interrumpió su padre—. Ahora mismo hay más de una docena de compañías en Desembarco del Rey; han venido a sacar beneficio de las multitudes que asistan al torneo. No sé qué harían esos dos en el castillo; quizás el rey les haya pedido que organicen un espectáculo.

—No —dijo la niña sacudiendo la cabeza, obstinada—. No eran...

—Además, no deberías ir por ahí espiando a la gente, ni siguiendo a nadie. Tampoco me gusta que mi hija se cuele por ventanas y persiga gatos callejeros. ¿Has visto cómo estás, cariño? Tienes los brazos llenos de arañazos. Esto ya ha ido demasiado lejos. Dile a Syrio Forel que quiero hablar con él...

Lo interrumpió un golpe repentino en la puerta.

—Perdonad, lord Eddard —dijo Desmond al tiempo que abría unos pocos dedos—, pero ha llegado un hermano negro, y suplica que lo recibáis. Dice que se trata de un asunto de gran urgencia. He pensado que queríais saberlo lo antes posible.

—Mi puerta siempre está abierta para la Guardia de la Noche —respondió su padre.

Desmond hizo pasar a un hombre encorvado y feo, de barba desaliñada y ropa sucia, pero su padre lo recibió con cordialidad y le preguntó su nombre.

—Yoren, señor, a vuestro servicio. Os pido perdón por lo avanzado de la hora.

—Hizo una reverencia a Arya—. Y este debe de ser vuestro hijo. Se os parece mucho.

—Soy una chica —replicó Arya, molesta. Si aquel viejo llegaba del Muro, sin

duda habría pasado por Invernia—. ¿Conocéis a mis hermanos? —preguntó, nerviosa—. Robb y Bran están en Invernia, y Jon en el Muro. Jon Nieve, él también está en la Guardia de la Noche, seguro que lo conocéis, tiene un lobo huargo blanco con los ojos rojos. ¿Lo han nombrado ya explorador? Yo soy Arya Stark —El viejo de las ropas malolientes le lanzó una mirada extraña, pero ella no podía dejar de hablar—. Cuando volváis al Muro, ¿le llevaréis una carta mía a Jon? —¡Cuánto echaba de menos a su hermano en aquel momento! Él habría creído su historia acerca de las mazmorras, el gordo de la barba amarilla y el mago del casco de acero.

—Mi hija tiende a olvidar sus modales —dijo Eddard Stark, con una sonrisa que suavizaba las palabras—. Te ruego que la perdes, Yoren. ¿Te envía mi hermano Benjen?

—A mí no me envía nadie, mi señor, salvo el viejo Mormont. He venido a buscar hombres para el Muro, y en la audiencia con Robert me hincaré de rodillas y le suplicaré que nos ayude en estos momentos de necesidad; quizás el rey tenga algo de basura en las mazmorras y quiera librarse de ella. De todos modos, bien se podría decir que Benjen Stark es el motivo de esta conversación. Por sus venas corre sangre negra, así que lo considero tan hermano mío como vuestro. He venido por él. He cabalgado tanto que mi yegua ha acabado al borde de la muerte, pero he dejado bien atrás a los demás.

—¿Los demás?

—Mercenarios, jinetes libres, gentuza así —escupió Yoren—. Abarrotaban la posada, y vi que captaban el olor. El olor de la sangre, o el olor del oro, que al final son lo mismo. Pero no todos se dirigían a Desembarco del Rey. Algunos galopaban hacia Roca Casterly, que está más cerca. Podéis estar seguro de que lord Tywin ya habrá recibido la noticia.

—¿Qué noticia? —Su padre tenía el ceño fruncido.

—Una noticia que sería mejor transmitir en privado, mi señor —contestó Yoren mirando a Arya—. Disculpad mi atrevimiento.

—Como quieras. Desmond, acompaña a mi hija a sus habitaciones. —La besó en la frente—. Mañana terminaremos nuestra charla.

—No le habrá pasado nada malo a Jon, ¿verdad? —preguntó Arya a Yoren sin moverse—. Ni al tío Benjen.

—Bueno, de Stark no tengo noticias, pero el chico, Nieve, se encontraba bien cuando partí del Muro. Ellos no son los que me preocupan.

—Vamos, mi señora —dijo Desmond tomándola de la mano—. Ya habéis oido a vuestro señor padre.

A Arya no le quedó más remedio que ir con él. ¡Ojalá se hubiera tratado de Tom el Gordo! Con Tom no le habría costado nada hacerse la remolona junto a la puerta, con cualquier excusa, para oír lo que dijera Yoren. Pero Desmond era demasiado testarudo.

—¿Cuántos guardias tiene mi padre? —le preguntó mientras bajaba por las escaleras hacia su dormitorio.

—Aquí, en Desembarco del Rey? Cincuenta.

—Y no dejaréis que nadie lo mate, ¿verdad?

—Por eso no temáis, joven señora. —Desmond se echó a reír—. Lord Eddard está bien guardado, día y noche. No le sucederá nada malo.

—Los Lannister tienen más de cincuenta hombres —señaló Arya.

—Ciento, pero cada norteño vale por diez espadas sureñas, así que podéis dormir tranquila.

—¿Y si enviaran a un mago para matarlo?

—Bueno... —dijo Desmond mientras desenfundaba la espada—, si se le corta la cabeza a un mago, muere igual que cualquier otro hombre.

—Te lo suplico, Robert —rogó Ned—, piensa bien qué dices. ¡Hablas de asesinar a una niña!

—¡Esa puta está preñada! —El rey descargó un puñetazo que resonó como un trueno sobre la mesa del Consejo—. Te avisé, Ned, te dije qué iba a pasar. Te lo dije durante el viaje, pero no me hiciste caso. Pues ahí lo tienes. Los quiero ver muertos, a la madre y al bebé, y al imbécil de Viserys también. ¿Te ha quedado claro? ¡Los quiero ver muertos!

Los otros consejeros hacían lo posible por fingir que no se encontraban allí. Sin duda, eran más inteligentes que él. Pocas veces Eddard Stark se había sentido tan solo.

—Si lo haces, te deshonrarás para siempre.

—Pues que caiga la deshonra sobre mi cabeza, mientras mueran. No estoy tan ciego para no ver la sombra de un hacha cuando la tengo sobre el cuello.

—No hay hacha alguna —dijo Ned a su rey—. Si acaso, es la sombra de una sombra de hace veinte años.

—¿Si acaso? —preguntó Varys con voz suave, al tiempo que se frotaba las manos empolvadas—. Me tomáis por lo que no soy, mi señor. ¿Acaso presentaría yo una mentira al rey y al Consejo?

—Lo que nos presentáis, mi señor —dijo Ned dirigiendo una mirada gélida al eunuco—, son los chismorreos de un traidor que se encuentra a medio mundo de distancia. Puede que Mormont se equivoque. Puede que minta.

—Ser Jorah no osaría engañarme —dijo Varys con una sonrisa taimada—. Podéis darlo por seguro, mi señor. La princesa está embarazada.

—Eso decis vos. Si os equivocáis, no hay nada que temer. Si la niña aborta, no hay nada que temer. Si da a luz una chiquilla en lugar de un hijo, no hay nada que temer. Si el bebé muere en las primeras semanas, no hay nada que temer.

—Pero ¿y si es un varón? —insistió Robert—. ¿Y si vive?

—Aun así, el mar Angosto se seguiría interponiendo entre nosotros. Empezaré a temer a los dothrakis el día en que enseñen a sus caballos a cabalgar sobre las aguas.

El rey bebió un trago de vino, y miró airado a Ned desde el otro lado de la mesa del Consejo.

—Así que me recomiendas que no haga nada hasta que el engendro del dragón desembarque con su ejército en mis playas, ¿no?

—El «engendro del dragón» está en el vientre de su madre —dijo Ned—. Ni siquiera Aegon inició sus conquistas hasta después de que lo destetaran.

—¡Dioses! Eres testarudo como un uro, Stark —El rey miró al resto de los consejeros—. Y a los demás, ¿qué os pasa?, ¿os habéis quedado mudos? ¿Es que nadie le va a meter un poco de sentido común en la cabeza a este idiota de barba

helada?

Varys le dedicó al rey su sonrisa más zalamera, y puso una mano blanda en la manga de Ned.

—Entiendo vuestros escrúpulos, lord Eddard, os lo aseguro. No me satisface en absoluto traer ante el Consejo una noticia tan grave. Lo que estamos planeando es algo espantoso, repugnante. Pero los que dominan el mundo deben hacer a veces cosas así por el bien del reino... por mucho dolor que nos cause.

—A mí no me parece que sea tan complicado —dijo lord Renly encogiéndose de hombros—. Debimos matar a Viserys y a su hermana hace años, pero su alteza, mi querido hermano, cometió el error de hacerle caso a Jon Arryn.

—La misericordia no es nunca un error, lord Renly —replicó Ned—. En el Tridente, ser Barristan, aquí presente, mató a una docena de buenos hombres que eran amigos míos y de Robert. Cuando lo trajeron ante nosotros, malherido y al borde de la muerte, Roose Bolton quería que le cortáramos la cabeza, pero vuestro hermano dijo: « No mataré a un hombre por ser leal, ni por luchar bien », y envió a su maestre para que atendiera las heridas de ser Barristan. —Lanzó al rey una mirada larga y fría—. Ojalá estuviera aquí ese hombre.

—No es lo mismo —protestó Robert, y tuvo la decencia de sonrojarse—. Ser Barristan era un caballero de la Guardia Real.

—Mientras que Daenerys es una niña de catorce años. —Ned sabía que estaba yendo demasiado lejos, pero no podía guardar silencio—. ¿Para qué nos alzamos contra Aerys Targaryen, Robert, si no fue para poner fin al asesinato de niños?

—¡Para poner fin a los Targaryen! —rugió el rey.

—No sabía que tuvieras miedo de Rhaegar, alteza. —Ned intentó impedir que el desprecio se trasluciera en su voz, y no lo logró—. ¿Acaso los años te han quitado tanta hombría que ahora tiemblas ante la sombra de un niño nonato?

—Basta ya, Ned —le advirtió Robert, que se había puesto rojo como la grana, al tiempo que lo señalaba con un dedo—. Ni una palabra más. ¿Has olvidado quién es el rey?

—No, alteza —replicó Ned—. ¿Y tú?

—¡Basta! —rugió el rey—. Estoy harto de palabrería. Acabemos con este asunto antes de que acabéis conmigo. ¿Qué decís los demás?

—Hay que matarla —declaró lord Renly.

—No tenemos elección —murmuró Varys—. Es una pena, una pena...

—Hay honor en enfrentarse al enemigo en el campo de batalla, alteza —dijo ser Barristan Selmy, que había tenido la mirada clavada en la mesa, alzando los ojos azules—, pero no en asesinarlo cuando está en el vientre de su madre. Perdonadme, pero debo apoyar a lord Eddard.

—Mi orden sirve al reino, no al reinante —dijo el gran maestre Pyelle

después de carraspear durante un rato que pareció interminable—. En el pasado fui consejero del rey Aerys, y desempeñé mi cargo con la misma lealtad con la que ahora sirvo al rey Robert. No tengo nada contra esa niña, pero pregunto una cosa: si la guerra estallara de nuevo, ¿cuántos soldados morirían? ¿Cuántas ciudades arderían? ¿Cuántos niños se verían arrancados de los brazos de sus madres y perecerían en las puntas de las lanzas? —Se acarició la espesa barba blanca con un gesto de tristeza infinita, de infinito desánimo—. ¿No es más sabio, más bondadoso incluso, que muera Daenerys Targaryen para que puedan vivir decenas de miles de personas?

—Más bondadoso —asintió Varys—. Bien dicho, gran maestre, bien dicho. Qué gran verdad. Si los dioses caprichosos concedieran un hijo varón a Daenerys Targaryen, el reino entero sangraría.

Meñique era el último. Ned lo miró, y lord Petyr fingió un bostezo.

—Cuando uno está en la cama con una mujer fea, lo mejor que puede hacer es cerrar los ojos y poner manos a la obra —declaró—. Aunque espere, la mujer no será bonita. Hay que besarla y terminar con el asunto.

—¿Besarla? —repitió ser Barristan, conmocionado.

—Con labios de acero —dijo Meñique.

—Ya lo has visto, Ned. —Robert se volvió para enfrentarse a él—. Selmy y tú os habéis quedado solos. Ya solo falta resolver una cuestión: ¿quién la matará?

—Mormont desea un perdón real más que ninguna otra cosa —les recordó lord Renly.

—Más que ninguna otra cosa —dijo Varys—, pero para disfrutarlo tendría que seguir con vida. A estas alturas, la princesa debe de estar cerca de Vaes Dothrak, donde desenfundar una hoja afilada significa la muerte. Si os contara lo que le harían los dothrakis al desgraciado que se atreviera a esgrimir un arma contra una *khaleesi*, no dormiríais esta noche. —Se acarició una mejilla empolvada—. En cambio, un veneno... las lágrimas de Lys, por ejemplo. Khal Drogo no tendría por qué saber que no se trató de una muerte natural.

Los ojos adormilados del gran maestre Pyelle se abrieron de golpe. Miró al eunuco con desconfianza.

—El veneno es arma de cobardes —protestó el rey.

—¿Envías a mercenarios a matar a una niña de catorce años y todavía hablas de honor? —Ned ya había oído demasiado. Empujó la silla hacia atrás y se levantó—. Hazlo tú en persona, Robert. El hombre que dicta la sentencia tendrá que ser capaz de blandir la espada. Mírala a los ojos antes de matarla. Mira sus lágrimas, escucha sus últimas palabras. Es lo mínimo que le debes.

—Dioses —maldijo el rey; la palabra se le escapó como si no pudiera contener la ira—. Maldito seas, hablas en serio. —Cogió la frasca de vino que tenía junto al codo, descubrió que estaba vacía, y la estrelló contra la pared—. Se me han acabado el vino y la paciencia. Basta. Quiero que se haga, y ya está.

—No tomaré parte en un asesinato, Robert. Haz lo que quieras, pero no me pidas que le ponga mi sello.

Por un momento, Robert no pareció comprender lo que decía Ned. El desafío no era un plato al que estuviera acostumbrado. Poco a poco, a medida que se daba cuenta, se le demudó el rostro. Entrecerró los ojos, y el rubor le subió por el cuello, por encima del terciopelo de los ropajes. Señaló a Ned con un dedo.

—Eres la mano del rey, lord Stark. Harás lo que te ordene, o buscaré otra mano que cumpla mis órdenes.

—Y yo le desearé la mejor de las suertes. —Ned se quitó el pesado broche con que se cerraba la capa: era una ornamentada mano de plata, símbolo de su cargo. Lo dejó en la mesa, ante el rey, sin poder evitar la tristeza por el recuerdo del hombre que se lo había puesto, del amigo al que había querido—. Te creía mejor hombre, Robert. Pensé que habíamos puesto en el trono a un hombre más noble.

—Fuera —graznó Robert, atragantándose de ira; tenía el rostro lívido—. Fuera, maldito seas, no quiero saber nada más de ti. ¿A qué esperas? ¡Lárgate, vuelve a Invernalia! Y pase lo que pase, que no vuelva a verte, ¡o haré que claven tu cabeza en la punta de una estaca!

Ned hizo una reverencia y dio media vuelta sin decir ni una palabra más. Sentía los ojos de Robert clavados en la espalda. Cuando salió de la cámara del Consejo, el debate se reanudó casi de inmediato.

—En Braavos hay una sociedad que se denomina *los Hombres sin Rostro* —dijo el gran maestre Pyccelle.

—¿Tenéis la menor idea de lo caros que son? —se quejó Meñique—. Por la mitad del precio que cobran se podría contratar un ejército de mercenarios, y eso si se les encarga matar a un mercader. No quiero ni pensar lo que cobrarán por una princesa.

La puerta se cerró a su espalda y silenció las voces. Ser Boros Blount montaba guardia ante la cámara, ataviado con la capa larga blanca y la armadura de la Guardia Real. Miró a Ned con curiosidad por el rabillo del ojo, pero no preguntó nada.

Cruzó el patio en dirección a la Torre de la Mano, con la sensación de que el calor del día era denso y opresivo. Presentía en el aire la amenaza de la lluvia. A Ned le habría gustado que lloviera. Tal vez lo ayudaría a sentirse un poco menos sucio. Al llegar a sus aposentos, hizo llamar a Vayon Poole. El mayordomo se presentó de inmediato.

—¿Me habéis llamado, mi señor?

—Ya no soy la mano del rey —replicó Ned—. El rey y yo hemos discutido. Volvemos a Invernalia.

—Empezaré con los preparativos inmediatamente, mi señor. Necesitaremos dos semanas para disponerlo todo para el viaje.

—Puede que no tengamos ni una semana. Puede que no tengamos ni un día. El rey ha hablado de clavar mi cabeza en una pica.

Frunció el ceño. No creía en realidad que el rey fuera a hacerle daño. No, Robert no. En aquel momento estaba furioso, pero en cuanto perdiera a Ned de vista, la ira se desvanecería, como le sucedía siempre.

—¿Siempre? De pronto, con cierta incomodidad, recordó a Rhaegar Targaryen. Llevaba quince años muerto, pero Robert lo odiaba tanto como antes. Era una idea perturbadora... y también estaba el otro tema, el asunto de Catelyn y el enano, acerca del que Yoren lo había advertido la noche anterior. Sin duda, aquello saldría pronto a la luz, y el rey estaba hecho una furia... A Robert no le importaba lo más mínimo Tyrion Lannister, pero se sentiría herido en el orgullo, y nadie sabía lo que haría la reina.

—Lo mejor sería que yo fuera por delante —le dijo a Poole—. Me llevaré a mis hijas y a unos cuantos guardias. Los demás nos seguiréis en cuanto estéis preparados. Informa a Jory, pero no se lo digas a nadie más, y no hagas nada hasta que me marche con las niñas. Este castillo está lleno de ojos y oídos, y prefiero que nadie conozca mis planes.

—Como ordenéis, mi señor.

Cuando hubo salido, Eddard Stark se sentó junto a la ventana, pensativo. Robert no le había dejado otra salida. Casi debería darle las gracias. Quería volver a Invernalía. Nunca tendría que haberse marchado. Sus hijos lo aguardaban allí. Quizá Catelyn y él pudieran tener otro; aún no eran tan mayores. Y en los últimos días se había descubierto a menudo soñando con la nieve, con el silencio profundo del bosque de los Lobos en la noche.

Y, aun así, la idea de marcharse lo enfurecía. Quedaba tanto por hacer... Robert y su Consejo de cobardes y aduladores dejarían el reino en la ruina si no hacía nada. O peor aún, se lo venderían a los Lannister para pagar deudas. Y seguía sin saber la verdad sobre la muerte de Jon Arryn. Sí, había descubierto algunos fragmentos, suficientes para convencerse de que había sido asesinado, pero no eran más que el rastro de un animal en el bosque. Aún no había divisado a la bestia, aunque presentía que estaba allí, oculta, acechante, traicionera.

De repente se le ocurrió que debería regresar a Invernalía por mar. No tenía alma de marino, y en otras circunstancias habría preferido el camino Real, pero si viajaba en barco podría detenerse en Rocadragón y hablar con Stannis Baratheon. Pyccelle había enviado un cuervo con una carta muy cortés de Ned, en la que pedía a lord Stannis que volviera a ocupar su asiento en el Consejo Privado. Pero no había llegado ninguna respuesta, y el silencio no hacía más que acentuar su desconfianza. Estaba seguro de que lord Stannis conocía también el secreto por el que había muerto Jon Arryn. Con toda probabilidad, la verdad que buscaba lo estaría esperando en la antigua isla fortaleza de la casa Targaryen.

«Y cuando la sepas, ¿qué? Hay secretos que es mejor desconocer. Hay

secretos demasiado peligrosos para compartirlos, incluso con aquellos a quienes se ama y en los que se confía». Ned se enfundó el puñal que le había llevado Catelyn. El cuchillo del Gnomo. ¿Por qué habría querido el Gnomo matar a Bran? Para silenciarlo, de aquello no cabía duda. ¿Otro secreto, o una hebra diferente de la misma madeja?

—Estaría involucrado Robert? Jamás lo habría creído, pero tampoco habría creído que fuera capaz de ordenar el asesinato de mujeres y niños. Catelyn había intentado avisarlo. «Conocías al hombre; al rey no lo conoces de nada». Cuanto antes se fuera de Desembarco del Rey, mejor. Si al día siguiente partía algún barco rumbo al norte, viajaría en él.

Hizo llamar de nuevo a Vayon Poole, y lo envió a los muelles para hacer indagaciones, con discreción pero con premura.

—Consigueme el barco más veloz con el capitán más experto —le dijo al mayordomo—. No me importa el tamaño de los camarotes, ni la calidad de las instalaciones, mientras sea veloz y seguro. Quiero partir cuanto antes.

Tan pronto hubo salido Poole, Tomard le anunció una visita.

—Lord Baelish solicita veros, mi señor.

Ned estuvo tentado de rechazarlo, pero se lo pensó mejor. Todavía no era libre. Hasta que lo fuera, debía seguir jugando según sus reglas.

—Hazlo pasar, Tom.

Lord Petyr entró en la habitación como si aquella mañana no hubiera pasado nada. Lucía una casaca de terciopelo color crema y plata, capa de seda gris y su habitual sonrisa burlona.

Ned lo recibió con frialdad.

—Puedo preguntaros la razón de vuestra visita, lord Baelish?

—No os robaré mucho tiempo. He pasado de camino; voy a cenar con lady Tanda. Empanada de lamprea y cochinillo asado. Esa mujer tiene intención de casarme con su hija pequeña, así que en su mesa se come siempre como si fuera fiesta. La verdad, antes me casaría con el cochinillo, pero eso no se lo voy a decir. Me encanta la empanada de lamprea.

—No seré yo quien os aparte de vuestros peces carroñeros, mi señor —dijo Ned, con desdén gélido—. En estos momentos no se me ocurre nadie cuya compañía me resulte menos grata que la vuestra.

—Vamos, vamos, seguro que si lo intentáis de verdad se os ocurren unos cuantos nombres. Varys, por ejemplo. Cersei. O Robert. Su alteza está muy, muy furioso. Cuando os habéis marchado esta mañana, ha seguido dándole al tema un buen rato. Creo recordar que las palabras *insolente* e *ingrato* se han pronunciado varias veces.

Ned se negó a honrarlo con una respuesta. Tampoco ofreció un asiento a su invitado, pero, de todos modos, Meñique se sentó.

—Después de que salierais con tanta precipitación de la sala, me he visto

obligado a convencerlos para que no contrataran a los Hombres sin Rostro — siguió, despreocupado—. En lugar de eso, Varys hará correr discretamente el rumor de que el que liquide a la Targaryen será nombrado lord.

—Así que ahora concedemos títulos a los asesinos —dijo Ned, asqueado.

—Los títulos salen baratos. —Meñique se encogió de hombros—. Los Hombres sin Rostro son caros. Seamos sinceros: yo he hecho más por esa chica que vos, con todo vuestro blablablá sobre el honor. Si un mercenario borracho con ansias de grandeza intenta matarla, probablemente hará una chapuza, y después los dothrakis estarán en guardia. Si hubiéramos enviado a los Hombres sin Rostro, ya podríais darla por muerta.

—Os sentáis en el Consejo —dijo Ned con el ceño fruncido—, habláis de mujeres feas y labios de acero, ¿y esperáis que crea que intentabais proteger a la niña? ¿Acaso pensáis que soy idiota?

—La verdad, sí —dijo Meñique con una carcajada.

—¿El asesinato os parece gracioso, lord Baelish?

—No me río del asesinato, sino de vos, lord Stark. Vuestra actitud es la de un hombre que bailara sobre hielo frágil. Creo firmemente que caeréis con un chapuzón de lo más honorable. Me parece que esta mañana he oído el primer crujido.

—El primero y el último —replicó Ned—. Ya he tenido suficiente.

—¿Cuándo pensáis regresar a Invernalia, mi señor?

—En cuanto sea posible. ¿Acaso es asunto vuestro?

—No... Pero, si por casualidad aún estáis aquí cuando caiga la noche, me encantaría llevarlos a ese burdel que vuestro criado Jory ha estado buscando con tan poco éxito. —Meñique sonrió—. Y no se lo diré a lady Catelyn.

—Deberíais habernos anunciado vuestra llegada, mi señora —dijo ser Donnel Waynwood mientras los caballos ascendían por el paso—. Os habríamos enviado una escolta. El camino alto ya no es tan seguro como en otros tiempos, y menos para un grupo tan pequeño como el vuestro.

—Lo hemos descubierto a un alto precio, ser Donnel —respondió Catelyn. A veces tenía la sensación de que su corazón se había trocado en piedra. Para ayudarla a llegar hasta allí habían muerto seis hombres, seis valientes, y no había tenido lágrimas para llorarlos. Hasta empezaba a olvidar sus nombres—. Los clanes nos han acosado día y noche. Perdimos tres hombres en el primer ataque y dos más en el segundo, y el criado de Lannister murió de fiebres cuando se le infectaron las heridas. Al oír llegar a vuestros hombres nos hemos dado por muertos.

Se habían preparado para una última pelea desesperada, con la espalda contra las rocas y las armas en las manos. El enano estaba afilando el hacha y hacía algún comentario jocoso cuando Bronn divisó el estandarte de los jinetes: la luna y el halcón de la casa Arryn, azul celeste y blanco. Catelyn no había visto nada tan hermoso en su vida.

—Desde que murió lord Jon, los clanes son cada vez más osados —dijo ser Donnel. Era un joven de veinte años rechoncho, poco agraciado, vehemente, con nariz ancha y una mata espesa de pelo castaño—. Si de mí dependiera, iría a las montañas con cien hombres, los sacaría de sus escondrijos y les daría una buena lección, pero vuestra hermana lo ha prohibido. Ni siquiera permite que sus caballeros participen en el torneo de la mano. Quiere que todos sus hombres estén cerca, para defender el Valle... aunque nadie sabe de qué hay que defenderlo. Hay quien piensa que de las sombras.—La miró con ansiedad, como si acabara de recordar quién era su interlocutora—. Espero no haber hablado demasiado, mi señora. No era mi intención ofenderos.

—La sinceridad no puede ofenderme, ser Donnel. —Catelyn sabía de qué tenía miedo su hermana. De las sombras no; de los Lannister, pensó al tiempo que lanzaba una mirada hacia el enano que cabalgaba junto a Bronn. Aquellos dos se habían unido mucho desde la muerte de Chiggen. El hombrecillo era demasiado astuto para su gusto. Al llegar a las montañas era su prisionero, iba atado e impotente. ¿Y en aquel momento? Seguía siendo su prisionero, pero cabalgaba junto a ellos con un puñal en el cinturón y un hacha colgada de la silla de montar, vestía la capa de gatosombra que le había ganado al bardo a los dados, y la cota de malla que había tomado del cadáver de Chiggen. Cuarenta hombres escoltaban al enano y al resto del desastrado grupo; eran caballeros y soldados al servicio de su hermana Lyra y del hijito de Jon Arryn, pero Tyrion no daba la menor muestra de temor. Catelyn se preguntó, y no por primera vez, si se

habría equivocado. Quizá fuera inocente de lo de Bran, de lo de Jon Arryn, de todo lo demás. Y, entonces, ¿en qué lugar quedaba ella? Seis hombres habían muerto para llevar al enano hasta allí. Dejó de lado sus dudas con resolución.

—Cuando lleguemos a vuestra fortaleza, os ruego que hagáis llamar enseguida al maestre Colemon. Las heridas de ser Rodrik le han provocado fiebre.

En más de una ocasión había temido que el anciano caballero no sobreviviera al viaje. Al final apenas si se mantenía sobre la silla, y Bronn había intentado que lo abandonaran a su suerte, pero Catelyn se negó en redondo. De modo que lo ataron a la silla, y ordenó al bardo Marillion que velara por él.

—Lady Lyra ha ordenado que el maestre no salga bajo ningún concepto del Nido de Águilas —respondió ser Donnel después de titubear un instante—; tiene que cuidar de lord Robert. Pero en la puerta hay un septón que cuida de los heridos. Puede echar un vistazo a las heridas de vuestro hombre.

Catelyn tenía más fe en los conocimientos de un maestre que en las plegarias de un septón. Estaba a punto de decirlo cuando divisó las almenas a lo lejos, largos parapetos edificados en la roca misma de las montañas. Allá donde el paso se estrechaba hasta convertirse en un desfiladero por el que apenas cabían cuatro hombres a caballo, las laderas rocosas estaban coronadas por dos torres gemelas, unidas por un puente cubierto de gastada piedra gris que formaba un arco sobre el camino. Rostros silenciosos los observaban desde las bayoneteras de las torres, los parapetos y el puente. Un caballero salió a recibirlos cuando ya estaban casi en la cima. Tanto el caballo como la armadura eran grises, pero lucía la capa azul y roja de Aguasdulces, con un broche de oro y obsidiana en forma de pez negro.

—¿Quién quiere cruzar la Puerta de la Sangre? —declamó.

—Ser Donnel Waynwood, con lady Catelyn Stark y sus acompañantes —respondió el joven caballero.

—El rostro de la dama me resultaba familiar —dijo el Caballero de la Puerta alzándose el visor—. Estás muy lejos del hogar, pequeña Cat.

—Tú también, tío —respondió ella con una sonrisa, pese a todos los sufrimientos de los días anteriores. Aquella voz ronca y gentil la hacía retroceder veinte años, a los días de su infancia.

—Mi hogar está a mi espalda —refunfuñó él.

—Tu hogar está en mi corazón —le dijo Catelyn—. Quítate el yelmo. Quiero verte la cara otra vez.

—Me temo que no ha mejorado con el paso de los años —dijo Brynden Tully.

Pero hizo como le había pedido, y Catelyn vio que había mentido. Tenía el rostro arrugado y curtido; el tiempo le había quitado el rojo del cabello y se lo había tornado blanco, pero su sonrisa era la de siempre, al igual que las cejas

pobladas, gruesas como orugas, y la risa que bailaba en sus ojos color azul oscuro.

—¿Sabía Lysa que ibas a venir?

—No tuve tiempo de enviarle un mensaje —respondió Catelyn. El resto del grupo se acercaba—. Me temo que somos los predecesores de la tormenta, tío.

—¿Entramos en el Valle? —preguntó ser Donnel. Los Waynwood eran dados a las ceremonias.

—En nombre de Robert Arryn —proclamó ser Brynden—, señor del Nido de Águilas, defensor del Valle, Verdadero Guardián del Oriente, os ruego que entréis con libertad y defendáis su paz. Pasad.

Y así, entraron a caballo tras él, bajo la sombra de la Puerta de la Sangre, contra la que se había estrellado una docena de ejércitos en la Edad de los Héroes. Al otro lado de las edificaciones, la montaña se abría a un paisaje impresionante de prados verdes, cielos azules y montañas nevadas: el Valle de Arryn, bañado por la luz de la mañana.

Se extendía hacia las nieblas de oriente: plácidas tierras, negras y fértiles, con ríos anchos de aguas tranquilas y cientos de lagos que brillaban al sol como espejos, protegidos por picos escarpados. En los campos crecían trigo, maíz y cebada, y ni en Altojardín eran más grandes las calabazas ni más dulces las frutas. Se encontraban en el extremo occidental del valle, donde el camino alto llegaba al último paso y empezaba a descender hacia las tierras fértiles, media legua más abajo. Allí, el Valle era estrecho; apenas habría costado más de medio día cruzarlo a caballo, y las montañas del norte parecían tan cercanas que Catelyn casi podía tocarlas con los dedos. Por encima de todas destacaba el pico al que llamaban Lanza del Gigante, una cumbre a la que el resto de las cumbres miraba desde abajo, con la cima perdida entre las nieblas gélidas, a más de una legua de las tierras de la cuenca. Por la inmensa vertiente occidental discurría el arroyo fantasma denominado Lágrimas de Alyssa. Pese a la distancia, Catelyn alcanzaba a distinguir la hebra de plata brillante sobre la piedra oscura.

Al ver que se había detenido, su tío se acercó a ella y señaló con el dedo.

—Es allí, junto a las Lágrimas de Alyssa. Desde aquí solo se ve un destello blanco de cuando en cuando, y eso si se presta atención y el sol cae en la posición correcta.

«Siete torres —le había dicho Ned—, siete torres como siete dagas clavadas en el vientre del cielo, tan altas que, si subes a las almenas, ves las nubes desde arriba» .

—A qué distancia a caballo? —preguntó.

—Podemos llegar al pie de la montaña antes del ocaso —dijo el tío Brynden—, pero tardaremos un día más en el ascenso.

—Mi señora —intervino ser Rodrik Cassel, tras ellos—. Me temo que hoy ya no puedo seguir. —Bajo los bigotes que habían vuelto a crecerle tenía el rostro

crispado y ceniciente. Parecía tan agotado que Catelyn temió que se cayera del caballo.

—Ni tenéis por qué —dijo—. Habéis hecho todo lo que se podía pedir de vos y cien veces más. Mi tío me escoltará el resto del camino hasta el Nido de Águilas. Lannister vendrá conmigo, pero los demás podéis quedarnos aquí para recuperar las fuerzas.

—Será un honor para nosotros considerarlos nuestros invitados —dijo ser Donnel, con la cortesía solemne de los jóvenes.

Del grupo que había emprendido el viaje con ella en la posada de la encrucijada solo quedaban Bronn, ser Willis Wode y Marillion el bardo, aparte de ser Rodrik.

—Mi señora —dijo Marillion adelantando su montura—, os ruego que me permitáis acompañaros al Nido de Águilas, para presenciar el final de esta historia igual que presencié su comienzo. —El muchacho parecía agotado y macilento, pero con una extraña determinación. En los ojos tenía un brillo febril.

Catelyn no le había pedido al bardo que cabalgara con ellos; era una decisión que el muchacho había tomado por su cuenta. Era inexplicable que hubiera sobrevivido, mientras tantos hombres más valientes habían quedado en el camino, muertos y sin enterrar. Pero allí estaba, y con un atisbo de barba que lo hacía parecer casi un hombre. Quizá le debiera algo por haber llegado hasta aquel punto.

—Muy bien —le dijo.

—Yo también iré —anunció Bronn.

Aquello ya le gustaba menos. Sabía que, sin la ayuda de Bronn, jamás habría llegado al Valle: el mercenario era uno de los guerreros más fieros que había visto jamás, y con los golpes de su espada había abierto el camino hacia la salvación. Pero tenía algo que disgustaba profundamente a Catelyn. Era valiente, sin duda, y también fuerte, pero no había en él una pizca de bondad ni de lealtad. Y lo había visto demasiado a menudo cabalgando junto a Lannister, con quien hablaba en voz baja, y juntos reían sus bromas privadas. Habría preferido separarlo del enano en aquel mismo instante, pero ya había accedido a que Marillion los acompañara hasta el Nido de Águilas, así que no encontraba ninguna manera elegante de negarle a Bronn el mismo derecho.

—Como deseas —dijo, aunque se daba cuenta de que él no había pedido permiso.

Ser Willis Wode se quedó con ser Rodrik mientras un septón de voz suave le curaba las heridas. Sus caballos, aquellas pobres bestias agotadas, también quedaron atrás. Ser Donnel prometió enviar pájaros al Nido de Águilas y a las Puertas de la Luna para avisar de su llegada. Les entregaron caballos descansados, animales de patas firmes y crines hirsutas, y antes de que transcurriera una hora ya habían vuelto a emprender la marcha. Durante el

descenso hacia la cuenca del Valle, Catelyn cabalgó junto a su tío. Los seguían Bronn, Tyrion Lannister, Marillion y seis hombres de Brynden.

Hasta que hubieron realizado un tercio del descenso, y estuvieron fuera del alcance del oído de los demás, Brynden Tully no se volvió hacia ella para hablarle.

—Bien, niña. Cuéntame a qué viene tanto revuelo.

—Hace muchos años que no soy una niña, tío —replicó Catelyn. Pero, de todos modos, se lo contó. Tardó mucho más de lo que había pensado en relatar toda la historia: la carta de Lysa, la caída de Bran, el puñal del asesino, Meñique y el encuentro fortuito con Tyrion Lannister en la posada de la encrucijada.

Su tío la escuchó en silencio. A medida que avanzaba el relato, se le acentuaba el ceño, y las espesas cejas le ensombrecían más y más los ojos. Brynden Tully siempre había sabido escuchar... a cualquiera excepto al padre de Catelyn. Era el hermano de lord Hoster, cinco años más joven, pero ambos estaban enfrentados desde que Catelyn tenía uso de razón. Cuando tenía ocho años oyó como lord Hoster, en una de sus encarnizadas discusiones, gritaba que Brynden era «la oveja negra de los Tully». Brynden se había echado a reír, y había señalado que, ya que el emblema de la casa era una trucha saltando en el río, él sería más bien un pez negro, no una oveja negra. Desde entonces había hecho del pez negro su emblema personal.

La guerra no terminó hasta el día en que Lysa y ella contrajeron matrimonio. Durante el festín de bodas, Brynden le dijo a su hermano que se marchaba de Aguasdulces para servir a Lysa y a su esposo, el señor del Nido de Águilas. Desde entonces, lord Hoster no volvió a pronunciar el nombre de su hermano, al menos por lo que Edmure le contaba en sus escasas cartas.

Y pese a todo, durante los años de la infancia de Catelyn, era a Brynden el Pez Negro a quien acudían los niños con sus llantos y sus cuitas, cuando su padre estaba demasiado ocupado, y su madre, demasiado enferma. Catelyn, Lysa, Edmure... y sí, hasta Petyr Baelish, el pupilo de su padre. Él los había escuchado a todos con paciencia, igual que en aquel momento la escuchaba a ella, se reía con sus triunfos y los consolaba en sus infortunios infantiles.

Cuando acabó el relato, su tío se quedó en silencio un buen rato mientras los caballos avanzaban por la pendiente rocosa del sendero.

—Hay que contárselo a tu padre —dijo al final—. Si los Lannister atacan, Invernalia está lejos, y el Valle, bien protegido tras las montañas, pero Aguasdulces está en su camino.

—Ese era mi temor —admitió Catelyn—. En cuanto lleguemos al Nido de Águilas pediré al maestre Colemon que envíe un pájaro. —No era el único mensaje que tenía que enviar. Ned le había encargado que transmitiera órdenes a sus vasallos para que aprestasen las defensas del norte—. ¿Cómo están los ánimos por el Valle? —preguntó.

—Impera la ira —suspiró Brynden Tully—. Lord Jon era muy querido, y cuando el rey le concedió a Jaime Lannister un cargo que los Arryn llevaban trescientos años ostentando, el insulto fue doloroso. Lysa nos ha dado orden de que llamemos a su hijo el «verdadero» Guardián del Oriente, pero no engaña a nadie. Y tu hermana no es la única que tiene dudas sobre la muerte de la mano. Nadie osa decir abiertamente que Jon fue asesinado, pero la sospecha proyecta sombras muy largas. —Miró a Catelyn con los labios apretados—. Y también está el muchacho.

—¿El muchacho? ¿Qué le pasa? —Agachó la cabeza al pasar bajo una roca saliente, traicionera, en una curva cerrada.

—Lord Robert —suspiró su tío con tono preocupado—. Tiene seis años, es enfermizo y llora en cuanto le quitan los muñecos. Los dioses saben que es el heredero de Jon Arryn, pero hay quien piensa que es demasiado débil para ocupar el lugar de su padre. Nestor Royce lleva catorce años como mayordomo jefe; ocupó ese puesto todo el tiempo que lord Jon pasó en Desembarco del Rey al servicio de Robert, y muchos creen que debería seguir en él hasta la mayoría de edad del niño. Otros opinan que Lysa debería casarse de nuevo, lo antes posible. Los pretendientes revolotean en torno a ella como cuervos en un campo de batalla. El Nido de Águilas está a rebosar de hombres que aspiran a su mano.

—Era de esperar —respondió Catelyn. No tenía nada de extraño; Lysa era todavía joven, y el reino de la Montaña y el Valle era una dote de bodas excepcional—. ¿Volverá a casarse Lysa?

—Ella dice que sí, cuando encuentre al hombre adecuado —respondió Brynden Tully—. Pero ya ha rechazado a lord Nestor y a otra docena de hombres más que aceptables. Lysa jura que esta vez será ella quien elija a su señor esposo.

—Tú eres el que menos debería reprochárselo.

—Y no se lo reprocho, pero... —Ser Brynden dejó escapar un bufido—. Tengo la sensación de que no hace más que jugar a los cortejos. Disfruta con el galanteo, pero creo que tu hermana tiene intención de gobernar hasta que el niño tenga edad para ser el señor del Nido de Águilas. Tanto de nombre como de hecho.

—Una mujer puede gobernar igual que un hombre —señaló Catelyn.

—La mujer adecuada, sin duda. —Su tío la miró de reojo—. Pero no te llames a engaño, Cat. Tu hermana no es como tú. —Titubeó un instante—. Siquieres que te diga la verdad, temo que no encuentres en ella... la ayuda que esperas.

—¿Quéquieres decir? —Aquellos la había desconcertado.

—La Lysa que regresó de Desembarco del Rey no es la misma muchacha que viajó al sur cuando nombraron mano a su esposo. Fueron años muy duros para ella. Sin duda lo sabes. Lord Arryn cumplía con sus deberes como marido,

pero su matrimonio no surgió de la pasión, sino de la política.

—Igual que el mío.

—Ambas empezasteis de la misma manera, pero tu final ha sido más feliz que el de tu hermana. Dos bebés que nacieron muertos, otros tantos abortos, la muerte de lord Arryn... Los dioses solo concedieron un hijo a Lysa, Catelyn, y ese pobre chiquillo es todo lo que le queda a tu hermana. Tiene miedo, niña, sobre todo de los Lannister. Escapó de la Fortaleza Roja como un ladrón en la noche, llegó huyendo al Valle, todo para arrancar a su hijo de las fauces del león. Y ahora, tú has traído el león hasta sus puertas.

—Encadenado —replicó Catelyn. A su derecha se abría un precipicio insombrable y oscuro. Tiró de las riendas de su caballo y prosiguió el descenso con cautela.

—¿De verdad? —Su tío echó un vistazo hacia atrás, a Tyrion Lannister, que descendía por el camino con iguales precauciones—. Lleva un hacha colgada de la silla, un puñal en el cinturón y un mercenario que lo sigue como una sombra hambriona. ¿Dónde están las cadenas, pequeña?

—Está aquí, y no por decisión propia. —Catelyn, incómoda, cambió de postura en la silla—. Encadenado o no, es mi prisionero. Lysa deseará tanto como yo que pague por sus crímenes. Fue a su esposo a quien asesinaron los Lannister; fue su carta la que nos puso en guardia contra ellos.

Brynden el Pez Negro le dedicó una sonrisa desganada.

—Ojalá tengas razón, niña —suspiró con un tono que indicaba que estaba equivocada.

El sol estaba ya muy al oeste cuando la ladera empezó a convertirse en llanura bajo los cascos de los caballos. El camino se hizo más ancho y recto, y Catelyn vio por primera vez hierba y flores. Cuando llegaron a la cuenca del valle pudieron avanzar más deprisa. Pasaron junto a bosques frondosos y pueblecillos adormilados; bordearon huertos y campos dorados de trigo; cruzaron una docena de arroyuelos bañados por la luz del sol poniente. Su tío envió por delante un portaestandarte con los emblemas de la luna y el halcón, de la casa Arryn, y bajo él, su pez negro. Los carros de los granjeros, los carromatos de los mercaderes y los jinetes de las casas menores se apartaban a un lado para dejarles paso.

Pese a todo, era ya noche cerrada cuando llegaron al castillo que se alzaba al pie de la Lanza del Gigante. En sus baluartes brillaban las antorchas, y la luna se reflejaba en las aguas oscuras del foso. El puente levadizo estaba ya alzado, y el rastrillo, bajado, pero Catelyn vio luces encendidas en el puesto de guardia. También se derramaba luz de las ventanas de las torres interiores.

—Las Puertas de la Luna —dijo su tío mientras el grupo se detenía. El portaestandarte cabalgó hasta el borde del foso para llamar a los guardias—. Aquí vive lord Nestor. Nos estará esperando. Mira, arriba.

Catelyn alzó la vista, un largo trecho. Al principio lo único que divisó fueron piedras y árboles, la mole imponente de la gran montaña envuelta en la oscuridad, negra como una noche sin estrellas. Entonces advirtió el brillo de hogueras lejanas, muy por encima de ellos: era un torreón de vigilancia, edificado en la ladera de la montaña, con luces como ojos anaranjados que los observaban desde arriba. Por encima había otro torreón, aún más lejano, y un tercero que no era sino una chispa titilante en el cielo. Y por fin, en la cima, hasta donde solo se remontaban los halcones, un rayo blanco a la luz de la luna. Al contemplar las torres claras, tan altas y lejanas, sintió un vértigo tremendo.

—Es el Nido de Águilas —murmuró Marillion, asombrado.

—Por lo visto, a los Arryn no les gustan mucho las visitas —intervino la voz chillona del enano—. Si tenéis pensado que subamos en la oscuridad, casi prefiero que me matéis ahora mismo.

—Pasaremos la noche aquí; mañana iniciaremos el ascenso —le dijo Brynden.

—La impaciencia me consume —replicó el enano—. ¿Cómo vamos a subir? Nunca he montado a lomos de una cabra.

—En mulas —dijo Brynden con una sonrisa.

—Hay peldaños excavados en la montaña —dijo Catelyn. Ned se lo había contado al hablarle de los años que había pasado allí de joven, con Robert Baratheon y Jon Arryn. Su tío asintió.

—Ahora mismo está muy oscuro y no se ven, pero hay escalones. Son demasiado altos y estrechos para los caballos, pero en mula se puede recorrer casi todo el camino. Hay tres torreones de vigilancia: Piedra, Nieve y Cielo. Con las mulas llegaremos hasta Cielo.

—¿Y luego? —Tyrion Lannister miró hacia arriba, dubitativo.

—Luego, el camino se vuelve demasiado empinado hasta para las mulas —contestó Brynden con una sonrisa—. Hay que recorrerlo a pie. O tal vez prefirás ir en un cesto. El Nido de Águilas se encuentra en la ladera de la montaña, justo por encima de Cielo, y en los sótanos hay seis grúas enormes con cadenas de hierro largas, para subir las provisiones. Si mi señor de Lannister lo prefiere, puedo hacer que lo suban junto con el pan, la cerveza y las manzanas.

—Ni que fuera una calabaza —dijo el enano soltando una risotada—. Por desgracia, mi señor padre se sentiría muy ofendido si un Lannister acudiera al encuentro de su destino como si fuera un manojo de nabos. Si vosotros subís a pie, yo haré lo mismo. Los Lannister tenemos un poco de orgullo.

—¿Orgullo? —le espetó Catelyn. El tono burlón y tranquilo del enano la ponía furiosa—. Hay quien lo llamaría arrogancia. Arrogancia, codicia y ansia de poder.

—Mi hermano es arrogante, no cabe duda —replicó Tyrion Lannister—. Mi padre es la viva imagen de la codicia, y mi querida hermana Cersei ansia el

poder con toda su alma. Yo, en cambio, soy inocente como un corderillo. —Sonrió—. ¿Queréis oír mi balido?

Antes de que tuviera ocasión de contestarle, el puente levadizo empezó a descender, y les llegó el sonido de las cadenas engrasadas que levantaban el rastrillo. Los soldados salieron con antorchas para alumbrar el camino, y su tío los guio para cruzar el foso. Lord Nestor Royce, mayordomo jefe del Valle y Guardián de las Puertas de la Luna, los esperaba en el patio, rodeado de sus caballeros, para darles la bienvenida.

—Lady Stark —dijo, con una reverencia. Era un hombre corpulento, de torso como un barril, y su inclinación resultó torpe y poco agraciada.

—Lord Nestor —dijo Catelyn mientras desmontaba ante él. No conocía a aquel hombre más que por su reputación; era primo de Yohn Bronec, de una rama inferior de la casa Royce, pero aun así era un hombre importante por derecho propio—. Ha sido un viaje largo y agotador. ¿Puedo suplicaros la hospitalidad de vuestro techo?

—Mi techo es vuestro, mi señora —replicó lord Nestor con voz áspera—. Pero vuestra hermana, lady Lysa, ha enviado un mensaje desde el Nido de Águilas. Quiere veros enseguida. El resto de vuestro grupo se alojará aquí, e iniciará el ascenso en cuanto amanezca.

—¿Qué tontería dices? —espeló a lord Nestor su tío mientras desmontaba. Brynden Tully no era hombre que midiera sus palabras—. ¿Ascender de noche, cuando ni siquiera hay luna llena? Hasta Lysa sabe que eso es jugarse el cuello.

—Las mulas conocen el camino, ser Brynden —intervino una muchacha flaca, de diecisiete o dieciocho años, dando un paso al frente junto a lord Nestor. Tenía el pelo oscuro, muy corto y lacio; llevaba ropas de montar de cuero y una cota ligera de malla. Hizo una reverencia a Catelyn, más elegante que la de su señor—. Os aseguro que no os pasará nada, mi señora. Para mí será un honor guiaros. He subido de noche cientos de veces. Mychel dice que mi padre debió de ser una cabra.

Su tono de voz era tan arrogante que Catelyn no pudo contener una sonrisa.

—¿Cuál es tu nombre, niña?

—Mya Piedra, para serviros, señora —respondió.

Aquello no le gustó, y tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la sonrisa. *Piedra* era el nombre que se daba a los bastardos en el Valle, igual que *Nieve* en el norte y *Flores* en Altojardín. En cada uno de los Siete Reinos, la tradición imponía un apellido a los niños nacidos sin un padre que se lo diera. Catelyn no tenía nada en contra de aquella muchacha, pero de pronto no pudo evitar recordar al bastardo de Ned, en el Muro. Aquello la hizo sentir furiosa y culpable a la vez. Trató de pensar una respuesta.

Lord Nestor se encargó de llenar el silencio.

—Mya es una chica muy lista; si ella dice que os llevará sana y salva hasta

lady Lysa, yo la creo. Jamás me ha fallado.

—En ese caso, Mya Piedra, me pongo en tus manos —dijo Catelyn—. Lord Nestor, os encomiendo que vigiléis bien a mi prisionero.

—Y yo os encomiendo que le deis al prisionero una copa de vino y un buen capón asado, antes de que se muera de hambre —intervino Lannister—. Tampoco estaría mal tener una mujer, pero me imagino que es pedir demasiado.

El mercenario Bronn soltó una carcajada. Lord Nestor hizo caso omiso de la burla.

—Como ordenéis, mi señora. —Fue entonces cuando se dignó mirar al enano—. Acompañad al señor de Lannister a una celda de la torre, y llevadle carne e hidromiel.

Catelyn se despidió de su tío y de los demás, y vio cómo se llevaban a Tyrion Lannister. Luego siguió a la bastarda por el castillo. Tenían dos mulas esperando en el patio superior; ya estaban ensilladas. Mya la ayudó a montar, mientras un guardia con capa color azul celeste abría una estrecha poterna. Al otro lado había un espeso bosque de pinos y abetos, y más allá, la montaña, semejante a un muro negro, pero allí estaban los escalones ascendentes, tallados en la roca.

—Hay personas que prefieren cerrar los ojos —dijo Mya, al tiempo que guiaba a las mulas por la puerta y hacia el bosque oscuro—. Si les da miedo o se marean, se agarran a las mulas con demasiada fuerza, y a ellas no les gusta.

—Soy una Tully, y contraje matrimonio con un Stark —dijo Catelyn—. No me asusto con facilidad. ¿No vas a encender una antorcha? —Los escalones estaban negros como un pozo sin fondo.

—Las antorchas solo sirven para deslumbrar —contestó la chica con una mueca—. En las noches despejadas como la de hoy, con la luna y las estrellas es más que suficiente. Mychel dice que tengo ojos de búho. —Montó a lomos de su mula y la espoleó para que iniciara el ascenso. La mula de Catelyn la siguió al instante. Los dos animales iban a un paso lento pero firme, que a ella no le desagradó en absoluto.

—Antes también has mencionado a Mychel —dijo.

—Es mi amado —explicó Mya—. Mychel Redfort. Ahora es escudero de ser Lyn Corbray. Nos casaremos en cuanto lo nombren caballero, el año que viene o el siguiente.

¡Cuánto se parecía aquella muchacha a Sansa, tan feliz e inocente, con aquellos sueños! Catelyn sonrió, pero con cierta tristeza. Los Redfort eran una de las familias más antiguas del Valle; por sus venas corría la sangre de los primeros hombres. Quizá fuera su amado, pero ningún Redfort se casaría con una bastarda. Su familia le concertaría un matrimonio más adecuado, con una Corbray, una Waynwood o una Royce, o quizás con la hija de alguna casa importante de fuera del Valle. Si Mychel Redfort se acostaba con aquella chica, sería sin matrimonio.

El ascenso era más sencillo de lo que Catelyn había osado soñar. Los árboles crecían muy juntos, se cerraban sobre el camino creando una techumbre de follaje que ocultaba la luna, así que era como si avanzaran por un túnel negro interminable. Pero las mulas eran seguras e incansables, y Mya parecía tener el don de la visión nocturna. Subieron por la ladera de la montaña, siguiendo los recovecos del sendero, tan cubierto de las agujas caídas de los pinos que los cascos de las mulas apenas hacían ruido contra la roca. El silencio era tranquilizador, y el vaivén suave de la montura mecía a Catelyn en la silla. Pronto tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse despierta. Puede que se adormilara un instante, porque de repente se encontró ante un inmenso portalón blindado.

—Piedra —anunció Mya alegremente al tiempo que desmontaba.

Los formidables muros de piedra estaban coronados por púas de hierro, y la pequeña fortaleza contaba con dos torrecillas en la cima. Mya pidió paso a gritos, y el portalón se abrió. Una vez dentro, el corpulento caballero al mando saludó a la muchacha por su nombre, y ofreció a las viajeras espetones de carne y cebollas asadas, recién salidos de las brasas. Hasta aquel momento, Catelyn no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba. Comió de pie, en medio del patio, mientras los mozos de cuadra cambiaban las sillas a mulas descansadas. Los jugos calientes de la carne le corrieron por la barbilla y le mancharon la capa, pero tenía demasiada hambre para que aquello le importara.

Pronto estuvo a lomos de otra mula, de nuevo bajo la luz de las estrellas. Le dio la sensación de que el segundo tramo del ascenso era más traicionero. El sendero era más empinado, los escalones estaban más desgastados, y a menudo encontraba zonas llenas de guijarros y piedras rotas. Mya tuvo que desmontar media docena de veces para apartar del sendero las rocas caídas.

—¡No querréis que la mula se rompa una pata en estos momentos! —dijo.

Catelyn no pudo por menos que darle la razón. Habían ganado altura de manera perceptible. Allí, los árboles eran más escasos y el viento soplaban con más fuerza, en ráfagas bruscas que le agitaban las ropas y le metían el pelo en los ojos. De cuando en cuando, los escalones parecían girar sobre sí mismos, y podía ver la mole de Piedra abajo, y más abajo aún, las Puertas de la Luna, cuyas antorchas brillaban apenas como velas.

Nieve era un fortín más pequeño que Piedra: constaba solo de una torre, una edificación de madera y un establo, todo oculto tras un muro bajo de roca sin argamasa. Pero su posición en la Lanza del Gigante permitía que desde allí se dominara toda la escalera de piedra, hasta el torreón de vigilancia inferior. Cualquier enemigo que intentara llegar al Nido de Águilas tendría que abrirse paso desde Piedra combatiendo peldaño a peldaño, mientras desde Nieve le llovían flechas y rocas. El comandante, un caballero joven y nervioso con el rostro picado de viruelas, les ofreció pan con queso y la posibilidad de calentarse

ante la hoguera, pero Mya la rechazó.

—Tenemos que seguir adelante, mi señora —dijo—. Si os parece bien, claro. —Catelyn asintió. Una vez más, les proporcionaron mulas descansadas. La suya era blanca. Al verla, Mya sonrió—. Blanca es estupenda, mi señora. Pisa firme incluso sobre el hielo, pero deberéis tener cuidado. Si no le caéis bien, os dará una buena coz.

Por lo visto, a la mula blanca le cayó bien Catelyn, y gracias a los dioses no hubo coces. Tampoco había hielo, otro motivo para dar gracias.

—Mi madre dice que, hace cientos de años, la nieve empezaba aquí —le dijo Mya—. De aquí para arriba siempre estaba todo blanco, y el hielo no se derretía jamás. —Se encogió de hombros—. Yo nunca he visto nieve tan abajo, pero a lo mejor sí que la hubo en la antigüedad.

«¡Es tan joven...!», pensó Catelyn. Intentó recordar si ella había sido tan joven alguna vez. Aquella niña había vivido la mitad de su vida en verano, y no conocía otra cosa. Le habría gustado decirle que se acercaba el invierno. El lema acudió a sus labios; estuvo a punto de decirlo en voz alta. Quizá, al final, se estaba convirtiendo en una Stark.

Por encima de Nieve, el viento era un ser vivo, que aullaba en torno a ellas como un lobo en la pradera y cesaba bruscamente; casi parecía que quisiera tentarlas para que se confiaran. Allí, las estrellas brillaban más, y la luna en cuarto creciente se veía enorme en el cielo negro y despejado. A medida que avanzaban, Catelyn se dio cuenta de que era mejor mirar hacia arriba, y no hacia abajo. Los escalones estaban agrietados y rotos tras siglos de nieves y deshielos, y el paso de incontables mulas. Pese a la oscuridad, la altura hacía que viajara con el corazón encogido. Al llegar a un paso entre dos rocas altas, Mya desmontó.

—A partir de aquí es mejor llevar a las mulas por las riendas —dijo Mya—. El viento en esta zona casi da miedo, mi señora.

Catelyn, rígida, salió de entre las sombras y contempló el sendero que se alzaba ante ella: diez pasos de largo y poco más de uno de ancho, y con un precipicio a cada lado. El viento aullaba. Mya caminaba con paso ligero, y su mula la seguía tan tranquila como si estuvieran cruzando un patio. Luego le tocó a ella el turno. Pero en cuanto dio el primer paso se encontró en las fauces del terror más profundo. Sentía físicamente el vacío, los vastos abismos de aire a su alrededor. Se detuvo, temblorosa, incapaz de moverse. El viento seguía aullando, le agitaba la capa, intentaba tirarla por el borde. Catelyn trató de dar un paso atrás, pero allí estaba la mula. No podía retirarse. «Voy a morir aquí», pensó. El sudor frío le corría por la espalda.

—Lady Stark —la llamó Mya desde el otro lado. La joven parecía encontrarse a mil leguas de distancia—. ¿Os encontráis bien?

—No... no puedo seguir —dijo Catelyn Tully Stark tragándose lo que le

quedaba de orgullo.

—Claro que podéis —dijo la chica bastarda—. ¡Mirad, si el camino es muy ancho!

—No quiero mirar. —Sentía como si el mundo girase a su alrededor como la peonza de un chiquillo... La montaña, el cielo, las mulas, todo. Catelyn cerró los ojos y trató de recuperar el aliento.

—Volveré a por vos —dijo Mya—. No os mováis, mi señora.

Catelyn no tenía la menor intención de moverse. Escuchó el aullido del viento y el roce del cuero contra la piedra. Pronto, Mya estuvo a su lado y la cogió por el brazo con amabilidad.

—Si queréis, no abráis los ojos. Soltad la cuerda, Blanca sabe cuidarse ella sola. Muy bien, mi señora. Ahora os guiaré, ya veréis qué fácil. Venga, un pasito. Moved el pie, eso es, muy bien, adelante. Ahora otro. Qué fácil. Incluso podríais correr. Otro más. Muy bien. —Y así, paso a paso, palmo a palmo, la muchacha bastarda guió a Catelyn, ciega y temblorosa, mientras la mula blanca las seguía plácidamente.

El puesto de vigilancia llamado Cielo no era más que un muro en forma de media luna, hecho de roca, sin argamasa, pero en aquel momento ni las torres de Valyria habrían sido más hermosas a los ojos de Catelyn Stark. Allí era donde empezaban las nieves. Las piedras erosionadas de Cielo estaban cubiertas de escarcha, y de las laderas pendían largas stalactitas de hielo.

Ya salía el sol por el este cuando Mya Piedra llamó a los guardias, que les abrieron la puerta. Tras los muros solo había rampas y un enorme montón de piedras de todos los tamaños. Iniciar una avalancha desde allí sería lo más sencillo del mundo. En la pared rocosa, frente a ellos, se abría un hueco.

—Los establos y los barracones están ahí dentro —dijo Mya—. El último tramo es por el interior de la montaña. Resulta un poco oscuro, pero al menos no hay viento. Las mulas solo llegan hasta aquí. Más allá es como una escalinata de piedra, muy empinada, pero se sube bien. En menos de una hora habremos llegado.

Catelyn alzó la vista. Justo sobre ella, claros a la luz del amanecer, se veían los cimientos del Nido de Águilas. Estaba a menos de trescientos pasos, y desde abajo parecía un pequeño panal blanco. Recordó lo que había dicho su tío sobre las grúas y los cestos.

—Los Lannister tendrán orgullo —dijo a Mya—, pero los Tully tenemos sentido común. Llevo cabalgando todo el día y toda la noche. Diles que bajen un cesto; subiré con los nabos.

El sol brillaba ya muy por encima de las montañas cuando Catelyn Stark llegó por fin al Nido de Águilas. Un hombre rechoncho de cabellos plateados, vestido con la capa azul celeste y el emblema de la luna y el halcón en el peto, la ayudó a salir del cesto. Era ser Vardis Egen, capitán de la guardia de Jon Arryn.

Tras él se encontraba el maestre Colemon, delgado y nervioso, con poco cabello y demasiado cuello.

—Lady Stark—dijo ser Vardis—, el placer es tan grande como inesperado.

—Desde luego, mi señora —dijo el maestre Colemon con un gesto de asentimiento—. He mandado avisar a vuestra hermana. Dejó órdenes de que la despertaran en cuanto llegaseis.

—Espero que haya dormido bien esta noche —replicó Catelyn, con cierta ironía que pasó desapercibida.

La escoltaron desde la sala de la grúa por una escalera de caracol. El Nido de Águilas era un castillo pequeño para lo que era habitual en las grandes casas: siete torres esbeltas y blancas, muy juntas como flechas en un carcaj que colgara del hombro de la gran montaña. Allí no hacían falta establos, herrerías ni perreras, pero según Ned los graneros eran tan grandes como los de Invernalia, y en sus torres se podían alojar hasta quinientos hombres. De todos modos, a Catelyn le dio la sensación de que el castillo estaba desierto, y de que las salas de piedra blanca resonaban, vacías.

Lysa la aguardaba en sus habitaciones, todavía con las ropas de dormir. Llevaba la melena caoba suelta sobre los hombros desnudos y blancos. Una doncella le cepillaba el pelo, pero cuando entró Catelyn, su hermana se levantó sonriente.

—Cat —dijo—, oh, Cat, cuánto me alegra de verte. Mi hermana querida. —Cruzó la estancia y abrazó a Catelyn—. Ha pasado tanto tiempo... —murmuró Lysa sin soltarla—. Tanto, tanto tiempo...

Era cierto: habían sido cinco años, y cinco años muy crueles para Lysa, que le habían cobrado un alto precio. Tenía dos años menos que ella, pero parecía mayor. Era más baja que Catelyn; había engordado y tenía el rostro pálido e hinchado. Tenía los ojos azules de los Tully, pero los suyos eran de un color muy claro y acusoso, y siempre parecían inquietos. La boca pequeña se había congelado en una mueca malhumorada. Mientras la abrazaba, Catelyn recordó a la muchacha esbelta y de pechos erguidos que había estado a su lado aquel día, en el septo de Aguas dulces. ¡Qué hermosa era! ¡Cuántas esperanzas albergaba entonces! Lo único que quedaba de la belleza de su hermana era la espesa cascada de pelo castaño cobrizo, que le llegaba hasta la cintura.

—Tienes buen aspecto —mintió Catelyn—. Pero... pareces cansada.

—Cansada —dijo su hermana, apartándose de ella—. Sí. Oh, sí, mucho. —De repente pareció advertir la presencia de los demás: su doncella, el maestre Colemon y ser Vardis—. Podéis marcharos —les dijo—. Quiero hablar con mi hermana a solas.

Mantuvo la mano de su hermana entre las suyas mientras salían... y se la soltó en cuanto se cerró la puerta. Catelyn vio cómo le cambiaba el rostro. Fue como si el sol se ocultara tras una nube.

—¿Es que te has vuelto loca? —le espetó Lysa—. ¿Cómo te atreves a traerlo aquí, sin mi permiso, sin siquiera avisarme? ¿Cómo osas meternos en tus peleas con los Lannister...?

—¿Mis peleas? —Catelyn apenas daba crédito a lo que oía. En la chimenea ardía un buen fuego, pero en la voz de Lysa no había ni rastro de calidez—. Antes que mías fueron «tus» peleas, hermana. Fuiste tú quien me envió aquella maldita carta, me escribiste que los Lannister habían asesinado a tu marido.

—¡Para avisarte, para que no te acercaras a ellos! ¡Nunca quise un enfrentamiento! Dioses, Cat, ¿te das cuenta de qué has hecho?

—¿Madre? —dijo una vocecita aguda. Lysa dio la vuelta; la pesada bata le envolvió el cuerpo al girar. En la puerta estaba Robert Arryn, señor del Nido de Águilas. Llevaba en brazos un descolorido muñeco de trapo, y las miraba con sus enormes ojos. Era un chiquillo preocupantemente delgado, menudo para su edad, siempre enfermizo, y a veces le sobrevenían estremecimientos. Los maestres decían que padecía la enfermedad de los temblores—. He oído voces.

No era de extrañar, pensó Catelyn. Lysa había hablado casi a gritos. Pero, por la mirada de su hermana, supo que la consideraba culpable a ella.

—Esta es tu tía Catelyn, pequeñín. Mi hermana, lady Stark. ¿Te acuerdas de ella?

El niño la miró sin dar muestras de reconocerla.

—Creo que sí —dijo, parpadeando, aunque lo cierto era que apenas contaba con un año de vida la última vez que Catelyn lo viera.

—Ven con mamá, pequeñín —dijo Lysa mientras se sentaba cerca de la chimenea. Se estiró los pliegues de la túnica y le atusó el fino pelo castaño—. ¿A que es precioso? Y muy fuerte, no te creas lo que dicen por ahí. Jon lo sabía. Me lo dijo, me dijo: «La semilla es fuerte». Fueron sus últimas palabras. No paraba de nombrar a Robert, me agarró el brazo con tanta fuerza que me dejó marcas. «Díselo a todos, diles que la semilla es fuerte». Se refería a su semilla. Quería que todos supieran que mi bebé iba a ser un niño muy bueno y muy fuerte.

—Lysa —dijo Catelyn—, si lo que crees de los Lannister es cierto, razón de más para que actuemos con presteza. Tenemos...

—Delante del orro, no —replicó Lysa—. Tiene un temperamento muy delicado. ¿A que sí, pequeñín?

—El chico es el señor del Nido de Águilas y el Defensor del Valle —le recordó Catelyn—. Y no es momento para delicadezas. Ned cree que puede haber una guerra.

—¡Cállate! —le gritó Lysa—. Estás asustando al niño. —El pequeño Robert se volvió para mirar a Catelyn y empezó a temblar. El muñeco se le cayó de las manos, y se apretó contra su madre—. No tengas miedo, mi pequeñín —susurró Lysa—. Mamá está aquí, nadie te hará daño.

Se abrió la túnica y se sacó un pecho, blanco y pesado, con el pezón rojo. El

niño lo aferró con ansiedad, enterró la cara en él y empezó a mamar. Lysa le acarició el pelo.

Catelyn se había quedado muda. «Es el hijo de Jon Arryn», pensó, incrédula. Recordó a su hijo, a Rickon, de apenas tres años; tenía la mitad de la edad que aquel niño, pero cinco veces más temperamento. No era de extrañar que los señores del Valle estuvieran preocupados. Por primera vez comprendió por qué había querido el rey apartar al niño de su madre y dejarlo como pupilo con los Lannister...

—Aquí estamos a salvo —dijo Lysa.

—No seas estúpida —dijo Catelyn, cada vez más furiosa. No sabía si Lysa se había dirigido al niño o a ella—. Nadie está a salvo. Si piensas que porque te hayas escondido aquí los Lannister se van a olvidar de ti, cometes un error.

—Aunque lograran cruzar las montañas con un ejército —replicó Lysa tapando la oreja del niño con una mano— y pasar por la Puerta de la Sangre, el Nido de Águilas es inexpugnable. Tú misma lo has podido comprobar. No hay enemigo que pueda llegar aquí arriba.

—No hay castillo inexpugnable. —Catelyn sintió deseos de abofetearla. Se dio cuenta de que su tío Brynden había intentado alertarla.

—Este, sí —insistió Lysa—. Todo el mundo lo dice. Solo tengo un problema: ¿qué voy a hacer con ese gnomo que me has traído?

—¿Es un hombre malo? —preguntó el señor del Nido de Águilas. El pecho de su madre se le escapó de la boca. El pezón estaba enrojecido y húmedo.

—Malo, muy malo —le dijo Lysa mientras se cubría—. Pero Mamá no dejará que le haga nada al pequeñín.

—Haz que vuele el hombre malo —pidió Robert, entusiasmado.

—Puede que sí —murmuró Lysa acariciándole el pelo—. Puede que sea eso lo que haga.

Se reunió con Meñique en la sala común del burdel. Estaba hablando cordialmente con una mujer alta y elegante, que lucía una túnica con plumas sobre una piel negra como el carbón. Junto a la chimenea, Heward jugaba a las prendas con una moza de busto generoso. Por lo visto, él había perdido ya el cinturón, la capa, la camisa y la bota derecha, mientras que ella se había tenido que desabotonar la camisola hasta la cintura. Jory Cassel se encontraba junto a una ventana por la que se deslizaba la lluvia. Tenía una sonrisa irónica en los labios, y se divertía observando cómo Heward daba la vuelta a las fichas.

Ned se detuvo al pie de las escaleras y se puso los guantes.

—Vámonos y a. He terminado con mi asunto.

—Como deseáis, mi señor —dijo Jory mientras Heward se ponía en pie y recogía a toda prisa sus cosas—. Ayudaré a Wyl a traer los caballos. —Se dirigió hacia la puerta.

Meñique se tomó todo el tiempo que quiso para despedirse. Besó la mano de la mujer negra, le susurró algún chiste que la hizo reír a carcajadas y caminó sin prisas hacia Ned.

—¿Vuestro asunto o el asunto de Robert? —preguntó en tono ligero—. Se dice que la mano sueña los sueños del rey, habla con la voz del rey y gobierna con la espada del rey. ¿Eso quiere decir que vos folláis con la...?

—Lord Baelish —lo interrumpió Ned—, suponéis demasiado. Os agradezco vuestra ayuda. Sin ella habríamos tardado años en dar con este burdel. Pero eso no quiere decir que vaya a tolerar semejantes groserías. Y ya no soy la mano del rey.

—El lobo huargo debe de ser una bestia muy quisquillosa —replicó Meñique con una mueca.

Del cielo negro y sin estrellas caía una lluvia cálida cuando se encaminaron hacia los establos. Ned se cubrió con la capucha de la capa. Jory le sacó el caballo. Lo seguía el joven Wyl, que guiaba con una mano la yegua de Meñique mientras con la otra se arreglaba el cinturón y los cordones del pantalón. Una prostituta descalza se asomó por la puerta del establo, entre risitas.

—¿Volvemos ahora al castillo, mi señor? —preguntó Jory. Ned asintió y montó. Meñique montó a su lado. Jory y los demás los siguieron.

—El establecimiento que dirige Chataya es exquisito —comentó Meñique—. He pensado comprarlo. Hoy en día, los burdeles son una inversión mucho más segura que los barcos. Las putas no suelen hundirse, y si las abordan los piratas, es previo pago de dinero contante y sonante.

Lord Petyr se rio de su chiste. Ned dejó que siguiera parloteando. Al cabo de un rato se calló, y siguieron cabalgando en silencio. Las calles de Desembarco del Rey estaban oscuras y desiertas. La lluvia había hecho que todo el mundo se

pusiera a cubierto en el interior de las casas. Caía sobre la cabeza de Ned, cálida como la sangre e implacable como los remordimientos. Por el rostro le corrían gruesas gotas de agua.

—Robert jamás se quedará quieto en una cama —le había dicho Lyanna en Invernalia, en una noche ya muy lejana, cuando su padre la prometió con el joven señor de Bastión de Tormentas—. Me han dicho que ha tenido un bebé con una muchacha del Valle. —Ned había tenido el bebé en los brazos; no podía negarlo, ni tampoco quería mentir a su hermana, pero le aseguró que lo que hubiera hecho Robert antes del compromiso no importaba, que era un hombre bueno y que la amaba con todo su corazón. Ante aquello, Lyanna se limitó a sonreír y a añadir—: El amor es maravilloso, mi querido Ned, pero nada puede cambiar la naturaleza de un hombre.

La muchacha era tan joven que Ned no se había atrevido a preguntarle la edad. Sin duda, era virgen cuando conoció al rey. Los mejores burdeles siempre encontraban vírgenes para quien tuviera con qué pagarlas. Tenía el cabello rojo claro y una lluvia de pecas sobre la nariz. Cuando se sacó un pecho para amamantar al bebé, Ned vio que su busto estaba también cubierto de pecas.

—La he llamado Barra —dijo mientras la niña mamaba—. Se parece mucho a él, ¿verdad, mi señor? Tiene su misma nariz, y su pelo...

—Es verdad.

Eddard Stark había acariciado el pelo negro de la pequeña, lo sintió como seda entre sus dedos. Le parecía recordar que la primera hija de Robert había tenido aquel mismo cabello.

—Decidle lo que habéis visto, mi señor... si os place, claro está. Decidle lo bonita que es.

—Lo haré —le había prometido Ned.

Era su maldición. Robert juraba a las mujeres amor eterno y las olvidaba antes del ocaso, pero Ned Stark siempre cumplía sus promesas. Recordó las promesas que le había hecho a la moribunda Lyanna y el precio que había pagado por mantener su palabra.

—Decidle también que no he estado con ningún otro hombre. Os lo juro, mi señor, os lo juro por los dioses antiguos y por los nuevos. Chataya me dijo que tenía medio año libre por el bebé, y por si él volvía. Decidle que lo espero, por favor. No quiero joyas ni nada, solo a él. Fue muy bueno conmigo, de verdad.

«Bueno contigo», pensó Ned con rencor.

—Se lo diré, niña, y te prometo que Barra no pasará necesidades.

Y ella le había sonreído, con una sonrisa tan trémula y dulce que le partió el corazón. Mientras cabalgaba en la noche lluviosa, Ned veía ante sus ojos el rostro de Jon Nieve, tan parecido a él mismo cuando era joven. Si los dioses despreciaban a los bastardos, ¿por qué, pensó, por qué llenaban a los hombres de deseos tan incontrolables?

—Lord Baelish, ¿qué sabéis de los bastardos de Robert?

—Para empezar, que tiene más que vos.

—¿Cuántos?

—¿Qué más da? —contestó Meñique encogiéndose de hombros. Por los pliegues de su capa corrían reguerillos de agua—. Si alguien se acuesta con suficientes mujeres, unas cuantas le dejarán regalitos, y en ese sentido, su alteza no ha mostrado el menor recato. Sé que reconoció al chico de Bastión de Tormentas, el que engendró la noche de bodas de lord Stannis. No le quedó otro remedio: la madre era una Florent, prima de lady Selyse, una de las doncellas. Por lo que cuenta Renly, Robert se llevó a la chica al piso de arriba durante el festín, y rompió el lecho matrimonial mientras Stannis y su esposa todavía estaban bailando. Por lo visto, lord Stannis lo consideró una mancha en el honor de la casa de su esposa, así que cuando el bebé nació, se lo envió a Renly para que él se hiciera cargo. —Miró de reojo a Ned—. También se comenta que Robert tuvo mellizos con una criada de Roca Casterly hace tres años, cuando fue allí para asistir al torneo de lord Tywin. Cersei hizo matar a los bebés y vendió a la madre a un traficante de esclavos. Tan cerca de su casa... fue una afrenta excesiva para el honor de los Lannister.

Ned Stark hizo una mueca. Historias semejantes se contaban acerca de todo gran señor del reino. La parte de Cersei estaba dispuesto a creérsela..., pero ¿acaso lo permitiría el rey? El Robert que él había conocido no, jamás, pero el Robert que él había conocido nunca tuvo tanta destreza a la hora de cerrar los ojos para no ver lo que no le interesaba.

—¿Por qué empezó a mostrar Jon Arryn tanto interés de repente por los hijos ilegítimos del rey?

—Era la mano del rey. —El hombrecillo se encogió de hombros—. No me cabe duda de que Robert le encargó que velara por ellos, para que no les faltara nada.

—Tuvo que ser por algo más; de lo contrario, no lo habrían matado. —Ned estaba calado hasta los huesos y se le había helado el alma.

—Ya entiendo. —Meñique se sacudió la lluvia del pelo y soltó una carcajada—. Lord Arryn descubrió que su alteza había preñado a unas cuantas putas y verduleras, así que había que cerrarle la boca. No es de extrañar. Si un hombre con semejantes conocimientos hubiera vivido, ¿adónde iríamos a parar? Más tarde o más temprano empezaría a decir que el sol sale por el este, y cosas así.

Ned no supo qué responder y frunció el ceño. Por primera vez en muchos años volvió a pensar en Rhaegar Targaryen. Se preguntó si Rhaegar había sido aficionado a frecuentar burdeles. Tenía la sensación de que no.

La lluvia caía con más fuerza, se le metía en los ojos y tamborileaba contra el suelo. Por la colina bajaban auténticos ríos de agua negra.

—Mi señor! —exclamó Jory de repente. Su voz denotaba alarma, y de

pronto la calle estuvo llena de soldados.

Ned divisó cotas de malla sobre cuero, guanteletes y canilleras, y yelmos de acero con leones dorados en la cresta. Las capas empapadas se les pegaban a la espalda. No le dio tiempo a contarlos, pero eran al menos diez, iban a pie, armados con espadas y lanzas de punta de hierro, y bloqueaban la calle.

—¡Atrás! —Oyó gritar a Wyl.

Pero cuando dio la vuelta a su montura, había más soldados detrás para cortarles la retirada. La espada de Jory salió al momento de la vaina.

—¡Abrid paso o morid! —exclamó.

—Los lobos aúllan —comentó el líder. Ned vio que le corría la lluvia por el rostro. Pero es una manada pequeña.

—¿Qué significa esto? —dijo Meñique mientras avanzaba con su caballo, paso a paso, con suma cautela—. Es la mano del rey.

—Era la mano del rey. —El barro amortiguaba el sonido de los cascos del semental bayo. La hilera de hombres se abrió para dejarle paso. El león de los Lannister rugía desafiante en su coraza dorada—. A decir verdad, ahora ya no sé qué es.

—Esto es una locura, Lannister —dijo Meñique—. Déjanos pasar. Nos esperan en el castillo. ¿Qué crees que haces?

—Sabe muy bien qué hace —dijo Ned con voz tranquila.

—Muy cierto —dijo Jaime Lannister con una sonrisa—. Busco a mi hermano. Os acordáis de mi hermano, ¿verdad, lord Stark? Estuve con nosotros en Invernalia, no sé si caéis. Pelo rubio, ojos desparejados, lengua afilada... Un tipo bajito...

—Lo recuerdo perfectamente —replicó Ned.

—Por lo visto ha tenido problemas por el camino. Mi señor padre se siente insultado. No tendréis idea de quién habrá maltratado a mi hermano, ¿verdad?

—Vuestro hermano ha sido detenido por orden mía, para responder por sus crímenes —dijo Ned Stark.

—Mis señores... —gimió Meñique, desalentado.

—Mostradme vuestro acero, lord Eddard —dijo ser Jaime desenvainando la espada mientras avanzaba—. Si es necesario os mataré como a Aerys, pero preferiría que murierais con una espada en la mano. —Lanzó a Meñique una mirada fría y despectiva—. Lord Baelish, apartaos si no queréis que caiga alguna mancha de sangre en esos ropajes tan caros.

—Iré a buscar a la Guardia de la Ciudad —prometió a Ned. A Meñique no le hacía falta que le insistieran.

La hilera de los Lannister se abrió para dejarle paso y volvió a cerrarse tras él. Meñique espolgó a la yegua y desapareció al doblar una esquina.

Los hombres de Ned habían desenvainado las espadas, pero eran tres contra veinte. Muchos ojos los espiaban desde las ventanas cercanas, pero nadie estaba

dispuesto a intervenir. Su grupo iba a caballo, mientras que los Lannister, a excepción de Jaime, iban a pie. Si cargaban, podrían escapar, pero Eddard Stark consideró que había una táctica con más garantías de éxito.

—Si me matáis —advirtió al Matarreyes—, Catelyn no dudará en acabar con Tyrion.

Jaime Lannister puso contra el pecho de Ned la espada dorada que había derramado la sangre del último de los reyes dragón.

—¿De veras? ¿La noble Catelyn Tully de Aguas dulces asesinaría a un rehén? No, creo que no. —Suspiró—. Pero no pienso arriesgar la vida de mi hermano confiando en el honor de una mujer. —Jaime envainó la espada—. Así que dejaré que vayáis corriendo a contarle a Robert el susto que os he dado. ¿Creéis que le importará mucho? —Se echó hacia atrás con los dedos el pelo mojado e hizo dar media vuelta a su caballo. Cuando estuvo detrás de la línea de hombres, volvió la vista hacia el capitán—. Encárgate de que lord Stark regrese sano y salvo, Tregar.

—A vuestras órdenes, mi señor.

—Pero... Tampoco queremos que escape sin castigo, así que... —A pesar de la lluvia y la noche, Ned divisó la sonrisa blanca de Jaime—. Mata a sus hombres.

—¡No! —gritó Ned Stark al tiempo que desenvainaba la espada.

Jaime se alejaba ya por la calle cuando oyó gritar a Wyl. Los hombres armados cayeron sobre ellos. Ned arrolló a uno, lanzando golpes contra los fantasmas de capas rojas que se ponían ante él. Jory Cassel espolgó su montura y cargó. Un casco con herrería de acero acertó a un guardia de Lannister en la cara y se oyó un crujido estremecedor. Otro hombre cayó, y Jory se encontró libre. Wyl maldijo cuando lo derribaron de su caballo moribundo; las espadas chocaban bajo la lluvia. Ned galopó hacia él y asestó un golpe de espada contra el yelmo de Tregar. El impacto le hizo apretar los dientes. Tregar cayó de rodillas, con la cresta del león hendida y el rostro lleno de sangre. Heward lanzaba tajos contra las manos que se habían apoderado de sus riendas cuando una lanza se le clavó en el vientre. De repente, Jory saltó entre ellos; su espada hacía brotar una lluvia roja.

—¡No! —gritó Ned—. ¡Vete, Jory! —El caballo de Ned resbaló y fue a caer al barro. Durante un momento, el dolor fue cegador; sintió el sabor de la sangre en la boca.

Vio cómo le cortaban las patas al caballo de Jory y como lo arrastraban al suelo, y como las espadas subían y bajaban hacia él. Cuando el caballo de Ned se puso en pie de nuevo, él también intentó levantarse, pero se derrumbó con un grito ahogado. Vio el hueso astillado que le salía por la pantorrilla. Fue lo último que vio durante largo rato. La lluvia seguía cayendo.

Cuando abrió los ojos, lord Eddard Stark estaba a solas con sus muertos. Su

caballo se le acercó, olfateó el hedor de la sangre y se alejó al galope. Ned empezó a arrastrarse por el barro, con los dientes apretados para no ceder ante el dolor insoportable. Le pareció que tardaba años. Desde las ventanas iluminadas por velas lo observaban muchos rostros, y la gente empezó a salir de las puertas y los callejones, pero nadie acudió en su ayuda.

Meñique y la Guardia de la Ciudad lo encontraron allí, en la calle, acunando entre los brazos el cadáver de Jory Cassel.

Los capas doradas consiguieron una litera, pero aun así, el trayecto de vuelta al castillo fue una agonía, y Ned perdió el conocimiento en más de una ocasión. Más adelante recordaría la visión de la Fortaleza Roja, a la luz del alba. La lluvia había oscurecido la piedra rosada de los muros hasta conferirle el color de la sangre.

Vio al gran maestre Py celle inclinado sobre él, con una copa en la mano.

—Bebed, mi señor —le susurró—. Es la leche de la amapola, para el dolor.

Recordaba que la bebió, y que Py celle le decía a alguien que calentara el vino hasta que hirviera, y que le llevaran sedas limpias. Luego ya no supo más.

La puerta del Caballo de Vaes Dothrak estaba formada por dos gigantescos corceles de bronce, alzados sobre las patas traseras, con los cascos delanteros juntos, cincuenta varas por encima del camino, para formar un arco de punta.

Dany no entendía para qué necesitaba puertas una ciudad que no tenía muros..., que ni siquiera tenía edificios, al menos a la vista. Pero allí estaba el arco, inmenso y hermoso, enmarcando la lejana montaña violácea. Los corceles proyectaban largas sombras sobre la hierba ondulada cuando Khal Drogo hizo pasar al *khalasar* bajo sus cascos, por el camino de dioses, siempre escoltado por sus jinetes de sangre.

Dany los siguió en la plata, con ser Jorah Mormont a un lado y su hermano Viserys, que volvía a cabalgar, al otro. Después del día en que lo habían dejado atrás para que volviera caminando al *khalasar*, los dothrakis se habían burlado de él llamándolo *Khal Rhae Mhar*, «Rey de los Pies Sangrantes». Khal Drogo le ofreció al día siguiente que viajara en uno de los carros, y Viserys accedió. En su testaruda ignorancia, no se dio cuenta de que era una mofa más: los carros eran para los eunucos, los tullidos, las mujeres que daban a luz, los muy jóvenes y los muy viejos. Aquello le ganó otro sobrenombre: *Khal Rhaggat*, el «Rey del Carro». Su hermano creía que era la manera que tenía el *khal* de disculparse por la afrenta de la que Dany lo había hecho víctima. Ella le suplicó a ser Jorah que no lo sacara de su error para no avergonzarlo. El caballero le respondió que al rey le sentaría de maravilla una buena dosis de humildad, pero hizo lo que le pedía. A Dany le hicieron falta muchas súplicas, y todos los trucos de cama que Doreah le había enseñado, para que Drogo cediera y permitiera que Viserys volviera con ellos a la cabeza de la columna.

—¿Dónde está la ciudad? —preguntó cuando pasaron bajo el arco de bronce. No se divisaba ningún edificio, y tampoco gente; solo la hierba y el camino, bordeado por los monumentos antiguos que los dothrakis habían saqueado a lo largo de los siglos.

—Más adelante —respondió ser Jorah—. Bajo la montaña.

Más allá de la puerta del Caballo, los dioses saqueados y los héroes robados se alzaban a ambos lados. Las deidades olvidadas de ciudades ya muertas blandían sus rayos rotos hacia el cielo mientras Dany cabalgaba sobre la plata. Los reyes de piedra la contemplaban desde sus tronos, con los rostros erosionados y manchados, mucho después de que sus nombres se hubieran perdido en las nieblas del tiempo. Esbeltas doncellas vestidas solo con flores bailaban sobre peanas de mármol, o vertían aire de sus jarras agrietadas. Los monstruos se alzaban sobre la hierba junto al camino; había dragones de hierro negro con gemas por ojos, grifos rugientes, mantícoras de colas con púas prestas al ataque

y otras bestias cuyos nombres desconocía. Había estatuas tan hermosas que le quitaban el aliento, y otras tan deformes y espantosas que apenas soportaba mirarlas. Esas, según le dijo ser Jorah, procedían probablemente de las Tierras Sombrías, de más allá de Asshai.

—Son muchas —dijo mientras la plata avanzaba a paso lento—, y vienen de muchas tierras.

—Es la basura de ciudades muertas —se burló Viserys, que no se dejaba impresionar. Pero tuvo buen cuidado de hablar en la lengua común, que pocos dothrakis dominaban. Aun así, Dany volvió la vista hacia los hombres de su *khals* para asegurarse de que no lo habían oído. Su hermano prosiguió, osado—. Estos salvajes solo saben robar lo que otros hombres mejores que ellos han creado. Y matar. —Se echó a reír—. Saben matar. De lo contrario, no me servirían para nada.

—Ahora son mi pueblo —dijo Dany—. No deberías llamarlos salvajes, hermano.

—El dragón dice lo que le viene en gana —replicó Viserys... en la lengua común. Miró por encima del hombro en dirección a Aggo y a Rakharo, que cabalgaban tras ellos, y les dedicó una sonrisa burlona—. ¿Lo ves? Estos salvajes son tan idiotas que ni siquiera entienden el idioma de las personas civilizadas. —Un monolito de veinticinco varas de altura, cubierto de musgo, se alzaba imponente junto al camino. Viserys le echó un vistazo cargado de aburrimiento —. ¿Cuánto tiempo tendremos que pasar entre estas ruinas antes de que Drogo me dé mi ejército? Me estoy hartando de esperar.

—Hay que presentar a la princesa al *dosh khaleen*...

—Ah, sí, a las viejas —cortó su hermano—, y harán profecías tontas para el cachorro que lleva en la barriga, ya me lo habías dicho. ¿Y a mí qué? Estoy cansado de comer carne de caballo; estoy harto del hedor de estos salvajes. —Se llevó la ancha manga a la nariz; tenía la costumbre de llevar en ella una almohadilla perfumada. No le debió de ser muy útil. Su túnica estaba asquerosa. Las sedas y lanas que había lucido en Pentos estaban sucias y podridas de sudor tras el duro viaje.

—En el Mercado Occidental habrá comida más adecuada a vuestros gustos, alteza —dijo ser Jorah Mormont—. Los comerciantes de las Ciudades Libres venden allí sus productos. Y el *khal* cumplirá lo que prometió cuando lo considere oportuno.

—Más le vale —replicó Viserys, sombrío—. Me prometió una corona, y la quiero. Nadie se burla del dragón. —Divisó una obscena estatua en forma de mujer con seis pechos y cabeza de hurón, y se acercó para observarla más de cerca. Dany se sintió aliviada, pero no por ello menos nerviosa.

—Rezo para que mi sol y estrellas no lo haga esperar demasiado —dijo a ser Jorah en cuanto su hermano se hubo alejado.

—Vuestro hermano debió esperar en Pentos —dijo el caballero mientras lanzaba una mirada dubitativa en dirección a Viserys—. Un *khalasar* no es lugar para él. Illyrio ya se lo advirtió.

—Se irá en cuanto tenga a sus diez mil hombres. Mi señor esposo le prometió una corona de oro.

—Si, *khaleesi*, pero... —Ser Jorah se detuvo, titubeante—. Los dothrakis ven las cosas de manera diferente a nosotros, los occidentales. Yo se lo he dicho; Illyrio también se lo dijo, pero vuestro hermano no quiere escuchar. Los señores de los caballos no son comerciantes. Viserys cree que os ha vendido, y ahora quiere cobrar. Pero Khal Drogo cree que fuisteis un regalo. Por supuesto, le hará otro regalo a Viserys para corresponder... pero cuando lo considere oportuno. No se le exigen regalos a un *khal*. A un *khal* no se le exige nada.

—No está bien que lo haga esperar. —Dany no sabía por qué defendía a su hermano, pero lo estaba haciendo—. Viserys dice que, con diez mil aulladores dothrakis, podría barrer los Siete Reinos.

—Viserys no podría barrer ni un establo con diez mil escobas. —Ser Jorah dejó escapar un bufido.

—¿Y qué pasaría... qué pasaría si no fuera Viserys? —preguntó Dany, ni siquiera se molestó en fingir sorpresa ante el tono desdeñoso—. ¿Y si los guara otra persona, alguien más fuerte? ¿Podrían los dothrakis conquistar los Siete Reinos?

Ser Jorah se quedó pensativo. Sus caballos siguieron avanzando por el camino de dioses.

—En mis primeros tiempos como exiliado —dijo al final—, yo también creía que los dothrakis eran un montón de bárbaros medio desnudos, tan salvajes como sus caballos. Si me lo hubierais preguntado entonces, princesa, os habría dicho que un millar de buenos caballeros acabarían sin problemas con cien mil dothrakis.

—¿Y si os lo pregunto ahora?

—Ahora ya no estoy tan seguro. Son mejores jinetes que ningún caballero, no conocen el miedo y sus arcos tienen más alcance que los nuestros. En los Siete Reinos, los arqueros combaten a pie, desde detrás de una pared de escudos, o de una empalizada de estacas afiladas. Los dothrakis disparan mientras cabalgan, a la carga o en retirada, eso no les importa; son mortíferos... y son muchos, mi señora. Solo en el *khalasar* de vuestro señor esposo hay cuarenta mil guerreros con sus monturas.

—Tantos?

—En número son los mismos que llevó vuestro hermano Rhaegar al Tridente —reconoció ser Jorah—, pero en su caso, solo la décima parte eran caballeros. Los demás eran arqueros, mercenarios y soldados armados con estacas y lanzas. Cuando Rhaegar cayó, muchos tiraron las armas y huyeron del campo de

batalla. ¿Cuánto tiempo creéis que habrían resistido contra el ataque de cuarenta mil guerreros aullantes, sedientos de sangre? ¿Cuánto habrían resistido las corazas de cuero y las cotas de malla contra una lluvia de flechas?

—No mucho —asintió Dany—. Y no muy bien.

Él asintió.

—Perdonad que os lo diga, princesa, pero si los señores de los Siete Reinos tienen un atisbo de cerebro, las cosas nunca llegarían a ese punto. A los jinetes no les gustan los asedios. No creo que pudieran tomar ni el peor defendido de los castillos de los Siete Reinos. Pero si Robert Baratheon fuera tan idiota como para presentar batalla...

—¿Y lo es? —preguntó Dany—. Quiero decir, ¿es un idiota?

—Robert tiene alma de dothraki —dijo ser Jorah por fin, después de meditar unos momentos la respuesta—. Vuestro *khal* os diría que solo un cobarde se esconde tras muros de piedra en vez de enfrentarse al enemigo con una espada en la mano. El Usurpador estaría de acuerdo. Es un hombre fuerte, valiente... y lo bastante osado para enfrentarse a una horda dothraki en el campo de batalla. Pero los hombres que lo rodean son de otra calaña. Su hermano Stannis, lord Tywin Lannister, Eddard Stark... —Escupió al suelo tras pronunciar su nombre.

—Es mucho el odio que sientes contra ese tal lord Stark —dijo Dany.

—Él me quitó todo lo que amaba, por culpa de unos piojosos cazadores furtivos y de su condenado honor —replicó con amargura. Dany advirtió en su tono que aún le dolía la pérdida. El caballero cambió de tema con rapidez—. Mirad allí —señaló—. Vaes Dothrak. La ciudad de los señores de los caballos.

Khal Drogo y sus jinetes de sangre los precedieron por el immense bazar que era el Mercado Occidental, hacia las calles anchas que discurrían más adelante. Dany los seguía de cerca sobre la plata, sin dejar de observar todo lo extraño que la rodeaba. Vaes Dothrak era la ciudad más grande que había conocido, y también la más pequeña, todo al mismo tiempo. Calculó que tendría diez veces el tamaño de Pentos; era una inmensa extensión sin muros ni límites, con amplias calles azotadas por el viento, pavimentadas con barro y hierba, cubiertas por una alfombra de flores silvestres. En las Ciudades Libres del oeste se amontonaban los edificios, torres contra casas, cabañas contra puentes, tiendas contra pabellones. Pero Vaes Dothrak se extendía indolente bajo el sol abrasador, antigua, arrogante, vacía.

Hasta los edificios le resultaban extraños. Vio pabellones de piedra labrada, casas de hierba trenzada grandes como castillos, raquícticas torres de madera, pirámides escalonadas con revestimiento de mármol, salones enormes sin tejado. Algunos palacios no tenían paredes, sino setos espinosos.

—No hay dos casas iguales —dijo.

—En eso a vuestro hermano no le faltaba razón —reconoció ser Jorah—. Los dothrakis no construyen. Hace mil años, para hacer una casa se limitaban a

excavar un agujero en el suelo y cubrirlo con un techo de paja trenzada. Los edificios que veis los erigieron esclavos capturados en las tierras que habían saqueado, y claro, los construyeron al estilo de sus respectivos pueblos. — Muchas edificaciones, incluso algunas de las de mayor tamaño, parecían desiertas.

—¿Dónde están los que viven ahí? —preguntó Dany. En el bazar había visto multitud de niños que correteaban y de hombres que pregonaban a voces sus mercancías, pero en el resto de la ciudad solo había unos cuantos eunucos dedicados a sus asuntos.

—En la ciudad sagrada solo residen de manera permanente las viejas brujas del *dosh khaleen*, junto con sus esclavos y sirvientes —respondió ser Jorah—, pero en Vaes Dothrak habría sitio para alojar a todos los hombres de todos los *khalasars*, por si todos los *khals* quisieran regresar a la vez a la Madre. Las viejas brujas han profetizado que eso sucederá algún día, así que Vaes Dothrak debe estar en condiciones de acoger a todos sus hijos.

Por fin, Khal Drogo dio orden de detener la marcha cerca del Mercado Oriental, el lugar donde comerciaban las caravanas procedentes de Yi Ti, Asshai y las Tierras Sombrias, al pie de la Madre de las Montañas. Dany sonrió al recordar a la joven esclava del magíster Illyrio y su charla incesante sobre un palacio con doscientas habitaciones y puertas de plata maciza. El «palacio» era una sala de banquetes inmensa, de madera, con paredes de troncos de veinte varas de altura, y un techo de seda bordada que se podía alzar para protegerse de las escasas lluvias o quitar para que se viera el cielo infinito. En torno a la edificación había una extensión de hierba para los caballos vallada con setos altos, agujeros para las hogueras, y cientos de casas redondas de barro con tejado de hierba que surgían del suelo como colinas en miniatura.

Un ejército de esclavos se había adelantado para prepararlo todo para la llegada de Khal Drogo. En cuanto los jinetes desmontaban, se quitaban los *arakhs* y los entregaban, junto con el resto de armas que portaran, a los esclavos. Ni siquiera Khal Drogo constituía una excepción. Ser Jorah le había dicho a Dany que estaba prohibido llevar armas en Vaes Dothrak, así como derramar la sangre de un hombre libre. Hasta los *khalasars* enfrentados en guerra dejaban a un lado sus disputas y compartían la carne y el hidromiel cuando se encontraban bajo la mirada de la Madre de las Montañas. En aquel lugar, las viejas brujas del *dosh khaleen* habían decretado que todos los dothrakis fueran una sola sangre, un solo *khalasar*, un solo pueblo.

Cohollo se acercó a Dany mientras Irri y Jhiqui la ayudaban a bajarse de la plata. De los tres jinetes de sangre de Drogo, era el de más edad. Se trataba de un hombre calvo y rechoncho, con la nariz ganchuda y los dientes rotos a causa del mazazo que había recibido hacia veinte años, al salvar al joven *khalakka* de unos

mercenarios que querían capturarla para vendérselo a los enemigos de su padre. Su vida había quedado ligada a la de Drogo desde el día en que nació el señor esposo de Dany.

Todo *khal* tenía jinetes de sangre. Al principio, Dany creía que eran una especie de Guardia Real de los dothrakis, que habían prestado el juramento de proteger a su señor, pero eran mucho, mucho más. Jhiqui le había enseñado que los jinetes de sangre no eran simples guardianes. Eran los hermanos del *khal*, su sombra, sus amigos más allegados. Drogo los llamaba «*sangre de mi sangre*», y aquello eran: compartían una vida. Las antiguas tradiciones de los señores de los caballos exigían que, si el *khal* moría, sus jinetes de sangre murieran con él, para cabalgar a su lado en las tierras de la noche. Si el *khal* moría a manos de algún enemigo, ellos vivían lo justo para vengarlo y luego lo seguían con alegría a la tumba. Siempre según Jhiqui, en algunos *khalasars*, los jinetes de sangre compartían el vino del *khal*, su tienda, incluso sus esposas, aunque jamás sus caballos. El caballo de un hombre era solo suyo.

Daenerys se alegraba de que Khal Drogo no siguiera las antiguas tradiciones. No le habría gustado que la compartieran. Y, aunque el viejo Cohollo la trataba con amabilidad, los demás le daban miedo. Hago, que era enorme y silencioso, la miraba a menudo como si hubiera olvidado quién era. Y Qotho tenía ojos crueles y manos rápidas con las que le gustaba hacer daño. Siempre que tocaba a Doreah le dejaba magulladuras en la delicada piel blanca, y a veces hacía que Irri sollozara en medio de la noche. Hasta sus caballos le tenían miedo.

Pero estaban unidos a Drogo en la vida y en la muerte, así que a Dany no le quedaba más remedio que aceptarlos. Y a veces deseaba que a su padre lo hubieran protegido hombres como aquellos. En las canciones, los caballeros blancos de la Guardia Real eran siempre nobles, valientes y leales, pero había sido uno de ellos el que asesinó al rey Aerys: el atractivo muchacho al que desde entonces llamaban Matarreyes; y otro, ser Barristan el Bravo, estaba al servicio del Usurpador. Quizá todos los hombres de los Siete Reinos fueran así de falsos. Cuando su hijo se sentara en el Trono de Hierro, ella se encargaría de que tuviera jinetes de sangre que lo protegieran de los traidores de la Guardia Real.

—Khaleesi —le dijo Cohollo en dothraki—, Drogo, que es la sangre de mi sangre, me envía a decirte que esta noche debe ascender a la Madre de las Montañas para hacer sacrificios a los dioses en gratitud por su regreso.

Dany sabía que solo los hombres podían pisar la Madre. Los jinetes de sangre del *khal* irían con él y no regresaría hasta el amanecer.

—Dile a mi sol y estrellas que sueño con él y espero ansiosa su retorno —respondió agradecida.

A medida que el bebé crecía dentro de ella, Dany se cansaba cada vez con mayor facilidad; le sentaría bien una noche de descanso. El embarazo no había

hecho más que inflamar la pasión de Drogo, y últimamente, sus atenciones la dejaban exhausta.

Doreah la guio hacia la colina hueca que habían habilitado para ella y para su *khal*. El interior era fresco y umbrío, como una carpa de tierra.

—Un baño, Jhiqui, por favor —ordenó.

Deseaba quitarse de la piel el polvo del viaje y poner en remojo los huesos agotados. La perspectiva de permanecer allí un tiempo y de no tener que subir a lomos de la plata a la mañana siguiente le resultaba agradable.

El agua estaba muy caliente, tal como a ella le gustaba.

—Esta noche le daré los regalos a mi hermano —decidió mientras Jhiqui le lavaba el pelo—. En la ciudad sagrada debe tener el aspecto de un rey. Doreah, corre a buscarlo e invítalo a cenar conmigo. —Viserys era más amable con la chica lysena que con las criadas dothrakis, quizás porque el magíster Illyrio le había dejado llevársela a la cama en Pentos—. Irri, ve al bazar y compra fruta y carne. De la que sea, menos de caballo.

—Pues es la mejor —dijo Irri—. El caballo da fuerza a los hombres.

—Viserys detesta la carne de caballo.

—Como deseéis, *khaleesi*.

Volvió con una pata de cabra y una cesta de frutas y verduras. Jhiqui asó la carne con hierbadulce y vainas de fuego, bañándola con miel de cuando en cuando. Había comprado melones, granadas, ciruelas y algunas frutas orientales extrañas que Dany no conocía. Mientras las doncellas preparaban la comida, Dany sacó las ropas que habían mandado hacer a medida para su hermano: túnica y polainas de lino blanco, sandalias de cuero con cordones hasta la rodilla, cinturón adornado con medallones de bronce y chaleco de cuero con dibujos de dragones que lanzaban fuego por las fauces. Tenía la esperanza de que los dothrakis lo respetarían más si se quitaba de encima aquel aspecto de mendigo, y quizás él la perdonaría por haberlo avergonzado aquel día en la hierba. Al fin y al cabo, seguía siendo su rey y su hermano. Los dos eran de la sangre del dragón.

Estaba disponiendo el último de los regalos, una capa de seda verde como la hierba con ribete gris que destacaría su cabello color plata, cuando llegó Viserys. Llevaba a rastras a Doreah, que tenía un ojo amoratado.

—¿Cómo te atreves a enviarle a esta puta para que me dé órdenes? —rugió al tiempo que lanzaba a la doncella contra la alfombra.

—Solo quería... —Su rabia cogió a Dany por sorpresa—. Doreah, ¿qué le has dicho?

—Perdonadme, *khaleesi*, lo siento mucho. He ido a buscarlo, como me habéis pedido, y le he dicho que habiais ordenado que cenara con vos.

—Nadie le da órdenes al dragón —ladró Viserys—. ¡Soy tu rey! ¡Te tendría que haber enviado su cabeza!

La joven lysena dejó escapar un gemido, pero Dany la tranquilizó con una

caricia.

—No tengas miedo; no te va a hacer daño. Por favor, hermano mío, perdónala, solo ha cometido un error. Le he dicho que te pida que cenes conmigo. Si así lo deseas, alteza. —Lo cogió de la mano y lo llevó al otro extremo de la estancia—. Mira. Son para ti.

—¿Qué es eso? —Viserys frunció el ceño con desconfianza.

—Ropas nuevas. —Dany sonrió con timidez—. Las he mandado hacer para ti.

—Son harapos dothrakis —dijo su hermano mirándola despectivamente—. ¿Ahora pretendes vestirme?

—Por favor... Estarás más fresco y cómodo, y he pensado que... si vestías como los dothrakis... —Dany no sabía cómo expresarlo sin despertar al dragón.

—Y luego querrás que me haga trenzas en el pelo.

—No, yo no... —¿Por qué era siempre tan cruel? Solo pretendía ayudarlo—. No tienes derecho a llevar trenzas; aún no has conseguido ninguna victoria.

Era justo lo que no debía decir. La ira relampagueó en los ojos liláceos de su hermano, pero no se atrevió a golpearla: las doncellas estaban delante, y los guerreros de su *khals*, en el exterior. Cogió la capa y la olfateó.

—Huele a estiércol. Igual la utilizo como manta para mi caballo.

—Le encargué a Doreah que la bordara especialmente para ti —dijo ella, dolida—. Son ropas dignas de un *khals*.

—Soy el señor de los Siete Reinos, no un salvaje manchado de hierba con campanas en el pelo —le espetó Viserys. La agarró por el brazo—. Parece que lo has olvidado, zorra. ¿Te crees que esa barriga gorda que tienes te protegerá si despiertas al dragón?

Le hacía daño en el brazo con los dedos, y durante un momento, la parte de Dany que aún era una niña aulló ante su ira. Extendió la otra mano y cogió lo primero que encontró, el cinturón que había querido regalarle, una pesada cadena de medallones de bronce. Lo blandió con todas sus fuerzas. Le acertó de lleno en la cara. Viserys la soltó. Le corría la sangre por la mejilla; uno de los medallones le había hecho un corte.

—Tú eres el que parece olvidar algo —le dijo—. ¿Es que no aprendiste nada aquel día, en la hierba? Márchate ahora mismo, o llamaré a mi *khals* para que te saque de aquí. Y reza para que Khal Drogo no se entere de esto, o te abrirá el vientre y te hará comer tus entrañas.

—Cuando tenga mi reino —contestó Viserys poniéndose en pie—, lamentarás lo que has hecho hoy, zorra. —Se marchó sin llevarse sus regalos, con la mano en la mejilla. La hermosa capa de seda estaba manchada de sangre. Dany se llevó a la cara el suave tejido y se sentó en las mantas con las piernas cruzadas.

—Ya tenéis la cena preparada, *khaleesi* —anunció Jhiqui.

—No tengo hambre —respondió Dany con tristeza. De pronto se sentía muy

cansada—. Repartíos la comida entre vosotras, y llevadle un poco a ser Jorah. —Hizo una pausa—. Por favor, tráeme uno de los huevos de dragón —añadió al final.

Irri cogió el huevo de la cáscara verde oscura. Las motas de bronce brillaron entre las escamas cuando le dio una vuelta entre las manos. Dany se tumbó de lado, se cubrió con la capa de seda y acunó el huevo en el hueco que quedaba entre su vientre hinchado y sus pechos pequeños y sensibles. Le gustaba abrazar aquellos huevos. Eran muy hermosos, y a veces su simple proximidad la hacía sentir más fuerte, más valiente, como si pudiera absorber la energía de los dragones de piedra encerrados en su interior.

Estaba así tendida, abrazada al huevo, cuando sintió que el niño se movía en su interior... como si intentara llegar al huevo, a su hermano, a un ser de su sangre.

—Tú eres el dragón —le susurró Dany—. El verdadero dragón. Lo sé. Lo sé.

Sonrió y se quedó dormida soñando con su hogar.

Estaba cayendo una ligera nevada. Bran sentía en las mejillas los copos, que se deshacían en la más suave de las lluvias en cuanto le llegaban a la piel. Se irguió en el caballo y observó cómo levantaban el rastrillo. Por mucho que intentara mantener la calma, el corazón le revoloteaba como una mariposa en el pecho.

—¿Preparado? —preguntó Robb. Bran asintió, tratando de que no se le notara el miedo. No había salido de Invernalia desde la caída, pero estaba decidido a cabalgar con tanto orgullo como cualquier caballero—. Entonces, adelante. —Robb clavó los talones a su gran corcel gris y blanco, y el caballo pasó trotando bajo el rastrillo.

—Vamos —susurró Bran a su montura. Rozó ligeramente el cuello de la potranca castaña, que echó a andar. Bran la había llamado Bailarina. Tenía dos años, y según Joseth era más lista que ningún otro caballo. La habían entrenado especialmente para que respondiera a las riendas, a la voz y a los toques. Hasta entonces, Bran solo la había montado por el patio. Al principio, Hodor o Joseth la guiaban, con Bran asegurado con cinturones a la silla de gran tamaño que había dibujado el Gnomo, pero en los quince últimos días la había montado solo. Había ido al paso, al trote, en círculos, y cada vez se volvía más audaz.

Pasaron por debajo del puesto de guardia, cruzaron el puente levadizo y salieron al exterior. Verano y Viento Gris trotaban junto a ellos sin dejar de olfatear el aire. Los seguía Theon Greyjoy, con un arco largo y un carcaj lleno de flechas; les había dicho que tenía intención de abatir un ciervo. Tras él iban cuatro guardias con cota de malla y casco, y Joseth, un mozo de cuadras flaco al que Robb había nombrado caballerizo mayor durante la ausencia de Hullen. El maestre Luwin, montado en un asno, cerraba la marcha. A Bran le habría gustado más ir a solas con Robb, pero Hal Mollen no lo permitió, y el maestre Luwin respaldaba su opinión. Quería estar cerca por si Bran se caía del caballo o se hacía daño.

Más allá del castillo estaba la plaza del mercado, con los tenderetes de madera desiertos en aquel momento. Cabalgaron por las calles embarradas del pueblo, pasando junto a hileras de pulcras casitas de troncos y piedra vista. Solo una de cada cinco estaba habitada, y en ellas la chimenea dejaba escapar finos tentáculos de humo. Las demás se irían ocupando a medida que hiciera más frío. Según la Vieja Tata, cuando cayera la nieve y los vientos gélidos soplaran del norte, los granjeros abandonarían los campos helados, cargarían sus carromatos, y Las Inviernas cobraría vida. Bran nunca lo había visto, pero según el maestre Luwin, el momento estaba cada vez más cerca. El fin del largo verano se avecinaba. «Se Acerca el Invierno».

Unos cuantos aldeanos miraron con temor a los lobos huargo que

acompañaban a los jinetes; un hombre se sobresaltó tanto que incluso dejó caer la brazada de leña que llevaba, pero la mayor parte del pueblo se había acostumbrado ya a ellos. Al ver a los muchachos, hincaron una rodilla en tierra, y Robb los saludó de uno en uno con gesto de gran señor.

Bran no podía asegurarse con las piernas, de manera que el vaivén del caballo lo hacía sentirse inseguro al principio, pero la gran silla de montar, con pomo grueso y respaldo alto, resultaba muy cómoda, y los cinturones que llevaba en torno al pecho y los muslos impedirían que se cayera. Al cabo de un rato, el ritmo empezó a parecerle casi natural. Poco a poco fue desapareciendo la ansiedad y hasta se atrevió a esbozar una sonrisa.

Bajo el cartel del Leño Humeante, la taberna de la aldea, había dos mozas. Theon Greyjoy las llamó, y la más joven se sonrojó y se cubrió el rostro con las manos. Theon espolgó su caballo para situarlo junto al de Robb.

—La dulce Kyra —dijo con una carcajada—. En la cama se retuerce como una comadreja, pero si le dices una sola palabra en la calle se pone roja como una doncella. ¿Te he hablado alguna vez de la noche en que Bessa y ella...?

—Delante de mi hermano, no, Theon —le advirtió Robb, mirando a Bran de soslayo.

Bran hizo como si no hubiera oído nada, pero sintió los ojos de Greyjoy clavados en él. Seguro que estaba sonriendo. Sonreía mucho, como si el mundo entero fuera un chiste y solo él lo entendiera. Por lo visto, Robb admiraba a Theon y le gustaba estar con él, pero a Bran nunca le había caído bien el pupilo de su padre.

—Lo estás haciendo muy bien, Bran —le dijo Robb acercándose a él.

—Quiero ir más deprisa —respondió el niño.

—Como quieras. —Robb sonrió y puso al trote su castrado. Los lobos corrieron tras él. Bran hizo restallar las riendas con un golpe seco, y Bailarina aceleró el paso. Oyó el grito de Theon Greyjoy, y los cascos de los otros caballos a su espalda.

La capa de Bran ondeaba al viento, y la nieve le azotaba el rostro. Robb estaba mucho más adelante; de cuando en cuando volvía la cabeza para mirar y asegurarse de que Bran y los demás lo seguían. Sacudió las riendas de nuevo. Bailarina, suave como la seda, se puso al galope. La distancia se redujo. Cuando alcanzó a Robb, en las lindes del bosque de los Lobos, a poco más de media legua de la ciudad invernal, los demás habían quedado muy atrás.

—¡Puedo cabalgar! —gritó Bran con una sonrisa. Era casi tan delicioso como volar.

—Te echaría una carrera, pero me da miedo que me ganes. —Robb hablaba en tono ligero y jocoso, pero Bran sabía que, bajo la sonrisa de su hermano, había cierta preocupación.

—No quiero echar carreras. —Buscó a los lobos huargo con la mirada; los

dos habían desaparecido en el bosque—. ¿Oiste cómo aullaba Verano anoche?

—Viento Gris también estaba inquieto —asintió Robb. Tenía el cabello castaño demasiado largo y revuelto, y la pelusa gris que le cubría la mandíbula le hacía aparecer más de quince años—. A veces tengo la sensación de que saben cosas... sienten cosas... —Suspiró—. Nunca sé qué debo contarte y qué no, Bran. Ojalá fueras mayor.

—¡Ya tengo ocho años! —replicó Bran—. Ocho años son menos que quince, pero no mucho, y después de ti soy el heredero de Invernalia.

—Es verdad. —Robb parecía triste, y hasta un poco asustado—. Tengo que decirte una cosa, Bran. Anoche llegó un pájaro. Venía de Desembarco del Rey. El maestre Luwin me despertó.

Bran sintió un ramalazo de temor. «Alas negras, palabras negras», decía siempre la Vieja Tata, y en los últimos tiempos, los cuervos mensajeros le daban la razón. Cuando Robb escribió al lord comandante de la Guardia de la Noche, el ave volvió con la noticia de que el tío Benjen seguía desaparecido. Luego llegó un mensaje del Nido de Águilas, de su madre, y tampoco era una buena noticia. No decía cuándo iba a regresar; solo que había cogido prisionero al Gomo. A Bran le caía bien el hombre pequeño, pero el nombre de los Lannister le daba escalofríos. Había algo relativo a ellos, algo que debía recordar, pero cada vez que lo intentaba le entraban mareos y se le encogía el estómago. Robb se pasó el día entero encerrado tras sus puertas, reunido con el maestre Luwin, Theon Greyjoy y Hallis Mollen. Después partieron caballos con las órdenes de Robb para todo el norte. Bran oyó hablar de Foso Cailin, la antigua fortaleza que los primeros hombres habían construido en la cima del Cuello. Nadie le contaba qué pasaba, pero sabía que no podía ser nada bueno.

Y había llegado otro cuervo, otro mensaje. Bran se aferró a la esperanza.

—¿Lo envíaba madre? ¿Dice cuándo va a volver?

—Era un mensaje de Alyn, en Desembarco del Rey. Jory Cassel ha muerto; Wyly y Heward, también. Los asesinó el Matarreyes. —Robb alzó el rostro hacia la nieve; los copos se le derritieron en las mejillas—. Los dioses los acojan en su seno.

Bran no sabía qué decir. Se sentía como si le hubieran quitado el aliento de un puñetazo. Jory había sido capitán de la guardia de Invernalia desde antes de que él naciera.

—¿Han matado a Jory? —Se acordó de todas las veces en que Jory lo había perseguido por los tejados. Lo veía claramente, cruzando el patio a zancadas, vestido con su cota de malla, sentado en su lugar habitual del salón principal, bromeando mientras comía—. ¿Por qué querría nadie matar a Jory?

—No lo sé. —Robb sacudió la cabeza; se le veía el dolor en los ojos—. Y... y eso no es lo peor, Bran. Durante la pelea, el caballo de padre cayó y lo pilló debajo. Alyn dice que tiene la pierna destrozada, y... el maestre Pycelle le ha

dado la leche de la amapola, pero no saben bien cuándo... cuándo... —Oyó cascós de caballos que lo hicieron mirar camino abajo, hacia el punto por donde se acercaban Theon y los demás—. No saben cuándo despertará —terminó. Se llevó una mano al pomo de la espada, y prosiguió con la voz solemne de Robb el Señor—. Te prometo, Bran, que pase lo que pase, no olvidaré esto.

Tenía algo en la voz que hizo que Bran sintiera aún más miedo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó en el momento en que Theon Greyjoy tiraba de las riendas junto a ellos.

—Theon cree que debería convocar a los vasallos —dijo Robb.

—Sangre por sangre. —Theon Greyjoy no sonreía, para variar. Se le veía una mirada hambrunta en el rostro fino y moreno, y el pelo oscuro le caía por los ojos.

—Solo el señor puede llamar a los vasallos —dijo Bran. La nieve empezaba a arremolinarse en torno a ellos.

—Si tu padre muere, Robb será el señor de Invernalia —señaló Theon.

—¡Pero no se va a morir! —le gritó Bran.

Robb le cogió la mano.

—No se morirá, Bran —dijo Robb con voz tranquila cogiéndole de la mano —; hablamos de padre. De todos modos... Ahora, el honor del norte está en mis manos. Cuando nuestro señor padre se marchó, me dijo que fuera fuerte por ti y por Rickon. Ya casi soy un hombre, Bran.

—Quiero que vuelva madre —dijo el niño, acongojado, mientras se estremecía. Miró hacia el camino. El maestre Luwin se divisaba a lo lejos, en su asno—. ¡El maestre Luwin piensa también que hay que llamar a los vasallos!

—El maestre es cauto como una anciana —dijo Theon.

—Padre siempre le pedía consejo —le recordó Bran a su hermano—. Y madre también.

—Igual que yo —insistió Robb—. Le pido consejo a todo el mundo.

La alegría de Bran se había derretido como los copos de nieve sobre el rostro. Unos meses antes, la idea de que Robb convocara a los vasallos y partiera a la guerra lo habría emocionado, pero en aquel momento, lo único que sentía era temor.

—¿Volvemos a casa? —preguntó—. Tengo frío.

—Tenemos que buscar a los lobos —dijo Robb mirando alrededor—. ¿Puedes aguantar un poco más?

—Aguento lo que tú aguantas.

El maestre Luwin lo había advertido de que no cabalgara demasiado por si la silla le hacía daño, pero Bran no estaba dispuesto a reconocer ninguna debilidad ante su hermano. Estaba harto de que todos lo rodearan constantemente para preguntarle cómo se encontraba.

—Pues vamos a dar caza a los cazadores —dijo Robb.

Iniciaron el trote para salir del camino Real y adentrarse en el bosque de los Lobos. Theon los siguió rezagado; iba charlando y bromeando con los guardias.

Bajo los árboles, todo era más agradable. Con un ligero tirón de riendas, Bran hizo que Bailarina fuera al paso y se dedicó a mirar a su alrededor. Conocía bien aquel bosque, pero llevaba tanto tiempo confinado en Invernia que se sentía como si lo viera por primera vez. Los distintos aromas le inundaban las fosas nasales: el frescor de las agujas de pino, el olor a tierra de las hojas podridas, los rastros de los animales, las hogueras lejanas... Divisó el movimiento de una ardilla negra entre las ramas nevadas de un roble y se detuvo para observar la telaraña plateada de una araña emperatriz.

Theon y los demás se fueron quedando cada vez más rezagados, hasta que Bran ya no alcanzó a oír sus voces. Más adelante se oía el rumor de las aguas. Se fue haciendo más y más audible a medida que se acercaban al riachuelo. Las lágrimas le escocieron en los ojos.

—¿Qué te pasa, Bran? —preguntó Robb.

—Me estaba acordando de una cosa —respondió—. Jory nos trajo una vez aquí a pescar truchas, ¿te acuerdas? A ti, a Jon y a mí.

—Sí, me acuerdo —asintió Robb en voz baja, triste.

—Yo no cogí ninguna —siguió Bran—, pero en el camino de vuelta, Jon me dio la suya. ¿Crees que volveremos a ver a Jon?

—Ya vimos al tío Benjen cuando vino el rey de visita, ¿no? —señaló Robb—. Jon también vendrá a vernos algún día.

El riachuelo bajaba muy crecido y rápido. Robb desmontó y guio su corcel hacia la orilla. En la zona más profunda del paso, el agua le llegaba hasta medio muslo. Ató el caballo a un árbol, al otro lado, y volvió a vadearlo para recoger a Bran y a Bailarina. La corriente se arremolinaba en torno a las rocas y las raíces de los árboles, y Bran sintió las salpicaduras en el rostro al cruzar. Aquello le provocó una sonrisa, y durante un momento volvió a sentirse fuerte, entero. Alzó la vista hacia las copas de los árboles y soñó que se encaramaba a ellas, hasta las ramas más altas, y todo el bosque se extendía a sus pies.

Estaban ya al otro lado cuando oyeron el aullido, un aullido creciente que corría entre los árboles como una ráfaga de viento frío. Bran alzó la cabeza para escuchar.

—Es Verano —dijo. En aquel momento, otro aullido se unió al primero.

—Han conseguido una presa —dijo Robb al tiempo que volvía a montar—. Más vale que vaya a buscarlos. Espera aquí; Theon y los demás no tardarán en llegar.

—Quiero ir contigo —protestó Bran.

—Si voy yo solo los encontraré antes. —Robb espoleó a su montura y se perdió entre los árboles.

Cuando se encontró a solas, Bran tuvo la sensación de que los árboles se

cerraban en torno a él. La nieve empezaba a caer más densa. Se derretía tan pronto tocaba el suelo, pero a su alrededor, tanto las rocas como las raíces y las ramas empezaban a lucir ya una fina sábana blanca. Poco a poco se fue sintiendo incómodo. No sentía las piernas, que le colgaban inútiles en los estribos, pero la correa que llevaba en torno al pecho estaba muy apretada, y la nieve derretida le había empapado los guantes, con lo que tenía las manos congeladas. No sabía por qué tardaban tanto Theon, el maestre Luwin, Joseth y los demás.

Al oír el crujido de las hojas a su espalda, Bran movió las riendas para que Bailarina diera media vuelta, con la esperanza de encontrarse con sus amigos, pero los hombres harapientos que aparecieron en la orilla del río eran completos desconocidos.

—Buenos días —saludó, nervioso. Una simple mirada le había bastado para saber que no eran guardabosques, ni tampoco campesinos. De pronto se dio cuenta de lo lujosas que eran las ropas que llevaba. Lucía un chaleco nuevo, de lana gris oscura con botones de plata, y llevaba la capa ribeteada de pieles asegurada con un gran broche de plata. También las botas y los guantes tenían forro de piel.

—Estás solo, ¿eh? —dijo el más corpulento, un hombre calvo de rostro curtido por el viento—. Pobre chico, se ha perdido en el bosque de los Lobos.

—No me he perdido. —A Bran no le gustaban las miradas de los desconocidos. Los contó: eran cuatro, pero al volver la cabeza vio a dos más a su espalda—. Mi hermano se ha alejado un momento, y mis guardias no tardarán en llegar.

—Tus guardias, ¿eh? —dijo un segundo hombre, con barba canosa de varios días en las mejillas demacradas—. ¿Y qué es lo que guardan, señorito? ¿Ese broche de plata que llevas en la capa?

—Es bonito —dijo una voz de mujer. Aunque no parecía una mujer; era alta y flaca, tenía el rostro endurecido como el de los demás, y se ocultaba el pelo bajo un casco en forma de cuenco. Llevaba una lanza de tres varas, con asta de roble negro y punta de acero oxidado.

—Vamos a verlo mejor —sugirió el calvo.

Bran lo miró, nervioso. Las ropas del hombre estaban sucias, casi destrozadas, con parches marrones, azules, verdes, casi todos desteñidos hasta parecer grises, aunque quizás en el pasado su capa fue negra. El hombre de la barba incipiente también llevaba harapos negros, y Bran se sobresaltó. De pronto, recordó al hombre al que su padre había decapitado el día que encontraron a los cachorros de huargo. También aquel iba vestido de negro, y su padre le explicó que era un desertor de la Guardia de la Noche. «No hay ser más peligroso —fueron las palabras de lord Eddard—. El desertor sabe que, si lo atrapan, se puede dar por muerto, así que no se detendrá ante ningún crimen por espantoso que sea».

—El broche, mocoso —dijo el hombre corpulento y extendió la mano.

—Nos llevaremos también el caballo —dijo una mujer más baja que Robb, con cara de plato y pelo rubio muy lacio—. Bájate, venga. —Se sacó de la manga un cuchillo de hoja serrada.

—No... —tartamudeó Bran—. No puedo... —Antes de que Bran tuviera tiempo de hacer que Bailarina diera la vuelta para alejarse al galope, el hombre corpulento agarró las riendas.

—Claro que puedes, señorito. Y haz lo que te han dicho, si sabes lo que te conviene.

—Mira cómo va sujeto a la silla, Stiv. —La mujer alta apuntó con la lanza—. Puede que diga la verdad.

—Son correas, ¿verdad? —asintió Stiv. Se sacó un puñal de la funda que le colgaba del cinturón—. De eso me encargo yo.

—¿Eres una especie de tullido? —preguntó la mujer baja.

—Soy Brandon Stark de Invernalia —dijo Bran, mirándolo con rabia—, y si no sueltas mi caballo os haré ajusticiar a todos.

—No cabe duda, es un Stark —El hombre flaco de la barbita canosa se echó a reír—. Solo los Stark son tan idiotas como para amenazar cuando deberían estar suplicando.

—Córtale la picha y métesela en la boca —sugirió la mujer baja—. A ver si así se calla.

—Eres tan idiota como fea, Hali —dijo la mujer alta—. Muerto, el chico no vale nada. En cambio, vivo... Por todos los dioses, ¿te imaginas qué nos daría Mance si le lleváramos como rehén a un pariente de Benjen Stark?

—A la mierda con Mance —bufó el hombre corpulento—. ¡Acaso quieras volver allí, Osha? Estúpida. ¿Crees que a los caminantes blancos les importará que tengas un rehén? —Se volvió hacia Bran y cortó la correa del muslo del chico. El cuero se abrió con un susurro.

Había sido un tajo rápido y descuidado, profundo. Bran bajó la vista y vio la carne blanca por debajo de las polainas de lana. La sangre empezó a manar; vio cómo se extendía la mancha roja. Tenía una sensación curiosa, como si estuviera presenciando todo aquello desde otro lugar. No había sentido dolor, ni la más mínima molestia. El hombre dejó escapar un gruñido de sorpresa.

—Suelta la espada ahora mismo y te prometo una muerte rápida e indolora —exclamó Robb.

Bran volvió la cabeza, esperanzado, y allí estaba su hermano. Las palabras eran fuertes y seguras, pero su voz estaba llena de tensión. Iba montado, y tras él, en el caballo, se veía el cuerpo sangrante de un alce. Tenía la espada en la mano enguantada.

—El hermano —dijo el hombre de la barba gris.

—Qué valiente, ¿no? —se burló la mujer baja, la que habían llamado Hali—. ¿Vas a luchar con nosotros, chico?

—No seas idiota, muchacho, somos seis contra uno. —Osha, la mujer alta, sopesó la lanza—. Bájate del caballo y suelta la espada. Te agradeceremos de todo corazón las monturas y el venado, y tu hermano y tú podréis marcharos.

Robb silbó. Se oyó el sonido tenue de unas pisadas ligeras sobre las hojas húmedas. La maleza se apartó, la nieve cayó de las ramas más bajas, y Viento Gris y Verano salieron de la espesura. Verano olfateó el aire y gruñó.

—Lobos —se atragantó Hali.

—Lobos huargo —dijo Bran.

Aunque aún no eran adultos, tenían mayor tamaño que ningún lobo, pero las diferencias eran evidentes para el ojo experto. El maestre Luwin, y Farlen, el encargado de las perreras, se las habían enseñado. Los huargos tenían la cabeza más grande y las patas más largas en proporción al cuerpo, con la mandíbula mucho más alargada y pronunciada. Su aspecto resultaba aterrador en aquel momento, bajo la ligera nevada. Viento Gris tenía el hocico manchado de sangre fresca.

—No dejan de ser perros —dijo el hombre calvo, despectivo—. Me han dicho que no hay nada como una capa de piel de lobo para calentarse por las noches. —Hizo un gesto brusco—. A por ellos.

—¡Invernalia! —gritó Robb al tiempo que picaba espuelas. El castrado descendió al galope hacia el arroyo.

Un hombre armado con un hacha se lanzó contra él, gritando, con la guardia baja. La espada de Robb le acertó de lleno en el rostro; se oyó un crujido repugnante, y la sangre manó a borbotones. El hombre de la barba gris descuidada tendió la mano hacia las riendas, durante un instante las tuvo en las manos... y Viento Gris se lanzó sobre él y lo derribó. Cayó de espaldas al arroyo, lanzando cuchilladas a ciegas con el puñal mientras se sumergía. El lobo huargo se lanzó encima de él y las aguas se tornaron rojas sobre ellos.

Robb y Osha se enfrentaron en medio del arroyo. La lanza de la mujer era una serpiente con cabeza de acero que se acercó al pecho del muchacho una, dos, tres veces, pero Robb desvió todos los golpes con la espada. Al cuarto o quinto intento, la mujer puso demasiado impulso en el ataque y perdió el equilibrio un instante. Robb cargó y la arrolló.

A unos cuantos pasos, Verano se lanzó como una flecha contra Hali. El cuchillo de la mujer lo hirió en un costado. Verano retrocedió enseñando los dientes, atacó de nuevo y cerró las mandíbulas en torno a su pantorrilla. La mujer menuda agarró el cuchillo con ambas manos e intentó apuñalarlo, pero el lobo huargo pareció presentir el ataque. Soltó la presa durante un instante, con la boca llena de cuero, lana y carne ensangrentada. Hali se tambaleó y cayó, y el lobo atacó de nuevo, la derribó de espaldas y le desgarró el vientre a dentelladas.

El sexto hombre intentó escapar de aquella carnicería, pero no llegó lejos. Estaba trepando por la orilla más lejana del arroyo cuando Viento Gris surgió de

las aguas, empapado. Se sacudió el pelaje, se lanzó hacia el hombre que huía, le seccionó el tendón de la corva de una sola dentellada y, mientras su víctima se deslizaba gritando hacia las aguas, le desgarró el cuello.

Ya solo quedaba el hombre corpulento, Stiv. Cortó de un solo tajo la correa del pecho de Bran, lo agarró por el brazo y le dio un tirón. Bran cayó al suelo, con un pie en el arroyo. No sentía el frío del agua, pero sí el acero del puñal de Stiv en la garganta.

—Atrás —amenazó el hombre—, o le corto el pescuezo al mocoso. Lo juro.

Robb, jadeante, tiró de las riendas. La ira se le esfumó de los ojos y bajó el brazo de la espada.

En aquel momento, Bran vio toda la situación. Verano destrozaba a Hali, arrancándole brillantes serpientes azules del vientre. La mujer tenía los ojos abiertos, pero Bran no sabía si estaba viva o muerta. El hombre de la barba canosa y el del hacha yacían inmóviles, pero Osha se arrastraba hacia la lanza caída. Viento Gris, chorreante, se acercaba a ella.

—¡Llámalos! —exigió—. ¡Llama a los lobos o mato al tullido, venga!

—Viento Gris, Verano, conmigo —dijo Robb.

Los lobos huargo volvieron la cabeza. Viento Gris trotó hacia Robb. Verano se quedó donde estaba, con los ojos fijos en Bran y en el hombre que lo amenazaba. Dejó escapar un gruñido. Tenía el hocico húmedo y rojo, pero había fuego en sus ojos.

Osha se apoyó en el asta de la lanza para ponerse en pie. Le sangraba el antebrazo derecho, allí donde Robb la había herido. Bran vio que por la frente del hombre corpulento corría el sudor a chorros. Comprendió que Stiv tenía tanto miedo como él.

—Stark —murmuró—, malditos Stark —Alzó la voz—. Osha, mata a los lobos y quítale la espada.

—Mátalos tú —replicó ella—. Yo no me pienso acercar a esos monstruos.

Stiv se quedó desconcertado durante un momento. Le temblaba la mano. Bran sintió que le corría por el cuello un hilillo de sangre, allí donde lo presionaba con el cuchillo. El hedor del hombre le llenó las fosas nasales; apestaba a miedo.

—Tú —le dijo a Robb—, ¿cómo te llamas?

—Soy Robb Stark, heredero de Invernalia.

—¿Este es tu hermano?

—Sí.

—Siquieres que siga con vida, haz lo que te digo. Baja del caballo. —Robb titubeó un instante. Luego, muy despacio, desmontó, todavía con la espada en la mano—. Ahora mata a los lobos. —Robb no se movió—. Hazlo. Los lobos o el chico.

—¡No! —gritó Bran.

Si Robb obedecía, Stiv los mataría de todos modos en cuanto los lobos

hubieran dejado de ser una amenaza.

El hombre calvo le agarró el pelo con la mano libre y se lo retorció hasta que Bran sollozó de dolor.

—Cierra el pico, tullido, ¿me oyes? —Se lo retorció aún más—. ¡Me oyes?

En los bosques, tras ellos, se oyó un restallido repentino. Stiv dejó escapar un grito ahogado, y un palmo de flecha con punta de acero pareció brotar de su pecho. La flecha era de color rojo brillante, como si la hubieran pintado con sangre.

El puñal que amenazaba a Bran cayó al suelo. El hombretón se desplomó de brúces en el arroyo. La flecha se quebró bajo su peso. El niño vio cómo su vida se derramaba en las aguas.

Osha miró a los guardias de los Stark, que salían de entre los árboles con las armas desenvainadas. Dejó caer la lanza.

—Piedad, mi señor —dijo a Robb.

Al acercarse al escenario de la carnicería, los guardias se fueron poniendo pálidos. Miraban a los lobos, inseguros; cuando Verano volvió para comer del cadáver de Hali, Joseth soltó el cuchillo y corrió hacia los arbustos para vomitar. Hasta el maestre Luwin parecía conmocionado al salir de entre los árboles, pero enseguida se repuso. Sacudió la cabeza y vadeó el arroyo para acudir al lado de Bran.

—¿Estás herido?

—Me ha hecho un corte en la pierna —dijo Bran—, pero no noto nada.

El maestre se arrodilló para examinar la herida y Bran miró hacia atrás. Theon Greyjoy estaba junto a un árbol centinela, con el arco en la mano. Sonreía. Siempre sonreía. Había clavado media docena de flechas en la tierra blanda, ante él, pero únicamente le había hecho falta una.

—Un enemigo muerto es el espectáculo más hermoso que existe —anunció.

—Jon decía siempre que eres un cretino, Greyjoy —le espetó Robb—. Debería encadenarte en el patio para que Bran practicara su puntería contigo.

—Tendrías que darme las gracias por salvarle la vida a tu hermano.

—¿Y si llegas a fallar? —replicó Robb—. ¿Y si solo lo hubieras herido? ¿Y si en el último estertor le cortaba la garganta? ¿Y si le dabas a Bran? ¿Y si ese hombre hubiera llevado coraza? No lo sabías; solo le veías la capa, y por la espalda. ¿Qué le habría pasado a mi hermano? ¿Te paraste a pensarlo, Greyjoy?

La sonrisa de Theon se había esfumado. Se encogió de hombros, malhumorado, y empezó a desclavar las flechas del suelo, una a una. Robb miró a los guardias.

—¿Dónde estabais? —exigió saber—. Creía que nos seguíais de cerca.

Los hombres se miraron entre sí, alicaídos.

—Y así era, mi señor —dijo Quent, el más joven, cuya barba era apenas una pelusilla castaña—. Pero antes nos hemos detenido para esperar al asno del

maestre Luwin, con perdón por la expresión, y luego él... la verdad... —Lanzó una mirada a Theon y apartó la vista al momento, abochornado.

—He visto un pavo —replicó Theon, molesto—. ¿Cómo iba a saber que dejarías solo al chico?

Robb volvió la mirada hacia Theon una vez más. No dijo nada, pero Bran nunca lo había visto tan enfadado. Por fin, se arrodilló junto al maestre Luwin.

—¿Es grave la herida de mi hermano?

—Un simple arañazo —respondió el maestre. Mojó un paño en el arroyo para limpiar el corte—. Dos de ellos vestían el negro —añadió.

Robb echó un vistazo al lugar donde Stiv yacía en el arroyo; las aguas agitaban los pliegues de la andrajosa capa negra.

—Desertores de la Guardia de la Noche —dijo, sombrío—. Tenían que estar locos para acercarse tanto a Invernalia.

—A veces no resulta fácil diferenciar la locura de la desesperación —señaló el maestre Luwin.

—¿Los enterramos, mi señor? —preguntó Quent.

—Ellos no nos habrían enterrado a nosotros —replicó Robb—. Cortadles las cabezas; las enviaremos al Muro. El resto se quedará para los buitres.

—¿Y qué hacemos con esta? —preguntó Quent apuntando a Osha con el pulgar.

Robb se acercó a ella. La mujer le sacaba una cabeza de estatura, pero se dejó caer de rodillas ante él.

—Perdonadme la vida, mi señor Stark, y seré vuestra.

—¿Mía? ¿Para qué quiero yo a una desertora que rompe su juramento?

—Yo no he roto ningún juramento. Stiv y Wallen escaparon del Muro; yo no. Los cuervos negros no admiten mujeres.

—Échala a los lobos —le recomendó Theon Greyjoy a Robb mientras caminaba hacia ellos con paso indolente.

Los ojos de la mujer se clavaron en lo que quedaba de Hali y enseguida se apartaron. Se estremeció. Hasta los guardias parecían al borde de la náusea.

—Es una mujer —replicó Robb.

—Una salvaje —lo informó Bran—. Dijo que me mantuvieran con vida para llevarme ante Mance Rayder.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Robb.

—Osha, para servir a mi señor —murmuró ella con amargura.

—Lo mejor será que la interroguemos —dijo el maestre Luwin levantándose. Bran vio que el rostro de su hermano reflejaba un immenso alivio.

—Buena idea, maestre. Wayn, átale las manos. Vendrá a Invernalia con nosotros... y vivirá o morirá, según qué nos cuente.

—¿Quieres comer? —le preguntó Mord con el ceño fruncido. Llevaba en las manos gruesas, de dedos cortos, un plato de alubias cocidas.

Tyron Lannister se moría de hambre, pero no quería que aquel animal notara su debilidad.

—Una pierna de cordero, muchas gracias —replicó desde el montón de paja sucia que había en un rincón de su celda—. Y un plato de guisantes y cebollitas, si puede ser; pan recién hecho, con mantequilla, y una jarra de vino tibio para bajarlo todo. Si no hay, cerveza, me da igual. No quiero ser demasiado exigente.

—Son alubias —dijo Mord—. Toma.

Le tendió el plato. Tyron suspiró. El carcelero era una mole de diez arrobas de estupidez pura, con dientes amarillentos podridos y ojos oscuros diminutos. En el lado izquierdo de la cara tenía una cicatriz espantosa de un hacha, que le había cortado la oreja y parte de la mejilla. Era tan predecible como feo, pero lo cierto era que Tyrion tenía mucha hambre. Tendió la mano para coger el plato.

Mord lo apartó, sonriente.

—Aquí lo tienes —dijo, manteniéndolo fuera del alcance de Tyrion.

—Tenemos que jugar a la misma tontería en cada comida? —El enano se puso en pie trabajosamente; le dolían todas las articulaciones. Hizo otro intento por alcanzar las alubias. Mord retrocedió y le mostró los dientes podridos en una sonrisa.

—Aquí las tienes, enano. —Mantuvo el plato en alto, con el brazo extendido, más allá del borde donde terminaba la celda y empezaba el cielo abierto—. ¿No tienes hambre? Toma, ven a cogerlas.

Los brazos de Tyrion eran demasiado cortos para alcanzar el plato, y tampoco tenía intención de acercarse tanto al borde. Bastaría un empujón de la pesada barriga blanca de Mord para que se convirtiera en una mancha roja en las piedras de Cielo, al igual que les había sucedido a tantos prisioneros del Nido de Águilas a lo largo de los siglos.

—Bien pensado, no tengo tanta hambre —declaró mientras se retiraba al rincón de la celda.

Mord gruñó, abrió los dedos, y el viento se llevó el plato. Unas cuantas alubias se colaron en la celda mientras la comida caía al vacío. El carcelero se echó a reír, con lo que su barriga se agitó como si fuera de gelatina.

—Jodido cabrón, hijo de una mula con viruelas —escupió Tyrion, que no pudo contener la rabia—. Ojalá te mueras comido por la sifilis. —Al salir, Mord le asestó una buena patada en las costillas con la bota de puntera de acero—. Lo pagarás —gimió, doblado sobre sí mismo en el lecho de paja—. ¡Te mataré con mis manos, lo juro!

La pesada puerta blindada se cerró de golpe. Tyrion oyó el tintineo de las

llaves.

Para ser tan pequeño tenía una boca muy grande. Aquella era su maldición, reflexionó mientras se arrastraba hacia el rincón de lo que los Arryn llamaban, no sin cierto humor, su mazmorra. Se acurrucó bajo la fina manta que era todo su lecho, y se dedicó a contemplar el cielo azul y las montañas lejanas que parecían extenderse hasta el infinito. Añoraba con todas sus fuerzas la capa de gatosombra que le había ganado jugando a los dados a Marillion, quien a su vez la había robado del cadáver del jefe muerto de los bandoleros. Recordaba que las pieles hedían a sangre y a moho, pero eran gruesas y cálidas. Mord se la había quitado nada más verla.

El viento le tironeaba de la manta con ráfagas afiladas como zarpazos. La celda era diminuta hasta para un enano. A menos de cinco codos de donde se encontraba, donde debía haber un muro, donde en una mazmorra real habría un muro, terminaba el suelo y empezaba el cielo. Tenía aire fresco abundante, la luz del sol, y por las noches veía la luna y las estrellas, pero lo habría cambiado todo por el agujero más sombrío y húmedo de las entrañas de Roca Casterly.

—Volarás —le había asegurado Mord al empujarlo hacia el interior de la celda—. Dentro de veinte días, o de treinta, o a lo mejor de cincuenta. Pero volarás.

Los Arryn contaban con la única mazmorra de todo el reino en la que se permitía a los prisioneros escapar cuando lo desearan. Aquel primer día, tras pasarse horas reuniendo el valor que le quedaba, Tyrion se tendió de brúces en el suelo y se arrastró hasta el borde para asomar la cabeza y mirar abajo. Divisó Cielo a trescientas varas en picado. Asomó la cabeza y la giró cuanto pudo, y vio otras celdas a la derecha y a la izquierda, y también sobre la suya. Era una abeja en una colmena de piedra, y le habían arrancado las alas.

En la celda hacía frío, el viento aullaba día y noche, y lo peor de todo era que el suelo estaba en pendiente. Una pendiente muy ligera, sí, pero más que suficiente. Tenía miedo de cerrar los ojos, de deslizarse rodando en sueños, y a menudo se despertaba aterrado ante la posibilidad de estar cayendo hacia el borde. No era de extrañar que las celdas del cielo volvieran locos a los hombres.

« Los dioses me amparen, el azul me llama », había escrito algún ocupante previo en la pared, con algo que se parecía demasiado a la sangre. Al principio, Tyrion había sentido curiosidad por la identidad y el destino del prisionero. Más adelante decidió que prefería no saber nada.

Si hubiera cerrado la boca a tiempo...

Todo lo había empezado el maldito crío, que lo miraba desde arriba en su trono de arciano tallado, bajo los pendones con la luna y el halcón que identificaban la casa Arryn. Tyrion Lannister estaba acostumbrado a que lo mirasen desde arriba, pero no a que fueran críos de seis años con ojos legañosos que tenían que sentarse sobre cojines para ganar un poco de altura.

—¿Es el hombre malo? —había preguntado, aferrado a su muñeco.

—Sí —respondió lady Lysa, sentada a su lado en un trono menor. Iba vestida de azul, perfumada y empolvada en honor a los pretendientes que invadían la corte.

—¡Qué pequeño es! —dijo con una risita el señor del Nido de Águilas.

—Es Tyrion el Gnomo, de la casa Lannister, el que mató a tu padre. —La mujer alzó la voz para que la oyieran en todos los rincones de la Sala Alta del Nido de Águilas, para que las palabras resonaran contra las paredes blancas y las esbeltas columnas, para que todos los presentes la escucharan—. ¡Él mató a la mano del rey!

—Vaya, ¿a él también lo maté yo? —bromeó Tyrion como un idiota.

Luego se dio cuenta de que había perdido una immejorable ocasión para quedarse callado, con la cabeza inclinada. Vaya si se dio cuenta. La Sala Alta de los Arryn era larga y austera; las paredes de mármol blanco con vetas azules tenían una frialdad abrumadora, pero más fríos aún eran los rostros que lo rodeaban. El poder de Roca Casterly quedaba muy lejano, y los Lannister no contaban con amigos en el Valle de Arryn. Su mejor defensa habría estado en el silencio y la sumisión.

Pero Tyrion estaba de un humor de perros, demasiado cabreado para ejercer el sentido común. Se sentía avergonzado por haber flaquéado en el último tramo del ascenso hasta el Nido de Águilas, cuando las piernas atrofiadas se negaron a seguir sosteniéndolo. Bronn lo llevó a cuestas el resto del camino, y aquella humillación no hizo más que añadir leña a las llamas de su ira.

—Pues qué ocupado he estado últimamente —dijo con amargo sarcasmo—. ¿De dónde habré sacado tiempo para matar a tanta gente?

Debería haber recordado a quién se enfrentaba. Mientras estaban en la corte, Lysa Arryn y su hijo enfermizo y medio loco nunca disfrutaron con las muestras de ingenio, y menos si iban dirigidas contra ellos.

—Gnomo —dijo Lysa con tono gélido—, vigilad qué decís con esa lengua burlona, y cuando os dirijáis a mi hijo hacedlo con cortesía, u os aseguro que os daré motivos para lamentarlo. Recordad dónde estáis. Esto es el Nido de Águilas; los que os rodean son caballeros del Valle, hombres de verdad que querían a Jon Arryn. Todos y cada uno de ellos morirían por mí.

—Lady Arryn, si me sucede algo malo, mi hermano Jaime estará encantado de encargarse de ese tema. —No había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando se dio cuenta de que estaba cometiendo una locura.

—¿Sabéis volar, mi señor de Lannister? —preguntó Lysa—. ¿Acaso los enanos tienen alas? Si no es así, lo más sensato será que os tragáis la próxima amenaza que se os ocurra.

—No era una amenaza —replicó Tyrion—, sino una promesa.

Al oír aquello, el pequeño lord Robert se puso en pie de un salto, tan

sobresaltado que se le cayó el muñeco.

—¡No puedes hacernos daño! —gritó—. Aquí nadie puede hacernos daño. Díselo tú, madre; dile que aquí nadie puede hacernos daño.

—El Nido de Águilas es inexpugnable —declaró con tranquilidad Lysa Arryn. Atrajo a su hijo hacia sí y lo estrechó entre los brazos blancos y gordezuelos—. El Gnomo quiere meternos miedo, cariñito. Los Lannister son todos unos mentirosos. Nadie le va a hacer daño a mi pequeñito.

Lo peor del caso era que la condenada mujer tenía razón. Tras ver lo que había costado llegar allí, a Tyrion no le resultaba difícil imaginar cómo sería el ascenso para un caballero, vestido con armadura, mientras le llovían piedras y flechas, y tenía que luchar contra enemigos para avanzar cada paso. La palabra *pesadilla* no bastaba para describir la situación. No era de extrañar que nadie hubiera tomado jamás el Nido de Águilas.

Y ni aun así había conseguido callarse.

—Inexpugnable, no —replicó—. Molesto, como mucho.

—Eres un mentiroso. —El pequeño Robert lo señaló con la manita temblorosa—. Madre, quiero ver cómo vuela.

Dos guardias con capas azul celeste agarraron a Tyrion por los brazos y lo levantaron en vilo. Solo los dioses sabían qué habría pasado a continuación de no intervenir Catelyn Stark.

—Hermana —dijo desde el lugar donde se encontraba, junto a los tronos—, te ruego que recuerdes que este hombre es mi prisionero. No quiero que sufra daño alguno.

Lysa Arryn lanzó una mirada fría en dirección a su hermana. Se levantó y se dirigió hacia Tyrion, arrastrando las largas faldas. El enano temió durante un instante que fuera a abofetearlo, pero lo que hizo fue ordenarles a los guardias que lo soltaran. Cuando lo dejaron caer, las piernas le flaquearon de nuevo y se desmoronó en el suelo.

Debió de ser todo un espectáculo la manera en que intentó ponerse en pie, sucumbió a un calambre en la pierna derecha y cayó de brúces una vez más. Las carcajadas resonaron en la Sala Alta de los Arryn.

—El invitado de mi hermana está muy cansado; no se sostiene en pie —anunció lady Lysa—. Ser Vardis, llevadlo a las mazmorras. Le sentará muy bien un descanso en las celdas del cielo.

Los guardias lo levantaron. Tyrion Lannister, en el aire, pataleó débilmente con el rostro rojo de vergüenza.

—No olvidaré esto —les dijo mientras se lo llevaban.

Y no se le había olvidado. Aunque tampoco le servía de gran cosa.

Al principio se había consolado pensando que su encierroería breve. Lysa Arryn solo quería humillarlo, nada más. Pronto enviaría a alguien a buscarlo. Y si no, lo haría Catelyn Stark, para interrogarlo. Y él había aprendido la lección:

cerraría bien la boca. No se atreverían a matarlo de inmediato; pese a todo, era un Lannister de Roca Casterly, y si derramaban su sangre tendrían que ir a la guerra. O aquello se había dicho a sí mismo.

Con el correr del tiempo ya no estaba tan seguro.

Quizá sus captoras solo pretendían dejarlo pudrir allí una temporada, pero tenía miedo de que las fuerzas le fallaran; no podría pudrirse mucho tiempo. Cada día estaba más débil, y solo era cuestión de tiempo que las patadas y golpes de Mord le causaran daños graves, si el carcelero no lo mataba antes de hambre. Unas cuantas noches más de frío y hambre, y el azul empezaría a llamarlo a él también.

Se preguntaba qué estaría sucediendo más allá de los muros (los que había) de su celda. Sin duda, lord Tywin habría enviado jinetes en su búsqueda en cuanto le llegó la noticia. Quizá Jaime estaba en aquellos momentos al frente de un pequeño ejército, en las montañas de la Luna... a menos que estuviera cabalgando hacia el norte, en dirección a Invernalia. ¿Sabría alguien fuera del Valle adónde lo había llevado Catelyn Stark? También se preguntaba qué habría sentido Cersei al enterarse. El rey podía ordenar que lo liberasen, pero ¿a quién haría caso Robert? ¿A la reina o a la mano? Tyrion no se hacía ilusiones; el amor que el rey le profesaba a su hermana era más bien escaso.

Si Cersei tenía un mínimo de cerebro, exigiría que el propio rey ejerciera como juez de Tyrion. Ni siquiera Ned Stark podría poner objeciones sin cuestionar la honorabilidad del rey. Y Tyrion estaría más que encantado de arriesgarse a un juicio. Que él supiera, los Stark podrían acusarlo de todos los asesinatos que les vinieran en gana, pero no tenían pruebas. Que presentaran su caso ante el Trono de Hierro, ante los señores. Sería su fin. Ojalá Cersei fuera tan inteligente como para verlo...

Tyrion Lannister suspiró. Su hermana tenía cierta astucia, pero el orgullo la cegaba. En toda aquella situación, ella solo vería el insulto, no las posibilidades. Y Jaime era todavía peor, tan precipitado, tan testarudo, tan iracundo. Su hermano jamás se molestaría en desatar un nudo si podía cortarlo en dos con la espada.

¿Cuál de los dos habría enviado al asesino para silenciar al chico de los Stark? ¿De veras habían tenido algo que ver en la muerte de lord Arryn? Si la muerte de la anterior mano había sido un asesinato, se trataba de un crimen hábil y sutil. Los hombres de su edad morían a menudo por causas naturales. En cambio, enviar a cualquier imbécil a matar a Brandon Stark con un puñal robado parecía una estrategema de lo más torpe. Y, pensando en ello, resultaba muy peculiar...

Tyrion se estremeció. Aquella sí que era una sospecha desagradable. Quizá en los bosques hubiera otras bestias, aparte del lobo huargo y el león. Y si era así, alguien lo estaba utilizando a él como marioneta. Tyrion Lannister detestaba que lo utilizaran.

Tenía que salir de allí, y pronto. Sus posibilidades de enfrentarse a Mord y

escapar eran entre escasas y nulas, y nadie le iba a pasar a hurtadillas una cuerda de trescientas varas, así que tendría que emplear todas sus dotes de convicción para salir libre. Era la lengua lo que lo había metido en aquella celda, así que la misma lengua tendría que sacarlo.

Tyrion se puso en pie como pudo, haciendo caso omiso del suelo en pendiente que parecía tentarlo hacia el borde. Golpeó la puerta con el puño.

—¡Mord! —gritó—. ¡Carcelero! ¡Mord! ¡Quiero hablar contigo! —Tuvo que seguir llamando durante largo rato antes de oír el sonido de las pisadas. Retrocedió un instante antes de que la puerta se abriera de golpe.

—Haces ruido —gruñó Mord, con los ojos inyectados en sangre. Llevaba una ancha tira de cuero enrollada en torno a la mano carnosa.

« Nunca les demuestres que tienes miedo », se recordó Tyrion.

—¿Cuántas ganas tienes de ser rico? —preguntó.

Mord lo golpeó. Fue un movimiento casi apático, con el dorso de la mano, pero la tira de cuero restalló contra el antebrazo de Tyrion. La fuerza del golpe lo hizo tambalear y el dolor lo obligó a apretar los dientes.

—Nada de palabrería, enano —aviso Mord.

—Oro —dijo Tyrion, con una mueca a modo de sonrisa—. Roca Casterly tiene mucho oro... ¡ah! —El segundo golpe fue directo, y Mord le puso más ganas. El cuero restalló contra las costillas de Tyrion y lo hizo caer de rodillas con un gemido. Se obligó a alzar la vista hacia el carcelero—. Hay un dicho popular, Mord —añadió—: « Más rico que un Lannister... ».

Mord gruñó. El cuero siltó de nuevo y acertó a Tyrion en el rostro. El dolor fue tan brutal que no se dio cuenta de que caía, pero cuando abrió los ojos de nuevo estaba en el suelo de la celda. Le zumbaba el oido y tenía la boca llena de sangre. Intentó apoyarse para incorporarse... y la mano solo encontró el vacío. Retiró el brazo más deprisa que si lo hubiera metido en agua hirviendo, e hizo todo lo posible por no respirar. Había caído junto al borde, a un par de dedos del azul.

—¿Dices algo más? —Mord agarró la tira de cuero con las dos manos y la hizo restallar. El sonido hizo que Tyrion diera un salto. El carcelero se echó a reír.

« No me va a empujar —se dijo Tyrion, desesperado, mientras se arrastraba para alejarse del borde—. Catelyn Stark me quiere con vida; no se atreverá a matarme ». Se limpió la sangre de los labios con el dorso de la mano y sonrió.

—Eres duro, Mord. —El carcelero lo miró, sospechando una burla—. Un hombre tan fuerte como tú me sería muy útil. —La tira de cuero voló hacia él, pero Tyrion tuvo tiempo de esquivarla. Le rozó el hombro en el retroceso, nada más—. Oro —repitió, echándose hacia atrás como un cangrejo—, más oro del que verías junto en toda la vida. Oro para comprar tierras, mujeres, caballos... Serías todo un señor. Lord Mord. —Lanzó al cielo un escupitajo de sangre y flema.

—Eso no es oro —dijo Mord.

« ¡Me atiende!», pensó Tyrion.

—Cuando me capturaron me quitaron la bolsa, pero el oro sigue siendo mío. Catelyn Stark es capaz de tomar prisionero a un hombre, pero nunca se rebajaría a robarle. Eso no sería honorable. Si me ayudas, te daré todo el oro. —La correa de Mord restalló de nuevo, pero fue un golpe desganado, sin objetivo, lento, desdeñoso. Tyrion cogió la tira de cuero con la mano y la retuvo—. Y tú no correrás ningún riesgo. Solo tienes que transmitir un mensaje.

—Un mensaje —dijo el carcelero con el ceño muy fruncido, como si fuera la primera vez que oía aquellas palabras, y arrancó la correa de la mano de Tyrion.

—Eso mismo. Solo tienes que darle un recado a tu señora. Dile que... —¿Qué? ¿Qué podía inspirarle compasión a Lysa Arryn? De repente, la inspiración acudió a Tyrion Lannister—. Dile que quiero confesar mis crímenes.

Mord alzó el brazo de nuevo, y Tyrion se preparó para recibir otro golpe, pero el carcelero titubeó. Se le veía en los ojos la lucha interna entre la desconfianza y la codicia. Quería el oro, pero temía que hubiera una trampa. Era la expresión del hombre que ha caído en trampas demasiadas veces.

—Es mentira —murmuró—. El enano me quiere engañar.

—Te lo pondré por escrito —juró Tyrion. Algunos iletrados desdeñaban la escritura; otros, en cambio, sentían una especie de reverencia supersticiosa ante la palabra escrita; la consideraban una cosa mágica. Por suerte, Mord pertenecía a la última categoría.

—Escribe que me darás oro. Mucho oro.

—Sí, sí, mucho oro —le aseguró Tyrion—. Lo que hay en la bolsa no es más que el aperitivo, amigo mío. Mi hermano tiene una armadura de oro macizo. —En realidad, la armadura de Jaime era de acero recubierto con pan de oro, pero aquel imbécil sería incapaz de entender la diferencia.

Mord acarició la correa, pensativo, pero al final se ablandó y fue a buscar papel y tinta. Cuando tuvo la carta en las manos, la observó con gesto de desconfianza.

—Ahora, ve a transmitir mi mensaje —lo apremió Tyrion.

Tirataba en sueños cuando fueron a buscarnos, ya bien entrada la noche. Mord abrió la puerta, pero no dijo nada. Ser Vardis Egen despertó a Tyrion de un puntapié.

—Levántate, Gnomo. Mi señora quiere verte.

Tyrion se restregó los ojos y amagó una sonrisa que estaba lejos de sentir.

—Eso no lo dudo, pero ¿por qué crees que yo voy a querer verla a ella?

Ser Vardis frunció el ceño. Tyrion lo recordaba bien, de los años que había pasado en Desembarco del Rey como capitán de la Guardia de la Mano. Era un hombre de rostro cuadrado e inexpresivo, cabellos plateados y constitución recia,

y carente por completo de sentido del humor.

—Lo que quieras o dejes de querer no es asunto mío. Levántate o haré que te lleven a rastras.

—Vaya frío hace esta noche, ¿eh? —comentó Tyrion de pasada mientras se ponía en pie como podía—. Y en la Sala Alta hay muchas corrientes. No me gustaría pescar un resfriado. Mord, ten la amabilidad de ir a por mi capa. —El carcelero lo miró, lleno de desconfianza—. Mi capa —repitió Tyrion—. La de gatosombra que me guardas. Seguro que la recuerdas.

—Tráele la condenada capa —dijo ser Vardis.

Mord no se atrevió a protestar. Echó a Tyrion una mirada que prometía venganza, pero fue a buscar la capa. Cuando la puso en torno al cuello del prisionero, Tyrion sonrió.

—Muchas gracias. Pensaré en ti cada vez que me la ponga. —Se echó un pico de la capa sobre el hombro, y por primera vez en varios días empezó a entrar en calor—. Adelante, ser Vardis.

Cincuenta antorchas iluminaban la Sala Alta de los Arryn desde los candelabros de las paredes. Lady Lysa vestía una túnica de seda negra con el emblema de la luna y el halcón bordado en perlas sobre el pecho. No parecía el tipo de persona que pensara unirse a la Guardia de la Noche, de modo que Tyrion dedujo que la mujer pensaba que la ropa de luto era lo más adecuado para escuchar su confesión. Llevaba la larga melena caoba recogida en una trenza complicadísima que le caía sobre el hombro izquierdo. El trono más alto, a su lado, estaba vacío. Sin duda, el pequeño señor del Nido de Águilas estaría temblando en sueños. Tyrion consideró que era un pequeño detalle en su favor.

Hizo una profunda reverencia y echó un vistazo a su alrededor. Como esperaba, lady Arryn había convocado a los caballeros y sirvientes para que escucharan su confesión. Vio el rostro arrugado de ser Brynden Tully y la cara regordeta de lord Nestor Royce. Junto a Nestor se encontraba un hombre más joven, de patillas y bigotes negros, que solo podía ser su heredero, ser Albar. Había representantes de casi todas las casas principales del Valle. Tyrion advirtió la presencia de ser Lyn Corbray, esbelto como una espada; de lord Hunter, con sus piernas gotosas; de la viuda lady Waynwood, rodeada por sus hijos. Otros llevaban emblemas que no conocía: una lanza rota, una víbora verde, una torre en llamas, un cáliz con alas...

Entre los señores del Valle estaban algunos de los que lo habían acompañado durante el viaje por el camino alto. Ser Rodrik Cassel, todavía pálido y apenas recuperado de sus heridas, estaba junto a ser Willis Wode. Marillion, el bardo, tenía una lira nueva. Tyrion sonrió: le pasara lo que le pasara allí aquella noche, no quería que fuera un secreto, y el bardo sería el candidato perfecto para lanzar la historia a los cuatro vientos.

Al fondo de la sala estaba Bronn, recostado contra una columna. El guerrero

tenía los negros ojos clavados en Tyrion y la mano apoyada en el pomo de la espada. Tyrion lo miró también, pensativo...

—Se nos ha dicho que quieres confesar tus crímenes. —Catelyn Stark fue la que rompió el silencio.

—Así es, mi señora —respondió Tyrion.

—Las celdas del cielo siempre acaban por quebrantarles el ánimo. —Lysa Arryn sonrió a su hermana—. En ellas, los dioses los ven, y no hay oscuridad en la que puedan ocultarse.

—No me da la impresión de que lo tenga muy quebrantado —replicó lady Catelyn.

—Hablad —le ordenó lady Lysa a Tyrion, haciendo caso omiso de las palabras de Catelyn.

«Aquí es donde me lo juego todo», pensó él al tiempo que lanzaba otra mirada rápida en dirección a Bronn.

—¿Por dónde podría empezar? Sí, soy un hombrecillo vil, lo confieso. Damas, caballeros, mis pecados son incontables. Me he acostado con prostitutas, y no una vez, sino cientos. He deseado la muerte de mi padre, y también la de mi hermana, nuestra reina. —Alguien, a su espalda, dejó escapar una risita—. No siempre he sido bondadoso con mis sirvientes. He apostado. Me sonroja admitirlo, pero también he hecho trampas. He dicho muchas cosas crueles y maliciosas de las nobles damas y caballeros de la corte. —Aquellos provocó otra carcajada—. En cierta ocasión...

—¡Silencio! —El rostro blanco de Lysa Arryn estaba congestionado de ira—. ¡Qué hacéis, enano?

—Es evidente, mi señora. —Tyrion inclinó la cabeza hacia un lado—. Confieso mis crímenes.

—Se os acusa de enviar a un asesino a sueldo para que diera muerte en su lecho a mi hijo Bran —dijo Catelyn Stark dando un paso al frente—, y de conspirar para acabar con la vida de lord Jon Arryn, la mano del rey.

—Esos crímenes no los puedo confesar —dijo Tyrion encogiéndose de hombros—. No sé nada de ningún asesinato.

—No permitiré que os burléis de mí —dijo lady Lysa levantándose del trono de arciano—. Ya os habéis reído un rato, Gnomos. Espero que os hayáis divertido. Ser Vardis, llevadlo otra vez a las mazmorras... pero buscadle una celda más pequeña, con el suelo más inclinado.

—¿Así es como se hace justicia en el Valle? —rugió Tyrion en voz tan alta que ser Vardis se quedó paralizado un instante—. ¿Es que todo el honor se queda en la Puerta de la Sangre? Me acusáis de crímenes, niego haberlos cometido, y me encerráis en una celda a cielo abierto para que muera de frío y hambre. —Alzó la cabeza para que todos pudieran ver las magulladuras que le había hecho Mord en la cara—. ¿Dónde está la justicia del rey? ¿Acaso el Nido de Águilas no

forma parte de los Siete Reinos? Me acusáis. Muy bien. ¡Pues exijo un juicio! Permitidme hablar, y que los dioses y los hombres juzguen si lo que digo es cierto o falso.

Un murmullo recorrió la Sala Alta. Tyrion supo que había ganado. Era un noble, hijo del señor más poderoso del reino, hermano de la mismísima reina. No podían negarle un juicio. Algunos guardias con capas azul celeste habían echado a andar hacia Tyrion, pero ser Vardis les dio el alto y miró a lady Lysa.

La pequeña boca de la mujer estaba retorcida en una sonrisa crispada.

—Si os juzgamos y os declaramos culpable de los crímenes que se os atribuyen, las mismas leyes del rey dictan que paguéis con vuestra sangre. En el Nido de Águilas no tenemos verdugos que decapiten, mi señor de Lannister. Simplemente, abrimos la puerta de la Luna.

El grupo de espectadores se separó. Había una estrecha puerta de arciano entre dos columnas de mármol, y en la madera blanca se veía una medialuna. Los que se encontraban más cerca retrocedieron cuando una pareja de guardias avanzó hacia la puerta. Uno retiró los pesados barrotes de bronce, y el segundo abrió la puerta hacia dentro. La ráfaga de viento que entró aullando agitó sus capas azules. Tras la puerta se veía el cielo nocturno, salpicado de estrellas frías e impasibles.

—Contemplad la justicia del rey —dijo Lysa Arryn.

Las llamas de las antorchas se agitaron como pendones a lo largo de las paredes, y más de una se apagó.

—Lysa, no me parece buena idea —dijo Catelyn Stark mientras el viento negro azotaba la sala.

—Decís que queréis un juicio, mi señor de Lannister —continuó Lysa sin hacer caso del comentario de su hermana—. Muy bien, tendréis un juicio. Mi hijo escuchará lo que digáis, y luego vos escucharéis su sentencia. Después os podréis marchar... por una puerta o por la otra.

Parecía muy satisfecha consigo misma, y Tyrion pensó que tenía motivos para ello. La perspectiva de un juicio no le parecía amenazadora; su hijo debilucho era el juez. Tyrion echó un vistazo a la puerta de la Luna. «Haz que vuele el hombre malo», le había pedido el niño. ¿A cuántos hombres habría arrojado por aquella puerta el condenado mocoso?

—Os lo agradezco, mi señora, pero no hay por qué molestar a lord Robert —dijo Tyrion con cortesía—. Los dioses saben que soy inocente. Prefiero su veredicto al juicio de los hombres. Exijo un juicio por combate.

Las carcajadas llenaron la Sala Alta de los Arryn. Lord Nestor Royce dejó escapar un bufido, y ser Willis rio entre dientes. Ser Lyn Corbray se estremecía entre risotadas, y otros rieron tanto que se les saltaron las lágrimas. Marillion pulsó torpemente una cuerda de la lira nueva con los dedos rotos, para arrancarle una nota alegre. Hasta el viento que entraba por la puerta de la Luna parecía

silbar burlón.

Los ojos acusos de Lyra Arryn parecían inseguros. Tyrion supo que la había hecho titubear.

—Es cierto, os asiste ese derecho.

—Mi señora, os suplico que me concedáis el honor de ser el campeón de vuestra causa. —El caballero joven con la víbora verde bordada en el chaleco se había adelantado e hincado una rodilla en el suelo.

—Ese honor debe ser para mí —intervino el viejo lord Hunter—. Por el afecto que profesaba a vuestro señor esposo, permitidme vengar su muerte.

—Mi padre sirvió fielmente a lord Jon como mayordomo jefe del Valle —retumbó la voz de ser Albar Royce—. Dejadme a mí que sirva a su hijo.

—Los dioses favorecen al hombre que defiende la causa justa —intervino ser Lyn Corbray—, pero a menudo este resulta ser el que mejor maneja la espada. Y todos los presentes saben quién es el mejor —terminó con una sonrisa modesta.

Doce hombres más se levantaron para reclamar el honor, hablando todos a la vez. Tyrion suspiró, desalentando. No se había dado cuenta de que existían tantos desconocidos ansiosos por matarlo. Quizá su idea no hubiera sido tan buena.

—Os doy las gracias a todos, señores —dijo lady Lyra alzando la mano para pedir silencio—, igual que haría mi hijo si estuviera presente. No hay hombres en los Siete Reinos tan nobles y valerosos como los caballeros del Valle. Me gustaría poder concederos a todos el honor que me solicitáis. Pero solo puedo elegir a uno.

—Hizo un gesto—. Ser Vardis Egen, fuisteis la mano derecha de mi señor esposo. Seréis nuestro campeón.

Ser Vardis había guardado silencio hasta aquel momento.

—Mi señora —dijo entonces, clavando una rodilla en el suelo—. Te ruego que encomiendes a otro esta carga; yo no la deseo. Ese hombre no es ningún guerrero. Fijaos bien en él. Se trata de un enano, de la mitad de mi tamaño, y con las piernas tullidas. Me avergonzaría matar a un hombre así y llamarlo justicia.

«Excelente», pensó Tyrion.

—Estoy de acuerdo —dijo.

—Vos sois quien ha pedido este juicio por combate —repuso Lyra mirándolo.

—Y ahora pido un campeón, igual que habéis hecho vos. Sé que mi hermano Jaime estará encantado de representarme.

—Vuestro querido Matarreyes está a cientos de leguas de aquí —le espetó Lyra Arryn.

—Enviadle un pájaro. No me importa esperar a que llegue.

—Os enfrentaréis a ser Vardis mañana.

—Bardo —dijo Tyrion, volviéndose hacia Marillion—, cuando cantes tu balada sobre estos hechos, no te olvides de decir también cómo lady Arryn negó al enano el derecho a tener un campeón. Que lo obligó a enfrentarse a su mejor

guerrero, tullido, magullado y cojo como estaba.

—¡No os niego nada! —chilló Lysa Arryn con la voz tensa por la irritación—. Elegid a un campeón, Gnomos... si creéis que habrá alguien dispuesto a morir por vos.

—Si no os importa, prefiero encontrar a alguien dispuesto a matar por mí. —Tyrion recorrió la sala con la mirada. Nadie se movió. Durante un largo instante, se preguntó si no habría cometido un error colosal.

Y, en aquel momento, alguien avanzó desde el fondo de la sala.

—Yo me batiré por el enano —anunció Bronn.

Volvió a tener el mismo sueño de hacia tiempo, el de los tres caballeros con capas blancas, la torre caída y Lyanna en su lecho de sangre.

En el sueño, sus amigos cabalgaban con él, como había sucedido en la realidad: el orgulloso Martyn Cassel, padre de Jory; el fiel Theo Wull; Ethan Glover, que había sido escudero de Brandon; ser Mark Ryswell, de verbo amable y corazón bondadoso; el lacustre Howland Reed; lord Dustin a lomos de su semental alazán. Ned había conocido sus rostros tan bien como el suyo propio, pero los años habían erosionado los recuerdos, incluso aquellos que había prometido no olvidar jamás. En el sueño no eran más que sombras, espectros grises cabalgando sobre caballos de niebla.

Eran siete, y se enfrentaban a tres. En el sueño, tal como había sucedido en la realidad. Pero no eran tres jinetes cualesquiera. Habían estado esperando ante la torre redonda, con las montañas rojizas de Dorne a sus espaldas, las capas blancas ondeando al viento. Y no eran sombras; sus rostros seguían siendo claros pese al tiempo. Ser Arthur Dayne, la Espada del Amanecer, con una sonrisa triste en los labios. La empuñadura de su mandoble, *Albor*, le asomaba por encima del hombro derecho. Ser Oswell Whent tenía una rodilla hincada en el suelo y afilaba su hoja con una piedra de amolar. En su yelmo blanco, el murciélagos que era el emblema de su casa desplegaba las alas negras. Entre ellos se encontraba el torvo ser Gerold Hightower, el Toro Blanco, lord comandante de la Guardia Real.

—Os busqué en el Tridente —les dijo Ned.

—No estábamos allí —replicó ser Gerold.

—Si hubiéramos estado, el Usurpador lloraría lágrimas de sangre —dijo ser Oswell.

—Cuando cayó Desembarco del Rey, ser Jaime mató a vuestro rey con una espada dorada. ¿Dónde estabais entonces?

—Muy lejos —dijo ser Gerold—. De lo contrario, Aerys seguiría ocupando el Trono de Hierro, y nuestro falso hermano ardería en los siete infiernos.

—Bajé a Bastión de Tormentas para levantar el asedio —les dijo Ned—. Lord Tyrell y lord Redwyne rindieron sus pendones, y todos sus caballeros se arrodillaron para jurarnos lealtad. Estaba seguro de que os encontraría entre ellos.

—No nos arrodillamos tan fácilmente —señaló ser Arthur Dayne.

—Ser Willem Darry ha huido a Rocadragón con vuestra reina y con el príncipe Viserys. Pensé que habrías embarcado con ellos.

—Ser Willem es un hombre bueno y honrado —dijo ser Oswell.

—Pero no pertenece a la Guardia Real —señaló ser Gerold—. La Guardia Real no hueye.

—Ni entonces ni ahora —dijo ser Arthur. Se puso el yelmo.

—Hicimos un juramento —explicó el anciano ser Gerold.

Los espectros de Ned se situaron junto a él, con espadas de sombras en las manos. Eran siete contra tres.

—Y esto va a empezar ahora mismo —dijo ser Arthur Dayne, la Espada del Amanecer. Desenvainó a *Albor* y la sujetó con ambas manos. La hoja era blanca como el vidriolechoso; la luz hacía que pareciera tener vida.

—No —dijo Ned con voz entristecida—. Esto va a terminar ahora mismo.

En el momento en que los aceros chocaron con estruendo, alcanzó a oír la voz de Lyanna, que gritaba su nombre. Una tormenta de pétalos de rosa cayó de un cielo jalónado de sangre, azul como los ojos de la muerte.

—Lord Eddard —gritó Lyanna de nuevo.

—Te lo prometo —susurró—. Te lo prometo, Ly a...

—Lord Eddard —repitió un hombre en la oscuridad.

Eddard Stark abrió los ojos con un gemido. La luz de la luna entraba por las altas ventanas de la Torre de la Mano. Había una sombra junto a la cama.

—¿Lord Eddard?

—¿Cuánto...? ¿Cuánto tiempo? —Las sábanas estaban enredadas; tenía la pierna entabillada y escayolada. Sentía un dolor sordo en todo el costado.

—Seis días y siete noches. —La voz era la de Vayon Poole. El mayordomo le acercó una copa a los labios—. Bebed, mi señor.

—¿Qué...?

—Agua, nada más. El maestre Pyelle dijo que tendríais sed. —Ned bebió. Tenía los labios secos y agrietados. El agua le supo dulce como la miel—. El rey ha dejado órdenes —siguió Vayon Poole cuando hubo vaciado la copa—. Quiere hablar con vos, mi señor.

—Mañana —replicó Ned—. Cuando esté más fuerte. —No podía enfrentarse a Robert en aquel momento. El sueño lo había dejado débil como un gatito recién nacido.

—Mi señor —insistió Poole—, ordenó que fuerais a verlo en cuanto abrierais los ojos.

El mayordomo se fingía muy atareado encendiendo una vela en la mesilla. Ned maldijo entre dientes. La paciencia nunca había figurado entre las virtudes de Robert.

—Dile que estoy demasiado débil para ir a verlo. Si quiere hablar conmigo, será un placer recibirlo aquí. Y espero que esté durmiendo profundamente cuando lo despiertes. Llama también a... —Iba a decir «Jory», cuando lo recordó todo—. Llama también al capitán de mi guardia.

Alyn entró en el dormitorio instantes después de que saliera el mayordomo.

—¿Mi señor?

—Poole me ha dicho que han pasado seis días —dijo Ned—. Necesito saber

cómo está la situación.

—El Matarreyes ha huido de la ciudad —relató Alyn—. Se dice que ha ido a Roca Casterly para unirse al ejército de su padre. Todo el mundo comenta cómo lady Catelyn tomó prisionero al Gnomo. He puesto guardias adicionales; espero que os parezca bien.

—Por supuesto —asintió Ned—. ¿Y mis hijas?

—Han estado con vos día y noche, mi señor. Sansa reza en silencio, pero Arya... —Titubeó un instante—. No ha dicho ni una palabra desde que os trajeron. Es una verdadera fiera, mi señor. Jamás había visto tanta ira en una niña.

—Pase lo que pase —dijo Ned—, quiero que mis hijas estén a salvo. Esto no ha hecho más que empezar.

—No les sucederá nada, lord Eddard —dijo Alyn—. Las protegeré con mi vida.

—Jory y los demás...

—Entregamos sus cuerpos a las hermanas silenciosas para que los llevaran al norte, a Invernalia. A Jory le habría gustado reposar junto a su abuelo.

Tendría que ser junto a su abuelo, porque el padre de Jory estaba enterrado mucho más al sur. Martyn Cassel había perecido, junto con todos los demás. Después, Ned había derribado la torre, y con sus piedras ensangrentadas había alzado ocho túmulos sobre el risco. Según se decía, Rhaegar llamaba a aquel lugar *la torre de la alegría*, pero para él únicamente tendría ya siempre recuerdos amargos. Habían sido siete contra tres, pero solo dos de su grupo sobrevivieron: el propio Eddard Stark y el menudo lacustre, Howland Reed. Volver a tener aquel viejo sueño tras tantos años no era un buen presagio.

—Bien hecho, Alyn —decía Ned cuando regresó Vayon Poole.

—Ha llegado su alteza, mi señor —dijo el mayordomo con una profunda reverencia—; viene con la reina.

Ned se incorporó un poco, e hizo una mueca al sentir el dolor de la pierna. No había esperado recibir también a Cersei. Tampoco aquello auguraba nada bueno.

—Hacedlos pasar y dejadnos a solas. Lo que hablemos no debe salir de aquí.

Poole se retiró en silencio.

Robert había tenido tiempo de vestirse. Llevaba un jubón de terciopelo negro, con el venado coronado de los Baratheon bordado en el pecho con hilo de oro, y una capa a cuadros dorados y negros. Sostenía una frasca de vino en la mano y ya tenía el rostro congestionado por la bebida. Tras él entró Cersei Lannister, con una diadema enjoadada en el pelo.

—Altezas —saludo Ned—. Os ruego que me perdonéis. No puedo levantarme.

—No importa —replicó el rey en tono seco—. ¿Un poco de vino? Es del Rejo. Buena cosecha.

—Una copa pequeña —dijo Ned—. Todavía tengo la cabeza espesa por la leche de la amapola.

—En vuestro lugar, cualquier otro hombre se consideraría afortunado por tener todavía una cabeza sobre los hombros —declaró la reina.

—Cállate, mujer —le espetó Robert. Le tendió a Ned una copa de vino—. ¿Te sigue doliendo la pierna?

—Un poco —asintió Ned. La cabeza le daba vueltas, pero no podía reconocer su debilidad delante de la reina.

—Pycelle dice que se te va a curar bien. —Robert frunció el ceño—. Doy por supuesto que ya sabes qué ha hecho Catelyn.

—Así es. —Ned bebió un trago de vino—. Mi señora esposa no es culpable de nada, alteza. Todo lo que ha hecho ha sido siguiendo mis instrucciones.

—No estoy nada contento, Ned —gruñó Robert.

—¿Qué derecho creéis que tenéis a ponerle las manos encima a mi familia? —restalló Cersei—. ¿Quién os creéis que sois?

—La mano del rey —respondió Ned con cortesía gélida—. El hombre al que vuestro señor esposo encomendó la misión de defender la paz del rey y llevar a cabo la justicia del rey.

—Erais la mano —empezó Cersei—. Pero ahora...

—¡Silencio! —rugió el rey—. Le has hecho una pregunta y te ha respondido.

—Cersei cerró la boca, pálida de ira, y Robert se volvió de nuevo hacia Ned—. Hablas de defender la paz del rey. ¿Así es como defiendes mi paz, Ned? Han muerto siete hombres...

—Ocho —lo corrigió la reina—. Tregar ha muerto esta mañana por las heridas que le causó lord Stark.

—Secuestros en el camino Real y peleas de borrachos en mis calles —dijo el rey—. No pienso tolerarlo, Ned.

—Catelyn tenía buenos motivos para detener al Gnomo...

—¡He dicho que no pienso tolerarlo! Al infierno con sus motivos. Le ordenarás a tu mujer que libere al enano de inmediato y harás las paces con Jaime.

—Tres de mis hombres fueron asesinados ante mis ojos porque Jaime Lannister quería castigarme. ¿Prendes que lo olvide?

—Mi hermano no inició esa disputa —le dijo Cersei al rey—. Lord Stark regresaba borracho de un burdel. Sus hombres atacaron a Jaime y a sus guardias, igual que su esposa atacó a Tyrion en el camino Real.

—Me conoces bien, Robert —dijo Ned—. Y si dudas de mí, pregunta a lord Baelish. Iba con nosotros.

—Ya he hablado con Meñique —replicó Robert—. Asegura que fue a buscar a los capas doradas antes de que empezara la pelea, pero reconoce que volvías de algún prostíbulo.

—¿De algún prostíbulo? ¡Maldita sea, Robert, fui a ver a tu hija! Su madre la ha llamado Barra. Se parece a la primera hija que tuviste, en el Valle, cuando éramos niños. —Mientras hablaba, observaba el rostro de la reina; la cara de la mujer era una máscara pálida y rígida, que no dejaba traslucir nada. Robert, en cambio, se sonrojó.

—Barra —gruñó—. Y supongo que pensará que eso me complace. Maldita chica, pensé que tenía más sentido común.

—No tiene más de quince años, es una prostituta, y ¿pensabas que tenía más sentido común? —preguntó Ned, incrédulo. La pierna empezaba a dolerle mucho. Le costaba contener la ira—. Esa niña tonta está enamorada de ti, Robert.

—Esta conversación no es apropiada para los oídos de la reina —dijo el rey echándole una mirada a Cersei.

—A vuestra alteza no le gustará nada de lo que yo pueda decir —replicó Ned—. Me han dicho que el Matarreyes ha huido de la ciudad. Dame permiso para obligarlo a volver, y que se haga justicia.

—No —dijo el rey después de hacer girar el vino en la copa, pensativo, y beber un trago—. Y no quiero oír más sobre este tema. Jaime mató a tres de tus hombres, y tú, a cinco de los suyos. Punto final.

—¿Esa es tu idea de la justicia? —estalló Ned—. En ese caso, me alegro de no ser ya la mano.

—Si cualquier hombre hubiera osado hablar a un Targaryen como él te ha hablado a ti... —La reina miraba a su esposo.

—¿Acaso me tomas por Aerys? —la interrumpió Robert.

—Te tomaba por un rey. Por las leyes del matrimonio y los lazos que nos unen, Jaime y Tyrion son tus hermanos. Los Stark han hecho huir a uno y han secuestrado al otro. Este hombre te deshonra cada vez que respira, y tú le preguntas que si le duele la pierna y si quiere vino.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que te calles, mujer? —El rostro de Robert estaba desfigurado por la ira.

—Los dioses jugaron con nosotros dos —dijo Cersei; en su rostro se reflejaba un mundo de desprecio—. Yo debería vestir una cota de malla, y tú, llevar faldas.

El rey, rojo de ira, le asentó un violento golpe con el dorso de la mano. Cersei Lannister se tambaleó contra una mesa y cayó al suelo, pero no dejó escapar ni una lágrima. Se llevó los finos dedos a la mejilla magullada, donde la piel blanca empezaba ya a enrojecerse. Al día siguiente, el moretón le cubriría la mitad del rostro.

—Luciré esto como símbolo de honor —anunció.

—Pues lúcelo en silencio, o te honraré de nuevo —juró Robert. Llamó al guardia a gritos. Ser Meryn Trant, alto y sombrío en su armadura blanca, entró en la estancia—. La reina está cansada. Acompáñala a su dormitorio.

El caballero ayudó a Cersei a ponerse en pie, y la acompañó sin decir

palabra.

—Ya has visto lo que me hace esa mujer, Ned. —Robert cogió la jarra, volvió a llenarse la copa y se sentó, con la copa de vino en la mano—. Mi querida esposa. La madre de mis hijos. —La ira se había esfumado. Ned vio en sus ojos tristeza y miedo—. No debería haberla golpeado. No ha sido... No ha sido propio de un rey. —Bajó la vista y se examinó las manos como si se las viera por primera vez—. Siempre he sido fuerte..., nadie podía conmigo, nadie. Pero ¿cómo se pelea con alguien a quien no se puede golpear? —El rey sacudió la cabeza, confuso—. Rhaegar... Maldita sea, Rhaegar venció. Yo lo maté, Ned, le traspasé la armadura negra hasta su negro corazón, murió a mis pies. Se compusieron canciones sobre aquello. Pero, aun así, venció. Ahora, él tiene a Lyanna, y yo la tengo a ella. —Vació su copa.

—Alteza —empezó Ned Stark—, tenemos que hablar.

—Estoy harto de hablar, harto. —Robert se apretó las sienes con los dedos—. Mañana iré a cazar al bosque Real. Sea lo que sea lo que quieras decirme, tendrá que esperar hasta mi regreso.

—Si los dioses son bondadosos, no estaré aquí cuando regreses. Me ordenaste volver a Invernalia, ¿recuerdas?

—Los dioses no son bondadosos, Ned. —Robert se levantó. Tuvo que agarrarse a un poste de la cama para mantener el equilibrio—. Toma, esto es tuyo. —Se sacó de un bolsillo del forro de la capa el pesado broche de plata en forma de mano, y lo tiró sobre la cama—. Te guste o no, eres mi mano. Te prohíbo que te vayas.

—La chica, la Targaryen... —Ned cogió el broche de plata. Por lo visto, no le dejaba ninguna elección. La pierna le dolía horriblemente, y se sentía impotente como un bebé.

El rey dejó escapar un gemido.

—Por los siete infiernos, no empieces con ella otra vez. Está decidido. No pienso discutirlo más.

—¿Por qué quieres que sea la mano, si te niegas a escuchar mis consejos?

—¿Por qué? —Robert se echó a reír—. ¿Y por qué no? Alguien tiene que gobernar este maldito reino. Ponte el broche, Ned. Te sienta muy bien. Y si alguna vez vuelves a tirármelo a la cara, te juro que se lo pondré a Jaime Lannister.

El cielo del este se tiñó de rosa y oro a medida que el sol salía sobre el Valle de Arryn. Catelyn Stark, con las manos apoyadas en la piedra tallada del antepecho de la ventana, contempló cómo la luz se difundía y el mundo pasaba del negro al añil y luego al verde, a medida que el amanecer avanzaba por los prados y bosques. De las Lágrimas de Alyssa ascendían jirones de bruma blanca, allí donde las aguas fantasmales caían por la ladera de la montaña e iniciaban el largo descenso por la Lanza del Gigante. Catelyn sentía en el rostro el roce de algunas gotas.

Alyssa Arryn había visto morir asesinados a su esposo, a sus hermanos y a todos sus hijos, pero en vida jamás derramó una lágrima. Por eso, los dioses habían decretado que, tras su muerte, no conociera el descanso hasta que su llanto empapase la tierra negra del Valle bajo la que yacían los hombres a los que había amado y enterrado. Alyssa llevaba muerta seis mil años, y ni una gota del torrente había llegado jamás al suelo del valle, tan abajo. Catelyn se preguntó cómo sería la catarata de sus lágrimas cuando muriese.

—Cuéntame todo lo demás —dijo.

—El Matarreyes está reuniendo sus huestes en Roca Casterly —respondió ser Rodrik Cassel, en la habitación, a su espalda—. Vuestro hermano nos escribe que ha enviado jinetes a la Roca para exigirle a lord Tywin que explique sus intenciones, pero no ha obtenido ninguna respuesta. Edmure les ha ordenado a lord Vance y lord Piper que guarden el paso bajo el Colmillo Dorado. Os jura que no cederá ni un codo de tierra Tully sin antes regarlo con sangre Lannister.

Catelyn se apartó del amanecer. Tanta belleza no bastaba para aliviar su sombrío humor; era una crueldad que un día comenzara con tanta hermosura y fuera a terminar de manera tan horrible como todo indicaba.

—Edmure ha enviado jinetes y ha hecho juramentos —dijo—. Pero no es el señor de Aguasdulces. ¿Qué pasa con mi padre?

—El mensaje no menciona a lord Hoster, mi señora. —Ser Rodrik se tironeó de los bigotes. Mientras se recuperaba de las heridas, le habían vuelto a crecer, blancos como la nieve e hirsutos como un espino. Casi volvía a ser el mismo de antes.

—Mi padre no dejaría la defensa de Aguasdulces en manos de Edmure a menos que estuviera muy enfermo —señaló, preocupada—. Deberíais haberme despertado en cuanto ha llegado el pájaro.

—Vuestra señora hermana ha pensado que sería mejor dejaros dormir. Me lo ha dicho el maestre Colemon.

—Deberíais haberme despertado —insistió.

—Según el maestre, vuestra hermana pensaba hablar con vos después del combate —dijo ser Rodrik.

—¿Así que piensa seguir adelante con esta payasada? —Catelyn hizo una mueca—. El enano la ha hecho bailar a su son y ella está tan sorda que no oye la música. Suceda lo que suceda esta mañana, debemos partir enseguida, ser Rodrik Mi lugar está en Invernalia, al lado de mis hijos. Si os sentís con fuerzas para viajar, le pediré a Lysa que nos proporcione escolta hasta Puerto Gaviota. Desde allí seguiremos en barco.

—¿Otra vez en barco? —Ser Rodrik se puso algo verde, pero consiguió no estremecerse—. Como ordenéis, mi señora.

El anciano caballero aguardó tras la puerta mientras Catelyn llamaba a las criadas que Lysa le había asignado. Si hablaba con su hermana antes del duelo, quizás consiguiera que cambiara de opinión, pensó mientras la vestían. Los planes de Lysa cambiaban según sus estados de ánimo, y sus estados de ánimo cambiaban a cada hora. La niña tímida que había sido en Aguasdulces se había convertido con los años en una mujer que era, a ratos, orgullosa, miedosa, cruel, soñadora, despiadada, tímida, testaruda, soberbia y, sobre todo, inconstante.

Cuando el repugnante carcelero de Lysa había acudido a ellas para decirles que Tyrion Lannister quería confesar, Catelyn suplicó a su hermana que hablaran con el enano en privado; pero no, ella tenía que hacer de aquello un espectáculo ante la mitad del Valle. Y así habían ido las cosas...

—Lannister es mi prisionero —le dijo a ser Rodrik mientras bajaban por las escaleras de la torre, en dirección a los frios salones blancos del Nido de Águilas. Catelyn vestía una sencilla túnica de algodón con cinturón plateado—. Habrá que recordárselo a mi hermana.

Junto a la entrada de las habitaciones de Lysa se encontraron con su tío, que salía hecho una furia.

—¿Vas a unirte al festival de los locos? —gritó ser Brynden—. Te diría que le dieras una buena bofetada a ver si se le metía algo de sentido común en la cabeza, pero no serviría de nada; solo te magullarías la mano.

—Ha llegado un pájaro de Aguasdulces —empezó Catelyn—. Con una carta de Edmure...

—Ya lo sé, pequeña. —El pez negro con que se abrochaba la capa era la única concesión que Brynden hacía en cuestión de ornamentos—. He tenido que enterarme a través del maestre Colemon. Le he pedido a tu hermana que me dejara partir con un millar de jinetes para ir inmediatamente a Aguasdulces. ¿Y sabes qué me ha dicho? «El Valle no puede prescindir ahora de mil espadas, no puede prescindir ni de una espada, tío. Eres el Caballero de la Puerta. Tu lugar está aquí». —Del otro lado de la puerta les llegó el sonido de una carcajada infantil. Su tío volvió la cabeza para mirar, sombrío—. Le he dicho que más vale que se vaya a buscando otro Caballero de la Puerta. Pez negro o no, sigo siendo un Tully. Me marcharé a Aguasdulces antes de que anochezca.

—Solo? —Catelyn no se molestó en fingir sorpresa—. Sabes tan bien como

yo que no sobrevivirías en el camino alto. Ser Rodrik y yo vamos a volver a Invernalia. Ven con nosotros, tío. Yo te daré mil hombres. Aguas dulces no tendrá que luchar a solas.

—Como tú digas —asintió Brynden con gesto brusco después de meditar un instante—. Es el camino más largo para volver a casa, pero así al menos llegaré. Te espero abajo. —Se alejó a zancadas, con la capa ondeando a la espalda.

Catelyn intercambió una mirada con ser Rodrik. Ambos se encaminaron hacia el lugar de donde procedían las nerviosas risitas infantiles.

Las habitaciones de Lysa daban a un pequeño jardín, un círculo de tierra y hierba con flores azules, rodeado de altas torres blancas. Los constructores habían intentado que fuera un bosque de dioses, pero el Nido de Águilas reposaba sobre la piedra dura de la montaña, y por mucha tierra fértil que acarrearan desde el Valle, no consiguieron que arraigara ningún arciano. De manera que los señores del Nido de Águilas plantaron hierba y distribuyeron unas cuantas estatuas entre los arbustos bajos. Allí se reunirían los dos campeones, para poner sus vidas y la de Tyrion Lannister en las manos de los dioses.

Lysa, con el pelo recién cepillado y envuelta en una túnica de terciopelo color crema, con un collar de zafiros y adularias que le rodeaba el cuello lechoso, daba audiencia en una terraza desde la que se divisaba el lugar del combate, rodeada por sus caballeros, pretendientes, grandes señores y señores de mediana importancia. Muchos de ellos seguían teniendo la esperanza de poder casarse con ella, llevarla a la cama y gobernar a su lado el Valle de Arryn. Por lo que había visto Catelyn durante su estancia en el Nido de Águilas, era una esperanza vana.

Se había erigido una plataforma de madera para elevar el trono de Robert. Y allí estaba el señor del Nido de Águilas, entre risitas y palmoteos, mientras un titiritero jorobado vestido con abigarradas ropas azules y blancas hacía que dos marionetas de madera se lanzaran tajos y estocadas. Se habían dispuesto jarras de nata espesa y cestas de moras, y los invitados bebían vino dulce aromatizado con naranja en copas de plata labrada. El festival de los locos, como lo había llamado Brynden, con toda razón.

Al otro lado de la terraza, Lysa reía alegremente alguna broma de lord Hunter, y mordisqueaba una mora en la punta del puñal de ser Lyn Corbray. Eran los pretendientes favoritos de Lysa... al menos aquel día. A Catelyn le habría costado decidir cuál de los dos hombres era menos adecuado. Eon Hunter era aún más viejo que Jon Arryn; la gota lo tenía casi imposibilitado y cargaba con la maldición de tres hijos pendencieros y a cuál más codicioso. Ser Lyn era un loco de otro tipo: delgado, atractivo, heredero de una casa antigua pero venida a menos, engreído, temerario, de genio vivo... y, según se decía, su desinterés por los encantos íntimos de las mujeres era notorio.

Lysa vio a Catelyn y la recibió con un abrazo fraternal y un beso húmedo en cada mejilla.

—Qué mañana tan bonita, ¿verdad? Los dioses nos sonríen. Toma una copa de vino, mi querida hermana. Lord Hunter ha tenido la amabilidad de hacer que lo subieran de sus bodegas.

—No, gracias. Tenemos que hablar, Lysa.

—Luego —le prometió su hermana, al tiempo que empezaba a volverse.

—Ahora. —Catelyn habló más alto de lo que pretendía. Los hombres se volvieron para mirarla—. No puedes seguir adelante con esta locura, Lysa. El Gnomo tiene valor solo mientras siga vivo. Muerto no vale ni como carroña para los cuervos. Y si venciera su campeón...

—Es poco probable, mi señora —la tranquilizó lord Hunter, palmeándole la espalda con una mano llena de manchas—. Ser Vardis es un guerrero valeroso. Dará buena cuenta del mercenario.

—¿Estáis seguro, mi señor? —replicó Catelyn con frialdad—. Yo, no tanto. —Ella había visto pelear a Bronn en el camino alto; no era ninguna casualidad que hubiera sobrevivido a un viaje que se había cobrado las vidas de tantos otros. Se movía como una pantera, y su espada oxidada parecía formar parte de su brazo.

Los pretendientes de Lysa se estaban arremolinando en torno a ellos como abejas junto a una flor.

—Las mujeres no entienden de estas cosas —dijo ser Morton Waynwood—. Mi querida señora, ser Vardis es un caballero. El otro, en cambio, es... Bueno, los hombres como él son cobardes, en el fondo. Resultan muy útiles en una batalla, cuando están rodeados de miles de tipos como ellos, pero en cuanto se quedan solos pierden toda la hombría.

—Supongamos que tenéis razón —dijo Catelyn con una cortesía que le dolía en la boca—. ¿Qué ganaremos con la muerte del enano? ¿Creéis que a Jaime le importaría un bledo que juzgáramos a su hermano antes de despeñarlo?

—Pues lo decapitaremos —sugirió ser Lyn Corbray—. Cuando el Matarreyes reciba la cabeza del Gnomo lo tomará como una advertencia.

—Lord Robert quiere ver cómo vuela —dijo Lysa, impaciente, sacudiendo la melena suelta que le llegaba a la cintura como si con aquello zanjara el asunto—. Y nadie tiene la culpa más que el Gnomo. Él fue quien exigió un juicio por combate.

—Lady Lysa no podía negarse de manera honorable, ni aunque lo hubiera deseado —entonó lord Hunter, parsimonioso.

Catelyn hizo caso omiso de los aduladores y concentró todas las energías en su hermana.

—Te recuerdo que Tyrion Lannister es mi prisionero.

—¡Y yo te recuerdo que el enano asesinó a mi señor esposo! —chilló ella—. ¡Envenenó a la mano del rey, dejó huérfano a mi pequeñín, y quiero que lo pague muy caro! —Lysa se volvió bruscamente y se dirigió hacia el otro extremo de la terraza. Ser Lyn, ser Morton y el resto de los pretendientes hicieron

una fría reverencia a Catelyn y corrieron tras ella.

—¿Creéis que fue así? —le preguntó en voz baja ser Rodrik cuando volvieron a estar a solas—. ¿Pensáis que mató a lord Jon? El Gnomo lo niega, y parece sincero...

—Creo que los Lannister asesinaron a lord Arryn —respondió Catelyn—. Pero no sé si fue Tyrion, ser Jaime, la reina o todos a la vez. —Lysa había nombrado a Cersei en la carta que enviara a Invernalia, pero en aquellos momentos parecía convencida de que el asesino había sido Tyrion..., quizás porque el enano estaba allí, a su alcance, mientras que la reina se encontraba a salvo tras los muros de la Fortaleza Roja, a cientos de leguas hacia el sur. Catelyn casi deseaba haber quemado la carta de su hermana antes de leerla.

—Veneno... —Ser Rodrik se tironeó de los bigotes—. Sí, claro, podría ser cosa del enano. O de Cersei. Se dice que el veneno es arma de mujer, y perdonad que lo diga, mi señora. En cambio, el Matarreyes... No me gusta ese hombre, pero no es el tipo de persona que haría algo así. Le gusta demasiado ver su espada dorada manchada de sangre. ¿Fue veneno, mi señora?

—¿Cómo si no habrían hecho que pareciera muerte natural? —Catelyn frunció el ceño, algo intranquila. Tras ellos, lord Robert gritó divertido cuando una de las marionetas en forma de caballero cortó a la otra por la mitad, derramando sobre la terraza una lluvia de serrín teñido de rojo. Miró a su sobrino y suspiró—. A ese niño le hace falta mucha disciplina. Si no lo apartan de su madre una buena temporada, nunca será capaz de gobernar.

—Su señor padre habría estado de acuerdo con vos —dijo una voz junto a su codo. Catelyn se volvió. El maestre Colemon estaba a su lado, con una copa de vino en la mano—. Pensaba enviar al chico de pupilo a Rocadragón, ¿sabéis? Oh, pero estoy hablando demasiado... —La nuez le subía y le bajaba tras la papada. Estaba muy nervioso—. Me temo que he abusado del excelente vino de lord Hunter. Solo pensar en el derramamiento de sangre me pone los nervios de punta...

—Os equivocáis, maestre —dijo Catelyn—. Iba a enviarlo a Roca Casterly, no a Rocadragón, y todo eso se acordó tras la muerte de la mano, sin el consentimiento de mi hermana.

El maestre sacudió la cabeza con energía. Tenía el cuello tan largo que casi parecía una marioneta él también.

—No, mi señora, tengo que llevaros la contraria, pero fue lord Jon quien...

Abajo empezó a sonar una campana. Los grandes señores, y también las sirvientas, interrumpieron lo que hacían y se acercaron a la balaustrada. Abajo, dos guardias enfundados en capas celestes acompañaban a Tyrion Lannister. El regordete septón del Nido de Águilas lo escoltó hasta la estatua erigida en el centro del jardín, una mujer llorosa, tallada en mármol blanco veteado, que con toda seguridad representaba a Alyssa.

—El hombrecillo malvado —dijo lord Robert, con una risita tonta—. Madre, ¿puedo hacerlo volar? Quiero verlo volar.

—Más tarde, mi pequeñín —le prometió Lysa.

—Primero, el juicio —pronunció, cansino, ser Lyn Corbray—, y después, la ejecución.

Un momento más tarde, los dos campeones aparecieron por lados opuestos del jardín. El caballero contaba con la asistencia de dos escuderos jóvenes; el mercenario, con la del maestro de armas del Nido de Águilas.

Ser Vardis Egen vestía de acero de la cabeza a los pies: llevaba una pesada armadura articulada sobre una cota de malla y una sobrecota acolchada. Grandes rondellas circulares, esmaltadas en colores crema y azul, con el sello de la luna y el halcón de la casa Arryn, protegían la articulación vulnerable donde el brazo se unía al tórax. Una faldilla de metal articulado lo cubría desde la cintura hasta medio muslo, y tenía la garganta protegida por un gorjal macizo. De las sienes del yelmo brotaban las alas del halcón, y el visor era un afilado pico de metal con una estrecha ranura para los ojos.

Bronn llevaba una armadura tan ligera que, al lado del caballero, parecía casi desnudo. Llevaba solamente una camisa de anillas de hierro sobre cuero curtido, un medio yelmo redondo, de acero, con un protector para la nariz, y una cofia de malla. Botas altas de cuero con espinilleras de acero le protegían las piernas hasta cierto punto, y en los dedos de los guantes llevaba cosidos discos de hierro negro. No obstante, Catelyn se dio cuenta de que el mercenario era un palmo más alto que su oponente, con más alcance... y, a primera vista, aparentaba quince años menos.

Se arrodillaron sobre la hierba, bajo la mujer llorosa, uno frente al otro, con Lannister entre ambos. El septón extrajo una esfera de vidrio facetado de la bolsa de tela que llevaba en la cintura. La levantó por encima de su cabeza y la luz se fragmentó. Sobre el rostro del Gnomo aparecieron arcoíris danzantes. Con voz alta, solemne y melódica, el septón rogó a los dioses que miraran abajo y sirvieran de testigos para encontrar la verdad en el alma de aquel hombre, para concederle la vida y la libertad si era inocente, y la muerte si era culpable. Su voz retumbó contra las torres circundantes.

Cuando el último eco desapareció, el septón bajó el vidrio y se marchó presuroso. Tyrion se inclinó y susurró algo al oído de Bronn antes de que los guardias se lo llevaran. El mercenario se incorporó riendo y se sacudió una brizna de hierba de la rodilla.

Robert Arryn, señor del Nido de Águilas y Defensor del Valle, se agitaba con impaciencia en su trono elevado.

—¿Cuándo van a combatir? —preguntó, plañidero.

Un escudero de ser Vardis lo ayudó a ponerse en pie. El otro le entregó un escudo triangular, de algo más de dos codos de alto, de grueso roble con clavos

de hierro. Se lo ataron al antebrazo izquierdo. Cuando el maestro de armas de Lysa le ofreció un escudo similar a Bronn, el mercenario escupió y lo rechazó con un gesto. Una basta barba de tres días le cubría la mandíbula y los pómulos, pero si no se había afeitado no era por falta de una cuchilla: el filo de su espada tenía el destello peligroso del acero que ha sido afilado durante horas, cada día, hasta resultar tan cortante que no se puede ni tocar.

Ser Vardis extendió la mano, enfundada en un guantelete, y su asistente le entregó una espada larga de doble filo. En la hoja habían cincelado la delicada imagen de un cielo montañoso; el puño era la cabeza de un halcón; la guarda tenía forma de alas.

—Hice que forjaran esa espada para Jon en Desembarco del Rey —les dijo Lysa con orgullo a sus huéspedes, que observaban cómo ser Vardis lanzaba un tajo de práctica—. La llevaba siempre que se sentaba en el Trono de Hierro, en el palacio del rey Robert. ¿No es preciosa? Creo que es adecuado que nuestro campeón vengue a Jon con su espada.

La magnífica hoja, con adornos de plata, era sin duda hermosísima, pero a Catelyn le pareció que ser Vardis se habría sentido más cómodo con su espada. Pero no dijo nada; estaba harta de discusiones inútiles con su hermana.

—¡Haced que combatan! —exigió lord Robert.

Ser Vardis miró al señor del Nido de Águilas y levantó la espada, a guisa de saludo.

—¡Por el Nido de Águilas y el Valle!

A Tyrion Lannister lo habían sentado en un balcón, al otro lado del jardín, flanqueado por sus guardias. A él se volvió Bronn con un saludo apresurado.

—Esperan vuestra orden —dijo lady Lysa a su señor hijo.

—¡Combatid! —gritó el chico, con los brazos temblorosos y las manos aferradas a la silla como garfios.

Ser Vardis giró, levantando el pesado escudo. Bronn se dispuso a hacerle frente. Las espadas chocaron una, dos veces, probando las fuerzas. El mercenario retrocedió un paso. El caballero lo persiguió, con el escudo levantado ante sí. Lanzó un tajo, pero Bronn retrocedió, poniéndose fuera de su alcance, y la hoja plateada solamente cortó el aire. Bronn se movió hacia su derecha. Ser Vardis se desplazó para seguirlo, con el escudo entre ambos. El caballero avanzaba pisando con cuidado el suelo irregular. El mercenario retrocedía, con una leve sonrisa en los labios. Ser Vardis atacó, lanzando estocadas, pero Bronn retrocedió subiéndose de un pequeño salto a una piedra cubierta de musgo. El mercenario giró a la izquierda, apartándose del escudo, aproximándose al flanco desprotegido del caballero. Ser Vardis intentó un ataque a las piernas, pero no llegó. Bronn siguió danzando hacia su izquierda. Ser Vardis giró en el sitio.

—Ese hombre es un cobarde —declaró lord Hunter—. ¡Detente y pelea, miserable! —Varias voces se hicieron eco de aquel sentimiento.

Catelyn miró a ser Rodrik. Su maestro de armas sacudió brevemente la cabeza.

—Quiere que ser Vardis lo persiga. El peso de la armadura y el escudo agotarían hasta al más fuerte de los hombres.

Ella había visto a los hombres practicar con la espada casi todos los días de su vida, había presenciado medio centenar de torneos, pero aquello era algo diferente y más letal: un baile, donde la menor equivocación en un paso significaba la muerte. Y mientras observaba, el recuerdo de otro duelo en otra época acudió a la memoria de Catelyn Stark, tan vívidamente como si hubiera ocurrido el día anterior.

Habían luchado en el patio inferior de Aguasdulces. Cuando Brandon vio que Petyr únicamente llevaba el yelmo, el peto y la cota de malla, se quitó casi toda la armadura. Petyr le había pedido a ella una prenda para llevarla, pero Catelyn lo había rechazado. Su señor padre la había prometido a Brandon Stark, y fue a él a quien dio su prenda, un pañuelo azul claro en el que había bordado la trucha saltarina de Aguasdulces. Mientras se lo ponía en la mano, miró a Brandon, suplicante.

—Solo es un niño tonto, pero lo quiero como a un hermano. Me causaría dolor verlo morir —le dijo.

Su prometido la miró con los fríos ojos grises de los Stark, y le prometió no matar al chico que la amaba.

Aquel combate terminó casi nada más empezar. Brandon era un hombre hecho y derecho, e hizo retroceder a Meñique a lo largo del patio hasta la escalera que llevaba al agua, descargando el acero sobre él a cada paso, hasta que el chico quedó tambaleándose y sangrando por una docena de heridas. «¡Ríndete!», le gritó en varias ocasiones, pero Petyr se limitaba a hacer un gesto de negación y seguía combatiendo, sombrío. Cuando el río les lamía ya los tobillos, Brandon puso punto final al duelo con un tajo de revés, que cortó el cuero recubierto de anillas de acero de Petyr y le produjo una herida en la carne blanda, bajo las costillas, tan profunda que Catelyn creyó que sería mortal. Mientras caía, el chico la miró y murmuró: «Cat». La sangre, brillante, le fluía entre los dedos, recubiertos de malla. Catelyn pensaba que ya se había olvidado de aquello.

Fue la última vez que vio su rostro... hasta el día en que la llevaron ante él, en Desembarco del Rey.

Habían transcurrido dos semanas antes de que Meñique tuviera fuerzas suficientes para abandonar Aguasdulces, pero su padre, el señor, le prohibió visitarlo en la torre, donde yacía. Lysa ayudó a su maestre a cuidarlo; era más callada y retraída en aquella época. Edmure también fue a visitarlo, pero Petyr lo echó. Su hermano había actuado como escudero de Brandon en el duelo y Meñique no se lo perdonaba. Tan pronto como tuvo fuerzas suficientes para ser

transportado, lord Hoster Tully envió fuera a Petyr Baelish, en una litera cerrada, para que concluyera su restablecimiento en los Dedos, en la roca batida por el viento que lo había visto nacer.

El sonido de acero contra acero llevó a Catelyn de regreso al presente. Ser Vardis atacaba con fuerza a Bronn, lanzándose sobre él con el escudo y la espada. El mercenario retrocedía, vigilando cada estocada, pisando con agilidad las rocas y las raíces, con los ojos siempre clavados en su adversario. Catelyn vió que era más rápido: la espada plateada del caballero nunca estuvo próxima a tocarlo, pero su hoja, de un gris desagradable, había dibujado una muesca en la placa de hombro de ser Vardis.

Aquel choque momentáneo terminó tan rápidamente como había empezado cuando Bronn dio un paso lateral y se deslizó tras la estatua de la mujer llorosa. Ser Vardis lanzó una estocada al lugar donde había estado el mercenario, arrancando una esquirla del muslo de mármol blanco de Alyssa.

—No están combatiendo bien, Madre —se quejó el señor de Nido de Águilas—. Quiero que peleen.

—Lo harán, mi pequeñín —lo consoló la madre—. El mercenario no se puede pasar todo el día huyendo.

Algunos de los nobles que se encontraban en la terraza de Lysa hacían bromas injuriosas mientras volvían a llenar sus copas de vino, pero desde el otro lado del jardín, los ojos desiguales de Tyrion Lannister vigilaban el baile de los campeones como si nada más importara en el mundo.

Bronn salió de detrás de la estatua con rapidez y decisión, moviéndose aún a la izquierda, y lanzó un mandoblanco al costado derecho del caballero, que no estaba protegido por la armadura. Ser Vardis lo paró con torpeza, y la espada del mercenario, con un destello, subió buscando la cabeza. Sonó el metal, y un ala del halcón cayó con un crujido. Ser Vardis dio medio paso atrás para afirmar el cuerpo y levantó el escudo. Cuando la estocada de Bronn chocó contra la madera, saltaron astillas de roble. El mercenario dio un paso más a la izquierda, separándose del escudo, y golpeó a ser Vardis en el estómago. La espada dejó un corte amplio en el peto del caballero.

Ser Vardis se apoyó en el pie que mantenía detrás, mientras su espada plateada descendía en un arco brutal. Bronn logró apartarla y, de un salto, se alejó. El caballero cayó sobre la mujer llorosa, haciendo que se balanceara sobre su pedestal. Perplejo, retrocedió, moviendo la cabeza hacia uno y otro lado, mientras buscaba a su oponente. La ranura del visor de su yelmo reducía su campo de visión.

—¡Detrás de vos! —le gritó lord Hunter, demasiado tarde.

Bronn dejó caer su espada con ambas manos, golpeando el brazo con el que ser Vardis manejaba la espada. El fino metal articulado que protegía el codo crujió. El caballero soltó un gruñido y levantó el arma. En aquella ocasión, Bronn

no retrocedió. Las espadas chocaron, y el canto del acero llenó el jardín y resonó contra las torres blancas del Nido de Águilas.

—Ser Vardis está herido —dijo ser Rodrik, con voz preocupada.

Catelyn no necesitaba que se lo dijeran: tenía ojos; podía ver el fino hilo de sangre que corría por el antebrazo del caballero, la humedad en la articulación del codo. Cada quite era más lento y bajo que el anterior. Ser Vardis se volvió de costado a su adversario, intentando defenderse con el escudo, pero Bronn se movía en torno a él, raudo como un gato. El mercenario parecía ganar fuerzas a cada momento; sus golpes dejaban marcas. Profundos cortes brillantes surcaban la armadura del caballero, sobre el muslo derecho, en el visor roto, atravesando su placa pectoral, el más largo en la parte delantera del gorjal... La rondela con la luna y el halcón, sobre el brazo derecho de ser Vardis, estaba limpiamente cortada en dos y colgaba de la correa. Se podía oír su respiración trabajosa, que brotaba por los respiraderos del visor.

Pese a la ceguera de la arrogancia, los caballeros y nobles del Valle veían ya con claridad qué ocurría debajo de ellos. Pero su hermana, no.

—¡Basta ya, ser Vardis! —gritó lady Lysa—. Terminad con él ya; mi niño se está aburriendo.

Hay que decir, en honor a la verdad, que ser Vardis Egen fue fiel a la orden de su dama hasta el fin. En aquel instante retrocedía, casi en cuclillas tras el escudo lleno de cortes, y al momento se lanzó a la carga. Embistió como un uro y estuvo a punto de hacer caer a Bronn. Ser Vardis chocó con él y golpeó el rostro del mercenario con el borde del escudo. Bronn casi, casi cayó... Dio un paso atrás, trastabilló sobre una piedra y se apoyó en la mujer llorosa para mantener el equilibrio. Ser Vardis tiró su escudo a un lado y lo persiguió, usando ambas manos para levantar la espada. Tenía el brazo derecho, desde el codo hasta los dedos, cubierto de sangre, pero el último golpe desesperado habría abierto a Bronn en canal, desde el cuello hasta el ombligo... si el mercenario se hubiera quedado allí para recibirlo.

Pero Bronn dio un paso atrás. La maravillosa espada plateada de Jon Arryn chocó con el codo de mármol de la mujer llorosa y se partió limpiamente, perdiendo un tercio de su longitud. Bronn clavó un hombro en la espalda de la estatua. La imagen de Alyssa Arryn, lavada por los elementos, se balanceó y cayó con un gran estruendo, y ser Vardis Egen quedó debajo de ella.

En un instante, Bronn estuvo encima de él, pateando lo que quedaba de su rondela partida para echarla a un lado, a fin de dejar al descubierto la zona vulnerable entre el hombro y la placa pectoral. Ser Vardis yacía de costado, atrapado bajo el torso roto de la mujer llorosa. Catelyn oyó el gemido del caballero cuando el mercenario levantó la espada con ambas manos y la clavó con todo su peso bajo el brazo, atravesando las costillas de ser Vardis Egen, que se estremeció y quedó quieto.

El silencio se apoderó de todo el Nido de Águilas. Bronn se arrancó el medio yelmo y lo dejó caer sobre la hierba. Tenía el labio partido y sangrante, resultado del golpe con el escudo, y su cabello, negro como el carbón, estaba empapado de sudor. Escupió un diente roto.

—¿Ha terminado, madre? —preguntó el señor del Nido de Águilas.

Catelyn deseaba decirle que no, que aquello acababa de empezar.

—Sí —dijo Lyra, sombría, con voz tan fría y muerta como el capitán de su guardia.

—Ahora puedo hacer volar al hombrecillo?

—A este hombrecillo, no —dijo Tyrion Lannister poniéndose en pie al otro lado del jardín—. Este hombrecillo se va en la cesta de los nabos, muchas gracias.

—Dais por supuesto... —comenzó a decir Lyra.

—Doy por supuesto que la casa Arryn no olvida sus propias palabras —repuso el Gnomo—. « Tan Alto como el Honor» .

—Me prometiste que podría hacerlo volar —le gritó a su madre entre estremecimientos el señor del Nido de Águilas.

—Los dioses han tenido a bien proclamarlo inocente, niño. —El rostro de lady Lyra estaba púrpura de furia—. No tenemos otra elección que la de dejarlo en libertad. —Levantó la voz—. Guardias, apartad de mi vista al señor de Lannister y a su... criatura. Llevadlos a la Puerta de la Sangre y dejadlos libres. Ocupaos de que tengan caballos y alimentos suficientes para llegar al Tridente, y cercioraos de que les sean devueltos todos sus bienes y armas. Las necesitarán en el camino alto.

—El camino alto —repitió Tyrion Lannister.

Lyra se permitió una desmayada sonrisa de satisfacción. Catelyn se dio cuenta de que se trataba de otro tipo de sentencia de muerte. Tyrion Lannister debía de saberlo también. De todos modos, el enano le dedicó a lady Arryn una reverencia burlona.

—Como ordenéis, mi señora. Creo que conocemos el camino.

—Sois los mocosos más inútiles que he entrenado jamás —les comunicó ser Alliser Thorne cuando estuvieron todos reunidos en el patio—. Tenéis unas manos que solo valen para quitar el estiércol a palazos, no para empuñar espadas, y si de mí dependiera os mandaría a todos a cuidar de los cerdos. Pero anoche me dijeron que Gueren viene por el camino Real con cinco chicos nuevos. Con suerte, alguno de ellos valdrá una mierda. Como tengo que hacerles sitio, he decidido pasaros a ocho al lord comandante, para que haga con vosotros lo que le venga en gana. —Fue anunciando los nombres uno a uno—. Sapo. Cabeza de Piedra. Uro. Amoroso. Espinilla. Mono. Ser Patán. —Por último miró a Jon—. Y el Bastardo.

Pyp gritó de alegría y lanzó la espada al aire. Ser Alliser clavó en él sus ojos de reptil.

—A partir de ahora dirán que sois hombres de la Guardia de la Noche, pero si os lo creéis, es que sois más estúpidos que este mono de titiritero. No sois más que unos críos; estáis verdes, apestáis a verano y, cuando llegue el invierno, caeréis como moscas. —Sin decir más, ser Alliser Thorne dio media vuelta y se marchó.

El resto de los chicos se reunió en torno a los ocho elegidos entre risas, maldiciones y felicitaciones. Halder le dio un buen golpe a Sapo en las nalgas con la hoja de la espada.

—¡Sapo, de la Guardia de la Noche! —exclamó.

Pyp anunció a gritos que un hermano negro debía ir a caballo, y se subió a los hombros de Grenn. Ambos rodaron por el suelo entre puñetazos y gritos de júbilo. Dareon corrió a la armería y regresó con un pellejo de tinto agrio. Se pasaron el vino de mano en mano, sonriendo como idiotas, y entonces advirtió Jon que Samwell Tarly estaba a solas, bajo un árbol muerto y sin hojas, en un rincón del patio. Le ofreció el pellejo.

—¿Un trago de vino?

—No —dijo Sam sacudiendo la cabeza—, gracias, Jon.

—¿Estás bien?

—Muy bien, de verdad —mintió el muchacho gordo—. Me alegro mucho por todos vosotros. —Se estremeció mientras intentaba fingir una sonrisa—. Algun día serás capitán de los exploradores, como lo fue tu tío.

—Como lo es mi tío —lo corrigió Jon. Se negaba a aceptar que Benjen Stark hubiera muerto. Antes de que pudiera añadir nada, Halder lo llamó a gritos.

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Solo vas a beber tú?

Pyp le arrebató el pellejo de las manos y se alejó, bailoteando entre risas. Grenn lo agarró por el brazo, y Pyp retorció el pellejo, con lo que un chorro de tinto dio a Jon en la cara. Halder aulló en tono de protesta por el desperdicio de aquel buen vino. Jon farfulló y se sacudió. Matthar y Jeren se subieron al muro y

empezaron a lanzarles bolas de nieve.

Cuando Jon consiguió liberarse, con el pelo lleno de nieve y el chaleco manchado de vino, Samwell Tarly había desaparecido.

Aquella noche, Hobb Tresdedos preparó a los chicos una cena especial para celebrarlo. Jon entró en la sala común, y el propio lord mayordomo lo acompañó a un banco cerca del fuego. Los hombres mayores le palmearon los brazos al pasar. Los ocho futuros hermanos devoraron un festín de costillar de cordero asado con ajo y hierbas, adornado con ramitas de menta y con guarnición de puré de nabos amarillos que nadaba en mantequilla.

—Viene de la mesa del mismísimo lord comandante —les dijo Bowen Marsh.

Hadía ensaladas de espinacas, garbanzos y nabiza, y de postre, cuencos de arándanos helados con nata.

—Espero que no nos separen —dijo Pyp mientras se atiborraban alegramente.

—Yo espero que sí —dijo Sapo con una mueca—. Estoy harto de ver esas orejas que tienes.

—No os perdáis esto —se burló Pyp—. La sartén se aparta del cazo. Puedes estar seguro de que a ti te harán explorador, para que estés lo más lejos posible del castillo. Si Mance Rayder ataca, solo tienes que levantarte el visor y enseñarle la cara; se largará con el rabo entre las piernas.

—Espero que me hagan explorador —replicó Grenn, el único que no se había reido.

—Y quién no —dijo Matthar.

Todos los que vestían el negro patrullaban el Muro; todos tenían que esgrimir las armas para defenderlo, pero los exploradores eran los verdaderos combatientes de la Guardia de la Noche. Eran los que cabalgaban más allá del Muro y recorrían el bosque Encantado y las montañas de hielo que se alzaban al oeste de la Torre Sombría, los que luchaban contra los salvajes, los gigantes y los terribles osos de las nieves.

—Yo no quiero —dijo Halder—. Prefiero estar con los constructores. ¿De qué servirían los exploradores si el Muro se viniera abajo?

De la orden de los constructores salían los albañiles y los carpinteros, que se encargaban del mantenimiento de las torres y fortalezas; los mineros, que cavaban túneles y trituraban rocas para impedrar caminos y senderos, y los leñadores, que despejaban la maleza siempre que el bosque presionaba demasiado contra el Muro. Se decía que, en cierta ocasión, habían acarreado sobre trineos bloques inmensos de hielo desde los lagos helados, en lo más profundo del bosque Encantado, para llevarlos hacia el sur y elevar todavía más el Muro. Pero había sido en tiempos ya muy lejanos; en aquellos momentos apenas daban abasto para recorrer el Muro de Guardiaoriente a la Torre Sombría, siempre alerta en busca de grietas o zonas derretidas, para realizar las

reparaciones necesarias.

—El Viejo Oso no es ningún idiota —señaló Dareon—. Seguro que a ti te hacen constructor, y a Jon, explorador. Es el que mejor monta y el que mejor maneja la espada de todos nosotros, y su tío era el capitán de los exploradores antes de... —Se dio cuenta de lo que había estado a punto de decir y se interrumpió, avergonzado.

—Benjen Stark todavía es el capitán de los exploradores —le dijo Jon mientras jugueteaba con su cuenco de arándanos. Quizá los demás dieran ya por perdido a su tío, pero él no. Apartó a un lado el postre que apenas había tocado y se levantó del banco.

—¿No te lo vas a comer? —preguntó Sapo.

—Todo tuyo. —Jon casi no había probado el excelente festín de Hobb—. No me cabe ni un bocado más. —Recogió la capa que colgaba de un gancho, cerca de la puerta, y se dirigió hacia la salida. Pyp corrió tras él.

—¿Qué te pasa, Jon?

—Es Sam —dijo el muchacho—. Hoy no se ha sentado a la mesa.

—No es propio de él perderse una comida —asintió Pyp, pensativo—. ¿Crees que estará enfermo?

—Lo que está es asustado. Lo vamos a dejar solo. —Recordó el día en que había partido de Invernalia; rememoró las despedidas agridulces: Bran, inconsciente; Robb, con el pelo lleno de nieve, y los besos de Arya cuando le regaló a *Aguja*. Una vez pronunciemos los juramentos, tendremos obligaciones. Puede que a algunos nos envíen fuera, a Guardiaoriente o a la Torre Sombría. Sam tendrá que seguir entrenándose, con tipos de la calaña de Rast o Cuger, y con los nuevos que vienen por el camino Real. Los dioses saben cómo serán, pero seguro que ser Alliser hace que se enfrenten a él en cuanto tenga ocasión.

—Has hecho todo lo que has podido —le dijo Pyp con una mueca.

—Todo lo que he podido hacer no ha bastado —replicó Jon.

Inquieto, se dirigió hacia la Torre Hardin para buscar a Fantasma. El lobo huargo lo siguió hasta los establos. Cuando entraron, los caballos más asustadizos empezaron a cocear en los compartimientos y agacharon las orejas. Jon ensilló su yegua, montó y salió del Castillo Negro en dirección sur, bajo la luna que iluminaba la noche. Fantasma corría por delante de él, casi parecía volar, y desapareció en un instante. Los lobos necesitaban cazar.

Jon cabalgaba sin rumbo fijo. Solo quería montar. Durante un rato siguió el curso del arroyo, escuchando el discurrir del agua helada sobre las rocas, y luego cortó campo a través para llegar al camino Real. Se extendía ante él, estrecho y pedregoso, lleno de hierbajos. No parecía nada prometedor, pero con solo verlo el corazón de Jon Nieve se llenó de nostalgia. Si siguiera aquel camino llegaría a Invernalia y a Aguasduces, a Desembarco del Rey, al Nido de Águilas y a tantos

otros lugares: Roca Casterly, la isla de los Rostros, las montañas rojas de Dorne, las cien islas de Braavos en el mar, las ruinas humeantes de la antigua Valyria... Lugares que Jon no vería jamás. El mundo estaba al otro lado de aquel camino, y él estaba allí.

Una vez hiciese los juramentos, el Muro sería su hogar hasta que fuera tan viejo como el maestre Aemon.

—Pero aún no he jurado nada —susurró.

No era ningún forajido, obligado a elegir entre pagar por sus crímenes y vestir el negro. Había ido allí por su voluntad y de la misma manera podía marcharse... siempre que no hiciera el juramento. Solo tenía que seguir cabalgando y todo quedaría atrás. Antes de que brillara la luna llena estaría en Invernalia, con sus hermanos.

« Con tus medios hermanos —le recordó una vocecita interior—. Y con lady Stark, que no te dará precisamente la bienvenida». En Invernalia no había lugar para él; tampoco en Desembarco del Rey. Ni siquiera su madre lo aceptaba. Cada vez que pensaba en ella se ponía triste. ¿Quién había sido su madre? ¿Qué aspecto tuvo? ¿Por qué la abandonó su padre? « Porque era una prostituta o una adúlera, idiota. Fue algo turbio, una deshonra; si no, ¿por qué lord Eddard se avergonzaba de hablar de ella?» .

Jon Nieve dio la espalda al camino Real para contemplar el Castillo Negro. Las hogueras quedaban ocultas tras una colina, pero el Muro estaba a la vista, blanco bajo la luz de la luna, vasto y frío, de horizonte a horizonte.

Espoleó al caballo y regresó a casa.

Fantasma apareció de nuevo en la cima de una loma y trotó junto al caballo. El hocico del lobo huargo estaba ensangrentado. Jon divisó el resplandor lejano de una lámpara en la Torre del Lord Comandante, y volvió a pensar en Samwell Tarly por el camino. Cuando llegó a los establos, ya sabía qué debía hacer.

Las habitaciones del maestre Aemon se encontraban en un pequeño torreón de madera, bajo las pajareras. El maestre, anciano y frágil, compartía las estancias con dos mayordomos jóvenes que atendían sus necesidades y lo ayudaban en sus obligaciones. Los hermanos comentaban en broma que le habían asignado a los dos hombres más feos de la Guardia de la Noche; como estaba ciego, se ahorraba el tormento de verlos. Clydas era bajo, calvo y sin barbilla, y sus ojillos rosados parecían los de un topo. Chett tenía en el cuello una verruga del tamaño de un huevo de paloma, y el rostro enrojecido cubierto de forúnculos y espinillas. Quizá fuera por aquello por lo que tenía siempre aspecto de enfadado.

Fue Chett quien abrió la puerta tras la llamada de Jon.

—Tengo que hablar con el maestre Aemon —dijo el muchacho.

—El maestre está en la cama, igual que deberías estar tú. Vuelve mañana; quizás pueda recibirte. —Empezó a cerrar. Jon bloqueó la puerta con la bota.

—Tengo que hablar con él ahora mismo. Mañana será demasiado tarde.

—El maestre no está acostumbrado a que lo despierten a medianoche. —Chett lo miraba con el ceño fruncido—. ¿Sabes qué edad tiene?

—La suficiente para tratar a los visitantes con más cortesía que tú —replicó Jon—. Pídele disculpas en mi nombre. No lo molestaría si no fuera importante.

—¿Y si me niego?

—Si es necesario, me quedaré aquí toda la noche. —Jon mantenía la bota firme en el umbral.

—Espera en la biblioteca —dijo el hermano negro después de soltar un bufido y abrir la puerta para que entrara—. Hay leña; enciende la chimenea. No quiero que el maestre se resfrie por tu culpa.

Cuando Chett regresó con el maestre Aemon, los leños ya ardían alegremente. El anciano llevaba ropas de dormir, pero lucía en torno al cuello la cadena de eslabones, símbolo de su orden. Los maestres no se las quitaban ni para acostarse.

—La silla que hay junto al fuego será muy agradable —dijo al sentir el calor en el rostro.

Cuando estuvo acomodado, Chett le cubrió las piernas con una piel y se situó de pie junto a la puerta.

—Siento haberlos despertado, maestre —dijo Jon Nieve.

—No me has despertado —replicó el maestre Aemon—. He descubierto que cuanto más viejo me hago, menos sueño necesito. Y soy muy, muy viejo. A menudo me paso la mitad de la noche con fantasmas, recordando cosas de hace cincuenta años como si hubieran sucedido ayer. El misterio de un visitante a medianoche es una distracción deliciosa. Así que dime, Jon Nieve, ¿a qué se debe tu presencia aquí, a estas extrañas horas?

—Quiero pediros que Samwell Tarly sea retirado del entrenamiento y aceptado como hermano en la Guardia de la Noche.

—Eso no es cosa del maestre Aemon —protestó Chett.

—Nuestro lord comandante ha puesto el entrenamiento de los reclutas en manos de ser Alliser Thorne —dijo el maestre con tono amable—. Como bien sabes, solo él puede decir si un muchacho está preparado para hacer el juramento. ¿Por qué acudes a mí?

—El lord comandante escucha vuestra opinión —respondió Jon—. Y los heridos y enfermos de la Guardia de la Noche están a vuestro cuidado.

—¿Tu amigo Samwell está herido o enfermo?

—Lo estará —le aseguró Jon—, a menos que lo ayudéis. —Se lo contó todo, incluso lo de que había azuzado a Fantasma contra Rast. El maestre Aemon lo escuchó en silencio, con los ojos ciegos clavados en el fuego, pero el rostro de Chett se iba ensombreciendo cada vez más—. Y si no estamos nosotros para velar por él, Sam no sobrevivirá —terminó Jon—. Es un perfecto inútil con la

espada. Mi hermana Arya, que no tiene ni diez años, lo podría hacer pedazos. Si ser Alliser lo obliga a luchar, más tarde o más temprano resultará herido, o muerto.

—He observado a ese chico gordo en la sala común —dijo Chett, que ya no podía contenerse más—. Es un cerdo y, si lo que dices es cierto, también es un cobarde de pies a cabeza.

—Tal vez —dijo el maestre Aemon—. Dime, Chett, ¿qué harías tú con un muchacho así?

—Lo dejaría donde está —replicó Chett—. En el Muro no hay sitio para los débiles. Que siga entrenándose hasta que esté preparado, no importa cuántos años cueste. Ser Alliser hará de él un hombre o lo matará, como quieran los dioses.

—Qué estupidez —bufó Jon. Respiró profundamente para organizar sus ideas—. Recuerdo que en cierta ocasión le pregunté al maestre Luwin por qué llevaba una cadena al cuello.

—Sigue. —El maestre Aemon se rozó la cadena con dedos huesudos y arrugados, acariciando los pesados eslabones de metal.

—Me dijo que el collar de un maestre es una cadena que simboliza su vocación de servicio —continuó Jon, rememorando—. Le pregunté por qué cada eslabón era de un metal diferente, cuando un collar de plata sería más adecuado para sus túnicas grises. Él se echó a reír y me explicó que el maestre forjaba la cadena con sus estudios. Los metales diferentes simbolizaban los distintos aprendizajes: el oro era por el estudio del dinero y las cuentas; la plata, por la curación; el hierro, por las artes de la guerra... Y me dijo que había otros metales con otros significados. El collar debe recordar a un maestre que sirve al reino, ¿no es así? Los grandes señores son el oro y los caballeros son el acero, pero con dos eslabones no se hace una cadena. También se necesitan plata, hierro, plomo, estaño, cobre, bronce..., de todo, y eso son los granjeros, los herreros, los comerciantes y el resto de las personas. Para hacer una cadena se necesita todo tipo de metal, igual que la tierra necesita de todo tipo de hombres.

—¿Y qué más? —preguntó el maestre Aemon con una sonrisa.

—En la Guardia de la Noche también hacen falta personas diferentes. Si no, ¿por qué tenemos exploradores, mayordomos y constructores? Lord Randyll no pudo convertir a Sam en guerrero, y ser Alliser tampoco podrá. Por mucho que se golpee el estaño, nadie lo puede transformar en hierro. Pero eso no quiere decir que el estaño no sirva de nada. ¿Quién dice que Sam no puede ser un buen mayordomo?

—Yo soy mayordomo. —Chett lo miró, airado—. ¿Crees que es un trabajo sencillo, adecuado para los cobardes? La orden de los mayordomos mantiene viva la Guardia. Cazamos y cultivamos; cuidamos de los caballos; ordeñamos las vacas; recogemos leña; preparamos la comida. ¿Quién te crees que fabrica tus ropas? ¿Quién trae provisiones del sur? Los mayordomos.

—¿Tu amigo es buen cazador? —El maestre Aemon fue más amable.

—No soporta cazar —reconoció Jon.

—¿Sabe arar un campo? —preguntó el maestre—. ¿Puede guiar un carroñato o tripular un barco? ¿Sería capaz de sacrificar una vaca?

—No.

—He visto muchas veces lo que les pasa a los señoritos blandos cuando los ponen a trabajar. —Chett soltó una risotada cruel—. Si batén nata para hacer mantequilla se les llenan las manos de ampollas y les sangran. Si les das un hacha para que corten leña, lo que se cortan es un pie.

—Hay algo que Sam sabe hacer mejor que nadie.

—¿El qué? —inquirió el maestre Aemon.

Jon echó a una mirada cautelosa a Chett, que seguía de pie junto a la puerta, con los forúnculos enrojecidos por la rabia.

—Podría ayudarlos —dijo rápidamente—. Sabe hacer cuentas, y leer y escribir. Chett no sabe leer, y Clydas está mal de los ojos. Sam se ha leído todos los libros de la biblioteca de su padre. También se le darían bien los cuervos. Los animales le cogen cariño, Fantasma se hizo amigo suyo enseguida. Puede hacer muchas cosas, excepto luchar. La Guardia de la Noche necesita de todos los hombres. ¿Por qué matar a uno? Es mejor aprovecharlo.

El maestre Aemon cerró los ojos, y durante un breve instante Jon temió que se hubiera quedado dormido.

—El maestre Luwin te enseñó bien, Jon Nieve —dijo al final—. Parece que tienes la mente tan ágil como el brazo.

—¿Eso quiere decir que...?

—Quiere decir que meditaré sobre lo que has dicho —le respondió el maestre con firmeza—. Ahora, debo retirarme a dormir. Chett, acompaña a nuestro joven hermano hasta la puerta.

Se habían refugiado bajo un bosquecillo de álamos temblones, a pocos pasos del camino alto. Tyrion se dedicó a recoger leña seca mientras los caballos abrevaban en un arroyuelo. Se inclinó para coger una rama tronchada y la examinó con gesto crítico.

—¿Esto sirve? No se me da bien encender hogueras. Morrec era quien se encargaba de eso.

—¿Hogueras? —Bronn escupió al suelo—. ¿Tanta hambre tienes que te da igual morir, enano? Una hoguera atraería a los clanes en leguas a la redonda. Tengo intención de sobrevivir a este viaje, Lannister.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó Tyrion. Se puso la rama bajo el brazo y siguió hurgando entre la escasa maleza, en busca de más. Cada vez que se agachaba le dolía la espalda. Llevaban cabalgando desde el amanecer, desde que un ser Lyn Corbray de rostro impenetrable los acompañara hasta la Puerta de la Sangre y les ordenara no volver jamás.

—En un enfrentamiento, moriríamos —dijo Bronn—, pero dos personas pueden avanzar más deprisa que un grupo de diez, y llaman menos la atención. Cuanto menos tiempo estemos en estas montañas, más probabilidades tendremos de llegar a las tierras de los ríos. Quiero que cabalgemos hasta agotarnos. Viajaremos de noche y nos esconderemos de día; siempre que sea posible nos saldremos del camino, no haremos ruido y, desde luego, no encenderemos hogueras.

—Un plan excelente, Bronn —dijo Tyrion Lannister con un suspiro—. Llévalo a cabo... y perdóname si no me paro a enterrarte.

—¿Crees que me vas a sobrevivir, enano? —El mercenario sonrió. Tenía un hueco oscuro allí donde el borde del escudo de ser Vardis Egen le había roto un diente.

—Cabalar hasta agotarnos —contestó Tyrion encogiéndose de hombros—, y encima de noche, es una manera segura de caer montaña abajo y rompernos el cráneo. Yo prefiero ir despacio y sin agobios. Sé que te gusta la carne de caballo, Bronn, pero si matamos a los caballos tendremos que ensillar gatosombras... y, si quieres que te diga la verdad, creo que los clanes darán con nosotros, hagamos lo que hagamos. Nos tienen bien vigilados. —Hizo un movimiento con la mano enguantada en dirección a los riscos altos, azotados por el viento, que los rodeaban.

—En ese caso, Lannister, nos podemos dar por muertos. —Bronn hizo una mueca.

—Entonces prefiero morir cómodo —replicó Tyrion—. Nos hace falta una hoguera. Aquí arriba las noches son frías; una comida caliente nos consolará el estómago y nos levantará el ánimo. ¿Podrías cazar algo? Lady Lyra ha tenido la

bondad de proporcionarnos un festín de carne en salazón, queso duro y pan rancio, pero no me gustaría romperme un diente mientras estemos tan lejos del maestre más cercano.

—Iré a buscar carne. —Bajo la maraña de pelo negro, los ojos oscuros de Bronn miraron a Tyrion con desconfianza—. Debería dejarte aquí, con tu hoguera de chiflado. Si me llevara tu caballo tendría el doble de posibilidades de escapar. ¿Y qué harías tú, enano?

—Morir, probablemente. —Tyrion se agachó para recoger otro palo seco.

—¿Y crees que no lo voy a hacer?

—Lo harías sin pararte a pensarlo si te fuera la vida en ello. Reaccionaste muy deprisa cuando se trató de silenciar a tu amigo Chiggen, cuando lo alcanzó aquella flecha en la barriga.

Bronn había agarrado al otro mercenario por la cabeza y le había rebanado el cuello con el puñal. Más tarde le dijo a Catelyn Stark que había muerto a causa de la herida de flecha.

—Ya estaba muriéndose —replicó Bronn—. Y con sus gemidos no hacia más que atraer a los bandidos. Chiggen habría hecho lo mismo conmigo. Y no era mi amigo; solo cabalgaba conmigo. No te equivoques, enano: luché por ti, pero no te tengo aprecio.

—Necesitaba tu espada, no tu amor eterno —replicó Tyrion. Soltó la brazada de leña en el suelo. Bronn sonrió.

—Tengo que reconocerlo, eres tan valiente como un mercenario. ¿Cómo sabías que me pondría de tu parte?

—No lo sabía. —Tyrion se acuclilló sobre las pueras deformes para encender la hoguera—. Simplemente, tiré los dados. Aquella noche, en la posada, Chiggen y tú ayudasteis a cogerme prisionero. ¿Por qué? Los demás lo consideraban un deber, por el honor de los señores a los que servían, pero no era vuestro caso. No teníais señor ni deber, y de honor también ibais escasos, así que, ¿por qué os metisteis? —Desenfundó el cuchillo y peló la corteza de algunas ramas para prender el fuego—. ¿Por qué hace cualquier cosa un mercenario? Por oro. Pensabais que lady Catelyn os recompensaría por vuestra ayuda; quizás incluso que os tomaría a su servicio. Bueno, creo que esto ya está. ¿Tienes pedernal?

Bronn metió dos dedos en la bolsa que le colgaba del cinturón y le lanzó un trozo de pedernal. Tyrion lo atrapó en el aire.

—Muchas gracias —dijo—. Lo malo era que no conocíais a los Stark. Lord Eddard es un hombre orgulloso, honorable y honrado, y su esposa es todavía peor. Oh, no me cabe duda de que os habría dado un par de monedas cuando esto acabara; os las habría puesto en la mano con una palabra adecuada y una mueca de repugnancia, pero nada más. Los Stark solo quieren a su servicio hombres valientes, leales y nobles. Y vamos a ser sinceros: Chiggen y tú erais escoria. —

Tyrion chocó el pedernal contra el puñal, tratando de provocar una chispa. No sucedió nada.

—Tienes una lengua muy osada, hombrecito —dijo Bronn dejando escapar un bufido—. El día menos pensado, alguien te la cortará y te la hará tragarte.

—Eso me dice todo el mundo. —Tyrion alzó la vista hacia el mercenario—. ¿Te he ofendido? Pues perdóname..., pero eres escoria, Bronn, no te llames a engaño. No te importa nada el honor, el deber ni la amistad. No, no te moleste, los dos sabemos que es así. Pero no eres ningún idiota. Cuando llegamos al Valle, lady Stark ya no te necesitaba... y en cambio, yo sí. Y si hay algo de lo que los Lannister estamos sobrados es de oro. Cuando llegó el momento de lanzar los dados, contaba con que fueras suficientemente listo como para saber qué te interesaba más. Y, por suerte para mí, así fue. —Volvió a chocar la piedra contra el acero, sin resultados. Bronn se acuillgó a su lado.

—Espera, ya lo hago yo. —Le cogió el puñal y el pedernal, los hizo chocar, y las chispas saltaron al primer intento. Un rizo de corteza empezó a humear.

—Bien hecho —dijo Tyrion—. Puede que seas escoria, pero resultas de lo más útil, y con la espada en la mano eres casi tan bueno como mi hermano Jaime. ¿Qué quieres, Bronn? ¿Oro? ¿Tierra? ¿Mujeres? Mantenme con vida y lo tendrás.

—¿Y si mueres? —Bronn sopló con suavidad sobre el fuego y las llamas se elevaron.

—En fin, al menos tendré a alguien que me llore con dolor sincero —sonrió Tyrion—. El oro se acaba conmigo.

El fuego chisporroteaba alegremente. Bronn se levantó, volvió a guardarse el pedernal en la bolsa y le entregó el puñal a Tyrion.

—Me parece muy bien —dijo—. Mi espada está a tu servicio... pero no pienso ir por ahí hincando la rodilla en tierra y llamándote «mi señor» cada vez que te tiras un pedo. Yo no adulto a nadie.

—Tampoco eres amigo de nadie —replicó Tyrion—. No me cabe duda de que me traicionarías tan deprisa como traicionaste a lady Stark si con ello sacaras algún beneficio. Si en algún momento te entran tentaciones de venderme, acuérdate de esto, Bronn: igualo cualquier oferta, la que sea. Me gusta la vida. En fin, ¿no ibas a buscar algo para que cenáramos?

—Cuida de los caballos —replicó Bronn al tiempo que desenfundaba el cuchillo largo que le colgaba de la cadera. Se adentró entre los árboles.

Una hora más tarde, los caballos estaban alimentados y cepillados, el fuego chisporroteaba alegremente y una pierna de cabrito giraba sobre las llamas en un espetón.

—Lo único que nos falta es un buen vino para bajar el cabrito —dijo Tyrion.

—Eso, una mujer y una docena de hombres armados —replicó Bronn. Estaba sentado ante la hoguera, con las piernas cruzadas, y afilaba la espada con

una piedra de amolar. El sonido que hacía al pasarla por el acero resultaba, a su extraña manera, reconfortante—. Pronto habrá anochecido del todo —señaló el mercenario—. Me encargaré de la primera guardia, aunque no va a servir de gran cosa. Casi sería mejor dejar que nos mataran mientras dormimos.

—Oh, me imagino que estarán aquí mucho antes de que nos durmamos. —El olor del cabrito hacía salivar a Tyrion. Bronn lo miró desde el otro lado de la hoguera.

—Tienes un plan —dijo sin dejar de afilar el acero.

—Más bien una esperanza —respondió Tyrion—. Otra tirada de dados.

—¿En la que te juegas nuestras vidas?

—¿Qué alternativa nos queda? —Tyrion se encogió de hombros, se inclinó sobre el fuego y cortó una fina tajada de cabrito—. Ah... —suspiró, feliz, mientras masticaba. La grasa le corrió por la barbilla—. Está un poco duro para mi gusto, y le faltan condimentos, pero no voy a quejarme demasiado. A estas horas, en el Nido de Águilas estaría bailando al borde del vacío, suplicando un plato de judías hervidas.

—Y aun así le diste al carcelero una bolsa de oro —dijo Bronn.

—Un Lannister siempre paga sus deudas.

Hasta a Mord le había costado creerlo cuando Tyrion le lanzó la bolsita de cuero. Al desatar el cordón y ver el brillo del oro, los ojos del carcelero se abrieron como platos.

—Me he quedado la plata —le había dicho Tyrion con una sonrisa malévolas—. Pero te prometí el oro, y ahí lo tienes. —Era más del que alguien como Mord podría ganar en toda una vida de maltratar prisioneros—. Y recuerda lo que te dije: es solo el aperitivo. Si alguna vez te cansas de servir a lady Arryn, preséntate en Roca Casterly y te pagaré el resto de lo que te debo. —Mord, con las manos llenas a rebosar de dragones de oro, cayó de rodillas y le prometió que lo haría.

Bronn sacó el cuchillo y retiró la carne del fuego. Empezó a cortar gruesas tajadas de cabrito achicharrado mientras Tyrion vaciaba dos rodajas de pan rancio para que les sirvieran de platos.

—¿Qué harás si conseguimos llegar al río? —preguntó el mercenario mientras cortaba la carne.

—Para empezar me buscaré una puta, una buena cama y una jarra de vino.

—Tyrion le acercó el trozo de pan y Bronn se lo llenó de carne—. Y de ahí a Roca Casterly o a Desembarco del Rey, ya veré. Me gustaría obtener respuestas a ciertas preguntas, relativas a un puñal que yo me sé.

—¿Así que decías la verdad? —El mercenario masticó y tragó—. ¿El cuchillo no era tuy o?

—Tengo cara de mentiroso? —Tyrion sonrió.

Cuando terminaron de comer, las estrellas brillaban en el cielo y la luna se

alzaba sobre las montañas. Tyrion extendió en el suelo su capa de gatosombra y dispuso la silla de montar para que le sirviera de almohada.

—Nuestros amigos se están tomando su tiempo.

—Si yo estuviera en su lugar, me temería una trampa —dijo Bronn—. Parece como si quisieramos atraerlos; ¿qué otro motivo habría para que tomáramos tan pocas precauciones?

—En ese caso, si nos ponemos a cantar huirán despavoridos. —Tyrion soltó una risita y empezó a silbar una melodía.

—Estás loco, enano —dijo Bronn mientras se limpiaba la grasa de debajo de las uñas con el puñal.

—¿No te gusta la música, Bronn?

—Si lo que querías era música deberías haber elegido al bardo como campeón.

—Habría tenido gracia —dijo Tyrion con una sonrisa—. Ya me lo imagino, parando las estocadas de ser Vardis con la lira. —Volvió a silbar—. ¿Te sabes esta canción? —preguntó.

—La he oído por ahí, en las posadas y en los burdeles.

—Es de Myr. «Las estaciones de mi amor». Quien entienda la letra sabrá que es dulce y triste a la vez. La primera chica que me llevé a la cama la cantaba constantemente; nunca me la he podido quitar de la cabeza. —Tyrion alzó la vista hacia el cielo. Era una noche clara y fresca, y sobre las montañas brillaban las estrellas, despiadadas como la verdad—. La conocí en una noche como esta —se oyó decir—. Jaime y yo regresábamos a caballo de Lannisport cuando oímos un grito, y la chica apareció en el camino. La seguían dos hombres que no paraban de amenazarla. Mi hermano desenvainó la espada y fue a por ellos, y yo desmonté para proteger a la chica. Apenas tenía un año más que yo; era morena, esbelta, con una carita que te rompía el corazón. A mí me lo rompió, desde luego. Era una campesina, famélica, sucia..., pero preciosa. Le habían desgarrado los harapos que vestía, así que la cubrí con mi capa mientras Jaime perseguía a los hombres por el bosque. Cuando volvió, yo ya sabía el nombre y la historia de la chica. Era la hija de un granjero pobre, se había quedado huérfana al morir su padre mientras viajaban hacia... bueno, mientras viajaban sin rumbo.

» Jaime estaba hecho una furia, decidido a perseguir a aquellos hombres. Los forajidos no acostumbraban atacar a los viajeros tan cerca de Roca Casterly, y se lo tomó como un insulto. La chica tenía mucho miedo, no podía quedarse sola, así que me ofrecí a acompañarla a la posada más cercana para que comiera algo mientras mi hermano volvía a la Roca en busca de ayuda.

» Nunca había visto a nadie tan hambriento. Nos comimos dos pollos enteros y la mitad de un tercero, y también nos bebimos una jarra de vino mientras hablábamos. Yo tenía solo trece años, y me temo que el vino se me subió a la

cabeza. Cuando me quise dar cuenta estaba en la cama con ella. Era tímida, y yo, más tímido aún. No sé de dónde saqué el valor. Cuando le rompí el himen lloró, pero luego me besó y me cantó esa canción, y por la mañana yo estaba enamorado.

—¿Tú? —Se sorprendió Bronn, divertido.

—Es absurdo, ¿verdad? —Tyrion volvió a silbar la cancioncilla—. Me casé con ella —reconoció al final.

—¿Un Lannister de Roca Casterly se casó con la hija de un granjero? ¿Cómo te las arreglaste?

—Ni te imaginas lo que puede hacer un chico con unas cuantas mentiras, cincuenta piezas de plata y un septón borracho. No me atreví a llevar a mi esposa a Roca Casterly, así que la instalé en una casita y durante quince días jugamos a ser marido y mujer. Luego, el septón recuperó la sobriedad y se lo confesó todo a mi señor padre. —El propio Tyrion se sorprendió de la desolación que sentía al contarla, pese a todos los años transcurridos. Quizá fuera solo el cansancio—. Fue el final de mi matrimonio. —Se incorporó y contempló el fuego moribundo. La luz lo hizo parpadear.

—¿Echó a la chica?

—Mejor, mucho mejor. Para empezar, hizo que mi hermano me contara la verdad. Verás: la chica era una prostituta. Jaime lo había preparado todo: el camino, los forajidos, todo. Pensaba que ya era hora de que me acostara con una mujer. Como sabía que iba a ser mi primera vez, pagó mucho para que la chica fuera virgen.

» Despues de la confesión de Jaime, para que aprendiera bien la lección, lord Tywin mandó llevar a mi esposa y se la entregó a los guardias. Pagaron bien. Una pieza de plata por hombre; no hay muchas putas que cobren precios tan altos. Me hizo sentar en un rincón del barracón y me obligó a mirar, y al final ella tenía tantas monedas de plata que se le escapaban de entre los dedos y se le caían al suelo; fue... —El humo le escocía en los ojos. Tyrion carraspeó para aclararse la garganta. Apartó la vista del fuego y contempló las estrellas—. Lord Tywin me hizo ir en último lugar —dijo con voz tranquila—. Y me dio una moneda de oro para que pagara, porque yo era un Lannister y valía más.

Al cabo de un rato volvió a oír el sonido de la piedra contra el acero, mientras Bronn afilaba la espada.

—Tanto daría que tuviera trece años, treinta o tres. Si un hombre me hace eso, lo mato.

—Puede que un día tengas ocasión —dijo Tyrion, que se había vuelto para mirarlo—. Recuerda lo que te dije. Un Lannister siempre paga sus deudas. —Bostezó—. Voy a intentar dormir un rato. Despiértame si ves que van a matarnos. —Se envolvió en la piel de gatosombra y cerró los ojos. El suelo era frío y duro, pero al cabo de un rato, Tyrion Lannister consiguió dormirse. Soñó con la celda

del cielo, pero él era el carcelero, no el preso. Y era un carcelero alto, grande, con una correa en la mano, y golpeaba a su padre, lo hacía retroceder, hacia el abismo...

—Tyrion. —La voz de Bronn era baja y apremiante.

Tyrion despertó al instante. El fuego se había reducido a unas brasas, y las sombras se deslizaban a su alrededor. Bronn se había incorporado sobre una rodilla, con la espada en una mano y el cuchillo en la otra. Tyrion alzó una mano, indicando que se quedara quieto.

—¡Venid a compartir nuestro fuego; la noche es fría! —gritó a las sombras—. No podemos ofreceros vino, pero sí un poco de carne asada.

El movimiento se detuvo. Tyrion divisó el brillo de la luna sobre el metal.

—Nuestra montaña —replicó una voz desde los árboles, profunda, dura, brusca—. Nuestra carne.

—Vuestra carne —reconoció Tyrion—. ¿Quién eres?

—Cuando te reúnas con tus dioses —replicó una voz diferente—, diles que te envía Gunthor, hijo de Gurn, de los grajos de piedra.

Una rama crujió cuando alguien la pisó para salir al claro; era un hombre delgado, que llevaba un yelmo adornado con cuernos y portaba un cuchillo largo.

—Y Shagga, hijo de Dolf —dijo la primera voz, grave y mortífera.

Un peñasco se movió a la izquierda de donde se encontraban, se irguió y se convirtió en un hombre. Era enorme, lento, fuerte, vestido con pieles, con un garrote en la mano derecha y un hacha en la izquierda. Se acercó a ellos, entrechocando las dos armas.

Otras voces se alzaron, proclamando otros nombres, Conn, Torrek, Jaggot, y muchos más, que Tyrion olvidó nada más oírlos. Eran al menos diez. Unos cuantos llevaban espadas y cuchillos; otros esgrimían horcas, guadañas y lanzas de madera. Aguardó a que todos salieran y gritaran sus nombres antes de responder.

—Yo soy Tyrion, hijo de Tywin, del clan de los Lannister, los leones de la Roca. Pagaremos de buena gana el cabrito que nos hemos comido.

—¿Qué puedes darnos, Tyrion, hijo de Tywin? —preguntó el que decía llamarse Gunthor, que parecía el jefe.

—En mi bolsa hay algo de plata —respondió Tyrion—. La cota de malla que llevo me queda grande, pero a Conn le sentaría muy bien, y mi hacha resultaría perfecta para Shagga; es mucho mejor que la suya.

—El medio hombre quiere pagarnos con nuestro dinero —se burló Conn.

—Conn tiene razón —dijo Gunthor—. Vuestra plata es nuestra. Vuestros caballos son nuestros. Igual que la cota de malla, el hacha y el cuchillo que te cuelga del cinturón. ¿Cómo prefieres morir, Tyrion, hijo de Tywin?

—En mi propia cama, con la barriga llena de vino y la polla en la boca de una doncella, y a la edad de ochenta años —replicó.

El corpulento, Shagga, fue el primero en soltar una carcajada. Los demás no lo encontraron tan divertido.

—Coge los caballos, Conn —ordenó Gunthor—. Mata al otro y ata al medio hombre. Servirá para ordeñar las cabras y hacer reír a las madres.

—¿Quién quiere ser el primero en morir? —preguntó Bronn poniéndose en pie de un salto.

—¡No! —ordenó Tyrion con tono brusco—. Escúchame, Gunthor, hijo de Gurn. Mi casa es rica y poderosa. Si los grajos de piedra nos escoltan para salir de estas montañas, mi señor padre te cubrirá de oro.

—El oro de un señor de las tierras bajas vale aún menos que las promesas de un medio hombre —replicó Gunthor.

—Puede que yo sea medio hombre —dijo Tyrion—, pero tengo el valor de enfrentarme a mis enemigos. En cambio, los grajos de piedra se esconden tras las rocas y tiemblan de miedo cada vez que pasan a caballo los señores del Valle.

Shagga lanzó un rugido de ira y entrechocó el garrote con el hacha. Jaggot rozó el rostro de Tyrion con la punta de su larga lanza de madera, endurecida al fuego. Tyrion intentó no parpadear.

—¿Estas son las mejores armas que habéis conseguido robar? —preguntó—. No están mal para matar ovejas... siempre que las ovejas no se resistan. Los herreros de mi padre cagan acero de mejor calidad.

—Hombrecillo —rugió Shagga—, ¿te seguirás burlando de mi hacha cuando te corte la hombría y se la eche de comer a las cabras?

—No. —Gunthor lo detuvo alzando una mano—. Quiero escuchar qué nos dice. Las madres están hambrientas, y el acero llena más bocas que el oro. ¿Qué nos darás a cambio de vuestras vidas, Tyrion, hijo de Tywin? ¿Espadas? ¿Lanzas? ¿Cotas de malla?

—Todo eso, Gunthor, hijo de Gurn, y mucho más —replicó Tyrion Lannister con una sonrisa—. Os daré el Valle de Arryn.

Por las ventanas altas y estrechas del enorme salón del trono, en la Fortaleza Roja, entraba la luz del atardecer, se derramaba por el suelo y dibujaba largas franjas rojas en las paredes de las que en el pasado habían colgado las cabezas de los dragones. Después habían cubierto la piedra de tapices con escenas de cacerías, de vivos tonos verdes, castaños y azules, pero a Ned Stark le seguía pareciendo que el color sangre era el único que se veía en la estancia.

Estaba sentado en el inmenso y antiguo trono de Aegon el Conquistador, una monstruosidad de hierro labrado con púas, bordes serrados y metales retorcidos. Tal como le había advertido Robert, era el asiento más incómodo que se pudiera concebir, y más entonces, cuando el dolor de la pierna destrozada se intensificaba por momentos. A medida que pasaban las horas, el hierro sobre el que estaba sentado se había vuelto cada vez más duro, y el acero dentado del respaldo le impedía apoyarse. «Un rey no debe sentarse cómodo jamás», había dicho Aegon el Conquistador al ordenarles a sus armeros que le forjaran un trono con las espadas de sus enemigos caídos. Ned, malhumorado, maldijo a Aegon por su arrogancia. Y a Robert, por marcharse de caza.

—¿Seguro que no eran simples bandidos? —preguntó Varys con voz suave desde la mesa del Consejo, bajo el trono.

El gran maestre Pyccelle, desasosegado, cambió de postura junto a él mientras Meñique jugueteaba con una pluma. Eran los únicos consejeros presentes. En el bosque Real se había divisado un venado blanco, y lord Renly y ser Barristan se habían apuntado a la partida del rey para darle caza, junto con el príncipe Joffrey, Sandor Clegane, Balon Swann y la mitad de la corte. De manera que, en su ausencia, Ned estaba obligado a sentarse en el Trono de Hierro.

Al menos él podía sentarse. A excepción del Consejo, el resto de los presentes tenía que mantenerse respetuosamente de pie o de rodillas. Los peticionarios, aglomerados junto a las altas puertas; los caballeros, damas y señores, bajo los tapices; el pueblo, en la galería; los guardias con sus capas, doradas o grises... todos, todos de pie.

Los aldeanos, en cambio, estaban de rodillas: hombres, mujeres y niños, todos andrajosos y ensangrentados por igual, con el miedo reflejado en el rostro. Los tres caballeros que los habían llevado allí para que presentaran testimonio permanecían de pie tras ellos.

—¿Bandidos, lord Varys? —La voz de ser Raymun Darry rezumaba desprecio—. Desde luego, sin duda eran bandidos. Bandidos Lannister.

Ned advirtió el murmullo incómodo que recorría la sala; vio cómo los grandes señores prestaban atención, igual que los criados. No consiguió fingir sorpresa. El oeste se había convertido en un polvorín desde que Catelyn tomara

prisionero a Tyrion Lannister. Aguas dulces y Roca Casterly habían llamado a sus vasallos, y en el paso, bajo el Colmillo Dorado, se reunían los ejércitos. Solo era cuestión de tiempo que empezara a correr la sangre. La única pregunta sin respuesta era cómo restañar la herida.

Ser Karyl Vance, el de los ojos tristes, que habría resultado atractivo de no ser por la marca de nacimiento amoratada que tenía en el rostro, hizo un gesto en dirección a los aldeanos.

—Esto es todo lo que queda de Sherrer, lord Eddard. Los demás habitantes han muerto, junto con los de Wendish y los del Vado del Titiritero.

—Levantaos —les ordenó Ned a los aldeanos. Jamás confiaba en lo que le decía un hombre arrodillado—. Venga, levantaos todos.

Uno a uno, los aldeanos de Sherrer se fueron poniendo en pie. Hubo que ayudar a un anciano, y una muchachita de vestido ensangrentado permaneció de rodillas, mirando sin ver a ser Arya Oakheart, que estaba al pie del trono ataviado con la armadura blanca de la Guardia Real, dispuesto a proteger y defender al rey... o a la mano del rey, quiso creer Ned.

—Joss —dijo ser Raymun Darry a un hombre regordete y calvo que llevaba delantal de tabernero—, cuéntale a la mano lo que sucedió en Sherrer.

Joss asintió.

—Con el permiso de vuestra alteza...

—Su alteza está cazando al otro lado del Aguasnegras —dijo Ned. Le parecía increíble que un hombre pudiera pasar la vida entera a apenas unos días a caballo de la Fortaleza Roja sin tener la menor idea de cuál era el aspecto del rey. Él vestía un jubón de lino blanco con el lobo huargo de los Stark en el pecho; el broche de plata en forma de mano, que era el emblema de su cargo, lo utilizaba para sujetarse la capa negra. Blanco, negro y gris, todas las tonalidades de la verdad—. Yo soy lord Eddard Stark, la mano del rey. Dime quién eres y qué sabes de esos jinetes.

—Tengo... tenía... Tenía una taberna, mi señor, en Sherrer, junto al puente de piedra. La mejor cerveza al sur del Cuello, lo dice todo el mundo, con vuestro permiso, mi señor. Ahora ya no existe, mi señor, ha desaparecido, igual que el resto. Vinieron, bebieron hasta hartarse y derramaron lo que quedaba. Luego prendieron fuego al techo, y también habrían derramado mi sangre si me hubieran atrapado, mi señor.

—Nos quemaron las casas —dijo un granjero, junto a él—. Llegaron a caballo en la oscuridad, venían del sur, y prendieron fuego a los campos y a las casas, mataron a todo el que intentó detenerlos. Pero no eran ladrones, mi señor; no querían robarlos el ganado ni nada de eso; mataron a mi vaca lechera y la dejaron allí, para que se la comieran las moscas y los cuervos.

—Arrollaron a mi aprendiz —intervino un hombre achaparrado con músculos de herrero y la cabeza vendada. Se había puesto sus mejores ropas para acudir a

la corte, pero llevaba los calzones manchados y la capa polvorienta—. Lo persiguieron a caballo por los campos, jugaron con él; lo pinchaban con las lanzas y se reían como si fuera un juego. El chico no hacía más que gritar y caerse, y al final el grandote lo traspasó.

La muchacha que seguía de rodillas movió la cabeza para alzar la vista hacia Ned, en el trono.

—También mataron a mi madre, alteza. Y a mí me... a mí me... —Su voz se quebró, como si hubiera olvidado lo que estaba a punto de decir. Empezó a sollozar. Ser Raymun Darry reanudó el relato.

—En Wendish, la gente intentó refugiarse en el fortín, pero las paredes eran de madera. Los jinetes amontonaron paja contra ellas y los intentaron quemar vivos. Cuando los habitantes de Wendish abrieron las puertas para escapar del fuego, los mataron con flechas a medida que salían, incluso a las mujeres con niños de pecho.

—Qué espanto —murmuró Varys—. ¿Hasta dónde puede llegar la crueldad del hombre?

—A nosotros nos habrían hecho lo mismo, pero el fortín de Sherrer es de piedra —dijo Joss—. Algunos querían hacernos salir con humo, pero el grande dijo que había fruta más madura río arriba, así que se fueron a Vado del Titiritero.

Ned sintió el acero frío contra los dedos al inclinarse hacia delante. Entre cada dos dedos había una hoja; las puntas de espadas retorcidas sobresalían como garras de los brazos del trono. Pese a los tres siglos transcurridos desde que fuera forjado, algunas seguían afiladas y cortantes. El Trono de Hierro estaba lleno de trampas para cazar al incauto. Según decían las canciones, para hacerlo se habían empleado mil espadas, calentadas al rojo blanco en el aliento ardiente de Balerion, el Terror Negro. Los trabajos duraron cincuenta y nueve días. El resultado fue aquella bestia negra, hecha de filos, púas y hojas de metal afilado: una silla capaz de matar a un hombre y que, según las leyendas, ya lo había hecho. Eddard Stark era incapaz de comprender qué hacía allí sentado, pero allí estaba, y aquella gente le pedía justicia.

—¿Qué pruebas tenéis de que fueran de la casa Lannister? —preguntó, tratando de controlar la ira—. ¿Llevaban capas escarlata o un estandarte con el emblema del león?

—Ni siquiera los Lannister son tan idiotas —resopló ser Marq Piper. Era un joven gallito, un fanfarrón, demasiado inmaduro e impulsivo para el gusto de Ned. Pero al mismo tiempo era buen amigo del hermano de Catelyn, Edmure Tully.

—Todos los atacantes iban a caballo y con cota de malla, mi señor —respondió ser Karyl con voz tranquila—. Llevaban lanzas de punta de acero, y también espadas y hachas. —Hizo un gesto en dirección a uno de los harapientos

supervivientes—. Tú. Sí, tú. Nadie te va a hacer nada. Dile a la mano lo que me contaste.

—Es sobre los caballos —dijo el anciano con la cabeza inclinada—. Eran caballos de guerra. Trabajé muchos años en los establos del viejo ser Willum, así que los distingo. Pongo a los dioses por testigos de que ninguno de esos animales había tirado nunca de un arado.

—Bandoleros con buenas monturas —observó Meñique—. Puede que robaran los caballos antes de atacar.

—¿Cuántos hombres componían el grupo? —quiso saber Ned.

—Por lo menos cien —respondió Joss.

—Cincuenta —dijo a la vez el herrero de los vendajes.

—Cientos y cientos —fue la respuesta de una anciana, tras ellos—. Un ejército, mi señor, un ejército era eso.

—Tienes más razón de la que crees, buena mujer —le dijo lord Eddard—. Decís que no llevaban estandarte. ¿Y qué armaduras utilizaban? ¿Algún de vosotros se fijó en los adornos, en las decoraciones, en cualquier detalle de los escudos o de los yelmos?

—Me duele deciros esto, mi señor —contestó Joss, el tabernero, sacudiendo la cabeza—, pero no, las armaduras que llevaban eran sencillas. Solo... Bueno, el que parecía que mandaba, la armadura suya era igual que las otras, pero llamaba la atención. Era por el tamaño, mi señor. Quien diga que los gigantes ya no existen es porque no ha visto a este hombre, os lo juro. Era grande como un buey, y su voz retumbaba como un trueno.

—¡La Montaña! —exclamó ser Marq de manera que todos lo oyeron—. ¡A alguien le cabe la menor duda! Esto ha sido obra de Gregor Clegane.

Ned oyó murmullos bajo las ventanas y al otro extremo de la sala. Hasta en las galerías se oían susurros nerviosos. Tanto los grandes señores como el pueblo llano entendían qué significaría que ser Marq estuviera en lo cierto. Ser Gregor Clegane era vasallo de lord Tywin Lannister.

Escudriñó los rostros aterrados de los aldeanos. No era de extrañar que estuvieran tan asustados: creían que los habían arrastrado allí para llamar asesino a lord Tywin, ante el rey que estaba casado con su hija. Seguramente, los caballeros no les habían dejado elección.

El gran maestre Pyelle se levantó pausadamente de su lugar en la mesa del Consejo. La cadena que simbolizaba su cargo tintineó.

—Con todos los respetos, ser Marq, no podéis saber si ese forajido era ser Gregor o no. En el reino hay muchos hombres corpulentos.

—¿Tan corpulentos como la Montaña que Cabalga? —replicó ser Karyl—. Yo no he conocido a ninguno.

—Ni nadie entre los presentes —añadió ser Raymun, ardoroso—. Hasta su hermano parece un cachorrillo en comparación. Abrid los ojos, mis señores. ¿Os

hace falta ver su sello sobre los cadáveres? Fue Gregor.

—¿Por qué iba a actuar ser Gregor como un bandido? —preguntó Pyccelle—. Su señor le otorgó una fortaleza y tierras propias. Es un caballero ungido.

—¡Un falso caballero! —replicó ser Marq—. Es el perro rabioso de lord Tywin.

—Mi señor —dijo Pyccelle a Ned con tono rígido—, os ruego que recordéis a este «buen» caballero que lord Tywin Lannister es el padre de nuestra amada reina.

—Gracias, gran maestre Pyccelle —dijo Ned—. Si no llegáis a decirlo, quizá lo hubiéramos olvidado.

Desde su lugar privilegiado en el trono, vio cómo varios hombres salían a hurtadillas por la puerta del fondo de la sala. Los conejos corrían a esconderse... o tal vez las ratas iban a mordisquear el queso de la reina. Divisó a la septa Mordane en la galería, acompañando a su hija Sansa. Ned sintió un ramalazo de ira: aquél no era lugar apropiado para una niña. Pero la septa no podía haber imaginado que la sesión iba a ir más allá de la tediosa rutina de escuchar peticiones, zanjar disputas entre aldeas rivales y marcar límites entre poblados.

Abajo, junto a la mesa del Consejo, Petyr Baelish pareció perder interés en la pluma y se inclinó hacia delante.

—Ser Marq, ser Karyl, ser Raymun..., ¿puedo haceros una pregunta? Esas aldeas estaban bajo vuestra protección. ¿Dónde estabais mientras tenían lugar tantos asesinatos e incendios?

—Yo estaba al lado de mi señor padre, en el paso, bajo el Colmillo Dorado —respondió ser Karyl—. Igual que ser Marq. Cuando ser Edmure Tully recibió la noticia de estas afrentas, nos envió instrucciones de organizar un grupo de hombres para buscar a los supervivientes que hubiera y traerlos ante el rey.

—Ser Edmure me había convocado a Aguasdulces, junto con todos mis hombres —explicó por su parte ser Raymun Darry—. Estaba acampado al otro lado del río, aguardando sus órdenes, cuando me llegó la noticia. Cuando regresé a mis tierras, Clegane y sus alimañas ya estaban al otro lado del Forca Roja, cabalgando hacia las colinas de los Lannister.

—Y si vuelven, señor? —Meñique se acarició la barbita puntiaguda, pensativo.

—Si vuelven, su sangre regará los campos que quemaron —declaró ser Marq Piper, en tono fervoroso.

—Ser Edmure ha enviado hombres a todo pueblo y aldea a menos de un día a caballo de la frontera. Los próximos atacantes no lo tendrán tan fácil —explicó ser Karyl.

«Que es probablemente lo que quiere lord Tywin —se dijo Ned para sus adentros—: mermar las fuerzas de Aguasdulces, engañar al chico para que disperse a sus hombres». El hermano de su esposa era joven, y más valeroso

que inteligente. Intentaría defender cada palmo de sus tierras, a cada hombre, mujer y niño de los que lo llamaban señor, y Tywin Lannister, astuto como era, lo sabría.

—Si vuestros campos y aldeas están a salvo de todo daño —decía lord Petyr —, ¿qué le pedís al trono?

—Los señores del Tridente mantienen la paz del rey —respondió ser Raymun Darry—. Los Lannister la han quebrado. Pedimos permiso para darles cumplida respuesta, acero por acero. Pedimos justicia para los habitantes de Sherrer, de Wendish y del Vado del Titiritero.

—Edmure está de acuerdo: debemos pagar a Gregor Clegane con su misma moneda sangrienta —declaró Marq—, pero el anciano lord Hoster nos ordenó venir a pedir el permiso del rey antes de atacar.

«Gracias a los dioses por el anciano lord Hoster». Tywin Lannister tenía tanto de zorro como de león. Si era verdad que había enviado a ser Gregor para quemar y saquear, y a Ned no le cabía la menor duda, se había asegurado de que lo hiciera amparado en la noche, sin estandartes, como un vulgar bandolero. Cuando Aguasdulces contraatacara, Cersei y su padre insistirían en que los que habían roto la paz del rey habían sido los Tully, no los Lannister. Y solo los dioses sabían a quién creería Robert.

—Mi señor —lo interpeló el gran maestre Pycelle, que se había levantado de nuevo—, si estos aldeanos creen que ser Gregor ha dejado de lado sus votos sagrados para dedicarse a las violaciones y el pillaje, que vayan a presentar tales quejas a su señor. Estos crímenes no tienen nada que ver con el trono. Que busquen la justicia de lord Tywin.

—Toda justicia es justicia del rey —replicó Ned—. Todo lo que hacemos en el norte, en el sur, en el este o en el oeste, es en nombre de Robert.

—Es la justicia del rey —insistió el gran maestre Pycelle—. Por lo tanto, deberíamos aplazar este asunto hasta que su alteza...

—El rey está cazando al otro lado del río, y puede que no regrese en varios días —dijo lord Eddard—. Robert me ordenó ocupar su lugar, escuchar con sus oídos y hablar con su voz. Y es precisamente lo que voy a hacer..., aunque estoy de acuerdo en que se le debe comunicar este asunto. —Divisó bajo los tapices un rostro conocido—. Ser Robar —llamó.

—¿Mi señor? —Ser Robar Royce dio un paso al frente e hizo una reverencia.

—Vuestro padre está cazando con el rey —dijo Ned—. ¿Queréis ir a llevarles la noticia de lo que se ha dicho y hecho hoy aquí?

—Al momento, mi señor.

—Tenemos, pues, vuestro permiso para emprender la venganza contra ser Gregor? —preguntó Marq Piper al trono.

—Venganza? —inquirió Ned—. Yo creía que estábamos hablando de justicia. Con quemar los campos de Clegane y matar a sus siervos no se recuperará la paz

del rey; no haréis más que poner parches en vuestro orgullo. —Apartó la vista antes de que el joven caballero pudiera protestar airadamente, y se dirigió a los aldeanos—. Habitantes de Sherrer, no puedo devolveros los hogares ni las cosechas, ni tampoco devolver la vida a vuestros muertos. Pero quizás pueda mostrároslo, aunque sea en pequeña medida, la justicia de nuestro rey Robert.

Todos los ojos de la sala estaban clavados en él, a la espera. Ned se puso en pie muy despacio y se levantó del trono con la fuerza de los brazos, haciendo caso omiso del dolor punzante en la pierna rota; no era el mejor momento para que nadie advirtiera su debilidad.

—Los primeros hombres creían que el juez que ordena la muerte debe ser también el que esgrima la espada, y en el norte todavía nos regimos por esa costumbre. No me gusta enviar a nadie a matar en mi nombre..., pero me temo que no tengo otro remedio —dijo señalándose la pierna herida.

—¡Lord Eddard! —El grito procedía del ala oeste de la sala. Un muchachito muy joven y atractivo se adelantó con paso osado. Sin la armadura, ser Loras Tyrell ni siquiera aparentaba sus dieciséis años. Llevaba ropas de seda color azul celeste, y su cinturón era una cadena de rosas doradas, el emblema de su casa—. Os suplico el honor de que me permitáis actuar en vuestro lugar. Encomendadme esa tarea, mi señor, y juro que no os fallaré.

—Ser Loras, si os enviamos a vos —dijo Meñique con una risita—, ser Gregor nos enviará a cambio vuestra cabeza con una pluma metida en esa preciosa boquita que tenéis. La Montaña no es el tipo de persona que se humilla ante la justicia de cualquier hombre.

—No temo a Gregor Clegane —replicó ser Loras, altanero.

Ned volvió a sentarse en el duro asiento de hierro que era el trono deformé de Aegon. Escudriñó con la mirada los rostros que se alineaban junto al muro.

—Lord Beric —llamó—. Thoros de Myr. Ser Gladden. Lord Lothar. —Los nombrados se fueron adelantando, uno a uno—. Deberéis reunir un grupo de veinte hombres cada uno, y llevar mi palabra a la fortaleza de Gregor. Veinte de mis guardias os acompañarán. Lord Beric Dondarrion, tendréis el mando general, como corresponde a vuestro rango.

—A vuestras órdenes, lord Eddard —dijo el joven señor del pelo dorado rojizo con una reverencia.

—En nombre de Robert de la casa Baratheon —exclamó Ned alzando la voz para que llegara a todos los extremos del salón del trono—, el primero de su nombre, rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, señor de los Siete Reinos y Protector del Reino; yo, Eddard de la casa Stark, su mano, os encomiendo cabalgar hacia las tierras de occidente, cruzar el Forca Roja del Tridente bajo la bandera del rey, y llevar la justicia del rey al falso caballero Gregor Clegane, y a todos aquellos que hayan sido partícipes de sus crímenes. Yo lo denuncio, lo deshonro, lo despojo de su rango y títulos, de todas sus tierras,

propiedades e ingresos, y lo sentencio a muerte. Que los dioses se apiaden de su alma.

Apenas se hubo extinguido el eco de sus palabras, el Caballero de las Flores se adelantó, perplejo.

—¿Y qué pasa conmigo, lord Eddard?

Ned lo miró. Visto desde el trono, Loras Tyrell parecía casi tan joven como Robb.

—Nadie pone en duda vuestro valor, ser Loras, pero ahora se trata de justicia, y lo que buscáis vos es venganza. —Se volvió hacia lord Beric—. Emprended el camino al alba. Estas cosas es mejor hacerlas deprisa. —Alzó una mano—. El trono no escuchará hoy más peticiones.

Alyn y Porther subieron los escalones de hierro que llevaban al trono para ayudarlo a descender. Ned no pudo dejar de advertir la mirada hosca de Loras Tyrell, pero el muchacho se alejó antes de que llegara a su altura.

En la base del Trono de Hierro, Varys recogía papeles de la mesa del Consejo. Meñique y el gran maestre Pyelle se habían marchado ya.

—Tenéis más valor que yo, mi señor —dijo con voz suave el eunuco.

—¿Por qué lo decís, lord Varys? —preguntó Ned en tono brusco. La pierna le dolía mucho y no estaba de humor para juegos de palabras.

—De haber estado en vuestro lugar, yo habría enviado a ser Loras. Lo deseaba con tanta vehemencia... Y cualquier hombre que tenga por enemigos a los Lannister haría bien en ganarse la amistad de los Tyrell.

—Ser Loras es joven —replicó Ned—. Ya se le pasará la decepción.

—¿Y qué hay de ser Ilyn? —El eunuco se acarició la mejilla regordeta y empolvada—. Al fin y al cabo, él es la justicia del rey. Eso de enviar a otros hombres a cumplir con las misiones de su cargo... hay quien lo consideraría un insulto grave.

—No era mi intención. —La verdad era que Ned no confiaba en el caballero mudo, aunque tal vez fuera porque no le gustaban los ejecutores—. Os recuerdo que los Payne son vasallos de la casa Lannister. Me pareció más adecuado elegir hombres que no debieran lealtad alguna a lord Tywin.

—Una decisión prudente, no me cabe duda —dijo Varys—. Pero da la casualidad de que he visto a ser Ilyn al fondo de la sala, mirándonos con sus ojos claros, y la verdad, no parecía nada contento, aunque eso es siempre difícil de asegurar cuando se trata de nuestro silencioso caballero. Supongo que a él también se le pasará. Aunque le gusta tanto su trabajo...

—No ha querido enviar a ser Loras —le contó Sansa a Jeyne Poole aquella noche, mientras compartían una cena fría a la luz de la lamparilla—. Me parece que ha sido por lo de la pierna.

Lord Eddard había hecho que le llevaran la cena a sus aposentos para tomarla con Alyn, Harwin y Vayon Poole, y así poder descansar de sus heridas; y la septa Mordane se había quejado de que tenía los pies en carne viva después de estar en la galería todo el día. Arya debería estar con ellas, pero llegaba tarde de su lección de danza.

—¿La pierna? —preguntó Jeyne, insegura. Era una chiquilla bonita, de pelo oscuro, y tenía la misma edad que Sansa—. ¿Es que ser Loras se ha hecho daño en la pierna?

—No, él no, tonta —replicó Sansa mientras mordisqueaba con delicadeza un muslo de pollo—. La pierna de mi padre. Le duele tanto que está siempre de muy mal humor. Si no, habría enviado a ser Loras, seguro.

La decisión de su padre le había parecido sorprendente. Cuando el Caballero de las Flores se adelantó, dio por seguro que estaba a punto de ver cómo cobraba vida una de las historias de la Vieja Tata. Ser Gregor era el monstruo, y ser Loras, el gran héroe que lo iba a matar. Hasta su aspecto era el de un gran héroe, porque era muy guapo y esbelto, con aquel cinturón de rosas doradas y aquella cabellera castaña que le caía sobre los ojos. ¡Y su padre lo rechazó! Aquello la había disgustado muchísimo. Se lo había dicho a la septa Mordane mientras bajaban de la galería, pero la mujer le respondió que no le correspondía a ella cuestionar las decisiones de su señor padre.

Y había sido entonces cuando lord Baelish interrumpió su conversación.

—No sabría qué decir, septa. Su señor padre ha tomado algunas decisiones que no estaría de más cuestionar. La joven dama es tan sabia como hermosa. —Hizo una reverencia a Sansa, una inclinación tan profunda que la niña no supo si se trataba de un cumplido o de una burla.

—La niña solo hacía comentarios, mi señor —dijo la septa Mordane, que se había puesto muy nerviosa al darse cuenta de que lord Baelish se había enterado de su conversación—. Simple charla. No pretendía decir nada.

—¿Nada? —Lord Baelish se acarició la barbita puntiaguda—. Cuéntame, pequeña, ¿por qué habrías enviado tú a ser Loras? —A Sansa no le quedó más remedio que hablarle de los héroes y los monstruos. El consejero del rey sonrió—. Bueno, no son precisamente los argumentos que habría planteado yo, pero... —Le acercó la mano al rostro y le siguió con el dedo la línea del pómulo—. La vida no es una canción, querida. Algún día lo descubrirás, y será doloroso.

A Sansa no le apetecía contarle todo aquello a Jeyne. De hecho, solo con pensar en ello se ponía nerviosa.

—La justicia del rey es ser Ilyn, no ser Loras —señaló Jeyne—. Lord Eddard debería haberlo enviado a él.

Sansa se estremeció. Siempre que veía a ser Ilyn le pasaba lo mismo. Tenía la sensación de que le resbalara una cosa muerta por la piel desnuda.

—Ser Ilyn es casi como otro monstruo. Me alegro de que mi padre no lo eligiera.

—Pues lord Beric es tan héroe como ser Loras. Es tan valiente, tan guapo...

—Sí, bueno... —titubeó Sansa.

Beric Dondarrion era atractivo, sin duda, pero también era muy viejo; tenía casi veintidós años. El Caballero de las Flores habría sido mucho mejor. Pero claro, Jeyne estaba enamorada de lord Beric desde la primera vez que lo vio en las justas. En opinión de Sansa, Jeyne se comportaba como una tonta. Al fin y al cabo no era más que la hija de un mayordomo, y por mucho que suspirase por él, lord Beric nunca se fijaría en alguien tan inferior, ni aunque la diferencia de edad no fuera tan abismal.

Pero habría sido una descortesía decir semejante cosa, así que Sansa bebió un trago de leche y cambió de tema.

—He soñado que el venado blanco era para Joffrey —dijo. En realidad no había sido un sueño, sino más bien un deseo, pero le costaba menos expresarlo así. Todo el mundo sabía que los sueños eran proféticos. Los venados blancos eran muy raros y mágicos, y Sansa sabía en su corazón que el valeroso príncipe era más digno de cazarlo que su padre borracho.

—¿Lo has soñado? ¿De verdad? ¿Qué pasaba? ¿El príncipe Joffrey se acercaba al venado, lo acariciaba con la mano y no le hacía daño?

—No —respondió Sansa—. Lo mataba con una flecha dorada y me lo traía como prenda. —En las canciones, los caballeros jamás mataban a las bestias mágicas; solo se acercaban a ellas y las tocaban, sin hacerles daño, pero sabía que a Joffrey le gustaba la caza, sobre todo matar a las presas. Pero solo mataba animales, claro. Sansa estaba segura de que su príncipe no había tenido nada que ver en el asesinato de Jory y el resto de los hombres; aquello había sido cosa de su malévolos tíos, el Matarreyes. Sabía que su padre estaba muy enfadado, pero no era justo que le echara la culpa a Joff. Sería como hacerla responsable a ella por lo que hiciera Arya.

—Esta tarde he visto a tu hermana —dijo Jeyne, como si le estuviera leyendo la mente—. Estaba en los establos, caminando sobre las manos. ¿Por qué hace esas cosas?

—Nadie sabe por qué hace Arya las cosas que hace. —Sansa detestaba los establos; eran lugares malolientes llenos de estiércol y moscas. Incluso cuando iba a montar prefería que algún mozo le ensillara la montura y se la sacara al patio—. ¿Quieres que te cuente cosas de la corte de justicia, o no?

—Sí, sí —pidió Jeyne.

—Había también un hermano negro —siguió Sansa—; suplicaba hombres para el Muro, pero era muy viejo y oía mal. —Aquel no le había gustado nada. Siempre había imaginado que los hombres de la Guardia de la Noche eran como su tío Benjen. En las canciones los llamaban «los caballeros negros del Muro». Pero aquel hombrecillo tenía la espalda encorvada, resultaba repugnante y parecía como si tuviera piojos. Si la Guardia de la Noche era así, se compadecía de su medio hermano bastardo, Jon.

—Mi padre ha preguntado si había presente algún caballero que quisiera honrar a su casa vistiendo el negro, pero ninguno se ha adelantado, así que le ha dicho al tal Yoren que eligiera lo que quisiera de las mazmorras del rey y que se fuera. Luego han llegado dos hermanos, unos jinetes libres de las Marcas de Dorne, para poner sus espadas al servicio del rey. Mi padre les ha tomado juramento...

—¿No hay pastelitos de limón? —Jeyne bostezó.

—Vamos a ver —dijo Sansa. No le gustaba que la interrumpieran, pero hasta ella reconocía que un pastelito de limón sonaba más interesante que la mayor parte de lo que había acontecido aquella mañana en el salón del trono.

En la cocina no había pastelitos de limón, pero al final encontraron media tarta fría de fresas, que fue una buena alternativa. Se la comieron sentadas en los peldaños de la torre, entre risitas, chismorreos y secretos compartidos, y aquella noche, Sansa se acostó con la sensación de ser casi tan traviesa como Arya.

Por la mañana se despertó antes de que amaneciera, y se dirigió medio adormilada hacia la ventana para ver como lord Beric formaba a sus hombres. Emprendieron la marcha cuando las primeras luces empezaron a bañar la ciudad. Los precedían tres portaestandartes, el más alto con el emblema del venado coronado del rey, y por debajo, el lobo huargo de los Stark y el rayo de lord Beric a la misma altura. Era tan emocionante como una canción que cobrara vida: el tintineo de las espadas, el brillo de las antorchas, los pendones al viento, el piafar y relinchar de los caballos, el brillo dorado del amanecer en los barrotes del rastrillo que se alzaba... Los hombres de Invernalía eran los más guapos, con cotas de malla plateadas y largas capas grises.

Alyn era el que llevaba el estandarte de los Stark. Al verlo cabalgar junto a lord Beric, Sansa se sintió llena de orgullo. Alyn era aún más guapo de lo que fuera Jory; algún día sería caballero.

Tras su partida, la Torre de la Mano parecía tan desierta que Sansa incluso se alegró de ver a Arya cuando bajó a desayunar.

—¿Dónde están todos? —quiso saber su hermana, al tiempo que pelaba con las manos una naranja sanguina—. ¿Los ha enviado padre a perseguir a Jaime Lannister?

—Cabalgan junto a lord Beric, para decapitar a ser Gregor Clegane —repuso Sansa con un suspiro. Se volvió hacia la septa Mordane, que comía gachas con

una cuchara de madera—. Septa, ¿lord Beric clavará la cabeza de ser Gregor en una lanza y la pondrá ante sus puertas, o se la traerá al rey? —Era una de las cosas que había comentado con Jeyne Poole la noche anterior, pero la septa puso cara de espanto.

—Una dama no habla de esas cosas durante el desayuno. ¿Has olvidado tus modales, Sansa? Últimamente te portas casi tan mal como tu hermana.

—¿Qué hizo Gregor? —preguntó Arya.

—Quemó una aldea y asesinó a un montón de gente, incluso mujeres y niños.

—Jaime Lannister asesinó a Jory —dijo Arya con el ceño fruncido—, a Heward y a Wyl, y el Perro asesinó a Mykah. A esos sí que tendrían que cortarles la cabeza.

—No es lo mismo —replicó Sansa—. El Perro es el escudo juramentado de Joffrey; y tu amiguito atacó al príncipe.

—Mentirosa —rugió Arya. Apretó la naranja sanguina con tanta fuerza que el jugo le corrió entre los dedos.

—Eso, insúltame, ahora que puedes —dijo Sansa en tono frívolo—. Cuando esté casada con Joffrey ya no te atreverás. Tendrás que hacerme reverencias y llamar me alteza. —Dejó escapar un grito cuando Arya le lanzó la naranja. Le dio en la frente con un golpe húmedo y le cayó en el regazo.

—Tenéis una mancha de zumo en la cara, alteza —dijo Arya.

El zumo le goteaba por la nariz y le picaba en los ojos. Sansa se limpió con una servilleta. Cuando vio la mancha que le había dejado la fruta en el regazo del hermoso vestido de seda color marfil, dejó escapar otro grito.

—¡Eres odiosa! —chilló a su hermana—. ¡Tendrían que haberte matado a ti, y no a Dama!

—¡Vuestro padre se va a enterar de esto! —dijo la septa Mordane poniéndose de pie—. ¡Id a vuestras habitaciones, ahora mismo! ¡Ahora mismo!

—¿Yo también? —A Sansa se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¡No es justo!

—No pienso discutir. ¡A vuestras habitaciones!

Sansa se alejó, con la cabeza bien alta. Iba a ser reina, y las reinas no lloraban, o no lloraban delante de nadie. Al llegar a sus habitaciones, cerró la puerta y se quitó el vestido. La naranja sanguina había dejado una gran mancha roja en la seda.

—¡La odio! —gritó. Hizo una bola con el vestido y lo lanzó a la chimenea, sobre las cenizas frías del fuego de la noche anterior. Entonces vio que la mancha había calado hasta las enaguas, y muy a su pesar se le escapó un sollozo. Se arrancó el resto de la ropa, se tumbó en la cama y lloró hasta que se quedó dormida.

Era ya mediodía cuando la septa Mordane llamó a su puerta.

—¿Sansa? Tu señor padre quiere verte ahora mismo.

—Dama —susurró Sansa mientras se sentaba en la cama. Durante un

momento fue como si la loba estuviera en la habitación, mirándola con sus ojos dorados, tristes y sagaces. Comprendió que había estado soñando. En el sueño, Dama la acompañaba, corrían juntas, y... y... Tratar de recordarlo era como intentar atrapar lluvia con los dedos. El sueño se esfumó, y Dama murió de nuevo.

—Sansa. —Volvieron a sonar golpes en la puerta—. ¿Me oyés?

—Sí, septa —respondió—. Necesito un momento para vestirme, por favor. —Tenía los ojos hinchados de llorar, pero hizo todo lo posible por ponerse guapa.

Cuando la septa Mordane la acompañó hasta las habitaciones de su padre, lord Eddard estaba sentado ante un gran libro encuadrado en piel, con la pierna entabillada rígida bajo la mesa.

—Ven aquí, Sansa —dijo con voz no exenta de cariño, mientras la septa iba a buscar a su hermana—. Siéntate a mi lado.

Cerró el libro. La septa Mordane regresó con Arya, a la que casi tenía que arrastrar. Sansa se había puesto una hermosa túnica de damasco color verde claro y también una expresión de arrepentimiento en la cara, pero su hermana llevaba todavía las ropas desastradas de cuero que tenía durante el desayuno.

—Aquí está la otra —anunció la septa.

—Gracias, septa Mordane. Si tenéis la amabilidad, quiero hablar a solas con mis hijas.

La septa se inclinó y se marchó.

—Ha empezado Arya —dijo Sansa a toda prisa, deseosa de ser la primera en hablar—. Me ha llamado mentirosa, me ha tirado una naranja y me ha estropeado el vestido, el de seda color marfil que la reina Cersei me regaló cuando me prometí al príncipe Joffrey. Me odia porque voy a casarme con el príncipe. Quiere estropearlo todo, padre, no soporta nada que sea bonito, ni lujoso, ni espléndido.

—Ya basta, Sansa. —La voz de su padre estaba cargada de impaciencia.

—Lo siento mucho, padre —dijo Arya alzando la vista—. He hecho mal, y le ruego a mi querida hermana que me perdone.

—¿Y qué pasa con mi vestido? —consiguió decir Sansa al final. Se había sobresaltado tanto que, durante un momento, se había quedado sin habla.

—No sé... Puedo lavártelo —dijo Arya, dubitativa.

—No se puede lavar —replicó Sansa—. Ni aunque lo frotaras un día entero. La seda está estropeada.

—Entonces, te... te haré uno nuevo.

—¿Tú? —Sansa echó la cabeza hacia atrás en gesto desdenoso—. Los trapos que tú coses no valen ni para limpiar pocilgas.

—No os he hecho venir para hablar de vestidos —dijo su padre después de soltar un suspiro—. Voy a enviarlos de vuelta a Invernalia.

Sansa se encontró sin palabras por segunda vez. Se le volvieron a llenar los

ojos de lágrimas.

—No es posible —dijo Arya.

—Por favor, padre —consiguió decir Sansa al final—. Por favor, no.

—Al menos hemos encontrado un tema en el que estáis de acuerdo. —Eddard Stark les dirigió a sus hijas una sonrisa cansada.

—Yo no he hecho nada malo —le suplicó Sansa—. No quiero volver. —Le encantaba estar en Desembarco del Rey, el boato de la corte, la presencia de grandes damas y señores, con ropajes de terciopelo y seda, y con joyas; la gran ciudad y sus habitantes. Los días del torneo habían sido los más mágicos de su vida, ¡y aún le faltaba tanto por ver...! Las fiestas de la cosecha, los bailes de máscaras, las representaciones de los comediantes... No soportaba la idea de perderse todo aquello.

—Envía a Arya de vuelta; ella ha empezado, padre, te lo juro. Seré buena, ya lo verás, deja que me quede y te prometo que seré tan cortés y tan noble como la reina.

—Si os envío de vuelta no es por la pelea, Sansa —dijo su padre con una mueca extraña—, aunque bien saben los dioses que estoy harto de vuestras riñas. Quiero que volváis a Invernalia porque allí estaréis a salvo. Asesinaron a tres de mis hombres como perros a una legua de este lugar, ¿y qué hace Robert? Se va de caza.

Arya se mordisqueaba el labio, en su habitual mueca repugnante.

—¿Puede venir Syrio con nosotras?

—¿Y a quién le importa tu estúpido maestro? —estalló Sansa—. Padre, acabo de caer en la cuenta: no puedo marcharme, me voy a casar con el príncipe Joffrey. —Trató de dedicarle una sonrisa valiente—. Lo amo, padre, lo amo de todo corazón, lo amo tanto como amaba la reina Naerys al príncipe Aemon, el Caballero Dragón, tanto como amaba Jonquil a ser Florian. Quiero ser su reina, y darle muchos hijos.

—Pequeña —suspiró su padre—, presta atención. Cuando seas mayor, concertaré tu matrimonio con un gran señor que sea digno de ti, con alguien valiente, bueno y fuerte. Tu compromiso con Joffrey ha sido un gran error. Tienes que creerme: ese chico no es como el príncipe Aemon.

—¡Sí que lo es! —insistió Sansa—. Y no quiero a nadie valiente y bueno, lo quiero a él. Seremos felices por siempre jamás, igual que en las canciones, ya lo verás. Le daré un hijo de cabellos dorados, que algún día será el rey más grande que se haya visto, valiente como el lobo y orgulloso como el león.

—Imposible, con un padre como Joffrey —dijo Arya haciendo una mueca—. Es un mentiroso y un cobarde. Además, es un venado, no un león.

—¡No! —A Sansa le escocían las lágrimas en los ojos—. No tiene nada que ver con el borracho del rey —le gritó a su hermana, tan dolida que había olvidado toda su educación.

—Dioses —maldijo su padre entre dientes, mirándola de una manera muy extraña—. De la boca de los borrachos y los niños... —Llamó a gritos a la septa Mordane y se volvió hacia las niñas—. Estoy buscando una galera mercante rápida que os lleve a casa. En estos tiempos que corren es más seguro viajar por mar que por el camino Real. Embarcaréis en cuanto encuentre la nave adecuada, con la septa Mordane, un grupo de guardias... y sí, también con Syrio Forel, si quiere entrar a mi servicio. Pero no digáis nada, ¡a nadie! Es mejor que nadie conozca nuestros planes. Volveremos a hablar mañana por la mañana.

Sansa no dejó de llorar en todo el camino mientras la septa Mordane las guiaba escaleras abajo. Se lo iban a quitar todo: el torneo, la corte, a su príncipe, todo, y la iban a devolver a los muros grises de Invernalia, donde se quedaría encerrada para siempre. Su vida había terminado antes incluso de empezar.

—Deja de llorar, niña —le ordenó la septa Mordane—. Estoy segura de que vuestro señor padre sabe qué os conviene.

—No va a ser tan terrible, Sansa —dijo Arya—. Navegaremos en una galera. Será una aventura, y volveremos a estar con Bran y con Robb, con la Vieja Tata, con Hodor y con todos los demás. —Extendió la mano para acariciarle el brazo.

—¡Hodor! —chilló Sansa—. Tendrías que casarte con Hodor, porque eres igual que él: ¡estúpida, peluda y fea!

Esquivó la mano de su hermana, entró corriendo en su habitación y cerró la puerta.

—El dolor es un regalo de los dioses, lord Eddard —le dijo el gran maestre Pyccelle—. Significa que el hueso se suelda y que la carne se cura. Podéis estar agradecido.

—Estaré agradecido cuando la pierna me deje de doler.

—La leche de la amapola, para cuando el dolor sea demasiado intenso. —Pyccelle puso un frasco con corcho sobre la mesita, junto a la cama.

—Ya duermo demasiado.

—El sueño es el mejor médico.

—Tenía la esperanza de que lo fuerais vos.

—Me alegra veros de un humor tan agresivo, mi señor. —Pyccelle le dedicó una sonrisa débil. Se inclinó hacia él y bajó la voz—. Esta mañana ha llegado un cuervo, una carta para la reina, de su señor padre. Me ha parecido que debíais saberlo.

—Alas negras, palabras negras —citó Ned, sombrío—. ¿Qué mencionaba?

—Lord Tywin está muy furioso porque enviasteis hombres en busca de ser Gregor Clegane —le confió el maestre—. Justo como yo temía. Ya recordaréis que os lo dije en el Consejo.

—Que siga furioso —replicó Ned. Cada vez que sentía una punzada en la pierna, recordaba la sonrisa de Jaime Lannister y a Jory muerto entre sus brazos —. Que le escriba todas las cartas que quiera a la reina. Lord Beric cabalga bajo el estandarte del rey. Si lord Tywin interfiere con la justicia del rey tendrá que responder ante el propio Robert. Si hay algo que a su alteza le gusta más que cazar, es hacer la guerra contra los señores que osan desafiarlo.

—Como queráis. —Pyccelle se incorporó con un tintineo de su cadena de maestre—. Volveré a visitarlos por la mañana.

El anciano recogió apresuradamente sus cosas y se despidió. A Ned no le cabía la menor duda de que iría directamente a las estancias reales para hablar con la reina. « Me ha parecido que debíais saberlo... ». Como si la propia Cersei no le hubiera ordenado a Pyccelle que le transmitiera las amenazas de su padre. Deseaba que su respuesta hiciera rechinar aquellos dientes perfectos. Ned no confiaba tanto en Robert como quería aparentar, pero tampoco hacía falta que Cersei lo supiera.

Cuando Pyccelle salió, Ned pidió una copa de vino endulzado con miel. Aquello también entumecía la mente, pero no tanto. Necesitaba pensar con claridad. Se había preguntado un millar de veces qué habría hecho Jon Arryn si hubiera vivido lo suficiente para darle una aplicación práctica a su descubrimiento. O tal vez había hecho algo, y le había costado la vida.

Resultaba curioso que, a veces, los ojos inocentes de un niño vieran cosas que quedaban ocultas para los adultos. Algún día, cuando Sansa fuera mayor, tendría

que explicarle cómo ella había arrojado luz sobre el misterio. « No tiene nada que ver con el borracho del rey », había gritado, colérica e ignorante, y aquella sencilla verdad se había metido dentro de Ned con un frío mortífero. Sí, aquella había sido la espada que mató a Jon Arryn y que, sin duda, iba a matar también a Robert, con una muerte más lenta pero igual de inevitable. Las piernas rotas se curaban con el tiempo, pero algunas traiciones se pudrían y envenenaban el alma.

Meñique fue a visitarlo una hora después que el gran maestre, con una casaca color ciruela en la que destacaba un sinsonte bordado en negro en el pecho, y una capa a rayas blancas y negras.

—Lamento deciros que no va a ser una visita larga, mi señor —anunció—. Lady Tanda me espera para comer. Sin duda, asará para mí una ternera cebada. Si está tan cebada como su hija, lo más probable es que reviente y muera. ¿Cómo sentís la pierna?

—Inflamada, dolorida y con un picor que me está volviendo loco.

—Tened cuidado en el futuro, para que no os caigan más caballos encima —dijo Meñique arqueando una ceja—. Haced lo posible por recuperaros con rapidez. Hay inquietud en el reino. A oídos de Varys han llegado rumores ominosos, procedentes del oeste. Los mercenarios y los jinetes libres acuden como moscas a Roca Casterly, y no para disfrutar de la compañía de lord Tywin.

—¿Hay noticias del rey? —preguntó Ned—. ¿Cuánto tiempo va a seguir de caza?

—Si hace lo que le apetece —replicó lord Petyr con una débil sonrisa—, seguirá en el bosque hasta que tanto la reina como vos muráis de viejos. Pero como no será posible, supongo que regresará en cuanto cace algo. Por lo visto, encontraron al venado blanco, o mejor dicho, lo que quedaba de él. Los lobos lo vieron primero; a su alteza le quedó poco más que un casco y un cuerno. Robert estuvo hecho una furia hasta que le hablaron de un jabalí monstruoso que acechaba en lo más profundo del bosque. Ahora se ha empeñado en cazarlo. El príncipe Joffrey ha regresado esta mañana, junto con los Royce, ser Balon Swann y otros veinte del grupo. Los demás siguen con el rey.

—¿Y el Perro? —preguntó Ned con el ceño fruncido. Después de que ser Jaime huyera de la ciudad para acudir junto a su padre, Sandor Clegane era el hombre de los Lannister que más lo preocupaba.

—Ha regresado con Joffrey, y ha ido directamente a ver a la reina. —Meñique sonrió—. Habría dado cien venados de plata por ser una cucaracha escondida en los juncos del suelo cuando se ha enterado de que lord Beric había partido con órdenes de decapitar a su hermano.

—Hasta un ciego podría ver que el Perro despreciaba a su hermano.

—Ah, pero ser Gregor era suyo para odiarlo, no vuestro para matarlo. Cuando Dondarrion corte la cumbre de nuestra Montaña, las tierras de los

Clegane y todos sus rendimientos pasarán a manos de Sandor, pero yo en vuestro lugar no aguantaría la respiración esperando su gratitud. Y ahora, deberéis disculparme. Me aguardan lady Tanda y su ternera cebada. —Ya de camino hacia la puerta, lord Petyr vio sobre la mesa el enorme libro del gran maestre Malleon, y se detuvo para echar un vistazo al título—. *Linajes e historia de las grandes casas de los Siete Reinos, con muchas descripciones de nobles caballeros, damas y sus descendientes* —leyó en voz alta—. Una lectura tediosa donde las haya, en mi opinión. ¿Es vuestra poción para dormir, mi señor?

Ned valoró durante un instante la posibilidad de decirle lo que sabía, pero las chanzas de Meñique le resultaban insufribles. Era un hombre demasiado astuto, y la sonrisa burlona no parecía borrársele nunca de los labios.

—Jon Arryn estaba leyendo ese libro cuando cayó enfermo —dijo con cautela, para ver cómo respondía.

—Entonces, la muerte vino a aliviarlo de tanto sufrimiento —respondió como hacía siempre, con sarcasmo. Lord Petyr hizo una reverencia y se marchó.

Eddard Stark maldijo entre dientes. No confiaba en ninguna persona de aquella ciudad, descontando a sus hombres. Meñique había ocultado a Catelyn y había ayudado a Ned en la investigación, pero se dio mucha prisa en salvar el pellejo cuando Jaime y sus guardias aparecieron en medio de la lluvia, y aquello no se lo había perdonado. Varys era todavía peor. Pese a sus promesas de lealtad, el eunuco sabía demasiado, y hacía demasiado poco. El gran maestre Pyccelle parecía cada vez más adepto a la causa de Cersei, y ser Barristan era demasiado viejo, demasiado rígido. Le diría a Ned que cumpliera con su deber.

El tiempo volaba. El rey no tardaría en regresar de su expedición de caza, y el honor exigía que Ned le contara todo lo que había descubierto. Vay on Poole lo había arreglado todo para que Sansa y Arya partieran en la *Bruja del Viento*, una galera de Braavos que zarparía en menos de tres días. Llegarían a Invernalia antes de la cosecha. Ya no podía seguir diciéndose que la preocupación por su seguridad era la excusa de su demora en pasar a la acción.

Pero la noche anterior había soñado con los hijos de Rhaegar. Lord Tywin había depositado los cadáveres al pie del Trono de Hierro, envueltos en las capas escarlatas de los guardias de su casa. Había sido un movimiento astuto; a través del tejido rojo, la sangre no destacaba tanto. La princesita estaba descalza, todavía con su túnica de dormir, y el niño... el niño...

Ned no podía permitir que sucediera de nuevo. El reino no soportaría a un segundo rey loco, otra orgía de sangre y venganza. Tenía que salvar a los niños como fuera.

Robert podía ser misericordioso. Ser Barristan no era el único hombre al que había perdonado. Tanto el gran maestre Pyccelle como Varys la Araña y lord Balon Greyjoy fueron en el pasado sus enemigos, y a todos les había otorgado su amistad, a todos les había permitido conservar honores y cargos, a cambio de su

lealtad. Si un hombre era valiente y honrado, Robert lo trataba con todo el honor y el respeto debidos a un enemigo valiente.

Pero aquello era otra cosa: veneno en la oscuridad, un puñal clavado en el alma. Aquello no lo podría perdonar, igual que no había perdonado a Rhaegar. Los mataría a todos. Ned estaba seguro.

E, incluso así, no podía permanecer en silencio. Tenía un deber para con Robert, para con el reino, para con la sombra de Jon Arryn... y para con Bran, que sin duda se había tropezado con alguna parte de la verdad. ¿Por qué, si no, habían intentado asesinarlo?

Aquella misma tarde hizo llamar a Tomard, el guardia corpulento de los bigotes color jengibre al que sus hijos llamaban Tom el Gordo. Con Jory muerto y Alyn fuera, Tom el Gordo tenía el mando de la guardia de su casa. Ned no se sentía del todo tranquilo. Tomard era un hombre robusto, afable, leal, incansable, capaz dentro de sus limitaciones; pero tenía casi cincuenta años, y ni siquiera en su juventud había sido muy resuelto. Ya no estaba tan seguro de haber hecho bien al enviar en la misión a la mitad de su guardia, incluidos sus mejores espadas.

—Voy a necesitar tu ayuda —le dijo cuando se presentó, con el gesto de aprensión que tenía siempre que su señor lo hacía llamar—. Llévame al bosque de dioses.

—¿Creéis que es buena idea, lord Eddard? ¿Tal como tenéis la pierna?

—Puede que no. Pero es necesario.

Tomard llamó a Varly. Ned puso un brazo en torno a los hombros de cada uno y así consiguió bajar por los empinados peldaños de la torre y cruzar la muralla, más allá del patio.

—Quiero que se doble la guardia —le dijo a Tom el Gordo—. Nadie debe entrar ni salir de la Torre de la Mano sin mi permiso.

Tom parpadeó.

—Mi señor, Alyn y los demás están fuera; no somos bastantes para...

—Solo serán unos días. Prolongad los turnos.

—Como ordenéis, mi señor —respondió Tom—. ¿Puedo preguntaros por qué...?

—Mejor no —replicó Ned, sucinto.

El bosque de dioses estaba desierto, como sucedía siempre en aquella ciudad de los dioses sureños. A Ned le dolía espantosamente la pierna cuando lo depositaron en la hierba, junto al árbol corazón.

—Gracias. —Se sacó un papel de la manga; estaba sellado con el emblema de su casa—. Por favor, entrega esto de inmediato.

—Mi señor... —Tomard leyó el nombre que Ned había escrito en el papel y se humedeció los labios, con ansiedad.

—Haz lo que te he ordenado, Tom —replicó Ned.

Nunca supo cuánto tuvo que esperar en el silencio del bosque de dioses. Allí

todo era calma. Los gruesos muros dejaban fuera el clamor del castillo, y solo se oían los cantos de los pájaros, el murmullo de los grillos, el sonido del viento al acariciar las hojas. El árbol corazón era un roble, oscuro y sin rostro, pero Ned Stark sentía la presencia de sus dioses. Hasta la pierna le dolía un poco menos.

Ella llegó al anochecer, cuando las nubes se teñían de rojo sobre las murallas y las torres. Acudió sola, como Ned le había pedido. Por una vez vestía con sencillez: ropas verdes y botas de cuero. Se echó hacia atrás la capucha marrón, y él vio la marca que le había dejado el golpe del rey. El color morado rabioso había dado paso a un tono amarillento, y la hinchazón había bajado, pero resultaba inconfundible.

—¿Por qué aquí? —preguntó Cersei Lannister, de pie ante él.

—Para que los dioses lo vean.

Se sentó junto a él en la hierba. Todos sus movimientos eran gráciles. El viento agitaba la rubia cabellera ondulada, y tenía los ojos verdes como las hojas del verano. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Ned percibiera su belleza. En aquel momento la veía claramente.

—Sé cuál es la verdad que mató a Jon Arryn —dijo.

—¿En serio? —La reina lo miraba directamente a la cara, cauta como una gata—. ¿Por eso me habéis hecho venir, lord Stark? ¿Para plantearme acertijos? ¿O tenéis intención de tomarme prisionera, como hizo vuestra esposa con mi hermano?

—Si de verdad creyerais eso, no habrías acudido. —Le rozó la mejilla con suavidad—. ¿El os había hecho esto con anterioridad?

—Un par de veces. —Se apartó para esquivar la mano—. Pero nunca en la cara. Jaime lo habría matado, aunque le costara la vida. —Cersei lo miró, desafiante—. Mi hermano vale cien veces más que vuestro amigo.

—¿Hermano? —inquirió Ned—. ¿O amante?

—Las dos cosas. —La verdad no la había hecho pestañear—. Desde que éramos niños. ¿Y por qué no? Los Targaryen se casaron entre hermanos durante trescientos años para mantener la pureza de sangre. Y Jaime y yo somos mucho más que hermanos. Somos una sola persona repartida entre dos cuerpos. Compartimos juntos un vientre. Él vivo al mundo agarrado a mi pie; nos lo contó nuestro viejo maestre. Cuando lo tengo dentro de mí, me siento... plena. —La sombra de una sonrisa revoloteó sobre sus labios.

—Mi hijo Bran...

—Nos vio. —Cersei no apartó la mirada—. Amáis a vuestros hijos, ¿verdad?

Robert le había hecho la misma pregunta, la mañana del combate. Le dio la misma respuesta.

—Con toda mi alma.

—Yo no amo menos a los míos.

Ned se quedó pensativo un instante. « Si hubiera que llegar a eso, la vida de

algún niño que no conozca contra la de Robb, Sansa o Arya, o la de Bran, o la de Rickon, ¿qué haría yo? Más aún, ¿qué haría Catelyn si se tratara de la vida de Jon contra la de alguno de los hijos de su vientre?». No conocía la respuesta. Rezó para no tener que averiguarla jamás.

—Los tres son de Jaime —dijo. No era una pregunta.

—Gracias a los dioses —asintió ella.

« La semilla es fuerte», había gritado Jon Arryn en el lecho de muerte. Y así era. Todos los bastardos tenían el pelo negro como la noche. El gran maestre Malleon relataba el último matrimonio entre el venado y el león: había tenido lugar hacía noventa años, cuando Tya Lannister contrajo matrimonio con Gowen Baratheon, tercer hijo del señor reinante. Su único vástagos, un varón sin nombre al que Malleon describía como « un bebé grande y lozano, nacido con la cabeza cubierta de pelo negro », había muerto a las pocas semanas. Treinta años antes, un Lannister se había casado con una doncella Baratheon. Ella le había dado tres hijas y un hijo, todos de pelo negro. Por mucho que se retrocediera en la historia, y Ned lo había hecho a través de las páginas amarillentas y quebradizas, el oro siempre cedía ante el carbón.

—Doce años —dijo—. ¿Cómo es que no habéis tenido hijos del rey?

—Vuestro amigo Robert me fecundó una vez —dijo con voz llena de desprecio y la cabeza alzada en gesto desafiante—. Mi hermano buscó una mujer que me limpió. Él no llegó a enterarse. La verdad es que no soporto que me toque, y hace años que no dejo que me penetre. Conozco otras maneras de complacerlo siempre que se aleja un rato de sus putas y entra tambaleándose en mi dormitorio. Por lo general está tan borracho que a la mañana siguiente ya ha olvidado todo lo que hemos hecho.

¿Cómo habían estado todos tan ciegos? La verdad estaba allí, a la vista, siempre, escrita en los rostros de los niños. Ned sintió náuseas.

—Recuerdo cómo era Robert el día que subió al trono. Un verdadero rey —dijo en voz baja—. Mil mujeres lo habrían amado con todo su corazón. ¿Qué hizo para que lo odiárais tanto?

Los ojos de Cersei ardían con fuego verde en la oscuridad, como los de la leona que era su emblema.

—La noche de nuestro festín de bodas, la primera vez que compartimos el lecho, me llamó por el nombre de vuestra hermana. Estaba encima de mí, dentro de mí, apestaba a vino, y susurró: « Lyanna ».

—No sé cuál de vosotros dos me inspira más compasión. —Ned Stark pensó en rosas color azul celeste y sintió deseos de llorar.

—Guardaos la compasión, lord Stark; a mí no me hace falta. —La reina esbozó una sonrisa despectiva.

—Ya sabéis lo que debo hacer.

—¿Lo que debéis hacer? —Le puso una mano en la pierna sana, justo por

encima de la rodilla—. Un hombre de verdad hace lo que quiere, no lo que debe. —Le acarició el muslo con los dedos, en la más suave de las promesas—. El reino necesita una mano fuerte. Joff tardará años en alcanzar la mayoría de edad. Nadie desea que haya otra guerra, y yo, menos aún. —Le rozó el rostro, el pelo—. Si los amigos se pueden convertir en enemigos, los enemigos pueden transformarse en amigos. Vuestra esposa está a mil leguas, y mi hermano ha huido. Sed gentil conmigo, Ned. Juro que jamás lo lamentaréis.

—¿Le prometisteis lo mismo a Jon Arryn?

Ella lo abofeteó.

—Luciré esto como símbolo de honor —añadió Ned secamente.

—Honor —escupió ella—. ¿Cómo os atrevéis a jugar al noble señor conmigo? ¿Por quién me tomáis? Vos también tenéis un bastardo, lo he visto. ¿Quién era la madre? ¿Alguna campesina de Dorne a la que violasteis mientras sus campos ardían? ¿Alguna prostituta? ¿O la desconsolada hermana, esa tal lady Ashara? Me han dicho que luego se tiró al mar. ¿Por qué fue? ¿Por el hermano que le matasteis o por el hijo que le robasteis? Decidme, mi honorable lord Eddard, ¿por qué os creéis diferente de Robert, o de mí, o de Jaime?

—Para empezar —dijo Ned—, yo no mato niños. Sería mejor que me escucharais, mi señora. Solo os lo diré una vez. Cuando el rey vuelva de la cacería, voy a decirle toda la verdad. Para entonces ya deberéis estar lejos con vuestros hijos. Y no en Roca Casterly. Yo que vos tomaría un barco hacia las Ciudades Libres, o más lejos aún, hasta las islas del Verano o el Puerto de Ibben. Tan lejos como os pueda llevar el viento.

—El exilio —dijo ella—. Una copa muy amarga.

—Más dulce que la que vuestro padre hizo beber a los hijos de Rhaegar —replicó Ned—, y mejor que la que merecéis. Y vuestro padre y hermanos deberían ir con vos. Con el oro de lord Tywin podréis comprar comodidades y espadas que os defiendan. Las vais a necesitar. Os aseguro que, por lejos que os vayáis, la ira de Robert os perseguirá. Hasta donde haga falta.

—¿No contáis con mi ira, lord Stark? —preguntó la reina con tono suave mientras se levantaba. Le escudriñó el rostro—. Debisteis quedarnos vos con el reino. Pudisteis hacerlo. Mi hermano Jaime me contó que lo encontrasteis en el Trono el día en que cayó Desembarco del Rey y lo obligasteis a bajar. Aquella era vuestra ocasión. Solo teníais que subir y sentarlos. Qué gran error.

—He cometido más errores de los que podéis imaginar —dijo Ned—, pero ese no fue uno de ellos.

—Claro que lo fue, mi señor —insistió Cersei—. Cuando se juega al juego de tronos, solo se puede ganar o morir. No hay puntos intermedios.

Se echó la capucha sobre el rostro para cubrir la magulladura y lo dejó en la oscuridad, junto al roble, en medio del silencio del bosque de dioses y bajo un cielo cada vez más oscuro. Las estrellas empezaban a brillar.

El corazón humeaba en el aire fresco del anochecer. Khal Drogo lo puso ante ella, crudo y sangriento. Tenía los brazos rojos hasta el codo. Tras él, sus jinetes de sangre estaban de rodillas en la arena ante el cadáver del caballo salvaje, con los cuchillos de piedra todavía en las manos. La sangre del animal parecía casi negra a la luz anaranjada de las antorchas que bordeaban las altas paredes calizas del pozo.

Dany se tocó la suave hinchazón del vientre. El sudor le perlaba la piel y le corría por la frente. Sentía las miradas de las ancianas, las viejas de Vaes Dothrak, de unos ojos que brillaban negros como el pedernal en los rostros arrugados. No debía titubear ni parecer asustada. «Soy de la sangre del dragón», se dijo al tiempo que cogía el corazón del caballo con las dos manos, se lo llevaba a la boca y clavaba los dientes en la carne dura y fibrosa.

La sangre caliente le llenó la boca y le corrió por la barbillas. El sabor estuvo a punto de provocarle arcadas, pero se obligó a masticar y a tragar. El corazón de un caballo macho haría que su hijo fuera fuerte, rápido y arrojado, o aquello creían los dothrakis. Pero solo si la madre se lo conseguía comer entero. Si se atragantaba con la sangre o vomitaba por la carne, los presagios no serían tan favorables. El niño podría nacer muerto, débil, deforme o hembra.

Sus doncellas la habían ayudado a prepararse para la ceremonia. Pese a que durante las dos últimas lunas había tenido náuseas, Dany había comido cuencos de sangre medio cuajada para acostumbrarse al sabor, y además Irri le hizo masticar tiras de carne seca de caballo hasta que le dolieron las mandíbulas. Antes de la ceremonia se había pasado un día y una noche enteras sin comer, con la esperanza de que el hambre la ayudara a retener la carne cruda.

El corazón del caballo salvaje era puro músculo, y Dany tuvo que arrancar cada bocado y masticarlo largo rato. En los confines sagrados de Vaes Dothrak, bajo la sombra de la Madre de las Montañas, no se permitía el acero. Tenía que desgarrar el corazón con los dientes y las uñas. El estómago se le revolvía, pero ella resistió y siguió adelante, con el rostro lleno de sangre que a ratos parecía estallarle en los labios.

Khal Drogo, con el rostro impenetrable como un escudo de bronce, permaneció a su lado mientras comía. La larga trenza negra le brillaba, aceitada. Llevaba anillos de oro en el bigote, campanillas de oro en las trenzas y un pesado cinturón de medallones de oro macizo en torno a la cintura, pero lucía el pecho desnudo. Lo miraba cada vez que sentía que las fuerzas le fallaban. Lo miraba, masticaba y tragaba, masticaba y tragaba, masticaba y tragaba. Casi al final, a Dany le pareció ver un fuego de orgullo en los ojos oscuros y almendrados, pero era imposible saberlo a ciencia cierta. El rostro del *khal* rara vez traicionaba sus pensamientos.

Y, por último, lo logró. Consiguió tragarse el último bocado, con las mejillas y los dedos pegajosos. Solamente entonces volvió la vista hacia las ancianas, hacia las viejas del *dosh khaleen*.

—*Khalakka dothrae mr'anha!* —proclamó en su mejor dothraki. « ¡En mis entrañas cabalga un príncipe! » . También llevaba semanas ensayando la frase con su doncella Jhiqui.

La más vieja de las ancianas, una mujer encorvada y flaca que tenía solo un ojo, alzó los brazos hacia el cielo.

—*Khalakka dothrae!* —gritó. « ¡El príncipe cabalga! » .

—¡Cabalga! —respondieron las otras mujeres—. *Rakh! Rakh! Rakh haj!* —proclamaron. « ¡Un varón, un varón, un varón fuerte! » .

Sonaron las campanas; fue un repentino clamor de pájaros de bronce. Se oyó el sonido de un cuerno, con una nota larga, grave. Las ancianas empezaron a cantar. Los pechos arrugados de las viejas se movían bajo los chalecos de cuero pintado, brillantes de aceites y sudor. Los eunucos que las servían arrojaron puñados de hierbas secas a un gran brasero de bronce, del que enseguida se elevaron nubes de humo aromático hacia la luna, hacia las estrellas. Los dothrakis creían que las estrellas eran caballos de fuego, una gran manada que galopaba por los cielos durante la noche.

El humo ascendió, y los cánticos fueron desvaneciéndose. La anciana que solo tenía un ojo lo cerró para escudriñar el futuro. Se hizo un silencio absoluto. Dany alcanzaba a oír los cantos lejanos de las aves nocturnas, el siseo y el crepititar de las antorchas, el suave batir de las olas en el lago. Los dothrakis la miraron con ojos de noche. A la espera.

Khal Drogo puso la mano en el brazo de Dany. Ella sintió los dedos tensos. Hasta un *khal* tan poderoso como Drogo sabía que había mucho que temer cuando el *dosh khaleen* escudriñaba el futuro en el humo. Tras ella, sus doncellas se movían, ansiosas.

Por fin, la vieja abrió el ojo y alzó los brazos.

—He visto su rostro, he oído el trueno de sus cascos —proclamó con voz débil.

—¡El trueno de sus cascos! —corearon las demás.

—Veloz como el viento cabalga, y tras él su *khalasar* cubre la tierra, hombres incontables, los *arakhs* les brillan en las manos. Fiero como la tormenta será este príncipe. Sus enemigos temblarán ante él; las esposas de los que se le enfrenten llorarán lágrimas de sangre y se desgarrarán las carnes. Las campanas de su pelo anunciarán su llegada, y los hombres de leche, en las tiendas de piedra, temerán su nombre. —La anciana empezó a temblar y miró a Dany, casi como si le tuviera miedo—. El príncipe cabalga, y será el semental que montará el mundo.

—¡El semental que montará el mundo! —exclamaron las demás como un eco. Y el grito se repitió, hasta que la noche retumbó con el sonido de las voces.

—¿Cuál será el nombre del semental que montará el mundo? —La vieja de un solo ojo miró a Dany.

—Su nombre será Rhaego —dijo ella levantándose, con las palabras que Jhiqui le había enseñado. Se tocó con gesto protector el vientre hinchado bajo los pechos, y escuchó el rugido de los dothrakis.

—¡Rhaego! —gritaron—. ¡Rhaego, Rhaego, Rhaego!

El nombre le resonaba todavía en los oídos cuando Khal Drogo salió con ella del pozo. Sus jinetes de sangre los siguieron. Tras ellos se puso en marcha una procesión hacia el camino de dioses, el amplio sendero de hierba que discurría por el centro de Vaes Dothrak, desde la puerta del Caballo hasta la Madre de las Montañas. Las viejas del *dosh khaleen* iban las primeras, con sus eunucos y sus esclavos. Algunas caminaban con piernas temblorosas, apoyadas en largos cayados de madera tallada, mientras que otras avanzaban tan ufanas como cualquier señor de los caballos. Cada una de las ancianas había sido en el pasado una *khaleesi*. Tras la muerte de sus señores esposos, cuando nuevos *khals* con nuevas *khaleesis* cabalgando a su lado ocupaban su puesto, a ellas las enviaban allí, a reinar sobre la vasta nación dothraki. Hasta el *khal* más poderoso se inclinaba ante la sabiduría y autoridad del *dosh khaleen*, pero Dany se estremecía con solo pensar que algún día tendría que reunirse con ellas, tanto si lo deseaba como si no.

Tras las mujeres sabias iban los demás: Khal Ogo y su hijo, el *khalakka* Fogo, Khal Jommo y sus esposas, los jefes del *khalasar* de Drogo, las doncellas de Dany, los criados y esclavos del *khal*, y muchos más. Las campanas sonaban, y el ritmo majestuoso de los tambores marcaba su paso por el camino de dioses. Las deidades y héroes robados a pueblos muertos acechaban en la oscuridad. A lo largo de la procesión, los esclavos corrían por la hierba con antorchas, y las llamas hacían que los grandes monumentos parecieran casi vivos.

—¿Qué es significado, nombre Rhaego? —le preguntó Khal Drogo mientras caminaban, en la lengua común de los Siete Reinos.

Dany le había estado enseñando algunas palabras. Drogo aprendía deprisa y ponía mucho interés, aunque tenía un acento tan marcado y bárbaro que ni ser Jorah ni Viserys entendían una palabra.

—Mi hermano Rhaegar era un gran guerrero, mi sol y estrellas —le explicó—. Murió antes de que yo naciera. Ser Jorah dice que fue el último de los dragones.

—Es un buen nombre, esposa Dan Ares, luna de mi vida —dijo Khal Drogo mirándola desde toda su altura. Su rostro era una máscara de cobre, pero bajo los largos bigotes negros, caídos por el peso de los anillos de oro, a ella le pareció ver

la sombra de una sonrisa.

Cabalgaron hasta el lago que los dothrakis llamaban Vientre del Mundo, una superficie de aguas tranquilas, rodeada de altos juncos. Según Jhiqui, el primer hombre había salido de sus profundidades hacia miles de miles de años, a lomos del primer caballo.

La procesión aguardó en la orilla cubierta de hierbas, mientras Dany se despojaba de las ropas manchadas. Caminó desnuda hacia las aguas. Irri le había dicho que el lago no tenía fondo, pero ella sintió el lodo blando entre los dedos de los pies al avanzar entre los juncos altos. La luna que flotaba sobre las aguas se rompió y volvió a rehacerse con las ondas concéntricas. Se le puso la carne de gallina cuando el frío le subió por los muslos y le besó el sexo. Tenía sangre del semental seca en las manos y en torno a la boca. Dany cogió las aguas sagradas con las manos y se las derramó sobre la cabeza, para limpiarse ella y limpiar al niño que llevaba dentro, bajo la mirada atenta del *khal* y los demás. Oyó los murmullos de las ancianas del *dosh khaleen*, y se preguntó qué estarían diciendo.

Salió del lago, mojada y temblorosa, y su doncella Doreah corrió hacia ella con una túnica de seda pintada, pero Khal Drogo la apartó a un lado. Miraba con aprobación sus pechos hinchados, la curva de su vientre, y Dany advirtió la forma de su virilidad que le presionaba los pantalones de piel de caballo, bajo los pesados medallones de oro que formaban su cinturón. Fue hacia él y lo ayudó a desvestirse. Luego, su gran *khal* la cogió por las caderas y la alzó en el aire sin ningún esfuerzo. Las campanillas del pelo tintinearon suavemente.

Dany le rodeó los hombros con los brazos y apretó la cara contra su cuello mientras él la llenaba. Tres embestidas rápidas, y todo terminó. «El semental que monta el mundo», le susurró Drogo con voz ronca. Las manos aún le olían a sangre de caballo. En el momento del placer, le mordió el cuello con fuerza, y cuando la alzó de nuevo, su semilla la desbordó y se le derramó por la cara interna de los muslos. Entonces pudo Doreah envolverla en la seda aromática, e Irri, ponerle las suaves zapatillas en los pies.

Khal Drogo volvió a atarse los pantalones y dio una orden; al momento les acercaron los caballos hasta la orilla del lago. Cohollo tuvo el honor de ayudar a la *khaleesi* a montar sobre la plata. Drogo espoleó su semental, y se puso en marcha por el camino de dioses, bajo la luna y las estrellas. Dany lo siguió a lomos de la plata.

La seda que cubría la sala de Khal Drogo estaba enrollada aquella noche, y la luna los siguió hasta el interior. Las llamas se elevaban diez codos en los grandes hogares rodeados de piedras. El aire estaba impregnado de los olores de la carne asada y la leche fermentada de yegua. Cuando entraron, la sala estaba abarrotada y llena de ruido, y los cojines, ocupados por todos aquellos cuyo rango y nombre no eran tan importantes para que asistieran a la ceremonia. Dany pasó a caballo bajo el arco de la entrada, por el pasillo central, con todos

los ojos fijos en ella. Los dothrakis hacían comentarios a gritos sobre su vientre y sus pechos, saludaban la vida que llevaba en su interior. Ella no alcanzaba a entender todo lo que decían, pero una frase destacaba sobre todas las demás. « El semental que monta el mundo», oyó en un millar de bocas diferentes.

El sonido de los tambores y los cuernos se alzaba en la noche. Mujeres medio desnudas bailaban y giraban junto a las mesas bajas, entre trozos de carne asada y bandejas llenas de ciruelas, dátiles y granadas. Muchos de los hombres se habían embriagado ya con la leche fermentada y grumosa de yegua, pero Dany sabía que aquella noche no habría *arakhs*; estaban en la ciudad sagrada, donde no se podían llevar armas ni derramar sangre.

Khal Drogo desmontó y ocupó su lugar en el banco más alto. A Khal Jommo y a Khal Ogo, que se encontraban ya en Vaes Dothrak con sus *khalasars* cuando ellos llegaron, se les asignaron asientos de gran honor, a la derecha y a la izquierda de Drogo. Los jinetes de sangre de los tres *khals* se sentaban bajo ellos, y aún más abajo estaban las cuatro esposas de Khal Jommo.

Dany desmontó de la plata y le entregó las riendas a uno de los esclavos. Mientras Irri y Doreah le preparaban los cojines, buscó con la mirada a su hermano. La sala era inmensa y estaba abarrotada, pero aun así la piel clara de Viserys, su cabello plateado y sus andrajos de mendigo lo habrían hecho destacar. No lo vio por ninguna parte.

Recorrió con la mirada las mesas atestadas más cercanas a las paredes, junto a las que se sentaban hombres que tenían las trenzas aún más cortas que la hombría, sobre alfombras raídas y cojines finos ante mesas bajas, pero todas las caras que vio tenían ojos negros y pieles cobrizas. Divisó a ser Jorah Mormont cerca del centro de la sala, próximo al hogar central. Era un puesto de respeto, aunque no de gran honor: los dothrakis valoraban mucho la destreza del caballero con la espada. Dany envió a Jhiqui para que lo invitara a su mesa. Mormont se acercó al instante, e hincó una rodilla en tierra ante ella.

—*Khaleesi* —dijo—, estoy a vuestras órdenes.

—Sentaos y hablad conmigo —dijo ella palmeando un cojín de piel de caballo, a su lado.

—Me honráis. —El caballero se sentó en el cojín, con las piernas cruzadas. Un esclavo se arrodilló ante él y le ofreció una bandeja de madera llena de higos maduros. Ser Jorah cogió uno y lo mordió.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Dany—. Debería haber llegado ya al festín.

—He visto a su alteza esta mañana —respondió él—. Me ha dicho que iba al Mercado Occidental, a buscar vino.

—¿Vino? —dijo Dany, dubitativa. Sabía que Viserys no soportaba el sabor de la leche fermentada de yegua que bebían los dothrakis, y que a menudo paseaba por los bazares para beber con los mercaderes que llegaban en las grandes

caravanas procedentes de oriente y de occidente. Por lo visto, disfrutaba de su compañía más que de la de ella.

—Vino —confirmó ser Jorah—, y tenía intención de reclutar algunos hombres para su ejército, de entre los mercenarios que escoltan las caravanas. —Una sirvienta le puso delante una empanada de morcilla, y ser Jorah la cogió con ambas manos.

—¿Os parece buena idea? —preguntó Dany—. No tiene dinero para pagar soldados. ¿Y si lo traicionan? —Los guardias de las caravanas no tenían muchos problemas en cuestión de honor, y el Usurpador de Desembarco del Rey les pagaría muy bien por la cabeza de su hermano—. Deberíais haber ido con él para protegerlo. Sois su espada juramentada.

—Estamos en Vaes Dothrak —le recordó—. Aquí nadie puede llevar armas ni derramar sangre humana.

—Pero mueren hombres —replicó ella—. Me lo ha contado Jhogo. Algunos mercaderes tienen eunucos muy corpulentos, capaces de estrangular a los ladrones con una tira de seda. De esa manera no se derrama sangre, y los dioses no se enfurecen.

—En ese caso, esperemos que vuestro hermano tenga suficiente sentido común para no robar nada. —Ser Jorah se limpió la grasa de la boca con el dorso de la mano y se inclinó hacia delante—. Viserys tenía intención de llevarse vuestros huevos de dragón, pero le he advertido que, si se atrevía a tocarlos, le cortaría la mano.

—Los huevos... —Durante un instante, Dany se quedó tan perpleja que no supo qué decir—. Pero si son míos; me los regaló el magíster Illyrio, fueron un obsequio de bodas... y para qué los quiere Viserys, si son solo piedras...

—Lo mismo se puede decir de los rubies, los diamantes y los ópalos de fuego, princesa. Y los huevos de dragón son mucho más raros. Los mercaderes con los que ha estado bebiendo venderían sus miembros por una de esas «piedras», así que con las tres, Viserys podría comprar tantos mercenarios como quisiera.

—Entonces... —Dany no lo sabía, ni siquiera se lo había imaginado—. Entonces debería dárselos. No tiene por qué robarlos; solo hacía falta que me los pidiera. Es mi hermano... y mi rey.

—Es vuestro hermano —reconoció ser Jorah.

—No lo entendéis —dijo ella—. Mi madre murió al traerme al mundo; mi padre y mi hermano Rhaegar murieron antes. De no ser por Viserys ni siquiera sabría sus nombres. Era lo único que me quedaba. Lo único. Es lo único que tengo.

—Hablad en pasado —replicó ser Jorah—. Eso ha cambiado, *khaleesi*. Ahora pertenecéis a los dothrakis. En vuestro vientre cabalga el semental que monta el mundo. —Tendió la copa, y un esclavo se la llenó de leche fermentada de yegua, de olor agrio y llena de grumos.

Dany rechazó la suya. Hasta el olor le daba náuseas, y no quería correr el riesgo de vomitar el corazón de caballo que había conseguido comerse.

—¿Qué significa eso? Todos lo gritan sin parar, pero no lo entiendo.

—El semental es el *khal* de *khals*, el que anuncian las antiguas profecías, niña. Unirá a los dothrakis en un solo *khalasar*, y cabalgará hasta los confines de la tierra, según las leyendas. Todos los pueblos del mundo serán su manada.

—Oh —dijo Dany con voz tenue. Se acarició el vientre hinchado, por encima de la túnica—. Lo voy a llamar Rhaego.

—Ese nombre hará que al Usurpador se le hiele la sangre en las venas.

De pronto, Doreah le tironeó del codo.

—Mi señora —susurró con voz apremiante—, vuestro hermano...

Dany miró hacia el otro extremo de la larga sala sin techo, y allí estaba, avanzando hacia ella. Por su manera de caminar, comprendió que Viserys había conseguido vino... y algo semejante al valor.

Llevaba las ropas de seda escarlata, sucias y desgastadas por el viaje. La capa y los guantes eran de terciopelo negro desteñido por el sol. Las botas estaban secas y agrietadas, y el cabello rubio plateado, revuelto y sucio. En la vaina de cuero del cinturón llevaba una espada larga. Los dothrakis miraron el acero; Dany oyó las maldiciones, las amenazas y los murmullos airados que se alzaban como una marea. La música se detuvo con un sonido nervioso de tambores.

—Id con él —le ordenó a ser Jorah. El corazón se le había helado en el pecho —. Detenedlo. Traedlo aquí. Decidle que le daré los huevos de dragón si los quiere. —El caballero se levantó rápidamente.

—¿Dónde está mi hermana? —gritó Viserys con la voz turbia de los borrachos —. He venido a su festín. ¿Cómo os atrevéis a comer sin mí? Nadie come antes que el rey. ¿Dónde está? Esa puta no se puede esconder del dragón.

Se detuvo junto al más grande de los tres hogares y escudriñó los rostros de los dothrakis. En la sala había cinco mil hombres, y solo unos pocos de ellos conocían la lengua común. Pero, aunque sus palabras resultaran incomprensibles, solo hacía falta verle la cara para saber que estaba borracho.

Ser Jorah se acercó rápidamente a él, le susurró algo al oído y lo agarró por el brazo, pero Viserys se liberó.

—¡Quitame las manos de encima! ¡Nadie toca al dragón sin su permiso!

Dany lanzó una mirada ansiosa al banco más elevado. Khal Drogo decía algo a los otros *khals*. Khal Jommo sonrió, y Khal Ogo soltó una risotada. Aquel sonido hizo que Viserys alzara la vista.

—Khal Drogo —dijo con la lengua espesa, pero en tono casi educado—, he venido al festín. —Se alejó tambaleante de ser Jorah, como si fuera a reunirse con los tres *khals* en el banco alto.

Khal Drogo se levantó, escupió una docena de palabras en dothraki tan

deprisa que Dany no pudo entenderlas, y señaló con el dedo.

—Khal Drogo dice que tu lugar no está en el banco alto —tradujo ser Jorah para su hermano—. Khal Drogo dice que tu lugar es aquel.

Viserys miró en la dirección en la que señalaba el *khal*. Era un lugar al fondo de la larga sala, junto a la pared y oculto por las sombras; allí se sentaba lo más bajo de lo bajo, para que los hombres mejores no tuvieran que soportar su presencia: los niños que aún no habían visto sangre, los hombres viejos de ojos turbios y articulaciones rígidas, los de inteligencia corta y los tullidos. Lejos de la carne, y más lejos aún del honor.

—No es lugar para un rey —replicó su hermano.

—Es lugar —replicó Khal Drogo en la lengua común que Dany le había enseñado—, para Rey de Pies Sangrantes. —Dio unas palmadas—. ¡Un carro! ¡Traed carro para *khal Rhaggat!*

Cinco mil dothrakis celebraron la ocurrencia con risotadas y gritos. Ser Jorah estaba de pie junto a Viserys, le gritaba algo al oído, pero el clamor era tal que Dany no alcanzó a oír qué le decía. Su hermano gritó algo a su vez, y los dos hombres se enzarzaron, hasta que Mormont derribó a Viserys.

Entonces, su hermano desenvainó la espada. El acero desnudo reflejó el fuego de los hogares con un brillo rojizo.

—¡No te acerques a mí! —siseó Viserys.

Ser Jorah retrocedió un paso, y Viserys se puso de pie, inseguro. Blandió sobre la cabeza la espada que el magíster Illyrio le había prestado para darle un aspecto más regio. Desde todos los puntos de la sala, los dothrakis le gritaban y le lanzaban maldiciones.

Dany dejó escapar un grito de terror. Ella sabía qué significaba sacar allí la espada, aunque su hermano no lo comprendiera.

—Ahí está —dijo con una sonrisa. Al oírla, Viserys había vuelto la cabeza, como si la viera por primera vez. Avanzó hacia ella hundiendo el aire, como si se abriera paso entre sus enemigos, aunque nadie se había interpuesto en su camino.

—La espada... No debes... —le suplicó—. Por favor, Viserys. Está prohibido. Deja la espada, comparte mis cojines. Hay comida, bebida... ¿quieres los huevos de dragón? Te los daré, pero suelta la espada.

—Haz lo que te dice, idiota —le gritó ser Jorah—. ¡Vas a hacer que nos maten a todos!

—No pueden matarnos —dijo Viserys entre risas—. En la ciudad sagrada no pueden derramar sangre... pero yo sí. —Puso la punta de la espada entre los pechos de Daenerys y la fue deslizando por la curva de su vientre—. Vengo a buscar lo que es mío —dijo—. Quiero la corona que me prometió. Te compró, pero no te pagó. Dile que quiero que me pague, o te llevaré lejos. A ti y a los huevos. Si quiere, se puede quedar con su potrillo. Te lo sacaré de la barriga y se lo dejaré aquí. —La punta de la espada apartó las sedas y le pinchó el ombligo.

Dany vio que Viserys estaba llorando. Llorando y riendo a la vez. Y aquel hombre había sido su hermano.

Muy lejos, como si fuera en otro mundo, Dany oyó los sollozos de su doncella Jhiqui, diciendo que no se atrevía a traducir aquello, que el *khal* la ataría a su caballo y la arrastraría hasta la Madre de las Montañas. Rodeó a la chica con un brazo.

—No tengas miedo —dijo—. Yo se lo contará. —No sabía si conocía suficientes palabras, pero cuando terminó, Khal Drogo pronunció unas cuantas frases secas en dothraki, y Dany supo que la había comprendido. El sol de su vida bajó del banco alto.

—¿Qué ha dicho? —preguntó sobresaltado el hombre que había sido su hermano.

En la sala se había hecho un silencio tal que podía oír el tintineo de las campanillas en el pelo de Khal Drogo al caminar. Sus jinetes de sangre lo siguieron como tres sombras cobrizas. Daenerys se había quedado fría.

—Dice que tendrás una corona de oro tan espléndida que los hombres temblarán al contemplarla.

Viserys sonrió y bajó la espada. Aquello fue lo más triste, lo que más adelante le desgarraría el alma: su manera de sonreír.

—Eso es todo lo que quería —dijo—. Lo que me prometió.

Cuando el sol de su vida llegó junto a ella, Dany le rodeó la cintura con un brazo. El *khal* dio una orden, y sus jinetes de sangre avanzaron. Qotho agarró por los brazos al hombre que había sido su hermano. Hago le rompió la muñeca con un simple movimiento brusco de sus manos enormes. Cohollo le quitó la espada de los flácidos dedos. Y ni siquiera entonces comprendió Viserys qué iba a suceder.

—No —gritó—. ¡No podéis tocarme, soy el dragón, el dragón, y quiero mi corona!

Khal Drogo se soltó el cinturón. Los medallones eran enormes, de oro puro, muy ornamentados; cada uno de ellos tenía el tamaño de la mano de un hombre. Gritó una orden. Los esclavos de las cocinas sacaron un pesado caldero de hierro del hogar, derramaron el guiso por el suelo y volvieron a ponerlo sobre las llamas. Drogo tiró su cinturón al interior y observó con rostro inexpresivo como los medallones se ponían al rojo y empezaban a deformarse. Dany vio cómo las llamas bailaban en sus ojos de ónix. Un esclavo le tendió un par de gruesas manoplas de pelo de caballo, y él se las puso sin siquiera mirarlo.

Viserys empezó a chillar, el grito agudo y sin palabras del cobarde que se enfrenta a la muerte. Pataleó, se retorció, lloriqueó como un perro y sollozó como un niño. Pero los dothrakis lo sujetaron con fuerza. Ser Jorah había conseguido llegar al lado de Dany. Le puso una mano en el hombro.

—Volveos, princesa, os lo suplico.

—No —respondió ella. Se puso las manos sobre el vientre en gesto protector.
—Hermana, por favor... —Por fin, Viserys había clavado la mirada en ella
—. Dany, diles... Haz que... Hermanita...

Cuando el oro estuvo medio fundido, casi líquido, Drogo cogió el caldero.

—¡Corona! —rugió—. Aquí. ¡Una corona para Rey de Carro! —Y puso el caldero en la cabeza del hombre que había sido su hermano.

El sonido que emitió Viserys Targaryen cuando aquel espantoso yelmo de hierro le cubrió la cara no fue humano. Sus pies marcaron un ritmo frenético en el suelo de tierra, se agitaron y al final se detuvieron. Sobre el pecho le cayeron goterones de oro fundido, y la seda escarlata empezó a humear... pero no se derramó ni una gota de sangre.

Dany se sentía extrañamente tranquila.

« No era un dragón —pensó—. El fuego no mata a un dragón» .

Estaba recorriendo las criptas, bajo Invernalia, como había hecho miles de veces. Los Reyes del Invierno lo observaban al pasar con ojos de hielo, y los lobos huargo tendidos a sus pies giraban las grandes cabezas de piedra y gruñían. Por último llegó a la tumba en la que dormía su padre, al lado de Brandon y Lyanna. «Prométemelo, Ned», susurró la estatua de Lyanna. Llevaba una guirnalda de rosas color azul celeste, y sus ojos lloraban sangre.

Eddard Stark se incorporó bruscamente; tenía las mantas enredadas y el corazón le latía a toda velocidad. La habitación estaba completamente a oscuras y alguien golpeaba la puerta.

—Lord Eddard —llamó una voz.

—Un momento. —Desnudo, aturdido, cruzó la estancia oscura y abrió la puerta. Allí estaba Tomard, con el puño alzado para llamar de nuevo, y Cayn, con un cirio en la mano. Entre ellos se encontraba el mayordomo personal del rey.

—Mi señor, su alteza el rey quiere veros —entonó el hombre. Tenía el rostro tan inexpresivo que parecía tallado en piedra—. Ahora mismo.

De manera que Robert había regresado de la cacería. Ya era hora.

—Dadme un momento para que me vista. —Ned dejó esperando fuera de la habitación al mayordomo. Cayn lo ayudó a vestirse con una túnica de lino blanco, una capa gris, unos pantalones cortados para adaptarlos a su pierna entabillada, el broche que simbolizaba su cargo y, por último, un pesado cinturón de eslabones de plata. Se colgó de la cintura el puñal valyrio.

Cayn y Tomard lo escoltaron por el patio. La Fortaleza Roja estaba oscura y silenciosa; la luna, casi llena, brillaba baja sobre los muros. En las murallas, un guardia de capa dorada hacía la ronda.

Los aposentos reales estaban en el Torreón de Maegor, una edificación cuadrada, sólida, en el corazón de la Fortaleza Roja, tras muros de seis varas de grosor y un foso seco lleno de picas de hierro. Era un castillo dentro del castillo. Ser Boros Blount, con una armadura blanca de acero que brillaba, fantasmal, a la luz de la luna, montaba guardia al otro lado del puente. Ya dentro, Ned pasó junto a otros dos hombres de la Guardia Real: ser Preston Greenfield, que se encontraba al pie de las escaleras, y ser Barristan Selmy, que aguardaba ante la puerta de la cámara del rey. «Tres hombres con capas blancas», recordó, y sintió un escalofrío. El rostro de ser Barristan estaba tan pálido como su armadura. A Ned le bastó verlo para darse cuenta de que algo iba mal, muy mal. El mayordomo real le abrió la puerta.

—Lord Eddard Stark, la mano del rey —anunció.

—Traedlo aquí —respondió Robert, con la voz más pastosa de lo normal.

En los dos braseros gemelos, uno a cada lado de la habitación, ardían sendos

fuegos que daban a la estancia una luz rojiza y sombría. El calor era sofocante. Robert yacía atravesado en el lecho con dosel. Junto a él se encontraba el gran maestre Pyccelle, mientras lord Renly paseaba inquieto frente a las ventanas cerradas. Los criados pululaban por allí, echando troncos y calentando vino. Cersei Lannister estaba sentada en una esquina de la cama, junto a su marido. Tenía el pelo revuelto, como si acabara de despertarse, pero sus ojos parecían cualquier cosa menos adormilados. Siguieron a Ned cuando Tomard y Cayn lo ayudaron a cruzar la habitación. Tenía la sensación de que se movía muy despacio, como si aún estuviera soñando.

El rey seguía con las botas puestas. Ned vio el lodo seco y las briznas de hierba pegadas al cuero que asomaba por debajo de la manta que lo cubría. En el suelo había una casaca verde, cortada y desechada; en el tejido se veían manchas de un color rojo sucio. La habitación olía a humo, a sangre y a muerte.

—Ned —susurró el rey al verlo. Tenía el rostro blanco como la leche—. Acércate... más.

Sus hombres lo ayudaron a acercarse. Ned se agarró al poste de la cama. Solo tuvo que ver a Robert para comprender la gravedad de las heridas.

—¿Qué...? —empezó a preguntar, pero se le hizo un nudo en la garganta.

—Un jabalí. —Lord Renly seguía con las ropas verdes de caza; tenía la capa salpicada de sangre.

—Un demonio —susurró el rey—. Fue culpa mía. Demasiado vino, maldita sea. Fallé el golpe.

—Y dónde estabais los demás? —exigió Ned a lord Renly—. ¿Dónde estaban ser Barristan y la Guardia Real?

—Mi hermano nos ordenó que nos quedáramos atrás. —Renly frunció los labios—. Quería cazar él solo al jabalí.

Eddard Stark levantó la manta.

Habían hecho lo posible por coserlo, pero desde luego no era suficiente. El jabalí debía de ser una bestia aterradora. Había desgarrado al rey con los colmillos desde la ingle hasta el pezón. Los vendajes empapados en vino que le había puesto el gran maestre Pyccelle estaban ya negros de sangre, y la herida despedía un olor nauseabundo. A Ned se le revolvió el estómago. Dejó caer la manta.

—Apestá —dijo Robert—. Es el hedor de la muerte, no creas que no lo huelo. El muy cabrón me cogió bien cogido, ¡eh? Pero... le pagué con la misma moneda, Ned. —La sonrisa del rey era tan espantosa como su herida, tenía los dientes rojos—. Le metí un cuchillo por el ojo. Que te lo digan estos, venga, que te lo digan.

—Así fue —murmuró lord Renly—. Hemos traído el cadáver, como ordenó mi hermano.

—Para el festín —susurró Robert—. Ahora, salid todos. Tengo que hablar con

Ned.

—Robert, mi amado señor... —empezó Cersei.

—He dicho que fuera —insistió Robert, con un atisbo de su energía de antes—. ¿No hablo claro, mujer?

Cersei se recogió las faldas y la dignidad, y fue la primera en salir por la puerta. Lord Renly y los demás la siguieron. El gran maestre Pyccelle se quedó atrás. Le temblaban las manos al ofrecerle al rey una copa llena de líquido blanco y espeso.

—La leche de la amapola, alteza —dijo—. Bebed. Para el dolor.

Robert tiró la copa de un manotazo.

—Lárgate, viejo idiota; pronto voy a dormir hasta hartarme. Fuera.

El gran maestre Pyccelle miró a Ned con gesto dolido, y salió de la habitación arrastrando los pies.

—Maldito seas, Robert —dijo Ned cuando estuvieron a solas. La pierna le dolía tanto que casi no veía. O quizás fuera la pena lo que le nublaba la vista. Se sentó en la cama, junto a su amigo—. ¿Por qué eres siempre tan cabezota?

—Vete a la mierda, Ned —replicó el rey con voz ronca—. He matado al muy cabrón, ¿no? —Alzó la vista hacia Ned, y un mechón sucio de pelo negro le cayó sobre los ojos—. Y a ti te debería hacer lo mismo. No podías dejarme cazar en paz, ¿eh? Ser Robar me encontró. La cabeza de Gregor. Qué horror. No se lo dije al Perro. Dejé que Cersei le diera la sorpresa. —La risa se transformó en un gruñido cuando sintió un espasmo de dolor—. Los dioses se apiaden —murmuró, tragándose la agonía—. La chica, Daenerys. Solo una niña, tenías razón... Por eso, por la niña... los dioses enviaron el jabalí... lo mandaron para castigarme... —El rey tosió y escupió sangre—. Estaba equivocado... estaba mal... solo una niña... Varys, Meñique, hasta mi hermano... no valen nada... Nadie me dice nada, Ned..., solo tú... —Alzó la mano con un gesto doloroso, débil—. Papel y tinta. Ahí en mi mesa. Escribe lo que te dicte.

—A vuestras órdenes, alteza. —Ned alisó un papel sobre su rodilla y cogió la pluma.

—Este es el testamento y última voluntad de Robert de la casa Baratheon, el primero de su nombre, rey de los ándalos y blablablá... pon los condenados títulos, ya sabes cuáles son. Por el presente escrito le ordeno a Eddard de la casa Stark, señor de Invernalia y mano del rey, que sirva como Lord Regente y Protector del Reino tras mi... tras mi muerte... y que gobierne en mi... en mi lugar, hasta que mi hijo Joffrey alcance la mayoría de edad...

—Robert... —Quería decirle que Joffrey no era su hijo, pero no le salieron las palabras. El dolor en el rostro de Robert era demasiado evidente, no podía causarle más daño. Así que se inclinó y escribió, pero en vez de «mi hijo Joffrey» puso «mi heredero». Aquello hizo que se sintiera sucio. «Las mentiras que decimos por amor. Que los dioses me perdonen», pensó—. ¿Qué más

quieres que ponga?

—Pon... lo que haga falta. Proteger y defender, dioses viejos y nuevos, ya sabes, esas cosas. Escribe. Lo firmaré. Se lo entregarás al Consejo cuando muera.

—Robert... —empezó Ned con la voz llena de pena—, no me hagas esto. No te mueras. El reino te necesita.

—Mientes muy mal, Ned Stark —dijo Robert a través del dolor mientras le cogía la mano y se la apretaba con fuerza—. El reino... el reino sabe... qué mal rey he sido. Los dioses me perdonen, he sido tan malo como Aerys.

—No —le dijo Ned a su amigo moribundo—. Tan malo como Aerys nunca, alteza. Ni mucho menos.

—Al menos... dirán de mí... que esto último... lo hice bien. —Robert consiguió esbozar una sonrisa débil—. No me fallarás. Ahora reinarás tú. No te gustará nada... Menos que a mí..., pero lo harás bien. ¿Has terminado de escribir?

—Sí, alteza. —Ned le ofreció el papel a Robert. El rey garabateó una firma a ciegas, manchando de sangre la carta—. Necesitamos testigos para el sello.

—Servid el jabalí en mi banquete funerario —susurró Robert—. Con una manzana en la boca y la piel bien crujiente. Comeos al muy cabrón. Aunque reventéis. Prométemelo, Ned.

—Te lo prometo.

«Prométemelo, Ned», repitió como un eco la voz de Lyanna.

—La chica —siguió el rey—. Daenerys. Que no la maten. Si puedes, si no es... demasiado tarde..., habla con ellos... con Varys, con Meñique... No dejes que la maten. Y ayuda a mi hijo, Ned. Haz que sea... mejor que yo. —Entrecerró los ojos—. Los dioses tengan piedad de mí.

—La tendrán, amigo mío —dijo Ned—. La tendrán.

—Asesinado por un cerdo —murmuró el rey. Cerró los ojos y pareció relajarse—. Debería reírme, pero duele demasiado.

—¿Hago entrar a los demás? —Ned no se reía.

—Como quieras —asintió Robert débilmente—. Dioses, ¿por qué hace tanto frío?

Los criados volvieron a entrar y se apresuraron a echar más leña a los braseros. La reina había desaparecido. Aquello, al menos, era un alivio. Ned pensó que si Cersei conservaba algún resto de sentido común, huiría con sus hijos antes del amanecer. Ya se había demorado demasiado.

El rey Robert no dio señales de echarla en falta. Les ordenó a su hermano Renly y al gran maestre Pycelle que fueran testigos de cómo ponía su sello en el lacre amarillo que Ned había vertido en el documento.

—Ahora, dadme algo para el dolor y dejadme morir.

El gran maestre Pycelle se apresuró a mezclar otra dosis de la leche de la

amapola. En aquella ocasión, el rey apuró la copa hasta el final. Cuando se la retiró de los labios, tenía la espesa barba salpicada de cuentas blancas.

—¿Soñaré?

—Sí, mi señor. —Ned le dijo lo que creía.

—Bien —sonrió el rey—. Le daré recuerdos de tu parte a Lyanna, Ned. Cuida de mis hijos.

A Ned se le clavaron las palabras como un cuchillo en el vientre. Durante un momento no supo qué decir, no podía mentir de aquella manera. Pero entonces recordó a los bastardos: a la pequeña Barra que todavía mamaba del pecho de su madre; a Mya, en el Valle; a Gendry, en la forja, y a todos los demás.

—Cuidaré de... vuestros hijos como si fueran míos —dijo muy despacio.

Robert asintió y cerró los ojos. Ned se quedó mirando cómo su viejo amigo se hundía suavemente en las almohadas, a medida que la leche de la amapola le borraba el dolor del rostro. El sueño se apoderó de él.

El gran maestre Pyelle se acercó a Ned, con las pesadas cadenas tintineando suavemente.

—Voy a hacer todo lo posible, mi señor, pero la herida se ha gangrenado. Tardaron dos días en regresar. Cuando lo pusieron en mis manos ya era demasiado tarde. Puedo aliviar los sufrimientos de su alteza, pero ahora solo los dioses pueden curarlo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Ned.

—Por sus heridas, ya debería estar muerto. Nunca había visto a nadie aferrarse a la vida con tanta energía.

—Mi hermano ha sido siempre muy fuerte —dijo lord Renly—. Quizá no muy sabio, pero siempre fuerte. —El calor asfixiante de la cámara le había perlado la frente de sudor. Allí, de pie, parecía el fantasma de Robert, otra vez joven, moreno, atractivo—. Mató al jabalí. Se le salían las entrañas del vientre, pero consiguió matar al jabalí —se maravilló.

—Robert nunca fue hombre que abandonara el campo de batalla mientras quedara un enemigo en pie —le dijo Ned.

Ser Barristan Selmy seguía montando guardia ante la puerta, vigilando las escaleras de la torre.

—El maestre Pyelle le ha administrado a Robert la leche de la amapola —le dijo Ned—. Encargaos de que nadie lo moleste sin mi permiso.

—Se hará como decís, mi señor. —Ser Barristan parecía mucho más viejo de lo que ya era—. He fracasado; no he cumplido mi sagrado juramento.

—Ni el mejor de los caballeros puede proteger a un rey de sí mismo —dijo Ned—. Robert adoraba cazar jabalíes. Lo he visto matar a un millar. —Se ponía en pie con los pies separados, sin parpadear, los brazos firmes, la enorme lanza en las manos, y siempre maldecía al jabalí cuando se lanzaba a la carga, mientras que él aguardaba hasta el último instante, hasta que lo tenía casi encima,

antes de matarlo de un solo golpe certero—. Nadie podía imaginar que este sería el que lo mataría.

—Sois muy bondadoso, lord Eddard.

—El rey mismo lo dijo. Le echó la culpa al vino.

El caballero de cabellos blancos asintió, cansado.

—Su alteza se tambaleaba en la silla cuando el jabalí salió de su guarida, pero nos ordenó que no nos entrometiéramos.

—Siento curiosidad, ser Barristan —dijo Varys en voz muy baja—, ¿quién le dio el vino al rey? —Ned no había oído llegar al eunuco, pero cuando se volvió, allí estaba. Llevaba una túnica de terciopelo negro que llegaba al suelo, y se acababa de empolvar la cara.

—El rey bebió el vino de su pellejo —respondió ser Barristan.

—¿Solo un pellejo? Cazar da mucha sed.

—No llevé la cuenta. Desde luego, fue más de uno. Su escudero le llevaba un pellejo lleno siempre que lo necesitaba.

—Un muchachito muy servicial —dijo Varys—, siempre atento a que su alteza no se encontrara sin bebida.

Ned tenía un sabor amargo en la boca. Recordó a los dos muchachos rubios que Robert había enviado a gritos en busca de un herrero que le ensanchara la coraza. El rey le había relatado la anécdota a todo el mundo durante el festín, entre grandes carcajadas.

—¿Qué escudero?

—El mayor —respondió ser Barristan—. Lancel.

—Conozco bien a ese jovencito —dijo Varys—. Un chico muy leal. Es hijo de Kevan Lannister, sobrino de lord Tywin y primo de la reina. Espero que el pobrecillo no se culpe. Los chicos son muy vulnerables; es la inocencia de la juventud. Lo recuerdo tan bien...

Sin duda, Varys había sido joven alguna vez. Ned tenía sus dudas respecto a su inocencia.

—Ahora que mencionáis a los niños... Robert ha cambiado de opinión en lo relativo a Daenerys Targaryen. Sean cuales sean las acciones que hayáis emprendido, quiero que se anulen de inmediato.

—Por desgracia —suspiró Varys—, «de inmediato» es demasiado tarde. Me temo que esos pájaros ya han volado. Pero haré lo posible, mi señor. Con vuestro permiso. —Hizo una reverencia y desapareció escaleras abajo. Las zapatillas de suela suave arrancaban susurros de la piedra al caminar.

Cayn y Tomard estaban ayudando a Ned a cruzar el puente cuando lord Renly salió del Torreón de Maegor.

—Lord Eddard —llamó a Ned—, quiero hablar un momento con vos, si sois tan amable.

—Como queráis —dijo Ned y se detuvo.

—Despedid a vuestros hombres —pidió Renly mientras se le acercaba.

Se reunieron en el centro del puente, con el foso seco a la espalda. La luz de la luna iluminaba las crueles puntas de las picas clavadas en el fondo.

Ned hizo un gesto. Tomard y Cayn inclinaron la cabeza y se alejaron, respetuosos. Lord Renly echó una mirada cautelosa en dirección a ser Boros, al otro lado del puente, y a ser Preston, situado tras ellos ante la puerta.

—Ese documento. —Se acercó más a Ned—. ¿Es la regencia? ¿Mi hermano os ha nombrado Protector? —No aguardó la respuesta—. Mi señor, tengo treinta hombres en mi guardia personal, y otros amigos, caballeros y señores. Dadme una hora y pondré cien espadas en vuestras manos.

—¿Para qué quiero yo cien espadas, mi señor?

—¡Para atacar! Ahora, cuando el castillo todavía duerme. —Renly volvió a mirar a ser Boros, y bajó la voz hasta que fue solo un susurro apremiante—. Tenemos que apartar a Joffrey de su madre y guiarlo nosotros. Sea o no el Protector, el hombre que tenga al rey tendrá también el reino. Deberíamos coger también a Myrcella y a Tommen. Con sus hijos en nuestro poder, Cersei no se atreverá a enfrentarse a nosotros. El Consejo os confirmará como Lord Protector, y Joffrey será vuestro pupilo.

—Robert aún no ha muerto —dijo Ned mirándolo fríamente—. Puede que los dioses lo salven. En caso contrario, convenceré al Consejo para que obedezca su última voluntad y considere el asunto de la sucesión, pero no deshonraré sus últimas horas en esta tierra derramando sangre en sus salones, ni sacando a niños asustados de sus camas.

—Cada momento de retraso le da a Cersei otro momento para prepararse. —Lord Renly, tenso como la cuerda de un arco, dio un paso atrás—. Cuando Robert muera será demasiado tarde... para vos y para mí.

—Entonces, recemos para que Robert no muera.

—No parece muy probable —replicó Renly.

—A veces, los dioses son misericordiosos.

—Los Lannister, no. —Lord Renly dio media vuelta, volvió a cruzar el foso y entró en la torre donde yacía su hermano moribundo.

Ned llegó a sus habitaciones, agotado y triste, pero era imposible que pudiera conciliar el sueño en aquel momento. «Cuando se juega al juego de tronos, solo se puede ganar o morir», le había dicho Cersei Lannister en el bosque de dioses. Ya no estaba tan seguro de haber hecho lo correcto al rechazar la oferta de lord Renly. No le gustaban aquellas intrigas, y amenazar a niños no era honorable, pero aun así... Si Cersei optaba por luchar, y no por huir, iba a necesitar las cien espadas de Renly, y más todavía.

—Ve a buscar a Melique —dijo a Cayn—. Si no está en sus habitaciones, llévate a tantos hombres como hagan falta y registra cada taberna y cada burdel de Desembarco del Rey hasta que lo encuentres. Quiero verlo antes del

amanecer. —Cayn hizo una reverencia y se marchó. Ned se volvió hacia Tomard—. La *Bruja del Viento* zarpará con la marea del anochecer; ¿has elegido y a la escolta?

—Diez hombres, con Porther al mando.

—Veinte, y tú irás al mando —replicó Ned.

Porther era un hombre valiente pero testarudo. Quería que de sus hijas se ocupara alguien más concienzudo y sensato.

—A vuestras órdenes, mi señor —respondió Tom—. No se puede decir que lamente irme de aquí. Echo de menos a mi mujer.

—Antes de poner rumbo hacia el norte, deberás pasar por Rocadragón. Quiero que entregues una carta.

—¿Rocadragón, mi señor? —Tom parecía inquieto. La isla fortaleza de la casa Targaryen tenía una reputación siniestra.

—Le dirás al capitán Qos que ice mi estandarte en cuanto se divise la isla. Quizá desconfíen de las visitas inesperadas. Si el capitán se resiste, ofrécele lo que sea necesario. Te daré una carta, que deberás entregar en mano a lord Stannis Baratheon. Solo a él: ni a su mayordomo, ni al capitán de su guardia, ni a su señora esposa: a lord Stannis en persona.

—A vuestras órdenes, mi señor.

Tommard salió, y lord Eddard se sentó y contempló la llama de la vela que ardía junto a él, en la mesa. Por un momento, el dolor lo invadió. No deseaba nada más que ir al bosque de dioses, arrodillarse ante el árbol corazón y rezar por la vida de Robert Baratheon, que para él había sido más que un hermano. En el futuro, los hombres murmurarían, dirían que Eddard Stark había traicionado la amistad de su rey, que había desheredado a sus hijos; él esperaba que los dioses supieran la verdad, y que Robert también la descubriera en las tierras que había más allá de la tumba.

Ned cogió la última carta del rey. Un rollo de pergamino blanco, crujiente, con un sello de lacre dorado, unas cuantas palabras y una mancha de sangre. Qué pequeña era la diferencia entre la victoria y la derrota, entre la vida y la muerte.

Cogió una hoja en blanco, mojó la pluma en el tintero y escribió:

A su alteza, Stannis de la casa Baratheon. Cuando recibáis esta carta, vuestro hermano Robert, que ha sido nuestro rey durante los quince pasados años, ya habrá muerto. Lo hirió un jabalí mientras cazaba...

Las letras parecían bailar y retorcerse sobre el papel, y tuvo que detenerse. Lord Tywin y ser Jaime no eran hombres que soportaran el ultraje. No huirían; presentarían batalla. Sin duda, lord Stannis extremaba la cautela tras el asesinato

de Jon Arryn, pero era imprescindible que pusiera rumbo de inmediato hacia Desembarco del Rey, con todos sus hombres, antes de que lo hicieran los Lannister.

Ned fue eligiendo las palabras con sumo cuidado. Cuando terminó, firmó la carta: «EDDARD STARK, SEÑOR DE INVERNALIA, MANO DEL REY Y PROTECTOR DEL REINO». Dobló el papel dos veces y calentó el lacre con la llama de la vela.

Mientras la cera se ablandaba, reflexionó que su regencia sería breve. El nuevo rey elegiría a otro hombre como mano. Ned podría volver a casa. Solo con pensar en Invernalia se le dibujó una sonrisa en el rostro. Quería volver a oír la risa de Bran, ir a cazar con Robb, ver jugar a Rickon. Quería dormir sin soñar, en su cama, muy abrazado a su esposa, Catelyn.

Cayn regresó justo cuando estaba presionando el sello del lobo huargo contra el lacre blando. Desmond iba con él, y entre ambos estaba Meñique. Ned les dio las gracias a sus guardias y los despidió.

Lord Petyr llevaba una túnica de terciopelo azul con mangas abullonadas, y un estampado de sinsontes en la capa plateada.

—Creo que debo felicitaros —dijo al tiempo que se sentaba.

—El rey yace herido en su lecho —dijo Ned con el ceño fruncido—, al borde de la muerte.

—Lo sé —dijo Meñique—. Y también sé que Robert os ha nombrado Protector del Reino.

—¿Y cómo lo sabéis, mi señor? —Ned no pudo evitar bajar la vista hacia la carta del rey, que estaba junto a él en la mesa, con el sello intacto.

—Varys me lo ha dado a entender —replicó Meñique—, y vos acabáis de confirmarlo.

—Maldito sea Varys y también sus pajaritos. —Ned frunció la boca en un gesto airado—. Catelyn estaba en lo cierto; ese hombre tiene artes oscuras. No confío en él.

—Excelente, ya estáis aprendiendo. —Meñique se inclinó hacia delante—. Pero apostaría algo a que no me habéis hecho venir en mitad de la noche para hablar del eunuco.

—No —reconoció Ned—. Conozco el secreto que le costó la vida a Jon Arryn. Robert no va a dejar ningún hijo legítimo. Joffrey y Tommen son bastardos, hijos de Jaime Lannister, fruto de su relación incestuosa con la reina.

—Qué escándalo —dijo Meñique arqueando una ceja en un tono que indicaba que no estaba escandalizado en absoluto—. ¿Y la niña también? Claro, sin duda. De manera que, cuando el rey muera...

—El trono debería pasar a lord Stannis, el mayor de los dos hermanos de Robert.

—Eso parece. A menos que... —Lord Petyr se acarició la barbita puntaguada,

mientras consideraba el asunto.

—¿A menos que qué, mi señor? Y esto no parece nada; es seguro. Stannis es el heredero. Nada lo puede cambiar.

—Stannis no puede llegar al trono sin vuestra ayuda. Si sois listo, os cercioraréis de que Joffrey sea el sucesor.

—¿Es que no tenéis ni un ápice de honor? —Ned se quedó mirándolo.

—Un ápice sí, claro —replicó Meñique en tono ligero—. Pero prestad atención. Stannis no es amigo mío, y tampoco vuestro. Ni siquiera sus hermanos lo soportan. Ese hombre es de hierro, duro e implacable. Elegirá una nueva mano y un nuevo Consejo, no os quepa la menor duda. Oh, desde luego os dará las gracias por entregarle la corona, pero no por ello os tendrá aprecio. Y su ascenso al trono nos llevará a la guerra. Stannis no podrá estar seguro de su reino mientras vivan Cersei y los bastardos. ¿Y pensáis que lord Tywin se quedará tan tranquilo mientras le toman las medidas a la cabeza de su hija para clavarla en una pica? Roca Casterly se alzará en armas, y no serán ellos solos. Robert supo perdonar a los que le juraron lealtad de entre los que sirvieron al rey Aerys. Stannis no es tan generoso. No habrá olvidado el asedio de Bastión de Tormentas, y lord Tyrell y lord Redwyne no se atreverán. Cada uno de los hombres que luchó bajo el estandarte del dragón, o se alzó con Balon Greyjoy, tendrá motivos para temerlo. Sentad a Stannis en el Trono de Hierro, y os aseguro que el reino sangrará.

» Y ahora, pensad en la alternativa. Joffrey no tiene más que doce años, y Robert ha puesto la regencia en vuestras manos, mi señor. Sois la mano del rey y el Protector del Reino. Tenéis el poder, lord Stark. Solo hace falta que estiréis la mano para cogerlo. Haced las paces con los Lannister. Liberad al Gnomo. Casad a Joffrey con vuestra hija Sansa. Casad a la pequeña con el príncipe Tommen, y a vuestro heredero, con Myrcella. Aún faltan cuatro años para que Joffrey cumpla la mayoría de edad. Para entonces os considerará un segundo padre, y si no es así... Bueno, cuatro años dan para mucho, mi señor. Para librados de lord Stannis, por ejemplo. Y luego, si Joffrey da problemas, siempre podemos revelar este secretito y poner a lord Renly en el trono.

—¿Podemos? —repitió Ned.

—Necesitaréis a alguien con quien compartir la carga —dijo Meñique encogiéndose de hombros—. Y mi precio no será elevado, os lo aseguro.

—Vuestro precio. —La voz de Ned era puro hielo—. Lo que estáis proponiendo es una traición, lord Baelish.

—Solo si perdemos.

—Olvidáis demasiadas cosas —replicó Ned—. Olvidáis a Jon Arryn. Olvidáis a Jory Cassel. Y olvidáis esto. —Sacó el puñal y lo puso sobre la mesa, entre ellos: era de huesodragón y acero valyrio; con un perfil tan nítido como la diferencia entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre la vida y la muerte—. Envieron a un hombre para que le cortara el cuello a mi hijo, lord

Baelish.

—Pues sí, mi señor, había olvidado algunas cosas. —Meñique suspiró—. Os ruego que me perdonéis. Durante un momento no me he dado cuenta de que estaba hablando con un Stark —Frunció los labios—. Así que optáis por Stannis y por la guerra.

—No se trata de una opción. Stannis es el heredero.

—Lejos de mí entrar en discusiones con el Lord Protector. En fin, ¿qué queréis de mí? Mi consejo no, desde luego.

—Haré lo posible por perdonar vuestro... consejo —replicó Ned, asqueado—. Os he hecho venir para pediros la ayuda que le prometisteis a Catelyn. Es un momento peligroso para todos nosotros. Ciento: Robert me ha nombrado Protector, pero a los ojos de todos, Joffrey es su hijo y heredero. La reina dispone de una docena de caballeros y un centenar de soldados dispuestos a obedecer sus órdenes; más que suficiente para doblegar a lo que queda de mi guardia. Y quizás su hermano Jaime cabalgue en estos momentos hacia Desembarco del Rey, con un ejército de los Lannister a sus órdenes.

—Y vos sin hombres. —Meñique juguetó con el puñal que estaba sobre la mesa, haciéndolo girar lentamente con un dedo—. Lord Renly no siente demasiado afecto hacia los Lannister. John Royce, ser Balon Swann, ser Loras, lady Tanda, los gemelos Redwyne... cada uno de ellos dispone de un séquito de caballeros y espadas juramentadas aquí, en la corte.

—Renly tiene treinta hombres en su guardia personal, y los otros, todavía menos. No son suficientes, ni siquiera aunque estuviera seguro de que todos se iban a aliar conmigo. Necesito a los capas doradas. La Guardia de la Ciudad cuenta con dos mil hombres fuertes, que han jurado defender el castillo, la ciudad y la paz del rey.

—Ya... pero cuando la reina proclame un rey, y la mano, otro, ¿qué paz van a proteger? —Lord Petyr empujó el puñal con el dedo y lo hizo girar de nuevo. Dio varias vueltas y, cuando al final se detuvo, apuntaba al propio Meñique—. Vaya, aquí tenemos la respuesta —añadió con una sonrisa—. Siguen a aquel que les paga. —Se echó hacia atrás en el asiento y miró de frente a Ned, con los ojos verde grisáceo llenos de burla—. Vestís vuestro honor como si fuera una armadura, Stark Creéis que os protege, pero en realidad no es más que una carga que os hace moveros despacio. Miraos al espejo. Sabéis por qué me habéis hecho venir. Sabéis qué queréis pedirme que haga. Sabéis que es necesario... pero no es honorable, así que no os atrevéis a decirlo en voz alta.

Ned tenía el cuello rígido por la tensión. Durante un instante se sintió incapaz de hablar, de pura rabia.

Meñique se echó a reír.

—Debería obligarlos a decirlo, pero sería una crueldad... Así que no temáis, mi buen señor. Por el amor que le profeso a Catelyn, iré ahora mismo a hablar

con Janos Slynt, para asegurarme de que la Guardia de la Ciudad os es leal. Con seis mil piezas de oro será suficiente. Una tercera parte para el comandante, una tercera parte para los oficiales y una tercera parte para los hombres. Quizá pudiéramos comprarlos por la mitad de esa suma, pero no es cosa de correr riesgos.

Sonrió, cogió el puñal por la hoja y se lo tendió a Ned con la empuñadura por delante.

Jon estaba tomando un desayuno a base de pastel de manzana y morcillas cuando Samwell Tarly se dejó caer pesadamente en el banco.

—Me han llamado al septo —dijo Sam con un susurro emocionado—. Me van a sacar del entrenamiento. Me harán hermano al mismo tiempo que a vosotros. ¿Te lo imaginas?

—¡No! ¿De verdad?

—De verdad. Mi deber será ayudar al maestre Aemon con la biblioteca y con los pájaros. Necesita a alguien que sepa leer y escribir cartas.

—Lo harás muy bien —sonrió Jon.

—¿No tendríamos que ir ya? —Sam miró a su alrededor con ansiedad—. No quiero llegar tarde; puede que cambien de opinión.

Al cruzar el patio cubierto de hierbajos iba casi saltando. Era un día cálido y soleado. Del Muro descendían reguerillos de agua, con lo que el hielo parecía centellear.

En el interior del septo, el gran cristal reflejaba la luz de la mañana que entraba por la ventana orientada hacia el sur y formaba un arcoíris sobre el altar. Pyp se quedó boquiabierto al ver a Sam; Sapo le dio un codazo a Grenn en las costillas, pero ninguno se atrevió a decir nada. El septón Celladar movía un incensario que impregnaba el aire de su fragancia. A Jon le recordaba el pequeño septo de lady Starken Invernalia. El septón estaba sobrio, por una vez.

Los oficiales de alto rango llegaron todos juntos: el maestre Aemon, apoyado en Clydas; ser Alliser, con sus ojos fríos y su gesto hosco; el lord comandante Mormont, resplandeciente con su jubón de lana negra y broches de plata en forma de zarpas de oso... Tras ellos entraron los superiores del resto de las órdenes: Bowen Marsh, el lord mayordomo de rostro enrojecido; el capitán de los constructores, Othell Yarwyck, y ser Jaremy Rykker, que estaba al mando de los exploradores durante la ausencia de Benjen Stark.

—Llegasteis aquí como malhechores —empezó Mormont, que se había situado ante el altar de forma que el arcoíris le relucía sobre la calva—. Cazadores furtivos, violadores, deudores, asesinos y ladrones. Llegasteis a nosotros como niños. Llegasteis a nosotros solos, encadenados, sin amigos y sin honor. Llegasteis a nosotros ricos, y llegasteis a nosotros pobres. Algunos ostentáis los nombres de casas orgullosas. Otros tenéis nombres de bastardos, o no tenéis nombre alguno. Nada de eso importa ya. Todo queda en el pasado. En el Muro, todos pertenecemos a la misma casa.

» Al caer la noche, cuando se ponga el sol y llegue la oscuridad, haréis el juramento. Desde ese momento seréis hermanos juramentados de la Guardia de la Noche. Vuestros crímenes quedarán olvidados; vuestras deudas, saldadas. Y de la misma manera deberéis olvidar las antiguas lealtades, dejar a un lado los

rencores, desechar amores y enemistades del pasado por igual. Vais a empezar de nuevo.

» Un hombre de la Guardia de la Noche vive su vida por el reino. No por un rey, ni por un señor, ni por el honor de una casa u otra; tampoco por el oro ni la gloria, ni el amor de una mujer, sino por el reino y por todos los que en él viven. Un hombre de la Guardia de la Noche no tiene esposa y no engendra hijos. Nuestra esposa es el deber. Nuestra amante es el honor. Y vosotros sois los únicos hijos que tendremos jamás.

» Ya conocéis la fórmula del juramento. Meditad bien antes de pronunciarla, porque cuando vistáis el negro ya no habrá vuelta atrás. La deserción se pena con la muerte. —El Viejo Oso hizo una pausa antes de continuar—. ¿Hay alguno de entre vosotros que no quiera seguir aquí? Si es así, que se vaya ahora, sin demérito alguno.

Nadie se movió.

—Bien —asintió Mormont—. Prestaréis juramento aquí, al anochecer, ante el septón Celladar y el primero de vuestra orden. ¿Alguno de vosotros adora a los antiguos dioses?

—Yo, mi señor —dijo Jon poniéndose en pie.

—En ese caso supongo que querrás jurar ante un árbol corazón, como hizo tu tío —dijo Mormont.

—Así es, mi señor —asintió Jon. Los dioses del septo no tenían nada que ver con él; por las venas de los Stark corría la sangre de los primeros hombres.

—Pero aquí no hay bosque de dioses —oyó que susurraba Grenn a su espalda—. ¿Verdad? Yo no lo he visto.

—Tú no verías ni una manada de uros en medio de la nieve hasta que te embistieran —susurró en respuesta Pyp.

—Sí que los vería —insistió Grenn—. Los vería venir de lejos.

—En el Castillo Negro no hace falta un bosque de dioses. —El propio Mormont confirmó las dudas de Grenn—. El bosque Encantado está al otro lado del Muro, donde estuvo en la Era del Amanecer, mucho antes de que los ándalos trajeran a los Siete del otro lado del mar Angosto. A media legua de aquí encontrarás un bosquecillo de arcianos y, quizás, también a tus dioses.

—Mi señor. —La voz hizo que Jon se volviera, sorprendido. Samwell Tarly se había puesto en pie y se secaba el sudor de las manos en la túnica—. ¿Puedo... puedo ir yo también? ¿Puedo prestar juramento ante ese árbol corazón?

—¿La casa Tarly también adora a los antiguos dioses? —quiso saber Mormont.

—No, mi señor —respondió Sam con voz aguda, nerviosa. Jon sabía que los oficiales le daban un poco de miedo, y el Viejo Oso, más que ninguno—. Me pusieron el nombre a la luz de los Siete, en el septo de Colina Cuerno, al igual que pasó con mi padre, con su padre y con todos los Tarly desde hace mil años.

—¿Y por qué quieres renunciar a los dioses de tu padre y de su casa? —preguntó ser Jaremy Rykær.

—Ahora, mi casa es la Guardia de la Noche —dijo Sam—. Los Siete jamás respondieron a mis plegarias. Puede que los antiguos dioses lo hagan.

—Como quieras, muchacho —dijo Mormont. Sam se sentó de nuevo, y Jon hizo lo mismo—. Os hemos adjudicado cada uno a una orden, según nuestras necesidades y vuestras habilidades. —Bowen Marsh se adelantó y le tendió un papel. El lord comandante lo desenrolló y empezó a leer—: Halder, a los constructores. —Halder asintió en gesto de aprobación—. Grenn, a los exploradores. Albett, a los constructores. Pypar, a los exploradores. —Pyp miró a Jon y movió las orejas—. Samwell, a los mayordomos. —Sam, suspiró de alivio y se secó el sudor de la frente con un pañuelo de seda—. Matthar, a los exploradores. Dareon, a los mayordomos. Todder, a los exploradores. Jon, a los mayordomos.

—A los mayordomos? Durante un instante, Jon no dio crédito a sus oídos. Seguro que Mormont se había equivocado al leer. Empezó a levantarse, abrió la boca para decir que era un error... y en aquel momento vio los ojos de ser Alliser, clavados en él como dos esquirlas de obsidiana, y lo comprendió.

—Los capitanes de cada orden os explicarán vuestros deberes. —El Viejo Oso enrolló el papel—. Los dioses os guarden, hermanos.

El lord comandante los honró con un amago de reverencia y se retiró. Ser Alliser se marchó con él; una sonrisa le aleteaba en los labios. Jon nunca había visto tan contento al maestro de armas.

—Los exploradores, conmigo —exclamó ser Jaremy Rykær cuando hubieron salido.

Pyp se puso en pie muy despacio sin dejar de mirar a Jon. Tenía las orejas coloradas. Grenn sonreía, sin darse cuenta de que algo iba mal. Matt y Sapo siguieron también a ser Jaremy para salir del septo.

—Constructores —llamó Othell Yarwyck. Halder y Albett fueron con él.

Jon miró a su alrededor, mareado, incrédulo. Los ojos ciegos del maestre Aemon estaban alzados hacia la luz que no podían ver. El septón estaba colocando cristales sobre el altar. En los bancos solo quedaban Sam y Dareon; un chico gordo, un bardo... y él.

—Samwell, tú ayudarás al maestre Aemon con los pájaros y en la biblioteca.

—El lord mayordomo Bowen Marsh se frotó las manos regordetas—. Chett pasará a las perreras y tú ocuparás su celda; así estarás cerca de él día y noche. Confío en que lo cuidarás bien. Es muy anciano, y muy valioso para nosotros.

»Dareon, me han informado de que has cantado ante señores de gran alcurnia, y has compartido su pan y su hidromiel. A ti te enviaremos a Guardiaoriente. Puede que tu facilidad de palabra le sea de ayuda a Cotter Pyke cuando lleguen las galeras mercantes para comerciar. Pagamos demasiado por

la carne en salazón y el pescado en escabeche, y el aceite de oliva que nos envían es cada vez peor. Cuando llegues, preséntate ante Borcas; te dará algo que hacer entre barco y barco. —A continuación, Marsh dirigió su sonrisa hacia Jon —. El lord comandante Mormont ha pedido que seas su mayordomo personal, Jon. Dormirás en una celda bajo sus habitaciones, en la Torre del Lord Comandante.

—¿Y cuáles serán mis obligaciones? —preguntó Jon con brusquedad—. ¿Le serviré las comidas al lord comandante, lo ayudaré a abrocharse las ropas y le calentaré el agua para el baño?

—Desde luego. —Marsh había frunció el ceño ante el tono de voz del muchacho—. También llevarás los mensajes que te ordene, mantendrás el fuego encendido en sus habitaciones, le cambiarás a diario las sábanas y las mantas, y harás cualquier cosa que él te ordene.

—¿Acaso me tomáis por un criado?

—No —respondió el maestre Aemon desde el fondo del septo. Clydas lo ayudó a levantarse—. Te tomábamos por un hombre de la Guardia de la Noche... pero puede que fuera un error.

—¿Puedo retirarme? —preguntó Jon con frialdad. Tuvo que controlarse para no marcharse de allí en aquel momento. Esperaban que batiera mantequilla y cosiera jubones como una niña el resto de su vida?

—Como deseas —replicó Bowen Marsh.

Dareon y Sam salieron con él. Bajaron al patio en silencio. Ya en el exterior, Jon alzó la vista hacia el Muro, que resplandecía bajo el sol mientras el hielo derretido se deslizaba por su superficie en un centenar de delgados dedos. Jon estaba tan rabioso que parecía a punto de abandonarlo todo.

—Jon —le dijo Samwell Tarly, emocionado—, espera, ¿no te das cuenta de lo que han hecho?

—Lo único de lo que me doy cuenta es de que ser Alliser está detrás de todo esto —le contestó Jon hecho una furia, volviéndose hacia él—. Quería humillarme y lo ha logrado.

—Los mayordomos están bien para ti o para mí, Sam —dijo Dareon mirando a Jon fijamente—, pero no para lord Nieve.

—¡Soy mejor espada y mejor jinete que ninguno de los otros! —gritó Jon—. ¡No es justo!

—¡A mí me hablas de justicia? —se burló Dareon—. La chica me estaba esperando desnuda como el día en que vino al mundo. Me ayudó a entrar por la ventana, ¿y a mí me hablas de justicia? —Se alejó de ellos, airado.

—No es ninguna deshonra ser mayordomo —dijo Sam.

—¡Crees que quiero pasarme el resto de la vida lavándole la ropa interior a un viejo?

—Ese viejo es el lord comandante de la Guardia de la Noche —le recordó

Sam—. Estarás con él dia y noche. Sí, le servirás el vino y le cambiarás las sábanas, pero también escribirás lo que te dicte, lo ayudarás en las reuniones y serás su escudero en el combate. Estarás tan pegado a él como su sombra. Lo sabrás todo, serás parte de todo... ¡y el lord mayordomo ha dicho que Mormont en persona te había elegido!

» Cuando yo era pequeño, mi padre se empeñaba en que lo acompañara a todas las audiencias, siempre que se reunía la corte. Cuando fue a Altojardín para rendir pleitesía a lord Tyrell también quiso que lo acompañara. Luego empezó a llevarse a Dickon; a mí me dejaba en casa y ya no le importaba si yo asistía a las audiencias; solo quería que estuviera mi hermano. Quería que estuviera presente su heredero, ¿no lo entiendes? Para que observara, escuchara y aprendiera. Me apuesto lo que sea a que por eso Mormont te pidió como ayudante, Jon. ¿Por qué iba a hacerlo si no? ¡Quiere educarte para el mando!

Jon se quedó paralizado. Era verdad: lord Eddard hacía a menudo que Robb formara parte de los consejos en Invernalia. Quizá Sam tuviera razón. Hasta un bastardo podía llegar a lo más alto en la Guardia de la Noche.

—Pero esto no es lo que yo quería —dijo, testarudo.

—Ninguno de nosotros estamos aquí porque hayamos querido —le recordó Sam.

Y, de repente, Jon Nieve se sintió avergonzado.

Samwell Tarly, cobarde o no, había tenido valor para aceptar su destino como un hombre. «En el Muro, cada hombre tiene lo que se gana —le había dicho Benjen Stark la última noche que Jon lo vio con vida—. No eres un explorador, Jon. Eres un simple novato que todavía huele a verano». Había oído comentar que los bastardos crecían antes que los demás niños; en el Muro solo se podían hacer dos cosas: crecer o morir.

—Tienes razón. —Jon dejó escapar un suspiro—. Me he comportado como un crío.

—Entonces, ¿prestarás juramento conmigo?

—Los antiguos dioses nos estarán esperando. —Se obligó a sonreír.

Se pusieron en marcha a última hora de la tarde. El Muro no tenía puertas como tales, ni allí, en el Castillo Negro, ni en ningún otro punto de sus cien leguas de longitud. Guiaron sus monturas por las riendas hasta un túnel angosto excavado en el hielo, cuyas paredes frías y oscuras parecían aprisionarlos a medida que el pasadizo se retorcía en su curso. En tres ocasiones se encontraron el camino bloqueado por rejas de hierro, y tuvieron que detenerse mientras Bowen Marsh sacaba las llaves y soltaba las enormes cadenas que las cerraban. Mientras aguardaba detrás del lord mayordomo, Jon casi podía sentir el gigantesco peso del muro sobre él. Allí, el aire era más frío y tranquilo que el de una tumba. Cuando salieron a la luz de la tarde, en la cara norte del muro, sintió un extraño alivio.

Sam parpadeó para protegerse los ojos de la repentina claridad y miró a su alrededor con aprensión.

—Los salvajes... no... no se atreverán a acercarse tanto al Muro. ¿Verdad?

—Nunca lo han hecho.

Jon montó a caballo. Cuando tanto Bowen Marsh como su escolta de exploradores hubieron montado también, se llevó dos dedos a la boca y silbó. Fantasma salió del túnel al instante.

—¿Vas a traer a esa bestia? —le preguntó el lord mayordomo mientras su caballo reculaba asustado al ver al lobo huargo.

—Sí, mi señor —dijo Jon. Fantasma alzó la cabeza; pareció saborear el aire. En un abrir y cerrar de ojos echó a correr por el campo lleno de hierbajos, y desapareció entre los árboles.

Una vez en el bosque se encontraron en un mundo completamente diferente. Jon había ido a menudo de caza con su padre, con Jory y con Robb. Conocía tan bien como cualquiera el bosque de los Lobos, en torno a Invernalia. El bosque Encantado era igual, y al mismo tiempo parecía muy diferente.

Quizá era solo una sensación porque sabía que habían traspasado el fin del mundo, y aquello lo cambiaba todo. Las sombras parecían más oscuras, y los sonidos, más ominosos. Los árboles crecían muy juntos y ocultaban la luz del sol poniente. Bajo los cascos de los caballos, la fina capa de nieve crujía con un sonido como el de los huesos al romperse. Cuando el viento agitaba las hojas, Jon sentía como si le pasaran un dedo helado por la espalda. Tras ellos quedaba el Muro, y solo los dioses sabían qué había ante ellos.

El sol desaparecía ya entre los árboles cuando llegaron a su destino, un pequeño claro en lo más profundo del bosque donde crecían en círculo nueve arcianos. Jon se quedó boquiabierto, y vio que a Sam Tarly le pasaba lo mismo. Ni siquiera en el bosque de los Lobos se podían ver más de dos o tres de aquellos árboles blancos juntos. Jamás habría imaginado que existiera un grupo de nueve. El suelo del bosque estaba cubierto de hojas caídas, rojo sangre por arriba, blanco putrefacto por abajo. Los anchos troncos lisos eran de color hueso, y las nueve caras miraban hacia dentro. La savia seca encostrada en los ojos era roja y dura como un rubí. Bowen Marsh les ordenó que dejaran los caballos fuera del círculo.

—Es un lugar sagrado; no debemos profanarlo.

Al entrar en el claro, Samwell Tarly giró muy despacio, para examinar una a una todas las caras. No había dos iguales.

—Nos están mirando —susurró—. Los antiguos dioses nos miran.

—Sí. —Jon se arrodilló, y Sam hizo lo mismo a su lado.

Pronunciaron juntos el juramento mientras las últimas luces desaparecían por el oeste y el día gris se transformaba en noche negra.

—Escuchad mis palabras, sed testigos de mi juramento —recitaron; sus voces

llenaron el bosquecillo en el ocaso—. La noche se avecina, ahora empieza mi guardia. No terminará hasta el día de mi muerte. No tomaré esposa, no poseeré tierras, no engendraré hijos. No llevaré corona, no alcanzaré la gloria. Viviré y moriré en mi puesto. Soy la espada en la oscuridad. Soy el vigilante del muro. Soy el fuego que arde contra el frío, la luz que trae el amanecer, el cuerno que despierta a los durmientes, el escudo que defiende los reinos de los hombres. Entrego mi vida y mi honor a la Guardia de la Noche, durante esta noche y todas las que estén por venir.

Se hizo el silencio en el bosque.

—Os arrodillasteis como niños —entonó solemne Bowen Marsh—. Levantaos ahora como hombres de la Guardia de la Noche.

Jon tendió una mano a Sam para ayudarlo a ponerse en pie. Los exploradores se congregaron a su alrededor, sonrientes, para felicitarlos. Todos excepto Dywen, el viejo guardabosques.

—Será mejor que volvamos, mi señor —le dijo a Bowen Marsh—. Está oscureciendo, y esta noche hay un olor que no me gusta.

De pronto, Fantasma volvió con ellos; apareció caminando con pasos silenciosos entre dos arcianos. « Pelaje blanco y ojos rojos —advirtió Jon, inquieto—. Igual que los árboles» .

El lobo llevaba algo entre los dientes. Algo negro.

—¿Qué es eso? —preguntó Bowen Marsh con el ceño fruncido.

—Ven conmigo, Fantasma. —Jon se arrodilló—. Trae eso.

El lobo huargo trotó hacia él. Jon oyó cómo a Samwell Tarly se le escapaba una exclamación.

—Por los dioses —murmuró Dywen—. Es una mano.

La luz gris del amanecer entraba ya por la ventana cuando el sonido de los cascos de los caballos despertó a Eddard Stark de un sueño breve e inquieto. Levantó la cabeza de la mesa para mirar abajo, al patio. Los hombres de las capas color carmesí llenaban de sonidos la mañana con el chocar de las espadas y los ejercicios con muñecos llenos de paja. Ned observó cómo Sandor Clegane galopaba sobre la tierra batida para clavar una lanza de punta de hierro en la cabeza de un muñeco. La lona se desgarró y la paja voló por los aires entre las bromas y maldiciones de los guardias Lannister.

« ¿Todo este montaje lo hacen para que yo lo vea? —se preguntó. Si era así, Cersei era todavía más estúpida de lo que le había parecido—. Maldita mujer, ¿por qué no ha huido? Le he dado una oportunidad tras otra...» .

Hacía una mañana nublada y triste. Ned desayunó con sus hijas y con la septa Mordane. Sansa, todavía desconsolada, contemplaba malhumorada los platos y se negaba a comer, pero Arya devoró a toda prisa lo que le pusieron delante.

—Syrio dice que todavía hay tiempo para una última lección antes de que embarquemos esta tarde —dijo—. ¿Me das permiso, padre? Ya tengo todas las cosas en los baúles.

—Que sea una lección corta, y que te dé tiempo a bañarte y a cambiarte. Quiero que a mediodía estés lista para partir, ¿comprendido?

—A mediodía —asintió Arya.

—Si ella puede dar una última lección de danza —dijo Sansa alzando la vista de la mesa—, ¿por qué no me dejas despedirme del príncipe Joffrey?

—Yo la acompañaría, lord Eddard —se ofreció la septa Mordane—. Y no perderá el barco, desde luego.

—No es buena idea que veas a Joffrey ahora mismo, Sansa. Lo siento.

—Pero ¿por qué? —A Sansa se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tu señor padre sabe qué es lo mejor para ti —dijo la septa Mordane—. No debes cuestionar sus decisiones.

—¡No es justo! —Sansa se apartó de la mesa, derribó la silla y salió llorando de la habitación.

La septa se levantó, pero Ned le indicó con un gesto que se sentase.

—Deja que se vaya, septa. Intentaré que lo entienda todo cuando volvamos a estar a salvo en Invernalicia.

La septa inclinó la cabeza y se sentó para terminar de desayunar.

Una hora más tarde, el gran maestre Pycell fue a ver a Eddard Stark en sus aposentos. Iba con los hombros caídos, como si el peso de la cadena que llevaba al cuello le resultara ya insopportable.

—Mi señor —dijo—, el rey Robert nos ha dejado. Los dioses le den descanso.

—No —replicó Ned—. Robert detestaba descansar. Los dioses le den amor, risas y la gloria de la batalla. —Era extraño, pero se sentía vacío. Había esperado la visita, pero con aquellas palabras algo murió en su interior. Habría renunciado a todos sus títulos por ser libre para llorar... pero era la mano de Robert, y había llegado el momento que tanto temía—. Tened la bondad de convocar a los miembros del Consejo aquí, en mis habitaciones —le pidió a Pycelle. La Torre de la Mano le ofrecía toda la seguridad que había podido proporcionarse con la ayuda de Tomard. En cambio no podía afirmar lo mismo de la cámara del Consejo.

—¿Cómo decís, mi señor? —preguntó Pycelle parpadeando—. Sin duda, los asuntos del reino pueden esperar hasta mañana, para que no tengamos tan reciente la pena.

—Me temo que debemos reunirnos de inmediato. —Ned se mostró tranquilo, pero firme.

—Como ordene la mano. —Pycelle hizo una reverencia. Llamó a sus sirvientes y les dio instrucciones, y luego aceptó la oferta de Ned de un asiento y una copa de cerveza dulce.

Ser Barristan Selmy fue el primero en responder a la llamada. Llegó con su inmaculada capa blanca y la coraza esmaltada.

—Mis señores —dijo—, ahora mismo mi lugar está junto al joven rey. Os ruego que me disculpéis.

—Vuestro lugar está aquí, ser Barristan —le dijo Ned.

Meñique fue el siguiente. Vestía aún las ropas de terciopelo azul y la capa plateada con sinsontes de la noche anterior, aunque tenía las botas sucias de polvo.

—Mis señores —dijo sonriendo, aunque sin dirigirse a nadie en concreto. Se volvió hacia Ned—. Ya se ha llevado a cabo el asunto que me encargasteis, lord Eddard.

Varys entró con una vaharada a lavanda, recién bañado, con el rostro regordete rosado y empolvado. Sus zapatillas apenas hacían ruido al caminar.

—Los pajarillos cantan hoy una canción triste —dijo al tiempo que se sentaba—. El reino llora. ¿Comenzamos?

—En cuanto llegue lord Renly —respondió Ned.

—Mucho me temo que lord Renly se ha marchado de la ciudad —dijo Varys dirigiéndole una mirada apenada.

—¿Qué se ha marchado de la ciudad? —Ned había contado con el apoyo de Renly.

—Ha salido por una poterna una hora antes del amanecer, acompañado por ser Loras Tyrell y unos cincuenta hombres —dijo Varys—. La última vez que los vieron cabalgaban hacia el sur con cierta prisa. Su destino es sin duda Bastión de Tormentas, o bien Altojardín.

«Adiós a Renly y a sus cien espadas». A Ned no le gustaba el cariz que estaba tomando aquello, pero no podía hacer nada. Sacó la última carta de Robert.

—El rey me llamó anoche y me ordenó que tomara nota de sus últimas palabras. Lord Renly y el gran maestre Pyccelle sirvieron de testigos, y el propio Robert selló la carta, para que se abriera ante el Consejo después de su muerte. Ser Barristan, si sois tan amable...

El lord comandante de la Guardia Real examinó el documento.

—Es el sello del rey Robert, y está intacto. —Abrió la carta y la leyó—. Aquí dice que se nombra a lord Eddard Stark Protector del Reino, y que actuará como regente hasta que el heredero alcance la mayoría de edad.

«Lo que pasa es que ya es mayor de edad», reflexionó Ned para sus adentros. Pero no dijo nada en voz alta. No confiaba en Pyccelle ni en Varys, y el honor de ser Barristan lo obligaba a proteger y defender al muchacho al que consideraba su nuevo rey. El anciano caballero no abandonaría fácilmente a Joffrey. El sabor del engaño le dejaba un regusto amargo en la boca, pero Ned sabía que debía proceder con suma cautela, mantener unido el Consejo y seguir el juego hasta que estuviera firmemente establecido como regente. Ya habría tiempo de sobra para enfrentarse al tema de la sucesión cuando Arya y Sansa estuvieran a salvo en Invernalia, y lord Stannis llegara a Desembarco del Rey con todos sus hombres.

—Quiero pedirle a este Consejo que me confirme como Lord Protector, cumpliendo los deseos de Robert —dijo Ned. Observó sus rostros, sin dejar de preguntarse qué pensamientos ocultaban los ojos entrecerrados de Pyccelle, la sonrisita perezosa de Meñique y el nervioso aleteo de los dedos de Varys.

La puerta se abrió de repente. Tom el Gordo entró en la estancia.

—Perdonad, mis señores, el mayordomo del rey insiste en...

El mayordomo real entró e hizo una reverencia.

—Señores, el rey exige que su Consejo Privado se presente de inmediato en el salón del trono.

—El rey ha muerto —dijo Ned. Había dado por supuesto que Cersei actuaría con rapidez. La llamada no lo sorprendió—, pero iremos con vos, de todos modos. Tom, prepara una escolta, por favor.

Meñique le ofreció el brazo a Ned para ayudarlo a bajar por las escaleras. Varys, Pyccelle y ser Barristan los siguieron de cerca. A la entrada de la torre los esperaba una doble columna de soldados, ocho en total, con cotas de malla y yelmos de acero. El viento agitó las capas grises de los guardias cuando cruzaron el patio. Por ningún lado se divisaba el escarlata de los Lannister, pero Ned se tranquilizó al ver el gran número de capas doradas que había junto a las murallas y en las puertas.

Janos Slynt los recibió en la puerta del salón del trono, con armadura

ornamentada en oro y negro, y el yelmo con cresta bajo un brazo. El comandante hizo una reverencia rígida. Sus hombres abrieron las grandes puertas de roble, de diez varas de altura y con refuerzos de bronce.

El mayordomo real los precedió hacia el interior.

—Salve, vuestra alteza —entonó—, Joffrey de las casas Baratheon y Lannister, el primero de su nombre, rey de los ándalos y los rhoynar y los primeros hombres, señor de los Siete Reinos y Protector del Reino.

Había un largo tramo hasta el otro extremo del salón, donde Joffrey aguardaba sentado en el Trono de Hierro. Ned, apoyado en Meñique, cojeó hacia el muchacho que decía ser el rey. Los demás lo siguieron. Había recorrido aquel trayecto por primera vez a caballo, con la espada en la mano, y los dragones de los Targaryen vieron desde las paredes cómo obligaba a Jaime Lannister a bajarse del trono. Se preguntó si le costaría igual de poco hacer descender a Joffrey.

Cinco caballeros de la Guardia Real, todos excepto ser Jaime y ser Barristan, se encontraban al pie del trono, dispuestos en forma de media luna. Llevaban la armadura completa, acero esmaltado del yelmo a los escarpes, largas capas blancas sobre los hombros y escudos blancos brillantes en los brazos izquierdos. Cersei Lannister y sus dos hijos pequeños estaban de pie entre ser Boros y ser Meryn. La reina llevaba una túnica de seda verde mar, con un ribete de encaje de Myr, tenue como la espuma. Llevaba en el dedo un anillo de oro con una esmeralda del tamaño de un huevo de paloma, a juego con la diadema que lucía en la cabeza.

Por encima de ellos estaba el príncipe Joffrey, sentado entre las púas y salientes, con un jubón de hilo de oro y una capa de satén rojo. Sandor Clegane se encontraba al pie de los estrechos peldaños que llevaban al trono. Llevaba cota de malla, coraza color gris ceniza y su yelmo en forma de cabeza de perro.

Detrás del trono se encontraban veinte guardias Lannister, cada uno con una espada colgada del cinturón. Llevaban capas color carmesí, y leones de acero en los yelmos. Pero Meñique había cumplido su promesa: a lo largo de las paredes, junto a los tapices de Robert con sus escenas de caza y batalla, los capas doradas de la Guardia de la Ciudad estaban firmes, cada uno con una lanza de tres varas de longitud en la mano, todas con punta de hierro negro. Superaban a los Lannister en proporción de cinco a uno.

Cuando llegó al final, la pierna de Ned era una llamarada de dolor. Mantuvo una mano sobre el hombro de Meñique para ayudarse a soportar su peso.

Joffrey se levantó. La capa de satén rojo tenía un bordado en hilo de oro: cincuenta leones rugientes a un lado, cincuenta venados corveteando al otro.

—Ordene al Consejo que haga todos los preparativos para mi coronación —proclamó el niño—. Deseo ser coronado antes de quince días. Hoy aceptaré los juramentos y la lealtad de mis fieles consejeros.

—Lord Varys, tened la bondad de mostrarle esto a mi señora de Lannister —dijo Ned sacando la carta de Robert.

El eunuco le llevó la carta a Cersei. La reina le echó un vistazo.

—Protector del Reino —leyó—. ¿Y esto es vuestro escudo, mi señor? ¿Un trozo de papel? —Rompió la carta en dos, luego en cuatro, y dejó caer los pedazos al suelo.

—Eran las palabras del rey —dijo ser Barristan, commocionado.

—Ahora tenemos un nuevo rey —replicó Cersei Lannister—. Lord Eddard, la última vez que hablamos me disteis un consejo. Quiero devolveros el favor. Doblad la rodilla, mi señor. Doblad la rodilla y jurad lealtad a mi hijo, y permitiremos que abandonéis el cargo de mano y viváis el resto de vuestros días en ese páramo gris que consideráis vuestro hogar.

—Ojalá pudiera —replicó Ned, sombrío. Si Cersei estaba decidida a forzar la situación en aquel mismo momento, a él no le quedaba elección—. Vuestro hijo no tiene derecho al trono que ocupa. Lord Stannis es el auténtico heredero de Robert.

—¡Mientes! —gritó Joffrey, con el rostro congestionado.

—Madre, ¿qué quiere decir? —le preguntó la princesa Myrcella a la reina—. ¿Joff no es el rey ahora?

—Vuestras palabras os condenan, lord Stark —dijo Cersei Lannister—. Ser Barristan, apresad a ese traidor.

El lord comandante de la Guardia Real titubeó. En un abrir y cerrar de ojos se vio rodeado por guardias Stark, todos con el acero desnudo en sus puños enguantados.

—Y ahora, la traición pasa de las palabras a los hechos —siguió Cersei—. ¿Acaso pensáis que ser Barristan está solo, mi señor?

Con un ominoso sonido de metal contra metal, el Perro desenvainó su espada. Los caballeros de la Guardia Real y veinte guardias Lannister con capas carmesí se pusieron a su lado.

—¡Matadlo! —ordenó el niño rey desde el Trono de Hierro—. ¡Matadlos a todos, os lo ordeno!

—No me dejáis elección —le dijo Ned a Cersei Lannister. Se volvió hacia ser Janos Slynt—. Comandante, poned bajo custodia a la reina y a sus hijos. No les causéis el menor daño, pero escoltadlos a las habitaciones reales y mantenedlos allí, vigilados.

—¡Hombres de la Guardia! —gritó Janos Slynt al tiempo que se ponía el yelmo. Cien capas doradas esgrimieron las lanzas y se acercaron.

—No quiero que haya derramamiento de sangre —le dijo Ned a la reina—. Ordenadles a vuestros hombres que depongan las espadas, y no hará falta...

Con un movimiento rápido, brusco, el capa dorada más cercano le clavó la lanza a Tomard por la espalda. El acero de Tom el Gordo cayó de entre los dedos

inertes, al tiempo que una punta roja y húmeda le afloraba entre las costillas y le perforaba la cota de malla. Estaba muerto antes de que su espada llegara al suelo.

El grito de Ned llegó demasiado tarde. El propio Janos Slynt le cortó la garganta a Varly. Cayn giró con el acero en la mano, hizo retroceder al guardia más cercano con una serie de estocadas y, durante un instante, pareció que lograría abrirse camino. En aquel momento, el Perro cayó sobre él. El primer golpe de Sandor Clegane le cortó la mano de la espada por la muñeca. El segundo lo hizo caer de rodillas y lo abrió del hombro al esternón.

Mientras sus hombres morían en torno a él, Menique sacó el puñal de Ned de la funda y se lo puso bajo la barbilla. Esbozó una sonrisa de disculpa.

—Os lo advertí. Os advertí que no confiarais en mí.

—Arriba —ordenó Syrio Forel, con un golpe de tajo a la cabeza. Las espadas de madera chocaron con fuerza cuando Arya lo paró—. Izquierda —gritó el hombre, y su arma silbó. La de la niña se movió como un dardo para detenerla, y el golpe hizo que al hombre le chocaran los dientes—. Derecha —siguió.

Y luego «abajo», «izquierda», «izquierda» otra vez, cada vez más deprisa, avanzando. Arya se retiraba, parando todos los golpes.

—Estocada —aviso Syrio, y cuando atacó, Arya se apartó a un lado, desvió el arma y le lanzó un tajo al hombro.

Casi lo tocó, casi; estuvo tan cerca que esbozó una sonrisa. Un mechón de pelo empapado de sudor le cayó sobre los ojos. Se lo apartó a un lado con el dorso de la mano.

—Izquierda —entonó Syrio—. Abajo. —Su espada era un borrón, y la sala resonaba con el sonido de las maderas al chocar—. Izquierda. Izquierda. Arriba. Izquierda. Derecha. Izquierda. Abajo. ¡Izquierda!

La hoja de madera la alcanzó por encima del pecho derecho con un golpe repentino que resultó aún más doloroso porque le llegó del lado inesperado.

—¡Ay! —gritó. Tendría un moretón nuevo antes de acostarse aquella noche, en algún punto en medio del mar. «Un moretón es una lección —se dijo—, y cada lección nos hace mejores».

—Estás muerta —dijo Syrio dando un paso atrás.

—Has hecho trampa —dijo Arya, furiosa, con una mueca—. Has dicho «izquierda» y has atacado por la derecha.

—Exacto. Y estás muerta, chica.

—Pero has mentido!

—Mis palabras mentían. Mis ojos y mi brazo decían la verdad a gritos, pero no la has visto.

—¡Sí que estaba mirando! —protestó Arya—. ¡No he dejado de mirar ni un instante!

—Mirar y ver no son misma cosa, chica muerta. El danzarín del agua ve. Ven aquí, deja la espada, es momento de escuchar. —Arya lo siguió hasta la pared, y el hombre se sentó en un banco—. Syrio Forel fue primera espada del Señor del Mar de Braavos, ¿y sabes cómo llegó a serlo?

—Porque eras la mejor espada de la ciudad.

—Sí, cierto, pero ¿por qué? Otros hombres eran más fuertes, más rápidos, más jóvenes... ¿Por qué Syrio Forel era el mejor? Te lo diré. —Se rozó un párpado con la yema del dedo meñique—. La visión, la verdadera visión, eso es el corazón de todo.

»Atiende. Las naves de Braavos navegan tan lejos como sopla el viento, a tierras extrañas y maravillosas, y cuando regresan, sus capitanes llevan animales

extraños para el zoológico del Señor del Mar. Son animales como jamás has visto, caballos con rayas, animales grandes de piel manchada y cuellos largos como zancos, cerdos ratón peludos grandes como vacas, mantícoras con aguijones, tigres que llevan a sus cachorros en una bolsa, lagartos espantosos con garras como guadañas. Syrio Forel ha visto esas cosas.

» En el día del que te hablo, la primera espada acababa de morir, y el Señor del Mar me hizo llamar. Muchos jaques habían acudido a él; a todos los rechazó, y no sabían por qué. Cuando llegué a su presencia, estaba sentado y tenía en el regazo un gato gordo y amarillo. Me dijo que uno de sus capitanes se lo había traído de una isla de más allá del amanecer. «¿Has visto jamás un animal tan hermoso como esta hembra?», me preguntó.

» Y yo a él le dije: «Todas las noches, en los callejones de Braavos, los veo iguales, a cientos», y el Señor del Mar se rio, y ese día me nombró primera espada.

—No lo entiendo —dijo Arya haciendo una mueca.

Syrio entrechocó los dientes.

—El gato era un gato común, sin más. Los demás esperaban ver una bestia fabulosa, y eso fue lo que vieron. «Es una hembra muy grande», decían, pero no era más grande que cualquier gato; solo estaba gordo por la inactividad y porque el Señor del Mar lo alimentaba de su mesa. «Qué orejas tan extrañas, qué pequeñas», decían. Otros gatos le habían mordido las orejas en peleas entre cachorros. Y era un macho, evidentemente, pero el Señor del Mar decía que era una hembra, y eso vieron los demás. ¿Me escuchas?

—Tú viste lo que había allí —contestó Arya tras meditar un instante.

—Exacto. Abrir los ojos es lo único necesario. El corazón miente y la mente engaña, pero los ojos ven. Mira con los ojos. Escucha con los oídos. Saborea con la boca. Huele con la nariz. Siente con la piel. Y no pienses hasta después, y así sabrás la verdad.

—Bien —sonrió Arya.

Syrio Forel también se permitió sonreír.

—Estoy pensando que cuando lleguemos a tu Invernalia será hora de que cojas a *Aguja*...

—¡Sí! —exclamó Arya, ansiosa—. Cuando me vea Jon...

Tras ellos, las grandes puertas de madera de la estancia se abrieron con estrépito. Arya se giró.

En la entrada había un caballero de la Guardia Real, y tras él, cinco guardias Lannister. El caballero vestía armadura completa, pero llevaba levantado el visor. Arya conocía aquellos ojos caídos y aquellos bigotes de color óxido, porque había viajado desde Invernalia con el rey: era ser Meryn Trant. Los capas rojas llevaban cotas de malla sobre cuero endurecido, y cascos de acero con crestas en forma de león.

—Arya Stark —llamó el caballero—. Ven con nosotros, niña.

—¿Qué queréis? —Arya se mordisqueó el labio, insegura.

—Tu padre te manda llamar.

Arya dio un paso adelante, pero Syrio Forel la sujetó por el brazo.

—¿Y cómo es que lord Eddard envía hombres de los Lannister, y no a los suyos? Me intriga.

—No te entrometas, maestro de danza —replicó Meryn—. Esto no es asunto tuyo.

—Mi padre no os enviaría a vosotros —dijo Arya. Esgrimió su espada de madera. Los Lannister se echaron a reír.

—Suelta ese palo, niña —le dijo ser Meryn—. Soy un hermano juramentado de la Guardia Real, las Espadas Blancas.

—También lo era el Matarreyes cuando asesinó al viejo rey —dijo Arya—. No tengo por qué ir con vosotros si no quiero.

—Cogedla —les ordenó ser Meryn Trant a sus hombres; se le había agotado la paciencia. Se bajó el visor del yelmo.

Tres de los guardias avanzaron; las cotas de malla tintineaban con cada paso. De repente, Arya sintió un gran temor. « El miedo hiere más que las espadas », se dijo para controlar el ritmo frenético de su corazón.

Syrio Forel se interpuso entre ellos y se dio unos golpecitos en la bota con la espada de madera.

—Deteneos ahora mismo. ¿Qué sois? ¿Hombres o perros? Solo un perro amenazaría a una niña.

—Aparta, viejo —ordenó uno de los capas rojas.

La espada de Syrio silbó y fue a chocar contra su casco.

—Soy Syrio Forel, y a partir de ahora me hablarás con más respeto.

—Calvo de mierda... —El hombre desenvainó la espada larga. El palo hendió el aire de nuevo a una velocidad cegadora. Arya oyó un fuerte crujido, y la espada cayó tintineando contra el suelo de piedra.

—¡Mi mano! —gimió el guardia, sujetándose los dedos rotos.

—Para ser un maestro de danza te mueves deprisa —dijo ser Meryn.

—Tú eres lento para ser un caballero —replicó Syrio.

—Matad al braavosi y traedme a la niña —ordenó el caballero de la armadura blanca.

Los cuatro guardias Lannister desenvainaron las espadas. El quinto, el de los dedos rotos, escupió y sacó un puñal con la mano izquierda.

Syrio Forel entrechocó los dientes y asumió la postura de danzarín del agua, con la que solo presentaba al enemigo un costado.

—Arya, chica —dijo sin mirarla, sin apartar los ojos de los Lannister—, hoy ya no danzaremos más. Vete ya. Corre con tu padre.

—« Veloz como un ciervo » —susurró Arya; no quería dejarlo solo, pero

Syrio le había enseñado a obedecer sus órdenes.

—Eso es —dijo Syrio Forel mientras los Lannister se acercaban.

Arya dio un paso atrás con la espada de madera bien apretada en la mano. Al observar a Syrio, comprendió que cuando se batía con ella no hacía más que jugar. Los capas rojas se acercaron a él desde tres lados, todos con acero en las manos. Tenían el pecho y los brazos defendidos con cotas de malla, y defensas de acero en las ingles, pero las piernas solo las protegían con cuero. Llevaban las manos desnudas y, aunque el yelmo les cubría la nariz, no tenían visores para los ojos.

Syrio no esperó a que llegaran hasta él, sino que giró a su izquierda. Arya no había visto jamás a nadie que se moviera tan deprisa. Detuvo una espada con la suya de madera y esquivó la segunda. El segundo guardia perdió el equilibrio y cayó contra el primero. Syrio le puso una bota en la espalda y los dos capas rojas cayeron juntos. El tercer guardia saltó sobre ellos y lanzó un tajo contra la cabeza del danzarín del agua. Syrio se agachó para esquivar la hoja y lanzó una estocada hacia arriba. El guardia cayó entre gritos, mientras la sangre manaba como un surtidor del agujero rojo donde había estado su ojo izquierdo.

Los hombres caídos empezaban a levantarse. Syrio le dio una patada a uno en la cara y le quitó el casco de acero al otro. El hombre del puñal le lanzó una cuchillada. Syrio detuvo el ataque con el casco y le destrozó la rótula con la espada de madera. El último capa roja gritó una maldición y se lanzó a la carga, sujetando la espada con las dos manos. Syrio se movió, y el acero fue a clavarse en el hombre sin casco que intentaba levantarse, justo entre el cuello y el hombro. La espada perforó la cota de malla, el cuero y la carne. El hombre que se iba a levantar lanzó un aullido. Antes de que su asesino pudiera recuperar la espada, le lanzó una estocada contra la nuez. El guardia dejó escapar un grito ahogado y se tambaleó hacia atrás, con las manos en el cuello, mientras el rostro se le ponía negro.

Cuando Arya llegó a la puerta trasera, la que daba a la cocina, ya había cinco hombres en el suelo, muertos o moribundos. Oyó la maldición entre dientes de ser Meryn Trant.

—Malditos inútiles... —dijo mientras desenvainaba.

—Chica Arya —exclamó sin mirarla—, fuera ya. —Syrio Forel volvió a asumir la posición, y entrechocó los dientes.

« Mira con los ojos », le había dicho. Ella miró: el caballero llevaba armadura blanca, de los pies a la cabeza: en las piernas, en el cuello, las manos enfundadas en metal, los ojos ocultos tras el alto yelmo blanco, y acero cruel en las manos. Contra aquello, Syrio, con su chaleco de cuero y una espada de madera en las manos.

—¡Huye, Syrio! —gritó.

—La primera espada de Braavos no huye —canturreó él mientras ser Meryn

le lanzaba un ataque.

Syrio danzó para esquivar; la espada de madera era un borrón en el aire. En un instante lanzó golpes contra la sien, contra el codo, contra la garganta del caballero; la madera resonó contra el yelmo, contra el guantelete, contra el gorjal. Arya estaba paralizada. Ser Meryn avanzó. Syrio retrocedió. Paró el primer golpe, esquivó el segundo, desvió el tercero.

El cuarto cortó en dos el palo, destrozó la madera y el alma de plomo.

Arya, entre sollozos, dio media vuelta y huyó.

Atravesó corriendo las cocinas y las despensas, ciega de pánico, empujó a los cocineros y a los pinches, y derribó a una ayudante de panadería que portaba una bandeja de madera. Las aromáticas hogazas de pan recién hecho volaron por los aires. Oyó gritos a su espalda, y estuvo a punto de tropezar con un carnicero que se interpuso en su camino. El hombre tenía un cuchillo en las manos, y los brazos rojos hasta el codo.

Todo lo que Syrio Forel le había enseñado le pasó por la cabeza como un torbellino. «Veloz como un ciervo. Silenciosa como una sombra. El miedo hiere más que las espadas. Rápida como una serpiente. Tranquila como las aguas en calma. Fuerte como un oso. Fiera como un carcayú. El miedo hiere más que las espadas. El hombre que teme la derrota ya ha sido derrotado. El miedo hiere más que las espadas. El miedo hiere más que las espadas. El miedo hiere más que las espadas». La empuñadura de su espada de madera estaba resbaladiza por el sudor, y Arya jadeaba al llegar a las escaleras de la torrecilla. Se quedó paralizada un instante. ¿Arriba o abajo? Si subía llegaría al puente cubierto que unía el patio con la Torre de la Mano, pero aquello era lo que ellos pensaríaan que iba a hacer. «No hagas nunca lo que esperan», le había dicho Syrio en cierta ocasión. Arya empezó a bajar por la escalera de caracol; saltaba los estrechos peldaños de dos en dos, de tres en tres. Llegó a una bodega enorme como una cueva, llena de barriles de cerveza apilados hasta casi diez varas de altura. La única luz de aquel lugar entraba por un ventanuco estrecho, que estaba a mucha altura.

La bodega era un callejón sin salida. No había otra vía de escape que el lugar por el que había entrado. No se atrevía a regresar por las escaleras, pero tampoco podía quedarse allí. Tenía que encontrar a su padre, y decirle qué había pasado. Su padre la protegería.

Arya se colgó la espada de madera del cinturón y empezó a trepar por los barriles, saltando de uno a otro, hasta llegar a la ventana. Se agarró a la piedra con ambas manos y se impulsó. El muro tenía tres codos de ancho; el ventanuco era como un túnel en pendiente hacia arriba. Arya avanzó serpenteando hasta salir a la luz del día. Cuando tuvo la cabeza al nivel del suelo, echó un vistazo al otro lado del patio, a la Torre de la Mano.

La recia puerta de madera estaba rota, hecha astillas, como si la hubieran

derribado a hachazos. Sobre los peldaños había un hombre caido de bruces, muerto, con la capa arrugada bajo el cuerpo y la espalda de la cota de malla empapada de rojo. Horrorizada, vio que la capa del cadáver era de lana gris ribeteada con seda blanca. No sabía quién era.

—No —susurró. ¿Qué sucedía? ¿Dónde estaba su padre? ¿Por qué habían ido a buscarla los capas rojas? Recordó lo que había dicho el hombre de la barba amarilla, el día que vio a los monstruos: « Si una mano puede morir, ¿por qué no otra? ». Se le llenaron los ojos de lágrimas. Contuvo el aliento para escuchar. Oyó los sonidos de la lucha, gritos, alaridos y el clamor del acero contra el acero, que salía por las ventanas de la Torre de la Mano.

No podía entrar allí. Su padre...

Arya cerró los ojos. Durante un momento, el miedo la paralizó. Habían matado a Jory, a Wyl, a Heward y al guardia de las escaleras, fuera quien fuera. Quizá hubieran matado también a su padre, y la habrían matado a ella si hubieran llegado a cogerla.

—« El miedo hiere más que las espadas » —dijo en voz alta. Pero no le serviría de nada fingir que era una danzarina del agua. Syrio sí lo era, y seguramente el caballero blanco lo había matado, y ella no era más que una niña pequeña con una espada de madera, sola y asustada.

Se retorció para salir al patio y miró a su alrededor con cautela mientras se ponía en pie. El castillo parecía desierto. Y la Fortaleza Roja nunca estaba desierta. Todo el mundo debía de estar escondido dentro y con las puertas atrancadas. Arya alzó la vista hacia sus habitaciones, con gesto desesperado, y enseguida se alejó de la Torre de la Mano. Avanzaba muy pegada a la pared, moviéndose de sombra en sombra, como cuando cazaba gatos... aunque allí el gato era ella, y si la atrapaban, la matarían.

Se movió entre los edificios y sobre los muros, siempre con la espalda contra las piedras, para que nadie la sorprendiera. Así llegó hasta los establos sin apenas incidentes. Una docena de capas doradas con cotas de malla y corazas pasaron corriendo junto a ella cuando estaba en el patio de armas; pero, como no sabía de qué lado estaban, se acurrucó en las sombras para que no la vieran.

Hullen, que había sido caballerizo en Invernalia desde que Arya tenía uso de razón, estaba caído en el suelo, junto a la entrada de los establos. Lo habían apuñalado tantas veces que su túnica parecía lucir un dibujo de flores rojas. Arya estaba segura de que había muerto, pero cuando se le acercó, él abrió los ojos.

—Arya... —susurró—. Debes... avisar... a tu señor padre... —Le salió de la boca una espuma sanguinolenta. El caballerizo mayor cerró los ojos y no volvió a hablar.

En el interior había más cadáveres: un mozo de cuadras con el que había jugado a menudo y tres de los guardias de su padre. Cerca de la puerta había un carromato abandonado, cargado de cajones y baúles. Los hombres muertos

debían de estar cargándolo para ir a los muelles cuando los atacaron. Arya se acercó más. Uno de los cadáveres era el de Desmond, que le había enseñado su espada y le había prometido que protegería a su padre. Yacía de espaldas, con los ojos abiertos llenos de moscas, mirando sin ver en dirección al techo. Junto a él había otro cadáver con la capa roja y el yelmo con cresta de león de los Lannister. Pero solo uno. «Cada norteño vale por diez espadas sureñas», le había dicho Desmond.

—¡Mentiroso! —gritó, al tiempo que le asestaba una patada en un ataque de ira.

Los animales estaban inquietos en los establos; resoplaban y piafaban ante el olor de la sangre. Arya solo tenía un plan: ensillar un caballo y huir, alejarse del castillo y de la ciudad. Solo tenía que seguir el camino Real, que más tarde o más temprano la llevaría de vuelta a Invernalia. Cogióbridas y arneses de un gancho de la pared.

Al pasar por detrás del carromato, un baúl tirado en el suelo le llamó la atención. Se debía de haber caído durante la pelea, o quizás lo habían soltado cuando lo estaban cargando al ver que los atacaban. La madera se había roto; la tapa estaba abierta, y su contenido, desparramado por el suelo. Arya reconoció prendas de seda, satén y terciopelo que jamás había llegado a ponerse. Pero quizás en el camino Real necesitaría ropas más abrigadas. Y además...

Se arrodilló en el suelo, entre las ropas dispersas. Encontró una gruesa capa de lana, una falda de terciopelo y una túnica de seda, algo de ropa interior, un vestido que le había bordado su madre, una pulsera de plata que podría vender... Apartó la tapa rota a un lado y buscó a *Aguja* entre el contenido. Ella la había escondido al fondo, debajo de todo lo demás, pero al caerse el baúl, todo había quedado revuelto. Durante un momento temió que alguien la hubiera encontrado y la hubiera robado. Entonces sintió la dureza del metal bajo una camisa de satén.

—¡Ahí está! —siseó una voz detrás de ella, muy cerca.

Arya, sobresaltada, dio media vuelta y vio a un mozo de cuadras con una sonrisa burlona en los labios. La camiseta blanca sucia le salía por debajo del jubón mugriento. Tenía las botas cubiertas de estiércol y una horca en la mano.

—¿Quién eres tú? —inquirió Arya.

—La chica no me conoce —dijo él—. Pero yo la conozco a ella, sí, claro. La chica loba.

—Ayúdame a ensillar un caballo —le suplicó Arya al tiempo que metía la mano en el baúl para coger a *Aguja*—. Mi padre es la mano del rey; él te recompensará.

—Tu padre está muerto —replicó el muchacho. Se acercó a ella—. Pero la reina me recompensará. Ven aquí, chica.

—¡No te acerques! —Cerró los dedos en torno a la empuñadura de *Aguja*.

—He dicho que vengas. —La agarró por un brazo con brusquedad.

Todo lo que Syrio Forel le había enseñado se le desvaneció de la mente en un instante. En aquel momento de terror repentino, la única lección que Arya pudo recordar fue la primera de todas, la que le había enseñado Jon Nieve.

Le lanzó una estocada hacia arriba con el extremo puntiagudo, llevada por una fuerza salvaje, histérica.

Aguja atravesó el jubón de cuero y la carne blanca del vientre, y salió por la espalda, entre los omoplatos. El muchacho soltó la horca y dejó escapar un ruido suave, a medio camino entre un jadeo y un suspiro.

—Dioses —gimió mientras su camiseta se teñía de rojo—. Sácame eso.

Cuando Arya retiró la espada, murió.

Los caballos no paraban de relinchar. Arya se quedó mirando el cadáver, aterrada ante la proximidad de la muerte. El chico había vomitado sangre al caer, y más sangre le brotaba de la herida del vientre y formaba un charco bajo el cuerpo. Se había cortado las palmas de las manos al agarrar la hoja. Ella retrocedió, muy despacio, con *Aguja* en la mano. Tenía que marcharse de allí, tenía que huir, muy lejos, a algún lugar donde estuviera a salvo de los ojos acusadores del mozo de cuadras.

Cogió de nuevo lasbridas y los arneses, y corrió hacia su yegua, pero cuando se disponía a ensillarla cayó en la cuenta, espantada, de que las puertas del castillo estarían sin duda cerradas. También habría guardias en las poternas. Pero quizás no la reconocieran; quizás, si pensaban que era un chico, la dejarían... No, seguramente les habían ordenado que no dejaran salir a nadie, lo conocieran o no.

Pero había otra manera de salir del castillo...

La silla se le resbaló de las manos, cayó al suelo de golpe y levantó una nube de polvo. ¿Podría encontrar de nuevo la habitación de los monstruos? No estaba segura, pero sabía que debía intentarlo.

Encontró las ropas que había recogido, se puso la capa y ocultó a *Aguja* entre sus pliegues. Con el resto hizo un hato, se lo colocó bajo el brazo y se deslizó hacia la puerta trasera del establo. La abrió y miró al exterior con ansiedad. Le llegó el sonido lejano de las espadas y el alarido de un hombre que gritaba de dolor al otro lado del patio. Tenía que bajar por la escalera de caracol, y pasar por la cocina pequeña y la pocilga; así había llegado la vez anterior, cuando perseguía al enorme gato negro... solo que para eso tendría que pasar justo por delante de los barracones de los capas doradas. No podía seguir aquella ruta. Intentó pensar en otro camino. Si cruzaba por el otro lado del castillo, podría bajar a hurtadillas junto al muro que daba al río, y atravesar el pequeño bosque de dioses... pero entonces tendría que cruzar el patio, a la vista de los guardias que patrullaban sobre la muralla.

Nunca había visto tantos hombres en las murallas. Casi todos eran capas

doradas, armados con lanzas. Algunos la conocían de vista. ¿Qué harían si la veían cruzar el patio corriendo? Desde tan arriba, la verían muy pequeña; ¿sabrían quién era? ¿Les importaría?

Tenía que marcharse de allí, inmediatamente. Pero estaba tan asustada que no conseguía moverse.

«Tranquila como las aguas en calma», le susurró una vocecita al oído. Arya se sobresaltó tanto que casi dejó caer el hato. Se volvió, nerviosa, pero en el establo solo estaban ella, los caballos y los cadáveres.

«Silenciosa como una sombra», oyó. ¿Era su voz, o tal vez la de Syrio? No habría sabido decirlo, pero aquello calmó su miedo en cierto modo.

Salió sigilosamente del establo.

Aquello era lo más aterrador que había hecho jamás. Deseaba correr, esconderse, pero se obligó a caminar con calma por el patio, un paso tras otro, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo y no tuviera motivos para temer a nadie. Casi le parecía sentir los ojos de los guardias clavados en ella como bichos que le atravesaran la ropa. En ningún momento alzó la vista. Si descubría que la observaban de verdad, perdería todo el valor, estaba segura; soltaría el hato de ropa y echaría a correr sollozando como una niña, y entonces la apresarían. Mantuvo la vista clavada en el suelo. Cuando llegó a la sombra del septo real, al otro lado del patio, estaba empapada de sudor, pero nadie había dado la voz de alarma.

El septo estaba abierto y vacío. Dentro ardían cien velas votivas, en aromático silencio. Arya se dijo que los dioses no echarían en falta un par de ellas. Se las metió en las mangas y salió por una ventana trasera. Le resultó fácil volver al callejón en el que había arrinconado al gato de una oreja, pero después se extravió. Entró y salió por ventanas; saltó muros; caminó a ciegas por bodegas oscuras, silenciosa como una sombra. En una ocasión oyó llorar a una mujer. Tardó más de una hora en encontrar el ventanuco estrecho que daba a la mazmorra donde aguardaban los monstruos.

Metió por él el hato de ropas y retrocedió para encender una vela. Aquello fue arriesgado. El fuego que recordaba se había reducido a brasas, y cuando estaba soplando sobre las ascuas oyó voces que se acercaban. Rodeó la llamita con la mano para protegerla, y se coló por la ventana justo cuando alguien entraba por la puerta. No llegó a ver quién era.

En aquella ocasión, los monstruos no le dieron miedo. Casi parecían viejos amigos. Arya sostuvo la vela por encima de la cabeza. A cada paso que daba, las sombras se agitaban en las paredes como si se volvieran para mirarla.

—Dragones —susurró. Sacó a *Aguja* de entre los pliegues de la capa. La esbelta hoja parecía muy pequeña, y los dragones, muy grandes, pero Arya se sintió mejor con el acero en la mano.

El largo salón sin ventanas que había al otro lado de la puerta era tan oscuro

como lo recordaba. Sostuvo a *Aguja* en la mano izquierda, la mano con la que empuñaba la espada, y la vela, en la derecha. La cera caliente le corría por los nudillos. La entrada del pozo estaba a la izquierda, así que Arya fue hacia la derecha. Una parte de ella quería correr, pero le daba miedo que se apagara la llamita. Oyó débilmente los chillidos de algunas ratas y divisó el brillo de un par de ojillos brillantes, pero los roedores no le daban miedo. En cambio, otras cosas sí. Era tan fácil esconderse allí, como ella había hecho cuando vio al mago y al hombre de la barba bifurcada... Casi podía ver al mozo de cuadras de pie contra la pared, con las manos engarfiadas y la sangre goteando de los tajos profundos en las palmas, donde se había cortado con *Aguja*. Quizá la estuviera esperando, para agarrarla cuando pasara. Vería la luz desde lejos. Tal vez sería mejor apagar la vela...

«El miedo hiere más que las espadas», le susurró la voz tranquila en su interior. De pronto, Arya recordó las criptas de Invernalia. Resultaban mil veces más aterradoras que aquel lugar. La primera vez que las vio era una niña pequeña. Su hermano Robb los llevó abajo a ella, a Sansa y a Bran, que aún era un bebé, no mayor de lo que era Rickon en aquel momento. Solo llevaban una vela para todos, y Bran abrió los ojos como platos al ver los rostros pétreos de los Reyes del Invierno, con los lobos a sus pies y las espadas de hierro cruzadas sobre el regazo.

Robb los guio hasta el final, más allá del abuelo, de Brandon y de Lyanna, para enseñarles las que serían sus tumbas. Sansa no dejaba de mirar la velita, temerosa de que se apagara. La Vieja Tata le había dicho que allí abajo había arañas, y también ratas grandes como perros. Cuando se lo dijo a Robb, el muchacho sonrió.

—Hay cosas peores que las ratas y las arañas —les había susurrado—. Aquí es donde los muertos caminan. —Y entonces fue cuando oyeron el sonido, grave, escalofriante. El pequeño Bran se había aferrado a la mano de Arya con todas sus fuerzas.

El espectro salió de la tumba abierta, muy blanco, pidiendo sangre a gritos. Sansa lanzó un chillido y huyó escaleras arriba, y Bran se abrazó a la pierna de Robb entre sollozos. Arya no se movió, sino que le asentó un buen puñetazo al espectro. No era más que Jon, cubierto de harina.

—Idiota —le dijo—, has asustado al pequeño.

Pero Jon y Robb no hacían más que reír a carcajadas, y al final, Bran y Arya se rieron también.

El recuerdo la hizo sonreír, y después, la oscuridad no volvió a asustarla. El mozo de cuadras estaba muerto; ella misma lo había matado, y si intentaba algo, volvería a matarlo. Se iba a ir a casa. Todo se arreglaría cuando estuviera en casa, a salvo tras los muros de granito gris de Invernalia.

Las pisadas de Arya despertaban ecos suaves, a medida que se adentraba

más y más en la oscuridad.

Al tercer día, fueron a buscar a Sansa.

Ella eligió un simple vestido de lana color gris oscuro, de corte sencillo, pero con magníficos recamados en el cuello y en las mangas. Se sintió muy torpe al abrocharse los cierres de plata sin la ayuda de sirvientas. Jeyne Poole estaba confinada con ella, pero no le servía de nada. Tenía el rostro hinchado de tanto llorar y no paraba de sollozar tonterías sobre su padre.

—Estoy segura de que tu padre se encuentra bien —le dijo Sansa cuando consiguió por fin abotonarse—. Le pediré a la reina que te permita verlo. —Pensaba que aquel detalle atento le levantaría la moral, pero Jeyne se limitó a mirarla con aquellos ojos enrojecidos y congestionados, y sollozó con más fuerza todavía. Era una cría.

Sansa también había llorado el primer día. Pese a los recios muros del Torreón de Maegor, con la puerta cerrada y atrancada, cualquiera se habría aterrado cuando empezó la matanza. Ella había crecido en medio del ruido del acero contra el acero en el patio, y apenas había habido un día en su vida en que no viera espadas, pero saber que la pelea era real hacia que todo resultara muy diferente. Lo oía como no lo había oído nunca antes, y había otros sonidos, gritos de dolor, maldiciones airadas, súplicas y gemidos de los heridos y los moribundos. En las canciones, los caballeros nunca gritaban, nunca suplicaban piedad.

Así que lloró, imploró a través de la puerta que le dijieran qué sucedía. Llamó a su padre, a la septa Mordane, al rey, a su príncipe azul. Si los hombres que vigilaban la puerta oyeron sus súplicas, no lo demostraron. La puerta solo se abrió una vez, a última hora de aquella noche, para que empujaran al interior a una Jeyne Poole magullada y temblorosa.

—¡Están matándolos a todos! —le había chillado la hija del mayordomo. Y siguió hablando, incapaz de callar. Le contó que el Perro había derribado su puerta con un martillo de guerra, que había cadáveres en las escaleras de la Torre de la Mano, que los peldaños estaban resbaladizos de sangre. Sansa se secó las lágrimas para tratar de calmar a su amiga. Acabaron durmiendo en la misma cama, abrazadas como hermanas.

El segundo día fue aún peor. La habitación en la que habían confinado a Sansa estaba en la torre más alta del Torreón de Maegor. Desde la ventana alcanzó a ver que el pesado rastrillo de hierro de la entrada estaba bajado, y el puente levadizo, subido, para que nadie cruzara el foso seco que separaba la fortaleza del castillo que la rodeaba. Había guardias Lannister en los muros, todos armados con lanzas y ballestas. La lucha había terminado, y un silencio sepulcral reinaba en la Fortaleza Roja. Solo se oían los interminables sollozos y gemidos de Jeyne Poole.

Les dieron comida: queso duro, pan recién hecho y leche para desayunar; pollo asado y verduras a mediodía, y a última hora de la noche, un guiso de carne y cebada. Pero los criados que les llevaron los alimentos no quisieron responder a las preguntas de Sansa. Aquella misma noche, unas mujeres le llevaron ropas de la Torre de la Mano, y también algunas cosas para Jeyne, pero parecían casi tan asustadas como su amiga, y cuando intentó hablar con ellas, huyeron como si tuviera la peste gris. Los guardias del exterior seguían sin permitir que salieran de la estancia.

—Por favor, tengo que ver otra vez a la reina —les dijo Sansa, como le decía a todo el que veía aquel día—. Querrá hablar conmigo, estoy segura. Decide que quiero verla, por favor. Y si no, decídselo al príncipe Joffrey, tened la bondad. Cuando seamos mayores nos casaremos.

Llegó el ocaso del segundo día, y una gran campana empezó a sonar. Tenía un timbre grave y sonoro, y sus tañidos largos, pausados, llenaron de temor a Sansa. El sonido se prolongó largo rato, y al cabo de un tiempo se oyeron otras campanas que respondían desde el Gran Septo de Baelor, en la colina de Visenyá. Las campanadas recorrieron la ciudad como un trueno, como un presagio de la tormenta que se avecinaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Jeyne—, ¿por qué tocan las campanas?

—El rey ha muerto. —Sansa no sabía por qué, pero estaba segura. El tañido lento, interminable, llenaba la estancia, triste como una elegía. ¿Habría atacado algún enemigo el castillo y asesinado al rey Robert? ¿Por eso habían oído ruidos de peleas?

Se acostó inquieta, temerosa. ¿Acaso su hermoso Joffrey era ya rey? ¿O lo habrían matado a él también? Tenía miedo por su amado y por su padre. Ojalá alguien le dijera qué pasaba...

Aquella noche, Sansa soñó con Joffrey en su trono, y ella sentada a su lado, con una túnica de hilo de oro. Tenía una corona en la cabeza, y todas las personas que había conocido se acercaban a ella, hincaban la rodilla en el suelo y le rendían pleitesía.

A la mañana siguiente, la mañana del tercer día, ser Boros Blount, de la Guardia Real acudió para escoltarla ante la reina.

Ser Boros era un hombre feo de torso ancho y corto y piernas torcidas. Tenía la nariz plana, papada lacia y pelo gris muy crespo. Aquel día iba vestido de terciopelo blanco, y su capa del color de la nieve estaba sujetada con un broche en forma de león. La bestia tenía el brillo delicado del oro, y sus ojos eran rubies diminutos.

—Esta mañana tenéis un aspecto espléndido, ser Boros —le dijo Sansa. Una dama nunca olvidaba sus modales, y ella estaba decidida a ser una dama, pasara lo que pasara.

—Vos también, mi señora —respondió ser Boros con voz inexpressiva—. Su

alteza os aguarda. Acompañadme.

Había otros guardias en la puerta, hombres de armas de los Lannister, con capas color carmesí y yelmos con cresta en forma de león. Sansa se forzó a saludarlos con gentileza y a desecharles los buenos días al pasar junto a ellos. Era la primera vez que le permitían salir de la habitación desde que ser Arys Oakheart la encerrara, hacía ya dos días con sus noches.

—Es por tu seguridad, querida —le había dicho la reina—. Si algo le sucediera a su amada, Joffrey jamás me lo perdonaría.

Sansa pensaba que ser Boros la iba a escoltar a las habitaciones reales, pero se la llevó al Torreón de Maegor. El puente volvía a estar bajado. Unos trabajadores estaban bajando a un hombre atado al fondo del foso seco. Sansa echó una mirada a hurtadillas y vio un cadáver empalado en las estacas de hierro del fondo. Apartó la vista enseguida, temerosa de preguntar, temerosa de mirar demasiado, temerosa de que fuera alguien a quien conociera.

La reina Cersei estaba en la cámara del Consejo, sentada a la cabeza de una mesa larga llena de papeles, velas y barras de lacre. El esplendor de la sala era incomparable. Sansa contempló con admiración las tallas de los paneles de madera y las esfinges gemelas sentadas ante la puerta.

—Alteza, he traído a la niña —dijo ser Boros después de que los hiciera pasar otro hombre de la Guardia Real, ser Mandon, el del rostro extrañamente inexpresivo.

Sansa tenía la esperanza de que Joffrey estuviera allí. No era así, pero sí vio a tres de los consejeros del rey. Lord Petyr Baelish estaba sentado a la derecha de la reina; el gran maestre Pyccelle, al final de la mesa, y lord Varys pululaba por la estancia, dejando un rastro de perfume a flores. Advirtió con temor que todos iban vestidos de negro. Ropas de luto...

La reina llevaba una túnica de seda negra con cuello alto, con un centenar de rubíes color rojo oscuro cosidos al corpiño que le llegaban del cuello al pecho. Estaban tallados en forma de lágrimas, como si la reina llorase sangre. Cersei le sonrió, y a Sansa le pareció la sonrisa más dulce y triste que había visto jamás.

—Sansa, querida mía —dijo—. Sé que has estado preguntando por mí. Siento no haber podido recibirte antes. Todo ha sido muy complicado; no he tenido ni un momento. Espero que el servicio haya cuidado bien de ti.

—Todo el mundo ha sido muy amable, alteza, gracias por vuestro interés —dijo Sansa con educación—. Solo que... bueno, nadie hablaba con nosotras, nadie nos decía qué pasaba...

—¿Nosotras? —Cersei parecía sorprendida.

—Pusimos a la hija del mayordomo con ella —dijo ser Boros—. No sabíamos qué hacer con la otra niña.

—La próxima vez, preguntad —dijo la reina con voz tensa y el ceño fruncido—. Saben los dioses qué clase de historias le habrá metido a Sansa en la cabeza.

—Jeyne tiene miedo —dijo Sansa—. No deja de llorar. Le prometí que os preguntaría si podía ver a su padre. —El gran maestre Pycelle bajó la vista—. Su padre está bien, ¿verdad? —preguntó Sansa con ansiedad. Sabía que había habido peleas, pero nadie atacaría a un mayordomo. Vayon Poole ni siquiera llevaba espada.

—No quiero que nadie atemorice innecesariamente a Sansa —dijo la reina Cersei mirando a todos sus consejeros, uno por uno—. ¿Qué podemos hacer con su amiguita, señores?

—Le buscaré un lugar —respondió lord Petyr inclinándose hacia delante.

—Que no sea en la ciudad —dijo la reina.

—¿Me tomáis por idiota? —replicó él. La reina hizo caso omiso.

—Ser Boros, escoltad a esa niña hasta los aposentos de lord Petyr, y dad instrucciones a sus criados para que la cuiden hasta que él vaya a buscarla. Decidle que Meñique la va a llevar a ver a su padre; así se calmará. Quiero que se vaya antes de que Sansa vuelva a su habitación.

—A vuestras órdenes, alteza —dijo ser Boros. Hizo una reverencia profunda, giró en redondo y se alejó con la larga capa blanca ondeando a la espalda.

—No lo entiendo —dijo Sansa; estaba confusa—. ¿Dónde está el padre de Jeyne? ¿Por qué no la lleva con él ser Boros, en vez de lord Petyr? —Se había prometido que sería una verdadera dama, delicada y elegante como la reina, y tan fuerte como su madre, lady Catelyn. Pero de repente volvía a tener miedo, y durante un momento estuvo a punto de echarse a llorar—. ¿Adónde la enviáis? No ha hecho nada malo, es una buena chica.

—Te ha puesto nerviosa —le dijo la reina con dulzura—. Y eso no se puede consentir. Ni una palabra más. Lord Baelish se encargará de que la cuiden bien, te lo prometo. —Dio unas palmaditas a la silla que había junto a la suya—. Siéntate, Sansa. Tengo que hablar contigo.

Sansa tomó asiento junto a la reina. Cersei sonreía de nuevo, pero aquello no la tranquilizó. Varys se retorcía las manos blandas; el gran maestre Pycelle mantenía los ojos adormilados fijos en los papeles de la mesa, y solo Meñique la miraba. Siempre la miraba. A veces, cuando le clavaba la vista así, Sansa se sentía como si no tuviera ropa puesta. Aquello le daba escalofríos.

—Sansa, mi dulce niña —dijo la reina Cersei al tiempo que le ponía una mano suave sobre la muñeca—. Eres una chiquilla tan hermosa... Espero que sepas cuánto te amamos Joffrey y yo.

—¿De verdad? —Sansa sentía la respiración entrecortada. Se olvidó de Meñique. Su príncipe la amaba. Era lo único que importaba.

—Yo casi te considero una hija —dijo la reina con una sonrisa—. Y sé que amas a Joffrey. —Sacudió la cabeza con gesto apenado—. Lo siento, pero tenemos que darte una mala noticia acerca de tu señor padre. Debes ser valiente, pequeña.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sansa; aquellas palabras tranquilas le habían helado la sangre en las venas.

—Tu padre, querida, es un traidor —dijo lord Varys.

—Fui testigo de cómo lord Eddard juraba a nuestro amado rey Robert que protegería a los jóvenes príncipes como si fueran sus hijos —dijo el gran maestre Pyccelle levantando la cabeza encanecida—. Pero en cuanto murió, convocó al Consejo Privado para arrebatarle el trono al príncipe Joffrey.

—No —farfulló Sansa—. Imposible. Jamás haría una cosa semejante.

La reina cogió una carta. El papel estaba desgarrado y lleno de sangre seca, pero el sello era el de su padre, el lobo huargo estampado sobre lacre color claro.

—El capitán de la guardia de tu casa llevaba esto, Sansa. Es una carta al hermano de mi difunto esposo, Stannis, en la que lo invita a apoderarse de la corona.

—Por favor, alteza, tiene que ser un error. —El pánico repentino la hacía sentir débil, mareada—. Por favor, mandad llamar a mi padre, él os dirá que jamás escribió esta carta; el rey era su amigo.

—Eso pensaba Robert —dijo la reina—. Esta traición lo habría destrozado. Los dioses fueron misericordiosos: se lo llevaron para que no tuviera que ver esto.

—Suspiró—. Sansa, querida, comprenderás que esto nos pone en una posición espantosa. Tú eres inocente de todo mal, lo sabemos, pero aun así eres la hija de un traidor. ¿Cómo voy a permitir que te cases con mi hijo?

—Pero yo... lo amo —gimió Sansa, confusa y asustada. ¿Qué pensaban hacer con ella? ¿Qué le habían hecho a su padre? Aquello no era lo que estaba previsto. Ella iba a casarse con Joffrey, estaban prometidos, hasta lo había soñado. No era justo que se lo quitaran todo por algo que había hecho su padre.

—Bien lo sé, pequeña —suspiró Cersei con voz muy amable, muy dulce—. ¿Por qué si no viniste a contarme los planes que tenía tu padre para alejarte de nosotros? Fue por amor.

—Sí, fue por amor —se apresuró a asentir Sansa—. Mi padre ni siquiera me permitía despedirme. —Ella era la hija buena, la hija obediente, pero aquella mañana, hacía ya días, se había sentido casi tan traviesa como Arya; se escabulló de la septa Mordane y desobedeció a su padre. Jamás en su vida había actuado de forma tan impulsiva, y entonces tampoco lo habría hecho de no ser por el amor que le profesaba a Joffrey—. Iba a llevarme a Invernalia y casarme con algún caballero errante, pero yo amo a Joff. Se lo dije, pero no me hizo caso.

—El rey había sido su última esperanza. El rey le ordenaría a su padre que la dejara quedarse en Desembarco del Rey y casarse con el príncipe Joffrey. Pero el rey siempre le había inspirado temor. Era gritón, tenía la voz ronca y a menudo estaba borracho; seguro que se la habría devuelto a lord Eddard, y eso si conseguía que la recibiera. De modo que fue a ver a la reina; se lo confió todo. Cersei la escuchó y le dio las gracias de una manera tan dulce... Pero luego, ser

Arys la escoltó hasta la habitación más alta del Torreón de Maegor y le puso guardias en la puerta, y unas horas después empezó la lucha—. Por favor —terminó—, tenéis que permitir que me case con Joffrey. Seré una buena esposa para él, ya lo veréis. Seré una reina como vos, lo prometo.

—¿Qué responden a su súplica los señores del Consejo? —preguntó la reina Cersei mirando a los demás.

—Pobre niña —murmuró Varys—. Sería una crueldad poner fin a un amor tan sincero e inocente, alteza... pero ¿qué remedio nos queda? Su padre ha sido condenado. —Se frotó una mano blanda contra la otra, en gesto de lástima e impotencia.

—La hija nacida de la semilla de un traidor lleva la traición en su naturaleza —dijo el gran maestre Pyccelle—. Ahora mismo es una niña dulce, pero ¿quién sabe qué traiciones concebirá antes de diez años?

—No —dijo Sansa, horrorizada—. No, yo jamás... Yo nunca traicionaría a Joffrey; lo amo, de verdad.

—Conmovedor —suspiró Varys—. Pero, en realidad, la sangre puede más que las promesas.

—A mí me recuerda a la madre, no al padre —señaló lord Petyr Baelish con voz tranquila—. Miradla bien. El pelo, los ojos... Es la viva imagen de Cat cuando tenía su edad.

—Niña, si pudiera creer que no eres en absoluto como tu padre —dijo la reina mientras la miraba; en sus claros ojos verdes había dudas, pero Sansa vio también bondad—, nada me complacería más que verte casada con mi Joffrey. Sé que él te ama con todo su corazón. —Suspiró—. Pero temo que lord Varys y el gran maestre estén en lo cierto. La sangre acabará por revelarse. Todavía recuerdo que tu hermana azuzó a su loba contra mi hijo.

—Yo no soy como Arya —se apresuró a decir Sansa—. Ella lleva la sangre del traidor; yo no. Yo soy buena, preguntad a la septa Mordane, os lo dirá, solo quiero ser la esposa amante y fiel de Joffrey. —Sentía el peso de los ojos de Cersei mientras esta estudiaba su rostro.

—Te creo, niña. —Se volvió hacia los demás—. Mis señores, creo firmemente que si el resto de sus familiares permaneciera leal a nosotros en estos terribles momentos, nuestros temores tendrían poca razón de ser.

—Lord Eddard tiene tres hijos varones. —El gran maestre Pyccelle se acarició la barba, al tiempo que fruncía el ceño en gesto pensativo.

—No son más que niños —replicó Petyr, encogiéndose de hombros—. A mí me preocupan más lady Catelyn y los Tully.

—¿Sabes escribir, pequeña? —La reina cogió la mano de Sansa entre las suyas. Sansa asintió, nerviosa. Leía y escribía mejor que ninguno de sus hermanos, aunque las cuentas se le daban fatal—. Me complace que sea así. Puede que aún haya esperanzas para Joffrey y para ti...

—¿Qué queréis que haga?
—Tienes que escribir a tu señora madre, y también a tu hermano mayor...
¿Cómo se llama?

—Robb —respondió Sansa.

—No cabe duda de que la noticia de la traición de tu señor padre les llegará muy pronto. Sería mejor que fueras tú quien se la comunicara. Debes decirles que lord Eddard traicionó a su rey.

—Pero si él jamás... —Sansa deseaba con desesperación estar al lado de Joffrey, pero no tenía valor para hacer lo que le pedía la reina—. Yo no... alteza, no sabría qué decir...

—Nosotros te dictaremos lo que debes escribir, pequeña —dijo la reina, dándole unas palmaditas en la mano—. Lo más importante es que les pidas a lady Catelyn y a tu hermano que mantengan la paz del rey.

—Si no lo hacen, les costará muy caro —intervino el gran maestre Pycelle—. Por el amor que les profesas, debes decirles que sean prudentes.

—Sin duda, tu señora madre temerá por tu vida —siguió la reina—. Debes decirle que te encuentras bien, bajo nuestro cuidado; que te tratamos con todo respeto y satisfacemos todos tus deseos. Pídeles que vengan a Desembarco del Rey, y que juren lealtad a Joffrey cuando suba al trono. Si lo hacen..., entonces sabremos que tu sangre no está corrompida, y cuando llegues a la flor de tu feminidad contraerás matrimonio con el rey en el Gran Septo de Baelor, ante los ojos de los dioses y los hombres.

« Matrimonio con el rey ». Aquellas palabras hacían que se le acelerase la respiración. Pero Sansa titubeaba.

—Quizá... si pudiera ver a mi padre, y hablar con él sobre...

—¿Traición? —sugirió lord Varys.

—Me decepcionas, Sansa. —Los ojos de la reina eran duros como piedras—. Te hemos contado los crímenes de tu padre. Si eres tan leal como dices, ¿para quéquieres verlo?

—No... Solo pretendía... —Se le humedecieron los ojos—. No está... Por favor, no está herido, ni...

—Lord Eddard no ha sufrido daño alguno —dijo la reina.

—Y... ¿qué será de él?

—Eso lo debe decidir el rey —anunció el gran maestre Pycelle midiendo las palabras.

¡El rey! Sansa parpadeó para contener las lágrimas. Joffrey era el rey. Su valeroso príncipe jamás haría daño al padre de su prometida, por graves que fueran los crímenes de los que se lo acusaba. Si acudía a él y le suplicaba piedad, la escucharía, sin duda. Tenía que escucharla; la amaba, hasta la reina lo había dicho. Joff tendría que castigar a su padre, los señores lo esperaban de él, pero quizás podría enviarlo de vuelta a Invernalia, o exiliarlo a una de las Ciudades

Libres, al otro lado del mar Angosto. Y solo durante unos cuantos años. Para entonces, ya estaría casada con Joffrey, y cuando fuera reina podría persuadirlo para que dejara volver a su padre y lo perdonara.

Pero... si su madre o Robb se comportaban como traidores, si convocaban a los vasallos o se negaban a jurar lealtad, o algo así, todo saldría al revés. Su Joffrey era bueno y misericordioso, ella lo sabía en lo más profundo de su corazón, pero un rey debía ser duro con los rebeldes. ¡Tenía que hacérselo entender a su familia!

—Sí..., escribiré las cartas —les dijo Sansa.

—Sabía que lo harías. —Cersei Lannister le dedicó una sonrisa cálida como una puesta de sol, y le dio un suave beso en la mejilla—. Joffrey se sentirá muy orgulloso cuando le cuente lo valiente y sensata que has sido.

Al final, Sansa escribió cuatro cartas: a su madre, lady Catelyn Stark; a sus hermanos, en Invernalia; a su tía, lady Lysa Arryn del Nido de Águilas, y a su abuelo, lord Hoster Tully de Aguasdulces. Cuando terminó, tenía los dedos doloridos y manchados de tinta. Varys tenía el sello de su padre. Ella calentó el lacre blanco sobre una vela, lo dejó caer cuidadosamente y observó cómo el eunuco estampaba en cada carta el lobo huargo de la casa Stark.

Cuando ser Mandon Moore acompañó a Sansa a la torre alta del Torreón de Maegor, Jeyne Poole y sus pertenencias ya no estaban allí. Se sintió agradecida; ya no tendría que oír más sollozos. Pero, sin Jeyne, parecía como si hiciera más frío, y eso que consiguió encender el fuego. Puso una silla cerca de la chimenea, cogió uno de sus libros favoritos y se sumergió en las historias de Florian y Jonquil, de lady Shella y el Caballero del Arcoíris, del valiente príncipe Aemon y su amor imposible por la reina de su hermano.

Solo mucho más tarde, aquella noche, cuando ya se estaba quedando adormilada, Sansa cayó en la cuenta de que se le había olvidado preguntar por su hermana.

—Othor —anunció ser Jaremy Rykker—, no cabe duda. Y este era Jafer Flores. —Dio la vuelta al cadáver con la bota, y el rostro muerto, muy blanco, quedó mirando hacia el cielo encapotado con unos ojos muy, muy azules—. Los dos eran hombres de Ben Stark.

« Hombres de mi tío —pensó Jon, afectado. Recordaba cómo le había suplicado que lo llevara con él—. Dioses, qué novato era yo. Si me hubiera llevado, quizás ahora estaría tendido aquí...» .

El brazo derecho de Jafer terminaba en un muñón destrozado de carne desgarrada y hueso astillado, fruto de las fauces de Fantasma. La mano derecha flotaba en un frasco de vinagre, en la torre del maestre Aemon. La mano izquierda seguía en su sitio, al final del brazo, pero estaba tan negra como su capa.

—Los dioses se apiaden de nosotros —murmuró el Viejo Oso. Se bajó de la yegua y le tendió las riendas a Jon. Hacía un calor extraño esa mañana; la frente amplia del lord comandante estaba perlada de sudor, como rocío sobre un melón. La yegua estaba nerviosa, apartaba la vista y se alejaba de los cadáveres tanto como le permitía la longitud de las riendas. Jon la llevó unos pasos más atrás, tratando de que no escapara. A los caballos no les gustaba aquel lugar. A Jon tampoco.

A los perros les gustaba aún menos. Fantasma había guiado a la partida hasta allí; los sabuesos habían resultado inútiles. Cuando Bass, el encargado de las perreras, intentó que siguieran el rastro de la mano cortada, se pusieron como locos: aullaron, ladearon, trataron de escapar. Y en aquel momento gruñían a ratos, gimoteaban y tiraban de las correas, mientras Chett los maldecía por cobardes.

« No es más que un bosque —se decía Jon—, y no son más que cadáveres». No era la primera vez que veía cadáveres...

La noche anterior había vuelto a tener el sueño sobre Invernalia. En él, recorría el castillo desierto en busca de su padre y bajaba a las criptas. Solo que había llegado más lejos que nunca. En la oscuridad, oyó el susurro de la piedra al rozar contra la piedra. Dio la vuelta y vio que los sepulcros se abrían, uno tras otro. Los reyes muertos empezaron a salir de las tumbas frías y negras, y Jon se despertó en medio de la oscuridad, con el corazón acelerado. Fantasma se levantó en la cama y le olisqueó el rostro, pero ni aquello le quitó la sensación de profundo terror. No se atrevió a dormirse de nuevo, de modo que subió al Muro y paseó inquieto hasta que vio la luz del amanecer en el este.

« No ha sido nada más que un sueño. Ahora soy un hermano de la Guardia de la Noche, no un chico asustadizo» .

Samwell Tarly estaba acurrucado bajo los árboles, medio escondido detrás de

los caballos. Tenía el rostro del color de la leche cortada. Hasta el momento no se había adentrado en el bosque para vomitar, pero tampoco se había atrevido a echar un vistazo a los cadáveres.

—No puedo mirar —gimoteó.

—Tienes que hacerlo —le dijo Jon en voz baja para que los demás no lo oyieran—. El maestre Aemon te ha enviado para que fueras sus ojos, ¿no? ¿Y de qué sirven unos ojos si están cerrados?

—Sí, pero... es que soy tan cobarde, Jon...

—Nos acompaña una docena de exploradores —le dijo Jon poniéndole una mano en el hombro—, y también tenemos los perros, y aquí está Fantasma. Nadie te va a hacer daño, Sam. Venga, ven a verlo. El primer vistazo es el peor.

Sam asintió, tembloroso, y reunió todo su valor con un esfuerzo visible. Giró la cabeza muy despacio. Abrió los ojos de par en par, pero Jon le sujetó el brazo para que no diera media vuelta.

—Ser Jaremy —dijo el Viejo Oso con voz áspera—. Ben Stark cabalgaba con seis hombres cuando partió del Muro. ¿Dónde están los demás?

—Eso querría saber yo. —Ser Jaremy sacudió la cabeza.

—Dos de nuestros hermanos han sido asesinados delante del Muro —repuso Mormont; era obvio que no le gustaba la respuesta—, y tus exploradores no han visto ni oído nada. ¿A esto se ha reducido la Guardia de la Noche? ¿Seguimos explorando estos bosques?

—Sí, mi señor, pero...

—¿Seguimos teniendo guardias montados?

—Así es, pero...

—Este hombre lleva un cuerno de caza. —Mormont señaló a Othor—. ¿Debo dar por supuesto que murió sin hacerlo sonar? ¿O es que todos tus exploradores se han vuelto sordos, además de ciegos?

—No sonó ningún cuerno, mi señor; de lo contrario, mis exploradores lo habrían oido. —El rostro de ser Jaremy estaba tenso de rabia—. Tampoco tengo bastantes hombres para realizar todas las patrullas que me gustaría... y, desde la desaparición de Benjen, hemos permanecido más cerca del Muro que antes, cumpliendo tus órdenes.

—Sí —gruñó el Viejo Oso—. Bueno. Que siga así. —Hizo un gesto de impaciencia—. Dime cómo han muerto.

Ser Jaremy se acuclilló junto al hombre que se había llamado Jafer Flores y le sujetó la cabeza por el pelo. Se quedó con él en los dedos; estaba quebradizo como la paja. El caballero dejó escapar una maldición y empujó la cabeza con la mano. El cadáver tenía un tajo enorme en el cuello, que se abría como una boca, lleno de costras de sangre seca. La cabeza permanecía unida al cuello por apenas unos cuantos tendones blanquecinos.

—Esto se lo hicieron con un hacha.

—Sí —asintió Dy wen, el viejo guardabosques—. Como la que llevaba Othor, mi señor.

Jon sintió que el desayuno se le revolvía en el estómago, pero apretó los labios y se forzó a mirar el segundo cadáver. Othor había sido un hombre corpulento y feo, y el cadáver era también corpulento y feo. No se veía ningún hacha. Jon recordaba bien a Othor: era el que había entonado la canción obscena mientras partían los exploradores. Ya no cantaría más. Toda su carne tenía un color blanquecino como la leche, excepto las manos, que estaban tan negras como las de Jafer. Flores de sangre seca y agrietada decoraban las heridas mortales que lo cubrían como una erupción, en el pecho, en las ingles y en la garganta. Pero tenía los ojos abiertos, clavados en el cielo, azules como zafiros.

—Los salvajes también tienen hachas —dijo ser Jaremy levantándose.

—¿Crees que esto es cosa de Mance Rayder? —se mofó Mormont—. ¿Tan cerca del Muro?

—¿De quién si no, mi señor?

Jon podría haber respondido a aquella pregunta. Sabía de quién, todos lo sabían, pero ninguno lo iba a decir en voz alta.

« Los Otros no son más que una leyenda, un cuento para asustar a los niños. Desaparecieron hace ocho mil años, y eso si alguna vez existieron». Solo con pensar en aquello se sentía estúpido. Ya era un adulto, un hermano negro de la Guardia de la Noche, no el niño que en el pasado se había sentado a los pies de la Vieja Tata con Bran, Robb y Arya.

Pero el lord comandante Mormont dejó escapar un bufido.

—Si a Ben Stark lo hubieran atacado los salvajes a medio día a caballo del Castillo Negro, habría regresado a por más hombres, habría dado caza a los asesinos por los siete infiernos y me habría traído sus cabezas.

—A menos que él también estuviera muerto —insistió ser Jaremy.

Pese al tiempo transcurrido, las palabras le seguían doliendo. Habían pasado demasiados días; parecía una locura aferrarse a la esperanza de que Ben Stark siguiera con vida; pero Jon Nieve era, sobre todo, testarudo.

—Ha pasado casi medio año desde la partida de Benjen, mi señor —siguió ser Jaremy—. El bosque es muy grande. Los salvajes pueden haberlo atacado en cualquier lugar. Apostaría cualquier cosa a que estos dos fueron los últimos supervivientes de su grupo, a que intentaban volver con nosotros... pero el enemigo los alcanzó antes de que llegaran a la seguridad del Muro. Los cadáveres son recientes; estos hombres no llevan más de un día muertos.

—No —graznó Samwell Tarly.

Jon se sobresaltó. Lo último que esperaba oír era la voz nerviosa y aguda de Sam. Al muchacho gordo le daban miedo los oficiales, y la paciencia no era una de las virtudes de ser Jaremy.

—No te he preguntado tu opinión, chico —le dijo Rykkr con frialdad.

—Dejad que hable, ser Jaremy —lo interrumpió Jon.

—Si el chico tiene algo que decir, quiero oírlo. —Los ojos de Mormont se clavaron en Sam y en Jon alternativamente—. Acércate más, muchacho. No te vemos detrás de los caballos.

—Mi señor, no... —dijo Sam adelantándose. Sudaba profusamente—. No puede ser un día, porque... Mirad... La sangre...

—¿Qué pasa? —gruñó Mormont—. ¿Qué tiene de raro la sangre?

—Se va a manchar los calzones con solo mirarla —dijo Chett.

Los exploradores se echaron a reír. Sam se secó el sudor de la frente.

—Se... se ve dónde Fantasma..., el lobo de Jon... Se ve dónde le arrancó la mano a ese hombre, pero... el muñón no ha sangrado, mirad... —Hizo una señal—. Mi padre... L-lord Randyll, me... me hacía mirar cuando destripaba animales, cuando... después de... —Sam sacudió la cabeza y le tembló la papada. Ahora que había mirado los cadáveres, no era capaz de apartar la vista de ellos—. Si acababa de matarlos..., la sangre manaba, mis señores. Más tarde... estaba como... como coagulada, era como... gelatina, espesa, y... y... —Parecía a punto de vomitar—. Este hombre... Miradle la muñeca; está... es una costra... seca... como...

Jon comprendió al momento qué quería decir Sam. En la muñeca del hombre muerto se veían las venas; eran como gusanos de hierro en la carne blanca. La sangre era un polvillo negro. Pero Jaremy Rykér no parecía convencido.

—Si llevaran muertos mucho más de un día estarían podridos, chico. Y ni siquiera huelen.

Dywen, el viejo guardabosques que alardeaba de poder oler la nieve que se avecinaba, se acercó más a los cadáveres y olfateó.

—No huelen a violetas, pero... mi señor tiene razón. No tienen el hedor de los cadáveres.

—Es que... no se están pudriendo —señaló Sam, con un dedo regordete que temblaba solo un poquito—. Mirad, no hay... no hay gusanos, ni nada... Han estado tirados en el bosque, y los animales no los han devorado, ni los han tocado... solo Fantasma... Por lo demás están... están...

—Intactos —terminó Jon con voz suave—. Y Fantasma es diferente. Los caballos y los perros no quieren ni acercarse.

Los exploradores se miraron entre ellos. Todos vieron que era cierto. Mormont frunció el ceño, miró los cadáveres y en dirección a los perros.

—Chett, acerca a los perros.

Chett lo intentó: tiró de las correas, maldijo, incluso dio un puntapié a uno de los animales. La mayoría de los perros gimotearon y clavaron las patas en el suelo. Trató de arrastrar a una perra. Se resistió; gruñía y se retorcía como si quisiera escabullirse del collar. Por último, arremetió contra su cuidador. Chett dejó caer la correa y dio un paso atrás. La perra saltó por encima de él y

desapareció corriendo entre los árboles.

—Hay... hay algo que falla —se apresuró a seguir Sam Tarly—. La sangre... Tienen manchas en las ropas, y... y en la carne, seca y dura, pero... no hay sangre en el suelo, ni... ni en ninguna parte. Con esas... esas... esas... —Sam se obligó a respirar hondo—. Con esas heridas... esas heridas tan espantosas... debería haber sangre por todos lados. ¿No?

—Puede que no murieran aquí. —Dywen se pasó la lengua por los dientes de madera—. Tal vez alguien los trajo y los dejó aquí para que los encontrásemos. Como una especie de advertencia. —El viejo guardabosques bajó la vista hacia los cadáveres—. Y puede que yo sea idiota, pero no recuerdo que Othor tuviera los ojos azules.

—Flores tampoco —dijo ser Jaremy sobresaltado al tiempo que se volvía hacia el cadáver.

Se hizo el silencio en el bosque. Durante unos instantes solo se oyeron la respiración acelerada de Sam y el sonido húmedo de Dywen al lamerse los dientes. Jon se acuclilló junto a Fantasma.

—Vamos a quemarlos —susurró alguien, uno de los exploradores; Jon no vio cuál.

—Eso, vamos a quemarlos —dijo una segunda voz, apremiante.

—Todavía no. —El Viejo Oso sacudió la cabeza—. Quiero que el maestre Aemon los examine. Los llevaremos al Muro.

Hay órdenes que son más fáciles de dar que de obedecer. Envolvieron los cadáveres en sendas capas, pero cuando Hake y Dywen trataron de atar uno a un caballo, el animal enloqueció, relinchó, corcoveó y coceó; incluso lanzó una dentellada a Ketter, que se había acercado para ayudar. Los exploradores no tuvieron mejor suerte con el resto de las monturas: ni los caballos más tranquilos permitieron que les pusieran encima semejante carga. Al final tuvieron que cortar ramas y fabricar unas rudimentarias parihuelas para transportar los cadáveres a pie. Cuando iniciaron el regreso ya había pasado el mediodía.

—Quiero que organices una batida por los bosques —le ordenó Mormont a ser Jaremy cuando se pusieron en marcha—. Examinad cada árbol, cada roca, cada arbusto, cada palmo de terreno en diez leguas a la redonda. Llévate a tantos hombres como necesites, y si no son suficientes, llévate también cazadores y guardabosques de los mayordomos. Si Ben y los demás están ahí fuera, vivos o muertos, quiero que los encontréis. Y si hay alguien más en estos bosques, quiero saberlo. Siguélos; captúralos con vida si es posible. ¿Comprendido?

—Sí, mi señor —asintió ser Jaremy—. Se hará como decis.

Mormont recorrió el resto del camino en silencio, pensativo. Jon lo seguía de cerca; era el lugar que le correspondía, como mayordomo del lord comandante. Era un día gris, húmedo, encapotado, el tipo de clima que hacía que uno anhelara la lluvia. Ningún viento agitaba el bosque. El aire era denso y pesado, y a Jon se

le pegaba la ropa a la piel. También hacía calor. Demasiado calor. El Muro lloraba copiosamente, llevaba días llorando, y a veces a Jon le parecía que estaba encogiendo.

Los viejos llamaban *espíritu de verano* a aquel clima, y significaba que la estación dejaba escapar sus últimos fantasmas. Después llegaría el frío, le advertían, y tras un verano largo llegaba siempre un invierno largo. Aquel verano había durado diez años. Cuando comenzó, Jon no era más que un bebé.

Fantasma corrió con ellos un trecho y desapareció entre los árboles. Jon se sentía casi desnudo sin su lobo huargo. De repente examinaba intranquilo cada sombra. No pudo evitar recordar los cuentos que les narraba la Vieja Tata cuando era niño, en Invernalia. Casi oía de nuevo su voz, como un susurro, y el *clic, clic, clic* de las agujas de tejer.

—Los Otros llegaron galopando en aquella oscuridad —decía, con la voz cada vez más baja—. Eran seres fríos, seres muertos: no soportaban el hierro, ni el fuego, ni la caricia del sol, ni a ninguna criatura viva con sangre caliente en las venas. Las aldeas, las ciudades y los reinos de los hombres cayeron ante ellos cuando avanzaron hacia el sur sobre caballos pálidos, caballos muertos, seguidos por las huestes de aquellos a los que habían masacrado. Alimentaban a sus sirvientes muertos con la carne de los niños...

Al divisar el Muro por encima de la copa de un roble viejo y retorcido, Jon sintió un alivio inmenso. De repente, Mormont tiró de las riendas y se volvió en la silla.

—Tarly, ven aquí —ordenó Mormont. Jon vio la expresión de miedo en el rostro de Sam mientras se acercaba a lomos de su yegua; sin duda creía que se había metido en algún lío—. Eres gordo, pero no idiota, chico —le gruñó el Viejo Oso—. Lo has hecho muy bien. Tú también, Nieve.

Sam se puso rojo como la grana y tartamudeó en busca de una respuesta cortés. Jon no pudo evitar una sonrisa.

Cuando por fin salieron de entre los árboles, Mormont puso el caballo al trote. Fantasma salió del bosque para recibirlos, con el hocico rojo tras la caza. Los vigías en el Muro vieron como la columna se aproximaba. Jon oyó la llamada grave del cuerno de uno de ellos, que se oía a varias leguas: un sonido largo, hondo, que vibraba entre los árboles y resonaba contra el hielo.

UUUUUUoooooooooooooooooooo

El sonido se apagó poco a poco, y de nuevo se hizo el silencio. Un solo toque significaba que los exploradores estaban de regreso.

« Al menos he sido explorador por un día —se dijo Jon—. Pase lo que pase, eso no me lo podrán quitar» .

Guaron a sus caballos a pie por el túnel de hielo, y se encontraron a Bowen Marsh esperándolos en la primera puerta. El lord mayordomo tenía el rostro congestionado y estaba muy agitado.

—Mi señor —dijo apresuradamente al tiempo que abría los barrotes de hierro —, ha llegado un pájaro; tenéis que venir enseguida.

—¿De qué se trata? —gruñó Mormont.

—La carta la tiene el maestre Aemon. —Fue curioso, porque Marsh miró a Jon antes de responder—. Os espera en vuestras habitaciones.

—Muy bien. Encárgate de mi caballo, Jon, y dile a ser Jaremy que ponga los cadáveres en un almacén hasta que el maestre pueda examinarlos.

Mormont se alejó, rezongando. Jon llevó los caballos al establo, con la desagradable certeza de que todo el mundo lo miraba. Ser Alliser Thorne entrenaba a sus muchachos en el patio, pero se interrumpió para mirar a Jon con una tenue sonrisa en los labios. Junto a la puerta de la armería estaba Donal Noy e, el manco.

—Los dioses sean contigo, Nieve —saludó.

Jon supo que algo iba mal. Que algo iba muy mal.

Dejaron los cadáveres en un almacén de la base del muro, una celda oscura y fría excavada en el hielo, donde se guardaban la carne y los cereales, y a veces también la cerveza. Jon se encargó de dar de beber y cepillar al caballo de Mormont antes de ocuparse del suyo. Después, fue a buscar a sus amigos. Grenn y Sapo estaban de guardia, pero encontró a Pyp en la sala común.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—El rey ha muerto —respondió Pyp en voz baja.

Jon se quedó sin habla. Robert Baratheon le había parecido viejo y gordo en su visita a Invernia, pero tenía aspecto sano, y nadie dijo que estuviera enfermo.

—¿Cómo lo sabes?

—Uno de los guardias ha oído a Clydas leerle la carta al maestre Aemon. —Pyp se acercó más a él—. Lo siento mucho, Jon. Era amigo de tu padre, ¿verdad?

—En el pasado fueron como hermanos. —Jon se preguntó si Joffrey conservaría a su padre como mano del rey. No parecía probable, así que quizás lord Eddard volvería a Invernia, y también sus hermanas. Tal vez pudiera visitarlos, si lord Mormont le daba permiso. Sería estupendo ver de nuevo la sonrisa de Arya, y hablar con su padre.

« Esta vez le preguntaré acerca de mi madre —decidió—. Ya soy un hombre; es hora de que me lo cuente todo. Aunque fuera una prostituta. No me importa. Quiero saberlo» .

—Hake ha dicho que los hombres muertos eran del grupo de tu tío —siguió Pyp.

—Sí —asintió Jon—. Dos de los seis que lo acompañaban. Llevan mucho tiempo muertos, solo que... los cadáveres son extraños.

—¿Extraños? —Pyp estaba muerto de curiosidad—. ¿En qué sentido?

—Ya te lo contaré Sam. —Jon no quería hablar de aquello—. Tengo que ir a ver si el Viejo Oso me necesita. —Se encaminó hacia la Torre del Lord Comandante con la extraña sensación de que algo no iba bien. Los hermanos de la guardia lo miraron con solemnidad.

—El Viejo Oso está en sus habitaciones —le anunció uno de ellos—. Ha preguntado por ti.

Jon asintió. Debería haber ido allí nada más terminar en los establos. Subió rápidamente por las escaleras de la torre.

« Solo quiere que le sirva vino, o que le encienda la chimenea, nada más», se repetía.

—¡Maíz! —graznó el cuervo de Mormont cuando entró en la estancia—. ¡Maíz! ¡Maíz! ¡Maíz!

—No le hagas caso; le acabo de dar de comer —gruñó el Viejo Oso. Estaba sentado junto a la ventana, leyendo una carta—. Tráeme una copa de vino, y sírvete otra para ti.

—¿Para mí, mi señor?

Mormont alzó los ojos de la carta y miró a Jon. Su mirada estaba teñida de compasión.

—Ya me has oido.

Jon sirvió el vino con cuidado exagerado, vagamente consciente de que estaba prolongando la acción. Cuando las copas estuvieran llenas, no le quedaría más remedio que enfrentarse a lo que fuera que decía aquella carta.

—Siéntate, muchacho —le ordenó Mormont—. Bebe.

—Se trata de mi padre, ¿verdad? —Jon permaneció de pie.

—De tu padre y del rey —dijo con voz grave el Viejo Oso dando unos golpecitos a la carta con un dedo—. No te voy a mentir: son malas noticias. Nunca imaginé que vería otro rey, teniendo en cuenta mi edad, y que Robert tenía la mitad de mis años y era fuerte como un toro. —Bebió un trago de vino—. Dicen que al rey le gustaba mucho cazar. Las cosas que amamos siempre acaban por destruirnos, muchacho, no lo olvides. Mi hijo amaba a su joven esposa. Una mujer presuntuosa y vanidosa. De no ser por ella, jamás se le hubiera ocurrido vender a aquellos cazadores furtivos como esclavos.

—Mi señor, no lo entiendo. —Jon casi no había podido seguir bien el hilo de lo que Mormont le había contado—. ¿Qué le ha pasado a mi padre?

—Te he dicho que te sientes —gruñó Mormont.

—Que te sientes —graznó el cuervo.

—Y bebe, maldita sea —añadió Mormont—. Es una orden, Nieve. —Jon se sentó y bebió un trago de vino—. Han detenido a lord Eddard. Se lo acusa de traición. Se dice que estaba conspirando con los hermanos de Robert para arrebatarle el trono al príncipe Joffrey.

—No —replicó Jon al instante—. Es imposible. ¡Mi padre jamás traicionaría

al rey!

—Sea como sea —dijo Mormont—, no me corresponde a mí decidirlo. Y a ti tampoco.

—Pero es que es mentira —insistió Jon. ¿Cómo podían pensar que su padre fuera un traidor? ¿Se habían vuelto todos locos? Lord Eddard Stark jamás haría nada deshonroso... ¿verdad?

«Engendró un bastardo —dijo una vocecita en su interior—. Eso no es honorable. ¿Y qué pasa con tu madre? Ni siquiera menciona su nombre».

—¿Qué será de él, mi señor? ¿Lo matarán?

—Eso tampoco lo sé, muchacho. Voy a enviar una carta. En mi juventud conocí a algunos de los consejeros del rey: el viejo Pyccle, lord Stannis, ser Barristan... No importa qué haya hecho tu padre; es un gran señor. Deberían permitirle vestir el negro y unirse a nosotros. Los dioses saben que necesitamos hombres del talento de lord Eddard.

Jon sabía que, en el pasado, a otros hombres acusados de traición se les había permitido redimir su honor en el Muro. ¿Por qué no a lord Eddard? Su padre... allí... era una idea extraña, y le resultaba incómoda. Sería una injusticia monstruosa que lo despojaran de Invernalia y lo obligaran a vestir el negro, pero si así salvaba la vida...

¿Lo permitiría Joffrey? Recordó los días que el príncipe pasó en Invernalia, su manera de burlarse de Robb y de ser Rodrik en el patio. En Jon ni siquiera se había fijado; los bastardos no tenían derecho ni a su desprecio.

—¿Os escuchará el rey, mi señor?

—Un rey niño... —El Viejo Oso se encogió de hombros—. Supongo que escuchará a su madre. Lástima que el enano no esté con ellos. Es el tío del chico, y cuando estuvo aquí vio lo necesitados que estamos de hombres. Lástima que tu señora madre lo tomara prisionero...

—Lady Stark no es mi madre —le recordó Jon con tono brusco. Tyrion Lannister se había comportado como un amigo con él. Si lord Eddard Stark moría, sería culpa de lady Catelyn tanto como de la reina—. ¿Qué hay de mis hermanas, señor? Arya y Sansa, que estaban con mi padre...

—Pyccle no las menciona, pero no me cabe duda de que las tratarán bien. Preguntaré por ellas en mi carta. —Mormont sacudió la cabeza—. Esto no podría haber sucedido en un momento peor. Si alguna vez el reino ha tenido necesidad de un rey fuerte... Se avecinan días oscuros y noches frías; lo siento en los huesos... —Dirigió a Jon una mirada larga, inquisitiva—. Espero que no se te ocurra hacer ninguna tontería, muchacho.

«Se trata de mi padre», habría querido decir Jon, pero sabía que era lo que menos deseaba oír Mormont. Tenía la garganta seca. Se forzó a beber otro trago de vino.

—Ahora tu deber está aquí —le recordó el lord comandante—. Tu antigua

vida terminó el día en que vestiste el negro.

—Negro —repitió el pájaro con un graznido ronco.

—Lo que suceda en Desembarco del Rey ya no es asunto nuestro —siguió Mormont sin hacer caso del pájaro. Jon siguió sin responder. El anciano apuró la copa de vino—. Ya te puedes marchar. Por hoy no te necesito más. Mañana me ayudarás a escribir esa carta.

Más tarde, Jon no recordaría haberse levantado, ni salir de la estancia. Cuando se quiso dar cuenta bajaba por los peldaños de la torre.

« Se trata de mi padre, de mis hermanas —iba pensando—. ¿Cómo no va a ser asunto mío?» .

—Sé fuerte, muchacho —le dijo mirándolo uno de los guardias cuando salió —. Los dioses son crueles.

—Mi padre no es ningún traidor —dijo Jon con voz ronca; comprendió que lo sabían todo.

Hasta las palabras se le atravesaban en la garganta como si quisieran ahogarlo. El viento soplaban con fuerza, y parecía más frío que antes, en el patio. El espíritu del verano se estaba agotando.

El resto de la tarde pasó como en un sueño. Jon no habría sabido decir qué hizo ni con quién habló. En cambio, sí sabía que Fantasma lo acompañó en todo momento. La presencia silenciosa del huargo lo consolaba.

« Las chicas no tienen ni eso —pensó—. Sus lobas las habrían protegido, pero Dama está muerta, y Nymeria desapareció; están solas» .

El sol se puso, y empezó a soplar un viento del norte. Jon lo oyó silbando contra el Muro y entre las almenas heladas cuando entró en la sala común a la hora de la cena. Hobb había preparado un guiso de venado, con mucha cebada, cebollas y zanahorias. A Jon le sirvió un cazo extra y le dio el extremo con corteza del pan, y el muchacho supo qué significaba. « Lo sabe. —Miró a su alrededor; vio que las cabezas se giraban rápidamente, que los ojos lo esquivaban con cortesía—. Todos lo saben» .

Sus amigos corrieron junto a él.

—Le hemos pedido al septón que encienda una vela por tu padre —le dijo Matthar.

—Es mentira, todos sabemos que es mentira, hasta Grenn sabe que es mentira —apoyó Pyp.

Grenn asintió, y Sam palmeó la mano de Jon.

—Ahora tú eres mi hermano, así que también es mi padre —dijo el muchacho gordo—. Siquieres ir a los arcianos, a rezarles a los antiguos dioses, te acompañaré.

Los arcianos estaban al otro lado del Muro, pero Jon sabía que Sam lo decía en serio.

« Son mis hermanos —pensó—. Tanto como Robb, como Bran, como

Rickon» .

Y en aquel momento oyó la carcajada, mordiente y cruel como un látigo de ser Alliser Thorne y su voz.

—No solo un bastardo, sino el bastardo de un traidor —les decía a los hombres que lo rodeaban.

En un abrir y cerrar de ojos, Jon se subió a la mesa empuñando el puñal. Pyp intentó agarrarlo, pero se sacudió sus manos de la pierna, corrió por la mesa y pateó el cuenco que ser Alliser sujetaba. El guiso salió volando y salpicó a los hermanos. Thorne dio un salto hacia atrás. Todo el mundo gritaba, pero Jon Nieve no oía nada. Se lanzó contra el rostro de ser Alliser, hendió el aire con el puñal junto a los fríos ojos de ónix, pero Sam se interpuso entre ellos, y antes de que Jon pudiera atacar de nuevo, Pyp le saltó a la espalda y se le enganchó como un mono, mientras Grend le agarraba el brazo y Sapo le retorcía los dedos para quitarle el cuchillo.

Más tarde, mucho más tarde, después de que lo llevaran a su celda dormitorio, Mormont bajó a verlo con su cuervo en el hombro.

—Te dije que no se te ocurriría hacer ninguna tontería, chico —dijo el Viejo Oso.

—Chico —coreó su pájaro.

—Y pensar que había depositado tantas esperanzas en ti —dijo Mormont sacudiendo la cabeza disgustado.

Le quitaron el cuchillo y la espada, y le dijeron que no podría salir de la celda hasta que los oficiales superiores decidieran qué iban a hacer con él. Luego pusieron un guardia en la puerta para estar seguros de que obedecía. Sus amigos no podían visitarlo, pero el Viejo Oso se ablandó y permitió que se quedara con Fantasma, de manera que no se encontraba completamente solo.

—Mi padre no es ningún traidor —dijo al lobo huargo, cuando todos los demás se hubieron marchado.

Fantasma lo miró en silencio. Jon se recostó contra la pared, se abrazó las rodillas, y contempló la velita que brillaba en la mesa, junto a su catre. La llama parpadeaba y temblaba; las sombras se movían a su alrededor, y la habitación parecía cada vez más oscura y fría.

« Esta noche no voy a dormir», pensó.

Pero debió de quedarse adormilado. Cuando se despertó tenía las piernas rígidas y con calambres, y la vela se había apagado hacia mucho rato. Fantasma estaba de pie sobre las patas traseras, con las delanteras contra la puerta, rascando la madera. Jon se sobresaltó; no se había dado cuenta de lo grande que estaba.

—¿Qué pasa, Fantasma? —preguntó en voz baja. El lobo huargo volvió la cabeza y lo miró desde arriba, desnudando los colmillos en un gruñido silencioso. Durante un instante, Jon temió que se hubiera vuelto rabioso—. Soy yo, Fantasma

—murmuró, tratando de que el miedo no se transparentara en su voz. Pero temblaba violentamente; ¡por qué de repente hacia tanto frío?

Fantasma se alejó de la puerta, en la que había dejado profundos arañazos con las garras. Jon lo observó, cada vez más inquieto.

—Hay alguien ahí fuera, ¿verdad? —susurró. El lobo huargo se agazapó y se arrastró hacia delante, con el pelaje del cuello erizado.

«El guardia —pensó Jon—. Dejaron un guardia ante la puerta. Fantasma lo huele a través de la madera, eso es todo».

Jon se puso en pie muy despacio. Temblaba de manera incontrolable; deseaba con todas sus fuerzas tener una espada. Llegó junto a la puerta en tres pasos rápidos. Cogió el pestillo y tiró hacia dentro. El crujido de las bisagras casi le hizo dar un salto.

El guardia estaba tumbado sobre los peldaños, inerte, mirando hacia arriba. Mirando hacia arriba aunque estaba caído sobre el estómago. Tenía la cabeza completamente girada.

«No puede ser —se dijo Jon—. Esta es la Torre del Lord Comandante; está vigilada día y noche. Es un sueño. Tengo una pesadilla».

Fantasma se le adelantó y cruzó la puerta. El lobo empezó a subir por las escaleras, se detuvo y volvió la vista hacia Jon. Y entonces lo oyó: el roce suave de una bota contra la piedra, el sonido de un pestillo al girar. Los ruidos procedían de arriba. De las habitaciones del lord comandante.

Quizá fuera una pesadilla, pero no se trataba de un sueño.

La espada del guardia seguía en su vaina. Jon se arrodilló y la cogió. El peso del acero en la mano lo hizo sentir más osado. Empezó a subir, siguiendo las pisadas silenciosas de Fantasma. En cada giro de la escalera acechaban las sombras. Jon siguió subiendo con cautela, hurgando con la punta de la espada en cada sombra sospechosa.

De repente oyó el graznido del cuervo de Mormont.

—¡Maíz! —chillaba el pájaro—. Maíz, maíz, maíz, maíz, maíz.

Fantasma saltó hacia delante, y Jon fue tras él. La puerta de la habitación de Mormont estaba abierta de par en par. Jon se detuvo en el umbral, con la espada en la mano, para que sus ojos tuvieran tiempo de acostumbrarse. Las pesadas cortinas estaban corridas, y la oscuridad era total.

—¿Quién anda ahí? —exclamó.

Y entonces lo vio: una sombra entre las sombras, que se deslizaba hacia la puerta interior que llevaba a la celda dormitorio de Mormont. Era una forma humana, toda de negro, con capa y capucha... pero, bajo la capucha, los ojos brillaban con un gélido fulgor azul.

Fantasma saltó. Hombre y lobo cayeron a la vez, sin un grito ni un gruñido, rodaron, chocaron contra una silla y derribaron una mesa cargada de papeles.

—Maíz —graznaba el cuervo de Mormont aleteando sobre ellos—, maíz,

maíz, maíz.

Jon se sentía tan ciego como el maestre Aemon. Siempre con la espalda contra la pared, Jon se deslizó hacia la ventana y arrancó los cortinajes. La luz de la luna entró a raudales en la habitación. Tuvo un atisbo de unas manos negras enterradas en el pelaje blanco, de unos dedos oscuros y tumefactos en torno a la garganta del lobo huargo. Fantasma se retorcía, lanzaba dentelladas y pateaba al aire, pero no conseguía liberarse.

Jon no tenía tiempo para sentir miedo. Se lanzó hacia delante con un grito y asestó un golpe con todas sus fuerzas con la espada. El acero cortó manga, piel y hueso, pero el sonido al hacerlo era... extraño. Igual que el olor que lo envolvió, tan repugnante y gélido que estuvo a punto de vomitar. Vio un brazo y una mano en el suelo. Los dedos negros se retorcían a la luz de la luna. Fantasma consiguió liberarse de la otra mano y se alejó con la lengua colgando entre los dientes.

El hombre encapuchado alzó el rostro blanco, y Jon asestó otro golpe sin titubear. La espada cortó el hueso, se llevó la mitad de la nariz y abrió un tajo enorme bajo aquellos ojos, aquellos ojos, aquellos ojos azules como estrellas en llamas. Jon reconoció la cara.

—Othor —dijo al tiempo que retrocedía—. Dioses, si está muerto, está muerto, yo lo vi, estaba muerto.

Sintió que algo le rozaba el tobillo. Unos dedos negros se cerraron en torno a su pantorrilla. El brazo le subía por la pierna, desgarrando la lana y la carne. Jon dejó escapar un grito de asco y se desprendió los dedos de la pierna con la punta de la espada, antes de lanzar aquella cosa volando por los aires. Cayó al suelo, todavía abriendo y cerrando los dedos.

El cadáver avanzó. No había sangre. Sin un brazo, con el rostro casi cortado por la mitad, no parecía sentir nada. Jon mantuvo la espada ante el cuerpo.

—¡No te acerques! —ordenó con voz aguda.

—¡Maíz! —gritaba el cuervo—. ¡Maíz, maíz!

El brazo muerto se salía de la manga cortada; era como una serpiente blanquecina, con una cabeza formada por cinco dedos negros. Fantasma saltó y la agarró entre los dientes. Los huesos de los dedos crujieron. Jon lanzó un tajo al cuello del cadáver; sintió que el acero penetraba en el hueso.

Othor, el muerto, se abalanzó sobre él y lo derribó.

La mesa caída se clavó entre los omoplatos de Jon, y el muchacho se quedó sin aliento. La espada, ¿dónde estaba la espada? ¡Había perdido la maldita espada! Abrió la boca para gritar, pero el espectro le introdujo en ella los dedos negros cadávericos. Intentó escupirlos entre arcadas, pero el hombre muerto pesaba demasiado. Iba metiéndole la mano, fría como el hielo, cada vez más profundamente en la garganta. Tenía el rostro muerto presionado contra el suyo; llenaba todo su campo visual. Los centelleantes ojos azules estaban cubiertos de escarcha. Jon arañó la carne fría con las uñas, pateó las piernas de aquel ser.

Intentó morder, intentó dar puñetazos, intentó respirar...

Y, de pronto, ya no sintió el peso del cadáver, ya no tuvo sus dedos en la garganta. Jon solo pudo rodar sobre sí mismo, tembloroso, entre arcadas. Fantasma había cogido de nuevo al ser. El lobo huargo le enterró los dientes en las entrañas, arrancó y desgarró. Jon se quedó mirando durante un momento interminable, casi inconsciente, antes de acordarse de buscar su espada...

... y vio a lord Mormont, desnudo y somnoliento, de pie en el umbral, con una lámpara de aceite en la mano. El brazo del ser, retorcido y con los dedos rotos, se arrastraba hacia él.

Jon trató de gritar, pero no tenía voz. Se puso en pie como pudo, dio una patada al brazo y arrancó la lámpara de la mano del Viejo Oso. La llama parpadeó y estuvo a punto de apagarse.

—¡Arde! —graznó el cuervo—. ¡Arde, arde, arde!

Jon se giró y vio los cortinajes que había arrancado de las paredes. Lanzó la lámpara con todas sus fuerzas contra el tejido. El metal se dobló, el cristal se hizo añicos, el aceite se derramó y los cortinajes empezaron a arder. El calor le arreboló el rostro, más dulce que ningún beso.

—¡Fantasma! —gritó.

El lobo huargo corrió hacia él, al tiempo que el espectro trataba de levantarse. De su vientre abierto surgían largas serpientes negras. Jon metió una mano entre las llamas, agarró un puñado de tela ardiendo, y la lanzó contra el hombre muerto.

—Que arda —rezó mientras las cortinas abrasaban el cadáver—, oh, dioses, por favor, que arda.

Los Karstark llegaron en una fría mañana ventosa desde su castillo, en Bastión Kar, con trescientos hombres a caballo y doscientos a pie. Las puntas de acero de las lanzas brillaban a la escasa luz del ocaso a medida que se aproximaba la columna. Por delante iba un hombre con un tambor más grande que él, tocando un ritmo lento y grave, *bum, bum, bum*.

Bran vio cómo se aproximaban desde una torreta de vigilancia en el muro exterior, a través del catalejo de bronce del maestre Luwin, y montado sobre los hombros de Hodor. Encabezaba la marcha el propio lord Rickard, acompañado por sus hijos Harrion, Eddard y Torrhen, todos bajo los estandartes negros con el emblema de su casa, el sol blanco. La Vieja Tata decía que por sus venas corría sangre Stark desde hacía cientos de años, pero a los ojos de Bran no tenían ninguna similitud. Eran hombres corpulentos, de aspecto fiero, con barbas espesas y el pelo suelto que les caía sobre los hombros. Llevaban capas de piel de oso, de foca y de lobo.

Sabía que eran los últimos. El resto de los señores ya estaba allí con sus huestes. Bran habría dado cualquier cosa por cabalgar con ellos, por ver las casas invernales llenas a rebosar, las multitudes en la plaza del mercado todas las mañanas, y las calles apisonadas y sucias por las ruedas de los carros y los cascós de los caballos.

—No podemos prescindir de ningún hombre para que te acompañe —le había explicado su hermano.

—Me llevaré a Verano —insistió Bran.

—No seas chiquillo ahora, Bran —replicó Robb—. Sabes que no puede ser. Hace tan solo dos días, uno de los hombres de lord Bolton apuñaló a uno de los de lord Cerwyn en el Leño Humeante. Si permitiera que te pusieras en peligro, nuestra señora madre me despedazaría. —Lo dijo con la voz de Robb el Señor. Bran sabía que aquello significaba que no había discusión posible.

La culpa de todo la tenía lo que había sucedido en el bosque de los Lobos; estaba seguro. El recuerdo aún le provocaba pesadillas. Se había sentido indefenso como un bebé, tan incapaz de protegerse como lo habría sido Rickon en su lugar, o aún peor... porque Rickon habría dado patadas, al menos. Aquello le daba vergüenza. Solo tenía unos pocos años menos que Robb. Si su hermano era casi un hombre, él también. Tendría que haber sido capaz de protegerse.

Un año antes, habría visitado la ciudad aunque tuviera que llegar trepando por los muros, él solo. Pero ya no podía bajar corriendo las escaleras, subirse a su pony ni llevar un escudo de madera con el que derribar por los suelos al príncipe Tommen. Ya no podía hacer más que mirar, otear por el catalejo del maestre Luwin. Al menos, el maestre le había enseñado todos los estandartes: el puño enguantado de los Glover, blanco sobre gules; el oso negro de lady Mormont; el

repugnante hombre desollado que precedía a Roose Bolton, de Fuerte Terror; el alce de los Hornwood; el hacha de batalla de los Cerwyn; los tres árboles centinelas de los Tallhart; y el temible emblema de la casa Umber, un gigante rugiente con cadenas rotas.

Pronto aprendió a reconocer también los rostros, en cuanto los señores, sus hijos y sus caballeros llegaron a Invernalia para los festines. Ni siquiera el salón principal bastaba para acogerlos a todos sentados, de manera que Robb recibía a los vasallos principales por turnos. Bran ocupaba siempre el lugar de honor, a la derecha de su hermano. Algunos de los señores vasallos lo miraban con desconfianza, como si se preguntaran qué derecho tenía un niño de tan corta edad, y encima tullido, a estar situado por encima de ellos.

—¿Cuántos van ya? —preguntó Bran al maestre Luwin después de que lord Karstark y sus hijos cruzaran a caballo las puertas de la muralla exterior.

—Doce mil hombres, o tan cerca de doce mil que la cifra exacta no importa.

—¿Y cuántos caballeros?

—Bastante pocos —respondió el maestre con cierta impaciencia—. Para ser caballero hay que velar en un septo, y ser ungido con los siete aceites, que consagran el juramento. En el norte, muy pocas de las grandes casas adoran a los Siete. Las demás son fieles a los antiguos dioses, y no nombran caballeros... pero esos señores y sus hijos son espadas juramentadas, y no por ello menos valientes, leales y honorables. El valor de un hombre no se mide por un título que alguien ponga delante de su nombre. Te lo he dicho muchas veces.

—De todos modos —insistió Bran—, ¿cuántos caballeros?

—Trescientos o cuatrocientos... —El maestre Luwin suspiró—. Entre tres mil lanceros que no son caballeros.

—Lord Karstark es el último —dijo Bran, pensativo—. Robb cenará con él esta noche.

—Sin duda.

—¿Falta mucho para... que se vayan?

—Tienen que partir pronto, o ya no valdrá la pena —replicó el maestre Luwin—. Las Inviernas está llena hasta los topes, y si este ejército se queda mucho más acabará con todas las provisiones. Hay otros que se les unirán a lo largo del camino Real: caballeros libres, lacustres, lord Manderly y lord Flint. Han comenzado los enfrentamientos en las tierras de los ríos; a tu hermano le quedan muchas leguas por delante.

—Lo sé. —Bran se sentía tan deprimido como denotaba su voz. Le tendió el tubo de bronce al maestre, y se dio cuenta de que el pelo de Luwin empezaba a ralear en la coronilla. Se le veía el cuero cabelludo rosado. Le parecía extraño mirarlo así, desde arriba, cuando se había pasado la vida alzando la vista para mirarlo, pero cuando uno iba sentado en los hombros de Hodor lo veía todo abajo—. Ya no quiero mirar más. Hodor, llévame al castillo.

—Hodor —dijo Hodor.

—Bran, tu hermano no va a tener tiempo para recibirte ahora —dijo el maestre Luwin mientras se guardaba el tubo en la manga—. Tiene que recibir a lord Karstark y a sus hijos, para darles la bienvenida.

—No molestaré a Robb. Quiero visitar el bosque de dioses. —Puso una mano en el hombro de Hodor—. Hodor.

En el granito de la pared interior de la torre había excavados varios asideros para bajar, a modo de escaleras. Hodor tarareaba una cancióncilla sin melodía, mientras Bran rebotaba en su espalda, en la silla de mimbre que le había ideado el maestre Luwin. Luwin se había inspirado en las cestas que utilizaban las mujeres para llevar leña a la espalda: solo había que abrir agujeros para las piernas y poner unas cuantas correas más, de manera que el peso de Bran se distribuyera de forma homogénea. No era tan agradable como montar a Bailarina, pero había lugares a los que Bailarina no podía ir, y aquello no le daba tanta vergüenza como cuando Hodor lo llevaba en brazos como a un bebé. A Hodor también parecía gustarle, aunque con él, no se sabía. Lo único complicado eran las puertas: a veces Hodor se olvidaba de que llevaba a Bran a la espalda, y si la puerta era baja resultaba bastante doloroso.

En las últimas dos semanas había habido tantas idas y venidas que Robb había ordenado que los dos rastrillos estuvieran alzados, y el puente levadizo bajado, incluso durante la noche. Una larga columna de lanceros con armadura cruzaba el foso que se abría entre los muros cuando Bran salió de la torre; eran hombres de los Karstark, que seguían a sus señores al interior del castillo. Llevaban yelmos de hierro negro y capas de lana también negra, con el blasón del sol blanco. Hodor trotó junto a ellos, sonriente, con pisadas que resonaban contra la madera del puente. Los jinetes les dirigieron miradas extrañadas, y Bran alcanzó a oír una risotada. Se negó a permitir que aquello lo afectara.

—Te mirarán —le había advertido el maestre Luwin la primera vez que ataron la cesta de mimbre al pecho de Hodor—. Te mirarán, harán comentarios, y algunos incluso se burlarán.

«Que se burlen», pensó Bran. Nadie se burlaba de él cuando estaba en su habitación, pero se negaba a pasarse la vida en la cama.

Al pasar bajo el rastrillo del puesto de guardia, Bran se llevó dos dedos a la boca y silbió. Verano se acercó saltando por el patio. De repente, los lanceros de los Karstark tuvieron que esforzarse por controlar a sus caballos, que se habían puesto a relinchar y corcovear. Un semental se encabritó, y su jinete tuvo que agarrarse desesperadamente para no caer. El olor de los lobos huargo enloquecía de pánico a los caballos que no estaban acostumbrados, pero se tranquilizarían en cuanto Verano se perdiera de vista.

—Al bosque de dioses —recordó a Hodor.

Hasta la propia Invernalia estaba abarrotada. En el patio resonaban los ruidos

de espadas y hachas, el crujido de los carromatos y los ladridos de los perros. Las puertas de la armería estaban abiertas, y Bran vio a Mikken en la forja, golpeando con el martillo al tiempo que el sudor le corría por el pecho desnudo. Bran jamás había visto a tantos desconocidos juntos, ni siquiera cuando el rey Robert fue a visitar a su padre.

Trató de no estremecerse cuando Hodor se agachó para pasar por una puerta baja. Recorrieron un pasadizo largo, en penumbra, con Verano a su lado. De cuando en cuando, el lobo miraba hacia arriba, con unos ojos que brillaban como el oro líquido. A Bran le habría gustado tocarlo, pero estaba demasiado alto; no llegaba con la mano.

El bosque de dioses era una isla de paz en el mar de caos en que se había convertido Invernalia. Hodor se abrió paso entre los robles, los centinelas y los carpes, y llegó al estanque junto al que crecía el árbol corazón. Se detuvo bajo las ramas retorcidas del arciano, siempre canturreando. Bran alzó las manos y se izó para sacar el peso muerto de sus piernas de los agujeros de la cesta de mimbre. Se quedó allí colgado un instante, mientras las hojas color rojo oscuro le acariciaban el rostro, hasta que Hodor lo cogió y lo sentó en la piedra lisa, junto al agua.

—Quiero estar a solas un rato —le dijo—. Ve a bañarte. Ve a los estanques.

—Hodor. —Hodor se alejó a zancadas entre los árboles y desapareció. Al otro lado del bosque de dioses, bajo las ventanas de la casa de invitados, un manantial subterráneo de aguas termales alimentaba tres pequeños estanques. El vapor ascendía de ellos día y noche, y el muro más cercano estaba cubierto de musgo. Hodor detestaba el agua fría, y si lo amenazaban con el jabón se defendía como un gato salvaje, pero en cambio le encantaba meterse en el estanque más caliente y quedarse allí horas, lanzando de cuando en cuando sonoros eructos que imitaban el sonido de las burbujas que ascendían de las profundidades verdosas y se rompián al llegar a la superficie.

Verano bebió un poco de agua a lametones y se tendió al lado de Bran. Este rascó al lobo bajo la mandíbula, y durante un momento, el niño y la bestia se sintieron en paz. A Bran siempre le había gustado el bosque de dioses, aun antes, pero en los últimos tiempos se sentía atraído hacia aquel lugar cada vez más a menudo. El árbol corazón ya no lo asustaba como en el pasado. Los profundos ojos rojos tallados en el tronco de madera blanca lo seguían vigilando, pero de alguna manera, aquello lo reconfortaba. Se decía que los dioses velaban por él. Los antiguos dioses, los dioses de los Stark y de los primeros hombres, los dioses de los hijos del bosque, los dioses de su padre. Bajo su mirada se sentía seguro, y el silencio absoluto de los árboles lo ayudaba a pensar. Bran había pasado mucho tiempo pensando desde el día de la caída; pensando, soñando y hablando con los dioses.

—Por favor, que Robb no se vaya —rezó en voz baja. Agitó las aguas frías

con la mano, de manera que las ondas concéntricas se dispersaron por el estanque—. Que se quede. O si se tiene que ir, que vuelva sano y salvo, con mi madre, con mi padre y con las chicas. Y haced... haced que Rickon lo entienda.

Su hermano pequeño había estado incontrolable como una tormenta invernal desde que supo que Robb se iba a la guerra: a ratos lloraba inconsolable; a ratos se mostraba furioso. Se había negado a comer; se pasó una noche entera llorando y gritando. Hasta le dio un puñetazo a la Vieja Tata cuando la mujer intentó cantarle para que se durmiera, y al día siguiente desapareció. Robb puso a medio castillo a buscarlo, y cuando al final lo encontraron, en las criptas, Rickon los amenazó con una espada de hierro oxidado que le había quitado a uno de los reyes muertos, y Peludo babeaba en la oscuridad como un demonio de ojos verdes. El lobo estaba casi tan incontrolable como Rickon; había mordido a Gage en el brazo, y le había arrancado a Mikken un bocado de carne del muslo. Solo Robb y Viento Gris juntos pudieron controlarlo. Farlen había encadenado al lobo negro en las perreras, y aquello hizo que Rickon llorase todavía más.

El maestre Luwin le aconsejó a Robb que permaneciera en Invernalia, y Bran también se lo suplicó, por su seguridad y por el bien de Rickon, pero su hermano se limitó a sacudir la cabeza con testarduz.

—No quiero ir —dijo—. Tengo que ir.

Era una verdad a medias. Alguien tenía que ir, para defender el Cuello y ayudar a los Tully contra los Lannister; Bran lo comprendía, pero no tenía por qué ser Robb. Su hermano podría haber enviado a Hal Mollen, a Theon Greyjoy o a alguno de sus señores vasallos. Era lo que el maestre Luwin le decía que hiciera, pero Robb no atendía a razones.

—Mi señor padre jamás habría enviado a otros hombres a morir mientras él se quedaba como un cobarde, protegido tras los muros de Invernalia —había replicado, todo Robb el Señor.

Robb era casi un desconocido para Bran. Se había transformado en un auténtico señor, aunque ni siquiera había llegado su decimosexto día del nombre. Hasta los vasallos de su padre se daban cuenta. Muchos intentaron ponerlo a prueba, cada uno a su manera. Tanto Roose Bolton como Robett Glover le exigieron el honor del mando en el combate; el primero, de manera brusca; el segundo, con una sonrisa y una broma. La recia y canosa Maege Mormont, que vestía cota de malla como cualquier hombre, le dijo directamente que tenía edad para ser su nieto, y que no le iba a dar órdenes... pero que ella tenía una nieta que podría casarse con él. Lord Cerwyn acudió directamente con su hija, una doncella gruesa y fea de unos treinta años, que se sentaba a la izquierda de su padre y jamás levantaba la vista del plato. El jovial lord Hornwood no tenía hijas, pero llegaba con regalos: un día era un caballo; otro, una pierna de venado; al siguiente, un cuerno de caza con adornos de plata, y no pedía nada a cambio... nada excepto cierta aldea que le había sido arrebatada a su abuelo, y derechos de

caza al norte de cierto río, y permiso para represar el Cuchillo Blanco, si al señor le parecía bien.

Robb respondía a todos con cortesía fría, de la misma forma que habría hecho su padre, y de alguna manera se las arregló para que se plegaran a su voluntad.

Y cuando lord Umber, al que sus hombres llamaban el Gran Jon, que era tan alto como Hodor y el doble de ancho, lo amenazó con llevarse a sus huestes si durante la marcha lo situaban detrás de los Hornwood y los Cerwyn, Robb le dijo que podía hacerlo cuando gustara.

—Y cuando acabemos con los Lannister —siguió al tiempo que rascaba a Viento Gris detrás de la oreja—, volveremos al norte, os sacaremos a rastras de vuestro castillo y os colgaremos por romper vuestro juramento.

El Gran Jon maldijo a gritos, tiró una jarra de cerveza al fuego y aulló que Robb estaba tan verde que seguramente meaba hierba. Hallis Mollen fue a contenerlo, pero él lo derribó por tierra, volcó una mesa de una patada, y desenvainó el mandoble más grande y amenazador que Bran había visto en su vida. En los bancos, sus hijos, sus hermanos y sus espadas juramentadas se pusieron en pie, con la mano sobre la empuñadura de la espada.

Robb se limitó a decir una palabra en voz baja; en un abrir y cerrar de ojos se oyó un gruñido, y lord Umber se encontró tumbado de espaldas, con la espada girando en el suelo a cuatro palmos de él y la mano chorreando sangre, porque Viento Gris le había arrancado dos dedos de un mordisco.

—Mi señor padre me enseñó que desenfundar el arma contra el señor de uno significaba la muerte —dijo Robb—. Pero creo que solo queríais ayudarme a cortar la carne.

Bran sintió que se le aflojaba el vientre al ver que el Gran Jon se ponía en pie, lamiéndose los muñones ensangrentados... pero entonces, para su sorpresa, el hombréton se echó a reír.

—Vuestra carne —rugió— es jodidamente dura.

Después de aquello, el Gran Jon se convirtió en la mano derecha de Robb, en su defensor más acérrimo: proclamaba a gritos que el muchacho era un verdadero Stark, y que más valía que doblaran la rodilla ante él si no querían que se la arrancaran de un bocado.

Pero aquella misma noche, su hermano fue a verlo al dormitorio, después de que los fuegos del salón principal se hubieran apagado. Estaba pálido y tembloroso.

—Pensé que me iba a matar —le confesó Robb—. ¿Viste cómo tiró a Hal a un lado, como si fuera tan pequeño como Rickon? Dioses, qué miedo tuve. Y el Gran Jon no es el peor; únicamente el más escandaloso. Lord Roose nunca dice ni una palabra, solamente me mira, y lo único en lo que puedo pensar es en aquella habitación que tienen en Fuerte Terror, donde los Bolton cuelgan los

pellejos de sus enemigos.

—Eso no es más que uno de los cuentos de la Vieja Tata —dijo Bran. Pero había un vestigio de duda en su voz—. ¿Verdad?

—No lo sé. —Sacudió la cabeza, agotado—. Lord Cerwyn pretende que su hija viaje con nosotros al sur. Dice que para que le prepare las comidas. Theon está seguro de que la noche menos pensada me la encontrará bajo las mantas. Ojalá... ojalá estuviera padre aquí.

En aquello estaban de acuerdo todos: Bran, Rickon y Robb el Señor; todos habrían deseado que su padre estuviera con ellos. Pero lord Eddard se encontraba a mil leguas, cautivo en alguna mazmorra, o huyendo para salvar su vida, o tal vez muerto. Nadie lo sabía a ciencia cierta; cada viajero contaba una historia diferente, y cada una más aterradora que la anterior. Las cabezas de los guardias de su padre se pudrían empaladas en estacas, en los muros de la Fortaleza Roja. El rey Robert había muerto a manos de su padre. Los Baratheon asediaban Desembarco del Rey. Lord Eddard había huido hacia el sur con Renly, el malvado hermano del rey. El Perro había asesinado a Arya y a Sansa. Su madre había asesinado a Tyrion el Gnomo, y tenía su cadáver colgado de las murallas de Aguas dulces. Lord Tywin Lannister marchaba contra el Nido de Águilas, quemando aldeas enteras a su paso y asesinando a sus habitantes. Un cuentacuentos, ebrio como una cuba, había llegado a decir que Rhaegar Targaryen había vuelto de entre los muertos y estaba al mando de una vasta horda de antiguos héroes, reunidos en Rocadragón, desde donde iba a recuperar el trono de su padre.

Cuando llegó el cuervo con una carta que tenía el sello de su padre, escrita del puño y letra de Sansa, la cruel verdad no fue menos increíble. Bran jamás olvidaría la expresión en el rostro de Robb al leer las palabras de su hermana.

—Dice que padre conspiró con los hermanos del rey para cometer traición —leyó—. Que el rey Robert ha muerto, y que madre y yo debemos ir a la Fortaleza Roja para jurarle lealtad a Joffrey. Dice que debemos ser leales, y que cuando se case con Joffrey le suplicará que le perdone la vida a nuestro señor padre. —Cerró el puño, arrugando la carta de Sansa—. Y no dice nada de Arya, nada, ¡ni una palabra! ¡Maldita sea! ¡Esa chica es idiota o qué?

Bran sintió que se helaba por dentro.

—Perdió a su loba —dijo en tono débil, recordando el día en que cuatro guardias de su padre volvieron del sur con los huesos de Dama.

Verano, Viento Gris y Peludo habían empezado a aullar aun antes de que cruzaran el puente levadizo, y su aullido era triste, desolador. A la sombra del Primer Torreón había un pequeño cementerio donde los antiguos Reyes del Invierno habían enterrado a sus sirvientes más fieles. Allí enterraron ellos a Dama, mientras sus hermanos de camada caminaban entre las tumbas como sombras inquietas. Se había ido al sur, y solo habían regresado sus huesos.

Su abuelo, el viejo lord Rickard, también había ido al sur con su hijo Brandon, que era el hermano de su padre, y doscientos de sus mejores hombres. Ninguno de ellos regresó. Y su padre se había ido al sur, con Arya y Sansa, y también con Jory, Hullon, Tom el Gordo y los demás; y luego se habían ido su madre y ser Rodrik y ellos tampoco habían regresado. Y Robb quería irse. No a Desembarco del Rey, ni a jurar lealtad, sino a Aguasdulces, con una espada en la mano. Y si su padre estaba prisionero, aquello significaría sin duda la muerte para él. Bran tenía mucho, mucho miedo.

—Si Robb tiene que irse, velad por él —suplicó Bran a los antiguos dioses que lo vigilaban con los ojos rojos del árbol corazón—, y velad también por sus hombres, por Hal, Quent y los demás, y por lord Umber, lady Mormont y los otros señores. Y bueno, por Theon también. Velad por ellos y protegedlos, si es vuestra voluntad, dioses. Ayudadlos a detener a los Lannister y a salvar a padre, y que vuelvan todos sanos y salvos a casa.

Una tenue brisa susurró a través del bosque de dioses, y las hojas rojas se agitaron y murmuraron. Verano enseñó los dientes.

—¿Los has oído, chico? —preguntó una voz.

Bran alzó la cabeza. Osha estaba al otro lado del estanque, bajo un roble viejo, con el rostro casi oculto entre las hojas. Pese a los grilletes, los movimientos de la salvaje eran silenciosos como los de un gato. Verano rodeó el estanque y la olfateó. La mujer alta retrocedió, atemorizada.

—Ven aquí, Verano —llamó Bran. El lobo huargo la olfateó por última vez, dio media vuelta y regresó con él. Bran le echó los brazos al cuello—. ¿Qué haces aquí? —No había vuelto a ver a Osha desde que la cogieron prisionera en el bosque de los Lobos, aunque sabía que la habían puesto a trabajar en las cocinas.

—También son mis dioses —dijo Osha—. Más allá del Muro no hay otros. —Le estaba creciendo el pelo, castaño y desgreñado. Ya parecía algo más femenina, gracias a aquello y al sencillo vestido de tejido basto que le habían dado para sustituir la cota de malla y las prendas de cuero—. Gage me permite venir a rezar de cuando en cuando, siempre que lo necesito, y yo le dejo hacer lo que quiera debajo de mi falda, siempre que lo necesita. A mí no me importa. Me gustan sus manos, huelen a harina, y es más amable que Stiv. —Hizo una torpe reverencia—. Te dejo solo. Me faltan muchas ollas por fregar.

—No, quédate —le ordenó Bran—. Dime qué querías decir con eso de oír a los dioses.

—Tú les has hablado, y ellos han respondido —dijo Osha mirándolo detenidamente—. Abre las orejas, escucha, y los oirás.

Bran prestó atención.

—No es más que el viento —dijo, inseguro—. El viento entre las hojas.

—¿Y quién crees que envía el viento? Los dioses. —Se sentó frente a él, al

otro lado del estanque, con un suave tintineo. Mikken le había puesto en los tobillos grilletes de hierro, unidos por una pesada cadena. Podía caminar, siempre que diera pasos cortos, pero no tenía manera de correr, trepar o montar a caballo—. Los dioses te ven, chico. Te han oído. Ese susurro entre las hojas ha sido su respuesta.

—¿Y qué decían?

—Están tristes. No pueden ayudar a tu señor hermano allí donde va. Los antiguos dioses no tienen poder en el sur; talaron los arcianos hace miles de años. ¿Cómo van a velar por tu hermano, si no tienen ojos?

Bran no había calculado aquello. Le daba miedo. Si ni siquiera los dioses podían ayudar a su hermano, todo estaba perdido. Aunque quizás Osha no hubiera entendido bien la respuesta. Inclinó la cabeza a un lado y escuchó de nuevo. Le pareció percibir la tristeza, sí, pero nada más.

El susurro entre las hojas se hizo más audible. Bran oyó unas pisadas amortiguadas y un canturreo, y Hodor salió de entre los árboles, desnudo y sonriente.

—¡Hodor!

—Nos ha debido de oír hablar —dijo Bran—. Hodor, se te ha olvidado la ropa.

—Hodor —asintió Hodor. Estaba chorreando del cuello para abajo; su piel desprendía vapor en el aire gélido. Tenía el cuerpo cubierto de un espeso vello castaño, y la virilidad, entre las piernas, le colgaba larga y gruesa.

—Esto sí que es un hombre —dijo Osha mirándolo con una sonrisa amarga—. Si no tiene sangre de gigante, yo soy la reina.

—El maestre Luwin dice que los gigantes ya no existen. Dice que están todos muertos, igual que los hijos del bosque. Ya solo quedan los huesos en la tierra; a veces, los campesinos los encuentran al arar.

—Pues dile al maestre Luwin que cabalgue más allá del Muro —dijo Osha—. Encontrará a los gigantes, o los gigantes lo encontrarán a él. Mi hermano mató a una. Media casi cuatro varas, y era de las pequeñas. Los hay de cinco varas. Dicen que son seres temibles, todos pelo y dientes, y que las mujeres tienen barba igual que los varones, así que no hay manera de distinguirlos. Las hembras se acuestan con humanos; y así nacen los mestizos. A las humanas que capturan no les va tan bien. Los hombres son tan grandes que las destrozan antes de poder dejarlas preñadas. —Le sonrió—. Seguro que no sabes de lo que te hablo, ¿verdad, chico?

—Sí que lo sé —insistió Bran. Sabía todo lo de la cópula: había visto a los perros en el patio, y una vez vio a un semental montando a una yegua. Pero hablar de aquello lo incomodaba. Miró a Hodor y le dijo—: Ve a buscar tus ropas, Hodor. Vístete.

—Hodor. —El hombretón se alejó por donde había llegado, pero tuvo que

agacharse para esquivar una rama baja. Bran se lo quedó mirando. Era increíblemente grande, pensó.

—¿De verdad hay gigantes más allá del Muro? —le preguntó a Osha, inseguro.

—Gigantes y cosas peores, joven señor. Intenté decírselo a tu hermano cuando me interrogó, y también al maestre, y a ese chico, Greyjoy, que no hace más que sonreír. Se están levantando vientos fríos; los hombres que se alejan de sus fuegos ya no vuelven... o si vuelven ya no son hombres, sino espectros de ojos azules y manos frías y negras. ¿Por qué crees que vine al sur con Stiv, Hali y el resto de aquellos idiotas? Mance cree que puede luchar; es un encanto, pero tan testarudo... Como si los caminantes blancos no fueran más que exploradores. ¿Qué sabrá él? Se llena la boca diciendo que es el Rey-más-allá-del-Muro, pero no es más que otro cuervo viejo que huyó de la Torre Sombría. Nunca ha probado el invierno. Yo nací allí arriba, chico, igual que mi madre, y la madre de mi madre, y también su madre. Nací del pueblo libre. Nosotros recordamos. —Osha se levantó; sus cadenas tintinearon—. Intenté decírselo a tu señor hermano. Ayer mismo, cuando lo vi en el patio. Lo llamé «Mi señor Starl», toda respetuosa. Pero él me miró como si no me viera, y ese gordo sudoroso, Jon Umber, el Gran Jon, me apartó a un lado de un manotazo. Pues como quiera. Llevaré grilletes y cerraré la boca. El hombre que no quiere escuchar no puede oír.

—Cuéntamelo a mí. Robb me escuchará, estoy seguro.

—¿De verdad? Ya veremos. Pues dile esto, mi señor: dile que va a marchar en la dirección que no debe. Tendría que llevar sus espadas hacia el norte, no hacia el sur. ¿Me entiendes?

Bran asintió.

—Se lo diré.

Pero aquella noche, durante el banquete del salón principal, Robb no estuvo presente. Hizo que le llevaran la cena a sus habitaciones para tomarla con lord Rickard, el Gran Jon y otros señores vasallos, con intención de ultimar los planes para la larga marcha que los esperaba. A Bran le correspondía ocupar su puesto en la cabecera de la mesa, y actuar como anfitrión para los hijos de lord Karstark y sus honorables amigos. Ya estaban todos en sus sitios cuando Hodor entró con Bran en la espalda y se arrodilló ante el asiento más elevado. Dos criados lo sacaron de la cesta. Bran sentía los ojos de todos los desconocidos clavados en él. Se había hecho un gran silencio.

—Mis señores —anunció Hallis Mollen—, Brandon Stark, de Invernalia.

—Os doy la bienvenida junto a nuestra chimenea —dijo Bran, con rigidez—, y os ofrezco pan e hidromiel en nombre de nuestra amistad.

Harrion Karstark, el mayor de los hijos de lord Rickard, hizo una reverencia, y sus hermanos lo imitaron. Pero, a medida que se iban sentando, oyó por

encima del estrépito de las copas que los dos más jóvenes hacían comentarios. «... antes la muerte que vivir así», dijo uno, el que se llamaba igual que su padre, Eddard. Y su hermano Torrhen le respondió que probablemente el chico estaba tan roto por dentro como por fuera, y tenía miedo de quitarse la vida.

«Roto», pensó Bran con amargura. Agarró el cuchillo con fuerza. ¿Aquellos era? ¿Bran el Roto?

—No quiero estar roto —le susurró furioso al maestre Luwin, sentado a su derecha—. Quiero ser caballero.

—A veces, a los de nuestra orden nos llaman caballeros del pensamiento —replicó Luwin—. Eres un muchacho muy inteligente cuando quieras, Bran. ¿Has pensado alguna vez que podrías lucir una cadena de maestre? Aprenderías infinidad de cosas.

—Quiero aprender magia —dijo Bran—. El cuervo me prometió que volaría.

—Puedo enseñarte historia —dijo el maestre Luwin con un suspiro—, curación, las propiedades de las hierbas... Puedo enseñarte el lenguaje de los cuervos, y a construir un castillo, y a guiarte por las estrellas como hacen los marineros para guiar sus barcos. Puedo enseñarte a medir los días y a marcar las estaciones, y en la Ciudadela de Antigua aprenderías mil cosas más. Pero no, Bran. Nadie te puede enseñar magia.

—Los hijos sí podrían —replicó Bran—. Los hijos del bosque. —Entonces recordó la promesa que le había hecho a Osha en el bosque de dioses, y se lo contó todo a Luwin.

—Me parece que esa salvaje cuenta cuentos mejor que la Vieja Tata —dijo el maestre cuando Bran hubo terminado, después de escucharlo con educación—. Si quieras, volveré a hablar con ella, pero será mejor que no molestes a tu hermano con esas tonterías. Tiene muchas preocupaciones; no le hace ninguna falta pensar en gigantes y hombres muertos que rondan por ahí. Los que tienen a tu padre son los Lannister, Bran, no los hijos del bosque. —Le puso una mano en el brazo con gesto amable—. Piensa en lo que te he dicho, muchacho.

Y dos días más tarde, bajo la luz rojiza del amanecer, Bran estaba en el patio, bajo el puesto de guardia, sujetado con correas a Bailarina, para despedir a su hermano.

—Ahora eres el señor de Invernalia —le dijo Robb. Iba a lomos de un semental gris de crines hirsutas. De la silla del caballo colgaba su escudo, de madera con refuerzos de hierro, blanco y gris, con el blasón del lobo huargo. Vestía una cota de malla color gris sobre las prendas de cuero; de la cintura le colgaban una espada y un puñal, y se cubría los hombros con una capa ribeteada en piel—. Tendrás que ocupar mi lugar, igual que yo ocupé el de padre, hasta que volvamos a casa.

—Lo sé —dijo Bran con tristeza. Jamás se había sentido tan solo y asustado. No sabía qué hacer para ser un señor.

—Atiende los consejos del maestre Luwin, y cuida bien de Rickon. Dile que volveré en cuanto acabe la batalla.

Rickon se había negado a bajar. Estaba en su habitación, con los ojos enrojecidos, desafiante.

« ¡No! —había gritado cuando Bran le preguntó si no quería ir a decirle adiós a Robb—. ¡No adiós!» .

—Ya se lo he dicho —suspiró Bran—. Dice que nadie vuelve.

—No puede comportarse como un crío eternamente. Es un Stark, y tiene casi cuatro años. —Robb suspiró—. En fin; madre no tardará en volver. Y yo traeré a padre, te lo prometo.

Espoleó el caballo y se alejó al trote seguido por Viento Gris, delgado y veloz. Hallis Mollen los precedió a través de la puerta, con el estandarte blanco de la casa Stark ondeando al viento. Theon Greyjoy y el Gran Jon iban cada uno a un lado de Robb, y sus caballeros formaron una doble columna tras ellos, mientras el sol arrancaba reflejos de las puntas de acero de las lanzas.

Recordó, inquieto, las palabras de Osha: « Va a marchar en la dirección que no debe» . Por un momento sintió deseos de galopar en pos de él y avisarlo, pero entonces, Robb desapareció bajo el rastrillo, y la ocasión se esfumó.

Al otro lado de los muros del castillo resonó un clamor. Los soldados de infantería y los habitantes de la ciudad aclamaban a Robb cuando pasaba junto a ellos. Aclamaban a lord Stark, al señor de Invernalia, a lomos de su gran corcel, con la capa ondeando al viento y Viento Gris corriendo a su lado. Bran, dolido, comprendió que a él nunca lo aclamarían así. La ausencia de su padre y de su hermano lo convertía en el señor de Invernalia, pero seguía siendo Bran el Roto. Ni siquiera podía bajarse solo del caballo.

Cuando los gritos y aclamaciones se fueron acallando, y el patio quedó al fin desierto, Invernalia le pareció un lugar abandonado y muerto. Bran examinó los rostros de los que quedaban allí: mujeres, niños, ancianos... y Hodor. El enorme mozo de cuadras tenía una expresión asustada en el rostro.

—¿Hodor? —dijo con tristeza.

—Hodor —asintió Bran, preguntándose qué significaría aquello.

Cuando hubo obtenido placer, Khal Drogo se levantó de las mantas de dormir, imponente como un torreón. La luz rojiza de los braseros le arrancaba destellos de la piel oscura como el bronce, y destacaba las líneas tenues de antiguas cicatrices en el pecho amplio. El pelo suelto, negro como la tinta, le caía sobre los hombros y por la espalda, más allá de la cintura. Su miembro tenía un brillo húmedo. El *khal* tenía los labios fruncidos bajo los largos bigotes.

—El semental que monta el mundo no necesita sillas de hierro.

Dany se incorporó sobre un codo para mirarlo, tan alto, tan magnífico. Lo que más le gustaba era su cabello. Nunca se lo había cortado, porque no conocía la derrota.

—La profecía dice que el semental cabalgará hasta los confines de la tierra —dijo.

—La tierra termina en el mar de sal negra —replicó Drogo al instante. Mojó un paño en un barreño de agua tibia para limpiarse el sudor y el aceite de la piel —. Ningún caballo puede cruzar el agua envenenada.

—En las Ciudades Libres hay miles de barcos —le dijo Dany, como tantas veces antes—. Caballos de madera con cien patas, que vuelan sobre el mar con alas llenas de viento.

—No hablaremos más de caballos de madera y sillas de hierro. —Khal Drogo no quería saber nada más de aquello. Soltó el paño y empezó a vestirse—. Hoy iré a la hierba a cazar, mujer esposa —anunció mientras se ponía un chaleco pintado y se abrochaba un cinturón ancho, adornado con medallones de plata, oro y bronce.

—Sí, mi sol y estrellas —dijo Dany.

Drago y sus jinetes de sangre iban a cabalgar en busca del *hrakkar*, el gran león blanco de las llanuras. Si regresaban triunfantes, su señor esposo estaría de excelente humor, y quizás entonces la escuchara.

Él no temía a las bestias salvajes, ni a ningún hombre que respirase, pero el mar era otra cosa. Para los dothrakis, el agua que los caballos no podían beber era algo maligno; las llanuras ondulantes y verdosas del océano les inspiraban una repulsión supersticiosa. Drogo era más audaz que cualquier otro señor de los caballos en casi todos los sentidos... pero no en aquel. Si ella consiguiera subirlo a un barco...

Cuando el *khal* y sus jinetes de sangre se marcharon con sus arcos, Dany llamó a las doncellas. Se sentía tan gruesa y torpe que agradecía la ayuda de sus manos fuertes y hábiles, cuando en el pasado la había incomodado su manera de revoltear en torno a ella. La limpian bien, y la vistieron con sedas sueltas y vaporosas. Mientras Doreah le cepillaba el cabello, envió a Jhiqui a buscar a ser

Jorah Mormont.

El caballero acudió al instante. Llevaba polainas de piel de caballo y chaleco pintado, como cualquier otro jinete. Tenía el pecho amplio y los brazos musculosos cubiertos de vello negro.

—Princesa mía —dijo—. ¿En qué puedo serviros?

—Quiero que habléis con mi señor esposo —dijo Dany—. Drogo dice que el semental que monta el mundo gobernará sobre todas las tierras, y no tendrá por qué cruzar las aguas envenenadas. Habla de llevar el *khalasar* al este cuando nazca Rhaego, para saquear las tierras que rodean el mar de Jade.

—El *khal* no ha visto jamás los Siete Reinos —dijo al final el caballero, que se había quedado pensativo—. Para él no significan nada. Si alguna vez piensa en ellos, sin duda los imagina como islas, como unas cuantas ciudades pequeñas erigidas sobre rocas, como Lorath o Lys, y rodeadas de mares tormentosos. Las riquezas del este le parecen una perspectiva más tentadora.

—Pero debe ir hacia el oeste —insistió Dany, desesperada—. Por favor, ayudadme; tengo que hacer que lo entienda.

Ella nunca había visto los Siete Reinos, igual que Drogo, pero sentía que los conocía tras escuchar todas las historias que le contara su hermano. Viserys le había prometido mil veces que algún día la llevaría allí. Pero estaba muerto, y sus promesas habían muerto con él.

—Los dothrakis hacen las cosas cuando creen conveniente, y por los motivos que consideran convenientes —respondió el caballero—. Tened paciencia, princesa. No cometáis el mismo error que vuestro hermano. Volveremos a nuestro hogar, os lo prometo.

¿Hogar? Aquella palabra la tristeza. Ser Jorah tenía su isla del Oso, pero ¿cuál era el hogar para ella? Unas cuantas historias, nombres recitados con la solemnidad de una plegaria, el recuerdo cada vez más lejano de una puerta roja... ¿Sería Vaes Dothrak su hogar para siempre? Cuando miraba a las viejas del *dosh khaleen*, ¿estaba contemplando su futuro?

Ser Jorah debió de advertir la tristeza en su rostro.

—Durante la noche ha llegado una gran caravana, *khaleesi*. Cuatrocientos caballos que vienen de Pentos, pasando por Norvos y por Qohor, bajo el mando del capitán mercante Byan Votyris. Puede que Illyrio haya enviado alguna carta. ¿Queréis ir al Mercado Occidental?

—Sí —dijo Dany animada—. Me encantaría. —Los mercados cobraban vida siempre que llegaba una caravana. Nunca se sabía qué tesoros llevarían los mercaderes, y le gustaría volver a oír hablar en valyrio, como en las Ciudades Libres—. Irri, que me preparen una litera.

—Avisaré a vuestro *khals* —dijo ser Jorah, al tiempo que se retiraba.

Si Khal Drogo hubiera estado con ella, Dany habría ido montada en la plata. Las mujeres dothrakis iban a caballo casi hasta el momento del parto, y ella no

quería parecer débil a los ojos de su esposo. Pero el *khal* estaba de caza, y era agradable tumbarse sobre cojines suaves y dejarse llevar por Vaes Dothrak bajo cortinas de seda roja que la protegían del sol. Ser Jorah montó y cabalgó junto a ella, con los cuatro jóvenes de su *khals* y las doncellas.

Era un día cálido y sin nubes; el cielo tenía un profundo color azul. Cuando soplaba el viento, le transmitía los olores deliciosos de la tierra y la hierba. La litera pasó bajo los monumentos robados, que proyectaban sombras en el camino. Dany examinó los rostros de los héroes muertos y los reyes olvidados. Se preguntó si los dioses de las ciudades quemadas aún escuchaban plegarias.

« Si no fuera de la sangre del dragón —meditó con melancolía—, esto podría ser mi hogar». Era la *khaleesi*; tenía un hombre fuerte y un caballo rápido, doncellas que la servían, guerreros que la protegían y un lugar de honor reservado en el *dosh khaleen* para cuando se hiciera vieja... y en su vientre crecía un hijo que algún día dominaría el mundo. Cualquier mujer se conformaría con aquello. Pero el dragón, no. Tras la muerte de Viserys, Daenerys era la última; no quedaba nadie más. Ella era la semilla de reyes y conquistadores, igual que el niño que llevaba dentro. No debía olvidarlo jamás.

El Mercado Occidental era una gran plaza de tierra batida, rodeada de edificaciones de ladrillo de barro cocido, establos para animales y tabernas encaladas. Del suelo sobresalían unos montículos, como los dorsos de grandes bestias subterráneas, fauces negras abiertas que llevaban a cavernas inmensas, muy frescas, que servían de almacenes. El centro de la plaza eran un laberinto de tenderetes y pasadizos retorcidos, con un entoldado de hierba trenzada.

Cuando llegaron había un centenar de mercaderes y comerciantes descargando mercancías e instalando tenderetes, pero aun así, el inmenso mercado parecía silencioso y desierto en comparación con los populosos bazares que Dany recordaba de Pentos y de otras Ciudades Libres. Ser Jorah le había explicado que los mercaderes llegaban con sus caravanas a Vaes Dothrak procedentes del este y del oeste, pero no tanto para vender cosas a los dothrakis como para comerciar entre ellos. Los jinetes los dejaban ir y venir sin molestarlos, siempre que respetaran la paz de la ciudad sagrada, no profanaran la Madre de las Montañas ni el Vientre del Mundo, y honrarán a las viejas del *dosh khaleen* con los tradicionales regalos de sal, plata y semillas. Los dothrakis no acababan de comprender aquello de la compra y la venta.

A Dany le gustaba el exotismo del Mercado Oriental, con sus extrañas formas, sonidos y olores. Solía pasar allí muchas mañanas, mordisqueando huevos de árbol, empanadas de saltamontes y fideos verdes, escuchando las voces agudas y ululantes de los recitadores de hechizos, contemplando las mantícoras en sus jaulas de plata, los inmensos elefantes grises y los caballos con rayas blancas y negras de Jutos Nhai. También le gustaba observar a los que pasaban: los asshaiitas morenos y solemnes; los qarthienses altos y pálidos; los

hombres de Yi Ti, con ojos brillantes y sombreros con colas de mono; las doncellas guerreras de Bayasabhad, Shamyriana y Kayakayanaya, con aros de hierro en los pezones y rubies en las mejillas, y hasta los severos y aterradores hombres sombríos, que se llenaban de tatuajes el pecho, los brazos y las piernas, y ocultaban los rostros detrás de máscaras. El Mercado Oriental era, para Dany, un lugar lleno de magia y maravillas.

En cambio, el Mercado Occidental olía a hogar.

Cuando Irri y Jhiqui la ayudaron a bajarse de la litera, olfateó el aire y reconoció los olores penetrantes del ajo y la pimienta, aromas que le recordaron los días lejanos en los callejones de Tyrosh y Myr, y la hicieron sonreír. Por debajo de aquellos olores le llegó también el de los perfumes dulces y embriagadores de Lys. Vio esclavos que transportaban rollos de intrincado encaje de Myr y de lanas finas en una docena de colores vivos. Los guardias de la caravana vagaban por los pasillos, entre los tenderetes, con cascós de cobre y túnicas hasta la rodilla de algodón amarillo acolchado, con las vainas de las espadas vacías colgadas de los cinturones de cuero. Tras uno de los tenderetes, un armero exhibía corazas de acero con ornamentos de oro y plata, y yelmos trabajados para darles forma de cabezas de animales. Junto a él había una joven hermosa que vendía joyería de oro de Lannisport: anillos, broches, torques, y medallones exquisitamente labrados, perfectos para hacer cinturones. Vigilaba el tenderete un corpulento eunuco, calvo y mudo, vestido con ropas de terciopelo empapadas de sudor, que miraba con el ceño fruncido a todo el que se acercaba. Al otro lado del pasillo había un grueso comerciante de tejidos de Yi Ti, que regateaba con un pentoshi por el precio de un tinte verde. La cola de mono de su sombrero se movía de un lado al otro cada vez que sacudía la cabeza.

—De pequeña me encantaba jugar en el bazar —le dijo Dany a ser Jorah mientras deambulaban por el pasillo sombreado, entre los tenderetes—. Aquello estaba tan vivo... tantas personas gritando y riendo, tantas cosas maravillosas a la vista... Aunque rara vez teníamos dinero para comprar nada. Bueno, excepto una salchicha de cuando en cuando, o dedos de miel... ¿En los Siete Reinos hay dedos de miel como los que preparan en Tyrosh?

—Son unos pastelillos, ¿verdad? No sabría deciros, princesa. —Hizo una reverencia—. Si me disculpáis un instante, voy a ver al capitán, por si trae cartas para nosotros.

—Muy bien. Os ayudaré a buscarlo.

—No hace falta que os molestéis. —Ser Jorah apartó la vista, nervioso—. Disfrutad del mercado. Me reuniré con vos en cuanto termine con este asunto.

«Qué curioso», pensó Dany mientras veía como se alejaba a zancadas entre la muchedumbre. No entendía por qué no quería que lo acompañara. Quizá ser Jorah quisiera buscar una mujer después de hablar con el capitán mercante. A menudo, con las caravanas viajaban algunas prostitutas, aquello sí lo sabía, y a

algunos hombres les daba vergüenza que se vieran sus relaciones. Se encogió de hombros.

—Vamos —les dijo Dany a los demás, y reanudó el paseo por el mercado, seguida por sus doncellas—. ¡Oh, mirad! —exclamó dirigiéndose a Doreah—. A esas salchichas me refería. —Señaló en dirección a un tenderete, tras el que una mujercita arrugada asaba carne y cebollas sobre una piedra caliente—. Las preparan con mucho ajo y guindillas picantes. —Encantada con su descubrimiento, Dany insistió en que todos probaran las salchichas. Las doncellas devoraron las suyas entre sonrisas y risitas, aunque los hombres de su *khas* olisquearon la carne con desconfianza—. El sabor es diferente del que recordaba —dijo Dany tras los primeros mordiscos.

—En Pentos las preparo con cerdo —dijo la anciana—, pero todos mis puercos murieron en el mar dothraki. Estas son de carne de caballo, *khaleesi*, pero las condimento igual.

—Vaya —suspiró Dany, decepcionada.

En cambio, a Quaro le gustó tanto la salchicha que se comió otra, y Rakharo, para superarlo, se comió tres más, tras lo cual eructó de manera sonora. Dany se echó a reír.

—No os oímos reír desde que Drogo coronó a vuestro hermano, el *Khal Rhaggat* —dijo Irri—. Me alegra veros así, *khaleesi*.

Dany sonrió con timidez. A ella también le gustaba reír. Volvía a sentirse casi una niña.

Dedicaron media mañana a recorrer el mercado. Vio una hermosa capa con plumas que procedía de las islas del Verano, y se la regalaron. Ella, a cambio, le dio al mercader un medallón de plata de su cinturón. Era la costumbre entre los dothrakis. Un vendedor de pájaros enseñó a un loro verde y rojo a decir su nombre, y Dany volvió a reírse, pero no se lo llevó. ¿Qué podía hacer con un loro verde y rojo en un *khalsar*? En cambio, sí cogió una docena de botellitas de aceites perfumados, los aromas de su infancia; solo tenía que cerrar los ojos y olerlos, y volvía a ver la casa grande de la puerta roja. Doreah miró con ojos ansiosos un amuleto de fertilidad en el tenderete de un mago, y Dany lo cogió para ella, pensando que luego tendría que buscar algo también para Irri y Jhiqui.

Al doblar una esquina se encontraron con un mercader que ofrecía diminutos vasitos de su mercancía a los transeúntes.

—Tintos dulces —proclamaba en excelente dothraki—. Tengo tintos dulces, de Lys, de Volantis y del Rejo. Blancos de Lys, coñac de peras de Tyrosh, vino de fuego, vino de pimienta, néctares verdes de Myr. Cosechas de bayas ahumadas y agrios de Andalia, tengo de todo, tengo de todo. —Era un hombrecillo menudo, esbelto y atractivo, con el cabello rubio rizado y perfumado a la moda de Lys. Cuando Dany se detuvo ante su puesto, hizo una profunda reverencia—. ¿Quiere probar algo la *khaleesi*? Tengo un tinto dulce de Dorne, mi señora; su sabor canta

a ciruelas, a cerezas y a roble oscuro. —Un barril, una copa, un traguito? Después de probarlo, le pondréis mi nombre a vuestro hijo.

—Mi hijo ya tiene nombre, pero probaré vuestro vino veraniego —dijo Dany, sonriente, en valyrio, en el valyrio que se hablaba en las Ciudades Libres. Las palabras le salieron con dificultad; hacía mucho tiempo que no hablaba el idioma —. Solamente un traguito, si sois tan amable.

Seguramente, el mercader la había tomado por dothraki, en vista de las ropas que llevaba, el pelo aceitado y la piel bronceada por el sol. La miró, atónito.

—Mi señora, ¿sois... de Tyrosh? —Es posible?

—Puede que hable como los tyroshis y que mi atuendo sea dothraki, pero soy occidental, de los Reinos del Ocaso —le respondió Dany.

—Tenéis el honor de hablar con Daenerys de la casa Targaryen —dijo Doreah adelantándose hasta situarse junto a ella—, Daenerys de la Tormenta, *khaleesi* de los jinetes y princesa de los Siete Reinos.

—Princesa —dijo el comerciante de vinos poniéndose de rodillas e inclinando la cabeza.

—Levantaos —le ordenó Dany—. Sigo queriendo probar ese vino veraniego del que hablabais.

—¿Ese? —El hombre se levantó—. Una porquería de Dorne. No es digno de una princesa. Tengo un tinto fuerte del Rejo, tostado y delicioso. Permitid que os lo regale.

—Me honráis —murmuró con voz dulce. En las visitas de Khal Drogo a las Ciudades Libres, su esposo se había aficionado a los buenos vinos, y sabía que aquella cosecha tan noble lo complacería.

—El honor es mío. —El comerciante rebuscó en la parte trasera del tenderete, y volvió con un barrilito de roble. Llevaba grabado a fuego un racimo de uvas—. El blasón de los Redwyne —dijo—, del Rejo. No hay bebida mejor.

—Khal Drogo y yo lo tomaremos juntos. Aggo, pon esto en mi litera, por favor. —El comerciante de vinos sonrió de oreja a oreja cuando el dothraki cogió el barrilito.

Dany no se dio cuenta de que ser Jorah había regresado hasta que oyó su voz.

—No. —Tenía un tono extraño, brusco—. Aggo, deja ese barril aquí. —Aggo miró a Dany. Ella asintió, titubeante.

—¿Sucede algo, ser Jorah?

—Tengo sed. Ábrelo, mercader.

—El vino es para la *khaleesi* —replicó el comerciante con el ceño fruncido —, no para personas como vos.

—Si no lo abres ahora mismo —dijo ser Jorah acercándose más al puesto—, lo abriré yo. Con tu cabeza. —No llevaba armas: estaban en la ciudad sagrada, solo tenía sus manos... pero con las manos le bastaba: eran grandes, duras, peligrosas, con los nudillos cubiertos de vello negro. El mercader titubeó un

momento, cogió el martillo y rompió el tapón del barrilito—. Sirve —le ordenó ser Jorah.

Los cuatro jóvenes guerreros del *khas* de Dany se situaron tras él, con el ceño fruncido, y lo miraron fijamente con los ojos oscuros y almendrados.

—Sería un crimen beber un vino como este sin dejar que se airease —dijo el comerciante de vinos, que no había soltado aún el martillo.

—Haz lo que dice ser Jorah —ordenó Dany. Jhogo se había llevado la mano al látigo, pero ella lo detuvo con un leve toque en el brazo. La gente empezaba a pararse para mirar.

—Como ordene la princesa —dijo el hombrecillo dirigiéndole una mirada rápida y hosca. Tuvo que soltar el martillo para coger el barrilito. Sirvió dos vasos de cata diminutos, con tanta habilidad que no se derramó ni una gota.

Ser Jorah cogió uno y olfateó el vino con el ceño fruncido.

—Dulce, ¿eh? —comentó el mercader con una sonrisa—. ¿Captáis el olor afrutado? Es el perfume del Rejo. Probadlo, mi señor, y decidme si no es el mejor vino, el más delicioso que haya llegado a vuestra boca.

—Pruébalo tú primero —dijo ser Jorah ofreciéndole el vaso.

—¿Yo? —El hombrecillo se echó a reír—. Yo no soy digno de una cosecha como esta, mi señor. Y mal comerciante de vinos es aquel que bebe sus mejores caldos. —Su sonrisa era amistosa, pero Dany vio que tenía la frente perlada de sudor.

—Vas a beber —dijo Dany, fría como el hielo—. Apura el vaso, o diré que te sujeten mientras ser Jorah te vacía el barril entero en el gaznate.

El vendedor de vinos se encogió de hombros, extendió la mano para coger el vaso... y en vez de hacerlo, agarró el barrilito y se lo lanzó a Dany con todas sus fuerzas. Ser Jorah se tiró contra ella para apartarla de la trayectoria. El barrilito le dio en el hombro, y fue a estrellarse contra el suelo. Dany se tambaleó y perdió el equilibrio.

—¡No! —gritó, echando los brazos hacia delante para amortiguar la caída...

... y Doreah la agarró por el brazo y tiró de ella hacia atrás, de manera que cayó sobre las rodillas, no sobre el vientre.

El mercader saltó por encima del tenderete y trató de huir entre Aggo y Rakharo. Quaro echó mano del *arakh* que no llevaba, cuando el hombrecillo rubio lo empujó para pasar. Corrió por el pasillo, entre las tiendas. Dany oyó el restallar del látigo de Jhogo y vio cómo la serpiente de cuero se enroscaba en torno a la pierna del comerciante, que cayó de brúces.

Una docena de guardias de la caravana corrieron hacia ellos. Al frente iba su jefe, el capitán mercante Byan Votyris, un norvoshi menudo con piel como el cuero viejo y bigotes azulados que le llegaban hasta las orejas. Pareció entender qué pasaba sin que nadie dijera ni una palabra.

—Llevaos a este para que el *khal* disponga de él —ordenó, señalando al

hombre caido. Dos de los guardias pusieron al hombre en pie—. Sus bienes son vuestros, princesa —siguió el capitán mercante—. Es poca compensación, ya que ha sido uno de mis hombres quien ha intentado semejante cosa.

Doreah y Jhiqui ayudaron a Dany a ponerse en pie. El vino envenenado se seguía derramando en la tierra.

—¿Cómo lo habéis sabido? —le preguntó, temblorosa, a ser Jorah—. ¿Cómo?

—No lo sabía hasta que ese hombre se ha negado a beber, *khaleesi*. Pero, tras leer la carta del magíster Illyrio, me temía algo. —Los ojos oscuros escudriñaron los rostros de los desconocidos que los rodeaban en el mercado—. Vámonos. Es mejor no hablar aquí.

Dany estaba al borde de las lágrimas. Volvía a tener en la boca un sabor conocido, el del miedo. El miedo a Viserys que la había dominado durante años; el miedo a despertar al dragón. Aquello era todavía peor. No solo temía por sí misma, sino también por el bebé. Este debió de percibir su inquietud, porque se movía intranquilo en su interior. Dany se acarició el vientre, deseando poder tocarlo, calmarlo.

—Eres de la sangre del dragón, pequeño —susurró mientras la litera se mecía, con las cortinas echadas—. Eres de la sangre del dragón, y el dragón no tiene miedo.

Cuando llegaron a la caverna subterránea que era su hogar en Vaes Dothrak, Dany ordenó que la dejaran a solas con ser Jorah.

—Decidme —le ordenó al tiempo que se acomodaba sobre los cojines—, ¿ha sido el Usurpador?

—Sí. —El caballero le mostró un pergamo doblado—. Una carta para Viserys, del magíster Illyrio. Robert Baratheon ofrece tierras y un título de lord por vuestra muerte o la de vuestro hermano.

—¿La de mi hermano? —Su sollozo fue casi una carcajada—. No lo sabe aún, ¿eh? El Usurpador tendrá que nombrar lord a Drogo. —Su carcajada fue casi un sollozo. Se estrechó el vientre con gesto protector—. Y a mí. ¿Solo a mí?

—A vos y a vuestro hijo —dijo ser Jorah, sombrío.

—No. No hará daño a mi hijo. —Se prometió que no lloraría. Que no temblaría de miedo.

« El Usurpador ha despertado al dragón », se dijo... y desvió la mirada hacia los huevos de dragón, que reposaban en sus nidos de terciopelo. La luz titubeante de la lámpara arrancaba destellos de las escamas pétreas, como chispas de jade, de rubí, de oro.

¿Fue una locura nacida del miedo lo que la dominó en aquel momento? ¿O tal vez una extraña sabiduría, enterrada en su sangre? Dany no habría sabido decirlo.

—Ser Jorah, encended el brasero —se oyó decir.

—¿*Khaleesi*? —El caballero la miró, extrañado—. Hace mucho calor. ¿Estáis segura?

—Sí. —Dany jamás había estado tan segura de nada—. Siento... siento escalofríos. Encended el brasero.

—A vuestras órdenes —dijo el caballero con una reverencia.

Cuando el fuego estuvo encendido, Dany despachó a ser Jorah. Para lo que iba a hacer necesitaba estar sola.

« Esto es una locura —se dijo al tiempo que cogía el huevo negro y escarlata —. Se romperá y arderá, y es tan hermoso... Ser Jorah pensará que soy tonta por estopeararlo, pero... pero...» .

Acunó el huevo entre las manos, lo llevó ante el brasero y lo puso sobre los carbones al rojo. Las escamas negras parecieron brillar al absorber el calor. Las llamas lamieron la piedra con diminutas lenguas rojas. Dany colocó los otros dos huevos junto al negro, sobre el fuego. Se alejó del brasero y contuvo la respiración.

Se quedó mirando hasta que las ascuas se convirtieron en cenizas. Algunas chispas flotaron en torno a los huevos, y el calor dibujaba ondulaciones sobre ellos. Nada más.

« Vuestro hermano Rhaegar fue el último dragón», le había dicho ser Jorah. Dany contempló los huevos con tristeza. ¿Qué había esperado? Los huevos habían estado vivos hacía mil años, pero ya no eran más que piedras hermosas. De ellos no saldría jamás un dragón. Un dragón era aire y fuego. Carne viva, no piedra muerta.

Cuando Khal Drogo regresó, el brasero volvía a estar frío. Cohollo llevaba por las riendas un caballo cargado con el cuerpo de un gran león blanco. Las estrellas empezaban a brillar en el cielo. El *khal* se bajó de su semental entre carcajadas y le mostró a Dany los araños en la pierna, allí donde las garras del *hrakkar* habían traspasado el tejido de las polainas.

—Te haré una capa con su piel, luna de mi vida —le juró.

Las risas cesaron cuando Dany le contó lo que había sucedido en el mercado. Khal Drogo se quedó en silencio.

—Este envenenador ha sido el primero —le advirtió ser Jorah Mormont—, pero no será el último. Muchos hombres arriesgarían lo que fuera por un título de lord.

—Ese vendedor de venenos ha huido de la luna de mi vida —dijo al final Drogo, después de estar un rato en silencio—. Ahora la perseguirá. Eso hará. Jhogo, Jorah el Ándalo, a cada uno de vosotros os digo esto: elegid cualquiera de mis caballos, y será vuestro. Cualquiera excepto el mío y la plata que fue mi regalo a la luna de mi vida. Eso os obsequio por lo que habéis hecho.

» Y a Rhaego, hijo de Drogo, el semental que montará el mundo, a él también le prometo un regalo. A él le entregaré esa silla de hierro en la que se sentaba el padre de su madre. A él le entregaré los Siete Reinos. Eso haré yo, Drogo, *khal*. —Alzó la voz y levantó el puño hacia el cielo—. Llevaré mi

khalasar hacia el oeste, adonde termina el mundo; montaré en los caballos de madera que cruzan el agua de sal negra, como ningún otro *khal* ha hecho antes. Mataré a los hombres de los ropajes de hierro y derribaré sus casas de piedra. Violaré a sus mujeres, tomaré a sus hijos como esclavos y traeré sus dioses a Vaes Dothrak para que se inclinen bajo la Madre de las Montañas. Lo juro yo, Drogo, hijo de Bharbo. Lo juro ante la Madre de las Montañas; las estrellas son testigos.

El *khalasar* partió de Vaes Dothrak dos días después, hacia el sudoeste, por las llanuras. Khal Drogo iba a la cabeza, a lomos de su garañón rojizo. Daenerys iba a su lado, montada en la plata. El vendedor de vinos corría tras ellos, desnudo, a pie, encadenado por el cuello y las muñecas. Las cadenas iban atadas al cabestro de la plata de Dany. Mientras montara, tendría que correr tras ella, descalzo y tambaleante. No le sucedería nada... mientras mantuviera su ritmo.

Estaban demasiado lejos para distinguir los blasones con claridad, pero pese a la niebla alcanzó a ver que eran blancos y con una mancha oscura en el centro, que solo podía ser el lobo huargo de los Stark, gris sobre campo de hielo. Catelyn tiró de las riendas e inclinó la cabeza para recitar una plegaria de agradecimiento. Los dioses eran bondadosos. No llegaba demasiado tarde.

—Aguardan nuestra llegada, mi señora —dijo ser Wylys Manderly—, como mi señor padre juró que harían.

—Pues no los hagamos esperar más.

Ser Brynden Tully picó espuelas y emprendió el trote hacia los estandartes. Catelyn cabalgó a su lado.

Ser Wylys y su hermano, ser Wendel, los siguieron junto con su ejército, unos quinientos hombres: veintitantes caballeros con sus correspondientes escuderos, doscientos lanceros, espadas y jinetes libres a caballo, y el resto a pie, armados con lanzas, picas y tridentes. Lord Wyman se había quedado atrás para encargarse de la defensa de Puerto Blanco. Tenía casi sesenta años, y había engordado demasiado para montar a caballo.

—Si hubiera pensado que volvería a ver una guerra, no habría comido tantas anguilas —le había dicho a Catelyn cuando llegó a su barco, al tiempo que se palmeaba el enorme vientre con ambas manos. Tenía los dedos rollizos como salchichas—. Pero mis chicos os llevarán a salvo junto a vuestro hijo; no temáis.

Sus «chicos» eran ambos mayores que Catelyn, y ella habría preferido que no fueran tan parecidos a su padre. A ser Wylys le faltaban solo unas cuantas anguilas para no poder montar a caballo; el pobre animal inspiraba compasión. Ser Wendel, el chico más joven, habría sido el hombre más grueso del mundo si no existieran su padre y su hermano. Wylys era silencioso y formal; Wendel, escandaloso y bullicioso; ambos lucían llamativos bigotes de morsa y cabezas tan peladas como el trasero de un bebé; y por lo visto, ninguno de los dos tenía una prenda de vestir que no estuviera llena de manchas de comida. Pero le caían bien. La habían llevado junto a Robb, como su padre juró que harían, y eso era lo único que importaba.

Se alegró de ver que su hijo había enviado exploradores incluso en dirección este. Los Lannister, cuando llegaran, llegarían del sur, pero estaba bien que Robb fuera cauteloso.

«Mi hijo lleva un ejército a la guerra», pensó sin terminar de creérselo. Tenía miedo por él y por Invernalia, pero no podía negar que también sentía cierto orgullo. Hacía un año, Robb era un niño. ¿Qué sería en aquel momento?

Los jinetes de la avanzadilla vieron el blasón de los Manderly, el tritón con un tridente en la mano surgiendo de un mar azul verdoso, y los saludaron con alegría. Los guiaron hasta terreno elevado y seco donde podrían montar el

campamento. Ser Wylyis dio orden de detener la columna, y se quedó atrás con sus hombres para encargarse de que se encendieran las hogueras y se atendiera a los caballos, mientras que su hermano Wendel siguió con Catelyn y su tío para presentarle al señor los respetos de su padre.

El terreno que pisaban los cascos de los caballos era blando y húmedo. Pasaron entre hogueras encendidas con turba, hileras de caballos, y carromatos cargados con carne salada y galletas de rancho. En un saliente rocoso algo elevado vieron el pabellón de lona de un señor. Catelyn reconoció el estandarte, el alce de los Hornwood, marrón sobre campo naranja oscuro.

Más allá, entre la niebla, divisó las torres y los muros de Foso Cailin... o lo que quedaba de ellos. Había bloques inmensos de basalto, todos grandes como casas, dispersos como los juguetes de un niño, medio hundidos en el suelo blando y pantanoso. De la muralla, que había sido tan alta como la de Invernalia, no quedaba nada. Las edificaciones de madera habían desaparecido, se habían podrido mil años atrás, sin dejar ni un rastro que hablara de su existencia. De lo que había sido la fortaleza de los primeros hombres solo quedaban tres torres... y, si las leyendas eran ciertas, habían sido veinte.

La Torre de la Entrada parecía bastante sólida; incluso quedaban restos de muralla a ambos lados. La Torre del Borracho, en el pantano, en el punto donde en el pasado se unieran los muros sur y oeste, estaba inclinada como un hombre a punto de vomitar el vino bebido en exceso. Y la Torre de los Hijos, alta y esbelta, donde, según la leyenda, los hijos del bosque les pidieron a sus dioses sin nombre que enviaran el martillo de las aguas, tenía la parte superior destruida. Era como si una bestia enorme hubiera arrancado de un mordisco las almenas, para luego escupirlas trituradas por el pantano. Las tres torres estaban cubiertas de musgo. Entre las piedras, al norte de la Torre de la Entrada, crecía un árbol. De sus ramas retorcidas colgaban jirones de piel de fantasma.

—Los dioses se apiaden de nosotros —exclamó ser Brynden al ver aquel espectáculo—. ¿Esto es Foso Cailin? Pero si no es más que una...

—... trampa mortal —terminó Catelyn—. Ya sé que lo parece, tío; a mí me dio la misma sensación la primera vez que lo vi, pero a decir de Ned, estas ruinas son más formidables de lo que parecen. Desde las tres torres que quedan en pie se domina por completo el camino elevado; cualquier enemigo debe pasar entre ellas. Aquí, los pantanos son impenetrables, hay arenas movedizas y abundan las serpientes. Si un ejército intentara tomar por asalto cualquiera de las torres, tendría que vadear un lodo negro que llega a la cintura, cruzar un foso lleno de lagartos león y trepar por muros resbaladizos de musgo; todo eso mientras los arqueros disparan desde las otras torres. —Dirigió a su tío una sonrisa sombría—. Y se dice que, cuando cae la noche, salen los fantasmas, los espíritus fríos y vengativos del norte que se alimentan de sangre sureña.

—Pues recuérdame que me ponga a cubierto —dijo ser Brynden dejando

escapar una risita—. Si mal no recuerdo, yo también soy sureño.

Los estandartes ondeaban en la cima de las tres torres. El sol de los Karstark, en la Torre del Borracho, bajo el lobo huargo; en la Torre de los Hijos se divisaba el gigante del Gran Jon, con sus cadenas rotas. Pero en la Torre de la Entrada, el blasón de los Stark se alzaba en solitario. Allí era donde Robb había instalado su cuartel. Catelyn se dirigió hacia allí seguida por ser Brynden y ser Wendel, y los caballos recorrieron lentamente un camino de troncos y tablones tendido sobre los campos de lodo verde y negro.

Su hijo estaba rodeado por los vasallos de su esposo, en una sala barrida por el viento en la que un fuego de turba ardía en un hogar renegrido. Estaba sentado ante una enorme mesa; tenía delante montones de mapas y papeles, y parecía muy concentrado en la conversación con Roose Bolton y el Gran Jon. Al principio no la vio... pero su lobo sí. La enorme bestia gris estaba tumbada cerca del fuego, y cuando Catelyn entró, alzó la cabeza y clavó los ojos dorados en los suyos. Uno a uno, los señores quedaron en silencio, y Robb alzó la mirada.

—¿Madre? —dijo, con la voz entrecortada por la emoción.

Catelyn deseaba con todas sus fuerzas correr hacia él, besarle la frente, rodearlo con sus brazos y estrecharlo muy fuertemente para que no le pasara nada malo... pero no se atrevió a hacerlo delante de sus hombres. Su hijo estaba actuando como un adulto, y no se lo podía arrebatar. Así que se quedó al otro lado de la losa de basalto que les servía de mesa. El lobo huargo se puso en pie y recorrió la sala hasta llegar junto a ella. Estaba más grande que ningún lobo jamás visto.

—Te has dejado barba —le dijo a Robb mientras Viento Gris le olisqueaba la mano.

—Sí. —Él se frotó el vello de la barbilla, más rojizo que el cabello, repentinamente incómodo.

—Me gusta cómo te queda. —Catelyn acarició la cabeza del lobo—. Así te pareces a mi hermano Edmure. —Viento Gris le lamió los dedos, juguetón, y volvió a su lugar junto al fuego.

Ser Helman Tallhart fue el primero en seguir los pasos del lobo huargo para ir a presentar sus respetos. Hincó una rodilla en el suelo ante ella, y presionó la frente contra la mano de la mujer.

—Lady Catelyn —dijo—. Estás tan bella como siempre; sois una hermosa visión en estos tiempos difíciles.

Lo siguieron Galbart y Robett Glover, Jon Umber, y luego, uno a uno, todos los demás. Theon Greyjoy fue el último.

—No pensaba que os vería aquí, mi señora —dijo al tiempo que se arrodillaba.

—No pensaba venir —respondió Catelyn—, hasta que desembarcamos en Puerto Blanco, y lord Wyman me dijo que Robb había convocado a los vasallos.

Ya conocéis a su hijo, ser Wendel. —Wendel Manderly dio un paso al frente e hizo una reverencia tan marcada como le permitía la circunferencia de su barriga—. Y mi tío, ser Brynden Tully, que ya no está al servicio de mi hermana, sino al mío.

—El Pez Negro —dijo Robb—. Os agradezco que os unáis a nosotros. Necesitamos hombres valerosos como vos. En cuanto a vos, ser Wendel, me alegra teneros aquí. ¿Viene contigo ser Rodrik, madre? Lo he echado de menos.

—Ser Rodrik partió directamente de Puerto Blanco hacia el norte. Lo he nombrado castellano, y le he ordenado que defienda Invernia hasta nuestro regreso. El maestre Luwin es un consejero sabio, pero desconoce las artes de la guerra.

—Por eso no temáis, lady Stark —resonó la voz grave del Gran Jon—. Invernia está a salvo. Pronto le meteremos la espada por el culo a Tywin Lannister, disculpad la expresión, e iremos a la Fortaleza Roja para liberar a Ned.

—Mi señora, con vuestro permiso, quisiera haceros una pregunta. —Roose Bolton, señor de Fuerte Terror, tenía la voz aguda y débil, pero siempre que hablaba, hombres más corpulentos que él guardaban silencio para escuchar. Tenía unos ojos curiosamente claros, casi descoloridos, y su mirada resultaba incómoda—. Se dice que tenéis prisionero al hijo enano de lord Tywin. ¿Lo habéis traído con vos? Sería un rehén excepcional.

—Tyrion Lannister estuvo en mi poder, pero ya no —tuvo que admitir Catelyn. La noticia fue recibida con exclamaciones de consternación—. A mí tampoco me satisface esto, mis señores. Los dioses consideraron oportuno liberarlo, con cierta ayuda de mi estúpida hermana.

Sabía que no debía mostrar su desprecio con tanta franqueza, pero la salida del Nido de Águilas no había sido grata en modo alguno. Se había ofrecido a llevarse a lord Robert como pupilo a Invernia unos cuantos años. Incluso se atrevió a insinuar que le sentaría bien estar en compañía de otros niños. El estallido de ira de Lysa fue terrible.

—Aunque seas mi hermana —rugió—, si intentas arrebatarme a mi hijo, saldrás por la puerta de la Luna. —Después de aquello, no volvieron a intercambiar palabra.

Los señores ansiaban hacerle más preguntas, pero Catelyn alzó una mano.

—Habrá tiempo para todo esto más adelante, pero el viaje me ha dejado muy fatigada. Deseo hablar a solas con mi hijo. Espero que me disculpéis, señores. —No les había dejado elección. Los vasallos, siempre con el servicial lord Hornwood a la cabeza, hicieron una reverencia y salieron de la estancia—. Tú también, Theon —agregó al ver que Greyjoy se demoraba. El joven sonrió y se marchó.

Sobre la mesa había cerveza y queso. Catelyn llenó un cuerno, se sentó, bebió un trago y examinó a su hijo. Parecía más alto que la última vez que lo viera, y

la sombra de la barba le hacía aparecer más edad.

—Edmure tenía diecisés años cuando se dejó crecer el bigote.

—Yo los voy a cumplir pronto —dijo Robb.

—Tienes quince años. Quince años, y ya llevas un ejército a la batalla.

¿Comprendes que tengo miedo, Robb?

—No había nadie más que pudiera hacerlo. —Él la miró, tozudo.

—¿Nadie? Dime, ¿quiénes eran esos hombres que acaban de salir? Roose Bolton, Rickard Karstark, Galbart y Robett Glover, el Gran Jon, Helman Tallhart... Podrías haber delegado el mando en cualquiera de ellos. Por los dioses, hasta podrías haber enviado a Theon, por poco que me guste.

—Ninguno de ellos es un Stark —replicó él.

—Pero son hombres, Robb, curtidos en la batalla. Hace menos de un año, tú jugabas aún con espadas de madera. —Catelyn vio la rabia en sus ojos, pero solo duró un instante, y después se convirtió de nuevo en un niño.

—Lo sé —dijo, abochornado—. ¿Me vas... me vas a enviar de vuelta a Invernalía?

—Es lo que debería hacer. —Catelyn suspiró—. No tendrías que haber salido de allí. Pero ya no me atrevo. Has llegado demasiado lejos. Algún día, estos hombres serán tus vasallos. Si te envío de vuelta a casa, como a un niño castigado sin cenar, lo recordarán, y se reirán de ti cuando estén bebiendo. Llegará un día en que necesites que te respeten, incluso que te teman un poco, y la risa es un veneno para el temor. Por mucho que desee ponerte a salvo, no te haré una cosa así.

—Te lo agradezco, madre —dijo Robb, con una voz formal que no podía ocultar del todo el alivio.

—Eres mi primogénito, Robb. —Catelyn extendió una mano y le tocó el pelo—. Con solo mirarte recuerdo el día en que viniste al mundo, con la cara congestionada y berreando.

—¿Sabes... lo de padre? —Él se levantó, incómodo ante la caricia, y se acercó al fuego. Viento Gris restregó la cabeza contra su pierna.

—Sí. —Los informes sobre la repentina muerte de Robert y la caída en desgracia de Ned la asustaban hasta límites indecibles, pero no podía consentir que su hijo detectara el miedo que sentía—. Lord Manderly me lo comunicó cuando desembarqué en Puerto Blanco. ¿Has recibido noticias de tus hermanas?

—Llegó una carta —dijo Robb, rascando al lobo huargo bajo la mandíbula—. Había otra para ti, pero llegó a Invernalía, con la mía. —Se dirigió hacia la mesa, rebuscó entre los mapas y papeles, y sacó un pergamo arrugado—. Esta es la que me envió a mí; no se me ocurrió traer la tuya.

El tono de voz de Robb tenía algo de preocupante. Catelyn estiró el papel y leyó. La preocupación dejó paso a la incredulidad, luego a la ira y, por fin, al miedo.

—Esta carta es de Cersei, no de tu hermana —dijo cuando terminó de leerla—. El verdadero mensaje está en lo que Sansa no dice. Toda esta palabrería sobre lo bien que la tratan los Lannister... suena a amenaza cubierta de azúcar. Tienen a Sansa como rehén, y la van a conservar así.

—No menciona a Arya —señaló Robb con tristeza.

—No. —Catelyn no quería pensar en aquel momento ni en aquel lugar qué implicaba aquello.

—Tenía la esperanza... Si el Gnomo fuera aún tu prisionero, podríamos intercambiar rehenes. —Cogió la carta de Sansa y la arrugó con el puño; por su forma de hacerlo, Catelyn advirtió que no era la primera vez—. ¿Qué noticias traes del Nido de Águilas? Escribí a la tía Lysa para pedirle ayuda. ¿Sabes si ha convocado a los vasallos de lord Arryn? ¿Se unirán a nosotros los caballeros del Valle?

—Solo uno —dijo—. El mejor, mi tío... pero Brynden el Pez Negro es un Tully. Mi hermana no asomará la nariz más allá de su Puerta de la Sangre.

—Madre, ¿qué vamos a hacer? —Robb no había encajado bien la noticia—. He reunido un gran ejército, dieciocho mil hombres, pero no... no estoy seguro... —La miró con los ojos húmedos. El joven señor orgulloso se había desvanecido en un instante; volvía a ser un niño, un muchachito de quince años que buscaba las respuestas en su madre.

No podía ser.

—¿De qué tienes miedo, Robb? —le preguntó con cariño.

—Si... —Giró la cabeza para ocultar la primera lágrima—. Si seguimos adelante..., incluso si vencemos... Los Lannister tienen a Sansa y a padre. Los matarán, ¿verdad?

—Eso quieren que pensemos.

—¿Crees que mienten?

—No lo sé, Robb. Lo único que sé es que no tienes elección. Si vas a Desembarco del Rey a jurar lealtad, jamás te dejarán salir de allí. Si das media vuelta y te retiras a Invernalia, tus señores te perderán el respeto. Algunos incluso se podrían unir a los Lannister. Y la reina ya no tendría nada que temer, y podría hacer lo que quisiera con sus prisioneros. Nuestra mejor opción, nuestra única opción válida, es que los derrotas en el campo de batalla. Si cogieras prisionero a lord Tywin o al Matarreyes, se podría hacer un intercambio, pero eso no es lo básico. Mientras tengas poder y ellos te teman, Ned y tu hermana estarán a salvo. Cersei es lista; sabe que puede necesitarlos para firmar la paz si las cosas se vuelven contra ella.

—¿Y si se vuelven contra nosotros, madre? —preguntó Robb.

—No te voy a dulcificar la verdad, Robb —dijo Catelyn tomándole la mano—. Si pierdes, no habrá esperanza para ninguno de nosotros. Se dice que en el corazón de Roca Casterly solo hay piedras. Recuerda el destino de los hijos de

Rhaegar. —Vio miedo en los ojos jóvenes de su hijo, pero también vio fuerza.

—Entonces, no perderé —juró.

—Cuéntame lo que sepas de la batalla en las tierras del río —dijo. Tenía que averiguar si estaba preparado de verdad.

—Hace menos de quince días hubo una batalla en las colinas, bajo el Colmillo Dorado —dijo Robb—. El tío Edmure había enviado a lord Vance y a lord Piper a defender el paso, pero el Matarreyes cayó sobre ellos y los puso en fuga. Lord Vance perdió la vida. Las últimas noticias son que lord Piper regresaba para reunirse con tu hermano y el resto de los vasallos en Aguasdulces, y que Jaime Lannister le pisaba los talones. Pero eso no es lo peor. Mientras luchaban en el paso, lord Tywin guiaba un segundo ejército Lannister desde el sur. Se dice que es aún más numeroso que las huestes de Jaime.

» Sin duda, padre lo sabía, porque envió hombres a enfrentarse con ellos, bajo el estandarte del rey. Entregó el mando a no sé qué señor sureño, lord Erik, o Derik, o algo así, pero ser Raymun Darry cabalgaba con él, y en su carta decía que iban otros caballeros y un grupo de los guardias de nuestra casa. Pero era una trampa. Lord Derik no había hecho más que cruzar el Forca Roja cuando los Lannister cayeron sobre él, sin que les importara un bledo el estandarte del rey. Gregor Clegane los atacó por la retaguardia cuando intentaron cruzar por el Vado del Titiritero. Quizá lord Derik y unos cuantos más consiguieran escapar; nadie lo sabe a ciencia cierta, pero ser Raymun cayó, igual que casi todos los hombres de Invernalia. Se dice que lord Tywin ha bloqueado el camino Real, y ahora avanza hacia el norte, hacia Harrenhal, quemándolo todo a su paso.

«Cada vez peor», pensó Catelyn. No se había imaginado que las cosas estuvieran tan mal.

—¿Piensas esperarlo aquí? —preguntó.

—Nadie cree que vayan a acercarse tanto —dijo Robb—. He enviado un mensaje a Howland Reed, el viejo amigo de padre, en la Atalaya de Aguasgrises. Si los Lannister llegan hasta el Cuello, los lagos los harán sangrar a cada paso, pero Galbart Glover dice que lord Tywin es demasiado listo para eso, y Roose Bolton está de acuerdo. Creen que permanecerán cerca del Tridente y se apoderarán de los castillos de los señores del río uno a uno, hasta que Aguasdulces se encuentre solo. Tenemos que avanzar hacia el sur para enfrentarnos a ellos.

Catelyn sintió un escalofrío que le llegó hasta los huesos. ¿Qué posibilidades tenía un niño de quince años contra comandantes curtidos como Jaime y Tywin Lannister?

—¿Te parece buena idea? Aquí estás bien situado. Se dice que los antiguos Reyes en el Norte podían resistir en Foso Cailin, y defenderse de ejércitos diez veces mayores que los tuyos.

—Sí, pero nos estamos quedando sin provisiones, y de esta tierra no se puede

vivir. Hasta ahora esperaba a lord Manderly, pero sus hijos ya están con nosotros; tenemos que avanzar.

Catelyn comprendió que estaba oyendo las palabras de los señores vasallos en la voz de su hijo. A lo largo de los años había recibido a muchos de ellos en Invernalia, y junto con Ned había visitado sus salones, se había sentado a sus mesas. Conocía a cada uno de aquellos hombres; sabía cómo eran. ¿Lo sabría también Robb?

Pero lo que decía tenía sentido. El ejército que había reunido su hijo no se parecía en nada a los que mantenían las Ciudades Libres, y tampoco era una hueste de mercenarios. La mayoría eran pueblo llano: granjeros, campesinos, agricultores, pescadores, pastores, hijos de taberneros, curtidores y comerciantes... junto con mercenarios y jinetes libres ansiosos por el saqueo que seguía a la batalla. Cuando sus señores los llamaban, acudían... pero no para siempre.

—Eso de avanzar está muy bien —le dijo a Robb—, pero ¿hacia dónde? Y ¿con qué objetivo? ¿Qué pretendes hacer?

—El Gran Jon cree que deberíamos sorprender a lord Tywin —dijo Robb después de dudar un momento—, llevar la batalla hasta él, en vez de esperarlo. Pero los Glover y los Karstark creen que lo mejor sería rodear el lugar donde se encuentra su ejército y unirnos al tío Edmure contra el Matarreyes. —Se pasó los dedos por el cabello castaño despeinado; no parecía satisfecho—. Aunque, cuando lleguemos a Aguasdulces... No estoy seguro...

—Tienes que estar seguro —dijo Catelyn a su hijo—. Si no, vuelve a casa, a jugar con tu espada de madera. Delante de hombres como Roose Bolton y Rickard Karstark no puedes permitirte el lujo de parecer indeciso. No te equivoques, Robb: son tus vasallos, no tus amigos. Te has erigido en su comandante; actúa como tal.

—Como tú digas, madre. —Robb la miraba sobresaltado, como si no diera crédito a lo que oía.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Qué pretendes hacer?

Robb extendió un mapa sobre la mesa. Era un trozo de cuero deshilachado, con dibujos desvaídos. Uno de los extremos se enrollaba hacia dentro. Robb le puso el puñal encima para evitarlo.

—Los dos planes tienen aspectos positivos, pero... Mira, si intentamos rodear el ejército de lord Tywin, corremos el riesgo de quedar atrapados entre él y el Matarreyes. Y si lo atacamos... Según todos los informes, cuenta con más hombres que nosotros, y tiene muchos más jinetes entre ellos. El Gran Jon dice que si lo encontramos con los calzones bajados, eso no importará, pero creo que no será fácil sorprender a un hombre que ha peleado en tantas batallas como Tywin Lannister.

—Bien —dijo ella. En la voz de su hijo, allí, ante el mapa, había ecos de la de

Ned—. Sigue.

—Pienso dejar una pequeña hueste aquí para defender Foso Cailin —dijo—, sobre todo arqueros, y bajar por el camino con el resto. Pero, una vez pasemos el Cuello, quiero repartir las fuerzas en dos grupos. Los que vayan a pie podrán seguir por el camino Real, mientras nuestros jinetes cruzan el Forca Verde en Los Gemelos. —Lo señaló en el mapa—. Cuando lord Tywin reciba la noticia de que vamos hacia el sur, avanzará hacia el norte para enfrentarse al ejército principal, con lo que los jinetes podrán bajar por la orilla occidental hasta Aguas dulces. —Robb se sentó. No se atrevía a sonreír, pero parecía satisfecho consigo mismo, y deseaba con todas sus fuerzas recibir una alabanza de su madre.

—Habrá un río entre los dos grupos de tu ejército —le dijo Catelyn mientras examinaba el mapa con el ceño fruncido.

—Y también entre Jaime y lord Tywin —se apresuró a señalar él. La sonrisa afloró por fin—. No hay ningún cruce en el Forca Verde por encima del Vado Rubí, donde Robert consiguió la corona. No lo hay antes de Los Gemelos, en la parte de arriba, y lord Frey controla ese puente. Es vasallo de tu padre, ¿no?

« El finado lord Frey », pensó Catelyn.

—Así es —admitió—. Pero mi padre jamás ha confiado en él. Tú tampoco deberías.

—No confiaré en él —le prometió Robb—. ¿Qué opinas?

—¿Qué parte del ejército dirigirías tú? —Muy a su pesar, estaba impresionada. « Su aspecto es el de un Tully —pensó—, pero es hijo de su padre, y Ned le ha enseñado bien» .

—A los jinetes —respondió al instante.

—¿Y la otra? —Otra vez como su padre. Ned siempre se encargaba en persona de la tarea más arriesgada.

—El Gran Jon no para de decir que le gustaría machacar a lord Tywin. He pensado concederle a él ese honor.

Era su primer error, pero ¿cómo decírselo sin minar su confianza?

—En cierta ocasión, tu padre me dijo que el Gran Jon era uno de los hombres más intrépidos que había visto jamás.

—Viento Gris le arrancó dos dedos de un mordisco, y él se rio —dijo Robb con una sonrisa—. Entonces, ¿estás de acuerdo?

—Tu padre no es intrépido —señaló Catelyn—. Es valiente, que no es lo mismo.

—El ejército de la orilla este será lo único lo que se interponga entre lord Tywin e Invernalia —dijo su hijo, pensativo, después de meditar un instante—. Bueno, ese ejército y los pocos arqueros que deje aquí, en Foso Cailin. Así que no me conviene que lo dirija nadie intrépido, ¿verdad?

—No. Debe ser alguien con astucia fría, no con valor ciego.

—Roose Bolton —dijo Robb al instante—. Ese hombre me da miedo.

—En ese caso recemos para que también le dé miedo a Tywin Lannister. Robb asintió y enrolló el mapa.

—Daré las órdenes y prepararé una escolta que te acompañe a Invernalia.

Catelyn había hecho todo lo posible por mostrarse fuerte; lo hacía por Ned y por aquel hijo suyo, tan testarudo. Había dejado a un lado la desesperación y el miedo, como si fueran ropas que no se ponía... pero en aquel momento se dio cuenta de que siempre las había llevado.

—No voy a volver a Invernalia —se oyó decir. Las lágrimas que le nublaron la visión la sorprendieron incluso a ella misma—. Mi padre puede estar agonizando tras los muros de Aguasdulces. Mi hermano está rodeado por sus enemigos. Debo ir con ellos.

Chella, hija de Cheyk de los orejas negras, se había adelantado como exploradora, y fue ella quien les llevó la noticia del ejército en la encrucijada.

—Por el número de hogueras diría que son unos veinte mil —dijo—. Los estandartes son rojos, con un león dorado.

—¿Tu padre? —preguntó Bronn.

—O mi hermano Jaime —dijo Tyrion—. Pronto lo averiguaremos.

Contempló su desastrada banda de salteadores: casi trescientos grajos de piedra, hermanos de la luna, orejas negras y hombres quemados. Y no eran más que la simiente del ejército que esperaba reunir. Gunthor, hijo de Gurn, estaba convocando al resto de los clanes. Se preguntó qué opinaría su señor padre de ellos, vestidos con pieles y con armas robadas. En realidad, él mismo no estaba muy seguro de qué opinaba. ¿Era su comandante o su prisionero? La mayor parte de las veces tenía la sensación de que era ambas cosas.

—Lo mejor sería que bajara yo solo —propuso.

—Lo mejor para Tyrion, hijo de Tywin —dijo Ulf, el portavoz de los hermanos de la luna.

Shagga lo miró con los ojos centelleantes. Era un espectáculo aterrador.

—Esto no gusta a Shagga, hijo de Dolf. Shagga irá con hombreniño, y si hombreniño miente, Shagga le cortará la virilidad...

—... y se la echará de comer a las cabras, sí —terminó Tyrion, cansado—. Shagga, te doy mi palabra de Lannister: volveré.

—¿Por qué vamos a confiar en tu palabra? —Chella era una mujer menuda, endurecida, lisa como un muchacho, y no tenía un pelo de tonta—. No sería la primera vez que los señores de las tierras bajas mienten a los clanes.

—Me ofendes, Chella —dijo Tyrion—. Y yo que pensaba que nos habíamos hecho amigos... Pero, en fin, como queráis. Vendrás conmigo, y que vengan también Shagga y Conn por los grajos de piedra, Ulf por los hermanos de la luna, y Timett, hijo de Timett, por los hombres quemados. —Los hombres de los clanes intercambiaron miradas cautas a medida que los nombraba—. Los demás esperaréis aquí hasta que envíe a alguien a buscarlos. Por favor, no os matéis ni os mutiléis entre vosotros durante mi ausencia.

Picó espuelas y se alejó al trote, con lo que no les dejaba más remedio que ir tras él o quedarse atrás. Cualquiera de las dos cosas le convenía; todo con tal de que no se sentaran a hablar un día y una noche. Aquello era lo malo de los clanes: tenían la absurda creencia de que en un consejo se debían escuchar las voces de todos los hombres, con lo que discutían de manera interminable sobre cualquier asunto. Hasta las mujeres podían hablar. No era de extrañar que no representaran una amenaza para el Valle desde hacía cientos de años, aparte de alguna que otra incursión ocasional. Tyrion tenía toda la intención de hacer que

aquellos cambiara.

Bronn cabalgaba con él. Tras unas rápidas protestas, los siguieron los cinco elegidos, a lomos de sus pequeños jamelgos, unos animales flacos que parecían ponis y trepaban por las rocas como cabras.

Los grajos de piedra cabalgaban juntos, y Chella y Ulf iban también muy cerca la una del otro, ya que entre los hermanos de la luna y los orejas negras había fuertes lazos. Timett, hijo de Timett, iba solo. Todos los clanes de las montañas de la Luna temían a los hombres quemados, que se mortificaban las carnes con fuego para demostrar su valor y, según se decía, servían en los festines bebés asados. Y hasta los demás hombres quemados tenían miedo de Timett, que se había sacado el ojo izquierdo con un cuchillo al rojo blanco al llegar a la juventud. A Tyrion le pareció comprender que lo habitual era quemarse un pezón, un dedo o, si el hombre era verdaderamente valiente o estaba verdaderamente loco, una oreja. Los demás hombres quemados se maravillaron tanto ante su decisión que al instante lo nombraron mano roja, una especie de título de jefe de guerra.

—Me gustaría saber qué se quemó su rey —le comentó Tyrion a Bronn tras escuchar la historia.

El mercenario sonrió y se palpó la entrepierna..., pero hasta Bronn hablaba con respeto delante de Timett. Si un hombre estaba tan loco para sacarse un ojo, seguramente no sería más delicado con sus enemigos.

Los vigías divisaron desde sus torres de piedra sin argamasa al grupo que descendía por la colina, y Tyrion vio un cuervo que levantaba el vuelo. Llegaron al primer punto defendido en el camino alto, justo donde el sendero torcía entre dos salientes rocosos. Había un muro de barro de apenas dos varas de altura que bloqueaba el paso, y tras él se encontraba una docena de hombres armados con ballestas. Tyrion había indicado a sus seguidores que se detuvieran fuera de su alcance, y cabalgó solo hasta la pared.

—¿Quién está al mando? —gritó.

El capitán apareció rápidamente, y más rápidamente todavía le puso una escolta en cuanto reconoció al hijo de su señor. Pasaron al trote por campos ennegrecidos y aldeas quemadas, hasta las tierras de los ríos y el Forca Verde del Tridente. Tyrion no vio cadáveres, pero los cuervos y los buitres sobrevolaban el terreno; allí había habido una batalla hacía poco.

A media legua de la encrucijada habían alzado una barricada de estacas puntiagudas, vigilada por lanceros y arqueros. Tras aquella línea se extendía el campamento. Cientos de hogueras donde se cocinaban cenas lanzaban al cielo columnas de humo; los hombres vestidos con cotas de malla, sentados bajo los árboles, afilaban las espadas, y por todas partes ondeaban estandartes conocidos, con las astas clavadas en el terreno embarrado.

Un grupo de jinetes se adelantó para desafiarlos cuando se aproximaron a las

estacas. El caballero que los guiaba llevaba una armadura de plata con amatistas incrustadas, y una capa a rayas moradas y plateadas. En su escudo se veía el blasón del unicornio, y un cuerno en espiral, de casi dos codos de largo, sobresalía del yelmo en forma de cabeza de caballo. Tyrion tiró de las riendas.

—Ser Flement —saludó.

—Tyrion —dijo atónito ser Flement Brax cuando se levantó el visor—. Mi señor, temíamos que estuvierais muerto, o... —Miró inseguro a los hombres del clan—. Vuestros... compañeros...

—Amigos del alma y sirvientes leales —dijo Tyrion—. ¿Dónde está mi señor padre?

—Ha instalado su cuartel en la posada de la encrucijada.

Tyrion se echó a reír. ¡La posada de la encrucijada! Al fin y al cabo, los dioses eran justos.

—Iré a verlo ahora mismo.

—Como queráis, mi señor. —Ser Flement hizo dar media vuelta al caballo y empezó a gritar órdenes. Al momento retiraron tres hileras de estacas para abrirle paso. Tyrion entró, seguido por su grupo.

El campamento de lord Tywin se extendía leguas y leguas. El cálculo de Chella de unos veinte mil hombres no andaba desencaminado. Los guerreros sin rango acampaban al descubierto, pero los caballeros estaban en tiendas, y para algunos de los señores más importantes se habían erigido pabellones grandes como casas. Tyrion divisó el buey rojo de los Prester, el jabalí pinto de lord Crakehall, el árbol en llamas de Marbrand, el tejón de Lydden. Los caballeros lo saludaron al verlo pasar, y los soldados miraron atónitos a los hombres de los clanes.

Shagga también parecía atónico; sin duda, jamás había visto tantos hombres, caballos y armas. El resto de los bandidos disimuló mejor el asombro, pero Tyrion estaba seguro de que también estaban impresionados. Mejor. Cuanto más los maravillara el poder de los Lannister, más fácil sería darles órdenes.

La posada y los establos estaban más o menos como los recordaba, aunque del resto del pueblo apenas si quedaban algunas piedras y cimientos ennegrecidos. En medio del patio había una horca, y el cadáver que colgaba de ella estaba cubierto de cuervos. Cuando Tyrion se acercó, levantaron el vuelo batiendo las alas negras, y graznaron. Desmontó y echó un vistazo a lo que quedaba del cadáver. Era una mujer; las aves le habían devorado los labios y las mejillas, dejando al descubierto una sonrisa roja y espantosa.

—Una habitación, una comida y una jarra de vino —le recordó con un suspiro de reproche—. Era lo único que pedía.

De los establos salieron unos muchachitos asustados, para encargarse de sus caballos. Shagga no quería entregar el suyo.

—El muchacho no te va a robar la yegua —lo tranquilizó Tyrion—. Solo le

dará avena y agua, y la cepillará. —Al abrigo de Shagga tampoco le habría sentado mal un cepillado, pero no habría sido de buen gusto señalarlo—. Confía en mí: la tratarán bien.

—Este es el caballo de Shagga, hijo de Dolf —rugió Shagga al mozo de cuadras mientras le entregaba las riendas de mala gana.

—Si no te la devuelve, le podrás cortar la virilidad y echársela de comer a las cabras —le prometió Tyrion—. Habrá que buscar las cabras, claro. —Bajo el cartel de la posada había un par de guardias con capas carmesí y yelmos adornados con leones. Tyrion reconoció a su capitán—. ¿Mi padre? —preguntó.

—En la sala común, mi señor.

—Mis hombres querrán carne e hidromiel —le dijo Tyrion—. Ocúpate de que se lo sirvan.

Entró en la posada, y allí estaba su padre.

Tywin Lannister, señor de Roca Casterly y Guardián del Occidente, tenía cincuenta y tantos años, pero también la fortaleza de un hombre de veinte. Hasta sentado resultaba alto, con piernas largas, hombros anchos y vientre plano. Tenía los brazos delgados y musculosos. El cabello, otrora dorado y espeso, empezaba a ralear, por lo que le había ordenado a su barbero que le afeitara la cabeza. Lord Tywin no dejaba nada a medias. También se rasuró el bigote y la barba, pero conservó las espesas patillas que le cubrían las mejillas, desde la oreja hasta la mandíbula. Tenía los ojos de color verde claro con vetas doradas. Un bufón particularmente estúpido bromeó en cierta ocasión diciendo que hasta en la mierda que lord Tywin cagaba había oro. Se decía que el pobre hombre seguía vivo, en lo más profundo de las entrañas de Roca Casterly.

Ser Kevan Lannister, el único hermano vivo de su padre, compartía con lord Tywin unas jarras de cerveza cuando Tyrion entró en la sala común. Su tío era corpulento, de cabello escaso y con una barbita rubia rala que marcaba la línea de una mandíbula enorme. Ser Kevan fue el primero en verlo.

—Tyrion —dijo, sorprendido.

—Tío —saludó Tyrion con una reverencia—. Y mi señor padre. Qué gran placer encontraros aquí.

Lord Tywin, sin moverse de la silla, dirigió a su hijo enano una mirada larga, escrutadora.

—Ya veo que las noticias de tu muerte eran infundadas.

—Lamento decepcionarte, padre —dijo Tyrion—. No hace falta que saltes para abrazarme; no quiero que te canses. —Cruzó la habitación en dirección a su mesa, plenamente consciente del vaivén al que lo sometían en cada paso sus piernas, tan cortas. Cada vez que sentía la mirada de su padre cobraba incómoda conciencia de todas sus deformidades y limitaciones—. Qué amable por tu parte, ir a la guerra por mí. —Se aupó a una silla y se sirvió un vaso de la cerveza de su padre.

—En mi opinión, tú fuiste el que comenzó todo esto —replicó lord Tywin—. Tu hermano Jaime jamás se habría dejado capturar tranquilamente por una mujer.

—Es una de las diferencias que hay entre Jaime y yo. Y otra es que Jaime es más alto, no sé si te habrás dado cuenta.

—El honor de nuestra casa estaba en juego —dijo su padre haciendo caso omiso de la chanza—. No me quedó más remedio. Nadie derrama sangre Lannister con impunidad.

—Oye mi Rugido —recitó Tyrion con una sonrisa. Era el lema de los Lannister—. La verdad sea dicha, no se derramó ni una gota de mi sangre, aunque en un par de ocasiones faltó poco. Morrec y Jyck han muerto.

—Y me imagino que ahora querrás otros hombres.

—No te molestes, padre, ya me he buscado unos cuantos. —Probó un trago de la cerveza. Era excelente, oscura y fuerte, tan espesa que casi se podía masticar. Lástima que su padre hubiera ahorcado a la tabernera—. ¿Qué tal va la guerra?

—Por ahora bien —respondió su tío—. Ser Edmure dispersó sus tropas por todas las fronteras para detener nuestros ataques, y tu señor padre y yo conseguimos hacer picadillo a casi todos antes de que se reagruparan.

—Tu hermano se ha cubierto de gloria —intervino su padre—. Acabó con lord Vance y lord Piper en el Colmillo Dorado, y se enfrentó a todo el poderío de los Tully bajo los muros de Aguasdulces. Los señores del Tridente están derrotados. Ser Edmure Tully ha sido capturado, junto con muchos de sus caballeros y vasallos. Lord Blackwood guio a unos cuantos supervivientes de vuelta a Aguasdulces, y tu hermano los tiene bajo asedio. Los demás huyeron a sus correspondientes fortalezas.

—Tu padre y yo las hemos atacado una a una —dijo ser Kevan—. Sin lord Blackwood, el Árbol de los Cuervos no tardó en caer, y lady Whent tuvo que rendir Harrenhal por falta de hombres para defenderla. Ser Gregor acabó con los Piper y los Bracken...

—Con lo que ya no os queda ninguna oposición —dijo Tyrion.

—Algo sí queda —dijo ser Kevan—. Los Mallister todavía resisten en Varamar, y Walder Frey está tomando posiciones en Los Gemelos.

—No importa —dijo lord Tywin—. Frey únicamente salta a la batalla cuando el aire huele a victoria, y ahora solo le llega el hedor de la ruina. Y respecto a Jason Mallister, no tiene las fuerzas necesarias para luchar a solas. En cuanto Jaime se apodere de Aguasdulces, los dos doblarán la rodilla enseguida. A menos que los Stark y los Arryn avancen para enfrentarse a nosotros, ya hemos ganado esta guerra.

—Yo que tú no me preocuparía demasiado por los Arryn —dijo Tyrion—. Los Stark ya son otra cosa. Lord Eddard...

—... es nuestro rehén —dijo su padre—. No puede avanzar con ningún ejército; se está pudriendo en una mazmorra bajo la Fortaleza Roja.

—En efecto —asintió ser Kevan—, pero su hijo ha convocado a los vasallos y está en Foso Cailin, con un fuerte ejército.

—Ningún ejército es fuerte hasta que lo demuestra —replicó lord Tywin—. El hijo de Stark es un niño. Sin duda, le gusta cómo suenan los cuernos de guerra y cómo ondean los estandartes al viento, pero al final todo es una carnicería. No creo que tenga valor.

—¿Y qué hace nuestro valeroso monarca mientras tiene lugar esta carnicería? —preguntó Tyrion mientras pensaba que las cosas se habían puesto muy interesantes en su ausencia—. ¿Cómo ha conseguido mi hermosa y persuasiva hermana que Robert encierre a su querido amigo Ned?

—Robert Baratheon ha muerto —le dijo su padre—. Tu sobrino reina ahora en Desembarco del Rey. —Aquellos sí que dejó boquiabierto a Tyrion.

—Querrás decir mi hermana. —Bebió otro trago de cerveza. Con Cersei reinando en el lugar de su marido, el reino iba a cambiar mucho.

—Si quieres hacer algo útil, te daré el mando de una tropa —dijo su padre—. Marq Piper y Karyl Vance siguen sueltos en nuestra retaguardia, y se dedican a atacar nuestras tierras en el Forca Roja.

—Vaya —dijo Tyrion—. Qué gente más descarada, mira que atreverse a contraatacar. Lo malo es que me reclaman asuntos importantes.

—¿De veras? —Lord Tywin no parecía sorprendido en absoluto—. También hay un par de seguidores de Ned Stark, muy molestos, que se dedican a saquear mis caravanas de aprovisionamiento. Beric Dondarrion, un joven señor que se cree muy valiente. Lo acompaña ese sacerdote gordo, el que prende fuego a su espada. ¿Crees que podrías encargarte de ellos antes de huir sin hacer demasiado el ridículo?

Tyrion se secó la boca con el dorso de la mano y sonrió.

—Padre, mi corazón salta de alegría al ver que estás deseoso de confiar en mí... ¿cuántos hombres? ¿Veinte? ¿Cincuenta? ¿Seguro que puedes prescindir de tantos? Bueno, no importa. Si me tropiezo con Thoros y con lord Beric, les daré una buena azotaina. —Se bajó de la silla y caminó torpemente hasta el aparador, sobre el que había un gran queso rodeado de frutas—. Pero antes debo cumplir algunas promesas que hice —siguió mientras se cortaba una generosa ración—. Necesitaré trescientos yelmos y otras tantas cotas de malla, y además, espadas, lanzas con punta de hierro, mazas, hachas, guanteletes, gorjales, canilleras, corazas, carromatos para transportarlo todo...

La puerta que había a su espalda se abrió tan bruscamente que a Tyrion casi se le cayó el queso. Ser Kevan se levantó maldiciendo al ver que un capitán de la guardia cruzaba la estancia por los aires e iba a estrellarse contra la chimenea. El hombre cayó sobre las cenizas frías, con el yelmo del león torcido. Shagga partió

su espada en dos contra la rodilla, gruesa como un tronco de árbol, tiró al suelo los pedazos y recorrió la sala común a zancadas. Lo precedía su hedor, más maduro que el del queso, que en aquel lugar cerrado resultaba insoportable.

—Pequeño caparroja —ladró—, la próxima vez que amenaces con acero a Shagga, hijo de Dolf, te cortaré la virilidad y la asaré en el fuego.

—¿Cómo? ¿Nada de cabras? —dijo Tyrion al tiempo que mordisqueaba el queso.

El resto de los hombres de los clanes, acompañado por Bronn, siguió a Shagga. El mercenario le dirigió a Tyrion una mirada pesarosa.

—¿Quiénes sois? —preguntó lord Tywin, frío como la nieve.

—Me han seguido hasta casa, padre —explicó Tyrion—. ¿Me los puedo quedar? No comen demasiado.

Nadie se rio.

—¿Con qué derecho irrumpís en nuestro consejo, salvajes? —exigió saber ser Kevan.

—¿Salvajes nosotros, hombre de las tierras bajas? —Conn habría resultado atractivo, una vez bien lavado—. Somos hombres libres, y los hombres libres se sientan en todos los consejos de guerra.

—¿Cuál es el señor del león? —preguntó Chella.

—Los dos son viejos —señaló Timett, hijo de Timett, que todavía no había cumplido los veinte años.

Ser Kevan se llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero su hermano le detuvo la muñeca con dos dedos. Lord Tywin parecía impertérrito.

—¿Qué ha sido de tus modales, Tyrion? Ten la bondad de presentarnos a nuestros... honorables invitados.

—Será un placer —dijo Tyrion después de lamerse los dedos—. La hermosa doncella es Chella, hija de Cheyk, de los orejas negras.

—No soy ninguna doncella —protestó Chella—. Mis hijos han cortado ya cincuenta orejas.

—Y ojalá corten cincuenta más. —Tyrion siguió adelante—. Este es Conn, hijo de Coratt. El que parece Roca Casterly con pelo es Shagga, hijo de Dolf. Los dos son grajos de piedra. Este es Ulf, hijo de Umar, de los hermanos de la luna, y aquí os presento a Timett, hijo de Timett, un mano roja de los hombres quemados. Y por último, este es Bronn, un mercenario sin lealtades particulares. En el breve tiempo que hace que lo conozco ha cambiado de bando dos veces. Te llevarás de maravilla con él, padre. —Se volvió hacia Bronn y los hombres de los clanes—. Quiero presentarlos a mi señor padre, Tywin, hijo de Tytos de la casa Lannister, señor de Roca Casterly, Guardián del Occidente, Escudo de Lannisport, que una vez fue mano del rey y probablemente volverá a serlo.

—Hasta en el occidente conocemos las proezas de los clanes guerreros de las montañas de la Luna —dijo lord Tywin levantándose, digno y correcto—. ¿Qué

os trae desde vuestras fortalezas, mis señores?

—Caballeros —dijo Shagga.

—Una promesa de seda y acero —dijo Timett, hijo de Timett.

Tyrion estaba a punto de informar a su padre de cómo se proponía reducir el Valle de Arryn a un erial humeante, pero no le dieron ocasión. La puerta se abrió de golpe otra vez. El mensajero dirigió una mirada de extrañeza a los hombres de los clanes antes de hincar una rodilla en tierra ante lord Tywin.

—Mi señor —dijo—, ser Addam me envía a deciros que el ejército Stark avanza.

Lord Tywin Lannister no sonrió. Lord Tywin nunca sonreía, pero Tyrion había aprendido a leer la satisfacción en el rostro de su padre.

—Así que el lobezno sale de su guarida y quiere jugar con los leones —dijo con voz tranquila—. Espléndido. Vuelve con ser Addam y dile que no debe atacar a los norteños hasta que lleguemos nosotros. En cambio, quiero que los hostigue por los flancos y los obligue a avanzar más hacia el sur.

—Se hará como ordenáis —dijo el jinete, tras lo cual se retiró.

—Aquí estamos bien situados —señaló ser Kevan—. Cerca del vado, y rodeados de fosos y empalizadas. Si vienen hacia el sur, deja que se acerquen; ya se estrellarán contra nosotros.

—Puede que el chico, al ver nuestro número, se retire o pierda el valor —replicó lord Tywin—. Cuanto antes quebremos a los Stark, antes estaré libre para encargarme de Stannis Baratheon. Ordena que los tambores toquen para convocar una asamblea, y haz llegar a Jaime la noticia de que voy a avanzar contra Robb Stark.

—Como deseas —dijo ser Kevan.

Tyrion observó con fascinación sombría cómo su padre se volvía hacia los semisalvajes hombres de los clanes.

—Dicen que los hombres de los clanes de las montañas son guerreros sin miedo.

—Dicen la verdad —respondió Conn, de los grajos de piedra.

—Y las mujeres —añadió Chella.

—Cabalga conmigo contra mis enemigos, y tendréis todo lo que os prometió mi hijo y mucho más.

—¿Vas a pagarnos con nuestras propias monedas? —dijo Ulf, hijo de Umar—. ¿Para qué necesitamos la promesa del padre si ya tenemos la del hijo?

—No he dicho que necesitéis nada —replicó lord Tywin—. Mis palabras eran simple cortesía, nada más. No es necesario que os unáis a nosotros. Los hombres de las llanuras invernales están hechos de hierro y hielo; hasta los más valientes de mis caballeros temen enfrentarse a ellos.

Tyrion no pudo disimular una sonrisa retorcida ante tal alarde de habilidad.

—Los hombres quemados no temen a nada. Timett, hijo de Timett, cabalgará

con los leones.

—Vayan adonde vayan los hombres quemados, los grajos de piedra los preceden —declaró Conn, ardoroso—. También iremos.

—Shagga, hijo de Dolf, les cortará la virilidad y se la echará de comer a los cuervos.

—Cabalgaremos contigo, señor del león —dijo Chella, hija de Cheyk—. Pero tu hijo mediohombre debe venir con nosotros. Ha comprado con promesas el aire que respira. Hasta que tengamos el acero que nos ha prometido, su vida nos pertenece.

Lord Tywin clavó en su hijo aquellos ojos con destellos dorados.

—Qué bien —dijo Tyrion con una sonrisa resignada.

Las paredes de la sala del trono estaban desnudas; los tapices con escenas de caza que tanto le gustaban al rey Robert se encontraban amontonados de cualquier manera en un rincón.

Ser Mandon Moore fue a ocupar su lugar bajo el trono, junto a dos de sus camaradas de la Guardia Real. Sansa se quedó junto a la puerta, sin que nadie la vigilara, por primera vez. Como recompensa por su buen comportamiento, la reina le había dado libertad para recorrer el castillo, pero siempre con escolta. Decía que era «una guardia de honor para mi futura hija», pero para Sansa no era ningún honor.

«Libertad para recorrer el castillo» quería decir que podía ir adonde quisiera dentro de la Fortaleza Roja, siempre que prometiera no salir fuera de sus muros; fue una promesa que Sansa hizo de buena gana. Además, tampoco habría podido aventurarse más allá. Las puertas estaban vigiladas día y noche por los capas doradas de Janos Slynt, y siempre había cerca un guardia Lannister. Y aunque pudiera abandonar el castillo, ¿adónde iría? Tenía suficiente con pasear por el patio, recoger flores en el jardín de Myrcella y visitar el septo para rezar por su padre. A veces rezaba también en el bosque de dioses, ya que los Stark veneraban a las antiguas deidades.

Era la primera sesión de corte del reinado de Joffrey, de manera que Sansa miró a su alrededor muy nerviosa. Bajo las ventanas que daban al oeste había una hilera de guardias de la casa Lannister, y bajo las del este, otros tantos guardias de la ciudad, con sus capas doradas. No vio a ningún plebeyo, pero sí a un grupo de señores, unos importantes y otros no tanto, que parecían muy inquietos. No había más de veinte personas, cuando en las sesiones del rey Robert esperaban unas cien.

Sansa se deslizó entre ellos, y murmuró saludos corteses mientras trataba de llegar a la primera fila. Reconoció a Jalabhar Xho, con su piel morena, al sombrío ser Aron Santagar, a los gemelos Redwyne, Horror y Baboso... pero a ella nadie parecía reconocerla. Y si la conocían, desviaban la vista como si tuviera la peste gris. El enfermizo lord Gyles se cubrió el rostro al verla llegar y fingió un ataque de tos, y cuando ser Dontos, siempre borracho y divertido, inició un saludo, ser Balon Swann le susurró algo al oído, y se calló de inmediato.

Y faltaban muchos. ¿Adónde se habían ido? Sansa no lo sabía. Buscó rostros amigos, pero fue en vano. Nadie la miraba a los ojos. Era como si se hubiera convertido en un fantasma, como si estuviera muerta.

El gran maestre Pycelle estaba sentado ante la mesa del Consejo, él solo, al parecer adormilado, con las manos entrelazadas por encima de la barba. Sansa vio que lord Varys entraba apresuradamente en la sala, sin hacer ruido al caminar. Un momento más tarde entró también lord Baelish, con una sonrisa en

el rostro. Conversó unos instantes con ser Balon y ser Dontos antes de ir a su sitio. Sansa sentía el aleteo de los nervios en el estómago.

« No hay por qué tener miedo —se dijo—. No hay por qué tener miedo; todo saldrá bien. Joff me quiere, y la reina también; ella misma me lo dijo» .

—Su alteza, Joffrey de las casas Baratheon y Lannister —proclamó el heraldo—, el primero de su nombre, rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, y señor de los Siete Reinos. Su señora madre, Cersei de la casa Lannister, reina regente, Luz del Occidente y Protectora del Reino.

Ser Barristan Selmy, resplandeciente con su armadura blanca, les abrió paso. Ser Arys Oakheart escoltaba a la reina, y ser Boros Blount caminaba junto a Joffrey, de manera que en la sala había ya seis guardias reales: todos los espadas blancas, a excepción de Jaime Lannister. Su príncipe... ¡No, ya era su rey!, subió de dos en dos los peldaños que llevaban al Trono de Hierro, mientras que su madre se sentaba a la mesa del Consejo. Joffrey llevaba ropas de terciopelo negro con ribetes carmesí y una deslumbrante capa de hilo de oro con amplio cuello, y lucía una corona de oro con incrustaciones de rubíes y diamantes negros.

Joffrey paseó la vista por la sala y su mirada se encontró con la de Sansa. Sonrió, y se sentó.

—El deber de un rey es castigar a los desleales y recompensar a los que le son fieles. Gran maestre Pyelle, os ordeno que leáis mis decretos.

Pyelle se puso en pie. Llevaba una túnica magnífica de terciopelo escarlata, con cuello de armiño y brillantes cierres de oro. De una de las amplias mangas extrajo un tubo dorado, del que sacó un pergamino. Lo desenrolló y empezó a leer una larga lista de nombres. Se ordenaba a todos ellos, en nombre del rey y del Consejo, que se presentaran allí para jurar lealtad a Joffrey. De no hacerlo, se los consideraría traidores, y sus tierras y títulos pasarián al trono.

La lista de los nombres hizo que Sansa contuviera el aliento. Lord Stannis Baratheon, su señora esposa, su hija. Lord Renly Baratheon. Los dos hombres que ostentaban el título de lord Royce y sus respectivos hijos. Ser Loras Tyrell. Lord Mace Tyrell, sus hermanos, tíos e hijos. El sacerdote rojo, Thoros de Myr. Lord Beric Dondarrion. Lady Lysa Arryn y su hijito, el pequeño lord Robert. Lord Hoster Tully, su hermano, ser Brynden, y su hijo, ser Edmure. Lord Jason Mallister. Lord Bryce Caron de las Marcas. Lord Tytos Blackwood. Lord Walder Frey y su heredero, ser Stevron. Lord Karyl Vance. Lord Jonos Bracken. Lady Shella Whent. Doran Martell, príncipe de Dorne, y todos sus hijos.

« Son tantos —pensó mientras Pyelle seguía y seguía leyendo—. Hará falta toda una bandada de cuervos para llevar todas esas órdenes» .

Y al final, casi los últimos, llegaron los nombres que Sansa temía oír. Lady Catelyn Stark Robb Stark Brandon Stark Rickon Stark Arya Stark Sansa contuvo una exclamación. Arya. Querían que Arya se presentara para jurar fidelidad...

Aquello significaba que su hermana había escapado en la galera, que a aquellas alturas ya estaría a salvo en Invernia...

El gran maestre Pycelle enrolló la lista, se la guardó en la manga izquierda y se sacó otro pergamino de la derecha. Carraspeó para aclararse la garganta y siguió leyendo.

—Es deseo de su alteza que, en lugar del traidor Eddard Stark, sea Tywin Lannister, señor de Roca Casterly y Guardián del Occidente, quien ocupe el puesto de mano del rey, para hablar con su voz, dirigir sus ejércitos contra sus enemigos y cumplir su regia voluntad. Así lo ha decretado el rey. El Consejo Privado accede.

» Es deseo de su alteza que, en lugar del traidor Stannis Baratheon, sea su señora madre, la reina regente Cersei Lannister, que ha sido siempre su más firme apoyo, quien ocupe un lugar en el Consejo Privado, para ayudarlo a reinar con sabiduría y justicia. Así lo ha decretado el rey. El Consejo Privado accede.

—Sansa oyó un murmullo de voces entre los señores que la rodeaban, pero cesó de inmediato. Pycelle siguió leyendo—. Es también deseo de su alteza que a su leal sirviente, Janos Slynt, comandante de la Guardia de la Ciudad de Desembarco del Rey, le sea concedido de inmediato el título de lord, y se le asigne el antiguo asentamiento de Harrenhal, con todas sus tierras e ingresos, y que sus hijos y nietos sean titulares de los mismos honores tras su muerte y hasta el fin de los tiempos. También es su deseo que lord Slynt ocupe un puesto de inmediato en el Consejo Privado, para ayudarlo en las labores del reino. Así lo ha decretado el rey. El Consejo Privado accede.

Sansa vio un movimiento por el rabillo del ojo cuando Janos Slynt entró en la sala. Los murmullos fueron entonces más sonoros y airados. Los orgullosos señores, cuyas casas se remontaban a hacia miles de años, abrieron paso de mala gana al plebeyo calvo y con cara de sapo. Le habían cosido al jubón de terciopelo negro escamas de oro, que tintineaban con cada uno de sus pasos. Su capa era de seda, a cuadros negros y dorados. Dos muchachos poco agraciados, que debían de ser sus hijos, caminaban ante él, luchando contra el peso de un escudo metálico tan alto como ellos. Había adoptado como blasón una lanza ensangrentada, oro sobre campo negro. Solo con verlo se le puso a Sansa la carne de gallina.

—Y por último —siguió leyendo el gran maestre Pycelle en cuanto lord Slynt hubo ocupado su lugar—, en estos días de caos y traición, tras la muerte de nuestro amado Robert, es opinión del Consejo que la vida y seguridad del rey Joffrey son de la máxima importancia... —Se interrumpió y miró a la reina, que se levantó.

—Ser Barristan Selmy, adelantaos.

Ser Barristan, que hasta aquel momento había permanecido inmóvil como una estatua al pie del Trono de Hierro, avanzó, hincó una rodilla en tierra e

inclinó la cabeza.

—Estoy a vuestras órdenes, alteza.

—Levantaos, ser Barristan —dijo Cersei Lannister—. Podéis quitaros el yelmo.

—¿Mi señora? —El anciano caballero se levantó y se quitó el yelmo, aunque al parecer no entendía la razón.

—Habéis servido al reino mucho tiempo y fielmente, buen caballero; cada hombre y cada mujer de los Siete Reinos tiene una deuda de gratitud con vos. Pero ya ha llegado la hora de que concluyáis vuestro servicio. Es deseo del rey y del Consejo que descanséis de tan pesada carga.

—Carga? Lo siento... no entiendo...

—Su alteza intenta deciros que quedáis relevado como lord comandante de la Guardia Real —intervino con voz tosca y pesada el recién nombrado lord, Janos Slynt.

—Alteza —dijo al final el caballero alto y canoso, que pareció encogerse; casi no respiraba—, la Guardia Real es una Hermandad Juramentada. Hacemos votos de por vida. Solo la muerte libera al lord comandante de su sagrada misión.

—¿La muerte de quién, ser Barristan? —La voz de la reina era suave como la seda, pero sus palabras llegaron a todos los rincones de la sala—. ¿La vuestra o la del rey?

—Dejaste morir a mi padre —le dijo Joffrey en tono acusador desde el Trono de Hierro—. Estás demasiado viejo para proteger a nadie.

Sansa vio cómo el caballero alzaba la vista hacia su nuevo rey. Hasta entonces nunca había aparentado los años que tenía, pero en aquel momento era anciano de verdad.

—Alteza —dijo—, se me eligió como Espada Blanca cuando tenía veintitrés años. Era lo máximo que había soñado, desde la primera vez que tuve una espada en la mano. Renuncié a todo derecho sobre mi herencia ancestral. La muchacha con la que iba a casarme contrajo matrimonio con mi primo. Yo no tenía necesidad de tierras ni de hijos; viviría únicamente por el reino. Fue el propio ser Gerold Hightower quien escuchó mi juramento: proteger al rey con todas mis fuerzas, derramar mi sangre por él... Peleé junto al Toro Blanco, junto al príncipe Lewyn de Dorne, junto a ser Arthur Dayne, la Espada del Amanecer... Antes de servir a vuestro padre, serví como escudero al rey Aerys, y antes de él, a su padre, Jaehaerys... Tres reyes...

—Todos ellos muertos —señaló Meñique.

—Vuestro tiempo ya ha pasado —anunció Cersei Lannister—. Joffrey necesita a su lado hombres jóvenes y fuertes. El Consejo ha decidido que ser Jaime Lannister ocupará vuestro lugar como lord comandante de los hermanos juramentados de las Espadas Blancas.

—El Matarreyes —dijo ser Barristan con desprecio—. El mal caballero que

profanó su espada con la sangre del rey al que había jurado defender.

—Cuidado con lo que decís —le advirtió la reina—. Habláis de nuestro querido hermano, que lleva la sangre del rey.

—No olvidamos vuestros servicios, buen caballero —intervino lord Varys, más amable que los otros—. Lord Tywin Lannister ha accedido generosamente a concederos una generosa porción de tierra al norte de Lannisport, junto al mar, con oro y hombres suficientes para construir una fortaleza, y criados que atiendan todas vuestras necesidades.

—Una sala en la que morir y hombres para que me entierren —replicó ser Barristan—. Os lo agradezco, mis señores... Pero escupo sobre vuestra compasión. —Alzó la mano y soltó los broches con que se sujetaba la capa, y la pesada prenda blanca cayó de sus hombros al suelo. El yelmo fue a parar al suelo también—. Soy un caballero —añadió. Se abrió los cierres de plata de la coraza, y la dejó caer con lo demás—. Y moriré como un caballero.

—Un caballero desnudo, a este paso —bromeó Meñique.

Todos se echaron a reír: Joffrey, en su trono, los señores que aguardaban de pie, Janos Slynt, la reina Cersei y Sandor Clegane, y hasta el resto de los hombres de la Guardia Real, los cinco que hasta hacía un instante habían sido sus hermanos.

«Seguro que esto es lo que más le ha dolido», pensó Sansa. Su corazón estaba con el valiente anciano que se encontraba allí, de pie, abochornado y sonrojado, demasiado furioso para decir nada. Por último, el hombre desenvernó la espada.

Sansa oyó una exclamación contenida. Ser Boros y ser Meryn se adelantaron para enfrentarse a él, pero ser Barristan los detuvo en el sitio con una mirada rebosante de desprecio.

—No temáis, señores: vuestro rey está a salvo... pero no gracias a vosotros. Incluso ahora podría acabar con los cinco tan fácilmente como si cortara queso con un puñal. Si vais a servir a las órdenes del Matarreyes, ninguno de vosotros es digno de vestir el blanco. —Tiró la espada al pie del Trono de Hierro—. Toma, niño. Fúndela y ponla con las demás siquieres. Te será más útil que las espadas que esgriman estos cinco. Puede que lord Stannis se siente sobre ella cuando te quite el trono.

Salió de la sala por el camino más largo, con pasos que resonaban sonoramente contra el suelo y levantaban ecos en las paredes de piedra desnuda. Las damas y los caballeros le abrieron paso. Hasta que no hubo traspasado las grandes puertas de roble y bronce, Sansa no oyó de nuevo los sonidos habituales de los susurros, las personas que se movían inquietas y los crujidos de los papeles sobre la mesa del Consejo.

—Me ha llamado niño —se quejó Joffrey, que en aquel momento no aparentaba su edad—. Y ha hablado de mi tío Stannis.

—Pura palabrería —dijo Varys, el eunuco—. Sin la menor importancia...

—Puede que esté intrigando con mis tíos. Quiero que lo apresen y lo interroguen. —Nadie se movió. Joffrey alzó la voz—. ¡He dicho que quiero que lo apresen!

—Mis capas doradas se encargarán de todo, alteza —dijo Janos Slynt levantándose de la mesa del Consejo.

—Bien —dijo el rey Joffrey. Lord Janos salió de la sala a zancadas; sus feos retoños casi tenían que correr tras él, con el gran escudo de metal en el que se veían las armas de la casa Slynt.

—Alteza —le recordó Meñique al rey—, prosigamos. Los siete son ahora seis. Nos falta una espada para vuestra Guardia Real.

—Díselo tú, madre. —Joffrey sonrió.

—El rey y el Consejo han decidido que no hay hombre en los Siete Reinos más adecuado para guardar y proteger a su alteza que su escudo juramentado, Sandor Clegane.

—¿Qué te parece, Perro? —preguntó el rey Joffrey.

El rostro cicatrizado del Perro no dejaba traslucir información. Se detuvo a pensar un largo instante.

—¿Por qué no? No tengo tierras ni esposa. Y aunque tuviera, ¿a quién le importaría? —Torció el lado quemado de la boca—. Pero os lo advierto, no pienso prestar juramento como caballero.

—Los Hermanos de la Guardia Real han sido siempre caballeros —dijo ser Boros con firmeza.

—Hasta ahora —replicó el Perro con voz áspera.

Ser Boros se quedó en silencio.

Cuando el heraldo del rey dio un paso al frente, Sansa comprendió que se acercaba el momento. Nerviosa, se alisó el tejido de la falda. Vestía de luto como muestra de respeto al difunto rey, pero había puesto especial cuidado en estar bonita. Llevaba el vestido de seda marfil que la reina le había regalado, el que Arya estropeara con la naranja, pero lo había teñido de negro y la mancha no se veía. Estuvo horas rebuscando entre sus joyas antes de optar por la elegante sencillez de una cadena de plata.

—Si alguien quiere presentar otros asuntos a su alteza —retumbó la voz del heraldo en la sala—, que hable ahora o que se mantenga en silencio.

« Ahora —se dijo Sansa, temblando de miedo—. Tiene que ser ahora, que los dioses me den valor. —Dio un paso, y otro. Los señores y caballeros se apartaron para dejarla pasar—. Tengo que ser tan fuerte como mi señora madre» .

—Alteza —dijo con voz temblorosa.

La altura del Trono de Hierro hacía que Joffrey dominara la sala mejor que nadie. Fue el primero en verla.

—Adelantaos, mi señora —le dijo sonriente.

Su sonrisa le dio valor, la hizo sentirse hermosa y fuerte. « Me ama, me

ama». Sansa alzó la cabeza y se dirigió hacia él, ni muy despacio ni demasiado deprisa. No debía permitir que vieran lo nerviosa que estaba.

—Lady Sansa de la casa Stark—anunció el heraldo.

Se detuvo bajo el trono, al lado de la capa blanca, el yelmo y la coraza de ser Barristan.

—¿Quieres presentar algún asunto ante el rey y el Consejo, Sansa? —le preguntó la reina desde la mesa del Consejo.

—Así es. —Se arrodilló sobre la capa para no mancharse el vestido, y alzó la vista hacia su príncipe, sentado en el temible trono negro—. Alteza, quiero pedir misericordia para mi padre, lord Eddard Stark, que fue mano del rey. —Había ensayado aquellas palabras un centenar de veces.

—Me decepcionas, Sansa. —La reina dejó escapar un suspiro—. ¿Qué te dije sobre la sangre del traidor?

—Vuestro padre ha cometido crímenes graves y espantosos, mi señora —entonó el gran maestre Pyelle.

—Pobrecilla, pobrecilla —suspiró Varys—. No es más que una niña, mis señores, no sabe lo que está pidiendo.

Sansa solo tenía ojos para Joffrey.

«Tiene que escucharme, tiene que escucharme», pensó. El rey se movió inquieto en el trono.

—Dejad que hable —ordenó—. Quiero escucharla.

—Gracias, alteza. —Sansa le dirigió una sonrisa tímida, secreta, solo para él. La estaba escuchando. Lo sabía, lo sabía.

—La traición es una semilla ponzoñosa —declaró Pyelle con solemnidad—. Hay que arrancarla de raíz, o saldrán nuevos traidores de debajo de las piedras.

—¿Negáis los crímenes de vuestro padre? —preguntó lord Baelish.

—No, mis señores. —Sansa sabía qué debía decir—. Sé que merece un castigo. Lo único que pido es clemencia. Mi padre debe de lamentar lo que hizo. Era amigo del rey Robert, lo quería con todo su corazón, bien lo sabéis. Él no quería el cargo de mano hasta que el rey se lo pidió. A mi padre lo engañaron, si no...

El rey Joffrey se inclinó hacia delante, con las manos sobre los brazos del trono. Entre sus dedos sobresalían las puntas de las espadas.

—Dijo que yo no era el rey. ¿Por qué?

—Tenía la pierna rota —replicó Sansa al instante—. Le dolía tanto que el maestre Pyelle le daba la leche de la amapola, y se dice que la leche de la amapola nubla la mente. De lo contrario, jamás habría dicho nada así.

—La fe de una niña... —dijo Varys—. Qué dulce inocencia... Pero se dice que de las bocas de los inocentes se oye la verdad.

—La traición es la traición —señaló Pyelle al instante.

—¿Madre? —Joffrey se mecía en el trono, inquieto.

—Si lord Eddard confesara su crimen —dijo por fin Cersei Lannister después de mirar a Sansa, pensativa—, sabríamos que se ha arrepentido de su locura.

« Por favor —pensó Sansa—. Por favor, por favor, sé el rey que sé que eres, bueno, generoso y noble, por favor» .

—¿Queréis añadir algo más? —preguntó Joffrey poniéndose en pie.

—Solo que... si me amáis, me concederéis esta merced, príncipe mío —dijo.

—Vuestras dulces palabras me han conmovido —dijo galante el rey Joffrey mirándola detenidamente, al tiempo que asentía, dando a entender que todo se iba a arreglar—. Haré lo que me pidáis..., pero antes, vuestro padre debe confesar. Debe confesar y reconocer que soy el rey, o no habrá piedad para él.

—Lo hará —dijo Sansa, con un alivio inmenso—. Lo hará, sé que lo hará.

EDDARD

La paja del suelo apestaba a orina. No había ventanas ni lecho; ni siquiera un cubo para hacer sus necesidades. Recordó unos muros de piedra color rojo claro festoneados con manchas de salitre, una puerta gris de madera astillada, de medio palmo de grosor, con remaches de hierro. Lo había visto un instante justo antes de que lo empujaran al interior de la celda. Una vez cerrada la puerta, ya no vio nada más. La oscuridad era absoluta. Tanto daría que estuviera ciego.

O muerto. Enterrado con su rey.

—Ay, Robert —murmuró al tiempo que tocaba la piedra fría.

La pierna le palpitaba cada vez que se movía. Recordaba las bromas del rey en las criptas de Invernalia, bajo la mirada fría de los Reyes del Invierno.

« El rey come, y la mano limpia la mierda». Cuánto se habían reido. Pero Robert estaba equivocado. « El rey muere —pensó Ned Stark—, y entierran a la mano».

La mazmorra se encontraba bajo la Fortaleza Roja, más profunda de lo que se atrevía a imaginar. Recordó las viejas leyendas sobre Maegor el Cruel, que hizo matar a los albañiles que trabajaron en el castillo, para que no pudieran revelar sus secretos.

Malditos fueran todos: Meñique, Janos Slynt y sus capas doradas, la reina, el Matarreyes, Pycelle, Varys y ser Barristan; hasta lord Renly, que era de la sangre de Robert, y había huido cuando más lo necesitaba. Pero sobre todo se culpaba a sí mismo.

—Idiota —gritó a la oscuridad—. Tres veces idiota, y encima ciego.

El rostro de Cersei Lannister parecía flotar ante él, en la negrura del calabozo. Tenía el cabello lleno de sol, pero su sonrisa era burlona.

« Cuando se juega al juego de tronos, solo se puede ganar o morir», le susurró. Ned había jugado y había perdido, y sus hombres pagaron con la vida el precio de su estupidez.

Cada vez que pensaba en sus hijas habría llorado de buena gana, pero no le salían las lágrimas. Incluso en aquellos momentos, era un Stark de Invernalia, y la rabia y el dolor se congelaban en su interior.

Si permanecía inmóvil, la pierna no le dolía tanto, así que hacía lo posible por yacer quieto. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. No había sol ni luna. No había luz para marcar las paredes. Ned cerraba los ojos, y los abría sin que ello representara ninguna diferencia. Dormía, despertaba y volvía a dormir. No sabía qué le resultaba más doloroso, el sueño o el despertar. Cuando dormía tenía pesadillas inquietantes; soñaba con sangre, con promesas rotas. Cuando despertaba no podía hacer otra cosa que pensar, y sus pensamientos eran peores que las pesadillas. Solo pensar en Cat le resultaba tan doloroso como un lecho de clavos. ¿Dónde estaría en aquel momento? ¿Qué haría? ¿Volvería a verla alguna

vez?

Las horas se transformaron en días, o aquello le pareció. Sentía un dolor sordo en la pierna destrozada, y picor bajo la escayola. Cada vez que se tocaba el muslo sentía arder la carne. No se oía más sonido que el de su respiración. Tras un tiempo empezó a hablar en voz alta, solo por oír una voz. Hizo planes para mantenerse cuerdo; construyó castillos de esperanza en la oscuridad. Los hermanos de Robert estaban fuera, reuniendo ejércitos en Rocadragón y Bastión de Tormentas. Alyn y Harwin volverían a Desembarco del Rey con el resto de sus guardias en cuanto se encargaran de ser Gregor. Catelyn levantaría el norte en armas en cuanto recibiera la noticia, y los señores del río, la montaña y el Valle se unirían a ella.

Descubrió que cada vez pensaba más en Robert. Veía al rey tal como fue en la flor de su juventud, alto y apuesto, con el gran yelmo adornado con cornamenta en la cabeza, el martillo de guerra en la mano, a lomos de su caballo como un dios astado. Oía su risa en la oscuridad y veía sus ojos, azules y claros como lagos en la montaña.

—Mira a qué nos hemos visto reducidos, Ned —le dijo Robert—. Dioses, ¿cómo hemos acabado así? Tu ahí, y yo asesinado por un cerdo. Juntos conseguimos un trono...

«Te fallé, Robert —pensó Ned. No podía decirlo en voz alta—. Te mentí, te oculté la verdad. Dejé que te mataran».

El rey lo oyó.

—Idiota estirado —le dijo—, demasiado orgulloso para escuchar. ¿No te pudiste tragar el orgullo, Stark? ¿Acaso el honor protegerá a tus hijos? —El rostro se agrietó; la carne se llenó de fisuras. Extendió la mano y se arrancó la máscara. No era Robert, sino Meñique, sonriente, que se burlaba de él. Cuando abrió la boca para hablar, sus mentiras se convirtieron en polillas grises que echaron a volar.

Ned estaba adormilado cuando las pisadas se detuvieron fuera, en el pasillo. Al principio pensó que las había soñado; hacía mucho que no oía nada que no fuera el sonido de su voz. Estaba febril, tenía los labios secos y agrietados, y el dolor sordo de la pierna era un suplicio. Cuando la pesada puerta de madera se abrió con un crujido, la luz repentina le hizo daño en los ojos.

El carcelero empujó una jarra hacia él. La arcilla estaba fresca, húmeda por fuera. Ned la cogió con ambas manos y bebió, ansioso. El agua se le derramó por las comisuras de la boca y le mojó la barba. Bebió hasta que estuvo a punto de vomitar.

—¿Cuánto tiempo...? —preguntó con voz débil.

—Nada de hablar —dijo el carcelero al tiempo que le arrebataba la jarra de las manos. Era un hombrillo flaco como un espantapájaros, con cara de rata y barba poco poblada, que vestía cota de malla y capa corta de cuero.

—Por favor —dijo Ned—. Mis hijas...

La puerta se cerró de golpe. Parpadeó mientras la luz volvía a esfumarse, inclinó la cabeza sobre el pecho y se acurrucó en la paja. Ya no apestaba a orina ni a excrementos. Ya no apestaba a nada.

Después no pudo establecer la diferencia entre estar dormido y despierto. El recuerdo se le acercaba a hurtadillas en la oscuridad, vívido como un sueño. Fue el año de la falsa primavera. Él volvía a tener dieciocho años; había bajado del Nido de Águilas para asistir al torneo de Harrenhal. Veía el verde intenso de la hierba y oía el polen en el viento. Días cálidos, noches frescas y el sabor dulce del vino. Recordó la risa de Brandon, y el valor loco de Robert en el combate cuerpo a cuerpo, su manera de reír mientras derribaba a sus adversarios a diestro y siniestro. Recordó a Jaime Lannister, un joven con armadura blanca, de rodillas en la hierba ante el pabellón de su rey, jurando proteger y defender al rey Aerys. Después, ser Oswell Whent lo ayudó a ponerse en pie, y el Toro Blanco en persona, el lord comandante ser Gerold Hightower, le abrochó la capa nívea de la Guardia Real. Luego, los seis Espadas Blancas dieron la bienvenida a su nuevo hermano.

Pero, cuando empezó la justa, Rhaegar Targaryen fue el protagonista. El príncipe heredero llevaba la misma armadura que luciría el día de su muerte: negra, deslumbrante, con el dragón tricéfalo de su casa dibujado con rubíes sobre la coraza. La capa de seda escarlata le ondeaba a la espalda al cabalgar, y parecía que no había lanza capaz de tocarlo. Brandon cayó ante él, y también Yohn Royce, al que llamaban Yohn Bronce... y hasta el espléndido ser Arthur Dayne, la Espada del Amanecer.

Robert había estado bromeando con Jon y con el anciano lord Hunter mientras el príncipe daba la vuelta al campo de justas tras desmontar a ser Barristan en el último combate por la corona del campeón. Ned recordó claramente el momento en que todas las sonrisas murieron, cuando el príncipe Rhaegar Targaryen espolgó su caballo, pasó de largo por donde estaba su esposa, la princesa dorniense Elia Martell, para poner el laurel de reina de la belleza en el regazo de Lyanna. Aún era capaz de visualizarlo: una corona de rosas invernales, azules como la escarcha.

Ned Stark extendió la mano para coger la corona de flores, pero bajo los pétalos azules había espinas escondidas. Sintió cómo se le clavaban en la piel, afiladas, despiadadas. Vio el reguero de sangre que le brotaba de los dedos, y despertó tembloroso en la oscuridad.

—Prométemelo, Ned —le había susurrado su hermana en su lecho de sangre. A ella le encantaba el aroma de las rosas invernales.

—Los dioses me guarden —sollozó Ned—. Me estoy volviendo loco.

Los dioses no se dignaron responder.

Cada vez que el carcelero le llevaba agua, se decía que había pasado un día

más. Al principio le suplicaba que le diera alguna noticia de sus hijas, que le dijera algo sobre lo que pasaba fuera de la celda. Solo obtuvo gruñidos y patadas a modo de respuesta. Más adelante, cuando empezaron los retortijones de estómago, suplicó comida. No sirvió de nada. Quizá los Lannister quisieran matarlo de hambre.

«No», se dijo. Si Cersei lo quisiera muerto, lo habrían asesinado en el salón del trono, junto a sus hombres. Lo necesitaba con vida. Débil, desesperado, pero con vida. Catelyn tenía prisionero a su hermano. La reina no osaría matarlo; sería también el fin del Gnomo.

Oyó un tintineo de cadenas de hierro en el exterior de la celda. La puerta crujió y se abrió. Ned puso una mano en la pared húmeda y trató de incorporarse hacia la luz. El brillo de una antorcha le hizo entrecerrar los ojos.

—Comida —gimió.

—Vino —le respondió una voz. No era el hombre con cara de rata; aquel carcelero era más bajo, más grueso, aunque llevaba la misma capa corta de cuero y el casco con punta de acero—. Bebed, lord Eddard. —Añadió, y puso un pellejo de vino en las manos de Ned.

La voz le resultaba extrañamente familiar, pero Ned Stark tardó unos momentos en situarla.

—¿Varys? —dijo al final, inseguro. Tocó el rostro del hombre—. Esto no... no lo estoy soñando. Estáis aquí. —Las mejillas regordetas del eunuco estaban cubiertas por una barba oscura y descuidada. Ned palpó el pelo tosco con los dedos. Varys se había transformado en un carcelero canoso, que apestaba a sudor y a vino agrio—. ¿Cómo habéis...? ¿Qué clase de mago sois?

—Un mago sediento —dijo Varys—. Bebed, mi señor.

—¿Es el mismo veneno que mató a Robert? —preguntó Ned palpando el pellejo.

—Me offendéis —respondió Varys con tristeza—. Qué cierto es que nadie quiere a un eunuco. Dadme ese pellejo. —Bebió un buen trago; un hilillo de vino tinto le corrió por la comisura de la boca regordeta—. No es tan bueno como el que me ofrecisteis la noche del torneo, pero tampoco resulta más venenoso que la mayoría —concluyó al tiempo que se secaba los labios—. Tomad.

—Posos —dijo Ned después de pegar un trago. Sentía como si estuviera a punto de vomitar.

—Todo hombre debe probar lo dulce con lo amargo. Los grandes señores y los eunucos, todos por igual. Ha llegado vuestra hora, mi señor.

—Mis hijas...

—La pequeña escapó de ser Meryn y consiguió huir —le dijo Varys—. No he podido encontrarla. Los Lannister tampoco. Es una buena noticia; nuestro nuevo rey no le tiene demasiado afecto. Vuestra hija mayor sigue siendo la prometida de Joffrey. Cersei la vigila de cerca. Acudió a la corte hace unos días

para suplicar que fueseis perdonado. Lástima que no la oyerais; resultó conmovedora. —Se inclinó hacia él y lo miró con atención—. Supongo que sabéis que sois hombre muerto, lord Eddard.

—La reina no me matará —replicó Ned. La cabeza le daba vueltas. El vino era fuerte, y llevaba demasiado tiempo sin comer—. Cat... Cat tiene a su hermano...

—No tiene al hermano adecuado —suspiró Varys—. Y, de cualquier manera, ya no está en su poder. Dejó que el Gnomo se le escapara de entre los dedos. Supongo que ya estará muerto, en cualquier lugar de las montañas de la Luna.

—Si eso es cierto, cortadme la garganta y acabemos ya de una vez —Estaba mareado por el vino, agotado, y triste.

—Vuestra sangre es lo último que deseo.

—Cuando mataron a mis guardias estabais junto a la reina —dijo Ned con el ceño fruncido—, y os limitasteis a mirar sin decir nada.

—Volvería a hacerlo. Creo recordar que también estaba desnudo, sin armadura y rodeado de espadas Lannister. —El eunuco lo miró con curiosidad, inclinando la cabeza a un lado—. Cuando era joven, antes de que me mutilaran, viajé por las Ciudades Libres con una compañía de comediantes. Me enseñaron que cada hombre tiene su papel en la vida, igual que en las comedias. Así es la corte. La justicia del rey debe ser temible, el consejero de la moneda debe ser austero, el lord comandante de la Guardia Real debe ser valiente... y el consejero de los rumores debe ser taimado y obsequioso, y carecer de escrúpulos. Un informador valeroso sería tan inútil como un guerrero cobarde. —Volvió a coger el pellejo de vino y bebió otro trago.

—¿Me podéis sacar de este agujero? —Ned escrutó el rostro del eunuco, en busca de la verdad oculta bajo las cicatrices falsas y la barba postiza. Probó un poco más de vino. Le entró con mayor facilidad.

—Puedo, pero... ¿lo haré? No. Habría muchas preguntas, y las respuestas apuntarían en mi dirección.

—Sois franco. —Había sido la respuesta que Ned esperaba.

—Un eunuco no tiene honor, y una araña no puede permitirse el lujo de los escrúpulos, mi señor.

—Al menos, ¿querréis llevar un mensaje de mi parte?

—Eso dependerá del mensaje. Si lo deseáis, os proporcionaré papel y pluma. Escribiréis lo que queráis; luego, yo cogeré la carta, la leeré, y la entregaré o no, según convenga a mis fines.

—Vuestros fines. ¿Cuáles son, lord Varys?

—La paz —replicó Varys sin titubear—. Si había alguien en Desembarco del Rey que intentara por todos los medios mantener con vida a Robert Baratheon, ese era yo. —Suspiró—. Durante quince años conseguí protegerlo de sus enemigos, pero no pude protegerlo de sus amigos. ¿Qué ataque de locura os hizo

decirle a la reina que sabíais la verdad sobre el origen de Joffrey?

—La locura de la piedad —admitió Ned.

—Ah —dijo Varys—. Claro. Sois un hombre sincero y honorable, lord Eddard. A veces se me olvida. He conocido a tan pocos en mi vida... —Echó un vistazo a la celda—. Al ver adónde os han traído la sinceridad y el honor, lo comprendo.

—El vino del rey... —Ned Stark apoyó la cabeza contra la piedra húmeda, y cerró los ojos. La pierna le dolía intensamente—. ¿Habéis interrogado a Lancel?

—Oh, por supuesto. Cersei le dio los pellejos, y le dijo que eran de la cosecha favorita de Robert. —El eunuco se encogió de hombros—. La vida de un cazador está llena de peligros. Si el jabalí no hubiera matado a Robert, habría sido una caída del caballo, la mordedura de una víbora, una flecha perdida... El bosque es el matadero de los dioses. Lo que acabó con el rey no fue el vino. Fue vuestra piedad.

—Los dioses me perdonen. —Era lo que Ned había temido.

—Si los dioses existen, creo que lo harán —replicó Varys—. De cualquier manera, la reina no habría esperado mucho más. Robert se estaba volviendo difícil de manejar; tenía que acabar con él para tener las manos libres y enfrentarse también a sus hermanos. Qué pareja, Stannis y Renly..., el guantelete de hierro y el guante de seda. —Se secó la boca con el dorso de la mano—. Os habéis comportado como un estúpido, mi señor. Debisteis hacer caso a Meñique cuando os dijo que apoyarais a Joffrey para la sucesión.

—¿Cómo... cómo sabéis eso?

—Lo sé —dijo Varys con una sonrisa—; es lo único que importa. Y también sé que mañana, la reina vendrá a veros.

—¿Por qué? —Ned alzó los ojos, despacio.

—Cersei os tiene miedo, mi señor... pero hay otros enemigos a los que todavía teme más. Su amado hermano Jaime está en estos momentos combatiendo contra los señores del río. Lysa Arryn ocupa el Nido de Águilas, rodeada de piedra y acero, y no siente ningún cariño hacia la reina. Se dice que en Dorne los Martell lloran aún el asesinato de la princesa Elia y sus bebés. Y ahora, vuestro hijo avanza por el Cuello, con una hueste de norteños.

—Robb no es más que un niño —dijo Ned, commocionado.

—Un niño con un ejército —replicó Varys—. Pero, como bien decís, solo un niño. Los hermanos del rey son los que le quitan el sueño a Cersei, sobre todo lord Stannis. Es él quien tiene derecho al trono, sus proezas como comandante en el campo de batalla son de todos conocidas, y no conoce la piedad. No hay criatura en la tierra tan aterradora como un hombre justo. Nadie sabe qué ha estado haciendo Stannis en Rocadragón, pero sospecho que si se ha dedicado a colecciónar algo, han sido espadas, no conchas marinas. Así que ahí tenéis la pesadilla de Cersei: mientras su padre y su hermano gastan las fuerzas luchando

contra los Tully y los Stark, lord Stannis desembarca, se proclama rey, y adiós a la cabecita rubia y rizada de su hijo... y a la suya, de paso, aunque sospecho que se preocupa más por el chico.

—Stannis Baratheon es el legítimo heredero de Robert —dijo Ned—. El trono le corresponde por derecho. Su proclamación sería lo justo.

—Os garantizo que no es eso lo que Cersei quiere oír —dijo Varys después de chasquear la lengua—. Stannis puede conseguir el trono, pero si no medis vuestras palabras, lo único que quedará de vos para recibirlo será vuestra cabeza pudriendose en una pica. Las súplicas de Sansa fueron tan dulces... Sería una lástima que lo echarais todo a perder. Podéis recuperar la vida. Cersei no es estúpida. Sabe que un lobo domesticado es más útil que un lobo muerto.

—¿Queréis que sirva a la mujer que mató a mi rey, asesinó a mis hombres y dejó tullido a mi hijo? —La voz de Ned denotaba toda la incredulidad del mundo.

—Quiero que sirváis al reino —replicó Varys—. Decidle a la reina que confesaréis vuestra vil traición. Ordenad a vuestro hijo que deponga la espada, y proclamad que Joffrey es el heredero legítimo. Ofreceos a denunciar a Stannis y a Renly como usurpadores. Nuestra leona de ojos verdes sabe que sois hombre de honor. Si le dais la paz que necesita y el tiempo para enfrentarse a Stannis, y juráis que os llevaréis su secreto a la tumba, creo que os dará permiso para vestir el negro y pasar el resto de vuestros días en el Muro, con vuestro hermano y ese hijo bastardo que tenéis allí.

Al pensar en Jon, Ned sintió una vergüenza profunda y un dolor más allá de las palabras. Ojalá pudiera ver al muchacho otra vez, sentarse, hablar con él... El dolor le recorrió la pierna como un latigazo bajo la escayola sucia. Hizo una mueca, y abrió y cerró los dedos, impotente.

—¿Este plan es cosa vuestra? —preguntó a Varys—. ¿O es también cosa de Meñique?

—Antes de aliarme con Meñique me casaría con la Cabra Negra de Qohor. —Aquellos había hecho sonreír al eunuco—. Meñique es el segundo hombre más retorcido de los Siete Reinos. Oh, por supuesto que le transmito rumores: los que a mí me interesan, y los necesarios para que crea que le soy leal... igual que permito que Cersei piense que soy leal a ella.

—E igual que me lo hicisteis creer a mí. Decidme, lord Varys, ¿a quién servís en realidad?

—Al reino, mi buen señor —contestó Varys con una sonrisa—, no lo dudéis. Os lo juro por mi virilidad perdida. Sirvo al reino, y el reino necesita paz. —Apuró el último trago de vino y tiró el pellejo vacío a un rincón—. Decidme, lord Eddard, ¿cuál es vuestra respuesta? Dadme vuestra palabra de que, cuando la reina venga a veros, le diréis lo que quiere oír.

—Si lo hiciera, mi palabra sería tan hueca como una armadura vacía. No valoro mi vida tanto como para eso.

—Lástima —suspiró el eunuco—. ¿Qué hay de la vida de vuestra hija, mi señor? ¿Cuánto la valoráis?

—Mi hija... —El corazón se le heló a Ned en el pecho.

—No pensaréis que he olvidado su dulce inocencia, ¿verdad, mi señor? Desde luego, la reina no la ha olvidado.

—No —suplicó Ned, con la voz rota—. Varys, por los dioses, haced lo que queráis conmigo, pero dejad a mi hija fuera de vuestros planes. Sansa no es más que una niña.

—También Rhaenys era una niña. La hija del príncipe Rhaegar. Una chiquilla adorable, más joven que vuestras hijas. Tenía un gatito negro al que llamaba Balerion, ¿lo sabíais? A veces me pregunto qué sería de él. A Rhaenys le gustaba jugar a que era el verdadero Balerion, el Terror Negro de antaño, pero supongo que los Lannister le enseñaron enseguida la diferencia entre un gatito y un dragón, el día que derribaron su puerta. —Varys dejó escapar un suspiro de cansancio, el suspiro del hombre que carga sobre los hombros con todas las penas del mundo—. Una vez, el septón supremo me dijo que el sufrimiento es el precio que pagamos por nuestros pecados. Si eso es cierto, decidme, lord Eddard... ¿por qué son siempre los inocentes los que más sufren cuando vosotros, los grandes señores, jugáis al juego de tronos? Meditadlo mientras esperáis a la reina. Y meditad también sobre esto: el próximo visitante puede traeros pan, queso y leche de la amapola que os alivie el dolor... o puede traeros la cabeza de Sansa.

» Mi querido lord Eddard, la decisión es solo vuestra.

A medida que el ejército bajaba por el empinado camino, entre las ciénagas negras del Cuello, y se abría al llegar a las tierras del río, los temores de Catelyn aumentaban. Ocultaba sus miedos tras un rostro sereno e inexpresivo, pero allí estaban, y crecían con cada legua de trayecto. Se pasaba los días ansiosa; las noches, inquieta, y cada vez que veía volar un cuervo apretaba los dientes.

Temía por su señor padre, y su silencio ominoso la llenaba de dudas. Temía por su hermano Edmure, y rezaba a los dioses para que velaran por él si tenía que enfrentarse en combate al Matarreyes. Temía por Ned y por las niñas, y por los dulces muchachitos que había dejado en Invernalia. Pero no podía hacer nada por ninguno de ellos, de manera que intentaba apartarlos de sus pensamientos.

« Debes conservar las fuerzas para Robb —se dijo—. Es el único al que puedes ayudar. Debes ser tan fiera y dura como el norte, Catelyn Tully. Ahora debes ser una verdadera Stark como tu hijo».

Robb cabalgaba a la cabeza de la columna, bajo el estandarte blanco de Invernalia. Cada día invitaba a uno de los señores a unirse a él, de manera que pudieran conferenciar por el camino. Honraba por turnos a todos los hombres, sin favoritismos, y los escuchaba igual que había hecho su padre, siempre sopesando las palabras de cada uno contra las de los demás.

« Ha aprendido mucho de Ned —pensaba Catelyn al mirarlo—. Pero ¿será suficiente?».

El Pez Negro había elegido cien hombres y cien caballos veloces, y se había adelantado para ocultar sus movimientos y examinar el camino. Los informes que llevaban a su regreso los jinetes de ser Brynden no la tranquilizaron en absoluto. Las huestes de lord Tywin estaban a varios días de camino hacia el sur... pero Walder Frey, señor del Cruce, había reunido a casi cuatro mil hombres en sus castillos del Forca Verde.

—Otra vez tarde —murmuró Catelyn al enterarse. Maldito hombre; era otra vez como en el Tridente. Su hermano Edmure había convocado a los vasallos; lord Frey debería haberse unido al ejército de los Tully en Aguasduces, pero seguía en el Forca Verde.

—Cuatro mil hombres —repitió Robb, más perplejo que airado—. Lord Frey no pensará enfrentarse solo a los Lannister. Sin duda, pretende unirse a nuestro ejército.

—¿Tú crees? —replicó Catelyn. Se había adelantado para cabalgar con Robb y con Robett Glover, su acompañante de aquel día. La vanguardia se extendía a sus espaldas como un lento bosque de lanzas, picas y estandartes—. Yo no estaría tan segura. Nunca esperes nada de Walder Frey; así te ahorrarás sorpresas.

—Es vasallo de tu padre.

—Hay hombres que se toman sus juramentos más en serio que otros, Robb.

Y las relaciones de lord Walder con Roca Casterly siempre fueron más amistosas de lo que a mi padre le habría gustado. Uno de sus hijos está casado con la hermana de Tywin Lannister. Ciento que eso no significa gran cosa. Lord Walder ha tenido gran número de hijos, y con alguien había que casarlos, pero...

—¿Teméis que piense traicionarnos y ayudar a los Lannister, mi señora? —preguntó Robb Glover, muy serio.

—Para ser sincera —contestó Catelyn con un suspiro—, dudo que el propio lord Frey sepa cuáles son las intenciones de lord Frey. Tiene la cautela de un anciano y la ambición de un joven, y astucia nunca le ha faltado.

—Necesitamos Los Gemelos, madre —dijo Robb con vehemencia—. No hay otra manera de cruzar el río. Lo sabes igual que yo.

—Sí. Y también lo sabe Walder Frey, puedes estar seguro.

Aquella noche acamparon en el límite sur de los pantanos, a mitad de trayecto entre el camino Real y el río. Allí los encontró Theon Greyjoy cuando fue a llevarles nuevas noticias de su tío.

—Ser Brynden me envía a deciros que ya ha cruzado espadas con los Lannister. Hay una docena de exploradores que no volverán para informar a lord Tywin en breve... ni nunca. —Sonrió—. Ser Addam Marbrand está al mando de su avanzadilla, y se retira hacia el sur, quemándolo todo a su paso. Sabe aproximadamente dónde nos encontramos, pero dice el Pez Negro que, cuando nos dividimos, no se enterará.

—A menos que lord Frey se lo diga —señaló Catelyn—. Theon, cuando vuelvas con mi tío, dile que sitúe a sus mejores arqueros en torno a Los Gemelos, día y noche, con orden de abatir cualquier cuervo que salga de sus almenas. No quiero que ninguno lleve noticias a lord Tywin sobre los movimientos de mi hijo.

—Ser Brynden ya se ha encargado de eso, mi señora —respondió Theon, con una sonrisa arrogante—. Unos cuantos pájaros más y podremos preparar una empanada. Os guardaré las plumas para que os hagáis un sombrero.

Debía haber imaginado que Brynden el Pez Negro lo habría calculado ya.

—¿Qué han hecho los Frey mientras los Lannister quemaban sus campos y saqueaban sus aldeas?

—Ha habido enfrentamientos entre los hombres de ser Addam y los de lord Walder —respondió Theon—. A menos de un día de camino de aquí nos encontramos con dos exploradores Lannister que servían de alimento a los buitres: los Frey los habían ahorcado. Pero la mayor parte de los hombres de lord Walder permanece en Los Gemelos.

Catelyn pensó con amargura que aquello llevaba, sin lugar a dudas, el sello de Walder Frey: esperar, demorarse, vigilar y no correr riesgos a menos que lo obligaran.

—Si ha estado combatiendo a los Lannister, quizás piense mantener su juramento —dijo Robb.

—Defender sus tierras es una cosa —dijo Catelyn, que no estaba tan segura —, y enfrentarse a lord Tywin en batalla, otra muy diferente.

—¿Ha descubierto el Pez Negro alguna otra manera de cruzar el Forca Verde? —preguntó Robb volviéndose hacia Theon Greyjoy.

—El río baja muy crecido y muy rápido —contestó Theon con un gesto de negación—. Ser Brynden dice que, tan al norte, no se puede vadear.

—¡Necesito ese paso! —declaró Robb, airado—. Sí, supongo que los caballos podrían cruzar a nado, pero no si llevan a lomos jinetes con armaduras. Tendríamos que construir balsas para cruzar las armas, los yelmos, las cotas de malla... y no tenemos tantos árboles. Ni tanto tiempo. Lord Tywin avanza hacia el norte... —Apretó un puño.

—Lord Frey no será tan estúpido como para intentar cortarnos el paso —dijo Theon Greyjoy, con su confianza habitual—. Tenemos cinco veces más hombres que él. Si lo necesitas, puedes tomar Los Gemelos, Robb.

—No sería sencillo —les advirtió Catelyn—. Y no lo conseguirías a tiempo. Mientras preparas el asedio, Tywin Lannister llegaría con sus huestes y te atacaría por la retaguardia.

Robb miró a Greyjoy, buscando respuestas, sin encontrarlas. Durante un momento, pese a la cota de malla, la espada y la sombra de barba, aparentaba ser aún más joven.

—¿Qué haría mi padre? —preguntó a Catelyn.

—Buscar una manera de pasar —respondió ella—. Costara lo que costara.

A la mañana siguiente fue ser Brynden quien acudió a hablar con ellos. Se había despojado de la pesada coraza y el yelmo que llevaba como Caballero de la Puerta, y lucía en cambio las prendas de cuero ligeras propias de un jinete, pero mantenía el pez de obsidiana como broche para la capa.

—Ha habido una batalla bajo las murallas de Aguasdulces —le dijo a Catelyn su tío con expresión grave mientras desmontaba—. Lo hemos averiguado de un escolta Lannister al que cogimos prisionero. El Matarreyes ha destrozado las huestes de Edmure y ha hecho retroceder a los señores del Tridente.

—¿Y mi hermano? —preguntó Catelyn con el corazón en un puño.

—Herido y prisionero —dijo ser Brynden—. Lord Blackwood y el resto de los supervivientes resisten el asedio dentro de Aguasdulces, rodeados por las huestes de Jaime.

—Si queremos llegar a tiempo para ayudarlos, tenemos que cruzar este condenado río. —Robb parecía preocupado.

—No será fácil —le advirtió ser Brynden—. Lord Frey ha reunido todo su ejército dentro del castillo, y ha atrancado las puertas.

—Maldito sea —gruñó Robb—. Si ese viejo idiota no cede y me deja pasar, no tendré más remedio que derribar sus muros. Derribaré Los Gemelos encima de él, si es necesario, ¡a ver qué le parece!

—Hablas como un niño enfadado, Robb —le recriminó Catelyn—. Cuando un niño ve un obstáculo, lo primero que hace es rodearlo o derribarlo. Un señor debe aprender que, a veces, las palabras consiguen lo que está fuera del alcance de las espadas.

—Explícame quéquieres decir, madre —pidió Robb, sumiso. Se le habían enrojecido las orejas ante la reprimenda.

—Los Frey llevan seiscientos años defendiendo el Cruce, y durante seiscientos años han fijado siempre el precio del peaje.

—¿El precio? ¿Qué puede querer?

—Eso es lo que tenemos que averiguar —contestó Catelyn con una sonrisa.

—Y si me niego a pagar ese peaje?

—Entonces tendrás que retirarte de vuelta a Foso Cailin, desplegarte para enfrentarte a lord Tywin... o esperar a que te salgan alas. No se me ocurren más opciones.

Catelyn picó espuelas y se alejó para que su hijo tuviera tiempo de meditar sobre sus palabras. No serviría de nada que se sintiera como si su madre estuviera usurpando su puesto.

« ¿Le enseñaste sabiduría, además de valor, Ned? —se preguntó—. ¿Le enseñaste a doblar la rodilla?». Los cementerios de los Siete Reinos estaban llenos de valientes que jamás habían aprendido aquella lección.

Era ya mediodía cuando la vanguardia divisó Los Gemelos, el asentamiento de los señores del Cruce.

Allí, el Forca Verde era un río rápido y profundo, pero los Frey lo dominaban desde hacía siglos, y se habían enriquecido gracias a lo que otros les pagaban por cruzarlo. Su puente era un arco gigantesco de roca gris pulida, tan ancho que cabían dos carros juntos; en la mitad se alzaba la Torre del Agua, desde la que se dominaba tanto el camino como el río, con troneras para los arqueros y rastrillos. Los Frey habían tardado tres generaciones en completar el puente. Cuando terminaron, situaron fortificaciones de madera en ambas orillas, para que nadie pudiera cruzar sin su permiso.

La madera había dejado lugar a la piedra hacia ya mucho tiempo. Los Gemelos, dos castillos achaparrados, feos, idénticos en todos los sentidos, unidos por el puente, llevaban siglos vigilando el Cruce. Estaban protegidos por murallas, fosos profundos y pesados portalones de hierro y roble, y los extremos del puente surgían de sus entrañas. En cada orilla había un rastrillo y una barbacana, y la Torre del Agua defendía el puente en sí.

A Catelyn le bastó una mirada para comprender que no se podía tomar el castillo. En las almenas se divisaban lanzas, espadas y escorpiones. En cada tronera había un arquero; el puente levadizo estaba levantado; el rastrillo, bajado, y las puertas, cerradas y atrancadas.

En cuanto vio qué les aguardaba, el Gran Jon empezó a jurar y a maldecir.

Lord Rickard Karstark se limitó a mirar en silencio.

—Mis señores, eso es inexpugnable —anunció Roose Bolton.

—Y tampoco podemos vencerlos por asedio; necesitaríamos un ejército en la otra orilla para el segundo castillo —señaló Helman Tallhart, sombrío. Al otro lado de las aguas turbulentas, la torre occidental parecía un reflejo de su hermana oriental—. Ni aunque tuviéramos tiempo... que, desde luego, no tenemos.

Mientras los señores norteños examinaban el castillo, se abrió una puerta lateral, alguien tendió un puente de tablones para salvar el foso, y una docena de jinetes salieron hacia ellos, guiados por cuatro de los muchos hijos de lord Walder. Su blasón eran dos torres gemelas, azul oscuro sobre campo de plata grisácea. Ser Stevron Frey, el heredero de lord Walder, era el portavoz. Todos los Frey tenían aspecto de comadreja: ser Stevron, con más de sesenta años y nietos propios ya, se asemejaba especialmente a una comadreja vieja y cansada. Pero se mostró muy educado.

—Mi señor padre me envía a saludaros, y a preguntar quién dirige tan poderoso ejército.

—Yo. —Robb hizo avanzar a su caballo. Llevaba puesta la armadura, de la silla de su caballo colgaba el escudo de Invernalia con el lobo huargo, y Viento Gris trotaba junto a él.

El anciano caballero lo miró con una tenue chispa de diversión en los ojos grises acuosos, pero su caballo castrado se removió inquieto ante la presencia del huargo.

—Para mi señor padre sería un honor que compartierais con él la carne y el hidromiel en el castillo, y le explicaseis vuestro propósito en estas tierras.

Sus palabras cayeron entre los señores vasallos como la piedra lanzada por una catapulta. A ninguno le parecía bien. Maldijeron, discutieron, se gritaron unos a otros.

—No lo hagáis, mi señor —le suplicó Galbart Glover a Robb—. Lord Walder no es digno de confianza.

Roose Bolton estaba de acuerdo.

—Si entráis ahí solo, estaréis en su poder. Podrá venderos a los Lannister, arrojaros a una mazmorra o cortaros la garganta, lo que le plazca.

—Si quiere hablar con nosotros, que abra las puertas; así compartiremos todos su pan y su hidromiel —declaró ser Wendel Manderly.

—O que salga y agasaje a Robb aquí, a la vista de sus hombres y de los vuestros —sugirió su hermano, ser Wy lis.

Catelyn Stark compartía las dudas, pero solo con ver a ser Stevron supo que no le gustaba lo que estaba oyendo. Unas pocas palabras más, y perderían la ocasión. Tenía que actuar enseguida.

—Iré y yo —dijo en voz alta.

—¿Vos, mi señora? —El Gran Jon frunció el ceño.

—Madre, ¿estás segura? —Obviamente, Robb no lo estaba.

—Por supuesto —mintió Catelyn con tono alegre—. Lord Walder es vasallo de mi padre. Lo conozco desde que era niña. Jamás me haría daño alguno.

«A no ser que con ello consiguiera algún beneficio», añadió para sus adentros. Pero algunas veces era imprescindible mentir.

—Estoy seguro de que mi señor padre estará encantado de hablar con lady Catelyn —dijo ser Stevron—. Como salvaguardia de nuestras buenas intenciones, mi hermano ser Perwyn permanecerá aquí hasta que ella vuelva con vosotros sana y salva.

—Será nuestro huésped de honor —dijo Robb. Ser Perwyn, el más joven de los cuatro Frey del grupo, desmontó y tendió a uno de sus hermanos las riendas de su caballo—. Quiero que mi señora madre esté de vuelta al caer la noche, ser Stevron —siguió Robb—. No tengo intención de demorarme más aquí.

—Como queráis, mi señor —asintió ser Stevron Frey con cortesía.

Catelyn picó espuelas, sin volver la vista atrás. Los hijos y los soldados de lord Walder siguieron sus pasos.

En cierta ocasión, su padre le había dicho que Walder Frey era el único señor de los Siete Reinos capaz de sacarse un ejército de los calzones. Cuando el señor del Cruce recibió a Catelyn en la sala principal del castillo oriental, rodeado por veinte de aquellos de sus hijos que todavía vivían (de estar allí ser Perwyn, habrían sido veintiuno), treinta y seis nietos, diecinueve bisnietos, y numerosas hijas, nietas, bastardos e hijos de bastardos, entendió perfectamente lo que le había querido decir.

Lord Walder tenía noventa años y aspecto de comadreja rosada, con cabeza calva, demasiado goto para mantenerse en pie sin ayuda. Su última esposa, una chiquilla de dieciséis años pálida y frágil, caminaba junto a la litera en la que lo transportaban. Era la octava lady Frey.

—Es un placer volver a veros tras tantos años, mi señor —dijo Catelyn.

—¿De verdad? —El anciano la miró con desconfianza—. Lo dudo mucho. No me vengáis con palabras bonitas, lady Catelyn; estoy viejo para eso. ¿Qué hacéis aquí? ¿Acaso vuestro hijo es demasiado orgulloso para venir en persona? ¿Qué voy a hacer con vos?

Catelyn era una niña la última vez que estuvo de visita en Los Gemelos, y ya entonces lord Walder era un hombre irascible, de lengua mordaz y modales bruscos. Por lo visto había empeorado con los años. Tendría que elegir las palabras con cuidado y hacer todo lo posible para no ofenderlo.

—Padre —le reprochó ser Stevron—, ¿dónde están tus modales? Lady Stark es nuestra invitada.

—¿Acaso te lo he preguntado a ti? Aún no eres lord Frey, y no lo serás hasta que yo muera. ¿Tengo pinta de muerto? No. Así que no me des instrucciones.

—Esa no es manera de hablar delante de nuestra noble invitada, padre — intervino uno de sus hijos más jóvenes.

—Ahora hasta mis bastardos me quieren dar lecciones de cortesía —se quejó ser Walder—. Maldita sea, diré lo que me venga en gana. He recibido a tres reyes diferentes en mis salas, y también a reinas, ¿crees que me puedes enseñar modales, Ryger? La primera vez que le puse mi semilla, tu madre se dedicaba a ordeñar cabras. —Despidió con un movimiento de la mano al joven sonrojado, y llamó a dos de sus otros hijos—. Danwell, Whalen, ayudadme a sentarme en mi trono.

Alzaron a lord Walder de la litera y lo llevaron hasta el trono de los Frey, una silla alta de roble negro, cuyo respaldo estaba tallado en forma de dos torres unidas por un puente. Su joven esposa se acercó con timidez y le cubrió las piernas con una manta. Una vez instalado, el anciano indicó a Catelyn que se acercara, y le besó la mano con labios ressecos y agrietados.

—Ya está —anunció—. Ahora que ya he cumplido con las cortesías correspondientes, mi señora, quizás mis hijos tengan la bondad de cerrar la boca. ¿Para qué habéis venido?

—Para pediros que abráis las puertas, mi señor —respondió Catelyn con educación—. Mi hijo y sus señores vasallos desean cruzar el río y seguir su camino.

—¿Hacia Aguasdulces? —Dejó escapar una risita burlona—. No, no hace falta que me lo digáis; todavía no estoy ciego. Este viejo aún sabe leer un mapa.

—Hacia Aguasdulces —asintió Catelyn. No había razón alguna para negarlo —. Donde pensaba encontrarlos a vos, mi señor. Seguís siendo vasallo de mi padre, ¿no es así?

—Je —fue la respuesta de lord Walder, un sonido a medio camino entre una carcajada y un gruñido—. He convocado a mis hombres; desde luego, aquí están, ya los habéis visto en las murallas. Mi intención era ponerme en marcha cuando hubiera reunido todas las fuerzas. Bueno, que mis hijos se pusieran en marcha. Yo ya no estoy para esas cosas, lady Catelyn. —Miró a su alrededor en busca de una confirmación, y señaló a un hombre alto, encorvado, de unos cincuenta años—. Díselo tú, Jared. Dile que eso era lo que iba a hacer.

—Así es, mi señora —asintió ser Jared Frey, uno de sus hijos, fruto de su segundo matrimonio—. Lo juro por mi honor.

—¿Acaso es culpa mía que el estúpido de vuestro hermano perdiera la batalla antes de que nos pusiéramos en camino? —Se inclinó hacia delante y la miró con el ceño fruncido, como si la desafiara a poner en duda su versión de los hechos —. Me han dicho que el Matarreyes atravesó sus ejércitos como un hacha que cortara un queso curado. ¿Y queréis que mis hijos vayan corriendo al sur para morir? Todos los que fueron hacia el sur vuelven ahora corriendo al norte.

Catelyn habría escupido de buena gana a la cara del anciano que jumbroso y

lo habría empujado al fuego, pero solo tenía de plazo hasta el anochecer para conseguir que se abriera el puente.

—Razón de más para que lleguemos pronto a Aguasdulces —dijo con calma—. ¿Podemos hablar en algún sitio, mi señor?

—Ya estamos hablando —se quejó lord Frey. Movió la cabeza calva y rosada de un lado a otro—. ¿Qué estáis mirando todos? —les gritó a sus parientes—. Fuera de aquí. Lady Stark desea hablar conmigo en privado. Puede que tenga dudas sobre mi lealtad, je. Fuera todos, a ver si hacéis algo útil. Sí, mujer, tú también. Fuera, fuera, ¡fuera! —Mientras sus hijos, nietos, sobrinos y bastardos salían de la estancia, se inclinó más hacia Catelyn—. Todos están esperando a que muera —le confesó—. Stevron lleva cuarenta años aguardando ese momento, pero cada día hago lo posible por decepcionarlo. Je. ¿Por qué voy a morir? ¿Para que él pueda heredarlo todo? Ni hablar.

—Tengo la esperanza de que viváis hasta los cien años.

—Eso sí que los haría enfadar, je. Desde luego. A ver, ¿qué queríais decirme?

—Deseamos cruzar —respondió Catelyn.

—Ah, ¿sí? ¿Qué directa. ¿Y por qué debería permitiroslo?

—Si tuvierais fuerzas suficientes para subir a las almenas —dijo Catelyn sin poder contener la ira—, veríais que mi hijo tiene un ejército de veinte mil hombres ante vuestras murallas.

—Que serán veinte mil cadáveres cuando llegue lord Tywin —replicó el anciano—. No intentéis asustarme, señora. Vuestro esposo está encerrado por traidor en alguna celda de la Fortaleza Roja; vuestro padre yace enfermo, tal vez moribundo, y Jaime Lannister ha tomado prisionero a vuestro hermano. ¿Por qué voy a teneros miedo? ¿Por vuestro hijo? Puedo enfrentarme a vos hijo contra hijo, y todavía me quedarían dieciocho después de matar a todos los vuestros.

—Hicisteis un juramento ante mi padre —le recordó Catelyn.

—Oh, sí. —Inclinó la cabeza a un lado, sonriente—. Pronuncié unas cuantas palabras, pero si mal no recuerdo también hice juramentos a la corona. Ahora, Joffrey es el rey, y eso os convierte en rebeldes a vos, a vuestro hijo y a todos esos idiotas de ahí fuera. Si tuviera el sentido común de un pez, ayudaría a los Lannister a acabar con vosotros.

—¿Y por qué no lo hacéis? —lo desafió.

—Lord Tywin —dijo lord Walder con un bufido desdeñoso—, el orgulloso y espléndido lord Tywin, Guardián del Occidente, mano del rey, qué gran hombre, él, con su oro para acá y su oro para allá, leones para acá y leones para allá. Pues seguro que, si come demasiadas judías, se tira pedos igual que yo. Pero él jamás lo admitirá, claro que no. ¿Por qué está tan hinchado? Solo tiene dos hijos varones, y uno de ellos es un monstruo deformé. ¡Puedo enfrentarme a él hijo contra hijo, y todavía me quedarían diecinueve y medio después de matar a los tuyos! —Soltó una risita—. Si lord Tywin quiere mi ayuda, más le valdría

pedirla.

—Yo os estoy pidiendo ayuda, mi señor —dijo con humildad Catelyn; el anciano había contestado justo lo que ella quería oír—. Y por mi voz hablan mi padre, mi hermano, mi señor esposo y mis hijos.

—Dejaos de palabrería, señora. —Lord Walder le rozó el rostro con un dedo huesudo—. Para oír palabrería ya tengo a mi esposa. ¿La habéis visto? Tiene diecisés años, es una flor, y su miel es solo para mí. Seguro que el año que viene para estas fechas ya me ha dado un hijo. A lo mejor lo nombro a él heredero; ¡cómo se pondrían los demás!

—Estoy segura de que os dará muchos hijos —dijo Catelyn, y él asintió.

—Vuestro señor padre no vino a mi boda. Un insulto, fue un insulto. Aunque se esté muriendo. Tampoco acudió a mi boda anterior. Me llama «el finado lord Frey», ¿lo sabíais? ¿Acaso piensa que estoy muerto? Pues no estoy muerto, os lo aseguro, y lo sobreviviré a él, igual que sobreviví a su padre. Vuestra familia siempre me ha despreciado, no lo neguéis, no me mintáis, sabéis que es verdad. Hace años acudí a vuestro padre y le propuse que su hijo y mi hija se unieran en matrimonio. ¿Por qué no? Ya había elegido a la chica, una muchachita dulce, apenas unos años mayor que Edmure, pero si a vuestro hermano no le gustaba le podía haber elegido cualquier otra, más joven, mayor, virgen, viuda, lo que gustara. Pero no: lord Hoster no quiso ni hablar de ello. Me respondió con palabras amables y con excusas, pero yo lo que quería era quitarme una hija de encima.

» Y en cuanto a vuestra hermana, es igual o peor. Fue... hace un año, no más. Jon Arryn era todavía la mano del rey, y fui a la ciudad para ver a mis hijos en el torneo. Stevron y Jared ya son viejos para las justas, pero Danwell y Hosteen cabalgaron, y Perwyn también, y un par de bastardos míos participaron en el combate cuerpo a cuerpo. Si hubiera sabido cómo iban a avergonzarme, ni me habría molestado en ir. Hice todo el viaje para ver cómo ese mocoso Tyrell descabalgaba a Hosteen, y eso que tenía la mitad de años que él, y lo llaman ser Margarita, o algo así. ¡Y a Danwell lo desmontó un caballero errante! A veces me pregunto si de verdad son hijos míos. Mi tercera esposa era una Crakehall, y todas las mujeres de esa familia son unas putas. Bueno, qué más da, murió antes de que vos nacierais, ¿a vos qué os importa?

» Estaba hablando de vuestra hermana. Les propuse a lord y lady Arryn que tomaran a dos de mis nietos como pupilos, y a cambio yo acogería a su hijo en Los Gemelos. ¿Acaso mis nietos son indignos de pisar la corte del rey? Son buenos chicos, tranquilos y educados. Walder es hijo de Merrett; le puso mi nombre, y el otro... je, pues no me acuerdo... Pudo haber sido otro Walder; siempre les ponen mi nombre, a ver si los favorezco, pero su padre... ¿quién era su padre? —Su rostro se llenó de arrugas—. Bueno, qué más da, el caso es que lord Arryn no quiso acoger a ninguno de los dos, y seguro que la culpa la tuvo

vuestra hermana. Puso la misma cara que si le hubiera propuesto vender su hijo a una compañía de comediantes o convertirlo en eunuco, y cuando lord Arryn dijo que iba a enviar al chico a Rocadragón como pupilo de Stannis Baratheon se puso hecha una fiera. Lo único que pudo ofrecerme la mano del rey fueron disculpas. ¿Y para qué quiero yo disculpas, eh? ¿Eh?

—Tenía entendido que el hijo de Lysa iba a ser pupilo de lord Tywin, en Roca Casterly —dijo Catelyn con el ceño fruncido, inquieta.

—No, se lo iba a llevar lord Stannis —replicó Walder Frey, irritado—. ¿Acaso pensáis que no distingo a lord Stannis de lord Tywin? Los dos son un montón de mierda, se creen demasiado nobles para pagar, pero eso no importa, el caso es que los distingo. ¿O pensáis que estoy tan viejo que no recuerdo nada? Tengo noventa años y lo recuerdo todo muy bien. También recuerdo qué se hace con una mujer. El año que viene para estas fechas, mi esposa me habrá dado un hijo, seguro. O una hija, es inevitable. Chico o chica, qué más da, será una cosa enrojecida, arrugada y llorona, y seguro que lo quiere llamar Walder o Walda.

—¿Estáis seguro de que Jon Arryn iba a enviar a su hijo como pupilo con lord Stannis? —El nombre que le pusiera lady Frey a su bebé no era cuestión que interesaría a Catelyn.

—Sí, sí, sí —replicó el anciano—. Pero murió, así que ya no importa. Bueno, entonces queréis cruzar el río, ¿verdad?

—Sí.

—¡Pues no! —exclamó lord Walder, crispado—. ¡No cruzaréis el río sin mi permiso! ¿Por qué os lo voy a permitir? Ni los Tully ni los Stark han sido nunca amigos míos. —Se recostó en el trono, cruzó los brazos y sonrió, a la espera de su respuesta.

El resto fue cuestión de regateo.

El sol rojizo empezaba a ponerse tras las colinas del oeste cuando las puertas del castillo se abrieron de nuevo. El puente levadizo descendió, el rastrillo fue izado, y lady Catelyn Stark salió a caballo para reunirse con su hijo y sus señores vasallos. Tras ella iban ser Jared Frey, ser Hosteen Frey, ser Danwell Frey, y el hijo bastardo de lord Walder, Ronel Ríos, al mando de una columna de hombres armados con picas, todos con cotas de malla de acero azul y capas color gris plateado.

Robb se adelantó al galope para recibirla. Viento Gris corría al lado de su semental.

—Ya está —le dijo Catelyn a su hijo—. Lord Walder te da permiso para cruzar. Sus espadas están a tus órdenes, a excepción de cuatrocientos hombres que se quedarán aquí para defender Los Gemelos. Te sugiero que dejes tú también a cuatrocientos hombres, entre arqueros y espadachines. No creo que ponga objeciones... pero asegúrate de que le das el mando a alguien en quien confies. Puede que haga falta que ayude a lord Walder a conservar la fe.

—Como tú digas, madre —respondió Robb al tiempo que miraba a los hombres armados con picas—. ¿Qué te parece... ser Helman Tallhart?

—Buena elección.

—¿Qué... qué quiere él de nosotros?

—Si puedes prescindir de unas cuantas espadas, necesito que algunos hombres escolten a dos de los nietos de lord Frey hasta Invernalia —respondió—. He accedido a acogerlos como pupilos. Son niños pequeños, uno de ocho años y otro de siete. Por lo visto, los dos se llaman Walder. Así, tu hermano Bran tendrá muchachos de su edad que le hagan compañía.

—¿Nada más? ¿Dos pupilos? Es un precio bajo para...

—El hijo de lord Frey, Olyvar, vendrá con nosotros —siguió—. Será tu escudero personal. Su padre desea que, cuando llegue el momento, sea nombrado caballero.

—Un escudero. —Se encogió de hombros—. Bien, muy bien, si es...

—Además, si tu hermana Arya vuelve sana y salva tendrá que casarse con el hijo más joven de lord Walder, Elmar, en cuanto los dos alcancen la mayoría de edad.

—A Arya no le va a hacer la menor gracia. —Robb se había quedado perplejo.

—Y cuando acabe la contienda, tú tendrás que casarte con una de sus hijas —prosiguió Catelyn—. Ha accedido generosamente a que elijas tú mismo a la que más te guste. Tiene muchas.

—Ya veo. —Robb ni siquiera parpadeó.

—¿Accedes?

—¿Puedo negarme?

—Si quieres cruzar, no.

—Entonces, accedo —respondió Robb con solemnidad.

Nunca le había parecido tan mayor como en aquel momento. Un niño podía jugar con espadas, pero hacía falta ser un auténtico señor para acceder a un matrimonio de conveniencia, con todo lo que ello significaba.

Cruzaron el puente al anochecer, bajo una luna creciente que parecía flotar sobre el río. La doble columna atravesó la puerta de la torre este como una gran serpiente de acero, desapareció en el interior, atravesó el puente, y salió de nuevo a la noche tras pasar por la torre oeste.

Catelyn iba a la cabeza de la serpiente, con su hijo, su tío ser Brynden, y ser Stevron Frey. Los seguían nueve décimas partes de los hombres a caballo, entre caballeros, lanceros, arqueros y jinetes libres. Tardaron horas en cruzar. Catelyn no olvidaría nunca el retumbar de los cascos de los animales contra el puente levadizo, la imagen de lord Walder Frey, que los observaba desde su litera, ni el brillo de los ojos que los miraban desde las troneras.

La mayor parte del ejército norteño, hombres armados con picas, arqueros y

soldados de infantería, permaneció en la orilla este bajo el mando de Roose Bolton. Robb le había ordenado que siguiera avanzando hacia el sur, para enfrentarse al poderoso ejército Lannister que avanzaba hacia el norte bajo el mando de lord Tywin.

Para bien o para mal, su hijo había tirado los dados.

—¿Te encuentras bien, Nieve? —preguntó lord Mormont con el ceño fruncido.

—Bien —graznó el cuervo—. Bien.

—Sí, mi señor —mintió Jon en voz muy alta, como si así lo hiciera más cierto—. ¿Y vos?

—Ha intentado asesinarme un hombre muerto —replicó Mormont con mala cara—. ¿Cómo voy a estar bien? —Se rascó la barbilla. El fuego le había chamuscado la barba gris, y se la había afeitado. La sombra del nuevo bigote lo hacía parecer viejo, indigno, gruñón—. No tienes buen aspecto. ¿Qué tal va esa mano?

—Se me está curando. —Jon flexionó los dedos vendados para demostrárselo. Al coger las cortinas en llamas se había hecho quemaduras más graves de lo que creía, y tenía la mano derecha envuelta en sedas hasta el codo. En un primer momento no notó nada; el dolor comenzó más tarde. La piel roja empezó a supurar, y le aparecieron entre los dedos ampollas del tamaño de cucarachas—. El maestre dice que me quedarán cicatrices, pero que podré usar la mano como antes.

—Una mano con cicatrices no importa. En el Muro vas a llevar guantes casi siempre.

—Así es, mi señor. —No eran las cicatrices lo que le parecía preocupante, sino todo lo demás. El maestre Aemon le había dado la leche de la amapola, pero aun así, el dolor había llegado a ser espantoso. Al principio le parecía que aún le ardía la mano, día y noche. Apenas conseguía cierto alivio si la metía en un barreño de nieve y hielo picado. Gracias a los dioses, solo Fantasma lo había visto tendido en la cama, sollozando de dolor. Y cuando conseguía dormirse, soñaba, lo que era aún peor. En el sueño, el cadáver con el que había peleado tenía los ojos azules, las manos negras y el rostro de su padre. Aquello no se atrevió a contárselo a Mormont.

—Dy wen y Hake volvieron anoche —dijo el Viejo Oso—. No encontraron ni rastro de tu tío. Igual que los demás.

—Lo sé. —Jon había conseguido llegar a la sala común para comer con sus amigos, y la búsqueda fallida de los exploradores era el tema de conversación.

—Lo sabes —gruñó Mormont—. ¿Cómo es que aquí todo el mundo lo sabe todo? —No parecía esperar una respuesta—. Por lo visto, solo había dos de esas... de esas criaturas, fueran lo que fueran, no pienso decir que eran hombres. Gracias a los dioses. Unas pocas más y... Bueno, más vale no pensar en ello. Pero seguro que hay más. Me lo dicen mis viejos huesos, y el maestre Aemon está de acuerdo. Los vientos soplan cada vez más fríos. El verano toca a su fin, y se acerca un invierno como el mundo jamás ha visto.

« Se Acerca el Invierno». El lema de los Stark jamás le había parecido a Jon tan sombrío y ominoso.

—Mi señor —preguntó, titubeante—, se comenta que anoche llegó un pájaro...

—Sí. ¿Y qué?

—Pensaba que tal vez trajera noticias de mi padre.

—Padre —se burló el viejo cuervo, que paseaba de un hombro de Mormont al otro—. Padre.

El lord comandante alzó la mano para cerrarle el pico, pero el cuervo saltó sobre su cabeza, sacudió las alas y voló por la sala para ir a posarse sobre la ventana.

—Ruido y dolor —gruñó Mormont—. Es lo único que traen los cuervos. No sé por qué aguanto a ese pajarraco. Si fueran noticias de lord Eddard, ¿no crees que te habría hecho llamar? Bastardo o no, eres sangre de su sangre. El mensaje era sobre ser Barristan Selmy. Por lo visto, lo han echado de la Guardia Real. Ahora ocupa su lugar ese perro negro de Clegane, y se busca a Selmy por traición. Al parecer, los muy imbéciles enviaron a dos hombres a detenerlo, pero los mató a ambos y escapó. —Mormont soltó un bufido que dejaba bien clara su opinión sobre alguien tan estúpido como para enviar a unos capas doradas contra un caballero renombrado como Barristan el Bravo—. En los bosques hay sombras blancas, los muertos recorren nuestras habitaciones, y ahora hay un niño en el Trono de Hierro —añadió, asqueado.

—Niño, niño, niño, niño —graznó el cuervo.

Jon recordó que el Viejo Oso había puesto sus esperanzas en ser Barristan. Si el anciano había caído en desgracia, ¿qué esperanza había de que se prestara atención a su carta? Apretó el puño. El dolor le azotó los dedos quemados como un latigazo.

—¿Se sabe algo de mis hermanas?

—En el mensaje no se mencionaba a lord Eddard ni a las niñas. —Se encogió de hombros, irritado—. Puede que no recibieran mi carta. Aemon envió dos copias, con sus mejores pájaros, pero ¿quién sabe? Lo más probable es que Pyccelle no se haya molestado en contestar. No sería la primera vez, ni la última. Me temo que en Desembarco del Rey no nos conceden mucha importancia. Solo nos dicen lo que quieren que sepamos, o sea, bien poca cosa.

« Y vos me decís solo lo que queréis que sepa, o sea, todavía menos», pensó Jon con resentimiento. Su hermano Robb había convocado a los vasallos e iba rumbo al sur, en pie de guerra, pero nadie le había dicho ni palabra... solo Samwell Tarly, que le leyó la carta al maestre Aemon y aquella misma noche se lo contó todo a Jon, sin dejar de protestar porque no debía hacerlo. Sin duda, pensaban que lo que hiciera su hermano no era asunto suyo. Aquello lo preocupaba hasta límites indecibles. Robb marchaba hacia el sur, y él no. Por

mucho que se repitiera que su lugar estaba en el Muro, con sus nuevos hermanos, seguía sintiéndose un cobarde.

—Maíz —graznaba el cuervo—. Maíz, maiz.

—Cállate de una vez —le dijo el Viejo Oso—. Nieve, ¿cuándo te ha dicho el maestre Aemon que podrás volver a usar la mano?

—Pronto —respondió Jon.

—Bien. —Lord Mormont puso sobre la mesa, entre ellos, una gran espada, metida en una vaina de metal negro con incrustaciones de plata—. Entonces, estarás preparado para esto. —El cuervo se posó sobre la mesa, curioso. Jon titubeó. No sabía qué significaba aquello.

—¿Mi señor?

—El fuego fundió la plata del pomo y quemó la cruz y la empuñadura. Cuero seco y madera vieja; qué otra cosa podía pasar. En cambio, la hoja... Haría falta un fuego que calentara cien veces más para dañar la hoja. —Mormont empujó la vaina en dirección a Jon—. Encargué que rehicieran el resto. Cógela.

—Cógela —repitió el cuervo—. Cógela, cógela.

Jon cogió la espada con la mano izquierda; la derecha la tenía envuelta en vendas, y la sentía demasiado torpe. Con cuidado, sacó el arma de la vaina y se la puso al nivel de los ojos.

El pomo era un trozo de piedra blanca, rellena de plomo para equilibrarla con la larga hoja. Estaba tallado en forma de cabeza de lobo con las fauces abiertas, y los ojos eran esquirlas de granate. La empuñadura era de cuero virgen, suave y negro; aún no tenía manchas de sudor ni de sangre. La hoja era un palmo más larga que la de las espadas a las que Jon estaba acostumbrado, apta tanto para las estocadas como para los tajos, con tres canales profundos para aligerarla. *Hielo* era un mandoble auténtico, para manejarlo con las dos manos, mientras que aquella arma se esgrimía con una o con dos, y algunos la llamaban *espada bastarda*. Pese a su tamaño, resultaba más ligera que las que había esgrimido en el pasado. Jon giró la hoja; vio las ondulaciones en el acero oscuro, allí donde el metal había sido plegado sobre sí mismo una y otra vez.

—Es acero valyrio, mi señor —dijo, intrigado. Su padre le había dejado manejar a *Hielo* a menudo, así que reconocía el aspecto y el tacto.

—Así es —asintió el Viejo Oso—. Era la espada de mi padre, y también fue la de mi abuelo. Lleva cinco siglos en poder de los Mormont. Yo también la esgrimí en mis tiempos, y se la entregué a mi hijo cuando vestí el negro.

« Me regala la espada de su hijo », Jon apenas se lo podía creer. El equilibrio de la hoja era exquisito. El filo tenía un brillo tenue al recibir el beso de la luz.

—Vuestro hijo...

—Mi hijo deshonró a la casa Mormont, pero al menos tuvo la amabilidad de dejar la espada cuando se dio a la fuga. Mi hermana me la hizo llegar, pero solo con verla recordaba el nombre de Jorah, así que la guardé, y no volví a pensar en

ella hasta que la encontré entre las cenizas de mi dormitorio. El pomo original era una cabeza de oso forjada en plata, pero estaba tan usada que apenas si se distinguía ya la forma. Pensé que un lobo blanco sería más apropiado para ti. Uno de los constructores trabaja muy bien la piedra.

Cuando Jon tenía la edad de Bran, había soñado a menudo con llevar a cabo grandes hazañas, el sueño típico de todos los niños. Los detalles de las hazañas iban cambiando, pero a menudo se imaginaba que salvaba la vida de su padre. Después, lord Eddard declaraba que Jon había demostrado que era un auténtico Stark, y le ponía a *Hielo* en la mano. Incluso en aquellos tiempos sabía ya que era una tontería infantil; ningún bastardo podía esperar esgrimir la espada de un padre. Hasta el simple recuerdo le daba vergüenza. ¿Qué clase de hombre le arrebataba a su hermano su derecho de nacimiento?

«No tengo derecho a esta espada —pensó—, igual que no tenía derecho a *Hielo*. Movió los dedos quemados, y sintió un latido de dolor bajo la piel.

—Me honráis, mi señor, pero...

—Déjate de peros, chico —lo interrumpió lord Mormont—. De no ser por ti y por esa bestia que te acompaña, no estaría aquí sentado. Luchaste como un valiente... y, lo que es más importante, pensaste con rapidez. ¡Fuego! Claro, maldita sea. Teníamos que haberlo imaginado. Teníamos que haberlo recordado. No es la primera vez que llega la Larga Noche. Sí, ocho mil años son muchos años, claro... Pero, si la Guardia de la Noche no recuerda, ¿quién lo hará?

—¿Quién? —repitió el cuervo—. ¿Quién? ¿Quién?

Sin duda, los dioses habían escuchado las plegarias de Jon aquella noche; el fuego había prendido las ropas del hombre muerto, y lo había consumido como si tuviera cera en vez de carne, como si sus huesos fueran de madera vieja y seca. A Jon le bastaba con cerrar los ojos para volver a ver a aquella cosa tambaleándose por la habitación, chocando contra los muebles y tratando de sacudirse las llamas. Lo que más lo obsesionaba era el rostro, rodeado por un halo de fuego, con el pelo en llamas como si fuera de paja, mientras la carne muerta se derretía y dejaba el cráneo al descubierto.

Fuera cual fuera la fuerza demoniaca que movía a Outhor, las llamas habían acabado con ella; la cosa retorcida que encontraron entre las cenizas no era más que carne asada y huesos chamuscados. Pero, en sus pesadillas, volvía a enfrentarse a aquello... y el cadáver ardiente tenía el rostro de lord Eddard. Era la piel de su padre la que ardía y se chamuscaba; los ojos de su padre, los que corrían líquidos por las mejillas como lágrimas de gelatina. Jon no entendía qué era aquello ni qué significaba, pero el sueño lo aterrorizaba.

—Una espada es un pago escaso a cambio de una vida —concluyó Mormont—. Cógela; no quiero oír nada más al respecto, ¿entendido?

—Sí, mi señor. —El cuero blando cedió bajo los dedos de Jon, como si la espada empezara ya a amoldarse a su mano. Sabía que era un honor, se sentía

honrado, pero...

«No es mi padre. —El pensamiento brotó de súbito en la mente de Jon—. Lord Eddard Stark es mi padre. No lo olvidaré. No importa cuántas espadas me den, no lo olvidaré». Pero no podía decirle a lord Mormont que soñaba con la espada de otro hombre...

—Y nada de frases corteses —siguió Mormont—. Así que ahórrate los cumplidos. Honra este acero con hechos, no con palabras.

Jon asintió.

—¿Tiene nombre, mi señor?

—Lo tuvo. La llamábamos *Garra*.

—*Garra* —repitió el cuervo—. *Garra*.

—*Garra* es un buen nombre. —Jon tiró una estocada tentativa. Se sentía muy torpe e incómodo con la mano izquierda, pero el acero parecía fluir por el aire como si tuviera voluntad propia—. Los lobos también tienen garras, igual que los osos.

—Me imagino que sí. —El Viejo Oso pareció complacido—. Supongo que querrás ponerte la vaina al hombro; es demasiado larga para llevarla a la cintura, al menos hasta que crezcas unos dedos más. Y tendrás que practicar los golpes a dos manos. Ser Endrew te podrá enseñar unos cuantos cuando se te curen las manos.

—¿Ser Endrew? —Jon no conocía de nada aquel nombre.

—Ser Endrew Tarth; es un buen hombre. Está de camino, viene de la Torre Sombría para ocupar su lugar como maestro de armas. Ser Alliser Thorne partió ayer hacia Guardiaoriente del Mar.

—Por qué? —preguntó Jon como un idiota mientras bajaba la espada.

—Porque lo he enviado yo —contestó Mormont con un bufido—, ¿qué te pensabas? Lleva consigo la mano que tu Fantasma le arrancó al cadáver de Jafer Flores. Le he ordenado que la lleve a Desembarco del Rey y la ponga delante de ese niño rey. Si con eso no conseguimos captar la atención del joven Joffrey... Y ser Alliser es un caballero ungido, de alta cuna; tiene viejos amigos en la corte. No pasarán por alto lo que diga, como si fuera un vulgar cuervo.

—¡Cuervo! —graznó el animal. A Jon le pareció que había una nota de indignación en la voz del pájaro.

—Además —siguió el lord comandante, haciendo caso omiso de la protesta de su ave—, así consigo poner mil leguas entre vosotros dos, sin que parezca un castigo para él. —Señaló a Jon con un dedo—. No pienses ni por un momento que esto significa que apruebo aquella tontería de la sala común. El valor compensa la estupidez hasta cierto punto, pero ya no eres ningún niño, tengas los años que tengas. Ahora tienes una espada de hombre, y para esgrimirla tendrás que ser un hombre. De ahora en adelante espero que te comportes como tal.

—Sí, mi señor. —Jon volvió a guardar la espada en la vaina con adornos de

plata. No era la hoja que habría preferido, pero era un regalo noble, y librarlo de la malevolencia de Alliser Thorne era más noble todavía.

—Ya se me había olvidado lo que pica la barba al salir —dijo el Viejo Oso rascándose debajo de la barbilla—. En fin, es inevitable. ¿Tienes la mano suficientemente bien para retomar tus obligaciones?

—Sí, mi señor.

—Bien. La noche va a ser fría; querré vino especiado. Búscame una jarra de tinto, que no sea demasiado agrio, y no escatimes con las especias. Y dile a Hobb que si me vuelve a mandar carne hervida de carnero, lo herviré yo a él. La última vez era de color gris; no la quiso ni el cuervo. —Acarició la cabeza del pájaro con el pulgar, y este arrulló, satisfecho—. Venga, lárgate. Tengo trabajo.

Los guardias le sonrieron desde sus nichos cuando descendió por las escaleras de la torre, con la espada en la mano sana.

—Hermoso acero —le dijo uno de los hombres.

—Te lo has ganado, Nieve —comentó otro.

Jon se forzó a devolverles las sonrisas, pero no les puso sentimiento. Le dolía la mano, y tenía en la boca un extraño sabor a rabia, aunque no habría sabido decir con quién estaba enfadado, ni por qué.

Al salir de la Torre del Rey, que era la nueva residencia del lord comandante Mormont, se encontró con una docena de sus amigos al acecho. Habían colgado un blanco en las puertas del granero para fingir que estaban practicando el tiro con arco, pero sabía que era la curiosidad lo que los había llevado allí. Nada más salir, oyó la voz de Pyp.

—Venga, trae acá, vamos a echarle un vistazo.

—¿A qué? —preguntó Jon.

—A tu culo rosado —contestó Sapo mientras se acercaba—, ¡a ti qué te parece?

—A la espada —dijo Grenn—. Queremos ver la espada.

—Lo sabíais. —Jon los miró con gesto acusador.

—No todos somos tan estúpidos como Grenn —dijo Pyp sonriendo.

—Tú sí —replicó Grenn—. Tú eres aún más estúpido.

—Ayudé a Pate a tallar la piedra para el pomo —dijo Halder el constructor, encogiéndose de hombros en gesto de disculpa—, y tu amigo Sam compró los granates en Villa Topo.

—Y nosotros lo supimos antes aún —dijo Grenn—. Rudge estaba ayudando a Donal Noye en la forja cuando el Viejo Oso le llevó la espada quemada.

—¡La espada! —insistió Matt. Los otros corearon la petición—. ¡La espada, la espada, la espada!

Jon desenvainó a *Garra* y se la mostró, girando la hoja para que la admiraran en todo su esplendor. La espada bastarda brillaba a la escasa luz del sol, oscura y mortifera.

—Acero valyrio —declaró con solemnidad, tratando de que su voz sonara tan satisfecha y orgullosa como debería haberse sentido él.

—Una vez me contaron la historia de un hombre que tenía una navaja de acero valyrio —declaró Sapo—. Se cortó la cabeza al afeitarse.

—La Guardia de la Noche existe desde hace miles de años —dijo Pyp con una sonrisa—, pero me juego lo que sea a que lord Nieve es el primer hermano al que colman de honores por quemar la Torre del Lord Comandante.

Los demás se echaron a reír, y hasta Jon tuvo que esbozar una sonrisa. En realidad, el incendio que había provocado no había acabado con la formidable torre de piedra, pero sí con el interior de los dos pisos más altos, donde estaban las habitaciones del Viejo Oso. Pero nadie parecía preocupado, porque el mismo fuego destruyó también el cadáver asesino de Othor.

El otro espectro, la cosa de una mano que antes fuera el explorador llamado Jafer Flores, también había sido destruido, despedazado por una docena de espadas... pero al precio de la vida de ser Jaremy Rykker y otros cuatro hombres. Ser Jaremy le había cortado la cabeza al ser, pero el cadáver decapitado consiguió arrebatarle el puñal y se lo clavó en las entrañas. La fuerza y el valor servían de bien poco contra un enemigo que no podía morir porque ya estaba muerto. Las armas y las armaduras tampoco eran protección suficiente.

—Tengo que hablar con Hobb sobre la comida del Viejo Oso —anunció Jon bruscamente al tiempo que envainaba a *Garra*. Tan sombríos pensamientos habían amargado el humor frágil de Jon.

Sus amigos tenían buenas intenciones, pero no podían comprenderlo. No era culpa suya: ellos no habían tenido que enfrentarse a Othor, no habían visto el brillo claro de aquellos ojos azules muertos ni habían sentido el roce frío de los dedos negros muertos. Tampoco sabían nada de la batalla que se libraba en las tierras de los ríos. ¿Cómo iban a comprenderlo? Dio media vuelta con gesto hosco y se alejó. Pyp gritó su nombre, pero Jon no le hizo caso.

Tras el incendio habían vuelto a trasladarlo a su antigua celda, en la semiderruida Torre de Hardin. Fantasma estaba dormido junto a la puerta, pero alzó la cabeza al oír las pisadas de Jon. Los ojos rojos del huargo eran más oscuros que los granates, y más inteligentes que los de un hombre. Jon se arrodilló, le rascó la oreja, y le mostró el pomo de la espada.

—Mira. Eres tú. —Fantasma olisqueó su imagen tallada en piedra, y trató de lamerla. Jon sonrió—. Tú eres el que se merece todos los honores —le dijo al lobo...

... y, de pronto, recordó el momento en que lo había encontrado, sobre las nieves de las postrimerías del verano. Se alejaban ya con los otros cachorros, pero Jon oyó un ruido y dio media vuelta, y allí estaba el animalito; su pelaje blanco lo hacía casi invisible en los ventisqueros.

«Estaba solo —pensó—, lejos del resto de la camada. Era diferente, así que

lo echaron».

—¿Jon?

Alzó la vista. Samwell Tarly se mecía sobre los talones, nervioso. Tenía las mejillas enrojecidas e iba envuelto en una capa de pieles tan gruesa, que parecía a punto para hibernar.

—¿Qué pasa, Sam? —Jon se levantó—. ¿Quieres ver la espada? —Si los demás se habían enterado, Sam también, sin duda. Pero el chico gordo hizo un gesto de negación.

—Fui el heredero de la de mi padre —dijo con tristeza—. *Veneno de Corazón*. Lord Randyll me la dejó coger unas cuantas veces, pero a mí me daba miedo. Era de acero valyrio, muy bonito, pero tan afilado que me daba miedo cortar a alguna de mis hermanas. Supongo que ya la tendrá Dickon. —Se secó en la capa las manos sudorosas—. El... eh... el maestre Aemon quiere verte.

—¿Por qué? —preguntó bruscamente. Todavía no era hora de que le cambiaran los vendajes. Jon frunció el ceño con desconfianza. Sam bajó la vista, avergonzado. Aquello era respuesta más que suficiente—. Se lo has dicho, ¿verdad? —Se enfadó Jon—. Le has dicho que me lo habías contado.

—Es que... Jon... No quería, pero... me ha preguntado... o sea... creo que lo sabía; a veces ve cosas que nadie más ve...

—¡Por los dioses, pero si es ciego! —replicó Jon, airado—. No hace falta que me acompañes, ya me sé el camino. —Se alejó, dejando a Sam allí de pie, boquiabierto y tembloroso.

El maestre Aemon estaba en las pajareras, dando de comer a los cuervos. Clydas iba tras él, de jaula en jaula, cargando con un cubo de carne picada.

—Sam me ha dicho que queríais verme.

—Así es —asintió el maestre—. ¿Tienes la bondad de ayudarme? Clydas, dale el cubo a Jon. —El hermano jorobado de los ojos enrojecidos le entregó el cubo a Jon y se dirigió hacia las escaleras—. Ve echando la carne a las jaulas —le indicó Aemon—. Los pájaros se encargarán del resto.

Jon se pasó el cubo a la mano derecha e introdujo la izquierda entre los pedazos sanguinolentos. Los cuervos empezaron a graznar y a volar hacia los barrotes, golpeando el metal con alas negras como la noche. La carne estaba cortada en trozos no más grandes que la yema de un dedo. Metió el puño y echó a la jaula los bocados crudos, y los graznidos y picotazos se incrementaron. Dos de los pájaros más grandes empezaron a pelearse por un trozo, y las plumas volaron por los aires. Jon se apresuró a coger un segundo puñado y echarlo en la jaula.

—Al cuervo de lord Mormont le gustan la fruta y el maíz.

—Es un pájaro extraño —dijo el maestre—. Los cuervos comen grano, pero prefieren la carne. Los hace más fuertes, y mucho me temo que les gusta el sabor de la sangre. En eso se parecen a los hombres... y, al igual que sucede con

los hombres, no todos los cuervos son iguales.

Jon no encontró nada que decir. Siguió echando carne a las jaulas, preguntándose para qué lo habían llamado. Sin duda, el anciano se lo diría a su debido tiempo. El maestre Aemon no era de los que se apresuraban.

—También se puede entrenar a las palomas para que lleven mensajes —siguió el maestre—. Pero el cuervo es más fuerte, más grande, más atrevido, mucho más listo; está más capacitado para defenderse de los halcones... Por desgracia, los cuervos son negros, y comen carroña, así que hay hombres temerosos de los dioses que los aborrecen. Baelor el Santo intentó sustituir todos los cuervos por palomas, ¿a que no lo sabías? —El maestre sonrió y clavó en Jon sus ojos blancos—. La Guardia de la Noche prefiere a los cuervos.

—Dywen dice que los salvajes nos llaman cuervos —dijo Jon, inseguro. Tenía la mano metida en el cubo; la sangre le llegaba a la muñeca.

—El cuervo es el pariente pobre del grajo. Ambos son mendigos negros, odiados e incomprendidos.

Jon no entendía de qué estaban hablando, ni por qué. ¿Qué le importaban a él los cuervos y las palomas? Si el anciano quería decirle algo, ¿por qué no lo hacía de una vez?

—Jon, ¿te has preguntado alguna vez por qué los hombres de la Guardia de la Noche no toman esposa ni engendran hijos? —inquirió el maestre Aemon.

—No —contestó el muchacho encogiéndose de hombros. Echó más carne a los pájaros. Tenía los dedos de la mano izquierda pegajosos de sangre, y la derecha le dolía por el peso del cubo.

—Para que no amen —respondió el anciano—. Porque el amor es veneno para el honor; es la muerte para el deber.

A Jon no le parecía bien, pero no dijo nada. El maestre tenía cien años y era un oficial superior de la Guardia de la Noche; no le correspondía a él llevarle la contraria. Pero el anciano pareció percibir sus dudas.

—Dime una cosa, Jon: si llegara un día en que tu padre tuviera que elegir entre su honor y sus seres amados, ¿qué haría?

Jon titubeó. Le habría gustado decir que lord Eddard jamás se deshonraría, ni siquiera por amor, pero una vocecita dentro de él le susurraba: «Engendró un bastardo, ¿eso es honorable? Y tu madre, ¿qué pasa con su deber para con ella? Ni siquiera menciona su nombre».

—Haría lo correcto —dijo en voz muy alta, como para compensar la vacilación—. Pasara lo que pasara.

—Entonces, lord Eddard es un hombre entre diez mil. La mayoría de nosotros no somos tan fuertes. ¿Qué es el honor, comparado con el amor de una mujer? ¿Qué es el deber, comparado con el calor de un hijo recién nacido entre los brazos, o el recuerdo de la sonrisa de un hermano? Aire y palabras. Aire y palabras. Solo somos humanos, y los dioses nos hicieron para el amor. Es nuestra

mayor gloria y nuestra peor tragedia.

» Los hombres que crearon la Guardia de la Noche sabían que su valor era lo único que se interponía entre el reino y la oscuridad del norte. Sabían que no debían tener lealtades repartidas que minaran su resolución. De manera que juraron no tener esposas ni hijos.

» Pero sí tenían hermanos y hermanas. Madres que los dieron a luz; padres que les pusieron sus nombres. Procedían de un centenar de reinos enfrentados, y sabían que los tiempos cambian, pero los hombres no. Así que juraron también que la Guardia de la Noche no tomaría parte en las disputas entre los reinos que defendía.

» Mantuvieron su promesa. Cuando Aegon asesinó a Harren el Negro, el hermano de Harren era lord comandante en el Muro; tenía a su disposición diez mil espadas. Pero no se puso en marcha. En los tiempos en que los Siete Reinos eran siete reinos, no pasaba ni una generación sin que tres o cuatro de ellos se declarasen la guerra. La Guardia nunca tomó parte. Cuando los ándalos cruzaron el mar Angosto y barrieron los reinos de los primeros hombres, los hijos de los reyes caídos se mantuvieron fieles a sus votos y permanecieron en sus puestos. Así ha sido siempre, desde mucho antes de lo que puedas imaginar. Es el precio del honor.

» Si no tiene nada que temer, un cobarde no se distingue en nada de un valiente. Y todos cumplimos con nuestro deber cuando no nos cuesta nada. En esos momentos, seguir el sendero del honor nos parece muy sencillo. Pero en la vida de todo hombre, tarde o temprano, llega un día en que no es sencillo, en que hay que elegir.

Algunos de los cuervos seguían comiendo, y del pico les colgaban trocitos de carne ensangrentada. Los demás parecían observarlo. Jon casi sentía el peso de tantos ojillos negros.

—Y mi día ha llegado... ¿Es eso lo que me queréis decir?

El maestre Aemon giró la cabeza y lo miró con sus ojos blancos, muertos. Fue como si le viera directamente el corazón. Jon se sintió desnudo, vulnerable. Cogió el cubo con ambas manos y tiró el resto de la carne entre los barrotes. Los trozos de carne y la sangre espantaron a los cuervos. Alzaron el vuelo entre graznidos. Los más rápidos atraparon en el aire algunos pedazos y los engulleron a toda prisa. Jon soltó el cubo vacío en el suelo.

—Duele, hijo —dijo el anciano con voz amable poniéndole en el hombro una mano arrugada y llena de manchas—. Oh, sí. Elegir... siempre ha dolido. Y siempre dolerá. Yo lo entiendo.

—No, no lo entendéis —replicó Jon con amargura—. Aunque yo sea un bastardo, se trata de mi padre...

—¿No has oído nada de lo que te he dicho, Jon? ¿Crees que eres el primero?

—El maestre Aemon dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza con un gesto

de cansancio infinito—. Los dioses creyeron oportuno poner a prueba mis votos tres veces. La primera, cuando era un muchacho; la segunda, en la flor de la vida, y la tercera, cuando ya era un anciano. Para entonces ya no tenía fuerzas, y mi vista era escasa, pero la última elección fue tan dura como la primera. Mis cuervos me traían noticias del sur, palabras más negras que sus alas: la ruina de mi casa, la muerte de los de mi sangre, la deshonra, la desolación... ¿Qué podría haber hecho yo, viejo, ciego y frágil? Estaba impotente como un niño de pecho, pero sufrí al seguir aquí mientras ellos asesinaban al pobre nieto de mi hermano, y a su hijo, incluso a los bebés...

—¿Quién sois? —preguntó en voz baja, casi con miedo. Jon se quedó boquiabierto al ver el brillo de las lágrimas en los ojos del anciano.

—Un simple maestre de la Ciudadela, al servicio del Castillo Negro y de la Guardia de la Noche. —Una sonrisa desdentada tembló en los viejos labios—. Los de mi orden dejamos a un lado los nombres de nuestras casas al hacer los juramentos y ponernos el collar. —El anciano se acarició la cadena de maestre que llevaba en torno al flaco cuello—. Mi padre fue Maekar, el primero de su nombre, y mi hermano Aegon reinó tras él en mi lugar. Mi abuelo me puso el nombre en honor del príncipe Aemon, el Caballero Dragón, que fue su tío, o su padre, depende de a qué leyenda prefieras dar crédito. Aemon, me llamó...

—Aemon... Targaryen? —Jon apenas si daba crédito a lo que oía.

—Así me llamaba —dijo el anciano—. En el pasado. Así que ya lo ves, Jon: sí que lo entiendo. Pero, aunque lo entiendo, no te voy a decir que te quedes ni que te vayas. Deberás decidirlo tú mismo, y vivir el resto de tus días con esa decisión. Como he hecho yo. —Su voz se convirtió en un susurro—. Como he hecho yo.

Tras la batalla, Dany cabalgó a lomos de la plata por los campos cubiertos de cadáveres. Tras ella iban sus doncellas y los hombres de su *khas*, sonriendo y bromeando entre ellos.

Los cascos de los caballos dothrakis habían desgarrado la tierra y pisoteado el centeno y las plantas de lentejas, mientras que los *arakhs* y las flechas habían sembrado una cosecha nueva y terrible, y la habían regado con sangre. Los caballos moribundos alzaron la cabeza y relincharon a su paso. Los hombres heridos gemían y rezaban. Los *jaqqa rhan* se movían entre ellos: eran los hombres misericordiosos, con pesadas hachas, que les cortaban la cabeza a muertos y moribundos por igual. Tras ellos iba una bandada de niñitas, que arrancaban las flechas de los cadáveres y las ponían en sus cestas. Y, por último, iba la manada de perros salvajes, flacos y hambrientos, que seguía siempre de cerca al *khalasar*.

Las ovejas eran las que llevaban más tiempo muertas. Eran miles; estaban acribilladas a flechazos y se veían negras por las moscas que las cubrían. Dany sabía que aquello era obra de los jinetes de Khal Ogo. Ningún hombre del *khalasar* de Drogo era tan estúpido para malgastar las flechas con ovejas, pudiendo emplearlas contra los pastores.

La ciudad estaba en llamas; las columnas de humo negro se alzaban hacia un cielo azul immaculado. Bajo los muros destrozados de barro seco, los jinetes galopaban de un lado a otro, haciendo restallar látigos largos mientras sacaban a los supervivientes de entre las ruinas humeantes. Pese a la derrota y a las ligaduras, las mujeres y niños del *khalasar* de Ogo caminaban con orgullo hosco; se habían convertido en esclavos, pero no parecían tener miedo. En cambio, los habitantes de la ciudad eran diferentes. Dany los compadecía; recordaba bien cómo era sentir terror. Las mujeres caminaban a trompicones, con rostros vacíos e inexpresivos, llevando de la mano a sus hijos sollozantes. Solo había unos pocos hombres: tullidos, cobardes y ancianos.

Ser Jorah le dijo que los habitantes de aquel país decían que eran lhazareenos, pero los dothrakis los llamaban *haesh rakhī*, «los hombres cordero». En el pasado, Dany los habría tomado por dothrakis: tenían la misma piel cobriza e idénticos ojos almendrados. Pero a aquellas alturas le parecían muy diferentes; eran bajos, de rostros planos, con el pelo negro muy corto. Pastoreaban ovejas y comían verduras, y Khal Drogo decía que su lugar estaba al sur del meandro del río. La hierba del mar dothraki no era para las ovejas.

Dany vio que un niño trataba de huir en dirección al río. Un jinete le cortó el paso, y otros lo rodearon, haciendo restallar los látigos ante su rostro, obligándolo a correr de un lado a otro. Uno galopó tras él y le azotó las nalgas hasta que tuvo

los muslos cubiertos de sangre. Por fin, cuando el niño ya no era capaz más que de arrastrarse, se aburrieron del juego y lo mataron de un flechazo.

Ser Jorah se reunió con ella al otro lado de los restos de la entrada. Llevaba un chaleco verde oscuro sobre la cota de malla. Los guanteletes, las canilleras y el yelmo eran de acero gris oscuro. Los dothrakis se burlaron de él y lo llamaron cobarde al ver su armadura, pero el caballero los insultó a su vez, los temperamentos se ofuscaron, la espada larga chocó contra el *arakh*, y el jinete cuyas burlas habían sido las más sonoras quedó atrás, desangrándose hasta la muerte.

—Vuestro señor esposo os aguarda en la ciudad —dijo ser Jorah, que mientras cabalgaba hacia Dany se había levantado el visor del yelmo.

—¿Ha sufrido Drogo algún daño?

—Unos cuantos cortes —replicó ser Jorah—. Nada grave. Hoy ha matado a dos *khals*. Primero a Khal Ogo, y luego a su hijo Fogo, que había pasado a ser *khal* tras la muerte de Ogo. Sus jinetes de sangre les han cortado las campanas del pelo, y ahora los pasos de Khal Drogo suenan con más fuerza que antes.

Ogo y su hijo habían compartido el banco principal con su señor esposo durante el festín del nombre, en la coronación de Viserys. Pero aquello había sido en Vaes Dothrak, bajo la Madre de las Montañas, donde todos los jinetes eran hermanos y las disputas quedaban aplazadas. Fuera, en la hierba, las cosas cambiaban. El *khalasar* de Ogo estaba atacando la ciudad cuando Khal Drogo cayó sobre él. Dany se preguntaba qué habrían pensado los hombres cordero cuando vieron acercarse desde sus muros de barro la polvareda que levantaban los caballos. Quizá algunos, los más jóvenes y estúpidos, los que todavía creían que los dioses responden a las plegarias de los hombres desesperados, pensaran que eran sus salvadores.

Al otro lado del camino, una chica de la edad de Dany sollozó con voz aguda cuando uno de los jinetes la tiró de brúces sobre un montón de cadáveres y la penetró. Otros desmontaron para ocupar su lugar cuando terminara. Aquella era la salvación que llevaban los dothrakis a los hombres cordero.

«Soy de la sangre del dragón», se recordó Daenerys Targaryen, volviendo la vista. Apretó los labios, endureció el corazón, y cabalgó hacia la puerta.

—Casi todos los jinetes de Ogo consiguieron huir —dijo ser Jorah—. Aun así, nos quedarán al menos diez mil cautivos.

«Esclavos —pensó Dany. Khal Drogo los llevaría río abajo, a alguna de las ciudades que se alzaban en la bahía de los Esclavos. Tenía ganas de llorar, pero se obligó a ser fuerte—. Esto es una guerra; así son las guerras; este es el precio del Trono de Hierro».

—Le he dicho al *khal* que debería ir a Meereen —dijo ser Jorah—. Allí le pagaría mejor que en una caravana de esclavos. Illyrio dice en su carta que el año pasado hubo una epidemia, así que en los burdeles pagan el doble por las

chicas jóvenes que estén sanas, y el triple por los niños de menos de diez años. Si suficientes niños sobrevivieran al viaje, tendríamos oro para comprar todos los barcos necesarios y contratar hombres que los tripulen.

Detrás de ellos, la chica a la que estaban violando lanzó un aullido largo, agudo, desgarrador, que no parecía tener fin. Dany agarró las riendas con fuerza e hizo que la plata volviera la cabeza.

—Haced que se detengan —le ordenó a ser Jorah.

—*¿Khaleesi?* —El caballero se había quedado perplejo.

—Ya me habéis oído —dijo—. Detenedlos. —Se volvió hacia su *khas* y les habló en dothraki—. Jhogo, Quaro, ayudad a ser Jorah. No quiero violaciones.

Los guerreros se miraron, asombrados. Jorah Mormont acercó su caballo a la yegua de Dany.

—Princesa —dijo—, tenéis un corazón bondadoso, pero no lo comprendéis. Las cosas han sido siempre así. Esos hombres han derramado sangre por el *khal*. Y quieren cobrar su recompensa.

Al otro lado del camino, la chica seguía gritando en una lengua que Dany no comprendía. El primer hombre había terminado, y otro ocupaba su lugar.

—Es una chica cordero —dijo Quaro en dothraki—. No es nada, *khaleesi*. Para ella es un honor que la monten los jinetes. Los hombres cordero yacen con ovejas; lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —repitió su doncella, Irri, como un eco.

—Lo sabe todo el mundo —asintió Jhogo, a lomos del alto semental gris que le había regalado Drogo—. Si sus gritos te ofenden, Jhogo te traerá su lengua, *khaleesi*. —Desenvainó el *arakh*.

—No quiero que le hagáis daño —replicó Dany—. La exijo para mí. Haced lo que os he ordenado, o tendréis que dar explicaciones a Khal Drogo.

—*Ai, khaleesi* —respondió Jhogo al tiempo que espoleaba su caballo. Quaro y los demás lo siguieron, en medio del tintineo de las campanillas de sus cabelleras.

—Id con ellos —ordenó a ser Jorah.

—A vuestras órdenes. —El caballero le dirigió una mirada extraña—. No cabe duda: sois de la misma sangre que vuestro hermano.

—*¿Que Viserys?* —Dany no comprendió.

—No —replicó él—. Que Rhaegar. —Se alejó al galope.

Dany oyó gritar a Jhogo. Los violadores se rieron de él, y uno le respondió algo también a gritos. El *arakh* de Jhogo centelleó, y la cabeza del otro hombre cayó rodando por el suelo. Las risas se trocaron en maldiciones, y los jinetes fueron a sacar sus armas, pero en aquel momento llegaron Quaro, Aggo y Rakharo. Vio que Aggo señalaba el punto del camino donde ella se encontraba, a lomos de la plata. Los jinetes la miraron con ojos fríos y negros. Uno escupió. Los demás, refunfuñando, se dirigieron hacia sus monturas.

Mientras tanto, el hombre que estaba poseyendo a la chica cordero no se había detenido; estaba tan concentrado en su placer que no parecía consciente de qué sucedía a su alrededor. Ser Jorah desmontó y lo apartó a un lado bruscamente. El dothraki cayó al suelo embarrado, se levantó al instante con un cuchillo en la mano y murió con una flecha de Aggo en la garganta. Mormont levantó a la chica del montón de cadáveres y la envolvió con su capa manchada de sangre. La llevó hasta donde estaba Dany.

—¿Qué queréis que se haga con ella?

La chica temblaba, con los ojos muy abiertos y la mirada perdida. Tenía el pelo sucio de sangre.

—Doreah, cúrale las heridas. No tienes aspecto de jinete; quizás a ti no te tenga miedo. Los demás, seguidme. —Cruzó la destrozada puerta de madera montada en la plata.

Dentro de la ciudad, la situación era aún peor. Muchas de las casas estaban ardiendo, y los *jaqqa rhan* habían cumplido su macabra misión. En las callejuelas estrechas y llenas de recovecos había cadáveres decapitados. Pasaron junto a otras mujeres a las que estaban violando, y ante cada una de ellas Dany tiró de las riendas, ordenó a su *khas* que pusieran fin a aquello y exigió que la víctima le fuera entregada como esclava. Una de ellas, una mujer gruesa y de nariz plana, de unos cuarenta años, bendijo a Dany en la lengua común, pero las demás tenían los ojos perdidos. Comprendió con tristeza que le tenían miedo; temían que las hubiera salvado para depararles un destino aún peor.

—No podéis exigirlas a todas como esclavas —dijo ser Jorah la cuarta vez que detuvieron, mientras los guerreros de su *khas* guíaban tras ella a las nuevas esclavas.

—Soy la *khaleesi*, heredera de los Siete Reinos, de la sangre del dragón —le recordó Dany—. No os corresponde a vos decir qué puedo y qué no puedo hacer.

Al otro lado de la ciudad, un edificio se derrumbó en medio de una explosión de fuego y humo. A sus oídos llegaron gritos y aullidos de niños asustados.

Khal Drogo estaba sentado ante un templo cuadrado, sin ventanas, con gruesas paredes de barro y una cúpula bulbosa que parecía una enorme cebolla marrón. A su lado había un montón de cabezas más alto que él. Tenía clavada en el antebrazo una de las flechas cortas de los hombres cordero, y la sangre le cubría el lado izquierdo del pecho desnudo como si fuera una mancha de pintura. Sus tres jinetes de sangre estaban a su lado.

Jhiqui ayudó a Dany a desmontar; a medida que su vientre se hacia más voluminoso y pesado, ella se sentía más torpe. Se arrodilló ante el *khal*.

—Mi sol y estrellas está herido.

El corte del *arakh* era ancho, pero poco profundo. El pezón izquierdo había desaparecido, y del pecho le colgaba una tira de carne y piel, como si fuera un trapo húmedo.

—Es arañazo, luna de mi vida, hizo *arakh* de un jinete de sangre de Khal Ogo —dijo Khal Drogo en la lengua común—. Lo maté por eso, y maté a Ogo. —Giró la cabeza, y las campanillas de su cabecera tintinearon—. Eso que oyes es Ogo, y su *khalakka Fogo*, que pasó a ser *khal* cuando lo maté.

—Ningún hombre puede enfrentarse al sol de mi vida —dijo Dany—, el padre del semental que monta el mundo.

Un guerrero a caballo se acercó hasta ellos y se bajó de la silla. Habló con Hago en un dothraki demasiado rápido y furioso para que Dany lo comprendiera. El corpulento jinete de sangre echó un vistazo en dirección a ella antes de volverse hacia su *khal*.

—Este es Mago, que cabalga en el *khals* de Ko Jhaqo. Dice que la *khaleesi* le ha arrebatado su botín, una hija de corderos a la que iba a montar. —El rostro de Khal Drogo era duro e inexpresivo, pero los ojos que clavó en Dany denotaban curiosidad—. Dime la verdad, luna de mi vida —ordenó en dothraki.

Dany le explicó lo que había hecho en su lengua, con palabras simples y directas, para que el *khal* la comprendiera mejor. Cuando terminó de hablar, Drogo tenía el ceño fruncido.

—Así es la guerra. Estas mujeres son nuestras esclavas; podemos hacer con ellas lo que nos plazca.

—A mí me place protegerlas —respondió Dany, que empezaba a temer que se había excedido—. Si tus guerreros quieren montar a estas mujeres, que lo hagan con gentileza y las tomen como esposas. Que les den un lugar en el *khalasar*, y que permitan que engendren a sus hijos.

—¿Acaso el caballo se aparea con la oveja? —preguntó Qotho riéndose. Siempre había sido el más cruel de los jinetes de sangre.

—El dragón se alimenta del caballo y la oveja por igual. —Dany se había vuelto hacia él, furiosa; algo en su tono de voz le había recordado a Viserys.

—¡Cada día es más fiera! —exclamó Khal Drogo sonriente—. Eso es mi hijo, que crece dentro de ella: el semental que monta el mundo la llena con su fuego. Cabalga con cautela, Qotho... Si la madre no te abrasa con su aliento, el hijo te arrastrará por el barro. En cuanto a ti, Mago, cuidado con lo que dices. Búscate otra oveja que montar. Estas son de mi *khaleesi*. —Hizo ademán de extender un brazo hacia Daenerys, pero una ráfaga de dolor repentino le hizo girar la cabeza.

—¿Dónde están los sanadores? —preguntó Dany, que casi sentía su sufrimiento. Las heridas eran peores de lo que le había dicho ser Jorah. En el *khalasar* había dos clases de sanadores: mujeres estériles y esclavos eunucos. Las mujeres de las hierbas se encargaban de las pócimas y los hechizos, y los eunucos, del cuchillo, la aguja y el fuego—. ¿Por qué no están atendiendo al *khal*?

—El *khal* ha echado a los hombres sin pelo, *khaleesi* —le dijo el anciano Cohollo.

Dany vio que el jinete de sangre también estaba herido, tenía un corte profundo en el hombro izquierdo.

—Hay muchos jinetes heridos —dijo Khal Drogo, testarudo—. Que los curen a ellos primero. Esta flecha no es más que la picadura de una mosca; este cortecito, apenas una nueva cicatriz de la que alardear ante mi hijo.

Dany veía los músculos del pecho, allí donde la piel los había dejado al descubierto. Por el brazo de la flecha le corría un reguero de sangre.

—Khal Drogo no debe esperar —proclamó—. Jhogo, ve a buscar a esos eunucos; que vengan al momento.

—Dama de Plata —dijo una voz de mujer a su espalda—. Yo puedo curar las heridas del Gran Jinete.

Dany se volvió. La que había hablado era una de las esclavas rescatadas, la mujer gruesa de la nariz plana que la había bendecido.

—El *khal* no necesita ayuda de mujeres que yacen con corderos —ladró Qotho—. Aggo, córtale la lengua.

Aggo la agarró por el pelo y le puso un cuchillo contra la garganta. Dany alzó una mano.

—No. Es mía. Dejad que hable.

Aggo la miró y luego miró a Qotho. Al final bajó el cuchillo.

—No pretendía ofender a los bravos guerreros. —La mujer hablaba bien el dothraki. La túnica que llevaba había sido de la más ligera y fina de las lanas, llena de bordados, pero en aquel momento estaba manchada de barro y sangre, y desgarrada. Se cerraba con las manos el tejido roto para cubrirse los grandes pechos—. Tengo ciertas habilidades en el arte de curar.

—¿Quién eres? —preguntó Dany.

—Me llaman Mirri Maz Duur. Soy esposa del dios en este templo.

—Una *maegi* —gruñó Haggio al tiempo que rozaba con el dedo el filo de su *arakh*.

Dany conocía la palabra; la había oído en un cuento aterrador que le contó Jhiqui una noche, junto a la hoguera. Las *maegis* eran mujeres que yacían con demonios y practicaban la hechicería más negra, un arte malvado, vil y sin alma, que llegaba a los hombres en la oscuridad de la noche y les sorbiá la vida y la fuerza del cuerpo.

—Soy sanadora —dijo Mirri Maz Duur.

—Sanadora de ovejas —se burló Qotho—. Sangre de mi sangre, haz matar a esta *maegi* y espera a los hombres sin pelo.

—¿Dónde aprendiste a curar, Mirri Maz Duur? —Dany hizo caso omiso del exabrupto del jinete de sangre. Aquella mujer anciana, fea, gruesa, no tenía

aspecto de *maegi*.

—Mi madre fue esposa del dios, y me enseñó las canciones y los hechizos que más complacen al Gran Pastor, y a preparar los humos y ungüentos sagrados con hojas, raíces y bayas. Cuando era más joven y hermosa, viajé en una caravana a Asshai de la Sombra, para aprender de sus magos. A Asshai llegaban barcos procedentes de muchas tierras, de manera que allí aprendí las artes de curación de pueblos muy lejanos. Un bardo lunar de Jogos Nhai me regaló sus cantos para el parto; una mujer de vuestro pueblo de jinetes me enseñó la magia de la hierba, el maíz y el caballo, y un maestre de las Tierras de Poniente abrió un cadáver delante de mí y me mostró todos los secretos que se ocultan bajo la piel.

—¿Un maestre? —intervino ser Jorah Mormont.

—Decía llamarse Marwyn —replicó la mujer en la lengua común—. Vino del mar. De más allá del mar. De los Siete Reinos, de las Tierras de Poniente. Donde los hombres son de hierro y reinan los dragones. Me enseñó su idioma.

—Un maestre en Asshai —caviló ser Jorah—. Dime, esposa del dios, ¿qué llevaba ese tal Marwyn en torno al cuello?

—Una cadena muy apretada; siempre parecía a punto de ahogarlo, Señor de Hierro. Los eslabones eran de muchos metales.

—Solo los hombres que han aprendido en la Ciudadela de Antigua llevan cadenas así —dijo el caballero volviéndose hacia Dany—, y esos hombres son buenos sanadores.

—Y por qué quieres ayudar a mi *khal*?

—Nos han enseñado que todos los hombres pertenecen al mismo rebaño —respondió Mirri Maz Duur—. El Gran Pastor me envió a la tierra para curar a sus corderos, estén donde estén.

—No somos corderos, *maegi*. —Qotho abofeteó a la mujer.

—Basta ya —dijo Dany, furiosa—. Es mía. No toleraré que se le haga daño.

—Hay que sacar la flecha, Qotho —gruñó Khal Drogo.

—Sí, Gran Jinete —respondió Mirri Maz Duur al tiempo que se llevaba una mano al rostro magullado—. Y también hay que lavar y coser la herida del pecho, o se pudrirá.

—Pues hazlo —ordenó Khal Drogo.

—Gran Jinete —dijo la mujer—, mis instrumentos y pócimas se encuentran en la casa de dios, donde los poderes de curación son más fuertes.

—Yo te llevaré, sangre de mi sangre —se ofreció Hago.

—No necesito ayuda de ningún hombre —dijo Khal Drogo con voz alta y orgullosa, apartándolo con un gesto. Se levantó por sí mismo; su altura era tal que los dominaba a todos. La sangre fresca manó de su pecho, allí donde el *arakh* de Ogo le había cortado el pezón.

—Yo no soy un hombre —susurró Dany que corrió a su lado—. Así que

puedes apoyarte en mí.

Drogo le puso una mano enorme en el hombro, y Dany soportó una parte de su peso al caminar hacia el gran templo de barro. Los tres jinetes de sangre los siguieron. Dany les ordenó a ser Jorah y a los guerreros de su *khas* que vigilaran la entrada para que nadie prendiera fuego al edificio mientras estaban dentro.

Cruzaron una serie de antecampos hasta llegar a la alta cámara central, bajo la cebolla. Una luz tenue entraba por las ventanas ocultas en la parte superior. En los escasos candelabros de las paredes brillaban antorchas humeantes, y el suelo estaba cubierto de pellejos de oveja.

—Es ahí —dijo Mirri Maz Duur, al tiempo que señalaba hacia el altar, una enorme piedra con vetas azules y con grabados en los que se veían pastores y sus rebaños. Khal Drogo se tendió sobre ella. La mujer echó un puñado de hojas secas a un brasero, y la sala se llenó de un humo aromático—. Es mejor que esperéis fuera —les dijo a los demás.

—Somos sangre de su sangre —dijo Cohollo—. Esperaremos aquí.

—Has de saber algo, esposa del Dios Cordero. —Qotho dio un paso hacia Mirri Maz Duur—. Hazle algún daño al *khal*, y tú sufrirás el mismo daño. —Desenvainó su cuchillo de despellejar y le mostró la hoja.

—No le hará ningún mal. —Dany presentía que podía confiar en aquella mujer vieja, fea, de nariz plana. Al fin y al cabo, ella la había salvado de las manos bruscas de sus violadores.

—Pues si vais a quedarnos, ayudadme —les dijo Mirri a los jinetes de sangre—. El Gran Jinete es demasiado fuerte para mí. Mantenedlo quieto mientras le saco la flecha de las carnes. —Dejó que los harapos de su túnica le cayeran hasta la cintura mientras abría un cofre tallado y rebuscaba entre frascos y cajas, cuchillos y agujas. Cuando por fin estuvo lista, rompió la punta dentada de la flecha y extrajo el asta sin dejar de entonar cánticos en la lengua monótona de los lhazareenos. Calentó una jarra de vino en el brasero hasta que hirvió, y lo derramó sobre las heridas. Khal Drogo la maldijo, pero no se movió. La mujer envolvió la herida de la flecha con un emplasto de hojas húmedas y se concentró en la herida del pecho, que untó con una pasta color verde claro antes de volver a colocar la piel en su lugar. El *khal* apretó los dientes y ahogó un grito. La esposa del dios sacó una aguja de plata y una bobina de hilo de seda, y empezó a coser la carne. Cuando terminó, pintó la piel con ungüento rojo, la cubrió con más hojas y envolvió el pecho con un trozo de piel de cordero.

—Deberás recitar las plegarias que te daré, y conservar puesta esta piel de cordero diez días con sus noches —dijo—. Sentirás fiebre y picores, y cuando estés curado te quedará una gran cicatriz.

—Mis cicatrices son gloria, mujer oveja. —Khal Drogo se sentó y sus campanillas tintinearon. Flexionó el brazo y frunció el ceño.

—No bebas vino, ni la leche de la amapola —le advirtió—. Sufrirás dolor,

pero tu cuerpo debe estar fuerte para combatir a los espíritus venenosos.

—Soy el *khal* —dijo Drogo—. Escupo sobre el dolor, y bebo lo que quiero. Cohollo, dame mi chaleco.

El jinete de mayor edad salió a cumplir el encargo.

—Antes has hablado de unos cantos para el parto... —le dijo Dany a la fea mujer.

—Conozco todos los secretos del lecho ensangrentado, Dama de Plata, y jamás he perdido un bebé —replicó Mirri Maz Duur.

—Se acerca la hora del nacimiento —siguió Dany—. Si estás de acuerdo, quiero que me atiendas tú.

—Luna de mi vida, a un esclavo no se le hacen preguntas —dijo Drogo riéndose—, se le dan órdenes. Hará lo que quieras. —Bajó de un salto del altar—. Vamos, sangre mía. Los sementales llaman; este lugar está en ruinas. Es hora de cabalgar.

Haggo siguió al *khal* hacia la salida del templo, pero Qotho se demoró lo justo para mirar a Mirri Maz Duur.

—Recuerda, *maegi*, lo que le pase al *khal* será lo mismo que te pase a ti.

—Como tú digas, jinete —replicó la mujer al tiempo que recogía las jarras y frascos—. El Gran Pastor vela por su rebaño.

En la cima de una colina desde la que se divisaba el camino Real, bajo un olmo, se había colocado una larga tabla de pino sobre caballetes, cubierta con un paño dorado. Allí, bajo su pabellón, lord Tywin cenó con sus principales caballeros y vasallos. Su estandarte escarlata y dorado ondeaba al viento.

Tyrian llegó tarde, dolorido tras tantas horas en la silla de montar, y amargado, demasiado consciente de lo cómico que debía de resultar su aspecto al subir por la ladera hacia su padre. La marcha de aquel día había sido larga y agotadora. La perspectiva de emborracharse aquella noche se le antojaba de lo más tentadora. Las luciérnagas parecían dar vida al aire del ocaso.

Los cocineros estaban sirviendo la carne: cinco cochinillos de piel tostada y crujiente, cada uno con una fruta diferente en la boca. El olor le hizo la boca agua.

—Disculpad el retraso —dijo.

—Debería encargarte la misión de enterrar a nuestros muertos, Tyrion —bufó lord Tywin—. Si llegas tan tarde a la batalla como a la mesa, cuando te dignes aparecer, la lucha habrá terminado.

—Vamos, padre, al menos me reservarás un par de labriegos, ¿no? —replicó Tyrion—. Tampoco muchos, no quiero ser codicioso. —Se llenó la copa de vino y observó cómo uno de los criados trinchaba el lechón. La piel crujiente se quebraba bajo el cuchillo y corrían los jugos calientes de la carne. Era el espectáculo más hermoso que Tyrion había visto en mucho tiempo.

—La avanzadilla de ser Addam dice que la hueste de los Stark se mueve hacia el sur de Los Gemelos —le informó su padre al tiempo que le llenaban el plato de tajadas de lechón—. Los hombres de lord Frey se han unido a él. No creo que esté a más de un día de viaje hacia el norte.

—Por favor, padre —dijo Tyrion—. Que estoy a punto de comer.

—¿Y la perspectiva de enfrentarte al joven Stark te acobarda, Tyrion? A tu hermano Jaime le encantaría tenerlo delante.

—Yo lo que deseo es tener delante ese lechón. Robb Stark no es tan tierno, y jamás ha oido tan bien.

—Espero que vuestros salvajes no compartan esa desgana —dijo lord Lefford, el ave de mal agüero que se encargaba de las provisiones, inclinándose hacia delante—, o habremos desperdiciado mucho acero en ellos.

—Mis salvajes utilizarán muy bien ese acero, mi señor —replicó Tyrion. Cuando le dijo a Lefford que necesitaba armas y armaduras para los trescientos hombres que había llevado Ulf de las montañas, fue como si le pidiera que les entregara a sus hijas vírgenes para que se divirtieran.

—Esta mañana he visto al grande —dijo Lefford con el ceño fruncido—, el peludo, el que se empeñó en que necesitaba dos hachas de combate, de esas

grandes de acero negro con dos hojas en forma de luna.

—Es que a Shagga le gusta matar a dos manos —dijo Tyrion, sin apartar los ojos del plato de cochinillo humeante que acababan de poner ante él.

—Y todavía llevaba el hacha de madera a la espalda.

—Shagga es de la opinión de que tres hachas son mejores que dos. —Tyrion cogió un generoso pellizco de sal entre el índice y el pulgar, y espolvoreó la carne.

—Hemos pensado que vos y vuestros salvajes deberíais estar en la vanguardia cuando comience la batalla —intervino ser Kevan inclinándose hacia delante. Ser Kevan rara vez pensaba nada que lord Tywin no hubiera pensado antes. Tyrion había pinchado un trozo de carne con el puñal y se lo estaba llevando a la boca. Lo volvió a bajar al oír aquello.

—¿La vanguardia? —repitió, dubitativo. O su señor padre sentía de pronto un respeto desconocido ante la habilidad de Tyrion, o había decidido librarse de una vez por todas de la vergüenza que le suponía un hijo tullido. Tyrion tenía el sombrío presentimiento de que era lo segundo.

—Tienen un aspecto muy feroz —señaló ser Kevan.

—¿Feroz? —Tyrion se dio cuenta de que estaba repitiendo las palabras de su tío como un pájaro bien entrenado. Su señor padre lo miraba, sopesando cada palabra—. Os contaré hasta qué punto son feroces. Anoche, un hermano de la luna apuñaló a un grajo de piedra por una salchicha. Hoy, al montar el campamento, tres grajos de piedra le han abierto la garganta. No sé; quizás quisieran recuperar la salchicha. Por suerte, Bronn ha conseguido impedir que Shagga le cortara la verga al cadáver, pero aun así, Ulf exige compensación económica por la sangre, y desde luego, Conn y Shagga se niegan a pagar.

—Si a los soldados les falta disciplina, la culpa es de su lord comandante —señaló su padre.

Su hermano Jaime siempre había logrado que los hombres lo siguieran de buena gana, que dieran la vida por él si era necesario. Tyrion no tenía aquel don. Compraba la lealtad con oro, e imponía obediencia con su nombre.

—Un hombre más alto podría meterlos en cintura. ¿No es eso lo que intentas decir, mi señor?

—Si los hombres de mi hijo no obedecen sus órdenes —le dijo lord Tywin Lannister a su hermano—, la vanguardia no es el lugar que le corresponde. Sin duda se sentirá más a su gusto en la retaguardia, con los carromatos del equipaje.

—No me hagas favores, padre —dijo, airado—. Si no tienes otro mando que ofrecerme, iré a la cabeza de tu vanguardia.

—No he hablado de darte ningún mando. —Lord Tywin miró a su hijo enano—. Servirás a las órdenes de ser Gregor.

Tyrion mordió un trozo de cochinillo, lo masticó un instante y lo escupió, furioso.

—No tengo tanta hambre como pensaba —dijo mientras se bajaba torpemente del banco—. Ruego a mis señores que me disculpen.

Lord Tywin inclinó la cabeza en gesto de despedida. Tyrion dio media vuelta y se alejó. Al cojear colina abajo, sentía los ojos de todos clavados en la espalda. Oyó una carcajada compartida, pero no se volvió. Deseó fervorosamente que se les atragantara el lechón asado.

El crepúsculo hacia que todos los estandartes parecieran negros. El campamento Lannister se extendía varias leguas entre el río y el camino Real. Era fácil perderse entre tantos hombres, caballos y árboles, y aquello fue lo que hizo Tyrion. Pasó junto a una docena de grandes pabellones y un centenar de hogueras donde se preparaban las cenas. Las luciérnagas revoloteaban entre las tiendas como estrellas errantes. Le llegó el olor de salchichas con ajo, especiadas y sabrosas, tan tentador que el estómago le empezó a rugir. A lo lejos se oían voces que entonaban una canción grosera. Una mujer pasó corriendo junto a él, riendo, desnuda bajo una capa oscura, mientras su perseguidor, borracho, tropezaba con las raíces de los árboles. Más adelante, dos hombres con lanzas se enfrentaban separados por un estrecho arroyo, practicando lanzamientos y esquivando a la escasa luz, con los torsos desnudos y empapados de sudor.

Nadie se fijó en él. Nadie le dirigió una mirada. Nadie le prestó atención. Estaba rodeado de hombres que habían jurado lealtad a la casa Lannister, un vasto ejército de veinte mil hombres, pero se encontraba solo.

Cuando oyó el rugido de la risa de Shagga en la oscuridad, lo siguió hasta el rincón donde se encontraban los grajos de piedra. Conn, hijo de Coratt, le mostró una jarra de cerveza.

—¡Tyrion Mediohombre! Ven, siéntate junto a nuestro fuego, comparte carne con los grajos de piedra. Tenemos un buey.

—Ya lo veo, Conn, hijo de Coratt. —El enorme trozo de carne roja estaba suspendido sobre el fuego, atravesado por un espetón del tamaño de un árbol pequeño. Probablemente se tratara de un árbol pequeño. Dos grajos de piedra daban vueltas a la carne, y la sangre y la grasa goteaban sobre las llamas—. Te lo agradezco. Llamadme cuando esté hecho. —Por el aspecto de la carne, quizás fuera antes de la batalla. Se alejó de allí.

Cada uno de los clanes tenía su hoguera. Los orejas negras no comían con los grajos de piedra; los grajos de piedra no comían con los hermanos de la luna, y con los hombres quemados no comía nadie. La modesta tienda que había conseguido sacarle a lord Lefford se alzaba en el centro de las cuatro hogueras. Tyrion vio a Bronn, que compartía un pellejo de vino con uno de los nuevos criados. Lord Tywin le había enviado un caballerizo y un asistente personal; incluso se empeñó en que tuviera escudero propio. Todos estaban sentados en torno a una hoguera pequeña. Los acompañaba una muchacha delgada, de pelo oscuro, que no aparentaba más de dieciocho años. Tyrion examinó su rostro un

momento, antes de ver las espinas entre las cenizas.

—¿Qué habéis comido?

—Truchas, mi señor —dijo el caballerizo—. Las ha pescado Bronn.

«Truchas —pensó—, cochinillo asado... Maldito sea mi padre». Contempló los restos con tristeza. Le rugía el estómago.

Su escudero, un muchacho llamado para su desgracia Podrick Payne, se tragó algo que estaba a punto de decir. El muchacho era primo lejano de Ilyn Payne, el verdugo del rey... y parecía tan silencioso como su pariente, aunque no por falta de lengua. En cierta ocasión, Tyrion lo había obligado a enseñársela para estar seguro.

—Pues sí, es una lengua —dijo en aquella ocasión—. Quizá algún día aprendas a utilizarla.

Pero aquella noche carecía de la paciencia necesaria para intentar hacer hablar al chico. Tenía la sensación de que se lo habían asignado como broma cruel. Concentró su atención en la chica.

—¿Es ella? —le preguntó a Bronn.

La muchacha se levantó con un gesto grácil, y lo miró desde la cima de su altura, tres codos y un palmo, quizás más.

—Sí, mi señor, y si te parece bien puede hablar por sí misma.

—Soy Tyrion de la casa Lannister —dijo Tyrion inclinando la cabeza hacia un lado—. Los hombres me llaman el Gomo.

—Mi madre me llama Shae. Los hombres me llaman... a menudo.

Bronn se echó a reír, y el propio Tyrion no pudo contener una sonrisa.

—Vamos a la tienda, Shae, si tienes la amabilidad. —Levantó el ala de la tienda para que pasara. Una vez dentro, se arrodilló para encender una vela.

En la vida del soldado había ciertas compensaciones. Todo campamento tenía un grupo de personas que lo seguía. Al final del día, Tyrion había enviado a Bronn a que le buscara entre ellas una prostituta bonita.

—Me gustan razonablemente jóvenes, y mejor si son lindas —le indicó—. Si se ha lavado este año, mucho mejor; si no, báñala antes. No te olvides de decirle quién soy, y sobre todo, cómo soy.

En ocasiones, Jyck se había olvidado de hacerlo. Y las chicas ponían una cara extraña al ver al señor a quien debían complacer... Una cara que Tyrion Lannister no quería volver a ver.

Alzó la vela y la examinó. Bronn se había esmerado; tenía ojos de gacela y era esbelta, con pechos pequeños y firmes, y una sonrisa a ratos tímida, a ratos insolente, en ocasiones traviesa. Aquello le gustaba.

—¿Me quito el vestido, mi señor? —preguntó.

—Todo a su tiempo. ¿Eres doncella, Shae?

—Si vos lo deseáis, mi señor... —contestó con recato.

—Lo que deseo es la verdad, muchacha.

—Sí, pero eso os costará el doble.

—Soy un Lannister —dijo Tyrion, que comprendió que se iban a llevar muy bien—. Si algo me sobra es oro, y no tardarás en ver que soy generoso. Pero querré de ti algo más que lo que tienes entre las piernas, aunque eso también, claro. Compartirás mi tienda, me servirás el vino, reirás mis chistes, me darás masajes en las piernas para quitarme el dolor tras la jornada de marcha... y, tanto si te conservo a mi lado un día como si es un año, mientras estés conmigo no habrá otros hombres en tu cama.

—Me parece justo. —Se inclinó, se cogió el borde del vestido y se lo sacó por la cabeza en un solo movimiento fluido, antes de tirarlo a un lado. Bajo él solo llevaba la piel—. Si mi señor no deja esa vela se va a quemar los dedos.

Tyrion dejó la vela, la cogió de la mano y la atrajo con gentileza hacia sí. La muchacha se inclinó para besarla. La boca le sabía a miel y a especias, y los dedos con que desató los lazos de sus ropas eran diestros y hábiles.

Cuando la penetró, ella lo recibió con susurros cariñosos y estremecimientos de placer. Tyrion sospechaba que eran fingidos, pero lo hacía tan bien que no importaba. No necesitaba tanta verdad.

En cambio, como comprendió más tarde, mientras la muchacha yacía tranquila entre sus brazos, sí la había necesitado a ella. O quizás a alguien como ella. Hacía casi un año que no estaba con una mujer, desde que partiera hacia Invernalia en compañía de su hermano y el rey Robert. Quizás muriera al día siguiente, y si era lo que le deparaban los dioses, prefería irse a la tumba pensando en Shae, y no en su señor padre, en Lysa Arryn ni en lady Catelyn Stark.

Sentía la suavidad de los pechos de la chica contra el brazo. Era agradable. Una canción le llenó la mente. Empezó a silbar, muy bajito.

—¿Qué sucede, mi señor? —preguntó Shae, acurrucada junto a él.

—Nada —respondió—. Una canción que aprendí de niño, nada más. Duerm e, pequeña.

Cuando ella cerró los ojos, y su respiración se hizo lenta y pausada, Tyrion salió de su abrazo con delicadeza, para no turbarle el sueño. Salió al exterior desnudo, tropezó con su escudero y fue tras la tienda para orinar.

Bronn estaba sentado bajo un castaño, con las piernas cruzadas, cerca del lugar donde habían atado los caballos. Estaba afilando la espada, bien despierto. Por lo visto, el mercenario no dormía como el resto de los hombres.

—¿Dónde la encontraste? —le preguntó Tyrion mientras meaba.

—Se la arrebaté a un caballero. No quería dejarla marchar, pero tu nombre hizo que cambiara de opinión... Bueno, eso y mi puñal en su garganta.

—Espléndido —replicó Tyrion secamente, al tiempo que se sacudía las últimas gotas—. Si mal no recuerdo, te pedí que me buscaras una puta, no que me crearas un enemigo.

—Todas las bonitas estaban ya cogidas —dijo Bronn—. Si prefieres una vieja desdentada, yo me quedaré con esta.

—Mi señor padre diría que eso ha sido una insolencia —dijo Tyrion mientras se acercaba cojeando a él—, y te mandaría a las minas por impertinente.

—Por suerte para mí, tú no eres tu padre —replicó Bronn—. Había otra con la nariz llena de verrugas. ¿Te la traigo?

—Sé que te rompería el corazón —dijo Tyrion para devolverle el golpe—. Me quedo con Shae. ¿Recuerdas por casualidad el nombre de ese caballero? No quisiera tenerlo a mi lado durante la batalla.

—En la batalla seré yo quien estará a tu lado, enano. —Bronn se había levantado, ágil y rápido como un gato, haciendo girar la espada en la mano.

Tyrion asintió. El aire de la noche era una caricia cálida sobre la piel desnuda.

—Encárgate de que sobreviva a esta batalla y podrás pedirme lo que quieras.

—¿Quién querría matar a alguien como tú? —Bronn se pasó la espada de la mano derecha a la izquierda, y practicó un golpe de tajo.

—Mi señor padre, por ejemplo. Me ha puesto en la vanguardia.

—Yo habría hecho lo mismo. Un hombre pequeño con un escudo grande. A los arqueros les dará un ataque.

—Me parece que estás muy contento —bufó Tyrion—. Seguramente soy yo el que está loco.

—No te quepa duda. —Bronn envainó la espada.

Cuando Tyrion volvió a la tienda, Shae se incorporó sobre un codo.

—Me he despertado y mi señor se había ido —murmuró, somnolienta.

—Tu señor ha vuelto ya —dijo Tyrion y se deslizó entre las mantas junto a ella. La chica metió la mano entre las piernas atrofiadas y descubrió que estaba dispuesto.

—Ya lo veo —dijo mientras lo acariciaba. Él le preguntó por el hombre con el que estaba cuando Bronn la había escogido para él. Le dio el nombre de un vasallo menor de un señor insignificante—. No tenéis nada que temer de él, mi señor —añadió la muchacha, con las manos ocupadas en su sexo—. Es un hombre pequeño.

—¿Y qué soy yo? —preguntó Tyrion—. ¿Un gigante?

—Oh, sí —ronroneó—. Mi gigante de Lannister. —Se montó sobre él y, durante un rato, casi consiguió que la creyera. Tyrion se durmió con una sonrisa en los labios...

... y despertó en la oscuridad, entre el sonido de las trompetas. La chica lo sacudía por el hombro.

—Mi señor —susurraba—. Despertad, mi señor. Tengo miedo.

Se sentó adormilado, y apartó la manta. Los cuernos resonaban en la noche, salvajes y apremiantes, con un aullido que proclamaba: «deprisa, deprisa, deprisa». Oyó gritos, ruido de lanzas, relinchos de caballos, pero nada que

delatarla que empezaba la batalla.

—Las trompetas de mi señor padre —dijo—. Llaman a la batalla. Creía que Stark estaba todavía a una jornada de distancia.

Shae sacudió la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos; estaba commocionada.

Tyrion consiguió ponerse en pie torpemente, salió de la tienda y llamó a gritos a su escudero. Los jirones de niebla blanquecina parecían dedos largos que surgieran del río hacia el aire de la noche. Tanto hombres como caballos se movían casi a ciegas en medio del frío previo al amanecer; se ensillaban los animales, se cargaban los carromatos, se apagaban las hogueras... Las trompetas sonaron de nuevo: « deprisa, deprisa, deprisa ». Los caballeros maldecían a gritos; los soldados se colgaban a toda prisa la espada al cinto. Cuando por fin encontró a Pod, el muchacho roncaba suavemente. Tyrion le dio una patada en las costillas.

—Mi armadura —dijo—. Venga, venga.

Bronn surgió de pronto de entre la niebla, ya con la armadura puesta y a caballo, con su eterno yelmo abollado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Tyrion.

—Stark se nos ha adelantado un día —dijo Bronn—. Ha bajado por el camino Real en medio de la noche, y ahora sus huestes están formadas para la batalla a menos de dos mil pasos hacia el norte.

« Deprisa —llamaban las trompetas—, deprisa, deprisa, deprisa ».

—Asegúrate de que los hombres de los clanes estén preparados. —Tyrion volvió a entrar en su tienda—. ¿Dónde está mi ropa? —le gritó a Shae—. Muy bien. No, maldita sea, la de cuero. Sí. Tráeme las botas.

Cuando consiguió vestirse, su escudero le presentó la armadura. Tyrion tenía una armadura excelente, diseñada para adaptarse a su cuerpo deformé. Por desgracia, la armadura estaba a buen recaudo en Roca Casterly, y él no. Tuvo que arreglárselas con restos elegidos en los carromatos de lord Lefford: una cota de malla, el gorjal de un caballero caído en batalla, canilleras y guanteletes articulados, y botas de acero con puntera. Parte de la armadura era sencilla; parte, muy ornamentada, y ni una sola pieza le quedaba bien. La coraza estaba diseñada para un hombre más corpulento, y lo único que pudo encontrar adecuado al tamaño excesivo de su cabeza fue un yelmo grande, con una púa triangular de un palmo de largo.

Shae ayudó a Pod con las hebillas y los cierres.

—Si muero, llora por mí —le pidió Tyrion a la prostituta.

—¿Cómo sabrás si lloro o no? Estarás muerto.

—Lo sabré.

—Te creo.

Shae le puso el yelmo, y Pod se lo ajustó al gorjal. Tyrion se abrochó el cinturón, del que colgaban una espada corta y un puñal. Para entonces, el mozo

de cuadra le había llevado ya la montura, un corcel con una armadura tan formidable como la del propio Tyrion. Tuvieron que ayudarlo para montar; se sentía como si pesara una tonelada. Pod le tendió su escudo, una enorme plancha de madera de carpe con refuerzos de acero. Por último le dieron el hacha de combate. Shae retrocedió un paso y lo miró.

—Mi señor tiene un aspecto temible.

—Mi señor tiene aspecto de enano con armadura de retales —replicó Tyrion con amargura—, pero te lo agradezco. Podrick, si la batalla se vuelve contra nosotros, acompaña a la señora a su casa; quiero que llegue sana y salva.

La saludó con el hacha, hizo dar media vuelta al caballo y se alejó al trote. Tenía el estómago encogido en un nudo duro, tan prieto que le hacía daño. Tras él, sus criados empezaron a recoger la tienda a toda prisa. Los primeros rayos rosados del amanecer se divisaban ya hacia el este, a medida que el sol surgía por el horizonte. El cielo del oeste era de un color morado oscuro, salpicado de estrellas. Tyrion se preguntó si sería aquel el último amanecer que presenciaba... y si el hecho de preguntárselo denotaba cobardía. ¿Pensaría su hermano Jaime en la muerte antes de una batalla?

Un cuerno de guerra resonó a lo lejos, con una nota profunda, triste, que encogía el alma. Los hombres de los clanes montaron en sus esqueléticos caballos, entre gritos, maldiciones y bromas groseras. Varios de ellos parecían borrachos. El sol naciente disipaba ya los tentáculos de niebla cuando Tyrion se puso al frente de su grupo para iniciar la marcha. La poca hierba que los caballos habían dejado estaba llena de rocío, como si un dios hubiera salpicado la tierra con diamantes. Los montañeses cabalgaron tras él, separados por clanes y cada uno con su jefe al frente.

A la luz del amanecer, el ejército de lord Tywin Lannister se desplegó como una rosa de hierro, llena de espinas deslumbrantes.

Su tío estaba al mando del centro. Ser Kevan había izado sus estandartes por encima del camino Real. Los arqueros de a pie, con las aljabas colgadas de los cinturones, se situaron en tres largas hileras, cruzando el camino de este a oeste, y aguardaron en calma con los arcos ya tensos. Entre ellos, los hombres armados con picas formaron en cuadro. Detrás iban los soldados armados con lanzas, espadas y hachas. Trescientos jinetes rodeaban a ser Kevan y a los vasallos Lefford, Lydden y Serrett, junto a sus guardias juramentados.

El ala derecha correspondía por completo a la caballería, unos cuatro mil hombres con pesadas armaduras. Allí se concentraban más de tres cuartas partes de los jinetes, apiñados como un gigantesco puño de acero. Ser Addam Marbrand estaba al mando. Tyrion vio que en aquel momento su portaestandarte desplegaba la enseña, un árbol en llamas, anaranjado y humeante. Detrás ondeaban el unicornio morado de ser Flement, el jabalí pinto de Crakehall, el gallo de Swyft y muchos más.

Incluso desde lejos, su señor padre tenía un aspecto magnífico. La armadura de combate de Tywin Lannister era aún más esplendorosa que la dorada de su hijo Jaime. Llevaba una amplia capa de hilo de oro, tan pesada que apenas le ondeaba a la espalda al cabalgar, y tan larga que cuando montaba cubría casi por completo los cuartos traseros de su semental. No había broche que soportara tal peso, de manera que se la sujetaba en los hombros con dos pequeñas leonas que parecían a punto de saltar. El macho, un león de magnífica melena, descansaba sobre el gran yelmo de lord Tywin, con las fauces abiertas en un rugido y una zarpa amenazadora en el aire. Los tres leones eran de oro, con ojos de rubíes. La armadura era de grueso acero esmaltado en escarlata, con canilleras y guanteletes llenos de incrustaciones de oro en forma de volutas. Las rondellas tenían forma de soles; todos los broches estaban chapados en oro, y el acero rojo estaba tan bruñido que brillaba como el fuego a la luz del sol naciente.

A los oídos de Tyrion llegaba ya el retumbar de los tambores del enemigo. Recordó a Robb Stark tal como lo había visto la última vez, en el trono de su padre, en la sala principal de Inveralia, con la espada desenvainada en las manos. Recordó también como los huargos habían salido de entre las sombras y volvió a verlos ante sí, mostrando los colmillos, gruñendo y lanzando dentelladas. ¿Acompañarían al chico durante la batalla? La sola idea lo ponía nervioso.

Los norteños estarían agotados tras la larga noche de marcha, sin dormir. Tyrion estaba intrigado: ¿qué habría planeado el muchacho? ¿Acaso había pretendido cogerlos desprevenidos mientras dormían? Era poco probable. De Tywin Lannister se podían decir muchas cosas, pero no que fuera idiota.

La vanguardia se estaba agrupando a la izquierda. Lo primero que vio fue el estandarte, tres perros negros sobre campo de oro. Bajo él cabalgaba ser Gregor, a lomos del caballo más grande que Tyrion había visto en su vida. Bronn le echó un vistazo y sonrió.

—En la batalla, sigue siempre al hombre más grande.

—¿Y eso por qué? —Tyrion lo miró con el ceño fruncido.

—Son un blanco magnífico. Y ese hombre va a atraer las miradas de todos los arqueros.

—La verdad es que nunca lo había considerado desde esa perspectiva. —Tyrion se echó a reír, y vio a la Montaña con otros ojos.

En Clegane no había nada de espléndido. Su armadura era de acero gris opaco, deslucida y arañada por el uso, sin ningún blasón ni adorno. Iba señalando a los hombres sus posiciones con movimientos del enorme mandoble; ser Gregor lo movía con una sola mano, con la misma facilidad con que otro habría manejado un puñal.

—¡Yo mismo mataré al que vea huir! —rugía. En aquel momento vio a Tyrion—. ¡Gnomos! Ve a la izquierda. Defiende el río. Si puedes.

La izquierda de la izquierda. Para situarse en aquel flanco, los Stark

necesitarían caballos capaces de correr sobre las aguas. Tyrion guio a sus hombres hacia la orilla.

—¡Mirad! —gritó al tiempo que apuntaba con el hacha—. El río. —Un manto de neblina cubría aún la superficie del agua; la corriente verdosa discurría bajo ella. Los bajíos eran lodosos y llenos de plantas acuáticas—. Ese río es nuestro. Pase lo que pase, no os alejéis del agua. No lo perdáis de vista. Ningún enemigo debe interponerse entre nuestro río y nosotros. Si ensucian nuestras aguas, cortadles la polla y echádsela de comer a los peces.

Shagga llevaba un hacha en cada mano. Las entrechocó con un sonido estremecedor.

—¡Mediohombre! —gritó. Otros grajos de piedra repitieron el grito, y también lo hicieron los orejas negras y los hermanos de la luna. Los hombres quemados no gritaron, pero entrechocaron las espadas y las lanzas—. ¡Mediohombre! ¡Mediohombre! ¡Mediohombre!

Tyrion hizo dar media vuelta a su caballo para examinar el campo de batalla. En aquella zona, el terreno era ondulado y desigual. Al lado del río era blanco y lodoso; luego se alzaba en una pendiente suave hacia el camino Real, y al otro lado de la vía, hacia el este, resultaba pedregoso. En las laderas de la colina había algunos árboles, pero la mayor parte de la tierra se utilizaba para cultivos. El corazón le latía al ritmo de los tambores, y bajo las capas de cuero y acero sentía la piel fría de sudor. Vio cómo ser Gregor, la Montaña, recorría las líneas a caballo, siempre gritando y gesticulando. También aquella ala era de caballería, pero, mientras la derecha era una piña de caballeros con armaduras y lanceros bien protegidos, en la vanguardia estaban los desperdicios del oeste: arqueros a caballo con chalecos de cuero; un hervidero de jinetes libres y mercenarios sin disciplina; labriegos montados sobre caballos que hasta hacía poco araban la tierra, armados con guadañas y las espadas oxidadas de sus padres; muchachos sin entrenamiento, procedentes de los antros de Lannisport... y Tyrion, con sus hombres de los clanes montañeses.

—Alimento para los cuervos —murmuró Bronn a su lado, poniendo voz a las palabras que Tyrion no había querido pronunciar.

Tuvo que asentir. ¿Acaso su señor padre había perdido el juicio? Ninguna pica, pocos arqueros, apenas un puñado de caballeros, los hombres con peores armas y armaduras, todos a las órdenes de un salvaje que se guiaba por la rabia... ¿Cómo esperaba su padre que quedara protegido el flanco izquierdo durante la batalla?

No tuvo tiempo para pensarlo. Los tambores estaban tan cerca que el ritmo se le metía bajo la piel y le producía cosquilleos en las manos. Bronn desenvainó la espada larga y, de pronto, el enemigo apareció ante ellos, por encima de las colinas, avanzando a paso mesurado tras una muralla de escudos y picas.

«Malditos sean los dioses, son muchos», pensó Tyrion, aunque sabía que su

padre contaba con más hombres. Sus capitanes cabalgaban a lomos de caballos de guerra bien pertrechados, al lado de sus portaestandartes. Divisó el alce de los Hornwood, el sol de los Karstark, el hacha de combate de lord Cerwyn, el puño con guantelete de los Glover... y las torres de los Frey, azul sobre gris. Con lo seguro que había estado su padre de que lord Walder no intervendría... El blanco de la casa Stark ondeaba por doquier; los huargos grises parecían a punto de saltar de los estandartes, desde lo más elevado de las astas. Tyrion no vio a Robb, cosa que le resultó intrigante.

Resonó la llamada de un cuerno de guerra. *Aruuuuuuuuuuuuuuuuuuu*, rugió en la noche, un sonido largo y grave, frío como el viento del norte. Las trompetas de los Lannister respondieron, *da-DA-da-DA da-DAAAAAA*, metálicas y desafiantes, pero a Tyrion le dio la sensación de que era un sonido inferior, lleno de ansiedad. Sintió que se le revolvían las entrañas, y trató de dominarse. No quería morir vomitando.

El sonido de los cuernos se fue apagando, y un siseo constante llenó el aire. Una lluvia de flechas surcó el cielo dibujando un arco ascendente desde su derecha, donde se habían situado los arqueros, flanqueando el camino. Los norteños emprendieron la carga entre gritos, pero las flechas de los Lannister cayeron sobre ellos como granizo, cientos de ellas, miles; los gritos se tornaron en gemidos; los hombres cayeron. Para entonces, ya una segunda andanada dibujaba su arco mortífero, y los arqueros tensaban las cuerdas sobre una tercera flecha.

Las trompetas resonaron de nuevo, *da-DAAA da-DAAA da-DA da-DA da-DAAAAAA*. Ser Gregor hizo un gesto con la enorme espada, rugió una orden, y mil voces respondieron a su grito. Tyrion picó espuelas y agregó una voz más a la cacofonía; la vanguardia se adelantó.

—¡El río! —les gritó a los hombres de los clanes—. ¡Acordaos, el río es nuestro!

Siguió al frente hasta que emprendieron el galope; entonces, Chella lanzó un grito escalofriante y lo adelantó; Shagga siguió sus pasos con un aullido similar. El resto de los montañeses cargó tras ellos, y Tyrion quedó respirando el polvo de su estela.

Ante ellos había una formación de lanceros enemigos dispuestos en semicírculo, un puercoespin erizado de acero a la espera tras altos escudos de roble con el blasón del sol de los Karstark. Gregor Clegane fue el primero en llegar hasta ellos a la cabeza de una cuña de veteranos con armadura. La mitad de los caballos se espantaron en el último instante y dejaron de cargar justo delante de las lanzas. Los demás murieron con el pecho atravesados por las agudas puntas de acero. Tyrion vio caer a una docena de hombres. El semental de la Montaña se encabritó y levantó las patas delanteras, con sus herraduras de hierro, cuando una lanza dentada le hirió el cuello. El animal, enloquecido, cargó

contra el enemigo. Todas las lanzas se volvieron contra él, pero la muralla de escudos se derrumbó bajo su peso. Los norteños trataron de ponerse a salvo de sus últimos estertores. Cuando su caballo cayó, todavía lanzando dentelladas con la boca llena de sangre, la Montaña se levantó ileso, blandiendo a diestro y siniestro el gigantesco mandoble.

Shagga entró por la brecha antes de que la muralla de escudos se cerrara de nuevo, y otros grajos de piedra lo imitaron.

—¡Hombres quemados! ¡Hermanos de la luna! ¡Seguidme! —gritó Tyrion. Pero la mayoría iba por delante de él. Vio cómo Timett, hijo de Timett, salía de debajo de su montura muerta. Vio a un hermano de la luna empalado por una lanza Karstark. Vio cómo el caballo de Conn destrozaba de una coz las costillas de un hombre. Una lluvia de flechas cayó sobre ellos; no habría sabido decir de dónde procedían, porque caían sobre los Stark y los Lannister por igual, chocando contra las armaduras y abriendo carnes. Tyrion Lannister alzó el escudo y se cobijó bajo él.

El puercoespin se desmoronaba; los norteños retrocedían ante el ataque de la caballería. Tyrion vio cómo un golpe de Shagga destrozaba el pecho de un lancero, como el hacha hendía la armadura, el cuero, el músculo y los pulmones. Murió todavía de pie, con la cabeza del hacha incrustada en el pecho, pero Shagga siguió adelante y partió en dos un escudo con el hacha de la mano izquierda, mientras el cadáver se balanceaba colgado inerte de la derecha. Por fin, Shagga se liberó de su peso, entrechocó las dos hachas y lanzó un rugido.

El enemigo estaba ya sobre Tyrion; su espacio de combate se redujo a unos pocos codos en torno al caballo. Un soldado trató de ensartarle el pecho. Tyrion blandió el hacha y desvió la lanza a un lado. El hombre retrocedió para probar suerte de nuevo, pero él picó espuelas y lo arrolló con su caballo. Tres enemigos rodeaban a Bronn, que consiguió cortar con la espada la punta de la primera lanza, y destrozar la cara del segundo hombre con el golpe de revés.

Una lanza llegó silbando por la izquierda hasta Tyrion, y se le clavó en el escudo. Dio media vuelta y persiguió al lancero, pero él también se protegió levantando el escudo por encima de la cabeza. Tyrion lo rodeó, lanzando hachazos contra la madera. Saltaron astillas de roble, hasta que el norteño perdió pie, resbaló y cayó de espaldas, todavía con el escudo encima. Estaba fuera del alcance del hacha de Tyrion, y descabalgar para matarlo habría sido una molestia excesiva, así que lo dejó allí y cabalgó hacia otro hombre. Le asestó un golpe desde arriba con tal energía que el brazo se le quedó entumecido. Así consiguió un instante de respiro. Tiró de las riendas y buscó el río con la mirada. Allí estaba, a la derecha. En el fragor de la batalla, había dado la vuelta.

Un hombre quemado pasó a su lado, derrumbado sobre el caballo. La lanza que le había penetrado por el vientre le sobresalía por la espalda. Nada se podía hacer por él, pero cuando Tyrion vio que uno de los norteños echaba mano de sus

riendas, se lanzó a la carga.

Su enemigo lo esperó con la espada en la mano. Era un hombre alto y flaco, con jubón largo de malla y guanteletes de acero articulados, pero había perdido el yelmo, y la sangre que le manaba de un corte de la frente le corría entre los ojos. Tyrion lanzó un golpe de tajo hacia la cara, y el hombre alto lo desvió.

—¡Enano! —gritó—. ¡Muere!

Tyrion cabalgó en torno a él, lanzándole golpes a la cabeza y a los hombros, mientras el norteño giraba en círculo. El acero chocó contra el acero, y Tyrion no tardó en darse cuenta de que el hombre alto era más fuerte y más rápido que él. ¿Dónde infiernos estaría Bronn?

—¡Muere! —insistió su enemigo, con un golpe salvaje.

Tyrion apenas consiguió levantar el escudo a tiempo, y sintió como si la fuerza del ataque hiciera reventar el arma defensiva. Los trozos de madera volaron de su brazo.

—¡Muere! —aulló de nuevo el hombre de la espada. Se acercó más, y le asestó a Tyrion un golpe tan fuerte en la sien que le nubló la mente. El sonido de la hoja al resbalar contra el metal fue espantoso. El hombre alto sonrió... hasta que el caballo de Tyrion, rápido como una serpiente, le lanzó un bocado y le arrancó la carne de la cara hasta el hueso. Entonces, gritó. Y Tyrion le clavó el hacha en la cabeza.

—No, muere tú —le dijo. Y el norteño obedeció. Mientras recuperaba el hacha, oyó un grito.

—¡Eddard! —retumbó una voz—. ¡Por Eddard y por Invernalia!

El caballero cayó sobre él al tiempo que hacía girar por encima de la cabeza un mangual con una bola de púas en el extremo de la cadena. Los caballos de batalla chocaron antes de que Tyrion tuviera tiempo de abrir la boca para llamar a Bronn. Sintió un dolor terrible en el codo derecho cuando las púas le atravesaron el fino metal de la articulación. Perdió el hacha al instante. Intentó echar mano de la espada, pero el mangual volvía a hendir el aire en dirección a su rostro. El crujido fue espantoso, y empezó a caer. Más adelante no recordaría haber chocado contra el suelo, pero cuando alzó la vista, el cielo estaba sobre él. Rodó hacia un lado e intentó ponerse en pie, pero una ráfaga de dolor lo recorrió, y el mundo palpitó en torno a él. El caballero que lo había derribado lo miró desde arriba.

—Tyrion el Gnomo —rugió—. Estás en mi poder. ¿Te rindes, Lannister?

«Sí», pensó Tyrion. Pero la palabra se le atragantaba. El sonido que emitió mientras se incorporaba para ponerse de rodillas fue más semejante a un graznido. Tanteó a su alrededor en busca de un arma. La espada, el puñal, lo que fuera...

—¿Te rindes? —El caballero se alzaba sobre él, a lomos de su caballo pertrechado. Tanto el hombre como el animal parecían inmensos. El mangual

describió un círculo perezoso. Tyrion tenía las manos entumecidas; la visión, borrosa; la vaina de la espada, vacía—. Ríndete o muere —declaró el caballero a la vez que hacía girar el mangual más y más deprisa.

Tyrion se puso de pie tan deprisa como pudo, y embistió de cabeza contra el vientre del caballo. El animal lanzó un relincho espantoso y corcoveó. La sangre y las vísceras cayeron como una lluvia sobre la cara de Tyrion, y el animal se derrumbó como una avalancha. Cuando se quiso dar cuenta, tenía el visor sucio de barro y algo le aplastaba el pie. Consiguió liberarse. Tenía un nudo tan tenso en la garganta que apenas si consiguió hablar.

—... rindes... —graznó de manera patética.

—Sí —gimió una voz llena de dolor. Tyrion se quitó el barro del yelmo para poder ver. El caballo había caído hacia el otro lado, sobre su jinete. El caballero tenía una pierna atrapada debajo, y el brazo con el que había intentado parar la caída estaba doblado en un ángulo grotesco—. Me rindo. —Se tanteó el cinturón con la mano del brazo sano, sacó una espada y la tiró a los pies de Tyrion—. Me rindo, mi señor.

El enano, asombrado, se arrodilló y cogió el arma. Un latigazo de dolor le recorrió el codo al mover el brazo. El combate se había desplazado; ya no tenía lugar a su alrededor. En aquel punto del campo de batalla no quedaba nadie, aparte de los cadáveres. Los cuervos ya los sobrevolaban en círculos y se posaban para comer. Advirtió que ser Kevan había maniobrado con sus hombres para dar apoyo a la vanguardia; la multitud de hombres armados con picas hacia retroceder a los norteños hacia las colinas. En aquellos momentos forcejeaban en las laderas, y las picas chocaban contra otra muralla de escudos, ovalados y reforzados con remaches de hierro. El aire volvió a llenarse de flechas, y los hombres que se parapetaban tras la pared de roble cayeron bajo aquella lluvia mortífera.

—Me temo que los vuestros están perdiendo —le dijo al caballero atrapado bajo el caballo.

El hombre no respondió nada. Tyrion oyó el sonido de unos cascos de caballo a su espalda y se volvió, aunque el dolor del codo apenas le permitía sostener la espada. Bronn tiró de las riendas y lo miró desde arriba.

—No se puede decir que me hayas ayudado mucho —bufó Tyrion.

—Por lo que veo te las has arreglado muy bien solo —replicó Bronn—. Pero has perdido la púa del yelmo.

Tyrion se palpó la parte superior del casco. La púa ya no estaba en su lugar.

—No la he perdido. Sé perfectamente dónde está. ¿Has visto mi caballo?

Cuando lo encontraron, las trompetas ya habían sonado de nuevo, y la retaguardia de lord Tywin se acercaba por el río. Tyrion vió pasar a su padre, con el estandarte rojo y oro de los Lannister ondeando a su paso. Lo rodeaban quinientos jinetes; el sol arrancaba destellos de las puntas de sus lanzas. Los restos

de las líneas de los Stark se quebraron ante la carga como un cristal con el golpe de un martillo.

Tyrion sentía el codo dolorido y entumecido, y no hizo el menor ademán de unirse a la carnicería. Bronn y él fueron a buscar a sus hombres. A muchos los encontraron entre los muertos. Ulf, hijo de Umar, yacía sobre un charco de sangre coagulada: le faltaba un antebrazo, y a su alrededor yacía también una docena de sus hermanos de la luna. Shagga estaba bajo un árbol, acribillado a flechazos, con la cabeza de Conn en el regazo. Tyrion creyó que ambos estaban muertos, pero cuando desmontó, Shagga abrió los ojos.

—Han matado a Conn, hijo de Coratt —dijo.

El atractivo Conn no tenía más heridas que la mancha roja del pecho, allí donde la lanzada le había arrancado la vida. Bronn ayudo a Shagga a ponerse en pie, y el montañés pareció advertir por primera vez las flechas que tenía clavadas. Se las fue arrancando una a una, maldiciendo los agujeros que habían hecho en las prendas de cuero y malla, y aullando como una criatura al sacarse las que se le habían enterrado en la carne. Chella, hija de Cheyk, llegó junto a ellos mientras ayudaban a Shagga a quitarse las flechas, y les mostró las cuatro orejas que había capturado. A Timett lo encontraron saqueando los cadáveres, en compañía de sus hombres quemados. De los trescientos montañeses que habían entrado en combate con Tyrion Lannister, apenas si había sobrevivido la mitad.

Dejó que los vivos se ocuparan de los muertos, envió a Bronn a hacerse cargo del caballero cautivo, y fue en busca de su padre. Lord Tywin estaba sentado junto al río, bebiendo vino de una copa adornada con piedras preciosas, mientras su escudero le quitaba la coraza.

—Hermosa victoria —comentó ser Kevan al ver a Tyrion—. Tus salvajes han luchado muy bien.

Los ojos de su padre estaban clavados en él. Eran de un color verde claro con puntos dorados, y tan gélidos que sintió un escalofrío.

—¿Te ha sorprendido, padre? —preguntó—. ¿Te ha descabalado los planes? Porque se suponía que iban a matarnos a todos, ¿no?

—Es cierto: situé a la izquierda a los hombres menos disciplinados. —Lord Tywin apuró la copa, con rostro inexpresivo—. Había previsto que no resistirían. Robb Stark no es más que un crío inexperto, con más valor que inteligencia. Tenía la esperanza de que, si veía derrumbarse el flanco izquierdo, intentaría atacar por ahí para derrotarnos. Las picas de ser Kevan lo rodearían, lo atacarían y lo acorralarían contra el río mientras llegaba yo con la retaguardia.

—Y te pareció que lo mejor era colocarme en medio de esa carnicería, sin hacerme partícipe de tus planes.

—Una flaqueza fingida resulta menos convincente —replicó su padre—. Y no acostumbro a comunicar mis planes a hombres que se relacionan con salvajes y mercenarios.

—Lástima que mis salvajes te hayan estropeado el baile. —Tyrion se quitó el guantelete de acero y lo dejó caer al suelo. El dolor que le recorrió el brazo le retorció el rostro.

—El chico Stark ha resultado muy cauteloso para su edad —admitió lord Tywin—. Pero una victoria es una victoria. Parece que estás herido.

—Eres muy perspicaz, padre —dijo Tyrion con los dientes apretados. Tenía el brazo derecho empapado de sangre—. ¿Te importaría que me atendiera uno de tus maestres? A menos que quieras tener un hijo enano y manco...

—Lord Tywin —gritó alguien de forma apremiante, haciendo que este se volviera antes de responder. Tywin Lannister se puso en pie inmediatamente, mientras ser Addam Marbrand desmontaba de un salto. De la boca del animal brotaba una espuma sanguinolenta. Ser Addam hincó una rodilla en tierra. Era un hombre alto y delgado, de cabello cobrizo oscuro que le caía sobre los hombros; llevaba una armadura de bronce bruñido con el árbol en llamas que era el emblema de su casa grabado en negro sobre la coraza—. Nos hemos apoderado de algunos de sus comandantes, mi señor: lord Cerwyn, ser Wylis Manderly, Harrion Karstark y cuatro de los Frey. Lord Hornwood ha muerto, y me temo que Roose Bolton se nos ha escapado.

—¿Y el chico? —preguntó lord Tywin.

Ser Addam titubeó.

—El joven Stark no iba con ellos, mi señor. Dicen que cruzó por Los Gemelos con la mayor parte de los jinetes, y que en estos momentos cabalga hacia Aguasdulces.

« Un crío inexperto —recordó Tyrion—. Con más valor que inteligencia». Si no le hubiera dolido tanto, se habría echado a reír.

El bosque estaba lleno de susurros.

La luz de la luna parpadeaba en las aguas agitadas del arroyo, que discurría por un lecho rocoso abajo, en el valle. Los caballos relinchaban suavemente y piasaban entre los árboles, sobre un terreno húmedo y cubierto de hojas, mientras los hombres intercambiaban bromas nerviosas en voz baja. De cuando en cuando oía ruido de lanzas, y el tintineo metálico de las cotas de malla, pero hasta aquellos sonidos le llegaban ahogados.

—Ya no puede tardar mucho, mi señora —dijo Hallis Mollen. Había solicitado el honor de protegerla en la batalla que se avecinaba. Era un derecho que le correspondía como capitán de la guardia de Invernalia, y Robb no se lo había querido negar. Estaba rodeada por treinta hombres que tenían la misión de mantenerla a salvo y, en caso de que el combate se volviera contra ellos, llevarla de vuelta a Invernalia. Robb había pretendido que fueran cincuenta; Catelyn insistió en que diez serían más que suficientes, y que él iba a necesitar de todas sus espadas. Se pusieron de acuerdo en treinta, aunque ninguno de los dos se quedó satisfecho.

—Todo llegará en su momento —le dijo Catelyn.

Y entonces habría muertes. Quizá muriera Hal... o ella, o Robb. Nadie estaba a salvo. Ninguna vida estaba garantizada. Catelyn no quería que la espera terminase; deseaba seguir escuchando los susurros en el bosque, la música tenue del arroyo, seguir sintiendo el viento cálido en el cabello.

Al fin y al cabo, la espera no le era ajena. Sus hombres siempre la habían hecho esperar.

—Espera mi regreso, gatita —le decía su padre siempre que partía hacia la corte, la feria o la batalla.

Y ella aguardaba paciente en las almenas de Aguasdulces, viendo pasar las aguas del Forca Roja y el Piedra Caída. No siempre volvía cuando había anunciado que lo haría, y entonces Catelyn velaba durante días, siempre mirando por las aspilleras y las troneras, hasta que divisaba a lord Hoster a lomos de su viejo castrado castaño, al trote por la ribera.

—¿Me has esperado, gatita? —le preguntaba mientras se inclinaba para abrazarla—. ¿Me esperabas?

Brandon Stark también la había hecho esperar.

—No será mucho tiempo, mi señora —le juró—. En cuanto regrese, contraeremos matrimonio.

Pero, cuando llegó el día, fue su hermano Eddard quien estuvo a su lado en el septo.

Ned no había pasado ni quince días con su joven esposa antes de partir él también a la guerra, con promesas en los labios. Al menos, él le había dejado

algo más que palabras: le había dado un hijo. Pasaron nueve meses, y Robb nació en Aguasdulces mientras su padre seguía haciendo la guerra en el sur. El parto había sido largo y difícil, sin saber si Ned vería alguna vez al pequeño. A su hijo. Tan frágil...

Y había llegado la hora de esperar a Robb. A Robb y a Jaime Lannister, el caballero dorado que, según decían los hombres, jamás había aprendido a esperar.

—El Matarrey es inquieto; tiene el genio vivo —le había dicho a Robb su tío Brynden.

Y Robb había apostado sus vidas, y la única esperanza de victoria que tenían estribaba en que su tío tuviera razón.

Si Robb tenía miedo, no lo demostraba. Catelyn vio a su hijo moverse entre los hombres, palmejar a uno en el hombro, bromear con otro, ayudar a un tercero a tranquilizar a un caballo nervioso... La armadura le tintineaba suavemente al andar. Solo le faltaba el yelmo. Catelyn se fijó en que la brisa le agitaba el cabello castaño rojizo, tan semejante al de ella, y se preguntó cuándo había crecido tanto su hijo. Tenía quince años y ya estaba casi tan alto como ella.

« Permitid que crezca más —les suplicó a los dioses—. Permitid que llegue a los dieciséis, y a los veinte, y a los cincuenta. Que llegue a ser tan alto como su padre, que sostenga en brazos a su propio hijo. Por favor, por favor, por favor...». Lo miró; contempló a aquel joven de barba reciente, con el lobo huargo que le pisaba los talones, y lo único que vio fue al bebé que había amamantado en Aguasdulces, hacía ya tanto tiempo.

La noche era cálida, pero solo con pensar en Aguasdulces sintió un escalofrío.

—¿Dónde están? —, se preguntó. ¿Acaso se había equivocado su tío? Todo dependía de lo que les había dicho. Robb había puesto trescientos hombres bien elegidos a las órdenes del Pez Negro, y los envió por delante.

—Jaime no lo sabe —le había dicho ser Brynden a su regreso—. Me apostaría la vida. Mis arqueros se han encargado de que no le llegara ningún pájaro. Hemos visto a algunos de sus oteadores, pero los que llegaron a vernos a nosotros no viven para contarlo. Jaime debería haber dedicado más hombres a esa misión. No lo sabe.

—¿Cómo es su ejército? —había preguntado su hijo.

—Doce mil hombres a pie, dispersos en torno al castillo en tres campamentos diferentes, separados por los ríos —fue la respuesta de su tío. Tenía en el semblante arrugado la sonrisa que ella recordaba tan bien—. No hay otra manera de asediar Aguasdulces, pero puede resultar fatal para ellos. Dos o tres mil a caballo.

—El ejército del Matarrey es triplica al nuestro —señaló Galbart Glover.

—Es cierto —asintió ser Brynden—. Pero ser Jaime carece de una cosa.

—¿De qué? —inquirió Robb.

—De paciencia.

Su ejército era más numeroso que al pasar por Los Gemelos. Lord Jason Mallister había acudido desde Varamar con sus hombres, y se reunió con ellos cuando rodearon el nacimiento del Forca Azul. También se les habían unido otros: caballeros errantes, señores menores, soldados sin señor que huyeron hacia el norte cuando el ejército de su hermano Edmure cayó ante los muros de Aguasdulces... Todos habían galopado sin descanso para llegar a aquel lugar antes de que Jaime Lannister recibiera noticias de su avance, y el momento estaba próximo.

Catelyn vio montar a su hijo. Olyvar Frey le sujetó el caballo. Era el hijo de lord Walder, dos años mayor que Robb, pero diez años más inmaduro y mucho más nervioso. Aseguró el escudo de Robb y le tendió el yelmo. Cuando el muchacho se cubrió con él el rostro que Catelyn tanto amaba, un caballero alto y joven, a lomos de un semental gris, ocupó el lugar donde había estado su hijo. Entre los árboles reinaba la oscuridad; la luz de la luna no llegaba allí. Cuando Robb se volvió para mirarla, detrás de su visor solo había oscuridad.

—Debo ir a la cabeza, madre —le dijo—. Padre siempre dice que hay que dejar que los hombres te vean antes de la batalla.

—Pues ve —dijo—. Que te vean.

—Eso les dará valor —dijo Robb.

« ¿Y quién me dará valor a mí? », estuvo a punto de preguntar. Pero guardó silencio y consiguió dedicarle una sonrisa. Robb hizo dar la vuelta al gran semental gris, y se alejó despacio de ella, con Viento Gris siguiendo sus pasos como una sombra. Tras él, su guardia de batalla se puso en formación. Cuando obligó a Catelyn a aceptar protectores, ella insistió a su vez en que él estuviera guardado, y los señores vasallos se mostraron de acuerdo. Muchos de sus hijos exigieron a gritos el honor de cabalgar con el Joven Lobo, como habían empezado a llamarlo. Entre los treinta guardias de Robb estaban Torrhen Karstark y su hermano Eddard, además de Patrek Mallister, el Pequeño Jon, Daryn Hornwood, Theon Greyjoy, nada menos que cinco de los hijos de Walder Frey, y hombres mayores, como ser Wendel Manderly y Robin Flint. Uno de los guardias era una mujer, Dacey Mormont, la hija mayor de lady Maege, heredera de la isla del Oso, desgarbada con casi dos varas y un palmo de estatura, que había recibido como regalo un mangual a la edad en que a otras niñas se les dan muñecas. Algunos de los señores refunfuñaron al verla, pero Catelyn no prestó atención a sus protestas.

—Aquí no se trata del honor de vuestras casas —les dijo—. Se trata de mantener a mi hijo sano y salvo.

« Y para eso, ¿bastará con treinta hombres? —se preguntó—. ¿Bastará con seis mil? ».

Un pájaro empezó a piar a lo lejos; era un trino agudo que a Catelyn le

produjo la misma sensación que una mano helada en la nuca. Otro respondió, y un tercero, y un cuarto. Conocía bien aquellos trinos; había pasado mucho tiempo en Invernalia. Alcaudones de las nieves. A veces aparecían en lo peor del invierno, cuando el bosque de dioses estaba blanco y silencioso. Eran pájaros del norte.

« Se acercan» , pensó Catelyn.

—Ya se acercan, mi señora —susurró Hal Mollen. Siempre había sido muy dado a señalar lo evidente—. Los dioses nos acompañen.

Ella asintió. El bosque, en torno a ellos, fue quedando en silencio, y entonces los oyó, lejanos, pero aproximándose: los cascos de muchos caballos, el sonido de espadas, lanzas y armaduras, el murmullo de voces humanas, de cuando en cuando una risa, una maldición...

Tuvo la sensación de que transcurrían eones. Los sonidos eran cada vez más fuertes. Oyó más risas, órdenes a gritos, chapoteos cuando cruzaron y volvieron a cruzar el pequeño arroyo. Un caballo relinchó. Un hombre lanzó una maldición. Y, por último, lo vio. Solo durante un instante, entre las ramas de los árboles, desde el lugar donde se dominaba el valle, pero supo que era él. Pese a la distancia, Jaime Lannister era inconfundible. La luz de la luna le teñía de plata el oro de la armadura y del cabello, y de negro, el escarlata de la capa. No llevaba yelmo.

Apareció y desapareció en un instante; los árboles volvieron a ocultar la armadura plateada. Otros pasaron tras él, largas columnas de hombres, caballeros, espadas juramentadas, jinetes libres, tres cuartas partes de los hombres a caballo de los Lannister.

—No es hombre que se siente en una tienda a esperar mientras sus carpinteros construyen torres de asedio —les había garantizado ser Brynden—. Ya ha hecho tres expediciones con sus caballeros, para dar caza a asaltantes, o para asolar alguna aldea rebelde.

Robb había asentido y estudiado el mapa que su tío le había dibujado. Ned le había enseñado a interpretar los mapas.

—Atacadlo aquí —dijo al tiempo que señalaba un punto—. Que sean unos cientos de hombres, no más. Vasallos de los Tully. Cuando os persiga, estaremos esperando... —Movió el dedo un poco hacia la izquierda—. Aquí.

« Aquí» era un silencio en la noche, sombras y luz de luna, una gruesa alfombra de hojas muertas, riscos frondosos en pendiente suave hasta el lecho del arroyo.

« Aquí» era su hijo a lomos de un semental, volviendo la vista atrás por última vez para mirarla, levantado la espada en gesto de saludo.

« Aquí» era la llamada del cuerno de guerra de Maege Mormont, un sonido grave y prolongado que retumbó en el valle, para informarlos de que el último de los jinetes de Jaime había entrado en la trampa.

Y Viento Gris echó la cabeza hacia atrás y aulló.

El aullido pareció recorrer la espalda de Catelyn Stark y le provocó escalofríos. Era un sonido espantoso, aterrador, pero al mismo tiempo tenía música. Durante un instante, compadeció a los Lannister del valle.

« Así que ese es el sonido de la muerte», pensó.

Aruuuuuuuuuuuuu, fue la respuesta que les llegó desde el risco más lejano, cuando el Gran Jon hizo sonar también su cuerno. Al este y al oeste, las trompetas de los Mallister y los Frey sonaron clamando venganza. Al norte, donde el valle se estrechaba como un codo elevado, los cuernos de guerra de lord Karstark se sumaron al coro con sus voces profundas y tristes. Abajo, en el arroyo, los hombres gritaban y los caballos corcoveaban.

El bosque susurrante dejó escapar en una sola bocanada todo el aliento contenido cuando los arqueros que Robb había ocultado entre las ramas de los árboles dispararon sus flechas, y la noche estalló con los gritos de hombres y caballos. Alrededor de Catelyn, los jinetes alzaron las lanzas, y la tierra y las hojas que hasta entonces habían ocultado el brillo cruel de sus puntas se apartaron para dejar al descubierto todo el esplendor del acero afilado.

—¡Invernalia! —Oyó gritar a Robb mientras las flechas silbaban de nuevo. Se alejó de ella al trote, a la cabeza de sus hombres, colina abajo.

Catelyn se quedó a lomos de su caballo, inmóvil, rodeada por Hal Mollen y por su guardia. Esperó, como había esperado antes, a Brandon, a Ned y a su padre. Estaba en lo más alto del risco, y los árboles le ocultaban casi todo lo que sucedía abajo. Transcurrió un instante, que se prolongó, y de pronto fue como si sus protectores y ella estuvieran a solas en el bosque. Los demás habían desaparecido entre la espesura.

Pero cuando miró hacia el risco más lejano, al otro lado del valle, vio cómo los jinetes del Gran Jon salían de la oscuridad bajo los árboles. Formaban una hilera larga, una hilera infinita, y hubo un momento, apenas un instante, en el que Catelyn no vio más que la luz de la luna reflejada en las puntas de sus lanzas, como si del risco descendieran un millar de fuegos fatuos envueltos en llamas plateadas.

Parpadeó, y volvieron a ser hombres, que bajaban a toda prisa para matar o morir.

Más adelante no podría decir que había presenciado la batalla. En cambio, sí la oyó, y el valle se llenó con sus ecos. El crujir de una lanza rota, el fragor de las espadas, los gritos de « ¡Lannister! », « ¡Invernalia! » y « ¡Tully! ¡Aguas dulces y Tully! ». Cuando comprendió que ya no vería nada más, cerró los ojos y escuchó. Fue como si el combate tuviera lugar a su alrededor. Oyó cascos de caballos, botas de hierro chapoteando en las aguas bajas, el crujido de los escudos de roble bajo las espadas, el choque del acero contra el acero, el silbido de las flechas, el sonido de los tambores, los relinchos aterrados de un millar de

caballos... Los hombres gritaban maldiciones y suplicaban piedad, y la obtenían (o no), y vivian (o morían). Los riscos ejercían un extraño efecto sobre los sonidos. En cierta ocasión oyó la voz de Robb tan claramente como si lo tuviera al lado. « ¡A mí! ¡A mí! », gritaba. Y oyó también el gruñido de su lobo huargo, el chasquido de aquellos dientes largos al cerrarse, el sonido de la carne que se rasgaba, los chillidos de miedo y dolor que lanzaban hombres y caballos por igual. ¿Seguro que solo había un lobo? No había manera de saberlo.

Poco a poco, los sonidos se fueron apagando y murieron, hasta que al final solo quedó el del lobo. Y, cuando el amanecer rojo bañó el cielo del oriente, Viento Gris empezó a aullar de nuevo.

Robb regresó junto a ella a lomos de un caballo diferente, un picazo castrado, en vez del semental gris con el que había bajado al valle. La cabeza de lobo que figuraba en su escudo estaba hecha pedazos; a través de los tajos profundos se veía la madera de roble, pero Robb parecía ileso. En cambio, cuando se acercó a ella, Catelyn vio que el guantelete y la manga de su jubón estaban ennegrecidos de sangre.

—Estás herido —dijo.

—No —dijo Robb. Alzó la mano, y abrió y cerró los dedos—. Es sangre de... de Torrhen, creo, o... —Sacudió la cabeza—. No lo sé.

Por la ladera subía un gran grupo de hombres, sucios, con las armaduras melladas, sonrientes. Theon y el Gran Jon iban a la cabeza. Arrastraban entre los dos a Jaime Lannister. Lo tiraron ante el caballo de Catelyn.

—El Matarreyes —anunció Hal, como si hiciera falta.

—Lady Stark —dijo Lannister, de rodillas, alzando la cabeza. La sangre que manaba de un corte en el cuero cabelludo le corría por la mejilla, pero la escasa luz del amanecer volvía a dar un matiz dorado a su pelo—. Os ofrecería mi espada, pero la he extraviado.

—No es vuestra espada lo que quiero —replicó ella—. Devolvedme a mi padre, a mi hermano Edmure. Devolvedme a mis hijas. Devolvedme a mi señor esposo.

—A ellos también los he extraviado.

—Una lástima —replicó Catelyn con tono gélido.

—Mátalo, Robb —propuso Theon Greyjoy—. Cúrtale la cabeza.

—No —replicó Robb al tiempo que se quitaba el guante ensangrentado—. Nos resultará más útil vivo que muerto. Y mi señor padre nunca aprobó que se matara a los prisioneros después de la batalla.

—Un hombre sabio —dijo Jaime Lannister—. Y honorable.

—Lleváoslo y cargadlo de cadenas —dijo Catelyn.

—Haced lo que ha dicho mi madre —les ordenó Robb—, y que esté bien vigilado en todo momento. Lord Karstark querrá ver su cabeza clavada en una pica.

—No te quepa duda —asintió el Gran Jon.

Se llevaron a Lannister, para vendarle las heridas antes de encadenarlo.

—¿Por qué iba a querer matarlo lord Karstark? —preguntó Catelyn.

—Porque... —Robb apartó la vista y miró hacia el bosque; tenía el mismo aspecto absorto que Ned en tantas ocasiones—. Los ha matado...

—A los hijos de lord Karstark —explicó Galbart Glover.

—A los dos —dijo Robb—. A Torrhen y a Eddard. Y también a Daryn Hornwood.

—Nadie podrá decir que a Lannister le falta valor —dijo Glover—. Cuando ha visto que la derrota era inminente, se ha adelantado a todos sus hombres y ha tratado de llegar hasta Robb para matarlo. Ha estado a punto de conseguirlo.

—Ha «extraviado» su espada en el cuello de Eddard Karstark —dijo Robb—, después de cortarle la mano a Torrhen y abrirle el cráneo a Daryn Hornwood. Todo eso sin dejar de llamarle a gritos. Si no hubieran intentado detenerlo...

—... ahora estaría yo de luto, en lugar de lord Karstark —dijo Catelyn—. Tus hombres han hecho aquello que habían jurado hacer, Robb: morir protegiendo a su señor. Llóralos. Hónralos por su valor. Pero no en este momento. No hay tiempo para llorar. Has cortado la cabeza de la serpiente, pero todavía quedan tres cuartas partes del cuerpo enroscadas en torno al castillo de mi padre. Hemos ganado una batalla, no la guerra.

—¡Pero qué batalla! —intervino Theon Greyjoy con entusiasmo—. El reino no había contemplado una victoria semejante desde el Campo de Fuego, mi señora. Os lo juro, los Lannister han perdido diez hombres por cada uno de los nuestros que ha caído. Hemos capturado a un centenar de caballeros, y también a una docena de señores vasallos. Lord Westerling, lord Banefort, ser Garth Greenfield, lord Estren, ser Tytos Brax, Mallor de Dorne... y a tres Lannister aparte de Jaime, sobrinos de lord Tywin, dos de ellos, hijos de su hermana, y uno, de su difunto hermano...

—¿Qué hay de lord Tywin? —lo interrumpió Catelyn—. ¿Habéis hecho prisionero por casualidad a lord Tywin, Theon?

—No —replicó Theon, algo molesto.

—Pues, mientras no lo tengamos, esta guerra no habrá terminado. Ni mucho menos.

—Mi madre tiene razón. —Robb alzó la cabeza y se apartó el pelo de los ojos—. Aún nos falta Aguasdulces.

Las moscas volaban en lentos círculos en torno a Khal Drogo; zumbaban con un sonido grave, casi inaudible, que a Dany le provocaba un temor insensato.

El sol brillaba despiadado en lo más alto del cielo. El calor dibujaba ondulaciones en los salientes rocosos de las bajas colinas. Entre los pechos hinchados de Dany corría un hilillo de sudor. Los únicos ruidos que se oían eran los cascos de los caballos, el tintineo rítmico de las campanas, en el pelo de Drogo, y las voces lejanas, tras ellos.

Dany contempló las moscas.

Eran grandes como abejorros, repugnantes, rojizas, brillantes. Los dothrakis las llamaban *moscas de sangre*. Vivían en las zonas pantanosas y en las aguas estancadas, chupaban la sangre a hombres y caballos por igual, y ponían sus huevos en los muertos y en los moribundos. Drogo las detestaba. Cada vez que se le acercaba una, movía la mano con la velocidad de una serpiente y la atrapaba en el puño. Jamás lo había visto fallar. Luego apretaba los dedos, y cuando volvía a abrir la mano, la mosca no era más que una mancha rojiza en la palma.

Una mosca subió en aquel momento por la grupa de su semental, y el caballo agitó la cola, furioso, para quitársela de encima. Otras zumbaron en torno a Drogo, cada vez más cerca. El *khal* no reaccionó. Tenía los ojos clavados en las colinas lejanas y llevaba las riendas sueltas en las manos. Por debajo del chaleco pintado, un emplasto de hojas de higuera y barro azul reseco le cubría la herida del pecho. Las mujeres de las hierbas se lo habían preparado. La cataplasma de Mirri Maz Duur le picaba y escocía, y Drogo se la había arrancado hacia ya seis días, maldiciendo a la mujer y llamándola *maegi*. La cataplasma de barro era más calmante, y las mujeres de las hierbas le habían preparado también vino de amapolas. Durante los tres últimos días lo había bebido en grandes cantidades. Y cuando no era vino de amapolas, era leche fermentada de yegua, o cerveza de pimienta.

En cambio, apenas comía, y durante la noche no paraba de moverse y gemir. Dany notaba que su rostro estaba cada día más macilento. Rhaego se movía inquieto en su vientre, daba patadas como un semental, pero ni siquiera aquello despertaba ya el interés de Drogo como antes. Cada mañana, tras despertar de un sueñoagitado, le descubría nuevas arrugas de dolor en el rostro. Y además, el silencio. Aquel silencio la llenaba de miedo. No le había dicho ni una palabra desde que emprendieran la marcha, al amanecer. Si ella le hablaba, no obtenía más respuesta que un gruñido. Y después del mediodía, ni siquiera aquello.

Una de las moscas de sangre se posó sobre la piel desnuda del hombro del *khal*. Otra descendió volando en círculos, se le posó en el cuello y avanzó hacia su boca. Khal Drogo se meció en la silla; las campanillas tintinearon; su semental

siguió al paso.

—Mi señor —dijo en voz baja Dany, que había clavado los talones en la plata para acercarse a él—. Drogo. Mi sol y estrellas. —Él no dio señales de oírla. La mosca de sangre le subió por el bigote y se detuvo en la mejilla, en la arruga de al lado de la nariz. Dany contuvo un gemido—. Drogo. —Extendió la mano con torpeza y le rozó el brazo.

Khal Drogo se tambaleó en la silla, se inclinó hacia un lado y cayó pesadamente del caballo. Las moscas se dispersaron un instante y, a continuación, volvieron a posarse sobre el hombre tendido en el suelo.

—¡No! —exclamó Dany. Tiró de las riendas y, sin pensar por una vez en su vientre, se bajó de un salto de la plata y corrió hacia él.

La hierba sobre la que yacía era amarillenta y seca. Drogo gritó de dolor cuando Dany se arrodilló a su lado. El aliento le silbaba ronco en la garganta, y la miró sin reconocerla.

—Mi caballo —jadeó.

Dany le apartó las moscas del pecho y aplastó una tal como habría hecho él. La piel de Drogo le quemaba bajo los dedos.

Los jinetes del *khal* los habían seguido de cerca. Oyó el grito de Hago cuando se acercaron al galope. Cohollo se bajó del caballo de un salto.

—Sangre de mi sangre —dijo al tiempo que se arrodillaba a su lado.

Los otros dos siguieron montados.

—No —gimió Khal Drogo. Se debatió entre los brazos de Dany—. Debo montar. Montar. No.

—Se ha caído del caballo —dijo Hago desde arriba. Su rostro no denotaba emoción alguna, pero la voz era tensa.

—No debes decir eso —le advirtió Dany—. Por hoy ya hemos cabalgado suficiente. Acamparemos aquí.

—¿Aquí? —Hago miró a su alrededor. El terreno era seco y marchito, inhóspito—. No es lugar para acampar.

—Ninguna mujer dice dónde paramos —replicó Qotho—. Ni siquiera una *khaleesi*.

—Acamparemos aquí —repitió Dany—. Hago, dile a todo el mundo que Khal Drogo ha ordenado parar. Si alguien pregunta por qué, dile que estoy a punto de dar a luz, y no he podido seguir. Cohollo, manda venir a los esclavos, que monten enseguida la tienda del *khal*. Qotho...

—A mí no me das órdenes, *khaleesi*.

—Ve a buscar a Mirri Maz Duur —le dijo. La esposa del dios caminaba con las otras mujeres cordero, en la larga columna de esclavos—. Haz que venga, y que traiga su cofre.

—La *maegi*. —Qotho la miraba con ojos duros como el pedernal. Escupió al suelo—. No lo haré.

—Lo harás —replicó Dany—. O, cuando Drogo despierte, le tendrás que explicar que me has desafiado.

Qotho, furioso, hizo dar media vuelta a su semental y se alejó al galope rojo de rabia... pero Dany sabía que, por poco que le gustara, regresaría con Mirri Maz Duur. Los esclavos alzaron la tienda de Khal Drogo bajo un saliente escarpado de roca negra, cuya sombra proporcionaba cierto alivio para el calor del sol de la tarde. Pese a todo, cuando Irri y Doreah ayudaron a Dany a entrar a Drogo, la temperatura, bajo la tela, era calcinante. El suelo estaba cubierto de alfombras gruesas con dibujos, y en los rincones había cojines. Eroeh, la muchachita tímida que Dany había rescatado antes de entrar en la ciudad de los hombres cordero, encendió un brasero. Tendieron a Drogo sobre una esterilla.

—No —murmuró en la lengua común—. No, no. —Fue todo lo que dijo, todo lo que parecía capaz de decir.

Doreah le quitó el cinturón de medallones, así como el chaleco y las polainas, mientras Jhiqui se arrodillaba a sus pies para desatarle los cordones de las sandalias de montar. Irri quería subir los faldones de la tienda para que entrara la brisa, pero Dany se lo prohibió. No quería que nadie viera a Drogo como estaba, débil y delirante. Cuando por fin llegó su *khas*, hizo que montaran guardia en el exterior.

—No quiero que entre nadie sin mi permiso —le dijo a Jhogo—. Nadie.

—Se muere —susurró Eroeh mientras miraba a Drogo con el temor dibujado en el rostro. Dany la abofeteó.

—El *khal* no puede morir. Es el padre del semental que monta el mundo. Jamás le han cortado el pelo. Todavía lleva las campanillas que le puso su padre.

—*Khaleesi* —intervino Jhiqui—, se ha caído del caballo.

Dany, temblorosa, con los ojos llenos de lágrimas, dio media vuelta. «¡Se ha caído del caballo!». Así que lo había visto, igual que los jinetes de sangre, las doncellas y los hombres de su *khas*. ¿Y cuántos más? No podrían mantenerlo en secreto, y Dany sabía qué significaba aquello. Un *khal* que no podía montar, no podía mandar, y Drogo se había caído del caballo.

—Tenemos que bañarlo —insistió, testarda. No podía permitirse el lujo de caer en la desesperación—. Irri, que traigan la bañera enseguida. Doreah, Eroeh, buscad agua, agua fría; está ardiendo.

Khal Drogo era una hoguera con piel.

Los esclavos colocaron la pesada bañera de cobre en un rincón de la tienda. Cuando llegó Doreah con la primera jarra de agua, Dany mojó un trozo de seda y lo puso sobre la piel ardiente de la frente de Drogo. Sus ojos la miraban, pero él no la veía. Abrió los labios, pero no salieron palabras; solo un gemido.

—¿Dónde está Mirri Maz Duur? —exigió Dany. El miedo había agotado cualquier rastro de paciencia.

—Qotho dará con ella —dijo Irri.

Sus doncellas llenaron la bañera con agua tibia que apestaba a azufre, y la aromatizaron con frascos enteros de aceite amargo y puñados de hojas de menta desmenuzadas. Mientras preparaban el baño, Dany se arrodilló torpemente junto a su señor esposo; el pesado vientre apenas le permitía moverse. Le deshizo la trenza con dedos ansiosos, igual que la noche en que la había tomado por primera vez, bajo las estrellas. Fue poniendo las campanillas a un lado, una por una. En cuanto se encontrara bien querría ponérselas de nuevo, seguro.

En la tienda entró una corriente de aire cuando Aggo asomó la cabeza entre los pliegues de seda.

—*Khaleesi* —dijo—. El ándalo está aquí; suplica que le permitas entrar. —Los dothrakis llamaban así a ser Jorah.

—Sí —respondió al tiempo que se levantaba con dificultad—. Que pase. —Confiaba en el caballero. Si alguien sabía qué tenía que hacer, era él.

Ser Jorah Mormont se agachó para pasar bajo el faldón de la tienda, y aguardó un instante hasta que se le acostumbraron los ojos a la penumbra. Bajo el calor fiero del sur, vestía pantalones sueltos de seda cruda jaspeada, y sandalias de montar atadas hasta las rodillas, que dejaban al descubierto los dedos de los pies. La vaina de la espada le colgaba de un cinturón de crín trenzada. Bajo el chaleco blanco, el pecho desnudo aparecía quemado por el sol.

—La noticia ha recorrido todo el *khalasar* —dijo—. Se dice que Khal Drogo se ha caído del caballo.

—Ayudadlo —suplicó Dany—. Por el amor que decís profesarme, ayudadlo.

El caballero se arrodilló junto a ella. Miró fijamente a Drogo durante largo rato, y luego, a Dany.

—Decidle a las doncellas que salgan.

Dany, que se había quedado muda de miedo, hizo un gesto. Irriguió al resto de las muchachas fuera de la tienda.

Cuando quedaron a solas, ser Jorah sacó el puñal. A continuación, hábilmente, con una delicadeza sorprendente en un hombre tan corpulento, empezó a rascar las hojas negras y el barro seco azul del pecho de Drogo. El emplasto se había endurecido tanto como las murallas de barro de los hombres cordero, y al igual que las murallas se quebraba con facilidad. Ser Jorah rompió el barro seco con el cuchillo, apartó los restos de la carne y fue quitando las hojas una por una. El olor que despedía la herida era espantoso: dulzón, y tan penetrante que Dany se sintió a punto de ahogarse. Las hojas estaban llenas de sangre y pus; el pecho aparecía ennegrecido, con el brillo de la podredumbre.

—No —susurró Dany, con las mejillas llenas de lágrimas—. No, por favor, dioses, ayudadme, no.

Khal Drogo agitó los brazos como si luchara contra algún enemigo invisible. La sangre negra empezó a manar, lenta y espesa, de la herida abierta.

—Vuestro *khal* se puede dar por muerto, princesa.

—No, no puede morir, no debe morir, si no era más que un corte. —Dany cogió la mano grande y encallecida entre las suyas, tan pequeñas, y la apretó con fuerza—. No permitiré que muera...

—Esa orden está fuera de vuestro alcance, ya seáis *khaleesi* o reina —dijo ser Jorah dejando escapar una carcajada amarga—. Guardaos las lágrimas, niña. Ya lo lloraréis mañana, o dentro de un año. Ahora no hay tiempo para la pena. Tenemos que partir, y enseguida, antes de que muera.

—¿Partir? ¿Hacia dónde? —Dany no comprendía nada.

—En mi opinión, el mejor lugar sería Asshai. Está muy al sur, al final del mundo conocido, pero según se dice es un gran puerto. Allí encontraremos algún barco que nos lleve de vuelta a Pentos. No quiero engañaros: será un viaje duro. ¿Confiáis en vuestro *khas*? ¿Vendrá con nosotros?

—Khal Drogo les ordenó que velaran por mí —respondió Dany, insegura—. Pero si muere... —Se tocó el vientre abultado—. No lo entiendo. ¿Por qué tenemos que huir? Soy la *khaleesi*. Llevo en mis entrañas al heredero de Drogo. Será *khal* después de él...

—Escuchadme bien, princesa —dijo ser Jorah con el ceño fruncido—. Los dothrakis no seguirán a un niño de pecho. Solo se inclinaban ante la fuerza de Drogo, nada más. Cuando él ya no esté, Jhaqo, Pono y los otros *kos* se enfrentarán para ocupar su puesto, y este *khalasar* se devorará a sí mismo. El vencedor no querrá tener más rivales. Os arrancarán al niño del pecho nada más nacer y se lo echarán a los perros.

—Pero ¿por qué? —sollozó quejumbrosa, abrazándose el vientre—. ¿Por qué querrían matar a un bebé?

—Es el hijo de Drogo. La viejas dicen que será el semental que monte el mundo. Fue una profecía. Más vale matar al crío que arriesgarse a sufrir su ira cuando crezca y sea un hombre.

El niño le dio una patadita, como si lo hubiera oído todo. Dany recordó lo que Viserys le había contado, lo que habían hecho los perros del Usurpador con los hijos de Rhaegar. El pequeño también era un bebé, pero lo habían arrancado del pecho de su madre para estrellarle la cabeza contra una pared. Así actuaban los hombres.

—¡No le pueden hacer daño a mi hijo! —exclamó—. Ordenaré a mi *khas* que lo cuide, y los jinetes de sangre de Drogo...

—Un jinete de sangre muere con su *khal*. —Ser Jorah la sujetó por los hombros—. Lo sabéis perfectamente, niña. Os llevarán a Vaes Dothrak, con las viejas; será su última misión. Y después se reunirán con Drogo en las tierras de la noche.

Dany no quería regresar a Vaes Dothrak y pasar el resto de su vida entre aquellas viejas espantosas, pero sabía que el caballero estaba en lo cierto. Drogo

no había sido simplemente su sol y estrellas; era también el escudo que la mantenía sana y salva.

—No lo abandonaré —dijo con triste testarudez—. Nunca.

El faldón de la tienda se levantó de nuevo, y Dany volvió la cabeza. Mirri Maz Duur entró e hizo una profunda reverencia. Los días de marcha a pie tras el *khallasar* la habían dejado demacrada y coja, con los pies llenos de heridas y ampollas, y bolsas oscuras bajo los ojos. Tras ella llegaron Qotho y Haggio, que transportaban entre los dos el cofre de la esposa del dios. Los jinetes de sangre vieron la herida de Drogo. El cofre resbaló de entre las manos de Haggio y se estrelló contra el suelo de la tienda, y Qotho soltó una maldición tan brutal que pareció hendir el aire.

—La herida se ha infectado —dijo Mirri Maz Duur mientras examinaba a Drogo con rostro inexpresivo.

—Esto es cosa tuy a, *maegi* —dijo Qotho.

Haggio asestó un puñetazo a Mirri en la mejilla, y la mujer rodó por tierra. Luego empezó a darle patadas.

—¡Basta! —gritó Dany.

—Las patadas son demasiado buenas para una *maegi* —dijo Qotho, mientras contenía a Haggio—. Vamos a sacarla afuera. La ataremos a una estaca para que la monte todo el que pase. Y cuando acaben, que la monten los perros también. Las comadrejas le sacarán las entrañas, y las aves carroñeras le devorarán los ojos. Las moscas del río le pondrán huevos en el vientre y beberán el pus de lo que quede de sus pechos.

Clavó unos dedos duros como el hierro en la carne blanda y temblorosa del brazo de la esposa del dios, y la obligó a ponerse en pie.

—No —replicó Dany—. No quiero que le suceda nada malo.

—¿No? —Qotho le mostró los dientes amarillentos y podridos, en una espantosa parodia de sonrisa—. ¿A mí te atreves a decirme que no? Más te valdría rezar para que no te atemos al lado de tu *maegi*. Esto es culpa tuy a, tanto como de ella.

Ser Jorah se interpuso entre ambos mientras desenvainaba la espada.

—Frena esa lengua, jinete de sangre. La princesa es tu *khaleesi*.

—Solo mientras la sangre de mi sangre siga con vida —replicó Qotho al caballero—. Si muere, la mujer no es nada.

—Antes de ser la *khaleesi*, ya era de la sangre del dragón. —Dany sintió la tensión de su interior—. Ser Jorah, llamad a mi *khas*.

—No —dijo Qotho—. Nos iremos. Por ahora... *khaleesi*.

Haggio, con el ceño fruncido, salió de la tienda tras él.

—Ese no tiene buenas intenciones, princesa —dijo Mormont—. Los dothrakis dicen que un hombre y sus jinetes de sangre comparten la misma vida, y Qotho

está viendo que toca a su fin. Un hombre muerto no le teme a nada.

—Nadie ha muerto —replicó Dany—. Puede que necesite vuestra espada, ser Jorah. Será mejor que os pongáis la armadura. —Estaba más asustada de lo que quería reconocer, incluso ante sí misma.

—A vuestras órdenes —dijo el caballero con una reverencia, y salió de la tienda.

Dany se volvió hacia Mirri Maz Duur. Los ojos de la mujer estaban alerta, llenos de cautela.

—Así que me habéis vuelto a salvar.

—Y ahora tú tienes que salvarlo a él —dijo Dany—. Por favor...

—A una esclava no se le pide nada —replicó Mirri secamente—. Se le dan órdenes. —Se volvió hacia Drogo, que seguía ardiendo sobre la esterilla, y observó la herida largo rato—. Pero da igual que lo pidáis o lo ordenéis. Ningún sanador puede hacer ya nada por él. —El *khal* tenía los ojos cerrados. Le abrió uno con los dedos—. Ha estado adormeciendo el dolor con la leche de la amapola.

—Sí —reconoció Dany.

—Le preparé una cataplasma de semilla de fuego y nomepiques, y se la vendé con piel de cordero.

—Decía que le quemaba y se la arrancó. Las mujeres de las hierbas le prepararon otra, húmeda y calmante.

—Quemaba, sí. El fuego tiene una gran magia sanadora; eso lo saben hasta vuestros hombres sin pelo.

—Prepárale otra cataplasma —suplicó Dany—. Esta vez haré que la aguante.

—Ya no es el momento para eso, mi señora —dijo Mirri—. Ahora ya no puedo hacer más que facilitar el oscuro camino que tiene por delante, para que cabalgue sin dolor hacia las tierras de la noche. No vivirá hasta el amanecer.

Sus palabras atravesaron el pecho de Dany como un cuchillo. ¿Qué mal les había hecho a los dioses, para que fueran tan crueles con ella? Por fin había encontrado un lugar seguro; por fin conocía el sabor del amor y la esperanza. Por fin iba a volver a su hogar. Y ahora, perderlo todo...

—No —suplicó—. Sálvalo y te liberaré, lo juro. Seguro que sabes alguna manera... magia, o algo...

Mirri Maz Duur se acuclilló y miró a Daenerys con ojos negros como la noche.

—Hay un hechizo. —Su voz era baja, poco más que un susurro—. Pero es duro, mi señora, y oscuro. Muchos dirían que la muerte es más limpia. Lo aprendí en Asshai, y pagué muy cara la lección. Mi maestro fue un mago de sangre, de las Tierras Sombrias.

—Entonces es cierto: eres una *maegi*... —El cuerpo de Dany se cubrió de un sudor frío.

—¿Si? —Mirri Maz Duur sonrió—. Solo una *maegi* puede salvar a vuestro jinete en este momento, Dama de Plata.

—¿No hay otra manera?

—No.

Khal Drogo dejó escapar un gemido y se estremeció.

—Hazlo —le espetó Dany. No debía tener miedo; era de la sangre del dragón —. Sálvalo.

—El precio es alto —le advirtió la esposa del dios.

—Te daré oro, caballos, lo que quieras.

—No se trata de oro ni caballos. Esto es magia de sangre, mi señora. La vida solo se puede pagar con la muerte.

—¿Con la muerte? —Dany se apretó los brazos como si quisiera protegerse; se balanceó adelante y atrás sobre los talones—. ¡Mi muerte?

Se dijo que moriría por él si era necesario. Era de la sangre del dragón; no debía tener miedo. Su hermano Rhaegar había muerto por la mujer a la que amaba.

—No —le prometió Mirri Maz Duur—. No será tu muerte, *khaleesi*.

—Hazlo —le ordenó Dany, temblando de alivio.

—Como dices, se hará —asintió la *maegi* con solemnidad—. Llama a tus sirvientes.

Khal Drogo se debatió débilmente mientras Rakharo y Quaro lo metían en el baño.

—No —murmuró—. No. He de montar. —Una vez en el agua, las fuerzas parecieron abandonarlo.

—Traed su caballo —ordenó Mirri Maz Duur.

Así lo hicieron. Jhogo hizo entrar el gran semental castaño en la tienda. Cuando el animal olfateó el olor a muerte, relinchó y corcoveó, con ojos espantados. Hicieron falta tres hombres para contenerlo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Dany.

—Necesitamos la sangre —respondió Mirri—. Así ha de ser.

Jhogo dio un paso atrás y echó mano del *arakh*. Era un joven de dieciséis años, flaco, temerario, de risa pronta, con apenas la sombra del primer bigote asomando sobre el labio superior. Cayó de rodillas ante ella.

—*Khaleesi* —suplicó—, no permitas esto. Deja que mate a esa *maegi*.

—Si la matas, matarás a tu *khal* —dijo Dany.

—Eso es magia de sangre —insistió el muchacho—. Está prohibida.

—Soy la *khaleesi*, y digo que no está prohibida. En Vaes Dothrak, Khal Drogo mató a un caballo, y yo me comí su corazón para dar a nuestro hijo su fuerza y su valor. Esto es lo mismo. Lo mismo.

El semental coceó y corcoveó cuando Rakharo, Quaro y Aggo lo acercaron a

la bañera en la que flotaba el *khal*, que parecía ya un cadáver, entre las aguas sucias del pus y la sangre que le manaban de la herida. Mirri Maz Duur entonó un cántico en una lengua que Dany no conocía, y de pronto tenía un cuchillo en la mano. Dany no llegó a saber de dónde lo había sacado. Parecía muy viejo, de bronce rojizo, en forma de hoja, con extraños símbolos grabados en toda la superficie. La *maegi* lo pasó por la garganta del semental, bajo la cabeza del noble bruto. El caballo relinchó y se estremeció, y la sangre empezó a manar como un surtidor rojo. Se habría derrumbado de no ser porque lo sujetaban los hombres de su *khas*.

—Fuerza de la montura, entra en el jinete —canturreó Mirri mientras la sangre del caballo llenaba la bañera de Drogo—. Fuerza de la bestia, entra en el hombre.

Jhogo parecía aterrado; tenía miedo de soportar el peso del semental, de tocar la carne muerta, pero también tenía miedo de soltarlo.

« Solo un caballo », pensó Dany. Si podía comprar la vida de Drogo con la muerte de un caballo, pagaría aquel precio mil veces.

Cuando por fin dejaron caer el cuerpo del animal, el baño estaba lleno de un líquido rojo oscuro, y a Drogo solo se le veía la cara. Mirri Maz Duur no necesitaba el cadáver del caballo para nada.

—Quemadlo —les ordenó Dany. Sabía que aquella era la costumbre. Cuando moría un hombre, mataban a su caballo y ponían el cadáver en la pira funeraria, para que lo llevara a las tierras de la noche. Los hombres de su *khas* arrastraron el cuerpo fuera de la tienda. Había sangre por todas partes; hasta la tela de las paredes estaba salpicada de rojo, y las alfombras estaban húmedas y negras.

Encendieron los braseros. Mirri Maz Duur arrojó un polvo rojo sobre los carbones, y aquello dio al humo un aroma especiado bastante agradable, aun así Eroeh salió corriendo entre sollozos, y Dany sintió un miedo paralizador. Pero había llegado demasiado lejos para retroceder. Hizo salir a sus doncellas.

—Id con ellas, Dama de Plata —le dijo Mirri Maz Duur.

—Me quedaré —replicó Dany—. Este hombre me poseyó bajo las estrellas y dio vida al niño que llevo dentro. No lo dejaré.

—Es necesario. Una vez empiece mi cántico, ninguna persona debe entrar en esta tienda. Mi canción va a despertar poderes antiguos y oscuros. Los muertos danzarán aquí esta noche. Ningún hombre vivo debe verlos.

—Nadie entrará —dijo Dany agachando la cabeza, impotente. Se inclinó sobre la bañera, sobre Drogo, casi sumergido en la sangre, y le dio un beso en la frente—. Devuélvemelo —le susurró a Mirri Maz Duur antes de salir.

En el exterior, el sol estaba ya bajo en el horizonte, y el cielo estaba teñido de rojo. El *khalasar* había acampado. Las tiendas y las esterillas para dormir se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El viento soplaban, ardiente. Jhogo y Aggo estaban excavando un agujero para encender una hoguera en la que

quemar el cadáver del semental. Se había reunido toda una multitud para observar a Dany con ojos negros y duros, con rostros de cobre batido. Ella vio a ser Jorah Mormont, vestido ya con ropas de cuero y cota de malla, y la frente perlada de sudor allí donde el pelo empezaba a ralear. El caballero se abrió camino entre los dothrakis hasta llegar junto a Dany. Cuando vio las huellas escarlata que las botas de la muchacha dejaban en la tierra, el color huyó de su rostro.

—Pequeña idiota, ¿qué habéis hecho? —susurró con voz ronca.

—Tenía que salvarlo.

—Podríamos haber escapado —dijo él—. Podría haberos llevado a salvo hasta Asshai, princesa. No había necesidad de...

—Soy de verdad vuestra princesa?

—Que los dioses nos amparen a los dos; bien sabéis que sí.

—Entonces, ayudadme.

—Ojalá supiera cómo. —Ser Jorah hizo una mueca.

La voz de Mirri Maz Duur se elevó hasta convertirse en un aullido agudo, ululante, que hizo estremecer a Dany. Algunos de los dothrakis retrocedieron entre murmullos. Los braseros del interior de la tienda hacían que resplandeciera en el ocaso. A través del tejido de las paredes, salpicado de sangre, divisó sombras que se movían.

Mirri Maz Duur había empezado a bailar. Y no estaba sola.

Dany vio el miedo en los rostros de los dothrakis.

—Esto no puede ser —retumbó la voz de Qotho.

No había visto volver al jinete de sangre. Hago y Cohollo estaban con él. Los acompañaban los hombres sin pelo, los eunucos que curaban con el cuchillo, la aguja y el fuego.

—Esto va a ser —replicó Dany.

—*Maegi* —rugió Hago.

Y Cohollo, el viejo Cohollo, que había atado su vida a la de Drogo desde el día que nació, Cohollo, que siempre había sido bueno con ella... Cohollo le escupió a la cara.

—Morirás, *maegi* —prometió Qotho—. Pero antes ha de morir la otra. —Desenvainó el *arakh* y avanzó hacia la tienda.

—¡No! —gritó Dany—. ¡No entres! —Lo agarró por el hombro, pero Qotho la empujó a un lado. Dany cayó de rodillas, cruzando los brazos sobre el vientre para proteger a su hijo—. Detenedlo —le ordenó a su *khas*—. ¡Matadlo!

Rakharo y Quaro seguían ante el faldón de la tienda. Quaro dio un paso al frente, buscó con la mano el mango de su látigo, pero Qotho giró con la elegancia de un bailarín al tiempo que alzaba el *arakh*. El tajo dio de lleno a Quaro bajo el brazo; el acero afilado atravesó el cuero y la piel, cortó el músculo y las costillas. El joven jinete retrocedió, boqueando, mientras la sangre manaba a chorros.

Qotho le arrancó el arma del cuerpo.

—¡Señor de los caballos! —gritó ser Jorah Mormont—. Prueba conmigo.

Desenvainó la espada larga. Qotho lanzó una maldición y se volvió. El *arakh* se movió tan deprisa que la sangre de Quaro se dispersó al viento ardiente como si fuera una llovizna. La espada paró el golpe a un palmo del rostro de ser Jorah, y durante un instante, los dos aceros quedaron brillando en el aire, mientras Qotho aullaba de rabia. El caballero iba vestido con cota de malla; llevaba guanteletes y canilleras de acero articulado, y un pesado gorjal en torno al cuello, pero no se le había ocurrido ponerse el yelmo.

Qotho retrocedió, y cuando ser Jorah cargó contra él hizo girar el *arakh* centelleante sobre la cabeza. El caballero esquivó el golpe como pudo, pero los tajos eran tan rápidos que Dany pensó que Qotho tenía cuatro *arakhs* y otros tantos brazos. Oyó el crujido de la cota de malla cuando la golpeó el *arakh*, y vio cómo saltaban chispas cuando la larga hoja curva rebotó contra un guantelete. De pronto era Mormont quien retrocedía, mientras Qotho se lanzaba al ataque. El lado izquierdo del rostro del caballero estaba lleno de sangre, y un golpe que había recibido en la cadera le había atravesado la cota de malla y lo hacía cojear. Qotho se mofaba de él a gritos: lo llamaba cobarde, hombre de leche, eunuco con traje de hierro.

—¡Vas a morir! —le prometió mientras el *arakh* brillaba trémulo en el ocaso rojo.

El hijo de Dany pataleaba, enloquecido, dentro del vientre. La hoja curva resbaló por el filo de la recta, y fue a hundirse en la cadera del caballero, en el boquete de la cota de malla.

Mormont gruñó y se tambaleó. Dany sintió un dolor agudo en el vientre, y humedad en los muslos. Qotho lanzó un grito de triunfo, pero el *arakh* había llegado al hueso, y tardó un instante en poder sacarlo.

Fue suficiente. Ser Jorah asestó un golpe de arriba abajo con todas las fuerzas que le quedaban; atravesó la carne, el músculo y el hueso, y de pronto, el antebrazo de Qotho colgaba de su brazo sujeto únicamente por un fino jirón de piel y tendones. El siguiente golpe del caballero fue hacia la oreja del dothraki, y resultó tan salvaje que el rostro de Qotho pareció estallar.

Los dothrakis gritaban; Mirri Maz Duur lanzaba aullidos inhumanos en la tienda; el moribundo Quaro suplicaba agua. Dany pidió ayuda, pero nadie la oyó. Rakharo luchaba contra Haggio, *arakh* enfrentado a *arakh*, hasta que el látigo de Jhogo restalló como un trueno, y la punta se enroscó al cuello de Haggio. Dio un tirón, y el jinete de sangre cayó hacia atrás, perdiendo a la vez el equilibrio y la espada. Rakharo se precipitó hacia él con un aullido, blandiendo el *arakh* con ambas manos en un golpe descendente que acertó a Haggio entre los ojos. Alguien lanzó una piedra, y cuando Dany se volvió vio que tenía el hombro

herido y lleno de sangre.

—No —sollozó—. No, por favor, basta, es demasiado alto, el precio es demasiado alto.

Le llovieron más pedradas. Trató de arrastrarse hacia la tienda, pero Cohollo la agarró por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Dany sintió el roce de su cuchillo en la garganta.

—¡Mi bebé! —gritó.

Tal vez la oyeron los dioses, porque en aquel momento, Cohollo cayó muerto. La flecha de Aggo le entró por debajo del brazo, y le atravesó los pulmones y el corazón.

Cuando Daenerys reunió por fin fuerzas suficientes para levantar la cabeza, vio que la multitud se dispersaba. Los dothrakis regresaban en silencio a sus tiendas y a sus esterillas. Algunos ensillaron caballos y se alejaron. El sol se había puesto. En todo el *khalasar* ardían hogueras, brillantes fuegos anaranjados que chisporroteaban con furia y escupían al aire brasas encendidas. Trató de incorporarse, pero el dolor se apoderó de ella y la estrujó como el puño de un gigante. Se quedó sin respiración. Apenas si pudo boquear. La voz de Mirri Maz Duur era como un canto fúnebre. En el interior de la tienda, las sombras giraban.

Le pasaron un brazo bajo la cintura. Ser Jorah la ayudó a ponerse en pie. El caballero tenía el rostro lleno de sangre, y Dany vio que había perdido media oreja. Una nueva oleada de dolor hizo que se estremeciera en sus brazos, y oyó como el hombre llamaba a gritos a sus doncellas para que acudieran a ayudarla.

« ¿Tanto miedo tienen? ». Conocía demasiado bien la respuesta. La dominó otro espasmo de dolor, y tuvo que contener un grito. Sentía como si su hijo tuviera un cuchillo en cada mano y se estuviera abriendo camino a tajos hacia el exterior.

—¡Maldita seas, Doreah! —rugió ser Jorah—. Ven aquí. Trae a las parteras.

—No quieren venir. Dicen que está maldita.

—¡Si no vienen, les cortaré la cabeza!

—Se han marchado todas, mi señor. —Doreah se echó a llorar.

—La *maegi* —dijo otra voz. —¿La de Aggo?—. Llevadla con la *maegi*.

« No —quiso gritar Dany—. No, eso no, no lo hagáis ». Pero cuando abrió la boca se le escapó un largo aullido de dolor, y la piel se le cubrió de sudor. « ¿Qué les pasa a todos, acaso no lo ven? ». En el interior de la tienda, las formas danzaban en círculos en torno al brasero y la bañera llena de sangre; eran sombras oscuras en las paredes de tela, y algunas no parecían humanas. Divisó la forma de un lobo grande, y otra que parecía un hombre envuelto en llamas.

—La mujer cordero conoce los secretos del parto —señaló Irri—. Yo se lo oí decir.

—Sí —corroboró Doreah—. Yo también.

« No », gritó Dany, o tal vez solo lo pensó, porque de sus labios no salió sonido

alguno. La llevaban en brazos. Abrió los ojos para contemplar un cielo negro, muerto, sin estrellas. « No, por favor» . El sonido de la voz de Mirri Maz Duur se hizo cada vez más alto, hasta llenar el mundo. « Las sombras —gritó para sí—. ¡Los bailarines!» .

Ser Jorah la llevó al interior de la tienda.

El aroma del pan caliente que salía de las tiendas, en la calle de la Harina, era más cautivador que ningún perfume que Arya hubiera oido jamás. Respiró profundamente y se acercó un paso más a la paloma. Era un ave rechoncha, con manchas marrones, que parecía muy ocupada picoteando un trozo de corteza incrustado entre dos adoquines, pero alzó el vuelo en cuanto la sombra de Arya la rozó.

La espada de madera silbó, y acertó al animal a una vara del suelo. Cayó en un revoloteo de plumas marrones. La niña saltó sobre el ave en un abrir y cerrar de ojos; la agarró por un ala mientras se debatía y le lanzaba picotazos a los dedos. La cogió por el cuello y se lo retorció hasta que sintió cómo se rompía el hueso.

Comparadas con los gatos, las palomas eran muy fáciles.

Un septón que pasaba por allí la miró con recelo.

—Es el mejor lugar para cazar palomas —le dijo Arya al tiempo que se estiraba las ropas y recogía la espada de madera—. Vienen a por las migas.

Él se alejó a toda prisa. Arya se ató la paloma al cinturón y echó a andar calle abajo. Un hombre empujaba un carrito de dos ruedas lleno de tartas. El aire se impregnó del olor de los arándanos, los limones y los albaricoques. El estómago le rugió con un sonido hueco.

—¿Me dais una? —Se oyó decir—. De limón, o... de lo que sea.

—Son tres monedas de cobre —le dijo el hombre del carrito después de mirarla de arriba abajo. Obviamente, lo que veía no le gustaba.

—Os la cambio por una paloma bien gorda —dijo Arya dándose unos golpecitos en la bota con la espada de madera.

—Los Otros se lleven tu paloma —replicó el hombre del carrito.

Las tartas estaban recién salidas del horno. El olor le hacía la boca agua, pero no tenía tres monedas de cobre. Ni siquiera una. Miró al hombre, recordando lo que le había dicho Syrio acerca de ver de verdad. Era bajo, tenía una barriga redonda y parecía apoyarse más en la pierna izquierda al caminar. Pensó que si cogía una tarta y echaba a correr, no podría atraparla, pero él pareció leerle el pensamiento.

—Ni se te ocurra acercar esas manos sucias. Los capas doradas saben qué hacer con las ratas ladronas como tú; no lo dudes.

Arya miró hacia atrás con cautela. En la entrada de un callejón había dos guardias de la ciudad. Las capas les llegaban casi hasta el suelo; eran gruesas, de lana teñida de color dorado, mientras que las cotas de malla, las botas y los guantes eran negros. Uno llevaba una espada larga colgada del cinturón; el otro, una porra de hierro. Arya lanzó una última mirada anhelante a las tartas, y se alejó del carrito a buen paso. Los capas doradas no se habían fijado en ella, pero

con solo verlos se le ponía un nudo en el estómago. Se había mantenido lo más alejada posible del castillo, pero pese a la distancia, las cabezas que se pudrían en la cima de los muros rojos se veían demasiado bien. Los cuervos revoloteaban ruidosos sobre ellas. En el Lecho de Pulgas se comentaba que los capas doradas se habían aliado con los Lannister y que habían nombrado lord a su comandante, además de concederle tierras en el Tridente y un asiento en el Consejo Privado del rey.

También había oído otros comentarios, cosas que daban miedo, cosas que no comprendía. Unos decían que su padre había asesinado al rey Robert, y que lord Renly lo había matado a él. En cambio, otros aseguraban que Renly había matado al rey en una pelea, cuando los dos hermanos estaban borrachos. Si no, ¿por qué había huido en medio de la noche, como un vulgar ladrón? Según una versión, al rey lo había matado un jabalí durante la cacería, y según otra, había muerto comiendo jabalí con tanta gula que había estallado en la mesa. Otros decían que no, que había muerto sentado a la mesa, pero porque Varys la Araña lo había envenenado. No, lo había envenenado la reina. No, había muerto de viruelas. No, se había atragantado con una espina de pescado.

Lo único que tenían en común todos los rumores era la certeza de que el rey Robert había muerto. Las campanas de las siete torres del Gran Septo de Baelor habían repicado todo un día y toda una noche; el retumbar de su dolor recorrió la ciudad como una marea de bronce. Las campanas solo repicaban así por la muerte de un rey, según le contó a Arya el hijo de un curtidor.

Ella, lo único que quería era volver a casa, pero no era tan sencillo salir de Desembarco del Rey. Los rumores de guerra estaban en todas las bocas, y los capas doradas estaban sobre los muros de la ciudad como pulgas sobre... Bueno, sobre ella, por ejemplo. Había estado durmiendo en el Lecho de Pulgas, en tejados y en establos, en cualquier lugar donde encontraba un rincón para tenderse, y no había tardado en comprender por qué aquel barrio tenía semejante nombre.

Tras escapar de la Fortaleza Roja, no había pasado un día sin que Arya visitara las siete puertas de la ciudad. La puerta del Dragón, la puerta del León y la puerta Antigua estaban cerradas y con barrotes. La puerta del Lodazal y la puerta de los Dioses estaban abiertas, pero solo para los que querían entrar en la ciudad: los guardias no permitían que nadie saliera por ellas. Los que querían marcharse tenían que atravesar la puerta del Rey o la puerta de Hierro, que estaban vigiladas por guerreros Lannister con sus capas rojas y sus yelmos adornados con leones. Arya los había espiado desde el tejado de una posada cercana a la puerta del Rey, y había visto que registraban los carros y carromatos, que obligaban a los jinetes a abrir sus alforjas y que interrogaban a todo el que quería salir a pie.

A veces consideraba la posibilidad de salir a nado, pero el río Aguasnegras

era ancho y profundo, y todo el mundo decía que las corrientes eran traicioneras. Y no tenía dinero para pagar a un barquero ni sacar pasaje en una nave.

Su señor padre le había enseñado que no debía robar jamás, pero cada vez le resultaba más difícil recordar por qué. Si no conseguía salir, y pronto, tendría que arriesgarse con los capas doradas. Desde que aprendió a cazar palomas con la espada de madera no había vuelto a pasar hambre, pero tenía miedo de ponerse enferma si seguía comiendo aquella carne. Antes de encontrar el Lecho de Pulgas, se había comido las primeras crudas.

En el Lecho había tenderetes con calderos en cada callejón, en los que hervían guisos que llevaban años al fuego; allí se podía cambiar media paloma por un pedazo de pan del día anterior y un «cuenco de estofado», y hasta ponían la otra mitad al fuego y la asaban, siempre que uno mismo le quitara las plumas. Arya habría dado cualquier cosa por un tazón de leche y un pastelillo de limón, pero el estofado tampoco estaba tan mal. Por lo general llevaba cebada, trozos de zanahoria, nabo y cebolla, y en ocasiones hasta manzana, y siempre había una capa de grasa en la superficie. Ella procuraba no pensar en la carne. Una vez le había tocado un trozo de pescado.

Pero los tenderetes de los calderos siempre estaban llenos y, aunque se apresuraba a recoger la comida, Arya notaba los ojos clavados en ella. Algunos le miraban las botas o la capa, y sabía qué estaban pensando. En cambio, otros le metían la mirada por debajo de las ropas. No sabía qué pensaban aquellos, cosa que le daba todavía más miedo. En un par de ocasiones la persiguieron por los callejones, pero hasta entonces no la habían atrapado.

El brazalete de plata que había pensado vender se lo robaron la primera noche que pasó fuera del castillo, junto con el hato de ropa buena, mientras dormía entre los restos quemados de una casa del callejón del Cerdo. Lo único que le quedaba era la capa con que se tapaba, las prendas de cuero sobre las que se había acostado, la espada de madera... y *Aguja*. Por suerte dormía sobre ella; de lo contrario también la habría perdido. Valía más que el resto de los objetos juntos. Desde entonces, Arya había llevado siempre la capa echada sobre el brazo derecho, para ocultar la espada que le colgaba de la cintura. En cambio, la espada de madera la llevaba en la mano izquierda, para que todo el mundo la vieras, con la esperanza de desanimar a los ladrones. Pero en los tenderetes de los calderos había hombres que no se desanimarían aunque llevara un hacha de guerra. Aquello bastaba para quitarle las ganas de comer paloma y pan duro. A menudo prefería acostarse con hambre antes que arriesgarse a las miradas.

Cuando saliera de la ciudad podría recoger bayas, o robar manzanas y cerezas en los huertos. Recordaba haber visto varios desde el camino Real, cuando llegaron al sur. También podría buscar raíces en el bosque, o incluso cazar algún conejo. En la ciudad, los únicos animales que corrían eran las ratas, los gatos y algunos perros famélicos. Le habían dicho que en los tenderetes de los

calderos se pagaba un puñado de monedas de cobre por una camada de cachorros, pero no quería ni pensar en ello.

Al final de la calle de la Harina había un laberinto de callejuelas sinuosas y callejones sin salida. Arya pasó entre la multitud, tratando de alejarse lo máximo posible de los capas doradas. Había descubierto que lo mejor era ir por el centro de la calle. A veces tenía que esquivar caballos o carromatos, pero al menos los veía llegar. Si caminaba cerca de los edificios, alguien podía agarrarla. En algunos callejones había que ir rozando los muros, porque los edificios estaban tan próximos que casi se tocaban.

Una pandilla de niñitos escandalosos pasó corriendo junto a ella haciendo rodar un aro. Arya los miró con rencor; le recordaban los tiempos en que jugaba al aro con Bran, con Jon y con el pequeño Rickon. Se preguntó cuánto habría crecido ya Rickon, y si Bran estaría muy triste. Habría dado cualquier cosa por tener allí a Jon, oír cómo la llamaba «hermanita» y sentir cómo le revolvía el pelo. Aunque no le hacía ninguna falta que se lo revolvieran. Se había visto reflejada en los charcos, y no creía posible que pudiera haber un cabello más revuelto que el suyo.

Había tratado de hablar con los niños que veía en las calles, con la esperanza de tratar amistad con alguno que le ofreciera un lugar donde dormir, pero seguramente se había expresado mal o algo así. Los pequeños la miraban con cautela, y si se acercaba a ellos, echaban a correr. Sus hermanos mayores le hacían preguntas a las que Arya no podía responder, la insultaban e intentaban robarle lo que tenía. El día anterior, una muchacha flaca y descalza, que la doblaba en edad, la tiró al suelo e intentó quitarle las botas, pero Arya la golpeó en la oreja con la espada de madera, y la otra se alejó ensangrentada y sollozante.

Mientras bajaba por la ladera de la colina hacia el Lecho de Pulgas, una gaviota pasó volando sobre ella. Arya la miró, pensativa, aunque estaba fuera del alcance de su espada. La había hecho pensar en el mar. Quizá aquella fuera la salida. La Vieja Tata contaba cuentos acerca de muchachos que embarcaban como polizones en galeras mercantes, navegaban y corrían aventuras. A lo mejor, Arya también podía hacerlo. Decidió ir hasta el río. Le quedaba de camino hacia la puerta del Lodazal, que todavía no había visitado aquel día.

Cuando llegó, los muelles estaban extrañamente silenciosos. Divisó a una pareja de capas doradas que caminaban por el mercado del pescado, pero ellos no la miraron. La mitad de los puestos estaban vacíos, y le pareció que en las dársenas había muchos menos barcos de los que recordaba. Tres galeras de guerra del rey avanzaban en formación por el Aguasnegras; los cascos pintados de color oro hendían las aguas a medida que los remos subían y bajaban. Arya los observó un rato y echó a andar por la ribera.

Cuando vio a los guardias en el tercer malecón, con capas de lana gris

ribeteadas de seda blanca, casi se le paró el corazón. Los colores de Invernalia le llenaron los ojos de lágrimas. Estaban cerca de una pequeña galera mercante trirreme, amarrada junto a la orilla. Arya no supo leer el nombre; estaba escrito en un idioma extraño: myriense, braavosi, tal vez, alto valyrio. Agarró por la manga a un estibador que pasó junto a ella.

—Por favor —dijo—, ¿qué barco es ese?

—Es la *Bruja del Viento*, de Myr —le respondió el hombre.

—¡Sigue aquí! —exclamó Arya. El estibador le lanzó una mirada desconcertada, se encogió de hombros y siguió su camino. Arya corrió hacia el malecón. La *Bruja del Viento* era la nave que había apalabrado su padre para llevarla a casa... ¡y aún estaba allí! Creía que habría zarpado hacía ya muchos días.

Dos de los guardias jugaban a los dados, mientras el tercero hacía una ronda con la mano sobre el pomo de la espada. No quería que la vieran llorar como a una niñita, así que se detuvo para frotarse los ojos. Los ojos los ojos los ojos... ¿por qué?

«Mira con los ojos», oyó susurrar a Syrio.

Arya miró. Conocía a todos los hombres de su padre. Los tres de las capas grises eran desconocidos.

—Eh, tú —dijo el que hacía la ronda—. ¿Qué buscas aquí, chico?

Los otros dos alzaron la vista.

Arya hizo un esfuerzo supremo por controlarse para no salir corriendo; sabía que si lo hacía, la perseguirían. Se obligó a acercarse. Esperaban a una chica, pero la habían tomado por un chico. Pues entonces, sería un chico.

—¿Queréis comprar una paloma? —Le mostró el ave muerta.

—Largo de aquí —replicó el guardia.

Arya obedeció. No tuvo que fingir miedo; lo sentía de verdad. A su espalda, los hombres volvieron a concentrarse en los dados.

No sabía cómo había conseguido regresar al Lecho de Pulgas, pero cuando llegó a las callejuelas retorcidas y sin pavimentar que discurrían entre las colinas, estaba jadeante y sudorosa. El Lecho tenía un olor propio: apestaba a pocilgas, establos y curtidurías, y también a pellejos de vino agrio y a burdeles baratos. Arya recorrió el laberinto como en sueños. Hasta que le llegó el olor del guiso que se cocía en un tenderete, no se dio cuenta de que ya no tenía la paloma. Se le debía de haber caído del cinturón al correr, o tal vez se la habían robado sin que se diera cuenta. Sintió ganas de llorar de nuevo. Tendría que volver a la calle de la Harina, y no sabía si podría cazar otra tan gorda.

A lo lejos, al otro lado de la ciudad, las campanas empezaron a sonar.

Arya alzó la vista y escuchó. ¿Qué significaría aquel nuevo repique?

—¿Qué pasa ahora? —preguntó un hombre gordo, desde uno de los tenderetes de los calderos.

—Los dioses se apiaden de nosotros; otra vez las campanas —aulló una vieja.

—¿Se ha muerto el niño rey? —gritó una prostituta pelirroja, envuelta en finas sedas, asomándose a la calle por la ventana de un segundo piso—. Es lo que tienen los niños, no duran nada. —Se echó a reír, y un hombre desnudo la agarró desde atrás, le mordió el cuello y le sobó los grandes pechos blancos, que se veían por debajo de la escasa ropa.

—Puta imbécil —replicó también a gritos el hombre gordo—. El rey no ha muerto; son campanas de llamada. Solo las de una torre. Cuando muere el rey, suenan todas las de la ciudad.

—Oye, deja de morderme o te voy a hacer sonar yo a ti las campanas —le dijo la mujer de la ventana al hombre que estaba detrás de ella, al tiempo que lo apartaba de un codazo—. Entonces, ¿quién se ha muerto?

—Es una llamada —repitió el gordo.

Dos chicos de la edad de Arya pasaron junto a ella, pisoteando un charco. Una anciana los maldijo, pero ellos siguieron corriendo. No eran los únicos; todo el mundo se dirigía colina arriba para ver a qué venía tanto jaleo. Arya corrió tras el chico que iba más despacio.

—¿Qué pasa?

—Los capas doradas lo llevan al septo. —El chico se había vuelto para mirarla, sin aminorar el paso.

—¿A quién? —gritó sin parar de correr.

—¡A la mano del rey! Buu dice que le van a cortar la cabeza.

Un carromato había dejado un surco profundo en la calle. El chico lo salvó de un salto, pero Arya no lo vio. Tropezó y cayó de brúces; se hizo un arañazo profundo en la rodilla contra una piedra y se magulló los dedos al caer en la tierra dura. *Aguja* se le enredó entre las piernas. Contuvo un sollozo mientras se ponía en pie. Tenía el pulgar de la mano izquierda lleno de sangre. Cuando se lo lamió, vio que se había arrancado la mitad de la uña. Las manos le dolían, y también tenía la rodilla ensangrentada.

—¡Abrid paso! —gritó alguien desde la calle transversal—. ¡Abrid paso a mis señores de Redwyne!

Arya apenas tuvo tiempo de apartarse del camino para que no la arrollaran cuatro guardias a lomos de caballos enormes, que pasaron al galope. Llevaban capas a cuadros de colores azul y vino. Tras ellos iban dos jóvenes señores, que parecían idénticos, a lomos de yeguas zainas también iguales. Arya los había visto un centenar de veces en el patio: eran los gemelos Redwyne, ser Horas y ser Hobber, dos muchachos poco agraciados, de cabellos rojos y rostros cuadrados llenos de pecas. Sansa y Jeyne Poole los llamaban ser Horror y ser Baboso, y siempre que los veían hacían comentarios entre risitas. En aquel momento no tenían nada de graciosos.

Todo el mundo iba en la misma dirección, con prisa por averiguar a qué se

debía el tañido de las campanas. Sonaban cada vez más fuertes; a nadie le podía pasar desapercibida su llamada. Arya se unió a la riada de gente. La uña del pulgar le dolía tanto que tenía que aguantarse para no llorar. Iba chupándose el dedo a medida que caminaba, escuchando los comentarios a su alrededor.

—... la mano del rey, lord Stark. Lo llevan al Septo de Baelor.

—Pero ¿no estaba muerto?

—Ya no le falta mucho. Me apuesto un venado de plata a que lo decapitan.

—Eso espero, el muy traidor. —El hombre escupió al suelo.

—Él jamás... —empezó Arya, intentando hacerse oír. Pero eran adultos, y ella, solo una chiquilla.

—¡No seas idiota! No le van a cortar la cabeza. ¿Desde cuándo llevan a los traidores a las escaleras del Gran Septo?

—Pues desde luego no lo van a ungir caballero. Me han dicho que fue Stark el que mató al viejo rey Robert. Le cortó el gaznate en el bosque, y cuando lo encontraron estaba tan tranquilo, diciendo que había sido un jabalí.

—No es verdad; el que lo mató fue su hermano, el tal Renly, el del casco con astas de oro.

—Cierra esa boca mentirosa, mujer, que no sabes lo que dices; el hermano del difunto rey era un buen hombre.

Antes de llegar a la calle de las Hermanas, la multitud era ya tan densa que no se podía caminar sin tropezar con alguien. Arya se dejó llevar por la corriente humana en la subida hasta la cima de la colina de Visenya. La plaza de mármol blanco estaba abarrotada de personas que hablaban a gritos y daban empujones para acercarse más al Gran Septo de Baelor. El tañido de las campanas, allí, era ensordecedor.

Arya se coló entre la multitud y se agachó para pasar entre las patas de los caballos, siempre con la espada de madera en la mano. Desde el centro de la muchedumbre solo podía ver brazos, piernas y barrigas, así como las siete esbeltas torres del septo, que se alzaban hacia el cielo. Divisó un carromato de madera y se le ocurrió que podría subirse encima para ver algo, pero a otros se les había ocurrido la misma idea, y el cochero los echó a todos a latigazos, entre maldiciones.

Arya estaba cada vez más nerviosa. Mientras se abría paso hacia la parte delantera, la empujaron contra un pedestal de piedra. Al alzar los ojos vio a Baelor el Santo, el rey septón. Se colgó la espada del cinturón y empezó a trepar. La uña herida dejó marcas de sangre sobre el mármol pintado, pero siguió subiendo, y por fin pudo situarse entre los pies del rey.

Y, entonces, vio a su padre.

Lord Eddard estaba en el púlpito del septón supremo, fuera de las puertas del septo, apoyado entre dos capas doradas. Vestía un fastuoso jubón de terciopelo gris, con un lobo blanco bordado con cuentas en la pechera, y una capa de lana

gris ribeteada de piel, pero Arya jamás lo había visto tan flaco, y tenía el rostro marcado por el dolor. Más que mantenerse en pie, lo sujetaban, y la escayola de la pierna rota parecía sucia y podrida.

A su lado estaba el septón supremo en persona, un hombrecillo achaparrado, canoso, grueso, con una túnica blanca y una corona enorme de oro y cristales que le rodeaba la cabeza con un halo de todos los colores del arcoíris cada vez que se movía.

En torno a las puertas del septo y frente al púlpito de mármol había una multitud compuesta por caballeros y grandes señores. Entre ellos destacaba Joffrey, vestido íntegramente de escarlata, con ropas de seda y satén estampadas con dibujos de venados rampantes y leones rugientes. Llevaba en la cabeza una corona de oro. La reina madre estaba a su lado; vestía una túnica negra de luto con adornos color escarlata, y se cubría el cabello con un velo de diamantes negros. Arya reconoció al Perro, que llevaba sobre la armadura gris una capa nivea. Junto a él había cuatro hombres de la Guardia Real. Varys el eunuco paseaba entre los caballeros en zapatillas, vestido con una túnica de damasco estampada, y a Arya le pareció que el hombre al que distinguía bajo la capa plateada y la barbita puntiaguda podía ser el que en cierta ocasión se había batido en duelo por su madre.

Y entre ellos estaba Sansa, vestida con ropas de seda color azul claro, la larga cabellera castaña bien lavada y rizada, y brazaletes de plata en las muñecas. Arya frunció el ceño; ¿qué hacía allí su hermana? ¿Y por qué parecía tan contenta?

Una larga hilera de lanceros con capas doradas mantenían a raya a la multitud, dirigidos por un hombre recio, con una armadura muy ornamentada, llena de lacados negros y filigranas de oro. La capa tenía el brillo metálico del hilo de oro.

Cuando las campanas dejaron de sonar, en la plaza se hizo el silencio, y su padre alzó la cabeza y empezó a hablar con voz tan débil que apenas se le oía. «¿Qué?» y «¡Más alto!», empezaron a gritar a espaldas de Arya. El hombre de la armadura negra y dorada avanzó hacia su padre y le dio un empujón brusco. Arya habría querido gritar que lo dejaran en paz, pero sabía que nadie la escucharía. Se mordió el labio.

—Soy Eddard Stark, señor de Invernalia y mano del rey —dijo su padre, empezando de nuevo en voz más alta, de manera que sus palabras se oyeron en toda la plaza—. He venido para confesar mi traición ante los dioses y los hombres.

—No —sollozó Arya. Bajo ella, la multitud empezó a gritar insultos y obscenidades. Sansa se ocultó el rostro entre las manos.

—Traicioné la fe de mi rey y la confianza de mi amigo Robert —gritó su padre, alzando más la voz para hacerse oír—. Juré defender y proteger a sus

hijos, pero su sangre estaba todavía caliente cuando conspiré para deponer y asesinar a su hijo, y apoderarme del trono. Que el septón supremo, Baelor el Bienamado y los Siete sean testigos de que lo que digo es verdad: Joffrey Baratheon es el heredero legítimo del Trono de Hierro, señor y Protector de los Siete Reinos, por la gracia de todos los dioses.

Alguien, entre la multitud, lanzó una piedra, que acertó a Ned. Arya gritó. Las capas doradas impidieron que cayera, pero la sangre le manaba de una herida profunda en la frente. Llovieron más piedras. Una golpeó al guardia que estaba a la derecha de su padre; otra chocó contra la coraza del caballero de la armadura negra y dorada. Dos hombres de la Guardia Real se situaron ante Joffrey y la reina para protegerlos con sus escudos.

Deslizó la mano bajo la capa, y palpó la empuñadura de *Aguja* en su vaina. Apretó el puño con los dedos, con todas sus fuerzas.

« Por favor, dioses —rezó—. Protegedlo; que no le hagan daño a mi padre» .

—Tal como pecamos, hemos de pagar —entonó el septón supremo con voz profunda, mucho más alta que la de Ned Stark, mientras se arrodillaba ante Joffrey y su madre—. Este hombre ha confesado sus crímenes aquí, en este lugar sagrado, ante los ojos de los dioses y los hombres. —Alzó las manos en gesto suplicante, y un halo de colores pareció rodearle la cabeza—. Los dioses son justos, pero Baelor el Santo nos enseñó que también son misericordiosos. ¿Qué se hará con este traidor, alteza?

Mil voces se alzaban en gritos, pero Arya no las oyó. El príncipe Joffrey... no, el rey Joffrey, salió de detrás de los escudos de sus guardias.

—Mi madre me pide que le permita a lord Eddard vestir el negro, y lady Sansa me ha suplicado piedad para su padre. —Miró a Sansa y sonrió, y durante un momento, Arya pensó que los dioses la habían escuchado. Pero Joffrey se volvió hacia la multitud y siguió hablando—. Son mujeres, y sus corazones son blandos. Mientras yo sea vuestro rey, la traición no quedará sin castigo. ¡Ser Ilyn, traedme su cabeza!

La multitud rugió, y Arya sintió que la estatua de Baelor se movía, empujada por la muchedumbre. El septón supremo agarraba la capa del rey; Varys se le acercó agitando los brazos; hasta la reina le decía algo, pero Joffrey hizo un gesto de negación. Señores y caballeros se hicieron a un lado para dejar paso al hombre alto y descarnado, un esqueleto con cota de malla, la justicia del rey. Arya oyó, muy lejos, el grito de su hermana. Sansa había caído de rodillas y sollozaba, histérica. Ser Ilyn Payne subió por los peldaños del púlpito.

Arya se escurrió entre los pies de Baelor y saltó entre la multitud al tiempo que sacaba a *Aguja*. Cayó sobre un hombre que llevaba delantal de carnicero y lo derribó. Alguien chocó contra su espalda y estuvo a punto de tirarla por los suelos. Todo el mundo empujaba y se apretaba para adelantarse, pisoteando al pobre carnicero. Arya trató de abrirse paso con *Aguja*.

En lo más alto del púlpito, ser Ilyn Payne hizo un gesto, y el caballero vestido de oro y negro dio una orden. Los capas doradas tiraron a lord Eddard sobre el mármol, con la cabeza y el pecho por encima del borde.

—¡Eh, tú! —le gritó a Arya una voz furiosa.

Pero ella siguió corriendo, empujando a unos, esquivando a otros, derribando a todo el que se cruzaba en su camino. Una mano intentó agarrarle la pierna; Arya se defendió lanzando un tajo. Pateó espinillas; una mujer cayó, y Arya pasó por encima de ella, tirando de espada a diestro y siniestro, pero no servía de nada, de nada, había demasiadas personas: en cuanto conseguía abrirse un hueco, el camino se volvía a cerrar. Alguien la derribó hacia un lado. Todavía alcanzaba a oír los gritos de Sansa.

Ser Ilyn sacó de la vaina que llevaba a la espalda un enorme mandoble. Cuando alzó la hoja por encima de la cabeza, la luz del sol pareció dibujar ondas en el metal oscuro, y arrancó destellos de un filo más cortante que el de cualquier navaja.

«*Hielo* —pensó—. Tiene a *Hielo*». Las lágrimas le corrieron por el rostro y la cegaron.

Y en aquel momento, una mano surgió de entre la multitud y se cerró en torno al brazo de Arya como una trampa para lobos, con tanta fuerza que *Aguja* se le escapó de entre los dedos. La mano la levantó casi en vilo; la manejaba como si fuera una muñeca. Un rostro se presionó contra el suyo, una cabeza de pelo largo negro, barba enmarañada y dientes podridos.

—¡No mires! —ladró con voz ronca.

—No... no... no... —sollozó Arya. El anciano la sacudió con tanta fuerza que los dientes le entrechocaron.

—Cierra la boca y cierra los ojos, chico. —A lo lejos, como envuelto en niebla, oyó un... un sonido... un ruido suave, siseante, como si un millón de personas dejaran de contener el aliento a la vez. Los dedos del anciano, duros como el hierro, se le clavaban en el brazo—. Eso es, mírame a mí. —El aliento le olía a vino agrio—. ¿Me recuerdas, chico?

El olor la ayudó a recordar. Arya vio el pelo grasiendo, la capa negra polvorienta y llena de parches que le cubría los hombros caídos, los ojos negros entrecerrados que la miraban. Y reconoció al hermano negro que había ido a visitar a su padre.

—Me recuerdas, ¡eh? Muy bien, eres un chico listo. —Escupió al suelo—. Esto ya ha terminado. Vendrás conmigo, y sin abrir la boca. —Arya fue a decir algo, pero la sacudió con más fuerza todavía—. He dicho que sin abrir la boca.

La multitud empezaba a marcharse de la plaza. Ya no la empujaban; todos volvían a sus vidas cotidianas. En cambio, ella ya no tenía vida. Como entumecida, siguió a...

«*Yoren, eso es, se llama Yoren*». No vio cómo recogía a *Aguja* hasta que se

la devolvió.

—Espero que sepas cómo se utiliza esto, chico.

—No soy un... —empezó.

El hombre la empujó hacia el hueco de una puerta, le metió los dedos sucios entre el pelo y la obligó a levantar la cabeza.

—No eres un chico inteligente. Eso es lo que ibas a decir, ¿verdad?

En la otra mano tenía un cuchillo.

Cuando la hoja bajó como una centella hacia su rostro, Arya se echó hacia atrás, pataleó salvajemente y movió la cabeza de un lado a otro, pero la tenía sujetada por el pelo, tan fuertemente que sintió como si le desgarrase el cuero cabelludo, y notó en los labios el sabor salado de las lágrimas.

Los mayores eran hombres adultos, de diecisiete o dieciocho años. Uno tenía más de veinte. Pero casi todos eran más jóvenes, de dieciséis años o menos.

Bran los observó desde la balconada en la torre del maestre Luwin; los oyó gruñir, esforzarse y maldecir mientras blandían los cayados y las espadas de madera. El patio resonaba con el chocar de la madera contra la madera, salpicado demasiado a menudo por los gritos de dolor cuando un golpe acertaba en el cuero o en la carne. Ser Rodrik cabalgaba entre los muchachos, con el rostro enrojecido bajo los bigotes blancos, dando instrucciones a todos y cada uno de ellos. Bran no recordaba haber visto nunca al viejo caballero tan indignado.

—No —decía sin parar—. No. No. No.

—No pelean demasiado bien —comentó Bran, dubitativo. Rascó distraídamente a Verano detrás de las orejas, mientras el lobo huargo arrancaba un bocado de un trozo de carne. Trituró los huesos entre los dientes.

—Desde luego —asintió el maestre Luwin con un suspiro. El maestre estaba mirando por su gran catalejo myriense; media las sombras y anotaba la posición del cometa, que se veía muy cercano en el cielo de la mañana—. Pero en estos tiempos que corren... Ser Rodrik tiene razón: necesitamos hombres que monten guardia en la muralla. Tu señor padre se llevó a Desembarco del Rey la flor y nata de su guardia, y los demás siguieron a tu hermano, al igual que todos los muchachos aptos en leguas a la redonda. Muchos no volverán jamás, y tenemos que buscar hombres que ocupen sus lugares.

Bran miró con resentimiento a los jóvenes sudorosos del patio.

—Si tuviera bien las piernas podría derrotarlos a todos. —Recordó la última ocasión en que había tenido una espada en la mano, cuando el rey visitó Invernalia. No era más que una espada de madera, pero con ella había derribado al príncipe Tommen media docena de veces—. Ser Rodrik debería enseñarme a usar un hacha de guerra. Si tuviera un hacha de guerra con el mango muy largo, Hodor sería mis piernas. Juntos haríamos un caballero.

—No me parece... buena idea —dijo el maestre Luwin—. Bran, cuando un hombre pelea, los brazos, las piernas y la mente deben ser una sola cosa.

—¡Peleas como un ganso! —volvió a gritar ser Rodrik abajo, en el patio—. ¡Él te pica y tú lo picas con más fuerza! ¡Para los golpes! Bloquéalos; pelear como gansos no sirve de nada. ¡Si esto fueran espadas de verdad, el primer picotazo te habría cortado el brazo! —Otro de los muchachos soltó una carcajada, y el anciano caballero se volvió hacia él—. Riete lo que quieras. Sí, tú. ¡Qué descaro! Tú, que peleas como un puercoespín...

—Hubo una vez un caballero que no veía —insistió Bran, testarudo, mientras en el patio ser Rodrik seguía con su reprimenda—. La Vieja Tata me habló de él. Tenía un cayado largo, con hojas afiladas en los dos extremos; lo hacía girar con

las manos y mataba a dos enemigos a la vez.

—Symeon Ojos de Estrella —dijo Luwin mientras anotaba cifras en un libro —. Cuando perdió los ojos, se puso zafiros estrellados en las cuencas vacías, o al menos eso dicen los bardos. No es más que un cuento, Bran, igual que las historias de Florian el Bufón. Fábulas de la Edad de los Héroes. —El maestre chasqueó la lengua—. Tienes que olvidarte de esos sueños; solo servirán para hacerte daño.

—Anoche volví a soñar con el cuervo. —La mención de los sueños se lo había recordado—. El de los tres ojos. Entraba volando en mi dormitorio y me decía que fuera con él, y yo lo seguía. Bajábamos a las criptas. Mi padre estaba allí, y hablamos. Parecía triste.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Luwin mientras miraba por el catalejo.

—Creo que por algo relacionado con Jon. —El sueño había sido muy inquietante, más que ninguno de los otros sueños del cuervo—. Hodor no quiere bajar a las criptas. —Bran se dio cuenta de que el maestre apenas le había prestado atención, pero en aquel momento apartó los ojos del catalejo y parpadeó.

—¿Qué Hodor no quiere qué?

—Bajar a las criptas. Al despertarme, le dije que me llevara abajo a ver si mi padre estaba allí de verdad. Al principio no me entendió, pero hice que fuéramos hasta las escaleras y le dije: «Por ahí, por ahí», y no quiso bajar. Se quedó diciendo «Hodor», como si le diera miedo la oscuridad, ¡pero yo llevaba una antorcha! Me enfadé tanto que estuve a punto de darle un capón, como hace siempre la Vieja Tata. —Vio que el maestre fruncía el ceño—. Pero no lo hice —se apresuró a añadir.

—Bien. Hodor es un hombre, no una mula a la que se pueda apalear.

—En el sueño vuelo con el cuervo, pero cuando estoy despierto, no puedo —explicó Bran.

—¿Y para qué quieres bajar a las criptas?

—Ya te lo he dicho. Para buscar a mi padre.

—Bran, mi querido muchachito —dijo el maestre mientras se tironeaba de la cadena que llevaba al cuello, como hacía siempre que se sentía incómodo—, algún día, lord Eddard se sentará en esas piedras, junto a su padre, el padre de su padre y todos los Stark, que se remontan a los antiguos Reyes en el Norte... pero, si los dioses son bondadosos, eso será dentro de muchos años. Tu padre es prisionero de la reina en Desembarco del Rey. No lo vas a encontrar en las criptas.

—Pero anoche estaba allí. Hablé con él.

—Eres testarudo —suspiró el maestre, al tiempo que dejaba el libro a un lado—. ¿Quieres ir a comprobarlo?

—No puedo. Hodor no quiere bajar, y las escaleras son demasiado estrechas

para Bailarina.

—Me parece que ese problema sí puedo resolverlo.

En vez de llamar a Hodor, hizo que acudiera Osha, la mujer salvaje. Era alta y fuerte; nunca se quejaba y hacía lo que le decían.

—Me he pasado la vida al otro lado del Muro; un agujero en el suelo no me asusta, mis señores —dijo.

—Vamos, Verano —ordenó Bran mientras Osha lo cogía entre sus brazos fuertes y nervudos.

El lobo huargo soltó el hueso y siguió a Osha a través del patio y por las escaleras que descendían hasta la fría bóveda subterránea. El maestre Luwin iba por delante con una antorcha. A Bran ni siquiera le importaba que lo llevara en brazos, y no a la espalda. Bueno, no le importaba demasiado. Ser Rodrik había ordenado que le cortaran las cadenas a Osha, ya que desde que estaba en Invernalia los había servido fielmente. Todavía llevaba los pesados grilletes de hierro en torno a los tobillos, en señal de que la confianza en ella no era absoluta, pero las cadenas ya no limitaban sus zancadas seguras.

Bran ya no recordaba la última vez que había estado en las criptas. Había sido antes, sin duda. Cuando era pequeño jugaba a menudo allí con Robb, con Jon y con sus hermanas.

En aquel momento deseaba con todas sus fuerzas que estuvieran con él; así, la bóveda no le parecería tan oscura y aterradora. Verano, que caminaba cauteloso por la penumbra llena de ecos, se detuvo, alzó la cabeza y olió el aire frío y muerto. Enseñó los dientes y retrocedió un paso. A la luz de la antorcha del maestre, sus ojos tenían un brillo dorado. La propia Osha, que era dura como el hierro antiguo, parecía inquieta.

—No parecían muy alegres —dijo al ver la larga hilera de Starks de granito, en sus tronos de piedra.

—Fueron los Reyes del Invierno —susurró Bran. No sabía por qué, pero no le parecía bien hablar demasiado alto en aquel lugar.

—El invierno no tiene rey —replicó Osha con una sonrisa—. Si hubierais vivido un invierno lo sabrías, niño del verano.

—Durante miles de años fueron los Reyes en el Norte —dijo el maestre Luwin, alzando la antorcha para iluminar los rostros pétreos. Algunos eran de hombres barbudos, desgreñados, salvajes como los lobos tendidos a sus pies. Otros estaban afeitados; tenían rasgos finos y afilados como las espadas largas de hierro que sostenían sobre las rodillas—. Hombres duros para tiempos duros. Vamos.

Echó a andar con paso vivo y pasó junto a la hilera interminable de pilares de piedra y figuras talladas. Su antorcha alzada parecía dejar un rastro de fuego en el aire.

La cripta era cavernosa, más larga que la propia Invernalia, y Jon le había

dicho en cierta ocasión que por debajo había más niveles, otras bóvedas aún más profundas y oscuras, en las que estaban enterrados los reyes más antiguos. La luz era imprescindible. Verano se negó a moverse de los escalones; ni siquiera hizo ademán de seguirlos cuando Osha fue en pos de la antorcha, con Bran en sus brazos.

—¿Recuerdas nuestra historia, Bran? —le preguntó el maestre mientras caminaban—. Cuéntale a Osha quiénes son y qué hicieron.

Contempló los rostros junto a los que iban pasando, y recordó las antiguas leyendas. El maestre le había contado las historias, y la Vieja Tata había hecho que cobraran vida.

—Ese de ahí es Jon Stark. Cuando los asaltantes del mar desembarcaron en el este, él los expulsó y construyó el castillo de Puerto Blanco. Su hijo fue Rickard Stark, no el padre de mi padre, sino otro Rickard; este le arrebató el Cuello al Rey del Pantano y se casó con su hija. Aquel tan delgado, el del pelo largo y la barbita, es Theon Stark. Lo llamaban *Lobo Hambriento*, porque siempre estaba haciendo la guerra. Ese es un Brandon: aquel, el alto, el de los ojos soñadores. Brandon el Armador, porque le gustaba mucho el mar. Su tumba está vacía. Quiso navegar hacia el oeste por el mar del Ocaso, y nadie volvió a verlo jamás. Su hijo fue Brandon el Incendiario, porque de puro dolor les prendió fuego a todos los barcos de su padre. Ahí está Rodrik Stark, que ganó la isla del Oso en una competición de lucha, y se la entregó a los Mormont. Y ese es Torrhen Stark, el Rey que se Arrodilló. Fue el último de los Reyes en el Norte y el primer señor de Invernalia, tras rendirse ante Aegon el Conquistador. Ah, y ese es Cregan Stark; en cierta ocasión se enfrentó al príncipe Aemon, y el Caballero Dragón dijo que era la mejor espada que había visto jamás. —Ya casi estaban terminando, y Bran sintió que la tristeza lo invadía—. Ese es mi abuelo, lord Rickard, que murió a manos de Aerys, el Rey Loco. Su hija Lyanna y su hijo Brandon están en las tumbas contiguas. No soy yo; es otro Brandon, el hermano de mi padre. No les correspondían estatuas: son solo para los señores y los reyes, pero mi padre los quería tanto que ordenó que las esculpieran.

—La doncella es muy hermosa —señaló Osha.

—Robert iba a casarse con ella —explicó Bran—, pero el príncipe Rhaegar la secuestró y la violó. Robert fue a la guerra para recuperarla. Mató a Rhaegar con su martillo en el Tridente, pero Lyanna murió, así que no la recuperó.

—Es una historia muy triste —dijo Osha—. Pero esos agujeros vacíos son más tristes todavía.

—Es la tumba de lord Eddard, para cuando llegue su hora —dijo el maestre Luwin—. ¿Ahí era donde estaba tu padre en el sueño, Bran?

—Sí. —El recuerdo lo hizo estremecer. Miró a su alrededor, intranquilo; se le había erizado el vello de la nuca. ¿No había oído un ruido? ¿Había alguien allí abajo?

—Pues ya lo ves: no está aquí. —El maestre Luwin se adelantó hacia el sepulcro abierto, con la antorcha en la mano—. Ni lo estará hasta dentro de muchos años. Los sueños no son más que sueños, pequeño. —Metió el brazo en la oscuridad de la tumba, como si fuera la boca de una bestia inmensa—. ¿Ves? No hay na...

La oscuridad saltó hacia él con un gruñido aterrador.

Bran vio unos ojos que parecían fuego verde, un relámpago de colmillos, un pelaje tan negro como la tumba de la que salía. El maestre Luwin dejó escapar un grito y levantó las manos. La antorcha se le escapó de los dedos y salió volando para estrellarse contra el rostro pétreo de Brandon Stark. Cayó a los pies de la estatua, y las llamas lamieron las piernas. A la luz temblorosa, vio que Luwin se debatía con el lobo huargo, golpeándole el hocico con una mano. El otro brazo estaba atrapado entre las mandíbulas del animal.

—¡Verano! —gritó Bran.

Y Verano surgió como un rayo de la oscuridad; surcó el aire de un salto tras ellos. Cayó sobre Peludo y lo derribó, y los dos lobos huargo rodaron en un torbellino de pelaje negro y gris, lanzándose mordiscos y dentelladas, mientras el maestre Luwin se incorporaba para ponerse de rodillas con dificultad, con el brazo desgarrado y ensangrentado. Osha sentó a Bran contra el lobo de piedra de lord Rickard y corrió para auxiliar al maestre. La luz titubeante de la antorcha hacía que unas sombras de lobos de veinte codos de altura pelearan en la pared y en el techo.

—Peludo —llamó una vocecita aguda.

Bran alzó la vista. Su hermano pequeño estaba de pie, en la entrada de la tumba de su padre. Peludo lanzó una última dentellada a Verano y corrió al lado de Rickon.

—Deja en paz a mi padre —le advirtió el pequeño a Luwin—. Déjalo en paz.

—Rickon —intervino Bran con voz amable—. Padre no está aquí.

—Sí que está. Lo he visto. —El rostro de Rickon estaba cubierto de lágrimas—. Lo vi anoche.

—¿Soñaste...?

Rickon asintió.

—Que lo dejen en paz. Que lo dejen en paz. Va a volver a casa, como prometió. Ya vuelve a casa.

Bran nunca había visto al maestre Luwin tan inseguro. Peludo le había desgarrado la manga y la carne del brazo, y la sangre goteaba.

—Osha, la antorcha —pidió con voz tensa de dolor. La mujer la cogió antes de que se apagara. Las piernas de la estatua de su tío estaban manchadas de hollín—. ¡Esa... esa bestia...! —siguió Luwin—. ¡Ordené que lo encadenaran en las perreras!

—Lo he soltado yo. —Rickon acarició el hocico ensangrentado de Peludo,

que le lamió los dedos—. No le gustan las cadenas.

—Rickon —dijo Bran—, ¿quieres venir conmigo?

—No. Me gusta estar aquí.

—Pero está oscuro. Y hace frío.

—No tengo miedo. Quiero esperar a padre.

—Puedes esperar conmigo —insistió Bran—. Lo esperaremos todos juntos: tú, yo y los lobos.

Ambos animales se estaban lamiendo las heridas, y habría que vigilarlos de cerca.

—Sé que la intención es buena, Bran —intervino el maestre con firmeza—, pero Peludo es demasiado salvaje para andar suelto. Si lo dejamos libre por el castillo, acabará por matar a alguien. Sé que es duro, pero este lobo tiene que estar encadenado o... —Luwin titubeó.

«O muerto», pensó Bran.

—No puede estar encadenado —dijo—. Esperaremos todos en tu torre.

—Imposible —replicó el maestre Luwin.

—Si mal no recuerdo, Bran es el señor —dijo Osha con una sonrisa. Le tendió la antorcha a Luwin, y volvió a coger a Bran en brazos—. Vamos a la torre del maestre.

—¿Vienes, Rickon?

—Pero que venga también Peludo —dijo su hermano después de asentir, echando a andar tras Osha y Bran.

Al maestre Luwin no le quedó más remedio que seguirlos, sin dejar de echar miradas cautelosas en dirección a los lobos.

El torreón del maestre Luwin estaba tan atestado de cosas que Bran se maravillaba de que pudiera encontrar algo en medio de aquel caos. Sobre las mesas y las sillas se amontonaban los libros en precario equilibrio; en los estantes había hileras e hileras de frascos, y no había ni un mueble que no tuviera charcos de cera seca y trozos de velas a medio consumir. El catalejo myriense estaba sobre un trípode, junto a la puerta de la terraza; de las paredes colgaban diagramas con la posición de las estrellas en el cielo; por doquier había mapas, papeles, plumas y tinteros, y todo estaba lleno de excrementos de los cuervos que se posaban en las vigas del techo. Sus graznidos estridentes retumbaban en la estancia mientras Osha lavaba, curaba y vendaba las heridas del maestre, siguiendo las instrucciones tensas del propio Luwin.

—Esto es demencial —dijo el hombrecillo canoso mientras ella le untaba las mordeduras del lobo con un ungüento que parecía escocer mucho—. De acuerdo, es curioso que los dos soñarais lo mismo, pero si os paráis a pensarla, resulta natural. Echáis de menos a vuestro señor padre, y sabéis que está prisionero. El miedo puede enardecer la mente de los hombres y hacerles concebir ideas extrañas. Rickon es demasiado pequeño para entender...

—Ya tengo cuatro años —dijo Rickon. Estaba mirando por el catalejo, apuntado en dirección a las gárgolas del Primer Torreón. Los lobos huargo estaban sentados, en extremos opuestos de la habitación redonda, concentrados en lamerse las heridas y roer sendos huesos.

—... demasiado pequeño, y... Ay, por los siete infiernos, cómo escuece. No, no pares, ponme más. Iba diciendo que es demasiado pequeño, Bran, pero tú ya tienes edad para comprender que los sueños son solo sueños.

—Unos sí y otros no. —Osha vertió leche de fuego, de color rojo claro, en un largo corte. Luwin se mordió los labios—. Los hijos del bosque sabían mucho acerca de los sueños.

—Los hijos... —El maestre tenía el rostro lleno de lágrimas de dolor, pero sacudió la cabeza, testarudo—. Ahora existen solo en los sueños. Ya no queda ninguno. Basta, así basta. Ahora, el vendaje. Primero, compresas, y luego, vendas, y aprieta bien: esto va a sangrar.

—La Vieja Tata dice que los hijos conocían las canciones de los árboles, que podían volar como pájaros, nadar como peces y hablar con los animales —dijo Bran—. Dice que componían una música tan bella que, con solo oírla, los hombres lloraban como bebés.

—Y todo eso gracias a la magia —dijo el maestre Luwin, distraído—. Ojalá existieran. Un hechizo me curaría el brazo sin que doliera tanto, y le podrían decir a Peludo que no mordiera a nadie. —Lanzó una mirada furiosa de reojo en dirección al lobo negro—. Quiero que comprendas esto, Bran: el hombre que confía en los hechizos se bate en duelo con una espada de cristal. Como les pasó a los hijos. Mira, quiero enseñarte una cosa. —Se levantó, cruzó la estancia y regresó con un frasco verde en la mano sana—. Echa un vistazo. —Quitó el tapón, y sacó un puñado de puntas de flecha, negras, brillantes. Bran cogió una.

—Son de cristal.

—Es vidriagón —señaló Osha, sentada junto a Luwin con las vendas en la mano, mientras Rickon se acercaba con curiosidad.

—De obsidiana —dijo el maestre Luwin al tiempo que extendía el brazo herido—. Forjada en los fuegos de los dioses, en lo más profundo de la tierra. Los hijos del bosque cazaban con estas armas hace miles de años. No trabajaban el metal. En lugar de cotas de malla llevaban jubones largos de hojas entrelazadas, y se envolvían las piernas en cortezas de árbol, de manera que parecían fundirse con los bosques. En lugar de espadas llevaban cuchillos de obsidiana.

—Y todavía los llevan. —Osha colocó compresas suaves sobre las mordeduras del antebrazo del maestre, y las vendó con largas tiras de lino.

Bran examinó de cerca la punta de flecha. El cristal negro era brillante y resbaladizo. Le pareció muy hermosa.

—¿Me puedo quedar con una?

—Como quieras —dijo el maestre.

—Yo también quiero una —dijo Rickon—. Quiero cuatro. Porque tengo cuatro años.

—Ten cuidado —le advirtió Luwin mientras el niño las contaba—; aún están muy afiladas. No te vayas a cortar.

—Háblame de los hijos —dijo Bran. Le parecía un tema muy importante.

—¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Eran el pueblo de la Era del Amanecer —dijo el maestre Luwin mientras se tironeaba de la cadena del cuello—, los primeros, antes de que existieran reinos y reyes. En aquellos tiempos no había castillos ni aldeas ni ciudades; ni siquiera había un mercado entre este lugar y el mar de Dorne. Y no había hombres. En las tierras que hoy conocemos como los Siete Reinos solo habitaban los hijos del bosque.

» Eran morenos y hermosos, de pequeña estatura; los adultos no eran más altos que nuestros niños. Vivían en las profundidades del bosque, en cuevas e islas, en medio de los lagos, y en ciudades secretas de los árboles. Eran ligeros, rápidos y gráciles. Machos y hembras cazaban juntos, con arcos de arciano y trampas arrojadizas. Sus dioses eran los dioses del bosque, del arroyo, de la piedra: los antiguos dioses cuyos nombres son secretos. A sus sabios los llamaban *verdevidentes*, y tallaban rostros extraños en los arcianos para que vigilaran los bosques. Nadie sabe cuánto tiempo reinaron los hijos, ni de dónde llegaron.

» Pero, hace unos doce mil años, aparecieron en el este los primeros hombres. Cruzaron el Brazo Roto de Dorne antes de que estuviera roto. Llegaron con espadas de bronce y grandes escudos de cuero, y montaban a caballo. A este lado del mar Angosto jamás se había visto un caballo. Sin duda, aquellas bestias asustaron a los hijos del bosque tanto como las caras en los árboles a los primeros hombres. Empezaron a construir aldeas y granjas, y para ello talaron los rostros y los echaron al fuego. Los hijos, horrorizados, fueron a la guerra. Dicen las antiguas canciones que los verdevidentes utilizaron magia negra para hacer que los mares se alzaran, barrieran la tierra y destrozaran el Brazo, pero ya era tarde: no se podía cerrar la puerta. Las guerras prosiguieron hasta que la tierra se tornó roja con la sangre de los hombres y los hijos, pero más sangre de estos últimos, porque los hombres eran más altos, más fuertes, y la madera y la obsidiana podían bien poco contra el bronce. Por último prevaleció la sabiduría de las dos razas, y los héroes y jefes de los primeros hombres se reunieron con los verdevidentes y los danzarines de los bosques, entre los bosques de arcianos de una isleta situada en el centro del gran lago llamado Ojo de Dioses.

» Allí fraguaron el Pacto. Los primeros hombres se quedaron con las tierras costeras, las altas llanuras, los prados luminosos, las montañas y los pantanos, pero los bosques serían para siempre de los hijos, y ningún arciano se talaría en ningún lugar del reino. Para que los dioses fueran testigos, se talló una cara en

cada árbol de la isla, y después se fundó la sagrada orden de los hombres verdes, para guardar la isla de los Rostros.

» El Pacto marcó el inicio de cuatro mil años de amistad entre los hombres y los hijos del bosque. Con el tiempo, los primeros hombres olvidaron a sus antiguos dioses y empezaron a adorar a los dioses secretos del bosque. La firma del Pacto puso fin a la Era del Amanecer, y marcó el comienzo de la Edad de los Héroes.

—Pero has dicho que los hijos del bosque ya no existen —dijo Bran cerrando los dedos en torno a la brillante punta de flecha.

—Aquí no —dijo Osha mientras cortaba con los dientes el último trozo de venda—. Pero al norte del Muro la cosa cambia. Allí fue adonde fueron los hijos, los gigantes y las otras razas antiguas.

—Mujer, lo lógico sería que estuvieras muerta o cargada de cadenas —dijo el maestre Luwin con un suspiro—. Los Stark te han tratado con más bondad de la que mereces. No está bien que se lo pagues llenando de tonterías las cabezas de los chicos.

—Pues dime adónde fueron —insistió Bran—. Quiero saberlo.

—Y yo, y yo —apoyó Rickon.

—De acuerdo —gruñó Luwin—. Mientras los reinos de los primeros hombres resistieron, el Pacto se mantuvo en pie. Abarcó la Edad de los Héroes, la Larga Noche y el nacimiento de los Siete Reinos. Pero llegó un momento, pasados ya muchos siglos, en que otros pueblos cruzaron el mar Angosto.

» Los ándalos fueron los primeros; eran una raza de guerreros altos de cabellos rubios, que llegaron con acero, con fuego y con la estrella de siete puntas de los nuevos dioses pintada en el pecho. Las guerras duraron cientos de años, pero al final, los seis reinos del sur cayeron ante ellos. Solo aquí siguieron dominando los primeros hombres, porque el Rey en el Norte derrotó a todo ejército que intentó cruzar el Cuello. Los ándalos quemaron los bosques de arcianos, talaron los rostros, asesinaron a los hijos allí donde los encontraron, y proclamaron por doquier el triunfo de los Siete sobre los antiguos dioses. Así, los hijos huyeron hacia el norte...

Verano empezó a aullar.

El maestre Luwin se interrumpió, sobresaltado. Entonces, Peludo se levantó y aulló a coro con su hermano, y el corazón de Bran se llenó de temor.

—Ya viene —susurró con la seguridad de la desesperación. Comprendió que lo había sabido desde la noche anterior, desde que el cuervo lo llevó a las criptas para despedirse. Lo había sabido, pero se negaba a creerlo. Deseaba que el maestre Luwin tuviera razón.

« El cuervo —pensó—, el cuervo de tres ojos» .

Los aullidos cesaron tan bruscamente como habían comenzado. Verano caminó hacia Peludo y empezó a lamer el pelo ensangrentado del cuello de su hermano. En la ventana se oyó un revolotear de alas.

Un cuervo se posó sobre el alféizar de piedra gris, abrió el pico y lanzó un graznido ronco, áspero.

Rickon se echó a llorar. Las puntas de flecha se le fueron cayendo una por una de la mano. Bran se acercó a él como pudo y lo abrazó.

El maestre Luwin miró al pájaro negro como si fuera un escorpión con plumas. Se levantó despacio, como un sonámbulo, y se acercó a la ventana. Silbó, y el cuervo saltó para posársele en el antebrazo vendado. Tenía sangre seca en las alas.

—Un halcón —murmuró Luwin—. O quizás un búho. Pobrecillo; es increíble que haya llegado. —Cogió la carta que llevaba atada a la pata. Empezó a desenrollar el papel. Bran se dio cuenta de que temblaba.

—¿Qué dice? —preguntó mientras abrazaba a su hermano aún con más fuerza.

—Ya sabes qué dice, chico —dijo Osha, con voz no exenta de cariño, y le puso una mano en la cabeza.

El maestre Luwin alzó la vista hacia ellos, commocionado. Era un hombre menudo, canoso, con la manga de la túnica de lana gris llena de sangre, y lágrimas en los ojos también grises.

—Mis señores —les dijo a los niños con voz ronca, ahogada—. Tenemos... tenemos que buscar un buen escultor que conociera su rostro...

En la habitación más alta del Torreón de Maegor, Sansa se entregó a la oscuridad.

Corrió las cortinas que rodeaban su lecho, se durmió, despertó llorando y volvió a dormirse. Cuando no podía dormir, se quedaba tumbada bajo las mantas, temblando de pena. Los criados entraban y salían, le llevaban la comida, pero no soportaba ver ningún alimento. Los platos se amontonaban intactos en la mesa, junto a la ventana, hasta que los criados los retiraban.

A veces dormía con un sueño denso y sin pesadillas, y se despertaba todavía más cansada que antes de cerrar los ojos. Y aquello era casi una bendición, porque en todos los sueños aparecía su padre. Lo veía despierta o dormida, veía como los capas doradas lo tiraban al suelo, veía como ser Ilyn se adelantaba, veía cómo sacaba a *Hielo* de la vaina que llevaba a la espalda, veía el momento... el momento en que... Había intentado apartar la vista; lo había intentado con todas sus fuerzas, las piernas le habían fallado y había caído de rodillas, pero no fue capaz de volver la cabeza. Todo el mundo gritaba y chillaba, y su príncipe le había dedicado una sonrisa, había sonreido, y ella se había sentido a salvo, pero solo un breve instante, hasta que dijo aquellas palabras, y las piernas de su padre... aquello era lo que recordaba, las piernas, cómo se habían sacudido cuando ser Ilyn... cuando la espada...

«Puede que me maten también a mí», se dijo, y la idea no le parecía tan espantosa. Si se tiraba por la ventana, pondría fin a sus sufrimientos, y en los años venideros, los bardos escribirían canciones sobre su dolor. Su cuerpo, roto e inocente, quedaría tendido en las losas del patio, para vergüenza de todos los que la habían traicionado. Sansa llegó incluso a atravesar el dormitorio y abrir la ventana... pero le faltó valor, y volvió corriendo a la cama, sollozando.

Las criadas intentaban hablar con ella siempre que le llevaban la comida, pero no les respondía. El gran maestre Pyelle fue a verla, con una caja llena de frascos y botellitas, y le preguntó si estaba enferma. Le tocó la frente, la hizo desnudarse y la palpó, mientras una doncella la sujetaba. Antes de marcharse le dejó una pócima de hidromiel y hierbas, y le dijo que bebiera un trago cada noche. Sansa se la bebió de golpe, y volvió a dormirse.

Sóñó con pisadas en las escaleras de la torre, el sonido ominoso del cuero contra la piedra a medida que un hombre subía despacio a su habitación, peldaño a peldaño. Lo único que podía hacer ella era acurrucarse tras la puerta, temblorosa, y escuchar los pasos que se acercaban. Sabía que era ser Ilyn Payne, que iba a buscarla con *Hielo* en la mano para cortarle la cabeza. No tenía adónde huir ni dónde ocultarse; no había manera de atrancar la puerta. Finalmente, las pisadas se detuvieron, y supo que estaba fuera, esperando en

silencio, con los ojos muertos en el rostro marcado. Entonces se dio cuenta de que estaba desnuda, trató de cubrirse con las manos, y la puerta empezó a abrirse muy despacio, entre crujidos, y lo primero que vio fue la punta del mandoble...

—Por favor, por favor, seré buena, seré buena, por favor, no... —murmuró al despertar.

Pero nadie la escuchaba.

Cuando por fin fueron a buscarla, no oyó pisadas que se acercaban. Y el que abrió la puerta no fue ser Ilyn, sino Joffrey, el que había sido su príncipe. Sansa estaba en la cama, acurrucada, con las cortinas corridas; no habría sabido decir si era mediodía o medianoche. Lo primero que oyó fue el sonido de la puerta al cerrarse. Una mano apartó de golpe los cortinajes de la cama, y ella tuvo que alzar un brazo para protegerse de la luz repentina. Y los vio.

—Quiero que esta tarde asistas a la corte —dijo Joffrey—. Báñate y vistete como corresponde a mi prometida.

Junto a él estaba Sandor Clegane, vestido con un sencillo jubón marrón y un manto verde. El rostro quemado tenía un aspecto repugnante a la luz de la mañana. Tras ellos había dos caballeros de la Guardia Real, con sus largas capas de satén blanco.

—No —sollozó Sansa levantándose la manta hasta la barbilla para cubrirse—. Por favor... Dejadme en paz.

—Si no te levantas y te vistes, mi Perro te vestirá a la fuerza.

—Os lo suplico, príncipe mío...

—Ahora soy el rey. Perro, sácala de la cama.

Sandor Clegane la cogió por la cintura y la levantó del colchón de plumas, mientras ella se debatía sin apenas fuerzas. La manta cayó al suelo. Únicamente llevaba puesto un fino camisón para cubrir su desnudez.

—Haced lo que os han dicho, niña —dijo Clegane—. Vestíos. —La empujó hacia el guardarropa con unas manos que eran casi gentiles.

—Hice lo que me pidió la reina —dijo Sansa mientras se apartaba de él—, escribi las cartas, puse lo que ella me dijo. Me prometisteis que seríais misericordioso. Por favor, dejadme volver a casa. No os traicionaré. Seré buena, lo juro, no tengo sangre de traidor, de verdad. Solo quiero volver a mi casa. —De repente recordó sus modales—. Si os place —terminó con voz débil.

—Pues no me place —dijo Joffrey—. Mi madre dice que, pese a todo, tengo que casarme contigo, así que te quedarás aquí y harás lo que te diga.

—¡No quiero casarme contigo! —aulló Sansa—. ¡Le has cortado la cabeza a mi padre!

—Era un traidor. Y no te dije que lo fuera a perdonar; solo que sería misericordioso, y lo fui. Si no hubiera sido tu padre, lo habría hecho descuartizar o desollar. En cambio, le proporcioné una muerte limpia.

Sansa lo miró como si lo viera por primera vez. Llevaba un jubón carmesí

con dibujos de leones y capa de hilo de oro con un cuello alto que le enmarcaba el rostro. ¿Cómo era posible que alguna vez le hubiera parecido atractivo? Tenía los labios blandos y rojos, como los gusanos que salen después de la lluvia, y los ojos, engréidos y crueles.

—Te odio —susurró.

—Mi madre me dice que no está bien que un rey golpee a su esposa —dijo Joffrey con el rostro tenso—. Ser Meryn.

Antes de que se diera cuenta, el caballero estaba ante ella, le apartó la mano con la que intentaba protegerse el rostro y le dio un bofetón de revés en la oreja. Sansa no se dio cuenta de que había caído al suelo, pero de pronto se encontró tirada sobre las alfombras. La cabeza le retumbaba. Ser Meryn Trant se alzaba sobre ella con los nudillos del guante de seda blanca cubiertos de sangre.

—¿Vas a obedecer, o hago que te vuelva a castigar?

—Haré... lo que decís... mi señor. —Sansa no sentía la oreja. Se llevó la mano hacia ella, y los dedos se le mancharon de rojo.

—«Alteza» —la corrigió Jofrey—. Quiero verte en la corte. —Dio media vuelta y salió. Ser Meryn y ser Arya lo siguieron, pero Sandor Clegane se demoró un instante para ayudarla a ponerse en pie.

—Ahorraos un poco de dolor, niña. Dadle lo que quiere.

—¿Qué... qué quiere? Decídmelo, por favor.

—Quiere que sonriáis, que oláis bien y que seáis su dama —gruñó el Perro—. Quiere oíros recitar todas las palabras bonitas que os enseñó la septa. Quiere que lo améis... y que lo temáis.

Cuando salió, Sansa volvió a dejarse caer sobre las alfombras y se quedó mirando la pared hasta que dos doncellas entraron timidamente en la habitación.

—Por favor, necesito agua caliente para el baño —les dijo—. Y perfume, y polvos para tapar esta magulladura. —Tenía el lado derecho de la cara hinchado; le empezaba a doler, pero sabía que Joffrey querría verla hermosa.

El agua caliente la hizo pensar en Invernalia, y aquello le dio fuerzas. No se había lavado desde el día de la muerte de su padre, y se sobresaltó al ver lo sucia que se ponía el agua. Las doncellas le enjuagaron la sangre de la cara, le frotaron la suciedad de la espalda, y le lavaron el pelo y se lo cepillaron hasta que volvió a ser la melena castaña y rizada de antes. Sansa no hablaba con ellas más que para darles órdenes. Eran sirvientas de los Lannister; no le merecían confianza. A la hora de vestirse, eligió la túnica de seda verde que había llevado durante el torneo. Recordó lo galante que había sido Joff con ella la noche del festín. Quizá él también lo recordara al ver el vestido y la trataría con más gentileza.

Mientras esperaba, bebió un vaso de suero de leche y mordisqueó unas galletitas dulces para tener algo en el estómago. Era ya mediodía cuando ser Meryn fue a buscarla. Se había puesto la armadura blanca: coraza articulada con adornos de oro, yelmo alto con cresta dorada en forma de rayos de sol,

canilleras, gorjal, guanteletes y botas brillantes, y una pesada capa de lana sujetada con un broche en forma de león. Había quitado el visor del yelmo para que se viera mejor su rostro severo. Tenía bolsas grises bajo los ojos, boca cruel, y cabello rojizo salpicado de canas.

—Mi señora —dijo con una reverencia, como si no la hubiera golpeado con saña hacía apenas tres horas—. Su alteza me ha ordenado que os escolte hasta el salón del trono.

—¿Os ha ordenado también que me golpeéis si me niego a ir?

—¿Os negáis, mi señora?

La mirada que clavaba en ella carecía por completo de expresión. Ni siquiera miró el moretón que le había hecho en la cara. Sansa se dio cuenta de que no la odiaba. Tampoco la apreciaba. No sentía nada hacia ella. Para el caballero, ella no era más que una... una cosa.

—No —dijo al tiempo que se levantaba. Habría querido gritarle, golpearlo, hacerle tanto daño como le había hecho a ella, advertirle que si se atrevía a abofetearla de nuevo ordenaría que lo exiliaran cuando fuera reina... pero recordó lo que le había dicho el Perro—. Haré lo que ordene su alteza.

—Igual que yo —replicó él.

—Sí... pero vos no sois un auténtico caballero, ser Meryn.

Sansa sabía que Sandor Clegane se habría reído. Otros hombres la habrían insultado o amenazado, o le habrían suplicado perdón. Ser Meryn Trant, no. A ser Meryn Trant no le importaba en absoluto.

En la galería no había nadie aparte de Sansa. Se quedó allí de pie, con la cabeza inclinada, tratando de contener las lágrimas mientras Joffrey, sentado en el Trono de Hierro, dispensaba lo que él consideraba justicia. Nueve de cada diez casos lo aburrían: se los pasaba al Consejo, y se movía inquieto mientras lord Baelish, el gran maestre Pycelle o la reina Cersei resolvían el asunto. Pero, cuando decidía fallar respecto a algo, ni la reina madre podía hacerlo cambiar de opinión.

Llevaron a su presencia a un ladrón, e hizo que ser Ilyn le cortara la mano allí mismo, en la corte. Dos caballeros le presentaron una disputa por unas tierras, y decretó que se batieran en duelo al amanecer. «A muerte», añadió. Una mujer cayó de rodillas para suplicarle que le entregara la cabeza de un hombre ejecutado por traición. Dijo que lo había amado, y que quería darle un entierro digno.

—Si amabas a un traidor, seguro que tú también eres una traidora —dijo Joffrey. Dos capas doradas se la llevaron a rastras a las mazmorras.

Lord Slynt estaba sentado a la cabeza de la mesa del Consejo, con su cara de sapo; llevaba un jubón de terciopelo negro y una deslumbrante capa de hilo de oro, y asentía con aprobación cada vez que el rey pronunciaba una sentencia. Sansa miró con odio aquel rostro tan poco agraciado, recordando cómo había

tirado al suelo a su padre para que ser Ilyn lo decapitara. Deseaba con todas sus fuerzas hacerle daño; deseaba que algún héroe lo tirase a él al suelo y le cortara la cabeza.

« Ya no quedan héroes», susurró una vocecita en su interior, y recordó lo que lord Petyr le había dicho en aquel mismo lugar: « La vida no es una canción, querida. Algun día lo descubrirás, y será doloroso».

« En la vida real, los monstruos vencen», se dijo, y volvió a oír la voz del Perro, un sonido frío de metal contra piedra: « Ahorraos un poco de dolor, niña. Dadle lo que quiere».

El último caso fue el de un bardo de taberna, un hombre rechoncho acusado de cantar una canción en la que se ridiculizaba al difunto rey Robert. Joff hizo que le entregaran su lira, y le ordenó que cantara la canción allí mismo. El bardo se echó a llorar y juró que no volvería a cantar aquella canción, pero el rey insistió. Era una canción graciosa, sobre Robert luchando con un cerdo. El cerdo era el jabalí que lo había matado, pero Sansa se dio cuenta de que en algunos versos casi parecía como si hablara de la reina. Cuando terminó, Joffrey anunció que había decidido mostrarse misericordioso: el bardo conservaría los dedos o la lengua. Disponía de un día entero para tomar la decisión. Janos Slynt asintió.

Fue el último asunto de la tarde, para alivio de Sansa, pero su tortura personal no había concluido. Cuando la voz del heraldo despidió a la corte, salió corriendo de la galería, solo para encontrarse con Joffrey, que la esperaba al pie de las escaleras. El Perro y ser Meryn iban con él. El joven rey la examinó de pies a cabeza con ojo crítico.

—Tienes mucho mejor aspecto que antes.

—Gracias, alteza —dijo Sansa. Eran palabras vacías, pero lo hicieron asentir y sonreír.

—Pasea conmigo —le ordenó Joffrey al tiempo que le ofrecía el brazo. Sansa no tuvo más remedio que aceptar. El roce de su mano, que otrora la habría emocionado, entonces le provocaba escalofríos—. Pronto será mi día del nombre —añadió Joffrey mientras se dirigían hacia el fondo del salón del trono—. Habrá un gran festín, y regalos. ¿Qué me vas a regalar tú?

—Eh... aún no lo he pensado, mi señor.

—« Alteza» —la corrigió bruscamente—. Eres estúpida, ¿no? Mi madre dice que sí.

—¿De veras? —Con todo lo que había pasado, ya no debería tener el poder de hacerle daño con unas simples palabras, pero le seguían resultando dolorosas. La reina había sido siempre tan amable con ella...

—Sí. Tiene miedo de que nuestros hijos sean tan estúpidos como tú, pero le he dicho que no debe preocuparse. —El rey hizo un gesto, y ser Meryn les abrió la puerta.

—Gracias, alteza —murmuró.

« El Perro tenía razón —pensó—. No soy más que un pajarito que repite las palabras que le han enseñado». El sol se había puesto tras el muro oeste, y las piedras de la Fortaleza Roja tenían un brillo oscuro como la sangre.

—En cuanto sea posible, te dejaré preñada —dijo Joffrey mientras caminaban por el patio de entrenamientos—. Si el primero sale estúpido, te cortaré la cabeza y me buscaré una esposa más lista. ¿Cuándo crees que podrás tener hijos?

—La septa Mordane dice que la mayoría... —Sansa estaba tan avergonzada que no podía mirarlo a la cara—. La mayoría de las niñas de alta cuna tienen el florecimiento a los doce o trece años.

Joffrey asintió.

—Por aquí. —La llevó hacia el puesto de guardia, en la base de las escaleras que llevaban a las almenas.

—No —dijo Sansa con voz temblorosa de miedo, mientras se apartaba de él, temblorosa. Había comprendido adónde se dirigían—. No, por favor, no me obliguéis, os lo suplico...

—Quiero enseñarte lo que les pasa a los traidores. —Joffrey apretó los labios.

—No quiero subir. —Sansa agitaba la cabeza, enloquecida—. No quiero subir.

—Le diré a ser Meryn que te suba a rastras —replicó él—. Y será peor. Más te vale obedecer.

Joffrey fue a agarrarla por el brazo, y Sansa se apartó, retrocedió y chocó contra el Perro.

—Subid, niña —dijo Sandor Clegane al tiempo que la empujaba hacia el rey. Tenía la boca torcida hacia el lado quemado de la cara, y Sansa casi pudo oír el resto de la frase: « Te hará subir sea como sea, así que dale lo que quiere» .

Se obligó a tomar la mano tendida de Joffrey. El ascenso fue una pesadilla, cada peldaño le suponía un esfuerzo, como si los peldaños fueran de barro y se hundiera hasta los tobillos. ¡Y cuántos peldaños había! Eran miles, miles de miles, siempre en dirección al horror que aguardaba en el baluarte.

Desde las altas almenas del puesto de guardia se divisaba el mundo entero. Sansa alcanzó a ver el Gran Septo de Baelor en la colina de Visenya, donde había muerto su padre. Al otro extremo de la calle de las Hermanas estaban las ruinas ennegrecidas por el fuego de Pozo Dragón. En el oeste, el sol rojizo estaba ya medio oculto tras la puerta de los Dioses. El mar salado quedaba a su espalda, y al sur estaban el mercado del pescado, los muelles y las corrientes agitadas del río Aguasnegras. Y al norte...

Se volvió en aquella dirección, y solo vio la ciudad, las calles, los callejones, las colinas y las hondonadas, más calles y callejones y, a lo lejos, los muros de piedra. Pero sabía que al otro lado estaba el campo: granjas, prados, bosques y, aún más allá, al norte, muy al norte, se alzaba Invernia.

—¿Qué miras? —preguntó Joffrey—. Esto es lo que quiero que veas. Ahí.

Un grueso parapeto de piedra protegía el extremo exterior del baluarte; era tan alto que le llegaba a Sansa a la barbilla, y cada cuatro codos había aspilleras para los arqueros. Las cabezas estaban entre las aspilleras, a todo lo largo del muro, clavadas en picas de hierro, de manera que parecieran contemplar la ciudad. Sansa las había visto nada más salir al adarve, pero el río, las calles bulliciosas y el sol poniente eran un espectáculo mucho más hermoso.

«Puede obligarme a mirar las cabezas —se dijo—, pero no puede obligarme a verlas».

—Este es tu padre —dijo—. Este de aquí. Perro, dale la vuelta para que lo vea.

Sandor Clegane cogió la cabeza por el pelo y la giró. La habían bañado en brea para que se conservara más tiempo. Sansa la miró con tranquilidad, sin verla. En realidad, no parecía su padre. Ni siquiera parecía real.

—¿Cuánto tiempo he de mirarla?

—¿Quieres ver el resto? —Joffrey pareció decepcionado. Había muchas.

—Si a vuestra alteza le place...

Joffrey la precedió por el adarve; pasaron junto a una docena de cabezas y también ante dos picas vacías.

—Estas dos las guardo para mis tíos Stannis y Renly —explicó.

Las otras cabezas llevaban clavadas mucho más tiempo que la de su padre. A pesar de la brea, la mayoría de ellas ya no eran reconocibles. El rey le señaló una.

—Esa de ahí es la de tu septa.

Sansa ni siquiera habría sabido que se trataba de una mujer. La mandíbula podrida se había desprendido, y los pájaros le habían comido una oreja y casi toda una mejilla. Se había preguntado a menudo qué habría sido de la septa Mordane, aunque se dio cuenta de que, en realidad, lo había sabido desde el principio.

—¿Por qué la matasteis a ella? —preguntó—. Había hecho votos a los dioses...

—Era una traidora. —Joffrey estaba de mal humor. La reacción de Sansa no era la que había esperado—. Aún no me has dicho qué me vas a regalar por mi día del nombre. ¿Quieres que yo te haga un regalo a ti?

—Si mi señor lo desea... —respondió.

—Tu hermano también es un traidor, ¿lo sabías? —Joffrey sonrió, y Sansa supo que se estaba burlando de ella. Giró en la pica la cabeza de la septa Mordane—. Me acuerdo de él, de cuando lo vi en Invernia. Mi perro decía que era el señor de la espada de madera. ¿Verdad, Perro?

—¿Sí? —replicó el Perro—. No lo recuerdo.

—Tu hermano derrotó a mi tío Jaime. —Joffrey se encogió de hombros, enfurruñado—. Mi madre dice que fue una traición y una trampa vil. Cuando se

enteró, lloró mucho. Todas las mujeres son débiles, hasta ella, aunque finja que no. Dice que nos tenemos que quedar en Desembarco del Rey por si atacan mis otros tíos, pero a mí no me importa. Después del festín del día de mi nombre, reuniré un ejército y mataré a tu hermano yo mismo. Eso es lo que te regalaré. La cabeza de tu hermano.

—Puede que mi hermano me regale tu cabeza —se oyó decir Sansa, embargada por la furia.

—No te burles de mí. —Joffrey frunció el ceño—. Una buena esposa no se burla de su señor. Meryn, dale una lección.

En aquella ocasión, el caballero la agarró por la barbilla y le mantuvo la cabeza inmóvil mientras la golpeaba. Le dio dos bofetadas, de izquierda a derecha la primera y de derecha a izquierda la segunda, más fuerte. Le partió el labio, y la sangre le corrió por la barbilla y se le mezcló con la sal de las lágrimas.

—Te pasas la vida llorando —le reprochó Joffrey—. Estás más bonita cuando sonríes. —Sansa se obligó a sonreír por miedo a que le dijera a ser Meryn que la golpearía de nuevo si no lo hacía, pero no sirvió de nada; el rey sacudió la cabeza —. Límpiate la sangre, estás hecha un asco.

El parapeto exterior le llegaba a la mandíbula, pero en el lado interior del adarve no había nada, nada excepto una caída libre hasta el patio, veinticinco o treinta varas más abajo. Se dijo que solo tenía que darle un empujón. Estaba justo allí, justo allí, sonriendo con aquellos labios gordos como gusanos.

« Puedes hacerlo —se dijo—. Puedes hacerlo. Ahora». Ni siquiera le importaba caer con él. No le importaba lo más mínimo.

—Miradme, niña. —Sandor Clegane se había arrodillado ante ella, ¡entre ella y Joffrey! Con una delicadeza sorprendente en un hombre tan corpulento, le secó la sangre que manaba del labio roto.

—Os lo agradezco —dijo Sansa con la vista baja. Había perdido la ocasión. Era una niña buena, y siempre cuidaba sus modales.

Las alas proyectaban sombras sobre sus sueños febres.

—No querrás despertar al dragón, ¿verdad?

Caminaba por un largo pasillo, bajo arcos de piedra elevados. No podía mirar atrás; no debía mirar atrás. A lo lejos se divisaba una puerta, diminuta en la distancia, pero aun así sabía que estaba pintada de rojo. Caminó más deprisa, y sus pies descalzos dejaron huellas ensangrentadas en la piedra.

—No querrás despertar al dragón, ¿verdad?

Vio la luz del sol sobre el mar dothraki, la llanura viviente, que olía a tierra y a muerte. El viento agitó la hierba, la hizo ondularse como si fuera agua. Drogo la tenía entre sus brazos fuertes, le acariciaba el sexo con la mano, la abría y despertaba aquella humedad dulce que solo él conocía, y las estrellas les sonreían desde el cielo, estrellas a plena luz del día.

—Mi hogar —susurró cuando él la penetró y la llenó con su semilla.

Pero, de repente, las estrellas ya no estaban, y unas alas enormes ocultaron el cielo azul, y el mundo se incendió.

—... no querrás despertar al dragón, ¿verdad?

El rostro de ser Jorah estaba demacrado y triste.

—Rhaegar fue el último dragón —le dijo. Se calentó las manos translúcidas sobre un brasero, en el que los huevos de piedra humeaban, rojos como carbones. Y se desvaneció; su carne perdió el color, tuvo menos sustancia que el viento—. El último dragón —le susurró débilmente antes de esfumarse.

Sintió la oscuridad a su espalda, y la puerta roja parecía más lejana que nunca.

—... no querrás despertar al dragón, ¿verdad?

Viserys estaba ante ella.

—El dragón no suplica, puta —gritaba—. No le puedes dar órdenes al dragón. Soy el dragón y quiero mi corona. —El oro fundido le corría por la cara como si fuera cera derretida; le dejaba surcos profundos en la carne—. ¡Soy el dragón y quiero mi corona! —chillaba, y sus dedos saltaron como serpientes, le mordían los pezones, la pellizcaban, se retorcían... Mientras, los ojos de Viserys estallaban y le corrían como gelatina por las mejillas quemadas, ennegrecidas.

—... no querrás despertar al dragón...

La puerta roja estaba muy lejos, y sentía a la espalda el aliento gélido que se cernía sobre ella. Si la alcanzaba, moriría con una muerte que iba más allá de la muerte, aullaría eternamente sola en la oscuridad. Echó a correr.

—... no querrás despertar al dragón...

Sentía el calor en su interior: era un ardor espantoso en el vientre. Su hijo era alto y orgulloso, con la piel cobriza de Drogo, el pelo como oro blanco de su madre y los mismos ojos color violeta, pero almendrados. Sonrió y tendió los

brazos hacia ella, pero cuando abrió la boca, solo salió fuego. Vio que el corazón le ardía dentro del pecho, y al instante desapareció, convertido en cenizas, como una polilla que se hubiera acercado demasiado a una llama. Lloró por su hijo, por la promesa de una boca dulce sobre el pecho, pero las lágrimas se convirtieron en vapor en cuanto le tocaron la piel.

—... querrás despertar al dragón...

A lo largo de los muros había fantasmas, ataviados con vestimentas descoloridas de reyes. Tenían en las manos espadas de fuego pálido. Los cabellos eran de plata, de oro o de platino, y los ojos, de ópalo y amatista, turmalina y jade.

—¡Más deprisa! —le gritaban—. ¡Más deprisa, más deprisa! —Siguió corriendo; sus pies derretían la piedra que tocaban—. ¡Más deprisa! —gritaron los fantasmas con una sola voz, y ella gritó a su vez, y se lanzó hacia delante.

Una cuchillada de dolor le rajó la espalda; sintió que se le abría la piel; le llegó el hedor de la sangre al arder, y vio la sombra de las alas. Y Daenerys Targaryen voló.

—... despertar al dragón...

La puerta se alzaba ante ella, la puerta roja, tan cercana, tan cercana; el pasillo era una sombra borrosa a su alrededor, el frío quedaba atrás. Y de pronto, la piedra había desaparecido, de pronto volaba sobre el mar dothraki, cada vez a más altura. La hierba verde se mecía bajo ella, y todo lo que vivía y respiraba sentía pánico al ver la sombra de sus alas. Podía oler el hogar, podía verlo, estaba allí, al otro lado de la puerta, campos verdes y grandes casas de piedra, y brazos que le darían calor. Abrió la puerta...

—... al dragón...

Y vio a su hermano Rhaegar, a lomos de un corcel tan negro como su armadura. Dentro de su yelmo, a través de la estrecha hendidura para los ojos, el fuego ardía.

—El último dragón —susurró lejana la voz de ser Jorah—. El último, el último.

Dany levantó el visor negro. El rostro que vio tras él era el suyo propio.

Después, y durante largo rato, solo hubo dolor, fuego y susurros procedentes de las estrellas.

El sabor de las cenizas la despertó.

—No —gimió—. No, por favor.

—¿Khaleesi? —Jhiqui se acercó a ella, asustada como un cervatillo.

La tienda estaba a oscuras, silenciosa, cerrada. Del brasero salían flotando algunas cenizas, y Dany las siguió con la mirada hasta ver como se perdían por el agujero para el humo de la parte superior.

« Volaba —pensó—; tenía alas, tenía alas». Pero no había sido más que un sueño.

—Ayudadme —susurró Dany, tratando de incorporarse—. Traedme... —Tenía la garganta en carne viva, y no sabía qué quería que le llevaran. ¿Qué era lo que le dolía tanto? Era como si la hubieran despedazado, para luego volver a reconstruirla—. Quiero...

—Sí, *khaleesi*. —Jhiqui salió corriendo de la tienda, llamando a gritos. Dany necesitaba... algo... a alguien... ¿el qué? Sabía que se trataba de algo importante. Era lo único que importaba en el mundo. Rodó sobre un costado, se incorporó sobre un codo y trató de liberarse de la manta que le envolvía las piernas. Le costaba mucho moverse. El mundo parecía moverse en medio de brumas.

« Tengo que...» .

La encontraron en la alfombra, arrastrándose hacia sus huevos de dragón. Ser Jorah Mormont la cogió en brazos y la depositó de nuevo sobre las sedas de dormir, mientras ella se debatía sin fuerzas. Vio por encima del hombro del caballero a sus tres doncellas, a Jhogo con su sombra de bigote, y también el rostro ancho y plano de Mirri Maz Duur.

—Es necesario —intento decirles—. Tengo que...

—Dormid, princesa —dijo ser Jorah.

—No —suplicó Dany—. Por favor. Por favor.

—Sí. —La tapó con las sedas, aunque estaba ardiendo—. Dormid y recuperad las fuerzas, *khaleesi*. Volved con nosotros.

Y allí estaba Mirri Maz Duur, la *maegi*, que le ponía una copa en los labios. Notó el sabor de la leche agria, y también el de algo más, algo espeso y amargo. El líquido caliente le corrió por la barbilla. Consiguió tragar un poco. La tienda oscureció, y el sueño volvió a apoderarse de ella. Pero no hubo pesadillas. Flotó, serena y tranquila, en un mar negro sin orillas.

Tras un tiempo, una noche, un día, un año, no habría sabido decirlo, volvió a despertar. La tienda estaba a oscuras; las paredes de seda se agitaban como alas con cada ráfaga de viento del exterior. En aquella ocasión, Dany no trató de levantarse.

—Irri —llamó—. Jhiqui, Doreah. —Acudieron al instante—. Tengo la garganta seca. Muy seca. —Le llevaron agua. Estaba tibia y no sabía bien, pero Dany la bebió con ansiedad, y envió a Jhiqui a buscar más. Irri humedeció un paño suave y le limpió la frente—. He estado enferma —añadió Dany. La muchacha dothraki asintió—. ¿Cuánto tiempo?

—Mucho —susurró. El paño resultaba refrescante, pero Irri parecía tan triste que le dio miedo.

Cuando Jhiqui regresó con más agua, Mirri Maz Duur la acompañaba, todavía adormilada.

—Bebed —dijo al tiempo que volvía a acercar una copa a los labios de Dany.

Pero en aquella ocasión era solo vino. Vino dulce. Dany bebió, y volvió a tenderse, escuchando el sonido pausado de su respiración. Notaba los miembros

pesados, y el sueño volvió a invadirla.

—Traedme... —murmuró con voz aletargada—. Traedme... quiero...

—¿Sí? —preguntó la *maegi*—. ¿Qué queréis, *khaleesi*?

—Traedme... los huevos... los huevos de dragón..., por favor... —Sentía las pestañas como si fueran de plomo, y el cansancio impidió que los sostuviera entre sus brazos.

Cuando despertó por tercera vez, un rayo de sol dorado entraba por el agujero para el humo, y estaba abrazada a uno de los huevos de dragón. Era el más claro, el de las escamas color crema, con vetas espirales de oro y bronce. Dany sintió el calor que procedía de su interior. Bajo las finas sedas del lecho, tenía la piel desnuda cubierta de una película de sudor.

«Rocío de dragón», pensó. Pasó los dedos con suavidad por la superficie de la cáscara, siguiendo las vetas doradas, y sintió cómo en lo más profundo de la piedra algo se agitaba a modo de respuesta. Aquello no la asustó. Ya no tenía miedo de nada; el miedo se había quemado.

Dany se tocó la frente. Tenía la piel fresca bajo el sudor; se le había ido la fiebre. Se forzó a sentarse. La cabeza se le fue un momento, y sintió un dolor profundo entre los muslos. Pero tenía fuerzas. Sus doncellas acudieron corriendo en cuanto las llamó.

—Agua —pidió—. Una jarra de agua, tan fresca como sea posible. Y fruta. Sí, fruta. Dátiles.

—Como digáis, *khaleesi*.

—Decidle a ser Jorah que venga —pidió, al tiempo que se levantaba. Jhiqui se acercó con una túnica de seda y se la echó sobre los hombros—. Preparadme un baño caliente, y llamad a Mirri Maz Duur, y... —De repente, recuperó la memoria y flaqueó—. Khal Drogo —consiguió decir, mirándolas con ojos llenos de miedo—. ¡Está...?

—El *khal* vive —respondió Irri en voz baja, y salió corriendo a buscar el agua.

Dany vio que sus ojos estaban llenos de sombras. Se volvió hacia Doreah.

—Cuéntamelo.

—Voy... voy a llamar a ser Jorah. —La chica lysena inclinó la cabeza y salió también corriendo de la tienda.

Jhiqui habría deseado escapar con ellas, pero Dany la agarró por la muñeca.

—¿Qué pasa? Tengo que saberlo de una vez. Drogo... y mi hijo. —¿Por qué no había pensado en el bebé hasta entonces?—. Mi hijo... Rhaego... ¿dónde está? Traédmelo.

—El niño... no vivió, *khaleesi* —dijo la doncella con la mirada baja.

Su voz era un susurro asustado. Dany le soltó la muñeca.

«Mi hijo está muerto», pensó mientras Jhiqui salía de la tienda. En cierto modo, lo había sabido desde el principio, desde que despertara por primera vez y

viera las lágrimas en los ojos de Jhiqui. No, lo había sabido antes aun de despertar. De pronto recordó el sueño, recordó al hombre alto de la piel cobriza y la larga trenza de oro blanco que estallaba en llamas.

Debía llorar, sabía que debía llorar, pero tenía los ojos tan secos como las cenizas. En el sueño había llorado, y las lágrimas se le habían convertido en vapor al rozarle las mejillas.

«El dolor también se ha quemado», pensó. Sentía tristeza, pero... aun así, notaba que Rhaego se alejaba de ella, como si no hubiera existido jamás.

Ser Jorah y Mirri Maz Duur llegaron unos momentos más tarde, y encontraron a Dany de pie ante los dos huevos de dragón, los que seguían en el cofre. Le pareció que estaban tan calientes como el que había tenido abrazado mientras dormía, cosa que le resultaba muy extraña.

—Venid aquí, ser Jorah —pidió. Le cogió la mano y la puso sobre el huevo negro, el de las espirales color escarlata—. ¿Qué sentís?

—Un cascarón, duro como la roca. —El caballero la miró con cautela—. Escamas.

—¿Y calor?

—No. Es piedra fría. —Apartó la mano—. ¿Os sentís bien, princesa? ¿No creéis que deberíais acostaros? Seguís muy débil.

—Débil? Estoy fuerte, Jorah. —Para complacerlo, se recostó sobre un montón de cojines—. Decidme cómo murió mi hijo.

—No llegó a vivir, princesa. Las mujeres dicen... —Se quedó sin voz. Dany se dio cuenta de que había perdido mucho peso, y de que cojeaba al andar.

—Contádmelo. Contadme lo que dicen las mujeres.

—Dicen que el niño era... —Él apartó la vista. Tenía una expresión atormentada en los ojos.

Dany aguardó, pero ser Jorah no podía pronunciar las palabras. Tenía el rostro ensombrecido por la vergüenza. Él también parecía casi un cadáver.

—Monstruoso —terminó en su lugar Mirri Maz Duur. El caballero era un hombre poderoso, pero Dany comprendió en aquel momento que la *maegi* era más fuerte, más cruel e infinitamente más peligrosa—. Retorcido. Yo misma os lo saqué. Tenía escamas como de lagarto, sin ojos, un muñón de cola, y alitas de cuero, como las de un murciélagos. Cuando lo toqué, la carne se le desprendió del hueso, y por dentro estaba lleno de gusanos y apestaba a podredumbre. Llevaba años muerto.

«Oscuridad», pensó Dany. La terrible oscuridad que la perseguía para devorarla. Si volvía la vista atrás estaría perdida.

—Mi hijo estaba vivo y fuerte cuando ser Jorah me metió en esta tienda —dijo—. Sentí sus patadas: luchaba por nacer.

—Será como decís —respondió Mirri Maz Duur—, pero la criatura que salió de vuestro vientre era tal como os he dicho. En la tienda estaba la muerte,

khaleesi.

—Solo había sombras —susurró ser Jorah, pero Dany captó la duda que impregnaba su voz—. Yo lo vi, *maegi*. Te vi, estabas sola, bailando con las sombras.

—La tumba proyecta sombras alargadas, Señor de Hierro —dijo Mirri—. Alargadas y oscuras, y no hay luz capaz de disiparlas.

Dany supo que ser Jorah había matado a su hijo. Actuó por amor, por lealtad, pero la había metido en un lugar donde no debía entrar hombre alguno, y había entregado su hijo a la oscuridad. Él también lo sabía: el rostro macilento, los ojos vacíos, la cojera.

—Las sombras también os tocaron a vos, ser Jorah —le dijo. El caballero no respondió. Dany se volvió hacia la esposa del dios—. Me dijiste que solo la muerte puede comprar la vida. Pensé que te referías al caballo.

—No —replicó Mirri Maz Duur—. Eso fue una mentira que os dijisteis. Sabíais cuál era el precio.

—Lo había sabido? ¿Lo había sabido? « Si vuelvo la vista atrás, estoy perdida» .

—Se pagó el precio —dijo—. El caballo, mi hijo, Quaro y Qotho, Haggio y Cohollo. El precio se pagó, se pagó y se volvió a pagar. —Se levantó de los cojines—. ¿Dónde está Khal Drogo? Muéstrame, esposa del dios, *maegi*, maga de sangre, o lo que seas. Muéstrame a Khal Drogo. Muéstrame lo que he comprado con la vida de mi hijo.

—A vuestras órdenes, *khaleesi* —dijo la mujer—. Venid, os llevaré junto a él.

Dany estaba más débil de lo que creía. Ser Jorah la rodeó con un brazo y la ayudó a mantenerse en pie.

—Ya habrá tiempo para eso, princesa —dijo con voz queda.

—Quiero verlo ahora, ser Jorah.

Tras la penumbra de la tienda, el mundo exterior la cegó con su brillo. El sol ardía como si fuera oro fundido, y la tierra estaba reseca y estéril. Sus doncellas aguardaban con fruta, vino y agua, y Jhogo se acercó para ayudar a ser Jorah a sujetarla. Aggo y Rhakaro estaban también allí. El brillo del sol en la arena hacía que fuera difícil ver más, hasta que Dany se llevó la mano a los ojos para hacer de visera. Vio las cenizas de una hoguera; unos cuantos caballos sueltos paseando con indolencia, buscando briznas de hierba; algunas tiendas y esterillas de dormir. Un grupito de niños se juntaron para mirarla, y más allá, las mujeres se dedicaban a sus quehaceres, mientras los ancianos arrugados contemplaban el cielo azul intenso con ojos cansados, espantándose de cuando en cuando las moscas de sangre con manotazos débiles. Habría un centenar de personas, no más. Donde antes habían acampado cuarenta mil personas, solo quedaban el viento y el polvo.

—El *khalasar* de Drogo se ha marchado —dijo.

—Un *khal* que no puede cabalgar no es un *khal* —dijo Jhogo.

—Los dothrakis solo siguen a los fuertes. Lo siento, princesa; no pudimos retenerlos. Ko Pono fue el primero en marcharse, después de proclamarse Khal Pono, y muchos lo siguieron. Jhaqo no tardó en hacer lo mismo. Los demás se fueron yendo noche tras noche, en grupos grandes o pequeños. En el mar dothraki hay una docena de *khalasars* nuevos que han sustituido al de Drogo.

—Se han quedado los viejos —dijo Aggo—. Los cobardes, los débiles y los enfermos. Y los que juramos lealtad. Nos hemos quedado.

—Se llevaron los rebaños de Khal Drogo, *khaleesi* —dijo Rakharo—. Éramos muy pocos; no pudimos impedirlo. También se llevaron muchos esclavos, tanto tuyos como del *khal*, pero dejaron a unos cuantos.

—¿Y Eroeh? —preguntó Dany al recordar a la muchacha asustada a la que había salvado en el exterior de la ciudad de los hombres cordero.

—La cogió Mago, que ahora es jinete de sangre de Khal Jhaqo —dijo Jhogo—. La montó hasta que se hartó y se la entregó a su *khal*, que a su vez se la entregó al resto de los jinetes de sangre. Eran seis. Cuando terminaron, le cortaron la garganta.

—Era su destino, *khaleesi* —dijo Aggo.

« Si vuelvo la vista atrás, estoy perdida» .

—Un destino cruel —dijo Dany—, pero no tan cruel como lo será el de Mago. Os lo prometo por los dioses antiguos y por los nuevos, por el dios cordero y el dios caballo, por todos los dioses que existen. Lo juro por la Madre de las Montañas y el Vientre del Mundo. Antes de que acabe con ellos, Mago y Ko Jhaqo suplicarán la misma piedad que tuvieron ellos con Eroeh.

Los dothrakis intercambiaron miradas inseguras.

—*Khaleesi* —le explicó Irri, como si hablara con una niña—, ahora Jhaqo es *khal*, y lo siguen veinte mil jinetes.

—Y yo soy Daenerys de la Tormenta —dijo Dany alzando la cabeza—, Daenerys de la casa Targaryen, de la sangre de Aegon el Conquistador y Maegor el Cruel, y antes que ellos, de la antigua Valyria. Soy la hija del dragón, y os juro que esos hombres morirán gritando. Ahora, llevadme ante Khal Drogo.

Estaba tendido sobre la tierra roja, mirando hacia el cielo.

Una docena de moscas de sangre se le habían posado encima, pero no daba señal de notarlas. Dany las espantó y se arrodilló a su lado. Tenía los ojos bien abiertos, pero no la vio, y ella supo al instante que estaba ciego. Cuando susurró su nombre, no pareció oírla. La herida del pecho estaba curada, o tan curada como podía estar; la cicatriz que había quedado era gris rojiza y repugnante.

—¿Por qué está aquí solo, al sol? —les preguntó.

—Parece que el calor le agrada, princesa —dijo ser Jorah—. Sigue el sol con los ojos, aunque no lo vea. Puede caminar, más o menos. Va adonde lo llevamos, pero nada más. Come si le ponemos la comida en la boca; bebe si le mojamos

los labios con agua.

Dany besó suavemente la frente de su sol y estrellas, y se volvió para enfrentarse a Mirri Maz Duur.

—Tus hechizos son caros, *maegi*.

—Está vivo —replicó Mirri Maz Duur—. Pediste vida. Pagaste vida.

—Para alguien como Drogo, esto no es vida. Su vida era la risa, la carne asada sobre una hoguera, un caballo entre las piernas. Su vida era un *arakh* en la mano, las campanillas sonando en su cabello cuando cabalgaba para enfrentarse al enemigo. Su vida eran sus jinetes de sangre, y yo, y el hijo que le iba a dar. —Mirri Maz Duur no le contestó—. ¿Cuándo volverá a ser el que era? —exigió saber Dany.

—Cuando el sol salga por el oeste y se ponga por el este —replicó Mirri Maz Duur—. Cuando los mares se sequen y las montañas se mezcan como hojas al viento. Cuando tu vientre vuelva a agitarse y des a luz un niño vivo. Entonces volverá, no antes.

Dany hizo un gesto en dirección a ser Jorah y a los demás.

—Dejadnos. Quiero hablar a solas con esta *maegi*. —Mormont y los dothrakis se retiraron—. Tú lo sabías —le espetó. Le dolía todo, por dentro y por fuera, pero la ira le daba fuerzas—. Sabías qué compraba, sabías el precio, y dejaste que lo pagara.

—No debieron quemar mi templo —replicó plácidamente la mujer gruesa, con su nariz plana—. Eso enfureció al Gran Pastor.

—Esto no ha sido obra de ningún dios —dijo Dany con frialdad. « Si vuelvo la vista atrás, estoy perdida» —. Me engañaste. Asesinaste a mi hijo mientras estaba en mi vientre.

—El semental que monta el mundo ya no podrá quemar ciudades. Su *khalsar* no reducirá naciones a cenizas.

—Hablé en tu favor. Te salvé.

—¿De qué me salvaste? —La mujer llazareena escupió al suelo—. Tres jinetes ya me habían tomado, y no como el hombre toma a la mujer, sino por detrás, como el perro monta a la perra. El cuarto estaba dentro de mí cuando pasaste a caballo. ¿De qué me salvaste? Vi arder la casa de mi dios, donde había curado a incontables hombres buenos. Mi casa también ardió, y en las calles vi montones de cabezas. Vi la cabeza del panadero que horneaba mi pan. Vi la cabeza de un chiquillo al que había salvado de unas fiebres hacía menos de tres lunas. Oí los gritos de los niños mientras los jinetes los hacían avanzar a latigazos. Dime, ¿de qué me salvaste?

—De la muerte.

—Fijate en tu *khal* —dijo Mirri Maz Duur y dejó escapar una carcajada cruel—, y mira de qué vale la vida cuando se ha perdido todo lo demás.

Dany llamó a los hombres de su *khas*, y les ordenó que se llevaran a Mirri

Maz Duur y la ataran de pies y manos. Pero, cuando se alejaban con ella, la *maegi* le sonrió como si compartieran un secreto. Una sola palabra de Dany habría bastado para que la decapitaran... aunque, ¿qué obtendría con aquello? ¿Una cabeza? Si la vida no tenía valor, ¿acaso lo tenía la muerte?

Llevaron a Khal Drogo a su tienda, y Dany ordenó que llenaran una bañera. En aquella ocasión no había sangre en el agua. Ella misma se encargó de bañarlo; le quitó la suciedad y el polvo de los brazos y el pecho, le limpió la cara con un paño suave, le enjabonó la larga cabellera negra, se la cepilló y deshizo los nudos hasta que volvió a tener el brillo que recordaba. Ya había anochecido cuando terminó, y se sentía agotada. Hizo una pausa para comer y beber, pero apenas si consiguió mordisquear un higo y pasar un trago de agua. Necesitaba dormir, pero ya había dormido suficiente... En realidad, había dormido demasiado. Aquella noche se la debía a Drogo, por todas las noches que él le había dado y las que quizás le pudiera dar aún.

El recuerdo de la primera vez que estuvieron juntos la acompañaba cuando lo guio hacia la oscuridad, porque los dothrakis creían que todas las cosas importantes en la vida de un hombre deben hacerse a cielo abierto. Se dijo que había poderes más fuertes que el odio, y hechizos más antiguos y verdaderos que los que la *maegi* había aprendido en Asshai. La noche era negra, sin luna, pero sobre ella parpadeaba un millón de estrellas. Lo consideró un presagio.

Allí no había ninguna alfombra de hierba que les diera la bienvenida; solo estaba la tierra dura, polvorienta, llena de piedras. No había árboles que se mecieran al viento, ni arroyo que calmara sus miedos con la música dulce de las aguas. Dany se dijo que con las estrellas bastaba.

—Recuerda, Drogo —susurró—. Recuerda la primera vez que montamos juntos, el día en que nos casamos. Recuerda la noche en que engendramos a Rhaego: todo el *khalasar* nos miraba; tus ojos estaban clavados en los míos. Recuerda lo clara y fresca que era el agua en el Vientre del Mundo. Recuerda, mi sol y estrellas. Recuerda, y vuelve conmigo.

El parto la había dejado demasiado desgarrada para recibirlo en su interior, como habría querido, pero Doreah le había enseñado muchas cosas. Dany utilizó las manos, la boca, los pechos. Le recorrió el cuerpo con las uñas, lo cubrió de besos, le susurró al oído, rezó, le contó historias, y al final lo bañó con lágrimas. Pero Drogo no sentía, no hablaba, no se levantaba.

Cuando el amanecer empezó a llenar el horizonte, Dany comprendió que lo había perdido.

—Cuando el sol salga por el oeste y se ponga por el este —dijo con tristeza—. Cuando los mares se sequen y las montañas se mezcan como hojas al viento. Cuando mi vientre vuelva a agitarse y dé a luz un niño vivo. Entonces volverás, mi sol y estrellas, no antes.

« Jamás —gritó la oscuridad—, jamás, jamás, jamás» .

Dany encontró en la tienda un cojín de seda suave relleno de plumas. Lo estrechó contra sus pechos y volvió con Drogo, su sol y estrellas.

« Si vuelvo la vista atrás, estoy perdida». Cada paso le dolía; quería dormir, dormir y no soñar.

Se arrodilló, besó a Drogo en los labios y le apretó el cojín contra la cara.

—Tienen a mi hijo —dijo Tywin Lannister.

—Así es, mi señor. —La voz del mensajero estaba rota de puro agotamiento. Tenía el chaleco desgarrado, con el jabalí pinto de Refugio Quebrado manchado de sangre seca.

«A uno de tus hijos», pensó Tyrion. Bebió un trago de vino sin decir palabra. Pensaba en Jaime. Cuando alzó el brazo, el dolor se lo recorrió como un latigazo desde el codo, para recordarle su breve experiencia en el campo de batalla. Quería a su hermano, pero no habría querido estar con él en el bosque Susurrante ni por todo el oro de Roca Casterly.

Los capitanes y vasallos de su señor padre se habían quedado en silencio mientras el mensajero relataba los hechos. Solo se oía el crujir y sisear de los leños en la chimenea, al final de la larga sala común.

Tras las privaciones del largo viaje hacia el sur, la perspectiva de dormir de nuevo en una posada, aunque fuera una noche, había animado a Tyrion. De todos modos, habría preferido que fuera cualquier otra posada, y no aquella, tan llena de recuerdos. Su padre había impuesto un ritmo agotador, que había terminado por cobrarse su precio. Los hombres heridos en la batalla mantenían el paso como podían, o los abandonaban a su suerte. Cada mañana quedaban unos cuantos más al borde del camino: eran hombres que se acostaron por la noche y no despertaron al amanecer. Cada tarde se derrumbaban unos cuantos más durante la marcha. Y cada noche desertaban unos cuantos, amparados por la oscuridad. En más de una ocasión, a Tyrion lo había tentado la idea de irse con ellos.

Se encontraba en el piso de arriba, disfrutando de la comodidad de un lecho de plumas y del calor del cuerpo de Shae junto al suyo, cuando su escudero lo despertó para decirle que acababa de llegar un jinete desde Aguasdulces, portador de malas noticias. Así que todo había sido en vano: la carrera hacia el sur, las marchas forzadas, los cadáveres abandonados junto al camino... todo para nada. Robb Stark había llegado a Aguasdulces muchos días antes.

—¿Cómo ha podido suceder esto? —gemía ser Harys Swyft—. ¿Cómo? Pese a lo del bosque Susurrante, Aguasdulces estaba rodeado por todo un ejército... ¿Qué clase de locura inspiró a ser Jaime para dividir a sus hombres entre tres campamentos? ¿No sabía que eso los haría vulnerables?

«Mejor que tú, cobarde sin barbilla», pensó Tyrion. Aunque Jaime hubiera perdido Aguasdulces, no soportaba que lo criticara alguien como Swyft, un lameculos desvergonzado cuyo mayor logro había sido casar con ser Kevan a su hija, tan carente de barbilla como él, y así emparentar con los Lannister.

—Yo habría hecho lo mismo —replicó su tío, en tono mucho más sereno que el que habría utilizado Tyrion—. Nunca habéis visto Aguasdulces, ser Harys; de

lo contrario sabrías que Jaime no tenía otra opción. El castillo está situado al final de la punta de tierra en la que el Piedra Caída fluye hacia el Forca Roja del Tridente. Los ríos forman dos lados de un triángulo y, cuando hay algún peligro, los Tully abren las esclusas corriente arriba y crean un foso ancho en el tercer lado, con lo que Aguas dulces se convierte en una isla. Los muros se alzan directamente en el agua, y desde las torres, los defensores dominan el panorama en muchas leguas a la redonda. Para realizar un asedio es imprescindible situar un campamento al norte del Piedra Caída, otro, al sur del Forca Roja, y un tercero, entre los ríos, al oeste del foso. No hay otra manera.

—Lo que dice ser Kevan es cierto, mis señores —dijo el mensajero—. Habíamos alzado empalizadas de estacas afiladas en torno a los campamentos, pero no sirvieron de nada: nos cogieron desprevenidos y con las fuerzas separadas por los ríos. Atacaron primero el campamento norte. No lo esperábamos. Marq Piper había tendido emboscadas a nuestros carromatos de suministros, pero no tenía más de cincuenta hombres. Ser Jaime había salido la noche anterior para enfrentarse a ellos... Bueno, eso pensábamos, pero en realidad no era el grueso de su ejército. Nos habían dicho que Stark estaba al este del Forca Verde, y que marchaba hacia el sur...

—¿Y los oteadores? —El rostro de ser Gregor Clegane parecía tallado en roca. El fuego de la chimenea le daba a la piel un sombrío tono naranja y le dibujaba grandes sombras en las órbitas de los ojos—. ¿No vieron nada? ¿No os advirtieron?

—Casi todos habían desaparecido —contestó el mensajero manchado de sangre sacudiendo la cabeza—. Creemos que fue obra de Marq Piper. Y los que volvieron no habían visto nada.

—El hombre que no ve nada no necesita ojos —declaró la Montaña—. Sacádselos y entregádselos al próximo oteador. Decidle que suponéis que cuatro ojos verán más que dos... y, de lo contrario, el hombre que lo suceda tendrá seis.

Lord Tywin Lannister volvió el rostro para mirar a ser Gregor. Tyrion vio un destello de oro que la luz arrancó de las pupilas de su padre, pero no habría sabido decir si era una mirada de aprobación o de repugnancia. Lord Tywin guardaba silencio a menudo durante el consejo; prefería escuchar antes de hablar, costumbre que Tyrion imitaba siempre que podía. Pero aquel silencio era extraño hasta para él, y no había probado el vino.

—Has dicho que atacaron de noche —intervino ser Kevan.

El hombre asintió, cansado.

—El Pez Negro iba al mando de la vanguardia; eliminó a los centinelas y derribó las empalizadas para abrir camino al ataque principal. Cuando los nuestros comprendieron qué pasaba, los jinetes llegaban ya por las orillas del río y entraban al galope en el campamento, con espadas y antorchas en las manos. Yo estaba durmiendo en el campamento oeste, entre los ríos. Al oír el fragor de

la batalla y ver las tiendas incendiadas, lord Brax nos ordenó ir a las balsas y cruzar impulsándonos con las pétigas, pero la corriente río abajo era fuerte, y los Tully empezaron a lanzarnos rocas con las catapultas de las murallas. Destrozaron una de las balsas, e hicieron volcar otras tres. La corriente se llevó a muchos hombres; casi todos murieron ahogados, y los que consiguieron llegar a la orilla se encontraron a los Stark esperándolos.

—Mi señor padre... —Ser Flement Brax, que vestía un tabardo color plata y morado, lo miraba como sin comprender lo que oía.

—Lo siento mucho, mi señor —dijo el mensajero—. Lord Brax llevaba la armadura puesta cuando su balsa volcó. Fue muy valiente.

«Fue muy idiota», pensó Tyrion, mientras hacía girar la copa y contemplaba el vino. Cruzar un río de noche, en una balsa rudimentaria, con la armadura puesta, mientras el enemigo espera en la otra orilla... Si aquello era valor, prefería mil veces la cobardía. Se preguntó si lord Brax se habría sentido especialmente valiente mientras el peso del acero lo hundía en las aguas negras.

—También barrieron el campamento situado entre los ríos —decía el mensajero—. Mientras intentábamos cruzar, llegaron por el oeste más hombres de los Stark, dos columnas de jinetes con armaduras. Vi el gigante con cadenas de lord Umber y el águila de Mallister, pero el que iba a la cabeza era el chico, y un lobo monstruoso corría a su lado. Yo no lo vi, pero me contaron que esa fiera mató a cuatro hombres y despedazó a una docena de caballos. Nuestros lanceros formaron una muralla de escudos y resistieron la primera carga, pero entonces, los Tully abrieron las puertas de Aguasdulces, y Tytos Blackwood salió con un grupo por el puente levadizo y los atacó por la retaguardia.

—Por todos los dioses —maldijo lord Lefford.

—El Gran Jon les prendió fuego a las torres de asalto que estábamos construyendo; lord Blackwood encontró a los cautivos, entre ellos a ser Edmure Tully, y escapó con todos. Nuestro campamento sur estaba bajo el mando de ser Forley Prester. Cuando vio que habíamos perdido los otros dos campamentos, inició la retirada con dos mil lanceros y otros tantos arqueros, pero el mercenario de Tyrosh que iba al mando de los jinetes libres tiró sus estandartes y se pasó al enemigo.

—Maldito sea ese hombre. —Su tío Kevan parecía más airado que sorprendido—. Le advertí a Jaime que no confiara en él. El guerrero que lucha por dinero es leal solo a su bolsillo.

Lord Tywin apoyó la barbilla en las manos entrelazadas. Los ojos eran lo único que movía mientras escuchaba. Las espesas patillas doradas enmarcaban un rostro tan inexpresivo que parecía una máscara, pero Tyrion advirtió que la cabeza afeitada de su padre estaba perlada de sudor.

—¿Cómo ha podido suceder esto? —aulló de nuevo ser Harys Swyft—. Ser Jaime, prisionero; el asedio, fracasado... ¡Es una catástrofe!

—Todos os estamos muy agradecidos por señalar lo evidente, ser Harys — intervino ser Addam Marbrand—. Ahora, la pregunta es: ¿qué vamos a hacer al respecto?

—¿Qué podemos hacer? Los hombres de ser Jaime están prisioneros o muertos, o han huido; los Stark y los Tully han cortado nuestras líneas de suministros. ¡Estamos aislados del oeste! Si quieren, pueden atacar Roca Casterly, ¿qué se lo impide? Nos han derrotado, mis señores. Tenemos que pedir la paz.

—La paz? —Tyrion volvió a agitar el vino, pensativo. Apuró la copa de un trago y la estrelló contra el suelo, de manera que saltó en mil pedazos—. Esta es la paz que tendremos, ser Harys. Mi querido sobrino la hizo añicos cuando decidió adornar la Fortaleza Roja con la cabeza de lord Eddard. Intentad beber vino de esa copa; os será más fácil que convencer a Robb Stark de que firme la paz. Está ganando..., ¡o no lo habéis notado?

—Dos batallas no hacen una guerra —insistió ser Addam—. No nos ha derrotado, ni mucho menos. A mí me gustaría enfrentarme con ese muchacho Stark acero contra acero.

—Puede que acepten una tregua y un intercambio de prisioneros —sugirió lord Lefford.

—A menos que quieran cambiar tres por uno, nos sacan mucha ventaja — replicó Tyrion con tono ácido—. ¿Y qué podemos ofrecer a cambio de mi hermano? ¡La cabeza putrefacta de lord Eddard!

—Tengo entendido que la reina Cersei retiene prisioneras a las hijas de la mano —dijo lord Lefford, esperanzado—. Si le devolvemos a sus hermanas...

—Tendría que ser muy idiota para canjear la vida de Jaime Lannister por la de dos niñas —dijo ser Addam con un bufido desdeñoso.

—Entonces tendremos que pagar un rescate, por alto que sea —insistió lord Lefford.

Tyrion puso los ojos en blanco.

—Si los Stark quisieran oro, solo tendrían que fundir la armadura de Jaime.

—Y si pedimos una tregua, pensarán que somos débiles —argumentó ser Addam—. Tenemos que atacarlos enseguida.

—Sin duda, nuestros amigos de la corte podrán aportarnos nuevas tropas — dijo ser Harys—. Y alguien podría volver a Roca Casterly para reunir otro ejército.

Lord Tywin Lannister se puso en pie.

—Tienen a mi hijo —repitió lord Tywin Lannister poniéndose en pie, con una voz que cortó las conversaciones como una espada corta el sebo—. Fuera de aquí todos. Dejadme solo. —Tyrion, siempre obediente, se levantó para salir con los demás, pero su padre lo miró y añadió—: Tú no, Tyrion. Quédate. Y tú también, Kevan. Los demás, fuera.

Tyrion, mudo de asombro, volvió a acomodarse en el banco. Ser Kevan cruzó

la sala en dirección a los barriles de vino.

—Tío —lo llamó Tyrion—, si tienes la bondad...

—Toma. —Su padre le ofreció su copa, con el vino intacto.

El asombro de Tyrion fue abismal. Bebió. Lord Tywin se sentó.

—Lo que has dicho de Stark es cierto. Si lord Eddard estuviera vivo nos habría servido para firmar la paz con Invernalia y Aguasdulces: una paz que nos daría el tiempo que necesitamos para encargarnos de los hermanos de Robert. En cambio, muerto... —Apretó el puño—. Es una locura. Una locura.

—Joff no es más que un niño —señaló Tyrion—. A su edad, yo también hice tonterías.

—Aún podemos dar las gracias porque no se haya casado con una puta. —Su padre le lanzó una mirada dura. Tyrion bebió un trago de vino, y se preguntó qué haría su padre si le tiraba la copa a la cara—. La situación es peor de lo que crees —siguió su padre—. Al parecer, tenemos un nuevo rey.

—¿Un nuevo...? —Ser Kevan se quedó boquiabierto—. ¿Quién? ¿Qué le han hecho a Joffrey?

Los labios finos de lord Tywin se frunciaron brevemente en una mueca de repugnancia.

—Por el momento, nada. Mi nieto sigue ocupando el Trono de Hierro, pero el eunuco ha oído rumores procedentes del sur. Hace dos semanas, Renly Baratheon se casó con Margaery Tyrell, y ahora reclama la corona. Y el padre y los hermanos de la novia le han jurado fidelidad.

—Son noticias graves. —Cuando ser Kevan fruncía el ceño, las arrugas de su frente eran profundas como cañones.

—Mi hija ordena que acudamos de inmediato a Desembarco del Rey, para defender la Fortaleza Roja de Renly y del Caballero de las Flores. —Apretó los labios—. Nos lo «ordena». En nombre del rey y del Consejo.

—¿Cómo se ha tomado la noticia el rey Joffrey? —preguntó Tyrion, con cierto humor negro.

—Cersei no ha considerado oportuno decírselo por el momento —respondió lord Tywin—. Tiene miedo de que se empeñe en atacar él mismo a Renly.

—¿Con qué ejército? —quiso saber Tyrion—. Supongo que no pensarás en darle el mando de este...

—Dice que iría a la cabeza de la Guardia de la Ciudad.

—Si se lleva la Guardia, dejará la ciudad indefensa —señaló ser Kevan—. Y estando lord Stannis en Rocadragón...

—Sí. —Lord Tywin bajó la vista para mirar a su hijo—. Siempre había pensado que el bufón eras tú, Tyrion. Ya veo que estaba equivocado.

—Vaya, padre —respondió Tyrion—. Eso casi parece una alabanza. —Se inclinó hacia delante—. ¿Qué pasa con Stannis? Es el hermano mayor; ¿qué le ha parecido lo que ha hecho su hermano?

—Siempre he tenido la sensación de que Stannis era más peligroso que todos los demás juntos —contestó su padre con el ceño fruncido—. Pero no hace nada. Ciento, a Varys le han llegado rumores. Stannis construye barcos, Stannis contrata mercenarios, Stannis ha llamado a un portador de sombras de Asshai... ¿Qué significa todo eso? ¿Son verdaderos los rumores? —Se encogió de hombros, irritado—. Kevan, trae el mapa. —Ser Kevan hizo lo que le habían dicho. Lord Tywin desenrolló el cuero y lo alisó sobre la mesa.

—Jaime nos ha dejado en una situación pésima. Roose Bolton y los restos de sus huestes están al norte de este lugar. Nuestros enemigos tienen en su poder Los Gemelos y Foso Cailin. Robb Stark está al oeste, de manera que no podemos retirarnos hacia Lannisport y la Roca a menos que presentemos batalla. Tienen a Jaime prisionero y, a todos los efectos, su ejército ya no existe. Thoros de Myr y Beric Dondarrion siguen atacando nuestras partidas de aprovisionamiento. Al este tenemos a los Arryn, Stannis Baratheon está en Rocadragón, y en el sur, Altojardín y Bastión de Tormentas están llamando a sus vasallos.

—Ánimo, padre. —Tyrion sonrió, malévolamente—. Al menos, Rhaegar Targaryen sigue muerto.

—Tenía la esperanza de que nos aportaras algo más que sarcasmo, Tyrion —replicó lord Tywin Lannister.

—A estas alturas, Robb Stark ya contará con Edmure Tully y con los señores del Tridente. —Ser Kevan miraba el mapa con el ceño fruncido—. Sus fuerzas combinadas superan a las nuestras. Y con Roose Bolton pisándonos los talones... Me temo que, si nos quedamos aquí, acabaremos atrapados entre tres ejércitos, Tywin.

—No tengo intención de quedarme aquí. Tenemos que zanjar este asunto con el joven lord Stark antes de que lord Renly Baratheon se ponga en marcha en Altojardín. Bolton no me preocupa. Es hombre cauteloso, y en el Forca Verde le dimos más motivos para serlo. No se apresurará mucho a la hora de perseguirnos. De manera que, por la mañana, partiremos hacia Harrenhal. Kevan, quiero que los oteadores de ser Addam encubran nuestros movimientos, y que vayan en grupos de cuatro. No quiero oír hablar de desapariciones.

—Como ordenes. Pero... ¿por qué a Harrenhal? Ese lugar trae mala suerte. Hay quien dice que está maldito.

—Que lo digan —replicó lord Tywin—. Suéltale la correa a ser Gregor y que nos preceda con su canalla. Envía también por delante a Vargo Hoat con sus jinetes libres, y a ser Amory Lorch. Que se lleven cada uno trescientos hombres a caballo. Diles que quiero que prendan fuego a las tierras de los ríos, desde el Ojo de Dioses hasta el Forca Roja.

—Arderán, mi señor —respondió ser Kevan al tiempo que se levantaba—. Daré las órdenes oportunas. —Hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta.

Cuando estuvieron a solas, lord Tywin clavó la mirada en Tyrion.

—A tus salvajes les sentará bien un poco de rapiña. Diles que pueden cabalgar con Vargo Hoat y saquear cuanto quieran: objetos, ganado, mujeres... Que se queden con lo que les guste y prendan fuego al resto.

—Decírles a Shagga y a Timett cómo deben saquear —señaló Tyrion— es como decirle a un pollo cómo debe piar, pero prefiero que se queden conmigo.

—Los salvajes eran bárbaros e indómitos, pero suyos, y confiaba en ellos más que en cualquiera de los hombres de su padre. No pensaba perderlos así como así.

—En ese caso, más vale que aprendas a controlarlos; no quiero que saqueen la ciudad.

—¿La ciudad? —Tyrion no entendía nada—. ¿Qué ciudad?

—Desembarco del Rey. Te voy a enviar a la corte.

Era lo último que Tyrion Lannister se habría imaginado. Cogió el vino y bebió un trago para disponer de un momento y poder meditar.

—¿Y qué voy a hacer allí?

—Gobernar —replicó su padre con tono seco.

Tyrion se echó a reír a carcajadas.

—¡Seguro que mi querida hermana tiene algo que decir sobre eso!

—Que diga lo que quiera. Hay que meter en cintura a su hijo antes de que acabe con todos nosotros. La culpa la tienen esos mequetrefes del Consejo: nuestro amigo Petyr, el venerable gran maestre y ese cerdo capado de lord Varys. ¿Qué consejos le dan a Joffrey, que no hace más que cometer una locura tras otra? ¿De quién fue la idea de otorgarle el título de lord a Janos Slynt? Su padre era un vulgar carnícero, ¡y le ha entregado Harrenhal! ¡Harrenhal, que fue asentamiento de reyes! Pero, si de mí depende, no llegará a poner el pie allí. Me han dicho que ha elegido como blasón una lanza ensangrentada. Un cuchillo de desollar ensangrentado habría sido más apropiado. —Todavía no había alzado la voz, pero Tyrion veía la rabia relampagueando en los ojos dorados de su padre —. ¿Y cómo se le ocurrió echar a Selmy? Ciento, estaba viejo, pero el nombre de Barristan el Bravo es una leyenda en el reino. Tenerlo a su servicio era un honor para cualquier hombre. ¿Se puede decir lo mismo del Perro? A un perro se le echan huesos cuando está debajo de la mesa, no se lo sienta en el banco principal. —Apuntó a Tyrion con un dedo—. Si Cersei no es capaz de dominar a ese chico, tendrás que hacerlo tú. Y si esos consejeros nos intentan jugar una mala pasada...

—Picas —suspiró Tyrion, que sabía cómo terminaba la frase—. Cabezas. Murallas.

—Ya veo que has aprendido algo de mí.

—Más de lo que te imaginas, padre —respondió Tyrion con voz queda. Apuró el vino y dejó la copa sobre la mesa, pensativo. En cierto modo se sentía más complacido de lo que quería reconocer, pero otra parte de su ser recordaba

demasiado bien la batalla que tuvo lugar río arriba, y se preguntaba si lo volverían a enviar a defender el flanco izquierdo.

—¿Por qué yo? —preguntó, inclinando la cabeza a un lado—. ¿Por qué no envías a mi tío? ¿O a ser Addam, o a ser Flement, o a lord Serrett? ¿Por qué no envías a un hombre... más grande?

—Tú eres mi hijo —dijo lord Tywin levantándose bruscamente.

Entonces fue cuando se dio cuenta.

«Lo das por perdido —pensó—. Hijo de la gran puta, crees que Jaime se puede dar por muerto, así que soy lo único que te queda». Tyrion habría querido abofetearlo, escupirle a la cara, sacar el puñal y arrancarle el corazón para ver si era de oro viejo y duro, como decía el pueblo llano. Pero se quedó allí, sentado, en silencio.

Los fragmentos de la copa rota crujieron bajo los pies de lord Tywin cuando este cruzó la estancia.

—Una última cosa —dijo ya junto a la puerta—. No te lleves a la puta a la corte.

Tyrion se quedó sentado largo rato, a solas en la sala común, después de la salida de su padre. Por último, subió por los peldaños que llevaban a su acogedora buhardilla, bajo la torre del campanario. El techo era bajo, pero para un enano no suponía ningún problema. Desde la ventana se veía la horca que su padre había alzado en el patio. El cadáver de la tabernera colgaba de la cuerda y se mecía con cada ráfaga de viento nocturno. A aquellas horas tenía ya las carnes tan escasas y maltrechas como las esperanzas de los Lannister.

Shae musitó algo en sueños cuando se sentó al borde del lecho de plumas, y se giró hacia él. Tyrion pasó la mano bajo la manta y le acarició un pecho suave. Ella abrió los ojos.

—Mi señor —dijo con una sonrisa adormilada.

Tyrion sintió que el pezón se endurecía, y la besó.

—¿Sabes, pequeña? Voy a llevarte a la corte, a Desembarco del Rey.

La yegua relinchó suavemente cuando Jon Nieve le apretó las cinchas.

—Calma, preciosa —dijo en voz baja, tranquilizándola con una caricia.

Soplaba viento en el establo, un aliento gélido y mortal que le azotaba el rostro, pero Jon no le prestó atención. Ató el fardo a la silla, pese a la torpeza y rigidez de los dedos heridos.

—Fantasma —susurró—. Commigo. —Y el lobo acudió, con sus ojos como brasas.

—Jon, por favor, no lo hagas.

Montó, cogió las riendas con una mano e hizo que el animal se volviera hacia la noche. Samwell Tarly estaba ante la puerta del establo; la luna llena le asomaba por encima del hombro. La sombra que proyectaba era inmensa y negra, como la de un gigante.

—Apártate de mi camino, Sam.

—No puedes, Jon —dijo el muchacho—. No te lo permitiré.

—Preferiría no tener que hacerte daño —dijo Jon—. Apártate a un lado, o te arrollaré.

—No me lo creo. Por favor, tienes que hacerme caso...

Jon picó espuelas, y la yegua emprendió el galope hacia la puerta. Sam se mantuvo firme un instante, con la cara tan pálida y redonda como la luna, a su espalda, y la boca abierta en una inmensa «o» de sorpresa. En el último momento, cuando ya casi estaba sobre él, saltó a un lado, como Jon había sabido que haría, tropezó y cayó al suelo. La yegua le saltó por encima y salió a la noche.

Jon se echó sobre la cabeza la capucha de la gruesa capa y encaminó a la yegua en la dirección correcta. Se alejó a caballo del Castillo Negro, que estaba sumergido en el silencio. Fantasma corría a su lado. Sabía que había hombres de guardia sobre el Muro, pero miraban siempre hacia el norte, no hacia el sur. Nadie lo vería partir; solo Sam Tarly, que todavía estaría en los viejos establos, intentando ponerse en pie. Esperaba que Sam no se hubiera hecho daño en la caída. Era tan gordo y torpe que sería propio de él romperse una muñeca o torcerse un tobillo.

—Se lo advertí —dijo Jon en voz alta—. Además, no tenía por qué entrometerse.

Flexionó los dedos de la mano herida mientras cabalgaba, abriéndolos y cerrándolos. Le seguían doliendo, pero al menos ya le habían quitado las vendas.

La luz de la luna se derramaba sobre las colinas mientras Jon recorría los recovecos del camino Real. Tenía que alejarse lo máximo posible del Muro antes de que se dieran cuenta de que se había marchado. Al amanecer, se apartaría del camino y cabalgaría a campo traviesa, entre prados, arbustos y arroyos, para

evitar a los perseguidores. Pero de momento, la velocidad tenía más valor que la discreción. No era como si no pudieran imaginar hacia dónde se dirigía.

El Viejo Oso estaba acostumbrado a levantarse con las primeras luces del alba, de manera que Jon tenía hasta el amanecer para poner tantas leguas como pudiera entre él y el Muro... siempre que Sam Tarly no lo traicionara. El muchacho gordo era obediente y se amedrentaba con facilidad, pero quería a Jon como a un hermano. Si lo interrogaban, diría la verdad, no le cabía duda, pero no se lo imaginaba enfrentándose a los guardias de la Torre del Rey para despertar a Mormont.

Al ver que Jon no acudía para recoger en la cocina el desayuno del Viejo Oso, irían a buscarlo a su celda, y se encontrarían a *Garra* encima de la cama. Le había costado mucho dejarla allí, pero no había perdido el sentido del honor hasta el punto de llevársela. Ni siquiera Jorah Mormont había hecho semejante cosa cuando huyó deshonrado. Sin duda, lord Mormont encontraría a alguien más digno de tal espada. Al pensar en el anciano, Jon se sentía muy mal. Sabía que su deserción sería como un puñado de sal sobre la herida aún abierta de la deshonra de su hijo. No podía haber peor manera de pagarle su confianza, pero era inevitable. Hiciera lo que hiciera, Jon sentía que estaba traicionando a alguien.

Ni siquiera en aquel momento estaba seguro de hacer lo más honorable. Para los sureños era más sencillo. Podían hablar con sus septones; alguien les decía cuál era la voluntad de los dioses y los ayudaba a distinguir el bien del mal. Pero los Stark adoraban a los antiguos dioses, los dioses sin nombre, y quizás los árboles corazón escucharan, pero no hablaban.

Cuando las luces del Castillo Negro se perdieron de vista, Jon se permitió aminorar la marcha. Le quedaba un largo camino por delante, y únicamente disponía de un caballo. En las aldeas y granjas podría cambiar la yegua por un caballo descansado, pero no si estaba herida o reventada.

También tendría que buscarse ropas nuevas; mejor dicho, robarlas. Iba vestido de negro de los pies a la cabeza: botas altas de montar, polainas de tejido basto, túnica, chaleco de cuero, capa gruesa de lana... Hasta la espada larga y el puñal iban en vainas de piel de topo negro, y la cota de malla que llevaba colgada de la silla era negra. Si lo apresaban, cualquiera de aquellas prendas supondría su muerte. Los pueblos y aldeas, al norte del Cuello, recibían con desconfianza a cualquier forastero vestido de negro, y pronto habría hombres persiguiéndolo. Jon sabía que cuando los cuervos del maestre Aemon emprendieran el vuelo, no habría refugio para él. Ni siquiera en Invernalia. Bran quería dejarlo entrar, pero el maestre Luwin era más sabio. Atrancaría las puertas y le negaría la entrada, como debía ser. Era mejor no pasar por allí.

Pero, en su mente, veía claro y diáfano el castillo, como si hubiera salido de él el día anterior: las altas murallas de granito; el salón principal, con los olores del humo, los perros y la carne asada; las habitaciones de su padre; la habitación

de la torre que había sido su dormitorio... Una parte de él deseaba más que nada en el mundo volver a oír la risa de Bran, comerse una de las empanadas de carne de Gage y escuchar los cuentos de la Vieja Tata sobre los hijos del bosque y Florian el Bufón.

Pero no había huido del Muro para aquello. Se había marchado porque era hijo de su padre y hermano de Robb. Una espada regalada, aunque fuera tan bella como *Garra*, no hacía de él un Mormont. Tampoco era Aemon Targaryen. El anciano había tenido que decidir en tres ocasiones, y en tres ocasiones había optado por el honor, pero había sido su decisión. Ni siquiera en aquellos momentos sabía Jon si el maestre se había quedado porque era débil y cobarde, o porque era fuerte y honorable. Pero comprendía lo que le había contado sobre el dolor de elegir. Lo comprendía demasiado bien.

Tyrian Lannister aseguraba que la mayoría de los hombres prefería negar una verdad dolorosa antes que enfrentarse a ella, pero Jon estaba harto de negar cosas. Era quien era: Jon Nieve, bastardo y fugitivo, sin madre, sin amigos, perseguido. Durante el resto de su vida, durase lo que durase, sería un forajido, un hombre silencioso que se ampararía en las sombras sin atreverse a pronunciar su verdadero nombre. En los Siete Reinos, fuera adonde fuera, tendría que vivir en la mentira, o cada hombre sería un enemigo. Pero aquello no importaba; nada importaba, siempre que viviera lo suficiente para ocupar el lugar que le correspondía al lado de su hermano, y ayudara a vengar a su padre.

Recordó a Robb tal como lo había visto por última vez, de pie en el patio, con la nieve derriéndosele sobre el cabello castaño cobrizo. Jon tendría que acercarse a él en secreto, disfrazado. Trató de imaginar la cara que pondría Robb cuando le descubriera su personalidad. Su hermano sacudiría la cabeza, sonreiría y le diría... le diría...

No conseguía visualizar la sonrisa. Por mucho que lo intentaba, no la veía. En cambio, recordaba al desertor que su padre había decapitado el día que encontraron los lobos huargo. « Pronunciaste un juramento —le había dicho lord Eddard—. Hiciste votos ante tus hermanos, ante los antiguos dioses y ante los nuevos ». Desmond y Tom el Gordo arrastraron al hombre hasta el tocón. Bran tenía los ojos abiertos como platos, y Jon tuvo que recordarle que controlara su poni. Recordaba la expresión de la cara de su padre cuando Theon Greyjoy le tendió a *Hielo*; la lluvia de sangre sobre la nieve; la manera en que Theon había pateado la cabeza cuando llegó rodando a sus pies.

Se preguntó qué habría hecho lord Eddard si el desertor hubiera sido su hermano Benjen, en vez de aquel desconocido harapiento. ¿Habrían cambiado las cosas? Seguro que sí, sin duda, sin duda... Y Robb le daría la bienvenida, desde luego. Era necesario. Si no...

No quería ni siquiera pensarla. El dolor le palpitó en lo más profundo de los dedos cuando agarró las riendas. Picó espuelas y salió al galope camino Real

abajo, como para escapar de sus dudas. Jon no temía a la muerte, pero no quería morir de aquella manera, maniatado y decapitado como un vulgar criminal. Si había de perecer, que fuera con una espada en la mano, luchando contra los asesinos de su padre. No era un Stark, nunca lo sería... pero podía morir como un Stark. Que los hombres dijeran que Eddard Stark había engendrado cuatro hijos, no tres.

Fantasma se mantuvo a su altura durante ochcientos pasos, con la lengua roja colgando entre los dientes. Hombre y caballo bajaron la cabeza cuando Jon le pidió al animal más velocidad. Pero el lobo aminoró la marcha y se detuvo; los ojos le brillaban rojos a la luz de la luna. Se quedó atrás y desapareció, pero Jon sabía que lo seguiría a su ritmo.

Entre los árboles, más adelante, a ambos lados del camino, brillaban algunas luces dispersas: Villa Topo. Un perro empezó a ladrar, y oyó a una mula en los establos, pero aparte de aquello, el pueblo estaba en silencio. Aquí y allá, el brillo de los fuegos en las chimeneas salía por las hendiduras de los postigos, pero solo en unos pocos puntos.

Villa Topo era más grande de lo que parecía, porque tres cuartas partes del pueblo estaban bajo tierra, en sótanos profundos y cálidos conectados por un laberinto de túneles. Hasta el prostíbulo estaba allí abajo; en la superficie no había más que una choza del tamaño de una letrina, con una lámpara roja colgada de la puerta. En el Muro, los hombres llamaban a aquellas prostitutas «tesoros enterrados». ¿Cuántos de sus hermanos negros estarían allí aquella noche, explotando la mina? Eso también iba contra el juramento, pero por lo visto, a nadie le importaba.

Hasta que pasó de largo del pueblo, Jon no volvió a aminorar la marcha. Tanto él como la yegua estaban ya empapados de sudor. Desmontó, tiritando; la mano quemada le dolía mucho. Bajo los árboles había una zona con nieve derriéndose, que brillaba a la luz de la luna. El agua goteaba para formar pequeños charcos. Jon se acuclilló, juntó las manos y cogió un poco. Estaba fría como el hielo. Bebió y se lavó la cara hasta que sintió como agujas en las mejillas. Los dedos le dolían más que desde hacía muchos días, y también notaba un latido sordo en la cabeza.

«Estoy haciendo lo correcto —se dijo—. Entonces, ¿por qué me siento tan mal?».

La yegua parecía cansada, de manera que Jon la cogió por las riendas y avanzó un rato a pie. El camino era tan estrecho que dos hombres a caballo no habrían podido pasar a la vez más que con muchas dificultades, y estaba salpicado de piedras y cortado por diminutos arroyos. Montar al galope había sido una verdadera tontería; había corrido el riesgo de romperse el cuello. Jon se preguntó por qué se habría comportado así. ¿Tanta prisa tenía por morir?

A lo lejos, entre los árboles, el grito distante de algún animal asustado le hizo

levantar la vista. La yegua relinchó, nerviosa. ¿Habría cazado ya el lobo? Se puso las manos en torno a la boca.

—¡Fantasma! —gritó—. ¡Fantasma, conmigo!

No obtuvo más respuesta que un batir de alas, tras él, cuando un búho alzó el vuelo.

Jon siguió la marcha con el ceño fruncido. Tiró de la yegua durante media hora, hasta que el sudor del animal se secó. Fantasma no apareció. Jon quería montar y cabalgar de nuevo, pero la desaparición del lobo lo preocupaba.

—¡Fantasma! —llamó de nuevo—. ¿Dónde estás? ¡Conmigo! ¡Fantasma!

En los bosques no había animal que pudiera asustar a un lobo huargo, ni siquiera a uno que no había alcanzado el tamaño de la madurez, a excepción de... No, Fantasma era demasiado listo para atacar a un oso. Y si hubiera por allí alguna manada de lobos, Jon ya habría oído los aullidos.

Decidió hacer una parada para comer; así se le asentaría el estómago, y Fantasma tendría tiempo para alcanzarlo. Aún no corría peligro; el Castillo Negro seguía durmiendo. Sacó de las alforjas un panecillo, un trozo de queso y una manzanita arrugada. También llevaba algo de carne salada y un trozo de panceta ahumada que había hurtado de la cocina, pero prefería reservar la carne para el día siguiente. Cuando se le acabara, tendría que cazar, y aquello lo obligaría a ir más despacio.

Jon se sentó bajo los árboles y se comió el panecillo y el queso, mientras la yegua pastaba por los bordes del camino Real. Dejó la manzana para el final. Se había puesto un poco blanda, pero la pulpa era ácida y jugosa. Ya solo le quedaba el corazón cuando oyó los sonidos: caballos, y procedentes del norte. Jon se puso en pie con rapidez y caminó hasta la yegua. ¿Podría escapar al galope? No, estaban demasiado cerca; sin duda lo oirían, y si procedían del Castillo Negro...

Tiró de las riendas de la yegua y la guio hasta situarla detrás de unos cuantos centinelas color gris verdoso.

—Tranquila —susurró, al tiempo que se acuclillaba para mirar por entre las ramas más bajas.

Si los dioses eran generosos, los jinetes pasarían de largo. Probablemente no fueran más que aldeanos de Villa Topo, o granjeros de camino hacia sus campos, aunque ¿qué hacían allí a medianochе...?

Prestó atención al sonido de los cascos, que se acercaban cada vez más por el camino Real. A juzgar por el ruido eran al menos cinco o seis. Las voces empezaron a llegar entre los árboles.

—... ¿Seguro que ha venido por aquí?

—No podemos estar seguros.

—Por lo que sabemos, igual se ha ido hacia el este. O ha salido del camino para atajar por el bosque. Es lo que haría yo.

—¿En la oscuridad? Idiota. Te romperías el cuello al caerte del caballo, o

acabarías de vuelta en el Muro cuando amaneciera.

—No es verdad. —Grenn parecía enfurruñado—. Yo cabalgaría hacia el sur. Se sabe dónde está el sur por las estrellas.

—¿Y si hubiera nubes? —preguntó Pyp.

—Entonces no cabalgaría.

—¿Sabéis dónde estaría yo en su lugar? —intervino otra voz—. En Villa Topo, buscando tesoros enterrados.

La risa chillona de Sapo retumbó entre los árboles. La yegua de Jon resopló.

—Callaos todos —dijo Halder—. Me parece que he oído algo.

—¿Por dónde? Yo no he oido nada.

Los caballos se detuvieron.

—Es que tú no oy es ni los pedos que te tiras.

—Sí que los oigo —insistió Grenn.

—¡Callaos!

Todos se quedaron en silencio, escuchando. Jon descubrió que estaba conteniendo el aliento. « Sam », pensó. No había despertado al Viejo Oso, pero tampoco se había ido a la cama, sino que había despertado a los demás chicos. Malditos fueran todos. Si llegaba el amanecer y no estaban en sus lechos, a todos los condenarían por desertores. ¿Qué se creían que hacían?

El silencio pareció prolongarse una eternidad. Desde donde estaba acuclillado, Jon alcanzaba a ver las patas de los caballos entre las ramas.

—¿Qué has oido? —preguntó Pyp al final.

—No lo sé —reconoció Halder—. Me ha parecido un ruido. Puede que fuera un caballo, pero...

—Aquí no hay nada.

Jon vio por el rabillo del ojo una forma blanca que se movía entre los árboles. Las hojas crujieron, y Fantasma salió como una centella de entre las sombras. Fue tan repentino que la yegua se sobresaltó y relinchó.

—¡Ahí! —exclamó Halder.

—¡Yo también lo he oido!

—Traidor —le dijo Jon al lobo, al tiempo que montaba a caballo. Hizo girar a la yegua para escabullirse entre los árboles, pero antes de que avanzara ni cinco pasos, ya los tenía encima.

—¡Jon! —le gritó Pyp.

—¡Para! ¡No puedes escapar de todos!

—Marchaos —dijo Jon dando media vuelta mientras desenvainaba la espada —. Volved. No quiero haceros daño, pero si me obligáis...

—¿Uno contra siete? —Halder hizo una seña. Los chicos rodearon a Jon.

—¿Qué queréis de mí? —rugió el muchacho.

—Queremos llevarte de vuelta al lugar donde debes estar —replicó Pyp.

—Debo estar al lado de mi hermano.

—Ahora, nosotros somos tus hermanos —dijo Grenn.

—Si te cogen, te cortarán la cabeza: ya lo sabes —intervino Sapo con una risita nerviosa—. ¡Qué estupidez! ¡Una cosa así solo la haría el Uro!

—Mentira —replicó Grenn—. Yo no soy ningún perjurio. Pronuncié el juramento, y lo dije en serio.

—Yo también —replicó Jon—. Pero ¿no lo comprendéis? Han matado a mi padre. Es la guerra. Mi hermano Robb está luchando en las tierras de los ríos...

—Lo sabemos —dijo Pyp con solemnidad—. Sam nos lo ha contado todo.

—Sentimos mucho lo de tu padre —dijo Grenn—, pero eso no importa. Cuando pronuncias el juramento, pase lo que pase no te puedes marchar.

—Tengo que hacerlo —dijo Jon, fervoroso.

—Pronunciaste el juramento —le recordó Pyp—. « Ahora empieza mi guardia. No terminará hasta el día de mi muerte» .

—« Viviré y moriré en mi puesto» —añadió Grenn, asintiendo.

—No tenéis que recordarme el juramento; me lo sé tan bien como vosotros.

—Jon estaba enfadado. ¿Por qué no dejaban que se marchara en paz? Lo único que conseguían era que le resultase más duro.

—« Soy la espada en la oscuridad» —entonó Halder.

—« Soy el vigilante del muro» —siguió Sapo.

Jon los maldijo a todos, pero no le hicieron caso. Pyp se acercó más a caballo, sin dejar de recitar.

—« Soy el fuego que arde contra el frío, la luz que trae el amanecer, el cuerno que despierta a los durmientes, el escudo que defiende los reinos de los hombres» .

—No te acerques —le advirtió Jon, al mismo tiempo que blandía la espada—. Lo digo en serio, Pyp.

Ninguno de ellos llevaba armadura; si era necesario, los podía hacer pedazos.

Matthar había situado su caballo tras él, y se unió al coro.

—« Entrego mi vida y mi honor a la Guardia de la Noche» .

Jon picó espuelas y obligó a la yegua a girar en círculo. Sus amigos lo rodeaban; se acercaban por todos lados. Halder avanzó al trote desde la izquierda.

—« Durante esta noche...» .

—« ... y todas las que estén por venir» —terminó Pyp. Tendió la mano para coger las riendas de Jon—. Así que tendrás que elegir: mátame o regresa conmigo.

Jon alzó la espada... y la volvió a bajar, impotente.

—Maldito seas —dijo—. Malditos seáis todos.

—¿Tenemos que atarte las manos, o nos das tu palabra de que volverás tranquilamente? —preguntó Halder.

—No voy a escapar, si te refieres a eso. —Fantasma salió de entre los árboles, y Jon lo miró—. Menuda ayuda has sido.

Los profundos ojos rojos lo miraron, llenos de inteligencia.

—Más vale que nos demos prisa —dijo Pyp—. Si no estamos de vuelta antes del amanecer, el Viejo Oso nos cortará la cabeza a todos.

Jon apenas recordaría nada del viaje de regreso. Le pareció más corto que el de ida, tal vez porque su mente estaba muy lejos. Pyp se encargó de marcar el ritmo, al galope, al paso, al trote, después otra vez al galope. Pasaron por Villa Topo y la dejaron atrás; el farolillo rojo de la puerta del burdel se había apagado hacía ya rato. Fue un viaje rápido: aún faltaba una hora para el amanecer cuando Jon divisó las torres del Castillo Negro, que se alzaban oscuras contra la inmensidad blanca del Muro. En aquel momento no tuvo la sensación de volver al hogar.

Se dijo que lo habían obligado a regresar, pero no podrían hacer que se quedara. La guerra no iba a terminar al día siguiente, ni al otro, y sus amigos no podrían vigilarlo día y noche. Se tomaría tiempo; haría que pensaran que se conformaba... y entonces, cuando bajaran la guardia, escaparía de nuevo. La próxima vez no iría por el camino Real. Podía seguir el Muro hacia el este, quizá hasta el mar: era una ruta más larga, pero también más segura. O ir hacia el oeste, hasta las montañas, y bajar por los pasos. Aquel era el camino de los salvajes, duro y lleno de peligros, pero al menos estaba seguro de que nadie lo seguiría. No se acercaría a menos de cien leguas de Invernalia ni del camino Real.

Samwell Tarly los esperaba en los establos viejos, recostado contra una bala de heno, demasiado nervioso para dormir. Se levantó y se sacudió las ropas.

—Me... me alegra de que te hayan encontrado, Jon.

—Yo no —replicó Jon al tiempo que desmontaba.

Pyp se bajó del caballo y examinó de mal humor el cielo que clareaba.

—Échanos una mano con los caballos, Sam —dijo el muchacho menudo—. Tenemos un largo día por delante, y no hemos dormido gracias a lord Nieve.

Cuando amaneció, Jon se dirigió a las cocinas como todos los días. Hobb Tresdedos no le dirigió la palabra al entregarle el desayuno del Viejo Oso. Aquel día eran tres huevos duros con pan frito y jamón asado, y un cuenco de ciruelas pasas. Jon llevó la bandeja a la Torre del Rey. Mormont estaba sentado junto a la ventana, escribiendo. Su cuervo le iba pasando de un hombro a otro.

—Maíz, maíz, maíz —graznaba.

Cuando entró Jon, lanzó un graznido más agudo. El Viejo Oso alzó la vista.

—Pon el desayuno en la mesa —dijo—. Para beber quiero un poco de cerveza.

Jon abrió una ventana, cogió de la cornisa la jarra de cerveza y llenó un cuerno. Hobb le había dado un limón, aún con el frío del Muro. Jon lo estrujó con el puño, y el zumo le corrió por los dedos. Mormont tomaba la cerveza siempre con limón; decía que por eso conservaba la dentadura.

—No cabe duda de que querías a tu padre —dijo cuando el muchacho le tendió el cuerno—. Aquello que amamos acaba siempre por destruirnos. ¿Recuerdas que te lo advertí?

—Lo recuerdo —replicó Jon de mala gana. No quería hablar de la muerte de su padre, ni siquiera con Mormont.

—Pues no lo olvides nunca. Las verdades más dolorosas son aquellas a las que más hay que aferrarse. Acércame el plato. ¿Otra vez jamón? Qué se le va a hacer. Pareces cansado. ¿Tan agotador ha sido el viaje de esta noche?

—¿Lo sabíais? —A Jon se le secó la garganta.

—Sabíais —graznó el cuervo desde el hombro de Mormont—. Sabíais.

—¿Crees que me nombraron lord comandante de la Guardia de la Noche por ser un completo imbécil, Nieve? —resopló el Viejo Oso—. Aemon me dijo que te marcharías. Yo le dije que volverías. Conozco a mis hombres... y también a mis muchachos. El honor te hizo emprender el viaje por el camino Real... y el honor te hizo regresar.

—Mis amigos me hicieron regresar —replicó Jon.

—No he dicho que fuera tu honor —dijo Mormont con la vista clavada en el plato.

—Mataron a mi padre. ¿Esperabais que me quedara aquí, sin hacer nada?

—La verdad, esperábamos que hicieras lo que hiciste. —Mormont probó una ciruela y escupió el hueso—. Les ordené a los guardias que te vigilaran. Te vieron al partir. Si tus hermanos no hubieran ido a buscarte, manos menos amigas te habrían detenido por el camino. A menos que tuvieras un caballo con alas, como un cuervo. ¿Es el caso?

—No. —Jon se sentía idiota.

—Lástima. Nos iría bien tener caballos así.

—Sé cuál es el castigo por la deserción, mi señor. —Jon se irguió en toda su estatura. Se dijo que moriría con orgullo. Era lo mínimo que podía hacer—. No me da miedo la muerte.

—¡Muerte! —graznó el cuervo.

—Espero que tampoco te dé miedo la vida —dijo Mormont al tiempo que cortaba el jamón con el puñal y le daba un trocito al cuervo—. No has desertado... todavía. Estás aquí. Si decapitáramos a todo muchacho que hace una escapada nocturna a Villa Topo, solo tendríamos espíritus para vigilar el Muro. Pero quizás pienses huir de nuevo mañana, o dentro de dos semanas. ¿Es así? ¿Es lo que planeas, muchacho? —Jon no dijo nada—. Lo que pensaba —siguió Mormont mientras pelaba un huevo duro—. Tu padre está muerto, muchacho. ¿Puedes devolverle la vida?

—No —replicó de mala gana.

—Excelente —dijo Mormont—. Tú y yo hemos visto volver a los muertos, y no es una experiencia que me apetezca mucho repetir. —Se comió el huevo de

dos mordiscos, y escupió por entre los dientes un trocito de cáscara—. Tu hermano está en el campo de batalla, respaldado por todo el poder del norte. Cualquiera de sus vasallos está al mando de más espadas de las que hay en toda la Guardia de la Noche. ¿Qué te hace pensar que necesitan tu ayuda? ¿Acaso eres un guerrero tan temible, o llevas en el bolsillo un endriago que hace tu brazo invencible?

Jon no supo qué responder. El cuervo picoteó un huevo hasta romper la cáscara. Metió el pico por el agujero, y se dedicó a sacar trocitos de clara y de yema. El Viejo Oso suspiró.

—No eres el único afectado por esta guerra —dijo—. Mi hermana cabalga con el ejército de tu hermano, junto con esas hijas suyas que visten armaduras de hombres. Maege es un tiburiente viejo, testarudo y malhumorado. La verdad, no soporto estar a su lado, pero no por eso la quiero menos que tú a tus hermanas. —Mormont frunció el ceño, cogió el último huevo y lo apretó en el puño hasta que la cáscara crujió—. O quizás sí. Sea como sea, si la mataran, me dolería, pero a mí no me verás escapar de aquí. Pronuncié el juramento, igual que tú. Mi lugar está aquí... ¡y el tuy o, muchacho?

« Yo no tengo lugar —habría querido decir Jon—. Soy un bastardo. No tengo derechos, ni nombre, ni madre, y ahora ni siquiera tengo padre». Pero no le salieron las palabras.

—No lo sé.

—Yo sí —replicó el lord comandante Mormont—. Empiezan a soplar los vientos fríos, Nieve. Más allá del Muro, las sombras son cada vez más alargadas. Cotter Pyke me ha escrito: me habla de manadas de alces que se desplazan por el sur y el este hacia el mar, y también mamuts. Dice que uno de sus hombres descubrió huellas de pisadas gigantescas y deformes a menos de tres leguas de Guardiaoriente. Los exploradores de la Torre Sombría han encontrado aldeas enteras abandonadas, y ser Denys dice que por las noches se ven hogueras en las montañas, fuegos enormes que arden desde el ocaso hasta el amanecer. Qhorin Mediamano cogió, en lo más profundo de la Quebrada, un prisionero que jura que Mance Rayder está reuniendo a todos sus hombres en una fortaleza secreta que ha encontrado, solo los dioses saben con qué objetivo. ¿Crees que tu tío Benjen es el único explorador que hemos perdido este último año?

—Ben Jen —graznó el cuervo, con la cabeza inclinada y trocitos de huevo en el pico—. Ben Jen, Ben Jen.

—No —respondió Jon. Había habido otros. Demasiados.

—¿Y crees que la guerra de tu hermano es más importante que la nuestra? —rugió el anciano.

Jon se mordió el labio. El cuervo batió las alas.

—Guerra, guerra, guerra, guerra —cantó.

—Pues no lo es —insistió Mormont—. Que los dioses nos ayuden, muchacho;

no eres ciego y no eres idiota. Los muertos regresan en medio de la noche; ¿crees que importa quién ocupe el Trono de Hierro?

—No. —Jon no lo había considerado desde aquel punto de vista.

—Tu señor padre te envió con nosotros, Jon. ¿Quién sabe por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? —graznó el cuervo.

—Solo sé que la sangre de los primeros hombres corre por las venas de los Stark —continuó Mormont—. Los primeros hombres construyeron el Muro, y se dice que recuerdan cosas que los demás han olvidado. Además, tu lobo... ese animal nos llevó hasta los espectros; te alertó sobre el hombre muerto de las escaleras. Sin duda, ser Jaremy diría que fue una casualidad, pero ser Jaremy está muerto, y yo, no. —Lord Mormont pinchó un trozo de jamón con la punta del puñal—. Creo que tu destino era estar aquí, y quiero que tu lobo y tú nos acompañéis cuando vayamos más allá del Muro.

—¿Más allá del Muro? —Aquellas palabras hicieron que Jon sintiera un escalofrío de emoción.

—Ya me has oído. Pienso encontrar a Benjen Stark, vivo o muerto. —Masticó y tragó—. No me quedaré aquí sentado tranquilamente, a esperar las nieves y los vientos helados. Tenemos que averiguar qué sucede. Esta vez, la Guardia de la Noche cabalgará como un ejército; se enfrentará al Rey-más-allá-del-Muro, a los Otros y a quien haga falta. Yo mismo iré al mando. —Apuntó al pecho de Jon con el puñal—. Según la costumbre, el mayordomo del lord comandante es también su escudero... pero no quiero despertar por las mañanas sin saber si habrás escapado de nuevo. Así que necesito una respuesta, lord Nieve, y la necesito ahora mismo. ¿Eres un hermano de la Guardia de la Noche... o un chico bastardo que quiere jugar a la guerra?

«Perdóname, padre. Robb, Arya, Bran..., perdonadme. No puedo evitarlo. Tiene razón. Este es el lugar que me corresponde».

—Soy... vuestro hombre, mi señor. —Jon se irguió y respiró profundamente—. Lo juro. No volveré a escapar.

—Bien. —El Viejo Oso resopló—. Venga, ve a por tu espada.

Catelyn Stark tenía la sensación de que habían pasado mil años desde el día en que salió de Aguasdulces, con su hijo recién nacido en brazos, y cruzó el Piedra Caída en un bote para iniciar el viaje al norte, hacia Invernalia. Y en aquel momento cruzaban de nuevo el Piedra Caída, para volver a casa, solo que el niño llevaba armadura y cota de malla, en vez de pañales.

Robb iba sentado en el bote con Viento Gris; tenía la mano apoyada sobre la cabeza del lobo huargo, mientras los hombres remaban. Theon Greyjoy lo acompañaba. Su tío Brynden los seguiría en un segundo bote, con el Gran Jon y lord Karstark.

Catelyn ocupó un lugar a popa. Descendieron por el Piedra Caída, dejando que la corriente los arrastrara más allá de la Torre del Azud. El chapoteo y el ruido de la gran rueda de aspas del interior era uno de los sonidos de su infancia, y Catelyn sonrió con tristeza. Arriba, en las murallas del castillo, los soldados y los criados gritaban su nombre, el de Robb, y también « ¡Invernalia! ». En todos los baluartes ondeaba el estandarte de los Tully, una trucha saltando, de plata, sobre ondas de agua azur y gules. Era un espectáculo emocionante, pero no le levantó el ánimo. Se preguntaba si alguna vez volvería a sentir alegría.

« Oh, Ned... » .

Más allá de la Torre del Azud, describieron una curva amplia y cortaron las aguas agitadas. Los hombres tuvieron que esforzarse más. Pronto divisaron el amplio arco de la puerta del Agua, Catelyn oyó el crujido de las gruesas cadenas cuando alzaron el gran rastrillo de hierro. Se fue elevando poco a poco a medida que se acercaban, y vio que la parte baja estaba roja de óxido. El trozo inferior goteó lodo marrón sobre ellos cuando pasaron por debajo, con las púas a unos dedos de la cabeza. Catelyn observó los barrotes y se preguntó hasta qué punto estaría oxidado el rastrillo, si resistiría una embestida, si no deberían sustituirlo... En los últimos tiempos siempre pensaba en cosas así.

Pasaron bajo el arco, junto a las murallas; pasaron del sol a la sombra, y luego, otra vez al sol. A ambos lados había botes grandes y pequeños, todos amarrados a anillas de hierro incrustadas en la piedra. Los guardias de su padre esperaban en la escalera del agua, junto a su hermano. Ser Edmure Tully era un joven corpulento, de pelo caoba revuelto y barba de aspecto fiero. Llevaba una coraza mellada y arañada tras la batalla, y una capa azul y roja manchada de sangre y hollín. A su lado se encontraba lord Tytos Blackwood, un hombre huesudo y duro, con nariz ganchuda, y patillas y bigotes entrecanos. Llevaba una brillante armadura amarilla con incrustaciones de azabache en forma de hojas, y una capa con plumas de cuervo cosidas le caía sobre los hombros flacos. Lord Tytos había liderado el grupo que rescató a su hermano del campamento Lannister.

—Traedlos —ordenó ser Edmure.

Tres hombres bajaron por las escalerillas, se metieron en el agua hasta las rodillas, y tiraron del bote con ganchos largos. Cuando Viento Gris bajó de un salto, uno de ellos soltó la pértiga, retrocedió de espaldas y cayó sentado al río. Los otros se echaron a reír, y el hombre los miró, avergonzado. Theon Greyjoy se dirigió hacia su bote, cogió a Catelyn por la cintura y la depositó sobre un peldaño seco, mientras el agua le lamía las botas.

—Hermana querida —dijo Edmure con voz ronca mientras bajaba por las escaleras para abrazarla. Tenía los ojos de un azul intenso, y una boca acostumbrada a sonreír, pero en aquel momento no sonreía. Parecía triste y agotado, maltrecho por el combate y demacrado por la tensión. Tenía un vendaje sobre la herida del cuello. Catelyn lo estrechó con fuerza.

—Comparto tu dolor, Cat —dijo cuando se separaron—. Cuando supimos lo de lord Eddard... Los Lannister lo pagarán, te lo juro; tendrás la venganza que mereces.

—¿Me servirá eso para recuperar a Ned? —replicó ella con brusquedad. La herida era demasiado reciente para que midiera las palabras. No podía permitirse el lujo de hablar de Ned. No lo haría. Tenía que ser fuerte—. Lo demás puede esperar. Tengo que ver a nuestro padre.

—Te espera en sus habitaciones —dijo Edmure.

—Lord Hoster está postrado en cama, mi señora —le explicó el mayordomo de su padre. ¿Desde cuándo era tan viejo, tan canoso?—. Me ha dado instrucciones de que os llevara ante él lo antes posible.

—Yo la acompañaré. —Edmure subió con ella por la escalera del agua, y juntos cruzaron el patio inferior, donde en cierta ocasión Petyr Baelish y Brandon Stark se habían batido por Catelyn. Los inmensos muros de la fortaleza se alzaban sobre ellos.

—¿Está muy mal? —preguntó Catelyn cuando atravesaron una puerta, entre dos guardias con yelmos de crestas en forma de peces. Temía la respuesta, y el aspecto sombrío de Edmure era ya una contestación en sí.

—Según los maestres, no le queda mucho tiempo entre nosotros. El dolor que sufre es... constante y terrible.

La invadió una rabia ciega, rabia contra todo el mundo: contra su hermano Edmure, contra su hermana Lysa, contra los Lannister, contra los maestres, contra Ned, contra su padre y contra los dioses monstruosos que le arrebataban a ambos.

—Deberías habérmelo dicho —dijo—. Deberías haberme enviado un mensaje en cuanto lo supiste.

—Él lo prohibió. No quería que sus enemigos supieran que estaba agonizando. Eran momentos críticos para el reino; tenía miedo de que, si los Lannister sabían hasta qué punto era frágil su salud...

—¿Atacarían? —terminó Catelyn, con la palabra atragantada entre los labios.
« Ha sido por tu culpa, por tu culpa —le susurraba una vocecita interior—. Si no te hubieras empecinado en apresar al enano...» .

Subieron en silencio por la escalera de caracol.

El torreón tenía tres lados, como la propia Aguasdulces, y la habitación de lord Hoster era también triangular. El balcón de piedra que sobresalía hacia el este hacía que pareciera la proa de una gigantesca nave de arenisca. Desde allí, el señor del castillo divisaba las murallas y las almenas, y más allá, el punto donde se encontraban los ríos. Habían desplazado el lecho de su padre al balcón.

—Le gusta sentarse al sol y contemplar los ríos —explicó Edmure—. Padre, mira quién está aquí. Cat ha venido a verte.

Hoster Tully había sido siempre un hombre grande; alto y fuerte en su juventud, más corpulento a medida que envejecía. En aquel momento parecía hundido; el músculo y la carne se le habían fundido sobre los huesos. Hasta el rostro parecía demacrado. La última vez que Catelyn lo había visto, tenía el pelo y la barba castaños, aunque con bastantes canas. Se le habían puesto blancos como la nieve. Al oír la voz de Edmure, abrió los ojos.

—Mi gatita —murmuró con voz débil, marcada por el dolor—. Mi gatita. —La buscó con una mano temblorosa, mientras una sonrisa le aleteaba en los labios —. Te esperaba...

—Os dejo a solas para que habléis —dijo su hermano después de besar la frente del anciano, y se retiró.

Catelyn se arrodilló y cogió la mano de su padre entre las suyas. Era una mano grande, pero ya descarnada; los huesecillos se movían, sueltos, bajo la piel; carecía de fuerza.

—Tendrías que haberme avisado —dijo—. Un mensajero, un cuervo...

—A un mensajero lo pueden capturar e interrogar —respondió—. A los cuervos los cazan... —Un espasmo de dolor lo sacudió, y le apretó con fuerza los dedos—. Tengo cangrejos en el vientre... me pellizcan, me pellizcan. Día y noche. Tienen tenazas crueles. El maestre Vyman me da vino de sueño y la leche de la amapola... Duermo mucho... pero quería estar despierto para verte cuando llegaras. Tenía miedo... Cuando los Lannister cogieron a tu hermano, los campamentos nos rodeaban... Tenía miedo de morir antes de volver a verte... tenía miedo...

—Ya estoy aquí, padre —dijo ella—. Y también Robb, mi hijo. Él también quiere verte.

—Tu hijo —susurró—. Recuerdo que tenía mis ojos...

—Los tenía y los tiene. Y te hemos traído prisionero a Jaime Lannister. Aguasdulces vuelve a ser libre, padre.

—Lo vi —dijo lord Hoster con una sonrisa—. Anoche, cuando empezó todo, les dije... Quería verlo. Me llevaron al puesto de guardia... Fue una maravilla...

Las antorchas bajaron como una oleada; se oían los gritos al otro lado del río... Qué gritos, como música... Y cuando destruyeron aquella torre de asedio... Dioses, no me habría importado morir en aquel momento; solo quería ver antes a mis hijos. ¿Aquello lo hizo tu chico? ¿Fue cosa de Robb?

—Sí —respondió Catelyn con fiero orgullo—. Fue Robb... con ayuda de Brynden. Tu hermano también ha venido.

—¿Él? —La voz de su padre era apenas un susurro—. El Pez Negro... ¿ha vuelto? ¿Del Valle?

—Sí.

—¿Y Lysa? —Una ráfaga de brisa le agitó el fino cabello blanco—. Los dioses son generosos. Tu hermana... ¿Ha venido ella también?

—No. Lo siento... —Parecía tan deseoso, tan lleno de esperanza, que le había costado decir la verdad.

—Ya. —Una parte de la luz desapareció de sus ojos—. Tenía la esperanza... Me habría gustado volver a verla, antes de...

—Está con su hijo, en el Nido de Águilas.

Lord Hoster asintió, cansado.

—Lord Robert, ahora que el pobre Arryn ha muerto..., lo sé..., ¿por qué no ha venido contigo?

—Está asustada, mi señor. En el Nido de Águilas se siente a salvo. —Le besó la frente arrugada—. Robb debe de estar esperando. ¿Quieres verlo? ¿Y a Brynden?

—Tu hijo —susurró—. Sí. El chico de Cat... Recuerdo que tenía mis ojos. Cuando nació. Que pase... sí.

—¿Y tu hermano?

—El Pez Negro —dijo su padre mirando los ríos—. ¿Se ha casado ya? ¿Tiene... esposa?

«Hasta en su lecho de muerte», pensó Catelyn con tristeza.

—No, padre, no se ha casado, ya lo sabes. Y no se casará jamás.

—Se lo dije... Se lo ordené. Le ordené que se casara. ¡Yo era su señor! Lo sabe. Tenía derecho a elegirle una esposa. Una buena esposa. Una Redwyne. Una casa antigua. Buena chica, y bonita... con pecas... Bethany, sí. Pobrecilla. Sigue esperando. Sí. Sigue...

—Bethany Redwyne se casó con lord Rowan hace años —le recordó Catelyn—. Tiene tres hijos.

—Aun así —murmuró lord Hoster—. Despreció a la chica. A los Redwyne. A mí. Era su señor, su hermano... Ese Pez Negro. Yo tenía otras ofertas. La hija de lord Bracken. La de Walder Frey... Cualquiera de las tres, le dije... ¿Se ha casado? ¿Con alguna? ¿La que sea?

—No —respondió Catelyn—, pero ha cabalgado muchas leguas para venir a verte; ha peleado para recuperar Aguas dulces. Sin la ayuda de ser Brynden, yo

no habría llegado hasta aquí.

—Siempre fue un guerrero —susurró su padre—. Eso sí. El Caballero de la Puerta. —Se recostó, y cerró los ojos con un cansancio infinito—. Que pase. Luego. Ahora voy a dormir. Estoy demasiado enfermo para pelear. Que entre más tarde el Pez Negro.

Catelyn le dio un beso en la frente, le acarició el pelo y lo dejó allí, a la sombra de su fortaleza, con sus ríos corriendo a sus pies. Antes de que saliera de la estancia, ya estaba dormido.

Volvío al patio inferior. Ser Brynden Tully seguía en las escaleras del agua, con las botas mojadas, hablando con el capitán de la guardia de Aguasdulces. Enseguida corrió hacia ella.

—¿Está...?

—Moribundo —dijo—. Como temíamos.

—¿Me recibirá? —El rostro arrugado de su tío mostró claramente el dolor que sentía. Se pasó los dedos por el espeso pelo canoso.

Catelyn asintió.

—Dice que está demasiado enfermo para pelear.

—Y yo soy un soldado demasiado viejo para creérmelo. —Brynden el Pez Negro dejó escapar una risita—. Hoster me seguirá echando en cara lo de la hija de Redwyne incluso cuando encendamos su pira funeraria, malditos sean sus huesos.

Catelyn sonrió; sabía que era verdad.

—No veo a Robb.

—Creo que ha ido a la sala principal, con Greyjoy.

Theon Greyjoy estaba sentado en un banco del salón principal de Aguasdulces, disfrutando de un cuerno de cerveza y deleitando a los hombres de su padre con el relato de la carnicería que había tenido lugar en el bosque Susurrante.

—Algunos trataron de escapar, pero habíamos cerrado las salidas del valle en los dos extremos, y salimos a caballo de la oscuridad, con las espadas y las lanzas. Los Lannister debieron de pensar que los atacaban los mismísimos Otros, y más cuando el lobo de Robb saltó sobre ellos. Yo mismo le vi arrancarle el brazo a un hombre, y sus caballos se volvieron locos en cuanto lo olieron. Ni sé cuántos hombres rodaron por tierra...

—Theon —lo interrumpió—, ¿dónde está mi hijo?

—Lord Robb ha ido a visitar el bosque de dioses, mi señora.

Era lo mismo que habría hecho Ned.

« Es tan hijo de su padre como mí; no debo olvidarlo. Oh, dioses, Ned... » .

Robb estaba bajo el entramado de hojas verdes, rodeado de secuoyas altas y olmos viejos, de rodillas ante un árbol corazón, un esbelto arciano con un rostro más triste que fiero. Tenía la espada larga ante sí, con la punta clavada en la

tierra, y las manos enguantadas, en torno a la empuñadura. A su alrededor había otros, también de rodillas: Jon Umber, al que llamaban Gran Jon; Rickard Karstark; Maege Mormont; Galbart Glover y varios más. Vio incluso a Tytos Blackwood, con la gran capa negra extendida a su espalda.

«Estos son los que adoran a los antiguos dioses», se dijo. ¿A qué dioses adoraba ella en aquel momento? No habría sabido decirlo.

No quería molestarlos mientras rezaban. Los dioses tenían derechos... incluso los dioses tan crueles como para arrebatarle a Ned, y también a su padre. De manera que Catelyn aguardó. El viento procedente del río soplaba entre las ramas altas, y a su derecha se divisaba la Torre del Azud, con un lado cubierto de hiedra. Y los recuerdos la invadieron como una oleada. Entre aquellos árboles, su padre la había enseñado a cabalgar, y aquel era el olmo del que Edmure se había caído cuando se rompió el brazo, y bajo el enramado que se veía al fondo, allí mismo, Lysa y ella habían jugado a los besos con Petyr.

Hacía años que no pensaba en aquello. ¡Qué jóvenes eran todos! Ella tendría la edad de Sansa; Lysa sería más joven que Arya, y Petyr, aún más pequeño, pero también el más ansioso. Las chicas se lo intercambiaron, alternando risitas y momentos de seriedad. Lo recordó todo tan claramente que casi le pareció sentir sus dedos sudorosos en los hombros, y el sabor a menta de su aliento. En el bosque de dioses crecía mucha menta, y a Petyr le encantaba mascarla. Era un muchachito atrevido, siempre metido en lios.

—Ha intentado meterme la lengua en la boca —le confesó Catelyn a su hermana más tarde, cuando estuvieron a solas.

—A mí también —susurró Lysa, tímida, sonrojada—. Me ha gustado.

Robb se puso en pie muy despacio y envainó la espada, y Catelyn se descubrió preguntándose si su hijo habría besado a alguna chica en el bosque de dioses. Seguro que sí. Había visto las miradas tiernas que le dirigía Jeyne Poole, y también algunas de las criadas, varias de ellas de incluso dieciocho años... Robb había participado en la batalla y había matado hombres con una espada; seguro que lo habían besado. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se las secó, airada.

—Madre —dijo Robb al verla allí—, tenemos que convocar el consejo. Hay que decidir varias cosas.

—A tu abuelo le gustaría verte —dijo ella—. Está muy enfermo, Robb.

—Ser Edmure me lo dijo. Lo siento mucho, madre... por lord Hoster, y por ti. Pero antes tenemos que reunirnos. Han llegado noticias del sur. Renly Baratheon ha reclamado la corona de su hermano.

—¿Renly? —dijo, sorprendida—. Yo había pensado que sería lord Stannis...

—Igual que todos, mi señora —dijo Galbart Glover.

El consejo de guerra se reunió en la sala principal, ante cuatro mesas largas, montadas sobre caballetes y dispuestas en forma de cuadrado. Lord Hoster estaba demasiado débil para asistir; dormía en su balcón, soñando con el reflejo

del sol sobre los ríos de su juventud. Edmure ocupaba el asiento de honor de los Tully, con Brynden el Pez Negro a su lado, y los vasallos de su padre dispuestos de derecha a izquierda a lo largo de las mesas laterales. La noticia de la victoria en Aguasdulces había llegado a oídos de los señores del Tridente que habían escapado, y aquello los indujo a regresar. Karyl Vance volvió convertido en señor, tras la muerte de su padre bajo el Colmillo Dorado. Lo acompañaba ser Marq Piper, y llevaban consigo a un Darry, el hijo de ser Raymun, un muchachito de la edad de Bran. Lord Jonos Bracken llegó, procedente de las ruinas de Seto de Piedra, airado y colérico, y ocupó un asiento tan alejado como le fue posible de Tytos Blackwood.

Los señores del norte se sentaron delante, Catelyn y Robb frente a Edmure. Eran menos. El Gran Jon ocupaba un lugar a la izquierda de Robb, y a su lado estaba sentado Theon Greyjoy; Galbart Glover y lady Mormont estaban a la derecha de Catelyn. Lord Rickard Karstark, demacrado, con los ojos inexpresivos de tanto dolor, parecía vivir en una pesadilla, con la larga barba desaliñada y sin lavar. Dos de sus hijos habían muerto en el bosque Susurrante, y no había noticias del tercero, el primogénito, que había ido a la cabeza de los lanceros Karstark contra Tywin Lannister, en el Forca Verde.

Los parlamentos se prolongaron hasta bien entrada la noche. Cada uno de los señores tenía derecho a hablar... y todos hablaron, y gritaron, y maldijeron, y razonaron, y adularon, y bromearon, y negociaron, y golpearon la mesa con las jarras de cerveza, y amenazaron, y salieron de la sala, y regresaron malhumorados o sonrientes. Catelyn los escuchó a todos.

Roose Bolton había reagrupado los maltrechos restos de su otro ejército al pie del camino del cuello. Ser Helman Tallhart y Walder Frey seguían defendiendo Los Gemelos. El ejército de lord Tywin había cruzado el Tridente, y se dirigía hacia Harrenhal. Y en el reino había dos reyes. Dos reyes y ningún punto de acuerdo.

Muchos vasallos querían marchar de inmediato contra Harrenhal, para enfrentarse a lord Tywin y derrotar a los Lannister de una vez por todas. Marq Piper, joven y fogoso, insistía en atacar Roca Casterly. Pero otros recomendaban paciencia. Aguasdulces era un punto clave: cortaba las líneas de suministros de los Lannister, tal como les recordó Jason Mallister; por tanto, el tiempo jugaba en su favor, ya que lord Tywin no tendría provisiones ni tropas de refresco, mientras que ellos se podían fortificar y dar descanso a los guerreros. Lord Blackwood no quería ni oír hablar de aquello. Iban a terminar lo que habían empezado en el bosque Susurrante. Marcharían contra Harrenhal y, de paso, se reunirían con el ejército de Roose Bolton. Y, como siempre, Bracken se oponía a todo lo que propusiera Blackwood. Lord Jonos Bracken se levantó para insistir en que debían jurarle lealtad al rey Renly y avanzar hacia el sur para unirse a sus huestes.

—Renly no es el rey —dijo Robb. Era la primera vez que su hijo hablaba. Al

igual que Ned, sabia escuchar.

—No pretenderéis ser leal a Joffrey, mi señor —dijo Galbart Glover—. Hizo matar a vuestro padre.

—Y esa acción hace de él un malvado —replicó Robb—. Pero no hace de Renly un rey. Joffrey es el primogénito de Robert, de manera que, según las leyes del reino, el trono le corresponde por derecho. Si muriera, y de eso pienso encargarme yo, tiene un hermano menor. Tommen es el siguiente en la línea de sucesión.

—Tommen es un Lannister —saltó ser Marq Piper.

—Así es —asintió Robb, preocupado—. Pero, aunque ninguno de los dos tenga derecho al trono, ¿lo tiene lord Renly? Es el hermano pequeño de Robert. Bran no puede ser señor de Invernalia antes que yo, y Renly no puede ser rey antes que lord Stannis.

Lady Mormont asintió.

—La demanda de lord Stannis es la más justa.

—Renly ha sido coronado —insistió Marq Piper—. Tiene el apoyo de Altojardín y de Bastión de Tormentas, y pronto tendrá el de Dorne. Si Invernalia y Aguasdulces unen sus fuerzas, lo respaldarán cinco de las siete grandes casas. ¡Seis, si los Arryn se deciden! ¡Seis contra la Roca! Mis señores, antes de que termine el año tendremos todas sus cabezas clavadas en estacas... la reina y el niño rey, lord Tywin, el Gomo, el Matarreyes, ser Kevan, ¡todos! Eso es lo que ganaremos si nos unimos al rey Renly. En cambio, ¿qué motivos habría para unirnos a lord Stannis? ¿Qué tiene él?

—El derecho —insistió Robb, testarudo. A Catelyn le pareció que, en aquel momento, la semejanza con su padre era escalofriante.

—¿Sugieres que le juremos lealtad a Stannis? —preguntó Edmure.

—No lo sé —dijo Robb—. He rezado a los dioses para que me dijeran qué hacer, pero no me han respondido. Los Lannister mataron a mi padre, acusado de traición, y sabemos que era mentira. Pero si Joffrey es el rey por derecho, y luchamos contra él, nosotros sí seremos traidores.

—Mi señor padre optaría por la cautela —dijo el viejo ser Stevron, con la sonrisa taimada de los Frey—. Esperemos; dejemos que esos dos reyes jueguen a su juego de tronos. Cuando terminen, podremos optar entre arrodillarnos ante el vencedor y enfrentarnos a él. Renly se está armando, así que sin duda lord Tywin querrá una tregua... y querrá también recuperar a su hijo. Nobles señores, permitid que vaya a Harrenhal y acuerde buenas condiciones y rescates... —El griterío le impidió terminar.

—¡Cobarde! —rugió el Gran Jon.

—Si pedimos una tregua, pareceremos débiles —declaró lady Mormont.

—¡A los siete infiernos con los rescates; no podemos devolverles al Matarreyes! —gritó Rickard Karstark.

—¿Y firmar la paz? —preguntó Catelyn. Todos los señores la miraron, pero ella solo vio los ojos de Robb.

—Mi señora, asesinaron a mi señor padre, a tu esposo —dijo, sombrío. Desenvainó la espada y la depositó en la mesa, delante de él; el acero brillante destacaba contra la tosca madera—. Esta es la única paz que les daré a los Lannister.

El Gran Jon lanzó un rugido de aprobación, y otros hombres se sumaron a él, gritando, desenvainando las espadas, dando puñetazos contra la mesa. Catelyn aguardó hasta que se hizo el silencio.

—Mis señores —dijo entonces—, lord Eddard era vuestro señor, pero yo compartí su lecho, parí a sus hijos. ¿Creéis que lo amaba menos que vosotros? —Faltó poco para que la voz se le quebrara de dolor, pero respiró profundamente y se controló—. Robb, si con esa espada pudieras devolvérme, no te permitiría que volvieras a enfundarla hasta que Ned no estuviera de nuevo a mi lado... Pero ha muerto, y ni cien bosques Susurrantes pueden hacer que regrese. Ned no volverá, y tampoco Daryn Hornwood, ni los valerosos hijos de lord Karstark, ni tantos hombres buenos que cayeron. ¿Queremos más muertes?

—Mi señora, sois una mujer —rugió el Gran Jon con su voz profunda—. Las mujeres no entienden de estas cosas.

—Sois el sexo débil —dijo lord Karstark, con las arrugas recientes del dolor dibujadas en el rostro—. Los hombres necesitamos venganza.

—Dejadme un momento a solas con Cersei Lannister, lord Karstark, y os demostraré lo débil que puede ser una mujer —replicó Catelyn—. Quizá no entienda de tácticas y estrategias... pero sí entiendo de futilidad. Fuimos a la guerra cuando los ejércitos Lannister asaltaban las tierras de los ríos, y tenían prisionero a Ned, acusado falsamente de traición. Luchamos para defendernos, y para conseguir la libertad de mi señor.

» Bien, pues lo primero ya lo tenemos, y lo segundo es ya imposible. Lloraré a Ned hasta el fin de mis días, pero tengo que pensar en los vivos. Quiero recuperar a mis hijas; la reina las tiene prisioneras. Si he de cambiar nuestros cuatro Lannister por sus dos Stark, lo consideraré un trato ventajoso y les daré gracias a los dioses. Quiero verte a salvo, Robb; quiero que gobiernes Invernalia desde el trono de tu padre. Quiero que vivas una vida larga, que beses a una muchacha, que te cases con una mujer, que seas padre de un hijo. Quiero que esto termine. Mis señores, quiero irme a casa, y llorar allí a mi marido.

La sala quedó en silencio tras las palabras de Catelyn.

—Paz —dijo su tío Brynden—. La paz es hermosa, mi señora... pero ¿en qué condiciones? No sirve de nada convertir las espadas en arados, si mañana hay que volver a forjarlas.

—¿Para qué murieron mi Torrhen y mi Eddard, si ahora regreso a Bastión Kar llevándome tan solo sus huesos? —preguntó Rickard Karstark.

—Cierto —dijo lord Bracken—. Gregor Clegane arrasó mis campos, masacró a mis aldeanos y convirtió el Seto de Piedra en una ruina humeante. ¿Y ahora debo doblar la rodilla ante los que lo enviaron? Si todo va a quedar como está, ¿para qué hemos luchado?

Para sorpresa y desaliento de Catelyn, lord Blackwood se mostró de acuerdo.

—Y si firmamos la paz con el rey Joffrey, ¿no seremos traidores al rey Renly? ¿En qué posición quedaríamos si el venado derrotara al león?

—Decidáis lo que decidáis, un Lannister nunca será mi rey —declaró Marq Piper.

—¡Ni el mío! —gritó el pequeño Darry—. ¡Ni el mío tampoco!

El criterio empezó de nuevo. Catelyn se sentó, sin esperanza. Había faltado poco. Casi la habían escuchado, casi... pero el momento oportuno había pasado ya. No habría paz, ni tiempo para curar las heridas, ni seguridad. Miró a su hijo; observó cómo escuchaba las discusiones de los señores, con el ceño fruncido, preocupado, pero comprometido con la guerra. Había accedido a casarse con una hija de Walder Frey, pero Catelyn veía bien claro que su verdadera novia era la espada que reposaba sobre la mesa.

Pensó en sus hijas; se preguntó si volvería a verlas, y en aquel momento, el Gran Jon se puso en pie.

—¡Mis señores! —gritó con una voz que hizo temblar las vigas—. ¡Ved lo que opino de esos dos reyes! —Escupió al suelo—. Para mí, Renly Baratheon no significa nada, y Stannis, menos aún. ¿Por qué van a reinar sobre mí y sobre los míos, desde un trono florido en Altojardín o Dorne? ¿Qué saben ellos del Muro, o del bosque de los Lobos, o de los primeros hombres? ¡Si hasta adoran a otros dioses! Y que los Otros se lleven también a los Lannister, ¡estoy harto de ellos! —Se echó la mano a la espalda y desenvainó el inmenso mandoble—. ¡Por qué no volvemos a gobernarnos a nosotros mismos? Les juramos lealtad a los dragones, y los dragones están todos muertos. —Señaló a Robb con la espada—. Este es el único rey ante el que pienso doblar la rodilla, mis señores —rugió—. ¡El Rey en el Norte! —Y se arrodilló, y puso la espada a los pies de Robb.

—Con esas condiciones sí firmaré la paz —dijo lord Karstark—. Que se queden con su castillo rojo, y con su silla de hierro. —Sacó la espada de la vaina—. ¡El Rey en el Norte! —exclamó, arrodillándose junto al Gran Jon.

—¡El Rey del Invierno! —dijo Maege Mormont levantándose para poner la maza de púas junto a las espadas.

También los señores del río se levantaron: Blackwood, Bracken, Mallister, casas que Invernia nunca había gobernado, pero Catelyn vio cómo se levantaban, desenfundaban las armas, doblaban las rodillas y gritaban los antiguos lemas que no se habían oído en el reino desde hacía más de trescientos años, desde que Aegon el Dragón unificara los Siete Reinos... Pero en aquel momento volvían a escucharse, retumbando entre las vigas de la sala de su

padre.

—¡El Rey en el Norte!

—¡El Rey en el Norte!

—¡EL REY EN EL NORTE!

La tierra era rojiza, reseca, muerta, y costaba mucho encontrar madera buena. Los forrajeadores regresaron con tan solo álamos pequeños y retorcidos, arbustos y gavillas de hierba parda. Cogieron los dos árboles más rectos, les cortaron las ramas, les quitaron la corteza, los abrieron en dos a lo largo, y dispusieron los troncos en forma de cuadrado. Rellenaron la parte central de paja, maleza, restos de corteza y hatos de hierba seca. Rakharo eligió un semental de los pocos que les habían quedado. No era ni mucho menos como el de Khal Drogo, pero en realidad, pocos caballos estaban a su altura. Aggo lo llevó al centro del cuadrado, le dio de comer una manzana arrugada y lo mató en un momento, con un golpe de hacha entre los ojos.

Mirri Maz Duur, atada de pies y manos, observó los preparativos con los ojos negros intranquilos.

—No basta con matar un caballo —dijo a Dany—. La sangre sola no vale de nada. No conoces las palabras del hechizo, ni tienes el talento necesario para averiguarlas. ¿Crees que la magia de sangre es un juego de niños? Me llamáis *maegi* como si fuera una maldición, pero en realidad significa «sabia». Eres una chiquilla, con la ignorancia de una chiquilla. No importa qué intentes; no te saldrá. Quitame estas cuerdas y te ayudaré.

—Estoy harta de los rebuznos de la *maegi* —le dijo Dany a Jhogo.

El joven empleó el látigo, y la esposa del dios se quedó en silencio.

Alzaron una plataforma sobre el cadáver del caballo, con los troncos de los árboles más pequeños y las ramas rectas de los grandes. Colocaron la madera de este a oeste, del sol naciente hacia el poniente. Sobre la plataforma apilaron los tesoros de Khal Drogo: la gran tienda, los chalecos pintados, los arneses y sillas de montar, el látigo que le había regalado su padre, el *arakh* con que había matado a Khal Ogo y a su hijo, un potente arco de huesodragón... Aggo quería añadir las armas que los jinetes de sangre de Drogo le habían entregado a Dany el día de su boda, pero ella se lo impidió.

—Son mías —dijo—, y me las voy a quedar.

Echaron otra capa de maleza sobre los tesoros del *khal*, y por encima, más hatos de hierba seca.

Cuando el sol se acercaba a su céñit, ser Jorah Mormont se la llevó aparte.

—Princesa... —empezó.

—¿Por qué me llamáis así? —replicó Dany—. Mi hermano Viserys era vuestro rey, ¿no?

—Sí, mi señora.

—Pues Viserys está muerto. Yo soy su heredera, la última de la casa Targaryen. Todo lo que fue suyo es ahora mío.

—Mi... mi reina —dijo ser Jorah, al tiempo que hincaba una rodilla en tierra —. Mi espada fue suya, Daenerys, y ahora os pertenece a vos. Igual que mi corazón, que nunca fue de vuestro hermano. Solo soy un caballero; no puedo ofreceros nada más que el exilio, pero os suplico que me escuchéis. Olvidad a Khal Drogo. No estaréis sola. Os prometo que nadie os llevará a Vaes Dothrak a menos que lo deseáis. No tenéis que formar parte del *dosh khaleen*. Venid conmigo al este. Yi Ti, Qarth, el mar de Jade, Asshai de la Sombra... Veremos maravillas que nadie ha visto todavía, y beberemos los vinos que los dioses quieran servirnos. Por favor, *khaleesi*. Sé lo que pretendáis. No lo hagáis. Por favor.

—Es necesario —le dijo Dany. Le acarició el rostro con cariño y tristeza—. No lo comprendéis.

—Comprendo que lo amabais. —La voz de ser Jorah estaba ronca de desesperación—. Yo también amaba a mi esposa, pero no morí con ella. Sois mi reina; mi espada es vuestra, pero no me pidáis que me quede mirando mientras subis a la pira de Drogo. No quiero veros arder.

—¿Eso es lo que teméis? —Dany le dio un ligero beso en la amplia frente—. No soy tan chiquilla, mi dulce caballero.

—Entonces, ¿no queréis morir con él? ¿Me lo juráis, mi reina?

—Os lo juro —dijo ella en la lengua común de los Siete Reinos, que eran suyos por derecho.

El tercer nivel de la plataforma era un entramado de ramas del grosor de un dedo, cubiertas con hojas y ramitas secas. Lo dispusieron de norte a sur, del hielo al fuego, y colocaron sobre él cojines blandos y sedas de dormir. Cuando terminaron, el sol descendía ya hacia el oeste. Dany llamó a todos los dothrakis. Apenas quedaba un centenar. Se preguntó con cuántos habría empezado Aegon. Pero no tenía importancia.

—Vosotros seréis mi *khalasar* —les dijo—. Veo los rostros de esclavos. Yo os libero. Quitaos los collares. Marchaos si lo deseáis; nadie os hará daño. Si os quedáis, será como hermanos y hermanas, como esposos y esposas. —Los ojos negros la miraron cansados, inexpresivos—. Veo a los niños, a las mujeres, los rostros arrugados de los ancianos. Yo era una niña ayer. Hoy soy una mujer. Mañana seré una anciana. Y a cada uno de vosotros le digo esto: entregadme vuestras manos y vuestros corazones, y siempre tendréis aquí un lugar. —Se volvió hacia los tres jóvenes guerreros de su *khals*—. Jhogo, a ti te entrego el látigo con mango de plata que fue mi regalo de novia, y te nombro *ko*, y te pido tu juramento de que vivirás y morirás como sangre de mi sangre, de que cabalgarás a mi lado y me libraráis de todo mal.

Jhogo cogió el látigo que le tendía, pero parecía confuso.

—*Khaleesi* —dijo, titubeante—, las cosas no son así. Para mí sería una vergüenza ser el jinete de sangre de una mujer.

—Aggo —siguió Dany sin prestar atención a las palabras de Jhogo. « Si vuelvo la vista atrás, estoy perdida» —. A ti te entrego el arco de huesodragón que fue mi regalo de novia. —Era de doble curva, brillante, negro, exquisito, más alto que ella—. Te nombro *ko*, y te pido tu juramento de que vivirás y morirás como sangre de mi sangre, de que cabalgarás a mi lado y me librarás de todo mal.

—No puedo pronunciar esas palabras —dijo Aggo, mientras aceptaba el arco con la mirada baja—. Solo un hombre puede dirigir el *khalasar*, y nombrar a un *ko*.

—Rakharo —dijo Dany, dándole la espalda a Aggo—, para ti será el gran *arakh* que fue mi regalo de novia, con su empuñadura y su hoja con incrustaciones de oro. A ti también te nombro *ko*, y te pido que vivas y mueras como sangre de mi sangre, cabalgando a mi lado y librándome de todo mal.

—Eres la *khaleesi* —replicó Rakharo al tiempo que cogía el *arakh*—. Cabalgaré a tu lado hasta Vaes Dothrak, bajo la Madre de las Montañas, y te libraré de todo mal hasta que ocupes tu lugar entre las ancianas del *dosh khaleen*. No puedo prometerte otra cosa.

Dany asintió con tanta tranquilidad como si no hubiera oído la respuesta, y se volvió hacia el último de sus campeones.

—Ser Jorah Mormont —dijo—, el primero y el mejor de mis guerreros. Para vos no tengo regalo, pero os juro que, algún día, os entregaré una espada como el mundo no ha visto, forjada por dragones con acero valyrio. Y también os pido vuestro juramento.

—Lo tenéis, mi reina —dijo ser Jorah, arrodillándose y poniendo la espada a sus pies—. Juro serviros, obedeceros, morir por vos si fuera necesario.

—Suceda lo que suceda?

—Suceda lo que suceda.

—Os atendréis a ese juramento, y rezó por que nunca lamentéis haberlo pronunciado. —Lo ayudó a ponerse en pie, y se puso de puntillas para besar los labios del caballero—. Sois el primero de la Guardia de la Reina.

Al entrar en la tienda, sentía los ojos del *khalasar* clavados en ella. Los dothrakis murmuraban; le lanzaban extrañas miradas de soslayo con sus ojos almendrados. Dany se dio cuenta de que la tomaban por loca. Quizá lo estuviera. No tardaría en averiguarlo.

« Si vuelvo la vista atrás, estoy perdida» .

El agua del baño estaba casi hirviendo cuando Irri la ayudó a entrar en la bañera, pero Dany ni siquiera parpadeó. Le gustaba el calor. La hacía sentir limpia. Jhiqui había perfumado el agua con los aceites que habían encontrado en el mercado de Vaes Dothrak, y despedía un vapor aromático. Doreah le lavó el cabello y se lo peinó para deshacer todos los nudos. Irri le frotó la espalda. Dany

cerró los ojos y se dejó envolver por el olor y el calor del agua. Sentía cómo la calidez le empapaba la laceración entre los muslos. Cuando penetró en ella, se estremeció, y el dolor y la rigidez parecieron disolverse. Flotó.

Cuando estuvo limpia, las doncellas la ayudaron a salir del agua y la abanicaron para secarla, mientras Doreah le cepillaba el pelo hasta que le cayó sobre la espalda como un río de plata líquida. La perfumaron con florespacia y canela, un toque en cada muñeca, tras las orejas, en los pezones de los pechos llenos de leche. La última gota fue para el sexo. El dedo de Irri fue ligero y fresco como un beso de amante al deslizarse entre sus labios.

Dany las despidió a todas para preparar a Khal Drogo para su cabalgada final a las tierras de la noche. Le lavó el cuerpo, y le cepilló y aceitó el pelo, recorriendo por última vez los mechones con los dedos y sintiendo su peso, recordando la primera vez que lo había tocado, la noche de su boda. El pelo de Drogo jamás había sido cortado. ¿Cuántos hombres morían sin que les hubieran cortado el pelo jamás? Hundió la cara en la cabellera y aspiró hondo la fragancia oscura de los aceites. Olía a hierba y a tierra cálida, a humo, a semen, a caballos... Olía a Drogo.

«Perdóname, sol de mi vida —pensó—. Perdóname por todo lo que he hecho y por lo que he de hacer. Pagué el precio, mi estrella, pero era alto, demasiado alto...».

Dany le trenzó el pelo, le puso en los bigotes los anillos de plata y le colgó las campanillas una por una. Muchas campanillas, de oro, de plata y de bronce. Campanillas para que sus enemigos lo oyieran acercarse y el miedo los debilitara. Lo vistió con polainas de crin y botas altas; le puso un cinturón de pesados medallones de oro y plata. Colocó un chaleco pintado en torno al pecho herido, un chaleco viejo y descolorido, el preferido de Drogo. Para sí eligió unos pantalones amplios de seda, sandalias atadas hasta media pierna y un chaleco como el de Drogo.

El sol se ponía ya cuando los llamó para que trasladaran el cadáver a la pira. Los dothrakis observaron en silencio cómo Jhogo y Aggo lo sacaban de la tienda. Dany iba tras ellos. Lo tendieron sobre sus cojines y sedas, con la cabeza apuntando en dirección a la Madre de las Montañas, muy lejos, al noreste.

—Aceite —ordenó, y le llevaron las jarras y las vertieron sobre la pira, empapando las sedas, las ramas y los hatos de hierba seca, hasta que el aceite goteó entre los troncos de abajo y el aire estuvo impregnado de su fragancia—. Traedme los huevos —les ordenó Dany a las doncellas.

En su tono de voz había algo que hizo que se apresurasen en obedecer. Ser Jorah la cogió por el brazo.

—Mi reina, los huevos de dragón no le servirán de nada a Drogo en las tierras de la noche. Es mejor venderlos en Asshai. Vended uno y podréis comprar un barco para volver a las Ciudades Libres. Vended los tres y seréis una mujer rica

el resto de vuestra vida.

—No me los entregaron para que los vendiera —replicó Dany.

Ella misma trepó a la pira para colocar los huevos en torno a su sol y estrellas. El negro, junto al corazón, bajo el brazo. El verde, junto a la cabeza, rodeado por su trenza. El de color crema y oro, abajo, entre las piernas. Dany lo besó por última vez, y sintió el dulzor del aceite en los labios.

Al bajarse de la pira, advirtió que Mirri Maz Duur la miraba.

—Estás loca —le dijo con voz ronca la esposa del dios.

—¿Tan lejos anda la locura de la sabiduría? —preguntó Dany—. Ser Jorah, traed a la *maegi*; atadla a la pira.

—¿A la...? Mi reina, no, escuchadme...

—Haced lo que digo. —El caballero siguió titubeando, hasta que la rabia de Dany estalló—. Jurasteis obedecerme, pasara lo que pasara. Rakharo, ayúdalo.

La esposa del dios no gritó cuando la arrastraron hasta la pira de Khal Drogo y la ataron entre sus tesoros. La propia Dany le vertió el aceite sobre la cabeza.

—Tengo que darte las gracias, Mirri Maz Duur —dijo—, por las lecciones que me has enseñado.

—No me oirás gritar —replicó la mujer, mientras el aceite le goteaba del pelo y le empapaba la ropa.

—Si te oiré —dijo Dany—. Pero no me interesan tus gritos; solo tu vida. Recuerdo qué me dijiste. Solo la muerte puede pagar el precio de la vida.

Mirri Maz Duur abrió la boca, pero no dijo nada. Al alejarse, Dany vio que en los ojos negros de la *maegi* ya no había desprecio, sino algo muy parecido al miedo. Ya no quedaba nada que hacer, excepto presenciar la puesta del sol y esperar a que brillara la primera estrella.

Cuando muere un señor de los caballos, se mata también a su caballo para que cabalgue orgulloso hacia las tierras de la noche. Los cadáveres se queman bajo el cielo, y el *khal* se eleva en su corcel llameante para ocupar su lugar entre las estrellas. Cuanto más haya ardido el hombre en su vida, más brillante será su estrella en la oscuridad.

Jhogo fue el primero en verla.

—Allí —dijo en un susurro.

Dany alzó la vista y la vio, muy baja en el cielo del este. La primera estrella de la noche era un cometa, un cometa rojo. Rojo sangre, rojo fuego, con cola de dragón. Era la señal más poderosa que podía imaginar.

Cogió la antorcha de la mano de Aggo y la lanzó entre los troncos. El aceite se prendió al instante, e inmediatamente después empezaron a arder las ramitas y las hojas secas. Las diminutas llamas treparon por la madera como veloces ratones rojos, se deslizaron por el aceite y saltaron de la corteza a las ramas y a la hojarasca. Una bocanada de calor le sopló contra el rostro, suave y repentina como el aliento de un amante, pero enseguida se hizo insoportable. Dany

retrocedió un paso. La madera crujió y crujió. Mirri Maz Duur empezó a entonar un cántico con voz aguda, ululante. Las llamas giraban y bailaban, extendiéndose por la plataforma. El ocaso se estremeció; el aire mismo pareció licuarse ante el calor. Dany oyó el chisporroteo de la leña. El fuego reptó sobre Mirri Maz Duur. Su canción se hizo más alta, más aguda... y de pronto, la mujer jadeó una vez, dos, y el cántico se convirtió en un aullido angustioso, cargado de sufrimiento.

Y las llamas llegaron a su Drogo, y lo envolvieron. Las ropas se prendieron, y durante un instante, el *khal* quedó envuelto en jirones de seda anaranjada y tentáculos de humo, grises y aceitosos. Dany entreabrió los labios; descubrió que estaba conteniendo el aliento. Una parte de ella quería ir con Drogo, tal como había temido ser Jorah, precipitarse entre las llamas, suplicarle su perdón y acogerlo en su interior por última vez mientras el fuego fundía la carne sobre los huesos y los unía para siempre.

Le llegó el olor de la carne quemada; no era tan diferente del de la carne de caballo al asarse en la hoguera. La pira rugió en el ocaso cada vez más cerrado, como una bestia inmensa que ahogara los gritos débiles de Mirri Maz Duur y lanzara al aire lenguas de llamas que lamían el vientre de la noche. El humo se hizo más espeso, y los dothrakis retrocedieron entre toses. Las llamaradas desplegaban sus estandartes anaranjados en aquel viento infernal, los leños siseaban y crujían, y las brasas se alzaban en el humo y flotaban hacia la oscuridad como luciérnagas recién nacidas. El calor batió el aire con grandes alas rojas, y los dothrakis retrocedieron aún más; incluso Mormont dio un paso atrás, pero Dany no se movió. Era de la sangre del dragón; el fuego estaba en su interior.

Dany dio un paso hacia el fuego, y se dio cuenta de que había presentido la verdad desde hacía mucho tiempo, pero el brasero no había sido suficiente. Las llamas bailaban ante ella como las mujeres que habían danzado el día de su boda: giraban, cantaban, movían sus velos amarillos, naranjas y rojos, temibles pero hermosas, muy hermosas, con la vida del calor. Dany les abrió los brazos; su piel se sonrojó, brilló.

«Esto también es una boda», pensó. Mirri Maz Duur ya no gritaba. La esposa del dios la consideraba una niña, pero los niños crecen, y los niños aprenden.

Un paso más, y Dany sintió el calor de la arena en las plantas de los pies, incluso a pesar de las sandalias. El sudor le corría por los muslos, entre los pechos, y se deslizaba por sus mejillas, donde antes había habido lágrimas. Ser Jorah gritaba a su espalda, pero ya no le importaba; lo único que importaba era el fuego. Las llamas eran hermosas; eran lo más bello que había visto jamás; cada una de ellas parecía una hechicera con túnica amarilla, naranja y roja, cada una con su capa de humo. Vio leones de fuego rojo, grandes serpientes amarillas y unicornios de color azul celeste; vio peces, zorros, monstruos, lobos y pájaros brillantes, y árboles en flor, cada uno más bello que el anterior. Y vio un caballo,

un gran semental gris de humo; sus crines eran un halo de llama azulada.

«Sí, mi amor, mi sol y estrellas, sí, monta, cabalga ya».

El chaleco empezaba a humear, de manera que Dany se lo quitó y lo dejó caer al suelo. El cuero pintado ardió, mientras ella seguía avanzando hacia el fuego, con los pechos desnudos iluminados por las llamas e hilillos de leche fluyendo de los pezones rojos e hinchados.

«Ahora —se dijo—. Ahora». Durante un momento vio a Khal Drogo ante ella, a lomos de su semental de humo, con un látigo de fuego en la mano. Él sonrió, y lo hizo restallar siseante contra la pira.

Oyó un crujido, el sonido de la piedra al quebrarse. La plataforma de madera, hierbas y hojas se estremeció y empezó a derrumbarse. Le cayeron encima brasas y cenizas, como una lluvia. Y también algo más, algo que rodó hasta ella y fue a detenerse a sus pies: un trozo de roca redondeada, color crema con vetas de oro, humeante. El rugido llenó el mundo, pero entre la lluvia de fuego, Dany alcanzó a oír los gritos maravillados de mujeres y niños.

«Solo la muerte puede pagar el precio de la vida».

Se oyó un segundo crujido seco que retumbó como un trueno, y el humo giró a su alrededor mientras la pira se hundía. Los leños estallaban a medida que el fuego tocaba sus corazones secretos. Oyó los relinchos de los caballos asustados, las voces de los dothrakis, llenas de terror, y a ser Jorah gritando su nombre y maldiciendo.

«No —habría querido decirle—, no, mi buen caballero, no temáis por mí. El fuego es mío. Soy Daenerys de la Tormenta, nacida de dragones, esposa de dragones, madre de dragones, ¿no lo veis? ¿No lo veis?». Con una erupción de humo y llamas que se elevaron treinta codos hacia el cielo, la pira se derrumbó y cayó sobre ella. Dany, sin el menor temor, avanzó por la tormenta de fuego, llamando a sus hijos.

El tercer crujido fue seco y fuerte como si el mundo se quebrara.

Cuando el fuego se extinguió por fin, y el suelo estuvo suficientemente frío para poder pisarlo, ser Jorah Mormont la encontró entre las cenizas, rodeada de troncos negros y ascuas, y de los huesos quemados de hombre, mujer y corcel. Estaba desnuda, cubierta de hollín; sus ropas se habían reducido a cenizas; no le quedaba ni una hebra de la hermosa cabellera... pero estaba ilesa.

El dragón color crema y oro mamaba de su pecho izquierdo, y el verde y bronce, del derecho. Los sostenía a ambos en los brazos, como si los acunara. El negro y escarlata estaba enroscado en torno a sus hombros, con el cuello largo y sinuoso bajo su barbilla. Al ver a Jorah, alzó la cabeza y clavó en él unos ojos rojos como carbones.

El caballero, sin palabras, cayó de rodillas. Los hombres de su *khas* iban tras él. Jhogo fue el primero en poner el *arakh* a los pies de Dany.

—Sangre de mi sangre —murmuró, presionando el rostro contra la tierra

humectante.

—Sangre de mi sangre —le oyó decir a Aggo.

—Sangre de mi sangre —gritó Rakharo.

Después llegaron sus doncellas, y luego los demás, todos los dothrakis, hombres, mujeres y niños. A Dany le bastó con mirarlos a los ojos para saber que le pertenecían: hoy, mañana y eternamente, eran suyos como jamás lo habían sido de Drogo.

Cuando Daenerys Targaryen se puso en pie, el negro siseó, y de las fosas nasales y la boca le surgió un humo claro. Los otros dos se apartaron de sus pechos y sumaron sus voces a la llamada, desplegando las alas translúcidas al aire. Y, por primera vez en cientos de años, la noche cobró vida con la música de los dragones.

APÉNDICE



CASA BARATHEON

Es la más joven de las grandes casas, nacida durante las guerras de la Conquista. Se rumoreaba que su fundador, Orys Baratheon, era hermano bastardo de Aegon el Dragón. Orys fue ascendiendo hasta convertirse en uno de los comandantes más aguerridos de Aegon. Cuando derrotó y mató a Argilac el Arrogante, el último Rey Tormenta, Aegon lo recompensó con el castillo de Argilac, sus tierras y su hija. Orys tomó a la chica por esposa y adoptó el estandarte, los honores y el lema de su estirpe. El blasón de los Baratheon es un venado coronado, de sable sobre oro. Su lema es: Nuestra es la Furia.

- EL REY ROBERT BARATHEON, el primero de su nombre;
- su esposa, LA REINA CERSEI, de la casa Lannister;
- sus hijos:
 - EL PRÍNCIPE JOFFREY, heredero del Trono de Hierro, de doce años;
 - LA PRINCESA MYRCELLA, una niña de ocho años;
 - EL PRÍNCIPE TOMMEN, un niño de siete años;
- sus hermanos:
 - STANNIS BARATHEON, señor de Rocadragón;
 - su esposa, LADY SELYSE, de la casa Florent;
 - SHIREEN, su hija, una niña de nueve años;
 - RENLY BARATHEON, señor de Bastión de Tormentas;
- su Consejo Privado:
 - EL GRAN MAESTRE PYCELLE;

- LORD PETYR BAELISH, apodado MEÑIQUE, consejero de la moneda;
- LORD STANNIS BARATHEON, consejero naval;
- LORD RENLY BARATHEON, consejero de edictos;
- SER BARRISTAN SELMY, lord comandante de la Guardia Real;
- VARYS, un eunuco, apodado LA ARAÑA, consejero de los rumores;
- su corte y sus criados:
 - SER ILYN PAYNE, la justicia del rey, verdugo;
 - SANDOR CLEGANE, apodado EL PERRO, escudo juramentado del príncipe Joffrey;
 - JANOS SLYNT, un plebeyo, comandante de la Guardia de la Ciudad de Desembarco del Rey;
 - JALABHAR XHO, un príncipe exiliado de las islas del Verano;
 - CHICO LUNA, un bufón;
 - LANCEL y TYREK LANNISTER, escuderos del rey, primos de la reina;
 - SER ARON SANTAGAR, maestro de armas;
- su Guardia Real:
 - SER BARRISTAN SELMY, lord comandante;
 - SER JAIME LANNISTER, apodado EL MATARREYES;
 - SER BOROS BLOUNT;
 - SER MERYN TRANT;
 - SER ARYS OAKHEART;
 - SER PRESTON GREENFIELD;
 - SER MANDON MOORE.

Las principales Casas que han jurado fidelidad a Bastión de Tormentas son: Selmy, Wynde, Trant, Penrose, Errol, Estermont, Tarth, Swann, Dondarrion y Caron.

Las principales Casas que han jurado fidelidad a Rocadragón son: Celtigar, Velaryon, Seaworth, Bar Emmon y Sunglass.



CASA STARK

El linaje de los Stark se remonta a Brandon el Constructor y los antiguos Reyes del Invierno. Fueron los Reyes en el Norte y gobernaron desde Invernalia durante miles de años, hasta que Torrhen Stark, el Rey que se Arrodilló, juró fidelidad a Aegon el Dragón para no tener que presentarle batalla. Su blasón es un lobo huargo gris sobre plata helada. El lema de los Stark es: Se Acerca el Invierno.

- EDDARD STARK, señor de Invernalia, Guardián del Norte;
- su esposa LADY CATELYN, de la casa Tully;
- sus hijos:
 - ROBB, heredero de Invernalia, de catorce años;
 - SANSA, la mayor de las hijas, de once años;
 - ARYA, la menor de las hijas, una niña de nueve años;
 - BRANDON, llamado BRAN, de siete años;
 - RICKON, un niño de tres años;
- su hijo bastardo, JON NIEVE, un niño de catorce años;
- su pupilo, THEON GREYJOY, heredero de las Islas del Hierro;
- sus hermanos:
 - [BRANDON], su hermano mayor, asesinado por orden de Aerys II Targaryen;
 - [LYANNA], su hermana menor, fallecida en las montañas de Dorne;
 - BENJEN, su hermano menor, de la Guardia de la Noche;

—sus sirvientes:

- MAESTRE LUWIN, consejero, sanador y tutor;
- VAYON POOLE, mayordomo de Invernia;
- JEYNE, su hija, la mejor amiga de Sansa;
- JORY CASSEL, capitán de la guardia;
- HALLIS MOLLEN, DESMOND, JACKS, PORTHER, QUENT, ALYN, TOMARD, VARLY, HEWARD, CAYN, WYL, guardias;
- SER RODRIK CASSEL, maestro de armas, tío de Jory;
- BETH, su joven hija;
- SEPTA MORDANE, tutora de las hijas de lord Eddard;
- SEPTÓN CHAYLE, guardián del septo y de la biblioteca del castillo;
- HULLEN, caballerizo mayor;
 - su hijo, HARWIN, un guardia;
- JOSETH, un mozo de cuadra y domador de caballos;
- FARLEN, encargado de las perreras;
- VIEJA TATA, cuentacuentos, en el pasado ama de cría;
- HODOR, su bisnieto, un mozo de cuadra corto de inteligencia;
- GAGE, el cocinero;
- MIKKEN, herrero y armero;

—sus principales vasallos:

- SER HELMAN TALLHART;
- RICKARD KARSTARK, señor de Bastión Kar;
- ROOSE BOLTON, señor de Fuerte Terror;
- JON UMBER, apodado EL GRAN JON;
- GALBART y ROBETT GLOVER;
- WYMAN MANDERLY, señor de Puerto Blanco;
- MAEGE MORMONT, la señora de Isla del Oso.

Las principales Casas que han jurado fidelidad a Invernia son: Karstark, Umber, Flint, Mormont, Hornwood, Cerwyn, Reed, Manderly, Glover, Tallhart y Bolton.



CASA LANNISTER

Los Lannister, de cabello rubio, altos y apuestos, llevan en las venas la sangre de los aventureros ándalos que erigieron el poderoso reino en las colinas y valles de occidente. Aseguran que descienden por línea materna de Lann el Astuto, el legendario embaucador de la Edad de los Héroes. El oro de Roca Casterly y del Colmillo Dorado ha hecho que sea la más adinerada de las grandes casas. Su blasón es un león de oro sobre campo de gules. El lema de los Lannister es: ¡Oye mi Rugido!

TYWIN LANNISTER, señor de Roca Casterly, Guardián de Occidente, Escudo de Lannisport;

—su esposa, [LADY JOANNA], prima suya, muerta durante un parto;

—sus hijos:

—SER JAIME, apodado EL MATARREYES, heredero de Roca Casterly, gemelo de Cersei;

—LA REINA CERSEI, esposa del rey Robert I Baratheon, melliza de Jaime;

—TYRION, apodado EL GNOMO, un enano;

—sus hermanos:

—SER KEVAN, su hermano mayor;

—su esposa, DORNA, de la casa Swyft;

—LANCEL, su hijo mayor, escudero del rey;

—WILLEM y MARTYN, sus hijos gemelos;

—JANEI, su hija menor;

- GENNA, su hermana, casada con ser Emmon Frey;
- SER CLEOS FREY, su hijo;
- TION FREY, su hijo, un escudero;
- [SER TYGETT], su segundo hermano, muerto de viruela;
- su viuda, DARLESSA, de la casa Marbrand;
- TYREK, su hijo, escudero del rey;
- [GERION], su hermano menor, desaparecido en el mar;
- GLORIA, su hija bastarda, una niña de diez años;
- su primo, SER STAFFORD LANNISTER, hermano de la difunta lady Joanna;
- CERENNA y MYRIELLE, sus hijas;
- SER DAVEN LANNISTER, su hijo;
- su consejero, MAESTRE CREYLEN;
- sus caballeros y vasallos principales:
 - LORD LEO LEFFORD;
 - SER ADDAM MARBRAND;
 - SER GREGOR CLEGANE, apodado LA MONTAÑA QUE CABALGA;
 - SER HARYS SWYFT, suegro de ser Kevan;
 - LORD ANDROS BRAX;
 - SER FORLEY PRESTER;
 - SER AMORY LORCH;
 - VARGO HOAT, un mercenario, de la Ciudad Libre de Qohor.

Las principales Casas que han jurado fidelidad a Roca Casterly son: Payne, Swyft, Marbrand, Lydden, Banefort, Lefford, Crakehall, Serrett, Broom, Clegane, Prester y Westerling.



CASA ARRYN

Los Arryn descienden de los Reyes de la Montaña y el Valle, una de las líneas más antiguas y puras de la nobleza ándala. Su blasón muestra una luna y un halcón, de plata, sobre campo de azur. El lema de los Arryn es: Tan Alto como el Honor.

- [JON ARRYN], señor del Nido de Águilas, Defensor del Valle, Guardián del Oriente, mano del rey, recientemente fallecido;
- su primera esposa, [LADY JEYNE, de la casa Royce] fallecida de parto, su hija nació muerta;
 - su segunda esposa, [LADY ROWENA, de la casa Arryn], su prima, fallecida de un resfriado invernal, sin hijos;
 - su tercera esposa y viuda, LADY LYSA, de la casa Tully;
 - su hijo:
 - ROBERT ARRYN, un chico enfermizo de seis años, actual señor del Nido de Águilas y Defensor del Valle;
 - sus criados y sirvientes:
 - MAESTRE COLEMON, consejero, sanador y tutor;
 - SER VARDIS EGEN, capitán de la guardia;
 - SER BRYNDEN TULLY, apodado EL PEZ NEGRO, Caballero de la Puerta y tío de lady Lyse;
 - LORD NESTOR ROYCE, Mayordomo Jefe del Valle;
 - SER ALBAR ROYCE, su hijo;

- MYA PIEDRA, chica bastarda, a su servicio;
- LORD EON HUNTER, pretendiente de lady Ly sa;
- SER LYN CORBRAY, pretendiente de lady Ly sa;
- MYCHEL REDFORT, su escudero;
- LADY ANYA WAYNWOOD, una viuda;
- SER MORTON WAYNWOOD, su hijo, pretendiente de lady Ly sa;
- SER DONNEL WAYNWOOD, su hijo;
- MORD, un carcelero brutal.

Las principales Casas que han jurado fidelidad al Nido de Águilas son: Roy ce, Baelish, Egen, Waynwood, Hunter, Redfort, Corbray, Belmore, Melcolm y Hersy.



CASA TULLY

Los Tully nunca reinaron como monarcas, aunque dominaron fértiles tierras y el gran castillo, en Aguasdulces, durante mil años. Durante las guerras de la Conquista, las tierras del río pertenecieron a Harren el Negro, rey de las Islas. El abuelo de Harren, el rey Harwyn Manodura, le había arrebatado el Tridente a Arrec, el Rey Tormenta, cuyos ancestros habían conquistado todo el territorio hasta el Cuello trescientos años antes, asesinando al último de los antiguos Reyes del Río. Harren el Negro, un tirano sanguinario y fatuo, no era muy querido por sus súbditos, y muchos de los señores del río lo abandonaron para unirse a las hordas de Aegon. De ellos, el primero fue Edmyn Tully, de Aguasdulces. Cuando Harren y su dinastía murieron en el incendio de Harrenhal, Aegon recompensó a la casa Tully otorgándole a lord Edmyn el dominio sobre las tierras del Tridente y haciendo que los demás señores del río le juraran lealtad. El blasón de los Tully es una trucha que salta, en plata, sobre ondas de agua de azur y gules. El lema de los Tully es: Familia, Deber, Honor.

HOSTER TULLY, señor de Aguasdulces;

—su esposa, [LADY MINISA, de la casa Whent], fallecida de parto;

—sus hijos:

—CATELYN, la hija mayor, casada con lord Eddard Stark;

—LYSA, la hija menor, casada con lord Jon Arryn;

—SER EDMURE, heredero de Aguasdulces;

—su hermano, SER BRYNDEN, apodado EL PEZ NEGRO;

—sus sirvientes:

- MAESTRE VYMAN, consejero, sanador y tutor;
- SER DESMOND GRELL, maestro de armas;
- SER ROBIN RYGER, capitán de la guardia;
- UTHERYDES WAYN, mayordomo de Aguasdulces;
- sus caballeros y vasallos principales:
 - JASON MALLISTER, señor de Varamar;
 - PATREK MALLISTER, su hijo y heredero;
 - WALDER FREY, señor del Cruce
 - sus numerosos hijos, nietos y bastardos;
 - JONOS BRACKEN, señor del Seto de Piedra;
 - TYTOS BLACKWOOD, señor del Árbol de los Cuervos;
 - SER RAYMUN DARRY;
 - SER KARYL VANCE;
 - SER MARQ PIPER;
 - SHELLA WHENT, señora de Harrenhal;
 - SER WILLIS WODE, un caballero a su servicio.

Entre las Casas menores que han jurado fidelidad a Aguasdulces están: Darry, Frey, Mallister, Bracken, Blackwood, Whent, Ryger, Piper y Vance.



CASA TYRELL

Los Tyrell ascendieron al poder como mayordomos de los Reyes del Dominio, cuyas posesiones incluían las fértils llanuras del suroeste, que se extienden de las Marcas de Dorne al río Aguasnegras y llegan hasta las orillas del mar del Ocaso. Alegan descender, por linea materna, de Garth Manoverde, el rey jardinero de los primeros hombres, que llevaba una corona de enredaderas y flores, y hacia florecer los campos. Cuando el rey Mern, el último del antiguo linaje, pereció en el Campo de Fuego, su mayordomo, Harlen Tyrell, rindió Altojardín ante Aegon Targaryen, y le juró fidelidad. Aegon le concedió el castillo y el mando sobre el Dominio. El blasón de los Tyrell es una rosa de oro sobre campo de sinople. Su lema es: Crecer Fuerte.

MACE TYRELL, señor de Altojardín, Guardián del Sur, Defensor de las Marcas, Alto Mariscal del Dominio;

—su esposa, LADY ALERIE, de la casa Hightower de Antigua;

—sus hijos:

—WILLAS, el hijo mayor, heredero de Altojardín;

—SER GARLAN, apodado EL GALANTE, el segundo hijo;

—SER LORAS, EL CABALLERO DE LAS FLORES, el hijo menor;

—MARGAERY, la hija, doncella de catorce años;

—su madre viuda, LADY OLENNNA, de la casa Redwyne, apodada LA REINA DE LAS ESPINAS;

—sus hermanas:

—MINA, casada con lord Paxter Redwyne;

- JANNA, casada con ser Jon Fossoway;
- sus tíos:
 - GARTH, apodado EL GROSERO, señor senescal de Altojardín;
 - sus hijos bastardos, GARSE y GARRETT FLORES;
 - SER MORYN, Lord Comandante de la Guardia de Antigua;
 - MAESTRE GORMON, un erudito de la Ciudadela;
- sus sirvientes:
 - MAESTRE LOMYS, consejero, sanador y tutor;
 - IGON VYRWEL, capitán de la guardia;
 - SER VORTIMER CRANE, maestro de armas;
- sus caballeros y vasallos principales:
 - PAXTER REDWYNE, señor del Rejo;
 - su esposa, LADY MINA, de la casa Tyrell;
 - sus hijos:
 - SER HORAS, apodado HORROR, hermano gemelo de Hobber;
 - SER HOBBER, apodado BABOSO, hermano gemelo de Horas;
 - DESMERA, doncella de quince años;
 - RANDYLL TARLY, señor de Colina Cuerno;
 - SAMWELL, su hijo mayor, de la Guardia de la Noche;
 - DICKON, su hijo menor, heredero de Colina Cuerno;
 - ARWIN OAKHEART, señora de Roble Viejo;
 - MATHIS ROWAN, señor de Sotodeoro;
 - LEYTON HIGHTOWER, Voz de Antigua, señor del Puerto;
 - SER JON FOSSOWAY.

Las Casas principales que han jurado fidelidad a Altojardín son: Vyrwel, Florent, Oakheart, Hightower, Grane, Tarly, Redwyne, Rowan, Fossoway y Mullendore.



CASA GREYJOY

Los Greyjoy de Pyke alegan ser descendientes del Rey Gris de la Edad de los Héroes. Dice la leyenda que el Rey Gris no solo gobernó las islas occidentales, sino también el propio mar, y que tomó a una sirena como esposa.

Durante miles de años, los corsarios de las islas del Hierro, llamados *hombres de hierro* por sus víctimas, fueron el terror de los mares, y llegaron incluso al Puerto de Ibben y las islas del Verano. Se enorgullecían de su ferocidad en el combate y de sus sagradas libertades. Cada isla tenía su «rey de la sal» y «rey de la roca». El Rey Supremo de las islas se elegía entre ellos, hasta que el rey Urron convirtió el trono en hereditario al dar muerte a los demás reyes cuando se reunieron para celebrar una elección. La línea sucesoria de Urron se extinguío mil años después, cuando los ándalos invadieron las islas. Los Greyjoy, al igual que otros señores de las islas, mezclaron su sangre con la de los conquistadores.

Los Reyes de Hierro extendieron su dominio mucho más allá de las propias islas, creando reinos en el continente a hierro y fuego. El rey Qhored podía jactarse con razón de que su poder se extendía «por todas partes donde los hombres pueden oler agua salada u oír el rumor de las olas». En siglos posteriores, los descendientes de Qhored perdieron el Rejo, Antigua, la isla del Oso y gran parte de la ribera occidental. Cuando tuvieron lugar las guerras de la Conquista, el rey Harren el Negro todavía gobernaba todas las tierras que había entre las montañas, desde el Cuello hasta el río Aguasnegras. Cuando Harren y sus hijos perecieron durante la caída de Harrenhal, Aegon Targaryen le entregó las tierras del río a la casa Tully, y permitió que los señores supervivientes de las islas del Hierro retomaran su antigua tradición y eligieran al que debía ostentar la primacía entre ellos. Eligieron a lord Vickon Greyjoy de Pyke.

El blasón de los Greyjoy es un kraken de oro sobre campo de sable. Su lema es: Nosotros no Sembramos.

BALON GREYJOY, señor de las Islas del Hierro, Rey de Sal y de la Roca, Hijo del Viento Marino, lord Segador de Pyke;

—su esposa, LADY ALANNYS, de la casa Harlaw;

—sus hijos:

—[RODRIK], el hijo mayor, caído en Varamar durante la Rebelión Greyjoy;

—[MARON], el segundo hijo, caído en las murallas de Pyke, durante la Rebelión Greyjoy;

—ASHA, la hija, capitana del *Viento Negro*;

—THEON, el único hijo varón sobreviviente, heredero de Pyke, miembro de la guardia de lord Eddard Stark;

—sus hermanos:

—EURON, apodado OJO DE CUERVO, capitán del *Silencio*, pirata renegado, dedicado al saqueo;

—VICTARION, lord Capitán de la Flota de Hierro;

—AERON, apodado PELOMOJADO, sacerdote del Dios Ahogado.

Entre las casas menores que han jurado fidelidad a Pyke están: Harlaw, Stonehouse, Merlyn, Sunderly, Botley, Tawney, Wynch y Goodbrother.



CASA MARTELL

Nymeria, la reina guerrera del Rhoyne, hizo que sus diez mil naves tocaran tierra en Dorne, el más meridional de los Siete Reinos, y se casó con lord Mors Martell. Con su ayuda, él derrotó a sus rivales y gobernó en todo Dorne. La influencia de los rhoynar sigue siendo fuerte; por esta razón, los gobernantes de Dorne usan el título de príncipe, en lugar de rey. Según las leyes de Dorne, las tierras y los títulos pasan al descendiente primogénito, no al hijo varón de más edad. Dorne es el único de los Siete Reinos que nunca fue conquistado por Aegon el Dragón. No se incorporó al Dominio de manera permanente hasta doscientos años después, y la anexión tuvo lugar mediante matrimonios y tratados, no por la espada. El pacífico rey Daeron II logró el éxito donde los guerreros habían fracasado: se casó con Myriah, la princesa de Dorne, y dio a su hermana en matrimonio al príncipe reinante de Dorne. El blasón de Martell es un sol de gules, atravesado por una lanza de oro. Su lema es: Nunca Doblegado, nunca Roto.

DORAN NYMEROS MARTELL, señor de Lanza del Sol, Príncipe de Dorne;

—su esposa, MELLARIO, de la Ciudad Libre de Norvos;

—sus hijos:

—LA PRINCESA ARIANNE, la hija mayor, heredera de Lanza del Sol;

—EL PRÍNCIPE QUENTYN, el hijo mayor;

—EL PRÍNCIPE TRYSTANE, el hijo menor;

—sus parientes:

- su hermana, [LA PRINCESA ELIA], casada con el príncipe Rhaegar Targaryen, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey;
- sus hijos:
 - [LA PRINCESA RHAENYS], niña pequeña, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey;
 - [EL PRÍNCIPE AEGON], bebé, asesinado durante el saqueo de Desembarco del Rey;
- su hermano, EL PRÍNCIPE OBERYN, apodado LA VÍBORA ROJA;
- sus sirvientes:
 - AREO HOTAH, mercenario norvoshi, capitán de la guardia;
 - MAESTRE CALEOTTE, consejero, sanador y tutor;
- sus caballeros y vasallos principales:
 - EDRIC DAYNE, señor de Campoestrella.

Entre las casas principales que han jurado fidelidad a Lanza del Sol están: Jordayne, Santagar, Allyrion, Toland, Yronwood, Wyl, Fowler y Dayne.



CASA TARGARYEN

LA ANTIGUA DINASTÍA

Los Targaryen son de la sangre del dragón, descendientes de los supremos señores del antiguo Feudo Franco de Valyria; su herencia familiar es una belleza estremecedora (algunos dicen que inhumana), con ojos color lila, índigo o violeta, y cabello de oro plateado o de un blanco platino.

Los antepasados de Aegon el Dragón escaparon de la Maldición de Valyria y del caos y masacre subsiguientes, para establecerse en Rocadragón, una isla rocosa del mar Angosto. Desde allí partieron Aegon y sus hermanas, Visenya y Rhaenys, para conquistar los Siete Reinos. Para preservar la sangre real y mantenerla pura, la casa Targaryen ha seguido con frecuencia la tradición valyria de casar a hermanos entre sí. El propio Aegon tomó a sus dos hermanas por esposas y tuvo hijos con ambas. El estandarte de los Targaryen es un dragón de tres cabezas, de gules sobre campo de sable; las tres cabezas representan a Aegon y sus hermanas. El lema de los Targaryen es: Fuego y Sangre.



CASA TARGARYEN

LA DINASTÍA TARGARYEN

(las fechas corresponden a los años transcurridos
tras el desembarco de Aegon)

1-37	Aegon I	Aegon Conquistador Aegon Dragón;
37- 42	Aenys I	Hijo de Aegon y Rhaenys;

42-	Maegor I	Maegor Cruel, hij Aegon Visenya;
48		
48-	Jaehaerys I	El Viejo el Conciliad hijo de Ae
103		
103-	Viserys I	Nieto Jaehaerys;
129		
129-	Aegon II	Hijo mayo Viserys, ascenso Aegon II disputado su herr
131		

Rhaenyra,
año mayor
él. Los
murieron en
guerra entre
ambos,
llamada
los bardos
Danza de
Dragones»

131- Aegon III Veneno
157 Dragón,
de Rhaen
[El último
los drag
de Targa
murió dur

el reinado
Aegon III];

157- Daeron I El J...
161 Dragón,
Niño Rey,
mayor
Aegon
[Daeron
conquistó
Dorne,]
no I
conservar
murió jove

161- Baelor I El Amado
171 Bendito,
septón y

segundo
de Aegon]

- | | | |
|------|------------|--|
| 171- | Viserys II | Cuarto hij
Aegon III; |
| 172 | | |
| 172- | Aegon IV | El Indi
hijo mayo
Viserys, |
| 184 | | hermano
menor,
príncipe
Aemon,
Caballero
Dragón»,
campeón c
reina Naer
algunos d |

que
amante];

184- Daeron II Hijo de
209 reina Naë con Aego
Aemon,
[Daeron I
Dorne
Dominio,
casándose
la prin
dorniana
Myriah];

209- Aerys I Segundo
221 de Daero
(murió

descendencia

221-	Maekar I	Cuarto hijo de Daeron II;
233		
233-	Aegon V	El
259		Improbable cuarto hijo de Maekar;
259-	Jaehaerys II	Segundo
262		de Aegor
		Improbable
262-	Aerys II	El Rey L
283		único hijo de Jaehaerys.

La línea sucesoria de los reyes dragón terminó cuando Aerys II fue destronado y asesinado junto con su heredero, el príncipe de la corona Rhaegar Targaryen, al que mató Robert Baratheon en el Tridente.



CASA TARGARYEN

LOS ÚLTIMOS TARGARYEN

[EL REY AERYS TARGARYEN], el segundo de su nombre, muerto por Jaime Lannister durante el saqueo de Desembarco del Rey;

—su hermana y esposa, [LA REINA RHAELLA], de la casa Targaryen, fallecida de parto en Rocadragón;

—sus hijos:

—[EL PRÍNCIPE RHAEGAR], heredero del Trono de Hierro, muerto por Robert Baratheon en el Tridente;

—su esposa, [LA PRINCESA ELIA], de la casa Martell, muerta durante el saqueo de Desembarco del Rey;

—sus hijos:

—[LA PRINCESA RHAENYS], niña pequeña, muerta durante el saqueo de Desembarco del Rey;

—[EL PRÍNCIPE AEGON], bebé muerto durante el saqueo de Desembarco del Rey;

—EL PRÍNCIPE VISERYS, que se hace llamar el tercero de su nombre, señor de los Siete Reinos, apodado EL REY MENDIGO;

—LA PRINCESA DAENERYS, apodada DAENERYS DE LA TORMENTA, doncella de trece años.

PESAS Y MEDÍDAS

En la edición española de *Canción de hielo y fuego* se utiliza un sistema de pesas y medidas inspirado en el castellano del siglo XVIII. Las equivalencias de las unidades que aparecen con más frecuencia en la obra son las siguientes:

LONGITUD

Dedo: 1,74 cm

Palmo: 12 dedos, o algo más de 20 cm

Codo: 2 palmos

Vara y paso: ambos equivalentes a 2 codos, o 4 palmos

Legua: 5000 pasos, o algo más de 4 km

SUPERFICIE

Fanega: 6440 m²

VOLUMEN

Cuartillo (líquidos): $\frac{1}{4}$ de azumbre, o $\frac{1}{2}$ litro

Azumbre (líquidos): 4 cuartillos, o 2 litros

Cuartillo (áridos): $\frac{1}{4}$ de celemín, o algo más de 1 litro

Celemín (áridos): 4 cuartillos, o 4,625 litros

PESO

Marco: 0.23 kg

Arroba: 11.5 kg

Quintal: 4 arrobias, o 46 kg



GEORGE R. R. MARTIN. Nació en 1948 en Bayonne (Nueva Jersey, EE UU), y en la actualidad reside en Santa Fe (Nuevo México, EE UU). Hijo de un estibador, su anhelo por conocer los destinos exóticos de los navíos que veía zarpar de Nueva York fue uno de los motivos que lo impulsaron a escribir fantasía y ciencia ficción.

Licenciado en periodismo en 1970, en 1977 publicó su primera novela, *Muerte de la Luz*, obra de culto dentro del género y cumbre de la ciencia ficción romántica. Desde 1979 se dedica exclusivamente a la escritura, y de su pluma han surgido títulos como *Una canción para Lya y Sueño del Fevre*, donde su prosa sugerente y poética aborda temas tan poco habituales en el género como la amistad, la lealtad, el amor y la traición, desde una perspectiva despojada de manierismos pero cargada de sensibilidad. Como antologista cabe destacar su trabajo a cargo de «Wild Cards», antología de mundos compartidos con temática de superhéroes, de gran prestigio.

A partir de 1986 escribe guiones y colabora en series televisivas como *En los límites de la realidad* y *La bella y la bestia*, además de realizar tareas de producción en diversos telefilmes. En 1996 empieza a publicar la serie de fantasía épica *Canción de Hielo y Fuego*, éxito de ventas en Estados Unidos y auténtico revulsivo del género fantástico.

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO:

1996.—*A Game of Thrones*

- Fuego de tronos*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 14, 2002; col. Éxitos núm. 1, 2006; col. Bolsillo núm. 1 (dos tomos), 2007
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2006
- id., México D.F., Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 2011

1998.—*A Clash of Kings*

- Choque de reyes*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 21, 2003; col. Éxitos núm. 2, 2006; col. Bolsillo núm. 5 (dos tomos), 2008
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2006
- id., México D.F., Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 2012

2000.—*A Storm of Swords*

- Tormenta de espadas* (dos tomos), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 32, 2005; col. Éxitos núm. 3, 2006; col. Bolsillo núm. 7 (tres tomos), 2009
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2006
- id., México D.F., Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 2012

2005.—*A Feast for Crows*

- Festín de cuervos*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 42, 2007; col. Éxitos núm. 4, 2008; col. Bolsillo núm. 8 (dos tomos), 2010
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2008

2011.—*A Dance with Dragons*

- Danza de dragones*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 49, 2012; col. Éxitos núm. 5, 2012; col. Bolsillo núm. 9 (tres tomos), 2013

NOVELAS:

1977.—*Dying of the Light*

- Muerte de la luz*, Barcelona, Ed. Edhasa, col. Nebulae núm. 33, 1979
- id., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 11, 2002

1981.—*Windhaven*, en colaboración con TUTTLE, Lisa

- Refugio del viento*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1988
- id., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 48, 2012

1982.—*Fevre Dream*

- Sueño del Fevre* (cartoné; rústica), Barcelona, Ed. Acervo, col. Terror, 1983

- id., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 46, 2012
- 1983.—*The Armageddon Rag*
- 1986.—*Tuf Voyaging*
—*Los viajes de Tuf*, Barcelona, Ed. B, col. Nova CF núm. 6, 1988; col. Byblos CR núm. 279/1, 2006; col. Zeta Bolsillo CR num. 45, 2009
- 1990.—*Wild Cards VII: Dead Man's Hand*, en colaboración con MILLER, John J.
- 2007.—*Hunter's Run*, en colaboración con DOZOIS, Gardner y ABRAHAM, Daniel [ampliación de *Shadow Tiwin*]

RECOPILACIONES:

- 1976.—*A Song for Lya and Other Stories*
—*Una canción para Lya*, Barcelona, Luis de Caralt Ed., col. CF núm. 35, 1981; col. BUC núm. 190, 1982
- 1977.—*Songs of Stars and Shadows*
- 1981.—*Sandkings*
- 1983.—*Songs the Dead Men Sing*
—*Canciones que cantan los muertos*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Super Terror núm. 17, 1986
- 1985.—*Nightflyers*
- 1987.—*Portraits of His Children*
- 2001.—*Quartet*
- 2003.—*GRRM: A Retrospective*
[También como *Dreamsongs*]
—*Luz de lejanas estrellas* («Autobiografía literaria» 1), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficcón núm. 50, 2012
—*Híbridos y engendros* («Autobiografía literaria» 2), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficcón núm. 51, 2013
—*Un corazón atribulado* («Autobiografía literaria» 3), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficcón núm. 55, 2015
- 2008.—*Starlady / Fast Friend*

VARIOS:

- 2003.—*Sangre de dragón* («Blood of the Dragon», 1996), Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2003. Fragmento de *Juego de tronos*
- 2004.—*Camino de dragón* («Path of the Dragon», 2000), Barcelona, Ed.

- Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2004. Fragmento de *Tormenta de espadas*
- 2005.—*Hijos del kraken* («Arms of the Kraken», 2003), Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2005. Fragmento de *Festín de cuervos*
- Dominio de dragones* («Daenerys Excerpt from A Feast for Crows»), Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2006. Fragmento de *Danza de dragones*
- .—*La flor de cristal* («The Glass Flower», 1986), Madrid, Ed. Robel, col. El Doble de Ciencia Ficción núm. 5, 2005, [volumen doble con MACLEOD, Ian R., *Musgo de vida*]
- .—*Shadow Twin*
- «Gemelo sombra», novela corta, en colaboración con DOZOIS, Gardner y ABRAHAM, Daniel. *Asimov Ciencia Ficción* 20, Madrid, Ed. Robel, 2005
- 2006.—*The Ice Dragon*
- «El dragón de hielo», cuento, ilustrado por GILBERT, Yvonne [publicado originalmente, sin ilustraciones, en CARD, Orson Scott (rec.), *Dragons of Light*, 1980]. *Gigamesh* 34, 2003

ANTOLOGÍAS:

- 1977.—*New Voices in Science Fiction*
- 1979.—*New Voices II*
- 1980.—*New Voices III*
- 1981.—*New Voices IV*
- 1983.—*The Science Fiction Weight-Loss Book*, con ASIMOV, Isaac y GREENBERG, Martin H.
- 1984.—*The John W. Campbell Awards, Volume 5*
- 1986.—*Night Visions 3*
- 2009.—*Songs of the Dying Earth*, con DOZOIS, Gardner
- 2010.—*Warriors*, con DOZOIS, Gardner
- Songs of Love and Death: Tales of Star-Crossed Love*, con DOZOIS, Gardner
- 2011.—*Down This Strange Streets*, con DOZOIS, Gardner

Wild Cards:

- 1987.—*Wild Cards*
 .—*Wild Cards II: Aces High*
 .—*Wild Cards III: Jokers Wild*
1988.—*Wild Cards IV: Aces Abroad*
 .—*Wild Cards V: Down and Dirty*
1990.—*Wild Cards VI: Ace in the Hole*
 .—*Wild Cards VII: Dead Man's Hand*
1991.—*Wild Cards VIII: One-Eyed Jacks*
 .—*Wild Cards IX: Jokertown Shuffle*
1992.—*Wild Cards X: Double Solitaire*
 .—*Wild Cards XI: Dealer's Choice*
1993.—*Wild Cards XII: Turn of the Cards*
 .—*Wild Cards XIII: Card Sharks*
1994.—*Wild Cards XIV: Marked Cards*
1995.—*Wild Cards XV: Black Trump*
2002.—*Wild Cards XVI: Deuces Down*
2006.—*Wild Cards XVII: Five Card Draw*
2008.—*Wild Cards XVIII: Inside Straight*
 .—*Wild Cards XIX: Busted Flush*
2009.—*Wild Cards XX: Suicide Kings*
2011.—*Wild Cards XXI: Fort Freak*

PREMIOS:

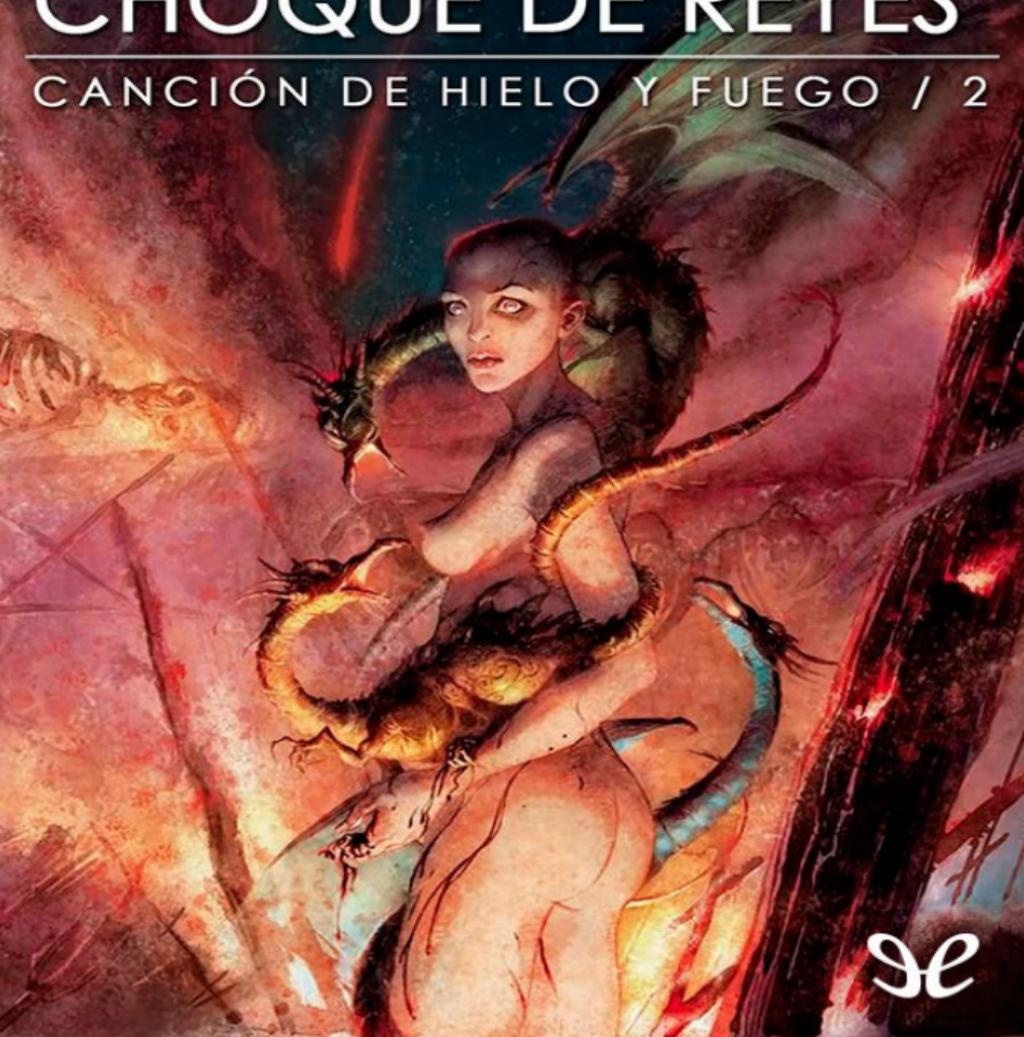
- 1975.—Hugo por «A Song for Lya» («Una canción para Lya», en *Una canción para Lya y Los Premios Hugo 1973-1975*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1988)
- 1976.—Locus por «The Storms of Windhaven» (fragmento de *Refugio del viento*)
- 1977.—Locus por *Una canción para Lya*
- 1980.—Hugo, Nebula y Locus por «Sandkings» («Los reyes de la arena», en *Nueva Dimensión* 127, Barcelona, Ed. Dronte, 1980; *Los Premios Hugo 1980-1982*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1991; *Lo mejor de los premios Nebula*, Barcelona, Ed. B, col. Nova CF, 1994)
- .—Hugo y Locus por «The Way of Cross and Dragon» («La cruz y el dragón» en *Parsec* 3, Buenos Aires, Ediciones Filofalsia/Taller de ediciones independientes, 1984; «El camino de la cruz y el dragón» en

- Los Premios Hugo 1980-1982*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1991)
- 1981.—Locus por «Nightflyers»
- 1982.—Locus por «Guardians» («Guardianes» en *Los viajes de Tuf*)
.—Locus por *Sandkings*
- 1983.—Seiun (Japón) por «Nightflyers»
- 1984.—Locus por «The Monkey Treatment» («El tratamiento del mono» en *Canciones que cantan los muertos*)
.—Gigamesh de terror por *Sueño del Fevre*
- 1986.—Nebula por «Portraits of His Children» («Retratos de sus hijos» en *Isaac Asimov Magazine* 15, Barcelona, Ed. Forum, 1987; *Sinergia* 12, Buenos Aires, Ed. Sinergia, 1987; *Premios Nebula 1985*, Barcelona, Ed. B, col. Libro Amigo núm. 39, 1987)
- 1987.—Gigamesh de terror por *Canciones que cantan los muertos*
- 1988.—Bram Stoker por «The Pear-Shaped Man» («El Hombre con Forma de Pera», en *Gigamesh* 40, 2005)
- 1989.—World Fantasy por «The Skin Trade» («Cambiando de piel», en *Visiones nocturnas*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Terror, 1991)
.—Gigamesh de ciencia ficción por *Los viajes de Tuf*
- 1997.—Locus de fantasía por *Juego de tronos*
.—Hugo por *Sangre de dragón*
- 1999.—Locus de fantasía por *Choque de reyes*
- 2001.—Locus de fantasía por *Tormenta de espadas*
- 2002.—Geffen (Israel) de fantasía por *Tormenta de espadas*
- 2003.—Ignotus (España) por *Juego de tronos*
- 2004.—Ignotus por *Choque de reyes*
.—Ignotus por *El dragón de hielo*
.—Sky lark (NESFA) por el conjunto de su obra
- 2005.—Ignotus por *Camino de dragón*
- 2006.—Ignotus por *Tormenta de espadas*
- 2011.—Locus por *Warriors*

GEORGE R. R.
MARTIN

CHOQUE DE REYES

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO / 2



se



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Un cometa del color de la sangre hiende el cielo, cargado de malos augurios. Y hay razones sobradadas para pensar así: los Siete Reinos se ven sacudidos por las luchas intestinas entre los nobles por la sucesión al Trono de Hierro. En la otra orilla del mar Angosto, la princesa Daenerys Targaryen conduce a su pueblo de jinetes salvajes a través del desierto. Y en los páramos helados del norte, más allá del Muro, un ejército implacable avanza hacia un territorio asolado por el caos y las guerras fraticidas.

George R. R. Martin, con pulso firme y enérgico, nos deleita con un brillante despliegue de personajes, engranando una trama rica, densa y sorprendente. Nos vuelve testigos de luchas fraticidas, intrigas y traiciones palaciegas en una tierra maldita por la guerra, donde fuerzas ocultas se alzan de nuevo y acechan para reinar en las noches del largo invierno que se avecina.



George R. R. Martin

**Choque de reyes
Canción de hielo y fuego - 2**

PRESENTACIÓN

George R. R. Martin lo ha conseguido. Tras unos prometedores comienzos con novelas como Muerte de la luz o Sueño del Fevre, su carrera conoció un eclipse por el fracaso comercial de Armageddon Rag, un ajuste de cuentas con los años sesenta a ritmo de rock'n'roll. Reciclado en guionista de series de televisión y coordinador de las antologías colectivas Wild Cards, Martin parecía perdido para la literatura fantástica, demasiado ocupado en ganarse el pan como para intentar seducir de nuevo a un mercado que había rechazado sus obras más refinadas. Pero los primeros volúmenes de Canción de hielo y fuego lo cambiaron todo.

En ellos, Martin vuelve al fantástico para vengarse: por un lado, suponen la cima creativa de un autor cuya valía nunca fue puesta en duda; por otro, han atraído por fin a ese público masivo que hasta ahora se mostraba esquivo. Libro a libro, Canción de hielo y fuego ha ido reuniendo a una enorme cantidad de seguidores que devoran cada nueva entrega y amenizan la espera de las siguientes releyendo las anteriores, debatiendo en foros de Internet los más oscuros acontecimientos de la serie e interpretando las pistas más vagas con las que Martin ha ido sembrando sus tramas. Canción de hielo y fuego amenaza incluso, a decir de sus más fervientes admiradores, con desbancar a El Señor de los Anillos de su podio de mejor obra fantástica de todos los tiempos (lo que constituye una evidente exageración, pero refleja los extremos de entusiasmo a los que conduce Martin). Todo un éxito de crítica y ventas, conseguido tras décadas en el oficio.

Y sin embargo, en apariencia, Canción de hielo y fuego no se diferencia demasiado de otras sagas épicas interminables: con el mismo escenario pseudomedieval y mágico, el mismo argumento enrevesado con personajes que vagan de un lado para otro, y el mismo conflicto cosmológico entre la luz y las tinieblas. Todo esto es cierto, y sin embargo, quien lo afirme evidentemente no ha leído la serie.

El mundo que Martin despliega ante nuestros ojos hunde sus raíces en referencias históricas: Poniente es una imagen especular de Gran Bretaña, y las principales familias, los Stark y los Lannister, remedan a los York y los Lancaster de la Guerra de las Rosas; la perdida Valyria, medio Roma, medio Atlántida; las oleadas de antepasados que hacen las veces de celtas, sajones y normandos; los jinetes de las estepas que recuerdan a los mongoles; los guerreros de las Islas de Hierro a los vikingos... Pronto descubrimos otra interesante característica: que, al contrario que en las series de la estela de Tolkien, en Canción de hielo y fuego la magia no está desapareciendo, sino que está regresando, tras un largo hiato llamado verano y acompañando a la llegada del temido invierno que resuena en el lema de los Stark.

Además, Martin introduce una apreciable ambigüedad moral. Ciertamente, al comienzo de la partida hay personajes más y menos agradables, y motivos más y menos nobles para actuar. Pero a lo largo de la serie veremos que rara vez los mejores personajes llegan a convertirse en héroes, que los más perversos pueden causarnos tanta o más simpatía, y que ni la astucia ni la nobleza, ni los ejércitos ni la magia son suficientes para asegurar que un jugador del juego de tronos no será barrido del tablero a las primeras de cambio.

La principal herramienta con la que Martin opera estos cambios de rumbo, y la base de la capacidad de entretenimiento y sorpresa de su Canción de hielo y fuego, es la narración desde sucesivos puntos de vista de personajes concretos. En cada volumen contamos con un grupo de personajes cuyas peripecias seguiremos a través de un narrador en tercera persona pero colocado sobre el hombro de cada uno, sin atisbos de omnisciencia. Cada capítulo, presidido por el nombre del personaje al que sigue, nos proporciona más información sobre lo que va pasando, pero al mismo tiempo nos ciega temporalmente ante las otras tramas. Al contrario que en los best sellers al uso, este cambio constante de punto de vista (que siempre hace que lamentemos cuando acaba uno, para vernos absorbidos rápidamente por el siguiente) no provoca una multiplicación de las páginas al reiterar acontecimientos, sino que progresiva a lo largo del tiempo, de forma que algunos de los grandes sucesos de la serie se presencian de refilón (la ejecución de cierto protagonista al final de Juego de tronos), o directamente se refieren de forma elíptica (algunas de las grandes batallas de este Choque de reyes... pero no todas).

Amplia, ambiciosa, bien narrada y absolutamente adictiva, el único pero que se le puede poner a la serie a día de hoy es su condición de obra sin terminar. Comenzada en 1996, no está previsto que Martin la termine hasta dentro de otros cuatro o cinco años. El autor, además, se enfrenta al desafío de competir no solo consigo mismo, haciendo el argumento cada vez más interesante, sino con las expectativas de sus activos lectores, que en los foros de Internet parecen haber previsto cada posible desarrollo y cada desenlace de cada trama en los tres volúmenes siguientes.

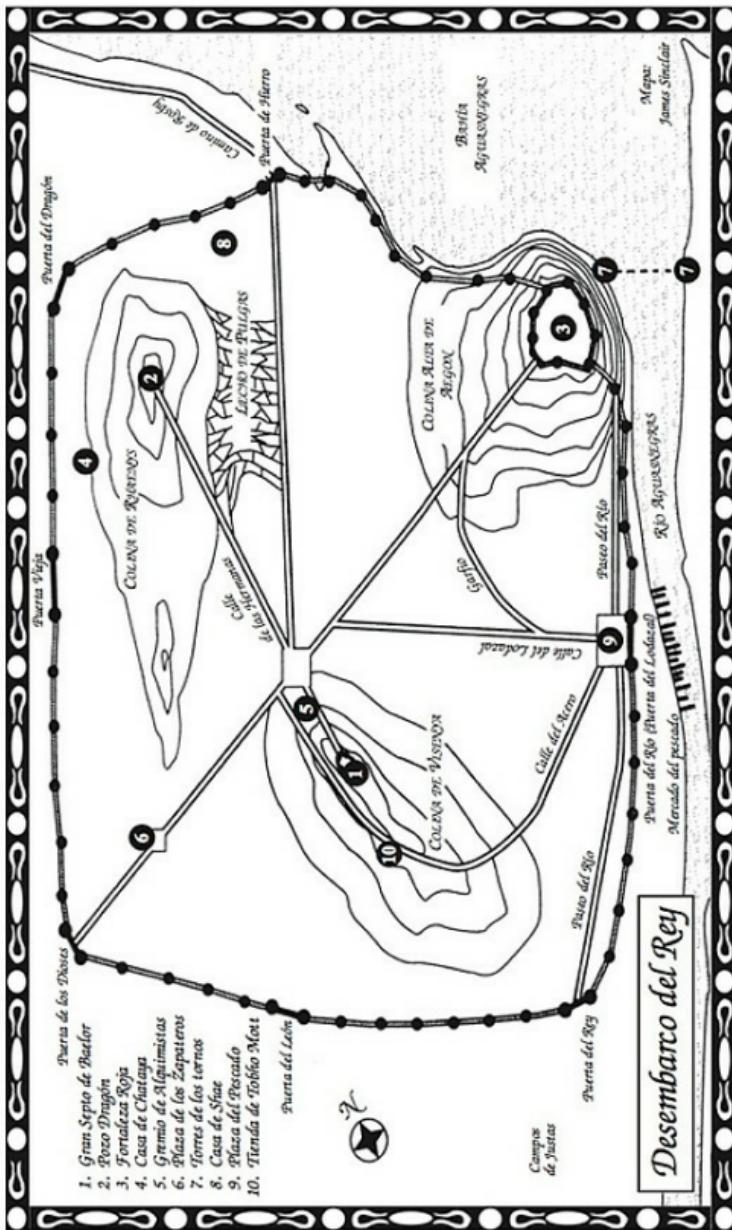
No obstante, a los que estamos rendidos ante la pericia de Martin esto no nos importa demasiado. Solo deseamos una cosa: tener pronto en nuestras manos el siguiente volumen.

LUIS G. PRADO

*A John y Gail, por toda la comida
y el hidromiel que compartimos.*







Más detalles, más demonios.

En esta ocasión, los ángeles que me ayudaron a acabar con ellos han sido entre otros: Walter Jon Williams, Sage Walker, Melinda Snodgrass y Carl Keim.

Gracias también a mis pacientes correctores y editores: Anne Groell, Nita Taublib, Joy Chamberlain, Jane Johnson y Malcolm Edwards.

Y por último, me quito el yelmo ante Parris por su Café Mágico, el combustible que ha alimentado los Siete Reinos.

PRÓLOGO

La cola del cometa rasgaba el amanecer; era una brecha roja que sangraba sobre los riscos de Rocadragón como una herida en el cielo rosado y violáceo.

El maestre estaba de pie en el balcón de sus aposentos, azotado por el viento. Allí era adonde llegaban los cuervos tras un largo vuelo. Sus excrementos salpicaban las gárgolas de tres varas que se alzaban a ambos lados del hombre, un sabueso infernal y un guiverno, dos entre varios millares que vigilaban desde los muros de la antigua fortaleza. Cuando llegó a Rocadragón, el ejército de seres de piedra lo ponía nervioso, pero con los años se había acostumbrado a él. En aquel momento los consideraba viejos amigos. Los tres juntos observaron el cielo como si fuera un mal presagio.

El maestre no creía en las profecías. Aun así, pese a su avanzada edad, Cressen nunca había visto un cometa ni la mitad de brillante que aquel, ni de aquel color, aquel color espantoso: el color de la sangre, las llamas, los ocasos... Se preguntó si sus gárgolas habrían visto alguna vez uno semejante. Llevaban allí mucho más tiempo que él, y allí seguirían mucho después de que muriera. Si las lenguas de piedra pudieran hablar...

«Qué tontería. —Se apoyó en la barandilla, vio el mar batir abajo y sintió la piedra negra, dura y áspera bajo los dedos—. Gárgolas que hablan y profecías en el cielo. Soy un viejo idiota que empieza a pensar como un niño». ¿Acaso toda la sabiduría adquirida con tanto trabajo a lo largo de una vida lo estaba abandonando, igual que la salud y las fuerzas? Era un maestre; había aprendido en la gran Ciudadela de Antigua; allí había obtenido su cadena. ¿A qué se vería reducido si las supersticiones lo dominaban como a cualquier campesino ignorante?

Aun así... aun así... El cometa se divisaba ya incluso durante el día, mientras de las fumarolas de Montedragón, tras el castillo, se alzaban columnas de vapor color gris claro, y el día anterior, un cuervo blanco había llegado de la Ciudadela con un mensaje, una noticia ya anticipada pero no por ello menos temible: el anuncio del fin del verano. Presagios; todo eran presagios. Demasiados para negarlos. «¿Qué significa todo esto?», habría querido gritar.

—Maestre Cressen, tenemos visita. —Pylos hablaba en voz baja, como si no quisiera molestar a Cressen en su solemne meditación. Si supiera las tonterías que poblaban la cabeza del maestre, habría hablado a gritos—. La princesa quiere ver el cuervo blanco. —Pylos, correcto como siempre, la llamaba *princesa*, ahora que su señor padre era rey. Rey de una roca humeante en medio del gran mar salado, pero rey al fin y al cabo—. Insiste en ver el cuervo. La acompaña su bufón.

El anciano apartó la vista del amanecer y dio media vuelta, apoyándose con una mano sobre su guiverno.

—Acompáñame a mi silla y hazlos pasar.

Pylos lo tomó por un brazo y lo ayudó a volver al interior. En su juventud, Cressen había caminado con paso vivo, pero ya no faltaba mucho para su octogésimo día del nombre, y tenía las piernas frágiles e inseguras. Dos años atrás se había roto la cadera en una caída, y los huesos no se habían soldado bien. Hacía un año, cuando cayó enfermo, la Ciudadela envió a Pylos desde Antigua, apenas días antes de que lord Stannis cerrase la isla. Decían que lo enviaban para ayudarlo en su trabajo, pero Cressen sabía que no era así. Pylos estaba allí para reemplazarlo cuando muriera. No le importaba. Alguien tenía que ocupar su lugar, y sería antes de lo que le gustaría...

Dejó que el joven loacomodara tras los montones de libros y papeles.

—Hazla pasar. No está bien hacer esperar a una dama.

Hizo con la mano un gesto débil para indicarle que se apresurara; él, que ya no podía darse prisa en nada. Tenía la piel arrugada y llena de manchas, fina como el papel, tanto que se veían el entramado de venas y la forma de los huesos. Y cómo temblaban aquellas manos suyas, que otrora fueron tan firmes y hábiles...

Pylos regresó con la niña, tan tímida como siempre. Tras ella, con su característico andar, arrastrando los pies y dando saltitos, iba su bufón. Llevaba cencerros colgados, y en la cabeza, un cubo viejo de latón a modo de yelmo, con unas astas de ciervo pegadas. Los cencerros resonaban a cada paso, todos con sonidos diferentes: *clang-a-dang, bong-dong, ring-a-ling, clong, clong, clong*.

—¿Quién nos visita tan temprano, Pylos? —preguntó Cressen.

—Somos Manchas y yo, maestre. —Los candorosos ojos azules se clavaron en él. Por desgracia, el rostro en el que brillaban no era precisamente hermoso. La niña había heredado la mandíbula cuadrada y prominente de su padre, y las desafortunadas orejas de su madre; además contaba con una desfiguración propia, legado del brote de psoriagrís que casi se la había llevado a la tumba cuando aún no era más que un bebé. La mitad de una mejilla y buena parte del cuello eran de carne rígida y muerta, con la piel agrietada y escamosa, moteada de negro y gris, con tacto como de piedra—. Pylos dice que podemos ver el cuervo blanco.

—Por supuesto, por supuesto —respondió Cressen. Nunca había podido negarle nada. Ya se le habían negado demasiadas cosas en su breve vida. Se llamaba Shireen. Cumpliría diez años en su siguiente día del nombre, y era la niña más triste que el maestre Cressen había conocido jamás. « Su tristeza es mi vergüenza —pensó el anciano—, otra prueba de mi fracaso» —. Maestre Pylos, hazme el favor de traer esa ave de la pajarera para que la vea lady Shireen.

—Será para mí un placer.

Pylos era un joven muy educado; no tendría más allá de veinticinco años, pero su solemnidad correspondía más bien a un hombre de sesenta. Solo le

faltaba tener más humor, más vida. Eran lo que más escaseaba en aquel lugar. En los lugares sombríos se necesita un toque de ligereza, no de solemnidad, y Rocadragón era uno de los lugares más sombríos que nadie pudiera imaginar, una ciudadela solitaria en un desierto de agua, azotada por las tormentas y la sal, con la sombra humeante de la montaña a su espalda. Un maestre tiene que ir allí adonde lo envían, de manera que Cressen había llegado allí, con su señor, hacía ya doce años. Lo había servido bien, pero jamás había sentido que aquel sitio fuera su hogar. En los últimos tiempos, cuando despertaba de algún sueño inquieto en el que siempre estaba presente la mujer roja, le costaba recordar dónde se encontraba.

El bufón volvió la cabeza a manchas para ver como Pylos subía por las escaleras de hierro que llevaban a la pajarera. Los cencerros sonaron al ritmo del movimiento.

—En el fondo del mar, los pájaros tienen escamas en vez de plumas —dijo. *Clang, clang*. —Lo sé, lo sé, je, je, je.

Caramanchada resultaba lastimero hasta para ser un bufón. Quizá en algún tiempo fue capaz de provocar carcajadas con una réplica ingeniosa, pero el mar le había arrebatado aquel poder, junto con la mitad de los sesos y todos los recuerdos. Era blando y obeso, padecía estremecimientos y temblores, y a menudo era incoherente. La niña era la única que seguía riendo con sus bromas, la única a la que le importaba.

« Una niña fea, un bufón triste y un maestre... Eso sí que es una historia para llorar » .

—Siéntate conmigo, pequeña. —Cressen le hizo un gesto para que se acercara—. Es muy temprano para hacer visitas; acaba de amanecer. Deberías estar abrigadita en la cama.

—He tenido sueños malos —respondió Shireen—. Eran sobre los dragones. Venían a comerme.

—Este tema ya lo hemos hablado —le dijo con voz amable el maestre Cressen; no recordaba un tiempo en que la niña no hubiera sufrido pesadillas—. Los dragones no pueden cobrar vida. Están tallados en piedra, pequeña. En tiempos ya muy lejanos, nuestra isla era el fortín más occidental del gran Feudo Franco de Valyria. Los valyrios erigieron esta ciudadela, y conocían formas de tallar la piedra que nosotros ya hemos olvidado. Todo castillo debe tener una torre allí donde se encuentran dos muros; es necesario para defenderlo. Los valyrios les dieron forma de dragones a esas torres para que la fortaleza pareciera aún más temible, y también por eso coronaron los muros con un millar de gárgolas, y no con simples almenas. —Tomó una manita rosada entre las suyas, frágiles y llenas de manchas, y la apretó con cariño—. Así que ya ves: no hay nada que temer.

—Y la cosa del cielo, ¿qué? —Shireen no estaba nada convencida—. Dalla y

Matrice estaban hablando junto al pozo, y Dalla ha dicho que la mujer roja le había dicho a mi madre que eso era aliento de dragón. Si los dragones tienen aliento, ¿no es porque están cobrando vida?

« La mujer roja —pensó el maestre Cressen con amargura—. Por si no fuera bastante malo que haya llenado de locuras la cabeza de la madre, ahora está envenenando los sueños de la hija». Tendría que hablar seriamente con Dalla para que no fuera difundiendo semejantes tonterías.

—Eso del cielo, pequeña, es un cometa. Una estrella con cola que se ha perdido. Pronto desaparecerá, y no volveremos a verla. Te lo prometo.

Shireen asintió con valentía.

—Mi madre dice que el cuervo blanco significa que ya no es verano.

—Eso es cierto, mi señora. Los cuervos blancos vienen solo de la Ciudadela.

—Cressen se llevó los dedos a la cadena que lucía en torno al cuello. Cada uno de los eslabones estaba forjado en un metal distinto, para simbolizar el dominio de las diferentes ramas del saber. El collar del maestre, el símbolo de su orden. En el orgullo de la juventud lo había llevado con facilidad, pero ya le parecía pesado, y sentía el metal frío contra la piel—. Son más grandes que los otros cuervos, y más listos; los crían para llevar los mensajes más importantes. Este lo enviaron para decírnos que el Cónclave se ha reunido, ha estudiado los informes y mediciones que han hecho maestres de todo el reino, y ha declarado que este largo verano termina ya. Ha durado diez años, dos ciclos y diecisésis días; ha sido el verano más largo que se recuerda.

—¿Y ahora hará frío? —Shireen era una niña del verano; nunca había conocido el auténtico frío.

—A su debido tiempo —respondió Cressen—. Si los dioses son bondadosos, nos otorgarán un otoño cálido y buenas cosechas, y así podremos prepararnos para el invierno que se avecina.

La gente sencilla decía que un verano largo siempre iba seguido de un invierno más largo aún, pero al maestre no le pareció oportuno asustar a la niña con cuentos como aquellos.

—En el fondo del mar siempre es verano —canturreó Caramanchada haciendo sonar sus cencerros—. Las señoritas sirenas llevan « anenimonas» en el pelo, y tejen túnicas con algas de plata. Lo sé, lo sé, je, je, je.

—Me gustaría tener una túnica de algas de plata —dijo Shireen dejando escapar una risita.

—En el fondo del mar, nieva hacia arriba —dijo el bufón—, y la lluvia es seca como un hueso viejo. Lo sé, lo sé, je, je, je.

—¿Es verdad que nevará? —preguntó la niña.

—Sí —asintió Cressen. « Pero espero que no sea hasta dentro de unos años y que la nieve no dure demasiado tiempo» —. Ah, ahí viene Pylos con el pájaro.

Shireen lanzó una exclamación de alegría. Hasta Cressen tuvo que reconocer

que aquella ave resultaba impresionante. Era blanca como la nieve, más grande que un halcón, con los brillantes ojos negros que indicaban que no era un simple cuervo albino, sino un auténtico cuervo blanco, de pura raza de la Ciudadela.

—Ven —llamó.

El cuervo extendió las alas, emprendió el vuelo y surcó la habitación con sonoros aleteos para ir a posarse en la mesa, junto a él.

—Iré a traer vuestro desayuno —anunció Pylos.

Cressen asintió.

—Te presento a lady Shireen —le dijo al cuervo.

El pájaro movió arriba y abajo la cabeza blanca, como si asintiera.

—Lady —graznó—. Lady.

La niña se quedó boquiabierta.

—¡Sabe hablar!

—Sí, sabe unas cuantas palabras. Ya te lo he dicho: son unos pájaros muy listos.

—Pájaro listo, hombre listo, bufón muy muy listo —dijo Caramanchada al tiempo que hacía sonar los cencerros. Empezó a canturrear—: Las sombras vienen a bailar, mi señor; bailar, mi señor; bailar, mi señor —entonó saltando a la pata coja, primero con un pie, luego con otro—. Las sombras se van a quedar, mi señor; quedar, mi señor; quedar, mi señor. —Con cada palabra sacudía la cabeza, y los cencerros de las astas resonaban con estrépito.

El cuervo blanco graznó, alzó el vuelo y revoloteó para ir a posarse en la barandilla de hierro de las escaleras que llevaban a la pajarera. Shireen pareció encogerse.

—No para de cantar eso. Le he dicho que lo deje, pero no me hace caso. Me da miedo. Dile que no lo cante.

«¿Y cómo voy a convencerlo? —se preguntó el anciano—. Hace unos años podría haberlo hecho callar para siempre, pero ahora...».

Habían acogido a Caramanchada cuando este era apenas un muchachito. El recordado lord Steffon lo había encontrado en Volantis, al otro lado del mar Angosto. El rey (el viejo rey, Aerys II Targaryen, que en aquellos tiempos no estaba aún tan loco) lo había enviado a buscar una novia para el príncipe Rhaegar, que no tenía hermanas con las que pudiera contraer matrimonio. «Hemos visto a un bufón espléndido —le escribió a Cressen, quince días antes de la fecha prevista para su regreso de la infructífera misión—. No es más que un niño, pero es ágil como un mono y tan ingenioso como una docena de cortesanos. Sabe hacer juegos malabares, acertijos y trucos mágicos, y canta maravillosamente en cuatro idiomas. Hemos comprado su libertad y esperamos llevarlo a casa con nosotros. A Robert le encantará, y quizás hasta enseñe a reír a Stannis».

Cressen se entristecía cada vez que recordaba aquella carta. Nadie enseñó

nunca a Stannis a reír, y desde luego, no el pequeño Caramanchada. La tormenta se desencadenó de repente, con un viento huracanado, y la bahía de los Naufragios hizo honor a su nombre. La galera de dos mástiles del señor, la *Orgullo del Viento*, se hundió a la vista del castillo. Desde las almenas, los dos hijos mayores observaron como el barco de su padre se destrozaba contra las rocas antes de que lo engulleran las olas. Un centenar de remeros y marineros se hundieron con lord Steffon Baratheon y su señora esposa, y durante días, cada marea dejaba una nueva cosecha de cadáveres hinchados en la costa, bajo Bastión de Tormentas.

El chico llegó a la orilla el tercer día. El maestre Cressen había bajado con los demás para ayudar a identificar los cadáveres. Encontraron al bufón desnudo, con la piel blanca, arrugada y cubierta de arena húmeda. Cressen habría jurado que estaba muerto, pero cuando Jommy lo agarró por los tobillos para arrastrarlo hasta el carro funerario, el niño empezó a toser, escupió agua y se sentó. Hasta el día en que murió, Jommy siguió diciendo que la carne de Caramanchada estaba fría y viscosa.

Nadie pudo explicar jamás los dos días que el bufón había pasado perdido en el mar. Los pescadores decían que, a cambio de su semilla, una sirena lo había enseñado a respirar agua. Caramanchada nunca dijo nada. El muchacho listo e ingenioso del que lord Steffon había hablado en su carta no llegó a Bastión de Tormentas; el niño que encontraron apenas si podía hablar, y lo que decía carecía por completo de ingenio. Pero el rostro del bufón no permitía albergar dudas sobre su identidad. En la Ciudad Libre de Volantis tenían la costumbre de tatuarse el rostro a los esclavos y criados, y la piel del cuello y el cuero cabelludo del niño lucían el dibujo imborrable de cuadrados rojos y verdes.

—Ese desdichado está loco, sufre y no le sirve de nada a nadie, ni siquiera a sí mismo —declaró el viejo ser Harbert, castellano de Bastión de Tormentas en aquellos tiempos—. Lo más misericordioso sería llenarle la copa con la leche de la amapola. Todo acabaría con un sueño sin dolor. Si él tuviera cerebro, os daría las gracias.

Pero Cressen se había negado a hacerlo, y al final su opinión prevaleció. Pese a los años transcurridos, nunca había llegado a saber si su victoria había supuesto una victoria también para Caramanchada.

—Las sombras vienen a bailar, mi señor; bailar, mi señor; bailar, mi señor —siguió cantando el bufón, al tiempo que movía la cabeza y hacia sonar los cencerros: *bong dong, ring-a-ling, bong dong*.

—Señor —chilló el cuervo blanco—. Señor, señor, señor.

—Los bufones cantan lo que quieren —le dijo el maestre a su nerviosa princesa—. No te tomes en serio lo que dice. Puede que mañana se acuerde de otra canción y no vuelvas a oír esta nunca más. —«Canta maravillosamente en cuatro idiomas», había escrito lord Steffon...

—Maestre, con permiso —dijo Pylos, que acababa de regresar a la estancia.

—Te has olvidado de las gachas —señaló Cressen con una sonrisa. Aquello era impropio de Pylos.

—Maestre, ser Davos regresó anoche. Lo estaban comentando en la cocina. He pensado que querríais saberlo lo antes posible.

—Davos... ¿anoche? ¿Y dónde está?

—Con el rey. Se han pasado hablando buena parte de la noche.

En otros tiempos, lord Stannis lo habría despertado, fuera la hora que fuera, para pedirle consejo.

—Deberían habérmelo dicho —se quejó Cressen—. Deberían haberme despertado. —Desentrelazó sus dedos de los de Shireen—. Perdóname, mi señora, pero tengo que ir a hablar con tu señor padre. Pylos, deja que me apoye en tu brazo. En este castillo hay demasiados escalones. Me parece que cada noche ponen unos pocos más solo para fastidiarme.

Shireen y Caramanchada salieron con ellos, pero la niña no tardó en cansarse del paso lento del anciano y lo adelantó. El bufón la siguió, sacudiendo los cencerros que resonaban como locos.

Cressen era muy consciente de que un castillo no era el lugar más adecuado para una persona frágil, y lo fue más todavía al bajar por la escalera circular de la Torre del Dragón Marino. Lord Stannis estaría sin duda en la Cámara de la Mesa Pintada, en la parte más alta del Tambor de Piedra, el torreón central de Rocadragón, llamado así porque sus muros milenarios rugían y retumbaban durante las tormentas. Para llegar allí tenían que cruzar la galería, atravesar la muralla intermedia y la interior con sus górgolas guardianas y sus puertas de hierro negro, y subir tantas escaleras que Cressen prefería no pensar en ello. Los jóvenes subían los peldaños de dos en dos; para los ancianos con caderas lastimadas, cada uno representaba una tortura. Pero a lord Stannis jamás se le ocurriría ir a verlo, de manera que el maestre se resignó a padecer aquel tormento. Al menos contaba con la ayuda de Pylos, cosa por la que se sentía muy agradecido.

Atravesaron la galería a paso cansino, pasando ante una hilera de ventanales altos en forma de arco, desde los que se divisaba el imponente panorama de la muralla defensiva, la muralla exterior y la aldea de pescadores que había más allá. En el patio, los arqueros practicaban al grito de «tensar, apuntar, disparar». El sonido de las flechas era como el de una bandada de pájaros que emprendieran el vuelo. Los guardias patrullaban por los adarves y vigilaban entre las górgolas a las huestes acampadas en el exterior. El humo de las hogueras poblaba el aire de la mañana; tres mil hombres se aprestaban a desayunar sentados bajo los estandartes de sus señores. Más allá, el fondeadero estaba abarrotado de barcos. En los seis últimos meses no se había permitido partir a ninguna nave que se hubiera acercado a Rocadragón. La *Furia* de lord Stannis,

una galera de tres cubiertas y trescientos remos, casi parecía pequeña al lado de las panzudas carracas y cucas que la rodeaban.

Los hombres que montaban guardia en el exterior del Tambor de Piedra conocían de vista a los maestres y los dejaron pasar.

—Espera aquí —dijo Cressen a Pylos una vez en el interior—. Lo mejor será que vaya a verlo yo solo.

—Maestre, hay muchas escaleras.

—No creas que no lo sé. —Cressen sonrió—. He subido por estos peldaños tantas veces que conozco cada uno por su nombre.

Pero a medio camino ya lamentaba la decisión. Se había detenido para recuperar el aliento y calmar el dolor de la cadera cuando oyó el sonido de unas botas contra la piedra, y se encontró cara a cara con ser Davos Seaworth, que bajaba en aquel momento.

Davos era un hombre menudo, que llevaba la baja estirpe escrita claramente en el rostro. Se cubría los hombros con una capa verde muy usada, manchada de salitre y descolorida por el sol, y llevaba un jubón y unos calzones color marrón, a juego con su pelo y sus ojos castaños. Tenía la barbita corta salpicada de hebras blancas, y ocultaba la mano izquierda mutilada con un guante de cuero. Se detuvo al ver a Cressen.

—Ser Davos, ¿cuándo habéis vuelto? —saludó el maestre.

—En lo más oscuro de la noche. Mi hora favorita.

Se decía que nadie jamás había pilotado un barco de noche ni la mitad de bien que Davos Manicorto. Antes de que lord Stannis lo nombrara caballero, había sido el contrabandista más famoso y escurridizo de los Siete Reinos.

—¿Noticias?

—Ha sido tal como vos le dijisteis —contestó el caballero meneando la cabeza—. No se alzarán por su causa, maestre. No sienten ningún afecto por él.

«No —pensó Cressen—. Ni lo sentirán jamás. Es fuerte, competente, justo... Sí, y sabio quizás en exceso..., pero con eso no basta. Con eso no ha bastado nunca».

—¿Hablasteis con todos?

—Con todos? No. Solo con los que quisieron recibirme. Por mí tampoco sienten afecto esos nobles. Para ellos siempre seré el Caballero de la Cebolla. —Apretó la mano izquierda, cerrando los muñones de los dedos en un puño. Stannis le había hecho cortar la última articulación de todos excepto del pulgar—. Comí con Gulian Swann y con el viejo Penrose, y los Tarth accedieron a reunirse conmigo a medianoche en un bosque. Los demás... Bueno, Beric Dondarrion ha desaparecido, se dice que ha muerto, y lord Caron está con Renly. Ahora es Bryce el Naranja, de la Guardia Arcoíris.

—La Guardia Arcoíris?

—Renly ha creado una Guardia Real —explicó el antiguo contrabandista—,

pero sus siete hombres no van de blanco. Cada uno tiene un color. Loras Tyrell es el lord comandante.

Aquello era muy propio de Renly Baratheon, muy acorde con sus gustos: una nueva orden de caballeros, espléndida, con ropajes nuevos que todo el mundo admiraría. Ya de niño le habían gustado los colores vivos y los tejidos de calidad, tanto como los juegos. « ¡Miradme todos! —gritaba mientras corría, riendo, por los pasillos de Bastión de Tormentas—. ¡Miradme todos, soy un dragón!», o bien: « ¡Miradme todos, soy un mago!», o bien: « ¡Miradme, miradme, soy el dios de la lluvia!».

El muchachito osado de pelo negro indómito y ojos llenos de alegría era ya un hombre adulto de veintiún años, y aún seguía jugando. « “¡Miradme todos, soy un rey!” —pensó Cressen con tristeza—. Oh, Renly, Renly, mi niño querido, ¿sabes qué estás haciendo? Y si lo sabes, ¿te importa? Es que soy el único que se preocupa por él?».

—¿Qué razones os dieron los señores para sus negativas? —preguntó a ser Davos.

—Algunos, buenas palabras; otros, palabras rudas; unos me dieron excusas, otros hicieron promesas y unos cuantos se limitaron a mentir. —Se encogió de hombros—. Al final, todo son palabras, y las palabras se las lleva el viento.

—No habéis podido ofrecerle ninguna esperanza?

—Sería falsa, y yo no hago esas cosas —replicó Davos—. Le he dicho la verdad.

El maestre Cressen recordó el día en que Davos fue nombrado caballero, tras el asedio de Bastión de Tormentas. Lord Stannis había defendido el castillo durante casi un año con una reducida guarnición contra las numerosas huestes de lord Tyrell y lord Redwyne. Hasta el mar les estaba vedado, vigilado día y noche por las galeras de Redwyne, con los estandartes color borgoña del Rejo. En el interior de Bastión de Tormentas hacía ya tiempo que se habían comido los caballos, no quedaban gatos ni perros, y la guarnición solo podía comer raíces y ratas. Entonces llegó una noche de luna nueva, en la que las nubes ocultaron las estrellas. Al abrigo de la oscuridad, Davos el contrabandista burló el cordón de Redwyne y las rocas de la bahía de los Naufragios. Su pequeño barco tenía casco negro, velas negras, remos negros, y la bodega abarrotada de cebollas y pescado en salazón. No era gran cosa, pero sí lo suficiente para mantener con vida a la guarnición el tiempo necesario para que Eddard Stark llegara a Bastión de Tormentas y rompiera el sitio.

Lord Stannis recompensó a Davos con las mejores tierras del cabo de la Ira, un pequeño fuerte y el rango de caballero... pero también decretó que le cortaran la última falange de cuatro dedos de la mano izquierda, como castigo por sus años de contrabando. Davos lo aceptó con la condición de que fuera el propio Stannis quien esgrimiera el cuchillo. El señor utilizó un hachuela de

carnicero para que el corte fuera rápido y limpio. Después de aquello, Davos eligió para su casa el nombre de Seaworth, y como blasón, un barco negro sobre campo gris claro... con una cebolla en las velas. El antiguo contrabandista solía decir que lord Stannis le había hecho un favor, ya que tenía que limpiarse y cortarse cuatro uñas menos.

« No —pensó Cressen—; un hombre como aquel no daría falsas esperanzas, ni suavizaría una dura verdad».

—La verdad puede ser un trago amargo hasta para alguien como lord Stannis, ser Davos. Solo piensa en volver a Desembarco del Rey en la plenitud de su poder, para acabar con sus enemigos y recuperar lo que le corresponde por derecho. En cambio, ahora...

—Si lleva un ejército tan escaso como este a Desembarco del Rey, será para morir. No tiene suficientes hombres. Es lo que le he dicho, pero ya sabéis cómo es de orgulloso. —Davos alzó la mano enguantada—. Antes de que le entre en la cabeza un poco de sentido común, a mí me crecerán otra vez los dedos.

—Habéis hecho todo lo posible. —El anciano suspiró—. Ahora me corresponde a mí sumar mi voz a la vuestra. —Reanudó fatigosamente el ascenso.

El refugio de lord Stannis Baratheon era una gran habitación redonda con muros desnudos de piedra negra y cuatro ventanas altas y estrechas, cada una en dirección a uno de los puntos cardinales. En el centro de la cámara había una gran mesa que le daba su nombre, una inmensa tabla de madera tallada por orden de Aegon Targaryen en los días anteriores a la Conquista. La Mesa Pintada tenía más de veinte varas de largo y aproximadamente la mitad en su extremo más ancho, pero apenas unos codos en el más estrecho. Los carpinteros de Aegon le habían dado la forma de la tierra de Poniente, trazando con las sierras todas las bahías y penínsulas, de manera que la mesa no tenía ni un borde liso. En la superficie, oscurecida por casi trescientos años de barnices, estaban pintados los Siete Reinos tal como eran en tiempos de Aegon: ríos y montañas, castillos y ciudades, lagos y bosques...

En toda la estancia no había más que una silla, situada con precisión en el punto exacto que ocupaba Rocadragón ante la costa de Poniente, y elevada sobre una plataforma con peldaños para proporcionar una buena vista de toda la superficie de la mesa. La silla la ocupaba un hombre vestido con un chaleco de cuero ajustado y calzones de lana marrón. Al oír entrar al maestre Cressen alzó la vista.

—Sabía que vendrías, anciano, tanto si os llamaba como si no. —Su voz estaba desprovista de toda calidez. Como de costumbre.

Stannis Baratheon, señor de Rocadragón y, por la gracia de los dioses, heredero legítimo del Trono de Hierro de los Siete Reinos de Poniente, tenía hombros anchos y miembros nervudos, y carnes y rostro tan tensos que parecían

de cuero secado al sol hasta endurecerse como el acero. La palabra que más se utilizaba para definir a Stannis era *duro*, y duro era, ciertamente. Aún no había cumplido treinta y cinco años, pero solo le quedaba una franja estrecha de fino pelo negro que le pasaba por detrás de las orejas, como la sombra de una corona. Su hermano, el difunto rey Robert, se había dejado crecer la barba en sus últimos años de vida. El maestre Cressen no lo había visto, pero se decía que era una barba salvaje, espesa, fiera. Casi como respuesta, Stannis mantenía las patillas y los bigotes bien cortos. Eran como una sombra de un color negro azulado que le cruzaba la mandíbula cuadrada y las hondonadas huesudas de las mejillas. Sus ojos eran como heridas abiertas bajo unas cejas gruesas, tan azules y oscuros como el mar en la noche. Su boca habría sido la desesperación del más gracioso de los bufones; era una boca creada para los bufidos, las reprimendas y las órdenes cortantes, de labios finos y músculos tensos, una boca que había olvidado cómo sonreír y nunca había sabido abrirse en una carcajada. En ocasiones, cuando todo estaba tranquilo y silencioso en medio de la noche, al maestre Cressen le parecía que podía oír a lord Stannis rechinando los dientes al otro lado del castillo.

—En otros tiempos me habrías despertado —dijo el anciano.

—En otros tiempos erais joven. Ahora sois viejo, estáis enfermo y os hace falta dormir. —Stannis jamás había aprendido a suavizar las palabras para fingir o adular. Decía lo que pensaba, sin que le importara lo más mínimo cómo afectaba aquello a los demás—. Sabía que os enteraríais pronto del mensaje de Davos. Como de costumbre, ¿no?

—De lo contrario, no os sería de ninguna ayuda —respondió Cressen—. Me he encontrado a Davos en la escalera.

—Y supongo que os lo habrá contado todo. Tendría que haberle cortado la lengua, además de los dedos.

—Entonces no os habría sido muy útil como mensajero.

—Con lengua tampoco me ha sido útil como mensajero. Los señores de la tormenta no se alzarán por mí. Por lo visto no les gusto, y el hecho de que mi causa sea justa no significa nada para ellos. Los más cobardes se quedarán sentados tras sus murallas, a la espera de ver hacia dónde soplan los vientos y quién obtiene la próxima victoria. Los valientes se han aliado con Renly. ¡Con Renly! —Escupió el nombre como si fuera un veneno para la lengua.

—Vuestro hermano es el señor de Bastión de Tormentas desde hace trece años. Esos señores son sus vasallos juramentados...

—Sus vasallos —lo interrumpió Stannis—, cuando por derecho deberían ser los míos. Nunca pedí Rocadragón. Nunca lo quise. Lo tomé porque los enemigos de Robert estaban aquí y él me ordenó erradicarlos. Construí su flota, hice su trabajo, obediente como debía ser un hermano pequeño con su hermano mayor, como debería ser Renly conmigo. ¿Y cómo me lo agradece Robert? Me nombra

señor de Rocadragón, y le entrega Bastión de Tormentas y todas sus rentas a Renly. Bastión de Tormentas perteneció a la casa Baratheon durante trescientos años. Debería haber pasado a mí por derecho cuando Robert subió al Trono de Hierro.

Era una afrenta antigua y dolorosa, en aquel momento más que nunca. Aquel era el punto débil de su señor. Porque, aunque Rocadragón era antiguo y fuerte, solo contaba con la lealtad de unos cuantos señores menores, cuyas fortalezas en islas pedregosas no tenían suficiente población para crear el ejército que Stannis necesitaba. Ni siquiera los mercenarios que había llevado de la otra orilla del mar Angosto, de las Ciudades Libres de Myr y Lys, bastaban para que el ejército acampado al otro lado de los muros fuera suficiente para acabar con el poder de la casa Lannister.

—Robert cometió una injusticia con vos —dijo el maestre Cressen con cautela—, pero tenía buenas razones. Rocadragón perteneció durante mucho tiempo a la casa Targaryen. Le hacía falta un hombre fuerte que gobernara aquí, y Renly no era más que un niño.

—Sigue siendo un niño. —La furia de Stannis resonaba en la estancia vacía—. Un niño ladrón que quiere robarme la corona. ¿Qué ha hecho Renly en su vida para ganarse un trono? Se sienta en el Consejo y bromea con Meñique, y en los torneos luce una armadura espléndida y deja que cualquiera más fuerte lo derribe del caballo. A eso se reduce mi hermano Renly, que se cree digno de ser rey. ¿Por qué me castigaron los dioses con estos hermanos?

—No puedo explicar los motivos de los dioses.

—Últimamente no podéis explicar muchas cosas. ¿Quién es el maestre de Renly? Debería hacerlo llamar; quizás sus consejos me fueran más útiles que los vuestros. ¿Qué creéis que le dijo ese maestre a mi hermano cuando decidió robarme mi corona? ¿Qué consejo le habrá ofrecido vuestro colega a ese traidor?

—Me extrañaría mucho que lord Renly le hubiera pedido consejo a nadie, alteza.

El menor de los tres hijos de lord Steffon se había convertido en un hombre osado, pero incauto, que actuaba por impulso, sin planes previos. En aquello, como en tantas otras cosas, Renly se parecía a su hermano Robert y era muy diferente de Stannis.

—Alteza —repitió Stannis con amargura—. Os burláis de mí dándome trato de rey, pero ¿de qué soy rey? Rocadragón y unas cuantas piedras en el mar Angosto: ese es mi reino. —Bajó de la plataforma de la silla y se quedó junto a la mesa. Su sombra se proyectaba sobre la desembocadura del río Aguasnegras y sobre el bosque pintado donde se encontraba Desembarco del Rey. Aquel era el reino que exigía; lo tenía al alcance de la mano, y sin embargo estaba tan lejos... —. Esta noche voy a cenar con mis señores vasallos, con los pocos que tengo. Celtilgar, Velaryon, Bar Emmon y los demás. Un grupo patético, la verdad sea

dicha, pero son lo único que me han dejado mis hermanos. Ese pirata lyseno de Salladhor Saan vendrá con la última lista de todo lo que le debo, y Morosh de Myr me recomendará precaución por culpa de las mareas y los temporales de otoño; mientras que lord Sunglass, siempre tan pío, no dejará de hablar de la voluntad de los Siete. Celtilgar me preguntará qué señores de la tormenta se van a unir a nosotros. Velaryon amenazará con retirar sus fuerzas a menos que ataquemos pronto. ¿Qué les voy a decir? ¿Qué debo hacer?

—Vuestros verdaderos enemigos son los Lannister, mi señor —respondió el maestre Cressen—. Si vuestro hermano y vos hicierais causa común contra ellos...

—No haré tratos con Renly —replicó Stannis en un tono que no admitía discusión—. Al menos, mientras siga affirmando que es el rey.

—Entonces, no tratéis con Renly —cedió el maestre. Su señor era orgulloso y testarudo. Cuando tomaba una decisión, no había manera de hacerlo cambiar de idea—. Hay otros que también se pueden adecuar a vuestras necesidades. El hijo de Eddard Stark ha sido proclamado Rey en el Norte, y tiene el apoyo de todas las fuerzas de Invernalia y Aguasdulces.

—Es un niño —dijo Stannis—. Y otro falso rey. ¿Acaso tengo que aceptar un reino desmembrado?

—Medio reino es mejor que nada —insistió Cressen—. Y si ayudáis al chico a vengar la muerte de su padre...

—¿Por qué voy a vengar a Eddard Stark? Para mí no significaba nada. Oh, cierto, Robert lo adoraba. Lo quería como a un hermano, ¡cuántas veces se lo oí decir! Yo era su hermano, no Ned Stark, pero por cómo me trataba, nadie lo habría dicho. Defendí Bastión de Tormentas en su nombre, vi morir de hambre a muchos hombres valientes mientras Mace Tyrell y Paxter Redwyne celebraban banquetes a la vista de mis murallas. ¿Me dio las gracias Robert? No. Le dio las gracias a Stark, por romper el sitio cuando ya únicamente teníamos rábanos y ratas para comer. Construí una flota por orden de Robert y capturé Rocadragón para él. ¿Acaso me tomó la mano y me dijo: «Bravo, hermano, no sé qué habría hecho sin tí»? No, me echó la culpa de que Willem Darry pudiera escapar con Viserys y con la cría, como si hubiera estado en mi mano impedirlo. Ocupé un puesto en su Consejo durante quince años; ayudé a Jon Arryn a dirigir el reino mientras Robert se emborrachaba y se iba de putas, pero cuando Jon murió, ¿acaso me nombró mano? No, corrió en busca de su querido amigo Ned Stark y le ofreció a él ese honor. Pues mira, para lo que les ha servido a los dos...

—Así han sido las cosas, mi señor —dijo el maestre Cressen con voz amable—. Se han cometido muchas injusticias con vos, pero el pasado no es ya más que un recuerdo. El futuro aún puede ser vuestro si os unís a los Stark. También hay otros que pueden conveniros. ¿Qué os parece lady Arryn? Si la reina asesinó a su esposo, no cabe duda de que querrá hacerle justicia. Tiene un hijo pequeño, el

heredero de Jon Arryn. Tal vez, si prometierais a Shireen con él...

—Es un crío débil y enfermizo —se opuso lord Stannis—. Hasta su padre se daba cuenta: me pidió que lo acogiera como pupilo en Rocadragón. Le habría sentado bien servir como paje, pero la maldita Lannister envenenó a lord Arryn antes de que lleváramos a cabo el plan, y ahora, Lysa lo tiene escondido en el Nido de Águilas. Podéis estar seguro de que no se separará de él.

—Entonces habrá que enviar a Shireen al Nido de Águilas —insistió el maestre—. Rocadragón es un hogar triste para cualquier niño. Y que la acompañe su bufón; así tendrá cerca un rostro conocido.

—Conocido y repugnante. —Stannis frunció el ceño, pensativo—. Pero... puede que valga la pena intentarlo...

—¿Acaso el legítimo señor de los Siete Reinos tiene que suplicar ayuda a viudas y usurpadores? —preguntó bruscamente una voz de mujer.

—Mi señora —dijo el maestre Cressen, volviéndose e inclinando la cabeza, molesto por no haberla oído entrar.

—Yo no suplico —soltó Stannis con un bufido—. A nadie. Más te vale tenerlo presente, mujer.

—Me complace oírlo, mi señor. —Lady Selyse era tan alta como su esposo, de cuerpo flaco y rostro delgado, orejas prominentes, nariz afilada y una sombra de bigote en el labio superior. Se lo quitaba con las pinzas todos los días y lo maldecía constantemente, pero siempre volvía a crecerle. Sus ojos eran claros; su boca, firme; y su voz, como un látigo. En aquel momento lo hizo restallar—. Lady Arryn te debe lealtad, al igual que los Stark, tu hermano Renly y todos los demás. Eres su rey legítimo. No sería correcto que suplicas y negociaras por lo que te corresponde por la gracia de dios.

Había dicho «dios», no «dioses». La mujer roja se la había ganado en cuerpo y alma, la había hecho apartarse de los dioses de los Siete Reinos, tanto de los nuevos como de los antiguos, para adorar al que llamaban Señor de Luz.

—Tu dios se puede guardar su gracia —replicó lord Stannis, que no compartía la devoción de su esposa por la nueva fe—. Lo que necesito son espadas, no bendiciones. ¿Acaso tienes escondido un ejército del que aún no me has hablado?

En la voz de Stannis no había afecto alguno. Siempre se había sentido incómodo en compañía de las mujeres, incluso de su esposa. Cuando fue a Desembarco del Rey para ocupar un puesto en el Consejo de Robert, dejó a Selyse y a su hija en Rocadragón. Escribió pocas cartas e hizo aún menos visitas. Cumplía con sus deberes en el lecho conyugal una o dos veces al año, pero aquello no le proporcionaba placer, y los hijos varones que tanto esperaba nunca llegaron.

—Mis hermanos, tíos y primos tienen ejércitos —replicó ella—. La casa Florent servirá bajo tu estandarte.

—La casa Florent apenas puede reunir dos mil espadas. —Se decía que

Stannis conocía las fuerzas de cada una de las casas de los Siete Reinos—. Y tienes mucha más fe que yo en tus hermanos y tíos, mi señora. Las tierras de Florent están demasiado cercanas a Altojardín para que tu señor tío se arriesgue a incurrir en la ira de Mace Tyrell.

—Hay otra posibilidad. —Lady Selyse se acercó—. Mira por las ventanas, mi señor. Ahí está la señal que aguardabas, grabada en el cielo. Es roja, del rojo de las llamas, roja como el corazón ardiente del dios verdadero. Es su estandarte... ¡y también el tuyo! Mira: surca los cielos como el aliento llameante de un dragón. Y tú eres el señor de Rocadragón. Significa que ha llegado tu momento, alteza. Es tal como te digo. Significa que debes zarpar de esta roca desolada, como hizo en su momento Aegon el Conquistador, para arrasarla todo a tu paso, igual que él. Solo tienes que dar la orden y abrazar el poder del Señor de LUZ.

—¿Cuántas espadas pondrá en mi mano el Señor de Luz? —exigió Stannis de nuevo.

—Tantas como necesites —le prometió su esposa—. Para empezar, las espadas de Bastión de Tormentas y las de Altojardín, y las de todos sus señores vasallos.

—Davos no opina lo mismo —replicó Stannis—. Esas espadas le han jurado lealtad a Renly. Adoran a mi hermano pequeño, con todo su encanto, igual que adoraban a Robert... y como nunca me adorarán a mí.

—Sí —dijo ella—. Pero si Renly muriera...

Stannis miró a su esposa con los ojos entrecerrados durante largo rato, hasta que Cressen no pudo guardar silencio.

—Eso no hay ni que pensarlo, alteza. Pese a las tonterías que ha hecho Renly...

—¿Tonterías? ¡Traiciones! —Stannis le dio la espalda a su esposa—. Mi hermano es joven y fuerte; cuenta con el apoyo de un gran ejército y con esa Guardia Arcoíris que ha creado.

—Melisandre ha mirado en las llamas y lo ha visto muerto.

—Un fraticidio... —Cressen estaba horrorizado—. Mi señor, eso es una maldad, impensable... Por favor, escuchadme...

—¿Y qué le diréis, maestre? —Lady Selyse le dirigió una mirada calculadora—. ¿Que puede conseguir medio reino si se arrodilla ante los Stark y le vende nuestra hija a Lysa Arryn?

—Ya he escuchado vuestro consejo, Cressen —dijo lord Stannis—. Ahora quiero oír el suyo. Podéis retiraros.

El maestre Cressen dobló una rodilla entumecida. Mientras recorría trabajosamente la estancia en dirección a la salida, sentía los ojos de lady Selyse clavados en la espalda. Cuando llegó al pie de las escaleras, apenas podía mantenerse erguido.

—Ay údame —le pidió a Pylos.

Una vez en sus aposentos, Cressen ordenó salir al joven y cojeó otra vez hacia el balcón para estar entre sus gárgolas mientras contemplaba el mar. Uno de los navíos de guerra de Salladhor Saan navegaba por las aguas que rodeaban el castillo; su alegre casco con rayas pintadas cortaba las aguas verde grisáceo a medida que los remos se alzaban y volvían a hundirse en ellas. Lo estuvo observando hasta que lo perdió de vista tras un cabo.

«Ojalá mis temores pudieran desaparecer con tanta facilidad». ¿Había vivido tanto tiempo solo para ver aquello?

Cuando un maestre se ponía su collar, renunciaba a tener hijos, pero Cressen se había sentido padre de todos modos. Robert, Stannis, Renly... Tres hijos a los que había criado después de que la furia del mar se cobrara la vida de lord Steffon. ¿Lo había hecho tan mal como para que uno de ellos acabara matando a otro? No podía permitirlo. No iba a permitirlo.

La mujer estaba en el núcleo de todo aquello. Lady Selyse no; la otra. La mujer roja, como la llamaban los criados, que tenían miedo de decir su nombre en voz alta.

—Yo pronunciaré su nombre —le dijo Cressen a su sabueso infernal de piedra—. Melisandre. Ella.

Melisandre de Asshai, hechicera, portadora de sombras y sacerdotisa de R'hllor, el Señor de Luz, el Corazón de Fuego, el Dios de la Llama y la Sombra. Melisandre, cuya locura no debía extenderse más allá de Rocadragón. No lo podía permitir.

Sus ojos, acostumbrados a la luz de la mañana, tardaron en habituarse a la penumbra de la estancia. El anciano encendió una vela con manos temblorosas y la llevó al taller que había bajo las escaleras de la pajarera, donde tenía los ungüentos, pócimas y medicinas bien ordenados en estantes. En el más bajo, entre una hilera de remedios en frascos cuadrados de barro, encontró una pequeña redoma de cristal color índigo, no más grande que su dedo meñique. El contenido resonó cuando la agitó. Cressen sopló para quitar una espesa capa de polvo y se la llevó a la mesa. Se dejó caer en la silla, quitó el tapón y vertió el contenido de la redoma. Una docena de cristales del tamaño de semillas cayó sobre el pergamo que había estado leyendo. A la luz de la vela, brillaban como piedras preciosas, de un morado tan intenso que el maestre pensó que jamás había visto nada igual.

La cadena que llevaba en torno al cuello le parecía muy pesada. Rozó uno de los cristales con la punta del dedo meñique. «Que una cosa tan diminuta contenga el poder de la vida y la muerte...». Estaban hechos a partir de una planta que solo crecía en las islas del mar de Jade, a medio mundo de distancia. Había que dejar secar las hojas y macerarlas en agua de limas, azúcar y unas raras especias de las islas del Verano. Luego se tiraban, y la poción se espesaba

con ceniza y se dejaba reposar hasta que cristalizaba. El proceso era lento y difícil, y los ingredientes, caros y casi imposibles de encontrar. Pero los alquimistas de Lys conocían sus secretos, así como los Hombres sin Rostro de Braavos... y los maestres de su orden, aunque no era cosa que se comentara más allá de los muros de la Ciudadela. Todo el mundo sabía que un maestre forjaba su eslabón de plata cuando aprendía el arte de la curación... pero prefería olvidar que un hombre que sabe curar también sabe matar.

Cressen no recordaba ya el nombre que le daban los de Asshai a la hoja, ni cómo llamaban los envenenadores lysenos al cristal. En la Ciudadela lo llamaban sencillamente *estrangulador*. Se disolvía en vino y hacía que los músculos de la garganta se apretaran como un puño, cerrando la tráquea. Según se contaba, el rostro de la víctima se ponía tan morado como la pequeña semilla de cristal de la que nacía su muerte, pero lo mismo le pasaba a quien se ahogaba con un bocado de comida.

Aquella misma noche, lord Stannis agasajaría a sus vasallos con un banquete, y en él estarían su señora esposa... y la mujer roja, Melisandre de Asshai.

« Tengo que descansar —se dijo el maestre Cressen—. He de conservar todas mis fuerzas para cuando oscurezca. No me deben temblar las manos, ni debe flaquear mi valor. Lo que voy a hacer es espantoso, pero alguien ha de hacerlo. Si hay dioses, sin duda sabrán perdonarme» .

Hacía tiempo que dormía muy mal. Una cabezada haría que estuviera más fresco para la dura prueba que lo aguardaba. Se dirigió hacia la cama; estaba cansado. Pero cuando cerró los ojos, siguió viendo la luz del cometa, roja, llameante, viva entre la oscuridad de sus sueños.

« Puede que sea mi cometa —pensó entre neblinas, justo antes de quedar dormido—. Un presagio de sangre que augura un asesinato... Sí...» .

Cuando despertó ya había caído la noche; la estancia estaba a oscuras, y le dolían todas las articulaciones. Cressen se incorporó, con un martilleo en la cabeza. Cogió el bastón y se puso en pie, inseguro. « Es muy tarde —pensó—. No me han llamado». Siempre lo llamaban para los banquetes; tenía un lugar asignado próximo a la sal, cerca de lord Stannis. Se le apareció el rostro de su señor, no el hombre que era ya, sino el niño que había sido, siempre entre las sombras mientras el sol brillaba sobre su hermano mayor. Hiciera lo que hiciera, Robert lo había hecho antes, y mejor. Pobre muchacho... por él, por su bien, tenía que darse prisa.

El maestre recogió los cristales del pergamo donde los había dejado. Cressen no tenía anillos huecos, como los que se decía que llevaban los envenenadores de Lys, sino incontables bolsillos grandes y pequeños, cosidos en el interior de las amplias mangas de su túnica. Ocultó en uno de ellos los cristales estranguladores y abrió la puerta.

—¡Pylos! ¿Dónde estás? —llamó. No recibió respuesta, así que volvió a

llamarlo de nuevo, más alto—. ¡Pylos, te necesito!

Siguió sin obtener contestación. Era muy extraño; la celda del joven maestre estaba solamente medio tramo de peldaños más abajo, y siempre lo oía cuando lo necesitaba. Al final, Cressen tuvo que llamar a los criados.

—Deprisa —les dijo—. He dormido demasiado. Ya habrá empezado el banquete... Ya estarán bebiendo... Tendrían que haberme despertado.

¿Qué le habría pasado al maestre Pylos? No comprendía nada.

Tuvo que cruzar una vez más la larga galería. El viento nocturno soplabía a través de los grandes ventanales, impregnado de olor a mar. Las llamas de las antorchas se agitaban a lo largo de los muros de Rocadragón, y en el campamento, al otro lado de las murallas, se divisaban cientos de hogueras para cocinar, como si un manto de estrellas hubiera caído sobre la tierra. En el cielo, el cometa brillaba, rojo, malévolamente.

«Soy demasiado viejo y sabio para tener miedo de semejantes cosas», se dijo el maestre.

Las puertas del salón principal estaban situadas en la boca de un dragón de piedra. Cuando estuvo ante ellas, les ordenó a los criados que se fueran. Sería mejor que entrara solo; no quería parecer débil. Cressen se apoyó en el bastón, subió los últimos peldaños y caminó con dificultad para pasar bajo los dientes del arco. Un par de guardias abrieron ante él las pesadas puertas rojas, dejando salir una ráfaga de luz y ruido. Cressen entró en las fauces del dragón.

—Bailar, mi señor; bailar, mi señor... —La cancioncilla de Caramanchada, al ritmo del sonido de los cencerros, se oía por encima del tintineo de cuchillos y platos, y el murmullo bajo de las conversaciones. La misma tonadilla espantosa que había cantado aquella mañana—. Las sombras se van a quedar, mi señor; quedar, mi señor; quedar, mi señor.

Las mesas más bajas estaban abarrotadas de caballeros, arqueros y capitanes de los mercenarios, que partían con las manos las grandes hogazas de pan negro para mojar los trozos en el guiso de pescado. Allí no se oían carcajadas estrepitosas, ni los gritos broncos que enturbiaban la dignidad de los festines de otros señores. Lord Stannis jamás permitiría semejante cosa.

Cressen se dirigió hacia la plataforma elevada en la que estaban sentados los señores y el rey. Tuvo que dar un rodeo para esquivar a Caramanchada. El bufón estaba bailando y sacudiendo los cencerros, y no lo vio ni oyó como se acercaba. Saltó sobre una pierna, cambió el peso hacia la otra, y sin querer derribó el bastón de Cressen. Cayeron al suelo en un revoltijo de brazos y piernas, al tiempo que una carcajada recorría la sala en torno a ellos. Sin duda, ofrecían un espectáculo muy cómico.

Caramanchada estaba despatarrado sobre él; el rostro pintarrajeado del bufón presionaba el del anciano. Se le había caído el yelmo de hojalata, con las astas y los cencerros.

—En el fondo del mar, la gente cae hacia arriba —declaró—. Lo sé, lo sé, je, je, je. —El bufón dejó escapar una risita, rodó a un lado, se puso en pie de un salto y empezó a bailar.

El maestre trató de salvar la dignidad; sonrió débilmente e intentó incorporarse, pero la cadera le dolía tanto que durante un momento tuvo miedo de habérsela roto de nuevo. Sintió como unas manos fuertes lo agarraban por debajo de los brazos y lo ponían en pie.

—Gracias —murmuró, al tiempo que se volvía para ver qué caballero había acudido en su ayuda...

—Maestre —respondió lady Melisandre. En su voz grave resonaba la música del mar de Jade—. Deberíais tener más cuidado.

Como de costumbre, iba vestida de rojo de los pies a la cabeza, con una túnica larga y suelta de seda brillante como el fuego, mangas acampanadas y cortes en el corpiño bajo los que se veía tejido de un color rojo más oscuro. Llevaba en torno al cuello una gargantilla de oro rojo, más apretada que el collar de ningún maestre, adornada con un rubí de buen tamaño. Su cabello no era anaranjado, ni color fresa, como suele ser en el caso de las personas pelirrojas, sino de un tono de cobre bruñido que brillaba a la luz de las antorchas. Hasta tenía los ojos rojos. En cambio, su piel era suave y clara, sin mácula, blanca como la leche. Y era una mujer esbelta, grácil, más alta que la mayoría de los caballeros, con pechos abundantes, cintura fina y rostro en forma de corazón. Los hombres que la veían no apartaban la vista con rapidez, ni siquiera los maestres. Muchos consideraban que era hermosa. No era hermosa. Era roja; terrible y roja.

—Os... os lo agradezco, mi señora —dijo Cressen. «Ella sabe qué augura el cometa. Es más sabia que tú, viejo», le susurró su miedo.

—Un hombre de vuestra edad debería vigilar mejor por dónde pisa —dijo Melisandre, cortés—. La noche es oscura y alberga horrores.

El maestre conocía la frase; era una oración de la fe de la mujer. «No importa, yo también tengo mi fe».

—Solo los niños temen a la oscuridad —le dijo.

Pero de fondo, mientras lo decía, se oía a Caramanchada otra vez con su cancióncilla.

—Las sombras vienen a bailar, mi señor —entonaba—; bailar, mi señor; bailar, mi señor...

—Esto sí que es una paradoja —dijo Melisandre—. Un bufón inteligente y un sabio estúpido. —Se inclinó, recogió del suelo el yelmo de Caramanchada y lo puso en la cabeza de Cressen. El cubo se le deslizó sobre las orejas, y los cencerros tintinearon—. Una corona a juego con vuestra cadena, lord Maestre —anunció.

A su alrededor, las carcajadas se acrecentaron. Cressen apretó los labios e hizo un esfuerzo por controlar la ira. Aquella mujer creía que era un anciano

indefenso, pero antes de que acabara la noche descubriría que no era así. Quizá estuviera viejo, pero seguía siendo un maestre de la Ciudadela.

—No me hace falta una corona, sino la verdad —le dijo al tiempo que se quitaba el yelmo del bufón.

—En este mundo existen verdades que no se aprenden en Antigua. —Melisandre le dio la espalda en un torbellino de seda roja y se dirigió hacia la mesa elevada, a la que estaban sentados el rey Stannis y su reina. Cressen le tendió a Caramanchada el cubo con astas y fue a seguirla.

El maestre Pylos estaba sentado en su lugar.

El anciano se detuvo y se quedó mirándolo.

—Maestre Pylos —dijo al final—. No... no me has despertado.

—Su alteza me ha ordenado que os dejara descansar. —Pylos tuvo al menos la decencia de sonrojarse—. Me ha dicho que no hacía falta que estuvierais presente.

Cressen paseó la mirada por los caballeros, capitanes y señores, repentinamente silenciosos. Lord Celtigar, viejo y amargado, llevaba un manto con dibujos de cangrejos rojos bordados en granates. El atractivo lord Velaryon vestía de seda verde mar, con un caballito de mar de oro blanco en la garganta, a juego con su larga cabellera rubia. Lord Bar Emmon, aquel muchacho regordete de catorce años, iba envuelto en terciopelo morado con ribetes de foca blanca; ser Axell Florent seguía igual de poco agraciado pese a la ropa rojiza y las pieles de zorro; el piadoso lord Sunglass lucía adularias en torno al cuello, la muñeca y los dedos; y el capitán lyseno Salladhor Saan era todo él un destello de raso escarlata, oro y piedras preciosas. El único que vestía con sencillez era ser Davos, con su casaca marrón y su manto de lana verde. También fue el único que le sostuvo la mirada, con los ojos llenos de compasión.

—Estáis muy viejo y enfermo, anciano, ya no me sois útil. —Parecía la voz de lord Stannis, pero no podía ser él, no, era imposible—. De ahora en adelante, mi consejero será Pylos. Ya se encarga él de los cuervos, puesto que vos no podéis subir a la pajarera. No quiero que os matéis sirviéndome.

El maestre Cressen parpadeó. «Stannis, mi señor, mi muchachito triste y hosco, hijo que nunca tuve, no podéis hacer esto. ¿No sabéis cuánto me he ocupado de vos? ¿No sabéis que he vivido por vos, que os he querido pese a todo? Si, os he querido, más que a Robert o a Renly, porque vos erais aquel al que nadie quería, el que más me necesitaba».

—Como deseáis, mi señor —fue lo que dijo—. Pero... estoy hambriento. ¿No tendré un lugar en vuestra mesa? —«A tu lado, mi lugar está a tu lado...».

—Sería un honor para mí que el maestre se sentara a mi lado, alteza —dijo ser Davos, levantándose del banco.

—Como quieras. —Lord Stannis se volvió para decirle algo a Melisandre, que se había sentado a su derecha, en un lugar de gran honor. Lady Selyse estaba a la

izquierda de su esposo, y lucía una sonrisa tan brillante y quebradiza como las joyas con que se adornaba.

« Demasiado lejos —pensó Cressen desanimado, fijándose en el lugar donde estaba sentado Davos. Entre el contrabandista y la mesa elevada se encontraba la mitad de los señores vasallos—. Para ponerle el estrangulador en la copa tengo que estar más cerca, pero ¿cómo?».

Caramanchada se dedicó a hacer cabriolas mientras el maestre caminaba con paso cansino hacia la mesa, hacia el lugar que ocupaba Davos Seaworth.

—Aquí comemos peces —anunció el bufón en tono alegre, blandiendo un bacalao a modo de cetro—. En el fondo del mar, los peces nos comen a nosotros. Lo sé, lo sé, je, je, je.

Ser Davos se apartó a un lado para dejarle sitio en el banco.

—Esta noche, todos deberíamos llevar trajes de colores —le dijo sombrío a Cressen, mientras se sentaba—, porque este asunto es una bufonada de principio a fin. La mujer roja ha visto la victoria en sus llamas, así que Stannis piensa lanzarse a la conquista aun con las cifras en contra. Si esa mujer se sale con la suya, me temo que todos veremos lo que vio Caramanchada: el fondo del mar.

Cressen se metió las manos en las mangas como para calentárselas. Sus dedos rozaron los bultitos duros de los cristales en la lana.

—Lord Stannis?

Stannis, que estaba hablando con la mujer roja, se volvió; pero quien replicó fue lady Selyse.

—Nada de « lord ». Alteza, si no os importa.

—Está viejo; su mente desvaría —le dijo el rey con tono seco—. ¡Qué queréis, Cressen?

—Si tenéis intención de haceros a la mar, es imprescindible que hagáis causa común con lord Stark y lady Arryn...

—No voy a hacer causa común con nadie —replicó Stannis Baratheon.

—Igual que la luz no hace causa común con la oscuridad —añadió lady Selyse tomándole la mano.

Stannis asintió.

—Los Stark quieren robarme la mitad de mi reino, igual que los Lannister me han robado el trono y mi querido hermano me ha robado las espadas y las fortalezas que me corresponden por derecho. Todos son usurpadores; todos son mis enemigos.

« Lo he perdido», pensó Cressen, desesperado. Si pudiera acercarse a Melisandre sin que lo advirtieran... Lo único que necesitaba era estar un instante al lado de su copa.

—Sois el heredero legítimo de vuestro hermano Robert —dijo a la desesperada—, el verdadero señor de los Siete Reinos y rey de los ándalos, los rohynar y los primeros hombres, pero no podréis triunfar si no contáis con

aliados.

—Tiene un aliado —dijo lady Selyse—. R'hllor, el Señor de Luz, el Corazón de Fuego, el Dios de la Llama y la Sombra.

—Los dioses no son aliados de confianza —insistió el anciano—, y ese en concreto no tiene ningún poder aquí.

—¿Eso creéis? —El rubí del cuello de Melisandre reflejó la luz cuando volvió la cabeza hacia Cressen y, durante un instante, al anciano le pareció que brillaba tanto como el cometa—. Si pensáis seguir diciendo tonterías, deberíais poneros de nuevo vuestra corona, maestre.

—Sí —asintió lady Selyse—. El yelmo de Manchas. Os sienta bien, viejo. Ponéoslo de nuevo; yo os lo ordeno.

—En el fondo del mar, nadie lleva sombrero —dijo Caramanchada—. Lo sé, lo sé, je, je, je.

Los ojos de lord Stannis eran agujeros sombríos bajo el espeso ceño, mientras movía la mandíbula en silencio. Siempre rechinaba los dientes cuando se enfadaba.

—Bufón —gruñó al final—, mi señora esposa lo ordena. Dale tu yelmo a Cressen.

« No —pensó el anciano maestre—, este no eres tú, tú no eres así, siempre fuiste justo; duro, pero no cruel, jamás, no entendías las burlas, igual que no entendías la risa» .

Caramanchada se acercó bailoteando, haciendo resonar los cencerros. El maestre se quedó sentado, en silencio, mientras el bufón le ponía el cubo astado. Cressen inclinó la cabeza bajo el peso. Los cencerros sonaron.

—De ahora en adelante deberíais dar los consejos cantando —dijo lady Selyse.

—Estás yendo demasiado lejos, mujer —replicó lord Stannis—. Es un anciano, y me ha servido bien.

« Y te serviré hasta el final, mi buen señor, mi pobre hijo solitario» , pensó Cressen, porque de repente había visto la manera de hacerlo. La copa de ser Davos estaba ante él, todavía medio llena de tinto agrio. Cogió un copo de cristal de su manga, lo apretó entre el índice y el pulgar y extendió la mano hacia la copa. « Con movimientos suaves, con destreza, no puedo temblar» , rezó, y los dioses fueron bondadosos con él. En un abrir y cerrar de ojos ya no tenía nada entre los dedos. Hacía años que sus manos no eran tan firmes, ni sus movimientos tan fluidos. Davos lo había visto, pero nadie más, de aquello estaba seguro. Se levantó con la copa en la mano.

—Puede que sí haya sido un estúpido. Lady Melisandre, ¿queréis compartir conmigo una copa de vino? En honor a vuestro dios, vuestro Señor de Luz. Un brindis por su poder.

—Como queráis —dijo la mujer roja, mirándolo atentamente.

Sentía que todos estaban pendientes de ellos. Davos lo intentó detener cuando se alejaba del banco; le agarró la manga con los dedos que lord Stannis le había mutilado.

—¿Qué estáis haciendo? —susurró.

—Lo que debo hacer —respondió el maestre Cressen—. Por el bien del reino, y por el alma de mi señor. —Se liberó de la mano de Davos, no sin derramar una gota de vino sobre la alfombra.

La mujer se reunió con él al pie de la mesa elevada. Todos los ojos estaban clavados en ellos, pero Cressen solamente veía los suyos. Seda roja, ojos rojos, el rubí rojo de su garganta, labios rojos curvados en una sombra de sonrisa cuando puso la mano sobre la suya, en torno a la copa. Tenía la piel caliente, febril.

—No es tarde, maestre, aún podéis derramar el vino.

—No —susurró él, ronco—. No.

—Como queráis. —Melisandre de Asshai le cogió la copa de las manos y bebió un largo trago. Cuando se la devolvió, apenas quedaba un trago de vino—. Y ahora, vos.

Le temblaban las manos, pero se obligó a ser fuerte. Un maestre de la Ciudadela no debía tener miedo. Sintió el sabor agrio del vino en la lengua. La copa vacía se le escurrió de entre las manos y se hizo añicos contra el suelo.

—Si tiene poder aquí, mi señor —dijo la mujer—. Y el fuego purifica.

El rubí de su garganta brillaba, rojo.

Cressen trató de responder, pero las palabras se le atravesaron en la garganta. Se oyó un silbido agudo, espantoso, cuando intentó tomar aire. Unos dedos de hierro se le cerraron en torno al cuello. Mientras caía de rodillas, sacudió la cabeza una vez más: la negaba a ella, negaba su poder, negaba su magia, negaba a su dios. Los cencerros de sus astas tintineaban y parecían decir: «bufón, bufón, bufón», mientras la mujer roja lo miraba desde arriba con commiseración, y las llamas de las velas danzaban en sus ojos rojos rojos.

En Invernalia la habían llamado Arya Caracaballo, y en aquellos tiempos pensaba que no había nada peor, pero aquello era antes de que el huérfano Lommy Manosverdes le pusiera el mote de Chichones.

La verdad era que, al tocarse la cabeza, se la notaba llena de bultos. Cuando Yoren la había arrastrado a aquel callejón, pensó que iba a matarla, pero el agrio anciano se limitó a agarrarla con fuerza mientras le cortaba con el puñal los mechones de cabellos revueltos y apelmazados. Recordaba como la brisa se había llevado los puños de pelo castaño sucio, rodando por las piedras del pavimento, hacia el septo donde acababa de morir su padre.

—Voy a llevarme a unos cuantos hombres y muchachos de la ciudad —gruñó Yoren mientras el acero afilado le arañaba la cabeza—. No te muevas, chico.

Cuando terminó, a Arya apenas le quedaban unos mechones desiguales en el cuero cabelludo.

Le dijo que, desde aquel momento y hasta que llegara a Invernalia, iba a ser Aryy, un muchacho huérfano.

—No costará mucho salir por la puerta de la ciudad, pero el camino será otra cosa. El trayecto es largo, y la compañía, poco grata. Esta vez tengo a treinta hombres y chicos; todos van destinados al Muro, y no creas que se parecen en nada a tu hermano bastardo. —La sacudió por los hombros—. Lord Eddard me dejó elegir lo que quisiera de las mazmorras, y no encontré ningún joven señor. De este grupo, la mitad te entregaría a la reina en menos de lo que se tarda en escupir, a cambio del indulto y tal vez unas monedas de plata. La otra mitad haría lo mismo, solo que antes te violaría. Así que no hables con nadie, y mea siempre entre los árboles, cuando estés a solas. Eso va a ser lo más difícil, lo de mear, así que bebe lo imprescindible.

Tal como había dicho, no les costó nada salir de Desembarco del Rey. Los guardias Lannister que vigilaban la puerta detenían a todo el mundo, pero Yoren llamó a uno por su nombre y les hicieron gestos para que pasaran con sus carromatos. Nadie se fijó en Arya. Estaban buscando a una niña noble, hija de la mano del rey, no a un muchachito flaco con el pelo a trasquilones. Arya no volvió la vista atrás. Deseaba con todas sus fuerzas que el Aguasnegras subiera y barriera toda la ciudad, desde el Lecho de Pulgas hasta la Fortaleza Roja y el Gran Septo, todo, y también a todos, sobre todo al príncipe Joffrey y a su madre. Pero sabía que no sería así, y además, Sansa seguía dentro de la ciudad, y también la barrería a ella. Al recordarla, Arya se lo pensó mejor y cambió su deseo por el de llegar a Invernalia.

Yoren se había equivocado en cuanto a lo de mear. Aquello no era lo más difícil. Lo más difícil eran Lommy Manosverdes y Pastel Caliente, los dos

huérfanos. Yoren los había captado en las calles, prometiéndoles comida para las barrigas y zapatos para los pies. A los demás los había sacado de las mazmorras.

—La Guardia necesita hombres buenos —les dijo mientras salían—, pero tendrá que conformarse con vosotros.

Yoren también había recogido hombres adultos de las mazmorras: ladrones, cazadores furtivos, violadores y tipos así. Los peores eran los tres que había encontrado en las celdas negras. Le debían de dar miedo incluso a él, porque los tenía en la parte de atrás de un carromato, con grilletes en las manos y en los pies, y juraba que irían así hasta el Muro. Uno de ellos no tenía nariz, solo un agujero en la cara, porque se la habían cortado, y el gordo calvo de los dientes puntiagudos y las llagas supurantes en las mejillas tenía unos ojos que no parecían humanos.

Cuando salieron de Desembarco del Rey llevaban cinco carromatos, cargados con suministros para el Muro: pieles y hatos de ropa, lingotes de hierro sin refinar, una jaula de cuervos, libros, papel y tinta, un fardo de hojamarga, tinajas de aceite, y cofrecitos de medicinas y especias. De los carros tiraban dos yuntas de caballos de tiro, y Yoren había comprado dos corceles y media docena de asnos para los chicos. A Arya le habría gustado más un caballo de verdad, pero ir a lomos de un asno era preferible a viajar en un carromato.

Los hombres no le prestaban atención. En cambio, con los chicos no tenía tanta suerte. Era dos años menor que el huérfano más joven, y encima, mucho más menuda y delgada. Lommy y Pastel Caliente interpretaron su silencio como señal de que tenía miedo, o era estúpida o sorda.

—Mira qué espada tiene Chichones —dijo Lommy una mañana, durante la lenta marcha entre bosquecillos y trigales. Había sido aprendiz de tintorero antes de que lo atraparan robando, y tenía los brazos manchados de verde hasta el codo. Cuando se reía, rebuznaba como los asnos que los transportaban—. ¿De dónde habrá sacado una espada una rata de estercolero como Chichones?

Arya se mordió un labio, hosca. Veía la parte trasera de la descolorida capa de Yoren ante los carromatos, pero estaba decidida a no pedirle ayuda.

—A lo mejor es un pequeño escudero —señaló Pastel Caliente. Su madre había sido panadera antes de morir, y el chico empujaba el carrito por las calles todo el día, gritando: « ¡Pasteles calientes! ¡Pasteles calientes! » —. Eso: debe de ser el escudero de algún señor, seguro.

—Qué va a ser un escudero; fíjate bien. Y seguro que la espada no es de verdad. Debe de ser de juguete, de latón.

—Es acero forjado en castillo, imbéciles —les espetó Arya al tiempo que se volvía en la silla para mirarlos. Se indignaba cada vez que alguien se burlaba de *Aguja*—. Y más os vale cerrar la boca.

Los dos huérfanos se desternillaron de risa.

—¿Y de dónde has sacado semejante espada, Chicharrones? —quiso saber

Pastel Caliente.

—Chichones —lo corrigió Lommy—. Seguro que la ha robado.

—¡Es mentira! —gritó ella. *Aguja* había sido un regalo de Jon Nieve. Tenía que aguantar que la llamaran Chichones, pero no permitiría que dijeran que Jon era un ladrón.

—Pues si la ha robado, nosotros se la podemos quitar —dijo Pastel Caliente—. Como no es suya... A mí me iría muy bien una espada así.

—Venga —lo alentó Lommy—. Quítasela, ¡a que no te atreves!

—Chicharrones, dame esa espada. —Dijo Pastel Caliente, clavando los talones a su asno para acercarse más. Tenía el pelo color paja, y el rostro regordete, quemado por el sol y despellejado—. Tú no sabes manejarla.

«Sí que sé —podría haberle respondido Arya—. Maté a un chico, un chico gordo igual que tú: le clavé la espada en la barriga y se murió, y a ti también te voy a matar como no me dejes en paz». Pero no se atrevió. Yoren no sabía lo del mozo de cuadras, y tenía miedo de que se enterase; no sabía cómo reaccionaría. Estaba segura de que algunos de los otros hombres también eran asesinos; los tres que iban cargados de cadenas, sin duda, pero a ellos no los perseguía la reina, así que no era lo mismo.

—Mira qué cara pone —rebuznó Lommy Manosverdes—. Se va a echar a llorar. ¿Vas a llorar, Chichones?

La noche anterior había llorado en sueños, pensando en su padre. Por la mañana se había despertado con los ojos enrojecidos y secos. No habría podido derramar una lágrima más aunque le fuera la vida en ello.

—Se va a mear en los pantalones —dijo Pastel Caliente.

—Dejadlo en paz —dijo el muchacho del pelo negro enmarañado que cabalgaba tras ellos.

Lommy lo había apodado el Toro por el yelmo con cuernos que tenía y pulía constantemente, aunque nunca llegaba a ponérselo. Del Toro no se atrevía a burlarse. Era mayor, corpulento para su edad, con pecho amplio y brazos musculosos.

—Más te valdría darle la espada a Pastel Caliente, Arry —dijo Lommy—. Le tiene muchas ganas. ¿Sabías que mató a un chico a patadas? Pues a ti te puede hacer lo mismo.

—Lo tiré al suelo y le di de patadas en los huevos, y seguí dándole de patadas hasta que lo maté —se vanaglorió Pastel Caliente—. Lo hice migas. Tenía los huevos destrozados, llenos de sangre, y la polla toda negra. Así que dame la espada.

—Te puedo dar esta —dijo Arya, por no pelear, sacando del cinturón la espada de entrenamiento.

—Eso no es más que un palo —dijo Pastel Caliente. Se acercó a lomos del asno y tendió la mano hacia la empuñadura de *Aguja*.

La espada de madera de Arya silbó en el aire y fue a estrellarse contra los cuartos traseros del asno del muchacho. El animal rebuznó y corcoveó, tirando a Pastel Caliente al suelo. Ella se bajó de un salto de su montura y lo pinchó en el abdomen cuando intentaba levantarse, con lo que volvió a caer sentado, con un gruñido. El siguiente golpe fue de plano, a la cara, y su nariz crujió como una rama que se rompiera. Le empezó a sangrar. Pastel Caliente chilló, y Arya se volvió hacia Lommy Manosverdes, que seguía a lomos de su asno, boquiabierto.

—¿Tú también quieres probar la espada? —le gritó.

Por lo visto no quería, porque se puso las manos teñidas de verde ante la cara y le gritó que lo dejara en paz.

—¡Detrás de ti! —gritó el Toro.

Arya se volvió. Pastel Caliente estaba de rodillas, con una piedra grande en la mano. Dejó que se la tirase y apartó la cabeza para que pasara de largo. Después, cayó sobre él. El muchacho alzó una mano, y ella se la golpeó; luego, lo golpeó en la mejilla y en la rodilla. Intentó agarrarla, pero Arya danzó hacia un lado y le asestó un golpe en la nuca. El muchacho cayó, se levantó y se abalanzó hacia ella a trompicones, con la cara rojiza llena de tierra y de sangre. Arya adoptó una posición de danzarina del agua y esperó. Cuando lo tuvo a la distancia adecuada, le lanzó una estocada entre las piernas, con tanta fuerza que si la espada de madera hubiera tenido punta, le habría salido por las nalgas.

Cuando Yoren consiguió apartarla del muchacho, Pastel Caliente estaba despatarrado en el suelo, con los calzones sucios y hediondos, sollozando, mientras Arya lo golpeaba una y otra vez.

—¡Basta! —rugió el hermano negro al tiempo que le arrancaba la espada de madera de entre los dedos—. ¿Es que quieres matar a este imbécil? —Lommy y algunos de los otros empezaron a chillar, y el viejo se volvió también hacia ellos—. Si no cerráis la boca, os la cerraré yo. Como esto se repita, os ataré a la parte de atrás de los carromatos y os llevaré al Muro a rastras. —Escupió al suelo—. Eso va sobre todo por tí, Ary. Ven conmigo, chico. Ahora mismo.

Todos la estaban mirando, hasta los tres que iban esposados y encadenados en el carromato. El gordo rechinó los dientes puntiagudos y siseó en dirección a ella, pero Arya no le hizo caso.

El viejo la arrastró lejos del camino, hasta un grupo de árboles, sin dejar de murmurar y maldecir entre dientes.

—Si tuviera un ápice de sentido común, te habría dejado en Desembarco del Rey. ¿Me oyes, chico? —Aquella palabra siempre la pronunciaba como un ladrido, como un latigazo, tal vez para estar seguro de que la oía bien—. Desátate los calzones y bájatelos. Venga; aquí no te ve nadie. —Arya obedeció de mala gana—. Ponte ahí, contra ese roble. Eso, así. —Se abrazó al tronco y apretó la cara contra la madera áspera—. Ahora vas a gritar. Y mucho.

« No gritaré», pensó Arya, testaruda. Pero cuando la espada de madera, en

manos de Yoren, se estrelló contra la parte trasera de sus muslos desnudos, no pudo contener un aullido.

—¿Crees que eso te ha dolido? —dijo él—. Pues verás esto. —La madera silbó de nuevo. Arya volvió a gritar y tuvo que aferrarse al árbol para no caer—. Uno más. —Se agarró con fuerza; se mordió el labio; entrecerró los ojos al oír el silbido. El golpe la hizo saltar y gritar. « No voy a llorar —pensó—. No lloraré. Soy una Stark de Invernalia; nuestro blasón es el lobo huargo; los lobos huargo no lloran» . Sintió que un hilillo de sangre le corría por la pierna izquierda. Notaba las nalgas y los muslos ardiendo—. ¿Puedo contar con que ahora me prestarás atención? —preguntó Yoren—. La próxima vez que golpees con ese palo a uno de tus hermanos, recibirás el doble de lo que des, ¿entendido? Venga, vistete.

« No son mis hermanos», pensó Arya al tiempo que se subía los calzones. Pero sabía que no debía decirlo en voz alta. Consiguió atarse la lazada y abrocharse el cinturón.

—¿Te duele? —Yoren la miraba atentamente.

« Tranquila como las aguas en calma», se dijo, tal como le había enseñado Syrio Forel.

—Un poco.

—Al chico de los pasteles le duele mucho más. —Él escupió al suelo—. No fue él quien mató a tu padre, niña, ni tampoco Lommy, ese ladronzuelo. Por mucho que los golpees no le devolverás la vida.

—Lo sé —murmuró Arya, hosca.

—Pues te voy a decir algo que no sabes. Las cosas no tenían que haber sido como fueron. Yo iba a marcharme ya, había comprado los carromatos y los tenía cargados, cuando un hombre vino a traermelos un chico, una bolsa de monedas y un mensaje. No importa de quién era el mensaje. Me dijo que lord Eddard iba a vestir el negro, que esperase, que iba a venir conmigo. ¿Por qué te crees que estaba en la plaza? Pero algo se torció.

—Joffrey —masculló Arya—. ¡Alguien debería matarlo a él!

—Alguien lo matará, pero no seré yo, ni tú tampoco. —Yoren le devolvió la espada de madera—. En los carromatos hay algo de hojamarga —le dijo mientras volvían hacia el camino—. Mastica un poco; te aliviará el escozor.

La alivió un poco, aunque tenía un sabor repugnante y hacía que su saliva pareciera sangre. Aun así, tuvo que ir caminando el resto del día, y también el día siguiente y al otro; los muslos en carne viva le impedían montar. Pastel Caliente estaba bastante peor. Yoren tuvo que mover unos barriles para que pudiera ir tumbado en la parte trasera de un carromato, sobre unos sacos de centeno. Gimoteaba cada vez que las ruedas pasaban sobre una piedra. Lommy Manosverdes no estaba herido, pero procuraba mantener la máxima distancia posible entre Arya y él.

—Cada vez que lo miras le dan retortijones —le dijo el Toro, cuando Arya

pasó caminando junto a su asno.

Ella no respondió. Le parecía más seguro no hablar con nadie.

Aquella noche, tumbada en su fina manta sobre el suelo duro, contempló el gran cometa rojo. Era espléndido y aterrador a la vez. El Toro lo llamaba la Espada Roja, decía que parecía una espada recién salida de la forja, con la hoja todavía al rojo vivo. Si entrecerraba los ojos, a Arya también le parecía una espada, pero no una espada nueva: era *Hielo*, el mandoble de su padre, de ondulante acero valyrio, y el color rojo se lo daba la sangre de lord Eddard después de que ser Ilyn, la justicia del rey, le cortara la cabeza. Yoren le había hecho apartar la vista en el momento preciso, pero tenía la certeza de que *Hielo* había tenido el mismo aspecto que el cometa.

Cuando por fin consiguió dormirse, soñó con su hogar. El camino Real pasaba cerca de Invernalia antes de proseguir hacia el Muro, y Yoren había prometido que la dejaría allí, sin que el resto del grupo se enterase nunca de quién era. Anhelaba volver a ver a su madre, a Robb, a Bran, a Rickon... Pero en quien más pensaba era en Jon Nieve. Le habría gustado que el Muro estuviera antes que Invernalia, para que Jon le revolviera el pelo y la llamara «hermanita». Ella le diría: «Te echaba de menos», y él también, al mismo tiempo, igual que antes, cuando siempre decían las cosas a la vez. Le habría gustado mucho. Le habría gustado más que nada en el mundo.

El día del nombre del rey Joffrey amaneció claro y ventoso; la larga cola del gran cometa se veía perfectamente entre las nubes pasajeras. Sansa lo estaba observando desde la ventana de su torre cuando ser Arys Oakheart llegó para acompañarla adonde iba a tener lugar el torneo.

—¿Qué creéis que significa? —le preguntó.

—Gloria a vuestro prometido —respondió ser Arys al instante—. Ved cómo sus llamas surcan el cielo hoy, en el día del nombre de su alteza, como si los propios dioses alzaran un estandarte en su honor. El pueblo ya lo ha denominado el Cometa del Rey Joffrey.

No le cabía duda de que aquello era lo que le habían dicho a Joffrey; Sansa no estaba tan segura.

—He oído hablar a los criados; lo llaman la Cola del Dragón.

—El rey Joffrey se sienta en el trono que fue de Aegon el Dragón, en el castillo que construyó su hijo —dijo ser Arys—. Es el heredero del dragón, y el escarlata es el color de la casa Lannister; ahí tenéis otra señal. Este cometa nos ha sido enviado como heraldo del ascenso de Joffrey al trono. Significa que triunfará sobre sus enemigos.

« ¿Será verdad? —se preguntó—. ¿Pueden los dioses ser tan crueles? ». Su madre era una de los enemigos de Joffrey, y su hermano Robb, otro. Su padre había muerto por orden del rey. ¿Acaso Robb y su señora madre iban a morir también? El cometa era rojo, cierto, pero Joffrey era tan Baratheon como Lannister, y el blasón de los Baratheon era un venado negro sobre campo de oro. ¿No deberían los dioses haber enviado a Joff un cometa dorado?

Sansa cerró los postigos y se apartó bruscamente de la ventana.

—Hoy estáis muy hermosa, mi señora —dijo ser Arys.

—Gracias, ser Arys.

Sabía que Joffrey ordenaría que asistiera al torneo que se celebraba en su honor, de modo que había puesto especial cuidado a la hora de vestirse y maquillarse. Llevaba una túnica de seda color violeta claro, y en el pelo, una redecilla de adularias que le había regalado Joffrey. La túnica tenía las mangas largas para ocultar los moretones de sus brazos. También eran regalo de Joffrey. Cuando le dijeron que Robb había sido proclamado Rey en el Norte, le dio un ataque de ira y envió a ser Boros para que la golpeara.

—¿Estáis preparada?

Ser Arys le ofreció el brazo, y salieron de la habitación. Ya que tenía que soportar que uno de los hombres de la Guardia Real la siguiera a todas partes, Sansa prefería que se tratara de él. Ser Boros tenía mal genio; ser Meryn era frío, y los extraños ojos muertos de ser Mandon la ponían nerviosa, mientras que ser Preston la trataba como a una niña idiota. Arys Oakheart era cortés, y cuando

hablaba con ella lo hacia con cordialidad. Una vez incluso había puesto objeciones cuando Joffrey le ordenó que la golpeara. Al final lo hizo, pero no con tanta fuerza como habrían empleado ser Meryn o ser Boros, y al menos había mostrado desacuerdo. Los demás obedecían sin titubear... excepto el Perro, pero Joff nunca le pedía al Perro que la castigara. Para aquello tenía a los otros cinco.

Ser Arya tenía el cabello castaño claro y un rostro en cierto modo agraciado. Aquel día estaba impresionante, con la capa de seda blanca sujetada en el hombro por un broche en forma de hoja dorada, y una hoja de roble bordada en brillante hilo de oro sobre la pechera de su túnica.

—¿Quién creéis que será el vencedor? —preguntó Sansa mientras bajaban por las escaleras cogidos del brazo.

—Yo —respondió ser Arya con una sonrisa—. Pero será una victoria insípida. Va a ser un torneo pequeño y sin importancia. Apenas habrá cuarenta participantes en las lides, contando escuderos y jinetes libres. No es ningún honor descabalgar a muchachos inexpertos.

Sansa pensó que el anterior torneo había sido muy diferente. Lo había organizado el rey Robert en honor a su padre. De todo el reino acudieron grandes señores y campeones legendarios para competir, y la ciudad entera se había echado a la calle para presenciarlo. Recordó las imágenes esplendorosas: la inabarcable extensión de tiendas multicolores a lo largo del río, cada una con el escudo de un caballero colgado ante la puerta; las largas hiladas de gallardetes de seda ondeando al viento; el resplandor del sol en el acero brillante y las espuelas doradas... Los días se habían llenado con el sonido de las trompetas y los cascos de los caballos, y las noches habían estado llenas de banquetes y canciones. Fueron los días más mágicos de su vida, pero ya le parecían un recuerdo de otra era. Robert Baratheon estaba muerto, y también su padre, decapitado por traidor en las escaleras del Gran Septo de Baelor. Había tres reyes; la guerra se recrecía más allá del Tridente y la ciudad se llenaba de hombres desesperados. No era de extrañar que el torneo de Joff tuviera que celebrarse tras los gruesos muros de piedra de la Fortaleza Roja.

—Sabéis si asistirá la reina? —Sansa siempre estaba más tranquila si Cersei se encontraba presente y controlaba a su hijo.

—Mucho me temo que no, mi señora. El Consejo está reunido; es un asunto urgente. —Ser Arya bajó la voz—. Lord Tywin se ha dirigido hacia Harrenhal, en vez de volver a la ciudad con su ejército, como ordenó la reina. Su alteza está muy enojada.

Se calló cuando una columna de guardias de los Lannister pasó junto a ellos, todos con sus capas rojas y sus yelmos con penacho de león. A ser Arya le gustaban los cotilleos, pero solo si estaba seguro de que nadie lo escuchaba.

Los carpinteros habían erigido gradas y lizas en el patio exterior, y el escaso gentío que se había congregado apenas si ocupaba la mitad de los asientos. Casi

todos los espectadores eran hombres que vestían las capas doradas de la Guardia de la Ciudad o las rojas de la casa Lannister. Apenas había damas y grandes señores; solo los pocos que quedaban en la corte. Lord Gyles Rosby, con su rostro macilento, tosía tapándose la boca con un pañuelito de seda rosa. Lady Tanda estaba sentada entre sus dos hijas: la plácida Lollys y la viperina Falyse. Jalabhar Xho, con su piel color ébano, era un exiliado que no tenía otro refugio, y lady Ermesande era apenas un bebé que se sentaba en el regazo de su aya. Se decía que pronto la casarían con uno de los primos de la reina, para que los Lannister pudieran apoderarse de sus tierras.

El rey se encontraba a la sombra de un baldaquín color carmesí, con una pierna sobre el brazo de madera tallada de su sillón, en gesto descuidado. Tras él estaban sentados la princesa Myrcella y el príncipe Tommen. Al fondo del palco real, Sandor Clegane montaba guardia en pie, con las manos apoyadas en el cinturón del que pendía su espada. La capa blanca de la Guardia Real le cubría los hombros, sujetada con un broche enjoyado, y el níveo tejido contrastaba en extremo con su basta túnica marrón y el jubón de cuero con remaches.

—Lady Sansa —anunció en tono brusco el Perro al verla llegar. Tenía la voz tan áspera como el sonido de una sierra en el bosque. Las cicatrices de quemaduras en el rostro y en el cuello hacían que torciera la boca al hablar.

La princesa Myrcella saludó con un tímido movimiento de la cabeza al oír el nombre de Sansa, pero el regordete príncipe Tommen se puso en pie de un salto.

—¿Te has enterado, Sansa? Hoy montaré para participar en el torneo. Mi madre me ha dado permiso.

Tommen tenía ocho años. Le recordaba en cierto modo a su hermano Bran. Eran de la misma edad. Bran estaba en casa, en Invernalia, tullido pero a salvo. Sansa habría dado cualquier cosa por encontrarse junto a él.

—Temo por la vida de tus adversarios —le dijo a Tommen con tono solemne.

—Sus adversarios estarán llenos de paja —dijo Joff al tiempo que se ponía en pie. El rey lucía una coraza dorada con un león rugiente grabado en el pecho, como si pensara que la guerra podía llegar allí en cualquier momento. Aquel día cumplía trece años; era alto para su edad, y tenía los ojos verdes y el cabello dorado de los Lannister.

—Alteza —dijo Sansa con una reverencia.

—Disculpadme, alteza. —Ser Arya también se inclinó—. Tengo que prepararme para las lides.

Joffrey lo despidió con un gesto seco, mientras examinaba a Sansa de los pies a la cabeza.

—Me complace que te hayas puesto mi regalo.

De manera que el rey había decidido mostrarse galante aquel día. Sansa se sintió aliviada.

—Os doy las gracias por él... y por vuestras gentiles palabras. Os deseo un

feliz dia del nombre, alteza.

—Siéntate —ordenó, señalándole un asiento desocupado junto al suyo—. ¿Te has enterado? El Rey Mendigo ha muerto.

—¿Quién? —Sansa temió por un instante que se refiriese a Robb.

—Viserys. El último hijo de Aerys, el Rey Loco. Llevaba en las Ciudades Libres desde antes de que yo naciera, haciéndose llamar rey. Pues mi madre dice que los dothrakis lo coronaron por fin. Con oro fundido. —Soltó una carcajada—. Tiene gracia, ¿no? Su emblema era un dragón. Es casi como si a tu hermano traidor lo matara un lobo. Puede que se lo eche a los lobos cuando lo atrapemos. ¿Te he dicho ya que voy a desafiarlo a un combate, solo él y yo?

—Será un placer presenciarlo, alteza. —«Más de lo que te imaginas». Sansa mantenía un tono de voz educado y sin emociones, pero aun así, Joffrey entrecerró los ojos, sin saber si se estaba burlando de él—. ¿Vais a participar en las lides? —preguntó Sansa a toda prisa.

—Mi señora madre dice que no sería correcto —contestó el rey con el ceño fruncido—, ya que el torneo se celebra en mi honor. Pero si participara sería el ganador. ¿Verdad, Perro?

—¿Contra esa gentuza? —El Perro torció la boca—. ¿Por qué no?

Él había ganado en el torneo de su padre; Sansa lo recordaba bien.

—¿No vais a combatir hoy, mi señor? —le preguntó.

—No vale la pena ni el esfuerzo de ponerme la armadura. —La voz de Clegane estaba cargada de desprecio—. Esto es un torneo de pulgas.

El rey se echó a reír.

—Mi perro tiene un ladrido feroz. Puede que le ordene que se enfrente al vencedor del torneo. En lucha a muerte. —A Joffrey le encantaba hacer que la gente luchara a muerte.

—Perderíais un caballero. —El Perro nunca había prestado juramento como caballero. Su hermano era caballero, y él lo detestaba.

Las trompetas resonaron. El rey se arrellanó en su asiento y cogió la mano de Sansa. En otros tiempos, aquello habría hecho que se le acelerase el corazón, pero todo había cambiado después de que él respondiera a sus súplicas de misericordia mostrándole la cabeza de su padre. Ahora, el mero roce le provocaba repulsión, pero no era tan estúpida como para demostrarlo. Se forzó a permanecer sentada y muy quieta.

—¡Ser Meryn Trant de la Guardia Real! —anunció un heraldo.

Ser Meryn se aproximó desde el oeste, con una deslumbrante coraza blanca con adornos dorados, a lomos de un corcel blanco como la leche y con largas crines grises al viento. La capa le ondeaba a la espalda como un campo nevado. Llevaba una lanza de cuatro varas y media.

—¡Ser Hobber de la casa Redwyne, del Rejo! —entonó el heraldo.

Ser Hobber entró al trote procedente del este, montando un garañón negro

con gualdrapa borgoña y azul. Su lanza lucía franjas de los mismos colores, y en su escudo se veía el racimo de uvas que era el blasón de su casa. Los gemelos Redwyne eran huéspedes involuntarios de la reina, tanto como Sansa. Se preguntó a quién se le habría ocurrido que participaran en el torneo de Joffrey. A ellos no, seguro.

Tras una señal del maestro de ceremonias, los combatientes esgrimieron las lanzas y picaron espuelas. Se oyeron gritos procedentes de los guardias, y también de las damas y señores de las gradas. Los caballeros se encontraron en el centro del patio, con un estrépito de madera y acero. La lanza blanca y la rayada se hicieron astillas casi a la vez. Hobber Redwyne se tambaleó por el impacto, pero consiguió mantenerse sobre la silla. Los dos caballeros se dirigieron hacia extremos opuestos del campo de justas, tiraron las lanzas destrozadas y cogieron las nuevas que les tendieron los escuderos. Ser Horas Redwyne, el gemelo de ser Hobber, le lanzó un grito de ánimo a su hermano.

Pero en la segunda vuelta, ser Meryn golpeó a ser Hobber en el pecho con la punta de la lanza y lo descabalgó. Cayó a tierra con gran estrépito. Ser Horas lanzó una maldición y corrió para ayudar a su magullado hermano a salir de la liza.

—Mal jinete —sentenció el rey Joffrey.

—¡Ser Balon Swann, de Timón de Piedra en la Atalaya Roja! —Les llegó el anuncio del heraldo. El yelmo de ser Balon lucía un par de anchas alas blancas, y en su escudo peleaban un cisne blanco y uno negro—. ¡Morros de la casa Slynt, heredero de lord Janos de Harrenhal!

—¡Mirad, un burro a caballo! —aulló Joff, en voz suficientemente alta para que lo oyera la mitad de los espectadores.

A Morros, un simple escudero, y encima recién nombrado, le costaba dominar la lanza y el escudo. Sansa sabía que la lanza era arma de caballeros, y los Slynt eran de baja extracción. Lord Janos no era más que el comandante de la Guardia de la Ciudad hasta que Joffrey le otorgó Harrenhal y un puesto en el Consejo.

«Ojalá se caiga y todo el mundo se burle de él —pensó con amargura—. Ojalá ser Balon lo mate». Cuando Joffrey proclamó la muerte de su padre, fue Janos Slynt quien cogió por el pelo la cabeza cortada de lord Eddard y la alzó para que el rey y la multitud la contemplaran, mientras Sansa lloraba y gritaba.

Morros vestía una capa a cuadros negros y dorados sobre una armadura negra con incrustaciones doradas en forma de volutas. Lucía en el escudo la lanza ensangrentada que su padre había elegido como blasón para la casa recién fundada. Pero por lo visto no sabía qué hacer con aquel escudo mientras espoleaba a su caballo, y la punta de la lanza de ser Balon lo acertó de lleno en el blasón. Morros soltó la lanza, trató de recuperar el equilibrio y no lo consiguió. Al caer se le quedó un pie enganchado en el estribo, y el corcel desbocado arrastró

al muchacho hasta el principio de las lizas, golpeándole la cabeza una y otra vez contra el suelo. Joff lanzó un alarido de risa. Sansa se quedó espantada, pensando si los dioses no habrían prestado oído a su plegaria vengativa. Pero, cuando consiguieron soltar a Morros Slynt de su caballo, el muchacho se incorporó, ensangrentado, pero vivo.

—Nos hemos equivocado al elegirte rival, Tommen —le dijo el rey a su hermano—. El caballero de paja será mejor que ese en la justa.

Le llegó el turno a ser Horas Redwyne. Lo hizo mucho mejor que su hermano gemelo, y derribó a un caballero de edad avanzada cuya montura estaba engalanada con grifos de plata sobre un campo de barras azules y blancas. El anciano tenía un aspecto espléndido, pero no fue un rival digno. Joffrey frunció los labios.

—Es un espectáculo deplorable.

—Ya os lo dije —replicó el Perro—. Pulgas.

El rey empezaba a aburrirse, y Sansa se puso nerviosa. Bajó la vista y decidió permanecer en silencio, pasara lo que pasara. Cuando Joffrey Baratheon estaba de mal humor, cualquier palabra podía provocar un ataque de ira.

—¡Lothor Brune, jinete libre al servicio de lord Baelish! —gritó el heraldo—. ¡Ser Dontos el Tinto de la casa Hollard!

El jinete libre, un hombre menudo con coraza abollada y sin blasones, apareció en el extremo oeste del patio, pero de su rival no había ni rastro. Por último salió un garañón bayo con guadrapa de seda carmesí y escarlata. Sin jinete. Ser Dontos llegó un instante después, tambaleándose y maldiciendo, vestido con la coraza, el yelmo emplumado y nada más. Tenía las piernas blancas y flacas, y el miembro se le sacudía de manera obscena al perseguir a su caballo. Los espectadores rugieron y empezaron a gritarle insultos. El caballero agarró las riendas y trató de montar, pero el animal no se estaba quieto, y ser Dontos parecía demasiado borracho para acertar en el estribo con el pie descalzo.

La multitud aullaba de risa... Todos menos el rey. Joffrey tenía en el rostro una expresión que Sansa recordaba bien, la misma que en el Gran Septo de Baelor, cuando sentenció a muerte a lord Eddard Stark. Por último, ser Dontos el Tinto se dio por vencido, se sentó en el suelo de tierra y se quitó el yelmo emplumado.

—¡He perdido! —gritó—. Que me traigan un poco de vino.

—¡Un barril, de las bodegas! —dijo el rey levantándose—. Quiero ver cómo se ahoga dentro.

Sansa dejó escapar un grito.

—¡No podéis hacer eso!

—¿Qué has dicho? —Joffrey giró la cabeza.

Sansa no podía creerse que aquellas palabras hubieran salido de su boca. ¿Se

había vuelto loca? ¿Le había dicho aquello delante de la mitad de la corte? No había querido decir nada, pero... ser Dontos era un borracho, estúpido e inútil, pero no hacía daño a nadie.

—¿Has dicho que no puedo? ¿Que no puedo hacer algo?

—Por favor —suplicó Sansa—. Quería decir... que os traerá mala suerte, alteza... Trae mala suerte matar a alguien en el día del nombre.

—Mientes —replicó Joffrey—. Si tanto te importa, debería ahogarte con él.

—No, alteza, no me importa. —Las palabras le salían a la desesperada—. Ahogadlo o cortadle la cabeza, pero..., pero que sea mañana, por favor, matadlo mañana... Hoy no; es vuestro día del nombre. No soportaría que tuvierais mala suerte... una suerte espantosa, les pasa hasta a los reyes, es lo que dicen los bardos...

Joffrey frunció el ceño. Sabía que estaba mintiendo, Sansa lo veía en sus ojos. Se lo haría pagar muy caro.

—Lo que dice la niña es cierto —bufó el Perro—. Lo que se siembra el día del nombre se cosecha durante todo el año.

Su voz era apática, como si no le importara si el rey lo creía o no. ¿Acaso sería verdad? Sansa no lo sabía. Solo había dicho aquello en un arranque de desesperación, para evitar que la castigara.

Joffrey, molesto, se acomodó en el asiento e hizo un gesto con la mano en dirección a ser Dontos.

—Llevaoslo. Mañana haré que maten a ese bufón.

—¡Es verdad! —dijo Sansa—. Es un bufón. Sois muy inteligente y os habéis dado cuenta. Tiene más aspecto de bufón que de caballero. Deberíais vestirlo con prendas de colores para que os divirtiera. No se merece una muerte rápida; sería demasiado misericordioso.

—Puede que no seas tan estúpida como dice mi madre —dijo el rey después de mirarla fijamente durante un momento. Alzó la voz—. ¿Has oído lo que dice mi dama, Dontos? A partir de ahora eres mi nuevo bufón. Dormirás con el Chico Luna y vestirás igual que él.

Ser Dontos, repentinamente sobrio por el roce de la muerte, se arrastró para ponerse de rodillas.

—Gracias, alteza. Y gracias a vos, mi señora. Gracias.

Dos guardias Lannister se lo llevaron de la liza, y el maestro de ceremonias se acercó al palco.

—Alteza —dijo—, ¿llamo a otro rival para Brune, o pasamos a la siguiente contienda?

—Ni una cosa ni otra. Esto no son caballeros, sino pulgas. Si no fuera mi día del nombre, ordenaría que los mataran a todos. Se acabó el torneo; que se quiten de mi vista.

El maestro de ceremonias hizo una reverencia, pero el príncipe Tommen no

era tan obediente.

—¡Yo quiero montar contra el hombre de paja!

—Hoy no.

—¡Pero yo quiero montar!

—¿Y a mí qué me importa?

—¡Madre dijo que podía montar!

—Es verdad —corroboró la princesa Myrcella.

—« Madre dijo, madre dijo » —se burló el rey —. Qué niñería.

—Somos niños —declaró Myrcella con altanería—. Hacemos niñerías.

—Os ha pescado. —El Perro se echó a reír.

—De acuerdo. —Joffrey se dio por vencido—. Ni mi hermano lo puede hacer peor que esos otros. Maestre, que saquen el monigote, Tommen quiere ser una pulga.

Tommen lanzó un grito de alegría y corrió a que lo vistieran, moviendo a toda velocidad las piernecillas regordetas.

—Suerte —le deseó Sansa.

Instalaron el estafermo al final de las lizas, al tiempo que ensillaban el pony del príncipe. El rival de Tommen era un guerrero de cuero del tamaño de un niño, lleno de paja y montado en un pivote, con un escudo en una mano y una maza acolchada en la otra. Le habían atado unas astas a la cabeza. Sansa recordaba que el padre de Joffrey, el rey Robert, había llevado un yelmo con astas... pero también su tío lord Renly, el hermano de Robert, que se había convertido en traidor al coronarse rey.

Unos escuderos abrocharon las hebillas de la ornamentada armadura roja y plata del príncipe. Tenía el yelmo coronado por un surtidor de plumas rojas, y en su escudo retocaban juntos el león de los Lannister y el venado coronado de los Baratheon. Los escuderos lo ayudaron a montar, y ser Aron Santagar, el maestro de armas de la Fortaleza Roja, se adelantó para entregarle a Tommen una espada larga de plata con la hoja ahusada y el filo embotado, diseñada para la mano de un niño de ocho años. Tommen alzó la espada.

—¡Roca Casterly! —gritó con voz aguda e infantil al tiempo que picaba espuelas hacia el estafermo.

El pony emprendió la marcha por la tierra prensada, en dirección al monigote. Lady Tanda y lord Gyles lanzaron gritos de ánimo, y Sansa se unió a ellos. El rey cavilaba, malhumorado.

Tommen hizo trotar al pony, blandió la espada con energía y asestó un fuerte golpe contra el escudo del caballero al pasar junto a él. El estafermo giró, y la maza acolchada acertó al príncipe en la nuca. Tommen cayó de la silla, y su armadura nueva matraqueó como un montón de cacerolas viejas al chocar contra el suelo. La espada salió volando de su mano, el pony se alejó al trote por el patio y las carcajadas retumbaron entre los muros. El rey Joffrey fue el que

más se rio.

—¡Oh! —exclamó la princesa Myrcella. Salió del palco y corrió hacia su hermanito. Sansa sintió que la embargaba un extraño valor mezclado con locura.

—Deberíais ir con ella —le dijo al rey—. Quizá vuestro hermano esté herido.

—¿Y qué? —Joffrey se encogió de hombros.

—Deberíais ayudarlo y decirle que ha montado muy bien. —Sansa era incapaz de detenerse.

—El estafermo lo ha derribado del caballo —señaló el rey—. Eso no es montar bien.

—Mirad —interrumpió el Perro—. El chico es valiente. Va a intentarlo otra vez.

Estaban ayudando al príncipe Tommen a montar su pony.

«Ojalá Tommen fuera el mayor, y no Joffrey —pensó Sansa—. No me importaría casarme con Tommen».

Los ruidos procedentes del puesto de guardia los tomaron por sorpresa. Las cadenas tintinearon a medida que el rastrillo se alzaba, y las grandes puertas se abrieron con un chirrido de las bisagras de hierro.

—¿Quién ha ordenado que abrieran las puertas? —exigió saber Joffrey. A causa de los problemas que había en la ciudad, las puertas de la Fortaleza Roja llevaban días cerradas.

Una columna de jinetes emergió por debajo del rastrillo, entre el tintinear del acero y el retumbar de los cascos de los caballos. Clegane se acercó al rey, con una mano en el puño de su espada. Los recién llegados parecían heridos, demacrados y polvorientos, pero su estandarte era el león de los Lannister, dorado sobre campo de gules. Unos cuantos de ellos lucían las capas rojas y las cotas de malla de los hombres de los Lannister, pero todos los demás eran jinetes libres y mercenarios, con armaduras de los orígenes más diversos, acero afilado por doquier... Y también estaban los otros, salvajes monstruosos salidos de alguno de los cuentos de la Vieja Tata, los cuentos de miedo que tanto le gustaban a Bran. Vestían pieles andrajosas y prendas de cuero endurecido, con cabelleras largas y barbas de aspecto fiero. Algunos llevaban vendajes ensangrentados en la frente o en las manos, y a otros les faltaban ojos, orejas o dedos.

En medio de ellos, a lomos de un caballo alazán y con una silla alta muy extraña que lo hacía mecerse de adelante atrás, iba el hermano enano de la reina, Tyrion Lannister, al que llamaban el Gnomo. Se había dejado crecer la barba para ocultar el rostro; era una pelambre hirsuta, rubia y negra, basta como el alambre. Se cubría los hombros con una capa de piel de gatosombra, negra con rayas blancas. Sujetaba las riendas con la mano izquierda, porque llevaba el brazo derecho en un cabestrillo de seda blanca, pero por lo demás seguía teniendo el mismo aspecto grotesco que Sansa recordaba de su visita a Invernalia. Con el ceño sobresaliente y los ojos de colores dispares, era todavía el

hombre más feo que había visto en su vida.

Pero Tommen picó espuelas a su pony y galopó hacia él desde el otro lado del patio, entre gritos de alegría. Uno de los salvajes, un hombretón que caminaba arrastrando los pies, tan velludo que el rostro casi no se le veía bajo los bigotes y las patillas, alzó al chico de la silla, armadura y todo, y lo depositó en el suelo junto a su tío. La risa jadeante de Tommen resonó entre los muros cuando Tyrion le dio unas palmaditas en la coraza, y Sansa se sobresaltó al advertir que ambos eran de estaturas similares. Myrcella llegó corriendo tras su hermano, y el enano la alzó por la cintura y la hizo girar en círculo entre gritos de placer.

Por último, el hombrecillo la dejó de nuevo en el suelo, le dio un beso en la frente y cruzó el patio anadeando en dirección a Joffrey. Dos de sus hombres lo siguieron de cerca: un mercenario de pelo y ojos negros que se movía como un felino al acecho, y un joven flaco al que le faltaba un ojo. Tommen y Myrcella fueron tras ellos.

—Alteza —dijo el enano, hincando una rodilla en tierra ante el rey.

—Eres tú —dijo Joffrey.

—Soy yo —reconoció el Gnomo—, aunque lo apropiado habría sido una bienvenida más cordial, ya que soy una persona mayor, y tu tío para más señas.

—Nos dijeron que habías muerto —intervino el Perro.

—Estoy hablando con el rey —replicó el hombrecillo mirando al hombretón. Uno de sus ojos era verde; el otro, negro, y ambos, gélidos—, no con su mascota.

—Yo me alegro de que no estés muerto —dijo la princesa Myrcella.

—En eso estamos de acuerdo, pequeña. —Tyrion se volvió hacia Sansa—. Lamento la tragedia que se ha cernido sobre vuestra familia, mi señora. Sin duda, los dioses son crueles.

A Sansa no se le ocurrió qué responderle. ¿Cómo podía lamentar su tragedia? ¿Acaso se burlaba de ella? Y los crueles no habían sido los dioses, sino Joffrey.

—También lamento tu pérdida, Joffrey —siguió el enano.

—¿Qué pérdida?

—La de tu regio padre. Haz memoria: un hombre alto con barba negra. El que era el rey antes que tú.

—Ah, eso. Sí, fue una pena. Lo mató un jabalí.

—Eso fue lo que te dijeron, alteza?

Joffrey frunció el ceño. Sansa tuvo la sensación de que debía intervenir. ¿Qué le decía siempre la septa Mordane? « La cortesía es la armadura de las damas». Se puso su armadura.

—Yo lamento que mi señora madre os tomara prisionero, mi señor.

—Hay mucha gente que lo lamenta —replicó Tyrion—, y más lo lamentará antes de que esto acabe. Pero os lo agradezco. Joffrey, ¿dónde está tu madre?

—Reunida con el Consejo —respondió el rey—. Tu hermano Jaime no hace más que perder batallas. —Le lanzó una mirada furiosa a Sansa, como si fuera

por su culpa—. Los Stark lo han cogido prisionero y hemos perdido Aguasdulces, y ahora el estúpido del hermano de esta se ha proclamado rey.

—Parece que últimamente cualquiera se proclama rey. —El enano le dedicó una sonrisa retorcida.

—Sí. —Joffrey no supo qué pensar; parecía desconfiado y desanimado—. Bueno. Me alegra que no hayas muerto, tío. ¿Me has traído algún regalo por mi día del nombre?

—Sí. Mi cerebro.

—Habría preferido la cabeza de Robb Stark —dijo Joff, mirando a Sansa de reojo—. Tommen, Myrcella, nos vamos.

Sandor Clegane se demoró un instante.

—Yo que tú mediría mis palabras, hombrecillo —le advirtió, antes de seguir a su señor a zancadas.

Sansa se encontró a solas con el enano y sus monstruos. No sabía qué más decir.

—Tenéis una herida en el brazo —señaló al final.

—Uno de vuestros norteños me acertó con su mangual durante la batalla en el Forca Verde. Logré escapar cayendo hábilmente de mi caballo. —Su sonrisa se endulzó un poco al examinar su expresión—. ¿Es la pena por la pérdida de vuestro señor padre lo que os pone tan triste?

—Mi padre era un traidor —respondió Sansa al momento—. Mi hermano y mi señora madre también son traidores. —Era un reflejo que había aprendido muy deprisa—. Yo soy leal a mi amado Joffrey.

—No me cabe duda. Tan leal como un ciervo rodeado de lobos.

—Leones —susurró ella sin pensar. Miró a su alrededor, nerviosa, pero no había nadie cerca que pudiera haberla oído. Lannister le tomó la mano y se la apretó.

—Yo no soy más que un león pequeño, niña; os juro que mis garras no os harán daño. —Hizo una reverencia—. Disculpadme, por favor. Tengo que tratar un asunto de la máxima urgencia con la reina y con su Consejo.

Sansa lo vio alejarse, meciendo el cuerpo con cada paso: un espectáculo grotesco.

« Me habla con más dulzura que Joffrey —pensó—, pero la reina también era amable antes. Es un Lannister, hermano de la reina y tío de Joff. No es un amigo». Antes amaba al príncipe Joffrey con todo su corazón; admiraba a su madre, la reina, y confiaba en ella. Le habían pagado tanto amor y confianza con la cabeza de su padre. Sansa no volvería a cometer el mismo error.

Con el gélido atuendo blanco de la Guardia Real, ser Mandon Moore parecía un cadáver amortajado.

—Su alteza ha dado órdenes muy concretas: el Consejo está reunido y nadie debe molestar.

—Yo supondré una molestia muy pequeña, ser Mandon. —Tyrion se sacó el pergamino de la manga—. Traigo una carta de mi padre, lord Tywin Lannister, la mano del rey. Aquí está su sello.

—Nadie debe molestar a su alteza —repitió ser Mandon muy despacio, como si Tyrion fuera idiota y no lo hubiera oído la primera vez.

En cierta ocasión, Jaime le había dicho que Moore era el miembro más peligroso de la Guardia Real, exceptuándolo a él, claro, porque su rostro nunca dejaba entrever lo que haría a continuación. En aquel momento, a Tyrion le habría ido muy bien tener alguna pista. Bronn y Timett podrían matar al caballero si había que llegar a las espadas, pero asesinar a uno de los protectores de Joffrey no era un buen comienzo. Aunque, si permitía que aquel hombre lo despreciara, ¿qué sería de su autoridad? Se obligó a sonreír.

—Aún no os he presentado a mis compañeros, ser Mandon. Este es Timett, hijo de Timett, un mano roja de los hombres quemados. Y este es Bronn. ¿Os acordáis de ser Vardis Egen, el capitán de la guardia de lord Arryn?

—Sí, lo conozco. —Los ojos de ser Mandon eran de un color gris claro, extrañamente inexpresivos y carentes de vida.

—Lo conociais —corrigió Bronn con una sonrisa tensa.

Ser Mandon no se dignó dar señal de que lo había oído.

—En fin —siguió Tyrion con tono alegre—, necesito ver a mi hermana y entregarle esta carta. ¿Tenéis la amabilidad de abrirnos la puerta?

El caballero blanco no respondió. Tyrion estaba ya a punto de abrirse paso por la fuerza cuando ser Mandon se apartó a un lado con un movimiento brusco.

—Podéis pasar. Ellos, no.

« Un pequeño triunfo —pensó—. Pero es dulce». Había aprobado el primer examen. Tyrion Lannister casi se sentía alto al cruzar la puerta. Cinco miembros del Consejo Privado del Rey interrumpieron de repente su conversación.

—Eres tú —dijo su hermana Cersei, en un tono a medio camino entre la incredulidad y el asco.

—Ya sé de quién ha aprendido modales Joffrey. —Tyrion se detuvo un instante para admirar la pareja de esfinges valyrias que flanqueaba la puerta, adoptando una pose de tranquila seguridad. Cersei era capaz de oler la debilidad igual que un perro oía el miedo.

—¿Qué haces aquí? —Los hermosos ojos verdes de su hermana lo examinaban sin el menor rastro de afecto.

—Te traigo una carta de nuestro señor padre.

Se acercó con aire despreocupado hasta la mesa y puso entre ellos el rollo prieto de pergamino. El eunuco Varys cogió la carta con sus manos, delicadamente empolvadas, y le dio la vuelta.

—Lord Tywin es muy amable. Y el lacre de su sello tiene un precioso tono dorado. —Varys examinó el sello con atención—. Tiene todo el aspecto de ser auténtico.

—Claro que es auténtico.

Cersei se lo arrebató de las manos. Rompió el sello y desenrolló el pergamino. Tyrion observó su rostro mientras leía. Su hermana se había instalado en el sillón del rey, dado que Joffrey no se molestaba en asistir a las reuniones del Consejo, igual que hiciera Robert. Por tanto, él se subió a la silla de la mano. Le pareció de lo más apropiado.

—Qué tontería —dijo por fin la reina—. Mi señor padre envía a mi hermano para que ocupe su lugar en el Consejo. Nos ruega que aceptemos a Tyrion como mano del rey, hasta que llegue el momento en que él pueda reunirse con nosotros.

El gran maestre Pycelle se acarició la larga barba blanca y asintió con gesto sopesado.

—En ese caso, se impone una bienvenida en toda regla.

—Desde luego. —Janos Slynt, con su papada y su calvicie, parecía una rana, una rana presumida y muy por encima del lugar que le correspondía—. En estos momentos os necesitamos, mi señor. Las rebeliones estallan por doquier, ese presagio sombrío surca el cielo, hay disturbios en las calles de la ciudad...

—¿Y quién tiene la culpa de eso, lord Janos? —restalló la voz de Cersei—. Vuestros capas doradas deberían mantener el orden. Y en lo que a ti respecta, Tyrion, nos serías más útil en el campo de batalla.

—No, gracias —contestó entre risas—; ya he tenido suficientes batallas. Prefiero una silla con patas a la silla de un caballo, y me gusta más tener en la mano una copa de vino que un hacha de combate. Todo eso del retumbar de los tambores, el reflejo del sol sobre las armaduras, el resoplar y corcovear de los corceles... Te voy a ser sincero: a mí los tambores me dan dolor de cabeza, el sol sobre la armadura me cocía como un ganso el día del banquete de la cosecha, y esos magníficos corceles no hacen más que cagar por todas partes. No es que me queje. En comparación con la hospitalidad que recibí durante mi estancia en el Valle de Arryn, los tambores, la mierda de caballo y las moscas son una maravilla.

Meñique soltó una carcajada.

—Así se habla, Lannister. Lo mismo pienso yo.

Tyrion le sonrió, al tiempo que se acordaba de cierto puñal con el puño de huesodragón y la hoja de acero valyrio.

«Vamos a tener una pequeña charla respecto a ese tema, y pronto». Se preguntó si lord Petyr lo consideraría igual de divertido.

—Por favor —les dijo—, permitidme serviros de otra manera, por insignificante que sea.

—¿Cuántos hombres has traído? —preguntó Cersei después de releer la carta.

—Unos cientos. En su mayoría son hombres míos. A nuestro padre no le convenía prescindir de ninguno de los suyos. Al fin y al cabo, está combatiendo en una guerra.

—¿Y de qué nos servirán unos cientos de hombres si Renly ataca la ciudad, o si los barcos de Stannis llegan de Rocadragón? Pido un ejército y mi padre me envía un enano. Es el rey quien nombra a la mano, con la aprobación del Consejo. Joffrey nombró a nuestro señor padre.

—Y nuestro señor padre me ha nombrado a mí.

—No puede. Necesita la aprobación de Joff.

—No querría que olvidaras un pequeño detalle —respondió Tyrion con toda cortesía—, y es que lord Tywin está en Harrenhal con su ejército. Mis señores, con vuestro permiso, me gustaría hablar un momento a solas con mi hermana.

—Cuánto debéis de haber extrañado el sonido de la voz de vuestra querida hermana. —Varys se puso en pie como una serpiente, al tiempo que le dedicaba su sonrisa empalagosa—. Mis señores, por favor, dejémoslos a solas unos instantes. Los infortunios de nuestro desdichado reino pueden esperar.

Janos Slynt se levantó titubeante, y el gran maestre Pyccelle, con gesto sopesado, pero se levantaron. El último fue Meñique.

—¡Le ordeno al mayordomo que os disponga habitaciones en el Torreón de Maegor?

—Os lo agradezco, lord Petyr, pero voy a ocupar las que fueron de lord Stark, en la Torre de la Mano.

Meñique se echó a reír.

—Sois más valiente que yo, Lannister. ¡Estáis al tanto del destino que corrieron nuestras dos últimas manos!

—¿Las dos últimas? Si queréis meterme miedo, ¿por qué no decís las cuatro?

—¿Cuatro? —Meñique arqueó una ceja—. ¡Las manos anteriores a lord Arryn tuvieron algún destino negro en la torre! Lo siento; era demasiado joven y no me fijaba en esas cosas.

—La última mano de Aerys Targaryen murió durante el saqueo de Desembarco del Rey, aunque no creo que le diera tiempo a instalarse en la Torre. Solo fue mano durante quince días. Su predecesor ardió en una hoguera. Y los dos anteriores fallecieron en el exilio, sin tierras ni bienes, pero aun así se pudieron considerar afortunados. Creo que mi señor padre ha sido la última mano que ha salido de Desembarco del Rey conservando su buen nombre, sus propiedades y todos sus miembros.

—Fascinante —dijo Meñique—. Y razón de más para que yo prefiriera dormir en una mazmorra.

«Y puede que así sea», pensó Tyrion.

—Se dice que el valor y la locura son primos hermanos —dijo en vez de aquello—. Sea cual sea la maldición que pesa sobre la Torre de la Mano, puede que no se fije en mí, dada mi estatura.

Janos Slynt soltó una risotada, Meñique sonrió, y el gran maestre Pycelle los siguió fuera de la estancia, tras hacer una grave reverencia.

—Espero que nuestro padre no te haya enviado para que nos molestes con lecciones de historia —le dijo su hermana en cuanto estuvieron a solas.

—Cuánto he extrañado el sonido de tu querida voz —suspiró Tyrion.

—Cuánto he extrañado yo una ocasión para arrancarle la lengua a ese eunuco con unas tenazas al rojo —replicó Cersei—. ¿Acaso nuestro padre se ha vuelto loco? ¿O has falsificado la carta? —La leyó una vez más, con enfado creciente—. ¿Por qué me castiga con tu presencia? Yo quería que viniera él en persona. —Arrugó la carta de lord Tywin—. Soy la regente de Joffrey, ¡le envíe un mandato real!

—Del que no ha hecho el menor caso —señaló Tyrion—. Tiene un ejército muy grande; se lo puede permitir. Y tampoco es el primero, ¿no?

Cersei apretó los labios. Se le enrojecieron las mejillas.

—Si digo que esta carta es una falsificación y que te encierren en una mazmorra, me harán caso: te lo garantizo.

—Desde luego —asintió Tyrion. Sabía que caminaba sobre hielo frágil. Un paso en falso y se hundiría—, y el que más caso te hará será nuestro padre. Ya sabes, el del ejército grande. Pero, mi querida hermana, ¿por qué ibas a encerrarme en una mazmorra, cuando he venido desde tan lejos solo para ayudarte?

—No solicité tu ayuda. Ordené que viniera nuestro padre.

—Sí —replicó con voz serena—. Pero a quien quieras es a Jaime.

Su hermana se consideraba una mujer sutil, pero Tyrion había crecido a su lado. Podía leer su rostro como si fuera uno de sus libros favoritos, y en aquel momento leyó emociones de rabia, miedo y desesperación.

—Jaime...

—... es tan hermano mío como tuyo —la interrumpió Tyrion—. Si me das tu apoyo, te prometo que conseguiremos que quede libre y vuelva con nosotros sano y salvo.

—¿Cómo? —exigió saber Cersei—. El joven Stark y su madre no se olvidarán fácilmente de que decapitamos a lord Eddard.

—Ciento —asintió Tyrion—, pero sus hijas están en tu poder, ¿verdad? He visto a la mayor en el patio con Joffrey.

—Sansa —dijo la reina—. He hecho correr la voz de que tenemos también a

la mocosa menor, pero es mentira. Cuando murió Robert, envió a Meryn Trant a hacerla prisionera, pero ese maldito maestro de danza que tenía se entrometió, y la criá consiguió escapar. Desde entonces, nadie ha vuelto a verla. Lo más probable es que esté muerta. Aquel día murió mucha gente.

Tyrion había albergado la esperanza de contar con las dos Stark pero tendría que arreglárselas con una.

—Dime lo que sepas sobre nuestros amigos del Consejo.

—¿Qué pasa con ellos? —Su hermana echó un vistazo de soslayo hacia la puerta.

—A nuestro padre no le gustan. La última vez que lo vi se estaba preguntando qué tal quedarían sus cabezas en el muro, al lado de la de lord Stark. —Se inclinó sobre la mesa para acercarse más a ella—. ¿Seguro que son leales? ¿Confías en ellos?

—Yo no confío en nadie —replicó Cersei—. Los necesito. ¿Cree nuestro padre que traman algo?

—Más bien lo sospecha.

—¿Por qué? ¿Qué sabe?

Tyrion se encogió de hombros.

—Sabe que el breve reinado de tu hijo ha sido una larga sucesión de estupideces y desastres. Eso indica que alguien está aconsejando muy mal a Joffrey.

—A Joff no le faltan buenos consejos. —Cersei lo escudriñó con la mirada—. Pero siempre ha sido muy testarudo. Ahora que es el rey, cree que puede hacer lo que se le antoje, no lo que se le aconseje.

—Las coronas afectan de manera extraña a las cabezas que ciñen —asintió Tyrion—. ¿Lo de lord Stark fue cosa de Joffrey?

La reina hizo una mueca.

—Tenía instrucciones de perdonar a Stark y permitirle que vistiera el negro. Nos lo habríamos quitado de en medio para siempre, y también firmaríamos la paz con su hijo, pero Joff decidió ofrecer un espectáculo mejor al populacho. ¿Qué podía hacer yo? Exigió la cabeza de lord Eddard delante de media ciudad. ¡Y Janos Slynt y ser Ilyn lo obedecieron tan contentos, sin que yo diera ninguna orden! —Apretó la mano en un puño cerrado—. El septón supremo dice que profanamos con sangre el Septo de Baelor, después de mentirle acerca de nuestras intenciones.

—Y no le falta razón —dijo Tyrion—. Así que este tal lord Slynt tomó parte en el asunto, ¿no? Dime, ¿de quién fue la gran idea de concederle Harrenhal y un puesto en el Consejo?

—Meñique se encargó de todo. Necesitábamos a los capas doradas de Slynt. Eddard Stark estaba conspirando con Renly y le había escrito una carta a lord Stannis ofreciéndole el trono. Estábamos en un tris de perderlo todo. Y faltó poco.

Si Sansa no hubiera acudido a mí para hablarme de los planes de su padre...

—¿De verdad? —Tyrion se quedó boquiabierto—. ¡Su hija! —Sansa siempre le había parecido una chiquilla dulce, amable y cortés.

—Esa cría estaba loquita de amor. Habría hecho cualquier cosa por Joffrey, hasta que le cortó la cabeza a su padre y le dijo que había sido un acto misericordioso. Ahí se acabó todo.

—Su alteza tiene una manera muy peculiar de ganarse el corazón de sus súbditos —dijo Tyrion con una sonrisa torcida—. ¡Fue también Joffrey el que echó a ser Barristan Selmy de la Guardia Real?

Cersei suspiró.

—Joff quería culpar a alguien de la muerte de Robert. Varys propuso que fuera ser Barristan. ¿Por qué no? Así, el mando de la Guardia Real quedaba en manos de Jaime, así como un puesto en el Consejo Privado, y además, Joff tenía ocasión de echarle un hueso a su perro. Le tiene mucho afecto a Sandor Clegane. Estábamos dispuestos a ofrecerle a Selmy algunas tierras y una torre, que es más de lo que ese viejo inútil se merecía.

—Tengo entendido que ese viejo inútil mató a dos capas doradas de Slynt cuando intentaron aprehenderlo en la puerta del Lodazal.

—Janos debió enviar más hombres. —Su hermana no parecía nada satisfecha—. No es tan competente como cabría esperar.

—Ser Barristan era el lord comandante de la Guardia Real de Robert Baratheon —apuntó Tyrion a modo de recordatorio—. Jaime y él eran los únicos supervivientes de los siete de Aerys Targaryen. El pueblo habla de él igual que de Serwyn del Escudo Espejo, o del príncipe Aemon, el Caballero Dragón. ¡Qué crees que van a decir cuando vean a Barristan el Bravo cabalgando al lado de Robb Stark o de Stannis Baratheon?

—No lo había pensado. —Cersei apartó la vista.

—Nuestro padre, sí —dijo Tyrion—. Por eso me envió. Para acabar con esta serie de locuras y poner firme a tu hijo.

—Si se trata de controlar a Joff, no vas a tener mucha más suerte que yo.

—Puede que sí.

—¿Por qué?

—Porque sabe que tú jamás le harías daño.

—Si crees que voy a permitir que le causes algún mal a mi hijo —dijo Cersei con los ojos entrecerrados—, es que las fiebres te han vuelto loco.

—Joffrey está tan a salvo contigo como contigo —le aseguró Tyrion con un suspiro. Su hermana no lo entendía, como de costumbre—, pero mientras se sienta amenazado, escuchará lo que se le diga. —Le cogió la mano—. Soy tu hermano; recuérdalo. Tanto si lo quieres reconocer como si no, me necesitas. Y tu hijo me necesita, si es que quiere conservar ese horrible sillón de hierro.

—Siempre has sido astuto. —Cersei parecía conmocionada por el hecho de

que se atreviera a tocarla.

—A mi pequeña manera... —Sonrió.

—Vale la pena intentarlo. Pero no te equivoques, Tyrion. Si accedo, serás la mano del rey, pero solo de nombre; en realidad serás mi mano. Antes de hacer nada, consultarás todos tus planes e intenciones conmigo, y no emprenderás ninguna acción sin mi consentimiento. ¿Comprendes?

—Cómo no.

—¿Y estás de acuerdo?

—No te quepa duda —mintió—. Soy todo tuyo, hermana. —«Mientras me convenga»—. Bien, ahora que compartimos el mismo objetivo, no debe haber más secretos entre nosotros. Me has dicho que Joffrey ordenó matar a lord Eddard, que Varys echó a ser Barristan y que Meñique nos obsequió con la presencia de lord Slynt. ¿Quién mató a Jon Arryn?

—¿Cómo quieras que lo sepa? —Cersei retiró la mano con un gesto brusco.

—La acongojada viuda del Nido de Águilas cree que fui yo. ¿De dónde ha sacado esa idea?

—Lo ignoro. El imbécil de Eddard Stark me acusó de lo mismo. Me dio a entender que lord Arryn sospechaba, o... bueno, que creía...

—¿Que te estabas follando a nuestro querido Jaime?

Ella lo abofeteó.

—¿Te crees que estoy tan ciego como nuestro padre? —Tyrion se frotó la mejilla—. No me importa con quién te acuestes..., aunque me parece una injusticia que te abras de piernas para un hermano y no para el otro.

Ella lo abofeteó.

—Vamos, Cersei, si solo es una broma. Si quieras que te diga la verdad, prefiero a una buena puta. Nunca comprendí qué veía Jaime en ti, aparte de su propio reflejo.

Ella lo abofeteó.

—Como sigas haciendo eso me voy a enfadar. —Tyrion tenía las mejillas enrojecidas y ardiendo, pero sonreía.

—¿Y a mí qué me importa que te enfades? —Aquello había detenido la mano de su hermana.

—Tengo nuevos amigos —le confesó—. No te van a gustar nada de nada. ¿Cómo mataste a Robert?

—Se mató él solo. Nosotros nos limitamos a ayudarlo. Lancel vio que Robert iba a por el jabalí y le dio un vino muy fuerte. Su favorito, un tinto amargo, pero más cargado, tres veces más contundente que de costumbre. Y a ese imbécil hediondo le encantó. Podría haber dejado de beberlo en cualquier momento, pero no: vació un pellejo entero y mandó a Lancel a buscar otro. El jabalí se encargó de lo demás. Lástima que no estuvieras en el banquete, Tyrion. Nunca había probado un jabalí tan delicioso. Lo cocinaron con setas y manzanas, y tenía

sabor a triunfo.

—No cabe duda de que naciste para viuda, hermana. —Pese a ser un zoquete y un fanfarrón, Robert Baratheon le había caído bien... sobre todo porque su hermana no podía soportarlo—. En fin, si no quieres darme más bofetadas, tengo que irme ya. —Retorció las piernas y se bajó del sillón con torpeza. Cersei frunció el ceño.

—No te he dado permiso para retirarte. Quiero saber cómo piensas liberar a Jaime.

—Te lo diré cuando lo sepa. Los planes son como la fruta; tienen que madurar. Lo que voy a hacer ahora mismo es recorrer a caballo las calles, para ver cómo está la ciudad. —Tyrion puso la mano sobre la cabeza de la esfinge que había junto a la puerta—. Una última petición. Ten la bondad de asegurarte de que a Sansa Stark no le sucede nada malo. No nos convendría perder a las dos hijas.

Al salir de la sala del Consejo, Tyrion saludó a ser Mandon con una inclinación de la cabeza y recorrió el largo pasillo abovedado. Bronn se unió a él. De Timett, hijo de Timett, no había ni rastro.

—¿Dónde está nuestro mano roja? —preguntó.

—Le han entrado ganas de explorar un poco. No es el tipo de hombre al que le gusta aguardar en un pasillo.

—Espero que no mate a nadie importante. —Los hombres de los clanes que habían acompañado a Tyrion desde sus fortalezas de las montañas eran leales a su manera, pero también orgullosos y pendencieros, siempre dispuestos a responder con el acero a cualquier insulto, real o imaginario—. Búscalos. Y ya que estás, encárgate de que se les proporcione alojamiento y comida a los demás. Quiero que se instalen en los cuarteles al pie de la Torre de la Mano, pero que el mayordomo no ponga a los grajos de piedra cerca de los hermanos de la luna, y dile que los hombres quemados necesitan una sala privada para ellos.

—¿Dónde estarás tú?

—Volveré al Yunque Roto.

—¿Necesitas escolta? —Bronn le dedicó una sonrisa insolente—. Se dice que hay peligro en las calles.

—Hablaré con el capitán de la guardia de mi hermana y le recordaré que soy tan Lannister como ella. Parece que se le ha olvidado que juró fidelidad a Roca Casterly, no a Cersei ni a Joffrey.

Una hora después, Tyrion partía a caballo de la Fortaleza Roja, acompañado por una docena de guardias de los Lannister con sus capas rojas y sus yelmos adornados con leones. Al pasar bajo el rastillo se fijó en las cabezas que decoraban los muros. La putrefacción y la breña las habían teñido de negro, y hacía mucho que los rasgos eran irreconocibles.

—Capitán Vylarr —llamó—, quiero que mañana mismo retiren eso.

Entregadlas a las hermanas silenciosas para que las limpien.

Imaginaba que iba a ser muy difícil emparejarlas con sus cuerpos correspondientes, pero había que hacerlo. Ciertas muestras de decoro se debían respetar incluso en tiempos de guerra. Vylarr no parecía tan seguro.

—Su alteza el rey nos dijo que quería que las cabezas de los traidores permanecieran en los muros hasta que ocupara las tres estacas vacías, las del extremo.

—A ver si adivino. Una es para Robb Stark, y las otras, para lord Stannis y lord Renly. ¿He dado en el clavo?

—Sí, mi señor.

—Mi sobrino cumple trece años hoy, Vylarr. Procurad no olvidarlo. Si mañana no han desaparecido esas cabezas, una de las estacas vacías se encontrará con un ocupante diferente al previsto. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

—Me encargaré personalmente de que las retiren, mi señor.

—Muy bien. —Tyrion picó espuelas y se alejó al trote. Los capas rojas lo siguieron como pudieron.

Le había dicho a Cersei que quería ver cómo estaban las calles de la ciudad. No era del todo mentira. Tyrion Lannister no se quedó nada satisfecho con lo que encontró. Las calles de Desembarco del Rey siempre habían sido populosas, ruidosas y duras, pero en aquellos momentos rezumaban peligro de una manera que no había visto en sus paseos anteriores. Había un cadáver desnudo tirado en el arroyo cercano a la calle de los Telares; una jauría de perros salvajes lo estaba despedazando, y al parecer, a nadie le importaba. Había guardias por todas partes: iban en parejas por los callejones con sus capas doradas y sus cotas de malla negras, las porras de hierro siempre al alcance de las manos. Los mercados estaban llenos de hombres desastrados que vendían sus propiedades a cualquier precio... Pero no había granjeros que pregonaran sus productos. El precio de los pocos alimentos que vio era el triple que el año anterior.

—¡Ratas frescas! —anunciaba a gritos un vendedor ambulante que ofrecía ratas asadas en un espetón—. ¡Ratas frescas!

Sin duda, eran mejores que las ratas viejas y medio podridas. Pero lo más aterrador era que las ratas asadas tenían un aspecto más apetitoso que la mercancía que vendían los carniceros. En la calle de la Harina vio guardias ante una de cada dos tiendas. Pensó que, en tiempos de escasez, hasta a los panaderos les resultaban más baratos los mercenarios que el pan.

—No están entrando alimentos, ¿verdad? —le dijo a Vylarr.

—Pocos —reconoció el capitán—. Hay guerra en la zona de los ríos, y lord Renly está reuniendo a los rebeldes en Altojardín, de manera que los caminos hacia el sur y hacia el oeste están cerrados.

—¿Y qué ha hecho mi querida hermana para remediarlo?

—Está tomando las medidas necesarias para restablecer la paz del rey —le aseguró Vylarr—. Lord Slynt ha triplicado las fuerzas de la Guardia de la Ciudad, y la reina ha encargado a un millar de obreros que refuerzen las defensas. Los albañiles están fortificando los muros; los carpinteros construyen cientos de escorpiones y catapultas; los flecheros hacen flechas; los herreros forjan espadas, y el Gremio de Alquimistas ha prometido diez mil frascos de fuego valyrio.

Tyrion cambió de postura en la silla, algo inquieto. Le gustaba el hecho de que Cersei no hubiera estado cruzada de brazos, pero el fuego valyrio era muy traicionero, y diez mil frascos bastaban para convertir en cenizas todo Desembarco del Rey.

—¿De dónde ha sacado dinero mi hermana para pagar todo eso? —No era ningún secreto que el rey Robert había dejado la corona muy endeudada, y los alquimistas no se caracterizaban precisamente por su altruismo.

—Lord Meñique siempre encuentra la manera de conseguir efectivo, mi señor. Ha creado un impuesto para los que quieren entrar en la ciudad.

—Muy eficaz —dijo Tyrion. «Astuto. Astuto y cruel», pensó. Decenas de miles de personas huían en busca de la supuesta seguridad de Desembarco del Rey. Las había visto en el camino Real: eran grupos de madres, niños y padres ansiosos que miraban sus caballos y carretas con ojos llenos de codicia. Una vez llegaran a la ciudad, pagaría todo lo que tenían con tal de poner entre ellos y la guerra aquellos muros tranquilizadores..., aunque quizás se lo pensaran dos veces si se enteraban de lo del fuego valyrio.

Desde la posada situada bajo el cartel de un yunque roto se divisaban aquellas murallas, en las cercanías de la puerta de los Dioses, por donde habían entrado aquella mañana. Al llegar al patio, un chico salió corriendo para ayudar a Tyrion a bajarse del caballo.

—Volved al castillo con vuestros hombres —dijo a Vylarr—. Pasaré la noche aquí.

—¿Estaréis a salvo, mi señor? —El capitán titubeaba.

—Qué queréis que os diga, capitán; cuando he salido de la posada esta mañana, estaba llena de orejas negras. Si Chella, hija de Cheyk, anda cerca, uno nunca está del todo seguro. —Tyrion anadeó hacia la puerta, mientras el desconcertado Vylarr trataba de entender qué le había dicho.

Una ráfaga de alegría le dio la bienvenida al entrar en la sala común de la posada. Reconoció la carcajada gutural de Chella y también la risa musical de Shae. La muchacha estaba sentada cerca de la chimenea, junto a la mesa redonda de madera, bebiendo vino en compañía de los tres orejas negras que había dejado para protegerla. Los acompañaba un hombre gordo que le daba la espalda. Supuso que sería el posadero... hasta que Shae llamó a Tyrion por su nombre, y el intruso se levantó.

—Mi buen señor, qué inmenso placer es veros —dijo con una blanda sonrisa de eunuco en el rostro empolvado.

—Lord Varys. —Tyrion se tambaleó—. No esperaba veros aquí —«Los Otros se lo lleven; ¿cómo se las ha arreglado para encontrarlos tan deprisa?».

—Disculpad mi intromisión —siguió Varys—. De pronto he sentido el deseo incontenible de conocer a vuestra joven dama.

—Joven dama —repitió Shae como si saboreara las palabras—. Tenéis razón en parte, mi señor. Soy joven.

«Dieciocho años —pensó Tyrion—. Solo tiene dieciocho años y ya es prostituta; pero de ingenio agudo, ágil como una gata entre las sábanas, con ojos grandes y oscuros, hermoso cabello negro y una boquita dulce, suave, hambriona... ¡y mía! Maldito seas, eunuco».

—Me temo que quien interrumpe soy yo, lord Varys —dijo con cortesía forzada—. Al entrar me ha parecido que os estabais divirtiendo mucho.

—Mi señor Varys le ha dedicado un cumplido a Chella por sus orejas, y le ha dicho que debía de haber matado a muchos hombres para tener un collar tan impresionante —le explicó Shae. Le molestaba su manera de llamar *mi señor* a Varys. Era lo mismo que le decía a él durante sus juegos de cama—. Y Chella le ha dicho que solo un cobarde mata a los enemigos vencidos.

—Los valientes los dejan vivos; así tienen la posibilidad de lavar su vergüenza recuperando la oreja —explicó Chella, una mujer menuda y morena, de cuyo cuello colgaba una espantosa ristra de cuarenta y seis orejas secas y arrugadas. Tyrion se había tomado la molestia de contarlas—. Solo así se puede demostrar que no se teme a los enemigos.

Shae se echó a reír a carcajadas.

—Y luego, mi señor ha dicho que si él fuera un oreja negra no podría dormir: sus sueños estarían plagados de hombres con una oreja.

—Es un problema al que yo jamás tendré que enfrentarme —dijo Tyrion—. Mis enemigos me inspiran terror, así que los mato a todos.

Varys rio entre dientes.

—¿Queréis tomar una copa de vino con nosotros, mi señor?

—Tomaré una copa de vino.

Tyrion se sentó al lado de Shae. Comprendía demasiado bien qué sucedía allí, aunque Chella y la muchacha no eran conscientes. Varys le estaba enviando un mensaje. Al decir: «de pronto sentí el deseo incontenible de conocer a vuestra joven dama», en realidad estaba diciendo: «quisiste ocultarla, pero yo averigüé dónde estaba y quién era, y aquí me tienes». Le habría gustado saber quién lo había traicionado. ¿El posadero, el mozo de cuadras, un guardia de la puerta... o alguno de sus hombres?

—A mí me encanta entrar en la ciudad por la puerta de los Dioses —le dijo Varys a Shae, al tiempo que llenaba las copas de vino—. Las figuras labradas del

puesto de guardia son exquisitas; siempre que las veo me entran ganas de llorar. Tienen unos ojos... muy expresivos, ¿verdad? Casi parece que lo siguen a uno cuando entra a caballo por debajo del rastrillo.

—Pues no me había fijado, mi señor —replicó Shae—. Si eso os complace, mañana las miraré bien.

« No te molestes, pequeña —pensó Tyrion mientras daba vueltas al vino en la copa—. Le importan un rábano las tallas. Los ojos de los que alardea son los suyos. Está diciendo que nos vigila, que sabía dónde estábamos desde el momento en que cruzamos las puertas» .

—Debéis tener mucho cuidado, niña —recomendó Varys—. Desembarco del Rey no es lugar seguro en los tiempos que corren. Conozco bien sus calles, y aun así, casi me ha dado miedo venir aquí, solo y desarmado. Son tiempos difíciles; por todas partes rondan hombres fuera de la ley. Hombres de acero frío y corazón más frío aún.

O sea: « Aquí, yo puedo llegar solo y desarmado, y de la misma manera pueden llegar otros con espadas desenvainadas» .

—Si se meten conmigo —dijo Shae entre risas—, tendrán que escapar de Chella, solo con una oreja.

Varys soltó una carcajada, como si fuera el chiste más divertido que había escuchado en su vida. Pero los ojos que clavó en Tyrion no reían.

—Vuestra joven dama es deliciosa. Si yo estuviera en vuestro lugar, la cuidaría muy bien.

—Eso hago. Si alguien intenta hacerle daño... En fin, soy demasiado pequeño para que me admitan en los orejas negras y nunca he presumido de valor.

« ¿Lo ves? Hablamos el mismo idioma, eunuco. Si le haces daño, te mato» .

—Tengo que marcharme. —Varys se levantó—. Me imagino que debéis de estar muy cansados. Solo quería daros la bienvenida, mi señor, y deciros cuánto me complace que hayáis venido. En el Consejo os necesitamos. ¿Habéis visto el cometa?

—Soy pequeño, no ciego —respondió Tyrion. En el camino Real, el cometa parecía cubrir la mitad del cielo; ganaba en brillo a la luna creciente.

—La gente lo llama el Mensajero Rojo —dijo Varys—. Dicen que es el heraldo que precede a un rey, para advertirnos de que va a haber fuego y sangre.

—El eunuco se frotó las manos empolvadas—. ¿Os dejo con un acertijo, lord Tyrion? —No esperó la respuesta—. En una habitación hay tres hombres de gran importancia: un rey, un sacerdote y un hombre rico con su oro. Frente a ellos se encuentra de pie un sicario, un hombre sin importancia de baja cuna y mente poco aguda. Cada uno de los grandes quiere que mate a los demás.

» —Mátalos —dice el rey—, porque soy tu legítimo gobernante.

» —Mátalos —dice el sacerdote—: te lo ordeno en nombre de los dioses.

» —Mátalos —dice el rico—, y todo este oro será tuy o.

» Y decidme... ¿quién vive y quién muere?

El eunuco hizo una profunda reverencia y salió de la sala común arrastrando los pies calzados con zapatillas blandas.

Chella dejó escapar un bufido, y el hermoso rostro de Shae se frunció en una mueca.

—El que vive es el rico, ¿verdad?

—Puede que sí. —Tyrion, pensativo, bebió un trago de vino—. O puede que no. Creo que depende del sicario. —Dejó la copa en la mesa—. Vamos arriba.

Shae tuvo que esperarlo en la cima de las escaleras, porque tenía piernas ágiles y flexibles, mientras que las suyas eran cortas y estaban doloridas. Pero sonreía cuando llegó junto a ella.

—¿Me habéis echado de menos? —bromeó al tiempo que le cogía la mano.

—Con todo mi ser —reconoció Tyrion. Shae media alrededor de tres codos y un palmo, e incluso así tenía que alzar la vista para mirarla... pero en su caso no le importaba. Era una delicia alzar la vista y verla a ella.

—Me vais a echar de menos en esa Fortaleza Roja —le dijo la chica al tiempo que lo guiaba hacia su habitación—. Estaréis tan solo en esa fría cama de la Torre de la Mano...

—Y que lo digas. —Tyrion habría preferido que lo acompañara, pero su señor padre lo había prohibido. « No te lleves a la puta a la corte », fue la orden expresa de lord Tywin. La había llevado a la ciudad; no se atrevía a ir más lejos en su desacato. Toda la autoridad que tenía derivaba de su padre, y la muchacha debía entenderlo—. Estarás cerca de mí —le prometió—. Tendrás una casa con guardias y criados, e iré a verte siempre que pueda.

Shae cerró la puerta de una patada. A través de los cristales empañados de la estrecha ventana se divisaba el Gran Septo de Baelon, en la cima de la colina de Visenya, pero Tyrion estaba distraído con un paisaje muy diferente. Shae se inclinó, se cogió el vestido por el dobladillo, se lo quitó por la cabeza y lo tiró a un lado. No era aficionada a la ropa interior.

—No podréis descansar tranquilo —le dijo, desnuda ante él, rosada y hermosa, con una mano en la cadera—. Pensaréis en mí cada vez que os acostéis. Se os pondrá dura, no habrá nadie que os ayude y no podréis dormir a menos que... —Le dedicó su sonrisa traviesa, que tanto le gustaba a Tyrion—. ¿Por eso llaman a ese sitio la Torre de la Mano, mi señor?

—Cállate y bésame —ordenó. Percibió el sabor del vino en sus labios y sintió los pechos pequeños y firmes contra él, mientras le desataba con dedos ágiles las lazadas de los calzones.

—Mi león —susurró cuando se separó un instante de ella para desnudarse—. Mi dulce señor, mi gigante de Lannister.

Tyrion la empujó hacia la cama. Cuando la penetró, la chica gritó como para despertar en su tumba a Baelor el Santo, y le clavó las uñas en la espalda. Él

jamás había sentido un dolor tan placentero.

« Idiota —se dijo después, mientras yacían sobre el colchón hundido, entre las sábanas arrugadas—. ¿Es que no vas a aprender nunca, enano? Maldición, es una puta; lo que le gusta es tu dinero, no tu polla. ¿Te acuerdas de Tysha?». Pero cuando le acarició un pecho con los dedos, el pezón se endureció y allí estaba la marca del mordisco que le había dado en medio de la pasión.

—Y ahora que sois la mano del rey, mi señor, ¿qué vais a hacer? —le preguntó Shae mientras él cubría con los dedos la carne cálida y tierna.

—Algo que Cersei no se imaginaría jamás —murmuró Tyrion contra su esbelto cuello—. Voy a hacer... justicia.

Bran prefería la piedra dura del asiento de la ventana a la comodidad del colchón de plumas y las mantas. Cuando estaba en la cama, sentía como si las paredes se le vinieran encima y el techo pesara sobre él. Cuando estaba en la cama, la habitación era su celda e Invernalia, su prisión. Pero, al otro lado de la ventana, el ancho mundo aún lo llamaba.

No podía caminar, ni trepar, ni cazar, ni pelear con una espada de madera como hacía antes, pero aún podía mirar. Le gustaba ver como las ventanas de Invernalia se iban iluminando a medida que tras sus cristales romboidales se encendían velas y chimeneas, y le encantaba escuchar como los lobos huargo cantaban a las estrellas.

En los últimos tiempos soñaba a menudo con lobos. « Me hablan, de hermano a hermano», se dijo cuando los lobos empezaron a aullar. Casi los comprendía... No del todo, pero casi... como si cantaran en un idioma que había dominado en el pasado, y que luego había olvidado. A los Walders les daban miedo, pero por las venas de los Stark corría sangre de lobos. Se lo había dicho la Vieja Tata. « Aunque en unos es más fuerte que en otros», le advirtió.

El aullido de Verano era largo y triste, lleno de pena y añoranza. El de Peludo era más incontrolado. Sus voces resonaron en los patios y en las salas hasta que el castillo entero pareció invadido por una manada de huargos, como si hubiera más de dos... dos, donde en el pasado hubo seis. « ¿Estarán llamando a Viento Gris, a Fantasma, a Nymeria, y al espíritu de Dama? ¿Querrán que regresen para volver a ser una manada?» .

—Nadie sabe qué pasa por la mente de un lobo —le dijo ser Rodrik Cassel cuando Bran le preguntó por qué aullaban.

La señora madre de Bran lo había nombrado castellano de Invernalia durante su ausencia, y sus obligaciones no le dejaban mucho tiempo para preguntas tontas.

—Están pidiendo libertad —le aseguró Farlen, que era el encargado de las perreras; los lobos huargo le gustaban tan poco como a sus sabuesos—. No les agrada estar entre muros, y es comprensible. Los animales salvajes deberían estar libres, no encerrados en castillos.

—Quieren cazar —corroboró Gage, el cocinero, mientras echaba dados de sebo a un caldero de guiso—. Los lobos tienen mejor olfato que ningún hombre. Seguro que les ha llegado el olor de una presa.

El maestre Luwin no estaba de acuerdo.

—Los lobos suelen aullar a la luna. Estos aúllan al cometa. ¡Ves cómo brilla, Bran? A lo mejor creen que es la luna.

Cuando Bran se lo contó a Osha, esta se echó a reír.

—Tus lobos tienen más cerebro que el maestre —dijo la salvaje—. Saben

cosas que el hombre ya ha olvidado. —Su manera de decirlo le provocó escalofríos, y le preguntó qué significaba el cometa—. Sangre y fuego, chico. Nada bueno.

Bran preguntó al septón Chayle acerca del cometa mientras clasificaban algunos pergaminos rescatados del incendio en la biblioteca.

—Es la espada que mata la estación —le dijo, y poco después llegó de Antigua el cuervo blanco que anunciaría el otoño, de modo que no había duda de que tenía razón.

Pero la Vieja Tata no pensaba lo mismo, y había vivido más tiempo que nadie en el castillo.

—Dragones —dijo, al tiempo que alzaba la cabeza y olisqueaba el aire. Estaba casi ciega y no veía el cometa, pero aseguraba que lo podía oler—. Son dragones, chico.

La Tata no llamaba *príncipe* a Bran. No lo había hecho hasta entonces, y no lo haría nunca.

—Hodor —se limitó a decir Hodor.

Siempre decía lo mismo.

Pero los lobos huargo seguían aullando. Los guardias de las murallas los maldecían entre dientes, los sabuesos de las perreras ladraban furiosos, los caballos corcoveaban en los establos, los Walders se estremecían ante la chimenea y hasta el maestre Luwin se quejaba de noches en vela. El único al que no le importaba era Bran. Ser Rodrik había confinado los lobos al bosque de dioses después de que Peludo mordiera a Walder el Pequeño, pero las piedras de Invernalia jugaban malas pasadas con los sonidos, y a veces parecía como si se encontraran en el patio, al pie de la ventana de Bran. En otras ocasiones habría jurado que se encontraban en la cima de las murallas, recorriéndolas como centinelas. Habría dado cualquier cosa por verlos.

Lo que sí veía era el cometa, suspendido sobre la sala de la guardia y la Torre de la Campana, y también el Primer Torreón, redondo y chato, con gárgolas que eran como formas negras ante el desgarrado cielo púrpura del ocaso. En otros tiempos, Bran había descubierto hasta la última piedra de aquellos edificios, por dentro y por fuera; había trepado por todas ellas; subía por las paredes con la misma facilidad con que otros niños bajaban por las escaleras. Los tejados habían sido sus escondites secretos, y los cuervos que anidaban en la cima de la torre rota, sus amigos más especiales.

Pero se había caído.

Bran no recordaba haberse caído, pero era lo que le decían que había pasado, así que debía de ser verdad. Estuvo al borde de la muerte. Al ver las erosionadas gárgolas del Primer Torreón, donde había sucedido aquello, sintió un extraño nudo en la garganta. Y ya no podía trepar, ni caminar, ni correr, ni luchar con la espada... y todos sus sueños de ser un caballero se le pudrían en la cabeza.

El día de su caída, Verano no dejó de aullar, y siguió aullando todo el tiempo que estuvo postrado en la cama; se lo había contado Robb antes de partir a la guerra. Verano había llorado por él, y Peludo y Viento Gris compartían su dolor. Y la noche en que el cuervo había llegado con la noticia de la muerte de su padre, los lobos también lo supieron. Bran se encontraba con Rickon en la torrecilla del maestre Luwin, que les hablaba de los hijos del bosque, cuando los aullidos de los lobos ahogaron su voz.

« ¿Por quién lloran ahora?». ¿Acaso algún enemigo había matado al Rey en el Norte, el que fuera su hermano Robb? ¿Se había caído del Muro Jon Nieve, su hermano bastardo? ¿Había muerto su madre, o alguna de sus hermanas? ¿O se trataba de otra cosa, como parecían creer el maestre, el septón y la Vieja Tata?

« Si fuera un verdadero lobo huargo, entendería su canción», pensó con tristeza. En sus sueños de lobo podía correr por las laderas de las montañas, subir a cumbres escabrosas más altas que ninguna torre y detenerse en la cima bajo la luna llena, con el mundo entero a sus pies, tal como había sido antes de la caída.

—Auuu —gritó Bran con indecisión. Se puso las manos en torno a la boca y alzó la cabeza hacia el cometa—. Auuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu —aulló.

Le salió un sonido estúpido, agudo y trémulo; era el aullido de un niño, no el de un lobo. Pero Verano le respondió; su voz grave ahogó la vocecita de Bran, y Peludo lo siguió. Bran aulló de nuevo. Aullaron juntos; eran los últimos de su manada.

El ruido hizo que un guardia se asomara a su puerta. Era Pelopaja, el de la verruga en la nariz. Enseguida vio a Bran, que aullaba asomado a la ventana.

—¿Qué sucede, mi príncipe?

Bran seguía sin acostumbrarse a que lo llamaran príncipe, aunque sabía que era el heredero de Robb, y Robb era entonces el Rey en el Norte. Giró la cabeza para aullar al guardia.

—Auuuuuuuuuu, uuuuuuuuuuuuuuuuuuu.

—Dejad de hacer eso —dijo Pelopaja con una mueca.

—Auuuuuuuuuu, auauauuuuuuuuuuuuuuu.

El guardia se retiró. Cuando volvió a aparecer, lo acompañaba el maestre Luwin, gris de los pies a la cabeza, con la prieta cadena en torno al cuello.

—Bran, esas bestias ya hacen suficiente ruido sin que tú las ayudes. —Cruzó la estancia y le puso la mano en la frente—. Es muy tarde; deberías estar durmiendo.

—Estoy hablando con los lobos —replicó Bran, apartándole la mano.

—Le digo a Pelopaja que te lleve a la cama?

—Puedo acostarme yo solo.

Mikken había clavado una hilera de barrotes de hierro en la pared, de manera que Bran podía desplazarse por la habitación impulsándose con los brazos. Era un

proceso lento y dificultoso, y le dolian los hombros, pero no soportaba que lo llevaran en brazos.

—Además, si no quiero acostarme, no me podéis obligar.

—Todos los hombres necesitan dormir, Bran. Los príncipes también.

—Cuando duermo me convierto en lobo. —Bran giró la cabeza y escudriñó la noche—. ¿Los lobos tienen sueños?

—Creo que todas las criaturas sueñan, pero no igual que los hombres.

—¿Y los muertos sueñan? —preguntó Bran.

Estaba pensando en su padre. Abajo, en las oscuras criptas subterráneas de Invernalia, un escultor tallaba en granito la imagen de Eddard Stark

—Hay quien dice que sí y hay quien dice que no —respondió el maestre—. Los muertos nunca han dicho nada al respecto.

—¿Y los árboles sueñan?

—¿Los árboles? No...

—Sí que sueñan —replicó Bran, muy seguro de repente—. Sueñan con sueños de árboles. Yo a veces también sueño con un árbol. Un arciano, como el del bosque de dioses. Me llama. Los sueños de lobos son mejores. Huelo cosas, y a veces me sabe la boca a sangre.

—Si pasaras más tiempo con el resto de los niños... —El maestre Luwin se tironeó de la cadena que le ceñía el cuello.

—No me gustan. —Bran se refería a los Walders—. Te ordené que los echaras.

—Los Frey son pupilos de tu señora madre. —Luwin se puso serio—. Si están aquí, es porque ella lo ordenó de manera expresa. No tienes autoridad para expulsarlos; además, tampoco estaría bien. Si los echáramos, ¿adónde irían?

—A su casa. Por su culpa me habéis quitado a Verano.

—El pequeño Frey no pidió que lo mordieran —replicó el maestre—. Yo tampoco, por cierto.

—Pero fue Peludo. —El gran lobo negro de Rickon estaba tan descontrolado que el propio Bran le tenía miedo a veces—. Verano nunca ha mordido a nadie.

—Verano le arrancó la garganta a un hombre en este mismo dormitorio, ¿no te acuerdas? Lo cierto es que aquellos adorables cachorritos que tus hermanos y tú encontrasteis en la nieve han crecido, y ahora son fieras peligrosas. Los Frey hacen bien en tenerles miedo.

—Deberíamos meter a los Walders en el bosque de dioses, y que jueguen allí al señor del cruce todo lo que quieran. Así, Verano volvería a dormir conmigo. Si soy el príncipe, ¿por qué no me obedeces? Quiero montar en Bailarina, pero Barrigón no me deja salir de Invernalia.

—Y hace muy bien. En el bosque de los Lobos acechan muchos peligros. ¿Acaso no lo aprendiste en tu última salida? ¿Qué quieres? ¿Que algún forajido te tome prisionero y te venda a los Lannister?

—Verano me salvaría —insistió Bran, testarudo—. A los príncipes los tendrían que dejar navegar por el mar, cazar jabalies en el bosque de los Lobos y justar con lanzas.

—Bran, pequeño, ¿por qué te atormentas así? Quizá algún día puedas hacer todas esas cosas que dices, pero por ahora no eres más que un niño de ocho años.

—Preferiría ser un lobo. Así podría vivir en el bosque y dormir cuando quisiera, y también encontraría a Arya y a Sansa. Las olería y correría a salvarlas, y cuando Robb fuera a la batalla pelearía a su lado igual que Viento Gris. Le destrozaría la garganta al Matarreyes con los colmillos, y así se terminaría la guerra y todos volverían a Invernalia. Si yo fuera un lobo... —Echó la cabeza hacia atrás y aulló—. Auuuuuuuuuu!

Luwin levantó la voz.

—Un verdadero príncipe daría gracias por...

—¡Auuuuuuuuu! —aulló Bran, todavía más alto—. ¡Auuuuuuuuu!

—Como quieras, niño. —El maestre se dio por vencido. Salió de la habitación, con una expresión a medio camino entre la pena y la indignación dibujada en el rostro.

Una vez a solas, Bran perdió el gusto por los aullidos, y al cabo de un rato se quedó en silencio.

« Yo les di la bienvenida —se dijo con resentimiento—. Yo era el señor de Invernalia, un señor de verdad, y el maestre lo sabe». Cuando los Walders llegaron procedentes de Los Gemelos, Rickon no había querido que se quedaran. No era más que un niño de cuatro años, y había chillado que él quería a su madre, a su padre, a Robb... no a aquellos desconocidos. A Bran le correspondió la tarea de tranquilizarlo y darles la bienvenida a los Frey. Les había ofrecido carne, hidromiel y un asiento junto al fuego, y hasta el maestre Luwin le dijo más tarde que lo había hecho muy bien.

Pero todo eso fue antes del juego.

Se jugaba con un leño, un cayado, agua y muchos gritos. Lo más importante era el agua, o aquello le dijeron Walder y Walder a Bran. Se podía utilizar un tablón, o incluso una serie de piedras, y en vez de cayado, una rama. No era necesario gritar, pero sin agua no había juego. El maestre Luwin y ser Rodrik no tenían la menor intención de permitir que los niños vagaran por el bosque de los Lobos en busca de algún arroyo, así que tuvieron que conformarse con uno de los charcos enlodados del bosque de dioses. Walder y Walder no habían visto nunca cómo salía agua caliente burbujeando del suelo, pero estuvieron de acuerdo en que eso hacía el juego aún más interesante.

Los dos se llamaban Walder Frey. Walder el Mayor les dijo que en Los Gemelos había Walders a montones; todos se llamaban así en honor al abuelo de los chicos, lord Walder Frey.

—Pues en Invernalia cada uno tiene un nombre —comentó Rickon con

altivez.

El juego consistía en tender un tronco a través del agua. Uno de los jugadores se ponía en medio con el palo en la mano. Era el señor del cruce, y cuando los otros jugadores se acercaban, tenía que decirles: «Soy el señor del cruce, ¿quién va?». Entonces, el otro jugador se tenía que inventar un discurso para explicar quiénes eran y por qué debía permitirles el paso. El señor podía obligarlos a hacer juramentos y a responder preguntas. No era obligatorio decir la verdad, pero si cumplir los juramentos, a menos que dijeran «Quizá», de manera que la gracia estaba en decir «Quizá» sin que el señor del cruce se diera cuenta. Luego tenían que intentar derribar al señor para que cayera al agua, y quien lo consiguiera se convertía en señor del cruce, pero solo si había dicho «Quizá». De lo contrario, quedaba eliminado del juego. El señor podía golpear a los que estuvieran en el agua siempre que le viniera en gana, y además era el único que podía pegar con el palo.

En la práctica, el juego se reducía a una serie de empujones, golpes y chapuzones, junto con muchas discusiones acerca de si alguien había dicho «Quizá» o no. Walder el Pequeño ocupaba el puesto de señor del cruce más a menudo que nadie.

Lo llamaban Walder el Pequeño, aunque era alto y recio, con el rostro rubicundo y barriga prominente. Walder el Mayor era flaco y de rostro enjuto, y un palmo más bajo.

—Nació cincuenta y dos días antes que yo —explicó Walder el Pequeño—, así que al principio era más grande. Pero yo crecí más deprisa.

—No somos hermanos; somos primos —añadió Walder el Mayor, el pequeño—. Yo soy Walder, hijo de Jammos. Mi padre fue hijo de lord Walder con su cuarta esposa. Él es Walder, hijo de Merrett. Su abuela fue la tercera esposa de lord Walder de la casa Crakehall. Así que está por delante de mí en la línea de sucesión, aunque yo sea mayor.

—Solo por cincuenta y dos días —objetó Walder el Pequeño—. Y Los Gemelos no va a ser para ninguno de nosotros, idiota.

—No sé por qué no —replicó Walder—. Y tampoco somos los únicos Walders. Ser Stevron tiene un nieto, Walder el Negro, que es el cuarto en la línea de sucesión, y también están Walder el Rojo, hijo de ser Emmon, y Walder el Bastardo, que no está en la línea de sucesión. Se llama Walder Ríos, no Walder Frey. Y luego están las chicas, que se llaman Walda.

—Y Tyr. Siempre te olvidas de Tyr.

—Porque se llama Waltyr, no Walder —replicó Walder el Mayor alegremente—. Y va detrás de nosotros, así que no importa. Además, me cae mal.

Ser Rodrik había dictaminado que debían compartir el antiguo dormitorio de Jon Nieve, porque Jon estaba en la Guardia de la Noche y no iba a volver nunca

más. Aquello no le había gustado nada a Bran. Era como si los Frey estuvieran robándole el sitio a Jon.

Los había observado melancólico mientras competían con Nabo, el hijo del cocinero, y con Bandy y Shyra, las hijas de Jóseth. Los Walders le dijeron que él sería el árbitro, el que decidiría si los participantes habían dicho « Quizá» o no, pero en cuanto empezaron a jugar se olvidaron de él.

Los gritos y los chapuzones no tardaron en atraer a más niños: Palla, la chiquilla de las perreras; Calon, el hijo de Cayn; Tom También, el hijo de Tom el Gordo, que había muerto con el padre de Bran en Desembarco del Rey... Pronto estuvieron todos empapados y cubiertos de barro. Palla estaba enlodada de los pies a la cabeza, con el pelo lleno de musgo y jadeante de risa. Bran no había oido tantas carcajadas desde la noche en que llegó el cuervo ensangrentado.

« Si aún tuviera piernas, los tiraría a todos al agua —pensó con amargura—. Yo sería el único señor del cruce, ninguno me ganaría» .

Por último llegó Rickon. Llegó corriendo al bosque de dioses, y Peludo lo seguía de cerca. Vio cómo Nabo y Walder el Pequeño peleaban por el palo hasta que Nabo perdió pie, agitó los brazos en el aire y acabó en el agua con un buen chapuzón.

—¡Ahora yo, ahora yo! —chilló Rickon.

Walder el Pequeño le hizo señas para que empezara, y Peludo lo intentó seguir.

—No, Pelos —le ordenó Rickon—. Los lobos no juegan a esto. Tú te quedas con Bran.

Y el animal obedeció... hasta que Walder el Pequeño le asestó un fuerte golpe a Rickon con el palo en el abdomen. Antes de que Bran pudiera mover un dedo, el lobo negro volaba sobre el tablón, el agua se teñía de sangre, los Walders gritaban como locos, Rickon reía sentado en el barro y Hodor se acercaba a zancadas sin dejar de gritar: « ¡Hodor! ¡Hodor! ¡Hodor! » .

Después de aquello, cosa extraña, a Rickon le empezaron a caer bien los Walders. No volvieron a jugar al señor del cruce, pero sí a otros juegos: a los monstruos y doncellas, a los gatos y los ratones, al ven a mi castillo y a mil cosas más. Acompañados por Rickon, los Walders saquearon la cocina en busca de pasteles y panales de miel, corrieron por la cima de la muralla, les tiraron huesos a los cachorros de las perreras y practicaron con espadas de madera bajo la mirada atenta de ser Rodrik. Rickon llegó incluso a llevarlos a las criptas subterráneas, donde el escultor estaba dando forma a la tumba de su padre.

—¡No tenías derecho! —le gritó Bran a su hermano cuando se enteró—. ¡Ese sitio es nuestro, es solo para los Stark!

Pero aquello a Rickon no le importaba.

La puerta de su dormitorio se abrió. El maestre Luwin entró con un tarro verde, acompañado por Osha y Pelopaja.

—Te he preparado una bebida para dormir, Bran.

Osha lo cogió entre sus brazos huesudos. Para ser mujer era muy alta, nervuda y fuerte. Lo transportó hasta la cama sin esfuerzo.

—Con esto dormirás sin soñar —dijo el maestre Luwin al tiempo que quitaba la tapa del tarro—. Felices no sueños.

—¿De verdad? —preguntó Bran, deseando creerlo.

—Sí. Bebe. —Bran bebió. La poción era espesa y gredosa, pero llevaba miel, así que pasaba con gusto—. Ya verás como por la mañana te encuentras mejor.

—Luwin sonrió a Bran, le dio una palmadita, y se marchó. Osha se demoró un instante con él.

—¿Otra vez los sueños de lobo? —Bran asintió—. Te resistes demasiado, chico. Te he visto hablar con el árbol corazón. A lo mejor, los dioses están intentando responderte.

—¿Los dioses? —murmuró, ya adormilado. El rostro de Osha se fue haciendo más difuso y gris. «Felices no sueños», pensó Bran.

Pero cuando la oscuridad se cerró sobre él, se encontró en el bosque de dioses, avanzando con sigilo bajo los centinelas color gris verdoso y los nudosos robles, viejos como el tiempo. «Puedo caminar», pensó exultante. Una parte de él sabía que no era más que un sueño, pero hasta el sueño de caminar era mejor que la realidad de su alcoba, toda paredes, techo y puerta.

Entre los árboles, todo estaba oscuro, pero el cometa le iluminaba el camino, y caminaba con pasos seguros. Avanzaba con cuatro patas sanas, fuertes, rápidas; sentía el suelo bajo ellas, oía el crujido suave de las hojas caídas y notaba las raíces gruesas, las piedras duras y las densas capas de mantillo. Era una sensación maravillosa.

Los olores le llenaban la cabeza, vívidos y embriagadores: el hedor verde y fangoso de las charcas calientes, el perfume intenso de la tierra abonada bajo las patas, las ardillas de los robles... El olor a ardilla le hizo recordar el sabor de la sangre caliente y el crujido de los huesos entre los dientes. Empezó a salivar. Hacía solo medio día que había comido, pero la carne muerta no le proporcionaba placer, ni siquiera la de ciervo. Oía el correteo de las ardillas que saltaban de rama en rama sobre su cabeza, a salvo entre las hojas, demasiado listas para bajar allí, mientras su hermano y él merodeaban.

También le llegaba el olor de su hermano, un aroma familiar, fuerte y terroso, tan negro como su pelaje. Su hermano corría en torno a las murallas, lleno de rabia. Daba vueltas y más vueltas, noche tras noche, incansable, siempre buscando... Buscando una presa, buscando una salida, buscando a su madre, a sus hermanos de camada, su manada... buscando, buscando, sin encontrar jamás.

Más allá de los árboles se alzaban los muros, montones y montones de hombres-roca muertos que rodeaban sin misericordia aquel pedacito de bosque

viviente. Eran paredes salpicadas de gris y musgo, pero tan gruesas, tan fuertes y tan altas que ningún lobo soñaría con saltarlas. Los únicos agujeros entre las piedras que los cercaban estaban cerrados por hierro frío y madera astillada. Su hermano se detenía ante cada uno de los agujeros y mostraba los colmillos, rabioso, pero las salidas seguían cerradas.

Él había hecho lo mismo la primera noche, pero descubrió que no servía de nada. Allí, los gruñidos no abrían caminos. Por mucho que recorriera los muros, no los alejaba. Levantar una pata y marcar los árboles no mantenía a distancia a los hombres. El mundo se estrechaba a su alrededor, pero más allá del bosque amurallado seguían estando las grandes cuevas grises del hombre-roca. «Invernalia», recordó. El sonido le llegó de repente. Más allá de los precipicios-hombre altos como el cielo, el mundo real lo llamaba, y sabía que debía responder o morir.

Caminaban sin cesar del amanecer al ocaso; atravesaban bosques, huertos y campos bien cuidados; cruzaban aldeas diminutas, populosas plazas de mercado y pueblos fortificados. Al caer la noche acampaban y cenaban bajo la luz de la Espada Roja. Los hombres se turnaban para montar guardia. A través de los árboles, Arya divisaba las hogueras de los campamentos de otros viajeros. El número de campamentos se incrementaba noche tras noche, y durante el día había cada vez más tráfico en el camino Real.

Circulaban mañana, tarde y noche, ancianos con niños, hombres corpulentos y menudos, chiquillas descalzas y mujeres con niños de pecho. Algunos granjeros conducían carros, o traqueteaban montados en carromatos tirados por bueyes. Otros, muchos, iban a lomos de monturas dispares: caballos de tiro, ponis, asnos, mulos... cualquier cosa que pudiera caminar, galopar o rodar. Una mujer tiraba de una vaca lechera con una niña montada en la grupa. Arya vio a un herrero que empujaba una carretilla en la que llevaba todas sus herramientas: martillos, tenazas, hasta un yunque, y poco más tarde vio a otro hombre, con otra carretilla, solo que este transportaba a dos bebés envueltos en una manta. Los viajeros iban a pie en su mayoría, cargados con sus posesiones, y con el cansancio y el recelo dibujados en el rostro. Iban hacia el sur, hacia la ciudad, en dirección a Desembarco del Rey, y apenas uno de cada centenar se molestaba en intercambiar un saludo con Yoren y sus protegidos, que avanzaban hacia el norte. Arya no sabía por qué eran los únicos que seguían aquella dirección.

Muchos de los viajeros iban armados; Arya vio puñales, dagas, hachas y guadañas, y de cuando en cuando, alguna que otra espada. Algunos se habían hecho garrotes con ramas de árbol o llevaban cayados nudosos. Lanzaban miradas anhelantes a sus carromatos y acariciaban sus armas, pero siempre dejaban que la columna se alejara. Llevaron lo que llevaron en los carromatos, treinta hombres eran demasiados.

«Mira con los ojos —le había dicho Syrio—. Escucha con los oídos».

Cierto día, una loca empezó a gritarles desde la vera del camino.

—¡Idiotas! ¡Os van a matar, idiotas! —Estaba flaca como un espantapájaros; tenía los ojos hundidos y los pies ensangrentados.

A la mañana siguiente, un acicalado comerciante tiró de las riendas de su yegua gris para detenerla junto a Yoren, y se ofreció a comprarle los carromatos y su contenido por una cuarta parte de su valor.

—Estamos en guerra y os quitarán lo que quieran; haríais mejor en vendérmelo a mí, amigo mío.

Yoren encogió los hombros encorvados con un gesto despectivo y escupió.

Aquel mismo día, Arya vio la primera tumba; era un montículo pequeño, en el margen del camino, que se había excavado para un niño. Habían clavado un

cristal en la tierra blanda, y Lommy quiso apoderarse de él, pero el Toro le dijo que dejara en paz a los muertos. Pocas leguas más adelante, Praed señaló otra serie de tumbas, una hilera, todas recién excavadas. Después fue raro que pasara un día sin que divisaran alguna.

En cierta ocasión, Arya se despertó en la oscuridad, sobresaltada sin motivo aparente. Sobre ella, la Espada Roja hendía el cielo estrellado. La noche le pareció demasiado callada, extrañamente tranquila, aunque alcanzaba a oír los ronquidos quedos de Yoren, el chisporroteo del fuego y hasta a los asnos, que se movían a cierta distancia. Pero sentía como si el mundo estuviera contenido el aliento, y el silencio hizo que se estremeciera. Volvió a dormirse, empuñando a *Aguja* con fuerza.

Cuando llegó la mañana y Praed no despertó, Arya se dio cuenta de que lo que le había faltado era el sonido de su tos. Ellos también excavaron una tumba y enterraron al mercenario en el mismo lugar donde se había quedado dormido. Antes de que lo cubrieran de tierra, Yoren lo despojó de todo lo que fuera de valor. Uno de los hombres quiso sus botas; otro, su puñal. Empaquetaron la cota de malla y el yelmo. Yoren le entregó al Toro la espada larga.

—Con esos brazos que tienes, igual aprendes a usarla —le dijo.

Uno de los chicos, un tal Tarber, echó un puñado de bellotas sobre el cadáver de Praed, para que creciera un roble que marcará aquel lugar.

Aquella misma noche se detuvieron en un poblado, en una posada con muros cubiertos de hiedra. Yoren contó las monedas que llevaba en la bolsa y decidió que tenían suficientes para una cena caliente.

—Dormiremos al aire libre, como siempre, pero hay unos baños, por si a alguno le apetece un poco de agua caliente y jabón.

Arya no se atrevió a aprovechar la oferta, aunque a aquellas alturas ya olía tan mal como Yoren, con un hedor acre y penetrante. Algunas de las criaturas que habitaban su ropa la habían acompañado desde el Lecho de Pulgas. No le parecía justo ahogarlas. Tarber, Pastel Caliente y el Toro se unieron a la cola de hombres que querían bañarse. Otros se acomodaron ante los baños. El resto se apelotonó en la sala común. Yoren incluso mandó a Lommy con picheles de cerveza para los tres de los grilletes, que habían dejado encadenados en su carromato.

Tanto los que se habían bañado como los que no, cenaron empanadas calientes de cerdo y manzanas asadas. El posadero los invitó a una ronda de cerveza.

—Un hermano mío vistió el negro, hace ya años. Trabajaba de criado, y era muy listo, pero un día lo vieron coger un pellizco de pimienta de la mesa de su señor. Le gustaba la pimienta, nada más. Y solo fue un pellizco, pero ser Malcolm era intransigente. ¿Hay pimienta en el Muro? —Yoren hizo un gesto de negación, y el hombre suspiró—. Qué pena. A Lync le encantaba la pimienta.

Arya bebió con precaución pequeños tragos de su pichel, intercalándolos con bocados de la empanada recién salida del horno. Recordó que, a veces, su padre les dejaba beber un vasito de cerveza. Sansa hacía muecas; no le gustaba el sabor y decía que el vino era mucho más delicado, pero a Arya le agradaba. Al pensar en Sansa y en su padre se puso triste.

La posada estaba atestada de gente que viajaba hacia el sur, y la sala entera prorrumpió en gritos despectivos cuando Yoren dijo que ellos iban en dirección contraria.

—Ya veréis como volvéis pronto —le aseguró el posadero—. Al norte no hay nada. Los campos están quemados, y la poca gente que queda se ha encerrado en las fortalezas. No dejan de pasar hombres armados.

—Eso no tiene nada que ver con nosotros. No hacemos diferencia entre los Tully y los Lannister. La Guardia no toma partido.

«Lord Tully es mi abuelo», pensó Arya. Aquello tenía mucho que ver con ella, pero se mordió el labio, guardó silencio y siguió escuchando.

—No son solo los Tully y los Lannister —insistió el posadero—. Los salvajes de las montañas de la Luna han bajado; a ver cómo les explicáis a ellos que no tomáis partido. Y los Stark también están en danza; ha bajado el joven señor, el hijo de la mano que murió...

Arya se irguió como un resorte y prestó toda su atención. ¿Acaso hablaba de Robb?

—Me han dicho que ese chico entra en combate montado a lomos de un lobo —dijo un hombre de pelo color pajizo con un pichel en la mano.

—Patrañas —escupió Yoren.

—Pues el tipo que me lo contó lo había visto con sus propios ojos. Me juró que era un lobo grande como un caballo.

—Por mucho que se jure algo, no pasa a ser verdad, Hod —dijo el posadero—. Sin ir más lejos, no dejas de jurar que me vas a pagar lo que me debes, y aún no he visto ni una moneda.

La sala estalló en carcajadas, y el hombre del pelo pajizo se puso rojo.

—Ha sido un mal año de lobos —dijo un viajero cetrino, con una capa verde manchada por el polvo del camino—. En las cercanías del Ojo de Dioses, las manadas son cada vez más atrevidas, más de lo que nadie recuerda. Matan ovejas, vacas, perros... Les da igual, y no temen a los hombres. El que se adentra en esos bosques de noche pone en peligro su vida.

—Bah, también son patrañas, y no más ciertas que la otra.

—Mi prima me contó lo mismo, y no es de las que mienten —intervino una anciana—. Dice que hay una manada inmensa, cientos de lobos asesinos. Los guía una loba enorme, un ser del séptimo infierno.

¿Una loba? Arya bebió un trago de cerveza. Tal vez... ¿Estaría el Ojo de Dioses cerca del Tridente? Habría dado cualquier cosa por tener un mapa. Cerca

del Tridente era donde había dejado a Nymeria. Ella no quería, pero Jory le dijo que no tenía elección, que si regresaban con la loba, la matarían porque había mordido a Joffrey, aunque se lo tenía bien merecido. Tuvieron que gritar, espantarla y tirarle piedras, pero hasta que le acertaron unas cuantas de las que lanzó Arya no dejó de seguirlos.

«Seguro que a estas alturas ya ni me conoce —pensó la niña—. Y si me conoce, me odia».

—Me contaron que esa loba del infierno entró un día en una aldea —siguió el de la capa verde—. Era día de mercado, había gente por todas partes, y la loba entró como si nada, sin el menor temor, y arrancó a un niño de los brazos de su madre. Cuando se lo dijeron a lord Mooton, sus hijos y él juraron que acabarían con ella. Le siguieron el rastro hasta su guarida con una manada de sabuesos, y salvaron el pellejo de milagro. Pero de los perros no volvió ni uno. Ni uno.

—Eso son cuentos —le espetó Arya sin poder contenerse—. Los lobos no comen bebés.

—¿Y tú qué sabes de eso, muchacho? —quiso saber el hombre de la capa verde.

—No le hagas caso —dijo Yoren, agarrándola por el brazo antes de que se le ocurriera qué responder—, al chico le ha sentado mal la cerveza, está mareado.

—No es verdad. No comen bebés...

—Afuera, chico... y no vuelvas hasta que aprendas a tener la boca cerrada mientras hablan los hombres. —La empujó sin miramientos hacia la puerta lateral que daba a los establos—. Largo. Ve a ver si el mozo de cuadras les ha dado de beber a los caballos.

—No comen bebés —murmuró Arya indignada, entre dientes, al salir. Le dio una patada a una piedra, que rodó hasta detenerse debajo de los carromatos.

—Chico —lo llamó desde dentro una voz amistosa—. Chico guapo.

Uno de los hombres encadenados hablaba con ella. Arya se acercó con precaución, con la mano en la empuñadura de *Aguja*.

El prisionero alzó la mano en la que tenía el pichel. Sus cadenas tintinearon.

—A uno le gustaría otro trago de cerveza. A uno le entra sed, de tanto llevar estos grilletes tan pesados. —Era el más joven de los tres, esbelto, de rasgos delicados, siempre sonriente. Tenía el cabello rojo por un lado y blanco por el otro, lleno de la suciedad de la jaula y del viaje—. A uno le iría bien un baño, también —siguió al ver que Arya lo miraba—. Y el chico se ganaría un amigo.

—Ya tengo amigos —replicó Arya.

—¿Dónde están? —dijo el que no tenía nariz. Era recio y rechoncho, con manos enormes. Un espeso vello negro le cubría los brazos, las piernas y el pecho, incluso la espalda. A Arya le recordó un dibujo que había visto en un libro, la imagen de un simio de las islas del Verano. Con aquella oquedad en la cara costaba trabajo mirarlo mucho rato seguido.

El calvo abrió la boca y siseó como si fuera un inmenso lagarto blanco. Cuando Arya retrocedió un paso, sobresaltada, abrió la boca y agitó la lengua en dirección a ella. Pero no era una lengua, sino un muñón.

—No hagas eso —barboteó Arya.

—En las celdas negras, uno no puede elegir a sus compañeros —dijo el atractivo, el del pelo blanco y rojo. Su manera de hablar tenía algo que le recordaba a Syrio; era semejante y muy diferente al mismo tiempo—. Estos dos carecen de todo sentido de la cortesía. Uno tiene que pedir disculpas. Te llamas Arry, ¿verdad?

—Chichones —dijo el que no tenía nariz—. Chichones Carasucia Espadapalo. Ten cuidado, Lorath, que te pega con el palo.

—Uno se avergüenza de los que lo acompañan, Arry —siguió el atractivo—. Uno tiene el honor de ser Jaqen H'ghar, otrora de la Ciudad Libre de Lorath. Y desearía estar allí. Los descorteses compañeros de cautiverio de uno son Rorge...

—Hizo un gesto con el pichel en dirección al hombre sin nariz—. Y Mordedor. —Mordedor siseó de nuevo en dirección a ella, mostrando los dientes amarillentos y limados en punta—. Todo el mundo debe tener un nombre, ¿no? Mordedor no habla y Mordedor no escribe, pero tiene los dientes muy afilados, así que uno lo llama Mordedor, y él sonríe. ¿Estás fascinado?

—No. —Arya retrocedió para alejarse del carromato. «No me pueden hacer daño —se dijo—. Están encadenados».

—Uno está a punto de llorar —dijo el hombre poniendo boca abajo su pichel.

Rorge, el que carecía de nariz, soltó una maldición y le tiró su jarra. Los grilletes le entorpecían los movimientos, pero aun así le habría estrellado el pesado pichel de peltre contra la cabeza si Arya no se hubiera apartado de un salto.

—¡Tráenos más cerveza, grano de pus! ¡Venga!

—¡Cierra el pico!

Arya trató de imaginar qué habría hecho Syrio. Desenvainó su espada de madera, la de entrenamiento.

—Acércate más —dijo Rorge—, ¡te voy a meter ese palo por el culo hasta el cuello!

«El miedo hiere más que las espadas —pensó Arya, y se obligó a acercarse al carromato. Cada paso le costaba más que el anterior—. Fiera como un carcayú, tranquila como las aguas en calma». Las palabras cantaban en su mente. Syrio no habría tenido miedo. Ya estaba tan cerca como para tocar la rueda cuando Mordedor se puso en pie y trató de agarrarla entre el tintineo de las cadenas. Los grilletes detuvieron sus manos a menos de un palmo de la cabeza de Arya. El hombre siseó.

Arya lo golpeó. Con fuerza, justo entre los ojos diminutos.

Mordedor retrocedió entre gritos y luego se lanzó hacia ella con todo su peso,

tirando de las cadenas. Los eslabones se deslizaron y se tensaron, y Arya oyó el crujido de la madera vieja y seca cuando las grandes argollas de hierro estuvieron a punto de saltar de los tablones del carromato. Unas enormes manos blancuzcas sacudieron el aire en dirección a ella, y las venas se hincharon a lo largo de los brazos de Mordedor, pero las cadenas aguantaron, y por fin, el hombre se derrumbó hacia atrás. La sangre le manaba de las llagas de las mejillas.

—Un chico con más valor que sentido común —observó el que había dicho llamarse Jaqen H'ghar.

Arya se alejó del carromato, sin darle la espalda. Al notar una mano en el hombro, se giró de un salto blandiendo de nuevo la espada de madera, pero no era más que el Toro.

—¿Qué haces? —El muchacho había alzado las manos en gesto defensivo—. Yoren dijo que no nos acercáramos a esos tres.

—A mí no me dan miedo —dijo Arya.

—Será porque eres idiota. A mí sí me dan miedo. —El Toro puso la mano en el puño de su espada, y Rorge se echó a reír—. Vámonos lejos de ellos.

Arya arrastró los pies por el suelo, pero siguió al Toro. Dieron la vuelta al edificio hasta llegar a la fachada de la posada, seguidos por las carcajadas de Rorge y los siseos de Mordedor.

—¿Quieres pelear? —le preguntó al Toro. Tenía ganas de propinar golpes.

El muchacho la miró y parpadeó, sobresaltado. Los mechones de espeso cabello negro, todavía mojados tras el baño, le caían sobre los ojos azules.

—Te puedo hacer daño.

—No me harás daño.

—No sabes lo fuerte que soy.

—Y tú no sabes lo veloz que soy yo.

—Tú te lo has buscado, Arry. —Desenvainó la espada larga de Praed—. Es de acero barato, pero acero real.

—Esta es de buen acero —dijo Arya mientras sacaba a *Aguja* de su funda—, así que es más real que la tuya.

El Toro sacudió la cabeza.

—¿Me prometes que no llorarás si te corto?

—Lo prometo si tú lo prometes. —Giró de lado para adoptar su postura de danzarina del agua, pero el Toro no se movió. Tenía los ojos clavados en un punto, detrás de ella—. ¿Qué pasa?

—Capas doradas.

Su rostro se tensó.

« No es posible », pensó Arya, pero al dar la vuelta los vio cabalgando por el camino Real; eran seis hombres con las cotas de malla negras y las capas doradas de la Guardia de la Ciudad. Uno de ellos tenía rango de oficial. Llevaba

una coraza negra esmaltada, adornada con cuatro discos dorados. Se detuvieron delante de la posada. «Mira con los ojos», le susurró la voz de Syrio. Sus ojos vieron espuma blanca bajo las sillas; aquellos caballos habían galopado un largo trecho. Tranquila como las aguas en calma, cogió al Toro por el brazo y lo arrastró detrás de un seto en flor.

—¿Qué pasa? —le preguntó el muchacho—. ¿Qué estás haciendo? Suéltame.

—Silencioso como una sombra —susurró ella al tiempo que lo obligaba a agacharse.

Otros pupilos de Yoren estaban sentados ante la casa de baños, a la espera de que les llegara el turno.

—¡Eh, vosotros! —les gritó uno de los capas doradas—. Sois los que partisteis para vestir el negro?

—Es posible —fue la cauta respuesta.

—Preferiríamos estar con vosotros —dijo el viejo Reysen—. Se dice que en el Muro hace frío del de verdad.

—Tengo una orden de detención contra un muchacho... —empezó el oficial de los capas doradas mientras desmontaba.

—¿Y quién busca a ese muchacho? —Yoren salió de la posada, pasándose los dedos por la enmarañada barba negra.

Los otros capas doradas habían desmontado y permanecían junto a sus caballos.

—¿Por qué nos escondemos? —preguntó el Toro en un susurro.

—Vienen a por mí —respondió también en susurros. La oreja del chico olía a jabón—. No hagas ruido.

—Son órdenes de la reina, anciano; nada que te concierne —dijo el oficial al tiempo que se sacaba un documento del cinturón—. Aquí tienes: la orden con el sello de su alteza.

Detrás del seto, el Toro sacudió la cabeza en gesto dubitativo.

—¿Por qué te iba a buscar a ti la reina, Arry?

—¡Que no hagas ruido! —Arya le dio un puñetazo en el hombro.

Yoren pasó el dedo por la orden y por el círculo de lacre dorado.

—Muy bonito. —Escupió al suelo—. Lo malo es que el chico está ahora en la Guardia de la Noche. Lo que hiciera en la ciudad me importa una mierda.

—A la reina no le interesa tu opinión, anciano —replicó el oficial—, y a mí tampoco. Me voy a llevar al chico.

Arya pensó en escapar, pero sabía que no llegaría lejos a lomos de su burro mientras los capas doradas iban a caballo. Y estaba cansada de escapar. Había escapado cuando ser Meryn fue a por ella, y volvió a escapar cuando mataron a su padre. Si fuera una verdadera danzarina del agua, saltaría allí mismo con *Aguja* en la mano, los mataría a todos y no volvería a escapar de nadie.

—No te vas a llevar a nadie —dijo Yoren, testarudo—. La ley lo dice.

—Esta es la ley —dijo el capa dorada desenvainando una espada corta.

—Eso no es la ley. —Yoren miró el arma—. No es más que una espada. Y da la casualidad de que yo también tengo una.

—Viejo idiota, ¡he venido con cinco hombres! —El oficial sonrió.

—Da la casualidad de que yo tengo treinta. —Yoren escupió.

Los capas doradas estallaron en carcajadas.

—¿Esa pandilla? —dijo un patán corpulento con la nariz rota—. ¿Cuál va primero? —gritó al tiempo que mostraba su acero.

—Yo —contestó Tarber después de arrancar una horca de una paca de heno.

—No, yo —exigió Cutjack, el albañil regordete, sacándose el martillo del delantal de cuero que llevaba siempre.

—Yo. —Kurz se levantó del suelo, con su cuchillo de desollar en la mano.

—Este y yo. —Koss echó mano de su arco.

—Todos nosotros —dijo Reysen, agarrando el largo cayado de madera que llevaba.

Dobber salió de los baños, desnudo y con su ropa hecha un fardo, vio lo que estaba sucediendo y lo soltó todo menos el puñal.

—¿Hay una pelea? —preguntó.

—Parece que sí —respondió Pastel Caliente, que estaba a cuatro patas y buscaba una piedra grande que tirarles.

Arya no daba crédito a lo que veían sus ojos. ¡Pero si detestaba a Pastel Caliente! ¿Por qué se arriesgaba por ella?

Al de la nariz rota, la situación le seguía pareciendo muy graciosa.

—Vamos, nenitas, soltad los palos y las piedras, o tendremos que daros una azotaina. ¡Pero si no sabéis ni por dónde se coge una espada!

—¡Yo sí! —No iba a permitir que murieran por ella, igual que Syrio. ¡No, no lo toleraría! Atravesó el seto con *Aguja* en la mano y adoptó su postura de danzarina del agua.

Nariz Rota soltó una risotada. El oficial la miró de arriba abajo.

—Baja esa espada, nenita; no te vamos a hacer daño.

—¡No soy una nenita! —chilló, furiosa. ¿Qué les pasaba? Habían recorrido un largo trecho para atraparla pero se quedaban allí, sonrientes, mirándola—. ¡Habéis venido a buscarme a mí!

—Hemos venido a buscarlo a él. —El oficial señaló con su espada corta en dirección al Toro, que se había situado junto a ella, con el acero barato de Praed en la mano.

Pero cometió el error de apartar los ojos de Yoren, aunque fuera solo durante un momento. De repente, se encontró con la punta de la espada del hermano negro en la garganta.

—No te vas a llevar a ninguno de los dos, a menos que quieras que te casque esta nuez. Y si te hacen falta más argumentos, tengo a diez o quince hermanos

más dentro de la posada. Yo que tú soltaría ese cuchillito, pondría las nalgas sobre el caballo y galoparía de vuelta a la ciudad. —Escupió al suelo e incrementó la presión de su espada—. Vamos. —El oficial abrió los dedos. La espada cayó al suelo—. Nos la quedamos —añadió Yoren—. En el Muro siempre va bien un buen acero.

—Como quieras. Por ahora. Vamos. —Los capas doradas envainaron las armas y montaron—. Más vale que corras hacia tu Muro, anciano. La próxima vez que te alcance, me llevaré tu cabeza junto con la del bastardo.

—No serás el primero que lo intenta. —Yoren dio un golpe de plano con la espada en la grupa de la montura del oficial, y el animal salió al galope por el camino Real. Sus hombres lo siguieron.

Pastel Caliente empezó a lanzar aullidos de alegría en cuanto se perdieron de vista, pero Yoren parecía más airado que nunca.

—¡Idiota! ¿Te parece que esto ha terminado? La próxima vez no perderá tiempo con bravuconadas ni con órdenes de detención. Sacad a los demás de los baños; tenemos que partir ya. Viajaremos toda la noche; puede que así los mantengamos a distancia. —Recogió la espada corta que el oficial había dejado caer—. ¿Quién quiere esto?

—¡Yo! —gritó Pastel Caliente.

—No se la claves a Arry. —Le tendió la espada con el puño por delante y se dirigió hacia Arya. Pero con quien habló fue con el Toro—. La reina tiene muchas ganas de atraparte, chico.

—Pero ¿por qué lo busca a él? —Arya no entendía nada.

—¿Y por qué te iba a querer a ti? —le preguntó el Toro con el ceño fruncido—. ¡Si no eres más que una rata de alcantarilla!

—¡Y tú no eres más que un bastardo! —«O tal vez fingía que solo era un bastardo?»—. ¿Cómo te llamas de verdad?

—Gendry —replicó él, aunque no parecía muy seguro.

—No veo por qué os tendrían que buscar a ninguno de los dos —dijo Yoren—, pero da igual: el caso es que no os pueden coger. A partir de ahora iréis en los dos caballos. Al menor atisbo de una capa dorada, galopad hacia el Muro como si un dragón os estuviera pisando los talones. Los demás no les importamos una mierda.

—Tú sí —señaló Arya—. Ese hombre ha dicho que se iba a llevar tu cabeza.

—Bueno... —dijo Yoren—, si me la puede quitar del cuello, que se la quede.

—¿Sam? —llamó Jon con voz queda.

El aire olía a papel, a polvo y a siglos. Ante él se alzaban estanterías de madera cuyas cimas se perdían en la penumbra, abarrotadas de volúmenes encuadrados en cuero y antiguos pergaminos. A través de los estantes le llegaba un brillo tenue, procedente de una lámpara oculta. Jon sopló para apagar la vela que llevaba; no quería arriesgarse a transportar una llama al descubierto entre tanto papel viejo. Siguió el rastro de la luz, zigzagueando por los estrechos pasillos, entre las estanterías, bajo el techo abovedado. Vestía de negro de pies a cabeza; era una sombra entre las sombras: cabello negro, rostro alargado, ojos grises... Se cubría las manos con guantes de piel de topo: la derecha, porque la tenía quemada, y la izquierda, porque se sentía ridículo con un solo guante.

Samwell Tarly estaba inclinado sobre una mesa, en un nicho excavado en la piedra del muro. El brillo procedía de la lámpara que pendía sobre su cabeza. Al oír las pisadas de Jon, alzó la vista.

—¿Te has pasado aquí la noche?

—De verdad? —Sam pareció sobresaltado.

—No has desayunado con nosotros, y tu cama está sin deshacer.

Rast había dejado caer que tal vez Sam hubiera desertado, pero Jon no se lo creyó ni por un momento. La deserción exigía cierto tipo de valor, y en aquel aspecto, Sam tenía graves carencias.

—¿Ya es de día? Aquí abajo, uno no se da cuenta.

—Eres un encanto de idiota, Sam —dijo Jon—. Te aseguro que, cuando estemos durmiendo sobre el suelo frío y duro, vas a echar de menos esa cama.

Sam bostezó.

—El maestre Aemon me envió a buscar unos mapas para el lord comandante. En la vida me habría imaginado... ¡cuántos libros, Jon! ¿Habías visto algo así alguna vez? ¡Los hay a miles!

—En la biblioteca de Invernalia hay más de ciento. —Jon miró a su alrededor—. ¿Has encontrado los mapas?

—Sí, sí. —Sam hizo un gesto con la mano de dedos gordos como salchichas para señalar el revoltijo de libros y rollos que tenía delante—. Al menos una docena. —Desenrolló uno de los pergaminos—. El dibujo está un poco desvaído, pero aún se ven los puntos en los que el cartógrafo señaló las aldeas de los salvajes, y hay otro libro... ¿Dónde lo he puesto? Lo estaba leyendo hace nada.

—Apartó a un lado unos cuantos rollos para dejar al descubierto un volumen polvoriento, encuadrado en cuero podrido—. Esto —dijo con tono reverente— es el relato de un viaje desde la Torre Sombría hasta Punta Lorn, en la Costa Helada. Lo escribió un explorador llamado Redwyn. No está fechado, pero dice que el Rey en el Norte era Dorren Stark, así que debe de ser de antes de la

Conquista. ¡Lucharon contra gigantes, Jon! Redwyn incluso llegó a comerciar con los hijos del bosque; aquí lo cuenta todo. —Pasó las páginas con un dedo, con una delicadeza increíble—. También dibujó mapas, mira...

—Igual tú puedes escribir un relato de nuestra expedición, Sam. —Su intención era darle ánimos, pero se equivocó. Lo que menos necesitaba Sam era que le recordaran aquello a lo que tendrían que enfrentarse al día siguiente. Sam movió los rollos de aquí para allá.

—Hay más mapas. Si tuviera tiempo para investigar... Esto es un caos. Pero yo podría poner orden, estoy seguro, aunque claro, me llevaría un tiempo... Bueno, la verdad es que me llevaría años.

—Mormont necesita esos mapas un poco antes. —Jon sacó un pergamo de un cubo y sopló para quitarle la mayor parte del polvo. Al desenrollarlo, una esquina se le quebró entre los dedos—. Mira, este se está deshaciendo —dijo, entrecerrando los ojos para descifrar las letras descoloridas.

—Ten cuidado. —Sam rodeó la mesa y le cogió el pergamo de la mano, con tanto cuidado como si se tratara de un animal herido—. Antes, los libros importantes se copiaban cada vez que hacía falta. Seguro que los más antiguos se han copiado medio centenar de veces.

—Este no hace falta que se molesten en copiarlo. Veintitrés barriles de bacalao en escabeche, dieciocho jarras de aceite de pescado, un tonel de sal...

—Un inventario —señaló Sam—. O tal vez una factura de compra.

—¿A quién le importa cuánto bacalao en escabeche se comía hace seiscientos años? —preguntó Jon.

—A mí. —Con todo cuidado, Sam volvió a poner en el cubo el pergamo que Jon había cogido—. De este tipo de documentos contables se puede aprender mucho, en serio: cuántos hombres había entonces en la Guardia de la Noche, cómo vivían, qué comían...

—Comían comida —dijo Jon—. Y vivían como nosotros.

—A lo mejor te llevabas una sorpresa. Esta cripta es un tesoro, Jon.

—Si tú lo dices... —Jon no estaba tan seguro. El concepto de tesoro implicaba oro, plata y joyas; no polvo, arañas y cuero podrido.

—Te lo digo yo —farfulló el muchacho gordo. Era mayor que Jon, según la ley un hombre adulto, pero costaba verlo como un chico—. He encontrado dibujos de rostros en los árboles, y un libro acerca del idioma de los hijos del bosque... Son obras que no tienen ni en la Ciudadela, pergaminos de la antigua Valyria, reseñas de las estaciones escritas por maestres que murieron hace un millar de años...

—Los libros no se van a mover de aquí; ya los leerás cuando volvamos.

—Si es que volvemos...

—El Viejo Oso se lleva a doscientos hombres expertos; de ellos, tres cuartas partes son exploradores. Qhorin Mediamano vendrá con otros cien hermanos de

la Torre Sombria. Estarás tan a salvo como en el castillo de tu padre en Colina Cuerno.

—En el castillo de mi padre tampoco estaba a salvo. —Samwell Tarly se obligó a esbozar una sonrisa triste.

« Los dioses gastan bromas crueles», pensó Jon. Pyp y Sapo, que se morían por tomar parte en la gran expedición, iban a tener que quedarse en el Castillo Negro. En cambio, Samwell Tarly, el cobarde según su propia definición, exageradamente gordo, apocado, casi tan poco diestro cabalgando como con la espada, tenía que enfrentarse al bosque Encantado. El Viejo Oso pensaba llevar consigo dos jaulas de cuervos para poder enviar noticias a medida que avanzaban. El maestre Aemon estaba ciego y demasiado débil para cabalgar con ellos, así que su mayordomo debía ir en su lugar.

—Te necesitamos para que te encargues de los cuervos, Sam. Y alguien tiene que ayudarme a mantener a Grenn en su sitio.

—Tú mismo podrías hacerte cargo de los cuervos... —Las múltiples papadas de Sam temblaban—. O Grenn, o cualquiera —añadió con un matiz agudo de desesperación en la voz—. Yo te enseñaría. Y conoces el abecedario; también podrías escribir los mensajes de lord Mormont.

—Yo soy el mayordomo del Viejo Oso; tendré que cuidar de él y de su caballo, y montarle la tienda... No me daría tiempo a encargarme también de los pájaros. Sam, pronunciaste el juramento. Ahora eres un hermano de la Guardia de la Noche.

—Un hermano de la Guardia de la Noche no tendría tanto miedo.

—Todos tenemos miedo. De lo contrario, seríamos idiotas.

En los dos últimos años habían desaparecido demasiados exploradores, entre ellos Benjen Stark, el tío de Jon. Dos de los hombres de su tío habían aparecido muertos en el bosque, pero los cadáveres se levantaron en medio de la noche gélida. Los dedos quemados de Jon se estremecieron al recordarlo. El espectro aún se le aparecía en sueños: era Othor, muerto, con los ojos de un azul ardiente y las manos heladas y negras, pero era lo que menos falta le hacía recordar a Sam.

—El miedo no debe avergonzarnos; me lo dijo mi padre. Lo importante es cómo nos enfrentamos a él. Venga, te ayudo a recoger los mapas.

Sam asintió con gesto triste. Las estanterías estaban tan apretadas entre sí que tuvieron que salir en fila. La cripta daba a uno de los túneles que los hermanos denominaban *gusaneras*, serpenteantes pasadizos subterráneos que unían por el subsuelo las torres y fortines del Castillo Negro. En verano, las gusaneras casi no las utilizaban más que las ratas y otras alimañas, pero en invierno la cosa cambiaba. Cuando la nieve se acumulaba hasta veinte o veinticinco codos de altura, y los vientos gélidos llegaban aullantes del norte, los túneles eran lo único que mantenía unido el Castillo Negro.

«Y será pronto», pensó Jon mientras ascendían. Había visto el mensajero que recibió el maestre Aemon con la noticia del fin del verano, el gran cuervo procedente de la Ciudadela, blanco y silencioso como Fantasma. Él había vivido un invierno cuando era muy pequeño, pero según decía todo el mundo, había sido muy corto y benigno. El que se avecinaba iba a ser diferente. Lo notaba en los huesos.

Los empinados peldaños de piedra hicieron que, cuando llegaron a la superficie, Sam resoplara como el fuelle de un herrero. Los recibió un viento penetrante que hizo ondear la capa de Jon. Fantasma estaba dormido, tendido ante el muro del granero, pero despertó en cuanto Jon llegó, y trotó hacia ellos con la peluda cola blanca muy rígida.

Sam entrecerró los ojos para alzar la vista hacia el Muro. Se elevaba ante ellos como un acantilado de hielo de más de trescientas varas de altura. A veces, a Jon le parecía casi como si fuera un ser vivo, con diferentes estados de ánimo. El color del hielo cambiaba con cada matiz de la luz. A veces tenía el azul intenso de los ríos helados; otras, el blanco sucio de la nieve pisoteada, y cuando una nube pasaba ante el sol, se oscurecía con el gris claro del granito. El Muro se prolongaba de este a oeste, hasta donde alcanzaba la vista, tan inmenso que a su lado las fortalezas de madera y los torreones de piedra del castillo resultaban insignificantes. Era el fin del mundo.

«Y nosotros vamos a ir más allá».

En el cielo de la mañana aparecían finos jirones de nubes grises, pero la línea color rojo claro se veía tras ellos. Los hermanos negros le habían adjudicado el nombre de Antorcha de Mormont, comentando, solo en broma a medias, que los dioses debían de haberlo enviado para iluminar el camino del anciano a través del bosque Encantado.

—El cometa es tan brillante que ya se ve hasta de día —dijo Sam, que se había puesto unos libros sobre los ojos a modo de visera.

—Déjate de cometas; lo que quiere el Viejo Oso son mapas.

Fantasma corría a zancadas ante ellos. Todo parecía desierto aquella mañana, porque muchos exploradores estaban en el burdel de Villa Topo, buscando tesoros enterrados y bebiendo hasta quedar inconscientes. Grenn se había ido con ellos. Pyp, Halder y Sapo le habían dicho que iban a pagarle su primera vez con una mujer para celebrar su también primera vez en una expedición. Invitaron a Jon y a Sam, pero Sam les tenía tanto miedo a las prostitutas como al bosque Encantado, y Jon no quería ni oír hablar del tema.

—Haced lo que queráis —le dijo a Sapo—. Yo respetaré mi juramento.

Al pasar cerca del septo, oyó voces que entonaban un cántico. «En la víspera de la batalla, algunos hombres quieren mujeres y otros quieren dioses». Jon se preguntó cuáles se sentirían mejor después. El septo no lo tentaba más que el burdel; sus dioses moraban en templos situados en lugares salvajes, donde los

arcianos extendían sus ramas blancas como huesos. « Los Siete no tienen poder al otro lado del Muro —pensó—, pero mis dioses me estarán esperando».

Ser Endrew Tarth estaba trabajando con unos reclutas nuevos delante de la armería. Habían llegado la noche anterior con Conwy, uno de los cuervos errantes que recorrían los Siete Reinos en busca de hombres para el Muro. La nueva cosecha estaba compuesta por un anciano de barba canosa que se apoyaba en un bastón, dos muchachos rubios que parecían hermanos, un joven emperifollado vestido con prendas de seda muy sucias, un hombre andrajoso con un pie zambo y un orate sonriente que se creía un guerrero. Ser Endrew le demostraba en aquel momento cuán equivocado estaba. Era un maestro de armas más amable de lo que había sido ser Alliser Thorne; pese a todo, sus lecciones producían magulladuras. Sam se estremecía con cada golpe, pero Jon Nieve contempló la pelea a espada con atención.

—¿Qué te parecen, Nieve? —Donal Noye estaba en la puerta de su armería, con el pecho desnudo bajo el delantal de cuero y el muñón del brazo izquierdo por una vez descubierto. Con una barriga inmensa y un torso de barril, no era una visión atractiva, pero sí más que bienvenida. El armero había demostrado ser un buen amigo.

—Huelen a verano —dijo Jon mientras ser Endrew acosaba a su rival y lo derribaba por tierra—. ¿De dónde los ha sacado Conwy?

—De las mazmorras de un señor, cerca de Puerto Gaviota. Un bandido, un barbero, un mendigo, dos huérfanos y un muchacho que se dedicaba a la prostitución. Con estos elementos tenemos que defender los reinos de los hombres.

—Saldrán adelante. —Jon le dirigió a Sam una sonrisa discreta—. Nosotros lo logramos.

—¿Te has enterado de la noticia sobre tu hermano? —preguntó Noye indicándole que se acercara.

—Sí, anoche. —Conwy y sus protegidos habían llevado las nuevas al Norte, y en la sala común no se había hablado de otra cosa. Jon aún no habría sabido decir qué sensación le producían. Robb... ¿rey? ¿El mismo hermano con el que había jugado, con el que había peleado, con el que había compartido el primer vaso de vino?

« Pero no la leche materna, eso no. De manera que Robb beberá vino veraniego en copas adornadas con piedras preciosas, mientras que yo me arrodillaré junto a los arroyos para beber con las manos agua de nieve fundida» .

—Robb será un gran rey —dijo con lealtad.

—¿De veras? —El herrero lo miró con franqueza—. Eso espero, muchacho, pero hubo un tiempo en que yo habría dicho lo mismo de Robert.

—Se dice que tú le forjaste su martillo de guerra.

—Así fue. Yo trabajaba para los Baratheon; era herrero y armero en Bastión

de Tormentas, hasta que perdí el brazo. Tengo tantos años que llegué a conocer a lord Steffon antes de que el mar se lo llevara, y también conocí a sus tres hijos cuando aún no les habían puesto nombre. Y te voy a decir una cosa: desde que se ciñó esa corona, Robert no volvió a ser el mismo. Hay hombres que son como las espadas: nacen para luchar. Si los dejas inactivos, se oxidan.

—¿Y sus hermanos?

—Robert era el auténtico acero —contestó el armero después de meditar un instante—. Stannis es hierro puro: negro, fuerte y duro, sí, pero también quebradizo, como el propio hierro. No se dobla nunca; antes se rompe. Y en cuanto a Renly... Ay, Renly es cobre: pulido y brillante, muy bonito, pero a la larga no vale gran cosa.

« ¿Y qué metal es Robb? ». Jon no quiso preguntarla. Noye era de los Baratheon; seguramente consideraba que Joffrey era el rey legítimo y Robb un traidor. En la hermandad de la Guardia de la Noche había un pacto implícito: nadie ahondaba demasiado en aquellos temas. Al Muro llegaban hombres procedentes de todos los rincones de los Siete Reinos, y por muchos juramentos que se hicieran, costaba olvidar los antiguos amores y lealtades... como el propio Jon sabía demasiado bien. Hasta en el caso de Sam sucedía lo mismo, ya que la casa de su padre rendía vasallaje a Altojardín, cuyo señor, lord Tyrell, apoyaba al rey Renly. Era mejor no hablar de aquellos temas. La Guardia de la Noche no tomaba partido.

—Lord Mormont nos está esperando —dijo Jon.

—Si vas a reunirte con el Viejo Oso, no te entretengo más. —Noye le dio una palmadita en el hombro y sonrió—. Que los dioses te acompañen mañana, Nieve. Y haced el favor de traernos de vuelta a tu tío, geh?

—Eso haremos —prometió Jon.

El lord comandante Mormont había instalado su residencia en la Torre del Rey después de que el fuego consumiera la suya. Jon dejó a Fantasma con los guardias ante la puerta.

—Más escaleras —suspiró Sam con tristeza cuando empezaron a subir—. Odio las escaleras.

—Pues mira, de eso no hay en el bosque.

Cuando entraron en la estancia, el cuervo los divisó al instante.

—¡Nieve! —graznó el pájaro.

Mormont interrumpió su conversación.

—Has tardado lo tuyo en encontrar esos mapas. —Apartó a un lado los restos de su desayuno para hacer sitio en la mesa—. Déjalos aquí; luego les echaré un vistazo.

Thoren Smallwood, un explorador nervudo de mentón débil y boca más débil todavía, ambos ocultos bajo una barbita desaseada, les lanzó una mirada gélida a Jon y a Sam. Había sido uno de los hombres de confianza de Alliser Thorne, y no

les tenía la menor simpatía.

—El lugar del lord comandante está en el Castillo Negro, ejerciendo de lord y de comandante —dijo a Mormont, sin hacer caso de los recién llegados—. Es lo que opino yo.

—Yo, yo, yo —graznó el cuervo batiendo las grandes alas negras.

—Si alguna vez llegas a lord comandante, podrás actuar como te parezca —replicó Mormont al explorador—, pero tengo la sensación de que todavía no he muerto y de que los hermanos no te han nombrado para ocupar mi lugar.

—Ahora que Ben Stark ha desaparecido y ser Jaremy ha muerto, yo soy el capitán de los exploradores —insistió Smallwood, testarudo—. Yo debería ir al mando.

Mormont no tenía intención de tolerar aquello.

—Yo fui quien envió a Ben Stark, y antes que a él, a ser Waymar. No pienso quedarme aquí sentado, pensando cuánto he de esperar antes de darte a ti también por desaparecido. —Lo señaló con el dedo—. Y Stark sigue siendo el capitán de los exploradores hasta que tengamos la certeza de que ha muerto. Si llegara ese día, sería yo quien nombrase a su sucesor, no tú. No me hagas perder más tiempo. Partiremos al amanecer, ¿o se te había olvidado?

—Como ordene mi señor —dijo Smallwood, poniéndose en pie.

Al salir, miró a Jon con el ceño fruncido, como si aquello fuera culpa suya.

—Capitán de los exploradores! —Los ojos del Viejo Oso se iluminaron al mirar a Sam—. Antes te nombraría capitán a ti. Ha tenido el descaro de decirme a la cara que soy demasiado viejo para cabalgar a su lado. ¿Te parezco viejo, chico? —El pelo que faltaba en la cabeza manchada de Mormont se le había reagrupado bajo la barbilla, formando una barba blanca enmarañada que le cubría buena parte del pecho. Se la tironeó con energía—. ¿Te parezco frágil?

Sam abrió la boca, pero solo le salió un graznido agudo. El Viejo Oso le inspiraba pavor.

—No, mi señor —intervino Jon a toda prisa—. Parecéis tan fuerte como un... como un...

—No me adules, Nieve; sabes que no lo soporto. A ver esos mapas. —Mormont los examinó con brusquedad, dedicando a cada uno poco más que una mirada y un gruñido—. ¿No has encontrado nada más?

—Yo... m-m-mi señor... —tartamudeó Sam—, había... había más, p-p-pero... está todo de-desordenado...

—Estos mapas son viejos —se quejó Mormont.

—Viejos, viejos —coreó su cuervo con un graznido agudo.

—Los pueblos aparecen y desaparecen —señaló Jon—, pero las colinas y los arroyos seguirán en el mismo sitio.

—Eso es cierto. ¿Has elegido ya los cuervos, Tarly?

—El m-m-maestre Aemon los va a seleccionar c-c-cuando anochezca,

después de darles de c-comer.

—Quiero que escoja los mejores. Pájaros listos y fuertes.

—¡Fuertes! —repitió su cuervo mientras se acicalaba las plumas con el pico
— ¡Fuertes, fuertes!

—Si nos masacran a todos ahí fuera, quiero que mi sucesor sepa dónde y
cómo morimos. —Oír hablar de masacres dejaba sin palabras a Samwell Tarly.
Mormont se inclinó hacia delante—. Tarly, cuando no tenía ni la mitad de tu edad,
mi señora madre me dijo que si iba por ahí con la boca abierta seguro que alguna
comadreja la confundía con su madriguera y se me metía por la garganta. Si
quieres decir algo, dilo. Y si no, cuidado con las comadrejas. —Le hizo un gesto
brusco para que se retirase—. Lárgate; estoy muy ocupado y no tengo tiempo
para tonterías. Seguro que el maestre tiene algún trabajito para ti.

Sam tragó saliva, dio un paso atrás y se marchó tan deprisa que a punto
estuvo de tropezar y caer al suelo.

—¿Ese chico es tan tonto como parece? —preguntó el lord comandante
cuando se perdió de vista.

—¡Tonto! —protestó el cuervo.

—Su señor padre ocupa un alto cargo entre los consejeros del rey Renly —
siguió Mormont sin aguardar la respuesta de Jon—; había pensado en enviarlo
como mensajero... pero mejor no. No creo que Renly hiciera mucho caso de un
gordito tartamudo. Enviaré a ser Arnell. Es muy seguro, y su madre fue una de
las Fossoway de la manzana verde.

—Si a mi señor no le importa que se lo pregunte, ¿qué interés tenéis en el rey
Renly?

—El mismo que en todos ellos, chico. Quiero hombres, caballos, espadas,
armaduras, cereales, queso, vino, lana, clavos... En la Guardia de la Noche no
somos orgullosos; aceptamos lo que nos den. —Tamborileó con los dedos sobre
los toscos tablones de la mesa—. Si los vientos han sido favorables, ser Alliser
debería llegar a Desembarco del Rey cuando cambie la luna, pero no sé si ese
muchacho, Joffrey, le prestará la menor atención. La casa Lannister nunca ha
simpatizado con la Guardia.

—Thorne lleva la mano del espectro para enseñársela. —Era una cosa
macabra y blancuzca con dedos negros, que se retorcía y se estremecía dentro
de un frasco como si aún estuviera viva.

—Ojalá tuviéramos otra mano para mandársela a Renly.

—Dy wen dice que al otro lado del Muro hay de todo.

—Sí, eso dice Dy wen. Y la última vez que salió de exploración vio un oso de
quince codos de altura. También lo dice. —Mormont soltó un resoplido—. Se dice
que mi hermana tiene un oso como amante. Eso me lo creo más que lo del de
quince codos. Aunque, en un mundo en el que los muertos caminan... Bah, aun
así, hay que dar crédito a lo que se ve. Yo he visto caminar a los muertos. Y no

he visto ningún oso gigante. —Escrutó a Jon con la mirada, detenidamente—. Ya que hablamos de manos, ¿qué tal va la tuyas?

—Está mejor. —Jon se quitó el guante de topo y se la mostró. Tenía cicatrices hasta la mitad del brazo; sentía tensas y sensibles las zonas de carne rosada, pero se le estaba curando—. Aunque me pica. El maestre Aemon dice que es buena señal. Me ha dado un ungüento para que me lo ponga durante la expedición.

—¿Puedes esgrimir a *Garra* pese al dolor?

—Bastante bien. —Jon flexionó los dedos, abriendo y cerrando el puño tal como le había enseñado el maestre—. Tengo que hacer ejercicio con los dedos todos los días para que no pierdan agilidad; me lo ha dicho el maestre Aemon.

—Puede que Aemon esté ciego, pero sabe lo que hace. Ruego a los dioses que lo dejen permanecer entre nosotros otros veinte años. ¿Sabías que pudo haber sido rey?

Aquello cogió a Jon por sorpresa.

—Me dijo que su padre era rey, pero no... Pensé que quizá fuera uno de los hijos menores.

—Y así es. El padre de su padre fue Daeron Targaryen, el segundo de su nombre, que incorporó Dorne al reino. Parte del pacto fue que contrajera matrimonio con una princesa dorniense. Ella le dio cuatro hijos. Maekar, el padre de Aemon, fue el más joven, y Aemon fue el tercer hijo de este. Claro que todo esto sucedió antes de que yo naciera, por viejo que me quiera considerar Smallwood.

—¿Al maestre Aemon le pusieron ese nombre en honor al Caballero Dragón?

—Exacto. Hay quien dice que el príncipe Aemon era el verdadero padre del rey Daeron, y no Aegon el Indigno. En cualquier caso, nuestro Aemon carecía de la naturaleza marcial del Caballero Dragón. A él le gusta decir que era de espada lenta, pero de ingenio rápido. No es de extrañar que su abuelo lo enviara a la Ciudadela con viento fresco. Por aquel entonces, calculo, tendría nueve o diez años... y era el noveno o el décimo en la línea sucesoria.

Jon sabía que el maestre Aemon había vivido más de cien días del nombre. Al verlo tan frágil, encogido, marchito y ciego, costaba imaginarlo como un niño de la edad de Arya.

—Aemon se dedicaba al estudio cuando el mayor de sus tíos, el heredero en potencia, murió en un desafortunado lance de un torneo. Dejó dos hijos varones, pero no tardaron en seguirlo a la tumba durante la Gran Epidemia Primaveral. El rey Daeron murió de lo mismo, de manera que la corona pasó a su segundo hijo, Aerys.

—¿El Rey Loco? —Jon estaba algo confuso. Aerys había sido rey justo antes que Robert, y de aquello no hacía tanto tiempo.

—No; este fue Aerys I. El que Robert depuso fue el segundo de su nombre.

—¿Cuánto hace de todo eso?

—Ochenta años, o casi —respondió el Viejo Oso—. Y no, yo aún no había nacido, aunque para entonces, Aemon ya había forjado media docena de los eslabones de su cadena de maestre. Aerys se casó con su hermana, tal como acostumbraban hacer los Targaryen, y reinó durante diez o doce años. Aemon pronunció sus juramentos y salió de la Ciudadela para servir en la corte de algún señor menor... hasta que su real tío murió sin descendencia. El Trono de Hierro pasó al último de los cuatro hijos del rey Daeron, que era Maekar, el padre de Aemon. El nuevo rey mandó llamar a la corte a todos sus hijos, y habría incluido a Aemon en su Consejo, pero él se negó, diciendo que así usurparía el lugar que por derecho le correspondía al gran maestre. Sin embargo, sirvió en la fortaleza de su hermano mayor, también llamado Daeron. Pues bien: también este murió, dejando como heredera única a una hija corta de luces. Creo que fue de sífilis, que le pegó una prostituta. El siguiente hermano fue Aerion.

—¿Aerion el Monstruoso? —Jon conocía bien aquel nombre. «El príncipe que se creía un dragón» era uno de los cuentos más horripilantes de la Vieja Tata. A su hermanito Bran le encantaba.

—El mismo, aunque él se hacía llamar Aerion Llamabrilante. Una noche, muy ebrio, se bebió una jarra de fuego valyrio tras decirles a sus amigos que así se transformaría en dragón, pero los dioses fueron misericordiosos y se transformó en cadáver. No había pasado ni un año cuando el rey Maekar murió en combate contra un señor que se había rebelado.

—Eso fue en el año del Gran Consejo —dijo Jon, que no ignoraba del todo la historia del reino; su maestre se había encargado de ello—. Los señores pasaron por encima del hijo del príncipe Aerion, que era un bebé, y de la hija del príncipe Daeron, y le entregaron la corona a Aegon.

—Sí y no. Antes, con mucha discreción, se la ofrecieron a Aemon. Y él, con la misma discreción, la rechazó. Les dijo que los dioses lo habían destinado a servir, no a gobernar. Había hecho un juramento, y no lo rompería aunque el septón supremo en persona le prometiera la absolución. Bueno, nadie en su sano juicio quería en el trono a alguien de la sangre de Aerion, y la hija de Daeron era corta de inteligencia, además de mujer, de manera que no tuvieron más remedio que elegir al hermano menor de Aemon: Aegon, el quinto de su nombre. Lo llamaban Aegon el Improbable, porque era el cuarto hijo del cuarto hijo. Aemon sabía muy bien que, si permanecía en la corte, cualquiera que estuviese en desacuerdo con el gobierno de su hermano querría utilizarlo, así que vino al Muro. Y aquí ha permanecido, mientras su hermano, el hijo de su hermano y el hijo de este reinaban y morían, hasta que Jaime Lannister puso fin a la dinastía de los reyes dragón.

—Rey —graznó el cuervo. Revoloteó por la estancia para ir a posarse en el hombro de Mormont—. Rey —repitió, pavoneándose de adelante atrás.

—Parece que le gusta esa palabra —sonrió Jon.

—Es una palabra que se dice con facilidad. Y gusta con facilidad.

—Rey —repitió el cuervo.

—Creo que quiere que vos tengáis una corona, mi señor.

—En el reino hay ya tres reyes, o sea, dos más de lo que me gustaría. —Mormont acarició al cuervo bajo el pico con un dedo, pero ni por un momento apartó los ojos de Jon Nieve. Aquello lo hizo sentir incómodo.

—Mi señor, ¿por qué me habéis contado todo esto sobre el maestre Aemon?

—¿Acaso necesito un motivo? —Mormont cambió de postura en su asiento y frunció el ceño—. Tu hermano Robb ha sido nombrado Rey en el Norte. Eso es lo que tenéis en común Aemon y tú. Un hermano rey.

—Y otra cosa —dijo Jon—. Un juramento.

El Viejo Oso soltó un sonoro bufido de desprecio, y el cuervo echó a volar en círculos por la habitación.

—Si me dieran un hombre por cada juramento roto que he visto, al Muro nunca le faltarían defensores.

—Yo siempre he sabido que Robb sería el señor de Invernalia.

Mormont silbó. El pájaro voló de nuevo hacia él y se le posó en el brazo.

—Un señor es una cosa, y un rey, otra muy diferente. —Se sacó un puñado de maíz del bolsillo y se lo dio al cuervo—. A tu hermano Robb lo vestirán con sedas, satenes y terciopelos de cien colores, mientras tú vives y mueres con una cota de malla negra. Se casará con alguna hermosa princesa y tendrá hijos con ella. Tú no tendrás esposa, ni podrás sostener en tus brazos a un niño de tu sangre. Robb reinará; tú servirás. Los hombres te llamarán cuervo; a él lo llamarán alteza. Los bardos cantarán hasta el menor de sus hechos, mientras que tus mayores hazañas pasarán desapercibidas. Dime que nada de eso te preocupa, Jon... y te diré que eres un mentiroso, con la seguridad de tener razón.

—Aunque eso me preocupara, ¿qué podría hacer, siendo como soy un bastardo? —Jon estaba tenso como la cuerda de un arco.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Mormont—. ¿Siendo como eres un bastardo?

—Preocuparme —replicó Jon—. Y cumplir mi juramento.

La corona de su hijo estaba recién salida de la forja, y a Catelyn Stark le pareció que era un gran peso sobre la cabeza de Robb.

La antigua corona de los Reyes del Invierno se había perdido hacia ya tres siglos, cuando Torrhen Stark se arrodilló en gesto de sumisión ante Aegon el Conquistador. Nadie sabía qué había hecho Aegon con ella, pero el herrero de lord Hoster era un buen artesano, y la corona de Robb se asemejaba mucho al aspecto que, según las leyendas, tenía la que había ceñido las frentes de los antiguos Stark un aro abierto de cobre batido, con incisiones en forma de las runas de los primeros hombres, y por encima, nueve púas de hierro negro labradas en forma de espadas. Nada de oro, plata ni piedras preciosas; los metales del invierno eran el bronce y el hierro, oscuros y fuertes para combatir el frío.

En la gran sala de Aguasdulces, mientras esperaban a que el prisionero compareciera ante ellos, vio cómo Robb se echaba la corona hacia atrás de manera que reposara sobre su espeso cabello castaño rojizo; a los pocos momentos se la volvió a mover hacia delante; más tarde le dio un cuarto de vuelta, como si así la fuera a sentir más cómoda en la frente.

«No es fácil llevar una corona —pensó Catelyn mientras lo contemplaba—. Y menos para un niño de quince años».

Cuando los guardias llevaron al cautivo a su presencia, Robb pidió su espada. Olyvar Frey se la ofreció con el puño por delante, y su hijo la desenvainó y se la puso cruzada sobre las rodillas, a modo de amenaza evidente para todos.

—Alteza, aquí está el hombre que habéis ordenado traer —anunció ser Robin Ryger, capitán de la guardia de la casa Tully.

—¡Arrodíllate ante el rey, Lannister! —gritó Theon Greyjoy.

Ser Robin obligó al prisionero a ponerse de rodillas.

Catelyn pensó que no tenía aspecto de león. El tal ser Cleos Frey era hijo de lady Genna, hermana de lord Tywin Lannister, pero carecía de la legendaria belleza de los Lannister, del cabello rubio y de los ojos verdes. En lugar de aquellos rasgos había heredado los escasos rizos castaños, el mentón huidizo y el rostro enjuto de su padre, ser Emmon Frey, el segundo hijo del viejo lord Walder. Tenía unos ojos claros y acuosos, y por lo visto era incapaz de no parpadear constantemente, aunque quizás se tratara solo de la luz. Las celdas que había bajo Aguasdulces eran oscuras, húmedas... y en los últimos días, estaban muy abarrotadas.

—En pie, ser Cleos.

La voz de su hijo no era tan gélida como lo habría sido la de su padre, pero tampoco parecía un chico de quince años. La guerra lo había convertido en hombre antes de tiempo. La luz de la mañana arrancaba tenues destellos del filo

del acero que tenía sobre las rodillas.

Pero lo que ponía nervioso a ser Cleos Frey no era la espada, sino la fiera. Viento Gris, como lo llamaba su hijo. Un lobo huargo más grande que ningún otro cánido, esbelto, color humo oscuro, con ojos que eran como oro fundido. Cuando la bestia se adelantó para olfatear al caballero cautivo, todos los presentes captaron el olor del miedo. Ser Cleos había caído prisionero durante la batalla del bosque Susurrante, en la que Viento Gris había destrozado la garganta de media docena de hombres.

El caballero se puso en pie a toda prisa y se apartó con tal presteza que algunos de los presentes soltaron una carcajada.

—Muchas gracias, mi señor.

—Alteza —rugió lord Umber, el Gran Jon, como siempre el más vociferante de los vasallos norteños de Robb... y también el más fiel y sincero, como él mismo aseguraba. Había sido el primero en proclamarlo Rey en el Norte, y no toleraba que se hiciera el menor desaire al honor de su novísimo soberano.

—Alteza —se apresuró a corregirse ser Cleos—. Disculpadme.

«Este hombre no es valiente», pensó Catelyn. Sin duda, tenía más de Frey que de Lannister. Su primo, el Matarreyes, se habría comportado de manera muy diferente. De los labios perfectos de ser Jaime Lannister jamás habrían conseguido arrancar el título honorífico.

—Te he sacado de tu celda para que le lleves un mensaje a tu prima Cersei Lannister, en Desembarco del Rey. Viajarás amparado bajo un estandarte de paz, y treinta de mis mejores hombres te darán escolta.

—Será para mí un honor llevarle a la reina el mensaje de vuestra alteza. —El alivio de ser Cleos era evidente.

—Quede claro que no te dejo libre —siguió Robb—. Tu abuelo, lord Walder, me ha dado su apoyo y el de la casa Frey. Muchos de tus tíos y primos cabalgaron con nosotros en el bosque Susurrante, pero en cambio, tú optaste por luchar bajo el estandarte del león. Eso te convierte en un Lannister, no en un Frey. Quiero que jures por tu honor de caballero que, tras entregar el mensaje, volverás con la respuesta de la reina y seguirás siendo nuestro cautivo.

—Lo juro —se apresuró a responder ser Cleos.

—Todos los presentes te han oído —le advirtió ser Edmure Tully, hermano de Catelyn, que representaba a Aguasdulces y a los señores del Tridente en lugar de su padre moribundo—. Si no regresas, el reino entero sabrá que eres un perjurio.

—Seré fiel a mi palabra —replicó ser Cleos, rígido—. ¿Qué mensaje debo transmitir?

—Una oferta de paz. —Robb se levantó con la espada en la mano. Viento Gris se situó a su lado. El silencio se hizo en la sala—. Dile a la reina regente que, si se aviene a mis condiciones, envainaré esta espada y pondré fin a la guerra que nos enfrenta.

Catelyn se fijó en una figura alta y esbelta, al fondo de la sala; era lord Rickard Karstark, que se abría camino entre los guardias para salir por la puerta. Nadie más se movió. Robb hizo caso omiso de la interrupción.

—Olyvar, el papel —ordenó. El escudero se hizo cargo de su espada y le tendió un pergamo enrollado. Robb lo desenrolló—. En primer lugar, la reina deberá liberar a mis hermanas y proporcionarles un medio de transporte por mar desde Desembarco del Rey hasta Puerto Blanco. Quede claro que el compromiso entre Sansa y Joffrey Baratheon se cancela. Cuando mi castellano me haga saber que mis hermanas han vuelto sanas y salvas a Invernalia, liberaré a los primos de la reina, al escudero Willem Lannister y a tu hermano Tion Frey, y les proporcionaré escolta hasta Roca Casterly o hasta el lugar que ella indique.

Catelyn Stark habría dado lo que fuera por poder leer los pensamientos que se ocultaban tras cada rostro, tras cada ceño fruncido, tras cada par de labios apretados.

—En segundo lugar, nos serán devueltos los huesos de mi padre, para que descance en paz junto a sus hermanos en las criptas de Invernalia, tal como él habría deseado. También nos serán devueltos los restos de los hombres de su guardia que murieron a su servicio en Desembarco del Rey.

Al sur habían viajado hombres vivos, y regresaría huesos fríos.

«Ned tenía razón —pensó—. Su lugar estaba en Invernalia; él me lo dijo, pero ¿le hice caso? No. “Ve —le dije—, tienes que aceptar el cargo de mano de Robert, hazlo por el bien de nuestra casa, por el bien de nuestros hijos...». Es culpa mía, mía y de nadie más...».

—En tercer lugar, *Hielo*, el mandoble de mi padre, me será devuelto aquí, en Aguasdulces.

Catelyn miró a su hermano, ser Edmure Tully, que estaba de pie, con los pulgares enganchados del cinto del que le colgaba la espada, y el rostro inexpresivo como la piedra.

—En cuarto lugar, la reina le ordenará a su padre, lord Tywin, que libere a mis caballeros y señores vasallos que fueron hechos prisioneros durante la batalla del Forca Verde en el Tridente. Una vez lo haga, yo liberaré a los prisioneros que tomamos en el bosque Susurrante y en la batalla de los Campamentos, con excepción de Jaime Lannister, que permanecerá como rehén para garantizar el buen comportamiento de su padre.

Estudió la sonrisa astuta de Theon Greyjoy, sin saber qué deducir de ella. Aquel joven tenía una expresión extraña, como si supiera un chiste que solo él entendiera; a Catelyn nunca le había caído bien.

—Y por último, el rey Joffrey y la reina regente renunciarán a todo derecho sobre el Norte. Desde este momento y hasta el fin de los tiempos, no somos parte de su reino, sino un reino libre e independiente, como antaño. Nuestros dominios comprenderán todas las tierras de los Stark al norte del Cuello, y las tierras

regadas por el río Tridente y sus afluentes, delimitadas por el Colmillo Dorado al oeste y por las montañas de la Luna al este.

—¡El Rey en el Norte! —rugió Jon Umber, agitando en el aire un puño del tamaño de un jamón. ¡Stark! ¡Stark! ¡El Rey en el Norte!

—El maestre Vyman ha dibujado un mapa en el que están marcadas las fronteras que exigimos —dijo Robb mientras volvía a enrollar el pergamo—. Se te entregará una copia para la reina. Lord Tywin deberá retirarse al otro lado de estas fronteras y detener de inmediato sus actividades de saqueo, incendio y pillaje. La reina regente y su hijo no podrán recaudar impuestos ni solicitar servicios de mi pueblo, y liberarán a mis señores y caballeros de cualquier juramento de lealtad, deuda, promesa u obligación con el Trono de Hierro y las casas Baratheon y Lannister. Además, como prenda de paz, los Lannister entregarán a diez rehenes de alta cuna, que se designarán de mutuo acuerdo. Los trataré como huéspedes de honor, tal como corresponde a su condición. Mientras se respete lo establecido en este pacto, liberaré cada año a dos rehenes y los devolveré sanos y salvos a sus familias. —Robb tiró el pergamo enrollado a los pies del caballero—. Estas son las condiciones. Si la reina se aviene a ellas, habrá paz. De lo contrario... —Silbó, y Viento Gris se adelantó con un gruñido—. Le daré otro bosque Susurrante.

—¡Stark! —rugió de nuevo el Gran Jon, y en aquella ocasión se sumaron más voces al grito—. ¡Stark, Stark, Rey en el Norte!

El lobo huargo echó la cabeza hacia atrás y aulló.

—La reina recibirá vuestro mensaje, mi señor... alteza. —El rostro de ser Cleos se había puesto del color de la leche cortada.

—Muy bien —asintió Robb—. Ser Robin, encargaos de que le den bien de comer y se le proporcione ropa limpia. Deberá partir con la primera luz del alba.

—Como ordene vuestra alteza —respondió ser Robin Ryger.

—En ese caso, hemos terminado.

Los caballeros y vasallos reunidos en la estancia hincaron una rodilla en tierra cuando Robb se volvió para marcharse, seguido de cerca por Viento Gris. Olyvar Frey se levantó para abrirle la puerta. Catelyn y su hermano lo siguieron.

—Lo has hecho muy bien —comentó a su hijo en el pasillo que salía de la parte trasera de la sala—, aunque ese montaje con el lobo ha sido una baladronada, más propia de un muchacho que de un rey.

—¿Has visto la cara que ha puesto, madre? —preguntó Robb con una sonrisa mientras raspaba a Viento Gris detrás de la oreja.

—Lo que he visto es que lord Karstark abandonaba la sala.

—Yo también. —Robb se quitó la corona con ambas manos y se la entregó a Olyvar—. Llévala a mis habitaciones.

—Al momento, alteza. —El escudero se alejó para cumplir el encargo.

—Apostaría cualquier cosa a que hay otros que opinan lo mismo que lord

Karstark —declaró su hermano Edmure—. ¿Cómo podemos hablar de paz, mientras los Lannister se propagan como la peste por los dominios de mi padre, robando sus cosechas y masacrando a su pueblo? Insisto en que deberíamos marchar contra Harrenhal.

—Carecemos de las fuerzas necesarias —dijo Robb, aunque con tristeza.

—¿Y vamos a hacernos más fuertes aquí, sentados? —insistió Edmure—. Nuestro ejército mengua día a día.

—¿Y quién tiene la culpa de eso? —le espetó Catelyn a su hermano.

Edmure le había pedido a Robb una y otra vez que les diera permiso a los señores del río para que partieran después de su coronación, y fuera cada uno a defender sus tierras. Ser Marq Piper y lord Karyl Vance habían sido los primeros en marcharse. Tras ellos se fue lord Jonos Bracken, para recuperar los restos quemados de su castillo y enterrar a sus muertos, y lord Jason Mallister acababa de anunciar su intención de regresar a Varamar, adonde, por suerte, la guerra no había llegado todavía.

—No puedes pedirles a mis señores del río que se queden aquí, mano sobre mano, mientras el enemigo saquea sus campos y pasa por la espada a sus vasallos —dijo Edmure—. Pero lord Karstark es un norteño. Sería mala cosa que nos dejara.

—Hablaré con él —dijo Robb—. Perdió dos hijos en el bosque Susurrante. No es de extrañar que no quiera la paz con sus asesinos... con los asesinos de mi padre...

—El derramamiento de sangre no nos devolverá a tu padre —dijo Catelyn—, ni tampoco a los hijos de lord Rickard. Había que hacer una oferta de paz... aunque la sabiduría habría exigido formularla con palabras más dulces.

—Un poco más de dulzura y habría vomitado.

Su hijo se había dejado crecer la barba, más rojiza incluso que el cabello. Por lo visto, Robb pensaba que le daba un aspecto más fiero, más regio..., más maduro. Pero, con barba o sin ella, seguía siendo un joven de quince años, y deseaba la venganza tanto o más que Rickard Karstark. No había resultado sencillo convencerlo de que hiciera aquella oferta, por escasa que fuera.

—Cersei Lannister jamás accederá a cambiar a tus hermanas por un par de primos. Al que quiere es a su hermano; lo sabes muy bien.

Ya se lo había dicho antes, pero Catelyn había descubierto que los reyes no escuchan con tanta atención como los hijos.

—No podría liberar al Matarreyes ni aunque quisiera. Mis señores no me lo permitirían.

—Tus señores te nombraron rey.

—Y del mismo modo pueden retirarme su apoyo.

—Si esa corona es el precio que hay que pagar por recuperar a Arya y a Sansa sanas y salvadas, deberíamos pagarla de buena gana. A la mitad de tus

señores le gustaría asesinar a Lannister en la celda. Si muere siendo tu prisionero, se dirá...

—... que lo tenía bien merecido —terminó Robb.

—¿Y tus hermanas? —preguntó Catelyn bruscamente—. ¿También se tendrán bien merecida la muerte? Te garantizo que, si a su hermano le pasa algo, Cersei nos lo cobrará, sangre por sangre...

—Lannister no morirá —replicó Robb—. Nadie puede siquiera hablar con él sin mi permiso. Tiene comida, agua y paja limpia; más comodidades de las que merece. Pero no lo voy a liberar, ni siquiera a cambio de Arya y Sansa.

Catelyn se dio cuenta de que su hijo la estaba mirando desde arriba.

« ¿Ha sido la guerra lo que lo ha hecho crecer tan deprisa? —se preguntó—. ¿O tal vez esa corona que le han puesto en la cabeza?» .

—¿Qué pasa, te da miedo volver a enfrentarte a Jaime Lannister en el campo de batalla?

Viento Gris gruñó como si percibiera la ira de Robb, y Edmure Tully puso una mano fraternal en el hombro de Catelyn.

—No seas así, Cat. El chico tiene razón.

—A mí no me llames así. —Robb se revolvió contra su tío, derramando toda su rabia sobre el pobre Edmure, que solo había intentado apoyarlo—. Soy casi un adulto, y soy el rey... tu rey. Y no tengo miedo de Jaime Lannister. Lo derroté una vez, y si hiciera falta, volvería a derrotarlo, pero... —Se apartó el pelo de los ojos y sacudió la cabeza en gesto de negación—. Habría podido cambiar al Matarreyes por mi padre, pero...

—Pero no por las chicas? —La voz de Catelyn era tranquila, gélida—. Las chicas no son tan importantes, ¿verdad?

Robb no respondió, pero el dolor se reflejó en sus ojos. Ojos azules, ojos Tully, ojos que ella le había dado. Le había hecho daño, pero el muchacho se parecía demasiado a su padre para reconocerlo.

« Eso ha sido indigno de mí —se dijo—. Por los dioses, ¿en qué me estoy convirtiendo? Él hace lo que puede, se está esforzando al máximo, y lo sé, lo percibo, pero aun así... He perdido a mi Ned, la roca sobre la que se asentaba mi vida; no soportaría perder también a las niñas...» .

—Haré todo lo que pueda por mis hermanas —dijo Robb—. Si la reina tiene un ápice de sentido común, aceptará mis condiciones. Si no, haré que lamente haberlas rechazado. —Era evidente que no quería seguir hablando del tema—. Madre, ¿seguro que no quieres ir a Los Gemelos? Allí estarías más lejos de la guerra; podrías conocer a las hijas de lord Frey, para ayudarme a elegir a mi prometida cuando esto termine.

« Quiere poner distancia entre nosotros —pensó Catelyn, cansada—. Por lo visto, los reyes no deben tener madre, y además yo le digo cosas que no quiere oír» .

—Tienes edad suficiente para elegir a cuál de las hijas de lord Walder prefieres sin la ayuda de tu madre, Robb.

—En ese caso, vete con Theon. Partirá por la mañana. Va a ayudar a los Mallister a escoltar a un grupo de cautivos hasta Varamar; luego tomará un barco en dirección a las islas del Hierro. Tú también podrías buscar un barco, y si los vientos te son favorables, habrás vuelto a Invernalia antes de que cambie la luna. Bran y Rickon te necesitan.

«Y tú no; es lo que me estás diciendo, ¿verdad?» .

—A mi señor padre le queda poco tiempo. Mientras tu abuelo siga con vida, mi lugar está aquí, en Aguasdulces, con él.

—Debería ordenarte que te fueras. Como rey, puedo hacerlo.

Catelyn hizo caso omiso.

—Te repito lo que te he dicho antes: preferiría que enviaras a algún otro a Pyke y que conservaras a Theon a tu lado.

—¿Quién mejor para tratar con Balon Greyjoy que su hijo?

—Jason Mallister —sugirió Catelyn—. Tytos Blackwood. Stevron Frey. Cualquiera... menos Theon.

Su hijo se acuclilló al lado de Viento Gris para acariciar el pelaje del lobo y, de paso, para no mirarla a los ojos.

—Theon luchó con valor por nosotros. Ya te conté que salvó a Bran de aquellos salvajes en el bosque de los Lobos. Si los Lannister se niegan a firmar la paz, necesitaré la flota de lord Greyjoy.

—Antes te la dará si tienes a su hijo como rehén.

—Ha sido nuestro rehén durante la mitad de su vida.

—Y con razón —dijo Catelyn—. Balon Greyjoy no es de confianza. Recuerda que él también ciñó una corona, aunque fuera solo durante una estación. Quizá aspire a ceñirla de nuevo.

—No se lo reprocharía. —Robb se levantó—. Yo soy el Rey en el Norte; que él sea el Rey de las Islas del Hierro, si tanto lo desea. De buena gana le otorgaré una corona con tal de que nos ayude a acabar con los Lannister.

—Robb...

—Voy a enviar a Theon. Buenos días, madre. Vamos, Viento Gris. —Robb se alejó a paso vivo, escoltado por su lobo huargo.

Catelyn no pudo hacer nada más que mirar mientras se alejaba. Su hijo... y también su rey. Qué situación tan extraña. En Foso Cailin le había ordenado que reinara. Y aquello era lo que estaba haciendo.

—Voy a visitar a padre —anunció Catelyn en tono brusco—. Ven conmigo, Edmure.

—Tengo que hablar con los nuevos arqueros que ser Desmond está entrenando. Iré a verlo más tarde.

«Si es que sigue con vida», pensó Catelyn. Pero no dijo nada. Su hermano

prefería enfrentarse a una batalla que a la habitación de aquel enfermo.

El camino más corto para llegar a la torre central, donde su padre yacía agonizante, discurría a través del bosque de dioses, con su hierba, sus flores silvestres y los espesos bosquecillos de olmos y secuoyas. Las ramas de los árboles seguían pobladas de hojas susurrantes, como si desconocieran el mensaje que había llevado a Aguasdulces el cuervo blanco hacia ya quince días. El otoño había llegado, decía el Cónclave, pero los dioses no habían considerado oportuno informar aún a los vientos y a los bosques, circunstancia por la que Catelyn estaba más que agradecida. El otoño era siempre temible, y tras él acechaba el espectro del invierno. Ni los más sabios podían decir si la siguiente cosecha sería la última.

Hoster Tully, señor de Aguasdulces, yacía en sus habitaciones, desde las que se divisaba hacia el este el punto donde se encontraban los ríos Piedra Caída y Forca Roja, más allá de los muros de su castillo. Cuando Catelyn entró estaba durmiendo; tenía la barba y el cabello tan blancos como la almohada de plumas; la muerte que crecía en su interior había hecho menuda y frágil su figura otrora imponente.

Sentado junto a la cama, vestido aún con la cota de malla y la capa manchada del viaje, se encontraba el hermano de su padre, el Pez Negro. Tenía las botas polvorrientas y manchadas de barro seco.

—¿Sabe Robb que has regresado, tío?

Ser Brynden Tully era los ojos y oídos de Robb, el comandante de sus exploradores y oteadores.

—No. He venido directamente de los establos, porque me han dicho que el rey estaba reunido con la corte. Creo que su alteza preferirá que le dé primero mis informes en privado. —El Pez Negro era un hombre alto y esbelto, de cabello canoso y movimientos precisos, con el rostro bien afeitado lleno de arrugas y curtido por el viento—. ¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Igual. —Catelyn había comprendido que no se refería a Robb—. El maestre le da vino del sueño y la leche de la amapola para aliviarle el dolor, así que se pasa la mayor parte del tiempo durmiendo y come demasiado poco. Cada día que pasa está un poco más débil.

—¿Habla todavía?

—Sí..., pero lo que dice tiene cada vez menos sentido. Habla de las cosas que lamenta, de labores inconclusas, de personas que hace tiempo que murieron y de cosas que hace tiempo que sucedieron. A veces no sabe en qué estación estamos, ni quién soy yo. En una ocasión me ha llegado a confundir con mi madre.

—Todavía la echa de menos —respondió ser Brynden—. Tienes su misma cara. La veo en tus pómulos, en tu mentón...

—Te acuerdas de ella mejor que yo. Han pasado muchos años. —Se sentó en la cama y apartó un mechón de fino pelo blanco del rostro de su padre.

—Cada vez que salgo a caballo me pregunto si a mi regreso lo encontraré vivo o muerto.

Pese a las constantes disputas, existía un lazo muy fuerte entre su padre y el hermano al que este había desheredado.

—Al menos has podido hacer las paces con él.

Se quedaron sentados un rato en silencio. Al final, Catelyn alzó la cabeza.

—Has dicho que traías noticias para Robb.

Lord Hoster gimió y rodó sobre un costado, casi como si la hubiera oido. Brynden se levantó.

—Vamos afuera. Será mejor que no lo despertemos.

Siguió a su tío hasta el balcón de piedra, que sobresalía de la estancia como la proa de una nave. Él miró hacia arriba con el ceño fruncido.

—Ya se ve hasta de dia. Mis hombres lo llaman el Mensajero Rojo... pero ¿qué mensaje trae?

Catelyn alzó la vista hacia la tenue línea roja que trazaba el cometa, un sendero en el azul intenso del cielo, como una cicatriz en el rostro de un dios.

—El Gran Jon le dijo a Robb que los antiguos dioses han desplegado una bandera roja de venganza por Ned. Edmure cree que es un presagio de victoria para Aguasdulces... Ve un pez con una larga cola, con los colores de los Tully, el rojo sobre azul. —Suspiró—. Daría cualquier cosa por tener tanta confianza como él. El escarlata es el color de los Lannister.

—Eso no es escarlata —replicó ser Brynden—. Y tampoco es rojo Tully, el rojo del lodo del río. Lo que vemos en el cielo es una mancha de sangre, pequeña.

—¿Nuestra sangre o la suya?

—¿Ha habido jamás alguna guerra en la que solo sangrara un bando? —Su tío sacudió la cabeza en gesto grave—. Por todo el Ojo de Dioses, las riberas están bañadas en sangre y llamas. Los combates se han extendido hacia el sur, hasta el Aguasnegras, y hacia el norte, a través del Tridente, casi hasta Los Gemelos. Marq Piper y Karyl Vance han logrado algunas victorias sin importancia, y Beric Dondarrion, un señor menor del sur, ha estado acosando a los exploradores de lord Tywin: se dedica a caer sobre sus partidas de aprovisionamiento y luego desaparece en los bosques. Se dice que ser Burton Crakehall alardeaba de haber matado a Dondarrion, hasta que guio a su columna a una de las trampas de lord Beric y murieron todos sus hombres.

—Algunos de los hombres de la guardia de Ned en Desembarco del Rey están con ese tal lord Beric —recordó Catelyn—. Los dioses los guarden.

—Si lo que se comenta por ahí es verdad —dijo su tío—, Dondarrion y el sacerdote rojo que cabalga con él son suficientemente inteligentes para guardarse solos, sin necesidad de los dioses, pero los vasallos de tu padre cuentan historias menos optimistas. Robb no debería haberlos dejado marchar. Se han

dispersado como codornices; cada uno intenta solo protegerse a sí mismo y a los suyos, y eso es una locura, Cat, una verdadera locura. Jonas Bracken resultó herido en una lucha, en las ruinas de su castillo, y su sobrino Hendry murió. Tytos Blackwood expulsó a los Lannister de sus tierras, pero se llevaron hasta la última vaca, hasta el último cerdo; no le han dejado nada que defender, excepto el castillo del Árbol de los Cuervos y un desierto abrasado. Los hombres de Darry reconquistaron la fortaleza de su señor, pero no pudieron defenderla más de dos semanas, hasta que Gregor Clegane cayó sobre ellos y pasó por la espada a toda la guarnición, su señor incluido.

—Darry no era más que un niño. —Catelyn estaba espantada.

—Sí, y el último de su estirpe. Se habría pagado un buen rescate por él, pero ¿qué significa el oro para un perro rabioso como Gregor Clegane? Te juro que la cabeza de ese animal sería un hermoso regalo para todo el reino.

Catelyn conocía bien la triste reputación de ser Gregor; aun así...

—No me hables de cabezas, tío. Cersei puso la de Ned en una pica, en las murallas de la Fortaleza Roja, para que las moscas y los cuervos la devorasen. —Incluso entonces le costaba creer que lo había perdido para siempre. Algunas noches despertaba en la oscuridad, todavía somnolienta, y durante un momento esperaba encontrarlo allí, a su lado—. Clegane no es más que la zarpa de lord Tywin.

Porque, para Catelyn, Tywin Lannister, señor de Roca Casterly, Guardián del Occidente, padre de la reina Cersei, de ser Jaime el Matarreyes y de Tyrion el Gnomo, y abuelo de Joffrey Baratheon, el niño rey recién coronado, era el auténtico peligro.

—Muy cierto —convino ser Brynden—. Y Tywin Lannister no es ningún idiota. Está a salvo tras los muros de Harrenhal; alimenta a su ejército con nuestras cosechas, y lo que no se lleva, lo quema. Gregor no es el único perro que ha dejado suelto. Ser Amory Lorch también está en los campos de batalla, así como un mercenario de Qohor que prefiere lisiar a sus enemigos en vez de matarlos. He visto qué dejan a su paso. Pueblos enteros quemados, mujeres violadas y mutiladas, niños asesinados sin enterrar, para que los lobos y los perros salvajes se ceben en ellos... Hasta los muertos vomitarían.

—Cuando Edmure lo sepa, montará en cólera.

—Eso es justo lo que quiere lord Tywin. Incluso el terror tiene un objetivo, Cat. Lannister quiere provocarnos para que entremos en combate.

—Y es probable que Robb lo complazca —dijo Catelyn, atemorizada—. La inactividad lo está poniendo nervioso, y Edmure, el Gran Jon y los demás no dejan de acuciarlo.

Su hijo había conseguido dos victorias importantes, al derrotar a Jaime Lannister en el bosque Susurrante y al expulsar a su ejército sin líder más allá de las murallas de Aguasdulces en la batalla de los Campamentos, pero sus vasallos

hablaban de él como si fuera un nuevo Aegon el Conquistador.

—Menudos estúpidos —dijo Brynden el Pez Negro arqueando una de las pobladas cejas entrecanas—. Mi primera norma en la guerra es no hacer jamás lo que quiere el enemigo, Cat. Lord Tywin quiere combatir en el campo que él elija. Quiere que marchemos contra Harrenhal.

—Harrenhal.

Hasta el último de los niños del Tridente había oido contar historias sobre Harrenhal, la vasta fortaleza que el rey Harren el Negro había erigido más allá de las aguas del Ojo de Dioses hacía trescientos años, cuando los Siete Reinos eran en verdad siete reinos, y las riberas las gobernaban hombres del hierro procedentes de las islas. En su orgullo, Harren había querido construir la fortaleza más grande y las torres más altas de todo Poniente. Le había llevado cuarenta años; la construcción había crecido como una gigantesca sombra a orillas del lago, mientras los ejércitos de Harren saqueaban toda la zona para conseguir piedra, madera, oro y trabajadores. En sus canteras murieron miles de cautivos, encadenados a sus almádenas o trabajando en las cinco torres colosales. Los hombres se helaban en invierno y se derretían en verano. Para hacer las vigas talaron arcianos que llevaban tres mil años en pie. Para ornar su sueño, Harren empobreció las tierras de los ríos y las islas del Hierro. Y cuando Harrenhal estuvo por fin terminado, el mismo día en que el rey Harren lo convirtió en su residencia, Aegon el Conquistador tomó tierra en Desembarco del Rey.

Catelyn recordaba la historia que la Vieja Tata les había contado a sus hijos en Invernalia. «Y el rey Harren descubrió que los muros más gruesos y las torres más altas no sirven de nada contra los dragones —terminaba diciendo—. Porque los dragones vuelan». Harren y toda su estirpe habían perecido entre las llamas que consumieron su monstruosa fortaleza, y desde entonces, todas las casas que habían ocupado Harrenhal habían acabado sucumbiendo a la desgracia. Era un lugar fuerte, pero también oscuro y maldito.

—No quiero que Robb luche a la sombra de esa fortaleza —reconoció—. Pero tenemos que hacer algo, tío.

—Y cuanto antes —asintió Brynden—. Aún no te he contado lo peor, pequeña. Los hombres que envié hacia occidente volvieron con noticias: en Roca Casterly se está reuniendo una nueva hueste.

«Otro ejército Lannister». La sola idea la ponía enferma.

—Hay que decírselo a Robb de inmediato. ¿Quién estará al mando?

—Según se dice, ser Stafford Lannister. —El hombre clavó la mirada en los ríos, mientras la brisa agitaba su capa roja y azul.

—¿Otro sobrino? —Los Lannister de Roca Casterly eran una casa asquerosamente numerosa y fértil.

—Un primo —la corrigió ser Brynden—. Hermano de la difunta esposa de lord Tywin, así que es pariente por partida doble. Es un hombre viejo y algo

idiota, pero tiene un hijo, ser Daven, mucho más temible.

—En ese caso, esperemos que sea el padre el que lleve ese ejército a la batalla, y no el hijo.

—Aún nos queda algo de tiempo antes de que tengamos que enfrentarnos a ellos. Será un ejército de mercenarios, jinetes libres y muchachos inexpertos salidos de los arrabales de Lannisport. Ser Stafford tendrá que encargarse de armarlos y entrenarlos antes de correr el riesgo de llevarlos a la batalla. Y no te equivoques: lord Tywin no es el Matarreyes. No se precipitará. Aguardará con paciencia a que ser Stafford se ponga en marcha antes de moverse de los muros de Harrenhal.

—A menos que... —empezó Catelyn.

—Sigue —pidió ser Brynden.

—A menos que tenga que salir de Harrenhal —dijo—, para hacer frente a alguna otra amenaza.

Su tío la miró, pensativo.

—Lord Renly.

—El rey Renly. —Si quería pedirle ayuda, tendría que tratarlo según el título que él mismo se había adjudicado.

—Es posible. —La sonrisa del Pez Negro era peligrosa—. Pero querrá algo a cambio.

—Querrá lo que quieren todos los reyes —replicó Catelyn—. Pleitesía.

Janos Slynt era hijo de un carnicero, y se reía como si estuviera cortando carne.

—¿Más vino? —le preguntó Tyrion.

—No voy a decir que no —respondió lord Janos al tiempo que tendía la copa. Tenía la constitución de un barril y una capacidad semejante—. Desde luego que no voy a decir que no. Buen tinto. ¿Es del Rejo?

—De Dorne. —Tyrion hizo un gesto, y su criado sirvió el vino. A excepción de los sirvientes, lord Janos y él eran los únicos presentes en la sala menor, sentados a una mesa iluminada con velas y rodeada por la oscuridad—. Un verdadero hallazgo. Los vinos de Dorne no suelen ser tan deliciosos.

—Delicioso —repitió el hombretón con rostro de rana, y bebió un generoso trago. Janos Slynt no era persona que bebiera poco a poco. Tyrion lo había advertido enseguida—. Sí, delicioso, esa es la palabra que estaba buscando, esa misma. Os lo digo de corazón, lord Tyrion: se os dan bien las palabras. Y contáis historias desternillantes. Desternillantes, sí.

—Me alegro de que os gusten... pero dejemos lo de *lord*; eso es para caballeros como vos. Llamadme Tyrion, lord Janos.

—Como queráis. —Bebió otro trago y se salpicó de vino la pechera del jubón de seda negra. Llevaba una capa corta de hilo de oro, sujetada con un broche en forma de lanza con la punta esmaltada en rojo oscuro. Y estaba borracho como una cuba.

Tyrion se tapó la boca con una mano y eructó con discreción. A diferencia de lord Janos, había vigilado cuánto bebía, pero estaba muy lleno. Lo primero que había hecho tras aposentarse en la Torre de la Mano había sido averiguar cuál era la mejor cocinera de la ciudad y tomarla a su servicio. Aquella noche habían cenado sopa de rabo de toro, verduras veraniegas salteadas con nueces, uvas, hinojo rojo, queso desmenuzado, empanada caliente de cangrejo, calabaza especiada y codornices con abundante salsa de mantequilla. Cada plato con su correspondiente vino. Lord Janos tuvo que reconocer que en su vida había comido tan bien.

—No me cabe duda de que eso cambiará cuando os asentéis en Harrenhal —comentó Tyrion.

—Podéis estar seguro. Me gustaría pedirle a vuestra cocinera que entrara a mi servicio, ¿qué os parece?

—Que por menos se han declarado guerras —replicó, y ambos soltaron una carcajada—. Sois osado al asentáros en Harrenhal. Es un lugar tan sombrío y tan grande... Tendrá un mantenimiento muy costoso. Y además, hay quien dice que está encantado.

—¿Acaso debo tener miedo de un montón de piedras? —La sola idea lo hizo

reír—. Decís que soy osado. Hay que ser osado para ascender. Como he ascendido yo. Hasta Harrenhal, sí. ¿Y por qué no? Lo sabéis bien. Vos también sois osado en cierto modo. Pequeño, pero osado.

—Sois demasiado amable. ¿Más vino?

—No. No, de veras, no... Bah, por los dioses, sí, ¿por qué no? ¡Un hombre osado bebe hasta hartarse!

—Cierto. —Tyrion llenó hasta el mismísimo borde la copa de lord Slynt—. He echado un vistazo a los nombres que habéis propuesto para ocupar vuestro lugar como comandante de la Guardia de la Ciudad.

—Buenos hombres. De lo mejor. Cualquiera de los seis lo haría bien, pero yo elegiría a Allar Deem. Mi brazo derecho. Un buen hombre, sí. Leal. Elegidlo; no lo lamentaréis. Si al rey le parece bien.

—Claro. —Tyrion bebió un traguito de su copa—. Yo había pensado más bien en ser Jacelyn Bywater. Hace tres años que es capitán de la puerta del Lodazal, y sirvió con gran valor durante la rebelión de Balon Greyjoy. El rey Robert lo nombró caballero en Pyke. Pero su nombre no aparece en vuestra lista.

Lord Janos Slynt se llenó la boca de vino y le dio unas vueltas antes de tragarlo.

—Bywater. Bueno. Es valiente, claro, pero... es muy rígido; ese tipo es muy rígido. Y muy raro. A los hombres no les cae bien. Y encima está tullido: perdió la mano en Pyke, por eso lo nombraron caballero. Mal negocio, en mi opinión, una mano por un título. —Se echó a reír—. Ser Jacelyn tiene una opinión demasiado elevada de sí mismo y de su honor, os lo digo yo. A ese, mejor lo dejáis donde está, míse... Tyrion. El hombre idóneo es Allar Deem.

—Según me han dicho, el pueblo no quiere demasiado a Deem.

—Le tiene miedo, que es mejor.

—¿Qué otra cosa me han contado de él? No sé qué de problemas en un burdel...

—Ah, eso. No fue culpa suya, míse... Tyrion. En absoluto. No tenía intención de matar a la mujer; ella tuvo la culpa. Deem le dijo que se apartara y lo dejara cumplir con su deber.

—Ya, pero... una madre... Tendría que haberse imaginado que intentaría salvar a su bebé. —Tyrion sonrió—. Probad este queso; va de maravilla con el vino. Y decidme, ¿por qué elegisteis a Deem para tan ingrata tarea?

—Un buen comandante conoce a sus hombres, Tyrion. Unos valen para unas cosas, y otros, para otras. Para cargarse a una cría de teta hace falta un hombre muy concreto, no cualquiera. Aunque se trate solo de una puta y su mocosa.

—Claro, ya me imagino —dijo Tyrion, que al oír lo de «solo una puta» no podía dejar de pensar en Shae, en Tysha y en todas las otras mujeres que habían recibido su dinero y su semilla a lo largo de los años.

—Así es Deem —siguió hablando Slynt sin darse cuenta—, un hombre duro

para un trabajo duro. Hace lo que se le dice y no vuelve a mencionarlo. —Se cortó una loncha de queso—. Está muy bueno. Es fuerte. Yo, con un cuchillo afilado y un queso fuerte soy feliz.

—Disfrutad mientras podáis —dijo Tyrion encogiéndose de hombros—. Las tierras de los ríos se encuentran en llamas, y Renly se ha proclamado rey en Altojardín, así que pronto será difícil conseguir buen queso. Y decidme, ¿quién os ordenó acabar con la bastarda de la prostituta?

Lord Janos miró a Tyrion con desconfianza, se echó a reír y lo señaló con su trozo de queso.

—Sois astuto, Tyrion. Creíais que me ibais a engañar, ¿eh? Hace falta algo más que vino y queso para tirarle de la lengua a Janos Slynt. Me enorgullezco de eso. Nunca cuestiono una orden, ni hablo de ello después. Así soy yo.

—Y Deem es igual.

—Igual. Nombradlo comandante cuando me vaya a Harrenhal y no lo lamentaréis.

Tyrion cogió un trocito de queso. Desde luego, era fuerte, muy curado, con vetas de vino. Un gran queso.

—No sé a quién nombrará el rey, pero le va a costar estar a vuestra altura, eso seguro. Lord Mormont tiene el mismo problema.

—¿No era una mujer? —Lord Janos lo miraba asombrado—. Lady Mormont. La que se acuesta con osos, ¿no?

—Yo me refería a su hermano, Jeor Mormont, el lord comandante de la Guardia de la Noche. Hablé con él en el Muro, y me comentó que estaba muy preocupado porque no encontraba a nadie que pudiera ocupar su lugar. Pocos son los hombres de valía que llegan a la Guardia en estos tiempos que corren. —Tyrion sonrió—. Seguro que dormiría más tranquilo si contara con un hombre como vos. O como el valiente Allar Deem.

—¡Pues seguirá durmiendo mal! —soltó lord Janos con una risotada.

—Eso parecería a primera vista —asintió Tyrion—. Pero la vida da muchas vueltas. Como le pasó a Eddard Stark. ¿Recordáis, mi señor? Seguro que nunca pensó que su vida terminaría en los peldaños del Septo de Baelor.

—Pocos lo pensaban —concordó lord Janos con una risita. Tyrion rio también.

—Lástima; me habría gustado verlo. Dicen que hasta Varys se llevó una buena sorpresa.

—La Araña —dijo lord Janos, que se reía con tantas ganas que se le sacudía la barriga—. Se rumorea que lo sabe todo. Bueno, pues eso no lo sabía.

—¿Cómo iba a saberlo? —Tyrion permitió que su voz transmitiera el primer atisbo de frialdad—. Había contribuido a convencer a mi hermana de que perdonara a Stark, con tal de que vistiera el negro.

—¿Eh? —Janos Slynt miró a Tyrion, y parpadeó.

—Mi hermana, Cersei —repitió Tyrion en voz un poco más fuerte, por si a aquel imbécil le quedaba alguna duda acerca de a quién se refería—. La reina regente.

—Sí. —Slynt bebió un trago—. En cuanto a eso, bueno... Lo ordenó el rey, mi señor. El rey en persona.

—El rey tiene trece años —le recordó Tyrion.

—Ya. Pero sigue siendo el rey. —Slynt frunció el ceño, y sus mofletes temblaron—. El señor de los Siete Reinos.

—Bueno, al menos de uno o dos —dijo Tyrion con una sonrisa amarga—. ¿Me dejáis que le eche un vistazo a vuestra lanza?

—¿Mi lanza? —Lord Janos parpadeó, confuso.

—El broche con el que os sujetáis la capa —señaló Tyrion. Titubeante, lord Janos se quitó el adorno y se lo entregó—. Los orfebres que tenemos en Lannisport hacen trabajos de mayor calidad —opinó—. Si me perdonáis que os lo diga, la sangre de esmalte rojo es un poco excesiva. Decidme, mi señor, ¿fuisteis vos mismo el que le clavó la lanza por la espalda, o solo disteis la orden?

—Di la orden, y volvería a darla. Lord Stark era un traidor. —La calva de la coronilla de Slynt se había puesto de un tono rojo remolacha, y la capa de hilo de oro se le había resbalado de los hombros para caer al suelo—. Ese hombre intentó comprarme.

—Sin saber que ya estabais vendido.

—¿Estáis borracho? —Slynt dejó de golpe la copa de vino—. Si creéis que me voy a quedar aquí sentado mientras cuestionáis mi honor...

—¿Qué honor? Aunque tengo que reconocer que hicisteis mejor trato que ser Jacelyn. El título de lord y un castillo a cambio de una lanzada por la espalda, y ni siquiera tuvisteis que clavar la lanza en persona. —Tiró el adorno de oro a Janos Slynt. El broche le rebotó contra el pecho y cayó al suelo tintineando, mientras él se levantaba.

—No me gusta vuestro tono, mi señor... Gmono. Soy el señor de Harrenhal y miembro del Consejo del Rey; ¿quién sois vos para reprenderme de esa manera?

—Demasiado bien sabéis quién soy. —Tyrion inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Cuántos hijos tenéis?

—¿Qué te importan a ti mis hijos, enano?

—Enano? —La rabia lo invadió—. No deberías haber pasado de Gmono. Soy Tyrion de la casa Lannister, y algún día, si tienes tanto sentido común como los dioses hayan concedido a una babosa marina, caerás de rodillas para dar gracias por habértelas visto conmigo, y no con mi señor padre. ¡Te he preguntado que cuántos hijos tienes!

—Tres, mi señor. —De repente, los ojos de Janos Slynt se habían llenado de miedo—. Y una hija. Por favor, mi señor...

—No hace falta que supliques. —Se bajó de la silla—. Tienes mi palabra de

que no les pasará nada malo. Los chicos pequeños irán a diferentes casas como pupilos y escuderos. Si sirven bien y con lealtad, puede que con el tiempo lleguen a caballeros. No se dirá que la casa Lannister no recompensa a los que la sirven. Tu hijo mayor heredará el título de lord Slynt y este blasón tan llamativo que has elegido. —Dio una patada a la lancita de oro, que salió rebotando por el suelo—. Le adjudicaremos unas tierras para que se construya un asentamiento. No será Harrenhal, pero le bastará. Él tendrá que encargarse de casar a la chica.

—¿Q-qué... qué vais a hacer...? —El rostro de Janos Slynt había pasado del rojo al blanco, y los mofletes le temblaban como montones de sebo.

—¿Que qué voy a hacer contigo? —Tyrion dejó que aquel zoquete se estremeciera un momento antes de responder—. La carraca *Sueño de Verano* zarpará al amanecer. Su capitán me ha dicho que hará escalas en Puerto Gaviota, las Tres Hermanas, la isla de Skagos y Guardiaoriente del Mar. Cuando veas al lord comandante Mormont, quiero que le des recuerdos de mi parte, y que le digas que no he olvidado las necesidades de la Guardia de la Noche. Os deseo una larga vida y un buen servicio en la Guardia, mi señor.

En cuanto Janos Slynt se dio cuenta de que no iba a ser víctima de una ejecución sumaria, el color le volvió a las mejillas. Apretó la mandíbula.

—Ya veremos, Gnomo. Enano. A lo mejor eres tú el que va en ese barco, ¿qué te parece? A lo mejor eres tú el que acaba en el Muro. —Soltó una risotada ansiosa—. Tú y tus amenazas, eso, ya veremos. Soy amigo del rey, ¿te enteras? A ver qué dice Joffrey de esto. Y Meñique, y la reina, sí, claro. Janos Slynt tiene amigos muy importantes. Ya veremos quién se hace a la mar, te lo digo yo. Ya lo veremos.

Slynt giró en redondo como el guardia que había sido y recorrió a zancadas la sala menor. Sus botas resonaban contra la piedra del suelo. Subió por los peldaños, abrió la puerta de golpe... y se encontró frente a frente con un hombre alto, de mandíbula cuadrada, vestido con coraza negra y capa dorada. Llevaba una mano de hierro atada al muñón de la muñeca derecha.

—Janos —dijo. Tenía un brillo especial en los ojos hundidos, bajo el ceño prominente y la mata de pelo negro salpicado de canas. Seis capas doradas entraron en silencio en la sala menor tras él, al tiempo que Janos Slynt retrocedía.

—Lord Slynt —lo llamó Tyrion—, creo que ya conocéis a ser Jacelyn By water, el nuevo comandante de la Guardia de la Ciudad.

—Os espera una litera, mi señor —dijo ser Jacelyn a Slynt—. Los muelles son oscuros y están lejos, y por la noche, las calles no son seguras. Adelante.

Mientras los capas doradas se llevaban al que fuera su comandante, Tyrion llamó a ser Jacelyn y le entregó un pergamino enrollado.

—Es un viaje largo; a lord Slynt le gustaría tener compañía. Encargaos de que estos seis se reúnan con él a bordo de la *Sueño de Verano*.

By water echó una ojeada a los nombres y sonrió.

—A la orden.

—Uno de ellos, ese tal Deem... —añadió Tyrion con voz queda—. Dile al capitán que si se lo lleva un golpe de mar antes de llegar a Guardiaoriente, nadie lo echará de menos.

—Me han dicho que en esas aguas del norte las tormentas son terribles, mi señor.

Jacelyn se inclinó, pidió permiso para retirarse y salió con la capa ondeando a su espalda. Por el camino pisoteó la capa de hilo de oro de Slynt.

Tyrion se quedó a solas, sentado, saboreando lo que quedaba del excelente vino dulce de Dorne. Los sirvientes entraron y salieron para retirar los platos de la mesa. Les ordenó que dejaran el vino. Cuando hubieron terminado, Varys entró en la estancia arrastrando los pies al andar. Vestía una amplia túnica color lavanda, a juego con su olor.

—Muy bien, mi señor, muy bien hecho: una actuación maravillosa.

—Entonces, ¿por qué tengo este regusto amargo en la boca? —Se presionó las sienes con los dedos—. Les he dicho que tirasen por la borda a Allar Deem. Ganas me dan de hacer lo mismo con vos.

—Puede que el resultado os decepcionase —replicó Varys—. Las tormentas llegan y pasan; las olas rompen; el pez grande se come al chico... y yo sigo remando. ¿Sería mucha molestia si os pido un trago de ese vino que tanto estaba disfrutando lord Slynt?

Tyrion le señaló la jarra, con el ceño fruncido. Varys se sirvió una copa.

—Ah. Dulce como el verano. —Tomó otro trago—. Oigo cómo las uvas cantan en mi lengua.

—Ya decía yo que se oía un ruido raro. Decidles a las uvas que se callen; la cabeza me va a estallar. Fue mi hermana. Eso ha sido lo que el muy leal lord Janos se ha negado a decirme. Cersei envió a los capas doradas a ese burdel. —Varys disimuló una risita nerviosa. De manera que lo sabía desde el principio—. Eso no me lo dijisteis —lo acusó Tyrion.

—Se trataba de vuestra dulce hermana —respondió Varys, tan dolido que parecía a punto de llorar—. No es fácil dar esas noticias, mi señor. Tenía miedo de vuestra reacción. ¿Podréis perdonarme?

—No —restalló Tyrion—. Maldito seáis. Y maldita sea ella. —Sabía que no podía ponerle un dedo encima a Cersei. Aún no, ni aunque quisiera, y desde luego, no estaba seguro de querer hacerlo. Pero le dolía ejercer aquella farsa de justicia, castigar a seres lamentables como Janos Slynt y Allar Deem, mientras su hermana seguía llevando a cabo sus crueles planes—. De ahora en adelante, me contaréis todo lo que sepáis, lord Varys. Todo.

—Eso me tomará mucho tiempo, mi buen señor. —La sonrisa del eunuco era ladina—. Sé muchas cosas.

—Por lo visto, no las suficientes para salvar a aquella niña.

—No, por desgracia no. Había otro bastardo, un chico, mayor. Tomé las medidas necesarias para ponerlo a salvo..., pero confieso que jamás se me pasó por la cabeza que la pequeña corriera peligro. Una niña, plebeya, de menos de un año, hija de una prostituta... No representaba ninguna amenaza.

—Era hija de Robert —replicó Tyrion con amargura—. Por lo visto, para Cersei eso era suficiente.

—Sí. Fue muy doloroso, muy triste. Me culpo por la muerte de la dulce pequeña y por la de su madre, que era tan joven y amaba tanto al rey...

—¿De veras? —Tyrion no había visto jamás el rostro de la chica muerta, pero en su imaginación era Shae y Tysha a la vez—. Me pregunto si una prostituta puede amar de verdad. No, no respondas, hay cosas que prefiero no saber.

Había dejado establecida a Shae en una amplia casona de piedra y madera que contaba con un pozo, un establo y un jardín; le había proporcionado criados que atendieran todas sus necesidades, un pájaro blanco de las islas del Verano para que le hiciera compañía, sedas, plata y gemas para adornarse, y guardias para protegerla. Pero ella seguía inquieta. Quería estar más tiempo con él, le dijo; quería servirlo y ayudarlo. «Como mejor me ayudas es aquí, entre las sábanas», le había dicho él una noche, después de hacer el amor, tendido junto a ella, con la cabeza reposada entre sus senos y un dulce escozor en la entrepierna. Shae no respondió nada, pero la contestación estaba en sus ojos, y en ellos pudo leer que no había dicho lo que quería oír.

Tyrion suspiró y tendió la mano hacia el vino, pero se acordó de lord Janos y apartó la jarra.

—Al parecer, mi hermana decía la verdad en lo relativo a la muerte de Stark. Esa estupidez se la debemos solo a mi sobrino.

—El rey Joffrey dio la orden. Janos Slynt y ser Ilyn Payne la llevaron a cabo de inmediato, sin titubear...

—Casi como si la estuvieran esperando. Sí, eso ya lo hemos tratado, sin llegar a ninguna conclusión. Fue una locura.

—Ahora controláis la Guardia de la Ciudad, mi señor, y estáis en una situación inmejorable para impedir que su alteza cometa más... ¿locuras? Aunque claro, también hay que tener en cuenta a la guardia de la casa de la reina...

—¿Los capas rojas? —Tyrion se encogió de hombros—. Vylarr juró lealtad a Roca Casterly. Sabe que he venido con la autoridad de mi padre. A Cersei le costaría mucho utilizar a sus hombres contra mí. Además, son únicamente un centenar. Yo tengo ciento cincuenta hombres. Y seiscientos capas doradas, si By water es tal como me habéis dicho.

—Pronto veréis que ser Jacelyn es hombre valiente, honorable, obediente... y muy agradecido.

—Me gustaría saber a quién le guarda gratitud. —Tyrion no confiaba en

Varys, aunque su valía era innegable. Desde luego, sabía muchas cosas—. ¿Por qué me ayudáis tanto, mi señor Varys? —preguntó, escudriñando las manos fofas del eunuco, su rostro empolvado, su calva, su sonrisa tenua...

—Vos sois la mano. Yo sirvo al reino, al rey y a vos.

—¿También servisteis a Jon Arryn y a Eddard Stark?

—Serví a lord Arryn y a lord Stark lo mejor que pude. Sus prematuras muertes me entristecieron y me horrorizaron.

—Pues imaginaos cómo me siento yo, que seguramente será el próximo.

—No lo creo —respondió Varys al tiempo que hacía girar el vino en su copa—. El poder es una cosa muy curiosa, mi señor. Decidme, ¿habéis tenido tiempo de meditar sobre el acertijo que os planteé hace unos días en la posada?

—Le he dado algunas vueltas —reconoció Tyrion—. El rey, el sacerdote, el hombre rico... ¿Quién vive y quién muere? ¿A quién obedecerá el hombre de la espada? Es un acertijo sin respuesta; mejor dicho, con demasiadas respuestas. Todo depende de cómo sea ese hombre.

—Pero, en realidad, el hombre de la espada no es nadie —señaló Varys—. No tiene corona, ni oro, ni el favor de los dioses, solo un trozo de acero afilado.

—Ese trozo de acero es el poder de la vida y la muerte.

—Exacto. Pero, si quien nos gobierna en realidad es el sicario, ¿por qué fingimos que son nuestros reyes los que tienen el poder? ¿Por qué un hombre fuerte con una espada se plantearía jamás obedecer a un niño rey como Joffrey, o a un idiota borracho como su padre?

—Porque esos niños reyes y esos idiotas borrachos pueden llamar a otros hombres fuertes, con otras espadas.

—Entonces serían esos otros guerreros los que en realidad tendrían el poder. ¿O no? ¿De dónde salen sus espadas? ¿Por qué obedecen? —Varys sonrió—. Hay quien dice que el conocimiento es poder. Hay quien dice que el poder deriva de los dioses. Otros dicen que el poder lo da la ley. Pero aquel día, en los peldaños del Septo de Baelor, nuestro piadoso septón supremo, la legítima reina regente y vuestro seguro servidor, con todos sus conocimientos, estuvieron tan impotentes como cualquier zapatero remendón de la multitud. ¿Quién mató en realidad a Eddard Stark? ¿Vos qué pensáis? ¿Joffrey, que dio la orden? ¿Ser Ilyn Payne, que blandió la espada? ¿O bien... otra persona?

—¿Vais a decirme la respuesta del maldito acertijo o solo queréis empeorarme esta jaqueca? —Tyrion inclinó la cabeza hacia un lado.

—De acuerdo —dijo Varys sonriendo de nuevo—, ahí va: el poder reside donde los hombres creen que reside. Ni más ni menos.

—Entonces, ¿el poder es una farsa?

—Una sombra en la pared —murmuró Varys—. Pero las sombras pueden matar. Y a veces, un hombre muy pequeño puede proyectar una sombra muy grande.

—Lord Varys, por extraño que parezca os estoy tomando cariño. —Tyrion sonrió—. Aún es posible que os mate, pero lo lamentaré de verdad.

—Consideraré eso como un cumplido.

—¿Qué sois, Varys? —Para su asombro, Tyrion deseaba saberlo realmente—. Dicen que sois una araña.

—Las arañas y los informadores no suelen ser muy queridos, mi señor. Soy un leal sirviente del reino.

—Y un eunuco. No lo olvidemos.

—Me cuesta olvidarlo.

—A mí también me llaman Mediohombre, pero creo que los dioses han sido más bondadosos conmigo. Soy pequeño, tengo las piernas torcidas, las mujeres no me miran con deseo... Pero sigo siendo un hombre. Shae no es la primera que honra mi lecho, y algún día tomaré esposa y tendré un hijo. Si los dioses siguen siendo generosos, tendrá el aspecto de su tío y el cerebro de su padre. Vos no tenéis una esperanza así que os sustente. Los enanos somos una burla de los dioses... pero son los hombres quienes hacen a los eunucos. ¿Quién os mutiló, Varys? ¿Cuándo, y por qué? ¿Quién sois en realidad?

La sonrisa del eunuco nunca vacilaba, pero sus ojos brillaron con algo que no era risa.

—Sois muy amable al interesaros, mi señor, pero mi historia es larga y triste, y ahora tenemos que hablar de traiciones. —Se sacó un pergamo de la manga de la túnica—. El capitán de la galera real *Venado Blanco* planea levar anclas dentro de tres días para poner su espada y su nave al servicio de lord Stannis.

—Y supongo que habrá que dar una sangrienta lección con este hombre. —Tyrion suspiró.

—Ser Jacelyn podría hacerlo desaparecer, pero un juicio ante el rey contribuiría a garantizar la lealtad de otros capitanes.

« Y mantendría ocupado a mi regio sobrino» .

—Como digáis. Que reciba una dosis de la justicia de Joffrey.

Varys hizo una marca en el pergamo.

—Ser Horas y ser Hobber Redwyne han sobornado a un guardia para que los deje salir por una poterna pasada mañana por la noche. Ya lo tienen todo preparado para embarcar en una galera de Pentos, la *Luna Veloz*, disfrazados de remeros.

—Podríamos mantenerlos a los remos unos cuantos años, a ver si les gusta, ¿no? —Sonrió—. No, mi hermana lamentaría la pérdida de tan valiosos invitados. Informad a ser Jacelyn. Coged al hombre al que sobornaron y explicadle que servir en la Guardia de la Noche es un gran honor. Y vigilad la *Luna Veloz*, por si los Redwyne encuentran a otro guardia necesitado de dinero.

—Como digáis. —Otra marca en el pergamo—. Uno de vuestros hombres, Timett, ha matado esta noche al hijo de un vinatero en un garito de la calle de la

Plata. Lo acusaba de hacer trampas en el juego.

—¿Y era cierto?

—Sin la menor duda.

—En ese caso, los hombres honrados de esta ciudad están en deuda con Timett. Me encargaré de que el rey le dé las gracias.

El eunuco dejó escapar una risita nerviosa e hizo otra marca.

—También tenemos una repentina plaga de santones. Al parecer, el cometa ha atraído a todo tipo de sacerdotes, predicadores y profetas. Mendigan en las tabernas y en los tenderetes de los calderos, y van por ahí prediciendo muerte y destrucción a todo el que se pare a escucharlos.

—Está próximo el tercer centenario del Desembarco de Aegon; estas cosas son de esperar. —Tyrion se encogió de hombros—. Que hablen lo que quieran.

—Están sembrando el pánico, mi señor.

—Creía que esa era vuestra misión.

—Ay. —Varys se cubrió la boca con la mano—. Qué cruel sois, qué cosas decis. Una última cosa. Anoche, lady Tanda dio una cena para unos cuantos amigos. Os he traído el menú y la lista de invitados. Cuando se sirvió el vino, lord Gyles se levantó para brindar por el rey, y se oyó decir a ser Balon Swann: «Para eso hacen falta tres copas». Muchos rieron...

—Basta —Tyrion alzó una mano—. Ser Balon hizo un chiste. No me interesan las traiciones en forma de charla de sobremesa.

—Sois tan sabio como bondadoso, mi señor. —El pergamino volvió a desaparecer en el interior de la manga del eunuco—. A ambos nos aguardan muchas tareas. Os dejo.

Tras la salida de Varys, Tyrion permaneció sentado largo rato, observando la vela. Se preguntaba cómo se tomaría su hermana la destitución de Janos Slynt. La conocía lo suficiente para saber que no estaría nada satisfecha, pero no se imaginaba qué otra cosa podría hacer, aparte de enviarle una nota airada a lord Tywin, a Harrenhal. Tyrion contaba ya con la Guardia de la Ciudad, y también con ciento cincuenta hombres de los clanes y un creciente ejército de mercenarios reclutados por Bronn. Al parecer estaba bien protegido.

«No me cabe duda de que Eddard Stark pensaba lo mismo».

La Fortaleza Roja estaba oscura y silenciosa cuando Tyrion salió de la sala menor. Bronn lo esperaba en sus habitaciones.

—¿Slynt? —preguntó.

—Lord Janos zarpará con la marea de la mañana en dirección al Muro. Varys quiere que crea que he reemplazado a un hombre de Joffrey por uno mío. Lo más seguro es que haya reemplazado a un hombre de Meñique por uno de Varys, pero sea.

—Más vale que lo sepas: Timett ha matado a un hombre...

—Me lo ha dicho Varys.

El mercenario no pareció sorprendido.

—El muy idiota creía que sería más fácil hacerle trampas a un tuerto. Timett le ha clavado la muñeca a la mesa con el puñal y le ha abierto la garganta con las manos. Tiene un truco muy bueno: pone rígidos los dedos y...

—No me interesan los detalles macabros —lo interrumpió Tyrion—; tengo la cena en equilibrio inestable en el estómago. ¿Qué tal va el reclutamiento?

—Bastante bien. Esta noche, tres hombres más.

—¿Cómo sabes a cuáles debes contratar?

—Les echo un vistazo. Los interrogo, averiguo dónde han combatido y qué tal mienten. —Bronn sonrió—. Y luego les doy una oportunidad de matarme, mientras yo trato de matarlos a ellos.

—¿Te has cargado a alguno?

—A ninguno que pudiera habernos sido útil.

—¿Y si alguno te mata a ti?

—Contrátalo sin falta.

—Dime una cosa, Bronn... —Tyrion estaba un poco ebrio y muy cansado—. Si te ordenara matar a un bebé... a una niña de pecho..., ¿lo harías? ¿Sin preguntas?

—¿Sin preguntas? No. —El mercenario frotó las yemas del pulgar y el corazón—. Preguntaría cuánto.

« ¿Lo ves, lord Slynt? No necesito a tu Allar Deem —pensó Tyrion—. Ya tengo a cien como él». Tenía ganas de reír. Tenía ganas de llorar. Sobre todo, tenía ganas de estar con Shae.

El camino era poco más que dos surcos entre las hierbas crecidas.

Por un lado, aquello era bueno, había tan poco tráfico de viajeros que nadie podría señalar en qué dirección se habían ido. Allí, la marea humana que recorría el camino Real no era más que un reguerillo.

Lo malo era que el camino resultaba sinuoso como una serpiente, trazaba curvas y más curvas, se enredaba con otros senderos secundarios y en ocasiones parecía esfumarse por completo, para reaparecer media legua más adelante, justo cuando ya habían perdido la esperanza. Arya lo detestaba a muerte. El terreno no era duro; las colinas eran onduladas, y los campos sembrados se intercalaban entre prados, bosquecillos y valles surcados por arroyuelos de aguas tranquilas bordeados de sauces. Pero, pese a todo, el camino era tan estrecho y retorcido que tenían que avanzar a paso de tortuga.

Lo que más ralentizaba su marcha eran los carromatos, que avanzaban a duras penas. Los ejes crujían bajo el peso de la carga. Tenían que detenerse una docena de veces al día para desatascar las ruedas, que se quedaban trabadas en los surcos, o doblar las yuntas para ascender por una ladera embarrada. En cierta ocasión, en medio de un bosquecillo de robles, se toparon de frente con tres hombres que llevaban un cargamento de leña en un carro tirado por un buey. No había lugar para que se cruzaran, de manera que no pudieron hacer otra cosa que esperar mientras los leñadores desaparejaban el buey, lo guiaban entre los árboles, daban la vuelta al carro, volvían a uncir al buey y regresaban por donde habían llegado. El buey era aún más lento que los carromatos, así que aquel día apenas avanzaron nada.

Arya no podía contenerse y, a menudo, volvía la cabeza para mirar atrás, siempre temiendo que los capas doradas les dieran alcance. Por la noche, cualquier ruido la despertaba, y empuñaba a *Aguja* de manera instintiva. No habían vuelto a acampar sin poner centinelas, pero Arya no se fiaba de ellos, y menos cuando eran los chicos huérfanos. En los callejones de Desembarco del Rey se las habían apañado muy bien, pero allí fuera se encontraban perdidos. Cuando era silenciosa como una sombra podía pasar ante ellos sin que se dieran cuenta; se movía con rapidez a la luz de las estrellas para orinar en el bosque, donde nadie pudiera verla. En cierta ocasión, mientras Lommy Manosverdes estaba de guardia, trepó a un roble, y saltó de rama en rama y de árbol en árbol hasta acabar justo sobre su cabeza, sin que él se diera cuenta. Podría haberse dejado caer sobre él, pero sabía que sus gritos despertarían a todo el campamento, y Yoren la castigaría de nuevo con el palo.

Lommy y el resto de los huérfanos le daban un trato especial al Toro ahora que estaban enterados de que la reina quería su cabeza, pero el muchacho se desentendía.

—Yo no le he hecho nada a ninguna reina —decía, furioso—. Hacía mi trabajo y nada más. Fuelles, tenazas, recoger, entregar. Iba para armero, y de pronto el maestro Mott va un día y me dice que me tengo que unir a la Guardia de la Noche; yo no sé nada más.

Y se iba a sacarle lustre a su yelmo. Era un yelmo muy hermoso, curvado, con un visor en forma de rejilla y dos grandes cuernos de toro metálicos. Arya lo veía pulir el metal con un paño encerado hasta que brillaba tanto que se reflejaban las llamas de la hoguera en el acero. Pero nunca había visto que se lo pusiera.

—Me juego lo que sea a que es hijo de aquel traidor —comentó Lommy una noche, en voz baja, para que Gendry no lo oyera—. El del lobo, ese al que le cortaron el pelo en las escaleras de Baelor.

—Pues no —replicó Arya.

«Mi padre tuvo un solo bastardo, y fue Jon». Se refugió entre los árboles, deseando con todas sus fuerzas ensillar su caballo y galopar hasta casa. Era una buena montura, una yegua parda con una mancha blanca en la testuz. Y Arya siempre había sido buena amazona. Podía alejarse al galope y no volvería a verlos nunca, a menos que se dejara alcanzar. Pero entonces no tendría a nadie que fuera en avanzadilla ante ella, ni que le cuidara las espaldas, ni que montara guardia mientras dormitaba, y cuando la alcanzaran los capas doradas, estaría sola. Lo más seguro era quedarse con Yoren y con los demás.

—No estamos lejos del Ojo de Dioses —dijo el hermano negro una mañana—. El camino Real no será seguro mientras no crucemos el Tridente. Así que subiremos rodeando el lago por la orilla occidental; no creo que nos busquen por allí.

Cuando llegaron a un punto en que dos pares de surcos se cruzaban, giraron hacia el oeste.

En aquella zona, los campos cultivados dejaban paso a los bosques; los pueblos y aldeas eran más pequeños y distantes; las colinas, más altas, y los valles, más profundos. Cada vez les costaba más encontrar alimentos. En la ciudad, Yoren había cargado los carromatos de pescado en salazón, pan duro, manteca, nabos, sacos de alubias y centeno, y enormes quesos amarillos, pero ya se lo habían comido todo. Se veían obligados a vivir de lo que la tierra les proporcionaba, de manera que Yoren recurrió a Koss y a Kurz, que habían sido condenados por cazadores furtivos. Los hacía avanzar por delante de la columna, por los bosques, y al caer la noche regresaban con un ciervo que cargaban entre los dos con una pértiga, o con un hato de perdices colgado del cinturón. Los chicos más jóvenes eran los encargados de recoger moras por el camino, o de saltar una valla para llenar un saco de manzanas si daban con algún huerto.

Arya era la que mejor trepaba, y también la más rápida, y prefería hacerlo a solas. Un día se tropezó por casualidad con un conejo. Era gordo, de pelo pardo,

con orejas largas y naricilla inquieta. Los conejos corrían más deprisa que los gatos, pero no podían subirse a los árboles. Le dio un buen golpe con el palo y lo agarró por las orejas. Yoren lo guisó con setas y cebollas silvestres. A Arya le dieron una pata entera, porque el conejo era suyo. La compartió con Gendry. A los demás les correspondió un cacillo por cabeza, incluso a los tres hombres encadenados. Jaen H'ghar le agradeció con suma cortesía aquel manjar, y Mordedor se lamió la grasa de los dedos sucios con una expresión de éxtasis en el rostro, pero Rorge, el que no tenía nariz, se echó a reír.

—Este sí que caza bien —dijo—. Chichones Carasucia Mataconejos.

Al pasar por una aldea llamada Brezo Blanco, unos campesinos los rodearon en un maizal y les exigieron que pagaran las mazorcas que habían cogido. Yoren echó un vistazo a sus guadañas y les arrojó unas pocas monedas de cobre.

—Hubo un tiempo en que a los hombres de negro se los agasajaba con festines desde Dorne hasta Invernalia —dijo con amargura—, y los más altos señores consideraban un honor acogerlos bajo sus techos. Ahora, unos cobardes como vosotros exigen dinero contante y sonante a cambio de un mordisco de manzana agusanada. —Escupió al suelo.

—Es maíz, y mejor de lo que merece un cuervo hediondo como tú —le replicó uno de ellos con grosería—. Sal de nuestros campos y llévate a esos criminales, o te clavaremos a una estaca entre el maíz para que espantes a los otros cuervos.

Aquella noche asaron las mazorcas ensartadas en palos y se las comieron a mordiscos. A Arya le supieron de maravilla, pero Yoren estaba tan enfadado que no quiso comer. Parecía como si sobre él pendiera una nube, tan negra y desastrada como su capa. Recorría el campamento a zancadas, inquieto, sin dejar de murmurar entre dientes.

Al día siguiente, Koss regresó corriendo desde su puesto de avanzadilla para avisar a Yoren de que habían visto un campamento.

—Son veinte o treinta hombres —dijo—, con cotas de malla y yelmos. Algunos están malheridos, y uno parece moribundo, por lo que grita. Hacía tanto ruido que he podido acercarme bastante. Tienen lanzas y escudos, pero solo un caballo, y está cojo. Su campamento huele a rayos; deben de llevar ahí bastante tiempo.

—¿Has visto algún estandarte?

—Un gato arbóreo moteado, amarillo y negro, sobre campo marrón.

—No sé quiénes son —reconoció Yoren. Dobló una hojamarga, se la metió en la boca y la masticó—. Puede que estén con un bando o con el otro. Pero si andan tan desesperados, eso no importa: seguro que querrán quitarnos los caballos. Quizá más que eso. Será mejor dar un rodeo.

Tuvieron que apartarse varias leguas de su camino, y perdieron al menos dos días, pero el viejo dijo que no era un precio demasiado caro.

—Vais a pasar mucho tiempo en el Muro. El resto de vuestra vida. No hay prisa por llegar.

Cuando retomaron el rumbo hacia el norte, la presencia de hombres que vigilaban los campos se hizo cada vez más frecuente. Arya los veía a menudo de pie junto al camino, mirando en silencio con ojos gélidos a los viajeros. En otras ocasiones patrullaban a caballo a lo largo de las vallas, con hachas colgadas de los cinturones. Cierta vez vio a un hombre sentado entre las ramas de un árbol seco, con un arco en la mano y un carcaj colgado a su lado. En cuanto los vio, puso una flecha en el arco y no apartó la vista de ellos hasta que el último carromato desapareció en la distancia. Yoren no dejaba de mascullar maldiciones.

—Eso, que se quede en el árbol, a ver de qué le sirve cuando los Otros vengan a por él. Entonces sí que llamará a gritos a la Guardia, vaya si nos llamará.

Un día más tarde, Dobber divisó un brillo rojo contra el cielo del anochecer.

—O el camino se ha desviado, o el sol se está poniendo por el norte.

—Es fuego —anunció Yoren, que se había subido a una loma para ver mejor. Se chupó el pulgar y lo alzó—. El viento lo alejará de nosotros. Pero más vale estar alerta.

Y alerta estuvieron. A medida que la oscuridad se imponía, el fuego parecía brillar más y más, hasta que tuvieron la sensación de que todo el norte estaba en llamas. En ocasiones les llegaba el olor del humo, pero el viento siguió soplando en la misma dirección, y las llamas no se acercaron a ellos. Al amanecer, el incendio se había consumido, pero aquella noche ninguno pudo dormir bien.

Ya era mediodía cuando llegaron al lugar donde había estado el pueblo. En más de una legua a la redonda, los campos eran un erial abrasado, y de las casas no quedaban más que restos calcinados. Por todas partes había cadáveres quemados de animales, cubiertos por mantas vivientes de cuervos carroñeros, que alzaron el vuelo y graznaron furiosos ante su presencia. Del interior del torreón seguía saliendo humo. La empalizada de madera parecía resistente desde lejos, pero en la práctica no lo había sido.

Arya, que iba a caballo por delante de los carromatos, vio cadáveres quemados empalados en estacas afiladas a lo largo de las paredes, con las manos ante el rostro, como si hubieran tratado de luchar contra las llamas que los consumieron. Yoren dio orden de detenerse cuando aún estaban a cierta distancia, y les dijo a Arya y a los otros muchachos que vigilaran los carromatos mientras él se adelantaba a pie junto con Murch y Cutjack. Cuando saltaron la verja rota, una bandada de cuervos levantó el vuelo, y las aves que llevaban en las jaulas respondieron a sus graznidos.

—¿No deberíamos ir a buscarlos? —le preguntó Arya a Gendry cuando pasó un largo rato sin que Yoren y los demás regresaran.

—Nos ha dicho que esperásemos.

La voz de Gendry sonaba cavernosa. Arya se volvió para mirarlo, y vio que se había puesto el brillante y elmo de acero con los cuernos curvos.

Cuando por fin regresaron, Yoren llevaba en brazos a una niña, y Murch y Cutjack transportaban a una mujer en una camilla improvisada a partir de una manta vieja. La niña no tendría más de dos años y lloraba sin cesar, con un llanto gimoteante que sonaba como si se le hubiera atravesado algo en la garganta. Tal vez aún no sabía hablar, o tal vez se le había olvidado. El brazo derecho de la mujer terminaba en un muñón ensangrentado a la altura del codo, y sus ojos parecían no ver ni siquiera lo que tenía delante. Hablaba, pero solo decía una cosa:

—Por favor —gemía una y otra vez—. Por favor. Por favor.

A Rorge le hizo mucha gracia, y se rio a través del agujero del rostro donde había tenido la nariz. Mordedor se empezó a reír también, hasta que Murch los llenó de improperios y les ordenó que se callaran.

Yoren les hizo preparar un lugar para la mujer en la parte trasera de uno de los carromatos.

—Y daos prisa —dijo—. Cuando oscurezca, esto se va a llenar de lobos. Y de cosas peores.

—Tengo miedo —murmuró Pastel Caliente al ver como la mujer manca se agitaba en el carromato.

—Yo también —confesó Arya.

—No es verdad que matara a un chico a patadas, Arry. —El muchacho le dio un apretón en el hombro—. Lo único que hacía era vender los pasteles de mi madre, en serio.

Arya se adelantó a caballo para alejarse lo máximo posible de los carromatos, y así no oír los gimoteos de la niña, ni los « Por favor» susurrados de la mujer. Recordó una historia de las que contaba la Vieja Tata: hablaba de un hombre prisionero en un oscuro castillo, vigilado por gigantes malvados. Era muy valiente y muy astuto, así que engañó a los gigantes y consiguió escapar... pero, nada más salir del castillo, los Otros se lo llevaron y se bebieron su sangre roja y caliente. En aquellos momentos comprendía cómo se debió de sentir aquel hombre.

La mujer manca murió al anochecer. Gendry y Cutjack la enterraron en una colina, bajo un sauce llorón. Cuando el viento sopló, a Arya casi le pareció oír un susurro entre las largas ramas colgantes. « Por favor. Por favor. Por favor». Se le erizó el vello de la nuca y estuvo a punto de salir corriendo para alejarse de la tumba.

—Esta noche, nada de hoguera —les dijo Yoren.

La cena consistió en un puñado de rábanos silvestres que Koss había encontrado, un tazón de alubias secas y agua de un arroyo cercano. El agua tenía un sabor raro, y Lommy dijo que era porque corriente arriba había cadáveres

pudriéndose. Pastel Caliente le habría dado una paliza si el viejo Reysen no los hubiera separado.

Arya bebió mucha agua para llenarse el estómago con algo. Pensaba que no podría conciliar el sueño, pero al final se durmió. Cuando despertó, la oscuridad era absoluta, y tenía la vejiga llena a reventar. Los dormientes se amontonaban en torno a ella, envueltos en capas y mantas. Cogió a *Aguja*, se levantó y escuchó con atención. Oyó las pisadas suaves de un centinela, a los hombres moviéndose en medio de sueños inquietos, los ronquidos traqueteantes de Rorge y el extraño siseo que emitía Mordedor al dormir. De otro carromato le llegó el sonido rítmico del acero contra la piedra. Yoren mascaba hojamarga al tiempo que afilaba su puñal.

Pastel Caliente era uno de los chicos que montaban guardia.

—¿Adónde vas? —le preguntó a Arya, al ver que se dirigía hacia los árboles. Arya hizo un gesto vago en dirección al bosque—. Ni hablar —dijo Pastel Caliente. Desde que tenía una espada colgada del cinto había recuperado el valor, aunque no fuera más que una espada corta y él la manejara como si fuera un cuchillo de cocina—. El viejo ha dicho que esta noche no nos apartemos.

—Tengo que orinar —explicó Arya.

—Pues ponte contra aquel árbol. —Le señaló uno—. No sabes qué puede haber por ahí, Arry. Antes he oído aullidos de lobos.

A Yoren no le gustaría que se peleara con el chico. Trató de poner cara de miedo.

—¿Lobos? ¿De verdad?

—Que sí, que los he oido yo.

—Se me han quitado las ganas.

Volvió a su manta y fingió dormir hasta que oyó como se alejaban las pisadas de Pastel Caliente. Rodó sobre sí misma y se escabulló hacia el bosque por el otro lado del campamento, silenciosa como una sombra. Allí también había centinelas, pero no le costó ningún trabajo esquivarlos. De todos modos, para no correr riesgos, se alejó el doble de lo habitual. Cuando se aseguró de que estaba sola, se bajó los calzones.

Estaba orinando en cuclillas, con la ropa enredada en los tobillos, cuando oyó un crujido entre los árboles.

« Es Pastel Caliente —pensó aterrada—, me ha seguido». Fue entonces cuando vio los ojos que brillaban en el bosque, iluminados con el reflejo de la luna. Se le hizo un nudo en la garganta y agarró a *Aguja*, sin preocuparse por si se meaba en la ropa. Contó los ojos: dos, cuatro, ocho, doce... Toda una manada.

Uno de ellos salió de entre los árboles y se le acercó. La miró y le enseñó los dientes, y Arya solo pudo pensar en lo idiota que había sido y en lo que iba a regodearse Pastel Caliente al día siguiente cuando encontraran su cadáver a medio devorar. Pero el lobo dio la vuelta y regresó a la oscuridad, y en un

instante, los ojos desaparecieron. Temblorosa, se limpió, se ató los calzones y siguió el sonido de la piedra de afilar para volver al campamento y a Yoren. Cuando se subió a su carromato, tenía el rostro desencajado.

—Lobos —susurró—. En el bosque.

—Sí, no me extraña. —Ni siquiera alzó la vista para mirarla.

—Me han asustado.

—¿De veras? —Escupió hacia un lado—. Yo creía que en tu familia os gustaban los lobos.

—Nymeria era una loba huargo. —Arya se cruzó los brazos sobre el pecho, estremecida—. No es lo mismo. Además, ya no la tengo. Jory y yo le tiramos piedras para que se marchara; si no, la reina la habría matado. —Se ponía triste siempre que hablaba de aquello—. Seguro que, si hubiera estado en la ciudad, no habría permitido que le cortaran la cabeza a mi padre.

—Los chicos huérfanos no tienen padre —replicó Yoren—. ¿O se te ha olvidado? —La hojamarga le tenía la saliva de rojo, de manera que parecía como si tuviera la boca ensangrentada—. Los únicos lobos que deberían darnos miedo son los que van disfrazados de hombres, como los que acabaron con aquella aldea.

—Quiero irme a casa —dijo, abatida. Trataba con todas sus fuerzas de ser fiera como un carcayú y todo lo demás, pero a veces se sentía como si, al fin y al cabo, no fuera más que una niña.

El hermano negro sacó otra hojamarga del fardo que llevaban en el carromato y se la metió en la boca.

—Quizá debí dejarte donde te encontré, chico. Debi dejarlos a todos. Por lo visto, en la ciudad estabais más seguros.

—No me importa. Quiero irme a casa.

—Hace casi treinta años que me dedico a llevar hombres al Muro. —La espuma brillaba entre los labios de Yoren como burbujas de sangre—. En todo ese tiempo solo he perdido a tres. Un viejo murió de fiebres, a un muchacho lo mordió una serpiente mientras cagaba y un imbécil trató de matarme cuando estaba dormido. Le proporcioné una segunda sonrisa bien roja para compensarlo por sus molestias. —Hizo el gesto de pasarse el puñal por el cuello para que Arya se hiciera una idea—. Tres en treinta años. —Escupió la hojamarga que había estado mascando—. Habría sido más sensato tomar un barco. Así no hay posibilidad de encontrar más hombres por el camino, pero de todos modos... Cualquiera más inteligente habría tomado un barco; en cambio, yo... llevo treinta años recorriendo este camino Real. —Se enfundó el puñal—. Vete a dormir, chico. ¿Entendido?

Arya lo intentó. Pero, mientras yacía bajo la fina manta, seguía oyendo el aullido de los lobos... y algo más, otro sonido más tenue, poco más que un susurro al viento, que tal vez fueran gritos.

El humo de los dioses que ardían oscurecía el aire de la mañana.

Estaban todos en llamas: la Doncella y la Madre, el Guerrero y el Herrero, la Vieja de los ojos color perla y el Padre con su barba dorada. Hasta el Desconocido, tallado para darle un aspecto más animal que humano. La madera seca y vieja y las incontables capas de pintura y barniz ardían con una luz fiera y hambriona. El calor hacía vibrar el aire gélido; detrás, las górgolas y dragones de piedra de los muros del castillo parecían borrosos, como si Davos los estuviera viendo a través de un velo de lágrimas.

« O como si las bestias temblaran, se estremecieran...» .

—Mala cosa —señaló Allard, aunque al menos tuvo la sensatez de decirlo en voz baja.

Dale murmuró algo en tono de asentimiento.

—Silencio —ordenó Davos—. Recordad dónde estáis.

Sus hijos eran hombres buenos, pero jóvenes, y Allard, sobre todo, era muy impulsivo.

« Si yo hubiera seguido dedicado al contrabando, Allard habría acabado en el Muro. Stannis lo salvó de ese destino: una cosa más que le debo...» .

Cientos de personas se habían congregado ante el castillo para presenciar la quema de los Siete. El aire tenía un olor hediondo. Incluso a los soldados les costaba permanecer impasibles ante aquella afrenta a los dioses que muchos de ellos habían adorado toda la vida.

La mujer roja dio tres vueltas a la hoguera, recitando oraciones: una vez en la lengua de Asshai, otra en alto valyrio y otra en la lengua común. Davos solo comprendió la última.

—R'hllor, ven a nosotros en nuestra oscuridad —decía—. Señor de Luz, te ofrecemos en sacrificio a estos falsos dioses, a estos siete que son uno, uno mismo, el enemigo. Llévatelos y arroja tu luz sobre nosotros, pues la noche es oscura y alberga horrores.

La reina Selyse repetía cada una de las palabras. Junto a ella, Stannis observaba impasible la escena, con la mandíbula rígida como la piedra bajo la sombra negra azulada de una barba muy corta. Se había ataviado con prendas mucho más lujosas que las habituales, como para ir al septo.

El septo de Rocadragón se había alzado en el lugar donde Aegon el Conquistador se arrodilló para rezar la noche anterior a hacerse a la mar. Aquello no lo había salvado de los hombres de la reina, que volcaron los altares, derribaron las estatuas y destrozaron con sus martillos de guerra las vidrieras de colores. El septón Barre no pudo hacer más que maldecirlos, pero ser Hubard Rambton llevó a sus tres hijos al septo para defender a sus dioses. Los Rambton mataron a cuatro hombres de la reina antes de que los demás los redujeran.

Después de aquello, Guncer Sunglass, el más plácido y religioso de los señores vasallos, le dijo a Stannis que no podía seguir apoyando su causa. En aquellos momentos compartía una celda sofocante con el septón y los dos hijos supervivientes de ser Hubard. Todos los demás señores aprendieron muy deprisa la lección.

Para Davos el contrabandista, los dioses nunca habían significado gran cosa, aunque al igual que muchos hombres solía hacer ofrendas al Guerrero antes de la batalla, al Herrero cuando botaba un barco y a la Madre siempre que su esposa gestaba un bebé. Al verlos arder sintió náuseas, y no fue solo por el humo.

«El maestre Cressen habría impedido esto». El anciano había osado desafiar al Señor de Luz, y por su blasfemia había muerto, o aquello decían los rumores. Davos conocía la verdad. Había visto al maestre echar algo en la copa de vino. «Veneno. ¿Qué si no? Bebió una copa de muerte para liberar a Stannis de Melisandre, pero a ella, su dios la protegió». De buena gana habría matado a la mujer roja solo por aquello, pero ¿qué posibilidades de éxito tenía allí donde un maestre de la Ciudadela había fracasado? Él no era más que un contrabandista encumbrado, Davos del Lecho de Pulgas, el Caballero de la Cebolla.

Mientras ardían, los dioses proyectaban una luz muy bonita, con sus túnicas de llamas palpitantes, rojas, naranjas y amarillas. En cierta ocasión, el septón Barre le había dicho a Davos que estaban tallados en la madera de los mástiles de los barcos en los que habían llegado los primeros Targaryen de Valyria. A lo largo de los siglos los habían pintado, repintado, sobredorado, chapado en plata y cubierto de incrustaciones y joyas.

—Su belleza los hará más gratos a los ojos de R'hllor —señaló Melisandre tras decirle a Stannis que los derribaran y los sacaran por las puertas del castillo.

La Doncella yacía cruzada sobre el Guerrero, con los brazos extendidos como si quisiera abrazarlo. La Madre casi parecía estremecerse a medida que las llamas ascendían para lamerle el rostro. Alguien le había clavado una espada en el corazón, y la empuñadura de cuero estaba ardiendo. El Padre, el primero en caer, estaba debajo de todos. Davos vio cómo la mano del Desconocido se arrugaba y curvaba a medida que los dedos se ennegrecían y caían uno a uno, reducidos a carbones ardientes. Cerca de él, lord Celtigar tenía accesos de tos y se cubría el rostro arrugado con un pañuelo de lino con cangrejos rojos bordados. Los myrienses intercambiaban chistes y disfrutaban con el calor del fuego, pero el joven lord Bar Emmon tenía el rostro ceniciente, y lord Velaryon pasaba más tiempo mirando al rey que a las llamas.

Davos habría pagado por saber en qué pensaba, pero alguien como Velaryon jamás confiaría en él. Por las venas del Señor de las Mareas corría sangre de la antigua Valyria, y de su casa habían salido tres esposas para príncipes Targaryen. Davos Seaworth olía a pescado y a cebolla. Con otros señores menores pasaba lo mismo. No podía confiar en ninguno de ellos, y ellos no lo invitaban a sus

reuniones privadas. También despreciaban a sus hijos.

«Pero mis nietos justarán con los suyos, y algún día, su sangre se mezclará con la mía en matrimonio. Con el tiempo, mi barco negro ondeará tan alto como el caballito de mar de Velaryon o los cangrejos rojos de Celtigar».

Si Stannis conseguía el trono, claro. Pero si era derrotado...

«Todo lo que soy se lo debo a él». Stannis lo había enaltecido nombrándolo caballero. Le había otorgado un lugar de honor en su mesa y una galera de combate en la que navegar para sustituir su esquife de contrabandista. Dale y Allard también capitaneaban galeras; Maric era el remero jefe de la *Furia*; Matthos estaba a las órdenes de su padre, en la *Betha Negra*, y el rey había aceptado a Devan como escudero real. Algún día sería caballero, al igual que los dos pequeños. Marya era señora de una pequeña fortaleza, en el cabo de la Ira, con criados que la trataban como a una gran dama, y Davos podía cazar ciervos en bosques que le pertenecían. Todo aquello le había dado Stannis Baratheon, a cambio de parte de unos pocos dedos.

«Lo que me hizo fue justo. Me pasé la vida violando las leyes del rey. Se ha ganado mi lealtad.—Davos se tocó la bolsita que llevaba colgada del cuello. Sus dedos le daban suerte, y en aquel momento la necesitaba—. Igual que todos. Pero lord Stannis, más que nadie».

Las llamas amarillentas lamían el cielo gris. El humo negruzco se alzaba serpenteante. Cuando el viento lo impulsaba hacia ellos, los hombres parpadeaban y se frotaban los ojos. Allard apartó la vista entre toses y maldiciones.

«Es una dosis de lo que está por venir», pensó Davos. Muchos arderían antes de que acabara aquella guerra.

Melisandre vestía de seda escarlata y terciopelo color sangre, con ojos tan rojos como el gran rubí que lucía en el cuello, como si también ardieran.

—Está escrito en los antiguos libros de Asshai que llegará un día, tras un largo verano, en que las estrellas sangrarán y el aliento gélido de la oscuridad descenderá sobre el mundo. En esa hora espantosa, un guerrero sacará del fuego una espada llameante. Y esa espada será *Dueña de Luz*, la Espada Roja de los Héroes, y el que la esgrima será Azor Ahai renacido, y la oscuridad huirá a su paso. —Alzó la voz para que sus palabras llegaran a todos los congregados—. ¡Azor Ahai, amado de R'hllor! ¡El Guerrero de la Luz, el Hijo del Fuego! ¡Adelántate; tu espada te aguarda! ¡Adelántate y tómala en tu mano!

Stannis Baratheon avanzó como un soldado que fuera a la batalla. Sus escuderos se aprestaron a ayudarlo. Davos vio cómo su hijo Devan ponía en la mano del rey un guante largo acolchado. El muchacho vestía un jubón color crema con un corazón en llamas bordado en el pecho. Bryen Farring lucía un atuendo similar, y en aquellos momentos ataba una rígida capa de cuero en torno al cuello de su alteza. Detrás de ellos se oía un ligero entrechocar y tintinear de

campanillas.

—En el fondo del mar —canturreaba Caramanchada a lo lejos—, el humo sube en burbujas, las llamas arden verdes y azules y negras. Lo sé, lo sé, je, je, je.

El rey avanzó hacia el fuego con los dientes apretados, siempre manteniendo la capa de cuero ante sí para que las llamas no lo quemaran. Caminó directamente hacia la Madre, agarró la espada con la mano enguantada y la arrancó de la madera ardiente con un tirón seco. Retrocedió con la espada en alto; las llamas color verde jade se arremolinaban a lo largo del acero rojo. Los guardias corrieron a apagar las pavesas que se habían adherido a la ropa del rey.

—¡Una espada de fuego! —gritó la reina Selyse. Ser Axell Florent y el resto de los hombres de la reina se unieron a ella en el grito—. ¡Una espada de fuego! ¡Arde! ¡Arde! ¡Una espada de fuego!

—¡Contemplad! —Melisandre alzó las manos por encima de la cabeza—. ¡Se nos prometió una señal, y ahora está ante nuestros ojos! ¡Contemplad a *Dueña de Luz*! ¡Azor Ahai ha retorna do a nosotros! ¡Salve, Guerrero de la Luz! ¡Salve, Hijo del Fuego!

La respuesta fue una deshilvanada salva de gritos, justo en el momento en que el guante de Stannis empezaba a humear. El rey soltó una maldición, clavó la espada en la tierra mojada y se palmeó la mano contra la pierna para apagar las llamas.

—¡Señor, arroja tu luz sobre nosotros! —entonó Melisandre.

—Pues la noche es oscura y alberga horrores —respondieron Selyse y los hombres de la reina.

« ¿Debería recitar las oraciones yo también? —se preguntó Davos—. ¿Tanto le debo a Stannis? Y este dios llameante, ¿es su dios?». Apretó los muñones de los dedos.

Stannis se quitó el guante y lo dejó caer al suelo. Los dioses de la pira apenas si resultaban ya reconocibles. La cabeza del Herrero se desprendió con una nube de cenizas y brasas. Melisandre cantaba en la lengua de Asshai; su voz subía y bajaba como las mareas. Stannis se desató la capa de cuero chamuscada y escuchó en silencio. *Dueña de Luz*, clavada en el suelo, todavía brillaba al rojo, pero las llamas estaban menguando y muriendo.

Cuando terminó el cántico, de los dioses no quedaba más que madera carbonizada, y al rey se le había agotado la paciencia. Cogió a la reina por el codo y la acompañó de vuelta a Rocadragón, sin recoger a *Dueña de Luz*. La mujer roja se detuvo un instante para observar como Devan y Byren Farring se arrodillaban y envolvían la espada quemada y ennegrecida en la capa de cuero del rey.

« La Espada Roja de los Héroes tiene pinta de chatarra», pensó Davos.

Un grupo de señores se quedó hablando en voz baja, apartado del calor del

fuego. Al percatarse que Davos los observaba se quedaron en silencio.

« Si Stannis cayera, acabarían conmigo en un momento». Tampoco estaba entre los hombres de la reina, el grupo de caballeros y señores menores llenos de ambición que se habían entregado a ese Señor de Luz para ganarse el favor y la protección de lady Selyse...

« No, de la reina Selyse, ¿recuerdas?» .

Cuando Melisandre y los escuderos se marcharon con la preciada espada, el fuego estaba ya agonizando. Davos y sus hijos se unieron a la multitud que se dirigía hacia abajo, hacia la playa y los barcos que aguardaban.

—Devan lo ha hecho muy bien —dijo mientras caminaban.

—Sí, ha cogido el guante sin que se le cayera —respondió Dale. Allard asintió —. Ese dibujo que llevaba Devan en el jubón, el corazón llameante..., ¿qué era? El blasón de los Baratheon es un venado coronado.

—Un señor puede tener más de un blasón —dijo Davos.

—¿Un barco negro y una cebolla, padre? —Sonrió Dale.

Allard le dio una patada a una piedra.

—Los Otros se lleven nuestra cebolla... y también ese corazón llameante. No ha estado bien quemar a los Siete.

—¿Desde cuándo eres tan devoto? —preguntó Davos—. ¿Qué sabe de dioses el hijo de un contrabandista?

—Soy hijo de un caballero, padre. Si tú no lo recuerdas, ¿cómo lo van a recordar los demás?

—Eres hijo de un caballero, pero no eres un caballero —replicó Davos—. Y nunca llegarás a serlo si te entrometes en asuntos que no son de tu incumbencia. Stannis es el soberano legítimo; no nos corresponde a nosotros cuestionar lo que haga. Nosotros dirigimos sus naves y cumplimos sus órdenes. Y nada más.

—Ya que hablamos de eso, padre —dijo Dale—, no me gustan los toneles de agua que me han dado para la *Espectro*. Son de pino verde. A poco largo que sea un viaje, el agua se estropea.

—Igual que los que me han dado para la *Lady Marya* —dijo Allard—. Los hombres de la reina se han quedado con toda la madera curada.

—Se lo diré al rey —prometió Davos.

Era preferible que la noticia le llegara a través de él y no de Allard. Sus hijos eran buenos guerreros y mejores marineros, pero no sabían hablar con los señores.

« Son de baja cuna, igual que yo, pero ellos no lo quieren recordar. Cuando miran nuestro blasón ven solo un barco negro con las velas al viento. Cierran los ojos para no ver la cebolla» .

Davos nunca había visto el puerto más abarrotado que entonces. Cada uno de los muelles estaba lleno de marineros que cargaban provisiones, y en todas las posadas había soldados bebiendo, jugando a los dados o buscando prostitutas... en

vano, ya que Stannis no permitía que trabajaran en su isla. A lo largo de la costa se alineaban las naves: galeras de combate y barcos de pesca, robustas carracas y cocas panzudas. Los mejores atracaderos los ocupaban los navíos más grandes: la nave insignia de Stannis, la *Furia*, que se mecía entre la *Lord Steffon* y la *Venado del Mar*; la embarcación con casco plateado de lord Velaryon, llamada *Orgullo de Marcaderiva*, y sus tres hermanas, la ornamentada *Zarpa Roja* de lord Celtigar y la enorme *Pez Espada*, con su largo espolón de hierro. Anclada más lejos de la orilla se encontraba la gran *Valyria* de Salladhor Saan, entre los cascos a franjas de dos docenas de galeras y senas más pequeñas.

Había una pequeña posada maltratada por los años y los vientos al final del muelle de piedra donde la *Betha Negra*, la *Espectro* y la *Lady Marya* compartían espacio de amarre con otra media docena de galeras, de cien remos o menos. Davos tenía sed. Se despidió de sus hijos y se encaminó hacia la posada. En la entrada había una górgola en posición acuclillada, que le llegaba por la cintura. Estaba tan erosionada por la lluvia y la sal que de sus rasgos apenas si quedaba rastro. Pero era vieja amiga de Davos. Al pasar, dio una palmadita en la cabeza de piedra.

—Suerte —murmuró.

Al otro lado de la bulliciosa sala común se encontraba sentado Salladhor Saan, que comía uvas de un cuenco de madera. Al ver a Davos le hizo gestos para que se acercara.

—Venid a sentaros conmigo, ser Caballero. Tomad una uva. Tomad dos. Su dulzura es increíble.

El lyseno era un hombre esbelto y sonriente, de una extravagancia en el vestir que era legendaria a ambos lados del mar Angosto. Aquel día, su vestimenta era de hilo de plata, con mangas acampanadas tan largas que los extremos se arrastraban por el suelo. Los botones eran monos tallados en jade, y sobre los escasos rizos platino del cabello lucía una alegre gorra verde decorada con un abanico de plumas de pavo real.

Davos rodeó varias mesas para llegar hasta la suya, y ocupó una silla. Antes de ser caballero había comprado a menudo cargamentos a Salladhor Saan. El lyseno también se dedicaba al contrabando, aunque al mismo tiempo era comerciante, banquero y pirata notorio, y se había nombrado príncipe del mar Angosto.

«Cuando un pirata se enriquece mucho, lo nombran príncipe». Había sido el propio Davos quien viajó a Lys para reclutar al viejo granuja para la causa de lord Stannis.

—¿No habéis ido a ver cómo quemaban a los dioses, mi señor? —preguntó.

—Los sacerdotes rojos tienen un templo muy grande en Lys. Siempre están quemando esto o quemando lo otro, y llamando a gritos a su R'hllor. Me tienen aburrido con tanto incendio. Y cabe esperar que el rey Stannis también se aburra

pronto de ellos. —Por lo visto, no le importaba que alguien pudiera oírlo. Seguía comiendo uvas; se sacaba las pepitas hasta el labio con la lengua y se las quitaba con los dedos—. Mi *Ave de Mil Colores* llegó ayer, buen señor. No es una nave de guerra, nada de eso: es una nave mercante, e hizo escala en Desembarco del Rey. ¿Seguro que no queréis una uva? Se dice que, en la ciudad, los niños están pasando hambre.

Movió las uvas ante Davos y sonrió.

—Lo que necesito es cerveza. Y noticias.

—Los hombres de Poniente, siempre con tantas prisas... —se quejó Salladhor Saan—. ¿Y qué ganáis?, digo yo. El que corre por la vida corre hacia la muerte.

—Eructó—. El señor de Roca Casterly ha enviado a su hijo enano para que se encargue de Desembarco del Rey. A lo mejor piensa que con lo feo que es espantará a los atacantes, ¿eh? O que nos moriremos de risa cuando el Gnomo empiece a dar volteretas en las almenas, yo qué sé. El enano se ha librado del patán que mandaba en los capas doradas, y en su lugar ha puesto a un caballero con una mano de hierro.

Cogió una uva y la apretó entre el índice y el pulgar hasta que la piel reventó. El zumo le corrió por los dedos.

Una sirvienta se dirigió hacia ellos por entre las mesas, apartando a manotazos las caricias de otros clientes. Davos pidió una jarra de cerveza y se volvió de nuevo hacia Saan.

—¿Cómo son las defensas de la ciudad?

—Los muros son altos y fuertes, pero ¿con qué hombres los van a proteger?

—El lynesio se encogió de hombros—. Están construyendo escorpiones y bombardas, sí, pero los hombres de las capas doradas son pocos y novatos, y no hay más soldados. Un ataque rápido, como un halcón que bajara en picado sobre una liebre, y la gran ciudad sería nuestra. Basta con que tengamos buenos vientos que nos hinchen las velas para que vuestro rey se pueda sentar mañana por la noche en su Trono de Hierro. Podremos vestir al enano con un traje de colorines y pincharle las nalgas con las lanzas para que baile ante nosotros. Y vuestro piadoso rey me podría regalar a la hermosa reina Cersei para que me calentara la cama una noche. Hace mucho que estoy lejos de mis esposas, y todo por servirlo.

—Pirata —replicó Davos—, no tenéis esposas, solo concubinas, y se os ha pagado bien por cada día y cada barco.

—Solo con promesas —se quejó Salladhor Saan—. Mi buen señor, lo que quiero es oro, no palabras sobre el papel. —Se metió una uva en la boca.

—Tendréis el oro que os corresponde cuando nos apoderemos del tesoro de Desembarco del Rey. No hay hombre en los Siete Reinos más honrado que Stannis Baratheon. Cumplirá su palabra.

« El mundo está loco sin remedio —pensó para sus adentros mientras hablaba

— Ahora, los contrabandistas plebeyos tienen que refrendar el honor de los reyes».

—Eso me ha dicho, una y otra vez. Y ahora yo digo: hagámoslo. Ni estas uvas podrían estar más maduras que esa ciudad, mi viejo amigo.

La sirvienta regresó con la cerveza. Davos le dio una moneda de cobre.

—Puede que consiguiéramos tomar Desembarco del Rey, como decís —acordó al tiempo que alzaba la jarra—. Pero ¿cuánto tiempo podríamos defenderla? Sabemos que Tywin Lannister está en Harrenhal con un gran ejército, y lord Renly...

—Ah, sí, el hermano pequeño —dijo Salladhor Saan—. Eso no pinta tan bien, amigo mío. El rey Renly se mueve rápido. Oh, perdón, aquí hay que llamarlo lord Renly. Con tantos reyes como hay ahora, se me escapa la palabra sin querer. El hermano Renly ha salido de Altojardín con su joven y hermosa reina, sus señores cubiertos de flores, sus brillantes caballeros y un poderoso ejército a pie. Avanza por vuestro camino de las Rosas hacia la misma ciudad de la que estábamos hablando.

—¿Y se ha llevado a su prometida?

—No me dijo por qué. —El pirata se encogió de hombros—. Puede que no quiera alejarse de la cálida madriguera que hay entre sus muslos ni una noche. O puede que esté muy seguro de la victoria.

—Hay que informar al rey.

—Ya me he encargado de eso, buen señor. Aunque su alteza frunce tanto el ceño cuando me ve que me da pavor presentarme ante él. ¿Creéis que le gustaría más si llevara el jubón de pelo y no sonriera nunca? Pues no pienso hacerlo. Soy una persona honrada; tendrá que aguantarme con mis sedas y brocados. O me llevaré mis barcos a otro lugar donde me aprecien más. La espada no era *Dueña de Luz*, amigo mío.

—¿La espada? —Aquel repentino viraje en la conversación inquietó a Davos.

—La que salió del fuego, sí. La gente siempre me cuenta cosas; debe de ser por mi sonrisa encantadora. ¿De qué le va a servir a Stannis una espada quemada?

—Una espada ardiente —lo corrigió Davos.

—Quemada —insistió Salladhor Saan—, y ya podéis dar gracias, amigo mío. ¿Conocéis la leyenda de la forja de *Dueña de Luz*? Os la contaré. Hubo un tiempo en que la oscuridad cubría el mundo con un manto pesado. Para enfrentarse a ella, el héroe necesitaba una espada de héroe, sí, una hoja como no se había visto jamás. Así que durante treinta días y treinta noches, Azor Ahai trabajó en el templo sin descanso, forjando una espada en los fuegos sagrados. Calentaba, martilleaba, plegaba, calentaba, martilleaba, plegaba... y así hasta que tuvo la espada. Pero, cuando la metió en agua para templar el acero, saltó en pedazos.

» Como era un héroe y todo eso, no podía encogerse de hombros y

marcharse a comerse unas uvas tan deliciosas como estas, de modo que empezó de nuevo. La segunda vez tardó cincuenta días y cincuenta noches, y la espada parecía aún mejor que la primera. Azor Ahai capturó un león para templar la hoja clavándola en el corazón rojo de la fiera, pero una vez más, el acero se quebró. Grande fue su pesar y mayor aún su pena, porque comprendió lo que debía hacer.

» Cien días y cien noches trabajó en la tercera espada, y brillaba al rojo blanco en los fuegos sagrados cuando llamó a su esposa. "Nissa Nissa —gritó, porque tal era su nombre—, desnuda tu pecho y recuerda que te amo por encima de todo lo que hay en este mundo". Ella obedeció, no sabría decirlos por qué, y Azor Ahai le clavó en el corazón palpitante la espada al rojo. Se dice que el grito de aflicción y éxtasis de Nissa Nissa abrió una grieta en la faz de la luna, pero su alma, su fuerza y su valor pasaron al acero. Tal es la historia de la forja de *Dueña de Luz*, la Espada Roja de los Héroes.

» ¿Entendéis ya qué quiero decir? Dad gracias porque lo que su alteza sacó del fuego no fuera más que una espada quemada. Un exceso de luz daña los ojos, amigo mío, y el fuego quema. —Salladhor Saan se comió la última uva y chasqueó los labios—. ¿Cuándo creéis que nos ordenará el rey hacernos a la mar, buen señor?

—Creo que pronto —dijo Davos—. Si es la voluntad de su dios.

—¿Su dios, amigo? ¿No el vuestro? ¿Dónde está el dios de ser Davos Seaworth, caballero del navío de la cebolla?

Davos bebió un trago de cerveza para ganar unos momentos y poder pensar.

« La posada está abarrotada, y tú no eres Salladhor Saan —se recordó—. Ten cuidado con la respuesta» .

—Mi dios es el rey Stannis. Él me hizo y me bendice con su confianza.

—Lo tendré en cuenta. —Salladhor Saan se puso en pie—. Con vuestro permiso. Las uvas me han abierto el apetito, y la cena me espera en mi *Valyria*. Carne de cordero picada con pimientos, y gaviota asada rellena de setas, hinojo y cebolla. Pronto comeremos juntos en Desembarco del Rey, ¿de acuerdo? En la Fortaleza Roja, mientras el enano nos canta canciones divertidas. Si no os importa, cuando habléis con el rey Stannis, recordadle que me deberá otros treinta mil dragones cuando la luna se torne negra. Me debería haber dado a mí esos dioses. Eran demasiado hermosos para quemarlos; les habría sacado un buen precio en Pentos o en Myr. En fin; si me deja a la reina Cersei una noche, lo perdonaré.

El lyseno le dio una palmada en la espalda a Davos y cruzó la posada contoneándose como si fuera el propietario.

Ser Davos Seaworth se quedó un largo rato más en la posada, con la jarra delante, pensando. Hacía año y medio había estado con Stannis en Desembarco del Rey, con motivo del torneo que organizó el rey Robert para celebrar el día del

nombre del príncipe Joffrey. Se acordaba del sacerdote rojo Thoros de Myr, y de la espada llameante que había blandido en el combate cuerpo a cuerpo. Había ofrecido un espectáculo muy pintoresco, con la túnica roja al viento mientras su espada brillaba con llamas verdosas, pero todo el mundo sabía que no era magia real: al final, el fuego se le había apagado, y Yohn Bronce lo había derribado con un golpe en la cabeza, asestado por una vulgar maza.

«Pero una verdadera espada de fuego sería una cosa maravillosa. Aunque, a semejante precio... —Al pensar en Nissa Nissa la vio como a su Marya, una mujer recordeta y afable, de grandes pechos y sonrisa bondadosa, la mejor esposa del mundo. Trató de imaginarse clavándole una espada y se estremeció—. No tengo madera de héroe», decidió. Si aquel era el precio de una espada mágica, suponía más de lo que quería pagar.

Davos se terminó la cerveza, dejó la jarra y salió de la posada. Antes de alejarse dio una palmadita en la cabeza de la górgola.

—Suerte —murmuró. A todos les iba a hacer mucha falta.

Ya hacía rato que había oscurecido cuando Devan bajó a la *Betha Negra*, tirando de las riendas de un palafrén blanco como la nieve.

—Mi señor padre —anunció—, su alteza te ordena que comparezcas ante él en la Cámara de la Mesa Pintada. Debes montar este caballo y acudir de inmediato.

Le gustó ver a Devan tan elegante con su atuendo de escudero, pero la llamada lo intranquilizó.

«¿Nos dará la orden de zarpar? —se preguntó. Salladhor Saan no era el único capitán que pensaba que era el momento ideal para lanzar un ataque contra Desembarco del Rey, pero un contrabandista debía aprender el arte de la paciencia—. No tenemos la menor esperanza de victoria. Se lo dije al maestre Cressen el día que volví a Rocadragón, y desde entonces no ha cambiado nada. Somos muy pocos, y nuestros enemigos, muy numerosos. Si metemos los remos en el agua, moriremos». Pese a todo, subió a lomos del caballo.

Davos llegó al Tambor de Piedra en el momento en que salía una docena de caballeros y vasallos de alta cuna. Lord Celtigar y lord Velaryon le dedicaron un seco gesto de saludo antes de alejarse, y los demás hicieron caso omiso de su presencia, excepto ser Axell Florent, que se detuvo a hablar con él un momento.

El tío de la reina Selyse era un hombre de brazos gruesos y patizambo. Tenía las orejas prominentes de los Florent, aún más grandes que las de su sobrina. El vello hirsuto que le salía de los oídos no le impedía oír la mayor parte de lo que pasaba en el castillo. Ser Axell ocupó durante diez años el cargo de castellano de Rocadragón mientras Stannis formaba parte del Consejo de Robert, en Desembarco del Rey, pero en los últimos tiempos se había convertido en el más destacado de los hombres de la reina.

—Siempre es un placer veros, ser Davos —dijo.

—El placer es mutuo, mi señor.

—Esta mañana me he fijado en vos. Los falsos dioses ardían con una luz muy alegre, ¿no os ha dado la misma impresión?

—Ardían con una luz muy brillante. —Pese a su alarde de cortesía, Davos no confiaba en aquel hombre. La casa Florent había tomado partido por Renly.

—Lady Melisandre nos dice que, a veces, R'hllor permite que sus servidores más fieles vean el futuro en las llamas. Esta mañana, mientras miraba el fuego, me ha parecido ver a una docena de bailarinas muy hermosas, doce doncellas ataviadas con sedas amarillas que danzaban ante un gran rey. Creo que ha sido una visión verdadera. Un atisbo de la gloria que aguarda a su alteza cuando tomemos Desembarco del Rey y ocupe el trono que le corresponde por derecho.

« A Stannis no le gustan esos bailes», pensó Davos, pero no se atrevió a ofender al tío de la reina.

—Yo no he visto más que llamas —dijo—, pero el humo hacía que me llorasen los ojos. Tendréis que disculparme, ser; el rey me espera.

Siguió su camino, preguntándose por qué ser Axell se habría tomado la molestia de hablar con él. « Es un hombre de la reina, y yo, del rey» .

Stannis estaba sentado a la Mesa Pintada. El maestre Pylos se hallaba de pie junto a él, y ante ellos había un montón desordenado de papeles.

—Echa un vistazo a esta carta —dijo el rey al ver a Davos.

—Parece muy bonita, alteza. —Davos, obediente, había elegido un papel al azar—. Pero no la entiendo. —Era capaz de interpretar mapas y cartas de navegación, pero las palabras escritas lo superaban. « Pero mi Devan sabe de letras, y también los pequeños Steffon y Stannis» .

—Se me olvidaba. —El rey frunció el ceño, irritado—. Léesela, Pylos.

—Alteza. —El maestre cogió uno de los pergaminos y carraspeó—. « Todos me conocen como hijo legítimo de Steffon Baratheon, señor de Bastión de Tormentas, y de su esposa, Cassana de la casa Estermont. Por el honor de mi casa, declaro que mi amado hermano Robert, nuestro difunto rey, murió sin dejar herederos legítimos. El niño Joffrey, el niño Tommen y la niña Myrcella son abominaciones nacidas del incesto entre Cersei Lannister y su hermano Jaime el Matarreyes. Por derecho de cuna y sangre, reclamo para mí el Trono de Hierro de los Siete Reinos de Poniente. Que todos los hombres honrados me declaren su lealtad. Escrito a la Luz del Señor, bajo el signo y sello de Stannis de la casa Baratheon, el primero de su nombre, rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, y señor de los Siete Reinos» .

El pergamino crujió con suavidad cuando Pylos lo dejó sobre la mesa.

—Mejor pon « ser Jaime el Matarreyes» —dijo Stannis con el ceño fruncido—. Pese a todo, sigue siendo un caballero. Y tampoco creo que debamos decir que Robert era mi « amado» hermano. El amor que sentía por mí era escaso, y yo lo correspondía en la misma medida.

—Es una expresión cortés inofensiva, alteza —dijo Pylos.

—Es una mentira. Bórrala. —Stannis se volvió hacia Davos—. Me dice el maestre que tenemos ciento diecisiete cuervos ya preparados. Voy a utilizarlos todos. Ciento diecisiete cuervos llevarán ciento diecisiete copias de mi carta a todos los rincones del reino, desde el Rejo hasta el Muro. Puede que un centenar sobreviva a las tormentas, los halcones y las flechas. Si es así, un centenar de maestres leerá mis palabras a otros tantos señores en otros tantos salones y dormitorios... y luego lo más probable es que tiren las cartas al fuego y juren guardar silencio. Esos grandes señores aman a Joffrey, o a Renly, o a Robb Stark. Yo soy su rey legítimo, pero si pueden, no me aceptarán. De manera que te necesito.

—Estoy a vuestras órdenes, mi rey. Como siempre.

Stannis asintió.

—Quiero que zarpes en la *Betha Negra* hacia el norte: Puerto Gaviota, los Dedos, las Tres Hermanas, incluso Puerto Blanco. Tu hijo Dale se dirigirá hacia el sur en la *Espectro*, más allá del cabo de la Ira y del Brazo Roto, a lo largo de la costa de Dorne y hasta el Rejo. Cada uno de vosotros llevará un cofre de cartas, y entregaráis una en cada puerto, cada poblado y cada aldea de pescadores. Clavadlas en las puertas de los septos y las posadas, para que las lean todos los que sepan leer.

—Van a ser muy pocos —señaló Davos.

—Ser Davos tiene razón, alteza —dijo el maestre Pylos—. Sería mejor que las cartas se leyieran en voz alta.

—Mejor, pero más peligroso —dijo Stannis—. Lo que dicen no será bien recibido.

—Proporcionadme caballeros para que las lean —dijo Davos—. Eso les dará más peso que cualquier cosa que pudiera decir yo.

—Te daré los hombres que pides, sí. —La idea pareció satisfacer a Stannis—. Tengo un centenar de caballeros que preferirían leer a luchar. Sé franco cuando puedas y cauto cuando debas. Utiliza todos tus trucos de contrabandista: las velas negras, las calas ocultas... Lo que haga falta. Si ves que te quedas sin cartas, capture a unos cuantos septones para que te hagan más copias. También tengo intención de utilizar a tu segundo hijo. Quiero que cruce el mar Angosto en la *Lady Marya* hasta Braavos y el resto de las Ciudades Libres, y entregue cartas iguales a los hombres que gobiernan allí. Así, el mundo entero conocerá mi demanda y la infamia de Cersei.

«Puedes decírselo —pensó Davos—, pero ¿te creerán?». Miró al maestre Pylos, pensativo. El rey se dio cuenta.

—Maestre, será mejor que sigáis escribiendo. Vamos a necesitar muchas cartas, y pronto.

—Como ordenéis. —Pylos hizo una reverencia y salió. El rey aguardó hasta

que se hubo marchado.

—¿Qué es eso que no quieres decir en presencia de mi maestre, Davos?

—Pylos es un hombre agradable, mi señor, pero no puedo ver esa cadena que lleva al cuello sin sentir pena por la muerte del maestre Cressen.

—¿Acaso fue culpa de Pylos? —Stannis clavó la vista en el fuego—. Nunca quise que Cressen asistiera a aquel festín. Me había irritado, sí, y me había dado malos consejos, pero no deseaba su muerte. Tenía la esperanza de que viviera unos pocos años más, tranquilo y rodeado de comodidades. Era lo mínimo que se había ganado, pero... —Apretó los dientes—. Pero murió. Y Pylos me sirve con eficacia.

—Pylos es el menor de los problemas. En cuanto a esa carta... ¿Qué opinan de ella vuestros señores?

Stannis soltó un bufido.

—Celtigar declaró que le parecía admirable. Si le enseñara el contenido de mi retrete, también le parecería admirable. Los otros asentían como si fueran una bandada de gansos. Todos menos Velaryon, que me dijo que este asunto se decidiría con acero, no con palabras ni pergaminos. Como si no lo supiera yo. Los Otros se lleven a mis señores; quiero saber qué opinas tú.

—La carta es contundente y brusca.

—Y cierta.

—Y cierta. Pero no tenéis pruebas. De lo del incesto. Estáis igual que hace un año.

—Hay una prueba, más o menos, en Bastión de Tormentas. El bastardo de Robert, el que engendró en mi noche de bodas, en la mismísima cama que habían preparado para mi prometida y para mí. Delena era una Florent, y doncella, de manera que Robert reconoció al bebé. Lo llamaron Edric Tormenta. Dicen que es la viva imagen de mi hermano. Si lo vieran y mirasen de nuevo a Joffrey y a Tommen, seguro que se harían preguntas.

—¿Y cómo lo van a ver, si está en Bastión de Tormentas?

—He ahí una dificultad. —Stannis tamborileó con los dedos sobre la Mesa Pintada—. Una de muchas. —Alzó la vista—. Tienes algo más que decir acerca de la carta. Venga, adelante. No te nombré caballero para que aprendieras a expresarte con frases corteses y vacuas. Para eso ya tengo a mis señores. Di lo que quieras, Davos.

—Hay una frase, al final. —Davos bajó la cabeza—. ¿Cómo era? « Escrito a la Luz del Señor...» .

—Sí. —El rey tenía las mandíbulas apretadas.

—A vuestro pueblo no le gustarán esas palabras.

—¿Igual que no te gustan a ti?

—Si en lugar de eso dijerais: « Escrito ante los ojos de los dioses y los hombres» , o bien: « Por la gracia de los dioses antiguos y nuevos» ...

—¿Te has vuelto devoto de repente, contrabandista?

—Eso debería preguntároslo yo a vos, mi señor.

—¿Qué sucede? Por lo visto, sientes tan poco afecto por mi nuevo dios como por mi nuevo maestre.

—A este Señor de Luz no lo conozco —concedió Davos—, pero sí conocía a los dioses que ardieron esta mañana. El Herrero siempre cuidó de mis barcos, y la Madre me ha dado siete hijos varones y fuertes.

—Tu esposa te ha dado siete hijos varones y fuertes. ¿Acaso le rezas a ella? Lo que hemos quemado esta mañana no era más que madera.

—Es posible —dijo Davos—. Pero, cuando yo era niño en el Lecho de Pulgas y mendigaba una moneda de cobre, a veces los septones me daban de comer.

—Ahora soy yo quien te da de comer.

—Vos me dais un lugar de honor en vuestra mesa. Y, a cambio, yo os doy la verdad. Vuestro pueblo no os amará si le arrebatais los dioses que ha adorado desde siempre, y a cambio le dais a este, cuyo nombre casi ni puede pronunciar.

—R'hllor. —Stannis se levantó bruscamente—. ¿Por qué les parece tan difícil? ¿Dices que no me amarán? ¿Y cuándo me han amado? ¿Cómo puedo perder algo que nunca he tenido? —Se dirigió hacia la ventana sur para contemplar el mar iluminado por la luna—. El día que vi cómo se hundía la *Orgullo del Viento* a la entrada de la bahía dejé de creer en los dioses. Juré que nunca adoraría a ningún dios tan monstruoso como para ahogar a mis padres. En Desembarco del Rey, el septón supremo hablaba y hablaba de cómo toda justicia y bondad emana de los Siete, pero siempre que vi justicia y bondad fue en hombres.

—Si no creéis en ningún dios...

—... por qué me molesto con este nuevo? —Stannis terminó la frase por él—. Yo también me lo he estado preguntando. Sé poco acerca de los dioses, y me interesan aún menos, pero la sacerdotisa roja tiene poder.

«Sí, pero ¿qué clase de poder?».

—Cressen tenía sabiduría.

—Confié en su sabiduría y en tus artimañas, contrabandista, ¿y de qué me sirvieron? Los señores de la tormenta te devolvieron con las manos vacías. Acudí a ellos suplicando y se burlaron de mí. Pues se acabaron las súplicas y también las burlas. El Trono de Hierro me corresponde por derecho, pero ¿cómo lo voy a tomar? Hay cuatro reyes en el reino, y tres de ellos tienen más hombres y más oro que yo. Yo, en cambio, tengo naves... y la tengo a ella. A la mujer roja. ¿Sabías que muchos de mis caballeros tienen miedo hasta de pronunciar su nombre? Aunque no pudiera hacer otra cosa, no se puede desdeñar a una hechicera capaz de inspirar semejante temor en los hombres. Un hombre asustado es un hombre vencido. Y quizá pueda hacer más cosas. Pienso averiguarlo.

» Cuando era niño, encontré una hembra de azor; estaba herida. La cuidé

hasta que se recuperó y la llamé Ala Altiva. Se posaba sobre mi hombro, revoloteaba por las habitaciones siempre detrás de mí y comía de mi mano, pero no remontaba el vuelo. La llevé de caza una y mil veces, pero jamás voló más arriba de las copas de los árboles. Robert la llamaba Ala Blanda. Él tenía un gerifalte llamado Trueno, que no perdía la presa jamás. Un día, nuestro tío abuelo, ser Harbert, me dijo que probara con otra ave. Que con Ala Altiva me estaba poniendo en ridículo. Y tenía razón. —Stannis Baratheon se apartó de la ventana y de los fantasmas que poblaban aquel mar—. Los Siete nunca me han traído ni un gorrión como presa. Es hora de que pruebe con otro halcón, Davos. Un halcón rojo.

En Pyke no había ningún fondeadero seguro, pero Theon Greyjoy quería ver el castillo de su padre desde el mar, igual que lo había visto por última vez hacía ya diez años, cuando la galera de combate de Robert Baratheon se lo había llevado para ponerlo bajo la tutela de Eddard Stark. Aquel día se había quedado de pie junto a la baranda, escuchando los golpes de los remos contra el agua y el sonido rítmico del tambor del cómitre, mientras veía como Pyke se perdía en la distancia. Y lo que deseaba en aquel momento era ver como iba creciendo, como surgía del mar ante él.

La *Myraham*, obediente a sus deseos, pasó de largo el cabo con sus velas restallando y su capitán maldiciendo el viento, la tripulación y los caprichos de jovencitos de alta cuna. Theon se echó hacia delante la capucha de la capa para protegerse de las salpicaduras de las olas y buscó su hogar.

La orilla era una serie de rocas abruptas y acantilados amenazadores, y el castillo parecía fundirse con su entorno, con torres, muros y puentes excavados en la misma piedra gris negruzca; humedecido por las mismas olas saladas, festoneado con los mismos manchones de líquenes color verde oscuro, salpicado por los excrementos de las mismas aves marinas. El cabo en el que los Greyjoy habían erigido su fortaleza fue en un tiempo como una espada que se adentrara en las entrañas del océano, pero las olas lo habían golpeado día y noche hasta que la tierra se quebró en pedazos, hacia ya un millar de años. Solo quedaban tres islas peladas y yermas, y una docena de imponentes pilares rocosos que se alzaban de las aguas como si fueran las columnas del templo de algún dios marino, a las que las olas furiosas golpeaban y salpicaban de espuma.

Pyke se alzaba sobre aquellas islas y columnas como si formara parte de ellas, temible, oscuro, imponente. Sus muros circundaban el cabo al pie del gran puente de piedra que iba desde la cima del acantilado hasta el más grande de los islotes, dominado por la mole inmensa del Gran Torreón. Más allá estaban el torreón de la cocina y el Torreón Sangriento, cada uno en su isla. Las torres y dependencias exteriores se arracimaban contra los pilares, unidos por arcos cubiertos allí donde las columnas estaban próximas, o por largos puentes cimbreantes de madera y cuerda cuando estaban más alejadas.

La Torre del Mar sobresalía en la isla más lejana, en la punta de la espada rota; era la parte más vieja del castillo, alta y redonda. El escarpado pilar que era su base parecía medio devorado por el interminable asedio de las olas; estaba blanquecino tras siglos de espuma salada, mientras que los pisos superiores aparecían cubiertos por una espesa capa de líquenes, y la cima dentada, ennegrecida por el hollín de las hogueras nocturnas de los vigías.

En lo alto de la Torre del Mar ondeaba el estandarte de su padre. La *Myraham*

estaba demasiado lejos para que Theon alcanzara a ver algo más que la tela, pero sabía cómo era el dibujo: el kraken dorado de la casa Greyjoy, con los tentáculos agitándose al aire sobre fondo de sable. El asta del estandarte era un mástil de hierro que temblaba y se mecía con las ráfagas de viento, igual que un pájaro que luchara por emprender el vuelo. Y al menos allí no estaba el lobo huargo de los Stark, proyectando su sombra desde arriba sobre el kraken de los Greyjoy.

Theon no había presenciado nunca nada que lo conmoviera más. En el cielo, más allá del castillo, se veía la cola roja del cometa a través de algunos jirones de nubes dispersas. Los Mallister se habían pasado todo el viaje, desde Aguasdulces hasta Varamar, discutiendo sobre su significado.

«Es mi cometa», se dijo Theon. Deslizó la mano bajo su capa ribeteada en piel para tocar el bolsillo de tela encerada donde llevaba la carta que le había dado Robb Stark. Un papel que valía una corona.

—¿Es el castillo tal como lo recordabais, mi señor? —le preguntó la hija del capitán, apretándose contra su brazo.

—Me parece más pequeño —confesó Theon—, aunque puede que sea por la distancia.

La *Myraham* era una nave mercante sureña, panzuda, procedente de Antigua, que llevaba un cargamento de vino, paños y semillas, para intercambiarlo por mena de hierro. Su capitán era un mercader también sureño y panzudo, y el mar de piedra que batía a los pies del castillo hacía que le temblaran los labios regordetes, de manera que se mantenía bien apartado, mucho más de lo que habría querido Theon. Un capitán hijo del hierro con un barcoluengo los habría llevado entre los acantilados y por debajo del elevado puente que conectaba el puesto de guardia con el Gran Torreón, pero aquel antigüeño no tenía habilidad, tripulación ni valor para intentarlo. De manera que pasaron de largo a una distancia prudencial, y Theon tuvo que conformarse con ver Pyke desde lejos. Incluso así, la *Myraham* tuvo que luchar duramente para no chocar contra aquellas rocas.

—Ahí debe de hacer mucho viento —señaló la hija del capitán.

—Viento, frío y humedad. —Theon se echó a reír—. Lo cierto es que es un lugar misero y duro... pero, como me dijo mi padre en cierta ocasión, en los lugares duros se crían hombres duros, y los hombres duros dominan el mundo.

El rostro del capitán estaba tan verdoso como el mar cuando se acercó a Theon y le hizo una reverencia.

—¿Nos dirigimos ya al puerto, mi señor?

—Sí —respondió Theon con una leve sonrisa bailándole en los labios.

La promesa del oro había convertido al antigüeno en un lameculos sin pudor. El viaje habría sido muy diferente si hubiera tenido esperándolo en Varamar un barcoluengo de las islas, tal como él había deseado. Los capitanes hijos del hierro

eran orgullosos y testarudos, y no reverenciaban a hombre alguno. Las islas eran demasiado pequeñas para andar reverenciando a nadie; y los barcos, más pequeños todavía. Si, como se solía decir, cada capitán era el rey de su barco, no era de extrañar que las islas recibieran el nombre de *tierra de los diez mil reyes*. Y cuando uno ha visto a sus reyes cagar por encima de la baranda del barco o ponerse verdes durante una tormenta, le cuesta mucho doblar la rodilla y comportarse como si fueran dioses. «El Dios Ahogado hace a los hombres —había dicho el viejo rey Urron Manorroja hacía ya miles de años—, pero son los hombres los que hacen las coronas».

Por añadidura, un barcoluengo habría hecho la travesía en la mitad de tiempo. La *Myraham* era una bañera flotante, y no le gustaría estar a bordo durante una tormenta. Pero Theon no podía quejarse demasiado. Estaba allí, no se había ahogado, y durante el viaje había contado con ciertas diversiones. Rodeó con el brazo a la hija del capitán.

—Avisadme cuando lleguemos a Puerto Noble —le dijo a su padre—. Estaremos abajo, en mi camarote. —Se llevó a la chica hacia popa, mientras el padre, sin decir nada, los miraba hosamente.

En realidad, el camarote era el del capitán, pero este se lo había cedido para que lo utilizara cuando zarparon de Varamar. A su hija no se la había cedido para que la usara, pero ella había acudido a su lecho por su voluntad. Solo habían hecho falta una copa de vino y unas palabras susurradas al oído. Era un poco regordeta para su gusto, y tenía la piel llena de manchas y granos, pero sus pechos le llenaban las manos, y la primera vez que la tomó era doncella. A su edad era sorprendente, pero a Theon le pareció muy divertido. No creía que el capitán aprobara aquello, lo que resultaba más divertido todavía, sobre todo cuando lo veía tragarse el ultraje y mostrarse zalamero con el gran señor, siempre pensando en la bolsa de oro que se le había prometido.

—Debéis de estar muy contento de volver a ver vuestro hogar, mi señor —dijo la chica mientras Theon se quitaba la capa mojada—. ¿Cuánto hace que estabais fuera?

—Diez años, o casi —respondió—. Acababa de cumplir los diez cuando me llevaron a Invernalia como pupilo de Eddard Stark. —Pupilo teóricamente; en realidad había sido un rehén. La mitad de su vida la había pasado como rehén... pero ya no lo era. Su vida volvía a pertenecerle, y ya no había ningún Stark a la vista. Atrajo hacia sí a la hija del capitán y le besó una oreja—. Quítate esa capa.

La muchacha bajó la vista en un repentino acceso de timidez, pero hizo lo que le decía. Cuando la pesada prenda, empapada de agua de mar, cayó de sus hombros al suelo, hizo una pequeña reverencia y sonrió, nerviosa. A decir verdad, cuando sonreía parecía un poco idiota, pero la inteligencia no era uno de sus requisitos cuando se trataba de mujeres.

—Ven aquí —le dijo.

—Nunca he visto las islas del Hierro —dijo mientras obedecía.

—Date por satisfecha. —Theon le acarició el cabello. Lo tenía fino y oscuro, aunque el viento se lo había enmarañado—. Las islas son duras y pedregosas, con pocas comodidades y menos esperanzas. La muerte siempre ronda, y la vida es cruel y exigua. Los hombres se pasan las noches bebiendo cerveza y discutiendo sobre quién lo tiene peor, si los pescadores que pelean contra el mar o los granjeros que tratan de arrancar una cosecha a un suelo escaso y pobre. A decir verdad, los que peor lo llevan son los mineros, que se rompen las espaldas en la oscuridad, ¿y para qué? Hierro, plomo, estaño: esos son nuestros tesoros. No es de extrañar que los hombres del hierro de antaño se dedicaran al saqueo.

—Podría desembarcar con vos —dijo aquella estúpida, que no parecía prestarle atención—. Si queréis...

—Podrías desembarcar —asintió Theon al tiempo que le oprimía un seno—. Pero no conmigo, lo siento.

—Trabajaría en vuestro castillo, mi señor. Sé limpiar pescado, hornear pan y hacer mantequilla. Mi padre dice que mi cangrejo a la pimienta es el mejor que ha probado. Si me dejáis un sitio en vuestras cocinas, os prepararé cangrejo a la pimienta.

—¿Y me calentarás la cama por las noches? —Empezó a desatarle los lazos del corpiño con dedos hábiles y entrenados—. En el pasado te podría haber llevado a casa como botín, y serías mi esposa quisieras o no. Los antiguos hombres del hierro hacían cosas como esas. Cada hombre tenía su esposa de roca, su verdadera mujer, hija del hierro igual que él, pero también tenía esposas de sal, mujeres capturadas en sus saqueos.

La chica abrió los ojos de par en par, y no porque le hubiera desnudado los pechos.

—Yo sería vuestra esposa de sal, mi señor.

—Por desgracia, los tiempos han cambiado. —El dedo de Theon dibujó círculos en uno de los pesados senos, avanzando en espiral hacia el pezón castaño—. Ya no podemos cabalgar los vientos con fuego y espada, ni coger lo que se nos antoja. Ahora arañamos el suelo y lanzamos sedales al mar, igual que los demás hombres, y tenemos que considerarnos afortunados si conseguimos suficientes bacalao salado y gachas para sobrevivir al invierno. —Se llevó el pezón a la boca y lo mordió hasta que a la chica se le escapó un gemido.

—Podéis ponerme eso dentro otra vez, si os place —le susurró al oído mientras la lamía.

Theon alzó la cabeza de su pecho. La piel estaba de color rojo oscuro allí donde la había marcado con los dientes.

—Lo que me placería es enseñarte una cosa nueva. Desátame los calzones y dame de placer con la boca.

—¿Con la boca?

—Para eso se hicieron estos labios, pequeña —dijo mientras le pasaba un pulgar con suavidad por ellos—. Si fueras mi esposa de sal, harías lo que te ordenara.

Al principio se mostró tímida, pero para ser tan estúpida aprendió muy deprisa, para satisfacción de Theon. Tenía la boca tan húmeda y dulce como el coño, y de aquella manera no se veía obligado a soportar su charla sin sentido.

«En los viejos tiempos me la habría quedado como esposa de sal —se dijo mientras le pasaba los dedos por el cabello enmarañado—. En los viejos tiempos. Cuando manteníamos las antiguas costumbres, vivíamos del hacha, no de la pesca, y nos apoderábamos de lo que queríamos, ya fueran riquezas, mujeres o gloria». En aquellos tiempos, los hijos del hierro no trabajaban en las minas; aquello se quedaba para los cautivos que tomaban en sus expediciones, así como otros trabajos lamentables, como el cultivo de los campos y el cuidado de las cabras y las ovejas. El único trabajo apto para un hombre del hierro era la guerra. El Dios Ahogado los había creado para saquear y violar, para labrar reinos y escribir sus nombres en fuego, sangre y canciones.

Aegon el Dragón había acabado con las antiguas costumbres al quemar a Harren el Negro, devolverles el reino de Harren a los débiles hombres del río y reducir las islas del Hierro a un rincón insignificante de un reino mucho más grande. Pero las viejas historias de sangre se seguían contando en todas las islas, en torno a hogueras alimentadas con restos de barcos naufragados y junto a fogones humeantes, incluso tras los altos muros de piedra de Pyke. Entre los numerosos títulos del padre de Theon estaba el de Lord Segador, y en su lema, los Greyjoy alardeaban de que «Nosotros no Sembramos».

Si lord Balon había puesto en marcha su gran rebelión, no había sido por la vanidad huera de una corona, sino para reinstaurar las antiguas costumbres. Robert Baratheon había puesto un sangriento final a aquella esperanza, con la ayuda de su amigo Eddard Stark, pero los dos estaban ya muertos. En sus respectivos lugares gobernaban simples chiquillos, y el reino forjado por Aegon el Conquistador se estaba desmembrando.

«Esta es la estación —pensó Theon mientras los labios de la hija del capitán subían y bajaban—, la estación, el año y el día, y yo soy el hombre». Sonrió torvamente al pensar en qué diría su padre cuando le dijera que él, Theon, el benjamín, el pequeño y el rehén, él había conseguido lo que no lograra el propio lord Balon.

El climax llegó repentina como una tormenta, y llenó la boca de la muchacha con su semilla. Ella se sobresaltó y trató de apartarse, pero Theon la sujetó con fuerza por el pelo. Tras unos instantes, consiguió sentarse junto a él.

—¿He complacido a mi señor?

—Bastante —respondió.

—Sabía salado —murmuró la chica.

—¿Como el mar?

Ella asintió.

—Siempre me ha gustado el mar, mi señor.

—Igual que a mí —dijo al tiempo que le frotaba un pezón entre dos dedos.

Y era verdad. Para los hombres de las islas del Hierro, el mar significaba la libertad. Lo había olvidado hasta que la *Myraham* desplegó las velas en Varamar. Los sonidos le hicieron recordar sensaciones olvidadas: el crujido de la madera y las sogas, las órdenes a gritos del capitán, el restallido de las velas cuando el viento las hinchaba... Todos tan familiares como el palpitarse de su corazón, e igual de reconfortantes.

« No volveré a olvidarlo nunca —se prometió Theon—. No volveré a alejarme del mar» .

—Llevadme con vos, mi señor —suplicó la hija del capitán—. No hace falta que sea a vuestro castillo. Puedo quedarme en cualquier pueblo y ser vuestra esposa de sal.

Extendió una mano para acariciarle la mejilla. Theon Greyjoy se la apartó a un lado y se levantó del catre.

—Mi lugar está en Pyke, y el tuyo, en este barco.

—Ya no puedo quedarme aquí.

—¿Por qué no? —preguntó mientras se abrochaba los calzones.

—Por mi padre —le dijo—. En cuanto os vayáis me castigará, mi señor. Me insultará y me pegará.

—Así son los padres —reconoció Theon al tiempo que descolgaba la capa. Se la echó sobre los hombros y cerró los pliegues con un broche de plata—. Dile que debería darse por satisfecho. Con la cantidad de veces que te he follado, lo más seguro es que estés preñada. No todos los hombres tienen el honor de criar al bastardo de un rey.

La chica lo miró con un gesto tan estúpido que Theon se marchó, dejándola allí.

La *Myraham* rodeaba en aquel momento una punta boscosa. Bajo los riscos en los que crecían pinos, una docena de botes pesqueros recogían las redes. El barco se mantuvo a buena distancia de ellos mientras maniobraba. Theon se dirigió hacia proa para ver mejor. Lo primero que divisó fue el castillo, la fortaleza de los Botley. En su infancia era de madera y cáñamo, pero Robert Baratheon la había arrasado hasta los cimientos. Lord Sawane la había reconstruido en piedra, así que un pequeño torreón cuadrado coronaba la colina. De las torres achitadas de las esquinas pendían banderas color verde claro, todas con la imagen de un banco de peces plateados.

Bajo la escasa protección que ofrecía el pequeño castillo de los peces, se extendía el pueblo de Puerto Noble, con un puerto rebosante de barcos. La última vez que vio Puerto Noble era una ruina humeante, donde los esqueletos de los

barcoluengos quemados y las galeras destrozadas salpicaban la orilla rocosa como los huesos de levianos muertos, y de las casas no quedaban más que muros semiderruidos y cenizas frías. Habían pasado diez años, y apenas se veían rastros de la guerra. Los hombres habían construido chozas nuevas con las piedras de las antiguas, y habían puesto hierba fresca para hacer los tejados. Cerca del embarcadero se alzaba una posada nueva, el doble de grande que la anterior, con el piso bajo de piedra y los dos superiores de madera. En cambio, el septo no se llegó a reconstruir nunca, y del antiguo solo quedaban los cimientos de siete lados en el lugar donde se había alzado. Al parecer, la furia de Robert Baratheon les había quitado a los hombres del hierro todo gusto por los nuevos dioses.

A Theon le interesaban más los barcos que los dioses. Entre los mástiles de incontables botes de pesca divisó una galera mercante de Tyrosh, descargando mercancía junto a una pesada coca ibbenesa de negro casco alquitranado. También había gran número de barcoluengos, al menos cincuenta o sesenta, anclados en el mar o varados en la pedregosa orilla norte. En algunas velas se veían las divisas de las otras islas: la luna ensangrentada de Wynch, el cuerno de guerra con franjas negras de lord Goodbrother, la guadaña plateada de Harlaw... Theon buscó con la mirada el *Silencio* de su tío Euron. No vio rastro de aquel navío rojo, esbelto y terrible, pero allí estaba el *Gran Kraken* de su padre, que lucía en la proa un espolón de hierro con la forma de la criatura que le daba nombre.

¿Acaso se le había anticipado su padre y había convocado a los vasallos de los Greyjoy? Volvió a llevarse la mano al interior de la capa, al bolsillo de tela encerada. Aparte de Robb Stark, nadie sabía nada de aquella carta; no eran tan idiotas como para confiarle sus secretos a un pájaro. Pero lord Balon tampoco era ningún idiota. Podía haber intuido por qué su hijo volvía a casa después de tanto tiempo, y haber actuado en consecuencia.

La idea no le hacía la menor gracia. La guerra de su padre había terminado hacía mucho, y la perdió. Aquella era la hora de Theon. Su hora, su plan, su gloria y, con el tiempo, su corona.

«Pero si la flota está reunida...».

Bien pensado, quizás no fuera más que una medida de precaución. Una maniobra defensiva, por si la guerra se extendía al otro lado del mar. Los viejos eran cautelosos por naturaleza. Su padre ya era viejo, al igual que su tío Victarion, que dirigía la Flota de Hierro. Desde luego, el caso de su tío Euron era muy diferente, pero el *Silencio* no estaba en aquel puerto.

«Es lo mejor —se dijo Theon—. Así podré asestar el golpe mucho más deprisa».

Mientras la *Myraham* avanzaba hacia tierra, Theon se dedicó a pasear por la cubierta, inquieto, sin dejar de escudriñar la orilla. No había esperado que lord

Balon en persona acudiera a recibirlo al muelle, pero sin duda habría enviado a alguien. El mayordomo Sylas Bocamarga, lord Botley o tal vez incluso a Dagmer Barbarrota. Tenía muchas ganas de ver de nuevo el rostro espantoso del anciano Dagmer. Sabían de sobra que iba a llegar. Robb había enviado cuervos desde Aguasdulces, y al ver que no había ningún barco esperándolos en Varamar, Jason Mallister envió sus pájaros a Pyke, por si acaso los de Robb se habían extraviado.

Pero no vio ningún rostro conocido, ninguna guardia de honor que lo esperase para escoltarlo de Puerto Noble a Pyke; solo trabajadores dedicados a sus oficios. Los estibadores bajaban rodando barriles de vino del mercante de Tyrosh; los pescadores pregonaban la captura del día, y los niños corrían y jugaban. Un sacerdote con la túnica color aguamarina del Dios Ahogado llevaba un par de caballos de las riendas por la orilla pedregosa, mientras sobre él, una mujer desaliñada, asomada a una ventana de la posada, llamaba a gritos a unos marineros ibbeneses que pasaban por la calle.

Un grupo de comerciantes de Puerto Noble se había reunido para esperar al barco. Mientras la *Myrahama* echaba amarras, no dejaban de lanzar preguntas a gritos.

—Venimos de Antigua —les gritó en respuesta el capitán—. Traemos manzanas y naranjas, vinos del Rejo, plumas de las islas del Verano. Tengo pimienta, cueros trenzados, un rollo de encaje de Myr, espejos para las damas y un par de arpas de Antigua, que son lo más melodioso que hay áis oído jamás. —La pasarela descendió con un crujido y un sonoro golpe—. Y os he traído a vuestro heredero.

Los hombres de Puerto Noble miraron a Theon con expresiones vacías y bovinas en los ojos, y comprendió que no sabían quién era. Aquello lo puso de mal humor. Depositó un dragón de oro en la mano del capitán.

—Diles a tus hombres que lleven mis bártulos. —Sin aguardar la respuesta, recorrió la pasarela a zancadas—. Posadero —rugió—, quiero un caballo.

—Como mandéis, mi señor —respondió el hombre sin hacerle ni un atisbo de reverencia. Se le había olvidado lo atrevidos que podían llegar a ser los hijos del hierro—. Da la casualidad de que tengo uno que os servirá. ¿Adónde iréis, mi señor?

—A Pyke. —El muy idiota seguía sin reconocerlo. Debería haberse puesto el jubón bueno, el del kraken bordado en el pecho.

—Pues os interesa partir enseguida si queréis llegar antes de que oscurezca —siguió el posadero—. Mi hijo os acompañará para mostráros el camino.

—No necesitará de los servicios de tu hijo —intervino una voz grave—. Ni de tu caballo. Yo llevaré a mi sobrino hasta la casa de su padre.

El que hablaba era el sacerdote al que había visto llevar a los caballos por la orilla. Al verlo acercarse, los trabajadores hincaron una rodilla en tierra.

«Pelomojado», le oyó murmurar Theon al posadero.

El sacerdote era alto y flaco, con nariz ganchuda y ojos torvos, y llevaba una túnica jaspeada verde, gris y azul, el remolino de colores del Dios Ahogado. Llevaba debajo del brazo un pellejo para agua colgado de una tira de cuero, y en el pelo largo hasta la cintura y en la larga barba se había trenzado algas secas.

Un recuerdo acudió a la mente de Theon. En una de sus escasas cartas, lord Balon le había mencionado que el barco de su hermano pequeño se había hundido durante una tormenta; cuando el mar lo depositó sano y salvo en la orilla, decidió entregarse a la religión.

—¿Tío Aeron? —preguntó, dubitativo.

—Sobrino Theon —replicó el sacerdote—. Tu señor padre me envía a recogerte. Vamos.

—Enseguida, tío. —Se volvió hacia la *Myraham*—. Traed mis cosas —le ordenó al capitán.

Un marinero le tendió desde el barco su arco largo de madera de tejo y el carcaj de flechas, pero fue la hija del capitán quien le llevó el bulto con su ropa buena.

—Mi señor...

Tenía los ojos enrojecidos. Cuando él cogió el bulto, hizo ademán de ir a abrazarlo, delante de su padre, de su tío el sacerdote y de media isla. Theon se apartó a un lado.

—Gracias.

—Por favor —suplicó la chica—. Os amo, mi señor.

—Tengo que irme. —Echó a correr detrás de su tío, que ya se alejaba por el muelle. Lo alcanzó con una docena de zancadas largas—. No esperaba verte a ti, tío. Han pasado diez años; creí que mi señor padre y mi señora madre vendrían a recibirme, o que enviarían a Dagmer con una guardia de honor.

—No te corresponde a ti cuestionar las órdenes del Lord Segador de Pyke. —El tono del sacerdote era gélido; en nada recordaba al hombre que Theon había conocido en su infancia. Aeron Greyjoy había sido el más afable de sus tíos, débil de carácter, siempre presto a la risa, aficionado a las canciones, a la cerveza y a las mujeres—. En cuanto a Dagmer Barbarrota, ha ido a Viejo Wyk por orden de tu padre, para convocar a los Stonehouse y a los Drumm.

—¿Con qué objetivo? ¿Por qué se ha reunido una flota de barcoluengos?

—¿Por qué se reúnen siempre las flotas? —Su tío había dejado los caballos atados delante de la posada portuaria. Cuando llegaron junto a ellos se volvió hacia Theon—. Dime la verdad, sobrino. ¿Ahora rezas a los dioses lobos?

Theon rara vez rezaba, pero no era cosa que uno confesara a un sacerdote, ni aunque fuera el hermano del propio padre.

—Ned Stark rezaba a un árbol. No, no tengo nada que ver con los dioses de los Stark.

—Bien. Arrodillate.

—Tío, no sé... —El suelo estaba lleno de piedras y barro.

—Que te arrodilles. ¿O resulta que ahora eres demasiado orgulloso? ¿Nos han devuelto a un señorito de las tierras verdes?

Theon se arrodilló. Su presencia allí tenía un propósito, y quizás para lograrlo necesitara de la ayuda de Aeron. En fin; una corona bien valía un poco de barro y mierda de caballo en los calzones.

—Agacha la cabeza. —Su tío alzó el pellejo, le quitó el corcho y regó con un hilillo de agua de mar la cabeza de Theon. El agua le empapó el pelo, le corrió por la frente y se le metió en los ojos. Le bajó por las mejillas, y un reguero se le metió por debajo de la capa y del jubón. Le corrió por la espalda como un regato helado que le pasara por la columna vertebral. La sal hizo que le escocieran los ojos, y tuvo que contenerse para no llorar. Notó en los labios el sabor del océano —. Haz que tu siervo Theon vuelva a nacer del mar, como tú naciste —entonó Aeron Greyjoy—. Bendicelo con la sal, bendicelo con la piedra, bendicelo con el acero. ¿Todavía recuerdas qué había que decir, sobrino?

—Lo que está muerto no puede morir —rememoró Theon.

—Lo que está muerto no puede morir —repitió su tío—, sino que se alza de nuevo, más duro, más fuerte. Levántate.

Theon se levantó y parpadeó para contener las lágrimas que le había provocado la sal en los ojos. Sin añadir palabra, su tío puso el corcho al pellejo de agua, desató su caballo y montó. Theon hizo lo mismo. Juntos emprendieron la marcha, dejando atrás la posada, y más allá, el castillo de lord Botley, en las colinas pedregosas. El sacerdote no dijo ni una palabra más en todo el trayecto.

—He estado la mitad de mi vida lejos de casa —dijo al final Theon—. ¿Notaré cambiadas las islas?

—Los hombres pescan en el mar, excavan en la tierra y mueren. Las mujeres paren niños con sangre y dolor, y mueren. La noche sigue al día. Los vientos y las mareas permanecen. Las islas son como las hizo nuestro dios.

«Dioses, qué sombrío se ha vuelto», pensó Theon.

—¿Veré a mi hermana y a mi señora madre en Pyke?

—No. Tu madre vive ahora en Harlaw, con su hermana. Allí el clima es menos malo, y no sufre tantos accesos detos. Tu hermana ha llevado el *Viento Negro* a Gran Wyk, para transmitir mensajes de tu señor padre. No tardará en regresar, te lo aseguro.

No hacia falta que nadie le dijera a Theon que el *Viento Negro* era el barco de Asha. Hacía diez años que no veía a su hermana, pero al menos, aquello sí lo sabía. Era extraño que le hubiera puesto semejante nombre, teniendo en cuenta que el lobo de Robb Stark se llamaba *Viento Gris*.

—El de Stark es gris y el de Greyjoy es negro —murmuró con una sonrisa—. Pero los dos son vientos. —El sacerdote no dijo nada—. ¿Y qué me dices de ti,

tio? —preguntó Theon—. Cuando se me llevaron de Pyke no eras sacerdote. Te recuerdo cantando las viejas canciones de saqueo, de pie en la mesa y con un cuerno de cerveza en una mano.

—Era joven, vacuo y vanidoso —respondió Aeron Greyjoy—. Pero el mar lavó mi locura y se llevó mi vanidad. El hombre se ahogó, sobrino. Sus pulmones se llenaron de agua marina, y los peces se comieron las escamas que le cubrían los ojos. Cuando me levanté de nuevo, lo vi todo con claridad.

«Está tan loco como amargado». El recuerdo que Theon había tenido del viejo Aeron Greyjoy era agradable.

—Tío, ¿por qué ha convocado mi padre sus espadas y sus velas?

—Te lo dirá cuando llegues a Pyke; no me cabe duda.

—Preferiría conocer ya sus planes.

—No será de mis labios. Tenemos orden de no hablar de esto con nadie.

—¿Ni siquiera conmigo? —Theon estaba rabioso. Había guiado a hombres a la guerra; había cazado con un rey; había conseguido honores en torneos; había cabalgado con Brynden el Pez Negro y con el Gran Jon; había luchado en el bosque Susurrante; se había acostado con tantas chicas que apenas recordaba sus nombres, y pese a todo, aquel tío suyo lo trataba como si siguiera teniendo diez años—. Si mi padre está haciendo planes de guerra, debo conocerlos. No soy cualquiera. ¡Soy el heredero de Pyke y de las islas del Hierro!

—Eso ya lo veremos.

Aquellas palabras fueron como una bofetada en el rostro.

—¿Que ya lo veremos? Mis dos hermanos han muerto. Soy el único hijo vivo de mi padre.

—Tu hermana también vive.

«Asha», pensó, confuso. Era tres años mayor que Theon, pero...

—Las mujeres solo pueden heredar si no hay varones en la línea directa —insistió, casi gritando—. No dejaré que me arrebaten lo que me corresponde por derecho, te lo advierto.

—¿Te atreves a hablar de esa forma a un siervo del Dios Ahogado, chico? —gruñó su tío—. Has olvidado más cosas de las que crees. Y debes de ser muy idiota si piensas que tu señor padre le entregará estas islas sagradas a un Stark. Cállate de una vez; el viaje ya se hace largo sin tener que aguantar tu cháchara de cotorra.

Theon cerró la boca, aunque le costó un auténtico esfuerzo.

«De modo que así están las cosas», pensó. Como si diez años en Invernalia hubieran bastado para convertirlo en un Stark. Lord Eddard lo había criado entre sus hijos, pero Theon nunca fue uno de ellos. Todo el castillo, desde lady Stark hasta el último pinche de cocina, sabía que era un rehén para garantizar el buen comportamiento de su padre, y lo trataba en consecuencia. Hasta al bastardo Jon Nieve se le dispensaban más honores que a él.

De cuando en cuando, a lord Eddard le había dado por representar el papel de padre, pero para Theon siempre fue el hombre que arrasó Pyke a sangre y fuego, y lo arrancó de su hogar. De niño siempre tuvo miedo del rostro severo y la gran espada oscura de Stark. Y su señora esposa era todavía más distante y desconfiada.

En cuanto a los niños, durante la mayor parte de los años que pasó en Invernalia, los pequeños no eran más que bebés llorones. Únicamente Robb y su hermanastro bastardo, Jon Nieve, tenían edad suficiente para que se fijara en ellos. El bastardo era un chico hosco, al que no pasaba desapercibido el menor desprecio, y estaba celoso de la alta cuna de Theon, así como del aprecio que le mostraba Robb. Theon sentía cierto afecto por Robb, como si se tratase de un hermano menor... pero más le valdría no mencionarlo. Al parecer, en Pyke no habían terminado las viejas guerras. Aquello no debería sorprenderlo. Las islas del Hierro vivían en el pasado; el presente era tan duro y amargo que les resultaba intolerable. Además, su padre y sus tíos eran viejos, y los viejos se comportaban así; se llevaban a la tumba sus polvorrientas querellas, no olvidaban nada, y menos todavía perdonaban.

Con los Mallister, sus compañeros de viaje de Aguasdulces a Varamar, pasaba lo mismo. Patrek Mallister no era mal tipo. Compartía su gusto por las mujeres, el vino y la cetrería. Pero cuando lord Jason vio que su heredero pasaba cada vez más tiempo en compañía de Theon, se llevó a Patrek aparte para recordarle que Varamar se erigió para defender la costa de los saqueadores de las islas del Hierro, sobre todo de los Greyjoy de Pyke. La Torre Retumbante recibía su nombre por la inmensa campana de bronce que, desde los tiempos más antiguos, se hacía sonar para llamar a los ciudadanos y a los campesinos al castillo siempre que se avistaban barcoluengos en el horizonte occidental.

—No le importa que la campana no haya sonado más que una vez en trescientos años —le comentó Patrek a Theon al día siguiente, mientras compartía con él las advertencias de su padre y una jarra de vino de manzanas verdes.

—Cuando mi hermano intentó tomar Varamar por asalto —asintió Theon. Lord Jason había matado a Rodrik Greyjoy ante los muros de su castillo y había expulsado a los hombres del hierro de vuelta hacia la bahía—. Si tu padre cree que le guardo rencor por aquello, es porque no llegó a conocer a Rodrik.

Los dos rieron mientras se dirigían hacia una joven molinera, casada pero muy cariñosa, conocida de Patrek.

«Ojalá Patrek estuviera aquí ahora, conmigo». Mallister o no, era un compañero de viaje mucho más agradable que el viejo sacerdote amargado en el que se había transformado su tío Aeron.

El sendero por el que cabalgaban ascendía serpenteante por colinas yermas y pedregosas. No tardaron en perder de vista el mar, aunque el olor de la sal

impregnaba, penetrante, el aire húmedo. Iban a un paso lento, pero constante. Pasaron junto a un pastizal cercado para ovejas, y luego, junto a la entrada de una mina abandonada. Aquel nuevo Aeron Greyjoy era poco dado a la conversación, de manera que viajaban en sombrío silencio. Al final, Theon no lo pudo soportar más.

—Ahora, Robb Stark es el señor de Invernalia —dijo.

Aeron siguió cabalgando.

—Todos los lobos son iguales.

—Robb ha roto el juramento de lealtad al Trono de Hierro y se ha coronado Rey en el Norte. Está en guerra.

—Los cuervos de los maestres vuelan sobre la sal tan bien como sobre la roca. Esa noticia es vieja.

—Significa que amanece un nuevo día, tío.

—Cada madrugada amanece un nuevo día, y es igual que el anterior.

—En Aguas dulces no opinan lo mismo. Dicen que el cometa rojo es el heraldo de una nueva era. Un mensajero de los dioses.

—Es una señal, sí —asintió el sacerdote—. Pero de nuestro dios, no del suyo. Se trata de una marca ardiente, como las que llevaban antaño nuestros hombres. Es la llama del Dios Ahogado, salida del mar, que proclama la subida de la marea. Es hora de izar las velas y asolar el mundo con el fuego y con la espada, como siempre hicimos.

—Completamente de acuerdo —dijo Theon con una sonrisa.

—Un hombre está de acuerdo con dios igual que una gota de lluvia con la tormenta.

« Esta gota de lluvia reinará algún día, anciano». Theon ya estaba harto del talante sombrío de su tío. Picó espuelas y se adelantó al trote sin perder la sonrisa.

El sol estaba ya a punto de ponerse cuando llegaron a los muros de Pyke, un arco de piedra oscura que iba de un acantilado al otro, con el puesto de guardia en el centro y tres torres cuadradas a cada lado. Theon alcanzó a ver las cicatrices que las catapultas de Robert Baratheon habían dejado en las piedras. Se había alzado una nueva torre sur sobre las ruinas de la antigua; era de un gris un poco más claro, y los liquenes todavía no la habían atacado. Por allí era por donde había entrado Robert, como una tromba, saltando cascotes y cadáveres, con el martillo en la mano y Ned Stark a su lado. Theon lo había visto todo a salvo en la Torre del Mar; de cuando en cuando, las antorchas se le volvían a aparecer en sueños, y oía el retumbar de las piedras al ceder.

Las puertas estaban abiertas ante él, y el oxidado rastillo, alzado. Los guardias situados sobre las almenas observaron con ojos desconocidos al Theon Greyjoy que, por fin, regresaba a su hogar.

Tras la muralla que rodeaba el cabo había cincuenta fanegas de tierra, entre el cielo y el mar. Allí estaban los establos, las perreras y un puñado de

edificaciones. Las ovejas y los cerdos se amontonaban en sus rediles, mientras que los perros del castillo correteaban en libertad. Hacia el sur quedaban los acantilados, y el ancho puente de piedra que llevaba al Gran Torreón. Mientras se bajaba del caballo, Theon alcanzó a oír el romper de las olas. Un mozo de cuadras se acercó para ocuparse de su caballo. Un par de críos flacos y unos cuantos siervos lo observaban con ojos apagados, pero de su señor padre no había ni rastro, ni tampoco de nadie a quien recordara de su infancia.

« Una bienvenida desolada y amarga», pensó.

El sacerdote no había descabalgado.

—¿No te quedarás esta noche para compartir la carne y el hidromiel, tío?

—Me dijeron que te trajera, y te he traído. Ahora regreso al servicio de nuestro dios. —Aeron Greyjoy hizo dar la vuelta al caballo y pasó de nuevo, sin prisa, bajo las púas enlodadas del rastrillo.

Una vieja de espalda encorvada, enfundada en un sencillo vestido gris, se aproximó a él con paso cauto.

—Mi señor, me ordenan que os acompañe a vuestras habitaciones.

—¿Quién lo ordena?

—Vuestro señor padre.

—Así que tú sabes quién soy. —Theon se quitó los guantes—. ¿Por qué no ha venido mi padre a recibirmé?

—Os espera en la Torre del Mar, mi señor. Cuando hayáis descansado de vuestro viaje.

« Y yo pensaba que Ned Stark era frío» .

—¿Y tú quién eres?

—Helya; llevo el castillo en nombre de vuestro señor padre.

—Antes, el mayordomo era Sylas. Lo llamaban Bocamarga. —Theon todavía era capaz de recordar con viveza el hedor a vino del aliento del anciano.

—Murió hace cinco años, mi señor.

—¿Y el maestre Qalen? ¿Dónde está?

—Duerme en el mar. Actualmente, el encargado de los cuervos es Wendamyr.

« Es como si fuera un forastero aquí —pensó Theon—. No ha cambiado nada, pero ha cambiado todo» .

—Llévame a mis habitaciones, mujer —ordenó.

La anciana hizo una reverencia rígida y echó a andar delante de él por la punta de tierra que llevaba al puente. Al menos aquello sí era tal como lo recordaba: las viejas piedras resbaladizas por las salpicaduras del mar y con manchas de líquenes, la espuma de las olas bajo sus pies como si fuera una bestia salvaje, y el viento salado agitándole la ropa.

Siempre que había soñado con el regreso a casa se había visto en su confortable dormitorio de la Torre del Mar, donde había dormido de niño. Pero la

anciana lo guiaba hacia el Torreón Sangriento. Allí, las estancias eran más grandes y estaban mejor amuebladas, aunque resultaban igual de frías y húmedas. Le asignaron a Theon unas habitaciones gélidas, de techos tan altos que se perdían en la penumbra. Aquello lo habría impresionado si no supiera que eran precisamente las habitaciones que daban su nombre al Torreón Sangriento. Hacía ya mil años, los hijos del Rey del Río fueron asesinados allí mismo, en sus camas, donde luego despedazaron sus cadáveres para podérselos enviar a su padre, en el continente.

Pero los Greyjoy no morían asesinados en Pyke; solo muy de cuando en cuando se mataban entre hermanos, y los dos suyos habían muerto. Si miró a su alrededor con aversión, no fue por miedo a los fantasmas. Los tapices de las paredes estaban cubiertos de moho verdoso; el colchón estaba combado y tenía un olor rancio, y las alfombras eran viejas y quebradizas. Habían pasado años desde la última vez que se ventilaron aquellas estancias. La humedad se metía en los huesos.

—Necesitaré una palangana de agua caliente y que enciendan el fuego en esa chimenea —dijo a la vieja—. Encárgate de que enciendan braseros en las otras habitaciones para caldeárlas un poco. Y por los dioses, manda a alguien que cambie esas alfombras.

—Sí, mi señor. Como ordenéis. —Y se marchó.

No tardaron en llevarle el agua caliente que había pedido. En realidad estaba tibia, y no tardó en enfriarse, por no mencionar además que era agua de mar, pero le bastó para lavarse de la cara, el pelo y las manos el polvo del largo recorrido a caballo. Mientras un par de siervos encendían los braseros, Theon se quitó la ropa sucia del viaje y se vistió para reunirse con su padre. Eligió un par de botas de cuero negro muy flexible, calzones de suave lana de cordero color gris plateado y un jubón de terciopelo negro con el kraken dorado de los Greyjoy bordado en el pecho. Se puso al cuello una fina cadena de oro y, sobre la ropa, un cinturón de cuero blanco. Por último, se colgó un puñal a un lado de la cadera y una espada larga al otro, ambas armas en fundas negras y doradas. Sacó el puñal, comprobó el filo con la yema del pulgar, extrajo una piedra de amolar del bolsillo que le colgaba del cinturón y le dio un par de pasadas. Se enorgullecía de tener sus armas siempre afiladas.

—Cuando vuelva quiero encontrarme la habitación caliente y alfombras limpias —les advirtió a los siervos al tiempo que sacaba un par de guantes negros de seda, adornados con unas delicadas volutas en hilo de oro.

Theon regresó al Gran Torreón cruzando un pasaje de piedra cubierto; el eco de sus pisadas se mezclaba con el incessante retumbar del mar, mucho más abajo. Para llegar a la Torre del Mar, en su pilar retorcido, tuvo que cruzar otros tres puentes, cada uno más angosto que el anterior. El último era de madera y cuerdas, y el húmedo viento cargado de sal hacia que se meciera como un ser

vivo bajo sus pies. Theon no había recorrido ni la mitad cuando ya tenía el corazón en la garganta. Abajo, muy lejos, las olas estallaban en altas columnas de espuma al romper contra la roca. De niño solía cruzar aquel puente corriendo, incluso de noche cerrada.

« Los niños creen que nada les puede hacer daño —le susurraron al oído sus temores—. Los adultos saben que sí».

La puerta era de madera gris con tachonaduras de hierro, y Theon se encontró con que estaba atrancada desde dentro. La golpeó con el puño, y soltó una maldición cuando una astilla le perforó el tejido del guante. La madera estaba húmeda y enmohecida, y los tachones, oxidados.

Pasó un momento antes de que abriera la puerta un guardia con coraza de hierro y un yelmo del mismo metal, que le cubría todo el rostro.

—¿Eres el hijo?

—Apártate de mi camino o verás quién soy.

El hombre se hizo a un lado. Theon subió por los peldaños serpenteantes que llevaban a las habitaciones privadas de su padre. Lo encontró sentado ante un brasero, bajo un manto de pieles enmohecidas de foca que lo cubrían desde la barbilla hasta los pies. Al oír el sonido de sus botas contra la piedra, el señor de las islas del Hierro alzó la vista para mirar a su único hijo superviviente. Era más menudo de lo que Theon recordaba, y estaba tan demacrado... Balon Greyjoy siempre había sido delgado, pero en aquel momento parecía como si los dioses lo hubieran metido en un caldero y lo hubieran hervido hasta fundir toda su carne, de manera que solo quedaran el cabello y la piel. Estaba flaco como un hueso, y a la vez, duro como el mismo hueso, con un rostro que daba la sensación de estar tallado en pedernal. Sus ojos eran también como el pedernal, negros y duros, pero los años y los vientos marinos le habían dado a su cabello el color gris del mar en invierno, salpicado de gaviotas blancas. Si se lo soltara, le llegaría por debajo de la cintura.

—Han pasado nueve años, ¿no? —dijo por fin lord Balon.

—Diez —replicó Theon al tiempo que se quitaba los guantes rotos.

—Se llevaron a un niño —dijo su padre—. ¿Qué eres ahora?

—Un hombre —respondió Theon—. Tu sangre y tu heredero.

—Ya lo veremos —gruñó lord Balon.

—Lo verás —le prometió Theon.

—Diez años, dices. Stark te tuvo tanto tiempo como yo. Y ahora vienes como enviado suyo.

—Suyo, no. Lord Eddard está muerto; la reina Lannister lo decapitó.

—Los dos están muertos. Stark y Robert, que derribó mis muros con sus piedras. Jure que viviría lo suficiente para verlos a los dos en sus tumbas, y lo he logrado. —Hizo una mueca—. Pero el frío y la humedad siguen haciendo que me duelan las articulaciones, igual que cuando estaban vivos. De modo que ¿de

qué ha servido?

—De mucho. —Theon se acercó—. Traigo una carta...

—¿Ned Stark te vestía así? —lo interrumpió su padre, mirándolo desde abajo con los ojos entrecerrados—. ¿Se divertía poniéndote terciopelos y sedas, para convertirte en su querida hijita?

—No soy la hijita de nadie. —Theon sintió que la sangre se le acumulaba en las mejillas—. Si no te gusta mi ropa, me cambiaré.

—Desde luego. —Lord Balon echó las pieles a un lado y se levantó. No era tan alto como Theon recordaba—. Esa baratija que llevas al cuello, ¿la pagaste con oro o con hierro?

Theon se tocó la cadena de oro. Lo había olvidado. «Ha pasado tanto tiempo...». Según las antiguas costumbres, las mujeres podían adornarse con joyas pagadas con oro, pero un guerrero solamente podía usar las que arrancara de los cadáveres de enemigos muertos por su mano. Aquello se denominaba *pagar el precio del hierro*.

—Te ruborizas como una doncella, Theon. Te he hecho una pregunta. ¿Pagaste el precio del oro o el del hierro?

—El del oro —reconoció Theon.

Su padre metió los dedos bajo el collar, y le dio un tirón tan fuerte que le habría arrancado la cabeza a Theon si la cadena no hubiera cedido antes.

—Mi hija tiene como amante un hacha de guerra —dijo lord Balon—. No permitiré que mi hijo se engalane como una prostituta. —Tiró la cadena al brasero, donde se deslizó entre los carbones—. Justo lo que me temía. Las tierras verdes te han hecho blando, y los Stark te han hecho suyo.

—Te equivocas. Ned Stark era mi carcelero, pero mi sangre sigue siendo de sal y de hierro.

—Pero el mocoso Stark te envía a mí como un cuervo bien adiestrado —dijo lord Balon mientras se volvía para calentarse las manos huesudas sobre el brasero—, con su mensaje insignificante entre las garras.

—La carta que te traigo no es insignificante —dijo Theon—. Y la oferta que te hace es la que yo le sugerí.

—Así que el rey lobo escucha cuando le das consejo, ¿eh? —Por lo visto, la sola idea parecía divertir mucho a lord Balon.

—Sí, me hace caso. He cazado con él; me he entrenado con él; he compartido con él la carne y el hidromiel. Me he ganado su confianza. Me ve como a un hermano mayor, me...

—No. —Su padre le agitó un dedo ante la cara—. Aquí no, en Pyke no, no cuando yo esté presente. Jamás lo llames hermano; es el hijo del hombre que pasó por la espada a tus verdaderos hermanos. ¿O te has olvidado de Rodrik y Maron, que eran sangre de tu sangre?

—No he olvidado nada. —En realidad, Ned Stark no había asesinado a

ninguno de sus hermanos. A Rodrik lo mató lord Jason Mallister en Varamar, y Maron murió aplastado en el derrumbamiento de la antigua torre sur... pero Stark los habría liquidado sin problemas si las circunstancias de la batalla los hubieran enfrentado a él—. Recuerdo muy bien a mis hermanos —insistió Theon. Recordaba sobre todo las bofetadas ebrias de Rodrik, y las bromas crueles de Maron y sus mentiras sin fin—. También me acuerdo de cuando mi padre era rey.—Sacó la carta de Robb y se la tendió—. Leed esto..., alteza.

Lord Balon rompió el sello y desdobló el pergamino. Lo recorrió una y otra vez con sus ojos negros.

—Así que el chico me dará una corona —dijo—. Solo tengo que acabar con sus enemigos.—Sus labios delgados se frunciaron en una sonrisa.

—A estas alturas, Robb debe de estar ya en el Colmillo Dorado —dijo Theon—. Cuando el Colmillo caiga, solo tardará un día en cruzar las colinas. Las huestes de lord Tywin están en Harrenhal, aisladas por el oeste. El Matarreyes se encuentra prisionero en Aguasdulces. Para enfrentarse a Robb en el oeste solo queda ser Stafford Lannister, con la leva de críos que ha estado reclutando. Ser Stafford se situará entre el ejército de Robb y Lannisport, lo que significa que la ciudad estará sin defensas cuando caigamos sobre ella por mar. Si los dioses nos acompañan, la mismísima Roca Casterly podría caer antes de que los Lannister se dieran cuenta de que estamos interviniendo.

—Roca Casterly jamás ha caído —gruñó lord Balon.

—Hasta ahora —sonrió Theon.

« Y será un momento tan, tan dulce...» .

Su padre no le devolvió la sonrisa.

—¿Y por eso Robb Stark te envía de vuelta a mí después de tantos años? ¿Para que consigas que le dé mi aprobación a su plan?

—El plan es mío, no de Robb —dijo Theon con orgullo. « Mío, igual que será mía la victoria, y con el tiempo, la corona» —. Yo dirigiré la ofensiva, con tu beneplácito. Como recompensa, quiero Roca Casterly como asentamiento cuando se la arrebatemos a los Lannister. —Una vez en posesión de la Roca, tendría también Lannisport y las tierras doradas del oeste. Riquezas y poder como la casa Greyjoy no había conocido jamás.

—Te concedes una recompensa muy alta a cambio de una idea y unas pocas líneas. —Volvió a leer la carta—. El mocoso no dice nada de recompensas. Solo que hablas en su nombre, que te debo escuchar, que le entregue mis velas y mis espadas, y que a cambio me dará una corona.—Sus ojos de pedernal se alzaron hacia los de su hijo—. Que él me dará una corona —repitió con voz cada vez más tensa.

—Se ha expresado mal; lo que quería decir es...

—Lo que quería decir es lo que ha dicho. El chico me dará una corona. Y lo que se da se puede quitar.—Lord Balon tiró la carta al brasero, al mismo brasero

de la cadena. El pergamino se curvó, se ennegreció y empezó a arder. Theon se quedó consternado.

—¿Te has vuelto loco?

Su padre le dio un bofetón de revés.

—Cuidado con lo que dices. Ya no estás en Invernia, y yo no soy Robb el Mocos; no puedes hablarme así. Soy Greyjoy, el Lord Segador de Pyke, Rey de la Sal y de la Roca, Hijo del Viento Marino, y a mí nadie me da una corona. Yo pago el precio del hierro. Cogeré mi corona, igual que hizo Urron Manorroja hace cinco mil años.

Theon retrocedió un paso para alejarse de la repentina ira que llameaba en la voz de su padre.

—Pues cógela —escupió mientras se le enrojecía la mejilla—. Hazte llamar Rey de las Islas del Hierro; a nadie le va a importar... hasta que terminen las guerras, y el vencedor mire a su alrededor y divise a un viejo idiota aferrado a su orilla, con una corona de hierro en la cabeza.

Lord Balon soltó una carcajada.

—Vaya, al menos no eres ningún cobarde. Igual que yo no soy ningún imbécil. ¿Crees que he mandado reunir mis barcos para ver como se mecen anclados? No, pienso labrarme un reino por el fuego y la espada. Pero no en el oeste, y no porque me lo conceda el rey Robb el Mocos. Roca Casterly es demasiado fuerte, y lord Tywin, demasiado astuto. Sí, podríamos tomar Lannisport, pero no defenderla. No. La fruta que quiero coger es otra... No tan dulce y jugosa, claro, pero ahí está, indefensa.

«¿Dónde?», habría podido preguntar Theon. Pero ya lo sabía.

Los dothrakis llamaban al cometa *shierak qiya*, que significaba «estrella sangrante». Los ancianos murmuraban que era un mal presagio, pero Daenerys Targaryen lo había visto por primera vez la noche en que quemó el cadáver de Khal Drogo en la pira, la noche en que sus dragones despertaron. «Es el heraldo de mi llegada —se dijo al tiempo que alzaba la vista hacia el cielo nocturno, con el corazón lleno de asombro ante aquel portento—. Los dioses lo han enviado para mostrarme el camino». Pero cuando expresó aquella idea en voz alta, su doncella Doreah la desanimó.

—En esa dirección están las tierras rojas, *khaleesi*. Los jinetes dicen que se trata de un lugar sombrío, terrible.

—Debemos ir hacia donde señala el cometa —insistió Dany..., aunque lo cierto era que no le quedaba otro camino posible.

No se atrevía a poner rumbo al norte hacia el vasto océano de hierba que todos conocían como el mar dothraki. El primer *khalasar* con el que se tropezaran engulliría a su desastrado grupo, mataría a los guerreros y se llevaría a los demás como esclavos. Las tierras de los hombres cordero, al sur del río, también les estaban vedadas. Eran demasiado pocos para defenderse hasta de ese pueblo tan poco belicoso, y los lhazareenos tenían motivos para guardarles rencor. Podría haber avanzado río abajo, en dirección a los puertos de Meereen, Yunkai y Astapor, pero Rakharo le había advertido que el *khalasar* de Pono había tomado aquel camino, llevando un grupo de miles de cautivos que vendería en los mercados de carne que plagaban como pústulas abiertas toda la bahía de los Esclavos.

—¿Por qué voy a temer a Pono? —repuso Dany—. Fue el *ko* de Drogo y siempre me trató bien.

—Ko Pono os trató bien —dijo ser Jorah Mormont—. Khal Pono os matará. Fue el primero en abandonar a Drogo, y lo siguieron diez mil guerreros. Vos solo tenéis un centenar.

«No —pensó Dany—. Tengo cuatro. Los demás son mujeres, ancianos enfermos y niños que todavía no se han trenzado el pelo».

—Tengo a los dragones —señaló.

—Están recién salidos del cascarón —dijo ser Jorah—. Bastaría un tajo de *arakh* para acabar con ellos, aunque lo más probable es que Pono se los quedara. Los huevos de dragón eran más valiosos que rubíes; un dragón vivo no tiene precio. Solo hay tres en todo el mundo. Cada hombre que los vea querrá ser su dueño, mi reina.

—Son míos —replicó ella con rabia. Habían nacido de su fe y de su necesidad; la muerte de su esposo, de su hijo nonato y de la *maegi* Mirri Maz

Duur les había dado la vida. Dany había entrado en el fuego cuando salieron del cascarón, y habían bebido leche de sus pechos hinchados—. Nadie me los arrebatará mientras viva.

—No viviréis mucho tiempo si os tropezáis con Khal Pono. O con Khal Jhaqo, o con cualquiera de los otros. Tenéis que ir hacia donde ellos no estén.

Dany lo había nombrado jefe de su Guardia de la Reina... y vio claro el camino cuando los sombríos consejos de Mormont y los presagios se mostraron coincidentes. Convocó a los suyos y montó a lomos de su yegua plata. Su cabellera se había quemado en la pira de Drogo, de manera que sus doncellas la vistieron con la piel del *hrakkar*, el león blanco del mar dothraki, que Drogo había matado. La temible cabeza de la fiera era la capucha que cubría su cráneo desnudo, y la piel era una capa que le caía sobre los hombros y por la espalda. El dragón color crema clavó las afiladas garras negras en la melena del león y enroscó la cola en torno al brazo de Dany, mientras que ser Jorah ocupó el lugar habitual a su lado.

—Seguiremos al cometa —dijo Dany a su *khalasar*.

No hubo nadie que alzara la voz para protestar. Habían sido el pueblo de Drogo, pero ahora eran el suyo. La llamaban La que no Arde, la Madre de Dragones. Su palabra era ley.

Viajaban de noche, y durante el día se refugiaban del sol en sus tiendas. Dany no tardó en comprender hasta qué punto había tenido razón Doreah. Aquella tierra no era generosa. Por el camino iban dejando un rastro de caballos muertos y moribundos, porque Pono, Jhaqo y los otros se habían apoderado de los mejores animales de Drogo, dejando a Dany tan solo los viejos y flacos, los enfermos y tullidos, los acabados y los indómitos. Igual que con las personas.

« No son fuertes —se dijo—, así que yo tengo que ser su fuerza. No puedo mostrar temor, ni debilidad, ni un asomo de duda. Por mucho miedo que haya en mi corazón, en mi rostro solo deben ver a la reina de Drogo». Se sentía mucho mayor de lo que correspondía a sus catorce años. Si alguna vez había sido niña de verdad, aquel tiempo había quedado atrás.

El primer hombre murió a los tres días de marcha. Era un anciano desdentado y con los ojos nublados, que cayó exhausto de la silla de montar y no pudo volver a levantarse. Expiró en menos de una hora. Las moscas de sangre formaban enjambres sobre su cadáver, y transmitían su mala suerte a los vivos.

—Había llegado su hora —dijo su doncella Irri—. Ningún hombre debería vivir más que sus dientes.

Los demás se mostraron de acuerdo. Dany ordenó que mataran al más débil de los caballos moribundos, de manera que el fallecido pudiera entrar cabalgando en las tierras de la noche.

Dos noches después, la que pereció fue una niña, casi un bebé. Los aullidos angustiados de su madre se prolongaron durante todo el día, pero no se pudo

hacer nada. La pobre chiquilla había sido demasiado pequeña para cabalgar. No serían para ella las interminables praderas negras de las tierras de la noche; tendría que nacer de nuevo.

En el erial rojo había poco forraje, y el agua escaseaba aún más. Era una tierra marchita y desolada, de colinas bajas y llanuras yermas azotadas por los vientos. Los ríos que cruzaron estaban tan secos como los huesos de los muertos. Sus monturas subsistían a base de la escasa gramilla reseca que crecía al pie de las rocas y de los árboles muertos. Dany envió jinetes que fueran por delante de la columna, pero no encontraron pozos ni arroyos, solo charcas de agua estancada y putrefacta que se evaporaba bajo el sol ardiente. Cuanto más se adentraban en el erial, más pequeñas se hacían las charcas y más distancia había entre ellas. Si en aquel desierto de piedra, arena y barro rojo sin caminos había dioses, eran dioses duros y secos, sordos a cualquier plegaria que suplicara lluvia.

Lo primero en acabarse fue el vino, y poco después, la leche cuajada de yegua que a los señores de los caballos les gustaba más que el hidromiel. Luego se agotaron sus provisiones de pan ácimo y carne seca. Los cazadores no encontraban presas, y solo se podían llenar los estómagos con la carne de sus caballos caídos. Se produjo una muerte tras otra. Los débiles, los niños, las ancianas arrugadas, los enfermos, los estúpidos, los incautos... La tierra cruel se los llevaba a todos. Doreah fue perdiendo peso, y los ojos se le hundieron en la cara, mientras su suave cabellera rubia se tornaba quebradiza como la paja.

Dany pasó hambre y sed con todos los demás. La leche de sus pechos se secó; los pezones se le agrietaron y le sangraron, y día tras día adelgazaba hasta que quedó descarnada y dura como un palo. Pero si tenía miedo era por sus dragones. Su padre murió violentamente antes de que ella naciera, así como su maravilloso hermano Rhaegar. Su madre murió al alumbrarla, mientras en el exterior rugía la tormenta. Al bondadoso ser Willem Darry, que a su modo debía de haberla querido, se lo llevó una enfermedad devastadora cuando ella era muy pequeña. Su hermano Viserys; Khal Drogo, que era su sol y estrellas; hasta su hijo nonato... Los dioses se los habían llevado a todos.

«Pero no me quitarán a mis dragones —juró Dany—. No me los quitarán».

Los dragones no eran más grandes que los gatos flacos que había visto una vez moviéndose furtivos a lo largo de los muros de la mansión del magíster Illyrio en Pentos... hasta que desplegaban sus alas, aquellos delicados abanicos de piel translúcida de colores maravillosos tensada sobre una estructura de largos huesos finos. Bien mirados, los dragones eran en su mayor parte cuello, cola y alas. «Son tan pequeños...», pensó mientras les daba de comer. Mejor dicho, mientras intentaba darles de comer, porque los dragones se negaban. Siseaban y escupían ante cada trocito de sanguinolenta carne de caballo, y lanzaban vapor por las fosas nasales, pero no aceptaban el alimento... hasta que Dany recordó algo que Viserys le había contado cuando eran niños.

«Los únicos seres que comen la carne cocinada son los dragones y los hombres», fueron sus palabras.

Cuando hizo que sus doncellas asaran la carne de caballo hasta casi carbonizarla, los dragones la devoraron con avidez, proyectando hacia delante las cabezas como si fueran serpientes. Los dragones comían al día varias veces su peso, siempre que la carne estuviera muy tostada, y por fin empezaron a crecer y a fortalecerse. Dany se maravillaba ante la suavidad de sus escamas y el calor que transmitían, tan palpable que durante las noches frías sus cuerpos parecían emitir vapor.

Cada anochecer, cuando el *khalasar* se ponía en marcha, elegía un dragón para que viajara sobre su hombro. Irri y Jhiqui llevaban a los otros en una jaula de madera, colgada de un palo que iba cruzado sobre sus monturas. Cabalgaban justo tras ella, de manera que los dragones no la perdieran nunca de vista. Era la única forma de que estuvieran tranquilos.

—Los dragones de Aegon tenían nombres de dioses de la antigua Valyria —les dijo a sus jinetes de sangre una mañana, tras una larga noche de viaje—. El dragón de Visenya se llamaba Vhagar, Rhaenys tenía a Meraxes y Aegon cabalgaba a lomos de Balerion, el Terror Negro. Se decía que el aliento de Vhagar era tan ardiente que podía derretir la armadura de un caballero y cocinar al hombre que la llevaba; que Meraxes devoraba caballos enteros, y en cuanto a Balerion..., su fuego era tan negro como sus escamas, y sus alas, tan inmensas que su sombra cubría ciudades enteras cuando pasaba sobre ellas.

Los dothrakis miraron a las crías de dragón con cierta inquietud. El más grande de las tres era de un negro lustroso, con brillantes vetas color escarlata entre las escamas, igual que en las alas y en los cuernos.

—Khaleesi, ese es Balerion —murmuró Aggo—, ha vuelto a nacer.

—Tal vez sea así, sangre de mi sangre —respondió Dany con seriedad—, pero en esta vida tendrá un nuevo nombre. Les pondré los nombres de aquellos a los que los dioses se han llevado. El verde se llamará Rhaegal, en recuerdo de mi valiente hermano, que murió en las verdes orillas del Tridente. El crema y oro será Viserion. Viserys era cruel, débil y cobarde, pero también era mi hermano. Su dragón hará lo que él no pudo hacer.

—¿Y la bestia negra? —quiso saber ser Jorah Mormont.

—El negro —dijo ella— es Drogon.

Pero, al mismo tiempo que los dragones se desarrollaban, su *khalasar* se marchitaba y moría. La tierra que los rodeaba era cada vez más desolada. Hasta la gramilla escaseaba más y más. Los caballos se derrumbaban; les quedaban tan pocos que algunos hombres se veían obligados a ir a pie. Doreah contrajo unas fiebres y fue empeorando con cada legua. Los labios y las manos se le llenaron de ampollas sanguinolentas; el pelo se le caía a mechones, y una noche no tuvo fuerzas para montar a lomos de su caballo. Jhogo dijo que deberían

dejarla allí o atarla a la silla, pero Dany recordaba una noche, en el mar dothraki, cuando la joven lysena le había enseñado secretos para que Drogo la amara más. Le dio a Doreah agua de su pellejo, le refrescó la frente con un paño húmedo y sostuvo su mano hasta que murió entre escalofríos. Entonces consintió que el *khalasar* prosiguiera la marcha.

No vieron rastro alguno de otros viajeros. Los dothrakis, temerosos, empezaron a murmurar que el cometa los había guiado hacia una especie de infierno. Una mañana, mientras acampaban entre grandes piedras negras erosionadas por el viento, Dany acudió a ser Jorah.

—¿Nos hemos perdido? —le preguntó—. ¿Acaso este erial no tiene fin?

—Tiene fin —respondió él, fatigado—. He visto los mapas que dibujan los mercaderes, mi reina. Ciento: por aquí pasan pocas caravanas, pero al este hay grandes reinos y ciudades repletas de maravillas. Yi Ti, Qarth, Asshai de la Sombra...

—Viviremos para verlas?

—No os voy a mentir. El camino es más duro de lo que me temía. —El rostro del caballero estaba grisáceo y demacrado. La herida que recibió en la cadera la noche que luchó contra los jinetes de sangre de Khal Drogo no había llegado a curarse del todo; Dany veía su expresión de dolor cuando montaba a caballo, y parecía ir casi derrumbado en la silla—. Puede que, si seguiamos adelante, estemos perdidos... pero si retrocedemos, estaremos perdidos sin duda alguna.

Dany le dio un beso en la mejilla. Se animó al verlo sonreír. « También tengo que ser fuerte por él —pensó sombría—. Es un caballero, sí, pero yo soy de la sangre del dragón».

La siguiente charca que encontraron estaba casi hirviendo y pestaba a azufre, pero tenían los pellejos prácticamente vacíos. Los dothrakis enfriaron el agua en jarras y la bebieron tibia. El sabor era repugnante, pero era agua, y todos estaban sedientos. Dany contempló el horizonte con desesperación. Había perdido a un tercio de su pueblo, y la llanura que se extendía ante ellos era aún desértica, roja e interminable.

« El cometa se burla de mis esperanzas —pensó al tiempo que alzaba los ojos hacia el lugar donde hendía el cielo—. ¿Acaso he cruzado medio mundo y he visto nacer dragones solo para morir en este desierto de fuego?». No podía creerlo.

Al día siguiente, el amanecer los encontró mientras cruzaban una llanura cuarteada de dura tierra rojiza. Dany estaba a punto de dar la orden de acampar cuando los exploradores regresaron al galope.

—Una ciudad, *khaleesi!* —gritaron—. Una ciudad blanca como la luna y hermosa como una doncella. A una hora de marcha, no más.

—Mostrádmela —dijo. Cuando la ciudad apareció ante ella, con murallas y torres de un blanco deslumbrante tras el velo de calor, le pareció tan bella que

estuvo segura de que se trataba de un espejismo.

—¿Sabéis qué lugar es ese? —le preguntó a ser Jorah.

—No, mi reina —contestó el caballero exiliado haciendo un gesto de negación—. Nunca me había aventurado tanto hacia el este.

Las lejanas murallas blancas eran una promesa de descanso y seguridad, una oportunidad para curarse y recuperar fuerzas. Dany habría querido correr hacia ellas, pero lo que hizo fue volverse hacia sus jinetes de sangre.

—Sangre de mi sangre, id delante de nosotros y averiguad el nombre de esa ciudad. Averiguad también qué clase de recibimiento nos dispensarán.

—Ai, khaleesi —dijo Aggo.

Los jinetes no tardaron en regresar. Rakharo bajó del caballo de un salto. De su cinturón de medallones colgaba el gran *arakh* curvo que Dany le había otorgado cuando lo nombró jinete de sangre.

—Esta ciudad está muerta, *khaleesi*. No tiene nombre ni dioses; las puertas están caídas, y por sus calles únicamente se mueven el viento y las moscas.

Jhiqui se estremeció.

—Cuando los dioses se van, los espíritus del mal celebran banquetes durante la noche —dijo—. Los lugares así es mejor evitarlos. Lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —asintió Irri.

—Pues yo no lo sé. —Dany picó espuelas a su yegua y abrió la marcha. Pasó al trote bajo los restos del arco, lo que quedaba de una antigua puerta, y recorrió una calle silenciosa. Ser Jorah y sus jinetes de sangre la siguieron, y después, más despacio, el resto de los dothrakis.

No había manera de saber cuánto tiempo llevaba desierta la ciudad, pero las murallas blancas, que tan hermosas parecían vistas desde lejos, estaban llenas de grietas y a punto de derrumbarse. Encerraban un laberinto de callejones estrechos y retorcidos. Los edificios estaban muy juntos, con fachadas niveas como la tiza, sin ventanas. Todo era blanco, como si los que habitaron allí no hubieran conocido el color. Pasaron a caballo junto a montones de cascotes blanqueados por el sol, allí donde las casas se habían derrumbado, y por todas partes se veían las cicatrices del fuego. En un lugar donde se encontraban seis callejones, Dany vio una peana de mármol. Al parecer, los dothrakis habían pasado por allí. Quizá la estatua que faltaba se encontrara en aquel momento en Vaes Dothrak, junto con las de tantos otros dioses robados. Tal vez había pasado junto a ella cien veces sin saberlo. Viserion, en su hombro, siseó.

Acamparon junto a los restos de un palacio, en una plaza barrida por el viento donde la gramilla crecía entre las piedras del pavimento. Dany envió a varios hombres a investigar entre las ruinas. Algunos obedecieron de mala gana, pero obedecieron... y un anciano cubierto de cicatrices regresó al poco rato, sonriente y casi saltando, con las manos llenas de higos. Eran pequeños y arrugados, pero su pueblo se abalanzó sobre ellos con ansia; se empujaron y pelearon entre ellos

para meterse la fruta en la boca y masticarla con verdadera dicha. Otros volvieron hablando de frutales ocultos tras puertas cerradas, en jardines secretos. Aggo la guio hasta un patio lleno de parras con pequeñas uvas verdes, y Jhogo descubrió un pozo de agua limpia y fresca. Pero también encontraron huesos, los cráneos de los muertos que nadie se había molestado en enterrar, rotos y blanqueados por el sol.

—Espíritus —murmuró Irri—. Espíritus espantosos. No debemos quedarnos aquí, *khaleesi*; este lugar les pertenece.

—No temo a los espíritus. Los dragones son más poderosos que los espíritus. —« Y los higos son más importantes» —. Ve con Jhiqui a buscarme arena limpia para darme un baño y no me vuelvas a molestar con esas tonterías.

En el frescor de su tienda, Dany chamuscó carne de caballo sobre la llama de un brasero mientras meditaba sobre las diferentes posibilidades. Allí había suficiente agua y alimentos para darles sustento, y también hierba para que los caballos recuperasen las fuerzas. ¡Qué agradable sería despertar todos los días en el mismo lugar, pasear por los jardines sombreados y beber tanta agua fresca como quisiera!

Cuando Irri y Jhiqui regresaron con vasijas de arena blanca, Dany se desnudó y dejó que la frotaran para limpiarla.

—Te vuelve a salir el pelo, *khaleesi* —comentó Jhiqui al tiempo que le quitaba la arena de la espalda.

Dany se pasó una mano por la cabeza para palparlo. Los hombres dothraki llevaban el pelo largo, en largas trenzas aceitadas, y solo se lo cortaban cuando eran derrotados. « Puede que yo deba hacer lo mismo —pensó—. Así recordarán que la fuerza de Drogo habita ahora en mí». Khal Drogo había muerto sin cortarse el pelo jamás, hazaña de la que muy pocos hombres podían alardear.

Al otro lado de la tienda, Rhaegal desplegó las alas verdes, aleteó y consiguió remontarse un palmo antes de volver a caer a la alfombra. Sacudió la cola como un látigo, furioso, y alzó la cabeza en un rugido chillón.

« Si yo tuviera alas, también querría volar —pensó Dany. Los Targaryen de antaño iban a la guerra a lomos de dragones. Trató de imaginarse cómo se sentiría a horcajadas del cuello de un dragón, elevándose por el aire—. Sería como estar en la cima de una montaña, pero mejor. Vería el mundo entero debajo de mí. Si volara muy alto, hasta podría ver los Siete Reinos, y tocar el cometa con las manos» .

Irri interrumpió sus ensañaciones para decirle que ser Jorah Mormont estaba fuera, y aguardaba a que ella tuviera a bien recibirlo.

—Hazlo pasar —dijo Dany. La piel frotada por la arena le cosquilleaba. Se envolvió en la capa de león. El *hrakkar* había sido mucho más grande que Dany, de manera que le cubría todo lo que ella quería cubrir.

—Os he traído un melocotón —dijo ser Jorah Mormont después de entrar y clavar una rodilla en el suelo.

Era tan pequeño que a Dany casi le cabía en el puño cerrado, y estaba demasiado maduro, pero cuando le dio el primer mordisco, la pulpa era tan dulce que estuvo a punto de echarse a llorar. Lo comió muy despacio para saborear cada bocado, mientras ser Jorah le hablaba del árbol del que lo había cogido, en un jardín cercano a la muralla oeste.

—Fruta, agua y sombra —dijo Dany, con las mejillas pegajosas por el zumo del melocotón—. Los dioses han sido bondadosos al traernos aquí.

—Deberíamos descansar hasta que recuperemos las fuerzas —insistió el caballero—. Las tierras rojas son crueles con los débiles.

—Mis doncellas dicen que aquí hay espíritus.

—Hay espíritus en todas partes —dijo ser Jorah con voz amable—. Los llevamos con nosotros adonde quiera que vamos.

«Sí —pensó ella—. Viserys, Khal Drogo, mi hijo Rhaego... siempre están conmigo».

—Decidme cómo se llama vuestro espíritu, ser Jorah. A los míos ya los conocéis.

—Se llamaba Lynesse. —El rostro del caballero se había tornado impenetrable.

—¿Vuestra esposa?

—Mi segunda esposa.

«Le duele hablar de ella», advirtió Dany. Pero quería saber la verdad.

—¿Eso es todo lo que me vais a decir de ella? —La piel de león se le resbaló por un hombro, y volvió a ponérsela en su sitio—. ¿Era hermosa?

—Muy hermosa. —Ser Jorah apartó los ojos de su hombro para mirarla a la cara—. La primera vez que la vi me pareció una diosa que hubiera descendido a la tierra, como si la propia Doncella se hubiera hecho carne. Era de cuna mucho más elevada que yo, la hija pequeña de lord Leyton Hightower, de Antigua. El Toro Blanco, que comandaba la Guardia Real de vuestro padre, era su tío abuelo. Los Hightower son una familia antigua, muy rica y orgullosa.

—Y leal —dijo Dany—. Recuerdo que Viserys me contó que los Hightower fueron de los pocos que permanecieron fieles a mi padre.

—Así fue —asintió él.

—¿Vuestros padres arreglaron el compromiso?

—No. Nuestro matrimonio... Bueno, es una historia muy larga y aburrida, alteza. No quisiera importunáros con ella.

—No voy a ninguna parte —dijo Dany—. Por favor.

—Como ordene mi reina. —Ser Jorah frunció el ceño—. Mi hogar... Para comprender el resto tengo que explicaros cómo es. La isla del Oso es muy bella, pero aislada. Imaginad un paisaje de robles nudosos y pinos altos, espinos en flor,

piedras grises cubiertas de musgo y arroyuelos de aguas heladas que se despeñan por las laderas de las montañas. Nuestra casa era de grandes troncos, y estaba rodeada por una empalizada de barro. Aparte de unos cuantos aparceros, los míos vivían en el litoral y se dedicaban a la pesca. La isla está muy al norte, y nuestros inviernos son mucho más terribles de lo que podáis imaginar, *khaleesi*.

» Pero la isla era suficiente para mí, y nunca me faltaron mujeres. Tuve a muchas hijas de pescadores y aparceros, antes y después de casarme. Contraje matrimonio muy joven, con la esposa que eligió mi padre, una Glover de Bosquespeso. Estuvimos casados diez años, más o menos. Era una mujer de rostro vulgar, pero buena. En cierto modo llegué a quererla, aunque nuestras relaciones eran más deferentes que apasionadas. Tuvo tres abortos mientras trataba de darme un heredero. No llegó a recuperarse del último, y poco después falleció.

—Lo siento mucho —dijo Dany mientras ponía una mano sobre la del hombre y se la apretaba.

Ser Jorah asintió.

—Para entonces, mi padre ya había vestido el negro, así que yo era señor de la isla del Oso por derecho propio. No me faltaron ofertas de matrimonio, pero antes de que pudiera tomar una decisión, lord Balon Greyjoy se rebeló contra el Usurpador, y Ned Stark convocó a sus vasallos para acudir en ayuda de su amigo Robert. La batalla definitiva se libró en Pyke. Cuando las catapultas de Robert abrieron una brecha en los muros del rey Balon, el primero en irrumpir fue un sacerdote de Myr, pero yo lo seguía de cerca. Así me gané el rango de caballero.

» Para celebrar la victoria, Robert ordenó que se organizara un torneo en las afueras de Lannisport. Allí fue donde vi a Lynesse, una doncella que tenía la mitad de mis años. Había llegado de Antigua con su padre para ver a sus hermanos en las justas. No pude apartar los ojos de ella. En un ataque de locura, le pedí una prenda para llevarla durante el torneo, sin atreverme a soñar que me la concedería. Pero lo hizo.

» Soy un buen luchador, *khaleesi*, aunque los torneos no son lo mío. Sin embargo, con la prenda de Lynesse atada al brazo, me transmuté. Gané justa tras justa. Lord Jason Mallister cayó ante mí, así como Yohn Royce, el caballero conocido como Yohn Bronce. Ser Ryman Frey, su hermano ser Hosteen, lord Whent, el Jabali, hasta el propio ser Boros Blount de la Guardia Real. Los desmonté a todos. En el último encuentro rompí nueve lanzas contra Jaime Lannister, sin resultado. El rey Robert me otorgó a mí el laurel del vencedor. Coroné a Lynesse reina del amor y la belleza, y aquella misma noche fui a hablar con su padre para pedirle su mano. Estaba ebrio de vino y de gloria. Por lógica debería haberme respondido con desprecio, pero lord Leyton aceptó mi oferta. Nos casamos allí mismo, en Lannisport, y durante dos semanas fui el

hombre más feliz del mundo.

—¿Solo dos semanas? —Se asombró Dany. « Hasta yo tuve más felicidad con Drogo, que era mi sol y estrellas» .

—Dos semanas fueron lo que tardamos en hacer el viaje de vuelta en barco de Lannisport a la isla del Oso. Mi hogar supuso una terrible decepción para Lynesse. Era demasiado frío, demasiado húmedo, demasiado lejano, y mi castillo no era más que un salón de madera. No teníamos titiriteros, ni bailes de ningún tipo, ni ferias. Podían pasar estaciones enteras sin que viniera un bardo a tocar para nosotros, y en la isla no hay ni siquiera un joyero. Hasta las comidas supusieron un problema. Mi cocinero no sabía hacer gran cosa, aparte de guisos y asados, y Lynesse no tardó en hartarse de pescado y venado.

» Yo vivía solamente por sus sonrisas, de manera que envié a buscar un nuevo cocinero a Antigua y un arpista de Lannisport. Orfebres, joyeros, modistas... Todo lo que ella quería, yo se lo conseguía, pero nunca era suficiente. La isla del Oso es rica en osos y en árboles, y pobre en todo lo demás. Le hice construir un hermoso barco, y viajamos a Lannisport y a Antigua para asistir a ferias y festivales; incluso llegamos a Braavos, donde me endeudé con los prestamistas. Había conseguido su mano al ganar un torneo, así que por ella participé en otros muchos, pero ya no había magia. Nunca volví a vencer, y cada derrota implicaba la pérdida de otro caballo y otra armadura de justas, que había que rescatar a buen precio, o bien sustituir. No había manera de soportar tantos gastos. Por fin, insistí en que regresáramos a casa, pero las cosas no hicieron más que empeorar. Ya no podía pagar al cocinero y al arpista, y Lynesse se puso como loca cuando le mencioné la posibilidad de empeñar sus joyas.

» En cuanto a lo que siguió... hice cosas que me avergüenza recordar. A cambio de oro. Para que Lynesse conservara sus joyas, su arpista y su cocinero. Al final fui yo quien lo perdió todo. Cuando supe que Eddard Stark se encaminaba hacia la isla del Oso, ni siquiera me quedaba honor suficiente para permanecer allí y enfrentarme a su juicio, de modo que la arrastré conmigo al exilio. No importaba nada, solo nuestro amor: no paraba de repetirme aquello. Huimos a Lys, donde vendí mi barco a cambio de oro con el que mantenernos.

El dolor hacía que la voz se le cortara. Dany no quería seguir presionándolo, pero tenía que saber cómo terminaba la historia.

—¿Ella murió en Lys? —le preguntó con dulzura.

—Solo para mí —dijo—. Antes de medio año el oro se había agotado, y tuve que venderme como mercenario. Mientras luchaba contra los braavosis, en el Rhoyne, Lynesse se fue a vivir a la mansión de un príncipe mercader llamado Tregar Ormollen. Me han dicho que ahora es la primera de sus concubinas, y que hasta su esposa la teme.

—Y vos la odiáis? —Dany estaba horrorizada.

—Casi tanto como la amo —respondió ser Jorah—. Os ruego que me

disculpéis, mi reina. Me encuentro muy cansado.

Le dio permiso para retirarse, pero cuando estaba levantando el alerón de la tienda para salir, no pudo contenerse y le hizo una última pregunta.

—¿Cómo era de aspecto vuestra lady Lyndesse?

—Pues... —Ser Jorah sonrió con tristeza—. Se parecía un poco a vos, Daenerys. —Hizo una profunda reverencia—. Que durmáis bien, mi reina.

Dany se estremeció y se arrebuñó en la piel de león. « Se parecía a mí». Aquello explicaba muchas cosas que hasta entonces no había comprendido.

« Me quiere —se dijo—. Me ama como la amaba a ella, no como un caballero ama a su reina, sino como un hombre ama a una mujer». Trató de imaginarse en brazos de ser Jorah, besándolo, dándole placer, permitiendo que entrara en ella. Fue inútil. En cuanto cerraba los ojos, su rostro se transformaba en el de Drogo.

Khal Drogo había sido su sol y estrellas, el primero, y tal vez debiera ser el último. La *maegi* Mirri Maz Duur había jurado que jamás daría a luz a un niño vivo, ¿y qué hombre querría una esposa estéril? ¿Y qué hombre soñaría con rivalizar con Drogo, que había muerto sin cortarse jamás el pelo y cabalgaba por las tierras de la noche, seguido por un *khalasar* de estrellas?

Había notado la añoranza en la voz de ser Jorah cuando hablaba de su isla del Oso. « A mí no podrá tenerme, pero algún día le devolveré su hogar y su honor. Eso sí se lo puedo dar».

No hubo espíritus que turbaran su descanso aquella noche. Soñó con Drogo y con la primera vez que habían montado a caballo juntos, la noche en que se casaron. Solo que en el sueño no iban a lomos de caballos, sino de dragones.

A la mañana siguiente hizo llamar a sus jinetes de sangre.

—Sangre de mi sangre —les dijo a los tres—. Necesito de vosotros. Escoged cada uno tres caballos, los más sanos y fuertes de los que nos quedan. Cargad con tanta agua y alimentos como podáis llevar en vuestras monturas, y partid en mi nombre. Aggo irá hacia el sudoeste, y Rakharo, hacia el sur. Jhogo, tú seguirás al *shierak qiya* hacia el sudeste.

—¿Qué deseas que busquemos, *khaleesi*? —preguntó Jhogo.

—Lo que haya —respondió Dany—. Buscad otras ciudades, vivas o muertas. Buscad caravanas, personas. Buscad ríos, lagos y el gran mar de sal. Averiguad cuánto erial nos queda por delante y qué hay al otro lado. Cuando partamos de aquí no quiero ir a ciegas de nuevo. Sabré hacia dónde vamos y cómo será el camino.

De modo que partieron entre el suave tintineo de las campanillas de sus cabelleras, mientras Dany se establecía junto con su pequeño grupo de supervivientes en el lugar que dieron en llamar Vaes Tolorro, la Ciudad de los Huesos. Amaneció un día, y otro, y otro. Las mujeres recogían frutas en los jardines de los muertos. Los hombres se ocupaban de sus monturas; arreglaban

las sillas, los estribos, las herraduras. Los niños correteaban por los callejones tortuosos y encontraban antiguas monedas de bronce, trocitos de cristal morado y vasijas de piedra con asas en forma de serpientes. Una mujer sufrió la picadura de un escorpión, pero solo ella murió. Los caballos empezaron a engordar. Dany se ocupó en persona de la herida de ser Jorah, que así comenzó a curarse.

El primero en regresar fue Rakharo. Dijo que, hacia el sur, el erial rojo se extendía hasta terminar en una orilla yerma, junto al agua envenenada. Hasta llegar allí no había visto más que arena, rocas erosionadas por el viento y plantas erizadas de agudas espinas. Juraba que había visto la osamenta de un dragón, tan inmensa que pudo pasar a caballo a través de las enormes mandíbulas negras. Aparte de aquello, nada.

Dany lo puso al mando de una docena de los hombres más fuertes y les encargó que levantaran la plaza hasta llegar a la tierra que había abajo. Si entre las piedras del pavimento podía crecer la gramilla, también crecerían otras hierbas si retiraban la piedra. Había pozos suficientes; no les faltaba agua. Con semillas, podrían hacer florecer toda la plaza.

Aggo fue el siguiente. Aseguraba que el sudoeste era un erial. Había encontrado las ruinas de otras dos ciudades, más pequeñas que Vaes Tolorro, pero por lo demás muy semejantes. Una estaba guardada por un cerco de cráneos clavados en lanzas de hierro oxidadas, de modo que no se atrevió a entrar, pero exploró la segunda tanto como pudo. Le mostró a Dany un brazalete de hierro que había encontrado, adornado con un ópalo sin tallar del tamaño del pulgar de la muchacha. También había visto pergaminos, pero estaban secos y quebradizos, y Aggo no los cogió.

Dany le dio las gracias y le encomendó la misión de reparar las puertas. Si, en el pasado, el enemigo había cruzado el desierto para destruir aquellas ciudades, podía volver de nuevo.

—Y si es así, quiero que estemos preparados —declaró.

Jhogo estuvo ausente tanto tiempo que Dany temió que hubiera muerto, pero por fin, cuando casi había perdido la esperanza, llegó cabalgando procedente del sudeste. Uno de los guardias que Aggo había apostado fue el primero en avistarlo, y Dany corrió a la muralla para verlo. Era verdad. Jhogo se acercaba, pero no viajaba solo. Tras él iban tres desconocidos de atuendo extravagante, a lomos de unas feas criaturas gibosas más grandes que ningún caballo.

Tiraron de las riendas al llegar ante las puertas de la ciudad y alzaron la vista hacia Dany, en la muralla.

—¡Sangre de mi sangre! —gritó Jhogo—. He estado en la gran ciudad de Qarth, y he vuelto con tres hombres que querían verte con sus propios ojos.

—Aquí estoy. —Dany escudriñó a los desconocidos—. Miradme, si es lo que queréis..., pero antes decidme vuestros nombres.

—Soy Pyat Pree, el gran brujo —dijo el hombre pálido de los labios azules

en un dothraki gutural.

—Soy Xaro Xhoan Daxos de los Trece, príncipe mercader de Qarth —dijo el hombre calvo con la nariz enjoyada en el valyrio de las Ciudades Libres.

—Soy Quaithe de la Sombra —dijo la mujer de la máscara lacada en la lengua común de los Siete Reinos—. Hemos venido en busca de dragones.

—No busquéis más —les respondió Daenerys Targaryen—. Los habéis encontrado.

Según los viejos mapas de Sam, la aldea se llamaba Arbolblanco. A Jon no le parecía ni que fuera una aldea. Cuatro casas ruinosas de una estancia cada una, edificadas con piedras sin cementar, y al lado un redil vacío y un pozo. El tejado de las casas era de hierba, y en vez de postigos en las ventanas había pieles andrajosas. Y sobre ellas se cernían las ramas blancas y las hojas color rojo oscuro de un arciano de proporciones monstruosas.

Era el árbol más grande que Jon Nieve había visto jamás: el tronco tenía más de tres varas de anchura, y las ramas eran tan largas y abundantes que la aldea entera quedaba a su sombra. Pero el tamaño no era tan inquietante como la cara... sobre todo la boca, que no era un simple tajo, sino un hueco mellado en el que habría cabido una oveja.

«Pero esos huesos no son de oveja. Y lo que hay entre las cenizas no es un cráneo de oveja».

—Un árbol muy viejo —comentó Mormont desde su caballo, con el ceño fruncido.

—Viejo —asintió el cuervo posado en su hombro—. Viejo, viejo, viejo.

—Y poderoso. —Jon percibía claramente su poder.

Thoren Smallwood, con su negra coraza y su cota oscura de malla, descabalgó junto al árbol.

—Mirad qué cara. No me extraña que los hombres le tuvieran miedo cuando llegaron a Poniente. Me encantaría clavarle una buena hacha.

—Mi señor padre decía que delante de un árbol corazón no es posible mentir —dijo Jon—. Los antiguos dioses saben cuándo mienten los hombres.

—Lo mismo creía mi padre —dijo el Viejo Oso—. Quiero ver de cerca ese cráneo.

Jon desmontó. Llevaba cruzada a la espalda la funda de cuero negro de *Garra*, la espada de doble filo que el Viejo Oso le había entregado cuando le salvó la vida. Era de mano y media: se podía blandir con una mano o con las dos, y en algunos sitios llamaban a aquellas armas *espadas bastardas*. «Una espada bastarda para un bastardo», bromeaban sus compañeros. El puño se lo habían hecho nuevo para él, con un pomo en forma de cabeza de lobo de piedra blanca, pero la hoja era de acero valyrio, antigua, ligera y con un filo letal.

Se arrodilló e introdujo la mano enguantada en las fauces. El interior del hueco estaba rojo de savia seca y ennegrecido por el fuego. Debajo del cráneo vio otro más pequeño, sin mandíbula. Estaba medio enterrado en cenizas y fragmentos de hueso.

Le llevó el cráneo a Mormont, y el Viejo Oso lo cogió entre ambas manos y examinó las cuencas vacías.

—Los salvajes queman a sus muertos. Eso siempre lo hemos sabido. Ojalá les hubiéramos preguntado por qué cuando aún había a quién preguntárselo.

Jon Nieve recordó al espectro que se había levantado, con los ojos de un azul brillante en el rostro blanco y muerto. Él sabía por qué; no le cabía duda.

—Ojalá los huesos hablaran —gruñó el Viejo Oso—. Cuántas cosas podría contarnos este tipo. Cómo murió. Quién lo quemó y por qué. Adónde se han ido los salvajes. —Suspiró—. Se dice que los hijos del bosque podían hablar con los muertos. Pero yo no. —Tiró el cráneo a la boca del árbol, donde cayó levantando una nube de cenizas finas—. Registrad todas esas casas. Gigante, tú súbete a este árbol, a ver qué ves. Haré que traigan a los perros. Con un poco de suerte, esta vez, el rastro será más fresco. —Por su tono de voz no tenía muchas esperanzas al respecto.

Cada casa la revisaron dos hombres, para asegurarse de que no se pasaba nada por alto. A Jon le tocó ir con el adusto Eddison Tollett, un escudero de pelo blanco, flaco como una lanza, al que los demás hermanos llamaban Edd el Penas.

—Por si fuera poco que los muertos se levantarán y caminarán —comentó a Jon mientras atravesaban la aldea—, ahora el Viejo Oso quiere que también hablen. De eso no puede salir nada bueno, te lo digo yo. Además, ¿quién te dice que los huesos no mentirían? ¿Acaso la muerte hace que un hombre sea más sincero, o siquiera más listo? Seguro que los muertos son muy aburridos, siempre quejándose de tonterías... Que si el suelo está muy duro, que si me merecía una lápida más grande, que por qué ese tiene más gusanos que yo...

Jon tuvo que agacharse para cruzar una puerta baja. Dentro, el suelo era de tierra. No había muebles, ni ningún otro rastro de que allí hubiera vivido alguien, aparte de unas cenizas situadas bajo el agujero para el humo del techo.

—Como vivienda es deprimente —dijo.

—La casa donde nací se parecía mucho a esta —declaró Edd el Penas—. Y aquellos fueron mis mejores años; luego llegaron tiempos difíciles. —En un rincón de la casa había un montón de paja sucia que parecía un lecho. Edd lo miró con nostalgia—. Daria todo el oro de Roca Casterly por volver a dormir en una cama.

—¿Eso te parece una cama?

—Si es más blanda que el suelo y tiene un techo encima, me parece una cama. —Edd el Penas olisqueó el aire—. Huele a excrementos.

—A excrementos viejos —dijo Jon. El olor era muy tenue. Parecía que la casa llevaba abandonada bastante tiempo. Se arrodilló y rebuscó con las manos entre la paja por si había algo escondido en ella, y luego revisó a conciencia las paredes. No tardó demasiado—. Aquí no hay nada.

Nada era tal como él había esperado; Arbolblanco era la cuarta aldea por la que pasaban, y en todas se repetía la misma situación. Los habitantes se habían

marchado, habían desaparecido con sus escasas pertenencias y los pocos animales que tuvieran. En ninguno de los pueblos encontraron señales de que hubiera habido un ataque. Estaban, sencillamente... desiertos.

—¿Tú qué crees que les pasó? —preguntó Jon.

—Algo peor de lo que podamos imaginar —sugirió Edd el Peñas—. Bueno, quizá yo sí podría imaginarlo, pero no me apetece. Ya es bastante malo saber que uno se encamina hacia un final espantoso, no hace falta pasarse el tiempo pensando en ello.

Cuando salieron había dos perros olisqueando en torno a la puerta. Otros corrían por el pueblo. Chett los maldecía a gritos, con esa rabia que nunca parecía abandonarlo. La luz que se filtraba entre el follaje rojizo del arciano hacía que los forúnculos de su rostro parecieran más inflamados que de costumbre. Al ver a Jon entrecerró los ojos; no había afecto entre ellos.

La revisión del resto de las casas tampoco había dado ningún fruto.

—Nadie —graznó el cuervo de Mormont, que revoloteó entre las ramas del arciano para ir a posarse sobre ellos—. Nadie, nadie, nadie.

—Hace apenas un año había salvajes en Arbolblanco. —Thoren Smallwood, ataviado con la brillante cota de malla negra y la coraza repujada de ser Jaremy Rykær, tenía más aspecto de señor que Mormont. Llevaba una gruesa capa con ribetes de marta cibelina, cerrada con un broche de plata con la forma de los martillos cruzados de los Rykær. La capa también había sido de ser Jaremy... pero el espectro había acabado con él, y la Guardia de la Noche no desperdiciaba nada.

—Hace apenas un año, Robert era el rey, y el reino estaba en paz —señaló Jarman Buckwell, el recio e impasible jefe de los exploradores—. En un año pueden cambiar muchas cosas.

—Una cosa sí que no cambia —declaró ser Mallador Locke—. Si hay menos salvajes, hay menos problemas. No sé qué les habrá pasado, pero no pienso llorar por ellos. Son una panda de ladrones y asesinos, del primero al último.

Jon oyó un crujido entre las hojas del arciano. Dos ramas se separaron, y divisó a un hombrecillo que se movía entre ellas con la agilidad de una ardilla. Bedwyck media poco más de tres codos y medio, pero los mechones canosos de su cabello delataban su verdadera edad. Los demás exploradores lo llamaban Gigante. Se sentó en una rama sobre ellos.

—Hay agua al norte —les dijo—. Puede que sea un lago. Al oeste se ven unas colinas de sílex; no son muy altas. No se ve nada más, mis señores.

—Podríamos acampar aquí esta noche —sugirió Smallwood.

El Viejo Oso alzó la vista, buscando un atisbo de cielo entre las ramas blancas y las hojas rojas del arciano.

—No —replicó—. ¿Cuánto tiempo de luz nos queda, Gigante?

—Tres horas, mi señor.

—Seguiremos hacia el norte —decidió Mormont—. Si llegamos a ese lago, podremos acampar junto a la orilla, y tal vez pesquemos unos cuantos peces para cenar. Jon, tráeme papel; ya va siendo hora de que le escriba al maestre Aemon.

Jon sacó de su alforja pergamino, pluma y tinta, y se lo llevó todo al lord comandante. «En Arbolblanco —garabateó Mormont—. La cuarta aldea. Todas desiertas. Los salvajes han desaparecido».

—Busca a Tarly; que se encargue de que esto salga cuanto antes —dijo al tiempo que le tendía el mensaje a Jon.

Silbó, y su cuervo descendió revoloteando para posarse en la cabeza de su caballo.

—Maíz —sugirió el ave, meciendo la cabeza.

El caballo relinchó.

Jon montó a lomos de su caballo, un animal pequeño y resistente, le hizo dar la vuelta y se alejó al trote. Más allá de la sombra del gran arciano estaban los hombres de la Guardia de la Noche, bajo las ramas de árboles más pequeños, cuidando de sus caballos, mascando tiras de carne en salazón, meando, rascándose y charlando. Cuando se dio la orden de emprender la marcha de nuevo, las conversaciones cesaron, y todos montaron de nuevo. Los exploradores de Jarman Buckwell iban adelantados, y la vanguardia comandada por Thoren Smallwood encabezaba la columna. Luego iban el Viejo Oso con el grueso de las fuerzas, ser Mallador Locke con el convoy de equipaje y suministros, y por fin, ser Ottyn Wythers al mando de la retaguardia. En total, doscientos hombres y trescientas monturas.

Durante el día seguían los senderos de los animales y los lechos de los arroyos, los «caminos de exploradores» que los adentraban cada vez más en la espesura de hojas y raíces. Por la noche acampaban bajo el cielo estrellado y contemplaban el cometa. Los hermanos negros habían partido del Castillo Negro con un excelente estado de ánimo, intercambiando chistes y anécdotas, pero en los últimos días, el silencio amenazador del bosque los había ensombrecido a todos. Las bromas escaseaban cada vez más, y los nervios estaban a flor de piel. Ninguno habría reconocido que tenía miedo, al fin y al cabo eran hombres de la Guardia de la Noche, pero a Jon le resultaba evidente que estaban inquietos. Cuatro aldeas desiertas y ni rastro de los salvajes; hasta los animales habían escapado. Incluso los exploradores más veteranos estaban de acuerdo en que el bosque Encantado nunca había parecido más encantado.

Mientras cabalgaba, Jon se quitó el guante para que le diera el aire en los dedos quemados. «Están horribles». De repente lo asaltó el recuerdo de cómo solía revolverle el pelo a Arya. Su flaca hermanita. Se preguntaba cómo estaría la niña, y lo invadió la tristeza al pensar que tal vez no volviera a revolverle el pelo. Flexionó la mano, abriendo y cerrando los dedos. Sabía muy bien que si dejaba que la mano de la espada se le pusiera rígida y torpe, podía suponer su

final. Al otro lado del Muro hacía falta una espada.

Encontró a Samwell Tarly con los otros mayordomos, abrevando a las monturas. Tenía tres a su cargo: la suya y dos caballos de carga, cada uno de los cuales llevaba una gran jaula de mimbre y alambre llena de cuervos. Al sentir que Jon se aproximaba, los pájaros batieron las alas y empezaron a chillar. Algunos de los graznidos se parecían sospechosamente a palabras.

—¿Los has estado enseñando a hablar? —preguntó a Sam.

—Un poco. Hay tres que ya saben decir «nieve».

—Ya me parecía demasiado que hubiera uno que graznara mi nombre —replicó Jon—. Y la nieve no es lo mejor que se puede encontrar un hermano negro.

En el norte, la nieve y la muerte a menudo llegaban juntas.

—¿Había algo en Arbolblanco?

—Huesos, cenizas y casas vacías. —Jon le tendió a Sam el rollo de pergamino—. El Viejo Oso quiere enviarle un mensaje a Aemon.

Sam sacó un pájaro de una de las jaulas, le acarició las plumas y le ató el mensaje.

—Vuela a casa, valiente —le dijo—. A casa. —El cuervo le graznó algo ininteligible, y Sam lo lanzó al aire. El pájaro batió las alas y se perdió entre los árboles—. Ojalá pudiera llevarme a mí.

—¿Todavía...?

—Bueno —suspiró Sam—, sí, pero no tengo tanto miedo como al principio, de verdad. La primera noche, cada vez que alguien se levantaba a orinar pensaba que eran los salvajes, que venían a cortarme la garganta. Me daba pánico cerrar los ojos por si no volvía a abrirlos. Pero bueno... Al final llegó el amanecer. —Consiguió esbozar una sonrisa desvaída—. Soy cobarde, pero no idiota. Estoy magullado; me duele la espalda de tanto cabalgar y de dormir en el suelo, pero ya casi no tengo miedo. Mira. —Extendió una mano para que Jon viera que no le temblaba—. He estado trabajando en mis mapas.

«Qué extraño es el mundo», pensó Jon. Del Muro habían partido doscientos valientes, y el único que no tenía cada vez más miedo era Sam, el cobarde confeso.

—A este paso aún vamos a hacer de ti un explorador —bromeó—. No, si al final querrás ser oteador, como Grenn. ¿Quieres que se lo diga al Viejo Oso?

—¡Ni se te ocurra! —Sam se subió la capucha de la enorme capa negra y montó torpemente a lomos de su caballo. Era de labranza, grandote, lento y torpe, pero podía cargar con su peso mejor que las monturas más pequeñas de los exploradores—. Tenía la esperanza de que nos quedáramos a pasar la noche en la aldea. Habría estado bien volver a dormir a cubierto.

—Pocos techos para tantos hombres. —Jon montó de nuevo, sonrió a Sam en gesto de despedida y se alejó a caballo. La columna ya se había puesto en

marcha, de modo que rodeó la aldea para evitar el atasco. Ya estaba harto de Arbolblanco.

Fantasma apareció entre los arbustos de manera tan repentina que su caballo se asustó y se encabritó. El lobo blanco se alejaba mucho de la columna para cazar, pero no parecía tener más suerte que los cazadores que Smallwood enviaba en busca de piezas. Los bosques estaban tan desiertos como las aldeas, según le había comentado Dywen una noche, junto a la hoguera.

—Somos un grupo muy grande —había señalado Jon—. Seguro que hemos asustado a los animales con todo el ruido que hacemos.

—De que se han asustado de algo, no me cabe duda —había contestado Dywen.

Una vez el caballo se calmó, Fantasma trotó a su lado sin problemas. Jon alcanzó a Mormont mientras rodeaba un arbusto espinoso.

—¿Ha enviado el pájaro? —preguntó el Viejo Oso.

—Sí, mi señor. Sam los está enseñando a hablar.

—Ya se arrepentirá. —El Viejo Oso soltó una carcajada burlona—. Los condenados bichos hacen mucho ruido y no dicen nada que valga la pena.

Cabalgaron en silencio. Al final, Jon lo rompió.

—Si mi tío descubrió que todas estas aldeas estaban desiertas...

—Habría querido averiguar por qué —terminó lord Mormont en su lugar—. Y puede que algo o alguien no quisiera que lo averiguase. Bueno, cuando Qhorin se reúna con nosotros, seremos trescientos. Si algún enemigo nos espera, no le resultará fácil enfrentarse a nosotros. Los encontraremos, Jon, te lo prometo.

«O ellos nos encontrarán a nosotros», pensó Jon.

El río era una cinta verde azulada que brillaba bajo el sol de la mañana. En las aguas bajas de las orillas crecían juncos abundantes, y Arya vio una culebra de agua que zigzagueaba bajo la superficie, dejando a su paso una estela de ondas. Sobre ellos, un halcón volaba trazando lentes círculos.

Parecía un lugar muy tranquilo... hasta que Koss divisó el cadáver.

—Ahí, entre los juncos.

Señaló con el dedo, y Arya lo vio. Era el cuerpo de un soldado, informe e hinchado. La embarrada capa verde se le había quedado enganchada a un tronco podrido, y un banco de pececillos plateados le estaba mordisqueando el rostro.

—Ya os dije que había muertos —proclamó Lommy—. Se notaba el sabor en el agua.

Al ver el cadáver, Yoren escupió.

—Dobber, ve a ver si lleva algo que valga la pena. La cota de malla, el cuchillo, alguna moneda, lo que sea. —Picó espuelas a su montura para adentrarse en el río, pero el caballo se debatía contra el lodazal, y más allá de los juncos, las aguas eran más profundas. Furioso, con el caballo cubierto de limo hasta las rodillas, Yoren tuvo que retroceder—. Por aquí no se puede cruzar. Koss, vendrás conmigo río arriba, vamos a buscar un vado. Gerren, tú ve río abajo. Los demás, esperadnos aquí. Poned un guardia.

Dobber encontró una bolsita de cuero colgada del cinturón del cadáver. Dentro había cuatro monedas de cobre y un mechón de cabello rubio atado con una cinta roja. Lommy y Tarber se desnudaron y chapotearon en el agua. Lommy cogió puñados de lodo y se los tiró a Pastel Caliente al grito de « ¡Pastel de Barro! ¡Pastel de Barro! ». En la parte trasera de su carromato, Rorge les lanzaba maldiciones y amenazas, y les ordenaba que lo desencadenaran ya que no estaba Yoren, pero nadie le prestó atención. Kurz atrapó un pez con las manos. Arya se fijó en cómo lo hacía: se situaba en aguas bajas, tranquilo como las aguas en calma, y movía la mano, rápida como una serpiente, cuando se le acercaba un pez. No parecía tan difícil como atrapar gatos. Los peces no tenían zarpas.

Ya era mediodía cuando regresaron los demás. Woth informó sobre un puente de madera, unos ochocientos pasos río abajo, pero lo habían quemado. Yoren sacó una hojamarga del fardo.

—Con suerte podríamos hacer nadar a los caballos, tal vez hasta a los burros, pero no hay manera de cruzar con los carromatos. Y al norte y al oeste hay humo, más incendios; quizás nos interese seguir a este lado del río. —Cogió un palo y dibujó en el barro un círculo del que salía una línea—. Esto es el Ojo de Dioses, con el río que corre hacia el sur. Nosotros estamos aquí. —Hizo un agujero junto a la línea del río, bajo el círculo—. No podemos dar un rodeo por

la orilla oeste del lago, como había pensado. Por el este volveríamos al camino Real. —Movió el palo hasta el punto donde la linea cortaba el círculo—. Por lo que recuerdo, aquí hay una ciudad. La fortaleza es de piedra, el asentamiento de un señor menor. Apenas un torreón, pero tendrán un guardia, y quizás uno o dos caballeros. Si seguimos el río hacia el norte, llegaremos antes de que anochezca. Tendrán barcos, así que venderé todo lo que tengamos para contratar uno. — Recorrió con el palo el círculo que representaba el lago, de arriba abajo—. Con la ayuda de los dioses, tendremos vientos favorables y cruzaremos el Ojo de Dioses hasta Villa Harren. —Clavó la punta en la parte superior del círculo—. Aquí podremos comprar nuevas monturas, o refugiarnos en Harrenhal. Son los dominios de lady Whent, que siempre ha sido amiga de la Guardia.

—Pero en Harrenhal hay fantasmas... —dijo Pastel Caliente con los ojos abiertos de par en par.

Yoren escupió.

—Eso para tus fantasmas. —Tiró el palo al barro—. Todos a caballo.

Arya recordaba las historias que solía contarles la Vieja Tata sobre Harrenhal. El malvado rey Harren se había hecho fuerte entre sus muros, de manera que Aegon atacó con sus dragones y transformó el castillo entero en una pira. Según la Tata, los espíritus en llamas seguían hechizando los torreones ennegrecidos. Algunas veces, los hombres se acostaban en sus lechos, y por la mañana los encontraban muertos, quemados. En realidad, Arya no se creía nada de aquello, y además eran cosas que habían pasado hacia mucho tiempo. Pastel Caliente era tonto; en Harrenhal no habría fantasmas: habría caballeros. Arya podría decirle a lady Whent quién era de verdad, y los caballeros la llevarían a su casa y cuidarían de ella. Para eso estaban los caballeros, para cuidar de la gente, sobre todo de las mujeres. A lo mejor, lady Whent ayudaba también a la niña llorona.

El sendero del río no era el camino Real, pero no estaba tan mal, y para variar, los carromatos podían rodar sin problemas. Divisaron la primera casa una hora antes del ocaso. Era una edificación pequeña, acogedora, con techo de paja y rodeada de trigales. Yoren se adelantó y saludó a gritos, pero no obtuvo respuesta.

—Puede que estén muertos. O que se escondan. Dobber, Reysen, venid conmigo. —Los tres hombres entraron en la casa—. Se han llevado todos los cacharros; no hay ni una moneda —murmuró Yoren cuando volvieron—. Tampoco hay animales; seguro que se han escapado. Quizás nos los encontraremos en el camino Real.

Al menos, la casa y los campos no estaban quemados, y no había cadáveres. Tarber encontró en la parte de atrás un huerto; recogieron rábanos y cebollas, y llenaron un saco con coles antes de partir.

Un poco más adelante vieron la cabaña de un guardabosques, rodeada de

árboles viejos y troncos en montones ordenados preparados para hacerlos leña, y poco más allá, una choza desvencijada en el río, elevada sobre soportes de madera. Ambas estaban desiertas. Pasaron junto a más campos sembrados, en los que el trigo, el maíz y la cebada maduraban al sol, pero no había hombres apostados en los árboles, ni vigilando los linderos armados con guadañas. Por último avistaron la ciudad: consistía en un puñado de casas blancas que se alzaban en torno a los muros de la fortaleza, un gran septo con tejado de madera, el torreón del señor sobre un pequeño altozano al oeste... y ni rastro de seres humanos.

Yoren, a caballo, miraba aquello con el ceño fruncido.

—Esto no me gusta —dijo—. Pero aquí estamos. Iremos a echar un vistazo. Con mucho cuidado. Puede que los habitantes estén escondidos. O quizás se dejaran atrás algún barco, o armas que nos podrían ser útiles.

El hermano negro eligió a diez para que se quedaran guardando los carromatos y a la niña llorona, y dividió a los demás en cuatro grupos de cinco miembros cada uno, para registrar la ciudad.

—Estad bien atentos —les advirtió antes de dirigirse hacia la torre para ver si había algún rastro del señor o de sus guardias.

Arya formaba equipo con Gendry, Pastel Caliente y Lommy. Woth, achaparrado y barrigón, había trabajado una vez de remero en una galera, así que era lo más parecido a un marinero que tenían. Por tanto, Yoren les encargó bajar con él hasta el lago para ver si encontraban algún barco. Mientras cabalgaban entre las silenciosas casas blancas, a Arya se le puso la piel de gallina en los brazos. Aquella ciudad desierta la asustaba casi más que la fortaleza quemada donde habían encontrado a la niña llorosa y a la mujer manca. ¿Por qué había huido la gente, dejando atrás sus hogares y sus campos? ¿Qué la había asustado tanto?

El sol se estaba poniendo por el oeste, y las casas proyectaban largas sombras oscuras. Un ruido repentino hizo que Arya hiciera ademán de desenvainar a *Aguja*, pero solo era un postigo que el viento sacudía. Tras viajar por los espacios abiertos del río, el confinamiento de la ciudad le ponía los nervios de punta.

Cuando divisó el lago, más allá de las casas y los árboles, Arya azuzó al caballo con las rodillas y pasó al galope junto a Woth y a Gendry. Salió a la extensión de hierba que había junto a la orilla pedregosa. El sol poniente hacía que la superficie tranquila de las aguas brillara como una lámina de cobre batido. Era el lago más grande que había visto en su vida; no se divisaba la otra orilla. A la izquierda había una posada de forma irregular, edificada en el mismo lago sobre grandes pilares de madera. A su derecha, un largo atracadero se adentraba en el lago, y más hacia el este se veían otros muelles, como si la ciudad extendiera sus dedos de madera. Pero el único barco a la vista era un bote de remos volcado en las rocas, bajo la posada, con el fondo completamente podrido.

—Se los han llevado —dijo Arya, desmoralizada. ¿Qué iban a hacer?

—Hay una posada —les dijo Lommy a los demás cuando los alcanzaron—. ¿Creéis que habrán dejado algo de comida? ¿O cerveza?

—Vamos a ver —sugirió Pastel Caliente.

—Dejaos de posadas —gruñó Woth—. Yoren nos ha dicho que buscáramos un barco.

—Se han llevado los barcos.

Arya estaba segura, sin saber bien por qué; aunque registraran la ciudad de arriba abajo, no encontrarían más que el bote volcado. Abatida, descabalgó y se arrodilló junto al lago. El agua le lamió las piernas. Había unas cuantas luciérnagas de lucecillas parpadeantes. Las aguas verdes eran cálidas como lágrimas, pero no sabían a sal. Sabían a verano, a barro y a cosas que crecían. Arya metió la cabeza para lavarse el polvo, la suciedad y el sudor del viaje. Cuando la levantó de nuevo, le corrieron regueros por el cuello y por la espalda. Fue agradable. Le habría gustado poder quitarse la ropa y nadar en las aguas cálidas, como una nutria. Quizá podría llegar nadando a Invernalia.

Woth la estaba llamando a gritos para que colaborase en la búsqueda, de manera que obedeció y registró los cobertizos para guardar los botes mientras su caballo pastaba en la orilla. Encontraron unas cuantas velas, algunos clavos, cubos de brea endurecida y una gata con una camada de gatitos recién nacidos. Pero ni rastro de embarcaciones.

Cuando Yoren y los demás reaparecieron, la ciudad estaba ya tan oscura como un bosque cualquiera.

—La torre está desierta —dijo—. El señor se ha marchado, puede que a luchar, o tal vez a poner a salvo a los suyos, quién sabe. No hay ni un caballo ni un cerdo en toda la ciudad, pero algo comeremos. He visto un ganso suelto y unos cuantos pollos, y en el Ojo de Dioses hay pescado abundante.

—También se llevaron las embarcaciones —informó Arya.

—Podríamos arreglar el fondo de aquel bote de remos —dijo Koss.

—Solo cabriámos cuatro —dijo Yoren.

—Hay clavos —señaló Lommy—. Y árboles por todas partes. Podríamos construir barcos.

—¿Y tú sabes construir barcos, hijo de tintorero? —Yoren escupió.

Lommy lo miró sin expresión.

—Pues una balsa —sugirió Gendry—. Una balsa la construye cualquiera, y buscáramos pértigas para guiarla.

—El lago es demasiado profundo para atravesarlo con pértigas —dijo Yoren después de quedarse un rato pensativo—, pero si nos quedáramos en las aguas bajas de la orilla... Aunque tendríamos que abandonar los carromatos. Puede que fuera lo mejor. Lo pensaré esta noche.

—¿Podemos dormir en la posada? —preguntó Lommy.

—No —replicó el anciano—, dormiremos en la fortaleza, con las puertas atrancadas. Cuando duermo me gusta tener alrededor paredes bien sólidas.

—No deberíamos quedarnos aquí —barbotó Arya sin poder contenerse—. Los habitantes se marcharon. Huyeron todos, incluido su señor.

—Arry tiene miedo —anunció Lommy entre rebuznos de risa.

—No tengo miedo —replicó ella—. Pero es verdad, se marcharon.

—Chico listo —dijo Yoren—. Lo que importa es que los que vivían aquí estaban en guerra, les gustara o no. Nosotros no. La Guardia de la Noche no toma partido, así que nadie es nuestro enemigo.

«Ni nuestro amigo», pensó Arya, aunque en aquella ocasión consiguió controlarse y no decirlo en voz alta. Lommy y los demás la estaban mirando, y no quería parecerles cobarde.

Las puertas de la fortaleza estaban tachonadas con clavos de hierro. Dentro encontraron un par de barras de hierro del tamaño de árboles pequeños. Había agujeros en el suelo y abrazaderas metálicas en la puerta. Cuando pasaron las barras por las abrazaderas, quedaron formando una gran equis. Una vez exploraron la fortaleza de arriba abajo, Yoren anunció que no era precisamente la Fortaleza Roja, pero sí mejor que la mayoría, y les serviría perfectamente para una noche. Los muros eran de piedra basta sin mortero, de casi cinco varas de altura, con una pasarela de madera entre las almenas. Había una poterna al norte, y Gerren descubrió una trampilla bajo la paja de un viejo cobertizo de madera, que cubría un túnel largo y serpenteante. Lo siguió un buen trecho bajo tierra y fue a salir al lago. Yoren los hizo empujar un carromato para situarlo sobre la trampilla, de manera que nadie pudiera entrar por allí y sorprenderlos. Los dividió en tres grupos para montar las guardias, y envió a Tarber, a Kurz y a Cutjack a la torre abandonada para vigilar desde lo alto. Kurz tenía un cuerno de caza, y lo haría sonar en caso de que los amenazara algún peligro.

Metieron en la fortaleza los carromatos y los caballos, y atrancaron las puertas. El granero era una edificación destartalada en la que habría cabido la mitad de los animales de la ciudad. El refugio, donde los habitantes se metían en momentos de peligro, era un edificio aún más grande, de piedra, bajo y alargado con tejado de paja. Koss salió por la poterna y regresó con el ganso y dos pollos, y Yoren dio permiso para que se encendiera una hoguera. Dentro de la fortaleza había una gran cocina, aunque se habían llevado todas las cazuelas y calderos. Les tocó cocinar a Gendry, Dobber y Arya. Dobber le ordenó a Arya que desplumara las aves mientras Gendry cortaba leña.

—¿Por qué no puedo cortar leña yo? —preguntó. Pero nadie le hizo caso. Con gesto hosco, se sentó a desplumar un pollo, mientras Yoren afilaba el puñal con una piedra de amolar.

Cuando la cena estuvo lista, Arya comió un muslo de pollo y un trozo de cebolla. Nadie tenía ganas de hablar, ni siquiera Lommy. Después, Gendry se

apartó del resto para sacarle brillo a su yelmo. Por la expresión de su rostro, era como si ni siquiera estuviera allí. La niña llorona gemía y sollozaba, pero cuando Pastel Caliente le dio un trocito de ganso, lo devoró y se quedó esperando más.

A Arya le había correspondido la segunda guardia, de manera que se buscó un colchón de paja en el refugio. Le costaba dormirse, así que le pidió prestada la piedra de amolar a Yoren para afilar a *Aguja*. Syrio Forel le había dicho que una espada romana era como un caballo cojo. Pastel Caliente se acuclilló junto a su colchón y la observó trabajar.

—¿De dónde has sacado una espada tan buena como esa? —preguntó. Al ver la mirada que le lanzó Arya, alzó las manos en gesto defensivo—. No he dicho que la robaras; solo quería saber de dónde la has sacado, nada más.

—Me la regaló mi hermano —murmuró.

—No sabía que tuvieras un hermano.

Arya dejó de afilar la espada un instante para rascarse por debajo de la camisa. En la paja había pulgas, aunque no había motivo para que se preocupase por unas pocas más.

—Tengo muchos hermanos.

—¿De verdad? ¿Son mayores que tú, o más pequeños?

«No debería hablar de esto. Yoren me dijo que tuviera la boca cerrada».

—Mayores —mintió—. Y ellos también tienen espadas, espadas enormes, y me enseñaron a matar a los que me molestaban.

—Estaba hablando contigo, no molestandote.

Pastel Caliente se alejó, y Arya se acurrucó en la paja. Desde el otro lado del refugio le llegaban los gimoteos de la niña llorona. «¿Por qué no se calla? ¿Por qué se pasa el día llorando?».

Debió de quedarse dormida, aunque no recordaba haber cerrado los ojos. Soñó con un lobo que aullaba, y el sonido era tan espantoso que se despertó de repente. Se sentó en la paja, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

—Pastel, despierta. —Se puso en pie y empezó a calzarse—. Woth, Gendry, ¿no lo habéis oido?

A su alrededor, los hombres y los muchachos se movieron y se incorporaron en sus lechos de paja.

—¿Qué pasa? —preguntó Pastel Caliente.

—Que si hemos oido, ¿qué? —quiso saber Gendry.

—Arry ha tenido una pesadilla —dijo alguno.

—No, de verdad, lo he oido —insistió—. Era un lobo.

—Arry tiene lobos en la cabeza —se burló Lommy.

—Que aúllen lo que quieran —le dijo Gerren—. Están fuera, y nosotros, dentro.

—Nunca se ha sabido de un lobo que pudiera asaltar una fortaleza —acordó Woth.

—Pues yo no he oido nada —insistió Pastel Caliente.

—¡Era un lobo! —les gritó al tiempo que se ponía la segunda bota—. ¡Pasa algo, viene alguien, levantaos!

Antes de que tuvieran ocasión de abuchearla de nuevo, el sonido les llegó a todos, vibrando en la noche. Pero no era el aullido de un lobo, sino el cuerno de caza de Kurz que daba la señal de peligro. En un instante, todos estuvieron de pie, vistiéndose y echando mano de las armas que poseían. Arya corrió hacia la puerta en el momento en que el cuerno sonaba de nuevo. Al pasar junto al granero, Mordedor tironeó de sus cadenas con rabia, y Jaqen H'ghar la llamó desde la parte trasera de su carromato.

—¡Chico! ¡Chico guapo! ¿Es guerra, guerra roja? Suéltanos, chico. Uno puede luchar. ¡Chico!

Arya no le hizo caso y siguió corriendo. Para entonces ya oía el piafar de los caballos, y los gritos al otro lado del muro.

Subió a trompicones a la pasarela. Las almenas eran demasiado altas, o Arya, demasiado baja; tuvo que meter los dedos de los pies entre las piedras para poder ver por encima. Por un momento le pareció que la ciudad se había llenado de luciérnagas. Luego se dio cuenta de que eran hombres con antorchas, que galopaban entre las casas. Vio cómo prendían fuego a un tejado de paja, y las llamas lamían el vientre de la noche con lenguas anaranjadas. Luego hubo otro incendio, y otro más, y pronto hubo fuego por todas partes.

—¿Cuántos? —preguntó Gendry al llegar junto a ella con el yelmo puesto.

Arya trató de contarlos, pero cabalgaban demasiado deprisa, y las antorchas giraban en el aire cuando las lanzaban a las casas.

—Cien —dijo—. O doscientos, no sé. —Alcanzó a oír los gritos por encima del rugido de las llamas—. No tardarán en venir a por nosotros.

—Mira —señaló Gendry. Una columna de jinetes avanzaba entre los edificios en llamas hacia la fortaleza. El fuego arrancaba destellos de los yelmos de metal, y salpicaba las corazas y cotas de malla con reflejos amarillos y anaranjados. Uno llevaba un estandarte en lo alto de una lanza larga. A Arya le pareció rojo, pero no habría podido asegurararlo en la oscuridad, entre tantos fuegos. Todo parecía rojo, negro o naranja.

El fuego pasaba de una casa a otra. Arya vio cómo consumía un árbol, como las llamas se propagaban por las ramas hasta que pareció cubierto por una túnica viva de color naranja. Todos estaban ya despiertos y en las almenas, o tratando de controlar a los caballos aterrados. Oyó a Yoren gritar órdenes. Algo le dio en una pierna, y al bajar la vista vio que la niña llorona se le había aferrado al tobillo.

—¡Lárgate! —Sacudió la pierna para liberarse—. ¿Qué haces aquí arriba? ¡Ve a esconderte, idiota! —Empujó a la niña para que se fuera.

Los jinetes se detuvieron ante las puertas de la fortaleza.

—¡Eh, los de dentro! —gritó un caballero que llevaba un yelmo alto acabado en una púa—. ¡Abrid en nombre del rey!

—¿De qué rey? —le gritó el viejo Reysen antes de que Wothe pudiera taparle la boca.

Yoren subió a las almenas junto a la puerta, con la descolorida capa negra atada a un bastón de madera.

—¡Eh, los de abajo! —gritó—. ¡Los de la ciudad se han marchado!

—¿Y tú quién eres, viejo? ¿Uno de los cobardes de lord Beric? —replicó el caballero del yelmo rematado en una púa—. ¡Si ese gordo idiota de Thoras está contigo, pregúntale si le gustan estos fuegos!

—Aquí no hay nadie que se llame así —respondió Yoren, siempre a gritos—. Solo unos cuantos chicos para la Guardia. No tenemos nada que ver con vuestra guerra. —Alzó el cayado para que todos vieran el color de la capa—. Mirad esto. Es negro, el negro de la Guardia de la Noche.

—O el negro de la casa Dondarrion —dijo el hombre que llevaba el estandarte enemigo; los colores se veían mejor en aquel momento, a la luz de la ciudad en llamas: un león de oro sobre campo de gules—. El blasón de lord Beric es un rayo de púrpura sobre campo de sable.

De pronto, Arya recordó la mañana en que le había tirado una naranja a Sansa a la cara, y le había manchado de zumo el estúpido vestido de seda color marfil. En el torneo había un señor menor procedente del sur; la estúpida de Jeyne, la amiga de su hermana, se había enamorado de él. Llevaba un rayo pintado en el escudo, y su señor padre le había encomendado la misión de decapitar al hermano del Perro. Parecía que había sucedido hacía mil años, y a otra persona diferente, con una vida diferente... A Arya Stark, la hija de la mano, no a Arry, el huérfano. ¿Cómo iba a conocer Arry a aquellos señores?

—¿Acaso estás ciego? —Yoren agitó su cayado de manera que la capa ondeara—. ¿Ves algún rayo de mierda?

—De noche, todos los blasones parecen negros —señaló el caballero del yelmo de la púa—. Abrid si no queréis que os consideremos forajidos aliados con los enemigos del rey.

Yoren escupió.

—¿Quién es tu comandante?

—Yo. —Los reflejos de las casas en llamas iluminaron la armadura de su caballo de guerra cuando los demás se apartaron para dejarle paso. Era un hombre fornido, con una mantisca pintada en el escudo y un adorno de volutas en la coraza. Lo miró a través del visor abierto del yelmo. Tenía el rostro blanco y porcino—. Ser Amory Lorch, vasallo de lord Tywin Lannister de Roca Casterly, la mano del rey. De Joffrey, el verdadero rey. —Tenía una voz aguda y chillona—. Te ordeno en su nombre que abras estas puertas.

La ciudad ardía en torno a ellos. El aire nocturno estaba lleno de humo, y las

brasas rojas arrastradas por el viento eran más numerosas que las estrellas. Yoren frunció el ceño.

—No veo la razón. Haz lo que quieras con la ciudad, eso a mí no me importa, pero déjanos en paz. No somos tus enemigos.

«Mira con los ojos», le habría querido gritar Arya al hombre de abajo.

—¿No ven que no somos señores ni caballeros? —susurró.

—No creo que eso les importe, Arry —susurró Gendry a sus espaldas.

Entonces observó el rostro de ser Amory tal como Syrio la había enseñado a observar, y comprendió que tenía razón.

—Si no sois traidores, abrid las puertas —gritó ser Amory—. Comprobaremos que decis la verdad y seguiremos nuestro camino.

Yoren no dejaba de masticar hojamarga.

—Ya os lo he dicho: aquí no hay nadie más que nosotros. Os doy mi palabra.

—El cuervo nos da su palabra. —El caballero del yelmo con la púa soltó una carcajada.

—¿Te has perdido, viejo? —se burló uno de los lanceros—. El Muro está mucho más al norte.

—En nombre del rey Joffrey, te ordeno una vez más que abras las puertas para demostrar que le profesas lealtad —ordenó ser Amory.

Yoren meditó durante un largo momento, sin dejar de masticar. Luego escupió.

—No.

—Como queráis. Desacatáis una orden del rey, de manera que os proclamáis rebeldes, con capas negras o sin ellas.

—Aquí solo tengo a unos muchachos —le gritó Yoren.

—Los muchachos y los ancianos mueren de la misma manera. —Ser Amory alzó un puño con gesto lúgido, y una lanza salió volando desde las sombras iluminadas por los incendios, a su espalda. El objetivo debía de ser Yoren, pero fue a clavarse en Woth, que estaba detrás de él. La punta de la lanza le penetró por la garganta y le salió por la nuca, oscura y húmeda. Woth agarró el asta con ambas manos y cayó inerte de la pasarela.

—Asaltad los muros y matadlos a todos —dijo ser Amory con hastío.

Volaron más lanzas. Arya tironeó de la túnica de Pastel Caliente hasta que consiguió que se agachara.

Desde el exterior le llegó el sonido metálico de las armaduras, el roce de las espadas al salir de las vainas, los golpes de las lanzas contra los escudos, mezclados con maldiciones y con el retumbar de los cascos de los caballos al galope. Una antorcha describió una parábola sobre sus cabezas y cayó al suelo de tierra del patio dejando un rastro de lenguas de fuego.

—¡Espadas! —gritó Yoren—. Dispersaos, defended el muro, que no entren. Koss, Urreg, id a defender la poterna. Lommy, sácale esa lanza a Woth y ponte

donde estaba él.

A Pastel Caliente se le cayó la espada corta cuando la desenvainaba; Arya la recogió y se la puso en la mano.

—No sé pelear con esto —dijo el muchacho, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Es muy fácil —dijo Arya, pero la mentira murió en su garganta cuando una mano apareció por encima del parapeto.

La vio a la luz de la ciudad en llamas, tan clara que fue como si el tiempo se detuviera. Los dedos eran cortos, encallecidos, con pelos negros como alambres debajo de los nudillos; la uña del pulgar estaba muy sucia. « El miedo hiere más que las espadas», recordó al ver aparecer tras la mano la parte superior de un yelmo.

Descargó un golpe con todas sus fuerzas, y *Aguja*, acero forjado en castillo, mordió los dedos a la altura de los nudillos.

—¡Invernalia! —gritó. La sangre brotó, los dedos volaron, y el rostro cubierto por el yelmo desapareció tan deprisa como había aparecido.

—¡Detrás de ti! —chilló Pastel Caliente.

Arya se volvió. El segundo hombre era un barbudo sin casco; llevaba el puñal entre los dientes para poder trepar con las dos manos. En el momento en que levantaba la pierna para saltar el parapeto, la niña le lanzó una estocada a los ojos. *Aguja* no llegó a tocarlo: se tambaleó hacia atrás y cayó.

« Ojalá aterrisce de bruces y se corte la lengua» .

—¡Míralos a ellos, no a mí! —gritó a Pastel Caliente.

La siguiente vez que un hombre intentó entrar por su parte del muro, el chico le lanzó tajos a las manos con su espada corta hasta que cayó.

Ser Amory no disponía de escaleras, pero las murallas eran de piedra basta sin mortero, fáciles de escalar, y los enemigos parecían no tener fin. Por cada uno que recibía los tajos, estocadas o empujones de Arya, otro aparecía por encima del muro. El caballero del yelmo acabado en punta llegó al baluarte, pero Yoren le echó el estandarte negro sobre la cabeza y, mientras su adversario trataba de liberarse del trapo, le clavó el puñal a través de la armadura. Cada vez que Arya alzaba la vista, veía más antorchas surcar el cielo, dejando a su paso largas estelas de llamas que persistían en el fondo de sus ojos por mucho que parpadeara. Vio un estandarte rojo con un león dorado y se acordó de Joffrey. Habría dado cualquier cosa por tenerlo delante para clavarle a *Aguja* en el rostro burlón.

Cuatro hombres atacaron la puerta con sus hachas, y Koss los abatió uno a uno con sus flechas. Dobber luchó con otro en la pasarela hasta que lo derribó, y Lommy le aplastó la cabeza con una piedra antes de que pudiera levantarse. Celebró la victoria con aullidos de alegría, hasta que vio el cuchillo clavado en el vientre de Dobber y comprendió que él tampoco se volvería a levantar. Arya

saltó sobre el cadáver de un muchacho que no sería mayor que Jon, al que habían cortado un brazo. Creía que no había sido ella, pero no estaba segura. Oyó como Qyle suplicaba clemencia justo antes de que un caballero con una avispa en el escudo le destrozara el rostro con una maza de púas. El olor a sangre y a humo lo impregnaba todo, mezclado con el del hierro y la orina, pero al cabo de un rato se fundían en un hedor único. No vio al hombre flaco que consiguió salvar el muro, pero cuando fue consciente de su presencia, cayó sobre él junto con Gendry y Pastel Caliente. La espada de Gendry le destrozó el yelmo y se lo arrancó. Era calvo y con cara de miedo; le faltaban algunos dientes y tenía hebras blancas en la barba, pero al mismo tiempo que sentía pena por él lo estaba matando al grito de « ¡Invernalia! ¡Invernalia! », mientras Pastel Caliente gritaba « ¡Pastel Caliente! » junto a ella y lanzaba tajos al cuello huesudo del caido.

Cuando el hombre flaco estuvo muerto, Gendry le quitó la espada y saltó al patio en busca de más rivales. Arya lo siguió con la mirada, y vio por doquier sombras de acero, mientras las llamas arrancaban destellos de las espadas y las cotas de malla; entonces se dio cuenta de que habían superado el muro o cruzado alguna portera inadvertidamente. Saltó junto a Gendry y cayó tal como Syrio le había enseñado. La noche resonaba con el choque del acero contra el acero, y los gritos de los heridos y los moribundos. Arya titubeó un momento, sin saber hacia dónde dirigirse. La muerte la rodeaba por todas partes.

Y en aquel momento, Yoren apareció junto a ella y la sacudió por los hombros.

—¡Chico! —le gritó a la cara, igual que gritaba siempre—. ¡Lárgate de aquí, se acabó, hemos perdido! Recoged todo lo que podáis, vosotros dos, y sacad a los otros chicos de aquí. ¡Venga!

—¿Cómo? —preguntó Arya.

—La trampilla —gritó Yoren—. Debajo del granero.

Y sin más, se alejó, espada en mano, para seguir luchando. Arya agarró a Gendry por el brazo.

—Ha dicho que nos marchemos —le gritó—. Por el granero.

Los ojos del Toro reflejaban las llamas a través de las rendijas del yelmo. Asintió. Llamaron a gritos a Pastel Caliente para que bajara de la muralla, y encontraron a Lommy Manosverdes, tendido en el suelo y sangrando por una herida de lanza en la pantorrilla. También encontraron a Gerren, pero estaba muy malherido y no se podía mover. Corrieron hacia el granero, y en aquel momento, Arya vio a la niña llorona, en medio del caos, rodeada de humo y muerte. La agarró de la mano y la obligó a ponerse en pie mientras los demás se adelantaban. La niña no quería andar, ni siquiera cuando la abofeteó, de manera que Arya la tuvo que arrastrar con la mano derecha mientras esgrimía a Aguja con la izquierda. Ante ella, la noche se había teñido de un rojo sombrío. « El granero está ardiendo », pensó. Una antorcha había caído sobre la paja; las

llamas lamian las paredes, y se oían los gritos de los animales atrapados en el interior. Pastel Caliente se asomó por la puerta.

—¡Corre, Arry! ¡Lommy ya ha salido, si la cría no quiere venir, déjala!

Arya, testaruda, la arrastró con más fuerza. Pastel Caliente desapareció de nuevo hacia el interior, dejándolas abandonadas..., pero Gendry corrió hacia ellas. El fuego arrancaba destellos del yelmo, tan pulido que los cuernos parecían tener un aura color naranja brillante. Se echó a la niña sollozante al hombro.

—¡Corre!

Entrar en el granero era como adentrarse en un horno. El aire estaba lleno de humo, y la pared posterior era una cortina de fuego del suelo al techo. Los caballos y los burros coceaban, relinchaban y se encabritaban. «Pobres animales», pensó Arya. En aquel momento vio el carromato y a los tres hombres encadenados en el interior. Mordedor se debatía contra las cadenas; los grilletes se le habían clavado en las muñecas y la sangre le corría por los brazos. Rorge maldecía a gritos y pateaba la madera.

—¡Chico! —la llamó Jaqen H'ghar—. ¡Chico guapo!

La trampilla abierta estaba apenas a uno o dos codos, pero el fuego se extendía con rapidez; consumía la madera vieja y la paja seca a una velocidad que parecía increíble. Arya recordó el espantoso rostro quemado del Perro.

—El túnel es estrecho —gritó Gendry—. ¿Cómo la vamos a sacar?

—A tirones —respondió Arya—. A empujones.

—Chicos buenos, chicos guapos —los llamó Jaqen H'ghar entre toses.

—¡Quitadme estas putas cadenas! —gritó Rorge.

—Pasa tú primero —dijo Gendry sin hacerles caso—, luego la niña y después yo. Date prisa, hay un trecho largo.

Arya recordó algo.

—Después de cortar la leña, ¿dónde dejaste el hacha?

—Fuera, junto al refugio. —Les echó un vistazo a los hombres encadenados—. Antes salvaría a los burros. No tenemos tiempo.

—¡Llévatela! —le gritó—. ¡Sácala de aquí! ¡Corre! —El fuego le golpeó la espalda con alas al rojo vivo cuando salió corriendo del granero. En el exterior, la temperatura fresca era una bendición, pero a su alrededor morían hombres y más hombres. Vio cómo Koss bajaba la espada en gesto de rendición, y vio cómo lo mataban allí mismo. Había humo por todas partes. De Yoren no se veía ni rastro, pero el hacha estaba donde Gendry la había dejado, junto al montón de leña que había al lado del refugio. Mientras la arrancaba del tronco al que estaba clavada, una mano enfundada en un guante de malla la agarró por el brazo. Arya se giró y asestó un hachazo contra las piernas de su atacante. No llegó a verle la cara; solo la sangre oscura que manaba entre los eslabones de su loriga.

Volver a entrar en el granero fue lo más difícil que había hecho en su vida. El humo salía por la puerta abierta como una serpiente negra, y se oían los gritos de

los pobres animales atrapados en el interior: burros, caballos y hombres. Se mordió el labio y cruzó la puerta a toda velocidad, encorvada para respirar mejor donde el humo no era tan denso.

Había un burro atrapado en un círculo de fuego; el animal lanzaba rebuznos angustiados de pánico y de dolor. Le llegó el hedor del pelo al quemarse. El techo había desaparecido, y todavía caían trozos de madera en llamas, junto con briznas de paja y heno. Arya se cubrió la nariz y la boca con una mano. El humo le impedía ver el carromato, pero aún oía los gritos de Mordedor. Avanzó agachada hacia el sonido.

Y de pronto se encontró delante de la enorme rueda. El carromato saltó literalmente; se movió un palmo cuando Mordedor volvió a tirar de las cadenas con fuerza brutal. Jaqen la vio, pero costaba mucho respirar, y aún más hablar. Lanzó el hacha al interior del carromato. Rorge la cogió y la alzó sobre su cabeza, mientras por el rostro sin nariz le corrían regueros de sudor negro. Arya echó a correr entre toses. Oyó el ruido del acero contra la madera vieja del carromato, una vez, y otra, y otra, hasta que la base se soltó con una explosión de astillas.

Arya se lanzó al túnel de cabeza y cayó dos varas. Se le llenó la boca de tierra, pero no le importó; hasta le supo bien. Era un sabor a barro, a gusanos, a vida. Bajo la tierra, el aire era fresco, y reinaba la oscuridad. Arriba no había más que sangre, llamas rojas, humo asfixiante, y relinchos de caballos moribundos. Se movió el cinturón para que *Aguja* no la entorpeciera y empezó a reptar. Apenas había recorrido una docena de codos de túnel cuando oyó un sonido a sus espaldas, como el rugido de una bestia monstruosa, y una nube de humo caliente y polvo negro le llegó con olor a infierno. Arya contuvo el aliento, se tiró de brúces al suelo del túnel y lloró. No habría sabido decir por quién.

La reina no tenía la menor intención de esperar a Varys.

—La traición ya es un crimen —declaró, furiosa—, pero esto es una verdadera villanía, y no necesito que ese eunuco remilgado me diga qué hay que hacer con los villanos.

Tyron cogió las cartas que su hermana tenía en la mano, las puso juntas y las comparó. Eran dos copias: la redacción era idéntica, aunque la caligrafía fuera diferente.

—El maestre Frenken recibió la primera carta en el castillo de Stokeworth —explicó el gran maestre Pyccelle—. La segunda copia llegó a través de lord Gyles.

—Si Stannis se ha molestado en enviárselas a esos dos —dijo Meñique pasándose un dedo por la barba—, es más que seguro que los demás señores de los Siete Reinos también habrán recibido una copia.

—Quiero que se quemen esas cartas —exigió Cersei—, de la primera a la última. Ni mi hijo ni mi padre deben oír el menor rumor sobre ellas.

—Sospecho que, a estas alturas, a nuestro padre le habrá llegado bastante más que un rumor —replicó Tyrion con tono seco—. Seguro que Stannis envió un pájaro a Roca Casterly y otro a Harrenhal. En cuanto a lo de quemar las cartas, no serviría de nada. La canción se ha cantado, el vino se ha derramado, la puta se ha quedado preñada. Y en realidad no es tan espantoso como parece.

—¿Has perdido la cabeza? —Cersei clavó en él unos ojos verdes llenos de ira—. ¿No has leído lo que dice ahí? ¡« El niño Joffrey », dice! ¡Y tiene la osadía de acusarme de incesto, adulterio y traición!

« Solo porque es verdad. —Era increíble lo airada que se podía mostrar Cersei por unas acusaciones que sabía que eran ciertas—. Si perdemos la guerra, puede dedicarse al teatro. Tiene talento» .

—Stannis necesita algún pretexto para justificar su rebelión —dijo cuando su hermana hubo terminado—. ¿Qué querías que dijera? ¿« Joffrey es el hijo y heredero legítimo de mi hermano, pero a mí qué, pienso arrebatarle el trono» ?

—¡No toleraré que diga que soy una prostituta!

« Vamos, hermana, en ningún momento ha insinuado que Jaime te pagara» . Tyrion repasó el texto de nuevo. Había una minucia que le llamaba la atención...

—« Escrito a la Luz del Señor» —leyó en voz alta—. Extraña formulación, ¿verdad?

Pyccelle carraspeó antes de hablar.

—Es una frase que aparece a menudo en cartas y documentos procedentes de las Ciudades Libres. No significa nada más que «escrito ante los ojos del dios», por ejemplo. El dios de los sacerdotes rojos. Tengo entendido que es una convención.

—Varys nos dijo hace unos años que lady Selyse tenía en gran estima a un sacerdote rojo —les recordó Meñique.

—Pues por lo visto se lo ha contagiado a su señor esposo. —Tyrion dio unos golpecitos al papel con el dedo—. Es una circunstancia que podemos utilizar contra él. Que el septón supremo proclame cómo Stannis se ha vuelto contra los dioses, igual que contra su legítimo rey...

—Sí, sí —se impacientó Cersei—. Pero antes tenemos que impedir que esta basura se siga extendiendo. El Consejo debe promulgar un edicto. A cualquiera que hable de incesto o diga que Joff es un bastardo, se le cortará la lengua.

—Una medida muy prudente —dijo el gran maestre Pyccelle; los eslabones de la cadena tintinearon cuando asintió.

—Una estupidez —suspiró Tyrion—. Si le cortas la lengua a un hombre, no demuestras que estuviera mintiendo: demuestras que no quieres que el mundo oiga lo que pueda decir.

—¿Y qué sugerías que hagamos? —exigió saber su hermana.

—Bien poca cosa. Deja que hablen lo que quieran; no tardarán en aburrirse. Cualquiera que tenga una pizca de sentido común se dará cuenta de que no es más que un torpe intento de justificar su intención de usurpar la corona. ¿Acaso presenta Stannis alguna prueba? —Tyrion le dedicó a su hermana la más dulce de las sonrisas—. ¿Cómo podría, si todo es mentira?

—Ciento —tuvo que decir ella—. Pero aun así...

—Alteza, vuestro hermano tiene razón. —Petyr Baelish juntó las yemas de los dedos—. Si tratamos de acallar esos rumores, no haremos más que reforzarlos. Es mejor tratarlos con desprecio, como la mentira patética que son. Y, entretanto, combatir el fuego con fuego.

—¿Qué tipo de fuego? —Cersei lo miró con atención.

—Tal vez una historia de la misma naturaleza. Pero más fácil de creer. Lord Stannis ha pasado la mayor parte de su matrimonio alejado de su esposa. No se lo critico; si yo estuviera casado con lady Selyse, haría lo mismo. No obstante, si hacemos correr el rumor de que su hija es bastarda y Stannis no es más que un cornudo... Bueno, el pueblo siempre está dispuesto a pensar lo peor de sus señores, sobre todo si son tan estrictos, amargados y antipáticos como Stannis Baratheon.

—Eso es verdad: no lo aprecian mucho. —Cersei meditó un instante—. Así que le pagamos con su misma moneda. Sí, me parece muy bien. ¿A quién podríamos señalar como amante de lady Selyse? Creo recordar que tiene dos hermanos. Y uno de sus tíos la ha acompañado en todo momento en Rocadragón...

—Su castellano es ser Axell Florent. —Tyrion detestaba tener que reconocerlo, pero el plan de Meñique era prometedor. Stannis nunca había estado enamorado de su esposa, pero en lo que a su honor respectaba parecía un erizo, y

era por naturaleza ansioso y desconfiado. Si conseguían sembrar la discordia entre sus seguidores y él, saldrían beneficiados—. Me han dicho que la niña tiene las orejas de los Florent.

Meñique asintió con gesto lánguido.

—Un mercader de Lys me dijo en cierta ocasión que lord Stannis debía de querer mucho a su hija, ya que había ordenado que se erigieran cientos de estatuas de ella a lo largo de los muros de Rocadragón. Tuve que explicarle que eran górgolas. —Soltó una risita—. Ser Axell no estaría mal como padre de Shireen, pero cuanto más estrafalaria y extravagante sea una historia, más probable es que la gente la repita una y otra vez; lo digo por experiencia. Stannis tiene un bufón muy grotesco, un retrasado mental con tatuajes en la cara.

—¡No pretenderéis sugerir que lady Selyse se ha acostado con un idiota! —El gran maestre Pyelle lo miraba pasmado.

—Para acostarse con Selyse Florent hay que ser un idiota; sin duda, Caramanchada le recuerda a Stannis —señaló Meñique—. Y las mejores mentiras son las que contienen una chispa de verdad, la justa para que los que las oigan se paren a pensar un momento. Da la casualidad de que ese bufón adora a la niña y la sigue a todas partes. Hasta tienen cierto parecido físico. Shireen también tiene el rostro marcado y medio paralizado.

—Pero eso es por la psoriagrís que casi acabó con la pobrecilla cuando no era más que un bebé. —Pyelle seguía sin comprender.

—Yo prefiero mi versión —dijo Meñique—. Y lo mismo le pasará al pueblo. Muchos creen que si una mujer embarazada come conejo, el niño nacerá con orejas largas y caídas.

—Lord Petyr, sois un verdadero infame. —Cersei sonrió con una sonrisa que solía reservar para Jaime.

—Gracias, alteza.

—Y un excelente mentiroso —añadió Tyrion en tono mucho menos cálido. «Este es más peligroso de lo que imaginaba», pensó.

Los ojos verdes de Meñique sostuvieron la mirada del enano sin el menor atisbo de incomodidad. Ni siquiera parecía afectarle que fueran cada uno de un color.

—Cada uno tiene su talento, mi señor.

La reina estaba demasiado concentrada en su venganza para percibir el enfrentamiento.

—¡Cornudo por obra y gracia de un bufón subnormal! Stannis será motivo de burla en todas las tabernas, a este lado del mar Angosto.

—La historia no debe partir de nosotros —señaló Tyrion—, o la gente la considerará una mentira inventada para beneficiarnos.

«O sea, exactamente lo que es».

Una vez más fue Meñique quien aportó la solución.

—Las prostitutas son muy dadas a los chismorreos, y da la casualidad de que poseo dos o tres burdeles. Y no me cabe duda de Varys puede esparcirlos por las tabernas y los tenderetes de calderos.

—Varys. —Cersei frunció el ceño—. ¿Dónde estará?

—Eso mismo me preguntaba yo, alteza.

—La Araña teje sus redes secretas día y noche —dijo el gran maestre Pyelle con tono ominoso—. Mis señores, yo no confío en él.

—Con lo bien que habla él siempre de vos. —Tyrion se bajó con dificultades de la silla. Sabía qué estaba haciendo el eunuco, pero no consideró necesario compartir aquella información con el resto de los consejeros—. Disculpadme, mis señores. Tengo otros asuntos pendientes.

—¿Asuntos del rey? —Cersei lo miró con desconfianza.

—Nada que deba preocuparte.

—Eso lo decidiré yo.

—¿Qué quieres? ¿Estropearme la sorpresa? —dijo Tyrion—. Estoy encargando un regalo para Joffrey. Una cadena.

—¿Para qué quiere otra cadena? Ya tiene cadenas de oro y plata, tantas que no se las puede poner todas. Si crees que puedes comprar con regalos el amor de Joffrey...

—¿Qué dices? Si ya tengo el amor de Joffrey, igual que él tiene el mío. En cuanto a esta cadena, confía en mí: algún día la valorará más que todas las otras juntas. —El hombrecillo hizo una reverencia y anadeó hacia la salida.

Bronn lo esperaba en el exterior de la sala del Consejo para escoltarlo de vuelta a la Torre de la Mano.

—Los herreros están en tu sala de audiencias, esperando tu venia —le dijo mientras cruzaban la gran sala.

—Esperando mi venia. Me gusta cómo suena eso, Bronn. Casi te expresas como un cortesano. Antes de que te des cuenta estarás hincando una rodilla en tierra para hablarme.

—Anda y que te jodian, enano.

—Eso es cosa de Shae. —Tyrion oyó que lady Tanda lo llamaba con voz alegre desde la parte superior de la gran escalinata. Fingió que no la oía y aceleró el paso—. Encárgate de que me tengan preparada la litera; en cuanto acabe me iré del castillo.

Dos de los hermanos de la luna montaban guardia ante la puerta. Tyrion los saludó con cortesía e hizo una mueca al empezar a subir las escaleras. El tramo que había hasta su alcoba hacía que le dolieran las piernas.

En la estancia se encontró con un chico de doce años que le estaba haciendo la cama. Era su escudero, Podrick Payne, un muchacho tan tímido que parecía sospechoso. Tyrion seguía con la sensación de que su padre lo había puesto a sus órdenes para reírse de él.

—Vuestra ropa, mi señor —musitó el chico mientras se miraba las botas. Pod nunca juntaba valor suficiente para mirar a los ojos, ni siquiera cuando se animaba a hablar en voz alta—. Para la audiencia. Y vuestra cadena. La cadena de la mano.

—Muy bien. Ayúdame a vestirme.

El jubón era de terciopelo negro cubierto de botones dorados en forma de cabezas de león. Los eslabones de la cadena eran manos de oro macizo cuyos dedos agarraban la muñeca de la mano siguiente. Pod le entregó una capa de seda escarlata con ribetes de oro, cortada para adecuarla a su estatura. En un hombre normal no sería más que media capa.

La sala privada de audiencias de la mano no era tan grande como la del rey, y resultaba mucho más pequeña que la inmensa sala del trono, pero a Tyrion le gustaban aquellas alfombras de Myr, los tapices y la sensación de intimidad.

—¡Tyrion Lannister, mano del rey! —gritó su mayordomo cuando entró.

Aquello también le gustaba. Los herreros, armeros y comerciantes de hierro que Bronn había reunido hincaron la rodilla en el suelo.

Se encaramó a la silla alta que había bajo una ventana redonda dorada, y dio permiso para que se levantaran.

—Señores, sé que todos estáis muy ocupados, así que seré breve. Pod, por favor. —El muchacho le tendió una saca de lona. Tyrion desató el cordel y la volcó. El contenido cayó sobre la alfombra con un sonido sordo de metal contra lana—. Encargué que hicieran estos en la fragua del castillo. Necesito mil más iguales.

Uno de los herreros se arrodilló para examinar el objeto: eran tres inmensos eslabones de acero entrelazados.

—Una cadena muy fuerte.

—Fuerte, pero pequeña —replicó el enano—. Más o menos como yo. La quiero mucho, mucho más larga. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llaman Panza de Hierro, mi señor.

El herrero era achaparrado, ancho de espaldas, con prendas sencillas de lana y cuero, pero tenía los brazos gruesos como el cuello de un toro.

—Quiero que todas las fraguas de Desembarco del Rey se dediquen a hacer estos eslabones y a entrelazarlos. Que dejen de lado los otros encargos. Que se dedique a esta tarea hasta el último de los hombres que sepa trabajar el metal, ya sea maestro, jornalero o aprendiz. Cuando pase a caballo por la calle del Acero quiero oír martillos, día y noche. Y necesito un hombre, un hombre fuerte, que se encargue de todo eso. ¡Eres tú ese hombre, maestro Panza de Hierro?

—Es posible, mi señor. Pero ¿qué pasa con las espadas y las armaduras que está esperando la reina?

—Su alteza nos hizo un encargo —intervino otro herrero—. Nos ordenó fabricar cotas de malla, armaduras, espadas, puñales y hachas, en grandes

cantidades. Son para armar a sus nuevos capas doradas, mi señor.

—Eso tendrá que esperar —dijo Tyrion—. La cadena es lo primero.

—Perdonad, mi señor, pero es que su alteza dijo que a los que no cumpliéramos su encargo nos haría aplastar las manos —insistió el herrero ansioso—. Que nos las aplastarían en nuestros yunque, mi señor. Eso mismo dijó.

«La adorable Cersei, siempre afanosa por conseguir que el pueblo nos quiera».

—Nadie aplastará ninguna mano. Os doy mi palabra.

—El hierro se ha puesto muy caro —declaró Panza de Hierro—. Y para esta cadena vamos a necesitar mucho, así como carbón para los fuegos.

—Lord Baelish se encargará de que dispongáis del dinero que haga falta —prometió Tyrion. Esperaba poder contar con Meñique al menos para aquello—. Ordenaré que la Guardia de la Ciudad os ayude a conseguir hierro. Si es necesario, fundid hasta la última herradura de la ciudad.

Un hombre de cierta edad dio un paso adelante. Iba ricamente ataviado con una túnica adamascada, botonadura de plata y una capa ribeteada con pieles de zorro. Se arrodilló para examinar los gigantescos eslabones de acero que Tyrion había tirado al suelo.

—Mi señor —anunció con tono grave—, esto es un trabajo tosco. No hay atisbo de arte. Sin duda es un encargo apropiado para los herreros vulgares, para hombres que se dedican a doblar herraduras y a martillar cazuelas, pero yo soy un maestro armero, con el permiso de mi señor. Este no es un trabajo apropiado para mí, ni para el resto de los maestros. Nosotros hacemos espadas afiladas como canciones, armaduras que hasta un dios se podría poner. No esto.

—¿Cuál es tu nombre, maestro armero? —preguntó Tyrion, inclinando la cabeza hacia un lado y clavando en el hombre sus ojos dispares.

—Salloreon, con el permiso de mi señor. Si la mano del rey me lo permite, sería para mí un honor forjarle una armadura apropiada para su casa y su alto cargo. —Dos de los otros disimularon risitas, pero Salloreon fingió no oír nada y siguió hablando—. De lamas y escamas. Escamas doradas, brillantes como el sol, y lamas esmaltadas con el escarlata de los Lannister. Como yelmo os sugeriría una cabeza de demonio, coronada con unos largos cuernos de oro. Cuando entréis en combate, los hombres huirán atemorizados.

«Una cabeza de demonio —pensó Tyrion con tristeza—. ¿Qué viene a decir eso de mí?».

—Maestro Salloreon, mi intención es combatir las batallas que me quedan desde esta silla. Lo que necesito son eslabones, no cuernos de demonio. Así que intentaré explicártelo de manera que te quede bien claro: puedes hacer cadenas o llevarlas puestas. Tú eliges. —Se levantó y salió de la sala sin siquiera volver la vista atrás.

Bronn lo esperaba junto al portón con su litera y una escolta de orejas negras a caballo.

—Ya sabes adónde vamos —le dijo Tyrion.

Aceptó la mano que lo ayudó a subir a la litera. Había hecho todo lo posible para alimentar a la ciudad hambrienta: encargó a cientos de carpinteros que construyeron botes de pesca en lugar de catapultas; abrió el bosque del rey a la caza para cualquiera que se atreviera a cruzar el río; incluso envió capas doradas hacia el sur y hacia el este para conseguir provisiones. Pero, pese a todo, siempre que cabalgaba veía a su alrededor miradas acusadoras. Las cortinas de la litera lo escudaban de ellas, y además le daban tiempo para pensar.

Mientras bajaban a paso lento por el tortuoso callejón Sombranegra hacia el pie de la Colina Alta de Aegon, Tyrion reflexionó sobre lo que había sucedido aquella mañana. La ira de su hermana le había hecho pasar por alto el verdadero significado de la carta de Stannis Baratheon. Sin pruebas, sus acusaciones no servían de nada; lo importante era que se había nombrado rey. «¿Qué va a pensar Renly de eso?». Los dos no podían sentarse en el Trono de Hierro.

Apartó unos dedos las cortinas para observar las calles, sin mucho interés. A ambos lados de su litera cabalgaban orejas negras, con sus macabros collares, mientras que Bronn iba por delante para despejar el camino. Se fijó en los transeúntes que lo miraban, y se embarcó en el pequeño juego mental de tratar de distinguir a los informadores de los demás.

«Seguro que los más sospechosos son inocentes —decidió—. Tengo que cuidarme de los que parecen inofensivos».

Su destino se encontraba detrás de la colina de Rhaenys, y las calles estaban abarrotadas. Tuvo que transcurrir casi una hora hasta que la litera se detuvo. Tyrion estaba adormilado, pero despertó de repente cuando cesó el movimiento. Se frotó los ojos y aceptó la mano que le tendía Bronn para ayudarlo a descender.

La casa era de dos pisos, el inferior de piedra y el superior de madera. En una esquina se alzaba una torrecilla redonda. Muchas de las ventanas estaban empolomadas. Sobre la puerta pendía un farolillo muy ornamentado, un globo de metal dorado con cristales color escarlata.

—Un burdel —dijo Bronn—. ¿Qué vienes a hacer aquí?

—¿Qué se suele hacer en un burdel?

—¿No te basta con Shae? —dijo el mercenario echándose a reír.

—No estaba mal para puta de campamento, pero ya no estoy en un campamento. Los hombres pequeños tenemos grandes apetitos, y me han dicho que las chicas de aquí son dignas de un rey.

—El chico ya tiene edad?

—Joffrey no. Robert. Esta casa era de sus favoritas. —«Aunque puede que Joffrey ya tenga edad suficiente. Interesante idea»—. Si los orejas negras y tú

queréis divertiros, adelante, pero las chicas de Chataya son caras. A lo largo de la calle hay casas más baratas. Deja aquí a un hombre que sepa dónde están los demás, para cuando yo acabe y quiera volver.

—Como digas —asintió Bronn, mientras los oídos negros que los rodeaban sonreían abiertamente.

Al otro lado de la puerta lo aguardaba una mujer alta envuelta en sedas vaporosas. Tenía la piel color ébano y ojos como el sándalo.

—Soy Chataya —dijo con una profunda reverencia—. Y vos sois...

—No caigamos en el vicio de los nombres. Los nombres son peligrosos. —El aire estaba impregnado del aroma a alguna especia exótica, y en el suelo que pisaba había un mosaico que representaba a dos mujeres entrelazadas en el acto amoroso—. Tienes un local muy agradable.

—He trabajado mucho para que así sea. Si la mano de rey está satisfecho, yo también. —Su voz era ámbar líquido, con el acento de las islas del Verano.

—Los títulos pueden ser tan peligrosos como los nombres —le advirtió Tyrion—. Muéstrame a algunas de tus chicas.

—Será para mí un immense placer. No tardaréis en descubrir que son tan dulces como hermosas, y diestras en todas las artes del amor.

Dio media vuelta y echó a andar con elegancia infinita, mientras que Tyrion anadeaba tras ella lo mejor que podía con unas piernas que no eran ni la mitad de largas que las de la mujer.

Desde detrás de un adornado biombo de Myr con tallas de flores, ornamentos y doncellas soñadoras, espiaron una sala en la que un anciano tocaba al caramillo una alegre melodía. En un nicho lleno de cojines, un tyroshi borracho de barba violácea mecía sobre la rodilla a una joven de carnes prietas. Le había desatado el corpiño, y en aquel momento le echaba sobre los pechos un hilillo de vino para después lamerlo. Otras dos chicas jugaban sentadas en las baldosas ante un ventanal de cristal empomado. La pecosa llevaba una guirnalda de flores azules en el pelo color miel. La otra tenía una piel tan suave y negra como el azabache pulido, enormes ojos oscuros y pechos pequeños y puntiagudos. Todas vestían prendas vaporosas de seda, ceñidas a la cintura con cinturones de cuentas. La luz que penetraba por los cristales coloreados perfilaba sus hermosos cuerpos juveniles a través de la fina tela de los vestidos, y Tyrion sintió una agitación en el bajo vientre.

—Con todo mi respeto, me atrevería a recomendarlos a la muchacha de piel oscura —dijo Chataya.

—Es joven.

—Tiene diecisésis años, mi señor.

«Buena edad para Joffrey», pensó al recordar lo que Bronn había comentado. Su primera vez había sido cuando era todavía más joven. Tyrion rememoró lo tímida que le había parecido cuando le quitó el vestido por la

cabeza. Tenía el pelo largo y oscuro, y unos ojos en los que habría podido ahogarse. Hacia tanto, tanto tiempo... «Enano, eres un idiota sin remedio».

—¿Esa chica viene de tu tierra natal?

—Su sangre es la sangre del verano, mi señor, pero mi hija nació aquí, en Desembarco del Rey. —La sorpresa debió de dibujarse en su rostro, porque Chataya siguió hablando—. Mi pueblo no cree que haya ninguna deshonra en estar en la casa de las almohadas. En las islas del Verano se tiene en muy alta consideración a los que son diestros en el arte de dar placer. Muchos jóvenes y doncellas de alta cuna, cuando florecen, sirven unos años en casas como esta para honrar a los dioses.

—¿Qué tienen que ver los dioses con esto?

—Los dioses hicieron nuestros cuerpos, así como nuestras almas, ¿no es verdad? Nos dieron voces para que los pudiéramos adorar con cánticos. Nos dieron manos para que pudiéramos construirles templos. Y nos dieron el deseo, para que copuláramos y los adorásemos de esa manera.

—Tengo que acordarme de comentárselo al septón supremo —dijo Tyrion—. Si me dejaran rezar con la polla, sería mucho más religioso. —Hizo un gesto con la mano—. Acepto encantado tu sugerencia.

—Llamaré a mi hija. Venid.

La chica se reunió con él al pie de las escaleras. Era más alta que Shae, aunque no tanto como su madre, y tuvo que arrodillarse para que Tyrion la besara.

—Me llamo Alayaya —dijo con apenas un atisbo del acento de su madre—. Venid, mi señor.

Lo tomó de la mano y lo guio a lo largo de dos tramos de escaleras y un largo pasillo. Detrás de una de las puertas cerradas se oían gemidos y gritos de placer, y detrás de otra, risitas y susurros. El miembro de Tyrion le presionaba las ataduras de los calzones.

«Esto puede resultar de lo más humillante», pensó al tiempo que seguía a Alayaya por otro tramo de peldaños, hasta la habitación de la torrecilla. Solo había una puerta. La chica esperó a que la cruzara y la cerró tras ellos. En la habitación había una gran cama con dosel, un armario alto decorado con tallas eróticas y una ventana estrecha con una vidriera en forma de rombos rojos y amarillos.

—Eres muy hermosa, Alayaya —le dijo Tyrion cuando estuvieron a solas—. Cada parte de ti es bella, de la cabeza a los pies. Pero en este momento, lo que más me interesa de tu cuerpo es la lengua.

—Mi señor verá pronto que tengo una lengua muy educada. Desde que era niña aprendí cuándo usarla y cuándo no.

—Eso está muy bien —sonrió Tyrion—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Alguna sugerencia?

—Sí —respondió la muchacha—. Si mi señor abre el armario, encontrará lo que busca.

Tyrion le besó la mano y se metió en el armario vacío. Alayaya lo cerró desde la habitación. Tanteó el panel de la parte trasera, sintió que se deslizaba bajo sus dedos y lo corrió hacia un lado. En el espacio que había detrás reinaba la oscuridad más absoluta, pero siguió palpando hasta que dio con algo metálico. Su mano se cerró en torno al peldaño de una escalera. Localizó otro peldaño con el pie y empezó a descender. Muy por debajo del nivel de la calle, el pozo se abría para formar un túnel de tierra en pendiente. Allí lo esperaba Varys, con una vela en la mano.

Varys estaba desconocido. Bajo el casco de acero rematado en punta se veía un rostro lleno de cicatrices y con barba oscura de varios días. Llevaba una cota de malla sobre la coraza, y del cinturón le colgaban un puñal y una espada corta.

—¿Ha sido Chataya de vuestro gusto, mi señor?

—Casi demasiado —reconoció Tyrion—. ¿Estáis seguro de que se puede confiar en esa mujer?

—En este mundo tornadizo y traicionero, yo no estoy seguro de nada, mi señor. Pero Chataya no siente cariño por la reina, y por buenos motivos. Además, sabe que si se ha librado de Allar Deem, os lo debe a vos. ¡Vamos!

Echó a andar túnel abajo. «Hasta su manera de caminar es diferente», observó Tyrion. Varys olía a vino agrio y a ajo, en vez de a lavanda.

—Me gusta vuestro nuevo atuendo —dijo mientras andaban.

—Mi trabajo no me permite recorrer las calles escoltado por una columna de caballeros. Así que, cuando salgo del castillo, adopto atuendos más adecuados, que me permiten seguir vivo para serviros durante más tiempo.

—El cuero os sienta bien. ¿Por qué no vais así a la próxima reunión del Consejo?

—Vuestra hermana no lo aprobaría, mi señor.

—Mi hermana se mearía encima. —Sonrió en la oscuridad—. No he visto que me siguiera ninguno de sus espías.

—Me alegra saberlo, señor. Algunos secuaces de vuestra hermana también los son míos, aunque ella lo ignora. No me gustaría que fueran tan torpes como para que los hubierais visto.

—Pues a mí no me gustaría haber estado entrando en armarios y soportando el agujón de la lujuria frustrada a cambio de nada.

—No será a cambio de nada —lo tranquilizó Varys—. Saben que estáis aquí. Desconozco si alguno tendrá valor para entrar en la casa de Chataya disfrazado de cliente, pero prefiero errar por exceso de precaución.

—¿Cómo es que un burdel tiene una entrada secreta?

—El túnel se excavó para cierta mano del rey cuyo honor no le permitía entrar abiertamente en una casa así. Desde entonces, Chataya ha guardado

celosamente el secreto de su existencia.

—Pero vos lo conociais.

—Los pajaritos vuelan por muchos túneles oscuros. Cuidado: las escaleras son empinadas.

Salieron por una trampilla situada en la parte trasera de un establo. Habían recorrido una distancia equivalente a tres manzanas bajo la colina de Rhaenys. Un caballo relinchó sobresaltado cuando Tyrion cerró la puerta de golpe. Varys apagó la vela de un soplido y la puso sobre una viga. Tyrion miró a su alrededor. Había una mula y tres caballos. Anadeó hacia un picazo castrado y le examinó la dentadura.

—Es viejo —dijo—. Y no parece que tenga mucho fuelle.

—Cierto, no se trata de un caballo para ir a la batalla —replicó Varys—. Pero será suficiente y no llamará la atención. Igual que los otros. Y los mozos de cuadras solo tienen ojos y oídos para los animales. —El eunuco cogió una capa que estaba colgada de un gancho. Era de tela basta, descolorida y deshilachada, pero de corte muy amplio—. Con vuestro permiso. —La echó sobre los hombros de Tyrion, y la capa lo cubrió de la cabeza a los pies. Tenía una capucha que se podía echar hacia delante para ocultar su rostro entre las sombras—. Los hombres ven lo que esperan ver —dijo Varys mientras se la arreglaba—. Los enanos no son tan habituales como los niños, de manera que verán a un niño. Un niño con una capa vieja, en el caballo de su padre, haciendo los recados. Aunque lo mejor sería si pudierais venir solamente por la noche.

—Eso es lo que pienso hacer... a partir de hoy. Shae me está esperando.

La había dejado establecida en una casa de la zona noreste de Desembarco del Rey, no lejos del mar, pero no se había atrevido a visitarla por miedo a que lo siguieran.

—¿Qué caballo os vais a llevar?

—Este mismo. —Tyrion se encogió de hombros.

—Os lo ensillaré. —Varys descolgó los arreos y la silla de montar, mientras Tyrion se ajustaba la pesada capa y paseaba inquieto.

—Os habéis perdido una sesión del Consejo muy animada. Al parecer, Stannis se ha coronado rey.

—Lo sé.

—Acusa a mis hermanos de incesto. ¿Cómo se le habrá ocurrido semejante idea?

—Puede que leyera un libro y mirase el color de pelo de un bastardo, como hizo Ned Stark y como hizo también Jon Arryn. O puede que alguien se lo susurrase al oído. —La carcajada del eunuco no era su risita habitual, sino una risa más ronca, más grave.

—¿Alguien como vos, por ejemplo?

—¿Sospecháis de mí? No, no fui yo.

—Si hubiera sido vos, ¿lo reconoceríais?

—No. Pero ¿para qué iba yo a revelar un secreto que he guardado durante tanto tiempo? Engañar a un rey es una cosa, pero ocultarse de los grillos que hay entre los arbustos y del pajarito que entra por la chimenea es otra muy diferente. Además, los bastardos estaban a la vista de cualquiera.

—¿Los bastardos de Robert? ¿Qué tienen que ver con esto?

—Que yo sepa, tuvo ocho —dijo Varys mientras se debatía con la silla—. Sus madres eran de todos los colores: cobre y miel, avellana y mantequilla, pero los bebés nacieron con pelo negro como alas de cuervo... como un mal presagio. De manera que cuando Joffrey, Myrcella y Tommen salieron de entre las piernas de vuestra hermana, todos ellos dorados como el sol, no fue difícil imaginar la verdad.

Tyron sacudió la cabeza. « Si hubiera dado a luz aunque fuera un hijo de su esposo, habría bastado para acallar las sospechas..., pero claro, eso no habría sido propio de Cersei» .

—Si vos no dijisteis nada, ¿quién lo hizo?

—Algún traidor, sin duda. —Varys apretó la cincha.

—¿Meñique?

—Yo no he mencionado nombres.

Tyron permitió que el eunuco lo ayudara a montar.

—Lord Varys —le dijo ya desde la silla—, a veces me da la sensación de que sois el mejor amigo que tengo en Desembarco del Rey, y a veces, de que sois mi peor enemigo.

—Qué curioso. A mí me pasa lo mismo con vos.

Bran tenía los ojos bien abiertos mucho antes de que los dedos pálidos del amanecer empezaran a filtrarse por las hendiduras de los postigos.

Había visitas en Invernalia; los invitados habían llegado para el festín de la cosecha. Aquella mañana justarían contra el estafermo del patio. En el pasado, la perspectiva lo habría llenado de emoción. En el pasado.

Ya no. Serían los Walders quienes cruzarían lanzas con los escuderos de la escolta de lord Manderly, y Bran no podría tomar parte. Tenía que hacer de príncipe en las estancias de su padre.

—Escucha con atención y puede que aprendas lo que de verdad significa ser un señor —le había dicho el maestre Luwin.

Bran no había pedido que lo nombraran príncipe. Su sueño había sido siempre convertirse en un caballero: armadura brillante, estandartes al viento, una lanza, una espada, un caballo de combate entre las piernas... ¿Por qué tenía que perder el tiempo escuchando a unos viejos hablar de cosas que solo entendía a medias?

«Porque estás roto», le recordó una voz en su interior. Un señor solo tenía que permanecer sentado entre cojines; podía estar tullido. Los Walders le habían contado que su abuelo estaba tan débil que había que llevarlo a todas partes en una litera. Pero a un caballero no; un caballero debía ir a lomos de un gran caballo. Además, era su deber.

—Eres el heredero de tu hermano y el Stark de Invernalia —le dijo ser Rodrik, para después recordarle cómo Robb se sentaba junto a su señor padre cuando iban a verlo sus vasallos.

Lord Wyman Manderly había llegado de Puerto Blanco hacia dos días. Se desplazaba en barcaza y litera, ya que estaba demasiado gordo para montar a caballo. Lo acompañaba un numeroso grupo de seguidores: caballeros, escuderos, damas y señores de menor importancia, heraldos, músicos, y hasta un malabarista, todos deslumbrantes con estandartes y jubones que parecían de mil colores. Bran les había dado la bienvenida a Invernalia desde el alto trono de piedra de su padre, que tenía lobos huargo tallados en los brazos; luego, ser Rodrik le había dicho que se había comportado muy bien. Si la cosa hubiera terminado allí, no le habría importado. Pero aquello no era más que el comienzo.

—El banquete no es más que un pretexto agradable —le explicó ser Rodrik—, pero nadie viaja cien leguas por una tajada de pato y un trago de vino. Los únicos que se desplazan son los que tienen asuntos de importancia que tratar con nosotros.

Bran clavó la vista en el tosc techo de piedra. Sabía que Robb le diría que no se comportara como un crío. Casi le parecía oír su voz, y también la de su señor padre.

«Se acerca el invierno, y ya eres casi un hombre, Bran. Cumple con tu

deber».

Cuando Hodor entró en la habitación, sonriente y tatareando una cancioncilla sin melodía, se encontró con el niño resignado a su destino. Lo ayudó a lavarse y a cepillarse el pelo.

—Hoy, el jubón de lana blanca —ordenó Bran—. Y el broche de plata. Ser Rodrik querrá que parezca todo un señor. —Dentro de lo posible, Bran prefería vestirse solo, pero había cosas, como ponerse los calzones o atarse las botas, que le resultaban muy molestas. Con la ayuda de Hodor, todo era más rápido. Siempre que aprendía a hacer algo, se mostraba muy eficiente, y pese a su asombrosa fuerza tenía unas manos muy gentiles—. Seguro que tú también podrías haber sido caballero —le dijo Bran—. Si los dioses no te hubieran quitado el seso, habrías sido un gran caballero.

—¿Hodor? —Hodor parpadeó y lo miró con unos inocentes ojos castaños, desprovistos de todo entendimiento.

—Sí —dijo Bran—. Hodor.

Señaló la pared. Junto a la puerta había colgada una cesta muy resistente, de cuero y mimbre, con agujeros para las piernas de Bran. Hodor metió los brazos por debajo de las correas y se ciñó el cinturón al pecho antes de arrodillarse junto a la cama. Bran se ayudó de los barrotes clavados en la pared para dar impulso al peso muerto de sus piernas e introducirlas en la cesta a través de los agujeros.

—Hodor —dijo de nuevo Hodor al tiempo que se levantaba.

El mozo de cuadras media alrededor de dos varas y media, y Bran, encaramado a su espalda, casi tocaba el techo con la cabeza. Se agachó para cruzar la puerta. En cierta ocasión, a Hodor le llegó el aroma del pan recién hecho y corrió a las cocinas; Bran se hizo una brecha tan grande que el maestre Luwin tuvo que coserle el cuero cabelludo. Mikken le había dado un yelmo viejo y oxidado, sin visor, que estaba tirado en la armería, pero Bran rara vez se molestaba en ponérselo. Los Walders se reían de él.

Mientras bajaban por la escalera de caracol puso las manos sobre los hombros de Hodor. En el exterior, los ruidos de los caballos y los de las espadas contra los escudos eran la más dulce de las músicas.

« Solo quiero echar un vistazo —pensó Bran—. Un vistazo rápido, nada más».

Los señores menores de Puerto Blanco saldrían más avanzada la mañana, junto con sus caballeros y hombres de armas. Hasta entonces, el patio pertenecía a sus escuderos, cuyas edades oscilaban entre los diez y los cuarenta años. Bran deseó tanto ser uno de ellos que le empezó a doler el estómago.

En el patio habían montado dos estafermos, sendos postes recios con un palo transversal pivotante con un escudo en un extremo y una maza acolchada en el otro. Los escudos estaban pintados de rojo y dorado, aunque los leones de los Lannister resultaban bastante deformes, y los primeros chicos que los habían

golpeado ya les habían dejado marcas.

El espectáculo que ofrecía Bran en su cesta atrajo unas cuantas miradas de los que no lo habían visto antes, pero él había aprendido a hacer caso omiso de ellas. Al menos tenía un punto de vista privilegiado: sobre la espalda de Hodor, era más alto que ninguno. Vio que los Walders estaban montando sus caballos. Habían llevado consigo de Los Gemelos unas hermosas armaduras, plateadas, brillantes, con dibujos en esmalte azul. La cimera de Walder el Mayor tenía forma de castillo, mientras que Walder el Pequeño prefería los gallardetes de seda azul y gris. También se diferenciaban por sus escudos y sus jubones. En el de Walder el Pequeño aparecían las torres gemelas de los Frey junto con el jabalí pinto de la casa de su abuela y el labrador de la de su madre, Crakehall y Darry respectivamente. En el de Walder el Mayor se veían el árbol y los cuervos de la casa Blackwood y las serpientes enroscadas de los Paege.

«Deben de estar muy necesitados de honor —pensó Bran mientras los observaba coger sus lanzas—. Lo único que le hace falta a un Stark es un lobo huargo».

Sus corceles pintos eran rápidos y fuertes, y estaban bien entrenados. Cargaron juntos contra los estafermos. Ambos asestaron golpes limpios a los escudos y pasaron de largo mucho antes de que las mazas acolchadas giraran para golpearlos. Walder el Pequeño fue el que asestó el golpe más fuerte, pero a Bran le pareció que Walder el Mayor era el que mejor montaba. Habría dado sus dos inútiles piernas por la posibilidad de enfrentarse a cualquiera de los dos.

Walder el Pequeño tiró la lanza rota, divisó a Bran y se acercó a él.

—¡Pero qué caballo tan feo! —dijo señalando a Hodor.

—Hodor no es ningún caballo —replicó Bran.

—Hodor —dijo Hodor.

—Desde luego, no es tan listo como un caballo —dijo Walder el Mayor, que se había acercado al trote para unirse a su primo.

Unos cuantos muchachos de Puerto Blanco se dieron codazos y se echaron a reír.

—Hodor. —Ajeno a los insultos, Hodor miró a los Frey con una amplia sonrisa—. ¿Hodor, Hodor? —El caballo de Walder el Pequeño relinchó.

—Mira, si están hablando entre ellos. A lo mejor *hodor* significa «te quiero» en caballuno.

—Cállate, Frey. —Bran sintió que se le encendían las mejillas.

Walder el Pequeño picó espuelas para acercarse y le dio a Hodor un empujón que lo desplazó hacia atrás.

—¿Y si no me callo?

—Azuzará a su lobo para que te muerda, primo —le advirtió Walder el Mayor.

—Pues que lo azuce. Así me podré hacer una capa de piel de lobo.

—Verano te arrancaría esa cabeza gorda de un mordisco —dijo Bran.

Walder el Pequeño se dio unos golpes con el guantelete contra la coraza.

—¿Acaso tu lobo tiene dientes de acero y puede atravesar las armaduras y las cotas de malla?

—¡Ya basta! —La voz del maestre Luwin retumbó como un trueno en medio del fragor del patio. Bran no sabía cuánto había oído del enfrentamiento..., pero había sido suficiente para ponerlo furioso—. Esas amenazas son improcedentes; no quiero que se repitan. ¿Así te comportas en Los Gemelos, Walder Frey?

—Si me da la gana, sí. —Walder el Pequeño lanzó una mirada llameante a Luwin desde la cima de su corcel, como diciéndole: «No eres más que un maestre; ¿cómo te atreves a reprocharle nada a un Frey del Cruce?».

—Pues no es un comportamiento tolerable para un pupilo de lady Stark en Invernalia. ¿Cómo ha empezado esto? —El maestre los miró de uno en uno—. Como no me lo diga alguien, os juro que...

—Estábamos bromeando con Hodor —confesó Walder el Mayor—. Si hemos ofendido al príncipe Bran, lo siento mucho. Solo queríamos reírnos un rato.

Al menos tuvo la decencia de fingirse avergonzado. En cambio, Walder el Pequeño seguía con gesto terco.

—Yo también. Solo quería reírme un rato.

Bran vio que al maestre se le estaba poniendo roja la coronilla calva. Luwin estaba aún más furioso que antes.

—Un buen señor consuela y protege al débil y al indefenso —les dijo a los Frey—. No toleraré que Hodor sea el blanco de vuestras crueles bromas, ¿comprendido? Es un muchacho de buen corazón, trabajador y obediente, o sea, más de lo que se puede decir de vosotros dos. —El maestre señaló a Walder el Pequeño con el dedo—. En cuanto a ti, ni se te ocurra acercarte al bosque de dioses ni a los lobos, o lo pagarás caro. —Dio media vuelta bruscamente y echó a andar, pero se detuvo y volvió la vista—. Ven conmigo, Bran. Lord Wyman te está esperando.

—Ve con el maestre, Hodor —ordenó Bran.

—Hodor —dijo Hodor.

Con sus largas zancadas, no tardó en alcanzar al airado maestre en las escaleras del Gran Torreón. El maestre les abrió la puerta, y Bran se abrazó al cuello de Hodor y se agachó para entrar.

—Los Walders... —empezó.

—No quiero oír ni una palabra más de eso; tema zanjado. —El maestre parecía agotado e irritable—. Has hecho bien en defender a Hodor, pero no tenías por qué estar en el patio; ser Rodrik y lord Wyman ya han desayunado mientras te esperaban. ¿Voy a tener que ir yo mismo a buscarte, como si fueras un niño pequeño?

—No —dijo Bran, avergonzado—. Lo siento mucho. Solamente quería...

—Ya sé qué querías —lo interrumpió el maestre Luwin con voz más amable—. Y ojalá fuera posible, Bran. ¿Quieres hacerme alguna pregunta antes de que empiece la audiencia?

—¿Vamos a hablar de guerra?

—Tú no vas a hablar de nada. —El tono de Luwin volvía a ser seco—. No eres más que un niño de ocho años.

—¡Casi nueve!

—Ocho —repitió el maestre con firmeza—. No quiero que digas nada más que las frases corteses de rigor, a no ser que ser Rodrik o lord Wyman te planteen una pregunta.

—De acuerdo —asintió Bran.

—No le voy a contar a ser Rodrik lo que ha pasado entre los Frey y tú.

—Gracias.

Pusieron a Bran en la silla de roble de su padre, con sus cojines de terciopelo gris, ante una larga mesa que era una simple tabla sobre caballetes. Ser Rodrik se sentó a su derecha, y el maestre Luwin, a su izquierda, con un juego de plumas y tinteros, y un pergamo en blanco para tomar nota de todo lo que se dijera. Bran pasó una mano por la tosca superficie de la mesa y le pidió disculpas a lord Wyman por el retraso.

—Los príncipes nunca llegan tarde —dijo el señor de Puerto Blanco con tono cordial—. Si otros están antes que ellos, es porque han llegado demasiado pronto.

—Wyman Manderly tenía una risa sonora. No era de extrañar que no pudiera montar a caballo; parecía que pesaba mucho más que la mayoría de los corceles. Y era tan hablador como inmenso era su corpachón. Empezó por pedir que Invernalia confirmara el nombramiento de los nuevos oficiales de aduanas que había elegido para Puerto Blanco. Los anteriores habían estado reteniendo el dinero para Desembarco del Rey, en vez de pagárselo al nuevo Rey en el Norte —. El rey Robb tiene que acuñar una moneda propia —declaró—. Y Puerto Blanco es el lugar idóneo.

Se ofreció para encargarse del asunto, si era la voluntad del rey, y pasó a detallar cómo había fortificado las defensas del puerto, con abundantes datos sobre los costes de cada mejora.

Además de la acuñación de moneda, lord Manderly le proponía a Robb que construyera una flota de guerra.

—No hemos tenido una verdadera armada desde hace cientos de años, cuando Brandon el Incendiario prendió fuego a las naves de su padre. Dadme el oro necesario, y os aseguro que antes de un año dispondréis de galeras suficientes para tomar tanto Rocadragón como Desembarco del Rey.

Al oír hablar de barcos de guerra, Bran se sintió más interesado. Nadie le preguntó su opinión, pero la idea de lord Wyman le parecía excelente. Ya se los podía imaginar. Se preguntó si un tullido habría estado alguna vez al mando de un

barco de guerra. Pero ser Rodrik solo se comprometió a enviar la propuesta a Robb para que la estudiara, mientras que el maestre Luwin escribía en el pergamino.

El mediodía llegó y pasó. El maestre Luwin envió a Tym Carapicada a las cocinas, y comieron allí mismo a base de queso, capón y pan de avena. Mientras arrancaba la carne del ave con sus gruesos dedos, lord Wyman hizo unas cuantas indagaciones corteses referentes a lady Hornwood, que era su prima.

—Nació en la casa Manderly, ¿lo sabíais? Quizá, una vez supere el pesar, quiera volver a ser una Manderly, ¿eh? —Mordió un trozo de ala y sonrió—. Resulta que soy viudo desde hace ocho años. Ya va siendo hora de que me case de nuevo. ¿No os parece, mi señor? La soledad acaba por pesar mucho. —Tiró los huesos a un lado y cogió un muslo—. Y si la dama prefiere a un hombre más joven, da la casualidad de que mi hijo Wendel también está soltero. Ahora mismo se encuentra en el sur, escoltando a lady Catelyn, pero no me cabe duda de que, cuando regrese, querrá tomar esposa. Es un muchacho valiente y siempre luce una sonrisa. Justo el hombre que necesita la señora para volver a reír, ¿eh? —Se limpió la grasa de la barbilla con la manga de la túnica.

A través de las ventanas, Bran oía el entrechocar de las armas. El tema de los matrimonios no le interesaba lo más mínimo. «Ojalá pudiera estar en el patio».

El señor aguardó a que retirases los platos de la mesa antes de sacar a colación la carta que había recibido de Tywin Lannister, que tenía prisionero en el Forca Verde a su hijo mayor, ser Wylis.

—Me ofrece devolvérmelo sin pagar rescate, a condición de que retire a mis hombres del ejército de su alteza y jure no seguir combatiendo.

—Por supuesto, le habréis dicho que no —dijo ser Rodrik.

—Por ese lado no tenéis nada que temer —los tranquilizó el señor—. El rey Robb no tiene vasallo más leal que Wyman Manderly. Pero no querría que mi hijo languideciera en Harrenhal ni un instante más de lo necesario. Es un lugar espantoso. Dicen que está maldito. Yo no me trago esas historias, claro, pero ahí están. No hay más que ver qué le pasó a ese tal Janos Slynt. La reina lo nombró señor de Harrenhal, y su hermano lo hundió. Dicen que lo mandó en barco al Muro. Rezo por que pronto se pueda llevar a cabo un intercambio ecuánime de prisioneros. Sé que Wylis no querría quedar al margen durante el resto de la guerra. Mi hijo es un valiente, y tan fiero como un mastín.

Cuando terminó la audiencia, Bran tenía los hombros rígidos de tanto estar sentado en la misma postura. Y aquella noche, justo cuando se disponía a cenar, sonó el cuerno que anunciaba la llegada de otro invitado. Lady Donella Hornwood no acudía con una escolta de caballeros y criados, sino con tan solo seis hombres de armas muy cansados, con cabezas de alces en sus polvorientos jubones color naranja.

—Lamentamos profundamente todo lo que habéis sufrido, mi señora —le

dijo Bran cuando entró a presentar sus respetos. Lord Hornwood había muerto en la batalla del Forca Verde, y su único hijo, en el bosque Susurrante—. Invernalia no lo olvidará.

—Me complace oírlo. —Era una mujer pálida y demacrada, con el dolor dibujado en cada una de las arrugas de su rostro—. Estoy agotada, mi señor. Os agradecería que me permitierais retirarme a descansar.

—Desde luego —dijo ser Rodrik—. Mañana habrá tiempo de sobra para hablar.

Al día siguiente dedicaron buena parte de la mañana a hablar de cereales, hortalizas y carne en salazón. Una vez los maestres de la Ciudadela anuncianaban el comienzo del otoño, los hombres prudentes empezaban a guardar una parte de cada cosecha..., aunque la proporción que reservaban era, por lo visto, un asunto que requería de largas conversaciones. Lady Hornwood estaba guardando una quinta parte. A propuesta del maestre Luwin, prometió empezar a guardar un cuarto.

—El bastardo de Bolton está concentrando hombres en Fuerte Terror —les advirtió la dama—. Espero que tenga intención de enviarlos hacia el sur para apoyar a su padre en Los Gemelos, pero cuando le pregunté sobre sus planes me dijo que ninguna mujer podía cuestionar las acciones de un Bolton. Como si fuera un hijo legítimo y tuviera derecho a ese nombre.

—Que yo sepa, lord Bolton nunca ha reconocido al muchacho —dijo ser Rodrik—. He de decir que no me lo han presentado.

—No hay mucha gente que lo conozca —dijo ella—. Vivió con su madre hasta hace dos años, cuando murió el joven Domeric y Bolton quedó sin heredero. Entonces fue cuando llevó a su bastardo a Fuerte Terror. Es un muchacho muy, muy taimado, y tiene un criado casi tan cruel como él mismo. Lo llaman Hediondo; dicen que no se baña jamás. El bastardo y el tal Hediondo cazan juntos, y no precisamente ciervos. He oído rumores, historias que casi no puedo creer, ni siquiera de un Bolton. Y ahora que mi señor esposo y mi querido hijo han ido a reunirse con los dioses, el bastardo mira mis tierras con ojos hambrientos.

Bran habría querido darle a la dama un centenar de hombres que defendieran sus derechos, pero ser Rodrik se apresuró a intervenir.

—Puede mirarlas, pero si se atreviera a hacer algo más, os prometo que recibiría su castigo de inmediato. Estaréis a salvo, mi señora. Aunque quizás, con el tiempo, cuando el dolor sea menos intenso, sería prudente que contrajerais matrimonio de nuevo.

—Mis años de fecundidad ya pasaron —replicó ella con una sonrisa cansada —, y el tiempo se ha llevado la belleza que pude tener, pero ahora los hombres vienen a olsisquearme como nunca hicieron cuando era doncella.

—¿Ninguno de esos pretendientes encuentra favor a vuestros ojos? —

preguntó Luwin.

—Si su alteza lo ordena, me casaré de nuevo —dijo lady Hornwood—, pero Mors Carroña es un bestia borracho y más viejo que mi padre. En cuanto a mi noble primo de Manderly, el lecho de mi señor no es tan grande para un hombre tan majestuoso, y desde luego, yo soy demasiado menuda y frágil para yacer debajo de él.

Bran sabía que, cuando un hombre y una mujer compartían el lecho, él se tendía sobre ella. Dormir debajo de lord Manderly debía de ser como estar debajo de un caballo caido. Ser Rodrik hizo un gesto de asentimiento comprensivo en dirección a la viuda.

—Tendréis otros pretendientes, mi señora. Os buscaremos alguno que sea más de vuestro agrado.

—Quizá no tengáis que buscar muy lejos, ser Rodrik.

Cuando ella se hubo marchado, el maestre Luwin se permitió sonreír.

—Ser Rodrik, creo que la señora se ha fijado en vos.

Ser Rodrik carraspeó, incómodo.

—Estaba muy triste —comentó Bran.

—Triste y dulce —asintió ser Rodrik—, y no carece de atractivos, teniendo en cuenta su edad, pese a lo modesta que es. Pero representa un peligro para la paz en el reino de tu hermano.

—¿Ella? —Se sorprendió Bran.

—No tiene heredero directo —le dijo el maestre Luwin—. No faltarán quien quiera hacerse con las tierras de los Hornwood. Los Tallhart, los Flint y los Karstark tienen lazos de parentesco con la casa Hornwood por línea femenina, y los Glover tienen como pupilo al bastardo de lord Halyssen Bosquespeso. Que yo sepa, Fuerte Terror no ha presentado ninguna reclamación, pero sus tierras son limítrofes, y Roose Bolton no es hombre que deje pasar una oportunidad como esa.

—En circunstancias así —dijo ser Rodrik retorciéndose los bigotes—, le corresponde a su legítimo señor encontrar un marido aceptable para ella.

—¿Por qué no os casáis vos con la dama? —preguntó Bran—. Decís que es atractiva, y así Beth tendría una madre.

—Es una idea muy generosa, mi príncipe. —El anciano caballero puso una mano en el brazo de Bran—. Pero yo no soy más que un caballero, y demasiado viejo. Podría defender las tierras de la dama unos cuantos años, pero en cuanto muriese, lady Hornwood volvería a encontrarse en las mismas circunstancias. Y la propia Beth correría peligro.

—Entonces, que lo herede todo el bastardo de lord Hornwood —dijo Bran, pensando en su hermanastro Jon.

—Sería una solución satisfactoria para los Glover, y quizás también para el espíritu de lord Hornwood, pero no creo que le gustara a lady Hornwood. No es

de su sangre.

—Aun así, habrá que considerar esa posibilidad —observó el maestre Luwin—. Como ella misma ha dicho, lady Donella ya ha dejado atrás sus años de fecundidad. Si no la hereda el bastardo, ¿quién lo hará?

—¿Me disculpáis? —preguntó Bran. Estaba oyendo el sonido del acero contra el acero; los escuderos practicaban con las espadas en el patio.

—Por supuesto, mi príncipe —dijo ser Rodrik—. Lo habéis hecho muy bien.

Bran se sonrojó de satisfacción. Lo de ser el señor de Invernia no le había resultado tan aburrido como temía, y la entrevista con lady Hornwood había sido mucho más breve que la de lord Manderly, así que aún le quedaban unas cuantas horas de luz para ir a ver a Verano. Siempre que ser Rodrik y el maestre se lo permitían, le gustaba pasar un rato con su lobo a diario.

En cuanto Hodor penetró en el bosque de dioses, Verano salió de debajo de un roble, casi como si supiera que iban a llegar. Bran divisó también una esbelta forma negra que los espiaba entre la maleza.

—Peludo —llamó—. Eh, Peludo, ven.

Pero el lobo de Rickon desapareció tan deprisa como había llegado.

Hodor sabía cuál era el lugar favorito de Bran, así que lo llevó al borde del estanque, a la sombra del árbol corazón donde lord Eddard solía arrodillarse para rezar. Cuando llegaron, la superficie del agua estaba agitada por ondas concéntricas, con lo que el reflejo del arciano temblaba y bailaba. Pero no había viento. Durante un instante, Bran se quedó desconcertado.

Y, en aquel momento, Osha salió a la superficie lanzando salpicaduras a su alrededor. Emergió de manera tan repentina que hasta Verano retrocedió mientras gruñía, y Hodor dio un salto hacia atrás.

—¡Hodor, Hodor! —gimoteó aterrado, hasta que Bran le dio unas palmaditas en el hombro para calmar sus temores.

—¿Cómo puedes nadar ahí? —le preguntó a Osha—. ¿No está muy fría?

—De niña mamaba carámbanos de hielo, chico. Me gusta el frío. —Osha nadó hasta las rocas y salió con gotas de agua deslizándose por su cuerpo. Estaba desnuda, y tenía la piel de gallina. Verano se le acercó con cautela y la olió—. Quería tocar el fondo.

—No sabía que hubiera fondo.

—Puede que no lo haya. —Sonrió—. ¿Qué miras, chico? ¿Es que nunca habías visto a una mujer?

—Claro que sí. —Bran se había bañado cientos de veces con sus hermanas, y también había visto a las criadas en los estanques de agua caliente. Pero Osha era diferente: dura y angulosa, en vez de blanda y redondeada. Tenía las piernas nervudas, y los pechos, planos como dos bolsas vacías—. Tienes muchas cicatrices.

—Me las he ganado todas, de la primera a la última. —Cogió su vestido

marrón, de corte recto, y se lo puso por la cabeza.

—¿Luchando contra gigantes? —Osha decía que al otro lado del Muro todavía había gigantes. « Tal vez algún día pueda ver a uno... » .

—Luchando contra hombres. —Se ató un trozo de cuerda a modo de cinturón —. Cuervos negros, y muchos. Hasta maté a uno —dijo al tiempo que sacudía el cabello. Le había crecido desde que llegara a Invernalia; ya le cubría las orejas. Parecía menos dura que la mujer que había intentado robarle y asesinarlo en el bosque de los Lobos—. He oído chismorreos en la cocina acerca de lo que ha pasado hoy entre los Frey y tú.

—¿Quién? ¿Qué chismorreos?

—El niño que se burla de un gigante es un estúpido —replicó la mujer dirigiéndole una sonrisa amarga—, y el mundo en el que al gigante lo defiende un tullido es un mundo loco.

—Hodor no se dio cuenta de que se estaban burlando de él —dijo Bran—. Además, nunca se pelea con nadie. —Recordaba cierta ocasión, cuando era pequeño, en que fue a la plaza del mercado con su madre y con la septa Mordane. Hodor las acompañaba para llevarles los bultos, pero se alejó de ellas, y cuando lo encontraron, unos chicos lo habían arrinconado en un callejón sin salida y lo agujoneaban con palos. El gigante no paraba de gritar « ¡Hodor! », se encogía y se protegía, pero en ningún momento alzó la mano contra los que lo atormentaban—. El septón Chayle dice que tiene un corazón bondadoso.

—Sí —dijo ella—. Y unas manos con las que podría arrancarle la cabeza a cualquiera, si le diera la gana. De todos modos, más vale que se cuide las espaldas cuando ese Walder esté cerca. Y tú también. El grande, ese al que llaman pequeño. El nombre es adecuado. Grande por fuera, pequeño por dentro, y mezquino hasta los huesos.

—No se atrevería a hacerme daño. Diga lo que diga, le tiene miedo a Verano.

—Puede que no sea tan idiota como aparenta. —Osha siempre mostraba precaución cuando los lobos huargo rondaban por los alrededores. El día que la cogieron prisionera, Verano y Viento Gris despedazaron a otros tres salvajes—. O puede que sí. Y eso también podría resultar problemático. —Se recogió el pelo—. ¿Has vuelto a tener los sueños de lobo?

—No. —No le gustaba hablar de los sueños.

—Un príncipe debería aprender a mentir mejor. —Osha se echó a reír—. Bueno, tus sueños son asunto tuy o. Lo mío es la cocina; más vale que vuelva allí antes de que Gage empiece a gritar y a blandir su cucharón de madera. Permiso para retirarme, mi príncipe.

« No debería haberme recordado lo de los sueños de lobo », pensó Bran mientras Hodor lo subía por las escaleras que llevaban a su dormitorio. Luchó contra el sueño tanto como pudo, pero al final se apoderó de él, como siempre. Aquella noche soñó con el arciano. El árbol lo miraba con sus ojos color rojo

oscuro, lo llamaba con su boca de madera, y de entre sus ramas blancas salió revoloteando el cuervo de tres ojos, para picotearle la cara y chillar su nombre con graznidos agudos como espadas.

Lo despertó el sonido de los cuernos. Bran dio media vuelta, agradecido por el alivio que suponía el fin del sueño. Oyó gritos vociferantes y cascos de caballos.

«Llegan más invitados, y encima parecen medio borrachos». Se agarró a las barras para ayudarse, salió de la cama y se dejó caer en el asiento situado bajo la ventana. El estandarte de los recién llegados representaba un gigante con unas cadenas rotas, de manera que eran hombres de la casa Umber, de las tierras norteñas más allá del río Último.

Al día siguiente recibió en audiencia a dos de ellos: los tíos del Gran Jon, hombres tempestuosos ya en el invierno de sus vidas, con barbas tan blancas como las capas de piel de oso que vestían. En cierta ocasión, un cuervo había dado por muerto a Mors y le sacó un ojo, así que llevaba en su lugar un trozo de vidriagón. Según los cuentos de la Vieja Tata, había agarrado al cuervo y le había arrancado la cabeza de un mordisco, de manera que lo apodaban Carroña. En cambio, la Tata nunca le había dicho a Bran por qué el apodo de Hother, su huesudo hermano, era Mataputias.

No habían hecho más que sentarse cuando Mors pidió permiso para casarse con lady Hornwood.

—El Gran Jon es la mano derecha del Joven Lobo; eso lo saben todos. ¿Quién mejor para proteger las tierras de la viuda que un Umber, y qué Umber mejor que yo?

—Lady Donella todavía está llorando su pérdida —dijo el maestre Luwin.

—Yo llevo debajo de estas pieles la cura para sus lágrimas —rio Mors.

Ser Rodrik le dio las gracias con toda cortesía y le prometió que presentaría su solicitud a la consideración de la dama y del rey.

Hother quería barcos.

—Los salvajes bajan del norte a robar; son más de los que había visto nunca. Cruzan en sus botes la bahía de las Focas y llegan a nuestras orillas. Los cuervos de Guardiaoriente son pocos y no pueden detenerlos, y ellos son rápidos como comadrejas. Sí, lo que nos hacen falta son barcoluengos, y hombres fuertes para tripularlos. El Gran Jon se llevó a demasiados de los nuestros. La mitad de las cosechas se utilizará como simiente por falta de brazos que manejen las guadañas.

—Disponéis de buenos bosques de pino y roble antiguo. —Ser Rodrik se tironeó de los bigotes—. Lord Manderly tiene carpinteros de ribera y marineros en abundancia. Juntos podríais echar a la mar los barcos necesarios para proteger las costas de ambos.

—¿Manderly? —bufó Mors Umber—. ¿Ese saco de sebo? Hasta su pueblo se burla de él, lord Lamprea lo llaman. ¡Pero si no puede casi ni andar! Si le clavara

una espada en la barriga saldrían reptando diez mil lampreas.

—Está gordo —reconoció ser Rodrik—. Pero no es ningún idiota. Trabajareis con él, o tendréis que explicarle los motivos al rey.

Y, para asombro de Bran, los belicosos Umber accedieron a hacer lo que se les ordenaba, aunque no sin refunfuños.

Mientras estaban en la audiencia llegaron los Glover de Bosquespaso, y también el numeroso grupo de los Tallhart de la Ciudadela de Torrhen. Galbart y Robett Glover habían dejado Bosquespaso en manos de la esposa de Robett, pero el que acudió a Invernalia fue su mayordomo.

—Mi señora os ruega que disculpéis su ausencia. Sus hijos aún son demasiado pequeños para un viaje tan largo, y no ha querido separarse de ellos.

Bran no tardó en darse cuenta de que quien gobernaba de verdad en Bosquespaso era el mayordomo, no lady Glover. Reconoció ante ellos que en aquellos momentos únicamente estaba guardando una décima parte de las cosechas. Les aseguró que un mago errante le había dicho que habría un verano de las almas con cosechas abundantes antes de que llegara el invierno. El maestre Luwin habría podido explicarle una serie de cosas sobre los magos errantes. Ser Rodrik le ordenó que empezara a reservar un quinto de las cosechas, y luego lo interrogó a fondo acerca del bastardo de lord Hornwood, Larence Nieve. En el norte, todos los bastardos de alta cuna llevaban el apellido Nieve. Aquel muchacho tenía cerca de doce años, y el mayordomo alabó su inteligencia y su valor.

—Tu idea sobre el bastardo es interesante, Bran —le dijo más tarde el maestre Luwin—. Creo que algún día serás un buen señor de Invernalia.

—No, no quiero. —Bran sabía que no sería un señor jamás, igual que tampoco sería un caballero—. Me habéis dicho que Robb se va a casar con una chica de la casa Frey, y los Walders también me lo han dicho. Tendrá hijos, y ellos serán los señores de Invernalia después de Robb, no yo.

—Puede que así sea, Bran —intervino ser Rodrik—. Pero yo me casé tres veces, y mis esposas solo me dieron hijas. Ahora, la única que me queda es Beth. Mi hermano Martyn engendró cuatro hijos fuertes, pero solo Jory llegó a la edad adulta. Cuando lo mataron, con él murió la estirpe de Martyn. Si hablamos del mañana, nunca hay nada seguro.

A Leobald Tallhart le tocó el turno al día siguiente. Les habló de portentos del clima y de las supersticiones del pueblo llano, y les contó que su sobrino se moría por ir a la guerra.

—Benfred ha reunido una compañía de lanceros. Son críos; ninguno pasa de los diecinueve años, pero todos se creen jóvenes lobos. Cuando les dije que no eran más que jóvenes conejos, se rieron de mí. Ahora se hacen llamar Liebres Salvajes y se dedican a galopar con pieles de conejo atadas a las puntas de las lanzas, cantando canciones de caballería.

A Bran, aquello le sonó grandioso. Recordaba a Benfred Tallhart, un muchacho corpulento, fansarrón y vocinglero que a menudo visitaba Invernalia con su padre, ser Helman, y se había hecho amigo de Robb y de Theon Greyjoy. Pero la noticia no le gustó nada a ser Rodrik

—Si el rey tiene necesidad de más hombres, enviará a buscarlos —dijo—. Dile a tu sobrino que debe permanecer en la Ciudadela de Torrhen, tal como ordenó su señor padre.

—Así lo haré, ser Rodrik —dijo Leobald. Fue entonces cuando sacó el tema de lady Hornwood. Pobrecilla, sin marido que defendiese sus tierras ni hijo que las heredase. Él estaba casado, como sin duda ya sabían, con una Hornwood, concretamente con la hermana del difunto lord Halsys—. Los salones desiertos son muy tristes. Se me ha ocurrido que podía enviar a mi hijo menor con lady Donella, para que fuera su pupilo y lo criara. Beren tiene casi diez años; es un muchacho muy agradable, y además, sobrino de la dama. Estoy seguro de que la animaría, y hasta podría adoptar el nombre de Hornwood...

—¿Si fuera nombrado heredero? —sugirió el maestre Luwin.

—Para que no se perdiera el linaje de la casa —terminó Leobald.

Bran sabía qué tenía que decir.

—Gracias por la sugerencia, mi señor —intervino antes de que ser Rodrik pudiera decir nada—. Le presentaremos vuestra propuesta a mi hermano Robb. Y a lady Hornwood, claro está.

—Os lo agradezco, mi príncipe —dijo Leobald, que pareció sorprendido de oírlo hablar.

Pero Bran vio compasión en sus claros ojos azules, tal vez mezclada con un poco de alegría por que el tullido no fuera hijo suyo. Durante un instante, odió a muerte a aquel hombre. En cambio parecía que al maestre Luwin le caía bien.

—Puede que Beren Tallhart sea nuestra mejor opción —les comentó cuando Leobald hubo salido—. Su sangre es mitad Hornwood. Si adopta el nombre de su tío...

—Sigue siendo un chiquillo —dijo ser Rodrik—. No podrá defender sus tierras de gente como Mors Umber o ese bastardo de Roose Bolton. Tenemos que meditarlo con cautela. Robb necesitará nuestro mejor consejo antes de tomar una decisión.

—Puede que la decisión la marquen cuestiones puramente prácticas —dijo el maestre Luwin—. Como a qué señor tiene que agasajar en un momento determinado. Las tierras del río pertenecen a su reino; tal vez quiera cimentar la alianza casando a lady Hornwood con uno de los señores del Tridente. Un Blackwood, tal vez, o un Frey...

—Lady Hornwood puede quedarse con uno de nuestros Frey —dijo Bran—. Con los dos, si le apetece.

—No eres bondadoso, mi príncipe —lo amonestó ser Rodrik con cariño.

« Los Walders tampoco» . Bran frunció el ceño, clavó la vista en la mesa y no dijo nada.

En los días siguientes fueron llegando cuervos de otras casas, con mensajes en los que se disculpaban por no asistir. El bastardo de Fuerte Terror no iría a Invernalia; todos los Mormont y los Karstark habían ido hacia el sur con Robb; lord Locke era demasiado anciano para realizar el viaje; lady Flint se encontraba en avanzado estado de gestación, y en la Atalaya de la Viuda estaban enfermos. Por fin consideraron que ya habían tenido noticias de todas las principales casas vasallas de los Stark, a excepción de Howland Reed, el lacustre, que no salía de sus pantanos desde hacía muchos años, y los Cerwyn, cuyo castillo se encontraba a menos de medio día a caballo de Invernalia. Lord Cerwyn estaba prisionero de los Lannister, pero su hijo, un muchacho de catorce años, llegó una borrascosa mañana a la cabeza de dos docenas de lanceros. Bran estaba montando a Bailarina por el patio cuando cruzó la puerta de entrada. Trotó para ir a darles la bienvenida; Cley Cerwyn siempre había sido amigo de Bran y de sus hermanos.

—Buenos días, Bran —lo saludó Cley con tono alegre—. ¿O ahora te tengo que llamar príncipe Bran?

—Solo si te apetece.

—¿Por qué no? —Cley se echó a reír—. Últimamente, cualquiera es rey o príncipe. ¿Stannis también ha enviado una carta a Invernalia?

—¿Stannis? No lo sé.

—Pues ahora también él es rey —le confió Cley—. Dice que la reina Cersei se acostaba con su hermano, así que Joffrey es un bastardo.

—Joffrey el Malnacido —gruñó uno de los caballeros de los Cerwyn—. No me extraña que sea desleal, si su padre es el Matarreyes.

—Eso —asintió otro—. Los dioses aborrecen el incesto. Mira cómo hicieron caer a los Targaryen.

Durante un momento, Bran se quedó sin respiración. Una mano gigante le oprimía el pecho. Sintió como si estuviera cayendo, y se aferró a las riendas de Bailarina con desesperación. El terror debió de reflejarse en su rostro.

—¿Bran? —Se preocupó Cley Cerwyn—. ¿Te encuentras mal? No es más que otro rey.

—Robb lo derrotará a él también. —Hizo dar la vuelta a Bailarina y la llevó hacia los establos sin prestar atención a las miradas asombradas de los hombres de la casa Cerwyn. La sangre le retumbaba en los oídos, y si no hubiera estado atado a la silla con cinturones, habría caído, sin duda.

Aquella noche, Bran rezó a los dioses de su padre, les rogó que le concedieran una noche sin pesadillas. Si los dioses lo oyeron, se burlaron de sus esperanzas, porque fueron peores que cualquiera de los sueños de lobo.

—Vuela o muere! —graznó el cuervo de tres ojos mientras lo picoteaba.

Él lloraba y suplicaba, pero el cuervo no tenía compasión. Le sacó el ojo

izquierdo, luego el derecho, y cuando estuvo ciego y en la oscuridad, le picoteó la frente y le clavó aquel espantoso pico agudo en el cráneo. Bran gritó y gritó hasta que sintió que sus pulmones estaban a punto de reventar. El dolor era un hacha que le estaba abriendo la cabeza, pero cuando el cuervo retiró el pico, lleno de trocitos de hueso y cerebro, de nuevo pudo ver. Y lo que vio lo hizo boquear de miedo. Estaba aferrado a una torre, a leguas y leguas del suelo; los dedos le resbalaban, rascaba la piedra con las uñas, sus piernas tiraban de él hacia abajo, aquellas piernas inútiles.

—¡Socorro! —gritó.

Un hombre dorado apareció en el cielo sobre él y lo agarró.

—Qué cosas hago por amor —murmuró con voz suave antes de lanzarlo al vacío.

—Ya no duermo como cuando era joven —le dijo el gran maestre Pyccelle a modo de disculpa por aquella reunión al amanecer—. Prefiero levantarme, aunque el mundo esté a oscuras, antes que quedarme inquieto en la cama pensando en todo lo que queda por hacer —añadió, pese a que los párpados hinchados delataban que estaba medio dormido.

En las ventiladas cámaras que había debajo de las pajareras, su criada les ofreció huevos duros, ciruelas cocidas y gachas; los sermones corrían por cuenta de Pyccelle.

—En estos tiempos tan tristes en que hay tantos hambrientos, considero mi deber que mi mesa también sea austera.

—Encomiable —admitió Tyrion al tiempo que cascaba un huevo moreno, que le recordaba muchísimo a la cabeza calva del gran maestre—. Mi punto de vista es diferente. Si hay comida, come; quizá mañana no haya. —Sonrió—. Decidme una cosa: ¿vuestros cuervos también madrugarán?

—Desde luego. —Pyccelle se acarició la barba blanca como la nieve que le caía sobre el pecho—. ¿Queréis que, cuando hayamos comido, pidá que me traigan pluma y tintero?

—No será necesario. —Tyrion puso las cartas sobre la mesa, junto a su plato de gachas. Eran dos pergaminos idénticos, bien enrollados y sellados con lacre en ambos extremos—. Dadle permiso a la chica para que se retire; así podremos hablar.

—Déjanos a solas, niña —ordenó Pyccelle. La criada se apresuró a salir de la habitación—. ¿Qué me decíais de estas cartas?

—Confidencial, para Doran Martell, príncipe de Dorne. —Tyrion le quitó unos trocitos de cáscara al huevo y le dio un mordisco. Le hacía falta sal—. Una carta con dos copias. Enviad a vuestros pájaros más veloces; se trata de un asunto de la mayor importancia.

—Las enviaré en cuanto terminemos de desayunar.

—Enviadlas ahora. Las ciruelas no corren peligro, y el reino, sí. Lord Renly viene con su ejército por el camino de las Rosas, y nadie sabe cuándo zarparán de Rocadragón los barcos de lord Stannis.

Pyccelle parpadeó.

—Si así lo desea mi señor...

—Así lo deseá.

—Mi misión es serviros. —El maestre se puso en pie trabajosamente. La cadena símbolo de su cargo tintineó. Era una joya pesada, consistente en una docena de collares de maestre entrelazados y adornados con gemas. A Tyrion le pareció que había muchos más eslabones de oro, plata y platino que de otros metales inferiores.

Pycelle se movía con tal lentitud que a Tyrion le dio tiempo de terminarse el huevo y probar las ciruelas (demasiado hechas y aguadas para su gusto) antes de que el sonido de unas alas lo hiciera levantarse. Divisó al cuervo negro contra el cielo del amanecer, y se dirigió rápidamente hacia el laberinto de estantes que había al otro lado de la habitación.

El maestre tenía una colección de medicamentos impresionante: docenas de vasijas selladas con cera, cientos de frascos con tapones, también cientos de botellitas de vidriolechoso, innumerables tarros de hierbas secas... y cada recipiente estaba bien etiquetado, con la caligrafía precisa de Pycelle. «Un cerebro muy organizado», reflexionó Tyrion. Y era cierto: en cuanto se descifraba el sistema de clasificación, era evidente que cada poción tenía un lugar adjudicado. «Y qué cosas tan interesantes tiene». Vio dulcesueño y sombra nocturna, leche de la amapola, lágrimas de Lys, gorragris en polvo, acónito y danza demoniaca, veneno de basilisco, ojociego, sangre de viuda...

Tuvo que ponerse de puntillas y estirarse, pero se las arregló para coger un frasquito polvoriento del estante superior. Leyó la etiqueta, sonrió y se lo guardó dentro de la manga.

Ya se había vuelto a sentar a la mesa y estaba pelando otro huevo cuando el gran maestre Pycelle bajó por las escaleras con paso pesado.

—Ya está, mi señor. —El anciano se sentó—. Estas cosas... es mejor hacerlas cuanto antes, por supuesto... ¿Decís que se trata de un asunto de la mayor importancia?

—Oh, sí.

Las gachas estaban demasiado espesas para el gusto de Tyrion, y le habría gustado añadirles mantequilla y miel. Ciento que, en Desembarco del Rey, la mantequilla y la miel no eran productos fáciles de conseguir en los últimos tiempos, pero lord Gyles mantenía el castillo bien abastecido. La mitad de los alimentos que consumían procedían de sus tierras o de las de lady Tanda. Rosby y Stokeworth estaban cerca de la ciudad, al norte, y la guerra no había llegado allí.

—El príncipe de Dorne, nada menos. ¿Puedo preguntaros...?

—Mejor no.

—Como queráis. —La curiosidad de Pycelle estaba tan madura que Tyrion casi percibía su sabor—. Puede que... el Consejo del Rey...

—La misión del Consejo es aconsejar al rey, maestre. —Tyrion dio unos golpecitos con la cuchara de madera en el borde del cuenco.

—Exacto —dijo Pycelle—. Y el rey...

—Es un niño de trece años. Yo hablo por él.

—Desde luego, desde luego. Sois la mano del rey. De todos modos..., vuestra gentil hermana, nuestra reina regente...

—Ya lleva un gran peso sobre sus preciosos hombros blancos. No quiero

añadirle otra carga. —Y vos? —Tyrion inclinó la cabeza hacia un lado y miró inquisitivo al gran maestre.

Pycelle bajó la vista hacia su plato de comida. Los ojos dispares de Tyrion, uno verde y otro negro, tenían algo que le daba escalofríos. El enano lo sabía, y los utilizaba.

—Eh... —dijo el anciano dirigiéndose a sus ciruelas—. Sin duda tenéis razón, mi señor. Es muy considerado por vuestra parte... aliviarla de esa... carga.

—Así soy yo. —Tyrion volvió a concentrarse en las gachas que no le gustaban—. Considerado. Al fin y al cabo, Cersei es mi querida hermana.

—Y mujer, además —asintió Pycelle—. Una mujer fuera de lo común, pero aun así... No es poca cosa ocuparse de todos los asuntos del reino, pese a la fragilidad característica de su sexo.

« Oh, sí, es una frágil paloma; que te lo diga Eddard Stark» .

—Me alegra ver que compartís mi preocupación. Os agradezco la hospitalidad de vuestra mesa, pero me espera un día muy largo. —Se bajó de la silla—. Tened la bondad de informarme en cuanto recibamos una respuesta de Dorne.

—Como vos digáis, mi señor.

—Y solo a mí.

—Eh... desde luego.

Las manos llenas de manchas de Pycelle se aferraban a su barba, como un hombre que se ahoga se aferraría a una cuerda. El corazón de Tyrion se llenó de alegría.

« Uno» , pensó.

Anadeó hacia el patio bajo, con las piernas atrofiadas quejándose en cada uno de los peldaños. El sol ya brillaba alto en el cielo, y el castillo había cobrado vida. Los guardias patrullaban sobre los muros, y los caballeros y guerreros se entrenaban con armas embotadas. Cerca de allí estaba Bronn, sentado en el borde de un pozo. Un par de sirvientas muy atractivas pasaron cerca de él, llevando entre las dos una cesta de mimbre, pero el mercenario ni siquiera las miró.

—Me doy por vencido, Bronn, no hay manera de educarte. —Tyrion señaló a las mujeres—. Tienes delante ese hermoso espectáculo, y tú solo te fijas en un montón de brutos armando jaleo con sus armas.

—En la ciudad hay cien prostíbulos donde podría comprar todos los coños que quisiera por una moneda de cobre cortada —replicó Bronn—, pero tal vez un día mi vida dependa de cuánto me haya fijado en esos brutos. —Se levantó—. ¿Quién es el chico del jubón de cuadros azules con tres ojos pintados en el escudo?

—Un caballero errante. Se hace llamar Tallad. ¿Por qué?

—Es el mejor de todos. —Bronn se apartó un mechón de pelo de los ojos—.

Pero fíjate en él: entra en una rutina; siempre que ataca asesta los mismos golpes y en el mismo orden. —Sonrió—. El día que se enfrente a mí, eso será su muerte.

—Le ha jurado lealtad a Joffrey. No creo que se enfrente a ti.

Echaron a andar por el patio. Bronn acompañó sus largas zancadas a las cortas de Tyrion. Últimamente, el mercenario tenía un aspecto casi respetable. Se había lavado y cepillado el pelo negro, estaba recién afeitado y vestía la coraza negra de los oficiales de la Guardia de la Ciudad. Llevaba sobre los hombros una capa color escarlata Lannister, con dibujos de manos doradas. Tyrion se la había regalado tras nombrarlo capitán de su guardia personal.

—¿Cuántos peticionarios tenemos hoy? —preguntó.

—Treinta y tantos —respondió Bronn—. La mayoría, para presentar quejas o suplicar algo. Tu amiga ataca de nuevo.

—¿Lady Tanda? —Dejó escapar un gemido.

—Su paje. Te invita a cenar con ella otra vez. Dice que servirá una pierna de venado, y también gansos rellenos de moras y...

—Y a su hija —terminó Tyrion con amargura. Desde el momento en que había puesto los pies en la Fortaleza Roja, lady Tanda se había dedicado a perseguirlo, armada con un inagotable arsenal de empanadas de lamprea, jabalíes y sabrosos guisos. Por lo visto, estaba segura de que un señor menor, enano para más señas, sería el consorte ideal para su hija Lollys, una mujer corpulenta, blanda, algo retrasada, de la que se decía que seguía siendo doncella a los treinta y tres años—. Discúlpame con ella.

—¿No te gusta el ganso relleno? —Bronn sonrió, malévolamente.

—Deberías ir tú a comerte el ganso y a casarte con la chica. O mejor aún, envía a Shagga.

—Shagga preferiría comerse a la chica y casarse con el ganso —señaló Bronn—. De todos modos, Lollys pesa más que él.

—Eso sí que es verdad —reconoció Tyrion mientras pasaban bajo la sombra de una galería en forma de arco que unía dos torres—. ¿Quién más me quiere ver?

—Hay un prestamista de Braavos que trae unos papeles muy complicados —contestó el mercenario poniéndose serio—. Pide ver al rey para tratar con él el pago de no sé qué préstamo.

—Como si Joff supiera contar más allá de veinte. Ponlo en contacto con Meñique, que se las arregle con él. ¿Más?

—Un señor menor del Tridente: dice que los hombres de tu padre quemaron su castillo, violaron a su esposa y mataron a todos sus campesinos.

—Tengo entendido que a eso lo llaman guerra. —Tyrion sospechaba que había sido cosa de Gregor Clegane, o de Amory Lorch, o tal vez de los perros de su padre, los qohorienses—. ¿Qué quiere de Joffrey?

—Campesinos para sus tierras —dijo Bronn—. Ha hecho todo ese viaje para demostrar su lealtad y suplicar una recompensa.

—Lo recibiré mañana. —Tanto si su lealtad era sincera como si simplemente era un hombre desesperado, un señor del río les podría ser útil—. Encárgate de que lo instalen en una habitación cómoda y le sirvan una comida caliente. Hazle llegar un par de botas nuevas, que sean buenas, cortesía del rey Joffrey.

Una muestra de generosidad nunca estaba de más. Bronn asintió.

—También hay una horda de panaderos, carniceros y verduleros que quieren hablar contigo.

—Ya se lo dije la última vez: no tengo nada que darles. —Los alimentos que llegaban a Desembarco del Rey eran escasos, y la mayoría se reservaba para el castillo y la guarnición. Los precios de las verduras, las frutas y los tubérculos habían subido de manera increíble, y Tyrion no quería ni imaginar qué clase de carne iba a parar a las ollas de los tenderetes del Lecho de Pulgas. Ojalá fuera pescado. Aún les quedaban el río y el mar... al menos hasta que llegaran las naves de lord Stannis.

—Quieren protección. Anoche, la muchedumbre asó a un panadero en su horno. Dicen que cobraba el pan demasiado caro.

—¿Y es verdad?

—Ya no está en condiciones de negarlo.

—No se lo comerían luego, supongo.

—Que yo sepa, no.

—Al próximo se lo comerán —dijo Tyrion, sombrío—. Les proporcionaré la protección que pueda. Los capas doradas...

—Dicen que entre los atacantes había capas doradas —lo interrumpió Bronn

—. Quieren hablar con el rey en persona.

—Idiotas. —Tyrion los había despedido con su condolencia; su sobrino los despediría con látigos y lanzas. Casi se sintió tentado de permitirlo... Pero no, no debía. Más tarde o más temprano, algún enemigo atacaría Desembarco del Rey, y lo que menos falta le haría en aquel momento sería tener traidores bien dispuestos dentro de la ciudad—. Diles que el rey Joffrey comparte sus temores y hará todo lo que pueda por ellos.

—Quieren pan, no promesas.

—Si les doy pan hoy, mañana tendré el doble de personas a mis puertas.
¿Quién más?

—Un hermano negro que viene del Muro. El mayordomo dice que ha traído una especie de mano podrida en un frasco.

—Me extraña que nadie se la haya comido. —Tyrion sonrió, cansado—. En fin, lo tengo que recibir, claro. ¿No se tratará de Yoren, por casualidad?

—No, es un caballero. Thorne.

—¿Ser Alliser Thorne? —De todos los hermanos negros que había conocido

en el Muro, ser Alliser Thorne era el que menos le había gustado. Era un hombre amargado, malévolos, con un concepto demasiado elevado de su valía—. Bien pensado, no me apetece ver a ser Alliser ahora mismo. Búscale una celda cómoda en la que no hayan cambiado la paja del colchón desde hace un año, y dejemos que su mano se pudra un poco más.

Bronn lanzó una carcajada y se alejó para cumplir las órdenes, mientras Tyrion subía trabajosamente por las escaleras. Cuando cruzaba cojeando el patio exterior, oyó que se alzaba el rastrillo. Su hermana, acompañada por un numeroso grupo, aguardaba ante la entrada principal.

A lomos de su palafrén blanco, Cersei se alzaba ante él, majestuosa, como una diosa vestida de verde.

—Hermano —saludó sin la menor calidez. La reina no estaba nada satisfecha con su manera de zanjar el asunto de Janos Slynt.

—Alteza. —Tyrion hizo una reverencia cortés—. Esta mañana estás muy hermosa. —Llevaba una corona de oro y una capa de armiño. Su séquito la seguía a caballo: ser Boros Blount, de la Guardia Real, con armadura blanca y su habitual semblante ceñudo; ser Balon Swann, con el arco colgado de la silla con incrustaciones de plata; lord Gyles Rosby, respirando con más dificultades que nunca; Hallyne el Piromante, del Gremio de Alquimistas, y el nuevo favorito de la reina, su primo ser Lancel Lannister, escudero de su difunto esposo y nombrado caballero por orden de la viuda. También la acompañaban Vylarr y veinte guardias—. ¿Adónde te diriges, hermana? —quiso saber Tyrion.

—Voy a hacer una ronda por las puertas, para inspeccionar los nuevos escorpiones y bombardas. No quiero que la gente piense que todos consideramos la defensa de la ciudad un asunto trivial, como tú. —Cersei clavó en él sus hermosos ojos color verde claro, bellos hasta cuando mostraban tanto desprecio—. Me han informado de que Renly Baratheon se ha puesto en marcha y ha salido de Altojardín. Avanza por el camino de las Rosas, junto con todo su ejército.

—Varys me transmitió el mismo informe.

—Puede llegar aquí con la luna llena.

—A ese ritmo tan pausado, no —la tranquilizó Tyrion—. Cada noche celebra un festín en un castillo diferente, y reúne a la corte en todas las encrucijadas por las que pasa.

—Y cada día se unen a él más hombres. Se dice que ya tiene más de cien mil.

—Parecen muchos.

—Cuenta con las fuerzas de Bastión de Tormentas y Altojardín, pequeño idiota —le espetó Cersei—. Y con todos los vasallos de Tyrell, excepto los Redwyne, cosa que me debes a mí. Mientras tenga en mis manos a sus gemelos marcados de viruelas, lord Paxter se quedará quietecito en el Rejo, y encima se

considerará afortunado.

—Lástima que el Caballero de las Flores se escurriera entre tus preciosos dedos. De todos modos, no somos el único problema que tiene Renly. Nuestro padre en Harrenhal, Robb Stark en Aguasdulces... Si yo estuviera en su lugar, no haría lo que él hace. Avanzaría, mostraría mi poder ante todo el reino, aguardaría, vigilaría. Me tomaría tiempo y dejaría que mis rivales se enfrentaran entre ellos. Si Stark nos derrota, el sur caerá en manos de Renly como un regalo de los dioses, sin que tenga que perder ni a un hombre. Y si es al contrario, podrá caer sobre nosotros mientras nos estemos recuperando.

No consiguió calmar a Cersei.

—Quiero que le ordenes a nuestro padre que traiga su ejército a Desembarco del Rey.

« Eso solo serviría para hacerte sentir a salvo» .

—¿Desde cuándo puedo darle órdenes a nuestro padre?

—¿Y cuándo piensas liberar a Jaime? —Su hermana hizo caso omiso de la pregunta anterior—. Vale por cien como tú.

—Te ruego que no se lo digas a lady Stark —Tyrion le dirigió una sonrisa torcida—. No tenemos a cien como yo para cambiarlos por Jaime.

—Nuestro padre debía de estar loco cuando te envió aquí. Eres peor que inútil. —La reina sacudió las riendas e hizo dar media vuelta a su palafrén. Salió por la puerta al trote, con la capa de armiño ondeando a sus espaldas. Su séquito se apresuró a seguirla.

Lo cierto era que Renly Baratheon no preocupaba a Tyrion ni la mitad que su hermano Stannis. El pueblo quería a Renly, pero jamás había guiado un ejército a la guerra. Stannis era diferente: duro, frío, inexorable. Si pudiera saber qué estaba sucediendo en Rocadragón... Pero ninguno de los pescadores a los que había pagado por espiar en la isla había regresado, y hasta los informadores que el eunuco aseguraba tener en la mismísima corte de Stannis habían guardado un silencio ominoso.

Pero se habían visto cerca de sus orillas los cascos listados de galeras lyseñas de guerra, y Varys tenía informes de capitanes mercenarios de Myr que se habían puesto al servicio de Rocadragón.

« Si Stannis ataca por mar mientras su hermano Renly intenta derribar nuestras puertas, no tardarán en exhibir la cabeza de Joffrey en una pica. Y lo peor es que la mía estará al lado» . Era una idea deprimente. Tenía que hacer planes para poner a Shae a salvo fuera de la ciudad, por si acaso sucedía lo peor.

Podrick Payne estaba ante la puerta de sus estancias, con la vista clavada en el suelo.

—Está dentro —le anunció al cinturón de Tyrion—. Ahí dentro. Mi señor. Perdón.

—Mirame, Pod. —Tyrion suspiró—. Me pone enfermo que le hables a mí

bragueta. Aunque me eches un vistazo a la cara, no te volverás enano; no es contagioso. A ver: ¿quién me espera dentro de mis estancias?

—Lord Meñique. —Podrick había conseguido mirarlo a la cara un instante, pero enseguida volvió a bajar la vista—. Quiero decir, lord Petyr. Lord Baelish. El consejero de la moneda.

—Tal como lo dices, parece que ahí dentro hubiera una multitud.

El chico se encogió como si le hubiera dado un palo. Tyrion se sintió culpable de una manera absurda.

Lord Petyr estaba sentado junto a su ventana, lánguido y elegante con su jubón afelpado color ciruela y su capa de seda amarilla, y con una mano enguantada apoyada en la rodilla.

—El rey está luchando contra las liebres con una ballesta —dijo—. Las liebres van ganando. Venid a ver.

Tyrion tuvo que ponerse de puntillas para asomarse. Abajo, una liebre yacía muerta; otra agonizaba, sacudiendo las largas orejas, con una saeta clavada en el costado. Por todas partes se veían más saetas, clavadas en la tierra como briznas de paja que una tormenta hubiera dispersado.

—¡Ahora! —gritó Joff.

El hombre soltó la liebre que sujetaba entre las manos, y el animal empezó a saltar. Joffrey tiró de la llave de la ballesta. La saeta falló por dos codos. La liebre se quedó quieta sobre las patas traseras, moviendo la naricilla como si olisqueara al rey. Joff soltó una maldición y empezó a tensar la ballesta de nuevo, pero mucho antes de que lo lograra, el animal ya había desaparecido.

—¡Otra! —El encargado de las liebres metió las manos en la conejera. El siguiente animal fue como una estela marrón sobre las piedras del patio, mientras que el disparo apresurado de Joffrey casi le acertó a ser Preston en la entrepierna.

—¿Te gusta la liebre a la cazuela, chico? —le preguntó Meñique a Podrick Payne, volviéndose hacia él.

—¿Para comer, mi señor? —Pod clavó la vista en las botas del visitante, un hermoso calzado de cuero teñido de rojo adornado con volutas negras.

—Invierte en cazuelas —le aconsejó Meñique—. Dentro de nada vamos a tener una invasión de liebres en el castillo. Vamos a comer liebre tres veces al día.

—Mejor eso que ratas al espetón —dijo Tyrion—. Puedes marcharte, Pod. A menos que lord Petyr quiera tomar algo...

—No, gracias. —Meñique sonrió burlón—. Se dice que quien bebe con el enano, despierta en el Muro. El negro no me favorece.

« No temáis, mi señor —pensó Tyrion—. No es precisamente el Muro lo que os reservo». Se sentó en una silla alta con cojines.

—Estáis hoy muy elegante, mi señor.

—Me ofendéis. Procuro estar elegante siempre.

—¿Es nuevo ese jubón?

—Sí. Sois muy observador.

—Ciruela y amarillo. ¿Son los colores de vuestra casa?

—No. Pero uno se cansa de llevar siempre los mismos colores. Al menos, yo me canso.

—El cuchillo también es muy hermoso.

—¿Sí? —La mirada de Meñique era traviesa. Desenvainó el cuchillo y le echó una ojeada sin mucho interés, como si fuera la primera vez que lo veía—. Acero valyrio y mango de huesodragón. Aunque un poco vulgar. Si os gusta, ya es vuestro.

—¿Mío? —Tyrion le dirigió una larga mirada—. No. No es mío. Y nunca lo ha sido.

«Lo sabe, el muy insolente lo sabe. Y sabe que lo sé, y cree que no le puedo hacer nada».

Si alguna vez un hombre se había hecho una armadura de oro, había sido Petyr Baelish, no Jaime Lannister. La famosa armadura de Jaime no era más que acero dorado; en cambio, Meñique... Tyrion había descubierto unas cuantas cosas sobre el encantador Petyr. Cosas inquietantes.

Hacía diez años, Jon Arryn le había otorgado una sinecura menor en las aduanas, donde lord Petyr pronto se distinguió al conseguir recaudar tres veces más que cualquier otro recaudador del rey. Robert gastaba a manos llenas. Un hombre como Petyr Baelish, capaz de frotar dos dragones de oro para que parieran un tercero, resultaba de un valor inmenso para la mano del rey. A los tres años de llegar a la corte, ya era consejero de la moneda y miembro del Consejo Privado. En la actualidad, los ingresos de la corona eran diez veces más elevados que en tiempos de su agobiado predecesor..., aunque las deudas de la corona también se habían incrementado. Petyr Baelish era un malabarista de primera.

Y también muy inteligente. No se limitaba a recaudar el oro y dejarlo en la cámara del tesoro, oh, no. Pagaba las deudas del rey con promesas, y ponía el oro del rey a que rindiera. Compraba carromatos, tiendas, naves, casas... Compraba cereales cuando había cosechas abundantes, y vendía pan cuando empezaba a escasear. Compraba lana en el norte, lino en el sur y encajes en Lys. Almacenaba las telas, las movía, las teñía y las vendía. Los dragones de oro se apareaban y se multiplicaban. Meñique los prestaba y los recuperaba junto con sus crías.

Y, mientras tanto, también fue situando a hombres que le eran leales. Los cuatro Guardianes de las Llaves eran suyos. El mismo había nombrado al Contador Real y al Balanza Real, y también a los oficiales al mando de las tres cecas. Nueve de cada diez capitanes de puerto, recaudadores de impuestos,

agentes de aduanas, agentes textiles, cobradores, fabricantes de vinos... eran leales a Meñique. Se trataba de hombres en su mayoría de extracción popular: hijos de comerciantes, de señores menores, a veces incluso extranjeros... Pero, a juzgar por los resultados que obtenían, mucho más capacitados que sus predecesores de alta cuna.

A nadie se le había ocurrido cuestionar los nombramientos; ¿para qué? Meñique no representaba una amenaza para nadie. Era un hombre avisado, sonriente, cordial, amigo de todos, siempre capaz de encontrar el oro que le pidieran el rey o su mano, y al mismo tiempo de linaje poco elevado, poco más que un caballero errante. No, no había nada que temer de él. No podía llamar a sus vasallos; no tenía un ejército ni una gran fortaleza; sus posesiones eran irrelevantes; no tenía un matrimonio importante en perspectiva.

«Y pese a todo, ¿me atrevo a tocarlo? —se preguntó Tyrion—. ¿Aunque resulte que es un traidor?». No estaba seguro de poder hacerlo, y menos en aquel momento, en medio de la guerra. Con tiempo podría sustituir a los hombres que tenía Meñique en posiciones clave por otros que fueran leales a él, pero...

Resonaron gritos en el patio.

—Vaya. Su alteza ha matado una liebre —observó lord Baelish.

—Una liebre muy lenta, sin duda —asintió Tyrion—. Mi señor, tengo entendido que, mientras estuvisteis como pupilo en Aguasdulces, teníais una relación muy cercana con los Tully.

—Se podría decir que sí. Sobre todo con las hijas.

—¿Como cuánto de cercana?

—Yo las desfloré. ¿Os parece suficientemente cercana?

Soltó la mentira (Tyrion estaba casi seguro de que era una mentira) con tal desparpajo que cualquiera se la habría creído. Tal vez la que mintió había sido Catelyn Stark sobre cómo perdió la virginidad y sobre el asunto del puñal. Cuanto más envejecía, más consciente era Tyrion de que nada era sencillo, y pocas cosas eran ciertas.

—Las hijas de lord Hoster no sienten mucho afecto por mí —le confesó—. Dudo que prestaran oídos a ninguna propuesta que yo les presentara. En cambio, si las mismas palabras vinieran de vos, les sonaría más dulces.

—Eso dependería de las palabras. Si pensáis ofrecer a Sansa a cambio de vuestro hermano, no me hagáis perder el tiempo. Joffrey no va a prescindir de su juguete, y lady Catelyn no es tan estúpida como para cambiar al Matarreyes por una chiquilla.

—También pienso contar con Arya. Mis hombres la están buscando.

—Buscar no es lo mismo que encontrar.

—Lo tendré presente, mi señor. De todos modos, a quien esperaba que hicierais cambiar de opinión es a lady Lysa. Para ella tengo una oferta más jugosa.

—Lysa es más tratable que Catelyn, cierto..., pero también más miedosa, y tengo entendido que os detesta.

—Ella cree que tiene buenos motivos. Mientras fui su huésped en el Nido de Águilas, insistió en que yo había matado a su esposo, y no se mostró propensa a escuchar mis negativas. —Se inclinó hacia delante—. Pero si le entrego al verdadero asesino de Jon Arryn, tal vez cambie su opinión sobre mí.

—¿Al verdadero asesino? —Aquello hizo que Meñique se incorporase en su asiento—. Confieso que despertáis mi curiosidad. ¿A quién proponéis?

—Soy generoso con mis amigos, por voluntad propia. —Le tocó el turno de sonreír a Tyrion—. Lysa Arryn lo tiene que comprender.

—¿Qué queréis de ella? ¿Su amistad o sus espadas?

—Ambas cosas.

—Lysa tiene muchas preocupaciones —dijo Meñique mientras se acariciaba la pulcra barbita—. Los clanes están lanzando ataques en las montañas de la Luna; son más que nunca y están mejor armados.

—Sí, es preocupante —dijo Tyrion Lannister, que les había proporcionado las armas—. Yo podría ayudarla en ese sentido. Con una palabra mía...

—¿Y qué le costaría a ella?

—Quiero que lady Lysa y su hijo aclamen a Joffrey como rey, le juren lealtad y...

—¿Les declaran la guerra a los Stark y a los Tully? —Meñique sacudió la cabeza—. Tenéis una cucaracha en el flan, Lannister. Lysa jamás enviará a sus caballeros contra Aguasdulces.

—Ni yo se lo voy a pedir. No andamos escasos de enemigos. Utilizaría sus fuerzas contra lord Renly o contra lord Stannis, si es que sale de Rocadragón. A cambio tendrá justicia para Jon Arryn y paz en el valle. Hasta nombraré a su horroroso hijo Guardián del Oriente, como su padre. —«Quiero verlo volar», susurró una vocecita de niño en su memoria—. Y, para sellar el trato, le entregaré a mi sobrina. —Tuvo el placer de ver una expresión de sincera sorpresa en los ojos verde grisáceo de Petyr Baelish.

—¿A Myrcella?

—En cuanto llegue a la mayoría de edad, podrá casarse con el pequeño lord Robert. Hasta ese momento será la pupila de lady Lysa en el Nido de Águilas.

—¿Qué opina de este plan su alteza la reina? —Tyrion se encogió de hombros, y Meñique prorrumpió en carcajadas—. Ya me parecía a mí. Sois un hombrecillo muy peligroso, Lannister. Si, le podría cantar esa canción a Lysa. —Otra vez la sonrisa taimada, la mirada astuta—. Si quisiera. —Tyrion asintió y aguardó. Sabía que Meñique no podía soportar un silencio prolongado—. Decidme —siguió lord Petyr, inmutable, tras una pausa—, ¿qué tenéis para mí?

—Harrenhal. —Resultó interesante observar la expresión de su rostro. El padre de lord Petyr había sido el menor de los señores menores, y su abuelo, un

caballero errante sin tierras; por nacimiento no le correspondían más que unas pocas fanegas de tierra pedregosa barrida por el viento, en la orilla de los Dedos. Harrenhal era una de las ciruelas más apetitosas de los Siete Reinos, con tierras amplias, ricas y fértiles, y un gran castillo tan formidable como cualquiera del reino, mayor incluso que el de Aguasdulces, donde Petyr Baelish había sido acogido como pupilo, solo para verse expulsado cuando se atrevió a poner los ojos sobre la hija de lord Hoster.

Meñique se tomó un momento para colocarse los pliegues de la capa, pero Tyrion ya había visto el relámpago de codicia en aquellos astutos ojos de gato.
« Ya es mío», pensó.

—Harrenhal está maldito —dijo lord Petyr al cabo de un instante, tratando de poner voz de aburrimiento.

—Pues derribadlo hasta los cimientos y construid otro castillo que os complazca más. No os faltarán dinero. Pienso nombrarlos señor feudal del Tridente. Los señores del río han demostrado que no se puede confiar en ellos. Os tendrán que rendir pleitesía.

—¿Los Tully también?

—Si queda alguno vivo cuando esto termine... —Meñique era como un niño que acabara de morder un panal a escondidas. Trataba de ver dónde estaban las abejas, pero la miel era muy dulce.

—Harrenhal con todas sus tierras e ingresos —murmuró—. De un golpe me convertiríais en uno de los más grandes señores del reino. No es que sea ingrato, mi señor, pero... ¿por qué?

—Servisteis bien a mi hermana en el problema de la sucesión.

—Igual que Janos Slynt. A quien se le otorgó hace poco ese mismo castillo, Harrenhal..., y se le arrebató de inmediato cuando dejó de ser útil.

—Me habéis pillado, mi señor. —Tyrion se echó a reír—. ¿Qué queréis que os diga? Os necesito para convencer a lady Lysa. A Janos Slynt no lo necesitaba. —Se encogió de hombros—. Prefiero veros a vos en Harrenhal que a Renly sentado en el Trono de Hierro. ¿No es sencillo?

—Muy sencillo. ¿Os dais cuenta de que tal vez tenga que acostarme de nuevo con lady Lysa para que acepte ese matrimonio?

—No me cabe duda de que desempeñaréis la tarea con gran eficacia.

—En cierta ocasión le dije a Ned Stark que, cuando uno se encuentra desnudo con una mujer fea, lo único que puede hacer es cerrar los ojos y seguir adelante.

—Meñique juntó las yemas de los dedos y clavó la vista en los ojos dispares de Tyrion—. Dadme quince días para zanjar algunos asuntos y preparar un barco que me lleve a Puerto Gaviota.

—Me parece muy bien.

—Ha sido una mañana muy agradable, Lannister —dijo su invitado mientras se levantaba—. Y provechosa... para los dos, espero. —Hizo una reverencia, dio

la vuelta en un torbellino de seda amarilla y salió de la estancia.

« Dos », pensó Tyrion.

Subió a su dormitorio para esperar a Varys, que no tardaría en acudir. Seguramente al atardecer, o como muy tarde a primera hora de la noche, aunque esperaba que no. Tenía ganas de visitar a Shae.

Se llevó una agradable sorpresa cuando Galt, de los Grajos de Piedra, le dijo una hora más tarde que el hombre empolvado solicitaba verlo.

—Sois muy cruel —le reprochó el eunuco—; el gran maestre se está muriendo de curiosidad. No soporta los secretos.

—¿El cuervo llama negro al grajo? ¿O acaso vos preferís no saber qué le he propuesto a Doran Martell?

—Puede que mis pajaritos ya me lo hayan contado —Varys rio entre dientes.

—¿De veras? —Aquellos sí que quería oírlo—. Contadme.

—Hasta ahora, los hombres de Dorne se han mantenido al margen de esta guerra. Doran Martell ha llamado a sus vasallos, pero nada más. Es de todos bien sabido que detesta a la casa Lannister, y la opinión general es que se unirá a lord Renly. Vos querriáis disuadirlo...

—Todo eso es evidente —dijo Tyrion.

—Lo único que me intriga es qué podéis haberle ofrecido a cambio de su lealtad. El príncipe es un hombre muy sentimental, y todavía llora la pérdida de su hermana Elia y sus queridos hijitos.

—Mi padre me dijo en cierta ocasión que un señor jamás deja que los sentimientos se interpongan en el camino de su ambición... Y ahora que lord Janos ha vestido el negro, tenemos un asiento libre en el Consejo Privado.

—Un asiento en el Consejo no es cosa que se desprecie —reconoció Varys—, pero ¿bastará para que un hombre orgulloso olvide el asesinato de su hermana?

—¿Por qué habría de olvidarlo? —Sonrió Tyrion—. Le he prometido entregarle a los asesinos de su hermana, vivos o muertos, como él prefiera. Cuando acabe la guerra, claro.

—Mis pajaritos me cuentan —dijo Varys, lanzándole una mirada astuta— que la princesa Elia gritó... cierto nombre... cuando fueron a por ella.

—Si lo sabe todo el mundo, ¿sigue siendo un secreto? —Nadie ignoraba que Gregor Clegane había matado a Elia y a su bebé. Se decía que había violado a la princesa con las manos todavía sucias de la sangre y los sesos de su hijo.

—Este secreto es el más fiel sirviente de vuestro padre.

—Mi padre sería el primero en deciros que cincuenta mil hombres de Dorne valen más que un perro rabioso.

—¿Y si el príncipe exige la sangre del señor que dio la orden —preguntó Varys mientras se acariciaba una mejilla empolvada—, además de la del que la llevó a cabo?

—La rebelión la lideraba Robert Baratheon. En última instancia, todas las

órdenes procedían de él.

—Robert no estaba en Desembarco del Rey.

—Doran Martell tampoco.

—Ya veo. Sangre para su orgullo y un asiento para su ambición. Oro y tierras, por descontado. Una oferta muy dulce... pero los dulces pueden estar envenenados. Si yo fuera el príncipe, pediría algo más antes de coger este panal de miel. Alguna muestra de buena voluntad, una salvaguardia contra la traición.

—Varys le dedicó su sonrisa más babosa—. ¿A cuál le enviaréis?

—Ya lo sabéis, ¿verdad? —Tyrion suspiró.

—Ya que así lo planteáis... sí. A Tommen. No podéis ofrecerle Myrcella a los dos, a Doran Martell y a Lysa Arryn.

—Recordadme que no juegue a las adivinanzas con vos. Hacéis trampas.

—El príncipe Tommen es un buen muchacho.

—Y si lo aparto de Cersei y de Joffrey ahora que todavía es pequeño, puede que llegue a ser un buen hombre.

—¿Y un buen rey?

—Joffrey es el rey.

—Y Tommen su heredero, si a su alteza le sucediera alguna desgracia. Tommen, de naturaleza tan dulce, y tan... manejable.

—Sois muy desconfiado, Varys.

—Lo tomo como un cumplido, mi señor. En cualquier caso, el príncipe Doran no será insensible al gran honor que le hacéis. Un movimiento muy hábil... Pero tiene un pequeño fallo.

—¿Ese fallo se llama Cersei? —El enano se echó a reír.

—¿De qué sirve el arte de la política si se enfrenta al amor que siente una madre por el dulce fruto de su vientre? Quizá por la gloria de su casa y la seguridad del reino, sería posible convencer a la reina para que se dejara arrebatar a Tommen o a Myrcella. Pero ¿a los dos? Imposible.

—Lo que Cersei no sepa, nunca me hará daño.

—¿Y si su alteza descubriera vuestras intenciones antes de que el plan esté maduro?

—En ese caso —dijo—, sabría que el hombre que se las hubiera contado es mi enemigo.

Y cuando Varys soltó una risita, Tyrion pensó: « Tres» .

Si queréis volver a casa, id esta noche al bosque de dioses.

El mensaje seguía siendo idéntico en la centésima lectura que en la primera, cuando Sansa había encontrado el pergamo doblado bajo su almohada. No sabía cómo había llegado allí, ni quién lo había enviado. La nota no tenía firma ni sello, y la caligrafía le resultaba desconocida. Lo arrugó y lo estrechó contra su pecho.

—Si queréis volver a casa, id esta noche al bosque de dioses —susurró en un hilo de voz.

¿Qué podía significar aquello? ¿No debería llevárselo a la reina, para demostrar que era buena? Se frotó el estómago, nerviosa. El cardenal amoratado que le había proporcionado ser Meryn era ya de un amarillo sucio, pero le seguía doliendo. Llevaba el guantelete de malla cuando la golpeó. Había sido culpa de ella, de Sansa. Tenía que aprender a ocultar mejor sus sentimientos, para no hacer enfadar a Joffrey. Cuando se enteró de que el Gnomo había enviado a lord Slynt al Muro, se olvidó de controlarse y exclamó: « ¡Ojalá se lo lleven los Otros! ». El rey no había estado nada satisfecho.

Si queréis volver a casa, id esta noche al bosque de dioses.

Sansa había rezado mucho. ¿Sería aquello la respuesta? ¿Acudiría a salvarla un caballero de verdad? Tal vez fuera uno de los gemelos Redwyne, o el valeroso ser Balon Swann... O incluso Beric Dondarrion, el joven señor del que se había enamorado su amiga Jeyne Poole, con su pelo dorado rojizo y la capa negra cubierta de estrellas.

Si queréis volver a casa, id esta noche al bosque de dioses.

¿Y si era una broma cruel de Joffrey, como el día en que la había llevado a las almenas para mostrarle la cabeza de su padre? ¿O una trampa sutil para demostrar que no era leal? Si acudía al bosque de dioses, tal vez se encontrara a ser Ilyn Payne esperándola sentado bajo el árbol corazón, con *Hielo* en la mano, atento a su llegada.

Si queréis volver a casa, id esta noche al bosque de dioses.

Cuando la puerta se abrió, se apresuró a esconder la nota bajo las sábanas y se sentó sobre ella. Era su doncella, la de aspecto ratonil con lacio pelo castaño.

—¿Quéquieres? —preguntó Sansa.

—¿Querrá la señora un baño esta noche?

—Mejor enciende el fuego. Tengo frío. —Y era verdad, estaba tiritando, aunque aquel día había hecho calor.

—Como ordenéis.

Sansa observó a la chica con desconfianza. ¿Habría visto la nota? ¿La habría puesto ella bajo la almohada? No era probable: parecía un poco estúpida; no era la clase de persona en la que alguien confiaría para entregar notas secretas. Aun así, Sansa no la conocía. La reina hacía que le cambiaran los criados cada dos semanas, para asegurarse de que no trabara amistad con ninguno.

Cuando el fuego empezó a chisporrotear en la chimenea, Sansa le dio las gracias a la doncella con tono seco y le ordenó que se retirase. La chica obedeció a toda prisa, como siempre, pero Sansa decidió que sus ojos tenían un brillo taimado. Sin duda, en aquel momento corría a informar a la reina, o tal vez a Varys. Estaba segura de que todas sus doncellas la espiaban.

En cuanto estuvo a solas, tiró la nota al fuego y se quedó mirando mientras el pergamino se curvaba y se ennegrecía.

Si queréis volver a casa, id esta noche al bosque de dioses.

Se dirigió hacia la ventana. Divisó abajo a un caballero de corta estatura con armadura blanca como la luna y una pesada capa blanca, que patrullaba el puente levadizo. Por su estatura solamente podía tratarse de ser Preston Greenfield. La reina le había dado libertad para moverse por el castillo, pero aun así, el caballero querría saber adónde iba si salía del Torreón de Maegor a aquellas horas de la noche. ¿Y qué le iba a decir? De repente se sintió muy aliviada de haber quemado la nota.

Se desató los lazos del camisón y se metió en la cama, pero no pudo dormir.

« ¿Seguirá allí todavía? —se preguntó—. ¿Cuánto tiempo esperará? ». Había sido una crueldad enviarle una nota en la que no le decía nada. Los pensamientos no hacían más que darle vueltas en la cabeza.

Ojalá tuviera a alguien que le dijera qué debía hacer. Echaba de menos a la septa Mordane, y todavía más a Jeyne Poole, su mejor amiga. A la septa le habían cortado la cabeza, igual que a todos los demás, por el crimen de servir a la casa Stark. Sansa no sabía qué le había pasado a Jeyne, que desapareció poco después de sus habitaciones, y nadie la volvió a nombrar. Trataba de no pensar en ellas muy a menudo, pero en ocasiones, los recuerdos la invadían, incontrolables, y entonces le costaba contener las lágrimas. De cuando en cuando echaba

de menos a su hermana. Pero en aquellos momentos, Arya estaría sana y salva en Invernalia, bailando y cosiendo, jugando con Bran y con el pequeño Rickon; hasta podría ir a caballo a Las Inviernas si quería. A Sansa le permitían montar a caballo, pero solo por el patio, e ir todo el día en círculos llegaba a ser aburrido.

Cuando empezaron los gritos estaba completamente despierta. Al principio eran lejanos; luego se fueron haciendo más altos. Muchas voces gritaban a la vez, pero no alcanzaba a distinguir las palabras. También se oían caballos, pisadas y órdenes vociferadas. Corrió a la ventana y vio a hombres que corrían por los muros con lanzas y antorchas.

« Vuelve a la cama —se dijo Sansa—, esto no es asunto tuy o, debe de haber más problemas en la ciudad. —Últimamente había oido constantemente rumores sobre el malestar en la ciudad. La gente se hacinaba, huyendo de la guerra, y muchos no tenían otro modo de vida que robar y matarse entre ellos—. Vuelve a la cama» .

Pero, cuando se fijó, el caballero blanco había desaparecido, y el puente que cruzaba el foso seco estaba sin vigilancia.

Sansa dio media vuelta sin pensar y corrió hacia el armario. « ¿Qué estoy haciendo? —se preguntó mientras se vestía—. Esto es una locura» . Divisó las luces de muchas antorchas en la muralla exterior. ¿Habían llegado Stannis y Renly a matar a Joffrey por fin, y a reclamar el trono de su hermano? Si así fuera, los guardias levantarían el puente levadizo y dejarían aislado el Torreón de Maegor. Sansa se echó sobre los hombros una sencilla capa gris, y cogió el cuchillo con el que cortaba la carne.

« Si se trata de una trampa, prefiero morir a dejar que me vuelvan a hacer daño» , se dijo. Ocultó el arma bajo la capa.

Una columna de hombres de espada y capa roja pasó corriendo junto a ella cuando salió a la noche. Aguardó a que estuvieran bien lejos antes de cruzar el puente desierto a toda velocidad. En el patio, los hombres se ceñían las espadas y ensillaban los caballos. Vio a ser Preston cerca de los establos; estaba con otros tres miembros de la Guardia Real, todos con sus capas blancas y brillantes como la luna, ayudando a Joffrey a ponerse la armadura. Al ver al rey, se le cortó la respiración. Por suerte, él no la vio; estaba pidiendo a gritos su espada y su ballesta.

El ruido fue atenuándose a medida que se adentraba en el castillo, sin atreverse a mirar hacia atrás por temor a encontrarse con que Joffrey la miraba... o peor aún, que la seguía. La escalera de caracol se enroscaba ante ella, marcada por franjas de luz procedente de las ventanas estrechas que había por encima. Cuando llegó a la parte superior, Sansa estaba jadeante. Corrió hacia una columnata oculta entre las sombras y se pegó contra la pared para recuperar el aliento. Algo le rozó la pierna, y estuvo a punto de gritar del susto, pero no era más que un gato, un macho sarnoso con una oreja cortada. El animal bufó y se

alejó de un salto.

En el bosque de dioses apenas se oían los ruidos; tan solo un sonido lejano de acero y gritos amortiguados. Sansa se arrebujo en su capa. El aire estaba impregnado con los aromas de la tierra y las hojas.

«Cuánto le habría gustado este sitio a Dama», pensó. Los bosques de dioses tenían una cualidad extraña. Incluso allí, en el corazón del castillo, en el corazón de la ciudad, uno sentía como los antiguos dioses lo miraban con un millar de ojos invisibles.

Sansa había preferido a los dioses de su madre; le gustaban más que los de su padre. Amaba las estatuas, las imágenes en las vidrieras, la fragancia del incienso al quemarse, los septones con sus túnicas y sus cristales, los mágicos dibujos del arcoíris sobre altares con incrustaciones de madreperla, ónix y lapislázuli. Pero no podía negar que el bosque de dioses también tenía cierto poder. Sobre todo de noche.

«Ayudadme —rezó—. Enviadme a un amigo, un verdadero caballero que sea mi campeón...».

Fue recorriendo los árboles de uno en uno, tocando la corteza rugosa con las yemas de los dedos. Las hojas le acariciaban las mejillas. ¿Se había decidido demasiado tarde? Su salvador no se habría marchado tan pronto, ¿verdad? O tal vez ni siquiera había acudido. ¿Podía correr el riesgo de llamarlo? Todo estaba tan silencioso...

—Ya pensaba que no ibais a venir, niña.

Sansa se volvió. Un hombre salió de entre las sombras. Era corpulento, de cuello grueso, y se tambaleaba. Llevaba una túnica gris oscuro con la capucha echada sobre el rostro, pero cuando un tenue rayo de luna le rozó la mejilla, reconoció al instante la piel manchada y la telaraña de venillas rotas.

—Ser Dontos —dijo, hundida—. ¿Erais vos?

—Sí, mi señora. —Se acercó a ella, y el aliento le pestaba a vino—. Yo.

Extendió una mano. Sansa dio un salto hacia atrás.

—¡No! —Se metió la mano bajo la capa, en busca del cuchillo escondido—. ¿Qué... qué queréis de mí?

—Ayudaros, nada más —dijo Dontos—. Igual que vos me ayudasteis a mí.

—Estáis ebrio, ¿verdad?

—Solo he tomado una copa de vino para darme valor. Si me atrapan ahora, me arrancarán la piel a tiras.

«Y a mí ¿qué me harán?». Sansa volvió a pensar en Dama. La loba podía oler la falsedad, sí, pero estaba muerta; su padre la había matado por culpa de Arya. Sacó el cuchillo y lo esgrimió con las dos manos.

—¿Me vais a apuñalar? —preguntó Dontos.

—Sí —dijo ella—. Decidme quién os envía.

—Nadie, hermosa dama. Os lo juro por mi honor de caballero.

—¿De caballero? —Joffrey había decretado que dejara de ser caballero, que pasara a ser un bufón, aún más humilde que el Chico Luna—. Les pedí a los dioses que enviaran un caballero para salvarme —siguió—. Recé, recé y recé. ¿Por qué me envían a un bufón borracho?

—Sé que merezco vuestras palabras... y es extraño, pero... durante todos los años que fui caballero, en realidad no era más que un bufón, pero ahora que soy un bufón, creo..., creo que en mi interior vuelvo a ser un caballero, hermosa dama. Y todo gracias a vos..., a vuestra donosura, a vuestro coraje. No solo me salvasteis de Joffrey, sino también de mí mismo. —Bajó la voz—. Los bardos dicen que hubo un bufón que fue el más grande de todos los caballeros...

—Florian —susurró Sansa, con un escalofrío.

—Yo seré vuestro Florian, hermosa dama —dijo Dontos con humildad al tiempo que se arrodillaba ante ella.

Sansa bajó el cuchillo muy despacio. Sentía la cabeza ligera, como si estuviera flotando.

« Esto es una locura, no puedo confiar en este borracho, pero si lo rechazo quizás no vuelva a tener otra oportunidad» .

—¿Cómo... cómo pensáis hacerlo? ¿Cómo me vais a sacar de aquí?

—Salir del castillo será lo más difícil —dijo ser Dontos alzando el rostro hacia ella—. Una vez fuera, hay barcos que podrían llevaros a casa. Solo tendría que conseguir dinero y hacer los arreglos necesarios.

—Podríamos irnos ahora? —preguntó, sin atreverse a albergar esperanzas.

—¿Esta misma noche? No, mi señora, lo siento. Antes debo encontrar una manera segura de sacaros del castillo cuando llegue el momento adecuado. No será fácil, ni pronto. A mí también me vigilan. —Se humedeció los labios, nervioso—. ¿Podéis guardar vuestro cuchillo?

—Levantaos, caballero. —Sansa se deslizó el arma bajo la capa.

—Gracias, hermosa dama. —Ser Dontos se puso en pie con torpeza, y se sacudió la tierra y las hojas de las rodillas—. Vuestro señor padre fue el hombre más leal que el reino ha conocido, pero no hice nada; dejé que lo mataran. No dije nada, no moví un dedo... y aun así, cuando Joffrey quiso matarme, vos hablasteis en mi favor. Nunca he sido un héroe, señora, como Ryam Redwyne o Barristan el Bravo. No he ganado torneos, ni honores en la guerra... pero fui un caballero, y vos me habéis ayudado a recordar lo que eso significaba. Mi vida no vale gran cosa, pero os pertenece. —Ser Dontos puso una mano en el tronco nudoso del árbol corazón. Sansa vio que estaba temblando—. Pongo a los dioses de vuestro padre por testigo de este juramento: os llevaré a vuestro hogar.

« Lo ha jurado. Un juramento solemne, ante los dioses» .

—En ese caso... me pongo en vuestras manos. Pero ¿cómo sabré que ha llegado el momento de partir? ¿Me haréis llegar otra nota?

—Es demasiado arriesgado. —Ser Dontos miró a su alrededor, nervioso—.

Debéis venir aquí, al bosque de dioses. Tan a menudo como os sea posible. Es el lugar más seguro. El único lugar seguro. No hay otro. Ni vuestras habitaciones, ni las mías, ni las escaleras, ni el patio, aunque parezca que estamos a solas. En la Fortaleza Roja, las piedras tienen oídos; solo aquí podemos hablar con libertad.

—Solo aquí —dijo Sansa—. Lo tendré en cuenta.

—Y si os parezco cruel, burlón o indiferente cuando nos miran, perdonadme, niña. Tengo que representar un papel, y vos debéis hacer lo mismo. Un paso en falso y nuestras cabezas decorarán los muros, junto a la de vuestro padre.

—Lo comprendo —asintió Sansa.

—Tenéis que ser fuerte, valerosa... y paciente, sobre todo muy paciente.

—Lo seré —prometió—. Pero, por favor, preparadlo todo lo antes posible. Tengo miedo.

—Yo también —dijo ser Dontos con una sonrisa desganada—. Ahora marchaos, antes de que os echen de menos.

—¿No venís conmigo?

—Es mejor que no nos vean juntos.

Sansa asintió, se alejó un paso... y, nerviosa, se volvió con los ojos cerrados y depositó un beso en la mejilla del hombre.

—Mi Florian —susurró—. Los dioses han escuchado mis plegarias.

Corrió por el camino del río; pasó junto a la pequeña cocina y las pocilgas, donde los chillidos de los cerdos ahogaron el ruido de sus pisadas apresuradas.

« A casa —pensó—, a casa, me va a llevar a casa, me protegerá, mi Florian.

—Las canciones sobre Florian y Jonquil eran sus favoritas—. Florian también era poco agraciado, aunque no tan viejo» .

Estaba bajando a toda prisa por la escalinata cuando un hombre salió por una puerta oculta. Sansa tropezó con él y perdió el equilibrio. Unos dedos de hierro la agarraron por la muñeca antes de que cayera.

—Es una caída muy larga, pajarito —le dijo una voz ronca—. ¿Qué quieres? ¿Que nos matemos los dos? —La risa era áspera como una sierra contra la piedra —. Puede que sí.

« El Perro» .

—No, mi señor, os pido perdón. Jamás haría semejante cosa. —Sansa apartó los ojos, pero era demasiado tarde: le había visto la cara. Trató de liberarse—. Por favor, me estáis haciendo daño.

—¿Se puede saber qué hace el pajarito de Joff corriendo por la escalinata a estas horas de la noche? —Al ver que no respondía, la sacudió y le gritó—: ¿Dónde estabas?

—En el b-b-bosque de dioses, mi señor —respondió, sin atreverse a mentir—. Rezando... rezando por mi padre... y... y por el rey, para que no resulte herido...

—¿Te crees que estoy tan borracho como para creerte eso? —Le soltó el

brazo. Se tambaleaba un poco, y las franjas de luz y oscuridad hacían aún más espantoso su rostro quemado—. Pareces casi una mujer... Esa cara, esas tetas... y estás más alta, casi... Ah, pero aún eres un pajarito estúpido, ¿verdad? Cantas todas las canciones que te enseñaron... ¿Por qué no me cantas a mí una canción? Venga. Canta para mí. Una canción sobre caballeros y hermosas damas. Te gustan los caballeros, ¿no?

—Los v-verdaderos caballeros, mi señor. —La estaba asustando.

—Los verdaderos caballeros —se burló—. No soy un señor, igual que no soy un caballero. ¿Te lo tengo que enseñar a golpes? —Clegane se tambaleó y estuvo a punto de caer—. Dioses —maldijo—. Demasiado vino. ¿Te gusta el vino, pajarito? ¿El verdadero vino? Una jarra de tinto amargo, rojo como la sangre, es lo único que le hace falta a un hombre. O a una mujer. —Se rio y sacudió la cabeza—. Maldita sea, estoy borracho como un perro. Vamos. Tienes que volver a tu jaula, pajarito. Yo te llevaré. Te cuidaré en nombre del rey.

El Perro le dio un empujón extrañamente delicado y la siguió escaleras abajo. Cuando llegaron a la base de la escalinata, volvía a estar inmerso en un silencio hosco, como si se hubiera olvidado de ella.

Al llegar al Torreón de Maegor, se alarmó al ver que el puente lo vigilaba ser Boros Blount. Su blanco yelmo se giró con un movimiento rígido al oír sus pisadas. Sansa apartó la vista, asustada. Ser Boros era el peor miembro de la Guardia Real: feo, malhumorado, todo ceño y papada.

—No temas, niña. —El Perro le puso una pesada mano en el hombro—. Aunque le pinten rayas a un sapo, no se convierte en tigre.

—Caballero, ¿dónde...? —preguntó ser Boros levantándose el visor.

—Métete por el culo el título, Boros. El caballero eres tú, no yo. Yo soy el perro del rey, ¿recuerdas?

—El rey estaba buscando a su perro.

—El perro estaba bebiendo. Te correspondía a ti cuidar de él. A ti y al resto de mis hermanos.

Ser Boros se volvió hacia Sansa.

—¿Cómo es que no estabais en vuestras habitaciones a estas horas de la noche, señora?

—He ido al bosque de dioses, a rezar por el rey. —La mentira le sonó mejor en esta ocasión, como si fuera verdad.

—¿Crees que podía dormir con todo este ruido? —bufó Clegane—. ¿Qué ha pasado?

—Unos idiotas, en la puerta —explicó ser Boros—. Alguien se fue de la lengua; han corrido rumores sobre los preparativos para el banquete nupcial de Tyrek, y a esos miserables se les había metido en la cabeza que querían tomar parte. Su alteza se ha puesto al frente de una partida y los ha hecho huir.

—Valiente muchacho —dijo Clegane frunciendo los labios.

« Ya veremos cómo es de valiente cuando se enfrente a mi hermano» , pensó Sansa. El Perro cruzó el puente levadizo con ella y la acompañó escaleras arriba.

—¿Por qué permitís que os llamen perro? —le preguntó—. No dejáis que nadie diga que sois un caballero.

—Los perros me gustan más que los caballeros. El padre de mi padre era el encargado de las perreras en la Roca. Una tarde de otoño, lord Tytos se interpuso entre una leona y su presa. A la leona le importaba una mierda que los Lannister la tuvieran a ella en el blasón. La muy puta destrozó el caballo de mi señor, y habría acabado también con mi señor si mi abuelo no hubiera aparecido de repente con los perros. Tres sabuesos murieron, pero la pusieron en fuga. Mi abuelo perdió una pierna, de manera que Lannister se la pagó con tierras y un torreón, y tomó a su hijo como escudero. Los tres perros de nuestro blasón son los tres que murieron sobre la hierba amarilla del otoño. Un perro morirá por ti y jamás te mentirá. Y te mirará directamente a la cara. —Le puso una mano bajo la mandíbula y la obligó a alzar el rostro. Sus dedos le hacían daño en la cara—. Es más de lo que se puede decir de los pajaritos, ¿no? No me has cantado nada.

—Sé... sé una canción, sobre Florian y Jonquil.

—¿Florian y Jonquil? Un bufón y una zorra. No, gracias. Pero algún día me cantarás, quieras o no.

—De buena gana cantaré para vos.

—Tan bonita, y tan mala mentirosa. —Sandor Clegane soltó un bufido—. Los perros olfatean las mentiras, ¿sabes? Mira a tu alrededor y olisquea bien. Esto está lleno de mentirosos... y todos son mejores que tú.

Después de encaramarse a la rama más alta, Arya alcanzó a ver las chimeneas que sobresalían entre los árboles. Los tejados de paja se amontonaban a lo largo de la orilla del lago y del arroyuelo que desembocaba en él, y un muelle de madera se adentraba en el agua junto a un edificio bajo y alargado con tejado de pizarra.

Se asomó un poco más, hasta que la rama empezó a combarse bajo su peso. En el muelle no había botes amarrados, pero alcanzó a ver tenues zarcillos de humo que salían por algunas de las chimeneas, así como parte de un carromato oculto tras un establo.

«Ahí hay alguien». Arya se mordió el labio. Los otros lugares que habían visto estaban desiertos y arrasados, ya fueran granjas, aldeas, castillos, septos o graneros. Si podía arder, los Lannister lo habían quemado; si podía morir, lo habían matado. Hasta habían prendido fuego a los bosques siempre que tuvieron ocasión, aunque las hojas eran todavía verdes y estaban húmedas tras las recientes lluvias, y los incendios no llegaron a extenderse.

—Si hubieran podido, habrían quemado el lago —llegó a decir Gendry.

Arya sabía que tenía razón. La noche que escaparon, las llamas de la ciudad incendiada se reflejaron en el agua con tal brillo que parecía como si el lago estuviera ardiendo.

Cuando por fin reunieron valor para regresar a las ruinas, a la noche siguiente, solo quedaban piedras ennegrecidas, los muros de algunas casas y cadáveres. En algunos puntos, de las cenizas salían aún jirones de humo. Pastel Caliente les suplicó que no volvieran, y Lommy los llamó idiotas y les aseguró que ser Amory los cogería y los mataría también a ellos, pero cuando llegaron al fuerte, hacía tiempo que Lorch y sus hombres se habían marchado. Se encontraron las puertas derribadas, los muros parcialmente demolidos y el interior plagado de cadáveres. A Gendry le bastó con un vistazo.

—Los han matado a todos —dijo—. Y luego llegaron los perros.

—O los lobos.

—Lobos, perros, qué más da. Aquí no hay nada que hacer.

Pero Arya se negó a marcharse mientras no encontraran a Yoren. Se dijo que a él no podían haberlo matado; era demasiado duro, y además se trataba de un hermano de la Guardia de la Noche. Se lo dijo a Gendry mientras buscaban entre los cadáveres.

El hachazo que lo había matado le había hendido el cráneo, pero la barba enmarañada era inconfundible, igual que la ropa, remendada, sucia y tan destenida que era más gris que negra. Ser Amory Lorch había dedicado tan poco esfuerzo a enterrar a sus muertos como a los de sus enemigos, y había cuatro soldados Lannister caídos cerca de Yoren. Arya se preguntó cuántos hombres

habían hecho falta para acabar con él.

« Me iba a llevar a casa —pensó mientras cavaba una tumba para el anciano. Había demasiados muertos para enterrarlos a todos, pero insistió en que al menos Yoren debía reposar con dignidad—. Me iba a llevar sana y salva a Invernalia; me lo prometí». Una parte de ella quería llorar. La otra quería patear el cadáver.

Fue Gendry quien se acordó del torreón señorial y de los tres hombres que Yoren había enviado a defenderlo. También había sido atacado, pero la torre redonda no tenía más que una entrada, a la altura del segundo piso, a la que se llegaba por una escalera de mano. Cuando la recogieron desde dentro, los hombres de ser Amory no pudieron acceder. Los Lannister amontonaron leña en torno a la base de la torre, para prenderle fuego, pero la piedra no ardia, y Lorch no tenía paciencia para rendirlos por hambre. Cutjack abrió la puerta ante los gritos de Gendry, y cuando Kurz dijo que sería más seguro seguir hacia el norte en vez de volver atrás, Arya se aferró a aquella esperanza. Aún podría volver a Invernalia.

Aquella aldea no era Invernalia, pero los techos de paja eran una promesa de calor y refugio, tal vez incluso de comida, si tenían valor para acercarse.

« A menos que Lorch esté ahí. Tenía caballos; puede moverse más deprisa que nosotros». Vigiló desde el árbol largo rato con la esperanza de ver algo más, un hombre, un caballo, un estandarte, cualquier cosa que le diera una pista. En varias ocasiones detectó movimientos, pero los edificios estaban tan distantes que no había manera de asegurarse. Una vez oyó claramente el relincho de un caballo.

Había muchas aves revoloteando, sobre todo cuervos. La distancia los hacía parecer pequeños como moscas mientras dibujaban círculos y volaban sobre los tejados de paja. Al este, el Ojo de Dioses era una hoja de azul martillado por el sol que llenaba la mitad del mundo. Algunos días, mientras avanzaban despacio por la orilla cenagosa (Gendry no quería ni oír hablar de caminos, y hasta Pastel Caliente y Lommy lo veían lógico), Arya sentía como si el lago la estuviera llamando. Habría querido sumergirse en aquellas plácidas aguas azules, volver a sentirse limpia, nadar, chapotear, tenderse al sol... Pero no se atrevía a quitarse la ropa cerca de los demás, ni siquiera para lavarla. Al atardecer solía sentarse en una roca y meter los pies en el agua fresca. Había terminado por tirar sus zapatos, rotos y medio podridos. Al principio le resultó difícil caminar descalza, pero las ampollas se reventaron, los cortes se curaron, y la planta de sus pies se hizo dura como el cuero. Era agradable sentir el barro entre los dedos, así como la tierra bajo los pies cuando caminaba.

Desde allí arriba alcanzaba a ver un islote boscoso, al noreste. Estaba a unas treinta varas de la orilla; tres cisnes negros se deslizaban sobre las aguas, tan serenos... Nadie les había explicado que estaban en guerra, y a ellos no les

importaba que las ciudades ardieran y los hombres murieran. Los contempló con anhelo. Parte de ella quería ser un cisne. La otra parte quería comerse a los cisnes. Había desayunado unas bellotas machacadas y un puñado de insectos. Los insectos no estaban tan mal, cuando uno se acostumbraba. Los gusanos eran peores, pero no tan malos como el dolor en el vientre tras varios días sin comer. Encontrar insectos era sencillo: no había más que dar la vuelta a una piedra. Arya se había comido un bicho una vez, cuando era pequeña, para hacer chillar a Sansa, de manera que no le dio miedo comerse otro. A Comadreja tampoco le dio miedo, pero Pastel Caliente vomitó el escarabajo que intentó tragarse, y Lommy y Gendry ni siquiera lo intentaron. El día anterior, Gendry había cogido una rana y la compartió con Lommy, y pocos días antes, Pastel Caliente encontró zarzamoras y limpió el arbusto, pero sobre todo habían subsistido a base de agua y de bellotas. Kurz los había enseñado a machacar las bellotas con una piedra para hacer una especie de pasta. Tenía un sabor repugnante.

Ojalá no hubiera muerto el cazador furtivo. Sabía más que todos los demás juntos acerca de los bosques, pero recibió un flechazo en un hombro mientras metían la escalera de mano en el torreón. Tarber le tapó la herida con barro y musgo del lago, y durante un par de días, Kurz aseguraba que la herida no era nada, aunque la carne del cuello se le estaba poniendo negra, y le habían salido verdugones de color rojo rabioso en la mandíbula y en el pecho. Una mañana no tuvo fuerzas para levantarse, y a la siguiente ya estaba muerto.

Lo enterraron bajo un montón de piedras, y Cutjack se quedó con su espada y con el cuerno de caza, mientras que Tarber se apoderó del arco, las botas y el cuchillo.

Se lo llevaron todo cuando se marcharon. Al principio, los demás pensaron que habían ido a cazar, que no tardarían en volver con comida para todos. Pero aguardaron y aguardaron, hasta que Gendry ordenó que se pusieran en marcha. Seguramente, Tarber y Cutjack pensaron que tendrían más posibilidades de sobrevivir si no cargaban con una manada de huérfanos. Quizá fuera cierto, pero aquello no hacía que Arya los detestara menos por abandonarlos así.

Al pie del árbol, Pastel Caliente ladró como un perro. Kurz les había dicho que utilizaran sonidos de animales para comunicarse entre ellos. Les dijo que era un viejo truco de los cazadores furtivos, pero murió antes de enseñarlos a hacerlo bien. Las imitaciones de pájaros de Pastel Caliente eran horrorosas. Sus ladridos eran mejores, pero no mucho.

Arya saltó de la rama alta a otra más baja, extendiendo las manos para mantener el equilibrio. «Una danzarina del agua nunca se cae». Ligera, aferrándose a la rama con los dedos de los pies, dio un par de pasos y saltó hacia una rama más grande que había abajo. Luego se fue dando impulso con las manos hasta llegar al tronco. Descendió muy deprisa, saltó cuando estaba a tres varas del suelo y cayó rodando.

—Has estado ahí arriba un buen rato. —Gendry le tendió una mano para ayudarla a levantarse—. ¿Qué has visto?

—Una aldea de pescadores. Muy pequeña, en la orilla, más al norte. He contado veintiséis tejados de paja y uno de pizarra. He visto parte de un carromato. Allí hay gente.

Al oír su voz, Comadreja salió arrastrándose de entre los arbustos. Lommy le había puesto aquel nombre porque decía que parecía una comadreja. No era cierto, pero no podían seguir llamándola niña llorona, ya que por fin había dejado de llorar. Tenía la boca sucia. Arya se temió que hubiera vuelto a comer barro.

—¿Has visto a alguien? —preguntó Gendry.

—Lo que he visto sobre todo son tejados —reconoció Arya—, pero de algunas chimeneas salía humo, y he oído un relincho de caballo.

Comadreja se aferró a una de sus piernas con fuerza. Le había dado por hacer aquello.

—Si hay gente, hay comida —dijo Pastel Caliente en voz demasiado alta. Gendry no paraba de decirle que tenía que hablar más bajo, pero no servía de nada—. Puede que nos den un poco.

—Y puede que nos maten —dijo Gendry.

—No si nos rendimos —sugirió Pastel Caliente.

—Hablas como Lommy.

Lommy Manosverdes estaba sentado entre dos raíces gruesas, al pie de un roble. Una lanza le había atravesado la pantorrilla izquierda la noche de la batalla. Al principio pudo caminar a la pata coja, apoyándose en Gendry, pero ya no podía hacer ni aquello. Habían cortado ramas de árboles para hacerle una camilla, así que su avance era mucho más lento, y cada vez que sacudían la camilla lanzaba gemidos.

—Tenemos que rendirnos —dijo—. Eso es lo que debió hacer Yoren. Debió abrir la puerta, como le ordenaron.

Arya estaba harta de oírle decir a Lommy que Yoren debería haberse rendido. Era lo único de lo que hablaba mientras lo llevaban en la camilla. De aquello, de su pierna y de su estómago vacío.

Pastel Caliente asintió.

—Le dijeron a Yoren que abriera las puertas; le dijeron que era en nombre del rey. Si te dicen una cosa en nombre del rey, tienes que obedecer. Todo fue por culpa de ese viejo asqueroso. Si se hubiera rendido, nos habrían dejado en paz.

—Los caballeros y los señores se toman prisioneros unos a otros y pagan rescates —dijo Gendry con el ceño fruncido—, pero no les importa si la gente como nosotros se rinde o no. —Se volvió hacia Arya—. ¿Qué más has visto?

—Es una aldea de pescadores —dijo Pastel Caliente—; seguro que nos venden pescado.

El lago estaba lleno de peces, pero no tenían con qué atraparlos. Arya había

intentado cogerlos con las manos, como había visto hacer a Koss, pero los peces eran más rápidos que las palomas, y el agua le engañaba a la vista.

—No sé si nos venderán pescado. —Arya revolvió el pelo enredado de Comadreja y pensó que lo mejor sería cortárselo—. Hay muchos cuervos junto al agua. Debe de haber algo muerto.

—Peces. El agua los habrá echado a la orilla —dijo Pastel Caliente—. Si los cuervos se los pueden comer, nosotros también.

—Podríamos cazar unos cuantos cuervos y comérnoslos —dijo Lommy—. Podríamos hacer una hoguera y asarlos como pollos.

Cuando Gendry frunció el ceño tenía un aspecto fiero. Le había crecido la barba, espesa y oscura como el brezo.

—He dicho que nada de fuegos.

—Lommy tiene hambre —lloriqueó Pastel Caliente—. Y yo también.

—Todos tenemos hambre —dijo Arya.

—No, tú no. —Lommy escupió hacia un lado—. Comegusanos.

—Te dije que te buscaría gusanos, si querías. —Arya sintió ganas de darle una patada en la herida.

—Si no fuera por lo de la pierna —replicó Lommy con cara de asco—, iría a cazar unos cuantos jabalíes.

—Unos cuantos jabalíes —se burló ella—. Para cazar jabalíes hacen falta lanzas especiales, caballos, perros y hombres que los hagan salir de sus guaridas.

Su padre había cazado jabalíes en el bosque de los Lobos con Robb y Jon. Una vez se llevó también a Bran, pero no a Arya, aunque ella era mayor. La septa Mordane le dijo que cazar jabalíes no era propio de una dama, y a su madre solo consiguió arrancarle la promesa de que, cuando cumpliera más años, podría tener un halcón. Ya había cumplido más años, pero si tuviera un halcón, se lo comería.

—¡Qué sabrás tú de cazar jabalíes! —dijo Pastel Caliente.

—Más que tú.

—Callaos los dos. —Gendry no estaba de humor para aquello—. Tengo que pensar. —Cuando pensaba, siempre ponía cara de sufrimiento, como si le doliera mucho.

—Tenemos que rendirnos —dijo Lommy.

—Te he dicho que te calles y que dejes eso de rendirnos. Ni siquiera sabemos quién hay ahí. Puede que podamos robar algo de comida.

—Si no fuera por lo de la pierna, Lommy podría robarla —dijo Pastel Caliente—. En la ciudad era ladrón.

—Un ladrón muy malo —señaló Arya—. O no lo habrían cogido.

—El ocaso será el mejor momento para entrar a escondidas. —Gendry entrecerró los ojos y miró en dirección al sol—. En cuanto oscurezca iré a explorar.

—No, iré yo —dijo Arya—. Tú eres muy escandaloso.

—Iremos los dos —dijo Gendry con firmeza.

—Debería ir Arry —dijo Lommy—. Es más sigiloso que tú.

—He dicho que iremos los dos.

—¿Y si no vuelves? Pastel Caliente no puede llevarme él solo, lo sabes de sobra...

—Y hay lobos —dijo Pastel Caliente—. Los oí anoche, cuando montaba guardia. Me pareció que estaban muy cerca.

Arya también los había oído. Estaba dormida entre las ramas de un olmo, pero los aullidos la despertaron. Se había quedado sentada durante una hora entera, escuchando, aunque de cuando en cuando un escalofrío le recorría la columna.

—Y tú ni siquiera nos dejas encender un fuego para espantarlos —se quejó Pastel Caliente—. No está bien, nos abandonas a los lobos.

—Nadie os abandona —replicó Gendry, asqueado—. Si vienen lobos, Lommy tiene su lanza, y tú estarás con él. Solo vamos a echar un vistazo, nada más. Volveremos.

—Sean quienes sean, deberíais rendiros —gimoteó Lommy—. Necesito alguna poción para la pierna, me duele mucho.

—Si vemos alguna poción para piernas te la traeremos —dijo Gendry—. Vamos, Arry. Quiero acercarme antes de que se ponga el sol. Pastel Caliente, quédate con Comadreja. No quiero que nos siga.

—La última vez me dio una patada.

—Yo sí que te daré una patada si no la vigilas bien. —Sin aguardar respuesta, Gendry se puso el yelmo de acero y echó a andar.

Arya tuvo que correr para mantener el paso. Gendry era cinco años mayor, le sacaba casi dos palmos y caminaba a zancadas largas. Durante un rato no dijo nada, se limitó a caminar entre los árboles con un gesto de enfado en el rostro. Hacía demasiado ruido, pero al final se detuvo.

—Creo que Lommy va a morir —dijo.

Arya no se sorprendió. Kurz había muerto a causa de la herida, y era mucho más fuerte que Lommy. Cuando le tocaba a ella ayudar a llevar la camilla, notaba que tenía la piel muy caliente, y que de su pierna salía un hedor repugnante.

—A lo mejor, si encontráramos a un maestre...

—Los maestres solo están en los castillos. —Gendry se agachó para esquivar una rama baja—. Y aunque encontráramos a uno, no se mancharía las manos con alguien como Lommy.

—Eso no es cierto. —El maestre Luwin ayudaría a cualquiera que lo necesitase; estaba segura.

—Va a morir, y cuanto antes muera, mejor para los demás. Deberíamos

dejarlo, como dice él. Si los heridos fuéramos tú o yo, él nos abandonaría, bien lo sabes. —Bajaron por una vertiente abrupta de una hondonada y subieron por la otra, ayudándose de las raíces para trepar—. Estoy harto de llevarlo y estoy harto de oírlo hablar de rendición. Si pudiera ponerse en pie, le saltaría los dientes a puñetazos. Lommy no le sirve de nada a nadie. Y la niña llorona tampoco.

—Deja en paz a Comadreja. Lo que le pasa es que tiene miedo y hambre, nada más. —Miró hacia atrás, pero por una vez, la niña no la seguía. Pastel Caliente la debía de haber agarrado, tal como le dijo Gendry.

—No sirve de nada —repitió Gendry, testarudo—. Ella, Pastel Caliente y Lommy, lo único que hacen es retrasarnos, y al final conseguirán que nos maten. De todo el grupo, solo tú vales para algo. Y eso que eres una chica.

Arya se quedó clavada en el sitio.

—¡No soy una chica!

—Claro que sí. ¿Qué pasa? ¿Crees que soy tan idiota como los demás?

—No, eres más idiota. En la Guardia de la Noche no hay chicas, lo sabe todo el mundo.

—Es verdad. No sé por qué te llevaba Yoren, pero alguna razón tendría. Eres una chica.

—¡Mentira!

—Entonces sácate la picha y ponte a mear. Venga.

—No tengo ganas de hacer pis. Pero podría si quisiera.

—Mentirosa. No te puedes sacar la picha porque no tienes. No me había fijado al principio, cuando éramos treinta, pero siempre te metes en el bosque para mear. Pastel Caliente no hace eso, ni yo. Si no eres una chica, debes de ser un eunuco.

—Eunuco lo serás tú.

—Bien sabes que no. —Gendry sonrió—. ¿Quieres que me saque la picha para demostrarlo? No tengo nada que ocultar.

—Sí que ocultas algo —barbotó Arya, buscando a la desesperada evitar el tema de la picha que no tenía—. Esos capas doradas que nos detuvieron en la posada te buscaban a ti, y no quieras decirnos por qué motivo.

—Ojalá lo supiera. Yoren sí que lo sabía, creo, pero no me lo dijo. Por cierto, ¿por qué creiste que te buscaban a ti?

Arya se mordió el labio. Recordó lo que le había dicho Yoren el día que le cortó el pelo: « De este grupo, la mitad te entregaría a la reina en menos de lo que se tarda en escupir, a cambio del indulto y tal vez unas monedas de plata. La otra mitad haría lo mismo, solo que después de violarte». El único diferente era Gendry; la reina también lo buscaba a él.

—Te lo cuento si tú me cuentas lo tuy o —dijo con cautela.

—Ojalá lo supiera, Arry... ¿te llamas Arry de verdad, o tienes nombre de chica?

Arya contempló las raíces nudosas que había a sus pies. Sabía que se había acabado la hora de fingir. Gendry lo sabía todo, y ella no llevaba en los pantalones lo que necesitaba para convencerlo. Podía desenfundar a *Aguja* y matarlo allí mismo, o confiar en él. No estaba segura de poder matarlo, aunque quisiera: él también tenía espada, y era mucho más fuerte. Lo único que le quedaba era la verdad.

—Lommy y Pastel Caliente no deben enterarse —dijo.

—No lo sabrán por mí —juró Gendry.

—Arya. —Alzó la vista y clavó los ojos en los suyos—. Me llamo Arya. De la casa Stark.

—De la casa... —Tardó un momento en comprender—. La mano del rey se llamaba Stark. Lo mataron por traidor.

—Nunca fue un traidor. Era mi padre.

—Así que por esa razón creíste... —Gendry tenía los ojos muy abiertos.

—Yoren iba a llevarme a casa —explicó Arya después de asentir—, a Invernalia.

—Sí... si eres de alta cuna, entonces... serás una dama...

Arya se contempló la ropa andrajosa y los pies descalzos, llenos de callos y heridas. Se fijó en la suciedad que tenía bajo las uñas, en las costras de los codos y los arañazos de las manos.

«La septa Mordane no me conocería, seguro. A lo mejor Sansa sí, pero fingiría no verme».

—Mi madre es una dama, y mi hermana también, pero yo nunca lo he sido.

—Si lo has sido. Eres hija de un señor y vivías en un castillo, ¿no? Y tú... ay, por los dioses, nunca me... —De repente Gendry parecía inseguro, casi asustado—. No debí decir todo eso de las pichas... y he estado meando delante de ti... digo de vos... os ruego vuestro perdón, mi señora...

—¡Para ya! —bufó Arya. ¿Se estaba burlando de ella?

—Sé comportarme, mi señora —siguió Gendry, testarudo como siempre—. Cuando entraba una chica noble en el taller con sus padres, mi maestro me enseñó a hincar una rodilla en tierra, a hablar solamente si me hablaban y a llamarla «mi señora».

—Si empiezas a llamarme «mi señora», hasta Pastel Caliente se va a dar cuenta. Y más vale que sigas meando como hasta ahora.

—Como ordene mi señora.

Arya le dio un empujón en el pecho con las dos manos. Gendry tropezó con una piedra y cayó sentado.

—Pero ¿qué clase de dama eres tú? —rio.

—De esta clase. —Le dio una patada en el costado, pero con aquello solo consiguió que se riera más—. Ríete cuanto quieras; yo voy a ver quién hay en el pueblo.

El sol ya se había puesto tras los árboles; no tardaría mucho en anochecer. Por una vez fue Gendry quien tuvo que apresurarse para alcanzarla.

—¿Hueles eso? —le preguntó Arya.

—¿Pescado podrido? —preguntó el muchacho después de oírlo.

—Sabes muy bien que no es pescado.

—Más vale que tengamos cuidado. Yo iré por el oeste, a ver si hay algún camino. Si viste un carromato, es que debe de haberlo. Tú ve por la playa. Si necesitas ayuda, ladra como un perro.

—Qué tontería. Si necesito ayuda, gritaré « ¡Ayuda! » .

Echó a correr, sin hacer ruido con los pies descalzos sobre la hierba. Cuando se volvió para mirar vio que Gendry la seguía con la mirada y tenía cara de sufrimiento. Aquello significaba que estaba pensando. « Seguro que se está diciendo que no debería permitir que una “mi señora” fuera a robar comida ». Arya sabía que se iba a comportar como un idiota en adelante.

El olor se fue haciendo más fuerte a medida que se acercaba al pueblo. No era olor a pescado podrido. Era un hedor más rancio, más nauseabundo. Arrugó la nariz.

Cuando los árboles empezaron a escasear, fue deslizándose de arbusto en arbusto, silenciosa como una sombra. Cada pocos pasos se detenía a escuchar. La tercera vez oyó ruido de caballos y también la voz de un hombre. El olor era cada vez peor.

« Huele a hombres muertos, eso es ». Conocía aquel olor; era el que desprendían Yoren y los demás.

Al sur de la aldea crecía un denso zarzal. Cuando llegó junto a él, las largas sombras del ocaso empezaban a desaparecer, y salían las primeras luciérnagas. Por encima del zarzal se veían los tejados de paja. Reptó por el suelo hasta encontrar un hueco y se deslizó por él, arrastrándose sobre el vientre, bien oculta hasta que vio de dónde procedía el olor.

Junto a las tranquilas aguas del Ojo de Dioses se había alzado un largo patíbulo de madera verde, en el que estaban ahorcadas unas cosas que habían sido humanas, con los pies encadenados, mientras los cuervos picoteaban la carne y revoloteaban de cadáver en cadáver. Por cada cuervo había un centenar de moscas. Cuando el viento sopló procedente del lago, el cadáver más cercano pareció volverse hacia ella. Los cuervos le habían devorado la mayor parte del rostro, y otra alimaña también se había ocupado de él, otra mucho más grande. Tenía desgarrados el pecho y la garganta, y del vientre abierto brotaban entrañas de un verde brillante y jirones de carne. Le habían arrancado un brazo; Arya divisó los huesos mordidos y picoteados a unos pasos de distancia. No les quedaba nada de carne.

Se obligó a fijarse en el siguiente hombre, y luego en el siguiente, y en el siguiente, sin dejar de repetirse que era dura como una piedra. Eran cadáveres,

tan destrozados y podridos que tardó unos instantes en darse cuenta de que los habían desnudado antes de colgarlos. No parecían personas desnudas; en realidad, casi no parecían personas. Los cuervos les habían devorado los ojos, a veces el rostro entero. Del sexto de la hilera solo quedaba una pierna, todavía sujetada por las cadenas, que se mecía con el viento.

« El miedo hiere más que las espadas». Los muertos no podían hacerle daño, pero quien los había matado, sí. Más allá del patíbulo había dos hombres con cota de malla, apoyados en sus lanzas, ante el edificio alargado que había junto al agua, el del tejado de pizarra. Habían clavado en el suelo lodoso un par de pértigas largas, y de cada una colgaba un estandarte. Uno parecía rojo, y el otro, más claro, tal vez blanco o amarillo, pero colgaban inertes por la falta de viento, y con la oscuridad del crepúsculo no podía estar segura de que el rojo fuera escarlata Lannister. « No me hace falta ver el león; ya veo a los muertos. ¿Quiénes pueden ser, sino Lannister?» .

Entonces se oyó un grito.

Los dos lanceros se volvieron, y apareció un tercero empujando a un cautivo. Ya estaba demasiado oscuro para distinguir los rostros, pero el prisionero llevaba un brillante yelmo de acero, y al ver los cuernos, Arya supo que se trataba de Gendry. « Idiota, idiota, idiota, ¡idiota!», pensó. Si lo hubiera tenido al lado, le habría pegado otra patada.

Los guardias hablaban en voz alta, pero estaba demasiado lejos para oír qué decían, y más aún con los graznidos y revoloteos de los cuervos. Uno de los lanceros le quitó el yelmo a Gendry y le hizo una pregunta, pero no debió de gustarle la respuesta, porque lo golpeó en el rostro con el asta de la lanza y lo derribó. El que lo había capturado le dio una patada, mientras el segundo lancero se probaba el yelmo en forma de cabeza de toro. Por último, lo pusieron de pie y lo empujaron hacia el almacén. Cuando abrieron las pesadas puertas de madera, un niño salió a toda velocidad, pero uno de los guardias lo agarró por el brazo y lo obligó a entrar de nuevo. A Arya le llegaron sonidos de sollozos procedentes del interior, y luego un grito tan largo y lleno de dolor que tuvo que morderse los labios.

Los guardias empujaron a Gendry al interior junto con el niño y atrancaron las puertas. En aquel momento sopló una brisa procedente del lago, y los estandartes se agitaron y ondearon. El del asta más alta era, como había temido, el león dorado. En el otro, tres esbeltas formas negras corrían por un campo color amarillo mantequilla. Le pareció que eran perros. Arya había visto antes aquellos perros, pero ¿dónde?

Aquello no importaba. Lo único importante era que habían cogido a Gendry. Tenía que sacarlo de allí, aunque fuera un cabezota y un imbécil. Se preguntó si los soldados sabrían que la reina lo estaba buscando.

Uno de los guardias se quitó el yelmo y se puso el de Gendry. Arya se

enfureció, pero sabía que no podía hacer nada para impedirlo. Le pareció oír más gritos procedentes del almacén sin ventanas, amortiguados por los muros de piedra, pero no estaba segura.

Permaneció allí el tiempo suficiente para ver el cambio de guardia, y luego, mucho más. Los hombres iban y venían. Llevaron a los caballos al arroyo para abrevarlos. Una partida de caza regresó del bosque, con un ciervo colgado de una pértilga. Los observó mientras lo limpiaban, le quitaban las entrañas y preparaban una hoguera al otro lado del arroyo, y el olor de la carne asada se unió al de la podredumbre de los cadáveres. El estómago vacío le rugía, y estuvo a punto de vomitar. La perspectiva de la cena hizo que otros hombres salieran de las casas; casi todos llevaban cotas de malla o petos de cuero. Cuando el ciervo estuvo bien asado, cortaron las mejores porciones y las llevaron a una de las casas.

Arya pensó que durante la noche podría acercarse a hurtadillas y liberar a Gendry, pero los guardias encendieron antorchas con las llamas de la hoguera. Un escudero les llevó carne y pan a los dos guardias que había ante el almacén, y más tarde se les unieron otros dos hombres. Empezaron a pasarse un pellejo de vino de mano en mano. Cuando se lo terminaron, los otros se fueron, pero los dos guardias del principio siguieron allí, apoyados en sus lanzas.

Cuando por fin se decidió a salir de debajo del matorral para internarse en la oscuridad del bosque, Arya tenía las piernas y los brazos entumecidos. Era una noche oscura, excepto en los momentos en que los tímidos rayos de luna se filtraban entre las nubes.

«Silenciosa como una sombra», se dijo mientras avanzaba entre los árboles. No se atrevía a correr en aquella oscuridad, por miedo a tropezar con alguna raíz, o a perderse. A su izquierda, el Ojo de Dioses lamía las orillas con olas sosegadas. A su derecha, la brisa susurraba entre las ramas, y las hojas crujían y se mecían. Y, a lo lejos, se oía el aullido de los lobos.

Lommy y Pastel Caliente estuvieron a punto de cagarse de miedo cuando salió de entre los árboles justo detrás de ellos.

—Silencio —les dijo al tiempo que rodeaba a Comadreja con un brazo, cuando la niñita corrió hacia ella.

—Pensábamos que nos habíais abandonado —dijo Pastel Caliente mirándola con los ojos muy abiertos. Llevaba en la mano la espada corta, la que Yoren le había quitado a un capa dorada—. Tenía miedo de que fuieras un lobo.

—¿Dónde está el Toro? —preguntó Lommy.

—Lo han cogido —susurró Arya—. Tenemos que sacarlo de allí. Vas a tener que ayudarme, Pastel Caliente. Nos acercaremos a escondidas, mataremos a los guardias, y luego, yo abriré la puerta.

Pastel Caliente y Lommy se miraron.

—¿Cuántos son?

—No he podido contarlos —reconoció Arya—. Por lo menos veinte, pero

ante la puerta solo hay dos.

—No podemos luchar contra veinte. —Pastel Caliente puso cara de estar a punto de llorar.

—Solo tienes que luchar contra uno. Yo me encargo del otro, sacamos a Gendry y nos largamos.

—Deberíamos rendirnos —dijo Lommy—. Vamos allí y nos rendimos.

Arya sacudió la cabeza, testaruda.

—Entonces olvídate de Gendry, Arry —suplicó Lommy—. No saben que estamos aquí; si nos escondemos, se irán, sabes que se irán. No es culpa nuestra que hayan cogido a Gendry.

—Eres idiota, Lommy —dijo Arya, furiosa—. Si no sacamos a Gendry, el que va a morir eres tú. ¿Quién te va a llevar si no?

—Pastel Caliente y tú.

—Todo el rato, sin ayuda de nadie? No lo lograremos. Gendry es el más fuerte. Además, me importa un rábano lo que digas: voy a volver a por él. —Miró a Pastel Caliente—. ¿Vienes conmigo?

Pastel Caliente miró a Lommy, a Arya y a Lommy otra vez.

—De acuerdo —dijo de mala gana—. Lommy, vigila bien a Comadreja.

—¿Y si vienen los lobos? —El muchacho agarró a la niñita de la mano y la atrajo hacia sí.

—Ríndete —sugirió Arya.

Les pareció que tardaron horas en encontrar el camino de vuelta a la aldea. Pastel Caliente no paraba de tropezar y de extraviarse, y Arya tenía que esperarlo a menudo; incluso se veía obligada a retroceder. Acabó por agarrarlo de la mano y guiarlo entre los árboles.

—Cállate y sigueme —le ordenó. No tardaron en divisar a lo lejos el brillo de las hogueras de la aldea contra el cielo—. Hay cadáveres colgados al otro lado del seto, pero no te asistes, recuerda que el miedo hiere más que las espadas. Tenemos que ser muy sigilosos; iremos muy despacio.

Pastel Caliente asintió. Arya fue la primera en entrar por debajo del zarzal y lo esperó al otro lado, acuclillada. Pastel Caliente salió muy pálido y jadeante, con la cara y los brazos llenos de araños sangrantes. Fue a decir algo, pero Arya le puso un dedo en los labios. Se arrastraron sobre las manos y las rodillas a lo largo del patíbulo, bajo los cadáveres que se mecían. El muchacho no alzó la vista en ningún momento ni hizo el menor ruido.

Hasta que un cuervo se le posó en la espalda, y dejó escapar un grito ahogado.

—¿Quién anda ahí? —retumbó una voz desde la oscuridad.

—¡Me rindo! —Pastel Caliente se puso en pie de un salto y, cuando tiró la espada, una docena de cuervos se alzaron de los cadáveres entre graznidos de protesta. Arya le agarró la pierna y trató de hacer que se agachara, pero el

muchacho se liberó y echó a correr, agitando los brazos—. ¡Me rindo, me rindo!

Arya se puso en pie de un salto y echó mano de *Aguja*, pero estaba rodeada de hombres. Lanzó un tajo al más cercano, que lo paró con el avambrazo de acero; otro la derribó por tierra, y un tercero la obligó a soltar la espada. Cuando intentó morderlo, sus dientes tropezaron con una cota de malla fría y sucia.

—Vaya, qué salvaje —dijo el hombre entre risas. El golpe de su puño acorazado estuvo a punto de arrancarle la cabeza.

Se quedó tendida, en el suelo, mientras hablaban de ella, pero no alcanzaba a entender lo que decían. Le zumbaban los oídos. Cuando trató de arrastrarse, la tierra se movió bajo ella.

« Me han quitado a *Aguja* ». La vergüenza era peor que el dolor, y eso que el dolor era mucho. Jon le había regalado aquella espada. Syrio le había enseñado a utilizarla.

Por último, alguien la agarró por el justillo y la obligó a incorporarse hasta quedar de rodillas. Pastel Caliente también estaba de rodillas, ante el hombre más alto que Arya había visto jamás, un monstruo salido de las historias de la Vieja Tata. No vio de dónde había salido aquel gigante. En su jubón amarillento descolorido se veían tres perros negros a la carrera, y el rostro del hombre era tan duro como si lo hubieran tallado en piedra. De pronto, Arya recordó dónde había visto antes aquellos perros. La noche del torneo en Desembarco del Rey, todos los caballeros colgaron sus escudos en el exterior de sus pabellones.

—Ese es el del hermano del Perro —le había dicho Sansa cuando pasaron junto a los perros negros sobre campo amarillo—. Es aún más alto que Hodor, ya lo verás. Lo llaman la Montaña que Cabalga.

Arya agachó la cabeza, apenas consciente de lo que sucedía a su alrededor. Pastel Caliente se estaba rindiendo un poco más.

—Nos guiarás hasta esos otros —dijo la Montaña, antes de alejarse.

A continuación la obligaron a caminar más allá de los muertos del patíbulo, mientras Pastel Caliente les decía a sus captores que, si no le hacían daño, les prepararía pasteles y empanadas. Los acompañaban cuatro hombres: uno con una antorcha, otro con una espada larga y los dos restantes con lanzas.

Lommy estaba donde lo habían dejado, al pie del roble.

—¡Me rindo! —gritó en cuanto los vio. Tiró a un lado la lanza y levantó las manos, manchadas de verde por los viejos tintes—. Me rindo, por favor.

El hombre de la antorcha buscó entre los árboles.

—¿Tú eres el último? El panadero dijo que había también una niña.

—Ha salido corriendo al oíros llegar —dijo Lommy—. Hacéis mucho ruido.

« Corre, Comadreja —pensó Arya—. Corre mucho, vete lejos, no vuelvas jamás» .

—Dinos dónde está ese hijo de puta de Dondarrion y te ganarás una comida caliente.

—¿Quién? —preguntó Lommy, desconcertado.

—Ya te lo decía yo: estos no saben más que las zorras de la aldea. Joder, qué perdida de tiempo.

—¿Te pasa algo en la pierna, muchacho? —preguntó uno de los lanceros acercándose a Lommy.

—Estoy herido.

—¿Puedes caminar? —El hombre parecía preocupado.

—No —dijo Lommy—. Tenéis que llevarme.

—¿De verdad? —Levantó la lanza como quien no quiere la cosa y atravesó el cuello del muchacho. Lommy ni siquiera tuvo tiempo de rendirse de nuevo. Se estremeció una vez y murió. Cuando el hombre sacó la lanza, la sangre brotó en un surtidor oscuro—. Que lo llevemos, dice —murmuró con una risita.

Le habían advertido que se vistiera con prendas de abrigo. Tyrion Lannister obedeció. Llevaba unos calzones guateados y un jubón de lana, y se cubría con la capa de piel de gatosombra que había conseguido en las montañas de la Luna. La capa tenía un largo absurdo; era para un hombre que lo dobrara en estatura. Cuando no iba a caballo, la única manera de llevarla consistía en envolverse en ella varias veces, con lo que parecía una bola de pelo a rayas.

Pese a todo, se alegraba de haber seguido el consejo. El frío húmedo de la larga cripta se metía hasta los huesos. Timett prefirió volver a subir al sótano en cuanto probó la temperatura que había abajo. Se encontraban en algún punto bajo la colina de Rhaenys, detrás del edificio del Gremio de Alquimistas. Los muros de piedra húmeda tenían manchones de salitre, y la única luz que les llegaba procedía de la lámpara de aceite sellada, de hierro y cristal, que con tanta cautela llevaba Hallyne el Piromante.

«Con cautela, desde luego... y con más cautela aún hay que manejar estos frascos». Tyrion cogió uno para examinarlo. Era redondeado y rojizo, como un pomelo de barro. Para su mano resultaba un poco grande, pero sabía que en la de un hombre normal encajaría a la perfección. La cerámica era muy fina, tan frágil que lo habían avisado para que no apretara demasiado el frasco, ya que lo podía aplastar con el puño. Además eran rugosos. Hallyne le explicó que era intencionado.

—Un frasco liso resbala de los dedos con mayor facilidad.

Tyrion inclinó el frasco para ver su contenido, y el fuego valyrio fluyó hacia el borde. Sabía que debía de ser de un color verde lóbrego, pero con tan poca luz era imposible confirmarlo.

—Está muy espeso —señaló.

—Es por el frío, mi señor —dijo Hallyne, un hombre demacrado, de manos blandas y húmedas, y modales obsequiosos. Vestía una túnica a rayas negras y escarlatas con ribetes de marta, aunque la piel parecía bastante remendada y apolillada—. Cuando se calienta, la sustancia es más fluida, como el aceite de las lámparas.

Sustancia era el nombre que daban los piromantes al fuego valyrio. También se referían unos a otros por el título de sapiencia, cosa que a Tyrion le resultaba casi tan molesta como su costumbre de insinuar cuán vastos eran los conocimientos secretos que querían hacerle creer que tenían. En otros tiempos habían sido un gremio muy poderoso, pero en los últimos siglos, los maestres de la Ciudadela habían reemplazado a los alquimistas casi en todas partes. De la antigua orden solo quedaban unos pocos, y ya ni siquiera fingían ser capaces de transmutar metales...

Pero podían hacer fuego valyrio.

—Tengo entendido que el agua no lo apaga.

—Es verdad. Una vez se le prende fuego, la sustancia arde hasta que se agota. Más aún, se filtra en la ropa, la madera, el cuero y hasta el acero, y hace que también esos materiales arden.

Tyrion recordó al sacerdote rojo Thoros de Myr, con su espada llameante. Hasta una fina película de fuego valyrio podía arder durante una hora. Después de cada combate cuerpo a cuerpo, a Thoros había que darle una espada nueva, pero Robert le tenía afecto y siempre se la proporcionaba de buena gana.

—¿Por qué no se filtra también a través de la arcilla?

—Sí que se filtra, mi señor —dijo Hallyne—. Bajo esta cripta hay otra donde almacenamos los frascos más antiguos. Los de tiempos del rey Aerys. Le gustaba que los hicieran con forma de frutas. Eran frutas muy peligrosas, mi señor Mano, y... hummm... están más maduras que nunca, no sé si me comprendéis. Las hemos sellado con cera y hemos inundado la cripta inferior, pero aun así... Lo normal habría sido que las hubiéramos destruido, pero durante el saqueo de Desembarco del Rey murieron muchos de nuestros maestros, y los pocos acólitos que quedaron no tenían nivel suficiente para acometer esa tarea. Además, buena parte de las existencias que se prepararon para Aerys se perdieron. Solo hace un año que encontramos doscientos frascos en un almacén situado bajo el Gran Septo de Baelor. Nadie recuerda cómo llegaron allí, pero no hace falta que os diga que el septón supremo estaba fuera de sí, presa del pánico. Yo mismo me encargué de que se transportaran con todas las precauciones. Llenamos un carro de arena que llevaron nuestros mejores discípulos. Trabajamos solo de noche, hicimos...

—Un trabajo excelente, no me cabe duda. —Tyrion volvió a dejar el frasco con los demás, que ocupaban toda la mesa en filas ordenadas, cuatro en fondo, desfilando hasta perderse en la penumbra subterránea. Y más allá había otras mesas, muchas—. Esas... eh... frutas del difunto rey Aerys, ¿aún se pueden utilizar?

—Oh, sí, desde luego. Pero con mucho cuidado, mi señor, con muchísimo cuidado. Con los años, la sustancia se va volviendo más... cómo diría yo, caprichosa. Arde con la menor chispa. Un exceso de calor, y los frascos se inflamarán. No deben exponerse a la luz del sol ni siquiera durante un breve espacio de tiempo. En cuanto se inflama el interior, el calor hace que la sustancia se dilate de manera muy violenta, y el frasco no tarda en saltar en mil pedazos. Si hubiera más frascos cerca, también estallarían.

—¿Cuántos frascos tenéis ahora mismo?

—Esta mañana, el sapiencia Munciter me ha dicho que disponíamos de siete mil ochocientos cuarenta. En esa cifra se incluyen los cuatro mil frascos de tiempos del rey Aerys, desde luego.

—¿Nuestras frutas demasiado maduras?

Hallyne asintió.

—El sapiencia Malliard cree que podremos proporcionaros los diez mil frascos que le prometimos a la reina. Yo opino lo mismo.

El piromante parecía tan satisfecho con la perspectiva que a Tyrion le pareció obsceno. « Si es que nuestros enemigos os dan tiempo». Los piromantes mantenían en secreto absoluto su receta del fuego valyrio, pero sabía que se trataba de un proceso largo y peligroso. Había dado por supuesto que la promesa de diez mil frascos era una baladronada, como la del vasallo que jura reunir diez mil espadas para su señor y el día de la batalla se presenta con ciento dos.

« Si de verdad pudieran proporcionarnos diez mil...». No sabía si debía sentirse encantado o aterrado. « Puede que las dos cosas» .

—Espero que vuestros hermanos de gremio no se estén dando una prisa improcedente, sapiencia. No queremos diez mil frascos de fuego valyrio defectuoso. Ni siquiera uno. Y, desde luego, menos aún queremos que suceda una calamidad.

—No sucederá ninguna calamidad, mi señor. La sustancia la preparan acólitos en ciertas celdas de piedra sin ningún mobiliario. Luego, un aprendiz recoge los frascos uno por uno en cuanto están listos, y los baja aquí. Encima de cada celda de trabajo hay una habitación llena de arena. Se ha lanzado un hechizo protector sobre los suelos; es muy, hummm, poderoso. Al menor indicio de incendio en la celda de abajo, el suelo se desmorona y la arena lo apaga de inmediato.

—Así como al descuidado acólito. —Tyrion sabía que, donde había dicho « hechizo», debía entender « truco». Le habría gustado inspeccionar una de aquellas celdas de techo falso para ver en qué consistía, pero no era el momento oportuno. Tal vez más tarde, cuando ganaran la guerra.

—Mis hermanos nunca se descuidan —insistió Hallyne—. Si puedo ser... hummm... sincero...

—Por favor.

—La sustancia corre por mis venas; habita en el corazón de todo piromante. Respetamos su poder. Pero los soldados comunes... hummm... pongamos por ejemplo, los que manejan una de las bombardas de la reina, en el fragor inconsciente de la batalla... El más pequeño de los errores puede provocar una catástrofe. Hay que tenerlo muy en cuenta. Mi padre le dijo lo mismo al rey Aerys, igual que su padre se lo dijo al anciano rey Jaehaerys.

—Pues parece que les hicieron caso —dijo Tyrion—. Si hubieran quemado la ciudad, a estas alturas yo me habría enterado. De modo que me recomendáis que tengamos cuidado.

—Mucho cuidado —matizó Hallyne—. Muchísimo.

—En cuanto a esos frascos de arcilla... ¿Tenéis existencias abundantes?

—Pues sí, mi señor, gracias por vuestro interés.

—¿Os importaría si me llevo algunos? Unos miles.

—Unos miles?

—O tantos como podáis darme sin que eso afecte a la producción. Entended que os estoy pidiendo frascos vacíos. Hacédselos llegar a los capitanes de cada una de las puertas de la ciudad.

—Así lo haré, mi señor, pero ¿para qué...?

—Si me decís que me vista con prendas de abrigo, lo hago. —Tyrion alzó la vista y le sonrió—. Si me decís que tenga cuidado, pues... —Se encogió de hombros—. Ya he visto todo lo que necesitaba. ¿Tenéis la bondad de acompañarme a mi litera?

—Será un gran... hummm... placer para mí, mi señor. —Hallyne alzó la lámpara y encabezó la marcha de regreso hacia las escaleras—. Habéis sido muy amable al visitarnos. Nos hacéis un gran honor, hummm. Hacía mucho tiempo que la mano del rey no nos honraba con su presencia. El último fue lord Rossart, y porque pertenecía a nuestra orden. Eso fue en tiempos del rey Aerys. El rey Aerys estaba muy interesado en nuestro trabajo.

«El rey Aerys os utilizaba para asar vivos a sus enemigos». Su hermano Jaime le había contado unas cuantas historias sobre el Rey Loco y sus amiguitos piromantes.

—Joffrey también estará muy interesado, no me cabe duda.

«Y precisamente por eso pienso mantenerlo bien alejado de vosotros».

—Tenemos la esperanza de que, algún día, el rey visite en persona nuestro gremio. He hablado con vuestra regia hermana. Organizaríamos un gran banquete...

A medida que ascendían volvía a hacer calor.

—Su alteza ha prohibido todos los banquetes hasta que ganemos la guerra.

—«Ante mi insistencia»—. El rey no considera apropiado que se organicen festines con platos exquisitos mientras su pueblo carece de pan.

—Un gesto muy, hummm, tierno, mi señor. En ese caso, tal vez deberíamos ir algunos de nosotros a visitar al rey en la Fortaleza Roja. Podemos hacer una pequeña demostración de nuestros poderes, para distraer a su alteza de sus muchas preocupaciones, aunque sea solo por una noche. El fuego valyrio no es más que uno de los temibles secretos que guarda nuestra antigua orden. Muchas y maravillosas son las cosas que podríamos mostraros.

—Se lo diré a mi hermana.

Tyrion no tenía nada en contra de unos cuantos trucos de magia, pero ya era demasiado problemática la afición de Joff a hacer que los hombres lucharan a muerte; no iba a permitir que probase las posibilidades de quemarlos vivos.

Cuando llegaron a la parte superior de las escaleras, Tyrion se quitó la capa de piel y se la colgó de un brazo. El Gremio de Alquimistas se reunía en un imponente edificio de piedra negra, de dimensiones increíbles, pero Hallyne lo

guio por los pasillos laberínticos hasta que llegaron a la Galería de las Antorchas de Hierro, una cámara larga y retumbante en la que columnas de fuego verde danzaban en torno a columnas de metal negro de diez varas de altura. Las llamas espectrales se reflejaban contra el pulido mármol negro del suelo y las paredes, y bañaban la estancia con un resplandor esmeralda. Tyrion se habría sentido mucho más impresionado si no supiera que habían encendido las grandes antorchas de hierro aquella mañana en honor a su visita, y que las apagarían en cuanto las puertas se cerraran tras él. El fuego valyrio era demasiado costoso para despilfarrarlo.

Llegaron a la cima de las amplias escaleras curvas que salían a la calle de las Hermanas, casi al pie de la colina de Visenya. Se despidió de Hallyne y añadeó hasta donde lo esperaba Timett, hijo de Timett, con una escolta de hombres quemados. Teniendo en cuenta su objetivo de aquel día, le había parecido que semejante escolta era lo más apropiado. Además, sus cicatrices infundían terror en los corazones de la chusma. En los tiempos que corrían era algo muy necesario. Tan solo hacía tres noches que una turba se había congregado a las puertas de la Fortaleza Roja para pedir alimentos. Joff los recibió con una lluvia de flechas, y hubo cuatro muertos. Luego les gritó que tenían su permiso para comerse los cadáveres.

« Así nos ganamos más amigos» .

—¿Qué haces aquí? —Tyrion se sorprendió al ver también a Bronn junto a su litera.

—Llevar tus mensajes —respondió Bronn—. Mano de Hierro te requiere con urgencia en la puerta de los Dioses. No me ha dicho para qué. Y también te han convocado para que vayas a Maegor.

—¿Convocado? —Tyrion sabía que solo una persona se atrevería a utilizar semejante palabra—. ¿Qué quiere de mí Cersei?

Bronn se encogió de hombros.

—La reina ordena que vuelvas al castillo al momento y te reúnas con ella en sus habitaciones. El mensaje me lo ha dado ese mozarabe, vuestro primo. Tiene cuatro pelos encima del labio y ya se cree un hombre.

—Cuatro pelos y un título de caballero. No olvidemos que ahora es ser Lancel. —Tyrion sabía que ser Jacelyn no lo haría llamar si no se tratara de un asunto importante—. Más vale que vaya a ver qué quiere Bywater. Dile a mi hermana que me reuniré con ella cuando vuelva.

—No le va a hacer gracia —le advirtió Bronn.

—Mejor. Cuanto más haga esperar a Cersei, más furiosa se pondrá, y la furia la vuelve idiota. La prefiero furiosa e idiota a serena y astuta.

Tyrion tiró la capa doblada al interior de la litera y permitió que Timett lo ayudara a subir.

La plaza del mercado, situada tras la puerta de los Dioses, que en otros

tiempos habría estado abarrotada de granjeros que vendían sus cosechas, estaba casi desierta cuando Tyrion la cruzó. Ser Jacelyn lo recibió junto a la puerta y alzó la mano de hierro a modo de brusco saludo.

—Mi señor. Ha llegado vuestro primo Cleos Frey; viene de Aguasdulces con un estandarte de paz. Trae una carta de Robb Stark.

—¿Una oferta de paz?

—Eso dice.

—Mi querido primo. Llevadme con él.

Los capas doradas habían confinado a ser Cleos en una habitación sin ventanas del puesto de guardia. Al verlo entrar se levantó.

—Tyrion, cuánto me alegro de verte.

—Eso no me lo dice mucha gente.

—¿Ha venido Cersei contigo?

—Mi hermana está ocupada con otros asuntos. ¿Esa es la carta de Stark? —La cogió de la mesa—. Podéis marcharos, ser Jacelyn.

By water hizo una reverencia y salió.

—Me dijeron que le entregara la oferta a la reina regente —dijo ser Cleos cuando se cerró la puerta.

—Yo mismo lo haré. —Tyrion le echó un vistazo al mapa que Robb Stark había enviado junto con la carta—. Todo a su debido tiempo, primo. Siéntate. Descansa. Estás muy delgado y ojeroso. —En realidad, su aspecto era aún mucho peor.

—Sí. —Ser Cleos se dejó caer en un banco—. Las cosas van mal en las tierras de los ríos, Tyrion. Sobre todo en torno al Ojo de Dioses y al camino Real. Los señores de los ríos están quemando sus cosechas para rendirnos por hambre, y los forrajeadores del ejército de tu padre les prenden fuego a todas las aldeas que toman, después de pasar por la espada a sus habitantes.

Así era la guerra. A los plebeyos los masacraban, mientras que a los de alta cuna los retenían para pedir rescate. «Tengo que acordarme de dar gracias a los dioses por haber nacido Lannister».

—Pese al estandarte de paz, nos atacaron dos veces. —Ser Cleos se pasó una mano por el escaso cabello castaño—. Eran lobos vestidos con armaduras, ansiosos de atacar a cualquiera que pareciera más débil que ellos. Únicamente los dioses saben en qué bando estaban al empezar todo esto; ahora solo se defienden a sí mismos. Perdí a tres hombres y tengo el doble de heridos.

—¿Qué noticias hay de nuestro enemigo? —Tyrion volvió a concentrarse en las condiciones de la oferta de Stark «El chico no pide gran cosa. Solo la mitad del reino, la liberación de nuestros cautivos, rehenes, la espada de su padre... Ah, sí, y a sus hermanas».

—Está en Aguasdulces, sin hacer nada —dijo ser Cleos—. Creo que teme enfrentarse a tu padre en el campo de batalla. Pierde hombres con cada día que

pasa. Los señores de los ríos se han marchado, cada uno a defender sus tierras.

«¿Sería eso lo que pretendía mi padre?». Tyrion volvió a enrollar el mapa de Stark

—Estas condiciones son inaceptables.

—¿Consentirás al menos en intercambiar a las niñas Stark por Tion y por Willem? —preguntó ser Cleos, desesperado.

—No —dijo con tono amable Tyrion, que recordó que Tion Frey era el hermano menor de ser Cleos—. Pero propondremos otro intercambio. Deja que lo consulte con Cersei y con el Consejo. Te enviaremos de vuelta a Aguas dulces con nuestra oferta.

Era obvio que la perspectiva no le parecía nada satisfactoria.

—Mi señor, no creo que Robb Stark vaya a ceder. La que quiere la paz es lady Catelyn, no el muchacho.

—Lo que quiere lady Catelyn es recuperar a sus hijas. —Tyrion se bajó del banco, con la carta y el mapa en la mano—. Ser Jacelyn se encargará de que tengas comida y fuego. Necesitas un buen descanso, primo. Enviaré a buscarte en cuanto sepamos algo más.

Ser Jacelyn estaba en la muralla, vigilando el entrenamiento de varios cientos de nuevos reclutas. Eran muchos los que buscaban refugio en Desembarco del Rey, así que no faltaban hombres que quisieran unirse a la Guardia de la Ciudad a cambio de una barriga llena y un lecho de paja en los barracones, pero Tyrion no se hacía ilusiones acerca de cómo lucharían aquellos andrajosos si llegaba el momento de la batalla.

—Hicisteis bien en enviar a buscarme —dijo Tyrion—. Dejo a ser Cleos en vuestras manos. Quiero que sea tratado con toda hospitalidad.

—¿Y su escolta? —quiso saber el comandante.

—Dadles comida y ropa limpia, y enviad a un maestre para que cure sus heridas. Bajo ningún concepto deben entrar en la ciudad, ¿comprendido?

No le sería de ninguna utilidad que las noticias de las condiciones en que se encontraba Desembarco del Rey llegaran a oídos de Robb Stark, en Aguas dulces.

—Comprendido, mi señor.

—Ah, una cosa más. Los alquimistas van a enviar un buen número de frascos de barro a cada una de las puertas. Quiero que los utilicéis para entrenar a los hombres que vayan a manejar las bombardas. Llenad los frascos con pintura verde, y que practiquen cargándolos y disparándolos. Si alguno se mancha de pintura, sustituidlo de inmediato. Cuando dominen los frascos de pintura, llenadlos con aceite para lámparas, y que se entrenen para prenderles fuego y dispararlos mientras aún están encendidos. Cuando aprendan a hacerlo sin quemarse, estarán listos para el fuego valyrio.

—Son medidas muy prudentes. —Ser Jacelyn se raspó la mejilla con la mano de hierro—. Aunque no me gusta ese meado de alquimista.

—A mí tampoco, pero hago lo que puedo con lo que tengo.

Una vez subido en su litera, Tyrion Lannister echó las cortinas y ahuecó el almohadón que tenía bajo el codo. Cersei iba a disgustarse cuando se enterase de que había interceptado la carta de Stark, pero su padre lo había enviado allí a gobernar, no a complacer a su hermana.

En su opinión, Robb Stark les había dado una oportunidad de oro. Dejaría que el chico esperase en Aguasdulces, soñando con una paz fácil. Tyrion le enviaría la respuesta con sus condiciones, en la que le concedería al Rey en el Norte lo justo para mantenerlo esperanzado. Ser Cleos se iba a dejar el huesudo culo de Frey cabalgando ida y vuelta con ofertas y contraofertas. Y mientras, su tío ser Stafford entrenaría al nuevo ejército que había reunido en Roca Casterly. Una vez estuviera listo, entre lord Tywin y él podrían aplastar a los Tully y a los Stark.

« Ojalá los hermanos de Robert fueran igual de amables». Pese a lo lento de su avance, Renly Baratheon seguía arrastrándose hacia el noreste con su ejército sureño, y no pasaba una noche sin que Tyrion se acostara con el temor de despertar y enterarse de que lord Stannis estaba subiendo por el Aguasnegras con toda su flota.

« Al parecer tengo una buena cantidad de fuego valyrio, pero aun así...» .

El vocero de la calle interrumpió sus reflexiones. Tyrion echó un vistazo cauteloso entre las cortinas. Estaban cruzando la plaza de los Zapateros, donde se había reunido una multitud bajo los toldos de cuero para escuchar el discurso rimbombante de un profeta. La túnica de lana sin teñir atada a la cintura con una cuerda de cáñamo lo identificaba como miembro de los hermanos mendicantes.

—¡Corrupción! —chillaba el hombre con tono agudo—. ¡Ahí tenéis la advertencia! ¡Contemplad el flagelo del Padre! —Señaló la herida roja que rasgaba el cielo. Se había situado de manera que la Colina Alta de Aegon quedara justo detrás de él, y el cometa parecía suspendido sobre sus torres como un mal presagio. « Ha elegido un buen escenario», reflexionó Tyrion—. Estamos hinchados, abotargados, podridos... La hermana yace con el hermano en el lecho de los reyes, y el fruto de su incesto hace cabriolas por el palacio al son de la música que toca un monito tarado y diabólico. ¡Las damas nobles fornican con bufones y engendran monstruos! ¡Hasta el septón supremo se ha olvidado de los dioses! Se baña en aguas perfumadas y engorda a base de alondras y lampreas mientras su pueblo se muere de hambre. El orgullo se antepone a la plegaria, los gusanos gobernan nuestros castillos, el oro lo es todo... ¡pero eso se acabó! ¡El verano pútrido se acaba, y el Rey Putero ha caído! Cuando el jabali lo destripó, un hedor espantoso ascendió hacia los cielos, y de su barriga salieron mil serpientes siseantes. —Señaló el cometa y el castillo con un dedo huesudo—. ¡Ahí tenéis el presagio! ¡Los dioses lo exigen a gritos; purificaos o seréis purificados! ¡Bañaos en el vino de la probidad o seréis bañados en fuego! ¡Fuego!

—¡Fuego! —repitieron otras voces.

Pero los gritos burlones casi las ahogaron por completo. Aquello alegró a Tyrion. Dio orden de seguir adelante, y la litera se meció como un barco en el mar agitado mientras los hombres quemados abrían camino. « Conque monito tarado y diabólico». Pero aquel miserable tenía razón en lo del septón supremo. ¿Cómo le había dicho el Chico Luna hacía unos días? « Un hombre tan piadoso que adora a los Siete con fervor extremo; imaginad que siempre que se sienta a la mesa toma una comida en honor a cada uno de ellos». El recuerdo de la burla del bufón hizo sonreír a Tyrion.

Se dio por satisfecho cuando consiguió llegar a la Fortaleza Roja sin más incidentes. Mientras subía por las escaleras hacia sus habitaciones, se sentía mucho más esperanzado que al amanecer.

« Tiempo: lo único que necesito es tiempo para encajar todas las piezas. Una vez tenga hecha la cadena...» .

Abrió la puerta de la estancia.

Cersei se apartó de la ventana, con un airoso revoloteo de las faldas en torno a sus esbeltas caderas.

—¿Cómo te atreves a desobedecer mis órdenes?

—¿Quién te ha dado permiso para entrar en mi torre?

—Tu torre? ¡Es el castillo de mi hijo, el rey!

—Algo así me habían comentado. —Tyrion no estaba contento. Crawn lo iba a estar aún menos. Sus hermanos de la luna estaban de guardia aquel día—. Da la casualidad de que iba a ir a verte.

—¿De veras?

—¿Dudas de mí? —Tyrion cerró la puerta de golpe.

—Siempre, y con motivo.

—Qué lástima. —Anadeó hacia la alacena y se sirvió una copa de vino. Hablar con Cersei le provocaba sed—. Me gustaría saber en qué te he ofendido.

—Eres un gusano repugnante. Myrcella es mi única hija. ¿De verdad creías que te iba a permitir venderla como un saco de avena?

« Myrcella —pensó—. Vaya, vaya, el huevo se está incubando. A ver de qué color es el polluelo» .

—¿Como un saco de avena? Nada de eso. Myrcella es una princesa. Muchos te dirían que nació para esto. ¿O acaso tenías intención de casarla con Tommen?

La mano de Cersei fue como un látigo; le hizo soltar la copa de vino, que se derramó por el suelo.

—Seas mi hermano o no, haré que te arranquen la lengua. Yo soy la regente de Joffrey, no tú, y digo que Myrcella no será entregada a ese príncipe de Dorne, como fui entregada yo a Robert Baratheon.

—¿Por qué no? —Tyrion se sacudió el vino de los dedos y suspiró—. En Dorne estaría mucho más a salvo que aquí.

—Eres así de ignorante, o solo perverso? Demasiado bien sabes que los

Martell no tienen motivos para querernos bien.

—Tienen todos los motivos del mundo para detestarnos. Pese a todo, creo que accederán. El rencor del príncipe Doran contra la casa Lannister solo se remonta a una generación, mientras que su pueblo ha estado en guerra contra Bastión de Tormentas y Altojardín desde hace mil años, y Renly ha dado por supuesta la fidelidad de Dorne. Myrcella tiene nueve años, y Trystane Martell, once. He propuesto que se casen cuando mi sobrina tenga catorce años. Hasta entonces, será invitada de honor en Lanza del Sol, bajo la protección del príncipe Doran.

—Será su rehén —dijo Cersei con los labios apretados.

—Será su invitada de honor —insistió Tyrion—, y sospecho que Martell tratará a Myrcella mucho mejor de lo que Joffrey ha tratado a Sansa Stark. Tengo intención de enviar con ella a ser Arya Oakheart. Tendrá como escudo juramentado a un miembro de la Guardia Real: así, nadie olvidará quién ni qué es Myrcella.

—De gran cosa le servirá ser Arya si Doran Martell decide que la muerte de mi hija es una venganza adecuada por la de su hermana.

—El honor de Martell no le permitiría matar a una niña de nueve años, y menos a una chiquilla tan dulce e inocente como Myrcella. Mientras esté en su poder, tendrá la seguridad de que mantendremos nuestro compromiso, y las condiciones son demasiado deseables para que las rechace. Myrcella no es más que una pequeña parte del trato. También le he ofrecido al asesino de su hermana, un asiento en el Consejo, unos castillos de las Marcas...

—Es demasiado. —Cersei paseó por la habitación como una leona inquieta, sus faldas ondulando con cada movimiento—. Has ofrecido demasiado, y sin mi autorización ni mi consentimiento.

—Estamos hablando del príncipe de Dorne. Si le hubiera ofrecido menos, me habría escupido a la cara.

—¡Es demasiado! —insistió Cersei, volviéndose de nuevo hacia él.

—¿Qué le habrías ofrecido tú? ¿El agujero que tienes entre las piernas? —preguntó Tyrion, también furioso. En aquella ocasión vio venir la bofetada. Fue tan violenta que le crujió el cuello—. Mi querida, queridísima hermana —dijo—, te prometo que ha sido la última vez que me golpeas.

—No me amenaces, hombrecillo —replicó su hermana riéndose—. ¿Crees que estás a salvo porque tienes una carta de nuestro padre? No es más que un trozo de pergamino. Eddard Stark también tenía uno, y mira de qué le sirvió.

«Eddard Stark no tenía a la Guardia de la Ciudad —pensó Tyrion—. Ni mis clanes, ni los mercenarios que ha contratado Bronn. Yo sí». O aquello esperaba. Había confiado en Varys, en ser Jacelyn Bywater, en Bronn. Seguro que lord Stark también se había hecho ciertas ilusiones.

Pero no dijo nada. Un hombre inteligente no echa fuego valyrio a un brasero. De modo que se sirvió otra copa de vino.

—¿Crees que Myrcella estará muy segura aquí si cae Desembarco del Rey? Renly y Stannis clavarán su cabeza en una pica, al lado de la tuya.

Y entonces Cersei se echó a llorar.

Tyrion Lannister no se habría quedado más atónito si Aegon el Conquistador en persona hubiera irrumpido en la estancia en aquel momento, a lomos de un dragón y haciendo juegos malabares con tartas. No había visto llorar a su hermana desde los tiempos en que eran niños, en Roca Casterly. Dio un paso hacia ella, con torpeza. Si tu hermana llora, se supone que tienes que consolarla... ¡Pero era Cersei! Fue a ponerle la mano en el hombro, dubitativo.

—No me toques —siseó ella, apartándose. Aquello no debería haberle dolido, pero le dolió, y más que ninguna bofetada. Con el rostro congestionado, tan furiosa como triste, Cersei trató de recuperar el aliento—. No me mires..., no se te ocurra mirarme... Tú no.

—No pretendía asustarte. —Tyrion le dio la espalda con cortesía—. Te prometo que a Myrcella no le va a pasar nada malo.

—Mentiroso —dijo ella—. No soy una niña a la que se pueda tranquilizar con promesas vanas. También me dijiste que liberarías a Jaime. ¿Dónde está?

—Supongo que en Aguasdulces. A salvo y bien vigilado hasta que se me ocurra la manera de liberarlo.

—Yo tendría que haber nacido hombre. —Cersei sorbió por la nariz—. Así no necesitaría de ninguno de vosotros. No habría permitido que sucediera nada de todo esto. ¿Cómo es posible que Jaime se dejara capturar por ese chico? ¿Y nuestro padre? Confié en él, estúpida de mí, y ¿dónde está ahora que lo requiero? ¿Qué hace?

—La guerra.

—¿Desde detrás de los muros de Harrenhal? —bufó, despectiva—. Curiosa manera de luchar. Se parece mucho a esconderse.

—Las apariencias engañan.

—¿Cómo lo llamarías tú? Nuestro padre está sentado en un castillo, Robb Stark está sentado en otro, y ninguno de los dos hace nada.

—Hay maneras y maneras de estar sentado —señaló Tyrion—. Los dos esperan que el otro haga un movimiento, pero el león permanece inmóvil, en equilibrio, con la cola tensa, mientras que el cervatillo está paralizado por el miedo, con las entrañas hechas gelatina. Se mueva hacia donde se mueva, el león caerá sobre él, y lo sabe.

—¿Y estás seguro de que nuestro padre es el león?

—Lo pone en todos nuestros blasones —contestó Tyrion con una sonrisa.

—Si el prisionero fuera nuestro padre —dijo ella haciendo caso omiso de la broma—, Jaime no se habría quedado sentado sin hacer nada, eso te lo aseguro.

«En ese caso, Jaime estaría perdiendo su ejército contra los muros de Aguasdulces. Nunca ha tenido paciencia, igual que tú, mi querida hermana» .

—No todos somos tan osados como Jaime, pero hay otras maneras de ganar una guerra. Harrenhal es fuerte, y su situación es perfecta.

—Mientras que Desembarco del Rey no lo es; eso lo sabemos muy bien los dos. Mientras nuestro padre juega al león y al cervatillo con Stark, Renly marcha por el camino de las Rosas. ¡Puede llegar a nuestras puertas en cualquier momento!

—La ciudad no caerá en un día. Harrenhal no está lejos, y por el camino Real, la marcha sería rápida. Antes de que Renly terminara de preparar las máquinas de asedio, nuestro padre lo sorprendería por la retaguardia. Su ejército sería el martillo, y los muros de la ciudad, el yunque. Me parece una imagen preciosa.

Los ojos verdes de Cersei se clavaron en él, desconfiados, pero al mismo tiempo hambrientos de la seguridad con que la estaba alimentando.

—¿Y si Robb Stark se pusiera en marcha?

—Harrenhal está cerca de los vados del Tridente, de manera que Roose Bolton no podría llevar su ejército norteño a reunirse con el del Joven Lobo. Stark no puede marchar contra Desembarco del Rey sin antes tomar Harrenhal, y no tendría fuerzas para ello ni con la ayuda de Roose Bolton. —Tyrion ensayó su sonrisa más conquistadora—. Y mientras, nuestro padre se alimenta de las tierras del río, y nuestro tío consigue nuevas tropas en la Roca.

—¿Cómo sabes todo eso? —Cersei lo miró con desconfianza—. ¿Te reveló nuestro padre sus intenciones antes de enviarte aquí?

—No. He mirado un mapa.

—Así que todo lo que me has contado no es más que producto de tu grotesca cabeza, Gnomo. —Se volvió, desdeñosa.

—Mi querida hermana —replicó Tyrion—, si no estuvieramos en posición de vencer, ¿para qué nos iban a pedir la paz los Stark? —Le mostró la carta que había llevado ser Cleos Frey—. El Joven Lobo nos ha enviado sus condiciones. Son inaceptables, claro, pero por algo se empieza. ¿Quieres echarles un vistazo?

—Sí. —En un instante volvía a ser toda regia—. ¿Cómo es que tienes tú la carta? Deberían habérmela entregado a mí.

—Para qué sirve una mano, si no es para tenderte las cosas? —Tyrion le entregó la carta. Las uñas de Cersei le habían arañado el rostro, y le escocía la mejilla, pero no se podía decir que aquello desmejorase mucho su aspecto.

« Que me arranque media cara a zarpazos si quiere; será un precio bajo a cambio de que acceda al matrimonio con el de Dorne». Lo tenía al alcance de la mano, lo presentía.

Y también cierto conocimiento sobre un informador... Pero bueno, aquello era la guinda del pastel.

Bailarina lucía guarniciones de lana color blanco níveo, adornadas con el lobo huargo gris de la casa Stark, mientras que Bran llevaba unos calzones grises y un jubón blanco con ribetes de vero en el cuello y las mangas. Sobre el corazón se había puesto su broche en forma de cabeza de lobo, de plata y jade pulido. Habría preferido mil veces tener a Verano en vez de un lobo de plata en el pecho, pero ser Rodrik se mostró inflexible.

Los bajos peldaños de piedra solo detuvieron a Bailarina durante un instante. Cuando Bran la apremió, los subió con facilidad. Al otro lado de las grandes puertas de roble y hierro, el salón principal de Invernalia estaba ocupado por ocho largas hileras de tablones montados sobre caballetes, cuatro a cada lado del pasillo central. Los hombres se apretujaban en los bancos. Se pusieron en pie cuando Bran pasó al trote.

—¡Stark! —gritaron—. ¡Invernalia, Invernalia!

Tenía edad suficiente para saber que no lo aclamaban a él. Se alegraban por la cosecha, por Robb y por sus victorias; honraban a su señor padre, a su abuelo y a todos los Stark desde hacía ocho mil años. Pese a todo, se sintió henchido de orgullo. Durante el tiempo que tardó en recorrer la longitud de la sala, se olvidó de que era un tullido. Pero cuando llegó al estrado, con todos los ojos clavados en él, Osha y Hodor le desabrocharon las cinchas, lo levantaron de lomos de Bailarina y lo transportaron al trono de sus antepasados.

Ser Rodrik estaba sentado a la izquierda de Bran, al lado de su hija Beth. Rickon estaba a su derecha, con el greñudo pelo castaño rojizo tan largo que le llegaba al manto de armiño. Desde la partida de su madre no había dejado que nadie se lo cortara. La última sirvienta que lo intentó se llevó un buen mordisco.

—Yo también quiero montar —dijo al ver que Hodor se llevaba a Bailarina—. Monto mejor que tú.

—Es mentira, así que cállate —le dijo a su hermano.

Ser Rodrik pidió silencio a los presentes. Bran alzó la voz. Les dio la bienvenida en nombre de su hermano, el Rey en el Norte, y les pidió que dieran gracias a los dioses antiguos y nuevos por las victorias de Robb y por la generosa cosecha.

—Que lleguen cien más —terminó al tiempo que alzaba la copa de plata de su padre.

—¡Cien más!

Los picheles de peltre entrechocaron con las copas de barro y los cuernos con argollas de hierro. El vino de Bran estaba endulzado con miel, y aromatizado con clavo y canela, pero aun así era más fuerte que el que solía beber. Sentía cómo le llenaba el pecho por dentro de dedos cálidos y serpenteantes. Cuando volvió a dejar la copa sobre la mesa, la cabeza le flotaba.

—Lo has hecho muy bien, Bran —le dijo ser Rodrik—. Lord Eddard habría estado muy orgulloso.

Al final de la mesa, el maestre Luwin hizo un gesto de asentimiento, mientras los criados empezaban a servir la comida.

Bran nunca había visto un banquete semejante. Se sirvieron platos, platos y más platos, tantos que apenas pudo probar uno o dos bocados de cada uno. Había grandes trozos de uro asado con puerros, empanadas de venado con zanahorias, panceta y setas, chuletas de cordero en salsa de clavo y miel, pato especiado, jabalí a la pimienta, ganso, espetonas de pichones y capones, guiso de buey con avena y una sopa fría de fruta. Lord Wyman había llevado desde Puerto Blanco veinte toneles de pescado y marisco conservados en sal y algas: truchas, bígaros, centollo, mejillones, almejas, arenques, bacalao, salmón, langostas y lampreas. Había pan negro, pasteles de miel y galletas de avena; había nabos, guisantes y remolachas, alubias y calabazas, y grandes cebollas moradas; había manzanas asadas, tartas de arándanos y peras al vino. En todas las mesas, fuera cual fuera el rango de los comensales, se sirvieron grandes piezas de queso blanco, jarras de vino caliente y especiado, y cerveza otoñal bien fría.

Los músicos de lord Wyman tocaron bien y con brío, pero pronto, los sonidos del arpa, el violín y el cuerno se vieron ahogados por las conversaciones a gritos y las risotadas, el ruido de las copas y los platos, y los gruñidos de los perros que se peleaban por las sobras. El bardo cantó canciones muy buenas: «Lanzas de hierro», «Los barcos quemados» y «El oso y la doncella», pero el único que parecía escucharlas era Hodor, que se había puesto junto al flautista y saltaba sobre un pie y luego sobre el otro.

El ruido fue subiendo de volumen hasta convertirse en un retumbar constante, un guiso de sonidos embriagador. Ser Rodrik hablaba con el maestre Luwin por encima de los rizos de Beth, mientras Rickon charlaba a gritos alegres con los Walders. Bran no había querido que los Frey se sentaran en la mesa principal, pero el maestre le recordó que pronto serían parientes. Robb iba a casarse con una de sus tías, y Arya, con uno de sus tíos.

—Ya veréis como no —dijo Bran—. ¿Arya? Imposible.

Pero el maestre Luwin se mostró inflexible, de manera que allí estaban, al lado de Rickon.

Los sirvientes llevaban todos los platos primero a Bran para que cogiera la tajada del señor si lo deseaba. Cuando llegó el pato, ya no le cabía un bocado más. Durante el resto de la cena se limitó a asentir en señal de aprobación ante cada fuente, y los despachaba con un ademán. Si el olor del plato le parecía especialmente apetecible, hacia que se lo llevaran a alguno de los señores del estrado, un gesto de amistad y deferencia que el maestre Luwin le había enseñado. Envío un poco de salmón a la pobre lady Hornwood, el jabalí a los vociferantes Umber, un plato de ganso con bayas a Cley Cerwyn, y una gran

langosta a Joseth, el caballerizo mayor, que no era un gran señor ni uno de los invitados, pero se había encargado del entrenamiento de Bailarina y había hecho posible que Bran pudiera montar. También les envió dulces a Hodor y a la Vieja Tata, sin motivo alguno, solo porque los quería. Ser Rodrik le recordó que debía mandarles algo a los pupilos de su madre, de modo que hizo llegar unas remolachas cocidas a Walder el Pequeño, y unos nabos con mantequilla, a Walder el Mayor.

En los bancos de abajo, los hombres de Invernalia se mezclaban con los habitantes de la ciudad invernal, con amigos de pueblos cercanos y con los acompañantes de los invitados señoriales. Había rostros que Bran no había visto nunca, y otros que conocía tan bien como el suyo propio, pero en aquel momento, todos le parecían igual de extraños. Los veía como si estuvieran muy lejos, como si siguiera sentado junto a la ventana de su dormitorio mirando hacia el patio, viéndolo todo sin formar parte de nada.

Osha se movía entre las mesas sirviendo cerveza. Uno de los hombres de Leobald Tallhart le metió una mano bajo las faldas, y ella le rompió la jarra en la cabeza, lo que provocó un estallido de carcajadas. Pero Mikken tenía una mano bajo el corpiño de otra mujer, y por lo visto, a ella no le importaba. Bran observó como Farlen hacía que su perra le mendigara huesos, y sonrió a la Vieja Tata, que estaba partiendo una empanada caliente con los dedos arrugados. En el estrado, lord Wyman atacaba un humeante plato de lampreas como si fueran el ejército enemigo. Estaba tan gordo que ser Rodrik había ordenado que le construyeran una silla de tamaño especial para que se sentara, pero se reía mucho y en voz muy alta, y Bran sentía cierto afecto por él. La pobre lady Hornwood, tan demacrada, estaba sentada a su lado; su rostro parecía una máscara de piedra mientras picoteaba la comida sin interés. Al otro extremo de la mesa principal, Hother y Mors competían en beber y entrechocaban sus cuernos tan fuertemente como dos caballeros las lanzas en una liza.

«Aquí hace demasiado calor y hay demasiado ruido, y todos se están emborrachando. —Las prendas grises y blancas de lana le causaban picazón, y de pronto deseó estar en cualquier lugar menos allí—. En el bosque de dioses hace fresco. De los estanques calientes sale humo, y las hojas rojas del arciano crujen. Los olores son más penetrantes que aquí; pronto saldrá la luna, y mi hermano y yo le cantaremos».

—¿Bran? —dijo ser Rodrik—. No estás comiendo nada.

El sueño había sido tan vívido que, durante un instante, Bran olvidó dónde se encontraba.

—Ya comeré más tarde —dijo—. Ahora estoy lleno a reventar.

—Lo has hecho muy bien, Bran. —El bigote blanco del anciano caballero estaba teñido de rosa por el vino—. Aquí y durante las audiencias. Creo que algún día serás un buen señor.

«Yo quiero ser caballero». Bran bebió otro trago de vino dulce especiado de la copa de su padre, satisfecho por tener algo a lo que aferrarse. La copa tenía un grabado que representaba la cabeza de un lobo huargo mostrando los dientes. Notó el relieve del morro de plata contra la palma de la mano y recordó la última vez que había visto a su señor padre beber de aquella copa.

Había sido la noche del banquete de bienvenida, cuando el rey Robert llegó con su corte a Invernalia. Entonces todavía era verano. Sus padres habían compartido el estrado con Robert y su reina, y sus hermanos se habían sentado junto a ella. También estuvo allí el tío Benjen, todo vestido de negro. Bran y sus hermanos se habían sentado con los hijos del rey: Joffrey, Tommen y la princesa Myrcella, que se había pasado toda la comida contemplando a Robb con ojos de adoración. Arya hacia muecas cada vez que creía que nadie la miraba, Sansa escuchaba arrobada al arpista del rey, que cantaba canciones de caballería, y Rickon no paraba de preguntar por qué Jon no estaba con ellos. «Porque es un bastardo», tuvo que susurrarle Bran al final. «Y ahora todos se han ido». Era como si algún dios cruel los hubiera barrido de un manotazo gigantesco. Las chicas estaban prisioneras, Jon en el Muro, Robb y su madre en la guerra, el rey Robert y su padre muertos, quizás el tío Benjen también...

Asimismo, abajo, en los bancos, había rostros nuevos. Jory había muerto, igual que Tom el Gordo, Porther, Alyn, Desmond, Hullén, que había sido caballerizo mayor, su hijo Harwin... todos los que habían viajado hacia el sur con su padre, hasta la septa Mordane y Vayon Poole. Los demás se habían ido a la guerra con Robb, y quizás también morirían. Le gustaban Pelopaja, Tym Carapicada, Skitterick y los demás nuevos, pero echaba de menos a sus antiguos amigos.

Recorrió los bancos con la mirada, examinó los rostros alegres y los tristes, y se preguntó cuáles faltarían al año siguiente, y al otro, y al otro. De buena gana se habría echado a llorar, pero no podía. Era el Stark en Invernalia, hijo de su padre y heredero de su hermano, y ya casi un hombre.

Al fondo de la sala se abrieron las puertas, y la ráfaga de aire frío hizo que las antorchas brillaran más durante un instante. Barrigón dio paso a dos nuevos invitados al banquete.

—Lady Meera de la casa Reed —rugió el rotundo guardia para hacerse oír por encima del clamor—. Con su hermano, Jojen, de la Atalaya de Aguasgrises.

Todos alzaron la vista de sus copas y platos para mirar a los recién llegados. Bran pudo oír como Walder el Pequeño murmuraba «comerranas» a Walder el Mayor, sentado a su lado.

Ser Rodrik se puso en pie.

—Sed bienvenidos, amigos, y compartid con nosotros este festín.

Los sirvientes corrieron a prolongar la mesa del estrado con más tablones, caballetes y sillas.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Rickon.

—Embarrados —comentó Walder el Pequeño con desdén—. Son ladrones y carroñeros; tienen los dientes verdes de tanto comer ranas.

El maestre Luwin se acuclilló al lado de Bran para susurrarle unos consejos al oído.

—Debes dispensarles un recibimiento cálido. No pensé que fueran a venir, pero... ¿sabes quiénes son?

—Lacustres —dijo Bran con un gesto de asentimiento—. Del Cuello.

—Howland Reed fue un buen amigo de tu padre —le dijo ser Rodrik—. Al parecer, estos son sus hijos.

Bran examinó a los recién llegados mientras estos recorrían la sala. La primera era una chica, aunque con aquella ropa nadie lo habría asegurado. Vestía calzones de piel de cordero, reblandecidos por el uso, y un jubón sin mangas, de escamas de bronce. Debía de tener la edad de Robb, aunque era delgada como un muchacho, con el largo pelo castaño atado en una coleta y apenas un atisbo de pechos. Llevaba una red colgada de un lado de las flacas caderas, y un largo cuchillo de bronce del otro; tenía debajo del brazo un viejo yelmo con manchas de óxido; de la espalda le colgaba una fisga y un escudo redondo de cuero.

Su hermano era varios años menor y no llevaba armas. Vestía de verde de los pies a la cabeza; hasta las botas de piel eran verdes, y cuando estuvo más cerca, Bran vio que tenía los ojos del color del musgo, aunque sus dientes parecían tan blancos como los de cualquiera. Los dos Reed eran de constitución esbelta, delgados como espadas, y poco más altos que el propio Bran. Una vez delante del estrado hincaron una rodilla en tierra.

—Mis señores de Stark —dijo la muchacha—. Han pasado los años a cientos y a miles desde que mi pueblo jurara lealtad por primera vez al Rey en el Norte. Mi señor padre nos ha enviado a recitar de nuevo el juramento, en nombre de todo nuestro pueblo.

« Me está mirando a mí », comprendió Bran. Tenía que responder algo.

—Mi hermano Robb está luchando en el sur —dijo—. Pero si queréis, podéis recitar el juramento ante mí.

—A Invernalia juramos la lealtad de Aguasgrises —dijeron al unísono—. Tierra, corazón y cosecha os entregamos, mi señor. A vuestras órdenes están nuestras espadas, lanzas y flechas. Apiadaos de nuestros enfermos, auxiliad a nuestros indefensos, impartid justicia para todos, y jamás os fallaremos.

—Lo juro por la tierra y por el agua —dijo el chico de verde.

—Lo juro por el bronce y por el hierro —dijo su hermana.

—Lo juramos por el hielo y por el fuego —terminaron a la vez.

Bran no supo qué decir. ¿Tenía que recitar algún juramento equivalente? No le habían enseñado cómo salir de aquella situación.

—Que vuestros inviernos sean cortos y vuestros veranos generosos —dijo;

aquellos solía dar resultado—. Levantaos. Soy Brandon Stark.

La chica llamada Meera se puso en pie y ayudó a su hermanito a levantarse. El chico no apartaba la vista de Bran.

—Te hemos traído obsequios: pescado, ranas y aves.

—Os lo agradezco. —Bran se preguntó si tendría que ser tan educado como para comerse una rana—. Os ofrezco la carne y el hidromiel de Invernalia.

Trató de recordar qué le habían enseñado acerca de los lacustres, que vivían entre los pantanos del Cuello y rara vez salían de los humedales. Eran un pueblo pobre de pescadores y cazadores de ranas, que vivían en casas de paja y juncos, en islas flotantes ocultas en las profundidades de los pantanos. Se decía de ellos que eran cobardes, que luchaban con armas envenenadas y preferían ocultarse de los enemigos en vez de enfrentarse abiertamente a ellos en la batalla. Y, pese a todo, Howland Reed había sido uno de los más leales compañeros de su padre durante la guerra en la que el rey Robert consiguió su corona, antes de que Bran naciera.

El chico, Jojen, miró toda la estancia con curiosidad al tiempo que se sentaba.

—¿Dónde están los lobos huargo?

—En el bosque de dioses —respondió Rickon—. Peludo se portó mal.

—A mi hermano le gustaría verlos —dijo la chica.

—Más vale que los lobos no lo vean a él —dijo Walder el Pequeño a gritos—, o se lo comerán de un bocado.

—Si voy con ellos, no lo morderán. —Bran estaba satisfecho de que quisieran ver a los lobos—. Bueno, Verano seguro que no, y él mantendrá a raya a Peludo.

Aquellos embarrados despertaban su curiosidad. No recordaba haber visto a ninguno. Su padre le enviaba cartas al señor de Aguasgrises todos los años, pero ningún lacustre llegó a visitar Invernalia. Le habría gustado seguir hablando con ellos, pero la sala principal era demasiado ruidosa, tanto que solamente se oía lo que decía quien estaba justo al lado.

Quien estaba justo al lado de Bran era ser Rodrik.

—¿Es verdad que comen ranas? —preguntó al anciano caballero.

—Sí —asintió ser Rodrik—. Ranas, pescado, lagartos león y todo tipo de aves.

« A lo mejor es porque no tienen ovejas ni vacas», pensó Bran. Les ordenó a los sirvientes que les llevaran chuletas de cordero y tajadas de uro, y que les llenaran los platos de guiso de buey con avena. Pareció que les gustaba mucho. La chica sorprendió su mirada y le sonrió. Bran se sonrojó y apartó la vista.

Mucho más tarde, después de que se sirvieran los dulces y se engulleran regados con galones de vino veraniego, retiraron los restos de comida de las mesas y las empujaron contra las paredes para que comenzara el baile.

La música se hizo más animada: entraron los tambores, y Hother Umber sacó un gran cuerno curvo de guerra con remaches de plata. Cuando el bardo, que estaba cantando « La noche que terminó», llegó a la parte donde la Guardia

de la Noche cabalgaba para enfrentarse a los Otros en la batalla por el Amanecer, lo hizo sonar con un rugido que provocó los ladridos de todos los perros.

Dos hombres de Glover comenzaron a tocar una música estridente con una gaita y una lira. Mors Umber fue el primero en levantarse. Agarró por el brazo a una sirvienta que pasaba por allí, con lo que la chica soltó el jarro de vino, que fue a estrellarse contra el suelo. Entre las alfombras, los huesos y los trocitos de pan que había sobre la piedra, la obligó a dar vueltas, la hizo girar y la lanzó por los aires. La chica se reía a gritos y se puso tan colorada como las faldas que le giraban y se le levantaban con el baile.

No tardaron en unirse otros. Hodor empezó a bailar solo, mientras lord Wyman le pedía a la pequeña Beth Cassel que fuera su pareja. Pese a su inmenso tamaño se movía con elegancia. Cuando se cansó, Cley Cerwyn bailó con la chica. Ser Rodrik se acercó a lady Hornwood, pero ella se excusó y pidió permiso para retirarse. Bran se quedó el tiempo justo para no parecer maleducado, e hizo que llamaran a Hodor. Estaba acalorado y cansado; el vino le había arrebolado las mejillas, y ver bailar lo ponía triste. Era algo que él jamás podría hacer.

—Quiero irme.

—Hodor —gritó Hodor, al tiempo que se arrodillaba.

El maestre Luwin y Pelopaja lo alzaron para meterlo en la cesta. Los de Invernalia habían visto aquello cientos de veces, pero sin duda para los invitados era un espectáculo extraño, y algunos se mostraron más curiosos que educados. Bran sintió las miradas clavadas en él.

Salieron por atrás para no recorrer toda la longitud de la sala, y Bran tuvo que agachar la cabeza para cruzar la puerta. En la galería oscura que había tras la sala principal, se tropezaron con Joseth, el caballerizo mayor, montando de una manera diferente a la acostumbrada. Había empujado a una mujer que Bran no conocía contra la pared, y le había levantado las faldas hasta la cintura. La mujer se reía entre dientes hasta que Hodor se detuvo para mirar. Entonces, soltó un grito.

—Déjalos en paz, Hodor —tuvo que ordenarle Bran—. Llévame a mi dormitorio.

Hodor lo subió por la escalera de caracol hasta su torre y se arrodilló junto a una de las barras de hierro que Mikken había incrustado en la pared. Bran se apoyó en las barras para desplazarse hasta la cama, y Hodor le quitó las botas y los calzones.

—Ya puedes volver al banquete —dijo Bran—, pero no moletes a Joseth y a esa mujer.

—Hodor —respondió Hodor con un gesto de asentimiento.

Sopló para apagar la vela de su mesilla, y la oscuridad lo envolvió como una

manta suave, familiar. El sonido distante de la música se colaba a través de los postigos de su ventana.

De pronto le acudió a la mente algo que su padre le había contado cuando era pequeño. Le había preguntado a lord Eddard si en la Guardia Real estaban de verdad los mejores caballeros de los Siete Reinos.

—Ya no —fue la respuesta—. Pero en el pasado fueron una maravilla, una brillante lección para todo el mundo.

—¿Y cuál era el mejor de todos?

—El mejor caballero que yo he visto jamás fue ser Arthur Dayne, que luchaba con una espada llamada *Albor*, forjada con el corazón de una estrella caída. Lo llamaban Espada del Amanecer, y de no ser por Howland Reed, me habría matado.

Entonces, su padre se había puesto triste y no quiso seguir hablando. Bran deseó con todas sus fuerzas haberle preguntado qué quería decir.

Cerró los ojos, con la cabeza llena de caballeros de brillante armadura, luchando con espadas que resplandecían como fuego de estrellas, pero cuando se durmió volvió a encontrarse en el bosque de dioses. Los olores de la cocina y del salón principal eran tan intensos como si no hubiera abandonado el banquete. Merodeó por debajo de los árboles, seguido de cerca por su hermano. Los aullidos de la manada humana dedicada a sus juegos rasgaban la tranquilidad de la noche. Los sonidos lo inquietaban. Quería correr, cazar; quería...

El tintineo del hierro hizo que alzara las orejas. Su hermano también lo había oído. Corrieron entre la maleza en dirección al sonido. Cruzaron las aguas tranquilas al pie del viejo blanco, y entonces le llegó el olor de un desconocido, el olor a hombre mezclado con cuero, tierra, hierro.

Los intrusos se habían adentrado unos pasos en el bosque cuando llegó junto a ellos: una hembra y un macho joven, sin pizca de miedo, aunque les mostró los dientes. Su hermano gruñía desde lo más profundo de la garganta, pero los humanos no huyeron.

—Ahí vienen —dijo la hembra. «Meera», susurró una parte de él, un atisbo del niño dormido perdido en el sueño de lobo—. ¿Sabías que eran así de grandes?

—Y más grandes serán cuando crezcan del todo —dijo el macho joven, que los miraba con unos ojos grandes, verdes, desprovistos de todo temor—. El negro está lleno de miedo y rabia, pero el gris es fuerte... más fuerte de lo que él mismo sabe... ¿No lo sientes, hermana?

—No —dijo al tiempo que ponía una mano en el puño de su largo cuchillo marrón—. Ve con cuidado, Jojen.

—No me va a hacer daño. Hoy no es el día en que voy a morir.

El macho avanzó hacia ellos, sin miedo, y extendió la mano para tocarle el hocico con una caricia ligera como una brisa de verano. Pero, con el contacto de aquellos dedos, el bosque se disolvió y la tierra misma se tornó humo bajo sus

pies, un humo que subía, girando, entre risas, y entonces empezó a caer, a caer, a caer...

Mientras dormía en las praderas onduladas, Catelyn soñó que Bran estaba sano otra vez, que Arya y Sansa se daban la mano, que Rickon era todavía un bebé que se alimentaba de su pecho. Robb, sin corona, jugaba con una espada de madera, y cuando todos se dormían encontraba a Ned en su lecho, sonriente.

Un sueño dulce, un sueño breve. Llegó el amanecer cruel con su daga de luz. Se despertó dolorida, sola y cansada; cansada de cabalgar, cansada de sufrir, cansada del deber.

«Quiero llorar —pensó—. Quiero que me consuelen. Estoy cansada de ser fuerte. Por una vez quiero actuar como una niña asustada. Solo durante un tiempo, nada más... un día... una hora».

En el exterior de su tienda, los hombres se movían ya. Oyó relinchos de caballos, a Shadd quejándose de que tenía la espalda agarrotada, a ser Wendel pidiendo su arco a gritos. Catelyn deseó con todas sus fuerzas que desaparecieran. Eran hombres buenos, leales, pero estaba cansada de todos. Solo anhelaba ver a sus hijos. Se prometió que un día se quedaría en la cama, un día se permitiría el lujo de no ser fuerte.

Pero no podía ser aquel día.

Sintió los dedos más torpes que de costumbre; le costaba ponerse la ropa. Y aún tenía que dar gracias por poder utilizar las manos. El puñal era de acero valyrio, y el mordisco del acero valyrio era temible. Solo tenía que mirarse las cicatrices para recordarlo.

En el exterior, Shadd removía unas gachas en la cazuela, mientras ser Wendel Manderly tensaba su arco.

—Mi señora —dijo al ver salir a Catelyn—. En estas praderas hay aves. ¿Queréis desayunar una codorniz asada esta mañana?

—Tomaré pan y gachas como todos, gracias. Hoy hemos de cabalgar muchas leguas, ser Wendel.

—Como queráis, mi señora. —La decepción se dibujó en el rostro redondo del caballero; las puntas de sus bigotes de morsa parecieron caer un poco más—. Pan y gachas, no hay mejor desayuno.

Era uno de los hombres más gordos que Catelyn había visto jamás, pero por mucho que amara la comida, amaba su honor todavía más.

—He preparado una infusión de ortigas —anunció Shadd—. ¿Querrá mi señora una taza?

—Sí, os lo agradezco.

Acunó la taza entre sus manos marcadas y sopló para enfriar el líquido. Shadd era uno de los hombres de Invernalia. Robb había nombrado a veinte de los mejores para que la escoltaran sana y salva hasta Renly. También envió con ella a cinco señores menores, cuyos nombres y nobleza le darían peso y honor a

su mensaje. Durante su camino hacia el sur, siempre lejos de las ciudades y aldeas, habían visto más de una vez bandas de hombres armados, y humo hacia el este, pero nadie se atrevió a molestarlos. Eran pocos para constituir una amenaza y demasiados para ser presa fácil. Una vez cruzaron el Aguasnegras, dejaron lo peor atrás. En los cuatro últimos días no habían visto ni rastro de la guerra.

Catelyn nunca había querido llegar a aquella situación. Se lo había dicho a Robb en Aguasdulces.

—La última vez que vi a Renly, era un niño; tenía la edad de Bran. No lo conozco. Envía a otro. Mi lugar está aquí, con mi padre, durante lo que le quede de vida.

—No tengo a nadie más, y no puedo ir yo. —Su hijo la miraba con tristeza—. Tu padre está demasiado enfermo. El Pez Negro es mis ojos y mis oídos; no puedo prescindir de él. A tu hermano lo necesito para defender Aguasdulces cuando avancemos.

—¿Cuando avancemos? —Nadie le había hablado de un posible avance.

—No puedo quedarme en Aguasdulces a la espera de la paz. Da la impresión de que tengo miedo de presentar batalla de nuevo. Los hombres, cuando no pelean, empiezan a pensar en sus hogares y cosechas: me lo dijo mi padre. Hasta mis norteños empiezan a estar inquietos.

« Mis norteños —pensó—. Incluso empieza a hablar como un rey» .

—Nadie ha muerto nunca de inquietud. En cambio, de precipitación, sí. Hemos plantado semillas; deja que broten.

Robb sacudió la cabeza con obstinación.

—No hemos hecho más que tirar unas semillas al viento. Si tu hermana Lyra fuera a acudir en nuestra ayuda, ya habríamos recibido la noticia. ¿Cuántos pájaros hemos enviado al Nido de Águilas? ¿Cuatro? Yo también quiero la paz, pero ¿por qué me van a dar nada los Lannister si lo único que hago es quedarme aquí quieto, mientras mi ejército se derrite a mi alrededor tan deprisa como la nieve de verano?

—Así que, en vez de parecer cobarde, quieres bailar al son que toque lord Tywin —le espetó ella—. Quiere que avances contra Harrenhal; pregúntale a tu tío Brynden si no me...

—Yo no he dicho nada de Harrenhal —replicó Robb—. En fin, ¿irás en mi nombre a entrevistarte con Renly, o tengo que enviar al Gran Jon?

El recuerdo la hizo sonreír. Era un truco muy evidente, pero inteligente para un chico de quince años. Robb sabía que Jon Umber era incapaz de negociar con un hombre como Renly Baratheon, y también sabía que ella lo sabía. No podía hacer otra cosa que acceder y rezar para que su padre siguiera con vida a su regreso. Si lord Hoster se hubiera encontrado bien, habría ido él en persona, estaba segura. Pese a todo, la partida fue dura, muy dura. El anciano ni siquiera

la reconoció cuando entró a despedirse.

—Minisa —la llamó—, ¿dónde están las niñas? Mi pequeña Cat, mi dulce Lyza...

Catelyn le dio un beso en la frente, y le dijo que sus pequeñas estaban bien.

—Espérame, mi señor —le suplicó cuando volvió a cerrar los ojos—. Yo te esperé tantas, tantas veces... Ahora tú tienes que esperarme a mí.

« El destino me lleva cada vez más al sur —pensó Catelyn mientras bebía un trago de la amarga infusión—, cuando lo que debería hacer es ir al norte, a casa. —Había escrito a Bran y a Rickon la última noche en Aguasdulces—. No os olvido, mis pequeños, creedme. Pero vuestro hermano me necesita más que vosotros».

—Hoy deberíamos llegar al alto Mander, mi señora —anunció ser Wendel mientras Shadd servía las gachas con un cucharón—. Si lo que se cuenta es verdad, lord Renly no estará lejos.

« Y cuando lo encuentre, ¿qué le digo? ¿Que mi hijo no considera que sea el rey legítimo? ». No deseaba aquella reunión. Lo que les hacía falta eran amigos, no más enemigos, pero Robb jamás doblaría la rodilla ante un hombre cuyas aspiraciones al trono no consideraba legítimas.

Tenía el cuenco vacío, aunque no recordaba haber probado las gachas. Lo dejó a un lado.

—Ya tendríamos que habernos puesto en marcha.

Cuanto antes hablaría con Renly, antes podría volver a casa. Fue la primera en montar, y marcó el paso de la columna. Hal Mollen cabalgaba junto a ella, portando el estandarte de la casa Stark, el lobo huargo gris sobre campo blanco hielo.

Aún estaban a medio día a caballo del campamento de Renly cuando los alcanzaron. Robin Flint se había adelantado como explorador, y volvió al galope con la noticia de que había un vigía en el tejado de un molino distante. Cuando el grupo de Catelyn llegó allí, hacia tiempo que el hombre había desaparecido. Apuraron la marcha, pero no llegaron a avanzar ni mil pasos antes de que los exploradores de Renly cayeran sobre ellos. Eran veinte hombres a caballo, con cotas de malla, y a la cabeza iba un gigantesco caballero de barba blanca con un jubón en el que se veían dibujos de grajos azules. Al ver su estandarte trotó solo hacia ella.

—Mi señora, soy ser Colen de Lagosverdes —dijo—, para serviros. Cruzáis tierras muy peligrosas.

—Tenemos asuntos muy urgentes que tratar —le respondió—. Vengo como enviada de mi hijo, Robb Stark, el Rey en el Norte, para pactar con Renly Baratheon, el Rey en el Sur.

—El rey Renly es el monarca coronado y ungido de todos los Siete Reinos, mi señora —respondió ser Colen, aunque con cortesía—. Su alteza ha acampado

junto con su ejército cerca de Puenteamargo, donde el camino de las Rosas cruza el Mander. Me corresponde a mí el gran honor de escoltarlos hasta él.

El caballero alzó una mano enfundada en un guantelete, y sus hombres formaron una doble columna para flanquear a Catelyn y a su guardia. Catelyn no sabía bien si la escoltaban o la habían hecho cautiva. No podía hacer otra cosa que confiar en el honor de ser Colen, y en el de lord Renly.

Aún les faltaba una hora para llegar al río cuando divisaron el humo de las hogueras del campamento. Luego les llegó el sonido a través de los campos sembrados y las praderas; era como el murmullo del mar a lo lejos, que fue haciendo más alto a medida que se acercaban. Cuando vieron las aguas turbias del Mander brillar bajo el sol, ya distinguían las voces de los hombres, el clamor del acero y los relinchos de los caballos. Pero ni el ruido ni el humo los habían preparado para la visión del ejército en sí.

Miles de hogueras llenaban el aire con una neblina de humo claro. Las filas de caballos tenían varias leguas de longitud. Había hecho falta talar todo un bosque solo para hacer las largas astas de las que colgaban los estandartes. Enormes máquinas de asedio se distribuían ordenadas sobre la hierba, al borde del camino de las Rosas: maganeles, trabuquetes, arietes montados sobre ruedas más altas que un hombre a caballo... Las puntas de acero de las picas tenían un brillo rojo a la luz del sol, como si ya estuvieran cubiertas de sangre, y los pabellones de los caballeros y los grandes señores poblaban la hierba como setas de seda. Vio hombres con lanzas y hombres con espadas, hombres con cascos de acero y cotas de malla, prostitutas que mostraban sus encantos, arqueros emplumando flechas, cocheros que guiaban carromatos, porqueros que guiaban sus piaras, pajés corriendo para llevar mensajes, escuderos dedicados a afilar espadas, caballeros a lomos de palafrenes, y mozos de cuadras tirando de las riendas de corceles indómitos.

—Una cantidad de hombres temible —observó ser Wendel Manderly mientras cruzaban el antiguo arco de piedra del que Puenteamargo tomaba su nombre.

—Ciento —asintió Catelyn.

Al parecer, toda la caballería del sur había acudido a la llamada de Renly. La rosa dorada de Altojardín se veía por todas partes: bordada en el lado derecho del pecho de soldados y sirvientes; ondeando al viento en los estandartes de seda verde, adornando lanzas y picas; pintada en los escudos que colgaban ante los pabellones de los hijos, hermanos y primos de la casa Tyrell. Catelyn vio también el zorro y las flores de la casa Florent, las manzanas roja y verde de Fossoway, el cazador que andaba a zancadas de lord Tarly, las hojas de roble de Oakheart, las grullas de Crane y la nube de mariposas negras y naranja de los Mullendor.

Los señores de la tormenta habían alzado sus estandartes al otro lado del

Mander. Eran los vasallos de Renly, que habían jurado lealtad a la casa Baratheon y a Bastión de Tormentas. Catelyn reconoció los ruiñores de Bryce Caron, las plumas de Penrose y la tortuga marina de lord Estermont, verde sobre verde. Pero, por cada escudo que conocía, había una docena que jamás había visto; pertenecían a los señores menores leales a los vasallos, o a caballeros errantes y jinetes libres que habían acudido a cientos para hacer de Renly Baratheon un rey tanto de nombre como de hecho.

El estandarte de Renly colgaba por encima de los demás. En la cima de su torre de asedio más alta, una inmensidad de roble con ruedas cubierta de pieles, pendía el estandarte de guerra más grande que Catelyn había visto jamás, un paño de tal tamaño que podía alfombrar muchas salas, todo dorado, con la silueta negra del venado coronado de los Baratheon en medio, sobre las patas traseras, erguido, orgulloso.

—¿Oís ese ruido, mi señora? —preguntó Hallis Mollen, que se había acercado a ella al trote—. ¿De qué se trata?

Prestó atención. Gritos, relinchos de caballos, el clamor del acero y...

—Aplausos —dijo.

Habían estado cabalgando por una suave pendiente en dirección a unos pabellones de brillantes colores alzados en la cima. Al pasar entre ellos se encontraron con que había muchos más hombres, y con que los sonidos eran más fuertes. Y entonces lo vio todo.

Abajo, entre los muros de piedra y madera de un pequeño castillo, estaba teniendo lugar un torneo cuerpo a cuerpo.

Habían despejado un campo para justas, y había cercas, estrados y vallas basculantes. Los espectadores eran cientos, tal vez miles. Por el aspecto del lugar, arrasado, embarrado, lleno de restos de armaduras y trozos de lanzas, llevaban allí un día o más, pero al parecer se aproximaba el final. Solo quedaba una veintena de caballeros montados, que cargaban unos contra otros y se atacaban entre los aplausos y gritos de ánimo de los espectadores y los combatientes descabalgados. Catelyn vio cómo dos corceles con armaduras completas chocaban entre el estruendo del acero y la carne.

—Un torneo —señaló Hal Mollen. Tenía un don natural para anunciar lo evidente.

—Espléndido —dijo ser Wendel Manderly al ver a un caballero con capa arcoíris volviéndose para asestar un golpe de revés, que destrozó el escudo de su perseguidor y lo hizo caer de los estribos.

La multitud que tenían delante hacía imposible que siguieran avanzando.

—Lady Stark —dijo ser Colen—, si vuestros hombres tienen la bondad de aguardar aquí; iré a presentarlos al rey.

—Como vos digáis.

Dio la orden de detenerse, aunque tuvo que alzar la voz para hacerse oír por

encima del estrépito del torneo. Ser Colen hizo avanzar muy despacio a su caballo entre la multitud, abriendo un camino para Catelyn. El gentío rugió cuando un hombre de barba roja sin casco, con un grifo pintado en el escudo, cayó ante un corpulento caballero de armadura azul. Su acero era de color cobalto oscuro, hasta el mangual sin puntas que manejaba de manera tan mortífera, y su montura lucía los jaeces con el blasón cuarteado del sol y la luna, símbolo de la casa Tarth.

—Malditos sean los dioses; Ronnet el Rojo ha caído —renegó un hombre.

—Loras se encargará del de azul... —le respondió otro antes de que el rugido de la multitud ahogara el resto de sus palabras.

Había caído otro hombre, que quedó atrapado bajo su caballo herido, y ambos lanzaban alaridos de dolor. Los escuderos corrieron a prestarles auxilio.

« Esto es una locura —pensó Catelyn—. Renly tiene enemigos de verdad por todas partes; la mitad del reino está en llamas, y él aquí, jugando a la guerra como un niño con su primera espada de madera».

Las damas y señores de las galerías estaban tan absortos en el combate cuerpo a cuerpo como los que observaban a nivel de suelo. Catelyn los conocía bien. Su padre había visitado a menudo a los señores sureños, y no pocos de ellos acudieron también como invitados a Aguasdulces. Reconoció a lord Mathis Rowan, más corpulento y sonrosado que nunca, con el árbol dorado de su casa bien visible en el jubón blanco. Más abajo estaba sentada lady Oakheart, menuda y delicada, y a su izquierda, lord Randyll Tarly de Colina Cuerno, con su famoso mandoble, *Veneno de Corazón*, apoyado contra el respaldo de su asiento. A otros los conocía solo por sus blasones, y unos pocos le resultaban del todo desconocidos.

Y en medio de todos ellos, contemplando el espectáculo y riendo al lado de su joven reina, había un fantasma con una corona de oro.

« No me extraña que los señores lo sigan con tal fervor —pensó—; es la viva imagen de Robert». Renly era tan atractivo como lo había sido Robert, de miembros largos y hombros anchos, el mismo pelo negro como el carbón, fino y lacio, los mismos ojos de un azul intenso, la misma sonrisa alegre. El delicado aro que le ceñía la frente le sentaba bien. Era de oro pulido, un círculo de rosas exquisitamente forjadas; en la parte de delante se veía una cabeza de venado en jade verde oscuro, con los ojos dorados y las astas a juego.

El venado coronado decoraba también la túnica de terciopelo verde del rey, bordado en hilo de oro sobre su pecho: el blasón de los Baratheon con los colores de Altojardín. La muchacha que compartía con él la tarima también era de Altojardín: se trataba de su joven reina, Margaery, hija de lord Mace Tyrell. Catelyn sabía que su matrimonio era el cemento que mantenía unida la gran alianza sureña. Renly solo tenía veintiún años, y la chica no sería mayor que Robb, muy bonita, con tiernos ojos de gacela y una melena de pelo castaño que

le caía ondulante sobre los hombros. Su sonrisa era tímida y dulce.

En el campo de justas, el caballero de la capa con todos los colores del arcoíris derribó a otro hombre, y el rey lo aclamó junto con los demás.

—¡Loras! —Lo oyó gritar—. ¡Altojardín!

La reina, muy contenta, también palmoteaba.

Catelyn se volvió para contemplar el final. Ya solo quedaban cuatro hombres en la contienda, y no cabía duda de quién era el favorito del rey y del gentío. No había llegado a conocer en persona a ser Loras Tyrell, pero hasta el lejano norte habían llegado las historias sobre las proezas del joven Caballero de las Flores. Ser Loras montaba a lomos de un gran semental con armadura plateada, y peleaba con un hacha de mango largo. Del centro de su yelmo brotaba un penacho de rosas doradas.

Dos de los hombres que aún quedaban en contienda habían hecho causa común. Espolearon a sus monturas en dirección al caballero de la armadura cobalto. En el momento en que se le acercaron, uno por cada lado, el caballero azul tiró de las riendas; golpeó de pleno a uno en la cara, con su escudo astillado, mientras su corcel negro se alzaba sobre los cuartos traseros y coceaba al otro. En un abrir y cerrar de ojos, uno de los combatientes quedó descabalgado, y el otro se tambaleaba. El caballero azul dejó caer el escudo roto para tener libre el brazo izquierdo, y en aquel momento, el Caballero de las Flores cayó sobre él. El peso del acero no parecía afectar a la elegancia y rapidez con que ser Loras se movía, con la capa arcoíris ondeando a su espalda.

El caballo negro y el blanco se movieron el uno en torno al otro como enamorados en el baile de la cosecha, pero los jinetes se lanzaban golpes de acero en lugar de besos. El hacha relampagueaba y el mangual giraba. La una carecía de filo y el otro no tenía puntas, pero el ruido que hacían era *temible*. El caballero azul, que no tenía escudo, se estaba llevando la peor parte. Ser Loras descargaba golpe tras golpe contra su cabeza y hombros, mientras la multitud rugía: « ¡Altojardín! ». El otro respondía con el mangual, pero ser Loras siempre conseguía detener la bola con su maltrecho escudo verde, en el que aún se veían tres rosas doradas. Cuando el hacha acertó al caballero azul en la mano con un movimiento de revés, y le hizo soltar la maza, el grito de la multitud fue como el bramido de una bestia. El Caballero de las Flores alzó el hacha para asestar el golpe definitivo.

El caballero azul cargó contra él. Los corceles chocaron, el hacha romana acertó contra la maltrecha coraza azul..., pero el caballero se las arregló para agarrar el mango largo con la mano enfundada en el guantelete de acero. La arrancó de manos de ser Loras, y de pronto los dos estuvieron enzarzados desde sus monturas... un instante antes de caer. Los caballos se alejaron, y los dos caballeros se estrellaron contra el suelo. Loras Tyrell, que había quedado abajo, se llevó lo peor del impacto. El caballero azul sacó un cuchillo largo y abrió el

visor de Tyrell. El rugido de la multitud era tan ensordecedor que Catelyn no alcanzó a oír las palabras de ser Loras, pero leyó lo que decía en sus labios ensangrentados: « Me rindo» .

El caballero azul se puso en pie, tambaleante, y alzó el cuchillo en dirección a Renly Baratheon, el saludo de un campeón a su rey. Los escuderos corrieron a la liza para ayudar a ponerse en pie al caballero derrotado. Cuando le quitaron el casco, Catelyn se sobresaltó al ver lo joven que era. No podía llevarle más de dos años a Robb. El muchacho debía de ser tan atractivo como su hermana, pero con el labio roto, los ojos desenfocados y la sangre que le empapaba el pelo, no había manera de asegurarlo.

—Acercaos —le indicó el rey Renly al vencedor.

El caballero cojeó hacia la galería. Vista desde cerca, la brillante armadura azul no resultaba tan espléndida: estaba llena de abolladuras y mellada por los golpes de espadas, mazas y martillos; la coraza esmaltada y el yelmo no estaban mucho mejor, y tenía la capa hecha jirones. Por su manera de caminar, el hombre que había dentro de la armadura también estaba muy magullado. Unas cuantas voces lo aclamaron al grito de « ¡Tarth!», y otro extraño saludo, « ¡Bella! ¡Bella!», pero la mayoría guardaba silencio. El caballero azul se arrodilló ante el rey.

—Alteza —dijo, con la voz distorsionada por el yelmo abollado.

—Sois tal como me dijo vuestro señor padre. —La voz de Renly recorrió todo el recinto—. He visto a ser Loras descabalgado un par de veces..., pero nunca de esa manera.

—No ha estado bien —se quejó un arquero borracho que llevaba la rosa de los Tyrell bordada en el justillo—. Ha sido un truco sucio; ha descabalgado al chico con malas mañas.

La multitud empezaba a despejarse.

—Ser Colen —le preguntó Catelyn a su acompañante—, ¿quién es ese hombre, y por qué no gusta a la gente?

—Porque no es un hombre, mi señora. —Ser Colen frunció el ceño—. Es Brienne de Tarth, hija de lord Selwyn, el Lucero de la Tarde.

—¿Hija? —Catelyn se había quedado horrorizada.

—La llaman Brienne la Bella... pero no a la cara, o tendrían que defender esas palabras con las armas.

Oyó como el rey Renly declaraba a lady Brienne de Tarth vencedora del gran combate cuerpo a cuerpo de Puenteamargo, la única que había quedado a caballo entre ciento dieciséis caballeros.

—Como ganadora, podéis pedirme el favor que deseéis. Si está en mi mano, es vuestro.

—Alteza —respondió Brienne—, os pido el honor de ocupar un lugar en vuestra Guardia Arcoíris. Sería uno de vuestros siete, consagraría mi vida a la

vuestra, iría adonde fuerais, cabalgaría a vuestro lado y os mantendría a salvo de todo peligro y riesgo.

—Concedido —dijo él—. Levantaos y quitaos el yelmo.

Hizo lo que le ordenaban. Cuando le vio la cara, Catelyn comprendió las palabras de ser Colen.

La llamaban la Bella... en tono burlón. El cabello que había ocultado el yelmo era un nido de paja sucia, y su rostro... Brienne tenía unos ojos grandes y muy azules, los ojos de una niña, confiados e inocentes, pero por lo demás, sus rasgos eran bastos y desproporcionados: tenía los dientes prominentes y desiguales; la boca, demasiado ancha, y los labios, tan gruesos que parecían hinchados. Un millar de pecas le cubrían las mejillas y la frente, y le habían roto la nariz más de una vez. El corazón de Catelyn se llenó de compasión. « ¿Hay en la tierra criatura tan desafortunada como una mujer fea? ».

Y aun así, cuando Renly le quitó la capa desgarrada y le puso sobre los hombros otra con todos los colores del arcoíris, Brienne de Tarth no parecía sentirse desafortunada. Una sonrisa le iluminaba todo el rostro.

—Mi vida os pertenece, alteza —dijo con voz fuerte y orgullosa—. De ahora en adelante seré vuestro escudo: lo juro por los dioses, los antiguos y los nuevos.

La expresión con que miró al rey (desde arriba, ya que era un palmo más alta, aunque Renly tenía casi la misma estatura que su difunto hermano) hizo que a Catelyn se le rompiera el corazón.

—¡Alteza! —Ser Colen de Lagosverdes desmontó y se aproximó a la galería—. Con vuestro permiso. —Hincó una rodilla en tierra—. Tengo el honor de traer ante vos a lady Catelyn Stark, enviada por su hijo Robb, señor de Invernalia.

—Señor de Invernalia y Rey en el Norte —lo corrigió Catelyn al tiempo que desmontaba y se acercaba a ser Colen.

—¿Lady Catelyn? —El rey Renly pareció muy sorprendido—. Es un verdadero placer. —Se volvió hacia su joven reina—. Margaery, querida mía, te presento a lady Catelyn Stark de Invernalia.

—Recibid nuestra más cordial bienvenida, lady Stark —dijo la muchacha con suave cortesía—. Lamento mucho vuestra pérdida.

—Sois muy amable —dijo Catelyn.

—Mi señora, os juro que me encargaré de que los Lannister respondan por el asesinato de vuestro esposo —declaró Renly—. Cuando tome Desembarco del Rey, os haré llegar la cabeza de Cersei.

« ¿Y con eso recuperaré a Ned? », pensó.

—Me bastará con saber que se ha hecho justicia, mi señor.

—Alteza —corrigió Brienne la Azul con tono brusco—. Y delante del rey deberíais arrodillaros.

—La distancia que hay entre señor y alteza es muy corta, mi señora —dijo Catelyn—. Lord Renly lleva una corona, igual que mi hijo. Si lo deseáis,

podemos quedarnos aquí y discutir durante horas qué títulos y honores le corresponden a cada uno, pero creo que deberíamos tratar asuntos mucho más apremiantes.

Algunos señores de Renly fruncieron el ceño, pero el rey se echó a reír.

—Bien dicho, mi señora. Ya habrá tiempo suficiente para títulos cuando terminen estas guerras. Decidme, ¿cuándo piensa vuestro hijo marchar contra Harrenhal?

—No ocupo ningún asiento en los consejos de guerra de mi hijo, mi señor. —Catelyn no pensaba revelar ni una palabra de los planes de Robb mientras no supiera si aquel rey era amigo o enemigo.

—Mientras me deje a unos pocos Lannister para mí, no me voy a quejar. ¿Qué ha hecho con el Matarreyes?

—Jaime Lannister se encuentra prisionero en Aguasdulces.

—¿Todavía con vida? —Lord Mathis Rowan se mostró decepcionado.

—Parece que el lobo huargo es más gentil que el león —comentó Renly, divertido.

—Decir que alguien es más gentil que los Lannister es como decir que algo es más seco que el mar —murmuró lady Oakheart con una sonrisa amarga.

—Para mí que es débil. —Lord Randyll Tarly tenía una barbita canosa hirsuta y una merecida reputación por su brusquedad—. Sin ánimo de faltarlos al respeto, lady Stark, habría sido más apropiado que lord Robb hubiera venido en persona para rendirle pleitesía al rey, en vez de esconderse tras las faldas de su madre.

—El rey Robb está luchando en una guerra, mi señor —replicó Catelyn con cortesía gélida—. No jugando a los torneos.

—Cuidado, lord Randyll —advirtió Renly con una sonrisa—, creo que la señora es mucho rival para vos. —Llamó a un mayordomo que vestía la librea de Bastión de Tormentas—. Alojad a los acompañantes de la señora; encargaos de que cuenten con todas las comodidades. Lady Catelyn se instalará en mi pabellón. Lord Caswell ha tenido la amabilidad de cederme su castillo, de modo que yo no lo necesito. Mi señora, cuando hayáis descansado, sería para mí un honor que compartierais con nosotros la carne y el hidromiel en el banquete que lord Caswell nos ofrecerá esta noche. Un banquete de despedida. Mucho me temo que está deseando ver partir a mis hambrientas hordas.

—Eso no es verdad, alteza —protestó un hombre flaco que debía de ser Caswell—. Todo lo mío os pertenece.

—Siempre que alguien le decía eso a mi hermano Robert, se lo tomaba al pie de la letra —comentó Renly—. ¿Tenéis hijas?

—Sí, alteza. Dos.

—Entonces, dad gracias a los dioses de que yo no sea Robert. Mi dulce reina es la única mujer que deseo. —Renly extendió la mano para ayudar a Margaery a ponerse en pie—. Hablaremos cuando hayáis tenido ocasión de descansar, lady

Catelyn.

Renly y su esposa se dirigieron hacia el castillo, mientras su mayordomo guiaba a Catelyn hacia el pabellón de seda verde del rey.

—Si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que pedirla, mi señora.

A Catelyn no se le ocurría qué habría podido necesitar que no estuviera ya allí. El pabellón era más grande que los comedores de más de una posada, y contaba con todos los detalles para que resultara acogedor: cojines de plumas y mantas de piel, una bañera de madera y cobre tan grande que cabían dos personas, braseros para espantar el frío de la noche, sillas plegables de cuero, una mesa para escribir con plumas y un tintero, cuencos con melocotones, peras y ciruelas, una jarra de vino con un juego de copas de plata, arcones de roble que contenían la ropa de Renly, libros, mapas, juegos de mesa, un arpa, un arco largo y un carcaj de flechas, un par de halcones con colas rojas, y una auténtica armería con las armas más hermosas.

«Este Renly no se priva de nada —pensó al mirar a su alrededor—. No es de extrañar que su ejército avance tan despacio».

Junto a la entrada montaba guardia la armadura del rey, color verde bosque, con los accesorios repujados en oro y el yelmo coronado por unas enormes astas doradas. El acero estaba tan pulido que veía su reflejo en la coraza, una imagen que le devolvía la mirada como si se estuviera contemplando en un profundo estanque de aguas verdes. «El rostro de una mujer ahogada —pensó Catelyn—. ¿Puede alguien ahogarse en el dolor?». Se volvió bruscamente, enfadada por su fragilidad. No tenía tiempo para permitirse el lujo de la autocompasión. Debía limpiarse el polvo del cabello y cambiarse la ropa por un atuendo más adecuado para un banquete real.

Ser Wendel Manderly, Lucas Blackwood, ser Perwyn Frey y el resto de sus acompañantes nobles fueron con ella al castillo. La gran sala de la fortaleza de lord Caswell solo era grande por pura cortesía, pero en los atestados bancos se hizo sitio, entre los caballeros del propio Renly, para los hombres de Catelyn. A ella se le asignó un lugar en el estrado, entre lord Mathis Rowan, con su rostro congestionado, y el campechano ser Jon Fossoway, de los Fossoway de la manzana verde. Ser Jon gastaba bromas todo el tiempo, mientras que lord Mathis le preguntó con cortesía por la salud de su padre, su hermano y sus hijos.

Brienne de Tarth había ocupado un asiento en uno de los extremos de la mesa. No se ataviaba como una dama, sino que había elegido prendas de caballero: un jubón de terciopelo rosa y azur, calzones, botas y un hermoso cinturón para la espada, y su nueva capa arcoíris cubriendole la espalda. Pero ningún atuendo podía disimular su físico vulgar: las grandes manos pecosas, el rostro ancho y plano, los dientes salientes... Sin la armadura, hasta su cuerpo era feo, de caderas anchas y miembros gruesos, con hombros musculosos, pero sin pechos. Y en cada uno de sus gestos era obvio que Brienne lo sabía y sufria por ello. Solo

hablaba si le hacían una pregunta, y rara vez levantaba la vista de la comida.

Porque comida había en abundancia. La guerra no había afectado a la legendaria generosidad de Altojardín. Mientras los bardos cantaban y los saltimbanquis hacían cabriolas, el banquete se abrió con unas peras al vino y prosiguió con rollitos crujientes de pescado a la sal, y capones rellenos de cebollas y setas. Había grandes hogazas de pan moreno, montañas de nabos, maíz y guisantes, jamones immensos, gansos asados, y platos rebosantes de venado guisado con cerveza y centeno. A la hora del postre, los criados de lord Caswell sirvieron bandejas de dulces hechos en las cocinas del castillo, cisnes de crema y unicornios de azúcar, pastelillos de limón en forma de rosa, galletas de miel especiadas, tartas de moras, tartaletas de manzana y ruedas de queso cremoso.

Las comidas tan pesadas le daban náuseas a Catelyn, pero no iba a mostrar su fragilidad cuando había tantas cosas que dependían de su fortaleza. Comió con frugalidad, mientras observaba a aquel hombre que pretendía ser rey. Renly estaba entre su novia, a la izquierda, y el hermano de esta, a la derecha. Aparte del vendaje blanco de la frente, ser Loras no parecía tener lesiones tras el enfrentamiento de aquel día. Y desde luego era tan atractivo como Catelyn había imaginado. Cuando no estaban vidriosos, sus ojos eran vivaces e inteligentes, y su cabellera era una mata natural de bucles castaños que más de una doncella envidiaría. En vez de la capa desarrapada del torneo llevaba una nueva, la de seda brillante a franjas de colores propia de la Guardia Arcoíris de Renly, abrochada con la rosa dorada de Altojardín.

De cuando en cuando, el rey Renly le ofrecía a Margaery algún bocado exquisito con la punta de su puñal, o se inclinaba para depositarle sobre la mejilla un ligerísimo beso, pero era con ser Loras con quien compartía la mayor parte de las bromas y las confidencias. Era evidente que el rey disfrutaba con la comida y con la bebida, pero no parecía glotón ni borracho. Reía a menudo y de buena gana, y hablaba con tanta simpatía a los nobles como a las plebeyas.

Algunos de sus invitados no eran tan moderados. Para el gusto de Catelyn, bebían demasiado y se pavoneaban a gritos. Los hijos de lord Willum, Josua y Elyas, discutían acaloradamente sobre cuál de los dos sería el primero en traspasar las murallas de Desembarco del Rey. Lord Varner mecía sobre sus rodillas a una criada; tenía la nariz hundida en su cuello mientras exploraba por debajo de su corpiño con una mano. Guyard el Verde, que se creía buen cantante, tañía un arpa y los obsequió con unos versos acerca de leones y cómo hacer nudos con sus colas, algunos de los cuales hasta rimaban. Ser Mark Mullendore tenía un mono blanco y negro y le daba de comer de su plato. Por su parte, ser Tanton, de los Fossoway de la manzana roja, se subió a la mesa y juró que mataría a Sandor Clegane en combate singular. El juramento habría sido considerado más solemne si ser Tanton no hubiera tenido el pie dentro de una

fuente de salsa mientras lo formulaba.

El momento cumbre de tanta estupidez llegó cuando apareció un bufón regordete haciendo cabriolas, vestido con hojalata dorada y una cabeza de león hecha de tela, y empezó a perseguir a un enano por las mesas al tiempo que le golpeaba la cabeza con una vejiga. Por fin, el rey Renly le preguntó por qué golpeaba a su hermano.

—¿No se nota, alteza? ¡Soy el Matapeques!

—¡Es el Matarreyes, bufón idiota! —exclamó Renly, y la sala entera prorrumpió en carcajadas.

—Qué jóvenes son todos —dijo lord Rowan. Sentado al lado de Catelyn, no participaba del regocijo general.

Y así era. El Caballero de las Flores no había llegado ni a su segundo día del nombre cuando Robert mató al príncipe Rhaegar en el Tridente. Pocos de los presentes le llevaban muchos años. No habían sido más que bebés durante el saqueo de Desembarco del Rey, y apenas niños cuando Balon Greyjoy inició la rebelión en las islas del Hierro.

«Aún no han visto sangre —pensó Catelyn, viendo como lord Bryce incitaba a ser Robar a que hiciera malabarismos con unos cuantos puñales—. Para ellos, esto no es más que un juego, un inmenso torneo; no ven más que la oportunidad de conseguir gloria, honores y botín. Son niños borrachos de canciones y leyendas, y como todos los niños, se creen inmortales».

—La guerra los hará crecer —dijo Catelyn—. Como nos pasó a nosotros. —Ella también era una niña cuando Robert, Ned y Jon Arryn alzaron a sus vasallos contra Aerys Targaryen, y una mujer cuando la guerra terminó—. Los compadezczo.

—¿Por qué? —le preguntó lord Rowan—. Miradlos bien. Son jóvenes y fuertes; están llenos de vida y risas. Y también de lujuria, claro; tanta que no saben qué hacer con ella. Esta noche se concebirá más de un bastardo, podéis estar segura. ¿Por qué los compadecéis?

—Porque esto no va a durar mucho —respondió Catelyn con tristeza—. Porque son caballeros del verano, y se acerca el invierno.

—Os equivocáis, lady Catelyn. —Brienne clavó en ella unos ojos tan azules como su armadura—. Para la gente como nosotros, el invierno no llega jamás. Si caemos en combate, se cantarán canciones sobre nosotros, y en las canciones siempre es verano. En las canciones, todos los caballeros son galantes, todas las doncellas son hermosas, y siempre brilla el sol.

«El invierno nos llega a todos —pensó Catelyn—. Para mí llegó el día en que murió Ned. También llegaría para ti, pequeña, y antes de lo que querías». Pero no tuvo valor para decírselo en voz alta.

—Lady Catelyn —la llamó Renly salvándola—, me gustaría tomar un poco de aire. ¿Queréis pasear conmigo?

—Será un honor. —Catelyn se levantó al instante. Brienne se puso en pie también.

—Dadme un momento para ponerme la armadura, alteza. No debéis andar por ahí sin protección.

—Si no estoy a salvo en el corazón del castillo de lord Caswell —dijo el rey Renly con una sonrisa—, rodeado por mi ejército, una espada no me salvará... ni aunque sea la vuestra, Brienne. Sentaos y comed. Si os necesito, os haré llamar.

Aquellas palabras parecieron golpear a la muchacha con más fuerza que los mazazos que había recibido por la tarde.

—Como deseéis, alteza.

Brienne se sentó, con los ojos gachos. Renly tomó a Catelyn por el brazo y salió de la sala con ella, pasando junto a un guardia recostado contra la pared, que se incorporó tan deprisa que casi se le cayó la lanza. Renly le dio una palmadita en el hombro y le gastó una broma al respecto.

—Por aquí, mi señora. —El rey la llevó por una puerta baja, hacia las escaleras de una torre. Empezaron a subir—. Decidme, ¿por casualidad está ser Barristan Selmy con vuestro hijo en Aguasdulces?

—No —respondió ella, asombrada—. ¿Ya no está con Joffrey? Era el lord comandante de la Guardia Real.

Renly sacudió la cabeza.

—Los Lannister le dijeron que era demasiado viejo y le entregaron su capa al Perro. Según me cuentan, al marcharse de Desembarco del Rey juró que iría a servir al monarca legítimo. La capa que hoy ha pedido Brienne era la que guardaba para Selmy, con la esperanza de que quisiera poner su espada a mi servicio. Al ver que no se presentaba en Altojardín, pensé que tal vez hubiera ido a Aguasdulces.

—No hemos tenido noticias de él.

—Era viejo, sí, pero también un gran hombre. Ojalá no le haya pasado nada malo. Los Lannister son unos imbéciles. —Subieron unos cuantos peldaños más—. La noche en que murió Robert, le ofrecí a vuestro esposo cien espadas, y le rogué que se apoderase de Joffrey. Si me hubiera escuchado, hoy sería el regente, y yo no habría tenido que reclamar el trono.

—Ned os rechazó. —No le hacía falta que le dijeran lo que habría hecho su marido.

—Había jurado proteger a los hijos de Robert —dijo Renly—. Yo no tenía las fuerzas necesarias para actuar solo, de modo que cuando lord Eddard rechazó mi proposición no me quedó más remedio que huir. Si hubiera permanecido allí, la reina se habría encargado de evitar que sobreviviera mucho tiempo a mi hermano.

« Si os hubierais quedado para apoyar a Ned, tal vez seguiría vivo», pensó Catelyn con amargura.

—Me gustaba vuestro esposo, mi señora. Era un amigo leal de Robert, lo sé... pero se negaba a escuchar y a negociar. Venid; quiero mostraros una cosa.

Habían llegado a la parte superior de las escaleras. Renly abrió una puerta de madera y salieron al tejado.

El torreón central del castillo de lord Caswell era tan bajo que casi ni merecía semejante nombre, pero los alrededores eran llanos, y Catelyn vio el paisaje en leguas a la redonda. Mirase hacia donde mirase había hogueras. Cubrían la tierra como estrellas caídas, y como las estrellas, no tenían fin.

—Contadlas si queréis, mi señora —dijo Renly con voz tranquila—. Cuando el sol salga por el este, aún estaréis contando. Me pregunto cuántas hogueras arderán esta noche en torno a Aguasdulces.

Catelyn oía la música lejana que llegaba de la gran sala y se filtraba a la noche. No se atrevió a contar las estrellas.

—Me han dicho que vuestro hijo cruzó el Cuello con veinte mil espadas —siguió Renly—. Ahora que cuenta con los señores del Tridente, puede que tenga cuarenta mil.

«No —pensó ella—, ni mucho menos; hemos perdido hombres en la batalla, y otros se fueron para la cosecha».

—Yo tengo el doble de ese número aquí —dijo Renly—, y solo es parte de mi ejército. Mace Tyrell está en Altojardín con otros diez mil, y he dejado una fuerte guarnición para proteger Bastión de Tormentas. Los hombres de Dorne no tardarán en unírsenos con todo su poder. Y no olvidemos a mi hermano Stannis, que defiende Rocadragón y lidera a todos los señores del mar Angosto.

—Al parecer sois vos quien se ha olvidado de Stannis —dijo Catelyn con voz más brusca de lo que habría querido.

—¿Os referís a sus aspiraciones al trono? —Renly se echó a reír—. Os hablaré con franqueza, mi señora. Stannis sería un rey espantoso. Aunque no tendrá la corona, claro. La gente respeta a Stannis, incluso lo teme, pero muy pocos lo han amado jamás.

—Aun así, es vuestro hermano mayor. Si alguno de los dos tiene derecho al Trono de Hierro, sería lord Stannis.

Renly se encogió de hombros.

—Decidme, ¿qué derecho tenía mi hermano Robert al Trono de Hierro? —No esperó la respuesta—. Sí, ya, se habló de lazos de sangre entre las casas de Baratheon y Targaryen, de bodas que hubo hace un centenar de años, de hijos segundos e hijas mayores. Eso no le importa a nadie, solo a los maestres. Robert consiguió el trono con su martillo. —Hizo un amplio gesto con la mano en dirección a las hogueras que ardían de horizonte a horizonte—. Pues ahí está mi derecho, tan legítimo como el de Robert. Si vuestro hijo me apoya, como su padre apoyó a Robert, descubrirá que soy generoso. Será un placer reafirmar sus derechos sobre sus tierras, títulos y honores. Podrá gobernar en Invernalia como

le plaza; hasta puede hacerse llamar Rey en el Norte si le apetece, mientras hincue la rodilla ante mí y me jure lealtad. *Rey* no es más que una palabra... pero quiero su lealtad y fidelidad.

—¿Y si no os las entregara, mi señor?

—Voy a ser rey, mi señora, y no quiero un reino menguado. No lo puedo decir más claramente. Hace trescientos años, un Stark se arrodilló ante Aegon el Dragón, cuando vio que no podía vencer. Fue sabio. Vuestro hijo también debería serlo. Una vez se una a mí, habremos ganado esta guerra. Será... —Renly se interrumpió de pronto al oír algo—. ¿Qué es eso?

El traqueteo de las cadenas indicaba que estaban alzando el rastillo. Abajo, en el patio, un jinete de yelmo alado cruzó bajo las púas. Su caballo echaba espuma por la boca.

—¡Llamad al rey! —gritó.

Renly se inclinó por encima de una almena.

—Aquí estoy.

—Alteza. —El jinete espolgó a su montura para acercarse más—. He venido tan deprisa como he podido. De Bastión de Tormentas. Estamos bajo asedio, alteza. Ser Cortnay defiende el lugar, pero aun así...

—Pero... No es posible. Si lord Tywin hubiera salido de Harrenhal, yo me habría enterado.

—No son los Lannister, mi señor. El que está ante vuestras puertas es lord Stannis. Aunque ahora se hace llamar rey Stannis.

La lluvia azotaba el rostro de Jon mientras espoleaba a su caballo para cruzar el arroyo crecido. El lord comandante Mormont, a su lado, se tironeó de la capucha de la capa al tiempo que murmuraba pestes sobre aquel clima. Tenía su cuervo encima del hombro, con las plumas desgreñadas, tan empapado y refunfuñón como el Viejo Oso. Una ráfaga de viento hizo que las hojas mojadas revoltearan en torno a ellos como una bandada de pájaros muertos.

«El bosque Encantado —pensó Jon de mal humor—. El bosque ahogado, más bien».

Deseaba que Sam aguantara al final de la columna. No era buen jinete ni siquiera con un clima razonable, y los seis días de lluvia habían hecho que el terreno fuera traicionero, todo barro y rocas ocultas. Cuando el viento soplaban, el agua les entraba en los ojos. El Muro se estaría derritiendo en el sur; el hielo fundido se mezclaría con la lluvia cálida en ríos y cascadas. Pyp y Sapo estarían junto al fuego en la sala común, bebiendo copas de vino especiado antes de la cena. Jon los envidiaba. La lana húmeda se le pegaba a la piel y le picaba; el peso de la cota de malla y la espada hacían que le dolieran a rabiar la espalda y el cuello, y estaba harto de bacalao en salazón, carne en salazón y queso duro.

Por delante de la columna resonó la nota trémula de un cuerno de caza, casi ahogada por el repiqueteo constante de la lluvia.

—El cuerno de Buckwell —anunció el Viejo Oso—. Los dioses son bondadosos; Craster sigue allí.

—Maíz —graznó su cuervo, batió una vez las grandes alas negras y volvió a erizar las plumas.

Jon había oido muchas veces a los hermanos negros contar historias sobre Craster y su torreón. En aquel momento iba a verlo con sus ojos. Tras pasar por siete aldeas desiertas, todos temían encontrarse la morada de Craster tan muerta y desolada como el resto, pero al parecer, la suerte volvía a sonreírles.

«Puede que el Viejo Oso consiga por fin unas cuantas respuestas —pensó—. Y como mínimo nos podremos refugiar de la lluvia».

Thoren Smallwood aseguraba que, pese a su desabrida reputación, Craster era amigo de la Guardia.

—Está medio loco, eso no lo niego —había dicho al Viejo Oso—, pero cualquiera lo estaría si se pasara la vida en este bosque maldito. Pese a todo, nunca le ha negado a un explorador un lugar junto a su hoguera, y no siente ningún afecto hacia Mance Rayder. Nos dará buenos consejos.

«Yo me conformo con que nos dé una comida caliente y la ocasión de secarnos la ropa». Dywen decía que Craster era un asesino, un mentiroso, un violador y un cobarde, y dio a entender que traficaba con esclavos y tenía tratos con los demonios.

—Y más todavía —añadió el viejo guardabosques, entrechocando los dientes de madera—. Ese tipo huele a frío, si señor.

—Jon —ordenó lord Mormont—, recorre la columna para transmitir la noticia. Y recuérdales a los oficiales que no quiero problemas con las esposas de Craster. Que tengan las manos quietas y no hablen con ellas a menos que sea necesario.

—Sí, mi señor.

Jon hizo dar media vuelta al caballo para volver sobre sus pasos, contento de no tener la lluvia de cara, aunque fuera solo un rato. Todos los rostros que vio al pasar parecían llorosos. La columna se alargaba ochocientos pasos en medio de los bosques. Al pasar junto a la caravana, Jon vio a Samwell Tarly, encogido en su silla de montar bajo un sombrero de ala ancha. Iba a lomos de un caballo de tiro, guiando a los otros y los carrozatos. El tamborileo de la lluvia contra las lonas que cubrían las jaulas hacía que los cuervos graznaran y revoltearan.

—¿Qué pasa? ¿Los has encerrado con un zorro? —gritó Jon.

—Ah, hola, Jon. —El agua corrió por el ala del sombrero de Sam cuando el muchacho alzó la cabeza—. No, es que no les gusta la lluvia. Les pasa lo que a nosotros.

—¿Cómo estás, Sam?

—Mojado. —El chico gordo consiguió esbozar una sonrisa—. Pero hasta ahora sigo vivo.

—Bien. El Torreón de Craster está cerca. Si los dioses son bondadosos, nos dejará dormir junto a su hoguera.

Sam no parecía tan seguro.

—Edd el Penas dice que Craster es un salvaje terrible. Se casa con sus hijas y no obedece más leyes que las suyas. Y Dywen le dijo a Grenn que por sus venas corre sangre negra. Su madre era una salvaje que se acostó con un explorador, así que es un bas... —Se detuvo bruscamente al comprender lo que había estado a punto de decir.

—Un bastardo —rio Jon—. Puedes decirlo, Sam; no es la primera vez que oigo esa palabra. —Picó espuelas a su caballo, un animal pequeño de paso seguro—. Tengo que ir a ver a ser Ottyn. Ten cuidado con las mujeres de Craster. —Como si a Samwell Tarly le hiciera falta alguna advertencia en aquel sentido—. Ya hablaremos más tarde, cuando acampemos.

Jon le llevó el mensaje a ser Ottyn Wythers, que iba a la cabeza de la retaguardia. Era un hombre menudo, de rostro arrugado, de la edad de Mormont. Siempre parecía cansado, hasta en el Castillo Negro, y la lluvia lo había maltratado sin piedad.

—Es una buena noticia —dijo—. La lluvia me ha empapado hasta los huesos, y hasta en las ampollas de las nalgas tengo ampollas de tanto montar.

En el camino de vuelta, Jon se apartó de la columna para tomar un atajo por

la espesura del bosque. Los sonidos de hombres y caballos fueron enmudeciendo, ahogados por la humedad del follaje verde, y pronto pudo oír el repiqueo rítmico de la lluvia contra las hojas, los árboles y las rocas. Era media tarde, pero el bosque estaba tan oscuro como si ya hubiera anochecido. Jon siguió un rumbo zigzagueante entre rocas y charcos; pasó junto a grandes robles, centinelas color gris verdoso y carpas de corteza negruzca. En algunos tramos, las ramas tejían un dosel sobre su cabeza, y podía descansar de la lluvia incesante. Al pasar junto a un castaño hendido por un rayo sobre el que crecían rosas blancas silvestres, oyó un crujido en la maleza.

—Fantasma —llamó—. Fantasma, conmigo.

Pero el que salió de entre el follaje fue Dywen, tirando de un caballo de hirsutas crines grises sobre el que iba montado Grenn. El Viejo Oso había enviado escoltas a ambos lados de la columna principal, para vigilar la marcha y alertarlos si se acercaba algún enemigo. Como no quería correr riesgos, enviaba a los hombres por parejas.

—Ah, si eres tú, lord Nieve. —Dywen le dedicó su sonrisa de roble; sus dientes eran de madera y le encajaban mal—. Pensaba que el chico y yo íbamos a tener que encargarnos de uno de esos Otros. ¿Qué pasa? ¿Has perdido a tu lobo?

—No, está cazando. —A Fantasma no le gustaba viajar con la columna, pero no estaría lejos. Cuando acamparan para pasar la noche, encontraría la tienda que Jon compartía con el lord comandante.

—Será pescando, con este tiempo... —dijo Dywen.

—Mi madre siempre dice que la lluvia es buena para la cosecha —aportó Grenn, esperanzado.

—Sí, buena para las cosechas de moho —dijo Dywen—. Lo único bueno que tiene esta lluvia es que así uno se ahorra bañarse.

Castañeteó los dientes de madera.

—Buckwell ha encontrado a Craster —les dijo Jon.

—¿Es que lo había perdido? —rio Dywen—. Eh, vosotros, los jovencitos, nada de rondar a las esposas de Craster, ¿entendido?

—¿Qué pasa, Dywen? ¿Las quieres todas para ti? —Jon sonrió.

—Puede, puede. —Dywen volvió a castañetear los dientes—. Craster tiene diez dedos y una polla, así que solo sabe contar hasta once. Si le desaparece un par de ellas, no las echará en falta.

—En serio, ¿cuántas esposas tiene? —quiso saber Grenn.

—Más de las que tendrás tú en toda tu vida, hermano. Tampoco es tan difícil: las cría él mismo. Ahí viene tu fiera, Nieve.

Fantasma estaba trotando al lado del caballo de Jon, con la cola alta y el pelaje erizado contra la lluvia. Era tan silencioso que Jon no habría sabido decir cuándo había aparecido. Su presencia encabritó al caballo de Grenn; había

pasado más de un año, pero los caballos seguían inquietos cada vez que veían al lobo huargo.

—Fantasma, conmigo. —Jon picó espuelas en dirección al Torreón de Craster.

Jamás había pensado que encontraría un castillo de piedra al otro lado del Muro, pero al menos sí se había imaginado una edificación sobre un terreno elevado, algo con una muralla defensiva, aunque fuera de madera, y un torreón también de madera. Lo que encontraron fue un montón de basura, una pocilga, un aprisco vacío y una casa de adobe y cáñamo sin ventanas que prácticamente ni merecía aquel nombre. Era una construcción alargada y baja, con grietas tapadas con tablones y techo de hierba. Se encontraba en una elevación del terreno demasiado modesta para considerarla una colina, y estaba rodeada por un dique de tierra. Por la ladera bajaban regueros de lodo, allí donde la lluvia había abierto boquetes en las defensas, que iban a unirse a un arroyo crecido y turbulento de aguas sucias que describía una curva hacia el norte.

Al sudoeste dio con una puerta abierta, flanqueada por un par de palos coronados por cabezas de animales: un oso a un lado y un carnero al otro. Al pasar a caballo, Jon se fijó en que del cráneo del oso aún colgaban jirones de carne. Dentro, los exploradores de Jarmen Buckwell y los hombres del grupo de Thoren Smallwood estaban alineando a los caballos y plantando las tiendas con muchas dificultades. En la pocilga, un montón de lechones hozaban en torno a tres grandes cerdas. Cerca de allí, una niñita arrancaba zanahorias en un huerto, desnuda bajo la lluvia, mientras dos mujeres ataban un cerdo para sacrificarlo. Los chillidos del animal eran agudos y espantosos, de una angustia casi humana. Los perros de Chett ladraban como locos a modo de respuesta, gruñían y lanzaban dentelladas pese a las maldiciones de su cuidador; un par de los perros de Craster empezaron a ladrar también. Al ver a Fantasma, algunos de los perros huyeron, mientras que otros lanzaron aullidos y gruñidos bajos. El lobo huargo les hizo caso omiso, al igual que Jon.

«Bueno, al menos treinta de nosotros dormirán en un lugar caliente y seco —pensó Jon tras echar un vistazo a la edificación—. Cincuenta como mucho». Era un lugar demasiado pequeño para albergar a doscientos hombres, así que la mayoría tendría que dormir fuera. ¿Y dónde? La lluvia había llenado todo el terreno de charcos en los que uno se hundía hasta el tobillo, y el resto era un cenagal. Les esperaba otra noche lúgubre.

El lord comandante le había confiado su caballo a Edd el Penas. Estaba limpiándole el barro de los cascos cuando Jon desmontó.

—Lord Mormont está dentro —anunció—. Ha dicho que entres. Más vale que dejes al lobo fuera; parece tan hambriento como para comerse a una de las hijas de Craster. La verdad sea dicha, hasta yo tengo tanta hambre como para comerme a una de las hijas de Craster, siempre que me la sirvan caliente. Venga, entra; yo me encargo de tu caballo. Si el interior está caliente y seco, no

me lo digas. A mí no me han invitado. —Sacó un poco de barro húmedo de debajo de una herradura—. ¿A ti este barro no te parece mierda? A lo mejor, la colina entera está hecha de cagadas de Craster.

—Tengo entendido que lleva mucho tiempo aquí. —Jon sonrió.

—No me estás animando nada. Ve a ver al Viejo Oso.

—Quédate aquí, Fantasma —ordenó.

La puerta del Torreón de Craster no era más que dos cortinas de piel de ciervo. Jon se tuvo que inclinar para pasar entre ellas. Dos docenas de capitanes de exploradores lo habían precedido, y estaban de pie en torno a la hoguera para cocinar, en el centro del suelo de tierra, mientras en torno a sus botas se formaban charcos de agua. Allí oía a hollín, a estiércol y a perro mojado. El aire estaba muy cargado de humo, pero seguía siendo húmedo. La lluvia se colaba por el agujero del techo destinado a que saliera el humo de la hoguera. No había divisiones en la estancia, solo un altillo para dormir, al que se llegaba por un par de astilladas escaleras de mano.

Jon recordó cómo se había sentido el día que salieron del Muro: nervioso como una doncella, pero al mismo tiempo impaciente por ver los misterios y maravillas que aguardaban más allá de cada nuevo horizonte.

«Pues aquí tienes una de las maravillas —se dijo mientras contemplaba aquel lugar mugriento y maloliente. El humo acre hacia que le llorasen los ojos —. Lástima que Pyp y Sapo no puedan ver lo que se están perdiendo».

Craster estaba sentado ante el fuego; era el único que disfrutaba de una silla propia. Hasta el lord comandante Mormont se había visto relegado al banco comunitario, con su cuervo protestón en el hombro. Jarman Buckwell estaba de pie tras él, y el agua le goteaba de la remendada armadura flexible y las pieles empapadas; a su lado se encontraba Thoren Smallwood, que llevaba la pesada coraza y la capa ribeteada con piel de marta del difunto ser Jaremy.

El jubón de piel de oveja de Craster, así como su capa de pieles cosidas, lo hacían parecer zarrapastroso en comparación, pero en torno a una de las gruesas muñecas llevaba un brazalete de aspecto pesado que tenía el brillo del oro. Su aspecto era el de un hombre poderoso, aunque ya bien adentrado en el invierno de sus días, con una melena de pelo gris tornándose blanco. La nariz plana y la boca curva lo hacían parecer cruel, y le faltaba una oreja.

«Así que este es un salvaje». Jon recordó las historias de la Vieja Tata acerca de aquellos seres brutales que bebían sangre en cráneos humanos. Craster estaba bebiendo una cerveza ligera y amarillenta en una jarra de piedra descascarillada. Seguramente, no se había enterado de las historias.

—Hace tres años que no veo a Benjen Stark —le estaba diciendo a Mormont —. Y si queréis que os diga la verdad, no lo he echado de menos.

Había media docena de cachorillos negros y algún lechón que otro metidos entre los bancos, mientras las mujeres, vestidas con desastradas pieles de ciervo,

pasaban cuernos de cerveza, avivaban el fuego o cortaban zanahorias y cebollas para echarlas en un caldero.

—Tuvo que pasar por aquí hace un año —dijo Thoren Smallwood. Un perro se acercó para olfatearle la pierna. Le dio una patada, y el animal se alejó gimoteante.

—Ben salió en busca de ser Waymar Royce —siguió lord Mormont—, que había desaparecido junto con Gared y el joven Will.

—A esos tres sí los recuerdo, sí. El señor no tendría más edad que estos cachorros. Demasiado orgulloso para dormir bajo mi techo, el señor, con su capa de marta y su acero negro. Pero mis esposas no paraban de hacerle ojitos. —Entrecerró los ojos para mirar a la que tenía más cerca—. Gared me dijo que perseguían a unos saqueadores. Yo le dije que, con un comandante tan verde, más valía que no los encontraran. Gared no estaba mal para ser un cuervo. Je, tenía menos orejas que yo. El frío se las comió, igual que a mí. —Craster se echó a reír—. Me he enterado de que ahora tampoco tiene cabeza. Qué, ¿también se la comió el frío?

Jon recordó las salpicaduras de sangre roja sobre la nieve blanca, y como Theon Greyjoy había pateado la cabeza del cadáver. «Era un desertor». En Invernalia, Jon y Robb habían echado una carrera, y encontraron seis cachorros de lobo huargo en la nieve. Hacía mil años.

—¿Hacia dónde se dirigió ser Waymar cuando salió de aquí?

—Da la casualidad —contestó Craster, encogiéndose de hombros— de que tengo mejores cosas que hacer que ocuparme de las idas y venidas de los cuervos. —Bebió un trago de cerveza y dejó la jarra a un lado—. Hace mucho que no hay por aquí un buen vino sureño. Me gustaría tener vino, y también un hacha nueva. La mía ya no tiene filo, eso es malo. Tengo que proteger a mis mujeres. —Echó un vistazo a sus afanadas esposas.

—Aquí sois pocos, y estáis aislados —dijo Mormont—. Si queréis, os asignaré a unos cuantos hombres para daros escolta hasta el Muro.

—Muro —graznó el cuervo, al que pareció gustarle la idea, y extendió las alas negras como un cuello alto detrás de la cabeza de Mormont.

—Y qué haríamos allí? ¿Serviros las comidas? —Su anfitrión les dedicó una sonrisa desagradable, con lo que mostró los dientes rotos y podridos—. Aquí somos libres. Craster no sirve a nadie.

—Son malos tiempos para estar solo en estos bosques. Se levantan vientos fríos.

—Pues que se levanten. Mis raíces son profundas. —Craster agarró por la muñeca a una mujer que pasó junto a él—. Díselo, esposa. Dile a lord Cuervo lo bien que estamos aquí.

—Este es nuestro hogar. —La mujer se lamió los labios finos—. Craster nos protege. Más vale morir libres que vivir como esclavos.

—Esclavos —repitió el cuervo.

—Todos los pueblos que hemos visto estaban abandonados. —Mormont se inclinó hacia delante—. Sois los primeros que encontramos con vida desde que salimos del Muro. No quedaba nadie. No sé si están muertos, si han huido o si se los han llevado. Y los animales igual. No queda nada. También encontramos a dos exploradores de Ben Stark, muertos, a pocas leguas del Muro. Estaban blancos y fríos, tenían las manos y los pies negros, y las heridas no habían sangrado. Pero cuando los llevamos al Castillo Negro, se levantaron durante la noche y empezaron a matar. Uno asesinó a ser Jaremy Rykker y el otro fue a por mí, lo que indica que recuerdan algo de lo que sabían cuando estaban vivos, pero no les quedaba ni un ápice de misericordia humana.

La mujer abrió la boca como una cueva húmeda y rosada, pero Craster se limitó a soltar un bufido.

—Aquí no hemos tenido esos problemas. Y os agradecería que no contarais esos cuentos bajo mi techo. Yo respeto a los dioses, y los dioses me protegen. Si se me acerca algún espectro, ya sé qué tengo que hacer para enviarlo de nuevo a su tumba. Aunque me iría bien un hacha nueva, afilada. —Le dio una palmada en la pierna a su esposa, que se levantó a toda prisa—. Trae más cerveza, y no te entretegñas.

—Los muertos no dan problemas —dijo Jarmen Buckwell—. Pero ¿qué pasa con los vivos, mi señor? ¿Qué hay de vuestro rey?

—¡Rey! —graznó el cuervo de Mormont—. Rey, rey, rey.

—¿Ese Mance Rayder? —Craster escupió al fuego—. El Rey-más-allá-del-Muro. La gente libre no necesita reyes. —Clavo la vista en Mormont—. Si quisiera, os podría contar muchas cosas sobre Rayder y sus hazañas. Eso de que os hayáis encontrado pueblos desiertos es cosa suya. Tampoco aquí habría nadie si yo fuera de los que se acobardan. Me envía un jinete para decirme que tengo que dejar mi morada para ir a arrastrarme a sus pies. Al hombre lo envié de vuelta, pero me quedé su lengua. La tengo clavada en aquella pared. —Señaló—. Podría deciros dónde buscar a Mance Rayder. Si quisiera. —Otra vez la sonrisa podrida—. Pero ya habrá tiempo para eso. Seguro que tenéis ganas de dormir bajo mi techo, y de comeros todos mis cerdos.

—Nos gustaría mucho dormir a cubierto, mi señor —dijo Mormont—. Hemos cabalgado mucho y bajo demasiada lluvia.

—Pues seréis mis invitados durante una noche. No más: no les tengo tanto afecto a los cuervos. El altillo es para mí y para mi familia; vosotros dormiréis en el suelo. Tengo carne y cerveza para veinte, no más. El resto de vuestros cuervos negros, que se dedique a picotear maíz, como siempre.

—Traemos provisiones, mi señor —dijo el Viejo Oso—. Será un placer compartir nuestra comida y nuestro vino.

Craster se limpió la boca babeante con una mano peluda.

—Probaré vuestro vino, lord Cuervo, ya lo creo que sí. Una cosa más. El que le ponga la mano encima a una de mis esposas, la perderá.

—Vuestra casa, vuestras reglas —dijo Thoren Smallwood.

Lord Mormont asintió con gesto rígido, aunque no parecía nada satisfecho.

—Bien, todo arreglado —gruñó Craster—. ¿Algún de vuestros hombres sabe dibujar mapas?

—Sam Tarly —sugirió Jon—. Le encantan los mapas.

Mormont le hizo un gesto para que se acercara a él.

—Dile que entre después de comer. Que traiga pluma y pergamo. Y busca también a Tollett. Dile que traiga mi hacha. Un regalo para nuestro anfitrión.

—Eh, ¿quién es este? —dijo Craster antes de que Jon pudiera salir para cumplir las órdenes—. Tiene cara de Stark.

—Es Jon Nieve, mi mayordomo y escudero.

—Un bastardo, ¿eh? —Craster miró a Jon de arriba abajo—. Si un hombre quiere llevarse a una mujer a la cama, debería casarse con ella. Es lo que hago yo. —Le hizo un gesto con la mano a Jon para que saliera—. Venga, bastardo, corre a hacer lo que te han dicho y encárgate de que el hacha sea buena y esté bien afilada; no quiero acero romo.

Jon Nieve hizo una reverencia rígida y salió justo en el momento en que entraba ser Otty n Wythers, con lo que estuvieron a punto de tropezar en la puerta de pieles de ciervo. En el exterior, la lluvia había amainado un poco. Había tiendas plantadas por todo el terreno, y también vio otras entre los árboles. Edd el Penas estaba echando de comer a los caballos.

—Claro, por qué no, le regalaremos un hacha al salvaje. —Señaló el arma de Mormont, un hacha de combate de mango corto con volutas de oro incrustadas en la hoja de acero negro—. Ya nos la devolverás. Probablemente clavada en el cráneo del Viejo Oso. ¿Por qué no le damos todas las hachas? Eso, y las espadas también. No me gusta el ruido que hacen cuando vamos a caballo. Sin armas viajaríamos más deprisa, directos hacia las puertas del infierno. ¿Tú crees que en el infierno llueve? Puede que Craster prefiera un buen sombrero.

—Quiere un hacha —dijo Jon sonriendo—. Y también vino.

—Vaya, el Viejo Oso es listo. Si emborracha a fondo al salvaje, puede que solo nos corte una oreja cuando intente matarnos a hachazos. Tengo dos orejas, pero solo una cabeza.

—Smallwood dice que Craster es amigo de la Guardia.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre un salvaje amigo de la Guardia y otro que no lo es? —le preguntó el amargado escudero—. Los enemigos dejan nuestros cadáveres a merced de los cuervos y los lobos. Los amigos nos entierran en tumbas secretas. ¿Cuánto tiempo llevará ese oso clavado en la entrada, y qué tendría Craster ahí antes de oírnos llegar? —Edd miró el hacha con gesto dubitativo, mientras la lluvia le corría por la cara—. ¿Ahí dentro está seco?

—Más que aquí.

—Si me meto después, y no me acerco demasiado al fuego, seguro que nadie lo nota hasta el amanecer. Los que estén dentro serán los primeros en morir, pero al menos morirán secos.

Jon no pudo contener la carcajada.

—Craster no es más que uno; nosotros somos doscientos. Dudo mucho que mate a nadie.

—No sabes cuánto me animas —dijo Edd, sombrío—. Además, un hacha bien afilada tiene sus ventajas. No me gustaría que me mataran con una maza. Una vez vi a un hombre al que le habían dado con una maza en la frente. La piel apenas se dañó, pero la cabeza se le hizo pasta y se le hinchó como una calabaza, solo que color morado. Era un tipo guapo, pero cuando murió era bien feo. Menos mal que no le estamos regalando mazas.

Edd se alejó, sacudiendo la cabeza y con la capa negra chorreando. Jon se encargó de que los caballos terminaran de comer antes de ponerse a pensar en su cena. Se preguntaba dónde estaría Sam, cuando oyó un grito de pánico.

—¡Lobo!

Corrió hacia el lugar de donde procedía el grito, salpicando barro con las botas. Una de las esposas de Craster estaba contra una pared del torreón.

—¡No te acerques! —le estaba gritando a Fantasma—. ¡Vete! —El lobo huargo tenía un conejo en las fauces, y otro muerto y sangrante en el suelo, ante él—. Haced que se vaya, mi señor —suplicó al ver a Jon.

—No te hará daño. —Enseguida se dio cuenta de lo que había pasado; había una conejera de madera destrozada sobre la hierba húmeda—. Seguro que tenía hambre. Hemos visto poca caza.

Jon silbó. El lobo huargo engulló el conejo después de triturar los huesecillos con los dientes, y trotó hacia él. La mujer los miró con ojos nerviosos. Era más joven de lo que le había parecido a primera vista. Calculó que tendría quince o dieciséis años, con el pelo oscuro pegado por la lluvia a un rostro demacrado, descalza y hundida en el barro hasta los tobillos. El cuerpo que se adivinaba bajo las pieles cosidas mostraba las primeras señales del embarazo.

—¿Eres una de las hijas de Craster? —preguntó.

—Ahora soy su esposa —dijo la muchacha poniéndose una mano sobre el vientre. Se arrodilló junto a la conejera rota con tristeza—. Estamos criando conejos. Ya no quedan ovejas.

—La Guardia los pagará. —Jon no tenía dinero; de lo contrario se lo habría dado... aunque tampoco sabía de qué le iban a servir unas monedas de cobre, o incluso de plata, al otro lado del Muro—. Mañana por la mañana hablaré con lord Mormont.

—Mi señor. —La muchacha se limpió las manos con las faldas.

—No soy ningún señor.

Llegaron otros hermanos negros, atraídos por los gritos de la mujer y por el destrozo de la conejera.

—No le hagas caso, chica —gritó Lark de las Hermanas, uno de los exploradores más desagradables—. Estás hablando con lord Nieve en persona.

—Bastardo de Invernalia y hermano de reyes —se burló Chett, que había dejado a los perros para enterarse de lo que pasaba.

—Parece que ese lobo te mira con cara de hambre —dijo Lark—. A lo mejor lo que quiere es probar un bocado de esa barriguita tierna que tienes.

—La estáis asustando. —A Jon, aquello no le hacía ninguna gracia.

—Todo lo contrario, la estamos avisando. —La sonrisa de Chett era tan fea como los forúnculos que le cubrían casi toda la cara.

—No podemos hablar con vosotros —recordó la muchacha de repente.

—Espera —dijo Jon, demasiado tarde.

La chica dio media vuelta y echó a correr. Lark fue a coger el segundo conejo, pero Fantasma fue más rápido. Cuando le enseñó los dientes, el de las Hermanas resbaló en el lodo y cayó sentado sobre su huesudo trasero. Los demás se echaron a reír. El lobo huargo cogió el conejo con la boca y lo depositó ante su amo.

—No hacía falta asustar a la chica —les dijo Jon.

—No acepto reprimendas de ti, bastardo. —Chett culpaba a Jon de la pérdida de su cómodo puesto al lado del maestre Aemon, y no sin motivo. Si no hubiera ido a hablar a Aemon de Sam Tarly, Chett seguiría cuidando del anciano ciego, en vez de una manada de iracundos perros de caza—. Puede que seas el cachorrito del lord comandante, pero no eres el lord comandante, y si no tuvieras a esa fiera siempre cerca, no serías tan osado.

—No pelearé contra un hermano mientras estemos al otro lado del Muro —respondió Jon, con un tono más seco del que pretendía.

—Te tiene miedo, Chett. —Lark se incorporó sobre una rodilla—. En las Hermanas tenemos un nombre para la gente como él.

—Ya me sé todos los nombres; ahorra saliva.

Se alejó seguido de Fantasma. La lluvia ya no era más que una ligera llovizna cuando alcanzó la puerta de entrada. Pronto llegaría el ocaso, y después, otra noche oscura, húmeda, deprimente. Las nubes ocultarían la luna, las estrellas y la Antorcha de Mormont, y la oscuridad de los bosques sería impenetrable. Hasta mear se convertiría en una aventura, aunque no de las que Jon Nieve había imaginado.

Entre los árboles, algunos exploradores habían encontrado suficiente hojarasca y leña seca para encender una hoguera debajo de un saliente de piedra. Otros habían plantado tiendas o se habían preparado refugios rudimentarios extendiendo las capas sobre las ramas más bajas. Gigante se había metido en el tronco hueco de un roble muerto.

—¿Qué opinas de mi castillo, lord Nieve?

—Parece cómodo. ¿Sabes dónde está Sam?

—Sigue en esta misma dirección. Si llegas hasta el pabellón de ser Ottyn, es que te has pasado. —Gigante sonrió—. A no ser que Sam también haya encontrado un árbol. Menudo árbol tendría que ser.

Al final fue Fantasma el que encontró a Sam. El lobo huargo salió disparado como una saeta de la ballesta. Sam estaba alimentando a los cuervos bajo un saliente de roca que lo protegía en cierto modo de la lluvia. Se oía un chapoteo cada vez que se movía.

—Tengo los pies calados —dijo con tristeza—. Al bajarme del caballo, me he metido en un agujero hasta las rodillas.

—Quítate las botas y sécate los calcetines. Iré a buscar leña seca. Si la tierra no está mojada bajo la roca, a lo mejor podemos encender una hoguera. —Jon le enseñó el conejo—. Y nos daremos un banquete.

—¿No tienes que atender a lord Mormont en el Torreón?

—Yo no, pero tú sí. El Viejo Oso quiere que dibujes un mapa. Craster dice que nos va a señalar dónde está Mance Rayder.

—Ah. —Sam no parecía muy deseoso de conocer a Craster, aunque aquello implicara refugiarse de la lluvia junto a una hoguera.

—Pero ha dicho que antes podías cenar. Sécate los pies. —Jon fue a buscar leña. Escarbó entre las ramas caídas para aprovechar las que estaban abajo, más secas. También quitó capas de musgo mojado hasta encontrar otras que sirvieran de incendaja. Pese a todo, tardó siglos en conseguir que la chispa prendiera. Colgó la capa de la roca para que la lluvia no afectara a su hoguerita humeante, con lo que quedaron en el interior de un agradable refugio.

Se arrodilló para despelejar el conejo mientras Sam se quitaba las botas.

—Me parece que me está creciendo musgo entre los dedos —declaró con tristeza mientras los movía—. Seguro que el conejo está bueno. Ni siquiera me importa lo de la sangre y eso. —Apartó la vista—. Bueno, solo un poco.

Jon ensartó el conejo en un palo a modo de espetón, puso un par de piedras a ambos lados de la hoguera y colocó el palo sobre ellas. El conejo era un animal escuálido, pero mientras se asaba, olía como el banquete de un rey. Los otros exploradores les lanzaban miradas de envidia. Hasta Fantasma lo contemplaba con ojos hambrientos y olisqueaba el aire mientras las llamas se reflejaban en sus ojos rojos.

—Ya te has comido el tuy o —le recordó Jon.

—¿Ese Craster es tan salvaje como dicen los exploradores? —preguntó Sam. El conejo estaba poco hecho, pero sabía de maravilla—. ¿Cómo es su castillo?

—Un vertedero con techo y una hoguera para cocinar.

Jon le contó a Sam lo que había visto y oído en el Torreón de Craster. Cuando concluyó su narración, la oscuridad del exterior era ya absoluta, y Sam se estaba

chupando los dedos.

—Estaba rico, pero ahora me gustaría comerme una pierna de cordero. Una pierna entera, solo para mí, con salsa de menta, miel y clavos. ¿Tenían corderos ahí?

—He visto un redil, pero no había ovejas.

—¿Y cómo alimenta a todos sus hombres?

—Tampoco he visto a ningún hombre. Solo a Craster, sus esposas y unas cuantas niñas. No sé cómo se las arregla para defender el Torreón, lo único que tiene es un dique de barro. Bueno, más vale que vayas a dibujar ese mapa. ¿Sabes por dónde es?

—Si no me caigo en el barro... —Sam se volvió a poner las botas, cogió pergamino y plumas, y salió a la noche, mientras la lluvia empezaba a repiquetear contra su capa y las alas de su sombrero.

Fantasma apoyó la cabeza sobre las patas y se quedó dormido junto a la hoguera. Jon se tendió junto a él, agradeciendo su calor. Tenía frío y se sentía mojado, pero no tanto como antes. «Puede que esta noche, el Viejo Oso se entere de algo que nos lleve hasta el tío Benjen».

Cuando despertó, lo primero que vio fue su aliento, que se elevaba como una nube en el aire frío de la mañana. Le dolían los huesos al moverse. Fantasma se había marchado, y el fuego se había extinguido. Jon tendió la mano para coger la capa que había colgado sobre la roca, y se encontró con que estaba rígida, congelada. Salió y se incorporó en un bosque que se había tornado en cristal.

La clara luz rosada del amanecer arrancaba destellos de las ramas, las hojas y las piedras. Todas las briznas de hierba parecían talladas en esmeraldas; cada gota de agua se había transformado en un diamante. Las flores y las setas parecían recubiertas de cristal. Hasta los charcos de barro tenían un brillo castaño. Entre el follaje deslumbrante, las tiendas negras de sus hermanos también parecían envueltas en una fina película de hielo.

«Así que también hay magia más allá del Muro». Se descubrió pensando en sus hermanas, quizás porque había soñado con ellas la noche anterior. Sansa diría que aquello era un encantamiento, y se le llenarían los ojos de lágrimas ante el maravilloso espectáculo, mientras que Arya saldría corriendo entre gritos y risas, y querría tocarlo todo.

—¿Lord Nieve? —Oyó.

Era una voz suave y tímida. Se volvió.

Encima de la roca que le había dado refugio durante la noche estaba la cuidadora de los conejos, acuclillada, envuelta en una capa negra tan grande que se perdía en su interior. «La capa de Sam —comprendió Jon al instante—. ¿Por qué lleva la capa de Sam?».

—El gordo me ha dicho que os encontraría aquí, mi señor —siguió la chica.

—Si has venido a por el conejo, nos lo comimos. —Aquella confesión lo hizo

sentir ridículamente culpable.

—El viejo lord Cuervo, el del pájaro que habla, le ha regalado a Craster una ballesta que vale cien conejos. —Cruzó los brazos sobre la hinchazón de su vientre—. ¿Es verdad, mi señor? ¿Sois hermano de un rey?

—Medio hermano —reconoció—. Soy el bastardo de Ned Stark. Mi hermano Robb es el Rey en el Norte. ¿Qué haces aquí?

—El gordo, Sam, me ha dicho que viniera a veros. Me ha dado su capa para que nadie se fijara en mí.

—¿Craster no se enfadará contigo?

—Mi padre bebió ayer mucho vino de lord Cuervo. Dormirá prácticamente todo el día. —Su aliento se condensaba en el aire en nubecillas nerviosas—. Dicen que el rey hace justicia y protege a los débiles. —Empezó a bajar de la roca con torpeza, porque el hielo la había vuelto resbaladiza, y patinó. Jon la agarró antes de que cayera y la bajó al suelo. La mujer se arrodilló en la tierra helada—. Os lo suplico, mi señor...

—No me suplique nada. Vuelve a tu casa; no deberías estar aquí. Nos han ordenado que no hablemos con las esposas de Craster.

—No tenéis que hablar conmigo, mi señor. Pero llevadme con vos cuando os vayáis, es lo único que os pido.

« Lo único que me pide —pensó—. Como si no fuera nada» .

—Si queréis, seré vuestra esposa. Mi padre tiene diecinueve, no le pasará nada por perder una.

—Los hermanos negros juran no tomar esposa, ¿no lo sabías? Además, somos invitados en la casa de tu padre.

—Vos no —dijo ella—. Os he observado. No habéis comido de su mesa, ni dormido junto a su hoguera. No os ha tratado como a un invitado, así que no le debéis nada. Tengo que irme, es por el bebé.

—Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Él me llama Eli. Por la flor, el alhelí.

—Es muy bonito. —Se acordó de que Sansa le había dicho en cierta ocasión que debía contestar aquello cuando una dama le dijera su nombre. No podía ayudarla, pero quizás le agradase la cortesía—. ¿Quién te da miedo, Eli? ¿Craster?

—Es por el bebé, no por mí. Si fuera una niña no sería tan grave; la dejaría crecer unos años antes de casarse con ella. Pero Nella dice que va a ser niño, y ella ha tenido seis: entiende de estas cosas. Los niños se los entrega a los dioses cuando viene el frío blanco, y últimamente viene mucho. Por eso empezó a entregarles las ovejas, aunque a él le gusta el cordero. Pero ya no quedan ovejas, y luego serán los perros, y luego... —Bajó los ojos y se acarició el vientre.

Jon recordó que en el Torreón de Craster no había visto niños, ni tampoco hombres, aparte del propio Craster.

—¿Qué dioses?

—Los dioses fríos —dijo—. Los de la noche. Las sombras blancas.

Y de repente Jon volvió a encontrarse en la Torre del Lord Comandante. Una mano cortada le trepaba por la pantorrilla, y cuando la pinchó con la punta de su espada larga, cayó agitándose, abriendo y cerrando los dedos. El hombre muerto se puso en pie, con los ojos azules brillando en el rostro abotargado e hinchado. De la gran herida del vientre le colgaban jirones de carne desgarrada, pero no sangraba.

—¿De qué color tienen los ojos? —preguntó.

—Azules. Brillantes como estrellas azules, e igual de fríos.

« Los ha visto —pensó—. Craster mintió» .

—¿Me llevaréis con vos? Solo hasta el Muro...

—No vamos hacia el Muro. Vamos hacia el norte, en busca de Mance Rayder y esos Otros, esos espectros blancos. Los estamos buscando, Eli. Tu bebé no estaría a salvo con nosotros.

—Pero volveréis. —El miedo se reflejó en el rostro de la chica—. Cuando acabéis de hacer la guerra, volveréis a pasar por aquí.

—Es posible. —« Si es que queda alguno con vida» —. Eso lo tiene que decidir el Viejo Oso, el que tú llamas lord Cuervo. Yo no soy más que su escudero; no elijo qué ruta vamos a tomar.

—Entiendo. —Jon percibió el sentimiento de derrota en su voz—. Siento haberlos molestado, mi señor. Solo quería... Dicen que los reyes cuidan de las personas, y pensé... —Salió corriendo, desesperada, con la capa de Sam ondulando a su espalda como unas enormes alas negras.

Jon la miró alejarse, perdida ya toda su admiración ante el amanecer cristalino. « Maldita sea —pensó con resentimiento—, y maldito sea Sam por enviármela. ¿Qué pensaba que podía hacer por ella? Estamos aquí para luchar contra los salvajes, no para salvarlos» .

Los hombres de la Guardia empezaban a salir de sus refugios, se desperezaban y bostezaban. La magia se había esfumado; el brillo del hielo volvía a ser rocío vulgar a la luz del sol naciente. Alguien había encendido una hoguera, y hasta él llegaba el olor de la leña ardiendo entre los árboles, junto con el aroma ahumado de la panceta. Jon cogió su capa y la estampó contra la roca para romper la fina capa de hielo que se había formado durante la noche. Luego se ciñó a *Garra*. Unos pasos más adelante meó contra un arbusto helado; su orina levantó una nube de vapor en el aire frío y derritió el hielo del suelo. Luego se anudó los calzones de lana negra y se guio por el olfato.

Grenn y Dywen estaban entre los hermanos que se habían reunido en torno a la hoguera. Hake le tendió a Jon un trozo de pan desmigado y relleno con panceta quemada y pescado salado calentado en la grasa de la panceta. Lo devoró mientras oía a Dywen alardear de que se había acostado con tres de las mujeres de Craster aquella noche.

—Eso es mentira —dijo Grenn con el ceño fruncido—. Yo lo habría visto.

—¿Tú? —Dywen le dio una colleja de revés—. ¿Ver algo tú? Si estás más ciego que el maestre Aemon. Ni siquiera viste al oso.

—¿Qué oso? ¿Hubo algún oso?

—Siempre hay un oso —declaró Edd el Penas en su habitual tono de resignación pesimista—. Cuando yo era pequeño, un oso mató a mi hermano. Más adelante, llevó sus dientes al cuello en una bolsita. Y eran buenos dientes, mejores que los míos. A mí, los dientes no me han dado más que problemas.

—¿Sam durmió en el Torreón anoche?

—Dormir, lo que se dice dormir... El suelo es duro, la paja huele mal, y mis hermanos roncan como animales. Ya que hablamos de osos, ninguno tiene un gruñido tan fiero como el de Bernarr el Moreno. Por la noche se me subieron encima varios perros. Ya tenía la capa casi seca cuando uno me meó encima. O quizá fue Bernarr el Moreno. ¿Te has fijado en que escampó en el momento en que tuve un techo sobre la cabeza? Ahora que vuelvo a estar fuera, empezará de nuevo. A los dioses y a los perros les encanta mearme encima.

—Más vale que vaya a ver a lord Mormont —dijo Jon.

La lluvia había cesado, sí, pero el lugar seguía siendo un cenagal de charcos poco profundos y barro resbaladizo. Los hermanos negros estaban recogiendo las tiendas, alimentando a los caballos y mascando tiras de carne seca. Los exploradores de Jarman Buckwell apretaban las cinchas de sus sillas de montar antes de ponerse en marcha.

—Jon —lo saludó Buckwell, ya a caballo—. Mantén bien afilada tu espada. Pronto nos hará falta.

El interior de la morada de Craster seguía en la penumbra. Las antorchas ya casi no ardían, y nadie habría dicho que había salido el sol. El cuervo de Mormont fue el primero en verlo entrar. Con tres batidas perezosas de las grandes alas negras, fue a posarse en la empuñadura de *Garra*. Picoteó un mechón de cabellos de Jon.

—¿Maíz?

—No le hagas caso a ese mendigo, Jon; se acaba de comer la mitad de mi panceta. —El Viejo Oso estaba sentado a la mesa de Craster, desayunando pan frito, panceta y salchichas de tripa de cordero junto con el resto de los oficiales. El hacha nueva de Craster estaba sobre la mesa; el oro incrustado centelleaba a la luz de las antorchas. Su dueño estaba inconsciente en el altillo para dormir, pero las mujeres se habían levantado para dedicarse a sus quehaceres y servir la mesa—. ¿Qué día tenemos?

—Frío, pero la lluvia ha cesado.

—Muy bien. Encárgate de que preparen mi caballo. Quiero que nos pongamos en marcha antes de una hora. ¿Has desayunado ya? La comida de Craster es sencilla, pero llena el estómago.

«No voy a probar la comida de Craster», decidió de repente.

—Ya he comido con los hombres, mi señor. —Jon espantó al cuervo del puño de *Garra*. El pájaro saltó al hombro de Mormont y empezó a cagar.

—Eso se lo podrías haber hecho a Nieve, en vez de reservarlo para mí —gruñó el Viejo Oso.

El cuervo graznó.

Sam estaba en la parte trasera de la casucha, junto a la conejera rota, al lado de Eli. La muchacha lo estaba ayudando a ponerse la capa, pero al ver a Jon salió corriendo. Sam le lanzó una mirada de reproche.

—Pensé que la ayudarías.

—¿Y cómo? —le espetó Jon en tono brusco—. ¿Crees que nos la podemos llevar envuelta en tu capa? Nos ordenaron que no...

—Lo sé —reconoció Sam, avergonzado—. Pero la chica tiene miedo. Yo sé qué es tener miedo. Le dije que... —Tragó saliva.

—¿Qué? ¿Que la íbamos a llevar con nosotros?

—Cuando volviéramos a casa. —Sam se había puesto muy rojo y no se atrevía a mirar a Jon a los ojos—. Va a tener un bebé.

—¿Te has vuelto loco del todo, Sam? Puede que ni siquiera regresemos por esta ruta. Y aunque así fuera, ¿crees que el Viejo Oso va a dejar que te lleves a una de las esposas de Craster?

—Pensé que para entonces igual se me había ocurrido una manera...

—No tengo tiempo para esto. Tengo que cepillar y ensillar los caballos.

Jon se alejó, tan confuso como furioso. Sam tenía un corazón tan grande como el resto de su cuerpo, pero pese a lo mucho que había leído, a veces se mostraba tan estúpido como Grenn. Lo que proponía era imposible, y además, una deshonra.

«Entonces, ¿por qué estoy tan avergonzado?».

Jon ocupó su puesto habitual al lado de Mormont cuando la Guardia de la Noche desfiló entre los cráneos de la puerta de Craster. Cabalgaron rumbo noroeste por un sendero de animales. El hielo que se fundía goteaba en torno a ellos; era como una lluvia más lenta que tuviera música propia. Al norte del Torreón de Craster, el arroyo bajaba muy crecido y arrastraba hojas y ramas, pero los exploradores habían encontrado un vado, y la columna lo pudo cruzar. El agua llegaba hasta el vientre de los caballos. Fantasma cruzó a nado y llegó a la orilla opuesta con el blanco pelaje cubierto de lodo marronáceo. Cuando se sacudió y lanzó gotas de agua y barro en todas direcciones Mormont no dijo nada, pero el cuervo graznó desde su hombro.

—Mi señor —dijo Jon en voz baja mientras el bosque volvía a cerrarse en torno a ellos—, Craster no tiene ovejas. Ni hijos varones. —Mormont no respondió—. En Invernalia, una de las sirvientas nos contaba historias —siguió Jon—. Decía que había mujeres salvajes que yacían con los Otros y daban a luz

a niños medio humanos.

—Cuentos de viejas. ¿Acaso Craster no te parece humano?

«No, ni lo más mínimo».

—Entrega a sus hijos varones al bosque.

—Sí —dijo al final de un largo silencio.

—Sí —graznó el cuervo—. Sí, sí, sí.

—¿Lo sabíais?

—Smallwood me lo dijo. Hace mucho tiempo. Todos los exploradores lo saben, aunque pocos quieren hablar de ello.

—¿Lo sabía mi tío?

—Todos los exploradores —repitió Mormont—. Y tú crees que debería impedírselo. Matarlo, si fuera necesario. —El Viejo Oso suspiró—. Si lo hiciera para librarse de unas cuantas bocas, de buena gana enviaría a Yoren o a Comwy para recoger a los niños. Los educaríamos para que vistieran el negro, y la Guardia sería más fuerte. Pero los salvajes sirven a dioses más crueles que los tuyos y los míos. Esos niños son las ofrendas de Craster. Sus plegarias.

«Seguro que sus mujeres rezan plegarias muy distintas a esas», pensó Jon.

—¿Cómo te has enterado? —le preguntó el Viejo Oso—. ¿Por alguna de las esposas de Craster?

—Sí, mi señor —confesó Jon—. Preferiría no deciros cuál. Estaba asustada y quería ayuda.

—El mundo está lleno de gente que quiere ayuda, Jon. Ojalá algunas de esas personas juntaran el valor necesario para ayudarse a sí mismas. Craster está ahora mismo inconsciente en su lecho, apestando a vino. En su mesa hay un hacha nueva bien afilada. Si se tratara de mí, la llamaría *Plegaria Escuchada* y pondría fin a todo.

«Sí». Jon pensó en Elí. En ella y en sus hermanas. Eran diecinueve, y Craster solo uno, pero...

—Pero si Craster muriera, sería un día triste para la Guardia. Tu tío podría contarte cuántas veces su Torreón ha supuesto la diferencia entre la vida y la muerte para nuestros exploradores.

—Mi padre... —Se detuvo, titubeante.

—Sigue, Jon. ¿Qué ibas a decir?

—Mi padre me explicó una vez que no vale la pena tener a ciertos hombres —continuó el muchacho—. Un vasallo brutal o injusto deshonra a su señor tanto como a sí mismo.

—Pero Craster no nos ha hecho ningún juramento, ni se somete a nuestras leyes. Tienes un corazón noble, Jon, pero debes aprender una lección de esto. No podemos hacer justicia en todo el mundo. No es nuestro objetivo. Las guerras de la Guardia de la Noche son otras.

«Otras. Sí. No debo olvidarlo».

—Jarman Buckwell dijo que quizá necesitara mi espada pronto.

—¿De veras? —Mormont no parecía satisfecho—. Lo mismo dijo Craster anoche, y confirmó mis temores hasta el punto de condenarme a una noche de insomnio en su suelo. Mance Rayder está reuniendo a los suyos en los Colmillos Helados. Por eso nos hemos encontrado desiertas las aldeas. Es lo mismo que le dijo a ser Denys Mallister el salvaje que sus hombres capturaron en la Garganta, pero Craster también nos ha aportado el *dónde*, y eso marca toda la diferencia del mundo.

—¿Está reuniendo gente para una ciudad, o para un ejército?

—Esa es la cuestión. ¿Cuántos salvajes hay? ¿Cuántos hombres en edad de luchar? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Los Colmillos Helados son un lugar salvaje, cruel, inhóspito, todo piedra y escarcha. No hay nada allí que ofrezca sustento a un gran número de personas. Esa reunión solo puede tener un propósito. Mance Rayder va a lanzar un ataque hacia el sur, se va a adentrar en los Siete Reinos.

—No sería la primera vez que los salvajes invaden el reino. —Jon recordó las historias que la Vieja Tata y el maestre Luwin contaban en Invernalia—. Raymun Barbarroja encabezó una invasión en tiempos del abuelo de mi abuelo, y antes hubo otro rey al que llamaban Bael el Bardo.

—Sí, y en tiempos aún más antiguos estuvieron el Señor Astado y los reyes hermanos Gendel y Gorne, y aún antes, Joramun, que hizo sonar el Cuerno del Invierno y despertó a los gigantes de la tierra. Todos ellos se estrellaron contra el Muro, o fueron derrotados por el poder de Invernalia... Pero la Guardia de la Noche no es más que una sombra de lo que fue, ¡y quién queda para enfrentarse a los salvajes, aparte de nosotros? El señor de Invernalia ha muerto, y su heredero ha llevado su ejército hacia el sur para combatir a los Lannister. Puede que los salvajes no vuelvan a tener una ocasión como esta. Yo conocí a Mance Rayder, Jon. Es un perjurio, sí... pero tiene dos ojos en la cara, y nadie se atrevería a decir de él que sea un cobarde.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Jon.

—Buscarlo —dijo Mormont—. Combatirlo. Detenerlo.

« Trescientos —pensó Jon—, contra la furia de lo indómito». Abrió y cerró los dedos.

Era de una belleza innegable. «Pero la primera siempre es una belleza», pensó Theon Greyjoy.

—Hermoso espectáculo, ¿eh? —dijo una voz femenina detrás de él—. Al joven señor le gusta, ¿verdad?

Theon se volvió y la miró de arriba abajo. Le agradó lo que vio. Era hija del hierro; se notaba a primera vista: esbelta, de piernas largas, pelo negro y corto, piel curtida por el viento, manos fuertes y seguras, y un puñal al cinto. Tenía la nariz demasiado grande y afilada para su rostro delgado, pero la compensaba con una sonrisa preciosa. Calculó que tendría unos pocos años más que él, pero no pasaría de los veinticinco. Se movía como si estuviera acostumbrada a tener la cubierta de un barco bajo los pies.

—Sí, es una belleza —dijo—. Pero no tanto como tú.

—Vaya, vaya. —La joven sonrió—. Más me vale tener cuidado. El joven señor tiene la lengua de miel.

—Pruébala y lo sabrás.

—¿Así nos ponemos? —replicó, mirándolo directamente a los ojos. En las islas del Hierro había mujeres (no muchas, pero sí algunas) que tripulaban los barcoyengos junto con los hombres, y se decía que la sal y el mar las cambiaban, les daban los apetitos de un varón—. ¿Ha estado mucho tiempo en el mar el joven señor? ¿O es que en el lugar de donde vienes no había mujeres?

—Mujeres sí que había, pero ninguna como tú.

—¿Y qué sabrás tú cómo soy yo?

—Tengo ojos para verte la cara. Tengo orejas para oír tu risa. Y la polla se me ha puesto dura como un mástil.

La mujer se le acercó y le plantó la mano en la delantera de los calzones.

—Pues es verdad, no mientes —dijo, apretando a través de la tela—. ¿Duele mucho?

—Un horror.

—Pobre señor. —Lo soltó y dio un paso atrás—. Da la casualidad de que soy una mujer casada y estoy embarazada.

—Los dioses son bondadosos —dijo Theon—. Así no hay riesgo de que te haga un bastardo.

—Pese a todo, mi hombre no te estaría agradecido.

—No, pero a lo mejor tú sí.

—¿Y por qué? Ya me he acostado con señores. Y son iguales que el resto de los hombres.

—¿Te has acostado alguna vez con un príncipe? —preguntó él—. Cuando estés canosa y arrugada, y las tetas te cuelguen sobre la tripa, podrás contarles a los hijos de tus hijos que una vez amaste a un rey.

—Ah, ¿entonces estamos hablando de amor? Y yo que pensaba que se trataba de pollas y de coños.

—¿Es amor lo que quieres? —Acababa de decidir que le gustaba aquella mujer, fuera quien fuera. Su ingenio rápido era todo un alivio para la húmeda y triste Pyke—. ¿Quieres que le ponga tu nombre a mi barcoluengo, que toque el arpa para ti, que te encierre en una torre de mi castillo vestida únicamente con joyas, como la princesa de una canción?

—Deberías ponerle mi nombre a tu barco —señaló ella, haciendo caso omiso del resto—. Yo fui quien lo construyó.

—Lo construyó Sigrin, el jefe de astilleros de mi padre.

—Soy Esgred. Hija de Ambrode y esposa de Sigrin.

Theon no sabía que Ambrode tuviera una hija, ni Sigrin una esposa... pero solo había visto al joven carpintero una vez, y del viejo apenas se acordaba.

—Es un desperdicio que te entregaran a Sigrin.

—Vaya, vaya. Lo mismo dice Sigrin: que es un desperdicio que te entregaran a ti su querida nave.

—¿Sabes quién soy? —Theon se enojó.

—El príncipe Theon de la casa Greyjoy. ¿Quién si no? Dime la verdad, mi señor. ¿Te gusta tu nueva novia? Sigrin querrá saberlo.

El barcoluengo era tan nuevo que todavía olía a resina y a brea. Su tío Aeron lo bendeciría al día siguiente, pero Theon había bajado a caballo desde Pyke para echarle un vistazo antes de que lo botaran. No era tan grande como el *Gran Kraken* de lord Balon ni el *Victoria de Hierro* de su tío Victarion, pero era muy bello y parecía rápido, incluso allí, varado. Tenía un casco esbelto y negro de cuarenta varas, solo un mástil, cincuenta remos largos, una cubierta en la que cabían cien hombres... y en la proa, un espolón de hierro en forma de punta de flecha.

—Sigrin me ha prestado un servicio excelente —reconoció—. ¿Es una nave tan rápida como parece?

—Más... si el capitán sabe cómo gobernarla.

—Hace muchos años que no navego. —«Y jamás he sido capitán de una nave, la verdad sea dicha»—. Pero sigo siendo un Greyjoy, hijo del hierro. Llevo el mar en la sangre.

—Y tu sangre irá a parar al mar si navegas igual que te expresas —replicó ella.

—Jamás trataría mal a una doncella tan hermosa.

—¿Una doncella tan hermosa? —Se echó a reír—. No, esta nave es una zorra marina.

—Mira qué bien, ya le has puesto nombre. *Zorra Marina*. —Aquellos parecían divertirla; vio cómo le chispeaban los ojos.

—Y eso que decías que le ibas a poner mi nombre —dijo con tono ofendido.

—Es lo que he hecho. —Le tomó la mano—. Ayúdame, mi señora. En las tierras verdes creen que una mujer embarazada le da suerte al hombre que se acuesta con ella.

—¿Y qué saben de naves en las tierras verdes? ¿O de mujeres, ya que estamos? Además, me parece que te lo acabas de inventar.

—Si confieso, ¿me seguirás amando?

—¿Seguiré? ¿Cuándo te he amado yo?

—Jamás —reconoció—, pero eso se puede reparar, mi dulce Esgred. El viento es frío. Sube a bordo de mi barco y deja que te dé calor. Mañana, mi tío Aeron verterá agua marina por la proa y musitará una plegaria al Dios Ahogado, pero yo prefiero bendecirla con la leche de mi entrepierna. Y de la tuyas.

—Puede que el Dios Ahogado no se lo tome muy bien.

—A la mierda con el Dios Ahogado. Si se mete con nosotros, lo ahogaré de nuevo. Partiremos a la guerra antes de quince días. ¿Me enviarías a la batalla sin poder dormir de deseo?

—De buena gana.

—Ah, mujer cruel. Mi nave tiene el nombre que realmente merece. Si la estrella contra las rocas por estar distraído, únicamente tú tendrás la culpa.

—¿Piensas gobernarla con este timón? —Esgred le frotó una vez más la delantera de los calzones y sonrió al tiempo que, con el dedo, trazaba el perfil férreo de su miembro.

—Ven a Pyke commigo —dijo de repente. «¿Qué dirá lord Balon? ¿Y a mí qué me importa? Ya soy un hombre; si quiero llevarte a una mujer a la cama, no es asunto de nadie».

—¿Y qué haría yo en Pyke? —preguntó sin apartar la mano.

—Mi padre dará un banquete esta noche para sus capitanes. —En realidad lo daba todas las noches mientras esperaba la llegada de los más rezagados, pero no había por qué decírselo a la joven.

—¿Mi señor príncipe me nombrará su capitana por una noche?

Tenía la sonrisa más pícara que jamás había visto en una mujer.

—Es posible. Siempre que supiera que me llevarás a buen puerto.

—Bueno, sé qué parte del remo va al mar, y no hay nadie que maneje como yo los cabos y los nudos. —Le estaba desatando los calzones con una mano, pero retrocedió con paso ligero—. Lástima que sea una mujer casada y embarazada.

—Tengo que volver al castillo —dijo Theon, nervioso, mientras se ataba la ropa de nuevo—. Si no vienes commigo, puede que el dolor haga que me extravie, y será una gran pérdida para las islas.

—Eso no se puede consentir... pero el caso es que no tengo caballo.

—Puedes ir en el de mi escudero.

—¿Y dejar que vuestro pobre escudero vuelva andando a Pyke?

—Entonces comparte el mío.

—Eso te gustaría. —Otra vez la sonrisa—. A ver... ¿dónde me pondría yo?
¡Delante o detrás?

—Puedes ponerte donde quieras.

—Me gusta ponerme arriba.

« ¿Dónde ha estado esta mujer toda mi vida?» .

—Los salones de mi padre son sombríos y húmedos. Necesitan de una Esgred que avive los fuegos.

—El joven señor tiene la lengua de miel.

—¿No fue así como empezó todo?

—Y así es como termina. —La joven alzó los brazos—. Esgred es tuya, dulce príncipe. Llévame a tu castillo. Quiero ver como surgen del mar tus orgullosas torres.

—He dejado mi caballo en la posada. Ven.

Caminaron juntos por la costa, y cuando Theon la cogió por el brazo, ella no se apartó. Le gustaba su manera de andar; era osada, parecía como si se meciera, y sugería que entre las mantas sería igual de osada.

Puerto Noble estaba más concurrido que nunca; por doquier se veía a las tripulaciones de los barcoluengos que se alineaban ante la orilla de guijarros o estaban anclados más allá de la escollera. Los hijos del hierro no doblaban la rodilla con facilidad, pero Theon advirtió que los remeros y los ciudadanos por igual bajaban la voz al verlos pasar, y los saludaban con respetuosas inclinaciones de la cabeza.

« Por fin se han enterado de quién soy —pensó—. Ya era hora» .

Lord Goodbrother de Gran Wyk había llegado la noche anterior con el grueso de sus fuerzas, casi cuarenta barcoluengos. Sus hombres estaban por todas partes; llamaban la atención por sus fajines de lana de cabra a franjas. Se rumoreaba que muchachos imberbes con aquellos fajines estaban follándose a las putas de Otter Gimpknee en la posada hasta que no podían ni cerrar las piernas. Por lo que a Theon respectaba, se las podían quedar a todas. Eran una manada de guerras picadas de viruelas que no quería ni ver. Su actual acompañante era mucho más de su gusto. Y estaba casada con el jefe de astilleros de su padre, y encima embarazada, lo que la hacía más misteriosa y deseable.

—¿Mi señor príncipe ha empezado ya a elegir su tripulación? —preguntó Esgred mientras se dirigían hacia los establos—. ¡Hola, Dienteazul! —gritó al pasar junto a un marinero, un hombre alto con chaleco de piel de oso y yelmo adornado con alas—. ¿Cómo está tu mujer?

—Embarazada y bien gorda; dice que van a ser mellizos.

—¿Tan pronto? —Esgred le dirigió su sonrisa traviesa—. Si que has tardado poco en meter el remo en el agua.

—Sí, y en remar, remar y remar —rugió el hombrón.

—Es muy fuerte —observó Theon—. ¿Dices que se llama Dienteazul? ¿Lo

debería elegir para mi *Zorra Marina*?

—Solo si quieres insultarlo. Dienteazul tiene barco propio.

—He estado fuera durante mucho tiempo y no reconozco a los hombres —admitió Theon. Había buscado a los pocos amigos con los que jugara de niño, pero habían desaparecido; o estaban muertos o se habían transformado en desconocidos—. Mi tío Victarion me ha cedido a su timonel.

—¿Rymolf Bebetormentas? Es buen hombre, siempre que está sobrio. —Vio más rostros conocidos y saludó a un trío que pasó junto a ellos—. Uller, Qarl, Skyte. ¿Dónde está vuestro hermano?

—Me temo que el Dios Ahogado necesitaba un remero fuerte —respondió uno de ellos, un hombre achaparrado con un mechón blanco en la barba.

—Quiere decir que Eldiss bebió demasiado vino y le reventó la barriga —dijo el joven de mejillas rosadas que estaba junto a él.

—Lo que está muerto no puede morir —dijo Esgred.

—Lo que está muerto no puede morir. —Theon también murmuró las palabras—. Eres muy conocida —le dijo a la mujer cuando el trío pasó de largo.

—Todo el mundo aprecia a la mujer del jefe de astilleros. Más les vale, si no quieren que se les hundan los barcos. Si necesitas remeros, esos tres son de los buenos.

—En Puerto Noble no faltan brazos fuertes. —Theon había meditado mucho sobre aquel asunto. Lo que necesitaba eran luchadores, y hombres que fueran leales a él, no a su señor padre ni a sus tíos. Por el momento se comportaba como un príncipe obediente, mientras esperaba a que lord Balon revelara sus planes por completo. Pero si resultaba que no le gustaban aquellos planes, o el papel que le correspondía en ellos...

—Con la fuerza no basta. Los remos de un barcoluengo se tienen que mover al unísono para que alcance la máxima velocidad. Si eres listo, elegirás hombres que y a hayan remado juntos.

—Sabio consejo. Quizá tú puedas ayudarme a elegirlos. —«Que crea que necesito de su inteligencia; a las mujeres les gusta eso» .

—Quizá. Si me tratas bien.

—¿Cómo si no?

Theon aceleró el paso cuando se acercaron a la *Myraham*, que se mecía en el amarradero, ya sin carga. Su capitán había querido hacerse a la mar hacia ya dos semanas, pero lord Balon no lo consintió. No dejaba partir a ningún comerciante que hubiera atracado en Puerto Noble, para que las noticias no llegaran a tierra firme antes de que estuviera preparado para atacar.

—Mi señor —lo llamó una voz lastimera desde el castillo de proa. La hija del capitán lo miraba aferrada a la baranda. Su padre le había prohibido desembarcar, pero siempre que Theon iba a Puerto Noble la veía vagar desamparada por la cubierta—. Mi señor, un momento —lo siguió llamando—.

Mi señor, si os place...

—¿Si? —preguntó Esgred mientras Theon se apresuraba a pasar de largo—. ¿Le placia a mi señor?

—Durante un tiempo, sí. —No tenía sentido mostrarse recatado con ella—. Pero ahora quiere ser mi esposa de sal.

—Ah. Pues la verdad es que le iría bien un poco de sal. Demasiado tierna y blanda, ¿no? ¿O me equivoco?

—No te equivocas. —« Tierna y blanda. Exacto. ¿Cómo lo ha sabido?» .

Le había dicho a Wex que lo esperase en la posada. La sala común estaba tan abarrotada que Theon tuvo que abrirse camino a empujones. No quedaba ningún asiento libre, ni en los bancos ni junto a las mesas. Tampoco vio a su escudero.

—¡Wex! —gritó para hacerse oír por encima del estrépito y del bullicio.

« Como esté arriba con una de esas putas picadas de viruelas, le arranco la piel a tiras», , estaba pensando cuando por fin divisó al muchacho, que se dedicaba a jugar a los dados cerca de la chimenea... y, a juzgar por el montón de monedas que tenía al lado, iba ganando.

—Es hora de marcharnos —anunció Theon.

Como el chico no le hizo caso, lo agarró por la oreja y lo sacó de la partida. Wex agarró un puñado de monedas de cobre y lo siguió sin decir palabra. Era una de las cosas que más le gustaban de él. Muchos escuderos tenían la lengua afilada, pero Wex era mudo de nacimiento... lo que no le impedía ser muy avisado para sus doce años. Era hijo bastardo de un hermanastro de lord Botley, y al tomarlo como escudero, Theon estaba pagando parte del precio de su caballo.

Cuando Wex vio a Esgred, abrió los ojos como platos. « Cualquiera diría que no ha visto una mujer en su vida» , pensó Theon.

—Esgred montará conmigo a la grupa; viene a Pyke. Ensilla los caballos y date prisa.

La montura del chico era un caballito flaco de los establos de lord Balon, nada que ver con el de Theon.

—¿De dónde has sacado ese caballo infernal? —preguntó Esgred cuando lo vio. Pero por su risa supo que la había impresionado.

—Lord Botley lo compró el año pasado en Lannisport, pero resultó que era mucho animal para él, así que estuvo encantado de venderlo.

Las islas del Hierro eran demasiado estériles y rocosas para criar buenos caballos. Pocos isleños eran jinetes hábiles; se sentían más a gusto en la cubierta de un barco que sobre una silla de montar. Incluso los señores montaban caballos de pequeño tamaño o ponis peludos de Harlaw. Hasta los carros de bueyes eran más comunes que los tiros de caballos. Y los que eran demasiado pobres labraban ellos mismos el suelo escaso y pedregoso.

Pero Theon había pasado diez años en Invernalia y no tenía la menor

intención de ir a la guerra sin una buena montura. Se estaba beneficiando del error de criterio de lord Botley, y tenía un semental de temperamento tan negro como su pelaje, no tan grande como la mayoría de los corceles de batalla, pero aun así enorme. Como Theon no era tan corpulento como la mayoría de los caballeros, le iba de maravilla. Y aquel animal tenía fuego en los ojos. Nada más conocer a su nuevo dueño, le mostró los dientes y le lanzó un bocado a la cara.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Esgred a Theon mientras montaba.

—Sonrisas. —Le tendió la mano y la ayudó a subir delante de él, para poder rodearla con los brazos mientras cabalgaban—. Conocí a un hombre que me dijo que yo sonreía ante lo que no debía.

—Y es así?

—Solo lo dicen los que no sonríen ante nada. —Estaba pensando en su padre y en su tío Aeron.

—Y mi señor príncipe está sonriendo ahora?

—Desde luego. —Theon la rodeó con el brazo para coger las riendas. Era casi tan alta como él. Tenía el pelo sucio, y una cicatriz vieja y rosada en el hermoso cuello, pero le gustaba su olor a sal, a sudor y a mujer.

El viaje de vuelta a Pyke prometía ser mucho más interesante que el de ida. Cuando estuvieron a buena distancia de Puerto Noble, Theon le puso una mano sobre un pecho. Esgred se la apartó.

—Más vale que agarres las riendas con las dos manos, o esta fiera nos lanzará por los aires y nos matará a coces.

—Le he quitado esa costumbre a golpes. —Theon, divertido, se comportó bien un rato y se dedicó a charlar sobre el clima (gris y encapotado, como todos los días desde su llegada, con lluvias frecuentes) y a contarle a cuántos hombres había matado en el bosque Susurrante. Cuando llegó al momento en que se encontró a poca distancia del Matarreyes en persona, volvió a subir la mano. La mujer tenía los pechos pequeños, pero le gustaba su firmeza.

—No quieres hacer eso, mi señor príncipe.

—Sí que quiero, vaya si quiero. —Theon le dio un pellizco.

—Tu escudero te está mirando.

—Que mire. Total, no va a decir nada... —Esgred le abrió los dedos, y en esta ocasión lo sujetó con firmeza. Tenía las manos fuertes—. Así me gustan a mí las mujeres, con buenas manos.

—Cualquiera lo diría —replicó ella con un resoplido—, después de ver a esa moza en el muelle.

—No me juzgues por ella. Era la única mujer del barco.

—Háblame de tu padre. ¿Me recibirás con alegría en su castillo?

—Por qué? Si no me recibe con alegría ni a mí, que soy sangre de su sangre, heredero de Pyke y de las islas del Hierro.

—De verdad? —preguntó con voz melosa—. Se dice que tienes tíos,

hermanos, una hermana...

—Mis hermanos murieron hace mucho, y mi hermana... se dice que el vestido preferido de Asha es una loriga, y que lleva la ropa interior acorazada. Pero aunque se vista de hombre, no es un hombre. Una vez gane la guerra, la casaré para firmar alguna buena alianza. Si encuentro quien la quiera, claro. Recuerdo que tenía la nariz como un pico de buitre, espinillas por todos lados y menos pecho que un muchacho.

—A tu hermana aún la puedes casar —señaló Esgred—. Pero a tus tíos, no.

—Mis tíos... —Los derechos de Theon estaban por encima de los de los tres hermanos de su padre, pero aun así era un tema delicado. En las islas no era extraño que un tío fuerte y ambicioso despojara de sus derechos a un sobrino débil, y por lo general de paso lo mataba.

«Pero yo no soy débil —se dijo Theon—, y para cuando muera mi padre pienso ser mucho más fuerte».

—Mis tíos no son una amenaza para mí —declaró—. Aeron está ebrio de agua de mar y de santidad. Solo vive para sus dios...

—¿Su dios? ¿No es tu dios?

—Sí, mío también. Lo que está muerto no puede morir. —Sonrió con los dientes apretados—. Si digo estas cosas cuando convenga, Pelomojado no me dará problemas. En cuanto a mi tío Victarion...

—Lord capitán de la Flota de Hierro y un guerrero temible. En todas las tabernas se cantan sus hazañas.

—Durante la rebelión de mi señor padre, navegó hasta Lannisport con mi tío Euron y le prendió fuego a la flota de los Lannister, que estaba allí anclada —recordó Theon—. Pero el autor del plan fue Euron. Victarion es como un enorme buey: fuerte, incansable, obediente, pero que no ganará ninguna carrera. Sin duda me servirá con la misma lealtad con la que ha servido a mi señor padre. No tiene el cerebro ni la ambición que hacen falta para la traición.

—En cambio, a Euron Ojo de Cuervo no le falta astucia. De él se cuentan cosas espantosas.

—Nadie ha visto a mi tío Euron en las islas desde hace dos años. —Theon se acomodó en la silla de montar—. Puede que esté muerto. —Y si era así, tanto mejor. El hermano mayor de lord Balon jamás había renunciado a las antiguas costumbres. Se decía que su *Silencio*, con las velas negras y el casco rojo oscuro, tenía una reputación temible en todos los puertos desde Ibben hasta Asshai.

—Puede que esté muerto —asintió Esgred—. Y aunque esté vivo, qué más da; se ha pasado tanto tiempo en el mar que aquí sería un forastero. Los hijos del hierro no dejarían jamás que un forastero se sentara en el Trono de Piedramar.

—No, me imagino que no —respondió Theon antes de caer en la cuenta de que, probablemente, muchos lo considerarían a él un forastero. Frunció el ceño. «Diez años son mucho tiempo, pero ya he vuelto, y a mi padre le queda mucha

vida por delante. Tendré tiempo de demostrar mi valía». Valoró la posibilidad de volver a acariciar el pecho de Esgred, pero seguro que le apartaba la mano de nuevo, y además, tanta charla sobre sus tíos había apagado en cierto modo su ardor. Ya habría tiempo para aquellos juegos en el castillo, en la intimidad de sus habitaciones—. Cuando lleguemos a Pyke, hablaré con Helya para que te coloque en un lugar de honor durante el banquete —dijo—. Yo tengo que sentarme en la tarima, a la derecha de mi padre, pero en cuanto se marche, bajaré para estar contigo. No suele quedarse mucho tiempo. Últimamente no aguanta bien la bebida.

—Es triste ver envejecer a un gran hombre.

—Lord Balon no es más que el padre de un gran hombre.

—Modesto, el joven señor.

—Solo un tonto se humilla a sí mismo, habiendo tantos hombres en el mundo dispuestos a encargarse de esa tarea. —Le depositó un beso en la nuca. Ella se apartó.

—¿Qué me pondré para el banquete?

—Le diré a Helya que te vista. Seguro que te vale alguna ropa de mi madre. Está fuera, en Harlaw, y no creo que vuelva.

—Se dice que los vientos fríos la han consumido. ¿No piensas ir a verla? Harlaw está apenas a un día de navegación, y seguro que lady Greyjoy anhela ver a su hijo por última vez.

—Ojalá pudiera. Aquí tengo mucho que hacer. Ahora que he regresado, mi padre depende de mí. Tal vez, cuando reine la paz...

—Tu visita le daría paz a ella.

—Empiezas a hablar como una mujer —se quejó Theon.

—Confieso, soy una mujer... y recién preñada.

—Eso dices tú. —Aquello, sin saber por qué, lo excitaba—. Pero tu cuerpo todavía no muestra signos. ¿Cómo lo vas a demostrar? Para creerte, quiero ver como maduran tus pechos y probar tu leche de madre.

—¿Y qué dirá a eso mi esposo? ¿Ese sirviente leal de tu padre?

—Le encargaremos construir tantos barcos que ni se dará cuenta de que lo has dejado.

—Es cruel el joven señor que me ha secuestrado —dijo la mujer riéndole la broma—. Si te prometo que algún día verás mamar a mi bebé, ¿me contarás algo más sobre tu guerra, Theon de la casa Greyjoy? Nos quedan muchas leguas de montañas por delante, y me gustaría saber más sobre ese rey lobo al que serviste y los leones dorados contra los que lucha.

Deseoso de complacerla, Theon empezó a hablar. El resto del largo viaje transcurrió muy deprisa mientras le llenaba la hermosa cabecita con historias sobre Invernalia y sobre la guerra. Algunas de las cosas que dijo lo sorprendieron a él mismo.

«Los dioses la bendigan, qué fácil es hablar con ella —reflexionó—. Me siento como si la conociera desde hace años. Si su juego entre las sábanas es tan bueno como su ingenio, tendré que quedármela como sea. —Pensó en Sigrin, el jefe de astilleros, un hombre grueso de corto ingenio, pelo rubio que comenzaba a ralear y la frente llena de granos, y sacudió la cabeza—. Qué desperdicio. Qué espantoso desperdicio».

Le pareció que no había pasado nada de tiempo cuando la gran muralla de Pyke se alzó ante ellos.

Las puertas estaban abiertas. Theon picó espuelas a Sonrisas, y entró al trote ligero. Mientras ayudaba a Esgred a desmontar, los perros ladran como locos. Muchos se acercaron meneando la cola. Pasaron de largo junto a él y casi derribaron a la mujer, saltando en torno a ella y lamiéndola.

—¡Fuera! —gritó Theon, lanzando sin puntería una patada contra una perra grande de color castaño.

Pero Esgred se reía y jugaba a pelear con los animales. Tras los perros llegó corriendo un mozo de cuadras.

—Encárgate del caballo —le ordenó Theon—. Y llévate a estos malditos perros...

El patán no le prestó atención. Sonreía ampliamente, mostrando los huecos de la dentadura.

—Lady Asha, habéis vuelto.

—Sí, anoche —dijo ella—. Llegué en barco de Gran Wyk con lord Goodbrother, y pasé la noche en la posada. Mi hermanito ha tenido la amabilidad de traerme de Puerto Noble.

Besó a uno de los perros en el hocico y sonrió a Theon.

Theon se había quedado mirándola, boquiabierto. «Asha. No. No puede ser Asha». De pronto se dio cuenta de que en su mente había dos Ashas. Una era la niñita que había conocido. La otra, más bien un fruto vago de su imaginación, tenía cierta semejanza con su madre. Y ninguna de las dos se parecía en absoluto a aquella... aquella... aquella...

—Las espinillas se fueron cuando llegaron los pechos —le dijo mientras jugueteaba con el perro—. Pero el pico de buitre aún lo tengo.

Theon recuperó la capacidad de hablar.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Antes quería saber cómo eras. —Asha soltó al perro y se irguió—. Y lo he conseguido. —Le hizo una media reverencia burlona—. Tendrás que disculparme ahora, hermanito. Tengo que bañarme y vestirme para el banquete. A ver si encuentro la loriga y la ropa interior acorazada.

Volvió a dedicarle su sonrisa malévolas y cruzó el puente con aquella manera de andar que tanto le gustaba a Theon, como meciéndose.

Cuando se volvió, vio que Wex se estaba partiendo de risa. Le dio un golpe

encima de una oreja.

—Esto por pasártelo tan bien con esto. —Y otro, todavía más fuerte—. Y esto por no avisarme. La próxima vez, más vale que te crezca la lengua.

Sus habitaciones en el Torreón Sangriento nunca le habían parecido tan gélidas, aunque los siervos habían dejado encendido el brasero. Theon se quitó las botas de una patada, dejó caer la capa al suelo y se sirvió una copa de vino, sin dejar de recordar a la niña desgarbada de rodillas huesudas y cara llena de granos.

« Me ha desatado los calzones —pensó, ultrajado— y ha dicho... oh, dioses, y yo le he dicho...». Gimió. Era increíble hasta qué punto se había puesto en ridículo.

« No —pensó—. No me he puesto en ridículo; me ha puesto en ridículo ella, la muy zorra. Qué bien se lo debe de haber pasado. Y no dejaba de tocarme la polla...».

Cogió la copa y se dirigió hacia el asiento junto a la ventana, donde se sentó para contemplar el mar mientras el sol se ponía sobre Pyke. « Aquí no hay lugar para mí —pensó—, y el motivo es Asha, ¡los Otros se la lleven!». Abajo, el agua pasó de verde a gris, y luego a negro. Ya le llegaba el sonido de la música distante, y sabía que era hora de cambiarse para el banquete.

Elegió unas botas sencillas y prendas más sencillas aún, en varios tonos de gris y negro que hacían juego con su estado de ánimo. Ningún adorno; no tenía nada comprado con hierro.

« Podría haberle quitado algo a aquel salvaje que maté para salvar a Bran Stark, pero no tenía nada. Maldita sea mi suerte, que solo mato a pobres».

Cuando llegó Theon, el salón principal estaba lleno de humo y abarrotado. Allí se encontraban todos los señores y capitanes de su padre; eran casi cuatrocientos. Dagmer Barbarrota todavía no había regresado de Viejo Wyk con los Stonehouse y los Drumm, pero allí estaban todos los demás: los Harlaw de Harlaw, los Blacktyde de Marea Negra, los Sparr, los Merlyn y los Goodbrother de Gran Wyk, los Saltcliffe y los Sunderly de Acantilado de Sal, y los Botley y los Wynch del otro lado de Pyke. Los siervos servían cerveza, y había música de violines, de panderos y de tambores. Tres hombres corpulentos estaban ejecutando la danza del dedo, lanzándose unos a otros hachas de mango corto. Lo difícil era coger el hacha o saltar sobre ella sin perder el compás. Se llamaba la danza del dedo porque solía terminar cuando uno de los bailarines perdía uno... o dos, o cinco.

Ni los bailarines ni los bebedores se fijaron en Theon Greyjoy cuando se encaminó hacia la tarima. Lord Balon ocupaba el Trono de Piedramar, tallado con la forma de un kraken a partir de un gigantesco bloque de piedra negra. Según contaba la leyenda, los primeros hombres lo habían encontrado en las playas de Viejo Wyk cuando llegaron a las islas del Hierro. A la izquierda del

trono estaban sentados los tíos de Theon. Asha había ocupado el lugar de honor, a su derecha.

—Llegas tarde, Theon —observó lord Balon.

—Te pido disculpas. —Theon ocupó el sitio vacío, junto a su hermana. Se inclinó hacia ella—. Estás ocupando mi lugar —le susurró al oído.

—Pero, hermano, me parece que te confundes. —Asha clavó en él unos ojos llenos de inocencia—. Tu lugar está en Invernalia. —Su sonrisa cortaba como un cuchillo—. ¿Y dónde está esa ropa tan bonita que tienes? Me han dicho que te gusta el tacto de la seda y el terciopelo sobre la piel.

Ella llevaba un vestido de suave lana verde, de corte sencillo y ajustado, que destacaba las líneas esbeltas de su cuerpo.

—Se te ha debido de oxidar la loriga —replicó—. Qué lástima. Me habría gustado verte vestida de hierro.

Asha se echó a reír.

—Puede que aún me veas, hermanito... Siempre que tu *Zorra Marina* pueda ir tan deprisa como mi *Viento Negro*. —Uno de los siervos de su padre se acercó con una jarra de vino—. ¿Qué beberás esta noche, Theon? ¿Cerveza o vino? —Se acercó más a él—. ¿O sigues teniendo sed de mi leche de madre?

Theon enrojeció.

—Vino —le dijo al siervo.

Asha se apartó de él, golpeó la mesa y pidió cerveza a gritos.

Theon cortó en dos una hogaza de pan, la vació de migas y llamó a un cocinero para que se la llenara de guiso de pescado. El olor de la espesa mezcla le daba náuseas, pero se forzó a comer unos bocados. Había bebido vino suficiente para dos comidas. «Si vomito, será encima de ella».

—¿Sabe nuestro padre que te has casado con su jefe de astilleros? —le preguntó a su hermana.

—No más que Sigrin. —Se encogió de hombros—. *Esgred* es el nombre del primer barco que construyó. Lo llamó como a su madre. No se sabe bien a cuál de las dos quiere más.

—Todo lo que me dijiste era mentira.

—Todo no. ¿Recuerdas cuando te conté que me gustaba ponerme arriba? —Asha sonrió. Aquello sirvió únicamente para ponerlo más furioso.

—Todo eso de que estabas casada y embarazada...

—Esa parte era verdad. —Asha se puso en pie de un salto—. ¡Eh, Rolfe, aquí! —le gritó a uno de los que estaban inmersos en la danza del dedo, al tiempo que alzaba una mano. El hombre la vio, se giró, y de pronto el hacha salió volando de su mano, con la hoja centelleante en sus giros, en medio de la luz de las antorchas. Theon apenas tuvo tiempo de lanzar un grito ahogado antes de que Asha atrapara el arma en el aire y la clavara en la mesa, partiendo en dos su hogaza rellena y llenando el mantel de salpicaduras—. Este es mi señor esposo.

—Su hermana se metió una mano por el escote del vestido y sacó un puñal de entre sus senos—. Y este es mi niño de pecho.

No podía ni imaginarse qué cara había puesto, pero de pronto se dio cuenta de que la sala entera retumbaba con las carcajadas, de que todos se reían de él. Hasta su padre sonreía, malditos fueran los dioses, y su tío Victarion no disimulaba la risa. Lo mejor que pudo hacer fue forzar una sonrisa. « Ya veremos quién ríe cuando termine todo esto, zorra» .

Asha arrancó el hacha de la mesa y la lanzó de nuevo a los que bailaban, en medio de aplausos y aclamaciones.

—Hariás bien en recordar qué te dije acerca de elegir a tu tripulación. —Un siervo les ofreció una fuente, y su hermana pinchó un pescado salado y se lo comió directamente de la punta del puñal—. Si te hubieras molestado en aprender algo sobre Sigrin, jamás habría podido engañarte. Te pasas diez años de lobo y llegas aquí como príncipe de todas las islas, pero no sabes nada, no conoces a nadie. ¿Por qué van a luchar por ti los hombres? ¿Por qué van a morir por ti?

—Porque soy su legítimo príncipe —replicó Theon, rígido.

—Según las leyes de las tierras verdes, es posible. Pero aquí tenemos nuestras leyes, ¿o ya te has olvidado?

Theon frunció el ceño y se dedicó a contemplar la rezumante hogaza que tenía delante. No tardaría mucho en tener guiso en el regazo. Llamó a gritos a un siervo para que lo limpiara todo. « Me he pasado la mitad de la vida esperando volver a casa, ¿y para qué? ¿Para que se burlen de mí y me desprecien?». Aquella no era la Pyke que recordaba. O que creía recordar. Era tan pequeño cuando se lo llevaron como rehén...

El banquete era exiguo: una simple sucesión de guisos de pescado, pan negro y cabra poco especiada. Lo más sabroso, en opinión de Theon, fue una empanada de cebolla. La cerveza y el vino siguieron corriendo mucho después de que se retirase el último de los platos.

Lord Balon Greyjoy se levantó del Trono de Piedramar.

—Terminaos las bebidas y venid a mi habitación —les ordenó a sus acompañantes de la tarima—. Tenemos que hacer planes.

Los dejó allí sin añadir palabra y salió flanqueado por dos de sus guardias. Sus hermanos no tardaron en seguirlo. Theon se levantó para ir en pos de ellos.

—Parece que mi hermano pequeño tiene prisa. —Asha alzó su cuerno de bebida y pidió más cerveza.

—Nuestro señor padre aguarda.

—Lleva muchos años aguardando. No le pasará nada por esperar un poco más... Pero si lo que pasa es que temes su ira, no lo dudes, escabúllete en pos de él. No creo que te cueste mucho alcanzar a nuestros tíos. —Sonrió—. Uno está ebrio de agua de mar, y el otro no es más que un gran buey gris, que

seguramente se perderá antes de llegar a su destino.

—Yo no corro detrás de ningún hombre. —Theon volvió a sentarse, molesto.

—¿De ningún hombre, pero de todas las mujeres?

—No fui yo quien te agarró la polla.

—Porque no tengo. Pero bien que agarraste el resto de mí.

—Soy un hombre, con apetitos de hombre. —Theon sentía como le palpitaba la sangre en las mejillas—. Pero ¿qué clase de criatura antinatural eres tú?

—Solo una tímida doncella. —Movió la mano como una flecha y le dio un apretón en la polla. Theon estuvo a punto de saltar de la silla—. ¿Qué pasa, hermano? ¿No quieres que te lleve a buen puerto?

—No estás hecha para el matrimonio —decidió Theon—. Cuando gobierne, creo que te enviaré con las hermanas silenciosas.

Se puso en pie y, con paso inseguro, fue a reunirse con su padre.

Cuando llegó al cimbreante puente que llevaba a la Torre del Mar, llovía a cántaros. Tenía el estómago revuelto como las olas que veía abajo, y el vino hacía que su paso fuera inseguro. Theon apretó los dientes y agarró la cuerda con fuerza para cruzar, imaginando que era el cuello de Asha.

La estancia era tan húmeda y con tantas corrientes de aire como siempre. Su padre, enterrado bajo las pieles de foca, estaba sentado ante el brasero, entre sus dos hermanos. En el momento en que Theon entró, Victarion hablaba de mareas y vientos, pero lord Balon lo hizo callar con un gesto.

—Ya tengo mis planes. Es hora de que los sepáis.

—Tengo algunas sugerencias...

—Cuando necesite tu consejo, te lo pediré —lo interrumpió su padre—. Nos ha llegado un pájaro de Viejo Wyk Dagmer va a venir con los Drumm y los Stonehouse. Si los dioses nos dan buenos vientos, zarparemos en cuanto lleguen. Mejor dicho, tú zarparás. Quiero que asestes el primer golpe, Theon. Irás con ocho barcoyengos hacia el norte...

—¿Ocho? —Enrojeció—. ¿Qué puedo hacer con tan solo ocho naves?

—Tu misión será hostigar la Costa Pedregosa, atacar las aldeas de pescadores y hundir todo barco que te encuentres. Puede que así saques de sus refugios de piedra a unos cuantos señores norteños. Aeron irá contigo, y también Dagmer Barbarrota.

—Que el Dios Ahogado bendiga nuestras espadas —dijo el sacerdote.

Theon se sintió como si le hubieran cruzado el rostro de una bofetada. Lo estaban enviando a una misión de saqueo, a quemar pueblos de pescadores y violar a sus feas hijas, y aun así parecía que lord Balon no confiaba en él lo suficiente ni para aquello. Ya era bastante malo tener que aguantar los sermones y ceños fruncidos de Pelomojado; con Dagmer Barbarrota a su lado, su mando sería solo nominal.

—Asha, hija mía —siguió lord Balon. Theon se volvió y vio que su hermana

había entrado en silencio—. Tomarás treinta barcoluengos con tripulación selecta para ir a Punta Dragón Marino. Desembarcarás en los estuarios, al norte de Bosquespeso. Si avanzas deprisa, puede que el castillo caiga incluso antes de que se den cuenta.

—Siempre he querido un castillo —dijo Asha con voz dulce, y sonrió como una gata ante un plato de leche.

—Pues tómalo.

Theon tuvo que morderse la lengua. Bosquespeso era la fortaleza de los Glover. Tanto Robett como Galbart estaban en el sur, en la guerra, de modo que las defensas serían débiles, y cuando el castillo cayera, los hijos del hierro tendrían una base segura en el corazón del norte.

« Deberían enviarle a mí a tomar el castillo». Él conocía Bosquespeso. Había visitado a los Glover muchas veces con Eddard Stark.

—Victarion —le dijo lord Balon a su hermano—, el principal cometido recae sobre ti. Una vez mis hijos ataquen, Invernalia va a responder. Te encontrarás con poca oposición cuando subas por la Lanza de Sal y por el río de la Fiebre. Cuando llegues al nacimiento del río, estarás a poco más de seis leguas de Foso Cailin. El Cuello es la clave del reino. Ya controlamos los mares de occidente. Cuando ocupemos Foso Cailin, el cachorro de lobo no podrá volver hacia el norte... y si es tan idiota como para intentarlo, sus enemigos le cerrarán el paso del Cuello al sur. Robb el Mocoso será una rata encajonada.

Theon no pudo seguir en silencio.

—Es un plan osado, padre, pero los señores, en sus castillos...

—Los señores se han ido al sur con el cachorro —lo interrumpió lord Balon—. Los únicos que quedan atrás son los cobardes, los viejos y los niños. Se rendirán o caerán, uno a uno. Puede que Invernalia se nos resista un año entero, ¿y qué? Tendremos el resto: bosques, campos, castillos, y sus habitantes serán nuestros siervos y nuestras esposas de sal.

—¡Y las aguas de la ira se alzarán! —exclamó Aeron Pelomojado levantando los brazos—, y el Dios Ahogado extenderá sus dominios por las tierras verdes!

—Lo que está muerto no puede morir —entonó Victarion.

Lord Baelon y Asha repitieron sus palabras, y Theon no tuvo más remedio que murmurarlas él también. Y de aquella forma terminó la reunión.

En el exterior llovía más que nunca. El puente de cuerdas se retorcía y oscilaba bajo sus pies. Theon Greyjoy se detuvo en medio y contempló las rocas de abajo. El sonido de las olas era un rugido ensordecedor, y el agua salada le salpicaba los labios. Una ráfaga de viento lo hizo caer de rodillas.

Asha lo ayudó a levantarse.

—Tampoco aguantas bien el vino, hermano.

Theon se apoyó en su hombro y dejó que lo ayudara a atravesar el puente de tablones resbaladizos.

—Me gustabas más cuando eras Esgred —dijo, acusador.

—Me parece justo —dijo ella riéndose—. A mí, tú me gustabas más cuando tenías nueve años.

A través de la puerta cerrada le llegó el sonido del arpa, mezclado con el trino de las flautas. La voz del que cantaba apenas se oía, amortiguada por los gruesos muros, pero Tyrion se sabía la letra.

«Amé a una doncella hermosa como el verano —recordó—, con la luz del sol en el cabello...».

Aquella noche, el encargado de montar guardia ante la puerta de la reina era ser Meryn Trant. Su manera de decir «Mi señor» sonó un poco desganada a oídos de Tyrion, pero de todos modos le abrió la puerta. La canción se interrumpió en cuanto entró en el dormitorio de su hermana.

Cersei estaba reclinada sobre unos cuantos cojines. Estaba descalza, con el cabello dorado en cuidadoso desorden; su túnica de brocado verde y oro reflejaba la luz de las velas cuando alzó la vista.

—Mi querida hermana —saludó Tyrion—, estás muy hermosa esta noche. —Se volvió hacia el que cantaba—. En cuanto a ti, mi estimado primo, no sabía que tuvieras una voz tan bella.

Ser Lancel recibió el cumplido con gesto hosco; quizá pensaba que se trataba de una burla. A Tyrion le dio la sensación de que el muchacho había crecido casi medio palmo desde que lo nombraran caballero. Tenía el pelo espeso color arena, los ojos verdes de los Lannister y una línea de pelusilla rubia sobre el labio superior. Tenía diecisésis años y padecía un grave caso de autosuficiencia juvenil, sin una pizca de humor ni duda que lo aliviara, y agravado por la arrogancia propia de los que nacen rubios, fuertes y atractivos. Su reciente ascenso no había hecho más que empeorarlo.

—¿Acaso su alteza ha enviado a buscarte? —preguntó con tono imperioso.

—Que yo recuerde, no —reconoció Tyrion—. Me duele molestaros en esta celebración, Lancel, pero tengo que tratar asuntos importantes con mi hermana.

—Si vienes por lo de esos hermanos mendicantes —intervino Cersei, mirándolo con desconfianza—, no quiero oír tus reproches, Tyrion. No toleraré que vayan esparciendo sus sucias palabras de traición por las calles. Que se prediquen unos a otros en las mazmorras.

—Y que se consideren afortunados por tener una reina tan bondadosa —añadió Lancel—. Yo les habría arrancado la lengua.

—Uno incluso se atrevió a decir que los dioses nos estaban castigando porque Jaime había matado al rey legítimo —declaró Cersei—. No lo voy a tolerar, Tyrion. Te di muchas oportunidades de encargarte de esos piojosos, pero ser Jacelyn y tú no hicisteis nada, así que le ordené a Vylarr que se encargara del asunto.

—Y sin duda te obedeció. —Tyrion se había molestado mucho cuando los capas rojas arrastraron a media docena de profetas harapientos a las mazmorras

sin su consentimiento, pero no eran tan importantes como para luchar por ellos—. Sin duda, las calles estarán mejor con un poco de silencio. Pero no he venido por eso. He recibido una noticia que estoy seguro de que querrás oír cuanto antes, mi querida hermana, pero es mejor que la tratemos en privado.

—Muy bien. —El arpista y el flautista hicieron una reverencia y se apresuraron a salir, mientras Cersei depositaba un casto beso en la mejilla de su primo—. Déjanos a solas, Lancel. Mi hermano es inofensivo cuando está solo. Si hubiera venido con alguno de sus perros, ya los habríamos oido.

El joven caballero lanzó una mirada venenosa a su primo y salió cerrando de un portazo.

—Para tu información, obligo a Shagga a bañarse una vez cada quince días —dijo Tyrion cuando estuvieron a solas.

—Pareces muy satisfecho contigo mismo. ¿Por qué?

—¿Por qué no? —replicó Tyrion. Día y noche, los martillos resonaban en la calle del Acero, y la cadena era cada vez más larga. Se subió al gran lecho con dosel—. ¿No fue en esta cama donde murió Robert? Me extraña que la conserves.

—Me proporciona dulces sueños —replicó—. Escupe de una vez lo que quieras decir y lárgate, Gnomo.

—Lord Stannis ha zarpado de Rocadragón —dijo Tyrion con una sonrisa. Cersei se puso en pie de un salto.

—¿Y me lo dices ahí sentado, sonriendo como una calabaza en la fiesta de la cosecha? ¿Bywater ha convocado ya a la Guardia de la Ciudad? Tenemos que enviar un pájaro a Harrenhal de inmediato. —Para entonces, Tyrion ya no podía contener las carcajadas. Cersei lo agarró por los hombros y lo sacudió—. Basta ya. ¿Estás loco, o borracho? ¡Basta ya!

—No puedo —jadeó él, que apenas si podía hilvanar las palabras—. Es tan... dioses, tan... tan divertido... Stannis...

—¿Qué?

—No viene a atacarnos a nosotros —consiguió decir Tyrion—. Ha sitiado Bastión de Tormentas. Renly va a enfrentarse a él.

Su hermana le clavó las uñas en el brazo hasta hacerle daño. Durante un momento lo miró con incredulidad, como si hubiera empezado a farfullar en un idioma desconocido.

—¿Stannis y Renly están luchando el uno contra el otro? —Tyrion asintió, y Cersei empezó a reír—. Por los dioses —suspiró—. Empiezo a pensar que Robert era el listo de la familia.

Tyrion soltó una carcajada. Rieron juntos. Cersei lo alzó de la cama, le hizo dar vueltas y hasta lo abrazó, frívola como una chiquilla durante un instante. Cuando lo soltó, Tyrion estaba sin aliento y mareado. Se tambaleó hasta el aparador y tuvo que apoyarse con una mano para recuperar el equilibrio.

—¿De verdad crees que se van a enfrentar? Si llegan a algún tipo de acuerdo...

—Imposible —dijo Tyrion—. Son demasiado diferentes, y a la vez demasiado parecidos, y no se soportan entre ellos.

—Y Stannis siempre pensó que le habían robado Bastión de Tormentas —dijo Cersei, pensativa—. El hogar ancestral de la casa Baratheon, que le correspondía por derecho... Ni te imaginas la cantidad de veces que se presentó ante Robert, siempre con la misma aburrida cantinela, en ese tono lóbrego y agraviado que ponía. Cuando Robert le asignó ese lugar a Renly, Stannis apretó las mandíbulas tanto que pensé que se le iban a saltar los dientes.

—Lo tomó como una afrenta.

—Fue una afrenta —dijo Cersei.

—¿Brindamos por el amor fraternal?

—Sí —respondió ella, sin aliento—. Oh, dioses, sí.

Tyrion le dio la espalda mientras llenaba dos copas con dulce tinto del Rejo. Fue muy sencillo agregarle a la de Cersei un pellizco de polvo finísimo.

—¡Por Stannis! —dijo al tiempo que le tendía su copa. «Soy infensivo cuando estoy solo, ¿eh?».

—¡Por Renly! —replicó ella entre risas—. ¡Que la batalla sea larga y dura, y los Otros se los lleven a ambos!

«¿Es esta la Cersei que Jaime ve siempre? —Cuando sonreía, su belleza era impresionante—. Amé a una doncella hermosa como el verano —recordó—, con la luz del sol en el cabello...» . Casi lamentó haberla envenenado.

El mensajero de su hermana fue a verlo a la mañana siguiente mientras desayunaba. La reina estaba indisposta y no podía salir de sus habitaciones. «Querrás decir de su retrete». Tyrion recitó las expresiones compasivas de rigor, y envió recado a Cersei para que descansara; él trataría con ser Cleos, tal como habían planeado.

El Trono de Hierro de Aegon el Conquistador era un amasijo de púas y dientes serrados de metal, a la espera de cualquier idiota que tratara de ponerse demasiado cómodo en él, y los escalones le dieron calambres en las piernas atrofiadas mientras subía, demasiado consciente del espectáculo tan absurdo que ofrecía. Pero tenía algo de bueno. Era alto.

Los guardias Lannister esperaban en silencio, con sus capas escarlata y sus yelmos coronados por cabezas de leones. Los capas doradas de ser Jacelyn, al otro lado de la sala, parecían enfrentados a ellos. A ambos lados de los peldaños que llevaban al trono estaban Bronn y ser Preston, de la Guardia Real. Los cortesanos observaban desde la galería, mientras que los suplicantes se agolpaban junto a las gigantescas puertas de roble y bronce. Sansa Stark estaba especialmente bonita aquella mañana, aunque tenía el rostro pálido como la leche. Lord Gyles no dejaba de toser, y el pobre primo Tyrek lucía su manto de

novio, de armiño y terciopelo. Desde su matrimonio, hacia tres semanas, con la pequeña lady Ermesande, los otros escuderos lo llamaban Niñera, y le preguntaban qué tipo de pañales había lucido la novia en la noche de bodas.

Tyrion los miró a todos desde arriba y disfrutó el momento.

—Llamad a ser Cleos Frey.

Su voz retumbó en los muros de piedra y recorrió toda la longitud de la sala. Aquello también le gustó. «Lástima que Shae no esté aquí para verlo», pensó. La muchacha había querido asistir, pero era imposible.

Ser Cleos recorrió el largo trecho entre los capas doradas y los capas rojas, sin mirar a derecha ni a izquierda. Cuando se arrodilló, Tyrion observó que su primo empezaba a perder el pelo.

—Ser Cleos, os damos las gracias por traernos esta oferta de paz de lord Stark —dijo Meñique desde la mesa del Consejo.

El gran maestre Pycelle carraspeó para aclararse la garganta.

—La reina regente, la mano del rey y el Consejo Privado han valorado las condiciones que propone el que se hace llamar Rey en el Norte. Lamento decir que son inaceptables, y así deberéis decírselo a los norteños, ser.

—Estas son nuestras condiciones —dijo Tyrion—. Robb Stark deberá deponer las armas, jurar lealtad y volver a Invernalia. Deberá liberar a mi hermano sin causarle daño alguno y poner su ejército a las órdenes de Jaime, para que marche contra los rebeldes Renly y Stannis Baratheon. Cada uno de los vasallos de Stark nos enviará a un hijo varón como rehén. En caso de que no lo tuvieran, bastará con que envíen a una hija. Serán tratados con toda cortesía y ocuparán puestos de honor en la corte, mientras sus padres no vuelvan a cometer traición.

—Mi señor —dijo Cleos Frey con el rostro ceniciente—, lord Stark jamás aceptará esas condiciones.

«En ningún momento habíamos pensado que las aceptara, Cleos».

—Le diréis que hemos alzado otro gran ejército en Roca Casterly, y que pronto avanzará contra él desde el oeste, mientras mi señor padre lo ataca desde el este. Hacedle entender que está solo, sin esperanza alguna de aliados. Stannis y Renly Baratheon luchan el uno contra el otro, y el príncipe de Dorne ha accedido a casar a su hijo Trystane con la princesa Myrcella. —En la galería y al fondo de la sala se oyeron murmullos de alegría, mezclados con otros de consternación—. En cuanto a mis primos —siguió Tyrion—, ofrecemos intercambiar a Harrion Karstark y a ser Wylis Manderly por Willem Lannister, y a lord Cerwyn y ser Donnel Locke por vuestro hermano Tion. Decidle a Stark que dos Lannister valen por cuatro norteños en invierno y en verano. —Aguardó a que cesaran las risas—. Le entregaremos los huesos de su padre, como muestra de buena voluntad de Joffrey...

—Lord Stark ha pedido también la espada de su padre y a sus hermanas —le recordó ser Cleos.

Ser Ilyn Payne lo miró en silencio. El puño del mandoble de Eddard Stark sobresalía por encima de su hombro.

—*Hielo* —dijo Tyrion—. Lo tendrá cuando firme la paz con nosotros, no antes.

—Como digáis. ¿Y sus hermanas?

—Seguirán aquí como rehenes hasta que libere a mi hermano Jaime, sano y salvo. —Tyrion miró en dirección a Sansa y sintió un agujonazo de compasión—. El trato que reciban dependerá de su comportamiento en esta guerra.

« Y si los dioses nos sonríen, Bywater encontrará a Arya con vida antes de que Robb se entere de que ha desaparecido» .

—Le llevaré vuestro mensaje, mi señor.

Tyrion tironeó de una de las hojas retorcidas que salían del brazo del trono.
« Y ahora, el empujón definitivo» .

—Vylarr —llamó.

—Mi señor.

—Los hombres que envió Stark son suficientes para proteger los huesos de lord Eddard —declaró—, pero un Lannister debe tener una escolta Lannister. Ser Cleos es primo de la reina y mío. Dormiremos más tranquilos si lo lleváis sano y salvo de vuelta a Aguasdulces.

—A vuestras órdenes. ¿Cuántos hombres debo llevarme?

—A todos, claro.

Vylarr se quedó inmóvil como una estatua de piedra. Fue el gran maestre Py celle el que se levantó como si lo hubieran golpeado.

—Mi señor, no es posible... Vuestro padre, el propio lord Tywin, envió a estos buenos hombres a la ciudad para proteger a la reina Cersei y a sus hijos...

—La Guardia Real y la Guardia de la Ciudad se bastan para protegerlos. Los dioses os acompañen en este viaje, Vylarr.

En la mesa del Consejo, Varys sonreía con astucia, Meñique fingía aburrimiento y Py celle abría y cerraba la boca como un pez, pálido y confuso. Un heraldo dio un paso al frente.

—Si alguien más tiene algún asunto que exponer ante la mano del rey, que hable ahora o que se marche y guarde silencio.

—Quiero que se me escuche —exclamó un hombre delgado vestido de negro, abriendose camino entre los gemelos Redwyne.

—¡Ser Alliser! —exclamó Tyrion—. Vaya, si no tenía ni idea de que estuvierais en la corte. Debisteis enviarme un mensaje.

—Lo hice, como bien sabéis. —Thorne era un hombre de unos cincuenta años, enjuto, de rasgos afilados, ojos duros y manos más duras aún, cuyo pelo negro mostraba ya hebras blancas—. Me habéis rehuído; no me habéis hecho ningún caso; me habéis hecho esperar como a un criado cualquiera.

—¿De verdad? Bronn, eso no se hace. Ser Alliser y yo somos viejos amigos.

Caminamos juntos por el Muro.

—Querido ser Alliser —murmuró Varys—, no nos juzguéis con dureza. Son muchos los que buscan la gracia de nuestro rey Joffrey en estos tiempos tumultuosos y problemáticos.

—Más problemáticos de lo que imaginas, eunuco.

—Cuando lo tenemos delante acostumbramos a llamarlo lord Eunuco —bromeó Meñique.

—¿En qué podemos ayudaros, buen hermano? —preguntó el gran maestre Pycelle en tono tranquilizador.

—El lord comandante me envió para entrevistarme con su alteza el rey —replicó Thorne—. Es un asunto demasiado grave para discutirlo con criados.

—El rey está jugando con su ballesta nueva —dijo Tyrion. Para librarse de Joffrey solo había necesitado una fea ballesta de Myr que disparaba tres saetas a la vez, y por supuesto quiso probarla de inmediato—. Puedes hablar con criados o guardar silencio.

—Como queráis —dijo ser Alliser, con el desprecio trasluciendo en cada palabra—. Me envían a deciros que encontramos a dos exploradores, desaparecidos hacía tiempo. Los dos estaban muertos, pero cuando llevamos los cadáveres al Muro, se levantaron en medio de la noche. Uno mató a ser Jaremy Rykker, y el otro trató de asesinar al lord comandante.

Tyrion oyó risitas al fondo de la sala. « ¿Qué pasa? ¿Se está burlando de mí con esa sarta de tonterías? ». Se movió intranquilo y miró a Varys, a Meñique y a Pycelle, preguntándose si alguno de ellos habría tramado la broma. La dignidad de la que disfrutaba un enano era ya escasa; si la corte y el reino empezaban a burlarse de él, estaría perdido. Pero, pese a todo...

Tyrion recordó una fría noche bajo las estrellas, al lado de Jon Nieve y un gran lobo blanco en la cima del Muro, en el límite del mundo, contemplando la inmensidad oscura y sin senderos que se extendía al otro lado. Había sentido... ¿qué? Algo, sí, un temor que se clavaba más hondo que el gélido viento del norte. El lobo había aullado a la noche, y aquel sonido hizo que un escalofrío le recorriera la columna.

« No seas idiota —se dijo—. Un lobo, una ráfaga de viento, un bosque oscuro... no significan nada. Y, pese a todo... ». Durante el tiempo que pasó en el Castillo Negro había llegado a apreciar al viejo Jeor Mormont.

—Espero que el Viejo Oso sobreviviera a ese ataque.

—Así fue.

—Y que vuestros hermanos mataran a esos... eh... a esos muertos.

—Lo hicimos.

—¿Seguro que esta vez están muertos? —preguntó Tyrion con voz amable. Al oír la carcajada de Bronn, supo que había elegido el camino adecuado—. ¿Muertos del todo?

—Estaban muertos desde el principio —le espetó ser Alliser—. Pálidos y helados, con las manos y los pies negros. He traído la mano de Jared; el lobo del bastardo se la arrancó al cadáver.

—¿Y dónde está ese encantador recuerdo? —preguntó Meñique.

—Se... —Ser Alliser frunció el ceño, incómodo—. Se pudrió mientras esperaba que me recibierais. No quedan más que los huesos.

Las risitas contenidas llenaron la sala.

—Lord Baelish —llamó Tyrion a Meñique—, compradle a nuestro valiente ser Alliser un centenar de palas para que se las lleve al Muro.

—Palas? —Ser Alliser entrecerró los ojos con gesto de desconfianza.

—Si enterráis a vuestros muertos, seguro que no se vuelven a levantar —le dijo Tyrion, y la corte rio abiertamente—. Las palas resolverán vuestros problemas, sobre todo si las usan unos brazos fuertes. Ser Jacelyn, encargaos de que el buen hermano elija a los que quiera de las mazmorras de la ciudad.

—Como queráis, mi señor —dijo ser Jacelyn—. Pero las celdas están casi vacías. Yoren se llevó a todos los hombres útiles.

—Pues detened a unos cuantos —sugirió Tyrion—. O haced correr la voz por las calles de que en el Muro hay pan y nabos, y vendrán muchos voluntarios.

En la ciudad había muchas bocas que alimentar, y la Guardia de la Noche siempre necesitaba hombres. A una señal de Tyrion, el heraldo anunció el fin de la audiencia, y la sala empezó a vaciarse.

Pero Alliser Thorne no se daba por vencido tan fácilmente. Cuando Tyrion bajó del Trono de Hierro, lo esperaba al pie de las escaleras.

—¡Creéis que he navegado desde Guardiaoriente del Mar —le espetó al tiempo que le cortaba el paso— para que alguien como vos se burle de mí? Esto no es ninguna broma. Yo mismo lo vi. Os digo que los muertos caminan.

—Deberíais matarlos mejor. —Tyrion se alejó. Ser Alliser fue a agarrarlo por la manga, pero Preston Greenfield lo empujó hacia atrás.

—Ni un paso más, ser Thorne.

—¡Eres un estúpido, Gnomo! —gritó Thorne a la espalda de Tyrion; no era tan idiota como para enfrentarse a un caballero de la Guardia Real.

—¡Yo! —El enano se volvió—. ¡De verdad? Entonces, ¿por qué todos se reían de vos? —Le dirigió una sonrisa desganada—. Habéis venido a buscar hombres, ¿no?

—Se levantan vientos fríos. Hay que defender el Muro.

—Y para defender el Muro necesitáis hombres, y os los acabo de proporcionar... como habrás notado si prestáis oído a otra cosa que no fueran los insultos. Tomad a los hombres, dadme las gracias y marchaos antes de que me vea obligado a amenazaros de nuevo con un tenedor para marisco. Dadle recuerdos de mi parte a lord Mormont... y también a Jon Nieve.

Bronn agarró a ser Alliser por el codo y lo obligó a salir de la sala.

El gran maestre Pyccelle ya se había escabullido, pero Varys y Meñique presenciaron el enfrentamiento de principio a fin.

—La admiración que siento por vos no deja de crecer, mi señor —confesó el eunuco—. Apaciguáis al joven Stark con los huesos de su padre, y al mismo tiempo despojáis a vuestra hermana de sus protectores. Le dais al hermano negro los hombres que busca y libráis a la ciudad de unas cuantas bocas hambrientas, pero lo hacéis de manera que parezca una burla, para que nadie pueda decir que el enano tiene miedo de tiburientes y endriagos. Muy hábil, sin duda, muy hábil.

—¿De veras vais a prescindir de todos vuestros guardias, Lannister? —preguntó Meñique mientras se acariciaba la barba.

—No, voy a prescindir de todos los guardias de mi hermana.

—La reina no lo tolerará.

—Ya veréis como sí. Soy su hermano. Cuando me conozcáis mejor, veréis que siempre lo digo todo de veras.

—¿Hasta las mentiras?

—Sobre todo las mentiras. Presiento que no estáis muy contento conmigo, lord Petyr.

—Os estimo tanto como siempre, mi señor. Aunque no me gusta que me tomen el pelo. Si Myrcella contrae matrimonio con Trystane Martell, mal podrá casarse con Robert Arryn, ¿no creéis?

—Sería un gran escándalo —reconoció—. Lamento esa pequeña treta, lord Petyr, pero cuando hablé con vos no sabía que en Dorne iban a aceptar mi oferta.

—No me gusta que me mientan, mi señor. —Aquellos ojos apaciguado a Meñique—. La próxima vez, mantenedme al margen de vuestros engaños.

« Solo si vos hacéis lo mismo conmigo », pensó Tyrion al tiempo que miraba el puñal que Meñique llevaba a la cintura.

—No sabéis cuánto lamentaría haberlos ofendido. Todo el mundo sabe lo mucho que os apreciamos, mi señor. Y cuánta necesidad tenemos de vos.

—Pues tratad de recordarlo. —Meñique dio media vuelta y se marchó.

—Varys, acompañadme —pidió Tyrion.

Salieron juntos por la puerta del rey, situada tras el trono. El eunuco arrastraba ligeramente las zapatillas sobre la piedra.

—Sabéis que lord Baelish está en lo cierto. La reina no permitirá que alejéis a su guardia.

—Claro que sí. Vos os encargaréis de eso.

—¿De verdad? —Una sonrisa afloró a los labios regordetes de Varys.

—No os quepa duda. Le diréis que es parte de mi plan para liberar a Jaime.

Varys se acarició una mejilla empolvada.

—Del que sin duda forman parte los cuatro hombres que vuestro Bronn ha buscado con tanta diligencia en los bajos fondos de Desembarco del Rey. Un

ladrón, un envenenador, un actor y un asesino.

—Si les ponemos capas rojas y yelmos adornados con leones, serán idénticos al resto de los guardias. Me pasé mucho tiempo tratando de idear un plan para introducirlos en Aguasdulces, antes de que se me ocurriera meterlos a la vista de todos. Entrarán a caballo por la puerta principal, con el estandarte de los Lannister y escoltando los huesos de lord Eddard. —Esbozó una sonrisa retorcida —. Si fueran solo cuatro hombres los vigilarían de cerca. Cuatro entre cuatrocientos podrán pasar desapercibidos. Así que tengo que enviar a los verdaderos guardias junto con los falsos... tal como le vais a explicar a mi hermana.

—Y ella, por el bien de su amado hermano, pese a sus recelos, accederá. —Bajaron hacia una columnata desierta—. De todos modos, no poder contar con sus capas rojas hará que se sienta insegura.

—Me gusta que se sienta insegura —dijo Tyrion.

Ser Cleos Frey partió aquella misma tarde, escoltado por Vylarr y un centenar de guardias Lannister de capas rojas. Los hombres enviados por Robb Stark se unieron a ellos ante la puerta de los Dioses, para el largo viaje de vuelta hacia el oeste.

Tyrion encontró a Timett jugando a los dados en los barracones con sus hombres quemados.

—Ven a mis estancias a medianoche.

Timett clavó en él su único ojo y asintió con gesto brusco. No era persona dada a los discursos.

Aquella noche cenó con los grajos de piedra y los hermanos de la luna en la sala menor, aunque por una vez prescindió del vino. Necesitaba tener la cabeza bien despejada.

—Shagga, ¿qué luna hay esta noche?

—Luna nueva, creo. —El ceño de Shagga resultaba aterrador.

—En el oeste la llamamos luna del traidor. Trata de no emborracharte esta noche y asegúrate de que tienes el hacha bien afilada.

—El hacha de un grajo de piedra siempre está afilada, y las hachas de Shagga son las más afiladas de todas. Una vez le corté la cabeza a un hombre, y no se dio cuenta hasta que intentó cepillarse el pelo. Entonces se le cayó.

—¿Por eso tú no te peinas nunca?

Las carcajadas de los grajos de piedra retumbaron en toda la sala, y las de Shagga eran las más sonoras.

A medianoche, el castillo estaba oscuro y silencioso. Sin duda, unos cuantos capas doradas los espiaban desde las murallas y los vieron salir de la Torre de la Mano, pero nadie dijo nada. Era la mano del rey y podía ir adonde gustara.

La endeble puerta de madera cedió con un crujido ensordecedor ante la patada de Shagga. Los trozos de madera volaron hacia el interior de la estancia, y

Tyrion oyó un gritito femenino de terror. Shagga terminó de abatir la puerta con tres fuertes hachazos, y entró entre las ruinas. Lo siguió Timett, y luego Tyrion, saltando sobre las astillas. El fuego se había consumido y apenas si quedaban unas brasas, y las sombras que proyectaban en el dormitorio eran grandes y alargadas. Cuando Timett arrancó los pesados cortinajes del lecho, la criada desnuda los miró con los ojos muy abiertos.

—Por favor, mis señores —suplicó—, no me hágais daño. —Se apartó de Shagga, sonrojada y temerosa, tratando de cubrir sus encantos con las manos, aunque obviamente le faltaba una.

—Vete —le dijo Tyrion—. No es a ti a quien buscamos.

—Shagga quiere a esta mujer.

—Shagga quiere a todas las putas de esta ciudad de putas —se quejó Timett, hijo de Timett.

—Sí —asintió Shagga, imperturbable—. Shagga le hará un hijo fuerte.

—Cuando la chica quiera un hijo fuerte, ya te buscará ella —dijo Tyrion—. Timett, llévala afuera... con cortesía, por favor.

El hombre quemado sacó a la chica de la cama y casi la arrastró fuera de la estancia. Shagga los vio alejarse, apesadumbrado como un perrito castigado. La chica saltó sobre los restos de la puerta y salió al pasillo, ayudada por un firme empujón de Timett. Sobre sus cabezas, los cuervos graznaban sin cesar.

Tyrion apartó la suave manta de la cama y descubrió debajo al gran maestre Pyccelle.

—Decidme, ¿en la Ciudadela aprueban que os llevéis a las criadas a la cama, maestre?

—¿Q-qué significa esto? Soy un anciano, y vuestro leal servidor... —El viejo maestre estaba tan desnudo como la chica, aunque ofrecía un espectáculo mucho menos agradable. En aquella ocasión tenía los ojos bien abiertos.

—Tan leal que solo le enviasteis una de mis cartas a Doran Martell. —Tyrion se subió a la cama—. La otra se la disteis a mi hermana.

—N-no —gimoteó Pyccelle—. Eso es falso, lo juro, no fui yo. Varys, fue Varys, la Araña, os lo advertí...

—¿Todos los maestres mienten tan mal? A Varys le dije que le iba a entregar a mi sobrino Tommen al príncipe Doran como pupilo. A Meñique le dije que pensaba casar a Myrcella con lord Robert del Nido de Águilas. No le dije a nadie que iba a ofrecer a Myrcella a los hombres de Dorne... La verdad solo estaba en las cartas que os confié. A vos.

—Los pájaros se pierden; alguien pudo robar los mensajes, o venderlos... —Pyccelle se aferró a una esquina de la manta—. Fue Varys, os podrían contar cosas de ese eunuco que os helaría la sangre...

—Mi dama prefiere que tenga la sangre caliente.

—No cometáis un error: por cada secreto que el eunuco os susurra al oído, os

oculta siete. Y Meñique, ese sí que...

—Lo sé todo acerca de lord Petyr. Confío en él casi tan poco como en vos. Shagga, córtale la virilidad y échasel de comer a las cabras.

—No hay cabras, Mediohombre —dijo Shagga blandiendo el hacha de doble filo.

—Pues improvisad.

Shagga saltó hacia delante con un rugido. Pyelle chilló y mojó la cama, regando la orina en todas direcciones mientras trataba de ponerse fuera de su alcance. El salvaje lo agarró por la punta de la ondulada barba blanca, y le cortó tres cuartas partes de un golpe de hacha.

—Timett, ¿no crees que nuestro amigo se mostrará más sincero cuando no pueda esconderse detrás de esos bigotes? —Tyrion cogió un trozo de sábana para limpiarse los meados de las botas.

—No tardará en decir la verdad. —La oscuridad llenaba el hueco del ojo quemado de Timett—. Huelo el hedor de su miedo.

Shagga tiró un puñado de pelo sobre las mantas y agarró la barba que quedaba.

—Estaos quieto, maestre —le suplicó Tyrion—. Cuando Shagga se enfada, le tiemblan las manos.

—A Shagga nunca le tiemblan las manos —replicó indignado el hombretón, al tiempo que ponía la gran hoja en forma de media luna bajo la barbilla de Pyelle y le afeitaba otro mechón de barba.

—¿Cuánto hace que espiáis para mi hermana? —le preguntó Tyrion.

—Todo lo que he hecho ha sido por la casa Lannister. —La respiración de Pyelle era rápida y trabajosa. Una película de sudor cubría la ancha cúpula que era la frente del anciano; tenía mechones de pelo blanco pegados a la piel arrugada—. Siempre... desde hace años... preguntádselo a vuestro señor padre, siempre he sido su leal servidor... Yo fui quien le dijo a Aerys que le abriera las puertas...

Aquello cogió a Tyrion por sorpresa. No había sido más que un niño feo en Roca Casterly cuando la ciudad cayó.

—Así que el saqueo de Desembarco del Rey también fue obra vuestra.

—¡Por el reino! Una vez muriera Rhaegar, la guerra terminaría. Aerys estaba loco, Viserys era demasiado pequeño, el príncipe Aegon no era más que un niño de pecho, pero el reino necesitaba un rey... Recé por que fuera vuestro padre, pero Robert era demasiado fuerte, y lord Stark se movió demasiado deprisa...

—Me pregunto a cuántos habéis traicionado. A Aerys, a Eddard Stark, a mí... ¿Al rey Robert también? A lord Arryn, al príncipe Rhaegar... ¿Cuándo empezó todo, Pyelle? —Porque sabía bien cuándo iba a terminar. El hacha arañó la nuez de Pyelle y rozó la temblorosa piel sensible de debajo de la barbilla, afeitando

los últimos pelos.

—Vos... vos no estabais aquí —gimió al sentir que la hoja subía hacia sus mejillas—. Robert... sus heridas... si las hubierais visto, si supierais cómo olían, no os cabría duda...

—No, ya sé que el jabalí os hizo el trabajo sucio... pero si lo hubiera dejado a medias, no me cabe duda de que lo habrías terminado.

—Era un mal rey... engreido, borracho, lujurioso... Habría acabado por repudiar a su reina, a vuestra hermana... por favor... Renly conspiraba para traer a la doncella de Altojardín a la corte, para que sedujera a vuestro hermano... es la verdad de los dioses...

—¿Y para qué conspiraba lord Arryn?

—Lo sabía —dijo Pyccelle—. Lo de... lo de...

—Ya sé qué sabía —le espetó Tyrion, que no tenía ninguna ganas de que Shagga y Timett se enterasen también.

—Iba a enviar a su esposa al Nido de Águilas, y a su hijo, a Rocadragón como pupilo... pensaba actuar...

—De manera que lo envenenasteis para que no hiciera nada.

—No —se resistió débilmente Pyccelle.

Shagga gruñó y lo agarró por la cabeza. Tenía la mano tan grande que podría aplastar el cráneo del maestre como si fuera un huevo.

—Tch, tch —dijo Tyrion—. Vi las lágrimas de Lys entre vuestras pócimas. Y echasteis al maestre de lord Arryn, para atenderlo vos mismo y así aseguraros de que moría.

—¡Eso es falso!

—Necesita un afeitado más apurado —sugirió Tyrion—. Apurad por la garganta.

El hacha se movió de nuevo, raspando la piel. Los labios de Pyccelle temblaban; la saliva espumeaba entre ellos.

—Intenté salvar a lord Arryn. Os lo juro...

—Ve con cuidado, Shagga, que lo has cortado.

—Los hijos de Dolf son guerreros —gruñó Shagga—, no barberos.

Cuando vio que un reguerito de sangre le manaba del cuello y le caía sobre el pecho, el anciano se estremeció, y lo abandonaron las últimas fuerzas. Parecía hundido, más menudo y frágil que cuando habían entrado.

—Sí —sollozó—, sí, Colemon lo estaba purgando, así que lo eché. La reina necesitaba que lord Arryn muriera. No lo dije con esas palabras, no podía. Varys estaba escuchando, siempre escucha, pero la miré y lo supe. Aunque no fui yo quien le administró el veneno, os lo juro. —El anciano se echó a llorar—. Varys os lo puede decir, fue el chico, Hugh, su escudero, seguro que lo hizo él, preguntadle a vuestra hermana, preguntádselo.

—Atadlo y llevaoslo —ordenó Tyrion. Estaba asqueado—. Arrojadlo a una

de las celdas negras.

Lo arrastraron entre los restos de la puerta.

—Lannister —gimió—, todo lo he hecho siempre por los Lannister...

Cuando se lo hubieron llevado, Tyrion revisó a conciencia sus habitaciones y cogió unos cuantos frasquitos más de los estantes. Los cuervos no dejaban de graznar sobre su cabeza; era un sonido sorprendentemente relajante. Habría que buscar a alguien para que se encargara de los pájaros hasta que les enviaran un sustituto para Pycelle desde la Ciudadela.

« Era en él en quien más esperaba confiar». Sospechaba que Varys y Meñique no eran más leales que Pycelle... solo más sutiles, y por tanto más peligrosos. Tal vez el sistema de su padre habría sido el mejor: llamar a Ilyn Payne, colocar tres cabezas sobre las puertas, y se acabó.

« Y sería un hermoso espectáculo», pensó.

« El miedo hiere más que las espadas», se repetía Arya, pero no conseguía espantar el miedo. Formaba parte de sus días, igual que el pan duro y las ampollas en los dedos de los pies tras un largo día de marcha por el camino duro, irregular.

Hasta entonces había creído que sabía qué era el miedo, pero lo descubrió de verdad en aquel almacén, al lado del Ojo de Dioses. Había pasado allí ocho días hasta que la Montaña dio orden de ponerse en marcha, y cada uno de aquellos días vio morir a alguien.

La Montaña entraba en el almacén después de desayunar y elegía a uno de los prisioneros para interrogarlo. Los aldeanos nunca lo miraban. Tal vez creían que, si no se fijaban en él, él no se fijaría en ellos... pero sí, si los veía, y elegía al que le parecía mejor. No había lugar donde esconderse, ningún truco posible, ninguna manera de estar a salvo.

Una chica compartió el lecho de un soldado durante tres noches consecutivas; al cuarto día, la Montaña la eligió, y el soldado no dijo nada.

Un viejo sonriente les remendaba la ropa sin parar de parlotear sobre su hijo; decía que servía con los capas doradas en Desembarco del Rey.

—Es leal al rey —decía—, un buen hombre, leal al rey, igual que yo, siempre con Joffrey.

Lo repetía tan a menudo que los demás prisioneros empezaron a llamarlo Siempre-con-Joffrey, pero cuando los guardias no podían oírlos, claro. A Siempre-con-Joffrey lo eligió el quinto día.

Una joven madre con la cara picada de viruelas se ofreció a decirles todo lo que sabía si le prometían que no le harían daño a su hija. La Montaña la escuchó. A la mañana siguiente eligió a la hija, solo para asegurarse de que no se había olvidado de nada.

A los elegidos los interrogaba a plena vista de los cautivos, para que vieran el destino reservado a rebeldes y traidores. Había un hombre al que los demás llamaban Cosquillas, que era el que hacía las preguntas. Tenía el rostro tan vulgar y vestía de manera tan sencilla que Arya lo tomó por uno de los aldeanos hasta que lo vio trabajar.

—Cosquillas los hace gritar tanto que se mean —les dijo el viejo Chiswyck, con sus hombros cargados.

Era a Chiswyck a quien había intentado morder, el mismo que dijo que era una salvaje y la dejó sin sentido con un puñetazo del guantelete. A veces él mismo ayudaba a Cosquillas. A veces lo hacían otros. Ser Gregor Clegane se limitaba a observar, inmóvil, escuchando, hasta que la víctima moría.

Las preguntas eran siempre las mismas. ¿Dónde estaba escondido el oro de la aldea? ¿Plata, piedras preciosas? ¿Había más comida? ¿Dónde estaba lord Beric

Dondarrion? ¿Qué aldeanos lo habían ayudado? ¿Cuándo se fue? ¿Qué dirección tomó? ¿Cuántos hombres llevaba? ¿Cuántos caballeros, cuántos arqueros, cuántos soldados de a pie? ¿Cómo iban armados? ¿De cuántos caballos disponían? ¿Cuántos estaban heridos? ¿Qué otros enemigos habían visto? ¿Cuántos? ¿Cuándo? ¿Qué estandartes llevaban? ¿Adónde habían ido? ¿Dónde estaba escondido el oro de la aldea? ¿Plata, piedras preciosas? ¿Dónde estaba lord Beric Dondarrion? ¿Cuántos hombres llevaba? Al tercer día, Arya se había sentido capaz de formular ella misma las preguntas.

Encontraron un poco de oro, un poco de plata, una gran saca de moneditas de cobre y una copa mellada con granates engastados, por la que dos soldados casi llegaron a las manos. Supieron que lord Beric iba con diez hombres muertos de hambre, o tal vez con un centenar de caballeros y sus monturas; que se habían dirigido hacia el oeste, o hacia el norte, o hacia el sur; que había cruzado el lago en bote; que era fuerte como un uro, o bien estaba debilitado por la colerina sangrienta. Nadie, hombre, mujer o niño, sobrevivió al interrogatorio de Cosquillas. Los más fuertes aguantaban hasta pasado el ocaso. Luego, colgaban sus cadáveres más allá de las hogueras para que los devorases los lobos.

Cuando emprendieron la marcha, Arya sabía que no era ninguna danzarina del agua. Syrio Forel jamás habría permitido que lo dejaran inconsciente y le quitaran la espada, ni se habría quedado mirando mientras mataban a Lommy Manosverdes. Syrio jamás se habría quedado sentado en silencio en aquel almacén, ni caminaría arrastrando los pies con los otros cautivos. El blasón de los Stark era el lobo huargo, pero Arya se sentía más bien como una oveja en medio del rebaño. Y detestaba a los aldeanos por su cobardía casi tanto como se detestaba a sí misma.

Los Lannister se lo habían quitado todo: padre, amigos, hogar, esperanza y valor. Uno le había arrebatado a *Aguja*, y otro había roto contra la rodilla su espada de madera. Hasta le habían robado su estúpido secreto. El almacén era grande, con lo que siempre pudo escabullirse para orinar en cualquier rincón, pero en el camino, la cosa cambió. Se aguantó tanto como pudo, pero al final tuvo que acuclillarse junto a un arbusto y desatarse los calzones delante de todos. Era aquello u orinarse encima. Pastel Caliente la miró con los ojos abiertos como platos, pero a nadie más le importó. Niña oveja, niño oveja, a ser Gregor y a sus hombres tanto les daba.

Sus captores tampoco permitían que hablaran. Un labio roto enseñó a Arya a refrenar la lengua. Otros no aprendieron la lección. Un niño de tres años no dejaba de llamar a su padre, así que le destrozaron la cabeza con una maza. Cuando la madre del niño empezó a gritar, Raff el Dulce la mató a ella también.

Arya los vio morir y no hizo nada. ¿De qué servía ser valiente? Una de las mujeres elegidas para el interrogatorio había tratado de ser valiente, pero murió entre gritos igual que todos los demás. En la columna de prisioneros no había

personas valientes, solo personas asustadas y hambrientas. La mayoría eran mujeres y niños. Los pocos hombres que quedaban eran muy viejos o muy jóvenes; los demás habían quedado encadenados al patíbulo, como alimento para los lobos y los cuervos. El único al que habían perdonado era Gendry, porque reconoció que había forjado él mismo el yelmo con cuernos. Los herreros, aunque fueran aprendices, valían demasiado para matarlos.

Los llevaban prisioneros para servir a lord Tywin Lannister en Harrenhal, según les había dicho la Montaña.

—Sois traidores y rebeldes, así que dad gracias a los dioses por que lord Tywin os dé esta oportunidad. Los forajidos no os tratarían tan bien. Obedeced, servid, y viviréis.

—No es justo, no es justo —oyó quejarse a una anciana aquella noche, cuando ya se habían acostado—. No hemos cometido ninguna traición; aquellos otros vinieron y se llevaron lo que quisieron, igual que estos.

—Pero lord Beric no nos hizo daño —susurró su amiga—. Y aquel sacerdote rojo que iba con él pagó lo que se llevaron.

—¿Qué pagó? Cogió dos de mis pollos y me dio un trozo de papel con un dibujo. ¿Qué hago con un trozo de papel? ¿Me lo como? ¿Va a poner huevos? —Miró a su alrededor, y al ver que no había guardias cerca, escupió tres veces—. Eso por los Tully, eso por los Lannister y eso por los Stark.

—Es una vergüenza —siseó un anciano—. El viejo rey no habría tolerado esto.

—¿El rey Robert? —preguntó Arya, olvidando la cautela.

—El rey Aerys, los dioses lo bendigan —replicó el anciano, en voz demasiado alta.

Un guardia se acercó a ellos para hacerlos callar. El anciano perdió los dos dientes que le quedaban, y aquella noche no hubo más charla.

Además de los prisioneros, la columna de ser Gregor llevaba una docena de cerdos, una jaula de gallinas, una vaca lechera un tanto flaca y nueve carromatos de pescado en salazón. La Montaña y sus hombres tenían caballos, pero todos los cautivos iban a pie, y a los que estaban demasiado débiles para seguir el ritmo de la marcha los mataban de inmediato, igual que a los pocos estúpidos que intentaron escapar. Por las noches, los guardias arrastraban a mujeres entre los arbustos, y muchas parecían esperarlo y los acompañaban sin oponer resistencia. Una chica más bonita que el resto tenía que irse con cuatro o cinco hombres diferentes cada noche, hasta que al final golpeó a uno con una piedra. Ser Gregor los obligó a todos a mirar mientras le cortaba la cabeza con su gran espada.

—Dejad el cadáver ahí, para los lobos —ordenó al terminar, al tiempo que le entregaba la espada a su escudero para que la limpiara.

Arya miró de reojo a *Aguja*, envainada a la cintura de un soldado calvo de

barba negra llamado Polliver. « Menos mal que me la han quitado», pensó. De lo contrario, habría intentado ensartar allí mismo a ser Gregor, él la habría cortado en dos y los lobos se la comerían también a ella.

Polliver no era tan malo como algunos de los otros, aunque le había robado a *Aguja*. La noche en que la atraparon, los hombres de los Lannister habían sido desconocidos sin nombre, tan semejantes como los yelmos que les cubrían el rostro hasta la nariz, pero había acabado por conocerlos a todos. Sabía cuáles eran perezosos, cuáles crueles, cuáles astutos y cuáles idiotas. Había que aprender que, aunque aquel al que llamaban Bocasucia tenía la lengua más sucia que había oído en su vida, te daba un trozo extra de pan si se lo pedías, mientras que el alegre vejete Chiswyck y el amable Raff no te daban más que una bofetada.

Arya miraba, escuchaba y pulía sus odios igual que Gendry había pulido en el pasado su casco con cuernos. Se lo había quedado un tal Dunsen, que lo llevaba puesto, y por eso lo odiaba. Odiaba a Polliver por lo de *Aguja*, y al viejo Chiswyck, que se creía gracioso. Y a Raff el Dulce, que había atravesado la garganta de Lommy con su lanza, lo odiaba aún más. Odiaba a ser Amory Lorch por Yoren, y odiaba a ser Meryn Trant por Syrio, al Perro por matar a Mycah, el hijo del carnicero, y a ser Ilyn, al príncipe Joffrey y a la reina por su padre, por Tom el Gordo, por Desmond y por todos los demás, hasta por Dama, la loba de Sansa. Cosquillas casi le daba demasiado miedo para odiarlo. A ratos casi se olvidaba de que estaba allí; cuando no interrogaba a nadie, no era más que otro soldado, más silencioso que la mayoría, con un rostro igual al de miles de hombres.

Arya repetía sus nombres cada noche.

—Ser Gregor —susurraba a su almohada de piedra—. Dunsen, Polliver, Chiswyck, Raff el Dulce. Cosquillas y el Perro. Ser Amory, ser Ilyn, ser Meryn, el rey Joffrey, la reina Cersei.

En Invernalia, Arya rezaba con su madre en el septo y con su padre en el bosque, pero en el camino que llevaba a Harrenhal no había dioses, y aquella lista de nombres era la única plegaria que quería recordar.

Caminaban todos los días; todas las noches repetía los nombres, hasta que por fin los árboles empezaron a estar más dispersos y dejaron paso a un paisaje de colinas onduladas, campos sembrados, arroyos serpenteantes y prados iluminados por el sol, donde los restos de torreones quemados sobresalían negros como dientes podridos. Tuvo que transcurrir otro largo día de marcha antes de que divisaran a lo lejos las torres de Harrenhal, junto a las aguas azules del lago.

Los cautivos no dejaban de repetirse que una vez llegarían a Harrenhal las cosas mejorarian, pero Arya no estaba tan segura. Recordaba las historias de la Vieja Tata sobre el castillo fruto del terror. Harren el Negro había mezclado sangre humana con la argamasa, solía decirles la Tata en voz muy baja para que

los niños tuvieran que acercarse para oírla, pero los dragones de Aegon habían asado a Harren con todos sus hijos dentro de sus muros de piedra. Arya se mordió el labio y siguió caminando con pies encallecidos. Se decía que no podía faltar mucho; aquellas torres estarían a un par de leguas, como mucho.

Pero caminaron todo aquel día y buena parte del siguiente antes de llegar por fin a la retaguardia del ejército de lord Tywin, acampado al oeste del castillo, entre los restos quemados de una ciudad. Desde lejos, Harrenhal resultaba engañoso, porque tenía un tamaño gigantesco. Sus colosales murallas se alzaban a la orilla del lago como acantilados, mientras que las hileras de escorpiones de hierro y madera, en las almenas, parecían diminutas como insectos.

El hedor de la hueste de los Lannister le llegó a Arya mucho antes de que alcanzara a distinguir los estandartes que ondeaban a lo largo de la orilla del lago, sobre los pabellones de los occidentales. Por el olor supo que lord Tywin llevaba allí cierto tiempo. El anillo de letrinas que rodeaba el campamento estaba rebosante y lleno de moscas, y muchas de las estacas afiladas que protegían el perímetro tenían una ligera pelusilla verde.

El puesto de guardia de Harrenhal era del tamaño del Torreón Principal de Invernalia, tan maltratada como gigantesca, con las piedras llenas de grietas y descoloridas. Desde el exterior solo se veían las cimas de cuatro torres inmensas más allá del muro. La más baja era casi el doble de alta que la más grande de Invernalia, pero no se alzaban como debían alzarse unas torres. A Arya le dio la impresión de que eran como los dedos nudosos de un anciano que intentaran agarrar las nubes. Recordó que la Vieja Tata les había contado cómo la piedra se había fundido y había fluido igual que cera derretida, por las escaleras y por las ventanas, con un brillo rojo opaco, en busca del lugar donde Harren había tratado de ocultarse. En aquel momento se lo creía todo; cada una de las torres era más grotesca y deforme que la anterior, todas bulbosas, llenas de hendiduras y grietas.

—¡No quiero entrar ahí! —chilló Pastel Caliente cuando las puertas se abrieron para recibirlos—. Ahí dentro hay fantasmas.

—Pues tienes que elegir, panadero —contestó Chiswyck, que lo había oído, pero por una vez se limitó a sonreír—. Entra con los fantasmas o conviértete en fantasma.

Pastel Caliente entró con los demás.

En el edificio de piedra y madera, lleno de ecos, que albergaba los baños, obligaron a los prisioneros a desnudarse y a frotarse dentro de bañeras de agua demasiado caliente, hasta que todos tuvieron la piel enrojecida. Dos ancianas de aspecto cruel supervisaron el proceso, sin dejar de hablar de ellos con tanta brutalidad como si fueran asnos recién comprados. Cuando le llegó el turno a Arya, el ama Amabel gruñó desalentada al ver el deplorable estado de sus pies, mientras el ama Harra le palpaba los callos de los dedos, fruto de largas horas de

entrenamiento con *Aguja*.

—Esto es de hacer mantequilla —dijo—, seguro. ¿A que eres hija de algún granjero? Pues tranquila, niña, aquí tendrás ocasión de ganarte un puesto mejor si trabajas duro. Si no trabajas, lo que te ganarás será una paliza. ¿Cómo te llamas?

Arya no se atrevió a decir su verdadero nombre, pero Arry tampoco le servía: era nombre de chico, y ya habían visto con toda claridad que no era ningún chico.

—Comadreja —dijo, porque fue el nombre de la primera niña que le vino a la cabeza—. Lommy me llamaba Comadreja.

—Se comprende —bufó el ama Amabel—. Este pelo es un horror y un nido de piojos. Te raparemos y a las cocinas.

—Prefiero cuidar de los caballos. —A Arya le gustaban los caballos, y tal vez, si la asignaban a los establos, podría robar uno y escapar. El ama Harra le dio una bofetada tan fuerte que se le abrió de nuevo el labio roto.

—Y más vale que cierres el pico, nadie te ha pedido tu opinión.

La sangre le sabía a metal salado. Arya bajó la vista y no dijo nada. « Si aún tuviera a *Aguja*, no se atrevería a pegarme », pensó, hosca.

—Lord Tywin y sus caballeros tienen mozos de cuadras y escuderos que les cuidan los caballos —dijo el ama Amabel—, no les hace falta una cría como tú. Las cocinas están limpias y calentitas; puedes dormir al lado del fuego y hay mucha comida. No te iría mal allí, pero se nota que no eres una niña muy lista. Harra, me parece que esta se la debemos dejar a Weese.

—Como digas, Amabel.

Le dieron una túnica de lana basta color gris y unas zapatillas que le quedaban mal, y la enviaron afuera.

Weese era un ayudante de mayordomo asignado a la Torre Aullante, un hombre rechoncho con la nariz gruesa y roja como un carbunclo y unos forúnculos asquerosos enrojecidos en una comisura de los labios carnosos. Arya fue una de los seis prisioneros que le enviaron. Los miró a todos con ojos penetrantes.

—Los Lannister son generosos con quienes les sirven bien, un honor que ninguno de vosotros merecéis, pero en tiempos de guerra hay que conformarse con lo que se encuentra. Trabajad duro, no os metáis donde no os importa, y puede que algún dia ocupéis un cargo tan elevado como el mío. Pero si intentáis abusar de la bondad del señor, os estaré esperando cuando se vaya, y entonces os enteraréis.

Recorrió la fila de prisioneros y les fue explicando que nunca debían mirar a los nobles a los ojos, ni hablar si no les hablaban, ni cruzarse en el camino del señor.

—La nariz no me engaña nunca —alardeó—. Puedo oler la rebeldía, el orgullo, la desobediencia... Como huela cualquiera de esas cosas, lo pagaréis.

Cuando os olfatee, no quiero otro olor que el del miedo.

En los muros de Qarth, algunos hombres golpeaban gongs para anunciar su llegada, mientras otros hacían sonar extraños cuernos que rodeaban sus cuerpos como grandes serpientes de bronce. Una columna de camellos salió de la ciudad para darles escolta como guardia de honor. Los jinetes vestían armaduras de escamas de cobre, y yelmos con hocicos de jabalí y colmillos también de cobre, rematados por largos penachos de seda negra, y las sillas de sus monturas estaban adornadas con rubies y granates. Los camellos iban cubiertos por mantas de cien colores diferentes.

—Qarth es la ciudad más grande que ha existido o existirá —le había dicho Pyat Pree entre los huesos de Vaes Tolorro—. Es el centro del mundo, la puerta entre el norte y el sur, el puente entre el este y el oeste, más antigua que el recuerdo del hombre y tan magnífica que Saathos el Sabio se sacó los ojos después de contemplarla, porque sabía que todo lo que viera a partir de entonces le resultaría triste y feo en comparación.

Dany no se tomó las palabras del brujo al pie de la letra, ni mucho menos, pero la magnificencia de la gran ciudad era innegable. Los tres gruesos muros que rodeaban Qarth mostraban tallas elaboradas. El exterior era de arenisca rojiza, de quince varas de altura, y estaba decorado con animales: serpientes sinuosas, milanos en pleno vuelo, peces nadando, todos mezclados con lobos del desierto rojo, cebras rayadas y elefantes monstruosos. El muro central, de veinte varas, era de granito gris adornado con escenas de guerra: espadas y lanzas contra escudos, flechas en el aire, héroes luchando, bebés asesinados, piras de cadáveres... La muralla interior se alzaba en sus veinticinco varas de mármol negro, con tallas que hicieron sonrojar a Dany hasta que se dijo que se estaba comportando como una idiota. No era ninguna doncella. Si podía contemplar las escenas de carnicerías de la muralla gris, ¿por qué tenía que apartar los ojos ante la visión de hombres y mujeres dándose placer unos a otros?

Las puertas exteriores tenían refuerzos de cobre; las intermedias, de hierro, y las interiores, tachonaduras en forma de ojos dorados. Todas se abrieron al paso de Dany. Cuando entró en la ciudad a lomos de su plata, los niños la precedían echando flores a su paso. Llevaban sandalias doradas y pinturas de colores vivos, y nada más.

Todos los colores que habían faltado en Vaes Tolorro estaban allí, en Qarth. Los edificios que se agolpaban en torno a ella eran como fantasías de un sueño febril, en tonos rosados, violáceos y ocres. Pasó bajo un arco de bronce que imitaba a dos serpientes copulando, cuyas escamas eran delicadas láminas de jade, obsidiana y lapislázuli. Las esbeltas torres eran las más altas que Dany había visto nunca, y en todas las plazas había ornamentadas fuentes en forma de dragones, grifos o mantícoras.

Los qarthienses abarrotaban las calles y los observaban desde delicados balcones que parecían demasiado frágiles para soportar su peso. Eran altos y de piel blanca, todos ataviados con linos, brocados y pieles de tigre, cada uno de ellos, una dama o un señor a ojos de Dany. Las mujeres vestían túnicas que dejaban al descubierto un pecho, mientras que a los hombres les gustaba llevar faldas de seda con cuentas. Al pasar entre ellos envuelta en su túnica de piel de león, con la forma negra de Drogon sobre un hombro, Dany se sintió desastrada y bárbara. Los dothrakis llamaban a los qarthienses *hombres de leche*, por su palidez, y Khal Drogo había soñado con el día en que podría saquear las grandes ciudades del este. Miró a sus jinetes de sangre, cuyos ojos oscuros y almendrados no dejaban traslucir sus pensamientos.

«¿Será posible que solo piensen en saquear Qarth? —se preguntó—. Qué salvajes debemos de parecerles».

Pyat Pree guio a su pequeño *khalasar* por el centro de una gran galería donde los antiguos héroes de la ciudad se alzaban con el triple de su tamaño natural sobre columnas de mármol blanco y verde. Pasaron por un bazar en un edificio gigantesco, en cuyo techo de enrejado habitaba un millar de pájaros de colores alegres. En las terrazas situadas sobre los tenderetes crecían árboles y flores, mientras que abajo parecía que se vendía todo lo que los dioses habían puesto sobre la tierra.

Su plata se encabritó cuando el príncipe mercader Xaro Xhoan Daxos se acercó hacia ella; Dany había descubierto que los caballos no toleraban la cercanía de los camellos.

—Si hay aquí algo que deseéis, oh mujer bella entre las bellas —le dijo Xaro desde su ornamentada silla de montar—, solo tenéis que decirlo y será vuestro.

—Todo Qarth es suyo —entonó Pyat Pree con sus labios azules, al otro lado de Dany—, no necesita fruslerías. Todo será como os prometí, *khaleesi*. Venid conmigo a la Casa de los Eternos, y beberéis de la verdad y la sabiduría.

—¿Para qué quiere ir a tu palacio de Polvo, cuando yo puedo ofrecerle la luz del sol, el agua fresca y sedas para dormir? —replicó Xaro al brujo—. Los Trece pondrán una corona de jade negro y ópalos llameantes sobre su hermosa cabeza.

—El único palacio que deseo es el castillo rojo de Desembarco del Rey, mi señor Pyat. —Dany desconfiaba del brujo. La *maegi* Mirri Maz Duur la había dejado escarmientada de confiar en los que jugaban con hechicerías—. Y si la grandeza de Qarth quiere hacerme regalos, Xaro, que sean naves y espadas, para recuperar lo que me corresponde por derecho.

—Como ordenéis, *khaleesi*. —Los labios azules de Pyat esbozaron una sonrisa gentil. Se alejó, meciéndose al compás del movimiento de su camello, con su larga túnica de cuentas agitándose detrás.

—La joven reina es más sabia de lo que corresponde a sus años —le susurró Xaro Xhoan Daxos desde la altura de su silla—. En Qarth tenemos un refrán: la

casa de un brujo está hecha de huesos y mentiras.

—Entonces ¿por qué los hombres bajan la voz para hablar de los brujos de Qarth? En todo oriente se reverencia su poder y su sabiduría.

—En un tiempo fueron poderosos —accedió Xaro—, pero ahora resultan tan ridículos como esos soldados viejos y débiles que alardean de sus proezas cuando hace ya mucho que carecen de fuerza y destreza. Leen sus viejos pergaminos, beben color-del-ocaso hasta que se les ponen los labios azules e insinúan que poseen poderes temibles, pero comparados con los que los precedieron son cáscaras vacías. Os lo advierto: los regalos de Pyat Pree se convertirán en polvo entre vuestras manos. —Rozó con la fusta al camello y se alejó.

—El cuervo llama negro al grajo —comentó ser Jorah en la lengua común de Poniente. El caballero exiliado cabalgaba a su derecha, como siempre. Para entrar en Qarth se había quitado el atuendo dothraki, y volvía a lucir la armadura y la ropa de los Siete Reinos, a medio mundo de distancia—. Alteza, haríais bien en evitar a esos hombres.

—Esos hombres son los que me darán mi corona —replicó ella—. Xaro tiene riquezas sin límites, y Pyat Pree...

—Finge tener poder —terminó bruscamente el caballero. En su jubón verde oscuro, el oso de la casa Mormont se alzaba sobre las patas traseras, negro y fiero. El gesto de Jorah al contemplar la multitud que abarrotaba el bazar no era menos fiero—. Yo no me quedaría aquí mucho tiempo, mi reina. No me gusta el olor de este lugar.

—Creo que lo que oléis son los camellos —dijo Dany con una sonrisa—. Los qarthienses tienen un olor dulce, me parece a mí.

—Los olores dulces se suelen utilizar para cubrir un hedor.

« Mi gran oso —pensó Dany—. Soy su reina, pero también seré siempre su cachorro, y siempre me protegerá». Aquello la hacía sentir segura, pero a la vez triste. Habría querido amarlo de una manera diferente.

Xaro Xhoan Daxos le había ofrecido a Dany su hospitalidad mientras estuviera en la ciudad. Ella esperaba algo grandioso. Lo que no esperaba era un palacio más grande que muchas plazas de mercados. « A su lado, la mansión del magíster Illyrio, en Pentos, parece una pocilga», pensó. Xaro le juró que su hogar podía alojar a todo el grupo de Dany con caballos incluidos; pero más que eso, los engulló. A ella le fue asignada un ala completa. Tenía jardines propios, una piscina de mármol, una torre de adivinación y un laberinto de brujo. Había esclavos que atendían hasta la menor de sus necesidades. Los suelos de sus habitaciones privadas eran de mármol verde, y de las paredes colgaban tapices de seda que se estremecían con la menor brisa.

—Sois demasiado generoso —le dijo a Xaro Xhoan Daxos.

—No hay regalo demasiado generoso para la Madre de Dragones. —Xaro era un hombre lúgido, elegante, calvo, con la nariz ganchuda adornada con

rubies, ópalos y escamas de jade—. Mañana habrá un festín de pavo real y lengua de alondra, y oiréis música digna de la más hermosa de las mujeres. Los Trece vendrán a rendiros homenaje, así como todos los grandes de Qarth.

«Todos los grandes de Qarth vendrán a ver mis dragones», pensó Dany, pero le agradeció a Xaro su amabilidad antes de darle permiso para retirarse. Pyat Pree también se marchó, no sin antes jurarle que les pediría a los Eternos que le concedieran una audiencia, «un honor tan poco frecuente como las nieves de verano». Antes de salir le besó el pie descalzo con aquellos labios color azul claro, y le entregó un obsequio, una vasija de ungüento que, según le dijo, permitiría que viera los espíritus del aire. La última de los tres en retirarse fue Quaithe de la Sombra. Solo le dio a Dany un consejo.

—Tened cuidado —dijo la mujer de la máscara de laca roja.

—¿De quién?

—De todos. Vendrán día y noche a contemplar las maravillas que han nacido de nuevo en el mundo, y cuando las vean, las desearán. Porque los dragones son fuego hecho carne, y el fuego es poder.

—Dice la verdad, mi reina —comentó ser Jorah cuando también Quaithe se hubo marchado—. Aunque no confío en ella más que en los otros.

—No la comprendo. —Pyat y Xaro habían colmado a Dany de promesas en cuanto vieron a los dragones; se habían declarado sus más leales sirvientes, pero Quaithe apenas si le había dirigido la palabra, y siempre en tono críptico. Y la desasosegaba no haber visto nunca el rostro de la mujer. «Acuérdate de Mirri Maz Duur —se dijo—. Acuérdate de la traición». Se volvió hacia sus jinetes de sangre—. Mientras estemos aquí seguiremos montando guardia. Que nadie entre sin mi permiso en esta ala del palacio, y encargaos de que los dragones cuenten siempre con vigilancia.

—Así se hará, *khaleesi* —dijo Aggo.

—Solo hemos visto de Qarth lo que Pyat Pree ha querido enseñarnos —prosiguió—. Rakharo, ve a indagar sobre el resto y cuéntame lo que averigües. Llévate a buenos hombres... y también a mujeres, para entrar en los lugares donde no puedan entrar los hombres.

—Lo que tú ordenas, yo lo hago, sangre de mi sangre —dijo Rakharo.

—Ser Jorah, id a los muelles y averiguad qué tipo de barcos hay anclados. Ha pasado medio año desde que recibí las últimas noticias de los Siete Reinos. Tal vez los dioses nos hayan enviado con sus vientos a algún buen capitán de Poniente con un barco que nos lleve a casa.

—Los dioses no os harían ningún favor —replicó el caballero, con el ceño fruncido—. El Usurpador os matará, tan cierto como que el sol sale por las mañanas. —Mormont se colgó los pulgares del cinto de la espada—. Mi lugar está aquí, a vuestro lado.

—Jhogo también puede cuidarme. Vos conocéis más idiomas que mis jinetes

de sangre, y los dothrakis desconfian del mar y de los que lo navegan. Solo vos podéis hacer esto por mí. Recorred los barcos, hablad con las tripulaciones y averiguad de dónde vienen, adónde van y cómo son sus capitanes.

—Como ordenéis, mi reina —aceptó el exiliado de mala gana.

Cuando se hubieron marchado todos los hombres, las doncellas le quitaron las sedas sucias del viaje, y Dany se dirigió hacia la piscina de mármol, a la sombra de un pórtico. El agua era de un frescor delicioso, y en la piscina nadaban pececillos dorados que le mordisqueaban la piel con curiosidad y la hacían reír. Fue muy agradable cerrar los ojos y flotar, sabiendo que podría descansar tanto como quisiera. Se preguntó si en la Fortaleza Roja de Aegon habría una piscina como aquella y jardines de plantas aromáticas con lavanda y menta.

« Claro, sin duda. Viserys siempre decía que los Siete Reinos eran más hermosos que ningún otro lugar en el mundo» .

Pensar en su hogar le resultaba inquietante. Si su sol y estrellas hubiera vivido, habría guiado a su *khalasar* a través del agua envenenada para barrer a sus enemigos, pero su fuerza había abandonado aquel mundo. Le quedaban sus jinetes de sangre, defensores jurados y diestros en la batalla, pero solo al estilo de los señores de los caballos. Los dothrakis saqueaban ciudades y asolaban reinos, no los gobernaban. Dany no quería ver Desembarco del Rey reducido a ruinas ennegrecidas habitadas por fantasmas agitados. Ya había visto demasiadas lágrimas. « Quiero que mi reino sea hermoso, para llenarlo de hombres gordos, doncellas hermosas y niños que rían. Quiero que mi pueblo sonría al verme pasar a caballo, igual que decía Viserys que sonreían al ver a mi padre» .

Pero antes tendría que conquistarla.

« El Usurpador os matará, tan cierto como que el sol sale por las mañanas» , había dicho Mormont. Robert había acabado con su valiente hermano Rhaegar, y uno de sus enviados cruzó el mar dothraki para envenenarla junto con su hijo nonato. Se decía que Robert Baratheon era fuerte como un toro e intrépido en la batalla, que amaba la guerra más que nada en el mundo. Y junto a él se alzaban los grandes señores a los que su hermano llamaba *los perros del Usurpador*: Eddard Stark, con sus ojos fríos y su corazón de hielo, y los dorados Lannister, padre e hijo, tan ricos, tan poderosos, tan traicioneros...

¿Cómo iba ella a derrotar a hombres así? Cuando Khal Drogo estaba vivo, los hombres temblaban y le hacían regalos para aplacar su ira. De lo contrario, tomaba sus ciudades, sus riquezas y sus esposas. Pero su *khalasar* había sido vasto, y el de Dany era exiguo. Su pueblo la había seguido en la travesía del desierto rojo, en pos del cometa, y también la seguiría a través del agua envenenada, pero no eran suficientes. Tal vez ni siquiera sus dragones fueran suficientes. Viserys había creído que el reino se alzaría para apoyar a su rey legítimo... pero Viserys era un idiota, y los idiotas creen idioteces.

Las dudas la hicieron temblar. De repente, el agua le pareció fría, y molestos

los pececillos que le mordisqueaban la piel. Dany se levantó y salió de la piscina.

—Irri —llamó—. Jhiqui.

Mientras las doncellas la secaban con toallas y la envolvían en una túnica de seda, los pensamientos de Dany se centraron en los tres que habían ido a buscarla a la Ciudad de Huesos.

« La Estrella Sangrante me guio a Qarth con un objetivo. Aquí encontraré lo que necesito, si tengo la fuerza para aceptar lo que me ofrezcan y la sabiduría para evitar trampas y engaños. Si los dioses quieren que conquiste, me darán los medios, me enviarán una señal, y si no... si no...» .

Ya casi había anochecido cuando Irri llegó junto a Dany, que estaba dando de comer a los dragones al otro lado de las cortinas de seda, para decirle que ser Jorah había regresado de los muelles... y que no iba solo.

—Hazlo entrar, con quienquiera que haya traído —dijo, curiosa.

Cuando pasaron la encontraron sentada entre cojines, rodeada por los dragones. El hombre que acompañaba a ser Jorah llevaba una capa de plumas verdes y amarillas, y tenía la piel tan negra como el azabache pulido.

—Alteza —dijo el caballero—, os presento a Quhuru Mo, capitán del *Viento de Canela*, que viene de Árboles Altos.

—Es un gran honor para mí, mi reina —dijo el hombre negro arrodillándose. No hablaba la lengua de las islas del Verano, que Dany desconocía, sino el fluido valyrio de las Nueve Ciudades Libres.

—El honor es mío, Quhuru Mo —dijo Dany en el mismo idioma—. ¿Venís de las islas del Verano?

—Así es, alteza, pero no hace ni medio año que tocamos puerto en Antigua. De allí os traigo un regalo maravilloso.

—¿Un regalo?

—Un regalo en forma de noticia. Madre de Dragones, Hija de la Tormenta, os digo la verdad: Robert Baratheon ha muerto.

Tras los muros, el ocaso cubría Qarth de oscuridad, pero en el corazón de Dany había salido el sol.

—¿Muerto?

—Así se dice en Antigua, en Dorne, en Lys y en todos los puertos que hemos tocado.

« Me envió vino envenenado, pero yo vivo y él ha muerto». Sobre su hombro, Viserion batió en el aire las alas color crema.

—En qué circunstancias?

—Mientras cazaba en su bosque Real, lo destrozó un jabalí monstruoso, o eso me dijeron en Antigua. Otros cuentan que lo traicionó su reina, o su hermano, o lord Stark, que era su mano. Pero todos los relatos coinciden en que el rey Robert está muerto y enterrado.

Dany jamás había visto al Usurpador, pero rara vez pasaba un día sin que

pensara en él. Su larga sombra la había cubierto desde el día en que nació, cuando la parieron, en medio de sangre y truenos, en un mundo en el que ya no tenía lugar. Y aquel desconocido de ébano acababa de disipar la sombra.

—Ahora, el que ocupa el Trono de Hierro es el chico —dijo ser Jorah.

—El rey Joffrey reina —asintió Quhuru Mo—, pero los Lannister gobiernan. Los hermanos de Robert han huido de Desembarco del Rey. Se dice que ambos quieren reclamar la corona. Y la mano ha caído; era lord Stark, amigo del rey Robert. Ha sido detenido por traición.

—¿Ned Stark... traidor? —bufó ser Jorah—. Imposible. El Largo Verano volverá antes de que ese mancille su estimado honor.

—¿Qué honor puede tener? —dijo Dany—. Traicionó a su rey legítimo, igual que esos Lannister. —Estaba complacida de que los perros del Usurpador pelearan entre ellos, aunque no sorprendida. Lo mismo había sucedido cuando murió Drogo, y su gran *khalasar* se hizo pedazos—. Mi hermano Viserys, que era el rey legítimo, también ha muerto —le dijo al isleño—. Khal Drogo, mi señor esposo, lo mató con una corona de oro fundido.

—Se habría comportado su hermano con más sensatez de haber sabido que la venganza por la que tanto había rezado estaba ya tan cerca?

—Entonces, mi corazón llora por ti, Madre de Dragones, y por Poniente, que se desangra privado de su rey legítimo.

Bajo los dedos suaves de Dany, Rhaegal, el dragón verde, contemplaba al desconocido con ojos de oro líquido. Abrió la boca, y sus dientes brillaron como agujas negras.

—¿Cuándo regresará vuestro barco a Poniente, capitán?

—Dentro de un año o más, por desgracia. Desde aquí, el *Viento de Canela* pondrá rumbo al este, para seguir la ruta del comercio por el mar de Jade.

—Ya —dijo Dany, decepcionada—. En ese caso, os deseo buenos vientos y suerte en el comercio. Me habéis traído un regalo de gran valor.

—Me siento mil veces recompensado, gran reina.

—¿Por qué? —Lo miraba asombrada.

—He visto dragones. —Al hombre le brillaban los ojos.

—Y espero que algún día volváis a verlos —dijo Dany riéndose—. Venid a visitarme en Desembarco del Rey cuando ocupe el trono de mi padre y recibiréis una gran recompensa.

El isleño prometió que lo haría, le besó los dedos y se despidió. Jhiqui lo acompañó a la salida.

—*Khaleesi* —dijo el caballero cuando estuvieron a solas—, si estuviera en vuestro lugar no hablaría de esos planes con tanta libertad. Este hombre lo contará todo dondequier que vaya.

—Que lo cuente —dijo—. Que el mundo entero conozca mi propósito. El Usurpador ha muerto, ¿qué importa?

—No todo lo que cuentan los marineros es cierto —la previno ser Jorah—. Y aunque Robert esté muerto de verdad, reina su hijo. Nada ha cambiado.

—Todo ha cambiado. —Dany se levantó bruscamente. Los dragones chillaron, se desenroscaron y extendieron las alas. Drogon revoloteó hasta posarse en el dintel, sobre los arcos. Los otros saltaron por el suelo, arrastrando por el mármol las puntas de las alas—. Antes, los Siete Reinos eran como el *khalasar* de mi Drogo: cien mil aunados por su fuerza. Ahora se hacen pedazos, como pasó con el *khalasar* cuando mi *khal* yacía muerto.

—Los grandes señores siempre han luchado entre ellos. Decidme quién ha ganado y os diré qué significa. Los Siete Reinos no caerán en vuestras manos como otros tantos melocotones maduros, *khaleesi*. Necesitaréis una flota, oro, ejércitos, alianzas...

—Ya sé todo eso. —Le cogió las manos y alzó la vista para mirarlo a los ojos, oscuros, desconfiados. « A veces me ve como a una niña a la que tiene que proteger, y a veces, como a una mujer con la que querría acostarse, pero... ¿alguna vez me ve como a su reina?» —. No soy la niña asustada que conocisteis en Pentos. Sí, solo he vivido quince días de mi nombre... pero soy tan anciana como las viejas del *dosh khaleen*, y a la vez, tan joven como mis dragones, Jorah. He parido un hijo, quemado a un *khal*, y cruzado el desierto rojo y el mar dothraki. Mi sangre es la sangre del dragón.

—Igual que la de vuestro hermano —dijo, testarudo.

—Yo no soy Viserys.

—No —reconoció él—. En vos hay más de Rhaegar, pero hasta Rhaegar podía morir. Robert lo demostró en el Tridente, y no le hizo falta más que una martillo de guerra. Hasta los dragones mueren.

—Hasta los dragones mueren. —Se puso de puntillas para depositar un ligero beso en la mejilla sin afeitar del caballero—. Pero también los asesinos de dragones.

Meera se movía en círculo con cautela, con la red en la mano izquierda y la fisga, el arpón ligero, lista en la derecha. Verano la seguía con los ojos dorados, girando la cabeza, con la cola rígida y erguida. Sin perderla de vista ni un momento...

—¡Yaaaiii! —gritó la chica al tiempo que atacaba con la fisga.

El lobo se movió hacia la izquierda y saltó antes de que pudiera atacarlo de nuevo con el arma. Meera lanzó la red, que se desplegó en el aire ante ella. El salto de Verano lo llevó directo hacia la malla. Se la llevó por delante cuando topó con el pecho de la chica y la hizo caer hacia atrás. El arpón salió despedido dando vueltas, inofensivo. La hierba húmeda acolchó la caída, pero el impacto la dejó sin aire en los pulmones. El lobo se tumbó encima de ella.

—¡Has perdido! —aulló Bran.

—No, ha ganado —dijo Jojen, el hermano de Meera—. Verano está atrapado en la red.

Bran vio que tenía razón. Verano lanzaba zarpazos a la red y gruñía tratando de romperla para liberarse, pero solo conseguía enredarse más. Tampoco se podía abrir paso a mordiscos.

—Anda, suéltalo.

Meera Reed echó los brazos al cuello del lobo entre risas, y los dos rodaron por el suelo. Verano lanzó un gemido patético, pateando la malla que lo privaba de movimiento. La chica se arrodilló, deshizo un nudo, tiró de una esquina, manipuló aquí y allá con dedos hábiles, y de pronto el lobo huargo quedó libre.

—Conmigo, Verano. —Bran abrió los brazos—. Cuidado —dijo, un instante antes de que el lobo lo derribara.

Se agarró con todas sus fuerzas mientras Verano lo arrastraba por la hierba. Se debatieron y rodaron aferrados el uno al otro, entre gruñidos juguetones y carcajadas. Al final fue Bran el que quedó encima, tirado sobre el lobo huargo lleno de barro.

—Lobo bueno —jadeó.

Verano le dio un lametón en la oreja. Meera sacudió la cabeza.

—¿Es que no se enfada nunca?

—Conmigo no. —Bran agarró al lobo por las orejas y Verano lanzó fieras dentelladas, pero todo era un juego—. A veces me rompe la ropa, pero nunca me ha hecho sangre.

—Nunca te habrá hecho sangre a ti, pero si hubiera roto mi red...

—Tampoco te habría hecho daño. Sabe que eres amiga mía.

Todos los demás señores y caballeros se habían marchado uno o dos días después del banquete de la cosecha, pero los Reed se quedaron como compañeros constantes de Bran. Jojen era tan solemne que la Vieja Tata lo

llamaba *pequeño abuelo*, pero Meera se parecía mucho a su hermana Arya, en opinión de Bran. No le importaba ensuciarse, y corría, peleaba y lanzaba tan bien como cualquier chico. Aunque era mayor que Arya; tenía casi dieciséis años, era una mujer adulta. De hecho, los dos eran mayores que Bran, aunque ya había pasado por fin su noveno día del nombre, pero nunca lo trataban como a un niño.

—Ojalá fuerais vosotros nuestros pupilos, y no los Walders. —Empezó a arrastrarse hacia el árbol más cercano. Era un movimiento trabajoso y poco estético, pero cuando Meera fue a levantarla, la detuvo—. No, no me ayudes. —Rodó con torpeza, se arrastró y se retorció, dándose impulso con los brazos, hasta quedar sentado con la espalda apoyada en el tronco de un fresno alto—. ¿Lo ves? Puedo yo solo. —Verano se tumbó con la cabeza en el regazo de Bran—. Nunca había conocido a nadie que peleara con red —le dijo a Meera mientras rascaba al lobo huargo entre las orejas—. ¿Te enseñó tu maestro de armas?

—Me enseñó mi padre. En Aguasgrises no tenemos caballeros. Ni maestro de armas, ni maestre.

—¿Quién os cuida los cuervos?

—Los cuervos no encuentran el camino a la Atalaya de Aguasgrises —sonrió—. Y tampoco nuestros enemigos.

—¿Por qué no?

—Porque se mueve.

—Cuánto me gustaría verlo. —Bran jamás había oído hablar de un castillo que se moviera. La miró inseguro, pero no supo si le estaba tomando el pelo o no—. ¿Crees que tu señor padre me permitiría visitarlos cuando la guerra termine?

—Serás bienvenido cuando quieras, príncipe. Cuando acabe la guerra o ahora mismo.

—Ahora mismo? —Bran no había salido nunca de Invernalia; anhelaba ver lugares lejanos—. Puedo preguntarle a ser Rodrik cuando vuelva. —El anciano caballero había partido hacia el este para tratar de resolver problemas en la zona. El bastardo de Roose Bolton los había provocado cuando se apoderó de lady Hornwood a su regreso del banquete de la cosecha, para casarse con ella aquella misma noche, aunque tenía edad para ser su madre. Luego, lord Manderly tomó el castillo de la dama, según él para proteger las posesiones de Hornwood de los Bolton. Pero ser Rodrik se había enfadado con él casi tanto como con el bastardo—. Puede que ser Rodrik me dejara ir. El maestre Luwin no, seguro.

—Sería bueno que salieras de Invernalia, Bran —dijo Jojen Reed, que sentado bajo el arciano con las piernas cruzadas, lo miraba con solemnidad.

—Sí, ¿verdad?

—Sí. Y cuanto antes, mejor.

—Mi hermano tiene el don de la vista verde —dijo Meera—. Sueña cosas que aún no han sucedido, y a veces suceden.

—No solo a veces, Meera.

Intercambiaron una mirada, triste la del chico, desafiante la de la muchacha.

—Cuéntame qué va a pasar —pidió Bran.

—Lo haré —dijo Jojen—. Si tú me hablas de tus sueños.

El bosque de dioses quedó en silencio. Bran podía oír el crujido de las hojas y el chapoteo lejano de Hodor en los estanques de agua caliente. Pensó en el hombre dorado y en el cuervo de tres ojos; recordó el crujido de los huesos entre sus mandíbulas y el sabor a cobre de la sangre.

—No tengo sueños. El maestre Luwin me da poción para dormir.

—¿Y te sirven?

—A veces.

—Todo Invernalia sabe que te despertas por la noche sudoroso y gritando, Bran —dijo Meera—. Las mujeres hablan de eso junto al pozo, y los guardias, en su sala.

—Cuéntanos qué te da tanto miedo —dijo Jojen.

—No quiero. Además, no son más que sueños. El maestre Luwin dice que los sueños pueden significar todo y pueden no significar nada.

—Mi hermano sueña igual que los otros niños, y esos sueños pueden significar cualquier cosa —señaló Meera—. Pero los sueños verdes son diferentes.

Joen tenía los ojos del color del musgo, y a veces, cuando miraba, parecía que veía algo más. Como en aquel momento.

—Soñé con un lobo alado atado al suelo con cadenas de piedra gris —dijo—. Era un sueño verde, así que supe que era verdad. Un cuervo intentaba romperle las cadenas a picotazos, pero la piedra era muy dura y apenas si la desportillaba.

—¿El cuervo tenía tres ojos?

Joen asintió. Verano levantó la cabeza del regazo de Bran y miró al embarrado con sus ojos color oro oscuro.

—Cuando era pequeño estuve a punto de morir de la fiebre de Aguasgrises. Entonces fue cuando me visitó el cuervo.

—A mí vino a verme cuando me caí —barbotó Bran—. Estuve dormido mucho tiempo. Me dijo que tenía que volar o me moriría, y me desperté, pero estaba tullido y no podía volar.

—Puedes si quieres. —Meera cogió la red, deshizo los últimos nudos y empezó a doblarla.

—El lobo alado eres tú, Bran —dijo Jojen—. Cuando llegué no estaba seguro, pero ahora sí. El cuervo nos ha enviado para romper tus cadenas.

—¿El cuervo está en Aguasgrises?

—No. El cuervo está en el norte.

—¿En el Muro? —Bran siempre había deseado ver el Muro. Su hermano bastardo, Jon, estaba allí; era miembro de la Guardia de la Noche.

—Más allá del Muro. —Meera Reed se colgó la red del cinturón—. Cuando

Jojen le contó a nuestro señor padre qué había soñado, nos envió a Invernalia.

—¿Cómo puedo romper las cadenas, Jojen? —preguntó Bran.

—Abre el ojo.

—Ya los tengo abiertos, ¿es que no lo ves?

—Tienes dos ojos abiertos. —Jojen se los señaló—. Uno, dos.

—Es que solo tengo dos.

—Tienes tres. El cuervo te dio un tercer ojo, pero no lo abres. —Tenía una manera de hablar pausada, suave—. Con dos ojos puedes verme la cara. Con tres podrías verme el corazón. Con dos puedes ver aquel roble. Con tres podrías ver la bellota de la que nació y el tocón seco en que se convertirá algún día. Con dos no ves más allá de tus paredes. Con tres podrías ver el mar del Verano, al sur, y el norte más allá del Muro.

Verano se levantó.

—No me hace falta ver tan lejos. —Bran esbozó una sonrisa nerviosa—. Estoy cansado de hablar de cuervos. Vamos a hablar de lobos. O de lagartos león. ¿Has cazado uno alguna vez, Meera? Por aquí no hay bichos de esos.

Meera sacó la fisga de los arbustos.

—Viven en el agua. En pantanos profundos y arroyos que no sean rápidos...

—¿Has soñado con un lagarto león? —la interrumpió su hermano.

—No —dijo Bran—. Y ya te lo he dicho, no quiero...

—¿Has soñado con un lobo?

—No tengo por qué contarte mis sueños. —Bran empezaba a enfadarse—. Soy el príncipe. Soy el Stark en Invernalia.

—¿Era Verano?

—Cállate.

—La noche del banquete de la cosecha soñaste que eras Verano y estabas en el bosque de dioses, ¿a que sí?

—¡Basta ya! —gritó Bran.

Verano dio un paso hacia el arciano, mostrando los blancos dientes. A Jojen Reed no le importó.

—Cuando toqué a Verano te sentí en él. Ahora también estás en él.

—Es imposible. Yo estaba en la cama. Estaba durmiendo.

—Estabas en el bosque de dioses y eras gris.

—Solo fue un mal sueño...

—Te sentí. —Jojen se levantó—. Te sentí caer. ¿Es eso lo que te da miedo? ¿La caída?

« La caída —pensó Bran— y el hombre dorado, el hermano de la reina, él también me da miedo, pero la caída más que nada». Pero no lo dijo en voz alta. ¿Cómo podía hacerlo? No había sido capaz de contárselo a ser Rodrik ni al maestre Luwin, y tampoco se lo podía contar a los Reed. Si no hablaba de ello, a lo mejor acababa por olvidarlo. Nunca había querido recordarlo. Quizá ni

siquiera fuera un recuerdo de verdad.

—¿Caes todas las noches, Bran? —le preguntó Jojen con voz queda.

Verano empezó a gruñir desde lo más profundo de la garganta, y no estaba jugando. Dio un paso adelante, todo dientes y ojos encendidos. Meera se interpuso entre el lobo y su hermano, con el arma en ristre.

—Dile que no siga, Bran.

—Jojen lo está poniendo furioso.

Meera desplegó la red.

—Es tu furia, Bran —dijo su hermano—. Es tu miedo.

—Mentira. Yo no soy un lobo. —Pero había aullado con ellos en la noche y había probado la sangre en sus sueños de lobo.

—Parte de ti es Verano, y parte de Verano eres tú. Lo sabes, Bran.

Verano saltó hacia delante, pero Meera lo bloqueó, amenazándolo con el arpón de tres puntas. El lobo la esquivó y siguió moviéndose en círculo, al acecho. Meera se volvió hacia él.

—¡Llámalo, Bran!

—¡Verano! —gritó Bran—. ¡Conmigo, Verano! —Se dio una palmada contra el muslo. La mano le hormigueó, pero en la pierna muerta no sintió nada.

El lobo huargo saltó de nuevo, y Meera volvió a detenerlo, amenazándolo con el arpón. Verano la esquivó y siguió moviéndose. Los arbustos crujieron, y una esbelta forma negra salió de detrás del arciano mostrando los dientes. El olor era fuerte; su hermano había oido su rabia. Bran sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Meera estaba junto a su hermano, con un lobo a cada lado.

—¡Bran, diles que se vayan!

—¡No puedo!

—Súbete al árbol, Jojen.

—No es necesario. Hoy no es el día en que voy a morir.

—¡Súbete! —gritó.

Su hermano empezó a trepar por el tronco del arciano, utilizando los rasgos de la cara como puntos de apoyo para pies y manos. Los lobos huargo se acercaron. Meera soltó la fisga y la red, saltó y se agarró a una rama baja. Las mandíbulas de Peludo se cerraron justo debajo de su pie en el momento en que se daba impulso para subirse a la rama. Verano se sentó sobre las patas traseras y aulló, mientras Peludo intentaba destrozar la red con los dientes.

De pronto, Bran recordó que no estaban solos. Se puso las manos junto a la boca para hacer bocina.

—¡Hodor! —llamó a gritos—. ¡Hodor! ¡Hodor! —Tenía muchísimo miedo, y también estaba un poco avergonzado—. A Hodor no le harán daño —les aseguró a sus amigos, en el árbol. Pasaron unos instantes, y oyeron la musiquilla sin melodía. Hodor llegó semidesnudo y salpicado de barro tras chapotear en los estanques calientes, pero Bran nunca se había alegrado tanto de verlo—.

Ayúdame, Hodor. Echa a los lobos. Échalo.

Hodor obedeció con júbilo y se dedicó a agitar los brazos y dar patadas contra el suelo con sus enormes pies, gritando «Hodor, Hodor» al tiempo que corría de un lobo al otro. Peludo fue el primero en huir; se escabulló entre el follaje con un último gruñido. Cuando Verano se cansó, volvió junto a Bran y se tumbó a su lado.

Lo primero que hizo Meera al bajar del árbol fue recoger la fisga y la red. Jojen no apartó los ojos de Verano ni por un momento.

—Volveremos a hablar —prometió a Bran.

«Han sido los lobos, no he sido yo. —No comprendía por qué se habían puesto tan furiosos—. Quizá el maestre Luwin tuviera razón al encerrarlos en el bosque de dioses».

—Hodor —dijo—, llévame con el maestre Luwin.

El torreón del maestre, situado bajo la pajarera, era uno de los lugares favoritos de Bran. Luwin era desordenado hasta límites inconcebibles, pero los montones de libros, pergaminos y frascos resultaban tan reconfortantes para Bran como su coronilla calva y las mangas amplias de sus túnicas grises. También le gustaban los cuervos.

Cuando llegó, Luwin estaba sentado en un taburete alto, concentrado en escribir. Mientras no volviera ser Rodrik, sobre sus hombros recaía todo el peso del gobierno del castillo.

—Vaya, mi príncipe —dijo al ver entrar a Hodor—. Llegas pronto para las lecciones de hoy.

El maestre dedicaba varias horas cada tarde a instruir a Bran, a Rickon y a los Walder Frey.

—Hodor, quédate quieto. —Bran se agarró con ambas manos a un candelabro de pared, y se aupó para salir de la cesta. Quedó colgado de los brazos un instante, hasta que Hodor lo sentó en una silla—. Meera dice que su hermano tiene el don de la vista verde.

—¿Lo sabe ella? —El maestre Luwin se rascó una aleta de la nariz con la pluma de escribir.

Bran asintió.

—Me dijisteis que los hijos del bosque tenían el don de la vista verde. Me acuerdo muy bien.

—Hay quien dice tener ese poder. A sus sabios los llamaban *verdevidentes*.

—¿Era magia?

—Podemos llamarlo así, a falta de una palabra mejor. En realidad solo era una forma diferente de conocimiento.

—¿En qué consistía?

—Nadie lo sabe a ciencia cierta, Bran. —Luwin dejó la pluma sobre la mesa—. Los hijos desaparecieron del mundo, y con ellos, su sabiduría. Creemos que

tenía algo que ver con las caras de los árboles. Los primeros hombres creían que los verdevidentes podían ver por los ojos de los arcianos. Por eso los talaban allí donde iban cuando luchaban contra los hijos. Se dice que los verdevidentes también tenían poder sobre las bestias del bosque y los pájaros de las ramas. Hasta sobre los peces. ¿El pequeño Reed tiene también esos poderes?

—No, creo que no. Pero dice Meera que, a veces, sus sueños se hacen realidad.

—Todos hemos tenido algún sueño que se ha hecho realidad. Tú soñaste con tu señor padre en las criptas antes de que muriera, ¿no te acuerdas?

—Sí, y Rickon también. Tuvimos el mismo sueño.

—Pues ahí tienes: si quieres, lo puedes llamar vista verde... pero recuerda también los miles y miles de sueños que habéis tenido Rickon y tú, que no se han hecho realidad. ¿Recuerdas lo que te conté sobre la cadena de eslabones que llevamos todos los maestres?

Bran pensó un instante, tratando de hacer memoria.

—Los maestres os forjáis la cadena en la Ciudadela de Antigua. Es una cadena porque juráis servir al reino, y en el reino hay personas de muchos tipos. Cada vez que aprendéis algo nuevo añadís un eslabón. El de hierro negro es por el cuidado de los cuervos; el de plata, por la curación; el de oro, por las sumas y los números... Pero no me acuerdo de todos.

Luwín pasó un dedo por debajo de la cadena y empezó a darle vueltas lentamente. Tenía el cuello grueso para ser un hombre tan menudo, y la cadena era apretada, pero con unos cuantos tirones le dio la vuelta entera.

—Este es de acero valyrio —dijo cuando tuvo sobre la nuez el eslabón de metal gris oscuro—. Solo lo tiene un maestre de cada ciento. Significa que he estudiado lo que en la Ciudadela llaman *misterios mayores*... o magia, a falta de una palabra mejor. Es un tema fascinante, pero poco práctico, y por eso, pocos maestres se molestan en dominarlo.

» Más tarde o más temprano, todos los que estudian los misterios mayores quieren probar algún hechizo. Confieso que yo también caí en la tentación. En fin, era un muchacho, ¿y qué muchacho no desea en secreto tener poderes ocultos? Por supuesto, no me dio más resultado que al millar de muchachos que me precedieron, y al millar que me seguiría. Es triste decirlo, pero la magia no funciona.

—A veces sí —protestó Bran—. Yo tuve ese sueño, y Rickon también. Y en el este hay magos y brujos...

—Hay hombres que dicen ser magos y brujos —lo corrigió el maestre Luwin—. En la Ciudadela tenía un amigo que le sacaba a la gente una rosa de la oreja, pero no tenía más magia que yo. Oh, sí, hay muchas cosas que no comprendemos. Pasan los años, cientos, miles, ¿y qué ve un hombre en su vida? Unos pocos veranos, unos pocos inviernos. Miramos las montañas y decimos que

son eternas, así nos lo parecen... pero, en el curso del tiempo, las montañas se alzan y caen, cambia el curso de los ríos, mueren estrellas en el cielo, y grandes ciudades se hunden en el fondo del mar. Incluso los dioses mueren. Todo cambia.

» Puede que la magia fuera alguna vez una fuerza poderosa en el mundo, pero ya no es así. Lo poco que queda de ella es apenas el jirón de humo que permanece en el aire después de que se consuma una gran hoguera, y hasta eso se está desvaneciendo. Valyria era la última brasa, y ha desaparecido. Ya no hay dragones, los gigantes están muertos, y hemos olvidado a los hijos del bosque y toda su sabiduría.

» No, príncipe mío. Puede que Jojen Reed haya tenido un par de sueños que él cree que se han hecho realidad, pero no posee el don de la vista verde. No hay hombre vivo que lo posea.

Aquello mismo le dijo Bran a Meera Reed cuando fue a verlo al anochecer, mientras estaba sentado junto a la ventana y veía como se iban encendiendo las luces.

—Siento mucho lo que pasó con los lobos. Verano no debió intentar atacar a Jojen, pero es que Jojen tampoco debió decir esas cosas de mis sueños. El cuervo me mintió cuando me dijo que podía volar, y tu hermano también miente.

—O puede que tu maestre esté equivocado.

—Imposible. Hasta mi padre le pedía consejo.

—Y no me cabe duda de que tu padre lo escuchaba. Pero, al final, decidía por sí mismo. Bran, ¿quieres que te cuente qué soñó Jojen sobre ti y sobre tus hermanos pupilos?

—Los Walders no son mis hermanos.

La muchacha no le hizo caso.

—Estabas sentado a la mesa para cenar, pero el que te servía la comida no era un criado, sino el maestre Luwin. Te ponía delante la tajada del rey, la mejor parte del asado, con la carne muy poco hecha y sangrante, y con un olor tan exquisito que a todos se les hacía la boca agua. La carne que les servía a los Frey era seca, vieja, gris y muerta. Pero a ellos les gustaba su cena más que a tí la tuy a.

—No lo entiendo.

—Mi hermano dice que lo entenderás. Y entonces hablaremos de nuevo.

Aquella noche, a Bran casi le dio miedo ir a cenar, pero al final, lo que le pusieron delante fue una empanada de pichón. A todos los demás les sirvieron lo mismo, y por lo que vio, la cena de los Walders no tenía nada de malo. « El maestre Luwin tenía razón», pensó. Dijera lo que dijera Jojen, en Invernalia no iba a pasar nada malo. Bran sintió alivio... y también decepción. Mientras hubiera magia, podía pasar cualquier cosa. Los fantasmas podían caminar, los árboles podían hablar, y los niños tullidos crecían y se hacían caballeros.

—Pero no hay magia —dijo en voz alta, en la oscuridad de su lecho—. No

hay magia, y las historias no son más que historias.

Y él nunca podría andar, ni volar, ni hacerse caballero.

Los juncos le arañaban las plantas de los pies descalzos.

—Mi primo ha elegido una hora original para venir de visita —le dijo Tyrion a Podrick Payne, que todavía estaba aturdido por el sueño y, sin duda, esperaba una buena reprimenda por haber ido a despertarlo—. Acompáñalo a mi sala privada y dile que no tardaré en bajar.

A juzgar por la oscuridad que se veía al otro lado de la ventana, era bien pasada la medianoche.

«¿Pensará Lancel que a estas horas me va a encontrar amodorrado y entorpecido por el sueño? —se preguntó—. No, Lancel no tiene el vicio de pensar, esto es cosa de Cersei». Su hermana iba a llevarse una decepción. Incluso en la cama solía trabajar hasta altas horas de la madrugada: leía a la temblorosa luz de la vela, examinaba los informes de los susurros de Varys y repasaba los libros de cuentas de Meñique hasta que se le entremezclaban las columnas y le dolían los ojos.

Fue hasta la jofaina que tenía al lado de la cama y se salpicó la cara con agua tibia. Luego se tomó el tiempo que quiso acuclillado en la letrina mientras sentía el aire fresco de la noche sobre la piel desnuda. Ser Lancel tenía dieciséis años y no era famoso precisamente por su paciencia. Que esperase y que se pusiera nervioso mientras esperaba. Tras vaciarse los intestinos, Tyrion se puso una bata y se alborotó con los dedos el fino pelo rubio para que pareciera que acababan de despertarlo.

Lancel paseaba de un lado a otro ante las cenizas de la chimenea; iba vestido de terciopelo rojo con bajomangas de seda negra, y llevaba un puñal enjoadado y una vaina dorada colgados del cinturón.

—Primo —lo saludó Tyrion—. Qué pocas veces me visitas... ¿a qué debo este placer inmerecido?

—Su alteza la reina regente me envía para ordenarte que liberes al gran maestre Pyccelle. —Ser Lancel le mostró a Tyrion una cinta escarlata con el sello en forma de león de Cersei impreso en lacre dorado—. Aquí está la orden.

—Ya veo. —Tyrion la apartó con un gesto—. Espero que mi hermana no esté abusando de sus fuerzas tan pronto después de su enfermedad. Sería una verdadera lástima que sufriera una recaída.

—Su alteza está prácticamente recuperada —replicó ser Lancel en tono seco.

—Eso es música para mis oídos. —«Aunque la melodía no me gusta. Ojalá le hubiera dado una dosis mayor» . Tyrion había esperado contar con unos pocos días más sin interferencias de Cersei, pero no se sorprendió demasiado al saber que recuperaba la salud. Al fin y al cabo, era la hermana gemela de Jaime. Se obligó a sonreír con toda amabilidad—. Pod, enciéndenos el fuego; hace demasiado frío para mi gusto. ¿Quieres tomar una copa conmigo, Lancel? A mí

el vino especiado me ayuda a dormir.

—No necesito ayuda para dormir —replicó Lancel—. He venido por petición de su alteza, no para beber contigo, Gromo.

El nombramiento de caballero le había dado aún más osadía al muchacho, reflexionó Tyrion. Aquello y su lamentable papel en el asesinato del rey Robert.

—El vino tiene sus peligros, claro. —Sonrió mientras se servía—. En cuanto al gran maestre Pyccelle... si mi querida hermana estuviera tan preocupada por él, habría venido en persona. Sin embargo, te envía a ti. ¿Qué conclusión debo sacar?

—Saca las conclusiones que quieras, siempre que liberes a tu prisionero. El gran maestre es amigo incondicional de la reina y está bajo su protección personal. —Los labios del muchacho parecían a punto de esbozar una sonrisa burlona. Disfrutaba con aquella situación. « Se nota que aprende de la propia Cersei» —. Su alteza no consentirá este ultraje. Quiere que te recuerde que la regente de Joffrey es ella.

—Igual que yo soy la mano de Joffrey.

—La mano sirve —lo informó el joven caballero con tono frívolo—. La regente goberna hasta la mayoría de edad del rey.

—Será mejor que me lo escribas para que no se me vuelva a olvidar. —El fuego chisporroteaba ya alegremente—. Puedes marcharte, Pod —le dijo Tyrion a su escudero. Esperó a que saliera el chico antes de volverse hacia Lancel—. ¿Alguna cosa más?

—Sí. Su alteza me ordena que te informe de que ser Jacelyn Bywater desobedeció una orden que se le dio en nombre del propio rey.

« Lo que significa que Cersei ya le ha ordenado a Bywater que libere a Pyccelle, y que no lo ha conseguido» .

—Comprendo.

—Su alteza insiste en que sea despojado de su cargo y detenido por traición. Te lo advierto...

—Tú no me adviertes nada, niño. —Tyrion dejó la copa.

—Soy un caballero —lo corrigió Lancel, rígido. Se tocó la espada, quizás para recordarle a Tyrion que la llevaba a la cintura—. Y no te atrevas a hablarme así, Gromo.

Sin duda quería sonar amenazador, pero aquella ridícula pelusa a modo de bigote estropeaba mucho el efecto.

—Venga, desenvaina la espada. Si grito, Shagga entrará y te matará. Con un hacha, no con un pellejo de vino.

Lancel se puso rojo. ¿Acaso era tan idiota como para pensar que su participación en la muerte de Robert había pasado desapercibida?

—Soy un caballero...

—Ya me he dado cuenta. Dime una cosa: ¿Cersei te hizo caballero antes o después de meterte en su cama?

La vacilación en los ojos verdes de Lancel era toda la admisión que Tyrion necesitaba. Así que Varys tenía razón. «Bueno, que no se diga que mi hermana no ama a su familia».

—¿Qué ocurre? ¿No dices nada? ¿No tienes nada más que advertirme, caballero?

—Retira ahora mismo esas sucias acusaciones, o...

—Venga, por favor. ¿Te has parado a pensar lo que hará Joffrey cuando le cuente que mataste a su padre para acostarte con su madre?

—¡No fue así! —protestó Lancel, horrorizado.

—¿No? Cuéntame, ¿cómo fue?

—La reina me dio el vino preparado! Cuando me nombraron escudero del rey, fue tu señor padre, lord Tywin en persona, quien me dijo que debía obedecerla en todo.

—¿También te dijo que te la follaras? —«Míralo bien... no es tan alto, no tiene los rasgos tan finos, y su pelo es más arena que oro; aun así... me imagino que hasta una mala copia de Jaime es mejor que un lecho vacío» —. No, ya me imaginaba que no.

—Yo no quería... Solo hice lo que me ordenaba, yo...

—Lo pasaste fatal obedeciendo, ¿eso es lo que quieras hacerme creer? Un puesto de honor en la corte, el rango de caballero, mi hermana con las piernas abiertas para ti... Sí, me imagino que ha sido una experiencia terrible. —Tyrion se puso en pie—. Espera aquí. Seguro que a su alteza le interesa oír esto.

—Piedad, mi señor, te lo suplico.

—Resérvate para Joffrey; le gusta que le supliquen.

—Mi señor, fue por orden de tu hermana, la reina, como has dicho, pero el rey... no lo comprendería...

—¿Quieres que le oculte la verdad al rey?

—¡Te lo ruego por mi padre! ¡Me iré de la ciudad, será como si nada hubiera pasado! Te juro que todo esto va a terminar...

—No, mejor no. —Le costaba trabajo contener la risa.

—¿Mi señor? —El muchacho estaba confuso, aturdido.

—Ya me has oido. ¿No te dije mi padre que obedecieras a mi hermana? Muy bien, obedécela. Sigue a su lado, conserva su confianza y dale placer tan a menudo como te lo requiera. Nadie tiene por qué enterarse... siempre que me seas fiel. Quiero saber qué hace Cersei. Adónde va, con quién se entrevista, de qué hablan, qué planes tiene... Todo. Y tú serás quien me lo cuente. ¿Verdad?

—Sí, mi señor —respondió Lancel sin un instante de titubeo, cosa que complació a Tyrion—. Así será. Como ordenáis.

—Levántate. —Tyrion llenó la segunda copa y se la puso en la mano—. Bebe para sellar nuestro acuerdo. Tranquilo; que yo sepa, no hay jabalíes en el castillo.

—Lancel levantó la copa y bebió, aunque con gesto rígido—. Sonríe, primo. Mi

hermana es una mujer hermosa, y todo sea por el bien del reino. Puedes salir con bien de esta. El rango de caballero no es nada. Si eres listo, antes de que termines te habré nombrado lord. —Tyrion hizo girar el vino en la copa—. Queremos que Cersei confie plenamente en ti. Vuelve con ella y dile que suplico su perdón. Dile que me has asustado, que no quiero que haya ningún conflicto entre nosotros, que a partir de ahora no haré nada sin su consentimiento.

—Pero... sus exigencias...

—Oh, le devolveré a Pycelle.

—¿Sí? —Lancel se quedó atónito.

—Lo liberaré mañana por la mañana —dijo Tyrion con una sonrisa—. Podría jurar que no le he tocado un pelo de la cabeza, pero en el sentido más estricto no sería verdad. En cualquier caso, se encuentra bien, aunque no pondría la mano en el fuego por su vigor. Las celdas negras no son un lugar adecuado para un hombre de esa edad. Cersei se lo puede quedar como mascota o enviarlo al Muro, no me importa, pero no quiero volver a verlo en el Consejo.

—¿Y ser Jacelyn?

—Dile a mi hermana que crees que, con tiempo, me puedes arrebatar su lealtad. Con eso la dejaremos tranquila de momento.

—Como tú digas. —Lancel apuró la copa de vino.

—Una cosa más. El rey Robert ha muerto, así que sería muy poco oportuno que su apenada viuda se quedara embarazada de repente.

—Mi señor, yo... nosotros... La reina me ha ordenado que no... —Se le habían puesto las orejas color escarlata Lannister—. Derramo mi semilla sobre su vientre, mi señor.

—Y es un vientre muy hermoso, no me cabe duda. Mójalo tan a menudo como quieras... pero asegúrate de que tu rocío no caiga en otra parte. No quiero más sobrinos, ¿queda claro?

Ser Lancel hizo una reverencia rígida y salió de la estancia. Tyrion dedicó un momento a sentir compasión por el muchacho. «Es un idiota, y un idiota débil por añadidura, pero no se merece lo que le hacemos Cersei y yo». Por suerte, su tío Kevan tenía otros dos hijos varones, porque era poco probable que Lancel llegara vivo a fin de año. Si Cersei se enteraba de que la estaba traicionando, lo haría matar de inmediato, y si por alguna gracia de los dioses no era así, tampoco sobreviviría al momento en que Jaime Lannister regresara a Desembarco del Rey. La única duda era si lo mataría Jaime en un ataque de rabia y celos, o Cersei para impedir que Jaime se enterase. Tyrion apostaba más bien por Cersei.

La inquietud se había apoderado de él, y sabía perfectamente que aquella noche no conseguiría conciliar el sueño. «Al menos, no aquí». Encontró a Podrick Payne dormido en una silla, junto a la puerta de la estancia privada, y lo sacudió por el hombro.

—Llama a Bronn, ve a los establos y haz que ensillen dos caballos.

—Caballos. —Los ojos del escudero estaban nublados de sueño.

—Esos animales grandes, castaños, a los que les encantan las manzanas. Si, hombre, seguro que los has visto. Cuatro patas, cola... Pero primero Bronn.

El mercenario no tardó en aparecer.

—¿Quién se te ha meado en la sopa? —preguntó con brusquedad.

—Cersei, como siempre. A estas alturas ya me tendría que haber acostumbrado al sabor, pero en fin. Al parecer, mi querida hermana me ha confundido con Ned Stark

—Tengo entendido que era más alto.

—Eso fue antes de que Joff le cortara la cabeza. Tendrías que haberte abrigado más; la noche es fría.

—¿Vamos a alguna parte?

—Todos los mercenarios son tan listos como tú?

Las calles de la ciudad eran peligrosas, pero con Bronn a su lado, Tyrion se sentía seguro. Los guardias les abrieron una poterna en la muralla norte; bajaron por Sombranegra hasta el pie de la Colina Alta de Aegon y recorrieron el callejón del Cerdo, pasando junto a hileras de ventanas cerradas y edificios altos de madera y piedra cuyos pisos superiores se adentraban tanto en la calle que casi besaban a los de la acera opuesta. La luna parecía seguirlos, jugando al escondite entre las chimeneas. No se cruzaron más que con una vieja solitaria que arrastraba un gato muerto por la cola. Los miró con miedo, como si temiera que le fueran a arrebatar la cena, y se perdió entre las sombras sin decir palabra.

Tyrion iba pensando en los hombres que habían ocupado el cargo de mano antes que él, y que no habían sido rivales para los ardides de su hermana.

« ¿Cómo eran esos hombres? Demasiado honrados para vivir, demasiado nobles para cagar; a idiotas como esos, Cersei se los desayuna por las mañanas. La única manera de derrotar a mi hermana era vencerla en su juego, cosa que lord Starky lord Arryn no habrían hecho jamás». No era de extrañar que ambos estuvieran muertos, mientras que Tyrion Lannister se sentía más vivo que nunca. Sus piernas atrofiadas habrían hecho de él un espectáculo cómico y grotesco en un baile de la cosecha, pero aquella danza, en cambio, la conocía muy bien.

Pese a lo tarde que era, el burdel estaba abarrotado. Chataya los recibió con amabilidad y los acompañó a la sala común. Bronn subió al piso superior con una muchacha de Dorne de ojos oscuros, pero Alayaya estaba ocupada.

—Se alegrará mucho de veros —dijo Chataya—. Me encargaré de que os preparen la habitación de la torre. ¿Quiere mi señor una copa de vino mientras espera?

—Sí, gracias.

Era un vino bastante malo en comparación con las cosechas del Rejo que por lo general se servían en la casa.

—Tendréis que perdonarnos, mi señor —dijo Chataya—. Últimamente no

consigo buen vino a ningún precio.

—Me temo que estamos todos igual.

Chataya siguió quejándose un momento, se disculpó y se alejó como si se deslizara por el suelo.

«Qué mujer tan bella —reflexionó mientras la veía alejarse. Rara vez había visto tanta elegancia y dignidad en una prostituta. Aunque, claro está, ella se consideraba más bien una especie de sacerdotisa—. Puede que ahí resida el secreto. No se trata de qué hacemos, sino de por qué lo hacemos». En cierto modo, aquél pensamiento lo reconfortó.

Algunos clientes le lanzaban miradas de reojo. En su última salida, un hombre le escupió... mejor dicho, lo intentó, pero en su lugar escupió a Bronn. En el futuro escupiría sin dientes.

—¿Qué pasa? ¿Nadie quiere a mi señor? —Dancy se sentó en su regazo y empezó a mordisquearle la oreja—. Yo tengo un remedio para eso.

—Eres tan hermosa que las palabras no bastan, pequeña. —Tyrion sonrió y sacudió la cabeza—. Pero me he encariñado con la cura de Alayaya.

—Porque no habéis probado la mía. Mi señor siempre elige a Yaya. Es buena, pero yo soy mejor, ¿no queréis comprobarlo?

—Puede que la próxima vez. —Tyrion no tenía duda alguna de que Dancy sería estupenda. Era vivaracha, tenía naricilla de botón, pecas y una espesa melena de pelo rojo que le llegaba más allá de la cintura. Pero Shae lo aguardaba.

La chica dejó escapar una risita, le puso la mano entre los muslos y apretó.

—Me parece que este no quiere esperar a la próxima vez —anunció—. Me parece que quiere salir y contarme las pecas...

—Dancy. —Alayaya, oscura y fría, estaba en la puerta. Iba vestida con fina seda verde—. El señor ha venido a verme a mí.

Tyrion se desembarazó cariñosamente de la otra chica y se levantó. A Dancy no pareció importarle.

—La próxima vez —le recordó. Se puso un dedo entre los labios y se lo chupó.

La muchacha de piel negra lo guio escaleras arriba.

—Pobre Dancy —dijo—. Tiene quince días para conseguir que mi señor la elija. De lo contrario, Marei le ganará sus perlas negras.

Marei era una chica fría, pálida, delicada, en la que Tyrion se había fijado un par de veces. Tenía ojos verdes, piel como la porcelana y el pelo color plata muy largo y lacio. Era preciosa, pero demasiado solemne.

—No me gustaría que la pobre chica perdiera las perlas por mi culpa.

—Entonces, la próxima vez lleváosla al piso de arriba.

—Puede que lo haga.

—No creo, mi señor. —La joven sonrió.

«Es verdad —pensó Tyrion—. No lo haré. Puede que Shae no sea más que una puta, pero a mi manera le soy fiel».

Ya en la torre, mientras abría la puerta del armario, se detuvo un instante y miró a Alayaya con curiosidad.

—¿Qué haces mientras estoy fuera?

—Dormir —dijo ella mientras alzaba los brazos y se estiraba como una esbelta gata negra—. Desde que empezasteis a visitarnos estoy mucho más descansada, mi señor. Y Marei nos está enseñando a leer; quizá pronto pueda matar el tiempo con un libro.

—Dormir está muy bien —dijo—. Y los libros, aún mejor. —Le dio un rápido beso en la mejilla, bajó por el pozo y cruzó el túnel.

Al salir del establo a lomos de su picazo castrado, Tyrion oyó la música que se filtraba hasta la calle. Era agradable ver que la gente seguía cantando, incluso en medio de la guerra y el hambre. Recordó otra tonadilla, y durante un momento casi le pareció oír la voz de Tysha cantándole, como había hecho hacia ya toda una vida. Tiró de las riendas para detenerse a escuchar. La melodía no era así; la letra apenas se oía. Era otra canción, ¿y por qué no? Su dulce e inocente Tysha había sido una mentira de principio a fin, una simple puta contratada por su hermano Jaime para hacer de él un hombre.

«Ahora me he liberado de Tysha —pensó—. Me ha perseguido media vida, pero ya no la necesito, igual que no necesito a Alayaya, a Dancy, a Marei ni a los cientos de mujeres como ellas con las que me he acostado en todos estos años. Ahora tengo a Shae. A Shae».

Las puertas de la casa estaban cerradas y atrancadas. Tyrion llamó hasta que la ornamentada mirilla de bronce se abrió con un chasquido.

—Soy yo.

El hombre que le abrió era uno de los mejores hallazgos de Varys, un braavosi bizco con el labio leporino. Tyrion no había querido ver a Shae rodeada día tras día de guardias jóvenes y guapos. «Conseguidme hombres viejos, feos, con cicatrices, a ser posible impotentes —le había dicho al eunuco—. Hombres a los que les gusten los muchachitos, o las ovejas, tanto me da». Varys no había conseguido ningún partidario de las ovejas, pero sí a un estrangulador eunuco y a un par de ibbeneses tan amantes de las hachas como el uno del otro. El resto era un selecto grupo de mercenarios dignos de cualquier mazmorra, y cada uno más feo que el anterior. Cuando Varys los hizo desfilar ante él, Tyrion temió haber ido demasiado lejos, pero Shae no tuvo la menor queja. «¿Y por qué la iba a tener? Tampoco se ha quejado nunca de mí, y soy más repulsivo que todos sus guardias juntos. Quizá Shae ni siquiera vea la fealdad».

Pese a todo, Tyrion habría preferido dejar la guardia de la casa en manos de algunos de sus montañeses, tal vez los orejas negras de Chella, o los hermanos de la luna. Confiaba más en su lealtad férrea y en su sentido del honor que en la

codicia de los mercenarios. Pero era demasiado arriesgado. Todo el mundo sabía que los salvajes trabajaban para él. Si enviaba allí a los orejas negras, solo sería cuestión de tiempo antes de que la ciudad entera supiera que la mano del rey tenía una concubina.

Uno de los ibbeneses se hizo cargo de su caballo.

—¿La habéis despertado? —preguntó Tyrion.

—No, mi señor.

—Perfecto.

El fuego del dormitorio se había reducido a brasas, pero la habitación aún estaba caldeada. Shae, en sueños, se había quitado de encima las mantas y las sábanas. Yacía desnuda sobre el colchón de plumas, y el brillo tenue de la chimenea perfilaba las curvas suaves de su cuerpo juvenil. Tyrion se quedó en la puerta, bebiéndosela con los ojos. « Es más joven que Marei, más dulce que Dancy, más hermosa que Alayaya, es todo lo que necesito y mucho más». ¿Cómo era posible que una puta pareciera tan limpia, tan tierna, tan inocente?

No había tenido intención de molestarla, pero solo con verla se excitaba. Dejó caer la ropa al suelo, se subió a la cama, le abrió las piernas y la besó entre los muslos. Shae murmuró en sueños. Volvió a besarla, y lamió su dulzura secreta una y otra vez, hasta que tuvo la barba tan empapada como su coño. Cuando ella dejó escapar un suave gemido y se estremeció, se subió sobre ella, la penetró y estalló casi al instante.

Shae tenía los ojos abiertos. Sonrió y le acarició la cabeza.

—Acabo de tener un hermoso sueño, mi señor —susurró.

Tyrion le mordisqueó un pezón duro y descansó la cabeza sobre su hombro. No salió de dentro de ella. Ojalá nunca tuviera que salir de dentro de ella.

—No era un sueño —le prometió.

« Es real, todo es real —pensó—, las guerras, las intrigas, este maldito juego... Y yo estoy en el centro de todo. Yo, el enano, el monstruo, aquel del que todos se reían, el blanco de las burlas... pero ahora lo tengo todo: el poder, la ciudad y la chica. Para esto nací, y que los dioses me perdonen, pero lo amo.

» Y a ella. Y a ella» .

Fueran cuales fueran los nombres que Harren el Negro les había puesto a sus torres, habían caído en el olvido hacia ya mucho tiempo. Todos las llamaban Torre del Miedo, Torre de la Viuda, Torre Aullante, Torre de los Fantasmas y Torre de la Pira Real. Arya dormía en un nicho, en las cavernosas criptas situadas bajo la Torre Aullante, en un lecho de paja. Tenía agua para lavarse siempre que quisiera y un trozo de jabón. El trabajo era duro, pero no más que recorrer una distancia interminable todos los días. Comadreja no tenía que buscar gusanos e insectos para comer, como le había pasado a Arry. Tenía pan y guiso de cebada con trocitos de zanahoria y nabo todos los días, y cada dos semanas, un trocito de carne y todo.

Pastel Caliente comía aún mejor; aquel era su lugar, las cocinas, un edificio redondo de piedra con techo en forma de bóveda que era todo un mundo. Arya comía en una mesa de caballetes, en un sótano que utilizaba el servicio, con Weese y los otros criados, pero a veces la elegían para ayudar a llevar la comida para ellos, y en aquellas ocasiones, Pastel Caliente y ella conseguían hablar unos momentos. El muchacho era incapaz de recordar que entonces se llamaba Comadreja y seguía llamándola Arry, aunque sabía que era una niña. En cierta ocasión trató de darle a escondidas una tarta de manzana caliente, pero fue tan torpe que lo vieron dos cocineros. Le quitaron la tarta y lo golpearon con un cucharón de madera.

A Gendry lo habían asignado a la forja, y Arya rara vez lo veía. En cuanto a los demás criados de la torre, ni siquiera quería conocer sus nombres. Aquello solo servía para que sufriera todavía más cuando morían. Casi todos eran mucho mayores que ella, y estaban encantados de que no se metiera en los asuntos de nadie.

Harrenhal era gigantesco, y buena parte estaba casi en ruinas. Lady Whent había ocupado el castillo como vasalla de la casa Tully, pero solo utilizaba el tercio inferior de dos de las cinco torres, y dejó el resto abandonado. Pero había huido, y el poco servicio que quedó no bastaba ni para empezar a atender las necesidades de todos los caballeros, señores y prisioneros nobles que iban con lord Tywin, de modo que los hombres de los Lannister tenían que conseguir criados, además de alimentos. Se rumoreaba que lord Tywin planeaba devolver a Harrenhal su antigua gloria, y convertirlo en su nuevo asentamiento una vez terminara la guerra.

Weese utilizaba a Arya para transmitir recados, sacar agua y llevarles la comida, y a veces, para servir la mesa en la sala del cuartel, encima de la armería, donde comían los soldados. Pero la mayor parte de su trabajo consistía en limpiar. La planta baja de la Torre Aullante se había destinado a granero y almacén, y en las dos siguientes se alojaba parte de la guarnición, pero los pisos

superiores no se utilizaban desde hacía ochenta años. Lord Tywin había ordenado que los dejaran en condiciones habitables. Había que barrer los suelos, limpiar la mugre de las ventanas, y retirar camas podridas y sillas rotas. El piso superior estaba infestado de enormes murciélagos negros, nidos enteros, que habían sido el blasón de la casa Whent, y en los sótanos había ratas... y fantasmas; según algunos, los espíritus de Harren el Negro y sus hijos.

A Arya, aquello le parecía una tontería. Harren y sus hijos habían muerto en la Torre de la Pira Real, de ahí el nombre, así que, ¿por qué iban a cruzar el patio para perseguirla a ella? La Torre Aullante solo aullaba cuando el viento soplabía del norte, y no era nada más que el ruido del aire al pasar por las grietas de las piedras, las fisuras causadas por el calor. Si en Harrenhal había fantasmas, a ella no la habían molestado nunca. A los que temía era a los vivos: a Weese, a ser Gregor Clegane y a lord Tywin Lannister, que se había instalado en la Torre de la Pira Real, la más alta y poderosa de las torres, pese a que estaba tan inclinada por el peso de la piedra fundida que parecía una gigantesca vela a medio derretir.

Se preguntaba qué sucedería si se acercaba a lord Tywin y le confesaba que era Arya Stark, pero sabía que jamás podría acercarse tanto a él; además, nadie la creería, y Weese la mataría a palos.

Dentro de su estilo fanfarrón y miserable, Weese resultaba casi tan aterrador como ser Gregor. La Montaña aplastaba a los hombres como si fueran moscas, pero por lo general no advertía la presencia de las moscas. Weese, en cambio, siempre sabía dónde estaban, qué hacían y a veces hasta qué pensaban. Repartía golpes a la menor provocación, y tenía una perra casi tan mala como él, un animal feo y con manchas, con un olor más repugnante que ningún otro perro que Arya hubiera visto en su vida. Una vez lo vio azuzarla contra un chico encargado de limpiar letrinas que lo había hecho enfadar. La perra le arrancó un buen trozo de pantorrilla, mientras Weese se reía.

Solo tardó tres días en ganarse el lugar de honor en sus plegarias nocturnas.

—Weese —susurraba para empezar—. Dunsen, Chiswyck, Polliver, Raff el Dulce. Cosquillas y el Perro. Ser Gregor, ser Amory, ser Ilyn, ser Meryn, el rey Joffrey, la reina Cersei.

Si se olvidaba de ellos, si se olvidaba aunque solo fuera de uno de ellos, ¿cómo podría encontrarlos y matarlos?

En el camino, Arya se había sentido como una oveja, pero Harrenhal la transformó en un ratón. Con su atuendo gris de lana basta era tan gris como un ratón, y como un ratón se movía por las grietas, las rendijas y los agujeros oscuros del castillo, siempre escabulléndose del camino de los poderosos.

A veces pensaba que entre aquellos muros gruesos todos eran ratones, incluso los grandes señores y los caballeros. El gigantesco tamaño del castillo hacía que hasta Gregor Clegane pareciera pequeño. Harrenhal ocupaba un terreno tres veces más amplio que Invernalía, y los edificios eran tan enormes que apenas si

se podían comparar. En los establos cabían mil caballos; el bosque de dioses ocupaba veinte fanegas; las cocinas eran tan grandes como la sala principal de Invernalia, y la sala principal en sí, ostentosamente denominada Sala de las Cien Chimeneas, aunque solo había treinta y tantas (Arya había tratado de contarlas dos veces, pero en la primera ocasión le salieron treinta y tres, y en la segunda, treinta y cinco), era de una amplitud tal que lord Tywin podría haber dado un banquete para todo su ejército (aunque nunca lo hizo). Los muros, las puertas, las estancias, las escaleras... todo estaba construido a una escala tan inhumana que hacía a Arya recordar las historias de la Vieja Tata acerca de los gigantes que vivían más allá del Muro.

Los señores y las damas jamás se fijaban en los ratoncillos grises que correteaban bajo sus pies, de manera que Arya se enteró de todo tipo de secretos; para ello bastaba con tener las orejas bien abiertas mientras cumplía con sus obligaciones. La hermosa Pia, que trabajaba en la despensa, era una mujerzuela que se trajinaba a todos los caballeros del castillo. La esposa del carcelero estaba embarazada, pero el padre de la criatura era ser Alyn Stackspear, o tal vez un bardo llamado Wat Blancasonrisa. Lord Lefford se burlaba de los fantasmas cuando estaba a la mesa, pero por las noches siempre tenía una vela encendida junto al lecho. Jodge, el escudero de ser Dunaver, se orinaba en la cama. Los cocineros despreciaban a ser Harys Swyft y siempre escupían en su comida. Una vez hasta oyó a la criada del maestre Tothmure contarle a su hermano algo acerca de un mensaje en el que se decía que Joffrey era un bastardo, y no el rey legítimo.

—Lord Tywin le ordenó quemar la carta y no volver a hablar de esas porquerías —susurró la muchacha.

También se enteró de que los hermanos del rey Robert, Stannis y Renly, habían entrado en la guerra.

—Y los dos se dicen reyes —comentó Weese—. Ahora hay más reyes en el reino que ratas en un castillo.

Hasta los hombres de los Lannister se preguntaban cuánto tiempo podría defender Joffrey el Trono de Hierro.

—El chico no tiene ejército, solo a los capas doradas, y los que gobiernan son un eunuco, un enano y una mujer —le oyó decir a un señor menor que estaba algo borracho—. ¿De qué le van a servir en una batalla?

Y siempre se hablaba de Beric Dondarrion. Un arquero muy gordo dijo en cierta ocasión que los Titiriteros Sangrientos lo habían matado, pero los demás se rieron.

—Lorch lo mató en Cascadas Bravas, y la Montaña también lo mató dos veces. Va un venado de plata a que esta vez tampoco se queda muerto.

Arya no supo quiénes eran los Titiriteros Sangrientos hasta dos semanas más tarde, cuando el grupo de hombres más raro que había visto jamás llegó a

Harrenhal. Bajo el estandarte de una cabra negra con los cuernos ensangrentados cabalgaban hombres de piel cobriza con el pelo trenzado lleno de campanillas, lanceros a lomos de caballos a rayas blancas y negras, arqueros de mejillas empolvadas, hombres peludos y achaparrados con escudos tan velludos como ellos, otros de piel oscura con capas de plumas, un bufón flaco ataviado con vistosas prendas verdes y rosadas, espadachines con fantásticas barbas de dos puntas teñidas de verde, morado y plata, soldados armados con picas, con cicatrices de colores en las mejillas, un hombre alto con túnica de septón, otro de aspecto patriarcal con vestiduras grises de maestre, y otro que parecía enfermizo, cuya capa de cuero estaba ribeteada de cabellos rubios y largos.

A la cabeza iba un hombre flaco como un palo y muy alto, con un rostro enjuto y demacrado que parecía aún más largo a causa de la barba negra y fibrosa que le brotaba de la barbillia puntiaguda y le llegaba casi hasta la cintura. El yelmo que llevaba colgado de la silla de montar era de acero negro y tenía forma de cabeza de cabra. Llevaba una cadena al cuello hecha de monedas de muchos tamaños, formas y metales diferentes, y su montura era uno de aquellos extraños animales con rayas blancas y negras.

—No quieras saber demasiado, Comadreja —le dijo Weese cuando la vio mirar al hombre del yelmo en forma de cabeza de cabra. Weese estaba con dos de sus amigos con los que solía emborracharse, ambos soldados al servicio de lord Lefford.

—¿Quiénes son? —preguntó.

Uno de los soldados se echó a reír.

—Los Lacayos, niña. Las Pezuñas de la Cabra. Los Titiriteros Sangrientos de lord Tywin.

—No le digas esas cosas —dijo Weese—, ¿no ves que es idiota? Si la despellejan por tu culpa, te pongo a ti a fregar las escaleras esas de mierda. Son mercenarios, niña Comadreja. Se hacen llamar la Compañía Audaz. No los llames de otra manera cuando puedan oírtre, o lo lamentarás. El del yelmo de cabra es su capitán, lord Vargo Hoat.

—Lord? Y una mierda —bufó el segundo soldado—. Se lo oí decir a ser Amory. No es más que un mercenario baboso que tiene una opinión demasiado elevada de sí mismo.

—Sí —dijo Weese—, pero si quiere seguir entera, más vale que lo llame señor.

Arya volvió a mirar a Vargo Hoat. « ¿Cuántos monstruos tiene lord Tywin? ». La Compañía Audaz se alojó en la Torre de la Viuda, de manera que no le correspondía a ella atenderla, cosa de la que se alegraba: la misma noche de su llegada hubo una pelea entre los mercenarios y unos cuantos soldados Lannister. El escudero de ser Harys Swyft murió apuñalado, y dos de los Titiriteros Sangrientos resultaron heridos. A la mañana siguiente, lord Tywin los colgó de los

muros del puesto de guardia, junto con uno de los arqueros de lord Lydden. Weese dijo que el arquero era el que había empezado, porque se burló de los mercenarios por el tema de Beric Dondarrion. Después de que los ahorcados dejaran de patalear, Vargo Hoat y ser Harys se abrazaron, se besaron y se juraron amistad eterna, bajo la mirada atenta de lord Tywin. A Arya le parecieron muy divertidos los ceceos de Vargo Hoat y su manera de babear, pero no era tan tonta como para reírse.

Los Titiriteros Sangrientos no permanecieron mucho tiempo en Harrenhal, pero antes de que partieran de nuevo a caballo, Arya oyó a uno contar que un ejército norteño comandado por Roose Bolton había ocupado el Vado Rubí del Tridente.

—Si cruza, lord Tywin lo aplastará otra vez, igual que hizo en el Forca Verde —comentó un arquero Lannister. Pero sus compañeros se burlaron de él.

—Bolton no cruzará nunca, a menos que el Joven Lobo salga de Aguasdulces con sus norteños salvajes y sus lobos.

Arya no sabía que su hermano estuviera tan cerca. Aguasdulces estaba mucho más próximo que Invernalia, aunque no sabía bien en qué dirección se encontraba en relación con Harrenhal. «Podría averiguarlo, estoy segura, si pudiera salir de aquí... —Al pensar en ver de nuevo el rostro de Robb, Arya tuvo que morderse el labio—. Y también quiero ver a Jon, a Bran, a Rickon y a mi madre. Hasta a Sansa... le daré un beso y le pediré excusas como una dama, eso le encantará».

Por las charlas en el patio se había enterado de que en las habitaciones de la parte superior de la Torre del Miedo se alojaban tres docenas de prisioneros, capturados en el Forca Verde del Tridente. La mayoría tenía libertad para recorrer el castillo, porque había jurado no intentar escapar.

«Juraron no escapar —se dijo Arya—, pero no dijeron nada sobre ayudarme a escapar a mí».

Los prisioneros comían en una mesa que tenían asignada en la Sala de las Cien Chimeneas, y los veía a menudo por el castillo. Había cuatro hermanos que se entrenaban juntos todos los días, luchando con palos y escudos de madera en el Patio de la Piedra Líquida. Tres de ellos eran Frey del Cruce, y el cuarto, su hermano bastardo. Pero no estuvieron allí mucho tiempo: una mañana llegaron dos hermanos más, bajo un estandarte de paz con un cofre de oro, y pagaron el rescate a los caballeros que los habían capturado. Los seis Frey se fueron juntos.

Pero por los norteños nadie pagaba rescate. Pastel Caliente le dijo que había un señor menor muy gordo que rondaba siempre por las cocinas en busca de algún bocado. Tenía un bigote tan poblado que le cubría la boca, y el broche con que se sujetaba la capa tenía forma de tridente de plata y zafiros. Pertenecía a lord Tywin. En cambio, el joven barbudo de aspecto fiero que paseaba a solas por las almenas, con una capa negra con dibujos en forma de soles blancos, era

prisionero de un caballero errante que pensaba hacerse rico gracias a él. Sansa habría sabido quién era aquel, y también el gordo, pero Arya nunca había mostrado demasiado interés por los títulos y los blasones. Siempre que la septa Mordane hablaba sobre la historia de una casa u otra, ella se dedicaba a soñar despierta y a preguntarse si faltaría mucho para que terminara la lección.

En cambio, sí recordaba a lord Cerwyn. Sus tierras estaban muy cerca de Invernalia, de manera que él y su hijo Cley los visitaban a menudo. Pero, como por obra del destino, era el único prisionero al que no veía nunca: estaba en cama, en la celda de su torre, recuperándose de una herida. Arya se pasó días y días buscando la manera de pasar entre los guardias de la puerta sin ser vista para ir a visitarlo. Si la reconocía, el honor lo obligaría a ayudarla. Seguro que tendría oro, como todos los señores. Tal vez pudiera pagar a algunos mercenarios de lord Tywin para que la llevaran a Aguasdulces. Su padre decía siempre que la mayoría de los mercenarios traicionaría a quien fuera por oro.

Pero una mañana vio a tres mujeres con las túnicas grises y las capuchas de las hermanas silenciosas, que estaban cargando un cadáver en su carromato. El cuerpo estaba envuelto en una capa de la más fina seda, decorada con el emblema del hacha de batalla. Cuando Arya preguntó qué de quién se trataba, uno de los guardias le dijo que lord Cerwyn había muerto aquella noche. La noticia le cayó como una patada en el vientre. «Da igual, no habría podido ayudarte —pensó mientras las hermanas salían por la puerta con el carromato—. Ni siquiera pudo ayudarse a sí mismo, ratón estúpido».

De manera que vuelta a fregar, vuelta a escabullirse del paso de los señores, vuelta a escuchar detrás de las puertas. Oyó que lord Tywin atacaría pronto Aguasdulces. O tal vez marcharía hacia el sur en dirección a Altojardín; aquello no se lo esperaría nadie. No, debía defender Desembarco del Rey; Stannis era el que presentaba la mayor amenaza. Enviaría a Gregor Clegane y a Vargo Hoat a acabar con Roose Bolton y así quitarse el puñal de la espalda. Iba a mandar cuervos al Nido de Águilas; tenía intención de casarse con lady Lysa Arryn y dominar el Valle. Había comprado una tonelada de plata para forjar espadas mágicas que pudieran matar a los Stark, esos cambiapieles. Había escrito a lady Stark para firmar la paz, y el Matarreyes no tardaría en estar libre.

Aunque los cuervos iban y venían a diario, lord Tywin se pasaba la mayor parte del día encerrado con su consejo de guerra. Arya lo veía a veces, pero siempre de lejos: una vez, recorriendo las murallas en compañía de tres maestres y el prisionero gordo del bigote poblado, otra, cabalgando hacia el sur con sus señores vasallos para visitar los campamentos, y sobre todo, de pie en los arcos de la galería cubierta, desde donde observaba como los hombres se entrenaban en el patio de abajo. Solía adoptar siempre la misma postura, erguido y con las dos manos sobre el pombo de oro de su espada. Se decía que lord Tywin amaba el oro más que nada en el mundo; que hasta cagaba oro, como bromeó en cierta

ocasión un escudero. El señor de Lannister parecía fuerte para su edad; tenía los bigotes dorados muy rígidos, y nada de pelo en la cabeza. En su rostro había algo que a Arya le recordaba a su padre, aunque no se parecían en nada. « Tiene cara de señor, eso es», se dijo. Se acordaba de cuando su madre le decía a su padre que pusiera cara de señor y fuera a zanjar un asunto u otro. Su padre se reía. No se imaginaba a lord Tywin riéndose de nada.

Una tarde, mientras esperaba a que le tocara el turno de sacar un cubo de agua del pozo, oyó el gemido de las bisagras de la puerta este. Una partida de hombres a caballo entró al trote bajo el rastrillo. Al ver la manticora del escudo de su jefe, la recorrió una puñalada de odio.

A la luz del día, ser Amory Lorch no tenía un aspecto tan aterrador como cuando lo iluminaban las antorchas, pero los ojillos porcinos eran los mismos que ella recordaba. Una de las mujeres comentó que aquellos hombres habían rodeado el lago en persecución de Beric Dondarrion y habían matado rebeldes.

« Nosotros no éramos rebeldes —pensó Arya—. Éramos la Guardia de la Noche, y la Guardia de la Noche no toma partido». Ser Amory iba con menos hombres de los que recordaba, y muchos estaban heridos. « Ojalá se les infecten las heridas. Ojalá se mueran todos» .

Entonces se fijó en tres que iban casi al final de la columna.

Rorge se había puesto un medio yelmo con una pieza ancha de hierro en el centro, de manera que casi no se notaba que no tenía nariz. Mordedor cabalgaba a su lado, a lomos de un corcel que parecía a punto de derrumbarse bajo su peso. Tenía el cuerpo cubierto de quemaduras a medio curar que le daban un aspecto más repulsivo que nunca.

Pero Jaqen H'ghar seguía sonriendo. Su ropa estaba sucia y harapienta, pero le había dado tiempo a lavarse y cepillarse el cabello, que le caía sobre los hombros rojo y blanco, brillante. Arya oyó las risitas admiradas de las chicas.

« Debió dejar que se quemaran. Gendry me lo dijo; debí hacerle caso. —Si no les hubiera lanzado aquella hacha, estarían todos muertos. Durante un instante tuvo miedo, pero pasaron a caballo junto a ella sin mostrar el menor interés. El único que miró en su dirección fue Jaqen H'ghar, pero ni siquiera se fijó en ella —. No me conoce —pensó—. Arry era un muchachito fiero con una espada, y yo soy una niña gris ratón con un cubo» .

Se pasó el resto del día fregando las escaleras en la Torre Aullante. Al anochecer tenía las manos en carne viva y le sangraban, y los brazos, tan magullados que le temblaban al volver con el cubo a la cripta. Estaba demasiado cansada para cenar, así que le pidió a Weese que la disculpara y se arrastró hasta su lecho de paja.

—Weese —bostezó—. Dunsen, Chiswyck, Polliver, Raff el Dulce. Cosquillas y el Perro. Ser Gregor, ser Amory, ser Ilyn, ser Meryn, el rey Joffrey, la reina Cersei.

Pensó que podría añadir tres nombres más a su plegaria, pero estaba tan agotada que no podría decírselo aquella noche.

Arya estaba soñando con lobos que corrían libres y salvajes por el bosque cuando una mano fuerte le tapó la boca como una piedra cálida y suave, sólida, inamovible. Despertó al instante y se debatió.

—Chica no dice nada —susurró una voz junto a su oído—. Chica mantiene la boca cerrada, nadie oye, y amigos pueden hablar en secreto. ¿Sí?

El corazón le latía a toda velocidad, pero Arya consiguió asentir.

Jaqen H'ghar apartó la mano. La cripta estaba en la oscuridad más absoluta, y no podía ver el rostro del hombre, aunque lo tenía a unos dedos. Pero alcanzaba a olerlo; su piel olía a limpio, a jabón, y se había aromatizado el pelo.

—Chico se convierte en chica —murmuró.

—Siempre fui una chica. Pensé que no me habías visto.

—Uno ve. Uno sabe.

—Me has asustado. —Arya recordó que lo odiaba—. Ahora eres uno de ellos. Debi dejar que te quemaras. ¿Qué haces aquí? Lárgate o llamo a Weese.

—Uno paga sus deudas. Uno debe tres.

—¿Tres?

—El Dios Rojo tiene sus reglas, hermosa niña, y solo la muerte puede pagar la vida. La niña cogió tres que estaban en manos del dios. La niña debe entregar tres en su lugar. Solo tienes que decir los nombres, uno se encargará del resto.

«Quiere ayudarme», comprendió Arya con un ramalazo de esperanza que casi la hizo marearse.

—Llévame a Aguasdulces. No está lejos; si robamos unos caballos, podríamos...

El hombre le puso un dedo sobre los labios.

—Tres vidas obtendrás de mí. Ni más ni menos. Tres y todo termina. Así que niña debe pensar. —Le dio un beso suave en el pelo—. Pero no mucho tiempo.

Cuando Arya pudo encender el cabo de vela que tenía junto al lecho, del hombre quedaba solamente un tenue aroma a jengibre y a clavo prendido en el aire. La mujer que dormía en el nicho de al lado se giró en la paja y protestó por la luz, así que Arya la apagó. Cuando cerró los ojos, vio rostros que se movían ante ella: Joffrey y su madre, Ilyn Payne y Meryn Trant, Sandor Clegane... pero estaban en Desembarco del Rey, a cientos de leguas, y ser Gregor solo había permanecido allí unos pocos días antes de partir en una nueva expedición. Además se había llevado a Raff, a Chiswyck y a Cosquillas. En cambio, ser Amory Lorch estaba allí, y lo odiaba casi tanto como a los otros, ¿no? No estaba segura. Y siempre quedaba Weese.

Volvió a pensar en él a la mañana siguiente, cuando la falta de sueño la hizo bostezar.

—Comadreja —ronroneó Weese—, la próxima vez que te vea abrir la boca

te arranco la lengua y se la echo de comer a mi perra.

Le retorció la oreja para asegurarse de que lo había oido, y le dijo que siguiera limpiando escaleras, que quería que estuvieran brillantes hasta el tercer rellano antes de que anocheciera.

Mientras trabajaba, Arya pensaba en las personas a las que le gustaría ver muertas. Hacia como si viera sus rostros en los peldaños, y frotaba con más fuerza para borrarlos. Los Stark estaban en guerra con los Lannister, y ella era una Stark, así que debía matar a tantos como pudiera, porque las guerras eran así. Pero no confiaba en Jaqen. « Debería matarlos yo misma». Cuando su padre condenaba a muerte a un hombre, él mismo ejecutaba la sentencia con *Hielo*, su mandoble.

—Si le vas a quitar la vida a un hombre, tienes un deber para con él, y es mirarlo a los ojos y escuchar sus últimas palabras —había oido que les decía en cierta ocasión a Robb y a Jon.

Al dia siguiente y al otro evitó a Jaqen H'ghar. No le costó mucho. Era menuda, y Harrenhal, muy grande, lleno de sitios donde se podía esconder un ratón.

Y entonces regresó ser Gregor, antes de lo esperado. En aquella ocasión llevaba un rebaño de cabras en vez de un rebaño de prisioneros. Arya se enteró de que había perdido cuatro hombres en una de las incursiones nocturnas de lord Beric, pero los que ella detestaba habían vuelto ilesos, y ocuparon el segundo piso de la Torre Aullante. Weese se encargó de que tuvieran bebida abundante.

—Esos siempre tienen sed —gruñó—. Comadreja, sube a preguntarles si quieren que les remienden alguna ropa. Y que se encarguen las mujeres.

Arya subió corriendo por sus escaleras bien fregadas. Nadie le prestó atención cuando entró. Chiswyck estaba sentado junto a la chimenea, con un cuerno de cerveza en una mano, contando una de sus historias jocosas. No se atrevió a interrumpir; no quería que le partieran la boca.

—Fue después del torneo de la mano, antes de que empezara la guerra —decía Chiswyck—. Volvíamos hacia el oeste los siete, con ser Gregor. Raff iba conmigo, y también el joven Joss Stilwood, que había sido el escudero de ser Gregor en las lizas. Pues vamos y nos encontramos con ese río de meados, que bajaba bien crecido por las lluvias. Imposible vadearlo, pero resulta que hay una taberna al lado, así que ahí nos metemos. Ser Gregor va y le dice al tabernero que nos siga llenando los cuernos hasta que bajen las aguas, y deberíais haber visto cómo le brillaban los ojos de cerdo a aquel tipo en cuanto vio la plata. Así que él y su hija van y nos sirven cerveza, y resulta que era floja, un meado, no me gusta nada y a ser Gregor, menos. Y el cervecero todo el rato diciendo lo contento que está de que estemos ahí, que tiene pocos clientes últimamente por las lluvias. El muy idiota no cerraba la boca, imaginad, aunque ser Gregor no decía ni palabra, no dejaba de pensar en el Caballero de las Lilas y el truco sucio

que le hizo. Ya sabéis la manera esa que tiene de apretar la boca, así que yo y los otros que lo conocemos no decimos nada, pero el tabernero venga a hablar, y entonces va y pregunta que cómo le ha ido a mi señor en las justas. Y ser Gregor nada, solo lo miraba. —Chiswyck se rio a carcajadas, apuró la cerveza y se limpió la espuma con el dorso de la mano—. Y mientras, su hija venga a servirnos cerveza, una gordita, unos dieciocho años tendría...

—Qué dices, trece como mucho —farfulló Raff el Dulce.

—Qué más da los que tuviera, el caso es que no era gran cosa, pero Eggon había bebido, y va y la toca, y yo también la sobo un poco, y Raff venga a decirle al joven Stilwood que tendría que llevarse a la chica al piso de arriba y hacerse un hombre, como dándole ánimos al chico. Por fin va Joss y le mete mano por debajo de la falda, la chica chilla, suelta la jarra de cerveza y se va corriendo a la cocina. Pues ahí que habría terminado todo, pero va el viejo idiota y le dice a ser Gregor que nos diga que dejemos en paz a la chica, porque es un caballero ungido y esas cosas.

» Ser Gregor, que no estaba haciendo caso de la juerga, va y lo mira, ya sabes cómo mira él, y ordena que lleven allí a la chica; el viejo va y la tiene que traer, y la culpa era toda suya. Ser Gregor la mira y va y dice: “Así que esta es la puta por la que tan preocupado estás”, y el muy idiota va y dice: “Mi Layna no es ninguna puta, mi señor”, y va y se lo dice a la cara. El otro ni pestanea, solo va y dice: “Pues ahora lo es”, y le tira al viejo otra moneda de plata, le arranca la ropa a la tía y la toma allí mismo encima de la mesa, delante de su papáito; la tía no hacía más que retorcerse como un conejo, y venga a hacer ruidos. Si hubierais visto la cara del viejo... Me reí tanto que se me salió la cerveza por la nariz. Luego llega el chico al oír el ruido, me figuro que sería el hijo; pues va y sube corriendo de las bodegas, y Raff tuvo que clavarle el puñal en la barriga. Cuando ser Gregor termina, se pone a beber otra vez y los demás nos turnamos. Tobbot, que ya sabéis cómo es él, va y le da la vuelta a la chica y se la folla por detrás. La chica ya no se retorcía, a lo mejor le estaba gustando ya, aunque la verdad, a mí no me habría importado que se moviera un poco. Y ahora viene lo mejor... Cuando terminamos, ser Gregor le dice al viejo que quiere el cambio. Que la chica no valía una moneda de plata... ¡y no va el viejo y le da un puñado de monedas de cobre, le pide perdón y le agradece la visita!

Todos estallaron en carcajadas, las más fuertes las de Chiswyck, que se rio tanto de su anécdota que le salieron mocos de la nariz y se le quedaron pegados en la áspera barba canosa. Arya, de pie en las sombras de la escalera, lo miró fijamente. Volvió a bajar a las criptas sin decir palabra. Cuando Weese se enteró de que no les había preguntado lo de la ropa, le bajó los calzones y le dio tal paliza con la vara que la sangre le corrió por los muslos, pero Arya cerró los ojos y pensó en los dichos que Syrio le había enseñado, de manera que apenas si la sintió.

Dos noches más tarde, la envió a la Sala de los Cuarteles para servir la mesa. Llevaba un jarro de vino y estaba sirviéndolo cuando vio a Jaqen H'ghar, con su pedazo de pan lleno de guiso, al otro lado del pasillo. Arya se mordió el labio y miró a su alrededor, para asegurarse de que Weese no estaba en las proximidades. «El miedo hiere más que las espadas», se dijo.

Dio un paso, luego otro, y con cada uno se sentía menos ratón. Fue recorriendo el banco, llenando copas de vino. Rorge estaba sentado a la derecha de Jaqen, borracho como una cuba, y no se fijó en ella. Arya se inclinó hacia delante.

—Chiswyck—susurró al oído de Jaqen.

El lorathi no dio muestras de haberla oído.

Cuando tuvo el jarro vacío, Arya bajó corriendo a la bodega para volver a llenarlo de la cuba y volvió a servir. Nadie murió de sed en el intervalo, ni advirtió su breve ausencia.

Al día siguiente no sucedió nada, y tampoco al otro, pero al tercero, Arya fue a las cocinas con Weese para recoger su cena.

—Anoche se cayó del adarve uno de los hombres de la Montaña, y el muy imbécil se rompió el cuello —oyó que le decía Weese a una de las cocineras.

—Estaría borracho —replicó la mujer.

—No más que de costumbre. Hay quien dice que el fantasma de Harren lo tiró. —Dejó escapar un bufido para demostrar lo que opinaba él de aquellas ideas.

«No fue Harren —habría querido decir Arya—. Fui yo. —Había matado a Chiswyck con un susurro, y antes de que todo terminara mataría a dos más—. Yo soy el fantasma que hay en Harrenhal», pensó. Y aquella noche tuvo un nombre menos que odiar.

El lugar de reunión era una extensión de hierba salpicada de setas color gris claro, y de cuando en cuando, de los tocones frescos de los árboles talados.

—Somos los primeros, mi señora —dijo Hallis Mollen cuando detuvieron los caballos entre los tocones, a solas entre los dos ejércitos.

En la lanza que llevaba ondeaba el estandarte de la casa Stark. Desde allí, Catelyn no alcanzaba a ver el mar, pero sentía que estaba muy próximo. El olor de la sal impregnaba el viento que soplabía desde el este.

Los forrajeadores de Stannis Baratheon habían talado los árboles para construir torres de asalto y catapultas. Catelyn se preguntó cuántos años había tenido aquel bosque, y si Ned habría descansado allí cuando guio su ejército hacia el sur para levantar el último asedio de Bastión de Tormentas. Aquel día había logrado una gran victoria, más grande aún porque no había necesitado derramamiento de sangre.

«Quieran los dioses que yo pueda lograr lo mismo», rezó. Sus vasallos pensaban que ir allí había sido una locura.

—No es nuestra guerra, mi señora —había dicho ser Wendel Manderly—. Sé que el rey no querría que su madre se pusiera en peligro.

—Todos estamos en peligro —replicó ella, tal vez en tono demasiado brusco—. ¿Creéis que yo deseo estar aquí, ser Wendel? —«Mi lugar está en Aguas dulces con mi padre moribundo, en Invernalia con mis hijos»—. Robb me envió al sur para hablar en su nombre, y en su nombre voy a hablar.

Catelyn sabía que no sería fácil pactar la paz entre aquellos dos hermanos, pero por el bien del reino tenía que intentarlo. Al otro lado de los campos encharcados por la lluvia y de los riscos alcanzaba a ver el gran castillo de Bastión de Tormentas, que se alzaba hacia el cielo de espaldas al mar, que ella no podía ver desde donde se encontraba. Bajo aquella masa de piedra color gris claro, el ejército circundante de lord Stannis Baratheon parecía tan pequeño e insignificante como un grupo de ratones con estandartes.

Según las canciones, Bastión de Tormentas se erigió en los antiguos tiempos por obra de Durran, el primer Rey de la Tormenta, que se había ganado el amor de la hermosa Elenei, hija del dios marino y la diosa del viento. En su noche de bodas, Elenei entregó su virginidad al amor de un mortal, y por tanto se condenó a perecer como mortal también ella. Sus padres, dolidos, desencadenaron su ira y enviaron vientos y aguas para derribar la fortaleza de Durran. Sus hermanos, sus amigos y los invitados de la boda murieron aplastados por los muros o los arrastró el mar, pero Elenei escudó a Durran entre sus brazos para que no sufriera daño alguno, y cuando llegó el amanecer, él les declaró la guerra a los dioses y juró que reconstruiría su castillo.

Cinco castillos erigió, cada uno mayor que el anterior, y los cinco vio caer

cuando aullaban los vientos procedentes de la bahía de los Naufragios, que empujaban ante ellos inmensos muros de agua. Sus señores le suplicaron que construyera tierra adentro; sus sacerdotes le dijeron que tenía que aplacar a los dioses, que debía devolver a Elenei al mar; hasta el pueblo le rogaba que cejara en su empeño. Durran no escuchó a nadie. Un séptimo castillo erigió, el más gigantesco de todos. Hubo quien dijo que los hijos del bosque lo ayudaron a crearlo, que les dieron forma a las piedras con su magia; otros dijeron que un chiquillo le explicó qué debía hacer, un chiquillo al que más tarde conocería el mundo como Bran el Constructor. Se contara como se contara la historia, el final era siempre el mismo: el séptimo castillo resistió, desafiante, y Durran Pesardedioses y la hermosa Elenei vivieron allí juntos hasta el fin de sus días.

Los dioses no olvidan, y los vendavales procedentes del mar Angosto seguían soplando rabiosos. Pero Bastión de Tormentas, un castillo sin igual, resistió durante siglos y durante decenas de siglos. Su gran muralla exterior media cincuenta varas de altura, maciza, sin aspilleras ni poternas, toda redondeada, curva, lisa, con las piedras encajadas con tanta habilidad que no quedaba ni una hendidura, ni un ángulo, ni una grieta por la que pudiera colarse el viento. Se decía que la muralla tenía veinte varas de espesor en su punto más delgado, y casi cuarenta en la cara que daba al mar, una estructura doble de piedra rellena de arena y guijarros. En aquella poderosa mole se cobijaban las cocinas, establos y patios, a salvo del viento y de las olas. Solo tenía una torre, un edificio colossal sin ventanas en la cara que daba al mar, tan grande que allí estaban tanto los graneros y los barracones como la sala para banquetes y las habitaciones del señor. En la parte superior, las gigantescas almenas le daban el aspecto de un puño con púas en lo alto de un brazo alzado.

—Mi señora —la llamó Hal Mollen. Dos jinetes acababan de salir del pequeño campamento situado bajo el castillo, y se acercaban a ellos a paso lento —. Debe de ser el rey Stannis.

—Sin duda.

Catelyn los observó acercarse. «Será Stannis, pero no lleva el estandarte de la casa Baratheon». Era de color amarillo brillante, no dorado como las enseñas de Renly, y el dibujo era rojo, aunque desde allí no se distinguía la forma.

Renly iba a ser el último en llegar. Se lo había dicho en persona cuando ella se puso en marcha. No tenía intención de montar a caballo mientras no viera a su hermano en camino. El primero en llegar tendría que esperar al otro, y Renly no esperaría.

«A esto juegan los reyes», se dijo. Pues ella no era ninguna reina, de manera que no tenía por qué jugar. Y en cuestión de esperar, Catelyn tenía mucha práctica.

Cuando estuvo más cerca, vio que Stannis llevaba una corona de oro rojo con las puntas en forma de llamas. Su cinturón estaba adornado con granates y un

topacio amarillo, y en el pomo de su espada se veía un gran rubí cuadrangular. El resto de su atuendo era sencillo: chaleco de cuero claveteado sobre un jubón guateado, botas usadas y calzones de hilo basto. El estandarte amarillo como el sol mostraba la imagen de un corazón rojo rodeado de llamas de fuego anaranjado. También se veía el venado coronado, sí... encogido, diminuto, dentro del corazón. Y más curioso aún era quién llevaba el estandarte: una mujer ataviada de rojo, con el rostro casi oculto por la capucha de su capa escarlata. «Una sacerdotisa roja», pensó Catelyn, intrigada. Era una secta numerosa y con gran poder en las Ciudades Libres y en el lejano este, pero en los Siete Reinos había muy pocos miembros.

—Lady Stark —saludó Stannis Baratheon con cortesía gélida, al tiempo que tiraba de las riendas. Inclinó la cabeza. Estaba más calvo de lo que Catelyn recordaba.

—Lord Stannis —saludó ella a su vez. Bajo la barba recortada, la fuerte mandíbula se apretó, pero no le exigió ningún título. Catelyn se sintió agradecida.

—No pensaba encontrarlos en Bastión de Tormentas.

—No pensaba estar aquí.

—Lamento la muerte de vuestro señor —dijo. Los ojos hundidos la observaron con incomodidad. Las expresiones corteses de rigor no le salían fácilmente—, aunque Eddard Stark no era mi amigo.

—Tampoco fue vuestro enemigo, mi señor. Cuando lord Tyrell y lord Redwyne os tenían prisionero en ese castillo y os mataban de hambre, fue Eddard Stark quien rompió el asedio.

—Por orden de mi hermano, no por afecto hacia mí —replicó Stannis—. Lord Eddard cumplió con su deber, no lo niego. ¿Acaso hice yo menos? Yo debí ser la mano de Robert.

—Fue la voluntad de vuestro hermano. Ned jamás deseó ese cargo.

—Pero lo aceptó. Aceptó lo que debió ser para mí. De todos modos, os doy mi palabra de que haré justicia con sus asesinos.

«Cómo les gusta a estos reyes prometer cabezas».

—Vuestro hermano me ha prometido lo mismo. Pero os seré sincera, preferiría recuperar a mis hijas, y dejar la justicia en manos de los dioses.

—Si vuestras hijas se encuentran en la ciudad cuando la tome, os las enviaré.

«Vivas o muertas», parecía implicar su tono de voz.

—¿Y cuándo será eso, lord Stannis? Desembarco del Rey está cerca de vuestro Rocadragón, pero os encuentro aquí.

—Veo que sois franca, lady Stark. Muy bien; entonces os hablaré yo también con franqueza. Para tomar la ciudad necesito el poder de esos señores sureños que veo al otro lado del campo. Están con mi hermano. Debo arrebatárselos.

—Los hombres le entregan su lealtad a quien quieren, mi señor. Esos hombres les juraron lealtad a Robert y a la casa Baratheon. Si vuestro hermano y vos

pudiera zanjar esta disputa...

—No tengo ninguna disputa pendiente con Renly, siempre que cumpla con su deber. Soy su hermano mayor y su rey; quiero lo que me corresponde por derecho. Renly me debe lealtad y obediencia. Son dos cosas que pienso obtener, de él y de esos otros señores. —La miró fijamente—. ¿Qué os trae a este campo, mi señora? ¿Acaso la casa Stark se ha aliado con mi hermano?

«Este no cederá jamás», pensó, pero tenía que intentarlo de todos modos. Había demasiado en juego.

—Mi hijo es el Rey en el Norte, por voluntad de nuestros señores y nuestro pueblo. No dobla la rodilla ante nadie, pero les tiende una mano amiga a todos.

—Los reyes no tienen amigos —replicó Stannis con aspereza—. Solo súbditos y enemigos.

—Y hermanos —dijo una voz alegre detrás de Catelyn.

Se volvió para mirar y vio cómo el palafrén de lord Renly se acercaba a ella entre los tocones. El más joven de los Baratheon tenía un aspecto espléndido con su jubón de terciopelo verde y la capa de seda ribeteada en piel de marta. La corona de rosas doradas le ceñía las sienes, y la cabeza de venado en jade le sobresalía por encima de la frente, sobre el largo pelo negro. Se adornaba el cinturón del que colgaba la espada con diamantes negros, y el cuello, con una cadena de oro y esmeraldas.

Renly también había elegido a una mujer para llevar su estandarte, aunque Brienne se ocultaba el rostro y el cuerpo tras una armadura que no dejaba distinguir su sexo. En su lanza de cinco varas, el viento hacía ondear el venado coronado rampante, negro sobre oro.

—Lord Renly. —El saludo de su hermano fue brusco y lacónico.

—Rey Renly. ¿De verdad eres tú, Stannis?

—¿Quién si no? —preguntó Stannis con el ceño fruncido.

—Con ese estandarte, ¿cómo voy a estar seguro? —Renly se encogió de hombros—. ¿De quién es ese blasón que llevas?

—Es mío.

—El rey ha tomado como blasón el corazón llameante del Señor de Luz —intervino la sacerdotisa vestida de rojo.

—Estupendo. —Aquellos pareció hacerle mucha gracia—. Si los dos lleváramos el mismo estandarte, la batalla sería muy confusa.

—Esperemos que no haya batalla —dijo Catelyn—. Los tres compartimos un enemigo común que nos destruiría a todos.

—El Trono de Hierro me corresponde por derecho. —Stannis la miró sin sonreír—. Todo el que lo niegue es mi enemigo.

—El reino entero lo niega, hermano —dijo Renly—. Los viejos lo niegan con su último aliento; los bebés lo niegan en los vientres de sus madres antes de nacer. Lo niegan en Dorne y lo niegan en el Muro. Nadie te quiere como rey. Lo siento.

—Juré que no trataría contigo mientras llevaras puesta esa corona de traidor —dijo Stannis después de apretar las mandíbulas, con el rostro tenso—. Ojalá hubiera cumplido mi juramento.

—Esto es una locura —intervino Catelyn con brusquedad—. Lord Tywin está en Harrenhal con veinte mil espadas. Los que quedan del ejército del Matarreyes se han reagrupado en el Colmillo Dorado; otro ejército Lannister se reúne a la sombra de Roca Casterly, y Cersei y su hijo tienen Desembarco del Rey y vuestro querido Trono de Hierro. Los dos os decís reyes, pero el reino se desangra y solo mi hijo ha alzado una espada para defenderlo.

—Vuestro hijo ha ganado unas pocas batallas; yo ganaré la guerra. Los Lannister pueden esperar al momento que me convenga.

—Si tienes alguna propuesta, hazla —cortó Stannis—, o me iré.

—Muy bien —dijo Renly—, propongo que desmontes, hinques la rodilla en tierra y me jures lealtad.

—Eso jamás. —Stannis se tragó la rabia.

—Serviste a Robert, ¿por qué a mí no?

—Robert era mi hermano mayor. Tú eres el menor.

—El menor, el más valiente y, desde luego, el más guapo...

—Y un ladrón, un usurpador.

—Los Targaryen llamaban usurpador a Robert. Por lo visto, pudo soportar esa vergüenza. Lo mismo haré yo.

« Esto es inútil» .

—¿Estáis oyendo lo que decís? ¡Si fuerais mis hijos, os haría chocar las cabezas y os encerraría en un dormitorio hasta que recordarais que sois hermanos!

—Sois demasiado arrogante, lady Stark —Stannis la miraba con el ceño fruncido—. Yo soy el rey legítimo, y vuestro hijo es tan traidor como mi hermano. También le llegará su hora.

La amenaza directa atizó la ira de Catelyn.

—Sois muy rápido a la hora de decir que los demás son traidores y usurpadores, mi señor, pero ¿en qué os diferenciáis de ellos? Decís que solo vos sois el legítimo rey, pero creo recordar que Robert tenía dos hijos. Según todas las leyes de los Siete Reinos, el príncipe Joffrey es su heredero, y luego Tommen... Y todos los demás somos traidores, aunque tengamos excelentes motivos.

—Tendrás que perdonar a lady Catelyn, Stannis —dijo Renly entre risas—. Viene de Aguasdulces; ha sido un viaje muy largo. Supongo que no ha leído tu cartita.

—Joffrey no es hijo de mi hermano —dijo Stannis, tajante—. Y Tommen tampoco. Son bastardos, igual que la niña. Los tres son abominaciones nacidas del incesto.

Catelyn se quedó sin palabras. « No es posible; ni siquiera Cersei puede estar

tan loca».

—¡No es una bonita historia, mi señora? —preguntó Renly—. Estaba acampado en Colina Cuerno cuando lord Tarly recibió esa carta, y la verdad sea dicha, me dejó sin aliento. —Sonrió a su hermano—. Nunca te creí tan astuto, Stannis. Si fuera cierto, serías de verdad el heredero de Robert.

—¿Si fuera cierto? ¿Me estás llamando mentiroso?

—¿Puedes demostrar una palabra de esa fábula?

Stannis rechinó los dientes.

«Seguro que Robert no lo sabía —pensó Catelyn—, o habría mandado cortarle la cabeza a Cersei de inmediato».

—Lord Stannis —dijo—, si sabíais que la reina era culpable de un crimen tan monstruoso, ¿por qué guardasteis silencio?

—No guardé silencio —declaró Stannis—. Le expuse mis sospechas a Jon Arryn.

—¿En vez de decírselo a vuestro hermano?

—Mi hermano nunca me tuvo en consideración —dijo Stannis—. De mi boca, esas acusaciones habrían parecido fruto del rencor y de la ambición, como manera de situarme en la línea sucesoria. Pensé que Robert estaría mejor dispuesto a escuchar si los cargos los presentaba Jon Arryn, a quien apreciaba.

—Ah —dijo Renly—. Así que tenemos la palabra de un muerto.

—¿Acaso crees que su muerte fue una coincidencia, ciego estúpido? Cersei lo hizo envenenar por miedo a que la descubriera. Lord Arryn había estado recogiendo ciertas pruebas...

—Que sin duda murieron con él. Todo un inconveniente.

—En una carta que me envió a Invernalia, mi hermana Lysa acusaba a la reina de matar a su esposo —reconoció Catelyn, que estaba recordando cosas, juntando piezas—. Después, en el Nido de Águilas, le echó la culpa a Tyrion, el hermano de la reina.

—Si pisáis un nido de víboras —dijo Stannis con un bufido—, ¿acaso importa cuál os muerde primero?

—Esta charla sobre incestos y serpientes es muy amena, pero no cambia nada. Puede que tú tengas más derecho, Stannis, pero yo tengo un ejército mayor. —Renly metió la mano entre los pliegues de su capa. Stannis lo vio, y echó mano al pomo de su espada, pero antes de que pudiera desenfundar el acero, su hermano sacó... un melocotón—. ¿Quieres uno, hermano? —preguntó Renly con una sonrisa—. Son de Altojardín. En tu vida has probado nada tan dulce, te lo garantizo.

Le dio un mordisco, y los jugos le corrieron por las comisuras de la boca. Stannis estaba echando chispas.

—No he venido aquí a comer fruta.

—¡Mis señores! —gritó Catelyn—. Deberíamos estar negociando las

condiciones de una alianza, no intercambiando pullas.

—Nadie debería rechazar un melocotón —dijo Renly al tiempo que tiraba el hueso—. Puede que no vuelvas a tener ocasión de probarlos, Stannis. La vida es breve. Recuerda lo que dicen los Stark. Se acerca el invierno. —Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Tampoco he venido aquí para que me amenacen.

—Nadie te ha amenazado —replicó Renly—. Cuando te amenace, te enterarás, no te preocupes. Si quieres que te diga la verdad, nunca me has caído bien, Stannis, pero por nuestras venas corre la misma sangre; no querría tener que matarte. Si lo que quieras es Bastión de Tormentas, quédate la, como regalo de tu hermano. Igual que Robert me la entregó a mí, yo te la entrego.

—No puedes entregar lo que no es tuyo. Es mía por derecho.

Renly suspiró y se volvió en la silla.

—¿Qué voy a hacer con este hermano mío, Brienne? Rechaza mi melocotón, rechaza mi castillo, ni siquiera asistió a mi boda...

—Los dos sabemos que tu boda fue una farsa. Hace un año planeabas convertir a la chica en una de las rameras de Robert.

—Hace un año planeaba convertir a la chica en la reina de Robert —replicó Renly—. Pero ¿qué más da eso? El jabalí se llevó a Robert, y yo me llevé a Margaery. Por cierto, te alegrará saber que llegó a mí doncella.

—Y en tu cama seguro que muere igual.

—Oh, espero hacerle un hijo varón este mismo año. Disculpa, ¿cuántos hijos tienes tú, Stannis? Ah, sí, ya me acuerdo... ninguno. —Renly le dedicó una sonrisa inocente—. En cuanto a lo de tu hija, lo comprendo. Si mi mujer tuviera una cara como la de la tuy a, yo también enviaría a mi bufón a atenderla.

—¡Basta! —rugió Stannis—. No toleraré que te burles de mí, ¿entendido? ¡No lo toleraré! —Sacó la espada de su vaina, y el acero brilló a la escasa luz del sol con reflejos rojos, amarillos, blancos. A su alrededor, el aire parecía vibrar, como si emitiera calor.

El caballo de Catelyn relinchó y retrocedió un paso, pero Brienne se interpuso entre los hermanos, también ella con la espada en la mano.

—Guardad ese acero! —le gritó a Stannis.

«Cersei Lannister debe de estar muerta de risa», pensó Catelyn con cansancio.

—No soy despiadado —dijo con voz retumbante Stannis, cuya falta de piedad era legendaria, mientras señalaba a su hermano con la punta de la resplandeciente espada—. Y tampoco quiero ensuciar a *Dueña de la Luz* con la sangre de un hermano. Por la madre que nos engendró a los dos, te daré esta noche para reconsiderar esta locura, Renly. Guarda tus estandartes, ven a mí antes del amanecer y te entregaré Bastión de Tormentas y tu antiguo sitio en el Consejo; incluso te nombraré heredero hasta que tenga un hijo varón. De lo contrario, te

destruiré.

Renly se echó a reír.

—Tienes una espada muy bonita, Stannis, en serio, pero creo que brilla tanto que te ha estropeado la vista. Mira al otro lado de estos campos, hermano. ¿Ves todos esos estandartes?

—¿Acaso crees que unos trapos te harán rey?

—Las espadas Tyrell me harán rey. Rowan, Tarly y Caron me harán rey con el hacha, la lanza y el martillo de guerra. Las flechas Tarth y las picas de Penrose, Fossoway, Cuy, Mullendore, Estermont, Selmy, Hightower, Oakheart, Crane, Caswell, Blackbar, Morrigen, Beesbury, Shermer, Dunn, Footly... Hasta la casa Florent, los hermanos y los tíos de tu esposa. Ellos me harán rey. Toda la caballería del sur cabalga conmigo, y son la menor parte de mi fuerza. Mi infantería se acerca; son cien mil espadas, lanzas y picas. ¿Y tú me vas a destruir? ¿Con qué? ¿Con esa chusma despreciable que veo junto a las murallas del castillo? Calculo unos cinco mil, siendo generoso. Señores del bacalao, caballeros de la cebolla y mercenarios. Seguro que la mitad viene a unirse a mí antes de que empiece la batalla. Me dicen mis exploradores que tienes menos de cuatrocientos hombres a caballo; son jinetes libres con corazas que no resistirán ni un momento contra mis lanceros con armaduras. Por muy buen guerrero que te creas, Stannis, sabes que tu ejército no sobrevivirá ni a la primera carga de mi vanguardia.

—Ya lo veremos, hermano. —El mundo pareció oscurecerse un poco cuando Stannis volvió a envainar la espada—. Cuando llegue el amanecer, lo veremos.

—Espero que tu nuevo dios sea misericordioso, hermano.

Stannis dejó escapar un bufido, dio media vuelta y se alejó, desdenoso. La sacerdotisa roja tardó un instante en seguirlo.

—Meditad sobre vuestros pecados, lord Renly —dijo al tiempo que hacía girar a su caballo.

Catelyn y lord Renly cabalgaron juntos hacia el campamento, donde los miles de hombres de él y los pocos de ella aguardaban su regreso.

—Ha sido divertido, aunque de poco provecho —comentó Renly—. ¿Cómo podría hacerme con una espada como esa? Bueno, no importa, seguro que Loras me la regala después de la batalla. Es una pena que tengamos que llegar a esto.

—Tenéis una manera muy alegre de demostrar esa pena —dijo Catelyn, cuya angustia no tenía nada de fingido.

—¿Sí? —Renly se encogió de hombros—. Es posible. Confieso que Stannis nunca ha sido mi hermano querido. ¿Creéis que eso que dice es verdad? Si Joffrey es hijo del Matarreyes...

—Vuestro hermano sería el heredero legítimo.

—Mientras viva —reconoció Renly—. Aunque esa ley es una idiotez, ¿no os parece? ¿Por qué el hermano mayor, y no el más apto? La corona me sentará

como nunca le sentó a Robert, y desde luego, como no le sentaría a Stannis. Tengo madera para ser un gran rey, fuerte y generoso a la vez, inteligente, justo, diligente, leal a mis amigos y terrible para mis enemigos, pero capaz de perdonar, paciente...

—¿Modesto? —sugirió Catelyn.

—Tenéis que permitir que un rey tenga algunos defectos, mi señora —dijo Renly riéndose.

Catelyn estaba agotada. Todo había sido en vano. Los hermanos Baratheon iban a ahogarse en sangre mutuamente, mientras su hijo se enfrentaba en solitario a los Lannister, y nada de lo que ella dijera podría cambiarlo ni impedirlo.

« Es hora de que vuelva a Aguasdulces para cerrar los ojos de mi padre — pensó —. Eso al menos sí puedo hacerlo. Quizá sea mala como enviada, pero que los dioses me ayuden, como plañidera soy excelente».

El campamento estaba situado en la cima de un pequeño cerro pedregoso que discurría de norte a sur. Era mucho más ordenado que el del Mander, aunque tenía la cuarta parte de tamaño. Cuando se enteró de que su hermano había atacado Bastión de Tormentas, Renly dividió sus fuerzas, igual que hiciera Robb en Los Gemelos. Había dejado al grueso de la infantería atrás, en Puenteamargo, con su joven reina, sus carros, sus carromatos, sus animales de tiro y toda la engorrosa maquinaria de asedio, mientras Renly en persona guiaba a sus caballeros y jinetes libres en un rápido ataque hacia el este.

Cuánto se parecía a Robert, hasta en aquello... Pero Robert siempre había tenido a Eddard Stark para atemperar con cautela su osadía. Sin duda, Ned habría convencido a Robert de que acudiera con todo su ejército, de que rodeara a Stannis y asediara a los asediados. Renly se había negado aquella posibilidad en su precipitación por enfrentarse a su hermano. Se había alejado de sus líneas de suministro; había dejado a días de marcha los alimentos y pertrechos, con todos los carromatos, mulas y bueyes. Tenía que entrar en combate pronto o moriría de hambre.

Catelyn envió a Hal Mollen a ocuparse de los caballos mientras ella acompañaba a Renly de vuelta al pabellón real, en el centro del campamento. En el interior de sus paredes de seda verde, sus capitanes y señores aguardaban noticias sobre la negociación.

—Mi hermano no ha cambiado —les dijo el joven rey mientras Brienne le soltaba la capa y le quitaba de la cabeza la corona de oro y jade—. No se conforma con castillos y honores; quiere sangre. Pues me encargaré de que obtenga lo que desea.

—Alteza, no creo que sea necesario presentar batalla —dijo lord Mathis Rowan—. La guarnición del castillo es fuerte y está bien aprovisionada. Ser Cortnay Penrose es un comandante con experiencia, y todavía no se ha

construido ningún trabuquete que pueda abrir una brecha en las murallas de Bastión de Tormentas. Dejad a lord Stannis con su asedio. No le servirá de nada, y mientras permanece aquí, pasando frío y hambre, sin conseguir nada, nosotros tomaremos Desembarco del Rey.

—¿Y dejar que los hombres digan que tuve miedo de enfrentarme a Stannis?

—Solo los idiotas dirían eso —argumentó lord Mathis.

—¿Qué opináis vosotros? —preguntó Renly mirando a los demás.

—Yo opino que Stannis representa un peligro para vos —declaró lord Randyll Tarly—. Si no lo hacéis sangrar ahora, seguirá haciéndose fuerte, mientras la batalla mina vuestro poderío. Los Lannister no caerán en un día. Cuando acabemos con ellos, puede que lord Stannis sea tan fuerte como vos... o más.

Se alzaron voces de apoyo. El rey pareció satisfecho.

—En ese caso, habrá batalla.

« Le he fallado a Robb, igual que le fallé a Ned », pensó Catelyn.

—Mi señor —anunció—, si estáis decidido a luchar, mi presencia en este lugar ya no tiene sentido. Os pido permiso para regresar a Aguasdulces.

—No os lo concedo. —Renly se acomodó mejor en la silla de campamento. Ella se puso rígida.

—Tenía la esperanza de ayudaros a hacer la paz, mi señor. No os ayudaré a hacer la guerra.

—Me atrevería a decir que podemos vencer sin la ayuda de vuestros veinticinco hombres, mi señora. —Renly se encogió de hombros—. No pretendo que toméis parte en la batalla; únicamente, que observéis.

—Estuve en el bosque Susurrante, mi señor. Ya he visto bastantes muertes. Vine aquí como enviada...

—Y como enviada partiréis —dijo Renly—. Pero sabiendo más que al llegar. Veréis con vuestros propios ojos qué les sucede a los rebeldes, y así se lo podréis contar a vuestro hijo. No temáis; velaremos por vuestra seguridad. —Dio la vuelta para seguir con las disposiciones—. Lord Mathis, vos estaréis al mando de la columna principal, en el centro. Bryce, vos os encargaréis del flanco izquierdo. El flanco derecho es mío. Lord Estermont, comandaréis la reserva.

—No os fallaré, alteza —respondió lord Estermont.

—¿Quién se hará cargo de la vanguardia? —quiso saber lord Mathis Rowan.

—Alteza, os suplico que me concedáis ese honor —dijo ser Jon Fossoway.

—Suplicad cuanto queráis —dijo ser Guyard el Verde—; por derecho, el que aseste el primer golpe debe ser uno de los siete.

—Para cargar contra una muralla de escudos hace falta algo más que una capa bonita —anunció Randyll Tarly—. Yo comandaba la vanguardia de Mace Tyrell cuando vos todavía mamabais de vuestra madre, Guyard.

El clamor llenó el pabellón cuando los demás hicieron patente a gritos su derecho a aquel honor. « Los caballeros del verano », pensó Catelyn. Renly alzó

una mano.

—Basta, mis señores. Si tuviera una docena de vanguardias, os encomendaría una a cada uno de vosotros, pero la mayor gloria le corresponde por derecho al mejor de los caballeros. Ser Loras asestará el primer golpe.

—Os lo agradezco de corazón, alteza. —El Caballero de las Flores se arrodilló ante el rey—. Dadme vuestra bendición y un caballero que cabalgue a mi lado con vuestro estandarte. Que el venado y la rosa entren juntos en combate.

—Brienne —dijo Renly después de mirar a su alrededor.

—¿Alteza? —Seguía llevando la armadura de acero azul, aunque se había quitado el yelmo. La tienda estaba abarrotada y hacía calor; el sudor le pegaba el pelo amarillo al rostro amplio y poco agraciado—. Mi lugar se halla a vuestro lado. Soy vuestro escudo juramentado...

—Uno de los siete —le recordó el rey—. No temáis; cuatro de vuestros compañeros estarán conmigo en la batalla.

—Si tengo que apartarme de vuestra alteza —dijo Brienne arrodillándose—, al menos concededme el honor de armaros para la batalla.

Catelyn oyó una risita a su espalda.

«Pobrecilla, está enamorada de él —pensó—. Lo servirá de escudero solo para poder tocarlo, y no le importa lo mucho que se burlen de ella».

—Concedido —dijo Renly—. Ahora, salid todos. Hasta los reyes deben descansar antes de una batalla.

—Mi señor —pidió Catelyn—, en el último pueblo que cruzamos hay un pequeño septo. Si no me permitís volver a Aguasdulces, al menos dadme permiso para ir allí a rezar.

—Como deseéis. Ser Robar, proporcionadle una buena escolta a lady Stark hasta ese septo... pero aseguraos de que regrese antes del amanecer.

—A vos también os convendría rezar —añadió Catelyn.

—Para pedir la victoria?

—Para pedir sabiduría.

—Loras, quédate y ayúdame a rezar —dijo Renly después de reírse—. Hace tanto que no lo hago que se me ha olvidado. En cuanto a los demás, quiero a todos los hombres en sus puestos en cuanto despuñe el día, todos con armas y armaduras, y a caballo. Le vamos a dar a Stannis un amanecer que tardará mucho en olvidar.

Ya oscurecía cuando Catelyn salió del pabellón. Ser Robar Royce iba a su lado. Lo conocía de manera superficial; era uno de los hijos de Yohn Brone, atractivo a su manera ruda, con cierto renombre ganado en los torneos. Renly le había otorgado una capa arcoíris y una armadura roja, y lo había nombrado uno de los siete.

—Estáis muy lejos del Valle, ser Robbar —le dijo.

—Y vos de Invernalia, mi señora.

—Yo sé qué me ha traído aquí, pero ¿por qué habéis venido vos? No es vuestra batalla, igual que no es la mía.

—Es mi batalla desde que Renly es mi rey.

—Los Royce son vasallos de la casa Arryn.

—Mi padre le debe lealtad a lady Lysa, y también su heredero. Los segundos hijos tienen que buscar la gloria allí donde puedan. —Se encogió de hombros—. Y uno acaba por hartarse de los torneos.

Catelyn calculó que no tendría más de veintiún años, la misma edad que su rey... pero el rey de ella, su Robb, era más sabio a los quince que aquel joven. O aquello quería creer.

En el pequeño rincón del campamento que le correspondía a Catelyn, Shadd estaba troceando zanahorias y poniéndolas en una cazuela, Hal Mollen jugaba a los dados con tres de sus hombres de Invernia, y Lucas Blackwood, sentado, afilaba el puñal.

—Lady Stark —dijo Lucas al verla—, Mollen dice que habrá batalla al amanecer.

—Hal tiene razón —respondió. «Y una lengua muy larga».

—¿Qué hacemos, mi señora? ¿Luchar o huir?

—Rezar, Lucas —fue su respuesta—. Vamos a rezar.

—Cuanto más lo hagas esperar, peor será para ti —le advirtió Sandor Clegane.

Sansa trató de apresurarse, pero tenía los dedos torpes a la hora de hacer nudos y abrochar botones. El Perro siempre le hablaba con dureza, pero aquel día había en su mirada algo que la aterrorizaba. ¿Había averiguado Joffrey algo acerca de sus encuentros con ser Dontos?

« No, por favor —pensó mientras se cepillaba el cabello. Ser Dontos era su única esperanza—. Tengo que estar bonita, a Joff le gusta que esté bonita, siempre le ha gustado que me ponga esta túnica, este color». Se alisó la ropa. Sentía la tela tensa en torno al pecho.

Al salir, Sansa procuró situarse a la izquierda del Perro, para no verle el lado quemado de la cara.

—Decidme qué he hecho.

—Tú, nada. Tu regio hermano.

—Robb es un traidor. —Sansa se sabía la fórmula de memoria—. No tengo nada que ver con lo que haya hecho. —« Dioses, que no sea el Matarreyes». Si Robb había herido a Jaime Lannister, a ella le costaría la vida. Pensó en ser Ilyn y en aquellos espantosos ojos claros que miraban sin compasión desde un rostro descarnado y picado de viruelas.

El Perro soltó un bufido.

—Te han entrenado bien, pajarito.

La llevó al patio inferior, donde se había reunido una multitud en torno a los blancos de prácticas para los arqueros. Los hombres se apartaron para dejarles paso. Oyó las toses de lord Gyles. Los mozos de cuadras ociosos la miraron con insolencia, pero ser Horas Redwyne apartó la mirada a su paso, y su hermano Hobber fingió que no la veía. Un gato amarillo agonizaba en el suelo, entre maullidos patéticos, con una saeta clavada entre las costillas. Sansa dio un rodeo para esquivarlo. Sentía náuseas.

Ser Dontos se aproximó montado sobre un palo de escoba. El rey había decretado que, ya que el día del torneo estaba demasiado borracho para subirse a su corcel, debía ir siempre a caballo.

—Sed valiente —susurró al tiempo que le apretaba el brazo.

Joffrey estaba en el centro de la multitud, tensando una ballesta muy ornamentada. Ser Boros y ser Meryn lo acompañaban. Solo con verlos sintió que se le encogían las entrañas. Cayó de rodillas ante Joffrey.

—Alteza.

—Con ponerte de rodillas no te vas a salvar —dijo el rey—. Levántate. Estás aquí para responder por la última traición de tu hermano.

—Alteza, no sé qué ha hecho mi traidor hermano, pero bien sabéis que no he

tomado parte en ello. Os lo suplico, por favor...

—¡Levantadla! —El Perro la puso en pie con manos no carentes de dulzura—. Ser Lancel —añadió Joffrey—, contadle el ultraje.

Sansa siempre había considerado que Lancel Lannister era atractivo y de palabras hermosas, pero en la mirada que clavó en ella no había el menor atisbo de compasión ni bondad.

—Vuestro hermano, gracias a alguna vil hechicería, cayó sobre ser Stafford Lannister con un ejército de cambiapiés demoniacos, a menos de tres días a caballo de Lannisport. Miles de hombres murieron mientras dormían, sin tener ocasión siquiera de desenfundar las espadas. Y tras la matanza, los norteños celebraron un banquete con la carne de las víctimas.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Joffrey.

—Alteza, está tan commocionada que no puede ni pensar —murmuró ser Dontos.

—Cállate, bufón. —Joffrey alzó la ballesta y lo apuntó a la cara—. Los Stark sois tan monstruosos como vuestros lobos. No se me ha olvidado que tu fiera intentó matarme.

—Fue la loba de Arya —dijo—. Dama jamás os hizo daño; aun así la matasteis.

—No, la mató tu padre —replicó Joffrey—. Pero yo maté a tu padre. Me habría gustado hacerlo en persona. Anoche maté a un hombre que era más alto que tu padre. Vinieron hasta mis puertas, a gritar mi nombre y a pedir pan, como si fuera yo un panadero, pero les di una lección. Al que más gritaba le atravesé la garganta con una saeta.

—¿Murió? —Costaba pensar otra cosa que decir cuando uno tenía la punta horrible de una saeta ante la cara.

—Claro que murió, estúpida. También había una mujer que tiraba piedras, a ella la acerté, pero solo en el brazo. —Frunció el ceño y bajó la ballesta—. A ti también te debería disparar, pero dice mi madre que entonces matarían a mi tío Jaime. Así que lo que voy a hacer es castigarte, y luego le enviaremos a tu hermano un mensaje diciéndole qué te pasará si no se rinde. Perro, golpéala.

—Dejad que la golpee yo! —Ser Dontos se adelantó, en medio del tintineo de su armadura de latón. Iba armado con una maza cuya cabeza era un melón.

« Mi Florian». Lo habría besado, pese a la piel manchada y las venillas rotas.

—¡Traidora, traidora! —gritaba mientras trotaba a su alrededor montado en el palo de escoba y la golpeaba en la cabeza con el melón. Sansa se cubrió con las manos; se tambaleaba cada vez que la fruta la golpeaba, y tenía el pelo pegajoso desde el segundo impacto. La gente se reía. El melón voló en pedazos.

« Ríete, Joffrey —rezó mientras los jugos le bajaban por la cara y le empapaban la pechera del vestido de seda azul—. Ríete y quédate contento» .

Joffrey ni siquiera sonrió.

—Boros. Meryn.

Ser Meryn Trant agarró a Dontos por el brazo y lo tiró a un lado con brusquedad. El bufón de rostro colorado cayó despatarrado, con escoba y melón incluidos. Ser Boros agarró a Sansa.

—En la cara no —dijo Joffrey—. Me gusta que esté bonita.

Boros le dio un puñetazo a Sansa en el vientre, tan fuerte que se le fue todo el aire de los pulmones. Cuando se dobló por la cintura, el caballero la agarró por el pelo y desenvainó la espada. Durante un instante horrible creyó que iba a cortarle la garganta, pero lo que hizo fue golpearle los muslos de plano, con tanta fuerza que Sansa estuvo segura de que le había roto las piernas. Gritó. Se le llenaron los ojos de lágrimas. «Esto terminará pronto». Enseguida perdió la cuenta de los golpes.

—Basta —oyó decir al Perro con voz áspera.

—No, no basta —replicó el rey—. Boros, desnúdala.

Boros metió la mano regordeta por el corpiño del vestido de Sansa y dio un tirón. La seda se desgarró, y la niña quedó desnuda de cintura para arriba. Sansa se cubrió los pechos con las manos. Oyó risitas, lejanas, crueles.

—Dadle una paliza que la deje sangrando —ordenó Joffrey—. A ver qué le parece a su hermano...

—¿Qué está pasando aquí?

La voz del Gnomo restalló como un látigo. De pronto, Sansa quedó libre. Cayó de rodillas, con los brazos cruzados sobre el pecho y la respiración entrecortada.

—¿Eso es la caballería para vos, ser Boros? —inquirió Tyrion Lannister, furioso. Su amigo mercenario estaba con él, y también uno de sus salvajes, el que tenía el ojo quemado—. ¿Qué clase de caballero golpea a doncellas indefensas?

—El caballero que sirve a su rey, Gnomo.

Ser Boros alzó la espada, y ser Meryn se situó a su lado al tiempo que desenvainaba la suya.

—Cuidado con eso —le advirtió el mercenario del enano—. Os vais a manchar de sangre esas capas blancas tan bonitas.

—Que alguien le dé a la chica algo para taparse —ordenó el Gnomo.

Sandor Clegane se desabrochó la capa y se la tiró. Sansa la estrechó contra su pecho, apretando con todas sus fuerzas la lana blanca. El tejido era basto y le arañaba la piel, pero ningún terciopelo le había parecido jamás tan grato.

—Esa muchacha va a ser tu reina —le dijo el Gnomo a Joffrey—. ¿Acaso no te importa su honor?

—La estoy castigando.

—¿Qué crimen ha cometido? Ella no luchó en la batalla de su hermano.

—Tiene la sangre de un lobo.

—Y tú tienes los sesos de un ganso.

—No puedes hablarme así. El rey hace lo que quiere.

—Aerys Targaryen hizo lo que quiso. ¿Te ha contado alguna vez tu madre qué le pasó?

—¡Nadie amenaza a su alteza ante la Guardia Real! —rugió ser Boros.

—No estoy amenazando al rey —dijo Tyrion Lannister arqueando una ceja—. Estoy educando a mi sobrino. Bronn, Timett, la próxima vez que ser Boros abra la boca, lo matáis. —El enano sonrió—. Eso sí que ha sido una amenaza. ¿Captáis la diferencia?

—¡La reina tendrá noticia de esto! —exclamó ser Boros, que se puso aún más rojo.

—No me cabe duda. ¿Y para qué esperar? Joffrey, ¿llamamos a tu madre? —El rey se sonrojó—. ¡No decís nada, alteza! —siguió su tío—. Bien. Aprende a usar más las orejas y menos la boca, o tu reinado será más corto que mi estatura. La brutalidad caprichosa no te ganará el amor de tu pueblo... ni el de tu reina.

—Mi madre dice que el miedo es mejor que el amor. —Joffrey señaló a Sansa—. Ella me tiene miedo.

—Ya, claro. —El Gnomo suspiró—. Lástima que Stannis y Renly no sean también niñas de doce años. Bronn, Timett, traedla.

Sansa se movió como en sueños. Creía que los hombres del Gnomo la devolverían a su dormitorio en el Torreón de Maegor, pero lo que hicieron fue llevarla a la Torre de la Mano. No había puesto un pie en aquel lugar desde el día en que su padre cayó en desgracia, y solo con subir las escaleras volvió a sentirse mareada.

Unas criadas se hicieron cargo de ella, susurrando palabras reconfortantes sin sentido para que dejara de temblar. Una le quitó los restos del vestido y la ropa interior, y otra le limpió el zumo pegajoso de la cara y el pelo. Mientras la frotaban con jabón y le echaban agua caliente por la cabeza, Sansa no veía nada más que los rostros del patio.

« Los caballeros juran defender a los débiles, proteger a las mujeres y luchar por la justicia, pero ninguno ha hecho nada. —El único que había intentado ayudarla había sido ser Dontos, que ya no era un caballero, igual que el Gnomo, o el Perro... El Perro detestaba a los caballeros—. Yo también los detesto —pensó Sansa—. Los caballeros de verdad no existen, no hay ni uno» .

Cuando estuvo limpia fue a verla el regordete maestre Frenken, con su pelo color jengibre. Hizo que se tumbara boca abajo sobre el colchón, y le untó una pomada en los verdugones rojos que le cubrían la parte trasera de los muslos. Luego le preparó un trago de vino del sueño, con un poco de miel para que lo pasara mejor.

—Dormid un poco, niña. Cuando despertéis, ni siquiera recordaréis qué ha pasado.

«No, idiota, jamás lo podré olvidar», pensó Sansa. Pero de todos modos bebió el vino del sueño y se durmió.

Cuando volvió a despertar todo estaba oscuro, y no sabía bien dónde se encontraba: la habitación le resultaba desconocida y, al mismo tiempo, extrañamente familiar. Cuando fue a levantarse, un latigazo de dolor le recorrió las piernas, y lo recordó todo. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Alguien le había dejado una túnica junto a la cama. Sansa se la puso y abrió la puerta. Fueran había una mujer de rostro duro, con la piel oscura y correosa, que llevaba tres collares en torno al cuello huesudo. Uno era de oro, otro de plata, y otro de orejas humanas.

—¿Adónde vas tú? —le preguntó, apoyada en su larga lanza.

—Al bosque de dioses. —Tenía que reunirse con ser Dontos; tenía que suplicarle que la llevara a casa ya, antes de que fuera tarde.

—El Mediohombre dijo que no salieras —replicó la mujer—. Reza aquí, los dioses te oirán.

Sansa bajó la vista con mansedumbre y volvió al interior. De pronto se dio cuenta de por qué le resultaba tan familiar aquella habitación. «Me han puesto en el antiguo dormitorio de Arya, donde dormía cuando nuestro padre era la mano del rey. Ya no están sus cosas y han cambiado de sitio los muebles, pero es el mismo...».

Poco después entró una criada con una bandeja de queso, pan, aceitunas y una jarra de agua fresca.

—Llévatelo todo —ordenó Sansa.

Pero la chica dejó la comida sobre la mesa. De pronto, Sansa se dio cuenta de que tenía mucha sed. A cada paso que daba sentía como si le clavaran cuchillos en los muslos, pero se obligó a cruzar la habitación. Bebió dos copas de agua, y estaba mordisqueando una aceituna cuando llamaron a la puerta.

Se volvió con ansiedad y se arregló los pliegues del vestido.

—Sí?

La puerta se abrió, y entró Tyrian Lannister.

—Espero no molestaros, mi señora.

—Soy vuestra prisionera?

—Mi invitada. —Llevaba puesta la cadena símbolo de su cargo, un collar de manos de oro entrelazadas—. He pensado que tal vez podríamos hablar.

—Como ordene mi señor. —A Sansa le costaba trabajo no mirarlo fijamente. Tenía un rostro tan repulsivo que ejercía sobre ella una extraña fascinación.

—La comida y la ropa son de vuestro gusto? —preguntó—. Si necesitáis cualquier otra cosa, solo tenéis que pedirla...

—Sois muy amable. Y esta mañana... quiero daros las gracias por vuestra ayuda.

—Tenéis derecho a saber por qué estaba tan enojado Joffrey. Hace seis

noches, vuestro hermano cayó sobre el ejército de mi tío Stafford, que estaba acampado en un pueblo llamado Cruce de Bueyes, a menos de tres días a caballo de Roca Casterly. Vuestros norteños obtuvieron una victoria aplastante. La noticia no nos llegó hasta esta mañana.

«Robb os va a matar a todos», pensó exultante.

—Es... terrible, mi señor. Mi hermano es un vil traidor.

—Desde luego, no nos tiene cariño —dijo el enano con una sonrisa—, eso lo ha dejado muy claro.

—Ser Lancel dijo que Robb encabezaba un ejército de cambiapieles...

—Ser Lancel no es más que un escudero con ínfusas que no distinguiría un cambiapieles de un cambiácapas. —El Gnomo soltó una risita desdeñosa—. Vuestro hermano iba con su lobo huargo, pero sospecho que ahí termina todo. Los norteños se colaron en el campamento de mi tío y lo separaron de su caballería, y lord Stark envió a su lobo contra los caballos. Hasta los corceles mejor entrenados enloquecieron. Los caballeros murieron pisoteados en sus pabellones, y la chusma despertó aterrada y salió huyendo. Incluso tiraron las armas para correr más deprisa. Ser Stafford murió mientras corría tras un caballo. Lord Rickard Karstark le clavó una lanza en el pecho. Ser Rupert Brax murió también, igual que ser Lymond Vikary, lord Crakehall y lord Jast. Han tomado más de ciento cincuenta prisioneros, entre ellos, los hijos de Jast y mi primo Martyn Lannister. Los que sobrevivieron van por ahí contando historias absurdas y jurando que los antiguos dioses del norte marchan con vuestro hermano.

—Entonces... ¿no fue cosa de brujería?

Lannister soltó un bufido.

—La brujería es la salsa que vierten los idiotas sobre el fracaso para ocultar el sabor de su incompetencia. Al parecer, el estúpido de mi tío ni siquiera se había molestado en apostar centinelas. Su ejército era una pura improvisación: aprendices, mineros, agricultores, pescadores... Los desperdicios de Lannisport. El único misterio que hay es cómo llegó allí vuestro hermano. Nuestras fuerzas siguen defendiendo el Colmillo Dorado, y aseguran que por allí no pasaron. —El enano se encogió de hombros, irritado—. Bueno, Robb Stark es el problema de mi padre. El mío es Joffrey. Decidme, ¿qué sentís por mi regio sobrino?

—Lo amo con todo mi corazón —respondió Sansa al momento.

—¿De verdad? —No parecía muy convencido—. ¿Incluso ahora?

—El amor que siento por su alteza es más grande que nunca.

El Gnomo se echó a reír a carcajadas.

—Vaya, os han enseñado a mentir muy bien. Puede que algún día lo agradezcáis, niña. Porque seguís siendo una niña, ¿verdad? ¿O habéis florecido ya?

Sansa se sonrojó. Era una pregunta grosera, pero tras la vergüenza de verse desnuda delante de medio castillo, no parecía nada.

—No, mi señor.

—Mejor que mejor. Por si eso os tranquiliza, no pretendo casaros con Joffrey. Por desgracia, después de todo lo ocurrido, ningún matrimonio podría reconciliar a los Stark con los Lannister. Una lástima. Esta unión era uno de los mejores planes del rey Robert. Si Joffrey no la hubiera cagado...

Sansa sabía que debía decir algo, pero las palabras no le salían de la garganta.

—Estáis muy callada —observó Tyrion Lannister—. ¿Es eso lo que queréis? ¿Que cancele vuestro compromiso?

—Yo... —Sansa no sabía qué decir. «¿Es un truco? ¿Me castigará si digo la verdad?». Contempló la gigantesca frente abultada del enano, el duro ojo negro, el astuto ojo verde, los dientes desiguales y la barba hirsuta—. Solo quiero ser leal.

—Leal —sonrió el enano—. Y estar bien lejos de cualquier Lannister. No os lo critico. Cuando tenía vuestra edad, yo quería lo mismo. —Sonrió de nuevo—. Me han dicho que vais todos los días al bosque de dioses. ¿Qué pedís en vuestras oraciones, Sansa?

«Pido la victoria de Robb y la muerte de Joffrey... y volver a casa. A Invernalia».

—Pido el fin de la guerra.

—Eso llegará pronto. Habrá otra batalla entre vuestro hermano Robb y mi señor padre, y ahí se zanjará el asunto.

«Robb acabará con él —pensó Sansa—. Derrotó a vuestro tío y a vuestro hermano Jaime, y también derrotará a vuestro padre».

Por lo fácil que le resultó al enano percibir sus esperanzas, se habría dicho que su rostro era un libro abierto.

—No confiéis demasiado en lo sucedido en Cruce de Bueyes, mi señora —dijo con voz no exenta de amabilidad—. Una batalla no es la guerra, y desde luego, mi señor padre no es mi tío Stafford. La próxima vez que vayáis al bosque de dioses, rezad para que vuestro hermano tenga la sabiduría de rendirse. Una vez el norte vuelva a estar bajo la paz del rey, os enviaré a casa. —Se bajó del asiento que había junto a la ventana—. Podéis dormir aquí esta noche. Os pondré una guardia formada por hombres míos, tal vez algunos Grajos de Piedra...

—No —se horrorizó Sansa. Si estaba encerrada en la Torre de la Mano, vigilada por los hombres del enano, ¿cómo podría ser Dontos liberarla?

—¿Preferiríais que fueran orejas negras? Si os sentís más tranquila con una mujer, le encargaré a Chella...

—No, mi señor, por favor. Los salvajes me dan miedo.

—A mí también. —Tyrion sonrió—. Pero lo importante es que asustan a Joffrey y a ese nido de víboras arteras y perros lameculos que son su Guardia Real. Mientras Chella o Timett estén a vuestro lado, nadie se atreverá a haceros daño.

—Preferiría volver a mi cama. —La mentira se le ocurrió de repente, pero le pareció tan apropiada que la soltó sin pensar—. En esta torre fueron asesinados los hombres de mi padre. Sus fantasmas me darían pesadillas espantosas, y mirase adonde mirase, vería su sangre.

—Conozco bien las pesadillas, Sansa. —Tyrion Lannister estudió su rostro—. Puede que seáis más sabia de lo que imaginaba. Permitid al menos que os proporcione una escolta hasta vuestras habitaciones.

Cuando llegaron al pueblo, la oscuridad era ya absoluta. Catelyn se preguntó si aquel lugar tendría nombre. Si era así, sus habitantes se habían llevado el dato al huir, junto con todas sus propiedades, hasta las mismísimas velas del septo. Ser Wendel encendió una antorcha y la acompañó para cruzar la puerta baja.

En el interior, las siete paredes estaban inclinadas y llenas de grietas. «Dios es uno —le había enseñado el septón Osmynd cuando era niña—, aunque tiene siete aspectos, igual que el septo es un edificio con siete paredes». Los septos ricos de las ciudades tenían estatuas de los Siete y un altar dedicado a cada uno de ellos. En Invernalia, el septón Chayle colgaba de cada pared máscaras talladas. Allí, Catelyn no encontró más que bastos dibujos al carbón. Ser Wendel colgó la antorcha de una argolla cercana a la puerta y aguardó fuera con Robar Royce.

Catelyn estudió los rostros. El Padre con su barba, como siempre. La Madre sonriente, amorosa y protectora. El dibujo del Guerrero lo representaba con la espada debajo del rostro, igual que al del Herrerero le habían puesto el martillo. La Doncella era hermosa; la Vieja, arrugada y sabia.

Y el séptimo rostro... el Desconocido no era hombre ni mujer, y era ambas cosas a un tiempo, siempre proscrito y sin patria, vagando, menos que humano, más que humano, una incógnita imposible de desentrañar. Allí, el rostro era un óvalo negro, una sombra con estrellas en lugar de ojos. A Catelyn la inquietaba. Allí no iba a recibir consuelo.

Se arrodilló ante la Madre.

—Mi señora, contempla esta batalla con ojos de madre. Todos son hijos. Protégelos si puedes, y protege también a mis hijos. Guarda a Robb, a Bran y a Rickon. Ojalá estuviera con ellos.

El ojo izquierdo de la madre estaba cruzado por una grieta. Parecía como si llorara. Desde allí, Catelyn oía la voz atronadora de ser Wendel, y de cuando en cuando, las respuestas sosegadas de ser Robar. Estaban hablando de la batalla que se avecinaba. Aparte de aquello, la noche era tranquila. No se oía ni un grillo, y los dioses guardaban silencio. «¿Te respondieron alguna vez tus antiguos dioses, Ned? —se preguntó—. Cuando te arrodillabas ante tu árbol corazón, ¿crees que te oían?».

La luz titilante de la antorcha parecía danzar sobre las paredes, hacia que los rostros casi parecieran vivos, los retorcía y los cambiaba. En los grandes septos de las ciudades, las estatuas tenían los rostros que les habían dado los tallistas, pero aquellos dibujos al carbón eran tan rudimentarios que podían representar a cualquiera. El rostro del Padre le recordaba a su padre, moribundo en un lecho de Aguasdulces. El Guerrero era Renly, y Stannis, y Robb, y Robert, y Jaime Lannister, y Jon Nieve. Incluso vio a Arya en aquellas líneas, aunque fuera solo

durante un momento. Entonces, una ráfaga de viento entró por la puerta, la antorcha chisporroteó y el parecido se esfumó en un resplandor anaranjado.

El humo hacía que le escocieran los ojos. Se los frotó con las manos llenas de cicatrices. Al mirar de nuevo a la Madre vio el rostro de la suya. Lady Minisa Tully había muerto durante el parto al tratar de darle a lord Hoster un segundo hijo. El bebé falleció con ella, y también su padre pareció perder una parte de su vida.

« Era tan tranquila... —pensó Catelyn al recordar las manos suaves de su madre y su sonrisa cálida—. Qué diferentes habrían sido nuestras vidas si ella no hubiera muerto. —Se preguntó qué pensaría lady Minisa de su hija mayor si la viera allí, arrodillada ante ella—. He recorrido muchos miles de leguas, ¿y para qué? ¿A quién he ayudado? He perdido a mis hijas, Robb no me quiere a su lado, y Bran y Rickon deben de pensar que soy una madre fría y despegada. Ni siquiera estuve con Ned cuando murió...».

La cabeza le zumbaba, y el septo parecía dar vueltas en torno a ella. Las sombras se movían y cambiaban como animales furtivos que corrieran por las paredes blancas agrietadas. Catelyn no había comido aquel día. Tal vez no hubiera sido buena idea. Se dijo que no había tenido tiempo, pero lo cierto era que la comida había perdido todo sabor en un mundo donde ya no estaba Ned. « Cuando le cortaron la cabeza, también me mataron a mí».

A su espalda, la antorcha chisporroteó, y de pronto le pareció ver en la pared el rostro de su hermana, aunque los ojos eran más duros de como los recordaba. No, no eran los ojos de Lysa, sino los de Cersei. « Cersei también es madre. No importa quién sea el padre de esos niños; los sintió dar patadas en su vientre, los parió con sangre y dolor, los alimentó de su pecho... Si de verdad son de Jaime...».

—¿También Cersei os reza, mi señora? —le preguntó Catelyn a la Madre.

Veía en la pared los rasgos altivos, fríos y hermosos de la reina Lannister. La grieta seguía en su sitio; hasta Cersei lloraría por sus hijos.

—Cada uno de los Siete encarna a todos los Siete —le había dicho en cierta ocasión el septón Osmynnd.

Había tanta belleza en la Vieja como en la Doncella, y la Madre podía ser más fiera que el Guerrero si veía a sus hijos en peligro. « Sí...».

En Invernalia se había fijado lo suficiente en Robert Baratheon para darse cuenta de que el rey no sentía ningún cariño por Joffrey. Si era cierto que el niño era de la semilla de Jaime, Robert lo habría matado junto con su madre, y pocos lo habrían condenado. Los bastardos eran cosa bastante común, pero el incesto era un pecado monstruoso para los dioses, antiguos y nuevos, y los hijos fruto de tal iniquidad se consideraban abominaciones tanto en los septos como en los bosques de dioses. Los reyes dragón se habían casado entre hermanos, pero por sus venas corría la sangre de la antigua Valyria, donde aquellas prácticas eran

habituales, y al igual que los dragones, los Targaryen no respondían ni ante los dioses ni ante los hombres.

Ned debió de averiguarlo, igual que lord Arryn antes que él. No era de extrañar que la reina los hubiera matado a ambos. «¿Acaso haría yo menos por mis hijos?». Catelyn apretó las manos; sintió la rigidez de sus dedos heridos, allí donde el acero del asesino había cortado hasta el hueso cuando ella luchó por salvar a su hijo.

—Bran también lo sabe —susurró, bajando la cabeza. «Dioses misericordiosos, seguro que vio algo, que oyó algo; por eso intentaron matarlo en su lecho».

Perdida, cansada, Catelyn se puso en manos de sus dioses. Se arrodilló ante el Herrer, que arreglaba lo que estaba roto, y le pidió que protegiera a su dulce Bran. Luego acudió a la Doncella y le suplicó que prestara su coraje a Arya y a Sansa, que las guardara en su inocencia. Al Padre le rogó justicia, la fuerza para buscarla y la sabiduría para reconocerla; y al Guerrero, que le diera energía a Robb y lo escudara en la batalla. Por último se volvió hacia la Vieja, cuyas estatuas solían mostrarla con una lámpara en la mano.

—Guíadme, mujer sabia —rezó—. Mostradme el camino que debo recorrer, y no dejéis que tropiece en los lugares oscuros que habré de atravesar.

Oyó un sonido de pisadas tras ella, y un ruido en la puerta.

—Mi señora —dijo ser Robar con gentileza—, perdonadme, pero se nos acaba el tiempo. Tenemos que volver antes de que amanezca.

Catelyn se levantó, entumecida. Le dolían las rodillas, y en aquel momento habría dado cualquier cosa por un lecho de plumas y una almohada.

—Gracias, ser Robbar. Estoy preparada.

Cabalgaron en silencio por el bosque ralo, donde los árboles se inclinaban como ebrios para protegerse del mar. El relincho nervioso de los caballos y el sonido del acero los guiaron de vuelta al campamento de Renly. Las largas hileras de hombres y caballos llevaban armaduras negras, de oscuridad tan cerrada como si el Herrer en persona hubiera martillado la noche hasta convertirla en acero. Había estandartes a su derecha, estandartes a su izquierda, y frente a ella, estandartes y más estandartes, pero en la penumbra que precedía al amanecer no era posible distinguir colores ni blasones.

«Un ejército gris —pensó Catelyn—. Hombres grises a lomos de caballos grises con estandartes grises». Mientras esperaban a caballo, las sombras de los caballeros de Renly elevaron sus lanzas, de manera que cabalgó a través de un bosque de árboles erguidos y desnudos, carentes de hojas y de vida. El lugar donde se alzaba Bastión de Tormentas era simplemente una oscuridad aún más cerrada, un muro de negrura que ninguna estrella conseguía iluminar, pero alcanzó a ver las antorchas que se movían por los prados donde se había montado el campamento de lord Stannis.

Las velas que había dentro del pabellón de Renly hacían que las paredes de seda parecieran brillar, y transformaban la gran tienda en un castillo mágico lleno de luz esmeralda. Dos miembros de la Guardia Arcoíris estaban de centinelas ante la puerta del pabellón real. La luz verdosa arrancaba un brillo extraño de las ciruelas moradas del chaleco de ser Parmen, y les daba un color enfermizo a los girasoles que cubrían por completo la armadura amarilla de ser Emmon. De sus yelmos brotaban largos penachos de seda, y las capas arcoíris les cubrían los hombros.

En el interior, Catelyn se encontró a Brienne, armando al rey para la batalla, mientras lord Tarly y lord Rowan hablaban de tácticas y disposiciones. Allí hacía un calor agradable, gracias a una docena de pequeños braseros de hierro.

—Tengo que hablar con vos, alteza —dijo, concediéndole por una vez el tratamiento real; cualquier cosa con tal de que la atendiera.

—Enseguida, lady Catelyn —replicó Renly.

Brienne le encajó el espaldar al peto por encima de la camisa guateada. La armadura del rey era de color verde oscuro, el color de las hojas en un bosque estival, tan intenso que se bebía la luz de las velas. En aquel bosque, las hebillas y las incrustaciones resplandecían con brillo dorado, centelleando cada vez que se movía.

—Seguid, lord Mathis.

—Alteza —dijo Mathis Rowan, no sin antes mirar de reojo a lady Catelyn—, como iba diciendo, nuestro ejército está ya preparado. ¿Por qué hemos de esperar a la aurora? Dad orden de atacar.

—Y yo os dije que no atacaría a traición; no sería propio de un caballero. Se dijo que la batalla sería al amanecer.

—Lo dijo Stannis —señaló Randyll Tarly—. Quiere que ataquemos contra el sol naciente. Estaremos medio cegados.

—Únicamente hasta el primer impacto —dijo Renly con confianza—. Ser Loras abrirá una brecha, y después será el caos. —Brienne le tensó las correas de cuero verde y abrochó las hebillas doradas—. Cuando caiga mi hermano, no quiero que su cadáver sufra ninguna afrenta. Es de mi misma sangre; no toleraré que se pasee su cabeza en la punta de una pica.

—¿Y si se rinde? —preguntó lord Tarly.

—Rendirse? —Lord Rowan se echó a reír—. Cuando Mace Tyrell puso asedio a Bastión de Tormentas, Stannis prefirió comer ratas antes que abrir las puertas.

—Lo recuerdo perfectamente. —Renly alzó la barbilla para que Brienne le pusiera la gorguera—. Casi al final del asedio, ser Gawen Wylde y tres de sus caballeros trataron de salir a hurtadillas por una poterna para rendirse. Stannis los atrapó y ordenó que los lanzaran desde las murallas con catapultas. Aún veo la cara que puso Gawen mientras lo ataban. Había sido nuestro maestro de armas.

—No se lanzó a nadie desde las murallas —dijo lord Rowan con cara de desconcierto—. Lo recordaría.

—El maestre Cressen le dijo a Stannis que quizá tendríamos que comernos a nuestros muertos, y que no se ganaba nada tirando afuera una carne tan aprovechable. —Renly se echó el cabello hacia atrás. Brienne se lo ató con una tira de terciopelo, y le puso un casquete guateado para acolchar el peso del yelmo—. Gracias al Caballero de la Cebolla no nos vimos obligados a comer cadáveres, pero faltó poco. Demasiado poco para ser Gawen, que murió en su celda.

—Alteza. —Catelyn había aguardado con paciencia, pero se acababa el tiempo—. Me prometisteis un momento.

Renly asintió.

—Id a haceros cargo de vuestros hombres, mis señores. Ah, una cosa: si Barristan Selmy está con mi hermano, no quiero que le pase nada.

—No se ha sabido nada de ser Barristan desde que Joffrey lo expulsó —objetó lord Rowan.

—Conozco bien al viejo; si no tiene un rey al que proteger, no es nadie. Pero no acudió a mí, y lady Stark dice que no está con Robb Stark en Aguas dulces. Tiene que estar con Stannis, ¿con quién si no?

—Como gustéis, alteza. No le sucederá nada.

Los señores hicieron una reverencia y se retiraron.

—Decidme lo que queráis, lady Stark —dijo Renly.

Brienne le puso la capa sobre los anchos hombros. Era de hilo de oro, muy pesada, con el venado coronado de los Baratheon resaltado en copos de azabache.

—Los Lannister trataron de matar a mi hijo Bran. Me he preguntado un millar de veces por qué. Vuestro hermano me ha dado la respuesta. El día en que se cayó había una cacería. Robert, Ned y casi todos los demás hombres fueron en busca de jabalíes, pero Jaime Lannister se quedó en Invernalia, igual que la reina.

—De modo que creéis que el pequeño los sorprendió en pleno incesto... —A Renly no le había costado nada comprender las implicaciones.

—Os lo suplico, mi señor, dadme permiso para ir a ver a vuestro hermano Stannis y contarle mis sospechas.

—¿Con qué objetivo?

—Robb renunciará a la corona si vuestro hermano y vos hacéis lo mismo —dijo, con la esperanza de que fuera cierto. Ella haría que fuera cierto, si resultaba necesario; Robb la escucharía, aunque sus señores no lo hicieran—. Los tres juntos convocaréis un Gran Consejo, el más grande que el reino ha visto en siglos. Enviaremos mensajeros a Invernalia para que Bran lo cuente todo y el mundo entero sepa que los Lannister son los únicos usurpadores. Y luego, los

señores de los Siete Reinos elegirán quién quieren que sea su rey.

Renly se echó a reír.

—Decidme, mi señora, ¿acaso los lobos huargo votan sobre quién va a dirigir su manada? —Brienne llegó con los guanteletes del rey y el yelmo, coronado por unas astas doradas que se elevaban tres palmos sobre su cabeza—. Ya ha pasado el momento de hablar. Ahora se trata de ver quién es más fuerte. —Renly se puso un guantelete de escamas en la mano izquierda, mientras Brienne se arrodillaba ante él para abrocharle la hebilla del cinturón, cargado con el peso de la espada larga y el puñal.

—Os lo suplico en nombre de la Madre... —empezó Catelyn, cuando una repentina ráfaga de viento abrió la puerta de la tienda. Le pareció atisbar un movimiento, pero cuando giró la cabeza solo vio la sombra del rey contra las paredes de seda. Oyó como Renly empezaba a decir algo gracioso, mientras su sombra se movía, alzaba la espada, negro contra verde, las velas parpadeaban y se apagaban, la luz temblaba, había algo fuera de lugar irreal... y entonces vio que la espada de Renly seguía en su funda, envainada, pero la espada de sombra...

—Frío —dijo Renly con voz desconcertada, apenas un instante antes de que el acero de su gorguera se abriera como una gasa bajo el filo de la hoja que no estaba allí. Tuvo tiempo de lanzar un grito breve, ahogado, antes de que la sangre le manara de la garganta como una fuente.

—Alte... ¡no! —gritó Brienne la Azul al ver el espantoso flujo, con una voz tan aterrada como la de una niñita.

El rey se desplomó en sus brazos. Una espesa sábana de sangre se arrastraba por la pechera de su armadura, una marea roja que ahogaba el verde y el oro. Se apagaron más velas. Renly trató de hablar, pero se ahogaba en su sangre. Le fallaron las piernas; solo lo sostenía la fuerza de Brienne. La joven echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito de angustia.

« La sombra. —Allí había sucedido algo oscuro y malvado, lo sabía, algo que no podía comprender—. Esa no era la sombra de Renly. La muerte ha entrado por la puerta y ha apagado su vida tan deprisa como el viento esas velas» .

Pareció que pasaron horas, pero apenas habían transcurrido unos instantes cuando Robar Royce y Emmon Cuy entraron a toda prisa. Un par de soldados entraron también con antorchas. Al ver a Renly en los brazos de Brienne, y al verla a ella cubierta con la sangre del rey, ser Robar lanzó un grito de espanto.

—¡Mujer malvada! —rugió ser Emmon, el del acero con girasoles—. ¡Apártate de él, criatura vil!

—Dioses misericordiosos, Brienne, ¿por qué? —preguntó ser Robar.

Brienne alzó la vista del cadáver de su rey. La capa arcoíris que le cubría los hombros estaba empapada de su sangre.

—Yo... no...

—¡Pagarás caro lo que has hecho! —Ser Emmon cogió un hacha de batalla de mango largo de la pila de armas que había junto a la puerta—. ¡Pagarás la vida del rey con la tuya!

—¡No! —gritó Catelyn Stark, que por fin había recuperado la voz.

Pero era tarde; los hombres, poseídos por la sed de sangre, se abalanzaron hacia Brienne entre gritos que ahogaban sus palabras.

Brienne se movió más deprisa de lo que Catelyn habría creído posible. No tenía su espada, de manera que sacó la de la vaina de Renly y la alzó para detener el movimiento descendente del hacha de Emmon. Saltó una chispa blanquiazul cuando el acero chocó contra el acero con un clamor estremecedor, y Brienne se puso en pie de un salto al tiempo que echaba a un lado sin contemplaciones el cuerpo muerto del rey. Ser Emmon tropezó con él cuando trató de acercarse, y la espada que blandía Brienne trazó un arco en el aire, partió en dos el mango de madera y envió la cabeza del hacha girando por los aires. Otro hombre le pegó una antorcha encendida a la espalda, pero la capa arcoíris estaba tan empapada en sangre que no ardió. Brienne se giró y lanzó un tajo, y antorcha y mano salieron volando. Las llamas prendieron en las alfombras. El hombre mutilado empezó a gritar. Ser Emmon soltó el mango del hacha y corrió a buscar su espada. El segundo soldado lanzó una estocada; Brienne la paró, y sus aceros chocaron en una danza vertiginosa. Cuando Emmon Cuy volvió a entrar, Brienne se vio obligada a retroceder, pero consiguió mantenerlos a ambos a distancia. En el suelo, la cabeza de Renly rodó hacia un lado, con una segunda boca muy abierta, y la sangre todavía manando en lentes pulsaciones.

Ser Robar se había quedado atrás, titubeante, pero en aquel momento echó mano de su espada. Catelyn le agarró el brazo.

—¡Robar, no, escuchad! Os equivocáis con ella, no ha sido ella. ¡Ayudadla! Escuchadme, ha sido Stannis. —El nombre salió de sus labios antes de que supiera cómo había llegado a ellos, pero mientras lo decía sabía que era cierto—. Os lo juro, vos me conocéis, ha sido Stannis quien lo ha matado.

—¿Stannis? —El joven caballero arcoíris miró a aquella demente con ojos claros y asustados—. ¿Cómo?

—No lo sé. Hechicería, magia negra, había una sombra, una sombra. —Su voz le sonaba enloquecida, pero las palabras brotaban como un chorro incontenible mientras las espadas seguían chocando tras ella—. Una sombra con una espada, os lo juro, ¿estáis ciego? ¡La chica estaba enamorada de él! ¡Ayudadla! —Miró a su espalda, vio caer al segundo guardia, la espada se desprendió de sus dedos inertes. Se oían gritos de fuera. No tardarían en entrar más hombres furiosos, estaba segura—. Es inocente, Robar. Os doy mi palabra, ¡lo juro por la tumba de mi esposo y por mi honor de Stark!

Aquello lo hizo decidirse.

—Yo los contendré —dijo—. Lleváosla. —Giró en redondo y salió.

El fuego había prendido en las paredes y reptaba por los costados de la tienda. Ser Emmon presionaba a Brienne con su armadura amarilla esmaltada, mientras que ella vestía solo prendas de lana. Se había olvidado de Catelyn, hasta que ella le estrelló un brasero de hierro contra la nuca. Llevaba el yelmo puesto, de manera que el golpe no le causó daños graves, pero lo hizo caer de rodillas.

—Brienne, conmigo —ordenó Catelyn.

La joven no era tan torpe como para no ver la oportunidad que le ofrecía. De un tajo, partió la seda verde de la tienda. Salieron a la oscuridad y al frío gélido del amanecer. Al otro lado del pabellón se oían gritos.

—Por aquí —la apremió Catelyn—. Y no corras. Debemos caminar sin prisa, o llamaremos la atención. Vayamos tranquilas, como si no pasara nada.

Brienne se colgó la espada del cinturón y caminó al paso de Catelyn. El aire nocturno ollía a lluvia. Tras ellas, el pabellón del rey ardía ya por todos lados; las llamas se elevaban a gran altura en la oscuridad. Nadie hizo ademán de detenerlas. Junto a ellas pasaron hombres corriendo, entre gritos de fuego, asesinato y brujería. Otros, reunidos en grupos pequeños, hablaban en voz baja. Algunos rezaban, y un joven escudero estaba de rodillas y lloraba sin disimulo.

Los ejércitos de Renly ya se estaban desmembrando; los rumores se extendían de boca en boca. Las hogueras nocturnas se estaban apagando, y hacia el este empezaba a divisarse la mole inmensa de Bastión de Tormentas, que emergía como un sueño de piedra entre los jirones de niebla blanca que cubrían los campos. «Fantasmas matutinos», como los llamaba la Vieja Tata, espíritus que regresaban a sus tumbas. Renly era ya uno de ellos. Estaba muerto, como su hermano Robert y como su querido Ned.

—Jamás pude abrazarlo, solo cuando moría —dijo Brienne en voz baja mientras caminaban en medio del caos creciente. Su voz sonaba como si fuera a derrumbarse de un momento a otro—. Estaba riéndose, y de repente había sangre por todas partes... mi señora, no lo entiendo. ¿Habéis visto...?

—He visto una sombra. Al principio pensé que era la de Renly, pero era la de su hermano.

—¿Lord Stannis?

—Lo sentí. Ya sé que no tiene lógica...

—Lo mataré —declaró la chica fea y desgarbada; para ella tenía toda la lógica necesaria—. Lo mataré con la espada de mi señor. Lo juro. Lo juro. Lo juro.

Hal Mollen y el resto de su escolta la esperaban con los caballos. Ser Wendel Manderly se moría por saber qué pasaba.

—El campamento entero se ha vuelto loco, mi señora —barbotó nada más verla—. ¿Es verdad que lord Renly ha...? —Se detuvo de repente, con los ojos clavados en Brienne y en la sangre que la cubría.

—Muerto, sí, pero no por nuestras manos.

—La batalla... —empezó Hal Mollen.

—No habrá batalla. —Catelyn montó a caballo, y su escolta formó en torno a ella, con ser Wendel a la izquierda y ser Perwyn Frey a la derecha—. Brienne, hemos traído el doble de caballos de los que necesitamos. Elige uno y acompañanos.

—Tengo caballo propio, mi señora. Y armadura.

—Deja eso aquí. Tenemos que estar a buena distancia antes de que empiecen a buscarnos. Las dos estábamos con el rey cuando lo han matado. Eso no se olvida. —Brienne, sin palabras, hizo lo que le decían—. En marcha —le ordenó Catelyn a su escolta cuando todos estuvieron montados—. Si alguien intenta detenernos, matadlo.

A medida que los largos dedos del amanecer reptaban por los campos, el color regresaba al mundo. Allí donde había habido hombres grises a lomos de caballos grises con picas de sombra brillaban entonces con destellos plateados las puntas de diez mil lanzas, y entre la miríada de estandartes al viento, Catelyn vio el calor del rojo, el rosa y el naranja, la riqueza de los azules y castaños, el resplandor del oro y del amarillo... Todo el poderío de Bastión de Tormentas y Altojardín, el poderío que hasta hacía una hora había pertenecido a Renly.

«Ahora son de Stannis —comprendió—, aunque aún no lo sepan. ¿Hacia quién se van a volver, si no hacia el último Baratheon? Stannis lo ha ganado todo de un golpe malévolο».

—Yo soy el rey legítimo —había dicho, con la mandíbula tensa como el hierro—, y vuestro hijo es tan traidor como mi hermano. También le llegará su hora.

Sintió un escalofrío.

La colina sobresalía entre la densa espesura del bosque. Se alzaba solitaria e inesperada; su cumbre azotada por los vientos se veía desde varias leguas de distancia. Según los exploradores, los salvajes la llamaban Puño de los Primeros Hombres. Jon Nieve pensó que era cierto, que parecía un puño que se hubiera abierto camino entre la tierra y la madera, con laderas desnudas como nudillos de piedra.

Subió a caballo hasta la cima con lord Mormont y los oficiales, mientras Fantasma se quedaba bajo los árboles. El lobo huargo había huido en tres ocasiones durante el ascenso; en dos de ellas regresó de mala gana cuando Jon silbó para llamarlo. En la tercera ocasión, el lord comandante perdió la paciencia.

—Deja que se vaya, chico —dijo con brusquedad—. Quiero llegar a la cima antes de que anochezca. Ya buscarás a tu lobo luego.

El camino ascendente era empinado y pedregoso, y la cima estaba coronada por un muro de rocas que les llegaba a la altura del pecho. Tuvieron que dar un rodeo hacia el oeste para dar con una brecha por la que pudieran pasar los caballos.

—Es un buen terreno, Thoren —dijo el Viejo Oso cuando llegaron por fin a la cima—. No se puede pedir nada mejor. Acamparemos aquí y esperaremos a Mediامano.

El lord comandante desmontó y se sacudió el cuervo del hombro. El pájaro alzó el vuelo, quejándose a graznidos.

Desde la parte superior de la colina, la vista era extraordinaria, pero lo que más llamó la atención a Jon fue el muro circular, las erosionadas piedras grises con sus parches blancos de líquenes y sus barbas de musgo verde. Según se contaba, el Puño había sido un fuerte de los primeros hombres, en la Era del Amanecer.

—Es un lugar antiguo —dijo Thoren Smallwood—. Y poderoso.

—Antiguo —graznó el cuervo de Mormont mientras revoloteaba sobre sus cabezas en círculos escandalosos—. Antiguo, antiguo, antiguo.

—Cállate —gruñó Mormont al pájaro. El Viejo Oso era demasiado orgulloso para reconocer su debilidad, pero no engañaba a Jon. El esfuerzo de mantener el ritmo de hombres más jóvenes le estaba pasando factura.

—En caso de necesidad sería muy fácil defender estas alturas —señaló Thoren al tiempo que guiaba a su caballo por el círculo de piedras, con la capa ribeteada en marta ondeando al viento.

—Sí, aquí estaremos bien. —El Viejo Oso alzó una mano al viento, y el cuervo se le posó en el antebrazo, con las garras arañando la cota de malla negra.

—¿Qué pasa con el agua, mi señor? —preguntó Jon.

—Al pie de la colina había un arroyo.

—Mucha distancia solamente para beber —señaló Jon—. Y hay que salir del círculo de piedras.

—¿Te da pereza escalar una colina, chico? —se burló Thoren.

—No vamos a encontrar otro lugar tan bien protegido —dijo lord Mormont—. Acarrearemos agua para tener un buen suministro.

Jon comprendió que no había discusión posible. De modo que se dieron las órdenes oportunas, y los hermanos de la Guardia de la Noche montaron el campamento dentro del círculo de piedra que habían erigido los primeros hombres. Las tiendas negras brotaron como setas después de la lluvia, y las mantas y jergones cubrieron la tierra yerma. Los mayordomos ataron los caballos con ronzales en largas hileras, y les dieron de comer y beber. Los forestales fueron con sus hachas hasta el bosque a la escasa luz del atardecer, a reunir madera suficiente para toda la noche. Un grupo de constructores se dedicó a retirar maleza, excavar letrinas y desatar los fardos de estacas endurecidas al fuego.

—Quiero zanjas y estacas en todas las aberturas del muro antes del anochecer —había ordenado el Viejo Oso.

Después de plantar la tienda del lord comandante y encargarse de sus caballos, Jon descendió colina abajo en busca de Fantasma. El lobo huargo se le acercó enseguida, en silencio absoluto: Jon caminaba solo a zancadas bajo los árboles, sobre la alfombra de hierba, piñas y hojas caídas, lo llamaba a silbidos y a gritos, y de repente, sin que Jon se diera cuenta, el gran lobo blanco caminaba junto a él, tan pálido como la niebla de la mañana.

Pero cuando llegaron al fuerte redondo, Fantasma se negó de nuevo a entrar. Se adelantó con cautela, olió que había una brecha entre las piedras y se retiró como si no le gustase lo que había oido. Jon trató de agarrarlo por la piel del cogote y meterlo a rastras dentro del anillo, pero no era tarea fácil; el lobo pesaba tanto como él, y era mucho más fuerte.

—¿Qué te pasa, Fantasma? —No era propio del animal mostrarse tan inquieto. Al final, Jon tuvo que darse por vencido—. Como quieras —le dijo al lobo—. Vete a cazar.

Los ojos rojos lo observaron mientras volvía al refugio de las piedras musgosas.

Allí estarían a salvo, seguro. La colina ofrecía un punto privilegiado para dominar con la vista los alrededores, y las laderas eran auténticos precipicios hacia el norte y el oeste, y apenas un poco más suaves hacia el este. Pero a medida que se cerraba la noche y la oscuridad se filtraba por las rendijas, entre los árboles, Jon fue sintiendo una opresión creciente.

«Esto es el bosque Encantado —pensó—. Puede que haya fantasmas, los espíritus de los primeros hombres. Aquí fue donde vivieron» .

—No seas crío —se dijo.

Trepó a un montículo de rocas y miró en dirección al sol poniente. Vio cómo la luz centelleaba como oro batido sobre la superficie del Agualechosa en su rumbo curvo hacia el sur. Río arriba, el terreno era más escabroso; el bosque espeso dejaba paso a una serie de colinas pedregosas y sin vegetación que se alzaban imponentes hacia el norte y el oeste. En el horizonte, las montañas eran como una sombra amenazadora: las cordilleras se perdían en la distancia azul grisácea, con los picos escarpados cubiertos por su eterna mortaja de nieve. Hasta vistos desde lejos parecían gélidos e inhóspitos.

Más cerca, los árboles dominaban el panorama. El bosque se extendía hacia el sur y hacia el este, hasta donde alcanzaba la vista de Jon; era una vasta maraña de ramas y raíces de mil tonos de verde, con un parche rojizo aquí y allá donde un arciano se abría paso entre los pinos y los centinelas, o un atisbo dorado si los árboles de hojas caducas empezaban a amarillesar. Cuando soplaban el viento, le llegaba el crujido y el gemido de ramas más viejas que él. Un millar de hojas temblaban, y durante un momento, el bosque parecía un mar verde oscuro, azotado por la tormenta, eterno e inescrutable.

Pensó que seguro que Fantasma no estaba solo allí. Bajo el mar se podía mover cualquier cosa y arrastrarse en la oscuridad hacia el anillo de piedras, oculta entre los árboles. Cualquier cosa. ¿Y cómo iban a verla llegar? Se quedó allí largo rato, hasta que el sol desapareció tras las montañas escarpadas y la oscuridad se cernió sobre el bosque.

—Jon? —lo llamó Samwell Tarly—. Me ha parecido que eras tú. ¿Estás bien?

—Dentro de lo que cabe. —Jon bajó de un salto—. ¿Cómo te ha ido hoy?

—Bien. Me ha ido bien. De verdad.

Jon no tenía la menor intención de compartir su inquietud con su amigo, y menos ahora que Samwell Tarly empezaba a mostrarse valiente.

—El Viejo Oso quiere que esperemos aquí hasta que lleguen Qhorin Mediامano y los hombres de la Torre Sombria.

—Es un lugar muy poderoso —dijo Sam—. Un fuerte anular de los primeros hombres. ¿Crees que se libraría aquí alguna batalla?

—No me cabe duda. Más vale que vayas preparando un pájaro; seguro que Mormont quiere enviar noticias al Muro.

—Ojalá pudiera enviarlos a todos. No les gusta nada estar enjaulados.

—A ti tampoco te gustaría si pudieras volar.

—Si pudiera volar, ya estaría de vuelta en el Castillo Negro, comiendo empanada de cerdo —suspiró Sam.

Jon le dio una palmadita en el hombro con la mano quemada. Regresaron juntos, cruzando el campamento. Por doquier se habían encendido hogueras para cocinar la cena. Sobre ellos, las estrellas empezaban a brillar. La larga cola roja de la Antorcha de Mormont ardía con una luz que competía con la de la luna. Jon

oyó a los cuervos incluso antes de verlos. Algunos graznaban su nombre. Aquellos pájaros eran especialistas en hacer ruido.

«Ellos también lo notan».

—Tengo que ir a ver al Viejo Oso —dijo—. Si no come a su hora también él empieza a armar jaleo.

Cuando encontró a Mormont, estaba hablando con Thoren Smallwood y con media docena de oficiales más.

—Ah, ya estás aquí —dijo con tono áspero—. Si no te importa, tráenos un poco de vino caliente. Hace mucho frío esta noche.

—Sí, mi señor.

Jon encendió una hoguera, les pidió a los encargados de suministros un barrilito del vino tinto que más gustaba a Mormont, y lo vertió en un puchero. Lo colgó sobre las llamas mientras recogía el resto de los ingredientes. El Viejo Oso era muy maniático en lo relativo al vino especiado: tanta canela, tanta nuez moscada y tanta miel, ni una gota más. Pasas, bayas y frutos secos, pero nada de limón, que era la herejía más repugnante del sur... cosa extraña, puesto que el limón sí le gustaba con la cerveza matutina. El lord comandante insistía también en que la bebida estuviera a buena temperatura para entrar en calor, pero no debía llegar a hervir en ningún momento. De modo que Jon vigilaba el puchero con atención.

Mientras trabajaba, oía las voces del interior de la tienda.

—La manera más fácil de adentrarse en los Colmillos Helados consiste en seguir el curso del Agualechosa. Pero si vamos por ese camino, Rayder se enterará de que nos acercamos, tan cierto como que hay sol.

—Podríamos ir por la Escalera del Gigante —sugirió ser Mallador Locke—. O por el Paso Aullante, si está despejado.

El vino empezó a humear. Jon apartó el recipiente del fuego, llenó ocho tazas y las llevó al interior de la tienda. El Viejo Oso estaba examinando el rudimentario mapa que había dibujado Sam la noche que pasaron en el Torreón de Craster. Cogió una taza de la bandeja de Jon, probó un trago de vino, y dio su aprobación con un brusco asentimiento. El cuervo se posó en su brazo.

—Maíz —graznó—. Maíz. Maiz.

Ser Otty n Wythers rechazó el vino con un gesto de la mano.

—Yo no me adentraría en las montañas —dijo con voz débil y cansada—. Los Colmillos Helados son muy fríos incluso en verano, así que ahora... si nos sorprendiera una tormenta...

—No tengo intención de arriesgarme en los Colmillos Helados a menos que sea imprescindible —dijo Mormont—. Los salvajes, igual que nosotros, no pueden vivir de nieve y piedras. No tardarán en salir de las cumbres, y para un ejército del tamaño que sea, la única ruta factible es seguir el Agualechosa. Si lo hacen, aquí podemos defendernos bien. No podrán pasar sin que los detectemos.

—Puede que no sea ese su plan. Son miles, y nosotros seremos trescientos cuando llegue Mediامano.

—Si al final hay una batalla, no encontraremos terreno más favorable que este —declaró Mormont—. Consolidaremos las defensas. Fosos, estacas, abrojos en las laderas... Hay que reparar hasta la última grieta del muro. Jarman, quiero que pongas como vigías a los hombres que mejor vista tengan. En todo el perímetro del muro y también a lo largo del río, para que nos alerten si se acerca alguien. Que se oculten en las copas de los árboles. Y más vale que empecemos a acarrear agua, más de la que necesitemos. Excavaremos cisternas. Eso mantendrá ocupados a los hombres, y puede que lleguemos a necesitarla.

—Mis exploradores...

—Tus exploradores se limitarán a explorar esta orilla del río hasta que llegue Mediامano. Después, ya veremos. No quiero perder ni un hombre más.

—Aunque Mance Rayder estuviera reuniendo a su ejército a una jornada de aquí, no nos enteraríamos —se quejó Smallwood.

—Sabemos muy bien dónde se están reuniendo los salvajes —replicó Mormont—. Nos lo dijo Craster. Ese hombre no me gusta, pero no creo que nos haya mentido.

—Como quieras.

Smallwood salió con una expresión hosca en la cara. Los demás se terminaron el vino y también se marcharon, aunque con más cortesía.

—¿Os traigo ya la cena, mi señor? —preguntó Jon.

—Maíz —graznó el cuervo.

Mormont tardó en responder.

—¿Ha cazado algo tu lobo hoy? —preguntó al final.

—Todavía no ha vuelto.

—Nos iría bien algo de carne fresca. —Mormont metió la mano en un saco y le ofreció a su cuervo un puñado de maíz—. ¿Crees que cometí un error al no permitir que los exploradores se alejen?

—No me corresponde a mí opinar sobre esos asuntos, mi señor.

—Te corresponde si te lo pregunto.

—Si los exploradores no pueden perder de vista el Puño, no veo cómo van a encontrar a mi tío —reconoció Jon.

—Es que no pueden encontrarlo. —El cuervo picoteó los granos de maíz que el Viejo Oso tenía en la palma de la mano—. Somos doscientos, pero aunque fuéramos diez mil, es una zona demasiado vasta.

—No iréis a renunciar a la búsqueda.

—El maestre Aemon dice que eres muy listo. —Mormont trasladó el cuervo a su hombro. El pájaro inclinó la cabeza hacia un lado, con los ojillos brillantes.

Así que la respuesta estaba allí.

—Es... Me parece más fácil que un hombre encuentre a doscientos que la

posibilidad de que doscientos encuentren a uno.

El cuervo lanzó un graznido, pero el Viejo Oso sonrió desde detrás de su barba blanca.

—Somos muchos, con muchos caballos; dejamos un rastro que hasta Aemon podría seguir. En esta colina, nuestras hogueras resultan visibles hasta en las laderas de los Colmillos Helados. Si Ben Stark está vivo y libre, él vendrá a buscarnos, no me cabe duda.

—Sí —dijo Jon—, pero... ¿y si...?

—¿Y si está muerto? —preguntó Mormont con voz no exenta de amabilidad.

Jon asintió de mala gana.

—Muerto —graznó el cuervo—. Muerto. Muerto.

—Puede que venga a buscarnos de todos modos —dijo el Viejo Oso—. Como Othor y Jafer Flores. Es una idea que me aterra tanto como a ti, Jon, pero debemos reconocer que es una posibilidad.

—Muerto —graznó el cuervo al tiempo que se ahuecaba las plumas. Su voz era cada vez más alta y chillona—. Muerto.

Mormont acarició las plumas negras del pájaro, y disimuló un bostezo repentino con el dorso de la mano.

—Voy a prescindir de la cena; el descanso me sentará mejor. Despiértame en cuanto haya luz.

—Que durmáis bien, mi señor.

Jon recogió las tazas vacías y salió de la tienda. Oyó risas a lo lejos, y también el sonido quejumbroso de las flautas. En el centro del campamento ardía una gran hoguera, y le llegó el olor del guiso que se estaba cocinando. Tal vez el Viejo Oso no tuviera hambre, pero Jon sí. Se dirigió hacia el fuego.

Dy wen estaba de pie, con el cucharón en la mano.

—Conozco estos bosques mejor que nadie, y os lo digo en serio: yo solo no salgo a cabalgar por ahí de noche. ¿No lo oléis?

Grenn lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Yo huelo solo la mierda de doscientos caballos —dijo Edd el Penas—. Y ese guiso. Que, por cierto, tiene un aroma muy semejante.

—Ya te daré yo a ti aroma semejante —replicó Hake palmeando su puñal. Llenó el cuenco de Jon sin dejar de refunfuñar.

El guiso era espeso; tenía cebada, zanahoria, cebolla y algún que otro trozo de buey en salazón, que la cocción había ablandado.

—¿Qué es lo que hueles, Dy wen? —preguntó Grenn.

El forestal tomó una cucharada de guiso. Se había quitado la dentadura. Tenía la piel del rostro correosa y arrugada, y las manos, tan nudosas como las raíces de un árbol viejo.

—A mí me parece que huele... a frío.

—Tienes la cabeza de madera, igual que los dientes —bufó Hake—. El frío no

huele a nada.

«Sí que huele —pensó Jon al recordar aquella noche en las habitaciones del lord comandante—. Huele como la muerte». De repente se le había quitado el apetito. Le dio su guiso a Grenn, que tenía aspecto de necesitar una segunda cena para conservar el calor durante la noche.

Cuando se alejó, soplaban un viento gélido. Por la mañana, el suelo estaría cubierto de escarcha, y las cuerdas que sujetaban las tiendas se habrían congelado. En el puchero quedaba un par de dedos de vino especiado. Jon echó más leña al fuego y lo puso sobre las llamas para recalentarlo. Mientras aguardaba flexionó los dedos, los apretó y los extendió hasta que le hormigueó la mano. Los hombres del primer turno de guardia ya habían ocupado sus puestos en torno al campamento. Sobre el muro en forma de anillo parpadeaban las antorchas. Aquella noche no había luna, pero en el cielo brillaba un millar de estrellas. En la oscuridad se oyó un sonido, bajo y lejano, pero inconfundible: el aullido de los lobos. Alzaban y bajaban las voces en una canción escalofriante, solitaria. Hizo que se le pusiera el vello de punta. Al otro lado de la hoguera, un par de ojos rojos lo miraron desde las sombras. La luz de la llama los hacía centellear.

—Fantasma —se atragantó Jon, sorprendido—. Así que al final has entrado, ¿eh? —El lobo blanco solía cazar por las noches. No esperaba verlo hasta el amanecer—. ¿Tan mal te ha ido la caza? —preguntó—. Aquí. Conmigo, Fantasma.

El lobo huargo rodeó el fuego, olfateó a Jon y olfateó la brisa, sin parar de moverse. No parecía estar buscando comida. «Cuando los muertos se levantaron, Fantasma lo supo. Me despertó, me avisó». Se puso en pie, alarmado.

—¿Hay algo ahí fuera? ¿Hueles algo, Fantasma?

«Dywen dijo que olía a frío».

El lobo huargo se alejó corriendo, se detuvo y volvió la vista atrás. «Quiere que lo siga». Se subió la capucha de la capa, y se alejó de las tiendas y del calor de la hoguera, pasando junto a las hileras de pequeñas monturas. Uno de los animales relinchó nervioso al sentir pasar a Fantasma. Jon lo calmó con unas palabras sosegadoras y le acarició el morro. A medida que se acercaba al anillo de piedra, se oía el silbido del viento a través de las grietas, entre las rocas. Una voz le dio el alto. Jon se adelantó hacia la luz de la antorcha.

—Tengo que ir a buscar agua para el lord comandante.

—Bueno, ve —dijo el guardia—. Pero date prisa. —El hombre, acurrucado bajo su capa y con la capucha echada para protegerse del viento, ni siquiera se molestó en mirar a ver si llevaba un cubo.

Jon salió de lado entre dos estacas afiladas, mientras Fantasma se deslizaba bajo ellas. Había una antorcha encajada en una grieta; su llama ondeaba como un estandarte anaranjado con cada ráfaga de viento. Al pasar entre las piedras, la

cogió. Fantasma corría colina abajo, y Jon lo seguía más despacio, siempre con la antorcha por delante para ver dónde pisaba. Los sonidos del campamento se fueron perdiendo en la distancia, tras él. La noche era oscura, y la ladera, empinada, pedregosa y desigual. Si se descuidaba, acabaría por romperse un tobillo... o el cuello. « ¿Qué estoy haciendo? », se preguntó mientras bajaba con cautela.

Los árboles se alzaban más abajo, como guerreros con armaduras de corteza y hojas, desplegados en silenciosas hileras, a la espera de la orden de tomar la colina por asalto. Parecían de un negro intenso; solo cuando les acercaba la antorcha veía Jon algún tono verde. Oyó el sonido del agua que discurría entre las rocas. Fantasma desapareció entre la maleza. Jon lo siguió, siempre en dirección al sonido del arroyo y de las hojas que suspiraban con el viento. La capa se le enganchaba en las ramas bajas, y las más altas se entrelazaban y le impedían ver las estrellas.

Volvió a ver al lobo huargo cuando bebía agua del arroyo.

—Fantasma —llamó—. Conmigo. Ven aquí.

Cuando el lobo huargo alzó la cabeza, le brillaban los ojos rojos, malignos, y el agua le corría por la boca a chorros. En aquel momento parecía una fiera espantosa. Y, en menos de un instante, desapareció entre los árboles.

—¡Fantasma, no! —gritó Jon—. ¡Vuelve!

Pero el lobo no obedeció. La oscuridad engulló su esbelta forma blanca, y a Jon le quedaron solo dos alternativas: volver a subir por la colina a solas, o seguirlo.

Furioso, siguió los pasos del lobo, con la antorcha tan baja como podía para ver las rocas que amenazaban con hacerlo tropezar a cada paso, las gruesas raíces que se le enredaban en los pies, los agujeros en los que podría torcerse un tobillo... Cada pocos pasos volvía a llamar a Fantasma, pero el viento nocturno silbaba entre los árboles y ahogaba las palabras. « Esto es una locura », pensó mientras se adentraba entre los árboles. Estaba a punto de dar media vuelta cuando divisó un atisbo de blanco más adelante, a la derecha, otra vez en dirección a la colina. Corrió en pos del animal, maldiciendo entre dientes.

Hadía rodeado una cuarta parte de la base del Puño cuando dividió al lobo, un momento antes de perderlo de nuevo. Por fin, entre los espinos, arbustos y rocas de la base de la colina, se detuvo a tomar aliento. Fuera del alcance de la antorcha, la oscuridad era absoluta.

Oyó un leve ruido, como de algo escarbando, y se volvió. Se dirigió cuidadosamente hacia el sonido, entre las rocas y los matorrales. Detrás de un árbol caído estaba Fantasma. El lobo huargo excavaba con furia; lanzaba la tierra por el aire con las patas.

—¿Qué has encontrado?

Jon bajó la antorcha y vio un montículo redondeado de tierra blanda. « Una

tumba —pensó—. Pero ¿de quién?».

Se arrodilló y clavó la antorcha en el suelo junto a él. La tierra arenosa estaba suelta. Jon la apartó a puñados. Allí no había piedras ni raíces. Fuera lo que fuera lo que estaba allí enterrado, no llevaba mucho tiempo. A menos de una vara de profundidad rozó un tejido con los dedos. Había esperado y había temido encontrar un cadáver, pero era otra cosa. Oprimió la tela y palpó las formas pequeñas y duras que había debajo. No cedían. No había hedor a podredumbre, ni gusanos. Fantasma retrocedió y se sentó sobre los cuartos traseros, sin dejar de observarlo.

Jon apartó la tierra suelta para dejar al descubierto un fardo redondeado, como de dos codos de diámetro. Metió los dedos por los bordes para soltarlo. Lo que había dentro se movía y tintineaba. «Un tesoro», pensó, pero lo que palpaba no tenía forma de moneda, ni sonaba como el metal.

El fardo estaba atado con cuerdas. Jon desenfundó el puñal y las cortó, buscó las esquinas de la tela y abrió el paquete. El contenido se desparramó por el suelo; tenía un brillo negruzco. Vio una docena de cuchillos, cabezas de lanza en forma de hoja y muchas puntas de flecha. Jon cogió una hoja de puñal, ligera como una pluma, negra brillante, sin puño. La luz de la antorcha iluminó su filo con una fina línea anaranjada que delataba lo hondo que podía cortar. «Vidriagón. Eso que los maestres llaman *obsidiana*». ¿Habría descubierto Fantasma algún antiquísimo depósito de los hijos del bosque, que llevaba allí enterrado miles de años? El Puño de los Primeros Hombres era un lugar muy antiguo, pero...

Bajo el vidriagón había un viejo cuerno de guerra, hecho del cuerno de un uro, con anillas de bronce a modo de refuerzos. Jon lo sacudió para vaciarlo de tierra, y cayó una lluvia de puntas de flecha. Cogió una esquina de la tela en la que habían estado envueltas las armas, y la frotó con los dedos.

«Buena lana, gruesa y bien tejida. Está húmeda, pero no podrida. —No podía llevar allí mucho tiempo. Y era oscura. Acercó más la antorcha—. No, oscura no. Negra».

Incluso antes de levantarse y sacudir la tela, ya sabía lo que era: la capa negra de un hermano juramentado de la Guardia de la Noche.

Barrigón dio con él en la forja, donde estaba ayudando a Mikken con los fuelles.

—El maestre os quiere ver en su torreón, mi señor príncipe. El rey ha enviado un pájaro.

—¿Robb?

Bran estaba tan nervioso que no quiso esperar a Hodor, sino que dejó que Barrigón lo subiera en brazos por las escaleras. Era un hombre corpulento, aunque no tanto como Hodor, y desde luego, mucho menos fuerte. Cuando llegaron a las estancias del maestre, tenía el rostro congestionado y jadeaba. Dentro ya se encontraban Rickon y los dos Walders.

El maestre Luwin le indicó a Barrigón que se marchara, y cerró la puerta.

—Mis señores —dijo con tono grave—, hemos recibido un mensaje de su alteza, con noticias buenas y noticias malas. Ha obtenido una gran victoria en el oeste, en un lugar llamado Cruce de Bueyes, y también ha tomado varios castillos. Nos escribe desde Marcaceniza, que antes era la fortaleza de la casa Marbrand.

—¿Robb vuelve ya a casa? —preguntó Rickon, tirando de la túnica al maestre.

—Por desgracia, aún no. Todavía le quedan batallas por delante.

—¿A quién ha derrotado? ¿A lord Tywin? —preguntó Bran.

—No —respondió el maestre—. Ser Stafford Lannister estaba al mando del ejército enemigo. Murió en el combate.

Bran no había oído hablar de aquel tal ser Stafford, así que estuvo de acuerdo con Walder el Mayor cuando dijo que el único que importaba de verdad era lord Tywin.

—Dile a Robb que quiero que vuelva a casa —dijo Rickon—. Y que se traiga a su lobo, y a mi madre, y a mi padre.

Aunque sabía que lord Eddard había muerto, a veces Rickon se olvidaba... voluntariamente, en opinión de Bran. Su hermanito era tan obstinado como solo podía serlo un niño de cuatro años.

Bran se alegraba por la victoria de Robb, pero también estaba inquieto. Recordaba lo que le había dicho Osha el día en que su hermano salió de Invernalia con su ejército. « Va a marchar en la dirección que no debe », había insistido la salvaje.

—Por desgracia, toda victoria tiene un precio. —El maestre Luwin se volvió hacia los Walders—. Mis señores, vuestro tío ser Stevron Frey es uno de los que perdieron la vida en Cruce de Bueyes. Según cuenta Robb, recibió una herida en la batalla. No se le dio importancia, pero tres días después murió en su tienda mientras dormía.

—Era muy viejo —dijo Walder el Mayor, encogiéndose de hombros—, tenía

sesenta y cinco años, creo. Estaba viejo para las batallas. No paraba de decir que estaba cansado.

—Walder el Pequeño soltó una carcajada.

—Sí, cansado de esperar a que muriera nuestro abuelo, querrás decir. Entonces ahora el heredero es ser Emmon, ¿no?

—No digas tonterías —bufó su primo—. Los hijos del primogénito van antes que el segundo hijo. El siguiente en la línea sucesoria es ser Ryman, luego ser Edwin, Walder el Negro y Petyr Espinilla. Y después van Aegon y todos sus hijos.

—Ryman también es viejo —dijo Walder el Pequeño—. Seguro que tiene más de cuarenta años. Y además, está mal de la barriga. ¿Crees que llegará a ser el señor?

—A mí qué me importa. El señor seré yo.

—Mis señores, deberíais avergonzados de lo que decís —interrumpió el maestre Luwin con tono brusco—. No veo que sintáis la muerte de vuestro tío.

—Sí que la sentimos —replicó Walder el Pequeño—. Estamos muy tristes.

Pero era obvio que no lo estaban. Bran tenía el estómago revuelto. «El sabor de su plato les gusta más que a mí el del mío». Le pidió permiso al maestre Luwin para retirarse.

—Muy bien.

El maestre hizo sonar la campana para pedir ayuda. Hodor debía de estar ocupado en los establos, porque la que acudió fue Osha. Era más fuerte que Barrigón, y no tuvo que esforzarse para tomar a Bran en sus brazos y llevarlo escaleras abajo.

—Osha, ¿tú conoces el camino hacia el norte? —le preguntó Bran—. ¿Hacia el Muro... y lo que haya más allá?

—El camino es fácil. Busca el Dragón de Hielo, y sigue la estrella azul que hay en el ojo del jinete que lo monta. —Cruzó una puerta y empezó a subir por la escalera de caracol.

—¿Y allí todavía quedan gigantes y... y todos los demás... los Otros y los hijos del bosque?

—Gigantes sí que he visto; de los hijos he oído hablar, y de los caminantes blancos... ¿por qué quieres saberlo?

—¿Viste alguna vez un cuervo de tres ojos?

—No. —La mujer se echó a reír—. Y tampoco es que me apetezca mucho.

—Osha abrió de una patada la puerta que daba al dormitorio de Bran y lo sentó en la silla, junto a la ventana, desde donde podía observar el patio de abajo.

Parecía que solo habían pasado unos instantes después de que saliera cuando la puerta se abrió de nuevo, y Jojen Reed entró sin pedir permiso, seguido por su hermana Meera.

—¿Os habéis enterado de lo del pájaro? —preguntó Bran. El otro muchacho

asintió—. No era una cena, como decías tú. Era una carta de Robb, y no nos la comimos, pero...

—A veces, los sueños verdes adoptan formas extrañas —admitió Jojen—. No siempre es fácil comprender la verdad que encierran.

—Háblame de la pesadilla que tuviste —pidió Bran—. De eso tan malo que se acerca a Invernalia.

—¿Mi príncipe me cree ahora? ¿Darás crédito a mis palabras, por extrañas que suenen a tus oídos? —Bran asintió—. Lo que viene es el mar.

—¿El mar?

—Sofré que el mar rodeaba Invernalia y lamía sus muros. Vi olas negras que se estrellaban contra las puertas y las torres, y luego, el agua salada entraba y lo inundaba todo. En el patio flotaban hombres ahogados. Cuando tuve el sueño por primera vez, en Aguasgrises, no conocía sus rostros, pero ahora sí. Ese Barrigón, el guardia que nos presentó cuando llegamos al banquete, es uno de ellos. Tu septón es otro. Y tu herrero.

—¿Mikken? —Bran estaba tan confuso como desalentado—. Pero el mar está a cientos y cientos de leguas de aquí, y aunque llegara, los muros de Invernalia son tan altos que no podría entrar.

—En lo más oscuro de la noche —dijo Jojen—, el mar salado correrá entre estas paredes. Contemplé los cadáveres hinchados de los ahogados.

—Tenemos que avisarlos —dijo Bran—. A Barrigón, a Mikken y al septón Chayle. Hay que decirles que no se ahoguen.

—No hay manera de salvarlos —replicó el niño de verde.

—No lo creerán, Bran. —Meera se dirigió hacia la ventana y le puso una mano en el hombro—. Igual que tú no me creías.

—Háblame de tu sueño —dijo Jojen mientras se sentaba en la cama de Bran.

Le daba miedo hacerlo pese a todo, pero había jurado que confiaría en ellos, y un Stark de Invernalia siempre cumplía su palabra.

—Son sueños diferentes —dijo muy despacio—. Primero están los sueños de lobo; esos no son tan malos como los otros. Voy por ahí corriendo y cazando, y mato ardillas. Y hay sueños en los que viene el cuervo y me dice que vuela. A veces, en esos sueños también está el árbol, me llama por mi nombre. Esos me dan miedo. Pero los peores son los sueños en los que caigo. —Contempló el lejano patio con tristeza—. Antes nunca me caía cuando trepaba. Iba a todas partes, por encima de los muros y por los tejados, y les daba de comer a los cuervos en la Torre Quemada. Mi madre tenía miedo de que me cayera, pero yo sabía que no me caería nunca. Pero me caí, y ahora cuando me duermo me vuelvo a caer.

Meera le dio un apretón en un hombro.

—¿Nada más?

—Me parece que no.

—Cambiapieles —dijo Jojen Reed.

—¿Qué? —Bran lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Cambiapieles. Demonio. Multiforme. Hombre bestia. Eso es lo que te llamarán si se enteran de tus sueños de lobo.

—¿Quién me llamará esas cosas? —Aquellos nombres le hacían sentir miedo.

—Tu pueblo. Por temor. Si se enteran de qué eres, muchos te odiarán. Algunos incluso querrán matarte.

A veces, la Vieja Tata les contaba cuentos de miedo acerca de cambiapieles y hombres bestia. En sus historias siempre eran malvados.

—Yo no soy eso —dijo Bran—. De verdad. No son nada más que sueños.

—Los sueños de lobo no son sueños de verdad. Cuando estás despierto tienes el ojo muy cerrado, pero cuando te duermes se abre, y tu alma sale en busca de su otra mitad. El poder que hay en ti es muy fuerte.

—No lo quiero. Yo quiero ser un caballero.

—Un caballero es lo que quieras ser. Un cambiapieles es lo que eres. Eso no lo puedes cambiar, Bran, no lo puedes negar ni rechazar. Eres el lobo alado, pero nunca volarás. —Jojen se levantó y se acercó a la ventana—. A menos que abras el ojo.

Juntó dos dedos y dio un golpe fuerte a Bran en la frente. Bran se llevó una mano al punto donde lo había tocado, pero solo palpó piel intacta. No tenía ningún ojo, ni abierto ni cerrado.

—¿Cómo puedo abrirlo, si no está ahí?

—El ojo no lo encontrarás con los dedos. Tienes que buscarlo con el corazón.

—Jojen estudió el rostro de Bran con aquellos extraños ojos verdes—. ¡O te da miedo?

—El maestre Luwin dice que en los sueños no hay nada que temer.

—Si lo hay —replicó Jojen.

—¿El qué?

—El pasado. El futuro. La verdad.

Salieron de la habitación, dejando a Bran más confuso que nunca. Cuando se quedó a solas, Bran trató de abrir el tercer ojo, pero no sabía cómo. Por mucho que frunciera el entrecejo y se lo hurgara, seguía viendo las cosas igual que siempre. En los días siguientes trató de alertar a los demás sobre lo que le había dicho Jojen, pero las cosas no salían como él deseaba.

A Mikken le pareció muy gracioso.

—El mar, ¿eh? Pues mira qué casualidad, siempre he querido ver el mar y nunca he tenido ocasión. Así que ahora viene el mar a verme, ¿eh? Los dioses son bondadosos, mira que tomarse tantas molestias por un pobre herrero.

—Los dioses me llevarán cuando sea mi hora —le dijo el septón Chayle con voz tranquila—, aunque dudo mucho que me ahogue, Bran. Ya sabes que crecí en las orillas del Cuchillo Blanco; soy un buen nadador.

Barrigón fue el único que prestó atención al aviso. Fue a hablar con Jojen en persona, y después de la conversación dejó de bañarse y se negó a acercarse al pozo. Llegó un momento en que oía tan mal que seis de sus compañeros guardias lo arrojaron a una bañera con agua muy caliente y lo cepillaron hasta dejarle la piel enrojecida, mientras él no paraba de gritar que lo iban a ahogar, como había dicho el chico rana. Después de aquello, se mostró huraño y hosco cuando veía a Bran o a Jojen.

Pocos días después del baño de Barrigón, ser Rodrik regresó a Invernalia con un prisionero, un joven regordete de labios gruesos que oía como un retrete, peor aún que Barrigón cuando se negaba a acercarse al agua.

—Lo llaman Hediondo —dijo Pelopaja cuando Bran le preguntó quién era—. No sé cómo se llamará de verdad. Trabajaba para el bastardo de Bolton, y dicen que lo ayudó a asesinar a lady Hornwood.

Aquella noche, durante la cena, Bran se enteró de que el bastardo también había muerto. Los hombres de ser Rodrik lo habían atrapado en tierras de los Hornwood haciendo una cosa espantosa (no supo bien qué, pero al parecer era algo que se hacía sin ropa), y lo acribillaron a flechazos cuando intentó huir a caballo. Pero habían llegado demasiado tarde para la pobre lady Hornwood. Tras su matrimonio, el bastardo la había encerrado en una torre y luego se había olvidado de darle de comer. Bran les oyó decir a los hombres que, cuando ser Rodrik derribó la puerta, se la encontró muerta, con la boca ensangrentada. Se había comido los dedos.

—Ese monstruo nos ha puesto en una situación espinosa —comentó el anciano caballero al maestre Luwin—. Nos guste o no, lady Hornwood era su esposa. La obligó a pronunciar los votos ante el septón y ante el árbol corazón, y se acostó con ella esa misma noche ante testigos. Ella firmó un testamento en el que lo nombraba heredero, y le puso su sello.

—Los votos pronunciados bajo la amenaza de una espada no tienen ningún valor —argumentó el maestre.

—Puede que Roose Bolton no esté de acuerdo, con esas tierras en juego. —Ser Rodrik parecía muy triste—. Ojalá le pudiera cortar la cabeza también a este criado; es tan malo como su amo. Pero me temo que habrá que mantenerlo con vida hasta que Robb regrese de la guerra. Es el único testigo de los peores crímenes del bastardo. Puede que lord Bolton se deje convencer si oye su declaración, pero entretanto, los caballeros de Manderly y los hombres de Fuerte Terror se están matando entre ellos en los bosques de los Hornwood, y no dispongo de las fuerzas necesarias para detenerlos. —El anciano caballero se giró en su asiento y miró a Bran con reproche—. ¿Y qué ha estado haciendo mi señor príncipe durante mi ausencia? ¡Ordenarles a nuestros guardias que no se bañen! ¿Quieres que acaben oliendo todos como ese Hediondo, o qué?

—El mar va a venir hasta aquí —dijo Bran—. Jojen lo vio en un sueño verde.

Barrigón se va a ahogar.

—El pequeño Reed cree que ve el futuro en sus sueños, ser Rodrik —El maestre Luwin se tironeó del collar de eslabones—. He hablado con Bran de lo inciertas que son esas profecías, pero la verdad es que hay problemas a lo largo de la Costa Pedregosa. Llegan en barcoluengos, y atacan y saquean los pueblos pesqueros, violan a las mujeres y les prenden fuego a los edificios. Leobald Tallhart ha enviado a su sobrino Benfred para que se ocupe del asunto, pero me imagino que en cuanto vean acercarse a hombres armados se meterán en sus barcos y huirán.

—Sí, y atacarán otro lugar. Los Otros se lleven a esos cobardes. No serían tan osados si el grueso de nuestras fuerzas no estuviera a miles de leguas hacia el sur; tampoco lo habría sido el bastardo de Bolton. —Ser Rodrik miró a Bran—. ¿Qué más te dijo el chico?

—Que el agua inundaría Invernalia. Vio a Barrigón, a Mikken y al septón Chay le ahogados.

—Bien —dijo ser Rodrik con el ceño fruncido—, en ese caso, si tengo que ir a enfrentarme a esos saqueadores, no llevaré a Barrigón. A mí no me vio ahogado, ¿verdad?

Bran se animó un poco.

«Entonces puede que no se ahoguen —pensó—. Si no se acercan al mar...».

Meera opinó lo mismo aquella noche, cuando Jojen y ella subieron a la habitación de Bran para jugar una partida de dados, pero su hermano sacudió la cabeza.

—Las cosas que veo en los sueños verdes no se pueden cambiar.

Aquello hizo enfadar a Meera.

—¿Para qué te van a enviar los dioses un aviso si no podemos prestarle atención y cambiar lo que vaya a suceder?

—No lo sé —respondió Jojen con tristeza.

—¡Si fueras Barrigón, seguro que te tirabas al pozo para que todo acabara de una vez! Tiene que luchar, y Bran también.

—¿Yo? —De repente, Bran tuvo mucho miedo—. ¿Contra qué tengo que luchar? ¿Yo también voy a ahogarme?

—No debería haber dicho... —Meera lo miraba con gesto de culpa.

—¿Me has visto a mí en un sueño verde? —le preguntó Bran a Jojen, nervioso. Sabía que le ocultaban algo—. ¿Me había ahogado?

—No te ahogabas —respondió Jojen, como si le doliera cada palabra—. Soñé con el hombre que han traído hoy, ese al que llaman Hediondo. Tu hermano y tú yacíais muertos a sus pies, y os estaba despellizando los rostros con una espada larga y roja.

Meera se puso en pie.

—Si voy a las mazmorras, le puedo clavar una lanza en el corazón. Y si está

muerto, no podrá asesinar a Bran.

—Los carceleros te lo impedirían —dijo Jojen—. Hay guardias. Y si les dices por qué quieres matarlo, no te creerán.

—Yo también tengo guardias —les recordó Bran—. Barrigón, Tym Carapicada, Pelopaja y los demás.

—No podrán detenerlo, Bran. —Los ojos verde musgo de Jojen estaban llenos de compasión—. No vi por qué, pero vi cómo terminaba todo. Os vi a Rickon y a ti en vuestras criptas, abajo, en la oscuridad, con los reyes muertos y sus lobos de piedra.

« No —pensó Bran—. No» .

—Si me voy... a Aguasgrises, o con el cuervo, muy lejos, adonde no puedan encontrarme...

—No importaría. El sueño era verde, Bran, y los sueños verdes no mienten.

Varys estaba de pie junto al brasero, calentándose las blandas manos.

—Al parecer, a Renly lo asesinaron de forma misteriosa cuando estaba rodeado de su ejército. Lo degollaron de oreja a oreja, con una espada que atravesó el hueso y el acero como si fueran queso tierno.

—¿Quién empuñaba la espada? —preguntó imperiosamente Cersei.

—¿Os habéis fijado alguna vez en que tener muchas respuestas es lo mismo que no tener ninguna? Mis informadores no están tan bien situados como sería conveniente para nosotros. Cuando muere un rey, las historias fantásticas proliferan como champiñones en la oscuridad. Un mozo de cuadras dice que a Renly lo mató uno de los caballeros de su Guardia Arcoíris. Una lavandera asegura que Stannis se introdujo a hurtadillas en medio del ejército de su hermano con una espada mágica. Varios soldados creen que fue una mujer, pero no se ponen de acuerdo sobre cuál. Segundo uno, una doncella a la que Renly había desairado. Segundo otro, una vivandera a la que llevaron para que le diera placer la víspera de la batalla. El tercero dice que pudo ser lady Catelyn Stark en persona.

La reina no parecía nada satisfecha.

—¿Es necesario que nos hagáis perder el tiempo con todos los rumores que se le ocurrían a cualquier imbécil?

—Mi amada reina, me pagáis muy bien por esos rumores.

—Os pagamos por la verdad, lord Varys. Recordadlo bien, o el Consejo Privado será más privado todavía.

—Si seguís así —dijo Varys disimulando una risita nerviosa—, entre vuestro noble hermano y vos vais a dejar a su alteza sin Consejo.

—El reino sobrevivirá perfectamente con unos cuantos consejeros menos —comentó Meñique con una sonrisa.

—Mi querido Petyr —dijo Varys—, ¿no tenéis miedo de ser el próximo en la lista de la mano?

—¿Antes que vos, Varys? Ni se me ocurriría.

—Puede que vos y yo acabemos juntos en el Muro, como hermanos. —Varys rio de nuevo.

—Y antes de lo que pensáis si las próximas palabras que salen de esa boca no son algo útil, eunuco. —Por la expresión de su rostro, Cersei estaba dispuesta a castrar a Varys de nuevo.

—¿Puede tratarse de una estratagema? —preguntó Meñique.

—Si lo es, es una estratagema de una astucia inconcebible —dijo Varys—. A mí, desde luego, me ha embaucado.

—Joff se va a llevar un buen disgusto —dijo Tyrion, que ya había oído más que suficiente—. Tenía reservada una pica tan bonita para la cabeza de Renly... En fin, fuera quien fuera el asesino, tenemos que suponer que Stannis está detrás

de todo. Es el que más gana con esto. —La noticia no le había gustado nada; había contado con que los hermanos Baratheon se diezmaran el uno al otro en una batalla sangrienta. Sentía un dolor punzante en el codo, allí donde había recibido el impacto del mangual. Le pasaba siempre que había humedad. Se lo apretó con la mano—. ¿Qué ha pasado con el ejército de Renly? —preguntó.

—La mayor parte de su infantería sigue en Puenteamargo. —Varys se alejó del brasero para ocupar su asiento junto a la mesa—. Muchos de los señores que cabalgaron con lord Renly hasta Bastión de Tormentas han jurado fidelidad a Stannis, junto con toda su caballería.

—Los Florent a la cabeza, me juego lo que sea —señaló Meñique.

—Ganaríais, mi señor. —Varys le dirigió una sonrisita afectada—. Sí, lord Alester fue el primero en doblar la rodilla. Muchos otros siguieron su ejemplo.

—Muchos —repitió Tyrion—. ¡No todos?

—No todos —asintió el eunuco—. Ni Loras Tyrell, ni Randyll Tarly, ni Mathis Rowan. Y Bastión de Tormentas tampoco se ha rendido. Ser Cortnay Penrose sigue defendiendo el castillo en nombre de Renly; se niega a creer que su señor haya muerto. Exige ver sus restos antes de abrir las puertas, pero al parecer, el cadáver de Renly ha desaparecido de manera inexplicable. Lo más probable es que alguien se lo haya llevado. Una quinta parte de los caballeros de Renly prefirieron marcharse con ser Loras antes de doblar la rodilla ante Stannis. Se dice que el Caballero de las Flores enloqueció al ver el cadáver de su rey y, en un ataque de ira, mató a tres de los guardias de Renly, entre ellos Emmon Cuy y Robar Royce.

«Lástima que no matara a más», pensó Tyrion.

—Lo más probable es que ser Loras esté regresando a Puenteamargo —siguió Varys—. Allí está su hermana, la reina de Renly, así como un buen número de soldados que de repente se encuentran sin rey. ¿De parte de quién se pondrán ahora? Es una cuestión muy delicada. Muchos sirven a señores que se quedaron en Bastión de Tormentas, y esos señores le han jurado lealtad a Stannis.

—En mi opinión —dijo Tyrion inclinándose hacia delante—, tenemos una buena oportunidad. Podemos ganarnos a ser Loras para nuestra causa, y lord Tyrell y sus vasallos también se nos unirían. Sí, le han jurado lealtad a Stannis de momento, pero no lo aprecian demasiado, o habrían estado con él desde el principio.

—¿Y acaso a nosotros nos aprecian más? —preguntó Cersei.

—Lo dudo mucho —respondió Tyrion—. A quien querían era a Renly, es evidente, pero Renly ha sido asesinado. Tal vez podamos darles suficientes razones para que elijan a Joffrey en lugar de a Stannis... si actuamos con rapidez.

—¿Y qué tipo de razones piensas darles?

—Razones de oro —sugirió Meñique al instante.

Varys chasqueó la lengua.

—Mi querido amigo Petyr, no me puedo creer que estéis proponiendo que compremos a estos poderosos señores y a estos nobles caballeros como si fueran pollos en venta del mercado.

—Se nota que no habéis visitado nuestros mercados últimamente, lord Varys —dijo Meñique—. Estoy seguro de que os sería más fácil comprar un señor que un pollo. Por supuesto, el cacareo de los señores es más orgulloso que el de los pollos, y no recomendaría que fuéramos a ofrecerles monedas como a un mercader, pero seguro que aceptarán de buena gana algunos regalos: honores, tierras, castillos...

—Con sobornos nos ganaríamos a algunos de los señores menores —intervino Tyrion—, pero no a Altojardín.

—Ciento —reconoció Meñique—. El Caballero de las Flores es la clave. Mace Tyrell tiene dos hijos mayores, pero Loras ha sido siempre su favorito. Si os ganáis a ser Loras, tendréis Altojardín en vuestras manos.

«Sí», pensó Tyrion.

—Creo que deberíamos aprender una lección del difunto lord Renly. Podemos conseguir una alianza con los Tyrell igual que hizo él. Con un matrimonio.

Varys fue el primero en comprender la sugerencia.

—Estáis pensando en casar al rey Joffrey con Margaery Tyrell.

—Así es. —Si mal no recordaba, la reina de Renly tenía quince años, diecisésis como mucho. Era mayor que Joffrey, pero unos años no suponían nada. El plan era tan claro y dulce que casi podía saborearlo.

—Joffrey está prometido a Sansa Stark —objetó Cersei.

—Los compromisos matrimoniales se pueden romper. ¿En qué nos beneficia casar al rey con la hija de un traidor muerto?

—Podéis decirle a su alteza que los Tyrell son mucho más ricos que los Stark —intervino Meñique—. Y tengo entendido que Margaery es bellísima... y está en edad de compartir su lecho.

—Sí —dijo Tyrion—. Eso a Joff le gustará.

—Mi hijo es demasiado joven para preocuparse de esas cosas.

—¿Eso crees? —preguntó Tyrion—. Tiene trece años, Cersei. Los mismos que tenía yo cuando me casé.

—Nos avergonzaste a todos con aquel episodio lamentable. Joffrey tiene más clase.

—Sí, tanta clase que ordenó a ser Boros que le arrancara la ropa a Sansa.

—Estaba enfadado con ella.

—También estaba enfadado con el pinche de cocina que derramó la sopa anoche, y a él no hizo que lo desnudaran.

—Esto no era por un poco de sopa.

«No, era por unas tetas bonitas». Después de la escena del patio, Tyrion había hablado con Varys acerca de cómo podían arreglar una visita de Joffrey a la casa de Chataya. Esperaba que el chico se endulzaría un poco si probaba la miel. Hasta, dioses mediante, podía sentir cierta gratitud, y a Tyrion le iría de maravilla que su soberano le estuviera un poco agradecido. Pero, por supuesto, habría que hacerlo en secreto. Lo más difícil sería separarlo del Perro.

—Ese sabueso no se aleja nunca de los talones de su amo —le había dicho a Varys—. Pero no hay hombre que no duerma. Y algunos también juegan, van de putas o visitan las tabernas.

—El Perro hace todas esas cosas, si es eso lo que me preguntáis.

—No —dijo Tyrion—. Lo que os pregunto es cuándo las hace.

Varys se puso un dedo en la mejilla y le dirigió una sonrisita enigmática.

—Pero, mi señor, si fuera desconfiado podría pensar que buscáis un momento en el que Sandor Clegane no esté protegiendo al rey Joffrey, para poder causarle algún daño al muchacho.

—Bien sabéis que ese no es mi plan, lord Varys —dijo Tyrion—. Lo único que quiero es que Joffrey me tenga afecto.

El eunuco le había prometido hacer averiguaciones. Pero la guerra también lo mantenía muy ocupado, de manera que la iniciación de Joffrey en los placeres del sexo tendría que esperar.

—No me cabe duda de que conoces a tu hijo mejor que yo —se forzó a responder a Cersei—. Pero una alianza matrimonial con una Tyrell supondría grandes ventajas. Puede ser la única manera de garantizar que Joffrey llegue vivo a su noche de bodas.

—La pequeña Stark no le aporta a Joffrey nada más que su cuerpo —dijo Meñique mostrando su acuerdo—, por hermoso que sea. Con el de Margaery Tyrell van incluidas cincuenta mil espadas y todo el poder de Altojardín.

—Cierto. —Varys posó una mano blanda sobre la manga de la reina—. Tenéis corazón de madre, y sé que vuestra alteza ama a la dulce Sansa. Pero los reyes deben aprender a anteponer las necesidades del reino a sus deseos. Debemos presentar esa oferta.

—No hablaríais así si fuerais mujeres —replicó la reina sacudiéndose los dedos del eunuco—. Pero decid lo que queráis, mis señores; Joffrey es demasiado orgulloso para conformarse con las sobras de Renly. Jamás dará su consentimiento.

Tyrion se encogió de hombros.

—Cuando el rey sea mayor de edad, dentro de tres años, podrá dar o retirar su consentimiento según le plazca. Hasta entonces, tú eres su regente y yo soy su mano, y se casará con quien le digamos que se case. Tanto si son sobras como si no.

—Bien, pues presenta la oferta. —Cersei se había quedado sin argumentos—.

Pero que los dioses os guarden a todos si a Joff no le gusta esa chica.

—Cuánto me alegra que estemos de acuerdo —dijo Tyrion—. Bien, ¿quién de nosotros irá a Puenteamargo? Tenemos que presentarle la oferta a ser Loras antes de que se le enfrién los ánimos.

—¿Quieres enviar a un miembro del Consejo?

—No me atrevería a esperar que el Caballero de las Flores tratara con Bronn o con Shagga, ¿verdad? Los Tyrell son orgullosos.

—Ser Jacelyn By water es de alta cuna. —Su hermana no perdió la ocasión de tratar de sacar provecho de las circunstancias en su beneficio—. Envialo a él.

Tyrion hizo un gesto de negación.

—Hace falta alguien que pueda hacer algo más que repetir nuestras palabras y traernos una respuesta. Nuestro enviado deberá hablar en nombre del rey y del Consejo, y dejar zanjado el asunto lo antes posible.

—La mano habla con la voz del rey. —La luz de las velas arrancaba destellos verdes de los ojos de Cersei, tan brillantes como el fuego valyrio—. Si vas tú, Tyrion, sería como si fuera el propio Joffrey. ¿Y quién mejor para esta misión? Manejas las palabras con tanta habilidad como Jaime la espada.

« ¿Tantas ganas tienes de verme fuera de la ciudad, Cersei?» .

—Eres muy amable, mi querida hermana, pero en mi opinión, la madre de un muchacho está mucho mejor capacitada para acordar un matrimonio que su tío. Y jamás podría superar tu don para ganarte amigos.

—Joff me necesita a su lado. —Cersei entrecerró los ojos.

—Alteza, mi señor —intervino Meñique—, el rey os necesita a los dos aquí. Dejad que vaya yo en vuestro lugar.

« ¿Tú? ¿Qué ganas tú con esto?», se preguntó Tyrion.

—Estoy en el Consejo del Rey, pero no soy de sangre real, así que no valgo gran cosa como rehén. Trabé cierta amistad con ser Loras cuando estaba aquí, en la corte, y no le di ningún motivo para estar mal dispuesto contra mí. Mace Tyrell no tiene nada que reprocharme, que yo sepa, y me atrevería a decir que mis dotes de negociador no son desdeñables.

« Nos tiene atrapados». Tyrion no confiaba en Petyr Baelish, ni quería perderlo de vista, pero ¿qué otra opción le quedaba? Tenía que ser Meñique o el propio Tyrion, y demasiado bien sabía que en cuanto saliera de Desembarco del Rey, aunque fuera por breve tiempo, se desmoronaría todo lo que había logrado hasta el momento.

—Hay escaramuzas entre este lugar y Puenteamargo —dijo con cautela—. Y podéis estar seguro de que lord Stannis enviará a sus pastores para reagrupar a las ovejas descarradas de su hermano.

—Los pastores nunca me han dado miedo. A las que temo es a las ovejas. Pero imagino que una escolta no estará de más.

—Puedo prescindir de cien capas doradas —dijo Tyrion.

—Quinientos.

—Trescientos.

—Y cuarenta más: veinte caballeros con otros tantos escuderos. Si llego sin una escolta regia, los Tyrell no me prestarán mucha atención.

Aquello era verdad.

—De acuerdo.

—Me llevaré a Horror y a Baboso, y se los devolveré a su señor padre, como gesto de buena voluntad. Necesitamos el apoyo de Paxter Redwyne; es un viejo amigo de Mace Tyrell, y su poderío no es desdeñable.

—También es un traidor —se opuso la reina—. El Rejo le habría jurado fidelidad a Renly, como todos los demás, si no fuera porque Redwyne sabía bien que sus cachorros lo pagarían caro.

—Renly ha muerto, alteza —señaló Meñique—, y ni Stannis ni lord Paxter habrán olvidado cómo las galeras de los Redwyne les cerraron la salida por mar durante el asedio a Bastión de Tormentas. Devolvedle a sus gemelos y posiblemente nos ganemos el afecto de Redwyne.

—Que los Otros se lleven su afecto; yo lo que quiero son sus espadas y sus velas. —Cersei no estaba convencida—. Y la mejor manera de estar seguros de que las conseguiremos es aferrarnos a esos gemelos.

Tyrian dio con la respuesta.

—En ese caso, enviemos a ser Hobber de vuelta al Rejo, y quedémonos con ser Horas aquí. Seguro que lord Paxter es perfectamente capaz de entender la indirecta.

La sugerencia se aceptó sin más discusiones, pero Meñique no había terminado todavía.

—Necesitaremos caballos. Rápidos y fuertes. Con las batallas puede que cueste encontrar monturas de refresco. También hará falta un buen suministro de oro para esos regalos que hemos comentado antes.

—Coged tanto como necesitéis. Si la ciudad cae, Stannis se lo quedará de todos modos.

—Quiero mi designación por escrito, un documento que no deje a Mace Tyrell la menor duda en cuanto a mi autoridad, en el que se me dé poder para tratar con él todo lo relativo a este compromiso y a los acuerdos a que haya a que llegar, y para hacer promesas vinculantes en nombre del rey. Tendrá que firmarlo Joffrey, así como todos los miembros de este Consejo, y llevar todos nuestros sellos.

—De acuerdo. —Tyrian se acomodó en la silla, inquieto—. ¿Alguna cosa más? Os recuerdo que hay un largo camino hasta Puenteamargo.

—Me pondré en marcha antes de que amanezca. —Meñique se levantó—. Confío en que, cuando regrese, el rey se ocupe de que reciba la recompensa que merecen mis desvelos por su causa.

—Joffrey es un soberano muy agradecido. —Varys soltó una risita—. Estoy seguro de que no tendrás motivos de queja, mi valeroso señor.

—¿Qué queréis, Petyr? —preguntó la reina directamente.

—Tengo que meditarlo —contestó Meñique mirando a Tyrion con una sonrisa arteria—, pero algo se me ocurrirá, seguro. —Hizo una airosa reverencia y salió de la estancia con un paso tan desenfadado como si se dirigiera hacia uno de sus burdeles.

Tyrion miró por la ventana. La niebla era tan espesa que ni siquiera se veía la muralla al otro lado del patio. Unas cuantas luces tenues brillaban difusas en medio del manto gris. «Mal día para viajar», pensó. No envidiaba a Petyr Baelish.

—Más vale que empecemos a redactar esos documentos. Lord Varys, pedid que nos traigan pergamino y pluma. Y alguien tendrá que ir a despertar a Joffrey.

Cuando la reunión terminó por fin, la noche era todavía gris y oscura. Varys salió a solas, arrastrando por el suelo sus zapatillas blandas. Los Lannister se detuvieron un instante en la puerta.

—¿Cómo va lo de tu cadena, hermano? —le preguntó la reina mientras ser Preston le ponía sobre los hombros la capa ribeteada en pieles de marta.

—Creciendo, eslabón a eslabón. Tenemos que darles gracias a los dioses por la testarudez de ser Cortnay Penrose. Stannis jamás seguirá avanzando hacia el norte; no dejará Bastión de Tormentas en manos del enemigo y a sus espaldas.

—Tyrion, sé que no siempre estamos de acuerdo en temas de política, pero creo que me he equivocado contigo. No eres tan idiota como imaginaba. La verdad es que ahora comprendo cuánto nos estás ayudando. Y te lo agradezco. Si te he hablado con brusquedad en el pasado, perdóname.

—¿De veras? —Se encogió de hombros—. Mi querida hermana, no has hecho nada por lo que tengas que pedir perdón.

—¿Quieres decir hoy?

Los dos se echaron a reír... y Cersei se inclinó y le dio un rápido beso en la frente. Tyrion se quedó sin palabras de puro asombro, y no pudo hacer otra cosa que ver como se alejaba por el corredor, acompañada por ser Preston.

—¿Me he vuelto loco, o mi hermana acaba de darme un beso? —le preguntó a Bronn cuando Cersei se perdió en la distancia.

—¿Ha sido grato?

—Ha sido... inesperado. —Cersei se estaba comportando de manera muy extraña en los últimos días. Aquello intranquilizaba a Tyrion—. Estoy tratando de recordar la última vez que me besó. Tendría yo seis o siete años. Jaime la había retado a que lo hiciera.

—Será que la señora por fin se ha fijado en tus encantos.

—No —replicó Tyrion—. No, la señora está incubando algo. Más vale que

averigüemos qué es, Bronn. Ya sabes lo poco que me gustan las sorpresas.

Theon se limpió el salivazo de la mejilla con el dorso de la mano.

—Robb te va a arrancar las tripas, Greyjoy —le gritó Benfred Tallhart—. Eres una mierda de oveja; le echará de comer tu corazón de cambiacapas al lobo.

—Ahora tienes que matarlo. —La voz de Aeron Pelomojado cortó los insultos como una espada un trozo de queso.

—Antes quiero hacerle unas preguntas —dijo Theon.

—Métete por el culo las preguntas. —Benfred estaba entre Stygg y Werlag, sangrando e indefenso—. Se te atragantarán antes de que yo te responda nada, cobarde. Cambiacapas.

—Si te escupe a ti, nos escupe a todos. —El tío Aeron era implacable—. Escupe al Dios Ahogado. Debe morir.

—Mi padre me puso a mí al mando, tío.

—Y me envió a mí para aconsejarte.

« Y para vigilarme. —Theon no se atrevía a forzar demasiado las cosas con su tío. Él estaba al mando, sí, pero sus hombres tenían una fe en el Dios Ahogado que no depositaban en él, y Aeron Pelomojado los aterraba—. Y con razón» .

—Esto te va a costar la cabeza, Greyjoy. Los cuervos se comerán tus ojos. —Benfred trató de escupir de nuevo, pero solo le salió un poco de sangre de los labios—. Los Otros le darán por culo a tu dios mojado.

« Tallhart, acabas de escupir lo que te quedaba de vida» , pensó Theon.

—Stygg, hazlo callar —dijo.

Obligaron a Benfred a ponerse de rodillas. Werlag le arrancó la piel de conejo del cinturón y se la metió a la fuerza en la boca para acallar sus gritos. Stygg esgrimió el hacha.

—No —declaró Aeron Pelomojado—. Hay que entregárselo al dios. Según las antiguas costumbres.

« ¿Qué más dará? Matarlo es matarlo y punto» .

—De acuerdo, llévatelo.

—Ven tú también. Eres el que está al mando. La ofrenda debe partir de ti.

Pero Theon no tenía estómago para aquello.

—Tú eres el sacerdote, tío, encárgate de las cosas del dios. Págame en la misma moneda y deja que yo me encargue de las batallas.

Hizo un gesto con la mano, y Werlag y Stygg arrastraron al prisionero hacia la orilla. Aeron Pelomojado le lanzó una mirada de reproche a su sobrino y los siguió. Bajaron a la playa de guijarros para ahogar a Benfred Tallhart en agua salada. Según las antiguas costumbres.

« Puede que sea más misericordioso —se dijo Theon tratando de mirar en otra dirección. Stygg no era precisamente un verdugo experto, y Benfred tenía el

cuello grueso como un jabalí, todo músculo y grasa—. Y yo que siempre me burlaba de él por eso —recordó—, solo para ver cuánto se enfadaba». ¿Cuándo había sido aquello? ¿Hacía tres años? Cuando Ned Stark cabalgó hasta la Ciudadela de Torrhen para ver a ser Helman, Theon lo había acompañado, de manera que pasó dos semanas en compañía de Benfred.

Hasta allí llegaban los ruidos ásperos de la victoria en el recodo del camino donde se había librado la batalla... si es que aquella escaramuza merecía tal nombre. «En realidad ha sido más bien una matanza de ovejas. Ovejas con lana de acero, pero ovejas al fin y al cabo».

Theon subió a un montón de piedras y desde allí contempló el espectáculo de hombres muertos y caballos moribundos. Los caballos merecían un destino mejor. Tymor y sus hermanos habían reunido las monturas que habían salido ileas, mientras Urzen y Lorren el Negro silenciaban a los animales cuyas heridas eran demasiado graves para salvarlos. El resto de sus hombres se dedicaba a saquear los cadáveres. Gevin Harlaw se arrodilló junto al pecho de uno de los caídos para cortarle un dedo y quitarle un anillo. «El precio del hierro. Mi señor padre le daría su aprobación». Theon pensó en buscar los cuerpos de los dos hombres que había matado, para ver si llevaban alguna joya decente, pero la sola idea le dejó un sabor amargo en la boca. Se imaginaba qué habría dicho Eddard Stark al respecto. Aquello lo puso más furioso todavía.

«Stark está muerto y pudriéndose; no tengo nada que ver con él», pensó.

El anciano Botley, al que llamaban Bigotes de Pez, estaba sentado sobre su botín con el ceño fruncido mientras sus tres hijos iban incrementando el montón. Uno de ellos estaba enzarzado en una pelea a empujones con un hombre grueso, un tal Todric, que se tambaleaba entre los cadáveres con un cuerno de cerveza en una mano y un hacha en la otra, envuelto en una capa de piel de zorro blanco apenas manchada por la sangre de su anterior propietario. «Borracho», decidió Theon al ver cómo bramaba. Se decía que los hombres del hierro de antaño iban a la batalla ebrios de sangre, tan enloquecidos que no sentían el dolor ni temían a enemigo alguno, pero aquella era una vulgar borrachera de cerveza.

—Wex, tráeme el arco y el carcaj. —El chico salió corriendo y le entregó las armas. Theon tensó el arco justo en el momento en que Todric derribaba al joven Botley y le tiraba la cerveza a los ojos. Bigotes de Pez se levantó entre maldiciones, pero Theon fue más rápido. Apuntó a la mano que sostenía el cuerno para realizar un disparo que daría mucho que hablar, pero Todric lo estropió todo moviéndose hacia un lado justo en el momento en que salía la flecha, que fue a clavársele en el vientre.

Los saqueadores se detuvieron, atónitos. Theon bajó el arco.

—Dije que nada de borracheras, ni peleas por el botín. —Todric, de rodillas, agonizaba ruidosamente—. Botley, hazlo callar.

Bigotes de Pez y sus hijos se apresuraron a obedecer. Le cortaron el cuello a

Todric mientras pateaba débilmente, y antes de que muriera ya le estaban quitando la ropa, los anillos y las armas.

« Ahora ya saben que cuando hablo, hablo en serio». Lord Balon le había dado el mando, pero Theon sabía que, cuando lo miraban, buena parte de sus hombres solo veían a un muchacho blando de las tierras verdes.

—¿Alguien más tiene sed? —Nadie respondió—. Bien.

Le dio una patada al estandarte caído de Benfred, todavía en la mano muerta del escudero que lo llevaba. Bajo la bandera habían atado una piel de conejo. « ¿Pieles de conejo? ¿Por qué?». Había tenido intención de preguntar, pero cuando recibió el salivazo en la cara se le olvidaron todas las cuestiones. Le tiró el arco a Wex y se alejó a zancadas. Recordaba bien lo exultante que se había sentido tras la batalla del bosque Susurrante, y no entendía por qué aquella victoria no tenía un sabor tan dulce.

« Tallhart, idiota prepotente de mierda, ni siquiera habías enviado un explorador de avanzadilla».

Cuando se habían acercado por el camino iban bromeando, hasta cantando, bajo el estandarte ondeante de los tres árboles de Tallhart, y con estúpidas pieles de conejo atadas a las puntas de las lanzas. Los arqueros ocultos tras las aulagas pusieron fin a la canción con una lluvia de flechas, y el propio Theon saltó al frente de sus soldados para rematar la carnicería a golpe de puñal, hacha y martillo. Antes había ordenado que se respetara la vida del líder para poder interrogarlo.

Pero lo que no había esperado era que fuera Benfred Tallhart.

Cuando volvió a su *Zorra Marina*, la marea arrastraba el cuerpo inerte de Benfred. Los mástiles de los barcoluengos se alzaban hacia el cielo a lo largo de la playa de guijarros. De la aldea de pescadores solo quedaban unas cenizas frías que despedían un olor fétido bajo la lluvia. Habían pasado por la espada a todos los hombres excepto a unos pocos, a los que Theon permitió huir para que llevaran la noticia a la Ciudadela de Torrhen. Sus mujeres e hijas pasaron a ser esposas de sal, al menos las que eran jóvenes y hermosas. A las viejas y las feas se limitaron a violarlas y matarlas, o bien a tomarlas como siervas si tenían alguna habilidad útil y no parecían problemáticas.

Theon había planeado también aquel ataque; había llevado las naves a la orilla en la gélida oscuridad que precedía al amanecer, y saltó de la proa con un hacha de mango largo en la mano, para guiar a sus hombres hacia la aldea dormida. No le gustaba nada de aquello, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Su hermana, tres veces maldita fuera, navegaba en aquellos momentos hacia el norte a bordo de su *Viento Negro*, sin duda para conseguirse un castillo. Lord Balon no había dejado que saliera de las islas del Hierro ninguna noticia acerca de la flota que estaba reuniendo, y el sanguinario trabajo de Theon a todo lo largo de la Costa Pedregosa se atribuiría a barcos de saqueadores. Los norteños no se

darian cuenta de la magnitud del peligro hasta que los martillos cayeran sobre Bosquespeso y Foso Cailin.

« Y cuando todo termine, cuando ganemos, se compondrán canciones en honor de esa zorra de Asha, y se olvidarán hasta de que estuve aquí». Si él lo permitía, claro.

Dagmer Barbarrota estaba junto a las tallas de la proa de su barcoluengo, el *Bebespuma*. Theon le había asignado la misión de custodiar los barcos; de lo contrario, los hombres le habrían atribuido la victoria a Dagmer, y no a él. Cualquiera más susceptible lo habría considerado una afrenta, pero Barbarrota se limitó a echarse a reír.

—Hemos vencido —le gritó desde arriba—. Y aun así no sonries, muchacho. Los vivos deberían sonreír, porque los muertos no pueden.

Sonrió él para mostrarle cómo se hacía. Era un espectáculo repugnante. Bajo la melena blanca como la nieve, Dagmer Barbarrota tenía la cicatriz más horrorosa que Theon había visto jamás, legado del hacha que estuvo a punto de matarlo cuando era niño. El golpe le había destrozado la mandíbula y los dientes delanteros, y lo había dejado con cuatro labios en vez de los dos habituales. Se ocultaba las mejillas y el cuello con una barba desaliñada, pero sobre la cicatriz no crecía el pelo, de manera que su rostro aparecía partido por una brillante costura de carne fruncida y retorcida, como una fisura en un campo nevado.

—Desde aquí se los oía cantar —comentó el viejo guerrero—. Era una canción bonita, y la cantaban con mucho valor.

—Cantaban mejor de lo que luchaban. Tanto habría dado que llevaran liras en vez de lanzas, para lo que les han servido...

—¿Cuántos hombres han muerto?

—¿Nuestros? —Theon se encogió de hombros—. Todric. Lo he matado por emborracharse y pelearse por el botín.

—Hay hombres que nacen para que los maten.

Alguien con menos carácter que Dagmer habría tenido miedo de mostrar una sonrisa tan espantosa como aquella, pero él sonreía más y con una sonrisa más amplia que la que había esbozado lord Balon en toda su vida. Theon se la había visto a menudo cuando era niño, siempre que saltaba con el caballo un muro cubierto de musgo, o lanzaba el hacha y se iba a clavar en un blanco cuadrado. Se la había visto siempre que paraba un golpe de la espada de Dagmer, cuando atravesaba el ala de una gaviota con una flecha, cuando sujetaba la caña del timón y guiaba su barcoluengo con mano segura entre las rocas azotadas por la espuma. « Me ha sonreído más veces que mi padre y Eddard Stark juntos». Y más veces incluso que Robb... Sin duda se había merecido una sonrisa el día que salvó a Bran de los salvajes, pero lo que se llevó fue una reprimenda, como si fuera un cocinero al que se le hubiera quemado el guiso.

—Tú y yo tenemos que hablar, tío —dijo Theon. Dagmer no era tío suyo o de

verdad, solo un hombre leal a la familia por cuyas venas tal vez corriera una gota de sangre Greyjoy, y no precisamente legítima, de hacia cuatro o cinco generaciones. Pero, de todos modos, él siempre lo había llamado tío.

—Pues ven a mi cubierta.

Dagmer no iba a llamarlo *mi señor*, y desde luego no desde la cubierta de su nave. En las islas del Hierro, cada capitán era un rey a bordo de su barco. De cuatro largas zancadas subió a la plancha de la cubierta del *Bebespuma*, y Dagmer lo llevó al atiborrado camarote de popa. Una vez allí, el anciano se sirvió un cuerno de cerveza amarga, y le ofreció lo mismo a Theon. Este lo rechazó.

—No hemos capturado suficientes caballos. Unos pocos sí, pero... en fin, me las tendrá que arreglar con lo que hay. Cuantos menos hombres, mayor será la gloria.

—¿Y para qué necesitamos caballos? —Como la mayoría de los hombres del hierro, Dagmer prefería luchar a pie o desde la cubierta de un barco—. Esos animales no hacen más que cagar en las cubiertas y cruzarse en nuestro camino.

—Si navegamos, sí —reconoció Theon—. Pero tengo otro plan. —Observó al hombre con detenimiento para ver cómo se lo tomaba. Sin la ayuda de Barbarrota no tenía la menor posibilidad de triunfar. Aunque él estuviera al mando, los hombres no lo seguirían si tanto Dagmer como Aeron se oponían a sus planes, y el sacerdote de rostro amargado no lo apoyaría jamás.

—Tu señor padre nos encomendó la misión de asediar la costa, nada más.

Unos ojos claros como la espuma del mar escudriñaron a Theon desde debajo de las peludas cejas blancas. ¿Qué brillaba en ellos? ¿Desaprobación o interés? Supuso que... esperó que fuera lo último.

—Tú le eres leal a mi padre.

—El más leal. Como siempre.

«Orgullo —pensó Theon—. Es orgulloso, eso es lo que tengo que utilizar, su orgullo será la clave».

—En las islas del Hierro no hay otro hombre tan hábil como tú en el manejo de la lanza y la espada.

—Has estado fuera mucho tiempo, muchacho. Era así cuando te fuiste, pero he envejecido al servicio de lord Greyjoy. Ahora, los bardos cantan las hazañas de Andrik, dicen que es el mejor. Lo llaman Andrik el Taciturno. Es un gigante. Sirve a lord Drumm, en el Viejo Wyk. Y Lorren el Negro y Qarl la Doncella son casi igual de temibles.

—Ese tal Andrik será un gran guerrero, pero los hombres no lo temen como te temen a ti.

—Sí, así es —asintió Dagmer. Los dedos con que sostenía el cuerno de bebida estaban cargados de anillos de oro, plata y bronce, adornados con trozos de zafiro, granate y vidriagón. Theon sabía que había pagado el precio del hierro por cada uno de ellos.

—Si yo tuviera a mi servicio a un hombre como tú, no desperdiciaría sus esfuerzos en esta chiquillada de asaltos e incendios. Esto no es trabajo para el hombre más fiel a lord Balon...

La sonrisa de Dagmer le retorció los labios y dejó al descubierto las astillas marrones de los dientes.

—¿Ni para su hijo legítimo? —Rio—. Te conozco demasiado bien, Theon. Te vi dar los primeros pasos, te ayudé a tensar tu primer arco... No soy yo quien se siente desperdiaciado.

—Por derecho me correspondía a mí el mando que tiene mi hermana —reconoció, aunque era consciente de lo infantil que sonaba su queja.

—Te lo estás tomando demasiado a pecho, muchacho. Lo único que pasa es que tu señor padre no te conoce. Tus hermanos murieron, y a ti se te llevaron los lobos, de manera que tu hermana era su único solaz. Aprendió a confiar en ella, y Asha nunca le ha fallado.

—Tampoco yo. Los Stark reconocían mi valía. Brynden el Pez Negro me eligió personalmente como explorador, y estuve en la primera línea de ataque en el bosque Susurrante. Me faltó esto para cruzar espadas con el propio Matarreyes. —Theon separó las manos una vara para mostrar la distancia—. Daryn Hornwood se interpuso entre nosotros, y por eso murió.

—¿Por qué me cuentas esas cosas? —preguntó Dagmer—. Yo fui quien te puso en las manos la primera espada. Sé que no eres ningún cobarde.

—Lo sabe mi padre?

El anciano guerrero hizo un gesto, como si acabara de morder algo y no le gustara su sabor.

—Es que... Theon, el Chico Lobo es tu amigo, y esos Stark te retuvieron durante diez años.

—No soy un Stark. —« De eso se encargó lord Eddard» —. Soy un Greyjoy, y pienso convertirme en el heredero de mi padre. ¿Cómo podré hacerlo si no se me da ocasión de demostrar mi valía con una gran hazaña?

—Eres joven. Habrá otras guerras, podrás acometer tus hazañas. Por ahora se nos ha ordenado que saqueemos la Costa Pedregosa.

—Que se encargue de eso mi tío Aeron. Le daré seis barcos, todos menos el *Bebespuma* y la *Zorra Marina*; que ataque cuanto quiera y ahogue a quien le dé la gana para honrar a su dios.

—Te pusieron al mando a ti, no a Aeron Pelomojado.

—¿Qué importa, mientras los ataques se lleven a cabo? Ningún sacerdote puede hacer lo que yo tengo en mente, ni lo que pido de ti. Lo que quiero es algo que únicamente Dagmer Barbarrota puede hacer.

Dagmer bebió un largo trago del cuerno.

—Cuéntame.

« Lo he tentado —pensó Theon—. Esta misión de rapiña le gusta tan poco

como a mí».

—Si mi hermana puede tomar un castillo, yo también.

—Asha tiene cuatro o cinco veces más hombres que nosotros.

Theon se permitió esbozar una sonrisa astuta.

—Pero nosotros tenemos cuatro o cinco veces más cerebro, y cuatro o cinco veces más valor.

—Tu padre...

—Me dará las gracias cuando ponga el reino en sus manos. Pienso realizar una hazaña que los bardos cantarán durante mil años.

Sabía que aquello haría pensar a Dagmer. Un bardo había compuesto una canción acerca del hacha que le partió la mandíbula en dos, y al anciano le encantaba escucharla. Siempre que tomaba una copa de más pedía a gritos canciones de saqueo, sonoras y tormentosas, que hablaban de héroes muertos y hazañas de valor ciego. «Tiene el pelo blanco y los dientes podridos, pero aún quiere saborear la gloria».

—¿Y qué papel desempeño yo en tu plan, muchacho? —preguntó Dagmer Barbarrota tras un largo silencio.

Y Theon supo que había vencido.

—Infundirás terror en el corazón del enemigo como solo puede hacerlo alguien con tu nombre. Guiarás al grueso de nuestras fuerzas contra la Ciudadela de Torrhen. Helman Tallhart se ha llevado a sus mejores hombres al sur, y Benfred ha muerto aquí junto con sus hijos. El único que quedará es su tío Leobald, con una pequeña guarnición. —«Si hubiera tenido tiempo de interrogar a Benfred, sabría cuánto de pequeña»—. Que tu aproximación no sea ningún secreto. Canta todas esas canciones que te gustan. Quiero que cierran sus puertas.

—La Ciudadela de Torrhen es una fortaleza resistente?

—Bastante. Los muros son de piedra, de quince varas de altura; hay torres cuadradas en todas las esquinas y un torreón en el centro.

—A los muros de piedra no se les puede prender fuego. ¿Cómo vamos a tomar ese lugar? No tenemos hombres ni para tomar un castillo pequeño.

—Acamparás junto a sus murallas y construirás catapultas y máquinas de asedio.

—Esas no son las antiguas costumbres. ¿Acaso lo has olvidado? Los hombres del hierro luchan con espadas y hachas, no tiran rocas. No se gana gloria matando de hambre al enemigo.

—Eso, Leobald no lo sabe. Cuando os vea construir torres de asedio se le helará la sangre de vieja en las venas y pedirá ayuda a gritos. Detén a tus arqueros, tío; deja que vuele el cuervo. El castellano de Invernalia es un hombre de gran valor, pero la edad le ha entumecido el cerebro, no solo los miembros. Cuando sepa que uno de los vasallos de su rey sufre asedio por parte del temible Dagmer Barbarrota, convocará a todos sus hombres y cabalgará en ayuda de

Tallhart. Es su deber. Y ser Rodrik siempre cumple con su deber.

—Reúna a los hombres que reúna, serán más que los que yo tendré —dijo Dagmer—. Y esos ancianos caballeros son más astutos de lo que crees; si no, no habrían vivido hasta peinar canas. Quieres emprender una batalla que no podemos ganar, Theon. Esa Ciudadela de Torrhen no caerá jamás.

Theon sonrió.

—No es la Ciudadela de Torrhen lo que quiero tomar.

La confusión y el estruendo dominaban el castillo. Los hombres se subían a los carromatos para cargar barriles de vino, sacos de harina y haces de flechas recién emplumadas. Los herreros enderezaban las espadas, arreglaban las melladuras de las corazas y herraban tanto caballos de batalla como mulas de tiro. Metían las cotas de malla en barriles de arena, que hacían rodar por la superficie desigual del Patio de la Piedra Líquida, para limpiarlas. Las mujeres de Weese tenían que remendar veinte capas y lavar otras cien. Hombres de alta cuna y de baja estirpe rezaban apretados en el septo. Al otro lado de los muros se desmontaban las tiendas y pabellones. Los escuderos arrojaban cubos de agua en las hogueras para cocinar, mientras los soldados sacaban las piedras de amolar para dar un poco más de filo a sus armas. El sonido era una marea que lo engullía todo: los caballos piafaban y relinchaban, los señores gritaban órdenes, los soldados se maldecían unos a otros, los vivanderos reñían entre ellos...

Lord Tywin se ponía en marcha por fin.

Ser Addam Marbrand fue el primero de los capitanes en partir, un día antes que los demás. Ofrecía un aspecto muy gallardo a lomos de un brioso corcel alazán con crines del mismo tono cobrizo que la cabellera del propio ser Addam, que le caía sobre los hombros. La armadura del caballo tenía jaeces y gualdrapas color bronce, a juego con la capa del jinete, y lucía también el blasón del árbol en llamas. Algunas mujeres del castillo sollozaron al verlo partir. Weese dijo que era un gran jinete, diestro también con la espada, y el comandante más valeroso al servicio de lord Tywin.

« Ojalá se muera —pensó Arya al verlo salir por la puerta, seguido por sus hombres en una formación de doble columna—. Ojalá se mueran todos». Sabía que iban a luchar contra Robb. Por los comentarios que escuchaba mientras hacía su trabajo, Arya había averiguado que Robb había conseguido una gran victoria en el oeste. Unos decían que había quemado Lannisport hasta los cimientos, o tal vez tenía intención de hacerlo. Que había capturado Roca Casterly y pasado a todos por la espada, o que estaba sitiando el Colmillo Dorado... Lo único seguro era que había pasado algo importante.

Weese la tuvo llevando recados desde el amanecer hasta la noche. Para algunos hasta tuvo que salir más allá de las murallas del castillo, al barrizal y la demencia del campamento.

« Ahora podría escapar —pensó cuando un carromato pasó junto a ella—. Podría subirme a un carro y esconderme, o juntarme con los vivanderos; nadie me lo impediría». Lo habría hecho de no ser por Weese. Les había dicho más de una vez qué haría con cualquiera que intentara escapar de él.

—Nada de palizas, no, nada de eso. No os pondré un dedo encima. Eso se lo dejaré al qohoriense, para que os enteréis. Si, se lo dejaré al Lisiador. Se llama

Vargo Hoat, y cuando vuelva os cortará los pies.

«Pero si Weese estuviera muerto...», pensó Arya. Aunque no lo pensaba cuando estaba cerca de él, porque cuando Weese miraba, adivinaba los pensamientos, siempre lo decía.

Weese no podía ni imaginar que supiera leer, así que no se molestaba en sellar los mensajes que le entregaba. Arya los miraba todos, aunque nunca contenían nada de importancia, únicamente tonterías sobre enviar tal carro al granero y tal otro a la armería. Uno era la exigencia del pago de una deuda de juego, pero el caballero al que se lo dio sí que no sabía leer. Cuando le explicó qué decía, trató de golpearla, pero Arya esquivó el golpe, agarró un cuerno de beber con refuerzos de plata que colgaba de su silla de montar y escapó corriendo. El caballero la persiguió dando rugidos, pero ella se escurrió entre dos carromatos, se abrió paso entre un numeroso grupo de arqueros, y saltó una zanja de las letrinas. El hombre, con su armadura, no pudo seguirla. Cuando le entregó el cuerno a Weese, este le dijo que Comadreja era una muchachita muy lista y que se merecía una recompensa.

—Le he echado el ojo a un capón bien gordo para cenar esta noche. Lo compartiremos, ¿eh? ¿A que te apetece?

Fuera adonde fuera, Arya buscaba siempre a Jaqen H'ghar, con intención de susurrarle otro nombre antes de que los que odiaba estuvieran lejos de su alcance, pero entre el caos y la confusión no había manera de dar con el mercenario lorathi. Aún le debía dos muertes, y le preocupaba que no se las pagara si marchaba a la batalla junto con los demás. Por fin reunió valor para preguntar a uno de los guardias de la puerta si ya había partido.

—Es uno de los hombres de Lorch, ¿no? —dijo—. Entonces no se irá de aquí. Su señoría ha nombrado a ser Amory castellano de Harrenhal. Ese grupo se quedará para defender el castillo. Los Titiriteros Sangrientos se quedan también; se encargarán de buscar provisiones. Esa cabra de Vargo Hoat está echando chispas, Lorch y él siempre se han odiado a muerte.

Pero la Montaña sí que iba a marcharse con lord Tywin. Estaría al mando de la vanguardia durante la batalla, lo que significaba que Dunsen, Polliver y Raff se le escaparían de las manos a menos que encontrara a Jaqen y le hiciera matar a uno antes de que se marcharan.

—Comadreja —le dijo Weese aquella tarde—, ve a la armería y dile a Lucan que ser Lyonel se ha hecho una melladura en la espada durante el entrenamiento y necesita un arma nueva. Este es su sello. —Le dio un trozo de papel—. Que se dé prisa, tiene que partir con ser Kevan Lannister.

Arya cogió el papel y salió corriendo. La armería estaba junto a la herrería del castillo, una edificación larga y alta en forma de túnel, con veinte forjas adosadas a las paredes y grandes pilones de piedra llenos de agua para templar el acero. Cuando llegó, estaba funcionando la mitad de las forjas. Las paredes

resonaban con el ruido de los martillos, y los hombres corpulentos con delantales de cuero sudaban en el intenso calor, inclinados sobre yunque y fuentes. Divisó a Gendry, con el pecho desnudo brillante de sudor, pero con la misma mirada terca de siempre en los ojos azules bajo el espeso pelo negro. Arya no sabía si quería hablar con él. Los habían atrapado por su culpa.

—¿Quién es Lucan? —le preguntó—. Tengo que pedirle una espada nueva para ser Lyonel.

—Olvidate de ser Lyonel. —La cogió por un brazo y se la llevó aparte—. Anoche, Pastel Caliente me preguntó si yo te había oido gritar «Invernalia» en la fortaleza, cuando peleamos en la cima de la muralla.

—No grité nada.

—Sí que gritaste. Yo también te oí.

—Todo el mundo gritaba tonterías —protestó Arya, a la defensiva—. Pastel Caliente chillaba «Pastel Caliente». Lo gritó cien veces por lo menos.

—Lo que importa es lo que gritaste tú. Le dije a Pastel Caliente que se limpiara la cera de las orejas, que lo que gritabas era «¡Represalia!». Así que si te pregunta más vale que digas lo mismo.

—Vale —respondió, aunque le parecía que lo de gritar «represalia» era una tontería.

No se atrevía a contarle a Pastel Caliente quién era en realidad. «A lo mejor debería susurrarle su nombre a Jaqen».

—Iré a buscar a Lucan —dijo Gendry.

Lucan examinó el mensaje con un gruñido (aunque a Arya le pareció que no sabía leer), y sacó una espada larga muy pesada.

—Es demasiado buena para semejante mentecato, diselo de mi parte —bufó al tiempo que se la entregaba.

—Así lo haré —mintió. Si se le ocurría decir semejante cosa, Weese la mataría a palos. Si Lucan quería insultar a alguien, que lo hiciera en persona.

La espada larga era mucho más pesada que *Aguja*, pero a Arya le gustó su tacto. El peso del acero entre las manos la hacía sentir más fuerte. «Puede que no sea aún una danzarina del agua, pero tampoco soy un ratón. Los ratones no saben manejar la espada, y yo sí». Las puertas estaban abiertas y los soldados entraban y salían, las carretas iban vacías en una dirección y luego crujían bajo el peso de su carga al desandar el camino. Se le ocurrió que podría ir a los establos y decir que ser Lyonel quería un caballo nuevo. Tenía el papel, y los mozos de cuadras, como Lucan, no sabrían leer. «Podría coger el caballo y la espada y marcharme. Si los guardias intentaran detenerme, les enseñaría el papel y diría que se lo llevo todo a ser Lyonel». Pero no tenía ni idea de cómo era ser Lyonel ni dónde estaba. Si la interrogaban, se darían cuenta, y entonces Weese... Weese...

Se mordió el labio y trató de no pensar en qué sentiría uno cuando le cortaban

los pies. Pasó junto a un grupo de arqueros con jubones de cuero y yelmos de hierro, que llevaban los arcos colgados del hombro. Arya alcanzó a oír fragmentos de su conversación.

—... gigantes, de verdad os lo digo, tiene unos gigantes de siete varas que vienen del otro lado del Muro y lo siguen como perros...

—... antinatural aquella manera de caer sobre ellos, y en medio de la noche. Es más lobo que hombre, igual que todos los Stark..

—Me cago en los lobos y en los gigantes, ese mocoso se mearía encima si supiera que vamos a por él. No fue hombre para marchar contra Harrenhal, ¿no? Se fue en dirección contraria, ¿no? Pues ahora huiría si supiera lo que le conviene.

—Eso dices tú, pero igual el chico sabe algo que nosotros no, igual los que deberíamos huir somos nosotros...

«Sí —pensó Arya—, sí, sois vosotros los que deberíais huir, vosotros, y lord Tywin, y la Montaña, y ser Addam, y ser Amory, y ese estúpido de ser Lyonel, sea quien sea; más os valdría huir, o mi hermano os matará a todos: es un Stark, es más lobo que hombre, igual que yo».

—Comadreja. —La voz de Weese restalló como un látigo. No lo había visto acercarse, pero de repente se encontró delante de él—. Dame eso. Has tardado mucho. —Le quitó la espada de las manos y le asestó una bofetada de revés—. La próxima vez date más prisa.

Había vuelto a ser un lobo durante un instante, pero la bofetada de Weese se lo arrebató todo, y solo le dejó el regusto de su sangre en la boca. El golpe había hecho que se mordiera la lengua. Cuánto odiaba a aquel hombre.

—¿Quieres que te dé otra? —preguntó airadamente—. Mira que no me cuesta nada. No te pienso aguantar esas miradas insolentes. Baja a la destilería y dile a Tocavainas que tengo dos docenas de barriles para él, pero más vale que envíe a alguien a buscarlos, o se los daré a otro que los necesite más. —Arya echó a andar, pero no suficientemente deprisa para el gusto de Weese—. ¡Más vale que corras si quieres cenar esta noche! —le gritó, al parecer olvidadas ya sus promesas de un capón gordo—. ¡Y no te vuelvas a perder o te juro que te doy una paliza!

«No —pensó Arya—. No volverás a darmel ninguna paliza». Pero corrió. Los antiguos dioses del norte debían de guiar sus pasos. A medio camino de la destilería, cuando pasaba bajo un puente de piedra que enlazaba la Torre de la Viuda con la Pira Real, oyó unas risas ásperas. Rorge dobló la esquina con otros tres hombres, todos con el blasón de la mantícora de ser Amory bordado sobre el pecho. Al verla, se detuvo y sonrió mostrando los dientes marrones y torcidos bajo la solapa de cuero con la que a veces se cubría el agujero del rostro.

—Vaya, pero si es la putita de Yoren —dijo—. Ya sabemos para qué te quería ese cabrón de negro en el Muro, ¿eh? —Rio de nuevo, y los demás corearon sus

carcajadas—. ¿Dónde tienes ahora el palo aquel? —preguntó Rorge de repente. Su sonrisa había desaparecido tan deprisa como apareció—. Ya te dije que te lo iba a meter por el culo. —Dio un paso hacia ella. Arya retrocedió—. Vaya, ahora que no estoy encadenado ya no eres tan valiente, ¡eh?

—Yo os salvé. —Mantuvo una buena distancia entre ellos, preparada para huir, rápida como una serpiente, si intentaba agarrarla.

—Y en prueba de gratitud te lo meteré dos veces. ¿A Yoren qué le gustaba? ¿Follarte por el coño o por ese culito prieto?

—Estoy buscando a Jaqen —dijo—. Tengo un mensaje para él.

Rorge se detuvo. Algo brilló en sus ojos... ¿Sería posible que tuviera miedo de Jaqen H'ghar?

—En los baños. Fuera de mi camino.

Arya dio media vuelta y salió corriendo veloz como un ciervo, volando sobre los guijarros hasta que estuvo al lado de los baños. Jaqen estaba sumergido en una bañera, rodeado de vapor, mientras una criada le echaba agua caliente por encima de la cabeza. La larga cabellera, roja por un lado y blanca por el otro, le caía sobre los hombros húmeda y pesada.

Se acercó silenciosa como una sombra, pero él abrió los ojos.

—La chica camina con pasitos de ratón —dijo—, pero uno oye.

« ¿Cómo me ha podido oír? », se preguntó, y pareció como si también aquello lo oyera.

—El sonido del cuero contra la piedra canta más alto que un cuerno de guerra para uno con los oídos atentos. La niña lista va descalza.

—Traigo un mensaje. —Arya miró con inseguridad a la sirvienta. Al ver que no se iba a marchar, se inclinó hasta que casi rozó con los labios la oreja del hombre—. Weese —susurró.

Jaqen H'ghar volvió a cerrar los ojos y flotó lúgido, medio dormido.

—Dile a su señoría que uno irá a presentarle sus respetos en cuanto sea posible. —Movió la mano con tanta brusquedad que la salpicó de agua caliente, y Arya tuvo que dar un salto atrás para no quedar empapada.

Cuando le dijo a Tocavainas lo que Weese le había encargado, el cervecero lo maldijo a gritos.

—Ya puedes ir a decirle a Weese que mis muchachos tienen mucho que hacer aquí, y dile a ese cabrón picado de viruelas que los siete infiernos se helarán antes de que le dé otro cuerno de mi cerveza. Que quiero los barriles aquí antes de una hora o esto llegará a oídos de lord Tywin, vaya si llegará.

Weese también prorrumpió en maldiciones cuando Arya le llevó la respuesta, aunque omitiendo la parte del cabrón picado de viruelas. Gritó y amenazó, pero al final reunió a seis hombres y de mala gana los envió a llevar los barriles a la destilería.

Aquella noche, la cena consistió en un guiso aguado de centeno, cebolla y

zanahorias, con un trozo de pan moreno que estaba duro. Una de las mujeres se iba a acostar en la cama de Weese, así que a ella le dieron también un trozo de queso azul y un ala del capón del que Weese había hablado aquella mañana. El resto se lo comió él solo. La grasa le corría en un hilillo brillante por las espinillas que tenía en las comisuras de la boca. Ya casi se había terminado el ave cuando alzó la cabeza y vio que Arya lo estaba mirando.

—Ven aquí, Comadreja.

Aún quedaban unos bocados de carne en uno de los muslos. « Se le había olvidado, pero ahora se ha acordado». Casi se sintió mal por haberle dicho a Jaqen que lo matara. Se levantó del banco y acudió junto a la mesa.

—He visto que me estabas mirando. —Weese se limpió los dedos en su vestido. Luego la agarró por el cuello con una mano y la abofeteó con la otra—. ¿Qué te he dicho? —Le dio otra bofetada, esta de revés—. Como me vuelvas a mirar con esos ojos, te saco uno y se lo echo de comer a mi perra. —La tiró al suelo de un empujón. El dobladillo se le enganchó con un clavo suelto del banco y se le desgarró—. Eso lo tendrás que remendar antes de acostarte —anunció Weese al tiempo que se comía el último trozo de capón. Cuando terminó, se chupó los dedos con un ruidoso sorbetón, y le echó los huesos a la perra de piel con manchas.

—Weese —susurró Arya aquella noche, mientras cosía el desgarrón del vestido—. Dunsen, Polliver, Raff el Dulce —siguió, un nombre con cada puntada de la aguja de hueso en la lana sin teñir—. Cosquillas y el Perro. Ser Gregor, ser Amory, ser Ilyn, ser Meryn, el rey Joffrey, la reina Cersei. —Se preguntó cuánto tiempo más tendría que incluir a Weese en su plegaria, y se dejó llevar por el cansancio. Cuando se quedó dormida, soñó que por la mañana, al despertarse, Weese ya había muerto.

Pero lo que la despertó fue un puntapié de la bota de Weese, como de costumbre. Mientras desayunaban tortas de avena, les dijo que el grueso de las fuerzas de lord Tywin saldría aquel día del castillo.

—Ni penséis que las cosas os van a resultar más sencillas mientras no esté mi señor de Lannister —les advirtió—. El castillo no es más pequeño, y habrá menos manos para ocuparse de todo. Sois una panda de holgazanes, pero ahora vais a enteraros de lo que es trabajar duro, vaya que sí.

« No serás tú quien nos lo enseñe». Arya mordió una torta de avena. Weese la miró con el ceño fruncido, como si oliera su secreto. Ella bajó la vista rápidamente hacia la comida y no se atrevió a volver a levantar los ojos.

Una luz blanquecina iluminaba ya el patio cuando lord Tywin Lannister partió de Harrenhal. Arya lo vio salir desde una ventana arqueada, en medio de la Torre Aullante. El corcel de batalla del señor llevaba una manta de escamas esmaltadas en color escarlata, y testera y capizana doradas; lord Tywin lucía una gruesa capa de armiño. Su hermano, ser Kevan, también tenía un aspecto

espléndido. Los precedían nada menos que cuatro portaestandartes, con los inmensos blasones escarlata en los que se veía el león dorado. Detrás de los Lannister iban grandes señores y capitanes. Sus estandartes ondeaban al viento en colorida procesión: buey rojo y montaña dorada, unicornio morado y gallo, oso pinto y tejón, hurón plateado y malabarista de traje multicolor, estrellas y rayos de sol, pavo real y pantera, cheurón y puñal, capucha negra, escarabajo azul, flecha verde...

El último de todos era ser Gregor Clegane, con su armadura gris plateada, a lomos de un caballo de batalla tan malhumorado como su jinete. Junto a él cabalgaba Polliver, con el estandarte del perro negro en la mano y el casco astado de Gendry en la cabeza. Era alto, pero cuando cabalgaba a la sombra de su señor no parecía más que un muchachito.

Al verlos pasar bajo el gran rastrillo de hierro de Harrenhal, Arya sintió un escalofrío que le recorría la espalda. De pronto se dio cuenta de que había cometido un espantoso error. «Soy una idiota», pensó. Weese carecía de importancia, al igual que Chiswyck. Aquellos eran los hombres que importaban, a ellos los habría debido matar. La noche anterior podría haber susurrado un nombre cualquiera para condenarlo a muerte, pero estaba tan enfadada con Weese por golpearla y mentirle acerca del capón... «Lord Tywin, ¿por qué no dije lord Tywin?».

Tal vez no fuera demasiado tarde para cambiar de opinión. Weese aún no estaba muerto. Si encontraba a Jaqen y le decía...

Arya bajó corriendo por la escalera de caracol, olvidando las tareas que tenía que hacer. Oyó el tintineo de las cadenas a medida que el rastrillo bajaba muy despacio y sus púas se hundían profundas en el suelo... y luego otro sonido, un grito de miedo y dolor.

Una docena de personas llegaron antes que ella, aunque ninguna se acercó demasiado. Arya se escurrió entre ellas para ver mejor. Weese estaba tirado en el suelo de piedra, con la garganta destrozada y los ojos muy abiertos, que miraban sin ver las nubes grises del cielo. Su espantosa perra moteada le había puesto las patas sobre el pecho y lamía la sangre que brotaba palpitante del cuello, y de cuando en cuando arrancaba un trozo de carne del rostro del cadáver.

Por fin, alguien fue a buscar una ballesta y mató a la perra en el momento en que le arrancaba una oreja a Weese.

—Qué cosa más rara —oyó decir a un hombre—. Si tenía a esa perra desde que era una cachorrita.

—Este lugar está maldito —dijo el hombre de la ballesta.

—Es el fantasma de Harren, os lo digo yo —intervino el ama Amabel—. No pienso dormir aquí ni una noche más.

Arya levantó la vista de los cadáveres del hombre y la perra. Jaqen H'ghar

estaba recostado contra una pared de la Torre Aullante. Al encontrarse con su mirada, alzó una mano con gesto indolente y se puso dos dedos en la mejilla.

A dos días a caballo de Aguasdulces, un explorador los divisó mientras abrevaban a los caballos junto a un arroyo lodoso. Catelyn jamás se había alegrado tanto de ver el blasón de las torres gemelas de la casa Frey.

Le pidió que la llevara a ver a su tío, pero la respuesta no fue la que esperaba.

—El Pez Negro ha partido hacia el oeste con el rey, mi señora. Martyn Ríos está al mando de los exploradores en su lugar.

—Comprendo. —Había conocido a Ríos en Los Gemelos; era hijo ilegítimo de lord Walder Frey y hermanastro de ser Perwyn. No la sorprendió enterarse de que Robb había atacado el corazón del poderío de los Lannister; era evidente que aquello era lo que tenía planeado cuando la envió para pactar con Renly. —¿Dónde está ahora Ríos?

—Su campamento se encuentra a dos horas a caballo, mi señora.

—Llévanos con él —ordenó.

Brienne la ayudó a montar de nuevo, y de inmediato se pusieron en marcha.

—¿Venís de Puenteamargo, mi señora? —preguntó el explorador.

—No. —No se había atrevido. Tras la muerte de Renly, Catelyn no estaba segura de qué tipo de recibimiento les dispensarían la joven viuda y sus protectores. Por tanto, optó por regresar por el centro mismo de la guerra, a través de las fértiles tierras ribereñas que la furia de los Lannister había transformado en un desierto ennegrecido, y cada noche, sus exploradores regresaban con noticias que la ponían enferma. —Lord Renly ha sido asesinado —añadió.

—Teníamos la esperanza de que fuera una mentira de los Lannister, o...

—Ojalá fuera así. ¿Mi hermano está al mando en Aguasdulces?

—Sí, mi señora. Su alteza dejó a ser Edmure para que defendiera Aguasdulces y le cubriera la retaguardia.

« Que los dioses le den fuerzas para hacerlo —pensó Catelyn —. Y también la sabiduría necesaria».

—¿Hay noticias sobre cómo le va a Robb en el oeste?

—¿No os habéis enterado? —El explorador parecía muy sorprendido—. Su alteza consiguió una gran victoria en Cruce de Bueyes. Ser Stafford Lannister ha muerto, y su ejército se ha dispersado.

Ser Wendel Manderly lanzó un grito de alegría, pero Catelyn se limitó a asentir. Los problemas del mañana la preocupaban más que las victorias del ayer.

El campamento de Martyn Ríos se encontraba entre los restos de una fortaleza destruida, junto a un establo sin tejado y un centenar de tumbas recientes. Cuando Catelyn desmontó, el hombre hincó una rodilla en tierra.

—Bienvenida, mi señora. Vuestro hermano nos ha encomendado la misión de esperar a vuestro grupo y escoltaros hasta Aguasdulces tan pronto como fuera

posible.

A Catelyn no le gustó lo que aquello parecía implicar.

—¿Se trata de mi padre?

—No, mi señora. El estado de lord Hoster no ha cambiado. —Ríos era un hombretón rubicundo, sin apenas parecido físico con sus hermanos—. Pero teníamos miedo de que os tropezarais con exploradores de los Lannister. Lord Tywin ha partido de Harrenhal y avanza hacia el oeste con todo su poderío.

—Levantaos —dijo a Ríos con el ceño fruncido. Que los dioses los ayudaran a todos, Stannis Baratheon tampoco tardaría en avanzar—. ¿Cuánto falta para que lord Tywin caiga sobre nosotros?

—Tres días, tal vez cuatro, no se puede decir. Tenemos vigías en todos los caminos, pero será mejor que no nos demoremos.

Y no se demoraron. Ríos levantó el campamento con presteza, montó a caballo junto a ella, y se volvieron a poner en marcha. El grupo se componía ya de unos cincuenta hombres, que cabalgaban bajo los estandartes del lobo huargo, la trucha saltadora y las torres gemelas.

Los hombres de Catelyn querían saber más detalles sobre la victoria de Robb en Cruce de Bueyes, y Ríos estuvo encantado de proporcionárselos.

—Hay un bardo que ha llegado a Aguasdulces. Se hace llamar Rymund de las Rimas, y ha compuesto una canción que cuenta la batalla. Seguro que la podréis escuchar esta noche, mi señora. Rymund la ha titulado «Lobo en la noche». —Siguió contando cómo los restos del ejército de ser Stafford se habían replegado hacia Lannisport. Sin máquinas de asedio no había manera de tomar Roca Casterly, de modo que el Joven Lobo estaba pagando a los Lannister con su misma moneda: la devastación que habían infligido a las tierras ribereñas. Lord Karstark y lord Glover lanzaban ataques a lo largo de la costa, lady Mormont había capturado miles de cabezas de ganado y las llevaba de vuelta a Aguasdulces, y el Gran Jon se había apoderado de las minas de oro de Castamere, en la sima de Nunn y en las colinas Pendric. Ser Wendel se echó a reír y añadió: Si hay algo que puede hacer que un Lannister se ponga en marcha es quitarle su oro.

—¿Cómo pudo el rey tomar el Colmillo? —le preguntó ser Perwyn Frey a su hermano bastardo—. Es una fortaleza poderosa, y domina el camino de la colina.

—No lo tomó. Pasó dando un rodeo en medio de la noche. Se dice que el lobo huargo, ese Viento Gris que tiene, le mostró el camino. La fiera encontró un sendero de cabras que bajaba por el desfiladero y subía por debajo de un risco. Era un camino estrecho y pedregoso, pero se podía recorrer en fila. Los vigías de los Lannister ni siquiera los vieron. —Ríos bajó la voz—. Se dice que después de la batalla, el rey le arrancó el corazón a Stafford Lannister y se la echó de comer a su lobo.

—No creáis semejantes cuentos —replicó Catelyn en tono brusco—. Mi hijo

no es ningún salvaje.

—Como vos digáis, mi señora. Pero esa bestia se lo habría merecido. No es un lobo común, desde luego. El Gran Jon no deja de decir que los antiguos dioses del norte les enviaron los lobos huargo a vuestros hijos.

Catelyn recordó el día en que los chicos habían encontrado los cachorros entre las últimas nieves del verano. Eran cinco, tres machos y dos hembras, para los cinco hijos legítimos de la casa Stark... y un sexto, de pelaje blanco y ojos rojos, para Jon Nieve, el bastardo de Ned. «No, desde luego —pensó—. No son lobos comunes».

Aquella noche, mientras montaban el campamento, Brienne fue a buscarla a su tienda.

—Mi señora, ya estáis a salvo y con los vuestros, a un día de marcha del castillo de vuestro hermano. Dadme permiso para partir.

Catelyn no tendría que haberse sorprendido. La fea joven se había mostrado muy reservada durante todo el viaje; había pasado la mayor parte del tiempo con los caballos, dedicada a cepillarlos y a sacarles piedras de debajo de las herraduras. También había ayudado a Shadd a cocinar y a limpiar la caza, y no tardó en demostrar que cazaba tan bien como cualquiera de los hombres. Había llevado a cabo con destreza y sin quejas todas las labores que Catelyn le había encomendado, y siempre respondía con educación cuando hablaban con ella, pero nunca charlaba, lloraba ni reía. Había cabalgado con ellos todos los días y dormido entre ellos todas las noches, pero en ningún momento fue una de ellos.

«Igual que cuando estaba con Renly —pensó Catelyn—. En el banquete, en el combate cuerpo a cuerpo, incluso en el pabellón real, con sus hermanos de la Guardia Arcoíris. Ha levantado a su alrededor una muralla más alta que la de Invernalia».

—Si nos dejáis, ¿adónde iréis? —le preguntó Catelyn.

—Volveré atrás —dijo Brienne—. A Bastión de Tormentas.

—Sola. —No era una pregunta.

—Sí. —El rostro ancho parecía un estanque de aguas quietas y no dejaba traslucir el menor indicio de lo que habitaba en las profundidades.

—Tenéis intención de matar a Stannis.

—Hice un juramento. —Brienne cerró los dedos gruesos y encallecidos en torno al puño de la espada. La espada que había pertenecido a Renly—. Lo repetí tres veces. Vos me oísteis.

—Ciento —asintió Catelyn. Sabía que la joven había conservado la capa arcoíris cuando tiró el resto de su ropa manchada de sangre. Las cosas de Brienne se habían quedado en el campamento cuando huyeron, y se había visto obligada a vestirse con piezas dispares que le había proporcionado ser Wendel, el único del grupo con prendas de un tamaño adecuado al de ella—. Y estoy de acuerdo en que hay que mantener los juramentos. Pero Stannis está rodeado por

un gran ejército, y tiene guardias que velan por él.

—No temo a sus guardias. Valgo tanto como cualquiera de ellos. No debí huir de allí.

—¿Es eso lo que os preocupa? ¿Que algún idiota os llame cobarde? —Suspiró —. La muerte de Renly no fue culpa vuestra. Lo servisteis con valor, pero si lo que buscáis es seguirlo a la tumba, no le serviréis de nada a nadie. —Extendió una mano para proporcionarle el consuelo de una caricia—. Ya sé que es muy duro...

—Nadie lo sabe —la interrumpió Brienne sacudiéndose su mano.

—Os equivocáis —replicó Catelyn con aspereza—. Cada mañana, nada más despertar, recuerdo que Ned ya no está conmigo. No soy hábil con la espada, pero eso no quiere decir que no sueñe con cabalgar hasta Desembarco del Rey, ponerle las manos en el cuello a Cersei Lannister y apretar su cuello blanco hasta que se le ponga la cara negra.

Brienne la Bella alzó los ojos, su único rasgo bello de verdad.

—Si eso es lo que soñáis, ¿por qué queréis retenerme? ¿Es por lo que dijo Stannis en aquella reunión?

« ¿Es por eso?» . Catelyn contempló el campamento. Dos hombres montaban guardia con lanzas en las manos.

—Me enseñaron que los hombres buenos deben combatir el mal en este mundo, y la muerte de Renly fue un acto de maldad inenarrable. Pero también me enseñaron que a los reyes los hacen los dioses, no las espadas de los hombres. Si Stannis es nuestro soberano legítimo...

—No lo es. Tampoco lo fue Robert; eso lo dijo hasta Renly. Jaime Lannister asesinó al rey legítimo, después de que Robert matara a su heredero en el Tridente. ¿Dónde estaban los dioses entonces? A los dioses no les importan los hombres, igual que a los reyes no les importan los campesinos.

—A un buen rey sí le importan.

—Lord Renly... Su alteza... él sí habría sido un buen rey, mi señora, habría sido el mejor rey, era tan bueno... era...

—Pero ha muerto, Brienne —dijo con tanta amabilidad como le fue posible —. Quedan Stannis y Joffrey... y también queda mi hijo.

—Pero él no... Nunca firmaríais la paz con Stannis, ¿verdad? Nunca doblaríais la rodilla. Decidme que no...

—Prefiero seros sincera, Brienne. No lo sé. Puede que mi hijo sea rey, pero yo no soy reina. Solo soy una madre que quiere proteger a sus hijos sea como sea.

—Yo no tengo madera de madre. Yo necesito luchar.

—Pues luchad... pero por los vivos, no por los muertos. Los enemigos de Renly son también los enemigos de Robb.

Brienne contempló el suelo y arrastró los pies.

—No conozco a vuestro hijo, mi señora. —Alzó la vista—. Pero podría serviros a vos. Si me aceptáis.

—¿A mí? ¿Por qué? —Se sobresaltó Catelyn.

Aquella pregunta parecía preocupar a Brienne.

—Vos me ayudasteis. En el pabellón... cuando pensaron que yo había... que yo había...

—Erais inocente.

—Aun así, no estabais obligada a decir nada. Pudisteis dejar que me mataran. No soy nadie para vos.

«Puede que no quisiera ser la única que conociera la oscura verdad de lo que sucedió allí», pensó Catelyn.

—Brienne, a lo largo de los años he tomado a mi servicio a muchas damas de alta cuna, pero nunca a una como vos. No soy un comandante del ejército.

—No, pero tenéis valor. No valor para el combate, sino... no sé... una especie de valor femenino. Y creo que, cuando llegue el momento, no trataréis de detenerme. Prometedme. Prometedme que no me impediréis vengarme de Stannis.

—Cuando llegue el momento, no os lo impediré. —Catelyn todavía oía la voz de Stannis diciendo que a Robb también le llegaría su hora. Era como sentir un aliento gélido en la nuca.

La alta muchacha se arrodilló con torpeza, desenvainó la espada larga de Renly y la puso a sus pies.

—Entonces, mi señora, estoy a vuestro servicio. Soy vuestra vasalla... o lo que queráis que sea. Seré vuestro escudo, os aconsejaré y si es necesario daré mi vida por vos. Lo juro por los dioses antiguos y nuevos.

—Y yo juro que siempre habrá un lugar para vos junto a mi chimenea, y carne e hidromiel en mi mesa, y que no pediré de vos ningún servicio que os deshonre. Lo juro por los dioses antiguos y nuevos. Levantaos. —Cogió la mano de la joven entre las suyas, y no pudo evitar sonreír. «¿Cuántas veces habré visto a Ned aceptar los juramentos de sus hombres?». Se preguntó qué pensaría su esposo si pudiera verla en aquel momento.

Al día siguiente por la tarde, vadearon el Forca Roja remontando el curso desde Aguasdulces, allí donde el río trazaba una amplia curva y las aguas eran más bajas y fangosas. El cruce estaba guardado por una fuerza mixta de arqueros y hombres armados con picas, todos con el blasón del águila de los Mallister. Al ver los estandartes de Catelyn, salieron de detrás de su empalizada de estacas afiladas, y enviaron a un hombre a la otra orilla para ayudar al grupo a cruzar.

—Despacio y con cuidado, mi señora —advirtió al tiempo que cogía las riendas de su caballo—. Hemos puesto estacas de hierro bajo el agua, ¿veis?, y entre esas rocas hemos puesto abrojos. En todos los vados igual, lo ha ordenado

vuestro hermano.

« Edmure cree que la guerra va a llegar hasta aquí». Solo con pensarlo se le hacía un nudo en la garganta, pero no dijo nada.

Entre el Forca Roja y el Piedra Caída, se unieron a un grupo de aldeanos que iba en busca de la seguridad de Aguasdulces. Algunos guianaban animales ante ellos, otros tiraban de carretas... pero todos le abrieron paso a Catelyn y la aclamaron con vítores de « ¡Tully!» o « ¡Stark!». A menos de mil pasos del castillo atravesaron un gran campamento en el que el estandarte escarlata de los Blackwood ondeaba sobre la tienda del señor. Lucas pidió permiso para quedarse allí y buscar a su padre, lord Tytos. Los demás siguieron a caballo.

Catelyn divisó un segundo campamento situado a lo largo de la orilla norte del Piedra Caída, con unos estandartes conocidos que ondeaban al viento: la doncella danzante de Marq Piper, el labrador de Darry y las dos serpientes entrelazadas, roja y blanca, de los Paege. Todos eran vasallos de su padre, señores del Tridente. La mayoría había abandonado Aguasdulces antes de su partida, para ir a defender sus tierras. Si estaban allí de nuevo, solo podía ser porque Edmure los había hecho llamar. « Los dioses nos guarden, es verdad, pretende presentar batalla a lord Tywin».

Pese a la distancia, Catelyn vio que algo oscuro pendía de los muros de Aguasdulces. Al acercarse se dio cuenta de que eran cadáveres colgados de las almenas. Estaban sujetos por el cuello con nudos corredizos, al final de largas cuerdas, y tenían los rostros hinchados y ennegrecidos. Los cuervos ya se habían ocupado de ellos, pero las capas color escarlata aún se distinguían brillantes sobre los muros de piedra.

—Parece que han ahorcado a unos cuantos Lannister —señaló Hal Mollen.

—Hermoso espectáculo —comentó alegramente ser Wendel Manderly.

—Por lo visto, nuestros amigos han empezado la fiesta sin nosotros —bromeó Perwyn Frey.

Los demás se echaron a reír, todos menos Brienne, que alzó la vista para contemplar la hilera de cadáveres sin pestañear, y no sonrió ni dijo nada.

« Si han matado al Matarreyes, mis hijas también se pueden dar por muertas». Catelyn espoleó al caballo para ponerlo a medio galope. Hal Mollen y Robin Flint la adelantaron al galope, lanzando gritos de saludo al puesto de guardia. Sin duda, los guardias de las murallas habían visto sus estandartes hacía ya rato, porque al acercarse se encontraron el rastrillo levantado.

Edmure salió a caballo para recibirla, acompañado por tres de los hombres juramentados de su padre: el barrigón ser Desmond Grell, maestro de armas; Utherydes Wayn, el mayordomo, y ser Robin Ryger, el corpulento y calvo capitán de la guardia de Aguasdulces. Los tres eran más o menos de la edad de lord Hoster y habían pasado la vida al servicio de su padre.

« Son viejos», comprendió Catelyn.

Edmure vestía una capa azul y roja sobre una túnica en la que llevaba bordado un pez plateado. Por su aspecto, no se había afeitado desde que Catelyn partiera hacia el sur; su barba era una mata salvaje.

—Cat, cuánto me alegro de que hayas vuelto sana y salva. Cuando nos enteramos de la muerte de Renly, temimos por tu vida. Y lord Tywin también se ha puesto en marcha.

—Eso me han dicho. ¿Cómo se encuentra nuestro padre?

—Un día parece que se recupera, y al siguiente... —Sacudió la cabeza—. Ha preguntado por ti. No he sabido qué decirle.

—Iré a verlo enseguida —prometió—. ¿Ha llegado alguna noticia de Bastión de Tormentas después de la muerte de Renly? ¿Y de Puenteamargo? —No se podían enviar cuervos a los que estaban de viaje, y Catelyn ansiaba saber qué había sucedido tras su partida.

—De Puenteamargo no ha llegado nada. De Bastión de Tormentas, tres pájaros; los envía su castellano, ser Cortnay Penrose. Los tres con la misma súplica. Stannis lo ha rodeado por tierra y mar. Le ofrece su lealtad al rey que rompa el asedio. Dice que teme por el chico. ¿A qué chico se referirá? ¿Lo sabes tú?

—A Edric Tormenta, el hijo bastardo de Robert —les dijo Brienne.

Edmure la miró con curiosidad.

—Stannis ha jurado que la guarnición podrá marcharse libre y sin sufrir daño alguno siempre y cuando rinda el castillo antes de quince días y le entregue al chico, pero ser Cortnay se niega.

«Lo arriesga todo por un niño bastardo que ni siquiera lleva su sangre», pensó Catelyn.

—¿Le has enviado alguna respuesta?

—Para qué —dijo Edmure con un gesto de negación—, si no podemos ofrecerle ayuda ni esperanza? Además, Stannis no es nuestro enemigo.

—Mi señora —intervino ser Robin Ryger—, ¿podéis contarnos cómo murió lord Renly? Nos han llegado historias muy extrañas.

—Es cierto, Cat —dijo su hermano—. Hay quien dice que a Renly lo mataste tú. Otros aseguran que fue una mujer sureña. —No pudo evitar mirar en dirección a Brienne.

—Mi rey fue asesinado —dijo la chica con voz tranquila—. Y no por lady Catelyn. Lo juro por mi espada, por los dioses antiguos y nuevos.

—Os presento a Brienne de Tarth, hija de lord Selwyn, el Lucero de la Tarde —les dijo Catelyn—. Servía en la Guardia Arcoíris de Renly. Brienne, tengo el honor de presentarlos a mi hermano, ser Edmure Tully, heredero de Aguasdulces. A su mayordomo, Uther des Wayn. A ser Robin Ryger y a ser Desmond Grell.

—Es un honor —dijo ser Desmond.

Los demás dijeron lo mismo. La joven se sonrojó; hasta aquella cortesía

habitual la sonrojaba. Si Edmure pensó que era una dama bien extraña, al menos tuvo la elegancia de no decirlo.

—Brienne estaba con Renly cuando fue asesinado, igual que yo —dijo Catelyn—, pero no tuvimos nada que ver con su muerte. —No quería hablar de la sombra allí, con tantos hombres alrededor, de manera que señaló los cadáveres de las murallas—. ¿Quiénes son esos hombres que habéis ahorcado?

—Vinieron con ser Cleos —respondió con incomodidad Edmure, alzando la vista—, cuando nos trajo la respuesta de la reina a vuestra oferta de paz.

—¿Habéis matado a unos emisarios? —Catelyn estaba conmocionada.

—Eran falsos emisarios —replicó Edmure—. Me dieron su palabra de que venían en son de paz y entregaron las armas, de manera que los dejé libres dentro del castillo, y durante tres noches comieron carne y bebieron hidromiel en mi mesa. La cuarta noche intentaron liberar al Matarreyes. —Señaló a uno—. Ese gigantón mató a dos guardias con las manos; los cogió por el cuello y les estampó los cráneos, el uno contra el otro, mientras el flaco que está a su lado abría la celda de Lannister con un trozo de alambre, los dioses lo maldigan. El del final debía de ser una especie de actor. Imitó mi voz para ordenar que abrieran la puerta del Río. Los tres guardias lo juran: Enger, Delp y Lew el Largo. Si te digo la verdad, su voz no se parecía en nada a la mía, pero esos tres zopencos estaban levantando el rastrillo.

Catelyn sospechaba que aquello era obra del Gnomo; apestaba a la misma astucia de la que había hecho gala en el Nido de Águilas. En otros tiempos habría dicho que Tyrion era el menos peligroso de los Lannister. Ya no estaba tan segura.

—¿Cómo los atrapaste?

—Eh... pues dio la casualidad de que yo no estaba en el castillo, había cruzado el Piedra Caída para... eh...

—Para ir de putas o con alguna mujer. Sigue contándome.

—Faltaba más o menos una hora para el amanecer —continuó Edmure, con las mejillas tan rojas como la barba—, y yo regresaba al castillo en ese momento. Lew el Largo vio mi bote, me reconoció, y por fin se paró a pensar en quién estaba abajo gritando órdenes y dio la alarma.

—Dime que volvisteis a capturar al Matarreyes.

—Sí, pero no fue fácil. Jaime se apoderó de una espada, mató a Poul Pemford y a Myles, el escudero de ser Desmond, y también hirió a Delp. Está tan grave que el maestre Vyman teme que muera pronto. Fue una carnicería. En cuanto oyeron el sonido del acero, otros capas rojas corrieron a ayudarlo, aun sin armas. A esos los colgué junto a los cuatro que lo liberaron, y a los demás los tengo en las mazmorras. Igual que a Jaime. Ese no volverá a escapar. Esta vez lo he metido en una celda oscura, encadenado a la pared de pies y manos.

—¿Y Cleos Frey?

—Jura que no sabía nada del plan. ¿Quién sabe? Es mitad Lannister, mitad

Frey, y mentiroso integral. Lo he encerrado en la celda de la torre, donde teníamos a Jaime hasta ahora.

—Dices que han traído otra oferta de paz.

—Si se la puede llamar así. Te va a gustar tan poco como a mí, seguro.

—¿No hay esperanza de que recibamos ayuda del sur, lady Stark? —preguntó Utherydes Wayn, el mayordomo de su padre—. Esa acusación de incesto... Lord Tywin no se va a tomar esa ofensa a la ligera. Querrá limpiar esa mancha en el nombre de su hija con la sangre de su acusador. Lord Stannis tiene que comprenderlo. No le queda otra opción que hacer causa común con nosotros.

« Stannis ha hecho causa común con un poder muy superior y más oscuro» .

—Ya hablaremos más tarde de estos temas.

Catelyn recorrió el puente levadizo y dejó atrás la macabra hilera de Lannister muertos. El caballo de su hermano trotó junto a ella. Cuando llegaron al bullicio del patio de Aguasdulces, un niño desnudo se cruzó gateando en el paso de los caballos. Catelyn tiró de las riendas con energía para no arrollarlo, y miró a su alrededor con desaliento. Habían dejado entrar en el castillo a cientos de campesinos, a los que se había dado permiso para erigir refugios rudimentarios contra los muros. Había niños descalzos por doquier, y el patio estaba lleno de vacas, ovejas y pollos.

—¿Quiénes son estos?

—Mi pueblo —respondió Edmure—. Tenían miedo.

« Solo a mi querido hermano se le ocurriría llenar el castillo de bocas inútiles cuando están a punto de asediarnos» . Catelyn sabía que tenía el corazón blando y a veces pensaba que tenía la cabeza más blanda todavía. Aquello hacía que lo quisiera más, pero en algunos momentos...

—¿Se le puede enviar un cuervo a Robb?

—Está en campo abierto, mi señora —respondió ser Desmond—. No hay manera de que los pájaros lo encuentren.

Utherydes Wayn carraspeó.

—Antes de partir, el joven rey nos dejó instrucciones para que os enviáramos a Los Gemelos en cuanto volvierais, lady Stark. Quiere que conozcáis a las hijas de lord Walder para ayudarla a elegir una esposa cuando llegue el momento adecuado.

—Te proporcionaremos caballos descansados y provisiones —le prometió su hermano—. Supongo que querrás lavarte un poco antes de...

—Lo que quiero es quedarme —dijo Catelyn al tiempo que desmontaba. No tenía la menor intención de abandonar Aguasdulces y a su padre moribundo para ir a elegirle una esposa a Robb. « Robb quiere ponerme a salvo. Lo comprendo, pero me empiezo a cansar de ese pretexto» —. Chico —llamó, y un pilluelo de los establos salió corriendo para coger las riendas de su caballo.

Edmure desmontó. Era una cabeza más alto que Catelyn, pero para ella

siempre sería su hermano pequeño.

—Cat —dijo con tono angustiado—, lord Tywin viene hacia aquí...

—Se dirige hacia el oeste, va a defender sus tierras. Si cerramos las puertas y nos refugiamos tras los muros, podremos verlo pasar sin arriesgar nada.

—Estas tierras son de los Tully —declaró Edmure—. Si Tywin Lannister piensa cruzarlas sin pagarla con sangre, le voy a dar una buena lección.

« ¿La misma lección que le enseñaste a su hijo? ». Su hermano, a veces, era tan testarudo como una roca del río, sobre todo si le tocaban el orgullo, pero ninguno de los dos podía olvidar cómo ser Jaime había destrozado el ejército de Edmure la última vez que se enfrentaron en combate.

—No tenemos nada que ganar, pero sí mucho que perder, si nos enfrentamos a lord Tywin en combate abierto —dijo Catelyn con tacto.

—No creo que el patio sea el lugar idóneo para discutir mis planes de batalla.

—Como prefieras. ¿Adónde vamos?

El rostro de su hermano se ensombreció. Durante un momento pensó que iba a gritarle airado.

—Si te empeñas, al bosque de dioses —dijo al final.

Lo siguió por una galería hasta la puerta del bosque de dioses. La ira de Edmure siempre había sido un sentimiento malhumorado, hosco. Catelyn sentía haberle hecho daño, pero era un asunto demasiado importante para que se preocupara por el orgullo herido de su hermano. En cuanto estuvieron a solas entre los árboles, Edmure se volvió hacia ella.

—No tienes fuerzas suficientes para enfrentarte a los Lannister en combate —le dijo ella sin miramientos.

—Una vez reúna a todos mis hombres, tendré ocho mil soldados de infantería y tres mil de caballería —dijo Edmure.

—Lo que significa que lord Tywin tendrá el doble que tú.

—Robb ganó sus batallas en circunstancias aún peores —replicó Edmure—. Y tengo un plan. Te estás olvidando de Roose Bolton. Lord Tywin lo derrotó en el Forca Verde, pero no consiguió su objetivo. Cuando lord Tywin fue a Harrenhal, Bolton tomó el Vado Rubí y las encrucijadas. Tiene diez mil hombres. Le he enviado un mensaje a Helman Tallhart, para que se reúna con la guarnición que Robb dejó en Los Gemelos...

—Edmure, Robb dejó allí a esos hombres para defender Los Gemelos y asegurarse de que lord Walder sigue leal a nosotros.

—Nos es leal —dijo Edmure con testarudez—. Los Frey lucharon con valor en el bosque Susurrante, y tenemos entendido que el anciano ser Stevron murió en Cruce de Bueyes. Ser Ryman, Walder el Negro y los demás están con Robb en el oeste, Martyn nos ha prestado un servicio excelente como explorador, y ser Perwyn te llevó sana y salva hasta Renly y te ha traído de vuelta. Por los dioses, ¿qué más les podemos pedir? Robb está prometido con una de las hijas de lord

Walder, y Roose Bolton se ha casado con otra, según me han dicho. ¿Y acaso no te has llevado a dos de sus nietos como pupilos a Invernalia?

—Si es necesario, es fácil transformar a un pupilo en rehén. —Catelyn no sabía nada de la muerte de ser Stevron, ni del matrimonio de Bolton.

—Pues si tenemos dos rehenes, razón de más para que lord Walder no se atreva a traicionarnos. Bolton necesita a los hombres de Frey, y también ser Helman. Le he ordenado que vuelva a tomar Harrenhal.

—Va a correr mucha sangre.

—Sí, pero cuando caiga el castillo, lord Tywin no tendrá adónde retirarse. Los soldados que he reclutado defenderán los vados del Forca Roja para evitar que crucen. Si intenta atacar a través del río, acabará igual que Rhaegar cuando trató de cruzar el Tridente. Si se queda allí, estará atrapado entre Aguasdulces y Harrenhal, y cuando Robb vuelva del oeste, acabaremos con él de una vez por todas.

La voz de su hermano estaba impregnada de confianza arrolladora, pero Catelyn empezaba a desear que Robb no se hubiera llevado hacia el oeste a su tío Brynden. El Pez Negro era veterano de cien batallas. Edmure solo era veterano de una, y la había perdido.

—Es un buen plan —concluyó él—. Lo dice lord Tytos, y también lord Jonos. Dime, ¿cuándo has visto a Blackwood y a Bracken de acuerdo en algo que no fuera seguro?

—Puede que así sea. —De repente se sentía muy cansada. Quizá se equivocaba al oponerse a él. Quizá era un plan espléndido, y sus recelos no eran más que temores femeninos. Cuánto deseaba que Ned estuviera allí, o su tío Brynden, o...—. ¿Has hablado con nuestro padre acerca de esto?

—No se encuentra en situación de sopesar estrategias. ¡Hace dos días estaba haciendo planes para tu matrimonio con Brandon Stark! Si no me crees, ve a verlo tú misma. Este plan funcionará, Cat, te lo aseguro.

—Eso espero, Edmure, de verdad. —Le dio un beso en la mejilla para demostrarle que era sincera, y fue a ver a su padre.

Lord Hoster Tully estaba más o menos como lo había dejado: postrado en su lecho, demacrado y con la piel pálida y fría. La habitación olía a enfermedad, un olor empalagoso mezcla a partes iguales de sudor rancio y medicinas. Cuando apartó los cortinajes, su padre dejó escapar un gemido y entreabrió los ojos. La miró como si no comprendiera quién era ni qué quería.

—Padre. —Le dio un beso—. He vuelto.

Pareció reconocerla.

—Has venido —dijo en un susurro casi inaudible, apenas sin mover los labios.

—Sí —dijo—. Robb me envió al sur, pero he vuelto en cuanto he podido.

—Al sur... adónde... ¿el Nido de Águilas está al sur, pequeña? No recuerdo... oh, dioses, tenía miedo de que... ¿me has perdonado, mi niña? —Le corrieron las

lágrimas por las mejillas.

—No has hecho nada que te tenga que perdonar, padre. —Le acarició el pelo blanco y lacio, y le tocó la frente febril. Seguía ardiendo, pese a todas las pócimas del maestre.

—Fue lo mejor —susurró su padre—. Jon es un buen hombre, es bueno... fuerte, amable... te cuidará... te cuidará bien... y es de alta cuna, hazme caso, tienes que hacerme caso... soy tu padre... te casarás al mismo tiempo que Cat, sí...

«Cree que soy Ly sa —comprendió Catelyn—. Dioses misericordiosos, habla como si aún no nos hubiéramos casado». Las manos de su padre se aferraron a las suyas, aleteando como un par de pájaros blancos asustados.

—Ese chico... ese mozalbete miserable... No me menciones su nombre, tu deber... tu madre habría... —Lord Hoster gritó, presa de un espasmo de dolor—. Oh, dioses misericordiosos, perdóname, perdóname. Mi medicina...

El maestre Vyman llegó a toda prisa y le acercó una copa a los labios. Lord Hoster sorbió la espesa pócima blanca con tanta ansiedad como un bebé la leche del pecho de su madre, y Catelyn vio cómo volvía a quedarse tranquilo.

—Ahora va a dormir, mi señora —dijo el maestre cuando hubo vaciado la copa.

La leche de la amapola había dejado una gruesa película blancuzca en torno a la boca de su padre. El maestre Vyman le limpió los labios con una manga.

Catelyn no soportó quedarse allí ni un instante más. Hoster Tully había sido un hombre fuerte y orgulloso. Le dolía verlo reducido a aquello. Salió a la terraza. El patio, abajo, estaba abarrotado de refugiados, y el ruido era caótico, pero más allá de las murallas, los ríos discurrían limpios, puros, eternos...

«Esos son sus ríos, y pronto volverá a ellos para hacer su último viaje».

El maestre Vyman la había seguido.

—Mi señora —dijo en voz baja—, no podré demorar el final mucho más. Deberíamos enviar un jinete a buscar a su hermano. Ser Brynden querrá estar aquí.

—Sí —dijo Catelyn con la voz rota de pena.

—¿Y también lady Ly sa?

—Ly sa no vendrá.

—Puede que, si vos misma le escribís un mensaje...

—Si eso os place, pondré unas palabras sobre un papel.

Se preguntaba quién sería el «mozalbete miserable» de Ly sa. Algún joven escudero, o un caballero errante, probablemente... Aunque, por la vehemencia con que lord Hoster se había opuesto a él, también podía tratarse del hijo de algún mercader, de un aprendiz bastardo o hasta de un bardo. A Ly sa siempre le habían gustado demasiado los bardos.

«No la puedo culpar. Por noble que fuera, Jon Arryn tenía veinte años más

que nuestro padre».

La torre que le había destinado su hermano era la misma que ella había compartido con Lysa cuando eran doncellas. Sería grato volver a dormir en un lecho de plumas, con un fuego caliente en la chimenea. Cuando descansara, el mundo le parecería menos sombrío.

Pero junto a sus habitaciones la estaba esperando Utherydes Wayn, con dos mujeres vestidas de gris y con las caras cubiertas de manera que solo se les veían los ojos. Catelyn adivinó al instante por qué estaban allí.

—¿Ned?

Las hermanas bajaron la vista.

—Ser Cleos lo ha traído de Desembarco del Rey, mi señora —dijo Utherydes.

—Llevadme junto a él —ordenó.

Lo habían depositado sobre una mesa, cubierto con un estandarte, el estandarte blanco de la casa Stark, con su blasón del lobo huargo.

—Quiero verlo —dijo Catelyn.

—Solo quedan los huesos, mi señora.

—Quiero verlo —repitió.

Una de las hermanas silenciosas retiró el estandarte.

«Huesos —pensó Catelyn—. Este no es mi Ned, no es el hombre al que amé, el padre de mis hijos». Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, dedos esqueléticos cerrados en torno al puño de una espada larga, pero aquellas no eran las manos de Ned, tan fuertes, tan llenas de vida. Habían vestido los huesos con el jubón de Ned, el de hermoso terciopelo blanco con el lobo huargo bordado sobre el corazón, pero no quedaba nada de la carne cálida sobre la que había recostado la cabeza tantas y tantas noches, ni de los brazos que la habían estrechado. La cabeza volvía a estar unida al cuerpo con alambre de plata, pero todos los cráneos se parecían, y en aquellas órbitas vacías no encontró ni rastro de los ojos gris oscuro de su señor, unos ojos que podían ser suaves como la niebla o duros como la piedra. «Los ojos se los echaron a los cuervos», recordó.

—Esa no es su espada —dijo Catelyn apartándose.

—No nos han devuelto a *Hielo*, mi señora —dijo Utherydes—. Solo los huesos de lord Eddard.

—Me imagino que tendría que darle las gracias a la reina.

—Dádselas al Gnomo, mi señora. Fue cosa suya.

«Algún día les daré las gracias a todos ellos».

—Os agradezco vuestros servicios, hermanas —dijo Catelyn—, pero tengo que encomendarlos otra tarea. Lord Eddard era un Stark, y sus huesos deben reposar en Invernalia. —«Harán una estatua que se parezca a él, una figura de piedra que quedará sentada en la oscuridad con un lobo huargo a los pies y una espada cruzada sobre las rodillas»—. Aseguraos de que las hermanas tengan

caballos descansados y cualquier otra cosa que necesiten para el viaje —le dijo a Utherydes Wayn. Bajó la vista hacia los huesos, todo lo que le quedaba de su señor, de su amado—. Y ahora, dejadme a solas. Esta noche quiero estar a solas con Ned.

Las mujeres de gris inclinaron la cabeza. «Las hermanas silenciosas no hablan con los vivos —pensó Catelyn con la mente entumecida—, pero hay quien dice que pueden hablar con los muertos» . Cuánto las envidiaba...

Los cortinajes la aislarían del polvo y del calor de las calles, pero no podrían mantener fuera la decepción que sentía. Dany se subió a la litera, cansada, y se alegró de poder resguardarse del mar de ojos qarthienses.

—Abrid paso —gritó Jhogo desde su caballo a la multitud, al tiempo que hacía restallar el látigo—. ¡Abrid paso, abrid paso a la Madre de Dragones!

Xaro Xohan Daxos, recostado sobre frescos cojines de raso, sirvió vino tinto color rubí en un par de copas de jade y oro, con manos firmes y seguras pese al bamboleo del palanquín.

—Veo una profunda tristeza escrita en vuestro rostro, mi luz de amor. —Le ofreció una de las copas—. ¿Acaso se trata de la tristeza de un sueño perdido?

—Un sueño demorado, nada más.

La gargantilla de plata que Dany llevaba al cuello le apretaba mucho. Se la desabrochó y la tiró a un lado. Estaba engastada con las amatistas encantadas que, según juraba Xaro, la protegerían de todos los venenos. Los Sangrepura tenían fama de ofrecer vino envenenado a los que consideraban peligrosos, pero a Dany no le habían ofrecido ni un vaso de agua.

«No me han visto como a una reina —pensó con amargura—. Solo he sido su diversión de una tarde, una chica caballo con un raro animal de compañía».

Cuando Dany extendió una mano para coger el vino, Rhaegal siseó y le clavó las afiladas garras negras en el hombro desnudo. Ella hizo una mueca y se cambió el dragón de hombro, para que estuviera posado sobre el vestido y no sobre la piel. Iba ataviada según las costumbres qarthienses. Xaro le había advertido que los Entronizados jamás escucharían a una dothraki, de modo que había acudido ante ellos envuelta en seda verde, con un pecho al aire, sandalias plateadas en los pies y una ristra de perlas blancas y negras en torno a la cintura. «Para la ayuda que me han ofrecido, tanto habría dado que fuera desnuda. Quizá habría sido mejor». Bebió un largo trago. El vino sabía a fruta y a cálidos días de verano.

Los Sangrepura, descendientes de los antiguos reyes y reinas de Qarth, estaban al mando de la Guardia Cívica y de la flota de ornamentadas galeras que dominaban los estrechos entre mares. Daenerys Targaryen había acudido para pedir aquella flota, o parte de ella, y también algunos de sus soldados. Hizo el sacrificio tradicional en el templo de la Memoria, le ofreció el soborno tradicional al Custodio de la Larga Lista, le envió el caqui tradicional al Abridor de la Puerta, y por fin recibió las tradicionales zapatillas de seda azul que convocaban a la Sala de los Mil Tronos.

Los Sangrepura escucharon sus peticiones sentados en los grandes tronos de madera de sus antepasados, erigidos en gradas curvas desde el suelo de mármol hasta el alto techo en forma de cúpula donde se veían escenas pintadas de la

antigua gloria de Qarth. Los tronos eran inmensos, con tallas fantásticas, adornados con oro e incrustaciones de ámbar, ónix, lapislázuli y jade; todos eran diferentes, todos competían por ser el más fabuloso. Pero los hombres que los ocupaban parecían tan apáticos y ajenos al mundo como si estuvieran dormidos.

« Me han oído —pensó—, pero no me han escuchado; no les importaba nada. Son hombres de leche, sí. Jamás tuvieron intención de ayudarme. Me han recibido porque sentían curiosidad. Me han recibido porque se aburrián, y el dragón que llevaba al hombro les interesaba más que yo» .

—Contadme las palabras de los Sangrepura —pidió Xaro Xhoan Daxos—. Contadme qué han dicho que tanto entristece a la reina de mi corazón.

—Han dicho que no. —El vino sabía a granadas y a cálidos días veraniegos—. Con gran cortesía, eso sí, pero pese a las palabras hermosas, la respuesta seguía siendo no.

—¿Los habéis adulado?

—Sin pudor.

—¿Habéis llorado?

—La sangre del dragón no llora —replicó, testaruda.

—Deberíais haber llorado —dijo Xaro con un suspiro. Los qarthienses lloraban a menudo y con facilidad; se consideraba propio de hombres civilizados —. Y los hombres que sobornamos, ¿qué dijeron?

—Mathos no ha dicho nada. Wendello ha alabado mi manera de expresarme. El Exquisito me ha rechazado igual que todos, pero luego ha llorado.

—Ah, los qarthienses, qué gente desleal... —Xaro no era un Sangrepura, pero le había indicado a quiénes debía sobornar y cuánto debía ofrecerles—. Llorad, llorad por la traición de los hombres.

Dany habría llorado más bien por su oro. Con el oro que les había entregado a Mathos Mallarawan, Wendello Qar Deeth y Egon Emeros el Exquisito habría podido comprar un barco, o contratar a una veintena de mercenarios.

—Y si envío a ser Jorah a exigir que me devuelvan mis regalos? —preguntó.

—Y si una noche viene un hombre pesaroso a mi palacio y os mata mientras dormís? —Los Hombres Pesarosos eran un antiquísimo y sagrado gremio de asesinos, llamado así porque sus miembros siempre susurraban « Lo siento mucho» a sus víctimas antes de matarlas. Los qarthienses eran, ante todo, educados—. Hay un sabio refrán que dice que es más fácil ordeñar a la Vaca de Piedra de Faros que sacarle oro a un Sangrepura.

Dany no sabía dónde estaba Faros, pero le daba la sensación de que Qarth estaba lleno de vacas de piedra. Los príncipes mercaderes, que se habían enriquecido hasta lo inimaginable gracias al comercio entre los mares, se dividían en tres facciones celosas entre sí: el Antiguo Gremio de Especieros, la Hermandad de la Turmalina y los Trece, entre los que se contaba Xaro. Las tres competían entre ellas por predominar sobre las otras, y las tres mantenían un

enfrentamiento eterno con los Sangrepura. Y como una sombra siniestra, por encima de todos, estaban los brujos, con sus labios azules y aquellos poderes temibles que pocos habían visto, pero todos temían.

Sin Xaro no habría sabido ni qué hacer. El oro que había desperdiciado para abrir las puertas de la Sala de los Mil Tronos era en su mayor parte producto de la generosidad y el ingenio del mercader. A medida que empezó a extenderse hacia el este el rumor de que había dragones vivos, más visitantes fueron acudiendo para comprobar si era verdad... y Xaro Xhoan Daxos se encargó de que tanto los poderosos como los humildes dejaran alguna ofrenda para la Madre de Dragones.

El goteo pronto comenzó a transformarse en una inundación. Los capitanes mercantes le llevaban encajes de Myr, cofrecitos de azafrán de Yi Ti, y ámbar y vidriagón de Asshai. Los mercaderes le ofrecían bolsas de monedas; los orfebres, anillos y cadenas. Los flautistas tocaban para ella, los acróbatas hacían acrobacias, y los malabaristas, juegos malabares, mientras los tintoreros la vestían con colores que jamás había soñado. Una pareja de Jogos Nhai la había obsequiado con uno de sus caballos a rayas blancas y negras. Una viuda le llevó la momia reseca de su marido, cubierta por una capa de hojas bañadas en plata; se decía que los restos como aquellos tenían un gran poder, sobre todo si el difunto había sido hechicero, como era su caso. Y la Hermandad de la Turmalina le entregó una corona labrada en forma de dragón tricéfalo: los cuerpos enroscados eran de oro amarillo; las alas, de plata, y las cabezas estaban talladas en jade, marfil y ónice.

La corona fue la única ofrenda que quiso conservar. El resto, lo vendió todo, para reunir el oro que había desperdiciado con los Sangrepura. Xaro quería que vendiera también la corona; le juraba que los Trece se encargarían de que tuviera otra mucho mejor, pero Dany lo prohibió.

—Viserys vendió la corona de mi madre, y todos lo llamaron mendigo. Yo conservaré esta, y todos me llamarán reina.

Y así lo hizo, aunque pesaba tanto que hacía que le doliera el cuello.

«Pero, con corona o sin ella, sigo siendo una mendiga —pensó Dany—. La mendiga más esplendorosa del mundo, pero mendiga al fin y al cabo. —Detestaba sentirse así, igual que debía de haberle pasado a su hermano—. Tantos años de huir de ciudad en ciudad, un paso por delante de los cuchillos del Usurpador, siempre suplicando ayuda a arcontes, príncipes y magísteres, siempre pagando la comida con adulaciones... Seguro que sabía cuánto se burlaban de él. No es de extrañar que estuviera siempre furioso y amargado. —Y al final, aquello lo había vuelto loco—. A mí me pasará lo mismo si lo permito. —Una parte de ella deseaba más que nada en el mundo regresar con su pueblo a Vaes Tolorro, y hacer que floreciera la ciudad muerta—. No, eso sería una derrota. Yo tengo algo que Viserys nunca tuvo. Tengo a los dragones. Los

dragones marcarán la diferencia».

Acarició a Rhaegal. El dragón verde cerró los dientes sobre su mano y le dio un mordisco que estuvo a punto de resultar doloroso. Fuera, la gran ciudad vibraba y bullía; una miríada de voces se fundía en un sonido grave como el oleaje del mar.

—Abrid paso, hombres de leche, abrid paso a la Madre de Dragones —proclamaba Jhogo, y los qarthienses se apartaban, aunque quizás más por los bueyes que por sus órdenes.

A través de los cortinajes que se entreabrián de cuando en cuando, Dany lo divisaba a lomos de su semental gris. A veces les daba un golpecito suave a los bueyes con el látigo con mango de plata que ella le había regalado. Aggo vigilaba el otro flanco, y Rakharo cabalgaba tras la comitiva, siempre atento a los rostros de la multitud, en busca de cualquier rastro de peligro. Aquel día había dejado a ser Jorah en el palacio para que vigilara el resto de los dragones; el caballero exiliado se había opuesto a aquella estupidez desde el principio.

« No confía en nadie —reflexionó—. Y puede que tenga razón».

Cuando Dany levantó la copa para beber, Rhaegal olió el vino y echó la cabeza hacia atrás con un siseo.

—Vuestro dragón tiene buen olfato. —Xaro se limpió los labios—. Este vino es vulgar. Se dice que al otro lado del mar de Jade tienen una cosecha dorada tan deliciosa que, con solo probar un trago, cualquier otro vino sabe a vinagre. Subamos a mi barcaza de paseo y vayamos a buscarlo, vos y yo...

—El mejor vino del mundo es el del Rejo —declaró Dany. Lord Redwyne había combatido al Usurpador al lado de su padre; recordaba que había sido uno de los últimos leales. « ¿Luchará también por mí?» . No había manera de saberlo después de tantos años—. Venid conmigo al Rejo, Xaro, y probaréis las mejores cosechas que podáis imaginar. Pero para ese viaje necesitaremos un barco de guerra, no una chalana de paseo.

—No tengo barcos de guerra. La guerra es mala para el comercio. Os he dicho muchas veces que Xaro Xhoan Daxos es un hombre amante de la paz.

« Xaro Xhoan Daxos es un hombre amante del oro —pensó ella—, y con oro podré comprar todos los barcos y espadas que necesito».

—No os he pedido que empuñéis una espada, solo que me prestéis vuestros barcos.

—Sí, barcos mercantes tengo unos pocos. —El hombre sonrió con modestia—. Quién sabe cuántos. Puede que en este momento se esté hundiendo uno en algún rincón tormentoso del mar del Verano. Mañana caerá otro, presa de los corsarios. Puede que, pasado mañana, alguno de mis capitanes vea todas las riquezas que hay en la bodega y crea que le pertenecen. Son los riesgos del comercio. Ahora que lo pienso, cuanto más hablamos, menos barcos me quedan. Me empobrezo por momentos.

—Dadme barcos y os haré rico de nuevo.

—Casaos conmigo, luz brillante, y tripulad el barco de mi corazón. Por las noches no puedo dormir pensando en vuestra belleza.

Dany sonrió. Las floridas declaraciones de pasión de Xaro le parecían divertidas, pero su actitud contradecía sus palabras. Mientras que ser Jorah había parecido incapaz de apartar los ojos de su pecho desnudo cuando la ayudaba a subir al palanquín, Xaro ni se había fijado, y eso que compartían aquel espacio tan reducido. Y no había dejado de notar la presencia de los atractivos muchachitos que siempre rodeaban al príncipe mercader y revoloteaban por los salones de su palacio ataviados con sedas transparentes.

—Vuestras palabras son dulces, Xaro, pero en ellas oigo otro no.

—Ese trono de hierro del que habláis parece monstruosamente frío y duro. No soporto pensar en esas puntas afiladas que cortarán esta dulce piel. —Las joyas que adornaban la nariz de Xaro lo hacían parecer un pájaro extraño y brillante. Hizo un movimiento lúgido con los largos dedos—. Que vuestro reino sea este, reina exquisita entre las exquisitas, y dejad que yo sea vuestro rey. Si queréis, os daré un trono de oro. Cuando Qarth nos hasticé, podremos viajar a Yi Ti y buscar la ciudad de ensueño de los poetas, donde beberemos el vino de la sabiduría de una calavera.

—Voy a ir en barco a Poniente, y allí beberé el vino de la venganza del cráneo del Usurpador. —Rascó a Rhaegal debajo de un ojo, y el dragón desplegó las alas verde jade, sacudiendo el aire quieto dentro del palanquín.

—¿No hay nada que pueda apartaros de esa locura? —Una lágrima solitaria y perfecta descendía por la mejilla de Xaro Xhoan Daxos.

—Nada —respondió, deseando estar tan segura como indicaban sus palabras—. Si cada uno de los Trece me prestara diez barcos...

—Tendrás ciento treinta naves, y nadie que las tripulara. La justicia de vuestra causa no significa nada para el pueblo de Qarth. ¿Por qué les debería importar a mis marineros quién se sienta en el trono de un reino que está al otro lado del mundo?

—Les pagaré para que les importe.

—¿Con qué moneda, dulce estrella de mi corazón?

—Con el oro que traen los que vienen a ver los dragones.

—Es posible —reconoció Xaro—, pero para que les importe mucho, tendréis que pagarles mucho. Mucho más incluso que yo, y todo Qarth se burla de lo ruinoso de mi generosidad.

—Si los Trece no me dan su ayuda, tal vez tenga que pedírsela al Gremio de Especieros o a la Hermandad de la Turmalina.

—No os darán otra cosa que adulación y mentiras —dijo Xaro, encogiéndose de hombros con gesto lúgido—. Los Especieros son hipócritas y fanfarrones, y la Hermandad está llena de piratas.

—En ese caso, tendré que escuchar el consejo de Pyat Pree y acudir a los brujos.

El príncipe mercader se incorporó bruscamente.

—Pyat Pree tiene los labios azules, y se dice y es verdad que de los labios azules solo salen mentiras. Escuchad las palabras sabias de quien os ama. Los brujos son criaturas malévolas que comen polvo y beben sombras. No os darán nada, porque nada tienen para dar.

—No tendría que pedir ayuda a hechiceros si mi amigo Xaro Xhoan Daxos me diera lo que necesito.

—Os he dado mi hogar y mi corazón, ¿eso no significa nada para vos? Os he dado perfumes y granadas, monos saltarines y serpientes escupidoras, pergaminos de la desaparecida Valyria, una cabeza de ídolo y una pata de serpiente. Os he dado este palanquín de ébano y oro, y la pareja de bueyes que tiran de él, a juego, uno blanco como el marfil y otro negro como el azabache, con incrustaciones de piedras preciosas en los cuernos.

—Sí —dijo Dany—, pero lo que yo quería eran barcos y soldados.

—¿Acaso no os he dado un ejército a vos, la más dulce de las mujeres? Un millar de caballeros, cada uno con su brillante armadura.

Las armaduras eran de oro y plata, y los caballeros, de jade, berilo y ónix, de turmalina, ámbar, ópalo y amatista, todos del tamaño de su dedo meñique.

—Un millar de preciosos caballeros —dijo—, pero no de los que infunden temor en el corazón de mis enemigos. Y los bueyes no pueden llevarme por el agua, que es lo que... ¿Por qué nos detenemos?

Los bueyes habían aminorado la marcha de manera perceptible.

—Khaleesi —la llamó Aggo a través de los cortinajes del palanquín detenido.

Dany se apoyó sobre un codo para asomarse. Estaban en los límites del bazar, y el camino estaba bloqueado por una muralla de gente.

—¿Qué miran?

—Es un mago de fuego, khaleesi —contestó Jhogo mientras retrocedía a caballo.

—Quiero verlo.

—Lo veréis.

El dothraki le ofreció la mano para ayudarla. Dany la aceptó, y él la izó para sentarla a lomos de su caballo, delante de él, desde donde podía verlo todo por encima de las cabezas de la multitud. El mago de fuego había conjurado en el aire una escalera de llamas anaranjadas y crepitantes, que se alzaba sin apoyo alguno sobre el suelo del bazar y se tendía hacia el alto enrejado del techo.

Se fijó en que la mayoría de los espectadores no era de la ciudad: vio marineros de barcos mercantes, comerciantes que habían llegado en las caravanas, hombres polvorrientos del desierto rojo, soldados errantes, artesanos, esclavistas... Jhogo la sujetó por la cintura y se acercó más a ella.

—Los hombres de leche lo rehúyen, *khaleesi*. ¿Veis a la chiquilla del sombrero de fieltro? Aquella, la que está tras el sacerdote gordo. Es una...

—Ratera —terminó Dany. No era ninguna dama consentida, ciega a aquellas cosas. Había visto muchos rateros en las calles de las Ciudades Libres, durante los años que había pasado con su hermano, siempre huyendo de los asesinos a sueldo del Usurpador.

El mago gesticulaba, hacía que las llamas subieran más y más con cada movimiento amplio de los brazos. Los espectadores inclinaban la cabeza hacia atrás para ver mejor, y los rateros se movían entre el público con navajitas en la palma de las manos para cortar los cordones de las bolsas. Con una mano descargaban a los adinerados del peso de sus monedas, mientras señalaban con la otra hacia arriba.

Cuando la escalera de fuego tuvo una altura de veinte varas, el mago empezó a subir por ella, ágil y rápido como un mono. Cada vez que tocaba un peldaño, este se desvanecía sin dejar más que un jirón de humo plateado. Cuando llegó a la cima, la escalera desapareció por completo, y él también.

—Buen truco —comentó Jhogo, admirado.

—No es ningún truco —dijo una mujer en la lengua común.

Dany no había visto a Quaithe entre la multitud, pero allí estaba, con los ojos húmedos y brillantes tras la implacable máscara de laca roja.

—¿Qué queréis decir, mi señora?

—Hace medio año, ese hombre apenas si podía arrancar fuego del vidriagón. Tenía cierta habilidad con polvos y fuego valyrio, la suficiente para distraer a la multitud mientras sus rateros trabajaban. Era capaz de caminar sobre carbones al rojo y hacer florecer en el aire rosas de llamas, pero subir por la escalera de fuego le habría resultado tan imposible como a un pescador vulgar atrapar un kraken con sus redes.

Dany, intranquila, contempló el lugar donde se había alzado la escalera. Ya había desaparecido el humo, y la multitud empezaba a dispersarse, mientras todos volvían a centrarse en sus asuntos. No tardarían en darse cuenta de que les habían vaciado las bolsas.

—¿Y ahora?

—Ahora, sus poderes crecen, *khaleesi*, y vos sois la causa.

—¿Yo? —Se echó a reír—. ¿Y eso por qué?

—Sois la Madre de Dragones, ¿no es verdad? —La mujer se acercó un paso y puso dos dedos sobre la muñeca de Dany.

—Lo es —replicó Jhogo apartando los dedos de Quaithe con el mango del látigo—, y ningún engendro de las sombras puede tocarla.

La mujer dio un paso atrás.

—Debéis salir de esta ciudad cuanto antes, Daenerys Targaryen, o no os dejarán salir jamás.

—¿Y adónde queréis que vaya? —preguntó Dany. Sentía un cosquilleo en la muñeca, allí donde Quaithe la había tocado.

—Para ir al norte tenéis que viajar hacia el sur. Para llegar al oeste debéis ir hacia el este. Para adelantarlos tendréis que retroceder, y para tocar la luz debéis pasar bajo la sombra.

« Asshai —pensó Dany—. Quiere que viaje a Asshai».

—¿Los assaítas me darán un ejército? —quiso saber—. ¿Conseguiré oro en Asshai? ¿Conseguiré barcos? ¿Qué encontraré en Asshai que no pueda encontrar en Qarth?

—La verdad —respondió la mujer de la máscara.

Hizo una reverencia y volvió a perderse entre la multitud. Rakharo hizo una mueca de desprecio bajo el largo mostacho negro.

—Khaleesi, más vale comer escorpiones vivos que confiar en el engendro de las sombras, que no se atreve a mostrar su rostro al sol. Lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —asintió Aggo.

Xaro Xhoan Daxos había presenciado toda la conversación recostado entre los cojines.

—Vuestros salvajes son más sabios de lo que ellos mismos imaginan —dijo cuando Dany volvió a subir al palanquín—. Las verdades que tienen los assaítas no dibujarán una sonrisa en vuestros labios. —Acto seguido le puso otra copa de vino en la mano, y durante el resto del trayecto hasta su palacio no dejó de hablar de amor, de lujuria y de otras nimiedades.

Una vez a solas en la tranquilidad de sus habitaciones, Dany se quitó la ropa de gala y se puso una túnica amplia de seda morada. Los dragones tenían hambre, así que troceó una serpiente y carbonizó los pedazos sobre el brasero.

« Están creciendo mucho —advirtió al verlos lanzar mordiscos y disputarse la carne ennegrecida—. Deben de pesar el doble que cuando estábamos en Vaes Tolorro. —Pero pasarían muchos años antes de que tuvieran tamaño suficiente para ir a la guerra—. Y también habrá que entrenarlos a conciencia, o destruirán mi reino». Pese a toda la sangre Targaryen que corría por sus venas, Dany no tenía ni la más remota idea de cómo se entrenaba a un dragón.

Ser Jorah Mormont acudió a verla cuando el sol ya se estaba poniendo.

—¿Los Sangrepura os han negado su ayuda?

—Sí, tal como vos dijisteis que harían. Venid, sentaos conmigo y aconsejadme.

Dany le indicó que se acomodara entre los cojines, y Jhiqui les llevó un cuenco de aceitunas y cebollitas al vino.

—En esta ciudad no obtendréis ayuda, *khaleesi*. —Ser Jorah cogió una cebollita entre el índice y el pulgar—. Cada día estoy más convencido. Los Sangrepura no ven más allá de las murallas de Qarth, y Xaro...

—Ha vuelto a pedirme que me case con él.

—Sí, y ya sé por qué. —El caballero frunció el ceño, y las espesas cejas negras se le juntaron en una sola línea sobre los ojos hundidos.

—Porque sueña conmigo día y noche. —Dany se echó a reír.

—Perdonadme, mi reina, pero es con vuestros dragones con lo que sueña.

—Xaro me ha asegurado que, en Qarth, los hombres y las mujeres conservan cada uno sus posesiones después de casarse. Los dragones son míos.

—Sonrió al ver que Drogon se acercaba a ella a saltitos por el suelo de mármol para ir a acurrucarse en un cojín junto a ella.

—Lo que dice es verdad, pero se le olvidó mencionar un detalle. Los qarthienses tienen una costumbre nupcial muy curiosa, mi reina. El día de su boda, la esposa puede solicitarle a su marido una prueba de su amor. Cualquiera de sus bienes, y él tiene que otorgárselo. Pero el marido también puede pedir lo mismo. Solo se puede pedir una cosa, y no se puede negar.

—Una cosa —repitió Dany—, y no se puede negar.

—Con un dragón, Xaro Xhoan Daxos dominaría esta ciudad, pero con un barco, vos no avanzaríais gran cosa en vuestros propósitos.

Dany mordisqueó una cebolla y pensó con tristeza en la deslealtad de los hombres.

—Cuando volvimos de la Sala de los Mil Tronos hemos cruzado el bazar —contó a ser Jorah—. Nos hemos encontrado con Quaithe. —Le habló del mago de fuego y de la escalera de llamas, y le contó lo que le había dicho la mujer de la máscara roja.

—Para ser sincero, me gustaría marcharme de esta ciudad —dijo el caballero cuando terminó su relato—. Pero no en dirección a Asshai.

—¿Adónde iríamos?

—Hacia el este.

—Aquí ya estoy a medio mundo de mi reino. Si avanzo más hacia el este, puede que jamás encuentre el camino de vuelta a Poniente.

—Y si vais hacia el oeste, pondréis en peligro vuestra vida.

—La casa Targaryen tiene amigos en las Ciudades Libres —le recordó—. Amigos más sinceros que Xaro o los Sangrepura.

—Si os referís a Illyrio Mopatis, no estoy tan seguro. Si le ofrecen suficiente oro, Illyrio os vendería antes de lo que se vende a un esclavo.

—Mi hermano y yo estuvimos medio año en la casa de Illyrio como invitados. Si hubiera querido vendernos, lo habría hecho entonces.

—Y os vendió —dijo ser Jorah—. A Khal Drogo.

Dany se sonrojó. Sabía que era verdad, pero no le había gustado que se lo dijera de aquella manera tan brusca.

—Illyrio nos protegió de los asesinos del Usurpador, y creía en la causa de mi hermano.

—Illyrio no cree en más causa que en la causa de Illyrio. Los glotones suelen

ser codiciosos, y los magísteres, taimados. Illyrio Mopatis es ambas cosas. ¿Qué sabéis de él en realidad?

—Sé que me regaló los huevos de dragón.

Ser Jorah dejó escapar un bufido.

—Si hubiera sabido que podían abrirse, él mismo los habría empollado.

—De eso no me cabe duda. —Dany sonreía muy a su pesar—. Conozco a Illyrio mejor de lo que pensáis. Cuando salí de su palacio de Pentos para casarme con mi sol y estrellas era una niña, pero no estaba sorda ni ciega. Y ahora ya no soy una niña.

—Aunque Illyrio fuera el amigo leal que pensáis —insistió el caballero tercamente—, no tiene poder suficiente para llevarlos al trono, igual que no pudo llevar a vuestro hermano.

—Es rico —replicó ella—. Puede que no tanto como Xaro, pero sí lo suficiente para alquilar barcos y hombres para mi causa.

—Los mercenarios son útiles en ocasiones —reconoció ser Jorah—, pero no podréis reconquistar el trono de vuestro padre con la chusma de las Ciudades Libres. Nada une más un reino desmembrado que ver un ejército invasor en su territorio.

—Soy su reina legítima —protestó Dany.

—Sois una desconocida que pretende llegar a sus playas con un ejército de extranjeros que ni siquiera hablan la lengua común. Los señores de Poniente no os conocen, y tienen todos los motivos del mundo para temeros y desconfiar de vos. Antes de hacerlos a la mar, tendréis que ganároslos. Al menos a unos cuantos.

—Y cómo lo conseguiré si sigo vuestro consejo y voy hacia el este?

El caballero se comió una aceituna y escupió el hueso en la palma de la mano.

—No lo sé, alteza —reconoció—. Pero sí sé que, cuanto más tiempo permanezcáis en un lugar, más fácil será para vuestros enemigos encontrarlos. El nombre de los Targaryen todavía les inspira temor, tanto como para que enviaran a un hombre a mataros cuando supieron que estabais embarazada. ¿Qué harán cuando se enteren de que tenéis dragones?

Dragon estaba enroscado bajo el brazo de Dany, caliente como una piedra que se hubiera dejado expuesta al sol todo el día. Rhaegal y Viserion se peleaban por un pedacito de carne, se golpeaban el uno al otro con las alas, y les salía humo siseante de las fosas nasales.

« Mis coléricos hijos —pensó—. No permitiré que les pase nada» .

—El cometa me trajo a Qarth por algún motivo. Pensaba que aquí encontraría mi ejército, pero parece que no será así. ¿Qué me queda por hacer?

—« Tengo miedo, pero he de ser valiente» —. Venid mañana; os enviaré a visitar a Pyat Pree.

La niña no lloró en ningún momento. Myrcella Baratheon era muy joven, pero también era una princesa. « Y Lannister, a pesar de su nombre —se recordó Tyrion—. Tiene tanto de Jaime como de Cersei» .

Sí, su sonrisa era un poco trémula al despedirse de sus hermanos en la cubierta de la *Marveloz*, pero la niña sabía qué tenía que decir, y lo dijo con valor y dignidad. Cuando llegó el momento de la separación, el que lloró fue el príncipe Tommen, y Myrcella lo tuvo que consolar.

Tyrion contempló la despedida desde la cubierta de la *Martillo del Rey Robert*, una gran galera de guerra de cuatrocientos remos. La *Martillo de Rob*, como la llamaban los remeros, sería el elemento principal de la escolta de Myrcella. También la acompañarían en su viaje la *Estrellaleón*, la *Viento Bravo* y la *Lady Lyanna*.

No se sentía nada tranquilo al desprenderse de una parte nada deseñable de su flota, ya de por sí insuficiente y mermada por la pérdida de todos los barcos que habían navegado con lord Stannis hacia Rocadragón y no regresaron nunca. Pero Cersei se negó en redondo a reducir la escolta. Quizá en aquello tuviera razón. Si capturaban a la niña antes de que llegara a Lanza del Sol, la alianza dorniense se desmoronaría. Hasta el momento, Doran Martell no había hecho nada, aparte de convocar a sus vasallos. Cuando Myrcella estuviese sana y salva en Braavos, conduciría sus ejércitos hacia los pasos más altos, donde la amenaza de la guerra podría hacer que algunos señores de las Marcas se replantearan sus lealtades y obligaran a Stannis a detener su avance hacia el norte. Pero no era más que una estratagema. Los Martell no se involucrarían en la guerra a menos que hubiera un ataque contra Dorne, y Stannis no era tan idiota.

« Aunque puede que algunos de sus vasallos sí lo sean —reflexionó Tyrion—. He de tenerlo en cuenta» .

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Ya conocéis vuestras órdenes, capitán.

—Así es, mi señor. Debemos navegar cerca de la costa, sin perder de vista la tierra firme, hasta llegar a Punta Zarpa Rota. Desde allí cruzaremos el mar Angosto hacia Braavos. Bajo ningún concepto debemos acercarnos a Rocadragón.

—¿Y si pese a todo nuestros enemigos dieran con vosotros por casualidad?

—Si se tratara solo de un barco, debemos escapar o destruirlo. Si son más, la *Viento Bravo* se unirá a la *Marveloz* para protegerla mientras el resto de la flota presenta batalla.

Tyrion asintió. Si pasaba lo peor, la pequeña *Marveloz* sería capaz de escapar de casi cualquier perseguidor. Era un barco pequeño de velas muy grandes, más

rápido que ninguna otra nave de la flota de guerra, o al menos, aquello aseguraba su capitán. Una vez llegara a Braavos, Myrcella estaría a salvo. Le había elegido a ser Arys Oakheart como escudo juramentado, y el braavosi tenía instrucciones de llevarla el resto del camino hasta Lanza del Sol. Ni siquiera lord Stannis se atrevería a despertar las iras de la más grande y poderosa de las Ciudades Libres. Ir de Desembarco del Rey a Dorne pasando por Braavos no era una ruta directa ni mucho menos, pero si segura... o aquello esperaba Tyrion.

« Si lord Stannis se enterase de esto, no podría elegir mejor momento para caer sobre nosotros con toda su flota». Tyrion miró hacia el punto donde el Aguasnegras desembocaba en la bahía del mismo nombre, y sintió alivio al ver que no había ni rastro de velas en el amplio horizonte verde. Según los últimos informes, la flota Baratheon seguía anclada ante Bastión de Tormentas, donde ser Cortnay Penrose aún desafía a los asediantes en nombre del difunto Renly. Mientras, casi habían terminado tres cuartas partes de las torres con poleas de Tyrion. En aquellos mismos instantes, los hombres izaban pesados bloques de piedra para ponerlos en sus lugares correspondientes, y sin duda lo maldecían por obligarlos a trabajar durante las celebraciones. Que lo maldijeran cuanto quisieran.

« Dos semanas más, Stannis, son todo lo que pido. Dos semanas más y habré terminado».

Tyrion observó como su sobrina se arrodillaba ante el septón supremo para que le diera sus bendiciones para el viaje. La corona de cristal capturó la luz del sol y la reflejó como un arcoíris sobre el rostro vuelto hacia arriba de Myrcella. El ruido que había en la ribera hacía imposible oír las plegarias. Esperaba que los dioses tuvieran mejor oído. El septón supremo era gordo como una casa, y más pomposo y altisonante que el propio Pyccelle.

« Ya basta, viejo, termina de una vez —pensó Tyrion irritado—. Los dioses no tienen todo el día para escucharte, y yo tampoco».

Cuando por fin terminaron los canturreos y las salmodias, Tyrion se despidió del capitán de la *Martillo de Rob*.

—Llevad sana y salva a mi sobrina a Braavos, y cuando regreséis os estará aguardando un título de caballero —le prometió.

Al bajar por la plancha hacia el atracadero, Tyrion sentía las miradas rencorosas clavadas en él. La galera se mecía con el movimiento de las olas, y andaba con más dificultad que nunca. « Seguro que se están burlando de mí. —No se atrevían a hacerlo de manera abierta, claro, aunque distinguía murmullos por encima del crujido de la madera y las sogas, y del sonido de las aguas del río contra los pilares—. No me quieren —pensó—. Y no es de extrañar: soy feo y estoy bien alimentado, mientras que ellos pasan hambre».

Bronn lo escoltó entre la multitud para ir a reunirse con su hermana y los hijos de esta. Cersei no le hizo el menor caso, y prefirió dedicar todas las sonrisas

a su primo. Tyrion vio cómo hechizaba a Lancel con unos ojos tan verdes como el collar de esmeraldas que colgaba en torno al níveo cuello esbelto, y sonrió para sus adentros. «Conozco tu secreto, Cersei», pensó. En los últimos días, su hermana había visitado a menudo al septón supremo, para que los dioses la bendijeran en la inminente batalla contra lord Stannis... o aquello era lo que quería hacerle creer. Lo cierto era que, tras una breve visita al Gran Septo de Baelor, Cersei se cubría con una sencilla capa marrón de viaje, y se escabullía para ir a reunirse con cierto caballero errante con el nombre de ser Osmund Kettleblack, y sus dos hermanos igualmente desabridos, Osney y Osryd. Lancel le había hablado de ellos. Cersei pensaba utilizar a los Kettleblack para comprar un ejército de mercenarios que le fueran leales.

Excelente, que disfrutara de sus planes. Era mucho más dulce con él cuando pensaba que lo estaba derrotando con su ingenio. Los Kettleblack la cautivarían, aceptarían sus monedas y le prometerían todo lo que quisiera. ¿Y por qué no, si Bronn igualaba cualquier oferta? Los tres hermanos, pícaros simpáticos donde los hubiera, eran mucho más hábiles con los engaños que con las armas. Cersei se había comprado tres tambores huecos: hacían todo el ruido fiero que ella requería, pero dentro no tenían nada. Aquello a Tyrion le resultaba de lo más divertido.

Los cuernos sonaron en una fanfarria cuando la *Estrellaleón* y la *Lady Lyanna* se alejaron de la orilla río abajo para despejar el camino para la *Marveloz*. El gentío reunido en las orillas, tan escaso y disperso como las nubes que avanzaban por el cielo, lanzó algunos gritos y aclamaciones. Myrcella sonrió y saludó con la mano desde la cubierta. Tras ella se alzaba Arys Oakheart, con la capa blanca ondeando al viento. El capitán ordenó que soltaran amarras, y los remos de la *Marveloz* se hundieron en la corriente del Aguasnegras, donde sus velas se hincharon con el viento. Unas velas vulgares, blancas, por instrucciones de Tyrion; nada de telas del color escarlata de los Lannister. Tommen sollozaba inconsolable.

—Eres un crío de teta —le siseó su hermano—. Los príncipes no lloran.

—El príncipe Aemon, el Caballero Dragón, lloró el día en que la princesa Naerys se casó con su hermano Aegon —dijo Sansa Stark—, y los gemelos ser Arryk y ser Erryk murieron con lágrimas en las mejillas después de que cada uno le infligiera al otro una herida mortal.

—Cállate o le digo a ser Meryn que te inflija una herida mortal a ti —le replicó Joffrey a su prometida.

Tyrion miró de soslayo a su hermana, pero Cersei estaba absorta en lo que le contaba ser Balon Swann. «¿De verdad está tan ciega que no ve cómo es su hijo?», se preguntó.

En el río, la *Viento Bravo* sacó los remos y siguió la estela de la *Marveloz*. Por último partió la *Martillo del Rey Robert*, la más poderosa de la flota real... o de la

parte de la flota real que no había huido a Rocadragón el año anterior con Stannis. Tyrion había elegido los capitanes con sumo cuidado, evitando a aquellos cuya lealtad era dudosa según Varys... pero la lealtad del propio Varys era dudosa, de modo que persistía cierta aprensión. «Dependo demasiado de Varys —reflexionó—. Necesito tener mis propios informadores. Aunque tampoco voy a confiar en ellos». La confianza podía ser mortífera.

Volvió a pensar en Meñique. No habían recibido noticias de Petyr Baelish desde que partiera en dirección a Puenteamargo. Aquello tal vez no significara nada... o todo. Ni siquiera Varys lo sabía. El eunuco había apuntado que tal vez Meñique hubiera sufrido alguna desgracia en el camino. Quizá incluso estuviera muerto. Tyrion se burló de semejante idea.

—Si Meñique está muerto, yo soy un gigante —fue su comentario.

Lo más probable era que los Tyrell le estuvieran poniendo pegas a la propuesta de matrimonio, cosa que Tyrion comprendía bien. «Si yo fuera Mace Tyrell, antes preferiría la cabeza de Joffrey en una pica que su polla dentro de mi hija».

La pequeña flota se había alejado bastante por la bahía cuando Cersei indicó que era hora de marcharse. Bronn llegó con el caballo de Tyrion y lo ayudó a montar. Aquello era misión de Podrick Payne, pero Pod se había quedado en la Fortaleza Roja. La presencia del huesudo mercenario le resultaba mucho más tranquilizadora que la del muchacho.

Las estrechas calles estaban vigiladas por los hombres de la Guardia de la Ciudad, que mantenían a raya a la multitud con las astas de las lanzas. Ser Jacelyn Bywater iba delante, ante una cuña de lanceros a caballo, todos vestidos con cotas de malla negras y capas doradas. Tras él cabalgaban ser Aron Santagar y ser Balon Swann, que portaban los estandartes del rey: el león de los Lannister y el venado coronado de los Baratheon.

El rey Joffrey los seguía en un alto palafré gris, con una corona dorada sobre los también dorados rizos. Sansa cabalgaba a su lado a lomos de una yegua alazana, sin mirar a derecha ni a izquierda, con la espesa cabellera color caoba bajo una redecilla de adularias. La pareja iba flanqueada por dos miembros de la Guardia Real, el Perro a la derecha del rey y ser Mandon Moore a la izquierda de la joven Stark.

Detrás iba Tommen, todavía sollozante, con ser Preston Greenfield ataviado con capa y armadura blancas, y luego Cersei, acompañada por ser Lancel y protegida por Meryn Trant y Boros Blount. Tyrion iba en pos de su hermana. Tras ellos se veía al septón supremo en su litera, y a una larga hilera de cortesanos: ser Horas Redwyne, lady Tanda y su hija, Jalabhar Xho, lord Gyles Rosby y los demás. La retaguardia la cubría una hilera doble de guardias.

Hombres mal afeitados y mujeres sucias contemplaban a los jinetes con resentimiento desde detrás de la línea de lanzas. «Esto no me gusta nada», pensó

Tyrion. Bronn había situado una veintena de mercenarios entre la multitud, y tenían orden de detener cualquier inicio de problema. Tal vez Cersei hubiera dispuesto de la misma manera a sus Kettleblack Pero tenía la sensación de que no iba a servir de gran cosa. Cuando el fuego es demasiado vivo, echar un puñado de pasas al cazo no evita que se quemén las natillas.

Atravesaron la plaza del Pescado y cabalgaron por la calle del Lodazal, para doblar por el Garfio antes de emprender el ascenso a la Colina Alta de Aegon. Al ver pasar al joven rey hubo algunos gritos de « ¡Joffrey! ¡Salve, Joffrey! », pero por cada persona que lo aclamaba había ciento que callaban. Los Lannister atravesaban un mar de hombres harapientos y mujeres hambrientas; se enfrentaban a una marea de ojos hoscos. Delante de él, Cersei reía por un comentario que le había hecho Lancel, aunque Tyrion sospechaba que su alegría era fingida. Sin duda advertía la hostilidad que los rodeaba, pero su hermana siempre había sido partidaria de aparentar valor.

Estaban a medio camino cuando una mujer que gritaba consiguió abrirse paso entre dos guardias y corrió hacia el centro de la calle, delante del rey y su séquito, con el cadáver de un bebé alzado por encima de la cabeza. Era un cuerpo azul e hinchado, grotesco, pero lo más espantoso eran los ojos de la madre. Durante un momento dio la impresión de que Joffrey la iba a arrollar, pero Sansa Stark se inclinó hacia un lado y le dijo algo al oído. El rey rebuscó en su bolsa y le arrojó a la mujer un venado de plata. La moneda rebotó contra el niño y cayó rodando entre las piernas de los capas doradas, hacia la multitud, donde una docena de hombres empezaron a pelearse por ella. La madre ni siquiera pestañeó. Los brazos flacos le temblaban bajo el peso de su hijo muerto.

—Dejadla, alteza —le dijo Cersei—. No podéis hacer nada por esa pobrecilla.

La madre la oyó. Sin saber por qué, la voz de la reina despertó algo en el cerebro destrozado de la mujer. Su rostro se retorció en una mueca de desprecio.

—¡Puta! —chilló—. ¡Puta del Matarreys! ¡Te acuestas con tu hermano! —El niño muerto se le cayó de los brazos como un saco cuando señaló a Cersei—. ¡Te acuestas con tu hermano, te acuestas con tu hermano, te acuestas con tu hermano!

Tyrion no llegó a ver quién lanzó los excrementos. Solo oyó el grito de Sansa y las maldiciones de Joffrey, y cuando volvió la cabeza, el rey se estaba limpiando la mierda de la mejilla. Había más pegada al pelo dorado, y sobre las piernas de Sansa.

—¿Quién me ha tirado eso? —chilló Joffrey. Se llevó la mano al pelo, rabioso, y se quitó más restos de excrementos—. ¡Quiero al hombre que me lo ha tirado! —gritó—. ¡Cien dragones de oro para quien me lo entregue!

—¡Estaba allí arriba! —chilló alguien entre la multitud.

El rey hizo dar la vuelta a su caballo para mirar los tejados y balcones. En la

multitud, todos señalaban y gritaban, se maldecían entre ellos y a Joffrey.

—Por favor, alteza, dejadlo —suplicó Sansa.

—¡Traedme al hombre que me ha tirado esto! —ordenó Joffrey sin hacerle caso a Sansa—. ¡Me va a limpiar con la lengua, o le cortaré la cabeza! ¡Perro, tráemelo!

Sandor Clegane, obediente, se bajó de la silla, pero no había manera de atravesar aquella muralla de carne, y mucho menos, de llegar al tejado. Los hombres que estaban más cerca de él trataban de apartarse, mientras que los demás empujaban para acercarse y ver mejor. Tyrion palpaba el desastre.

—Clegane, volved aquí, ese hombre ha escapado.

—¡Tráemelo! —chilló Joffrey mientras señalaba hacia el tejado—. ¡Estaba allí arriba! ¡Perro, ábrete camino con la espada y tráeme...!

Un tumulto ahogó el final de la frase; era un rugido retumbante de rabia, miedo y odio que envolvió a la comitiva desde todos lados.

—¡Bastardo! —le gritó alguien a Joffrey—. ¡Monstruo bastardo!

Hubo más gritos de «¡Puta!» y «¡Te acuestas con tu hermano!» dirigidos a la reina, mientras que a Tyrion lo llamaban «Monstruo» y «Mediohombre». También se oían otras voces clamando «¡Justicia!», «¡Robb, rey Robb, el Joven Lobo!», o «¡Stannis!» e incluso «¡Renly!». A ambos lados de la calle, la multitud empujaba las astas de las lanzas, mientras los capas doradas trataban de mantenerla a raya. Les cayó encima una lluvia de piedras, excrementos y cosas aún peores.

—¡Danos de comer! —gritó una mujer.

—¡Pan! —rugió un hombre—. ¡Queremos pan, bastardo!

Al instante, un millar de voces se unieron al mismo grito. El rey Joffrey, el rey Robb y el rey Stannis pasaron al olvido, y el rey Pan reinó en solitario.

—¡Pan! —Era el clamor—. ¡Pan! ¡Pan!

Tyrion picó espuelas a su caballo y acudió al lado de su hermana.

—¡Al castillo! —gritó—. ¡Ahora mismo!

Cersei asintió al tiempo que ser Lancel desenvainaba la espada. Al frente de la columna, Jacelyn Bywater rugía órdenes. Sus jinetes bajaron las lanzas y avanzaron en formación de cuña. El rey daba vueltas a lomos de su palafrén, en círculos ansiosos, mientras un mar de manos trataba de agarrarlo. Alguien consiguió cogerle la pierna, pero solo un instante. La espada de ser Mandon descendió como un rayo y cortó la mano por la muñeca.

—¡Cabalga! —le gritó Tyrion a su sobrino, al tiempo que le daba un golpe al caballo en la grupa.

El animal se alzó sobre las patas traseras, relinchó y emprendió el camino al galope, arrollando a la gente que tenía delante. Tyrion lo siguió de cerca, y Bronn cabalgó a su lado, espada en mano. Una piedra le pasó silbando junto a la cabeza, y una col podrida se estrelló contra el escudo de ser Mandon. A su izquierda, tres

capas doradas fueron arrollados por la multitud. El Perro había quedado atrás, aunque su caballo sin jinete galopaba junto a ellos. Tyrion vio cómo derribaban de la silla a Aron Santagar y le arrancaban de la mano el venado dorado y negro de los Baratheon. Ser Balon Swann soltó el león de los Lannister para desenvainar su espada larga. Lanzó tajos a derecha e izquierda mientras el gentío rasgaba el estandarte caído, y mil pedazos de tejido volaron como hojas color escarlata en medio de una tormenta. Alguien se interpuso en el camino del caballo de Joffrey, y hubo chillidos cuando el rey lo arrolló. Tyrion no habría sabido decir si era un hombre, una mujer o un niño. Joffrey galopaba a su lado con el rostro ceniciente, y ser Mandon Moore era una sombra blanca a su izquierda.

Y de pronto, el caos demencial quedó atrás, y se encontraron en la plaza que había ante la barbacana del castillo. Una hilera de hombres armados con picas defendían las puertas. Ser Jacelyn hizo dar la vuelta a sus lanceros para otra carga. Los hombres de las picas abrieron paso para que el rey y su grupo pasaran bajo el rastrillo. Los muros color rojo claro se alzaron ante ellos, con su altura tranquilizadora coronada de hombres armados con ballestas.

Tyrion no recordó haber desmontado. Ser Mandon estaba ayudando al tembloroso rey a bajar del caballo cuando llegaron Cersei, Tommen y Lancel, seguidos de cerca por ser Meryn y ser Boros. La espada de Boros estaba manchada de sangre, y a Meryn le habían arrancado la capa blanca. Ser Balon Swann llegó sin yelmo; su caballo echaba espuma y sangre por la boca. Horas Redwyne llegó con lady Tanda, medio enloquecida de miedo por la suerte de su hija Lollys, a la que habían derribado de la silla y había quedado atrás. Lord Gyles, con el rostro más gris que nunca, balbuceó que había visto cómo derribaban de su litera al septón supremo, que rezaba a gritos mientras la multitud le pasaba por encima. Jalabhar Xho dijo que le había parecido ver a ser Preston Greenfield, de la Guardia Real, cabalgar hacia la litera volcada del septón supremo, pero no estaba seguro.

Tyrion fue apenas consciente de que un maestre le preguntaba si estaba herido. Cruzó el patio en dirección a donde estaba su sobrino, con la corona cubierta de excrementos y torcida sobre la cabeza.

—Traidores —balbuceaba Joffrey, histérico—. Les voy a cortar la cabeza a todos, les...

El enano le dio una bofetada en el rostro congestionado, con tal fuerza que se le cayó la corona. Luego le dio un empujón con ambas manos y lo tiró al suelo.

—¡Eres un imbécil!

—¡Eran traidores! —chilló Joffrey sin levantarse—. ¡Me han insultado y me han atacado!

—¡Tú has azuzado a tu animal contra ellos! ¿Qué pensabas que iban a hacer? ¿Arrodillarse dócilmente mientras el Perro los mataba? Mocoso malcriado y descerebrado, has matado a Clegane, y quién sabe a cuántos más, y tú no tienes

ni un arañazo. ¡Maldito seas!

Y le dio una patada. Fue tan satisfactorio que le habría dado otra, pero ser Mandon Moore lo sujetó, mientras Joffrey aullaba y Bronn se acercaba para contenerlo. Cersei se arrodilló junto a su hijo, y ser Balon Swann sujetó a su vez a ser Lancel. Tyrion se liberó de la presa de Bronn.

—¿Cuántos han quedado fuera? —les gritó a todos y a nadie a la vez.

—Mi hija —sollozó lady Tanda—. Por favor, que alguien vaya a buscar a Lollys...

—Ser Preston no ha vuelto —informó ser Boros Blount—. Y Aron Santagar tampoco.

—Ni Niñera —dijo ser Horas Redwyne. Era el mote burlón que los demás escuderos le habían puesto al joven Tyrek Lannister.

—¿Dónde está Sansa Stark? —preguntó Tyrion mientras recorría el patio con la mirada. Durante un momento, nadie respondió.

—Cabalgaba a mi lado —dijo al final Joffrey—, pero no sé adónde se habrá ido.

Tyrion se presionó las sienes palpitantes con los dedos. Si a Sansa Stark le había pasado algo, Jaime se podía dar por muerto.

—Ser Mandon, vos erais su escudo.

—Cuando la muchedumbre se ha echado sobre el Perro —dijo ser Mandon Moore sin inmutarse—, he pensado primero en el rey.

—Y muy bien habéis hecho —intervino Cersei—. Boros, Meryn, id a buscar a la niña.

—Y a mi hija —sollozó lady Tanda—. Por favor, mis señores...

A ser Boros no le hacía demasiada gracia la perspectiva de abandonar la seguridad del castillo.

—Alteza —le dijo a la reina—, la multitud puede enfurecerse si ve nuestras capas blancas.

—¡Los Otros se lleven esa mierda de capas! —Tyrion perdió la paciencia—. Si tienes miedo de llevarla, quítatela, imbécil... ¡pero tráeme a Sansa Stark o te juro que le diré a Shagga que te parta el cráneo para ver si tienes dentro algo que no sean telarañas! ¡Con lo feo que eres, no se notará la diferencia!

—¿Tú te atreves a llamar me feo a mí? —Ser Boros estaba rojo de rabia—. ¿Tú? —Fue a levantar la espada ensangrentada que todavía llevaba en la mano. Bronn, sin ceremonias, empujó a Tyrion para ponerse delante de él.

—¡Basta ya! —restalló Cersei—. Boros, haced lo que os han dicho o buscaré a otro para que lleve esa capa. Tu juramento...

—¡Ahí está! —señaló Joffrey.

Sandor Clegane cruzaba en aquel momento las puertas al trote ligero, a lomos de la yegua alazana de Sansa. La niña iba sentada detrás de él, abrazada con ambas manos al pecho del Perro.

—¿Estáis herida, lady Sansa? —preguntó Tyrion.

La niña tenía una brecha profunda en el cuero cabelludo, y le brotaba un hilillo de sangre.

—Me... me tiraban cosas... piedras... y porquería, y huevos... Yo intentaba decirles que no tenía pan, que no les podía dar... Un hombre quería bajararme del caballo. El Perro creo que lo ha matado... el brazo... —Abrió los ojos como platos y se puso una mano en la boca—. Le ha cortado el brazo.

Clegane la izó para depositarla en el suelo. Tenía la capa blanca desgarrada y sucia, y le salía sangre de un corte en el brazo izquierdo.

—El pajarito está sangrando. Más vale que alguien se lo lleve a su jaula y le cure esa herida. —El maestre Frenken se apresuró a obedecer—. Han matado a Santagar —dijo el Perro—. Cuatro hombres lo sujetaban en el suelo y se turnaban para machacarle la cabeza con un adoquín de la calle. He destripado a uno, aunque a ser Aron no le ha servido de gran cosa.

—Mi hija... —dijo lady Tanda acercándose a él.

—No la he visto. —El Perro miró a su alrededor—. ¿Dónde está mi caballo? Si le ha pasado algo, lo pagarán muy caro.

—Cabalgué junto a nosotros durante un rato —dijo Tyrion—, pero no lo he vuelto a ver.

—¡Fuego! —gritó una voz desde la cima de la barbacana—. Mis señores, hay humo en la ciudad. ¡Es un incendio en el Lecho de Pulgas!

Tyrion estaba más cansado que en toda su vida, pero no era momento para desfallecer.

—Brogn, ve allí con tantos hombres como haga falta para asegurarnos de que no interrumpen el paso a los carromatos del agua. «Por los dioses, el fuego valyrio, si lo alcanza aunque sea una chispa...» —. Si es imprescindible, podemos perder el Lecho de Pulgas, pero el fuego no debe llegar bajo ningún concepto al Gremio de Alquimistas, ¿comprendido? Clegane, acompañadlos.

Durante un instante, a Tyrion le pareció ver una expresión de miedo en los ojos oscuros del Perro. «Fuego —comprendió—. Los Otros me lleven, claro que odia el fuego, ya lo ha probado demasiado». La expresión desapareció al momento, sustituida por la habitual mirada despectiva de Clegane.

—Iré —dijo—, pero no porque lo ordenéis vos. Tengo que encontrar a mi caballo.

—Cada uno daréis escolta a un heraldo —dijo Tyrion volviéndose hacia los tres caballeros restantes de la Guardia Real—. Ordenad al gentío que vuelva a sus casas. Cualquiera que sea visto en las calles cuando se ponga el sol será ajusticiado.

—Nuestro lugar está al lado del rey —dijo ser Meryn con altanería.

—Vuestro lugar está donde diga mi hermano —escupió Cersei con la velocidad de una víbora—. La mano habla con la voz del rey; desobedecerlo es

traición.

Boros y Meryn intercambiaron una mirada.

—¿Debemos ir con las capas, alteza? —preguntó ser Boros.

—Por mí como si queréis ir desnudos. Tal vez así recordaría la gente que sois hombres. Tras ver cómo os habéis comportado en la calle, lo más probable es que lo haya olvidado.

Tyrion dejó que su hermana se desahogara. Le dolía la cabeza. Casi le pareció que le llegaba el olor del humo, aunque tal vez fuera el de sus nervios al freírse. Dos Grajos de Piedra vigilaban la puerta de la Torre de la Mano.

—Buscad a Timett, hijo de Timett; quiero hablar con él.

—Los grajos de piedra no corren detrás de los hombres quemados —lo informó con arrogancia uno de los salvajes.

Durante un momento, Tyrion había olvidado con quién hablaba.

—Entonces, que venga Shagga.

—Shagga duerme.

—Despertadlo —dijo haciendo un esfuerzo por no gritar.

—No es fácil despertar a Shagga, hijo de Dolf —se quejó el hombre—. Su ira es temible. —Se alejó, rezongando.

El salvaje se presentó ante él rascándose y bostezando.

—La mitad de la ciudad está amotinada —dijo Tyrion—, la otra mitad arde, y Shagga no deja de roncar.

—A Shagga no le gusta el agua sucia que tenéis aquí, así que se ve obligado a beber vuestra cerveza floja y vuestro vino amargo, y luego le duele la cabeza.

—Tengo a Shae alojada en una casa, cerca de la puerta de Hierro. Quiero que vayas allí y la protejas pase lo que pase.

—Shagga la traerá aquí —dijo el hombretón con una sonrisa. Sus dientes eran una hendidura amarilla en la espesura de la barba.

—No, solo encárgate de que no le pase nada. Dile que iré a verla en cuanto pueda. Esta misma noche si es posible, o si no, mañana seguro.

Pero por la noche, la ciudad seguía revuelta, aunque Bronn le informó de que los incendios estaban extinguidos, y la muchedumbre, dispersada. Tyrion anhelaba descansar entre los brazos de Shae, pero comprendió que aquella noche no podía salir.

Ser Jacelyn Bywater le llevó la lista de las bajas mientras cenaba un capón frío y pan moreno en la penumbra de sus habitaciones. El ocaso se había tornado ya oscuridad, pero cuando los criados fueron a encenderle las velas y el fuego de la chimenea, Tyrion los echó a gritos. Estaba de un humor tan sombrío como la estancia, y Bywater no lo animó en lo más mínimo.

El septón supremo encabezaba la lista de los muertos; lo habían despedazado mientras clamaba a gritos a sus dioses pidiendo misericordia. «Cuando la gente se muere de hambre, no ve con buenos ojos a los sacerdotes que están tan gordos

que no pueden caminar», reflexionó Tyrion.

Al principio habían pasado por alto el cadáver de ser Preston; los capas doradas buscaban a un caballero de armadura blanca, y a él lo habían apuñalado y golpeado con tanta saña que era una masa rojiza de los pies a la cabeza.

Ser Aron Santagar apareció en una cuneta, con la cabeza convertida en pulpa sanguinolenta dentro del yelmo.

La hija de lady Tanda había perdido la virginidad con medio centenar de hombres vociferantes, detrás del taller de un curtidor. Los capas doradas la encontraron vagando desnuda por Panzapuerta.

Quien no había aparecido era Tyrek, y tampoco la corona de cristal del septón supremo. Nueve capas doradas habían muerto, y había cuarenta más heridos. Nadie se había molestado en contar las víctimas en la multitud amotinada.

—Quiero que aparezca Tyrek, vivo o muerto —dijo Tyrion con voz seca cuando Bywater hubo terminado—. No es más que un muchacho, e hijo de mi difunto tío Tygett. Su padre siempre se portó bien conmigo.

—Daremos con él. Y también con la corona del septón.

—Por mí, los Otros se pueden meter la corona del septón por el culo.

—Cuando me nombrasteis comandante de la guardia, me dijisteis que queríais que os dijera siempre la verdad.

—Tengo el presentimiento de que no me gustará lo que vais a decirme —replicó Tyrion con tristeza.

—Hoy hemos podido contener a la ciudad, mi señor, pero mañana no os prometo nada. La tetera está a punto de hervir. Hay tantos ladrones y asesinos sueltos que nadie está a salvo ni en su casa; la colerina sangrienta se extiende a todo lo largo de la curva del Meados; no se puede comprar comida ni con cobre ni con plata. Antes solo se oían rumores en las calles; ahora se habla abiertamente de traición en los gremios y en los mercados.

—¿Necesitáis más hombres?

—No puedo confiar en la mitad de los que ya tengo. Slynt triplicó el número de hombres, pero no basta con una capa dorada para convertir a cualquiera en guardia. Entre los nuevos reclutas los hay valientes y leales, pero también más bestias, borrachos, cobardes y traidores de los que queréis ni imaginar. Están entrenados solo a medias, son indisciplinados, y no son leales más que a sus pellejos. Mucho me temo que, si hay una batalla, no nos ayudarán.

—No tenía esperanza de que lo hicieran —dijo Tyrion—. Si se abre una brecha en las murallas, estamos perdidos; lo sé desde el principio.

—Mis hombres son casi todos de baja extracción. Caminan por las mismas calles que el pueblo, beben en las mismas tabernas y llenan sus cuencos de comida en los mismos tenderetes. Vuestro eunuco ya os habrá dicho que en Desembarco del Rey no se aprecia mucho a los Lannister. Muchos recuerdan

todavía como vuestro señor padre saqueó la ciudad cuando Aerys le abrió las puertas. Murmuran que los dioses nos están castigando por los pecados de vuestra casa, porque vuestro hermano asesinó al rey Aerys, por la masacre de los hijos de Rhaegar, por la ejecución de Eddard Stark y por la crueldad de la justicia de Joffrey. Hay quien habla sin tapujos sobre lo bien que iba todo cuando Robert era el rey, e insinúan que los buenos tiempos volverían si Stannis se sentara en el trono. Esto es lo que se dice en los tenderetes de los calderos, en las tabernas y en los burdeles... y siento decir que también en los barracones y los cuarteles de la guardia.

—O sea, que odian a mi familia, ¿es eso lo que me estáis diciendo?

—Sí... y si llega la ocasión, se volverán contra vosotros.

—¿También contra mí?

—Preguntádselo a vuestro eunuco.

—Os lo estoy preguntando a vos.

Los ojos hundidos de Bywater se enfrentaron a las pupilas dispares del enano, sin parpadear.

—A vos os odian más que a ninguno, mi señor.

—¿Más que a ninguno? —La injusticia de aquello hizo que se atragantara—. Joffrey fue el que les dijo que se comieran a sus muertos, Joffrey fue el que azuzó a su perro contra ellos. ¿Cómo es posible que me echen a mí la culpa?

—Su alteza no es más que un muchacho. En las calles se dice que tiene consejeros malvados. La reina nunca ha sido amiga del pueblo, ni tampoco lord Varys, ese al que llamáis la Araña... pero a vos os culpan más que a ninguno. Vuestra hermana y el eunuco ya estaban aquí en tiempos mejores, con el rey Robert, y vos, en cambio, no. Dicen que habéis llenado la ciudad de mercenarios fanfarrones y salvajes sucios, de animales que cogen lo que quieren y no respetan más leyes que las suyas. Dicen que exiliasteis a Janos Slynt porque era demasiado franco y honrado para vuestro gusto. Dicen que arrojasteis a las mazmorras al sabio y gentil Pycelle cuando se atrevió a protestar por vuestros desmanes. Hasta hay quien dice que pretendéis apoderaros del Trono de Hierro.

—Sí, y además soy un monstruo deforme y horrible, no nos olvidemos de eso. —Cerró la mano para formar un puño—. Ya he oido suficiente. Los dos tenemos trabajo. Marchaos.

« Si esto es lo mejor que puedo hacer, quizás mi señor padre estuviera en lo cierto al despreciarme durante todos estos años —pensó Tyrion cuando quedó a solas. Contempló los restos de la cena, y se le revolvió el estómago ante el espectáculo del capón frío y grasiendo. Lo apartó a un lado con asco, llamó a gritos a Pod, y envió al chico en busca de Varys y Bronn—. Mis consejeros de mayor confianza son un eunuco y un mercenario, y mi dama es una puta. ¿Qué soy yo?».

Al llegar, Bronn se quejó de la oscuridad de la estancia y exigió que

encendieran el fuego en la chimenea. Ya chisporroteaba alegre cuando llegó Varys.

—¿Se puede saber dónde estabais? —bufó Tyrion.

—Encargándome de asuntos del rey, mi querido señor.

—Ah, sí, el rey —masculló Tyrion—. Mi sobrino no es capaz de sentarse en un retrete, no digamos ya el Trono de Hierro.

—Todo aprendiz debe aprender su profesión. —Varys se encogió de hombros.

—La mitad de los aprendices del callejón Apestoso serían mejores gobernantes que este rey —afirmó Bronn mientras se sentaba en la mesa y le arrancaba un ala al capón.

Tyrion se había acostumbrado a no hacer caso de las frecuentes insolencias del mercenario, pero aquella noche las encontraba exasperantes.

—Que yo sepa, no te he dado permiso para que te termines mi cena.

—Si no te la estabas comiendo —replicó Bronn con la boca llena—. La ciudad se muere de hambre; es un crimen desperdiciar comida. ¿No tienes vino?

« Y ahora querrá que se lo sirva», pensó Tyrion.

—Vas demasiado lejos —le advirtió.

—Y tú te quedas corto. —Bronn tiró el hueso del ala a la alfombra—. ¿Nunca te has parado a pensar lo fácil que sería la vida si el otro hubiera nacido primero?

—Clavó los dedos en el capón y arrancó un trozo de pechuga—. El llorica, el tal Tommen. Ese sí que haría lo que le dijeran, como debe hacer todo buen rey.

Tyrion comprendió lo que insinuaba el mercenario, y sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral. « Si Tommen fuera el rey...». Solo había una manera de que Tommen fuera rey. No, no podía ni pensar en aquello. Joffrey era de su misma sangre, y tan hijo de Jaime como de Cersei.

—Debería cortarte la cabeza por lo que has dicho —dijo a Bronn.

Pero el mercenario se limitó a reírse.

—Amigos —intervino Varys—. No servirá de nada que nos peleemos entre nosotros. Os ruego a ambos que tengáis corazón.

—Se me ocurren varios corazones que no me importaría tener delante ahora mismo —replicó Tyrion con amargura.

Y eran opciones muy tentadoras.

Ser Cortnay Penrose no llevaba armadura. Cabalgaba a lomos de un semental alazán, y su portaestandarte iba en uno tordo. Sobre sus cabezas ondeaban el venado coronado de los Baratheon y las plumas cruzadas de los Penrose, sobre campo bermejo. La barbita afilada de ser Cortnay también era bermeja, pero estaba completamente calvo. Si el número y esplendor de la comitiva del rey lo impresionaban, su rostro curtido no lo denotó.

Avanzaban al trote entre el tintineo de las cotas de malla y las armaduras. Hasta Davos llevaba una cota de malla, aunque no habría sabido decir por qué. La falta de costumbre de llevar tanto peso hacía que le dolieran los hombros y la parte baja de la espalda. Se sentía torpe y estúpido, y se preguntó por enésima vez qué hacia allí. «No me corresponde a mí cuestionar las órdenes del rey, pero...».

Todos los componentes de la comitiva eran de más alta cuna y mejor extracción que Davos Seaworth, y los grandes señores brillaban centelleantes bajo el sol de la mañana. El acero plateado y las incrustaciones de oro les daban luz a sus armaduras, y los yelmos de guerra tenían penachos de sedas, plumas y bestias heráldicas labradas con esmero, todas con piedras preciosas en el lugar de los ojos. El propio Stannis parecía fuera de lugar en tan regia compañía. Al igual que Davos, el rey vestía un atuendo sencillo de lana y cuero endurecido, aunque el aro de oro rojo que ceñía sus sienes lo dotaba de cierta grandeza. Cada vez que movía la cabeza, el sol arrancaba destellos de sus puntas en forma de llamas.

Davos no había estado tan cerca del rey en los ocho días transcurridos desde que la *Betha Negra* se había unido al resto de la flota, en Bastión de Tormentas. Una hora después de llegar solicitó audiencia, pero le dijeron que el rey estaba ocupado. El rey estaba ocupado muy a menudo, según supo Davos por su hijo Devan, uno de los escuderos reales. Ahora que Stannis Baratheon tenía poder, los señores menores revoloteaban a su alrededor como moscas en torno a un cadáver.

«Y lo cierto es que parece un cadáver, como si le hubieran caído muchos años encima desde que salí de Rocadragón». Devan le había comentado que, en los últimos tiempos, el rey apenas dormía.

—Desde que murió lord Renly, tiene pesadillas espantosas —le confió el muchacho a su padre—. Se niega a tomar las pócimas del maestre. La única que lo calma para que duerma es lady Melisandre.

«¿Por eso la sacerdotisa roja comparte ahora su tienda? —se preguntó Davos—. ¿Para rezar con él? ¿O lo calma de otra manera para que duerma?». Era una pregunta poco digna, y no se atrevía a hacérsela ni siquiera a su hijo. Devan era un buen muchacho, pero lucía orgulloso en su jubón el corazón llameante, y al anochecer, su padre lo había visto junto a las hogueras, con todos los que le

suplicaban al Señor de Luz que llegara el amanecer. « Es el escudero del rey — se dijo —; es normal que adore al dios del rey ».

Davos casi había olvidado lo gruesos y altos que eran los muros de Bastión de Tormentas cuando se estaba cerca de ellos. El rey Stannis dio el alto a la comitiva cuando llegaron junto a ellos, a pocos pasos de ser Cortnay y su portaestandarte.

—Ser Cortnay —dijo con cortesía rígida. No hizo gesto de descabalgar.

—Mi señor. —Fue una respuesta menos cortés, pero no inesperada.

—El uso impone que a un rey se le dé el tratamiento de alteza —anunció lord Florent. En su coraza, un zorro de oro rojo asomaba el hocico brillante a través de un círculo de flores de lapislázuli. El señor de Aguasclaras, muy alto, muy ceremonioso y muy rico, había sido el primero de los vasallos de Renly en jurar lealtad a Stannis, y también el primero en renunciar a sus dioses para adorar al Señor de Luz. Stannis había dejado a su reina en Rocadragón, junto con su tío Axell, pero los hombres de la reina eran más numerosos y poderosos que nunca, y de todos ellos, Alester Florent era el primero.

Ser Cortnay Penrose hizo caso omiso de él, y se dirigió a Stannis.

—Vuestro cortejo es impresionante. Los grandes señores Estermont, Errol y Varner. Ser Jon de los Fossway de la manzana verde, y ser Bryan de la roja. Lord Caron y ser Guyard, de la Guardia Arcoíris del rey Renly... y por supuesto el poderoso lord Alester Florent de Aguasclaras. Y ese a quien veo allí, al fondo, ¿no es vuestro Caballero de la Cebolla? Bienvenido, ser Davos. A quien no conozco es a la dama.

—Mi nombre es Melisandre. —Iba sola, sin más armadura que su túnica roja. Lucía al cuello el gran rubí que bebía la luz del sol—. Sirvo a vuestro rey y al Señor de Luz.

—Os deseo todo bien, mi señora —replicó ser Cortnay—, pero yo me arrodillo ante otros dioses. Y ante otro rey.

—Solo hay un rey verdadero y un dios verdadero —proclamó lord Florent.

—¿Hemos venido a hablar de teología, mi señor? De haberlo sabido, habría traído a mi septón.

—De sobra sabéis para qué hemos venido —replicó Stannis—. Habéis tenido dos semanas para valorar mi oferta. Habéis enviado cuervos, pero la ayuda no ha llegado. Ni llegará. Bastión de Tormentas no tiene amigos, y a mí se me agota la paciencia. Por última vez, os ordeno que abráis las puertas y me entreguéis lo que me corresponde por derecho.

—¿Con qué condiciones?

—Con las mismas de antes —replicó Stannis—. Os perdonaré por vuestra traición, tal como he perdonado a los señores que veis conmigo. Los hombres de vuestra guarnición podrán elegir: entrar a mi servicio o volver a sus hogares sin que nadie los moleste. Podréis quedaros con vuestras armas y con tantas posesiones como podáis llevaros a cuestas. Pero yo me quedaré con los caballos

y con las bestias de carga.

—¿Y qué hay de Edric Tormenta?

—El hijo bastardo de mi hermano me será entregado.

—Entonces, mi señor, la respuesta sigue siendo no.

El rey apretó los dientes y no dijo nada. Fue Melisandre la que habló en su lugar.

—Que el Señor de Luz os proteja en vuestra oscuridad, ser Cortnay.

—Que los Otros le den por culo a vuestro Señor de Luz —le espetó Penrose —, y que luego se lo limpien con ese trapo que lleváis.

Lord Alester Florent carraspeó para aclararse la garganta.

—Cuidado con lo que decís, ser Cortnay. Su alteza no pretende hacerle mal alguno al muchacho. Si no queréis confiar en el rey, confiad en mí. Como todos saben, su madre es mi sobrina Delena. Sabéis que soy un hombre de honor...

—Sé que sois un hombre ambicioso —lo interrumpió ser Cortnay—. Un hombre que cambia de rey y de dioses con la misma facilidad con la que yo me cambio de botas. Igual que todos esos cambiaciones que estoy viendo.

Un clamor de voces airadas se alzó en la comitiva del rey. «No anda desencaminado», pensó Davos. Hacía pocos días que los Fossoway, Guyard Morrigén, lord Caron, lord Varner, lord Errol y lord Estermont eran leales a Renly. Se habían sentado en su pabellón, lo habían ayudado a trazar planes de batalla y habían maquinado para derrotar a Stannis. Y lord Florent estaba con ellos. Sí, era tío de la reina Selyse, pero aquello no había impedido que el señor de Aguasclaras hincara la rodilla ante Renly cuando parecía una estrella en ascenso.

Bryce Caron se adelantó unos pasos a caballo, con la capa arcoíris agitada por los vientos de la bahía.

—Aquí nadie es un cambiaciones, ser Cortnay. He jurado lealtad a Bastión de Tormentas, y el rey Stannis es su legítimo señor... y nuestro rey por todo derecho. Es el último de la casa Baratheon, heredero de Robert y de Renly.

—Si es como decís, ¿por qué no veo entre vosotros al Caballero de las Flores? ¿Dónde está Mathis Rowan? ¿Y Randyll Tarly? ¿Y lady Oakheart? ¿Por qué los que más amaban a Renly no os acompañan? Y decidme, sobre todo, ¿dónde está Brienne de Tarth?

—¿Esa? —Ser Guyard soltó una risotada ronca—. Escapó. Y más le vale, porque fue ella la que asesinó al rey.

—Mentira —replicó ser Cortnay—. Conocí a Brienne cuando no era más que una chiquilla que jugaba a los pies de su padre en el Castillo del Atardecer, y la conocí aún mejor cuando el Lucero de la Tarde la envió aquí, a Bastión de Tormentas. Se enamoró de Renly Baratheon nada más verlo; hasta un ciego se habría dado cuenta.

—Desde luego —declaró lord Florent en tono frívolo—, y tampoco sería la

primera doncella enloquecida que mata al hombre que la ha despreciado. Aunque, en mi opinión, la que mató al rey fue lady Stark. Había viajado desde Aguas dulces para implorar una alianza, y Renly se negó. Sin duda lo consideraba un peligro para su hijo, así que lo eliminó.

—Fue Brienne —insistió lord Caron—. Ser Emmon Cuy lo juró antes de morir. Os doy mi palabra, ser Cortnay.

—¿Y eso de qué me vale? —La voz de ser Cortnay estaba cargada de desprecio—. Ya veo que lleváis vuestra capa de muchos colores. La que Renly os entregó cuando jurasteis protegerlo. Si él está muerto, ¿por qué vos no? —Se volvió hacia Guyard Morrigen—. Lo mismo podría preguntaros a vos, Guyard el Verde, ¿no? ¿De la Guardia Arcoíris? ¿Que juró dar la vida por su rey? Si yo tuviera una capa así, me daría vergüenza lucirla.

Morrigen apretó los dientes.

—Dad gracias por que esto sea una tregua para conferenciar, Penrose. De lo contrario os cortaría la lengua por lo que habéis dicho.

—¿Y la tiraríaís a la misma hoguera en la que echasteis vuestra hombría?

—¡Basta! —intervino Stannis—. Fue voluntad del Señor de Luz que mi hermano muriera por traidor. No importa qué mano utilizara como instrumento.

—No os importará a vos —dijo ser Cortnay—. Bien, lord Stannis, ya he oído vuestra propuesta. Esta es la mía. —Se quitó el guante y lo lanzó contra el rostro del rey—. Combate singular. Espada, lanza o el arma que elijáis. Y si os da miedo arriesgar esa espada mágica y esa regia piel contra un viejo como yo, nombrad un campeón, y yo haré lo mismo. —Lanzó una mirada mordaz a Guyard Morrigén y Bryce Caron—. Cualquiera de esos cachorros valdrá.

—Si el rey me lo permite —dijo ser Guyard Morrigén, rojo de ira—, yo cogeré ese guante.

—O yo —dijo Bryce Caron, mirando a Stannis.

El rey apretó los dientes.

—No.

—¿De qué dudáis, mi señor? —preguntó ser Cortnay nada sorprendido—. ¿De la justicia de vuestra causa o de la fuerza de vuestro brazo? ¿Tenéis miedo de que eche una meada y os apague el fuego de la espada?

—¿Me tomáis por idiota? —replicó Stannis—. Tengo aquí veinte mil hombres. Vosotros estáis asediados por tierra y por mar. ¿Por qué iba a querer arriesgarme con un combate singular, cuando tengo la victoria asegurada? —El rey lo señaló con un dedo—. Recordad lo que os digo. Si me obligáis a tomar mi castillo por asalto, no esperéis piedad. Os colgaré a todos por traidores.

—Si es la voluntad de los dioses... Azotad la fortaleza como una tormenta, mi señor. Y recordad, por favor, cuál es su nombre. —Ser Cortnay tiró de las riendas y se volvió hacia sus puertas.

Stannis no dijo nada, dio también la vuelta y emprendió el regreso hacia su

campamento. Los demás lo siguieron.

—Si lanzamos un ataque contra esos muros, habrá miles de bajas —dijo algo nervioso el anciano lord Estermont, que era el abuelo materno del rey—. ¿No sería mejor poner en peligro una vida? Nuestra causa es justa, de manera que los dioses bendecirán el brazo de nuestro campeón y le otorgarán la victoria.

« El dios, viejo —pensó Davos—. No te olvides de que ahora solo tenemos uno, el Señor de Luz de Melisandre» .

—Yo mismo aceptaría el desafío de buena gana —dijo ser Jon Fossoway—, aunque mi habilidad con la espada no se puede comparar con la de lord Caron o la de ser Guyard. Renly no dejó muchos caballeros de valía en Bastión de Tormentas. En la guarnición del castillo solo quedaron ancianos y muchachos inexpertos.

—La victoria sería sencilla, no me cabe duda —asintió lord Caron—. ¡Y qué gran gloria, ganar Bastión de Tormentas de un golpe!

Stannis los miró a todos con gesto irritado.

—Charláis como urracas, y decís las mismas tonterías que ellas. Guardad silencio de una vez. —El rey miró a Davos—. Cabalgad conmigo, ser Davos.

Espoleó al caballo para apartarse de la comitiva. La única que lo siguió fue Melisandre, la portadora del gran estandarte del corazón en llamas con el venado coronado en su interior. « Como si se lo hubiera tragado entero» .

Davos advirtió las miradas de los demás al pasar entre los señores menores para ir a reunirse con el rey. No eran caballeros de la cebolla, sino hombres orgullosos, de casas con nombres de rancio abolengo. Se imaginaba que Renly jamás los habría amonestado de aquella manera. El más joven de los Baratheon tenía un talento innato para la cortesía, talento del que su hermano Stannis, por desgracia, carecía.

—Alteza —dijo cuando estuvo a la altura del rey. Aminoró el paso a un trote lento. De cerca, Stannis tenía peor aspecto de lo que Davos había visto desde lejos. Tenía el rostro macilento y grandes bolsas negras debajo de los ojos.

—Un contrabandista debe ser un buen juez de caracteres —dijo el Rey—. ¿Qué opinas de ese ser Cortnay Penrose?

—Que es testarudo —dijo Davos con cautela.

—Yo más bien diría que tiene ganas de morir. Ha rechazado mi perdón, que es como rechazar su vida y la de todos los hombres que haya tras esos muros. ¿Combate singular? —El rey soltó un bufido despectivo—. Me imagino que me ha confundido con Robert.

—Más bien me parece que estaba desesperado. ¿Qué otra alternativa le quedaba?

—Ninguna. El castillo caerá, pero ¿será pronto? —Stannis caviló un momento. Por encima del sonido rítmico de los cascos de los caballos, Davos oía el rechinar de los dientes del rey—. Lord Alester me pide que traigamos al viejo lord

Penrose. El padre de ser Cortnay. Creo que ya lo conocéis, ¿no?

—Cuando fui a visitarlo en vuestro nombre, lord Penrose me recibió con más cortesía que la mayoría de los señores —dijo Davos—. Es un anciano, alteza. Tiene la salud muy delicada.

—Florent se encargará de que su salud sea más delicada cuando le pongamos la soga al cuello delante de su hijo.

—Creo que haríamos mal, mi señor. —Era peligroso oponerse a los hombres de la reina, pero Davos había jurado que siempre le diría la verdad a su rey—. Ser Cortnay preferirá ver morir a su padre antes que traicionar su confianza. No conseguiremos nada más que cubrir de deshonra nuestra causa.

—¿Qué deshonra? —le increpó Stannis—. ¿Me estás diciendo que les perdone la vida a unos traidores?

—Les habéis perdonado la vida a esos que vienen detrás de nosotros.

—¿Me lo estás reprochando, contrabandista?

—No me corresponde a mí tal cosa. —Davos temía haber hablado demasiado. El rey era implacable.

—Parece que aprecias más a ese Penrose que a mis señores vasallos. ¿Por qué?

—Porque es leal.

—Se equivocó al entregarle su lealtad a un usurpador muerto.

—Sí —reconoció Davos—. Pero es leal.

—¿Y los que vienen detrás de nosotros no?

Davos había llegado demasiado lejos para mostrar cautela ante Stannis en aquel momento.

—El año pasado eran leales a Robert. Hace una luna eran leales a Renly. Hoy son leales a vos. ¿A quién serán leales mañana?

Y Stannis se echó a reír. Fue una carcajada repentina, brusca, llena de desprecio.

—Ya os lo había dicho, Melisandre —comentó a la mujer roja—. Mi Caballero de la Cebolla me dice la verdad.

—Veo que lo conocéis bien, alteza —dijo la mujer roja.

—No sabes cuánto te he echado de menos, Davos —dijo el rey—. El olfato no te engaña: tengo una cohorte de traidores. Mis señores vasallos son inconstantes hasta en su deslealtad. Los necesito, pero te puedes imaginar cómo me repugna perdonar a estos cuando he castigado a hombres mejores por crímenes menos graves. Tienes derecho a reprochármelo, ser Davos.

—Vos os lo reprocháis más de lo que yo lo haría jamás, alteza. Necesitáis a esos grandes señores para conseguir el trono...

—Sí, y con todos sus dedos —sonrió Stannis, sombrío.

Davos se llevó la mano mutilada al saquito que le colgaba del cuello, en un gesto instintivo. Palpó los huesos de los dedos. « Suerte ». El rey se dio cuenta.

—¿Todavía los tienes, Caballero de la Cebolla? ¿No los has perdido?

—No.

—¿Por qué los conservas? Me lo he preguntado muchas veces.

—Me recuerdan qué fui y de dónde vengo. Me recuerdan vuestra justicia, mi señor.

—Fue justicia —dijo Stannis—. Una buena acción no lava la mala, ni una mala lava la buena. Cada una debe tener su recompensa. Fuiste un héroe y también un contrabandista. —Echó un vistazo hacia atrás, en dirección a lord Florent y los otros, caballeros de la Guardia Arcoíris y cambiacapas, que los seguían de lejos—. Estos señores a los que he perdonado harían bien en reflexionar sobre ello. Seguro que habrá hombres buenos y leales que lucharán por Joffrey, pensando equivocadamente que es el rey legítimo. Hasta puede que los norteños crean lo mismo de Robb Stark. Pero los que cabalgaron bajo los estandartes de mi hermano sabían que era un usurpador. Le dieron la espalda a su rey legítimo, sin más motivo que sus sueños de poder y gloria. Sé qué son. Los he perdonado, sí. Pero yo no olvido. —Se quedó en silencio un momento, cavilando sobre los planes de justicia—. ¿Qué dice el pueblo llano de la muerte de Renly? —preguntó de repente.

—Lo lloran. Vuestro hermano era muy querido.

—Los idiotas quieren a un idiota —gruñó Stannis—. Pero yo también lloro por él. Por el niño que fue, no por el hombre en el que se convirtió. —Volvió a guardar silencio unos instantes—. ¿Cómo recibió el pueblo la noticia del incesto de Cersei?

—Mientras estábamos allí aclamaban al rey Stannis. No sé lo que dirían después de que zarpáramos.

—Así que piensas que no lo creyeron.

—Cuando me dedicaba al contrabando descubrí que hay hombres que lo creen todo, y hombres que no creen nada. Nos encontramos con personas de ambas clases. Y también está circulando otro rumor...

—Sí. —Stannis escupió la palabra—. Que Selyse me ha puesto cuernos, y los ha adornado con cascabeles de bufón. ¡Que el padre de mi hija es ese payaso retrasado! Un rumor tan vil como absurdo. Renly me lo tiró a la cara cuando nos reunimos para parlamentar. Habría que estar tan loco como Caramanchada para dar crédito a semejante cosa.

—Puede que sea así, mi señor... pero, tanto si lo creen como si no, disfrutan contando ese cuento. —Cuento que había llegado antes que ellos a muchos lugares, envenenando el ambiente antes de que pudieran informar de la verdad.

—Robert meaba en una copa y todos decían que era vino, pero si yo les ofreczo agua fresca, la miran con desconfianza y murmuran entre ellos que tiene un sabor raro. —A Stannis le rechinaron los dientes—. Seguro que si alguien dijera que había utilizado artes mágicas para transformarme en jabalí y matar a

Robert, también lo creerían.

—No podéis impedir que la gente hable, mi señor —dijo Davos—, pero cuando os venguéis de los verdaderos asesinos de vuestro hermano, todo el reino sabrá que esos rumores eran mentiras.

Parecía que Stannis lo escuchaba solo a medias.

—No me cabe duda de que Cersei tuvo algo que ver con la muerte de Robert. Yo haré justicia. Y también haré justicia por Ned Stark y Jon Arryn.

—¿Y por Renly? —A Davos se le habían escapado las palabras antes de meditarlas. El rey no dijo nada durante largo rato.

—A veces sueño con eso —dijo al final en voz muy baja—. Con la muerte de Renly. Una tienda verde, velas, una mujer que grita. Y sangre. —Stannis se miró las manos—. Todavía estaba en la cama cuando murió. Que te lo diga tu hijo Devan, que intentó despertarme. Ya estaba amaneciendo, y mis señores esperaban nerviosos. Yo tendría que haber estado ya a caballo y con la armadura puesta. Sabía que Renly iba a atacar al alba. Devan dice que yo no hacía más que agitarme y gritar, pero ¿qué importa? Era un sueño. Estaba en mi tienda cuando Renly murió, y al despertar tenía las manos limpias.

Ser Davos Seaworth sintió un cosquilleo fantasmal en los dedos que no tenía. «Aquí pasa algo raro», pensó el antiguo contrabandista. Pero se limitó a asentir.

—Ya veo.

—Renly me ofreció un melocotón. Durante la conferencia de paz. Se burló de mí, me desafió y me ofreció un melocotón. Creí que iba a sacar una espada y eché mano de la mía. ¿Para eso lo hizo? ¿Para ver si mostraba temor? ¿O fue una de sus bromas sin sentido? Cuando me dijo lo dulce que era el melocotón, ¿tenían aquellas palabras algún significado oculto? —El rey sacudió la cabeza, como un perro que tuviera un conejo entre las fauces y quisiera romperle el cuello—. Solo Renly era capaz de irritarme tanto con una fruta. Él mismo se condenó por su traición, pero yo lo quería, Davos. Ahora me doy cuenta. Y te juro que me iré a la tumba pensando en el melocotón de mi hermano.

Para entonces ya habían llegado al campamento y cabalgaban entre las hileras ordenadas de tiendas, los estandartes ondeantes y los montones de escudos y lanzas. El hedor de los excrementos de caballo impregnaba el aire, mezclado con el olor del humo de leña y el de la carne guisada. Stannis tiró de las riendas el tiempo justo para despedir en tono seco a lord Florent y a los otros, y para ordenarles que acudieran a su pabellón en una hora para celebrar un consejo de guerra. Todos inclinaron la cabeza y se dispersaron, mientras Davos y Melisandre cabalgaban con el rey hacia su pabellón.

La tienda tenía que ser grande, porque allí se celebraban los consejos de guerra. Pero de grandiosa no tenía nada. Era una simple tienda de soldado, de lona gruesa, teñida del amarillo oscuro que a veces se hacía pasar por oro. Lo único que la delataba como la tienda real eran el estandarte que ondeaba en la

punta del mástil central y los guardias que vigilaban la entrada: hombres de la reina, apoyados en lanzas altas, con el blasón del corazón en llamas bordado sobre el pecho.

Los mozos de cuadras se acercaron para ayudarlos a desmontar. Uno de los guardias liberó a Melisandre del molesto peso del estandarte, y clavó el asta en el suelo blando. Devan estaba de pie a un lado de la puerta, a la espera de que llegara el rey para levantar la solapa. Otro escudero de más edad aguardaba a su lado. Stannis se quitó la corona y se la dio a Devan.

—Agua fresca y jarras para dos. Davos, ven conmigo. A vos enviaré a buscaros cuando os necesite, mi señora.

—Como ordene el rey —dijo Melisandre con una reverencia.

Tras la luz brillante de la mañana, el interior del pabellón era fresco y sombrío. Stannis se sentó en un sencillo taburete de madera y le indicó a Davos que ocupara otro.

—Algún día te daré un título de señor, contrabandista. Aunque solo sea para fastidiar a Celtigar y a Florent. Pero no me estarás agradecido. Eso te obligará a aguantar estos consejos, y a fingir que te interesan los rebuznos de los asnos.

—Si no sirven de nada, ¿para qué celebráis los consejos?

—Porque a los asnos les gusta oírse rebuznar unos a otros, claro. Y yo los necesito para que tiren de mi carro. Bueno, sí, de cuando en cuando, muy de cuando en cuando, a alguno se le ocurre una idea interesante. Pero me temo que no será hoy... Ah, ahí viene tu hijo con el agua.

Devan puso la bandeja en la mesa y llenó dos jarras de barro. El rey le añadió un pellizco de sal a su agua antes de beber; Davos se la tomó tal cual, aunque le habría gustado más que fuera vino.

—Estabais hablándome de vuestro consejo.

—Te voy a contar cómo será. Lord Velaryon me insistirá para que lance un ataque contra el castillo en cuanto amanezca, con arpeos y escalerillas contra flechas y aceite hirviendo. A los asnos jóvenes les parecerá una idea espléndida. Estermont propondrá que los asediamos hasta que se rindan por hambre, como intentaron hacerme a mí Tyrell y Redwyne. Podríamos tardar un año entero, pero los asnos viejos son pacientes. Y lord Caron y los demás aficionados a dar coces querrán recoger el guantelete de ser Cortnay y arriesgarlo todo en un combate singular. Cada uno de ellos pensando, por supuesto, que él será mi campeón y conseguirá gloria eterna. —El rey se terminó el agua—. ¿Tú qué me aconsejas que haga, contrabandista?

—Atacar Desembarco del Rey lo antes posible —respondió Davos después de meditar un instante.

—¿Y dejar Bastión de Tormentas tal como está? —El rey soltó un bufido.

—Ser Cortnay carece de fuerzas para haceros daño. Los Lannister, no. Un asedio llevaría demasiado tiempo; un combate singular es muy arriesgado, y un

ataque frontal costaría miles de vidas, sin ninguna garantía de éxito. Y no es necesario tomar la fortaleza. Una vez destronéis a Joffrey, este castillo será vuestro, igual que todo lo demás. En el campamento se dice que lord Tywin acude al rescate para salvar Lannisport de la venganza de los norteños...

—Tienes un padre bastante listo, Devan —le dijo el rey al muchachito que estaba de pie junto a él—. Me dan ganas de tener a mi servicio más contrabandistas y menos señores. Aunque en una cosa te equivocas, Davos. Si es necesario tomar la fortaleza. Si dejo a mis espaldas Bastión de Tormentas sin tomarlo, se dirá que he sufrido una derrota. Y no lo puedo permitir. Los hombres no me aman como amaban a mis hermanos. Me siguen porque me tienen miedo... y la derrota acabaría con el miedo. El castillo debe caer. —Le rechinaron los dientes—. Sí, y deprisa. Doran Martell ha llamado a sus vasallos y ha fortificado los pasos de la montaña. Los dornienses están preparados para bajar a las Marcas. Y por supuesto, hay que contar con Altojardín. Mi hermano dejó buena parte de sus fuerzas en Puenteamargo, casi sesenta mil soldados de infantería. Envié a ser Parmen Crane y al hermano de mi esposa, ser Errol, para que los tomaran bajo mi mando, pero no han regresado. Temo que ser Loras Tyrell llegara a Puenteamargo antes que mis enviados y se apoderase de ese ejército.

—Razón de más para tomar Desembarco del Rey tan pronto como podamos. Salladhor Saan me dijo...

—¡Salladhor Saan solo piensa en el oro! —estalló Stannis—. Solo sueña con el tesoro que cree que hay bajo la Fortaleza Roja; no quiero ni oír hablar de ese hombre. El día que necesite consejo militar de un bandido lisenio, colgaré la corona y vestiré el negro. —El rey apretó el puño—. ¿Para qué estás aquí, contrabandista? ¡Para servirme o para irritarme con tus argumentaciones?

—Estoy a vuestro servicio —replicó Davos.

—Entonces, préstame atención. El teniente de ser Cortnay es primo de los Fossoway. Es lord Meadows, un muchacho de veinte años, sin experiencia. Si a Penrose le sucediera algo, Bastión de Tormentas quedaría bajo el mando de este mozalbete, y sus primos creen que aceptaría mis condiciones y rendiría el castillo.

—Recuerdo a otro mozalbete que estuvo al mando de Bastión de Tormentas. No tendría mucho más de veinte años...

—Lord Meadows no es tan rematadamente testarudo como era yo.

—Testarudo, cobarde, ¿qué más da? Me ha parecido que ser Cortnay estaba sano y robusto.

—También mi hermano, el día antes de morir. La noche es oscura y alberga horrores, Davos.

Davos Seaworth sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—No os entiendo, mi señor.

—No hace falta que me entiendas; solo que me sirvas. Ser Cortnay morirá hoy mismo. Melisandre lo ha visto en las llamas del futuro. Su muerte y cómo va a morir. Ni que decir tiene que no será en combate. —Stannis alzó la jarra y Devan se la volvió a llenar de agua—. Sus llamas no mienten nunca. También vio el destino de Renly. Fue en Rocadragón, y se lo dijo a Selyse. Lord Velaryon y ese amigo vuestro, Salladhor Saan, querían que enviase mi flota contra Joffrey, pero Melisandre me dijo que si venía a Bastión de Tormentas, conseguiría la mayor parte del ejército de mi hermano. Y así ha sido.

—P-pero... —balbuceó Davos—, si lord Renly vino aquí fue porque vos habíais puesto el castillo bajo asedio. Antes iba hacia Desembarco del Rey, contra los Lannister, pretendía...

—«Antes», «pretendía»... ¿y eso qué importa? —Stannis se acomodó en el taburete y frunció el ceño—. Hizo lo que hizo. Vino aquí con sus estandartes y sus melocotones, hacia su perdición... Y a mí me resultó conveniente. Melisandre vio otra cosa en las llamas. Una mañana en la que Renly cabalgaba desde el sur, con su armadura verde, para acabar con mi ejército ante los muros de Desembarco del Rey. Si me hubiera encontrado allí con mi hermano, yo podría haber muerto en su lugar.

—O tal vez habréis unido vuestras fuerzas para acabar con los Lannister — protestó Davos—. ¿Por qué no? Si la mujer ha visto dos futuros, pues... no es posible que los dos sean ciertos.

—Ahí te equivocas, Caballero de la Cebolla —replicó el rey Stannis apuntándolo con un dedo—. Hay luces que proyectan más de una sombra. Mira las hogueras en la noche y lo comprobarás. Las llamas danzan y se mueven, nunca se están quietas. Las sombras crecen y menguan; cada hombre proyecta una docena. Unas son más tenues; otras, más oscuras. Pues bien, los hombres también proyectan sombras hacia el futuro. Una sombra o muchas. Melisandre las ve todas.

» Ya sé que no sientes afecto por ella, Davos. Lo veo, no estoy ciego. A mis señores tampoco les gusta. Estermont cree que el corazón llameante es una mala elección, y no deja de pedirme que luchemos bajo el estandarte del venado coronado, como antaño. Ser Guyard dice que una mujer no debería ser mi portaestandarte. Otros murmurran que no tendría que estar en mi consejo de guerra, que debería enviarla de vuelta a Asshai, que es un pecado que comparta mi tienda por las noches. Sí, todos murmurran... mientras ella me sirve.

—¿Cómo os sirve? —preguntó Davos, aunque temía la respuesta.

—Como necesito. —El rey clavó los ojos en él—. ¿Y tú?

—Yo... —Davos se humedeció los labios—. Estoy a vuestras órdenes. Decidme, ¿qué queréis que haga?

—Nada que no hayas hecho antes. Situar un bote bajo el castillo, sin que nadie lo vea, en lo más oscuro de la noche. ¿Serás capaz?

—Sí. ¿Esta noche?

El rey asintió con gesto seco.

—Que sea un bote pequeño. No la *Betha Negra*. Nadie debe saberlo.

Davos habría querido protestar. Era un caballero; ya no era un contrabandista, y jamás había sido un asesino. Pero, cuando abrió la boca, no le salieron las palabras. Aquel era Stannis, su señor, siempre justo, al que le debía todo lo que era. Y también tenía que pensar en sus hijos.

«Dioses misericordiosos, ¿qué le ha hecho esa mujer?».

—Estás muy callado —observó Stannis.

«Y callado debería seguir», pensó Davos.

—Mi señor —dijo, sin embargo—, tenéis que apoderaros del castillo, ahora lo comprendo, pero tiene que haber otras maneras. Más limpias. Decide a ser Cortnay que puede quedarse con el bastardo, y tal vez se rinda.

—Necesito al chico, Davos. Es imprescindible. Melisandre también lo vio a él en las llamas.

Davos buscó otras respuestas, desesperado.

—En Bastión de Tormentas no hay caballero que pueda igualar a ser Guyard, a lord Caron ni a ninguno de los cientos que os sirven. Eso del combate singular... ¿No será que ser Cortnay busca una manera de rendirse con honor? ¿Aunque le cueste la vida?

La sombra de la duda pasó por el rostro del rey como una nube rápida.

—Más bien busca alguna manera de engañarnos. No habrá combate de campeones. Ser Cortnay estaba muerto aun antes de tirarme el guante. Las llamas no mienten, Davos.

«Pero me pedís que haga realidad lo que dicen», pensó. Hacía tiempo que Davos Seaworth no sentía una tristeza semejante.

Y así fue como, una vez más, se encontró cruzando la bahía de los Naufragios en lo más oscuro de la noche, al timón de un bote pequeño con velas negras. El cielo era el mismo, igual que el mar. El mismo olor a sal impregnaba el aire, y el agua lamía el casco tal como la recordaba. En torno al castillo brillaba un millar de fuegos de campamento, como estrellas parpadeantes que hubieran llovido sobre la tierra, igual que sucediera diecisésis años antes con las hogueras de los Tyrell y los Redwyne. Pero todo lo demás había cambiado.

«La otra vez, lo que traía a Bastión de Tormentas era la vida, vida en forma de cebollas. Esta vez es la muerte, en forma de Melisandre de Asshai». Diecisésis años antes, las velas habían crujido y restallado con cada cambio del viento, hasta que las arrió y siguió avanzando con los remos acolchados. Aun así, había tenido el corazón en un puño. Pero los hombres de las galeras de Redwyne habían bajado la guardia hacia tiempo, y consiguió pasar a través del cordón que formaban con la suavidad de una seda negra. En esa ocasión, los únicos barcos que se divisaban eran los de Stannis, y el único peligro podía proceder de los

vigilantes en los muros del castillo. Y pese a todo, Davos estaba tenso como la cuerda de un arco.

Melisandre iba sentada en el banco, acurrucada, perdida entre los pliegues de la capa color rojo oscuro que la cubría de la cabeza a los pies; su rostro no era más que un atisbo blanco bajo la capucha. A Davos le gustaba el agua. Dormía mejor cuando sentía bajo sí una cubierta que se mecía, y el suspiro del viento contra los aparejos era para él un sonido más dulce que el que ningún bardo pudiera arrancar de su lira. Pero aquella noche ni siquiera el mar lo reconfortaba.

—Huelo miedo en vos, caballero —dijo la mujer roja en voz baja.

—Alguien me dijo en cierta ocasión que la noche es oscura y alberga horrores. Y esta noche no soy ningún caballero. Esta noche soy de nuevo Davos el contrabandista. Ojalá fuerais vos una cebolla.

Melisandre se echó a reír.

—¿De qué tenéis miedo? ¿De mí o de lo que hacemos?

—De lo que vos hacéis. No quiero tomar parte en esto.

—Vuestra mano izó la vela. Vuestra mano sostiene la caña del timón.

Davos, en silencio, se concentró en seguir el rumbo. La orilla era un hervidero de rocas, de manera que iban por el centro de la bahía. Esperaría a que cambiara la marea antes de acercarse. Bastión de Tormentas menguaba a sus espaldas, pero aquello no parecía preocupar a la mujer roja.

—¿Sois un buen hombre, Davos Seaworth? —preguntó.

« ¿Un buen hombre estaría haciendo esto? ».

—Soy un hombre —dijo—. Trato bien a mi esposa, pero he conocido a otras mujeres. He intentado ser buen padre para mis hijos, ayudarlos a encontrar su lugar en este mundo. Sí, he violado leyes, pero hasta esta noche nunca me había sentido malvado. Diría que soy una mezcla, mi señora. De bien y de mal.

—Un hombre gris —dijo ella—. Ni blanco ni negro, sino ambas cosas a la vez. ¿Eso sois, ser Davos?

—¿Y qué si lo fuera? Me parece que prácticamente todos los hombres son grises.

—Si media cebolla está podrida, la cebolla está podrida. Un hombre es bueno o malo.

A su espalda, las hogueras se habían fundido en un brillo tenue contra el cielo negro, y ya casi no se divisaba la tierra firme. Era el momento de regresar.

—Cuidado con la cabeza, mi señora.

Empujó la caña del timón, y el pequeño bote levantó un rizo de agua negra al girar. Melisandre se inclinó para dejar paso a la botavara, y se apoyó en la regala, tan tranquila como siempre. La madera gimió; la lona crujió, y el agua salpicó con tanta fuerza que cualquiera habría jurado que se oía desde el castillo. Davos sabía que no era así. El incesante batir de las olas contra las rocas era el

único sonido que podía penetrar a través de los inmensos muros de Bastión de Tormentas, y aun así, muy amortiguado.

El bote empezó a dejar una estela ondulante cuando puso rumbo hacia la orilla.

—Habláis de hombres y de cebollas —dijo Davos a Melisandre—. ¿Y qué pasa con las mujeres? ¿A ellas no se les aplica lo mismo? ¿Vos qué sois, mi señora? ¿Buena o mala?

La pregunta la hizo reír.

—Buena, claro está. Yo también soy una especie de caballero, mi buen ser. Una campeona de la luz y la vida.

—Pero esta noche planeáis matar a un hombre —dijo—. Igual que matasteis al maestre Cressen.

—Vuestro maestre se envenenó solo. Quería envenenarme a mí, pero me protegía un poder superior, y a él no.

—¿Y a Renly Baratheon? ¿Quién lo mato?

La mujer volvió la cabeza. Bajo la sombra de la capucha, sus ojos ardían como llamas rojas de velas.

—Yo no.

—Mentís.

Davos estaba ya seguro. Melisandre rio de nuevo.

—Estáis perdido en la oscuridad y la confusión, ser Davos.

—Por suerte para nosotros. —Davos hizo un gesto en dirección a las luces lejanas que parpadeaban sobre las murallas de Bastión de Tormentas—. ¿No notáis lo frío que es el viento? Los vigías estarán concentrados en torno a esas antorchas. En noches como esta se agradece un poco de calor y de luz. Pero esa misma luz los deslumbra, de modo que no nos verán pasar. —«O eso espero»—. El dios de la oscuridad nos protege, mi señora. Incluso a vos.

—No pronunciéis ese nombre, o atraeréis su ojo negro sobre nosotros. —Las llamas de los ojos de la mujer parecieron avivarse al oír aquello—. Os aseguro que no protege a hombre alguno. Es enemigo de todo lo que vive. Vos mismo lo habéis dicho: lo que nos oculta son las antorchas. El fuego. El brillante don del Señor de Luz.

—Como queráis.

—Decid mejor como Él quiera.

El viento estaba cambiando. Davos lo percibía; lo veía en las ondulaciones de la lona negra.

—Ayudadme a arriar la vela. Remaré el resto del trayecto. —Juntos plegaron la vela, con el bote meciéndose bajo ellos.

—¿Quién os llevó hasta Renly? —preguntó Davos mientras sacaba los remos y los metía en las aguas negras.

—Nadie. No fue necesario —dijo—. Estaba desprotegido. Pero aquí...

Bastión de Tormentas es un lugar antiguo. Hay hechizos que impregnán las piedras, muros negros que una sombra no puede atravesar. Son viejos, todos los han olvidado, pero ahí siguen.

—¿Una sombra? —A Davos se le puso la carne de gallina—. Una sombra es algo oscuro.

—Sois más ignorante que un chiquillo, caballero. En la oscuridad no hay sombras. Las sombras son siervas de la luz, hijas del fuego. La llama más brillante es la que proyecta las sombras más oscuras.

Davos frunció el ceño y le indicó que guardara silencio. Se estaban acercando otra vez a la orilla, y las voces llegaban muy lejos por encima del agua. Siguió remando, acompañando el sonido de los remos con el ritmo de las olas. El lado de Bastión de Tormentas que daba al mar estaba en lo alto de un acantilado blanco de piedra calcárea, que se elevaba vertiginosamente hasta la mitad de la altura del muro exterior. En el acantilado se abría una boca bostezante, y hacia allí, tal como hiciera diecisésis años atrás, se dirigía Davos. El túnel daba a una caverna situada bajo el castillo, donde los antiguos señores de la tormenta habían construido su desembarcadero.

Por aquel pasadizo solo se podía navegar durante la marea alta, y era siempre traicionero, pero Davos no había perdido sus habilidades de contrabandista. Siguió el rumbo con destreza entre las rocas dentadas hasta que la entrada de la cueva estuvo sobre ellos. Dejó que las olas los empujaran hacia el interior. Batían a su alrededor, empujaban el bote de un lado a otro, y los calaban hasta los huesos. Una roca afilada, casi invisible bajo el agua, apareció de pronto en la penumbra, rodeada de espuma, y faltó poco para que Davos no alcanzara a apartar el bote con un remo.

Y de pronto estuvieron en el interior, envueltos por la oscuridad, en aguas ya tranquilas. El pequeño bote se detuvo y giró. El sonido de su respiración levantó ecos que parecieron rodearlos. Davos no había esperado aquella oscuridad. La otra vez había habido antorchas encendidas a lo largo del túnel, y los ojos de los hombres hambrientos lo habían mirado a través de los agujeros del techo. Sabía que el rastrillo estaba poco más adelante, de manera que utilizó los remos para frenar el bote, y dejaron que la suave corriente los arrastrara.

—Hasta aquí hemos llegado, a menos que tengáis dentro a un hombre para que abra la puerta. —Su susurro se extendió sobre las aguas como una hilera de ratones con patitas rosadas.

—¿Estamos detrás de los muros?

—Sí. Por abajo. Pero no puedo seguir. El rastrillo llega hasta el fondo. Y los barrotes están muy apretados: ni un niño podría pasar entre ellos.

No hubo más respuesta que un susurro bajo. Y, de pronto, una luz floreció en medio de la oscuridad.

Davos alzó una mano para protegerse los ojos, y se quedó sin aliento.

Melisandre se había quitado la capucha y la túnica asfixiante. Estaba completamente desnuda, y mostraba un embarazo muy adelantado. Los pechos hinchados le colgaban sobre el torso, y su vientre parecía a punto de reventar.

—Que los dioses nos guarden —susurró.

Oyó una risa gutural, ronca. Los ojos de la mujer eran como carbones encendidos, y el sudor que le cubría la piel parecía tener luz propia. Melisandre brillaba.

Se acuclilló jadeante y abrió las piernas. Le corrió por los muslos una sangre negra como el carbón. Lanzó un grito que podía ser de dolor, de éxtasis o de ambas cosas a la vez. Y Davos vio la cabeza del niño que empezaba a salir de ella. Luego salieron dos brazos negros, que se aferraron a los muslos tensos de Melisandre y empujaron hasta que la sombra entera salió al mundo y se alzó, más alta que Davos, alta como el túnel, elevada sobre el bote. Solo pudo verla un instante antes de que se escurriera entre los barrotes del rastrillo y se alejara corriendo sobre la superficie del agua, pero con ese instante fue suficiente.

Conocía aquella sombra. Igual que conocía al hombre que la proyectaba.

La llamada llegó en lo más profundo de la noche. Jon se incorporó sobre un codo y buscó a *Garra* a tientas, en un gesto instintivo, mientras el campamento empezaba a agitarse.

«El cuerno que despierta a los durmientes», pensó.

La nota larga y grave quedó suspendida en el aire. Los centinelas que montaban guardia en torno al muro circular se detuvieron, con el aliento condensado en nubes ante ellos, y volvieron la cabeza hacia el oeste. A medida que el sonido del cuerno se desvanecía, pareció que hasta el viento dejaba de soplar. Los hombres se levantaron de sus mantas y buscaron las lanzas y las espadas, moviéndose con sigilo, a la escucha. Un caballo relinchó, y alguien corrió a calmarlo. Durante un instante pareció que el bosque entero contenía el aliento. Los hermanos de la Guardia de la Noche aguardaron el segundo bramido del cuerno al tiempo que rezaban por no oírlo, con el alma en vilo.

Cuando el silencio se hubo prolongado hasta lo insopportable, y los hombres comprendieron que el cuerno no iba a sonar de nuevo, se sonrieron unos a otros con timidez, como si trataran de ocultar que se habían puesto nerviosos. Jon Nieve le echó unas cuantas ramas a la hoguera, se abrochó el cinturón de la espada, se puso las botas y sacudió la capa para quitarle el polvo y el rocío antes de echársela sobre los hombros. A su lado las llamas empezaron a crepitar, y agradeció el calor que le acariciaba el rostro mientras se vestía. Oyó al lord comandante moverse dentro de la tienda. Un momento después, Mormont levantó la solapa.

—¿Solo una llamada? —El cuervo se le había posado en el hombro, con las plumas encrespadas, en silencio. Parecía triste.

—Una, mi señor —asintió Jon—. Los hermanos regresan.

—Mediamano —dijo Mormont acercándose al fuego—. Ya era hora. —Durante la espera se había mostrado más inquieto cada día. Si hubieran tardado más... Jon no quería ni pensar lo—. Encárgate de que haya comida caliente para los hombres y forraje para los caballos. Quiero ver a Qhorin en cuanto llegue.

—Se lo diré, mi señor.

Los hombres de la Torre Sombría debían de haber llegado hacía ya varios días. Al ver que no aparecían, los hermanos empezaron a preocuparse. Jon llegó a oír comentarios pesimistas en torno a las hogueras, y no solo por parte de Edd el Penas. Ser Ottyn Wythers votaba por retirarse al Castillo Negro lo antes posible. Ser Mallador Locke proponía emprender la marcha hacia la Torre Sombría, para tratar de dar con el rastro de Qhorin y averiguar qué le había pasado. Y Thoren Smallwood prefería ir hacia las montañas.

—Mance Rayder sabe que tiene que enfrentarse a la Guardia —dijo—, pero no se le ocurrirá buscarnos tan al norte. Si subimos por el Agualechosa, lo

cogeremos desprevenido y acabaremos con su ejército antes de que se dé cuenta de que lo atacamos.

—Somos muchos menos que ellos —objetó ser Ottyn—. Craster dijo que estaba reuniendo un gran ejército. Tendrá muchos miles de hombres. Y sin Qhorin, nosotros no somos más que doscientos.

—Enviad a doscientos lobos contra diez mil ovejas, y ya veréis qué pasa —dijo Smallwood con confianza.

—Entre esas ovejas hay muchas cabras, Thoren —le advirtió Jarman Buckwell—. Y puede que hasta algún león que otro. Casaca de Matraca, Harma Cabeza de Perro, Alfyn Matacuervos...

—Los conozco tan bien como tú, Buckwell —replicó Thoren Smallwood—. Y pienso cortarles la cabeza a todos. Pero son salvajes, no soldados. Unos cientos de héroes, seguramente borrachos, entre una gran horda de mujeres, niños y siervos. Los barreremos y volverán aullando a sus chozas.

Discutieron durante horas sin llegar a ponerse de acuerdo. El Viejo Oso era demasiado testarudo para retirarse, pero tampoco quería ir en busca de la batalla, Agualechosa arriba. Al final no decidieron nada, aparte de esperar unos días más a los hombres de la Torre Sombría y volver a hablar si no aparecían.

Y por fin habían llegado, lo que significaba que la decisión no se podía demorar más, cosa que alegraba a Jon. Si tenían que enfrentarse a Mance Rayder, más valía que fuera pronto.

Edd el Penas estaba junto a la hoguera, quejándose de lo difícil que era dormir mientras la gente se empeñaba en hacer sonar los cuernos en medio del bosque. Jon le dio más motivos para protestar. Juntos despertaron a Hake, que recibió las órdenes del lord comandante con una sarta de maldiciones, pero de inmediato se levantó y envió a una docena de hermanos a cortar raíces para preparar una sopa.

Mientras cruzaba el campamento, Sam llegó junto a él, jadeante. Bajo la capucha negra tenía el rostro tan blanco y redondo como la luna.

—He oído el cuerno. ¿Es que vuelve tu tío?

—Son los hombres de la Torre Sombría. —Cada vez le costaba más aferrarse a la esperanza de que Benjen Stark volviera sano y salvo. Hasta el Viejo Oso reconocía que la capa que había encontrado bajo el Puño bien podía ser de su tío o de alguno de sus hombres, aunque no sabían por qué la habrían enterrado allí, con todo aquel vidriagón—. Tengo que irme, Sam.

Los guardias que vigilaban junto a la muralla circular estaban arrancando estacas del suelo casi helado para abrir el cerco. El primero de los hermanos de la Torre Sombría no tardó en aparecer por el camino que llevaba a la cima. Iban todos vestidos con cuero y pieles, algunos con piezas sueltas de acero o bronce; las barbas densas cubrían unos rostros demacrados, y les daban un aspecto zarrapastroso a lomos de sus caballos pequeños y recios. Jon se sorprendió al ver

que algunos hombres compartían una montura. Cuando estuvieron más cerca y se fijó mejor, advirtió que muchos de ellos estaban heridos. «Han tenido problemas en el viaje».

Aunque no lo conocía, identificó a Qhorin Mediamano nada más verlo. El corpulento explorador era casi una leyenda en la Guardia. Hombre de palabra pausada, pero rápido en la acción, alto y erguido como una lanza, de miembros largos, solemne. A diferencia de sus hombres, iba bien afeitado. El pelo que le salía por debajo del yelmo estaba recogido en una gruesa trenza llena de escarcha, y sus prendas negras se habían descolorido tanto que parecían grises. En la mano con la que sujetaba las riendas solo le quedaban el pulgar y el índice; los otros dedos los había perdido al detener el hacha de un salvaje que, de lo contrario, le habría hendido el cráneo. Se decía que había golpeado a su enemigo en la cara con la mano mutilada de manera que se le llenaron los ojos de sangre, y lo mató mientras estaba cegado. Desde aquel día, los salvajes que vivían más allá del Muro no tenían enemigo más implacable.

Jon se acercó para saludarlo.

—El lord comandante Mormont quiere veros cuanto antes. Os acompañaré a su tienda.

—Mis hombres tienen hambre —dijo Qhorin mientras desmontaba—, y hay que atender a los caballos.

—Ya nos hemos ocupado de eso.

El explorador dejó el caballo al cuidado de uno de sus hombres, y lo siguió.

—Tú debes de ser Jon Nieve. Te pareces mucho a tu padre.

—¿Lo conocíais, mi señor?

—No soy ningún señor; solo un hermano de la Guardia de la Noche. Si, conocí a lord Eddard. Y también a su padre.

Jon tenía que apresurarse para mantenerse a la altura de Qhorin, que caminaba con zancadas largas.

—Lord Rickard murió antes de que yo naciera.

—Era un buen amigo de la Guardia. —Qhorin miró hacia atrás—. Se rumorea que tienes un lobo huargo.

—Fantasma volverá al amanecer. Caza por las noches.

Cuando llegaron a la tienda del Viejo Oso, Edd el Penas estaba delante,riendo unas lonchas de panceta ahumada y cociendo una docena de huevos sobre las llamas. Mormont estaba sentado en un taburete plegable de madera y cuero.

—Ya empezaba a temer por vosotros. ¿Habéis tenido problemas?

—Nos tropezamos con Alfyn Matacervos. Mance lo había enviado a patrullar a lo largo del Muro, y cuando regresaba se encontró con nosotros. —Qhorin se quitó el yelmo—. Alfyn no volverá a ser un peligro para el reino, pero algunos de sus hombres se nos escaparon. Acabamos con tantos como pudimos,

pero es posible que unos cuantos consiguieran volver a las montañas.

—¿A qué precio?

—Cuatro hermanos muertos. Una docena, heridos. Un tercio de las bajas del enemigo. También cogimos prisioneros. Uno murió enseguida, tenía heridas graves, pero el otro vivió lo suficiente para que lo interrogáramos.

—Más vale que hablamos de esto dentro de la tienda. Jon te traerá un cuerno de cerveza. ¿O prefieres vino caliente especiado?

—Me conformo con agua hervida. Y con un huevo y un trozo de panceta.

—Como quieras. —Mormont levantó la solapa de la tienda, y Qhorin Mediamano se agachó para entrar.

Edd seguía ante la cazuela y removía los huevos con una cuchara.

—Qué envidia me dan estos huevos —comentó—. A mí también me gustaría hervir un rato. Si la cazuela fuera más grande, me metería dentro. Aunque ojalá estuviera llena de vino y no de agua. Hay peores maneras de morir que caliente y borracho. Una vez conocí a un hermano que se ahogó en un tonel de vino. Pero era de mala cosecha, y el sabor del cadáver no la mejoraba, precisamente.

—Os bebisteis el vino?

—Es espantoso encontrarse a un hermano muerto. A ti también te habría hecho falta un trago, lord Nieve. —Edd removió el contenido del cazo y añadió una pizca más de nuez moscada.

Jon, inquieto, se acuclilló ante la hoguera y la hurgó con un palito. Del interior de la tienda le llegaba la voz del Viejo Oso, interrumpida a ratos por los graznidos del cuervo o por las palabras más quedas de Qhorin Mediamano, pero no se distinguía qué decían. «Así que Alfyn Matacervos ha muerto. Bien». Era uno de los saqueadores salvajes más sanguinarios; el mote se debía a la cantidad de hermanos negros a los que había asesinado. «¿Y por qué está tan serio Qhorin, tras una victoria semejante?».

Jon había albergado la esperanza de que la llegada de los hombres de la Torre Sombría levantara los ánimos en el campamento. La noche anterior, sin ir más lejos, cuando volvía después de orinar, oyó a cinco o seis hombres hablar en voz baja en torno a las brasas de una hoguera. Chett mascullaba que ya era hora de que volvieran al Muro, de modo que Jon se detuvo a escuchar.

—Esta expedición es una locura del viejo —decía—. En esas montañas no vamos a encontrar nada, solo nuestras tumbas.

—En los Colmillos Helados hay gigantes, cambiapieles y cosas aún peores —comentó Lark de las Hermanas.

—Lo que es yo, no voy allí, os lo aseguro.

—No creo que el Viejo Oso te ofrezca ninguna opción.

—¿Y si no se la ofrecemos nosotros a él? —dijo Chett.

En aquel momento, uno de los perros levantó la cabeza y gruñó, y a Jon no le quedó más remedio que alejarse a toda prisa antes de que lo vieran. «No debería

haber escuchado eso —pensó. Consideró la posibilidad de contárselo a Mormont, pero al final no quiso denunciar a sus hermanos, ni aunque fueran como Chett y el de las Hermanas—. No es más que palabrería —se dijo—. Tienen frío y miedo, igual que todos» . La espera allí les resultaba muy dura; no podían hacer otra cosa que vigilar la cima pedregosa desde la que se dominaba el bosque, a la espera de lo que les deparase el día siguiente. « El enemigo al que no se ve es siempre el más temible» .

Jon desenfundó su puñal nuevo y lo examinó a la luz de las llamas, que parecían bailar sobre la brillante piedra negra. Él mismo le había puesto un puño de madera, rodeado con trencilla de cáñamo para agarrarlo mejor. No era bonito, pero sí útil. Edd el Penas opinaba que los cuchillos de cristal eran tan útiles como unos pezones en la coraza de un caballero, pero Jon no opinaba lo mismo. El vidriagón tenía más filo que el acero, aunque era mucho más frágil.

« Seguro que lo enterraron por algún motivo» .

También había hecho un puñal para Grenn y otro para el lord comandante. El cuerno de guerra se lo había dado a Sam. Una vez examinado a fondo, resultó que estaba agrietado, y Jon no consiguió arrancarle ni un sonido aunque lo había limpiado a fondo. Además, el borde estaba astillado, pero a Sam le gustaban las cosas antiguas, incluso las que no servían de nada.

—Hazte un cuerno para beber —le había dicho Jon—, así cada vez que tomes cerveza te acordarás de cómo saliste en una exploración más allá del Muro, y llegaste hasta el Puño de los Primeros Hombres.

También le dio a Sam una punta de lanza y una docena de puntas de flecha, y el resto lo repartió entre sus amigos.

Al Viejo Oso le había gustado el puñal, pero Jon se fijó en que prefería llevar al cinturón un cuchillo de acero. Tampoco Mormont supo decir quién podía haber enterrado la capa, ni por qué. « Tal vez Qhorin lo sepa» . Mediamente se había adentrado en las tierras salvajes más que ningún otro hombre.

—¿Les sirves tú o yo?

—Ya me encargo yo —dijo envainando el puñal. Quería enterarse de lo que comentaban.

Edd cortó tres rebanadas gruesas de pan de avena un tanto duro, las puso sobre un plato de madera y les echó por encima panceta con su grasa. También llenó un cuenco con huevos duros. Jon cogió el cuenco con una mano y el plato con la otra, y volvió a entrar en la tienda del lord comandante.

Qhorin estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y la espalda tan recta como una lanza. La luz de las velas le bailaba en las mejillas angulosas mientras hablaba.

—Casaca de Matraca, Llorón y todos los demás jefes, grandes y pequeños —decía—. Tienen cambiapieles, mamuts y más fuerzas de las que habíamos imaginado. O eso dicen; yo no pondría la mano en el fuego. Ebben cree que nos

contó todo eso para vivir un poco más.

—Sea verdad o mentira, hay que enviar noticias al Muro —dijo el Viejo Oso mientras Jon ponía el plato entre ambos—. Y al rey.

—¿A qué rey?

—A todos, legítimos y falsos por igual. Dicen que el reino es suyo, ¿no? Pues que lo defiendan.

—Estos reyes hacen lo que quieren —dijo Mediamano. Cogió un huevo y lo golpeó contra el borde del cuenco para quitarle la cáscara—. Y por nosotros será bien poca cosa. Nuestra mejor opción es Invernalia. Los Stark tienen que reunir a todo el norte.

—Desde luego.

El Viejo Oso desenrolló un mapa, lo miró con el ceño fruncido, lo echó a un lado y desplegó otro. Para Jon era obvio que intentaba adivinar de dónde vendría el golpe. Antaño, la Guardia había ocupado diecisiete castillos a lo largo de los cientos de leguas del Muro, pero a medida que la Hermandad menguaba en número, fueron abandonándolos de uno en uno. Solo quedaban tres que contaran con una guarnición, hecho que Mance Rayder conocía tan bien como ellos.

—Ser Alliser Thorne nos traerá nuevos reclutas de Desembarco del Rey, o eso esperamos. Si ponemos guarniciones de la Torre Sombria en Guardiagrís, y de Guardiaoriente en Túmulo Largo...

—Guardiagrís está prácticamente en ruinas. Puertapiedra sería una mejor elección, si tuviéramos hombres. También Marcahielo y Lago Hondo, si es posible. Y entre ellos, patrullas diarias a lo largo de las almenas.

—Sí, patrullas. Dos veces al día si podemos. El propio Muro es un obstáculo formidable. Si no hay defensa no podrá detenerlos, pero sí demorarlos. Cuanto más grande sea el ejército, más tiempo necesitarán. Por las aldeas abandonadas que hemos visto, seguro que vienen con sus mujeres, con los niños y con los animales... ¿Has visto alguna vez una cabra que suba por una escalerilla? ¿O por una cuerda? Tendrán que construir una gran escalera o una rampa. Tardarán como mínimo un mes, probablemente más. Mance sabrá que lo mejor que puede hacer es cruzar por debajo del Muro. Por una puerta, o...

—Una brecha.

—¿Qué? —Mormont alzó la cabeza bruscamente.

—Que no planean escalar el Muro ni cavar por debajo, mi señor. Planean abrir una brecha.

—El Muro tiene trescientas varas de altura, y la base es tan gruesa que harían falta cien hombres con picos y hachas trabajando durante un año para abrir un agujero.

—Lo harán.

—¿Cómo? —Mormont se tironeó de la barba, con el ceño fruncido.

—Con magia, ¿cómo si no? —Qhorin se comió medio huevo de un solo

bocado—. Por eso ha reunido Mance a su ejército en los Colmillos Helados, que es un lugar desolado y está muy lejos del Muro.

—Yo creía que optó por la montaña para ocultar a los suyos de los ojos de los exploradores.

—Puede —dijo Qhorin al tiempo que se terminaba el huevo—, pero me parece que hay otros motivos. Está buscando algo en esas alturas heladas. Busca algo que necesita.

—¿Algo?

El cuervo de Mormont alzó la cabeza y lanzó un graznido. En el espacio reducido de la tienda, el sonido pareció afilado como un cuchillo.

—Un poder. Nuestro prisionero no sabía de qué se trataba. Quizá el interrogatorio fue demasiado brusco, y murió antes de decírnoslo todo. En cualquier caso, dudo que lo supiera.

Jon oía el viento que soplaban en el exterior. Era un sonido agudo, que silbaba entre las piedras del muro circular y sacudía las sujeteciones de las tiendas. Mormont se frotó la boca, pensativo.

—Un poder —repitió—. Necesito información.

—En ese caso, tendrás que enviar exploradores a las montañas.

—No quiero arriesgar la vida de más hombres.

—Lo único que puede pasar es que muramos. ¿Y para qué llevamos estas capas negras, si no es para morir en defensa del reino? Yo enviaría a quince hombres, en tres grupos de cinco. Uno que remonte el curso del Agualechosa, otro que vaya al Paso Aullante y otro, a la cima de la Escalera del Gigante. Jarman Buckwell, Thoren Smallwood y yo mismo iríamos al mando. Tenemos que averiguar qué aguarda en esas montañas.

—Aguarda —graznó el cuervo—. Aguarda.

El lord comandante Mormont dejó escapar un profundo suspiro.

—No hay otra solución —reconoció—, pero si no regresáis...

—Alguien bajará de los Colmillos Helados, mi señor —dijo el explorador—. Si somos nosotros, todo perfecto. Si no, será Mance Rayder, y estás en su camino. No puede seguir hacia el sur y dejarlos atrás, para que lo sigáis y acoséis su retaguardia. Tiene que atacar. Y este lugar es fuerte.

—No tan fuerte —señaló Mormont.

—En ese caso, todos vamos a morir. Pero nuestras muertes darán tiempo a los hermanos que quedan en el Muro. Tiempo para instalar guarniciones en los castillos abandonados y congelar las puertas; tiempo para pedir ayuda a los señores y a los reyes; tiempo para afilar las hachas y reparar las catapultas... Nuestras vidas serán moneda bien gastada.

—Morir —graznó el cuervo, caminando por los hombros de Mormont—. Morir, morir, morir, morir.

El Viejo Oso se quedó en silencio, con la espalda encorvada, como si la carga

de hablar se hubiera vuelto de repente demasiado pesada.

—Que los dioses me perdonen —dijo al final—. Elige a los hombres que quieras.

Qhorin Mediamano volvió la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de Jon, y durante un instante que pareció eternizarse, le sostuvo la mirada.

—Muy bien. Elijo a Jon Nieve.

Mormont parpadeó.

—Es apenas un muchacho. Además, es mi mayordomo. No es explorador.

—Tollett también puede cuidar de ti, mi señor. —Qhorin alzó la mano mutilada, la que solo tenía dos dedos—. Más allá del Muro, los viejos dioses son todavía fuertes. Son los dioses de los primeros hombres... y de los Stark

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Mormont mirando a Jon.

—Ir con él —respondió el muchacho al instante.

—Lo suponía. —El anciano sonrió con tristeza.

Ya había amanecido cuando Jon salió de la tienda, al lado de Qhorin Mediamano. El viento soplaban a su alrededor, les agitaba las capas negras y dispersaba por el aire las pavesas de la hoguera.

—Partiremos al mediodía —le dijo el explorador—. Más vale que busques a tu lobo.

—La reina tiene intención de sacar de aquí al príncipe Tommen. —Estaban los dos a solas, arrodillados en la penumbra silenciosa del septo, rodeados de sombras y velas titilantes; pese a todo, Lancel hablaba en voz baja—. Lord Gyles se lo llevará a Rosby y lo disfrazará de paje para ocultarlo. Planean teñirle el pelo de negro y decirle a todo el mundo que es hijo de un caballero errante.

—¿De quién tiene miedo Cersei? ¿De la turba o de mí?

—De ambos —dijo Lancel.

—Ah. —Tyrion no había tenido noticia de aquel plan. ¿Acaso los pajaritos de Varys habían fallado, por una vez? Claro; hasta las arañas echaban una cabezada de cuando en cuando... o tal vez el eunuco estuviera inmerso en un juego más sutil de lo que él imaginaba—. Os lo agradezco, ser Lancel.

—Me concederéis el favor que os pedí?

—Puede.

Lancel quería un puesto de mando en la batalla que se avecinaba. Una manera espléndida de morir antes de que terminara de crecerle el bigote, pero los caballeros jóvenes siempre se creían invulnerables.

Tyrion se quedó en el septo un rato después de que su primo se marchara. En el altar del Guerrero, encendió una vela con la llama de otra.

«Cuida de mi hermano, cabrón de mierda, que es de los tuyos». Encendió otra vela al Desconocido, esa por sí mismo.

Aquella noche, cuando la Fortaleza Roja estaba ya a oscuras, Bronn llegó y lo encontró sellando una carta.

—Llévate esto a ser Jacelyn By water. —El enano vertió lacre dorado caliente sobre el pergamino.

—¿Qué dice? —Bronn no sabía leer, de manera que hacía preguntas indiscretas.

—Que se le ordena elegir a cincuenta de sus mejores espadas para que patrullen por el camino de las Rosas. —Tyrion apretó su sello sobre el lacre caliente.

—Es más probable que Stannis venga por el camino Real.

—Claro, ya lo sé. Dile a By water que no haga caso del contenido de la carta y que lleve a sus hombres hacia el norte. Tiene que preparar una trampa en el camino a Rosby. Lord Gyles saldrá hacia su castillo dentro de un día o dos, con una docena de soldados, unos cuantos criados y mi sobrino. Puede que el príncipe Tommen vaya a vestido de paje.

—Y quieres que traiga al chico de vuelta, ¿no?

—No. Quiero que lo lleve al castillo. —Tyrion había decidido que sacar al chico de la ciudad era una de las mejores ideas que se le habían ocurrido a su hermana. En Rosby, Tommen estaría a salvo de la turba, y al alejarlo de su

hermano también le ponía las cosas más difíciles a Stannis: aunque llegara a tomar Desembarco del Rey y ejecutara a Joffrey, aún tendría que enfrentarse a un Lannister aspirante al trono—. Lord Gyles está demasiado enfermo para huir, y es demasiado cobarde para luchar. Le ordenará a su castellano que abra las puertas. Cuando haya atravesado los muros, Bywater deberá expulsar a la guarnición y proteger allí a Tommen. Pregúntale que qué tal le suena que lo llamen lord Bywater.

—Lord Bronn sonaría mejor. Yo también podría poner a salvo al chico. Lo mecería en mis rodillas y le cantaría nanas, si en ello me fuera el título.

—Tú me haces falta aquí —dijo Tyrion. « Y no te confiaría a mi sobrino» . Si a Joffrey le pasara algo, la pretensión de los Lannister al trono reposaría sobre los jóvenes hombros de Tommen. Los capas doradas de ser Jacelyn defenderían al chico; los mercenarios de Bronn, probablemente, lo venderían a sus enemigos.

—¿Qué deberá hacer el nuevo lord con el antiguo?

—Lo que mejor le parezca, siempre que se acuerde de darle de comer. No quiero que muera. —Tyrion se apartó de la mesa—. Mi hermana enviará a un miembro de la Guardia Real como escolta del príncipe.

Bronn no se preocupó en absoluto.

—El Perro es el escudo de Joffrey; no lo abandonará. Los capas doradas de Mano de Hierro se pueden encargar de cualquiera de los otros.

—Si hay que matar a alguien, dile a Jacelyn que no quiero que sea delante de Tommen. —Tyrion se puso una gruesa capa de lana color marrón oscuro—. Mi sobrino es muy sensible.

—¿Estás seguro de que es un Lannister?

—No estoy seguro de nada, excepto del invierno y la batalla —respondió—. Vamos. Cabalgo contigo parte del trayecto.

—A ver a Chataya?

—Qué bien me conoces...

Salieron por una poterna de la muralla norte. Tyrion picó espuelas y bajó al trote ligero por el callejón Sombranegra. Ante el ruido de los cascos de su caballo contra el empedrado, unas cuantas figuras furtivas se movieron por los callejones, pero nadie se atrevió a acercarse a ellos. El Consejo había decretado el toque de queda, y había pena de muerte para cualquiera que estuviera en las calles de Desembarco del Rey después de que sonaran las campanas del ocaso. Con aquello se había logrado restaurar en cierto modo la paz en la ciudad, además de reducir el número de cadáveres que aparecían por las mañanas en los callejones, pero según Varys, la gente lo maldecía por aquello. « Deberían dar las gracias: tienen aliento para maldecir» . Un par de capas doradas les dieron el alto cuando pasaban por la calle de los Hojalateros, pero al ver quiénes eran suplicaron perdón a la mano y los dejaron proseguir. Bronn viró hacia el sur, en dirección a la puerta del Lodazal, y se separaron.

Tyrion se dirigió hacia el burdel de Chataya, pero de repente perdió la paciencia. Se giró en la silla de montar y escudriñó la calle, a sus espaldas. No había rastro de ningún seguidor. Todas las ventanas estaban a oscuras o cerradas con postigos. No se oía nada, excepto el viento que silbaba por los callejones. « Si Cersei me ha puesto algún vigilante esta noche, debe de ir disfrazado de rata» .

—A la mierda —murmuró. Estaba harto de tanta precaución. Hizo dar media vuelta a su caballo y lo espolgó. « Si me sigue alguien, vamos a ver qué tal cabalga». Su montura voló por las calles adoquinadas iluminadas por la luna, pasó como una flecha por estrechos callejones y callejuelas serpenteantes, y lo llevó al galope hasta su amada.

Al golpear la puerta de la verja oyó una música que se filtraba por encima de los muros coronados de púas. Uno de los ibbeneses fue a abrirle. Tyrion le dio las riendas de su caballo.

—¿Quién es ese? —preguntó. Los ventanales en forma de rombos del salón estaban iluminados con una luz amarillenta, y se oía la voz de un hombre que cantaba.

—Un bardo gordo —contestó el ibbenés encogiéndose de hombros.

El volumen aumentaba a medida que iba de los establos a la casa. A Tyrion nunca le habían gustado los bardos, y aquel menos que ninguno, aun antes de verlo. Cuando abrió la puerta, la canción se interrumpió.

—La mano del rey. —Se arrodilló. Era calvo y barrigudo—. Qué gran honor, qué gran honor.

—Mi señor —sonrió Shae al verlo.

Le encantaba aquella sonrisa, que le iluminaba el precioso rostro siempre rápida y espontánea. La chica llevaba una túnica de seda morada, ceñida con un fajín de hilo de plata. Los colores le destacaban el pelo oscuro y la piel clara.

—Querida —respondió—. ¿Y quién es este?

—Me llaman Symon Pico de Oro, mi señor —contestó el bardo alzando la vista—. Soy actor, bardo, cuentacuentos...

—Y completamente idiota —terminó Tyrion—. ¿Cómo me has llamado cuando he entrado?

—¿Que cómo os he...? Pero si solo he dicho... —El oro del pico de Symon parecía haberse trocado en plomo—. La mano del rey, qué gran honor, nada más...

—Si fueras medio listo habrías fingido que no me reconocías. No me habrías engañado, claro, pero has debido intentarlo. ¿Y ahora qué hago contigo? Conoces a mi amada Shae, sabes dónde vive, sabes que vengo a visitarla a solas por la noche...

—Os juro que no se lo diré a nadie.

—En eso estamos de acuerdo. Buenas noches. —Tyrion subió con Shae al piso de arriba.

—Mi bardo no podrá volver a cantar —bromeó la chica—. Lo habéis dejado sin voz del susto.

—El miedo lo ayudará a llegar a las notas altas.

—No le haréis daño, ¿verdad? —La muchacha cerró la puerta de su dormitorio, encendió una vela perfumada y se arrodilló para quitarle las botas—. Sus canciones me animan las noches que no venís.

—Ojalá pudiera venir todas las noches —suspiró mientras ella le frotaba los pies descalzos—. ¿Qué tal canta?

—Mejor que algunos. No tan bien como otros.

Tyrian le abrió la túnica y enterró el rostro entre sus pechos. Shae siempre olía a limpio, incluso en aquella pocilga hedionda de ciudad.

—Que se quede siquieres, pero que no se aleje de ti. No quiero que vaya por ahí contándolo todo en los tenderetes.

—No lo hará, os lo...

Tyrian le tapó la boca con la mano. Ya habían hablado suficiente; necesitaba la dulce simplicidad del placer que encontraba entre los muslos de Shae. Allí, al menos, lo querían y siempre era bienvenido.

Más tarde, sacó el brazo de debajo de la cabeza de la muchacha, se puso la túnica y bajó al jardín. La luna creciente teñía de plata las hojas de los frutales, y brillaba en la superficie del estanque de piedra. Tyrion se sentó junto al agua. En algún punto, a su derecha, se oía un grillo; el sonido le resultaba reconfortante.

«Aquí hay paz—pensó—. Pero ¿cuánto va a durar?».

Una vaharada a rancio le hizo volver la cabeza. Shae estaba en la puerta, detrás de él, vestida con la túnica plateada que le había regalado. «Amé a una doncella hermosa como el verano, con la luz del sol en el cabello». A su espalda se encontraba un hermano mendicante, un hombre corpulento con la túnica sucia y remendada, los pies descalzos llenos de porquería costrosa, y un cuenco colgado del cuello con una correa de cuero, en el lugar donde, si fuera un septón, habría llevado un cristal.

—Lord Varys ha venido a veros —anunció Shae.

El hermano mendicante la miró atónito. Tyrion se echó a reír.

—Es verdad. ¿Cómo lo has reconocido? Yo no había caído.

—Sigue siendo él —contestó Shae encogiéndose de hombros—; solo se ha cambiado de ropa.

—De ropa, de aspecto, de olor, de manera de andar... —dijo Tyrion—. Habría engañado a casi cualquier hombre.

—Y probablemente a casi cualquier mujer. Pero no a una puta. Las putas aprendemos a ver a los hombres, no sus atuendos, si no queremos acabar muertas en un callejón.

Varys hizo una mueca de dolor, y no por culpa de las costras falsas que tenía en los pies. Tyrion soltó una risita.

—Shae, ¿nos traes un poco de vino? —Le iba a hacer falta una copa. Fuerá lo que fuera lo que llevaba allí al eunuco a aquellas horas de la noche, no era nada bueno.

—Casi me da miedo contaros por qué he venido, mi señor —dijo Varys cuando Shae los dejó a solas—. Traigo malas noticias.

—Deberíais vestiros de plumas negras, Varys, sois peor presagio que un cuervo. —Tyrion se puso en pie con torpeza, temeroso de la respuesta a la pregunta que iba a hacer—. ¿Se trata de Jaime? —«Si le han hecho algo, lo pagarán caro».

—No, mi señor. Se trata de algo muy diferente. Ser Cortnay Penrose ha muerto. Bastión de Tormentas ha abierto sus puertas a Stannis Baratheon.

La consternación le borró de la mente cualquier otro pensamiento. Cuando Shae volvió con el vino, bebió un trago y estampó la copa contra la pared. La muchacha alzó una mano para protegerse de los trozos de vidrio roto, mientras el vino dibujaba largos dedos negros sobre las piedras a la luz de la luna.

—¡Maldito sea! —exclamó.

—¿Quién, mi señor? —Varys sonrió, con lo que mostró todos los dientes podridos—. ¿Ser Cortnay o lord Stannis?

—Los dos. —Bastión de Tormentas era una fortaleza imponente; debería haber resistido medio año o más... el tiempo necesario para que su padre acabara con Robb Stark—. ¿Cómo ha sido?

—Mi señor —contestó Varys mirando a Shae—, no debemos preocupar a vuestra hermosa dama con una conversación tan triste y sanguinaria.

—Una dama se asustaría —dijo Shae—. Pero yo no.

—Pues deberías asustarte —replicó Tyrion—. Ahora que ya tiene Bastión de Tormentas, Stannis no tardará en centrar su atención en Desembarco del Rey. —Lamentó haber tirado el vino—. Lord Varys, dejadnos un instante; luego volveré con vos al castillo.

—Os espero en los establos. —Hizo una reverencia y se alejó con pasos enérgicos.

—Aquí no estás a salvo —le dijo Tyrion a Shae atrayéndola hacia él.

—Tengo muros, y los guardias que me pusisteis.

—Son mercenarios —dijo Tyrion—. Les gusta mi oro, claro, pero no darán la vida por él. En cuanto a los muros, un hombre puede subirse en los hombros de otro y saltarlo sin problemas. Durante la revuelta quemaron una casa muy parecida a esta. A su dueño, un orfebre, lo mataron por el crimen de tener la despensa llena, igual que despedazaron al septón supremo, violaron cincuenta veces a Lollys y le machacaron el cráneo a ser Aron. ¿Qué crees que harían si tuvieran a su alcance a la dama de la mano?

—A la puta de la mano, diréis. —Lo miró con sus inmensos ojos atrevidos—. Aunque podría ser vuestra dama, mi señor. Me vestiría con toda esa ropa bonita

que me habéis regalado, de seda, brocado e hilo de oro, me pondría las joyas, me sentaría a vuestro lado en los banquetes y os cogería la mano. Os daría hijos, estoy segura, y juro que jamás os avergonzaría.

«El amor que siento por ti ya es vergüenza suficiente».

—Es un hermoso sueño, Shae. Pero olvídalos, te lo suplico. Es imposible.

—¿Por culpa de la reina? No le tengo miedo.

—Yo sí.

—Pues matadla y se acabó. No es que os queráis mucho, precisamente.

—Es mi hermana. —Tyrion suspiró—. El hombre que mata a los de su sangre está maldito ante los ojos de los dioses y de los hombres. Y más aún, pese a lo que tú y yo opinemos de Cersei, mi padre y mi hermano la aman. Puedo competir en astucia con cualquiera en los Siete Reinos, pero los dioses no me han dado la capacidad de enfrentarme a Jaime con una espada en la mano.

—El Joven Lobo y lord Stannis también tienen espadas, y no os dan miedo.

«Ni te lo imaginas, pequeña».

—A ellos me puedo enfrentar con todo el poder de la casa Lannister. Pero para enfrentarme a Jaime o a mi padre no tengo más que una espalda jorobada y un par de piernas cortas.

—Me tenéis a mí.

Shae lo besó, le echó los brazos al cuello y presionó el cuerpo contra el de Tyrion. El beso lo excitó, como le pasaba siempre, pero se liberó de su abrazo con delicadeza.

—Ahora no, pequeña; tengo... bueno, un principio de plan. Creo que podría llevarte a las cocinas del castillo.

—¿A las cocinas? —El rostro de Shae se tensó.

—Sí. Si lo hago a través de Varys, nadie se enterará.

—Os voy a envenenar, mi señor. —La muchacha dejó escapar una risita—. Todos los hombres que han probado mis guisos me han dicho lo buena puta que soy.

—En la Fortaleza Roja hay cocineros de sobra. Y también carniceros y panaderos. Tendrías que hacerte pasar por pinche.

—Marmitona —dijo—. Con un vestido de tela marrón y basta. ¿Así es como me quiere ver mi señor?

—Tu señor te quiere ver viva —replicó Tyrion—. Y no se pueden fregar cazuelas con vestidos de seda y terciopelo.

—¿Acaso mi señor se ha cansado de mí? —Le metió la mano bajo la túnica y le cogió la polla. Con dos caricias se la puso dura—. Pero aquí hay alguien que aún me quiere. —Río—. ¿Querréis follar con la marmitona, mi señor? Me podéis echar harina por encima y lamerme salsa en las tetas...

—Basta ya. —Su comportamiento le recordaba al de Dancy, que con tanto empeño había intentado ganar la apuesta. Le apartó la mano para evitar más

travesuras—. No es momento para juegos de cama, Shae. Tu vida corre peligro.

—No quería molestar a mi señor —dijo Shae. La sonrisa había desaparecido de su rostro—. Yo solo... ¿No podríais ponerme más guardias y ya está?

Tyrion suspiró. « Recuerda lo joven que es », se dijo. Le cogió la mano.

—Las joyas se pueden reemplazar; se pueden tejer nuevos vestidos, más bonitos que los antiguos. Para mí eres lo más precioso que hay entre estos muros. La Fortaleza Roja no es un lugar seguro, pero si más que esta casa. Quiero que estés allí.

—En las cocinas, fregando cazuelas.

—Será poco tiempo.

—Mi padre me hacía trabajar en las cocinas —dijo con una mueca—. Por eso me fugué.

—Me habías dicho que te fugaste porque tu padre te hacía acostarte con él —le recordó.

—Eso encima. Fregar cazuelas me gustaba tan poco como meterme en su cama. —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué no me podéis tener en vuestra torre? La mitad de los señores de la corte tiene calientacamas.

—Me prohibieron expresamente que te trajera al castillo.

—¿Quién? ¿Vuestro estúpido padre? —Shae hizo un puchero—. Sois mayor, podéis tener tantas putas como queráis ¿Os toma por un niño imberbe? ¿Qué os va a hacer? ¡Daros una azotaina!

Tyrion la abofeteó. No muy fuerte, pero sí lo suficiente.

—Maldita sea —dijo—. Maldita sea. No te burles de mí jamás. Tú no.

Shae se quedó sin palabras. Durante unos instantes solo se oyeron los grillos.

—Ruego a mi señor que me perdone —dijo al final con voz inexpresiva y apagada—. No era mi intención ser impertinente.

« Y no era mi intención darte una bofetada. Por los dioses, ¿acaso me estoy transformando en Cersei? ».

—Los dos hemos hecho mal —dijo—. Tú no lo entiendes, Shae. —Las palabras que nunca había querido decir brotaron de él como cómicos de un caballo hueco—. Cuando tenía trece años me casé con la hija de un granjero. O eso creía yo que era. Estaba ciego de amor y pensaba que ella sentía lo mismo por mí, pero mi padre me restregó la verdad por la cara. Mi esposa era una puta a la que Jaime había pagado para que yo probara el sexo. —« Y yo me lo creí todo, fui un imbécil »—. Para darme una lección, lord Tywin entregó a mi esposa a sus guardias y les dijo que la utilizaran como quisieran, y a mí me ordenó mirar. —« Y acostarme con ella una última vez, cuando todos hubieron terminado. Una última vez, sin rastro de amor ni de ternura. “Para que la recuerdes tal como era de verdad”, me dijo, y yo debería haberme negado, pero la polla me traicionó, e hice lo que me mandaba »—. Después, mi padre consiguió que anularan el matrimonio. Según dijo el septón, fue como si no nos

hubiéramos casado. —Le apretó la mano—. Por favor, no volvamos a hablar de la Torre de la Mano. Estarás muy poco tiempo en las cocinas. En cuanto acabemos con Stannis, tendrás otra casa y sedas tan suaves como tus manos.

Shae tenía los ojos muy abiertos, pero Tyrion no podía leer lo que ocultaban.

—Si me paso el día limpiando hornos y fregando platos no tendré las manos suaves —dijo—. ¿Seguiréis queriendo que os toquen cuando estén todas enrojecidas y agrietadas por el calor, la lejía y el jabón?

—Más que nunca —respondió—. Cuando las vea, me recordarán lo valiente que fuiste.

No habría sabido decir si la muchacha lo creía. Shae se limitó a bajar la mirada.

—Haré lo que ordenéis, mi señor.

Era todo lo conforme que iba a estar, al menos de momento, aquello era obvio. Le dio un beso en la mejilla que había abofeteado para aliviar el escozor del golpe.

—Haré que vengan a buscarte.

Varys aguardaba en los establos; tal como había prometido, llevaba un caballo renqueante y medio muerto. Tyrion montó, y uno de los mercenarios les abrió las puertas. Cabalgaron en silencio.

« Los dioses me ayuden, ¿por qué le he contado lo de Tysha? », se preguntó. De repente tenía mucho miedo. Había secretos que no se debían confesar jamás, había vergüenzas que un hombre tenía que llevarse a la tumba. ¿Qué quería de ella cuando se lo dijo? ¿Que lo perdonara? Y la mirada que Shae le dirigió, ¿qué significaba? Tanto detestaba la sola idea de fregar cazuelas, o era por su confesión? « ¿Cómo he podido contarle eso y seguir esperando que me ame? —preguntaba una parte de sí, mientras la otra se burlaba—: No seas idiota, enano, lo que la puta ama es el oro y las joyas» .

El codo herido lo atormentaba, cada vez que el caballo ponía los cascos en el suelo, sentía un latigazo de dolor. A veces casi le parecía oír como le chirriaban los huesos. Tal vez debiera acudir a un maestre, pedir una pócima que lo aliviara... pero desde que había descubierto la verdad acerca de Pycelle no confiaba en los maestres. Solo los dioses sabían con quién conspiraban y qué ponían en las pociónes que daban.

—Varys, tengo que llevar a Shae al castillo sin que Cersei lo sepa —dijo. Le narró a grandes rasgos su plan de que trabajara en las cocinas. Cuando terminó, el eunuco chasqueó la lengua.

—Haré lo que mi señor ordene, por supuesto, pero... tengo que advertiros que las cocinas están llenas de ojos y oídos. Aunque nadie sospeche de ella, le harán un millar de preguntas. ¿Dónde nació? ¿Quiénes son sus padres? ¿Cómo llegó a Desembarco del Rey? No puede decir la verdad, de modo que tendrá que mentir... y mentir, y mentir. —Miró a Tyrion de reojo—. Además, una

marmitonas tan jóvenes y bonitas despertarán la lujuria, aparte de curiosidad. La tocarán, la pellizcarán, la acariciarán... Los pinches de cocina se meterán bajo sus mantas por la noche. Alguno cocinero solitario querrá casarse con ella. Los panaderos le amasarán los pechos con las manos enharinadas.

—Prefiero que la acaricien a que la apuñalen —dijo Tyrion.

Varys cabalgó en silencio unos instantes.

—Puede que haya otra solución. Da la casualidad de que la doncella que atiende a la hija de lady Tanda le ha estado sisando joyas. Si informo a lady Tanda, la despedirá de inmediato. Y a su hija le hará falta una nueva doncella.

—Comprendo. —A Tyrion le gustó la idea de inmediato. La doncella de una dama llevaba mejores prendas que una marmitonita, y tal vez hasta alguna joya. Shae estaría encantada. Además, Cersei opinaba que lady Tanda era tediosa e histérica, y Lollys, una estúpida sin remedio. Seguro que no iría a visitarlas a menudo.

—Lollys es muy tímida y confiada —dijo Varys—. Aceptará la historia que le cuente. Desde que la muchedumbre le arrebató la virginidad, tiene miedo de salir de sus habitaciones, de manera que nadie verá mucho a Shae... pero al mismo tiempo estará cerca cuando necesitéis consuelo en sus brazos.

—Sabéis tan bien como yo que la Torre de la Mano está vigilada. Si la doncella de Lollys empieza a visitarme por las noches, Cersei sentirá curiosidad.

—Yo podría llevar a la joven a vuestras habitaciones sin que la vieran. La casa de Chataya no es la única que tiene pasadizos.

—¿Un acceso secreto? ¿A mis habitaciones? —Tyrion estaba más molesto que sorprendido. ¿Por qué habría ordenado Maegor el Cruel matar a todos los que habían trabajado en la construcción de su castillo, si no era para preservar aquellos secretos? — Me lo tendría que haber imaginado. ¿Dónde está la puerta? ¿En el estudio? ¿En el dormitorio?

—Ay, amigo mío, no querréis obligarme a revelar todos mis secretitos, ¿verdad?

—A partir de ahora consideradlos nuestros secretitos, Varys. —Tyrion alzó la vista para mirar al eunuco, con su maloliente atuendo de mendigo—. Suponiendo que estéis de mi lado, claro.

—¿Acaso lo dudáis?

—Por supuesto que no; confío en vos incondicionalmente. —Una carcajada amarga resonó contra los postigos de las ventanas—. De hecho, confío en vos como si fuerais de mi sangre. Bien, contadme cómo murió Cortnay Penrose.

—Se dice que se tiró de una torre.

—¿Qué se tiró? No, eso no me lo creo.

—Los guardias no vieron entrar a nadie en sus habitaciones, ni encontraron a nadie después.

—Será porque el asesino había entrado antes y se había escondido bajo la

cama —sugirió Tyrion—. O bajó del tejado con una soga y se metió por la ventana. O puede que los guardias mientan. ¿Quién nos dice que no fueron ellos quienes lo mataron?

—Sin duda tenéis razón, mi señor. —Pero su tono petulante indicaba lo contrario.

—Vos no lo creéis. Entonces, ¿cómo pudo ser?

Varys guardó silencio durante un largo momento. Tan solo se oía el sonido rítmico de las herraduras de los caballos contra los adoquines. Por último, carraspeó para aclararse la garganta.

—Mi señor, ¿creéis en los poderes antiguos?

—¿Como la magia, queréis decir? —replicó Tyrion con impaciencia—. ¿Hechizos de sangre, maldiciones, cambios de forma y esas cosas? —Soltó un bufido despectivo—. ¡Insinuáis que a ser Cortnay lo mataron a golpe de magia?

—La mañana del día en que murió, ser Cortnay había desafiado a lord Stannis a un combate singular. Decidme, ¿eso sería propio de un hombre tan desesperado como para matarse horas después? Y también está el asunto de la misteriosa muerte de lord Renly, en un momento tan adecuado para Stannis, justo cuando su ejército se disponía a acabar con el de su hermano. —El eunuco hizo una pausa—. Mi señor, en cierta ocasión me preguntasteis cómo fui mutilado.

—Lo recuerdo —dijo Tyrion—. No quisisteis hablar del tema.

—Ni quiero ahora, pero... —En aquella ocasión, la pausa fue más larga que en la anterior. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba diferente—. Era un huérfano aprendiz de cómico. Nuestro amo tenía una pequeña coca, y navegábamos por el mar Angosto para actuar en todas las Ciudades Libres, y a veces también en Antigua y en Desembarco del Rey.

» Un día, cuando estábamos en Myr, cierto hombre vino a ver a nuestra compañía. Después de la actuación le hizo a mi amo una oferta por mí, y por lo visto fue demasiado tentadora para rechazarla. Yo estaba aterrado. Temía que aquel hombre quisiera usarme como había oído que hacían algunos hombres con los niños, pero en realidad, lo único que quería de mí era mi miembro. Me dio una pócima que me dejó inmovilizado y sin voz, pero que no aturdió mis sentidos. Cogió una navaja larga y curva, y me lo cortó de raíz mientras entonaba un cántico. Lo vi quemar mis partes en un brasero. Las llamas se tornaron azules, y una voz respondió a su llamada, aunque no entendí las palabras que dijo.

» Cuando hubo terminado conmigo, los comediantes ya se habían marchado. Aquel hombre no tenía ningún interés en mí; ya había servido a sus propósitos, de modo que me echó. Le pregunté qué debía hacer, y me dijo que morirme. Por llevarle la contraria, decidí vivir. Mendigué, robé y vendí las partes de mi cuerpo que aún conservaba. Pronto fui el mejor ladrón de todo Myr, y cuando crecí me di cuenta de que, con frecuencia, el contenido de la carta que escribe un hombre es más valioso que el contenido de su monedero.

» Pero a menudo sueño con aquella noche, mi señor. No con el hechicero, ni con su navaja, ni siquiera con mis partes ardiendo en el brasero. Sueño con la voz. La voz que salía de las llamas. ¿Qué era? ¿Un dios, un demonio, un truco de conjurador? No sabría deciros, y creo que conozco todos los trucos. Lo único que sé a ciencia cierta es que aquel hombre lo invocó, la voz respondió, y desde aquel día detesto la magia y a todos los que la practican. Si lord Stannis es uno de ellos, deseo su muerte.

Cuando terminó, cabalgaron en silencio durante largo rato.

—Es una historia pavorosa —dijo Tyrion al final—. Os compadeczo.

—Me compadecéis —dijo el eunuco con un suspiro—, pero no me creéis. No, mi señor, no tenéis por qué disculparos. Estaba drogado, el dolor era terrible, todo aquello sucedió hace muchos años, en un lugar muy lejano, al otro lado del mar... Sin duda, aquella voz la soñé. Yo me lo he repetido un millar de veces.

—Creo en las espadas de acero —dijo Tyrion—, en las monedas de oro y en la astucia de los hombres. Y creo que en el pasado hubo dragones. Al fin y al cabo, he visto sus cráneos.

—Esperemos que no veáis nunca nada peor, mi señor.

—En eso estamos de acuerdo —sonrió Tyrion—. En cuanto a la muerte de ser Cortnay... Bueno, sabemos que Stannis contrató naves mercenarias en las Ciudades Libres. Tal vez contratara también los servicios de un asesino hábil.

—Un asesino muy hábil.

—Los hay así. Cuando era pequeño soñaba con tener dinero para contratar a un Hombre sin Rostro y mandarlo a por mi querida hermana.

—No importa ahora cómo muriera ser Cortnay —dijo Varys—. El caso es que está muerto y el castillo ha caído. Stannis es libre para marchar contra nosotros.

—¿Tenemos alguna posibilidad de convencer a los dornienses para que bajen a las Marcas? —preguntó Tyrion.

—Ninguna.

—Lástima. En fin; al menos, la amenaza hará que los señores de las Marcas se queden más cerca de sus castillos. ¿Se sabe algo de mi padre?

—Si lord Tywin ha ganado la otra orilla del Forca Roja, a mí no me ha llegado la noticia. Pero, si no se da prisa, podría quedar atrapado entre sus enemigos. Al norte del Mander se han visto la hoja de los Oakheart y el árbol de los Rowan.

—¿Y qué hay de Meñique?

—Puede que no llegara a Puenteamargo. O puede que lo mataran allí. Lord Tarly ha tomado las líneas de aprovisionamiento de Renly, y ha pasado a muchos hombres por la espada, sobre todo a los de Florent. Lord Caswell se ha encerrado en su castillo.

Tyrion, sin poder contenerse más, soltó una carcajada. Varys tiró de las

riendas, perplejo.

—¿Mi señor?

—No veis lo gracioso que es esto, lord Varys? —Tyrion hizo un gesto en dirección a las ventanas cerradas, a la ciudad durmiente—. Bastión de Tormentas ha caido, y Stannis se acerca con fuego, acero y solo los dioses saben qué poderes misteriosos; el pueblo no tiene a Jaime para que lo proteja, ni a Robert, ni a Renly, ni a Rhaegar, ni a su querido Caballero de las Flores. Solo a mí, al que odia. —Se echó a reír de nuevo—. El enano, el consejero malvado, el mono deforme, el demonio... Yo soy todo lo que se interpone entre el caos y ellos.

—Dile a nuestro padre que he partido para que esté orgulloso de mí.

Su hermano montó a caballo, señorial de los pies a la cabeza con su brillante armadura y la capa azul y roja. Llevaba el yelmo rematado por una trucha de plata, idéntica a la que aparecía en su escudo.

—Siempre ha estado orgulloso de ti, Edmure. Y te quiere con todo su corazón. Puedes estar seguro.

—Pienso darle mejores motivos que el simple hecho de llevar su sangre. —Hizo dar la vuelta a su corcel de guerra y alzó una mano. Las trompetas sonaron, un tambor empezó a retumbar, el puente levadizo descendió a trompicones, y ser Edmure Tully salió de Aguasdulces, a la cabeza de sus hombres, con las lanzas levantadas y los estandartes al viento.

« Yo tengo un ejército más grande que el tuyo, hermano —pensó Catelyn mientras los veía alejarse—. Un ejército de dudas y temores».

A su lado, la desolación de Brienne era casi palpable. Catelyn había ordenado que le tejieran vestidos a su medida, hermosas túnicas más adecuadas para su sexo y su alta cuna, pero la joven seguía prefiriendo vestir armadura y coraza, y ceñirse la cintura con el cinto de la espada. Sin duda habría estado más satisfecha si hubiera podido partir a la guerra con Edmure, pero hasta unos muros tan fuertes como los de Aguasdulces tenían que defenderse con espadas. Su hermano se había llevado hacia los vados a todos los hombres aptos, y dejaba allí a ser Desmond Grell al mando de una guarnición de heridos, ancianos y enfermos, además de unos cuantos escuderos y muchachos campesinos que eran casi niños. Aquello para defender un castillo atestado de mujeres y niños.

—¿Qué hacemos ahora, mi señora? —preguntó Brienne cuando el último soldado de Edmure hubo pasado bajo el rastrillo.

—Cumplir con nuestro deber.

Catelyn echó a andar por el patio, con el rostro tenso. « Siempre he cumplido con mi deber». Tal vez por aquel motivo, su padre siempre la consideró la mejor de todos sus hijos. Sus dos hermanos mayores habían muerto muy pequeños, así que para él fue tanto hijo como hija hasta que nació Edmure. Entonces murió su madre, y su padre le dijo que le correspondía ser la señora de Aguasdulces. También lo hizo. Y cuando lord Hoster la comprometió con Brandon Stark, le dio las gracias por un matrimonio tan espléndido.

« Le di mi prenda a Brandon y no volví a acercarme a Petyr después de que lo hirieran, ni me despedí de él. Y cuando Brandon fue asesinado y mi padre me dijo que tenía que casarme con su hermano, lo hice de buena gana, aunque no le había visto la cara a Ned ni se la vi hasta el día de la boda. Le entregué mi virginidad a aquel desconocido solemne y lo despedí para que fuera a su guerra, con su rey y con la mujer que le dio un bastardo. Porque yo siempre cumple con

mi deber».

Sus pasos la llevaron al septo, un templo de arenisca de siete paredes situado en medio de los jardines de su madre, e iluminado por una luz multicolor. Cuando Catelyn llegó, estaba abarrotado de gente; no era la única que necesitaba el consuelo de la plegaria. Se arrodilló ante la imagen de mármol pintado del guerrero, y encendió una vela por Edmure y otra por Robb, que estaba más allá de las colinas. « Protégelos y condúcelos a la victoria —rezó—, y lleva paz a las almas de los que mueran y consuelo a los que dejan atrás» .

Mientras estaba rezando, entró el septón con el incensario y el cristal, de manera que Catelyn se quedó para la ceremonia. No conocía a aquel septón, un joven de la edad de Edmure. Cumplía bien sus funciones, y tenía una voz profunda y agradable con la que entonó las alabanzas a los Siete, pero ella echó de menos el tono tembloroso del septón Osmynd, muerto hacia ya mucho. Osmynd habría escuchado con paciencia el relato de lo que había visto y sentido en el pabellón de Renly, tal vez incluso habría sabido qué significaba todo aquello y qué debía hacer para que reposaran las sombras que la perseguían en sus sueños.

« Osmynd, mi padre, el tío Brynden, el anciano maestre Kym... Siempre parecían saberlo todo, pero ahora solo quedo yo, y por lo visto no sé nada, ni siquiera cuál es mi deber. ¿Cómo puedo cumplir con mi deber si no sé en qué consiste?» .

Cuando se levantó, Catelyn sentía las rodillas entumecidas, pero no había encontrado las respuestas que anhelaba. Tal vez aquella noche fuera al bosque de dioses, para rezar también a los dioses de Ned. Eran más antiguos que los Siete.

En el exterior se oía un canto muy diferente. Rymund de las Rimas estaba junto a la taberna, sentado en medio de un círculo de atentos oyentes, y cantaba con voz profunda la canción de lord Deremond en el prado Sangriento.

Por Darry alzó su espada fiel,
el último de los diez...

Brienne se detuvo un momento para escuchar, con los anchos hombros encorvados y los brazos gruesos cruzados sobre el pecho. Un grupo de niños andrajosos pasó junto a ellos, chillando y atacándose con palos. « ¿Por qué a los niños les gusta tanto jugar a la guerra?» . Catelyn se preguntó si Rymund conocería la respuesta. La voz del bardo subió de volumen al acercarse el final de la canción.

La sangre se vertió
y corrió a pies del adalid.

La luz roja del sol
bañó banderas carmesí.

« Venid, venid —bramó el señor—.
¡Mi espada aún tiene sed!» .
Con rabia y gritos de furor
cargaron contra él.

—Luchar es mejor que quedarse aquí esperando —dijo Brienne—. Cuando se lucha no se siente tanta impotencia. Se tiene un caballo y una espada, o a veces un hacha. Si uno lleva armadura, es difícil que le hagan daño.

—En las batallas mueren caballeros —le recordó Catelyn.

—Y en los partos mueren damas —replicó Brienne, mirándola con aquellos hermosos ojos azules—, y nadie compone canciones en su honor.

—Los hijos son otro tipo de batalla. —Catelyn echó a andar por el patio—. Una batalla sin estandartes ni cuernos de guerra, pero no menos violenta. Llevar al niño en el vientre, traerlo al mundo... Supongo que vuestra madre os habrá hablado del dolor...

—No conocí a mi madre —dijo Brienne—. Mi padre tenía damas... una dama diferente cada año, pero...

—No eran damas —replicó Catelyn—. Y por duro que sea el parto, Brienne, lo que viene después es aún peor. A veces me siento como si me estuvieran despedazando. Querría ser cinco a la vez, una por cada uno de mis hijos, para protegerlos a todos.

—¿Y quién os protege a vos, mi señora?

—Pues los hombres de mi casa, claro —dijo Catelyn con una sonrisa lánguida—. O eso me enseñó mi señora madre. Mi padre, mi hermano, mi tío, mi esposo, todos me protegen. Pero mientras estén lejos, vos tendréis que ocupar su lugar, Brienne.

—Lo intentaré, mi señora —dijo la joven inclinando la cabeza.

Más tarde, aquel mismo día, el maestre Vyman fue a llevarle una carta. Lo recibió de inmediato con la esperanza de que fueran noticias de Robb, o tal vez de ser Rodrik, desde Invernalia, pero resultó que el mensaje era de un tal lord Meadows, que decía ser el castellano de Bastión de Tormentas. Iba dirigida a su padre, su hermano, su hijo o « quienquiera que esté al mando en Aguasdulces». Ser Cortnay Penrose, según decía la carta, había muerto, y Bastión de Tormentas había abierto sus puertas a Stannis Baratheon, el soberano legítimo. La guarnición del castillo le había rendido las espadas, y hasta el último hombre juró lealtad a su causa, y nadie sufrió daño alguno.

—Excepto Cortnay Penrose —murmuró Catelyn. No había llegado a conocerlo, pero lamentaba la noticia de su muerte—. Robb tiene que enterarse de

esto cuanto antes —dijo—. ¿Sabemos dónde está?

—Las últimas noticias decían que avanzaba hacia el Risco, el asentamiento de la casa Westerling —dijo el maestre Vyman—. Si envío un cuervo a Marcaceniza, puede que envíen un jinete en su busca y los alcance.

—Hacedlo.

Cuando el maestre se hubo marchado, Catelyn volvió a leer la carta.

—Lord Meadows no dice nada del bastardo de Robert —le confió a Brienne—. Supongo que habrá entregado al chico, como ha hecho con la fortaleza. Aunque reconozco que no comprendo por qué Stannis tiene tanto interés en él.

—Puede que tema que aspire al trono.

—¿Un bastardo? No, es otra cosa... ¿Qué aspecto tiene ese chico?

—Siete u ocho años, guapo, con el pelo negro y los ojos muy azules. Las visitas creían a veces que era hijo del propio Renly.

—Y Renly se parecía a Robert. —Catelyn empezó a comprender—. Stannis tiene intención de exhibir por todo el reino al bastardo de su hermano, para que todos vean a Robert en su rostro y se pregunten por qué Joffrey no tiene ese parecido.

—¿Tanto importa eso?

—Los partidarios de Stannis dirán que es una prueba. Los partidarios de Joffrey dirán que no significa nada.

Sus propios hijos tenían más de Tully que de Stark en su físico. La única con rasgos semejantes a los de Ned era Arya. « Y Jon Nieve, pero ese no es mío. —Pensó en la madre de Jon, el amor sombrío y secreto del que su esposo nunca quiso hablarle—. ¿Llorará por Ned igual que lloro yo? ¿O lo odiará por haber abandonado su lecho y haber vuelto al mío? ¿Reza por su hijo como yo he rezado por los míos? » .

Eran pensamientos desagradables y, además, fútiles. Si Jon había nacido del vientre de Ashara Dayne de Campoestrella, como murmuraban algunos, aquella dama llevaba mucho tiempo muerta; si no, Catelyn no tenía idea de quién podía ser su madre. Y ya tampoco importaba. Ned estaba muerto, y todos sus amores y secretos habían desaparecido con él.

Pero era impresionante lo extraño del comportamiento de los hombres cuando se trataba de sus hijos bastardos. Ned siempre había protegido extremadamente a Jon, y ser Cortnay Penrose había dado la vida por el tal Edric Tormenta; en cambio, a Roose Bolton su bastardo le importaba menos que uno de los perros que tenía, a juzgar por el tono de la carta extraña y fría que Edmure había recibido de él, hacía menos de tres días. Siguiendo sus órdenes, había cruzado el Tridente y marchaba hacia Harrenhal. « Un castillo fuerte y con una buena guarriación, pero su alteza lo tendrá aunque para ello tenga que matar a todos sus ocupantes» . Esperaba que su alteza valorase tal hazaña para compensar los crímenes de su hijo bastardo, al que ser Rodrik Cassel había ejecutado.

«Destino que sin duda merecía —había escrito Bolton—. La sangre sucia siempre es traicionera, y Ramsay era taimado, codicioso y cruel por naturaleza. Me satisface haberme librado de él. Los hijos legítimos que mi joven esposa me ha prometido no habrían estado a salvo mientras él viviera».

El sonido de unas pisadas apresuradas ante la puerta apartó de su mente aquellos pensamientos morbosos. El escudero de ser Desmond entró en la estancia, jadeante, y se arrodilló.

—Mi señora... Lannister... al otro lado... río.

—Respira hondo, hijo, y cuéntamelo todo despacio.

El muchacho hizo lo que le había dicho.

—Una columna de hombres con armaduras —informó—. Al otro lado del Forca Roja. Hacen ondear un unicornio morado bajo el león de los Lannister.

«Alguno de los hijos de lord Brax». Brax había acudido a Aguas dulces en cierta ocasión cuando era niña, para proponer el matrimonio de uno de sus hijos con Lysha o con ella. Se preguntó si sería el mismo hijo el que estaba allí entonces, al frente del ataque.

Cuando subió a las almenas para reunirse con ser Desmond, este le dijo que los Lannister habían partido del sudeste bajo un mar de estandartes.

—Son unos cuantos jinetes, nada más —le aseguró—. El grueso de las fuerzas de lord Tywin está mucho más al sur. Aquí no corremos peligro.

Al sur del Forca Roja, las tierras se extendían llanas y amplias. Desde la torre del vigía, el paisaje que alcanzaba a ver Catelyn abarcaba varias leguas. Aun así, solo se veía el vado más cercano. Edmure le había confiado su defensa a lord Jason Mallister, y también la de los otros tres, río arriba. Los jinetes Lannister se agrupaban indecisos cerca del agua, con los estandartes escarlatas y plateados ondeando al viento.

—No son más de cincuenta, mi señora —calculó ser Desmond.

Catelyn vio cómo los jinetes formaban en una larga línea. Los hombres de lord Jason esperaban para recibirlos detrás de las rocas y la hierba del altozano. Al toque de una trompeta, los jinetes emprendieron el trote por el agua, levantando salpicaduras en la corriente. Durante un momento ofrecieron un espectáculo impresionante, con las armaduras brillantes, los estandartes al viento y el sol arrancando destellos de las puntas de sus lanzas.

—Ahora —oyó murmurar a Brienne.

Lo que sucedió a continuación fue difícil de discernir, pero los relinchos de dolor de los caballos les llegaban a pesar de la distancia, y a Catelyn le pareció distinguir también el chasquido del acero contra el acero. Uno de los estandartes desapareció de repente cuando su portador se hundió en las aguas, y el primer cadáver no tardó en pasar ante los muros, arrastrado por la corriente. Los Lannister ya habían retrocedido en medio de la confusión. Los vio reagruparse, conferenciar durante unos momentos y volver al galope por el camino por donde

habían llegado. Los hombres de la muralla les gritaron en tono burlón, pero estaban demasiado lejos para oírlos.

Ser Desmond se dio una palmadita en el vientre.

—Ojalá lord Hoster lo hubiera visto. Este espectáculo le habría dado ganas de bailar.

—Por desgracia, mi padre ya no volverá a bailar —dijo Catelyn—, y esta pelea no ha hecho más que empezar. Los Lannister volverán. Y lord Tywin tiene el doble de hombres que mi hermano.

—Como si tuviera diez veces más; no importa —replicó ser Desmond—. La ribera oeste del Forca Roja es más alta, mi señora, y está muy bien protegida por estacas. Nuestros arqueros están bien resguardados y tienen buen ángulo de tiro... Y si por casualidad lograran abrir una brecha, Edmure tendrá preparados a sus mejores caballeros, listos para acudir adonde más los necesiten. El río los contendrá.

—Rezo por que tengáis razón —dijo Catelyn con gravedad.

Aquella noche regresaron. Había dado órdenes de que la despertaran de inmediato si el enemigo volvía, y ya era bien pasada la medianoche cuando una criada la tocó en el hombro con delicadeza. Catelyn se incorporó de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Otra vez el vado, mi señora.

Catelyn se echó por encima una bata y subió al tejado del torreón. Desde allí se divisaban las murallas y el río iluminado por la luna, donde estaba teniendo lugar la batalla. Los defensores habían encendido hogueras a lo largo de la orilla, y tal vez los Lannister creían que los iban a sorprender deslumbrados o distraídos. Si era así, estaban muy equivocados. La oscuridad era, en el mejor de los casos, un aliado poco fiable. Los hombres que se adentraron en el río a pie caían en pozas invisibles, o se destrozaban los pies con las estacas ocultas. Los arqueros de Mallister les enviaron una lluvia de flechas incendiarias, que cruzaron el río silbando. Desde lejos, era un espectáculo de extraña belleza. Un hombre, atravesado por una docena de flechas, con la ropa en llamas, giraba y se agitaba con el agua a la altura de las rodillas, hasta que por último cayó, y la corriente lo arrastró. Cuando pasó junto a las murallas de Aguasdulces, tanto el fuego como su vida se habían extinguido.

« Una victoria pequeña —pensó Catelyn cuando la batalla terminó y los enemigos supervivientes se perdieron en la noche—, pero victoria al fin y al cabo». Mientras bajaban por la escalera de caracol del torreón, le pidió a Brienne que le dijera qué opinaba.

—Esto no ha sido más que un roce del dedo de lord Tywin, mi señora —dijo la joven—. Nos está sondeando: busca un punto débil, un paso mal defendido. Si no lo encuentra, cerrará los dedos para formar un puño, y lo intentará crear. —Brienne encogió los hombros—. Eso es lo que haría yo en su lugar. —Puso la

mano en la empuñadura de la espada y le dio una palmadita, como si quisiera asegurarse de que la tenía allí.

« Si llega el caso, que los dioses se apiaden de nosotros», pensó Catelyn. Pero no había nada que pudiera hacer. La batalla de Edmure se libraba junto al río; la suya, en el interior de aquel castillo.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, hizo llamar al anciano mayordomo de su padre, Uthery des Wayn.

—Haced que le lleven una jarra de vino a ser Cleos Frey —dijo—. Tengo intención de interrogarlo pronto, y quiero que tenga la lengua bien suelta.

—Como ordenéis, mi señora.

Poco después llegó un jinete con el águila de los Mallister bordada sobre el pecho. Portaba un mensaje de lord Jason en el que se hablaba de otra escaramuza y otra victoria. Ser Flement Brax había tratado de cruzar por otro vado, seis leguas más al sur. En aquella ocasión, los Lannister, armados con lanzas cortas, avanzaron a pie por el río en formación, pero los arqueros de Mallister enviaron una lluvia de flechas en parábola por encima de sus escudos, y los escorpiones que Edmure había montado en la ribera lanzaron piedras pesadas que rompieron la formación.

—Dejaron una docena de muertos en el agua; solo dos llegaron a la orilla, y allí nos encargamos de ellos —informó el jinete. También les habló de combates corriente arriba, donde lord Karyl Vance defendía los vadíos—. Esos intentos fueron anulados de la misma manera, y nuestros enemigos pagaron un alto precio.

« Puede que Edmure sea más inteligente de lo que creía —pensó Catelyn—. Todos los señores consideraron que sus planes de batalla eran lógicos, ¿por qué estaba yo tan ciega? Mi hermano ya no es el niño pequeño que yo recuerdo. Igual que Robb».

Esperó hasta que atardeció para ir a visitar a ser Cleos Frey. Cuanto más esperase, más borracho lo encontraría. Cuando entró en la celda de la torre, ser Cleos se arrodilló, inseguro.

—Mi señora, no sabía nada de ninguna fuga. El Gnomo dijo que un Lannister debía tener una escolta Lannister, os lo juro por mi honor de caballero...

—Levantaos. —Catelyn se sentó—. Sé que un nieto de Walder Frey jamás rompería un juramento. —« A no ser que ganara algo con ello»—. Mi hermano me ha dicho que traéis una oferta de paz.

—Así es. —Ser Cleos se puso en pie. Se tambaleaba de una manera que a Catelyn le pareció muy satisfactoria.

—Contádmelo todo —ordenó, y él así lo hizo.

Cuando hubo terminado, Catelyn tenía el ceño fruncido. Edmure estaba en lo cierto: aquellas condiciones eran una locura, excepto...

—¿Lannister intercambiará a Arya y a Sansa por su hermano?

—Sí. Estaba sentado en el Trono de Hierro cuando lo juró.

—¿Ante testigos?

—Ante toda la corte, mi señora. Y ante los dioses. Se lo dije a ser Edmure, pero me respondió que no era posible, que su alteza Robb no accedería jamás.

—Os dijo la verdad. —Y ni siquiera podía decir que Robb hiciera mal. Arya y Sansa no eran más que niñas. El Matarreyes, vivo y libre, era el hombre más peligroso del reino. Aquel camino no llevaba a ninguna parte—. ¿Visteis a mis hijas? ¿Las tratan bien?

Ser Cleos titubeó.

—Sí, yo... estaban... parecían...

«Está tratando de inventar una mentira, pero el vino lo atonta», comprendió Catelyn.

—Ser Cleos —dijo con voz fría—, cuando vuestra hombres intentaron traicionarnos, perdisteis los derechos que os concedía el estandarte de paz. Si me mentís, juro que os haré colgar en los muros junto a los otros, podéis estar seguro. Os lo preguntaré una vez más: ¿visteis a mis hijas?

El hombre tenía la frente empapada de sudor.

—Vi a Sansa en la corte el día que Tyrion me transmitió las condiciones de la oferta de paz. Estaba muy hermosa, mi señora. Quizás un poco... pálida. En realidad, demacrada.

«A Sansa, pero no a Arya». Aquello podía significar cualquier cosa. Arya siempre había sido más difícil de controlar. Tal vez Cersei no quería que la vieran en la corte, por miedo a lo que pudiera hacer o decir. Tal vez la tuvieran encerrada, para que nadie la viera. «O tal vez la han matado». Catelyn trató de no pensar en aquello.

—Decís que la oferta de paz es de Tyrion... pero Cersei es la reina regente.

—Tyrion hablaba en nombre de los dos. La reina no estaba presente. Aquel día se encontraba indisposta, según me dijeron.

—Es curioso. —Catelyn recordó el espantoso viaje por las montañas de la Luna, y cómo Tyrion Lannister había conseguido seducir a aquel mercenario para que dejara de estar a su servicio y fuera leal a él. «El enano es demasiado astuto. —No sabía cómo había sobrevivido al viaje por el camino alto después de que Lysa lo echara del Valle, pero nada la sorprendía—. Al menos no tuvo nada que ver con la muerte de Ned. Y cuando los hombres de los clanes nos atacaron, corrió en mi defensa. Si pudiera confiar en su palabra...».

Abrió las manos para mirarse las cicatrices de los dedos. «Son las marcas de su puñal —se recordó—. Su puñal, en la mano del asesino al que había pagado para que matara a Bran». Aunque el enano lo había negado todo, claro. Y lo siguió negando incluso cuando Lysa lo encerró en una de las celdas del cielo y lo amenazó con la puerta de la Luna.

—Mintió —dijo al tiempo que se levantaba bruscamente—. Los Lannister son

unos mentirosos, del primero al último, y el enano es el peor de todos. El asesino iba armado con su cuchillo.

—No sé nada de ningún... —Ser Cleos la miraba fijamente.

—No sabéis nada —reconoció. Y salió de la celda. Brienne la siguió en silencio. «Para ella es mucho más fácil», pensó Catelyn con un agujonazo de envidia. En aquel sentido era igual que un hombre. Para los hombres, la respuesta siempre era la misma, y por lo general implicaba una espada. Para las mujeres, para las madres, el camino era más duro y difícil de discernir.

Cenó tarde en la sala principal junto con toda su guarnición, para transmitirle todo el valor que pudiera. Rymund de las Rimas cantó durante todo el banquete, así que Catelyn no tuvo que hablar. Terminó el recital con la canción que había compuesto en honor a la victoria de Robb en Cruce de Bueyes. «Y las estrellas de la noche fueron los ojos de sus lobos, y el viento mismo fue su canción». Entre verso y verso, Rymund echaba la cabeza hacia atrás y aullaba, y al final, la mitad de los presentes aullaba también, incluso Desmond Grell, que había bebido demasiado. Las voces despertaban ecos en las vigas.

«Que canten, si eso les da valor», pensó Catelyn, que no hacía más que juguetear con su copa de plata.

—En el Castillo del Atardecer, cuando yo era niña, siempre había un bardo —dijo Brienne en voz baja—. Yo me aprendía todas las canciones de memoria.

—Igual que Sansa, aunque la verdad es que a Invernalia llegaban pocos bardos, porque estaba muy al norte. —«Y yo le dije que en la corte habría bardos. Le dije que oiría todo tipo de música, que su padre le buscaría un maestro para que la enseñara a tocar el arpa. Los dioses me perdonen».

—Hubo una vez una mujer... —siguió Brienne—. Venía de algún lugar del otro lado del mar Angosto. No sé en qué idioma cantaba, pero tenía una voz tan hermosa como su rostro. Sus ojos eran del color de las ciruelas, y su cintura, tan fina que mi padre se la podía rodear con las manos. Tenía unas manos casi tan grandes como las mías, claro. —Apretó los dedos largos y gruesos, como si quisiera esconderlos.

—¿Cantabais para vuestro padre? —preguntó Catelyn.

Brienne hizo un gesto de negación con la cabeza, sin apartar la vista del pan relleno de guiso, como si esperase encontrar alguna respuesta en la salsa.

—¿Y para lord Renly?

La muchacha se puso roja.

—No, jamás... Su bufón... me gastaba bromas muy crueles de vez en cuando, y no...

—Algún día tenéis que cantar para mí.

—No... Por favor, mi señora, no tengo talento. —Brienne se levantó—. Perdonadme. Pido permiso para retirarme.

Catelyn asintió. La muchacha desgarbada salió del salón a largas zancadas,

sin que nadie se fijara en ella en medio del jolgorio general. « Que los dioses la acompañen», pensó al tiempo que, desganada, volvía a centrarse en la cena.

Pasaron tres días antes de que llegara el golpe que había predicho Brienne, y cinco antes de que se enterasen. Catelyn estaba sentada al lado de su padre cuando llegó el mensajero de Edmure. Tenía la armadura abollada, las botas llenas de polvo y un desgarrón en la casaca, pero la expresión de su rostro cuando se arrodilló ante ella bastó para que supiera que traía buenas noticias.

—Victoria, mi señora.

Le tendió la carta de Edmure. Las manos de Catelyn temblaban al romper el sello.

Según decía su hermano, lord Tywin había tratado de cruzar por la fuerza una docena de vados diferentes, pero en todas las ocasiones lo obligaron a retroceder. Lord Lefford se había ahogado; el caballero Crakehall, llamado Jabalí, estaba prisionero; ser Addam Marbrand había tenido que retirarse tres veces... pero la batalla más encarnizada tuvo lugar en Molino de Piedra, donde ser Gregor Clegane había encabezado el ataque. Perdió tantos hombres y tantos caballos que los cadáveres estuvieron a punto de represar el curso del río. Al final, la Montaña consiguió llegar a la orilla oeste con un puñado de sus mejores hombres, pero en aquel momento, Edmure lanzó a sus reservas contra ellos, con lo que los obligaron a retroceder en desbandada, derrotados y malheridos. El propio ser Gregor había perdido su caballo, y tuvo que volver a cruzar el Forca Roja sangrando por una docena de heridas, mientras caía sobre él una lluvia de flechas y piedras.

« No cruzarán, Cat —había garabateado Edmure—. Lord Tywin avanza hacia el sudeste. Puede que sea una estratagema, o una retirada en toda regla, pero no importa. No cruzarán, te lo juro» .

Ser Desmond Grell estaba eufórico.

—Ah, ojalá hubiera estado con él —dijo el anciano caballero cuando Catelyn le leyó la carta—. ¿Dónde estará ese imbécil de Rymund? De aquí hay que sacar una canción, por los dioses que sí, y hasta Edmure la querrá oír. « El molino que molió la montaña» . Casi podría escribirla yo, si tuviera el talento de un bardo.

—No quiero saber nada de canciones hasta que acaben las batallas —replicó Catelyn, quizá con excesiva brusquedad.

Pero permitió que ser Desmond hiciera correr la voz, y asintió cuando le propuso abrir unos cuantos barriles de vino en honor a Molino de Piedra. En Aguas dulces, los ánimos estaban por los suelos y la tensión se palpaba; a todos les sentaría bien un poco de vino y de esperanza. Aquella noche, los sonidos de la celebración resonaron en todo el castillo.

—¡Aguas dulces! —gritaban los campesinos—. ¡Tully! ¡Tully!

Habían llegado allí asustados e indefensos, y su hermano los dejó entrar cuando la mayoría de los señores les habría cerrado las puertas. Sus

aclamaciones se filtraban por las ventanas, y se colaban por debajo de las pesadas puertas de secuoya. Rymund tocaba la lira acompañado por un par de tamborileros y un joven con un caramillo. Catelyn oía risas infantiles y la charla emocionada de los muchachitos novatos que su hermano había dejado como guarnición. Eran sonidos agradables... pero no la conmovían. No conseguía compartir su felicidad.

En las estancias de su padre encontró un gran libro de mapas encuadrernado en piel, y lo abrió para estudiar las tierras de los ríos. Localizó el Forca Roja, y siguió su curso a la titilante luz de la vela. «Avanza hacia el sudeste», pensó. Seguramente a aquellas alturas ya habría llegado a la cabecera del río Aguasnegras.

Cerró el libro, todavía más inquieta que antes. Los dioses les habían concedido una victoria tras otra. En Molino de Piedra, en Cruce de Bueyes, en la batalla de los Campamentos, en el bosque Susurrante...

«Pero, si estamos ganando, ¿cómo es que tengo tanto miedo?».

El sonido fue apenas un leve tintineo y el raspar del acero contra la piedra. Alzó la cabeza, que tenía apoyada sobre las patas delanteras, levantó las orejas y olfateó el aire de la noche.

La lluvia nocturna había despertado un centenar de olores adormecidos; los había madurado y les había devuelto su fuerza. Hierba y zarzal, moras aplastadas en el suelo, barro, gusanos, hojas podridas, una rata que correteaba entre los arbustos... Le llegó el olor negro y desigual del pelaje de su hermano, y otro más penetrante y cobrizo, el de la sangre de la ardilla que había matado. Por las ramas de los árboles se movían otras ardillas que oían a pelo mojado y a miedo, y arañaban la corteza de los árboles con sus patitas. El sonido había sido muy semejante a aquel.

Lo volvió a oír, un tintineo y un chirrido. Se puso en pie. Irguió las orejas y levantó la cola. Lanzó un aullido, un sonido largo, profundo y estremecedor, capaz de despertar a los durmientes, pero los montones de hombre-roca estaban oscuros y muertos. Una noche tranquila y húmeda, una noche que mantenía a los hombres en sus agujeros. La lluvia había cesado, pero los hombres seguían refugiados de la humedad, agrupados junto a los fuegos de sus cuevas de piedras amontonadas.

Su hermano apareció entre los árboles; se movía casi con tanto sigilo como el otro hermano al que recordaba remotamente, el blanco de los ojos de sangre. Los ojos de este hermano eran estanques de sombras, pero el pelaje de su cuello estaba erizado. Él también había oído los sonidos, y sabía que significaban que había un peligro inminente.

Se oyeron de nuevo el tintineo y el chirrido, seguidos en esta ocasión por el movimiento suave y rápido de los pies de piel sobre la piedra. El viento le llevó un jirón de olor-hombre que no conocía. «Desconocido. Peligro. Muerte».

Corrió hacia el sonido, seguido por su hermano. Las guardias de piedra se alzaban ante ellos, con muros húmedos y resbaladizos. Mostró los dientes, pero el hombre-roca no se fijó. Ante ellos se alzaba imponente una puerta, con una serpiente de hierro negro enroscada en torno a los barrotes. Chocó contra ella, la puerta se estremeció, y la serpiente reptó, tintineó y resistió. A través de los barrotes vio la larga madriguera de piedra que discurría entre las murallas, hasta el patio también de piedra, pero no había manera de pasar. Lo único que podía meter entre los barrotes era el hocico. Su hermano y él habían intentado muchas veces romper a dentelladas los huesos negros de la verja, pero eran duros. También habían tratado de excavar, para pasar por debajo, pero había grandes piedras lisas, medio cubiertas de tierra y hojas caídas.

Paseó una y otra vez por delante de la verja, sin dejar de gruñir, y se lanzó contra ella de nuevo. Consiguió moverla un poco, pero no cedió. «Cerrada —le

susurró algo—. Con cadena». La voz que no oía, el olor sin olor. Los otros caminos también estaban cerrados. Cuando se abrían puertas en los muros de hombre-roca, la madera era gruesa y fuerte. No había salida.

«Sí la hay», le dijo la voz susurrante, y fue como si pudiera ver la sombra de un gran árbol cubierto de agujas, que brotaba inclinado de la tierra negra y se alzaba con la altura de diez hombres. Pero al mirar a su alrededor no lo vio. «Al otro lado del bosque de dioses, el centinela, corre, corre...».

A través de la oscuridad de la noche le llegó un grito ahogado, que se interrumpió de repente.

Deprisa, deprisa, volvió corriendo hacia los árboles; las hojas húmedas crujían bajo sus patas y las ramas lo azotaban al pasar. Oía las pisadas de su hermano, que lo seguía de cerca. Pasaron junto al árbol corazón y rodearon el estanque frío, atravesaron las zarzas, cruzaron entre robles, fresnos y espinos, llegaron al otro lado del bosque... Y allí estaba, era la sombra que había divisado sin llegar a verla, el árbol inclinado que señalaba hacia los tejados. «Centinela», le llegó el pensamiento, como un rumor.

Recordaba cómo había trepado por él. Las agujas que le arañaban la piel del rostro y le caían sobre el cuello, la resina pegajosa en las manos, el olor intenso y penetrante. Era un árbol al que un niño podía trepar sin dificultades, porque estaba muy inclinado, con las ramas tan juntas que casi formaban una escalerilla que iba a dar al tejado.

Gruñó, olfateó el pie del árbol, levantó la pata y lo marcó con un chorro de orina. Una rama baja le rozó la cara, y él le lanzó una dentellada, la retorció y tiró de ella hasta que la madera crujió y se rompió. Se encontró con la boca llena de agujas y del sabor amargo de la savia. Sacudió la cabeza y gruñó otra vez.

Su hermano se sentó sobre los cuartos traseros, echó la cabeza hacia atrás y lanzó un aullido ululante, un cántico negro impregnado de dolor. El camino no era camino. Ellos no eran ardillas, ni cachorros de hombre, no podían trepar por los troncos de los árboles ni agarrarse con zarpas blandas rosadas, con pezuñas torpes. Ellos eran corredores, cazadores, merodeadores.

En medio de la noche, más allá de la cerca de piedra que los encerraba, los perros despertaron y empezaron a ladrar. Primero uno, luego otro, al final todos en un clamor que ensordecía; ellos también lo habían oido. Era el olor a enemigos, a miedo.

Una furia desesperada lo invadió, ardiente como el hambre. Se alejó del muro, saltó entre los árboles, las sombras de las ramas y las hojas moteaban su pelaje gris... y entonces dio media vuelta y regresó a toda velocidad. Sus patas levantaban del suelo las hojas húmedas y las agujas de pino, y durante un instante fue un cazador, y un venado astado huía de él, y él lo veía, lo olía, lo perseguía... El olor del miedo le aceleraba el corazón; la saliva le chorreaba de las mandíbulas. Llegó al árbol caído y se lanzó tronco arriba, lanzando zarpazos

contra la corteza. Saltó una vez, dos, tres, casi sin aminorar la velocidad, hasta que se encontró en las ramas más bajas. Las ramitas se le enredaban en las patas y le azotaban los ojos; las agujas color verde grisáceo caían a su paso. Tenía que ir más despacio. Algo le trabó una pata, y tuvo que liberarse con un gruñido. Bajo él, el tronco era cada vez más estrecho; la pendiente, más empinada, casi vertical, y húmeda. La corteza se rompía ante sus zarpazos como si fuera piel frágil. Estaba a un tercio de la cima, a la mitad, más, el tejado estaba casi a su alcance... y entonces pisó con una pata y sintió cómo resbalaba por la curva de la madera húmeda, y de repente se deslizaba, trastabillaba. Lanzó un aullido de miedo y rabia, caía, caía, se retorció, el suelo se precipitaba hacia él para quebrarlo...

Y de pronto Bran volvía a estar en la cama, en la soledad de la habitación de la torre, jadeante y con las mantas revueltas.

—¡Verano! —llamó a gritos—. ¡Verano!

Sentía algo parecido al dolor en el hombro, como si hubiera caído sobre él, pero sabía que no era más que la sombra de lo que sentía el lobo.

«Jojen decía la verdad. Soy un hombre bestia. —En el exterior se oían los ladridos lejanos de los perros—. El mar ha llegado. Está entrando por encima de los muros, como vio Jojen». Bran se agarró a la barra clavada sobre su cabeza, se incorporó y pidió ayuda a gritos. No acudió nadie, y tardó un momento en recordar por qué. Habían quitado al guardia de su puerta. Ser Rodrik necesitaba a todos los hombres en edad de combatir, de modo que en Invernalia había quedado una guarnición simbólica.

El resto se había ido hacía ya ocho días: seiscientos hombres de Invernalia y de las fortalezas más próximas. Cley Cerwyn se les uniría por el camino con trescientos hombres más, y el maestre Luwin había enviado cuervos por delante para solicitar tropas de refresco en Puerto Blanco, en los Túmulos y hasta en los lugares más adentrados en el bosque de los Lobos. Un guerrero monstruoso llamado Dagmer Barbarrota estaba atacando la Ciudadela de Torrhen. La Vieja Tata contaba que era inmortal, que una vez, un enemigo le había cortado la cabeza en dos con un hacha, pero Dagmer era tan fiero que se juntó las dos mitades con las manos y se las sujetó hasta que se le curaron.

«A lo mejor Dagmer ha ganado». La Ciudadela de Torrhen estaba a muchos días de viaje de Invernalia; aun así...

Bran se bajó de la cama y se desplazó con la ayuda de las barras hasta llegar a la ventana. Palpó a ciegas hasta que consiguió abrir los postigos. El patio estaba desierto, y todas las ventanas que divisaba se encontraban a oscuras. Invernalia dormía.

—¡Hodor! —gritó con todas sus fuerzas. Seguramente, Hodor estaría durmiendo sobre los establos, pero si chillaba muy alto, a lo mejor lo oía, o lo oía alguien, quien fuera—. ¡Hodor, ven, corre! ¡Osha! ¡Meera, Jojen, venid! —Bran

se puso las manos en torno a la boca para hacer bocina—. ¡Hooodoor!

Pero cuando la puerta se abrió de golpe a su espalda, el hombre que entró era un completo desconocido para Bran. Vestía un jubón de cuero con discos de hierro superpuestos, y llevaba un puñal en una mano y un hacha a la espalda.

—¿Qué quieres? —preguntó Bran, asustado—. Esta es mi habitación. Sal de aquí.

Theon Greyjoy fue el siguiente en entrar.

—No venimos a hacerte daño, Bran.

—¿Theon? —Bran sintió que se mareaba de puro alivio—. ¿Te ha mandado Robb? ¿Ha venido él también?

—Robb está muy lejos. Ahora no puede ayudarte.

—¿Ayudarme? —Estaba muy confuso—. No me asustes, Theon.

—Ahora soy el príncipe Theon. Los dos somos príncipes, Bran. ¿Quién lo habría dicho? Pero yo me he apoderado de tu castillo, mi príncipe.

—¿De Invernalia? —Bran sacudió la cabeza—. ¡No puedes quedarte con Invernalia!

—Sal de aquí, Werlag. —El hombre del puñal se retiró. Theon se sentó en la cama—. Hice que cuatro hombres saltaran los muros con garfios y cuerdas, y que nos abrieran una poterna a los demás. En estos momentos, mis hombres se están ocupando de los tuyos. Invernalia está en mis manos, te lo garantizo.

—Pero si eres el pupilo de mi padre! —Bran no lo comprendía.

—Pues ahora tu hermano y tú sois mis pupilos. En cuanto termine la batalla, mis hombres reunirán a los que queden de los tuyos en la sala principal. Tú y yo les dirigiremos la palabra. Les dirás que te rindes y que me entregas Invernalia, y les ordenarás que sirvan y obedezcan a su nuevo señor tal como hacían con el anterior.

—Ni hablar —replicó Bran—. Lucharemos y te echaremos de aquí. No me rendido, y no voy a decir que me rindo.

—Esto no es ningún juego, Bran. Deja de hacer chiquilladas; no te las voy a consentir. El castillo está en mi poder, pero sus ocupantes siguen obedeciéndote a ti. Si el príncipe no quiere que mueran, lo mejor será que haga lo que le digo. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Vendrá alguien a vestirte y llevarte a la sala principal. Piensa bien qué vas a decir.

La espera hizo que Bran se sintiera más impotente que nunca. Se quedó sentado junto a la ventana, contemplando las torres oscuras y los muros negros como las sombras. En cierta ocasión le pareció oír gritos más allá de la sala de la guardia, y algo que tal vez fuera el chocar de espadas, pero no tenía el oído de Verano, ni tampoco su olfato. «Cuando despierto sigo estando roto, pero cuando duermo, cuando soy Verano, puedo correr, pelear, oír, oler...».

Pensaba que quien iría a buscarlo sería Hodor, o tal vez alguna criada, pero cuando se abrió la puerta, el que entró fue el maestre Luwin, con una vela en la

mano.

—Bran —dijo—. ¡Sabes... qué ha pasado? ¡Te lo han dicho?

Tenía una herida encima del ojo izquierdo, y le corría la sangre por aquel lado de la cara.

—Ha venido Theon. Ha dicho que ahora Invernalia es suya.

El maestre dejó la vela y se limpió la sangre de la mejilla.

—Cruzaron el foso a nado. Escalaron los muros con garfios y cuerdas. Llegaron empapados, chorreando, con el acero en la mano. —Se sentó en la silla situada junto a la puerta. Le seguía saliendo sangre del corte, sobre la ceja—. Barrigón estaba de guardia, lo sorprendieron en el portón y lo mataron. Pelopaja también está herido. Me dio tiempo a enviar dos cuervos antes de que irrumpieran. El pájaro que iba a Puerto Blanco consiguió escapar, pero al otro lo atravesaron con una flecha. —El maestre no apartaba la vista de las alfombras —. Ser Rodrik se llevó a demasiados de nuestros hombres, pero yo tengo tanta culpa como él. No imaginaba que corriéramos peligro, no supe ver...

«Jojen sí lo vio», pensó Bran.

—Me tenéis que ayudar a vestirme.

—Sí, sí. —Al pie de la cama de Bran había un arcón muy pesado con refuerzos de hierro, del que el maestre sacó ropa interior, unos calzones y una túnica—. Eres el Stark de Invernalia, y el heredero de Robb. Debes vestir como un príncipe. —Empezó a ataviarlo como correspondía a un señor.

—Theon quiere que rinda el castillo —dijo Bran mientras el maestre le sujetaba la capa con su broche favorito, de plata y azabache, en forma de cabeza de lobo.

—No es ninguna deshonra. Un buen señor debe proteger a los suyos. De los lugares crueles nacen personas crueles, Bran; no lo olvides cuando trates con esos hombres del hierro. Tu señor padre hizo lo que pudo para suavizar a Theon, pero llegó tarde, y no fue suficiente.

El hombre del hierro que fue a buscarlos era achaparrado y grueso, con una barba negra como el carbón que le llegaba casi hasta la barriga. Cargó al niño con facilidad, aunque no parecía nada satisfecho con la tarea que le habían encomendado.

El dormitorio de Rickon estaba escaleras abajo. El pequeño de cuatro años estaba de mal humor, porque lo habían despertado.

—Quiero que venga mi madre —dijo—. Que venga ya. Y Peludo también.

—Tu madre está muy lejos, mi príncipe —dijo el maestre Luwin mientras le ponía una túnica—. Pero yo estoy aquí, y Bran también.

Cogió a Rickon de la mano y salió con él. Al llegar abajo se encontraron con Meera y Jojen, a los que un hombre calvo con una lanza que era vara y media más alta que él había hecho salir de su habitación. Jojen miró a Bran con unos ojos verdes que eran estanques de lástima. Otro hombre del hierro había

despertado a los Frey.

—Tu hermano ha perdido su reino —le dijo Walder el Pequeño a Bran—. Ya no eres príncipe, solo un rehén.

—Igual que tú —dijo Jojen—. Y yo, y todos nosotros.

—No hablaba contigo, comerranas.

Uno de los hombres del hierro los precedía, con una antorcha en la mano, pero había empezado a llover de nuevo, y pronto se le apagó. Mientras cruzaban el patio a toda prisa, les llegaron los aullidos de los lobos huargo en el bosque de dioses.

« Espero que Verano no se haya hecho daño al caerse del árbol» .

Theon Greyjoy estaba sentado en el trono de los Stark. Se había quitado la capa. Sobre la cota de malla llevaba un chaleco negro adornado con el kraken dorado que era el blasón de su casa. Tenía las manos apoyadas sobre las cabezas de lobos talladas al final de los anchos brazos de piedra del trono.

—Theon se ha sentado en la silla de Robb —dijo Rickon.

—Calla, Rickon.

Bran percibía el peligro que los rodeaba, pero su hermano era demasiado pequeño. Habían encendido unas cuantas antorchas, pero la mayor parte de la sala estaba a oscuras. No tenían dónde sentarse, porque los bancos estaban amontonados contra las paredes, de manera que los habitantes del castillo se encontraban de pie, en pequeños grupos, sin atreverse a hablar. Vio a la Vieja Tata, que no paraba de abrir y cerrar la boca desdentada. Dos de los guardias sostenían a Pelopaja, con el pecho envuelto en una venda ensangrentada. Tym Carapicada sollozaba inconsolable, y Beth Cassel lloraba de miedo.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó Theon al ver a los Reed y a los Frey.

—Esos dos de ahí son los pupilos de lady Catelyn. Ambos se llaman igual: Walder Frey —le respondió el maestre Luwin—. Y esos otros dos son Jojen Reed y su hermana Meera, hijos de Howland Reed, de la Atalaya de Aguasgrises, que vinieron a renovar sus juramentos de lealtad a Invernalia.

—Hay quien diría que eligieron un mal momento —replicó Theon—. Pero no yo. Aquí estáis y aquí os vais a quedar. —Se levantó del trono—. Trae al príncipe, Lorren.

El hombre de la barba negra soltó a Bran sobre el asiento de piedra como si fuera un saco.

A la sala principal seguían llegando habitantes del castillo, azuzados entre gritos y golpes de las astas de las lanzas. Gage y Osha subieron de las cocinas, todavía cubiertos de la harina con la que estaban preparando el pan para aquella mañana. A Mikken lo hicieron entrar entre maldiciones. Farlen llegó cojeando, esforzándose por ayudar a Palla. A ella le habían desgarrado el vestido; se lo sujetaba con el puño muy apretado, y caminaba como si cada paso supusiera una auténtica agonía. El septón Chayle corrió a ayudarlos, pero uno de los

hombres del hierro se interpuso y lo derribó.

El último en cruzar las puertas fue Hediondo, el prisionero, cuya peste acre lo precedió. A Bran se le revolvió el estómago ante aquel olor.

—Este estaba encerrado en una celda de la torre —anunció el que lo escoltaba, un joven imberbe de pelo color jengibre y ropa empapada, sin duda uno de los que habían cruzado el foso a nado—. Dice que lo llaman Hediondo.

—¿Por qué será? —comentó Theon, sonriente—. ¿Siempre hueles tan mal, o es que te acabas de follar un cerdo?

—No he follado desde que me capturaron, mi señor. Mi verdadero nombre es Heke. Estaba al servicio del bastardo de Fuerte Terror, hasta que los Stark le clavaron una flecha en la espalda a modo de regalo de bodas.

A Theon aquello le pareció muy divertido.

—¿Con quién se casó?

—Con la viuda de Hornwood, mi señor.

—¿Con esa vieja? ¿Acaso estaba ciego? Si tiene las tetas como odres vacíos, secas y marchitas.

—No se casó con ella por sus tetas, mi señor.

Los hombres del hierro cerraron las puertas de entrada de la sala. Desde el trono, Bran alcanzaba a ver a unos veinte de ellos. « Seguro que ha dejado a más de guardia en la muralla y en la armería ». Aun así, no serían más de una treintena.

Theon alzó las manos para pedir silencio.

—Ya sabéis quién soy.

—¡Sí, sabemos que eres un saco de mierda! —gritó Mikken antes de que el calvo lo golpeara en el vientre con el asta de la lanza, y luego lo golpeara en pleno rostro.

El herrero cayó de rodillas y escupió un diente.

—¡Guarda silencio, Mikken! —Bran había tratado de poner voz firme y señorial, la misma que ponía Robb siempre que daba órdenes, pero la garganta lo traicionó, y las palabras le salieron agudas y chillonas.

—Presta atención a tu joven señor, Mikken —dijo Theon—. Tiene más sentido común que tú.

« Un buen señor debe proteger a los suyos », se recordó.

—He rendido Invernalia a Theon.

—Más alto, Bran. Y llámame *príncipe*.

—He rendido Invernalia al *príncipe* Theon —dijo el chico alzando la voz—. Todos debéis hacer lo que os ordene.

—¡Y una mierda! —rugió Mikken.

Theon hizo caso omiso del exabrupto.

—Mi padre se ha puesto la antigua corona de sal y roca, y se ha declarado rey de las islas del Hierro. También reclama el Norte por derecho de conquista.

Todos sois sus súbditos.

—¡Que te den por culo! —Mikken se limpió la sangre de la boca—. Yo sirvo a los Stark, no a un calamar traidor como... ¡aaah! —El asta de la lanza le hizo golpear el rostro contra el suelo de piedra.

—Los herreros tienen brazos fuertes, pero cabezas más bien flojas —observó Theon—. Si los demás me servís con tanta lealtad como servisteis a Ned Stark, no tardaréis en ver que soy un señor generoso.

Mikken, caido sobre las manos y las rodillas, escupió sangre. « No, por favor, calla», deseó Bran con todas sus fuerzas. Pero el herrero volvió a alzar la voz.

—Si crees que vas a conquistar el norte con este ejército de pacotilla, no...

El hombre calvo le metió la lanza por la nuca. El acero atravesó la carne y le salió por la garganta con un surtidor de sangre. Una mujer lanzó un grito, y Meera rodeó a Rickon con los brazos.

« En sangre. Se ha ahogado en sangre —pensó Bran como en medio de una bruma—. En su sangre» .

—¿Quién más quiere decir algo? —preguntó Theon Greyjoy.

—¡Hodor, Hodor, Hodor! —gritó Hodor con los ojos muy abiertos.

—Que alguien tenga la bondad de hacer callar a ese imbécil.

Dos hombres del hierro empezaron a golpear a Hodor con las astas de las lanzas. El mozo de cuadras se dejó caer al suelo y trató de protegerse con las manos.

—Seré tan buen señor como lo fue Eddard Stark —Theon tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del ruido de la madera contra la carne—. Pero si me traicionáis, os arrepentiréis, lo prometo. Y no creáis que estos hombres que veis son todo mi ejército. Pronto tendremos en nuestro poder también la Ciudadela de Torrhen y Bosquespeso, y mi tío está remontando el Lanza de Sal para apoderarse de Foso Cailin. Si Robb Stark puede con los Lannister, que reine en el Tridente, pero la casa Greyjoy domina ahora el norte.

—Los vasallos de los Stark lucharán contra vos —dijo el llamado Hediondo—. Ese cerdo gordo de Puerto Blanco, para empezar, y también los Umber y los Karstark. Os harán falta hombres. Liberadme y os serviré.

Theon valoró la posibilidad durante un momento.

—Tienes mejor cerebro que olor. Pero no aguantaría tu peste a mi lado.

—Bueno —replicó Hediondo—, podría lavarme un poco. Si estuviera libre.

—Me gusta tu sentido común —sonrió Theon—. Arrodillate.

Uno de los hombres del hierro le entregó a Hediondo una espada. Este la puso a los pies de Theon, y juró obediencia a la casa Greyjoy y al rey Balon. Bran no quiso mirar. El sueño verde se estaba haciendo realidad.

Osha dio un paso al frente, al lado del cadáver de Mikken.

—¡Mi señor Greyjoy! A mí también me trajeron aquí como prisionera. Lo sabéis, estabais aquí cuando me cogieron.

« Creía que eras mi amiga», pensó Bran, dolido.

—Necesito guerreros —declaró Theon—, no mozas de cocina.

—El que me metió en las cocinas fue Robb Stark. Llevo casi un año fregando cazuelas, limpiando grasa y calentándole el jergón a este. —Echó una mirada de soslayo en dirección a Gage—. Ya estoy harta. Volved a ponerme una lanza en la mano.

—Esta es la lanza que te daría yo —dijo el que había matado a Mikken, sonriente, al tiempo que se agarraba la entrepierna.

Osha le clavó una rodilla huesuda entre las piernas.

—Tú quédate con esa cosa blanda y rosada. —Le quitó la lanza de las manos y lo derribó con el asta—. Yo me llevo la de hierro y madera.

El calvo se retorcía de dolor en el suelo, mientras el resto de los saqueadores reía a carcajadas. Theon también se reía.

—Me parece bien —dijo—. Quédate con la lanza; Stygg ya se buscará otra. Ahora, arrodillate y haz el juramento.

Cuando no quedó nadie que se adelantara para jurar lealtad, Theon los despidió a todos con instrucciones de seguir con su trabajo y no causar problemas. A Hodor le encomendaron la tarea de llevar a Bran de vuelta a su cama. Tenía el rostro horrible tras la paliza, con la nariz hinchada y un ojo cerrado.

—Hodor —sollozó entre los labios destrozados al tiempo que cogía a Bran entre sus enormes brazos, con las manos llenas de sangre, y salía con él a la mañana lluviosa.

—Aquí hay fantasmas, te lo digo yo. —Pastel Caliente estaba amasando pan; tenía los brazos llenos de harina hasta los codos—. La otra noche, Pia vio algo en la despensa.

Arya hizo un ruido un tanto grosero. Pia siempre estaba viendo algo en la despensa. Generalmente hombres.

—¿Me das un pastel? —pidió—. Has horneado una bandeja entera.

—Necesito una bandeja entera. A ser Amory le gustan mucho.

—Vamos a escupir en ellos. —Arya odiaba a ser Amory.

Pastel Caliente lanzó una mirada temerosa a su alrededor. Las cocinas estaban llenas de sombras y ecos, pero los demás cocineros y pinches dormían en los inmensos altillos que había sobre los hornos.

—Se va a dar cuenta.

—Qué va —replicó Arya—. Los escupitajos no saben a nada.

—Si se da cuenta, me hará azotar. —Pastel Caliente dejó de amasar—. Además, no tendrías que estar aquí. Es muy tarde.

Era cierto, pero a Arya no le importaba. Las cocinas nunca estaban desiertas ni en lo más oscuro de la noche; siempre había alguien amasando pan para que estuviera listo por la mañana, o removiendo el contenido de una cazuela con un cucharón de madera, o partiendo un cerdo para que ser Amory tuviera tocino para desayunar. Aquella noche le había tocado a Pastel Caliente.

—Si Ojorrojo se despierta y ve que te has ido... —titubeó el chico.

—Una vez se ha desmayado, Ojorrojo no se despierta nunca.

En realidad se llamaba Mebble, pero todo el mundo lo llamaba Ojorrojo, porque los ojos le lloraban sin parar. Todas las mañanas desayunaba cerveza, y todas las noches caía dormido, ebrio, después de cenar, mientras un reguerillo de saliva color vino le corría por la barbilla. Arya esperaba hasta que lo oía roncar, y se deslizaba descalza por las escaleras de los sirvientes, tan silenciosa como el ratón que había sido. No llevaba vela ni ningún tipo de luz. En cierta ocasión, Syrio le había dicho que la oscuridad podía ser su amiga, y tenía razón. Si había luna y estrellas, a Arya le bastaba.

—Seguro que nos podríamos escapar, y Ojorrojo no se daría ni cuenta —le comentó a Pastel Caliente.

—Yo no me quiero escapar. Aquí se está mejor que en el bosque. No quiero comer gusanos. Oye, espolvorea un poco de harina en la mesa.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Arya, inclinando la cabeza hacia un lado.

—¿El qué? No he...

—Escucha con los oídos, no con la boca. Ha sido un cuerno de guerra. Dos llamadas, ¿no lo has oído? Y eso que suena ahora son las cadenas del rastrillo: alguien viene, o alguien va a salir. ¿Quieres que vayamos a ver?

Las puertas de Harrenhal habían permanecido cerradas desde la mañana en que lord Tywin se puso en marcha con su ejército.

—Estoy preparando el pan para el desayuno —protestó Pastel Caliente—. Además, no me gusta la oscuridad, ya te lo he dicho.

—Pues yo sí voy. Luego te contaré. ¿Me das un pastel?

—No.

Sin hacerle caso, cogió un pastel y se lo fue comiendo por el camino. Era hojaldrado, relleno de nueces picadas, fruta y queso, y todavía estaba caliente. El hecho de comerse el pastel de ser Amory hacía que Arya se sintiera valiente.

« Pies descalzos, pies seguros, pies ligeros —canturreó entre dientes—. Yo soy el fantasma de Harrenhal» .

El sonido del cuerno había despertado al castillo; los hombres salían al patio para ver a qué se debía el ruido. Arya se fundió con el gentío. Una fila de carromatos tirados por bueyes entraba en aquel momento por debajo del rastrillo. Enseguida comprendió que era el botín fruto del pillaje. Los jinetes que daban escolta a los carromatos hablaban en un batiburrillo de idiomas extraños. Sus armaduras brillaban a la clara luz de la luna, y Arya vio un par de aquellos caballos a rayas blancas y negras. Los Titiriteros Sangrientos. Se retiró un paso más hacia las sombras, y vio pasar un carromato con un inmenso oso negro en una jaula. También había carromatos cargados de armaduras plateadas, armas y escudos, sacos de harina, piaras de cerdos que chillaban, gallinas y perros flacos. Arya estaba tratando de recordar cuándo había comido por última vez una tajada de cerdo asado cuando se fijó en el primero de los prisioneros de la fila.

Por su porte y por la manera orgullosa de alzar la cabeza debía de ser un señor. Vio la armadura que brillaba bajo el jubón rojo desgarrado. Al principio, Arya pensó que sería un Lannister, pero cuando pasó cerca de una antorcha vio que el blasón era un puño plateado, no un león. Tenía las muñecas atadas, y una cuerda en el tobillo lo unía al hombre que lo seguía, y a este con el siguiente, de manera que la columna avanzaba en torpe formación. Muchos de los cautivos estaban heridos. Si alguno se detenia, uno de los jinetes trotaba hasta él y le daba un latigazo para que volviera a ponerse en marcha. Trató de calcular cuántos prisioneros había, pero al pasar de cincuenta perdió la cuenta. Eran al menos el doble. Tenían la ropa manchada de lodo y sangre, y a la luz de las antorchas costaba reconocer los blasones, pero Arya consiguió identificar algunos de los que vio. Torres gemelas. Sol con rayos. Hombre ensangrentado. Hacha de combate.

« El hacha de combate es de los Cerwyn, y el sol blanco sobre fondo negro es de los Karstark. Son norteños. Son los hombres de mi padre, bueno, los de Robb» . No quería ni pensar en qué podía significar aquello.

Los Titiriteros Sangrientos empezaron a descabalgar. Los mozos de cuadras, somnolientos, salieron de sus jergones para cuidar de los caballos, que tenían

espuma en la boca. Uno de los jinetes pedía cerveza a gritos. El ruido hizo que ser Amory Lorch saliera a la galería cubierta que daba al patio, flanqueado por dos hombres que portaban antorchas. Vargo Hoat, el del yelmo en forma de cabeza de cabra, tiró de las riendas de su caballo para detenerlo bajo él.

—Mi señor castellano —dijo el mercenario. Tenía la voz pastosa y ceceante, como si tuviera la lengua demasiado grande para el tamaño de su boca.

—¿Qué pasa aquí, Hoat? —preguntó ser Amory con el ceño fruncido.

—Cautivoz. Rooze Bolton intentó cruzar el río, pero miz Compañeroz Audacez lez deztrozaron la vanguardia. Mataron a muchoz, y pucieron en fuga a Bolton. Ezte ez zu ceñor comandante, Glover, y el que lo cigue ez Aenyz Frey.

Ser Amory Lorch contempló a los prisioneros con sus ojillos porcinos. A Arya le dio la sensación de que no estaba nada contento. En el castillo, todo el mundo sabía que Vargo Hoat y él se detestaban.

—Muy bien —dijo—. Ser Cadwyn, llevad a estos hombres a las mazmorras.

El señor del puño en el jubón alzó la mirada.

—Se nos prometió un trato honorable... —empezó.

—¡Cílencio! —le gritó Vargo Hoat, cubriendolo de salivilla.

—Me importa un bledo lo que os prometiera Hoat —dijo ser Amory dirigiéndose a los prisioneros—. Lord Tywin me nombró a mí castellano de Harrenhal, y haré con vosotros lo que mejor me parezca. —Hizo un gesto en dirección a sus guardias—. Llevadlos a la celda grande que hay bajo la Torre de la Viuda, allí caben todos. Y el que no quiera ir, que lo diga; no me cuesta nada mandarlo matar aquí mismo.

Mientras sus hombres se llevaban a los cautivos a punta de lanza, Arya vio a Ojorrojo, que en aquel momento subía por la escalera y parpadeaba a la luz de las antorchas. Si se daba cuenta de su ausencia, gritaría y la amenazaría con arrancarle el pellejo a latigazos, pero no le tenía miedo. No era Weese. Siempre estaba amenazando con arrancarle el pellejo a todo el mundo, pero Arya nunca le había visto dar ni un golpe. De todos modos era mejor que no la vieran. Miró a su alrededor. Los mozos estaban quitándoles los arneses a los bueyes y descargando los carros, mientras los de la Compañía Audaz pedían bebida a gritos y los curiosos se arremolinaban en torno a la jaula del oso. En medio de tanto jaleo no le costó ningún esfuerzo marcharse sin que se fijaran en ella. Regresó por donde había llegado, con la esperanza de que nadie la vieran y la pusiera a trabajar.

Aparte del patio y de los establos, el gran castillo estaba prácticamente abandonado. El ruido fue amortiguándose a medida que se alejaba. Soplaban ráfagas de viento que arrancaban un gemido agudo y trémulo de las grietas de la Torre Aullante. En el bosque de dioses, las hojas habían empezado a caer de los árboles, y susurraban sobre el suelo de los patios desiertos y los edificios vacíos. Harrenhal volvía a ser un lugar desolado, y el sonido se comportaba de manera

extraña. Unas veces parecía como si las piedras absorbieran todo el ruido, de modo que los patios parecían cubiertos por una mortaja de silencio. Otras, los ecos tenían vida propia, de manera que cada pisada se transformaba en el paso de un ejército espectral, y cada voz lejana en una muchedumbre invisible. Pero los sonidos extraños eran de las cosas que preocupaban a Pastel Caliente, no a Arya.

Silenciosa como una sombra, se deslizó rápidamente por el patio contiguo a la Torre del Miedo y cruzó las jaulas vacías, donde según las habladurías los espíritus de los halcones muertos agitaban el aire con alas fantasmales. Arya podía ir adonde quisiera. La guardería del castillo no llegaba a los cien hombres, eran tan pocos que se perdían en Harrenhal. La Sala de las Cien Chimeneas estaba clausurada desde hacía tiempo, igual que muchos de los edificios de menor importancia, y hasta la Torre Aullante. Ser Amory Lorch residía en las habitaciones del castellano en la Torre de la Pira Real, tan espaciosas como las de cualquier señor, y Arya y el resto de los criados se habían trasladado a las bodegas de la misma torre para estar siempre disponibles. Mientras lord Tywin estuvo allí, siempre había un soldado que preguntaba adónde iba una o qué estaba haciendo. Pero, como ya solo quedaban cien hombres para vigilar un millar de puertas, nadie parecía saber dónde debía estar cada cual, y tampoco les importaba.

Al pasar junto a la armería, Arya oyó los golpes del martillo en el yunque. A través de las ventanas altas se veía un brillo anaranjado. Trepó hasta el techo y miró abajo. Gendry estaba trabajando en una coraza. En ocasiones como aquella, para él solo existían el metal, el fuego y el fuego. El martillo era parte de su brazo. Arya observó cómo se le movían los músculos del pecho, y escuchó la música que arrancaba del acero.

«Es muy fuerte», pensó. Cuando el muchacho cogió unas tenazas largas para sumergir la coraza en el agua fría, Arya culebreó por la ventana y saltó para caer al suelo, a su lado.

Gendry no mostró sorpresa.

—Tendrías que estar en la cama, niña. —La coraza siseó como un gato al contacto con el agua—. ¿Qué era todo ese jaleo?

—Ha vuelto Vargo Hoat, y trae prisioneros. He visto sus blasones. Hay un Glover de Bosquespiso; es vasallo de mi padre. Y los demás también, o casi todos. —De repente, Arya supo por qué sus pies la habían llevado hasta allí—. Tienes que ayudarme a liberarlos.

Gendry se echó a reír.

—¿Se puede saber cómo vamos a hacerlo?

—Ser Amory ha dicho que los encierran en una mazmorra, en la que hay bajo la Torre de la Viuda, la que es una celda grande. Podrías derribar la puerta con el martillo...

—¿Mientras los guardias miran y hacen apuestas sobre cuántos golpes harán falta?

—Tendríamos que matar a los guardias. —Arya se mordió el labio.

—Ya me dirás cómo.

—Puede que no haya muchos.

—Con que haya dos ya basta para atraparnos a nosotros. No aprendiste nada en aquella aldea, ¿verdad? Si se te ocurre intentar algo así, Vargo Hoat te cortará las manos y los pies; eso es lo que hace con los que no le gustan. —Gendry volvió a coger las tenazas.

—Lo que pasa es que tienes miedo.

—Déjame en paz, niña.

—Gendry, hay cien norteños. Puede que más, no me dio tiempo a contarlos a todos. Son tantos como hombres tiene ser Amory. Bueno, sin contar a los Titiriteros Sangrientos, claro. Solo tenemos que sacarlos de ahí; tomarán el castillo y podremos escapar.

—Pues resulta que no vas a poder sacarlos, igual que no pudiste salvar a Lommy. —Gendry le dio la vuelta a la coraza con las tenazas para examinarla más de cerca—. Y si escapáramos, ¿adónde iríamos?

—A Invernalia —respondió al instante—. Le diré a mi madre que me has ayudado, y te podrías quedar...

—Mi señora me lo permitiría? ¿Podría herrar vuestros caballos y hacer espadas para vuestros señores hermanos?

—¡Para ya! —En ocasiones, Gendry la ponía muy furiosa.

—¿Por qué voy a arriesgar los pies por la oportunidad de sudar en Invernalia en vez de en Harrenhal? ¿Conoces al viejo Ben Pulgarnegro? Llegó aquí de niño. Fue herrero del abuelo de lady Whent, luego de su padre y después de la señora; hasta lo fue de lord Lothston, que gobernó Harrenhal antes que los Whent. Ahora es el herrero de lord Tywin, ¿y sabes qué dice? Que una espada es una espada, un yelmo es un yelmo, y si uno mete la mano en el fuego, se quema, da igual a quién sirva. Lucan es un amo aceptable. Yo me quedo aquí.

—Pues vendrá la reina y te cogerá. ¡A Ben Pulgarnegro no lo perseguían los capas doradas!

—A lo mejor tampoco me buscaban a mí.

—Te buscaban a ti y lo sabes de sobra. Eres alguien importante.

—Soy un aprendiz de herrero, y puede que algún día llegue a maestro armero... si no me da por escapar para que me corten los pies o me maten. —Le dio la espalda, volvió a coger el martillo y siguió trabajando.

—¡Al próximo yelmo que hagas, ponle orejas de mulo en vez de cuernos de toro! —le espetó Arya apretando los puños con impotencia.

Tuvo que salir corriendo para no emprenderla a golpes con él. « Seguro que ni los notaba. Cuando lo encuentren y le corten esa cabeza de mulo que tiene, se

va a arrepentir de no haberme ayudado». Además, seguro que le iría mejor sin él. Gendry había tenido la culpa de que la atraparan en la aldea.

Pensar en la aldea hizo que se acordara de la marcha, del almacén y de Cosquillas. Recordó al niño al que habían destrozado el rostro con la maza, al idiota de Siempre-con-Joffrey, a Lommy Manosverdes...

«Fui una oveja y luego fui un ratón; lo único que podía hacer era esconderme. —Arya se mordió el labio y trató de acordarse de cuándo había recuperado el valor—. Jaqen hizo que fuera valiente de nuevo. Hizo de mí un fantasma, en vez de un ratón».

Desde la muerte de Weese había tratado de evitar al lorathi. Lo de Chiswyck había sido fácil; cualquiera podía empujar a alguien del adarve, pero Weese había criado a aquella perra desagradable desde que era un cachorro, y solo la magia negra podía haber provocado que se volviera contra él.

«Yoren encontró a Jaqen en una celda negra, igual que a Rorge y Mordedor —recordó—. Jaqen debió de hacer algo espantoso, y Yoren lo sabía, por eso lo tenía siempre encadenado». Si el lorathi era un mago, quizás Rorge y Mordedor no fueran hombres, sino demonios a los que había invocado de algún infierno.

Jaqen todavía le debía una muerte. En las historias que les solía contar la Vieja Tata sobre hombres a los que un duende concedía deseos mágicos, había que tener mucho cuidado con el tercero, porque era el último. Chiswycky Weese no eran muy importantes. «La última muerte tiene que ser otra cosa», se decía Arya todas las noches al susurrar su lista de nombres. Pero ya no estaba tan segura de que aquella fuera la razón de sus vacilaciones. Mientras pudiera matar con una palabra, Arya no tenía que temer a nadie... pero, en cuanto utilizara la última muerte, volvería a ser un ratón.

Ojorrojo estaba despierto, así que no se atrevía a volver a su catre. Tampoco sabía dónde podía esconderse, de modo que fue al bosque de dioses. Le gustaban el olor penetrante de los pinos y los centinelas, el tacto de la hierba y la tierra entre los dedos de los pies, y los sonidos que el viento arrancaba de las hojas. Un arroyuelo de aguas tranquilas discurría serpenteante por el bosque, y había un punto en que se había abierto camino a través del suelo, bajo un montón de hojarasca.

Allí, debajo de la madera podrida y las ramas retorcidas y astilladas, había escondido su espada.

Gendry, el muy cabezota, se había negado a hacerle una, así que se la había fabricado ella con una escoba rota. La hoja era demasiado ligera, y el puño, un desastre, pero la punta astillada estaba muy afilada, y le gustaba. Siempre que tenía una hora libre se escabullía para practicar los ejercicios que Syrio le había enseñado, se movía descalza sobre las hojas caídas, lanzaba tajos contra las ramas y hacía caer más hojas. A veces llegaba incluso a subirse a los árboles y danzaba por las ramas más altas, agarrándose con los dedos de los pies,

titubeando menos día tras día a medida que recuperaba el equilibrio. El mejor momento era por las noches, cuando nadie la molestaba. Arya se colgaba el palo de escoba roto del cinturón para trepar. Una vez llegaba al reino de las hojas, lo desen vainaba y, durante un rato, se olvidaba de todo el mundo, tanto de ser Amory y de los Titiriteros Sangrientos como de los hombres de su padre. Se perdía en la sensación de la corteza áspera en las plantas de los pies y el silbido de su espada al cortar el aire. Una rama rota se transformó en Joffrey; la atacó y golpeó hasta que la hizo caer. La reina, ser Ilyn, ser Meryn y el Perro no eran más que hojas, pero a ellos también los mató, los acuchilló hasta reducirlos a jirones verdes. Cuando se le cansó el brazo, se sentó y apoyó las piernas en una rama alta para recuperar el aliento en el aire fresco de la noche, al tiempo que escuchaba los chillidos de los murciélagos que salían de caza. A través del dosel de follaje divisaba las ramas color blanco hueso del árbol corazón.

« Desde aquí parece igual que el que hay en Invernalia». Deseaba que lo fuera. Entonces, cuando bajara, estaría en casa, y tal vez encontrara a su padre sentado bajo el arciano, como tantas otras veces.

Se colgó la espada del cinturón y fue deslizándose de rama en rama hasta llegar al suelo. La luz de la luna teñía de plata la corteza del arciano mientras se acercaba a él, pero las hojas rojas de cinco puntas seguían negras en medio de la noche. Arya contempló el rostro tallado en el tronco. Era una cara temible, con la boca torcida y los ojos llameantes de odio. ¿Serían de verdad así los dioses? ¿A los dioses se les podría hacer daño, igual que a las personas? « Debería rezar», pensó de repente.

Arya se puso de rodillas. No sabía muy bien por dónde empezar. Entrelazó las manos.

« Ayudadme, antiguos dioses —rezó en silencio—. Ayudadme a sacar a esos hombres de la mazmorra para que podamos matar a ser Amory, y llevadme a mi casa, a Invernalia. Haced de mí una danzarina del agua, una loba, y que no vuelva a tener miedo nunca más».

¿Bastaría con aquello? A lo mejor tenía que rezar más rato para que los antiguos dioses la oyieran. Recordó que a veces su padre se pasaba mucho tiempo rezando. Pero los antiguos dioses nunca lo habían ayudado. Al acordarse de aquello se puso furiosa.

—Tendríais que haberlo salvado —le recriminó al árbol—. Os rezó muchas veces. A mí qué me importa si me ayudáis o no. Seguro que aunque quisierais, no podríais.

—Uno no debe burlarse de los dioses, niña.

La voz la sobresaltó. Se puso en pie de un salto y sacó la espada de madera. En la oscuridad, Jaqen H'ghar estaba tan inmóvil que parecía un árbol más.

—Uno viene a oír un nombre. Uno y dos, y luego viene el tres. Y uno habrá terminado.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —preguntó Arya bajando la punta astillada de la espada.

—Uno ve. Uno oye. Uno sabe.

Lo miró con desconfianza. ¿Acaso se lo enviaban los dioses?

—¿Cómo conseguiste que la perra matara a Weese? ¿Invocaste a Rorge y a Mordedor de algún infierno? ¿De verdad te llamas Jaqen H'ghar?

—Hay quienes tienen muchos nombres. Comadreja. Arry. Arya.

—¿Te lo ha dicho Gendry? —La niña dio un paso atrás, hasta quedar con la espalda contra el árbol corazón.

—Uno sabe —repitió él—. Mi señora de Stark

Tal vez sí, tal vez los dioses se lo habían enviado como respuesta a sus oraciones.

—Necesito que me ayudes a sacar a esos hombres de las mazmorras. A Glover y a los demás, a todos. Tenemos que matar a los guardias, luego abrir la puerta y...

—La niña olvida una cosa —la interrumpió con voz tranquila—. Ya ha tenido dos, se le debían tres. Si un guardia debe morir, la niña solo tiene que decir su nombre.

—Pero no bastará con un guardia, tenemos que matarlos a todos. —Arya se mordió el labio para no llorar—. Quiero que salves a los norteños igual que yo te salvé a ti.

—Al dios le fueron arrebatadas tres vidas. —El hombre la miraba sin compasión—. Tres vidas hay que pagarle. Uno no debe burlarse de los dioses. —Tenía una voz de seda y acero.

—Yo no me he burlado. —Meditó un instante—. ¿Puedo decir cualquier nombre, el que sea? ¿Y lo matarás?

—Uno ya te lo ha dicho —contestó Jaqen H'ghar con una inclinación de la cabeza.

—¿Cualquiera, cualquiera? —insistió—. ¿Un hombre, una mujer, un bebé, o lord Tywin, o el septón supremo, o tu padre?

—El padre de uno murió hace mucho, pero si viviera, y si tú dijeras su nombre, moriría porque tú lo has ordenado.

—Júramelo —dijo Arya—. Júramelo por los dioses.

—Lo juro por todos los dioses del mar y del aire, y hasta por el dios del fuego. —Puso una mano en la boca del arciano—. Lo juro por los siete nuevos dioses, y por los innumerables dioses antiguos.

Lo había jurado.

—Aunque dijera el nombre del rey...

—Di el nombre y morirá, mañana, o dentro de una luna, o dentro de un año. Uno no vuela como los pájaros, pero mueve un pie, y luego otro, y un día uno llega, y el rey muere. —Se arrodilló a su lado de manera que los dos rostros

quedaron a la misma altura—. La niña puede susurrar, si le da miedo decirlo en voz alta. Susurra el nombre. ¿Es Joffrey?

Arya le acercó los labios a la oreja.

—Es Jaqen H'ghar.

Ni siquiera en el granero incendiado, cuando las paredes ardían y él estaba encadenado, había reflejado su rostro tanto horror como en aquel momento.

—La niña... está de broma.

—Lo has jurado. Lo has jurado ante los dioses.

—Ante los dioses. —De repente tenía un cuchillo en la mano, con una hoja tan pequeña como el meñique de Arya. Pero no sabía si era para matarse o para matarla—. La niña llorará. La niña perderá a su único amigo.

—No eres mi amigo. Si fueras mi amigo, me ayudarías. —Se apartó un paso de él y se puso en equilibrio sobre la parte anterior de los pies, por si acaso le lanzaba el cuchillo—. Yo nunca mataría a un amigo.

Jaqen sonrió y se puso serio de nuevo.

—Entonces, la niña... ¿diría otro nombre si un amigo la ayudara?

—La niña lo diría —asintió—. Si un amigo la ayudara.

El cuchillo desapareció.

—Vamos.

—¿Ahora mismo? —No se había imaginado que actuara de manera tan rápida.

—Uno oye cómo cae la arena del reloj. Uno no dormirá hasta que la niña desdiga cierto nombre. Ahora, chiquilla malvada.

« No soy una chiquilla malvada —pensó—, soy una loba huargo, soy el fantasma de Harrenhal». Volvió a guardar el palo de escoba en su escondite y salió con el hombre del bosque de dioses.

Pese a la hora que era, Harrenhal estaba lleno de vida. La llegada de Vargo Hoat había trastocado toda la rutina de la fortaleza. Los carros, los bueyes de tiro y los caballos ya no estaban en el patio, pero la jaula del oso seguía allí. La habían colgado con gruesas cadenas, a unas varas del suelo, del puente arqueado que separaba el patio intermedio del exterior. Un anillo de antorchas bañaba de luz la zona. Unos cuantos mozos de cuadras se dedicaban a tirarle piedras al oso para hacerlo rugir. Al otro lado del patio, la luz se derramaba por la puerta de la sala del cuartel, acompañada por el tintineo de los picheles y los gritos de los hombres que pedían más vino. Una docena de voces entonaban una canción en un idioma gutural que Arya no conocía.

« Están comiendo y bebiendo antes de acostarse —comprendió—. Seguro que Ojorrojo ha enviado a alguien a despertarme para que ayude a servirlos y se habrá dado cuenta de que no estaba en la cama». Pero lo más probable es que estuviera atendiendo a los hombres de la Compañía Audaz, y también a los de la guarnición de ser Amory que se habían unido a ellos. El ruido que hacían sería

una excelente distracción.

—Si uno hace lo que quieras que haga, los dioses hambrientos tendrán esta noche un festín de sangre —dijo Jaqen—. Niña dulce, buena, amable. Retira un nombre y di otro, y esta pesadilla sin sentido terminará.

—Ni hablar.

—Lo suponía. —Parecía resignado—. Se hará lo que quieras, pero la niña debe obedecer. Uno no tiene tiempo para dar explicaciones.

—La niña obedecerá —dijo Arya—. ¿Qué quieras que haga?

—Un centenar de hombres tienen hambre, hay que darles de comer, el señor quiere caldo caliente. La niña tiene que ir corriendo a las cocinas y decírselo a su amigo Pastel.

—Caldo —repitió—. ¿Adónde vas tú?

—La niña ayuda a hacer caldo, y espera en las cocinas hasta que uno vaya a buscarla. Vete. Corre.

Cuando entró a toda prisa en la cocina, Pastel Caliente estaba sacando hogazas de pan del horno, pero ya no se encontraba sola. Habían despertado a los cocineros para dar de comer a Vargo Hoat y a sus Titiriteros Sangrientos. Los sirvientes se llevaban bandejas con las empanadas y las hogazas de Pastel Caliente, el cocinero jefe cortaba lonchas de un jamón frío, los pinches encargados de los espetones les daban vueltas a los conejos ensartados mientras las criadas los regaban con miel, y las mujeres troceaban cebollas y zanahorias.

—¿Qué quieras, Comadreja? —preguntó el cocinero jefe al verla entrar.

—Caldo —anunció la niña—. Mi señor quiere caldo.

El cocinero señaló con el cuchillo de trinchar los pucheros negros que pendían sobre las llamas.

—Y a ti qué te parece que estamos haciendo? Aunque debería mearme en él antes de servírselo a esa cabra. No hay derecho a que no dejen dormir a nadie.

—Escupió a un lado—. Bah, qué más da, ve a decirle que a las cazuelas no se les puede meter prisa.

—Me ha dicho que me quedara aquí hasta que esté listo.

—Pues quédate, pero no estorbes. O mejor, haz algo útil. Ve a la despensa, seguro que su señoría caprina querrá también mantequilla y queso. Despierta a Pia y dile que más le vale moverse deprisa para variar, si quiere conservar los dos pies.

Arya corrió tanto como pudo. Pia estaba en el entrepiso, despierta, gimiendo bajo uno de los Titiriteros, pero cuando oyó el grito de Arya se puso la ropa enseguida. Llenó seis cestos con tarros de mantequilla y trozos de queso fuerte, envueltos en tela.

—Ayúdame con esto —le dijo a Arya.

—No puedo. Pero date prisa o Vargo Hoat te cortará los pies. —Salió corriendo antes de que Pia pudiera atraparla. Por el camino, se preguntó por qué

no les habían cortado ni las manos ni los pies a ninguno de los prisioneros. A lo mejor, Vargo Hoat tenía miedo de que Robb se enfadara. Aunque, bien pensado, no parecía hombre que tuviera miedo a nadie.

Cuando Arya volvió a las cocinas, Pastel Caliente estaba removiendo el contenido de los calderos con una larga cuchara de madera. La niña cogió otra y empezó a remover también. Se le pasó por la cabeza la idea de contárselo todo, pero se acordó de lo que había pasado en la aldea, y decidió no hacerlo. « Seguro que se rendía otra vez» .

En aquel momento oyó la desagradable voz de Rorge.

—Cocinero —gritó—. Venimos a llevarnos ese caldo de mierda.

Arya dejó la cuchara a un lado, desazonada. « No le dije que se trajera a estos dos» . Rorge llevaba el yelmo de hierro, con la pieza metálica que ocultaba el agujero de su nariz. Jaqen y Mordedor entraron en la cocina tras él.

—El caldo de mierda no está listo todavía —replicó el cocinero—. Tiene que hervir un rato más. Le acabamos de echar las cebollas y...

—Cierra el pico o te meto un espetón por el culo y te doy unas cuantas vueltas en el asador. He dicho que me des el caldo, y he dicho que me lo des ya.

Mordedor siseó, agarró un trozo de conejo medio chamuscado directamente de un espetón, y lo desgarró con los dientes puntiagudos mientras la miel le chorreaba entre los dedos.

—Pues llevaos el caldo de mierda —dijo el cocinero dándose por vencido—; pero si la cabra pregunta por qué no sabe a nada, se lo explicáis vosotros.

Mordedor se lamió la grasa y la miel de los dedos, mientras Jaqen H'ghar se ponía un par de guantes acolchados. Le entregó a Arya un segundo par.

—Una comadreja puede ayudarnos.

El caldo estaba hirviendo, y los pucheros pesaban mucho. Arya y Jaqen apenas si podían con uno entre los dos; Rorge llevaba otro él solo, y Mordedor agarró otros dos, aunque siseó de dolor cuando las asas le quemaron las manos. Pero ni aun así los dejó caer. Cargaron con los pucheros a través del patio. Ante la puerta de la Torre de la Viuda había dos guardias apostados.

—¿Qué es esto? —preguntó uno de ellos a Rorge.

—Un caldero de meados calientes, ¿quieres un poco?

—Unos prisioneros también tienen que comer —dijo Jaqen dedicándoles su sonrisa más encantadora.

—No nos han dicho nada de...

—Es para los prisioneros, no para vosotros —lo interrumpió Arya.

El segundo guardia les hizo un gesto para que pasaran.

—De acuerdo, bajáselo.

Al otro lado de la puerta, una escalera de caracol descendía hacia las mazmorras. Rorge iba el primero, y Jaqen y Arya, los últimos.

—La niña no se meterá en esto —dijo Jaqen.

Las escaleras terminaban en una húmeda cripta de piedra, alargada, lóbrega y sin ventanas. Al fondo ardían unas cuantas antorchas colgadas de la pared, cerca del lugar donde los guardias de ser Amory estaban sentados en torno a una destartalada mesa de madera, charlando y jugando a los dados. Unos gruesos barrotes de hierro los separaban de la mazmorra donde estaban los cautivos, hacinados en la oscuridad. Al olor del caldo, muchos se acercaron a los barrotes.

Arya contó ocho guardias. Ellos también olieron el caldo.

—Eres la sirvienta más fea que he visto en mi vida —le dijo el capitán a Rorge—. ¿Qué llevas en ese puchero?

—Tu polla y tus huevos. ¿Queréis comer, o no?

Uno de los guardias había estado paseando, otro estaba recostado contra la pared cerca de los barrotes, y un tercero estaba sentado en el suelo, pero la tentación de la comida hizo que todos se acercaran a la mesa.

—Ya era hora de que nos trajeran la comida, joder.

—¿A qué huele? ¿A cebolla?

—¿Y no hay pan?

—Mierda, necesitamos cuencos, cucharas, vasos...

—No —replicó Rorge.

Volcó el puchero de caldo hirviendo sobre la mesa, contra las caras de los guardias. Jaqen H'ghar hizo lo mismo. Mordedor los lanzó por el aire con tal fuerza que llovió sopa por toda la mazmorra. Uno acertó al capitán en la sien cuando trataba de levantarse. El hombre cayó como un saco de arena y quedó inerte en el suelo. Los demás guardias gritaban de dolor, rezaban o trataban de alejarse a rastras.

Arya se pegó a la pared al tiempo que Rorge empezaba a cortar gargantas. Mordedor, en cambio, prefería agarrar las cabezas de los guardias por detrás, por la barbilla, y romperles el cuello con un giro de sus manazas blancas. Solo uno de los hombres consiguió desenvainar la espada. Jaqen esquivó la estocada con agilidad, desenvainó a su vez, arrinconó a su adversario y le atravesó el corazón. El lorathi le llevó la espada todavía ensangrentada a Arya, y la limpió en la pechera de su vestido.

—La niña también tiene que mancharse de sangre. Esto es cosa suya.

La llave de la mazmorra estaba colgada de un gancho de la pared, junto a la mesa. Rorge la cogió y abrió la puerta. El primero en salir fue el señor del puño en el jubón.

—Bien hecho —dijo—. Soy Robett Glover.

—Mi señor —dijo Jaqen con una reverencia.

Una vez libres, los prisioneros les quitaron las armas a los guardias muertos y corrieron escaleras arriba, espada en mano. Sus compañeros los siguieron desarmados. Se movían muy deprisa y casi sin intercambiar palabra. Ninguno parecía tan malherido como cuando habían cruzado con Vargo Hoat las puertas

de Harrenhal.

—Lo de la sopa ha sido muy ingenioso —comentó Glover—. No me lo esperaba. ¿Ha sido idea de lord Hoat?

Rorge se echó a reír. Se rio tanto que le salieron mocos por el agujero de la nariz. Mordedor se sentó encima de uno de los cadáveres, le agarró la mano inerte y le empezó a masticar los dedos. Los huesos le crujían entre los dientes.

—¿Quiénes sois? —Robett Glover tenía el ceño fruncido—. No estabais con Hoat cuando llegó al campamento de lord Bolton. ¿Sois de la Compañía Audaz?

—Ahora sí —dijo Rorge, y se limpió los mocos de la barbilla con el dorso de la mano.

—Uno tiene el honor de ser Jaqen H'ghar, antes de la Ciudad Libre de Lorath. Los groseros acompañantes de uno se llaman Rorge y Mordedor. El señor advertirá sin duda cuál de ellos es Mordedor. —Hizo un gesto en dirección a Arya—. Y la niña es...

—Soy Comadreja —lo interrumpió antes de que tuviera tiempo de decir su verdadero nombre. No quería que se pronunciara allí, delante de Rorge, de Mordedor y de otros a los que no conocía. Se dio cuenta de que Glover ni se fijaba en ella.

—Muy bien —dijo—. Zanjemos este asunto de una vez.

Cuando llegaron a lo alto de la escalera de caracol, se encontraron a los guardias de la puerta tendidos en un charco de sangre. Mientras los norteños atravesaban el patio corriendo, Arya oyó gritos. La puerta de la sala del cuartel se abrió de golpe, y un hombre herido salió tambaleándose y gimiendo. Otros tres salieron tras él, y lo silenciaron con las espadas y las lanzas. También se combatía en las inmediaciones del puesto de guardia. Rorge y Mordedor echaron a correr en pos de Glover, pero Jaqen H'ghar se arrodilló delante de Arya.

—¿La niña no entiende?

—Sí que entiendo —dijo, aunque la verdad era que no comprendía nada.

El lorathi lo debió de leer en su rostro.

—Una cabra no tiene lealtad. Creo que pronto ondeará aquí el estandarte del lobo. Pero antes, uno quiere oír como retiras cierto nombre.

—Retiro ese nombre. —Arya se mordió el labio—. ¿Todavía me queda la tercera muerte?

—La niña es codiciosa. —Jaqen tocó a uno de los guardias muertos y le mostró los dedos ensangrentados—. Aquí tienes al tercero, ese es el cuarto y hay ocho cadáveres más abajo. La deuda está saldada.

—La deuda está saldada —reconoció Arya de mala gana. Estaba un poco triste. Volvía a ser un simple ratón.

—El dios ha recibido lo que le correspondía. —Jaqen H'ghar esbozó una sonrisa extraña—. Y ahora, uno debe morir.

—¿Cómo que morir? —replicó ella, confusa. ¿Qué quería decir con aquello?

—. Pero si he retirado el nombre. Ya no tienes que morir.

—Sí. Ha llegado mi hora. —Jaqen se pasó una mano por la cara, desde la frente hasta la barbilla, y allí donde se rozaba con los dedos, su rostro cambiaba. Las mejillas se llenaron, los ojos se juntaron; la nariz se engarfió, y en la mejilla derecha, limpia hasta aquel momento, apareció una cicatriz. Y, cuando sacudió la cabeza, la cabellera lacia, mitad roja y mitad blanca, desapareció para dejar paso a una mata espesa de rizos negros.

Arya se quedó boquiabierta.

—Pero... ¿quién eres? —susurró, tan atónita que ni siquiera tenía miedo—. ¿Cómo has hecho eso? ¿Te ha costado mucho?

—No más que adoptar un nuevo nombre, para quien sabe cómo hacerlo. —La sonrisa del hombre dejó al descubierto un brillante diente de oro.

—Enséñame —barbotó—. Yo también quiero hacerlo.

—Si quieras aprender, tendrás que venir conmigo.

Arya titubeó.

—¿Adónde?

—Muy, muy lejos. Al otro lado del mar Angosto.

—No puedo. Tengo que volver a casa. A Invernalia.

—En ese caso, tenemos que separarnos —dijo—, porque a mí también me aguardan mis deberes. —Le cogió la mano y le puso en la palma una moneda pequeña—. Toma.

—¿Qué es?

—Una moneda de gran valor.

Arya la mordió. Era tan dura que tan solo podía ser de hierro.

—¿Me bastará para comprar un caballo?

—No te la doy para que compres caballos.

—Entonces, ¿de qué me sirve?

—Igual podrías preguntar de qué sirve la vida, o de qué sirve la muerte. Si llega un día en que quieras verme de nuevo, entrégale esa moneda a cualquier hombre de Braavos y dile estas palabras: *valar morghulis*.

—*Valar morghulis* —repitió Arya. No era difícil. Apretó la moneda en el puño. Al otro lado del patio se oían los gritos de los moribundos—. Por favor, Jaqen, no te vayas.

—Jaqen está tan muerto como Arry —replicó con tristeza—, y debo cumplir algunas promesas. *Valar morghulis*, Arya Stark. Repítelo otra vez.

—*Valar morghulis* —dijo una vez más.

El desconocido que vestía la ropa de Jaqen hizo una reverencia ante ella, y se alejó en la oscuridad con la capa al viento. Arya quedó a solas entre los cadáveres. «Merecían morir», se dijo, al recordar a todos los que ser Amory Lorch había matado en la fortaleza, junto al lago.

Las bodegas situadas bajo la Torre de la Pira Real estaban desiertas cuando

regresó a su jergón de paja. Susurró la letanía de nombres a la almohada, y al terminar añadió, «*valar morghulis*», en voz muy baja, sin saber qué significaba.

Al amanecer, Ojorrojo y los demás regresaron, con la excepción de un muchacho al que, sin causa aparente, alguien había matado durante la pelea. Ojorrojo subió a solas para ver a la luz del día cómo estaba la situación, sin dejar de quejarse de que sus viejos huesos ya no estaban para subir tantas escaleras. Al volver les dijo que Harrenhal había cambiado de manos.

—Los Titiriteros Sangrientos mataron a unos cuantos hombres de ser Amory en sus camas, y a los demás, cuando estaban a la mesa, bien borrachos. El nuevo señor llegará antes de que anochezca con todo su ejército. Viene del norte, de donde está el Muro. Allí, todos son unos salvajes, y dicen que este es de los más duros. Pero sea quien sea el señor, hay trabajo. Al primero que vea hacer el vago, le arranco la piel a tiras.

Al decir aquello miraba a Arya, pero no hizo ningún comentario ni le preguntó dónde había estado la noche anterior.

Durante toda la mañana vio cómo los Titiriteros Sangrientos despojaban a los muertos de cualquier objeto de valor y arrastraban los cadáveres hasta el Patio de la Piedra Líquida, donde se preparó una pira para deshacerse de ellos. Shagwell, el bufón, les había cortado las cabezas a los cadáveres de dos caballeros, y las paseaba por todo el castillo haciendo como si hablaran entre ellas.

—¿De qué te has muerto tú? —preguntaba una cabeza.

—De una indigestión de sopa de comadreja —respondía la segunda.

A Arya le ordenaron limpiar la sangre seca. Nadie le dijo una palabra, aparte de lo habitual, pero de cuando en cuando advertía que clavaban en ella miradas extrañas. Robett Glover y el resto de los hombres a los que habían liberado debían de haber contado lo sucedido en las mazmorras, y luego, Shagwell y sus asquerosas cabezas parlantes empezaron con lo de la sopa de comadreja. Le habría gustado decirle que se callara, pero tenía miedo. El bufón estaba medio loco, y se decía que en cierta ocasión había matado a un hombre porque no se rio de una de sus bromas.

«Pues más le vale callarse si no quiere que lo ponga en mi lista junto a los demás», pensó mientras frotaba una mancha color marrón rojizo.

Estaba ya anocheciendo cuando llegó el nuevo señor de Harrenhal. Tenía un rostro vulgar y ordinario, sin barba, en el que destacaban solo unos extraños ojos claros. No era gordo ni flaco, tampoco musculoso, vestía una cota de malla negra y una capa con lunares rosa. El blasón de su estandarte parecía un hombre bañado en sangre.

—¡Arrodillaos ante el señor de Fuerte Terror! —gritó su escudero, un chiquillo de la edad de Arya.

Y Harrenhal entero se arrodilló. Vargo se adelantó hacia él.

—Mi señor, Harrenhal ez vueztro.

El señor le respondió algo, pero en voz tan baja que Arya no lo oyó. Robett Glover y ser Aenys Frey, recién bañados y con capas y jubones limpios y nuevos, se acercaron también a ellos. Tras unos instantes de conversación, ser Aenys los guio hacia Rorge y Mordedor. Arya se sorprendió de que siguieran allí. Sin saber por qué, había dado por hecho que desaparecerían junto a Jaqen. Oyó la voz brusca de Rorge, pero no alcanzó a distinguir qué decía. En aquel momento, Shagwell se echó encima de ella.

—Mi señor, mi señor —canturreó al tiempo que tiraba de la niña por la muñeca—, ¡esta es la comadreja que preparó la sopa!

—¡Suéltame! —Se debatió Arya.

El señor se fijó en ella. Movió solo los ojos, que eran muy claros, del color del hielo.

—¿Cuántos años tienes, niña?

Tuvo que pensar un momento para acordarse.

—Diez.

—Diez, mi señor —la corrigió—. ¿Te gustan los animales?

—Algunos sí. Mi señor.

—Me imagino que los leones no. —Una leve sonrisa se dibujó en sus labios—. Ni las mantícoras. —Arya no supo qué decir, así que no dijo nada—. Tengo entendido que te llaman Comadreja —siguió él—. Eso no puede ser. ¿Qué nombre te puso tu madre?

Se mordió el labio, tratando de que se le ocurriera alguno. Lommy la había llamado Chichones; Sansa, Caracaballo, y su padre, Arya Entrelospiés, pero sabía que no eran nombres que pudiera decirle al señor.

—Nymeria —respondió al final—. Pero me llaman Nan para abreviar.

—Conmigo no abrevies, llámame *mi señor*, Nan —dijo—. Eres muy joven para pertenecer a la Compañía Audaz, y tampoco creo que admitan mujeres. ¿Te dan miedo las sanguijuelas, niña?

—No son más que sanguijuelas. Mi señor.

—Ojalá mi escudero pensara lo mismo; le podrías dar un par de lecciones. Las sangrías frecuentes son la clave de una vida larga. Tenemos que purgarnos de la sangre mala. Creo que me vas a ser útil. Mientras esté en Harrenhal, Nan, serás mi copera, y me servirás en la mesa y en mis estancias.

En aquella ocasión tuvo suficiente sentido común para no decir que preferiría trabajar en los establos.

—Sí, su señor. Digo, mi señor.

—Ponedla presentable —dijo el señor haciendo un gesto con la mano sin dirigirse a nadie en concreto—, y aseguraos de que sabe servir el vino sin derramarlo. —Se volvió y señaló el puesto de guardia—. Lord Hoat, encargaos de esos estandartes.

Cuatro miembros de la Compañía Audaz subieron a las almenas, y arriaron el león de los Lannister y la mantícora negra de ser Amory. En su lugar alzaron al hombre desollado de Fuerte Terror y el lobo huargo de los Stark. Y aquella misma noche, una criada llamada Nan les sirvió vino a Roose Bolton y a Vargo Hoat, que observaban desde la galería como los de la Compañía Audaz hacían desfilar a ser Amory Lorch desnudo por el patio central. Ser Amory suplicaba y sollozaba, y se agarró a las piernas de sus captores hasta que Rorge lo obligó a soltarse, y Shagwell lo tiró de una patada al foso del oso.

« El oso es negro —pensó Arya—. Como Yoren». Llenó la copa de Roose Bolton y no derramó ni una gota.

En aquella ciudad de riquezas deslumbrantes, Dany había imaginado que la Casa de los Eternosaría el más espléndido de los edificios, pero cuando bajó del palanquín se encontró ante unas ruinas antiguas y grises.

Era una edificación baja y alargada, sin torres ni ventanas, que se enroscaba como una serpiente de piedra y atravesaba un bosquecillo de árboles de corteza negra, de cuyas hojas color azul tinta extraían los qarthienses la pócima que llamaban *color-del-octavo*. No había otros edificios en las proximidades. El techo del palacio era de tejas negras, muchas de las cuales se habían caído o estaban rotas; la argamasa que unía las piedras estaba seca y se desmoronaba. Comprendía por qué Xaro Xhoan Daxos llamaba a aquel lugar palacio de Polvo. Hasta Drogon parecía inquieto allí. El dragón negro siseaba, y le salía humo entre los dientes afilados.

—Sangre de mi sangre —dijo Jhogo en dothraki—, este lugar es malévolos, es una guarida de espíritus y *maegi*. ¿No ves cómo se bebe el sol de la mañana? Vámonos antes de que nos beba también a nosotros.

—¿Qué poder pueden tener si viven en un lugar como este? —intervino ser Jorah Mormont deteniéndose junto a ellos.

—Atended el sabio consejo de los que bien os quieren —dijo Xaro Xhoan Daxos, asomándose del palanquín—. Los brujos son criaturas crueles que comen polvo y beben sombras. No os darán nada. No tienen nada que dar.

—Khaleesi, todo el mundo dice que son muchos los que entran en el palacio de Polvo, pero pocos los que salen. —Aggo echó mano de su *arakh*.

—Lo dice todo el mundo —corrobó Jhogo.

—Somos sangre de tu sangre —intervino Aggo—. Hemos jurado vivir y morir como tú. Permite que entremos contigo en ese lugar oscuro, para guardarte de todo mal.

—Hay caminos que hasta un *khal* tiene que recorrer a solas —dijo Dany.

—Entonces permitid que os acompañe yo —suplicó ser Jorah—. Es muy peligroso que...

—La reina Daenerys tiene que entrar sola, o no entrar. —El brujo Pyat Pree salió de entre los árboles. Dany se preguntó cuánto tiempo llevaría allí—. Si da la vuelta ahora, las puertas de la sabiduría quedarán cerradas para ella por siempre jamás.

—Mi barcaza de paseo nos está aguardando —insistió Xaro Xhoan Daxos—. Dadle la espalda a esta locura, oh testaruda reina. Tengo flautistas que apaciguarán vuestro corazón atormentado con la música más dulce, y una niñita cuya lengua os hará suspirar y derretiros.

Ser Jorah Mormont le lanzó una mirada avinagrada al príncipe mercader.

—Alteza, acordaos de Mirri Maz Duur.

—La recuerdo —replicó Dany; de repente había tomado una decisión—. Recuerdo que tenía conocimientos, y no era más que una *maegi*.

Pyat Pree sonrió con los labios apretados.

—La niña habla con la sabiduría de una anciana. Cogeos de mi brazo, permitid que os guie.

—No soy una niña —replicó Dany. Pero, de todos modos, tomó su brazo.

Bajo los árboles negros, la oscuridad era más intensa de lo que había supuesto, y el camino, muy largo. Aunque parecía que era recto desde la calle hasta la puerta del palacio, Pyat Pree no tardó en tomar un desvío. Dany quiso saber por qué.

—El camino directo permite entrar, pero no salir —se limitó a responder el brujo—. Prestad atención a lo que os digo, mi reina. La Casa de los Eternos no se construyó para simples mortales. Si tenéis en alguna estima vuestra alma, andad con cuidado y haced lo que os digo.

—Haré lo que me digáis —prometió Dany.

—Cuando entréis, os encontraréis en una sala con cuatro puertas: la que os llevó a la sala y tres más. Elegid siempre la puerta que tengáis a la derecha. Siempre la de la derecha. Si os encontráis ante una escalera, subid. Nunca bajéis, y nunca crucéis una puerta que no sea la de vuestra derecha.

—La puerta de mi derecha —repitió Dany—. Comprendo. ¿Y cuando salga, al revés?

—En modo alguno —replicó Pyat Pree—. Haced lo mismo al entrar y al salir. Siempre hacia arriba. Siempre la puerta de vuestra derecha. Puede que se abran otras ante vos. Con visiones idílicas y visiones de un horror indescriptible, de maravillas y de terrores. Con imágenes y sonidos de días pasados, de días venideros y de días que nunca existieron. Puede que os dirija la palabra algún habitante, o algún criado. Responded o haced caso omiso, como queráis, pero bajo ningún concepto entréis en ninguna estancia antes de llegar a la sala de audiencias.

—Entendido.

—Una vez en la sala de los Eternos, tened paciencia. Para ellos, nuestras vidas insignificantes no son más que el batir de alas de una polilla. Escuchadlos con atención y grabad en vuestro corazón cada una de sus palabras.

Cuando llegaron a la puerta, una boca en forma de óvalo en una pared que se asemejaba a un rostro humano, el enano más pequeño que Dany había visto jamás los esperaba en el umbral. Le llegaba por la rodilla, y tenía un rostro alargado y anguloso, en el que destacaba una gran nariz, pero vestía una hermosa librea morada y azul, y llevaba una bandeja de plata en las diminutas manitas rosadas. Sobre ella había una copa alta de cristal llena de un líquido espeso y azul: color-del-ocaso, el vino de los brujos.

—Cogedla y bebed —indicó Pyat Pree.

—¿Se me pondrán los labios azules?

—Con un trago bastará para destaparos los oídos y disolver la membrana que os cubre los ojos; así podréis oír y ver las verdades que se os van a presentar.

Dany se llevó la copa a los labios. El primer trago le supo a tinta y a carne podrida, nauseabundo, pero cuando lo tragó sintió como si cobrara vida dentro de ella. Fue como si unos tentáculos se extendieran por el interior de su pecho, como si unos dedos de fuego se le enroscaran al corazón, y se le llenó la lengua de sabor a miel, a anís y a crema, a leche materna y a la semilla de Drogo, a carne roja, a sangre caliente y a oro fundido. Eran todos los sabores que había conocido, y a la vez no era ninguno de ellos... y de pronto la copa estuvo vacía.

—Ahora ya podéis entrar —indicó el brujo.

Dany volvió a poner la copa en la bandeja del sirviente, y entró en la casa.

Se encontró en una antecámara con cuatro puertas, una en cada pared. Sin titubeos, se dirigió hacia la puerta de su derecha y entró. La segunda sala era idéntica a la primera, y volvió a optar por la puerta de la derecha. Al abrirla volvió a encontrarse en otra antecámara pequeña con cuatro puertas.

« Esto es hechicería ».

La cuarta habitación no era cuadrada, sino ovalada, y las paredes no eran de piedra, sino que estaban recubiertas de madera carcomida. De allí partían seis pasillos en vez de cuatro. Dany se dirigió hacia el que tenía a la derecha, y entró en una sala alargada, de techos altos, en penumbra. A lo largo de la pared derecha había una hilera de antorchas que ardían con luz anaranjada y humeante, pero todas las puertas estaban a la izquierda. Drogon desplegó las amplias alas negras y las batió en el aire estancado. Levantó el vuelo y consiguió mantenerse diez varas antes de caer en una postura muy poco digna. Dany lo siguió.

La alfombra mohosa por la que caminaba había tenido en otros tiempos colores maravillosos, y en el tejido se veían aún hilos de oro que brillaban entre el gris desvaído y los manchones verdosos. Lo que quedaba de la alfombra amortiguaba el sonido de sus pisadas, cosa no tan deseable como podría parecer. Dany oía ruidos dentro de las paredes, como ratas que escarbaran y corretearan. Drogon también los oía. Movía la cabeza en dirección a los sonidos, y cuando cesaban, lanzaba un grito airado. De algunas de las puertas cerradas llegaban sonidos aún más inquietantes. Una de ellas se sacudía como si alguien la empujara tratando de salir. De otra salía un pitido disonante que hizo que el dragón moviera la cola inquieto. Dany pasó de largo tan deprisa como pudo.

Había puertas que no estaban cerradas. « No voy a mirar », se dijo Dany. Pero era demasiado tentador.

En una habitación había una mujer muy hermosa, desnuda, tendida en el suelo, con cuatro hombrecillos que reptaban sobre ella. Todos tenían rostros

ratoniles afilados y manos diminutas y rosadas, como el sirviente que le había llevado la copa de color. Uno de ellos embestía entre los muslos de la mujer. Otro le atacaba los pechos con fiereza, le mordía el pezón con la boca húmeda y roja, le arrancaba jirones de carne y los masticaba.

Más adelante se tropezó con un festín de cadáveres. Los comensales, asesinados de las maneras más despiadadas, yacían tirados sobre las sillas volcadas y las mesas destrozadas, en medio de charcos de sangre coagulada. A algunos les faltaban miembros; a otros, la cabeza. Las manos cortadas agarraban copas ensangrentadas, cucharas de madera, trozos de ave asada o pedazos de pan. En un trono elevado había un hombre muerto con cabeza de lobo. Llevaba una corona de hierro y tenía en la mano una pierna de cordero, como si fuera el cetro de un rey. Sus ojos siguieron a Dany con una súplica muda.

Huyó de él, pero solo hasta la siguiente puerta. « Esta habitación la conozco », pensó. Recordaba las grandes vigas de madera y las tallas en forma de cabezas de animales que las adornaban. ¡Y, al otro lado de la ventana, un limonero! Solo con ver aquello se le encogió el corazón de añoranza. « Es la casa de la puerta roja, la casa de Braavos ». Nada más pensarla, el anciano ser Willem entró en la estancia, apoyándose en el bastón.

—Ah, estás aquí, princesita —dijo con aquella voz gruñona—. Venid —pidió—, venid conmigo, mi señora. Ahora ya estás en casa. Ya estás a salvo.

Le tendió la manaza arrugada, suave como el cuero viejo, y Dany habría querido cogerla, apretarla, besarla... Lo deseaba tanto como no había deseado nada en su vida. Avanzó un paso.

« Pero está muerto —pensó—. Está muerto, está muerto, el oso grandullón, tan dulce, murió hace mucho tiempo ». Retrocedió y echó a correr.

La sala larga parecía interminable, siempre con puertas a la izquierda y solo antorchas a la derecha. Pasó corriendo junto a tantas puertas que al final perdió la cuenta, puertas abiertas y puertas cerradas, puertas de madera y puertas de hierro, puertas con picaportes, puertas con cerrojos y puertas con aldabas. Drogon le azotaba la espalda con la cola, como si quisiera apremiarla, y Dany corrió hasta que no pudo más.

Por último aparecieron a su izquierda un par de puertas de bronce, mucho más grandes que todas las demás. Se abrieron cuando ella se acercó, y tuvo que detenerse para ver qué había más allá. Era una gigantesca sala de piedra, la más descomunal que había visto jamás. De los muros pendían los cráneos de dragones muertos, que parecían mirarla. En un trono elevado con púas estaba sentado un anciano vestido con opulencia, un anciano de ojos oscuros y cabello largo plateado.

—Que sea rey de huesos calcinados y carne chamuscada —le dijo a un hombre situado más abajo—. Que sea rey de las cenizas.

Drogon chilló y clavó las garras en la seda y en la piel, pero el rey sentado en

el trono no lo oyó, y Dany avanzó.

«Viserys», fue lo primero que pensó cuando volvió a detenerse, pero al mirarlo con más atención cambió de idea. Aquel hombre tenía el mismo cabello que su hermano, pero era más alto, y sus ojos eran color índigo oscuro, no liliáceos.

—Aegon —le dijo el hombre del trono a una mujer que amamantaba a un recién nacido en una gran cama de madera—. ¿Qué mejor nombre para un rey?

—¿Compondrás una canción para él? —preguntó la mujer.

—Ya tiene una canción —replicó el hombre—. Es el príncipe que fue prometido; suya es la canción de hielo y fuego. —Al decir aquello alzó la vista, sus ojos se encontraron con los de Dany, y fue como si la viera al otro lado de la puerta—. Tiene que haber uno más —dijo, aunque no se sabía si hablaba con ella o con la mujer de la cama—. El dragón tiene tres cabezas.

Se dirigió hacia el asiento empotrado bajo la ventana, cogió un arpa y acarició las cuerdas plateadas. Una dulce tristeza impregnó la habitación cuando el hombre, la mujer y el bebé se desvanecieron como la neblina en la mañana, y solo quedó la música para espolearla en su camino.

Tuvo la sensación de que andaba durante una hora entera antes de que, por fin, la sala terminara ante una empinada escalera de piedra que descendía hacia la oscuridad. Todas las puertas que había visto, abiertas o cerradas, estaban a su izquierda. Dany miró hacia atrás. Sintió un latigazo de miedo al ver que las antorchas se estaban apagando. Tal vez quedaran veinte encendidas, treinta como mucho. Ante sus ojos, una parpadeó y se apagó. Era como si la oscuridad reptara por la sala en dirección a Dany, y le pareció oír algo que se acercaba, algo que se arrastraba trabajosamente por la alfombra descolorida. Estaba aterrada. No podía retroceder, y tenía miedo de seguir allí, pero ¿adónde podía ir? No había ninguna puerta a la derecha, y las escaleras descendían, en vez de ascender.

Se apagó otra antorcha, y el volumen del sonido aumentó levemente. Drogon estiró el largo cuello, abrió la boca y lanzó un grito, mientras le salía vapor entre los dientes.

«Él también lo oye. —Dany se volvió una vez más hacia la pared, pero no había nada—. ¿Podría tratarse de una puerta secreta, una puerta que no veo? —Se apagó otra antorcha. Y otra más—. La primera puerta de la derecha, me dijo que escogiera siempre la primera puerta de la derecha. La primera puerta de la derecha...».

Y, de repente, lo comprendió. «¡Es la última puerta de la izquierda!».

Entró por ella a toda velocidad. Al otro lado había una sala pequeña con cuatro puertas. Fue hacia la derecha, y hacia la derecha, y hacia la derecha, y hacia la derecha, y hacia la derecha, hasta que volvió a sentirse mareada y sin aliento.

Se encontró en una habitación de piedra húmeda... pero, en aquella ocasión,

la puerta que veía al frente tenía forma de boca abierta, y al otro lado estaba Pyat Pree, en la hierba, bajo los árboles.

—¿Cómo es posible que los Eternos hayan acabado tan pronto con vos? —preguntó incrédulo al verla.

—¿Tan pronto? —Se asombró Dany—. Llevo horas caminando, y todavía no los he encontrado.

—Seguro que en algún momento habéis girado por donde no era. Venid, os guiaré. —Pyat Pree le tendió la mano. Dany titubeó. Había una puerta a su derecha, que todavía estaba cerrada...—. No es por ahí —añadió Pyat Pree con firmeza, con una mueca de desaprobación en los labios azules—. Los Eternos no te esperarán mucho tiempo más.

—Para ellos, nuestras vidas insignificantes no son más que el batir de alas de una polilla —recordó Dany.

—Niña testaruda, os vais a perder sin remedio. —Ella se dirigió hacia la puerta de la derecha—. No —chilló Pyat—. No, conmigo, ven conmigo, veeeeeennnnnn. —Su rostro se desmoronó hacia dentro y se convirtió en una sustancia pálida y agusanada.

Dany lo dejó atrás y se vio ante una escalera. Empezó a subir. No tardaron en dolerle las piernas. Recordó que, desde fuera, daba la impresión de que la Casa de los Eternos carecía de torres.

Por fin llegó a la cima de la escalera. A su derecha había una hilera de amplias puertas de madera, todas abiertas. Eran de ébano y arciano, las vetas blancas y negras se entrelazaban en extraños dibujos. Eran muy hermosas, pero en cierto modo también resultaban aterradoras. «La sangre del dragón no debe tener miedo». Dany recitó una oración rápida, pidiendo valor al Guerrero y fuerza al dios caballo de los dothrakis, y se obligó a seguir adelante.

Al otro lado de las puertas había una gran sala con magos esplendorosos. Algunos vestían túnicas suntuosas de armiño, terciopelo rubí e hilo de oro. Otros llevaban armaduras muy complejas con incrustaciones de piedras preciosas, o sombreros altos puntiagudos salpicados de estrellas. También había mujeres ataviadas con vestidos maravillosos. Por las vidrieras de colores entraban haces de luz, y el aire parecía vibrar con la música más hermosa que Dany había oído jamás.

Un hombre de porte regio vestido con ricos ropajes se levantó al verla, y sonrió.

—Daenerys de la casa Targaryen, sed bienvenida. Entrad y compartid el alimento de la eternidad. Somos los Eternos de Qarth.

—Largo tiempo os hemos aguardado —dijo la mujer que estaba a su lado, vestida en tonos rosa y plateado. El pecho desnudo que mostraba, al estilo de Qarth, era el más hermoso que se pudiera imaginar.

—Sabíamos que vendrías a nosotros —dijo el mago rey—. Lo supimos hace

un millar de años; desde entonces os esperamos. Nosotros enviamos el cometa para que os mostrara el camino.

—Tenemos conocimientos que compartir con vos —dijo un guerrero de brillante armadura color esmeralda—, y armas mágicas que proporcionaros. Habéis superado todas las pruebas. Venid, sentaos con nosotros, y obtendréis respuesta a todas vuestras preguntas.

Dio un paso hacia delante. En aquel momento, Drogon saltó de su hombro. Voló hasta posarse en la parte superior de la puerta de ébano y arciano, y empezó a picotear la madera tallada.

—Una bestezuela testaruda —dijo un joven muy atractivo, riéndose—. ¿Queréis que os enseñemos el lenguaje secreto de los dragones? Venid, venid.

La duda se apoderó de ella. La puerta era muy pesada, Dany tuvo que reunir todas sus fuerzas para empujarla, y al final consiguió que se moviera. Detrás había otra puerta, oculta. Era de madera vieja y gris, astillada y vulgar... pero estaba a la derecha de la puerta por la que había entrado. Los magos la llamaron con voces más dulces que las canciones. Dany huyó de ellos, y Drogon volvió a volar para posarse en su hombro. Pasó por la puerta estrecha y llegó a una estancia inmersa en la penumbra.

En aquella sala había una mesa larga que la ocupaba casi por completo. Sobre ella flotaba un corazón humano, hinchado, azul por la descomposición, pero todavía vivo. Palpitaba con un sonido sordo y pesado, y cada latido hacía que emitiera una ráfaga de luz color índigo. Las figuras que rodeaban la mesa no eran más que sombras azules. No se movieron, no hablaron ni volvieron el rostro hacia Dany cuando avanzó hasta la silla vacía que había en el extremo de la mesa. No se oía más sonido que el de los latidos lentos y graves del corazón podrido.

.... madre de dragones... —le llegó una voz, en parte susurro y en parte gemido.

.... dragones... dragones... dragones... —repitieron otras voces en la penumbra.

Unas eran masculinas; otras, femeninas; una hablaba con tono infantil... El corazón flotante palpitaba, pasando de la penumbra a la oscuridad. Le costó mucho reunir valor para hablar, y recordar las frases que había memorizado con tesón.

—Soy Daenerys de la Tormenta de la casa Targaryen, reina de los Siete Reinos de Poniente. —«¿Me oyen? ¿Por qué no se mueven?». Se sentó y cruzó las manos sobre el regazo—. Ofredme vuestros consejos, habladme con la sabiduría de los que han vencido a la muerte.

Entre las tinieblas teñidas de índigo alcanzó a ver los rasgos del Eterno que tenía a la derecha, un anciano vieísimo, arrugado y calvo. Tenía la piel de un tono violeta azulado, con los labios y las uñas todavía más azules, tan oscuros que

casi parecían negros. Hasta el blanco de sus ojos era azul. Aquellos ojos miraban sin ver a la anciana sentada frente a él, al otro lado de la mesa, con una túnica rosa claro que se le había podrido sobre el cuerpo. Según la costumbre qarthiense, dejaba desnudo un pecho, arrugado y con un pezón azulado duro como el cuero.

« No respira. —Dany prestó atención al silencio—. No respira ninguno, no se mueven, y esos ojos no ven. ¿Será posible que los Eternos estén muertos?» .

La respuesta que recibió fue tan tenue como el roce del bigote de un ratón.

—... vivimos... vivimos... vivimos...

—... y sabemos... sabemos... sabemos... sabemos... —repitió una miríada de voces.

—He venido en busca del don de la verdad —dijo Dany—. En la sala alargada, vi cosas... ¿eran visiones ciertas o mentiras? ¿Cosas del pasado o cosas que han de suceder? ¿Qué significaban?

—... la forma de las sombras... mañanas que aún no son... bebe de la copa de hielo... bebe de la copa de fuego...

—... madre de dragones... hija de tres...

—¿De tres? —No comprendía nada.

—... tres cabezas tiene el dragón... —El coro fantasmal retumbaba en su cabeza, pero los labios no se movían, no había aliento que agitara el aire quieto y azul—... madre de dragones... hija de la tormenta... tres fuegos debes encender... uno por la vida, otro por la muerte, otro por amor... —Los susurros se convertían en una canción que se arremolinaba en su mente. El corazón le latía al unísono con el que flotaba ante ella, azul y podrido—. Tres monturas debes cabalgar... una hacia el lecho, otra hacia el terror y otra hacia el amor... —Las voces eran cada vez más altas, y Dany se dio cuenta de que el corazón le latía más despacio, de que su respiración era cada vez más lenta—. Tres traiciones conocerás... una por sangre, otra por oro y otra por amor...

—No... —Su voz era apenas un susurro, casi tan tenue como la de los Eternos. ¿Qué le estaba pasando? —. No lo entiendo —dijo, más alto. ¿Por qué le costaba tanto hablar allí? —. Ayudadme. Decidme.

—... ayudadla... —se burlaron los susurros—... decídselo...

En aquel momento, los fantasmas se estremecieron en la penumbra y formaron imágenes color índigo. Viserys gritó cuando el oro fundido le corrió por las mejillas y le llenó la boca. Un señor alto de piel cobriza y cabellera como oro blanco cabalgaba bajo el estandarte de un semental fiero, mientras a su espalda se veía una ciudad en llamas. Los rubíes brotaban como gotas de sangre del pecho de un príncipe moribundo, que caía de rodillas en el agua y murmuraba, con su último aliento, el nombre de una mujer.

—... madre de dragones, hija de la muerte...

Una espada roja brillaba como el ocaso en la mano de un rey de ojos azules

que no proyectaba sombra alguna. Un dragón de tela se mecía entre dos pértigas mientras la multitud aplaudía. Desde una torre humeante, una gran bestia de piedra emprendía el vuelo, echando fuego sombrío por la boca...

—... madre de dragones, exterminadora de mentiras...

Su plata trotaba por la hierba hacia un arroyo oscuro, bajo un mar de estrellas. En la proa de un barco se alzaba un cadáver, con ojos brillantes en el rostro muerto y una sonrisa triste en los labios grises. Una flor azul crecía en una grieta de un muro de hielo, e impregnaba el aire de un olor dulce...

—... madre de dragones, esposa del fuego...

Las visiones se sucedían cada vez más deprisa, una tras otra, hasta que pareció que el aire había cobrado vida. Las sombras giraban y danzaban en el interior de una tienda, impalpables y terribles. Una niñita corría descalza hacia una casa grande con la puerta roja. Mirri Maz Duur aullaba entre las llamas, mientras le surgía un dragón de la cabeza. Un caballo plateado arrastraba el cadáver ensangrentado de un hombre desnudo. Un león blanco corría por un campo de hierba más alta que una persona. Al pie de la Madre de las Montañas, una fila de ancianas desnudas subía de un gran lago. Se arrodillaban ante ella, todas estremecidas, inclinando las cabezas canosas. Diez mil esclavos alzaban las manos manchadas de sangre mientras ella cabalgaba como el viento entre ellos, a lomos de su plata.

—¡Madre! —gritaban—, ¡Madre, Madre! —Le tiraban de la capa, del dobladillo de la falda, del pie, de la pierna, del pecho... La querían, la necesitaban, el fuego, la vida, y Dany buscaba el aliento y abría los brazos para entregarse a ellos.

Pero en aquel momento, unas alas negras revolotearon en torno a su cabeza, un chillido de furia cortó el aire indigo, y de repente, las visiones desaparecieron, se desmoronaron, y la respiración trabajosa de Dany se transformó en un grito de terror. Los Eternos la rodeaban, azules y fríos, susurrando mientras la tocaban, mientras la acariciaban, le tironeaban de la ropa, la rozaban con manos frías y secas, le pasaban los dedos por el pelo... Había perdido toda la fuerza de los músculos. No se podía mover. El corazón ya no le latía. Sintió en el pecho desnudo el tacto de una mano que le pellizcaba un pezón. Unos dientes le buscaron la piel tierna de la garganta. Una boca se posó sobre uno de sus ojos, lo lamió, lo chupó, lo empezó a morder...

Y de pronto, el indigo se transformó en naranja, y los susurros en gritos. El corazón le latía a toda velocidad, las manos y las bocas se esfumaron, el calor le bañó la piel, y Dany parpadeó ante el repentino resplandor. Sobre ella, el dragón extendió las alas y se lanzó contra el espantoso corazón, desgarró la carne podrida hasta convertirla en jirones, y cuando echó la cabeza hacia atrás, el fuego que le salió de entre las mandíbulas era brillante y ardiente. Dany oyó los gritos de los Eternos que se quemaban, sus voces agudas y quebradizas que

sollozaban en idiomas muertos mucho tiempo atrás. Su carne era como pergamino a punto de desmoronarse y sus huesos, como madera seca empapada en sebo. Se agitaban mientras las llamas los consumían, giraban, se retorcían, se contorsionaban y alzaban las manos en llamas, con dedos brillantes como antorchas.

Dany consiguió ponerse en pie y embistió contra ellos. Eran livianos como el aire, apenas cascarones, y caían en cuanto los tocaba. Cuando llegó a la puerta, la estancia entera ardía.

—¡Drogon! —llamó, y el dragón voló hacia ella en medio del fuego.

Corrió por un pasillo serpenteante, iluminado por el resplandor anaranjado de la estancia en llamas. Dany corrió y corrió, en busca de una puerta a la derecha, una puerta a la izquierda, una puerta cualquiera, pero no había ninguna, solo paredes de piedra sinuosas, y un suelo que parecía moverse bajo sus pies, que se retorcía como si quisiera hacerla tropezar. Pero se mantuvo erguida y corrió más deprisa, y de pronto vio ante ella la puerta, una puerta que era como una boca abierta.

Cuando se precipitó hacia el sol, el brillo de la luz la hizo tambalearse. Pyat Pree farfullaba en una lengua ignota, y saltaba primero sobre un pie, luego sobre el otro. Dany miró hacia atrás, y vio tentáculos de humo que brotaban de las hendiduras de los viejos muros de piedra del palacio de Polvo, y se alzaban entre las tejas negras del tejado.

Pyat Pree lanzó una maldición y corrió hacia ella con un cuchillo en la mano, pero Drogon revoloteó por delante de su rostro. En aquel momento oyó el restallido del látigo de Jhogo, y le pareció el sonido más dulce que había oído jamás. El cuchillo salió volando por los aires, y un instante después, Rakharo derribaba a Pyat. Ser Jorah Mormont se arrodilló junto a Dany sobre la hierba fresca, y le rodeó los hombros con un brazo.

—Si os dejáis matar como idiotas, les echaré vuestros cadáveres a las cabras —amenazó Tyrion mientras el primer grupo de Grajos de Piedra se alejaba del atracadero.

—El Mediohombre no tiene cabras —dijo Shagga entre risas.

—Ya me buscaré unas cuantas, aunque sea solo para ti.

Empezaba a amanecer, y las ondas de luz clara centelleaban en la superficie del río, se hacían pedazos hendidos por las pértigas y volvían a formarse al paso de la barcaza. Timett había ido al bosque Real dos días antes con sus hombres quemados. El día anterior lo habían seguido los orejas negras y los hermanos de la luna, y aquel día habían partido los grajos de piedra.

—Pase lo que pase, no intentéis enzarzaros en una batalla —insistió Tyrion—. Atacad los campamentos y los convoyes de provisiones. Tended emboscadas a los exploradores y colgad los cadáveres de árboles, para que se los encuentren a medida que avancen; tomad desvíos y acabad con los rezagados. Quiero ataques nocturnos, tantos y tan repentinos que tengan miedo de dormir.

—Todo eso ya lo aprendí de Dolf, hijo de Holger, antes de que me saliera la barba —dijo Shagga poniendo una mano sobre la cabeza de Tyrion—. Así hacemos la guerra en las montañas de la Luna.

—Esto es el bosque Real, no las montañas de la Luna; aquí no vais a pelear contra serpientes de leche ni contra perros pintados. Así que prestadles atención a los guías: se conocen este bosque tan bien como vosotros las montañas. Si seguís sus consejos, os serán de utilidad.

—Shagga escuchará a los amiguitos del Mediohombre —prometió con solemnidad el hombre de los clanes.

Le llegó el turno a su grupo, y todos subieron a la barcaza. Tyrion los vio alejarse y darse impulso con las pértigas hacia el centro del Aguasnegras. A medida que Shagga desaparecía en medio de la niebla matutina, sintió un cosquilleo extraño en la boca del estómago. Sin los hombres de los clanes a su lado se iba a sentir muy desnudo.

Le quedaban los que Bronn había contratado; eran ya cerca de ochocientos, pero los mercenarios eran veleidosos. Tyrion había hecho todo lo posible por comprar su lealtad: les había prometido a Bronn y a una docena de los mejores hombres tierras y rango de caballeros cuando ganaran la batalla. Bebían su vino, reían sus bromas, se llamaban *caballero* unos a otros hasta que estaban borrachos como cubas... Todos menos el propio Bronn, que se limitaba a sonreír con aquella sonrisa suya, sombría e insolente.

—Matarán por un título de caballero —le comentó después—. Pero ni sueñas con que vayan a morir por él.

Tyrion no se había hecho semejantes ilusiones.

Los capas doradas eran un arma prácticamente tan poco fiable como los mercenarios. Gracias a Cersei, la Guardia de la Ciudad contaba con seis mil hombres, pero de ellos, apenas una cuarta parte era de confianza.

—Hay unos cuantos traidores redomados, pero seguro que existen otros más que ni vuestra araña conoce —le había advertido Bywater—. Pero lo peor es que tenemos cientos de hombres más verdes que la hierba en primavera; se unieron a la Guardia para conseguir pan, cerveza y seguridad. No hay hombre que quiera parecer cobarde ante sus compañeros, de manera que lucharán con valentía al principio, cuando todo sea cosa de cuernos de guerra y estandartes al viento. Pero si la batalla se pone fea, nos darán la espalda. El primero que suelte la lanza y eche a correr tendrá un millar de seguidores.

Cierto que en la Guardia de la Ciudad también había hombres curtidos: los dos mil más antiguos, los que habían conseguido las capas doradas de manos de Robert, no de Cersei. Pero ni siquiera aquellos eran todo lo que cabría desejar. Un guardia no era un soldado de verdad, como decía siempre lord Tywin Lannister. Tyrion apenas contaba con trescientos caballeros, escuderos y soldados. Pronto tendría ocasión de comprobar otro de los dichos de su padre: que un hombre encima de una muralla valía por diez abajo.

Bronn y su escolta lo aguardaban al final del muelle, en medio de un enjambre de mendigos, prostitutas que vagaban sin rumbo y pescaderas que pregonaban la mercancía. Las pescaderas hacían más negocio que todos los demás juntos. Los compradores se arremolinaban en torno a los barriles y tenderetes para regatear el precio de bígaros, almejas y lucios. No entraba otro alimento en la ciudad, de modo que el precio del pescado era diez veces más alto que antes de la guerra, y seguía subiendo. Los que tenían dinero acudían mañana y tarde a la orilla del río, con la esperanza de llevarse a casa una anguila o un saco de cangrejos; los que no, se deslizaban entre los tenderetes a ver qué podían robar, o miraban desde los muros, demacrados y sin esperanza.

Los capas doradas abrieron camino entre la gente, empujando cuando hacia falta con las astas de las lanzas. Tyrion trató de hacer caso omiso de las maldiciones susurradas entre dientes. Alguien entre la multitud le lanzó un pescado, resbaladizo y podrido. Fue a caer a sus pies y se desparramó sobre los adoquines. Lo saltó con presteza y subió a su silla de montar. Los niños de vientre hinchado se peleaban ya por los trozos del pescado hediondo.

Una vez a caballo, escudriñó la ribera. El sonido de los martillos retumbaba en el aire de la mañana, mientras los carpinteros se arremolinaban en las cercanías de la puerta del Lodazal, tendiendo tablones desde las almenas. Aquello iba bien. Menos satisfecho se sintió al fijarse en la maraña de chamizos y chozas que se habían ido alzando tras los muelles, adhiriéndose a los muros de la ciudad como lapas al casco de un barco; chabolas de pescadores y tenderetes de calderos, almacenes, puestos de venta, tabernas, y los graneros donde las

prostitutas más baratas se abrían de piernas.

«Hay que hacer desaparecer todo eso; todo». Tal como estaba aquello, Stannis no necesitaría escalerillas para subir por los muros. Llamó a Bronn.

—Reúne a un centenar de hombres y quema todo lo que hay entre la orilla del río y los muros de la ciudad. —Señaló la miseria de los muelles con un movimiento de los dedos regordetes—. No quiero que quede nada, ¿entendido?

—A los dueños no les va a hacer ninguna gracia —dijo el mercenario de cabecera negra, echando un vistazo para sopesar la misión.

—Lo suponía, pero qué se le va a hacer. Un motivo más tendrán para maldecir al mono malvado.

—Puede que algunos presenten batalla.

—Encárgate de que pierdan.

—¿Y qué hacemos con los que viven ahí?

—Dales un tiempo razonable para que saquen sus posesiones, y échálos. Pero intenta que no haya que matar a nadie; no son el enemigo. ¡Y no más violaciones! Controla a tus hombres, maldita sea.

—Son mercenarios, no septones —replicó Bronn—. ¡No querrás también que estén sobrios!

—Sería demasiado pedir. —Tyrion habría dado cualquier cosa por que los muros de la ciudad fueran el doble de altos y tres veces más gruesos. Aunque tal vez no sirviera de nada. Los muros gigantescos y las torres altas no habían salvado Bastión de Tormentas, ni Harrenhal, ni siquiera Invernalia.

Recordaba Invernalia tal como la había visto por última vez. No tan gigantesca que resultara grotesca, como Harrenhal, ni tan sólida e inexpugnable como Bastión de Tormentas, sino con una gran fuerza en sus piedras, una seguridad que parecía emanar de los propios muros. La noticia de la caída del castillo había sido toda una commoción.

—Los dioses dan con una mano y quitan con la otra —murmuró entre dientes cuando Varys se lo contó.

A los Stark les habían entregado Harrenhal y arrebatado Invernalia. Un triste cambio.

En realidad debería haberse alegrado. Robb Stark tendría que volver al norte. Si no podía defender su hogar, el corazón de sus tierras, no sería un rey. Aquello supondría un respiro para el oeste, para la casa Lannister, aun así...

Tyrion apenas tenía algún recuerdo de Theon Greyjoy, de los días que había pasado con los Stark. Era un muchacho inmaduro, siempre sonriente, hábil con el arco. Costaba imaginarlo como señor de Invernalia. El señor de Invernalia sería siempre un Stark.

Le llegó a la memoria su bosque de dioses; los altos centinelas con sus armaduras de agujas gris verdoso, los robles gigantescos, los espinos, los fresnos, los pinos soldado y, en el centro, el árbol corazón, que se alzaba como un gigante

blanco congelado en el tiempo. Casi le llegaba el olor de aquel lugar, terroso e inquietante, el olor de los siglos. Aquel bosque era oscuro incluso a plena luz del día.

«Ese bosque era Invernalia. Era el norte. Jamás me había sentido tan fuera de lugar como cuando entré allí. En aquel lugar era un intruso». Se preguntó si los Greyjoy tendrían la misma sensación. Tal vez el castillo les perteneciera, pero el bosque de dioses, no. Ni en un año, ni en diez, ni en cincuenta.

Tyron Lannister dirigió su caballo al paso hacia la puerta del Lodazal. «¿A ti qué te importa Invernalia? —se dijo—. Date por satisfecho con que haya caído, y cuida de tus murallas». La puerta estaba abierta. Dentro, en la plaza del mercado, había tres grandes trabuquetes que se asomaban desde las almenas como tres pájaros gigantescos. Sus enormes brazos eran troncos de robles viejos, con refuerzos de hierro para que no se astillaran. Los capas doradas los llamaban las Tres Putas, porque iban a darle una lujuriosa bienvenida a lord Stannis. «Al menos eso esperamos».

Tyron picó espuelas y cruzó la puerta del Lodazal, enfrentándose a la marea humana. Más allá de las Putas había menos gente, y la calle se abría a su alrededor.

No hubo ningún contratiempo en el camino de regreso a la Fortaleza Roja, pero al llegar a la Torre de la Mano se encontró con una docena de capitanes mercantes furiosos, que aguardaban en su sala de audiencias para protestar por el embargo de sus naves. Se disculpó con toda sinceridad, y les prometió compensarlos una vez terminara la guerra. Aquello no los calmó en lo más mínimo.

—¿Y qué pasa si perdéis, mi señor? —preguntó un braavosi.

—En ese caso, pedidle la compensación al rey Stannis.

Cuando consiguió librarse de ellos, las campanas sonaban ya, y Tyron comprendió que iba a llegar tarde. Cruzó el patio anadeando casi a la carrera, y llegó al septo del castillo en el momento en que Joffrey ponía las capas de seda blanca en los hombros de los dos nuevos miembros de su Guardia Real. Por lo visto, el ritual exigía que todo el mundo estuviera de pie, de manera que Tyron no vio nada más que una muralla de traseros cortesanos. Pero tenía la ventaja de que, una vez el nuevo septón supremo terminara de tomarles solemne juramento a los dos caballeros y de ungirlos en nombre de los Siete, estaría en la mejor situación para ser el primero en salir de allí.

Le había parecido bien que su hermana eligiera a ser Balon Swann para ocupar el lugar del difunto Preston Greenfield. Los Swann eran señores de las Marcas, orgullosos, poderosos y cautos. Lord Gulian Swann había alegado una enfermedad para quedarse en su castillo sin tomar parte en la guerra, pero su hijo mayor había cabalgado con Renly y en aquel momento estaba con Stannis, mientras que Balon, el más joven, servía en Desembarco del Rey. Tyron

sospechaba que, de haber tenido un tercer hijo, este se encontraría con Robb Stark Posiblemente no fuera la actitud más honorable, pero demostraba mucho sentido común: los Swann tenían intención de sobrevivir ganara quien ganara el Trono de Hierro. Además de su noble origen, el joven ser Balon era valiente, cortés y hábil con las armas: manejaba bien la lanza, mejor aún la maza, y con el arco era insuperable. Serviría con honor y gallardía.

Por desgracia, la opinión de Tyrion sobre la segunda elección de Cersei era muy diferente. Ser Osmund Kettleblack tenía un aspecto imponente, cierto. Media más de dos varas y un palmo, de músculos y tendones en su mayoría, y tenía una nariz ganchuda, unas cejas pobladas y una barba castaña que le daban un aspecto fiero, siempre y cuando no sonriera. Era de baja extracción, poco más que un caballero errante, y dependía por completo de Cersei para ascender. Sin duda, por aquello lo había elegido su hermana.

—Ser Osmund es tan leal como valiente —le había dicho Cersei a Joffrey al proponer su nombre.

Por desgracia, aquello era cierto. El bueno de ser Osmund le había estado vendiendo los secretos de la reina a Bronn desde que Cersei lo había contratado, pero no era cosa que Tyrion pudiera alegar delante de ella.

Al fin y al cabo no podía quejarse. Con aquel nombramiento tenía una oreja más próxima al rey, sin que su hermana lo supiera. Y, aunque ser Osmund demostrara ser un cobarde hasta la médula, no sería peor que ser Boros Blount, que en aquellos momentos ocupaba una mazmorra en Rosby. Ser Boros era el encargado de escoltar a Tommen y a lord Gyles cuando ser Jacelyn Bywater y sus capas doradas los sorprendieron, y entregó a sus protegidos con una celeridad que habría indignado al anciano ser Barristan Selmy tanto como indignó a Cersei; un caballero de la Guardia Real tenía que morir en defensa del rey y de su familia. Se había empeñado en que Joffrey despojara a Blount de su capa blanca, alegando traición y cobardía.

«Y ahora va y lo sustituye por otro hombre tan falso como el anterior».

Las oraciones, juramentos y unciones iban a durar toda la mañana, por lo visto. A Tyrion no tardaron en dolerle las piernas. Cambiaba el peso de un pie a otro, inquieto. Lady Tanda se encontraba unas cuantas filas más adelante, pero no vio a su hija. Había tenido la esperanza de divisar a Shae aunque fuera un instante solo. Varys le decía que estaba bien, pero habría preferido comprobarlo en persona.

—Más vale ser doncella de una dama que moza en las cocinas —le había dicho Shae cuando Tyrion le explicó el plan del eunuco—. ¿Puedo llevarme el cinturón de flores? ¿Y el collar de oro con los diamantes negros, ese que decis que es como mis ojos? No me los pondré sin vuestro permiso.

Tyrion detestaba negarle cualquier cosa, pero tuvo que señalarle que, aunque lady Tanda no fuera lo que se decía una mujer inteligente, hasta ella se

sorprendería si veía a la doncella de su hija con más joyas que su señora.

—Elige dos o tres vestidos, no más —ordenó—. De buena lana, nada de seda, brocado ni pieles. El resto de las cosas te lo guardaré en mis habitaciones, para cuando me visites.

No era la respuesta que Shae habría querido oír, pero al menos estaría a salvo.

Cuando la investidura de cargos terminó por fin, Joffrey salió escoltado por ser Balon y ser Osmund, ambos con sus nuevas capas blancas, mientras Tyrion se demoraba para intercambiar unas palabras con el nuevo septón supremo (al que había elegido él en persona, y era suficientemente inteligente para saber quién le untaba la miel en el pan).

—Quiero que los dioses estén de nuestra parte —le dijo sin rodeos—. Decid que Stannis ha jurado quemar el Gran Septo de Baelor.

—¿Es eso cierto, mi señor? —preguntó el septón supremo, un hombre menudo, astuto, de rostro arrugado y barbita blanca.

—Es posible. —Tyrion se encogió de hombros—. Stannis quemó el bosque de dioses de Bastión de Tormentas, a modo de ofrenda al Señor de Luz. Si ha ofendido a los antiguos dioses, ¿por qué no iba a ofender a los nuevos? Decid eso. Y decid también que cualquiera que ayude al usurpador traiciona no solo a su rey legítimo, sino también a los dioses.

—Así lo haré, mi señor. Y también pediré que se rece por la salud del rey y la de su mano.

Cuando Tyrion volvió a sus estancias se encontró con que Hallyne el Piromante lo estaba esperando, y con que el maestre Frenken le había llevado mensajes. Hizo esperar un poco más al alquimista mientras leía lo que habían llevado los cuervos. Había una carta de Doran Martell con noticias anticuadas sobre la caída de Bastión de Tormentas, y otra mucho más intrigante de Balon Greyjoy, de Pyke, en la que se autopropagaba «Rey de las Islas y del Norte». Invitaba al rey Joffrey a enviar a un representante a las islas del Hierro para fijar las fronteras entre sus reinos y negociar una posible alianza.

Tyrion leyó la carta tres veces y la dejó a un lado. Las naves de lord Balon habrían sido de gran ayuda contra la flota que se acercaba, procedente de Bastión de Tormentas, pero se encontraban a miles de leguas de distancia, al otro lado de Poniente. Y no estaba nada convencido de querer entregarles a los Greyjoy la mitad del reino. «Debería soltar esto en manos de Cersei, o presentarlo al Consejo».

Entonces dejó entrar a Hallyne, que le llevaba las últimas cuentas de los alquimistas.

—Esto no es posible —dijo Tyrion mientras leía los informes—. ¿Casi trece mil frascos? ¿Me tomáis por idiota? No voy a pagar oro del rey por frascos vacíos y jarros de meados sellados con cera, os lo advierto.

—No, no —protestó Hallyne—. Las cifras son correctas, os lo aseguro. Hemos tenido, hummm, mucha suerte, mi señor. Se ha descubierto otro depósito perteneciente a lord Rossart: más de trescientos frascos. ¡Nada menos que bajo Pozo Dragón! Unas cuantas prostitutas utilizaban esas ruinas para atender a sus clientes, y uno de ellos cayó a las bodegas por accidente; el suelo estaba podrido y se hundió. Palpé las botellas y creyó que eran de vino. Estaba tan borracho que rompió el sello de una y bebió.

—Hubo un príncipe que hizo lo mismo —dijo Tyrion con tono seco—. No he visto ningún dragón sobre la ciudad, así que parece que esta vez tampoco ha dado resultado.

El Pozo Dragón estaba en la cima de la colina de Rhaenys, y llevaba siglo y medio abandonado. Era un lugar tan apropiado como cualquiera para almacenar unas reservas de fuego valyrio; de hecho, era mejor que otros muchos, pero el difunto lord Rossart podría haberse tomado la molestia de decírselo a alguien.

—Trescientos frascos, ¿eh? Aun así, el total sigue siendo disparatado. Tenéis miles de frascos más que los que me dijisteis que calculabais, la última vez que nos vimos, y ya entonces me pareció una previsión optimista.

—Sí, sí, así es. —Hallyne se secó la frente blanquecina con la manga de la túnica negra y escarlata—. Hemos estado trabajando mucho, mi señor, hummm.

—Sin duda, eso explicaría por qué estáis preparando mucha más sustancia que antes. —Tyrion, sonriente, clavó en el piromante los ojos dispares—. Pero plantea otra pregunta, a saber: ¿por qué no empezasteis a trabajar mucho... un poco antes?

Hallyne tenía la piel del color de una seta, así que costaba imaginar que se pudiera poner aún más pálido, pero lo estaba logrando.

—Trabajábamos mucho, mi señor... Mis hermanos y yo nos hemos dedicado a esto día y noche desde el principio, os lo aseguro. Solo que, hummm, hemos preparado tanta sustancia que ahora, hummm, tenemos más práctica, y además... —El alquimista parecía muy inquieto—. Hay ciertos hechizos, hummm, secretos arcanos de nuestra orden, muy delicados, muy peligrosos, pero necesarios para que la sustancia sea, hummm, como debe ser...

Tyrion se impacientaba por momentos. Ser Jacelyn Bywater ya habría llegado, y a Mano de Hierro no le gustaba nada esperar.

—Sí, vale, tenéis hechizos secretos, qué suerte. ¿Y qué?

—Pues que, hummm, parece que ahora funcionan mejor que antes. —Hallyne le dedicó una sonrisa débil—. Supongo que no sabréis si hay dragones por ahí, ¿verdad?

—A menos que encontrarais alguno en el Pozo Dragón, no. ¿Por qué?

—No, perdonad, por nada. Me estaba acordando de algo que me dijo en cierta ocasión el anciano sapiencia Pollitor cuando yo no era más que un acólito. Le había preguntado por qué muchos de nuestros hechizos no parecían tan...

bueno, tan eficaces como se decía en los pergaminos, y él me explicó que era porque la magia había empezado a desaparecer del mundo el día en que murió el último dragón.

—Pues siento decepcionarlos, pero no he visto ningún dragón. En cambio, al que sí he visto por ahí ha sido a la justicia del rey. Si alguna de estas frutas que me estáis vendiendo contiene algo que no sea fuego valyrio, vos también lo veréis.

Hallyne salió con tanta precipitación que estuvo a punto de derribar a ser Jacelyn... mejor dicho, a lord Jacelyn; Tyrion se lo tenía que recordar constantemente a sí mismo. Por suerte, Mano de Hierro fue directo al grano, como de costumbre. Acababa de volver de Rosby, de llevar una nueva leva de lanceros reclutados en las tierras de lord Gyles, y había reasumido el mando de la Guardia de la Ciudad.

—¿Cómo se encuentra mi sobrino? —preguntó Tyrion cuando terminaron de hablar sobre las defensas de la ciudad.

—El príncipe Tommen está sano y feliz, mi señor. Ha adoptado una cervatilla que mis hombres le trajeron de una cacería. Dice que tuvo otra de pequeño, pero Joffrey la despellejó para hacerse un jubón. A veces pregunta por su madre, y ha empezado a escribirle varias cartas a la princesa Myrcella, aunque nunca las termina. En cambio, no parece extrañar en absoluto a su hermano.

—¿Habéis hecho los arreglos pertinentes para el caso de que perdiéramos la batalla?

—Mis hombres tienen instrucciones al respecto.

—¿Y cuáles son?

—Me ordenasteis que no se las contara a nadie, mi señor.

Aquello le arrancó una sonrisa.

—Me alegra que lo recordéis. —Si Desembarco del Rey caía, tal vez lo cogieran vivo. Sería mejor que no conociera el paradero del heredero de Joffrey.

Poco después de que lord Jacelyn se despidiera, recibió la visita de Varys.

—Qué criaturas tan desleales son los hombres —dijo a modo de saludo.

—¿Quién nos ha traicionado hoy? —preguntó Tyrion con un suspiro.

—Tanta villanía es un triste cántico a nuestra época —contestó el eunuco tendiéndole un pergamo—. ¿Acaso el honor murió con nuestros padres?

—Mi padre aún no está muerto. —Tyrion le echó un vistazo a la lista—. Algunos de estos nombres me suenan. Son hombres ricos. Comerciantes, mercaderes, artesanos... ¿Por qué conspiran contra nosotros?

—Al parecer, creen que lord Stannis debe vencer y quieren compartir su victoria. Se autodenominan Hombres Astados, en honor al venado coronado.

—Pues que alguien les explique que Stannis ha cambiado de blasón. Deberían hacerse llamar Corazones Calientes. —Pero al parecer no era cuestión de broma. Aquellos Hombres Astados tenían cientos de seguidores bien armados, con los

que esperaban tomar la puerta Vieja una vez empezara la batalla, para dejar entrar al enemigo. Entre los nombres de la lista estaba el del maestro armero Salloreon—. En fin, me imagino que al final no me va a hacer ese yelmo aterrador con cuernos de demonio —se lamentó Tyrion al tiempo que escribía la orden de detención.

En un momento dormía. Al siguiente estaba despierto.

Kyra estaba acurrucada junto a él, con un brazo en torno al suyo y los pechos presionados contra su espalda. Oía su respiración, suave y rítmica. La sábana rodeaba los cuerpos de los dos. Era noche cerrada. El dormitorio estaba a oscuras, en silencio.

« ¿Qué ha sido eso? ¿He oído algo? ¿O a alguien?».

El viento susurraba contra los postigos. En algún punto lejano, maullaba un gato en celo. Nada más.

« Duérmete, Greyjoy —se dijo—. El castillo está tranquilo; tienes guardias apostados. En tu puerta, en la entrada, en la armería...».

Le habría gustado atribuirlo a una pesadilla, pero no recordaba haber soñado nada. Kyra lo había dejado agotado. Hasta que Theon envió a buscarla, se había pasado sus dieciocho años de vida en Las Inviernas, sin poner un pie jamás entre los muros del castillo. Llegó a él empapada, ansiosa y ágil como una comadreja, y el hecho de follar con una vulgar moza de taberna en el lecho del propio lord Eddard Stark le proporcionaba un placer adicional.

La muchacha murmuró algo en sueños mientras Theon se liberaba de su brazo y se ponía en pie. En la chimenea brillaban todavía unas pocas brasas. Wex dormía al pie de la cama, enroscado en su capa, como si nada sucediera en el mundo. La quietud era absoluta. Theon se dirigió hacia la ventana y abrió los postigos. La noche lo acarició con dedos gélidos, y se le puso la carne de gallina. Se inclinó sobre el alféizar de piedra y contempló las torres oscuras, los patios desiertos, el cielo negro y más estrellas de las que nadie podría contar aunque viviera hasta los cien días del nombre. La media luna parecía flotar sobre la torre de la campana, y proyectaba su reflejo sobre el tejado de los invernaderos. No se oían alarmas, ni gritos, ni tan siquiera una pisada.

« Todo va bien, Greyjoy. ¿Oyes el silencio? Deberías estar ebrio de alegría. Has tomado Invernalia con menos de treinta hombres; esta hazaña se narrará en las canciones».

Theon volvió a la cama. Tendió a Kyra sobre la espalda y la penetró otra vez; aquello haría que desaparecieran los fantasmas. Los jadeos y risitas de la muchacha fueron una grata alternativa al silencio de la noche.

Se detuvo de repente. Estaba tan acostumbrado a los aullidos de los lobos huargo que ya apenas los oía, pero una parte de él, cierto instinto de cazador, detectó su ausencia.

Urzen montaba guardia junto a su puerta. Era un hombre nervudo, con un escudo redondo colgado a la espalda.

—Los lobos están callados —le dijo Theon—. Ve a ver qué hacen, y vuelve de inmediato.

La sola idea de que los lobos huargo anduvieran libres le volvía el estómago del revés. Recordaba demasiado bien aquel día en el bosque de los Lobos, cuando los salvajes habían atacado a Bran. Verano y Viento Gris los habían despedazado.

Le dio una patadita a Wex con la punta de la bota. El chico se incorporó y se frotó los ojos.

—Ve a asegurarte de que Bran Stark y su hermano pequeño están en sus camas. Y date prisa.

—¿Mi señor? —lo llamó Kyra, adormilada.

—Duérmete, esto no es asunto tuy o. —Theon se sirvió una copa de vino y la bebió de un trago. No dejaba de escuchar, con la esperanza de oír un aullido.

« Muy pocos hombres —pensó con amargura—, tengo muy pocos hombres. Si Asha no viene pronto...» .

Wex fue el primero en regresar, sacudiendo la cabeza. Theon masculló una maldición, y recogió la túnica y los calzones del suelo, donde los había tirado en su precipitación por acostarse con Kyra. Sobre la túnica se puso un jubón de cuero tachonado en hierro, y al cinto, una espada larga y un puñal. Tenía el pelo tan enmarañado como las ramas de un bosque, pero había cosas más importantes de las que preocuparse.

Cuando terminó de vestirse, Urzen ya había vuelto.

—Los lobos han desaparecido.

—Despierta a todo el castillo —dijo Theon. Se obligaba a hablar con una voz tan fría y pausada como la de lord Eddard—. Que bajen todos al patio, todos. A ver quién falta. Y dile a Lorren que haga una ronda por las puertas. Ven conmigo, Wex.

Se preguntó si Stygg habría llegado ya a Bosquespeso. No era tan buen jinete como decía (lo cierto era que ninguno de los hombres del hierro sabía montar a caballo de verdad), pero ya había tenido tiempo más que suficiente. Tal vez Asha estuviera en camino. « Y si se entera de que he perdido a los Stark...» . No quería ni pensar lo.

El dormitorio de Bran estaba desierto, al igual que el de Rickon, un poco más abajo. Theon se maldijo. Debería haber puesto guardias para vigilarlos, pero le había parecido más importante situar hombres en los muros y en la entrada que dedicarlos a hacer de niñeras de un par de mocosos, uno de ellos encima tullido.

Oyó sollozos en el exterior, a medida que sus hombres obligaban a los habitantes del castillo a salir de sus camas para ir al patio. « Ya les daré yo motivos para lloriquear. Los he tratado con amabilidad, y así me lo pagan. —Hasta había hecho azotar a dos de sus hombres por violar a la chica de las perreras; quería demostrar que era justo—. Y aun así me echan la culpa por lo de la violación. Y por todo lo demás» . Le parecía una injusticia. Milkyn se había hecho matar por bocazas, igual que Benfred. En cuanto a Chayle, a alguien tenía que entregar al Dios Ahogado: era lo que sus hombres esperaban de él.

—No tengo nada en tu contra —le había dicho al septón antes de que lo arrojaran al pozo—, pero aquí ya no hay lugar para ti ni para tus dioses.

Los demás deberían haber estado agradecidos de que no los eligiera a ellos, pero no. A saber cuántos estaban implicados en el complot contra él.

Urzen regresó con Lorren el Negro.

—La puerta del Cazador —dijo Lorren—. Más vale que vengas a ver esto.

La puerta del Cazador estaba situada, muy convenientemente, cerca de las perreras y de las cocinas. Daba directamente a los prados y a los bosques, con lo que los jinetes podían entrar y salir sin pasar por Las Inviernas, de manera que era la que utilizaban las partidas de caza.

—¿Quién estaba aquí de guardia? —exigió saber Theon.

—Drennan y Squint.

Drennan era uno de los que habían violado a Palla.

—Si han dejado escapar a los críos, esta vez no me conformaré con arrancarles un poco de piel de la espalda, os lo juro.

—No va a hacer falta —replicó Lorren el Negro con voz cortante.

Y era cierto. Encontraron a Squint flotando boca abajo en el foso, con las entrañas a la deriva tras él, como un nido de serpientes blancuzcas. Drennan yacía medio desnudo en el puesto de guardia, en la pequeña habitación desde donde se manejaba el puente levadizo. Una túnica desastrada le ocultaba las cicatrices a medio curar de la espalda, pero tenía las botas tiradas sobre la alfombra, y los calzones enroscados en torno a los pies. En una mesita, junto a la puerta, había un trozo de queso, al lado de una jarra vacía. Y dos vasos.

Theon cogió uno y olfateó los posos de vino que quedaban en el fondo.

—Squint tenía que patrullar el adarve, ¿no?

—Sí —asintió Lorren.

Theon tiró el vaso a la chimenea.

—Parece que Drennan se estaba bajando los calzones para metérsela a la mujer cuando ella se lo metió a él. El cuchillo del queso, por lo visto. Que alguien busque una pértila para pescar al otro idiota que está en el foso.

El otro idiota tenía aún peor aspecto que Drennan. Cuando Lorren el Negro lo sacó del agua, vieron que tenía un codo dislocado, le faltaba la mitad del cuello y tenía un agujero desgarrado en lugar del ombligo y la entrepierna. La pértila le desgarró las entrañas cuando Lorren lo sacó. El hedor era espantoso.

—Los lobos huargo —dijo Theon—. Y parece que los dos a la vez —Volvió hacia el puente levadizo, asqueado.

Invernalia estaba rodeada por dos inmensos muros de granito, con un ancho foso entre ambos. La muralla exterior tenía cuarenta varas de altura, y la interior, más de cincuenta. Por falta de hombres, Theon se había visto obligado a renunciar a las defensas exteriores, y a apostar sus guardias en la muralla interior. Si los habitantes del castillo se alzaban contra él, no quería encontrarse

con que sus hombres estaban al otro lado del foso.

« Tienen que ser dos o más —se dijo—. Mientras la mujer distraía a Drennan, los otros liberaban a los lobos» .

Theon pidió una antorcha y encabezó la marcha por las escaleras que subían al adarve. Movía la llama ante él, muy baja, en busca de... lo que encontró. En la parte interior de la muralla, entre dos almenas.

—Sangre —anunció—. Mal limpiada. Me imagino que la mujer mató a Drennan y bajó el puente levadizo. Squint oyó el ruido de las cadenas, vino a echar un vistazo... y hasta aquí llegó. Luego tiraron el cadáver entre las almenas al foso, para que no lo encontrara algún otro centinela.

—Las otras torres de guardia no están lejos —dijo Urzen escudriñando las murallas—. Desde aquí veo las antorchas...

—Ves las antorchas, pero no a los guardias —replicó Theon, malhumorado—. Invernalia tiene más torres que yo hombres.

—Hay cuatro guardias en la puerta de la muralla —dijo Lorren el Negro—. Y otros cinco que patrullan las murallas, aparte de Squint.

—Si hubiera hecho sonar el cuerno... —dijo Urzen.

« Estoy rodeado de idiotas» .

—A ver, Urzen, intenta imaginar que eras tú el que estaba aquí arriba. Todo está oscuro y hace frío. Llevas horas patrullando las murallas, estás deseando que acabe tu turno de guardia. En ese momento oyés un ruido, vas hacia la entrada, y de repente ves unos ojos en la parte superior de las escaleras, unos ojos verdes y dorados que brillan a la luz de las antorchas. Dos sombras se precipitan hacia ti a una velocidad inimaginable. Ves el destello de unos dientes, esgrimes la lanza, y caen sobre ti, te abren la barriga, desgarrando el cuero de tu ropa como si fuera papel. —Dio un empujón a Urzen—. Ahora estás tendido de espaldas, se te salen las tripas, y uno de ellos te muerde el cuello. —Theon lo agarró por el cuello huesudo, apretó los dedos y sonrió—. Dime, mientras está pasando todo eso, ¿en qué momento te paras a hacer sonar el puto cuerno?

Soltó a Urzen sin miramientos, y el hombre cayó entre dos almenas, al tiempo que se frotaba la garganta. « Tendría que haber hecho matar a esas dos fieras el mismo día en que tomamos el castillo» , pensó, furioso. Había visto cómo mataban; sabía lo peligrosos que eran.

—Tenemos que ir tras ellos —dijo Lorren el Negro.

—No mientras no haya luz. —Theon no tenía la menor intención de perseguir a los lobos de noche por el bosque; era demasiado fácil que los cazadores se convirtieran en presas—. Esperaremos a que amanezca. Entretanto, más vale que vaya a hablar con mis leales súbditos.

En el patio, alineado contra la muralla, había un grupo intranquilo de hombres, mujeres y niños. A muchos no les habían dado tiempo para vestirse, de manera que se cubrían con mantas de lana, o tiritaban desnudos arrebujados en

las capas o las sábanas. Una docena de hombres del hierro los tenía arrinconados, cada uno con una antorcha en una mano y el arma en la otra. El viento soplabía a ráfagas, y la luz anaranjada parpadeante se reflejaba en los yelmos de acero para iluminar las barbas espesas y los ojos de mirada hosca.

Theon recorrió la hilera de prisioneros; escudriñó los rostros como si quisiera averiguar cuál escondía algún dato, alguna culpa. Pero todos le parecían culpables.

—¿Cuántos faltan?

—Seis. —A sus espaldas, Hedioondo dio un paso al frente; olía a jabón, y el viento le agitaba la larga cabellera—. Los dos Stark, el chico de los pantanos y su hermana, el retrasado mental de los establos y tu mujer salvaje.

« Osha. —Había sospechado de ella desde el momento en que vio el segundo vaso—. No debí confiar en ella. Es tan antinatural como Asha. Hasta tiene un nombre parecido».

—¿Habéis mirado en los establos?

—Aggar dice que no falta ningún caballo.

—¿Bailarina sigue en su sitio?

—¿Bailarina? —Hedioondo frunció el ceño—. Aggar dice que todos los caballos están en su sitio. Solo falta el retrasado.

« Entonces es que van a pie». Era la mejor noticia que había recibido desde que despertara. Sin duda Bran iría en su cesta, a la espalda de Hodor. Osha tendría que llevar a Rickon en brazos; de lo contrario, las pueras del niño no les permitirían avanzar mucho. Theon tenía confianza en volver a capturarlos pronto.

—Bran y Rickon han escapado —les dijo a los habitantes del castillo al tiempo que los miraba a los ojos—. ¿Quién de vosotros sabe adónde van? —No obtuvo respuesta—. No han podido huir sin ayuda —siguió Theon—. Sin comida, sin ropa, sin armas... —Había ordenado poner bajo llave todas las espadas y hachas de Invernalía, pero sin duda le habrían ocultado algún arma—. Quiero los nombres de todos los que los han ayudado. De los que miraron hacia otro lado para que escaparan. —La única respuesta fue el silbido del viento—. Volveré a capturarlos en cuanto amanezca. —Se colgó los pulgares del cinturón de la espada—. Me van a hacer falta cazadores. ¿Quién quiere una buena piel de lobo para abrigarse este invierno? ¿Gage? —El cocinero siempre lo había recibido con alegría cuando volvía de cazar y le preguntaba si había conseguido algo delicioso que servir a la mesa, pero en aquel momento no le dijo nada. Theon dio media vuelta, siguió escudriñando los rostros en busca de una expresión de culpabilidad—. Los bosques no son lugar para un tullido. Y Rickon, con lo pequeño que es, ¿cuánto aguantará ahí fuera? Tata, imagina lo asustado que debe de estar. —La anciana se había pasado diez años hablando con él, le había contado innumerables cuentos, pero en aquel momento lo miraba como si fuera un

desconocido—. Podría haber matado a todos los hombres; podría haber entregado a las mujeres a mis soldados para que se divirtieran, pero lo que he hecho ha sido protegerlos. ¿Así es como me lo agradecéis?

Joseph, que había cuidado de sus caballos; Farlen, que le había enseñado todo lo que sabía sobre los perros; Barth, la esposa del tabernero, la primera mujer con la que se había acostado... Y ninguno lo miraba a los ojos. « Me detestan », comprendió. Hediondo se acercó a él.

—Arráncales la piel —le recomendó; le brillaban los labios gruesos—. Lord Bolton decía siempre que un hombre desnudo tiene pocos secretos, pero que un hombre desollado no tiene ninguno.

Theon sabía que el hombre desollado era el blasón de la casa Bolton; hacía mucho, mucho tiempo, algunos de los señores habían llegado a hacerse capas con la piel de sus enemigos muertos. Muchos Stark habían terminado así. Supuestamente, todo aquello había terminado hacia un millar de años, cuando los Bolton juraron lealtad a Invernalia. « O eso dicen, pero las viejas costumbres son difíciles de olvidar; bien lo sé yo ».

—Mientras yo reine en Invernalia, en el norte no se desollará a nadie —dijo Theon en voz alta. « Soy el único que os protege de gente como él », habría querido gritar. No podía hacerlo de manera tan evidente, pero tal vez alguno fuera lo bastante avisado para aprender la lección.

El cielo empezaba a cobrar un tono grisáceo sobre las murallas. No tardaría en amanecer.

—Joseph, ensíllame a Sonrisas, y ensilla también otro caballo para ti. Murch, Gariss y Tym Carapicada, vosotros también venís. —Murch y Gariss eran los mejores cazadores del castillo, y Tym era un excelente arquero—. Aggar, Napiarroja, Gelmarr, Hediondo, Wex. —También necesitaba a sus hombres para guardarle las espaldas—. Farlen, prepara los perros, tú te encargarás de ellos.

—¿Y por qué querría yo dar caza a mis señores legítimos, que además no son más que niños? —El canoso encargado de las perreras se cruzó de brazos.

—Ahora, tu señor legítimo soy yo —replicó Theon acercándose a él—, y soy además el que cuida de que a Palla no le pase nada. —Vio morir la rebeldía en los ojos de Farlen.

—Sí, mi señor.

Theon dio un paso atrás, y buscó otros posibles integrantes para el grupo.

—Maestre Luwin —anunció.

—Yo no sé nada de caza.

« No, pero no me fio de dejaros en el castillo durante mi ausencia ».

—Pues ya va siendo hora de que aprendáis.

—Dejadme ir a mí también. Quiero una capa de piel de lobo. —Un muchachito dio un paso al frente; tendría la edad de Bran. Theon tardó un instante en recordar quién era—. He ido de caza montones de veces —siguió Walder

Frey —. Ciervos, alces, hasta jabalies...

—Participó en una caza del jabalí con su padre —se burló su primo riéndose—, pero no lo dejaron ni acercarse al animal, claro.

Theon miró al chico con gesto dubitativo.

—Ven si quieres, pero si no puedes seguir el ritmo de la marcha, no esperes que te llevemos en brazos. —Se volvió hacia Lorren el Negro—. Tienes el mando en Invernalia durante mi ausencia. Si no volvemos, haz lo que quieras con el castillo.

« Así, estos imbéciles empezarán a rezar por que tenga éxito» .

Se reunieron junto a la puerta del Cazador mientras los primeros rayos del sol acariciaban la Torre de la Campana. El aliento se condensaba en el aire frío de la mañana. Gelmarr se había equipado con un hacha de mango largo para poder herir a los lobos antes de que le cayeran encima. La hoja era tan pesada que podía matar de un golpe. Aggar llevaba canilleras de acero. Hediondo llegó con una lanza larga y un saco de las lavanderas lleno de algo que no quiso mostrar. Theon tenía su arco; no necesitaba otra cosa. En cierta ocasión le había salvado la vida a Bran con una flecha; esperaba no tener que arrebatarla con otra, pero si era necesario, lo haría.

La partida que cruzó el foso se componía de once hombres, dos niños y una docena de perros. Al otro lado de la muralla exterior, el rastro era evidente en la tierra blanda: las marcas de las pisadas de los lobos, las profundas de Hodor, las más ligeras de los dos Reed... Una vez entre los árboles, el suelo era pedregoso y las hojas caídas hacían más difícil seguir las huellas, pero para entonces, la perra castaña de Farlen ya había captado el rastro. El resto de los perros la seguía de cerca. Los sabuesos olfateaban y ladraban, y un par de mastines de tamaño monstruoso cerraba la marcha. Sus cuerpos imponentes y su ferocidad podían marcar la diferencia a la hora de enfrentarse a un lobo huargo arrinconado.

Había supuesto que Osha se dirigiría hacia el sur en busca de ser Rodrik, pero el rastro llevaba hacia el nornoroeste, hacia el corazón mismo del bosque de los Lobos. A Theon no le gustó nada. Sería una amarga ironía si los Stark se dirigieran hacia Bosquespeso para caer en manos de Asha.

« Antes de eso los veré muertos —pensó con amargura—. Es mejor que me crean cruel a que me crean idiota» .

Quedaban jirones de niebla pálida enroscados en los árboles. Los centinelas y los pinos soldado abundaban allí, y no hay nada tan oscuro y sombrío como un bosque de hoja perenne. El terreno era desigual, y las agujas caídas ocultaban el suelo blando de turba y lo hacían traicionero para los caballos, de manera que tenían que avanzar muy despacio. « Pero no tan despacio como un hombre que carga con un tullido, ni una bruja huesuda con un crío de cuatro años a la espalda» . Se obligó a tener paciencia. Se apoderaría de ellos antes de que anocheciera.

El maestre Luwin trotó para situarse a su lado cuando seguían un sendero estrecho a lo largo de un precipicio.

—Hasta ahora, esto de cazar no se diferencia en absoluto de cabalgar por los bosques, mi señor.

—Hay ciertas similitudes. —Theon sonrió—. Pero las cacerías acaban con sangre.

—¿Tiene que ser así? Esta fuga ha sido una locura, pero ¿no tendréis compasión? Los niños a los que buscamos fueron como hermanos para vos.

—El único Stark que se comportó como un hermano conmigo fue Robb, aunque Bran y Rickon tienen más valor vivos que muertos.

—Lo mismo se puede decir de los Reed. Foso Cailin se encuentra al borde de los pantanos. Si quiere, lord Howland puede convertir la ocupación de vuestro tío en una visita a los infiernos, pero mientras tengáis a sus herederos, no podrá hacer nada.

Theon no se había parado a pensar en aquello. En realidad, no se había parado a pensar en nada relativo a los embarrados, aparte de mirar un par de veces a Meera y preguntarse si aún sería virgen.

—Puede que tengáis razón. No los mataremos si no es imprescindible.

—Y tampoco a Hodor, ¿verdad? Sabéis de sobra que el muchacho es corto de inteligencia. Hace lo que le dicen. ¿Cuántas veces cepilló vuestro caballo, engrasó vuestra silla o limpió vuestra armadura?

—Si no se enfrenta a nosotros, no lo mataremos. —Hodor no tenía la menor importancia para Theon. Señaló al maestre con un dedo—. Pero como digáis una palabra acerca de perdonar a la salvaje, os mataré junto a ella. Me ofreció su juramento de lealtad y se cagó en él.

—No disculpo a los perjuros —dijo el maestre con una inclinación de cabeza—. Haced lo que debáis. Os agradezco vuestra compasión.

«Compasión —pensó Theon, dejando atrás a Luwin—. Es una trampa de mierda. Demasiada compasión y resultas débil; poca y te llaman monstruo». Pero sabía que el maestre lo había aconsejado bien. Su padre solo pensaba en términos de conquista, pero ¿de qué servía tomar un reino si luego no se podía conservar? La fuerza y el temor solo bastaban hasta cierto punto. Lástima que Ned Stark se hubiera llevado a sus hijas al sur; de lo contrario, Theon habría asegurado su dominio sobre Invernalia casándose con una de ellas. Sansa era una niña muy bonita, y seguramente a aquellas alturas ya estaría en condiciones de llevársela a la cama. Pero se encontraba a mil leguas de distancia y en manos de los Lannister. Una verdadera pena.

El bosque era cada vez más indómito. Los pinos y los centinelas dejaban paso a los enormes robles oscuros. Los espinos enmarañados ocultaban barrancos traicioneros. Las colinas pedregosas eran más y más abruptas. Pasaron junto a una pequeña granja, desierta e invadida por la maleza, y rodearon una presa

inundada, en la que las aguas tranquilas tenían un brillo tan gris como el del acero. Cuando los perros empezaron a aullar, Theon supuso que los fugitivos estarían cerca. Picó espuelas a Sonrisas para ponerlo al trote, pero lo único que encontraron fue un ciervo joven... o mejor dicho, lo que quedaba de él.

Desmontó para inspeccionarlo más de cerca. El cadáver era reciente, y obviamente lo habían matado los lobos. Los perros lo olsisquearon impacientes, y uno de los mastines clavó los dientes en una pata, hasta que Farlen le ordenó a gritos que la soltara. «No lo han despedazado —advirtió Theon—. De aquí han comido lobos, no hombres». Aunque Osha no hubiera querido arriesgarse a encender una hoguera, al menos habría cortado unas cuantas tajadas. No tenía sentido que hubieran dejado allí tanta carne para que se pudriera.

—¿Seguro que seguimos el rastro correcto, Farlen? —preguntó—. ¿No es posible que los perros estén siguiendo a otros lobos?

—La perra conoce muy bien el olor de Verano y el de Peludo.

—Más te vale.

No había pasado ni una hora cuando el sendero los llevó ladera abajo, hacia un arroyo de aguas turbias crecido por las lluvias recientes. Allí, los perros perdieron el rastro. Farlen y Wex vadearon la corriente con los sabuesos y volvieron sacudiendo la cabeza mientras los animales corrían orilla arriba, orilla abajo, olfateándolo todo.

—Entraron por aquí, mi señor —dijo el encargado de las perreras—, pero no veo por dónde salieron.

Theon desmontó y se arrodilló junto al arroyo. Sumergió una mano en él. El agua estaba fría.

—No se habrán quedado dentro mucho rato —dijo—. Llevad la mitad de los perros corriente abajo; yo iré hacia arriba... —Wex dio una sonora palmada—. ¿Qué pasa? —preguntó Theon.

El chico mudo señaló. El suelo cercano al agua era un lodazal embarrado. Las huellas que habían dejado los lobos eran evidentes.

—Sí, marcas de zarpas. ¿Y qué?

El escudero clavó el talón en el barro y giró sobre el pie, primero hacia un lado, luego hacia el otro. Dejó una marca muy honda. Jóseth lo comprendió.

—Un hombre del tamaño de Hodor habría dejado marcas muy profundas en el barro —dijo—. Y más todavía con el peso del chico cargado a la espalda. Pero las únicas huellas de botas que se ven aquí son las nuestras. Miradlas.

Theon, atónito, comprobó que era verdad. Los lobos habían entrado solos en las aguas turbias y crecidas.

—Osha debió de desviarse. Antes del ciervo, seguro. Hizo que los lobos se adelantaran para que les siguiéramos la pista. —Se giró hacia los cazadores—. Si me estáis engañando...

—Solo había un rastro, mi señor, lo juro —dijo Gariss a la defensiva—. Y los

lobos huargo no se habrían separado de los chicos. No durante mucho tiempo.

«Eso es verdad», pensó Theon. Verano y Peludo se habrían alejado para cazar, pero más tarde o más temprano volverían con Bran y Rickon.

—Gariss, Murch, coged cuatro perros y volved por donde hemos venido hasta el lugar donde perdimos la pista. Aggar, tú vigilalos. No quiero trucos. Farlen y yo seguiremos el rastro de los huargos. Cuando encontréis la pista, haced sonar el cuerno una vez. Si veis a esas bestias, dos veces. Cuando sepamos dónde están, encontraremos a sus amos.

Se llevó a Wex, a Frey y a Gynir Napiarroja para explorar corriente arriba. Wex y él cabalgaban por una orilla del arroyo, y Napiarroja y Walder Frey, por la otra. Los lobos podían haber salido por cualquiera de las dos. Theon estaba alerta en busca de huellas, rastros, ramas rotas, cualquier indicio de que los lobos huargo hubieran salido del agua. Distinguía sin problemas huellas de ciervos, alces y tejones. Wex sorprendió a una raposa que bebía del arroyo, y Walder hizo salir a tres conejos de la maleza; incluso se las arregló para ensartar uno de un flechazo. Vieron marcas de zarpas de oso en la corteza de un abedul de gran altura. Pero de los lobos huargo, ni rastro.

«Un poco más lejos —se dijo Theon—. Más allá de aquel roble, después de aquel otero, en el próximo meandro del arroyo, seguro que encontraremos algo...». Siguió avanzando incluso mucho después de comprender que debía dar media vuelta. La creciente ansiedad le estaba haciendo un nudo en la garganta. Ya era mediodía cuando, de mala gana, se dio por vencido e hizo que Sonrisas diera media vuelta.

No sabía cómo, pero Osha y aquellos jodidos mocosos lo eludían. No era posible: iban a pie, cargados con un tullido y un niño pequeño. Con cada hora que pasaba aumentaba la probabilidad de que escaparan. «Si llegan a algún pueblo...». Los habitantes del norte jamás les negarían su ayuda a los hijos de Ned Stark, a los hermanos de Robb. Les darían caballos para que corrieran más, les proporcionarían comida, los hombres se disputarían el honor de protegerlos... Todo el puto norte haría causa común con ellos.

«Los lobos fueron corriente abajo, nada más. —Se aferró a aquella idea—. La perra castaña encontrará el punto por donde salieron del agua, y les seguiremos la pista».

Pero cuando se reunieron con el grupo de Farlen, bastó una mirada al rostro del encargado de las perreras para acabar con todas las esperanzas de Theon.

—Esos perros no valen ni para cebo de osos —dijo airadamente—. Ojalá tuviera un oso.

—La culpa no es de los perros. —Farlen se arrodilló entre uno de los mastines y su querida perra castaña, con una mano sobre cada uno de ellos—. En una corriente no se puede seguir un rastro, mi señor.

—Los lobos tuvieron que salir del arroyo en algún punto.

—No me cabe duda. Corriente arriba o corriente abajo. Si seguimos, acabaremos por encontrar el lugar. Pero ¿en qué dirección?

—¿Cuándo se ha visto un lobo que nade corriente arriba leguas y leguas? —dijo Hediondo—. Puede que un hombre lo hiciera, si se supiera perseguido, pero un lobo...

Theon no estaba tan seguro. Aquellas bestias no eran como el resto de los lobos. «Debería haberlos despellejado el primer día».

El mismo resultado habían obtenido Gariss, Murch y Aggar. Los cazadores habían retrocedido la mitad del camino hacia Invernalia, sin encontrar ni rastro del lugar donde los Stark se habían separado de los lobos huargo. Los sabuesos de Farlen parecían tan frustrados como sus amos, se empeñaban en olfatear cada árbol y cada roca, y se lanzaban dentelladas unos a otros.

—Volveremos al arroyo. —Theon se negaba a reconocer la derrota—. Registraremos todo de nuevo. Esta vez llegaremos hasta donde sea preciso.

—No los vamos a encontrar —dijo de repente el joven Frey—. Los acompañan los comerranas. Los embarrados son taimados como serpientes; no pelean como los hombres decentes. Se esconden y disparan flechas envenenadas. No los vemos, pero ellos nos ven. Los que los siguen por los pantanos se pierden y no vuelven a aparecer. Tienen casas que se mueven, hasta castillos, como la Atalaya de Aguasgrises. —Miró nervioso la vegetación que los rodeaba por todas partes—. Puede que estén aquí mismo, que nos estén oyendo.

Farlen se echó a reír para demostrar lo que opinaba de semejante idea.

—Mis perros olerían cualquier cosa que estuviera entre los arbustos. Les habrían caído encima antes de que te diera tiempo a pestañear, chico.

—Los comerranas no huelen como las personas —se empescinó Frey—. Apestan a pantano, a ranas, a agua estancada... En los sobacos les crece musgo, no pelo, y pueden sobrevivir sin comer nada más que barro y respirar agua de pantano.

Theon estaba a punto de decirle por dónde se podía meter sus fábulas infantiles cuando intervino el maestre Luwin.

—Según las historias, los lacustres crecieron cerca de los hijos del bosque en los tiempos en que los verdevidentes trataban de hacer caer el martillo de las aguas sobre el Cuello. Puede que tengan conocimientos secretos.

De pronto, el bosque parecía mucho más sombrío que hacía un instante, como si una nube acabara de ocultar el sol. Una cosa era que un niño idiota fuera por ahí diciendo tonterías, pero los maestres tenían que ser más sabios.

—Los únicos niños que me interesan son Bran y Rickon —dijo Theon—. Volvemos ahora mismo al arroyo.

Durante un momento temió que no lo obedecieran, pero al final se impusieron las viejas costumbres. Lo siguieron de mala gana, pero lo siguieron. El niño, Frey, parecía tan sobresaltado como los conejos a los que había

espantado poco antes. Theon distribuyó a sus hombres por las dos orillas, y siguieron la corriente. Cabalgaron interminables leguas, despacio, con cautela, desmontando para guiar a los caballos por las riendas en los puntos más peligrosos, dejando que aquellos perros inútiles olisquearan cada arbusto. Al llegar a un lugar donde un árbol caído había creado una presa natural, los cazadores tuvieron que dar un rodeo en torno al estanque de aguas verdes, pero si los lobos habían hecho lo mismo no habían dejado la menor huella ni rastro. Por lo visto, las bestias habían seguido nadando. «Cuando los atrape van a nadar hasta hartarse. Le entregaré a los dos al Dios Ahogado».

Cuando empezó a oscurecer en el bosque, Theon Greyjoy tuvo que darse por vencido. O los lacustres conocían de verdad la magia de los hijos del bosque, o la salvaje Osha los había engañado con alguno de sus trucos. Los hizo avanzar a toda prisa en medio del ocaso, pero cuando el último resto de luz desapareció Joeseth reunió por fin valor para dirigirse a él.

—Esto es inútil, mi señor. Nos vamos a romper una pierna, o dejaremos tullido un caballo.

—Joeseth tiene razón —dijo el maestre Luwin—. No vamos a conseguir nada registrando el bosque a la luz de las antorchas.

Theon sentía el sabor de la bilis en la garganta, y tenía un nido de serpientes en el estómago. Si regresaba a Invernalia con las manos vacías, tanto le daría vestirse de bufón, porque todo el norte se iba a burlar de él. «Y cuando se entere mi padre, cuando se entere Asha...».

—Mi señor príncipe —dijo Hediondo al tiempo que se acercaba a su caballo —, puede que los Stark no vinieran por aquí. Si yo estuviera en su lugar, habría ido hacia el noreste. Hacia las tierras de los Umber, que son buenos vasallos de los Stark. Pero quedan lejos. Los chicos tendrán que refugiarse en algún sitio. Y puede que yo sepa dónde. —Theon lo miró con desconfianza—. ¿Conocéis ese molino viejo —siguió—, una edificación aislada en Agua Bellota? Nos detuvimos en aquel lugar cuando me llevaron cautivo a Invernalia. La mujer del molinero nos vendió heno para los caballos, mientras aquel caballero viejo le decía lo guapos que eran sus mocosos. Puede que los Stark se escondan allí.

Theon conocía el molino. Incluso se había acostado un par de veces con la esposa del molinero. Ni el lugar ni la mujer tenían nada de especial.

—¿Y por qué allí? Hay una docena de pueblos y fortalezas a la misma distancia.

—¿Qué por qué? —Los ojos claros de Hediondo tenían un brillo burlón—. Pues no sabría decirlo. Pero tengo el presentimiento de que están allí.

Theon empezaba a hartarse de aquellas respuestas insidiosas. «Sus labios parecen un par de gusanos follando».

—¿Qué quieres decir? Si me has estado ocultando algo...

—Qué cosas tiene mi señor príncipe. —Hediondo desmontó y le indicó a

Theon que hiciera lo mismo. Cuando ambos estuvieron a pie, abrió el saco que había cargado desde Invernia—. Mirad esto.

Cada vez había menos luz. Theon, impaciente, metió las manos en el saco y palpó una piel suave y un tejido de lana áspero. Una punta afilada le pinchó la piel, y cerró los dedos en torno a algo frío y duro. Sacó un broche de plata y azabache en forma de cabeza de lobo. De repente lo comprendió.

—Gelmarr —dijo, preguntándose en quién podía confiar. «En ninguno de ellos» —. Aggar. Napiarroja. Venid con nosotros. Los demás podéis volver a Invernia con los perros; no los necesitamos para nada. Ya sé dónde se esconden Bran y Rickon.

—Príncipe Theon —suplicó el maestre Luwin—, ¿recordaréis vuestra promesa? Dijisteis que tendríais compasión.

—Dije que tendría compasión esta mañana —replicó Theon. «Es mejor que me teman a que se burlen de mí» —. Antes de que me hicieran enfadar.

Veían el fuego que ardía en medio de la noche, al otro lado de la montaña, como una estrella caída. Su brillo era más rojo que el de las otras estrellas y no parpadeaba, aunque a veces cobraba energías renovadas, y a veces casi se apagaba. No era más que un resplandor lejano, mortecino y tenue.

«A ochocientas varas de distancia y a otro tanto de altura —calculó Jon—. Con una situación perfecta para ver cualquier cosa que se mueva abajo, por el paso».

—Ha puesto vigías sobre el Paso Aullante —dijo sorprendido el mayor de ellos. De jovencito había sido escudero de un rey, de modo que los hermanos negros todavía lo llamaban Escudero Dalbridge—. ¿De qué tendrá miedo Mance Rayder?

—Si supiera que han encendido una hoguera, despellejaría a esos pobres desgraciados —dijo Ebbin, un hombrecillo calvo y achaparrado con músculos como sacos de piedras.

—Aquí arriba, el fuego es la vida —dijo Qhorin Mediamano—, pero también puede ser la muerte.

Por orden suya no se habían arriesgado a encender hogueras al descubierto desde que habían entrado en el terreno montañoso. Se comían la carne en salazón fría; el pan, duro, y el queso, más duro todavía, y dormían vestidos y acurrucados bajo montones de capas y pieles, dando gracias por el calor que les proporcionaba la proximidad de sus cuerpos. Aquello hacía que Jon recordara las noches frías de Invernalia, tanto tiempo atrás, cuando compartía la cama con sus hermanos. Aquellos hombres también eran sus hermanos, aunque la cama que compartían era de piedra y tierra.

—Seguro que tienen un cuerno —dijo Serpiente de Piedra.

—Un cuerno que no deben hacer sonar —señaló Mediamano.

—Es un ascenso muy duro de noche —dijo Ebbin, que no apartaba la vista de la chispa lejana, mirando a través de una hendidura en las rocas tras las que se cobijaban.

El cielo estaba despejado, y los picachos abruptos de las montañas se alzaban, negro contra negro, hasta la cima, donde las gélidas coronas de nieve y hielo brillaban pálidas a la luz de la luna.

—La caída es más dura aún —dijo Qhorin Mediamano—. Dos hombres. Sí, porque habrá dos hombres de guardia.

—Yo. —El explorador al que llamaban Serpiente de Piedra ya había demostrado que era el mejor escalador del grupo. Él debía ser uno de los dos.

—Y yo —dijo Jon Nieve.

Qhorin Mediamano lo miró. Jon alcanzaba a oír el viento que sollozaba al atravesar el paso situado sobre ellos. Uno de los caballos piafó y pateó el suelo

rocoso de la hondonada donde se habían refugiado.

—El lobo se tendrá que quedar con nosotros —dijo Qhorin—. A la luz de la luna, el pelaje blanco se ve demasiado bien. —Se volvió hacia Serpiente de Piedra—. Cuando terminéis, tirad una marca ardiente. Acudiremos cuando la veamos caer.

—Por mí podemos partir ya —dijo Serpiente.

Cogieron cada uno un largo rollo de cuerda. Serpiente de Piedra llevaba también una bolsa con clavijas de hierro y un martillito con la cabeza envuelta en fieltro grueso. Dejaron atrás sus caballos junto con los yelmos, las cotas de malla y a Fantasma. Jon se arrodilló y dejó que el lobo huargo lo acariciara con la nariz antes de ponerse en marcha.

—Quédate —ordenó—. Volveré a buscarte.

Serpiente de Piedra abría la marcha. Era un hombre bajo y nervudo, de unos cincuenta años, con la barba canosa, pero más fuerte de lo que aparentaba, y con la mejor visión nocturna que Jon había conocido en nadie. Aquella noche les resultaba imprescindible. Durante el día, las montañas eran de un gris azulado, con pinceladas de escarcha, pero cuando el sol se ponía tras los picos escarpados, se tornaban negras. En aquel momento, la luna las teñía de blanco y plata.

Los hermanos negros avanzaron a través de las sombras negras, entre las rocas negras, en su ascenso por un camino empinado y serpenteante, con la respiración condensada en el aire negro. Sin la cota de malla, Jon se sentía casi desnudo, pero no echaba de menos su peso. El avance era duro y lento. Si se intentaban apresurar, se arriesgaban a romperse un tobillo, o a algo peor. Serpiente de Piedra siempre parecía saber instintivamente dónde poner los pies, pero en aquel terreno abrupto y desigual, Jon tenía que tener más cuidado.

El Paso Aullante era en realidad una serie de pasos, una ruta larga y laberíntica que ascendía rodeando una sucesión de picos barridos por el viento y valles ocultos que rara vez veían la luz del sol. Si descontaba a sus compañeros, Jon no había visto a ningún hombre vivo desde que dejaron atrás los bosques y emprendieron el ascenso. Los Colmillos Helados eran el lugar más inhóspito que los dioses habían creado, y el más hostil para los hombres. Allí, el viento cortaba como un cuchillo, y durante la noche aullaba como una madre que llorase por sus hijos asesinados. Los pocos árboles que crecían eran grotescos, atrofiados, brotaban de lado en grietas y fisuras. A menudo, sobre el sendero, se cernían salientes rocosos, con flecos de carámbanos que desde lejos parecían colmillos feroces.

Pese a todo, Jon Nieve no se arrepentía de estar donde estaba. Allí había también cosas maravillosas. Había visto la luz del sol arrancando destellos de cataratas heladas que caían sobre precipicios pedregosos, y un prado entre montañas lleno de flores silvestres otoñales, olasfrías azules, llamas de hielo de un vivo escarlata, y extensiones de hierba de gaitero color paja y oro. Se había

asomado a barrancos tan profundos y negros que parecían llevar a algún infierno, y había cruzado a caballo un puente natural de piedra, azotado por el viento, sin nada más que cielo a ambos lados. Las águilas hacían sus nidos en las alturas y descendían a los valles para cazar, trazando círculos perezosos con aquellas grandes alas color gris azulado que casi parecían parte del cielo. En cierta ocasión vio cómo un gatosombra acechaba a un carnero, cómo parecía fluir por la ladera de la montaña como humo líquido, mientras se preparaba para atacar.

« Ahora nos toca atacar a nosotros». Habría dado cualquier cosa por saber moverse con la seguridad y el sigilo del gatosombra, por poder matar con la misma rapidez. Llevaba a *Garra* en su funda, cruzada a la espalda, pero tal vez no tuviera sitio para utilizarla. Tenía un cuchillo y un puñal por si había que atacar más de cerca. « Ellos también irán armados, y yo no tengo cota de malla». Se preguntaba quién sería al final el gatosombra y quién el carnero.

Siguieron el sendero durante un largo trecho, con sus giros y sus recodos, siempre por la ladera de la montaña, siempre hacia arriba. En ocasiones, la montaña se replegaba sobre sí misma y perdían de vista la hoguera, pero tarde o temprano volvía a aparecer. El sendero que había elegido Serpiente de Piedra habría sido intransitable con caballos. En algunos tramos, Jon tenía que pegar la espalda a la piedra fría y caminar de lado como un cangrejo, palmo a palmo. El camino era traicionero incluso cuando se ensanchaba; había grietas que podían engullir la pierna de un hombre, rocas sueltas que hacían tropezar, hondonadas en las que el agua se acumulaba durante el día y se congelaba por la noche.

« Un paso detrás de otro —se dijo Jon—. Un paso detrás de otro, y no me caeré».

No se había afeitado desde que dejaron atrás el Puño de los Primeros Hombres, y el vello que le crecía en el labio superior estuvo pronto cubierto de escarcha. A las dos horas de escalada, el viento lo golpeaba con tanta fuerza que no podía hacer más que encogerse, aferrarse a la roca y rezar para que una ráfaga no lo arrancara de la montaña. « Un paso detrás de otro —siguió cuando el vendaval se calmó un poco—. Un paso detrás de otro y no me caeré».

No tardaron en estar a una altura tal que no era nada recomendable mirar hacia abajo. De hacerlo, lo único que se divisaba era una negrura abismal, idéntica a la negrura de arriba en todo excepto en la luna y en las estrellas.

—La montaña es tu madre —le había dicho Serpiente de Piedra hacia unos días, durante un ascenso bastante menos complicado—. Aférrate a ella, aprieta la cara contra sus tetas, y ella no te dejará caer.

Jon se lo había tomado a broma; comentó que siempre se había preguntado quién sería su madre, pero que nunca pensó que la encontraría en los Colmillos Helados. En aquel momento ya no le parecía tan divertido. « Un paso detrás de otro», pensó mientras se agarraba a la roca.

El estrecho sendero terminaba bruscamente en un punto donde una roca inmensa de granito negro salía de la ladera de la montaña. Comparada con la luz brillante de la luna, su sombra era tan negra que parecía la entrada de una caverna.

—Por aquí arriba —dijo el explorador en voz baja—. Tenemos que situarnos por encima de ellos. —Se quitó los guantes, se los metió debajo del cinturón y se ató un extremo de la cuerda en torno a la cintura, y ató el otro en torno a la de Jon—. Cuando la cuerda se ponga tensa, sigueme.

El explorador no esperó respuesta, sino que se puso en marcha al instante, y empezó a trepar con los dedos de las manos y con los pies a una velocidad que a Jon le pareció increíble. La larga cuerda se fue desenroscando poco a poco. Jon lo estudió con atención para tomar nota mental de cómo subía y dónde buscaba asidero, y cuando se desenroscó el último tramo de cuerda, se quitó los guantes y lo siguió, aunque mucho más despacio.

Serpiente había atado la cuerda alrededor de un saliente de roca lisa y lo estaba esperando, pero en cuanto Jon llegó, la soltó y empezó a trepar de nuevo. En esta ocasión no había ningún refugio adecuado cuando llegó al extremo, de manera que sacó el martillo con la cabeza envuelta en fieltro y clavó una clavija en una hendidura de la piedra con una serie de golpes suaves. Pese a lo delicado de los martillazos, resonaban con tanta fuerza contra la piedra que Jon se estremecía con cada golpe, seguro de que los salvajes también los estarían oyendo. Cuando la clavija estuvo firme, Serpiente ató bien la cuerda, y Jon empezó la ascensión. «Mama de la teta de la montaña —se recordó—. No mires hacia abajo. Descansa el peso sobre los pies. No mires hacia abajo. Mira la roca que tienes delante. Hay un buen asidero, sí. No mires abajo. En aquella cornisa puedo recuperar el aliento, solo tengo que llegar allí. No mires abajo».

En una ocasión le resbaló el pie sobre el que apoyaba el peso, y durante un instante se le detuvo el corazón, pero los dioses fueron misericordiosos, y no cayó. Notaba cómo el frío de la roca se le metía en los dedos, pero no se atrevía a ponerse los guantes; por ceñidos que parecieran, resbalarían; el tejido se movería entre la piel y la piedra, y en aquel lugar, aquello significaba la muerte. La mano quemada se le empezó a entumecer, y no tardó en dolerle. Sin darse cuenta se había hecho una herida en un pulgar, y dejaba manchas de sangre allí donde ponía los dedos. Para sus adentros, deseó seguir teniendo diez cuando terminara la ascensión.

Subieron, subieron, subieron, como sombras negras que se arrastraran sobre la pared de roca bañada por la luz de la luna. Cualquiera que se encontrara en la base del paso los habría divisado sin dificultad, pero la montaña los ocultaba de los ojos de los salvajes reunidos en torno a su hoguera. Ya estaban cerca; Jon lo presentía. Pero ni aun así se permitió pensar en los enemigos que lo esperaban sin saberlo. En cambio pensó en su hermano, que estaba en Invernalia. «A Bran le

encantaba trepar. Ojalá yo tuviera la décima parte de su valor».

A dos tercios del trayecto hasta la cima, el ascenso quedaba interrumpido por una grieta traicionera en la piedra helada. Serpiente le tendió la mano para ayudarlo a subir. Se había puesto los guantes de nuevo, y Jon hizo lo mismo. El explorador hizo un gesto con la cabeza para señalar hacia la izquierda, y los dos reptaron por la cornisa a lo largo de trescientas varas o más, hasta divisar el tenue brillo anaranjado, más allá del borde del precipicio.

Los salvajes habían encendido la hoguera en una hondonada desde la que se divisaba la parte más angosta del paso, al borde de un abismo y contra una pared de roca que los resguardaba de las peores ráfagas de viento. La misma pared que los protegía les permitió a los hermanos negros llegar arrastrándose sobre el vientre a pocos pasos de ellos, mirando desde arriba a los hombres a los que tenían que matar.

Uno de ellos estaba dormido, enroscado bajo un montón de pieles. Jon no distinguió ninguno de sus rasgos, aparte de la cabellera rojiza que brillaba a la luz del fuego. El segundo estaba sentado cerca de las llamas; de cuando en cuando añadía ramas a la hoguera y se quejaba del viento con voz lastimera. El tercero vigilaba el paso, aunque no había mucho que ver, únicamente un inmenso cuenco de oscuridad bordeado por las montañas nevadas. El que vigilaba era el que llevaba el cuerno.

«Tres». Durante un momento, Jon no supo qué iban a hacer. «Pensábamos que solo habría dos». Pero uno estaba durmiendo. Y tanto daba si eran dos, tres o veinte; tenía que hacer lo que había ido a hacer allí. Serpiente de Piedra le tocó el brazo y le señaló al salvaje del cuerno. Jon hizo un gesto en dirección al que estaba sentado junto a la hoguera. Resultaba extraño elegir a qué hombre iba a matar cada uno. Se había pasado la mitad de la vida con una espada y un escudo, entrenándose para aquel momento. «¿Se sentiría Robb así antes de su primera batalla?», se preguntó. Pero no había tiempo para pensar en la respuesta. Serpiente se movió tan deprisa como el animal cuyo apodo llevaba, lanzando una lluvia de guijarros sobre los salvajes. Jon desenvainó a *Garra* y lo siguió.

Todo pareció suceder en un abrir y cerrar de ojos. Más tarde, Jon se detendría a admirar el valor del salvaje que intentó echar mano del cuerno antes que de la espada. Consiguió llevárselo a los labios, pero antes de que pudiera hacerlo sonar, Serpiente de Piedra se lo arrancó de las manos con un golpe de la espada corta. El hombre que le había correspondido a Jon se puso en pie de un salto y le blandió una tea encendida delante del rostro. Jon sintió el calor de las llamas en las mejillas y retrocedió un paso. Por el rabillo del ojo, vio cómo el que antes dormía empezaba a moverse, y comprendió que tenía que acabar pronto con su adversario. Cuando volvió a blandir la tea encendida, se lanzó contra ella esgrimiendo la espada bastarda con ambas manos. El acero valyrio atravesó el cuero, las pieles, la lana y la carne, pero cuando el salvaje cayó, se

retorció y le arrancó la espada de las manos. En el suelo, el que había estado dormido se incorporó entre las pieles. Jon echó mano del puñal, agarró al hombre por el pelo y le puso la hoja bajo la barbilla mientras él... no, ella...

Se detuvo en seco.

—Es una chica.

—Es una vigía —replicó Serpiente de Piedra—. Y una salvaje. Acaba con ella.

Jon vio el miedo y el fuego en los ojos de la muchacha. Le corría un hilillo de sangre por el cuello blanco, allí donde la punta del puñal le había cortado la piel. «Un tajo y se acabó», se dijo. Estaba tan cerca que le llegaba el olor a cebolla de su aliento. «Parece de mi edad». La chica tenía algo que le recordaba a Arya, aunque no había ninguna semejanza física.

—¿Te rindes? —preguntó al tiempo que giraba el puñal. «¿Y si dice que no?».

—Me rindo. —Las palabras se condensaron en el aire frío.

—Entonces eres nuestra prisionera —dijo Jon apartando la hoja de la piel suave del cuello.

—Qhorin no dijo nada de tomar prisioneros —dijo Serpiente de Piedra.

—Tampoco dijo que no los tomáramos.

Jon soltó el pelo de la chica, que retrocedió para alejarse de ellos.

—Es una guerrera. —Serpiente señaló el hacha de mango largo que había entre las pieles—. Eso es lo que buscaba cuando la has agarrado. Si le das media ocasión, te la clavará entre los ojos.

—Entonces no le daré media ocasión. —Le dio una patada al hacha para alejarla de la prisionera—. ¿Cómo te llamas?

—Ygritte.

La chica se frotó la garganta con la mano y contempló la sangre húmeda en los dedos. Jon enfundó el puñal y arrancó a *Garra* del cuerpo del hombre al que había matado.

—Eres mi prisionera, Ygritte.

—Yo te he dicho mi nombre.

—Me llamo Jon Nieve.

—Es un nombre malvado —dijo con una mueca.

—Es un nombre de bastardo —dijo él—. Mi padre era lord Eddard Stark de Invernalia.

La chica lo miró con cautela, pero Serpiente de Piedra soltó una risita mordaz.

—Oye, lo habitual es que sean los prisioneros los que respondan a las preguntas. —El explorador echó una rama larga a la hoguera—. Aunque no va a decir nada. He visto a salvajes cortarse la lengua a mordiscos antes de contar nada. —Cuando el extremo de la rama estuvo encendido con llamas vivas, dio dos pasos adelante y la lanzó hacia el paso. La rama cayó girando en la noche,

hasta que la perdieron de vista.

—Tendríais que quemar a los que habéis matado —dijo Ygritte.

—Para eso hace falta una hoguera más grande, y las hogueras grandes brillan mucho. —Serpiente de Piedra dio la vuelta y escudriñó la negrura de la noche en busca de alguna chispa de luz—. ¿Qué pasa? ¿Hay más salvajes en las proximidades?

—Quemadlos —insistió la chica tercamente—, o puede que volváis a necesitar las espadas.

—Quizá deberíamos hacer lo que dice. —Jon recordaba a Othor, muerto, con las manos frías y negras.

—Hay otros sistemas. —Serpiente se arrodilló junto al hombre al que había matado y le quitó la capa, las botas, el cinturón y el chaleco. Luego se echó el cadáver a los hombros enjutos y lo llevó hasta el borde. Lo lanzó al vacío con un gruñido de esfuerzo. Un momento más tarde oyeron el golpe pesado, húmedo, mucho más abajo. Para entonces, el explorador ya estaba desnudando el segundo cadáver. Lo arrastró por los brazos; Jon lo cogió por los pies, y juntos lo lanzaron a la negrura de la noche.

Ygritte los observaba sin decir nada. Jon se dio cuenta de que era mayor de lo que le había parecido al principio. Tendría tal vez veinte años, aunque era menuda para su edad, patizamba, con el rostro redondo, las manos pequeñas y la nariz respingona. Tenía una mata desgreñada de pelo rojo. Allí acurrucada parecía regordeta, pero la mayor parte de su volumen se debía a las capas de pieles, lana y cuero. Bajo todo aquello podía ser tan flaca como Arya.

—¿Os enviaron a vigilar por si aparecíamos nosotros? —le preguntó Jon.

—Vosotros o cualquiera.

—¿Qué nos aguarda más allá del paso? —preguntó Serpiente de Piedra mientras se calentaba las manos sobre la hoguera.

—El pueblo libre.

—¿Cuántos son?

—Cientos y miles. Más de los que has visto nunca, cuervo. —Sonrió. Tenía los dientes torcidos, pero muy blancos.

«No sabe cuántos son».

—¿Qué hacéis aquí?

Ygritte no dijo nada.

—¿Qué hay en los Colmillos Helados que tanto le interesa a vuestro rey? Aquí no podéis quedaros mucho tiempo; no hay comida.

La chica miró para otro lado.

—¿Tenéis intención de atacar el Muro? ¿Cuándo?

Ella contempló las llamas, como si no lo oyera.

—¿Sabes algo de mi tío, Benjen Stark?

Ygritte siguió sin hacerle caso. Serpiente de Piedra se echó a reír.

—Si te escupe la lengua, no digas que no te lo advertí.

Un gruñido bajo despertó ecos en las rocas. «Un gatosombra», comprendió Jon al instante. Se levantó en el momento en que se oía otro, más cercano. Desenvainó la espada y escuchó.

—No nos molestarán —dijo Ygritte—. Han venido a por los muertos. Esos gatos huelen un cadáver a dos leguas de distancia. Se quedarán ahí hasta que se hayan comido hasta el último jirón de carne; romperán los huesos para chupar la médula.

Jon oyó los ruidos de los animales comiendo. Aquello lo hizo sentir intranquilo. El calor del fuego lo había hecho darse cuenta de hasta qué punto estaba agotado, pero no se atrevía a dormir. Había tomado una prisionera; a él le correspondía vigilarla.

—Esos dos que hemos matado —dijo en voz baja—, ¿eran parientes tuyos?

—No más que tú.

—¿Yo? —El muchacho frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir?

—Dijiste que eras el bastardo de Invernalia.

—Así es.

—¿Quién fue tu madre?

—Una mujer. Es lo más habitual. —Alguien le había dado aquella respuesta en cierta ocasión. No recordaba quién.

—¿Y nunca te cantó la canción de la rosa invernal? —La chica volvió a mostrar los dientes blancos en una sonrisa.

—No conocí a mi madre. Ni conozco esa canción.

—La compuso Bael el Bardo. Fue el Rey-más-allá-del-Muro hace mucho tiempo. Todos los hombres libres se saben sus canciones, pero a lo mejor en el sur no las cantáis.

—Invernalia no está en el sur —objetó Jon.

—Para nosotros, sí; todo lo que hay al otro lado del Muro está al sur.

—Me imagino que es cuestión de dónde esté cada uno. —Nunca se le había ocurrido plantearlo de aquella manera.

—Sí —asintió Ygritte—. Como siempre.

—Cuéntame —pidió Jon. Qhorin tardaría horas en subir; una narración lo mantendría despierto—. Me interesa oír esa historia.

—Puede que no te guste.

—De todos modos me interesa.

—Qué valiente, el cuervo —se burló la chica—. Bueno, mucho antes de reinar sobre los hombres libres, Bael era un gran aventurero.

—Cuando dice aventurero —soltó Serpiente con un bufido— quiere decir asesino, ladrón y violador.

—Eso también depende de dónde esté cada uno —dijo Ygritte—. El Stark de Invernalia quería la cabeza de Bael, pero no podía apresarlo, y el sabor del

fracaso lo exasperaba. Un día, llevado por la amargura, dijo que Bael era un cobarde que solo atacaba a los débiles. Cuando Bael se enteró de aquello, juró que le daría una lección al señor. De manera que escaló el Muro, bajó por el camino Real, y entró en Invernalia una noche de invierno, con una lira en la mano, diciendo llamarse Sygerrik de Skagos. *Sygerrik* significa «embustero» en la lengua antigua, la que hablaban los primeros hombres y todavía hablan los gigantes.

» Ya sea en el norte o en el sur, los bardos siempre son bienvenidos, de modo que Bael comió en la mesa del propio lord Stark y tocó para el señor durante la mitad de la noche. Cantó canciones antiguas, y algunas nuevas que él mismo compuso, y tan bien tocó y cantó que, cuando terminó, el señor le ofreció la recompensa que quisiera.

» Lo único que pido es una flor —dijo Bael—, la flor más hermosa de los jardines de Invernalia.

» Daba la casualidad de que las rosas invernales acababan de florecer, y no hay flor tan rara ni valiosa. De manera que el Stark envió a sus jardineros a los invernaderos, con la orden de que eligieran la rosa más bella y la cortaran para pagar con ella al bardo. Así se hizo. Pero, cuando amaneció, el bardo había desaparecido... y también la hija doncella de lord Brandon. Encontraron su lecho vacío, y sobre la almohada, la rosa azul que Bael había dejado.

—¿Qué Brandon? —Era la primera vez que Jon oía aquella historia—. Brandon el Constructor vivió en la Edad de los Héroes, miles de años antes que Bael. También hubo un Brandon el Incendiario, y su padre, Brandon el Armador, pero...

—Este era Brandon el Sin Hija —replicó Ygritte con brusquedad—. ¿Te cuento la historia, o no?

—Vale —dijo Jon con el ceño fruncido—, sigue.

—Lord Brandon no tenía más hijos. Por orden suya, los cuervos negros volaron a cientos desde sus castillos, pero no encontraron ni rastro de Bael ni de la doncella. Buscaron durante más de un año, pero en ningún lugar dieron con Bael ni con la doncella, y pareció que la estirpe de los Stark había llegado a su fin. Pero una noche, mientras yacía aguardando la muerte, lord Brandon oyó el llanto de un niño. Buscó la fuente del sonido y encontró a su hija otra vez en su cuarto, dormida y con un bebé al pecho.

—¿Bael la llevó de vuelta?

—No. Estuvieron todo el tiempo en Invernalia, escondidos entre los muertos que hay bajo el castillo. La doncella amaba tanto a Bael que le dio un hijo, o eso dice la canción... porque, la verdad, en todas las canciones que compuso Bael había mujeres a montones que lo amaban. Bueno, el caso es que Bael dejó al bebé como pago por la rosa que había arrancado, y cuando el chico creció, se convirtió en el siguiente lord Stark. Así que ya ves: por tus venas, igual que por las

mías, corre sangre de Bael.

—Eso no es más que un cuento —dijo Jon.

—Puede que sí, puede que no. —La chica se encogió de hombros—. Pero como canción está muy bien. Mi madre me la cantaba siempre. También era una mujer, Jon Nieve, como la tuya. —Se frotó la garganta y se tocó el corte que le había hecho con el puñal—. La canción termina cuando encuentran al bebé, pero la historia tiene un final más sombrío. Treinta años más tarde, cuando Bael era el Rey-más-allá-del-Muro y fue hacia el sur a la cabeza del pueblo libre, el joven lord Stark se enfrentó a él en el Vado Helado... y lo mató cuando cruzaron las espadas, porque Bael no quiso dañar a su hijo.

—De manera que fue el hijo quien mató al padre —dijo Jon.

—Así fue —asintió—, pero los dioses aborrecen a los que matan a la sangre de su sangre, aunque lo hagan sin saberlo. Cuando lord Stark regresó de la batalla, y su madre vio que llevaba clavada en la punta de la lanza la cabeza de Bael, loca de dolor, se tiró desde la torre. Su hijo no vivió mucho más: uno de sus señores lo despellejó y se hizo una capa con su piel.

—Ese Bael era un mentiroso —replicó Jon, ya seguro.

—No —dijo Ygritte—, pero la verdad de un bardo no es igual que la tuya o la mía. Además, el que me ha pedido que contara la historia has sido tú. —Le dio la espalda, cerró los ojos y fingió dormirse.

El amanecer y Qhorin Mediamano llegaron al mismo tiempo. Las piedras negras se habían tornado grises, y el cielo, hacia el este, era de color índigo cuando Serpiente de Piedra divisó a los exploradores que ascendían. Jon despertó a la prisionera y la sujetó por el brazo cuando bajaron para reunirse con ellos. Por suerte había otro camino de descenso hacia el noroeste, mucho más accesible que aquel por el que habían subido. Esperaron en un desfiladero angosto a que llegaran sus hermanos, tirando de las riendas de los caballos. Nada más captar su olor, Fantasma saltó hacia él. Jon se acuclilló para permitir que el lobo huargo le cerrara los dientes en torno a la muñeca. Para ellos era un juego, pero al alzar la vista vio que Ygritte los estaba mirando con los ojos como platos.

Qhorin Mediamano no hizo ningún comentario al ver a la prisionera.

—Había tres —le dijo Serpiente de Piedra, y aquello fue todo.

—Ya vimos a dos por el camino —dijo Ebbin—, o más bien lo que quedaba de ellos después de que los encontraran los gatos. —Miró a la chica con acritud, la desconfianza pintada en el rostro.

—Esta se rindió —se sintió obligado a decir Jon.

—¿Sabes quién soy? —preguntó Qhorin con el rostro impasible.

—Qhorin Mediamano. —En comparación con él, la muchacha parecía una niña, pero lo miraba con desdén.

—Dime la verdad. Si yo cayera en manos de los tuyos y me rindiera, ¿qué conseguiría con eso?

—Una muerte más lenta que si no te hubieras rendido.

—No tenemos comida para ella —dijo el explorador mirando a Jon—, ni nos sobran hombres para vigilarla.

—El camino que nos aguarda es muy peligroso, hijo —dijo Escudero Dalbridge—. Un grito cuando haga falta silencio y todos estamos perdidos.

—Un beso de acero la hará callar. —Ebben desenfundó el puñal.

—Se rindió a mí. —Jon tenía la garganta seca. Los miró a todos, impotente.

—Entonces tendrás que ser tú quien haga lo que haya que hacer —dijo Qhorin Mediamano—. Eres de la sangre de Invernalia, y un hombre de la Guardia de la Noche. —Miró a los demás—. Vamos, hermanos, es mejor que lo dejemos solo. Le resultará más fácil si no estamos mirando.

A la cabeza del resto de los hombres, empezó a ascender por el sendero tortuoso, hacia el brillo pálido y rosado del sol allí donde asomaba entre dos montañas. Pronto, Jon y Fantasma estuvieron a solas con la chica salvaje.

Había pensado que Ygritte intentaría escapar, pero se quedó allí de pie, a la espera, con los ojos clavados en él.

—Nunca has matado a una mujer, ¿verdad? —Jon sacudió la cabeza—. Pues morimos igual que los hombres. Pero no tienes que matarme. Mance te aceptará entre nosotros, estoy segura. Hay caminos secretos. Esos cuervos no nos cogerán jamás.

—Soy tan cuervo como ellos —dijo Jon.

La chica asintió, resignada.

—¿Me quemarás luego?

—No puedo: verían el humo.

—Qué más da. —Se encogió de hombros—. En fin, se puede acabar en lugares peores que la barriga de un gatosombra.

Jon desenfundó a *Garra* sacándola por encima del hombro.

—¿No estás asustada?

—Anoche sí —reconoció ella—. Pero ahora ha salido el sol. —Se echó el pelo a un lado para dejar el cuello al descubierto, y se arrodilló ante él—. Que sea un tajo certero, cuervo, o volveré de entre los muertos para perseguirte.

Garra no era tan larga ni tan pesada como *Hielo*, el mandoble de su padre, pero era de acero valyrio. Rozó con el filo el punto donde debía asestar el golpe. Ygritte se estremeció.

—Está fría —dijo—. Venga, date prisa.

Alzó a *Garra* por encima de su cabeza, con las dos manos en torno al puño. «Un golpe, solo uno, con todas mis fuerzas». Al menos podía proporcionarle una muerte rápida y limpia. Era hijo de su padre. ¿Verdad? ¿Verdad?

—Hazlo ya —insistió la chica a los pocos instantes—. Bastardo. Hazlo ya. El valor no me va a durar para siempre. —Al no sentir el golpe, giró la cabeza para mirarlo.

—Vete —murmuró Jon bajando la espada. Ygritte siguió mirándolo—. Vete —añadió él—, corre. Antes de que recupere el juicio. Corre.

La chica echó a correr.

Hacia el sur, el humo oscurecía el cielo. Se alzaba serpenteante de un centenar de incendios, con dedos de hollín que manchaban las estrellas. Al otro lado del río Aguasnegras, una línea de llamas ardía toda la noche de horizonte a horizonte, y en la orilla más cercana, el Gnomo había hecho incendiar todo lo que había a lo largo de la ribera: muelles, almacenes, casas y burdeles, cualquier edificación que estuviera fuera de los muros de la ciudad.

El aire tenía sabor a ceniza incluso dentro de la Fortaleza Roja. Cuando Sansa encontró a ser Dontos en el silencio del bosque de dioses, el caballero le preguntó si había estado llorando.

—No, es por el humo —mintió—. Parece como si estuviera ardiendo medio bosque Real.

—Lord Stannis quiere ahumar a los salvajes del Gnomo para hacerlos salir. —Dontos se tambaleaba al hablar, apoyado con un brazo en un castaño. Tenía una mancha de vino en la túnica roja y amarilla de bufón—. Se dedican a matar a sus exploradores y a asaltar sus líneas de aprovisionamiento. Y los salvajes también han provocado incendios. El Gnomo le dijo a la reina que más valía que Stannis enseñara a sus caballos a comer ceniza, porque no iba a encontrar ni una brizna de hierba. Se lo oí decir. Ahora que soy bufón oigo muchas más cosas que cuando era caballero. Todo el mundo habla como si yo no estuviera presente. Además... —Se inclinó hacia delante y le echó a la cara el aliento con olor a vino—, la Araña paga con oro cualquier tontería. Creo que el Chico Luna lleva años en su nómina.

«Vuelve a estar borracho. Dice que es mi pobre Florian, y es cierto, pero no tengo a nadie más».

—¿Es verdad que lord Stannis quemó el bosque de dioses de Bastión de Tormentas?

Dontos asintió.

—Hizo una gran pira de árboles como ofrenda a su nuevo dios. Se lo ordenó la sacerdotisa roja. Se dice que lo tiene dominado en cuerpo y alma. Stannis juró que, si tomaba la ciudad, quemaría también el Gran Septo de Baelor.

—Ojalá. —La primera vez que Sansa había visto el Gran Septo, con sus paredes de mármol y sus siete torres de cristal, le había parecido la edificación más hermosa del mundo. Pero aquello había sido antes de que Joffrey decapitara a su padre en aquellas escaleras—. Quiero que lo quemen.

—Callad, niña; los dioses os van a oír.

—¿Por qué? Mis plegarias no las oyen nunca.

—Sí que os oyen. Me enviaron a vos, ¿no?

Sansa se agarró a la corteza de un árbol. Se sentía mareada, casi febril.

—Os enviaron a mí, pero ¿de qué me habéis servido? Prometisteis que me

llevarías a mi hogar, y todavía estoy aquí.

—He hablado con un hombre al que conozco —dijo Dontos dándole unas palmaditas en el brazo—, es un buen amigo mío... y vuestro, mi señora. Cuando llegue el momento adecuado, alquilará un barco rápido para ponernos a salvo.

—El momento adecuado es ahora —insistió Sansa—, antes de que empiece la batalla. Se han olvidado de mí. Podríamos escabullirnos, estoy segura.

—Ay, niña, niña, niña. —Dontos sacudió la cabeza—. Sí, podríamos salir del castillo, pero las puertas de la ciudad están más vigiladas que nunca, y el Gnomo ha cerrado todas las salidas por el río.

Era cierto. El río Aguasnegras estaba desierto como Sansa no lo había visto nunca. Todos los transbordadores estaban anclados en la orilla norte, y las galeras mercantes habían huido, o bien el Gnomo se había apoderado de ellas para utilizarlas durante la batalla. Los únicos barcos que se veían eran las galeras de combate del rey. Remaban sin cesar de arriba abajo, siempre en las aguas profundas del centro del río, intercambiando andanadas de flechas con los arqueros de Stannis situados en la orilla sur.

Lord Stannis estaba todavía en camino, pero su vanguardia había llegado hacia ya dos noches, aprovechando la luna nueva. Al despertar, Desembarco del Rey se había encontrado con el espectáculo de sus pabellones y sus estandartes. Sansa oyó decir que eran cinco mil hombres, casi tantos como capas doradas había en la ciudad. Lucían las manzanas rojas o verdes de la casa Fossoway, la tortuga de Estermont y el zorro con flores de Florent, y su comandante era ser Guyard Morrigen, un famoso caballero sureño a quien llamaban Guyard el Verde. En su estandarte aparecía un cuervo volando, con las negras alas extendidas sobre un cielo verde tormentoso. Pero lo que más preocupaba a los habitantes de la ciudad eran los estandartes color amarillo claro, con largas colas que parecían llamas, y que en lugar del blasón de alguna casa lucían el símbolo de un dios: el corazón ardiente del Señor de Luz.

—Cuando llegue Stannis, tendrá diez veces más hombres que Joffrey, lo dice todo el mundo.

—No importa cuán numeroso sea su ejército, pequeña, mientras siga al otro lado del río. —Dontos le dio un apretón en el hombro—. Sin barcos, Stannis no podrá cruzarlo.

—Tiene barcos. Más que Joffrey.

—Su flota se encuentra muy lejos, en Bastión de Tormentas. Tendrá que subir por Garfio de Massey y el Gaznate, y cruzar la bahía del Aguasnegras. Quizá los dioses envíen una tormenta que los barra de los mares. —Dontos le dirigió una sonrisa esperanzadora—. Ya sé que no es fácil para vos. Debéis tener paciencia, niña. Cuando mi amigo regrese a la ciudad, tendremos un barco. Tened fe en vuestro Florian, y no temáis nada.

Sansa se clavó las uñas en la palma de la mano. Sentía cómo el miedo le

atenazaba la boca del estómago, cada día más. Todavía la asediaban las pesadillas con recuerdos del día de la partida de la princesa Myrcella: eran sueños oscuros y asfixiantes, de los que despertaba en mitad de la noche sin respiración. Oía los gritos furiosos del gentío, gritos sin palabras, como de animales. La habían rodeado, le habían tirado porquerías, trataron de derribarla de su caballo, y todo habría sido mucho peor si el Perro no se hubiera abierto camino hasta ella a golpes de espada. Habían despedazado al septón supremo, le habían aplastado la cabeza a ser Aron con una roca... Y Dontos le decía que no temiera nada.

La ciudad entera tenía miedo; Sansa lo advertía desde los muros del castillo. Los habitantes se escondían tras postigos cerrados y puertas atrancadas, como si con ello pudieran ponerse a salvo. La última vez que cayó Desembarco del Rey, los Lannister saquearon y violaron tanto como quisieron, y pasaron por la espada a cientos de hombres, aunque la ciudad les había abierto las puertas. En esta ocasión, el Gnomo iba a presentar batalla, y una ciudad que se resistía no podía esperar clemencia.

Dontos no dejaba de decir tonterías.

—Si fuera caballero, todavía tendría que ponerme la armadura y subir a las murallas como todos los demás. Ganas me dan de besarle los pies al rey Joffrey y darle las gracias de todo corazón.

—Si le dierais las gracias por convertiros en bufón os volvería a nombrar caballero —replicó Sansa con tono brusco.

—Mi Jonquil es una dama muy lista, ¿eh? —Dontos rio entre dientes.

—Joffrey y su madre dicen que soy estúpida.

—Que lo digan. Es mejor para vos, querida. La reina Cersei, el Gnomo, lord Varys y todos esos se vigilan entre ellos atentos como halcones, pero de la hija de lady Tanda no se preocupa nadie, ¿verdad? —Se cubrió la boca con la mano para disimular un eructo—. Los dioses os guardén, mi pequeña Jonquil. —Se estaba poniendo sentimental, como siempre que bebía mucho vino—. Dadle un besito a vuestro Florian. Un besito de buena suerte.

Dio un paso tambaleante hacia ella. Sansa esquivó los labios húmedos protuberantes, depositó un beso ligero en la mejilla mal afeitada y le deseó buenas noches. Tuvo que echar mano de todas sus energías para no llorar. En los últimos tiempos había estado llorando demasiado. Sabía que era un comportamiento impropio, pero no podía contenerse. Se le llenaban los ojos de lágrimas a menudo, por cualquier tontería, y era incapaz de controlarlas.

No había guardias en el puente levadizo que llevaba al Torreón de Maegor. El Gnomo había situado a casi todos los capas doradas en las murallas de la ciudad, y los caballeros blancos de la Guardia Real tenían deberes más relevantes que pisárselas los talones. Sansa podría haber ido a cualquier lugar, mientras no intentara salir del castillo, pero no había ningún sitio al que quisiera ir.

Cruzó el foso seco con el fondo lleno de estacas de hierro y subió por la estrecha escalera de caracol, pero cuando llegó ante la puerta de su dormitorio no soportó la idea de entrar. Las paredes mismas de la estancia la hacían sentir atrapada, y aunque abriera la ventana de par en par sentía como si le faltara el aire.

Sansa volvió a las escaleras y siguió subiendo. El humo desdibujaba las estrellas y la fina luna creciente, de manera que la noche era oscura y llena de sombras. Pero desde allí se podía divisar todo: las altas torres y los grandes baluartes de la Fortaleza Roja, el laberinto de callejuelas de la ciudad, las aguas oscuras del río, al sur y al oeste, la bahía, al este, las columnas de humo y pavesas, y hogueras, hogueras por todas partes. Los soldados se movían por las murallas de la ciudad como hormigas con antorchas, poblando los parapetos que habían brotado de las almenas. Abajo, junto a la puerta del Lodazal, la forma vaga de tres catapultas gigantescas se alzaba ante la humareda. Eran enormes, las más grandes que nadie hubiera visto jamás, al menos diez varas más altas que las murallas. Pero ni siquiera aquello conseguía que tuviera menos miedo. Sintió una punzada que la recorría, tan violenta que dejó escapar un sollozo y se llevó las manos al vientre.

Estuvo a punto de caerse, pero de pronto, una sombra se movió, y unos dedos fuertes la sujetaron por el brazo hasta que recuperó el equilibrio.

Sansa se apoyó en las almenas y clavó los dedos en la piedra áspera.

—Dejadme —sollozó—. Soltadme.

—El pajarito cree que tiene alas, ¿eh? ¿O qué quieres...? ¿Acabar tullida como tu hermanito?

—No me iba a caer. —Sansa se retorció para librarse de él—. Es que... me habéis sobresaltado, nada más.

—Quieres decir que te he asustado. Y todavía te asusto.

—Creía que no había nadie, y... —Respiró profundamente para tratar de calmarse, y apartó la vista.

—El pajarito aún no soporta mirarme a la cara, ¿verdad? —El Perro la soltó—. Pues cuando el populacho te tenía rodeada, bien que te alegraste de verme, ¿no te acuerdas?

Sansa se acordaba demasiado bien. Se acordaba de los gritos y los insultos, de cómo le corría la sangre por la mejilla cuando le lanzaron la piedra, del olor a ajo en el aliento del hombre que había intentado derribarla del caballo. Todavía sentía el pellizco doloroso de unos dedos en la muñeca cuando perdió el equilibrio y empezó a caer.

En aquel momento pensó que iba a morir, pero los dedos se estremecieron, los cinco a la vez, y el hombre lanzó un grito agudo como un relincho. La mano la soltó, y otra mano, más fuerte, la afianzó en la silla de montar. El hombre del aliento de ajo estaba en el suelo; la sangre manaba a borbotones del muñón de su

brazo; pero había más, la rodeaban, muchos llevaban palos en las manos. El Perro saltó contra ellos; su espada era un torbellino de acero que levantaba a su paso una neblina roja. Cuando sus enemigos huyeron soltó una carcajada, y durante un momento, aquel espantoso rostro quemado se transformó.

Se obligó a alzar la vista, a mirarlo de verdad. Era una muestra de cortesía, y una dama siempre debía ser cortés. « Lo peor no son las cicatrices, ni cómo se le retuerce la boca. Lo peor son los ojos». Jamás había visto unos ojos tan llenos de ira.

—De... debí ir a veros... después de aquello —dijo a trompicones—. Para... para daros las gracias... por salvarme... Fuisteis muy valiente.

—¿Valiente? —Soltó una carcajada que más bien parecía un gruñido—. Un perro no necesita valor para espantar a las ratas. Eran treinta contra mí, y ni uno osó hacerme frente.

Sansa no soportaba que siempre fuera tan brusco, que hablara de manera tan iracunda.

—¿Os proporciona placer asustar a la gente?

—No. Lo que me proporciona placer es matarla. —Retorció la boca en una mueca—. Arruga el ceño si quieras, pero no me vengas con monsergas. Eras hija de un gran señor. No me digas que lord Eddard Stark de Invernalia no mató nunca a nadie.

—Sí, pero lo hacía porque era su deber. No le gustaba.

—¿Eso te decía? —Clegane soltó otra carcajada—. Tu padre te mintió. No hay nada mejor que matar. —Desenvainó la espada larga—. Mira, esto sí es la verdad. Tu querido padre lo descubrió en las escaleras de Baelor. Señor de Invernalia, mano del rey, Guardián del Norte, el poderoso Eddard Stark, de una estirpe que se remonta a más de ocho mil años... pero a la espada de Ilyn Payne le dio igual a la hora de atravesarle el cuello. ¿Te acuerdas de cómo bailó cuando le quitaron la cabeza de encima de los hombros?

—¿Por qué sois siempre tan odiosos? —Sansa se estrechó los brazos contra el cuerpo. De repente tenía mucho frío—. Yo os estaba dando las gracias...

—Sí, como si fuera uno de esos verdaderos caballeros que tanto te gustan. ¿Para qué crees que sirven los caballeros, niña? Tú piensas que todo es cosa de recibir prendas de las damas y quedar guapo con una armadura chapada en oro. Pero no, los caballeros sirven para matar. —Le puso la espada en el cuello, justo debajo de la oreja. Sansa sintió el filo del acero—. La primera vez que maté a un hombre tenía doce años. Y he perdido la cuenta de los que he matado desde entonces. Grandes señores de noble linaje, ricachones gordos vestidos de terciopelo, caballeros hinchados como vejigas de tanto honor, y sí, también mujeres y niños. No son más que carne, y yo soy el carnicero. Que se queden con sus tierras, con sus dioses y con su oro. Que se queden con sus títulos de caballero. —Sandor Clegane escupió a sus pies para demostrarle lo que opinaba

de ellos—. Que yo me quedo con esto —dijo al tiempo que le apartaba la espada de la garganta—. Mientras lo tenga, no temeré a ningún hombre.

« Excepto a vuestro hermano —pensó Sansa, aunque tuvo suficiente sentido común para no decirlo en voz alta—. Es un perro, como él mismo dice siempre. Un perro medio salvaje y malvado que muerde la mano que intenta acariciarlo, pero aun así atacará a cualquiera que intente hacerles daño a sus amos».

—¿Ni siquiera a los que están al otro lado del río?

Clegane desvió la vista hacia las hogueras lejanas.

—Hogueras y más hogueras. —Envainó la espada—. Solo los cobardes luchan con fuego.

—Lord Stannis no es ningún cobarde.

—Tampoco es tan hombre como lo fue su hermano. Robert nunca había dejado que una minúcia como un río lo detuviera.

—¿Qué haréis vos cuando lo cruce?

—Luchar. Matar. Puede que morir.

—¿Y no tenéis miedo? Puede que los dioses os envíen a un infierno espantoso por todo el mal que habéis hecho.

—¿Qué mal? —Se echó a reír—. ¿Qué dioses?

—Los dioses que nos crearon a todos.

—A todos? —se burló—. Dime, pajarito, ¿qué clase de dioses crean a un monstruo como el Gnomo, o a una retrasada como la hija de lady Tanda? Si hay dioses, crearon a las ovejas para que los lobos pudieran comer carne, y también crearon a los débiles para que los fuertes jugaran con ellos.

—Los verdaderos caballeros protegen a los débiles.

—No hay verdaderos caballeros —soltó el Perro con un bufido—, igual que no hay dioses. Si no puedes protegerte, muérete y aparta del camino de los que sí pueden. Este mundo lo rigen el acero afilado y los brazos fuertes; no creas a quien te diga lo contrario.

—Sois odioso. —Sansa retrocedió un paso.

—Soy sincero. Es el mundo el que es odioso. Venga, pajarito, vete volando. Ya estoy harto de que me mires.

Sansa se marchó corriendo sin decir palabra. Sandor Clegane le daba miedo... pero una parte de su corazón deseaba que ser Dontos tuviera un fragmento de la ferocidad del Perro.

« Sí que hay dioses —se dijo—, y también hay verdaderos caballeros. Es imposible que todas las historias sean mentira».

Aquella noche, Sansa volvió a soñar con el día de los disturbios. La turba la rodeaba, gritaba como una bestia rabiosa con mil caras. Mirase adonde mirase, veía rostros retorcidos que se transformaban en máscaras monstruosas e inhumanas. Ella lloraba y decía que no les había hecho nada, pero daba igual, la tiraban del caballo. « No —gritaba—, no, por favor, no, no», pero nadie le hacía

caso. Llamaba a gritos a ser Dontos, a sus hermanos, a su padre muerto y a su loba muerta, al gallardo ser Loras, que una vez le regaló una rosa, pero nadie aparecía. Llamaba a los héroes de las canciones, a Florian, a ser Ryam Redwyne y al príncipe Aemon, el Caballero Dragón, pero nadie acudía en su auxilio. Las mujeres se abalanzaban sobre ella como un enjambre, como comadrejas, le pellizcaban las piernas y le daban patadas en el estómago; le dieron un golpe en el rostro y sintió cómo se le rompián los dientes. En aquel momento vio el centellear del acero. El cuchillo se clavó en sus entrañas y la desgarró, la desgarró hasta que de ella no quedaron más que jirones húmedos.

Cuando despertó, la luz clara de la mañana entraba oblicua por la ventana, pero se sentía dolorida y enferma como si no hubiera dormido nada. Tenía algo pegajoso en los muslos. Se quitó de encima la manta, y entonces fue cuando vio la sangre. Lo primero que le acudió a la cabeza fue que la pesadilla se había hecho realidad. Recordó los cuchillos que entraban en su vientre y la desgarraban. Horrorizada, se liberó de las sábanas a patadas y cayó al suelo con la respiración entrecortada, desnuda, ensangrentada y muerta de miedo.

Pero cuando ya estaba sobre la alfombra, de rodillas, apoyada con las manos en el suelo, lo comprendió de repente.

—No, por favor —sollozó Sansa—. Por favor, no. —No quería que le sucediera aquello en aquel momento, y allí, y en aquel momento, en aquel momento, en el peor momento.

La locura le nubló la mente. Se levantó, ayudándose del poste de la cama, y se lavó entre las piernas con el agua de la palangana, para quitarse todo aquello pegajoso. Cuando terminó el agua estaba teñida de sangre. Si las criadas veían aquello, se darian cuenta de todo. Entonces se acordó de la ropa de cama. Horrorizada, vio la enorme mancha roja delatora. No podía pensar en nada, solo en que tenía que quitarla de allí; si no, la verían. Y no podía permitir que la vieran, o la casarían con Joffrey y la obligarían a acostarse con él.

Sansa cogió el cuchillo y cortó la sábana en torno a la mancha. «Y cuando me pregunten por el agujero, ¿qué les digo?». Las lágrimas le corrían por las mejillas. Arrancó la sábana desgarrada de la cama, y también las mantas sucias. «Tengo que quemarlas». Hizo un ovillo con las pruebas, lo metió en la chimenea, lo empapó con el aceite de la lámpara de la mesilla y le prendió fuego. Entonces se dio cuenta de que la sangre había calado hasta el colchón de plumas, de modo que también intentó hacerlo un ovillo, pero era muy grande, aparatoso y difícil de mover. Sansa solo consiguió meter en el fuego la mitad. Estaba de rodillas, empeñada en meter el colchón entre las llamas mientras un humo gris espeso se arremolinaba a su alrededor y llenaba la habitación, cuando la puerta se abrió de golpe y oyó la exclamación de su doncella.

Hicieron falta tres personas para sujetarla, y todo en balde. La ropa de cama había ardido, pero cuando consiguieron llevársela, volvía a tener los muslos llenos

de sangre. Era como si su cuerpo la hubiera traicionado para entregársela a Joffrey, desplegando ante los ojos de todo el mundo el estandarte escarlata de los Lannister.

Una vez estuvo apagado el fuego, se llevaron el colchón chamuscado, airearon la estancia para que saliera el humo, y llevaron una bañera. Las mujeres iban y venían, hablaban en murmullos y le lanzaban miradas de extrañeza. Llenaron la bañera con agua casi hirviendo, la bañaron, le lavaron el cabello y le dieron un paño para que se lo pusiera entre las piernas. Para entonces, Sansa había recuperado la calma y estaba avergonzada de haberse comportado como una estúpida. El humo había estropeado la mayor parte de sus vestidos. Una de las mujeres salió de la habitación y volvió con un vestido de lana verde que era más o menos de su talla.

—No es tan bonito como los vuestros, pero os quedará bien —dijo mientras se lo metía a Sansa por la cabeza—. Los zapatos no se os han quemado, así que, por suerte, no tendréis que ir descalza a ver a la reina.

Cuando hicieron entrar a Sansa en sus estancias, Cersei Lannister estaba desayunando.

—Puedes sentarte —dijo con gesto gentil—. ¿Tienes hambre?

Hizo una señal en dirección a la mesa. Había gachas, miel, leche, huevos duros y pescado frito crujiente. Solo con ver la comida le entraron náuseas. Tenía el estómago hecho un nudo.

—No, gracias, alteza.

—Es comprensible. Entre Tyrion y lord Stannis, todo lo que como me sabe a ceniza. Y ahora a ti también te ha dado por encender hogueras. ¿Se puede saber qué pretendías?

—Me asusté al ver tanta sangre —dijo Sansa con la cabeza agachada.

—La sangre es el sello de tu feminidad. Lady Catelyn debería haberte preparado. Has tenido tu primer florecimiento, nada más.

—Mi señora madre me había hablado de esto, pero... —Sansa jamás se había sentido menos florecida—. Pero creía que sería de otra manera.

—¿Cómo?

—No sé. Menos... menos sucio y más mágico.

La reina Cersei se echó a reír.

—Pues espera a dar a luz a un niño, Sansa. La vida de una mujer es nueve partes suciedad por cada parte de magia; no tardarás en darte cuenta... y a menudo, la parte que parece magia es la más sucia de todas. —Bebió un trago de leche—. Así que ya eres mujer. ¿Tienes idea de qué significa eso?

—Que ahora estoy en condiciones de casarme, compartir el lecho y concebir hijos para el rey —dijo Sansa.

—Es evidente que esa perspectiva ya no te atrae tanto como hace un tiempo.

—La reina le dirigió una sonrisa irónica—. Es comprensible, Joffrey siempre ha

sido un poco difícil. Hasta cuando nació... estuve de parto un día y una noche. No te puedes imaginar cuánto dolió, Sansa. Grité tanto que pensé que Robert me oiría desde el bosque Real.

—¿Su alteza no estaba con vos?

—¿Robert? Robert estaba cazando. Siempre fue su costumbre. Cuando se acercaba mi hora, mi regio esposo huía hacia los árboles con su partida de caza y sus sabuesos. Al regreso me obsequiaba con unas cuantas pieles o una cabeza de venado, y yo lo obsequiaba con un bebé.

» Pero no vayas a pensar que yo quería que estuviera conmigo. Ya tenía al gran maestre Pycelle y un ejército de comadronas, y también a mi hermano. Cuando le dijeron a Jaime que no podía entrar en la sala del parto, sonrió y preguntó qué quién iba a impedirle pasar.

» Por desgracia, dudo mucho que Joffrey muestre tanta devoción hacia ti. La culpa se la tendrías que echar a tu hermana, si no estuviera muerta. Mi hijo no ha podido olvidar aquel día en el Tridente, cuando viste como Arya lo humillaba, de manera que para vengarse, él te humilla a ti. Pero eres más fuerte de lo que pareces: sobrevivirás a un poco de humillación. Igual que sobrevivi yo. Tal vez no ames al rey, pero amarás a sus hijos.

—Amo a su alteza con todo mi corazón.

—Más vale que te aprendas unas cuantas mentiras nuevas, y que sea pronto.

—La reina suspiró—. Te aseguro que esa no le va a gustar a lord Stannis.

—El nuevo septón supremo dijo que los dioses no permitirán la victoria de lord Stannis, ya que Joffrey es el rey legítimo.

—Hijo legítimo y heredero de Robert, sí. —Un atisbo de sonrisa aleteó sobre los labios de la reina—. Aunque Joff se echaba a llorar siempre que Robert lo cogía en brazos. A su alteza no le hacía gracia. Sus hijos ilegítimos siempre le hacían gorgoritos, y le chupaban el dedo cuando lo metía en sus boquitas de bastardos. Robert siempre quería sonrisas y aclamaciones, de manera que se iba con quienes se las daban: sus amigos y sus putas. Robert quería ser amado. Mi hermano Tyrion padece la misma enfermedad. ¿Tú quieres ser amada, Sansa?

—Todo el mundo quiere ser amado.

—Por lo que veo, el florecimiento no te ha hecho más avispa —dijo Cersei—. Permíteme que comparta contigo, en este día tan especial, un poco de sabiduría femenina, Sansa. El amor es un veneno. Un veneno dulce, sí, pero un veneno que mata.

La oscuridad imperaba sobre el Paso Aullante. Los inmensos flancos de piedra de las montañas ocultaban el sol durante casi todo el día, de manera que cabalgaban a la sombra, mientras el aliento del hombre y el del caballo se condensaban en el aire frío. Los dedos de agua gélida bajaban serpenteantes de las acumulaciones de nieve para formar charquitos helados, que crujían y se agrietaban bajo los cascos de sus pequeños caballos. En ocasiones veían unas cuantas briznas de hierba que luchaban por crecer en la hendidura de una roca, y aquí y allá, una mancha de liquenes descoloridos, pero no había más vegetación, y los árboles habían quedado ya abajo.

El sendero era tan empinado como estrecho, siempre ascendente. Cuando el paso era tan angosto que los exploradores tenían que ir en fila de uno, Escudero Dalbridge iba a la cabeza, escudriñando las cumbres con el arco en la mano. Tenía la vista más aguda de toda la Guardia de la Noche.

Fantasma, inquieto, caminaba siempre al lado de Jon. De cuando en cuando se detenía y se volvía con las orejas erguidas, como si hubiera oído algún ruido a su espalda. Jon creía que los gatosombra no atacarían a hombres vivos a menos que estuvieran muy hambrientos; aun así, sacó a *Garra* de su vaina.

Un arco de piedra gris tallado por el viento marcaba el punto más elevado del paso. Allí, el camino se ensanchaba e iniciaba el largo descenso hacia el valle del Agualechosa. Qhorin decidió que descansarían allí hasta que las sombras volvieran a imperar.

—Las sombras son amigas de los que visten de negro —dijo.

Jon lo encontró muy lógico. Habría sido agradable cabalgar a la luz del día, dejar que el radiante sol de la montaña les bañara las capas y espantara el frío de sus huesos, pero era demasiado arriesgado. Ya habían encontrado a tres vigías; podía haber otros dispuestos a dar la alarma.

Serpiente de Piedra se acurrucó bajo la desastrada capa de piel, y se durmió casi al instante. Jon compartió con Fantasma la ración de carne seca, mientras Ebbn y Escudero Dalbridge les daban de comer a los caballos. Qhorin Mediامano se sentó con la espalda apoyada en una roca, y se puso a afilar la espada larga con movimientos largos, pausados. Jon observó al explorador unos instantes, y al final reunió el valor necesario para dirigirse a él.

—Mi señor —dijo—, no me has preguntado cómo me fue. Con la chica.

—No soy ningún señor, Nieve. —Qhorin deslizó la piedra a lo largo del acero con su mano de dos dedos.

—Me dijiste que, si escapaba con ella, Mance te aceptaría en su grupo.

—Es cierto.

—Hasta me aseguró que éramos parientes. Me contó una historia...

—Acerca de Bael el Bardo y la rosa de Invernalia. Me lo ha dicho Serpiente.

Da la casualidad de que conozco esa canción. En los viejos tiempos, Mance no paraba de cantarla; la aprendió en una expedición. Le gustaba muchísimo la música de los salvajes. Y también sus mujeres.

—¿Lo conocías?

—Todos lo conocíamos.

Tenía la voz triste. «Eran amigos, además de hermanos —comprendió Jon—, y ahora son enemigos a muerte».

—¿Por qué desertó?

—Unos dicen que por una chica. Otros, que por una corona. —Qhorin comprobó el filo de la espada con la yema del pulgar—. A Mance le gustaban las mujeres, sí, y no era hombre que dobrara la rodilla con facilidad. Pero no fue únicamente por eso. Le gustaba la espesura más que el Muro. Lo llevaba en la sangre. Nació salvaje; lo capturaron de niño, cuando pasaron por la espada a un grupo de salvajes. Cuando se marchó de la Torre Sombría, lo que estaba haciendo era volver a su hogar.

—¿Era un buen explorador?

—El mejor de todos nosotros —respondió Mediامano—, y también el peor. Solo los idiotas como Thoren Smallwood desprecian a los salvajes. Son igual de valientes que nosotros, Jon. Igual de rápidos, igual de fuertes, igual de astutos. Pero no tienen disciplina. Se llaman a sí mismos *el pueblo libre*, y cada uno de ellos considera que vale tanto como un rey y que sabe más que ningún maestre. Mance era igual. Jamás aprendió a obedecer.

—Igual que yo —dijo Jon en voz baja.

—Así que la dejaste ir. —Los astutos ojos grises de Qhorin parecieron atravesarlo. Su voz no mostraba sorpresa.

—¿Lo sabías?

—Ahora lo sé. Dime por qué la perdonaste.

No le resultó fácil expresarlo con palabras.

—Mi padre nunca empleaba los servicios de un verdugo. Decía que tenía un deber con los hombres a los que mataba: mirarlos a los ojos y escuchar sus últimas palabras. Y cuando miré los ojos de Ygritte... —Jon bajó la vista y se contempló las manos, impotente—. Sé que era enemiga nuestra, pero no vi maldad en ella.

—Tampoco la habrías visto en los otros dos.

—Teníamos que elegir: sus vidas o las nuestras —replicó Jon—. Si nos hubieran visto, si hubieran hecho sonar aquel cuerno...

—Los salvajes nos habrían dado caza y habrían acabado con nosotros, desde luego.

—Pero ahora, Serpiente de Piedra tiene el cuerno, y a Ygritte le quitamos el cuchillo y el hacha. La hemos dejado atrás, a pie, desarmada...

—No representa una amenaza para nosotros —asintió Qhorin—. Si hubiera

querido que muriera, la habría dejado en manos de Ebben, o me habría encargado yo de ella.

—Entonces, ¿por qué me ordenaste que la matara?

—No te ordené que la mataras. Te dije que hicieras lo que había que hacer, y dejé que tú mismo decidieras qué era. —Qhorin se levantó y envainó la espada —. Si hay que escalar una montaña, llamo a Serpiente de Piedra. Si hay que clavar una flecha en el ojo de un enemigo que se encuentra al otro lado del campo de batalla mientras sopla un viento huracanado, llamo a Escudero Dalbridge. Ebben puede lograr que cualquier hombre confiese sus secretos. Para ser un líder hay que conocer a los hombres, Jon Nieve. Y yo te conozco ahora mejor que esta mañana.

—¿Y si la hubiera matado? —preguntó Jon.

—Estaría muerta, y también te conocería mejor. Pero basta ya de charla. Deberías estar durmiendo. Tenemos muchas leguas por delante, y muchos peligros a los que enfrentarnos. Necesitarás todas tus fuerzas.

Jon pensaba que no podría dormirse así como así, pero sabía que Mediamano tenía razón. Dio con un lugar resguardado del viento, bajo un saliente de roca, y se quitó la capa para utilizarla como manta.

—Fantasma —llamó—. Ven conmigo. —Siempre dormía mejor con el gran lobo blanco a su lado. Le reconfiaba su olor, y agradecía la calidez de su abundante pelaje claro. Pero, en aquella ocasión, Fantasma se limitó a mirarlo. Luego dio media vuelta, cruzó entre los caballos y desapareció. «Quiere cazar», pensó Jon. Tal vez hubiera cabras por aquellas montañas. De algo tenían que alimentarse los gatosombra —. Espero que no te dé por cazar un gato — murmuró. Sería peligroso hasta para un lobo huargo. Se arrebujó en la capa y se tendió bajo el saliente de roca.

Cuando cerró los ojos, soñó con lobos huargo.

Había cinco, aunque deberían haber sido seis, y estaban dispersos, separados los unos de los otros. Se sintió incompleto, dolorosamente vacío. El bosque era vasto y frío, y ellos eran muy pequeños, estaban muy perdidos. Sus hermanos y su hermana tenían que estar allí, en alguna parte, pero había extraviado su rastro. Se sentó sobre los cuartos traseros, alzó la cabeza hacia el cielo cada vez más oscuro, y su aullido despertó ecos en todo el bosque, con un sonido largo, triste y solitario. A medida que se fue perdiendo, alzó las orejas para oír la respuesta, pero lo único que oyó fue el suspiro de la nieve que caía.

—¿Jon?

La llamada le llegó desde sus espaldas, más suave que un susurro, pero fuerte a la vez. ¿Acaso un grito puede ser silencioso? Giró la cabeza en busca de su hermano, de un atisbo del esbelto cuerpo gris que se movía bajo los árboles, pero no había nada, solo...

Un arciano.

Parecía brotar de la propia roca, con unas raíces blancuzcas que surgían retorcidas de una miriada de fisuras y grietas finas como capilares. Era un árbol estilizado, en comparación con otros arcianos que había visto, apenas un retoño, pero crecía ante sus ojos, y sus ramas se hacían más robustas a medida que ascendían hacia el cielo. Rodeó con cautela el tronco blanco y liso hasta dar con el rostro. Los ojos rojos lo miraron. Eran unos ojos feroces, pero se alegraban de verlo. El arciano tenía la cara de su hermano. Aunque, ¿cuándo había tenido su hermano tres ojos?

—Desde lo del cuervo —le dijo el grito silencioso.

Olfateó la corteza; olía a lobo, a árbol y a niño, pero por debajo había otros olores, el denso y castaño de la tierra tibia, el duro y gris de la piedra y otro más, el de algo espantoso. Supo que era la muerte. Percibía el olor de la muerte. Retrocedió acobardado, con el pelaje erizado, mostrando los colmillos.

—No tengas miedo, me gusta la oscuridad. Nadie te puede ver, y tú los ves a todos. Pero antes tienes que abrir el ojo. ¿Ves? Así. —Y el árbol se inclinó y lo tocó.

Y de repente se encontró de nuevo en las montañas, con las patas hundidas en la nieve, al borde de un gran precipicio. Ante él, el Paso Aullante se abría al vacío, y un valle alargado en forma de uve se extendía como una manta de colores, bañado en todos los tonos de la tarde otoñal.

En un extremo del valle se divisaba una muralla de color blanco azulado, gigantesca, deslumbrante, encajonada entre las montañas como si se estuviera abriendo paso a la fuerza entre ellas, y durante un momento pensó que en sueños había vuelto al Castillo Negro. Entonces se dio cuenta de que lo que estaba mirando era una cascada de hielo de muchos cientos de varas de altura. Bajo aquél acantilado gélido y brillante había un gran lago; sus aguas profundas color cobalto reflejaban los picos coronados de nieve que lo rodeaban. Vio que en el valle había hombres, muchos, miles de ellos, un gran ejército. Algunos perforaban grandes agujeros en el terreno semihelado, mientras otros se entrenaban para la guerra. Observó como un enjambre de jinetes cargaban contra una barrera de escudos, a lomos de caballos del tamaño de hormigas. El sonido de la batalla fingida era como el rumor de unas hojas de acero que el viento le llevaba de cuando en cuando. El campamento no estaba planificado; no vio zanjas, ni estacas afiladas, ni hileras ordenadas de caballos. Los rudimentarios refugios de barro y las tiendas de pieles brotaban sin orden ni concierto, como una erupción de viruelas en el rostro de la tierra. Había carretadas de heno mal amontonado, y también le llegó el olor de las cabras, las ovejas, los caballos, los cerdos, los perros... De un millar de hogueras para cocinar se alzaban tentáculos de humo oscuro.

«Esto no es un ejército, igual que no es una ciudad. Es un montón de gente que se ha reunido» .

Al otro lado del largo lago se movió un montículo de tierra. Lo examinó con más atención, y vio que no era tierra, sino un ser vivo, una bestia pesada y peluda que tenía una serpiente en vez de nariz, y unos colmillos más grandes que los del jabalí más gigantesco que hubiera existido jamás. El ser que lo montaba también era enorme, y de forma extraña, con piernas y caderas demasiado anchas para ser un hombre.

En aquel momento, una repentina ráfaga de frío le erizó el pelaje, y el aire se estremeció con el sonido de unas alas. Alzó la vista hacia las cumbres blancas de hielo, y una sombra se precipitó desde el cielo hacia él. Un chillido hendió el aire. Apenas tuvo tiempo de ver unas alas grandes color gris azulado, que ocultaban el sol...

—¡Fantasma! —gritó Jon, incorporándose de golpe. Aún sentía las garras, el dolor—. ¡Fantasma, conmigo!

Ebben apareció a su lado, lo agarró por los hombros y lo sacudió.

—¡Cállate! ¿Qué quieres? ¿Atraer a los salvajes o qué? ¿Qué te pasa, chico?

—He tenido un sueño —respondió Jon con voz débil—. Yo era Fantasma, estaba al borde de un precipicio, abajo había un río helado, y algo me atacó. Era un pájaro... me parece que un águila...

—Cuando yo sueño, las que me atacan son mujeres guapas —dijo Escudero Dalbridge con una sonrisa—. Ojalá soñara más a menudo.

—¿Qué has dicho de un río helado? —Qhorin se acercó a él.

—El Agualechosa mana de un gran lago, al pie de un glaciar —señaló Serpiente de Piedra.

—Había un árbol con el rostro de mi hermano. Los salvajes... había miles, más de los que me imaginaba que pudieran existir. Y también gigantes, que cabalgaban a lomos de mamuts.

Por la luz, Jon calculó que había dormido cuatro o cinco horas. Le dolía la cabeza, y también la nuca, allí donde se le habían clavado las garras. «Pero eso ha sido en el sueño».

—Dime todo lo que recuerdes —dijo Qhorin Mediamano—. Con detalle.

—No ha sido más que un sueño. —Jon lo miró, confuso.

—Un sueño de lobo —dijo Mediamano—. Craster le dijo al lord comandante que los salvajes se estaban agrupando en el nacimiento del Agualechosa. Puede que por eso lo soñaras. Pero también puede que hayas visto lo que nos aguarda dentro de unas horas. Cuéntamelo todo.

Se sintió un tanto estúpido contándoles semejantes cosas a Qhorin y al resto de los exploradores, pero hizo lo que le ordenaban. Ninguno de los hermanos negros se rio de él. Cuando terminó, la sonrisa se había esfumado de la cara de Escudero Dalbridge.

—¿Cambiapieles? —le dijo Ebben a Mediamano en tono sombrío.

«¿Se refiere al águila o a mí?», pensó Jon. Los cambiapieles eran personajes

de las historias de la Vieja Tata, no del mundo en el que había vivido siempre. Pero allí, en aquel desierto de hielo y roca, no le resultaban tan increíbles.

—Se levantan vientos fríos. Justo como se temía Mormont. Benjen Stark también lo vio venir. Los muertos caminan, y los árboles vuelven a tener ojos. ¿Por qué no va a haber también cambiapieles y gigantes?

—¿Y qué pasa? ¿Mis sueños también se van a hacer realidad? —preguntó Escudero Dalbridge—. Pues que lord Nieve se quede con sus mamuts; yo prefiero a mis mujeres.

—He servido en la Guardia desde niño —dijo Ebbin—, he llegado tan lejos como el que más en mis exploraciones. He visto huesos de gigantes y he oído muchos cuentos curiosos, pero se acabó. Ahora quiero ver lo que sea con mis ojos.

—Ten cuidado, Ebbin —dijo Serpiente—, no te vayan a ver ellos a ti.

Fantasma no apareció cuando reanudaron la marcha. Las sombras cubrían ya el paso, y el sol se ocultaba rápidamente entre los picachos gemelos de la enorme montaña que los exploradores llamaban Cimaforca. « Si el sueño era verdad... » . La sola idea lo aterraba. Tal vez el águila había herido a Fantasma, o lo había hecho caer al precipicio. ¿Y qué pasaba con el arciano que tenía el rostro de su hermano? ¿Por qué olía a muerte y a oscuridad?

El último rayo de sol desapareció tras los picos de la Cimaforca. El ocaso cubrió el Paso Aullante. Casi al instante, el frío se hizo más intenso. Ya no ascendían. Todo lo contrario; el camino había empezado a ser descendente, aunque no de manera abrupta. Por doquier había grietas, piedras caídas y montones de rocas. « Pronto estará todo a oscuras, y ni rastro de Fantasma » . Jon estaba destrozado, pero no se atrevía a llamar al lobo huargo a gritos, como habría deseado. Se arriesgaba a que otros lo oyieran.

—Qhorin —dijo en voz baja Escudero Dalbridge—. Mira. Ahí.

El águila estaba posada en un saliente de roca, muy por encima de ellos, recortada contra el cielo cada vez más oscuro. « No es la primera águila que vemos —pensó Jon—. No tiene por qué ser la de mi sueño » .

Pese a todo, Ebbin estaba dispuesto a dispararle una flecha, pero Escudero se lo impidió.

—Está fuera del alcance.

—No me gusta que nos mire.

—Ni a mí, pero no se lo vas a impedir. —Dalbridge se encogió de hombros—. Lo único que conseguirás será desperdiciar una flecha.

Qhorin, a lomos de su caballo, estudió el águila durante largo rato sin decir nada.

—Sigamos —ordenó al final.

Los exploradores reanudaron el descenso.

« Fantasma, ¿dónde estás? » , habría querido gritar Jon.

Estaba a punto de seguir a Qhorin y a los demás cuando vio un destello blanco entre dos rocas. «Un montón de nieve», pensó, hasta que lo vio moverse. Saltó del caballo al instante. Cuando se arrodilló a su lado, Fantasma alzó la cabeza. Tenía el cuello húmedo y brillante, pero no emitió sonido alguno cuando Jon se quitó un guante y lo rozó. Las garras le habían dejado un surco ensangrentado en el pelaje y la carne, pero el ave no había conseguido romperle el cuello.

—¿Está muy mal? —Qhorin Mediامano estaba de pie, tras él. A modo de respuesta, Fantasma consiguió ponerse en pie—. El lobo es fuerte —dijo el explorador—. Ebben, trae agua. Serpiente, el pellejo de vino. Sujétalo con fuerza, Jon.

Juntos limpiaron la sangre seca del pellejo del lobo huargo. Fantasma se debatió y le enseñó los dientes a Qhorin cuando vertió vino en los cortes ensangrentados que le había dejado el águila, pero Jon lo rodeó con los brazos y le susurró palabras tranquilizadoras, y el lobo no tardó en calmarse. Cuando arrancaron una tira de tejido de la capa de Jon y le vendaron las heridas, la oscuridad ya era casi absoluta. Lo único que diferenciaba el cielo negro de la tierra negra eran las estrellas distantes.

—Seguimos adelante? —preguntó Serpiente de Piedra.

Qhorin subió a lomos de su pequeña montura.

—Adelante no, atrás.

Aquello cogió por sorpresa a Jon.

—¿Atrás?

—Las águilas tienen mejor vista que los hombres. Nos han divisado. Así que ahora tenemos que huir.

Mediamano se cubrió el rostro con la larga bufanda negra. Los demás exploradores intercambiaron miradas, pero a nadie se le ocurrió discutir la orden. Uno a uno montaron a caballo y dieron media vuelta a sus monturas.

—Vamos, Fantasma —dijo Jon. El lobo huargo lo siguió, como una sombra blanca que se moviera entre las sombras.

Cabalgaron toda la noche, casi a tientas por el paso serpenteante, entre las piedras caídas. El viento era cada vez más fuerte. En ocasiones, la oscuridad era tal que tenían que desmontar y avanzar a pie, llevando a sus caballos por las riendas. En algún momento, Ebben sugirió que les serían útiles unas cuantas antorchas.

—Nada de fuego —dijo Qhorin.

Y no se discutió más. Llegaron al puente de piedra y a la cima, e iniciaron de nuevo el descenso. En medio de la oscuridad, un gatosombra rugió furioso, y el sonido despertó ecos entre las rocas de tal manera que fue como si una docena de gatos le respondieran. En una ocasión, a Jon le pareció ver un par de ojos brillantes en un risco, sobre ellos. Eran grandes como lunas llenas.

En lo más oscuro de la noche, antes del amanecer, se detuvieron para dar de

beber a los caballos y alimentarlos con un puñado de avena y un poco de heno.

—No estamos lejos del lugar donde murieron los salvajes —dijo Qhorin—. Aquí un hombre puede detener a un centenar. Si es el hombre adecuado.

Miró a Escudero Dalbridge. Este hizo un gesto de asentimiento.

—Dejadme tantas flechas como podáis, hermanos. —Acarició su arco—. Y encargaos de que a mi caballo le den una manzana cuando llegue a casa. El pobre animalito se la ha ganado.

Jon comprendió que se quedaba allí para morir.

Qhorin palmeó el brazo de Escudero con la mano enguantada.

—Si el águila desciende para mirarte...

—Me encargaré de que le salgan unas cuantas plumas nuevas.

La última vez que Jon lo vio, Escudero Dalbridge se alejaba por el estrecho sendero que llevaba a la cima.

Cuando amaneció, Jon alzó la vista hacia el cielo despejado y vio un punto que se movía en la inmensidad azul. Ebben también lo vio, y dejó escapar una maldición, pero Qhorin le ordenó que se callara.

—Escuchad.

Jon contuvo el aliento, y lo oyó. Tras ellos, a lo lejos, el sonido de un cuerno de caza retumbaba en las montañas.

—Ya vienen —dijo Qhorin.

Para el encuentro, Pod lo vistió con una lujosa túnica de grueso terciopelo color escarlata Lannister, y le llevó la cadena símbolo de su cargo. Tyrion la dejó sobre la mesilla de noche. A su hermana no le gustaba que le recordaran que él era la mano del rey, y en aquel momento no le convenía empeorar la relación que había entre ellos.

Varys lo alcanzó cuando cruzaba el patio.

—Mi señor —dijo, algo jadeante—, tenéis que leer esto cuanto antes. —La mano blanca y blanda le tendió un pergamino—. Información que llega del norte.

—¿Son noticias buenas o malas? —preguntó Tyrion.

—No me corresponde a mí decidirlo.

Tyrion desenrolló el pergamino. Tuvo que entrecerrar los ojos para leer lo que decía a la luz de las antorchas del patio.

—Dioses misericordiosos —susurró—. ¿Los dos?

—Eso me temo, mi señor. Qué tristeza. Qué gran tristeza. Tan jóvenes, tan inocentes...

Tyrion recordó cómo habían aullado los lobos tras la caída del pequeño Stark. «¿Estarán aullando ahora?», se preguntó.

—¿Se lo habéis dicho a alguien?

—Todavía no, pero tengo que hacerlo, claro está.

—Yo se lo diré a mi hermana —dijo Tyrion mientras enrollaba la carta. Tenía interés en ver cómo se tomaba la noticia. Mucho, mucho interés.

Aquella noche, la reina estaba especialmente hermosa. Llevaba un vestido de terciopelo muy escotado, verde oscuro, que le destacaba el color de los ojos. Tenía el cabello dorado suelto sobre los hombros desnudos, y se ceñía al talle un cinturón adornado con esmeraldas. Tyrion esperó hasta después de sentarse y servirse una copa de vino para tenderle la carta. No dijo ni una palabra. Cersei lo miró con inocencia y le cogió el pergamino de la mano.

—Supongo que estarás satisfecha —dijo mientras su hermana lo leía—. Tengo entendido que te interesaba matar al pequeño Stark.

—Fue Jaime el que lo tiró por la ventana, no yo. —Cersei hizo una mueca—. «Por amor», dijo, como si aquello fuera a complacerme. Cometió una estupidez, y nos puso a ambos en peligro, pero nuestro querido hermano no es de los que se paran a pensar.

—El chico os había visto —señaló Tyrion.

—No era más que un niño. Le podría haber metido miedo para que no dijera nada. —Contempló la carta, pensativa—. ¿Por qué tengo que soportar que se me acuse cada vez que un Stark se tuerce un tobillo? Esto ha sido cosa de Greyjoy; yo no he tenido nada que ver.

—Esperemos que lady Catelyn se lo crea.
—No se atreverá a... —Cersei abrió los ojos de par en par.
—¿A matar a Jaime? ¿Por qué no? ¿Qué harías tú si alguien asesinara a Joffrey y a Tommen?

—¡Todavía tengo a Sansa! —declaró la reina.

—Todavía tenemos a Sansa —la corrigió—, y más vale que la cuidemos bien. En fin, ¿dónde está esa cena que me habías prometido, querida hermana?

La mesa de Cersei estaba bien surtida, aquello era innegable. La cena comenzó con una crema de castañas servida con pan crujiente recién hecho, y verdura con manzanas y piñones. Luego se sirvió empanada de lamprea, jamón asado con miel, zanahorias rehogadas en mantequilla, judías blancas con tocino y un cisne asado relleno de setas y ostras. Tyrion se mostró cortés hasta el hartazgo. Le ofreció a su hermana las mejores tajadas de cada plato, y en ningún momento comió algo que ella no probara antes. No creía que fuera a envenenarlo, pero tampoco estaba de más asegurarse.

Era obvio que las noticias relativas a los Stark la habían preocupado mucho.

—¿No se sabe nada de Puenteamargo? —preguntó con ansiedad al tiempo que pinchaba un trozo de manzana con la punta del puñal, para después comérselo a mordisquitos delicados.

—Nada.

—Jamás he confiado en Meñique. Si Stannis le paga bien, se pasará a su bando sin dudarlo un instante.

—El imbécil de Stannis Baratheon es demasiado virtuoso para comprar a un hombre. Y tampoco es el señor ideal para tipos de la calaña de Petyr. En esta guerra ha habido compañeros de cama muy raros, estoy de acuerdo, pero esos dos... imposible. —Empezó a cortar unas cuantas lonchas del jamón.

—El cerdo ha sido un regalo de lady Tanda —comentó Cersei.

—¿Como prueba de su afecto?

—Como soborno. Suplico permiso para volver a su castillo. Tanto tu permiso como el mío. Supongo que tiene miedo de que la detengas por el camino, como hiciste con lord Gyles.

—¿Por qué? ¿Planea escapar con el heredero al trono? —Tyrion le sirvió una tajada de jamón a su hermana y se puso otra en el plato—. Yo prefiero que se quede. Si quiere sentirse más segura, dile que haga venir a su guarnición de Stokeworth. Todos los hombres que tenga.

—Si tanta falta nos hacen los hombres, ¿por qué has enviado lejos a tus salvajes? —La irritación empezaba a aflorar en la voz de Cersei.

—Era el mejor uso que les podía dar —respondió él, sin faltar a la verdad—. Son guerreros valientes, pero no son soldados. En una batalla formal, la disciplina es más importante que el coraje. Nos han sido más útiles en el bosque Real de lo que lo habrían sido entre los muros de la ciudad.

Mientras les servían el cisne, la reina lo interrogó acerca de la conspiración de los Hombres Astados. Parecía más molesta que asustada.

—¿Por qué nos rodea la traición? ¿Qué daño le ha hecho la casa Lannister a esos canallas?

—Ninguno —dijo Tyrion—, pero creen que están en el bando ganador... así que, además de traidores, son idiotas.

—¿Seguro que los has encontrado a todos?

—Varys dice que sí.

El cisne estaba demasiado grasierto para su gusto. En la blanca frente de Cersei, entre sus bellos ojos, apareció una arruga de preocupación.

—Confías demasiado en ese eunuco.

—Me sirve con dedicación...

—Eso es lo que te hace creer. ¿Te imaginas que eres el único al que susurra secretos? A cada uno nos da lo justo para convencernos de que sin él estaríamos perdidos. Conmigo utilizó el mismo truco cuando llegó aquí, nada más casarme con Robert. Durante años estuve convencida de que no tenía en la corte amigo más leal, pero ahora... —Lo miró fijamente a la cara durante un instante—. Dice que quieres apartar al Perro de Joffrey.

«Maldito sea Varys».

—Necesito a Clegane para tareas más importantes.

—No hay nada más importante que la vida del rey.

—La vida del rey no corre peligro. Joff contará con la escolta del valeroso ser Osmund, y también con la de Meryn Trant. —«Total, no valen para otra cosa»—. A Balon Swann y al Perro los necesito para ir al mando de las expediciones, para asegurarnos de que Stannis no pone el pie en nuestro lado del Aguasnegras.

—Jaime iría al mando de las expediciones en persona.

—¿Desde Aguasduces? Menuda expedición.

—Joff no es más que un niño.

—Un niño que quiere tomar parte en esta batalla, y por una vez demuestra que tiene algo de sentido común. No pretendo ponerlo en lo más encarnizado de la contienda, pero los hombres tienen que verlo. Lucharán con más entusiasmo por un rey que comparte el peligro con ellos que por uno que se esconde entre las faldas de su madre.

—Tiene trece años, Tyrion.

—¿Te acuerdas de cómo era Jaime a los trece años? Si quieras que el chico salga a su padre, deja que se lo trabaje. Joff tiene la mejor armadura que se puede comprar con oro, y habrá una docena de capas doradas que no lo dejarán solo ni un instante. Si en algún momento hay riesgo de que la ciudad caiga, haré que lo escolten de vuelta a la Fortaleza Roja de inmediato. —Había pensado que aquello tranquilizaría a Cersei, pero no vio ni rastro de satisfacción en sus ojos

verdes.

—¿La ciudad va a caer?

—No. —« Pero si cae, recemos por que podamos defender la Fortaleza Roja el tiempo suficiente para que nuestro padre acuda a auxiliarnos» .

—No sería la primera vez que me mientes, Tyrion.

—Y siempre con buenos motivos, mi querida hermana. Deseo tanto como tú que entre nosotros reine la amistad. He decidido liberar a lord Gyles. —Había mantenido a Gyles prisionero solo para poder hacer aquel gesto—. Si quieres, también te devolveré a ser Boros Blount.

La reina apretó los labios.

—Por mí, ser Boros ya puede pudrirse en Rosby —dijo—, pero Tommen...

—Tommen se queda donde está. Lord Jacelyn lo mantendrá fuera de todo peligro, mucho mejor de lo que lo habría hecho lord Gyles.

Los criados retiraron el cisne, casi intacto. Cersei hizo un gesto para que les llevaran el postre.

—Espero que te gusten las tartas de moras.

—Me gusta meter la lengua en todo lo que sea dulce.

—Eso hace ya tiempo que lo sé. Y no discriminas mucho. ¿Sabes por qué es tan peligroso Varys?

—¿Ahora vamos a jugar a los acertijos? No.

—Porque no tiene polla.

—Tú tampoco. —« Y bien que lo lamentas, ¿verdad, Cersei?» .

—Puede que yo también sea peligrosa. Tú, por el contrario, eres tan idiota como el resto de los hombres. Ese gusano que tienes entre las piernas piensa por ti la mitad de las veces.

Tyrion se lamió los restos de los dedos. La sonrisa de su hermana no le gustaba nada.

—Sí, y ahora mismo, el gusano piensa que es hora de que me vaya.

—¿No te encuentras bien, hermano? —Se inclinó hacia delante, para permitirle ver sin obstáculos el nacimiento de sus pechos—. De pronto pareces un poco nervioso.

—¿Nervioso? —Tyrion miró hacia la puerta. Le había parecido oír un ruido al otro lado. Empezaba a lamentar haber acudido solo a aquella cena—. Hasta ahora nunca te habías interesado por mi polla.

—Tu polla no me interesa; únicamente me importa dónde la metes. Yo no dependo del eunuco para todo, como te pasa a ti. Tengo mis métodos para averiguar cosas... sobre todo las cosas que la gente no quiere que sepa.

—¿Qué quieres decir?

—Solo una cosa... que tengo a tu putita.

Tyrion cogió la copa de vino para ganar un momento y aclararse las ideas.

—Creía que te gustaban más los hombres.

—Eres un enano patético. Dime, ¿te has casado ya con esta? —Al no obtener respuesta, se echó a reír—. Menos mal; a nuestro padre no le habría hecho gracia.

Tyrion sentía como si tuviera el estómago lleno de anguilas. ¿Cómo había dado Cersei con Shae? ¿Acaso Varys lo había traicionado? ¿O había tirado por tierra todas sus precauciones la noche en que cabalgó directamente hacia la casa?

—¿Y a ti qué te importa a quién elijo para calentarme la cama?

—Un Lannister siempre paga sus deudas —replicó ella—. Has estado conspirando contra mí desde el día en que llegaste a Desembarco del Rey. Vendiste a Myrcella, me robaste a Tommen y ahora planeas hacer matar a Joff. Quieres que muera para poder reinar a través de Tommen.

« Hay que reconocer que la idea es tentadora» .

—Esto es una locura, Cersei. Stannis llegará hasta aquí en cuestión de días. Me necesitas...

—¿Por qué? ¿Por tus proezas en el combate?

—Los mercenarios de Bronn no lucharán sin mí —mintió.

—Claro que sí. Lo que les gusta es tu oro, no tu ingenio de gnomo. Pero no temas: contarán con tu presencia. No negaré que a veces se me ha pasado por la cabeza la idea de cortarte el cuello, pero Jaime jamás me lo perdonaría.

—¿Y la puta? —No quería mencionar su nombre. « Si la convenzo de que no siento nada por Shae, quizá...» .

—Recibirá un trato adecuado mientras a mis hijos no les pase nada. Pero si Joff muere, o si Tommen cae en manos de nuestros enemigos, tu putita morirá de la manera más dolorosa que puedas imaginar.

—A los chicos no les pasará nada —prometió, fatigado. « De verdad cree que mataría a mi sobrino» . —Dioses misericordiosos, Cersei, ¡por sus venas corre mi misma sangre! ¿Qué clase de hombre crees que soy?

—Un hombre pequeño y retorcido.

Tyrion contempló los posos en el fondo de la copa de vino. « ¿Qué haría Jaime en mi lugar?» . Seguro que mataría a la muy zorra, y ya se preocuparía luego por las consecuencias. Pero Tyrion no tenía una espada dorada, ni habilidad para esgrimirla. Le gustaba la cólera temeraria de su hermano, pero al que debía tratar de emular era a su señor padre. « Piedra, debo ser de piedra, debo ser Roca Casterly, duro e inamovible. Si fallo en esta prueba, más me vale dedicarme a atracción de feria» .

—Por lo que sé —dijo—, puede que ya la hayas matado.

—¿Quieres verla? Me lo imaginaba. —Cersei cruzó la estancia y abrió de par en par las pesadas puertas de roble—. Traed a la puta de mi hermano.

Los hermanos de ser Osmund, Osney y Osflyd, eran astillas del mismo palo: altos, con narices ganchudas, pelo negro y sonrisas crueles. La chica iba entre los

dos, casi colgada, con los ojos muy abiertos en su rostro negro. La sangre le brotaba de un labio roto, y Tyrion vio magulladuras tras los desgarres de su ropa. Tenía las manos atadas con una cuerda, y la habían amordazado para que no pudiera hablar.

—Me dijiste que no le harían daño.

—Se resistió. —A diferencia de sus hermanos, Osney Kettleblack iba bien afeitado, de manera que los arañazos resultaban perfectamente visibles en sus mejillas—. Tiene las garras de un gatosombra.

—Los moratones se curan —dijo Cersei en tono aburrido—. La puta vivirá. Mientras Joff viva.

Tyrion habría querido reírse de ella. Habría sido delicioso, sencillamente delicioso, pero entonces le descubriría la jugada. «Has perdido, Cersei, y los Kettleblack son aún más idiotas de lo que decía Bronn». Solo tenía que decirlo.

Sin embargo, miró a la chica a la cara.

—¿Juras que la liberarás después de la batalla?

—Si tú liberas a Tommen, sí.

—Pues que se quede contigo. —Tyrion se puso en pie—. Pero cuida bien de ella. Si estos animales creen que tienen derecho a usarla... en fin, hermanita, solamente te recordaré que la balanza tiene dos platos. —Hablabía con voz tranquila, inexpresiva, como si el tema no le interesaría; había buscado la voz de su padre, y la había encontrado—. Lo que le pase a ella le pasará también a Tommen, y eso incluye palizas y violaciones.

« Si piensa que soy semejante monstruo, representaré el papel» .

Aquello cogió por sorpresa a Cersei.

—No te atreverás.

—¿Que no me atreveré? —Tyrion se obligó a sonreír, una sonrisa pausada, fría. Sus ojos, uno verde y el otro negro, se clavaron en ella—. Lo haré yo en persona.

La mano de su hermana voló hacia su rostro, pero la agarró por la muñeca y se la dobló hasta que ella gritó de dolor. Osfryd se adelantó para ayudarla.

—Un paso más y le rompo el brazo —le advirtió el enano. El hombre se detuvo en seco—. ¿Te acuerdas de que te dije que no volverías a pegarme, Cersei? —La tiró al suelo y se volvió hacia los Kettleblack—. Desatadla y quitadle esa mordaza.

Las cuerdas estaban tan apretadas que le habían cortado la circulación de las manos. La chica gritó de dolor cuando la sangre volvió a fluir. Tyrion le masajeó los dedos con ternura hasta que recuperó el tacto.

—Has de ser valiente, cariño —dijo—. Siento que te hayan hecho daño.

—Sé que me liberarás, mi señor.

—Puedes estar segura.

Y Alayaya se inclinó sobre él y le dio un beso en la frente. El labio roto le

dejó una mancha de sangre en el ceño. « Un beso ensangrentado es más de lo que merezco —pensó Tyrion—. De no ser por mí, no le habría pasado nada» .

Aún tenía la marca de sangre cuando miró a la reina desde arriba.

—Nunca me has caído bien, Cersei, pero eras mi hermana, de modo que jamás te hice daño alguno. Tú has puesto fin a eso. Esto me lo vas a pagar. Todavía no sé cómo, pero dame tiempo; ya se me ocurrirá algo. Llegará un día en el que te sientas segura y feliz, y de repente tu alegría se te convertirá en cenizas en la boca, y ese día sabrás que la deuda ha quedado saldada.

Su padre le había dicho en cierta ocasión que, en la guerra, la batalla termina en el momento en que un ejército se dispersa y huye. No importa si es tan numeroso como un instante antes ni que siga teniendo armas y armaduras: una vez ha huido, no volverá a plantar cara. Así sucedió con Cersei.

—¡Fuera de aquí! —Fue toda la respuesta que se le ocurrió—. ¡Fuera de mi vista!

—Muy bien, buenas noches. —Tyrion hizo una reverencia—. Y felices sueños.

Volvió a la Torre de la Mano, con un millar de pies embutidos en escarpes desfilando por su cráneo. « Tendría que haber imaginado esto desde la primera vez que salí por el fondo del armario de Chataya» . Tal vez no había querido imaginarlo. Las piernas le dolían mucho cuando llegó a la parte superior de las escaleras. Envío a Pod a buscar una jarra de vino, y entró en su dormitorio.

Shae estaba sentada en la cama con dosel; tenía las piernas cruzadas y estaba desnuda a excepción de la pesada cadena de oro que le caía sobre los pechos: una cadena de manos doradas entrelazadas, en la que cada una agarraba a la siguiente.

—¿Qué haces aquí? —Tyrion no esperaba verla.

La chica se echó a reír y acarició la cadena.

—Quería sentir unas manos sobre las tetas... pero estas de oro están muy frías.

Durante un instante no supo qué decir. ¿Cómo podía contarle que otra mujer había recibido la paliza que le estaba destinada, que tal vez muriera en su lugar si a Joffrey le sucedía algo en la batalla? Se limpió la sangre de Alayaya de la frente con la mano.

—Lady Lollys...

—Está durmiendo como lo es, una vaca gorda. No hace otra cosa que comer y dormir. A veces se queda dormida mientras come. Se le mete la comida entre las mantas, ella se revuelca en la porquería y yo tengo que limpiarla. —Hizo una mueca de asco—. Pero si lo único que le hicieron fue follarla.

—Su madre dice que está enferma.

—Va a tener un bebé, nada más.

Tyrion observó la habitación. Todo parecía en orden, tal como lo había

dejado.

—¿Cómo has entrado aquí? Muéstrame la puerta oculta.

—Lord Varys me ha hecho ponerme una capucha. —La chica se encogió de hombros—. No he visto nada, excepto... había un lugar... veía el suelo por la parte de debajo de la capucha. Era todo de azulejos pequeñitos, ya sabéis, de esos que luego hacen un dibujo.

—¿Un mosaico?

—Eran rojos y negros —contestó Shae con un gesto de asentimiento—, y creo que el dibujo era un dragón. Pero todo lo demás estaba a oscuras. Hemos bajado por una escalerilla y hemos caminado mucho rato, hasta que ya no sabía en qué dirección andaba. Una vez nos hemos parado para que abriera una verja de hierro. Me he rozado con ella al pasar. El dragón estaba al otro lado. Luego hemos subido por otra escalerilla, y arriba había un túnel. Yo tenía que ir agachada, y me parece que lord Varys iba a gatas.

Tyrian recorrió todo el dormitorio. Uno de los candelabros de las paredes parecía suelto. Se puso de puntillas y trató de girarlo. Cuando estuvo del revés, el cabo de vela cayó al suelo. Las alfombras que cubrían las losas frías de piedra no parecían diferentes.

—¿Es que mi señor no quiere meterse en la cama conmigo?

—Un momento.

Tyrian abrió el armario, echó la ropa a un lado y empujó el panel del fondo. Tal vez los burdeles y los castillos no fueran tan diferentes... pero no, la madera era maciza y no cedía. Le llamó la atención una piedra situada junto al asiento de la ventana, pero por mucho que la manipuló, no hubo cambios. Volvió a la cama, frustrado y molesto.

Shae le desató la ropa y le echó los brazos al cuello.

—Tenéis los hombros duros como piedras —murmuró—. Deprisa, quiero sentirlos dentro de mí.

Pero cuando le rodeó la cintura con las piernas, la erección de Tyrian se desvaneció. Al sentir que se blandaba, Shae se deslizó entre las sábanas y lo tomó en la boca, pero ni aquello consiguió excitarlo. Tras unos momentos, la detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó la chica.

Toda la dulce inocencia del mundo estaba dibujada en los rasgos de aquel rostro joven.

« ¿Inocencia? Idiota, es una puta. Cersei tenía razón: piensas con la polla, idiota, idiota» .

—Duérmete, pequeña —le dijo al tiempo que le acariciaba el cabello.

Pero, mucho después de que Shae siguiera su consejo, Tyrian yacía aún despierto, con los dedos en torno a un pecho menudo, escuchando su respiración.

La sala principal de Aguasdulces era un lugar muy solitario cuando solo cenaban allí dos personas. Las sombras más impenetrables parecían cubrir las paredes como tapices. Una de las antorchas se había apagado, con lo que solo quedaban tres. Catelyn estaba sentada, con la vista clavada en su copa de vino. Le sabía aguado y agrio. Brienne ocupaba una silla, frente a ella, al otro lado de la mesa. Entre ambas, el trono elevado de su padre se encontraba vacío, igual que el resto de la estancia. Hasta los criados se habían marchado. Les había dado permiso para ir a unirse a la celebración.

Las murallas de la fortaleza eran gruesas; aun así les llegaban los sonidos amortiguados del jolgorio del patio. Ser Desmond había hecho subir veinte barriles de las bodegas, y el pueblo izaba cuernos de cerveza oscura para celebrar el regreso inminente de Edmure y la conquista del Risco por parte de Robb.

«No puedo culparlos —pensó Catelyn—. No lo saben. Y aunque lo supieran, a ellos ¿qué les importa? No conocieron a mis hijos. No vieron nunca a Bran trepar, ni tuvieron el corazón en la garganta, y el orgullo y el terror tan mezclados que parecían una sola cosa; no oyeron su risa ni sonrieron al ver a Rickon intentar con todas sus fuerzas parecerse a sus hermanos mayores». Contempló la cena que tenía delante: trucha envuelta en panceta, ensalada de nabiza, hinojo rojo y hierbadulce, guisantes con cebollas y pan recién hecho. Brienne comía metódicamente, como si alimentarse fuera otra tarea que debía cumplir.

«Me he convertido en una mujer amargada —pensó Catelyn—. No disfruto de la comida ni de la bebida; las canciones y las risas me son tan ajenas que desconfío de ellas. Vivo en la tristeza y la añoranza perpetuas. Donde antes tenía el corazón, ahora no hay nada».

El sonido que hacía la otra mujer al comer llegó a resultarle intolerable.

—No soy buena compañía, Brienne. Id a tomar parte en la fiesta, si queréis. Bebed un cuerno de cerveza y bailad al son del arpa de Rymund.

—No soy persona de fiestas, mi señora. —Arrancó un trozo de pan negro con aquellas manos enormes y miró los trozos como si se le hubiera olvidado qué eran—. Pero si me lo ordenáis...

Catelyn percibió su incomodidad.

—He pensado que os gustaría estar en compañía más alegre que la que os proporciono yo.

—Estoy bien con vos. —La chica mojó el pan en la grasa del tocino en el que se había frito la trucha.

—Esta mañana ha llegado otro pájaro. —Catelyn no sabía por qué se lo contaba—. El maestre me ha despertado enseguida. Era su deber, pero no ha sido

un acto de bondad. En absoluto.

No había tenido intención de contárselo a Brienne. No lo sabía nadie más que ella y el maestre Vyman, y había planeado mantenerlo en secreto hasta... hasta...

« ¿Hasta qué? Estúpida, ¿acaso será menos cierto si no se lo dices a nadie? Si no lo cuentas, si no hablas de ello, ¿se convertirá en un simple sueño, en menos que eso, en una pesadilla apenas recordada? Ah, ojalá fueran tan misericordiosos los dioses...» .

—¿Eran noticias de Desembarco del Rey? —preguntó Brienne.

—Qué más habría querido. El pájaro venía del Castillo Cerwyn. Lo enviaba ser Rodrik, mi castellano. —« Alas negras, palabras negras» . Ha reunido a tantos hombres como ha podido, y avanza hacia Invernalia para tratar de recuperar la fortaleza. —Qué poco importante parecía todo aquello ya—. Pero dice que... me escribió... me decía... que...

—¿Qué sucede, mi señora? ¿Noticias sobre vuestros hijos varones?

Qué pregunta tan sencilla. Ojalá la respuesta también lo fuera. Cuando Catelyn trató de hablar, los sonidos se le atravesaron en la garganta.

—Ya no tengo más hijo varón que Robb. —Consiguió formular aquellas palabras espantosas sin sollozar, y al menos de aquello pudo alegrarse.

—¿Qué decís, mi señora? —Brienne la miraba horrorizada.

—Bran y Rickon trataron de escapar, pero los cogieron en un molino que hay en Agua Bellota. Theon Greyjoy ha clavado sus cabezas en las murallas de Invernalia. Theon Greyjoy, que comió en mi mesa desde que tenía diez años.

« Lo he dicho. Que los dioses me perdonen, lo he dicho, y ahora es verdad» .

El rostro de Brienne no era más que un borrón acusoso. Extendió el brazo por encima de la mesa, pero sus dedos se detuvieron a poca distancia de los de Catelyn, como si temiera que el roce fuera mal recibido.

—No... no sé qué deciros, mi señora. Mi buena señora. Vuestros hijos... ahora están con los dioses.

—¿De veras? —replicó Catelyn con brusquedad—. ¿Qué dios habría permitido que sucediera esto? Rickon no era más que un bebé. ¿Qué hizo para merecer una muerte así? Y Bran... Cuando me fui del norte, todavía no había abierto los ojos después de la caída. Tuve que irme antes de que despertara. Ahora ya no volveré a verlo, no volveré a oír su risa. —Le mostró a Brienne las palmas de las manos, los dedos—. ¿Sabéis de qué son estas cicatrices? Envieron a un asesino para que le cortara el cuello a Bran mientras dormía. Mi hijo habría muerto entonces, y yo con él, pero el lobo de Bran le desgarró la garganta. —Hizo una pausa de un instante—. Me imagino que Theon habrá matado también a los lobos. Sí, seguro que sí. Con los lobos huargo vivos, mis hijos habrían estado a salvo. Como Robb con su Viento Gris. Pero mis hijas no tienen lobas ya.

El brusco cambio de tema extrañó a Brienne.

—Vuestras hijas...

—Sansa era una dama ya a los tres años, siempre cortés y esforzándose en agradar. Lo que más le gustaba del mundo eran las historias de caballeros. Los hombres decían siempre que se parecía a mí, pero cuando crezca será una mujer mucho más hermosa de lo que jamás fui yo; se ve de lejos. Solía decirle a su doncella que se fuera, para peinarla yo misma. Tenía el pelo castaño rojizo, más claro que el mío, tan suave y abundante... Reflejaba la luz de las antorchas y brillaba como el cobre.

» Y Arya... Ay, Arya. Los que venían a ver a Ned, si llegaban sin anunciarse, la confundían con un mozo de cuadras. Hay que reconocer que Arya era un problema. Mitad chico y mitad cachorro de lobo. Si se le prohibía algo, al instante se convertía en lo que más deseaba en el mundo. Tenía el rostro alargado de Ned, y un pelo castaño en el que parecía que anidaran los pájaros. Yo ya había renunciado a convertirla en una dama. Coleccionaba costras igual que las otras niñas colecciónan muñecas, y decía lo primero que se le pasaba por la cabeza, sin pararse a pensar. Creo que también está muerta. —Al decir aquello sintió como si una mano gigantesca le oprimiera el pecho—. Quiero verlos muertos a todos, Brienne. Primero a Theon Greyjoy, luego a Jaime Lannister, y a Cersei, y al Gomo, a todos. Pero entonces... mis niñas...

—La reina también tiene una hijita —dijo Brienne con torpeza—. Y sus hijos son de la misma edad que los vuestros. Cuando se entere, quizás... puede que se apiade, y...

—¿Y me devuelva a mis hijas ilejas? —Catelyn sonrió con tristeza—. Sois muy dulce en vuestra inocencia, niña. Ojalá fuera así... pero no. Robb vengará a sus hermanos. El hielo puede ser tan mortífero como el fuego. *Hielo* se llamaba el mandoble de Ned. Era de acero valyrio, con las marcas de las ondulaciones de un millar de plegados, tan afilado que a mí me daba miedo tocarlo. Comparada con *Hielo*, la espada de Robb es romana como un garrote. No va a resultarle fácil. Cortarle la cabeza a Theon le costará, lo sé. Los Stark no utilizan verdugos. Ned siempre decía que el hombre que dicta la sentencia debe blandir la espada, pero nunca disfrutó con el cumplimiento de su deber. En cambio, yo sí disfrutaría. Y de qué manera. —Se contempló las manos llenas de cicatrices, abrió y cerró los dedos, y luego, muy despacio, alzó la vista—. Le he enviado vino.

—¿Vino? —Brienne estaba desconcertada—. ¿A Robb? ¿O... a Theon Greyjoy?

—Al Matarreyes. —La estrategema le había dado buen resultado con Cleos Frey. « Espero que estés sediento, Jaime. Espero que tengas la garganta seca y cerrada »—. ¿Queréis venir conmigo?

—Estoy a vuestras órdenes, mi señora.

—Bien. —Catelyn se levantó bruscamente—. Quedaos aquí y terminad de cenar tranquila. Envíaré a buscarlos más tarde. A medianoche.

—¿Tan tarde, mi señora?

—En las mazmorras no hay ventanas; todas las horas son iguales ahí abajo, y para mí, todas las horas son medianoche.

Las pisadas de Catelyn despertaron ecos al salir de la estancia. Mientras subía hacia las habitaciones de lord Hoster, oyó los gritos de las celebraciones: «¡Tully!» y «¡Un brindis! ¡Un brindis por el valiente y joven señor!».

«Mi padre no está muerto —habría querido gritarles—. Mis hijos están muertos, pero mi padre aún vive, condenados, y sigue siendo vuestro señor».

Lord Hoster dormía profundamente.

—Hace poco que le he dado una copa de vino del sueño, mi señora —dijo el maestre Vyman—. Para aliviarle el dolor. No se va a dar cuenta de que estáis aquí.

—No importa —dijo Catelyn. «Está más muerto que vivo, pero aun así está más vivo que mis hijos, mis pobres hijitos».

—Mi señora, ¿puedo hacer algo por vos? ¿Queréis tal vez una pócima para dormir?

—Gracias, maestre, pero no. No dormiré para aliviar la pena. Bran y Rickon no se lo merecen. Id a uniros a las celebraciones; yo me quedaré un rato con mi padre.

—Como queráis, mi señora. —Vyman hizo una reverencia y salió.

Lord Hoster yacía de espaldas, con la boca abierta; su respiración era apenas un suspiro sibilante. Una de sus manos colgaba por el borde del colchón, una mano pálida y descarnada, frágil, pero la sintió cálida cuando la tocó. Entrelazó los dedos con los suyos y los apretó. «Por mucho que me aferre a él, no podré conservarlo aquí —pensó con tristeza—. Tengo que dejarlo marchar». Pero no conseguía abrir los dedos.

—No tengo a nadie con quien hablar, padre —le dijo—. Rezo, pero los dioses no me responden. —Besó la mano con delicadeza. La piel estaba tibia, translúcida; por debajo de ella se veían las venas azules ramificadas como ríos. Fuera fluían los ríos de verdad, el Forca Roja y el Piedra Caída, y fluirían eternamente, pero los ríos de la mano de su padre, no. Aquellas corrientes no tardarían en detenerse—. Anoche soñé con aquella vez en la que Lysa y yo nos perdimos cuando volvíamos a caballo de Varamar. ¿Te acuerdas? Cayó una niebla muy rara, nos retrasamos y quedamos aisladas del grupo. Todo parecía gris, no veía a un palmo por delante de mi caballo. Nos salimos del camino. Las ramas de los árboles eran como brazos largos y flacos que trataran de agarrarnos al pasar. Lysa se echó a llorar, y cuando yo grité fue como si la niebla engullera todo el sonido. Pero Petyr sabía dónde estábamos, retrocedió a caballo y nos encontró... Pero ahora no va a venir nadie a buscarme. Esta vez tengo que encontrar el camino para nosotros. Y es difícil, es tan difícil...

» No dejo de acordarme del lema de los Stark. El invierno ha llegado, padre.

Para mí. Para mí. Ahora, Robb tiene que luchar tanto contra los Greyjoy como contra los Lannister, ¿y por qué? ¿Por una diadema de oro y una silla de hierro? Esta tierra ya ha sangrado bastante. Quiero recuperar a mis hijas, quiero que Robb deje la espada y elija a una hija fea de Walder Frey que lo haga feliz y le dé hijos varones. Quiero recuperar a Bran y a Rickon, quiero... —Catelyn inclinó la cabeza—. Quiero... —dijo una vez más, antes de quedarse sin palabras.

Al cabo de un rato, la vela parpadeó y se apagó. La luz de la luna entraba en rayos sesgados por las hendiduras de las contraventanas, para dibujar líneas de plata sobre el rostro de su padre. Catelyn oía el susurro suave de su respiración trabajosa, el rumor incesante de las aguas, los acordes lejanos de una canción de amor que subían desde el patio, tan tristes y dulces a la vez. «Amé a una doncella roja como el otoño —cantaba Rymund—, con el ocaso en el cabello».

Catelyn no se dio cuenta de cuándo terminó la canción. Habían pasado horas, pero sintió como si solo hubiera transcurrido un instante antes de que Brienne llegara a la puerta.

—Mi señora —anunció en voz baja—, ya es medianoche.

«Ya es medianoche, padre —pensó—, y tengo que cumplir con mi deber». Le soltó la mano.

El carcelero era un hombrecillo furtivo, con la nariz llena de venitas rotas. Cuando llegaron junto a él, estaba inclinado ante un pichel de cerveza y los restos de una empanada de pichón, y bastante borracho. Las miró con desconfianza, entrecerrando los ojos.

—Perdonadme, mi señora, pero lord Edmure dice que nadie puede ver al Matarreyes sin su permiso, por escrito y sellado.

—¿Cómo que «lord» Edmure? ¿Acaso ha muerto mi padre, y yo no me he enterado?

—No, mi señora, que yo sepa no. —El carcelero se humedeció los labios.

—Vais a abrir la celda de inmediato, o subiréis conmigo a las habitaciones de lord Hoster para explicarle por qué os ha parecido oportuno desobedecerme.

—Como ordene mi señora. —El hombre bajó la vista. Tenía las llaves encadenadas al cinturón de cuero. Murmuró entre dientes mientras las examinaba una a una, hasta dar con la que abría la puerta de la celda del Matarreyes.

—Vuelve con tu cerveza y déjanos —ordenó. El techo era bajo, y de un gancho colgaba una lámpara de aceite. Catelyn la cogió y subió la llama—. Brienne, encargaos de que nadie me moleste.

Brienne asintió y se situó ante la entrada de la celda, con la mano sobre el pomos de la espada.

—Mi señora me llamará si me necesita.

Catelyn empujó con el hombro la pesada puerta de madera y hierro, y se adentró en una oscuridad fétida. Aquellas eran las entrañas de Aguasdulces, y

como tales oían. La paja vieja crujía bajo sus pies. Las paredes estaban descoloridas, con manchones de salitre. A través de la piedra se oía el rumor lejano del Piedra Caida. La luz de la lámpara descubrió una cubeta rebosante de excrementos en un rincón, y una forma acurrucada en otro. La jarra de vino estaba junto a la puerta, intacta.

«Adiós a mi plan. Aún tendría que estar agradecida de que el carcelero no se lo haya bebido».

Jaime alzó las manos para cubrirse el rostro, con un movimiento que hizo tintinear las cadenas de sus muñecas.

—Lady Stark —dijo con la voz ronca por la falta de uso—. No estoy en condiciones de recibiros, lo siento.

—Miradme, ser Jaime.

—La luz me hace daño en los ojos. Dadme un momento, por favor.

Jaime Lannister no había tenido acceso a una navaja desde la noche en que lo capturaron en el bosque Susurrante, y el rostro que antes era tan semejante al de la reina aparecía cubierto de una barba descuidada, que brillaba dorada a la luz de la lámpara y le daba el aspecto de una gran bestia amarilla, magnífica incluso estando encadenada. La cabellera sucia le caía hasta los hombros, enmarañada y apelmazada, la ropa se le pudría sobre el cuerpo, tenía la cara pálida y demacrada... pero, pese a todo, su poder y su belleza eran innegables.

—Veo que no os ha gustado el vino que os he hecho llegar.

—Tan repentina generosidad me resultaba en cierto modo sospechosa.

—Puedo haceros decapitar cuando me plazca. ¿Para qué iba a envenenarlos?

—La muerte causada por el veneno puede parecer natural. En cambio, sería más difícil alegar que se me cayó la cabeza. —Alzó la vista del suelo, poco a poco, a medida que los felinos ojos verdes se acostumbraban a la luz—. Os invitaría a sentaros, pero vuestro hermano ha olvidado proporcionarme sillas.

—Puedo quedarme de pie.

—¿De veras? La verdad es que tenéis un aspecto espantoso. Aunque puede que sea efecto de la luz. —Estaba encadenado de manos y pies, con los grilletes entrelazados de manera que no podía ponerse de pie ni tenderse cómodo. Los grilletes de los pies estaban fijados al muro con pernos—. ¿Os parece que estos brazaletes pesan ya suficiente, o venís a ponerme unos pocos más? Si queréis los haré tintinear para divertiros.

—Vos mismo os lo habéis buscado —le recordó—. Os proporcionamos la comodidad de una celda en la torre, en atención a vuestro noble linaje. Y nos lo pagasteis tratando de escapar.

—Una celda es siempre una celda. Bajo Roca Casterly hay algunas que hacen que esta parezca un jardín soleado. Tal vez un día os las muestre.

«Si está asustado, lo disimula muy bien», pensó Catelyn.

—Alguien que está encadenado de pies y manos debería mostrarse más

respetuoso con lo que dice, ser Jaime. No he venido aquí para que me amenacéis.

—¿No? ¿Habéis venido entonces para que os proporcione placer? Se dice que las viudas acaban por cansarse del lecho desierto. Los miembros de la Guardia Real juramos no contraer matrimonio; aun así, podría haceros un favor, si lo precisáis. Servid un poco de vino y quitaos la túnica, a ver qué puedo hacer.

Catelyn lo miró con repugnancia. « ¿Ha existido alguna vez un hombre tan hermoso y tan vil como este?» .

—Si hubierais dicho eso en presencia de mi hijo, os habría matado al instante.

—Solo mientras yo llevara esto. —Jaime Lannister hizo tintinear las cadenas —. Ambos sabemos que el chico tiene miedo de enfrentarse a mí en combate singular.

—Mi hijo es joven, pero si lo tomáis por estúpido, cometéis un grave error... y creo recordar que no erais tan propenso a lanzar desafíos cuando teníais un ejército entero para respaldarlos.

—¿Los antiguos Reyes del Invierno también se escondían detrás de las faldas de sus madres?

—Empiezo a cansarme de esto, ser. Quiero saber algunas cosas.

—¿Por qué voy a deciros nada?

—Para salvar la vida.

—¿Creéis que temo a la muerte? —La noción, por lo visto, le resultaba muy divertida.

—Deberíais temerla. Si los dioses son justos, vuestros crímenes os han ganado un lugar de tormento en el más profundo de los siete infiernos.

—¿A qué dioses os referís, lady Catelyn? ¿A los árboles a los que rezaba vuestro esposo? ¿De qué le sirvieron cuando mi hermana le cortó la cabeza? —Jaime dejó escapar una risita—. Si hay dioses, ¿por qué el mundo está tan lleno de dolor e injusticia?

—Por culpa de los hombres como vos.

—No hay hombres como yo. Soy único.

« No tiene nada dentro; solo orgullo, arrogancia y el valor ciego de un demente. Estoy malgastando la saliva. Si alguna vez tuvo una pizca de honor, hace tiempo que lo perdió» .

—Si no queréis hablar conmigo, sea. Bebeos el vino o mead en él, a mí me da igual.

Ya tenía la mano sobre el tirador de la puerta cuando Jaime le habló.

—Lady Stark —Ella se detuvo y aguardó—. Con tanta humedad, las cosas se oxidan —siguió Jaime—. Hasta la cortesía. Quedaos y os daré vuestras respuestas... a cambio de algo.

« No tiene vergüenza» .

—Los prisioneros no ponen condiciones.

—Ya veréis que las mías son muy modestas. El carcelero no me cuenta nada más que mentiras crueles, y ni siquiera se esfuerza en que sean coherentes. Un día me dice que Cersei ha sido despellejada, y al siguiente, que lo ha sido mi padre. Responded a mis preguntas y yo responderé a las vuestras.

—¿Diréis la verdad?

—Ah, ¿queréis oír la verdad? Tened cuidado, mi señora. Tyrian dice que los hombres siempre aseguran estar hambrientos de verdad, pero que cuando se la sirven, pocos encuentran su sabor agradable.

—Soy fuerte, puedo oír cualquier cosa que me digáis.

—Como queráis, pues. Pero antes, si sois tan amable... el vino. Tengo la garganta seca.

Catelyn colgó la lámpara de la puerta y le acercó la copa y la jarra. Jaime paladeó el vino antes de tragarlo.

—Agrio y basto —dijo—, pero me tendrá que conformar. —Apoyó la espalda en la pared, se abrazó las rodillas contra el pecho y la miró—. ¿Vuestra primera pregunta, lady Catelyn?

Catelyn no sabía cuánto podía durar aquel juego, así que no perdió el tiempo.

—¿Sois vos el padre de Joffrey?

—No lo preguntaríais si no supierais la respuesta.

—Quiero oírla de vuestros labios.

—Joffrey es mío —dijo Jaime, encogiéndose de hombros—. Igual que el resto de la prole de Cersei, creo.

—¿Admitís que sois el amante de vuestra hermana?

—Siempre he amado a mi hermana, y ahora me debéis dos respuestas. ¿Vive aún toda mi familia?

—Tengo entendido que ser Stafford Lannister murió en Cruce de Bueyes.

—El tío Tarugo —dijo Jaime impasible—, como lo llamaba mi hermana. Los que me importan son Cersei y Tyrian, además de mi señor padre.

—Los tres viven. —«Pero no por mucho tiempo, si los dioses son misericordiosos».

—La siguiente pregunta. —Jaime bebió un poco más de vino.

Catelyn se preguntaba si se atrevería a responder a lo que le iba a preguntar con algo que no fuera una mentira.

—¿Cómo se cayó mi hijo Bran?

—Yo lo tiré por una ventana.

La tranquilidad con que lo dijo la dejó sin palabras un momento. «Si tuviera un cuchillo, lo mataría ahora mismo», pensó, hasta que se acordó de sus hijas.

—Erais un caballero —dijo con un nudo doloroso en la garganta—. Habíais jurado proteger a los débiles y a los inocentes.

—El chico era débil, pero yo no diría tanto como inocente. Nos estaba espiando.

—Bran jamás espiaría a nadie.

—Entonces echadles la culpa a vuestros queridos dioses, que llevaron al niño a aquella ventana y le dejaron ver lo que jamás debió ver.

—¿Que le eche la culpa a los dioses? —repitió, incrédula—. Vuestra fue la mano que lo tiró. Queríais matarlo.

Las cadenas de Jaime tintinearon.

—No suelo tirar a los niños desde lo alto de una torre para que mejore su salud. Sí, quería matarlo.

—Y al ver que no había muerto, supisteis que corriais más peligro que nunca, de manera que le entregasteis a un asesino una bolsa de plata para que se encargara de que Bran no despertara jamás.

—¿De veras? —Jaime alzó la copa y bebió un largo trago—. No niego que se me pasó por la cabeza, pero vos estabais con el crío día y noche; el maestre y lord Eddard lo visitaban con frecuencia; estaban los guardias, y hasta esos condenados lobos huargo... Habría tenido que matar a media Invernalia. ¿Y para qué molestarme, si parecía que el chico se iba a morir sin ayuda?

—Si me mentís, se acabó. —Catelyn le mostró las manos, con las cicatrices en los dedos y en las palmas—. El hombre que fue a cortarle el cuello a Bran me hizo estas heridas. ¿Juráis que no tuvisteis nada que ver?

—Por mi honor de Lannister.

—Vuestro honor de Lannister vale menos que esto. —Dio una patada al cubo de excrementos y lo volcó. Un lodo marrón se extendió por el suelo de la celda y empapó la paja. Jaime Lannister se alejó tanto como le permitieron sus cadenas.

—Puede que mi honor sea una mierda, no lo niego, pero jamás he pagado a nadie para que matara en mi nombre. Pensad lo que gustéis, lady Stark, pero si hubiera querido ver muerto a vuestro Bran lo habría matado yo mismo.

«Dioses misericordiosos, está diciendo la verdad».

—Si no enviasteis vos al asesino, entonces fue vuestra hermana.

—Me habría enterado. Cersei no tiene secretos para mí.

—Entonces fue el Gomo.

—Tyrion es tan inocente como vuestro Bran. Él no anda trepando por ahí, espiando a los demás.

—¿Y cómo es que el asesino tenía su puñal?

—¿Qué puñal?

—Uno largo. —Separó las manos para mostrar su longitud—. Sencillo, pero de buena factura, con la hoja de acero valyrio y el puño de huesodragón. Vuestro hermano se lo ganó a lord Baelish en el torneo del día del nombre del príncipe Joffrey.

Lannister se sirvió vino, lo bebió, se sirvió más y miró la copa.

—Increíble, este vino mejora a medida que lo bebo. Ahora que describís ese puñal, me parece que lo recuerdo. ¿Decís que lo ganó? ¿Cómo?

—Apostó por vos cuando os enfrentasteis al Caballero de las Flores. —Pero, mientras lo decía, Catelyn comprendió que se había equivocado—. No... ¿Fue al revés?

—Tyrion siempre apuesta por mí en las justas —replicó Jaime—, pero aquel día, ser Loras me derribó. Pura mala suerte; no supe valorar al chico, pero eso no viene al caso. Fuera lo que fuera lo que apostó mi hermano, lo perdió. Aunque sí es cierto que aquel puñal cambió de mano. Robert me lo enseñó aquella noche, en el banquete. A su alteza le gustaba hurgarme en las heridas siempre que estaba borracho. ¿Y cuándo no lo estaba?

Catelyn recordó que Tyrion Lannister le había dicho aquello mismo mientras cabalgaban por las montañas de la Luna. Ella se había negado a creerlo. Petyr le había jurado lo contrario. Petyr, el que fuera como un hermano para ella; Petyr, que la amaba tanto que se batío en duelo para conseguir su mano... pero, si tanto Jaime como Tyrion contaban lo mismo, ¿qué podía significar aquello? Los hermanos no se habían visto desde que salieron de Invernalia, hacía ya más de un año. Tenía que haber alguna trampa.

—¿Acaso intentáis engañarme?

—He admitido que tiré por una ventana a vuestro adorado mocoso, ¿qué gano con mentir acerca del puñal? —Se sirvió otra copa de vino—. Podéis creer lo que os dé la gana, no me importa lo que digan de mí. Y es mi turno. ¿Los hermanos de Robert se han puesto en pie de guerra?

—Sí.

—Qué respuesta tan miserable. Decidme algo más, o la próxima que os dé será igual de escueta.

—Stannis avanza hacia Desembarco del Rey —dijo de mala gana—. Renly ha muerto; su hermano lo asesinó en Puenteamargo, mediante artes oscuras que no alcanzo a comprender.

—Lástima —dijo Jaime—. Renly me caía bien, todo lo contrario que Stannis. ¿En qué bando están los Tyrell?

—Al principio en el de Renly, ahora no lo sé.

—Vuestro chico se debe de sentir muy solo.

—Robb cumplió dieciséis años hace unos días. Es un hombre, y además, el rey. Ha ganado todas las batallas en las que ha tomado parte. Según las últimas noticias que hemos recibido, les ha arrebatado el Risco a los Westerling.

—Todavía no se ha enfrentado a mi padre, ¿verdad?

—Cuando se enfrente a él lo derrotará, como hizo con vos.

—Me cogió desprevenido. Fue un truco cobarde.

—¿Cómo os atrevéis a hablar de trucos? Vuestro hermano Tyrion envió a asesinos disfrazados de emisarios, bajo un estandarte de paz.

—Si el que estuviera en esta celda fuera uno de vuestros hijos, ¿acaso sus hermanos no harían lo mismo por él?

« Mi hijo no tiene hermanos», pensó. Pero no quería compartir su dolor con semejante criatura.

Jaime bebió otro trago de vino.

—Qué importa la vida de un hermano cuando el honor está en juego, ¿eh? —Un trago más—. Tyrion es inteligente; sabe que vuestro hijo jamás accederá a pedir un rescate por mí.

Catelyn no pudo negarlo.

—Los vasallos de Robb prefieren que os mate. Sobre todo Rickard Karstark En el bosque Susurrante matasteis a dos de sus hijos.

—Los dos con los rayos de sol color blanco, ¿no? —Jaime se encogió de hombros—. Si queréis que os diga la verdad, al que quería matar era a vuestro hijo. Los otros se interpusieron en mi camino. Los maté en combate justo, en el fragor de la batalla. Cualquier otro caballero habría hecho lo mismo.

—¿Cómo es posible que os sigáis considerando un caballero, después de haber violado todos los votos y juramentos?

—Tantos votos... —Jaime cogió la jarra para volver a llenarse la copa—. Te obligan a jurar, y a jurar... Defenderás al rey. Obedecerás al rey. Guardarás los secretos del rey. Harás su voluntad. Darás la vida por él. Pero obedecerás a tu padre. Amarás a tu hermana. Protegerás al inocente. Defenderás al débil. Respetarás a los dioses. Obedecerás las leyes. Es demasiado. No importa qué se haga, siempre se viola un juramento u otro. —Bebió un buen trago de vino y cerró los ojos un instante, con la cabeza apoyada en la pared, sobre una mancha de salitre—. Fui el más joven en vestir la capa blanca.

—Y el más joven en traicionar todo lo que significaba, Matarreyes.

—Matarreyes —pronunció él con deleite—. ¡Y menudo era el rey que maté! —Alzó la copa—. Por Aerys Targaryen, el segundo de su nombre, señor de los Siete Reinos y « protector » del reino. Y por la espada que le abrió la garganta. Una espada dorada, por cierto, hasta que su sangre tiñó de rojo la hoja. Esos son los colores de los Lannister: el rojo y el oro.

Se echó a reír, y Catelyn comprendió que el vino había surtido efecto; Jaime se había bebido la mayor parte de la jarra, y estaba borracho.

—Únicamente un hombre como vos se enorgullecería de semejante acción.

—Ya os lo he dicho; no hay hombres como yo. Decidme una cosa, lady Stark, ¿os contó Ned en alguna ocasión cómo había muerto su padre? ¿Y su hermano?

—Estrangularon a Brandon delante de su padre, y luego mataron también a lord Rickard. —Era una historia ingrata, y de hacía ya diecisésis años. ¿Por qué le preguntaba por aquello?

—Sí, lo mataron, pero... ¿cómo?

—Con la cuerda o con el hacha, me imagino.

—No me cabe duda de que Ned prefirió ahorrarle los detalles a su dulce

aunque no muy virginal prometida. —Jaime bebió un trago y se limpió la boca —. Queríais la verdad, ¿no? Preguntadme. Hemos hecho un trato, no puedo negaros nada. Preguntadme.

—La muerte es la muerte. —« No quiero saber nada de eso» .

—Brandon era diferente de su hermano, ¿eh? Tenía sangre en las venas, en lugar de agua fría. Más parecido a mí.

—Brandon no se parecía en nada a vos.

—Si vos lo decís... Ibais a casaros con él.

—Él venía de camino a Aguasdulces cuando... —Era extraño; pese a todos los años transcurridos, seguía sintiendo un nudo en la garganta al recordarlo—. Cuando se enteró de lo de Lyanna, cambió de dirección y fue hacia Desembarco del Rey. Fue una temeridad. —Le vino a la memoria la rabia de su padre cuando la noticia llegó a Aguasdulces. Llamó a Brandon idiota galante.

—Cabalgó hasta la Fortaleza Roja con unos cuantos acompañantes, y empezó a gritarle al príncipe Rhaegar que saliera para matarlo. —Jaime se sirvió la última media copa de vino—. Pero Rhaegar no se encontraba allí. Aerys envió a sus guardias para arrestarlos a todos por conspirar para matar a su hijo. Creo que los demás también eran hijos de señores.

—Ethan Glover era el escudero de Brandon —dijo Catelyn—. Fue el único superviviente. Los demás eran Jeffory Mallister, Kyle Royce y Elbert Arryn, el sobrino y heredero de Jon Arryn. —Era extraño que todavía recordara aquellos nombres, después de tanto tiempo—. Aerys los acusó de traición y convocó a sus padres a la corte para que respondieran de los cargos, con los hijos como rehenes. Cuando llegaron, los asesinó sin juicio previo. Tanto a los padres como los hijos.

—Sí que hubo juicios, aunque no de los tradicionales. Lord Rickard exigió un juicio por combate, y el rey accedió a su petición. Stark se armó para la batalla pensando que se enfrentaría a un miembro de la Guardia Real. Tal vez a mí. Sin embargo, lo llevaron a la sala del trono y lo dejaron suspendido de las vigas, mientras dos de los piromantes de Aerys atizaban una hoguera debajo de él. El rey le dijo que el campeón de la casa Targaryen era el fuego. Así que lo único que tenía que hacer lord Rickard para demostrar que era inocente del cargo de traición era... no quemarse.

» Cuando el fuego estuvo en su apogeo, hicieron entrar a Brandon. Tenía las manos encadenadas a la espalda, y en torno al cuello, una tira de cuero húmedo, atada a un dispositivo que el rey había conseguido en Tyrosh. Pero le dejaron libres las piernas, y le pusieron la espada en el suelo, justo fuera de su alcance.

» Los piromantes asaron a lord Rickard a fuego lento: atizaban el fuego y lo aventaban para que el calor fuera homogéneo. Lo primero que prendió fue la capa; luego, el jubón, y pronto no vistió nada más que metal y cenizas. A continuación empezaría a cocerse, dijo Aerys... a menos que su hijo pudiera

liberarlo. Brandon lo intentó, pero cuanto más se debatía, más le apretaba la tira la garganta. Al final, se estranguló solo.

» En cuanto a lord Rickard, el acero de su coraza se puso de color rojo cereza al final, y el oro de las espuelas se fundió y cayó goteando al fuego. Yo estuve todo el tiempo al pie del Trono de Hierro, con mi armadura blanca y mi capa blanca, pensando en Cersei. Cuando todo terminó, Gerold Hightower me llevó aparte y me dijo que mi juramento era proteger al rey, no juzgarlo. Sí, eso fue lo que me dijo el Toro Blanco, leal hasta el último momento y, según todo el mundo, mucho mejor hombre que yo.

—Aerys... —Catelyn sentía sabor a hiel en la garganta. La historia era tan horrenda que probablemente fuera verdad—. Aerys estaba loco, el reino entero lo sabía. Pero si queréis hacerme creer que lo matasteis para vengar a Brandon Stark...

—No pretendo haceros creer tal cosa; los Stark no significan nada para mí, y resultaría muy extraño que una persona me apreciara por un favor que no le hice, cuando tantos me detestan por lo mejor que he hecho nunca. En la coronación de Robert, me vi obligado a arrodillarme a sus regios pies junto al gran maestre Pyelle y al eunuco Varys, para que pudiera «perdonarnos» por los crímenes que habíamos cometido antes de entrar a su servicio. En cuanto a vuestro querido Ned, tendría que haber besado la mano que mató a Aerys, pero prefirió fruncir el ceño cuando me encontró con el culo sobre el trono de Robert. Creo que Ned Stark quería más a Robert que a su hermano o a su padre... o incluso que a vos, mi señora. A Robert nunca le fue infiel, ¿verdad? —Jaime soltó una risotada ebria—. Vamos, lady Stark, ¿no os parece gracioso?

—No encuentro gracioso nada que venga de vos, Matarreyes.

—Otra vez me estáis insultando. ¿Pues sabéis qué? Ya no voy a follaros. Meñique se me adelantó, ¿no? Y yo nunca como en el plato de otro. Además, no sois ni la mitad de bella que mi hermana. —Su sonrisa cortaba—. Nunca me he acostado con una mujer que no fuera Cersei. A mi manera, he sido más fiel de lo que jamás lo fue vuestro querido Ned. Pobre Ned, qué muerto está ahora. Decidme, ¿quién tiene un honor de mierda? ¿Cómo se llamaba el chico que tuvo con otra, el bastardo?

—¡Brienne! —llamó Catelyn retrocediendo un paso.

—No, no, no era así. —Jaime Lannister se llevó la jarra a la boca. Un reguerillo de vino, brillante como la sangre, le corrió por la cara—. Nieve, se llamaba Nieve. Qué nombre tan blanco... como esas capas tan bonitas que nos dan en la Guardia Real, cuando hacemos esos juramentos tan bonitos.

Brienne abrió la puerta y entró en la celda.

—¿Me habéis llamado, mi señora?

Catelyn tendió la mano.

—Dadme vuestra espada.

El cielo oscuro estaba cubierto de nubes, sobre los bosques muertos y helados. Las raíces trababan los pies de Theon al correr, y las ramas desnudas le azotaban la cara y le trazaban surcos de sangre en las mejillas. Avanzaba a trompicones sin rumbo, con el aliento entrecortado; los carámbanos saltaban en pedazos a su paso. «Piedad», sollozó. Detrás de él resonó un aullido estremecedor que le heló la sangre en las venas. «Piedad, piedad». Al volver la cabeza para mirar lo vio acercarse, lobos grandes, del tamaño de caballos, con cabezas de niños pequeños. «Piedad, oh, piedad». Les manaba sangre de las fauces negras como pozos; cada gota que llegaba a la nieve abría agujeros llameantes. Se acercaban más y más con cada zancada. Theon trató de correr más deprisa, pero las piernas no lo obedecían. Todos los árboles tenían rostros que se reían de él, se reían, y el aullido sonó de nuevo. Le llegaba el olor del aliento ardiente de las bestias que lo perseguían, un hedor a azufre y a podredumbre. «Están muertos, están muertos, yo vi cómo los mataban —trató de gritar—, vi cómo sumergían sus cabezas en brea», pero cuando abrió la boca solo consiguió emitir un gemido, y en aquel momento algo lo rozó, y dio media vuelta con un grito...

... buscando a manotazos el puñal que tenía siempre junto a la cama, pero solo consiguió tirarlo al suelo. Wex se alejó de él de un salto. Hediondo estaba detrás del mudo, con el rostro iluminado por la vela que llevaba en la mano.

—¿Qué? —gritó Theon. «Piedad» —. ¿Qué queréis? ¿Qué hacéis en mi dormitorio? ¿Qué...?

—Mi señor príncipe, vuestra hermana acaba de llegar a Invernalia —dijo Hediondo—. Pedisteis que os avisáramos al instante cuando viniera.

—Ya era hora —gruñó Theon mientras se pasaba los dedos por el pelo. Había empezado a temer que Asha pretendiera abandonarlo a su suerte. «Piedad». Echó un vistazo por la ventana y vio que las primeras luces del amanecer empezaban a acariciar las torres de Invernalia—. ¿Dónde está? —preguntó.

—Lorren la ha llevado junto con sus hombres a la sala principal, para que desayunen. ¿Queréis recibirla ahora?

—Sí. —Theon echó las mantas a un lado. El fuego se había consumido, apenas si quedaban las brasas—. Wex, agua caliente. —No podía permitir que Asha lo viera despeinado y empapado en sudor. «Lobos con caras de niños...». Se estremeció. El dormitorio estaba tan frío como el bosque en sus sueños—. Cierra los postigos.

En los últimos tiempos, todos sus sueños habían sido fríos, y cada uno más espantoso que el anterior. La noche anterior había soñado que volvía a estar en el molino, de rodillas, vistiendo los cadáveres. Los miembros empezaban a ponerse rígidos, de manera que parecían resistirse, hoscos, mientras los manipulaba con los dedos casi helados; les puso los calzones y les ató las lazadas, metió unas botas

con forro de piel en unos pies que no se doblaban, y abrochó un cinturón de cuero tachonado en torno a una cintura que podía abarcar con las manos.

—Yo no quería que llegáramos a esto —les dijo mientras trabajaba—. Pero no me han dejado elección.

Los cadáveres no le respondieron; eran cada vez más fríos y pesados.

La noche anterior había sido la mujer del molinero. Theon había olvidado su nombre, pero recordaba bien su cuerpo, los pechos amplios y mullidos, las estriás en el vientre y la manera en que le clavaba las uñas en la espalda mientras la follaba. En su sueño volvía a estar en la cama con ella; esta vez tenía dientes arriba y también abajo, y le desgarraba la garganta al tiempo que le mordía el miembro viril. Era una locura. También a ella la había visto morir. Gelmarr la había matado de un hachazo mientras suplicaba a Theon piedad a gritos. «Déjame en paz, mujer. Te mató él, no yo. Y él también está muerto». Al menos, Gelmarr no perseguía a Theon en sus sueños.

Cuando Wex volvió con el agua, los efectos del sueño empezaban a disiparse. Theon se lavó el sudor y la somnolencia, y se tomó tanto tiempo como quiso para vestirse. Asha ya lo había hecho esperar bastante; ahora era su turno. Elegió una túnica de satén a rayas negras y doradas, y un hermoso jubón de cuero con tachonaduras de plata... hasta que recordó que su jodida hermana respetaba más las armas que la belleza. Se arrancó la ropa entre maldiciones y volvió a vestirse, en esta ocasión con ropa de lana con forro de fieltro y una cota de malla. Se colgó del cinturón la espada y el puñal, mientras recordaba la noche en que ella lo había humillado a la mesa de su padre.

«Su niño de pecho, sí. Pues mira, yo también tengo un cuchillo, y también sé emplearlo».

Por último se puso la corona, una banda de frío hierro, fina como un dedo, con incrustaciones de diamante negro y pepitas de oro. Era deforme y fea, pero aquello era inevitable. Mikken estaba enterrado en el camposanto, y el nuevo herrero valía para hacer clavos, herraduras y poco más. Theon se consoló pensando que no era más que una corona de príncipe. Cuando lo coronaran rey tendría una mucho mejor.

Al otro lado de la puerta lo aguardaba Hediondo, junto con Urzen y Kromm. Theon acompañó el paso al de los hombres. En los últimos días se hacía acompañar por guardias fuera adonde fuera, incluso a la letrina. Invernalia entera quería matarlo. La misma noche en que volvieron de Agua Bellota, Gelmarr el Sombrío se había caído por unas escaleras y se había roto la espalda. Al día siguiente, Aggar apareció con el cuello cortado de oreja a oreja. Gynir Napiarroja se volvió tan cauteloso que dejó de beber vino, empezó a dormir con cota de malla y yelmo, y adoptó al perro más escandaloso de las perreras para que lo despertara si alguien intentaba atacarlo mientras dormía. Pese a todo, una mañana, el castillo entero despertó con los ladridos enloquecidos del perro. El

cachorro daba vueltas en torno al pozo, y Napiarroja flotaba en el agua, ahogado.

No podía dejar que los asesinatos quedaran impunes. Farlen era tan sospechoso como cualquier otro, de manera que Theon lo juzgó, lo declaró culpable y lo condenó a muerte. Hasta aquello le salió mal.

—Mi señor Eddard mataba él en persona a los que condenaba —dijo el encargado de las perreras mientras se arrodillaba junto al tocón.

Theon se vio obligado a coger el hacha; de lo contrario habría parecido débil. Le sudaban las manos y no pudo agarrar bien el mango, de manera que el primer golpe acertó a Farlen entre los hombros. Hicieron falta tres hachazos más para cortar todo el músculo y el hueso, y separar la cabeza del cuerpo. Más tarde vomitó al recordar todas las veces que habían bebido juntos una copa de hidromiel, mientras hablaban de perros y de caza.

«No tenía elección —habría querido gritarle al cadáver—. Los hijos del hierro no saben guardar un secreto, era necesario que muriesen, y había que echarle la culpa a alguien». Pero habría preferido matarlo de manera más limpia. Ned Stark nunca había necesitado más de un golpe para decapitar a un condenado.

Tras la muerte de Farlen cesaron los asesinatos, pero aun así, sus hombres seguían hoscos y nerviosos.

—En batalla abierta no temen a ningún adversario —le dijo Lorren el Negro—; pero vivir entre los enemigos, sin saber nunca si la lavandera te va a dar un beso o una puñalada, si el criado te va a servir vino o veneno, es una cosa muy diferente. Deberíamos marcharnos de aquí.

—¡Soy el príncipe de Invernalía! —Fue la respuesta a gritos de Theon—. ¡No ha nacido el hombre que me eche de aquí! ¡Ni la mujer!

«Asha. Ha sido culpa suya. Mi querida hermana... que los Otros la sodomicen con una espada». Asha quería que muriera para robarle el puesto como heredero de su padre. Por aquel motivo lo había dejado languidecer allí, sin hacer caso de las órdenes apremiantes que le había enviado.

Cuando llegó se la encontró en el trono alto de los Stark, despedazando un capón con las manos. La estancia resonaba con las voces de sus hombres, que charlaban con los de Theon mientras todos bebían juntos. Armaban un escándalo tal que su entrada pasó desapercibida.

—¿Dónde están los demás? —le preguntó a Hediondo. Sentados a las mesas no había más de cincuenta hombres, la mayoría, de los suyos. En la sala principal de Invernalía cabían diez veces más.

—No hay más, mi señor príncipe.

—¿Cómo que no hay más? ¿Cuántos hombres ha traído?

—A ojo, me parece que unos veinte.

Theon Greyjoy se dirigió a zancadas hacia su hermana, que estaba repantigada en el trono. Asha celebraba a carcajadas el comentario que le había

hecho uno de sus hombres, pero se calló cuando lo vio a su lado.

—Vaya, pero si es el príncipe de Invernalia. —Le tiró un hueso a uno de los perros que andaban oisqueando por la estancia. Bajo la nariz ganchuda de halcón, la boca amplia se frunció en una sonrisa burlona—. ¡O más bien el príncipe de los idiotas!

—La envidia no es propia de una doncella.

Asha se lamió la grasa de los dedos. Un mechón de pelo negro le cayó sobre los ojos. Sus hombres pedían a gritos pan y tocino. Para ser tan pocos hacían mucho ruido.

—¿Envidia, Theon?

—¿Qué otra cosa puede ser? Con treinta hombres, capturé Invernalia en una noche. A ti te hicieron falta un millar y un mes para tomar Bosquespeso.

—Es que no soy un gran guerrero como tú, hermano. —Bebió de un trago medio cuerno de cerveza, y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Ya he visto las cabezas clavadas sobre tus puertas. Dime la verdad, ¿cuál opuso más resistencia? ¿El tullido o el bebé?

Theon sintió que se le agolpaba la sangre en la cara. Aquellas cabezas no le proporcionaban la menor alegría, como tampoco se la proporcionó el hecho de exhibir los cuerpos decapitados de los niños ante todo el castillo. La Vieja Tata los contempló mientras abría y cerraba la boca desdentada, sin emitir sonido alguno, y Farlen se había intentado arrojar contra Theon entre gruñidos, como uno de sus sabuesos. Urzen y Cadwyl lo tuvieron que dejar sin conocimiento a golpes con las astas de las lanzas.

«¿Cómo he podido acabar así?», recordó haber pensado mientras miraba los cadáveres cubiertos de moscas.

El único que había tenido el valor de acercarse había sido el maestre Luwin. El hombrecillo canoso, con el rostro pétreo, le suplicó que le permitiera coser las cabezas de los niños a los cuerpos, para que pudieran descansar en las criptas subterráneas junto con los otros Stark fallecidos.

—No —replicó Theon—. De las criptas, ni hablar.

—Pero ¿por qué, mi señor? Ya no os pueden hacer ningún daño. Es ahí donde deben estar. Los huesos de todos los Stark...

—He dicho que no.

Necesitaba las cabezas para la muralla, pero los cuerpos decapitados los hizo quemar aquel mismo día, con sus hermosas prendas y joyas. Después, se arrodilló entre los huesos y las cenizas para recoger un resto de plata fundida y azabache agrietado, que era todo lo que quedaba del broche en forma de cabeza de lobo que había pertenecido a Bran. Todavía lo conservaba.

—Traté a Bran y a Rickon con toda generosidad —le dijo a su hermana—. Ellos mismos se labraron su destino.

—Igual que hacemos todos, hermanito.

—¿Cómo crees que voy a defender Invernalia si solo me traes veinte hombres? —A Theon se le estaba agotando la paciencia.

—Diez —lo corrigió Asha—. Los otros se volverán conmigo. No querrás que tu querida hermana se enfrente a los peligros que alberga el bosque sin una escolta adecuada, ¿eh? Los lobos huargo acechan en la oscuridad. —Bajó las piernas del gran asiento de piedra y se puso en pie—. Ven, vayamos a otro lugar para hablar en privado.

Sabía que su hermana tenía razón, pero le irritaba que fuera ella la que tomaba la decisión. «No debí ir a verla —comprendió con retraso—. Tendría que haber ordenado que se presentara ante mí».

Pero ya era demasiado tarde para aquello. Theon no tenía más remedio que llevar a Asha a las estancias de Ned Stark.

—Dagmer ha perdido el combate en la Ciudadela de Torrhen... —soltó bruscamente una vez allí, junto a las cenizas del fuego apagado.

—El antiguo castellano rompió su asedio, sí —respondió Asha con calma—. ¿Y qué pensabas? El tal ser Rodrik conoce el terreno a la perfección, a diferencia de Barbarrota, y muchos de los norteños iban a caballo. A los hijos del hierro les falta la disciplina necesaria para resistir una carga de caballería. Dagmer sigue vivo, ya puedes dar las gracias. Se dirige con los supervivientes de vuelta hacia la Costa Pedregosa.

«Sabe más que yo», comprendió Theon. Aquello lo enfureció aún más.

—La victoria le ha dado valor a Leobald Tallhart para salir de detrás de sus muros y unirse a las fuerzas de ser Rodrik. Y según los informes que he recibido, lord Manderly ha enviado río arriba una docena de barcazas con caballeros, caballos y máquinas de asedio. Por si fuera poco, los Umber se están reagrupando más allá del Último. Antes de que cambie la luna tendré un ejército entero ante las puertas, *¡y tú me traes diez hombres!*

—No tenía por qué haber traído ninguno.

—Te ordené...

—Nuestro padre es el que me da órdenes, y me ordenó que tomara Bosquespeso —le espetó—. En cambio, no me dijo nada de rescatar a mi hermano pequeño.

—A la mierda con Bosquespeso —replicó—. No es más que una letrina de madera en la cima de una colina. Invernalia es el corazón de estas tierras, pero *¿cómo voy a defenderla sin una guarnición?*

—Tendrías que haberlo pensado antes de tomar la fortaleza. No niego que fue una estratagema de lo más astuta. Si hubieras tenido suficiente sentido común para arrasar el castillo y llevarte a los principitos como rehenes a Pyke, habrías ganado la guerra de un plumazo.

—Eso es lo que tú querrías: ver mi trofeo reducido a ruinas y a cenizas.

—Este trofeo va a ser tu perdición. Los krákens surgen del mar, Theon, del

mar, ¿lo olvidaste en los años que pasaste entre los lobos? Nuestra fuerza son los barcoluengos. Mi letrina de madera está cerca del mar; eso me permitirá recibir provisiones y refuerzos siempre que los necesite. Pero Invernalia está cientos de leguas tierra adentro, rodeada de bosques, castillos y fortalezas hostiles. Y no te llames a engaño; en miles de leguas a la redonda no hay un hombre que no sea tu enemigo. Tú mismo lo has conseguido al clavar esas cabezas en el puesto de guardia. —Asha sacudió la cabeza—. ¿Cómo has podido ser tan idiota? Mira que matar a niños...

—¡Se atrevieron a desafiarle! —le gritó a la cara—. Además, esto ha sido sangre por sangre, dos hijos de Eddard Stark para pagar por Rodrik y Maron. —Le salieron las palabras sin pensar, pero Theon supo al instante que su padre las aprobaría—. Les he dado descanso a los fantasmas de mis hermanos.

—De nuestros hermanos —le recordó Asha con un atisbo de sonrisa—. ¿Te has traído sus fantasmas desde Pyke? Anda, y yo que pensaba que solo perseguían a nuestro padre.

—¿Desde cuándo entiende una doncella que un hombre necesite venganza?

Incluso aunque su padre no le agradeciera el regalo de Invernalia, sin duda aprobaría que Theon hubiera vengado a sus hermanos. Pero Asha soltó una carcajada.

—No se te ha ocurrido pensar que el tal ser Rodrik sienta la misma necesidad? Aunque te comportes como un imbécil, eres sangre de mi sangre, Theon. En nombre de la madre que nos engendró a los dos, vuelve a Bosquespeso conmigo. Prende fuego a Invernalia y sal de aquí ahora que aún estás a tiempo.

—No —dijo Theon ajustándose la corona—. He tomado este castillo, y lo voy a defender.

—Lo defenderás, sí —dijo su hermana después de mirarlo largo rato—. El resto de tu vida. —Dejó escapar un suspiro—. A mí me parece una locura, pero ¿qué sabe de estas cosas una tímida doncella? —Ya junto a la puerta le dirigió una última sonrisa burlona—. Por cierto, llevas la corona más fea que he visto en mi vida. ¿Te la has hecho tú?

Lo dejó allí, rabioso, y no se demoró más que el tiempo justo para dar de comer a los caballos y abrivarlos. Tal como había amenazado, se llevó a la mitad de los hombres que la habían acompañado, y salió por la puerta del Cazador, la misma por la que habían escapado Bran y Rickon.

Theon los vio alejarse desde la cima de la muralla. Mientras veía a su hermana desaparecer entre las nieblas del bosque de los Lobos, empezó a preguntarse por qué no le había hecho caso, por qué no se había ido con ella.

—Se marcha, jeh?

De repente, Hediondo estaba junto a él. Theon no lo había oído acercarse, ni siquiera lo había oido. Era la persona que menos deseaba ver en el mundo. Lo incomodaba que siguiera caminando y respirando, pese a saber lo que sabía.

«Tendría que haberlo matado después de que se encargara de los otros», reflexionó. Pero la sola idea lo ponía nervioso. Aunque pareciera increíble, Hediondo sabía leer y escribir, y tenía cierta astucia brutal; tal vez hubiera escondido en alguna parte un relato de lo que habían hecho.

—Perdonad que os lo diga, mi señor príncipe, pero no está bien que os abandone. Y con diez hombres no tendréis suficiente.

—Bien que lo sé. —«Igual que Asha».

—A lo mejor yo podría ayudaros —siguió Hediondo—. Dadme un caballo y una bolsa de monedas, y os conseguiré unos cuantos hombres más.

—¿Cuántos? —Theon entrecerró los ojos.

—Cien o doscientos. Puede que más. —Sonrió, y le brillaron los ojos claros—. Nací al norte de aquí. Conozco a mucha gente, y mucha gente conoce a Hediondo.

Doscientos hombres no constituían un ejército, pero tampoco hacían falta miles para defender un castillo tan fuerte como Invernalia. Mientras supieran qué lado de la lanza servía para matar, podrían desempeñar su cometido.

—Si cumples lo que dices, verás que no soy ningún ingrato. Podrás pedir la recompensa que quieras.

—Bueno, mi señor... no estoy con una mujer desde que iba con lord Ramsay —dijo Hediondo—. Le he echado el ojo a esa chica que se llama Palla, y tengo entendido que ya no es virgen, así que...

—Tráeme doscientos hombres y es tuya. —Había llegado demasiado lejos con Hediondo para volverse atrás—. Pero como vengas con uno menos, seguirás follando cerdos.

Antes de que se pusiera el sol, Hediondo ya había partido con una bolsa de plata de los Starky las últimas esperanzas de Theon. «Lo más probable es que no vuelva a ver a ese miserable», pensó con amargura. Pero sabía que tenía que correr el riesgo.

Aquella noche soñó con el banquete que había dado Ned Stark cuando el rey Robert llegó a Invernalia. La sala estaba llena de música y risas, aunque en el exterior soplaban vientos gélidos. Al principio, todo era música y asados; Theon gastaba bromas, miraba a las sirvientas y se divertía... hasta que se dio cuenta de que la habitación estaba cada vez más oscura. La música ya no parecía tan alegre; oyó notas discordantes, silencios extraños y notas que quedaban suspendidas en el aire, sangrando. De pronto, el vino se le tornó amargo en la boca, y al alzar la vista de la copa vio que estaba compartiendo la cena con los muertos.

El rey Robert estaba sentado, con una gran herida en el vientre y las entrañas desparramadas encima de la mesa, y junto a él se encontraba lord Eddard, decapitado. A las mesas de la parte de abajo estaban sentados cadáveres de carne grisácea y podrida, que se les caía de los huesos cuando alzaban las copas

para brindar, mientras los gusanos les entraban y salían reptando de las órbitas vacías. Los conocía a todos: Jory Cassel, Tom el Gordo, Porther, Cayn y Hullén, el caballerizo mayor, y todos los que habían partido hacia el sur en dirección a Desembarco del Rey para no regresar nunca. Mikken y Chayle estaban sentados juntos; uno chorreaba sangre, y el otro, agua. Benfred Tallhart y sus Liebres Salvajes ocupaban la mayor parte de la mesa. La mujer del molinero también se encontraba allí, así como Farlen, y hasta el salvaje que Theon había matado en el bosque de los Lobos el día que le salvó la vida a Bran.

Pero había más, otros cuyos rostros no había visto nunca, caras que solo conocía por sus representaciones en piedra. La chica esbelta y de mirada triste que llevaba una diadema de rosas azuladas y una túnica blanca manchada de sangre solo podía ser Lyanna. Junto a ella estaba su hermano Brandon, y detrás de ambos, su padre, lord Rickard. A lo largo de las paredes, unas figuras apenas entrevistas se movían en medio de las sombras, como fantasmas pálidos con rostros alargados y sombríos. Theon sintió un estremecimiento de miedo, afilado como un cuchillo. Y en aquel momento, las altas puertas se abrieron de repente, una ráfaga de viento gélido sopló por la gran sala, y Robb surgió de lo más profundo de la noche. Viento Gris caminaba a su lado con los ojos llameantes, y tanto el hombre como el lobo sangraban por un centenar de heridas brutales.

Theon despertó con un grito tal que Wex se llevó un susto espantoso y salió corriendo desnudo de la habitación. Cuando los guardias irrumpieron con las espadas desenvainadas, les ordenó que fueran a buscar al maestre. Cuando llegó Luwin, desgreñado y somnoliento, Theon había controlado el temblor de sus manos gracias a una copa de vino, y estaba avergonzado por el ataque de pánico.

—Un sueño —murmuró—. Ha sido un sueño, nada más. Sin ninguna importancia.

—Sin ninguna importancia —asintió Luwin con solemnidad.

Dejó una pocima para dormir, pero Theon la tiró por la letrina en cuanto hubo salido. Luwin era el maestre, sí, pero también era un hombre, y el hombre no sentía ningún afecto hacia él. «Quiere que duerma, sí... Que duerma y no despierte jamás. Lo desea tanto como Asha».

Envío a buscar a Kyra, cerró la puerta de una patada, se montó sobre ella y la poseyó con una furia que jamás habría imaginado sentir. Cuando terminó, la chica sollozaba; tenía el cuello y los pechos llenos de moretones y mordiscos. Theon la sacó de la cama a empujones y le tiró una manta.

—Lárgate.

Pero ni aun así consiguió dormir.

Cuando amaneció, se vistió y fue a pasear por los muros exteriores. El fresco viento otoñal soplabía entre las almenas. Le enrojecía las mejillas y hacía que le escocieran los ojos. Contempló cómo el bosque gris se iba tiñendo de verde a sus pies, a medida que la luz se filtraba entre los árboles silenciosos. A su izquierda se

veían las cimas de los torreones de la muralla interior, con los tejados bañados por la luz dorada del sol. Las hojas rojas del arciano eran como una llamarada entre el follaje verde.

« El árbol de Ned Stark —pensó—, y el bosque de Stark, y el castillo de Stark, y la espada de Stark, y los dioses de Stark. Este es su lugar, no el mío. Yo soy un Greyjoy de Pyke, nacido para pintarme un kraken en el escudo y navegar por el gran mar salado. Tendría que haberme ido con Asha».

En la parte superior del puesto de guardia, clavadas en estacas de hierro, las cabezas aguardaban.

Theon las contempló en silencio mientras el viento le agitaba la capa con manos pequeñas, fantasmales. Los hijos del molinero habían tenido la misma edad que Bran y Rickon, semejante estatura y complejión, y una vez Hediondo les hubo despellejado los rostros y sumergido las cabezas en brea, era muy sencillo ver rasgos familiares en aquellos bultos deformes de carne podrida. Qué estúpida era la gente.

« Si les hubiéramos dicho que eran cabezas de carnero, les habrían visto cuernos».

Llevaban toda la mañana cantando en el septo, desde que llegó al castillo la primera noticia sobre el avistamiento de velas. El sonido de sus voces se mezclaba con los relinchos de los caballos, el clamor del acero y los chirridos de las bisagras de las grandes puertas de bronce, que se combinaban para crear una música extraña y terrible.

«En el septo se canta para pedir misericordia a la Madre, pero en las murallas, al que cantan es al Guerrero, y siempre en silencio. —Recordó que la septa Mordane les decía que el Guerrero y la Madre no eran más que dos rostros del mismo gran dios—. Pero si solo es un dios, ¿qué plegarias va a atender?».

Ser Meryn Trant sujetó el caballo zaino para que Joffrey montara. Tanto el muchacho como el animal llevaban armadura flexible dorada y coraza esmaltada en escarlata, con leones a juego en las cabezas. La clara luz del sol arrancaba destellos dorados y rojizos cada vez que Joff se movía.

«Brillante, deslumbrante y hueco», pensó Sansa.

El Gnom iba a lomos de un semental rojo, con una armadura más sencilla que la del rey y un equipamiento de combate que lo hacía parecer un niño vestido con la ropa de su padre. Pero el hacha que llevaba colgada bajo el escudo no tenía nada de infantil. Ser Mandon Moore cabalgaba a su lado, todo acero blanco brillante como el hielo. Al ver a Sansa, Tyrion se acercó a ella a caballo.

—Lady Sansa —le dijo—, imagino que mi hermana os habrá pedido que vayáis a Maegor, junto con el resto de las damas nobles, ¿verdad?

—Así es, mi señor, pero el rey Joffrey me envió orden de estar aquí para verlo partir. También querría ir al septo a rezar.

—No os preguntaré por quién. —Retorció la boca en un gesto extraño; si pretendía ser una sonrisa, era la más extraña que Sansa había visto jamás—. Puede que todo cambie hoy. Para vos y para la casa Lannister. Ahora que lo pienso, tendría que haberlos enviado lejos con Tommen. En fin, en el Torreón de Maegor estaréis a salvo, siempre que...

—¡Sansa, Sansa! —El grito infantil recorrió todo el patio. Joffrey la había visto—. ¡Sansa, aquí!

«Me llama como el que llama a un perro», pensó.

—Veo que su alteza os necesita —señaló Tyrion Lannister—. Si los dioses lo permiten, volveremos a hablar después de la batalla.

Joffrey le hizo gestos para que se acercara más, y Sansa se abrió camino entre una hilera de lanceros con capas doradas.

—Todos dicen que la batalla va a empezar pronto.

—Que los dioses tengan misericordia y se apiaden de todos nosotros...

—Aquí, el que va a necesitar piedad va a ser mi tío, pero no la tendré. —Joffrey desenvainó la espada. El pomo era un rubí tallado en forma de corazón,

engastado entre las fauces de un león. La hoja tenía tres estrías profundas—. Mi nueva espada, *Comecorazones*.

Sansa recordó que había tenido otra espada, una llamada *Colmillo de León*. Arya se la había quitado y la había tirado al río. « Ojalá Stannis le haga lo mismo con esta» .

—Un forjado maravilloso, alteza.

—Bendice mi acero con un beso. —Tendió la hoja hacia ella—. Venga, dale un beso.

Jamás había parecido tan estúpido y tan infantil. Sansa rozó el metal con los labios, pensando que prefería besar todas las espadas que hicieran falta en vez de a Joffrey, pero por lo visto aquel gesto complació al chico. Envainó la espada con un floreo.

—Cuando vuelva le darás otro beso, y probarás el sabor de la sangre de mi tío.

« Será si uno de tus guardias reales lo mata por ti». Tres Espadas Blancas acompañarían en todo momento a Joffrey y a su tío: ser Meryn, ser Mandon y ser Osmund Kettleblack.

—¿Entraréis en combate al frente de vuestros caballeros? —preguntó Sansa, esperanzada.

—Yo sí que quería, pero mi tío el Gnomo dice que mi tío Stannis no va a cruzar el río. Pero estaré al mando de las Tres Putas. Me voy a encargar de los traidores en persona.

La perspectiva hizo sonreír a Joff. Aquellos labios rosados y gruesos lo hacían parecer siempre amohinado. Hubo un tiempo en que a Sansa le gustaba su expresión, pero en aquellos momentos le daba asco.

—Se dice que mi hermano Robb siempre está en lo más fragoroso de la batalla —dijo sin pensar—. Aunque claro, es mayor que vuestra alteza. Es un hombre adulto.

Aquello hizo que frunciera el ceño.

—Cuando acabe con el traidor de mi tío me encargaré de tu hermano. Lo voy a destripar con *Comecorazones*, ya verás.

Dio media vuelta a su caballo, picó espuelas y se dirigió hacia la puerta. Ser Meryn y ser Osmund lo escoltaban a derecha e izquierda, y los capas doradas lo seguían en fila de a cuatro. El Gnomo y ser Mandon Moore cerraban la retaguardia. Los guardias los vieron partir entre gritos y aclamaciones. Cuando el último de ellos hubo desaparecido, un silencio repentino invadió el patio, como la calma que precede a la tormenta.

En medio de aquel silencio, los cánticos la atrajeron. Sansa se dirigió al septo. La siguieron dos mozos de cuadras, así como uno de los hombres que acababan de terminar su turno de guardia. No fueron los únicos.

Sansa no había visto nunca el septo tan abarrotado, ni con luces tan brillantes.

Los rayos del sol se teñían de mil colores al atravesar las vidrieras, y por todas partes ardían velas con llamitas que parpadeaban como estrellas. El altar de la Madre y el del Guerrero estaban bañados de luz, pero el Herrero, la Vieja, la Doncella y el Padre también tenían fieles, y hasta había unas cuantas llamas que iluminaban el rostro semihumano del Desconocido... porque ¿quién era Stannis Baratheon, sino el Desconocido que llegaba para juzgarlos? Sansa visitó por turno a cada uno de los Siete, encendió una vela en cada altar, y luego encontró sitio en uno de los bancos, entre una anciana lavandera de rostro marchito y un niño que tendría la edad de Rickon, vestido con la fina túnica de lino propia del hijo de un caballero. La mano de la anciana era huesuda y callosa; la del niño, pequeña y blanda; pero se sintió bien al poder aferrarse a alguien. El ambiente estaba cargado, hacia calor y oía a sudor y a incienso. Todo aquello, junto con la luz de colores y el parpadeo de las velas, hizo que se sintiera un poco mareada.

Conocía el himno; su madre se lo había enseñado hacia mucho, mucho tiempo, en Invernalia. De modo que unió su voz a la de los demás.

Dulce Madre, sed piadosa,
de los niños velad vos,
detened saetas y espadas,
y que puedan ver el sol.

Dulce Madre, nuestras hijas
en vos nutren su valor.
Sofocad la ira y el odio,
y alentad la compasión.

Eran miles las personas que, al otro lado de la ciudad, atestaban el Gran Septo de Baelor, y también estarían cantando; sus voces se oirían en todo Desembarco del Rey, cruzarían el río y ascenderían hacia el cielo.

« Los dioses tienen que escucharnos», pensó.

Sansa se sabía casi todos los himnos, y los que no, los siguió como mejor pudo. Cantó junto con viejos criados canosos y jóvenes esposas nerviosas, con sirvientas y soldados, con cocineros y cetreros, con caballeros y con granujas, con escuderos, con mendigos, con madres que amamantaban a sus hijos... Cantó con los que estaban dentro del castillo y con los que estaban fuera, cantó con toda la ciudad. Cantó implorando misericordia, tanto para los vivos como para los muertos, para Bran, para Rickon, para Robb, para su hermana Arya y para su hermano bastardo Jon Nieve, que estaba tan lejos, en el Muro. Cantó por su madre y por el padre de su madre, su abuelo lord Hoster, por su tío Edmure Tully, por su amiga Jeyne Poole, por el viejo rey Robert, siempre borracho, por

la septa Mordane, ser Dontos, Jory Cassel y el maestre Luwin, por todos los valientes caballeros y soldados que iban a morir aquel día y por los hijos y esposas que los llorarían, y por último, ya casi al final, cantó incluso por Tyrion el Gnomo y por el Perro.

«No es un auténtico caballero —le dijo a la Madre—, pero fue el que me salvó. Salvadlo si podéis, y aplacad la rabia que lo corre por dentro».

Pero cuando el septón empezó a pedirles a los dioses que protegieran y defendieran al legítimo rey, Sansa se puso en pie. Los pasillos estaban abarrotados. Tuvo que abrirse camino a la fuerza para salir mientras el septón le rogaba al Herrero que diera fortaleza a la espada y al escudo de Joffrey, al Guerrero, que le diera valor, y al Padre, que lo defendiera si era necesario. «Ojalá se le rompa la espada, y también el escudo —pensó Sansa fríamente mientras se abría camino hacia las puertas—. Que pierda el valor y todos sus hombres lo abandonen».

Unos cuantos guardias patrullaban por las almenas del puesto de guardia, pero aparte de ellos, el castillo parecía desierto. Sansa se detuvo y escuchó con atención. A lo lejos se oían los sonidos de la batalla. Los cánticos los ocultaban casi por completo, pero si uno prestaba atención los percibía: el gemido grave de los cuernos de guerra, el crujido y el ruido sordo de las catapultas, el chisporroteo de la brecha ardiente, el sonido agudo de los escorpiones al disparar los dardos de una vara de largo y punta de hierro... y más apagados, mezclados con ellos, los gritos de los moribundos.

Era otro tipo de canción, una canción terrible. Sansa se echó la capucha de la capa sobre las orejas y caminó apresurada hacia el Torreón de Maegor, el castillo dentro del castillo, donde la reina había prometido que estarían todos a salvo. Al pie del puente levadizo se encontró con lady Tanda y sus dos hijas. Falyse había llegado el día anterior del castillo de Stokeworth junto con un pequeño grupo de soldados. En aquel momento trataba de convencer a su hermana de que cruzara el puente, pero Lollys se aferraba a su doncella.

—No quiero, no quiero, no quiero —sollozaba.

—La batalla ha comenzado ya —dijo lady Tanda con voz tensa.

—No quiero, no quiero.

Sansa no tenía más remedio que pasar junto a ellas. Las saludó con toda cortesía.

—¿Queréis que os ayude? —dijo.

Lady Tanda se sonrojó de vergüenza.

—No, mi señora, pero os agradezco vuestra amabilidad. Por favor, perdonad a mi hija, no se encuentra bien.

—No quiero. —Lollys se agarró a su doncella, una chica esbelta, muy bonita, de pelo corto y oscuro, que por su expresión estaba deseando darle un empujón a su señora y tirarla al foso seco, a las estacas de hierro—. Por favor, por favor, no

quiero.

—Dentro estaremos mucho más protegidas —le dijo Sansa con dulzura—, habrá cosas para comer, cosas para beber y canciones.

Lollys la miró con la boca abierta. Tenía unos ojos castaños apagados que siempre parecían llenos de lágrimas.

—No quiero.

—Pues tienes que entrar —sentenció con brusquedad su hermana Falyse—. Y no hay más que decir. Shae, ayúdame.

Cogieron a Lollys cada una por un codo, y entre las dos la llevaron mitad en volandas y mitad a rastras por todo lo largo del puente levadizo. Sansa las siguió al lado de su madre.

—Ha estado enferma —dijo lady Tanda.

« Si es que a un bebé se lo puede considerar una enfermedad», pensó Sansa. En el castillo, todo el mundo sabía que Lollys estaba embarazada.

Los dos guardias de la puerta llevaban el yelmo con penacho de león y la capas escarlata de la casa Lannister, pero Sansa sabía que no eran más que mercenarios disfrazados. Otro estaba sentado al pie de las escaleras. Un guardia de verdad habría estado de pie, no sentado en un peldaño con la alabarda cruzada sobre las rodillas, pero al menos se levantó al verlas, y abrió la puerta para dejarlas pasar.

El salón de baile de la reina no era ni la décima parte de grande que la sala principal del castillo, y solo la mitad que la sala privada de la Torre de la Mano, pero cabía un centenar de personas sentadas, y compensaba con elegancia lo que le faltaba en espacio. Detrás de cada candelabro de las paredes había un espejo de plata batida, de manera que las antorchas brillaban el doble de luminosas. En los muros había paneles de maderas nobles con tallas, y los suelos estaban cubiertos de esteras de dulce olor. De la galería superior les llegaba el sonido alegre de flautas y violines. En la pared sur había una hilera de ventanas en forma de arco, pero las habían cubierto con cortinajes pesados. El grueso tejido de terciopelo no dejaba pasar ni un atisbo de luz, y amortiguaba tanto los sonidos de la guerra como las oraciones.

« Pero no importa —pensó Sansa—. La guerra está con nosotros».

Junto a las largas mesas estaban sentadas casi todas las mujeres nobles de la ciudad, además de unos cuantos ancianos y niños pequeños. Las mujeres eran esposas, hijas, madres, hermanas... Sus hombres habían ido a combatir a lord Stannis. Muchos no regresarían. Aquella certidumbre pesaba en el ambiente. Como prometida de Joffrey, a Sansa le correspondía un lugar de honor a la derecha de la reina. En el momento en que empezó a subir al estrado, vio al hombre que se encontraba entre las sombras, junto al muro del fondo. Llevaba un jubón largo de malla negra, y sostenía ante sí una espada: el mandoble de su padre, *Hielo*, casi tan alto como el que lo tenía en aquel momento. La punta

reposaba contra el suelo, y los dedos huesudos del hombre se cerraban en torno a la cruz, a ambos lados del puño. Sansa sintió que le faltaba la respiración. Fue como si ser Ilyn Payne percibiera su mirada, porque volvió hacia ella el rostro descarnado, picado de viruelas.

—¿Qué hace ese aquí? —le preguntó a Osfryd Kettleblack, capitán de la nueva guardia de capas rojas de la reina.

—Su alteza la reina cree que necesitará de sus servicios antes de que termine la noche —contestó Osfryd con una sonrisa.

Ser Ilyn era la justicia del rey. Solo había un servicio que pudiera prestar. « ¿Qué cabeza quiere la reina?» .

—En pie para recibir a su alteza, Cersei de la casa Lannister, reina regente y Protectora del Reino —gritó el mayordomo real.

La túnica de Cersei era de lino níveo, tan blanca como las capas de la Guardia Real. Las largas mangas amplísimas dejaban ver el forro de satén dorado. La brillante cabellera dorada le caía sobre los hombros desnudos en rizos espesos. Llevaba en torno al cuello un collar de diamantes y esmeraldas. El blanco le daba un aspecto de inocencia extraño, casi virginal, pero tenía color en las mejillas.

—Sentaos —dijo tras ocupar su lugar en el estrado—, y sed todos bienvenidos. —Osfryd Kettleblack le acercó la silla, y un paje hizo lo mismo para Sansa—. Estás pálida, Sansa —observó Cersei—. ¿Tu flor roja sigue floreciendo?

—Sí.

—Es muy apropiado. Los hombres sangran ahí fuera, y tú, aquí dentro. —La reina hizo un gesto para indicar que se sirviera el primer plato.

—¿Para qué está aquí ser Ilyn? —preguntó Sansa sin poder contenerse.

—Para hacerse cargo de los traidores —contestó la reina lanzando una mirada en dirección al verdugo mudo—, y para defendernos si fuera necesario. Fue caballero antes que verdugo. —Señaló con la cuchara hacia el fondo de la sala, donde las altas puertas de madera estaban ya cerradas y atrancadas—. Cuando las hachas derriben esas puertas, te alegrarás de que esté aquí.

« Me alegraría más si fuera el Perro», pensó Sansa. Sandor Clegane era rudo, pero no permitiría que le pasara nada malo.

—¿No nos protegerán vuestros guardias?

—¿Y quién nos va a proteger de mis guardias? —La reina miró de reojo a Osfryd—. Los mercenarios leales son tan escasos como las prostitutas vírgenes. Si perdimos la batalla, mis guardias se enredarán con sus capas escarlatas, de tanta prisa como se darán en quitárselas. Robarán lo que puedan y huirán, junto con los criados, las lavanderas y los mozos de cuadras, todos para salvar sus indignos pellejos. ¿Tienes idea de lo que sucede durante el saqueo de una ciudad, Sansa? No, claro que no. Todo lo que sabes de la vida lo has aprendido de los

bardos, y no hay muchas canciones sobre saqueos.

—Los auténticos caballeros jamás les harían daño a las mujeres y a los niños.

—A ella misma le sonaron huecas las palabras mientras salían de su boca.

—Los auténticos caballeros. —Por lo visto, a la reina le parecía divertidísimo

—. Claro, claro, tienes razón. Anda, cómete la sopa como una niña buena, y sigue esperando a que Symeon Ojos de Estrella y el príncipe Aemon, el Caballero Dragón, vengan a rescatarte, pequeña. Seguro que tienen que estar al llegar.

El agua de la bahía del Aguasnegras estaba agitada y revuelta; se veían cabrillas por doquier. La *Betha Negra* se dejaba llevar por el flujo de la marea; sus velas crujían y restallaban con cada cambio del viento. La *Espectro* y la *Lady Marya* navegaban muy cerca, con apenas veinte varas de distancia entre los cascos. Sus hijos mantenían bien la formación. Davos estaba orgulloso.

Al otro lado del mar, los cuernos de guerra bramaban; sus gemidos roncos y profundos como la llamada de una serpiente monstruosa se repetían de barco en barco.

—Arriad la vela —ordenó Davos—. Retirad el mástil. Remeros a los remos.

Su hijo Matthos transmitió las órdenes. La cubierta de la *Betha Negra* bullía de actividad mientras toda la tripulación llevaba a cabo las tareas correspondientes, dando empujones a los soldados que, se pusieran donde se pusieran, parecían estar siempre en medio. Ser Imry había ordenado que entraran en el río solo con los remos, para no exponer las velas a los escorpiones y bombardas de las murallas de Desembarco del Rey.

Davos alcanzaba a distinguir la *Furia* al sudeste. En aquellos momentos estaban arriando las brillantes velas doradas adornadas con el venado coronado de los Baratheon. Desde aquellas cubiertas, hacia ya dieciséis años, Stannis Baratheon había ordenado el asalto contra Rocadragón, pero en esta ocasión había optado por cabalgar con su ejército, y había confiado el mando de la *Furia* y de la flota al hermano de su esposa, ser Imry, que había acudido a Bastión de Tormentas junto con lord Alester y el resto de los Florent para unirse a su causa.

Davos conocía la *Furia* tan bien como sus barcos. Sobre los trescientos remeros había una cubierta dedicada en exclusiva a los escorpiones, y encima estaban las catapultas montadas a todo lo largo, tan grandes que podían lanzar barriles de brea en llamas. Era un barco impresionante, y también muy rápido, aunque ser Imry lo había llenado de proa a popa con caballeros y soldados con armaduras, y aquello le restaba velocidad.

Los cuernos de guerra resonaron de nuevo; de la *Furia* llegaron nuevas órdenes. Davos sintió un cosquilleo en los dedos amputados.

—¡Remos fuera! —gritó—. ¡Alineación!

Un centenar de palas se hundieron en el agua cuando el cómitre empezó a golpear el tambor. El sonido era como el latir lento de un corazón, y con cada latido, los remos se movían al unísono, los cien hombres remando a una.

A la *Espectro* y a la *Lady Marya* también les habían salido alas de madera. Las tres galeras iban al mismo paso, con los remos haciendo bullir las aguas.

—Velocidad lenta de crucero —ordenó Davos.

La *Orgullo de Marcaderiva* de lord Velaryon, de casco plateado, había

ocupado su posición a babor de la *Espectro* y la *Risa Audaz* se aproximaba con rapidez, pero la *Bruja* apenas acababa de meter los remos en el agua, y la *Caballo de Mar* aún se afanaba por retirar el mástil. Davos miró a popa. Si, allí, lejos al sur, solo podía ser la *Pez Espada*, rezagada como siempre. Contaba con doscientos remos y llevaba a bordo el mayor espolón de la flota, aunque Davos tenía grandes dudas sobre su capitán.

Podía oír a los soldados, que intercambiaban gritos de aliento por encima del agua. Desde Bastión de Tormentas habían sido poco más que lastre, y estaban ansiosos por enfrentarse al enemigo, confiados en la victoria. En aquello compartían la opinión de su almirante, el lord gran capitán ser Imry Florent.

Tres días antes, había convocado a todos sus capitanes a un consejo de guerra a bordo de la *Furia*, mientras la flota se encontraba anclada en la desembocadura del Rodeo, a fin de darles a conocer sus disposiciones. A Davos y a sus hijos se les asignaron puestos en la segunda línea de batalla, casi al extremo del ala de estribor.

—Un lugar de honor —había declarado Allard, muy satisfecho por la oportunidad de demostrar su valor.

—Un lugar peligroso —había señalado su padre.

Sus hijos, incluso el joven Maric, lo habían mirado con lástima. Casi podía oír sus pensamientos: «El Caballero de la Cebolla se ha vuelto una anciana, aunque por dentro sigue siendo un contrabandista».

Bien, lo último era bastante cierto y no se iba a disculpar por ello. *Seaworth* sonaba señorial, pero en el fondo seguía siendo Davos del Lecho de Pulgas, que volvía a su ciudad sobre las tres altas colinas. Sabía tanto sobre barcos, velas y costas como el que más en los Siete Reinos, y se había batido con su espada sobre cubiertas empapadas en suficientes ocasiones. Pero llegaba a este tipo de batalla como una doncella, nervioso y asustado. Los contrabandistas no hacen sonar cuernos de guerra ni levantan estandartes. Cuando huelen el peligro, izan las velas y huyen con el viento a la espalda.

Si hubiera sido el almirante, lo habría hecho todo de modo diferente. Para empezar, habría enviado a varias de sus naves más veloces a explorar el curso del río y ver qué les esperaba, en lugar de lanzarse de cabeza. Cuando se lo sugirió a ser Imry, el lord gran capitán le había dado las gracias cortésmente, pero sus ojos no mostraban la misma cortesía. «¿Quién es este cobarde de baja estofa? —preguntaban aquellos ojos—. ¿Será el que compró su título de caballero con una cebolla?».

Con cuatro veces más naves que el rey niño, ser Imry no veía la necesidad de ser precavido ni de utilizar tácticas engañosas. Había organizado la flota en diez líneas de batalla, cada una de veinte naves. Las dos primeras líneas remontarían el río, para entrar en combate y destruir la pequeña flota de Joffrey, «los juguetes del niño», como la llamaba ser Imry para júbilo de sus señores.

capitanes. Los que llegaban detrás desembarcarían compañías de arqueros y lanceros junto a los muros de la ciudad, y entonces se incorporarían al combate en el río. Las naves más pequeñas y lentas de la retaguardia transportarían el grueso del ejército de Stannis desde la ribera meridional, protegidas por Salladhor Saan y sus lyseos, que permanecerían apostados en la bahía por si los Lannister contaban con otras naves ocultas a lo largo de la costa, listas para atacarlos por la retaguardia.

Davos tenía que reconocer que la prisa de ser Imry estaba justificada. Los vientos no les habían sido muy favorables en el viaje desde Bastión de Tormentas. Habían perdido dos cocas en las escolleradas de la bahía de los Naufragios el mismo día de la partida, en un comienzo bastante lamentable. Una de las galeras de Myr se había ido a pique en los Estrechos de Tarth, y una tormenta los había azotado mientras entraban en el Gaznate dispersando la flota por la mitad del estrecho mar. Finalmente, lograron reagruparse tras el espinazo protector de Garfio de Massey, en las aguas más tranquilas de la bahía del Aguasnegras, tras perder doce naves y un tiempo considerable.

Stannis habría llegado al río Aguasnegras varios días antes. El camino Real iba directo desde Bastión de Tormentas hasta Desembarco del Rey, una ruta más corta que por mar, y el grueso de sus tropas lo formaba la caballería. Eran cerca de veinte mil caballeros, caballería ligera y jinetes libres, el legado involuntario de Renly a su hermano. Sin duda, habrían tardado poco, pero los corceles de guerra y las lanzas de seis varas no servían de nada frente a las aguas profundas del río Aguasnegras y los altos muros de la ciudad. Stannis habría acampado con sus señores en la orilla meridional del río, y seguro que se moría de impaciencia, preguntándose qué habría hecho ser Imry con su flota.

Dos días antes, habían divisado media docena de esquifes de pescadores cerca de Roca Pescadilla. Los pescadores habían huido antes de que llegaran, pero fueron interceptados y abordados uno por uno.

—Una cucharadita de victoria es lo que se requiere para asentar el estómago antes de la batalla —había declarado ser Imry con alegría—. Hace que los hombres quieran una ración más grande.

Pero Davos estaba más interesado en lo que pudieran decir los cautivos sobre las defensas en Desembarco del Rey. El enano había estado ocupado construyendo algo parecido a una barrera para cerrar la desembocadura del río, aunque los pescadores no coincidían en si el trabajo estaba terminado o no. Se descubrió deseando que lo hubieran acabado. Si el río estaba cerrado para ellos, ser Imry no tendría otra opción que detenerse y evaluar la situación.

El mar estaba lleno de sonidos: gritos y llamadas, cuernos de guerra y tambores, el trémolo de las gaitas, el golpeteo de la madera en el agua cuando miles de remos se elevaban y caían...

—Mantened la formación —gritó Davos.

Un soplo de viento agitó su vieja capa verde. Su única protección consistía en un justillo de cuero endurecido y un yelmo, que tenía a sus pies. Creía que, en el mar, el pesado acero podía igualmente salvar a un hombre o costarle la vida. Ser Imry y otros capitanes de ilustre cuna no compartían su punto de vista. Cuando recorrían las cubiertas de sus naves, emitían destellos.

Tanto la *Bruja* como la *Caballo de Mar* ocupaban ya su sitio, y la *Zarpa Roja* de lord Celtigar las seguía. A estribor de la *Lady Marya* de Allard navegaban las tres galeras que Stannis había arrancado de manos del infortunado lord Sunglass: *Piedad*, *Oración* y *Devoción*, cuyas cubiertas estaban repletas de arqueros. Hasta la *Pez Espada* se aproximaba, balanceándose pesadamente en una mar cada vez más gruesa, con el impulso tanto de los remos como de las velas.

« Una nave con tantos remos debería ser mucho más veloz —reflexionó Davos con desaprobación—. Es ese espolón que lleva; es demasiado grande, la desequilibrio» .

El viento del sur soplaba a ráfagas, pero con los remos, aquello no tenía importancia. Entrarían con el flujo de la marea, pero los Lannister tendrían a favor la corriente del río, y en su desembocadura, el Aguasnegras bajaba fuerte y rápido. El primer choque favorecería inevitablemente al adversario. « Vamos a cometer una estupidez al enfrentarnos a ellos en el río Aguasnegras», pensó Davos. En cualquier batalla en mar abierto, sus líneas de combate rodearían la flota enemiga por ambos flancos, haciéndola concentrarse para ser destruida. Sin embargo, en el río, la cantidad y el volumen de las naves de ser Imry tendría menos importancia. No podrían disponer de una fila de más de veinte naves, porque correrían el riesgo de que los remos tropezaran y de chocar entre sí.

Más allá de la línea de naves de guerra, Davos alcanzaba a ver la Fortaleza Roja en la cumbre de la Colina Alta de Aegon, oscura ante un cielo amarillento, con la desembocadura del río debajo. Al otro lado del río, la orilla sur estaba cubierta de hombres y caballos, que se agitaban como hormigas enloquecidas al divisar las naves que se aproximaban. Stannis los habría mantenido ocupados en la construcción de balsas y la fabricación de flechas, pero incluso así, la espera debió de ser difícil de soportar. Desde allí llegó el sonido de unas diminutas trompetas de bronce, que pronto desapareció ahogado por el rugido de miles de gargantas que gritaban. Davos apretó con la mano el saquito que contenía sus falanges y musitó una oración silenciosa para tener suerte.

La *Furia* estaría en el centro de la primera línea de batalla, flanqueada por la *Lord Steffon* y la *Venado del Mar*, cada una de doscientos remos. En las alas de babor y estribor estarían las de ciento: *Lady Harra*, *Pezbrillante*, *Señor Risueño*, *Demonio del Mar*, *Honor Astado*, *Jenna Harapos*, *Tres Tridentes*, *Espada Veloz*, *Princesa Rhaenys*, *Hocico de Perro*, *Cetro*, *Fiel*, *Cuervo Rojo*, *Reina Alysanne*, *Gata*, *Valerosa* y *Veneno de Dragón*. En cada mástil ondeaba el fiero corazón del

Señor de Luz, rojo, amarillo y naranja. Tras Davos y sus hijos avanzaba otra línea de naves de cien remos, comandadas por caballeros y señores capitanes, y los seguía el contingente de Myr, más reducido y lento; ninguna de sus naves tenía más de ochenta remos. Más atrás estarían las naves a vela, las carracas y las grandes cocas madereras, y el último sería Salladhor Saan en su orgullosa *Valyria*, una enorme nave de trescientos remos, escoltada por el resto de sus galeras, con sus característicos cascos a franjas. El extravagante príncipe lyseño no estuvo nada contento cuando le asignaron el puesto de retaguardia, pero era obvio que ser Imry no tenía más confianza en él que Stannis. «Demasiadas quejas y demasiadas reclamaciones sobre el oro que se le debía». De todos modos, Davos lo sentía. Salladhor Saan era un viejo pirata astuto, y sus tripulaciones estaban formadas por marinos de pura sangre, que no sentían miedo en la pelea. Tenerlos en la retaguardia era un desperdicio.

Ahoooooooooooooooooooooo. La llamada salió del puente de mando de la *Furia* y retumbó entre cabrillas y remos que subían y bajaban: ser Imry anunciaba el ataque. *Ahooooooooooooo, ahoooooooooooo, ahoooooooooooooooooooo ooooooooooooo*.

La *Pez Espada* se había unido finalmente a la línea de batalla, aunque todavía llevaba izada la vela.

—Velocidad rápida de crucero —ladró Davos.

El tambor comenzó a marcar el ritmo más rápido, la boga se incrementó, los bordes de los remos cortaban el agua, *splash-guosh, splash-guosh, splash-guosh*. En cubierta, los soldados golpeaban los escudos con las espadas, mientras los arqueros tensaban lentamente sus arcos y cogían la primera flecha de las aljabas que llevaban al cinturón. Las galeras de la primera línea de batalla le impedían la visión, y Davos recorrió la cubierta en busca de una mejor vista. No vio señal de dique alguno; la boca del río estaba abierta como para tragárselos a todos. A no ser que...

En sus tiempos de contrabandista, Davos se había jactado con frecuencia de que conocía la costa de Desembarco del Rey mejor que la palma de su mano, puesto que no se había pasado buena parte de su vida entrando y saliendo furtivamente de la palma de su mano. Las torres achaparradas que se erguían, una frente a la otra, en la desembocadura del Aguasnegras, quizás no significaran nada para ser Imry Florent, pero para él era como si le hubieran salido dos dedos adicionales de los nudillos.

Se protegió los ojos del sol poniente para examinar las torres con más atención. Eran demasiado pequeñas para alojar una guarnición importante. La de la orilla norte había sido construida contra el promontorio, con la Fortaleza Roja vigilando encima de ella; su pareja, en la orilla sur, tenía su base en el agua. Se dio cuenta enseguida: «Han excavado una zanja a través de la orilla». Aquello

hacía muy difícil el asalto de la torre. Los atacantes tendrían que vadear el río, o bien construir un puente sobre el pequeño canal. Stannis había dispuesto arqueros allí abajo para dispararles a los defensores en caso de que alguno osara levantar la cabeza por encima de los parapetos, pero no se había molestado en hacer nada más.

Muy abajo, donde el agua oscura se arremolinaba en torno de la base de la torre, algo emitió un destello. La luz del sol se reflejaba en el acero, y aquello le dijo a Davos Seaworth todo lo que necesitaba saber. « Una barrera de cadenas... pero no han cerrado el río para que no entremos. ¿Por qué?» .

Podía tratar de imaginar el motivo, pero no había tiempo para meditar. De las naves que lo precedían brotó un grito, y los cuernos de guerra volvieron a sonar: tenían al enemigo frente a ellos.

Entre los remos inquietos de la *Cetro* y la *Fiel*, Davos vio una delgada línea de galeras que cortaba el río, con el sol reflejado en la pintura dorada que cubría sus cascos. Conocía aquellas naves tan bien como las suyas. Cuando era contrabandista, siempre se sentía más seguro cuando sabía si la vela en el horizonte era señal de una nave rápida o una lenta, y si su capitán era un hombre joven, sediento de gloria, o uno viejo que terminaba sus días de servicio.

Ahoooooooooooooo, llamaban los cuernos de guerra.

—Velocidad de combate —gritó Davos.

Oyó a Dale y a Allard dando la misma orden a babor y estribor. Los tambores comenzaron a marcar el ritmo con furia; los remos subían y bajaban, y la *Betha Negra* se lanzó hacia delante. Cuando miró a la *Espectro*, Dale lo saludó. La *Pez Espada* se quedaba de nuevo atrás, bamboleándose en la estela de las naves más pequeñas que tenía a cada lado; por lo demás, la línea era recta como una muralla.

El río, que en la distancia había parecido tan estrecho, en aquel momento se ensanchaba como un mar, pero la ciudad también se había vuelto gigante. Mirando ceñuda desde la Colina Alta de Aegon, la Fortaleza Roja dominaba los accesos. Sus almenas erizadas de hierro, sus pesadas torres y sus gruesos muros rojos le daban el aspecto de una bestia feroz, a punto de saltar sobre el río y las calles. Los acantilados sobre los que se erguía eran abruptos y rocosos, con manchas de liquenes y retorcidos arbustos espinosos. La flota tendría que pasar por debajo del castillo para llegar a la bahía y a la ciudad.

La primera línea estaba ya en el río, pero las galeras enemigas continuaban retrocediendo. « Quieren atraernos. Quieren que nos juntemos más, bien apretados, sin posibilidades de rodearlos por los flancos... y con esa barrera a nuestras espaldas» . Caminó por la cubierta, estirando el cuello para contemplar mejor la flota de Joffrey. Entre los juguetes del niño estaba la voluminosa *Gracia de los Dioses*; también vio a la vieja y lenta *Príncipe Aemon*, a la *Dama de Seda*

y a su gemela, *Rubor de Dama*, a la *Viento Salvaje*, la *Desembarqueño*, la *Corazón Blanco*, la *Lanza*, la *Flor del Mar*... Pero ¿dónde estaba la *Estrellaleón*? ¿Dónde estaba la hermosa *Lady Lyanna*, que el rey Robert había bautizado en honor de la doncella que había amado y perdido? ¿Y dónde estaba la *Martillo del Rey Robert*? Era la mayor galera de guerra de la flota real, cuatrocientos remos, la única nave de guerra en posesión del rey niño capaz de superar a la *Furia*. Por lógica debería estar en el centro de cualquier defensa.

Davos presintió una trampa, pero no acababa de ver señales de enemigos congregándose a sus espaldas; solo veía la gran flota de Stannis Baratheon en formación ordenada, que se extendía hasta el horizonte del agua. «¿Levantarán la cadena para dividirnos en dos?». No alcanzaba a entender qué conseguirían con aquello. Las naves que quedaran fuera de la bahía aún podían desembarcar a los hombres al norte de la ciudad; el paso era más lento, pero más seguro.

Una bandada de flameantes pájaros naranja salió volando del castillo, unos veinte o treinta; vasijas de brea ardiente que describían un arco sobre el río, dejando atrás hilos de fuego. Las aguas devoraron la mayoría, pero algunas cayeron sobre las cubiertas de las galeras, en la primera linea de batalla, esparciendo llamas al romperse en pedazos. En la cubierta de la *Reina Alysanne* se veían guerreros con armaduras, arrastrándose, y Davos pudo distinguir columnas de humo que ascendían desde tres puntos diferentes en la *Veneno de Dragón*, cerca de la orilla. En aquel momento, una segunda andanada volaba por los aires, y también caían flechas, que llegaban silbando desde los nidos de arqueros que coronaban las torres. Un soldado cayó por la borda de la *Gata*, chocó con los remos y se hundió.

«El primer hombre que muere hoy —pensó Davos—, pero no será el último».

Por encima de las almenas de la Fortaleza Roja ondeaban las banderas del rey niño: el venado coronado de Baratheon sobre campo de oro y el león de Lannister sobre púrpura. Llegaron volando más vasijas de brea. Davos oyó a hombres gritar cuando el fuego se extendió por la *Valerosa*. Sus remeros estaban a salvo abajo, protegidos de los proyectiles por la media cubierta, pero los guerreros con armaduras que se encontraban arriba no tuvieron la misma fortuna. Como había temido, el ala de estribor recibía todo el castigo. «Pronto nos llegará el turno», recordó, inquieto. La *Betha Negra* estaba perfectamente al alcance de las vasijas flameantes, pues era la sexta nave a partir de la orilla norte. A estribor tenía solamente la *Lady Marya* de Allard, la desgarbada *Pez Espada*, que se había quedado tan atrás que ahora estaba más cerca de la tercera linea que de la segunda, y la *Piedad*, la *Oración* y la *Devoción*, que requerirían de toda la intercesión divina que pudieran conseguir, por estar en un sitio muy vulnerable.

Cuando la segunda línea pasó entre las torres gemelas, Davos las examinó más de cerca. Pudo ver tres eslabones de una enorme cadena que asomaba de un agujero no mayor que la cabeza de un hombre y desaparecía bajo el agua. Las torres solo tenían una puerta, construida a unas diez varas sobre el terreno. Desde la azotea de la torre septentrional, los arqueros disparaban contra la *Oración* y la *Devoción*. Los arqueros de la *Devoción* respondieron, y Davos oyó los gritos de un hombre alcanzado por una flecha.

—Ser capitán —su hijo Matthos estaba a su lado—. Vuestro y elmo.

Davos lo tomó con ambas manos y se lo puso en la cabeza. El yelmo no tenía visor, pues odiaba que algo le impidiera ver bien.

En aquel momento, en torno a ellos llovían vasijas con brea. Vio una que botó en la cubierta de la *Lady Marya*, pero la tripulación de Allard apagó el fuego enseguida. A babor, se oyeron los cuernos de guerra desde la *Orgullo de Marcaderiva*. Los remos levantaban surtidores de agua con cada golpe. El proyectil de un escorpión, de dos codos de largo, cayó a dos palmos de Matthos, se clavó en la madera de la cubierta y quedó allí vibrando. Delante, la primera línea se encontraba ya a tiro de arco del enemigo; nubes de flechas volaban entre las naves, silbando como serpientes al ataque.

Al sur del Aguasnegras, Davos vio a hombres que arrastraban balsas rudimentarias hacia el agua, mientras otros, en filas y columnas, formaban tras un millar de banderas. El corazón ardiente estaba por todas partes, aunque el venado negro aprisionado entre las llamas era demasiado pequeño para distinguirlo. « Debería llevar el venado coronado —pensó—. El venado era el blasón del rey Robert; la ciudad se habría alegrado de verlo. El estandarte de este desconocido sirve solo para soliviantar a los hombres contra nosotros» .

No podía contemplar el corazón ardiente sin pensar en la sombra que Melisandre había parido en las tinieblas, debajo de Bastión de Tormentas. « Al menos, combatimos a la luz del día, con las armas de los hombres honrados —se dijo—. La mujer roja y sus hijos oscuros no tendrán nada que ver con esto» .

Stannis la había hecho embarcar de vuelta a Rocadragón con Edric Tormenta, su sobrino bastardo. Sus capitanes y vasallos habían insistido en que el campo de batalla no era sitio apropiado para una mujer. Solo los hombres de la reina habían disentido, pero sin levantar mucho la voz. De todos modos, el rey había estado a punto de permitirle quedarse, hasta la intervención de lord Bryce Caron.

—Alteza, si la hechicera permanece aquí —dijo—, los hombres dirán después que la victoria fue de ella, no vuestra. Dirán que le debéis vuestra corona a sus conjuros.

Aquello lo había hecho cambiar de opinión. Durante los debates, Davos se había mantenido en silencio, pero a decir verdad, no lamentó verla partir. No quería saber nada de Melisandre ni de su dios.

A estribor, la *Devoción* viró hacia la orilla, y un tablón se deslizó por la borda.

Los arqueros saltaron al agua poco profunda, sosteniendo los arcos por encima de las cabezas para que las cuerdas se mantuvieran secas. Alcanzaron la orilla en la estrecha franja de tierra, bajo los acantilados. Desde el castillo les lanzaron rocas, que descendieron rebotando, así como flechas y lanzas, pero tenían poco ángulo de tiro, y los proyectiles no hicieron mucho daño.

La *Oración* tocó tierra dos docenas de varas más arriba, y la *Piedad* comenzaba a virar hacia la orilla cuando los defensores empezaron a llegar por la ribera; los cascos de sus corceles de guerra levantaban salpicaduras en el agua poco profunda. Los caballeros cayeron sobre los arqueros como lobos entre gallinas, haciéndolos retroceder hacia los barcos y echándolos al río antes de que la mayoría tuviera ocasión de poner una flecha en el arco. Los hombres de armas se apresuraron a defenderlos, con lanzas y hachas, y en un momento, la escena se convirtió en un caos sangriento. Davos reconoció el yelmo con cabeza canina del Perro. De sus hombros colgaba una capa blanca, e hizo que su caballo subiera por el tablón hasta la cubierta de la *Oración*, derribando a todo el que se puso a su alcance.

Más allá del castillo, Desembarco del Rey se erguía sobre las colinas, encerrada entre las murallas. La orilla del río estaba desolada y ennegrecida: los Lannister lo habían quemado todo y se habían retirado al otro lado de la puerta del Lodazal. Los restos calcinados de naves hundidas sobresalían de las aguas poco profundas, impidiendo el acceso a los largos embarcaderos de piedra. «No podemos desembarcar allí». Podía ver la parte superior de tres grandes trabuquetes tras la puerta del Lodazal. En lo alto de la colina de Visenya, el sol se reflejaba en las siete torres de cristal del Gran Septo de Baelor.

Davos no vio cómo se había iniciado la batalla, pero lo oyó: el enorme estruendo de dos galeras que chocaban. No podía decir de qué dos naves se trataba. El eco de otro impacto estremeció el agua un instante después, y a continuación hubo un tercer choque. Bajo los chasquidos de la madera que se convertía en astillas, oyó el profundo *tump-tump* de la catapulta de proa de la *Furia*. La *Venado del Mar* partió limpiamente en dos una de las galeras de Joffrey, pero la *Hocico de Perro* ardia, y la *Reina Alysanne* estaba encajonada entre la *Dama de Seda* y la *Rubor de Dama*, y su tripulación luchaba de borda a borda con los que trataban de saltar a la cubierta.

Justo delante, Davos vio la *Desembarqueño* enemiga meterse entre la *Fiel* y la *Cetro*. Los remeros de la *Fiel* quitaron los remos del camino antes del impacto, pero en el costado de babor de la *Cetro*, los remos se quebraron como palillos cuando la *Desembarqueño* chocó con la borda.

—Disparad —ordenó Davos, y sus arqueros lanzaron una fulminante lluvia de flechas por encima del agua.

Vio caer al capitán de la *Desembarqueño* e intentó acordarse de su nombre.

En la orilla, los brazos de los grandes trabuquetes se elevaron, uno, dos, tres, y un centenar de piedras subieron muy alto en el cielo amarillento. Cada una era del tamaño de la cabeza de un hombre; al caer, levantaron grandes surtidores de agua, atravesaron las tablas de roble y convirtieron a hombres vivos en pulpa de carne, hueso y cartílago. La primera línea estaba enzarzada en combate de una orilla a otra del río. Volaron los ganchos de abordaje, los espolones atravesaron los cascos de madera, los hombres se lanzaban en multitud al abordaje, las flechas silbaban y se cruzaban en las nubes de humo, y los hombres caían... pero hasta el momento, ninguno de los suyos.

La *Betha Negra* avanzó río arriba, y el sonido del tambor de su cómitre retumbaba en la cabeza de su capitán mientras buscaba una víctima propicia para su embestida. La *Reina Alysanne* estaba en dificultades, atrapada entre dos naves de guerra Lannister; las tres estaban unidas por ganchos y cuerdas.

—¡Velocidad de embestida! —ordenó Davos.

Los golpes del tambor se fundieron en un largo martilleo enfebrecido, y la *Betha Negra* navegó a toda velocidad, partiendo con la proa un agua que se volvía blanca como la leche. Allard también lo había visto; la *Lady Marya* navegaba a su lado. La primera línea se había convertido en una confusión de combates por separado. Las tres naves unidas se divisaban más adelante, con las cubiertas convertidas en un caos rojizo, llenas de hombres que se mataban entre sí con espadas y hachas.

«Un poquito más —le imploró al Guerrero—, hazla girar un poco más, muéstrame todo el costado».

El Guerrero debía de estar escuchándolo. La *Betha Negra* y la *Lady Marya* embistieron el costado de la *Rubor de Dama* casi simultáneamente, golpeándola a proa y a popa con tal fuerza que tres naves más allá, en la *Dama de Seda*, varios hombres salieron despedidos de cubierta. Davos estuvo a punto de arrancarse la lengua cuando sus dientes se cerraron con fuerza. Escupió un poco de sangre. «La próxima vez, cierra la boca, idiota». Cuarenta años en el mar, y aquella era la primera vez que embestía a otra nave. Sus arqueros disparaban a discreción.

—Retroceso —ordenó.

Los remeros invirtieron los remos, y cuando la *Betha Negra* comenzó a retroceder, el agua inundó el agujero de bordes astillados que había abierto en la *Rubor de Dama*, que se deshizo ante sus ojos, echando al río a docenas de hombres. Algunos de los supervivientes nadaban; algunos de los muertos flotaban; los que llevaban pesadas cotas y armaduras se fueron al fondo, vivos o muertos. Las súplicas de los hombres que se ahogaban retumbaron en sus oídos.

Un destello verde captó su atención delante, a babor, y un nido de serpientes esmeralda que se retorcían espasmódicamente ascendió con un siseo desde la proa de la *Reina Alysanne*. Un instante después, Davos oyó el grito.

—¡Fuego valyrio!

Hizo una mueca. La brea ardiente era una cosa, pero el fuego valyrio era otra muy distinta. Un material diabólico, prácticamente imposible de apagar. Lo cubrías con una manta y la manta se incendiaba; le dabas un manotazo y la mano comenzaba a arder. « Si meas sobre el fuego valyrio, se te quemará la polla», solían decir los viejos marinos. Pero ser Imry les había advertido que seguramente probarían la « sustancia» vil de los alquimistas. Por suerte, quedaban pocos piromantes.

—Pronto se les terminará —les había asegurado ser Imry.

Davos gritó varias órdenes: una hilera de remos salió del agua, mientras la otra remaba en sentido inverso, y la galera pudo cambiar de rumbo. La *Lady Marya* también había conseguido apartarse, buena cosa; el fuego se extendió por la *Reina Alysanne* y sus adversarios con una rapidez increíble. Hombres envueltos en llamas verdes se lanzaban al agua, profiriendo gritos inhumanos. Desde las murallas de Desembarco del Rey, las bombardas vomitaban muerte, y los grandes trabuquetes, tras la puerta del Lodazal, les tiraban rocas. Una de ellas, del tamaño de un buey, cayó entre la *Betha Negra* y la *Espectro*, haciendo balancearse a las dos naves y salpicando a todos los que estaban en cubierta. Otra, no mucho más pequeña, hizo blanco en la *Risa Audaz*. La galera de Velaryon estalló como un juguete lanzado desde una torre, proyectando astillas del tamaño del brazo de un hombre.

Entre el humo negro y los remolinos de fuego verde, Davos divisó un enjambre de botecitos que avanzaban río abajo: una confusión de transbordadores y chinchorros, barcazas, esquifes, botes de remo, y grandes naves que parecían demasiado podridas para flotar. Aquello tenía el hedor de la desesperación: semejante porquería no podía cambiar el desenlace de una batalla, solo interferir. Vio que las líneas de batalla estaban enmarañadas sin remedio. A babor, la *Lord Steffon*, la *Jenna Harapos* y la *Espada Veloz* habían logrado pasar y navegaban río arriba. El ala de estribor, sin embargo, combatía con fiereza, pero el centro quedó destrozado bajo las rocas de los trabuquetes; algunos capitanes volvían río abajo, otros viraban a babor, cualquier cosa para huir de aquella lluvia demoledora. La *Furia* había girado para disparar su catapulta de popa contra la ciudad, pero el alcance no era suficiente; los barriles de brea caían sin llegar a los muros. La *Cetro* había perdido la mayoría de sus remos, y la *Fiel* había sido embestida y comenzaba a escorar. Hizo pasar la *Betha Negra* entre ellas, rozando la barcaza de paseo *Reina Cersei*, ornamentada con tallas y cubierta con pan de oro, que entonces iba llena de soldados y no de golosinas. La colisión hizo que una docena de hombres cayera al río, donde los arqueros de la *Betha* les dieron caza mientras trataban de mantenerse a flote.

El grito de Matthos lo avisó del peligro proveniente de babor: una de las

galeras de los Lannister se aproximaba con el fin de embestirlos.

—¡Todo a estribor! —gritó Davos.

Sus hombres emplearon los remos para liberarse de la barcaza, mientras otros hicieron girar la galera para que su proa quedara de frente a la *Venado Blanco* que se aproximaba. Por un momento temió haber actuado con demasiada lentitud, creyó que estaba a punto de irse a pique, pero la corriente ayudó al giro de la *Betha Negra*, y cuando tuvo lugar el choque, no fue más que un roce de cascos, mientras los remos de ambas naves se partían. Un pedazo dentado de madera pasó volando junto a su cabeza, agudo como una lanza. Davos retrocedió.

—¡Abordadla! —gritó.

Se lanzaron los cabos con garfios de abordaje, y él mismo, con la espada desenvainada, condujo a sus hombres saltando por la borda.

La tripulación de la *Venado Blanco* los recibió junto a la barandilla, pero los hombres de armas de la *Betha Negra* los barrieron en una estruendosa marea de metal. Davos atravesó la multitud combatiendo, en busca del capitán enemigo, pero este había muerto antes de que lograra encontrarlo. Cuando se hallaba de pie junto al cadáver, alguien le lanzó un hachazo por la espalda, pero el yelmo desvió el golpe, y su cráneo quedó zumbando cuando debió haberse partido en dos. Atontado, lo único que pudo hacer fue rodar por el suelo. Su atacante se lanzó sobre él con un grito. Davos agarró su espada con ambas manos y la clavó por la punta en el vientre del hombre.

Uno de sus hombres lo ayudó a ponerse de pie.

—Ser capitán, la *Venado* es nuestra.

Davos vio que era verdad. Prácticamente todos los enemigos estaban muertos o moribundos, o se habían rendido. Se quitó el yelmo, se secó la sangre del rostro y regresó a su nave, caminando con cuidado sobre la madera, resbaladiza por las entrañas de los hombres. Matthos le tendió una mano para ayudarlo a cruzar sobre la barandilla.

Durante unos escasos instantes, la *Betha Negra* y la *Venado Blanco* fueron un oasis de calma en el ojo de la tempestad. La Reina Alysanne y la Dama de Seda, unidas aún en un abrazo, eran un infierno verde en llamas e iban a la deriva río abajo, arrastrando trozos de la *Rubor de Dama*. Una de las galeras de Myr había chocado con ellas y también ardía. La *Gata* recogía a los hombres de la *Valerosa*, que se iba a pique rápidamente. El capitán de la *Veneno de Dragón* la había metido entre dos embarcaderos, abriendole una grieta en la parte inferior del casco; su tripulación había desembarcado con los hombres de armas y los arqueros, para unirse a ellos en el asalto a las murallas. La *Cuervo Rojo*, que había sufrido una embestida, escoraba lentamente. La *Venado del Mar* luchaba a la vez contra el fuego y contra los que la abordaban, pero el corazón llameante

ondeaba ya sobre la *Leal* de Joffrey. La *Furia*, con su orgullosa proa aplastada por una roca, había entrado en combate con la *Gracia de los Dioses*. Vio cómo la *Orgullo de Marcaderiva* de lord Velaryon chocaba con dos botes fluviales, hundiendo uno e incendiando el otro con flechas de fuego. En la orilla sur, los caballeros montaban sus caballos en las cacas, y varias de las galeras más pequeñas cruzaban ya el río, llenas de hombres de armas. Tenían que navegar con cuidado entre naves que se hundían y manchas de fuego valyrio a la deriva. Toda la flota del rey Stannis estaba ya en el río, salvo los lisenos de Salladhor Saan. En poco tiempo tendrían el control del Aguasnegras.

« Ser Imry obtendrá su victoria —pensó Davos—, y Stannis podrá cruzar con su ejército, pero por los dioses, cuánto ha costado...» .

Matthos le tocó el hombro.

—¡Ser capitán!

Se trataba de la *Pez Espada*, cuyas dos hileras de remos subían y bajaban. No había quitado el mástil, y la brecha ardiente había alcanzado las jarcias. El fuego se extendía ante la vista de Davos, reptando por los cabos y las velas, hasta dejar un frente de llamas amarillas. El desgarbado espolón de hierro, que imitaba la forma del pez que le daba nombre a la nave, se le adelantaba, hendiendo la superficie del agua. Justo delante, yendo hacia ella a la deriva y girando sobre el costado para presentar un magnífico blanco de gran tamaño, estaba una de las viejas naves de Lannister, flotando semihundida en el agua. De ella escapaba lentamente, entre las tablas, una sangre verde.

Cuando vio aquello, el corazón de Davos Seaworth dejó de latir.

—No —dijo—, no. ¡Nooo!

El único que lo había oido, por encima del estruendo y el rugido de la batalla, era Matthos. Y el capitán de la *Pez Espada* no se había dado cuenta, concentrado como estaba en traspasar finalmente algo con su desgarbada espada obesa. La *Pez Espada* pasó a velocidad de combate. Davos levantó la mano mutilada para agarrar el saquito de cuero que contenía sus falanges.

Con un estruendo demoledor y lacerante, la *Pez Espada* partió la vieja nave semipodrida en pedazos. Estalló como una fruta demasiado madura, pero ninguna fruta emitió jamás aquel estremecedor gemido de la madera al romperse. Davos vio cómo dentro de ella fluía el verde desde miles de vasijas rotas, veneno de las entrañas de una bestia moribunda, que brillaba y se extendía por toda la superficie del río...

—¡Retroceso! —rugió—. Alejémonos de ella, atrás, atrás!

Cortaron los cabos de abordaje y Davos percibió el movimiento de la cubierta bajo sus pies cuando la *Betha Negra* se liberó de la *Venado Blanco*. Sus remos se metieron en el agua.

Entonces oyó algo parecido a un gruñido corto, como si alguien le hubiera

soplado en el oido. El estruendo llegó medio instante después. La cubierta desapareció bajo sus pies, y el agua negra le golpeó el rostro, llenándole la boca y la nariz. Se ahogaba, se estaba asfixiando. Sin saber en qué dirección iba, Davos braceó, ciego de pánico, hasta que logró salir de repente a la superficie. Escupió agua, inhaló profundamente el aire, se agarró del trozo de madera más cercano y se mantuvo a flote.

La *Pez Espada* y la vieja nave habían desaparecido; a su lado flotaban, corriente abajo, cadáveres ennegrecidos y hombres medio asfixiados que se agarraban a trozos de madera humeante. A una altura de veinticinco varas, un remolino demoniaco de fuego verde danzaba sobre el río. Tenía una docena de manos, con un látigo en cada una, y todo lo que tocaban estallaba en llamas. Vio cómo ardía la *Betha Negra*, así como la *Venado Blanco* y la *Leal*, a ambos lados. La *Piedad*, la *Gata*, la *Valerosa*, la *Cetro*, la *Cuervo Rojo*, la *Bruja*, la *Fiel* y la *Furia* habían desaparecido, junto con la *Desembarqueño* y la *Gracia de los Dioses*, pues el demonio también devoraba a los suyos. La rutilante *Orgullo de Marcaderiva* de lord Velaryon intentaba cambiar de rumbo, pero el demonio pasó un dedo verde y perezoso por sus remos plateados, que se encendieron como velas. Durante un instante, pareció que la nave remaba por el río con dos filas de largas antorchas brillantes.

En aquel momento, la corriente se había apoderado de él y lo hacía girar de un lado para otro. Se impulsó con las piernas para eludir una mancha flotante de fuego valyrio. « Mis hijos », pensó Davos, pero entre aquel caos estruendoso no había manera de buscarlos. Otro casco repleto de fuego valyrio se le acercaba por detrás. El Aguasnegras mismo parecía hervir en su lecho, y el aire estaba lleno de mástiles ardiendo, hombres ardiendo y trozos de naves destrozadas.

« Me arrastra hacia la bahía ». Allí no estaría tan mal, podría llegar a la orilla, era un buen nadador. Las galeras de Salladhor Saan también estarían en la bahía; ser Imry les había ordenado permanecer allí.

Y entonces, la corriente lo hizo girar de nuevo, y Davos vio qué lo esperaba corriente abajo. « La cadena. Los dioses se apiaden de nosotros, han levantado la cadena ».

Donde el río se ensanchaba para desembocar en la bahía del Aguasnegras, se extendía la barrera, muy tensa, que se alzaba apenas tres o cuatro palmos sobre el agua. Una docena de galeras había chocado ya contra ella, y la corriente empujaba hacia allí a otras naves. Casi todas ardían, y el resto no tardaría en arder. Davos podía distinguir, más allá, los cascos a franjas de las naves de Salladhor Saan, pero sabía que nunca logaría llegar hasta ellas. Ante él se extendía una pared de acero al rojo, madera en llamas y remolinos de fuego verde. La boca del río Aguasnegras se había convertido en la boca del infierno.

Tyrion Lannister estaba con una rodilla sobre una almena, inmóvil como una gárgola. Más allá de la puerta del Lodazal y del panorama desolado que antes fueran los muelles y el mercado del pescado, el río parecía estar ardiendo. La mitad de la flota de Stannis estaba en llamas, junto con la mayor parte de la de Joffrey. El beso del fuego valyrio había convertido las orgullosas naves en piras funerarias, y a los hombres, en antorchas vivientes. El aire estaba lleno de humo, flechas y gritos.

Río abajo, tanto los plebeyos como los capitanes de alta cuna veían la muerte verde que danzaba hacia sus balsas, barcas y carracas, llevada por la corriente del Aguasnegras. Los largos remos blancos de las galeras de Myr relampagueaban como las patas de un ciempiés enloquecido tratando de cambiar de rumbo, pero de nada les servía. Los ciempiés no tenían dónde refugiarse.

Al pie de las murallas de la ciudad ardía una docena de grandes hogueras allí donde se habían estrellado los toneles de brea en llamas, pero al lado del fuego valyrio no parecían sino velas en una casa incendiada, minúsculos pendones naranja y escarlata que parpadeaban insignificantes en medio del holocausto de jade. Las nubes bajas capturaban el color del río en llamas y cubrían el cielo de sombras de un verde cambiante, una visión sobrecogedora.

«Es de una belleza aterradora. Como el fuegodragón». Tyrion se preguntó si Aegon el Conquistador se habría sentido así mientras sobrevolaba su Campo de Fuego.

El viento ardiente hacia ondear su capa escarlata y le azotaba el rostro, pero no podía volverse. Apenas prestaba atención a los gritos de alegría que lanzaban los capas doradas en los parapetos. No tenía voz para unirse a sus aclamaciones. Aquello era solo media victoria. «Y no va a ser suficiente».

Vio cómo las llamas hambrientas devoraban otro de los barcos viejos que había llenado con las caprichosas frutas del rey Aerys. Un surtidor de jade ardiente se alzó del río, tan brillante que tuvo que protegerse los ojos con la mano. Sobre las aguas siseantes danzaban penachos de fuego de quince o veinte varas de altura. Durante unos instantes, su chisporroteo ahogó los gritos. En el agua había cientos de hombres, que se ahogaban, se abrasaban, o ambas cosas a la vez.

«¿Oyes sus gritos, Stannis? ¿Ves cómo arden? Esto es obra tuy a, tanto como mia». En algún lugar de aquella muchedumbre que había al sur del Aguasnegras, Stannis estaba contemplando el mismo espectáculo, Tyrion lo sabía. Nunca había estado sediento de batallas, como su hermano Robert. Seguro que daría las órdenes desde la retaguardia, desde atrás, igual que solía hacer lord Tywin Lannister. En cambio él, le gustara o no, se encontraba a lomos de un caballo de batalla, embutido en una brillante armadura, y con una corona en la

cabeza.

« Una corona de oro rojo, según dice Varys, con las puntas en forma de llamas» .

—¡Mis barcos! —chillaba Joffrey desde el adarve, donde se había refugiado tras las almenas junto con su guardia. La diadema de oro de la realeza adornaba su yelmo de combate—. ¡Mi Desembarqueño está ardiendo, y la Reina Cersei, y la *Leal!* ¡Y la *Flor del Mar*, allí, allí! —Señaló con la espada nueva hacia donde las llamas verdes empezaban a lamer el casco dorado de la *Flor del Mar* y a trepar por sus remos. El capitán había puesto rumbo río arriba, pero no lo bastante deprisa para escapar del fuego valyrio.

Tyrion sabía que la nave estaba perdida. « No tenía otro remedio. Si no hubieran salido para enfrentarse a ellos, Stannis se habría dado cuenta de que era una trampa». Una flecha se podía lanzar con puntería; una piedra con la catapulta, también, pero el fuego valyrio tenía voluntad propia. Una vez liberado, los simples hombres no tenían el menor control sobre él.

—Era inevitable —le dijo a su sobrino—. En cualquier caso, la flota estaba perdida.

Aunque se encontraba en la cima de la muralla, era demasiado bajo para ver por encima de las almenas, de manera que se había hecho alzar sobre ellas. Las llamas, el humo y el caos de la batalla impedían a Tyrion ver qué sucedía río abajo, al pie del castillo, pero había visualizado la escena un millar de veces. Bronn habría azuzado a los bueyes para que se pusieran en marcha en el momento en que el barco insignia de Stannis pasara bajo la Fortaleza Roja; la cadena era muy pesada, y las grandes manivelas giraban despacio, con un rugido quejumbroso. La flota completa del Usurpador habría pasado antes de que se pudiera divisar el primer brillo metálico debajo del agua. Los eslabonesemergerían mojados, chorreando, algunos cubiertos de lodo, uno a uno, uno a uno, hasta que la inmensa cadena quedara extendida en toda su longitud. El rey Stannis habría enviado su flota remando Aguasnegras arriba, y no podría volver atrás.

De todos modos, algunos estaban escapando; la corriente de un río no era siempre fiable, y el fuego valyrio no se había dispersado de manera tan homogénea como él habría querido. El canal principal estaba en llamas, pero un buen puñado de hombres de Myr habían llegado a la orilla sur y trataban de escapar indemnes, y al menos ocho naves estaban ya bajo las murallas de la ciudad. « No sé si han llegado o han naufragado; el caso es que los hombres han desembarcado en la orilla». Y peor todavía, buena parte del ala sur de las dos primeras líneas de combate del enemigo se había adelantado ya mucho corriente arriba, y estaban lejos del infierno cuando aparecieron los barcos viejos. Calculó que a Stannis le quedarían treinta o cuarenta galeras, más que suficiente para hacer cruzar a todo su ejército en cuanto recuperasen el valor.

Tal vez tardaran cierto tiempo; hasta el más valiente habria desfallecido después de ver como el fuego valyrio consumía a más de un millar de sus camaradas. Según le había dicho Hallyne, a veces la sustancia ardía con tal intensidad que la carne se derretía como si fuera sebo. Pero, aun así...

Tyrion no se hacía ilusiones en lo relativo a sus hombres. « Si el rumbo de la batalla se tuerce, no nos servirán para nada», le había advertido Jacelyn Bywater. De modo que la única manera de ganar era que la batalla les fuera propicia del principio al final.

Alcanzó a ver unas formas oscuras que se movían entre las ruinas quemadas de los muelles de la ribera. « Es hora de hacer otra salida», pensó. En ningún momento eran tan vulnerables los hombres como cuando acababan de poner el pie inseguro en tierra. No debía dar tiempo al enemigo para que se reagrupara y organizara en la orilla norte.

Se bajó de la almena.

—Dile a lord Jacelyn que el enemigo está en la ribera —le ordenó a uno de los mensajeros que Bywater le había asignado. Se volvió hacia otro—. Felicita de mi parte a ser Arneld, y pídele que mueva las Putas treinta grados hacia el oeste.

—Ese ángulo les permitiría lanzar a más distancia, si bien no hacia el agua.

—Mi madre me prometió que yo podría encargarme de las Putas —protestó Joffrey.

Tyrion observó, irritado, que el rey se había vuelto a levantar el visor del yelmo. Seguramente, el chico se estaba asando embutido en tanto acero grueso... pero lo que menos falta le hacía era que una flecha perdida le perforase un ojo a su sobrino. Le cerró el visor de un manotazo.

—No os lo abráis, alteza. Vuestra seguridad es muy valiosa para todos. —« Además, seguro que no quieres que te estropeen esa carita bonita »—. Las Putas están a vuestras órdenes. —Era un momento tan bueno como cualquier otro. No tenía sentido seguir lanzando recipientes de fuego contra barcos que ya ardían. Joff había hecho atar a los hombres astados, desnudos, en la plaza, y les había clavado astas en la cabeza. Cuando comparecieron ante el Trono de Hierro para que se hiciera justicia, había prometido que se los haría llegar a Stannis. Un hombre no pesaba tanto como una roca o un barril de brea en llamas, de modo que se podía lanzar más lejos. Algunos capas doradas habían cruzado apuestas sobre si los traidores llegarían volando al otro lado del Aguasnegras—. Daos prisa, alteza —apremió a Joffrey—. Pronto tendremos que volver a lanzar rocas con los trabuquetes. Ni siquiera el fuego valyrio arde eternamente.

Joffrey echó a correr alegramente, escoltado por ser Meryn, pero Tyrion agarró a ser Osmund por la muñeca antes de que tuviera tiempo de seguirlos.

—Suceda lo que suceda, no quiero que le pase nada a mi sobrino, y no quiero que se aleje de ahí, ¿entendido?

—A vuestras órdenes —sonrió ser Osmund con tono afable.

Tyrion ya había advertido a Trant y a Kettleblack de lo que les pasaría si al rey le sucedía algo malo. Y a Joffrey lo esperaba una docena de capas doradas veteranos al pie de las escaleras.

«Estoy protegiendo lo mejor posible al canalla de tu bastardo, Cersei. Espero que tú hagas lo mismo con Alayaya».

Un instante después de que Joff se alejara, un mensajero llegó por las escaleras, jadeante.

—¡Deprisa, mi señor! —Se dejó caer sobre una rodilla—. Han llegado a la orilla en los terrenos de las justas. ¡Son cientos! Están llevando un ariete hacia la puerta del Rey.

Tyrion dejó escapar una maldición y bajó las escaleras tan deprisa como pudo. Podrick Payne los esperaba abajo con caballos para ambos. Partieron al galope por el callejón del Río, seguidos de cerca por Pod y por ser Mandon Moore. Las casas cerradas a cal y canto aparecían bañadas en sombras verdes, pero no había tráfico que los demorase; Tyrion había ordenado que las calles estuvieran despejadas en todo momento, para que los defensores pudieran desplazarse con rapidez de una puerta a otra. Pese a todo, cuando llegaron a la puerta del Rey se oía ya el sonido retumbante de la madera contra la madera, que indicaba que el ariete estaba en acción. El chirrido de las enormes bisagras sonaba como el gemido de un gigante moribundo. La plaza que se extendía bajo la torre de entrada estaba llena de heridos, pero también había hileras de caballos, la mayoría sanos, y suficientes mercenarios y capas doradas para constituir una columna poderosa.

—¡Formad! —gritó al tiempo que saltaba a tierra. La puerta se estremeció ante el impacto de otro golpe—. ¿Quién está al mando aquí? Vais a salir.

—No.

Una sombra se apartó de la sombra que era el muro, y se convirtió en un hombre alto con armadura color gris oscuro. Sandor Clegane se quitó el yelmo con ambas manos, y lo dejó caer al suelo. El acero estaba mellado y chamuscado; el fuego había hecho desaparecer la oreja izquierda del sabueso que lo adornaba. El Perro tenía un corte sobre un ojo, y la sangre que le corría por las viejas cicatrices de quemaduras le ocultaba la mitad del rostro.

Tyrion le hizo frente.

—Sí.

—Y una mierda. —Clegane respiraba trabajosamente.

—Ya hemos salido —dijo un mercenario que se situó junto a él—. Tres veces. La mitad de nuestros hombres están heridos o muertos. Nos ha llovido fuego valyrio por todos lados, los caballos gritan como hombres, y los hombres, como caballos...

—¿Y qué pensabas? ¿Que te habíamos contratado para tomar parte en un torneo? ¿Quieres que te traiga un vaso de leche fría y un cuenco de frambuesas?

—¿No? Entonces haz el puto favor de subirte al caballo. Tú también, chucero.

La sangre del rostro de Clegane tenía un brillo rojizo, pero se le veía el blanco de los ojos. Desenvainó la espada larga.

«Tiene miedo —comprendió Tyrion, conmocionado—. El Perro tiene miedo». Trató de hacérselo entender.

—Están ante la puerta, tienen un ariete, ya lo oís —dijo—. Tenemos que dispersarlos...

—Manda abrir las puertas. Cuando entren, los rodearemos y los mataremos.

—El Perro clavó la punta de la espada larga en tierra, y se apoyó sobre el pomo —. He perdido a la mitad de mis hombres. Lo mismo pasa con los caballos. No pienso volver a salir a ese fuego.

—La mano del rey te ha dado una orden —dijo ser Mandon Moore, inmaculado en su coraza blanca esmaltada, situándose al lado de Tyrion.

—A la mierda con la mano del rey. —Las partes del rostro del Perro que no estaban pegajosas de sangre se veían blancas como la leche—. Traedme algo de beber. —Un oficial de los capas doradas le tendió una taza. Clegane bebió un trago, lo escupió y la tiró. —Agua? A la mierda con el agua. Traedme vino.

«Está muerto de miedo. —Tyrion lo sabía ya con certeza—. La herida, el fuego... no me servirá para nada, tengo que encontrar a otro, pero ¿quién puede ser? ¿Ser Mandon?». Miró a los hombres, y comprendió que todo era inútil. El miedo de Clegane los había estremecido. Si no tenían un líder, ellos también se negarían a salir, y ser Mandon... era peligroso, como decía Jaime, sí. Pero los hombres no lo seguirían.

Tyrion oyó otro golpe a lo lejos. Por encima de los muros, el cielo cada vez más oscuro estaba iluminado por destellos de luz verde y naranja. ¿Cuánto tiempo resistiría la puerta?

«Esto es una locura —pensó—, pero prefiero la locura a la derrota. Porque la derrota lleva a la muerte y a la vergüenza».

—Yo iré al mando del ataque.

Si en algún momento había pensado que el Perro se sentiría avergonzado y recuperaría el valor, estaba muy equivocado. Clegane soltó una carcajada.

—¿Tú?

—Yo. —Tyrion leyó la incredulidad en sus rostros—. Ser Mandon, vos llevaréis el estandarte del rey. Pod, mi yelmo.

El chico se apresuró a cumplir la orden. El Perro se apoyó en su espada mellada y manchada de sangre, y lo miró con los ojos muy abiertos, el blanco muy visible. Ser Mandon ayudó a Tyrion a montar de nuevo.

—¡Formación! —gritó.

Su semental alazán llevaba capizana y testera. Tenía los cuartos traseros protegidos por tejido de malla cubierto de seda escarlata. La silla, muy alta, estaba recubierta de oro. Podrik Payne le tendió el yelmo y el escudo, muy

pesado, de roble, con el blasón de una mano dorada sobre fondo rojo rodeada de pequeños leones dorados. Hizo moverse en círculo al caballo, mirando al reducido grupo de hombres. Apenas un puñado de ellos, no más de veinte, había respondido a su orden. Estaban a caballo, con los ojos tan abiertos como los del Perro. Miró con desprecio al resto, a los caballeros y mercenarios que habían cabalgado con Clegane.

—Dicen que yo soy solo medio hombre —dijo—. Entonces, ¿vosotros qué sois?

Aquello pareció avergonzarlos. Un caballero sin yelmo montó y fue a reunirse con los otros. Lo siguió un par de mercenarios. Luego, más. La puerta del Rey se estremeció de nuevo. En pocos momentos, el grupo comandado por Tyrion había doblado su número. Los había atrapado. « Si yo peleo, ellos tienen que pelear también; si no, serían menos que enanos» .

—No me oiréis gritar el nombre de Joffrey —les dijo—. Tampoco me oiréis gritar que combato por Roca Casterly. La ciudad que Stannis quiere saquear es la vuestra; vuestra es la puerta que está intentando derribar. De modo que venid conmigo, ¡vamos a matar a ese hijo de puta!

Tyrion desenvainó la hacha, hizo dar media vuelta al garañón, y emprendió el trote hacia el portillo. Le pareció que sus hombres lo seguían, pero no se atrevió a mirar.

El brillo de las antorchas se reflejaba en el metal batido de los apliques de las paredes, y el salón de baile de la reina estaba bañado en luz plateada. Pero en aquella estancia seguía habiendo oscuridad. Sansa la veía en los ojos claros de ser Ilyn Payne, de pie junto a la puerta trasera, inmóvil como si fuera de piedra, sin comer nada ni probar el vino. La oía en la espantosa tos de lord Gyles, y en los susurros de Osney Kettleblack cuando entró para informar a Cersei de las últimas noticias.

La primera vez que entró por la puerta trasera, Sansa estaba terminando de tomarse el caldo. Por el rabillo del ojo vio cómo hablaba con su hermano Os fryd. Luego subió al estrado y se arrodilló junto al trono. Olía a caballo, tenía en la mejilla cuatro araños llenos de costras, y el pelo suelto le caía sobre los ojos. Aunque hablaba en susurros, Sansa no pudo evitar oírlo todo.

—Las flotas están enzarzadas en combate. Algunos arqueros llegaron a la orilla, pero el Perro ha acabado con ellos, alteza. Vuestro hermano está alzando la cadena; he oído la señal. Hay unos cuantos borrachos en el Lecho de Pulgas que están derribando puertas y colándose por ventanas. Lord Bywater ha enviado a los capas doradas a encargarse de ellos. El Septo de Baelor está lleno a rebosar; todo el mundo ha ido allí a rezar.

—¿Y mi hijo?

—El rey también fue al Septo de Baelor para que el septón supremo lo bendijera. Ahora está recorriendo las murallas con la mano, les dice a los hombres que sean valientes, les da ánimos y todo eso.

Cersei hizo una señal al paje para que le sirviera otra copa de vino, de una dorada cosecha del Rejo, afrutado y delicioso. La reina estaba bebiendo mucho, pero el vino la hacía parecer aún más hermosa; tenía las mejillas arreboladas, y un brillo febril en los ojos con los que contemplaba la sala. «Ojos de fuego valyrio», pensó Sansa.

Los músicos tocaban y los malabaristas hacían juegos malabares. El Chico Luna paseaba por la sala sobre unos zancos y se burlaba de todo el mundo, mientras ser Dontos perseguía a las criadas montado en su palo de escoba. Los invitados se reían, pero eran risas sin alegría, de ese tipo de risas que se pueden transformar en sollozos en un instante. «Sus cuerpos están aquí, pero sus pensamientos están en las murallas de la ciudad, junto con sus corazones».

Tras el caldo se sirvió una ensalada de manzanas, pasas y frutos secos.

En cualquier otro momento habría sido un plato sabroso, pero aquella noche, toda la comida estaba condimentada con miedo. Sansa no era la única presente que había perdido el apetito. Lord Gyles tosía más de lo que comía, Lollys Stokeworth estaba acurrucada y temblorosa, y la joven esposa de uno de los caballeros de ser Lancel empezó a sollozar de manera incontrolable. La reina le

ordenó al maestre Frenken que la hiciera dormir con una copa de vino del sueño.

—Lágrimas —le dijo despectivamente a Sansa mientras se llevaban a la joven—. Mi madre decía que eran el arma de la mujer. En cambio, el arma del hombre es la espada. Con eso ya está todo dicho, ¿no?

—Pero los hombres tienen que ser valientes —dijo Sansa—. Salen a caballo y se enfrentan a hachas y espadas, todo el mundo intenta matarlos...

—En cierta ocasión, Jaime me dijo que solo se siente vivo de verdad en la batalla y en la cama. —Cogió la copa y bebió un trago generoso. No había probado la ensalada—. Yo preferiría enfrentarme a todas las espadas del mundo a estar aquí como estoy, sentada, impotente, y además teniendo que fingir que disfruto de la compañía de esta bandada de gallinas asustadas.

—Vos misma las invitasteis, alteza.

—Una reina tiene ciertas obligaciones. Tú también las tendrás si llegas a casarte con Joffrey. Más te vale aprender. —La reina escudriñó los rostros de las esposas, hijas y madres sentadas en los bancos—. Por sí solas, estas gallinas no son nada, pero sus gallos son importantes por un motivo u otro, y puede que algunos sobrevivan a esta batalla. Así que me corresponde a mí proteger a sus hembras. Si mi condenado hermano deformé consigue la victoria, no me imagino cómo, volverán junto a sus esposos y sus padres, y les hablarán de lo valerosa que fui, de cómo mi valentía las inspiró y les dio ánimos, y les dirán que en ningún momento dudé de la victoria.

—¿Y si el castillo cae?

—Es lo que te gustaría, ¿eh? —Cersei no esperó a que lo negara—. Si no me traicionan mis guardias, podría resistir aquí durante algún tiempo. Luego podría subir a las murallas y ofrecerle mi rendición a lord Stannis en persona. Eso nos salvaría de lo peor. Pero si el Torreón de Maegor cayera antes de la llegada de Stannis... sospecho que muchas de mis invitadas probarían las delicias de una violación. Y en los tiempos que corren, tampoco se puede descartar la posibilidad de mutilaciones, torturas y asesinatos.

—Pero si son mujeres, desarmadas y de alta cuna. —Sansa estaba horrorizada.

—Su ascendencia las protege —reconoció Cersei—, aunque no tanto como crees. Por cada una de ellas se pagaría un buen rescate, pero después de la locura de una batalla no es extraño que los soldados tengan más hambre de carne que de monedas. Aun así, un escudo de oro es mejor que nada. En las calles, a las mujeres no se las va a tratar tan bien. Y tampoco a nuestras criadas. Las bonitas, como esa sirvienta de lady Tanda, van a pasar una noche muy animada, pero no creas que las viejas, las enfermas y las feas estarán a salvo. Con un poco de vino por delante, una lavandera ciega y una porqueriza hedionda parecerán tan atractivas como tú, querida.

—Como yo?

—Por lo que más quieras, Sansa, no chilles como un ratón. Recuerda que ahora ya eres una mujer. Y además, la prometida de mi primogénito. —La reina bebió un trago de vino—. Si fuera otro el que se encontrara ante nuestras puertas, podría tratar de seducirlo. Pero es Stannis Baratheon. Me resultaría más fácil seducir a su caballo. —Vio la expresión dibujada en el rostro de Sansa, y se echó a reír—. ¿Os escandalizo, mi señora? —Se acercó más a ella—. No seas idiota. Las lágrimas no son la única arma de la mujer. Tienes otra entre las piernas, y más vale que aprendas a usarla. Ya verás cómo los hombres utilizan a menudo sus espadas. Los dos tipos de espadas.

Sansa se ahorró tener que responder, porque en aquel momento, los Kettleblack volvieron a entrar en la sala. Ser Osmund y sus hermanos habían llegado a ser muy queridos en el castillo. Siempre tenían presto una sonrisa o una broma, y se llevaban bien tanto con los mozos de cuadras y cazadores como con los caballeros y escuderos. Con quienes mejor se llevaban, según los rumores, era con las criadas. En los últimos días, ser Osmund había ocupado el lugar de Sandor Clegane al lado de Joffrey, y Sansa había oído comentar a las mujeres en el lavadero que era tan fuerte como el Perro, solo que más joven y más veloz. Si era cierto, le extrañaba no haber oído hablar de los Kettleblack hasta el momento en que ser Osmund entró a formar parte de la Guardia Real.

Osney, todo sonrisas, se arrodilló junto a la reina.

—Ha dado resultado, alteza. El Aguasnegras es un mar de fuego valyrio. Hay cien barcos ardiendo, puede que más.

—Y mi hijo?

—Está en la puerta del Lodazal, con la mano y la Guardia Real, alteza. Antes de eso habló con los arqueros y les explicó cómo se utiliza la ballesta, nada menos. Todo el mundo está de acuerdo en que es un chico valiente.

—Más vale que siga siendo un chico vivo. —Cersei se volvió hacia el otro Kettleblack, Os fryd, que era más alto y adusto, y lucía largos bigotes negros—. Hablad.

Os fryd llevaba un yelmo corto de acero sobre la cabellera negra, y tenía una expresión sombría en el rostro.

—Alteza —dijo en voz baja—, los muchachos han cogido a un mozo de cuadras y a dos criadas que intentaban escapar por una poterna con tres caballos del rey.

—Los primeros traidores de la noche —dijo la reina—. Por desgracia no serán los últimos. Que ser Ilyn se encargue de ellos; luego, clavad las cabezas en picas junto a los establos, para que sirvan de advertencia. —Cuando se alejaron, se volvió hacia Sansa—. Esta es otra lección que tienes que aprender si esperas sentarte algún día al lado de mi hijo. En noches como esta, si eres buena, las traiciones brotarán a tu alrededor como setas después de la lluvia. La única manera de conservar la lealtad de tu pueblo es hacer que te teman más de lo que

temen al enemigo.

—Lo tendré en cuenta, alteza —dijo Sansa, aunque siempre había oído decir que era más fácil conseguir la lealtad del pueblo a través del amor. « Si algún día soy reina, haré que me quieran» .

Después de la ensalada les llegó el turno a las empanadas de centollo, y a continuación, al carnero asado con puerros y zanahorias, servido sobre grandes trozos de pan sin miga. Lollys comió demasiado deprisa, le entraron náuseas, y vomitó encima de su vestido y del de su hermana. Lord Gyles tosía, bebía, tosía, bebía, y acabó por desmayarse. La reina contempló asqueada la figura despatarrada, con la cara sobre el pan relleno de guiso y la mano en un charco de vino.

—Los dioses debían de estar locos cuando desperdiciaron virilidad en semejante criatura, y yo debí de estar loca cuando exigi su liberación.

Osfryd Kettleblack volvió con la capa escarlata ondeando a la espalda.

—En la plaza se ha reunido un grupo de gente, alteza; pide refugio en el castillo. No son chusma, son comerciantes ricos y personas así.

—Ordenadles que vuelvan a sus casas —replicó la reina—. Si no se van, que los ballesteros maten a unos cuantos. Nada de incursiones. No quiero que se abran las puertas bajo ningún concepto.

—A vuestras órdenes. —Hizo un reverencia y se marchó.

—Ojalá pudiera cortarles el cuello a todos yo misma. —La reina tenía el rostro tenso y furioso, y empezaba a tener la voz pastosa—. Cuando éramos pequeños, Jaime y yo nos parecíamos tanto que ni nuestro señor padre podía distinguirnos. A veces, para gastar una broma, nos cambiábamos la ropa y pasábamos un dia entero el uno en el papel del otro. Y pese a todo, cuando a Jaime le dieron su primera espada, para mí no hubo nada. Recuerdo que pregunté qué me iban a dar a mí. Éramos tan parecidos que no comprendía por qué nos trataban de manera tan diferente. Jaime aprendió a pelear con la espada, la lanza y la maza, mientras que a mí me enseñaban a sonreír, a cantar y a complacer. Él heredaría Roca Casterly, mientras que a mí me venderían a algún desconocido como si fuera un caballo, para que mi nuevo amo me montara cuando quisiera, me golpeara cuando le viniera en gana y me desechara al paso de los años cuando apareciera una yegua más joven. A Jaime le correspondieron la gloria y el poder; y a mí, el parto y la sangre cada luna.

—Pero os coronaron reina de los Siete Reinos —dijo Sansa.

—Cuando se llega a las espadas, una reina no es más que una mujer. —La copa de Cersei estaba vacía. El paje se adelantó para llenársela de nuevo, pero ella la volvió del revés y sacudió la cabeza—. Ya está bien. Tengo que mantener la mente despejada.

El último plato consistía en queso de cabra servido con manzanas asadas. El aroma de la canela impregnaba la sala cuando Osney Kettleblack volvió a entrar

y, una vez más, hincó la rodilla en tierra entre ellas.

—Alteza —murmuró—, Stannis ha desembarcado hombres en el campo de justas, y se acercan muchos más. Están atacando la puerta del Lodazal, y han llevado un ariete a la puerta del Rey. El Gnomo ha salido al mando de una columna para combatirlos.

—Eso los aterrizará —replicó la reina con aspereza—. Espero que no se haya llevado a Joff.

—No, alteza; el rey está con mi hermano en las Putas, lanzando hombres astados al río.

—¿Mientras atacan la puerta del Lodazal? Qué estupidez. Decid a ser Osmund que saque a mi hijo de ahí de inmediato, es demasiado peligroso. Que lo traiga al castillo.

—Pero el Gnomo dijo...

—Lo único que os ha de importar es lo que diga yo. —Cersei entrecerró los ojos—. Vuestro hermano hará lo que le ordeno o me encargaré de que vaya al mando de la próxima salida... y de que vos lo acompañéis.

Después de que se retirasen los restos de la comida, muchos invitados pidieron permiso para ir al septo. Cersei accedió con elegancia. Entre los que se escabulleron se encontraban lady Tanda y sus hijas. Para entretenar a los que habían elegido quedarse hicieron entrar a un bardo, que llenó la estancia con la música dulce de su lira. Cantó acerca de Jonquil y Florian, del príncipe Aemon, el Caballero Dragón, y del amor que sentía por su reina y hermana, y acerca de los diez mil barcos de Nymeria. Eran canciones hermosas, pero muy, muy tristes. Muchas mujeres empezaron a llorar, y Sansa sintió que se le humedecían los ojos.

—Muy bien, querida. —La reina se acercó más a ella—. Te conviene practicar con las lágrimas. Te van a hacer falta para el rey Stannis.

—¿Cómo decís, alteza? —Sansa se movió, nerviosa.

—Déjate de cortesías huertas. La situación de ahí fuera debe de ser desesperada si hace falta que un enano se ponga al mando, así que ya puedes quitarte la máscara. Lo sé todo acerca de tus traiciones en el bosque de dioses.

—¿El bosque de dioses? —« No mires a ser Dontos, no lo mires, no lo mires. Cersei no lo sabe, nadie lo sabe, Dontos me lo prometió, mi Florian no me traicionaría » —. No he cometido ninguna traición. Solo voy al bosque de dioses a rezar.

—Por Stannis. O por tu hermano, tanto da. ¿Por qué otra cosa, si no, buscarías a los dioses de tu padre? Estás rezando por nuestra derrota. Y eso es traición.

—Rezo por Joffrey —insistió, nerviosa.

—¿Por qué? ¿Por lo bien que te trata? —La reina cogió una jarra de vino dulce de ciruelas que llevaba una criada, y le llenó la copa a Sansa—. Bebe —ordenó con voz fría—. Puede que el vino te dé valor para enfrentarte a la verdad,

por una vez. —Sansa se llevó la copa a los labios y bebió un trago. Era muy dulce, empalagoso, pero también muy fuerte—. ¿Eso es beber para ti? —preguntó Cersei—. Vacía la copa, Sansa. Tu reina te lo ordena. —Sansa tuvo que contener las arcadas, pero apuró la copa, trago tras trago de vino espeso y dulce, hasta que la cabeza le empezó a dar vueltas—. ¿Más? —insistió Cersei.

—No. Por favor.

La reina hizo un gesto de disgusto.

—Antes, cuando has preguntado por ser Ilyn, te he mentido. ¿Quieres saber la verdad, Sansa? ¿Quieres saber por qué está aquí?

No se atrevió a responder, pero tampoco importó. La reina alzó la mano e hizo una señal, sin aguardar su respuesta. Sansa no había visto a ser Ilyn volver a la sala, pero de repente apareció ante ella, salió de entre las sombras a zancadas, silencioso como un gato. Llevaba a *Hielo* desenvainada. Sansa recordaba que su padre siempre limpiaba la sangre de la hoja en el bosque de dioses después de decapitar a un hombre, pero ser Ilyn no era tan cuidadoso. El acero ondulado estaba lleno de sangre; la fresca empezaba a fundirse con la seca.

—Decidle a lady Sansa por qué quiero que estéis cerca —le ordenó Cersei.

Ser Ilyn abrió la boca y dejó escapar un gruñido. Su rostro picado de viruelas no mostraba expresión alguna.

—Dice que está aquí por nosotras —dijo la reina—. Stannis puede tomar la ciudad y puede tomar el trono, pero no permitiré que me juzgue. No dejaré que nos coja vivas.

—¿Vivas?

—Ya me has oído. Así que más vale que vuelvas a rezar, Sansa, y esta vez ruega que el resultado sea otro. Los Stark no podrán alegrarse de la caída de la casa Lannister, te lo garantizo.

Acarició la cabellera de Sansa, y se la apartó ligeramente del cuello.

La ranura del yelmo le impedía a Tyrion ver nada que no fuera lo que tenía delante, pero al girar la cabeza vio tres galeras varadas en el campo de justas, y una cuarta, más grande que las otras, río adentro, lanzando con la catapulta barriles de brea ardiente.

—Formación en cuña —ordenó mientras sus hombres salían por el portillo.

Se dispusieron en forma de punta de lanza, con él al frente. Ser Mandon Moore ocupó un lugar a su derecha. Las llamas se reflejaban en la armadura blanca esmaltada, y sus ojos muertos brillaban con frialdad dentro del yelmo. Cabalgaba a lomos de un caballo negro como el carbón, con la barda blanca, y llevaba colgado del brazo el níveo escudo de la Guardia Real. Tyrion se sorprendió al ver a su izquierda a Podrick Payne, espada en mano.

—Tú eres demasiado joven —le dijo—. Lárgate.

—Soy vuestro escudero, mi señor.

—Bien, quédate. —Tyrion no podía perder ni un instante en discusiones—. Pero no te alejes.

Clavó los talones al caballo para que se pusiera en marcha.

Avanzaban en un grupo compacto, siguiendo el contorno de las murallas. El estandarte de Joffrey ondeaba, púrpura y oro, en el asta de ser Mandon, el venado y el león bailando, pezuñas y garras unidas. Aceleraron el paso y describieron, al trote, un amplio círculo en torno a la base de la torre. Las flechas volaban desde las murallas de la ciudad, y llovían pedruscos sobre las cabezas, que caían ciegamente sobre tierra y agua, acero y carne. Delante se divisaban la puerta del Rey y una creciente multitud de soldados que maniobraban con un enorme arriete, un tronco de roble negro con cabeza de hierro. Los arqueros desembarcados de las naves los rodeaban y disparaban sus flechas contra cualquier defensor que se dejara ver en las murallas del puesto de guardia.

—Picas —ordenó Tyrion, y emprendió el galope.

El terreno estaba empapado y resbaladizo, sangre y cieno a partes iguales. Su corcel tropezó con un cadáver, los cascos se deslizaron y batieron la tierra, y durante un momento, Tyrion temió que para él la carga concluyera con una caída de la silla antes de entrar en combate con el enemigo, pero de alguna manera, tanto jinete como cabalgadura lograron mantener el equilibrio. Bajo la puerta, los hombres daban la vuelta y se aprestaban para resistir la embestida. Tyrion levantó su hacha.

—¡Desembarco del Rey! —gritó.

Otras voces repitieron el grito, y la punta de lanza voló en un rugido de acero y seda, de cascos galopantes y hojas afiladas besadas por el fuego.

Ser Mandon bajó la punta de su pica en el último momento, clavó la bandera de Joffrey en el pecho de un hombre que llevaba un jubón tachonado y lo

levantó en el aire antes de que el asta se quebrara. Tyrion tenía delante a un caballero con el blasón del zorro asomado por un aro de flores. « Florent —fue lo primero que se le ocurrió, pero un instante después cayó en la cuenta de algo—. No lleva yelmo». Golpeó el rostro del hombre con todo el peso del hacha, de su brazo y del caballo lanzado a toda velocidad, arrancándole la mitad de la cabeza. El impacto le adormeció el hombro.

« Shagga se reiría de mí», pensó, mientras seguía cabalgando.

Una lanza le golpeó el escudo. Pod galopaba a su lado, asestando golpes con las dos manos a todo enemigo que encontraba. Oyó a lo lejos los gritos de ánimo de los hombres en las murallas. El ariete cayó en el cieno, olvidado momentáneamente, mientras sus portadores huían o se volvían para combatir. Tyrion abatió a un arquero, abrió a un lancero desde el hombro hasta la axila, y repelió el ataque de alguien con un yelmo en el que se veía un pez espada. Ante el ariete, su alazán corcoveó, pero el corcel negro saltó limpiamente el obstáculo, y ser Mandon cruzó por delante de él, la muerte enfundada en seda nivea. Su espada cortaba miembros, partía cabezas y destrozaba escudos, aunque eran pocos los enemigos que habían logrado cruzar el río con sus escudos intactos.

Tyrion obligó a su cabalgadura a saltar por encima del ariete. Sus enemigos huían. Giró la cabeza a la izquierda, atrás, pero no logró ver a Podrick Payne. Una flecha le rozó la mejilla, apenas a un dedo del ojo. Se asustó, y el sobresalto estuvo a punto de hacerlo caer del caballo. « Si me quedo aquí tieso como un tocón, tanto daría que me dibujara una diana en el peto» .

Espoleó al caballo y lo hizo trotar entre cadáveres desperdigados. Río abajo, los cascos humeantes de las naves atascaban el Aguasnegras. Sobre el agua flotaban aún manchas de fuego valyrio, que lanzaban feroces penachos verdes a diez varas de altura. Habían logrado dispersar a los hombres del ariete, pero aún se libraban combates a lo largo de toda la costa. Seguramente eran los hombres de ser Balon Swann, o los de Lancel, que trataban de echar al agua a los enemigos, a medida que se amontonaban en la orilla, provenientes de las naves incendiadas.

—¡Vamos hacia la puerta del Lodazal! —ordenó.

—¡A la puerta del Lodazal! —gritó ser Mandon.

Y volvieron a ponerse en marcha. Sus hombres lanzaban gritos de « ¡Desembarco del Rey!» y « ¡Mediohombre!, ¡Mediohombre!». Se preguntó quién les habría enseñado aquello. A través del acero y el relleno acolchado del yelmo, oía gritos de angustia, el hambriento chisporroteo de las llamas, el sonido estremecedor de los cuernos de guerra y el estruendo metálico de las trompetas. Había fuego por doquier.

« Por los dioses, no me extraña que el Perro tuviera tanto miedo. Le tiene pavor a las llamas...» .

Un sonido de madera quebrada atravesó el Aguasnegras cuando una piedra,

del tamaño de un caballo, cayó en el mismo centro de una de las galeras. « ¿De las nuestras o de las de ellos?». A través del humo turbio, le resultaba imposible saberlo. Su punta de lanza se había dispersado: en aquel momento, cada hombre libraba su propia batalla. « Debí haber dado media vuelta», pensó mientras seguía cabalgando.

El hacha le pesaba en la mano. Un grupo de hombres aún lo seguía; el resto había muerto o había huido. Tuvo que esforzarse para que su corcel siguiera trotando hacia el este. Al enorme caballo de batalla le gustaba el fuego tanto como a Sandor Clegane, pero el caballo era más fácil de gobernar.

Del río salían hombres que se arrastraban, hombres quemados y sangrantes, que escupían agua al toser, que trastabillaban, en su mayoría moribundos. Tyrion se movió con sus hombres entre ellos, regalándoles una muerte más rápida y limpia a los que todavía tenían fuerzas para mantenerse en pie. La guerra se redujo al tamaño de su visor. Caballeros dos veces más altos que él huían al verlo, o se levantaban y morían. Parecían seres pequeños y temerosos.

—¡Lannister! —gritaba mientras asestaba tajos.

Su brazo estaba rojo hasta el codo y brillaba a la luz que salía del río. Cuando su cabalgadura retrocedió de nuevo, sacudió el hacha y la levantó hacia las estrellas.

—¡Mediohombre! —gritaron sus hombres—. ¡Mediohombre!

Tyrion se sintió embriagado. La fiebre del combate. Nunca había creído que la sentiría, aunque Jaime le había hablado de ella con frecuencia. De cómo el tiempo parecía difuminarse, ralentizarse e, incluso, detenerse; de cómo el pasado y el futuro desaparecían hasta que no quedaba otra cosa que no fuera el instante presente; de cómo el miedo se desvanecía, junto con el pensamiento y hasta el propio cuerpo. « En ese momento no se sienten las heridas, no duele la espalda a causa del peso de la armadura ni se nota el sudor que cae en los ojos. Se deja de sentir y de pensar, ya no se es uno mismo. Solo existe la batalla, el enemigo, este hombre y el siguiente y el siguiente y el siguiente... y se sabe que tienen miedo, que sienten cansancio, pero uno no lo siente, sino que está vivo mientras la muerte lo rodea. Y sus espadas se mueven con tanta lentitud que se puede pasar entre ellas bailando y riendo» .

« Fiebre del combate. Soy Mediohombre y estoy ebrio de matar, ¡que me maten ellos si pueden!» .

Lo intentaron. Otro lancero corrió hacia él. Tyrion le arrancó de un tajo la punta de la lanza, después la mano y después el brazo, trotando en círculos en torno a él. Un arquero, sin arco, trató de pincharlo con una flecha, como si fuera un cuchillo. El corcel pateó al hombre en el muslo y lo hizo caer, y Tyrion soltó una carcajada como un ladrido. Pasó junto a un estandarte clavado en el cieno, uno de los corazones llameantes de Stannis, y cortó el asta en dos de un hachazo. Un caballero apareció de la nada para lanzar una estocada a su escudo con un

mandoble, una vez y otra, hasta que alguien le clavó un puñal en la axila. Quizá fuera uno de los hombres de Tyrion, pero no lo había visto.

—Me rindo —gritó otro caballero, algo más lejos río abajo—. Me rindo, caballero, me rindo ante vos. Os doy esto en prenda, tomad.

El hombre yacía en un charco de agua negra y le ofrecía un guantelete de lamas, como prenda de sumisión. Tyrion tuvo que inclinarse para cogerlo. En aquel momento, una vasija de fuego valyrio estalló en lo alto, esparciendo llamas verdes. Bajo el súbito destello de luz, vio que el charco no era negro, sino rojo. El guantelete aún tenía dentro la mano del caballero. Se lo tiró al hombre.

—Me rindo —sollozó el hombre, desesperado, indefenso.

Tyrion se alejó commocionado.

Un hombre de armas agarró lasbridas de su caballo y le lanzó un tajo al rostro con un puñal. Tyrion desvió la hoja y le enterró el hacha en la nuca. Mientras liberaba su arma, un destello blanco apareció al borde de su campo de visión. Tyrion se volvió, creyendo que vería a ser Mandon Moore de nuevo a su lado, pero se trataba de otro caballero blanco. Ser Balon Swann llevaba la misma armadura, pero la barda de su caballo mostraba los belicosos cisnes en blanco y negro de su casa. «No es un caballero blanco; es más bien a manchas», pensó Tyrion estúpidamente. Ser Balon estaba salpicado, de pies a cabeza, de sangre coagulada, y el humo lo había tiznado. Levantó su maza y señaló río abajo. Tenía fragmentos de sesos y huesos pegados en el arma.

—Mirad allí, mi señor.

Tyrion hizo girar al caballo para contemplar el Aguasnegras. La corriente seguía fluyendo por debajo, oscura y fuerte, pero la superficie era un caos de sangre y llamas. El cielo era una mezcla de rojo anaranjado y verde brillante.

—¿Qué? —preguntó, y al momento lo vio.

Hombres de armas, enfundados en armaduras de acero, salían de una galera destrozada que había chocado con un atracadero. «Son muchos, ¿de dónde salen?». Aguzando la mirada entre el humo y los destellos, Tyrion les siguió la pista hasta el río. Allí, amontonadas, había unas veinte galeras, quizás más; era difícil contarlas. Sus remos estaban entrecruzados; sus cascos, unidos con cabos de abordaje; se habían empalado unas a otras con los espolones, y una telaraña de cordajes las cubría. El enorme casco de una vieja nave flotaba entre dos más pequeñas. Eran pecios, pero estaban tan amontonados que era posible saltar de unos a otros y, así, cruzar el Aguasnegras.

Aquello era precisamente lo que hacían centenares de los hombres más valientes de Stannis Baratheon. Tyrion vio a un estúpido caballero que intentaba cruzar en su montura, obligando a su caballo aterrorizado a pasar por encima de bordas, mástiles y cubiertas escoradas pegajosas de sangre y salpicadas de fuego verde.

«Mierda, les hemos construido un puñetero puente», pensó con desaliento.

Unas partes del puente se hundían; otras ardían, y todo aquello crujía y se desplazaba como si estuviera a punto de reventar en cualquier momento, pero aquello no los detenía.

—Son hombres valientes —le dijo admirado a ser Balon—. Vamos a matarlos.

Condujo a sus hombres entre los incendios, el hollín y las cenizas de la ribera, avanzando a lo largo de un extenso muelle de piedra. Ser Balon y su tropa lo siguieron. Ser Mandon se les unió; su escudo estaba destrozado. El humo y las brasas se arremolinaban en el aire, y el enemigo se dispersó ante el ataque, saltando de nuevo al agua y derribando a otros hombres que luchaban por subir al dique. Al pie del puente estaba una galera enemiga semi Hundida, en cuya proa se podía leer *Veneno de Dragón* y cuyo casco había sido rajado por una de las viejas naves hundidas que Tyrion había dispuesto entre los muelles. Un lancero, que llevaba la insignia del cangrejo rojo de la casa Celtigar, clavó la punta de su arma en el pecho del caballo de Balon Swann antes de que este pudiera descabalgar, haciéndolo caer de la silla. Tyrion lanzó un golpe a la cabeza del hombre cuando llegó a su lado, pero en aquel momento no tuvo tiempo de tirar de las riendas. Su semental saltó desde el final del muelle por encima de una borda destrozada, relinchando, y salpicó al caer al agua poco profunda. A Tyrion se le escapó el hacha de la mano, dando vueltas en el aire, seguida por el propio Tyrion, y la cubierta se elevó para propinarle una bofetada húmeda.

Lo que siguió fue una locura. Su caballo se había partido una pata y lanzaba relinchos espantosos. De alguna manera logró sacar su puñal y dar un tajo en la garganta de la infeliz bestia. La sangre brotó en un surtidor escarlata, empapándose los brazos y el pecho. Logró ponerse en pie de nuevo y subió por encima de una tabla, y al momento volvió a combatir, dando traspies y salpicando sobre cubiertas escoradas y medio hundidas. Los hombres lo atacaban. Mató a unos, hirió a otros, y algunos lograron escapar, pero siempre llegaban más. Perdió su cuchillo y consiguió una lanza partida, sin que él mismo supiera cómo. La agarró y comenzó a lanzar estocadas mientras soltaba maldiciones a gritos. Los hombres huían de él y él los perseguía, saltando sobre la borda hacia la siguiente nave y, después, hacia la de más allá. Sus dos sombras blancas lo acompañaban todo el tiempo, Balon Swann y Mandon Moore, bellos en sus armaduras pálidas. Rodeados por un círculo de lanceros de Velaryon, combatían espalda contra espalda, y convertían el combate en un espectáculo tan airoso como una danza.

Su manera de luchar, en cambio, carecía de elegancia. Pinchó a un hombre en los riñones cuando le dio la espalda, y agarró a otro por una pierna y lo echó al río. Las flechas pasaban silbando junto a su cabeza y chocaban con su armadura; una se le alojó entre el hombro y el peto, pero no sintió ningún dolor. Un hombre desnudo cayó del cielo sobre la cubierta, y su cuerpo reventó como

una sandia tirada desde una torre. Su sangre salpicó el rostro de Tyrion a través del visor. Comenzaron a caer piedras que atravesaban las cubiertas y convertían a los hombres en papilla, hasta que todo el puente se estremeció y se retorció con violencia bajo sus pies, haciéndolo caer de lado.

De repente, el río empezó a meterse en su yelmo. Se lo quitó de un tirón y se arrastró por la cubierta escorada hasta que el agua le llegó solo al cuello. Un gemido llenaba el aire, como el grito de agonía de una enorme bestia. « La nave —tuvo tiempo de pensar—, la nave está a punto de soltarse». Las galeras destrozadas se estaban soltando y el puente se rompía en pedazos. Apenas se dio cuenta de ello, se oyó un súbito estallido, estremecedor como un trueno; la cubierta se hundió debajo de sus pies, y él volvió a deslizarse al agua.

La escora era tan pronunciada que tuvo que subir trepando por un cabo suelto, palmo a palmo. De reojo, vio que la vieja nave con la que habían estado enredados iba a la deriva, empujada por la corriente río abajo, girando lentamente mientras los hombres saltaban por la borda. Unos llevaban el corazón llameante de Stannis; otros, el venado y el león de Joffrey, y algunos mostraban otros blasones, pero parecía que no importara qué llevaran. Los fuegos ardían corriente arriba y abajo. Vio que a un lado suyo se luchaba encarnizadamente en una gran confusión de estandartes multicolores, que ondeaban sobre un mar de combatientes, de filas de escudos que se formaban y se rompián, de caballeros en sus monturas que se abrían camino entre la multitud, de polvo, cieno, sangre y humo. Al otro lado, la Fortaleza Roja continuaba erguida en la colina, escupiendo fuego. Aunque estaban en lados equivocados. Durante un momento, Tyrion creyó que enloquecía, que Stannis y el castillo habían intercambiado sus posiciones. « ¿Cómo puede haber cruzado Stannis a la ribera norte?». Con retraso, se dio cuenta de que la cubierta estaba girando, y de alguna manera él había dado una vuelta, de tal manera que el castillo y la batalla habían cambiado de sitio. « La batalla, ¿qué batalla? Si Stannis no ha cruzado, ¿contra quién está peleando?». Tyrion sentía demasiado cansancio para intentar entenderlo. Le dolía mucho el hombro, y cuando levantó la mano para frotárselo, vio la flecha y se acordó. « Tengo que salir de esta nave». Río abajo no había nada más que una muralla de fuego, y si aquel pecio se soltaba, la corriente lo llevaría hasta allí.

Alguien lo llamaba en el fragor de la batalla. Tyrion intentó responder al grito.

—¡Aquí, estoy aquí! ¡Necesito ayuda! —Su voz sonaba tan débil que apenas lograba oírse a sí mismo. Consiguió subir por la cubierta escorada y se agarró de la borda. La nave tropezó con la galera más próxima y rebotó con tanta violencia que estuvo a punto de echarlo de nuevo al agua. ¿Dónde se habían metido todas sus fuerzas? Lo único que podía hacer era seguir allí aferrado.

—¡Mi señor! ¡Tomad mi mano! ¡Mi señor!

Sobre la cubierta de la nave más cercana, al otro lado de un espacio de agua oscura que se ensanchaba a cada momento, estaba ser Mandon Moore con un

brazo extendido. En el blanco de su armadura se reflejaban llamas amarillas y verdes, y su guantelete de lamas estaba pegajoso de sangre, pero a pesar de ello, Tyrion se estiró en su busca, deseando tener unos brazos más largos. Solo en el último momento, cuando los dedos de ambos se unieron a través del espacio, algo llamó su atención... ser Mandon le tendía la mano izquierda, ¿por qué...?

¿Sería aquella la razón por la que retrocedió, o quizás alcanzó a ver la espada? Nunca lo sabría. La punta cortó el aire bajo sus ojos, y percibió su contacto, duro y frío, seguido por un destello de dolor. Su cabeza giró, como si hubiera recibido una bofetada. La sacudida causada por el agua fría fue una segunda bofetada, más impactante que la primera. Braceó, buscando algo a que agarrarse, sabedor de que si se hundía le resultaría imposible salir a flote. De alguna manera, su mano halló la punta astillada de un remo roto. Se agarró a él con fuerza, como un amante desesperado, y ascendió lentamente, palmo a palmo. Tenía los ojos llenos de agua y la boca llena de sangre, y la cabeza le latía dolorosamente. «Dioses, dadme fuerzas para llegar a la cubierta...». No existía nada más; solo el remo, el agua y la cubierta.

Por fin trepó a la borda y quedó allí tirado sobre la espalda, sin aliento, exhausto. Sobre su cabeza estallaban bolas de llamas verdes y anaranjadas, dejando franjas de luz entre las estrellas. Tuvo un instante para pensar cuán hermoso era aquello, antes de que ser Mandon le bloqueara la vista. El caballero era una sombra de acero blanco; sus ojos mostraban un brillo oscuro detrás del yelmo. Tyrion tenía las mismas fuerzas que una muñeca de trapo. Ser Mandon le puso la punta de su espada en el hueco de la garganta y cerró ambas manos en torno a la empuñadura.

Y, de repente, se inclinó hacia la izquierda y chocó con la borda. La madera se quebró, y ser Mandon Moore desapareció, con un grito y el sonido de algo que cae al agua. Un momento después, los cascos de las naves volvieron a unirse, chocando con tanta violencia que la cubierta pareció saltar. En aquel momento, alguien se inclinó sobre él.

—Jaime? —graznó, ahogándose casi con la sangre que le llenaba la boca. ¿Quién otro que no fuera su hermano podía salvarlo?

—No os mováis, mi señor, estáis malherido.

«La voz de un niño, esto no tiene sentido», pensó Tyrion. Sonaba casi como la voz de Pod.

Cuando ser Lancel Lannister le dijo a la reina que la batalla se daba por perdida, Cersei dio vueltas entre las manos a su copa de vino vacía.

—Habladme de mi hermano, —dijo. Su voz era distante, como si aquella noticia no le pareciera demasiado interesantes.

—Lo más probable es que vuestro hermano esté muerto. —El jubón de ser Lancel estaba empapado de sangre, que le brotaba de debajo del brazo. Al verlo entrar en la sala, muchos de los invitados no habían podido contener los gritos—. Creemos que estaba en el puente de embarcaciones cuando se vino abajo. Ser Mandon debe de haber muerto también, y nadie sabe dónde está el Perro. Por todos los dioses, Cersei, ¿cómo se te ocurrió hacer que trajeran a Joffrey al castillo? Los capas doradas están tirando las lanzas para huir más deprisa; escapan a cientos. Al ver que el rey se marchaba, perdieron todo rastro de valor. El Aguasnegras está lleno de pecios, fuego y cadáveres, pero podríamos haber resistido si...

Osney Kettleblack lo empujó a un lado.

—Ahora se lucha a ambos lados del río, alteza. Puede ser que algunos de los señores de Stannis estén peleando entre ellos; nadie lo sabe a ciencia cierta, todo es muy confuso. El Perro se ha marchado, no se sabe adónde, y ser Balon se ha replegado al interior de la ciudad. Se han apoderado de las riberas. Están atacando nuevamente la puerta del Rey con el ariete, y ser Lancel tiene razón: vuestros hombres desertan de las murallas y asesinan a sus oficiales. Hay multitudes alborotadas junto a la puerta de Hierro y en la puerta de los Dioses; quieren salir, y en el Lecho de Pulgas, los borrachos están armando refriegas.

«Dioses misericordiosos —pensó Sansa—, es horrible, Joffrey va a perder la cabeza, y yo también. —Buscó a ser Ilyn con la mirada, pero no lo encontró—. Pero sé que está aquí, lo presiento. Está cerca, no podré escapar de él, me va a cortar la cabeza».

—Alzad el puente levadizo y atrancad las puertas —dijo la reina, extrañamente tranquila, volviéndose hacia Osfryd—. Nadie saldrá del Torreón de Maegor sin mi permiso.

—¿Qué pasa con las mujeres que han ido a rezar?

—Ellas han decidido alejarse de mi protección. Que sigan rezando; tal vez los dioses las defiendan. ¿Dónde está mi hijo?

—En el puesto de guardia del castillo. Quería ponerse al frente de los ballesteros. Fuera hay una muchedumbre gritando; la mitad, capas doradas que lo siguieron cuando se fue de la puerta del Lodazal.

—Traedlo al Torreón de Maegor ahora mismo.

—¡No! —Lancel estaba tan furioso que se le olvidó que debía hablar en voz baja. Al oírlo gritar, varias cabezas se giraron hacia él—. Volveremos a tomar la

puerta del Lodazal. Deja que se quede donde está, ¡es el rey!

—Es mi hijo. —Cersei Lannister se puso en pie—. Dices que tú también eres un Lannister, primo, así que demuéstralos. Osfryd, ¿qué hacéis todavía ahí? He dicho que ahora mismo.

Osfryd Kettleblack salió apresuradamente de la estancia, seguido por su hermano. Muchos de los invitados se apresuraban también a salir. Algunas de las mujeres lloraban; otras rezaban. Algunas se limitaron a seguir sentadas junto a las mesas y a pedir más vino.

—Cersei —suplicó ser Lancel—, si perdemos el castillo, Joffrey morirá igual, lo sabes muy bien. Deja que se quede allí; y o lo protegeré, te lo juro...

—Aparta de mi camino.

Le dio un golpe con la mano abierta sobre la herida. Ser Lancel gritó de dolor y estuvo a punto de desmayarse, mientras la reina salía de la estancia sin siquiera dirigirle una mirada a Sansa.

« Se ha olvidado de mí. Ser Ilyn me va a matar y ella no me dedica ni un pensamiento».

—¡Dioses, dioses! —aulló una anciana—. Estamos perdidos: la batalla se ha vuelto contra nosotros, la reina se marcha...

Varios niños empezaron a llorar. « Huelen el miedo». De pronto, Sansa se encontraba sola en el estrado. ¿Qué debía hacer? ¿Quedarse allí o correr detrás de la reina y suplicarle que le perdonara la vida?

Nunca supo por qué lo hizo, pero se puso en pie.

—No temáis —dijo en voz alta—. La reina ha ordenado alzar el puente levadizo. Estamos en el lugar más seguro de la ciudad. Los muros son gruesos, y están también el foso, las estacas...

—¿Qué está pasando? —exigió saber una mujer a la que apenas conocía, la esposa de un señor menor—. ¿Qué le ha dicho Osney a la reina? ¿Está herido el rey? ¿Ha caído la ciudad?

—¡Decidnos qué pasa! —gritó alguien más.

Una mujer preguntó por su padre; otra, por su hijo. Sansa alzó las manos para pedir silencio.

—Joffrey va a volver al castillo. No está herido. La batalla continúa, no sé nada más. Nuestros caballeros luchan con bravura. La reina no tardará en volver.

—Esto último era mentira, pero de alguna manera tenía que calmarlos. Se fijó en los bufones, que estaban debajo de la galería—. Chico Luna, haznos reír.

El Chico Luna hizo una voltereta lateral y cayó de pie sobre una mesa. Cogió cuatro copas de vino y empezó a hacer juegos malabares con ellas. De cuando en cuando, una se le caía y se le rompía contra la cabeza. Unas cuantas risas nerviosas resonaron por la estancia. Sansa acudió junto a ser Lancel y se arrodilló junto a él. La herida le sangraba de nuevo después del golpe de la reina.

—Es una locura —jadeó—. Dioses, el Gnomo tenía razón... Tenía razón...

—Ayudadlo —les ordenó Sansa a dos de los criados. Uno la miró, y salió corriendo con jarra y todo. Otros criados se estaban dando a la fuga también, pero aquello no lo podía evitar. Sansa ayudó al otro criado a poner en pie al caballero herido—. Llevadlo al maestre Frenken.

Lancel era uno de ellos, pero no conseguía odiarlo ni desearte la muerte. «Es verdad lo que dice Joffrey: soy blanda, débil y estúpida. No tendría que ayudarlo, tendría que matarlo».

Las llamas de las antorchas eran cada vez más débiles, y un par de ellas se habían apagado. Nadie se molestó en reemplazarlas. Cersei no volvía. Aprovechando que todos los ojos estaban clavados en el otro bufón, ser Dontos subió al estrado.

—Retiraos a vuestro dormitorio, dulce Jonquil —susurró—. Encerraos por dentro; allí estaréis más segura. Iré a buscarlos cuando termine la batalla.

«Alguien irá a buscarme —pensó Sansa—, pero ¿seréis vos o será ser Ilyn? —Durante un instante de locura se le ocurrió suplicar a Dontos que la defendiera. Él también había sido caballero, sabía manejar la espada y había jurado defender a los débiles—. No. No tiene valor, ni fuerza. Solo serviría para que él también muriese».

Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para salir del salón de baile de la reina con paso tranquilo, cuando lo que más deseaba en el mundo era echar a correr. Y si corrió; cuando llegó a las escaleras, las subió de dos en dos hasta acabar mareada y sin aliento. Un guardia chocó contra ella en el trayecto. Se le cayeron un par de candelabros de plata y una copa adornada con piedras preciosas de la capa escarlata donde los llevaba envueltos, y rodaron escaleras abajo. En cuanto decidió que Sansa no iba a tratar de quitarle el botín, el guardia se olvidó de ella y corrió tras los objetos.

Su dormitorio estaba completamente a oscuras. Sansa atrancó la puerta y caminó a tientas hasta la ventana. Cuando corrió los cortinajes, se quedó sin aliento.

Hacia el sur, el cielo era un torbellino de luces de colores cambiantes, reflejo de las inmensas hogueras que ardían en el suelo. Las venenosas mareas verdes azotaban el vientre de las nubes, y los lagos de luz anaranjada bañaban los cielos. Los tonos rojos y amarillos de las llamas vulgares se enfrentaban a los jades y esmeraldas del fuego valyrio; los colores resplandecían y desaparecían, creando ejércitos de sombras que perecían un momento después. En menos de un instante los amaneceres verdes dejaban paso a los ocasos anaranjados. El propio aire olía a quemado, igual que una olla de sopa que se hubiera dejado demasiado tiempo en el fuego, hasta que el líquido se evaporaba. Y los resoldos arrastrados por la brisa hacían que la noche pareciera poblada por enjambres de luciérnagas.

Sansa se apartó de la ventana y fue a refugiarse en la seguridad que le ofrecía la cama.

« Me voy a dormir —se dijo—, y cuando despierte será otro día, y el cielo volverá a estar azul. La batalla habrá terminado, y alguien vendrá para decirme si voy a morir o no» .

—Dama —sollozó en voz baja, mientras se preguntaba si cuando muriera se reuniría con su loba.

En aquel momento, algo se movió a su espalda; una mano surgió de la oscuridad y la agarró por la muñeca.

Sansa abrió la boca para gritar, pero otra mano le cubrió el rostro y casi la asfixió. Aquellos dedos eran duros y encallecidos, y estaban pegajosos de sangre.

—Hola, pajarito. Sabía que vendrías.

La voz era áspera, pastosa, ebria. En el exterior, una lanza de luz jade hundió el cielo estrellado, y la habitación se llenó de resplandor verde. Lo vio durante un instante, todo negro y verde, con la sangre del rostro negra como la brea y los ojos brillantes como los de un perro ante la luz repentina. Luego, la luz se desvaneció, y volvió a ser una mole oscura envuelta en una sucia capa blanca.

—Si gritas te mataré, puedes estar segura. —Le quitó la mano de la boca. Respiraba trabajosamente. El Perro tenía una jarra de vino en la mesilla de Sansa, y bebió un largo trago—. ¿No quieres saber quién va ganando la batalla, pajarito?

—¿Quién? —preguntó, demasiado asustada para negarse.

El Perro se echó a reír.

—Solo sé quién ha perdido. Yo.

« Jamás lo había visto tan borracho. Ha estado durmiendo en mi cama. ¿Qué quiere de mí?» .

—¿Qué habéis perdido?

—Todo. —La parte quemada de su rostro era una máscara de sangre seca—. Maldito enano. Tendría que haberlo matado. Hace años.

—Dicen que ha muerto.

—No. Una mierda. No quiero que muera. —Tiró a un lado la jarra vacía—. Quiero que arda. Si los dioses son bondadosos, harán que arda, pero yo no estaré aquí para verlo. Me voy.

—¿Os vais? —Trató de liberarse de su presa, pero la mano parecía de hierro.

—El pajarito repite lo que oyé. Me voy, sí.

—¿Adónde?

—Lejos de aquí. Lejos de los fuegos. No sé, saldré por la puerta de Hierro. Iré hacia el norte, a algún lugar, adonde sea.

—No podréis salir —dijo Sansa—. La reina ha cerrado el Torreón de Maegor, y las puertas de la ciudad también están cerradas.

—Para mí no. Tengo la capa blanca. Y también esto. —Dio unas palmaditas en el pomo de su espada—. El hombre que intente detenerme es hombre muerto. A menos que esté ardiendo. —Río con amargura.

—¿Por qué habéis venido aquí?

—Me prometiste una canción, pajarito. ¿Te habías olvidado?

No entendía qué quería decir. No podía cantar para él en aquel momento, en aquel lugar, con aquel cielo lleno de fuego, mientras morían hombres a cientos, a miles.

—Soltadme, me dais miedo.

—A ti te da miedo todo. Mírame. ¡Mírame!

La sangre le ocultaba las cicatrices más profundas, pero tenía los ojos muy abiertos, muy blancos, aterradores. La comisura quemada de su boca se contraía una y otra vez. Su olor mareaba a Sansa; apestaba a sudor, a vino agrio, a vomito rancio, y sobre todo a sangre, a sangre, a sangre.

—Yo cuidaría de ti para que no te pasara nada —dijo con voz áspera—. Todos me tienen miedo. Nadie volvería a hacerte daño, o lo mataría. —La atrajo hacia sí, y durante un momento, Sansa pensó que iba a besarla. Era demasiado fuerte; no podría resistirse. Cerró los ojos ansiendo que todo acabara pronto, pero no pasó nada—. Sigues sin poder mirarme, ¿eh? —Le oyó decir. Le retorció el brazo hasta obligarla a girar, y la empujó contra la cama—. Quiero mi canción. La de Florian y Jonquil, me dijiste. —Había desenvainado el puñal, y se lo puso en el cuello—. Canta, pajarito. Canta si quieres seguir con vida.

El miedo le había hecho un nudo en la garganta, y de repente no recordaba ninguna de las canciones que había sabido toda su vida. « Por favor, no me matéis —habría querido gritar—, por favor, no». Notó cómo movía la punta, cómo se la hundía, y estuvo a punto de cerrar los ojos de nuevo, pero en aquel momento se acordó. No era la canción de Florian y Jonquil, pero al menos era una canción. Su voz le sonó aguda, fina, trémula.

Dulce Madre, sed piadosa,
de los niños velad vos;
detened saetas y espadas,
y que puedan ver el sol.

Dulce Madre, nuestras hijas
en vos nutren su valor.
Sofocad la ira y el odio,
y alentad la compasión.

Se le había olvidado el resto de la letra. Tenía miedo de que la matara en cuanto dejara de cantar, pero tras un instante, el Perro le apartó el puñal de la garganta, sin decir palabra.

El instinto le dijo que alzara la mano y le pusiera los dedos sobre la mejilla.

La habitación estaba a oscuras y no lo veía, pero notó el tacto pegajoso de la sangre, y una humedad que no era de sangre.

—Pajarito —dijo él una vez más, con la voz ronca y rasposa como el sonido del acero contra la piedra.

Se levantó de la cama. Sansa oyó el sonido de la tela al rasgarse, y después, unas pisadas que se alejaban.

Cuando salió de la cama al cabo de un rato, estaba sola. Encontró la capa en el suelo, arrugada, el tejido de lana blanca manchado de sangre y fuego. Para entonces, en el exterior, el cielo estaba más oscuro; apenas unos cuantos fantasmas color verde claro danzaban ante las estrellas. Soplaba un viento gélido que hacía batir los postigos. Sansa sintió frío. Sacudió la capa desgarrada y se cubrió con ella antes de acurrucarse en el suelo, temblorosa.

No habría sabido decir cuánto tiempo permaneció así, pero tras un largo rato oyó una campana que repicaba al otro lado de la ciudad. El sonido era el retumbar grave de una garganta de bronce, cada vez más rápido. Sansa aún se preguntaba qué significaría aquello cuando se le unió una segunda campana, y luego una tercera, con voces que llegaban de las colinas y los valles, llenaban los callejones y las torres, y alcanzaban hasta el último rincón de Desembarco del Rey. Se liberó de la capa y corrió hacia la ventana.

Hacia el este despuntaba el alba, y ya sonaban también las campanas de la Fortaleza Roja, como parte de la riada de sonidos que manaba de las siete torres de cristal del Gran Septo de Baelor. Sansa recordó que aquellas campanas habían sonado cuando murió el rey Robert, pero en esta ocasión era un sonido diferente, no un doblar lento y triste, sino un repicar alegre. Además, en las calles se oían gritos y algo que solo podían ser aplausos y aclamaciones.

Fue ser Dontos quien le llevó la noticia. Cruzó atolondrado la puerta abierta, la estrechó entre sus brazos fofos, y le hizo dar vueltas por toda la habitación, mientras gritaba de manera tan incoherente que Sansa no entendía ni una palabra. Estaba tan borracho como lo había estado el Perro, pero a él, la bebida lo hacia bailar alegremente. Cuando por fin la soltó, estaba mareada y sin aliento.

—¿Qué pasa? —Se agarró a un poste de la cama—. ¿Qué ha sucedido? ¡Decídmelo!

—¡Se acabó! ¡Se acabó, se acabó! La ciudad está a salvo. Lord Stannis ha muerto, lord Stannis ha huido, nadie lo sabe, a nadie le importa; su ejército se ha dispersado, ya no hay peligro. Dicen que ha muerto en el combate o que se ha marchado, ¡qué más da! ¡Y cómo brillan los estandartes! ¡Los estandartes, Jonquil, los estandartes! ¡Tenéis vino? Tendríamos que brindar para celebrarlo, sí. ¡No lo entendéis? ¡Esto quiere decir que estáis a salvo!

—¡Decidme de una vez qué ha pasado! —le gritó Sansa sacudiéndolo.

Ser Dontos rio a carcajadas, saltó sobre una pierna, luego sobre la otra, y estuvo a punto de caer.

—Llegaron entre las cenizas mientras el río ardía. El río, Stannis estaba metido en el río hasta el cuello, y lo cogieron por la retaguardia. ¡Ah, quién fuera de nuevo caballero, quién hubiera participado en esto! Dicen que sus hombres apenas si presentaron batalla. ¡Algunos huyeron, pero fueron más los que doblaron la rodilla y aclamaron a lord Renly! ¿Qué pensaría Stannis al oír eso? Me lo ha contado Osney Kettleblack, a él se lo había contado ser Osmund, pero ser Balon ha vuelto ya y sus hombres dicen lo mismo, y los capas doradas también. ¡Estamos salvados, pequeña! Vinieron por el camino de las Rosas y a lo largo de la ribera, cruzaron todos los campos que Stannis había quemado, levantaban las cenizas con las botas y las armaduras se les cubrían de gris... ¡pero los estandartes! ¡Los estandartes debían de ser maravillosos!, la rosa dorada, el león dorado y todos los demás, el árbol de Marbrand y el de Rowan, el cazador de Tarly, las uvas de Redwyne y también la hoja de lady Oakheart. Todas las casas de occidente, ¡todo el poder de Altojardín y Roca Casterly! Lord Tywin en persona comandaba su ala derecha al norte del río, con Randyll Tarly al mando del grueso y Mace Tyrell al mando del ala izquierda, pero fue la vanguardia la que ganó la batalla. Atravesaron las fuerzas de Stannis como una lanza atravesía una calabaza; gritaban como demonios vestidos de acero. ¡Y sabéis quién iba al mando de la vanguardia? ¡Lo sabéis? ¡Lo sabéis? ¡Lo sabéis?

—¿Robb? —Era un sueño imposible, pero...

—¡Era lord Renly! ¡Lord Renly, con su armadura verde, y el fuego reflejado en sus astas doradas! ¡Lord Renly, con la lanza en la mano! ¡Se dice que mató a ser Guyard Morrigen en combate singular, y también a otra docena de grandes caballeros! ¡Era Renly, era Renly, era Renly! ¡Oh, mi querida Sansa, los estandartes! ¡Quién fuera caballero!

Estaba desayunando un cuenco de sopa fría de caqui y gambas cuando Irri apareció con una túnica qarthiense, una vaporosa prenda de seda marfileña con aljófares.

—Llévate eso —dijo Dany—. Los muelles no son lugar apropiado para ropa fina.

Los hombres de leche la consideraban una salvaje, de manera que como tal se vestiría para ellos. Cuando bajó a los establos llevaba unos pantalones de seda basta descolorida y unas sandalias de hierba entretejida. Sus pechos menudos se movían con libertad bajo un chaleco pintado dothraki, y del cinturón de medallones le colgaba una jambiya. Jhiqui le trenzó el cabello al estilo dothraki, y del extremo de la trenza le colgó una campanilla de plata.

—No he conseguido ninguna victoria —le dijo a su doncella al oír el suave tintineo de la campanilla.

—Quemasteis a los *maegi* en su casa de polvo y enviasteis sus almas al infierno.

«Esa victoria fue de Drogon, no mía», habría querido decir Dany, pero se contuvo. Los dothrakis la respetarían todavía más si se ponía unas cuantas campanas en el pelo. El tintineo se oyó cuando montó a lomos de su yegua plata y también con cada paso de su montura, pero ni ser Jorah ni sus jinetes de sangre lo mencionaron. Eligió a Rakharo para cuidar de su gente y de sus dragones durante su ausencia, y Jhogo y Aggo la acompañaron a los muelles.

Dejaron atrás los palacios de mármol y los jardines fragantes, y atravesaron una zona más pobre de la ciudad, donde las modestas casas de ladrillo mostraban a la calle sus paredes sin ventanas. Allí había menos caballos y camellos, y los palanquines escaseaban, pero en cambio abundaban los niños, los mendigos y los perros flacos de color arena. Los hombres de piel clara, vestidos con polvorrientas faldas de lino, los miraban pasar desde los arcos de las puertas. «Saben quién soy, y no les gusto». Dany lo supo por su forma de mirarla.

Ser Jorah habría preferido que fuera dentro de su palanquín, a salvo tras las cortinas de seda, pero ella se había negado. Ya había pasado demasiado tiempo reclinada entre cojines de seda, dejándose llevar de aquí para allá por los bueyes. Al menos, al cabalgar tenía la sensación de que se dirigía hacia alguna parte.

No era casualidad que hubiera elegido el puerto. Volvía a huir. Su vida entera no había sido más que una larga huida. Había empezado huyendo en el vientre de su madre, y desde entonces no había parado jamás. ¿Cuántas veces habían tenido que escapar Viserys y ella en medio de la noche, apenas un paso por delante de los asesinos a sueldo del Usurpador? Pero la huida era la única alternativa a la muerte. Xaro había descubierto que Pyat Pree estaba reuniendo a los brujos

supervivientes para causar a Dany tanto mal como fuera posible. Al enterarse, ella se había echado a reír.

—¿No fuisteis vos quien me dijo que los brujos no eran más que soldados viejos que alardean de hazañas ya olvidadas y de pioezas del pasado?

—Y así era entonces. —Xaro parecía preocupado—. Pero ahora ya no estoy tan seguro. Se dice que las velas de cristal vuelven a arder en la casa de Urrathon Nocturno; hacia cien años que no se veían. En el Jardín de Gehane crece hierba fantasma, se han visto espíritus de tortugas que llevan mensajes entre las casas sin ventanas del camino de los Brujos, y todas las ratas de la ciudad se están cortando la cola a mordiscos. La esposa de Mathos Mallarawan, que se burló una vez de la túnica apolillada de un brujo, ha enloquecido y se niega a llevar ropa. Incluso las sedas recién lavadas la hacen sentir como si un millar de insectos le corrieran por la piel. Y hasta el ciego Sybassion, el Comeojos, ha recuperado la vista, según dicen sus esclavos. Son demasiadas coincidencias. —Suspiró—. Corren tiempos extraños en Qarth. Y los tiempos extraños son malos para el comercio. Me duele decirlo, pero tal vez lo mejor sería que os marcharais de Qarth, y cuanto antes, mejor. —Xaro le dio unas palmaditas tranquilizadoras en los dedos—. Pero no tenéis por qué marcharos sola. En el palacio de Polvo tuvisteis visiones sombrías, pero Xaro ha soñado con otras mucho más luminosas. Os he visto feliz en la cama, con nuestro hijo mamando de vuestro pecho. ¡Surcad conmigo el mar de Jade, y lo haremos realidad! No es demasiado tarde. ¡Dadme un hijo, mi dulce cántico de alegría!

«Tú lo quequieres es que te dé un dragón».

—No voy a casarme con vos, Xaro.

—En ese caso, marchaos —dijo el hombre con frialdad.

—¿Adónde?

—Adonde sea, pero lejos.

Sí, tal vez ya fuera hora. La gente de su *khalasar* había agradecido la oportunidad de recuperarse de las penurias padecidas en el desierto rojo, pero ya estaban descansados y con carne sobre los huesos, y empezaban a mostrarse rebeldes. Los dothrakis no estaban acostumbrados a quedarse mucho tiempo en el mismo sitio. Eran un pueblo guerrero; no sabían vivir en las ciudades. Tal vez se había demorado más de lo debido en Qarth, seducida por sus bellezas y comodidades. Empezaba a comprender que era una ciudad que siempre prometía más de lo que daba, y desde que la Casa de los Eternos se había derrumbado entre humo y llamas, sentía que ya no era bienvenida allí. De la noche a la mañana, los qarthienses habían recordado que los dragones eran peligrosos. Dejaron de competir entre ellos para llevarle regalos. Y de pronto, la Hermandad de la Turmalina había pedido en público su expulsión, y el Antiguo Gremio de Especieros, su muerte. Xaro había tenido que esforzarse al máximo para evitar que los Trece se unieran a ellos.

«Pero ¿adónde puedo ir?». Ser Jorah proponía que siguieran avanzando hacia el este, para alejarse de sus enemigos de los Siete Reinos. Sus jinetes de sangre habrían preferido regresar a su gran mar de hierba, aunque aquello implicara enfrentarse de nuevo al desierto rojo. La propia Dany había valorado la idea de asentarse en Vaes Tolorro hasta que sus dragones crecieran y se hicieran fuertes. Pero tenía el corazón lleno de dudas. Ninguna de las opciones le parecía perfecta... y aunque pudiera decidir hacia dónde debían ir, aún faltaba saber cómo irían.

Xaro Xhoan Daxos no la ayudaría; lo sabía demasiado bien. Pese a todas sus promesas de amor, actuaba en su propio beneficio, igual que Pyat Pree. La noche en que le pidió que se marchara, Dany le había rogado un último favor.

—Un ejército, ¿verdad? —preguntó Xaro—. ¿Un cubo de oro? ¿Tal vez una galera?

—Un barco, sí. —Dany se sonrojó. Detestaba tener que suplicar.

—Soy un comerciante, *khaleesi*. —Los ojos de Xaro brillaron tanto como las joyas con que se adornaba la nariz—. Así que, en vez de hablar de dar, tendríamos que hablar de comerciar. A cambio de uno de vuestros dragones os daré los diez mejores barcos de mi flota. Solo tenéis que pronunciar una palabra, una dulce palabra.

—No —dijo ella.

—Qué desgracia —sollozó Xaro—, no me refería a esa palabra.

—¿Le pediríais a una madre que vendiera a uno de sus hijos?

—No veo por qué no. Siempre pueden tener más. Las madres venden a sus hijos constantemente.

—La Madre de Dragones, no.

—¿Ni siquiera a cambio de veinte barcos?

—Ni siquiera a cambio de un centenar.

—No tengo cien barcos. —Las comisuras de la boca de Xaro se torcieron hacia abajo—. Pero vos tenéis tres dragones. Dadme uno como pago por todas mis atenciones. Seguiréis teniendo dos, y además, treinta barcos.

Treinta barcos bastarían para llevar un pequeño ejército hasta las orillas de Poniente. «Pero no tengo un pequeño ejército».

—¿Cuántos barcos poseéis, Xaro?

—Ochenta y tres, sin contar con mi barcaza de paseo.

—¿Y vuestros colegas de los Trece?

—Entre todos, tal vez un millar.

—¿Y los Especieros? ¿Y la Hermandad de la Turmalina?

—Sus flotas son insignificantes, no cuentan.

—Decidme lo de todos modos —pidió.

—Los Especieros, mil doscientos o mil trescientos. La Hermandad no tendrá más allá de ochocientos.

—Y los asshaitas, los braavosis, los hombres de las islas del Verano, los ibbeneses y todos los demás pueblos que navegan por el gran mar de sal, ¿cuántos barcos poseen? Entre todos.

—Muchos, sin duda —replicó irritado—. ¿Qué importa eso?

—Estoy tratando de poner precio a uno de los tres dragones vivos que hay en el mundo. —Dany le dedicó una dulce sonrisa—. Me parece que lo justo sería un tercio de todos los barcos del mundo.

—¿No os advertí que no entrarais en el palacio de Polvo? —Las lágrimas corrieron por las mejillas de Xaro, a ambos lados de la nariz enjoyada—. Esto es lo que tanto temía. Los susurros de los brujos os han vuelto tan loca como la esposa de Mallarawan. ¿Un tercio de todos los barcos del mundo? Bah. Bah, bah y bah.

Desde entonces, Dany no había vuelto a verlo. Su senescal era el encargado de hacerle llegar los mensajes, cada uno más frío del anterior. Tenía que irse de su casa. Estaba cansado de alimentarlos a ella y a los suyos. Le exigía que le devolviera los regalos, porque los había aceptado de mala fe. Su único consuelo era que había tenido el sentido común de no casarse con él.

« Los susurros de los brujos hablaron de tres traiciones: una por sangre, una por oro y una por amor». La primera traición había sido, sin duda, la de Mirri Maz Duur, que había asesinado a Khal Drogo y a su hijo nonato para vengar a su pueblo. ¿Habían sido las de Pyat Pree y las de Xaro Xhoan Daxos la segunda y la tercera? Le parecía improbable. Pyat no había actuado para conseguir oro, y Xaro nunca la había amado de verdad.

Las calles estaban cada vez más desiertas mientras atravesaban un barrio destinado a sombríos almacenes de piedra. Aggo la precedía y Jhogo iba tras ella, con lo que ser Jorah Mormont iba a su lado. La campanilla tintineaba suavemente, y Dany descubrió que una vez más sus pensamientos volvían al palacio de Polvo, igual que la lengua vuelve al espacio que ha dejado un diente al caerse. « Hija de tres —la habían llamado—, hija de la muerte, exterminadora de mentiras, esposa del fuego». El tres, siempre el tres. Tres fuegos, tres monturas, tres traiciones.

—El dragón tiene tres cabezas —suspiró—. ¿Sabéis qué significa eso, Jorah?

—¿Cómo decís, alteza? El blasón de la casa Targaryen es un dragón de tres cabezas, rojo sobre negro.

—Ya lo sé. Pero no hay dragones de tres cabezas.

—Las tres cabezas eran Aegon y sus hermanas.

—Visenya y Rhaenys —recordó—. Yo descendo de Aegon y Rhaenys por vía de su hijo Aenys y su nieto Jaehaerys.

—Los labios azules solo dicen mentiras, ¡no es eso lo que os dijo Xaro? ¿Por qué os preocupa lo que os susurraron los brujos? Lo único que querían era sorberos la vida, ya lo sabéis.

—Es posible —reconoció de mala gana—. Pero las cosas que vi...

—Un hombre muerto en la proa de un barco, una rosa azul, un banquete de sangre... ¿qué significa eso, *khaleesi*? Y un dragón de tela, según me contasteis. Por favor, decidme, ¿qué significa un dragón de tela?

—El dragón de una compañía de títeres —explicó Dany—. Los titiriteros los utilizan en sus espectáculos, para que los caballeros tengan algo contra lo que pelear. —Ser Jorah frunció el ceño. Dany se negaba a dejar el tema—. «Suya es la canción de hielo y fuego», me dijo mi hermano. Estoy segura de que fue mi hermano. Viserys no, Rhaegar. Tenía un arpa con las cuerdas de plata.

—Es cierto que el príncipe Rhaegar tenía un arpa así —reconoció ser Jorah con el ceño tan fruncido que las cejas se le juntaron—. ¿Lo visteis?

Dany asintió.

—Había una mujer en una cama, amamantando a un bebé. Mi hermano dijo que era el príncipe que les había sido prometido, y le dijo que lo llamara Aegon.

—El príncipe Aegon era el heredero de Rhaegar, nacido de Elia de Dorne —dijo ser Jorah—. Pero si él era el príncipe prometido, la promesa quedó rota junto con su cráneo cuando los Lannister le destrozaron la cabeza contra una pared.

—Lo recuerdo —dijo Dany con tristeza—. También asesinaron a la hija de Rhaegar, la princesita Rhaenys. Se llamaba igual que la hermana de Aegon. No había ninguna Visenya, pero dijo que el dragón tiene tres cabezas. ¿Qué es la canción de hielo y fuego?

—No la he oido nunca.

—Acudi a los brujos en busca de respuestas, y en vez de eso me dieron cien preguntas nuevas.

Ya volvía a haber gente en las calles.

—¡Abrid paso! —gritó Aggo.

—Ya me llega el olor, *khaleesi* —dijo Jhogo, olfateando el aire con desconfianza—. Es el agua envenenada.

Los dothrakis desconfiaban del mar y de todo lo que se moviera por él. No querían tener nada que ver con un agua que los caballos no bebían.

« Ya aprenderán —decidió Dany—. Yo me enfrenté a su mar con Khal Drogo. Ellos tendrán que enfrentarse al mío» .

Qarth era uno de los puertos más importantes del mundo, un auténtico espectáculo de colores, sonidos y olores extraños. En las calles había tabernas, almacenes y garitos, entremezclados con burdeles baratos y templos de dioses peculiares. Los rateros, asesinos, vendedores de hechizos y cambistas se mezclaban entre la multitud. Los muelles eran un gran mercado donde las compras y ventas tenían lugar día y noche, y se podían obtener mercancías por una fracción de su precio en un bazar, siempre y cuando no se indagara mucho sobre su procedencia. Ancianas encorvadas vendían aguas aromatizadas y leche

de cabra, que llevaban en cántaros de cerámica cargados a los hombros y sujetos con cinchas. Marineros de cien naciones vagablan entre los tenderetes, bebían vinos especiados e intercambiaban chistes en idiomas extraños. El aire olía a sal, a pescado frito, a brea caliente, a miel, a incienso, a aceite y a esperma.

Aggo le dio a un pilluelo una moneda de cobre a cambio de una brocheta de ratones asados con miel, y los fue mordisqueando mientras cabalgaba. Jhogo se compró un puñado de jugosas cerezas blancas. Por todas partes se vendían hermosos puñales de bronce, calamares secos, ónix tallado, un poderoso elixir mágico preparado con leche de virgen y color-del-ocaso, y hasta huevos de dragón cuyo aspecto recordaba demasiado al de rocas pintadas.

Al pasar junto a los largos atracaderos de piedra reservados para los barcos de los Trece vio cofres de azafrán, incienso y pimienta, que estaban descargando de la ornamentada nave de Xaro *Beso Bermellón*. Al lado se amontonaban barriles de vino, balas de hojamarga y fardos de pieles a rayas, que estaban subiendo por la pasarela de la *Novia de Azul*, que iba a partir con la marea vespertina. Un poco más allá se había congregado una multitud en torno a una galera de los Especieros, la *Rayo de Sol*, para pujar por los esclavos. Todo el mundo sabía que un esclavo salía mucho más barato si se compraba directamente del barco, y los estandartes que ondeaban sobre sus palos proclamaban que la *Rayo de Sol* acababa de llegar de Astapor, en la bahía de los Esclavos.

Dany no conseguiría ayuda de los Trece, de la Hermandad de Turmalina ni del Antiguo Gremio de Especieros. Recorrió con su plata varias leguas de muelles, dársenas y almacenes, hasta llegar al final del puerto en forma de herradura, donde se permitía atracar a los barcos procedentes de las islas del Verano, Poniente y las Nueve Ciudades Libres.

Desmontó junto a un reñidero donde un basilisco estaba despedazando a un perro rojo de gran tamaño, en medio del griterío de los marineros que lo rodeaban.

—Aggo, Jhogo, vigilad los caballos mientras ser Jorah y yo hablamos con los capitanes.

—Como ordenes, *khaleesi*. Montaremos guardia mientras estáis ausentes.

Mientras se acercaba a la primera nave, Dany pensó que era agradable volver a oír a los hombres hablando en valyrio, e incluso en la lengua común. Marineros, estibadores y mercaderes le abrían paso, sin saber qué pensar de aquella jovencita esbelta con el cabello como oro blanco, que vestía al estilo dothraki y caminaba escoltada por un caballero. Pese a lo caluroso del día, ser Jorah lucía su jubón de lana verde sobre la cota de malla, con el oso negro de los Mormont bordado en el pecho.

Pero ni la belleza de Dany ni la fuerza del caballero les iban a servir de nada

con los hombres cuyos barcos tanto necesitaban.

—¡Así que queréis pasaje para un centenar de dothrakis, sus caballos, vos misma, este caballero y tres dragones? —dijo el capitán de la gran coca *Amigo Ardoroso* antes de alejarse entre carcajadas.

Cuando le dijo al lyseno que comandaba la *Trompetera* que ella era Daenerys de la Tormenta, reina de los Siete Reinos, el hombre hizo una mueca.

—Sí, y yo soy Tywin Lannister, y todas las noches cago oro —replicó.

El contramaestre de la galera de Myr *Espíritu de Seda* señaló que los dragones eran demasiado peligrosos en el mar, donde cualquier llamita podía incendiar los aparejos. En cambio, el propietario de la *Barriga* de Lord Faro se habría arriesgado a transportar dragones, pero no dothrakis.

—No pienso llevar en mi *Barriga* a esos salvajes sin dios, ni pensar lo.

Los dos hermanos que capitaneaban las naves gemelas *Mercurio* y *Galgo* se mostraron comprensivos y los invitaron a subir para tomar un vaso de vino del Rejo. Fueron tan corteses que Dany se atrevió a albergar esperanzas, pero resultó que el precio que pedían estaba muy por encima de sus posibilidades, tal vez incluso por encima de las de Xaro. La *Petto Pellizcos* y la *Ojos Negros* eran demasiado pequeñas; la *Bravo* tenía que partir hacia el mar de Jade, y la *Magister Emallo* no parecía capaz de mantenerse a flote.

Mientras se dirigían hacia el siguiente atracadero, ser Jorah le puso una mano en la base de la espalda.

—Alteza, os están siguiendo. No, no os volváis. —La guio con gentileza hacia el tenderete de un vendedor de objetos de bronce—. Mirad qué hermoso trabajo, mi reina —proclamó en voz alta al tiempo que levantaba una gran bandeja y se la mostraba—. ¿Veis cómo brilla al sol?

El bronce estaba tan pulido que Dany podía ver su rostro reflejado en él... y cuando ser Jorah lo colocó en el ángulo adecuado, vio también qué había tras ella.

—Hay un hombre gordo de piel oscura y otro de más edad con un cayado. ¿Cuál de los dos?

—Ambos —respondió ser Jorah—. Nos han estado siguiendo desde que salimos de la *Mercurio*.

Las ondulaciones del bronce distorsionaban las figuras de los desconocidos, con lo que uno parecía muy alto y enjuto, y el otro, espantosamente bajo y gordo.

—Un bronce de primera calidad, gran señora —exclamó el comerciante—. ¡Reluce como el sol! Y por ser para la Madre de Dragones, solo os costará treinta honores.

La bandeja no valía más de tres.

—¿Dónde están mis guardias? —exclamó Dany—. ¡Este hombre está

intentando robarme! —Bajó la voz para hablar con Jorah en la lengua común—. Puede que no tengan malas intenciones. Los hombres han mirado a las mujeres desde el principio de los tiempos; tal vez no sea más que eso.

—¿Treinta? —dijo el vendedor de bronce haciendo caso omiso de sus susurros—. ¿He dicho treinta? Tonto de mí. El precio es de veinte honores.

—Todos los objetos que tienes en este tenderete no valen juntos veinte honores —le replicó Dany mientras examinaba la imagen reflejada.

El anciano tenía aspecto de ser de Poniente, y el de piel oscura debía de pesar más de diez arrobas. « El Usurpador ofreció un título de señor al hombre que me matara, y estos dos están muy lejos de sus hogares. ¿O serán tal vez enviados de los brujos, que intentan cogerme desprevenida? » .

—Diez, *khaleesi*, y solo porque sois así de hermosa. Utilizadlo como espejo; solo un bronce de tanta calidad como este puede reflejar vuestra belleza.

—Más bien me serviría como orinal para las noches. Si lo tiráis, tal vez lo recoja, mientras no tenga que agacharme para ello. Pero ni en sueños pagaría por esto. —Dany le volvió a poner la bandeja en las manos—. Si pensáis que pagaré, es que los gusanos se os han metido por la nariz y os han devorado el cerebro.

—Ocho honores —gritó—. Mis esposas me darán una paliza y me llamarán idiota, pero en vuestras manos no soy más que un niño indefenso. Vamos, ocho, es menos de lo que vale.

—¿Para qué quiero yo una bandeja de bronce, cuando Xaro Xhoan Daxos me da de comer en platos de oro?

Dio la vuelta como si fuera a alejarse, y aprovechó para mirar a hurtadillas a los desconocidos. El hombre de piel oscura era casi tan grueso como había parecido en la bandeja; tenía la cabeza calva y brillante, y las mejillas pulidas de los eunucos. Se ceñía el amplio vientre con una tira de seda amarilla manchada de sudor, de la que le colgaba un largo *arakh* curvo. Por encima de la seda iba desnudo, a excepción de un chaleco con tachonaduras de hierro que de tan pequeño resultaba absurdo. Los antebrazos, gruesos como troncos de árbol, el pecho ancho y el vientre redondo aparecían cubiertos de cicatrices antiguas, muy blancas en comparación con la piel oscura como una avellana.

El otro hombre vestía una capa de viajero de lana sin teñir, con la capucha echada hacia atrás. Tenía una cabellera larga y blanca que le caía sobre los hombros, y una barba sedosa, blanca también, que le cubría la mitad inferior del rostro. Se apoyaba en un cayado de madera dura casi tan alto como él.

« Si quisieran hacerme algún daño, tendrían que ser muy idiotas para vigilarme de manera tan abierta ». De todos modos, lo más prudente sería regresar adonde estaban Jhogo y Aggo.

—El anciano no lleva espada —le dijo a Jorah en la lengua común, mientras se alejaba con él.

—Cinco honores —insistió el vendedor corriendo tras ellos—, por cinco honores es todo vuestro, fue hecho para vos.

—Un cayado de madera dura puede romper un cráneo tan bien como cualquier maza —replicó ser Jorah.

—¡Cuatro! ¡Sé que lo estáis deseando! —No paraba de saltar ante ellos, retrocediendo, sin dejar de ponerles la bandeja delante.

—¿Todavía nos siguen?

—Levanta eso un poco más —le dijo el caballero al vendedor—. Sí. El anciano finge que está examinando las mercancías que hay en un tenderete de vasijas, pero el de piel oscura no os quita la vista de encima.

—¡Dos honores! ¡Dos! ¡Dos! —El vendedor jadeaba por el esfuerzo de correr de espaldas.

—Pagadle antes de que se nos muera aquí mismo —le dijo Dany a ser Jorah, mientras se preguntaba qué iba a hacer con una bandeja de bronce tan grande.

Mientras el caballero buscaba las monedas, ella dio media vuelta. Estaba decidida a poner fin a aquella farsa. La sangre del dragón no permitiría que un anciano y un eunuco gordo la siguieran por todo el bazar.

Un qarthiense se cruzó en su camino.

—Madre de Dragones, esto es para vos. —Se arrodilló y le puso ante el rostro un cofrecito en joyado.

Dany lo cogió casi por puro reflejo. El cofre era de madera tallada, con la tapa de madreperla e incrustaciones de jaspe y calcedonia.

—Sois muy generoso. —Lo abrió. Dentro había un brillante escarabajo verde de ónix y esmeraldas.

«Es muy bonito —pensó—. Servirá para ayudarnos a pagar el pasaje».

—Lo siento mucho —dijo el hombre cuando la vio meter la mano en el cofre, pero ella apenas lo oyó.

El escarabajo se desenroscó con un siseo. Durante un instante, Dany pudo ver una cara negra, malévolas, casi humana, y una cola arqueada de la que goteaba veneno... y en aquel momento, el cofre salió volando de su mano en pedazos. Un dolor repentino le atenazó los dedos. Lanzó un grito y se agarró la mano, mientras el vendedor de objetos de bronce empezaba a chillar; después gritó una mujer, y pronto, todos los qarthienses estaban gritando y empujándose. Ser Jorah pasó junto a ella, y Dany cayó con una rodilla en tierra. Volvió a oír el siseo. El anciano golpeó el suelo con el extremo de su cayado; Aggo llegó al galope por en medio de un tenderete donde se vendían huevos y saltó de la silla; el látigo de Jhogo restalló en el aire; ser Jorah golpeó al eunuco en la cabeza con la bandeja de bronce; marineros, prostitutas y mercaderes corrían, gritaban o hacían ambas cosas...

—Mil perdones, alteza. —El anciano se arrodilló—. Ya está muerta. ¿Os he roto la mano?

—Me parece que no. —Dany abrió y cerró los dedos, con una mueca.

—Tenía que quitároslo de la mano —empezó a explicar.

Pero en aquel momento, sus jinetes de sangre cayeron sobre él. Aggo le arrebató el cayado de una patada, y Jhogo lo agarró por los hombros, lo tiró al suelo y le puso el puñal en la garganta.

—Hemos visto cómo te golpeaba, *khaleesi*. ¿Quieres ver tú el color de su sangre?

—Soltadlo. —Dany se puso en pie—. Mira el extremo de su cayado, sangre de mi sangre. —El eunuco había conseguido derribar a ser Jorah. Se interpuso entre ellos justo en el momento en que el *arakh* y la espada larga salían centelleantes de sus vainas—. ¡Guardad los aceros! ¡Basta!

—¿Qué decís, alteza? —Mormont bajó la espada solo unas pulgadas—. Estos hombres os estaban atacando.

—Me estaban defendiendo. —Dany sacudió la mano; le hormigueaban los dedos—. El que me ha atacado ha sido el otro, el qarthiense. —Miró a su alrededor, pero ya había desaparecido—. Era un hombre pesaroso; en ese cofre enjоyado que me ha dado había una mantícora. Este hombre me la ha quitado de la mano. —El vendedor de bronce seguía rodando por el suelo. Dany se dirigió hacia él y lo ayudó a ponerse en pie—. ¿Os ha picado?

—No, buena señora —dijo, tembloroso—. Si me hubiera picado, ya estaría muerto. Pero me ha rozado, *agh*, al salir volando de la caja me ha caído en el brazo.

Se había ensuciado los calzones, y no era de extrañar. Le dio una moneda de plata a modo de compensación, y se despidió de él antes de volverse hacia el anciano de la barba blanca.

—¿A quién le debo mi vida?

—No me debéis nada, alteza. Me llaman Arstan, aunque durante el viaje que nos ha traído aquí, Belwas ha empezado a llamarme Barbablanca.

Aunque Jhogo lo había soltado, el anciano seguía con una rodilla en tierra. Aggo cogió el cayado, le dio la vuelta, masculló una maldición en dothraki, raspó los restos de la mantícora contra una piedra y se lo devolvió.

—¿Y quién es Belwas? —preguntó ella.

—Yo soy Belwas. —El corpulento eunuco de piel morena se adelantó al tiempo que envainaba el *arakh*—. Belwas el Fuerte me llaman en los reñideros de Meereen. No he sido derrotado jamás. —Se dio una palmada en la barriga cubierta de cicatrices—. Dejo que todos los hombres me hieran una vez antes de matarlos. Contad las heridas y sabréis a cuántos ha matado Belwas el Fuerte.

—¿Y qué haces aquí, Belwas el Fuerte? —A Dany no le hizo falta contar las cicatrices; a simple vista se veía que eran muchas.

—De Meereen me vendieron a Qohor y de allí a Pentos, al hombre gordo del pelo con hedor dulce. Él fue el que envió a Belwas el Fuerte a cruzar el mar, con

el viejo Barbablanca para servirlo.

« El hombre gordo del pelo con hedor dulce...» .

—¿Illyrio? —preguntó—. ¿Os envía el magíster Illyrio?

—Así es, alteza —respondió el anciano Barbablanca—. El magíster os ruega que lo perdonéis por enviarnos a nosotros en su lugar, pero ya no puede montar a caballo como cuando era joven, y los viajes por mar le alteran la digestión. —Antes había hablado en el valyrio de las Ciudades Libres, pero en aquel momento cambió a la lengua común—. Sentimos haberlos alarmado. Para ser sinceros, no estábamos seguros, pensábamos que tendríais un aspecto más... más...

—¿Regio? —Dany se echó a reír. No llevaba ninguno de sus dragones, y su atuendo no era precisamente el propio de una reina—. Habláis bien la lengua común, Arstan. ¿Sois de Poniente?

—Así es. Nací en las Marcas de Dorne, alteza. De niño serví como escudero para un caballero de la casa de lord Swann. —Sostenía el cayado muy recto junto a él, como si fuera una pica a la que le faltara un estandarte—. Ahora soy el escudero de Belwas.

—¿No sois un poco mayor para eso? —preguntó ser Jorah, que se había abierto paso para situarse junto a Dany. Sujetaba con incomodidad la bandeja de bronce bajo el brazo. La cabeza de Belwas era muy dura, y la había abollado curvándola.

—No soy tan viejo como para no poder servir a mi señor, lord Mormont.

—También me conocéis a mí?

—Os vi luchar en un par de ocasiones. En Lannisport estuvisteis a punto de desmontar al Matarreyes. Y también en Pyke. ¿No lo recordáis, lord Mormont?

—Vuestro rostro me resulta familiar —contestó ser Jorah frunciendo el ceño—, pero en Lannisport había cientos de hombres, y en Pyke, miles. Y no me llaméis lord; no tengo título de señor. La isla del Oso me fue arrebatada. No soy más que un caballero...

—Un caballero de mi Guardia de la Reina. —Dany lo cogió del brazo—. Mi amigo leal y mi buen consejero. —Estudió el rostro de Arstan. Percibió en él una gran dignidad, una especie de fuerza tranquila que le gustó—. Levantaos, Arstan Barbablanca. Sed bienvenido, Belwas el Fuerte. A ser Jorah ya lo conocéis. Ko Aggo y Ko Jhoggo son mis jinetes de sangre. Cruzaron conmigo el desierto rojo, y vieron nacer a mis dragones.

—Chicos de los caballos. —Belwas mostró los dientes en una sonrisa—. Belwas ha matado muchos chicos de caballos en los reñideros. Caen tintineando cuando mueren.

—Nunca he matado a un moreno gordo —intervino Aggo echando mano del arakh—. Belwas será el primero.

—Envaina tu acero, sangre de mi sangre —dijo Dany—. Este hombre ha venido a servirme. Belwas, tendréis que mostrar respeto a mi pueblo, o dejaréis

de estar a mi servicio antes de lo que os gustaría y con más cicatrices que al empezar.

La sonrisa mellada desapareció del rostro ancho del gigante, para dejar paso a una mueca ceñuda y confusa. No había muchos hombres que se atrevieran a amenazar a Belwas, y menos aún, niñas que no abultaban ni la tercera parte que él. Dany le dirigió una sonrisa para suavizar la reprimenda.

—Bien, decidme, ¿qué quiere de mí el magíster Illyrio, para haceros venir desde Pentos?

—Quiere dragones —dijo Belwas en tono hosco—, y a la chica que los hace. Os quiere a vos.

—Belwas dice la verdad, alteza —dijo Arstan—. Se nos ha pedido que os busquemos y os llevemos de vuelta a Pentos. Los Siete Reinos os necesitan. Robert el Usurpador ha muerto, y el reino se desangra. Cuando zarpamos de Pentos había cuatro reyes, y a ninguno se le podía pedir justicia.

El corazón de Dany se llenó de alegría, pero consiguió que no se le reflejara en el rostro.

—Tengo tres dragones —dijo—, y un *khalasar* de más de cien personas, con todas sus posesiones y caballos.

—No importa —tronó Belwas—. Los llevamos a todos. El hombre gordo alquila tres barcos para su reinecita de pelo de plata.

—Así es, alteza —asintió Arstan Barbablanca—. La gran coca *Saduleon* está atracada al final del muelle, y las galeras *Sol del Verano* y *Travesura de Joso* os esperan ancladas más allá de la escollera.

«Tres cabezas tiene el dragón», pensó Dany.

—Le diré a mi pueblo que se disponga para partir de inmediato. Pero los barcos que me lleven a casa deberán tener otros nombres.

—Será como digáis —dijo Arstan—. ¿Qué nombres preferís?

—*Vhagar* —respondió Daenerys—, *Meraxes* y *Balerion*. Pintad los nombres en los cascos, con letras doradas de una vara de alto, Arstan. Quiero que todos los que las vean sepan que los dragones han regresado.

Habían bañado las cabezas en brea para ralentizar la putrefacción. Todas las mañanas, cuando iba al pozo a sacar agua fresca para la palangana de Roose Bolton, Arya tenía que pasar por debajo de ellas. Miraban hacia fuera, de manera que no les veía los rostros, pero le gustaba imaginar que una era la de Joffrey. Trató de imaginar cómo quedaría la bonita cara de Joffrey una vez sumergida en brea.

« Si yo fuera un cuervo, bajaría volando y le arrancaría a picotazos esos labios gordos de idiota» .

A las cabezas no les faltaban admiradores. Los grajos carroñeros trazaban círculos sobre el puesto de guardia entre graznidos roncos, se disputaban los ojos en las murallas, lanzándose picotazos unos a otros, y levantaban el vuelo cuando un centinela se acercaba por las almenas. En ocasiones, los cuervos del maestre tomaban parte en el festín y bajaban de las pajarerías batiendo las grandes alas negras. Cuando los cuervos se acercaban, los grajos se dispersaban, pero regresaban en cuanto se iban los pájaros más grandes.

« ¿Se acordarán los cuervos del maestre Tothmure? —se preguntó Arya—. ¿Les dará pena que ya no esté? Cuando lo llaman con sus graznidos, ¿se preguntarán por qué no les responde?» . Tal vez los muertos pudieran hablar con ellos, en un lenguaje secreto que los vivos no oían.

Tothmure fue condenado al hacha por enviar pájaros a Roca Casterly y a Desembarco del Rey la noche de la caída de Harrenhal; Lucan el armero, por hacer armas para los Lannister; el ama Harra, por decirles a los criados de lady Whent que les sirvieran, y el mayordomo, por entregarle a lord Tywin las llaves de la cripta del tesoro. Al cocinero lo perdonaron (según algunos, porque había preparado la sopa de comadreja), pero para la hermosa Pia y las otras mujeres que habían concedido sus favores a los soldados Lannister se preparó una superficie de madera con unos tablones en el patio. Desnudas y rapadas, quedaron en medio junto al foso del oso, para que las usara todo hombre que quisiera.

Tres soldados de los Frey las estaban usando aquella mañana, cuando Arya se dirigía hacia el pozo. Trató de no mirar, pero no pudo evitar oír las risas de los hombres. Una vez lleno, el cubo pesaba mucho. Estaba dando la vuelta para regresar a la Torre de la Pira Real cuando el ama Amabel la agarró por un brazo. La sacudida hizo que parte del agua le salpicara las piernas.

—Lo has hecho adrede —chilló.

—¿Qué quieres? —Arya se retorció para intentar liberarse de su presa. Desde que le habían cortado la cabeza a Harra, Amabel estaba medio enloquecida.

—¿Ves eso? —Señaló hacia donde estaba Pia—. Cuando caiga este norteño, tú estarás en su lugar.

—Suéltame. —Se retorció de nuevo, pero Amabel apretó más los dedos.

—Él también caerá. Harrenhal acaba por hacerlos caer a todos. Lord Tywin ha ganado ya; pronto volverá con todo su poder, y entonces castigará a los que han sido desleales. ¡Y no creas que no se va a enterar de qué has hecho! —La vieja soltó una risotada—. Hasta yo cogeré turno contigo. Harra tenía una escoba vieja, te la estoy guardando. El palo está lleno de astillas...

Arya balanceó el cubo. El peso del agua hizo que se volcara, con lo que no le dio a Amabel en la cabeza, como había sido su intención; de todos modos, al verse empapada, la mujer la soltó.

—¡No vuelvas a tocarme! —gritó Arya—. Te mato, si me vuelves a tocar te mato!

—Te crees que con ese hombrecito sangrando encima de las tetas estás a salvo —dijo Amabel, empapada, clavándole un dedo flaco en el hombre desollado de la pechera de la túnica—. ¡Pues no! ¡Los Lannister vienen hacia aquí! Ya verás qué pasa cuando lleguen.

Tres cuartas partes del agua se habían derramado, de manera que Arya tuvo que volver al pozo.

« Si le digo a lord Bolton lo que me ha dicho, su cabeza estará ahí arriba, al lado de la de Harra, antes de que anochezca», pensó mientras volvía a subir el cubo. Pero no se lo diría.

En cierta ocasión, cuando solo había la mitad de cabezas, Gendry había sorprendido a Arya contemplándolas.

—Qué, ¿admirando tu obra? —le preguntó.

Estaba enfadado porque le caía bien Lucan; Arya lo sabía muy bien. Aun así, aquello no era justo.

—Es obra de Walton Patas de Acero —dijo a la defensiva—. Y de los Titiriteros y de lord Bolton.

—¿Y quién nos ha puesto en sus manos? Tú y tu sopa de comadreja.

—Solo era caldo caliente. —Arya le pegó un puñetazo en el brazo—. Además, tú también odiabas a ser Amory.

—A estos los odio más. Ser Amory luchaba por su señor, pero los Titiriteros son mercenarios y cambiacapas. La mitad ni siquiera habla la lengua común. Al septón Utt le gustan los niños pequeños; Qyburn practica la magia negra, y tu amigo Mordedor se come a la gente.

Lo peor era que ni siquiera podía decirle que era mentira. La Compañía Audaz se encargaba de casi todo el avituallamiento necesario para Harrenhal, y Roose Bolton le había encomendado la misión de acabar con los leales a los Lannister. Vargo Hoat la había dividido en cuatro grupos para visitar tantas aldeas como fuera posible. Él iba al mando del más numeroso, y les encomendó los otros a sus mejores capitanes. Lo único que tenía que hacer era regresar a los lugares donde había estado antes bajo el estandarte de lord Tywin y apoderarse

de los que lo habían ayudado entonces. A muchos los habían comprado con plata Lannister, de modo que no era inusual que los Titiriteros regresaran con sacas de monedas, además de con cestas de cabezas.

—¡Un acertijo! —gritaba Shagwell alegramente—. Si la cabra de lord Bolton se come a los hombres que alimentaron a la cabra de lord Lannister, ¿cuántas cabras hay?

—Una —respondió Arya cuando se lo preguntó a ella.

—Mira qué tenemos aquí, ¡una comadreja lista como una cabra! —dijo el bufón con una risita ahogada.

Rorge y Mordedor eran tan malos como el resto. Siempre que lord Bolton comía con la guarnición, Arya los veía con los demás. Mordedor despedía un hedor terrible, a queso podrido, de manera que los de la Compañía Audaz lo obligaban a sentarse al final de la mesa, donde podía gruñir y sisear, y despedazar la carne con los dedos y los dientes. Siempre que Arya pasaba junto a él, la oliqueaba, pero el que de verdad la hacía estremecerse era Rorge. Se sentaba cerca de Ursywck el Fiel, pero la niña sentía los ojos clavados en ella siempre que estaba allí, dedicada a sus tareas.

En ocasiones deseaba haberse marchado al otro lado del mar Angosto con Jaqen H'ghar. Aún conservaba aquella moneda de mierda que le había dado, un trozo de hierro pequeño, con todo el borde oxidado. En una cara había algo escrito, unas palabras raras que Arya no entendía. En el otro se veía la cabeza de un hombre, pero tan desgastada que no se distinguían los rasgos. «Dijo que tenía un gran valor, pero seguro que también eso era mentira, igual que su nombre y hasta su cara». Aquello la enfureció tanto que tiró la moneda, pero una hora más tarde se arrepintió y fue a buscarla, aunque sabía que no valía nada.

Iba pensando en la moneda mientras cruzaba el Patio de la Piedra Fundida, luchando con el peso del agua en el cubo, cuando oyó una voz que la llamaba.

—¡Nan! ¡Deja ese cubo y ven a ayudarme!

Elmar Frey tenía su misma edad, y además era bajito. Había estado haciendo rodar un barril de arena por el suelo desigual del patio, y tenía el rostro congestionado por el esfuerzo. Arya fue a ayudarlo. Juntos empujaron el barril hasta el muro, luego de vuelta, y lo levantaron. La arena susurró al moverse por el interior mientras Elmar abría la tapa y sacaba una cota de malla.

—¿Te parece que ya está limpia? —Como escudero de Roose Bolton, su misión era tener su armadura siempre brillante.

—Tienes que sacudir la arena. Aún quedan manchas de óxido, ¿ves? —señaló
—. Tendrás que hacerlo otra vez.

—Encárgate tú. —Elmar se mostraba muy simpático siempre que necesitaba ayuda, pero luego se acordaba de que era un escudero, mientras que ella no era más que una sirvienta. Le encantaba alardear de que era hijo del señor del Cruce, no un sobrino, un nieto ni un bastardo, sino un hijo legítimo, y que por eso

se iba a casar con una princesa.

—Tengo que llevarle a mi señor agua para la palangana. —A Arya le importaba un rábano su princesa, y no le gustaba que le diera órdenes—. Está en su habitación, con las sanguijuelas puestas. No son las sanguijuelas normales, las negras; son esas blancas tan grandes.

Elmar tenía los ojos como platos. Las sanguijuelas le daban pavor, sobre todo las blancas, las que parecían gelatina hasta que se llenaban de sangre.

—Se me olvidaba, eres demasiado flaca para empujar un barril tan pesado.

—Y a mí se me olvidaba que tú eres idiota. —Arya volvió a coger el cubo—. ¿Por qué no te pones sanguijuelas tú también? En el Cuello hay unas que son tan grandes como cerdos. —Dio media vuelta y lo dejó allí con el barril.

Cuando entró en el dormitorio del señor, había mucha gente. Allí estaban Qyburn y el severo Walton, con cota de malla y canilleras, y también una docena de hombres de la familia Frey, todos hermanos, hermanastros y primos. Roose Bolton yacía en la cama, desnudo, con sanguijuelas en la cara interior de los brazos y los muslos, y por encima del pecho blancuzco; eran bichos alargados, translúcidos, que se iban tiñendo de un rosa brillante a medida que se alimentaban. Bolton les prestaba tan poca atención como a Arya.

—No podemos permitir que lord Tywin nos atrape en Harrenhal —decía ser Aenys Frey mientras Arya llenaba la palangana. Era un gigantón canoso, cargado de espaldas, con manos grandes y nudosas, que había llevado hacia el sur hasta Harrenhal más de mil quinientas espadas de los Frey, pero a menudo parecía incapaz de hacerse obedecer por sus hermanos—. El castillo es tan grande que para defenderlo hace falta un ejército, y una vez rodeados no tendremos con qué alimentar a un ejército. Tampoco es posible acopiar provisiones suficientes. Los alrededores están arrasados; los lobos se pasean por los pueblos, y toda la cosecha ha ardiido o la han robado. Solo tenemos lo que traen los forrajeadores, y si los Lannister les impiden salir, antes de que cambie la luna estaremos comiendo ratas y suelas de calzado.

—No tengo la menor intención de permitir un asedio. —Roose Bolton hablaba tan bajo que sus hombres tenían que hacer un esfuerzo para oírlo, de modo que las habitaciones donde estaba parecían siempre silenciosas.

—Entonces, ¿qué? —preguntó ser Jared Frey, delgado, calvo, con la cara picada de viruelas—. ¿Acaso Edmure Tully está tan ebrio de victoria que cree que puede enfrentarse a lord Tywin en combate abierto?

«Pues si lo hace, lo ganará —pensó Arya—. Lo ganará igual que en el Forca Roja, ya veréis». Nadie se fijaba en ella, de modo que se quedó de pie junto a Qyburn.

—Lord Tywin está a muchas leguas de aquí —respondió Bolton con tranquilidad—. Aún le quedan muchos asuntos por zanjar en Desembarco del Rey. Tardará un tiempo en avanzar contra Harrenhal.

Ser Aenys sacudió la cabeza con terquedad.

—No conocéis a los Lannister tan bien como nosotros, mi señor. El rey Stannis también creía que lord Tywin estaba a mil leguas, y eso fue su ruina.

El hombre de piel blanca de la cama esbozó una leve sonrisa mientras las sanguijuelas se alimentaban de su sangre.

—Yo no voy a consentir que me arruinen.

—Aunque Aguasdulces reuniera todo su poder y el Joven Lobo regresara victorioso del oeste, ¿qué esperanza tenemos de igualar en número al ejército que lord Tywin puede enviar contra nosotros? Cuando venga, traerá unas fuerzas muy superiores a las que tenía en el Forca Verde. ¡Os recuerdo que Altojardín se ha unido a la causa de Joffrey!

—No lo había olvidado.

—Ya he sido prisionero de lord Tywin en una ocasión —intervino ser Hosteen, un hombre fornido de rostro cuadrado que, según se decía, era el más fuerte de todos los Frey—. No tengo el menor deseo de disfrutar de nuevo de la hospitalidad de los Lannister.

Ser Harys Haigh, que también era un Frey por parte de madre, asintió convencido.

—Si lord Tywin consiguió derrotar a un hombre curtido como Stannis Baratheon, ¿qué le hará a nuestro joven rey? —Miró a sus hermanos y primos en busca de apoyo, y varios de ellos asintieron.

—Alguien tiene que atreverse a decirlo —siguió ser Hosteen—. Hemos perdido la guerra. Hay que hacérselo entender.

—Su alteza ha derrotado a los Lannister siempre que se ha enfrentado a ellos en combate —dijo Roose Bolton clavando los ojos claros en él.

—Ha perdido el norte —insistió Hosteen Frey—. ¡Ha perdido Invernalia! Sus hermanos han muerto...

Durante un instante, Arya se olvidó de respirar. « ¿Muertos? ¿Bran y Rickon? ¿Están muertos? ¿Qué quiere decir? ¿Cómo que ha perdido Invernalia? Es imposible: Joffrey jamás podría apoderarse de Invernalia, jamás, Robb no se lo permitiría». Entonces se acordó de que Robb no estaba en Invernalia. Estaba lejos, en el oeste, y Bran estaba tullido y Rickon no tenía más que cuatro años. Necesitó de todas sus fuerzas para permanecer quieta y en silencio, tal como le había enseñado Syrio Forel, para seguir allí como si no fuera más que otro mueble. Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas, y las contuvo a pura fuerza de voluntad. « No es verdad, no puede ser verdad, seguro que es una mentira de los Lannister» .

—Si hubiera ganado Stannis, las cosas serían muy diferentes —dijo con tristeza Ronel Ríos, uno de los bastardos de lord Walder.

—Stannis perdió —replicó ser Hosteen en tono brusco—. Lo que ha sucedido, ha sucedido; así están las cosas. El rey Robb tiene que firmar la paz con los

Lannister. Por mucho que le moleste, debe renunciar a la corona y doblar la rodilla.

—¿Y quién se lo va a decir? —Roose Bolton sonrió—. Es maravilloso contar con tantos hermanos valientes en estos tiempos que corren. Pensaré en lo que me habéis dicho.

Su sonrisa era una despedida. Los Frey susitaron las frases de rigor y se marcharon, con lo que en la estancia quedaron solo Qyburn, Walton Patas de Acero y Arya. Lord Bolton le hizo una señal para que se acercara.

—Ya he sangrado suficiente, Nan, quitame las sanguijuelas.

—Como digáis, mi señor. —Era mejor que Roose Bolton no tuviera que pedir las cosas dos veces. Arya habría dado cualquier cosa por preguntarle qué había querido decir ser Hosteen con lo de Invernalia, pero no se atrevía.

«Le preguntaré a Elmar —pensó—. Elmar me lo contará todo». Las sanguijuelas se retorcían perezosas entre sus dedos a medida que, con sumo cuidado, las iba despegando de la piel del señor. Los cuerpos blanquecinos estaban húmedos, hinchados de sangre. «No son más que sanguijuelas —se recordó—. Si aprieto el puño, las aplasto».

—Ha llegado una carta de vuestra señora esposa. —Qyburn se sacó de la manga un pergamo enrollado. Aunque llevaba la túnica propia de un maestre, no lucía la cadena al cuello; se rumoreaba que la había perdido por meterse en asuntos de nigromancia.

—Podéis leérmela —dijo Bolton.

Lady Walda escribía desde Los Gemelos casi a diario, pero todas las cartas eran iguales.

—Rezo por ti dia y noche, mi dulce señor —leyó—, yuento los días que faltan hasta que volváis a compartir mi lecho. Vuelve pronto connigo, y te daré muchos hijos legítimos que ocuparán el lugar de tu amado Domeric en Fuerte Terror.

Arya se imaginó a un bebé regordete y rosado en una cuna, cubierto de sanguijuelas regordetas y rosadas. Le tendió a lord Bolton un paño húmedo para que se limpiara aquella piel sin vello.

—Yo también voy a enviar una carta —le dijo al otrora maestre.

—¿A lady Walda?

—A ser Helman Tallhart.

Hacía dos días había llegado un jinete de ser Helman. Los hombres de Tallhart habían tomado el castillo de los Darry, aceptando la rendición de la guarnición Lannister tras un corto asedio.

—Dile que pase por la espada a los prisioneros y le prenda fuego al castillo, por orden del rey. Luego, deberá unir sus fuerzas a las de Robett Glover y avanzar hacia el este para atacar el Valle Oscuro. Son tierras ricas, y la guerra apenas las ha tocado. Ya va siendo hora de que la prueben. Glover ha perdido un

castillo, y Tallhart, un hijo. Dejemos que se venguen en el Valle Oscuro.

—Prepararé el mensaje para que le pongáis el sello, mi señor.

Arya se alegró al enterarse de que iban a quemar el castillo de los Darry. Allí la habían llevado cuando la cogieron después de su pelea con Joffrey, y allí fue donde la reina había obligado a su padre a matar a la loba de Sansa. « Que lo quemen, se lo tiene bien merecido». Pero también habría deseado que Robett Glover y ser Helman Tallhart regresaran a Harrenhal; habían partido demasiado pronto, antes de que tuviera tiempo de decidir si podía confiarles su secreto.

—Hoy voy a salir de caza —anunció Roose Bolton mientras Qyburn lo ayudaba a ponerse un jubón guateado.

—¿Creéis que es seguro, mi señor? —preguntó Qyburn—. Hace solo tres días que unos lobos atacaron a los hombres del septón Utt. Se metieron en su campamento, a menos de cinco pasos de la hoguera, y mataron a dos caballos.

—Precisamente, lo que pienso cazar son lobos. Aúllan tanto por las noches que casi no me dejan dormir. —Bolton se abrochó el cinturón y se colocó bien la espada y el puñal—. Se dice que, en el pasado, los lobos huargo rondaban por el norte en manadas de más de cien animales, y no temían a los hombres ni a los mamuts. Pero eso fue hace mucho, y en otras tierras. Es extraño que los lobos comunes del sur se hayan vuelto tan atrevidos.

—En tiempos terribles como estos surgen seres terribles, mi señor.

—¿Estos tiempos os parecen terribles, maestre? —Bolton mostró los dientes en un gesto que tal vez fuera una sonrisa.

—El verano ha terminado, y hay cuatro reyes en el reino.

—Puede que un rey sea terrible, pero... ¿cuatro? —Se encogió de hombros—. Nan, mi capa de pieles. —Ella se la llevó—. Cuando vuelva quiero encontrarme las habitaciones limpias y ordenadas —dijo mientras ella se la abrochaba—. Y encárgate de la carta de lady Walda.

—Como ordenéis, mi señor.

El señor y el maestre salieron de la habitación sin molestarse siquiera en mirarla. Una vez se hubieron marchado, Arya cogió la carta y se la llevó a la chimenea, donde movió los leños con un atizador para avivar las llamas. Observó como el pergamo se retorcía, se ennegrecía y empezaba a arder.

« Si los Lannister les han hecho daño a Bran y a Rickon, Robb los matará a todos. No doblará la rodilla nunca, nunca, nunca. No les tiene miedo» .

Las cenizas rizadas flotaron chimenea arriba. Arya se acuclilló junto al fuego y las observó ascender a través de un velo de lágrimas ardientes. « Si es verdad que Invernalia ya no existe, ¿dónde está ahora mi hogar? ¿Sigo siendo Arya, o solo Nan, la sirvienta, para siempre jamás?» .

Las siguientes horas las dedicó a arreglar las habitaciones del señor. Barrió los juncos viejos que cubrían el suelo y echó otros frescos, de olor dulce; añadió troncos a la chimenea, cambió las sábanas y ahuecó el colchón de plumas; vació

los orinales por el foso de la letrina y los limpió; llevó la ropa sucia a las lavanderas y subió de la cocina un cuenco de crujientes peras de otoño. Cuando terminó con el dormitorio, bajó medio tramo de escaleras para hacer lo mismo en la sala, una estancia sobria y llena de corrientes, tan grande como los salones de más de un castillo pequeño. Las velas estaban reducidas a cabos, de manera que Arya las cambió. Bajo las ventanas había una gran mesa de roble donde el señor escribía las cartas. Amontonó los libros, cambió las velas y ordenó las plumas, los tinteros y el lacre para los sellos.

Sobre los papeles había una piel de cordero grande y gastada. Arya empezó a enrollarla, pero los colores le llamaron la atención: el azul de ríos y lagos, los puntos rojos donde había castillos y ciudades, el verde de los bosques... Así que la desenrolló del todo. «LAS TIERRAS DEL TRIDENTE», rezaba la ornamentada inscripción de la base del mapa. En el dibujo aparecía todo lo que había desde el Cuello hasta el río Aguasnegras.

«Aquí está Harrenhal, encima del lago grande —comprendió—, pero ¿dónde está Aguasdulces? —Entonces lo vio—. No está muy lejos...».

Cuando terminó, la tarde era todavía joven, de manera que Arya se dirigió hacia el bosque de dioses. Como copera de lord Bolton, sus tareas eran más livianas de lo que lo habían sido a las órdenes de Weese o incluso de Ojorrojo, aunque también la obligaban a vestir como un paje y a lavarse más de lo que habría querido. La partida de caza tardaría varias horas en volver, así que aún le quedaba tiempo para su trabajo de aguja.

Lanzó tajos y estocadas contra hojas de abedul hasta que la punta astillada de la escoba rota estuvo verde y pegajosa.

—Ser Gregor —jadeó—. Dunsen, Polliver, Raff el Dulce. —Giró, saltó y se mantuvo en equilibrio sobre la parte anterior de la planta del pie, mientras lanzaba estocadas a diestro y siniestro, y derribaba al vuelo las piñas que caían—. Cosquillas —iba recitando con cada golpe—. El Perro. Ser Ilyn, ser Meryn, la reina Cersei. —El tronco de un roble se alzaba imponente ante ella, y lanzó una estocada directa—. Joffrey, Joffrey, Joffrey —rugió. La luz del sol proyectaba las sombras de las hojas sobre sus brazos y piernas. Cuando se detuvo, tenía la piel cubierta por una película de sudor. Se había despellejado el talón del pie derecho y lo tenía ensangrentado, de manera que tuvo que ir a la pata coja cuando se situó ante el árbol corazón y alzó su espada en gesto de saludo—. *Valar morghulis* —les dijo a los antiguos dioses del norte.

Le gustaba cómo sonaba cuando lo decía en voz alta.

Al cruzar el patio en dirección a la casa de baños, Arya divisó un cuervo que descendía hacia las pajareras volando en círculos, y se preguntó de dónde procedería y qué mensaje llevaría.

«Puede que sea de Robb, y que diga que lo de Bran y Rickon no era verdad. —Se mordió un labio, esperanzada—. Si yo tuviera alas, podría volar hasta

Invernia y así lo vería. Y si fuera verdad, me iría volando lejos, más allá de la luna y de las estrellas, y vería todas las cosas de los cuentos de la Vieja Tata, los dragones, los monstruos marinos y el Titán de Braavos, y a lo mejor no volvía nunca, a no ser que me apeteciera».

La partida de caza regresó casi al anochecer con nueve lobos muertos. Siete eran adultos, bestias de gran tamaño y pelaje entre castaño y gris, con colmillos largos y amarillentos que se veían en las fauces entreabiertas. Pero los otros dos no eran más que cachorros. Lord Bolton dio orden de que le hicieran una manta con las pieles.

—Los pequeños aún tienen la piel blanda, mi señor —le señaló uno de sus hombres—. Haceos unos guantes bien abrigados.

—Como nos recuerdan siempre los Stark, se acerca el invierno. —Bolton alzó la vista hacia los estandartes que ondeaban sobre las torres del puesto de guardia—. Me parece bien. —En aquel momento vio a Arya, y la llamó—. Nan, quiero una jarra de vino caliente especiado; he cogido frío en los bosques. Asegúrate de que no me llegue frío. Esta noche prefiero cenar solo. Pan de cebada, mantequilla y jabalí.

—Enseguida, mi señor. —A aquella era siempre la mejor respuesta.

Cuando entró en la cocina, Pastel Caliente estaba preparando tortas de avena. Otros tres cocineros limpiaban pescado, mientras un pinche hacía girar sobre las llamas un espetón con un jabalí.

—Mi señor quiere la cena, con vino caliente especiado para pasarla —anunció Arya—, y que no le llegue frío.

Uno de los cocineros se lavó las manos, sacó una olla y la llenó de vino tinto, espeso y dulce. Le dijo a Pastel Caliente que fuera machacando las especias mientras el vino se calentaba. Arya intentó ayudarlo.

—Ya lo hago yo solo —replicó el muchacho hosicamente—. No hace falta que me enseñes a preparar vino especiado.

«Él también me odia, o me tiene miedo». Retrocedió, más triste que enfadada. Cuando la comida estuvo lista, los cocineros la cubrieron con una tapa de plata, y envolvieron la jarra en un paño grueso para mantenerla caliente. Fuera ya estaba oscureciendo. En las murallas, los cuervos rondaban en torno a las cabezas como cortesanos en torno a un rey. Ante la puerta de la Pira Real había un guardia.

—Eso que llevas no será sopa de comadreja, ¿eh? —bromeó.

Al entrar vio a Roose Bolton sentado junto a la chimenea, leyendo un libro grueso encuadrado en piel.

—Enciende las velas —le ordenó mientras pasaba una página—. Esto está cada vez más oscuro.

Le dejó la comida a su lado, e hizo lo que le ordenaba, con lo que la estancia pronto estuvo llena de una luz trémula y aroma a clavo. Bolton pasó unas cuantas

páginas más con el dedo, cerró el libro y, con mucho cuidado, lo depositó en el fuego. Las llamas que lo consumieron se reflejaban en sus ojos claros. La piel vieja y reseca se prendió de inmediato, y las páginas amarillentas se movían al arder, como si un fantasma las estuviera leyendo.

—Por esta noche ya no te voy a necesitar —dijo sin mirarla siquiera.

Tendría que haberse marchado silenciosa como un ratón, pero no pudo contenerse.

—Mi señor, cuando os marchéis de Harrenhal —dijo—, ¿me llevaréis con vos?

Se volvió para mirarla, con una expresión en los ojos como si la bandeja de la cena le hubiera hablado de repente.

—¿Te he dado permiso para hacerme preguntas, Nan?

—No, mi señor. —Bajó los ojos.

—Entonces no tendrías que haberme hablado, ¿verdad?

—No. Mi señor.

Por lo visto, aquella situación divertía a Roose Bolton.

—Te voy a responder, solo por esta vez. Cuando vuelva al norte tengo intención de dejar Harrenhal en manos de lord Vargo. Tú te quedarás aquí, con él.

—Pero si yo... —empezó.

—No tengo por costumbre permitir que los criados cuestionen mis decisiones, Nan —la interrumpió—. ¿Quéquieres? ¿Que te haga arrancar la lengua?

—No, mi señor. —Arya sabía que era capaz de hacerlo, con tanta tranquilidad como otro espantaría a un perro.

—Entonces, ¿esto no se va a repetir?

—No, mi señor.

—De acuerdo, márchate. Por esta vez me olvidaré de tu insolencia.

Arya se marchó, pero no a la cama. Cuando salió a la oscuridad del patio, el guardia de la puerta la saludó con un gesto de la cabeza.

—Se aproxima una tormenta —dijo—. ¿No lo hueles en el aire?

El viento soplaban con fuerza; las llamas de las antorchas que brillaban en la parte superior de las murallas, tras las hileras de cabezas, formaban remolinos. De camino hacia el bosque de dioses pasó junto a la Torre Aullante, donde había vivido atemorizada por Weese. Desde la caída de Harrenhal, los Frey se la habían adjudicado. A través de una ventana le llegó el ruido de voces furiosas; varios hombres hablaban y discutían al mismo tiempo. Elmar estaba sentado en los escalones de la entrada, a solas.

—¿Qué pasa? —le preguntó Arya al ver que tenía las mejillas llenas de lágrimas.

—Mi princesa —sollozó—. Aenys dice que estamos deshonrados. Ha llegado un pájaro de Los Gemelos. Mi padre dice que me tendrá que casar con otra, o

meterme a septón.

« No hay por qué llorar por una princesa, qué tontería» , pensó Arya.

—Puede que mis hermanos estén muertos —le confió.

—¿Y a quién le importan los hermanos de una criada? —le espetó Elmar lanzándole una mirada despectiva.

—Ojalá se muera tu princesa —dijo, controlándose para no darle un puñetazo, y echó a correr antes de que pudiera agarrarla.

En el bosque de dioses, recogió su escoba de donde la había dejado y fue con ella hasta el árbol corazón. Allí se arrodilló. Las hojas rojas crujían. Los ojos rojos escudriñaron en su interior. « Los ojos de los dioses» .

—Dioses, decidme qué tengo que hacer —rezó.

Durante un largo rato no se oyó más sonido que el del viento, el agua y el crujir de las ramas y las hojas. Y entonces, lejos, muy lejos, más allá del bosque de dioses, de las torres hechizadas y de las inmensas murallas de piedra de Harrenhal, en algún lugar del mundo exterior, sonó el aullido largo y solitario de un lobo. A Arya se le puso la carne de gallina, y se sintió momentáneamente mareada. Y entonces, muy tenue, le pareció oír la voz de su padre.

—Cuando cae la nieve y sopla el viento blanco, el lobo solitario muere, pero la manada sobrevive —dijo.

—Pero es que ya no hay manada —le susurró al arciano. Bran y Rickon estaban muertos; los Lannister tenían a Sansa, y Jon se había ido al Muro—. Yo ni siquiera soy yo, ahora soy Nan.

—Eres Arya de Invernia, hija del norte. Me dijiste que podías ser fuerte. Por tus venas corre la sangre del lobo.

—La sangre del lobo. —Arya lo recordó—. Puedo ser tan fuerte como Robb. Lo dije y lo haré.

Respiró hondo, cogió el palo de escoba con ambas manos, lo rompió contra la rodilla con un sonoro crujido y tiró a un lado los fragmentos.

« Soy una loba huargo, se acabó lo de tener dientes de madera» .

Aquella noche se tendió en su estrecho catre de paja, que hacía que le picara la piel, y mientras aguardaba a que saliera la luna escuchó las voces de los vivos y los susurros y discusiones de los muertos. Eran los únicos en los que confiaba a aquellas alturas. Oía el sonido de su propia respiración, y también los aullidos de los lobos, que ya eran una gran manada.

« Están más cerca que el que he oído en el bosque de dioses —pensó—. Me llaman» .

Por fin, salió de debajo de la manta, se puso una túnica a toda prisa, y bajó silenciosa por las escaleras, con los pies descalzos. Roose Bolton era un hombre precavido, y la entrada a la Pira Real estaba vigilada día y noche, de manera que tuvo que escabullirse por el ventanuco estrecho de un sótano. El patio estaba en silencio; el gran castillo, envuelto en sueños hechizados. Arriba, el viento que

azotaba la Torre Aullante entonaba un cántico fúnebre.

En la herrería, los fuegos estaban extinguidos, y las puertas, cerradas y atrancadas. Se coló por una ventana, como ya había hecho una vez. Gendry compartía un colchón con otros dos aprendices de herreros. Arya se quedó un rato acuclillada en el altillo hasta que se le acostumbraron los ojos a la oscuridad; entonces pudo estar segura de que Gendry era el que estaba en un extremo. Le puso una mano sobre la boca y le dio un pellizco. El muchacho abrió los ojos. No debía de tener el sueño muy profundo.

—Por favor —susurró Arya. Le quitó la mano de la boca e hizo una señal.

Durante un momento pareció que no la había entendido, pero luego salió de debajo de las mantas. Desnudo, cruzó la habitación de puntillas, se puso una túnica suelta de tejido basto, y salió tras ella por la ventana. El resto de los dormientes ni se movió.

—¿Qué quieres esta vez? —preguntó Gendry en un susurro, con tono enfadado.

—Una espada.

—Pulgarnegro las tiene bajo llave; te lo he dicho cien veces. ¿Es para lord Sanguijuela?

—Es para mí. Rompe la cerradura con el martillo.

—Sí, para que me rompan a mí la mano —gruñó—. O algo peor.

—Si escapas conmigo, no.

—Si te escapas, te atraparán y te matarán.

—Lo tuyo va a ser peor. Lord Bolton va a entregar Harrenhal a los Titiriteros Sangrientos, me lo ha dicho.

—Y a mí ¿qué? —Gendry se apartó de los ojos un mechón de pelo negro.

—Cuando Vargo Hoat sea el señor, les cortará los pies a todos los sirvientes para que ninguno escape. —Arya lo miraba a los ojos, sin miedo—. Y a los herreros también.

—Eso no son más que cuentos —replicó despectivamente.

—No, es cierto. Se lo he oido decir a lord Vargo —mintió—. Le va a cortar un pie a todo el mundo. El izquierdo. Ve a la cocina y despierta a Pastel Caliente; hará lo que le digas. Vamos a necesitar pan, o tortas, o algo. Tú consigue espadas; de los caballos me encargo yo. Nos reuniremos al lado de la poterna de la muralla este, detrás de la Torre de los Fantasmas. Por allí no va nadie nunca.

—Conozco esa puerta. Está vigilada, igual que todas las demás.

—¿Y qué? Tú no te olvides de las espadas.

—No he dicho que vaya a ir.

—No. Pero si vienes, no te olvides de las espadas.

—Bueno —dijo al final el chico con el ceño fruncido—. Supongo que no las olvidaré.

Arya volvió a entrar en la Pira Real por el mismo camino por donde había

salido, y subió por la escalera de caracol sin dejar de escuchar por si oía pisadas. Una vez en su celda, se desnudó y volvió a vestirse con mucho cuidado, con dos capas de ropa interior, medias abrigadas y su túnica más limpia. Era el uniforme que llevaba el servicio de lord Bolton, con su emblema bordado en el pecho, el hombre desollado. Se ató los zapatos, se echó una capa de lana sobre los flacos hombros y se la anudó al cuello. Silenciosa como una sombra, inició de nuevo el descenso. Junto a la puerta de la sala de su señor, se detuvo a escuchar, y al no oír más que silencio, la abrió con cautela.

El mapa de piel de cordero estaba encima de la mesa, al lado de los restos de la cena de lord Bolton. Lo enrolló bien y se lo puso bajo el cinturón. También había dejado el puñal sobre la mesa, y se apoderó de él por si Gendry se acobardaba.

Cuando entró en los oscuros establos, un caballo relinchó suavemente. Los mozos de cuadras estaban todos dormidos. Dio una patadita a uno, que se sentó, adormilado.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—Lord Bolton necesita tres caballos, ensillados y conbridas.

—¿Cómo? —El chico se puso en pie y se sacudió la paja del pelo—. ¿A estas horas? ¿Tres caballos? —Parpadeó al ver el emblema bordado en su túnica—. ¿Para qué quiere caballos si está todo oscuro?

—Lord Bolton no tiene por costumbre permitir que los criados cuestionen sus decisiones. —Se cruzó de brazos. El mozo de cuadras seguía mirando el hombre desollado. Sabía qué significaba.

—Y quiere tres?

—Uno, dos, tres. Caballos de caza. Rápidos y de paso seguro.

Arya lo ayudó con las sillas y las riendas para que no tuviera que despertar a ninguno de los otros. Le habría gustado pensar que no lo iban a castigar, pero sabía que probablemente sí.

Lo peor fue cruzar el castillo con los caballos. Siempre que podía se mantenía a la sombra del muro exterior, de manera que los centinelas que hacían las rondas por las murallas tuvieran que mirar casi en vertical para verla. «¿Y qué pasa si me ven? Soy la copera de mi señor». Era una noche otoñal fría y húmeda. Las nubes que llegaban del oeste ocultaban las estrellas, y la Torre Aullante sollozaba quejumbrosa con cada ráfaga de viento. «Huele a lluvia». Arya no habría sabido decir si aquello sería bueno o malo para su huida.

Nadie la vio, y ella tampoco vio a nadie, aparte de un gato gris y blanco que caminaba por la cima del muro del bosque de dioses. Se detuvo y bufó a Arya, con lo que despertó recuerdos de la Fortaleza Roja, de su padre y de Syrio Forel.

—Si quisiera, podría atraparte —dijo en voz baja—, pero me tengo que ir, gato.

El gato bufó de nuevo y se marchó corriendo.

La Torre de los Fantasmas era la más ruinosa de los cinco inmensos torreones de Harrenhal. Se alzaba oscura y desolada contra los restos de un septo derrumbado, donde desde hacía más de trescientos años no rezaban más que las ratas. Allí fue donde esperó por si acudían Gendry y Pastel Caliente. La espera se le hizo eterna. Los caballos mordisqueaban las hierbas que crecían entre las piedras caídas, mientras las nubes engullían las últimas estrellas. Solamente para tener las manos ocupadas en algo, Arya sacó el puñal y lo afiló, con pasadas largas y suaves, tal como le había enseñado Syrio. Aquel sonido la tranquilizaba.

Los oyó acercarse mucho antes de verlos. Pastel Caliente respiraba jadeante, y en una ocasión tropezó en la oscuridad, se arañó la espinilla y soltó un tajo tan alto como para despertar a medio Harrenhal. Gendry era más silencioso, pero las espadas que llevaba tintineaban cuando se movía.

—Estoy aquí. —Se levantó. Id en silencio, que os van a oír.

Los muchachos se dirigieron hacia ella por encima de las piedras caídas. Advirtió que Gendry llevaba bajo la capa una cota de malla bien engrasada, y el martillo de herrero colgado a la espalda. El rostro redondo de Pastel Caliente la miró desde debajo de la capucha. Llevaba un saco de pan en la mano derecha, y un gran queso bajo el brazo izquierdo.

—En esa poterna hay un guardia —dijo Gendry en voz baja—. Ya te lo dije.

—Quedaos con los caballos —dijo Arya—. Voy a librarme de él. Cuando os llame, venid enseguida.

Gendry asintió.

—Cuando quieras que vayamos, ulula como un búho.

—No soy un búho —replicó Arya—. Soy un lobo. Aullaré.

Avanzó ella sola por la sombra de la Torre de los Fantasmas. Caminaba deprisa para que no la alcanzara su miedo, y sentía como si a su lado caminara Syrio Forel, y Yoren, y Jaqen H'ghar, y Jon Nieve. No había cogido la espada que le había llevado Gendry; aún no era el momento. Para aquello, el puñal era mucho mejor. Era un arma buena, muy afilada. Aquella poterna era la más pequeña de las puertas de Harrenhal, estrecha, de roble grueso, tachonada con clavos de hierro, situada en un ángulo de la muralla, bajo una torre defensiva. Solo la vigilaba un hombre, pero ella sabía que arriba habría centinelas, y también patrullas en los muros. Pasara lo que pasara debía ser silenciosa como una sombra. « No puedo dejar que dé la alarma ». Habían empezado a caer unas gotas dispersas de lluvia. Notó que una le caía en la frente y se le deslizaba poco a poco por la nariz.

No hizo el menor esfuerzo por ocultarse, sino que se acercó al guardia abiertamente, como si el propio lord Bolton la hubiera enviado. El hombre la miró acercarse con curiosidad; ¿qué llevaría allí a un paje a aquellas horas de la noche? Cuando estuvo más cerca, Arya vio que era un norteño, muy alto y delgado, arrebatado en una desastrada capa de pieles. Mala cosa. Habría podido

engaños a un Frey o a uno de la Compañía Audaz, pero los hombres de Fuerte Terror habían servido a Roose Bolton toda la vida, y lo conocían mejor que ella.

« Si le digo que soy Arya Stark y le ordeno que se aparte... » . No, no se atrevería. Era un norteño, pero no era de Invernalia; era leal a Roose Bolton.

Al llegar junto a él se echó la capa hacia atrás para que viera el hombre desollado que llevaba en el pecho.

—Me envía lord Bolton.

—¿A estas horas? ¿Para qué?

Vio el brillo del acero debajo de las pieles. No sabía si tendría fuerza suficiente para clavar el puñal a través de una cota de malla.

« En la garganta, tiene que ser en la garganta, pero es muy alto, no llego » . Por un momento no supo qué decir. Por un momento volvía a ser una niñita asustada, y la lluvia que le caía por el rostro tenía sabor a lágrimas.

—Me ha dicho que entregue a cada uno de sus guardias una moneda de plata como premio por sus servicios. —Las palabras le habían nacido de la nada.

—De plata, ¿eh? —No la creía, pero quería creerla; al fin y al cabo, la plata era plata—. Venga, dámela.

Se metió la mano bajo la túnica y sacó la moneda que le había dado Jaqen. En la oscuridad, el hierro podría pasar por plata deslustrada. Se la tendió... y dejó que se le cayera de entre los dedos.

El guardia mascullo una maldición, y se arrodilló para buscar la moneda en el barro, con lo que su cuello quedó justo ante ella. Arya sacó el puñal y le cortó la garganta, suave como la seda de verano. La sangre del hombre le cubrió las manos como un manantial caliente. Trató de gritar, pero también tenía la boca llena de sangre.

—*Valar morghulis* —susurró mientras moría.

Cuando quedó inmóvil, Arya recogió la moneda. Más allá de las murallas de Harrenhal, un lobo empezó a aullar, cada vez más fuerte. Arya levantó la tranca, la apartó y empujó la puerta para abrirla. Cuando Pastel Caliente y Gendry llegaron con los caballos, la lluvia era ya torrencial.

—¡Lo has matado! —Se atragantó Pastel Caliente.

—¿Y qué pensabas que iba a hacer?

Tenía los dedos pegajosos de sangre, y el olor ponía nerviosa a su yegua. « No importa —pensó al tiempo que montaba—. La lluvia me limpiará » .

El salón del trono era un mar de joyas, pieles y tejidos de colores brillantes. Las damas y los señores se aglomeraban en el fondo de la estancia, de pie bajo los altos ventanales, y se empujaban como pescaderas en un muelle.

Los cortesanos de Joffrey rivalizaban entre ellos aquel día. Jalabhar Xho vestía de plumas de los pies a la cabeza, con un traje tan fantástico y extravagante que parecía que iba a levantar el vuelo de un momento a otro. La corona de cristal del septón supremo irradiaba rayos de todos los colores del arcoíris cada vez que movía la cabeza. En la mesa del Consejo, la reina Cersei estaba deslumbrante con una túnica de hilo de oro y terciopelo color vino, mientras que Varys, a su lado, se movía con afectación vestido de brocado color lila. El Chico Luna y ser Dontos llevaban trajes de bufón nuevos, limpios como una mañana de primavera. Hasta lady Tanda y sus hijas estaban hermosas, con túnicas iguales de seda turquesa y armiño, y lord Gyles, al toser, se llevaba a la boca un cuadrado de seda escarlata ribeteado en encaje dorado. Por encima de todos ellos estaba el rey Joffrey, sentado entre las púas y filos del Trono de Hierro. Vestía de brocado escarlata, con un manto negro tachonado de rubíes y la pesada corona de oro en la cabeza.

Sansa tuvo que abrirse paso entre la multitud de caballeros, escuderos y ciudadanos adinerados para llegar a la parte delantera de la galería justo en el momento en que el clamor de las trompetas anunciaba la entrada de lord Tywin Lannister.

Recorrió toda la sala a lomos de su corcel de batalla y desmontó ante el Trono de Hierro. Sansa jamás había visto una armadura semejante, toda de acero rojo bruñido, con incrustaciones de oro que formaban volutas. Los ristres tenían forma de soles, los ojos del león rugiente que le coronaba el casco eran rubíes, y en cada hombro, un broche en forma de leona sujetaba una capa de hilo de oro tan larga y pesada que cubría los cuartos traseros de la montura. Hasta la armadura del caballo estaba chapada en oro, con petral de brillante seda escarlata en el que se veía el león de los Lannister.

El señor de Roca Casterly resultaba tan impresionante que fue todo un sobresalto cuando su caballo soltó un cagajón justo al pie del trono. Joffrey tuvo que dar un rodeo cuando bajó para abrazar a su abuelo y proclamarlo Salvador de la Ciudad. Sansa se tapó la boca para ocultar una risita nerviosa.

Joff, ostentosamente, le pidió a su abuelo que asumiera el gobierno del reino, y lord Tywin aceptó con solemnidad la responsabilidad «hasta la mayoría de edad de vuestra alteza». A continuación, los escuderos le quitaron la armadura, y Joff le puso en torno al cuello la cadena que simbolizaba el cargo de la mano. Lord Tywin ocupó un asiento en la mesa del Consejo, junto a la reina. Se llevaron el corcel y limpiaron su tributo, y entonces hizo Cersei una señal para que la

ceremonia continuase.

Una fanfarria de trompetas de bronce recibió a cada uno de los héroes a medida que entraban por las grandes puertas de roble. Los heraldos anuncianban su nombre y sus hazañas, para que todos las supieran, y los nobles caballeros y las damas de alta cuna los aclamaban con tanto entusiasmo como vulgares canallas en una pelea de gallos. El lugar de honor fue para Mace Tyrell, el señor de Altojardín, un hombre otrora poderoso que había ganado demasiado peso, aunque seguía siendo atractivo; lo siguieron sus hijos, ser Loras y su hermano mayor, ser Garlan el Galante. Los tres vestían igual, de terciopelo verde ribeteado con marta cibelina.

Una vez más, el rey bajó del trono para recibirlos, lo que era un gran honor. Le puso al cuello a cada uno una cadena de rosas labradas en oro amarillo, de las que colgaban discos de oro con el león de los Lannister destacado en rubíes.

—Las rosas sostienen al león, así como el poder de Altojardín sostiene el reino —proclamó Joffrey—. Pedidme la dádiva que deseáis, y será vuestra.

«Ahora viene», pensó Sansa.

—Alteza —dijo ser Loras—, os suplico el honor de servir en vuestra Guardia Real, para defenderos de vuestros enemigos.

Joffrey ayudó al Caballero de las Flores a ponerse en pie, y le dio un beso en la mejilla.

—Concedido, hermano.

Lord Tyrell inclinó la cabeza.

—No hay mayor placer que servir a vuestra alteza. Si me consideráis digno de formar parte de vuestro Consejo, no tendréis aliado más sincero y leal.

Joff puso una mano en el hombro de lord Tyrell y, cuando se alzó, le dio un beso.

—Os concedo vuestro deseo.

Ser Garlan Tyrell, cinco años mayor que ser Loras, era muy parecido a su famoso hermano pequeño, aunque más alto y barbudo. Tenía el pecho más poderoso y los hombros más anchos, y aunque su rostro era atractivo, carecía de la sorprendente belleza de ser Loras.

—Alteza —dijo Garlan cuando el rey se acercó a él—, tengo una hermana doncella, Margaery, la delicia de nuestra casa. Como ya sabéis, se casó con Renly Baratheon, pero lord Renly fue a la guerra antes de que el matrimonio pudiera consumarse, así que sigue siendo inocente. Margaery ha oído hablar de vuestra sabiduría, valor y caballerosidad, y os ha llegado a amar desde lejos. Os imploro que enviéis a buscarla y la toméis en matrimonio, y que así nuestras casas queden unidas para siempre.

—Ser Garlan —dijo el rey Joffrey fingiendo sorprenderse—, la belleza de vuestra hermana es legendaria en los Siete Reinos, pero estoy prometido a otra. Y un rey debe mantener su palabra.

La reina Cersei se levantó en medio del susurro de sus faldas.

—Alteza, según el criterio de vuestro Consejo Privado, no sería apropiado ni inteligente que os casarais con la hija de un hombre decapitado por traición, con una muchacha cuyo hermano sigue ahora mismo en rebelión y alzado en armas contra el trono. Señor, vuestros consejeros os suplican que, por el bien del reino, olvidéis a Sansa Stark. Lady Margaery será una reina mucho más apropiada.

—¡Margaery! —exclamaban las damas y los señores, lanzando gritos de placer todos a la vez, como una manada de perros adiestrados—. ¡Traednos a Margaery! ¡No queremos reinas traidoras! ¡Tyrell! ¡Tyrell!

Joffrey alzó una mano.

—Madre, me gustaría acceder a los deseos de mi pueblo, pero hice un juramento sagrado.

—Alteza, los dioses tienen por sagrados los juramentos —intervino el septón supremo dando un paso adelante—; pero vuestro padre, el rey Robert, bendito sea su recuerdo, hizo este pacto antes de que se conociera la falsedad de los Stark de Invernalia. Sus crímenes contra el reino os han liberado de cualquier promesa que hicierais. En lo que respecta a la Fe, no hay ningún contrato matrimonial entre vos y Sansa Stark.

El tumulto de las aclamaciones llenó la sala del trono, y los gritos del nombre de Margaery estallaron en torno a Sansa. Esta se inclinó hacia delante, con las manos tensas, apretando la baranda de madera de la galería. Sabía qué ocurriría a continuación, pero tenía miedo de lo que pudiera decir Joffrey, miedo de que se negara a liberarla aun así, cuando su reino entero dependía de ello. Se sentía como si volviera a estar en los peldaños del Gran Septo de Baelor, cuando esperaba que su príncipe se apiadara de su padre, pero lo que oyó fue cómo le ordenaba a Ilyn Payne que le cortara la cabeza.

« Por favor —rezó fervorosa—, que lo diga, que lo diga» .

Lord Tywin estaba mirando a su nieto. Joff le lanzó una mirada hosca, se movió inquieto y ayudó a ser Garlan Tyrell a levantarse.

—Los dioses son bondadosos. Soy libre para seguir los dictados de mi corazón. De buena gana me casaré con vuestra dulce hermana, ser.

Entre las aclamaciones de todos los presentes, besó a ser Garlan en la barbuda mejilla.

Sansa se sentía aturdida. « Soy libre» . Notaba todas las miradas fijas en ella. « No debo sonreír» , se recordó. La reina se lo había advertido; sintiera lo que sintiera en su interior, para todos los demás debía poner cara de sufrimiento.

—No toleraré que humilles a mi hijo —dijo Cersei—. ¿Entendido?

—Sí. Pero, si ya no voy a ser reina, ¿qué será de mí?

—Eso está todavía por decidir. Por el momento permanecerás aquí, en la corte, como pupila nuestra.

—Yo quiero irme a casa.

—A estas alturas —dijo la reina con irritación— te habrás dado cuenta de que ninguno de nosotros consigue lo que quiere.

« Yo sí —pensó Sansa—. Me he librado de Joffrey. No tendré que besarlo, entregarle mi virginidad ni parir a sus hijos. Que Margaery Tyrell se encargue de todo eso, pobre chica».

Cuando cesaron las aclamaciones, el señor de Altojardín ocupaba ya su sitio en la mesa del Consejo, y sus hijos habían ido a reunirse bajo las ventanas con los otros caballeros y señores menores. Mientras otros héroes de la batalla del Aguasnegras eran aclamados y recibían sus recompensas, Sansa trató de poner cara de tristeza y desamparo.

Paxter Redwyne, señor del Rejo, recorrió la sala flanqueado por sus hijos gemelos, Horror y Baboso, el primero cojeando a causa de una herida recibida durante la batalla. Los siguieron lord Mathis Rowan, con una casaca nivea en cuyo pecho se veía un gran árbol; lord Randyll Tarly, delgado y calvo, con el mandoble en la vaina que llevaba a la espalda; ser Kevan Lannister, achaparrado y de pelo escaso, con la barba muy corta; ser Addam Marbrand, con una cabellera cobriza que le caía sobre los hombros; los grandes señores del oeste, Lydden, Crakehall y Brax.

A continuación entraron cuatro hombres de extracción no tan noble, que se habían distinguido en la batalla: el caballero tuerto ser Philip Foote, que había matado a lord Bryce Caron en combate singular; el jinete libre Lothor Brune, que se había abierto camino a mandobrazos a través de medio centenar de soldados Fossoway para capturar a ser Jon de la manzana verde y matar a ser Bryan y ser Edwyd de la roja, con lo que se ganó el sobrenombe de Lothor Devoramanzanas; Willit, un canoso soldado al servicio de ser Harry Swyft, que había sacado a su señor de debajo del caballo moribundo y lo había defendido contra una docena de atacantes; y un escudero casi imberbe llamado Josmyn Peckledon, que había matado a dos caballeros y herido a un tercero, además de capturar a otros dos, aunque no tenía más de catorce años. Willit estaba tan malherido que hubo que llevarlo en una litera.

Ser Kevan había ocupado un asiento junto al de su hermano. Cuando los heraldos terminaron de recitar las hazañas de cada héroe, se puso en pie.

—Es deseo de su alteza que estos hombres reciban la recompensa debida por su valor. Por decreto real, ser Philip será de ahora en adelante lord Philip de la casa Foote, y pasarán a él todas las tierras, derechos e ingresos de la casa Caron. Lothor Brune obtiene el rango de caballero, y cuando termine la guerra, se le otorgarán propiedades y un torreón en las tierras de los ríos. A Josmyn Peckledon se le entregarán una espada y una armadura; podrá elegir el caballo que deseé de las caballerizas reales, y cuando llegue a la mayoría de edad, se le otorgará el rango de caballero. Y por último, al soldado Willit se le entregará una lanza con el asta bañada en plata, una cota de malla recién tejida y un yelmo con visor.

Además, los hijos del soldado entrarán al servicio de la casa Lannister en Roca Casterly, el mayor como escudero y el menor como paje, y si sirven bien y con lealtad, tendrán la oportunidad de hacerse caballeros. El Consejo Privado y la mano del rey consienten en todo lo expuesto.

Los capitanes de las naves del rey *Viento Salvaje*, *Príncipe Aemon* y *Flecha del Río* también recibieron honores, al igual que algunos oficiales de la *Gracia de los Dioses*, la *Lanza*, la *Dama de Seda* y la *Cabeza de Carnero*. Por lo que Sansa sabía, su gran logro había consistido en sobrevivir a la batalla del río, hazaña de la que pocos podían alardear. Hallyne el Piromante y los maestros del Gremio de Alquimistas también recibieron el agradecimiento del rey, y a Hallyne se le otorgó el título de señor, aunque Sansa advirtió que no iba acompañado de tierras ni castillos, con lo que el alquimista era en realidad tan «señor» como Varys. El que se le concedió a ser Lancel Lannister era mucho más significativo. Además del título de señor, Joffrey le dio las tierras, el castillo y los derechos de la casa Darry, cuyo último descendiente había perecido en las batallas de los ríos sin dejar herederos legítimos de la sangre de los Darry, solo un primo bastardo.

Ser Lancel no se presentó para aceptar el título; según se decía, había sufrido heridas tan graves que podían costarle el brazo, o incluso la vida. También corría el rumor de que el Gnomo agonizaba por un corte espantoso en la cabeza.

Cuando el heraldo anunció el nombre de lord Petyr Baelish, Meñique se adelantó con su atuendo rosa y violeta, y la capa con estampado de ruiseñores. Sansa vio que sonreía al arrodillarse ante el Trono de Hierro. «Qué satisfecho parece». Sansa no había oído que Meñique hubiera hecho nada heroico durante la batalla, pero por lo visto daba igual y lo iban a recompensar.

Ser Kevan volvió a ponerse en pie.

—Es deseo de su alteza que su leal consejero Petyr Baelish reciba justa recompensa por sus fieles servicios a la corona y al reino. Por tanto, a lord Baelish se le concede el castillo de Harrenhal con todas sus tierras e ingresos, para que lo convierta en su asentamiento y desde allí ejerza como Señor Supremo del Tridente. Petyr Baelish, sus hijos y sus nietos ostentarán estos honores hasta el fin de los tiempos, y todos los señores del Tridente le rendirán homenaje y serán sus vasallos. El Consejo Privado y la mano del rey consienten en todo lo expuesto.

—Os doy las gracias con toda humildad, alteza —dijo Meñique, todavía de rodillas, alzando la vista hacia el rey Joffrey—. En fin, ahora tendré que dedicarme a hacer unos cuantos hijos y nietos.

Joffrey se echó a reír, y la corte entera con él. «Señor Supremo del Tridente —pensó Sansa—, y además señor de Harrenhal». No entendía por qué estaba tan contento; eran honores tan huecos como el título concedido a Hallyne el Piromante. Harrenhal estaba maldito, aquello lo sabía todo el mundo, y además, en aquellos momentos no estaba en posesión de los Lannister. Encima, los señores

del Tridente eran vasallos de Aguasdulces, de la casa Tully y del Rey en el Norte; nunca aceptarian a Meñique como señor.

« A menos que los obliguen. A menos que mi hermano, mi tío y mi abuelo caigan derrotados y los maten. —La sola idea puso nerviosa a Sansa, pero se dijo que no debía ser tan tonta—. Robb los ha derrotado en todas las batallas. Si hace falta, derrotará también a lord Baelish» .

Aquel día fueron armados más de seiscientos caballeros nuevos. Habían velado en el Gran Septo de Baelor toda la noche, y por la mañana cruzaron la ciudad descalzos para demostrar que sus corazones eran humildes. Cuando llegaron a la sala del trono se adelantaron con sus túnicas de algodón sin teñir, para que los miembros de la Guardia Real los fueran armando caballeros. Fue una ceremonia larga, ya que solo había allí tres Hermanos de la Espada Blanca. Mandon Moore había caído en la batalla; el Perro había desaparecido; Aerys Oakheart estaba en Dorne con la princesa Myrcella, y Jaime Lannister era prisionero de Robb, de manera que la Guardia Real se reducía a Balon Swann, Meryn Trant y Osmund Kettleblack. Una vez armados caballeros, los hombres se levantaban, se ceñían el cinturón de la espada y se situaban bajo los ventanales. Algunos tenían los pies ensangrentados por las piedras de la ciudad, pero a Sansa le pareció que todos adoptaban posturas muy erguidas y orgullosas.

La ceremonia fue larga, y cuando terminó, los asistentes se mostraban ya inquietos, Joffrey más que ninguno. Algunos de los que la veían desde la galería se habían escabullido con discreción, pero los nobles de la parte baja estaban atrapados: no podían salir sin el permiso del rey. A juzgar por cómo se movía en el Trono de Hierro, Joff lo habría concedido de buena gana, pero aún quedaba mucho trabajo por delante. Porque en aquel momento cambiaba la perspectiva, y los que entraban eran los prisioneros.

También en aquel grupo había grandes señores y nobles caballeros: el anciano y avinagrado lord Celtigar, el Cangrejo Rojo; ser Bonifer el Bueno; lord Estermont, aún más viejo que Celtigar; lord Varner, que atravesó la sala cojeando con una rodilla destrozada, pero se había negado a aceptar ayuda; ser Mark Mullendore, con el rostro ceniciente y el brazo izquierdo amputado a la altura del codo; el fiero Ronnet el Rojo del Nido del Grifo; ser Dermot de La Selva; lord Willum y sus hijos, Josua y Elyas; ser Jon Fossoway; ser Timon el Rascaespadas; Aurane, el bastardo de Marcaderiva; lord Staedmon, también llamado el Codicioso; y cientos de hombres más.

Los que habían cambiado de bando durante la batalla solo tuvieron que jurarle lealtad a Joffrey, pero aquellos que habían luchado por Stannis hasta el final fueron obligados a hablar. Lo que dijeron decidiría su destino. Si suplicaban perdón por su traición y prometían servir con lealtad en adelante, Joffrey les daba la bienvenida a la paz del rey, y les devolvía todas sus tierras y derechos. Pero unos cuantos siguieron desafiantes.

—No creas que esto ha terminado, chico —le advirtió uno, el bastardo de alguno de los Florent—. El Señor de Luz protege al rey Stannis, ahora y siempre. Ni todas tus espadas ni todos tus planes te salvarán cuando llegue su hora.

—Pues la tuya acaba de llegar. —Joffrey le hizo una señal a Ilyn Payne para que lo llevara afuera y le cortara la cabeza.

—¡Stannis es el rey legítimo! —gritó adelantándose un caballero de semblante solemne, con el corazón llameante en la pechera del jubón, apenas habían retirado el cadáver—. ¡En el Trono de Hierro está sentada una abominación, un monstruo nacido del incesto!

—¡Silencio! —chilló ser Kevan Lannister.

—¡Joffrey es el gusano negro que está devorando el corazón del reino! —gritó el caballero, alzando aún más la voz—. ¡Su padre fue la oscuridad, y su madre, la muerte! ¡Destruíarlo antes de que os corrompa a todos! ¡Destruídos a todos, a la reina puta y al rey gusano, al enano cruel y a la araña susurrante, las flores falsas! ¡Salvaos! —Uno de los capas doradas derribó al hombre, pero este siguió gritando—. ¡El fuego arrasador va a llegar! ¡El rey Stannis volverá!

—¡El rey soy yo y nadie más que yo! —exclamó Joffrey poniéndose en pie de un salto—. ¡Matadlo! ¡Matadlo ahora mismo! ¡Os lo ordeno! —Dio un puñetazo, un gesto airado, furioso... y lanzó un chillido de dolor, porque había rozado uno de los agudos colmillos metálicos del trono. El brocado escarlata de la manga se tornó de un rojo más oscuro cuando la sangre lo empapó—. ¡Mamá! —aulló.

Mientras todos miraban al rey, el hombre del suelo consiguió arrancarle la lanza de las manos a uno de los capas doradas, y se ayudó de ella para volver a ponerse en pie.

—¡El trono lo rechaza! —gritó—. ¡No es el rey!

Cersei corrió hacia el trono, pero lord Tywin permaneció inmóvil como si fuera de piedra. Solo tuvo que mover un dedo para que ser Meryn Trant se adelantara con la espada desenvidainada. El final fue rápido y brutal. Los capas doradas agarraron al caballero por los brazos.

—¡No es el rey! —gritó de nuevo justo antes de que ser Meryn le atravesara el pecho con la espada larga.

Joff se derrumbó en brazos de su madre. Tres maestres se acercaron corriendo y lo sacaron por la puerta del rey. Todo el mundo empezó a hablar a la vez. Los capas doradas se llevaron al muerto a rastras, dejando un reguero de sangre en el suelo de piedra. Lord Baelish se acariciaba la barbita mientras Varys le susurraba algo al oido. « ¡Nos darán permiso para retirarnos ya! », se preguntó Sansa. Aún aguardaba un grupo de cautivos, para jurar lealtad o para gritar maldiciones e insultos, quién sabía.

—Prosigamos —dijo lord Tywin poniéndose en pie con una voz alta y clara que cortó en seco los murmullos—. Los que quieran pedir perdón por sus

traiciones, que lo hagan. No vamos a tolerar más estupideces. —Se acercó al Trono de Hierro y se sentó en un peldaño, a menos de tres codos del suelo.

Cuando terminó la sesión, entraba muy poca luz por las ventanas. Sansa tenía las piernas doloridas de agotamiento en el momento en que bajó de la galería. Se preguntaba si el corte de Joffrey sería muy grave. « Se dice que el Trono de Hierro es cruel y peligroso para los que no deben sentarse en él» .

Una vez a salvo en sus habitaciones se abrazó a una almohada y enterró la cara en ella para ahogar un grito de alegría. « Dioses, dioses, me ha rechazado delante de todo el mundo» . Estuvo a punto de darle un beso a la criada que le llevó la cena. Consistía en pan caliente y mantequilla recién batida, guiso de buey, capón con zanahorias y melocotones con miel.

« Hasta la comida sabe mejor» , pensó.

Al oscurecer, se puso una capa y se dirigió hacia el bosque de dioses. Ser Osmund Kettleblack, embutido en su armadura blanca, vigilaba el puente levadizo. Sansa intentó que la voz con que le dio las buenas noches sonara triste. Por la mirada que le dirigió el hombre, supuso que no había resultado muy convincente.

Dontos aguardaba entre el follaje, a la luz de la luna.

—¿A qué viene esa cara tan triste? —le preguntó Sansa con alegría—. Estabais allí, ¿no es así? ¿No os habéis enterado? Joff me ha rechazado, ha terminado conmigo, va a...

—Oh, Jonquil, mi pobre Jonquil, no lo comprendéis —dijo tomándola de la mano—. ¿Que ha terminado con vos? No ha hecho más que empezar.

—¿Qué queréis decir? —A Sansa se le encogió el corazón.

—La reina no os liberará jamás; sois una rehén demasiado valiosa. En cuanto a Joffrey... sigue siendo el rey, hermosa mía. Si quiere llevaros a su cama, lo hará, solo que ahora lo que sembrará en vuestro vientre serán bastardos, no hijos legítimos.

—No —respondió Sansa, commocionada—. Me ha rechazado, ha dicho...

—Sed valiente. —Ser Dontos le dio un beso baboso en la oreja—. Os juré que os llevaría a casa, y ahora puedo hacerlo. Ya se ha elegido el día.

—¿Cuándo? —preguntó Sansa—. ¿Cuándo nos marcharemos?

—La noche de la boda de Joffrey. Después del banquete. Ya se han hecho todos los preparativos necesarios. La Fortaleza Roja estará llena de desconocidos. La mitad de los cortesanos estarán borrachos, y la otra mitad, ayudando a Joffrey a acostarse con su esposa. Durante un tiempo se olvidarán de vos, y la confusión será nuestra aliada.

—El matrimonio no se celebrará hasta dentro de una luna. Margaery Tyrell está en Altojardín; acaban de enviar a buscarla.

—Habéis esperado mucho; sed paciente un poco más. Tomad, tengo algo para vos. —Ser Dontos rebuscó en su bolsa y sacó una red plateada, que se le

enredó entre los gruesos dedos.

Era una redecilla para el pelo, de plata finísima, con las hebras tan delicadas que no parecía pesar más que un soplo de aire cuando Sansa la cogió entre sus manos. Allí donde se cruzaban dos hebras había una gema diminuta, todas tan oscuras que era como si se bebieran la luz de la luna.

—¿Qué piedras son?

—Amatistas negras de Asshai. De las más raras que existen; a la luz del día son de color morado oscuro.

—Es preciosa —dijo Sansa. «Pero lo que necesito es un barco, no una redecilla para el pelo», pensaba.

—Más preciosa de lo que imagináis, dulce niña. Es mágica. Lo que tenéis entre las manos es justicia. Es venganza por vuestro padre. —Dontos se inclinó más hacia ella y la volvió a besar—. Es el camino a casa.

El maestre Luwin fue a verlo después de que se avistasen los primeros exploradores al otro lado de las murallas.

—Mi señor príncipe, debéis rendiros —dijo.

Theon le echó una mirada a la bandeja de tortas de avena, miel y morcillas que le habían llevado para desayunar. Otra noche de insomnio le había dejado destrozados los nervios, y la vista de los alimentos era suficiente para revolverle las tripas.

—¿Mi tío no ha respondido?

—No —dijo el maestre—. Tampoco ha respondido vuestro padre desde Pyke.

—Manda más pájaros.

—No servirá de nada. Cuando los pájaros lleguen...

—¡Mándalos! —ordenó, y con un movimiento del brazo tiró a un lado la bandeja de comida, apartó las mantas y se levantó de la cama de Ned Stark, desnudo y enojado—. ¿O quieres verme muerto? ¡Es eso, Luwin? Dime la verdad ahora mismo.

—Mi orden sirve. —El hombrecillo gris no dio señales de temor.

—Sí, pero ¿a quién?

—Al reino —dijo el maestre Luwin—, y a Invernalia. Theon, en una época os enseñé los números y las letras, la historia y el arte de la guerra. Y si hubierais querido aprender más, os habría enseñado más cosas. No diré que sienta un gran amor por vos, pero tampoco puedo odiarlos. Incluso si así fuera, mientras seáis el señor de Invernalia, mi juramento me obliga a ser vuestro consejero. Por tanto, ahora os aconsejo que os rindáis.

Theon se inclinó para recoger del suelo la capa arrugada, la sacudió de juncos y se la echó por encima de los hombros.

« La chimenea, quiero la chimenea encendida, quiero fuego y ropa limpia. ¿Dónde está Wex? No iré a la tumba vestido con ropa sucia» .

—No tenéis ninguna posibilidad de manteneros aquí —prosiguió el maestre—. Si vuestro señor padre hubiera tenido la intención de mandaros ayuda, ya lo habría hecho. Lo que lo preocupa es el Cuello. La batalla por el norte se librará entre las ruinas de Foso Cailin.

—Puede que sí —dijo Theon—. Y mientras yo conserve Invernalia, ser Rodrik y los señores vasallos de Stark no pueden marchar hacia el sur para atacar a mi tío por la retaguardia. —« No soy tan ignorante en lo relativo a la guerra como crees, anciano» —. Tengo comida suficiente para resistir un año de asedio, si fuera necesario.

—No habrá asedio. Quizá pasen uno o dos días armando escaleras y atando arpeos a las cuerdas. Pero en muy poco tiempo preparán por vuestras murallas por cien sitios a la vez. Quizá podáis defender un tiempo el torreón principal, pero

el castillo caerá en menos de una hora. Lo mejor sería que abrierais las puertas y pidierais...

—¿Clemencia? Ya sé qué tipo de clemencia guardan para mí.

—Hay una posibilidad.

—Soy hijo del hierro —le recordó Theon—. Las posibilidades me las labro yo. ¿Qué opciones me han dejado? No, no me respondas, ya he oido demasiados consejos tuyos. Ve y manda esos pájaros, como te he ordenado, y dile a Lorren que quiero verlo. Y también a Wex. Quiero que limpien bien mi cota de malla, y que la guarnición forme en el patio.

Durante un instante pensó que el maestre lo iba a cuestionar. Pero finalmente Luwin, muy tieso, hizo una reverencia.

—Como ordenéis, señor.

El grupo era ridículamente reducido; los hombres del hierro eran pocos, y el patio, muy grande.

—Tendremos encima a los norteños antes de que caiga la noche —les dijo—. Ser Rodrik Cassel y todos los señores que han acudido a su llamada. No huiré de ellos. He tomado este castillo y tengo la intención de defenderlo, de vivir o morir como príncipe de Invernalia. Pero no le voy a ordenar a ningún hombre que muera por mí. Si os vais ahora, antes de que las fuerzas principales de ser Rodrik caigan sobre nosotros, todavía tendréis una oportunidad de ser libres. —Desenvainó su espada larga y trazó una línea en el fango—. Los que se queden a combatir, que den un paso al frente.

Nadie dijo nada. Los hombres se mantenían allí de pie, con sus cotas, sus pieles y sus corazas de cuero endurecido, inmóviles como si los hubieran esculpido en piedra. Unos pocos intercambiaron miradas. Urzen levantó y volvió a apoyar los pies alternativamente. Dykk Harlaw carraspeó y escupió. Una leve brisa hizo oscilar los largos cabellos rubios de Endebar.

Theon se sintió como si se estuviera ahogando. «¿Por qué me sorprendo?», pensó, sombrío. Su padre lo había abandonado, sus tíos, su hermana, hasta Hediondo, aquella criatura vil. ¿Por qué sus hombres iban a mostrar más lealtad? No había nada que hacer, nada que decir. Solo podía permanecer allí, bajo las grandes paredes grises y el duro cielo blanquecino, con la espada en la mano, esperando, esperando...

El primero en cruzar la línea fue Wex. Tres pasos rápidos y quedó de pie junto a Theon, con aspecto desgarbado. Avergonzado por el chico, Lorren el Negro lo siguió, con el ceño fruncido.

—¿Quién más? —preguntó.

Rolfe el Rojo se adelantó. Kromm. Werlag. Tymor y sus hermanos. Ulf el Enfermo. Harrag el Robaovejas. Cuatro Harlaw y dos Botley. El último fue Kenned el Cachalote. Diecisiete en total.

Urzen estaba entre los que no se habían movido, así como Stygg y la decena

de hombres que Asha había llevado de Bosquespeso.

—Marchaos entonces —les dijo Theon—. Huid con mi hermana. Ella os dará una cálida bienvenida a todos. No tengo la menor duda.

Stygg tuvo al menos la decencia de parecer avergonzado. Los demás echaron a andar sin pronunciar una palabra. Theon se volvió hacia los diecisiete que permanecían allí.

—Volved a las murallas. Si los dioses nos permiten salir con vida, me acordaré de cada uno de vosotros.

Lorren el Negro se quedó cuando los demás marcharon.

—Tan pronto como comience la batalla, los del castillo se volverán contra nosotros.

—Lo sé. ¿Qué quieres que haga?

—Que los eliminéis —dijo Lorren—. A todos.

Theon hizo un gesto de asentimiento.

—¿Está lista la horca?

—Lo está. ¿Vais a utilizarla?

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Sí. Puedo coger mi pica y ponerme en ese puente levadizo. Que vengan a por mí. De uno en uno, dos, tres a la vez, no tiene importancia. Mientras me quede un aliento, ninguno cruzará el foso.

«Quiere morir —pensó Theon—. No quiere una victoria, sino un final digno de una canción».

—Lo de la horca es mejor.

—Como ordenéis —replicó Lorren, con la mirada cargada de desprecio.

Wex lo ayudó a vestirse para la batalla. Bajo el jubón negro y la capa dorada llevaba una cota de malla bien engrasada, y debajo de ella, una coraza. En cuanto estuvo vestido y armado, Theon subió a la torre del vigía, en la esquina donde se unían las murallas este y sur, para contemplar el destino que lo aguardaba. Los norteños se desplegaban para rodear el castillo. Era difícil calcular su número. Por lo menos un millar; quizás el doble. «Contra diecisiete». Habían llevado catapultas y escorpiones. No vio torres de asedio avanzando por el camino Real, pero en el bosque de los Lobos había madera suficiente para construir todas las que hicieran falta.

Theon estudió sus estandartes, mirando por el tubo de lentes myriense del maestre Luwin. El hacha de guerra de Cerwyn ondeaba con bravura por todas partes, y también se veían los árboles de Tallhart, así como los tritones de Puerto Blanco. Los blasones de Flint y Karstark eran menos. Aquí y allá pudo divisar el alce de los Hornwood. «Pero no hay ningún Glover; Asha se ha encargado de eso. Tampoco están los Bolton de Fuerte Terror, ni los Umber han bajado desde la sombra del Muro». Y tampoco hacían falta. Al poco tiempo, el niño Cley Cerwyn apareció ante las puertas con una bandera de paz en una larga asta, para

anunciar que ser Rodrik Cassel quería parlamentar con Theon Cambiacapas.

Cambiacapas. El nombre era amargo como la bilis. Recordó que había ido a Pyke para guiar los barcos de su padre contra Lannisport.

—Saldré enseguida —gritó hacia abajo—. Solo.

Lorren el Negro lo desaprobó.

—La sangre solo se lava con sangre —declaró—. Los caballeros pueden respetar los armisticios con otros caballeros, pero no cuidan tanto su honor cuando tratan con aquellos a los que consideran bandaleros.

—Soy el príncipe de Invernalia y el heredero de las islas del Hierro —replicó Theon, airado—. Ve a buscar a la chica y haz lo que te dije.

—Como ordenéis, príncipe —respondió Loren el Negro, con una mirada asesina.

«Él también se ha vuelto contra mí —constató Theon. Últimamente le parecía que hasta las mismas piedras de Invernalia se habían vuelto en su contra —. Si muero, moriré sin amigos, abandonado». ¿Qué opción le dejaba aquello que no fuera vivir?

Fue al puesto de guardia a caballo, con la corona puesta. Una mujer estaba sacando agua del pozo, y Gage, el cocinero, lo observaba ante las puertas de la cocina. Ocultaban su odio bajo un aspecto malhumorado y rostros tan inexpresivos como la piedra, pero de todos modos él podía percibirlo.

Cuando bajó el puente levadizo, un viento gélido llegó del otro lado del foso. Le produjo un estremecimiento. «Es el frío, nada más —se dijo Theon—, solo estoy tiritando, no temblando. Hasta los valientes tiritan». Cabalgó en las fauces de aquel viento, bajo el rastrillo, sobre el puente levadizo. Las puertas exteriores se abrieron para permitirle el paso. Cuando apareció al pie de las murallas, casi sintió cómo lo observaban los niños desde las órbitas vacías donde habían estado sus ojos.

Ser Rodrik lo esperaba en el mercado, a horcajadas sobre su caballo pinto. Junto a él, el lobo huargo de los Stark tremolaba en el asta que llevaba el joven Cley Cerwyn. Estaban solos en la plaza, aunque Theon podía ver arqueros en los techos de las casas circundantes, así como lanceros a su derecha, y a su izquierda, una línea de caballeros en sus monturas, bajo el tritón y el tridente de la casa Manderly.

«Todos ellos me quieren muerto». Algunos eran chicos con los que había bebido, jugado a los dados o incluso ido de putas, pero si cayera en sus manos, aquello no lo salvaría.

—Ser Rodrik. —Theon tiró de las riendas y su caballo se detuvo—. Lamento que nos tengamos que encontrar como enemigos.

—Lo que yo lamento es que deba esperar todavía para colgaros. —El viejo caballero escupió en el suelo fangoso—. Theon Cambiacapas.

—Soy un Greyjoy de Pyke —le recordó Theon—. El manto en el que me

envolvió mi padre tenía un kraken, no un lobo huargo.

—Durante diez años habéis sido pupilo de los Stark

—Yo más bien diría que he sido rehén y prisionero.

—Entonces, quizá lord Eddard debió teneros encadenado a la pared de una mazmorra. En lugar de ello, os educó entre sus hijos, los dulces niños que habéis asesinado, y para mi eterna deshonra, yo os entrené en el arte de la guerra. Debería haberlos atravesado el vientre con una espada, en lugar de poner una en vuestras manos.

—He venido a parlamentar, no a escuchar vuestros insultos. Decid lo que tengáis que decir, anciano. ¿Qué deseáis de mí?

—Dos cosas —respondió ser Rodrik—: Invernalia y vuestra vida. Ordenadles a vuestros hombres que abran las puertas y rindan sus armas. Los que no hayan asesinado niños serán libres de marchar, pero vos seréis llevado ante la justicia del rey Robb. Que los dioses se apiaden de vos antes de que él regrese.

—Robb no volverá a ver Invernalia —prometió Theon—. Su ejército caerá en Foso Cailin, igual que todos los ejércitos sureños a lo largo de diez mil años. Ahora dominamos el norte, ser.

—Domináis tres castillos —replicó ser Rodrik—, y me dispongo a recuperar este, Cambiacapas.

—Estas son mis condiciones —dijo Theon sin prestar atención al insulto—. Tenéis hasta la caída de la noche para dispersaros. Los que juren lealtad a Balon Greyjoy como su rey, y a mí como príncipe de Invernalia, serán ratificados en sus derechos y propiedades, y no sufrirán daño alguno. Los que nos desafien serán destruidos.

—¿Estás loco, Greyjoy? —intervino el joven Cerwyn, que no daba crédito a sus oídos.

—Es solo soberbia, hijo —le dijo ser Rodrik sacudiendo la cabeza—. Me temo que Theon siempre ha tenido una opinión demasiado elevada de sí mismo. —El anciano apuntó hacia él con un dedo—. No penséis que necesito esperar a Robb para tratar con vos. Tengo conmigo a unos dos mil hombres... y si lo que dicen es verdad, vos no tenéis más de cincuenta.

«En realidad, diecisiete». Theon se obligó a sonreír.

—Tengo algo mejor que hombres. —Y levantó un puño por encima de la cabeza, la señal que Lorren el Negro debía esperar.

Las murallas de Invernalia estaban a su espalda, pero ser Rodrik las tenía de frente y no podía evitar verlas. Theon vigiló su expresión. Cuando su barbilla tembló bajo las rígidas patillas blancas, supo qué era lo que el anciano estaba viendo. «No le causa sorpresa —pensó con tristeza—, pero tiene miedo».

—Es una cobardía —dijo ser Rodrik—. Usar a una criatura de esa manera... es despreciable.

—Oh, lo sé —replicó Theon—. Es un plato que ya he probado, ¿o acaso se os

ha olvidado? Tenía diez años cuando me sacaron de la casa de mi padre, para garantizar que él no volvería a encabezar una rebelión.

—¡No es lo mismo!

—El lazo corredizo que yo llevaba no era de cáñamo —dijo Theon con el rostro impasible—, es verdad, pero como si lo hubiera sido. Y me laceró. Me laceró hasta dejarme en carne viva. —Hasta aquel momento no se había dado cuenta plenamente de que había sido así, pero cuando las palabras brotaron de su boca, vio que estaban llenas de verdad.

—No se os hizo ningún daño.

—Ni se le hará a vuestra Beth, siempre que...

—Víbora —masculló el caballero interrumpiéndolo, con el rostro lívido bajo las patillas blancas—. Os di la oportunidad de salvar a vuestros hombres y morir con una pizca de honor, Cambiacapas. Debió saber que pedía demasiado de un asesino de niños. —Su mano fue a la empuñadura de su espada—. Debería atravesarlos ahora mismo, y poner punto final a vuestros engaños y mentiras. Por los dioses que debería hacerlo.

Theon no sentía miedo ante un anciano decrepito, pero los arqueros y la línea de caballeros eran algo bien diferente. Si sacaban las espadas, sus posibilidades de regresar vivo al castillo eran prácticamente nulas.

—Renegad de vuestro juramento; matadme, y veréis a vuestra pequeña Beth morir estrangulada al extremo de una cuerda.

Los nudillos de ser Rodrik estaban blancos, pero unos instantes después retiró la mano de la empuñadura de la espada.

—En verdad, he vivido demasiado.

—No estoy en desacuerdo con eso. ¿Aceptaréis mis condiciones?

—Tengo un deber para con lady Catelyn y la casa Stark.

—Y vuestra propia casa, ¿qué? Beth es la última de vuestra sangre.

—Me ofrezco en lugar de mi hija. —El anciano caballero se irguió—. Soltadla y llevadme como vuestro rehén. Sin duda, el castellano de Invernia vale más que una niña.

—No para mí. —« Un gesto valiente, anciano, pero no soy tan imbécil» —. Y apostaría algo a que tampoco para lord Manderly ni para Leobald Tallhart. —« Tu triste pellejo, anciano, no vale más para ellos que el de cualquier otro hombre» —. No, me quedaré con la niña... y ella estará a salvo siempre que hagáis lo que os he ordenado. Su vida está en vuestras manos.

—Por los dioses, Theon, ¿cómo podéis hacer esto? Sabéis que debo atacar, que he hecho un juramento...

—Si este ejército sigue armado y frente a mis puertas cuando se ponga el sol —dijo Theon—, Beth será ahorcada. Otro rehén la seguirá a la tumba con la primera luz de la aurora, y otro, al crepúsculo. Cada amanecer y cada atardecer significarán una muerte hasta que os larguéis. Tengo abundancia de rehenes.

No esperó una respuesta. Hizo que Sonrisas diera la vuelta y cabalgó de regreso al castillo. Al principio iba lento, pero pensar en todos aquellos arqueros a sus espaldas lo obligó a ir al trote. Las pequeñas cabezas lo veían aproximarse desde sus pícas, sus rostros desollados y cubiertos de alquitrán crecían a cada paso; entre ellos se encontraba la pequeña Beth Cassel, llorando, con un lazo corredizo al cuello. Theon clavó las espuelas y puso el caballo al galope. Los cascos de Sonrisas resonaban en el puente levadizo como un repique de tambores.

Desmontó en el patio y le tendió las riendas a Wex.

—Es posible que se larguen —le dijo a Lorren el Negro—. Lo sabremos al anochecer. Ten a la niña aquí dentro hasta esa hora, en algún lugar seguro. —Bajo las capas de cuero, acero y lana, sentía el cuerpo pegajoso de sudor—. Necesito una copa de vino. Un tonel de vino sería aún mejor.

Habían encendido el fuego en el dormitorio de Ned Stark. Theon se sentó junto a él y llenó una copa con un vino de mucho cuerpo, procedente de las bodegas del castillo, un vino tan amargo como su estado de ánimo. «Atacarán —pensó, sombrío, mirando las llamas—. Ser Rodrik ama a su hija, pero sigue siendo el castellano, y por encima de todo es un caballero». Si hubiera sido Theon el que tuviera un lazo corredizo en torno al cuello, y lord Balon el comandante del ejército exterior, los cuernos de guerra habrían dado ya la señal de ataque; no tenía la menor duda de ello. Debía dar gracias a los dioses por que ser Rodrik no fuera hijo del hierro. Los hombres de las tierras verdes estaban hechos de un material más blando, aunque no todo lo blando que le hacía falta.

En caso contrario, si el anciano daba la orden de atacar el castillo a pesar de todo, Invernalia caería; Theon no se engañaba en aquel aspecto. Sus diecisiete hombres matarían cada uno a cuatro o cinco enemigos, pero al final serían aplastados.

Theon contempló las llamas por encima del borde de su copa de vino, rabioso por la injusticia de todo aquello.

—Cabalgué junto con Robb Stark en el bosque Susurrante —masculló. Había sentido miedo aquella noche, pero nada semejante al que tenía en aquel momento. Una cosa es ir al combate rodeado de amigos, y otra muy diferente, perecer solo y despreciado.

«Clemencia», pensó con tristeza.

El vino no le ofreció solaz alguno, así que Theon envió a Wex en busca de su arco y fue al viejo patio de armas. Allí estuvo lanzando flechas, una tras otra, a los blancos de la arquería, hasta que le dolieron los hombros y le sangraron los dedos, y solo hizo una pausa para arrancar las flechas de los blancos para comenzar una nueva ronda. «Con este arco salvé la vida de Bran —recordó—. Quisiera poder salvar la mía». Varias mujeres se acercaron al pozo, pero se fueron al momento; lo que veían en el rostro de Theon las espantaba al instante.

A sus espaldas se erigía la torre rota, con la cima dentada como una corona en el lugar donde, mucho tiempo atrás, el fuego había hecho derrumbarse los pisos superiores. La sombra de la torre se movía con el sol, alargándose de manera gradual, un brazo negro que se extendía en busca de Theon Greyjoy. Cuando el sol tocó la muralla, él estaba a su alcance.

« Si cuelgo a la chica, los norteños atacarán de inmediato —pensó mientras arrancaba una flecha—. Si no la cuelgo, sabrán que mis amenazas son en vano. —Colocó otra flecha en el arco—. No hay manera de salir de esto, ninguna» .

—Si contaraís con cien arqueros tan buenos como vos, tendríais una oportunidad de retener el castillo —dijo quedamente una voz.

Cuando se volvió, el maestre Luwin estaba detrás de él.

—Lárgate —le dijo Theon—. Ya estoy harto de tus consejos.

—¿Y de la vida? ¿También de la vida estáis harto, mi señor príncipe?

—Una palabra más y te atravesaré con esta flecha —amenazó levantando el arco.

—No lo haréis.

—¿Qué te apuestas? —Theon tensó el arco, llevando las plumas grises de ganso hasta su mejilla.

—Soy vuestra última esperanza, Theon.

« No tengo ninguna esperanza» , pensó, pero de todos modos bajó un poco el arco.

—No voy a huir —dijo.

—No hablo de huir. Vestid el negro.

—¿La Guardia de la Noche? —Theon dejó que el arco se destensara lentamente y apuntó la flecha hacia el suelo.

—Ser Rodrik ha servido a la casa Stark toda su vida, y la casa Stark siempre ha sido amiga de la Guardia. No os lo negará. Abrid las puertas, rendid vuestras armas, y él se verá obligado a dejaros vestir el negro.

« Un hermano de la Guardia de la Noche» . Aquello significaba que no habría corona, ni hijos, ni esposa... pero significaba la vida, y una vida con honor. El propio hermano de Ned Stark había elegido la Guardia, al igual que Jon Nieve... « Tengo mucha ropa negra; solo habría que arrancarle los krákens. Hasta mi caballo es negro. Podría ascender en la Guardia, a capitán de los exploradores, incluso a lord comandante. Que Asha se quede con las malditas islas; son tan lúgubres como ella. Si sirviera en Guardiaoriente, podría capitanejar mi propia nave, y más allá del Muro hay muy buena caza. Y, en lo tocante a mujeres, ¿qué hembra salvaje no querría un príncipe en su cama? —Su rostro se distendió en una lenta sonrisa—. No es posible cambiar una capa negra. Allí seré tan bueno como cualquiera...» .

—¡Príncipe Theon! —El grito rompió su ensueño en pedazos. Kromm llegaba corriendo del otro lado del patio de armas—. ¡Los norteños!

Sintió una punzada súbita de miedo que le dio náuseas.

—¿Atacan?

—Aún hay tiempo. —El maestre Luwin le oprimió el brazo—. Izad bandera blanca...

—Combaten entre sí —informó Kromm con urgencia—. Han llegado más hombres, centenares, y al principio han hecho como que se unían a los otros, ¡pero ahora han caído sobre ellos!

—¿Será Asha? —«Después de todo, ¿habrá venido a salvarme?».

—No —dijo Kromm con un gesto de negación—. Os digo que son norteños. En su estandarte llevan un hombre ensangrentado.

«El hombre desollado de Fuerte Terror». Theon recordó que Hediondo había pertenecido al bastardo de Bolton antes de ser capturado. Era difícil creer que una criatura tan vil como él pudiera hacer que los Bolton cambiaran su lealtad, pero era lo único que tenía sentido.

—Voy a verlo —dijo Theon.

El maestre Luwin lo siguió. Cuando llegaron a las almenas, toda la plaza del mercado, al otro lado de las puertas, estaba cubierta de cadáveres y caballos agonizantes. No pudo ver líneas de batalla, solo un caótico remolino de estandartes y hojas afiladas. El aire otoñal vibraba con gritos y gemidos. Ser Rodrik contaba con la ventaja numérica, pero los hombres de Fuerte Terror parecían tener mejores mandos, y habían cogido a los otros por sorpresa. Theon los vio cargar, retroceder y cargar de nuevo, dejando al ejército más numeroso convertido en fracciones sangrantes cada vez que intentaba formar entre las casas. Podía oír el choque de las hachas de hierro contra escudos de roble por encima del bramido de terror de un caballo herido. Alcanzó a ver que la posada estaba en llamas.

Lorren el Negro apareció a su lado y permaneció un rato en silencio. El sol poniente estaba muy bajo, pintando los campos y las casas de un rojo vivo. Un agudo grito de dolor resonó por encima de las murallas, y tras las casas que ardían se oyó sonar un cuerno de guerra. Theon contempló a un hombre herido que se arrastraba con dolor por el suelo, manchando el fango con su sangre mientras intentaba llegar al pozo que se encontraba en el centro de la plaza del mercado. Murió antes de llegar allí. Llevaba un chaleco de cuero y un yelmo cónico, pero ninguna insignia que indicara de qué lado había peleado.

Los cuervos llegaron en la penumbra azul, con las estrellas vespertinas.

—Los dothrakis creen que las estrellas son espíritus de los valientes muertos —dijo Theon; el maestre Luwin se lo había dicho mucho tiempo atrás.

—¿Los dothrakis?

—Los señores de los caballos, al otro lado del mar Angosto.

—Ah, esos. —Lorren el Negro hizo una mueca bajo la barba—. Los salvajes se creen cualquier tontería.

A medida que oscurecía y el humo se extendía, era más difícil ver qué ocurría abajo, pero el choque del acero disminuyó gradualmente hasta desaparecer, y los gritos y los cuernos de combate dejaron paso a gemidos y sollozos lastimeros. Finalmente, una columna de hombres a caballo apareció entre las nubes de humo. Los encabezaba un caballero con armadura oscura. Su yelmo redondeado era de un rojo mate, y de sus hombros colgaba una capa color rosa pálido. Hizo detenerse a su caballo ante las puertas exteriores, y uno de sus hombres gritó para que les abrieran el castillo.

—¿Amigos o enemigos? —gritó Lorren el Negro.

—Os traería un enemigo estos magníficos regalos? —Yelmo Rojo hizo un gesto con la mano, y tres cadáveres cayeron delante de las puertas. Una antorcha osciló sobre los cuerpos, para que los defensores pudieran ver los rostros de los muertos desde las murallas.

—El viejo castellano —dijo Lorren el Negro.

—Con Leobald Tallhart y Cley Cerwyn.

El jovencísimo señor había sido alcanzado en el ojo por una flecha, y ser Rodrik había perdido el brazo izquierdo a la altura del codo. El maestre Luwin soltó un grito de angustia sin palabras, se apartó de la aspillera y, presa de las náuseas, cayó de rodillas.

—Ese gran cerdo de Manderly fue demasiado cobarde para salir de Puerto Blanco; si no, también lo habríamos traído —gritó Yelmo Rojo.

«Estoy salvado —pensó Theon. Entonces, ¿por qué sentía tal vacío interior? Era una victoria, una dulce victoria, la liberación por la que había rezado. Miró al maestre Luwin—. Y pensar lo cerca que he estado de rendirme y vestir el negro...».

—Abridles las puertas a nuestros amigos. —Quizá aquella noche, Theon dormiría sin miedo de lo que pudieran llevarle sus sueños.

Los hombres de Fuerte Terror atravesaron el foso y entraron por las puertas interiores. Theon, acompañado por Lorren el Negro y el maestre Luwin, bajó al patio a recibirlos. Del extremo de unas pocas lanzas colgaban pendones rosados, pero la mayoría llevaba hachas de guerra, mandobles y escudos casi convertidos en astillas.

—¿Cuántos hombres habéis perdido? —le preguntó Theon a Yelmo Rojo cuando este desmontó.

—Veinte o treinta.

La antorcha se reflejó en el esmalte astillado del visor. El yelmo y el gorjal habían sido moldeados con la forma del rostro y los hombros de una persona, sin piel y ensangrentados, con la boca abierta en un silencioso grito de angustia.

—Ser Rodrik os superaba por una ventaja de cinco a uno.

—Sí, pero creía que éramos amigos. Un error habitual. Cuando el viejo tonto me dio la mano, le corté medio brazo. A continuación, he dejado que me viera la

cara. —El hombre se llevó las dos manos al yelmo y se lo quitó, para sostenerlo en el hueco del brazo.

—Hediondo —dijo Theon, con inquietud. « ¿Cómo ha conseguido un sirviente una armadura de tanta calidad?» .

—¿Hediondo? —El hombre se rio—. No, ese pobre desgraciado está muerto.

—Dio un paso y se aproximó—. Fue culpa de la chica. Si no hubiera huido tan lejos, el caballo de Hediondo no se habría quedado cojo, y habríamos podido escapar. Le di el mío cuando vi a los jinetes desde la cordillera. En ese momento, yo había terminado con ella, y a él le gustaba aprovechar su turno cuando aún estaban calientes. Tuve que arrancarlo de encima de ella y meterle mi ropa en las manos: las botas de piel de becerro, el jubón de terciopelo, el cinto de la espada con incrustaciones de plata, hasta mi manto de marta cibelina.

» Le dije: “Corre a Fuerte Terror, y trae toda la ayuda que puedas. Llévate mi caballo, es más veloz, y toma, ponte el anillo que me dio mi padre, para que sepan que vas en mi nombre”.

» Ni se le pasó por la cabeza preguntarme nada. Cuando lo atravesaron por la espalda con una flecha, yo había tenido tiempo de ponerme sus harapos y de untarme con la mierda de la chica. A lo mejor también me habrían ahorcado, pero fue lo único que se me ocurrió. —Se frotó la boca con el dorso de la mano —. Y ahora, mi querido príncipe me prometió que habría una mujer si yo traía a doscientos hombres. Bien, he traído tres veces esa cantidad, y no se trata de chicos bisoños ni labriegos, sino de la mismísima guarnición de mi padre.

Theon había dado su palabra. No era el momento de regatear. « Págale el precio de la traición y ocúpate de él después» .

—Harrag —dijo—, ve a la perrera y trae a Palla para...

—Ramsay. —En los labios regordetes de Hediondo había una sonrisa, pero no en los ojos pálidos—. Mi esposa me llamó « Nieve» antes de comerse los dedos, pero yo digo que mi apellido es Bolton. —La sonrisa se le congeló en el rostro—. Así que me ofrecéis a una chica de la perrera a cambio de mis buenos servicios, ¿no es así?

En su voz había un tono que a Theon no le gustó, como no le gustaba la manera insolente con que lo miraban los hombres de Fuerte Terror.

—Fue lo prometido.

—Huele a mierda de perro. Da la casualidad de que ya he tenido suficiente de malos olores. Creo que mejor tomaré a la que os calienta la cama. ¿Cómo se llama? ¿Kyra?

—¿Estás loco? —dijo Theon, airado—. Haré que os...

El revés del bastardo le dio de lleno, y su pómulo se estremeció con un crujido repulsivo bajo el acero articulado. El mundo desapareció en una roja ola de dolor.

Un rato después, Theon volvió en sí sobre el suelo. Rodó sobre su vientre y

tragó un buche de sangre. Intentó gritar para que cerraran las puertas, pero era demasiado tarde. Los hombres de Fuerte Terror habían eliminado a Rolfe el Rojo y a Kenned, y cada vez entraban más, un río de cotas de malla y espadas afiladas. Tenía un zumbido en los oídos y el terror reinaba en torno a él. Lorren el Negro había sacado su espada, pero cuatro atacantes lo arrinconaban. Vio caer a Ulf, alcanzado en el vientre por el disparo de una ballesta cuando corría hacia la sala principal. El maestre Luwin intentaba llegar hasta él, cuando un caballero montado le clavó una lanza en la espalda y a continuación retrocedió para pasarse por encima. Otro hombre hacía girar una antorcha en grandes círculos en torno a su cabeza, y después la lanzó hacia el techo de paja de los establos.

—Sacad de aquí a los Frey —gritaba el bastardo mientras las llamas se elevaban al cielo—, y quemad el resto. Quemadlo, quemadlo todo.

Lo último que vio Theon Greyjoy fue a Sonrisas, que había escapado a coces de los establos incendiados con las crines en llamas, relinchando, encabritado...

Soñaba con un techo de piedra agrietado y con el olor de la sangre, la mierda y la carne quemada. El aire estaba lleno de un humo acre. Alrededor de él había hombres gimiendo y sollozando, y de cuando en cuando, un grito rasgaba el aire, rebosante de dolor. Cuando intentó moverse, descubrió que se había ensuciado en el lecho. El humo lo hacía llorar. «¿Estoy llorando?». No podía dejar que su padre lo viera. Él era un Lannister, de Roca Casterly. «Un león, debo ser un león, vivir como un león, morir como un león». Pero estaba muy malherido. Yacía sobre sus propios excrementos, demasiado débil para gemir, y cerró los ojos. En las cercanías, alguien maldecía a los dioses con una voz profunda, monótona. Prestó atención a las blasfemias y se preguntó si se estaba muriendo. Al rato, la habitación se desvaneció.

Se halló fuera de la ciudad, caminando por un mundo sin color. Los cuervos planeaban en un cielo gris con sus amplias alas negras, mientras otras aves carroñeras se levantaban de sus festines en furiosas bandadas cada vez que daba un paso. Gusano blancos se abrían camino a través de la oscuridad de los cuerpos en descomposición. Los lobos eran grises, y grises también eran las hermanas silenciosas; juntos, descarnaban a los caídos. Había cadáveres esparcidos por doquier en el campo de justas. El cielo era una ardiente moneda blanca, que brillaba sobre el río gris que fluía en torno a las osamentas calcinadas de naves hundidas. Desde las piras de muertos subían negras columnas de humo, y cenizas blancas y calientes.

«Mi obra —pensó Tyrion Lannister—. Perecieron por orden mía». Al principio, no había sonido en el mundo, pero después de un tiempo comenzó a oír las voces de los muertos, quedas y terribles. Sollozaban y gemían, imploraban que terminara el dolor, lloraban pidiendo ayuda y querían ver a sus madres. Tyrion no había llegado a conocer a su madre. Quería a Shae, pero ella no estaba allí. Caminó solo, entre sombras grises, intentando recordar...

Las hermanas silenciosas despojaban a los muertos de ropa y armaduras. Los colores brillantes de los jubones de los muertos se habían desvanecido; vestían tonos de blanco y gris, y su sangre era negra y costrosa. Contempló cómo levantaban los cadáveres desnudos agarrándolos por un brazo y una pierna, para llevarlos a las piras junto con sus compañeros. El metal y la tela iban a parar a la parte de atrás de un carro blanco de madera, del que tiraban dos enormes caballos negros.

«Tantos muertos, tantos...». Sus cuerpos colgaban, flácidos, con los rostros lánguidos o tensos o hinchados por los gases, irreconocibles, apenas humanos. Las prendas que las hermanas les quitaban estaban adornadas con corazones negros, leones grises, flores muertas y venados pálidos y fantasmales. Las armaduras estaban abolladas y hendidas; las cotas de malla, rotas, sajadas, destrozadas...

« ¿Por qué los maté a todos?» . Alguna vez lo supo, pero por alguna razón lo había olvidado.

Se lo habría preguntado a una de las hermanas silenciosas, pero cuando intentó hablar descubrió que no tenía boca. Sus dientes estaban cubiertos por una piel lisa, sin abertura. El descubrimiento lo aterró. ¿Cómo podía vivir sin boca? Comenzó a correr. La ciudad no estaba lejos. Estaría a salvo dentro de la ciudad, lejos de todos aquellos muertos. No tenía nada en común con los muertos. Carecía de boca, pero todavía era una persona viva. No, un león, un león vivo. Pero cuando llegó a las murallas de la ciudad, las puertas estaban cerradas para impedirle entrar.

Estaba oscuro cuando despertó de nuevo. Al principio no podía ver nada, pero al rato, a su alrededor aparecieron los contornos imprecisos de un lecho. Las cortinas estaban corridas, pero podía ver la forma de los postes tallados de la cama, y el ángulo del dosel sobre su cabeza. Debajo tenía la mullida suavidad de un lecho de plumas, y la almohada, bajo su cabeza, era de plumón de ganso.

« Mi cama, estoy en mi cama, en mi dormitorio» .

Hacía calor entre aquellas cortinas, bajo el montón de mantas y pieles que lo cubrían. Estaba sudando. « Fiebre» , pensó, como si estuviera borracho. Se sentía muy débil, y el dolor fue como una estocada cuando hizo un esfuerzo para levantar la mano. Se rindió y dejó de hacerlo. Sentía enorme la cabeza, tan grande como la cama, demasiado pesada para levantarla de la almohada. Apenas lograba percibir su cuerpo. « ¿Cómo he llegado hasta aquí?» . Intentó recordar. La batalla, en momentos y destellos, regresó a su mente. El combate en el río, el caballero que le había ofrecido su guantelete, el puente de naves...

« Ser Mandon» . Vio los ojos muertos, vacíos, la mano extendida hacia él, el fuego verde que se reflejaba en la lámina de esmalte blanco. El miedo lo recorrió con un gélido sobresalto; bajo las sábanas pudo notar que se le vaciaba la vejiga. Si hubiera tenido boca, habría gritado.

« No, eso era un sueño —pensó mientras el corazón le latía con fuerza—. Ayudadme, que alguien me ayude. Jaime, Shae, madre, quien sea... Tysha....» .

Nadie lo oyó. Nadie acudió. Solo, en la oscuridad, volvió a sumirse en un sueño con olor a meados. Soñó que su hermana estaba allí de pie, inclinada sobre su cama, con su señor padre al lado, frunciendo el ceño. Tenía que ser un sueño, porque lord Tywin estaba a mil leguas de distancia, peleando contra Robb Stark en occidente. Otros llegaban y se iban. Varys lo miró y suspiró, pero Meñique puso cara de sarcasmo.

« Maldito cerdo traicionero —pensó Tyrion con encono—, te mandamos a Puenteamargo y no regresaste» .

A veces podía oír que hablaban entre sí, pero no entendía las palabras. Sus voces le zumbaban en los oídos como avispas a través de un grueso fieltro.

Quería preguntar si habían ganado la batalla. « Seguramente, pues en caso

contrario, yo sería una cabeza en una pica, clavada en algún lugar. Si estoy vivo, es que hemos vencido». No sabía qué lo complacía más, si la victoria o el hecho de que había sido capaz de razonar aquello. La inteligencia regresaba a él, aunque con lentitud. Aquello era bueno. Lo único que tenía era su inteligencia.

La siguiente vez que despertó, las cortinas estaban recogidas y Podrick Payne estaba de pie junto a él, con una vela en la mano. Cuando vio que Tyrion abría los ojos, se fue corriendo.

«No, no te vayas, ayúdame, ayúdame —intentó decirle, pero lo único que logró fue un gemido apagado—. No tengo boca». Se llevó una mano a la cara; cada movimiento era torpe y doloroso. Sus dedos hallaron tela rígida donde deberían haber tocado carne, labios, dientes. «Vendas». La parte inferior de su cara estaba herméticamente vendada, era una máscara de yeso endurecido con agujeros para respirar y alimentarse.

Al poco rato, Pod reapareció. Esta vez lo acompañaba un desconocido, un maestre con cadena y túnica.

—Mi señor, debéis permanecer quieto —murmuró el hombre—. Estáis gravemente herido. Podéis empeorar el estado de vuestras lesiones. ¿Tenéis sed?

Sin saber cómo, logró asentir. El maestre insertó un embudo curvo de cobre en el agujero para la alimentación, encima de su boca, y vertió un lento chorrito de líquido en su garganta. Tyrion lo tragó, sin percibir apenas el sabor. Muy tarde se dio cuenta de que era la leche de la amapola. Cuando el maestre le retiró el embudo de la boca, ya estaba regresando al sueño en una larga espiral.

Esta vez soñó que estaba en un festín, un festín de victoria en un gran salón. Tenía un asiento elevado en el estrado, y los hombres levantaban sus copas y lo aclamaban como héroe. Allí estaba Marillion, el bardo que había viajado con él por las montañas de la Luna. Tocó su lira de madera y cantó las osadas hazañas del Gnomo. Hasta su padre sonreía con aprobación. Cuando la canción concluyó, Jaime se levantó de su sitio, le ordenó a Tyrion que hincara la rodilla y lo tocó con su espada de oro, primero en un hombro y después en el otro, y él se levantó como caballero. Shae lo esperaba para abrazarlo. Lo tomó de la mano, reía y bromeaba, llamándolo su gigante de Lannister.

Despertó en la oscuridad de una fría habitación desierta. De nuevo, habían corrido las cortinas. Algo no andaba bien, algo estaba del revés, pero no habría podido decir qué era. De nuevo se encontraba solo. Apartó las mantas e intentó sentarse, pero el dolor era excesivo, y pronto se rindió, con la respiración entrecortada. Lo que menos le dolía era el rostro. Su costado derecho era una enorme masa de dolor, y cada vez que levantaba el brazo, una estocada le atravesaba el pecho.

«¿Qué me ha ocurrido? —Hasta la batalla le parecía casi un sueño cuando trataba de pensar en ella—. Resulté herido, mucho más gravemente de lo que pensaba. Ser Mandon...».

El recuerdo lo asustó, pero Tyrion se obligó a agarrarse a él, a darle vueltas en la cabeza, a mirarlo fijamente. « Intentó matarme, sin la menor duda. Esa parte no fue un sueño. Me habría partido en dos si Pod no... Pod, ¿dónde está Pod?» .

Apretando mucho los dientes, se agarró de las colgaduras de la cama y tiró de ellas. Las cortinas se soltaron del dosel y cayeron, una parte sobre la alfombra y otra encima de él. Incluso aquel pequeño esfuerzo lo había mareado. La habitación daba vueltas en torno a él, solo paredes desnudas y sombras oscuras, con una ventana estrecha. Vio un baúl que le había pertenecido, un montón desordenado de ropa suya, su armadura abollada.

« Este no es mi dormitorio —comprendió—. Ni siquiera estoy en la Torre de la Mano. —Alguien lo había trasladado. Su grito de ira salió como un gemido amortiguado—. Me han traído aquí para morir», pensó mientras dejaba de luchar y volvía a cerrar los ojos. La habitación estaba húmeda y fría, y él ardía.

Soñó con un lugar mejor, una cabaña acogedora, junto al mar del Ocaso. Las paredes estaban inclinadas y agrietadas, y el suelo era de tierra, pero allí siempre se había sentido caliente y seguro, hasta cuando dejaban que el fuego se apagara.

« Ella siempre se metía conmigo por eso —recordó—. Nunca me acordaba de alimentar el fuego, eso siempre había sido una tarea de la servidumbre» .

—No tenemos servidumbre —le recordaba ella.

—Tú me tienes a mí, soy tu sirviente —respondía él.

—Un sirviente haragán —era la réplica de ella—. ¿Qué hacen en Roca Casterly con los sirvientes haraganes, mi señor?

—Allí los besan —le contestaba él, y aquello siempre la hacia reír.

—Seguro que no —decía ella—. Seguro que les dan una paliza.

—No —insistía él—, los besan, de esta manera. —Y le mostraba cómo—. Primero, les besan los dedos, uno a uno, y besan sus muñecas, sí, y la parte interior del codo. Después, les besan sus graciosas orejitas; todos nuestros sirvientes tienen unas orejitas muy graciosas. ¡Deja de reír! Y les besan las mejillas, y la naricita, con ese bultito diminuto, así, de esta manera, y les besan las cejas encantadoras y el cabello y los labios, y... hummm... la boca... de esta manera...

Se besaban durante horas y pasaban días enteros dedicados solamente a arrullarse en el lecho, escuchando las olas y tocándose. El cuerpo de ella era una maravilla para él, y al parecer, ella se deleitaba con el cuerpo de él. A veces ella le cantaba: « Amé a una doncella hermosa como el verano, con la luz del sol en el cabello» .

—Te amo, Tyrion —susurraba ella antes de irse a dormir por las noches—. Amo tus labios, amo tu voz y las palabras que me dices, y tu forma tan gentil de tratarme. Amo tu rostro.

—¿Mi rostro?

—Sí, sí. Amo tus manos y el modo en que me tocas. Amo tu polla, adoro sentirla dentro de mí.

—Ella también te ama, mi señora.

—Me encanta decir tu nombre, Tyrion Lannister. Combina con el mío. Lo de Lannister, no, lo otro. Tyrian y Tysha. Tysha y Tyrian. Tyrian. Mi señor Tyrian...

«Mentiras —pensó—, todo fingido, todo por el oro, ella era una puta, la puta de Jaime, el regalo de Jaime, mi señora de las mentiras». El rostro de la mujer pareció esfumarse, disolviéndose tras un velo de lágrimas, pero incluso cuando desapareció, seguía oyendo el suave y lejano sonido de la voz de Tysha, que pronunciaba su nombre.

—Mi señor, ¿podéis oírme? ¿Mi señor? ¿Tyrian? ¿Mi señor? ¿Mi señor?

A través del laberinto de sueños de la amapola, vio una cara rosada y blanda inclinada sobre él. Estaba de nuevo en la habitación húmeda con los cortinajes de la cama que colgaban, y el rostro no era el que debía ser, no era el de ella, demasiado redondo, con el borde oscuro de una barba.

—¿Tenéis sed, mi señor? Aquí tengo leche, buena leche para vos. No debéis agitaros, no, no intentéis moveros, necesitáis descansar.

En una mano húmeda y rosada llevaba el embudo curvo, y en la otra, una botella.

Cuando el hombre se le acercó más, los dedos de Tyrion se deslizaron por debajo de su cadena de muchos metales, la agarraron y tiraron de ella. El maestre dejó caer la botella, y la leche de la amapola se derramó sobre las mantas. Tyrion retorció la cadena hasta sentir que los eslabones se clavaron en la piel del grueso cuello del hombre.

—No. Más, no... —graznó, tan ronco que no era capaz de saber si había dicho algo.

Pero debió de hacerse oír, porque el maestre, casi asfixiado, logró responder.

—Soltadme, por favor, mi señor... Necesitáis la leche, el dolor... La cadena, no, por favor, soltadme, no...

El rostro rosado comenzaba a ponerse violáceo cuando Tyrion lo soltó. El maestre retrocedió, aspirando con ansiedad. Su garganta enrojecida mostraba unas huellas blancas donde los eslabones habían ejercido presión. Sus ojos también estaban blancos. Tyrion levantó una mano, se la llevó a la cara e hizo un movimiento como de arrancarse la máscara endurecida. Lo repitió una, dos veces.

—¿Queréis... queréis que os quiten las vendas, no es eso? —dijo, finalmente, el maestre—. Pero yo no... eso sería... muy imprudente, mi señor. No estáis curado todavía; la reina podría...

La mención de su hermana le arrancó un gruñido a Tyrion. «Entonces, ¿eres uno de los suyos?». Apuntó al maestre con un dedo y después cerró la mano en

un puño. Hizo gestos de aplastar, de estrangular, una promesa de lo que sucedería a menos que lo obedeciera.

—Por suerte, el maestre comprendió.

—Haré... haré lo que ordene mi señor, sin duda, pero... es una imprudencia, vuestras heridas...

—Hacedlo —dijo, esta vez más alto.

El hombre hizo una reverencia y abandonó la habitación, para retornar momentos después con un largo cuchillo de hoja fina y serrada, un cuenco con agua, un montón de telas suaves y varias botellas. Tyrion había logrado incorporarse un poco, y estaba medio sentado sobre su almohada. El maestre le pidió que estuviera tan quieto como le fuera posible, e introdujo la punta del cuchillo bajo el mentón, por debajo de la máscara.

«Un desliz de la mano, y Cersei se librárá de mí», pensó. Podía sentir como la hoja cortaba el lino endurecido a escasa distancia de su garganta.

Por fortuna, aquel hombre blando y rosado no era uno de los sirvientes más valerosos de su hermana. Al poco rato empezó a sentir el aire fresco en las mejillas. También sentía dolor, claro, pero hizo un esfuerzo para no prestarle atención. El maestre tiró las vendas, todavía llenas de costras de ungüento.

—No os mováis ahora; tengo que lavaros la herida.

Sus dedos eran delicados; el agua era tibia y relajante. «La herida», pensó Tyrion, recordando un súbito destello plateado que había pasado, al parecer, por debajo de sus ojos.

—Esto va a doler un poco —advirtió el maestre, mientras humedecía una venda en un vino que olía a hierbas maceradas.

Fue algo más que doler un poco. Trazó una línea de fuego por todo lo ancho del rostro de Tyrion y clavó una barra incandescente por la nariz. Sus dedos se aferraron a las sábanas, y comenzó a jadear, pero logró no gritar. El maestre cloqueaba como una gallina vieja.

—Lo más prudente habría sido dejar la máscara en su lugar hasta que la carne cicatriza, mi señor. De todos modos, tiene buen aspecto. La herida está limpia, eso es bueno. Cuando os encontramos en aquel sótano, entre los muertos y los moribundos, vuestras heridas estaban infectadas. Teníais una costilla rota, seguro que lo notáis; quizás os golpearon con una maza, o sería una caída, es difícil decirlo. Y teníais una flecha clavada en el brazo, en la articulación del hombro. Tenía muy mal aspecto y durante un tiempo temí que pudierais perder el brazo, pero tratamos la herida con vino hirviendo y gusanos, y ahora parece que cicatriza limpiamente.

—Nombre —exhaló Tyrion, mirando al hombre—. Nombre.

—Sois Tyrion Lannister, mi señor —dijo el maestre parpadeando—. Hermano de la reina. ¿Os acordáis de la batalla? En ocasiones, cuando hay heridas en la cabeza...

—Tu nombre. —Tenía la garganta en carne viva, y su lengua había olvidado cómo articular las palabras.

—Soy el maestre Ballabar.

—Ballabar —repitió Tyrion—. Tráeme. Espejo.

—Mi señor —dijo el maestre—. No os lo aconsejaría... puede ser, ah, imprudente, porque... vuestra herida...

—¡Tráelo! —tuvo que decir. Tenía la boca rígida y dolorida, como si un golpe le hubiera partido los labios—. Y beber. Vino. Amapola no.

El maestre se levantó, ruborizado, y salió deprisa. Regresó con una jarra de un vino ambarino pálido y un pequeño espejo plateado en un hermoso marco de oro. Se sentó al borde de la cama, sirvió media copa de vino y la llevó a los labios hinchados de Tyrion. El líquido bajó, fresco, aunque apenas pudo saborearlo.

—Más —dijo, cuando la copa se vació.

El maestre Ballabar volvió a servirle. Tras la segunda copa, Tyrion Lannister se sintió con fuerzas suficientes para enfrentarse a su rostro.

Tomó el espejo, se miró y no supo si reírse o llorar. El tajo era largo y torcido; comenzaba justo por debajo del ojo izquierdo y terminaba en el lado derecho de su mandíbula. De su nariz habían desaparecido tres cuartas partes, así como un pedazo del labio. Le habían cosido los bordes de la herida con hilo de tripa, y las groseras puntadas estaban aún en su sitio, a uno y otro lado del costurón de carne roja, a medio cicatrizar.

—Precioso —graznó al tiempo que dejaba el espejo a un lado.

Ya lo recordaba todo. El puente formado por naves, ser Mandon Moore, una mano y una espada que se dirigía a su rostro. « Si no hubiera dado un paso atrás, ese tajo se me habría llevado la mitad de la cabeza». Jaime siempre había dicho que ser Mandon era el más peligroso de la Guardia Real, porque sus ojos muertos y vacíos no permitían adivinar sus intenciones. « No debí confiar nunca en ninguno de ellos». Había sabido que ser Meryn y ser Boros eran leales a su hermana, así como ser Osmund, más tarde, pero se había permitido creer que los demás no habían perdido totalmente el honor. « Cersei debió de pagarle para asegurarse de que yo no volviera de la batalla. ¿Qué otra cosa podría ser? Que yo sepa, nunca hice daño alguno a ser Mandon». Tyrion se tocó la cara, palpando la carne con dedos torpes y gruesos. « Otro regalo de mi querida hermanita».

El maestre permanecía junto a la cama como un ganso a punto de salir volando.

—Mi señor, lo más probable es que quede una cicatriz...

—¿Lo más probable? —Su risa se transformó al momento en una mueca de dolor. Sin lugar a dudas, tendría una cicatriz. Y tampoco parecía probable que la nariz volviera a crecerle en poco tiempo. Su rostro no se había considerado nunca atractivo, pero aquello...—. Así... aprenderé... a no jugar... con hachas. —Una media sonrisa le tensó el rostro—. ¿Dónde estamos? ¿En qué lugar? —Le dolía

hablar, pero Tyrion había estado en silencio demasiado tiempo.

—Ah, mi señor, estás en el Torreón de Maegor. En una cámara situada encima del salón de baile de la reina. Su alteza quería teneros cerca para poder cuidaros ella misma.

«Seguro que sí».

—Llévame —ordenó Tyrion—. A mi cama. A mis habitaciones. —«Donde estaré rodeado por mis hombres y por mi maestre, siempre que pueda encontrar uno en el que pueda confiar».

—A vues... mi señor, eso no va a ser posible. La mano del rey reside ahora en las que eran antes vuestras habitaciones.

—Yo... soy... la mano del rey. —El esfuerzo que hacía para hablar lo dejaba exhausto, y lo que oía lo dejaba confuso.

—No, mi señor, yo... —El maestre Ballabar parecía preocupado—. Habéis resultado herido; agonizabais. Vuestro señor padre ha asumido ahora esas tareas. Lord Tywin...

—¿Aquí?

—Desde la misma noche de la batalla. Lord Tywin nos salvó a todos. La gente del pueblo dice que era el fantasma del rey Renly, pero los hombres sensatos saben que no fue así. Fue vuestro padre, con lord Tyrell, el Caballero de las Flores, y con lord Meñique. Cabalgaron entre las cenizas y atacaron al usurpador Stannis por la retaguardia. Fue una gran victoria, y ahora, lord Tywin se ha establecido en la Torre de la Mano para ayudar a su alteza a poner orden en el reino, alabados sean los dioses.

—Alabados sean los dioses —repitió Tyrion falsamente. ¿Su maldito padre, y el maldito Meñique y el fantasma de Renly?—. Quiero... —comenzó a decir. «¿Qué es lo que quiero?». No podía decirle al rosado Ballabar que le llevara a Shae. ¿A quién podía llamar? ¿En quién podía confiar? ¿Varys? ¿Bronn? ¿Ser Jacelyn?—. A mi escudero —concluyó—. Pod. Payne. —«Fue Pod allí, en el puente de naves, el chico me salvó la vida».

—¿El chico? ¿El chico extraño?

—El chico extraño. Podrick Payne. Tú, ve. Tráelo.

—Como queráis, mi señor.

El maestre Ballabar inclinó la cabeza y salió a toda prisa. Tyrion sentía como las fuerzas se le escapaban mientras esperaba. Se preguntaba cuánto tiempo había permanecido allí, durmiendo. «A Cersei le encantaría verme dormir para siempre, pero no voy a darle ese gusto».

Podrick Payne entró en el dormitorio, tímido como un ratón.

—¿Mi señor? —Se acercó, tembloroso, a la cama.

«¿Cómo puede un chico que es tan fiero en la batalla asustarse tanto en la habitación de un herido?», se asombró Tyrion.

—Quería quedarme a vuestro lado, pero el maestre me echó.

—Échalo a él. Escúchame. Me cuesta trabajo hablar. Necesito vino del sueño. Vino del sueño, no leche... de la amapola. Ve adonde Frenken. Frenken, no Ballabar. Vigílalo mientras lo prepara. Tráeme el vino. —Pod le echó una mirada furtiva al rostro de Tyrion, y apartó la vista con la misma celeridad. « No puedo reprocharle eso» —. Quiero a los míos —continuó Tyrion—. Guardias. Bronn. ¿Dónde está Bronn?

—Lo han armado caballero.

—Búscalos. —Le dolía hasta fruncir el entrecejo—. Tráelos aquí.

—Como digáis, mi señor. Bronn.

—¿Ser Mandon? —preguntó Tyrion, agarrando la muñeca del chico.

El chico retrocedió, asustado.

—No tuve intención de m-m-m-m...

—¿Está muerto? ¿Estás seguro? ¿Está muerto?

—Se ahogó. —Arrastró los pies, sumiso.

—Bien. No hables... de él... de mí... de lo que pasó... nada.

Cuando su escudero se marchó, las últimas fuerzas de Tyrion lo abandonaron también. Se reclinó y cerró los ojos. Quizá volviera a soñar con Tysha.

« ¿Le gustaría mi cara ahora?», pensó con amargura.

Cuando Qhorin Mediamano le dijo que buscara ramitas secas para encender un fuego, Jon supo que el final de ambos se acercaba.

«Qué agradable sería sentirse caliente otra vez, aunque fuera durante un rato —se dijo mientras arrancaba ramas peladas del tronco de un árbol muerto. Fantasma estaba sentado sobre las patas traseras, callado como siempre—. ¿Aullará por mí cuando esté muerto, de la misma manera que el lobo de Bran aulló cuando él cayó? —se preguntó Jon—. ¿Aullará Peludo, allá lejos en Invernalia, y Viento Gris, y Nymeria, estén donde estén?».

La luna se elevaba detrás de una montaña y el sol descendía detrás de otra mientras Jon golpeaba el pedernal con el puñal para sacar chispas, hasta que finalmente apareció una fina columna de humo. Qhorin se acercó y se quedó de pie junto a él mientras la primera llama crecía, haciendo chisporrotear los pedazos de corteza y la pinucha.

—Tan tímida como una doncella en su noche de bodas —dijo el explorador corpulento con voz serena—, y casi igual de bella. A veces, uno se olvida de lo bella que puede ser una hoguera.

No era hombre del que uno esperara oír hablar de doncellas y noches de boda. Por lo que Jon sabía, Qhorin se había pasado toda su vida en la Guardia. «¿Habrá amado alguna vez a una doncella? ¿Se habrá casado?». No podía preguntarlo, de modo que se limitó a aventar la hoguera. Cuando la llama comenzó a chisporrotear por todas partes, se quitó los guantes tiesos para calentarse las manos y suspiró, preguntándose si alguna vez un beso lo había hecho sentirse tan bien. El calor se difundió entre sus dedos como mantequilla derretida.

Mediamano se acomodó sobre la tierra y se sentó junto al fuego con las piernas cruzadas, mientras la luz temblorosa jugueteaba en sus rasgos angulosos. De los cinco exploradores que habían huido del Paso Aullante, de regreso a los eriales gris azulado de los Colmillos Helados, solo quedaban ellos dos.

Al principio, Jon había albergado la esperanza de que Escudero Dalbridge mantuviera a los salvajes detenidos en el paso. Pero cuando oyeron la llamada de un cuerno lejano, todos ellos supieron que Escudero había caído. Después divisaron al águila que ascendía en el crepúsculo con sus enormes alas color gris azulado, y Serpiente de Piedra tomó el arco en las manos, pero el ave se puso fuera de su alcance mucho antes de que pudiera tensar la cuerda. Ebben escupió y masculló algo sobre los cambiapieles.

Al día siguiente divisaron el águila en dos ocasiones y oyeron tras ella el cuerno de caza, cuyo sonido retumbaba en las montañas. Cada vez parecía sonar más fuerte, más cercano. Cuando cayó la noche, Mediamano le dijo a Ebben que tomara la pequeña montura del escudero y la suya, y que galopara a toda

prisa hacia Mormont, deshaciendo el camino por el que habían venido. Los demás entretendrían a los perseguidores.

—Envía a Jon —lo había instado Ebben—. A caballo es tan veloz como yo.

—Jon tiene otro papel en esto.

—Solo es un muchacho.

—No —replicó Qhorin—, es un hombre de la Guardia de la Noche.

Cuando ascendió la luna, Ebben los dejó. Serpiente de Piedra lo acompañó hacia el este durante un corto tramo y regresó para borrar las huellas; y los tres que quedaban se encaminaron al suroeste. A partir de entonces, los días y las noches se hicieron difusos, fundiéndose unos con otras. Dormían sobre las sillas de montar y se detenían solo lo necesario para alimentar y dar de beber a sus pequeños caballos de las montañas; luego volvían a montar. Cabalgaron sobre rocas desnudas, entre lugubres bosques de pinos y montones de nieve vieja, sobre cordilleras heladas y a través de ríos de poca profundidad que carecían de nombre. A veces, Qhorin o Serpiente de Piedra regresaban un trecho para borrar las huellas, pero era un gesto fútil. Los vigilaban. Cada amanecer y cada atardecer divisaban al águila que se elevaba entre los picos, solo un puntito en la inmensidad del cielo.

Escalaban una elevación de poca altura entre dos picos cubiertos de nieve cuando un gatosombra salió rugiendo de su guarida, apenas a diez pasos de distancia. El animal era flaco y estaba hambriento, pero al verlo, la yegua de Serpiente de Piedra fue presa del pánico; se encabritó y salió al galope, y antes de que el explorador pudiera tenerla de nuevo bajo control, tropezó en la cuesta inclinada y se rompió una pata.

Fantasma comió bien aquel día, y Qhorin insistió en que mezclaran un poco de la sangre del caballo con el cereal para que les diera fuerzas. El sabor de aquella papilla asquerosa estuvo a punto de provocarle arcadas a Jon, pero se obligó a tragárla. Cada uno cortó del costillar una docena de tiras de carne cruda para masticarla mientras cabalgaban, y dejaron el resto para los gatosombras.

No tenía sentido borrar las huellas. Serpiente de Piedra se ofreció a emboscar a los perseguidores y sorprenderlos cuando aparecieran. Quizá pudiera llevarse consigo al infierno a unos cuantos. Qhorin se negó.

—Si hay un hombre en la Guardia de la Noche que pueda atravesar los Colmillos Helados solo y a pie, ese eres tú, hermano. Puedes trepar montañas que un caballo tendría que rodear. Dirígete al Puño. Dile a Mormont qué vio Jon y cómo. Dile que los antiguos poderes están despertando, que se enfrenta a gigantes, a cambiapieles y a cosas peores. Dile que los árboles vuelven a tener ojos.

«No tiene la menor oportunidad», pensó Jon mientras contemplaba como Serpiente de Piedra desaparecía tras una cresta nevada, un pequeño insecto negro reptando sobre una ondulada extensión blanca.

Después de aquello, cada noche parecía más fría que la anterior, y más solitaria. Fantasma no siempre los acompañaba, pero nunca se alejaba mucho. Hasta cuando estaban separados, Jon percibía su cercanía. Aquello lo alegraba. Mediamano no era el más afable de los hombres. La larga trenza canosa de Qhorin oscilaba lentamente con el movimiento de su caballo. A menudo cabalgaban durante horas sin pronunciar palabra; los únicos sonidos eran el suave roce de las herraduras en la piedra y el silbido del viento, que soplaban sin parar entre las cimas. Cuando dormía, no soñaba con lobos, ni con sus hermanos, no soñaba nada.

« Ni siquiera los sueños pueden vivir aquí», se dijo.

—¿Está bien afilada tu espada, Jon Nieve? —preguntó Qhorin Mediamano desde el otro lado de las llamas oscilantes.

—Mi espada es de acero valyrio. Me la dio el Viejo Oso.

—¿Recuerdas tu juramento?

—Sí. —No eran palabras que un hombre pudiera olvidar. Una vez dichas, no podían retirarse. Cambiaban la vida de uno para siempre.

—Repítelo de nuevo conmigo, Jon Nieve.

—Si eso es lo que quieres...

Sus voces se unieron en una sola bajo la luna ascendente, mientras Fantasma escuchaba y las montañas hacían de testigo.

—El agua se está empezando a congelar —apuntó Qhorin al tiempo que se desviaba a un lado—. Si no fuera por eso, sería mejor ir por el lecho del río. Pero si rompemos el hielo se darán cuenta. No nos apartaremos del acantilado. El río describe una curva muy cerrada a un cuarto de legua que nos ocultará de la vista. —Cabalgó hacia el desfiladero. Jon lanzó una última mirada nostálgica hacia la lejana hoguera y lo siguió.

—La noche se avecina, ahora empieza mi guardia. No terminará hasta el día de mi muerte. No tomaré esposa, no poseeré tierras, no engendraré hijos. No llevaré corona, no alcanzaré la gloria. Viviré y moriré en mi puesto. Soy la espada en la oscuridad. Soy el vigilante del Muro. Soy el fuego que arde contra el frío, la luz que trae el amanecer, el cuerno que despierta a los durmientes, el escudo que defiende los reinos de los hombres. Entrego mi vida y mi honor a la Guardia de la Noche, durante esta noche y todas las que estén por venir.

Cuando terminaron, no se oyó otro sonido que el chisporroteo tenue de las llamas y un lejano silbido del viento. Jon abrió y cerró sus dedos chamuscados, repitiendo las palabras en su mente, orando para que los dioses de su padre le dieran fuerzas para morir con valor cuando llegara su hora. Ya no faltaba tanto. Las monturas estaban al límite de sus fuerzas, y Jon sospechaba que la bestia de Qhorin no duraría un día más.

En aquel momento, las llamas habían bajado, y el calor disminuía.

—Pronto se apagará esta hoguera —dijo Qhorin—, pero si el Muro cae

alguna vez, todos los fuegos se apagarán. —No había nada que Jon pudiera decir a aquello. Hizo un gesto de asentimiento—. Aún podríamos escapar de ellos —dijo el explorador—. O no.

—No le tengo miedo a la muerte —dijo, y solo era una mentira a medias.

—Puede que no sea tan fácil, Jon.

—¿Qué quieres decir? —No lo entendía.

—Si nos cogen, debes rendirte.

—¿Rendirme? —Parpadeó, incrédulo. Los salvajes no tomaban cautivos entre los hombres a los que llamaban cuervos. Los mataban a todos, con excepción de...—. Solo perdonan a los renegados. A los que se unen a ellos, como Mance Rayder.

—Y como tú.

—No —dijo Jon haciendo un gesto de negación—. Nunca. No lo haré.

—Lo harás. Te lo ordeno.

—¿Me lo ordenas? Pero...

—Nuestro honor no significa más que nuestra vida, siempre que el reino esté a salvo. ¿Eres un hombre de la Guardia de la Noche?

—Sí, pero...

—No hay peros, Jon Nieve. Lo eres o no lo eres.

—Lo soy —dijo Jon, irguiéndose.

—Entonces, escúchame. Si nos atrapan, te irás con ellos, como te recomendó una vez la chica salvaje que capturaste. Pueden exigirte que hagas tiras de tu capa, que les jures lealtad sobre la tumba de tu padre, que maldigas a tus hermanos y a tu lord comandante. Te exijan lo que te exijan, no puedes negarte. Haz lo que te ordenen... pero en lo más hondo de tu corazón, recuerda quién y qué eres. Cabalga con ellos, come con ellos, combate con ellos todo el tiempo que sea necesario. Y observa.

—¿El qué? —preguntó Jon.

—Ojalá lo supiera —dijo Qhorin—. Tu lobo vio sus excavaciones en el valle del Agualechosa. ¿Qué andan buscando en un sitio tan distante y yermo? ¿Lo habrán encontrado? Eso es lo que debes averiguar antes de regresar con lord Mormont y tus hermanos. Esa es la misión que te encomiendo, Jon Nieve.

—Haré lo que me dices —dijo Jon, sin entusiasmo—, pero... se lo contarás a ellos, ¿verdad? ¿Al menos al Viejo Oso? Dile que no rompé mi juramento.

—Lo juro. —Qhorin Medihamano lo miró fijamente a través del fuego, con sus ojos sumidos en pozos de sombras—. La próxima vez que lo vea. —Hizo un gesto hacia la hoguera—. Más leña. Quiero que brille, que caliente.

Jon fue a cortar más ramas, y partió cada una en dos antes de tirarlas a las llamas. El árbol llevaba largo tiempo muerto, pero parecía revivir entre las llamaradas cuando unos fieros bailarines despertaban dentro de cada trozo de leña para girar y revolverse en sus brillantes túnicas amarillas, rojas y

anaranjadas.

—Basta —dijo Qhorin bruscamente—. Ahora, cabalguemos.

—¿Que cabalguemos? —Más allá del fuego reinaba la oscuridad, y la noche era gélida—. ¿Hacia dónde vamos?

—De vuelta. —Qhorin montó una vez más en su agotado caballo—. El fuego los hará seguir en otra dirección, o eso espero. Vamos, hermano.

Jon volvió a ponerse los guantes y se levantó la capucha. Hasta los caballos parecían poco dispuestos a alejarse del fuego. El sol se había puesto hacia ya tiempo, y solo el frío destello lunar del cuarto menguante estaba allí para guiar sus pasos por el terreno traicionero que se extendía a su espalda. No sabía qué tendría en mente Qhorin, pero quizás les diera una oportunidad. Tenía la esperanza de que fuera así.

« No quiero hacer de renegado, ni siquiera por una buena causa» .

Avanzaban con cautela; se movían con el mayor sigilo posible para un caballo y su jinete, y volvieron sobre sus pasos hasta llegar a la boca de un angosto desfiladero, donde un pequeño torrente helado surgía entre dos montañas. Jon recordó el sitio. Allí habían abrevado a sus caballos antes de la puesta del sol.

Cuanto más avanzaban, más los presionaban las rocas, a los lados. Siguieron la cinta plateada de la corriente bañada por la luna hasta su fuente. Las laderas de roca estaban cubiertas de carámbanos, pero Jon todavía podía oír el sonido de agua corriente bajo la dura y fina corteza.

Un gran pedazo de roca caída les bloqueaba el camino de ascenso allí donde una parte del risco se había desmoronado, pero los pequeños caballos de paso seguro lograron sortearlo. Más adelante, las paredes del desfiladero se cerraban abruptamente, y la corriente los condujo al pie de una cascada elevada y sinuosa. Había mucha bruma, como el aliento de una enorme bestia gélida. Las aguas, al caer, emitían destellos plateados a la luz de la luna. Jon, estupefacto, miró a su alrededor.

« No hay salida» .

Qhorin y él tal vez pudieran escalar los riscos, pero no con los caballos. Y a pie no durarían mucho.

—Vamos, rápido —ordenó Mediámano.

El corpulento explorador, montado sobre el caballo menudo, cabalgó sobre las rocas, resbaladizas por el hielo, fue directo hacia la cortina de agua y desapareció tras ella. Al ver que no volvía a aparecer, Jon le clavó las espuelas a su montura y lo siguió. Su caballo intentó retroceder. El agua, al caer, los golpeó con puños helados, y la sacudida del frío hizo que a Jon se le cortara el aliento.

Y al momento se halló al otro lado, tiritando y empapado, pero al otro lado.

La fisura en la roca era apenas del tamaño suficiente para que pasara un hombre con su caballo, pero al otro lado, las paredes se separaban y el suelo se volvía de arena blanda. Jon sentía las gotas de agua que se le congelaban en la

barba. Fantasma atravesó la caída de agua de un salto rabioso, se sacudió las gotas de la pelambre, olfateó la oscuridad con suspicacia y levantó una pata contra la pared rocosa. Qhorin había desmontado. Jon lo imitó.

—Tú sabías de este lugar.

—Cuando tenía tu edad, oí a un hermano que contaba cómo había perseguido a un gatosombra a través de estas cataratas. —Desensilló el caballo, le quitó el bocado y las riendas, y lo rascó con los dedos a través de las crines lanudas—. Hay un camino que atraviesa el corazón de la montaña. Si al llegar la aurora no nos han encontrado, seguiremos adelante. Yo me encargo de la primera guardia, hermano.

Qhorin se sentó en la arena con la espalda recostada en la pared; no era más que una sombra negra imprecisa en la penumbra de la caverna. Por encima del rumor del agua que caía, Jon oyó el suave sonido del acero sobre el cuero, lo que solo podía significar que Mediamano había desenvainado la espada.

Se quito la capa mojada, pero allí había demasiado frío y humedad para seguir desnudándose. Fantasma se estiró junto a él y le lamió el guante antes de acurrucarse para dormir. Jon le agradecía su calor. Se preguntó si, allá fuera, la hoguera seguía ardiendo, o si ya se habría apagado. « Si el Muro cae alguna vez, todos los fuegos se apagarán ». La luna brillaba a través de la cortina de agua y dejaba una pálida franja brillante en la arena, pero al rato, aquello también se desvaneció y reinó la oscuridad total.

Finalmente llegó el sueño con sus pesadillas. Soñó con castillos en llamas y con cadáveres que se levantaban intranquilos de sus sepulturas. Cuando Qhorin lo despertó, aún estaba oscuro. Mientras Mediamano dormía, Jon se mantuvo sentado con la espalda recostada en la pared de la caverna, prestando atención al sonido del agua y esperando la llegada de la aurora.

Al romper el día, cada uno masticó una tira semicongelada de carne de caballo; después ensillaron de nuevo sus bestias y se echaron las capas negras por encima de los hombros. Durante su guardia, Mediamano había confeccionado media docena de antorchas, empapando mazos de musgo en el aceite que llevaba en las alforjas. Encendió la primera y guio el avance hacia la oscuridad, con la pálida llama delante de sí. Jon lo siguió con los caballos. El sendero de piedras se retorcía, primero arriba, después abajo, y luego giraba en un descenso abrupto. En ciertos momentos se hacía tan estrecho que era difícil convencer a los caballos de que era posible pasar al otro lado.

« Cuando logremos salir, los habremos despistado. Ni un águila puede ver a través de la roca. Cabalgaremos a toda velocidad hacia el Puño y le contaremos al Viejo Oso todo lo que sabemos ».

Pero cuando volvieron a salir a la luz, horas después, el águila los estaba esperando, posada en un árbol seco, a unas cincuenta varas más arriba, en la ladera. Fantasma fue a por ella, saltando entre las rocas, pero el ave sacudió las

alas y emprendió el vuelo.

La boca de Qhorin se puso tensa mientras la seguía con la mirada.

—Este es un lugar tan bueno como otro cualquiera para resistir —declaró—. La boca de la cueva nos protege por encima, y no pueden ponerse a nuestra retaguardia sin atravesar la montaña. ¿Está afilada tu espada, Jon Nieve?

—Sí —respondió.

—Demos de comer a los caballos. Nos han servido con dedicación, pobres bestias.

Jon le dio a su montura lo que le quedaba de avena y acarició sus crines lanudas, mientras Fantasma se movía inquieto entre las rocas. Se ajustó más los guantes y flexionó sus dedos quemados. «Soy el escudo que protege los reinos de los hombres».

Un cuerno de caza retumbó entre las montañas, y un instante después, Jon oyó los ladridos de los sabuesos.

—Pronto llegarán aquí —anunció Qhorin—. Ten presto a tu lobo.

—Fantasma, conmigo —dijo Jon.

El lobo huargo acudió a disgusto a su lado, con la cola tiesa.

Los salvajes aparecieron en gran cantidad sobre una cresta, a menos de ochocientos pasos de distancia. Sus perros los precedían en la carrera, bestias de color gris pardusco, con las fauces desnudas, que tenían bastante de lobo en la sangre. Fantasma mostró los colmillos, con el pelaje erizado.

—Tranquilo —murmuró Jon—. Conmigo.

Oyó un batir de alas por encima de su cabeza. El águila se posó en un saliente de roca y emitió un grito de triunfo.

Los cazadores se aproximaban con cautela, temiendo quizás las flechas. Jon contó catorce, con ocho perros. Sus grandes escudos redondos estaban hechos con pieles tensadas sobre mimbre, y llevaban calaveras dibujadas. La mitad de ellos escondía el rostro tras rudimentarios yelmos de madera y cuero endurecido. En los flancos, los arqueros colocaban flechas en pequeños arcos de madera y hueso, pero no disparaban. Los demás parecían estar armados con lanzas y mazas. Uno de ellos tenía un hacha de piedra tallada. Vestían únicamente las piezas de armaduras que habían quitado a exploradores muertos o robado durante incursiones. Los salvajes no extraían minerales ni los fundían, y al norte del Muro había pocos herreros y menos fraguas.

Qhorin desenvainó su mandoble. El relato de cómo había aprendido a combatir con la mano izquierda tras perder la mitad de la derecha era parte de su leyenda; se decía que actualmente manejaba la hoja con más destreza que nunca. Jon se situó hombro con hombro junto al enorme explorador, y sacó a *Garra* de su vaina. A pesar del aire gélido, el sudor hacía que le ardieran los ojos.

Los cazadores se detuvieron a diez pasos por debajo de la boca de la caverna. Su jefe ascendió solo, a lomos de una bestia que más parecía una cabra que un

caballo, a juzgar por la seguridad con la que escalaba aquella ladera desigual. Cuando el hombre y su cabalgadura estuvieron más cerca, Jon alcanzó a oír el traqueteo: ambos llevaban armaduras de huesos. Huesos de vaca, huesos de oveja, huesos de cabra, de bisonte, de alce, grandes huesos de mamuts peludos... así como huesos humanos.

—Casaca de Matraca —pronunció Qhorin con gélida cortesía.

—Para los cuervos soy el Señor de los Huesos. —El yelmo del jinete había sido confeccionado con la calavera rota de un gigante, y a todo lo largo de sus brazos habían cosido garras de osos al cuero endurecido.

—No veo por aquí a ningún señor —dijo Qhorin con una mueca burlona—. Solo a un perro que viste huesos de pollo, y que cuando cabalga traquetaea como una matraca.

El salvaje soltó un silbido de rabia, y su montura retrocedió. En verdad traquetaaba; Jon lo oía perfectamente. Los huesos estaban medio sueltos, unos junto a otros, de manera que cuando el hombre se movía, entrechocaban y castañeteaban.

—Tus huesos son los que van a traquetear muy pronto, Mediámano. Te herviré, retiraré la carne y me haré una cota con tus costillas. Tallaré tus dientes para hacerme runas y comeré papilla de avena en tu calavera.

—Si quieres mis huesos, ven a por ellos.

Pero Casaca de Matraca no parecía muy dispuesto a hacerlo. En el espacio reducido entre las rocas donde los hermanos negros se habían hecho fuertes, sus soldados no eran tantos; para hacerlos salir de la caverna, los salvajes tendrían que atacar de dos en dos. Pero otro miembro de su partida, una de las guerreras llamadas mujeres de las lanzas, detuvo su caballo junto a él.

—Somos catorce contra dos, cuervos, y ocho perros para vuestro lobo —dijo—. Huyáis o peleéis, sois nuestros de todos modos.

—Muéstraselo —ordenó Casaca de Matraca.

La mujer metió la mano en un saco manchado de sangre y extrajo un trofeo. Ebben había sido calvo como un huevo, por lo que la mujer sacó la cabeza por una oreja.

—Murió como un valiente —dijo.

—Pero murió —añadió Casaca de Matraca—, igual que morirás tú. —Sacó su hacha de batalla, levantándola por encima de la cabeza. Era de un magnífico acero, con un destello maligno en ambas hojas. Ebben nunca había sido descuidado con sus armas. Los demás salvajes avanzaron hasta quedar al lado de su jefe, mosándose de ellos a gritos. Algunos eligieron a Jon para sus burlas.

—¿Ese lobo es tuy o, niño? —gritó un jovenzuelo flaco, agitando una maza de piedra—. Será mi capa antes de que se ponga el sol.

Al otro extremo del grupo, una mujer de las lanzas echó a un lado sus pieles harapientas y le enseñó a Jon un pesado pecho blanco.

—¿El bebé extraña a su mamaíta? Ven, niño, chupa un poco de esto.

Los perros ladraban también.

—Se burlarán de nosotros hasta que cometamos alguna tontería. —Qhorin miró largamente a Jon—. No olvides tus órdenes.

—Parece que tendremos que espantar a los cuervos —gritó Casaca de Matraca por encima del griterío—. ¡Emplumadlos!

—¡No! —El grito brotó de los labios de Jon antes de que los arqueros pudieran disparar. Dio dos rápidos pasos adelante—. ¡Nos rendimos!

—Me habían advertido que la sangre de los bastardos era cobarde —oyó cómo decía fríamente Qhorin a sus espaldas—. Ya veo que es así. Corre con tus nuevos amos, cobarde.

Con el rostro rojo de vergüenza, Jon bajó la ladera hasta donde se había detenido el caballo de Casaca de Matraca. El salvaje lo miró por el visor de su yelmo.

—El pueblo libre no necesita cobardes.

—No es ningún cobarde. —Uno de los arqueros se quitó el yelmo de piel de oveja y sacudió una cabellera roja y lanuda—. Es el bastardo de Invernalia, el que me salvó la vida. Déjalo vivir.

Jon miró a Ygritte a los ojos y no pudo pronunciar palabra.

—Que muera —insistió el Señor de los Huesos—. El cuervo negro es un pájaro astuto; no confío en él.

En una roca por encima de ellos, el águila agitó las alas y cortó el aire con un grito de furia.

—El ave te odia, Jon Nieve —dijo Ygritte—. Y tiene buenas razones para ello. Era un hombre antes de que lo mataras.

—No lo sabía —dijo Jon, sin mentir ni un ápice, tratando de acordarse del rostro del hombre que había matado en el paso—. Me dijiste que Mance me aceptaría.

—Y lo hará —replicó Ygritte.

—Mance no está aquí —dijo Casaca de Matraca—. Ragwyle, destripalo.

La corpulenta mujer de las lanzas entrecerró los ojos.

—Si el cuervo quiere unirse al pueblo libre —dijo—, que nos muestre su habilidad y dé pruebas de que lo que dice es cierto.

—Haré lo que me ordenéis. —Las palabras le salieron con dificultad, pero Jon logró pronunciarlas.

—Entonces, bastardo, mata a Mediامano. —La armadura de huesos de Casaca de Matraca traqueteó sonoramente con las carcajadas.

—Como si pudiera —dijo Qhorin—. Vuélvete, Nieve, y muere.

Y al momento, la espada de Qhorin lo buscó, y de alguna manera, *Garra* se alzó para parar el golpe. La violencia del impacto estuvo a punto de hacer que la espada cayera de la mano de Jon, y lo hizo retroceder trastabillando. «Te exijan

lo que te exijan, no puedes negarte» . Agarró la espada con las dos manos, con suficiente celeridad para lanzar una estocada, pero el corpulento explorador la desvió con facilidad despectiva. Siguieron combatiendo, adelante y atrás, tremolantes las capas negras, la rapidez del joven contra la fuerza salvaje de las estocadas de Qhorin, lanzadas con la mano izquierda. El mandoble de Mediامano parecía estar en todas partes a la vez, cayendo por un flanco y al momento por el otro, llevando a Jon de un lado a otro e impidiéndole recuperar el equilibrio. Percibía ya cómo se le entumecían los brazos.

Incluso cuando los dientes de Fantasma se cerraron ferozmente en torno a la pantorrilla del explorador, Qhorin logró mantenerse sobre los pies de alguna manera. Pero en aquel instante, al volverse, se descubrió. Jon pisó fuerte y pivotó. El explorador retrocedía, y durante un momento pareció que el tajo de Jon no lo había alcanzado. Pero inmediatamente apareció un collar de lágrimas rojas en la garganta del hombre, brillante como una gargantilla de rubíes. La sangre comenzó a salir a borbotones, y Qhorin Mediامano cayó.

Del hocico de Fantasma caían gotas rojas, pero solo la punta de la espada bastarda estaba manchada. Jon hizo que el lobo huargo se apartara y se inclinó junto a él, pasándole el brazo por encima. La luz se apagaba en los ojos de Qhorin.

—Afilada —dijo, levantando los dedos mutilados. A continuación, su mano cayó y su vida se apagó.

«Él lo sabía —pensó Jon, aturdido—. Sabía qué me iban a exigir» . Recordó entonces a Samwell Tarly, a Grenn, a Edd el Penas, a Pyp y al Sapo, en el Castillo Negro. ¿Los había perdido a todos? ¿Había perdido a Bran, a Rickon y a Robb? ¿Quién era él en aquel momento? ¿Qué era?

—Levantadlo. —Unas manos rudas lo obligaron a ponerse en pie. Jon no opuso resistencia—. ¿Tienes un nombre?

—Se llama Jon Nieve —respondió Ygritte en su lugar—. Lleva la sangre de Eddard Stark de Invernalia.

—¿A quién se le habría ocurrido semejante cosa? —dijo Ragwylé riéndose—. Qhorin Mediامano muerto por un tajo casual del retoño de un señor.

—Destripadlo —volvió a decir Casaca de Matraca, que no había desmontado. El águila voló hacia él y se posó con un grito sobre su yelmo de hueso.

—Se ha rendido —le recordó Ygritte.

—Sí, y mató a su hermano —dijo un hombre bajito y feo, que llevaba un yelmo de hierro comido por la herrumbre.

—Ha sido el lobo el que ha hecho su trabajo. —Casaca de Matraca se aproximó, en su caballo, y los huesos traquetearon—. Lo ha hecho a traición. Yo quería matar a Mediامano en persona.

—Ya hemos visto todos las ganas que tenías de enfrentarte a él —se burló Ragwylé.

—Es un cambiapieles —dijo el Señor de los Huesos—, y un cuervo. No me gusta.

—Es posible que sea un cambiapieles —replicó Ygritte—, pero eso nunca nos ha intimidado.

Otros gritaron, manifestando su acuerdo. Tras el visor de su calavera amarillenta, la mirada de Casaca de Matraca era maligna, pero se rindió a regañadientes.

« Es verdad que son un pueblo libre» , pensó Jon.

Incineraron a Qhorin Mediamano donde había caído, en una pira de agujas de pino, maleza y ramas quebradas. Parte de la madera estaba verde aún y ardía despacio, con mucho humo, enviando una columna negruzca al brillante azul del cielo. Posteriormente, Casaca de Matraca exigió algunos huesos calcinados, mientras los demás se jugaban los arreos del explorador. Ygritte ganó su capa.

—¿Volveremos por el Paso Aullante? —le preguntó Jon. No sabía si podría enfrentarse de nuevo a aquellas elevaciones, ni si su montura sobreviviría a un segundo cruce.

—No —le respondió ella—. Detrás de nosotros ya no queda nada. —Lo miró con tristeza—. A estas alturas, Mance está muy abajo por el Agualechosa, avanzando hacia vuestro Muro.

Las cenizas caían como blanda nieve gris.

Avanzó, pisando una capa acolchada de agujas secas y hojas marrones, hasta el extremo del bosque donde los pinos estaban a mayor distancia entre sí. Más allá de los campos despejados podía ver claramente la silueta de los grandes montones de hombre-roca ante las llamas danzantes. El viento soplabía, cálido y rico con el olor a sangre y a carne quemada, tan penetrante que de sus fauces comenzó a chorrear la saliva.

Pero mientras un olor los llamaba, otros los hacían retroceder. Olfateó el humo que flotaba en el aire. «Hombres, muchos hombres, muchos caballos, y fuego, fuego, fuego». No había un olor más peligroso, ni siquiera el frío olor del hierro, el material de las garras de los hombres y de la piel dura. El humo y las cenizas le nublaban los ojos, y vio en el cielo una enorme serpiente alada, cuyo rugido era un río de llamas. Enseñó los colmillos, pero la serpiente desapareció al instante. Detrás de los acantilados, altísimos incendios devoraban las estrellas.

Durante toda la noche, los fuegos chisporrotearon, y en una ocasión hubo un enorme bramido y un estruendo que hicieron temblar la tierra bajo sus pies. Los perros ladronaron y gimieron, y los caballos relincharon de terror. Los aullidos estremecieron la noche; eran los aullidos del hombre-manada, sollozos de miedo y gritos salvajes, risas y chillidos. No había bestia más ruidosa que el hombre. Alzó las orejas y escuchó, y su hermano gruñó a cada ruido. Se deslizaron bajo los árboles mientras un viento que olía a pino quemado barria cenizas y brasas hacia el cielo. En su momento, las llamas comenzaron a disminuir hasta que desaparecieron por fin. El sol se levantó, aquella mañana gris y ahumado.

Entonces abandonó los árboles y se movió lentamente a través de los campos. Su hermano corría con él, atraído por el olor a sangre y muerte. Caminaron en silencio entre las guardias de madera, hierba y cieno construidas por los hombres. Muchísimas de ellas se habían quemado, y muchísimas se habían derrumbado; otras permanecían en pie, como antes. Pero por ninguna parte vieron ni olfatearon un hombre vivo. Los cuervos cubrían los cadáveres y se elevaban de repente, graznando, cuando su hermano y él se les acercaban. Los perros salvajes huían furtivamente al verlos.

Al pie de los grandes riscos grises, un caballo moría ruidosamente, luchaba por levantarse sobre una pata rota y relinchaba cuando volvía a caer. Su hermano describió un círculo en torno al animal y le desgarró la garganta; el caballo pataleó con frenesí y puso los ojos en blanco. Cuando se acercó al cadáver, su hermano le lanzó una dentellada y agachó las orejas; él lo golpeó con una pata y lo mordió. Lucharon entre la hierba, el fango y las cenizas que caían, junto al caballo muerto, hasta que su hermano, en gesto de sumisión, rodó sobre la espalda con la cola metida entre las patas. Le dio un mordisco más en la garganta

y comenzó a comer; dejó que su hermano comiera y le lamió la sangre de su pelaje negro.

En aquel momento, el sitio oscuro lo atraía hacia allí, hacia la casa de los susurros donde todos los hombres eran ciegos. Podía sentir sus dedos fríos sobre el cuerpo. Se resistió al tirón. No le gustaba la oscuridad. Era lobo. Era cazador, de los que acechan y matan, y su lugar estaba entre sus hermanos en los bosques profundos, corriendo en libertad bajo un cielo estrellado. Se sentó sobre los cuartos traseros, levantó la cabeza y aulló.

«No me iré —gimió—. Soy un lobo, no me iré». Pero incluso así, la oscuridad se espesó hasta cubrir sus ojos, llenar su nariz y taponar sus oídos, de manera que no podía ver, oler, oír ni correr, y los grandes riscos desaparecieron junto con el caballo muerto, y su hermano desapareció y todo se volvió negro, silencioso, negro y frío, negro y muerto, negro...

—Bran. —Una voz susurraba muy queda—. Bran, regresa. Regresa ya. Bran. Bran...

Cerró su tercer ojo y abrió los otros dos, los dos antiguos, los dos ciegos. En el sitio oscuro, todos los hombres eran ciegos. Pero alguien lo retenía. Podía sentir brazos en torno a su torso, el calor de un cuerpo que se acurrucaba con él. Podía oír a Hodor.

—Hodor, Hodor, Hodor, Hodor —cantaba muy bajito, casi para sus adentros.

—¿Bran? —Era la voz de Meera—. Estabas muy agitado, haciendo ruidos horribles. ¿Qué has visto?

—Invernalia. —La lengua era un objeto extraño y grueso en su boca. «Un día, cuando regrese, ya no sabré hablar» —. Era Invernalia. Ardía toda. Olía a caballo, a acero y a sangre. Habían matado a todo el mundo, Meera. —Sintió la mano de ella sobre su rostro, acariciándole el cabello.

—Estás todo sudado —dijo Meera—. ¿Quieres beber algo?

—Sí, por favor —aceptó. Le acercó un pellejo a los labios, y Bran bebió con tanta avidez que el agua le escapó por la comisura de la boca. Al regresar, siempre se sentía débil y sediento. Y hambriento también. Recordó al caballo moribundo, el sabor de la sangre en la boca y el olor de la carne quemada en el aire matutino.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres días —dijo Jojen. El niño había llegado en silencio, o quizás había estado allí todo el tiempo; en aquel mundo negro y ciego, Bran no habría podido asegurar nada—. Hemos temido por ti.

—Estaba con Verano —dijo Bran.

—Demasiado tiempo. Te morirás de hambre. Meera te vertió un poco de agua en la garganta y te untamos miel en la boca, pero no es suficiente.

—Comí —dijo Bran—. Derribamos un alce y tuve que espantar a un gato arbóreo que intentaba robárnoslo. —El gato era color bronce y marrón, de la

mitad del tamaño de los lobos huargo, pero muy feroz. Recordaba su olor a almizcle y la manera en que les había gruñido desde la gruesa rama del roble.

—El lobo comió —dijo Jojen—, pero tú no. Ten cuidado, Bran. Recuerda quién eres.

Recordaba demasiado bien quién era; Bran, el niño; Bran el roto. «Mejor Bran, el hombre bestia». Era normal que prefiriera sus sueños de Verano, sus sueños de lobo. Allí, en la gélida y húmeda oscuridad de la tumba, su tercer ojo se había abierto finalmente. Podía llegar a Verano siempre que quería, y en una ocasión había llegado a tocar a Fantasma y hablar con Jon. Aunque quizás solo hubiera soñado aquello. No podía entender por qué Jojen siempre trataba de hacerlo regresar. Bran utilizó la fuerza de sus brazos para sentarse.

—Tengo que contarle a Osha lo que he visto. ¿Está aquí? ¿Adónde se ha ido?

—A ninguna parte, mi señor —respondió la mujer salvaje—. Estoy harta de vagar por la oscuridad.

Oyó el araño de un talón sobre la piedra, volvió la cabeza hacia el sonido, pero no vio nada. Pensó que podía reconocerla por su olor, pero no estaba seguro. Todos ellos hedían de la misma manera, y no contaba con el olfato de Verano para diferenciarlos.

—Anoche oriné en el pie de un rey —prosiguió Osha—. O quizás fuera por la mañana, ¿quién sabe? Estaba durmiendo, pero ahora estoy despierta.

Todos ellos dormían mucho, no solo Bran. No había otra cosa que hacer. Dormir, comer y dormir otra vez, en ocasiones conversar un poco... pero no demasiado, y solo en susurros, para estar a salvo. Osha habría preferido que no hablaran nunca, pero no había manera de tranquilizar a Rickon ni de impedir que Hodor murmurara constantemente «Hodor, Hodor, Hodor» entre dientes.

—Osha —dijo Bran—, vi que Invernalia ardía. —A la derecha oía el sonido calmado de la respiración de Rickon.

—Un sueño —dijo Osha.

—Un sueño de lobo —replicó Bran—. También lo oí. Nada huele como el fuego o la sangre.

—¿La sangre de quién?

—De hombres, caballos, perros, de todo el mundo. Tenemos que ir a ver.

—Este flaco pellejo mío es el único que tengo —dijo Osha—. Si ese príncipe calamar me pone la mano encima, me desollará la espalda con un látigo.

La mano de Meera encontró la de Bran en la oscuridad y le apretó los dedos.

—Si tienes miedo, iré yo.

Bran oyó el sonido de unos dedos que rebuscaban algo en el cuero, seguido por el del acero en el pedernal. Una vez más. Saltó una chispa y se mantuvo; Osha sopló con delicadeza. Una llama larga y pálida despertó, estirándose hacia lo alto como una chica de puntillas. El rostro de Osha flotaba encima de ella. Tocó la llama con la punta de una antorcha. Bran tuvo que entrecerrar los ojos

cuando el alquitrán comenzó a arder, bañando el mundo con un resplandor anaranjado. La luz despertó a Rickon, que se sentó entre bostezos.

Cuando las sombras se movieron, durante un instante pareció que los muertos se levantaban de sus tumbas. Lyanna, Brandon y el padre de ambos, lord Rickard Stark; el padre de este, lord Edwyle; lord Willam y su hermano, Artos el Implacable; lord Donnor, lord Beron y lord Rodwell; el tuerto lord Jonnel; lord Barth, lord Brandon y lord Cregan, que había combatido contra el Caballero Dragón. Estaban en sus tronos de piedra, sentados con lobos de piedra a sus pies. Allí era adonde iban cuando el calor había huido de sus cuerpos; aquel era el oscuro salón de los muertos, que los vivos temían pisar.

Y en la boca de la tumba vacía que aguardaba a lord Eddard Stark, bajo su esbelta imagen de granito, los seis fugitivos se acurrucaron en torno a su pequeña reserva de pan, agua y carne seca.

—Queda muy poco —murmuró Osha tras contemplar las provisiones—. Tengo que subir pronto a robar comida como sea, o no tendremos más remedio que comernos a Hodor.

—Hodor —dijo Hodor, mirándola con una sonrisa.

—Arriba, ¿es de día o de noche? —inquirió Osha—. Hemos perdido la noción del tiempo.

—De día —respondió Bran—, pero todo está oscuro por culpa del humo.

—¿Estáis seguro, mi señor?

No podía mover aquel cuerpo roto, pero de todos modos se estiró, y durante un instante vio doble. Allí estaban Osha, con la antorcha en la mano, Meera, Jojen y Hodor, y detrás de ellos, la doble fila de altos pilares de granito y señores muertos mucho tiempo atrás, que se perdía en la oscuridad... pero allí también estaba Invernalia, gris por el humo que la cubría, con las gruesas puertas de roble y hierro calcinadas y retorcidas, y el puente levadizo caído en un amasijo de cadenas partidas y tablas perdidas. En el foso flotaban cadáveres, islas para los cuervos.

—Seguro —declaró.

Osha le dio vueltas a la idea por unos momentos.

—Entonces, me arriesgaré a asomar la cabeza. Quiero que permanezcáis muy cerca. Meera, coge el cesto de Bran.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó Rickon, emocionado—. Quiero mi caballo. Y quiero tortitas de manzana, mantequilla, miel y a Peludo. ¿Vamos adonde está Peludo?

—Sí —prometió Bran—, pero tienes que estar quieto.

Meera ató la cesta de mimbre a la espalda de Hodor y ayudó a meter a Bran dentro de ella, pasando sus piernas inútiles por los agujeros. Bran tenía una extraña sensación en el vientre. Sabía qué los aguardaba allá arriba, pero aquello no amortiguaba su miedo. Cuando se pusieron en marcha se volvió para echar

una última mirada a su padre, y a Bran le pareció que había algo de tristeza en los ojos de lord Eddard, como si no quisiera que se marcharan.

«Tenemos que irnos —pensó—, ha llegado la hora».

Osha llevaba su larga lanza de roble en una mano y la antorcha en la otra. A su espalda colgaba una espada desnuda, una de las últimas en llevar la marca de Mikken. La había forjado para la tumba de lord Eddard, para mantener en calma a su fantasma. Pero tras el asesinato de Mikken, con los hombres del hierro custodiando la armería, era difícil resistirse a la tentación que suponía un buen acero, aunque ello significara saquear una tumba. Meera había exigido la espada de lord Rickard, aunque se quejaba de que era muy pesada. Brandon tomó la hoja que llevaba su nombre, una espada hecha para el tío que nunca conoció. Sabía que no le serviría de gran cosa en una pelea, aunque de todos modos le gustaba la sensación de tenerla en la mano.

Pero era solo un juego, y Bran lo sabía.

El sonido de sus pasos retumbó en las criptas cavernosas. A su espalda, las sombras se tragaron a su padre, mientras las sombras que tenía por delante retrocedieron para desvelar otras estatuas que no eran de simples señores, sino de los antiguos Reyes en el Norte, con coronas de piedra caladas casi hasta las cejas. Torrhen Stark, el Rey que se Arrodilló. Edwyn, el Rey de la Primavera. Theon Stark, el Lobo Hambruento. Brandon el Incendiario y Brandon el Armador; Jorah y Jonos; Brandon el Malo; Walton, el Rey de la Luna; Edderion el Novio; Eyrion; Benjen el Dulce; Benjen el Amargo; el rey Edrick Barbanevada... Sus rostros eran adustos y fuertes, y algunos de ellos habían hecho cosas terribles, pero todos eran Starks, y Bran conocía todas sus historias. Nunca había tenido miedo de las criptas; eran parte de su hogar y de su identidad, y siempre había sabido que algún día él también reposaría allí.

Pero ya no estaba tan seguro. «Si voy arriba, ¿podré volver algún día aquí abajo? ¿Adónde iré cuando muera?».

—Aguarda —dijo Osha cuando llegaron a la escalera circular de piedra que llevaba a la superficie y bajaba hasta los niveles más profundos, donde reyes más antiguos seguían sentados en sus tronos de tinieblas. Le pasó la antorcha a Meera—. Voy a explorar el camino de subida, pero sin luz.

Durante cierto tiempo pudieron oír el sonido de sus pasos, pero se fue haciendo cada vez más quedo hasta que desapareció por completo.

—Hodor —dijo Hodor, nervioso.

Bran se había dicho cien veces cuánto odiaba tener que esconderse allí abajo, en la oscuridad, cuánto deseaba volver a ver el sol, cabalgar entre el viento y la lluvia. Pero ya había llegado aquel momento y tenía miedo. Se había sentido seguro en la oscuridad; cuando uno no puede ni siquiera ver su mano delante de la cara, le resulta fácil creer que ningún enemigo podrá encontrarlo. Y los señores de piedra le habían infundido coraje. Hasta cuando no podía verlos, había

sabido que estaban allí.

Pareció que pasaba mucho tiempo antes de que volvieran a oír un sonido. Bran había comenzado a temer que algo le hubiera ocurrido a Osha. Su hermano se retorcía sin parar.

—¡Quiero volver a casa! —dijo en voz alta.

—Hodor —dijo Hodor, moviendo la cabeza de un lado a otro. A continuación oyeron de nuevo las pisadas, cada vez más fuertes, y al cabo de un rato apareció Osha bajo la luz con una expresión sombría.

—Algo bloquea la puerta. No puedo moverla.

—Hodor puede mover cualquier cosa —dijo Bran.

—Es posible que pueda —dijo Osha echando una mirada valorativa al corpulento mozo de cuadras—. Vamos.

Los escalones eran estrechos, por lo que tuvieron que subir en fila, uno tras otro. Osha iba delante; la seguía Hodor, con Bran acurrucado en su espalda, para que su cabeza no tocara el techo. Meera iba detrás con la antorcha, y Jojen cerraba la retaguardia, llevando a Rickon de la mano. Subieron dando vueltas, cada vez más arriba. Bran creyó que ya podía oler a humo, pero quizás se tratara únicamente de la antorcha.

La puerta de la cripta estaba hecha de madera de carpe. Era antigua y pesada; estaba inclinada y llegaba hasta el suelo. Solo se le podía acercar una persona. Osha intentó moverla de nuevo cuando llegó junto a ella, pero Bran vio al momento que no podría.

—Que pruebe Hodor.

Antes tuvieron que sacar a Bran de su cesta para que no resultara aplastado. Meera se agachó a su lado sobre los escalones, con un brazo protector sobre sus hombros, mientras Osha y Hodor intercambiaban el lugar.

—Abre la puerta, Hodor —dijo Bran.

El enorme mozo de cuadras apoyó ambas manos de plano sobre la puerta y la empujó.

—¿Hodor? —gruñó. Dio un puñetazo en la madera, que ni siquiera se estremeció—. Hodor —añadió.

—Utiliza la espalda —le ordenó Bran—. Y las piernas.

Hodor se volvió, apoyó la espalda en la puerta y empujó. Otra vez. Y otra.

—¡Hodor! —Puso un pie en un escalón más alto, para compensar el desnivel de la puerta, y trató de levantarla. Esta vez, la madera gimió y chirrió—. ¡Hodor! —exclamó. El otro pie ascendió un paso; Hodor separó las piernas, hizo fuerza y se enderezó. La cara se le puso muy roja, y Bran pudo ver como se tensaban los tendones de su cuello, hinchándose mientras luchaba contra el peso que tenía encima—. Hodor, Hodor, Hodor, Hodor, Hodor... ¡Hodor!

De arriba les llegó un ruido sordo. Y entonces, de repente, la puerta se sacudió, y una franja de luz solar cayó sobre el rostro de Bran, cegándolo

durante un momento. Otro empujón provocó el sonido de piedra al desplazarse, y el camino quedó abierto. Osha tanteó con la lanza al otro lado, y a continuación salió; Rickon se deslizó entre las piernas de Meera para seguirla. Hodor abrió la puerta por completo y salió a la superficie. Los Reed subieron a Bran los últimos escalones.

El cielo era de un gris pálido, y en torno a ellos había humo por todas partes.

Estaban a la sombra de la Primera Torre, o lo que quedaba de ella. Un lado completo del edificio había caído. Por el patio yacían piedras y górgolas destrozadas. «Cayeron donde caí yo», pensó Bran al verlas. Varias de las górgolas se habían roto en tantos pedazos que se maravilló de haber sobrevivido. En las cercanías, unos cuervos picoteaban un cadáver aplastado bajo las piedras, pero estaba boca abajo y Bran no supo de quién se trataba.

La Primera Torre no se había usado durante cientos de años, pero en aquel momento era más que nunca una cáscara vacía. Los suelos del interior se habían quemado, igual que todas las vigas. Donde la pared había caído, podían ver el interior de las habitaciones, incluso de las letrinas. Pero detrás, la torre rota seguía en pie, no más calcinada que antes. El humo hacía toser a Jojen Reed.

—¡Llevadme a casa! —exigió Rickon—. ¡Yo quiero estar en casa!

—¡Hodor! —gimoteaba Hodor en un hilo de voz; no hacia más que caminar en círculos.

Estaban de pie, muy juntos, rodeados de ruinas y muerte.

—Hemos hecho suficiente ruido para despertar a un dragón —dijo Osha—, pero no ha venido nadie. El castillo está muerto y quemado, como lo soñó Bran, pero lo mejor será que...

Se cortó de repente al oír un ruido a sus espaldas, y giró veloz, con la lanza en ristre.

Dos sombras oscuras y flacas salieron de detrás de la torre rota, caminando lentamente entre los escombros.

—¡Peludo! —gritó alegramente Rickon.

El lobo huargo negro acudió trotando hacia él. Verano avanzó más lentamente, frotó la cabeza contra el brazo de Bran y le lamió la cara.

—Tenemos que marcharnos —dijo Jojen—. Tanta muerte atraerá a otros lobos, además de Verano y Peludo, y no todos tendrán cuatro patas.

—Pues sí, y no tardarán —acordó Osha—, pero necesitamos comida y quizás haya sobrevivido alguna cosa a este desastre. Manteneos juntos. Meera, levanta el escudo y protégenos las espaldas.

Les llevó el resto de la mañana hacer un recorrido minucioso por el castillo. Las enormes murallas de granito habían resistido, manchadas aquí y allá por el fuego, pero intactas. Pero dentro todo era muerte y destrucción. Las puertas del gran salón estaban calcinadas y humeantes, y en el interior, las vigas habían cedido y todo el techo se había derrumbado sobre el suelo. Los paneles verdes y

amarillos de los invernaderos estaban hechos astillas, con los árboles, las frutas y las flores destrozados o expuestos al frío y a la muerte. De los establos, construidos de madera y paja, lo único que quedaba eran cenizas, brasas y caballos muertos. Bran pensó en su Bailarina y tuvo que contener un sollozo. Había un charco humeante bajo la Torre de la Biblioteca, y de una grieta de la pared salía agua caliente. El puente, entre la Torre de la Campana y las pajereras, había caído al patio inferior, y la torre del maestre Luwin había desaparecido. Vieron un resplandor rojo oscuro a través de las estrechas ventanas del sótano, bajo el torreón principal, y un segundo fuego que ardía en uno de los almacenes.

Mientras caminaban, Osha llamaba en voz baja entre el humo, pero nadie respondía. Vieron a un perro que mordisqueaba un cadáver, pero huyó al percibir el olor de los lobos huargo; habían masacrado a los demás en las perreras. Los cuervos del maestre estaban muy ocupados con algunos de los cadáveres, mientras los de la torre rota se encargaban de otros. Bran reconoció a Tym Carapicada a pesar de que le habían dado un hachazo en el rostro. Un cadáver calcinado en el exterior de la pared cubierta de cenizas del septo de la Madre estaba sentado con los brazos levantados y las manos cerradas en duros puños negros, como preparado para golpear a cualquiera que se atreviera a acercársele.

—Si los dioses son bondadosos —dijo Osha con voz queda, pero rabiosa—, los Otros se llevarán a los que hicieron esto.

—Ha sido Theon —dijo Bran con odio.

—No. Mira. —Apuntó con su lanza al otro lado del patio—. Es uno de sus hombres del hierro. Mira allí. Ese es el corcel de guerra de Greyjoy, ¿lo ves? El negro, con las flechas clavadas. —Se movió entre los muertos con el ceño fruncido—. Y aquí está Lorren el Negro. —Había recibido tantos tajos que su barba era de un color marrón rojizo—. Pero se llevó a unos cuantos consigo. —Osha dio la vuelta con el pie a uno de los cadáveres de los otros—. Hay un blasón. Un hombrecito, todo rojo.

—El hombre desollado de Fuerte Terror —dijo Bran.

Verano aulló y partió a la carrera.

—El bosque de dioses. —Meera Reed corrió en pos del lobo huargo, con el escudo y el arpón prestos. Los demás la siguieron, abriendose camino entre el humo y las piedras caídas. El aire era más respirable bajo los árboles. Unos pocos pinos, al borde del bosque, se habían quemado, pero en el interior, el terreno húmedo y la madera verde habían derrotado a las llamas.

—La madera viva tiene poder —dijo Jojen Reed, como si estuviera enterado de lo que Bran pensaba—, un poder tan fuerte como el del fuego.

Al borde del estanque negro, bajo las hojas del árbol corazón, yacía el maestre Luwin en el fango, tendido sobre el vientre. Un rastro de sangre

serpenteaba entre el barro y las hojas húmedas, mostrando por dónde se había arrastrado. Verano se detuvo junto a él, y al principio Bran pensó que estaba muerto, pero cuando Meera le tocó la garganta, el maestre gimió.

—¿Hodor? —dijo Hodor, entristecido—. ¿Hodor?

Con cuidado, hicieron volverse a Luwin sobre la espalda. Tenía los ojos grises y el cabello gris, y antes su ropa también había sido gris, pero en aquel momento era más oscura allí donde la sangre la había empapado.

—Bran —dijo quedamente cuando lo vio allí sentado, tan alto a espaldas de Hodor—. Y también Rickon. —Sonrió—. Los dioses son bondadosos. Yo lo sabía...

—Lo sabíais? —dijo Bran, inseguro.

—Las piernas, se notaba... la ropa coincidía, pero los músculos de las piernas... pobre chico... —Tosió, y la sangre manó de su interior—. Desapareciste... en el bosque... pero ¿cómo?

—No llegamos a irnos —explicó Bran—. Fuimos hasta el lindero, y después volvimos sobre nuestros pasos. Mandé a los lobos para abrir un sendero, pero nos escondimos en la tumba de mi padre.

—Las criptas —gorgoteó Luwin, con una espuma sanguinolenta en los labios. Cuando el maestre intentó moverse, emitió un grito agudo de dolor.

Las lágrimas nublaron los ojos de Bran. Cuando un hombre resultaba herido, el maestre se ocupaba de él, pero ¿qué hacer cuando estaba herido el maestre?

—Tenemos que hacer una litera para llevarlo —dijo Osha.

—No tiene sentido —dijo Luwin—. Me estoy muriendo, mujer.

—¡No puedes! —dijo Rickon, airado—. ¡Tú no puedes!

A su lado, Peludo enseñó los dientes y gruñó.

—Tranquilo, niño —dijo el maestre con una sonrisa—, soy mucho más viejo que tú. Puedo... morirme cuando desee.

—Hodor, baja —ordenó Bran, y Hodor se arrodilló junto al maestre.

—Escucha —le dijo Luwin a Osha—, los príncipes... los herederos de Robb. No... no juntos... ¿me entiendes?

—Sí. —La mujer salvaje se apoyó en su lanza—. Separados estarán más seguros. Pero ¿adónde llevarlos? Pensé que quizá con esos Cerwyn...

El maestre Luwin sacudió la cabeza, aunque no era difícil ver cuánto le costaba aquel esfuerzo.

—El hijo de Cerwyn está muerto. Ser Rodrik, Leobald Tallhart, lady Hornwood... todos asesinados. Bosquespeso cayó, y Foso Cailin; pronto caerá la Ciudadela de Torrhen. Los hombres del hierro están en la Costa Pedregosa. Y al este, el bastardo de Bolton.

—Entonces, ¿adónde? —preguntó Osha.

—Puerto Blanco... Los Umber... No sé. Hay guerra por doquier... Cada hombre contra su vecino, y se acerca el invierno... qué locura, qué locura ciega

y absurda... —El maestre Luwin se estiró y agarró el antebrazo de Bran, cerrando los dedos con fuerza desesperada—. Ahora debes ser fuerte. Fuerte.

—Lo seré —dijo Bran, aunque era difícil. « Ser Rodrik muerto, y el maestre Luwin, todo el mundo, todo el mundo...» .

—Bien —dijo el maestre—, buen chico. Hijo de tu... de tu padre, Bran. Ahora, vete.

—¿Y abandonarte a los dioses? —Osha paseó la vista por el arciano, por la cara roja tallada en el tronco pálido.

—Ruego... —El maestre tragó en seco—. Un... un trago de agua y... otro favor. Si pudierais...

—Sí. —Osha se volvió hacia Meera—. Llévate a los chicos.

Jojen y Meera se llevaron a Rickon entre los dos. Hodor los siguió. Las ramas bajas golpeaban el rostro de Bran al cruzar entre los árboles, y las hojas secaban sus lágrimas. Al rato, Osha se reunió con ellos en el patio. No dijo ni una palabra sobre el maestre Luwin.

—Hodor debe permanecer con Bran; será sus piernas —dijo la mujer salvaje con decisión—. Yo me llevaré a Rickon.

—Nosotros vamos con Bran —dijo Jojen Reed.

—Sí, debéis acompañarlo —replicó Osha—. Creo que probaré la puerta de Oriente y seguiré por el camino Real.

—Nosotros iremos por la puerta del Cazador —dijo Meera.

—Hodor —dijo Hodor.

Antes se detuvieron en las cocinas. Osha encontró varias hogazas de pan quemado que todavía eran comestibles, e incluso un ave asada, fría, que dividió por la mitad. Meera desenterró un tarro de miel y un saco de manzanas. Se despidieron fuera. Rickon sollozó y se agarró a la pierna de Hodor hasta que Osha le dio una nalgada con el asta de la lanza. Entonces la siguió con rapidez. Peludo trotó tras sus pasos. Lo último que Bran vio de ellos fue la cola del lobo huargo cuando desaparecía tras la torre rota.

Las rejas de hierro que cerraban la puerta del Cazador estaban tan retorcidas por el calor que apenas podían levantarse dos palmos. Tuvieron que arrastrarse bajo los pinchos, uno por uno.

—¿Iremos adonde vuestro señor padre? —preguntó Bran mientras atravesaban el puente levadizo entre las murallas—. ¿A la Atalaya de Aguasgrises?

Meera miró a su hermano antes de contestar.

—Nuestro camino va al norte —anunció Jojen.

En el límite del bosque de los Lobos, Bran se volvió en su cesta para echar una última mirada al castillo que había sido su vida entera. Todavía ascendían bocanadas de humo al cielo gris, pero no más que las que habrían brotado de las chimeneas de Invernalia en una fría tarde de verano. Algunas de las troneras de

los arqueros estaban manchadas de hollín, y aquí y allá se veía una grieta en la muralla o había desaparecido un merlón, pero a aquella distancia parecían pequeñeces. Detrás, los tejados de las torres y torreones estaban en su lugar, como a lo largo de cientos de años, y era difícil decir que el castillo había sido saqueado e incendiado totalmente.

« La piedra es fuerte —se dijo Bran—; las raíces de los árboles se hunden muy profundas, y bajo la tierra, los Reyes del Invierno están sentados en sus tronos» . Mientras ellos estuvieran allí, Invernalia perduraría. No estaba muerta, solo rota.

« Como yo —pensó—; yo tampoco estoy muerto» .

APÉNDICE

LOS REYES Y SUS CORTESES



EL REY EN EL TRONO DE HIERRO

JOFFREY BARATHEON, el primero de su nombre, un niño de trece años, hijo mayor del rey Robert I Baratheon y la reina Cersei de la casa Lannister;

- LA REINA CERSEI, su madre, reina regente y Protectora del Reino;
- LA PRINCESA MYRCELLA, su hermana, una niña de nueve años;
- EL PRÍNCIPE TOMMEN, su hermano, un niño de ocho años, heredero del Trono de Hierro;
- sus tíos por parte de padre:
 - STANNIS BARATHEON, señor de Rocadragón, que se hace llamar REY STANNIS I;
 - RENLY BARATHEON, señor de Bastión de Tormentas, que se hace llamar REY RENLY I;
- sus tíos por parte de madre:
 - SER JAIME LANNISTER, apodado EL MATARREYES, lord comandante de la Guardia Real, prisionero en Aguasdulces;
 - TYRION LANNISTER, mano del rey en funciones;
 - PODRICK PAYNE, escudero de Tyrion;
 - guardias de Tyrion y espadas juramentadas:
 - BRONN, mercenario de cabellos y corazón negros;
 - SHAGGA, HIJO DE DOLF, de los grajos de piedra;
 - TIMETT, HIJO DE TIMETT, de los hombres quemados;
 - CHELLA, HIJA DE CHEYK, de los orejas negras;

- CRAWN, HIJO DE CALOR, de los hermanos de la luna;
- SHAE, la concubina de Tyrion, vivandera, de dieciocho años;
- su Consejo Privado:
 - GRAN MAESTRE PYCELLE;
 - LORD PETRY BAELISH, apodado MEÑIQUE, consejero de la moneda;
 - LORD JANOS SLYNT, comandante de la Guardia de la Ciudad de Desembarco del Rey (*los capas doradas*);
 - VARYS, un eunuco, apodado LA ARAÑA, consejero de los rumores;
- su Guardia Real:
 - SER JAIME LANNISTER, apodado EL MATARREYES, lord comandante, prisionero en Aguasdulces;
 - SANDOR CLEGANE, apodado EL PERRO;
 - SER BOROS BLOUNT;
 - SER MERYN TRANT;
 - SER ARYS OAKHEART;
 - SER PRESTON GREENFIELD;
 - SER MANDON MOORE.
- su corte y seguidores:
 - SER ILYN PAYNE, la justicia del rey, verdugo;
 - VYLARR, capitán de la guardia de la casa Lannister en Desembarco del Rey (*los capas rojas*);
 - SER LANCEL LANNISTER, antiguo escudero del rey Robert, recientemente nombrado caballero;
 - TYREK LANNISTER, antiguo escudero del rey Robert;
 - SER ARON SANTAGAR, maestro de armas;
 - SER BALON SWANN, segundo hijo de lord Gulian Swann de Timón de Piedra;
 - LADY ERMESANDE HAYFORD, una niña de pecho;
 - SER DONTOS HOLLARD, apodado EL TINTO, un borracho;
 - JALABHAR XHO, un príncipe exiliado de las islas del Verano;
 - CHICO LUNA, malabarista y bufón;
 - LADY TANDA STOKEWORTH;
 - FALYSE, su hija mayor;
 - LOLLYS, su hija menor, una doncella de treinta y tres años;
 - LORD GYLES ROSBY;
 - SER HORAS REDWYNE y su gemelo SER HOBBER REDWYNE, hijos del señor del Rejo;
- la gente de Desembarco del Rey :

- la Guardia de la Ciudad (los *capas doradas*):
 - JANOS SLYNT, señor de Harrenhal, lord comandante;
 - MORROS, su hijo mayor y heredero;
 - ALLAR DEEM, sargento jefe de Slynt;
 - SER JACELYN BYWATER, apodado MANO DE HIERRO, capitán de la puerta del Rio;
- HALLYNE EL PIROMANTE, sapiencia del Gremio de Alquimistas;
- CHATAYA, dueña de un burdel de alto nivel;
 - ALAYAYA, DANCY, MAREI, algunas de sus chicas;
- TOBHO MOTT, un maestro armero;
- SALLOREON, un maestro armero;
- PANZA DE HIERRO, un herrero;
- LOTHAR BRUNE, un jinete libre;
- SER OSMUND KETTLEBLACK, un caballero errante de dudosa reputación;
 - OSFRYD y OSNEY KETTLEBLACK, sus hermanos;
- SYMON PICO DE ORO, un bardo.

El estandarte del rey Joffrey muestra el venado coronado de la casa Baratheon, de sable sobre campo de oro, y el león de la casa Lannister, de oro sobre campo de gules, en combate.



EL REY EN EL MARANGOSTO

STANNIS BARATHEON, el primero de su nombre, el mayor de los hermanos del rey Robert, anteriormente señor de Rocadragón, segundo hijo de lord Steffon Baratheon y lady Cassana de la casa Estermont;

- su esposa, LADY SELYSE de la casa Florent;
- SHIREEN, su única descendiente, una niña de diez años;
- su tío y primos:
 - SER LOMAS ESTERMONT, tío;
 - su hijo, SER ANDREW ESTERMONT, un primo;
- su corte y partidarios:
 - MAESTRE CRESSEN, sanador e instructor, un anciano;
 - MAESTRE PYLOS, su joven sucesor;
 - SEPTÓN BARRE;
 - SER AXELL FLORENT, castellano de Rocadragón y tío de la reina Selyse;
 - CARAMANCHADA, un bufón corto de inteligencia;
 - LADY MELISANDRE DE ASSHAI, apodada LA MUJER ROJA, sacerdotisa de R'hllor, el Corazón de Fuego;
 - SER DAVOS SEAWORTH, apodado EL CABALLERO DE LA CEBOLLA, y a veces MANICORTO, excontrabandista, capitán de la *Betha Negra*;
 - MARYA, su esposa, hija de un carpintero;
 - sus siete hijos:
 - DALE, capitán de la *Espectro*;

- ALLARD, capitán de la *Lady Marya*;
 - MATTHOS, segundo de la *Betha Negra*;
 - MARIC, capataz de remeros de la *Furia*;
 - DEVAN, escudero del rey Stannis;
 - STANNIS, un niño de nueve años;
 - STEFFON, un niño de seis años;
 - BRYEN FARRING, escudero del rey Stannis;
- sus señores vasallos y espadas juramentadas:
- ARDRIAN CELTIGAR, señor de isla Zarpa, un anciano;
 - MONFORD VELARYON, Señor de las Mareas y dueño de Marcaderiva;
 - DURAM BAR EMMON, señor de Punta Aguda, un chico de catorce años;
 - GUNCER SUNGLASS, señor del estrecho de Puertoplácido;
 - SER HUBARD RAMBTON;
 - SALLADHOR SAAN, de la Ciudad Libre de Lys, autodenominado PRÍNCIPE DEL MAR ANGOSTO;
 - MOROSH DE MYR, un almirante mercenario.

El rey Stannis ha adoptado para su estandarte el corazón llameante del Señor de Luz: un corazón de gules entre llamas naranja en campo de oro brillante. Dentro del corazón aparece el venado coronado de la casa Baratheon, en sable.



EL REY EN ALTOJARDÍN

RENLY BARATHEON, el primero de su nombre, el más joven de los hermanos del rey Robert, antiguo señor de Bastión de Tormentas, tercer hijo de lord Steffon Baratheon y lady Cassana de la casa Estermont;

—LADY MARGAERY de la casa Tyrell, su prometida, una doncellan de quince años;

—su tío y primos:

—SER ELDON ESTERMONT, tío;

—SER AEMON ESTERMONT, el hijo de ser Eldon, primo;

—SER ALYN ESTERMONT, el hijo de ser Aemon;

—sus señores vasallos:

—MACE TYRELL, señor de Altojardín y mano del rey;

—RANDYLL TARLY, señor de Colina Cuerno;

—MATHIS ROWAN, señor de Sotodeoro;

—BRYCE CARON, señor de las Marcas;

—SHYRA ERROL, señora de Pazo Pajar;

—ARWYN OAKHEART, señora de Roble Viejo;

—ALESTER FLORENT, señor de la fortaleza de Aguasclaras;

—LORD SELWYN DE TARTH, apodado EL LUCERO DE LA TARDE;

—LEYTON HIGHTOWER, Voz de Antigua, señor del Puerto;

—LORD STEFFON VARNER;

—su Guardia Arcoíris:

- SER LORAS TYRELL, apodado EL CABALLERO DE LAS FLORES , lord comandante;
- LORD BRYCE CARON, el Naranja;
- SER GUYARD MORRIGEN, el Verde;
- SER PARMEN CRANE, el Púrpura;
- SER ROBAR ROYCE, el Rojo;
- SER EMMON CUY, el Amarillo;
- BRIENNE DE TARTH, la Azul, también apodada BRIENNE LA BELLA, hija de lord Selwyn, el Lucero de la Tarde;
- sus caballeros y espadas juramentadas:
 - SER CORTNAY PENROSE, castellano de Bastión de Tormentas;—el pupilo de ser Cortnay, EDRIC TORMENTA, hijo bastardo del rey Robert con lady Delena de la casa Florent;
 - SER DONNEL SWANN, heredero de Timón de Piedra;
 - SER JON FOSSOWAY, de los Fossoway de la manzana verde;
 - SER BRYAN FOSSOWAY, SER TANTON FOSSOWAY y SER EDWYD FOSSOWAY, de los Fossoway de la manzana roja;
 - SER COLEN DE LAGOSVERDES;
 - SER MARK MULLENDORE;
 - RONNET EL ROJO, el Caballero del Nido del Grifo;
- sus sirvientes:
 - MAESTRE JURNE, consejero, sanador e instructor.

El estandarte del rey Renly es el venado coronado de casa Baratheon de Bastión de Tormentas, de sable sobre campo de oro, el mismo que su hermano, el rey Robert.



EL REY EN EL NORTE

ROBB STARK, señor de Invernalia y Rey en el Norte, hijo mayor de lord Eddard Stark y lady Catelyn de la Casa Tully, un chico de quince años;

- su lobo huargo, VIENTO GRIS;
- su madre, LADY CATELYN de la casa Tully;
- sus hermanos:
 - LA PRINCESA SANSA, una doncella de doce años;
 - la loba huargo de Sansa, [DAMA], sacrificada en Castillo Darry;
 - LA PRINCESA ARYA, una niña de diez años;
 - la loba huargo de Arya, NYMERIA, espantada un año antes;
- EL PRÍNCIPE BRANDON, llamado BRAN, heredero de Invernalia y del Norte, un niño de ocho años;
- el lobo huargo de Bran, VERANO;
- EL PRÍNCIPE RICKON, un niño de cuatro años;
- el lobo huargo de Rickon, PELUDO;
- su hermanastro, JON NIEVE, un bastardo de quince años, hombre de la Guardia de la Noche;
- el lobo huargo de Jon, FANTASMA;
- sus tíos y tías:
 - [BRANDON STARK], hermano mayor de lord Eddard, asesinado por orden del rey Aerys II Targaryen;
 - BENJEN STARK, hermano menor de lord Eddard, hombre de la Guardia de la Noche, perdido al otro lado del Muro;

- LYSA ARRYN, hermana menor de lady Catelyn, viuda de [lord Jon Arryn], señora del Nido de Águilas;
- SER EDMURE TULLY, hermano menor de lady Catelyn, heredero de Aguasdulces;
- SER BRYNDEN TULLY, apodado EL PEZ NEGRO, tío de lady Catelyn;
- sus espadas juramentadas y compañeros de batalla:
 - THEON GREYJOY, pupilo de lord Eddard, heredero de Pyke y de las islas del Hierro;
 - HALLIS MOLLEN, capitán de la guardia de Invernalia;
 - JACKS, QUENT, SHADD, guardias al mando de Mollen;
 - SER WENDEL MANDERLY, segundo hijo del señor de Puerto Blanco;
 - PATREK MALLISTER, heredero de Varamar;
 - DACEY MORMONT, hija mayor de lady Maege y heredera de la isla del Oso;
 - JON UMBER, apodado EL PEQUEÑO JON;
 - ROBIN FLINT, SER PERWYN FREY, LUCAS BLACKWOOD;
 - OLYVAR FREY, escudero de Robb, de dieciocho años;
- la servidumbre en Aguasdulces:
 - MAESTRE VYMAN, consejero, sanador e instructor;
 - SER DESMOND GRELL, maestro de armas;
 - SER ROBIN RYGER, capitán de la guardia;
 - UTHERYDES WAYN, mayordomo de Aguasdulces;
 - RYMUND DE LAS RIMAS, un bardo;
- la servidumbre en Invernalia:
 - MAESTRE LUWIN, consejero, sanador e instructor;
 - SER RODRIK CASSEL, maestro de armas;
 - BETH, su joven hija;
 - WALDER FREY, apodado WALDER EL MAYOR, un pupilo de lady Catelyn, de ocho años de edad;
 - WALDER FREY, apodado WALDER EL PEQUEÑO, un pupilo de lady Catelyn, también de ocho años;
 - SEPTÓN CHAYLE, curador del septo y la biblioteca del castillo;
 - JOSETH, caballerizo mayor;
 - BANDY y SHYRA, sus hijas gemelas;
 - FARLEN, encargado de las perreras;
 - PALLA, una chica que trabaja en las perreras;
 - VIEJA TATA, cuentacuentos, antes nodriza, ahora muy anciana;
 - HODOR, su bisnieto, mozo de cuadra, retrasado mental;

- GAGE, el cocinero;
- NABO, pinche de cocina;
- OSHA, una mujer salvaje, tomada prisionera en el bosque de los Lobos, que hace el trabajo duro de las cocinas;
- MIKKEN, herrero y armero;
- PELOPAJA, SKITTRICK, TYM CARAPICADA, BARRIGÓN, guardias;
- CALON, TOM, hijos de los guardias;

—sus señores vasallos y comandantes:

con Robb en Aguasdulces:

- JON UMBER, apodado EL GRAN JON;
- RICKARD KARSTARK, señor de Bastión Kar;
- GALBART GLOVER, de Bosquespeso;
- MAEGE MORMONT, señora de la isla del Oso;
- SER STEVRON FREY, hijo mayor de lord Walder Frey y heredero de Los Gemelos;
- el hijo mayor de ser Stevron, SER RYMAN FREY;
- el hijo de ser Ryman, WALDER FREY EL NEGRO;
- MARTYN RÍOS, hijo bastardo de lord Walder Frey;

con el ejército de Roose Bolton en Los Gemelos:

- ROOSE BOLTON, señor de Fuerte Terror, al mando de la mayor parte del ejército del norte;
- ROBETT GLOVER, de Bosquespeso;
- WALDER FREY, Señor del Cruce;
- SER HELMAN TALLHART, de la Ciudadela de Torrhen;
- SER AENYS FREY;

prisioneros de lord Tywin Lannister:

- LORD MEDGER CERWYN;
- HARRION KARSTARK, único hijo superviviente de lord Rickard;
- SER WYLIS MANDERLY, heredero de Puerto Blanco;
- SER JARED FREY, SER HOSTEEN FREY, SER DANWELL FREY y su hermanastro bastardo, RONEL RÍOS;

en el campo o en sus castillos:

- LYMAN DARRY, un niño de ocho años;
- SHELLA WHENT, señora de Harrenhal, desposeída de su castillo por lord Tywin Lannister;
- JASON MALLISTER, señor de Varamar;
- JONOS BRACKEN, señor del Seto de Piedra;
- TYTOS BLACKWOOD, señor del Árbol de los Cuervos;

- LORD KARYL VANCE;
- SER MARQ PIPER;
- SER HALMON PAEGE;
- sus señores vasallos y castellanos:
en el norte:
 - WYMAN MANDERLY, señor de Puerto Blanco;
 - HOWLAND REED, de la Atalaya de Aguasgrises, un lacustre;
 - MEERA, la hija de Howland, una doncella de quince años;
 - JOJEN, el hijo de Howland, un chico de trece años;
 - LADY DONELLA HORNWOOD, viuda y madre afligida;
 - CLEY CERWYN, heredero de lord Medger, un chico de catorce años;
 - LEOBALD TALLHART, hermano menor de ser Helman, castellano de la Ciudadela de Torrhen;
 - la esposa de Leobald, BERENA de la casa Hornwood;
 - BRANDON, hijo de Leobald, un chico de catorce años;
 - BEREN, hijo de Leobald, un niño de diez años;
 - BENFRED, el hijo de ser Helman, heredero de la Ciudadela de Torrhen;
 - EDDARA, la hija de ser Helman, una niña de nueve años;
 - LADY SYBELLE, esposa de Robett Glover, que gobierna Bosquespeso en su ausencia;
 - GAWEN, el hijo de Robett, de tres años, heredero de Bosquespeso;
 - ERENA, la hija de Robett, una niña de un año;
 - LARENCE NIEVE, hijo bastardo de lord Hornwood, de doce años de edad, pupilo de Galbart Glover;
 - MORS CARROÑA y HOTHER MATAPUTAS de la casa Umber, tíos del Gran Jon;
 - LADY LYESSA FLINT, madre de Robin;
 - ONDREW LOCKE, señor de Castillo Viejo, un anciano.

El estandarte del Rey en el Norte sigue siendo el mismo que durante miles de años: el lobo huargo gris de los Stark de Invernalia, que corre sobre un campo de plata helada.



LA REINA AL OTRO LADO DEL AGUA

DAENERYS TARGARYEN, apodada DAENERYS DE LA TORMENTA, LA QUE NO ARDE, MADRE DE DRAGONES, *khaleesi* de los dothrakis y la primera de su nombre, única descendiente que ha sobrevivido del rey Aerys II Targaryen con su hermana y esposa, la reina Rhaella; es una viuda de catorce años;

- sus dragones recién salidos del huevo, DROGON, VISERION, RHAEGAL;
- sus hermanos:
 - [RHAEGAR], príncipe de Rocadragón y heredero del Trono de Hierro, asesinado por el rey Robert en el Tridente;
 - [RHAENYS], hija de Rhaegar con Elia de Dorne, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey;
 - [AEGON], hijo de Rhaegar con Elia de Dorne, asesinado durante el saqueo de Desembarco del Rey;
- [VISERYS], que se hacía llamar REY VISERYS, el tercero de su nombre, apodado EL REY MENDIGO, muerto en Vaes Dothrak a manos de Khal Drogo;
- su marido [DROGO], un *Khal* de los dothrakis, fallecido a causa de complicaciones en unas heridas recibidas;
- [RHAEGO], hijo de Daenerys y Khal Drogo, nacido muerto, asesinado en el útero materno por Mirri Maz Duur;
- su Guardia de la Reina:

- SER JORAH MORMONT, un caballero exiliado, que antes fue señor de la isla del Oso;
- JHOGO, *ko* y jinete de sangre, el látigo;
- AGGO, *ko* y jinete de sangre, el arco;
- RAKHARO, *ko* y jinete de sangre, el *arakh*;
- sus doncellas:
 - IRRI, una chica dothraki;
 - JHIQUI, una chica dothraki;
 - DOREAH, una esclava lyseña, antes prostituta;
- los tres buscadores:
 - XARO XHOAN DAXOS, un príncipe mercader de Qarth;
 - PYAT PREE, un brujo de Qarth;
 - QUAITHE, una portadora de sombras enmascarada de Asshai;
- ILLYRIO MOPATIS, un magíster de la Ciudad Libre de Pentos, que organizó la boda de Daenerys con Khal Drogo y conspiró para devolver a Viserys el Trono de Hierro.

El estandarte de los Targaryen es el de Aegon el Conquistador, que sometió seis de los Siete Reinos, fundó la dinastía y creó el Trono de Hierro con las espadas de sus enemigos vencidos: un dragón de tres cabezas, de gules sobre campo de sable.

OTRAS CASAS MAYORES Y MENORES



CASA LANNISTER

Los Lannister de Roca Casterly siguen siendo el apoyo principal de las aspiraciones del rey Joffrey al Trono de Hierro. Su blasón es un león de oro en campo de púrpura. Su lema es: ¡Oye mi Rugido!

TYWIN LANNISTER, señor de Roca Casterly, Guardián del Occidente, Escudo de Lannisport y mano del rey, al mando del ejército de los Lannister en Harrenhal;

- la esposa, [LADY JOANNA], prima suya, muerta durante un parto;
- sus hijos:
 - SER JAIME, apodado EL MATARREYES, Guardián del Oriente y lord comandante de la Guardia Real, hermano mellizo de Cersei;
 - LA REINA CERSEI, viuda del rey Robert, hermana melliza de Jaime, reina regente y Protectora del Reino;
 - TYRION, apodado EL GNOMO, un enano, mano del rey en funciones;
- sus hermanos y parientes cercanos:
 - SER KEVAN, su hermano mayor;
 - su esposa, DORNA de la casa Swyft;
 - SER HARYS SWYFT, padre de lady Dorna;
- sus hijos:
 - SER LANCEL, antes escudero del rey Robert, armado caballero tras su muerte;
 - WILLEM, hermano gemelo de Martyn, escudero, hecho

- prisionero en el bosque Susurrante;
- MARTYN, hermano gemelo de Willem, escudero;
- JANEI, una niña de dos años;
- GENNA, su hermana, casada con ser Emmon Frey;
- SER CLEOS FREY, hijo de Genna, hecho prisionero en el Bosque Susurrante;
- TION FREY, hijo de Genna, escudero, hecho prisionero en el bosque susurrante;
- [SER TYGETT], su segundo hermano, muerto de viruela;
- su viuda, DARLESSA de la casa Marbrand;
- TYREK, el hijo de Tygett, escudero del rey;
- [GERION], su hermano menor, desaparecido en el mar;
- GLORIA, su hija bastarda, una niña de once años;
- SER STAFFORD LANNISTER, su primo, hermano de la difunta lady Joanna;
- CERENNA y MYRIELLE, hijas de ser Stafford;
- SER DAVEN, hijo de ser Stafford;
- sus señores vasallos, capitanes y comandantes:
- SER ADDAM MARBRAND, heredero de Marcaceniza, comandante de la escolta y los exploradores de lord Tywin;
- SER GREGOR CLEGANE, apodado LA MONTAÑA QUE CABALGA;
- POLLIVER, CHISWYCK, RAFF EL DULCE, DUNSEN y COSQUILLAS, soldados a su servicio;
- LORD LEO LEFFORD;
- SER AMORY LORCH, un capitán de forrajeadores;
- LEWYS LIDDEN, señor de Cuevahonda;
- GAWEN WESTERLING, señor del Risco, hecho prisionero en el bosque Susurrante y confinado en Varamar;
- SER ROBERT BRAX y su hermano, SER FLEMENT BRAX;
- SER FORLEY PRESTER, del Colmillo Dorado;
- VARGO HOAT, de la Ciudad Libre de Qohor, capitán de la Compañía Audaz, una compañía de mercenarios;
- MAESTRE CREYLEN, su consejero.



CASA TYRELL

Lord Tyrell de Altojardín declaró su apoyo al rey Renly después de que contrajera matrimonio con su hija Margaery, y llevó a la mayoría de sus vasallos principales a la causa de Renly. El blasón de los Tyrell es una rosa de oro sobre campo de sinople. Su lema es: Crecer Fuerte.

MACE TYRELL, señor de Altojardín, Guardián del Sur, Defensor de las Marcas, Alto Mariscal del Dominio y mano del rey;

—su esposa, LADY ALERIE de la casa Hightower de Antigua;

—sus hijos:

—WILLAS, el hijo mayor, heredero de Altojardín;

—SER GARLAN, apodado EL GALANTE, el segundo hijo;

—SER LORAS, apodado EL CABALLERO DE LAS FLORES, su hijo menor, lord Comandante de la Guardia Arcoíris;

—MARGAERY, su hija, una doncella de quince años, casada recientemente con Renly Baratheon;

—su madre viuda, LADY OLENNNA de la casa Redwyne, apodada LA REINA DE LAS ESPINAS;

—sus hermanas:

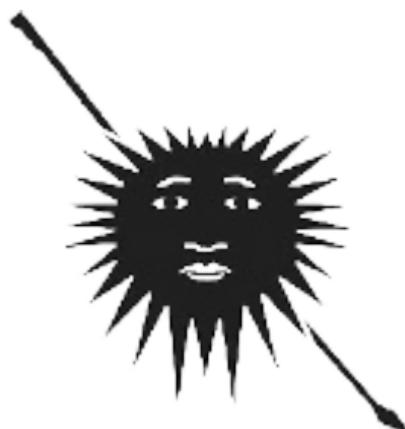
—MINA, casada con lord Paxter Redwyne, señor del Rejo;

—sus hijos:

—SER HORAS REDWYNE, apodado HORROR, hermano gemelo de Hobber;

—SER HOBBER REDWYNE, apodado BABOSO, hermano gemelo

- de Horas;
- DESMERA REDWYNE, una doncella de dieciséis años;
- JANNA, casada con ser Jon Fossoway;
- sus tíos:
 - GARTH, apodado EL GROSERO, lord senescal de Altojardín;
 - GARSE y GARRETT FLORES, hijos bastardos de Garth;
- SER MORYN, lord comandante de la Guardia de la Ciudad de Antigua;
- MAESTRE GORMON, un erudito de la Ciudadela;
- sus sirvientes:
 - MAESTRE LOMYS, consejero, sanador e instructor;
 - IGON VYRWEL, capitán de la guardia;
 - SER VORTIMER CRANE, maestro de armas;
 - MANTECAS, bufón y malabarista, muy obeso.



CASA MARTELL

Dorne fue el último de los Siete Reinos en jurar lealtad al Trono de Hierro. La sangre, las costumbres y la historia colocan a los dornienses a cierta distancia de los otros reinos. Cuando comenzó la guerra de sucesión, el príncipe de Dorne se mantuvo en silencio y no participó.

El blasón de los Martell es un sol de gules atravesado por una lanza dorada. Su lema es: Nunca Doblegado, nunca Roto.

DORAN NYMEROUS MARTELL, señor de Lanza del Sol, príncipe de Dorne;

—su esposa, MELLARIO, de la Ciudad Libre de Norvos;

—sus hijos:

—LA PRINCESA ARIANNE, su hija mayor, heredera de Lanza del Sol;

—EL PRÍNCIPE QUENTYN, su hijo mayor;

—EL PRÍNCIPE TRYSTANE, su hijo menor;

—sus hermanos:

—su hermana, [LA PRINCESA ELIA], casada con el príncipe Rhaegar Targaryen, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey;

—la hija de Elia [LA PRINCESA RHAENYS], niña de corta edad, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey;

—el hijo de Elia [EL PRÍNCIPE AEGON], un bebé, asesinado durante el saqueo de Desembarco del Rey;

—su hermano, EL PRÍNCIPE OBERYN, apodado LA VÍBORA ROJA;

—sus sirvientes:

—AREO HOTAH, mercenario norvoshi, capitán de la guardia;

—MAESTRE CALEOTTE, consejero, sanador e instructor;

—sus señores vasallos:

—EDRIC DAYNE, señor de Campoestrella.

Las casas principales que han jurado fidelidad a Lanza del Sol incluyen a Jordayne, Santagar, Allyrion, Toland, Yronwood, Wyl, Fowler y Dayne.



CASA FLORENT

Los Florent de la fortaleza de Aguasclaras son vasallos jurados de Altojardín y siguieron a los Tyrell en su declaración de fidelidad al rey Renly. Sin embargo, también mantuvieron un pie en el bando contrario, ya que la reina de Stannis es una Florent, y su tío es el castellano de Rocadragón. El blasón de la casa Florent muestra la cabeza de un zorro en un círculo de flores.

- ALESTER FLORENT, señor de Aguasclaras;
- su esposa, LADY MELARA de la casa Crane;
- sus hijos:
 - ALEKYNE, heredero de Aguasclaras;
 - MELESSA, casada con lord Randyll Tarly;
 - RHEA, casada con lord Leyton Hightower;
- sus hermanos:
 - SER AXELL, castellano de Rocadragón;
 - [SER RYAM], muerto al caer de un caballo;
 - LA REINA SELYSE, la hija de ser Ryam, casada con el rey Stannis;
 - SER IMRY, el hijo mayor y heredero de ser Ryam;
 - SER ERREN, el segundo hijo de ser Ryam;
 - SER COLIN;
 - la hija de Colin, DELENA, casada con SER HOSMAN NORCROSS;
 - EDRIC TORMENTA, hijo natural de Delena, engendrado por el

rey Robert;
—el hijo de Delena, ALESTER NORCROSS;
—el hijo de Delena, RENLY NORCROSS;
—el hijo de Colin, MAESTRE OMER, de servicio en Roble Viejo;
—el hijo de Colin, MERRELL, escudero en el Rejo;
—su hermana:
—RYLENE, casada con ser Rychedr Crane.



CASA GREYJOY

Balon Greyjoy, señor de las islas del Hierro, encabezó anteriormente una rebelión contra el Trono de Hierro, que fue aplastada por el rey Robert y lord Eddard Stark. Aunque su hijo Theon, educado en Invernalia, fue uno de los partidarios de Robb Stark y su amigo más cercano, lord Balon no se unió a los hombres del Norte cuando marcharon al sur, hacia las tierras de los ríos.

El blasón de Greyjoy es un kraken de oro sobre sable. Su lema es: Nosotros no Sembramos.

BALON GREYJOY, señor de las islas del Hierro, Rey de la Sal y de la Roca, Hijo del Viento Marino, Lord Segador de Pyke;

—su esposa, LADY ALANNYS de la casa Harlaw;

—sus hijos:

—[RODRIK], caído en Varamar durante la Rebelión de Greyjoy;

—[MARON], caido en las murallas de Pyke durante la Rebelión de Greyjoy;

—ASHA, capitana del *Viento Negro*;

—THEON, pupilo de lord Eddard Stark en Invernalia;

—sus hermanos:

—EURON, apodado OJO DE CUERVO, capitán del *Silencio*, bandolero, pirata y saqueador;

—VICTARION, lord capitán de la Flota de Hierro capitán del *Victoria de Hierro*;

—AERON, apodado PELOMOJADO, sacerdote del Dios Ahogado.

- sus sirvientes en Pyke:
 - DAGMER, apodado BARBARROTA, maestro de armas, capitán del *Bebespuma*;
 - MAESTRE WENDAMYR, sanador y consejero;
 - HELYA, mayordomo del castillo;
- habitantes de Puerto Noble:
 - SIGRIN, carpintero de ribera;
- sus señores vasallos:
 - LORD BOTLEY, de Puerto Noble;
 - LORD WYNCH, de Castroferro;
 - LORD HARLAW, de Harlaw;
 - STONEHOUSE, de Viejo Wyk;
 - DRUMM, de Viejo Wyk;
 - GOODBROTHER, de Viejo Wyk;
 - GOODBROTHER, de Gran Wyk;
 - LORD MERLYN, de Gran Wyk;
 - SPARR, de Gran Wyk;
 - LORD BLACKTYDE, de Marea Negra;
 - LORD SALTCLIFFE, de Acantilado de Sal;
 - LORD SUNDERLY, de Acantilado de Sal.



CASA ARRYN

La casa Arryn, al inicio de la guerra, no se decantó por ninguno de los aspirantes rivales, y conservó sus fuerzas para proteger el Nido de Águilas y el Valle de Arryn. El blasón de los Arryn representa la luna y el halcón, en plata sobre azur. El lema de los Arryn es: Tan Alto como el Honor.

ROBERT ARRYN, señor del Nido de Águilas, Defensor del Valle, Guardián del Oriente, un niño enfermizo de ocho años;

—su madre, LADY LYSA de la casa Tully, tercera esposa y viuda de [lord Jon Arry], difunta mano del rey, y hermana de Catelyn Stark;

—sus sirvientes:

—MAESTRE COLEMON, consejero, sanador e instructor;

—SER MARWYN BELMORE, capitán de la guardia;

—LORD NESTOR ROYCE, mayordomo jefe del Valle;

—SER ALBAR, hijo de lord Nestor;

—MYA PIEDRA, chica bastarda a su servicio, hija natural del rey Robert;

—MORD, un carcelero brutal;

—MARILLION, un joven bardo;

—sus señores vasallos, pretendientes y criados:

—LORD YOHN ROYCE, apodado YOHN BRONCE;

—SER ANDAR, el hijo mayor de lord Yohn;

—SER ROBAR, el segundo hijo de lord Yohn, de servicio con el rey Renly, Robar el Rojo, de la Guardia Arcoíris;

- [SER WAYMAR], el hijo menor de lord Yohn, hombre de la Guardia de la Noche, desaparecido más allá del Muro;
- LORD NESTOR ROYCE, primo de lord Yohn, mayordomo jefe del Valle;
- SER ALBAR, el hijo y heredero de lord Nestor;
- MYRANDA, la hija de lord Nestor;
- SER LYN CORBRAY, pretendiente de lady Ly sa;
- MYCHEL REDFORT, su escudero;
- LADY ANYA WAYNWOOD;
- SER MORTON, el hijo mayor y heredero de lady Anya, pretendiente de lady Ly sa;
- SER DONNEL, el Caballero de la Puerta, el segundo hijo de lady Anya;
- EON HUNTER, señor de Arco Largo, anciano pretendiente de lady Ly sa.



CASA FREY

Poderosos, ricos y numerosos, los Frey son vasallos de la casa Tully, y sus espadas están juramentadas al servicio de Aguasdulces, pero no siempre se han mostrado diligentes a la hora de cumplir con su deber. Cuando Robert Baratheon se enfrentó a Rhaegar Targaryen en el Tridente, los Frey no llegaron hasta que la batalla hubo finalizado, y de ahí en adelante, lord Hoster Tully siempre se refirió a lord Walder como *el finado lord Frey*. Lord Frey aceptó apoyar la causa del Rey en el Norte solo después de que Robb Stark se comprometió a casarse con una de sus hijas o nietas cuando terminara la guerra. Lord Walder ha vivido noventa y un días del nombre, pero muy poco tiempo atrás tomó a su octava esposa, una doncella setenta años menor. Se dice de él que es el único señor de los Siete Reinos que puede sacarse un ejército de los calzones.

WALDER FREY, Señor del Cruce;

—sus herederos de su primera esposa, [LADY PERHA de la casa Royce]:

—SER STEVRON, heredero de Los Gemelos;

—[CORENNA SWANN], su esposa, muerta de una enfermedad que la consumió;

—SER RYMAN, el hijo mayor de Stevron;

—EDWYN, hijo de Ryman, casado con Janyce Hunter;

—WALDA, la hija de Edwyn, una niña de ocho años;

—WALDER, apodado WALDER EL NEGRO, hijo de Ryman;

—PETYR, apodado PETYR ESPINILLA, hijo de Ryman, casado con Mylenda Caron;

- PERHA, la hija de Petyr, una niña de cinco años;
 - [JEYNE LYDDEN], su esposa, muerta al caerse de un caballo;
 - AEGON, hijo de Stevron, un retrasado mental apodado CASCABEL;
 - [MAEGELLE], la hija de Stevron, fallecida durante un parto, casada con ser Dafyn Vance;
 - MARIANNE, la hija de Maegelle, doncella;
 - WALDER VANCE, hijo de Maegelle, escudero;
 - PATREK VANCE, hijo de Maegelle;
 - [MARSELLA WAYNWOOD], su esposa, muerta de parto;
 - WALTON, hijo de Stevron, casado con Deana Hardyng;
 - STEFFON, apodado EL DULCE, hijo de Walton;
 - WALDA, apodada WALDA LA BELLA, la hija de Walton;
 - BRYAN, hijo de Walton, escudero;
 - SER EMMON, casado con Genna de la casa Lannister;
 - SER CLEOS, hijo de Emmon, casado con Jeyne Darry;
 - TYWIN, hijo de Cleos, un escudero de once años;
 - WILLEM, hijo de Cleos, un paje en Marcaceniza;
 - SER LYONEL, hijo de Emmon, casado con Melesa Crakehall;
 - TION, hijo de Emmon, escudero, prisionero en Aguasdulces;
 - WALDER, apodado WALDER EL ROJO, hijo de Emmon, paje en Roca Casterly;
 - SER AENYS, casado con [Tyana Wyldे], fallecida de parto;
 - AEGON EL SANGRIENTO, hijo de Aenys, un bandolero;
 - RHAEGAR, hijo de Aenys, casado con Jeyne Beesbury;
 - ROBERT, hijo de Rhaegar, un chico de trece años;
 - WALDA, apodada WALDA LA BLANCA, la hija de Rhaegar, una niña de diez años;
 - JONOS, hijo de Rhaegar, un niño de ocho años;
 - PERRIANE, casada con ser Leslyn Haigh;
 - SER HARYS HAIGH, hijo de Perriane;
 - WALDER HAIGH, el hijo de Harys, un niño de cuatro años;
 - SER DONNEL HAIGH, hijo de Perriane;
 - ALYN HAIGH, hijo de Perriane, escudero;
- de su segunda esposa, [LADY CYRENNNA de la casa Swann]:
- SER JARED, su hijo mayor, casado con [Alys Frey];
 - SER TYTOS, el hijo de Jared, casado con Zhoe Blanetree;
 - ZIA, la hija de Tytos, una doncella de catorce años;
 - ZACHERY, el hijo de Tytos, un niño de doce años, que estudia en el septo de Antigua;
 - KYRA, la hija de Jared, casada con ser Garse Goodbrook;

- WALDER GOODBROOK, el hijo de Kyra, un niño de nueve años;
- JEYNE GOODBROOK, la hija de Kyra, de seis años;
- SEPTÓN LUCEON, de servicio en el Gran Septo de Baelor en Desembarco del Rey;
- de su tercera esposa, [LADY AMAREI de la casa Crakehall]:
 - SER HOSTEEN, su hijo mayor, casado con Bellena Hawick;
 - SER ARWOOD, el hijo de Hosteen, casado con Ryella Royce;
 - RYELLA, la hija de Arwood, una niña de cinco años;
 - ANDROW y ALYN, los hijos gemelos de Arwood, de tres años;
- LADY LYTHENE, casada con lord Lucias Vypren;
 - ELYANA, la hija de Lythene, casada con ser Jon Wynde;
 - RICKARD WYLDE, el hijo de Elyana, de cuatro años;
 - SER DAMON VYPREN, el hijo de Lythene;
- SYMOND, casado con Betharios de Braavos;
- ALEXANDER, hijo de Symond, un bardo;
- ALYX, la hija de Symond, una doncella de diecisiete años;
- BRADAMAR, hijo de Symond, un niño de diez años, acogido en Braavos como pupilo de Oro Tendyris, un mercader de esa ciudad;
- SER DANWELL, casado con Wynafrei Whent;
 - [muchos abortos y niños nacidos muertos];
- MERRETT, casado con Mariya Darry;
 - AMEREI, llamada AMI, hija de Merrett, viuda de diecisés años, casada con [ser Pate del Forca Azul];
 - WALDA, apodada WALDA LA GORDA, hija de Merrett, una doncella de quince años;
 - MARISSA, hija de Merrett, una doncella de trece años;
 - WALDER, apodado WALDER EL PEQUEÑO, el hijo de Merrett, un niño de ocho años, acogido en Invernalia como pupilo de lady Catelyn Stark;
- [SER GEREMY], ahogado, casado con Carolei Waynwood;
- SANDOR, el hijo de Geremy, un niño de doce años, escudero de ser Donnel Waynwood;
- CYNTHEA, la hija de Geremy, una niña de nueve años, pupila de lady Anya Waynwood;
- SER RAYMUND, casado con Beony Beesbury;
- ROBERT, hijo de Raymund, de diecisés años, estudiante en la Ciudadela de Antigua;
- MALWYN, hijo de Raymund, de quince años, aprendiz de alquimista en Lys;
- SERRA y SARRA, las hijas gemelas de Raymund, doncellas de

- catorce años;
- CERSEI, apodada ABEJITA, hija de Raymund, de seis años;
- de su cuarta esposa, [LADY ALYSSA de la casa Blackwood]:
- LOTHAR, apodado LOTHAR EL COJO, su hijo mayor, casado con Leonella Lefford;
- TYSANE, hija de Lothar, una niña de siete años;
- WALDA, hija de Lothar, una niña de cuatro años;
- EMBERLEI, hija de Lothar, una niña de dos años;
- SER JAMMOS, casado con Sallei Paege;
- WALDER, apodado WALDER EL MAYOR, hijo de Jammos, un niño de ocho años, acogido en Invernalia como pupilo de lady Catelyn Stark;
- DICKON y MATHIS, los hijos gemelos de Jammos, de cinco años;
- SER WHALEN, casado con Sylwa Paege;
- HOSTER, el hijo de Whalen, un niño de doce años, escudero de ser Damon Paege;
- MERIANNE, llamada MERRY, la hija de Whalen, de once años;
- LADY MORYA, casada con ser Flement Brax;
- ROBERT BRAX, hijo de Morya, de nueve años, acogido como paje en Roca Casterly;
- WALDER BRAX, hijo de Morya, un niño de seis años;
- JON BRAX, hijo de Morya, un niño de tres años;
- TYTA, apodada TYTA LA DONCELLA, una doncella de veintinueve años;
- de su quinta esposa, [LADY SARYA de la casa Whent]:
- sin descendientes;
- de su sexta esposa, [LADY BETHANY de la casa Rosby]:
- SER PERWYN, su hijo mayor;
- SER BENFREY, casado con Jyanna Frey, una prima;
- DELLA, apodada DELLA LA SORDA, la hija de Benfrey, una niña de tres años;
- OSMUND, el hijo de Benfrey, un niño de dos años;
- MAESTRE WILLAMEN, de servicio en Arcolargo;
- OLYVAR, escudero al servicio de Robb Stark;
- ROSLIN, una doncella de dieciséis años;
- de su séptima esposa, [LADY ANNARA de la casa Farring]:
- ARWYN, una doncella de catorce años;
- WENDEL, su hijo mayor, un chico de trece años, acogido como paje en Varamar;

- COLMAR, consagrado a la Fe, de once años;
- WALTYR, llamado TYR, un niño de diez años;
- ELMAR, prometido a Arya Stark, un niño de nueve años;
- SHIREI, una niña de seis años;
- de su octava esposa, LADY JOYEUSE de la casa Erenford:
 - todavía sin descendientes;
- hijos naturales de lord Walder, con diversas madres:
 - WALDER RÍOS, apodado WALDER EL BASTARDO;
 - SER AEMON RÍOS, el hijo de Walder el Bastardo;
 - WALDA RÍOS, la hija de Walder el Bastardo;
 - MAESTRE MELWYS, de servicio en Rosby;
 - JEYNE RÍOS, MARTYN RÍOS, RYGER RÍOS, RONEL RÍOS, MELLARA RÍOS, otros.



LOS HOMBRES DE LA GUARDIA DE LA NOCHE

La Guardia de la Noche protege el reino y ha jurado no tomar parte en guerras civiles ni disputas por el trono. Tradicionalmente, en tiempos de rebelión, honran a todos los reyes y no obedecen a ninguno.

en el Castillo Negro:

- JEOR MORMONT, lord comandante de la Guardia de la Noche, apodado EL VIEJO OSO;
- su mayordomo y escudero, JON NIEVE, el bastardo de Invernalia, apodado LORD NIEVE;
- el lobo huargo blanco de Jon, FANTASMA;
- MAESTRE AEMON (TARGARYEN), consejero y sanador;
- SAMWELL TARLY y CLYDAS, sus mayordomos;
- BENJEN STARK, capitán de los exploradores, desaparecido al otro lado del Muro;
- THOREN SMALLWOOD, al mando de los exploradores;
- JARMEN BUCKWELL, al mando de los oteadores;
- SER OTTYN WYTHERS, SER ALADALE WYNCH, GRENN, PYPAR, MATTHAR, ELRON, LARK DE LAS HERMANAS, exploradores;
- OTHELL YARWYCK, capitán de los constructores;
- HALDER, ALBETT, constructores;
- BOWEN MARSH, lord mayordomo;
- CHETT, mayordomo y encargado de las perreras;
- EDDISON TOLLETT, apodado EDD EL PENAS, un escudero

adusto;

- SEPTÓN CELLADAR, un devoto borracho;
- SER ENDREW TARTH, maestro de armas;
- hermanos del Castillo Negro:
 - DONAL NOYE, armero y herrero, manco;
 - HOBB TRESDEDOS, cocinero;
 - JEREN, RAST, CUGEN, reclutas, todavía en adiestramiento;
 - CONWY, GUEREN, «cuervos errantes», reclutadores que buscan niños huérfanos y criminales para el Muro;
 - YOREN, al mando de los «cuervos errantes»;
 - PRAED, CUTJACK, WOTH, REYSEN, QYLE, reclutas, que deben llegar al Muro;
 - KOSS, GERREN, DOBBER, KURZ, MORDEDOR, RORGE, JAQEN H'GHAR, criminales, que deben llegar al Muro;
 - LOMMY MANOSVERDES, GENDRY, TARBER, PASTEL CALIENTE, ARRY, niños huérfanos, que deben llegar al Muro;

en Guardiaoriente del Mar:

- COTTER PYKE, comandante, Guardiaoriente;
- SER ALLISER THORNE, maestro de armas;
- hermanos de Guardiaoriente:
 - DAREON, mayordomo y bardo;

en la Torre Sombria:

- SER DENYS MALLISTER, comandante, Torre Sombria;
- QHORIN, llamado MEDIAMANO, al mando de los exploradores;
- DALBRIDGE, anciano escudero y explorador experimentado;
- EBBEN, SERPIENTE DE PIEDRA, exploradores.

PESAS Y MEDÍDAS

En la edición española de *Canción de hielo y fuego* se utiliza un sistema de pesas y medidas inspirado en el castellano del siglo XVIII. Las equivalencias de las unidades que aparecen con más frecuencia en la obra son las siguientes:

LONGITUD

Dedo: 1,74 cm

Palmo: 12 dedos, o algo más de 20 cm

Codo: 2 palmos

Vara y paso: ambos equivalentes a 2 codos, o 4 palmos

Legua: 5000 pasos, o algo más de 4 km

SUPERFICIE

Fanega: 6440 m²

VOLUMEN

Cuartillo (líquidos): $\frac{1}{4}$ de azumbre, o $\frac{1}{2}$ litro

Azumbre (líquidos): 4 cuartillos, o 2 litros

Cuartillo (áridos): $\frac{1}{4}$ de celemín, o algo más de 1 litro

Celemín (áridos): 4 cuartillos, o 4,625 litros

PESO

Marco: 0.23 kg

Arroba: 11.5 kg

Quintal: 4 arrobias, o 46 kg



GEORGE R. R. MARTIN. Nació en 1948 en Bayonne (Nueva Jersey, EE UU), y en la actualidad reside en Santa Fe (Nuevo México, EE UU). Hijo de un estibador, su anhelo por conocer los destinos exóticos de los navíos que veía zarpar de Nueva York fue uno de los motivos que lo impulsaron a escribir fantasía y ciencia ficción.

Licenciado en periodismo en 1970, en 1977 publicó su primera novela, *Muerte de la Luz*, obra de culto dentro del género y cumbre de la ciencia ficción romántica. Desde 1979 se dedica exclusivamente a la escritura, y de su pluma han surgido títulos como *Una canción para Lya y Sueño del Fevre*, donde su prosa sugerente y poética aborda temas tan poco habituales en el género como la amistad, la lealtad, el amor y la traición, desde una perspectiva despojada de manierismos pero cargada de sensibilidad. Como antologista cabe destacar su trabajo a cargo de «Wild Cards», antología de mundos compartidos con temática de superhéroes, de gran prestigio.

A partir de 1986 escribe guiones y colabora en series televisivas como *En los límites de la realidad* y *La bella y la bestia*, además de realizar tareas de producción en diversos telefilmes. En 1996 empieza a publicar la serie de fantasía épica *Canción de Hielo y Fuego*, éxito de ventas en Estados Unidos y auténtico revulsivo del género fantástico.

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO:

1996.—*A Game of Thrones*

- Juego de tronos*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 14, 2002; col. Éxitos núm. 1, 2006; col. Bolsillo núm. 1 (dos tomos), 2007
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2006
- id., México D.F., Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 2011

1998.—*A Clash of Kings*

- Choque de reyes*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 21, 2003; col. Éxitos núm. 2, 2006; col. Bolsillo núm. 5 (dos tomos), 2008
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2006
- id., México D.F., Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 2012

2000.—*A Storm of Swords*

- Tormenta de espadas* (dos tomos), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 32, 2005; col. Éxitos núm. 3, 2006; col. Bolsillo núm. 7 (tres tomos), 2009
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2006
- id., México D.F., Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 2012

2005.—*A Feast for Crows*

- Festín de cuervos*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 42, 2007; col. Éxitos núm. 4, 2008; col. Bolsillo núm. 8 (dos tomos), 2010
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2008

2011.—*A Dance with Dragons*

- Danza de dragones*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 49, 2012; col. Éxitos núm. 5, 2012; col. Bolsillo núm. 9 (tres tomos), 2013

NOVELAS:

1977.—*Dying of the Light*

- Muerte de la luz*, Barcelona, Ed. Edhasa, col. Nebulae núm. 33, 1979
- id., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 11, 2002

1981.—*Windhaven*, en colaboración con TUTTLE, Lisa

- Refugio del viento*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1988
- id., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 48, 2012

1982.—*Fevre Dream*

- Sueño del Fevre* (cartoné; rústica), Barcelona, Ed. Acervo, col. Terror, 1983

- id., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 46, 2012
- 1983.—*The Armageddon Rag*
- 1986.—*Tuf Voyaging*
—*Los viajes de Tuf*, Barcelona, Ed. B, col. Nova CF núm. 6, 1988; col. Byblos CR núm. 279/1, 2006; col. Zeta Bolsillo CR num. 45, 2009
- 1990.—*Wild Cards VII: Dead Man's Hand*, en colaboración con MILLER, John J.
- 2007.—*Hunter's Run*, en colaboración con DOZOIS, Gardner y ABRAHAM, Daniel [ampliación de *Shadow Tiwin*]

RECOPILACIONES:

- 1976.—*A Song for Lya and Other Stories*
—*Una canción para Lya*, Barcelona, Luis de Caralt Ed., col. CF núm. 35, 1981; col. BUC núm. 190, 1982
- 1977.—*Songs of Stars and Shadows*
- 1981.—*Sandkings*
- 1983.—*Songs the Dead Men Sing*
—*Canciones que cantan los muertos*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Super Terror núm. 17, 1986
- 1985.—*Nightflyers*
- 1987.—*Portraits of His Children*
- 2001.—*Quartet*
- 2003.—*GRRM: A Retrospective*
[También como *Dreamsongs*]
—*Luz de lejanas estrellas* («Autobiografía literaria» 1), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 50, 2012
—*Híbridos y engendros* («Autobiografía literaria» 2), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 51, 2013
—*Un corazón atribulado* («Autobiografía literaria» 3), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 55, 2015
- 2008.—*Starlady / Fast Friend*

VARIOS:

- 2003.—*Sangre de dragón* («Blood of the Dragon», 1996), Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2003. Fragmento de *Juego de tronos*
- 2004.—*Camino de dragón* («Path of the Dragon», 2000), Barcelona, Ed.

- Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2004. Fragmento de *Tormenta de espadas*
- 2005.—*Hijos del kraken* («Arms of the Kraken», 2003), Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2005. Fragmento de *Festín de cuervos*
- Dominio de dragones* («Daenerys Excerpt from A Feast for Crows»), Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2006. Fragmento de *Danza de dragones*
- .—*La flor de cristal* («The Glass Flower», 1986), Madrid, Ed. Robel, col. El Doble de Ciencia Ficción núm. 5, 2005, [volumen doble con MACLEOD, Ian R., *Musgo de vida*]
- .—*Shadow Twin*
- «Gemelo sombra», novela corta, en colaboración con DOZOIS, Gardner y ABRAHAM, Daniel. *Asimov Ciencia Ficción* 20, Madrid, Ed. Robel, 2005
- 2006.—*The Ice Dragon*
- «El dragón de hielo», cuento, ilustrado por GILBERT, Yvonne [publicado originalmente, sin ilustraciones, en CARD, Orson Scott (rec.), *Dragons of Light*, 1980]. *Gigamesh* 34, 2003

ANTOLOGÍAS:

- 1977.—*New Voices in Science Fiction*
- 1979.—*New Voices II*
- 1980.—*New Voices III*
- 1981.—*New Voices IV*
- 1983.—*The Science Fiction Weight-Loss Book*, con ASIMOV, Isaac y GREENBERG, Martin H.
- 1984.—*The John W. Campbell Awards, Volume 5*
- 1986.—*Night Visions 3*
- 2009.—*Songs of the Dying Earth*, con DOZOIS, Gardner
- 2010.—*Warriors*, con DOZOIS, Gardner
- Songs of Love and Death: Tales of Star-Crossed Love*, con DOZOIS, Gardner
- 2011.—*Down This Strange Streets*, con DOZOIS, Gardner

Wild Cards:

- 1987.—*Wild Cards*
 .—*Wild Cards II: Aces High*
 .—*Wild Cards III: Jokers Wild*
1988.—*Wild Cards IV: Aces Abroad*
 .—*Wild Cards V: Down and Dirty*
1990.—*Wild Cards VI: Ace in the Hole*
 .—*Wild Cards VII: Dead Man's Hand*
1991.—*Wild Cards VIII: One-Eyed Jacks*
 .—*Wild Cards IX: Jokertown Shuffle*
1992.—*Wild Cards X: Double Solitaire*
 .—*Wild Cards XI: Dealer's Choice*
1993.—*Wild Cards XII: Turn of the Cards*
 .—*Wild Cards XIII: Card Sharks*
1994.—*Wild Cards XIV: Marked Cards*
1995.—*Wild Cards XV: Black Trump*
2002.—*Wild Cards XVI: Deuces Down*
2006.—*Wild Cards XVII: Five Card Draw*
2008.—*Wild Cards XVIII: Inside Straight*
 .—*Wild Cards XIX: Busted Flush*
2009.—*Wild Cards XX: Suicide Kings*
2011.—*Wild Cards XXI: Fort Freak*

PREMIOS:

- 1975.—Hugo por «A Song for Lya» («Una canción para Lya», en *Una canción para Lya y Los Premios Hugo 1973-1975*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1988)
- 1976.—Locus por «The Storms of Windhaven» (fragmento de *Refugio del viento*)
- 1977.—Locus por *Una canción para Lya*
- 1980.—Hugo, Nebula y Locus por «Sandkings» («Los reyes de la arena», en *Nueva Dimensión* 127, Barcelona, Ed. Dronte, 1980; *Los Premios Hugo 1980-1982*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1991; *Lo mejor de los premios Nebula*, Barcelona, Ed. B, col. Nova CF, 1994)
- .—Hugo y Locus por «The Way of Cross and Dragon» («La cruz y el dragón» en *Parsec* 3, Buenos Aires, Ediciones Filofalsia/Taller de ediciones independientes, 1984; «El camino de la cruz y el dragón» en

- Los Premios Hugo 1980-1982*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1991)
- 1981.—Locus por «Nightflyers»
- 1982.—Locus por «Guardians» («Guardianes» en *Los viajes de Tuf*)
.—Locus por *Sandkings*
- 1983.—Seiun (Japón) por «Nightflyers»
- 1984.—Locus por «The Monkey Treatment» («El tratamiento del mono» en *Canciones que cantan los muertos*)
.—Gigamesh de terror por *Sueño del Fevre*
- 1986.—Nebula por «Portraits of His Children» («Retratos de sus hijos» en *Isaac Asimov Magazine* 15, Barcelona, Ed. Forum, 1987; *Sinergia* 12, Buenos Aires, Ed. Sinergia, 1987; *Premios Nebula 1985*, Barcelona, Ed. B, col. Libro Amigo núm. 39, 1987)
- 1987.—Gigamesh de terror por *Canciones que cantan los muertos*
- 1988.—Bram Stoker por «The Pear-Shaped Man» («El Hombre con Forma de Pera», en *Gigamesh* 40, 2005)
- 1989.—World Fantasy por «The Skin Trade» («Cambiando de piel», en *Visiones nocturnas*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Terror, 1991)
.—Gigamesh de ciencia ficción por *Los viajes de Tuf*
- 1997.—Locus de fantasía por *Juego de tronos*
.—Hugo por *Sangre de dragón*
- 1999.—Locus de fantasía por *Choque de reyes*
- 2001.—Locus de fantasía por *Tormenta de espadas*
- 2002.—Geffen (Israel) de fantasía por *Tormenta de espadas*
- 2003.—Ignotus (España) por *Juego de tronos*
- 2004.—Ignotus por *Choque de reyes*
.—Ignotus por *El dragón de hielo*
.—Sky lark (NESFA) por el conjunto de su obra
- 2005.—Ignotus por *Camino de dragón*
- 2006.—Ignotus por *Tormenta de espadas*
- 2011.—Locus por *Warriors*

GEORGE R. R.
MARTIN

TORMENTA DE ESPADAS

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO / 3





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Las huestes de los fugaces reyes de Poniente, descompuestas en hordas, asolan y esquilman una tierra castigada por la guerra e indefensa ante un invierno que se anuncia inusitadamente crudo. Las alianzas nacen y se desvanecen como volutas de humo bajo el viento helado del Norte. Ajena a las intrigas palaciegas, e ignorante del auténtico peligro en ciernes, la Guardia de la Noche se ve desbordada por los salvajes. Y al otro lado del mundo, Daenerys Targaryen intenta reclutar en las Ciudades Libres un ejército con el que desembarcar en su tierra.

Martin hace que lo imposible parezca sencillo. Tormenta de espadas confirma Canción de Hielo y Fuego como un hito de la fantasía épica. Brutal y poética, conmovedora y cruel, la magia de Martin, como la del mundo de Poniente, necesita apenas una pincelada para cautivar al lector, hacerlo reír y llorar, y conseguir que el asombro ceda paso a la más profunda admiración por la serie.



George R. R. Martin

**Tormenta de espadas
Canción de hielo y fuego - 3**

PRESENTACIÓN

Para desgracia de muchos, no hay mejor veredicto para un libro que el respaldo masivo de los lectores, ya sean presentes o futuros. Si son presentes, el libro será un triunfo del marketing o del boca a boca. Si son futuros, un clásico.

George R. R. Martin pertenece a la estirpe más noble de novelista: el que cuenta grandes historias que son, al mismo tiempo, historias grandes. En estas últimas décadas posheroicas, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la intelligentsia literaria no simpatiza con la épica ni con los personajes de ánimo expansivo, sino con la lírica y la introspección, por lo que las grandes historias/historias grandes han quedado relegadas a la cajonera del tiempo o —horror de los horrores— a las estanterías de los best sellers. El paisaje interior desolado, yermo, sustituyó años ha a las grandiosas llanuras del western o a las montañas y valles y los mares infinitos de la aventura. Pero la situación está cambiando.

Los libros de Martin han recibido hasta el momento el doble veredicto de los lectores pasados y presentes, que eran los presentes y futuros hace años. Muerte de la luz, un potente condensado de narrativa desgarrada y aventura en bruto, es un clásico desde hace años, mientras que Una canción para Lya o Sueño del Fevre son referentes difícilmente eludibles de esta nueva primavera de la literatura de géneros (fantasía, terror) que vivimos en la actualidad. Frutos de la pluma de un escritor tan dotado para la estructura como poco proclive a veleidades de estilo juguetonas o gratuitas.

Y es que en la obra de Martin todo es estructura, más que pasión, de la que también anda sobrado. De ahí que tarde tanto en completar cada tomo de esta saga Canción de Hielo y Fuego, para irritación de lectores que calman su hambre en enrevesadas discusiones en foros y listas de correo en Internet. A pesar de que cada libro ronda las mil páginas, ninguna de ellas parece estar de más y, si bien es cierto que Martin se recrea en las peripecias como gancho principal para el lector, no lo es menos que sería difícil prescindir de alguna de ellas sin que el conjunto se resintiese.

Leí el primer tomo de Canción de Hielo y Fuego llevado por la curiosidad y por el entusiasmo de Luis G. Prado (de Bibliópolis), Alejo Cuervo y Álex Vidal (de Gigamesh). Ninguno de ellos simpatiza con las sagas de fantasía de corte seudomedieval que inundan las librerías de todo el mundo, así que era más que probable que aquellos tomos de aspecto imponente (¿quién tiene ánimo hoy en día para comenzar una historia que, previsiblemente, superará las siete mil páginas de extensión?) escondiesen algo muy valioso. Y vaya si lo escondían.

¿Cuál es la clave del éxito de Martin? Es difícil de explicar. Creo que se basa en primer lugar en su habilidad para aplicar a la fantasía las reglas del folletín más

desprejuiciado y mejor construido, ese tipo de narración que agarra al lector del cuello y le corta la respiración, lo hace participe de un mundo tridimensional y multicolor y espolea su complicidad con los imposibles que salpican la trama. Además, al haber optado por la sucesión de puntos de vista para hacer avanzar la acción, Martin permite la identificación de los lectores con alguno de sus múltiples personajes protagonistas. Un recurso no por populista menos eficaz.

Pero Canción de Hielo y Fuego no es solo un folletín sino también, y esto es fundamental, una novela histórica de aventuras situada (paradojas) en un universo imaginario. Es difícil expresar la alegría que sentí cuando el propio Martín recomendó en su página web la lectura de la también monumental saga sobre la Roma republicana de Colleen McCullough, cuya inicial y magnífica entrega es El primer hombre de Roma. Y es que ese fue el primer referente claro que se me vino a la cabeza cuando solo llevaba unas cincuenta páginas de Juego de tronos, que da inicio a la llegada del invierno a Poniente. El segundo fue Bernard Cornwell (la serie del Señor de la Guerra en particular) y, en general, la nueva hornada de escritores de novela histórica, que comparten con Canción de Hielo y Fuego el gusto por la brutalidad y la absoluta falta de escrúpulos a la hora de eliminar personajes a priori fundamentales para el desarrollo de la historia. Por supuesto, al cóctel hay que añadir algunos elementos del mundo real, como la inspiración más o menos directa en la guerra de las Dos Rosas, que enfrentó a los Lancaster y los York por la hegemonía en la muy compleja Inglaterra del siglo XV (la propia casa de Lancaster había sufrido un enfrentamiento interno entre facciones rivales años antes del estallido de ese conflicto). Combinación ganadora, pues.

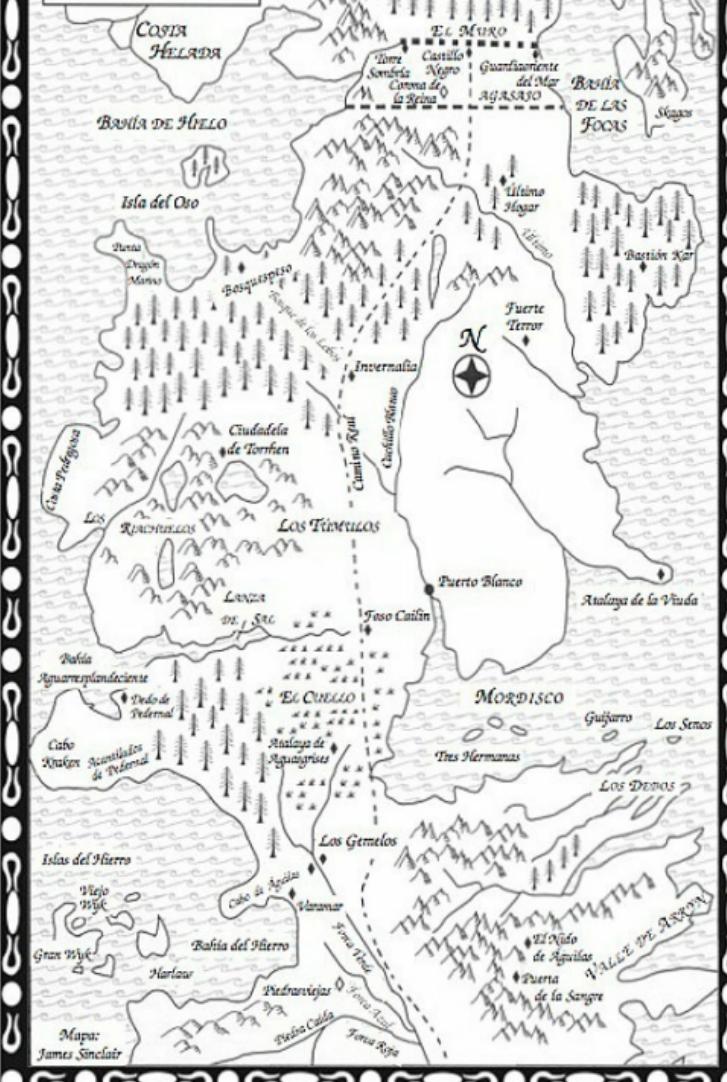
Intriga política, aventura, personajes ambiguos guiados por ambiciones y pasiones incontroladas, un poco más de magia en cada volumen (lo que parece vaticinar una explosión pirotécnica hacia el final de la serie), grandes batallas, duelos y muertes impredecibles. El invierno que se acerca y la presencia creciente de una amenaza ante la que la única defensa es la gigantesca muralla en el Norte, custodiada por un diminuto contingente de soldados monje... ¿Quién puede pedir más? Yo no, desde luego. Soy súbdito de Poniente desde hace años.

ALBERTO CAIRO

*Para Phyllis,
que me hizo meter los dragones.*

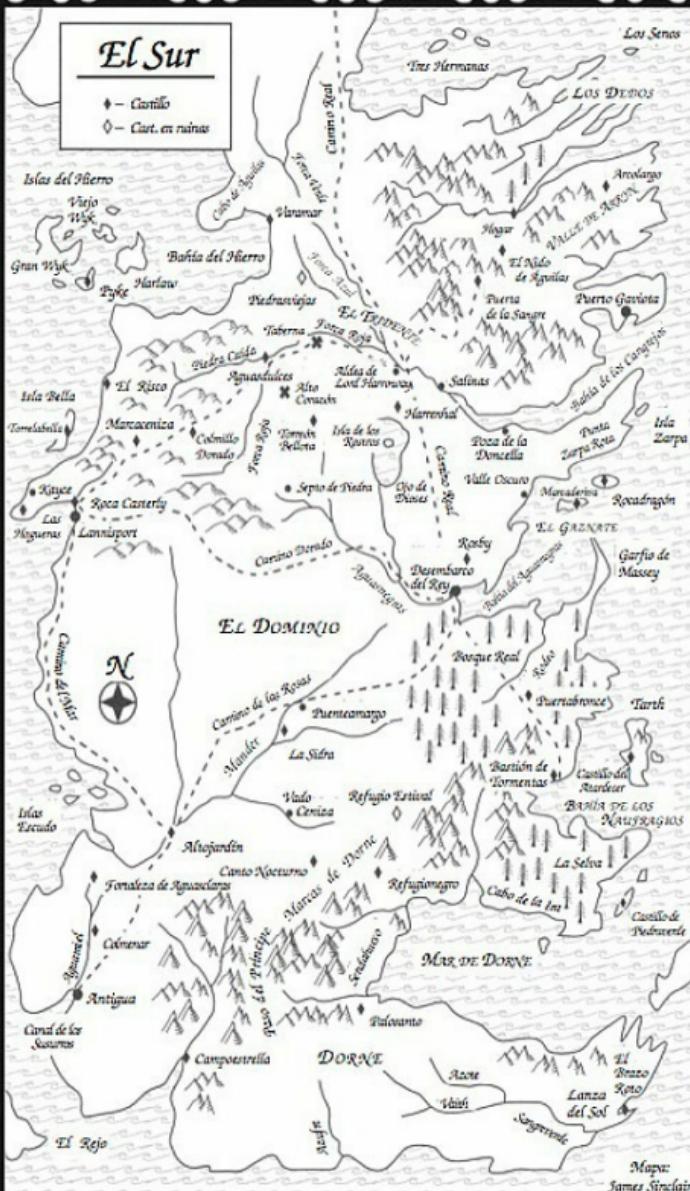
El Norte

◆ — Castillo ● — Ciudad
◊ — Cast. en ruinas • — Aldea



El Sur

◀ - Cartão



Mayne
Family Histories

Más Allá del Muro

- ◆ — Castillo
- ◊ — Castillo en ruinas

Las Tierras del Eterno Invierno
(sin cartografiar)

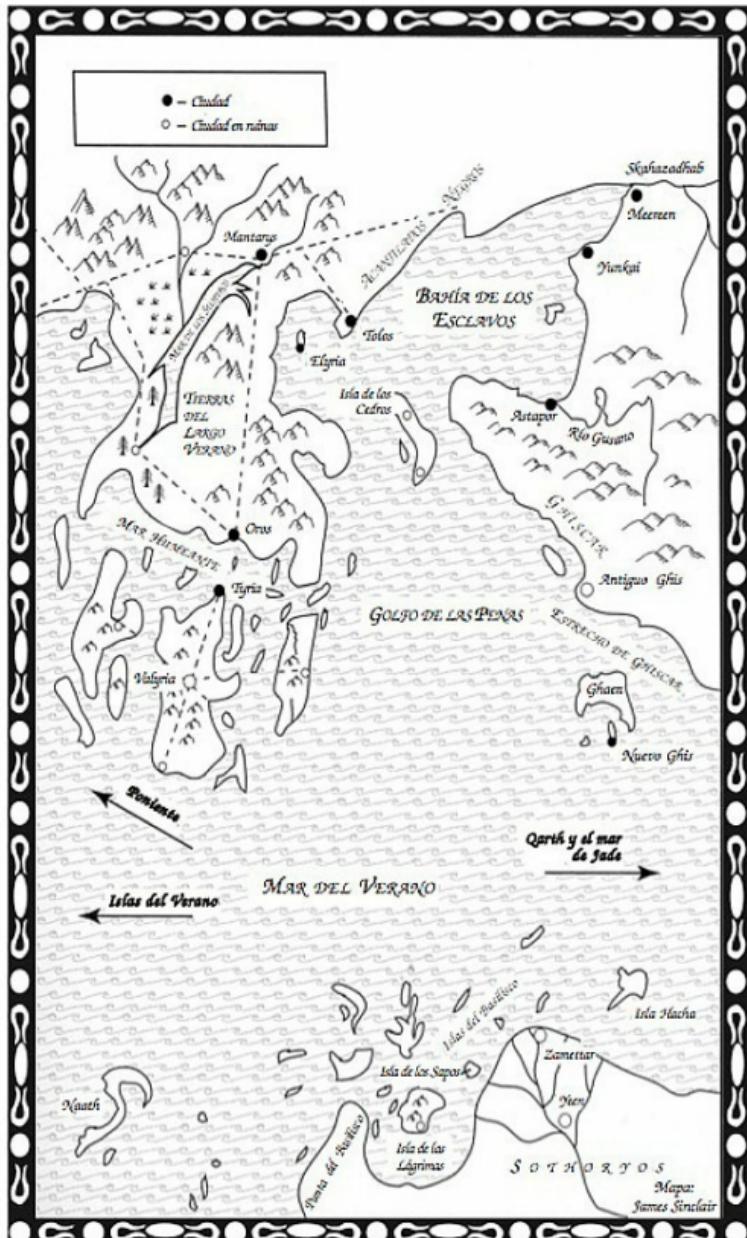


Fortalezas de la Guardia de la Noche

1. Guardioccidente del Río
2. Torre Sombria
3. Garita
4. Guardiagris
5. Puertapiedra
6. Colina Escarcha
7. Marcafieldo
8. Fuerte de la Noche
9. Lago Hondo
10. Puerta de la Reina
11. Castillo Negro
12. Escudo de Roble
13. Guardiabosque del Lago
14. Fortaleza de Azabache
15. Puertasescarcha
16. Túmulo Largo
17. Antorchas
18. Guardiasverde
19. Guardiaorienté del Mar

MAR DE LOS ESCALOFRIOS

Mapa: James Sinclair



Si los ladrillos no están bien hechos, las paredes se caen.

Lo que estoy construyendo aquí es una pared enorme, por lo que necesito montones de ladrillos. Por suerte, conozco a muchos que los fabrican, así como a toda clase de personas útiles.

Una vez más, mi agradecimiento para esos buenos amigos que con tanta gentileza pusieron a mi disposición sus conocimientos (y en algunos casos hasta sus libros) para que mis ladrillos fueran sólidos y de buena calidad: a mi archimáestre Sage Walker, al capitán de los constructores Carl Keim y a Melinda Snodgrass, mi caballeriza mayor.

Y como siempre, a Parris.

NOTA SOBRE LA CRONOLOGÍA

Canción de hielo y fuego se cuenta a través de los ojos de personajes que se encuentran a veces separados por centenares o quizás millares de leguas. Algunos capítulos abarcan un día; otros, nada más que una hora, y los hay que se prolongan durante una quincena, un mes o medio año. Con semejante estructura, la narración no puede ser estrictamente secuencial; a veces ocurren cosas importantes simultáneamente, a miles de leguas de distancia.

En el caso del volumen que tiene ahora en sus manos, el lector debe tener en cuenta que los capítulos iniciales de *Tormenta de espadas* no son exactamente la continuación de los finales de *Choque de reyes*, sino que se superponen a ellos. Comienzo con la narración de algunos de los hechos que ocurrían en el Puño de los Primeros Hombres, en Aguasdulces, en Harrenhal y en el Tridente, mientras tenía lugar la batalla del Aguasnegras en Desembarco del Rey y durante los días inmediatamente posteriores...

GEORGE R. R. MARTIN

PRÓLOGO

El día era gris; hacía un frío glacial, y los perros se negaban a seguir el rastro.

La enorme perra negra había olfateado una vez las huellas del oso, había retrocedido y había vuelto a la jauría trotando con el rabo entre las patas. Los perros se apiñaban en la ribera del río con gesto triste mientras el viento los sacudía. El propio Chett notaba cómo el viento le atravesaba varias capas de lana negra y cuero grueso curtido. Hacía demasiado frío, tanto para los hombres como para las bestias, pero allí estaban. Torció la boca y casi pudo notar cómo enrojecían de rabia los forúnculos que le cubrían las mejillas y el cuello.

«Tendría que estar a salvo en el Muro, cuidando de los condenados cuervos y encendiendo hogueras para el viejo maestre Aemon». El bastardo Jon Nieve era quien le había quitado todo aquello; él y su amigo, el gordo de Sam Tarly. Por culpa de ellos estaba congelándose las pelotas con una jauría de sabuesos en lo más profundo del bosque Encantado.

—Por los siete infiernos. —Dio un feroz tirón a la trailla para que los perros le prestaran atención—. Buscad, cabrones. Esa huella es de un oso. ¿Queréis carne o no? ¡Encontradlo!

Pero los perros gimotearon y se limitaron a estrechar filas. Chett hizo chasquear el látigo corto sobre las cabezas de los animales, y la perra negra le enseñó los dientes.

—La carne de perro sabe tan bien como la de oso —la amenazó; el aliento se le congelaba a cada palabra.

Lark de las Hermanas estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos metidas bajo las axilas. Llevaba guantes negros de lana, pero siempre se quejaba de que se le congelaban los dedos.

—Hace demasiado frío para cazar —dijo—. Que le den por culo a ese oso, no vale la pena que nos helemos por él.

—No podemos volver con las manos vacías, Lark —gruñó Paul el Pequeño a través del bigote castaño que le cubría casi toda la cara—. Al lord comandante no le va a hacer ninguna gracia.

Bajo la aplastada nariz de dogo del hombretón había hielo, allí donde se le congelaban los mocos. Una mano enorme, dentro de un grueso guante de piel, agarraba firmemente el asta de una lanza.

—Que le den por culo al Viejo Oso también —dijo el de las Hermanas, un hombre flaco de cara huesuda y ojos nerviosos—. Mormont estará muerto antes de que amanezca, ¿no lo recordáis? ¿A quién le importa lo que le haga gracia o se la deje de hacer?

Paul el Pequeño parpadeó con sus ojillos negros.

«Puede que se le haya olvidado», pensó Chett; era tan estúpido como para olvidarse de casi cualquier cosa.

—¿Por qué tenemos que matar al Viejo Oso? ¿Por qué no nos limitamos a irnos y lo dejamos en paz?

—¿Crees que él nos dejaría en paz? —preguntó Lark—. Nos daría caza. ¿Quieres que te den caza, cabeza de chorlito?

—No —dijo Paul el Pequeño—. No, eso no. No.

—Entonces, ¿lo matarás? —preguntó Lark.

—Sí. —El hombretón clavó el extremo del asta de la lanza en la orilla congelada—. Lo mataré. No nos tiene que dar caza.

—Yo insisto en que tenemos que matar a todos los oficiales —dijo el de las Hermanas volviéndose hacia Chett y sacando las manos de las axilas.

—Ya lo hemos discutido —replicó Chett, que estaba harto de aquello—. El Viejo Oso tiene que morir, así como Blane de la Torre Sombria. Grubbs y Aethan, también; mala suerte que les haya tocado el turno de guardia; Dywen y Bannen, para que no nos persigan, y ser Cerdí, para que no envíe cuervos. Eso es todo. Los mataremos en silencio mientras duermen. Un solo grito y seremos pasto para los gusanos, todos y cada uno de nosotros. —Tenía los forúnculos rojos por la ira—. Cumplid vuestra parte y ocupaos de que vuestros primos cumplan la suya. Y, Paul, a ver si se te mete en la cabeza: es la tercera guardia, no la segunda, no te olvides.

—La tercera guardia —dijo el hombretón a través del bigote y el moco congelado—. Piesligeros y yo. Me acuerdo, Chett.

Aquella noche no habría luna, y habían organizado las guardias para que ocho de sus cómplices estuvieran de centinelas, mientras otros dos custodiaban los caballos. Las circunstancias no podían ser mejores. Además, los salvajes iban a caerles encima cualquier día. Y antes de que llegara aquel momento, Chett tenía toda la intención de estar bien lejos de allí. Tenía la intención de vivir.

Trescientos hermanos juramentados de la Guardia de la Noche habían cabalgado hacia el norte, doscientos del Castillo Negro y ciento más de la Torre Sombria. Era la mayor expedición que se recordaba, casi la tercera parte de los efectivos de la Guardia. Su objetivo era encontrar a Ben Stark, a ser Waymar Royce y a los demás exploradores que habían desaparecido, y descubrir el motivo por el que los salvajes estaban abandonando sus asentamientos. Y no se encontraban más cerca de Stark y Royce que cuando dejaron atrás el Muro, pero habían averiguado adónde se habían ido todos los salvajes: bien arriba, a las gélidas alturas de los Colmillos Helados, aquellas montañas dejadas de la mano de los dioses. Por Chett, se podían quedar allí hasta el final de los tiempos, que no se le reventaría ni un forúnculo.

Pero no. Habían iniciado el descenso. Por el curso del Agualechosa.

Chett levantó la vista y lo vio. Las orillas rocosas del río estaban cubiertas de hielo y sus aguas blancuzcas fluían inagotables desde los Colmillos Helados. Y Mance Rayder y sus salvajes seguían el mismo cauce. Thoren Smallwood había

vuelto tres días atrás a galope tendido. Mientras informaba al Viejo Oso de lo que habían visto sus exploradores, uno de sus hombres, Kedge Ojoblanco, se lo contó a los demás.

—Están todavía en lo alto de las laderas —dijo Kedge mientras se calentaba las manos al fuego—, pero vienen. Harma Cabeza de Perro, esa ramera con la cara picada de viruelas, encabeza la vanguardia. Goady se acercó sigilosamente a su campamento y la vio junto a una hoguera. El tonto de Tumberjon quería abatirla de un flechazo, pero Smallwood tuvo más sentido común.

—¿Cuántos crees que son? —dijo Chett al tiempo que escupía en el suelo.

—Muchos, muchísimos. Veinte, treinta mil; te puedes imaginar que no nos quedamos allí para contarlos. Harma tenía unos quinientos en la vanguardia, todos a caballo.

Los hombres sentados en torno a la hoguera intercambiaron miradas de preocupación. Ya era muy raro encontrar a una docena de salvajes a caballo, así que a quinientos...

—Smallwood nos mandó a Bannen y a mí a rodear a la vanguardia para echar un vistazo al grueso de las fuerzas —prosiguió Kedge—. No tenían fin. Se mueven despacio, como un glaciar, una o dos leguas por día, y no parece que quieran regresar a sus aldeas. Más de la mitad eran mujeres y niños, y llevaban su ganado por delante: cabras, ovejas y hasta uros que tiran de trineos. Van cargados con pacas de pieles y tiras de carne, jaulas de pollos, mantequeras y ruecas para hilar, todas sus malditas pertenencias. Las mulas y los pequeños caballos de tiro llevan tanta carga que parece que se les va a partir el espinazo; igual que a las mujeres.

—¿Y siguen el curso del Agualechosa? —preguntó Lark de las Hermanas.

—No te lo he dicho ya?

El Agualechosa los llevaría a las proximidades del Puño de los Primeros Hombres, el antiquísimo fuerte circular donde la Guardia de la Noche había montado su campamento. Cualquier persona con una pizca de sentido común se daría cuenta de que había llegado el momento de abandonar la misión y regresar al Muro. El Viejo Oso había reforzado el Puño con estacas, zanjas y espinos, pero aquello no serviría de nada contra semejante ejército. Si se quedaban allí, los engullirían y arrollarían.

Y Thoren Smallwood quería atacar. Donnel Colina el Suave era el escudero de ser Mallador Locke, y la noche anterior, Smallwood había visitado la tienda de campaña de Locke. Ser Mallador opinaba lo mismo que el anciano ser Ottyn Wythers e instaba a regresar al Muro, pero Smallwood quería convencerlo de lo contrario.

—Ese Rey-más-allá-del-Muro no nos buscará nunca tan al norte. —Aquellos había dicho, según el relato de Donnel el Suave—. Y ese enorme ejército suyo no es más que una horda que se arrastra, llena de bocas inútiles que no saben por

qué extremo se coge una espada. Solo con un golpe se les acabarían las ganas de pelear y huirían aullando a sus guaridas para quedarse allí los próximos cincuenta años.

«Trescientos contra treinta mil». Para Chett, aquello era, sencillamente, una locura, y el hecho de que ser Mallador se dejara convencer era una locura incluso mayor, y los dos juntos estaban a punto de convencer al Viejo Oso.

—Si esperamos demasiado, podemos perder esta oportunidad; quizás no se nos vuelva a presentar —le decía Smallwood a todo el que quisiera oírlo.

—Somos el escudo que protege los reinos de los hombres —objetaba ser Otbyn Wyther—. No se tira el escudo sin una buena razón.

—En un combate a espada —replicaba Thoren Smallwood—, la mejor defensa es la estocada rápida que aniquila al enemigo; no encogerse tras un escudo.

Sin embargo, el mando no estaba en manos de Smallwood ni de Wythers. El comandante era lord Mormont, que esperaba a sus otros exploradores: a Jarman Buckwell y los hombres que habían ascendido por la Escalera del Gigante, y a Qhorin Mediamano y Jon Nieve, que habían ido a tantejar el Paso Aullante. Sin embargo, Buckwell y Mediamano tardaban en regresar.

«Lo más probable es que estén muertos. —Chett se imaginó a Jon Nieve tirado en la cima de una montaña, azul y congelado, con la lanza de un salvaje clavada en su culo de bastardo. La idea lo hizo sonreír—. Espero que también hayan matado a su lobo de mierda».

—Ahí no hay ningún oso —decidió, de forma repentina—. Es una huella vieja, nada más. Volvemos al Puño.

Se giró con presteza para regresar y los perros estuvieron a punto de hacerlo caer. Quizás creían que les iban a dar de comer. Chett no pudo contener la risa. Durante tres días no los había alimentado, para que estuvieran hambrientos y feroces. Aquella noche, antes de escaparse al abrigo de la oscuridad, los dejaría sueltos entre los caballos, después de que Donnel el Suave y Karl el Patizambo cortaran las riendas.

«Habrá perros enfurecidos y caballos aterrorizados por todo el Puño; correrán entre las hogueras, saltarán la muralla circular y derribarán las tiendas de campaña». Con toda aquella confusión, pasarían horas antes de que alguien se diera cuenta de que faltaban catorce hermanos.

Lark habría querido llevarse al doble, pero ¿qué se podía esperar de un estúpido con un aliento que apestaba a pescado, como el de las Hermanas? Una palabra en el oído equivocado, y antes de que uno se dé cuenta ha perdido la cabeza. No, catorce era un buen número, suficientes para lo que tenía que hacer, pero no tantos como para que no pudieran guardar el secreto. Chett había reclutado personalmente a casi todos. Paul el Pequeño era uno de ellos, el hombre más fuerte del Muro, aunque fuera también más lento que un caracol

muerto. En cierta ocasión le había partido la espalda a un salvaje de un abrazo. También tenían con ellos al Daga, a quien apodaban así por su arma preferida, y al hombrecito gris al que los hermanos llamaban Piesligeros, quien en su juventud había violado a un centenar de mujeres y se jactaba de que ninguna lo había visto ni oído antes de que se la metiera hasta el fondo.

Chett había preparado el plan. Él era el listo; había sido el mayordomo del viejo maestre Aemon durante cuatro años, hasta que el bastardo de Jon Nieve lo desplazó para que su puesto lo ocupara el cerdo grasiendo de su amiguito. Cuando aquella noche diera muerte a Sam Tarly, tenía planeado susurrarle al oido: « Dale recuerdos de mi parte a lord Nieve». Lo haría un instante antes de cortarle la garganta para que la sangre saliera a borbotones entre todas aquellas capas de sebo. Chett conocía a los cuervos, por lo que no tendría el menor problema con ellos, no más que con Tarly. Un toque con el cuchillo y aquel miserable se mearía en los calzones y se pondría a implorar por su vida. « Que implore, no le servirá de nada». Tras rajarle la garganta, abriría las jaulas y espantaría a los pájaros para que no llegara ningún mensaje al Muro. Piesligeros y Paul el Pequeño matarían al Viejo Oso; el Daga se ocuparía de Blane, y Lark y sus primos silenciarían a Bannen y al viejo Dywen, para que no pudieran seguirles el rastro. Llevaban dos semanas acumulando alimentos, y Donnel el Suave, junto con Karl el Patizambo, tendrían listos los caballos. Una vez muerto Mormont, el mando pasaría a manos de ser Ottyn Wythers, un hombre viejo, agotado y con problemas de salud. « Antes de que se ponga el sol estará huyendo en dirección al Muro y no mandará a nadie en nuestra persecución».

Los perros tiraron de él mientras se abrían camino entre los árboles. Chett divisó el Puño, que asomaba allá arriba, entre la vegetación. El día era tan oscuro que el Viejo Oso había ordenado encender las antorchas. Ardían sobre la muralla circular formando una enorme circunferencia que coronaba la cima de la abrupta colina rocosa. Los tres hombres cruzaron un arroyuelo. El agua estaba espantosamente fría, y en la superficie flotaban placas de hielo.

—Iré hacia la costa —les confió Lark de las Hermanas—. Con mis primos. Nos haremos una nave y pondremos proa de regreso a las Hermanas.

« Y allí sabrán que sois desertores y os cortarán vuestras estúpidas cabezas», pensó Chett. Una vez pronunciado el juramento, no había manera de abandonar la Guardia de la Noche. En cualquier rincón de los Siete Reinos lo atrapaban a uno y lo mataban.

Ollo Manomocha hablaba de regresar navegando a Tyrosh donde, según aseguraba, los hombres no perdían las manos por cometer algún robo honrado, ni los enviaban a congelarse de por vida a tierras lejanas si los encontraban en el lecho con la esposa de algún caballero. Chett había considerado la posibilidad de ir con él, pero no conocía la lengua apocada y afeminada de aquel lugar. Y ¿qué haría él en Tyrosh? No se podía decir que tuviera ningún oficio, pues había

crecido en Pantano de la Bruja. Su padre se había pasado la vida escarbando en campos ajenos y recogiendo sanguijuelas. Se desnudaba hasta quedar con solo un grueso taparrabos de cuero y vadeaba las aguas turbias. Cuando salía, estaba totalmente cubierto de bichos, desde las tetillas hasta los tobillos. A veces hacía que Chett lo ayudara a arrancarse las sanguijuelas. En una ocasión, un bicho se le pegó a la palma de la mano y él, asqueado, lo reventó contra un muro. Su padre le pegó hasta hacerle sangre. Los maestres compraban las sanguijuelas a penique la docena.

Lark podía volver a su casa si quería, igual que el jodido tyroshi, pero Chett, no. Ya había visto demasiadas veces el maldito Pantano de la Bruja, no necesitaba volver a verlo jamás. Le había gustado el aspecto del Torreón de Craster. Craster vivía allí arriba, como un señor; ¿por qué no podía él hacer lo mismo? Aquello sí que estaría bien. Chett, el hijo del de las sanguijuelas, convertido en un señor con un torreón. Su blasón podía ser una docena de sanguijuelas sobre campo rosa. ¿Y por qué contentarse con ser un señor? Quizá debiera erigirse en rey.

«Mance Rayder comenzó siendo cuervo. Yo podría ser rey, igual que él, y tener varias esposas». Craster tenía diecinueve, sin contar las jóvenes, las hijas que todavía no se había llevado al lecho. La mitad de aquellas esposas eran tan viejas y feas como Craster, pero aquello no le importaba. Chett pondría a las más viejas a trabajar para él: a cocinar, limpiar, recoger zanahorias y cebar cerdos, mientras las más jóvenes le calentaban la cama y le parían hijos. Craster no pondría la menor objeción, sobre todo después de que Paul el Pequeño le diera un abrazo.

Las únicas mujeres que Chett había conocido eran las putas a quienes había pagado en Villa Topo. Cuando era más joven, a las chicas del pueblo les bastaba con echar una mirada a su rostro lleno de forúnculos y espinillas para volver la cara con asco. La peor era aquella guarra de Bessa. Se abría de piernas para todos los chicos del Pantano de la Bruja, por lo que había pensado que por qué no lo iba a hacer también para él. Hasta se pasó una mañana recogiendo flores silvestres, pues había oído decir que le gustaban, pero ella se le había reido en la cara y le había dicho que antes se metería en la cama con las sanguijuelas de su padre que con él. Dejó de reírse cuando le clavó el cuchillo. La expresión de su rostro le gustó, por lo que sacó la hoja afilada y se la volvió a clavar. Cuando lo atraparon cerca de Sietecauces, el viejo lord Walder Frey ni siquiera se molestó en asistir al juicio. Envío a uno de sus bastardos, a Walder Ríos, y lo siguiente que supo Chett era que iba de camino hacia el Muro con aquel demonio hediondo de Yoren. Como pago por un momento de placer, le habían quitado la vida entera.

Pero estaba decidido a recuperarla y, de paso, a quedarse con las mujeres de Craster.

«Ese viejo salvaje tenía razón. Si quieres que una mujer sea tu esposa,

tómala, nada de darle flores silvestres para que no te mire los granos» . Chett no tenía la intención de volver a cometer el mismo error.

Todo iba a salir bien, se prometió por enésima vez. « Siempre que podamos escapar sin contratiempos. —Ser Ottyn se dirigiría al sur, a la Torre Sombría, el camino más corto hacia el Muro—. No se ocupará de nosotros, no sería propio de Wythers, lo único que quiere es regresar sano y salvo. —Seguro que Thoren Smallwood insistiría en atacar, pero ser Ottyn era extremadamente cauteloso y estaría al mando—. De todos modos, eso no importa. Cuando nos hayamos largado, Smallwood puede atacar a quien le plazca. ¿Qué más da? Si ninguno de ellos regresa al Muro, nadie vendrá en nuestra búsqueda; pensarán que hemos muerto con los demás» . No se le había ocurrido antes aquella idea y, durante un momento, lo tentó. Pero tendrían que matar a ser Ottyn y también a ser Mallador Locke para que Smallwood asumiera el mando, y esos dos estaban siempre bien protegidos, de día y de noche... No, el riesgo era excesivo.

—Chett, ¿qué hacemos con el pájaro? —preguntó Paul el Pequeño mientras avanzaban por un sendero rocoso entre centinelas y pinos soldado.

—¿De qué pájaro de mierda hablas? —Lo que menos necesitaba en aquel momento era un cabeza de chorlito preocupado por un pájaro.

—Del cuervo del Viejo Oso —dijo Paul el Pequeño—. Si lo matamos, ¿quién va a darle de comer a su pájaro?

—¿Y a quién coño le importa? Si quieres, mata también al pájaro.

—No quiero hacerle daño a ningún pájaro —dijo el hombrétón—. Pero es un pájaro que habla. ¿Y si cuenta lo que hicimos?

Lark de las Hermanas se echó a reír.

—Paul el Pequeño, tienes la mollera más dura que la muralla de un castillo —se burló.

—Cállate, no digas eso —dijo Paul, amenazador.

—Paul —intervino Chett antes de que el hombrétón se enfadara del todo—, cuando encuentren al anciano tirado en un charco de sangre con la garganta abierta, no les hará falta ningún pájaro para saber que alguien lo mató.

—Eso es verdad —aceptó Paul el Pequeño tras meditar aquello un instante—. ¿Puedo quedarme con el pájaro? Me gusta mucho ese pájaro.

—Todo tuyo —dijo Chett, solo para hacerlo callar.

—Si nos entra hambre, siempre nos lo podemos comer —sugirió Lark.

—Más vale que no se te ocurra comerte a mi pájaro, Lark —dijo Paul el Pequeño, cabreado de nuevo—. Más te vale.

Chett alcanzó a oír voces entre los árboles.

—Cerrad el pico de una puta vez. Ya estamos casi en el Puño.

Salieron muy cerca de la ladera oeste de la colina y la rodearon hacia el sur, donde la cuesta era menos empinada. Cerca del límite del bosque, una docena de hombres se entrenaba con los arcos. Habían tallado figuras en los troncos de los

árboles y les disparaban flechas.

—Mirad —dijo Lark—, un cerdo con un arco.

El arquero más cercano era ser Cerdí en persona, el gordo que le había quitado su puesto junto al maestre Aemon. Le bastó ver a Samwell Tarly para enfurecerse. La mejor vida que había conocido fue cuando trabajó como mayordomo del maestre Aemon. El anciano ciego no era muy exigente; además, Clydas se ocupaba de la mayor parte de sus necesidades. Los deberes de Chett eran sencillos: limpiar la pajarera, encender las chimeneas, preparar alguna comida... Y Aemon no le había pegado nunca.

« Se cree que puede llegar y echarme porque es de alta cuna y sabe leer. Pues a lo mejor le digo que me lea el cuchillo antes de que le abra la garganta con él» .

—Vosotros, seguid —les dijo a los demás—. Yo quiero ver esto.

Los perros tiraban, ansiosos por irse con ellos en busca de la comida que creían que los esperaba en la cima. Chett le dio un puntapié a la perra, y aquello los tranquilizó hasta cierto punto.

Observó desde los árboles como el gordo luchaba con un arco largo, tan alto como él, con la cara de bollo fruncida por la concentración. Clavadas en la tierra, frente a él, había tres flechas. Tarly colocó una en la cuerda, tensó el arco, mantuvo la tensión un instante mientras trataba de apuntar y soltó. La flecha desapareció entre la vegetación. Chett soltó una carcajada, entre complacido y asqueado.

—No habrá quien encuentre esa flecha, y me echarán la culpa a mí —dijo Edd Tollett, el sombrío escudero de pelo canoso al que todos llamaban Edd el Peñas—. Siempre que se pierde algo me miran a mí, desde aquella vez que perdí mi caballo. Como si hubiera podido evitarlo. Era blanco y estaba nevando, ¿qué querían?

—El viento le ha desviado la flecha —dijo Grenn, otro de los amigos de lord Nieve—. Trata de mantener firme el arco, Sam.

—Pesa mucho —se quejó el chico obeso, pero disparó la segunda flecha de la misma manera. Pasó muy alta, atravesando las ramas a unas cinco varas por encima del blanco.

—Creo que has acertado a una hoja de ese árbol —dijo Edd el Peñas—. El otoño ya llega a toda velocidad; no hace falta que lo ayudes. —Suspiró—. Y todos sabemos qué viene después del otoño. Dioses, qué frío tengo. Dispara tu última flecha, Samwell; creo que se me está congelando la lengua y se me pega al paladar.

Ser Cerdí bajó el arco, y Chett pensó que iba a ponerse a berrear.

—Es muy difícil.

—Coloca la flecha, tensa y dispara —dijo Grenn—. ¡Venga!

Obediente, el chico cogió de la tierra su última flecha, la colocó en el arco

largo, tensó y disparó. Lo hizo con celeridad, sin bizquear al apuntar, como había hecho en las dos ocasiones anteriores. La flecha se clavó en la parte inferior del pecho de la silueta del árbol y se quedó allí, oscilando.

—Le he dado. —Ser Cerdi parecía asombrado—. Grenn, ¿has visto? ¡Mira, Edd, le he dado!

—Yo diría que entre las costillas —anunció Grenn.

—¿Lo he matado?

—Quizá le habrías pinchado un pulmón, si lo tuviera. Pero, como norma general, los árboles no tienen pulmones —concluyó Tollett al tiempo que se encogía de hombros. Retiró el arco de las manos de Sam y añadió—: He visto tiros peores. Incluso míos.

Ser Cerdi estaba radiante. Al mirarlo, cualquiera habría dicho que había hecho algo importante. Pero cuando vio a Chett con los perros, la sonrisa se le desvaneció de la cara.

—Le has dado a un árbol —dijo Chett—. Veremos cómo disparas cuando se trate de los hombres de Mance Rayder. No van a quedarse ahí con los brazos abiertos y las hojas susurrando, de eso nada. Irán hacia ti y te gritarán en la cara, y estoy seguro de que te mearás en los calzones. Uno de ellos te clavará una hacha entre esos ojitos de cerdo. Lo último que oirás será el ruido sordo que hará al entrarte en el cráneo.

El chico obeso estaba temblando. Edd el Penas le puso una mano en el hombro.

—Hermano —dijo con solemnidad—, que a ti te haya pasado eso no quiere decir que a Sam le vaya a suceder lo mismo.

—¿A qué te refieres, Tollett?

—Lo del hacha que te clavaron en el cráneo. ¿Es verdad que la mitad de los sesos se te quedaron esparcidos por el suelo y tus perros se los comieron?

Grenn, un patán corpulento, se echó a reír, y hasta Samwell Tarly sonrió débilmente. Chett le dio una patada al perro más cercano, tiró de las traillas y comenzó a ascender la colina.

« Sonríe todo lo que quieras, ser Cerdi. Veremos quién ríe esta noche. —Su único deseo era tener tiempo para matar también a Tollett—. Un idiota agorero con cara de caballo, eso es lo que es» .

El ascenso era abrupto hasta en aquella ladera del Puño, la que tenía menos pendiente. A medio camino, los perros comenzaron a ladrar y tirar de él, creyendo que pronto comerían. Sin embargo, les hizo probar sus botas, y un chasquido del látigo fue la respuesta al animal enorme y feo que le lanzó un mordisco. Tan pronto como los ató fue a presentar su informe.

—Había huellas, como dijo Gigante —informó a Mormont delante de su gran tienda negra—, pero los perros no pudieron encontrar el rastro. Era río abajo; quizás se tratara de huellas antiguas.

—Qué lástima. —El lord comandante Mormont tenía la cabeza calva y una gran barba blanca y enmarañada, y su voz denotaba el mismo cansancio que su aspecto—. Nos habría venido bien un buen trozo de carne fresca.

—Carne... carne... carne —repitió el cuervo de su hombro, ladeando la cabeza.

« Podríamos hacer un guiso con los condenados perros —pensó Chett, pero mantuvo la boca cerrada hasta que el Viejo Oso le dio permiso para retirarse—. Y esta ha sido la última vez que he tenido que inclinar la cabeza ante ese», , se dijo para sus adentros con satisfacción. Le parecía que hacía cada vez más frío, aunque habría jurado que era imposible. Los perros se acurrucaron, lastimeros, sobre el duro cieno congelado, y Chett se sintió tentado de meterse entre ellos. Se limitó a cubrirse la parte inferior del rostro con una bufanda negra de lana, dejando libre un pequeño espacio para la boca. Descubrió que si se movía entraba un poco en calor, por lo que hizo un lento recorrido por el perímetro con un mazo de hojamarga, compartiendo una o dos mascadas con los hermanos negros que estaban de guardia, mientras escuchaba lo que le contaban. Ninguno de los hombres del turno de día entraba en sus planes; de todos modos, creyó que no le iría mal tener cierta idea de lo que pensaban.

Lo que pensaban, básicamente, era que hacia un frío de mil demonios.

A medida que las sombras se alargaban, el viento se levantaba. Cuando pasaba entre las piedras de la muralla circular, emitía un sonido agudo y débil.

—Odio ese sonido —dijo el pequeño Gigante—, es como un bebé en el bosque que gime pidiendo leche.

Cuando terminó el recorrido y volvió donde estaban los perros, vio a Lark que lo esperaba.

—Los oficiales están otra vez en la tienda del Viejo Oso discutiendo algo con mucho interés.

—A eso se dedican, sí —dijo Chett—. Todos son de alta cuna, todos menos Blane, y se emborrachan con palabras en lugar de con vino.

—El imbécil descerebrado sigue hablando del pájaro —lo alertó Lark; se le había acercado y miraba en torno suyo para cerciorarse de que no había nadie cerca—. Ahora pregunta si hemos guardado algo de grano para el maldito bicho.

—Es un cuervo —replicó Chett—. Come cadáveres.

—¿El suyo quizás? —preguntó Lark con una mueca.

« O el tuyo ». A Chett le parecía que necesitaban más al hombrón que a Lark.

—Deja de preocuparte por Paul el Pequeño. Haz tu parte; él hará la suya.

Cuando logró liberarse del de las Hermanas, el crepúsculo avanzaba entre los árboles, y se sentó a afilar su espada. Con los guantes puestos era un trabajo durísimo, pero no tenía la menor intención de quitárselos. Hacía tanto frío que el tonto que tocara acero con las manos desnudas perdería un trozo de piel.

Los perros gimotearon cuando el sol se puso. Les echó agua y maldiciones.

—Falta media noche para que podáis disfrutar de vuestro festín.

Ya le llegaba el olor de la cena.

Dywen estaba delante del fuego donde cocinaban cuando Chett recibió un pedazo de pan y una escudilla de sopa de tocino y judías de manos de Hake, el cocinero.

—El bosque está demasiado silencioso —decía el viejo forestal—. No hay ranas junto a ese río, ni búhos en la noche. No había oido nunca un bosque más muerto que este.

—Esos dientes tuyos suenan bastante muertos —dijo Hake.

Dywen entrechocó los dientes de madera.

—Tampoco hay lobos. Antes había, pero han desaparecido. ¿Adónde creéis que se habrán ido?

—A algún sitio cálido —dijo Chett.

De la docena larga de hermanos que estaban sentados en torno al fuego, cuatro eran de los suyos. Mientras comía, le dedicó a cada uno una mirada torva e inquisitiva, para ver si alguno mostraba señales de vacilación. El Daga parecía bastante tranquilo allí sentado, afilando el arma como todas las noches. Y Donnel Colina el Suave era todo anécdotas jocosas y chistes. Tenía los dientes blancos, los labios rojos y gruesos, y unos cabellos rubios ondulados que le caían sobre los hombros formando una hermosa cascada, y aseguraba ser hijo bastardo de un Lannister. Quizá lo fuera. Chett no tenía la menor necesidad de chicos guapos ni tampoco de bastardos, pero Donnel el Suave parecía bastante competente.

No estaba tan seguro respecto al guardabosques a quien los hermanos llamaban Serrucho, más por sus ronquidos que por algo que tuviera que ver con los árboles. En aquel mismo momento, parecía tan inquieto que quizás no volviera a roncar en la vida. Y Maslyn estaba peor. Chett veía como le corría el sudor por la cara, a pesar del viento helado. Las gotas de humedad brillaban a la luz de la hoguera, como pequeños diamantes mojados. Maslyn ni siquiera comía; se limitaba a contemplar la sopa como si su olor estuviera a punto de hacerlo vomitar.

«Tendré que vigilarlo», pensó Chett.

—¡A formar! —El grito repentino surgió de una docena de gargantas y se difundió con rapidez por todos los rincones del campamento, en la cima de la colina—. ¡Hombres de la Guardia de la Noche! ¡A formar junto a la hoguera central!

Con el ceño fruncido, Chett terminó su ración de sopa y siguió a los demás.

El Viejo Oso estaba delante del fuego junto con Smallwood, Locke, Wythers y Blane, que formaban una fila detrás de él. Mormont llevaba una capa de gruesa piel negra, y el cuervo, posado sobre su hombro, se limpiaba las negras plumas.

«Esto no augura nada bueno». Chett se metió entre Bernarr el Moreno y

unos hombres de la Torre Sombria. Cuando todos estuvieron reunidos, menos los vigilantes del bosque y los que hacían guardia en la muralla circular, Mormont se aclaró la garganta y escupió. La saliva se congeló antes de tocar el suelo.

—¡Hermanos! —dijo—. ¡Hombres de la Guardia de la Noche!

—¡Hombres! —gritó su cuervo—. ¡Hombres! ¡Hombres!

—Los salvajes están bajando de las montañas, siguen el curso del Agualechosa. Thoren considera que su vanguardia estará sobre nosotros de aquí a diez días. Sus exploradores más experimentados van con Harma Cabeza de Perro en esa vanguardia. Los demás, o bien forman una fuerza de retaguardia, o avanzan muy cerca del propio Mance Rayder. Sus combatientes se extienden por toda la línea de avance en pequeños grupos. Tienen bueyes, mulas, caballos... pero pocos. La mayoría va a pie; apenas van armados y no están entrenados. Las armas que llevan son más de hueso y piedra que de acero. Transportan consigo la impedimenta: mujeres, niños, rebaños de cabras y ovejas, además de todas sus posesiones. En pocas palabras, aunque son numerosos, son vulnerables... y no saben que estamos aquí. O, al menos, debemos rezar para que no lo sepan.

«Lo saben —pensó Chett—. Puñetero viejo, montón de carroña, lo saben, tan cierto como que hay noche y día. Qhorin Mediamano no ha regresado, ¿verdad? Ni Jarman Buckwell. Si han capturado a alguno, sabes muy bien que los salvajes ya deben de haberles hecho cantar una o dos tonadas».

—Mance Rayder tiene la intención de cruzar el Muro y llevar una guerra sangrienta a los Siete Reinos —dijo Smallwood dando un paso adelante—. Bien, a eso también sabemos jugar nosotros. Mañana le llevaremos la guerra.

—Al romper la aurora partiremos todos —dijo el Viejo Oso, mientras un murmullo recorría la formación—. Iremos hacia el norte y daremos un rodeo hacia el oeste. La vanguardia de Harma habrá dejado bien atrás el Puño cuando cambiemos de dirección. Las estribaciones de los Colmillos Helados están llenas de valles estrechos y sinuosos, ideales para emboscadas. Su columna se estirará a lo largo de varias leguas. Caeremos sobre ellos en varios puntos a la vez y haremos que juren que éramos tres mil, no trescientos.

—Los golpearemos con toda dureza y nos retiraremos antes de que sus jinetes puedan formar para enfrentarse a nosotros —dijo Thoren Smallwood—. Si nos persiguen, los obligaremos a que nos den caza largo rato, y después giraremos y volveremos a golpear la columna en un punto más lejano. Quemaremos sus carros, dispersaremos sus rebaños y mataremos a tantos de ellos como podamos. Hasta al mismísimo Mance Rayder, si nos tropezamos con él. Si se dispersan y vuelven a sus guaridas, habremos ganado. Si no, los hostigaremos todo el camino hasta el Muro y nos aseguraremos de que dejen un rastro de cadáveres tras ellos.

—Son miles —gritó alguien a espaldas de Chett.

—Todos moriremos. —Era la voz de Maslyn, que estaba verde de miedo.

—Moriremos —graznó el cuervo de Mormont, batiendo las alas negras—, moriremos, moriremos.

—Sí, muchos de nosotros —dijo el Viejo Oso—. Quizá todos. Pero, como dijo otro lord comandante hace mil años, ese es el motivo por el que nos visten de negro. Recordad vuestro juramento, hermanos. Porque somos las espadas en la oscuridad, los vigilantes del Muro...

—El fuego que arde contra el frío. —Ser Mallador Locke desenenvainó su espada larga.

—La luz que trae el amanecer —respondieron otros, y muchas más espadas salieron de sus fundas.

Y de pronto, todos desenenvainaban, y había trescientas espadas en el aire y la misma cantidad de voces.

—¡El cuerno que despierta a los durmientes! —gritaban—. ¡El escudo que protege los reinos de los hombres!

Chett no tuvo más remedio que unir su voz a las de los demás. El aliento de los hombres llenaba el aire de vaho, y la luz de las hogueras se reflejaba en el acero. Le complació ver que Lark, Piesligeros y Donnel Colina el Suave se unían a los gritos como si fueran tan idiotas como los demás. Aquello estaba bien. No tenía sentido llamar la atención cuando faltaba tan poco para que llegara su hora.

Cuando los gritos cesaron, volvió a oír el sonido del viento que azotaba la muralla circular. Las llamas temblaban y se arremolinaban, como si también tuvieran frío y, en el súbito silencio, el cuervo de Viejo Oso volvió a graznar.

—Moriremos —dijo una vez más.

«Listo, el pájaro», pensó Chett mientras los oficiales los dispersaban, advirtiéndoles a todos que tomaran una buena cena y descansaran bien aquella noche. Chett se metió bajo sus pieles, junto a los perros, y le dio vueltas mentalmente a todo lo que podía ir mal. ¿Y si aquel maldito juramento hacía que alguno cambiara de opinión? ¿O si a Paul el Pequeño se le olvidaba e intentaba matar a Mormont durante la segunda guardia, y no durante la tercera? ¿Y si Maslyn se acobardaba, alguien los delataba o...?

Se descubrió prestando atención a los sonidos de la noche. Era verdad, el viento sonaba como los gemidos de un bebé, y de vez en cuando oía voces humanas, el relincho de un caballo, un tronco que chisporroteaba en la hoguera... Pero nada más. «Demasiada quietud».

Visualizó el rostro de Bessa flotando delante de él.

«No era el cuchillo lo que quería meterte —quiso decirle—. Recogí flores para tí, rosas silvestres, atanasiás, tulipanes dorados... Me llevó toda la mañana.

—El corazón le latía como un tambor, tan alto que temía despertar al campamento. El hielo le endurecía la barba alrededor de la boca—. ¿Por qué pasó aquello con Bessa?». Antes, cada vez que pensaba en ella era únicamente para recordar el aspecto que tenía al morir. ¿Qué le estaba sucediendo? Apenas

podía respirar. ¿Se había dormido? Se incorporó sobre las rodillas, y algo húmedo y frío le tocó la nariz. Chett miró hacia arriba.

Nevaba.

«No es justo —habría querido gritar. Sintió cómo las lágrimas se le congelaban en las mejillas. La nieve echaría a perder todo aquello por lo que había trabajado, sus minuciosos planes. Era una nevada copiosa; gruesos copos caían a su alrededor. ¿Cómo hallaría sus depósitos de alimentos bajo la nieve o el sendero de cazadores que pretendían seguir hacia el este?—. Si huimos por la nieve recién caída, no necesitarán a Dywen ni a Bannen para darnos caza. —Y la nieve ocultaba el relieve del terreno, sobre todo de noche. Un caballo podía tropezar en una raíz o partirse una pata en una roca—. Estamos acabados —comprendió—. Acabados antes de empezar. Estamos perdidos. —No habría vida señorial para el hijo del de las sanguijuelas; no habría un torreón que pudiera llamar suyo, ni esposas ni coronas. Solo la espada de un salvaje clavada en las tripas, y después, una tumba sin nombre—. La nieve me lo ha quitado todo... la maldita nieve...».

Nieve: aquello era lo que lo había arruinado en una ocasión. Nieve y su amigo el cerdito.

Chett se levantó. Tenía las piernas rígidas, y los copos de nieve habían transformado las hogueras distantes en un vago resplandor anaranjado. Se sentía como si lo estuviera atacando una nube de insectos pálidos y fríos. Se le asentaban sobre los hombros y la cabeza, se le metían en la nariz y los ojos... Con una maldición se los sacudió.

«Samwell Tarly —recordó—. Al menos puedo ocuparme de ser Cerdi». Se cubrió el rostro con la bufanda, se colocó el capuchón y comenzó a cruzar el campamento hacia el sitio donde dormía el cobarde.

La nieve caía con tal intensidad que se perdió entre las tiendas, pero finalmente dio con el pequeño refugio contra el viento que el chico obeso se había construido entre una roca y las jaulas de los cuervos. Tarly estaba enterrado bajo un montículo de frazadas de lana negra y gruesas pieles. La nieve estaba a punto de cubrirlo. Tenía el aspecto de una montaña de suaves redondeces. El acero susurró sobre el cuero con la levedad de la esperanza cuando Chett desenfundó el puñal. Uno de los cuervos graznó.

—Nieve —masculló otro, mirando a través de los barrotes con sus ojos negros.

—Nieve —añadió el primero.

Pasó junto a ellos, colocando cada pie con cuidado. Cubriría con la mano izquierda la boca del gordo para ahogar sus gritos y...

Uuuuuuuuuuuuuoooooo.

Se detuvo con un pie en alto y ahogó una maldición cuando el sonido del cuerno vibró a través del campamento, lejano y débil, pero inconfundible.

«Ahora, no. ¡Malditos sean los dioses, AHORA NO! —El Viejo Oso había apostado observadores a cierta distancia, en un anillo de árboles en torno al Puño, para que dieran la alarma si se acercaba el enemigo—. Jarman Buckwell ya ha vuelto de la Escalera del Gigante —supuso Chett—, o será Qhorin Mediامano, que regresa del Paso Aullante». Un toque del cuerno significaba el regreso de hermanos. Si se trataba de Mediامano, Jon Nieve estaría con él, vivo.

Sam Tarly se sentó, con los ojos hinchados, y miró confuso la nieve. Los cuervos graznaban muy alto; aun así, Chett alcanzaba a oír los gemidos de sus perros.

«La mitad del puto campamento se ha despertado». Cerró los dedos, enfundados en el guante, en torno a la empuñadura del puñal mientras esperaba a que el sonido se apagara. Pero apenas se había silenciado, cuando volvió a oírse, más alto y más largo.

—Djoses —ov ó gímotejar a Sam Tarly.

El chico obeso se arrodilló, con los pies enredados en la capa y las frazadas. Las apartó de una patada y extendió la mano en busca de una cota de malla que había colgado de una roca cercana. Cuando metió la cabeza y se retorció hasta ponérsela, notó la presencia de Chett, que estaba allí de pie.

—¿Ha sonado dos veces? —preguntó—. He soñado que oía dos toques.

—No ha sido un sueño —dijo Chett—. Dos toques para convocar la Guardia a las armas. Dos toques que significan enemigo que se aproxima. Allá fuera hay un hacha que lleva escrita la palabra *Cerdi*, gordo. Dos toques quieren decir salvajes. —El terror de aquella enorme cara de bollo hizo que sintiera ganas de reír—. Que se vayan todos a los siete infiernos. Que le den por culo a Harma. Que le den por culo a Mance Rayder. Que le den por culo a Smallwood; dijo que no llegarían aquí antes de...

El sonido siguió y siguió, hasta que pareció que no iba a terminar nunca. Los cuervos aleteaban, graznaban, revoloteaban dentro de sus jaulas y chocaban contra los barrotes, y por todo el campamento se levantaban los hermanos de la Guardia de la Noche, se ponían las armaduras, se ceñían los cinturones de los que colgaban las espadas y echaban mano a los arcos y hachas de batalla. Samwell Tarly estaba de pie, temblando, con el rostro del mismo color de la nieve que se arremolinaba en torno a ellos.

—Tres —chilló, dirigiéndose a Chett—, han sido tres, he oído tres. No han tocado tres nunca. Jamás. en miles y miles de años. Tres significa...

—Los Otros.

Chett emitió un sonido a medio camino entre una risa y un sollozo, y de repente, la ropa interior se le mojó; sintió cómo la orina le corría piernas abajo y vio el vapor que subía de la parte delantera de sus calzones.

JAÍMIE

Un soplo de viento del este, tan suave y fragante como los dedos de Cersei, le revolvió el cabello enmarañado. Oía el canto de los pájaros y veía el río que fluía bajo la nave, mientras el impulso de los remos los llevaba hacia la pálida aurora rosada. Después de tanto tiempo en la oscuridad, el mundo era tan hermoso que Jaime Lannister se sintió mareado.

«Estoy vivo y ebrio de luz del sol». Una carcajada se le escapó de los labios, súbita como una codorniz espantada de su escondite.

—Silencio —refunfuñó la mujer, con el ceño fruncido.

Aquel gesto era más propio de su rostro ancho y basto que la sonrisa, aunque Jaime no la había visto sonreír nunca. Se entretuvo imaginándose con una de las túnicas de seda de Cersei, en lugar de su justillo de cuero acolchado. «Sería lo mismo vestir de seda a una vaca que a esta mujer».

Pero la vaca remaba bien. Bajo sus calzones pardos de tela basta había pantorrillas como troncos, y los largos músculos de los brazos se le flexionaban y tensaban con cada movimiento de los remos. Después de pasar remando la mitad de la noche, la moza no mostraba síntomas de cansancio, cosa que no podía decirse de ser Cleos, su primo, que llevaba el otro remo. «Tiene el aspecto de una moza campesina, aunque habla como si fuera de alta cuna y lleva espada larga y puñal. Pero... ¿sabrá usarlos?». Jaime tenía la intención de averiguarlo tan pronto como pudiera liberarse de aquellos grilletes.

Llevaba esposas de hierro en las muñecas, y grilletes en los tobillos, unidos por una pesada cadena de un par de palmos de largo.

—Cualquiera diría que no os basta mi palabra de Lannister —bromeó mientras lo encadenaban.

En aquel momento estaba muy borracho gracias a Catelyn Stark. Solo recordaba fragmentos sueltos de su huida de Aguasdulces. Habían tenido algunos problemas con el carcelero, pero la moza se había impuesto. Después, habían subido por una escalera interminable, dando vueltas y más vueltas. Jaime sentía las piernas tan endebles como la hierba, y tropezó dos o tres veces antes de que la moza le ofreciera el brazo como apoyo. En algún momento le pusieron una capa de viaje y lo echaron al fondo de un esquife. Recordó oír como lady Catelyn le ordenaba a alguien que levantara la rejilla de la puerta del Agua. Declaró, en tono que no admitía discusiones, que enviaba a ser Cleos Frey de vuelta a Desembarco del Rey con nuevas condiciones para la reina.

En aquel momento debió de quedarse dormido. El vino le había dado sueño, y era una delicia estirarse, un lujo que las cadenas del calabozo no le habían permitido. Hacía mucho tiempo que Jaime había aprendido a echar una cabezada sobre la silla de montar durante la marcha; aquello no resultaba más duro.

«Tyrion se va morir de risa cuando le cuente cómo me quedé dormido durante mi propia fuga». Pero ya estaba despierto, y los grilletes le resultaban un poco molestos.

—Mi señora —dijo en voz alta—, si me quitáis estas cadenas, haré vuestro turno con los remos.

Ella frunció de nuevo aquel rostro, todo dientes de caballo y suspicacia.

—Llevaréis las cadenas, Matarreyes.

—¿Creéis que vais a poder remar todo el trayecto hasta Desembarco del Rey, moza?

—Me llamaréis Brienne. No moza.

—Y yo me llamo ser Jaime. No Matarreyes.

—¿Negáis que habéis matado a un rey?

—No. ¿Negáis vuestro sexo? Si es así, quitaos los calzones y demostrádmelo.

—Le dedicó una sonrisa inocente—. Os pediría que os abrierais la blusa, pero a juzgar por vuestro aspecto, eso no demostraría gran cosa.

—Primo, sé más cortés —lo increpó ser Cleos, mirándolo molesto.

«Este tiene poca sangre Lannister». Cleos era hijo de su tía Genna y de aquel idiota de Emmon Frey, que había vivido aterrorizado por lord Tywin Lannister desde el día en que se casó con su hermana. Cuando lord Walder Frey llevó a Los Gemelos a la guerra en el bando de Aguas dulces, ser Emmon había preferido mantenerse fiel a su esposa antes que a su padre. «Roca Casterly se quedó con la peor parte en aquel trato», reflexionó Jaime. Ser Cleos parecía una comadreja, combatía como un ganso y tenía el coraje de una oveja particularmente valiente. Lady Stark había prometido liberarlo si le entregaba aquél mensaje a Tyrion, y ser Cleos había jurado con toda solemnidad que lo haría.

Todos habían negociado en aquella celda y habían hecho juramentos, Jaime más que nadie. Aquel era el precio que ponía lady Catelyn para liberarlo. Le puso en el cuello la punta de la espada larga de la moza.

—Jura —exigió— que nunca más empuñarás las armas contra los Stark o los Tully. Jura que obligarás a tu hermano a honrar su juramento de devolverme a mis hijas sanas y salvas. Júralo por tu honor de caballero, por tu honor de Lannister, por tu honor como hermano juramentado de la Guardia Real. Júralo por la vida de tu hermana, la de tu padre, la de tu hijo, por los dioses antiguos y los nuevos, y te mandaré de vuelta con tu hermana. Niégate, y veré manar tu sangre.

Recordó el pinchazo del acero a través de los harapos cuando ella hizo girar la punta de la espada.

«Me pregunto qué opinará el septón supremo sobre la inviolabilidad de los juramentos hechos cuando uno está totalmente borracho, encadenado a una pared y con una espada en el pecho». No se trataba de que Jaime se preocupara

de veras por aquel fraude flagrante ni por los dioses a los que decía adorar. Recordaba el balde que lady Catelyn había pateado en su celda. Extraña mujer, que confiaba sus hijas a un hombre cuyo honor era pura mierda. Aunque, en realidad, no depositaba mucha confianza en él. « Pone todas sus esperanzas en Tyrion, no en mí» .

—Quizá no sea tan estúpida al fin y al cabo —dijo en voz alta.

Su celadora lo entendió mal.

—No soy estúpida. Ni sorda.

Fue cortés; burlarse de ella en esas circunstancias era tan fácil que no suponía ninguna diversión.

—Hablabía para mis adentros y no estaba pensando en vos. Es un hábito que se adquiere con facilidad en una celda.

Ella lo miró con el ceño fruncido, mientras llevaba los remos adelante y atrás, y de nuevo adelante, sin decir nada.

« Tiene tanta facilidad de palabra como belleza en el rostro» .

—Por tu forma de hablar, colijo que eres de alta cuna.

—Mi padre es Selwyn de Tarth, señor del Castillo del Atardecer por la gracia de los dioses.

Hasta aquella respuesta le fue dada de mala gana.

—Tarth —dijo Jaime—. Una enorme roca lúgubre en el mar Angosto, si mal no recuerdo. Y ha jurado fidelidad a Bastión de Tormentas. ¿Por qué sirves a Robb de Invernalía?

—A quien sirvo es a lady Catelyn. Y ella me dio la orden de llevarlos sano y salvo a Desembarco del Rey con vuestro hermano Tyrion, no de gastar palabras con vos. Manteneos en silencio.

—He tenido un hartazgo de silencio, mujer.

—Hablad entonces con ser Cleos. No desperdicio palabras con monstruos.

—¿Hay monstruos por aquí? —Jaime soltó una carcajada estrepitosa—. ¿Se esconden quizás bajo las aguas? ¿O entre esos sauces? ¡Y yo sin mi espada!

—Un hombre que viola a su hermana, asesina a su rey y empuja a la muerte a un niño inocente no se merece otro nombre.

« ¿Inocente? El crío del demonio nos estaba espiando» . Todo lo que Jaime había deseado era una hora a solas con Cersei. El viaje de ambos al norte había sido un tormento prolongado; la veía todos los días sin posibilidad de tocarla, y sabía que Robert caía borracho en la cama de ella cada noche, dentro de aquella chirriante casa con ruedas. Tyrion había hecho todo lo posible para mantenerlo de buen humor, pero no había bastado.

—Tendréis que ser más cortés en lo que respecta a Cersei, moza —le advirtió.

—Me llamo Brienne, no moza.

—¿Y qué os importa cómo os llame un monstruo?

—Me llamo Brienne —repitió ella, terca como una mula.

—¿Lady Brienne? —La moza hizo tal mueca de incomodidad que Jaime percibió un punto débil—. ¿O tal vez os gustaría más que os llamara ser Brienne? —Se echó a reír—. No, me temo que no. Se puede equipar una vaca lechera con ataharre, capizana y testera, y cubrirla con un manto de seda, pero eso no significa que se pueda montar para ir a la batalla.

—Primo Jaime, por favor, no debes hablar con tanta rudeza. —Bajo la capa, ser Cleos llevaba un chaleco con las torres gemelas de la casa Frey y el león dorado de los Lannister—. Tenemos un largo viaje por delante; no debemos pelear entre nosotros.

—Cuando yo peleo, lo hago con una espada, primo. Estaba conversando con la dama. Decidme, moza, ¿todas las mujeres de Tarth son tan bastas como vos? Si es así, siento lástima por los hombres. Quizá no sepan cómo es una mujer de verdad, pues viven en una montaña lúgubre en el mar.

—Tarth es hermoso —gruñó la mujer, entre golpes de remo—. La llaman la isla Zafiro. Callad de una vez, monstruo, a no ser que queráis que os amordace.

—¿A ella no le dices que sea más cortés, primo? —le preguntó Jaime a ser Cleos—. Aunque la verdad es que tiene mucho valor, de eso no cabe duda. No son muchos los hombres que se atreven a llamarme monstruo a la cara.

«Aunque a mis espaldas hablan con toda libertad, eso no lo dudo».

Ser Cleos soltó una tosecita nerviosa.

—Lady Brienne ha oído todas esas mentiras de boca de Catelyn Stark, sin duda. Los Stark no pueden derrotarte con la espada, y por eso ahora hacen la guerra con palabras ponzoñosas.

«Ya me han derrotado con la espada, cretino sin carácter. —Jaime le dedicó una sonrisa cómplice. Los hombres leen cualquier cosa en una sonrisa de complicidad, siempre que se les permita—. ¿Se habrá tragado el primo Cleos todo este montón de mierda, o está intentando congraciarse? ¿Qué tenemos aquí? ¿Un cabeza de chorlito sincero o un lameculos?».

—Cualquiera que crea —seguía ser Cleos, con su cháchara sin sentido— que un hermano juramentado de la Guardia Real le haría daño a un niño, no sabe qué es el honor.

«Lameculos». A decir verdad, Jaime había llegado a lamentar el haber arrojado a Brandon Stark por aquella ventana. Más tarde, cuando el niño se había negado a morir, Cersei no había dejado de reprochárselo.

—Tenía siete años, Jaime —le echaba en cara—. Aunque hubiera entendido lo que vio, lo habríamos podido asustar para que se callara.

—No pensé que quisieras...

—Tú nunca piensas. Si el niño despierta y le dice a su padre lo que vio...

—Sí, sí, sí... —La había hecho sentarse en su regazo—. Si despierta, diremos que estaba soñando o que es un mentiroso, y en el peor de los casos, mataré a Ned Stark.

—¿Y qué crees que haría Robert?

—Que Robert haga lo que quiera. Si es necesario, iré a la guerra contra él. Los bardos la cantarán como « La guerra por el coño de Cersei» .

—Suéltame, Jaime. —Enojada, se debatió para ponerse en pie.

En lugar de soltarla, la había besado. Ella se resistió un momento, pero a continuación entreabrió la boca bajo la presión. Él recordaba el sabor de su lengua, a vino y clavo de olor. Ella tembló. La mano de él bajó a la blusa y, de un tirón, rasgó la seda hasta liberarle los pechos, y durante un rato se olvidaron del niño de los Stark.

¿Se habría preocupado Cersei por lo del niño con posterioridad y habría pagado al hombre del que hablara lady Catelyn para asegurarse de que no despertara nunca?

« Si lo hubiera querido ver muerto, me habría enviado a mí. Y no es propio de ella contratar a un matón que convirtió un asesinato en un desastre de primera» .

Río abajo, el sol naciente hacía brillar la superficie del agua azotada por el viento. La ribera sur era de arcilla roja, lisa como un camino. Pequeños torrentes alimentaban la corriente principal, y los troncos podridos de árboles hundidos parecían aferrarse a las orillas. La ribera norte era más agreste. Altos acantilados de roca se elevaban diez varas por encima de sus cabezas, coronados por hayas, robles y castaños. Jaime distinguió una atalaya en los cerros que tenían por delante y que crecían a cada golpe de remo. Mucho antes de que llegaran a su altura comprendió que estaba abandonada, con las gastadas piedras cubiertas por rosales trepadores.

Cuando el viento cambió de dirección, ser Cleos ayudó a la moza a izar la vela, un triángulo rígido de lona a rayas rojas y azules. Los colores de Tully; seguro que tendrían contratiempos si se tropezaban en el río con fuerzas de los Lannister, pero era la única vela con la que contaban. Brienne agarró el timón. Jaime echó fuera la orza de deriva mientras sus cadenas tintineaban con cada uno de sus movimientos. Al momento, la velocidad de la nave aumentó, pues el viento y la corriente favorecían su avance.

—Podríamos ahorrarnos buena parte del viaje si me llevárais con mi padre en lugar de con mi hermano —apuntó.

—Las hijas de lady Catelyn están en Desembarco del Rey. Volveré con las niñas o no volveré.

—Primo, préstame tu cuchillo —dijo Jaime al tiempo que se volvía hacia ser Cleos.

—No. —La mujer se puso tensa—. No permitiré que tengáis un arma. —Su voz era tan inmóvil como la roca.

« Me teme, aunque lleve grilletes» .

—Cleos, me parece que tendré que pedirte que me afeites. Déjame la barba, pero rápame la cabeza.

—¿Te afeito la cabeza? —preguntó Cleos Frey.

—En el reino se conoce a Jaime Lannister como un caballero sin barba, de melena dorada. Un hombre calvo con barba amarilla sucia no llamará la atención de nadie. Prefiero que no me reconozcan cuando llevo cadenas.

El puñal no estaba tan afilado como habría sido conveniente. Cleos se abrió paso a tajos valientemente por la maraña de pelo. Los rizos dorados que tiraba por la borda flotaban sobre la superficie del agua y se quedaban cada vez más a popa. Cuando los mechones desaparecieron, un piojo comenzó a descenderle por el cuello. Jaime lo atrapó y lo aplastó con las uñas de los pulgares. Ser Cleos le retiró algunos más del cuero cabelludo y los lanzó al agua. Jaime se remojó la cabeza e hizo que ser Cleos afilara la hoja antes de permitirle afeitar los últimos restos de pelo. Cuando terminó, hizo que le recortara la barba.

El reflejo en el agua era el de un hombre al que no conocía. No solo estaba calvo, sino que además parecía haber envejecido cinco años en aquella mazmorra; tenía el rostro más afilado, con los ojos muy hundidos y arrugas que no recordaba.

« Así no me parezco tanto a Cersei. No le va a hacer ninguna gracia».

Hacia mediodía, ser Cleos se quedó dormido. Sus ronquidos sonaban como la llamada de los patos en celo. Jaime se estiró para ver cómo el mundo fluía a su alrededor; después de la oscura celda, cada roca y cada árbol eran una maravilla.

Vio pasar varias chozas pequeñas, erigidas sobre altos troncos que les daban aspecto de grullas. No había ni rastro de la gente que vivía en ellas. Los pájaros volaban por encima de sus cabezas o piaban desde los árboles que crecían a lo largo de la ribera, y Jaime distinguió un pez plateado que cortaba el agua.

« La trucha de los Tully, mal presagio», pensó, hasta que vio algo peor: uno de los troncos flotantes que pasaban a su lado resultó ser un hombre muerto, hinchado y desangrado, con ropas del inconfundible carmesí de los Lannister. Se preguntó si el cadáver sería el de alguien a quien hubiera conocido.

Las forcas del Tridente eran la vía más fácil para transportar mercancías o personas por las tierras ribereñas. En tiempos de paz se habrían tropezado con pescadores en sus esquifes, barcazas de grano impulsadas con pértigas que iban corriente abajo, mercaderes que vendían agujas y retales desde sus tiendas flotantes, quizás incluso una barca de actores, pintada de colores vivos, con velas multicolores, siempre río arriba, de aldea en aldea y de castillo en castillo.

Pero la guerra se había cobrado un alto precio. Dejaron atrás aldeas, pero no vieron aldeanos. Una red vacía, cortada y hecha jirones, colgaba de unos árboles como único indicio de que hubiera habido pescadores. Una chica joven que abrevaba a su caballo desapareció a toda prisa tan pronto como divisó su vela. Más tarde pasaron ante una docena de campesinos que cavaban en un campo al pie de los restos de una torre calcinada. Los hombres los miraron con ojos

apagados y retornaron a sus labores cuando llegaron a la conclusión de que el esquife no era una amenaza.

El Forca Roja era ancho y lento, un río sinuoso lleno de curvas y meandros, con isletas cubiertas de vegetación, interrumpido a menudo por bancos de arena y con tocones que asomaban apenas de la superficie del agua. Sin embargo, Brienne parecía tener una vista muy aguda para los obstáculos, y siempre encontraba un paso. Cuando Jaime le dedicó un cumplido por su conocimiento del río, ella lo miró con suspicacia.

—No conozco el río —dijo—. Tarth es una isla, y aprendí a manejar los remos y las velas antes que a montar a caballo.

—Dioses, me duelen los brazos —se quejó ser Cleos mientras se sentaba y se frotaba los ojos—. Espero que el viento dure bastante. —Olfateó el aire—. Huelo a lluvia.

A Jaime le apetecía un buen chaparrón. Las mazmorras de Aguasdulces no eran el lugar más pulcro de los Siete Reinos. En aquel momento debía de oler a queso podrido.

—Humo —dijo Cleos mirando río abajo con los ojos entrecerrados.

Una delgada columna gris se retorcía en la distancia. Se elevaba al sur, a varias leguas, en la ribera izquierda, girando y oscilando. Conforme se acercaron, Jaime pudo distinguir en su base los restos aún ardientes de una gran edificación y un roble lleno de mujeres muertas.

Los cuervos apenas habían comenzado a picotear los cadáveres. Las cuerdas finas se clavaban profundamente en la carne blanda de los cuellos, y cuando soplaban el viento, los cuerpos giraban y se balanceaban.

—Esto es una villanía —dijo Brienne cuando estuvieron suficientemente cerca para verlo todo con claridad—. Ningún auténtico caballero habría aprobado esa carnicería.

—Los auténticos caballeros ven cosas peores cada vez que van a la guerra, moza —dijo Jaime—. Y hacen cosas peores, ya lo creo.

Brienne hizo girar la embarcación hacia la orilla.

—No dejaré que ningún inocente sea pasto de los cuervos.

—Sois una moza desalmada. Los cuervos también tienen que comer. Regresa al río y deja en paz a los muertos, mujer.

Atracaron un poco más adelante de donde el gran roble se inclinaba sobre las aguas. Mientras Brienne arriaba la vela, Jaime salió del esquife, moviéndose con dificultad a causa de las cadenas. El agua del Forca Roja le llenaba las botas y lo empapaba a través de los calzones harapientos. Entre risas, cayó de rodillas, sumergió la cabeza en el agua y se levantó, empapado y chorreando. Tenía las manos sucísimas, y cuando se las frotó en la corriente hasta dejarlas limpias, las vio más delgadas y pálidas de lo que recordaba. Cuando se incorporó, sintió las piernas rígidas e inestables.

« He pasado demasiado tiempo en la maldita mazmorra de Hoster Tully » .

Brienne y Cleos arrastraron el esquife hasta la orilla. Los cuerpos colgaban por encima de sus cabezas, como fruta podrida que la muerte había madurado en exceso.

—Uno de nosotros tendrá que cortar las cuerdas —dijo la moza.

—Yo subiré. —Jaime salió a la orilla, tintineando—. Quidadme las cadenas.

La moza miraba hacia arriba, a una de las mujeres muertas. Jaime se le acercó, a pasitos cortos, los únicos que permitía aquella cadena de un par de palmos. Cuando vio el tosco letrero que colgaba del cuello del cadáver más alto, sonrió.

« Se acuestan con leones» , leyó para sí.

—Es bien cierto, mujer, no ha sido una acción nada caballeresca... Pero la ha protagonizado vuestro bando, no el mío. ¿Quiénes serían estas mujeres?

—Mozas de taberna —dijo ser Cleos Frey—. Esto era una posada, ahora me acuerdo. Varios hombres de mi escolta pasaron la noche aquí la última vez que fuimos a Aguasdulces.

Del edificio quedaban solo los cimientos de piedra y un caos de vigas caídas, totalmente carbonizadas. De las cenizas todavía salía humo.

Jaime dejaba los burdeles y las putas para su hermano Tyrion. Cersei era la única mujer que había deseado en su vida.

—Al parecer, las chicas complacieron a algunos soldados de mi señor padre. Quizá les dieron de comer y de beber. Así se ganaron su collar de traidoras: con un beso y una jarra de cerveza. —Examinó el río, arriba y abajo, para cerciorarse de que estaban solos—. Estas tierras son de los Bracken. Lord Jonos debe de haber dado la orden de que las mataran. Mi padre quemó su castillo; me temo que no nos tendrá mucho cariño.

—Debe de ser un trabajito de Marq Piper —dijo ser Cleos—. O de Beric Dondarrion, ese bandido del bosque, aunque he oído que solo mata a soldados. ¿No sería una banda de norteños de Roose Bolton?

—Mi padre derrotó a Bolton en el Forca Verde.

—Pero no lo eliminó —dijo ser Cleos—. Regresó al sur cuando lord Tywin marchó contra los vados. En Aguasdulces se contaba que le había arrebatado Harrenhal a ser Amory Lorch.

A Jaime no terminaba de gustarle el cariz que estaba tomando aquello.

—Brienne —dijo, apelando a la cortesía del nombre con la esperanza de que lo escuchara—, si lord Bolton domina Harrenhal, lo más probable es que el Tridente y el camino Real estén vigilados.

Creyó ver un atisbo de vacilación en los enormes ojos azules de la moza.

—Estáis bajo mi protección. Tendrán que matarme.

—No creo que eso les suponga un problema de conciencia.

—Peleo tan bien como vos —dijo ella, a la defensiva—. Yo estaba entre los

siete elegidos del rey Renly. Me puso personalmente la seda a rayas de la Guardia Arcoíris.

—¿La Guardia Arcoíris? Vos y otras seis chicas, ¿no? Un bardo dijo en cierta ocasión que todas las chicas parecen bellas cuando se visten de seda... pero no os conocía, ¿verdad?

El rostro de la mujer enrojeció.

—Tenemos tumbas que cavar. —Caminó hacia el roble y comenzó a trepar.

Las ramas más bajas del árbol eran lo bastante grandes para que pudiera ponerse de pie sobre ellas mientras se abrazaba al tronco. Caminó entre las hojas con el puñal en la mano mientras liberaba los cadáveres. Los cuerpos cayeron, rodeados por enjambres de moscas; con cada uno que dejaba caer, el hedor aumentaba.

—Es tomarse demasiado trabajo por unas putas —se quejó ser Cleos—. ¿Con qué se supone que vamos a cavar? No tenemos palas, y no pienso usar mi espada ni...

Brienne lanzó un grito. En lugar de bajar por el tronco, se dejó caer.

—Al bote. Deprisa. He visto una vela.

Se apresuraron todo lo que les fue posible, aunque Jaime apenas podía correr, y su primo tuvo que tirar de él para meterlo en el esquife. Brienne se impulsó con un remo e izó la vela a toda velocidad.

—Ser Cleos, necesito que reméis conmigo.

Hizo lo que le ordenaban. El esquife comenzó a cortar el agua con más celeridad; la corriente, el viento y los remos trabajaban en su favor. Jaime permanecía sentado y encadenado mirando río arriba. Lo único que se divisaba era el extremo superior de la otra vela. Según las curvas del Forca Roja, parecía estar más allá de los campos, moviéndose hacia el norte tras una muralla de árboles, mientras que ellos iban hacia el sur, pero sabía que se trataba de una sensación engañosa. Levantó ambas manos para protegerse los ojos.

—Rojo cieno y azul aguado —anunció.

Brienne abría y cerraba la enorme boca sin emitir sonido alguno, lo que le daba el aspecto de una vaca rumiando el pasto.

—Más deprisa.

La posada desapareció pronto a sus espaldas, y también perdieron de vista la punta de la vela, pero aquello no quería decir nada. Cuando los perseguidores dieran la vuelta al recodo, se harían visibles de nuevo.

—Es de esperar que los caballerosos Tully se detengan a enterrar a las putas muertas.

A Jaime, la perspectiva de volver a su celda no le resultaba atractiva.

«Seguro que a Tyrion se le ocurriría algo genial en este momento, pero a mí lo único que se me ocurre es atacarlos con una espada».

Durante casi una hora jugaron al escondite con los perseguidores, mientras se

deslizaban por los recodos o entre isletas frondosas. Y cuando comenzaban a tener esperanzas de que, de alguna manera, habían logrado eludir la persecución, la vela distante volvió a hacerse visible. Ser Cleos dejó de remar.

—Que los Otros se los lleven —dijo, secándose el sudor de la frente.

—¡Remad! —ordenó Brienne.

—Lo que nos persigue es una galera fluvial —anunció Jaime después de escudriñar un rato. A cada golpe de remo parecía hacerse más grande—. Nueve remos a cada lado, lo que quiere decir dieciocho hombres. Más, si llevan soldados además de remeros. Y su vela es más grande que la nuestra. No podemos escapar.

—¿Has dicho dieciocho? —preguntó ser Cleos, se había quedado paralizado con el remo en la mano.

—Seis para cada uno de nosotros. Yo me encargaría de ocho, pero estos brazaletes me molestan un poco. —Jaime levantó las muñecas—. A no ser que lady Brienne tenga la bondad de quitármelos.

Ella no le prestó atención y puso todo su esfuerzo en bogar.

—Teníamos media noche de ventaja sobre ellos —dijo Jaime—. Han estado remando desde el amanecer, dejando descansar dos remos por turno. Deben de estar agotados. En este momento, la vista de nuestra vela les ha dado nuevos ánimos, pero no les durarán. No tendremos problemas para matar a muchos de ellos.

—Pero... —Ser Cleos tragó en seco—. Son dieciocho.

—Por lo menos. Lo más probable es que sean veinte o veinticinco.

—No podemos derrotar a dieciocho —gimió ser Cleos.

—¿Acaso dije que los derrotaríamos? Lo mejor que nos puede pasar es morir con la espada en la mano.

Era totalmente sincero. Jaime Lannister no había temido nunca a la muerte.

Brienne dejó de remar. El sudor le había pegado en la frente algunos mechones color lino, y con la cara que ponía estaba más fea que nunca.

—Estáis bajo mi protección —dijo, con la voz tan iracunda que era casi un rugido.

Ante tanta ferocidad, Jaime no tuvo más remedio que echarse a reír.

«Es como un mastín con tetas —pensó—. O lo sería, de tener tetas».

—Entonces protegedme, moza. O liberadme para que pueda protegerme a mí mismo.

La galera, una gran libélula de madera, se deslizaba a toda velocidad río abajo. El agua, a su alrededor, se tornaba blanca ante la furia de los remos. Acortaba distancias de manera visible y, a medida que se aproximaba, los hombres se agrupaban en la cubierta de proa. En las manos se les veían destellos metálicos, y Jaime alcanzó a distinguir los arcos.

«Arqueros». Detestaba a los arqueros.

En la proa de la galera se hallaba de pie un hombre robusto de cabeza calva, cejas muy pobladas y brazos musculosos. Sobre la cota llevaba un jubón blanco manchado, con un sauce llorón bordado en verde claro, pero se sujetaba la capa con un broche en forma de trucha plateada.

«El capitán de la guardia de Aguasdulces». En su día, ser Robin Ryger había sido un luchador de notable tenacidad, pero su tiempo había pasado: tenía la misma edad que Hoster Tully y había envejecido junto a su señor.

Cuando los botes estaban a cincuenta varas de distancia, Jaime ahuecó las manos en torno a la boca para que se le oyera mejor.

—¿Venís a desearme buenos vientos, ser Robin?

—Vengo a llevarte de vuelta, Matarreyes —vociferó a su vez ser Robin Ryger—. ¿Cómo has perdido tu cabellera dorada?

—Espero cegar a mis enemigos con el brillo de mi calva. Con vos ha funcionado bastante bien.

Ser Robin no parecía divertido. La distancia entre el esquife y la galera había disminuido a cuarenta varas.

—Soltad los remos y tirad vuestras armas al río, y nadie resultará herido.

—Jaime, dile que nos ha liberado lady Catelyn... —dijo ser Cleos volviéndose—. Un intercambio de prisioneros, algo permitido por la ley...

Jaime lo dijo, pero no sirvió de nada.

—Catelyn Stark no manda en Aguasdulces —gritó ser Robin en respuesta. Cuatro arqueros formaron a cada uno de sus lados, dos de pie y dos de rodillas—. Tirad vuestras espadas al agua.

—No tengo espada —replicó Jaime—, pero si la tuviera, te la clavaría en las tripas y les rebanaría las pelotas a esos cuatro cobardes.

Le respondieron con varios flechazos. Uno se clavó en el mástil, otros dos atravesaron la vela y el cuarto pasó a un palmo de Jaime.

Otro de los anchos recodos del Forca Roja apareció delante de ellos. Brienne ladeó el esquife en la curva. La verga osciló cuando giraron, y la vela chasqueó al llenarse de viento. Había una isla grande en mitad de la corriente; el canal principal iba por su derecha. A la izquierda había un atajo que pasaba entre la isla y los altos acantilados de la ribera norte. Brienne movió el timón, y el esquife viró a la izquierda, con la vela temblorosa. Jaime le observó los ojos.

«Ojos bonitos y serenos —pensó. Sabía interpretar la mirada de una persona, y sabía qué aspecto tenía el miedo—. Está llena de decisión, no de desesperación».

A unas treinta varas por detrás de ellos, la galera entraba en el recodo.

—Ser Cleos, tomad el timón —ordenó la moza—. Matarreyes, coged un remo y mantenednos lejos de las rocas.

—Como ordene mi señora.

Un remo no era una espada, pero la pala podía romperle la cara a un hombre

si el golpe llevaba suficiente impulso, y la caña serviría para detener una estocada.

Ser Cleos puso el remo en la mano de Jaime y se trasladó a popa. Cruzaron la punta de la isla y giraron bruscamente hacia el atajo, salpicando la pared del risco cuando el bote se inclinó. La isla estaba cubierta por un denso bosque, una maraña de sauces, robles y altos pinos cuyas sombras oscuras se proyectaban sobre la corriente y escondían los escollos y los troncos podridos de árboles hundidos. A babor, el risco se alzaba abrupto y rocoso, y al pie de este, el río cubría con una espuma blanca los peñones y trozos de roca que habían caído al agua.

Pasaron de la luz solar a la sombra, escondidos de la vista de la galera por el muro de vegetación que formaban los árboles y por el peñón pardo grisáceo.

«Un respiro momentáneo ante las flechas», pensó Jaime, empujando para apartarse de una roca casi sumergida.

El esquife se sacudió. Oyó algo que caía al río, y cuando miró a su alrededor, Brienne no estaba. Un instante después la vio salir del agua en la base del peñasco. Atravesó un charco poco profundo, trepó por unas rocas y comenzó a ascender. Ser Cleos, boquiabierto, la miraba con los ojos como platos.

«Idiota», pensó Jaime.

—Olvídate de la moza —le dijo a su primo—. Ocúpate del timón.

Podían ver la vela que se movía al otro lado de los árboles. La galera fluvial apareció a la entrada del atajo, a unas veinticinco varas por detrás de ellos. Su proa osciló bruscamente cuando la nave giró, y volaron cinco o seis flechas, pero todas cayeron lejos. El movimiento de las dos naves les causaba dificultades a los arqueros, pero Jaime era consciente de que muy pronto aprenderían a compensarlo. Brienne estaba a medio camino en la cara del acantilado, subiendo de asidero en asidero.

«Seguro que Ryger la verá y hará que los arqueros la derriben».

—Ser Robin, ¡escuchadme un momento! —gritó Jaime; había decidido ver si el orgullo del anciano lo hacía quedar como un imbécil.

Ser Robin levantó una mano, y sus arqueros bajaron los arcos.

—Di lo que quieras, Matarreyes, pero dilo deprisa.

El esquife pasó por encima de varios trozos de piedra en el momento en que Jaime respondía.

—Sé de una forma mejor para resolver esto: un combate singular. Vos contra mí.

—No nací ayer, Lannister.

—No, pero lo más probable es que muráis esta tarde. —Jaime levantó las manos, para que el otro pudiera ver las cadenas—. Pelearé contra vos encadenado. ¿De qué tenéis miedo?

—De ti, no. Si de mí dependiera, eso es lo que más me gustaría, pero he

recibido la orden de llevarte de vuelta, vivo si es posible. Arqueros —ordenó—. Colocad. Tensad. Dis...

El blanco estaba a menos de veinte varas. Difícilmente podrían haber errado, pero cuando levantaban los arcos largos, una lluvia de piedras se abatió en torno a ellos. Cayeron piedras pequeñas que rebotaban en cubierta, les golpeaban los yelmos y salpicaban al caer al agua a ambos lados de la proa. Los más listos levantaron la vista en el momento en que una roca del tamaño de una vaca se separó de la cima del peñón. Ser Robin lanzó un grito de desesperación. La piedra se precipitó por el aire, golpeó la cara del peñón, se partió en dos y les cayó encima. El trozo mayor partió el mástil, rajó la vela, echó a dos arqueros al río y destrozó la pierna de un remero cuando se inclinaba sobre su remo. La rapidez con que la galera comenzó a hacer agua hacia pensar que el trozo más pequeño había atravesado el casco directamente. Los gritos de los remeros despertaban ecos en el peñón mientras los arqueros manoteaban como locos en el agua; por la manera en que se movían, era obvio que ninguno de ellos sabía nadar. Jaime se echó a reír.

Cuando salieron del atajo, la galera se iba a pique entre remolinos y escollos, y Jaime Lannister llegó a la conclusión de que los dioses eran bondadosos. A ser Robin y a sus tres veces malditos arqueros les esperaba una larga caminata, mojados, de regreso a Aguasdulces, y él se había librado de la fea moza.

« Yo mismo no lo habría planeado mejor. Cuando me libre de estos grilletes...» .

Ser Cleos soltó un grito. Cuando Jaime levantó la vista, Brienne avanzaba por la cima del acantilado, muy por delante del esquife, tras atajar por un saliente mientras ellos seguían el recodo del río. Saltó desde la roca y casi resultó elegante al zambullirse. Habría sido poco caballeroso esperar que se destrozara la cabeza contra una piedra. Ser Cleos viró el esquife hacia ella. Por suerte, Jaime aún tenía el remo.

« Un buen golpe cuando intente subir a bordo y me libraré de ella» .

Sin embargo, lo que hizo fue tenderle el remo por encima del agua. Brienne lo agarró, y Jaime tiró de ella y la ayudó a subir al esquife. El pelo le chorreaba agua, al igual que la ropa, y formaba un charco en la embarcación.

« Mojada es más fea todavía. ¿Quién lo habría creído posible?» .

—Sois una moza de lo más estúpido —le dijo—. Podríamos habernos ido sin vos. Supongo que esperáis que os dé las gracias.

—No necesito tu gratitud, Matarreyes. Juré que te llevaría sano y salvo a Desembarco del Rey.

—¿Y de veras pretendéis cumplir ese juramento? —Jaime le dedicó su más luminosa sonrisa—. Eso sí que es un milagro.

Ser Desmond Grell había servido a la casa Tully durante toda su vida. Cuando Catelyn nació, era escudero; cuando ella aprendía a caminar, a montar y a nadar, era caballero; y el día en que se casó, era maestro de armas. Había visto a la pequeña Cat de lord Hoster convertirse en una joven, en la dama de un gran señor, en la madre de un rey...

«Y ahora también me ha visto convertirme en una traidora».

Cuando se fue a la guerra, su hermano Edmure había nombrado a ser Desmond castellano de Aguasdulces, por lo que le correspondía a él castigar su crimen. Para aliviar su incomodidad, había llevado consigo al mayordomo de lord Hoster, el adusto Utherydes Wayn. Los dos hombres, de pie, la miraban; ser Desmond, fornido, ruborizado y avergonzado; Utherydes, esquelético, adusto y melancólico. Cada uno esperaba que el otro comenzara a hablar.

«Han consagrado sus vidas al servicio de mi padre y se lo he pagado con la deshonra», pensó Catelyn con fatiga.

—Vuestros hijos... —dijo por fin ser Desmond—. El maestre Vyman nos lo ha contado. Los pobres. Es espantoso, espantoso. Pero...

—Compartimos vuestra pena, mi señora —dijo Utherydes Wayn—. Todo Aguasdulces está de luto con vos, pero...

—La noticia debe de haberos vuelto loca —intervino ser Desmond—. La locura del dolor, la locura de una madre. Los hombres lo entenderán. Vos no sabiais...

—Lo sabia —dijo Catelyn con firmeza—. Entendia qué estaba haciendo y sabia que era traición. Si no me castigáis, los hombres creerán que hemos estado en connivencia para liberar a Jaime Lannister. Soy la única responsable de este acto, y solo yo debo responder por él. Ponedme los grilletes que ha dejado libres el Matarreyes y los llevaré con orgullo, si así es como debe ser.

—¿Grilletes? —El mero sonido de la palabra bastaba para estremecer al pobre ser Desmond—. ¿A la madre del rey? ¿A la hija de mi señor? Imposible.

—Podría ser —intervino el mayordomo Utherydes Wayn— que mi señora consintiera en quedar confinada a sus habitaciones hasta el regreso de ser Edmure. Un tiempo a solas para rezar por sus hijos asesinados.

—Confinada, sí —dijo ser Desmond—. Confinada en una celda en la torre, con eso bastará.

—Si he de estar confinada, que sea en los aposentos de mi padre, para que pueda confortarlo en sus últimos días.

—Muy bien —aceptó ser Desmond tras meditarlo un instante—. No careceréis de comodidades y se os tratará con cortesía, pero se os prohíbe recorrer el castillo. Visitad el septo cuando queráis, pero el resto del tiempo permaneced en los aposentos de lord Hoster, hasta el regreso de lord Edmure.

—Como tengáis a bien. —Su hermano no era el señor mientras viviera su padre, pero Catelyn no lo corrigió—. Ponedme un guardia si es vuestra obligación, pero os doy mi palabra de que no intentaré escapar.

Ser Desmond asintió, satisfecho por haber terminado aquella desagradable tarea, pero Uther des Wayn, con ojos tristes, vaciló un momento después de que el castellano se marchara.

—Habéis hecho algo muy grave, mi señora, pero en vano. Ser Desmond ha mandado a ser Robin Ryger para que traiga de vuelta al Matarreyes o, en su defecto, su cabeza.

Catelyn no había esperado menos.

« Que el Guerrero le dé fuerzas a tu espada, Brienne», ,imploró. Había hecho todo lo que había podido; lo único que le quedaba era la esperanza.

Trasladaron sus pertenencias al dormitorio de su padre, dominado por la gran cama con dosel en la que ella había nacido, la que tenía las columnas talladas con la forma de una trucha saltarina. Habían llevado a su padre medio piso más abajo, y habían situado el lecho del moribundo frente al balcón triangular que se abría hacia sus propiedades y desde donde podía ver los ríos que siempre había amado.

Lord Hoster dormía cuando Catelyn entró, así que salió al balcón y se quedó allí de pie, con una mano sobre la balaustrada de piedra áspera. Más allá del castillo, el rápido Piedra Caída confluía con el plácido Forca Roja, y se divisaba un gran tramo río abajo.

« Si viene una vela a rayas desde el este, será ser Robin que regresa» . Por el momento, la superficie del agua estaba desierta. Les dio gracias a los dioses por ello y volvió adentro para sentarse con su padre.

Catelyn no sabía si lord Hoster se daba cuenta de que ella estaba allí ni si su presencia lo aliviaba, pero a ella la confortaba estar con él.

« ¿Qué dirías si conocieras mi crimen, padre? —se preguntó—. ¿Habrías hecho lo mismo si Lysa y yo estuviéramos en manos de nuestros enemigos? ¿O también me condenarías y lo llamarías la locura de una madre?» .

En aquella habitación olía a muerte; era un olor denso, dulzón, infecto y pegajoso. Le recordaba a los hijos que había perdido, a su dulce Bran y a su pequeño Rickon, asesinados a manos de Theon Greyjoy, que había sido pupilo de Ned. Todavía guardaba luto por Ned, siempre guardaría luto por Ned, pero que le quitaran también a sus pequeños...

—Perder a un hijo es cruel y monstruoso —susurró en voz muy queda, más para sí que para su padre.

Lord Hoster abrió los ojos.

—Atanasia —susurró con voz llena de sufrimiento.

« No me reconoce» . Catelyn se había habituado a que la confundiera con su madre o su hermana Lysa, pero Atanasia era un nombre que le resultaba

desconocido.

—Soy Catelyn —dijo—. Soy Cat, padre.

—Perdóname... La sangre... Por favor... Atanasia...

¿Habría existido otra mujer en la vida de su padre? ¿Quizá alguna doncella aldeana a la que habría perjudicado cuando era joven?

« ¿Habrá hallado consuelo entre los brazos de alguna moza de servicio después de morir mi madre?». Era una idea extraña, inquietante. De repente, se sintió como si no conociera en absoluto a su padre.

—¿Quién es Atanasia, mi señor? ¿Quieres que la haga venir, padre? ¿Dónde puedo encontrarla? ¿Está viva todavía?

—Muerta —dijo lord Hoster con un gemido. Su mano buscó la de ella—. Tendrás otros... bebés preciosos y legítimos.

« ¿Otros? —pensó Catelyn—. ¿Habrá olvidado que Ned ha muerto? ¿Aún habla con Atanasia, o ahora es conmigo, o con Lysa, o con mi madre?».

Cuando el anciano tosió, sus espertos eran sanguinolentos. Se aferró a los dedos de su hija.

—Sé una buena esposa y los dioses te bendecirán... Hijos, hijos legítimos... Aahh.

El súbito espasmo de dolor hizo que la mano de lord Hoster se cerrara con más fuerza. Sus uñas se clavarón en la mano de Catelyn, que dejó escapar un grito sordo.

El maestre Vyman acudió enseguida para preparar otra dosis de leche de la amapola y ayudar a su señor a beberla. Al poco tiempo, lord Hoster Tully volvió a sumirse en un sueño profundo.

—Ha preguntado por una mujer —dijo Catelyn—. Atanasia.

—¿Atanasia? —El maestre la miró con ojos ausentes.

—¿No conocéis a nadie con ese nombre? ¿Una chica de la servidumbre? ¿Una mujer de alguna aldea cercana? ¿Quizá alguien de hace años? —Catelyn había estado mucho tiempo fuera de Aguasdulces.

—No, mi señora. Si queréis, puedo indagar. Sin duda, Uthery des Wayn sabrá si una persona con ese nombre ha servido en Aguasdulces. ¿Habéis dicho Atanasia? Con frecuencia la gente del pueblo pone a sus hijas nombres de flores y plantas. —El maestre quedó pensativo un instante—. Había una viuda... Recuerdo que solía venir al castillo en busca de zapatos viejos que necesitaran suelas nuevas. Se llamaba Atanasia, ahora que lo pienso. ¿O sería Anastasia? Era algo así. Pero hace muchos años que no viene...

—Se llamaba Violeta —dijo Catelyn, que recordaba perfectamente a la anciana.

—¿De veras? —El maestre pareció abochornado—. Os pido perdón, lady Catelyn, pero no puedo quedarme. Ser Desmond ha ordenado que solo hablemos con vos cuando lo exijan nuestros deberes.

—En ese caso, cumplid sus órdenes.

Catelyn no podía desaprobar la actitud de ser Desmond; le había dado pocas razones para confiar en ella, y sin duda temía que tratará de aprovechar la lealtad que muchas personas en Aguasdulces sentirían aún hacia la hija de su señor para llevar a cabo otra calamidad.

« Al menos, me he librado de la guerra —se dijo para sus adentros—, aunque sea por poco tiempo .

Tras la marcha del maestre, se puso una capa de lana y volvió a salir al balcón. La luz del sol se reflejaba en los ríos y doraba la superficie de las aguas que corrían más allá del castillo. Catelyn se protegió los ojos del resplandor y buscó una vela distante con miedo a divisarla. Pero no había nada, y aquello significaba que aún podía albergar esperanzas.

Estuvo todo el día vigilando hasta bien entrada la noche cuando las piernas comenzaron a dolerle por permanecer de pie. A últimas horas de la tarde llegó un cuervo al castillo, agitando sus enormes alas negras hasta posarse en la pajarera. « Alas negras, palabras negras» , pensó, recordando el último pájaro que había llegado y el horror que había llevado consigo.

El maestre Vyman regresó a la puesta del sol para atender a lord Tully y llevarle a Catelyn una cena parca: pan, queso y carne cocida con rábano picante.

—He hablado con Utherydes Wayn, mi señora. Está completamente seguro de que ninguna mujer llamada Atanasia ha trabajado en Aguasdulces durante su servicio.

—Hoy ha llegado un cuervo, lo he visto. ¿Han atrapado de nuevo a Jaime?

« ¿O lo han matado? No lo quieran los dioses» .

—No, mi señora, no hemos tenido noticia alguna del Matarreyes.

—¿Se trata entonces de otra batalla? ¿Está Edmure en aprietos? ¿O Robb? Por favor, tened misericordia, calmad mis temores.

—Mi señora, no debo... —Vyman miró a su alrededor, como para cerciorarse de que no había nadie más en la recámara—. Lord Tywin ha abandonado las tierras de los ríos. Todo está tranquilo en los vados.

—Entonces, ¿de dónde vino el cuervo?

—Del oeste —respondió, ocupado con la ropa de cama de lord Hoster y evitando mirarla a los ojos.

—¿Eran noticias de Robb?

—Sí, mi señora —dijo, tras una vacilación.

—Algo anda mal. —Catelyn lo sabía por la actitud del hombre; era evidente que le ocultaba algo—. Decídme. ¿Se trata de Robb? ¿Está herido?

« Muerto no, sed benévolos, dioses, que no me diga que ha muerto» .

—Hirieron a su alteza en el asalto al Risco —dijo el maestre Vyman, aún evasivo—, pero escribe que no es motivo de preocupación y que espera regresar pronto.

—¿Herido? ¿Cómo? ¿Es grave?

—Ha escrito que no es motivo de preocupación.

—Toda herida me preocupa. ¿Lo están cuidando?

—Estoy seguro. El maestre del Risco lo atenderá, no me cabe la menor duda.

—¿Dónde lo hirieron?

—Mi señora, tengo órdenes de no hablar con vos. Lo siento.

Vyman recogió sus pociones y salió presuroso, y una vez más, Catelyn quedó a solas con su padre. La leche de la amapola había surtido efecto, y lord Hoster dormía profundamente. De la comisura de los labios le manaba un hilillo de saliva que descendía hasta humedecer la almohada. Catelyn tomó un paño de lino y lo secó con delicadeza. Al sentir el roce, lord Hoster gimió.

—Perdóname —dijo, con voz tan queda que apenas si pudo distinguir las palabras—, Atanasia... sangre... la sangre... que los dioses sean misericordiosos...

Sus palabras la perturbaron más de lo que podía expresar, aunque no entendía nada.

« Sangre —pensó—. ¿Es que al final todo se reduce a la sangre? Padre, ¿quién era esta mujer y qué le hiciste, que tanto necesitas su perdón?» .

Aquella noche, Catelyn durmió muy mal, acosada por sueños imprecisos sobre sus hijos, los perdidos y los muertos. Mucho antes de la aurora se despertó con las palabras de su padre resonándole en los oídos. « Bebés preciosos y legítimos...» . ¿Por qué iba a decir algo así, a no ser...? ¿Acaso era padre de un bastardo de aquella mujer, de Atanasia? No podía creerlo. De su hermano Edmure, sí; no le habría sorprendido saber que Edmure tenía una docena de hijos naturales. Pero su padre, no; lord Hoster Tully, no, nunca.

« ¿Podría ser que llamara a Lysa con ese nombre, Atanasia, de la misma manera que a mí me llamaba Cat?» . En ocasiones anteriores, lord Hoster la había confundido con su hermana. « Tendrás otros —había dicho—. Bebés preciosos y legítimos» . Lysa había abortado en cinco ocasiones, dos en el Nido de Águilas y tres en Desembarco del Rey... pero ninguna en Aguasdulces, donde lord Hoster habría estado cerca de ella, para consolarla.

« Ninguna. A no ser... a no ser que aquella primera vez estuviera embarazada...» .

Su hermana y ella se habían casado el mismo día, y quedaron al cuidado de su padre cuando sus maridos recién estrenados se marcharon a unirse a la rebelión de Robert. Posteriormente, cuando no tuvieron el periodo en el momento adecuado, Lysa había hablado con alegría de los niños que seguramente llevaban en el vientre.

—Tu hijo será el heredero de Invernia, y el mío, del Nido de Águilas. Qué maravilla, serán los mejores amigos del mundo, como tu Ned y lord Robert. De verdad, serán más hermanos que primos, estoy segura.

«Estaba tan contenta...».

Pero la sangre de Lysa había fluido poco tiempo después, y toda su alegría se desvaneció. Catelyn siempre pensó que Lysa solo había tenido un pequeño retraso, pero si hubiera estado embarazada...

Recordó la primera vez que había puesto a Robb en los brazos de su hermana. Pequeño, con la cara roja y llorón, pero fuerte y lleno de vida. Tan pronto como Catelyn dejó al bebé en los brazos de Lysa, el rostro de su hermana se llenó de lágrimas. Súbitamente, le devolvió el bebé a Catelyn y se marchó corriendo.

«Si hubiera perdido un hijo antes, eso podría explicar las palabras de mi padre y muchas otras cosas...». El matrimonio de su hermana con lord Arryn había sido acordado a toda prisa, y por aquel entonces Jon era ya viejo, mayor que su padre. «Un hombre viejo sin herederos». Sus dos primeras esposas no le habían dado hijos; su sobrino había sido asesinado junto a Brandon Stark en Desembarco del Rey, y su galante primo había caído en la batalla de las Campanas. Necesitaba una esposa joven si quería que la casa Arryn perdurara... «Una esposa joven, que se supiera que era fértil».

Catelyn se levantó, se puso una túnica y bajó los peldaños hasta el balcón a oscuras para detenerse ante su padre. La embargaba una sensación de terror sin paliativos.

—Padre —dijo—, padre, sé lo que hiciste.

Ya no era una novia inocente con la cabeza llena de sueños. Era viuda, traidora, madre doliente y sabia; había vivido mucho.

—Lo obligaste a casarse con ella —susurró—. Lysa era el precio que Jon Arryn tuvo que pagar por las espadas y lanzas de la casa Tully.

No era de extrañar que el matrimonio de su hermana hubiera carecido de amor. Los Arryn eran orgullosos, muy celosos de su honor. Lord Jon podía casarse con Lysa para vincular a los Tully a la causa de la rebelión y con la esperanza de tener un hijo, pero para él debió de ser duro amar a una mujer que llegaba a su lecho deshonrada y de mala gana. Habría sido bondadoso, sin duda; cumplidor, sí; pero Lysa necesitaba calor.

Al día siguiente, después de desayunar, Catelyn pidió papel y pluma, y comenzó a redactar una carta para su hermana, que estaba en el Valle de Arryn. Habló a Lysa sobre Bran y Rickon, aunque le costó mucho encontrar las palabras, pero más que nada le habló de su padre.

Piensa constantemente en el mal que te hizo, ahora que se le acaba el tiempo. El maestre Vyman dice que no se atreve a preparar la leche de la amapola más fuerte. Ya es hora de que nuestro padre les dé reposo a su espada y su escudo. Es hora de que descansen. Pero él sigue peleando sin rendirse; no cederá. Creo que es por ti. Necesita tu perdón. La guerra ha hecho que sea peligroso viajar por tierra desde el Nido de

Águilas hasta Aguasdulces, lo sé, pero seguramente, un gran destacamento de caballeros podría traerte sana y salva por las montañas de la Luna, ¿no crees? ¿Cien hombres o tal vez mil? Y si no puedes venir, ¿no podrías escribirle al menos? Unas pocas palabras de amor, para que pueda morir en paz. Escribe lo que quieras, y yo se lo leeré, para hacerle más fácil la partida.

Incluso mientras dejaba la pluma a un lado y pedía lacre para sellar la carta, Catelyn se daba cuenta de que la misiva no era gran cosa y de que, posiblemente, llegaría tarde. El maestre Vyman no creía que lord Hoster aguantara el tiempo suficiente para que un cuervo volara hasta el Nido de Águilas y regresara. «Aunque ha dicho lo mismo en varias ocasiones». Los hombres de la casa Tully no se rendían con facilidad, se enfrentaran a lo que se enfrentasen. Tras entregar el sobre lacrado al cuidado del maestre, Catelyn fue al septo y encendió una vela al Padre Supremo por su propio padre, una segunda a la Vieja, que había llevado el primer cuervo al mundo cuando escudriñó a través de la puerta de la muerte, y una tercera a la Madre, por Lysa y por todos los hijos que ambas habían perdido.

Más tarde, aquel mismo día, mientras estaba sentada con un libro a la vera de lord Hoster, leyendo el mismo pasaje una y otra vez, oyó el sonido de voces muy altas y el toque de una trompeta.

«Ser Robin», pensó enseguida, asustada. Fue al balcón, pero en los ríos no se veía nada. De todos modos, se oían cada vez con más claridad las voces que llegaban de fuera, el ruido de muchos caballos, el sonido metálico de las armaduras y, de vez en cuando, algunos vitores. Catelyn subió la escalera de caracol hasta la azotea de la torre. «Ser Desmond no me prohibió ir a la azotea», se dijo mientras ascendía.

Los sonidos procedían del punto más alejado del castillo, junto a la puerta principal. Un grupo de hombres estaba detenido al otro lado del rastrillo, que se alzaba a trompicones, y en los campos, más allá del castillo, había varios centenares de jinetes. Cuando el viento soplaban, hacía temblar los estandartes, y Catelyn tembló de alivio al divisar la trucha saltarina de Aguasdulces.

«Edmure».

Pasaron dos horas antes de que su hermano considerase oportuno ir a verla. Para entonces, el castillo se estremecía con el sonido de reencuentros ruidosos, mientras los hombres abrazaban a las mujeres y niños que habían dejado atrás. Tres cuervos habían partido de la pajarera, con las alas negras batiendo el aire al emprender el vuelo. Catelyn los contempló desde el balcón de su padre. Se lavó el cabello, se cambió de ropa y se preparó para oír los reproches de su hermano... A pesar de todo, la espera fue dura.

Cuando oyó por fin ruidos al otro lado de su puerta, se sentó y cruzó las

manos sobre el regazo. Las botas, las esquinelas y el jubón de Edmure estaban cubiertos de cieno rojo seco. Al verlo, nadie habría dicho que había ganado la batalla. Estaba flaco y desmejorado, con las mejillas pálidas, la barba descuidada y los ojos demasiado brillantes.

—Edmure, tienes mal aspecto —dijo Catelyn, preocupada—. ¿Ha ocurrido algo? ¿Han cruzado el río los Lannister?

—Los he rechazado. A lord Tywin, a Gregor Clegane, a Addam Marbrand; los he hecho retroceder. En cambio, Stannis... —Hizo una mueca.

—¿Stannis? ¿Qué le ha pasado a Stannis?

—Perdió la batalla en Desembarco del Rey —dijo Edmure con tristeza—. Su flota ardió y su ejército fue aniquilado.

Una victoria de los Lannister era cosa grave, pero Catelyn no podía compartir la evidente desesperación de su hermano. Todavía tenía pesadillas con la sombra que había visto deslizarse en el pabellón de Renly y la manera en que la sangre había brotado a través del acero del gorjal.

—Stannis no era más amigo nuestro que lord Tywin.

—No lo entiendes. Altojardín se ha decantado por Joffrey. Dorne, igual. Todo el sur. —Se le tensó la boca—. Y a ti se te ocurre soltar al Matarreyes. No tenías derecho.

—Tenía el derecho de una madre —dijo con voz serena, aunque las noticias sobre Altojardín eran un golpe terrible para las expectativas de Robb. Pero no podía pararse a pensar en aquello.

—No tenías derecho —repitió Edmure—. Era el cautivo de Robb, el prisionero de tu rey, y Robb me encomendó que lo mantuviera a salvo.

—Brienne lo mantendrá a salvo. Lo juró sobre su espada.

—¿Esa mujer?

—Llevará a Jaime a Desembarco del Rey y nos traerá de vuelta a Arya y Sansa, sanas y salvadas.

—Cersei no las entregará jamás.

—No se trata de Cersei. Es cosa de Tyrion. Lo juró ante toda la corte. Y el Matarreyes también lo juró.

—La palabra de Jaime no vale nada. Y, con respecto al Gnomo, dicen que durante la batalla recibió un hachazo en la cabeza. Estará muerto antes de que tu Brienne llegue a Desembarco del Rey, si es que llega.

—¿Muerto? —«¿Cómo pueden ser tan implacables los dioses?». Había hecho que Jaime jurara cien veces, pero todas sus esperanzas residían en la promesa de su hermano.

—Jaime estaba a mi cargo, y estoy dispuesto a recuperarlo —dijo Edmure, incombustible ante la congoja de Catelyn—. He enviado cuervos...

—¿Cuervos? ¿A quién? ¿Cuántos?

—Tres —dijo—, para cerciorarme de que el mensaje le llega a lord Bolton.

Por río o por tierra, el camino desde Aguasdulces hasta Desembarco del Rey pasa necesariamente cerca de Harrenhal.

—Harrenhal. —El mero sonido de la palabra pareció oscurecer la habitación. El horror enturbiaba la voz de Catelyn cuando añadió: Edmure, ¿sabes qué has hecho?

—No tengas miedo; no he hablado de tu participación. Escribí que Jaime había escapado y ofrecí mil dragones por su captura.

«Peor que peor —pensó Catelyn, desesperada—. Mi hermano es un idiota». Las lágrimas inoportunas, indeseadas, le llenaron los ojos.

—Si se considera una fuga —dijo con voz queda—, y no un intercambio de rehenes, ¿por qué iban los Lannister a entregar mis hijas a Brienne?

—No se llegará a eso nunca. Nos devolverán al Matarreyes; me he asegurado de ello.

—Lo único de lo que te has asegurado es de que nunca más vuelva a ver a mis hijas. Brienne habría podido llevarlo a salvo a Desembarco del Rey... siempre que nadie les estuviera dando caza. Pero ahora... —Catelyn no podía continuar—. Déjame, Edmure. —No tenía derecho a darle órdenes allí, en el castillo que pronto sería suyo, pero su tono de voz no toleraba discusión—. Déjame con mi padre y con mi pena; no tengo nada más que decirte. Vete, vete.

Lo único que quería era acostarse, cerrar los ojos y dormir, y rezar para no soñar nada.

El cielo estaba tan negro como las murallas de Harrenhal que habían dejado a sus espaldas, y la lluvia, que caía suave y continua, les corría por la cara y acallaba el ruido de los cascos de los caballos.

Cabalgaron hacia el norte y se alejaron del lago por un camino surcado de huellas, que discurría entre granjas y campos destrozados, hacia el bosque y los torrentes. Arya había tomado la delantera espoleando su caballo robado; lo hizo trotar deprisa hasta que los árboles se cerraron a su espalda. Pastel Caliente y Gendry la seguían como podían. Los lobos aullaban en la distancia, y también alcanzaba a oír la respiración jadeante de Pastel Caliente. Nadie hablaba. De vez en cuando, Arya giraba la cabeza y miraba hacia atrás para cerciorarse de que los dos chicos no se habían retrasado demasiado y ver si alguien los perseguía.

Porque sabía que los perseguirían. Había robado tres caballos de los establos, así como un mapa y un puñal de los aposentos del mismísimo Roose Bolton, y había matado a un guardia en la puerta trasera; le había cortado la garganta cuando se agachó a recoger la gastada moneda de hierro que Jaqen H'ghar le había regalado. Alguien lo encontraría muerto en un charco de sangre, y al momento se armaría un gran escándalo. Despertarían a lord Bolton y registrarían Harrenhal, desde las almenas hasta los sótanos, y descubrirían que habían desaparecido un mapa y un puñal, además de varias espadas de la armería, pan y queso de la cocina, un chico panadero, un aprendiz de herrero y una copera llamada Nan... o Comadreja, o Arry, según a quién se lo preguntaran.

El señor de Fuerte Terror no iría personalmente en su persecución. Roose Bolton se quedaría en la cama, con su carne pálida salpicada de sanguijuelas, dando órdenes con aquella voz suave y sibilante. Quien encabezaría la partida sería Walton, uno de sus hombres de confianza, al que llamaban Patas de Acero por las canilleras que llevaba siempre en las largas piernas. O quizás serían el baboso Vargo Hoat y sus mercenarios, que se hacían llamar la Compañía Audaz. Otros los llamaban los Titiriteros Sangrientos, aunque nunca a la cara, y a veces, los Quitapiés, por la costumbre de lord Vargo de amputar los pies y las manos a aquellos que incurrián en su desagrado.

«Si nos atrapan, nos cortarán las manos y los pies —pensó Arya—, y después Roose Bolton nos desollará». Llevaba aún su ropa de paje y tenía cosido en el pecho, sobre el corazón, el blasón de lord Bolton, el hombre desollado de Fuerte Terror.

Cada vez que miraba hacia atrás temía ver el destello de las antorchas al salir por las puertas lejanas de Harrenhal o al desplazarse por la parte superior de sus enormes y altas murallas, pero no vio nada. Harrenhal siguió durmiendo hasta que se perdió en la oscuridad, oculta tras los árboles.

Después de atravesar la primera corriente, Arya sacó al caballo del camino

y los condujo por el curso sinuoso del agua a lo largo de quinientos pasos, hasta salir por una orilla pedregosa. Si los cazadores llevaban perros, tal vez les hiciera perder el rastro, o aquello esperaba. No podían seguir por el camino.

« Hay muerte en el camino —se dijo—, hay muerte en todos los caminos» .

Gendry y Pastel Caliente no cuestionaron sus decisiones. Al fin y al cabo, llevaba el mapa, y Pastel Caliente parecía tenerle tanto miedo a ella como a los hombres que podían perseguirlos. Había visto al guardia que había matado.

« Es mejor que me tenga miedo —se dijo—. Así hará lo que le diga, en lugar de cualquier tontería» .

Sabía que debería estar más asustada. Tenía solo diez años; no era más que una niña flaca a lomos de un caballo robado, que tenía por delante un bosque tenebroso, y por detrás, a hombres que de buena gana le cortarían los pies. Pero, por extraño que pareciera, se sentía más tranquila de lo que nunca había estado en Harrenhal. La lluvia le había lavado la sangre del guardia de los dedos, llevaba una espada cruzada a la espalda, los lobos avanzaban por la oscuridad como angulosas sombras grises, y Arya Stark no tenía miedo.

« El miedo hiere más que las espadas», susurró para sus adentros; eran las palabras que Syrio Forel le había enseñado. También susurró las palabras de Jaqen, « Valar morghulis» .

La lluvia cesó, comenzó de nuevo, luego paró otra vez y después volvió a comenzar, pero llevaban buenas capas, que impedían que se mojaran. Arya los mantenía en movimiento, lento pero continuo. Bajo los árboles estaba demasiado oscuro para cabalgar más deprisa; ninguno de los dos chicos sabía montar, y el terreno blando e irregular era traicionero a causa de las raíces medio enterradas y las piedras ocultas. Cruzaron otro camino, con surcos profundos llenos de agua, pero Arya lo evitó. Los llevó por las suaves colinas, arriba y abajo, entre zarzas, brezo y chamiza, por el fondo de estrechos cauces secos donde las ramas, llenas de hojas mojadas, les golpeaban el rostro al pasar.

En cierto momento, la yegua de Gendry perdió pie en el cieno, cayó sobre los cuartos traseros e hizo que el jinete se resbalara de la silla, pero no se lesionó ni la bestia ni el jinete, y en el rostro del chico apareció una expresión de obstinación cuando volvió a montar. Al poco rato se tropezaron con tres lobos que devoraban un cervatillo muerto. Cuando el caballo de Pastel Caliente percibió el olor, intentó retroceder y comenzó a encabritarse. Dos de los lobos huyeron, pero el tercero levantó la cabeza y enseñó los dientes, dispuesto a defender su presa.

—Retrocede —le indicó Arya a Gendry—. Lentamente, para que no se espante.

Se apartaron con las monturas hasta que perdieron de vista al lobo y su festín. Entonces, Arya dio la vuelta para cabalgar detrás de Pastel Caliente, que se agarrraba con desesperación a la silla mientras se abría paso entre los árboles.

Más adelante atravesaron una aldea quemada, recorrieron con cautela las

ruinas de cabañas carbonizadas y pasaron junto a los huesos de una docena de hombres, que colgaban de una hilera de manzanos. Cuando Pastel Caliente los vio, se puso a rezar una oración queda, implorando la misericordia de la Madre, y la repitió una y otra vez en un susurro. Arya levantó los ojos hacia los cadáveres descarnados, envueltos en ropas mojadas y podridas, y pronunció su propia oración. « Ser Gregor, Dunsen, Polliver, Raff el Dulce, el Cosquillas y el Perro. Ser Ilyn, ser Meryn, el rey Joffrey, la reina Cersei », decía el rezo. Lo concluyó con « Valar morghulis », tocó la moneda de Jaqen donde la llevaba escondida, debajo del cinturón, y después, cuando pasó bajo los cadáveres, estiró la mano y arrancó una manzana que crecía entre los muertos. Estaba podrida y mohosa, pero se la comió, con gusanos y todo.

Fue aquel un día sin aurora. Lentamente, el cielo se aclaró en torno a ellos, pero no llegaron a ver el sol. El negro se volvió gris y los colores regresaron al mundo, arrastrándose con timidez. Los pinos soldado vestían tonos sombríos de verde, y los árboles de hoja caduca, que comenzaban a secarse, lucían un marrón rojizo con pinceladas de oro mate. Se detuvieron el tiempo suficiente para abrevar a los caballos y tomar un desayuno rápido y frío: partieron una hogaza de pan que Pastel Caliente había robado de la cocina y se pasaron de mano en mano trozos de queso duro.

—¿Sabes hacia dónde vamos? —le preguntó Gendry a Arya.

—Al norte —respondió la niña.

—¿Hacia dónde está el norte? —Pastel Caliente miraba dubitativo a su alrededor.

—En esa dirección —señaló ella con un trozo de queso.

—Pero no hay sol. ¿Cómo lo sabes?

—Por el musgo. ¿Ves cómo crece, solo en un lado de los árboles? Ese es el sur.

—¿Y qué buscamos en el norte? —quiso saber Gendry.

—El Tridente. —Arya extendió el mapa robado para mostrárselo—. ¿Veis? Una vez encontremos el Tridente, todo lo que tenemos que hacer es seguir su curso corriente arriba hasta que lleguemos a Aguasdulces, aquí. —Marcó el recorrido con un dedo—. Es un camino largo, pero mientras nos mantengamos cerca del río no hay pérdida.

—¿Dónde está Aguasdulces? —preguntó Pastel Caliente, parpadeando ante el mapa.

Aguasdulces aparecía como la torre de un castillo, en la bifurcación entre las líneas azules que señalaban dos ríos, el Piedra Caída y el Forca Roja.

—Aquí. —Arya tocó el punto—. Ahí pone Aguasdulces.

—¿Sabes leer? —le preguntó el chico tan asombrado como si hubiera dicho que sabía caminar sobre las aguas.

Arya asintió.

—Cuando lleguemos a Aguasdulces, estaremos a salvo.

—¿De veras? ¿Por qué?

« Porque Aguasdulces es el castillo de mi abuelo y allí estará mi hermano Robb», quiso decir. Se mordió el labio y volvió a guardar el mapa.

—Estaremos a salvo. Pero tenemos que llegar allí.

Fue la primera en montar de nuevo. No le gustaba ocultarle la verdad a Pastel Caliente, pero tampoco quería confiarle su secreto. Gendry lo sabía, pero aquello era diferente. Gendry también tenía un secreto, aunque ni siquiera él supiera de qué se trataba.

Aquel día, Arya les hizo acelerar el paso y obligó a trotar a los caballos tanto como se atrevió, y a galopar cuando divisaba un espacio llano por delante. Aunque no servía de gran cosa, porque el terreno se hacia cada vez más ondulado a medida que avanzaban. Las colinas no eran muy altas ni tampoco abruptas, pero parecían no tener fin, y pronto se cansaron de subir por una y bajar por otra, y al rato estaban siguiendo los niveles más bajos del terreno, a lo largo de torreneras, por un laberinto de valles con vegetación de escasa altura, donde los árboles formaban un dosel continuo por encima de sus cabezas.

De cuando en cuando hacia que Pastel Caliente y Gendry se adelantaran, mientras ella retrocedía con la intención de borrar el rastro, con los oídos alerta para detectar la primera señal de que los perseguían.

« Demasiado despacio —pensó para sus adentros al tiempo que se mordía el labio—, estamos avanzando demasiado despacio, nos atraparán con toda seguridad». Una vez, desde la cresta de una elevación, divisó sombras negras que cruzaban una corriente en un valle que ellos habían dejado atrás, y con un sobresalto en el corazón tuvo miedo de que los jinetes de Roose Bolton los estuvieran siguiendo, pero cuando volvió a mirar se dio cuenta de que se trataba solo de una manada de lobos.

—¡Auuuuuuuuu, auuuuuuuu! —les aulló con las manos ahuecadas en torno a la boca. Cuando el más corpulento de los lobos levantó la cabeza y respondió al aullido, el sonido hizo que Arya se estremeciera.

A mediodía, Pastel Caliente comenzó a quejarse. Le dolía el trasero, dijo, y la silla le dejaba en carne viva la parte interior de los muslos; además, tenía que dormir un poco.

—Estoy tan cansado que me voy a caer del caballo.

—Si se cae —dijo Arya mirando a Gendry—, ¿quién crees que lo encontrará antes? ¿Los lobos o los titiriteros?

—Los lobos —dijo Gendry—; tienen mejor olfato.

Pastel Caliente abrió la boca y la volvió a cerrar. No se cayó del caballo. Poco después comenzó a llover. Aún no habían visto el sol ni un instante. Cada vez hacía más frío, y había jirones de una pálida neblina, que se enganchaban en los pinos y flotaban por los campos desnudos y calcinados.

Gendry lo estaba pasando tan mal como Pastel Caliente, aunque era demasiado orgulloso para quejarse. Iba sentado de forma poco elegante en la silla y con una mirada de determinación en el rostro debajo de la tupida mata de cabello negro, pero Arya se daba cuenta de que no era buen jinete.

«Tendría que haberme acordado», pensó. Había cabalgado desde que tenía uso de razón, ponis cuando era pequeña y caballos después, pero Gendry y Pastel Caliente eran chicos de ciudad, y en la ciudad, la gente común iba a pie. Yoren les había dado cabalgaduras cuando se los llevó de Desembarco del Rey, pero montar en un burro y recorrer el camino Real detrás de un carreteón era una cosa. Ir a lomos de un caballo de caza por bosques tupidos y campos quemados era otra bien diferente.

Sola habría avanzado mucho más deprisa, lo sabía bien, pero no podía abandonarlos. Eran su manada, sus amigos, los únicos amigos vivos que le quedaban y, de no ser por ella, aún estarían sanos y salvos en Harrenhal; Gendry sudando ante la forja, y Pastel Caliente en las cocinas.

«Si los titiriteros nos atrapan, les diré que soy la hija de Ned Stark y la hermana del Rey en el Norte. Les ordenaré que me lleven con mi hermano y que no hagan daño a Pastel Caliente ni a Gendry. —Pero tal vez no la creyeran, y aunque así fuera... Lord Bolton era vasallo de su hermano, pero de todos modos le daba miedo—. No dejaré que nos cojan —se prometió en silencio, llevándose la mano a la espalda, por encima del hombro, para tocar el mango de la espada que Gendry había robado para ella—. No lo permitiré».

Más adelante, aquella misma tarde, salieron de la cobertura de los árboles y se encontraron a orillas de un río. Pastel Caliente soltó un grito de gozo.

—¡El Tridente! Ahora, todo lo que tenemos que hacer es seguir corriente arriba, como dijiste. ¡Casi hemos llegado!

—No creo que se trate del Tridente —dijo Arya, mordiéndose el labio.

El río estaba crecido a causa de la lluvia, pero a pesar de ello no tenía ni siquiera quince varas de anchura. Recordaba que el Tridente era mucho más ancho.

—Es demasiado estrecho para ser el Tridente —les dijo—, y no estamos a suficiente distancia.

—Sí que lo estamos —insistió Pastel Caliente—. Hemos cabalgado todo el día, apenas nos hemos detenido. Debemos de haber recorrido un gran trecho.

—Echemos otro vistazo al mapa —dijo Gendry.

Arya desmontó, sacó el mapa y lo extendió. La lluvia salpicó la piel de oveja, formando pequeños arroyuelos.

—Creo que estamos aquí, en alguna parte —dijo, señalando con el dedo, mientras los chicos miraban por los lados.

—Pero si apenas nos hemos alejado —dijo Pastel Caliente—. Mira, Harrenhal está al lado de tu dedo, casi lo estás tocando. ¡Y hemos estado

cabalgando todo el día!

—Faltan muchas leguas para llegar al Tridente —dijo—. Nos llevará días. Este será otro río, uno de estos, mirad. —Les señaló una de las finas líneas azules que el cartógrafo había dibujado, cada una con un nombre escrito debajo en letra pequeña—. El Darry, el Manzanaverde, el Doncella... aquí, este, el Pequeño Sauce, puede que sea este.

Pastel Caliente dejó de mirar el río y se concentró en el mapa.

—A mí no me parece tan pequeño.

—El río que señala desemboca en este otro —dijo Gendry, que también había frunció el ceño—, fíjate.

—El Gran Sauce —leyó Arya.

—El Gran Sauce, bien. Y ese Gran Sauce desemboca en el Tridente, pero tendremos que seguir corriente abajo, no arriba. Pero si este río no es el Pequeño Sauce, si se trata de este otro de aquí...

—Arroyo Mataolas —leyó Arya.

—Fíjate, aquí describe una gran curva y fluye hacia el lago, de vuelta a Harrenhal. —Siguio el recorrido con un dedo.

—¡No! —Pastel Caliente tenía los ojos como platos—. Nos matarán, seguro.

—Tenemos que saber qué río es —declaró Gendry con su voz más terca—. Es imprescindible.

—Pues no podemos. —El mapa tenía nombres escritos junto a las líneas azules, pero nadie se había molestado en escribir el nombre en la ribera del río—. No iremos corriente arriba ni corriente abajo —decidió al tiempo que enrollaba el mapa—. Pasaremos al otro lado y seguiremos hacia el norte, como íbamos haciendo.

—¿Los caballos saben nadar? —preguntó Pastel Caliente—. Ese río parece muy hondo, Arry. ¿Y si hay serpientes?

—¿Estás segura de que vamos hacia el norte? —preguntó Gendry—. Mira cuántas colinas... Si nos hacen volvemos atrás...

—El musgo de los árboles...

—Ese árbol tiene musgo en tres caras —dijo el chico señalando un árbol cercano—, y aquel no tiene musgo. Podemos estar perdidos, dando vueltas en círculo.

—Podría ser —dijo Arya—, pero de todos modos voy a cruzar el río. Podéis venir o quedarnos, como queráis.

Se acomodó de nuevo sobre la silla de montar sin prestar atención a los chicos. Si no querían seguirla, podían buscar Aguasdulces por su cuenta, aunque lo más probable era que los titiriteros los encontraran.

Tuvo que cabalgar más de quinientos pasos a lo largo de la ribera antes de encontrar por fin un sitio donde parecía que era posible vadear el río con seguridad, e incluso allí, su yegua se resistía a meterse en el agua. El río, fuera

cual fuera su nombre, corría muy rápido y turbio, y en la parte más profunda, al centro, el agua llegaba por encima de la panza de la bestia. El agua le llenó las botas, pero Arya no dejó de clavar los talones hasta salir a la otra orilla. A su espalda oyó el sonido de algo que entraba en el agua y el relincho nervioso de una yegua.

« Me han seguido. Bien». Se volvió para ver como los chicos se esforzaban por cruzar y salían junto a ella, chorreando.

—No era el Tridente —les dijo—. Seguro.

El siguiente río llevaba menos agua, y vadearlo fue más fácil. Tampoco era el Tridente, y nadie puso objeciones cuando dijo que tenían que cruzarlo.

Caía la noche cuando se detuvieron para dar un nuevo descanso a los caballos y compartir otra ración de pan y queso.

—Estoy empapado y tengo frío —se quejó Pastel Caliente—. Seguro que ahora estamos bien lejos de Harrenhal. Podríamos encender una hoguera...

—¡NO! —gritaron Arya y Gendry al unísono.

Pastel Caliente se asustó un poco. Arya miró a Gendry de reojo.

« Lo hemos dicho a la vez, como me pasaba con Jon en Invernalia». De todos sus hermanos, al que más extrañaba era a Jon Nieve.

—¿Podríamos dormir, al menos? —rogó Pastel Caliente—. Estoy muy cansado, Arry, y me duele el trasero. Creo que tengo ampollas.

—Si te pescan, tendrás algo más que eso —replicó ella—. Tenemos que seguir avanzando. No hay otro remedio.

—Pero ya es casi de noche y no se ve ni la luna.

—Vuelve a montar a caballo.

Mientras avanzaba al paso a medida que la luz se extinguía en torno a ellos, Arya se dio cuenta de que su agotamiento también le pesaba muchísimo. Necesitaba dormir tanto como Pastel Caliente, pero era mejor no hacerlo. Si se dormían, cuando abrieran los ojos podrían encontrarse delante a Vargo Hoat junto con Shagwell el Tonto, Urswyck el Fiel, Rorge, Mordedor, el septón Utt y todos los demás monstruos.

Pero, al rato, el movimiento de su cabalgadura la acunaba acompasadamente, y Arya notaba los párpados cada vez más pesados. Los cerró un instante, y después los abrió con fuerza de nuevo.

« No puedo dormirme —se gritó en silencio—, no puedo, no puedo». Se frotó los ojos con los nudillos, con fuerza, para mantenerlos abiertos, se aferró a las riendas y puso su caballo a buen paso. Pero ni el caballo ni ella podían mantener aquel ritmo, y bastaron unos momentos para que recuperaran el paso lento y otros pocos más para que los ojos se le cerraran por segunda vez. En esta ocasión no se le abrieron con la misma celeridad.

Cuando volvió a abrirlas se dio cuenta de que su caballo se había detenido y estaba mordisqueando unos hierbajos, mientras Gendry le sacudía el brazo.

—Te has dormido —le dijo.

—Solo estaba descansando los ojos un momento.

—Pues menudo descanso les has dado. Tu caballo vagaba en círculos, pero no me he dado cuenta de que estabas dormida hasta que se ha parado. Pastel Caliente está igual: ha tropezado con una rama y se ha caído del caballo, tendrías que haber oido cómo chillaba. Pero ni siquiera eso te ha despertado. Tienes que parar y dormir.

—Puedo seguir tanto tiempo como tú —bostezó.

—Mentirosa —replicó el chico—. Si eres tan idiota, puedes seguir cabalgando, pero yo me quedo aquí. Haré la primera guardia, tú duerme.

—¿Y qué pasa con Pastel Caliente?

Gendry lo señaló. Pastel Caliente estaba ya en el suelo, acurrucado bajo la capa sobre un lecho de hojas húmedas, y roncaba quedamente. Tenía una gran cuña de queso en una mano, pero parecía que se había quedado dormido entre bocado y bocado.

Arya se dio cuenta de que no valía la pena discutir; Gendry tenía razón.

« Los titiriteros también tendrán que dormir », se dijo, con la esperanza de que fuera verdad. Estaba tan agotada que hasta desmontar le costaba trabajo, pero tuvo fuerzas para manear el caballo antes de buscar un sitio bajo un haya. La tierra estaba dura y húmeda. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a dormir en una cama y tuviera comida abundante y un fuego para calentarse. Lo último que hizo antes de cerrar los ojos fue desenvainar la espada y colocarla a su lado.

—Ser Gregor —susurró, mientras bostezaba—, Dunsen, Polliver, Raff el Dulce, el Cosquillas y... el Cosquillas... el Perro...

Tuvo sueños rojos y violentos. Los titiriteros aparecían en ellos, al menos cuatro: un lyseno pálido, uno de Ib, brutal y cetrino, que llevaba un hacha; el dothraki señor de los caballos llamado Iggo, que tenía el rostro lleno de cicatrices; y un dorniense cuyo nombre no había conocido nunca. Cabalgaban sin cesar bajo la lluvia, llevaban cotas herrumbrosas y cuero mojado, y las espadas y las hachas tintineaban contra las sillas de montar. Creían que le daban caza a ella; lo sabía con aquella extraña certeza propia de los sueños, pero se equivocaban. Era ella quien les daba caza.

En el sueño, Arya no era una niña pequeña; era un lobo enorme y fuerte, y cuando salió de debajo de los árboles al encuentro del grupo y le enseñó los dientes con un gruñido grave y estremecedor, percibió el hedor rancio del miedo, tanto en las bestias como en sus jinetes. La montura del lyseno retrocedió y soltó un relincho de terror, y los demás se dijeron algo en su lengua humana, pero antes de que pudieran actuar, los otros lobos salieron de la oscuridad y la lluvia, una enorme manada, flacos, empapados, silenciosos...

El combate fue corto, pero sangriento. El hombre peludo cayó en cuanto

lanzó su hacha; el cetrino murió mientras tensaba el arco, y el hombre pálido de Ly s intentó darse a la fuga. Sus hermanos y hermanas lo persiguieron, lo hacían girar una y otra vez, tiraban dentelladas a las patas de su caballo, y desgarraron la garganta del jinete cuando, por fin, cayó a tierra.

Solo el hombre de las campanillas logró resistir. Su caballo coceó a una de sus hermanas en la cabeza, y él cortó a otro lobo casi en dos con su garra curva y plateada, mientras su cabello tintineaba suavemente.

Llena de ira, le saltó a la espalda y lo hizo caer de la silla cabeza abajo. Cerró las fauces alrededor del brazo del hombre mientras caían, y le hundió los dientes a través del cuero, la lana y la carne blanda. Cuando tocaron el suelo, dio un fuerte tirón con la cabeza y le arrancó el miembro del hombro. Exultante, lo sacudió en la boca de un lado a otro, dispersando las gotitas rojas y calientes entre la lluvia fría y negra.

El chirrido de viejas bisagras de hierro lo despertó.

—¿Quién va? —graznó.

Al menos había recuperado la voz, aunque fuera ronca y áspera. Aún tenía fiebre y carecía de la menor noción de la hora. ¿Cuánto había dormido aquella vez? Estaba tan débil, maldición, tan débil...

—¿Quién va? —volvió a decir, esta vez más alto.

La luz de una antorcha se filtró por la puerta abierta; dentro de la habitación, la única luz procedía del cabo de una vela, junto a su cama.

Tyrion se estremeció al ver una silueta que se movía hacia él. Allí, en el Torreón de Maegor, todos los sirvientes estaban en la nómina de la reina, por lo que cualquier visitante podía ser otro de los asesinos de Cersei, enviado para terminar el trabajo que ser Mandon había dejado inconcluso.

En aquel momento, el hombre entró en la zona iluminada por la vela, miró atentamente el rostro pálido del enano y dejó escapar una risita.

—Qué, te has cortado al afeitarte, ¿eh?

Tyrion se llevó los dedos hasta la enorme cicatriz que le iba desde uno de los ojos hasta la barbilla, a través de lo que le quedaba de la nariz. La carne todavía estaba hinchada y caliente al tacto.

—Sí, con una navaja muy grande.

El pelo negrísimo de Bronn estaba recién lavado y cepillado hacia atrás, dejándole al descubierto las líneas duras del rostro. Llevaba botas altas de cuero blando y repujado, un cinturón ancho con remaches de plata y una capa de seda color verde claro. En la lana gris oscuro de su jubón habían bordado en diagonal una cadena en llamas, con hilos en tono verde brillante.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Tyrion—. Te mandé buscar... hace por lo menos dos semanas.

—Dirás más bien hace cuatro días —contestó el mercenario—. Y he venido dos veces, pero estabas más muerto que vivo.

—Muerto no. Aunque bien que lo intentó mi querida hermana. —Tal vez no debería haber dicho aquello en voz alta, pero Tyrion estaba por encima de aquellas cosas. La mano de Cersei se encontraba detrás del intento de asesinato de ser Mandon; lo percibía con todo su ser—. ¿Qué es esa cosa horrible que llevas en el pecho?

—Mi blasón de caballero —dijo Bronn con una sonrisa—. Una cadena en llamas verde sobre gris humo. Por orden de tu padre, ahora soy ser Bronn del Aguasnegras, Gnomo. Que no se te olvide.

Tyrion puso las manos sobre el colchón de plumas y retrocedió un poco hasta reclinarse en las almohadas.

—Fui yo quien te prometió armarte caballero, ¿recuerdas? —Aquel «por

orden de tu padre» no le había hecho ninguna gracia. Lord Tywin no había perdido el tiempo. Retirar a su hijo de la Torre de la Mano y apoderarse de ella era un mensaje que cualquiera podría interpretar, y aquel era otro—. Pierdo la mitad de la nariz y tú ganas un título de caballero. Los dioses tendrán que darme muchas explicaciones —dijo con tono amargo—. ¿Mi padre te armó caballero en persona?

—No. A aquellos de nosotros que sobrevivimos a la batalla de las torres del cabrestante nos ungíó el septón supremo, y nos armó caballeros la Guardia Real. Mierda de ceremonia, duró la mitad del día, porque solo quedaban tres de los Espadas Blancas para hacernos los honores.

—Supe que ser Mandon pereció en la batalla. —« Pod lo lanzó al río, justo antes de que el muy hijo de puta estuviera a punto de atravesarme el corazón con su espada» —. ¿A quién más hemos perdido?

—Al Perro —dijo Bronn—. No murió; solo se largó. Los capas doradas dicen que se acobardó y tú encabezaste la incursión en su lugar.

« No fue una de mis mejores ideas» . Tyrion notaba cómo se tensaba el tejido de la cicatriz cuando fruncía el ceño. Le señaló una silla a Bronn para que se sentara.

—Mi hermana me ha confundido con una seta. Me mantiene en la oscuridad y me alimenta con mierda. Pod es un chico estupendo, pero tiene un nudo en la lengua del tamaño de Roca Casterly, y no confío en la mitad de lo que me cuenta. Lo envié a que me trajera a ser Jacelyn, y cuando regresó me dijo que estaba muerto.

—Él y varios miles más. —Bronn se sentó.

—¿Cómo murió? —exigió saber Tyrion, que cada vez se sentía peor.

—En la batalla. Tu hermana les mandó a los Kettleblack que llevaran al rey de vuelta a la Fortaleza Roja, según tengo entendido. Cuando los capas doradas lo vieron irse, la mitad de ellos decidió que se iba con él. Mano de Hierro se les atravesó en el camino e intentó ordenarles que regresaran a la muralla. Dicen que Bywater estaba a punto de hacerlos volver cuando alguien le atravesó el cuello con una flecha. Entonces ya no les dio tanto miedo, así que lo tiraron del caballo y lo mataron.

« Otra deuda que anotar en la lista de Cersei» .

—Mi sobrino —dijo—. Joffrey. ¿Estuvo en peligro?

—No más que algunos y menos que la mayoría.

—¿Ha sufrido algún daño? ¿Lo han herido? ¿Se despeinó, se torció un dedo del pie, se rompió una uña?

—Por lo que tengo entendido, no.

—Ya se lo había dicho a Cersei. ¿Quién está al mando ahora de los capas doradas?

—Tu señor padre los ha puesto bajo las órdenes de uno de sus hombres de

occidente, un caballero llamado Addam Marbrand.

En cualquier otro caso, los capas doradas habrían protestado por tener como jefe a un desconocido, pero ser Addam Marbrand era una elección hábil. Al igual que Jaime, era el tipo de hombre al que los demás seguían de buena gana.

«He perdido la Guardia de la Ciudad».

—Mandé a Pod en busca de Shagga, pero no ha tenido suerte.

—Los grajos de piedra están todavía en el bosque Real. Al parecer, Shagga le ha cogido cariño a ese sitio. Timett volvió a casa con sus hombres quemados, con todo el botín que recogieron en el campamento de Stannis tras la batalla. Chella regresó una mañana a la puerta del Río con una docena de orejas negras, pero los capas rojas de tu padre los espantaron, y los desembarqueños les tiraron boñigas y se burlaron.

«Ingratos. Los orejas negras murieron por ellos». Mientras Tyrion yacía allí, narcotizado y soñando, sus parientes le habían arrancado las uñas, una por una.

—Quiero que vayas a ver a mi hermana. Su adorado hijito salió de la batalla sin un arañazo, así que Cersei no tiene ya necesidad de rehenes. Juró que liberaría a Alayaya una vez que...

—Lo hizo. Hace ocho o nueve días, tras los azotes.

—¿Los azotes? —Tyrion se incorporó un poco más, sin hacer caso del súbito pinchazo de dolor que le atravesó el hombro.

—La ataron a un poste en el centro del patio y la flagelaron; después la echaron del castillo, desnuda y ensangrentada.

«Estaba aprendiendo a leer», pensó Tyrion, de manera absurda. La cicatriz que le cruzaba la cara se le tensó, y durante un momento sintió como si la cabeza le fuera a estallar de ira. Alayaya era una puta, sí, pero jamás había conocido a una chica más dulce, valiente e inocente. Tyrion no la había tocado nunca; ella no había sido más que una cortina para ocultar a Shae. Había cometido un descuido imperdonable: no se había parado a pensar en cuánto podría costarle a ella desempeñar aquel papel.

—Le prometí a mi hermana que le daría a Tommen el mismo trato que ella le diera a Alayaya —recordó en voz alta; se sintió como si estuviera a punto de vomitar—. ¿Cómo puedo flagelar a un chico de ocho años? —«Pero si no lo hago, Cersei ganará».

—Ya no tienes a Tommen —dijo Bronn con brusquedad—. En cuanto supo que Mano de Hierro había muerto, la reina mandó a los Kettleblack en su busca, y en Rosby nadie tuvo huevos para decirles que no.

Otro golpe; pero también era un alivio, tenía que reconocerlo. Estaba muy encariñado con Tommen.

—Se suponía que los Kettleblack eran nuestros —le recordó a Bronn con una nota de irritación en la voz.

—Lo fueron, mientras les pude dar dos monedas tuyas por cada una que les

daba la reina, pero ha subido las tarifas. Osney y Os fryd fueron armados caballeros después de la batalla, lo mismo que yo. Dios sabe por qué; nadie los vio en combate.

«Mis mercenarios me traicionan, a mis amigos los azotan y deshonran, y yo estoy aquí, pudriéndome —pensó Tyrion—. Y yo que creía que había ganado la mierda de la batalla. ¿A esto es a lo que sabe la victoria?».

—¿Es verdad que Stannis huyó porque lo perseguía el fantasma de Renly?

—Desde las torres del cabrestante —dijo Bronn esbozando una sonrisa— lo único que vimos fueron banderas en el fango y hombres que tiraban sus lanzas para huir, pero hay cientos de ellos en fondas y burdeles que te dirán que vieron a lord Renly matar a este o a aquel. La mayor parte de las fuerzas de Stannis habían sido de Renly, y dieron media vuelta al verlo glorioso en su armadura verde.

Después de toda su planificación, después del ataque y el puente de naves, después de que le rajaran la cara en dos, a Tyrion lo había eclipsado un muerto.

«Si es verdad que Renly está muerto». Otra cosa que tendría que investigar.

—¿Cómo escapó Stannis?

—Sus senos mantuvieron las galeras en la bahía, al otro lado de tu cadena. Cuando la batalla comenzó a volverse en contra, se aproximaron a la costa de la bahía y recogieron a todos los que pudieron. Al final, los hombres se mataban entre sí para subir a bordo.

—¿Y qué hay de Robb Stark? ¿Qué ha estado haciendo?

—Hay varios de sus lobos abriendose paso a fuego limpio hacia el Valle Oscuro. Tu padre ha enviado a lord Tarly para someterlos. Estuve a punto de unirme a él. Se dice que es buen soldado, y manirroto con el botín.

La idea de perder a Bronn fue la gota que colmó el vaso.

—No. Tu lugar está aquí. Tú eres el capitán de la Guardia de la Mano.

—Tú no eres la mano —le recordó Bronn con brusquedad—. Es tu padre, y él ya tiene su puta guardia.

—¿Qué pasó con todos los hombres que contrataste para mí?

—Algunos cayeron en las torres del cabrestante. Este tío tuy o, ser Kevan, nos pagó a los supervivientes y nos despidió.

—¡Qué amable por su parte! —dijo Tyrion, cáustico—. ¿Significa eso que has perdido el gusto por el oro?

—Ni en sueños.

—Bien —dijo Tyrion—, porque da la casualidad de que todavía te necesito. ¿Qué sabes sobre ser Mandon Moore?

—Sé que se ahogó bien ahogado —dijo Bronn, echándose a reír.

—Tengo una gran deuda con él, pero ¿cómo pagársela? —Se tocó la cara, palpándose la cicatriz—. A decir verdad, no sabía casi nada de ese hombre.

—Tenía ojos de pescado y vestía una capa blanca. ¿Qué más hay que saber?

—Para empezar, todo —dijo Tyrion. Quería pruebas de que Cersei había pagado a ser Mandon, pero no se atrevía a decirlo en voz alta. En la Fortaleza Roja, lo mejor que se podía hacer era mantener la boca cerrada. Había ratas por los muros, pajarillos que hablaban demasiado y también arañas—. Ayúdame a levantarme —dijo al tiempo que se debatía con la ropa de cama—. Es hora de que visite a mi padre, y hace tiempo que debería haberme dejado ver.

—Una vista preciosa —se burló Bronn.

—¿Qué importa media nariz en una cara como la mía? Por cierto, hablando de belleza, ¿ya está Margaery Tyrell en Desembarco del Rey?

—No. Pero está a punto de llegar, y la ciudad ya ha enloquecido de amor por ella. Los Tyrell han estado trayendo comida de Altojardín y regalándola en su nombre. Cientos de carromatos a diario. Hay miles de hombres de Tyrell por todas partes, con rositas doradas bordadas en los jubones, y ninguno tiene que pagar lo que bebe. Esposas, viudas o putas, las mujeres entregan su virtud a cualquier adolescente lampiño con una rosa dorada en la tetilla.

«A mí me escupen y a los Tyrell les pagan las copas». Tyrion se dejó caer de la cama al suelo. Cuando intentó ponerse en pie, sintió como si las piernas se le volvieran de algodón; la habitación comenzó a dar vueltas, y tuvo que agarrarse al brazo de Bronn para no caerse.

—¡Pod! —gritó—. ¡Podrick Payne! ¿En cuál de los siete infiernos te has metido? —El dolor lo roía como un perro sin dientes; Tyrion odiaba la debilidad, sobre todo la propia; aquello lo avergonzaba, y la vergüenza lo ponía rabioso—. ¡Pod, ven ahora mismo!

El chico llegó corriendo. Cuando vio a Tyrion de pie, agarrado del brazo de Bronn, los miró con la boca abierta.

—¡Mi señor! Estáis de pie. ¿Eso es que...? ¿Queréis... queréis un poco de vino? ¿De vino del sueño? ¿Llamo al maestre? Dijo que deberíais quedarnos aquí. Quiero decir, quedarnos en cama.

—Ya he pasado demasiado tiempo en cama. Tráeme ropa limpia.

—¿Ropa?

A Tyrion le resultaba incomprendible que aquel chico pudiera tener la cabeza tan clara y ser tan resuelto en la batalla, mientras que en cualquier otro momento vivía sumido en la confusión.

—Ropa —repitió—. Túnica, jubón, calzones y calzas. Para mí. Para vestirme. Para salir de esta celda de mierda.

Necesitó la ayuda de los dos para vestirse. Aunque el aspecto de su cara era espantoso, la peor de las heridas era la que tenía donde el brazo se unía al hombro, allí donde una flecha había hecho que la cota de malla se le clavara en la axila. De la carne descolorida aún salían pus y sangre cada vez que el maestre Frenken le cambiaba las vendas, y cualquier movimiento le provocaba un dolor insopportable.

Al final, Tyrion se arregló con un par de calzones y una camisa de dormir enorme que le colgaba suelta sobre los hombros. Bronn le puso las botas, mientras Pod iba en busca de un palo que le hiciera las veces de bastón. Bebió una copa de vino del sueño para coger fuerzas; el vino estaba endulzado con miel y tenía la cantidad justa de leche de la amapola para que pudiera resistir un tiempo el dolor de las heridas.

Y pese a todo, cuando hizo girar el picaporte ya estaba mareado, y el descenso por los peldaños de piedra hizo que le temblaran las piernas. Caminaba con el palo en una mano y la otra apoyada sobre el hombro de Pod. Mientras bajaban se tropezaron con una chica del servicio que subía. Los miró con los ojos muy abiertos, como si estuviera viendo un fantasma.

« El enano se ha levantado de entre los muertos —pensó Tyrion—. Y mira, está aún más feo que antes, corre y cuéntaselo a tus amigas» .

El Torreón de Maegor era el lugar más inaccesible de la Fortaleza Roja, un castillo dentro del castillo, rodeado por un profundo foso seco con estacas afiladas en el fondo. Cuando llegaron a la puerta se encontraron con que el puente levadizo estaba alzado como todas las noches. Ser Meryn Trant estaba allí de pie con su armadura de color claro y su capa blanca.

—Bajad el puente —ordenó Tyrion.

—La reina ha dado órdenes de levantar el puente por la noche.

Ser Meryn siempre había sido el títere de Cersei.

—La reina duerme, y tengo cosas que tratar con mi padre.

El nombre de lord Tywin Lannister tenía algo de mágico. Rezongando, ser Meryn Trant dio la orden y bajaron el puente levadizo. Había un segundo caballero de la Guardia Real custodiando el otro lado del foso. Ser Osmund Kettleblack compuso una expresión sonriente cuando vio que Tyrion avanzaba cojeante hacia él.

—¿Os sentís más fuerte, mi señor?

—Mucho más. ¿Cuándo es la próxima batalla? Estoy impaciente por combatir.

Sin embargo, cuando Pod y él llegaron a los serpenteantes escalones, Tyrion solo pudo contemplarlos con angustia.

« No podré subir por mi cuenta», se confesó a sí mismo. Se tragó el orgullo y le pidió a Bronn que lo cargara, con la vana esperanza de que a aquella hora no hubiera nadie que pudiera verlo y reírse, nadie que contara la historia del enano al que llevaban en brazos escaleras arriba como a un bebé.

El patio exterior estaba repleto de docenas de tiendas de campaña y pabellones.

—Son hombres de Tyrell —explicó Podrick Payne mientras se abrían camino entre un laberinto de sedas y lonas—. También de lord Rowan y de lord Redwyne. No había espacio para todos. Quiero decir, en el castillo. Algunos han

alquilado habitaciones. En la ciudad. En posadas y lugares así. Han venido para la boda. La boda del rey, del rey Joffrey. ¿Estaréis lo bastante restablecido para asistir, mi señor?

—Ni una manada de comadrejas carroñeras podría impedirlo.

Era una de las ventajas que tenían las bodas sobre las batallas: las posibilidades de que alguien le cortara a uno la nariz eran inferiores.

La luz ardía aún débilmente tras las ventanas encortinadas de la Torre de la Mano. Los hombres que custodiaban la puerta llevaban las capas carmesí y los yelmos con el león propios de la guardia personal de su padre. Tyrion los conocía a ambos, y le permitieron pasar al verlo... aunque se dio cuenta de que ninguno podía mirarlo fijamente a la cara.

Dentro se encontraron con ser Addam Marbrand, que bajaba la escalera de caracol; llevaba el peto negro decorado y la capa dorada de los oficiales de la Guardia de la Ciudad.

—Mi señor —dijo—. Cuánto me alegro de volver a veros en pie. Había oído...

—¿Rumores de que estaban cavando una tumba pequeña? Yo también, y dadas las circunstancias, lo mejor era que me levantase. Tengo entendido que sois el comandante de la Guardia de la Ciudad. ¿Debo daros mi enhorabuena o mis condolencias?

—Me temo que ambas cosas. —Ser Addam sonrió—. La muerte y la deserción me han dejado con cuatro mil cuatrocientos hombres. Solo los dioses y Meñique saben cómo vamos a poder pagar la soldada de tanta gente, pero vuestra hermana me prohíbe que licencie a ninguno.

« ¿Sigues nerviosa, Cersei? La batalla ha terminado; los capas doradas ya no te van a ayudar» .

—¿Habéis estado con mi padre? —preguntó Tyrion.

—Sí. Siento deciros que no está del mejor de los talantes. Lord Tywin considera que cuatro mil cuatrocientos guardias son más que suficientes para hallar a un escudero desaparecido, pero vuestro primo Tyrek sigue extraviado.

Tyrek era un chico de trece años, hijo de su difunto tío Tygett. Había desaparecido durante los disturbios, poco después de desposarse con lady Ermesande, una niña de pecho, que además era la única heredera superviviente de la casa Hayford.

« Y, posiblemente, la primera novia en la historia de los Siete Reinos que se queda viuda antes de que la desteten» .

—Yo tampoco pude dar con él —confesó Tyrion.

—Está dando de comer a los gusanos —dijo Bronn, con su delicadeza habitual —. Mano de Hierro lo estuvo buscando, y el eunuco prometió una bolsa bien llena. No tuvieron más suerte que nosotros. No insistáis.

—En lo que se refiere a los que llevan su sangre, lord Tywin es muy terco —

dijo ser Addam, mirando con repugnancia al mercenario—. Quiere al chico, vivo o muerto, y tengo la intención de cumplir su voluntad. —Miró de nuevo a Tyrion—. Hallaréis a vuestro padre en sus aposentos.

« Mis aposentos» , pensó Tyrion.

—Ya conozco el camino.

El camino implicaba subir muchos peldaños más, pero esta vez lo hizo por sí mismo, con una mano en el hombro de Pod. Bronn le abrió la puerta. Lord Tywin Lannister estaba sentado al pie de la ventana, escribiendo a la luz de una lámpara de aceite. Al oír el sonido del picaporte levantó la vista.

—Tyrion. —Dejó la pluma a un lado con gesto sereno.

—Me complace que os acordéis de mí, mi señor. —Tyrion soltó el hombro de Pod, apoyó el peso en el bastón y avanzó unos pasos. « Algo anda mal» , comprendió enseguida.

—Ser Bronn —dijo lord Tywin—, Podrick, quizás será mejor que esperéis fuera a que terminemos.

La mirada que Bronn le dedicó a la mano fue punto menos que insolente; sin embargo, se inclinó y salió de la habitación, con Pod pisándole los talones. La pesada puerta se cerró a sus espaldas, y Tyrion Lannister se quedó a solas con su padre. El frío se hacía sentir en la habitación, a pesar de que las ventanas estaban cerradas por la noche.

« ¿Qué mentiras le habrá estado contando Cersei?». El señor de Roca Casterly era tan esbelto como un hombre veinte años más joven e incluso, a su modo austero, resultaba apuesto. Tenía las mejillas cubiertas por patillas rubias de pelo hirsuto que enmarcaban un rostro severo, un cráneo calvo y una boca dura. En torno al cuello llevaba una cadena de manos doradas: los dedos de una agarraban la muñeca de la siguiente.

—Hermosa cadena —dijo Tyrion. « Aunque a mí me sentaba mejor» .

—Será mejor que te sientes —dijo lord Tywin, haciendo caso omiso de la ironía—. ¿Crees razonable haberte levantado de la cama, dada tu enfermedad?

—Mi enfermedad me pone enfermo. —Tyrion sabía cuánto despreciaba su padre la debilidad; se sentó en la silla más cercana—. Tienes unos aposentos maravillosos. ¿Te puedes creer que, mientras me estaba muriendo, alguien me trasladó a una celda pequeña y oscura en el Torreón de Maegor?

—La Fortaleza Roja está repleta de invitados para la boda. Cuando se marchen te buscaremos habitaciones más adecuadas.

—Me gustaban mucho estas habitaciones. ¿Le has puesto fecha a esa gran boda?

—Joffrey y Margaery se casarán el primer día del nuevo año, que resulta ser el primer día del próximo siglo. La ceremonia será el anuncio de la llegada de una nueva era.

« Una nueva era Lannister» , pensó Tyrion.

—Vaya, pues ya tenía otros planes para ese día.

—¿Has venido solamente para quejarte de tu dormitorio y soltar tus patéticos chistes? Tengo que terminar unas cartas muy importantes.

—Muy importantes. Seguro que sí.

—Algunas batallas se ganan con espadas y lanzas; otras, con plumas y cuervos. No me vengas con reproches, Tyrion. Acudí a tu lecho tanto como lo permitió el maestre Ballabar cuando parecía que ibas a morir. —Cruzó los dedos bajo la barbilla—. ¿Por qué echaste a Ballabar?

—El maestre Frenken no está tan decidido a mantenerme inconsciente —respondió Tyrion encogiéndose de hombros.

—Ballabar llegó a la ciudad en la comitiva de lord Redwyne. Se dice que es un sanador de gran talento. Cersei tuvo la bondad de pedirle que te atendiera. Temía por tu vida.

«Querrás decir que temía que me mantuviera con vida».

—Sin duda, ese es el motivo por el que no se apartó ni un instante de mi lecho.

—No seas impertinente. Cersei tiene que organizar una boda real; yo estoy llevando a cabo una guerra, y tú llevas al menos quince días fuera de peligro. —Lord Tywin estudió el rostro desfigurado de su hijo, sin permitir que sus ojos verdes parpadearan—. La herida es espantosa, eso sí. ¿Qué locura se apoderó de tí?

—El enemigo estaba a las puertas con un ariete. Si Jaime hubiera liderado la incursión, dirías que se trataba de valor.

—Jaime no cometería la idiotez de quitarse el yelmo durante una batalla. Confío en que hayas matado al hombre que te hirió.

—Desde luego, el muy miserable está bien muerto. —Aunque había sido Podrick Payne quien mató a ser Mandon, echándolo al río para que se ahogara bajo el peso de la armadura—. Un enemigo muerto es una alegría eterna —dijo con despreocupación, aunque ser Mandon no había sido su verdadero enemigo. Aquel hombre carecía de razones para querer verlo muerto. «Era solo el ejecutor, y creo que sé quién lo envió. Ella le dijo que se cerciorara de que yo no sobreviviera a la batalla». Pero sin pruebas, lord Tywin no prestaría oídos a semejante acusación—. ¿Por qué estás en la ciudad, padre? —preguntó—. ¿No deberías estar peleando contra lord Stannis, Robb Stark o cualquier otro?

«Y cuanto antes, mejor».

—Mientras lord Redwyne no traiga su flota, carecemos de naves para asaltar Rocadragón. No tiene importancia. El sol de Stannis Baratheon se puso en el Aguasnegras. Y en lo que respecta a Stark, el chico aún está al oeste, pero un gran ejército de norteños, liderado por Helman Tallhart y Robett Glover, baja hacia el Valle Oscuro. He enviado a lord Tarly para que lo intercepte, mientras ser Gregor sube por el camino Real para cortarle la retirada. Tallhart y Glover quedarán atrapados entre ellos con la tercera parte de los efectivos de Stark.

—¿El Valle Oscuro? —En el Valle Oscuro no había nada digno de aquel riesgo. ¿Se habría equivocado por fin el Joven Lobo?

—No es nada de lo que tengas que ocuparte. Tienes en el rostro una palidez mortal, y la sangre te empapa las vendas. Di lo que deseas y regresa a la cama.

—Lo que deseo... —Sintió la garganta cerrada y en carne viva. ¿Qué deseaba? «Más de lo que tú podrías darme, padre» —. Pod me dice que Menique ha sido nombrado señor de Harrenhal.

—Un título vacío mientras Roose Bolton domine el castillo en nombre de Robb Stark, pero lord Baelish anhelaba el título. Nos prestó grandes servicios en lo relativo a la boda de Tyrell. Los Lannister pagan sus deudas.

La unión matrimonial con la casa Tyrell había sido en realidad idea de Tyrion, pero alegarlo en aquel momento parecería grosero.

—Ese título podría no ser tan vano como crees —previno—. Menique no hace nada sin un buen motivo. Pero que sea lo que tenga que ser. Has dicho algo sobre pagar deudas, ¿verdad?

—Y tú quieres tu propia recompensa, ¿no? Muy bien. ¿Qué quieres de mí? ¿Tierras, un castillo, algún cargo?

—Un poco de gratitud no estaría mal, para empezar.

—Los titiriteros y los monos necesitan aplausos —dijo lord Tywin, mirándolo sin pestañear—. Lo mismo que quería Aerys, por cierto. Tú hiciste lo que te ordenaron, y estoy seguro que pusiste en ello todo tu talento. Nadie niega el papel que has desempeñado.

—¿El papel que he desempeñado? —Los restos de nariz del rostro de Tyrion debieron de encenderse—. Te he salvado esta mierda de ciudad.

—Mucha gente considera que fue mi ataque contra el flanco de lord Stannis lo que hizo cambiar la suerte de la batalla. Los señores Tyrell, Rowan, Redwynne y Tarly combatieron también con valor, y me dicen que fue tu hermana Cersei la que hizo que los piromantes prepararan el fuego valyrio que destruyó la flota Baratheon.

—Mientras que lo único que yo hice fue recortarme los pelos de la nariz, ¿no?

—Tyrion no pudo impedir que la amargura le aflorara a la voz.

—Esa cadena tuya fue un golpe muy astuto y resultó crucial para nuestra victoria. ¿Eso es lo que querías oír? Me han dicho que también hay que agradecerte nuestra alianza con los dornienses. Supongo que te alegrará saber que Myrcella ha llegado sana y salva a Lanza del Sol. Ser Arys Oakheart escribe que le ha tomado mucho cariño a la princesa Arianne y que el príncipe Trystane está encantado con ella. No me gusta entregar un rehén a la casa Martell, pero me imagino que era inevitable.

—Nosotros también tendremos un rehén —dijo Tyrion—. En el trato estaba incluido un asiento en el Consejo. A no ser que el príncipe Doran traiga un ejército cuando venga a reclamar ese asiento, quedará en nuestro poder.

—Ojalá lo único que quieran exigir los Martell sea un asiento en el Consejo —dijo lord Tywin—. Tú también le prometiste venganza.

—Le prometí justicia.

—Llámalo como quieras. A fin de cuentas, se reduce a sangre.

—No es un artículo que escasee, ¿verdad? Durante la batalla, crucé lagos de sangre. —Tyrian no veía ningún motivo para eludir el centro de la cuestión—. ¿O acaso le has cogido tanto cariño a Gregor Clegane que no podrías soportar separarte de él?

—Ser Gregor tiene sus cosas, igual que las tenía su hermano. Todo señor necesita una bestia de vez en cuando... Una lección que pareces haber aprendido, a juzgar por ser Bronn y esos hombres de los clanes.

Tyrian pensó en el ojo quemado de Timett, en Shagga con su hacha, en Chella con su collar de orejas secas. Y en Bronn. Sobre todo en Bronn.

—Los bosques están llenos de bestias —le recordó a su padre—. Y los callejones, también.

—Es verdad. Quizá otros perros puedan cazar igual de bien. Lo pensaré. Si no hay nada más...

—Tienes cartas importantes, claro. —Tyrian se incorporó sobre las piernas vacilantes, cerró los ojos un instante, mientras una oleada de mareo lo sacudía, y dio un paso tembloroso hacia la puerta. Más tarde pensó que debería haber dado un segundo paso y un tercero. Sin embargo, se volvió—. ¿Qué qué quiero pedirte? Te diré lo que quiero. Quiero lo que me pertenece por derecho. Quiero Roca Casterly.

—¿Lo que es de tu hermano por nacimiento? —preguntó su padre con dureza.

—Los caballeros de la Guardia Real tienen prohibido casarse, tener hijos y poseer tierras; eso lo sabes tan bien como yo. El día en que Jaime vistió esa capa blanca renunció a sus derechos sobre Roca Casterly, pero no lo has reconocido nunca. El tiempo ha pasado. Quiero que, en presencia del reino, proclames que soy tu hijo y tu heredero legítimo.

Los ojos de lord Tywin eran de un verde claro con puntitos dorados, tan luminosos como implacables.

—Roca Casterly —declaró con una voz llana, fría y apagada. Y añadió—: Nunca.

La palabra quedó colgando entre ambos, enorme, hiriente, emponzoñada...

« Sabía la respuesta antes de pedirlo —pensó Tyrion—. Han pasado dieciocho años desde que Jaime se unió a la Guardia Real, pero no he mencionado nunca el tema. Debí haberlo sabido. Debí haberlo sabido desde siempre» .

—¿Por qué? —Se obligó a preguntar, aunque sabía que se arrepentiría.

—¿Aún lo preguntas? ¿Tú, que mataste a tu madre para venir al mundo? Eres una criatura deforme, taimada, desobediente, dañina, llena de envidia, luxuria y malos instintos. Las leyes de los hombres te dan derecho a llevar mi nombre y

lucir mis colores, ya que no puedo demostrar que no seas mío. Para darme lecciones de humildad, los dioses me han condenado a ver cómo te contoneas, mientras exhibes ese orgulloso león que fue blasón de mi padre, y de su padre antes que suyo. Pero ni los dioses ni los hombres podrán obligarme a permitir que conviertas Roca Casterly en tu lupanar.

—¿Mi lupanar? —Por fin se hizo la luz; Tyrion comprendió en aquel momento de dónde había salido toda aquella bilis. Apretó los dientes—. ¿Cersei te ha hablado de Alayaya?

—¿Se llama así? Reconozco que soy incapaz de recordar los nombres de todas tus putas. ¿Quién era aquella con la que te casaste de niño?

—Tysha —escupió la respuesta, desafiante.

—¿Y la que iba detrás del campamento, en el Forca Verde?

—¿Y qué te importa? —preguntó, negándose a pronunciar el nombre de Shae en presencia de su padre.

—Nada. Lo mismo que me importa que vivan o mueran.

—Fuiste tú quien hizo azotar a Yaya. —No se trataba de una pregunta.

—Tu hermana me habló de tus amenazas contra mis nietos. —La voz de lord Tywin era más fría que el hielo—. ¿Mintió acaso?

—Proferí amenazas, sí. —Tyrion no lo iba a negar—. Para mantener a salvo a Alayaya. Para que los Kettleblack no abusaran de ella.

—¿Para salvar la virtud de una ramera amenazaste a tu casa, a tu sangre? ¿Así se hacen las cosas?

—Fuiste tú quien me enseñó que una buena amenaza, a veces, dice más que un golpe. Y no es porque Joffrey no me haya hecho perder la paciencia cientos de veces. Si tantas ganas tienes de flagelar a alguien, empieza por él. Pero Tommen... ¿por qué iba a hacerle daño a Tommen? Es un buen chico y lleva mi sangre.

—Igual que tu madre. —Lord Tywin se alzó bruscamente como una torre junto a su hijo enano—. Regresa a tu cama, Tyrion, y no vuelvas a hablarme de tus derechos sobre Roca Casterly. Tendrás tu recompensa, pero será la que yo considere apropiada a tus servicios y tu situación. Y no te equivoques: esta será la última vez que soportaré que avergüences a la casa Lannister. No tendrás más putas. A la próxima que encuentre en tu cama, la colgaré.

Contempló durante bastante tiempo cómo crecía la vela mientras decidía si prefería la muerte o la vida.

Sabía que sería más fácil morir. Todo lo que tenía que hacer era arrastrarse de nuevo hasta la cueva y dejar que la nave pasara de largo, y la muerte lo encontraría. La fiebre llevaba varios días consumiéndolo, convirtiéndole las tripas en agua marrón y obligándolo a tiritar en un duermevela agotador. Cada mañana estaba más débil.

« Ya no falta mucho» , se repetía.

Si la fiebre no lo mataba, sin duda lo mataría la sed. Allí no tenía agua fresca, a no ser por la escasa lluvia que se acumulaba en los agujeros de la roca. Solo tres días antes (¿o serían cuatro?; en la roca era difícil distinguir un día de otro), los agujeros habían estado secos como huesos viejos, y la visión del agua de la bahía verde y gris que lo rodeaba casi había sido más de lo que podía soportar. Una vez comenzara a beber agua de mar, el final llegaría con celeridad, lo sabía, pero de todos modos tenía la garganta tan reseca que había estado a punto de beber aquel primer trago. Un súbito chaparrón lo había salvado. En aquel momento estaba tan débil que lo único que pudo hacer fue tumbarse bajo la lluvia con los ojos cerrados y la boca abierta, y dejar que el agua le cayera sobre los labios agrietados y la lengua hinchada. Pero después se sintió un poco más fuerte, y los charcos, hendiduras y grietas de la isla volvieron ofrecerle la vida una vez más.

Pero aquello había sido hacia ya tres días, quizás cuatro, y no quedaba casi agua. Una parte se había evaporado, y él se había bebido el resto. Por la mañana estaría de nuevo lamiendo el fango y las piedras frías y húmedas, en el fondo de las hondonadas.

Y si no lo mataban la sed o la fiebre, el hambre acabaría con él. Su isla no era más que un peñasco árido que sobresalía en la inmensidad de la bahía del Aguasnegras. Cuando la marea estaba baja, en ocasiones podía encontrar unos cangrejitos minúsculos en la franja rocosa a la que lo había llevado la corriente tras la batalla. Le daban pellizcos dolorosos en los dedos antes de que los aplastara contra las rocas para chupar la carne de las tenazas y las tripas de los carapachos.

Pero la playa desaparecía cuando la marea comenzaba a subir, y Davos tenía que trepar por las rocas para evitar que el agua lo barriera de nuevo a la bahía. La altura del islote con la marea alta era de unas siete varas sobre el nivel del mar, pero cuando las aguas se agitaban, las salpicaduras llegaban mucho más arriba, así que no tenía manera de mantenerse seco ni siquiera en su caverna (que, en realidad, no era más que un hueco en la roca, bajo un saliente). Solo crecían liquenes en aquel peñasco, y hasta las aves marinas eludían el lugar. De

vez en cuando, alguna gaviota se posaba en la cima de la roca, y Davos intentaba cazarla, pero las aves eran demasiado rápidas y no le permitían acercarse. Se dedicó a tirarles piedras, pero estaba demasiado débil para lanzarlas con fuerza, así que incluso cuando lograba darle a una gaviota, esta se limitaba a graznar asustada y después salía volando.

Desde su refugio se veían otras rocas, distantes montículos de piedra más altos que el suyo. El más cercano se elevaba unas veinte varas sobre el agua, calculaba, aunque a aquella distancia no era fácil estar muy seguro. Una nube de gaviotas se posaba allí constantemente, y con frecuencia, Davos pensó en ir a robar los nidos. Pero el agua estaba fría; las corrientes eran traicioneras, y sabía que carecía de fuerzas para nadar aquel trecho. Si lo intentaba moriría con tanta seguridad como si bebiera agua salada.

En el mar Angosto, el otoño era húmedo y lluvioso, lo recordaba de años anteriores. Los días no eran malos siempre que brillara el sol, pero las noches se volvían cada vez más frías, y a veces, el viento barría la bahía, arreando por delante una franja de cabrillas, y Davos no tardaba en encontrarse empapado y tembloroso. La fiebre y los escalofríos lo asaltaban por turno, y sufría ataques de una tos ronca y persistente.

La única protección con la que contaba era su caverna, y resultaba demasiado pequeña. Durante la marea baja, a la orilla rocosa llegaban trozos de madera a la deriva o restos carbonizados de naves, pero Davos no tenía manera de conseguir una chispa para hacer fuego. En cierta ocasión, desesperado, había intentado frotar dos trozos de madera, uno contra el otro, pero estaban podridos, y sus esfuerzos solo dieron como fruto abundantes ampollas. También tenía la ropa empapada, y en la bahía había perdido una bota antes de que el agua lo arrastrara al peñasco.

La sed, el hambre y la intemperie: aquellos eran sus compañeros hora tras hora, día tras día, y ya había llegado a considerarlos sus amigos. Muy pronto, alguno de aquellos amigos se compadecería de él y lo liberaría de su sufrimiento interminable. O quizás, sencillamente, un día se echaría al agua y comenzaría a nadar hacia la orilla que, bien lo sabía, se encontraba al norte, en alguna parte, más allá de su campo de visión. Demasiado lejos para nadar, tan débil como estaba, pero aquello no le importaba. Davos siempre había sido marino; estaba destinado a morir en el mar.

«Los dioses que viven bajo el agua me han estado esperando —se dijo—. Hace mucho que debí ir a reunirme con ellos».

Pero allí estaba, una vela; solo una manchita en el horizonte, aunque se iba haciendo más grande.

«Una nave, donde no debería haber naves». Sabía dónde se hallaba su roca, más o menos; era uno de los muchos promontorios que se alzaban en la bahía del Aguasnegras. El más alto de todos se erguía unas cincuenta varas por encima de

las aguas, y una docena de peñascos menores sobresalía entre quince y treinta varas. Los marineros los denominaban *Arpones del Rey Pescadilla*, y sabían que por cada uno que asomaba por encima de la superficie, una docena más acechaba debajo. Todo capitán con sentido común mantenía un rumbo bien apartado de ellos.

Davos, con los ojos claros enrojecidos, vio cómo se hinchaba la vela y trató de captar el sonido del viento atrapado en la lona. «Viene en esta dirección». A no ser que cambiara de rumbo repentinamente, pasaría tan cerca de su miserable refugio que podrían oírlo. Aquello podía significar la vida. En caso de que quisiera seguir viviendo. Y no estaba muy seguro.

«¿Para qué voy a vivir? —pensó mientras las lágrimas le nublaban la vista—. Sed benévolos, dioses. ¿Para qué? Mis hijos están muertos: Dale y Allard, Maric y Matthos, quizás también Devan. ¿Cómo puede sobrevivir un padre a tantos hijos jóvenes y fuertes? ¿Cómo podré seguir adelante? Soy un carapacho vacío, el cangrejo ha muerto y no queda nada dentro. ¿Acaso no lo veis?».

Habían subido por el río Aguasnegras haciendo temblar el corazón llameante del Señor de Luz. Davos y la *Betha Negra* habían permanecido en la segunda línea de batalla, entre la *Espectro* de Dale y la *Lady Marya* de Allard. Maric, su tercer hijo, era el capataz de remeros de la *Furia*, en el centro de la primera línea, mientras que Matthos era el segundo de a bordo de su padre. Bajo las murallas de la Fortaleza Roja, las galeras de Stannis Baratheon habían entrado en batalla con la flota más pequeña de Joffrey, el niño rey, y durante unos breves momentos, el río había vibrado con el sonido de las cuerdas de los arcos y el crujido de los arietes de hierro, destrozando tanto remos como cascós de naves.

Y de repente, una enorme bestia soltó un rugido, y se vieron rodeados por llamaradas verdes: fuego valyrio, orina de piromantes, el demonio de jade... Matthos estaba de pie a su lado sobre la cubierta de la *Betha Negra* cuando la nave pareció elevarse sobre el agua. Davos fue a parar al río, donde se debatió impotente, arrastrado por una corriente que lo sacudía. Río arriba, las llamas de veinticinco varas de altura se habían alzado hacia el cielo. Había visto arder la *Betha Negra*, la *Furia* y una docena más de naves; había visto a hombres en llamas que saltaban al agua para morir ahogados. La *Espectro* y la *Lady Marya* desaparecieron, hundidas, destrozadas o tragadas por el velo de fuego valyrio, y no había tiempo para buscarlas, porque la desembocadura del río se aproximaba, y los Lannister habían levantado allí una enorme cadena de hierro. De orilla a orilla no había otra cosa que naves ardiendo y fuego valyrio. Aquella visión le heló el corazón, y aún recordaba los sonidos: el chisporroteo de las llamas, el siseo del vapor, los gritos de los moribundos... y el golpe de aquel calor horrible contra el rostro mientras la corriente lo arrastraba hacia el infierno.

Lo único que tenía que hacer era quedarse quieto. Unos momentos más y

estaría con sus hijos, reposando sobre el frío limo negro del fondo de la bahía, mientras los peces le mordisqueaban la cara.

Sin embargo, aspiró todo el aire que pudo y se sumergió en busca del lecho del río. Su única esperanza consistía en pasar por debajo de la cadena, las naves en llamas y el fuego valyrio que flotaba en la superficie del agua, en nadar deprisa hacia la seguridad de la bahía, al otro lado. Davos siempre había sido un buen nadador, y aquel día no llevaba ninguna prenda metálica, salvo el yelmo que había perdido junto con la *Betha Negra*. Mientras cortaba el agua, verde y turbia, vio a otros hombres que pataleaban bajo la superficie, arrastrados hacia el fondo por el peso de la cota y la armadura. Davos los dejó atrás, impulsándose con toda la fuerza que le quedaba en las piernas y dejándose llevar por la corriente con los ojos llenos de agua. Bajó más, y más, y más todavía. A cada brazada se le hacía más difícil retener el aliento. Recordó haber visto el fondo, blando y oscuro, cuando un chorro de burbujas se le escapó de la boca. Tocó algo con una pierna... un obstáculo, un pez o quizás un hombre que se ahogaba, nunca lo supo.

En aquel momento necesitaba aire, pero tenía miedo. ¿Habría dejado atrás la cadena? ¿Estaría ya en la bahía? Si emergía bajo una nave, se ahogaría, y si llegaba a la superficie entre las manchas ardientes de fuego valyrio, al tomar aire se le calcinarían los pulmones. Se revolvió en el agua para mirar hacia arriba, pero salvo una verdosa oscuridad no había nada más que ver; giró con demasiada velocidad y, de repente, ya no habría sabido decir dónde estaba la superficie y dónde el fondo. Le entró pánico. Revolvió el fondo del río con las manos y levantó una nube de limo que lo cegó. Parecía que el pecho le iba a estallar. Manoteó en el agua, movió las piernas, empujó y giró mientras sus pulmones exigían aire, se impulsó con las piernas perdido en las tinieblas del río, siguió, siguió y siguió hasta que no tuvo más fuerzas. Cuando abrió la boca para gritar, le entró agua con sabor a sal, y Davos Seaworth supo que se estaba ahogando.

Lo siguiente que recordaba era el sol en lo alto y él sobre una playa de piedras, al pie de un montículo rocoso rodeado por la desierta bahía, con un mástil roto, una vela quemada y un cadáver hinchado a su lado. El mástil, la vela y el cadáver desaparecieron con la siguiente marea alta, dejando a Davos solo en su roca entre los Arpones del Rey Pescadilla.

Sus muchos años como contrabandista le habían hecho conocer las aguas en torno a Desembarco del Rey mejor que cualquiera de las casas donde había vivido, y sabía que su refugio no era más que un puntito en las cartas de navegación, en una zona de la que los marineros se apartaban sin aproximarse nunca... Aunque por ser un buen lugar para esconderse, el propio Davos había pasado por allí un par de veces en sus años de contrabandista.

«Cuando me encuentren aquí, muerto, si me encuentran alguna vez, quizás le

pongan mi nombre a esta roca —pensó—. La llamarán Roca Cebolla; será mi lápida y mi legado». No merecía otra cosa.

« El padre protege a sus hijos», enseñaban los septones, pero Davos había llevado a sus hijos al fuego. Dale no le daría nunca a su esposa el hijo por el que habían rezado, y Allard, con su chica en Antigua, su chica en Desembarco del Rey y su chica en Braavos, solo dejaría atrás mujeres sollozantes. Mathos no sería nunca capitán de una nave propia, como había soñado. Maric no sería nunca armado caballero.

« ¿Cómo puedo vivir si todos ellos han muerto? Han caído tantos caballeros valientes y señores poderosos, hombres de alta cuna, mejores que yo... Méttete dentro de tu cueva, Davos. Métete ahí y hazte un ovillo; deja que la nave se vaya y nadie te molestará nunca más. Duerme sobre tu almohada de piedra y deja que las gaviotas te picoteen los ojos mientras los cangrejos te devoran. Se lo debes a ellos, a los que tantas veces has devorado. Escóndete, contrabandista. Escóndete, calla y muere».

La vela estaba casi a su altura. Un momento más y la nave pasaría de largo, y él podría morir en paz.

Se llevó la mano a la garganta en busca del saquito de cuero que siempre llevaba al cuello. Dentro conservaba los huesos de los cuatro dedos que su rey le había cortado el día que lo armó caballero. « Mi buena suerte». Los muñones de los dedos palparon el pecho y buscaron, sin encontrar nada. El saquito había desaparecido y con él, las falanges. Stannis no había comprendido nunca por qué Davos conservaba aquellos huesos.

—Para acordarme de la justicia de mi rey —masculló entre los labios agrietados. Pero los había perdido—. El fuego se llevó mi suerte junto con mis hijos. —En sus sueños, el río aún seguía en llamas, y sobre las aguas bailaban demonios con feroces látigos en las manos mientras los hombres ardían y se carbonizaban bajo su azote—. Madre, sálvame —imploró Davos—. Sálvame, dulce Madre, salvanos a todos. Me ha abandonado la suerte y he perdido a mis hijos. —Lloraba a lágrima viva y las lágrimas saladas le corrían por las mejillas—. El fuego se lo ha llevado todo... El fuego...

Quizá fuera el viento que golpeaba la roca, o el sonido del mar en la orilla, pero durante un instante, Davos Seaworth oyó que ella respondía.

—Tú convocaste el fuego —le susurró, con una voz tan débil como el sonido de las olas en una caracola, con dulzura y tristeza—. Tú nos quemaste... nos quemaste... nosss quemaaassste...

—¡Fue ella! —gritó Davos—. Madre, no nos abandones. Fue ella quien te quemó: Melisandre, la mujer roja, ¡fue ella!

La veía como si la tuviera delante, con aquella cara con forma de corazón, los ojos rojos, el cabello cobrizo y largo, las túnicas rojas que se movían como llamas cuando andaba, en un remolino de seda y satén... Había llegado de

Asshai, del este, había entrado en Rocadragón y había conquistado a Selyse y a los hombres de la reina para su dios extranjero, y después hasta al rey, al propio Stannis Baratheon, que había llegado incluso a poner en su estandarte el corazón llameante, el corazón llameante de R'hllor, Señor de Luz y Dios de la Llama y la Sombra. A petición de Melisandre había sacado a los Siete del septo de Rocadragón y los había quemado delante de las puertas del castillo; después había quemado también el bosque de dioses de Bastión de Tormentas, así como el árbol corazón, un enorme arciano blanco con un rostro solemne.

—Fue obra de ella —repitió Davos, con voz más débil.

«Obra de ella y también tuya, Caballero de la Cebolla. Tú remaste para llevarla a Bastión de Tormentas en la oscuridad de la noche, para que pudiera dar a luz a su hijo de la penumbra. No estás libre de culpa, no. Cabalgaste bajo su bandera y la hiciste ondear en tu mástil. Contemplaste cómo los Siete ardían en Rocadragón y no hiciste nada. Ella echó al fuego la justicia del Padre, la misericordia de la Madre y la sabiduría de la Vieja. Al Herrero y al Desconocido, a la Doncella y al Guerrero; ella los quemó a todos para gloria de su cruel dios, y tú estabas allí, en silencio. Y cuando mató al viejo maestre Cressen... Ni siquiera entonces hiciste nada».

La vela estaba a cien varas de distancia y atravesaba la bahía con presteza. En unos instantes lo habría pasado de largo y se alejaría.

Ser Davos Seaworth empezó a escalar su roca.

Se aferraba con manos temblorosas y la cabeza nublada por la fiebre. En dos ocasiones, los dedos mutilados resbalaron en la piedra húmeda, y estuvo a punto de caer, pero se las arregló para seguir agarrado. Si caía podía darse por muerto, y tenía que vivir. Al menos un poco más de tiempo. Había algo que tenía que hacer.

La cima de la roca era demasiado pequeña para erguirse sobre ella con seguridad, sobre todo estando tan débil, así que permaneció agachado y sacudió los brazos descarnados.

—¡Ah del barco! —gritó al viento—. ¡Ah del barco, aquí! ¡Aquí! —Desde allí arriba podía verlo con más claridad; el casco esbelto a franjas, el mascarón de bronce y la vela hinchada. Había un nombre pintado en el casco, pero Davos no sabía leer—. ¡Ah del barco! —volvió a gritar—. ¡Auxilio, AUXILIO!

Uno de los tripulantes, en el castillo de proa, lo vio y lo señaló. Davos alcanzó a ver a otros marinos correr a la borda para echarle un vistazo. Un instante después arriaron la vela de la galera y sacaron los remos, y la nave viró y puso proa hacia su refugio. Era demasiado grande para acercarse mucho a la roca, pero a unas treinta varas echaron un bote pequeño al agua. Davos se agarró a la roca y vio cómo el bote se aproximaba. Cuatro hombres remaban, y un quinto iba en la proa.

—Tú —gritó el quinto hombre cuando estuvieron a muy poca distancia de la

isla—. Tú, el de la roca, ¿quién eres?

« Un contrabandista que se alzó por encima de sus posibilidades —pensó Davos—, un imbécil que amaba demasiado a su rey y olvidó a sus dioses» .

—Soy... —Tenía la garganta seca y se había olvidado de hablar. Las palabras le causaban una extraña sensación en la lengua y le sonaban más extrañas aún en los oídos—. Yo estaba en la batalla. Era... capitán... caballero, era caballero.

—Sí, mi señor —respondió el hombre—. ¿Al servicio de qué rey?

De repente se dio cuenta de que la galera debía de ser de las de Joffrey. Si pronunciaba en aquel momento el nombre que no debía, lo abandonarían a su destino. Pero no; el casco tenía franjas. Era una nave lysena, de Salladhor Saan. La Madre la había enviado allí, la Madre misericordiosa. Ella tenía una misión para él.

« Stannis vive —supo entonces—. Todavía tengo un rey. E hijos. Tengo otros hijos y una esposa fiel que me quiere» . ¿Cómo había podido olvidarse de aquello? La Madre era misericordiosa, sin lugar a duda.

—De Stannis —les gritó a los lysenos—. Benditos sean los dioses, sirvo al rey Stannis.

—Excelente —replicó el hombre del bote—, nosotros también.

La invitación parecía de lo más inocente, pero cada vez que Sansa la leía, sentía una punzada en la boca del estómago.

« Ahora va a ser reina; es hermosa y rica, y todos la adoran. ¿Por qué quiere cenar con la hija de un traidor? —Supuso que sería por curiosidad; quizás Margaery Tyrell quería conocer de cerca a la rival que había desplazado—. ¿Estará resentida conmigo? ¿Creerá que le deseo algún mal...?» .

Sansa había contemplado desde las murallas del castillo el ascenso de Margaery Tyrell y su escolta a la Colina Alta de Aegon. Joffrey había recibido a su futura esposa en la puerta del Rey para darle la bienvenida a la ciudad, y desde allí cabalgaron juntos entre las ovaciones de la multitud; Joff resplandecía en una armadura con filigrana de oro, y la joven Tyrell estaba espléndida con su vestido verde y una capa de flores otoñales que le colgaba desde los hombros. Tenía dieciséis años, y cabello y ojos castaños, y era esbelta y bella. La gente gritaba su nombre a su paso; levantaban a los niños para que ella los bendijera y le lanzaban flores bajo los cascos del caballo. Su madre y su abuela los seguían a corta distancia en una carroza de grandes ruedas cuyos costados estaban tallados con cien rosas entrelazadas, cubiertas de brillante pan de oro. El pueblo también las aclamaba a ellas.

« El mismo pueblo que me tiró del caballo y me habría matado, de no ser por el Perro. —Sansa no había hecho nada para merecer el odio del pueblo, de la misma manera que Margaery Tyrell no había hecho nada para ganarse su amor —. ¿Querrá que yo también la ame? —Estudió la invitación, que parecía escrita del puño y letra de Margaery—. ¿Querrá mi bendición?» . Se preguntó si Joffrey sabría algo de aquella cena. Que ella supiera, podía ser cosa suya. Aquel pensamiento la atemorizó. Si Joff estaba detrás de la invitación, tendría preparada alguna broma cruel para avergonzarla en presencia de la otra chica, de más edad que ella. ¿Le ordenaría de nuevo a algún miembro de su Guardia Real que la desnudara? La última vez que lo había hecho, su tío Tyrion lo había impedido, pero el Gomo no podía salvarla en aquel momento.

« Nadie más que mi Florian podría salvarme» . Ser Dontos había prometido que la ayudaría a escapar, pero tras la noche de bodas de Joffrey, no antes. Lo habían planeado todo detenidamente, su querido y devoto caballero devenido bufón se lo había asegurado; hasta aquel momento, no había nada que hacer más que soportarlo todo y contar los días.

« Y cenar con mi sustituta» .

Quizás estuviera siendo injusta con Margaery Tyrell. Quizás la invitación no fuera más que una simple cortesía, un acto de bondad. « Podría no ser más que una cena» . Pero estaba en la Fortaleza Roja; estaba en Desembarco del Rey, en la corte del rey Joffrey Baratheon, el primero de su nombre, y si una cosa había

aprendido Sansa Stark allí, era a desconfiar.

Pero, incluso así, debía aceptar. Ya no era nadie, solo la hija rechazada de un traidor, la hermana caída en desgracia de un señor rebelde. Difícilmente podría negarle nada a la futura reina de Joffrey.

«Quisiera que el Perro estuviera aquí». La noche de la batalla, Sandor Clegane había acudido a sus aposentos para sacarla de la ciudad, pero Sansa se había negado. A veces yacía despierta en medio de la noche, preguntándose si había actuado con sabiduría. Tenía su capa blanca manchada oculta en un cofre de cedro, debajo de las prendas veraniegas de seda. No habría sabido decir por qué la conservaba. El Perro se había acobardado, había oído decir; en el ardor de la batalla se emborrachó hasta tal punto que el Gnomo tuvo que hacerse cargo de sus hombres. Pero Sansa lo entendía. Conocía el secreto de su rostro quemado. «Solo temía al fuego». Aquella noche, el fuego valyrio había incendiado todo el río y había llenado el aire con llamaradas verdes. Incluso dentro del castillo, Sansa había sentido miedo. Fuera... no podía ni imaginarlo.

Suspiró, sacó pluma y papel, y compuso una gentil misiva de aceptación para Margaery Tyrell.

Cuando llegó la noche señalada, otro de los miembros de la Guardia Real acudió en su busca, un hombre tan diferente de Sandor Clegane como...

«Bueno, como una flor de un perro». Al ver a ser Loras Tyrell ante su puerta, a Sansa se le aceleró el corazón. Era la primera vez que estaba tan cerca de él desde su regreso a Desembarco del Rey, al frente de la vanguardia del ejército de su padre. Durante un momento, no supo qué decir.

—Ser Loras —logró articular finalmente—, tenéis... Tenéis un aspecto encantador.

—Mi señora es muy gentil —dijo él, devolviéndole una sonrisa enigmática—. Y muy hermosa. Mi hermana os aguarda con impaciencia.

—Oh, he esperado tanto esta cena...

—Igual que Margaery y mi señora abuela. —La tomó del brazo y la condujo hacia la escalera.

—¿Vuestra abuela?

Cuando ser Loras le tocaba el brazo, a Sansa se le hacía difícil caminar, conversar y pensar simultáneamente. Sentía el calor de su mano a través de la seda.

—Lady Olenna. Cenará también con vosotras.

—Oh —exclamó Sansa. «Estoy hablando con él, y me está tocando; me coge del brazo y me está tocando» —. La llaman la Reina de las Espinas, ¿no?

—Sí —rio ser Loras. «Tiene una risa tan agradable...», pensó mientras él seguía hablando—. Es mejor que no uséis ese apodo en presencia de ella, o podéis llevaros un pellizco.

Sansa se ruborizó. Hasta un idiota se habría dado cuenta de que a ninguna

mujer le gustaría que la llamasen la Reina de las Espinas.

« Quizá yo sea tan estúpida como dice Cersei Lannister». Intentó pensar algo a la desesperada, algo ingenioso y agradable que decirle, pero todo su talento se había esfumado. Estuvo a punto de comentarle cuán apuesto era, hasta que recordó que ya se lo había dicho.

Pero era verdad, ser Loras era guapo. Parecía más alto que cuando lo conoció, pero seguía siendo igual de gentil y esbelto, y Sansa jamás había visto a otro muchacho con unos ojos tan maravillosos.

« Pero no es un muchacho; es un hombre, un caballero de la Guardia Real». Pensó que el blanco le sentaba mejor aún que los ropajes verde y oro de la casa Tyrell. En aquel momento, el único detalle de color en su vestimenta era el broche con el que se sujetaba la capa; la rosa de Altojardín, fundida en oro fino y engarzada en un lecho de delicadas hojas de jade verde.

Ser Balon Swann abrió la puerta del Torreón de Maegor para que ambos pasaran. También vestía todo de blanco, pero no le quedaba ni la mitad de bien que a ser Loras. Más allá del foso lleno de picas, dos docenas de hombres practicaban con espadas y escudos. Con el castillo tan lleno de gente, habían asignado el patio exterior a los huéspedes, para que pudieran erigir sus tiendas de campaña y pabellones, y solo habían dejado para el entrenamiento los pequeños patios de armas. Uno de los gemelos Redwyne retrocedía bajo el ataque de ser Tallad, con los ojos clavados en su escudo. El pequeño y robusto ser Kennos de Kayce, que resoplaba y gemía cada vez que levantaba la espada larga, parecía aventajar a Osney Kettleblack; pero el hermano de Osney, ser Osflyd, castigaba duramente a Morros Slynt, un escudero con cara de rana. A pesar de que las espadas eran romas, Slynt tendría una buena colección de magulladuras a la mañana siguiente. Solo de contemplarlos, Sansa se encogía de dolor.

« Apenas han acabado de enterrar a los muertos de la batalla anterior y ya están practicando para la siguiente» .

En un rincón del patio, un caballero con un par de rosas doradas en el escudo mantenía a raya a tres adversarios. Mientras lo miraba, él logró acertar en la cabeza a uno de ellos, que cayó sin sentido.

—¿Ese es vuestro hermano? —preguntó Sansa.

—Así es, mi señora —dijo ser Loras—. Por lo general, Garlan se entrena combatiendo contra tres hombres, incluso contra cuatro. Dice que, en combate, rara vez se pelea contra uno solo, por lo que le gusta estar preparado.

—Debe de ser muy valiente.

—Es un gran caballero —replicó ser Loras—. En verdad, su espada es mucho mejor que la mía, aunque yo soy mejor lancero.

—Lo recuerdo —dijo Sansa—. Cabalgáis de maravilla.

—Sois muy gentil, mi señora. ¿Cuándo me habéis visto cabalgar?

—En el torneo de la mano, ¿no lo recordáis? Montabais un corcel blanco, y

vuestra armadura era de cien tipos diferentes de flores. Me disteis una rosa. Una rosa roja. Aquel dia lanzasteis rosas blancas a las demás chicas. —Al hablar de aquello se sonrojaba—. Dijisteis que ninguna victoria era ni la mitad de bella que yo.

—Dije solo una simple verdad que cualquier hombre con ojos puede corroborar. —Ser Loras sonrió con modestia.

« No lo recuerda —pensó Sansa, asombrada—. Solo está siendo cortés conmigo; no se acuerda de mí, ni de la rosa, ni de nada de todo aquello». Había estado tan segura de que aquel momento significaba algo, de que significaba mucho... Una rosa roja, no blanca.

—Fue después de que desmontaseis a ser Robar Royce —dijo, con desesperación.

—Maté a Robar en Bastión de Tormentas, mi señora —dijo ser Loras retirando su mano del brazo de ella. No era jactancia; su tono era de tristeza.

« A él y también a otro caballero de la Guardia Arcoíris del rey Renly, sí» . Sansa había oído a las mujeres hablar de aquello en torno al pozo, pero durante un instante lo había olvidado.

—Fue allí donde mataron a lord Renly, ¿verdad? Qué terrible para vuestra pobre hermana.

—¿Para Margaery? —preguntó con voz tensa—. Sin duda. Pero ella estaba en Puenteamargo. No lo vio.

—De todos modos, cuando se enteró...

Ser Loras rozó levemente la empuñadura de la espada con la mano. El mango estaba forrado de cuero blanco, y el pomo era una rosa de alabastro.

—Renly está muerto. Robar también. ¿Qué sentido tiene hablar de ellos?

Su tono cortante la sorprendió.

—Mi señor... No quería ofenderlos.

—Ni habrías podido hacerlo, lady Sansa —replicó ser Loras, pero la calidez le había desaparecido de la voz y no volvió a tomarla del brazo.

Subieron la escalera de caracol en profundo silencio.

« Oh, ¿por qué he tenido que mencionar a ser Robar? —pensó Sansa—. Lo he echado todo a perder. Ahora está enfadado conmigo. —Intentó pensar en qué podría decir para reparar lo ocurrido, pero todas las palabras que le acudían a la mente eran pobres y vanas—. Quédate callada o solo conseguirás empeorar las cosas», , se dijo.

Lord Mace Tyrell y su séquito se habían alojado detrás del septo real, en la larga torre de tejado de pizarra que todos llamaban Bóveda de las Doncellas desde que el rey Baelor el Santo confinara allí a sus hermanas, para no sentir al verlas la tentación de los pensamientos impuros. Delante de sus altas puertas talladas había dos guardias con yelmos dorados y capas verdes, ribeteadas en satén dorado y con la rosa dorada de Altojardín bordada sobre el pecho. Ambos

median más de dos varas y media, y eran de hombros anchos, cintura estrecha y magnífica musculatura. Cuando Sansa se acercó lo suficiente para verles la cara, no logró distinguirlos. Tenían las mismas mandíbulas firmes, los mismos ojos de un azul oscuro y los mismos bigotes rojos y poblados.

—¿Quiénes son? —le preguntó a ser Loras, olvidando durante un momento su consternación.

—La guardia personal de mi abuela —respondió ser Loras—. Su madre los llamó Erryk y Arryk, pero mi abuela no sabe cuál es cuál, así que los llama Izquierdo y Derecho.

Izquierdo y Derecho abrieron las puertas, y fue la propia Margaery Tyrell la que acudió, bajando con celeridad los escasos peldaños para saludarlos.

—Lady Sansa —exclamó—. Estoy muy contenta de que hayáis aceptado la invitación. Sed bienvenida.

—Me hacéis un gran honor, alteza —dijo Sansa, hincando la rodilla en tierra frente a su futura reina.

—Por favor, llamadme Margaery. Levantaos, os lo ruego. Loras, ayuda a lady Sansa a ponerse de pie.

—Como deseas. —Ser Loras la ayudó a levantarse. Margaery lo despidió con un beso fraternal y cogió a Sansa de la mano.

—Venid, mi abuela está esperando, y no es una dama nada paciente.

El fuego chisporroteaba en el hogar, y por el suelo habían extendido juncos de dulce aroma. En torno a la larga mesa había una docena de mujeres, sentadas.

Sansa solo reconoció a lady Alerie, la alta y distinguida esposa de lord Tyrell, que llevaba la larga trenza plateada recogida con aros enjoyados. Margaery le presentó a las demás. Había tres primas Tyrell: Megga, Alla y Elinor, todas de la edad de Sansa. La opulenta lady Janna era hermana de lord Tyrell y estaba casada con uno de los Fossoway de la manzana verde; la delicada lady Leonette, de ojos brillantes, era también una Fossoway, casada con ser Garlan. La septa Nystérica tenía un feo rostro picado de viruelas, pero parecía alegre. Lady Graceford, pálida y elegante, estaba allí con un bebé, y lady Bulwer era una niña de no más de ocho años. Y a Meredyth Crane, gordita y ruidosa, la habría definido como jovial, término que no era aplicable en ningún sentido a lady Merryweather, una sensual belleza myriense de ojos negros.

Para finalizar, Margaery la llevó ante la mujer que ocupaba el lugar de honor en la mesa, una muñeca marchita de cabello blanco.

—Tengo el honor de presentarlos a mi abuela, lady Olenna, viuda del difunto Luthor Tyrell, señor de Altojardín, cuyo recuerdo nos sirve de consuelo.

La anciana olía a agua de rosas.

«Está consumida casi del todo; ¿por qué ese nombre?». En ella no había nada que recordara las espinas.

—Dame un beso, pequeña —dijo lady Olenna, tirando de la manga de Sansa con una mano débil y llena de manchas—. Es una gentileza de tu parte que cenes conmigo y con mi tonta panda de gallinas.

Sansa besó respetuosamente a la anciana en la mejilla.

—Sois muy bondadosa al admitirme entre vosotras, mi señora.

—Conocí a tu abuelo, lord Rickard, aunque no muy bien.

—Murió antes de que yo naciera.

—Lo sé, pequeña. Se dice que tu abuelo Tully también se está muriendo. Lord Hoster, ¿no te lo habían dicho? Es un hombre anciano, aunque no tanto como yo. De todos modos, al final anochece para todos, y demasiado temprano para algunos. Deberías saberlo mejor que nadie, pobre niña. Has sufrido mucho dolor, lo sé. Lamentamos tus pérdidas.

—Sentí una gran tristeza cuando supe de la muerte de lord Renly, alteza —dijo Sansa mirando a Margaery—. Era muy galante.

—Es muy gentil por vuestra parte —respondió Margaery.

—Sí —resopló la abuela—, muy galante, encantador y muy limpio. Sabía cómo vestirse y cómo sonreír, y sabía cómo bañarse, y no sé por qué dio por hecho que eso lo hacía digno de ser rey. Los Baratheon siempre han tenido ideas raras, sin duda. Les viene de su sangre Targaryen, creo. —Sorbió por la nariz—. Una vez intentaron casarme con un Targaryen, pero enseguida corté por lo sano.

—Renly era valiente y gentil, abuela —dijo Margaery—. A mi padre le gustaba, igual que a Loras.

—Loras es joven —dijo lady Olenna con brusquedad— y se le da muy bien eso de desmontar jinetes con una lanza. Pero no por eso es sabio. Y con respecto a tu padre, si yo hubiera nacido campesina y con un buen cucharón de madera, habría podido meter algo de sentido común a golpes en esa cabezota.

—¡Madre! —saltó lady Alerie.

—Silencio, Alerie, no me hables en ese tono. Y no me llames madre. Si te hubiera parido, estoy segura de que lo recordaría. Solo tengo que dar cuentas por tu marido, el estúpido señor de Altojardín.

—Abuela —intervino Margaery—, no digas esas cosas, ¿qué va a pensar Sansa de nosotros?

—Podría pensar que tenemos un poco de seso en la cabeza. Al menos una de nosotras. —La anciana se volvió de nuevo hacia Sansa—. Es traición, se lo advertí; Robert tiene dos hijos, y Renly tiene un hermano mayor, ¿cómo es posible que albergue alguna pretensión con respecto a esa horrorosa silla de hierro? Nada, nada, dice mi hijo, ¡mi dulce madre no quiere ser reina! Vosotros, los Stark, fuisteis reyes en el pasado, igual que los Arryn y los Lannister, e incluso los Baratheon por línea femenina, pero los Tyrell no fueron más que mayordomos hasta que Aegon el Dragón apareció y asó al legítimo rey del Dominio en el Campo de Fuego. A decir verdad, hasta nuestras pretensiones con

respecto a Altojardín son algo dudosas, como se quejan siempre esos repelentes Florent. «¿Y qué importa eso?», preguntaréis, y por supuesto la respuesta es que nada en absoluto, salvo para idiotas como mi hijo. La idea de que alguna vez pueda ver a su nieto con el culo aposentado en el Trono de Hierro lo hace hincharse como... ¿cómo se llama eso? Margaery, tú eres lista, sé buena y dile a tu pobre abuela medio lela el nombre de ese extraño pez de las islas del Verano que, si lo pinchas, se hincha hasta aumentar diez veces su tamaño.

—Se llama pez globo, abuela.

—Claro. Los habitantes de las islas del Verano carecen de imaginación. A decir verdad, mi hijo debería poner un pez globo en su blasón. Podría ponerle una corona, como hacen los Baratheon con su venado, quién sabe si eso lo haría feliz. En mi opinión, deberíamos habernos mantenido al margen de toda esta idiotez sanguinaria, pero cuando ya se ha ordeñado la vaca no es posible volverle a meter la leche en las ubres. Después de que lord Pez Globo colocara esa corona sobre la cabeza de Renly estábamos metidos en el lío hasta el cuello, y aquí estamos; a ver cómo salimos del problema. ¿Y tú qué dices, Sansa?

La boca de Sansa se abrió y se cerró. Ella misma se sentía como un pez globo.

—Los Tyrell pueden jactarse de que descienden de Garth Manoverde —fue lo único que se le ocurrió en aquel momento.

—Igual que los Florent, los Rowan, los Oakheart y la mitad de las casas nobles del sur —resopló la Reina de las Espinas—. Se dice que a Garth le gustaba plantar su semilla en terreno fértil. No me extrañaría que, además de las manos, tuviera otras cosas verdes.

—Sansa, seguro que tienes hambre —intervino lady Alerie—. ¿No es hora ya de comer un poco de jabalí y pasteles de limón?

—Los pasteles de limón son mis favoritos —dijo Sansa.

—Eso es lo que nos han dicho —declaró lady Olenna, que obviamente no tenía la menor intención de dejar que la hicieran callar—. Ese tal Varys, por lo visto, cree que tenemos que darle las gracias por la información. Nunca he sabido muy bien para qué sirve un eunuco, a decir verdad. Me parece que son solamente hombres a los que les han cortado las partes útiles. Alerie, diles que traigan la comida, ¿o pretendes dejarme morir de inanición? Ven aquí, Sansa, siéntate a mi lado; soy mucho menos aburrida que esas otras. Espero que te gusten los bufones.

—Creo que... —dijo Sansa, alisándose la falda mientras se sentaba—. ¿Bufones, mi señora? ¿Queréis decir... los que se visten de colores?

—En este caso, de plumas. ¿De qué creías que estaba hablando? ¿De mi hijo? ¿O de los maridos de estas damas encantadoras? No, no te ruborices, con ese pelo tuyo pareces una granada. Todos los hombres son bufones, a decir verdad, pero los que llevan trajes multicolores son más divertidos que los que llevan corona.

Margaery, niña, llama a Mantecas, a ver si puede hacer sonreír a lady Sansa. Y vosotras, quedaos sentadas, ¿es que os lo tengo que decir todo? Sansa va a pensar que mi nieta está atendida por un rebaño de borregas.

Mantecas llegó antes que la comida, enfundado en un traje de bufón de plumas verdes y amarillas, con un gorro blando que parecía una cresta. Era un hombre inmensamente obeso, como tres Chicos Luna, que entró dando volteretas laterales, se subió a la mesa de un salto y colocó un enorme huevo delante de Sansa.

—Rompedlo, mi señora —ordenó.

Ella lo rompió, y una docena de pollitos amarillos escapó y echó a correr en todas direcciones.

—¡Atrapadlos! —exclamó Mantecas.

La pequeña lady Bulwer logró agarrar a uno y se lo entregó; el bufón echó la cabeza hacia atrás, dejó caer el ave en su enorme boca de goma y pareció tragárselo entero. Cuando eructó, por la nariz le salieron pequeñas plumas amarillas. Lady Bulwer comenzó a gimotejar, horrorizada, pero sus lágrimas se convirtieron en un súbito grito de placer cuando el pollito le asomó por la manga del vestido y le correteó por el brazo.

Mientras los sirvientes entraban con una sopa de puerros y setas, Mantecas comenzó a hacer juegos malabares, y lady Olenna se inclinó sobre la mesa y apoyó los codos.

—¿Conoces a mi hijo, Sansa? ¿A lord Pez Globo de Altojardín?

—Es un gran señor —respondió Sansa con cortesía.

—Un gran cretino —dijo la Reina de las Espinas—. Su padre también era un cretino. Mi esposo, el difunto lord Luthor. No, no me entiendas mal, yo lo amé muchísimo. Era un hombre bueno, y no estaba nada mal en la cama, pero de todos modos era un cretino sin remedio. Hasta tal punto que se cayó con el caballo por un acantilado cuando practicaba la cetrería. Dicen que iba mirando al cielo y no se le ocurrió mirar adónde lo llevaba su cabalgadura.

» Y ahora, el cretino de mi hijo está haciendo lo mismo, solo que en lugar de un corcel, está montado sobre un león. Es fácil cabalgar a un león; lo difícil es descabalgar. Se lo he advertido, pero no hace más que reírse. Si alguna vez tienes un hijo, Sansa, castígalo con frecuencia, para que aprenda a tomarte en serio. Solo tuve un hijo y no le pegué nunca, así que le presta más atención a Mantecas que a mí. “Un león no es un gatito doméstico”, le dije, y él me respondió: “Vamos, vamos, mamá”. En mi opinión, en este reino hay demasiado *Vamos, vamos*. Todos esos reyes que andan por ahí harían bien en envainar las espadas y escuchar a sus madres.

Sansa se dio cuenta de que, otra vez, tenía la boca abierta. Se la llenó con una cucharada de caldo, mientras lady Alerie y las demás mujeres reían ante el espectáculo de Mantecas, que botaba naranjas con la cabeza, con los codos y con

su amplio trasero.

—Quiero que me cuentes la verdad sobre este niño rey —dijo de repente lady Olenna—. El tal Joffrey.

«¿La verdad? —Los dedos de Sansa se aferraron a la cuchara—. No puedo. No me preguntéis eso, por favor. No puedo».

—Yo... yo...

—Sí, tú. ¿Quién va a conocerla mejor? El chico tiene un aspecto majestuoso, sin duda. Algo pagado de sí mismo, pero eso se deberá seguramente a su sangre de Lannister. Sin embargo, hemos oído algunas historias preocupantes. ¿Hay algo de cierto en ellas? ¿Te ha maltratado ese chico?

Sansa miró con nerviosismo a su alrededor. Mantecas se metió una naranja entera en la boca, la masticó y se la tragó; se dio un cachete y escupió las semillas por la nariz. Las mujeres soltaron unas risitas. Los sirvientes iban y venían, y la Bóveda de las Doncellas resonaba con el sonido de cucharas y platos. Uno de los pollos saltó de nuevo a la mesa y atravesó corriendo el plato de caldo de lady Graceford. Nadie parecía prestarles la menor atención, pero incluso así Sansa tenía miedo.

—¿Por qué miras a Mantecas con la boca abierta? —Lady Olenna se estaba impacientando—. Te he hecho una pregunta y espero una respuesta. ¿Los Lannister te han robado la lengua, niña?

Ser Dontos le había advertido que solo podía hablar con libertad en el bosque de los dioses.

—Joff... el rey Joffrey es... Su alteza es muy apuesto y justo y... y valiente como un león.

—Sí, todos los Lannister son leones, y cuando un Tyrell se tira un pedo, huele a rosas —replicó la anciana con brusquedad—. Pero ¿cuán bondadoso es? ¿Cuán inteligente? ¿Tiene un buen corazón, una mano gentil? ¿Es tan caballeroso como corresponde a un rey? ¿Cuidará a Margaery y la tratará con ternura? ¿Protegerá su honor como protegería el suyo propio?

—Lo hará —mintió Sansa—. Él es muy... muy atractivo.

—Eso ya lo has dicho. ¿Sabes, niña?, hay quien dice que eres tan tonta como Mantecas, y empiezo a creer que es verdad. ¿Atractivo? Ya le he enseñado a mi Margaery de lo que vale ser atractivo, o eso espero. Algo menos que el pedo de un titiritero. Aerion Fuegobrillante era bastante atractivo, pero también era un monstruo. La pregunta es: ¿cómo es Joffrey? —Estiró la mano y agarró a un sirviente que pasaba—. No me gustan los puerros. Llévate este caldo y tráeme un poco de queso.

—El queso se servirá con las tartas, mi señora.

—El queso se servirá cuando yo diga que se sirva, y lo quiero ahora. —La anciana se volvió hacia Sansa—. ¿Tienes miedo, niña? No temas; aquí solo hay mujeres. Dime la verdad, no te pasará nada.

—Mi padre siempre decía la verdad. —Sansa habló con serenidad, pero de todos modos le costaba trabajo articular las palabras.

—Lord Eddard, sí, tenía esa reputación, pero lo llamaron traidor y le cortaron la cabeza. —Los ojos de la anciana la taladraban, agudos y brillantes como la punta de una espada.

—Joffrey —dijo Sansa—. Joffrey lo hizo. Me prometió que sería misericordioso, y le cortó la cabeza a mi padre. Me dijo que eso era misericordia. Me llevó a las murallas y me obligó a mirarla. La cabeza. Quería que me echara a llorar, pero... —Calló de repente y se tapó la boca. «He hablado demasiado, benditos sean los dioses, lo sabrán, lo habrán oído, alguien me denunciará» .

—Proseguid.

Era Margaery la que la urgía. La futura reina de Joffrey. Sansa no sabía cuánto había escuchado.

—No puedo. —« ¿Y si se lo cuenta, y si se lo cuenta? Seguro que me mata o me entrega a ser Ilyn» —. No tenía la intención... Mi padre fue un traidor, mi hermano también, tengo sangre de traidores, por favor, no me hagáis hablar más.

—Cálmate, niña —ordenó la Reina de las Espinas.

—Está aterrada, abuela, mírala.

—¡Bufón! —llamó la anciana—. Cántanos algo. Una canción bien larga, « El oso y la doncella» por ejemplo.

—¡Ahora mismo! —respondió el obeso bufón—. ¿Queréis que la cante cabeza abajo, mi señora?

—¿Sonaría mejor así?

—No.

—Entonces quédate de pie. No queremos que se te caiga el gorro. Me acabo de acordar de que no te lavas nunca el pelo.

—Como ordene mi señora. —Mantecas hizo una profunda reverencia, soltó un estremoso eructo, se enderezó, sacó la panza y bramó: « Había un oso, un oso, ¡un OSO! Era negro, era enorme, ¡cubierto de pelo horroroso! » .

—Incluso cuando yo era una niña aún más joven que tú —dijo lady Olenna inclinándose hacia delante—, se decía que en la Fortaleza Roja hasta las paredes tienen oídos. Pues que los oídos escuchen la canción, y mientras tanto, nosotras podremos conversar libremente.

—Pero Varys —dijo Sansa—... lo sabe todo, siempre...

—¡Canta más alto! —le gritó la Reina de las Espinas a Mantecas—. Estos viejos oídos están casi sordos, ¿sabes? ¿Me estás susurrando, payaso panzón? No te pago para que susurres. ¡Canta!

—« ¡VEN!, PEDÍAN LAS MOZAS. ¡VEN A LA FERIA, OSO! » —seguía Mantecas, con una tremenda voz de bajo que retumbaba en las vigas—. « ¡A LA FERIA?, DIJO ÉL. PERO SI SOLO SOY UN OSOS. NEGRO, ENORME,

CUBIERTO DE PELO HORROROSO» .

—En Altojardín tenemos muchas arañas entre las flores —dijo la arrugada anciana con una sonrisa—. Mientras se ocupan de sus asuntos, las dejamos tejer sus telas, pero si se meten bajo nuestro pie, las pisamos. —Dio unas palmaditas en la mano de Sansa—. Ahora, niña, la verdad. ¿Qué clase de hombre es ese Joffrey, que se hace llamar Baratheon, pero tiene un aspecto tan de Lannister?

—« POR EL CAMINO ANDABAN, SIEMPRE DE AQUÍ PARA ALLÍ, TRES NIÑOS, UNA CABRA Y UN OSO QUE BAILABA...» .

Sansa sentía como si tuviera el corazón en la garganta. La Reina de las Espinas estaba tan pegada a ella que le llegaba el aliento agrio de la mujer. Sus dedos, largos y finos, le pellizcaban la muñeca. Al otro lado, Margaery también escuchaba. La sacudió un escalofrío.

—Un monstruo —susurró, tan quedamente que apenas pudo oír su propia voz—. Joffrey es un monstruo. Mintió sobre el chico del carnicero e hizo que mi padre matara a mi lobo. Cuando incurro en su desagrado, hace que la Guardia Real me azote. Es malvado y cruel, mi señora. Y la reina es idéntica.

Lady Olenna Tyrell y su nieta intercambiaron una mirada.

—Ah —dijo la anciana—, qué lástima.

« ¡Oh, dioses! —pensó Sansa, horrorizada—. Si Margaery no se casa con él, Joff sabrá que yo he tenido la culpa» .

—Por favor —balbuceó—, no suspendáis la boda...

—No tengas miedo alguno, lord Pez Globo está decidido a que Margaery sea reina. Y la palabra de un Tyrell vale más que todo el oro de Roca Casterly. Al menos, así era en mis tiempos. De todos modos, gracias por decir la verdad, niña.

—« BAILABA DANDO VUELTAS, TODO EL CAMINO A LA FERIA. ¡LA FERIA, LA FERIA QUE YA ESTÁ AQUÍ!» . —Mantecas saltaba, rugía y daba pisotones tremendos.

—Sansa, ¿os gustaría visitar Altojardín? —Cuando Margaery Tyrell sonreía, se parecía mucho a su hermano Loras—. Ahora está cubierto por las flores de otoño, y hay manantiales, fuentes, patios umbríos, columnatas de mármol... Mi señor padre siempre mantiene en la corte a bardos mucho mejores que este Mantecas, y hay flautistas, violinistas y también arpistas. Tenemos los mejores caballos y botes de paseo para navegar por el Mander. ¿Os gusta la cetrería, Sansa?

—Un poco —admitió.

—« QUÉ DULCE QUE ERA ELLA, TAN PURA Y TAN BELLA...» .

—Os encantará Altojardín tanto como a mí, lo sé. —Margaery colocó en su sitio un mechón suelto del cabello de Sansa—. Cuando lo hayáis visto, no querréis marcharos nunca. Y quizás no tengáis que hacerlo.

—« LA DE MIEL EN EL CABELO, LA DONCELLA, LA DONCELLA» .

—Silencio, niña —dijo con brusquedad la Reina de las Espinas—. Sansa ni

siquiera nos ha dicho si querría visitarnos.

—Oh, claro que sí —dijo Sansa.

Altojardín parecía ser el lugar con el que ella había soñado siempre, como la preciosa corte mágica que había esperado encontrar en Desembarco del Rey.

—« OLIÓ SU AROMA EN EL AIRE. ¡ERA EL OSO! ¡ERA EL OSO! NEGRO, ENORME, CUBIERTO DE PELO HORROROSO» .

—Pero la reina... —prosiguió Sansa—. No me dejará partir...

—Claro que sí. Sin Altojardín, los Lannister no tienen la menor esperanza de mantener a Joffrey en el trono. Si se lo pide mi hijo, el señor Cretino, no tendrá otra opción que complacerlo.

—¿Lo hará? —preguntó Sansa—. ¿Se lo pedirá?

—No veo la necesidad de dejarle otra elección. —Lady Olenna frunció el ceño—. Por supuesto, no tiene la menor idea de nuestros verdaderos propósitos.

—« OLIÓ SU AROMA EN EL AIRE, PARECIDO A LA MIEL...» .

—¿Nuestros verdaderos propósitos, mi señora? —preguntó Sansa levantando una ceja.

—« Y SOLTÓ UN RUGIDO FEROZ, AMARGO COMO LA HIEL» .

—Verte a salvo y casada, niña —dijo la anciana, mientras Mantecas continuaba bramando la antigua, antiquísima canción—, con mi nieto.

« Casada con ser Loras, oh...» . Sansa se quedó sin respiración. Se imaginó a ser Loras con su rutilante armadura de zafiro, lanzándole una rosa. Ser Loras vestido de seda blanca, tan puro, tan inocente, tan bello... Los hoyuelos en la comisura de la boca, cuando sonreía. La dulzura de su risa, el calor de su mano. Apenas si podía imaginar cómo sería levantarle el jubón y acariciarle la suave piel del cuerpo, ponerse de puntillas para besarlo, meter los dedos entre aquellos mechones color caoba y hundirse en sus profundos ojos pardos. El rubor le subió desde el cuello.

—« LA DONCELLA, LA DONCELLA NO QUISO BAILAR CON EL OSO: ¡NO BAILARÉ NUNCA CON UN OSO TAN ESPANTOSO!» .

—¿Os gustaría, Sansa? —preguntó Margaery—. No he tenido ninguna hermana, solo hermanos. Oh, por favor, decid que sí, decid que consentiríais en casaros con mi hermano.

—Sí, me gustaría. —Las palabras le salían de la boca atropellándose—. Me gustaría más que nada en el mundo. Casarme con ser Loras, amarlo...

—¿Loras? —Lady Olenna parecía molesta—. No seas tonta, niña. Los miembros de la Guardia Real no se casan. ¿No te enseñaron eso en Invernalia? Estábamos hablando de mi nieto Willas. Es algo viejo para ti, sin duda, pero de todos modos es un chico encantador. No es nada tonto; además, es el heredero de Altojardín.

Sansa se sintió mareada; un instante antes, tenía la cabeza llena de sueños sobre Loras, y se los habían arrancado de golpe.

« ¡Willas? ¡Willas?» .

—No... —dijo, con expresión estúpida. « La cortesía es la armadura de una dama. No debes ofenderlas; ten cuidado con lo que dices» —. No conozco a ser Willas. No he tenido ese placer, mi señora. ¿Es... es tan buen caballero como sus hermanos?

—« LA LEVANTÓ POR LOS AIRES. ¡ALTO Y NEGRO ERA EL OSO!» .

—No —respondió Margaery—. No ha hecho el juramento.

—Dile la verdad a la niña. —La anciana frunció el ceño—. El pobrecillo es tullido; esa es la verdad.

—En su primer torneo como caballero resultó herido —le confió Margaery

—. Su caballo cayó a tierra y le aplastó una pierna.

—La culpa la tuvo aquella serpiente dorniense, el maldito Oberyn Martell. Y también su maestre.

—« YO QUERÍA UN CABALLERO, PERO TÚ SOLO ERES UN OSO. NEGRO, ENORME, CUBIERTO DE PELO HORROROSO» .

—Willas tiene una pierna mala, pero buen corazón —dijo Margaery—. Solía leerme cuentos cuando era pequeña, y me dibujaba las estrellas. Lo amaréis tanto como nosotras, Sansa.

—« ELLA LLORABA Y GRITABA, HASTA PERDER EL RESUELLO, PERO ÉL BUSCÓ SU CABELLO. ¡SU CABELLO! ¡SU CABELLO! TODA LA MIEL TAN CONTENTO SE PUSO A LAMER DE SU PELO» .

—¿Cuándo podré conocerlo? —preguntó Sansa, dubitativa.

—Pronto —prometió Margaery—. Cuando vayas a Altojardín, después de que Joffrey y yo nos casemos. Mi abuela os llevará.

—Exacto —dijo la anciana, dando palmaditas sobre la mano de Sansa y sonriendo con una boca blanda y llena de arrugas—. No te quepa duda.

—« TANTO LLANTO Y TANTO GRITO ABANDONÓ TAN FELIZ. ¡MI OSO!, CANTÓ ELLA. ¡VEN AQUÍ, OSO PRECIOSO! Y ASÍ SE MARCHARON JUNTOS, LA DAMISELA Y EL OSO. POR EL CAMINO ANDABAN, SIEMPRE DE AQUÍ PARA ALLÍ» .

Mantecas rugió el último verso, dio un salto mortal en el aire y cayó sobre ambos pies con una sacudida que hizo estremecerse las copas de vino que había encima de la mesa. Las mujeres rieron y aplaudieron.

—Ya pensaba que esa canción espantosa no se iba a terminar nunca —dijo la Reina de las Espinas—. Mira, ahí viene mi queso.

El mundo estaba sumido en una penumbra gris que olía a pino, a musgo y a frío. De la tierra negra ascendían jirones de niebla mientras los jinetes se abrían camino entre las piedras caídas y los árboles escuálidos. Descendían hacia las hogueras de aspecto acogedor, que brillaban como joyas dispersas por el fondo del valle fluvial. Había más hogueras de las que Jon Nieve podía contar, cientos de hogueras, miles... Un segundo río de luces parpadeantes a lo largo de las orillas del gélido y blanco Agualechosa. Flexionó los dedos de la mano con que empuñaba la espada.

Bajaron de las montañas sin estandartes ni trompetas, roto el silencio únicamente por el murmullo distante del río, el golpeteo de los cascos y el traqueteo de la armadura de huesos de Casaca de Matraca. Por el cielo planeaba un águila con enormes alas de un azul grisáceo; por la tierra marchaban hombres, perros, caballos y un lobo huargo blanco.

Una piedra rebotó en la ladera, pateada por uno de los cascos, y Jon vio a Fantasma girar la cabeza ante el sonido repentino. Todo el día había seguido a los jinetes a distancia, como era su costumbre, pero cuando la luna se alzó por encima de los pinos, llegó trotando con los ojos rojos encendidos. Como siempre, los perros de Casaca de Matraca lo recibieron con un coro de gruñidos y ladridos feroces, pero el huargo no les prestó la menor atención. Seis días antes, el mayor de los perros lo había atacado por la espalda cuando los salvajes acamparon para pasar la noche; Fantasma se volvió y le lanzó una dentellada rápida, con lo que el perro huyó a la carrera con un anca ensangrentada. Después de aquello, el resto de la jauría se había mantenido a una distancia saludable.

El caballo de Jon Nieve lanzó un relincho quedo, pero una caricia y una palabra afectuosa tranquilizaron enseguida a la bestia. Ojalá sus temores se calmaran con tanta facilidad. Vestía totalmente de negro, el uniforme de la guardia de la Noche, pero el enemigo cabalgaba delante y detrás de él.

«*Salvajes, y yo voy con ellos*». Ygritte llevaba puesta la capa de Qhorin Mediامano. Lenyl tenía su cota larga, la corpulenta mujer de las lanzas Ragwyle se quedó con sus guantes, y uno de los arqueros, con sus botas. Y Casaca de Matraca guardaba los huesos de Qhorin en su saco, junto con la cabeza ensangrentada de Ebben, que había salido con Jon para explorar el Paso Aullante. «*Muertos, todos están muertos menos yo, y yo estoy muerto para el mundo*».

Ygritte cabalgaba justo detrás de él. Delante tenía a Ryk Lanzalarga. El Señor de los Huesos los había nombrado sus guardianes.

—Si el cuervo sale volando, también herviré vuestros huesos —les advirtió cuando comenzaron la marcha, sonriendo entre los dientes torcidos de la calavera de gigante que utilizaba como yelmo.

—¿Prefieres custodiarlo tú? —le preguntó Ygritte, burlona—. Si quieres que lo hagamos nosotros, déjanos en paz y lo haremos.

« Es verdad que son un pueblo libre », concluyó Jon. Casaca de Matraca los lideraba, sí, pero nadie se mordía la lengua a la hora de responderle.

—Tal vez hayas engañado a esos otros, cuervo —dijo el jefe de los salvajes, clavándole una mirada hostil—, pero no creas que puedes engañar a Mance. Te echará un vistazo y sabrá que mientes. Y entonces me haré una capa con la piel de tu lobo, te abriré esa blanda panza de niño y te coseré dentro una comadreja.

Jon abrió y cerró la mano de la espada, flexionando los dedos quemados dentro del guante, pero Ryk Lanzalarga se limitó a soltar una carcajada.

—¿Y cómo vas a encontrar una comadreja en la nieve? —le espetó.

Aquella primera noche, tras un largo día a caballo, acamparon en una pequeña hondonada, entre las piedras, sobre la cima de una montaña sin nombre, y se acurrucaron junto al fuego mientras empezaba a nevar. Jon contemplaba cómo se derretían los copos que caían sobre las llamas. A pesar de toda la lana, el cuero y las pieles que llevaba encima, el frío le llegaba a los huesos. Ygritte se sentó a su lado después de comer, con el capuchón en la cabeza y las manos metidas dentro de las mangas para darse calor.

—Cuando Mance se entere de cómo acabaste con Mediamano, te tomará enseguida —le dijo.

—¿Me tomará?

—Te tomará como uno de los nuestros —contestó la chica riéndose, burlona—. ¿Crees que eres el primer cuervo que escapa volando del Muro? En vuestro interior, lo que más deseáis es volar libres.

—Y cuando me acepte —dijo él, lentamente—, ¿seré libre de marcharme?

—Claro que sí. —A pesar de los dientes torcidos, tenía una sonrisa cálida—. Y nosotros seremos libres de matarte. Es peligroso ser libre, pero a la mayoría nos gusta. —Le puso la mano enguantada sobre la pierna, un poco más arriba de la rodilla—. Ya lo verás.

« Lo veré —pensó Jon—. Lo veré, lo oiré y lo aprenderé; luego llevaré las noticias al Muro». Los salvajes lo habían tomado por un perjurio, pero en su corazón seguía siendo un hombre de la Guardia de la Noche, que llevaba a cabo la última misión que Qhorin Mediamano le encomendara. « Antes de que yo lo matase».

Al final de la ladera encontraron una pequeña corriente, que fluía desde las colinas para unirse al Agualechosa. Parecía que no era más que piedras y hielo, pero se oía el sonido del agua que corría bajo la superficie congelada. Casaca de Matraca los condujo a la otra orilla, mientras la fina capa de hielo no dejaba de crujir.

Los jinetes de la avanzadilla de Mance Rayder los rodearon apenas cruzaron la corriente. Jon los ponderó de una mirada: ocho jinetes, hombres y mujeres,

vestidos con piel y cuero curtido, algunos con yelmos o con cotas. Iban armados con lanzas y picas endurecidas al fuego, todos menos su líder, un hombre rubio y grueso de ojos llorosos, que llevaba una enorme guadaña curva de acero afilado. Lo reconoció enseguida: el Llorón. Los hermanos de negro contaban muchas cosas sobre aquel hombre. Al igual que Casaca de Matraca, Harma Cabeza de Perro y Alfyn Matacervos, era un salvaje famoso.

—El Señor de los Huesos —dijo el Llorón al verlos; examinó a Jon y a su lobo —. ¿Y quién es este?

—Un cuervo que cambia de bando —dijo Casaca de Matraca, que prefería que lo llamaran Señor de los Huesos por la traqueteante armadura que llevaba—. Tenía miedo de que me quedara con sus huesos, además de con los de Mediamano.

Sacudió su saco de trofeos, mostrándoselo a los otros salvajes.

—Mató a Qhorin Mediamano —dijo Ryk Lanzalarga—. Él, con ayuda de su lobo.

—Y también a Orell —dijo Casaca de Matraca.

—Ese chico es un cambiapieles, o se le parece —intervino Ragwyle, la enorme mujer de las lanzas—. Su lobo le arrancó un trozo de pierna a Mediamano.

El Llorón volvió a mirar a Jon con los ojos enrojecidos y legañosos.

—¿Sí? Pues ahora que lo miro bien, es verdad que veo algo de lobo en él. Llevadlo con Mance, quizás lo acepte.

Hizo dar media vuelta a su cabalgadura y se marchó al galope, seguido por sus jinetes.

Soplaba un viento húmedo y denso cuando cruzaron el valle del Agualechosa y continuaron en fila de a uno por el campamento, junto al río. Fantasma se mantenía muy pegado a Jon, pero su olor los precedía como un heraldo, y pronto estuvieron rodeados por los perros de los salvajes, que ladran y gruñían. Lenyl les gritaba que se callaran, pero los animales no le hacían el menor caso.

—No les gusta nada esa bestia tuya —dijo Ryk Lanzalarga, dirigiéndose a Jon.

—Son perros, y Fantasma es un lobo —dijo Jon—. Saben que no es de los suyos.

« De la misma manera que yo no soy de los vuestros ». Pero tenía una misión que cumplir, la tarea que Qhorin Mediamano le había encomendado mientras compartían aquella última hoguera: hacer el papel de cambiacapas y averiguar qué buscaban los salvajes en los pálidos y gélidos eriales de los Colmillos Helados.

—Ciento poder —le había dicho Qhorin al Viejo Oso, pero murió antes de saber de qué se trataba, ni si Mance Rayder lo había encontrado.

A lo largo del río, entre carretas, carrotones y trineos, había cientos de

hogueras donde preparaban comida. Muchos salvajes habían levantado tiendas de cuero, fieltro y pieles. Otros se protegían tras las rocas en cobertizos rudimentarios o dormían debajo de sus carretas. Junto a una hoguera, Jon vio a un hombre que endurecía al fuego puntas de largas lanzas de madera, y después las tiraba a un montón. En otro sitio, dos jóvenes barbudos ataviados con cuero curtido se entrenaban con varas, atacándose por encima de las llamas y gruñendo cada vez que un golpe hacía blanco. En las inmediaciones, una docena de mujeres sentadas en círculo confeccionaban flechas.

«Flechas para mis hermanos —pensó Jon—. Flechas para la gente de mi padre, para los habitantes de Invernalia, de Bosquespeso y de Último Hogar. Flechas para el norte».

Mas no todo lo que veía tenía relación con la guerra. Vio también a mujeres que bailaban; oyó el llanto de un bebé, y un niño pequeño echó a correr por delante de su caballo; iba vestido de pieles de pies a cabeza y jadeaba de tanto jugar. Cabras y ovejas vagaban libremente, mientras los bueyes recorrían la orilla del río en busca de hierba. De una de las hogueras salía olor a carnero asado, y sobre otra vio un jabalí ensartado en un largo espetón de madera.

Casaca de Matraca desmontó en un espacio abierto, rodeado de altos pinos soldado.

—Acamparemos aquí —dijo, volviéndose hacia Ragwyle, Leny y los demás—. Dad de comer a los caballos; después, a los perros, y luego comed vosotros. Ygritte, Lanzalarga, traed al cuervo para que Mance le eche un vistazo. Después lo destriparemos.

Hicieron a pie el resto del camino, con Fantasma pegado a sus talones, y dejaron atrás más hogueras y más tiendas. Jon no había visto nunca tantos salvajes. Se preguntó si alguien había visto antes semejante cantidad.

«El campamento es infinito —reflexionó—, pero se trata más de cien campamentos que de uno, y cada cual es más vulnerable que el anterior». Extendidos a lo largo de varias leguas, los salvajes no tenían defensas que pudieran considerarse como tales: no había fosos ni picas afiladas; solo pequeños grupos de exploradores que patrullaban el perímetro. Cada grupo, clan o aldea se había detenido donde le había parecido bien tan pronto como encontró un lugar adecuado o vio que otros acampaban. «El pueblo libre». Si sus hermanos atacaban semejante desorden, muchos de los salvajes pagaríaían con su sangre tanta libertad. Eran muchos, pero la Guardia de la Noche era disciplinada, y en el combate, la disciplina vence al número en nueve de cada diez ocasiones, como le dijera una vez su padre.

No había duda de cuál de las tiendas de campaña pertenecía al rey. Era tres veces mayor que la más grande que había visto hasta entonces, y salía música de su interior. Como muchas de las tiendas menores, estaba hecha de pieles cosidas que aún conservaban el pelaje, pero las de Mance Rayder eran las pieles blancas

y tupidas de osos de las nieves. El techo, en forma de pico, estaba coronado con las enormes astas de alguno de los alces gigantes que, en los tiempos de los primeros hombres, vagaban libremente por los Siete Reinos.

Al menos allí había guardias: dos a la entrada de la tienda, apoyados en largas picas, con escudos redondos de cuero atados a los brazos. Cuando vieron a Fantasma, uno de ellos bajó la pica.

—Esa bestia se queda aquí —dijo.

—Fantasma, siéntate —ordenó Jon, y el huargo se sentó.

—Lanzalarga, vigila a la bestia.

Casaca de Matraca abrió la entrada de la tienda y, con un gesto, invitó a Jon y a Ygritte a entrar.

El interior estaba lleno de humo y a buena temperatura. En cada una de las cuatro esquinas había recipientes con turba ardiente, que iluminaban el lugar con una luz tenue y rojiza. El suelo estaba cubierto de pieles. Jon se sintió más solo que nunca allí de pie, con su ropa negra, esperando la clemencia del cambiácapas que se hacía llamar Rey-más-allá-del-Muro. Cuando se le habituaron los ojos a la humeante penumbra roja, vio a seis personas, ninguna de las cuales le prestaba atención. Un joven moreno y una hermosa mujer rubia compartían un cuerno de hidromiel. Una mujer embarazada se afanaba sobre un fogón, asando unas gallinas, mientras un hombre de pelo blanco que vestía una raída capa negra y roja, sentado sobre un cojín con las piernas cruzadas, tañía un laúd y cantaba.

Cual la mujer del dorniense ninguna era tan bella,
sus besos eran más dulces que la pulpa de grosella.
Mas la espada del dorniense tenía muy negro acero;
cuando con ella besaba, el suplicio era certero.

Jon conocía la canción, aunque le resultaba raro oírla allí, en una tienda de piel al otro lado del Muro, a diez mil leguas de las rojas montañas y los vientos cálidos de Dorne.

Casaca de Matraca se quitó el yelmo amarillento mientras esperaba a que terminara la canción. Sin la armadura de cuero y huesos era un hombre menudo, y la cara que había debajo de la calavera de gigante era corriente, con una barbilla carnosa, un bigote fino y mejillas huesudas. Tenía los ojos muy juntos, con una única ceja poblada que le cruzaba la frente, y el cabello, ralo, formaba un pico entre las grandes entradas.

La mujer del dorniense cantaba durante el baño;
tenía la voz más dulce que se haya oído en un año.

Mas la espada del dorniense ofrecía su propia cura
y una punta muy afilada, cual agujón de sutura.

Junto al brasero, un hombre de baja estatura, pero inmensamente recio, estaba sentado en un taburete y se comía una brocheta de gallina. La grasa caliente le corría por la quijada hasta la barba, blanca como la nieve, pero de todos modos sonreía con placer. Tenía unas bandas de oro anchas y con runas talladas en los gruesos brazos, y llevaba una pesada cota de malla negra, que debió de pertenecer a un explorador muerto. A muy poca distancia, un hombre más alto y delgado, que llevaba una camisa de cuero con placas de bronce, fruncía el ceño sobre un mapa; tenía un mandoble colgado a la espalda, en su funda de cuero. Era esbelto como una lanza, con los músculos muy definidos, bien afeitado, calvo, con una prominente nariz recta y ojos grises muy profundos. Si hubiera tenido orejas, habría resultado apuesto, pero las había perdido, quizás por el frío o a causa del cuchillo de un enemigo, Jon no lo sabía. Su ausencia hacía que la cabeza del hombre pareciera estrecha y puntiaguda.

Una mirada le bastó a Jon para saber que tanto el hombre de la barba blanca como el calvo eran guerreros.

« Esos dos son muchísimo más peligrosos que Casaca de Matraca». Se preguntó cuál de ellos sería Mance Rayder.

Mientras yacía en el suelo y su vista se nublaba,
notó el sabor de la sangre que la boca le llenaba.
Sus hermanos, de rodillas, rezaban una oración;
pero a él le pudo la risa, y así entonó esta canción:

« Hermanos, heme aquí en mi último día,
pues el dorniense maldito me ha llevado a la muerte;
y aunque dejar este mundo de todos sea la suerte,
a la mujer del dorniense hice mía» .

Cuando los últimos compases de « La mujer del dorniense» cesaron, el hombre calvo y sin orejas levantó la vista del mapa e hizo una mueca feroz a Casaca de Matraca y Ygritte, a ambos lados de Jon.

—¿Qué es eso? ¿Un cuervo?

—El bastardo negro que destripó a Orell —dijo Casaca de Matraca—. Y también hay un huargo.

—Debías matarlos a todos.

—Este se pasó a nuestro bando —explicó Ygritte—. Mató personalmente a Qhorin Mediamano.

—¿Este crío? —La noticia había irritado al hombre sin orejas—. Mediamano era mío. ¿Tienes nombre, cuervo?

—Jon Nieve, alteza. —Se preguntó si también debería hacer una genuflexión.

—¿Alteza? —El hombre sin orejas miró al obeso de la barba blanca—. Fíjate. Me toma por un rey.

El de la barba blanca soltó tal risotada que salpicó sus alrededores con trozos de gallina. Se limpió la grasa de la boca con el dorso de la manaza.

—Debe de estar ciego. ¿Cuándo se ha visto un rey sin orejas? ¡La corona le iría a parar al cuello! ¡Ja! —Hizo una mueca en dirección a Jon mientras se limpiaba los dedos en los calzones—. Cierra el pico, cuervo. Da media la vuelta si quieras ver al que buscas.

Jon se volvió. El bardo se puso de pie.

—Soy Mance Rayder —dijo mientras dejaba el laúd a un lado—. Y tú eres el bastardo de Ned Stark, el Nieve de Invernalia.

Anonadado, Jon se quedó mudo un instante antes de recuperarse lo suficiente para responder.

—¿Y cómo...? ¿Cómo lo sabéis?

—Te lo contaré luego —dijo Mance Rayder—. ¿Te ha gustado la canción, muchacho?

—Mucho. Ya la conocía.

—Pero todo hombre muere tarde o temprano —repitió el Rey-más-allá-del-Muro, como sin darle importancia—, y yo he probado a la mujer del dorniense. Dime, ¿es verdad lo que ha dicho mi Señor de los Huesos? ¡Has matado a mi viejo amigo Mediamano?

—Así es.

«Aunque fue más obra suya que mía».

—La Torre Sombria no volverá a ser tan aterradora —dijo el rey con tristeza en la voz—. Qhorin era mi enemigo. Pero también fue una vez mi hermano. A ver... ¿tengo que darte las gracias por matarlo, Jon Nieve? ¡O maldecirte? —Miró a Jon con una sonrisa burlona.

El Rey-más-allá-del-Muro no tenía aspecto de rey, ni siquiera de salvaje. Era de mediana estatura, esbelto, de rasgos finos y ojos pardos, calculadores, con un largo cabello castaño que se había vuelto blanco casi por completo. No llevaba corona en la cabeza, ni aros de oro ciñéndole los brazos, ni joyas en el cuello, ni siquiera un destello de plata. Vestía de lana y cuero, y la única prenda que destacaba era la harapienta capa negra de lana con largos remiendos de seda roja deshecha.

—Deberíais darmes las gracias por matar a vuestro enemigo —dijo Jon finalmente— y maldecirme por matar a vuestro amigo.

—¡Ja! —rugió el de la barba blanca—. ¡Buena respuesta!

—De acuerdo. —Mance Rayder hizo un gesto a Jon para que se aproximara

—. Si te unes a nosotros, nos conocerás mejor. El hombre con el que me has confundido es Styr, magnar de Thenn. *Magnar* significa «señor» en la antigua lengua. —El hombre sin orejas miró fríamente a Jon, mientras Mance se volvía hacia el de la barba blanca—. Este, nuestro feroz devorador de gallinas, es mi leal Tormund. La mujer...

—Un momento —lo interrumpió Tormund poniéndose de pie—. Has mencionado el título de Styr; menciona el mío.

—Como quieras —dijo Mance Rayder, echándose a reír—. Jon Nieve, tienes ante ti a Tormund Matagigantes, el Gran Hablador, Soplador del Cuerno y Rompedor del Hielo. Y también Tormund Puño de Trueno, Marido de Osas, Rey del Hidromiel en el Salón Rojo, Portavoz ante los Dioses y Padre de Ejércitos.

—Ese si soy yo —dijo Tormund—. Te saludo, Jon Nieve. Resulta que me gustan mucho los cambiapieles, pero no los Stark.

—La mujer que ves junto al brasero —prosiguió Mance Rayder— es Dalla.

—La embarazada sonrió con timidez—. Trátala como a cualquier otra reina. Lleva mi retoño. —Se volvió hacia los dos restantes—. Esta belleza es su hermana, Val. Y el joven Jarl, a su lado, es su última mascota.

—No soy la mascota de ningún hombre —dijo Jarl, sombrío y enfurecido.

—Y Val no es ningún hombre —gruñó el barbudo Tormund—. Ya deberías haberte dado cuenta, muchacho.

—Pues aquí nos tienes, Jon Nieve —dijo Mance Rayder—. El Rey-más-allá-del-Muro y su corte en pleno. Y ahora es tu turno de hablar. ¿De dónde has venido?

—De Invernia —respondió—, pasando por el Castillo Negro.

—¿Y qué te trae al Agualechosa, tan lejos de los fuegos de tu hogar? —No aguardó la respuesta de Jon, sino que miró al instante a Casaca de Matraca—. ¿Cuántos eran?

—Cinco. Tres murieron, y aquí está este. El otro escaló la ladera de una montaña, por la que ningún caballo podía seguirlo.

—¿Erais solamente cinco? —preguntó Rayder, volviendo a clavar los ojos en los de Jon—. ¿O hay otros de tus hermanos fisgoneando por los alrededores?

—Éramos cuatro y Mediamano. Qhorin valía por veinte hombres.

—Eso se decía —dijo el Rey-más-allá-del-Muro con una sonrisa—. Pero... ¿un chico del Castillo Negro con exploradores de la Torre Sombría? ¿Cómo es eso?

—El lord comandante me envió con Mediamano para entrenarme —contestó Jon, que tenía lista la mentira—, y por eso me llevó de exploración.

—Dices que de exploración... —intervino Styr, el magnar, con el ceño fruncido—. ¿Para qué irían de exploración los cuervos más allá del Paso Aullante?

—Las aldeas estaban abandonadas —dijo Jon sin faltar a la verdad—. Era

como si todo el pueblo libre hubiera desaparecido.

—Desaparecido, sí —dijo Mance Rayder—. Y no solo el pueblo libre. ¿Quién os dijo dónde estábamos, Jon Nieve?

—Craster —bufó Tormund—, seguro, o yo soy una doncella inocente. Ya te lo dije, Mance: a ese bicho le sobra la cabeza.

—Tormund, intenta alguna vez pensar antes de hablar —dijo el rey, mirando irritado al de la barba blanca—. Ya sé que fue Craster. Se lo he preguntado a Jon para saber si decía la verdad.

—Vaya —escupió Tormund—. He metido la pata. —Le hizo una mueca a Jon—. Fíjate, muchacho, por eso él es rey y yo no. A la hora de beber, de pelear y de cantar soy mejor que él, y mi miembro es tres veces más grande que el suyo, pero Mance es listo. Lo criaron como cuervo, ¿sabes?, y el cuervo es un pájaro que sabe muchos trucos.

—Voy a hablar a solas con el muchacho, mi Señor de los Huesos —le dijo Mance Rayder a Casaca de Matraca—. Dejadnos solos.

—¿Qué? ¿Yo también? —dijo Tormund.

—Tú en particular —replicó Mance.

—No como en ningún salón donde no sea bienvenido. —Tormund se puso en pie—. Las gallinas y yo nos vamos. —Agarró otra ave del brasero y se la guardó en un bolsillo cosido en el forro de la capa—. Ja —dijo, y se marchó chupándose los dedos.

Todos los demás lo siguieron, menos Dalla, la mujer.

—Siéntate si lo deseas —dijo Rayder cuando los otros se marcharon—. ¿Tienes hambre? Tormund nos ha dejado por lo menos dos piezas.

—Me gustaría mucho comer algo, alteza. Gracias.

—¿Alteza? —El rey sonrió—. No es un tratamiento que uno oiga con frecuencia de los labios del pueblo libre. Para casi todos, soy Mance a secas. Mance con deferencia, para algunos. ¿Te apetece un cuerno de hidromiel?

—Con gusto.

El rey sirvió la bebida mientras Dalla cortaba las crujientes gallinas en mitades y le daba una a cada uno. Jon se quitó los guantes y comió con los dedos, arrancando los trocitos de carne de los huesos.

—Tormund está en lo cierto —dijo Mance Rayder mientras cogía un trozo de pan—. El cuervo negro es un pájaro listo, sí... pero yo ya era un cuervo cuando tú no tenías más edad que el bebé que hay en el vientre de Dalla, Jon Nieve. De manera que no intentes hacerte el listo conmigo.

—Como ordenéis, Alte... Mance.

—¡Altemance! —El rey se echó a reír—. Bueno, no suena mal. Antes te he dicho que te diría cómo te he reconocido. ¿Todavía no lo sabes?

Jon hizo un gesto de negación.

—Casaca de Matraca envió un aviso?

—¿Con un cuervo? No tenemos cuervos entrenados. No, yo conocía tu rostro. Lo había visto antes. Dos veces.

Al principio no le vio la lógica, pero Jon le dio unas cuantas vueltas en la cabeza y lo entendió.

—Cuando erais hermano de la Guardia...

—Muy bien. Sí, esa fue la primera vez. Eras solo un niño, y yo vestía el negro. Era uno entre la docena que escoltaba al anciano lord comandante Qorgyle cuando fue a ver a tu padre en Invernalia. Yo paseaba por la muralla que rodeaba el patio cuando me tropecé contigo y con tu hermano Robb. La noche anterior había nevado, y vosotros habíais construido una gran montaña de nieve encima de la puerta y esperabais a que alguien pasara por debajo.

—Lo recuerdo —dijo Jon, con una risa de asombro. Un joven hermano de negro que paseaba por la muralla, sí—. Jurasteis no contárselo a nadie.

—Y mantuve mi palabra. Al menos, en esa ocasión.

—Le dejamos caer la nieve encima a Tom el Gordo. Era el guardia más lento de mi padre. —Tom los había perseguido después hasta que los tres estuvieron tan rojos como las manzanas de otoño—. Pero habéis dicho que me visteis en dos ocasiones. ¿Cuál fue la segunda?

—Cuando el rey Robert fue a Invernalia para nombrar mano a tu padre —respondió con celeridad el Rey-más-allá-del-Muro.

—No puede ser. —La incredulidad hizo que Jon abriera mucho los ojos.

—Pues sí. Cuando tu padre supo que el rey iba a visitarlo, mandó aviso a su hermano Benjen, en el Muro, para que acudiera al festín. Hay más comercio entre los hermanos de negro y el pueblo libre de lo que sospechas, y al poco tiempo la noticia llegó a mis oídos. Era una oportunidad demasiado buena, y no me pude resistir. Tu tío no me conocía de vista, así que por su parte no tendría problemas, y no creí que tu padre fuera a acordarse de un joven cuervo con quien se había tropezado un instante años atrás. Quería ver al tal Robert con mis propios ojos, de rey a rey, y ponderar también a tu tío Benjen. En aquella ocasión era capitán de los exploradores y el verdugo de mi pueblo. Así que ensillé mi corcel más veloz y partí al galope.

—Pero el Muro... —objetó Jon.

—El Muro puede detener un ejército, pero no a un hombre solo. Cogí un laúd y una bolsa de plata, crucé el hielo cerca de Túmulo Largo, caminé un par de leguas al sur del Nuevo Agasajo, y compré un caballo. Así hice el camino más deprisa que Robert, que viajaba con una enorme casa con ruedas para que su reina estuviera cómoda. Cuando estaba al sur de Invernalia, a un día de distancia, me tropecé con él y seguí el camino en su cortejo. Los jinetes libres y los caballeros errantes se unen frecuentemente a los cortejos reales con la esperanza de poder servir al rey, y con el laúd conseguí que me aceptaran rápidamente. —Se echó a reír—. Conozco todas las canciones obscenas que se han compuesto al

norte o al sur del Muro. Y aquí apareces tú. La noche en que tu padre festejó la llegada de Robert, yo estaba sentado en la parte trasera del salón, con los demás jinetes libres, oyendo cómo Orland de Antigua tocaba el arpa y cantaba historias de reyes muertos bajo el mar. Me convidaron a las viandas y al hidromiel de tu padre, eché un vistazo al Matarreyes y al Gnomo... y me fijé en los hijos de lord Eddard y los cachorros de lobo que les corrían entre las piernas.

—Bael el Bardo —dijo Jon, recordando la historia que Ygritte le había contado en los Colmillos Helados la noche que había estado a punto de matarla.

—Me habría encantado serlo. No negaré que las hazañas de Bael han inspirado mis aventuras... pero no recuerdo haber secuestrado a ninguna de tus hermanas. Bael escribía sus canciones y las vivía. Yo solo canto las canciones que han compuesto hombres más ingeniosos que yo. ¿Más hidromiel?

—No —dijo Jon—. Si os hubieran descubierto, os habrían...

—Tu padre me habría cortado la cabeza. —El rey se encogió de hombros—. Aunque, como había comido de su mesa, estaba protegido por las leyes de la hospitalidad. Las leyes de hospitalidad son tan antiguas como los primeros hombres, tan sagradas como un árbol corazón. —Hizo un gesto hacia la tabla que tenían delante, las migas de pan y los huesos de pollo—. Aquí eres el huésped, no puedo hacerte daño... al menos esta noche. Así que dime la verdad, Jon Nieve. ¿Eres un cuervo que ha cambiado de capa por miedo o hay otro motivo para que estés en mi tienda?

Con derechos de huésped o no, Jon Nieve sabía que en aquel momento caminaba sobre hielo quebradizo. Un paso en falso y podía hundirse en un agua tan fría, que el corazón le dejaría de latir.

«Sopesa cada palabra antes de decirla», se dijo. Bebió un largo trago de hidromiel para ganar tiempo. Dejó el cuerno sobre la mesa.

—Decidme por qué cambiasteis de capa —respondió— y os diré por qué he cambiado yo.

Mance Rayder sonrió, como Jon esperaba. Al rey le encantaba hablar, y más aún, hablar de sí mismo.

—No dudo de que habrás oído relatos sobre mi deserción.

—Unos dicen que fue por una corona. Otros, que por una mujer. Y algunos cuentan que tenéis sangre de salvaje.

—La sangre de los salvajes es la sangre de los primeros hombres, la misma sangre que corre por las venas de los Stark. Y, en lo tocante a coronas, ¿tú ves alguna?

—Veo a una mujer —dijo Jon mirando a Dalla.

—Mi señora está libre de culpa. —Mance la cogió de la mano y la llevó hacia sí—. La conocí cuando volvía del castillo de tu padre. Mediamano era de roble, pero yo soy de carne y aprecio mucho los encantos de las mujeres... lo que me hace igual a tres cuartas partes de los miembros de la Guardia. Hay hombres que

aún visten el negro y han tenido diez veces más mujeres que este pobre rey. Vuelve a intentarlo, Jon Nieve.

Jon lo consideró un instante.

—Mediamano dijo que os apasionaba la música de los salvajes.

—Me apasionaba. Me apasiona. Te acercas, pero aún no das en el blanco. —Mance Rayder se levantó, soltó el broche con que se sujetaba la capa y la tendió sobre el banco—. Fue por esto.

—¿La capa?

—La capa negra de lana de un hermano juramentado de la Guardia de la Noche —dijo el Rey-más-allá-del-Muro—. Un día, en una expedición, cazamos un magnífico alce. Lo estábamos desollando cuando el olor de la sangre hizo salir de su madriguera a un gatosombra. Lo espanté, pero antes tuvo tiempo de destrozarme la capa. ¿Lo ves? Aquí, aquí y aquí. —Se rio—. También me destrozó el brazo y la espalda, y yo sangraba más que el alce. Mis hermanos temían que muriera antes de que pudieran llevarme con el maestre Mullin de la Torre Sombría, así que me condujeron a una aldea de salvajes; sabían que allí vivía una curandera. Resultó que había muerto, pero su hija me cuidó. Me limpió las heridas, las cosió y me alimentó con papillas y poción hasta que tuve fuerzas para cabalgar de nuevo. Y también me remendó los rotos de la capa con un poco de seda escarlata de Asshai que su madre había sacado del naufragio de una galera que el mar llevó hasta la Costa Helada. Era su mayor tesoro, y me lo regaló. —Volvió a colocarse la capa sobre los hombros—. Pero en la Torre Sombría me dieron una capa nueva de lana, del almacén, negro sobre negro y rematada en negro, para que combinara con mis calzones negros y mis botas negras, mi pechera negra y mi cota negra. La nueva capa no tenía rasguños ni remiendos, y tampoco lágrimas... y sobre todo, nada de rojo. Los hombres de la Guardia de la Noche vestían de negro, me recordó con severidad ser Denys Mallister, como si yo lo hubiera olvidado. Me dijo que iban a quemar mi vieja capa.

» Me fui al día siguiente... hacia un sitio donde un beso no fuera un crimen y un hombre pudiera vestir la capa que quisiera. —Cerró el broche y volvió a sentarse—. ¿Y tú, Jon Nieve?

Jon bebió otro trago de hidromiel.

« Solo hay una explicación que se vaya a creer».

—Habéis dicho que estuvisteis en Invernalia la noche en que mi padre agasajaba al rey Robert.

—Y así fue.

—Entonces nos veríais a todos. Al príncipe Joffrey y al príncipe Tommen, a la princesa Myrcella, a mis hermanos Robb, Bran y Rickon, a mis hermanas Arya y Sansa. Los visteis recorrer el pasillo central con todos los ojos clavados en ellos y ocupar sus asientos en la mesa que estaba directamente debajo del

estrado donde se sentaban el rey y la reina.

—Lo recuerdo.

—¿Y visteis dónde me sentaba yo, Mance? —Se inclinó hacia delante—.
¿Visteis dónde pusieron al bastardo?

Mance Rayder miró detenidamente el rostro de Jon.

—Creo que será mejor que te busquemos una capa nueva —dijo el rey al tiempo que le tendía la mano.

Sobre las serenas aguas azules se difundían el toque lento y rítmico de los tambores y el chapoteo suave de los remos de las galeras. La enorme coca gemía siguiendo su estela, arrastrada por gruesos cabos muy tensos. Las velas de la *Balerion* colgaban inermes, como abandonadas en los mástiles. De todos modos, mientras estaba de pie en el castillo de proa contemplando cómo sus dragones se perseguían mutuamente por el cielo azul sin una nube, Daenerys Targaryen se sentía más feliz que nunca.

Sus dothrakis llamaban al mar *agua envenenada*, porque desconfiaban de todo líquido que sus caballos no pudieran beber. El día en que las tres naves levaron anclas en Qarth, cualquiera habría dicho que ponían proa al infierno y no a Pentos. Sus valientes y jóvenes jinetes de sangre miraban la línea de la costa, cada vez más lejana, con los ojos muy abiertos, decididos los tres a no mostrar miedo en presencia de los demás, mientras sus doncellas, Irri y Jhiqui, se agarraban con desesperación a los pasamanos y vomitaban por la borda a cada leve oscilación. El resto del pequeño *khalasar* de Dany permanecía bajo cubierta, prefiriendo la compañía de sus nerviosas cabalgaduras al horripilante mundo sin tierra en torno a las naves. Cuando una galerna repentina los sacudió a los seis días de viaje, ella los oyó por las escotillas; los caballos relinchaban y daban coches; los jinetes rezaban con voces trémulas cada vez que la *Balerion* se alzaba o se hundía.

No había galerna que pudiera asustar a Dany. Daenerys de la Tormenta la llamaban, porque había llegado al mundo aullando en la distante Rocadragón, mientras fuera se desencadenaba la peor tormenta en la memoria de los habitantes de Poniente, una tormenta tan feroz que había arrancado gárgolas de las paredes del castillo y había hecho astillas la flota de su padre.

Las tempestades azotaban el mar Angosto con frecuencia, y Dany lo había cruzado medio centenar de veces en su niñez, cuando huía de una Ciudad Libre a otra, medio paso por delante de los cuchillos de los mercenarios enviados por el Usurpador. Amaba el mar. Le gustaban el olor penetrante y salado del aire y la inmensidad del horizonte infinito, limitado solo por la bóveda de cielo azul que lo cubría. La hacía sentirse diminuta, pero también libre. Le gustaban los delfines que a veces nadaban junto a la *Balerion*, cortando las aguas como lanzas plateadas, y los peces voladores que divisaban de vez en cuando. Hasta le gustaban los marinos, con todas sus canciones e historias. Una vez, en un viaje a Braavos, mientras contemplaba cómo luchaba la tripulación con una enorme vela verde al comienzo de una galerna, había llegado a pensar que sería maravilloso ser marino. Pero cuando se lo contó a su hermano, Viserys le retorció el cabello hasta hacerla gemir.

—Eres de la sangre del dragón —le había gritado—. Del dragón, no de ningún pez de mierda.

« Con respecto a eso, como a tantas otras cosas, era un imbécil —pensó Dany —. Si hubiera sido más sabio y más paciente, sería él quien estaría navegando hacia el oeste para tomar posesión del trono que le pertenecía por derecho» .

Finalmente se había dado cuenta de que Viserys había sido estúpido y malvado; aun así, a veces lo echaba de menos. No al hombre cruel y débil en que se había convertido en los últimos tiempos, sino al hermano que alguna vez le leyó cuentos por las noches y que le permitió resguardarse en su cama, al niño que le contaba historias sobre los Siete Reinos y hablaba de lo maravillosas que serían sus vidas cuando fuese rey.

El capitán apareció a su lado.

—Ojalá esta *Balerion* pudiera volar, igual que el dragón que le dio nombre, alteza —dijo en valyrio vulgar, muy marcado por el acento de Pentos—. Así no tendríamos que remar, ni ir a remolque, ni rezar para que sople el viento, ¿verdad?

—Muy cierto, capitán —respondió ella con una sonrisa, complacida por haberse ganado a aquel hombre.

El capitán Groleo era un anciano pentoshi, como su señor, Illyrio Mopatis, y se había puesto nervioso como una doncella al saber que en su barco viajarían tres dragones. Cincuenta cubos de agua de mar colgaban todavía de las bordas para prevenir incendios. Al principio, Groleo había querido que los dragones estuvieran enjaulados, y Dany había dado su consentimiento para aliviar los temores del capitán, pero el sufrimiento de los animales era tan palpable que pronto cambió de idea e insistió en que los liberaran.

En aquellos momentos, hasta el capitán Groleo estaba satisfecho de ello. Hubo un pequeño incendio, que extinguieron con facilidad; pero en compensación, en la *Balerion* había muchas menos ratas que antes, cuando navegaba bajo el nombre de *Saduleon*. Y la tripulación, que al principio había sentido tanto miedo como curiosidad, comenzó a mostrar un extraño y enconado orgullo por «sus» dragones. A todos ellos, desde el capitán hasta el pinche de cocina, les encantaba ver cómo volaban los tres... pero a ninguno tanto como a Dany.

« Son mis hijos —pensó—, y si la *maegi* dijo la verdad, son los únicos que tendré en toda mi vida» .

Las escamas de Viserion eran del color de la nata fresca, y sus cuernos, los huesos de las alas y la cresta dorsal eran de un oro viejo que lanzaba brillantes destellos metálicos al sol. Rhaegal estaba hecho del verde del verano y el bronce del otoño. Planeaban sobre las naves describiendo grandes círculos, cada vez más altos, cada uno tratando de sobrepasar al otro.

Los dragones preferían atacar siempre desde arriba, según había aprendido

Dany. Cuando uno de ellos lograba interponerse entre el otro y el sol, recogía las alas y descendía en picado con un chillido, y ambos caían desde el cielo, enredados en una gran bola de escamas, lanzándose mordiscos y dando latigazos con la cola. La primera vez que lo hicieron, Dany temió que estuvieran tratando de matarse, pero no era más que un juego. En cuanto tocaban la superficie del agua se separaban y ascendían de nuevo entre chillidos y siseos, mientras el agua de mar se les escapaba de los cuerpos en forma de vapor y las alas se aferraban al aire. Drogon también se mantenía en lo alto, aunque no a la vista; estaría a más de una legua por delante o por detrás, cazando.

Su Drogon siempre tenía hambre.

«Come mucho y crece deprisa. Dentro de un año, de dos como mucho, será tan grande que podré montar sobre él. Y entonces no necesitaré naves para cruzar el gran mar salado».

Pero aquel momento aún no había llegado. Rhaegal y Viserion eran del tamaño de perros pequeños. Drogon era apenas un poco más grande, y cualquier perro pesaba más que ellos; eran todo alas, cuello y cola, más ligeros de lo que parecían. Y por tanto, Daenerys Targaryen debía confiar en la madera, el viento y la lona para que la llevaran a casa.

La madera y la lona le habían servido muy bien hasta el momento, pero el viento impredecible se había vuelto traidor. Durante seis días y seis noches había reinado la calma, y a la llegada del séptimo día no había ni asomo de brisa que hinchara las velas. Afortunadamente, dos de las naves que el magíster Illyrio había mandado en su busca eran galeras comerciales, con doscientos remos cada una y tripulaciones de remeros con fuertes brazos para manejarlos. Pero la gran nave *Balerion* era muy diferente: un poderoso casco de anchas vigas con mástiles inmensos y enormes velas, pero indefensa en la calma. La *Vhagar* y la *Meraxes* habían tirado cabos para remolcarla, pero a pesar de ello, solo conseguían avanzar con torturante lentitud. Las tres naves estaban repletas de gente y llevaban mucha carga.

—No veo a Drogon —dijo ser Jorah Mormont cuando se reunió con ella en el castillo de proa—. ¿Se ha extraviado de nuevo?

—Nosotros somos los extraviados. A Drogon le disgusta este lento avance tanto como a mí.

Más atrevido que los otros dos, su dragón negro había sido el primero en probar las alas encima del agua, el primero en volar de una nave a otra, el primero en perderse dentro de una nube pasajera... y el primero en matar. Los peces voladores, en cuanto rompián la superficie del agua, se veían envueltos en una llamarada, atrapados y engullidos.

—¿Qué tamaño tendrá cuando termine de crecer? —preguntó Dany con curiosidad—. ¿Lo sabéis?

—En los Siete Reinos se cuentan historias sobre dragones tan grandes que

eran capaces de sacar un kraken del mar.

—Sería un espectáculo digno de verse —dijo Dany riéndose.

—No es más que una leyenda, *khaleesi* —dijo su caballero exiliado—. También habla de sabios dragones ancianos que viven mil años.

—Bien, pero ¿cuántos años vive un dragón? —Dany levantó la vista en el momento en que Viserion bajó en picado, casi rozó la nave y remontó aleteando lentamente y agitando las velas inermes.

—El tiempo natural de vida de un dragón es varias veces más largo que el de un hombre —respondió ser Jorah encogiéndose de hombros—, o al menos eso es lo que dicen las canciones... pero los dragones más conocidos en los Siete Reinos fueron los de la casa Targaryen. Los criaban para la guerra, y en la guerra perecían. No es nada fácil matar a un dragón, pero tampoco es imposible.

—Balerion, el Terror Negro, tenía doscientos años cuando murió, durante el reinado de Jaehaerys el Conciliador —dijo volviéndose hacia ellos el escudero Barbablanca, que estaba de pie junto al mascarón de proa, apoyado con la mano delgada en un largo bastón de madera dura—. Era tan grande que podía tragarse un uro entero. Un dragón no deja de crecer nunca, alteza, siempre que tenga alimento y libertad.

Su nombre era Arstan, pero Belwas el Fuerte lo había llamado Barbablanca a causa de sus patillas y bigotes encanecidos, y ya casi todo el mundo lo llamaba así. Era más alto que ser Jorah, aunque no tan musculoso; tenía ojos de color azul claro y una larga barba blanca como la nieve y fina como la seda.

—¿Libertad? —preguntó Dany con curiosidad—. ¿Qué queréis decir?

—En Desembarco del Rey, vuestros antepasados construyeron un inmenso castillo con una cúpula para sus dragones. Se llama Pozo Dragón. Aún sigue erguida en la cima de la colina de Rhaenys, aunque en la actualidad está en ruinas. Allí vivían los dragones reales en tiempos remotos, y era un edificio cavernoso, con puertas de hierro tan anchas que treinta caballeros podían entrar por ellas a la vez, hombro con hombro. Pero, a pesar de ello, ninguno de los dragones del pozo llegó a alcanzar las dimensiones de sus ancestros. Los maestres dicen que era a causa de las paredes que los rodeaban y de la cúpula que tenían sobre la cabeza.

—Si las paredes nos encogieran —dijo ser Jorah—, los campesinos serían diminutos, y los reyes serían grandes como gigantes. He visto hombres corpulentos nacidos en chozas, y enanos que habitaban en castillos.

—Los hombres son hombres —replicó Barbablanca—, y los dragones son dragones.

—Una idea muy profunda —replicó ser Jorah con una risa despectiva. El caballero exiliado no sentía ningún aprecio por el anciano, y lo había manifestado desde el primer día—. ¿Y qué sabéis vos de dragones?

—Bastante poco, es verdad. Pero serví durante un tiempo en Desembarco del

Rey, en los días en que el rey Aerys ocupaba el Trono de Hierro y caminaba bajo las calaveras de dragones que colgaban de las paredes del salón del trono.

—Viserys me habló de esas calaveras —dijo Dany—. El Usurpador las retiró y las ocultó. No podía resistir que lo mirasen cuando se sentaba en su trono robado. —Se acercó a Barbablanca—. ¿Visteis alguna vez a mi real padre?

El rey Aerys II había muerto antes del nacimiento de su hija.

—Tuve ese gran honor, alteza.

—¿Lo considerabais bueno y gentil? —Dany tomó al anciano por el brazo.

Barbablanca hizo un esfuerzo para ocultar sus sentimientos, pero estaban allí, expuestos en su rostro.

—Su alteza era... agradable en general.

—¿En general? —Dany sonrió—. Pero ¿no siempre?

—Podía ser muy duro con los que consideraba sus enemigos.

—Un hombre sabio nunca se enamora de un rey —dijo Dany—. ¿También conocisteis a mi hermano Rhaegar?

—Se decía que ningún hombre llegó nunca a conocer a fondo al príncipe Rhaegar. Tuve el privilegio de verlo en un torneo, y con frecuencia lo oí tocar su arpa de cuerdas de plata.

—Junto a otros mil en alguna fiesta de la cosecha —intervino ser Jorah riéndose, burlón—. Ahora diréis que fuisteis su escudero.

—No pretendo afirmar semejante cosa. Myles Mooton era el escudero del príncipe Rhaegar, y lo sustituyó Richard Lonmouth. Cuando se ganaron sus espuelas, el propio príncipe los armó caballeros, y ellos siguieron siendo sus compañeros más allegados. También el joven lord Connington compartía el aprecio del príncipe, aunque su mejor amigo era Arthur Dayne.

—¡La Espada del Amanecer! —dijo Dany, encantada—. Viserys solía hablar de su maravillosa espada blanca. Decía que ser Arthur era el único caballero del reino que podía igualarse a nuestro hermano.

—No me corresponde poner en duda las palabras del príncipe Viserys —dijo Barbablanca inclinando la cabeza.

—Del rey —lo corrigió Dany—. Fue rey, aunque no reinó. Viserys, el tercero de su nombre. Pero ¿qué queréis decir? —La respuesta del hombre no era la que ella habría esperado—. Ser Jorah dijo una vez que Rhaegar era el último dragón. Tenía que ser un guerrero sin par para que lo llamaran así, ¿no es verdad?

—Alteza —dijo Barbablanca—, el príncipe de Rocadragón fue un guerrero muy poderoso, pero...

—Continúa —lo instó Dany—. Puedes hablarme con total libertad.

—Como ordenéis. —El anciano se apoyó en su bastón y levantó una ceja—. Un guerrero sin par... son unas palabras muy bellas, alteza, pero las palabras no ganan batallas.

—Las espadas ganan batallas —dijo ser Jorah con brusquedad—. Y el

príncipe Rhaegar sabía cómo usar una espada.

—Sí que sabía. Pero... he visto cien torneos y más guerras de las que habría deseado, y no importa cuán fuerte, rápido o hábil pueda ser un caballero, siempre hay otros que se le equiparan. Un hombre puede ganar un torneo y caer rápidamente en el siguiente. Un resbalón en la hierba puede significar la derrota, al igual que lo que se ha cenado la noche anterior. Un cambio del viento puede traer el regalo de la victoria. —Miró a ser Jorah—. O el favor de una dama anudada en torno al brazo.

—Cuidado con lo que decís, anciano. —El rostro de Mormont se había ensombrecido.

Dany sabía que Arstan había visto combatir a ser Jorah en Lannisport, en el torneo que Mormont había ganado con la prenda de una dama anudada en torno al brazo. También había ganado la dama: Lynesse de la casa Hightower, su segunda esposa, de alta cuna y muy bella... Pero ella lo había abandonado en la ruina, y en aquel momento, su recuerdo le resultaba muy amargo.

—Sed amable, mi caballero. —Puso una mano sobre el brazo de Jorah—. Arstan no tenía ninguna intención de ofenderos, estoy segura.

—Como digáis, *khaleesi*. —En la voz de ser Jorah se palpaba el rencor.

—Sé muy poco de Rhaegar —dijo Dany volviéndose de nuevo hacia el escudero—. Solo las historias que contaba Viserys, y él era un niño pequeño cuando murió nuestro hermano. ¿Cómo era en realidad?

—Era hábil —dijo el anciano tras meditar un instante—. Eso, por encima de todo. Decidido, deliberado, obediente y sincero. Se cuenta una historia sobre él... pero sin duda, ser Jorah también la conoce.

—Quiero oírla de vuestros labios.

—Como deseéis —dijo Barbablanca—. Cuando era muy joven, el príncipe de Rocadragón era un gran aficionado a los libros. Comenzó a leer tan temprano que la gente decía que la reina Rhaella debió de devorar algunos libros y una vela cuando tenía a su hijo en las entrañas. A Rhaegar no le interesaban los juegos de los demás niños. Los maestres estaban sobrecogidos por su talento, pero los caballeros de su padre bromeaban con amargura, diciendo que Baelor el Santo había renacido. Hasta un día en que el príncipe Rhaegar encontró en sus pergaminos algo que lo hizo cambiar. Nadie sabe qué pudo ser; solo, que el niño apareció repentinamente una mañana en el patio cuando los caballeros vestían sus armaduras de acero. Se dirigió a ser Willem Darry, el maestro de armas, y le dijo: « Necesitaré espada y armadura. Al parecer, tengo que ser un guerrero ».

—¡Y lo fue! —dijo Dany, encantada.

—En efecto, lo fue —asintió Barbablanca—. Perdonad, alteza. Hablando de guerreros, veo que Belwas el Fuerte se ha levantado ya; debo atenderlo.

Dany lo siguió con la vista. El eunuco atravesaba la pasarela tendida entre las naves, ágil como un mono a pesar de su corpulencia. Belwas era bajito pero

ancho; pesaba sus buenas ocho arrobas de grasa y músculo, y tenía la gran panza parda atravesada por viejas cicatrices blancuzcas. Vestía pantalones anchos, un cinturón de seda amarilla y un chaleco de cuero absurdamente pequeño, con remaches de hierro.

—¡Belwas el Fuerte tiene hambre! —rugió, dirigiéndose a todos y a nadie en particular—. ¡Belwas el Fuerte va a comer ahora! —Se giró y vio a Arstan en el castillo de proa—. ¡Barbablanca! —gritó—. ¡Traed comida para Belwas el Fuerte!

—Podéis ir —ordenó Dany al escudero, que hizo otra reverencia y se marchó a atender las necesidades del hombre al que servía.

Ser Jorah lo siguió con el ceño fruncido en su rostro rudo y sincero. Mormont era grande y musculoso, de quijada fuerte y ancho de hombros. No era en absoluto un hombre apuesto, pero Dany no había tenido nunca un amigo tan fiel.

—Debéis ser sabia y desconfiar de las palabras de ese anciano —le dijo cuando Barbablanca estuvo suficientemente lejos.

—Una reina debe escuchar a todos —le recordó ella—. A los de alta cuna y al pueblo llano, al fuerte y al débil, al noble y al venal. —Recordó algo que había leído en un libro—. Una voz dirá mentiras, pero en muchas otras hay verdades encerradas.

—Escuchad mi voz entonces, alteza —dijo el exiliado—. Este Arstan Barbablanca no es lo que parece. Es demasiado viejo para ser escudero, y habla demasiado bien para ser el sirviente de ese eunuco cretino.

«Eso sí que parece extraño», tuvo que admitir Dany. Belwas el Fuerte era un exesclavo, criado y entrenado en las arenas de combate de Meereen. El magister Illyrio lo había mandado para protegerla, o aquello decía Belwas, y era cierto que necesitaba protección. El Usurpador, en su Trono de Hierro, había ofrecido tierras y un título de Lord al hombre que la matara. Ya se había llevado a cabo un intento, con una copa de vino envenenado. Mientras más se aproximaba a Poniente, más aumentaba la probabilidad de otro ataque. En Qarth, el hechicero Pyat Pree había mandado en pos de ella a un hombre pesaroso, para vengar a los Eternos que ella había quemado en su palacio de Polvo. Los hechiceros no olvidaban nunca una ofensa, decían, y los Hombres Pesarosos nunca fallaban al matar. También la mayoría de los dothrakis estarían en su contra. Los *kos* de Khal Drogo dirigían entonces sus *khalasars*, y ninguno de ellos vacilaría en atacar a su pequeño grupo cuando lo divisaran, para matar y esclavizar a los suyos y para arrastrar a Dany de vuelta a Vaes Dothrak, a fin de hacerla ocupar el puesto que le correspondía entre las ancianas arrugadas y marchitas del *dosh khaleen*. Había tenido la esperanza de que Xaro Xhoan Daxos no fuera su enemigo, pero el mercader de Qarth anhelaba sus dragones. Y también estaba Quaithe de la Sombra, la extraña mujer de la máscara de laca roja, con sus crípticos consejos. ¿Era también una enemiga, o solo una amiga peligrosa? Dany no lo sabía.

«Ser Jorah me salvó del envenenador, y Arstan Barbablanca, de la mantícora. Quizá Belwas el Fuerte me salvará del próximo. —Era bastante corpulento, con brazos como árboles pequeños, y tenía un enorme *arakh* curvo, tan afilado que podría afeitarse con él, en el caso improbable de que brotara pelo en aquellas lisas mejillas oscuras. Pero también era como un niño—. Como protector, deja mucho que desear. Menos mal que tengo a ser Jorah y a mis jinetes de sangre. Y a mis dragones; no me puedo olvidar de ellos».

Con el tiempo, sus dragones serían sus guardianes más temibles, de la misma forma que lo habían sido para Aegon el Conquistador y sus hermanas, trescientos años atrás. Sin embargo, en aquel momento le suponían más peligro que seguridad. En todo el mundo había solo tres dragones vivos, y le pertenecían; eran una maravilla aterradora, y no tenían precio.

Estaba meditando sus palabras cuando percibió un viento frío en la nuca, y un mechón de su cabello color oro plateado le cayó sobre la ceja. Arriba, la lona crujió y se movió, y de repente, un grito brotó de todos los rincones de la *Balerion*.

—¡El viento! —gritaron los marineros—. ¡El viento ha vuelto, el viento!

Dany levantó la vista hacia donde las grandes velas de la enorme coca se ondulaban y se hinchaban, haciendo que los cordajes vibraran y se tensaran, cantando la dulce canción que se había callado durante seis largos días. El capitán Groleo corrió a popa, gritando órdenes. Los pentoshis que no estaban vitoreando treparon por los mástiles. Hasta Belwas el Fuerte dejó escapar un alarido y dio unos pasos de baile.

—¡Alabados sean los dioses! —dijo Dany—. ¿Lo veis, Jorah? Estamos de nuevo en camino.

—Sí —respondió él—. Pero ¿hacia dónde, mi reina?

El viento sopló del este todo el día, primero de manera constante y después en ráfagas violentas. El sol se puso con un resplandor rojo.

«Aún estoy a medio mundo de distancia de Poniente —se dijo Dany aquella tarde mientras chamuscaba carne para sus dragones—, pero cada hora me acerca más». Intentó imaginar qué sentiría cuando contemplara por primera vez la tierra que había nacido para gobernar. «Será la orilla más bella que haya visto, lo sé. ¿Cómo podría ser de otra manera?».

Pero más tarde, aquella noche, mientras la *Balerion* continuaba avanzando en la oscuridad y Dany permanecía sentada con las piernas cruzadas en su litera del camarote del capitán, dando de comer a los dragones («Hasta en el mar —había dicho gentilmente Groleo—, las reinas tienen precedencia sobre los capitanes»), llamaron con fuerza a la puerta.

Irri había estado durmiendo al pie de su litera (era demasiado estrecha para tres, y aquella noche le tocaba a Jhiqui compartir el suave lecho de plumas con su *khaleesi*), pero la doncella se levantó al oír que tocaban y fue a la puerta.

Dany cogió la colcha y se cubrió hasta las axilas. Dormía desnuda, y no había esperado visitas a aquella hora.

—Entrad —dijo cuando vio a ser Jorah fuera, bajo un farol que se mecía.

—Lamento haber interrumpido vuestro sueño, alteza —se disculpó el caballero exiliado, inclinando la cabeza al entrar.

—No dormía, ser Jorah. Venid y observad.

Tomó un pedazo de tocino del cuenco que tenía en el regazo y lo levantó para que los dragones pudieran verlo. Los tres lo observaron con expresión hambriona. Rhaegal abrió sus alas verdes y agitó el aire, mientras el cuello de Viserion se movía adelante y atrás como una larga serpiente pálida, siguiendo el movimiento de la mano.

—Dragón —dijo Dany en voz baja—, *dracarys*. —Y tiró el trozo de carne al aire.

Dragon se movió con más celeridad que una cobra al ataque. De su boca brotó una llama naranja, escarlata y negra, que chamuscó la carne antes de que comenzara a caer. Cuando sus afilados dientes negros se cerraron en torno a ella, la cabeza de Rhaegal se aproximó, como intentando robar la presa de las fauces de su hermano, pero Dragon se la tragó y gritó, y el dragón verde, más pequeño, se limitó a sisear de frustración.

—Para ya, Rhaegal —dijo Dany, molesta, al tiempo que le daba un golpecito en la cabeza—. Tú te has comido el anterior. No quiero dragones codiciosos. —Se volvió hacia ser Jorah y sonrió—. Ya no tengo que asarles la carne en un brasero.

—Eso veo. *¿Dracarys?*

Los tres dragones volvieron la cabeza al oír la palabra, y Viserion soltó una llama de un dorado claro que obligó a ser Jorah a retroceder con rapidez. Dany soltó una risita.

—Tened cuidado con esa palabra, o podrían chamuscaros la barba. Significa «fuegodragón» en alto valyrio. Quise buscar una orden que nadie fuera a pronunciar de modo casual.

Mormont hizo un gesto de asentimiento.

—Quisiera hablar con vos en privado, alteza.

—Por supuesto. Irri, déjanos a solas un momento. —Puso una mano sobre el hombro desnudo de Jhiqui y sacudió a la doncella hasta despertarla—. Tú también, amiga mía. Ser Jorah tiene que decirme algo.

—Sí, *khalaeesi*.

Jhiqui bajó desnuda de la litera, bostezando, con la cabellera negra despeinada. Se vistió rápidamente y se fue junto con Irri. Cerraron la puerta a sus espaldas.

Dany lanzó a los dragones los restos de tocino para que se lo disputaran y dio una palmada en el lecho, a su lado.

—Sentaos, buen caballero, y decidme qué os preocupa.

—Tres cosas. —Ser Jorah se sentó—. Belwas el Fuerte. El tal Arstan Barbablanca. E Illyrio Mopatis, que los mandó.

«¿Otra vez?». Dany estiró la manta y se cubrió el hombro con uno de sus extremos.

—¿Y por qué?

—Los hechiceros os dijeron en Qarth que seríais traicionada en tres ocasiones —le recordó el caballero exiliado, mientras Viserion y Rhaegal comenzaron a arañarse y a tirarse dentelladas por el último trozo de tocino.

—Una vez por sangre, una vez por oro y una vez por amor. —Dany no lo había olvidado—. La traición de Mirri Maz Duur fue la primera.

—Lo que significa que aún quedan dos traidores... y ahora aparecen estos dos. Eso me preocupa, sí. No olvido nunca que Robert le ofreció el título de lord al hombre que os mate.

Dany se inclinó hacia delante y dio un tirón a la cola de Viserion para apartarlo de su hermano verde. Al moverse, la manta le dejó el pecho al descubierto. La agarró deprisa y volvió a cubrirse.

—El Usurpador está muerto —dijo.

—Pero su hijo reina en su lugar. —Ser Jorah levantó la vista y clavó los ojos oscuros en los de ella—. Un hijo obediente paga las deudas de su padre. Hasta las deudas de sangre.

—Ese niño, Joffrey, seguramente quiere mi muerte... si se acuerda de que estoy viva. ¿Qué tiene eso que ver con Belwas y con Arstan Barbablanca? El anciano ni siquiera lleva espada. Ya lo habéis visto.

—Sí, sí. Y he visto con qué destreza maneja su bastón. ¿Recordáis cómo mató a aquella mantícora en Qarth? Le habría resultado igual de fácil aplastarlos la garganta.

—Por supuesto, pero no lo hizo —señaló ella—. El aguijón de aquella mantícora estaba destinado a matarme. Me salvó la vida.

—Khaleesi, ¿no habéis pensado en la posibilidad de que Barbablanca y Belwas estuvieran confabulados con el asesino? Tal vez fuera un ardid para ganarse vuestra confianza.

La risa súbita de Dany hizo sisear a Drogon, y Viserion se posó, agitando las alas, en su percha, encima de la escotilla.

—El ardid ha funcionado bien.

—Son las naves de Illyrio —insistió el caballero exiliado sin devolverle la sonrisa—, los capitanes de Illyrio, los marineros de Illyrio... y tanto Belwas el Fuerte como Arstan son hombres tuyos, no vuestros.

—El magíster Illyrio me ha protegido en ocasiones anteriores. Belwas el Fuerte dice que lloró al conocer la muerte de mi hermano.

—Sí —dijo Mormont—, pero ¿lloró por Viserys, o por los planes que había hecho conjuntamente con él?

—Sus planes no tienen por qué cambiar. El magíster Illyrio es amigo de la casa Targaryen y es rico...

—No nació rico. En el mundo, como he podido comprobar, ningún hombre se hace rico mediante la bondad. Los hechiceros dicen que la segunda traición será por oro. ¿Hay algo que Illyrio Mopatis ame más que el oro?

—Su pellejo. —Al otro lado del camarote, Drogon se movió; le salía vapor por la nariz—. Mirri Maz Duur me traicionó. La quemé por ello.

—Mirri Maz Duur estaba en vuestro poder. En Pentos, estaréis en poder de Illyrio. No es lo mismo. Conozco a Illyrio tan bien como vos. Es un hombre listo y taimado...

—Si pretendo conquistar el Trono de Hierro, necesito a hombres listos a mi alrededor.

—Aquel vendedor de vino que intentó envenenaros también era un hombre listo. —Ser Jorah sonrió, burlón—. Los hombres listos alimentan planes ambiciosos.

—Vos me protegeréis. Vos y los jinetes de sangre. —Dany recogió las piernas bajo la manta.

—¿Cuatro hombres? *Khaleesi*, creéis conocer muy bien a Illyrio Mopatis. Pero habéis insistido en rodearos de hombres a los que no conocéis, como ese eunuco hinchado y el escudero más anciano del mundo. Tomad ejemplo de lo ocurrido con Pyat Pree y Xaro Xhoan Daxos.

« Solo quiere mi bien —se repitió Dany para sus adentros—. Todo lo que hace, lo hace por amor».

—Me parece que una reina que no confía en nadie es tan tonta como una reina que confía en todo el mundo. Cada hombre que tomo a mi servicio significa un riesgo, eso lo entiendo, pero ¿cómo voy a conquistar los Siete Reinos sin correr riesgos así? ¿Conquistaré Poniente con un caballero exiliado y tres jinetes de sangre dothraki?

—Vuestro camino está lleno de peligros, no voy a negarlo. —La mandíbula de ser Jorah se había tensado en gesto terco—. Pero si confiáis ciegamente en cada mentiroso y farsante que aparece, acabareis como vuestros hermanos.

« Me trata como si fuera una niña». La obstinación del caballero la irritaba.

—Belwas el Fuerte no podría tramar un complot ni para ir a desayunar. ¿Y me ha mentido Arstan Barbablanca?

—No es lo que afirma ser. Os habla con un descaro impropio de un escudero.

—Habló con franqueza porque se lo ordené. Conoció a mi hermano.

—Muchísimos hombres conocieron a vuestro hermano. Alteza, en Poniente, el lord comandante de la Guardia Real es miembro del Consejo Privado y sirve al rey con su talento, lo mismo que con su acero. Si yo soy el primero de vuestra Guardia, os ruego que me escuchéis. Tengo un plan que proponeros.

—¿Un plan? Contádmelo.

—Illyrio Mopatis quiere teneros de regreso en Pentos, bajo su techo. Muy bien, id con él... pero en el momento en que os convenga, y nunca sola. Veamos cuán leales y obedientes son en verdad esos nuevos súbditos vuestros. Ordenadle a Groleo que cambie el curso y se dirija a la bahía de los Esclavos.

Dany no estaba segura de que aquello le hiciera gracia. Todo lo que había oído sobre los mercados de carne en las grandes ciudades esclavistas de Yunkai, Meereen y Astapor era brutal y daba miedo.

—¿Y qué iré a buscar en la bahía de los Esclavos?

—Un ejército —dijo ser Jorah—. Si Belwas el Fuerte os cae tan bien, podréis comprar centenares como él en los reñideros de Meereen... aunque yo pondría proa a Astapor. En Astapor podréis comprar inmaculados.

—¿Los soldados de los cascós de bronce con una púa? —Dany había visto guardias inmaculados en las Ciudades Libres, apostados ante las puertas de magisteres, arcontes y dinastas—. ¿Para qué necesito inmaculados? Ni siquiera montan a caballo, y casi todos son obesos.

—Los inmaculados que debéis de haber visto en Pentos y Myr eran guardias domésticos. Es un servicio sin muchos peligros, y de todos modos, los eunucos tienden a la obesidad. El único vicio que se encuentra a su alcance es la comida. Juzgar a todos los inmaculados a partir de unos pocos esclavos domésticos viejos es como juzgar a todos los escuderos a partir de Arstan Barbablanca, alteza. ¿Conocéis la historia de los Tres Mil de Qohor?

—No. —La manta se resbaló del hombro de Dany y ella volvió a colocarla en su lugar.

—Fue hace cuatrocientos años o más, cuando los dothrakis cabalgaron por primera vez hacia el este, saqueando y quemando toda aldea o ciudad que hallaron en su camino. El *khal* que los guiaba se llamaba Temmo. Su *khalasar* no era tan grande como el de Drogo, pero sí bastante considerable. Por lo menos cincuenta mil hombres. La mitad de ellos, guerreros con trenzas llenas de campanillas.

» Los qohorienses sabían que Temmo se aproximaba. Reforzaron sus murallas, duplicaron el número de sus guardias y contrataron además a dos compañías libres: los Banderas Luminosas y los Segundos Hijos. Y casi como si se les hubiera ocurrido a última hora, mandaron a un hombre a Astapor a comprar tres mil inmaculados. Sin embargo, la marcha de regreso a Qohor fue muy larga, y cuando se aproximaron, vieron el polvo y el humo, y oyeron el retumbar lejano de la batalla.

» Cuando los Inmaculados llegaron a la ciudad, el sol se había puesto. Lobos y cuervos se daban un festín bajo las murallas con los restos de los pesados caballos de los qohorienses. Los Banderas Luminosas y los Segundos Hijos habían huido, como hacen habitualmente los mercenarios cuando se enfrentan a situaciones desesperadas. Al caer la noche, los dothrakis se retiraron a su campamento, para

beber, comer y festejar, pues ninguno albergaba dudas de que por la mañana retornarían para destrozar las puertas de la ciudad, asaltar las murallas y violar, saquear y esclavizar a quien quisieran.

» Pero cuando llegó la aurora, y Temmo y sus jinetes de sangre sacaron a su *khalasar* del campamento, encontraron a los tres mil inmaculados desplegados ante las puertas, con el estandarte de la Cabra Negra tembloroso sobre sus cabezas. Podrían haber atacado fácilmente a una fuerza tan pequeña por los flancos, pero ya conocéis a los dothrakis. Aquellos eran hombres de a pie, y los hombres de a pie solo sirven para aniquilarlos.

» Los dothrakis se lanzaron a la carga. Los inmaculados unieron los escudos, bajaron las lanzas y se mantuvieron firmes. Contra veinte mil guerreros vociferantes con campanillas en el cabello, se mantuvieron firmes.

» Dieciocho veces se lanzaron los dothrakis a la carga, para estrellarse contra aquellos escudos y lanzas, como si se tratara de una orilla rocosa. Tres veces ordenó Temmo disparar a los arqueros, y las flechas cayeron como lluvia sobre los Tres Mil, pero los inmaculados se limitaron a levantar los escudos sobre la cabeza hasta que pasó el chaparrón. Al final, solo quedaron seiscientos... pero en aquel campo yacían muertos doce mil dothrakis, incluidos el Khal Temmo, sus jinetes de sangre, sus *kos* y todos sus hijos. En la mañana del cuarto día, el nuevo *khal* llevó a los supervivientes ante las puertas de la ciudad en procesión solemne. Uno por uno, todos los hombres se cortaron la trenza y la tiraron a los pies de los Tres Mil.

» Desde aquel día, la guardia urbana de Qohor está formada únicamente por inmaculados, cada uno de los cuales porta una lanza de la que cuelga una trenza de cabello humano.

» Eso es lo que encontraréis en Astapor, alteza. Desembarcad allí y seguid por tierra hasta Pentos. Os tomará más tiempo, sí... pero cuando compartáis el pan con el magister Illyrio, tendréis mil espadas detrás de vos, no solo cuatro.

« Es un consejo sabio, sí —pensó Dany—, pero...» .

—¿Cómo voy a comprar mil soldados esclavos? Lo único que tengo de valor es la corona que me dio la Hermandad de la Turmalina.

—En Astapor, los dragones serán una maravilla tan grande como lo fueron en Qarth. Quizá los traficantes de esclavos os abrumen con regalos, como hicieron los de Qarth. Si no... estas naves llevan algo más que a vuestros dothrakis y sus caballos. Cargaron mercancías en Qarth. He revisado las bodegas y las he visto. Rollos de seda y balas de pieles de tigre, tallas de ámbar y de jade, azafrán, mirra... Los esclavos son baratos, alteza. Las pieles de tigre son caras.

—Son las pieles de tigre de Illyrio —objetó ella.

—E Illyrio es amigo de la casa Targaryen.

—Razón de más para no robar sus bienes.

—Para qué sirven los amigos acaudalados si no pueden poner sus riquezas a

vuestra disposición, reina mía? Si el magíster Illyrio os las negara, no sería más que un Xaro Xhoan Daxos con cuatro papadas. Y si es sincero en su devoción a vuestra causa, no os echará en cara tres naves de mercancías. ¿Qué mejor uso para sus pieles de tigre que compraros la semilla de un ejército?

«Es verdad». Dany sintió una emoción creciente.

—En una marcha como esa habrá peligros...

—También hay peligros en el mar. Por la ruta del sur hay corsarios y piratas, y al norte de Valyria, los demonios han encantado el mar Humeante. La próxima tormenta podría hacer que nos fuéramos a pique o dispersarnos, un kraken podría arrastrarnos al fondo... o podríamos encontrarnos con otra calma chicha y morir de sed mientras esperamos a que se levante el viento. Una marcha tendrá peligros diferentes, mi reina, pero ninguno mayor.

—¿Y qué pasa si el capitán Groleo se niega a cambiar el rumbo? ¿Y qué harán Arstan y Belwas?

—Quizá sea el momento de que lo averigüéis. —Ser Jorah se puso de pie.

—Sí —decidió ella—. ¡Lo haré! —Dany se quitó la manta y saltó de la litera—. Veré enseguida al capitán; le ordenaré que ponga rumbo a Astapor. —Se inclinó sobre su baúl, levantó la tapa y agarró la primera prenda que encontró, unos anchos pantalones de seda basta—. Dadme el cinturón con el medallón —ordenó a Jorah mientras se subía la seda por las caderas—. Y mi chaleco... —comenzó a decir mientras se volvía.

Ser Jorah la envolvió entre sus brazos.

—Oh —fue lo único que logró decir Dany cuando la atrajo hacia sí y pegó sus labios a los de ella. Olía a sudor, a sal y a cuero, y los remaches de hierro de su jubón se le clavaban en los pechos desnudos mientras él la estrechaba contra su cuerpo. Una mano la sostenía por el hombro, y la otra había descendido por su espalda casi hasta el final. La boca de Dany se abrió para recibir la lengua de ser Jorah, aunque ella no se lo había ordenado.

«Me pincha con la barba —pensó—, pero su boca es dulce. —Los dothrakis no llevaban barba, solo largos mostachos, y el único que la había besado antes era Khal Drogo—. No debería hacer eso. Soy su reina, no su hembra».

Fue un beso largo, aunque Dany no habría podido decir cuánto. Al terminar, ser Jorah la soltó, y ella dio un rápido paso atrás.

—Vos... No deberíais haber...

—No debería haber esperado tanto tiempo —terminó la frase por ella—. Debí haberlos besado en Qarth, en Vaes Tolorro. Debí haberlos besado en el desierto rojo, cada día y cada noche. Habéis nacido para que os besen, cada instante.

Tenía los ojos clavados en los pechos de Dany, que se los cubrió con las manos antes de que los pezones pudieran traicionarla.

—Esto... no ha sido adecuado. Soy vuestra reina.

—Mi reina y la mujer más valiente, más dulce y más bella que he visto en mi vida. Daenerys...

—¡Alteza!

—Alteza —aceptó él—. «El dragón tiene tres cabezas», ¿os acordáis? Desde que lo oísteis de labios de los hechiceros, en el palacio de Polvo, os habéis preguntado qué significa. Pues aquí tenéis lo que quiere decir: *Balerion*, *Meraxes* y *Vhagar*, montados por Aegon, Rhaenys y Visenya. El dragón de tres cabezas de la casa Targaryen: tres dragones y tres jinetes.

—Sí —dijo Dany—, pero mis hermanos están muertos.

—Rhaenys y Visenya fueron esposas de Aegon, además de sus hermanas. Vos no tenéis hermanos, pero podéis tomar maridos. Y en verdad os digo, Daenerys, que no hay un hombre en el mundo entero que os pueda ser ni la mitad de fiel que yo.

El gran risco se elevaba abruptamente del terreno, como un largo pliegue de roca y tierra con la forma de una garra. De sus laderas bajas colgaban pinos, fresnos y matorrales de espino, pero más arriba, la tierra estaba desnuda, y su silueta nítida se recortaba ante el cielo nublado.

Podía sentir la llamada de la gran piedra. Fue subiendo; al principio trotaba tranquilamente; después, más deprisa; sus fuertes patas devoraban la pendiente a medida que ascendían. Cuando pasaba corriendo, los pájaros abandonaban las ramas y se abrían paso hacia el cielo con patas y alas. Podía oír el viento que suspiraba entre las hojas, las ardillas que intercambiaban leves chillidos y hasta el sonido de una piña al caer al suelo del bosque. Los olores eran una canción en torno a él, una canción que llenaba el hermoso mundo verde.

Mientras recorría los últimos pasos para detenerse en la cima, la gravilla le salía disparada de debajo de las patas. Sobre los altos pinos, el sol se alzaba, enorme y rojo, y debajo de él, los árboles y las colinas se extendían hasta el infinito, tan lejos como podía ver u oler. En lo alto, un milano real describía círculos, oscuro ante el cielo rosado.

«Príncipe». El sonido humano le acudió a la mente de forma inesperada; aun así, sabía que era correcto. «Príncipe del verdor, príncipe del bosque de los Lobos». Era fuerte, rápido y feroz, y todas las criaturas del buen mundo verde lo temían y se le sometían.

Abajo, muy lejos, en el bosque, algo se movió entre los árboles. Un destello gris, visto y no visto, pero suficiente para que levantara las orejas. Allí abajo, junto a un raudo torrente verde, se deslizó corriendo otra silueta.

«Lobos», supo al instante. Sus primos pequeños, dando caza a alguna presa. El príncipe ya podía ver a unos cuantos más, sombras sobre rápidas patas grises. «Una manada».

Él también había tenido una manada, en otro tiempo. Habían sido cinco, y un sexto que se mantenía apartado. En algún lugar de su interior estaban los sonidos que los hombres les habían dado para diferenciar a uno de otro, pero él no los conocía por aquellos sonidos. Recordaba los olores, los de sus hermanos y hermanas. Todos tenían un olor parecido, el olor de la manada, pero también se diferenciaban unos de otros.

Su hermano enojado, el de los ardientes ojos verdes, estaba cerca, el príncipe lo notaba, aunque no lo había visto desde hacía muchas cacerías. Pero con cada sol que se ponía, se distanciaba más, y él había sido el último. Los otros se habían alejado y dispersado, como hojas barridas por un vendaval.

A veces podía percibirlos como si aún estuvieran con él, aunque ocultos por un peñasco o un macizo de árboles. No podía olerlos ni oír sus aullidos por la noche, pero sentía su presencia tras de sí... a todos menos a la hermana que

habían perdido. Dejó caer la cola al recordarla.

« Cuatro ahora, no cinco. Cuatro y uno más, el blanco que no tiene voz».

Aquellos bosques les pertenecían, junto con las laderas nevadas y las colinas rocosas, los enormes pinos verdes y los robles de hojas doradas, los torrentes en movimiento y los lagos azules quietos, atenazados por dedos de blanco hielo. Pero su hermana había abandonado los bosques para caminar por los salones de los hombres-roca, donde mandaban otros cazadores, y una vez dentro de aquellos salones era muy difícil encontrar el camino de salida. El príncipe lobo lo recordaba.

De repente, el viento cambió de dirección.

« Venado, miedo, sangre». El olor de la presa le despertó el hambre. El príncipe olsiqueó de nuevo el aire, se volvió y echó a correr, dando saltos a lo largo de la cresta, con las fauces medio abiertas. El confín más lejano del gran risco era más abrupto que el lugar por donde había subido, pero él avanzaba con paso seguro sobre piedras, raíces y hojas muertas. Descendía por la ladera, entre los árboles, devorando el camino a grandes zancadas. El olor lo hacía ir cada vez más deprisa.

Habían derribado al venado, y estaba agonizando cuando lo alcanzó; ocho de sus pequeños primos grises lo rodeaban. Los jefes de la manada habían comenzado a comer; primero el macho y después su hembra arrancaban por turnos la carne del vientre ensangrentado de la presa. Los demás esperaban con paciencia, menos el último, que trazaba círculos inquieto a pocos pasos de los otros, con el rabo entre las patas. Sería el último en comer lo que sus hermanos le dejaran.

El príncipe avanzaba contra el viento, y por eso no lo percibieron hasta que se subió a un tronco caído, cerca de donde comían. El más apartado fue el primero en verlo; soltó un gemido lastimero y desapareció. Sus compañeros de manada se volvieron al oírlo y enseñaron los dientes gruñendo, todos menos el macho y la hembra que los lideraban.

El lobo huargo les respondió con un gruñido grave, de aviso, y les mostró los dientes. Era más corpulento que sus primos, doblaba en tamaño al huesudo de la retaguardia, y era casi tan grande como los dos líderes. De un salto, cayó en el centro del grupo, y tres de los animales huyeron y desaparecieron entre los arbustos. Otro se le aproximó, lanzándole dentelladas. Recibió al atacante de frente y, cuando se enfrentaron, atrapó la pata del lobo entre las fauces, lo lanzó a un lado y lo dejó gimiendo y cojeando.

Entonces, solo quedó frente a él el líder de la manada, el gran macho gris con el hocico ensangrentado a causa del suave vientre blanco de la presa que devoraba. También había algo de blanco en su hocico, lo que lo señalaba como un lobo viejo, pero le mostró los dientes mientras le chorreaba una saliva sanguinolenta.

« No tiene miedo —pensó el príncipe—, no más que yo». Sería una buena pelea. Se lanzaron el uno contra el otro.

Combatieron durante mucho rato; rodaron sobre raíces, piedras, hojas caídas y las entrañas dispersas de la presa; se atacaban con dientes y garras, se separaban, describían círculos uno en torno al otro y se enzarzaban de nuevo. El príncipe era más grande y, con mucho, el más fuerte, pero su primo tenía una manada. La hembra se desplazaba alrededor de ellos, muy cerca, olfateaba, gruñía y se interpondría si su pareja se apartaba sangrando. De vez en cuando los otros lobos atacaban también, tirando un mordisco a una pata o una oreja cuando el príncipe miraba en otra dirección. Uno llegó a irritarlo tanto que se revolvió como una furia negra y le destrozó la garganta. Después de aquello, los demás se mantuvieron a una distancia prudente.

Y mientras la última luz rojiza se filtraba entre ramas verdes y hojas doradas, el viejo lobo se dejó caer agotado al fango y rodó sobre la espalda, dejando expuestas la garganta y la panza. Se sometía.

El príncipe lo olfateó y le lamió la sangre de la piel y la carne lacerada. Cuando el viejo lobo soltó un leve gemido, el huargo se alejó. Tenía mucha hambre, y la presa era suya.

—Hodor.

El sonido súbito lo hizo detenerse y enseñar los dientes. Los lobos lo contemplaron con ojos verdes y amarillos, brillantes a la postre la luz del día. Ninguno de ellos había oído nada. Era un viento extraño que soplaban únicamente en sus oídos. Metió las fauces en la barriga del venado y arrancó un gran bocado de carne.

—Hodor, Hodor.

« No —pensó—. No, no quiero». Era el pensamiento de un niño, no de un huargo. El bosque se oscureció a su alrededor hasta que solo quedaron las sombras de los árboles y el destello en los ojos de sus primos. Y a través de aquellos ojos y detrás de ellos, vio el rostro sonriente de un hombre grande y una bóveda de piedra con las paredes salpicadas de salitre. El sabor caliente y delicioso de la sangre se le evaporó de la lengua. « No, no, no, quiero comer, quiero comer, quiero...» .

—Hodor, Hodor, Hodor, Hodor —entonaba Hodor mientras lo sacudía suavemente por los hombros, adelante y atrás, adelante y atrás.

Siempre intentaba tener cuidado, pero Hodor media dos varas y media, y era más fuerte de lo que él mismo sabía, y sus manos enormes hacían que los dientes de Bran entrecocaran.

—¡No! —gritó con rabia—. Hodor, déjame, estoy aquí, aquí.

—¿Hodor? —preguntó deteniéndose con aspecto avergonzado.

El bosque y los lobos habían desaparecido. Bran estaba de nuevo en la bóveda húmeda de alguna antigua atalaya que debían de haber abandonado hacia miles

de años. Apenas quedaba nada en pie. Las piedras caídas estaban tan cubiertas de musgo y hiedra que era casi imposible distinguirlas hasta que uno se encontraba encima de ellas. Bran había puesto nombre al lugar: Torre Derruida; sin embargo, había sido Meera la que descubrió cómo meterse en el sótano.

—Has estado demasiado tiempo ausente.

Jojen Reed tenía trece años, solo cuatro más que Bran, y tampoco era mucho más alto; le llevaba tres dedos, o cuatro a lo sumo, pero tenía una forma muy solemne de hablar, y aquello lo hacía parecer mayor y más sabio de lo que era en realidad. En Invernalia, la Vieja Tata lo había apodado Abuelito.

—Yo quería comer —dijo Bran mirándolo ceñudo.

—Meera volverá pronto con la cena.

—Estoy harto de ranas. —Meera era una comerranas del Cuello, por lo que Bran no podía reprocharle que cazara tantas ranas, claro, pero...—. Yo quería comerme el venado.

Recordó su sabor, la sangre y la sabrosa carne cruda, y se le hizo la boca agua. «Gané la pelea por esa carne, la gané».

—¿Marcaste los árboles?

Bran se ruborizó. Jojen siempre le decía qué cosas tenía que hacer cuando abría su tercer ojo y vestía la piel de Verano. Arañar la corteza de un árbol, atrapar un conejo y volver con él entre las fauces sin comérselo, colocar varias piedras formando una línea.

«Cosas estúpidas».

—Se me olvidó —dijo.

—Siempre se te olvida.

Era verdad. Tenía la intención de hacer las cosas que Jojen le pedía, pero cuando se volvía lobo no le parecían importantes. Siempre había cosas que ver y cosas que olfatear, todo un mundo verde para cazar. ¡Y podía correr! No había nada mejor que correr, a no ser perseguir a una presa.

—Yo era un príncipe, Jojen —le dijo al chico mayor—. Yo era el príncipe del bosque.

—Tú eres un príncipe —le recordó Jojen con suavidad—. Lo recuerdas, ¿verdad? Dime quién eres.

—Ya lo sabes. —Jojen era su amigo y su maestro, pero a veces, a Bran le entraban ganas de pegarle.

—Quiero que pronuncies las palabras. Dime quién eres.

—Bran —dijo, malhumorado. «Bran el roto» —. Brandon Stark —«El niño tullido» —. El príncipe de Invernalia.

De Invernalia, quemada y destruida, con su gente dispersa y asesinada. Los jardines de cristal habían quedado destrozados, y el agua caliente salía a borbotones de las paredes rajadas para soltar su vapor bajo el sol.

«¿Cómo puedo ser el príncipe de un lugar que quizás no vuelva a ver nunca

más?» .

—¿Y quién es Verano? —insistió Jojen.

—Mi huargo. —Sonrió—. El príncipe del veredor.

—Bran, el chico, y Verano, el lobo. Entonces, ¿eres ellos dos?

—Dos —suspiró—, y uno.

« En Invernalia quería que soñara mis sueños de lobo, y ahora que sé cómo hacerlo, siempre me hace volver de ellos» . Odiaba a Jojen cuando se ponía así de estúpido.

—Recuerda eso, Bran. Recuerda quién eres, o el lobo se apoderará de ti. Cuando estáis unidos, no basta con correr, cazar y aullar en la piel de Verano.

« Eso es lo mío —pensó Bran. Le gustaba la piel de Verano más que la suya —. ¿Qué tiene de bueno ser capaz de cambiar de piel, si no se puede usar la que a uno le gusta?» .

—¿Lo recordarás? Y la próxima vez, marca el árbol. Cualquier árbol, no importa cuál, siempre que lo hagas.

—Lo haré. Lo recordaré. Podría volver ahora y hacerlo, si quieres. Esta vez no se me olvidará.

« Pero, primero, me comeré mi venado y pelearé un poco más con esos lobos pequeños» .

—No —dijo el niño con un gesto de negación—. Es mejor que te quedes y comas. Con tu propia boca. Un cambiapiés no puede vivir de lo que consume su bestia.

« ¿Cómo lo sabes? —pensó Bran con resentimiento—. No has sido nunca un cambiapiés, no sabes qué significa serlo» .

Hodor se levantó de un salto y estuvo a punto de golpear con la cabeza el techo cóncavo.

—¡Hodor! —gritó, mientras corría hacia la puerta.

Meera la abrió de un empujón antes de que él llegara y entró en el refugio.

—Hodor, Hodor —dijo el enorme mozo de cuadra, haciendo una mueca.

Meera Reed tenía dieciséis años, toda una mujer adulta, pero no era más alta que su hermano. Todos los lacustres eran menudos, le había dicho una vez a Bran cuando le preguntó por qué era tan bajita. De cabello castaño, ojos verdes y pecho plano como el de un chico, caminaba con una suave gracia que Bran envidiaba al contemplarla. Meera llevaba un puñal largo, pero prefería pelear con una fisga en una mano y una red en la otra.

—¿Quién tiene hambre? —preguntó, mostrando sus presas: dos pequeñas truchas plateadas y seis gordas ranas verdes.

—Yo —respondió Bran.

« Pero no de ranas» . En Invernalia, antes de que ocurriera todas las cosas malas, los Walders solían decir que comer ranas le ponía a uno los dientes verdes y hacía que le saliera musgo en los sobacos. Se preguntó si los Walders estarían

muertos. No había visto sus cuerpos en Invernalia... pero había un montón de cadáveres y no habían revisado los edificios por dentro.

—Entonces tendremos que darte de comer. ¿Me ayudas a limpiar las presas, Bran?

Hizo un gesto de asentimiento. Era difícil enojarse con Meera. La chica era mucho más alegre que su hermano y siempre parecía saber cómo hacerlo sonreír. No había nada que la asustara ni la enfadara.

«Bueno, a no ser Jojen en ocasiones...». Jojen Reed podía asustar casi a cualquiera. Vestía todo de verde, sus ojos eran como el musgo oscuro, y tenía sueños verdes. Lo que Jojen soñaba se hacía realidad. «Salvo que me soñó muerto, y no lo estoy». Bueno, sí lo estaba, en cierta medida.

Jojen mandó a Hodor a buscar madera, y encendió una pequeña hoguera mientras Bran y Meera limpiaban el pescado y las ranas. Utilizaron el yelmo de Meera como olla, cortaron las presas en trocitos pequeños, añadieron un poco de agua y unas cebollas silvestres que Hodor había encontrado, y prepararon un estofado de ranas. No estaba tan bueno como el venado, pero tampoco sabía mal, pensó Bran mientras comía.

—Gracias, Meera —dijo—. Mi señora.

—No hay de qué, alteza.

—Llega la mañana —anunció Jojen—; tenemos que seguir.

Bran vio que Meera se ponía tensa.

—¿Lo has soñado?

—No —admitió Jojen.

—Y por qué tenemos que irnos? —le preguntó su hermana—. La Torre Derruida es un buen lugar para refugiarse. No hay aldeas cerca, los bosques están llenos de caza, hay peces y ranas en los ríos y lagos... ¿Quién nos va a encontrar aquí?

—Este no es el lugar donde tenemos que estar.

—Pero es seguro.

—Parece seguro, lo sé —dijo Jojen—. Pero ¿durante cuánto tiempo? Hubo una batalla en Invernalia; vimos los muertos. Y las batallas indican que hay guerras. Si algún ejército nos atrapa desprevenidos...

—Podría ser el ejército de Robb —intervino Bran—. Robb volverá pronto del sur; sé que lo hará. Regresará con todos sus estandartes y echará a los hombres del hierro.

—Cuando vuestro maestre agonizaba —le recordó Jojen—, no dijo nada sobre Robb. Dijo: «Hombres del hierro en la Costa Pedregosa», y «Al este, el Bastardo de Bolton». Foso Cailin y Bosquespeso han caído; el heredero de Cerwyn ha muerto, así como el castellano de la Ciudadela de Torrhen. Dijo: «Hay guerra por todas partes; cada cual contra su vecino».

—Hemos discutido esto antes —dijo su hermana—. Quieres llegar al Muro,

donde está tu cuervo de tres ojos. De acuerdo, eso está bien, pero el Muro está demasiado lejos, y Bran no tiene piernas, solo a Hodor. Si tuviéramos caballos...

—Y si fuéramos águilas, podríamos volar —dijo Jojen con brusquedad—, pero no tenemos alas, igual que no tenemos caballos.

—Podríamos conseguirlos —replicó Meera—. Hasta en lo más profundo del bosque de los Lobos hay cazadores, campesinos, leñadores... Algunos tendrán caballos.

—Y si los tienen ¿qué hacemos? ¿Robarlos? ¿Somos ladrones? Lo que menos nos interesa es que nos persigan.

—Podríamos comprarlos —dijo ella—. Ofrecer algo por ellos.

—Míranos, Meera. Un chico tullido con un huargo, un gigante retrasado y dos lacustres a mil leguas del Cuello. Nos reconocerán, y el rumor se difundirá. Bran está a salvo mientras lo den por muerto. Vivo, se convertirá en una presa para todo el que quiera su muerte. —Jojen fue a la hoguera y removió las ascuas con un palo—. En algún lugar del norte nos aguarda el cuervo de tres ojos. Bran necesita un maestro más sabio que yo.

—Pero ¿cómo llegaremos, Jojen? —le preguntó su hermana—. ¿Cómo?

—Andando —respondió—. Paso a paso.

—El camino desde Aguasgrises hasta Invernalia fue eterno, y eso que íbamos a caballo. Quieres que hagamos un recorrido más largo a pie, sin saber siquiera dónde termina. Dices que más allá del Muro. No he estado allí, como no has estado tú, pero sé que es un lugar muy grande, Jojen. ¿Allí hay muchos cuervos de tres ojos o solo uno? ¿Cómo lo vamos a encontrar?

—Quizá sea él quien nos encuentre.

Antes de que Meera supiera cómo responder, oyeron un sonido: el aullido distante de un lobo en la noche.

—¿Verano? —preguntó Jojen, que escuchaba con atención.

—No. —Bran conocía la voz de su huargo.

—¿Estás seguro? —dijo el pequeño abuelo.

—Seguro. —Verano había ido lejos aquel día, a campo traviesa, y no regresaría hasta el crepúsculo.

« Quizá Jojen sea verdevidente, pero no es capaz de distinguir a un lobo de un huargo ». Se preguntó por qué obedecían tanto a Jojen. No era un príncipe como Bran, ni tampoco fuerte y grande como Hodor, ni tan buen cazador como Meera, aunque, sin que entendiera por qué, siempre era Jojen quien les decía qué había que hacer.

—Deberíamos robar caballos, como dice Meera —apuntó Bran—, y cabalgar hasta donde están los Umber, en Último Hogar. —Se detuvo a pensar un instante—. O podríamos robar un bote y navegar Cuchillo Blanco abajo hasta Puerto Blanco. Allí manda ese gordo de lord Manderly, que se mostró tan amistoso en la fiesta de la cosecha. Quería construir naves. Quizá haya

construido algunas y podamos navegar hasta Aguas dulces, y traer a casa a Robb con todo su ejército. Entonces no importaría que supieran que estoy vivo. Robb no dejaría que nadie nos hiciera daño.

—¡Hodor! —masculló Hodor—. Hodor, Hodor.

Solo a él le gustaba el plan de Bran, aunque Meera se limitó a sonreírle y Jojen frunció el ceño. No prestaban atención a sus deseos nunca, ni siquiera por el hecho de que Bran era un Stark, y además un príncipe, y los Reed del Cuello eran vasallos de los Stark.

—Hooodor —dijo Hodor, balanceándose—. Hooooooooodor, Hoooooodor, Hodooor, Hodooor, Hodooor. —A veces le gustaba hacer aquello, repetir su nombre de diferentes maneras, una y otra vez. En otras ocasiones se quedaba tan callado que uno olvidaba su presencia. Con él no había manera de saber nada por anticipado—. ¡Hodor, Hodor, Hodor! —gritó.

«No va a parar», se dio cuenta Bran.

—Hodor, ¿por qué no vas fuera y te entrenas con tu espada? —le propuso. El mozo de cuadra había olvidado su espada, pero en aquel momento la recordó.

—¡Hodor! —gruñó.

Fue a buscar su arma. Tenían tres espadas, que habían cogido de varias tumbas, en las criptas de Invernalia, cuando Bran y su hermano Rickon se escondieron de los hombres del hierro de Theon Greyjoy. Bran había cogido la espada de su tío Brandon, y Meera se quedó con la que halló sobre las rodillas del abuelo de Bran. La hoja de Hodor era mucho más antigua, una enorme y pesada pieza de hierro, embotada por siglos de olvido y marcada por el óxido. Podía pasarse horas blandiéndola sin parar. Cerca de las piedras caídas había un árbol arrancado, que había golpeado con la hoja hasta casi hacerlo trocitos.

Podían oírlo a través de las paredes incluso cuando estaba fuera.

—¡Hodor! —gritaba mientras le daba espadazos al árbol. Por suerte, el bosque de los Lobos era enorme y, probablemente, no habría cerca nadie que pudiera oírlo.

—Jojen, ¿qué dijiste de un maestro? —preguntó Bran—. Tú eres mi maestro. Sé que no marqué el árbol, pero la próxima vez lo haré. Mi tercer ojo está abierto, como tú querías.

—Tan abierto que temo que te caigas dentro y vivas el resto de tu vida como un lobo del bosque.

—No lo haré, lo prometo.

—El niño lo promete. ¿Lo recordará el lobo? Tú corres con Verano, cazas con él, matas con él... pero te sometes a su voluntad más que él a la tuya.

—Es que se me olvidó, nada más —se quejó Bran—. Solo tengo nueve años. Lo haré mejor cuando sea mayor. Ni siquiera Florian el Bufón o el príncipe Aemon, el Caballero Dragón, eran grandes guerreros cuando tenían nueve años.

—Eso es verdad —dijo Jojen—, y sería sabio decirlo si los días fueran cada

vez más largos... pero no es el caso. Sé que eres un hijo del verano. Dime el lema de la casa Stark

—Se Acerca el Invierno. —Solo de decirlo, Bran comenzó a sentir frío.

Jojen asintió con solemnidad.

—Soñé con un lobo alado, sujeto a la tierra con cadenas de piedra, y vine a Invernalia para liberarlo. Ahora, las cadenas han desaparecido, pero no quieres volar aún.

—Enséñame entonces. —Bran temía al cuervo de tres ojos que lo acosaba a veces en sus sueños, picoteándolo sin parar entre los ojos y diciéndole que volara —. Eres un verdevidente.

—No —replicó Jojen—, solo soy un chico que sueña. Los verdevidentes eran más que eso. Eran también cambiapielles, como lo eres tú, y el más grande de ellos podía vestir la piel de cualquier bestia que volara, nadara o se arrastrara, y también podía mirar a través de los ojos de los arcianos, y ver la verdad que subyace bajo el mundo.

» Los dioses conceden muchos tipos de dones, Bran. Mi hermana es cazadora. Le ha sido concedido el don de correr muy deprisa y de quedarse tan quieta que parece que no esté. Tiene oído fino, vista aguda y una mano firme con la red y la lanza. Puede respirar cieno y volar entre los árboles. Yo no puedo hacer nada de eso, ni tú tampoco. A mí, los dioses me han dado la videncia verde, y a ti... podrías ser mucho más que yo, Bran. Eres el lobo alado y no hay manera de decir cuán lejos y cuán alto podrás volar... si tienes a alguien que te enseñe. ¿Cómo puedo ayudarte a dominar un don que no comprendo? En el Cuello recordamos a los primeros hombres, y a los hijos del bosque, que eran sus amigos... pero hemos olvidado muchas cosas, y otras no las hemos sabido nunca.

—Si nos quedamos aquí —dijo Meera, cogiéndole la mano a Bran—, sin molestar a nadie, estarás a salvo hasta que termine la guerra. Sin embargo, únicamente podrás aprender lo que mi hermano sea capaz de enseñarte, y ya has oído lo que ha dicho. Si dejamos este lugar para buscar refugio en Último Hogar o más allá del Muro, nos arriesgamos a que nos atrapen. Sé que solo eres un niño, pero también eres nuestro príncipe, el hijo de nuestro señor y el legítimo heredero de nuestro rey. Te hemos jurado fidelidad por la tierra y el agua, el bronce y el hierro, el hielo y el fuego. Eres tú el que se arriesga, Bran, al igual que eres tú el que posee el don. Y creo que también eres tú el que debe tomar una decisión. Somos tus servidores y acatamos tus órdenes. —Sonrió—. Al menos, en esto.

—¿Quieres decir que haréis lo que os diga? —preguntó Bran—. ¿De verdad?

—De verdad, mi príncipe —dijo la chica—, así que medítalo bien.

Bran intentó analizar el asunto de la manera en la que lo habría hecho su padre. Hother Mataputas y Mors Carroña, los tíos del Gran Jon, eran hombres fieros, pero creía que serían leales. Y los Karstark también. Bastión Kar era un

castillo resistente; su padre siempre lo había dicho.

« Estaremos a salvo con los Umber o los Karstark».

O podían dirigirse al sur, en busca del gordo lord Manderly. En Invernalia se había reido mucho y no había mirado a Bran con tanta lástima como los otros señores. El Castillo Cerwyn estaba más cerca que Puerto Blanco, pero el maestre Luwin había dicho que Cley Cerwyn estaba muerto.

« También podrían estar muertos los Umber, los Karstark o los Manderly», comprendió. Como lo estaría él si lo atrapaban los hombres del hierro o el Bastardo de Bolton.

Si se quedaban allí, ocultos bajo la Torre Derruida, nadie los encontraría. Seguiría con vida.

« Y tullido» .

Bran se dio cuenta de que estaba llorando.

« Niño idiota» , pensó de sí mismo. No importaba adónde fuera. En Bastión Kar, en Puerto Blanco o en la Atalaya de Aguasgrises, seguiría siendo un tullido. Cerró los puños con fuerza.

—Quiero volar —les dijo—. Llevadme con el cuervo.

Cuando subió a cubierta, la larga punta de Marcaderiva desaparecía a popa, mientras a proa, Rocadragón se elevaba del mar. De la cima de la montaña salía una fina columna de humo para marcar el sitio donde se encontraba la isla.

«Montedragón está inquieto esta mañana —pensó Davos—, o será que Melisandre está quemando a alguien más».

Melisandre había ocupado un lugar prioritario en sus pensamientos mientras la *Baile de Shayala* atravesaba la bahía del Aguasnegras y dejaba atrás el Gaznate, avanzando con dificultad con el viento en contra. La gran hoguera que había ardido en la cima del puesto de vigía de Punta Aguda, al final del Garfio de Massey, le recordó el rubí que ella llevaba en la garganta, y cuando el mundo se tornaba rojo a la salida y la puesta de sol, las nubes pasajeras adquirían el mismo color que las sedas y satenes de sus vestidos susurrantes.

Seguramente lo estaría esperando en Rocadragón, esperándolo con toda su belleza y su poder, con su dios y sus sombras y con el rey de Davos. Hasta aquel momento, parecía que la sacerdotisa roja siempre había sido leal a Stannis.

«Lo ha destrozado como un jinete revienta a un caballo. Si pudiera, cabalgaría sobre él para llegar al poder; por conseguirlo entregó a mis hijos al fuego. Le arrancaré el corazón del pecho para ver cómo arde». Palpó la empuñadura del fino y largo puñal ly seno que le había dado el capitán.

El capitán había sido muy amable con él. Se llamaba Khorane Sathmantes, un ly seno como Salladhor Saan, a quien pertenecía la nave, aunque había pasado muchos años comerciando en los Siete Reinos. Tenía los ojos de aquel color azul claro tan frecuente en Lys, hundidos en un rostro curtido por la intemperie. Cuando supo que el hombre que había sacado del mar era el famoso Caballero de la Cebolla, le cedió su camarote y su ropa, y le dio un par de botas nuevas que casi le quedaban bien. Insistió también en que Davos compartiera su comida, aunque aquello tuvo un final poco feliz. Su estómago no toleraba los caracoles, lampreas y otros platos con salsas fuertes que tanto adoraba el capitán Khorane, y la primera vez que compartió la mesa del capitán, pasó el resto del día con la cabeza o el trasero asomados por la borda.

Rocadragón se hacía más grande con cada golpe de los remos. Davos podía distinguir ya el contorno de la montaña y, a su lado, la gran ciudadela negra con sus gárgolas y torres en forma de dragón. El mascarón de bronce en la proa de la *Baile de Shayala* levantaba salpicaduras saladas al cortar las olas. Recostó el cuerpo sobre la borda, agradeciendo el apoyo. Su terrible experiencia lo había debilitado. Si estaba demasiado tiempo de pie, le temblaban las piernas, y a veces era presa de ataques de tos incontenibles, que le hacían escupir una flema sanguinolenta.

« No es nada —se dijo—. Seguro que los dioses no me han salvado del fuego y el mar para matarme después de vos ».

Mientras escuchaba el batir del tambor del cómitre, los chasquidos de la vela, los rítmicos crujidos de los remos y el chapoteo que hacían al entrar en el agua, recordó sus días de juventud, cuando aquellos mismos sonidos lo aterrorizaban en muchas mañanas brumosas. Anunciaban que se aproximaba la guardia del mar del viejo ser Tristimun, y la guardia del mar significaba la muerte para los contrabandistas en la época en que Aerys Targaryen ocupaba el Trono de Hierro.

« Pero aquello ocurrió en otra vida —pensó—. Antes de la nave cebolla, antes de Bastión de Tormentas, antes de que Stannis me recortara los dedos. Eso fue antes de la guerra y del cometa rojo, antes de que yo fuera caballero. En aquellos tiempos era un hombre diferente, antes de que lord Stannis me encumbrara» .

El capitán Khorane le había contado el final de las esperanzas de Stannis el día que el río había ardido. Los Lannister habían atacado sus flancos, y sus inconstantes vasallos lo habían abandonado por centenares en la hora de mayor necesidad.

—También se vio la sombra del rey Renly —dijo el capitán—, dando espadazos a diestra y siniestra, al mando de la vanguardia del señor del león. Se dice que su armadura verde tomó el fulgor fantasmal del fuego valyrio y que en su cornamenta bailaban llamas doradas.

« La sombra de Renly» . Davos se preguntó si sus hijos también regresarían como sombras. Había visto demasiadas cosas extrañas en el mar para asegurar que los fantasmas no existían.

—¿Ninguno se mantuvo fiel? —preguntó.

—Unos pocos —respondió el capitán—. Los parientes de la reina sobre todo. Retiramos a muchos que llevaban el zorro y las flores, aunque muchos más quedaron en la orilla con todo tipo de blasones. Ahora, lord Florent es la mano del rey en Rocadragón.

La montaña se hacia más grande, coronada por un humo tenue. La vela cantaba, el tambor sonaba, los remos se movían acompañados y, al poco tiempo, la boca de la bahía se abrió ante ellos.

« Qué desierta está» , pensó Davos, recordando cómo había sido antes, con multitud de naves atracadas en todos los muelles y otras más allá del rompeolas, que se mecían con el ancla echada. Veía la nave insignia de Salladhor Saan, la *Valyria*, amarrada en el mismo muelle donde la *Furia* y sus hermanas estuvieron una vez. Las naves que se encontraban a ambos lados de ella tenían también cascos lysenos a franjas. Buscó en vano una señal de la *Lady Marya* o de la *Espectro*.

Arriaron la vela cuando entraron en la bahía para llegar al muelle

únicamente con ayuda de los remos. El capitán acudió junto a Davos cuando estaban amarrando la nave.

—Mi príncipe deseará veros enseguida.

Cuando Davos intentó responder fue presa de un ataque de tos. Se agarró a la borda y escupió al agua.

—El rey —susurró—. Debo ver al rey.

«Porque allí donde esté el rey estará Melisandre».

—Nadie va a ver al rey —replicó Khorane Sathmantes con firmeza—. Salladhor Saan os lo explicará. Id primero a verlo a él.

Davos estaba demasiado débil para llevarle la contraria. No pudo hacer otra cosa que asentir.

Salladhor Saan no estaba a bordo de su *Valyria*. Lo hallaron en otro muelle, a trescientas varas de allí, metido en la bodega de una coca pentoshi de casco ancho llamada *Cosecha Generosa*, revisando la carga con ayuda de dos eunucos. Uno de ellos llevaba una linterna, y el otro, una tableta de cera y un estilo.

—Treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve —enumeraba el viejo bribón cuando Davos y el capitán bajaron por la escotilla. Aquel día vestía una túnica color vino y botas altas de cuero blanco con filigrana de plata. Retiró el tapón de un ánfora y la olfateó—. La nariz me dice que la molienda es basta, y la calidad, de segunda. El manifiesto de carga dice que hay cuarenta y tres ánforas. No sé dónde se habrán metido las demás. ¿Esos pentoshis creen que no sé contar? —Al ver a Davos, se detuvo de repente—. ¿Es la pimienta que me arde en los ojos o son lágrimas? ¿Es acaso el Caballero de la Cebolla quien está ante mí? No, es imposible, mi querido amigo Davos pereció en el río ardiente, todos lo dicen. ¿Por qué regresa para acosarme?

—No soy un fantasma, Salla.

—¿Y qué podrías ser? Mi Caballero de la Cebolla no estuvo nunca tan flaco ni tan pálido como tú. —Salladhor Saan se abrió camino entre las ánforas de especias y los rollos de tela que llenaban la bodega de la nave mercante, y envolvió a Davos en un abrazo arrebatador; luego le depositó un beso en cada mejilla y un tercero en la frente—. Todavía estás caliente, y noto cómo late tu corazón. ¿Será posible? El mar que te tragó te ha escupido de nuevo.

Aquello le recordó a Davos la historia de Caramanchada, el bufón idiota de la princesa Shireen. También había desaparecido en el fondo del mar, y cuando salió estaba loco.

«¿También estaré yo loco?». Tosió cubriendose la boca con la mano enguantada.

—Pasé nadando bajo la cadena —dijo—, y la corriente me arrastró hasta uno de los Arpones del Rey Pescadilla. Habría muerto allí si la *Baile de Shayala* no me hubiera encontrado.

—Bien hecho, Khorane —dijo Salladhor Saan pasando un brazo por los

hombros del capitán—. Tendrás una magnífica recompensa; deja que piense algo. Meizo Mahr, sé un buen eunuco y lleva a mi amigo Davos al camarote del dueño del barco. Dale un poco de vino caliente con clavo. No me gusta esa tisna que tiene, échale también unas gotas de lima. ¡Y lleva queso blanco y un cuenco de esas aceitunas verdes que revisamos hace un rato! Davos, enseguida me reuniré contigo, tan pronto como haya terminado de hablar con nuestro buen capitán. Sé que me lo perdonarás. ¡No te comas todas las aceitunas o me enojaré contigo!

Davos dejó que el mayor de los dos eunucos lo escoltara hasta un camarote grande y lujosamente amueblado, en la popa de la nave. Las alfombras eran gruesas; las ventanas tenían vidrios oscuros, y en cualquiera de los tres grandes butacones de cuero habrían cabido tres Davos con toda comodidad. El queso y las aceitunas llegaron al poco tiempo, junto con una copa de vino tinto caliente. La sostuvo entre las manos y bebió a tragos pequeños con gratitud. El calor se le extendió por el pecho, sedándolo.

Salladhor Saan apareció poco tiempo después.

—Tienes que perdonarme por el vino, amigo mío. Esos pentoshis se beberían sus orines si fueran tintos.

—Le vendrá bien a mi pecho —dijo Davos—. El vino caliente es mejor que una compresa medicinal, decía mi madre.

—Creo que también vas a necesitarlas. Abandonado todo este tiempo en uno de los arpones, qué horror. ¿Qué te parece ese magnífico butacón? Tiene las nalgas gordas, ¿verdad?

—¿Quién? —preguntó Davos entre dos traguitos de vino caliente.

—Illyrio Mopatis. Una ballena con patillas, te lo aseguro. Hicieron a medida esos butacones, aunque apenas los usa, ya que casi no sale de Pentos. Un hombre obeso siempre se sienta con comodidad, creo yo, porque siempre lleva encima un cojín, vaya adonde vaya.

—¿Cómo has conseguido una nave pentoshi? —preguntó Davos—. ¿Te has vuelto pirata de nuevo, mi señor? —Puso a un lado su copa vacía.

—Una vil calumnia. ¿Quién ha sufrido más a manos de los piratas que Salladhor Saan? Yo tan solo pido lo que me corresponde. Me deben mucho oro, sí, pero soy un hombre razonable, por lo que en lugar de monedas he recibido un magnífico pergaminio, recién escrito. En él aparecen el nombre y el sello de lord Alester Florent, la mano del rey. Me han nombrado señor de la bahía del Aguasnegras, y ninguna nave puede cruzar mis señoriales aguas sin mi señorial autorización, no. Y cuando esos forajidos intentan escapar de mí en la noche para evitar mis señoriales tasas e impuestos, no son más que contrabandistas, y estoy en mi pleno derecho de darles caza. —El viejo pirata se echó a reír—. Pero yo no le corto los dedos a nadie. ¿Para qué sirven unos trozos de dedos? Tomo las naves, la carga, algunos rescates... Nada que no sea razonable. —Miró

atentamente a Davos—. No te encuentras bien, amigo mío. Esa tos... Y estás tan flaco que te veo los huesos a través de la piel. Aunque lo que no veo es tu saquito de falanges...

El antiguo hábito hizo que Davos buscara con la mano el saquito de cuero que ya no llevaba al cuello.

—Lo perdí en el río.

«Junto con mi suerte» .

—Lo del río fue atroz —dijo Salladhor Saan con solemnidad—. Incluso desde la bahía, yo lo contemplaba y temblaba.

Davos tosió, escupió y volvió a toser.

—Vi arder la *Betha Negra* y la *Furia* —logró decir finalmente, con voz ronca—. ¿Ninguna de nuestras naves pudo escapar del fuego? —Una parte de él todavía albergaba esperanzas.

—La *Lord Steffon*, la *Jenna Harapos*, la *Espada Veloz*, la *Señor Risueño* y otras que estaban corriente arriba del orín de piromantes, sí. No se quemaron, pero con la cadena levantada, ninguna pudo escapar. Algunas se rindieron. La mayoría remó por el Aguasnegras y se alejó de la batalla; más tarde, sus tripulaciones las hundieron para que no cayeran en manos de los Lannister. La *Jenna Harapos* y la *Señor Risueño* se dedican a la piratería en el río, tengo entendido, pero no puedo asegurar que sea cierto.

—¿Y la *Lady Marya*? —preguntó Davos—. ¿La *Espectro*?

Salladhor Saan puso una mano en el antebrazo de Davos y se lo apretó.

—No. Esas, no. Lo siento, amigo mío. Dale y Allard eran hombres buenos. Pero puedo darte un consuelo: tu joven Devan estaba entre los que recogimos al final. Ese chico valiente no se apartó ni un momento del lado del rey, o al menos eso dicen.

El alivio que sintió fue tan palpable que casi se mareó. Había temido preguntar por Devan.

—La Madre es misericordiosa. Debo ir con él, Salla. Tengo que verlo.

—Sí —dijo Salladhor Saan—. Y querrás navegar hacia el cabo de la Ira, lo sé, para ver a tu esposa y a tus dos pequeñines. Estoy pensando que necesitas una nueva nave.

—Su alteza me dará una —dijo Davos.

—Su alteza no tiene naves —dijo el lyseno con un gesto de negación—, y Salladhor Saan tiene muchas. Las naves del rey ardieron río arriba; las mías, no. Tendrás una, viejo amigo. Navegarás para mí, ¿verdad? Entrarás bailando en Braavos, en Myr y en Volantis, en lo más negro de la noche, sin que te vean, y saldrás bailando de nuevo, con sedas y especias. Tendremos bien llenas las bolsas, sí.

—Eres muy amable, Salla, pero le debo mi lealtad al rey, no a tu bolsa. La guerra proseguirá. Stannis sigue siendo el rey legítimo de los Siete Reinos.

—La legitimidad no ayuda cuando todas las naves arden, pienso yo. Y tu rey... Pues bien, me temo que lo hallarás algo cambiado. Desde la batalla no recibe a nadie; solo vaga por su Tambor de Piedra. La reina Selyse mantiene la corte en su lugar, con ayuda de su tío, lord Alester, que dice ser la mano. Ella le ha dado el sello real a su tío para todas las cartas que escribe, incluido mi precioso pergamino. Pero lo que gobiernan es un pequeño reino, pobre y rocoso, sí. No hay oro, ni siquiera una pizca, para pagarle al fiel Salladhor Saan lo que se le debe; solo quedan los escasos caballeros que recogimos al final, y no hay ninguna nave, solo las pocas que tengo yo.

Una tos súbita e insistente hizo doblarse a Davos. Salladhor Saan se le acercó para ayudarlo, pero él lo detuvo con un gesto, y un instante después se recuperó.

—¿A nadie? —susurró—. ¿Qué quieres decir con eso de que no recibe a nadie? —El sonido de su voz pastosa le resultaba extraño incluso a él, y durante un momento, el camarote pareció dar vueltas a su alrededor.

—A nadie salvo a ella —respondió Salladhor Saan, y Davos no tuvo que preguntar a quién se refería—. Amigo mío, te estás agotando. Lo que necesitas es un lecho, no a Salladhor Saan. Un lecho y muchas mantas, con una compresa caliente para el pecho y más vino con clavo.

—No te preocupes por mí —dijo Davos con un gesto de negación—. Dime, Salla, tengo que saberlo. ¿Solo a Melisandre?

El lyseno lo miró detenidamente con expresión dubitativa, y siguió hablando de mala gana.

—Los guardias echan a todos los demás, incluso a su reina y su hijita. Los sirvientes llevan comida que nadie come. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. He oido contar cosas raras, de hogueras hambrientas dentro de la montaña, de cómo Stannis y la mujer roja bajan juntos para contemplar las llamas. Dicen que hay pozos y escaleras secretas que van al corazón de la montaña, a lugares ardientes por los que solo ella puede caminar sin quemarse. Es más que suficiente para aterrorizar a un anciano, hasta tal punto que a veces apenas encuentra fuerzas para comer.

«Melisandre». Davos se estremeció.

—La mujer roja es la culpable —dijo—. Mandó el fuego para que nos consumiera, para castigar a Stannis por dejarla de lado, para demostrarle que no puede albergar esperanzas de vencer sin sus brujerías.

—No eres el primero que dice eso, amigo mío. —El lyseno escogió una gruesa aceituna del cuenco que tenían delante—. Pero yo en tu lugar no lo diría tan alto. Rocadragón está llena de hombres de esa reina. Oh, sí, y tienen buenos oídos y mejores cuchillos. —Se metió la aceituna en la boca.

—Yo también tengo un cuchillo. El capitán Khorane me lo regaló. —Sacó el puñal y lo puso en la mesa, entre los dos—. Un cuchillo para arrancarle el corazón a Melisandre. Si es que tiene.

Salladhor Saan escupió el hueso de la aceituna.

—Davos, mi buen Davos, no debes decir esas cosas ni en broma.

—No es ninguna broma. Tengo intención de matarla.

« Si es que pueden matarla las armas de los mortales. —Davos no estaba muy seguro de que fuera posible. Había visto al viejo maestre Cressen ponerle veneno en el vino; lo había visto con sus propios ojos, pero cuando ambos bebieron de la copa envenenada, fue el maestre quien murió, y no la sacerdotisa roja—. Sin embargo, un cuchillo en el corazón... Dicen los bardos que el frío metal puede matar hasta a los demonios».

—Son conversaciones peligrosas, amigo mío —lo previno Salladhor Saan—. Creo que aún no te has recuperado del mar y que la fiebre te ha calcinado el entendimiento. Lo mejor es que te metas en cama para descansar bien hasta que recuperes fuerzas.

« Hasta que mi determinación flaquee, querrás decir» . Davos se levantó. Se sentía febril y algo mareado, pero no tenía importancia.

—Eres un viejo bribón traicionero, Salladhor Saan, pero de todos modos eres un buen amigo.

—Entonces, ¿te quedarás con este buen amigo? —preguntó el lyseno acariciándose la puntiaguda barba blanca.

—No, me marcharé —dijo entre toses.

—¿Te marcharás? ¡Pero mira cómo estás! Toses, tiemblas, estás flaco y débil... ¿Adónde piensas ir?

—Al castillo. Allí está mi cama. Y mi hijo.

—Y la mujer roja —dijo Salladhor Saan con suspicacia—. Ella también está en el castillo.

—Ella también —repitió Davos mientras envainaba el puñal.

—Eres un contrabandista de cebollas; ¿qué sabes de acechar y apuñalar? Y enfermo como estás, ni siquiera puedes sostener el puñal. ¿Sabes qué te ocurrirá si te atrapan? Mientras nosotros ardíamos en el río, la reina quemaba traidores. Los llamó sirvientes de las tinieblas, pobrecillos, y la mujer roja cantaba mientras encendían las hogueras.

« Lo sabía —pensó Davos sin sorprenderse—, lo sabía antes de que me lo contara» .

—Sacó de las mazmorras a lord Sunglass —aventuró Davos—, y a los hijos de Hubard Rambton.

—Exacto. Y los quemó, de la misma manera que te quemará a ti. Si matas a la mujer roja, te quemarán en venganza, y si fracasas en el intento, te quemarán por haberlo intentado. Ella cantará y tú gritarás, y morirás. ¡Si apenas acabas de renacer!

—Solo por un motivo: para hacer esto. Para poner punto final a Melisandre de Asshai y a todas sus obras. ¿Por qué otro motivo me habría devuelto el mar?

Conoces la bahía del Aguasnegras tan bien como yo, Salla. Ningún capitán inteligente llevaría nunca su nave entre los Arpones del Rey Pescadilla, con el riesgo de destrozar el casco. La *Baile de Shayala* no debió acercarse a mí.

—El viento —insistió Salladhor Saan en voz alta—. Un viento desfavorable, eso es todo. El viento la desvió mucho hacia el sur.

—¿Y quién mandó el viento? La Madre me habló, Salla.

—Tu madre está muerta... —El viejo lyseno lo miraba atentamente.

—La Madre. Me bendijo con siete hijos, pero yo dejé que la quemaran. Ella me habló. Me dijo que nosotros habíamos convocado al fuego. Y además convocamos a las tinieblas. Yo llevé a Melisandre a las entrañas de Bastión de Tormentas y contemplé cómo paría el horror. —Aún la veía en sus pesadillas, con las manos negras y huesudas sujetando los muslos mientras aquello le salía del vientre hinchado—. Ella mató a Cressen, a lord Renly y a un hombre valiente llamado Cortnay Penrose, y también mató a mis hijos. Ahora, ha llegado el momento de que alguien la mate.

—Alguien —dijo Salladhor Saan—. Sí, exactamente: alguien. Pero no tú. Estás tan débil como un niño y no eres un guerrero. Te ruego que te quedes; hablaremos más, comerás y quizás pongamos rumbo a Braavos y contratemos a un Hombre sin Rostro para que lo haga, ¿sí? Pero tú, no; tú debes descansar y alimentarte.

« Me está poniendo esto mucho más difícil —pensó Davos con cansancio—, y ya era bastante difícil en un principio» .

—Tengo ansia de venganza en las tripas, Salla. No me deja sitio para la comida. Déjame marchar ahora. Por nuestra amistad, désemé suerte y déjame marchar.

—Creo que tú no eres un verdadero amigo —dijo Salladhor Saan, poniéndose en pie—. Cuando estés muerto, ¿quién le llevará tus cenizas y tus huesos a tu esposa? ¿Quién le dirá que ha perdido a su marido y a cuatro hijos? Solo el triste anciano Salladhor Saan. Que así sea, valiente caballero. Apresúrate hacia tu sepultura. Recogeré tus huesos en un saco y se los entregaré a los hijos que dejes detrás de ti, para que los lleven en torno al cuello, metidos en saquitos. —Hizo un ademán irritado con una mano que tenía anillos en todos los dedos—. Vete, vete, vete, vete.

—Salla... —Davos no quería marcharse así.

—Vete. Sería mejor que te quedaras, pero siquieres irte, vete.

Davos se marchó.

La caminata desde la *Cosecha Generosa* hasta las puertas de Rocadragón fue larga y solitaria. Las calles de la zona portuaria, donde antes se veían soldados, marineros y gente corriente, estaban vacías y desiertas. Donde otras veces había tropezado con cerdos que chillaban y niños desnudos solo se veían ratas escurridizas. Sentía las piernas como gelatina, y en tres ocasiones, la tos lo

sacudió con tanta fuerza que se vio obligado a detenerse y descansar. Nadie acudió en su ayuda; nadie miró ni siquiera por una ventana para averiguar qué ocurría. Las ventanas tenían los postigos cerrados; las puertas estaban atrancadas, y más de la mitad de las casas mostraba alguna señal de luto.

« Miles zarparon hacia el río Aguasnegras, y solo retornaron unos pocos cientos —meditó Davos—. Mis hijos no perecieron solos. Que la Madre se apiade de todos ellos».

Cuando llegó a las puertas del castillo, también las encontró cerradas. Davos golpeó con el puño la madera con remaches de hierro. Al no recibir respuesta, les dio patadas una y otra vez. Finalmente, un ballestero apareció encima de la barbacana y se asomó entre dos gárgolas que sobresalían.

—¿Quién anda ahí?

—Ser Davos Seaworth, para ver a su alteza —exclamó Davos echando la cabeza hacia atrás y poniéndose las manos alrededor de la boca.

—¿Estáis borracho? Largaos y dejad de hacer ruido.

Salladhor Saan se lo había advertido. Davos lo intentó de otra manera.

—Mandad a buscar a mi hijo. Devan, el escudero del rey.

—¿Quién habéis dicho que sois? —preguntó el guardia frunciendo el ceño.

—Davos —gritó—. El Caballero de la Cebolla.

La cabeza desapareció, para reaparecer un momento después.

—Fuera de aquí. El Caballero de la Cebolla pereció en el río. Su nave ardió.

—Su nave ardió —ratificó Davos—, pero él sobrevivió y está ante vos. ¿Jate sigue siendo el capitán de la puerta?

—¿Quién?

—Jate Blackberry. Me conoce bien.

—No me suena. Probablemente estará muerto.

—Entonces lord Chyttering.

—A ese lo conozco. Se quemó en el Aguasnegras.

—¿Will Caragarfio? ¿Hal el Verraco?

—Muertos los dos —dijo el ballestero, pero en el rostro se le reflejó una duda repentina—. Esperad ahí. —Desapareció de nuevo.

« Han muerto, todos han muerto —pensó Davos mientras esperaba, aturdido, recordando el enorme vientre blanco de Hal, que siempre le sobresalía por debajo del jubón manchado de grasa, la larga cicatriz que un anzuelo había dejado en la cara de Will y la manera en que Jate se quitaba la gorra delante de las mujeres, fueran cinco o cincuenta, plebeyas o de alta cuna—. Ahogados o carbonizados con mis hijos y otros mil más, muertos para coronar a un rey infernal».

De repente, el ballestero regresó.

—Dad la vuelta, id al postigo y os dejarán entrar.

Davos siguió las instrucciones. Los guardias que lo hicieron pasar le

resultaban desconocidos. Estaban armados con lanzas, y en el pecho llevaban el blasón del zorro y las flores de la casa Florent. Lo escoltaron, pero no hasta el Tambor de Piedra, como él habría esperado, sino que lo llevaron por un camino, bajo el arco de la Cola del Dragón, que bajaba hasta el Jardín de Aegon.

—Espera aquí —le dijo el sargento.

—¿Sabe su alteza que he regresado? —preguntó Davos.

—Y qué coño me importa. He dicho que esperéis.

El hombre se marchó acompañado por sus lanceros.

El Jardín de Aegon tenía un agradable olor a pino, y por todas partes crecían árboles altos y oscuros. También había rosales silvestres, altos setos espinosos y una zona más húmeda donde crecían arándanos.

« ¿Por qué me han traído aquí? », se preguntó, intrigado.

Entonces oyó el tintineo de cascabeles y risas infantiles, y de repente, Caramanchada el bufón salió de los matorrales arrastrando los pies tan deprisa como podía, perseguido por la princesa Shireen.

—¡Vuelve ahora mismo! —gritaba la niña—. ¡Vuelve, Manchas!

Cuando el bufón vio a Davos, se detuvo de repente, y los cascabeles que colgaban de su puntiagudo yelmo de hojalata tintinearon con más fuerza. Se puso a cantar, dando saltos ora sobre un pie, ora sobre el otro.

—Sangre de bufón, sangre de rey, sangre en el muslo de la doncella, pero cadenas para los invitados, cadenas para el novio, sí, sí, sí.

Shireen estuvo a punto de atraparlo en aquel momento, pero en el último instante, el bufón saltó por encima de una mata de helechos y desapareció entre los árboles. La princesa lo siguió de cerca. Al mirarlos, Davos sonrió. Se volvió para toser en su mano enguantada cuando otra silueta pequeña salió corriendo del seto, chocó contra él y lo hizo caer. El niño también cayó, pero se levantó casi al instante.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó mientras se sacudía el polvo. El cabello, negro azabache, le llegaba al cuello, y tenía los ojos de un extraordinario color azul—. No deberíais cruzaros en mi camino cuando estoy corriendo.

—No —asintió Davos—. No debería. —Mientras trataba de incorporarse, otro ataque de tos lo estremeció.

—¿Os encontráis mal? —El niño lo cogió del brazo y lo ayudó a ponerse de pie—. ¿Queréis que llame al maestre?

—Es solo tos —dijo Davos con un gesto de negación—. Se me pasará.

—Estábamos jugando a monstruos y doncellas —explicó el niño sin darle más vueltas a lo de la tos—. Yo era el monstruo. Es un juego infantil, pero a mi prima le gusta. ¿Tenéis nombre?

—Ser Davos Seaworth.

—¿Estáis seguro? —preguntó el niño, dubitativo, alzando la vista para mirarlo—. No tenéis pinta de caballero.

—Soy el Caballero de la Cebolla, mi señor.

—¿El de la nave negra? —Los ojos azules parpadeaban.

—¿Conocéis esa historia?

—Vos le traías a mi tío Stannis pescado para comer antes de que yo naciera, cuando lord Tyrell lo tenía bajo asedio. —El niño se irguió en toda su altura—. Soy Edric Tormenta —le informó—, hijo del rey Robert.

—Es evidente.

Davos lo había reconocido al instante. El niño tenía las orejas separadas de los Florent, pero el cabello, los ojos, la mandíbula y los pómulos eran todos Baratheon.

—¿Conocisteis a mi padre? —inquirió Edric Tormenta.

—Lo vi muchas veces cuando visitaba a vuestro tío en la corte, pero no llegamos a hablar.

—Mi padre me enseñó a combatir —dijo el niño con orgullo—. Venía a verme casi todos los años, y a veces practicábamos juntos. En mi último día del nombre me mandó una maza como esta, aunque más pequeña. Pero me hicieron dejarla en Bastión de Tormentas. ¿Es verdad que mi tío Stannis os cortó los dedos?

—Solo la última falange. Aún tengo dedos, pero más cortos.

—Enseñádmelos. —Davos se quitó el guante. El niño estudió su mano con cuidado y preguntó: —¿No os cortó el pulgar?

—No. —Davos tosió—. No, me lo dejó como estaba.

—No debió cortaros ningún dedo —dijo el niño—. Eso estuvo mal hecho.

—Yo era contrabandista.

—Sí, pero le llevabais de contrabando cebollas y pescado.

—Lord Stannis me armó caballero por las cebollas, y me cortó los dedos por contrabandista. —Volvió a ponerse el guante.

—Mi padre no os habría cortado los dedos.

—Como digáis, mi señor.

« Robert era un hombre diferente de Stannis, eso es verdad. El niño es como él. Sí, y también como Renly ». La idea lo inquietó.

El chiquillo estaba a punto de decir algo más cuando se oyeron pasos. Davos se volvió. Ser Axell Florent llegaba por el camino del jardín; lo seguía una docena de guardias con jubones enguatados. En el pecho llevaban el corazón ardiente del Señor de Luz.

« Hombres de la reina », pensó Davos. De repente, comenzó a toser.

Ser Axell era bajito y musculoso, de tórax ancho, brazos gruesos, piernas algo arqueadas y orejas de las que brotaban pelos. Tío de la reina, había servido como castellano de Rocadragón durante un decenio y siempre había tratado a Davos con cortesía, sabiendo que disfrutaba del favor de lord Stannis. Pero cuando habló, en su voz no había cortesía ni amabilidad.

—Ser Davos, y no se ha ahogado. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Las cebollas flotan. ¿Habéis venido para llevarme a presencia del rey?

—He venido para llevaros a las mazmorras. —Ser Axell les hizo un gesto a sus hombres—. Detenedlo y quitadle el puñal. Tiene intención de usarlo contra nuestra señora.

Jaime fue el primero en divisar la posada. El edificio principal estaba en la orilla meridional del recodo del río. Tenía unas largas alas de poca altura extendidas a lo largo del agua, como para abrazar a los viajeros que iban corriente abajo. El piso inferior era de piedra gris; el superior, de madera encalada, y el techo, de pizarra. También se veían establos, así como un árbol cubierto de enredaderas.

—No sale humo de las chimeneas —señaló mientras se aproximaban—. Ni hay luces en las ventanas.

—La última vez que recorrió este camino, la posada estaba abierta —dijo ser Cleos Frey—. Tenían una cerveza excelente. Quizá todavía les quede un poco en la bodega.

—Podría haber gente —dijo Brienne—. Escondida. O muerta.

—¿Os asustan unos cadáveres, moza? —preguntó Jaime.

—Me llamo... —dijo ella, clavándole los ojos.

—Brienne, lo sé. ¿No os gustaría dormir en una cama por una noche, Brienne? Estaríamos más seguros que en el río, y sería prudente averiguar qué ha ocurrido aquí.

Ella no respondió, pero un momento después empujó la barra del timón para que el esquife se dirigiera hacia el muelle de madera desgastada por la intemperie. Ser Cleos se precipitó a arriar la vela. Cuando chocaron suavemente contra el embarcadero, saltó a tierra para amarrar el bote. Jaime lo siguió, moviéndose con torpeza a causa de las cadenas.

Al final del muelle, una tablilla deteriorada colgaba de una barra de hierro; tenía pintado algo que parecía un rey arrodillado con las manos muy juntas, como entonando una plegaria. Jaime echó un vistazo y soltó una carcajada.

—Imposible encontrar una posada mejor.

—¿Se trata de algún lugar especial? —preguntó la mujer, suspicaz.

—Es la Posada del Hombre Arrodillado, mi señora —respondió ser Cleos—. Está en el mismo lugar donde el último Rey en el Norte se arrodilló frente a Aegon el Conquistador como muestra de sumisión. Supongo que el de la tablilla es él.

—Torren trajo a sus fuerzas al sur tras la caída de los dos reyes en el Campo de Fuego —dijo Jaime—, pero cuando vio el dragón de Aegon y el tamaño de su ejército, escogió el camino de la sabiduría y dobló sus rodillas congeladas. —Se detuvo, al oír el relincho de un caballo—. Hay caballos en el establo. Al menos, uno. —« Y uno es todo lo que necesito para dejar atrás a la mujer» —. Veamos quién está en casa, ¿no os parece?

Sin esperar respuesta, Jaime recorrió tintineando el embarcadero, apoyó el hombro contra la puerta, la abrió de un empujón... y se encontró de frente con

una ballesta cargada. Detrás había un chico rechoncho de unos quince años.

—¿León, pez o lobo? —preguntó el chico.

—Preferiríamos un capón. —Jaime oyó como sus acompañantes entraban detrás de él—. La ballesta es un arma de cobardes.

—Pero igual atraviesa el corazón con una flecha.

—Quizá. Mas antes de que puedas volverla a cargar, mi primo hará que las tripas se te derramen por el suelo.

—No asustes al chico —dijo ser Cleos.

—No queremos hacerte ningún daño —intervino la mujer—. Y tenemos monedas para pagar la comida y la bebida. —Sacó una pieza de plata de la bolsa.

El chico miró la moneda con suspicacia, y después se fijó en los grilletes de Jaime.

—¿Por qué lleva cadenas ese?

—Maté a varios ballesteros —replicó Jaime—. ¿Tienes cerveza?

—Sí. —El chico bajó la ballesta un par de dedos—. Quitaos los cinturones con las espadas, dejadlos caer y quizás os demos de comer. —Volvió la cabeza para mirar por los cristales de la ventana, gruesos y con forma de rombo, para ver si había alguien más fuera—. Esa vela es de los Tully.

—Venimos de Aguasdulces.

Brienne se soltó la hebilla del cinturón y lo dejó caer al suelo. Ser Cleos la imitó.

Un hombre cetrino, de rostro enfermizo y picado de viruelas, salió por la puerta que daba al sótano con una hachuela de carnicero en la mano.

—Sois tres? Tenemos carne de caballo suficiente para vosotros. El animal era viejo y estaba duro, pero la carne todavía está reciente.

—¿Hay pan? —preguntó Brienne.

—Pan duro y tortas de avena, también duras.

—Aquí tenemos a un posadero honrado —dijo Jaime con una sonrisa—. Todos sirven pan duro y carne correosa, pero la mayoría no se atreve a decirlo con tanta claridad.

—No soy el posadero. Lo enterré ahí detrás, con sus mujeres.

—¿Los mataste tú?

—¿Te lo diría si lo hubiera hecho? —El hombre escupió—. Parece que fueron los lobos, o quizás los leones. ¿Qué importa eso? Mi mujer y yo los encontramos muertos. Y por eso consideramos que ahora el sitio nos pertenece.

—¿Dónde está esa mujer tuy a? —preguntó ser Cleos.

—Y para qué quieres saberlo? —preguntó a su vez el hombre, mirándolo con suspicacia—. Ella no está aquí... como no estaréis vosotros tres a no ser que me guste el sabor de vuestra plata.

Brienne le lanzó la moneda. El hombre la atrapó en el aire, la mordió y se la guardó.

—Tiene más —comentó el chico de la ballesta.

—Claro que sí. Chico, baja y tráeme unas cebollas.

El muchacho se colgó la ballesta del hombro, les echó una última mirada malhumorada y desapareció en el sótano.

—¿Tu hijo? —preguntó ser Cleos.

—Es solo un niño que recogimos mi mujer y yo. Teníamos dos hijos, pero los leones mataron a uno, y el otro murió de colerina. Los titiriteros sangrientos asesinaron a la madre de ese chico. En estos tiempos, para dormir se necesita alguien que monte guardia. —Con la hachuela les indicó la mesa—. Será mejor que os sentéis.

La chimenea estaba apagada, pero Jaime eligió la silla más cercana a las cenizas y estiró las largas piernas bajo la mesa. El tintineo de las cadenas acompañaba cada uno de sus movimientos.

« Un sonido irritante. Antes de que termine todo esto, enroscaré esas cadenas en el cuello de la moza, a ver si le gusta» .

El hombre que no era el posadero asó tres enormes chuletones de caballo y frío las cebollas en manteca de cerdo, lo que estuvo a punto de compensar las tortas duras de avena. Jaime y Cleos bebieron cerveza, y Brienne tomó una copa de sidra. El chico mantuvo la distancia y se apostó encima del barril de sidra con la ballesta sobre las rodillas, cargada y lista para disparar. El cocinero se sirvió un pichel de cerveza y se sentó con sus huéspedes.

—¿Qué noticias hay de Aguasdulces? —le preguntó a Cleos, tomándolo por el jefe.

Ser Cleos miró a Brienne antes de responder.

—Lord Hoster está enfermo, pero su hijo defiende los vados del Forca Roja contra los Lannister. Se han librado varias batallas.

—Hay batallas por todas partes. ¿Adónde os dirigís, mi señor?

—A Desembarco del Rey. —Ser Cleos se limpió la grasa de los labios.

—Entonces, sois tres tontos —resopló el anfitrión—. Lo último que he oído es que el rey Stannis está ante las murallas de la ciudad. Dicen que tiene cien mil hombres y una espada mágica.

Las manos de Jaime se cerraron en torno a la cadena que unía sus manos y la retorcieron, deseando tener fuerzas para partirla en dos.

« Entonces le enseñaría a Stannis dónde puede envainarse su espada mágica» .

—En vuestro lugar —siguió diciendo el hombre—, me mantendría bien lejos de ese camino Real. He oído que es muy peligroso. Hay lobos y leones, y bandas de hombres quebrados que asaltan a todo el que encuentran.

—Miserables —dijo ser Cleos, con desprecio—. Gente como esa no se atreverá a molestar a hombres armados.

—Con vuestro perdón, solo veo a un hombre armado, que viaja con una

mujer y un prisionero encadenado.

Brienne clavó una mirada sombría en el cocinero.

«A la moza le irrita que le recuerden que es una mujer», reflexionó Jaime, mientras retorcía de nuevo las cadenas. Notaba los eslabones duros y fríos sobre la carne, y el hierro, implacable. Las esposas le habían despelajeado las muñecas.

—Quiero seguir el Tridente hasta el mar —le dijo la moza al anfitrión—. Conseguiremos monturas en Poza de la Doncella, y cabalgaremos por el Valle Oscuro y Rosby. Eso nos mantendrá lejos de lo peor de la batalla.

—No podréis llegar a Poza de la Doncella por el río —dijo el anfitrión, negando con la cabeza—. A menos de diez leguas de aquí, el canal está bloqueado por un par de naves que ardieron y naufragaron. Allí hay una banda de forajidos que atacan a todos los que intentan pasar, y lo mismo ocurre río abajo, en torno a las Piedras Saltarinas y la isla del Ciervo Rojo. Y también han visto por allí al Señor del Relámpago. Cruza el río cuando quiere y cabalga en una u otra dirección; no se queda nunca quieto.

—¿Y quién es ese Señor del Relámpago? —preguntó ser Cleos Frey.

—Lord Beric, si así os gusta más. Lo llaman así porque golpea con mucha celeridad, como un relámpago que cae de un cielo sin nubes. Se dice que es inmortal.

«Todos mueren cuando se los atraviesa con una espada», pensó Jaime.

—¿Sigue acompañándolo Thoros de Myr?

—Sí. El mago rojo. He oído que tiene extraños poderes.

«Bueno, tenía el poder de beber tanto como Robert Baratheon, y eran muy pocos los que podían decir eso». En cierta ocasión, Jaime había oído a Thoros decirle al rey que se había convertido en sacerdote rojo porque las túnicas de ese color ocultaban bien las manchas de vino. Robert se había reído tanto que había escupido cerveza sobre todo el vestido de seda de Cersei.

—No seré yo quien objete —dijo—, pero quizás el Tridente no sea el camino más seguro para nosotros.

—Lo mismo opino —asintió el cocinero—. Incluso si lográis llegar más allá de la isla del Ciervo Rojo y no os tropezáis con lord Beric y el mago rojo, aún tendríais por delante el Vado Rubí. Lo último que oí fue que los lobos del Señor Sanguijuela eran los dueños del vado, pero eso fue hace bastante tiempo. Ahora, podrían ser de nuevo los leones, lord Beric o cualquier otro.

—O nadie —sugirió Brienne.

—Si mi señora quiere dejarse la piel ahí, yo no diré nada... pero en vuestro lugar, yo abandonaría el río y atajaría por tierra. Si os mantenéis lejos de la carretera principal y os refugiáis bajo los árboles... Bueno, de todos modos no me gustaría ir con vosotros, pero podríais tener una oportunidad contra los titiriteros.

—Necesitaremos caballos —dijo la corpulenta moza, dubitativa.

—Aquí hay —señaló Jaime—. He oído relinchar a uno en el establo.

—Sí —dijo el posadero que no era posadero—. Hay tres bestias, pero no están en venta.

—Claro que no. —Jaime tuvo que reírse—. Pero, de todos modos, nos las enseñarás.

Brienne lo miró con cara de pocos amigos, pero el hombre que no era posadero le mantuvo la mirada sin parpadear.

—Enséñamelas —dijo ella a disgusto tras un momento de silencio. Y todos se levantaron de la mesa.

No habían limpiado los establos en mucho tiempo, a juzgar por el olor. Centenares de moscas negras y gordas formaban un enjambre sobre la paja, zumbaban de cuadra en cuadra, y cubrían los montones de boñiga de caballo que había por todas partes, aunque solo se veía a las tres bestias. Eran un trío muy desigual: un caballo de tiro color marrón, que se movía con lentitud; un anciano penco blanco, tuerto, y un corcel pinto color gris, muy brioso.

—No se venden a ningún precio —anunció su presunto dueño.

—¿Cómo has llegado a ser dueño de esas bestias? —quiso saber Brienne.

—Cuando mi mujer y yo llegamos a la posada —dijo el hombre—, el caballo de tiro estaba en el establo, junto con el que os habéis comido. El penco blanco llegó una noche, y el chico atrapó al corcel, que corría libre, llevando aún los arreos y la montura. Mirad, os los mostraré.

La silla que les enseñó estaba decorada con plata repujada. La manta del forro había sido de cuadros rosados y negros, pero ya era casi toda de color pardo. Jaime no reconoció los colores originales, pero no le costó ningún esfuerzo distinguir las manchas de sangre.

—Bueno, no creo que su dueño venga a reclamarlo. —Examinó las patas del corcel y contó los dientes del penco—. Dadle una pieza de oro por el corcel, si la silla va incluida —le aconsejó a Brienne—. Una de plata por el caballo de tiro. Y debería pagarnos por quitarle el penco blanco de las manos.

—No habléis con descortesía de vuestra montura. —La mujer abrió la bolsa que le había dado lady Catelyn y sacó tres monedas de oro—. Te pagaré un dragón por cada uno.

El hombre parpadeó y alargó el brazo para coger las monedas de oro, pero vaciló y retiró la mano.

—No sé. No puedo montar un dragón de oro si tengo que huir. Ni comérme lo si tengo hambre.

—También puedes quedarte con nuestro esquife —dijo—. Podrás ir río arriba o abajo, como quieras.

—Dejadme probar un poco de ese oro. —El hombre tomó una de las monedas que ella tenía en la palma de la mano y la mordió—. Es bastante

auténtico, diría yo. ¿Tres dragones y el esquife?

—Eso es un atraco descarado, moza —dijo Jaime, en tono amistoso.

—También necesitaré provisiones —le dijo Brienne a su anfitrión, soslayando a Jaime—. Cualquier cosa que podáis darnos.

—Hay más tortas de avena. —El hombre recogió los otros dos dragones de la mano de Brienne y los sacudió dentro del puño, sonriendo al oír el tintineo—. Sí, y pescado ahumado en salazón, pero eso te costará plata. Mis camas también tienen un precio. Querréis pasar la noche.

—No —respondió Brienne al instante.

El hombre la miró, intrigado.

—Mujer, no iréis a cabalgar de noche por lugares desconocidos, con caballos que acabáis de comprar. Lo más probable es que os metáis en el fango o que un caballo se rompa una pata.

—La luna brillará esta noche —dijo Brienne—. No tendremos problemas para encontrar el camino.

—Si no tenéis plata —dijo el anfitrión tras pensar un instante—, con unas monedas de cobre podéis pagar las camas, así como una o dos mantas para abrigaros. Yo no dejo a un viajero a la intemperie.

—Eso me parece bastante correcto —dijo ser Cleos.

—Las mantas están recién lavadas. Mi esposa se ocupó de ello antes de que tuviera que marcharse. No hallaréis ni una pulga, os doy mi palabra. —Hizo tintinear de nuevo las monedas, sonriendo.

—Mi señora, una buena cama nos haría mucho bien —le dijo ser Cleos a Brienne; se sentía claramente tentado—. Si estamos descansados por la mañana, iremos más deprisa. —Miró a su primo, en busca de apoyo.

—No, primo, la moza tiene razón. Tenemos promesas que cumplir y muchas leguas por delante. Debemos continuar.

—Pero tú mismo dijiste... —objetó Cleos.

—Eso fue antes. —«Cuando creía que la posada estaba desierta»—. Ahora tengo la barriga llena, y lo que hay que hacer es cabalgar bajo la luna. —Sonrió, mirando a la mujer—. Pero a no ser que tengáis la intención de llevarme sobre la espalda de ese caballo de tiro como un saco de harina, alguien tendría que hacer algo con respecto a estos grilletes. Es muy difícil cabalgar con los tobillos encadenados.

Brienne miró la cadena con el ceño fruncido. El hombre que no era posadero se frotó la mandíbula.

—Hay una herrería al otro lado del establo.

—Enséñamela.

—Sí —dijo Jaime—, y cuanto antes, mejor. Detestaría pisar alguna boñiga. Para mi gusto, aquí hay demasiada mierda de caballo. Demasiada. —Clavó una mirada penetrante en la mujer, preguntándose si sería lo suficientemente lista

para entender el significado.

Tenía la esperanza de que le quitara también los grilletes de las muñecas, pero Brienne todavía desconfiaba de él. Partió la cadena de los tobillos por el centro, con media docena de fuertes golpes de un martillo de herrero, dados sobre el extremo romo de un cincel de acero. Cuando sugirió que le liberara las manos, ella no le hizo el menor caso.

—A dos leguas río abajo, veréis una aldea quemada —dijo su anfitrión, mientras los ayudaba a ensillar los caballos y cargar los bultos. Esta vez, dirigió sus consejos a Brienne—. Allí se bifurca el camino. Si os dirigís hacia el sur, llegaréis al torreón de piedra de ser Warren. Ser Warren se marchó y murió, así que no puedo deciros en poder de quién está ahora, pero es un sitio que hay que evitar. Lo mejor sería que siguierais el sendero que discurre entre los bosques, al sureste.

—Lo haremos —respondió ella—. Tenéis mi gratitud.

«Sería más exacto decir que tiene tu oro», pensó Jaime para sus adentros. Estaba cansado de que aquella enorme vaca con cara de mujer lo despreciara constantemente.

Ella tomó para sí el caballo de tiro y le cedió el corcel a ser Cleos. La amenaza se cumplió, y a Jaime le correspondió el penco tuerto, lo que puso fin a cualquier esperanza que pudiera haber albergado de espolear a su caballo y dejar a la mujer sumida en una nube de polvo.

El hombre y el chico salieron para verlos partir. El hombre les deseó suerte y les dijo que volvieran en tiempos mejores, mientras que el chico se mantuvo en silencio, con la ballesta bajo el brazo.

—Lleva una lanza o un mangual —le dijo Jaime—; te serán más útiles.

«Mira lo que se gana con consejos amistosos», pensó cuando el chico lo miró con desconfianza. Se encogió de hombros, hizo girar a su caballo y no volvió la vista atrás.

Mientras se alejaban, ser Cleos era una queja ambulante, de luto aún por la pérdida de su lecho de plumas. Cabalgaron hacia el este, siguiendo la orilla del río bañado por la luna. El Forca Roja era allí muy ancho, pero de poca profundidad; sus orillas eran puro cieno y maleza. La bestia de Jaime iba al paso plácidamente, aunque el pobre bruto viejo tenía tendencia a desviarse hacia el lado de su ojo sano. Le gustaba cabalgar de nuevo. No había montado un caballo desde que los arqueros de Robb Stark mataran debajo de él a su corcel en el bosque Susurrante.

Cuando llegaron a la aldea quemada, se encontraron con dos caminos igualmente desalentadores: dos senderos estrechos, con profundas marcas dejadas por los carretones de los campesinos que llevaban su grano al río. Uno de ellos se dirigía al sureste y desaparecía pronto entre los árboles que podían divisar en la distancia, mientras que el otro, más recto y pedregoso, apuntaba

directamente al sur. Brienne los consideró un instante y después dirigió su caballo al camino del sur. Jaime se sintió gratamente sorprendido; era la misma elección que él habría hecho.

—Pero este es el sendero contra el que nos ha prevenido el posadero —objetó ser Cleos.

—No era posadero. —La mujer se encorvaba, desmañada, sobre la silla, pero de todos modos parecía montar con seguridad—. Se ha interesado más de la cuenta por la ruta que íbamos a elegir, y esos bosques... son famosos escondites de bandidos. Puede que estuviera intentando meternos en una trampa.

—Moza lista. —Jaime miró sonriendo a su primo—. Me atrevería a aventurar que nuestro anfitrión tiene amigos más adelante en ese sendero. Esos cuyas bestias dejaron tan memorable aroma en el establo.

—También puede haber mentido con respecto al río, para que le compráramos estos caballos —dijo la mujer—, pero yo no me arriesgaría. Habrá soldados en el Vado Rubí y donde lo crucen los caminos.

«Será fea —pensó Jaime sonriendo de mala gana—, pero no es estúpida del todo».

El resplandor rojizo que salía por las ventanas superiores del torreón de piedra los avisó con suficiente antelación, y Brienne los hizo marchar campo a través. Cuando hubieron dejado muy atrás el torreón, giraron de nuevo y regresaron al camino.

Transcurrió la mitad de la noche antes de que la mujer considerara seguro detenerse. Para entonces, los tres cabalgaban medio dormidos. Acamparon en una pequeña arboleda de robles y fresnos, junto a una corriente perezosa. La mujer no permitió que encendieran fuego, por lo que compartieron una cena fría: tortas duras de avena y pescado salado. La noche era extrañamente serena. De un negro cielo de fieltro colgaba una media luna, rodeada de estrellas. En la distancia aullaban unos lobos. Uno de los caballos resoplaba, nervioso. No había ningún otro sonido.

«La guerra no ha tocado este sitio», pensó Jaime. Estaba satisfecho de encontrarse allí, contento de estar vivo y de hallarse en el camino que lo llevaría de vuelta a Cersei.

—Me encargaré de la primera guardia —le dijo Brienne a ser Cleos, que al momento comenzó a roncar con suavidad.

Jaime se recostó en el tronco de un roble y se preguntó qué estarían haciendo en aquel momento Cersei y Tyrion.

—¿Tenéis parientes, mi señora? —preguntó.

—No —contestó Brienne mirándolo de reojo, con suspicacia—. Fui el... la única hija de mi padre.

Jaime soltó una risita burlona.

—Ibais a decir *el único hijo*. ¿Os considera un hijo? Está claro que como hija

sois rara.

— Sin decir una palabra, ella le dio la espalda, con los nudillos tensos sobre la empuñadura de la espada.

«Qué ser más infeliz, pobre criatura». Le recordaba a Tyrion de alguna extraña manera, aunque a primera vista era difícil encontrar dos personas que fueran tan dispares. Quizá fuera aquel pensamiento sobre su hermano lo que lo hizo disculparse.

— No tenía intención de ofenderos, Brienne. Perdonadme.

— Vuestros crímenes están más allá de cualquier perdón, Matarreyes.

— Otra vez ese apodo. — Jaime retorció ociosamente sus cadenas —. ¿Por qué os enojo tanto? Que yo sepa, no os he hecho daño alguno.

— Les habéis hecho daño a otros. A aquellos a quienes jurasteis proteger. A los débiles, a los inocentes...

— Y... ¡al rey! — Siempre lo mismo. Todo se remontaba a Aerys —. No supongáis que podéis juzgarme por lo que no entendéis, moza.

— Me llamo...

— Brienne, sí. ¿Os ha dicho alguien que sois tan aburrida como fea?

— No provocaréis mi ira, Matarreyes.

— Sin duda, podría hacerlo si me interesara lo suficiente.

— ¿Por qué hicisteis el juramento? — exigió ella —. ¿Por qué vestisteis la capa blanca si teníais la intención de traicionar todo lo que implicaba?

— ¿Por qué? — ¿Qué podía decirle que fuera capaz de entender? —. Era un niño; tenía quince años. Era un gran honor para alguien tan joven.

— Esa no es respuesta — replicó Brienne, desdenosa.

«No te gustaría oír la verdad». Se había incorporado a la Guardia Real por amor, claro.

El padre de ambos había llevado a Cersei a la corte cuando ella tenía doce años, para arreglarle una boda real. Rechazó todo lo que le ofrecían por ella y prefirió mantenerla a su lado en la Torre de la Mano, para que madurara y se hiciera todavía más bella. Sin duda, estaba esperando a que creciera el príncipe Viserys, o a que la esposa de Rhaegar muriera de parto. Elia de Dorne no había gozado nunca de buena salud.

Mientras tanto, Jaime había pasado cuatro años como escudero de ser Sumner Crakehall, y se había ganado las espuelas contra la Hermandad del Bosque Real. Pero cuando, de camino a Roca Casterly, hizo una corta escala en Desembarco del Rey, sobre todo para ver a su hermana, Cersei se lo llevó a un lado y le susurró que lord Tywin quería casarlo con Lysa Tully, y que incluso había invitado a lord Hoster a la ciudad para negociar la dote. Pero si Jaime vestía el blanco, siempre podría estar cerca de ella. El anciano ser Harlan Grandison había fallecido mientras dormía, como era propio de una persona cuyo blasón era un león dormido. Seguro que Aerys querría a un hombre joven

para ocupar el lugar del difunto; ¿por qué no un león rugiente en lugar de uno dormido?

—Nuestro padre no lo consentirá —repuso Jaime.

—El rey no se lo va a preguntar. Y cuando esté hecho, nuestro padre no podrá oponerse, al menos de manera abierta. Aerys ordenó arrancarle la lengua a ser Ilyn Payne por jactarse de que quien verdaderamente gobernaba los Siete Reinos era la mano. Era el capitán de la Guardia de la Mano, pero nuestro padre no se atrevió a impedirlo. Tampoco podrá impedir esto.

—Pero... —dijo Jaime—. ¿Y Roca Casterly?

—¿Qué prefieres? ¿Una roca o a mí?

Recordaba aquella noche como si hubiera sido la noche anterior. Se habían alojado en una vieja posada, en el Valle de la Anguila, bien lejos de cualquier ojo vigilante. Cersei había ido a verlo vestida como una sencilla sirvienta, lo que por algún motivo lo excitó más aún. Jaime no la había visto nunca tan apasionada. Cada vez que intentaba dormir, ella lo despertaba de nuevo. Por la mañana, Roca Casterly parecía un precio insignificante por estar siempre cerca de ella. Dio su consentimiento, y Cersei prometió encargarse del resto.

Un mes más tarde, un cuervo real llegó a Roca Casterly para informarlo de que había sido elegido para la Guardia Real. Se le ordenaba presentarse al soberano durante el gran torneo de Harrenhal, para hacer los votos y vestir la capa.

La investidura liberó a Jaime de Lysa Tully. Por lo demás, nada ocurrió de la forma planeada. Su padre no había estado nunca tan furioso. No podía oponerse abiertamente, Cersei tenía razón en aquello, pero renunció a su cargo de mano con un pretexto poco convincente y volvió a Roca Casterly con su hija. En lugar de estar juntos, Cersei y Jaime solo cambiaron de sitio, y él se encontró solo en la corte, protegiendo a un rey loco, mientras cuatro hombres de poca valía se turnaban para ocupar sin éxito el peligroso cargo de su padre. Las manos ascendían y caían con tanta rapidez que Jaime recordaba sus blasones mejor que sus rostros. La mano cuerno de la abundancia y la mano de los grifos bailarines fueron enviados al exilio; la mano de la maza y la daga fue sumergido en fuego valyrio y quemado vivo. Lord Rossart había sido el último. Su blasón era una antorcha encendida; una elección desafortunada, dado el destino de su predecesor, pero habían ascendido al alquimista fundamentalmente por compartir la pasión del rey por el fuego.

«Debí haber ahogado a Rossart en lugar de destriparlo».

Brienne aún esperaba su respuesta.

—No tenéis edad suficiente para haber conocido a Aerys Targaryen...

—Aerys estaba loco —lo interrumpió ella sin escucharlo— y era cruel; nadie lo ha negado nunca. Pero era el rey, coronado y ungido. Y vos habíais jurado protegerlo.

—Sé lo que juré.

—¿Y qué hicisteis? —Se inclinó sobre él, casi nueve palmos de desaprobación, pecas, ceño fruncido y dientes caballunos.

—Lo mismo que hicisteis vos. Si lo que he oído es verdad, aquí los dos somos matarreyes.

—No le hice ningún daño a Renly. Mataré al hombre que diga lo contrario.

—Pues empezad por Cleos. Y, después, todavía os quedarán muchos por ejecutar, a juzgar por lo que cuenta.

—Mentiras. Lady Catelyn estaba allí cuando asesinaron a su alteza. Ella lo vio. Había una sombra. Las velas parpadearon; el aire se enfrió y había sangre...

—Oh, qué bien. —Jaime se echó a reír—. Lo reconozco: sois más ocurrente que yo. Cuando me encontraron junto a mi rey muerto, no se me ocurrió decir: « No, no fui yo, fue una sombra, una terrible sombra fría » . —Volvió a reirse—. Decidme, de matarreys a matarreys, ¿os pagaron los Stark para cortarle la garganta o fue Stannis? ¿Renly os despreció? ¿Fue eso? O quizás teníais vuestra luna de sangre. No se le debe dar nunca una espada a una moza cuando está sangrando.

Durante un instante, Jaime pensó que Brienne iba a golpearlo.

« Si se me acerca un paso más, le cogeré el puñal de la vaina y se lo clavaré en las tripas » . Tensó una pierna bajo el cuerpo, listo para saltar, pero la mujer no se movió.

—Ser un caballero es un don valioso y singular —dijo—, y más aún ser un caballero de la Guardia Real. Es un don que pocos reciben, un don que tú rechazaste y mancillaste.

« Un don que anhelas con desesperación, moza, pero que no podrás tener nunca » .

—Me gané el título. No me regalaron nada. Gané un torneo a los trece años, cuando aún era escudero. A los quince, cabalgué con ser Arthur Dayne contra la Hermandad del Bosque Real, y él me armó caballero en el campo de batalla. Fue esa capa blanca la que me mancilló, y no al revés. Así que ahorradme vuestra envidia. Fueron los dioses los que se negaron a daros una polla, no yo.

La mirada que Brienne le dedicó rebosaba aversión.

« De no ser por su preciado juramento, me haría pedazos aquí mismo —reflexionó—. Mejor, estoy harto de su patética devoción y de que me juzgue una doncella » . La moza se alejó sin añadir ni una palabra. Jaime se acurrucó bajo la capa, con la esperanza de ver a Cersei en sueños.

Pero cuando cerró los ojos, al que vio fue a Aerys Targaryen, que paseaba en solitario por el salón del trono mientras se miraba las manos arañadas y sangrantes. El idiota se cortaba constantemente con los filos y pinchos del Trono de Hierro. Jaime había entrado sigilosamente por la puerta del rey; llevaba la armadura dorada puesta y empuñaba la espada.

« La armadura dorada, no la blanca, pero nadie se acuerda nunca de eso. Ojalá me hubiera quitado también la puta capa» .

Cuando Aerys vio sangre en la espada, preguntó si se trataba de la de lord Tywin.

—Quiero muerto a ese traidor. Quiero su cabeza; tráeme su cabeza o arderás con los otros. Con todos los traidores. ¡Rossart dice que están dentro de las murallas! Va a darles una cálida bienvenida. ¿De quién es la sangre? ¿De quién?

—De Rossart —respondió Jaime.

Aquellos ojos violeta se abrieron como platos, y la mandíbula real se descolgó del susto. Aerys perdió el control del vientre, se volvió y corrió hacia el Trono de Hierro. Bajo las cuencas vacías de las calaveras de las paredes, Jaime arrastró por las escaleras el cuerpo del último rey dragón, que chillaba como un cerdo y hedía a letrina. Todo lo que necesitó para acabar con él fue un tajo en la garganta.

« Fue tan fácil... —recordó—. Un rey debería morir con más dignidad. —Rossart al menos había intentado pelear, aunque a decir verdad había luchado como un alquimista—. Qué raro que no preguntaran nunca quién había matado a Rossart... pero por supuesto, no era nadie, no era de alta cuna, fue la mano durante dos semanas, otro desquiciado capricho del Rey Loco» .

Ser Elys Westerling, lord Crakehall y otros caballeros de su padre entraron al salón a tiempo para ser testigos de los últimos instantes, por lo que Jaime no tuvo manera de desaparecer y dejar que algún jactancioso cargara con las alabanzas o la culpa. Sería culpa; lo supo de inmediato cuando vio cómo lo miraban... aunque quizás se tratara de miedo. Daba lo mismo que fuera un Lannister; era uno de los siete de Aerys.

—El castillo es nuestro, ser Jaime, y la ciudad —le dijo Roland Crakehall, lo que era una verdad a medias.

En aquel momento, los leales a Targaryen seguían muriendo en los peldaños de las sinuosas escaleras y en la armería; Gregor Clegane y Amory Lorch escalaban las murallas del Torreón de Maegor, y Ned Stark conducía a sus norteños a través de la puerta del Rey, pero quizás Crakehall no lo supiera. No mostró sorpresa al encontrar a Aerys asesinado; Jaime era el hijo de lord Tywin mucho antes de ser nombrado miembro de la Guardia Real.

—Decidles que el Rey Loco está muerto —ordenó—. Perdonad a todo el que se rinda y hacedlo prisionero.

—¿Debo también proclamar a un nuevo rey? —preguntó Crakehall.

Jaime entendió la pregunta con toda claridad: ¿Será vuestro padre, Robert Baratheon, o tenéis la intención de nombrar un nuevo rey dragón? Pensó un momento en el joven Viserys, que había huido a Rocadragón, y en Aegon, el hijo de Rhaegar, que se hallaba todavía en el Torreón de Maegor con su madre.

« Un nuevo rey Targaryen, y mi padre como mano. Cómo aullarán los lobos;

cómo se ahogará de rabia el señor de la tormenta» . Se sintió tentado un instante, hasta que le echó de nuevo una mirada al cadáver que yacía en el suelo en un charco de sangre cada vez mayor. « Los dos llevan su sangre» , pensó.

—Proclamad a quien os dé la puta gana —le dijo a Crakehall.

Entonces, subió al Trono de Hierro y se sentó con la espada sobre las piernas, para ver quién iría a reclamar el reino. Resultó ser Eddard Stark.

« Tampoco tú tienes derecho a juzgarme, Stark» .

En sus sueños, los muertos se le acercaban ardiendo, enfundados en un torbellino de llamas verdes. Jaime bailaba alrededor de ellos con una espada dorada, pero por cada uno que derribaba se levantaban dos para ocupar su lugar.

Brienne lo despertó, clavándole la bota en las costillas. El mundo aún estaba oscuro, y había comenzado a llover. Desayunaron tortas de avena, pescado salado y unas zarzamoras que ser Cleos había encontrado, y volvieron a montar los caballos antes de que saliera el sol.

El eunuco tarareaba para sus adentros una melodía sin letra cuando cruzó la puerta, vestido con amplias túnicas de seda color melocotón y dejando a su paso una estela de fragancia a limón. Al ver a Tyrion sentado junto al fuego, se quedó inmóvil.

—Mi señor Tyrion —graznó con una risita nerviosa.

—Vaya, ¿os acordáis de mí? Empezaba a preocuparme.

—Es magnífico veros tan fuerte y saludable. —Varys le ofreció su sonrisa más devota—. Aunque debo confesar que nunca pensé que fuera a encontrarlos en mis humildes aposentos.

—Son humildes. En verdad, excesivamente humildes. —Tyrion había esperado a que su padre llamara a Varys antes de colarse allí para hacerle una visita. El alojamiento del eunuco era pequeño y austero: solo tres habitaciones sin ventanas bajo la muralla norte, cómodas y acogedoras—. Esperaba descubrir enormes cestas llenas de secretos jugosos para acortar la espera, pero aquí es imposible encontrar un papel. —También había buscado salidas secretas, porque sabía que la Araña tendría formas de ir y venir sin ser visto, pero tampoco había logrado dar con ellas—. Había agua en vuestra jarra, los dioses son misericordiosos —prosiguió—. Vuestro dormitorio no es más ancho que un ataúd, y esa cama... ¡realmente es de piedra, o solo da esa impresión?

Varys cerró la puerta y pasó el cerrojo.

—Tengo muchos dolores de espalda, mi señor, y prefiero dormir sobre una superficie dura.

—Os consideraba adicto a los lechos de pluma.

—Soy una caja de sorpresas. ¿Estáis enfadado conmigo por haberos abandonado tras la batalla?

—Eso me hizo consideraros como de la familia.

—No fue por falta de amor, mi buen señor. Tengo un espíritu muy delicado, y vuestra cicatriz es horrorosa... —Tembló con exageración—. Vuestra pobre nariz...

—Quizá debería mandarme hacer una nueva, de oro —dijo Tyrion, irritado, frotándose la costra—. ¿Qué tipo de nariz me aconsejáis, Varys? ¿Una como la vuestra, para olfatear secretos? ¿O debo decirle al herrero que quiero la nariz de mi padre? —Sonrió—. Mi noble padre trabaja con tanta diligencia que apenas puedo verlo. Decidme, ¿es verdad que le ha devuelto su puesto en el Consejo Privado al gran maestre Pyccelle?

—Es cierto, mi señor.

—Debo darle gracias por ello a mi dulce hermana?

Pyccelle era un hombre de su hermana; Tyrion le había quitado el puesto, la barba y la dignidad, y lo había hecho encerrar en una celda oscura.

—En absoluto, mi señor. Agradecédselo a los archimaestres de Antigua, que insistieron en que se devolviera su puesto a Pyelle basándose en que solo el Cónclave podía nombrar o revocar a un gran maestre.

«Idiotas de mierda», pensó Tyrion.

—Creo recordar que el verdugo de Maegor el Cruel revocó a tres con su hacha.

—Ciento —asintió Varys—, y el segundo Aegon alimentó a su dragón con el gran maestre Gerards.

—Vaya, y yo sin dragones. Supongo que podría haber sumergido a Pyelle en fuego valyrio, para que ardiera. ¿Habría preferido eso la Ciudadela?

—Bueno, habría sido algo más acorde con la tradición. —El eunuco soltó una risita ahogada—. Por suerte, se impuso el sentido común, y el Cónclave aceptó el cese de Pyelle y se dedicó a buscar un sucesor. Tras considerar detenidamente al maestre Turquin, el hijo del cordelero, y al maestre Erreck, el bastardo del caballero errante, demostrando de esa manera, para su total satisfacción, que en su orden el talento vale más que el nacimiento, el Cónclave estuvo a punto de mandarnos al maestre Gormon, un Tyrell de Altojardín. Cuando se lo dije a vuestro padre, actuó de inmediato.

El Cónclave se reunía en Antigua, a puerta cerrada, como Tyrion sabía; supuestamente, sus deliberaciones eran secretas.

«Así que Varys también tiene pajaritos en la Ciudadela».

—Ya veo. Mi padre decidió cortar la rosa antes de que floreciera. —Se rio—. Pyelle es un sapo. Pero es mejor un sapo Lannister que un sapo Tyrell, ¿no?

—El gran maestre Pyelle siempre ha sido un buen amigo de vuestra casa —dijo Varys con tono meloso—. Quizá os sirva de consuelo saber que también han rehabilitado a ser Boros Blount.

Cersei había despojado a ser Boros de la capa blanca, por no haber muerto defendiendo al príncipe Tommen cuando Bronn capturó al chico en la carretera de Rosby. El hombre no era amigo de Tyrion, pero después de aquello, había odiado a Cersei casi con la misma intensidad que él.

«Supongo que eso es algo».

—Blount es un cobarde jactancioso —dijo en tono amistoso.

—¿De veras? Cielos. De todos modos, los caballeros de la Guardia Real, según la tradición, sirven durante toda la vida. Quizá ser Boros demuestre ser más valiente en el futuro. Sin duda, será muy leal.

—A mi padre —apuntó intencionadamente Tyrion.

—Ya que estamos tratando el tema de la Guardia Real... Me pregunto si vuestra maravillosa e inesperada visita tendrá algo que ver con el hermano caído de ser Boros, el galante ser Mandon Moore. —El eunuco se acarició la mejilla empolvada—. Ese hombre vuestro, Bronn, manifiesta mucho interés por él últimamente.

Bronn había sacado a la luz todo lo que había podido sobre ser Mandon, pero sin duda, Varys sabía muchas más cosas... y ojalá quisiera compartirlas.

—Al parecer, ese hombre no tenía amigos —dijo Tyrion con precaución.

—Es una lástima —repuso Varys—, una verdadera lástima. Si removierais suficientes piedras en el Valle, podríais encontrar algún pariente, pero aquí... Fue lord Arryn quien lo trajo a Desembarco del Rey, y Robert le puso la capa blanca, pero me temo que ninguno de los dos lo apreciaba mucho. Tampoco era de los que el pueblo llano aclama en los torneos, a pesar de su indudable destreza. Ni siquiera sus amigos de la Guardia Real lo trataban con cariño. Una vez se oyó a ser Barristan decir que ese hombre no tenía otro amigo que su espada, ni otra vida que el servicio... Pero debéis saber que no creo que lo dijera como alabanza. Lo que, sopesándolo bien, es extraño, ¿no os parece? Se podría decir que esas son, ni más ni menos, las cualidades que buscamos en nuestra Guardia Real: hombres que no vivan para sí, sino para su rey. Bajo esa luz, nuestro valiente ser Mandon era el perfecto caballero blanco. Y pereció como debe hacerlo un caballero de la Guardia Real, con la espada en la mano, defendiendo a un hombre que lleva la sangre del rey. —El eunuco le sonrió con delicadeza y lo miró fijamente.

«Querrás decir intentando matar a un hombre que lleva la sangre del rey». Tyrion se preguntó si Varys sabía mucho más de lo que le contaba. Nada de aquello le resultaba nuevo: Bronn le había pasado la misma información. Necesitaba un vínculo con Cersei, una señal de que ser Mandon había sido el instrumento de su hermana. «Lo que obtenemos no siempre es lo que queremos», reflexionó amargamente, lo que le recordó...

—Pero no he venido por ser Mandon.

—Desde luego. —El eunuco cruzó la habitación hasta la jarra de agua—. ¿Os sirvo, mi señor? —preguntó, mientras llenaba una copa.

—Sí. Pero no quiero agua. —Juntó las manos—. Quiero que me traigáis a Shae.

—¿Será eso sensato, mi señor? —Varys bebió un trago—. Pobre niña... Sería una lástima que vuestro padre la colgara.

No lo sorprendió que Varys lo supiera.

—No, no es sensato, es una locura de mierda. Quiero verla por última vez antes de mandarla lejos. No puedo soportar tenerla tan cerca.

—Lo comprendo.

«¿Cómo podrías comprenderlo?». Tyrion la había visto el día anterior subiendo los peldaños de la escalera de caracol con una tina de agua. Había visto cómo un joven caballero se ofrecía para llevar la pesada carga. La forma en que ella le había tocado el brazo y le había sonreído hizo que a Tyrion se le hiciera un nudo en las entrañas. Se cruzaron casi rozándose, él bajando y ella subiendo, tan cerca que pudo oler el aroma fresco y limpio de su cabello.

—Mi señor —le había dicho Shae con una leve reverencia, y él sintió el deseo de estirar la mano, agarrarla y besarla en aquel mismo lugar, pero lo único que pudo hacer fue una rígida inclinación de cabeza antes de seguir adelante.

—La he visto varias veces —le dijo a Varys—, pero no me atrevo a hablarle. Sospecho que vigilan todos mis movimientos.

—Sospechar eso es una señal de sensatez, mi señor.

—¿Quién?

—Los Kettleblack informan regularmente a vuestra dulce hermana.

—Cuando recuerdo cuánto dinero les pagué a esos canallas... ¿Creéis que hay alguna posibilidad de apartarlos de Cersei con mucho más dinero?

—Siempre existe esa posibilidad, pero yo no apostaría por eso. Ahora los tres son caballeros, y vuestra hermana les ha prometido puestos aún mejores. —De los labios del eunuco salió una risita malvada—. Y el mayor, ser Osmund, de la Guardia Real, sueña también con otros... favores... No me cabe duda de que podríais igualar la oferta de la reina moneda por moneda, pero ella tiene un segundo cofre que es casi inagotable.

« Por los siete infiernos», pensó Tyrion.

—¿Estáis insinuando que Cersei se folla a Osmund Kettleblack?

—Oh, por supuesto que no. Eso sería peligrosísimo, ¿no os parece? No, la reina solo deja entrever... Quizá mañana, o cuando se haya celebrado la boda... Y basta con una sonrisa, un susurro, un chiste vulgar... un seno que roza levemente la manga de él cuando se cruzan... Eso parece suficiente. Pero claro, ¿qué sabe un eunuco de tales cosas?

La punta de su lengua acarició su labio inferior como un tímido animalito rosado.

« Si pudiera empujarlos a que llegaran más allá de una caricia cauta y arreglarlo todo de tal forma que nuestro padre los pescara juntos en la cama...». Tyrion se acarició la costra de la nariz. No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero quizás más adelante se le ocurriría algún plan.

—¿Los Kettleblack son los únicos?

—Ojalá fueran solo ellos, mi señor. Temo que hay demasiados ojos que os vigilan. Vos sois... ¿cómo expresarlo? ¿Conspicuo? Y aunque me resulte triste decirlo, no os aprecian. Los hijos de Janos Slynt os delatarían con gusto solo para vengar a su padre, y nuestro querido lord Petyr tiene amigos en la mitad de los burdeles de Desembarco del Rey. Si sois tan insensato como para visitar alguno de ellos, él lo sabrá de inmediato, y poco después lo sabrá vuestro padre.

« Es todavía peor de lo que me temía».

—¿Y mi padre? ¿A quién ha mandado para espiarme?

En aquella ocasión, el eunuco se rió en voz alta.

—Pues a mí, mi señor.

Tyrion lo acompañó en las carcajadas. No era tan tonto como para confiar en

Varys más de lo necesario, pero el eunuco ya sabía lo bastante sobre Shae para que la colgaran sin remedio.

—Me traeréis a Shae por los muros, a escondidas de todos esos ojos. Como lo habéis hecho en otras ocasiones.

—Oh, mi señor, nada me gustaría más, pero... —Varys se retorcía las manos—. El rey Maegor no quería ratas dentro de sus muros, ¿captáis lo que os quiero decir? Necesitaba una vía secreta de escape, en caso de que lo rodearan sus enemigos, pero esa puerta no conecta con ningún otro pasaje. Puedo apartar a Shae de lady Lollys un momento, sin duda, pero no tengo manera de conducirla hasta vuestro dormitorio sin que nos vean.

—Entonces llévala a alguna otra parte.

—¿Adónde? No hay ningún sitio seguro.

—Lo hay —Tyrion hizo una mueca burlona—. Aquí. Ha llegado la hora de darle un mejor uso a esa cama de piedra, digo yo.

El eunuco abrió la boca. A continuación, soltó una risita.

—Últimamente, Lollys se cansa con facilidad. Está embarazada y ha engordado. Me imagino que estará bien dormida cuando salga la luna.

—Sea entonces cuando salga la luna. —Tyrion se incorporó de un salto—. Acordaos de dejar vino. Y dos copas limpias.

—Como ordene mi señor —dijo Varys, con una reverencia.

El resto del día pareció transcurrir tan despacio como un gusano que se arrastrara por melaza. Tyrion subió a la biblioteca del castillo e intentó distraerse con la *Historia de las guerras rhoynar*, de Beldecar, pero con la sonrisa de Shae en su mente apenas lograba ver los elefantes. Llegó la tarde, dejó el libro a un lado y pidió que le prepararan el baño. Se frotó bien hasta que el agua se enfrió, y luego hizo que Pod le recortara las patillas. Su barba era una tortura, una maraña de pelos gruesos amarillos, blancos y oscuros apelmazados en mechones, casi impresentable, pero servía para ocultarle parte del rostro, y era lo que le hacía falta.

Cuando estuvo tan limpio, rosado y acicalado como era posible, revisó su guardarropa y escogió unos calzones ceñidos de satén, del color carmesí propio de los Lannister, y su mejor jubón, el de terciopelo grueso con la cabeza de león bordada. Se habría puesto también la cadena de manos doradas si su padre no se la hubiera robado mientras él yacía agonizando. Hasta que estuvo totalmente vestido no comprendió la magnitud de su locura.

« Por los siete infiernos, enano, ¿acaso has perdido la inteligencia junto con la nariz? Todo el que te vea se preguntará por qué te has puesto el traje de la corte para visitar al eunuco. —Maldiciendo, Tyrion se desnudó y volvió a vestirse con ropa más sencilla: calzones de lana negra, una vieja camisa blanca y un jubón de cuero marrón descolorido—. No importa —se dijo para sus adentros mientras esperaba a que saliera la luna—. No importa qué te pongas, seguirás siendo un

enano. No serás nunca tan alto como ese caballero de las escaleras, con largas piernas, vientre duro y anchos hombros viriles».

La luna asomaba por encima del castillo cuando le dijo a Podrick Payne que iba a visitar a Varys.

—¿Durante mucho tiempo, mi señor? —preguntó el chico.

—Oh, eso espero.

Con tanta gente en la Fortaleza Roja, Tyrion no contaba con pasar inadvertido. Ser Balon Swann estaba de guardia en la puerta, y ser Loras Tyrell, en el puente levadizo. Se detuvo para intercambiar saludos con ambos. Era curioso ver al Caballero de las Flores vestido todo de blanco, cuando antes había sido tan vistoso como un arcoíris.

—¿Cuántos años tenéis? —le preguntó Tyrion.

—Diecisiete, mi señor.

« Diecisiete años, es apuesto y, además, ya es una leyenda. La mitad de las chicas de los Siete Reinos quieren llevárselo a la cama, y todos los chicos quieren ser como él» .

—Si me perdonáis la pregunta, ¿por qué puede decidir un muchacho de diecisiete años ingresar en la Guardia Real?

—El príncipe Aegon, el Caballero Dragón, hizo sus votos a los diecisiete años —respondió ser Loras—, y vuestro hermano Jaime, a una edad inferior.

—Sé por qué lo hicieron. ¿Cuáles son vuestros motivos? ¿El honor de servir junto a caballeros ejemplares, tales como Meryn Trant y Boros Blount? —Miró al muchacho con expresión burlona—. Por proteger la vida del rey, renunciáis a la vuestra. Habéis renunciado a vuestras tierras y títulos, y abandonado la esperanza de casaros y tener hijos...

—La casa Tyrell perdurará a través de mis hermanos —dijo ser Loras—. Para el tercer hermano, ni casarse ni procrear es necesario.

—No es necesario, pero hay quien lo considera un placer. Y el amor, ¿qué?

—Cuando el sol se pone, no hay vela que pueda remplazarlo.

—¿Es una canción? —Tyrion ladeó la cabeza, sonriendo—. Sí, tenéis diecisiete años, ahora me doy cuenta.

—Os burláis de mí? —Ser Loras se puso tenso.

« Vaya, qué susceptible» .

—No. Si os he ofendido, perdonadme. Yo también tuve un gran amor, y también teníamos una canción.

« Amé a una doncella hermosa como el verano, con la luz del sol en el cabello...» .

Le deseó buenas noches a ser Loras y siguió andando.

Cerca de las perreras, un grupo de soldados hacía pelear a un par de perros. Tyrion se detuvo lo suficiente para ver como el animal más pequeño le destrozaba la mitad de la cara al más grande, y se ganó unas cuantas risotadas

groseras al señalar que el perdedor se parecía a Sandor Clegane. Después, con la esperanza de haber disipado las sospechas de los hombres, siguió hasta la muralla septentrional y bajó el corto tramo de escaleras, hasta los humildes aposentos del eunuco. Cuando levantaba la mano para llamar, se abrió la puerta.

—¿Varys? —Tyrion entró—. ¿Estáis ahí?

Solo una vela disipaba las penumbras y llenaba el aire con el perfume del jazmín.

—Mi señor. —Una mujer entró en la zona iluminada; era corpulenta, fofa, con aspecto de matrona, y cabello negro largo y ondulado—. ¿Falta algo? —preguntó.

Se dio cuenta, asombrado, de que se trataba de Varys.

—Durante un momento horrible, he pensado que me habíais traído a Lollys en lugar de Shae. ¿Dónde está?

—Aquí, mi señor. —Desde detrás, le cubrió los ojos con las manos—. ¿Podéis adivinar qué ropa llevo puesta?

—¿Ninguna?

—Oh, sois tan listo —susurró, apartando las manos—. ¿Cómo lo sabíais?

—Estás muy guapa cuando no llevas nada.

—¿De veras? ¿En serio?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿no deberíais follarme en lugar de hablar conmigo?

—Antes tenemos que deshacernos de lady Varys. No soy de esos enanos que necesitan público.

—Se ha ido —dijo Shae.

Tyrion se volvió. Era verdad. El eunuco había desaparecido, con falda y todo.

«Hay puertas secretas en algún sitio, seguro». Aquello fue todo lo que pudo pensar antes de que Shae le volviera la cabeza para besarla. Tenía la boca húmeda y ansiosa, y no pareció ver la cicatriz ni la reciente costra que ocupaba el lugar de su nariz. La piel de ella era seda tibia bajo los dedos de él. Cuando el pulgar le acarició el pezón izquierdo, este se endureció enseguida.

—Apresuraos —lo urgió entre besos, cuando él comenzó a desabrocharse la ropa—, oh, apresuraos, os quiero dentro de mí, dentro, dentro.

Tyrion no tuvo tiempo de desnudarse del todo. Shae le sacó la polla de los calzones, lo empujó al suelo y se le puso encima. Cuando el miembro la penetró, dejó escapar un gemido y comenzó a cabalgarlo salvajemente.

—¡Mi gigante, mi gigante, mi gigante! —gritaba cada vez que se dejaba caer sobre él. Tyrion estaba tan excitado que estalló al quinto envite, pero aquello no pareció importarle a Shae, que sonrió con picardía al sentir como él eyaculaba y se inclinó hacia delante para besarle las cejas cubiertas de sudor—. Mi gigante Lannister —murmuró—. Quedaos dentro de mí, por favor. Me encanta sentiros ahí.

Tyrion no se movió, excepto para rodearla con los brazos.

« Es tan maravilloso abrazarla y que me abrace... —pensó—. ¿Cómo puede ser esto un crimen por el que merezca que la ahorquen? » .

—Shae, cariño —le dijo—, esta puede ser la última vez que estemos juntos. Es demasiado peligroso. Si mi señor padre te descubre...

—Me gusta vuestra cicatriz —dijo mientras la recorría con el dedo—. Os hace parecer muy fuerte y fiero.

—Querrás decir muy feo —se rio Tyrion.

—Mi señor no será nunca feo para mis ojos —dijo Shae, y le besó la costra que cubría el muñón destrozado de la nariz.

—No es mi cara lo que debe preocuparte, sino mi padre...

—Él no me asusta. ¿Mi señor va a devolverme ahora mis joyas y mis sedas? Cuando os hirieron en la batalla, le pregunté a Varys si podía dárme los, pero no quiso. ¿Qué destino habrían tenido si hubierais muerto?

—No he muerto. Aquí estoy.

—Lo sé. —Shae se meneó encima de él, sonriendo—. Exactamente donde debéis estar. —Frunció los labios en un gesto infantil—. ¿Y cuánto tiempo debo quedarme con Lollys, ahora que estáis bien?

—¿Me has oído? —dijo Tyrion—. Puedes quedarte con Lollys si lo deseas, pero lo mejor sería que abandonaras la ciudad.

—No quiero marcharme. Me prometisteis que me llevaríais de nuevo a una casona después de la batalla. —Le dio un leve apretón con el coño, y él comenzó a endurecerse de nuevo dentro de ella—. Dijisteis que un Lannister siempre paga sus deudas.

—Shae, malditos sean los dioses, olvídate de eso. Escúchame. Tienes que marcharte. La ciudad está llena de hombres de Tyrell, y me vigilan muy de cerca. No tienes ni idea del peligro...

—Puedo ir al banquete de bodas del rey? Lollys no irá. Le dije que nadie la iba a violar en el salón del trono, pero es tan estúpida... —Cuando Shae se apartó de él, su polla salió del cuerpo de la chica con un sonido húmedo—. Symon dice que habrá un torneo de bardos, otro de malabaristas y hasta uno de bufones.

Tyrion había olvidado casi por completo al bardo de Shae, tres veces maldito.

—¿Cómo conseguiste hablar con Symon?

—Le hablé a lady Tanda de él, y ella lo tomó a su servicio con el fin de que tocara para Lollys. La música la tranquiliza cuando el bebé comienza a dar patadas. Symon dice que habrá un oso bailarín en la fiesta, y vinos del Rejo. No he visto nunca bailar a un oso.

—Pues bailan peor que yo. —Lo que lo preocupaba era el bardo, no el oso. Una palabra descuidada dicha junto al oído equivocado, y ahorcarían a Shae.

—Symon dice que habrá setenta y siete platos, y cien palomas que hornearan dentro de un enorme pastel —contó Shae muy animada—. Cuando se parte la

corteza, se alborotan y salen volando.

—Y después se posarán en sus perchas y dejarán caer una lluvia de mierda sobre los invitados.

Tyrion había sufrido antes a causa de semejantes pasteles. A las palomas les encantaba cagarse sobre él en particular, o al menos era lo que siempre había sospechado.

—¿No podría ponerme mis sedas y terciopelos, e ir como una dama y no como una criada? Nadie se dará cuenta de que no soy una dama.

« Todo el mundo se dará cuenta de que no lo eres», pensó Tyrion.

—Lady Tanda podría preguntarse de dónde ha sacado tantas joyas la doncella de Lollys.

—Dice Symon que habrá mil invitados. Seguro que ni me ve. Buscaré un sitio en una esquina oscura, entre la gente de rango más bajo, pero cada vez que vayáis a la letrina podré reunirme con vos. —Le agarró la polla con las dos manos y se la acarició suavemente—. No llevaré ropa interior bajo el vestido, para que mi señor no tenga que desatar nada. —Las manos de ella, arriba y abajo, lo volvían loco—. O si lo deseáis, podría haceros esto... —Y se metió el miembro en la boca.

Tyron estuvo listo al momento. Aquella vez duró mucho más. Cuando terminó, Shae se arrastró hacia él y se le acurrucó desnuda bajo el brazo.

—Me dejaréis ir, ¿verdad?

—Shae —gruñó—, es muy peligroso.

Durante un rato no dijo absolutamente nada. Tyrion intentó hablar de otras cosas, pero chocó contra una muralla de malhumorada cortesía, tan gélida e impenetrable como el Muro por el que caminara una vez en el norte.

« Benditos sean los dioses —pensó, fatigado, mientras contemplaba cómo la vela ardía hasta el final y comenzaba a derretirse—, ¿cómo he podido dejar que esto vuelva a ocurrir, después de lo que pasó con Tysha? ¿Soy tan tonto como cree mi padre?». Le habría hecho con gusto la promesa que ella quería oír; de buena gana la habría llevado del brazo a su propio dormitorio para que se pusiera las sedas y los terciopelos que tanto le gustaban. Si hubiera podido elegir, ella se sentaría a su lado en el banquete nupcial de Joffrey y bailaría con todos los osos que quisiera. Pero no podía permitir que la ahorcaran.

Cuando la vela se consumió, Tyrion se separó de ella y encendió otra. Entonces, recorrió las paredes, golpeándolas, en busca de la puerta escondida. Shae lo observaba con las piernas recogidas entre los brazos.

—Están debajo de la cama —dijo por fin—. Los escalones secretos.

—¿De la cama? —Él la miró, incrédulo—. La cama es de piedra maciza. Pesa cincuenta arrobas.

—Hay un lugar donde Varys presiona, y se levanta. Le he preguntado que cómo es posible, y dice que por arte de magia.

—Sí. —A Tyrion no le quedó más remedio que reírse—. Un conjuro de contrapesos.

—Tengo que irme. —Shae se levantó—. A veces, el bebé da pataditas, Lollys se despierta y manda a por mí.

—Varys volverá dentro de poco. Seguro que está oyendo cada palabra que decimos.

Tyrion bajó la vela. En la parte delantera de los calzones tenía una mancha húmeda, pero en la oscuridad no se vería. Le dijo a Shae que se vistiera y esperara al eunuco.

—Lo haré —prometió—. Sois mi león, ¿no es verdad? ¿Mi gigante Lannister?

—Lo soy. Y tú eres...

—Vuestra puta. —Colocó un dedo sobre los labios de él—. Lo sé. Sería vuestra dama, pero no es posible. Si lo fuera, vos mismo me llevaríais al banquete. No tiene importancia. Me gusta ser vuestra puta, Tyrion. Tan solo os pido que me cuidéis, nada más, león mío, cuidadme y protegedme.

—Lo haré —prometió.

« Tonto, tonto —gritaba una voz dentro de él—. ¿Por qué has dicho eso? Has venido para mandarla lejos». Sin embargo, volvió a besarla.

El camino de regreso le pareció largo y solitario. Podrick Payne dormía en su yacifa, al pie del lecho de Tyrion, pero lo despertó.

—Bronn —dijo.

—¿Ser Bronn? —Pod se frotó los ojos para espantar el sueño—. Oh. ¿Debo traerlo ahora, mi señor?

—Pues no, te he despertado para que pudiéramos charlar un poco sobre su forma de vestir —dijo Tyrion, pero su sarcasmo fue inútil. Pod se limitó a mirarlo, confuso, hasta que él levantó las manos y dijo—: Sí, tráelo. Tráelo ahora mismo.

El chico se vistió presuroso y salió del dormitorio casi a la carrera.

« ¿De veras soy tan horrible?», se preguntó Tyrion, mientras se ponía un batín y se servía un poco de vino.

Iba ya por la tercera copa, y había transcurrido la mitad de la noche, cuando Pod volvió seguido por el caballero mercenario.

—Espero que el chico tuviera un buen motivo para hacerme salir de la casa de Chataya —dijo Bronn mientras tomaba asiento.

—¿Estabas en la casa de Chataya? —preguntó Tyrion, asombrado.

—Ser caballero es estupendo. No hay que meterse en el burdel más barato de la calle. —Bronn sonrió—. Ahora, Alayaya y Marei se acuestan en el mismo lecho de plumas, con ser Bronn en el centro.

Tyrion se vio obligado a tragarse su asombro. Bronn tenía tanto derecho a acostarse con Alayaya como cualquier otro hombre, pero de todos modos...

« Por mucho que quisiera hacerlo, no la toqué nunca, pero Bronn no podía

saber eso. Debió mantener su polla fuera de ella». No se atrevía a visitar a Chataya. Si lo hiciera, Cersei se ocuparía de que su padre se enterara, y Yaya sufriría algo más que unos azotes. Para disculparse, le mandaría a la chica una gargantilla de plata y jade, y un par de brazaletes a juego, pero aparte de aquello... « Esto no tiene sentido».

—Hay un bardo que dice llamarse Symon Pico de Oro —dijo Tyrion con cansancio, dejando a un lado su culpa—. A veces toca para la hija de lady Tanda.

—¿Qué pasa con él?

« Mátalo», debió haber dicho, pero el hombre no había hecho nada más que cantar unas cuantas canciones. « Y llenarle a Shae la cabeza de fantasías sobre palomas y osos bailarines».

—Encuéntralo —dijo, por el contrario—. Encuéntralo antes de que lo encuentre otro.

Estaba escarbando la tierra en busca de verduras en el jardín de un hombre muerto, cuando oyó la canción.

Arya se tensó, se quedó inmóvil como una estatua de piedra y escuchó sin prestar más atención a las tres zanahorias correosas que tenía en la mano. Se acordó de los titiriteros sangrientos y de los hombres de Roose Bolton, y un escalofrío de terror le recorrió la columna vertebral.

« No es justo, ahora que por fin habíamos encontrado el Tridente, ahora que ya casi estábamos a salvo» .

Pero ¿para qué iban a cantar los titiriteros?

La canción llegaba hasta ella procedente del río, de más allá de la pequeña elevación que se alzaba hacia el este.

—« Voy a Puerto Gaviota, para ver a mi amada, vaya, vaya, vaya...» .

Arya se levantó, todavía con las zanahorias en la mano. Por el sonido, el que estaba cantando se acercaba por el camino del Río. A juzgar por la expresión de su rostro, Pastel Caliente, que estaba entre los repollos, también lo había oído. Gendry se había echado a dormir a la sombra de la choza quemada, y no estaba en condiciones de oír nada.

—« Y pienso robarle un beso con la punta de mi daga, vaya, vaya, vaya» .

Por encima del suave rumor del río, a Arya le pareció oír también el tañido de una lira.

—¿Has oído eso? —le preguntó Pastel Caliente en un susurro ronco, al tiempo que estrechaba contra el pecho una brazada de repollos—. Se acerca alguien.

—Corre a despertar a Gendry —le dijo Arya—. Pero sacúdelo por el hombro, nada más, no hagas mucho ruido.

Era fácil despertar a Gendry, a diferencia de lo que pasaba con Pastel Caliente, al que había que gritar y dar patadas.

—« Cuando esté fresca a la sombra, la convertiré en mi dama, vaya, vaya, vaya» .

La canción se oía más fuerte con cada palabra de la letra.

Pastel Caliente abrió los brazos. Los repollos se estrellaron contra el suelo con un golpe sordo.

—¡Tenemos que escondernos!

« ¿Dónde?». La choza quemada y el jardín cubierto de maleza destacaban junto a las orillas del Tridente. Más arriba, en la ribera lodosa, crecían unos cuantos sauces y juncos, pero por lo demás estaban en campo abierto. « Lo sabía: no tendríamos que haber salido de los bosques», pensó. Pero estaban tan hambrientos que el huerto había supuesto una tentación irresistible. El pan y el queso que robaron en Harrenhal se habían acabado hacia ya seis días, cuando aún estaban en lo más profundo de los bosques.

—Despierta a Gendry, coged los caballos y escondeos detrás de la choza — decidió.

Todavía quedaba un muro en pie; tal vez fuera lo bastante amplio para ocultar a dos muchachos y tres caballos. « Siempre que a los caballos no les dé por relinchar, y que al que canta no le dé por venir al huerto» .

—Y tú, ¿qué?

—Me esconderé detrás del árbol. Seguramente viene solo. Si se mete conmigo, lo mataré. ¡Venga, corre!

Pastel Caliente se alejó, y Arya soltó las zanahorias y desenvainó la espada robada por encima del hombro. Se había ceñido la funda a la espalda; la espada estaba destinada a un hombre adulto, y cuando se la colgaba de la cintura iba rebotando contra el suelo.

« Además, pesa demasiado», pensó al tiempo que añoraba a *Aguja*, como le pasaba siempre que tenía en la mano aquel objeto tosco. Pero era una espada y servía para matar. Con aquello bastaba.

Se movió con pasos ligeros hasta el sauce más viejo y grande que crecía junto a la curva del camino, e hincó una rodilla en la hierba y el lodo, entre el velo de ramas.

« Eh, dioses antiguos —rezó a medida que la voz se oía más fuerte—, dioses de los árboles, escondeedm e y haced que pase de largo. —En aquel momento, un caballo relinchó, y la canción se interrumpió de repente—. Lo ha oído —supo Arya—, pero puede que esté solo, o a lo mejor tienen tanto miedo de nosotros como nosotros de ellos» .

—¿Has oido eso? —preguntó una voz de hombre—. Me parece que hay algo detrás de aquella pared.

—Sí —respondió una segunda voz, más grave—. ¿Qué será, Arquero?

« Así que son dos». Arya se mordió el labio. Desde el lugar donde se encontraba de rodillas no alcanzaba a verlos; se lo impedían las ramas del sauce. Pero los oía perfectamente.

—Un oso?

—Era una tercera voz, o la primera otra vez?

—Los osos tienen mucha carne —dijo la voz grave—. Y en otoño con mucha grasa, además. Bien cocinada está muy buena.

—Puede que sea un lobo. O hasta un león.

—De cuatro patas? ¿O de dos? ¿Tú qué crees?

—Que no importa. ¿O sí?

—Que yo sepa, no. Oye, Arquero, ¿qué vas a hacer con todas esas flechas?

—Lanzar unas cuantas por encima de la pared. Sea lo que sea lo que se esconde ahí, saldrá a toda prisa, ya verás.

—Pero oye, ¿y si el que se esconde es un hombre honrado? ¿O una pobre mujer con un niño de pecho?

—Un hombre honrado saldría y daría la cara. Los únicos que se esconden son los criminales.

—Pues no te falta razón. Venga, dispara las flechas.

—¡No! —les gritó Arya, poniéndose en pie de un salto.

Vio entonces que eran tres. « Solo tres ». Syrio podía luchar contra más de tres, y ella tal vez podría contar con Pastel Caliente y con Gendry. « Pero no son más que muchachos, y estos son hombres adultos ».

Eran tres hombres que viajaban a pie, con ropa embarrada y sucia por el viaje. Reconoció al que cantaba por la lira; la estrechaba contra su jubón como una madre acunaría a un bebé. Era menudo, aparentaba unos cincuenta años, tenía la boca grande, la nariz afilada y un cabello castaño que empezaba a ralear. Llevaba ropa verde descolorida y remendada aquí y allá con viejos parches de cuero, una sarta de cuchillos arrojadizos a la cintura y un hacha de leñador a la espalda.

El que estaba a su lado media al menos un codo más y tenía aspecto de soldado. Del cinturón de cuero tachonado le colgaban una espada larga y un puñal, llevaba cosidas en la camisa varias hileras de anillas de acero superpuestas, y se cubría la cabeza con un yelmo corto de hierro negro en forma de cono. Tenía los dientes estropeados y una barba castaña muy espesa, pero lo que más llamaba la atención era la capa amarilla con capucha. Era gruesa y pesada, con manchas aquí y allá de hierba y de sangre, deshilachada por la parte de abajo y con un parche de piel de ciervo en el hombro derecho. Hacía que pareciera un enorme pajarraco amarillo.

El último del trío era un joven tan flaco como el arco largo que llevaba, si bien no tan alto. Pelirrojo y pecoso, llevaba un chaleco tachonado, botas altas, mitones y un carcaj a la espalda. Las plumas de las flechas eran grises, de ganso, y había clavado seis en el suelo ante él, como formando una pequeña valla.

Los tres hombres la miraron. Ella estaba de pie en medio del camino con la espada en la mano. Luego, el bardo rasgueó una cuerda con gesto distraído.

—Chico —dijo—, suelta esa espada si no quieres hacerte daño. Es muy grande para ti; además, mi amigo Anguy te podría clavar tres flechas antes de que te acerques a nosotros.

—Seguro que no —replicó Arya—. Y soy una chica.

—¿De veras? —El bardo hizo una reverencia—. Mil perdones.

—Seguid por el camino, pasad de largo, y tú, no dejes de cantar, para que sepamos dónde estáis. Marchaos, dejadnos en paz, y no os mataré.

—¿Has oido, Lim? —preguntó el arquero del rostro pecoso riéndose—. No nos matará.

—Lo he oido —dijo Lim, el soldado corpulento de la voz grave.

—Venga, niña —insistió el bardo—, suelta esa espada y te llevaremos a un lugar donde estarás a salvo y podrás llenarte la barriga. Por aquí hay lobos,

leones y cosas peores todavía. No es lugar para que una chiquilla ande sola.

—No está sola. —Gendry salió a caballo de detrás de la pared de la choza, seguido por Pastel Caliente, que tiraba de las riendas del caballo de Arya. Con la cota de malla y la espada en la mano, Gendry casi parecía un hombre adulto, y además, peligroso. Pastel Caliente parecía Pastel Caliente—. Haced lo que os ha dicho: dejadnos en paz —advirtió.

—Dos y tres —contó el bardo—. ¿Ya está? ¿No sois más? Y tenéis caballos, muy bonitos, por cierto. ¿De dónde los habéis robado?

—Son nuestros. —Arya los observó con atención. El bardo no dejaba de distraerla hablando, pero el que representaba un peligro directo era el arquero. « Si arranca una flecha del suelo...» .

—¿Nos vais a decir vuestros nombres, como las personas honradas? —les preguntó el bardo a los chicos.

—Pastel Caliente —dijo Pastel Caliente al instante.

—Vaya, qué bien —sonrió el hombre—. No se conoce todos los días a un muchacho con un nombre tan apetitoso. ¿Y cómo se llaman tus amigos? Chuleton de Carnero y Perdiz?

—No tengo por qué deciros cómo me llamo —replicó Gendry con el ceño fruncido—. Vosotros no habéis dicho vuestros nombres.

—Si es por eso, yo soy Tom de Sietecaues, pero me llaman Tom Sietecuerdas, o Tom Siete, para abreviar. Este bruto de los dientes podridos es Lim, diminutivo de Capa de Limón. Por llevar una capa amarilla, ¿ves? Además, Lim es un tipo de lo más agrio. Y nuestro amigo el jovencito se llama Anguy, aunque todos lo llamamos Arquero.

—Venga, ¿y vosotros quiénes sois? —dijo Lim con la voz grave e imperiosa que Arya había oído entre las ramas del sauce.

—Si queréis, llamadme Perdiz —dijo Arya. No estaba dispuesta a decirle a cualquiera su verdadero nombre—. No me importa.

—Una perdiz con espada —dijo el hombretón corpulento riéndose—. Otra cosa que tampoco se ve todos los días.

—Yo soy el Toro —dijo Gendry, siguiendo los pasos de Arya.

Se comprendía perfectamente que prefiriese el nombre de Toro al de Chuleton de Carnero.

Tom de Sietecaues rasgueó la lira.

—Pastel Caliente, Perdiz y el Toro. ¿Os habéis escapado de las cocinas de lord Bolton?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Arya, intranquila.

—Llevas su blasón en el pecho, pequeña.

Arya lo había olvidado. Aún llevaba, debajo de la capa, el hermoso jubón de paje con el hombre desollado de Fuerte Terror cosido en el pecho.

—¡No me llames pequeña!

—¿Por qué no? —se rio Lim—. Pequeña eres, sin duda.

—He crecido mucho. Ya no soy una niña. —Las niñas no mataban a nadie, y ella había matado.

—Eso ya lo veo, Perdiz. Si erais de Bolton, no sois niños ninguno de los tres.

—No éramos de Bolton. —Pastel Caliente era incapaz de tener la boca cerrada—. Ya estábamos en Harrenhal antes de que llegara.

—Así que sois cachorros de león, ¿eh? —dijo Tom.

—Eso tampoco. No somos de nadie. Y vosotros, ¿de quién sois?

—Somos hombres del rey. —Fue Anguy el Arquero quien respondió.

—¿De qué rey? —Arya frunció el ceño.

—Del rey Robert —replicó Lim, el de la capa amarilla.

—¿Aquel viejo borracho? —bufó Gendry, despectivo—. Está muerto, lo mató un jabalí, eso lo sabe todo el mundo.

—Sí, muchacho —dijo Tom de Sietecauces—, y fue una verdadera pena. —Arrancó una nota triste de la lira.

Arya no creía que fueran hombres de ningún rey. Iban harapientos y zarrapastrosos; más bien parecían bandidos. Ni siquiera iban a caballo. Los hombres del rey debían tener caballos.

Pero Pastel Caliente se apresuró a intervenir.

—Nosotros vamos a Aguas dulces —dijo, ansioso—. ¿A cuántos días a caballo está? ¿Lo sabéis?

—Cállate o te lleno la boca de piedras, idiota. —Arya lo habría matado de buena gana.

—Aguas dulces está a un buen trecho río arriba —dijo Tom—. Un buen trecho en el que se pasa mucha hambre. ¿No os apetecería una comida caliente antes de emprender la marcha? A poca distancia de aquí hay una posada; es de unos amigos nuestros. En vez de pelearnos, podríamos compartir un poco de cerveza y un bocado de pan.

—¿Una posada? —Con solo pensar en comida caliente, a Arya le rugían las tripas, pero no se fiaba del tal Tom. Nadie que hablara de manera tan amigable era un amigo de verdad—. ¿Y dices que está cerca?

—A tres cuartos de legua río arriba —respondió Tom—. Como mucho una legua.

—¿Qué quieres decir con lo de amigos? —preguntó con cautela Gendry; parecía tan indeciso como ella.

—Pues eso, amigos. ¿No sabes qué significa?

—La posadura se llama Sharna —añadió Tom—. Tiene la lengua afilada y mirada de fiera, sí, pero con un corazón de oro, y le caen muy bien las niñitas.

—No soy ninguna niñita —replicó, furiosa—. ¿Y quién más hay allí? Has dicho «amigos».

—El esposo de Sharna y un chico huérfano que han acogido. No os harán

daño. Tienen cerveza, aunque no sé yo si a vuestra edad... Habrá pan tierno y puede que un poco de carne. —Tom lanzó una mirada en dirección a la choza—. Y también lo que hayáis robado del huerto del Abuelo Pate.

—No hemos robado nada —replicó Arya.

—Ah, ¿no? ¿Qué pasa? ¿Eres la hija del Abuelo Pate? ¿La hermana? ¿O la esposa? No me mientes, Perdiz. Yo mismo enterré al Abuelo Pate ahí, bajo ese sauce tras el que estabas escondida. Y no te pareces en nada a él. —Arrancó de la lira un sonido triste—. Este último año hemos enterrado a muchos hombres buenos, pero no queremos enterrarlos a vosotros, lo juro por mi lira. Arquero, demuéstraselo.

La mano del Arquero se movió a una velocidad que Arya no habría creído posible. Su flecha le pasó silbando junto a la cabeza, a un dedo de la oreja, y fue a clavarse en el tronco del sauce que estaba a su espalda. Y ya tenía otra flecha en el arco tenso. Hasta entonces había creído que comprendía qué quería decir Syrio con «rápida como una serpiente» y «suave como la seda de verano». En aquel momento se daba cuenta de que no era así. La flecha clavada en el árbol zumbaba como una abeja.

—Has fallado —dijo.

—Peor para ti si eso es lo que piensas —dijo Anguy—. Mis flechas van adonde les digo.

—Es verdad —asintió Lim Capa de Limón.

Entre el arquero y la punta de su espada había una docena de pasos.

«No tenemos ni la menor oportunidad», comprendió Arya. Habría dado cualquier cosa por un arco como el suyo, y por tener su habilidad para manejarlo. De mala gana, bajó la pesada espada hasta que la punta tocó el suelo.

—Iremos a ver esa posada —concedió, tratando de esconder las dudas que albergaba su corazón tras una cortina de palabras osadas—. Vosotros caminad delante; nosotros os seguiremos a caballo para vigilaros.

—Delante, detrás, qué más da. —Tom de Sietecauces hizo una profunda reverencia—. Vamos, muchachos, les mostraremos el camino. Recoge esas flechas, Anguy, ya no las vamos a necesitar.

Arya envainó la espada y, siempre manteniéndose a distancia de los tres desconocidos, cruzó el camino hacia donde estaban sus amigos a caballo.

—Pastel Caliente, coge esas berzas —dijo al tiempo que montaba—. Y también las zanahorias.

Para variar, no discutió con ella. Emprendieron la marcha tal como Arya había dicho, a caballo, despacio por el camino, a una docena de pasos por detrás de los tres que iban a pie. Pero pronto se encontraron pisándoles los talones. Tom de Sietecauces caminaba despacio, y le gustaba rasguear las cuerdas de la lira de vez en cuando.

—¿Os sabéis alguna canción? —les preguntó—. Daría cualquier cosa por

tener alguien con quien cantar, en serio. Lim no tiene ni pizca de oido, y aquí el chico del arco solo se sabe baladas de las Marcas, y todas tienen cien versos o más.

—En las Marcas sí que se cantan buenas canciones —señaló Anguy con voz suave.

—Cantar es una tontería —replicó Arya—. Cantando se hace ruido. Os hemos oído cuando aún estabais muy lejos. Os podríamos haber matado.

La sonrisa de Tom indicaba que él no opinaba lo mismo.

—Hay peores formas de morir que con una canción en los labios.

—Si hubiera lobos por aquí —protestó Lim—, nos habríamos dado cuenta. O leones. Estos son nuestros bosques.

—Pues no sabíais que nosotros estábamos allí —dijo Gendry.

—Yo que tú no estaría tan seguro, muchacho —dijo Tom—. A veces se sabe más de lo que se dice.

—Yo me sé la canción del oso —dijo Pastel Caliente acomodándose en la silla de montar—. Bueno, un trozo.

Tom acarició las cuerdas con los dedos.

—A ver, Pastelito, vamos a ver cómo cantamos juntos. —Echó la cabeza hacia atrás y entonó: « Había un oso, un oso, ¡un oso! Era negro, era enorme, ¡cubierto de pelo horroroso! » .

Pastel Caliente lo acompañaba con entusiasmo; incluso daba saltitos en la silla al ritmo de la música. Arya lo miró, atónita. Tenía una voz bonita, y cantaba bien.

« No le había visto hacer nada bien, excepto cocinar », pensó para sus adentros.

Poco más adelante, un arroyuelo iba a desembocar al Tridente. Cuando lo estaban vadeando, la canción hizo que un pato saliera volando de los juncos. Anguy se detuvo en el acto, se descolgó el arco, puso una flecha y lo abatió. El ave fue a caer en los bajíos, no lejos de la orilla. Lim se quitó la capa amarilla y se metió en el agua hasta las rodillas para ir a recogerla, sin dejar de quejarse.

—¿Tú crees que Sharna tendrá limones en la bodega? —le preguntó Anguy a Tom mientras veían a Lim chapotear y maldecir—. Una vez, una chica de Dorne me preparó un pato con limones —recordó con melancolia.

Al llegar al otro lado del arroyo, Tom y Pastel Caliente reanudaron la canción, y Lim se colgó el pato del cinturón, bajo la capa amarilla. Sin que supieran cómo, las canciones hicieron que la distancia les pareciera más corta. No tardaron mucho en divisar la posada, que se alzaba junto a la orilla del río, en el punto donde el Tridente describía una amplia curva hacia el norte. Al acercarse, Arya la observó detenidamente y con desconfianza. Se vio obligada a reconocer que no tenía aspecto de guarida de bandidos; parecía un lugar agradable, hasta hogareño, con las paredes encaladas, el tejado de pizarra y una columna de humo que se alzaba perezosa de la chimenea. Alrededor había

establos y otras edificaciones, y detrás, una pérgola, manzanos y un pequeño jardín. La posada disponía hasta de un embarcadero propio que se adentraba en el río y...

—Gendry —dijo en voz baja, apremiante—. Mira, tienen un bote. Podríamos ir navegando a vela hasta Aguas dulces. Llegaríamos antes que a caballo.

—¿Has manejado alguna vez un bote de vela? —El chico no parecía muy convencido.

—No hay más que poner la vela; luego, el viento empuja.

—¿Y si el viento sopla en dirección contraria?

—Para eso están los remos.

—¿Contracorriente? —Gendry frunció el ceño—. Iríamos muy despacio, ¿no? ¿Y si se vuelca el bote y nos vamos al agua? Además, no es nuestro, es de la posada.

«Lo podríamos robar». Arya se mordió el labio y no dijo nada. Desmontaron delante de los establos. No había más caballos, pero Arya advirtió que en muchas de las cuadras había excrementos recientes.

—Uno de nosotros debería quedarse a vigilar los caballos —dijo con cautela.

—No es necesario, Perdiz —dijo Tom, que la había oído—. Entra y come; no les va a pasar nada.

—Ya me quedo yo —dijo Gendry, sin hacer caso del bardo—. Ven a sustituirme cuando hayas comido.

Arya asintió y echó a andar en pos de Pastel Caliente y Lim. Llevaba la espada en la vaina, cruzada a la espalda, y no apartaba la mano del puñal que le había robado a Roose Bolton, por si no le gustaba lo que encontraba en el interior de la posada.

En el cartel pintado sobre la puerta se veía la imagen de algún rey de la antigüedad, que estaba de rodillas. Dentro se encontraba la sala común, donde aguardaba una mujer muy alta y fea, con la barbilla abultada y las manos en las caderas. La miró fijamente.

—No te quedes ahí, chico —bufó—. ¿O eres una chica? Qué más da, el caso es que me tapas la puerta. Entra o sal, pero de una vez. Lim, ¿qué te tengo dicho de mi suelo? Me lo estás manchando de barro.

—Hemos cazado un pato. —Lim lo cogió y lo sujetó ante sí a modo de bandera de paz. La mujer se lo arrebató de la mano.

—Querrás decir que Anguy ha cazado un pato. Quitate las botas, ¿qué te pasa? ¿Eres sordo o solo idiota? —Dio media vuelta—. ¡Esposo! —llamó a gritos—. Sube ahora mismo; los muchachos han vuelto. ¡Esposo!

Por las escaleras de la bodega subió un hombre, con un delantal sucio, sin parar de gruñir. Le llegaba a la mujer por el hombro; tenía el rostro lleno de bultos, y la piel amarillenta y colgante con marcas de viruela.

—Ya estoy aquí, mujer, deja de gritar. ¿Qué pasa?

—Cuelga esto —le dijo al tiempo que le tendía el pato.

Anguy se le acercó arrastrando los pies por el suelo.

—Habíamos pensado que nos lo podríamos comer, Sharna. Con limones. Si tienes.

—Limones. ¿Y de dónde quieres que saquemos limones? ¿Qué te crees, idiota cara de pecas? ¿Que estamos en Dorne? ¿Por qué no te subes a un limonero de esos que tenemos y nos traes un celemín, y ya que estás, unas buenas aceitunas y unas cuantas granadas? —Lo señaló con dedo admonitorio—. Claro que también podría prepararlo con la capa de Lim, si quieres, pero antes tendrá que estar colgado unos cuantos días. Si queréis comer, conejo o nada. Lo más rápido es conejo asado al espetón, si tenéis hambre. O también os lo puedo guisar con cerveza y cebollas.

Arya casi sentía el sabor del conejo.

—No tenemos monedas, pero te podemos ofrecer a cambio unas zanahorias y unas berzas que hemos traído.

—¿De verdad? A ver, ¿dónde están?

—Pastel Caliente, dale las berzas —dijo Arya.

El chico obedeció, aunque se acercó a la anciana con tanta alegría como si se tratara de Rorge, de Mordedor o de Vargo Hoat. La mujer examinó las verduras con detenimiento, y al muchacho, con más detenimiento todavía.

—¿Y el pastel caliente ese, dónde está?

—Aquí. Yo. Es mi nombre. Y ella es... Perdiz.

—No será en mi casa. Aquí, la comida y los comensales se llaman de maneras diferentes, para poderlos distinguir. ¡Esposo!

Esposo había salido al exterior, pero nada más oír el grito se apresuró a entrar de nuevo.

—El pato ya está colgado. ¿Qué pasa ahora, mujer?

—Lava estas verduras —ordenó—. Los demás, sentaos mientras empiezo con los conejos. El chico os traerá algo para beber. —Bajó la vista para apuntar a Arya y a Pastel Caliente con la larga nariz—. No tengo costumbre de servir cerveza a los niños, pero nos hemos quedado sin sidra, no hay vacas que den leche y el agua del río sabe a guerra; corriente arriba está lleno de muertos. Si os sirviera un tazón de sopa lleno de moscas muertas, ¿os lo beberíais?

—Arry sí —dijo Pastel Caliente—. Perdón, quiero decir Perdiz.

—Lim también —dijo Anguy con una sonrisa maliciosa.

—Deja en paz a Lim —bufó Sharna—. Venga, cerveza para todos.

Anguy y Tom de Sietecauces ocuparon la mesa que había junto a la chimenea, mientras Lim iba a colgar la gran capa amarilla de un gancho. Pastel Caliente se dejó caer en un banco, junto a la mesa situada más cerca de la puerta, y Arya se acomodó como pudo junto a él. Tom sacó la lira.

—« En una posada solitaria del camino —cantó mientras improvisaba una

melodía para acompañar la letra—, la tabernera era fea y no tenía vino» .

—Como no te calles no nos dará conejo —le advirtió Lim—. Ya sabes cómo se pone.

—¿Sabes manejar un bote de vela? —le susurró Arya a Pastel Caliente, acercándose más a él.

Antes de que pudiera responder, un muchacho rechoncho, de quince o dieciséis años, apareció con picheles de cerveza. Pastel Caliente cogió el suyo con ambas manos, con gesto reverente. Bebió un trago y sonrió con la sonrisa más amplia que Arya le había visto jamás.

—Cerveza —susurró—. Y conejo.

—¡A la salud de su alteza! —exclamó alegremente Anguy el Arquero a la vez que alzaba la jarra en un brindis—. ¡Que los Siete guarden al rey!

—A los reyes, a los doce —masculló Lim Capa de Limón. Bebió y se limpió la espuma de la boca con el dorso de la mano.

Esposo entró apresuradamente por la puerta, con el delantal lleno de verduras lavadas.

—Hay tres caballos que no conozco en el establo —les dijo, como si para ellos fuera una novedad.

—Sí —asintió Tom al tiempo que dejaba la lira a un lado—, y son mejores que los que regalasteis.

—No los regalé. —Esposo, un tanto molesto, soltó las verduras sobre una mesa—. Los vendí, a muy buen precio, y encima conseguí una barca. Además, ¿no teníais que recuperarlos vosotros?

« Lo sabía, son bandidos —pensó Arya sin dejar de escuchar. Metió la mano debajo de la mesa y tocó la empuñadura del puñal para confirmar que seguía en su sitio—. Si intentan robarnos, lo van a lamentar» .

—No pasaron por donde estábamos —dijo Lim.

—Pues hacia allí los enviamos. Seguro que estabais borrachos, o dormidos.

—¿Borrachos? ¿Nosotros? —Tom bebió un largo trago de cerveza—. Jamás.

—Tendríais que haberlos recuperado vosotros mismos —dijo Lim a Esposo.

—¿Cómo, si solo tenía aquí al chico? Os lo dije y os lo repetí: la vieja estaba en Altozano de los Corderos, asistiendo en el parto a Fern. Y encima, lo más probable es que fuera uno de vosotros el que le puso el bastardo en la barriga a la pobre muchacha. —Lanzó una mirada agria en dirección a Tom—. Me juego lo que sea a que fuiste tú, siempre con esa lira, tocando canciones tristes solo para quitarle las enaguas a la pobre Fern.

—Si una canción hace que una doncella desee liberarse de la ropa y sentir la dulce caricia del sol en la piel, ¿es acaso culpa del bardo? Además, el que le gustaba era Anguy. « ¿Te puedo tocar el arco? », le oí decir una vez. « Oooh, qué suave y qué duro. ¿Te importa si le doy un tironcito? » .

—Anguy o tú, qué más da. —Esposo soltó un bufido—. Tenéis tanta culpa

como yo por lo de los caballos. ¿Sabíais que eran tres? ¿Qué puede hacer uno contra tres?

—Tres —repitió Lim, despectivo—, pero una era una mujer y el otro iba encadenado, tú mismo nos lo contaste.

—Una mujer muy grande, y vestida de hombre —dijo Esposo con una mueca—. Y el de las cadenas... tenía unos ojos que no me gustaron nada.

—A mí, cuando no me gustan los ojos de un hombre, le clavo una flecha en uno. —Anguy sonrió por encima del pichel de cerveza.

Arya recordó la flecha que le había pasado rozando la oreja. Deseó con todas sus fuerzas saber manejar el arco. Esposo, en cambio, no parecía nada impresionado.

—Tú calla mientras los mayores estén hablando. Bébete la cerveza y cierra el pico, o le diré a la vieja que te dé con el cazo.

—Los mayores hablan demasiado, y no hace falta que me digas que me beba la cerveza.

Para demostrarlo, bebió un buen trago. Arya lo imitó. Tras muchos días de beber de arroyos y charcos, y luego del turbio Tridente, la cerveza sabía tan bien como los sorbitos de vino que su padre le había dejado probar. De la cocina salía un aroma que le hacía la boca agua, pero sus pensamientos seguían concentrados en el bote.

«Manejarlo será más difícil que robarlo. Si esperamos hasta que estén dormidos...».

El joven criado reapareció con grandes hogazas redondas de pan. Arya arrancó un buen pedazo y lo devoró a mordiscos hambrientos. Pero costaba mucho masticarlo: era de migaja densa y grumosa, y estaba quemado por abajo.

—Qué pan tan malo —dijo Pastel Caliente con una mueca nada más probarlo—. Está quemado y encima es duro.

—Te sabrá mejor cuando lo mojes en la salsa —señaló Lim.

—Mentira, no te sabrá mejor —replicó Anguy—. Pero al menos no te romperás los dientes.

—Puedes elegir: o te lo comes o te quedas con hambre —dijo Esposo—. ¿Qué pasa? ¿Tengo cara de panadero? Ya me gustaría ver si tú lo haces mejor.

—Seguro que sí —le aseguró Pastel Caliente—. Es muy fácil. Este pan lo has amasado en exceso, por eso está tan duro.

Bebió otro trago de cerveza y siguió hablando con entusiasmo de panes, empanadas y pasteles, de todas las cosas que tanto amaba. Arya puso los ojos en blanco.

—Perdiz —dijo Tom sentándose frente a ella—. O Arry o como quiera que te llames de verdad, esto es para ti.

Puso en la mesa de madera, entre ellos, un trozo de papel sucio. Ella lo miró con desconfianza.

—¿Qué es?

—Tres dragones de oro. Tenemos que compraros esos caballos.

—Los caballos son nuestros. —Arya le echó una mirada cautelosa.

—Quieres decir que los habéis robado con vuestras propias manos, ¿no? No es ninguna deshonra, niña. La guerra convierte en ladrones a muchos hombres honrados. —Tom dio unos golpecitos con el dedo sobre el trozo de pergamo doblado—. Te estoy pagando un precio muy bueno. Más de lo que vale ningún caballo.

Pastel Caliente cogió el pergamo y lo desdobló.

—Aquí no hay oro —protestó a gritos—. ¡No son más que letras!

—Ciento —asintió Tom—, y lo siento mucho. Pero lo haremos efectivo cuando termine la guerra; tenéis mi palabra de hombre del rey.

—No sois hombres del rey —le soltó Arya apartándose de la mesa y poniéndose en pie—, sois unos ladrones.

—Si te hubieras encontrado con algún ladrón de verdad, sabrías que no pagan, ni siquiera con papeles. Si os cogemos los caballos no es por nosotros, niña, es por el bien del reino, para poder desplazarnos más deprisa y pelear donde haga falta. Siempre por el rey. ¿Le dirías que no al rey si te pidiera tus caballos?

Todos la estaban mirando: el Arquero, el corpulento Lim, Esposo, con su rostro cetrino y aquellos ojillos taimados... Hasta Sharna la observaba desde la puerta de la cocina.

«Diga lo que diga, se van a quedar con nuestros caballos —comprendió—. Y tendremos que ir andado hasta Aguas dulces, a menos que...».

—No queremos ningún papel. —De un manotazo, Arya le quitó el pergamo de la mano a Pastel Caliente—. Os cambiamos los caballos por ese bote que tenéis ahí fuera. Pero solo si nos enseñáis a manejarlo.

Tom de Sietecaues se quedó mirándola un instante. Luego torció la boca amplia y fea en una sonrisa pesarosa. Soltó una carcajada. Anguy se echó a reír también, y los demás no tardaron en imitarlos: Lim Capa de Limón, Sharna, Esposo, hasta el criado, que había salido de detrás de los toneles con una ballesta debajo del brazo. Arya habría querido gritarles, pero no pudo evitar esbozar una sonrisa...

—¡Jinetes! —El grito de Gendry tenía el tono agudo de la alarma. La puerta se abrió de golpe, y el muchacho entró—. ¡Soldados! —jadeó—. Vienen por el camino del Río, son una docena.

Pastel Caliente se puso en pie de un salto, y se le cayó el pichel, pero Tom y los otros no mostraron señal de sobresalto.

—Qué bien, manchándome el suelo y desperdiциando la cerveza —bufó Sharna—. Siéntate y cálmate, chico, que ya sale el conejo. Y tú también, niña. Te hayan hecho lo que te hayan hecho, ya ha pasado, ahora estás entre hombres del rey. Haremos todo lo posible por que no te pase nada.

La respuesta de Arya fue echarse la mano al hombro para sacar la espada, pero antes de que lo consiguiera, Lim la agarró por la muñeca.

—Oye, de eso nada.

Le retorció la mano hasta que soltó el puño de la espada. Tenía los dedos duros, encallecidos, y de una fuerza aterradora.

« ¡Otra vez! —pensó Arya—. Es lo mismo otra vez, igual que en el pueblo, con Chiswyck, Raff y la Montaña que Cabalga». Le robarían la espada y volverían a convertirla en un ratón. Cerró la mano libre en torno al pichel y lo estrelló contra la cara de Lim. La cerveza salpicó los ojos del hombre; oyó el ruido de la nariz al romperse, vio manar la sangre... Él se llevó las manos a la cara, y Arya se vio libre.

—¡Corred! —gritó al tiempo que se zafaba.

Pero Lim volvió a caer sobre ella; tenía las piernas tan largas que cada una de sus zancadas valía por tres de las de Arya. Se retorció y pataleó, pero el hombre la alzó en volandas sin esfuerzo aparente y la sacudió en el aire mientras la sangre le corría por la cara.

—¡Estate quieta, estúpida! —gritó—. ¡Basta ya!

Gendry se acercó para ayudarla, pero Tom de Sietecauces se interpuso con un puñal en la mano.

Para entonces ya era tarde; no podían escapar. Oyó el ruido de caballos en el exterior, y también voces de hombres. Un instante después, por la puerta abierta entró un hombre, un tyroshi más corpulento incluso que Lim, con la barba espesa teñida de verde en las puntas, pero ya encanecida. Tras él aparecieron dos ballesteros, que ayudaban a caminar a un hombre herido, y otros...

Arya jamás había visto a un grupo tan harapiento, pero sus espadas, hachas y arcos no tenían nada de zarrapastroso. Un par de ellos la miraron con curiosidad al entrar, pero ninguno dijo nada. Un hombre tuerto con un yelmo oxidado olfateó el aire y sonrió, mientras un arquero de pelo rubio hirsuto pedía cerveza a gritos. Tras ellos entraron un lancero con el yelmo adornado con la figura de un león, un hombre de edad avanzada que cojeaba, un mercenario de Braavos, un...

—¿Harwin? —susurró Arya.

¡Era él! Debajo de la barba y el cabello enmarañados distinguió el rostro del hijo de Hullen, que solía llevarle el pony de las riendas en el patio, justaba contra el estafermo con Jon y con Robb, y bebía demasiado cuando había un banquete. Estaba más delgado; en cierto modo parecía más duro, y mientras vivió en Invernalia no llevaba barba, pero era él, ¡era uno de los hombres de su padre!

—¡Harwin! —Se retorció y se lanzó hacia delante para liberarse de la presa de Lim—. ¡Soy yo! —gritó—. ¡Harwin, soy yo! ¿No me conoces? ¡Mírame! —Se le llenaron los ojos de lágrimas, y se descubrió llorando como un bebé, como una cría idiota—. ¡Harwin, Harwin, soy yo!

Harwin le miró la cara; luego el jubón, con la imagen del hombre desollado.

—¿De qué me conoces? —preguntó, desconfiado y con el ceño fruncido—. El hombre desollado... ¿Quién eres, chico? ¿Un criado de lord Sanguijuela?

Durante un momento no supo qué responder. Había tenido tantos nombres... tal vez Arya Stark no fuera más que un sueño.

—Soy una chica —sollozó—. Fui la copera de lord Bolton, pero me iba a dejar con la Cabra, así que me escapé con Gendry y con Pastel Caliente. ¡Tienes que reconocerme! Cuando era pequeña me llevabas el pony de las riendas.

El hombre abrió los ojos como platos.

—Loados sean los dioses —exclamó con voz ahogada—. ¡Arya Entrelospiés! ¡Suéltala, Lim!

—Me ha roto la nariz. —Lim la dejó caer al suelo sin ceremonias—. Por los siete infiernos, ¿quién es?

—La hija de la mano. —Harwin hincó una rodilla en el suelo ante ella—. Arya Stark, de Invernalia.

« Robb». Lo supo en cuanto oyó el coro de ladridos en las perreras.

Su hijo había regresado a Aguasdulces, y con él, Viento Gris. El olor del enorme huargo era lo único que provocaba en los perros aquel frenesí de ladridos y aullidos.

« Vendrá a verme», estaba segura. Tras la primera visita, Edmure no había regresado; prefería pasar el día entero con Marq Piper y Patrik Mallister, escuchando los versos de Rymund de las Rimas acerca de la batalla del Molino de Piedra. « Pero Robb no es Edmure —pensó—. Robb querrá verme».

Hacía días que no dejaba de llover, un aguacero frío y gris a juego con el estado de ánimo de Catelyn. Su padre estaba cada vez más débil, más delirante; solo se despertaba para murmurar « Atanasia» y suplicar perdón. Edmure la rehuía, y ser Desmond Grell seguía negándose a permitir que recorriera por el castillo libremente, por mucho que pareciera dolerle. Lo único que la animó un poco fue el regreso de ser Robin Ryger y sus hombres, agotados y calados hasta los huesos. Al parecer, habían regresado a pie. Aunque no sabían cómo, el Matarreyes había conseguido hundir su galera y escapar, según le confió el maestre Vyman. Catelyn pidió permiso para hablar con ser Robin y averiguar qué había sucedido exactamente, pero se lo denegaron.

No era lo único que iba mal. El día que regresó su hermano, pocas horas después de que discutieran, Catelyn había oído voces airadas abajo, en el patio. Cuando subió a la azotea para ver qué pasaba, había grupos de hombres reunidos junto a la puerta de entrada. Estaban sacando caballos de los establos, ya ensillados y con riendas, y se oían gritos, aunque estaba demasiado lejos para distinguir las palabras. Uno de los estandartes blancos de Robb estaba tirado en el suelo, y un caballero hizo dar la vuelta a su caballo para pisotear el huargo mientras picaba espuelas y se dirigía hacia la entrada. Muchos otros lo imitaron.

« Esos hombres lucharon junto a Edmure en los vados —pensó—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué están tan furiosos? ¿Acaso mi hermano los ha ofendido, los ha insultado de alguna manera?». Le pareció reconocer a ser Perwyn Frey, que había viajado con ella a Puenteamargo y a Bastión de Tormentas, y también la había acompañado en el regreso, y a su hermanastro bastardo, Martyn Ríos, pero desde tanta altura no estaba segura. Por las puertas del castillo salieron cerca de cuarenta hombres, sin que ella supiera por qué.

No volvieron. El maestre Vyman se negó a decirle quiénes eran, adónde habían ido y por qué estaban tan furiosos.

—He venido a cuidar de vuestro padre, mi señora —dijo—, nada más. Vuestro hermano será pronto el señor de Aguasdulces. Si quiere que sepáis algo, os lo tendrá que decir él.

Pero Robb regresaba del oeste, un regreso triunfal. « Me perdonará —se dijo

Catelyn—. Tiene que perdonarme, es mi hijo, mi propio hijo. Arya y Sansa son sangre de su sangre, igual que yo. Me liberará de estas habitaciones y entonces sabré qué ha pasado».

Cuando ser Desmond acudió a buscarla, ya se había bañado, estaba vestida y se había cepillado la melena castaña rojiza.

—El rey Robb ha regresado, mi señora —le dijo el caballero—. Ordena que os presentéis ante él en la sala principal.

Era el momento que había soñado y temido. « ¿He perdido dos hijos o tres?». No tardaría en saberlo.

Cuando llegaron, la sala estaba abarrotada. Todos los ojos estaban fijos en el estrado, pero Catelyn conocía las espaldas: la cota de malla parcheada de lady Mormont; el Gran Jon y su hijo, que superaban en estatura a todos los presentes; el pelo blanco de lord Jason Mallister, que llevaba el yelmo alado debajo del brazo; Tytos Blackwood con su magnífica capa de plumas de cuervo...

« La mitad de ellos quería ahorcarme al momento. La otra mitad puede que se limitara a mirar hacia otro lado». Además, tenía la inquietante sensación de que faltaba alguien. « Robb ya no es un niño —comprendió con una punzada de dolor al verlo de pie en el estrado—. Tiene diecisésis años, es un hombre. No hay más que verlo». La guerra le había afilado las curvas del rostro, y tenía los rasgos finos y duros. Se había afeitado, pero el pelo castaño rojizo le llegaba por los hombros. Las recientes lluvias le habían oxidado la armadura y habían dejado manchas marrones en el blanco de la capa y el jubón. O quizás fueran manchas de sangre. En la cabeza lucía la corona de espadas de bronce y de hierro que le habían hecho. « Ya se siente más cómodo con ella. La lleva como un rey».

Edmure estaba en el estrado lleno de gente, con la cabeza inclinada en gesto de modestia mientras Robb alababa su victoria.

—Los caídos en el Molino de Piedra jamás serán olvidados. No es de extrañar que lord Tywin huyera para luchar contra Stannis. Ya había tenido su ración de norteños y de ribereños. —Aquellos provocó una explosión de carcajadas y aclamaciones, y Robb alzó una mano para pedir silencio—. Pero no nos llamemos a error. Los Lannister atacarán de nuevo, y habrá otras batallas antes de que el reino esté a salvo...

—¡El Rey en el Norte! —rugió el Gran Jon al tiempo que alzaba el puño enfundado en el guantelete.

—¡El Rey del Tridente! —Fue el grito de respuesta de los señores del río.

La sala se llenó de gritos, puños alzados en el aire y pies que golpeaban el suelo.

En medio del tumulto, solo unos pocos advirtieron la presencia de Catelyn y ser Desmond, pero avisaron a los demás a codazos, y pronto se hizo el silencio en torno a ella. Mantuvo la cabeza erguida e hizo caso omiso de las miradas.

« Que piensen lo que quieran. Lo único que importa es lo que diga Robb».

Se sintió reconfortada al ver el rostro arrugado de ser Brynden Tully en el estrado. Al parecer, el escudero de Robb era un muchachito al que no conocía de nada. Tras él había un caballero joven con una sobrevesta color arena adornada con conchas marinas, y otro de más edad cuyo blasón mostraba tres pimenteros negros en una banda color azafrán sobre un campo de barras de sinople y plata. Entre ellos había una mujer de cierta edad muy atractiva, y una joven que parecía su hija. También vio a una niña que tendría la edad de Sansa. Catelyn sabía que las conchas marinas eran el blasón de una casa menor; en cambio, no reconoció las divisas del hombre de más edad.

« ¿Serán prisioneros?». Pero ¿para qué haría Robb subir a los prisioneros al estrado?

Utherydes Wayn golpeó el suelo con el bastón ceremonial mientras ser Desmond la escoltaba hacia el estrado.

« Si Robb me mira como me miró Edmure, no sé qué voy a hacer». Pero lo que brillaba en los ojos de su hijo no era rabia, sino otra cosa... ¿tal vez temor? Aquello no tenía sentido. ¿Por qué iba a tener miedo él? Era el Joven Lobo, el Rey del Tridente y del Norte.

Su tío fue el primero en darle la bienvenida. Tan pez negro como siempre, a ser Brynden le importaban un bledo las opiniones de los demás. Bajó del estrado y estrechó a Catelyn entre sus brazos.

—Cuánto me alegro de que estés en casa, Cat —le dijo, y ella tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para mantener la compostura.

—Yo también me alegro de que estés aquí —susurró.

—Madre.

Catelyn alzó los ojos para mirar a su hijo, tan alto y tan regio.

—Alteza, he rezado por que regresaras sano y salvo. Me dijeron que te habían herido.

—Una flecha en el brazo, en el asalto al Risco. Pero se ha curado bien. Recibí los mejores cuidados posibles.

—Los dioses son bondadosos. —Catelyn respiró profundamente. « Dilo de una vez. No hay manera de evitarlo» —. Ya te habrán dicho lo que hice. ¿Te dijeron también por qué?

—Por las chicas.

—Tenía cinco hijos. Ahora tengo tres.

—Sí, mi señora. —Lord Rickard Karstark empujó a un lado al Gran Jon para acercarse al estrado, como un espectro sombrío, con la cota de malla negra, la barba canosa descuidada, el rostro demacrado y gélido—. Y yo solo tengo un hijo, cuando antes tenía tres. Me habéis arrebatado la venganza.

—Lord Rickard —dijo Catelyn enfrentándose a él con calma—, la muerte del Matarreyes no les habría devuelto la vida a vuestros hijos. En cambio, su vida puede comprar la de mis hijas.

Aquello no aplacó al señor.

—Jaime Lannister os ha engañado como a una idiota. Lo que habéis comprado es un saco de promesas vanas, nada más. Mi Torrhen y mi Eddard se merecían algo mejor de vos.

—Dejadlo ya, Karstark —retumbó la voz del Gran Jon, que tenía los brazos cruzados sobre el pecho—. Fue la locura de una madre. Las mujeres son así.

—¿La locura de una madre? —Lord Karstark se giró hacia lord Umber—. Yo digo que fue traición.

—¡Basta! —Durante un momento, la voz de Robb fue más semejante a la de Brandon que a la de su padre—. Que nadie se atreva a llamar traidora a mi señora de Invernalia en mi presencia, lord Rickard. —Se volvió hacia Catelyn, y su voz se suavizó—. Daría cualquier cosa por volver a tener al Matarreyes en una celda. Lo liberaste sin mi conocimiento y sin mi permiso... pero sé que lo hiciste por amor. Por Arya y Sansa, y por el dolor de la muerte de Bran y Rickon. El amor no siempre es buen consejero, lo sé. Puede llevarnos a cometer locuras, pero seguimos a nuestros corazones... allí adonde nos lleven. ¿Verdad, madre?

« ¿Es eso lo que he hecho?» .

—Si mi corazón me llevó a cometer una locura, de buena gana haré lo que sea necesario para desagraviarlos a lord Karstark y a ti.

—¿Acaso vuestros desagravios calentarán a Torrhen y a Eddard en las tumbas frías donde los metió el Matarreyes? —La expresión de lord Rickard era implacable.

Se abrió paso a empujones entre el Gran Jon y Maege Mormont, y salió de la estancia. Robb no hizo ningún gesto para detenerlo.

—Tienes que perdonarlo, madre.

—Solo si tú me perdonas a mí.

—Ya te he perdonado. Sé lo que es amar tanto que no se puede pensar en otra cosa.

—Gracias —dijo Catelyn, inclinando la cabeza. « Al menos, no he perdido a este hijo» .

—Tenemos que hablar —siguió Robb—. Mis tíos, tú y yo. De esto... y de otras cosas. Mayordomo, da por terminada la audiencia.

Utherydes Wayn golpeó el suelo con el bastón ceremonial y despidió a los presentes, y tanto los señores del río como los norteños se dirigieron hacia las puertas. Fue entonces cuando Catelyn comprendió qué había echado en falta.

« El lobo. El lobo no está aquí. ¿Dónde está Viento Gris?» . Sabía que el huargo había regresado con Robb; había oído ladrar a los perros. Pero no estaba en la sala, no estaba al lado de su hijo, como le correspondía.

Pero antes de que pudiera preguntarle nada a Robb, se encontró rodeada por un círculo de personas deseosas de mostrarle su adhesión. Lady Mormont le tomó la mano.

—Mi señora, si Cersei Lannister tuviera prisioneras a dos de mis hijas, yo habría hecho lo mismo.

El Gran Jon, nada partidario de respetar las convenciones sociales, la levantó en vilo y le apretó los brazos con unas manos enormes y velludas.

—Vuestro cachorro de lobo vapuleó una vez al Matarreyes, y lo volverá a vapulear si hace falta.

Galbart Glover y lord Jason Mallister fueron más fríos, y Jonos Bracken se mostró casi gélido, pero al menos hablaron con cortesía. Su hermano fue el último en acercarse a ella.

—Yo también rezó por tus hijas, Cat. Espero que no lo pongas en duda.

—Claro que no. —Le dio un beso—. Gracias.

Una vez dicho todo, la sala principal de Aguasdulces quedó desierta, a excepción de Robb, los tres Tully y los seis desconocidos que Catelyn no conseguía situar. Los miró con curiosidad.

—Mi señora, señores, ¿habéis abrazado recientemente la causa de mi hijo?

—Recientemente, sí —dijo el caballero más joven, el de las conchas marinas—. Pero nuestro valor es fiero, y nuestra lealtad, firme, como espero poder demostraros pronto, mi señora.

Robb parecía incómodo.

—Madre —dijo—, permíte que te presente a lady Sybell, esposa de lord Gawen Westerling del Risco. —La mujer mayor se adelantó con gesto solemne en el semblante—. Su esposo fue uno de los señores que hicimos prisioneros en el bosque Susurrante.

«Westerling, claro —pensó Catelyn—. Su blasón son seis conchas marinas blancas sobre campo de arena. Una casa menor, vasalla de los Lannister».

Robb fue llamando uno por uno al resto de los desconocidos.

—Ser Ralph Spicer, el hermano de lady Sybell. Era el castellano del Risco cuando lo tomamos. —El caballero de los pimenteros inclinó la cabeza. Era un hombre robusto, con la nariz rota y la barba blanca rala, y tenía aspecto de valiente—. Los hijos de lord Gawen y lady Sybell. Ser Raynald Westerling. —El caballero de las conchas marinas sonrió por debajo del poblado bigote. Joven, delgado y tosco, tenía unos dientes bonitos y una espesa mata de cabello castaño—. Eleyna. —La niñita hizo una reverencia rápida—. Rollam Westerling, mi escudero.

El chico fue a arrodillarse, pero al ver que nadie más hacía ademán, se inclinó en una reverencia.

—Es un honor —dijo Catelyn.

«¿Será posible que Robb se haya ganado la lealtad del Risco?». Si era así, no tenía nada de extraño que lo acompañaran los Westerling. Roca Casterly no se tomaba bien las traiciones como aquella. Al menos, no desde que Tywin Lannister había tenido edad suficiente para ir a la guerra...

La doncella fue la última en dar un paso adelante, y lo hizo con timidez. Robb le tomó la mano.

—Madre, tengo el gran honor de presentarte a lady Jeyne Westerling. La hija mayor de lord Gawen y mi... mi señora esposa.

El primer pensamiento que pasó por la cabeza de Catelyn fue: « No, no es posible, no eres más que un niño» .

El segundo fue: « Además, estás prometido con otra» .

El tercero fue: « Que la Madre se apiade de nosotros. Robb, ¿qué has hecho?» .

Entonces, ya tarde, cayó en la cuenta. « ¿El amor puede llevarnos a cometer locuras? Me ha llevado por donde ha querido. A ojos de todo el mundo, parece que ya lo he perdonado» . De mala gana, pese al enfado, sentía también admiración. La puesta en escena había sido digna de un genio del teatro... o de un rey. Catelyn no tenía más opción que tomar las manos de Jeyne Westerling.

—Tengo una nueva hija —dijo con voz más tensa de lo que habría querido. Besó a la aterrada muchacha en ambas mejillas—. Te doy la bienvenida a nuestras salas y a nuestras chimeneas.

—Gracias, mi señora. Os juro que seré una buena esposa para Robb. Y una reina tan sabia como pueda.

« Una reina. Sí, esta hermosa chiquilla es una reina, no lo debo olvidar» . No cabía duda de que era hermosa, con aquella melena castaña, el rostro en forma de corazón y la sonrisa tímida. Catelyn advirtió que era esbelta, pero tenía buenas caderas. « Al menos no tendrá problemas a la hora de parir hijos» .

—Esta unión con la casa Stark es un gran honor para nosotros, mi señora —intervino lady Sybell, antes de que nadie añadiera nada más—, pero estamos muy cansados. Hemos recorrido una larga distancia en muy poco tiempo. ¿No sería mejor que nos retirásemos a nuestros aposentos para que podáis hablar con vuestro hijo?

—Sería lo mejor, sí. —Robb besó a su Jeyne—. El mayordomo os buscará unas habitaciones adecuadas.

—Yo os llevaré a verlo —se ofreció Edmure Tully.

—Sois muy amable —dijo lady Sybell.

—¿Me voy yo también? —preguntó Rollam, el muchachito—. Soy vuestro escudero.

—Pero ahora no hace falta que me escudes —dijo Robb riéndose.

—Ah.

—Su alteza se las ha arreglado sin ti durante diecisésis años, Rollam —dijo ser Raynald de las conchas marinas—. Me imagino que podrá sobrevivir unas horas más. —Cogió con firmeza la mano de su hermano pequeño y salió de la estancia.

—Tu esposa es muy bella —dijo Catelyn cuando los demás se alejaron—, y los Westerling parecen personas honorables... aunque lord Gawen es vasallo de

Tywin Lannister, ¿no?

—Sí. Jason Mallister lo hizo prisionero en el bosque Susurrante, y lo tiene retenido en Varamar hasta que se pague el rescate. Por supuesto, voy a liberarlo, aunque puede que no quiera unirse a mí. Lamento decirte que nos casamos sin su consentimiento, y este matrimonio lo pone en peligro. El Risco no es fuerte. Por amarme, Jeyne podría perderlo todo.

—Y tú —señaló en voz baja— has perdido a los Frey.

La mueca de su hijo lo decía todo. Catelyn entendía ya los gritos furiosos y por qué Perwyn Frey y Martyn Ríos se habían marchado de manera tan precipitada, pisoteando el estandarte de Robb.

—Me da miedo preguntarte cuántas espadas aporta tu esposa, Robb.

—Cincuenta. Una docena de caballeros.

Lo dijo con voz lúgubre, y razones tenía para ello. Cuando se pactó el matrimonio en Los Gemelos, el viejo lord Walder Frey había enviado a Robb un millar de caballeros montados y casi tres mil de infantería.

—Jeyne no es solo hermosa, también es inteligente. Y bondadosa. Tiene un corazón gentil.

« Lo que necesitas son espadas, no corazones gentiles. ¿Cómo has podido hacer esto, Robb? ¿Cómo has podido ser tan inconsciente, tan tonto? ¿Cómo has podido ser tan... tan... joven?». Pero los reproches no servirían de nada.

—Cuéntame cómo has llegado a esto —se limitó a decir.

—Yo me apoderé de su castillo, y ella, de mi corazón. —Robb esbozó una sonrisa—. La guarnición del Risco era débil, así que lo tomamos por asalto una noche. Walder el Negro y el Pequeño Jon iban al frente de dos grupos de escalo en las murallas, y yo comandaba el que atacó la puerta con un ariete. Me alcanzó una flecha en el brazo justo antes de que ser Rolph nos rindiera el castillo. Al principio no parecía nada, pero luego se infectó la herida. Jeyne me había cedido su cama y cuidó de mí hasta que pasó la fiebre. También estaba conmigo cuando el Gran Jon me llevó las noticias de... de Invernalia. De Bran y Rickon. —Por lo visto, le costaba pronunciar los nombres de sus hermanos—. Aquella noche, ella me... me consoló, madre.

No hacía falta que nadie le dijera a Catelyn cómo había consolado Jeyne Westerling a su hijo.

—Y al día siguiente, te casaste con ella.

—Era la única opción honorable que tenía. —Robb la miró a los ojos, orgulloso y abatido a la vez—. Es gentil y bondadosa, madre; será una buena esposa.

—Es posible. Pero eso no placará a lord Frey.

—Ya lo sé —respondió su hijo, afligido—. Quitando las batallas, en el resto no he hecho más que meter la pata, ¿verdad? Creía que el combate sería lo más difícil, pero... Si te hubiera hecho caso y hubiera conservado a Theon como

rehén, aún dominaría el norte, y Bran y Rickon estarían sanos y salvos en Invernalia.

—Puede que sí. Y puede que no. Tal vez lord Balon habría intervenido de todos modos. La última vez que quiso ganar una corona le costó dos hijos. Es posible que le pareciera una ganga perder solo uno en esta ocasión. —Le puso una mano en el brazo—. Después de que te casaras, ¿qué pasó con los Frey?

—Tal vez habría podido desaggraviar a ser Stevron —dijo Robb sacudiendo la cabeza—, pero ser Ryman es un verdadero zoquete, y en cuanto a Walder el Negro... te aseguro que no le pusieron el nombre por el color de la barba. Llegó a decirme que sus hermanas no harían ascos a casarse con un viudo. Lo habría matado en aquel momento si Jeyne no me hubiera suplicado que tuviera misericordia.

—Has insultado muy gravemente a la casa Frey, Robb.

—No era mi intención. Ser Stevron murió por mi causa, y Olyvar era el escudero más leal que un rey puede pedir. Quiso quedarse conmigo, pero ser Ryman se lo llevó junto con todos los demás. Junto con todos sus hombres. El Gran Jon insistió en que los atacara...

—¿En qué lucharías contra los tuyos rodeado por tus enemigos? Habría sido el final para ti.

—Sí. Pensé que tal vez podríamos acordar otros enlaces para las hijas de lord Walder. Ser Wendel Manderly se ofreció a casarse con una, y el Gran Jon dice que sus tíos quieren volver a contraer matrimonio. Si lord Walder se mostrara razonable...

—No es razonable —replicó Catelyn—. Es orgulloso y susceptible hasta la saciedad. Lo sabes de sobra. Quería ser abuelo de un rey. No lo aplacarás ofreciéndole a dos bandidos ancianos y al segundón del hombre más gordo de los Siete Reinos. No solo has roto tu juramento, sino que, al desposarte con una mujer de una casa inferior, además has deshonrado a Los Gemelos.

—La sangre de los Westerling —saltó Robb— es de más alta raigambre que la de los Frey. Son un linaje antiguo; descenden de los primeros hombres. Los Reyes de la Roca contrajeron matrimonio a menudo con la casa Westerling antes de la Conquista, y hace trescientos años hubo otra Jeyne Westerling que fue la reina del rey Maegor.

—Todo eso solo sirve para hurgar en la herida de lord Walder. Siempre le ha molestado que otras casas más antiguas despreciaran a los Frey y los considerasen advenedizos. No es la primera vez que se siente insultado de esta manera. Jon Arryn no quiso acoger a sus nietos como pupilos, y mi padre rechazó el ofrecimiento de que una de sus hijas se casara con Edmure.

Inclinó la cabeza en dirección a su hermano, que en aquel momento volvía a reunirse con ellos.

—Alteza, sería mejor que siguiésemos con esta conversación en privado —

dijo Brynden el Pez Negro.

—Sí. —Robb tenía voz de cansancio—. Daría lo que fuera por una copa de vino. Vamos a la sala de audiencias.

Mientras subían por las escaleras, Catelyn planteó la pregunta que la había estado atormentando desde que había entrado en la sala.

—Robb, ¿dónde está Viento Gris?

—En el patio, con una pata de carnero. Le he dicho al encargado de las perreras que le diera de comer.

—Antes siempre lo tenías a tu lado.

—Los lobos no deben estar entre cuatro paredes. Viento Gris está inquieto, ya lo has visto. Gruñe y lanza dentelladas. No debería habérmelo llevado a las batallas. Ha matado a demasiados hombres para tener miedo de ninguno. Jeyne se pone muy nerviosa cuando lo tiene cerca, y a su madre le da mucho miedo.

«Así que ese es el motivo», pensó Catelyn.

—Forma parte de ti, Robb. Tener miedo de Viento Gris es temerte a ti.

—Me llamen como me llamen, no soy ningún lobo. —Robb parecía molesto—. Viento Gris mató a un hombre en el Risco y a otro en Marcaceniza, y también a seis o siete en Cruce de Bueyes. Si hubieras visto...

—Vi cómo el lobo de Bran le desgarraba la garganta a un hombre en Invernalia —replicó, cortante—. Y jamás había presenciado un espectáculo tan bello.

—Esto fue muy diferente. El hombre al que mató en el Risco era un caballero al que Jeyne conocía de toda la vida. Es normal que tenga miedo. Además, a Viento Gris tampoco le gusta su tío. Cada vez que ve a ser Rolph, le enseña los dientes.

—Aleja de ti a ser Rolph. —Catelyn sintió un escalofrío—. Cuanto antes.

—¿Adónde quieres que lo envíe? ¡De vuelta al Risco, para que los Lannister puedan clavar su cabeza en una pica! Jeyne lo quiere mucho. Es su tío, y también un buen caballero. Necesito más hombres como Rolph Spicer, no menos. No voy a deportarlo solo porque a mi lobo no le guste su olor.

—Robb. —Se detuvo y lo cogió por el brazo—. Te dije que conservaras cerca y bien vigilado a Theon Greyjoy, y no me hiciste caso. Hazme caso ahora. ¡Manda lejos a ese hombre! No te estoy diciendo que lo destierres. Asígnale alguna misión para la que haga falta un hombre valiente; encomiéndale una tarea honorable, no importa cuál... ¡Pero que no esté cerca de ti!

—¿Quieres que haga que Viento Gris olfatee a todos mis caballeros? —preguntó el muchacho con el ceño fruncido—. Puede que haya otros cuyo olor no le guste.

—No quiero cerca de ti a ningún hombre al que Viento Gris no quiera. Estos lobos son más que lobos, Robb. Lo sabes de sobra. Creo que tal vez nos los enviaran los dioses. Los dioses de tu padre, los antiguos dioses del norte. Cinco

cachorros de lobo, Robb, cinco para los cinco hijos de Stark...

—Seis —replicó Robb—. También había un lobo para Jon. Yo fui quien los encontró, por si no te acuerdas. Sé muy bien cuántos había y de dónde vienen. Y antes pensaba lo mismo que tú: que los lobos eran nuestros guardianes, nuestros protectores. Hasta que...

—Sigue —lo apremió.

Robb apretó los labios.

—Hasta que me dijeron que Theon había asesinado a Bran y a Rickon. De mucho les sirvieron los lobos. Ya no soy ningún niño, madre. Soy un rey y sé cuidarme solo. —Dejó escapar un suspiro—. Buscaré algún pretexto para enviar lejos a ser Rolph. No por cómo hueles, sino para que estés tranquila. Ya has sufrido demasiado.

Catelyn, aliviada, le dio un beso en la mejilla antes de que los demás llegaran al recodo de la escalera, y durante un momento volvió a ser su hijo, no su rey.

La sala privada de audiencias de lord Hoster era una estancia pequeña, situada sobre la sala principal, y más adecuada para reuniones familiares. Robb ocupó el asiento de la tarima, se quitó la corona y la puso en el suelo junto a sí, mientras Catelyn llamaba al servicio para pedir vino. Edmure no paraba de contarle a su tío todo lo relativo a la batalla del Molino de Piedra. El Pez Negro esperó a que los criados se marcharan antes de carraspear para aclararse la garganta.

—Ya estoy harto de oír cómo te vanaglorias, sobrino.

—¿Cómo me vanaglorio? —Edmure se quedó boquiabierto—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —replicó el Pez Negro— que tendrías que estar agradecido a su alteza por su magnanimidad. Ha representado esa farsa en la sala principal para no humillarte delante de los tuyos. Si hubiera dependido de mí, en vez de alabarte por esa locura de los vados te habría hecho despellejar.

—Muchos hombres valientes murieron para defender esos vados, tío. —Edmure parecía rabioso—. ¿Qué pasa? ¿Nadie puede conseguir una victoria más que el Joven Lobo? ¿Te he robado parte de la gloria, Robb?

—Llámame *alteza* —lo corrigió Robb con voz gélida—. Me juraste lealtad como tu rey, tío. ¿O también te has olvidado de eso?

—Tenías orden de defender Aguasdulces, Edmure —dijo el Pez Negro—. Nada más.

—Defendí Aguasdulces y además le di una bofetada en la cara a lord Tywin...

—Exacto —dijo Robb—. Pero con bofetadas no vamos a ganar esta guerra. ¿No te paraste a pensar por qué nos quedábamos en el oeste tanto tiempo después de lo de Cruce de Bueyes? Sabías que no tenía suficientes hombres para atacar Lannisport ni Roca Casterly.

—Pues... porque había otros castillos..., oro, ganado...

—¿Pensaste que nos estábamos dedicando al saqueo? —Robb lo miró, incrédulo—. Yo quería que lord Tywin viniera al oeste, tío.

—Nosotros íbamos a caballo —dijo ser Brynden—. El ejército Lannister iba en su mayor parte a pie. Nuestro plan era acosar a lord Tywin a lo largo de la costa y obligarlo a seguirnos, y luego situarnos en su retaguardia y ocupar una posición defensiva fuerte de lado a lado del camino Dorado, en un lugar que habían encontrado mis exploradores, y donde el terreno nos favorecería en gran medida. Si se hubiera enfrentado a nosotros allí, habría pagado un precio muy alto. Pero si no atacaba habría quedado atrapado en el oeste, a mil leguas de donde hacía falta su presencia. Y durante todo ese tiempo nos alimentaríamos de sus tierras, en vez de alimentarse él de las nuestras.

—Lord Stannis estaba a punto de caer sobre Desembarco del Rey —dijo Robb—. Tal vez nos hubiera librado de Joffrey, de la reina y del Gomo, todo de un golpe. Y entonces quizás hubiéramos podido firmar la paz.

—No me lo dijisteis. —Edmure miraba alternativamente a su tío y a su sobrino.

—Te dije que defendieras Aguasdulces —le espetó Robb—. ¿Acaso no estaba clara la orden?

—Al detener a lord Tywin en el Forca Roja —prosiguió el Pez Negro—, lo retrasaste lo justo para que llegaran hasta él jinetes de Puenteamargo, con las noticias de lo que estaba sucediendo en el este. Lord Tywin hizo dar media vuelta a su ejército de inmediato, se reunió con Matthis Rowan y Randyll Tarly cerca del nacimiento del Aguasnegras, y avanzaron a marcha forzada hasta la Cascada del Volatinero, donde se reunieron con Mace Tyrell y dos de sus hijos, que los esperaban con un gran ejército y una flota de barcas. Bajaron por el río, desembarcaron a medio día a caballo de la ciudad y atacaron a Stannis por la retaguardia.

Catelyn recordó la corte del rey Renly tal como la había visto en Puenteamargo. Un millar de rosas doradas ondeando al viento, la sonrisa tímida y las palabras gentiles de la reina Margaery, la venda ensangrentada en torno a las sienes de su hermano, el Caballero de las Flores.

«Hijo mío, si tenías que caer en los brazos de alguna mujer, ¿por qué no fue en los de Margaery Tyrell? —La riqueza y el poderío de Altojardín habrían supuesto una gran diferencia en las batallas que aún estaban por llegar—. Además, pude que a Viento Gris le hubiera gustado su olor».

—Yo no tenía intención de... —Edmure tenía el rostro ceniciente—. De verdad, Robb... ¡Tienes que permitirme que haga algo para reparar mi error! ¡Iré al mando de la vanguardia en la próxima batalla!

«¿Para reparar tu error, hermano? ¿O lo haces por la gloria?».

—La próxima batalla —dijo Robb—. No falta mucho, desde luego. En cuanto

Joffrey contraiga matrimonio, los Lannister volverán a atacarme, y no cabe duda de que los Tyrell les darán todo su apoyo. Y si Walder el Negro se sale con la suya, puede que también tenga que luchar contra los Frey...

—Mientras Theon Greyjoy esté sentado en el trono de tu padre —dijo Catelyn a su hijo— con las manos manchadas con la sangre de tus hermanos, el resto de los enemigos tendrá que esperar. Tu principal obligación es defender a tu pueblo, recuperar Invernalia, colgar a Theon en una jaula para cuervos y dejarlo morir muy lentamente. O eso, o quitarte para siempre esa corona, Robb, porque los hombres sabrán que no eres un verdadero rey.

Por la mirada que le dirigió Robb, era evidente que hacía mucho que nadie se atrevía a hablarle de manera tan brusca.

—Cuando me dijeron que Invernalia había caído, quise volver al norte de inmediato —dijo con cierto tono defensivo en la voz—. Quise liberar a Bran y a Rickon, pero creía... Nunca imaginé que Theon les pudiera hacer daño, de verdad. Si hubiera...

—Es demasiado tarde para cambiar el pasado —dijo Catelyn—, demasiado tarde para rescatar a nadie. Ya solo nos queda la venganza.

—Con las últimas noticias que llegaron del norte —dijo Robb— nos enteramos de que ser Rodrik había derrotado a un ejército de hombres del hierro cerca de la Ciudadela de Torrhen y estaba reuniendo un ejército en el Castillo Cerwyn, para recuperar Invernalia. Puede que ya lo haya logrado. Hace tiempo que no llegan mensajes. Además, ¿qué sería del Tridente si volviera ahora al Norte? No les puedo pedir a los señores del río que abandonen a su gente.

—No —dijo Catelyn—. Déjalos aquí para que cuiden de los suyos, y recupera el norte con norteños.

—¿Cómo quieres llevar a los norteños hasta el norte? —preguntó su hermano Edmure—. Los hombres del hierro controlan el mar del Ocaso. Los Greyjoy ocupan Foso Cailin, y jamás ha habido ejército capaz de tomar esa fortaleza por el sur. Incluso marchar hacia allí sería una locura. Podríamos quedar atrapados en el camino, con los hombres del hierro delante y una horda de Freys furiosos a la espalda.

—Tenemos que volver a ganarnos a los Frey —dijo Robb—. Si contamos con ellos, todavía tendremos alguna posibilidad de vencer, aunque no muchas. Sin ellos no veo esperanza. Estoy dispuesto a conceder a lord Walder lo que quiera: disculpas, honores, tierras, oro... Tiene que haber algo que apacigüe su orgullo.

—Algo no —dijo Catelyn—. Alguien.

—¿Qué? ¿Son grandes o no?

Los copos de nieve salpicaban el rostro ancho de Tormund y se le derretían en el cabello y en la barba.

Los gigantes se mecían lentamente a lomos de los mamuts mientras avanzaban en fila de a dos. El caballo de Jon se encabritó, aterrado por lo extraño del espectáculo, pero no se sabía si lo que los asustaban eran los mamuts o sus jinetes. El propio Fantasma retrocedió un paso y enseñó los dientes en un gruñido silencioso. El huargo era grande, pero más grandes aún eran los mamuts, y ademáis eran muchos.

Jon tiró de las riendas del caballo para detenerlo y así poder contar los gigantes que emergían entre los copos de nieve y las nieblas del Agualechosa. Iba por más de cincuenta cuando Tormund dijo algo, y perdió la cuenta. «Debe de haber cientos». Su número no parecía tener fin.

En los cuentos de la Vieja Tata, los gigantes eran hombres de gran tamaño que vivían en castillos colosales, peleaban con espadas inmensas y calzaban unas botas en las que se podía esconder un niño. Como iban sentados, no era fácil calcular su estatura.

«Unas cuatro varas, más o menos —pensó—. Cinco como mucho». Tenían un pecho que podría pasar por el de un hombre, pero en cambio, los brazos eran muy largos, y la parte inferior del torso parecía la mitad de ancha que la superior. Las piernas eran más cortas que los brazos, aunque muy gruesas, y no llevaban botas: los pies eran anchos, desparramados, duros, callosos y negros. Carecían de cuello; las enormes cabezas sobresalían hacia delante directamente desde los omoplatos, y los rostros eran aplastados y brutales. Entre los pliegues de piel callosa se veían ojillos de rata, apenas del tamaño de cuentas de collar, y no dejaban de husmear, como si se guiaran tanto por el olfato como por la vista.

«No van vestidos con pieles —se dio cuenta Jon—. Es vello. —Tenían el cuerpo cubierto de pelo, muy espeso de cintura para abajo, más escaso de cintura para arriba. El hedor que despedían era asfixiante, aunque tal vez procediera de los mamuts—. Y Joramun hizo sonar el Cuerno del Invierno y despertó a los gigantes de la tierra. —Buscó con la vista enormes espadas de cuatro varas de longitud, pero lo único que vio fueron garrotes. Muchos eran, sencillamente, ramas de árboles secos, algunos aún con ramitas que iban arrastrando por el suelo. Algunos llevaban bolas de piedra atadas a un extremo, lo que los convertía en mazas colosales—. La canción no dice si el Cuerno los puede dormir de nuevo».

Uno de los gigantes que se acercaban parecía mayor que los demás. Tenía el pelaje gris salpicado de blanco, y el mamut que montaba era más grande que ninguno de los otros, también gris y blanco. Tormund le gritó algo al pasar, unas

palabras ásperas y machaconas en un idioma que Jon no conocía. Los labios del gigante se separaron y dejaron al descubierto una boca de dientes grandes y cuadrados, y emitió un sonido a medio camino entre un rugido y un eructo. Jon tardó un instante en darse cuenta de que se estaba riendo. El mamut volvió un momento hacia ellos dos la enorme cabeza, y uno de los colmillos le pasó a Jon por encima de la capucha mientras la bestia volvía a ponerse en marcha, dejando huellas profundas en el barro blando y la nieve recién caída a lo largo de la orilla del río. El gigante gritó algo en el mismo idioma bronco que había utilizado Tormund.

—¿Ese era su rey? —preguntó Jon.

—Los gigantes no tienen reyes, como tampoco los tienen los mamuts, los osos de las nieves ni las grandes ballenas del mar gris. Ese era Mag Mar Tun Doh Weg. Mag el Poderoso. Si quieres, te puedes arrodillar ante él; no le importará. Me imagino que ya te picarán las rodillas de ganas: te mueres por tener un rey ante el que inclinarte. Pero ten cuidado, no te vaya a arrollar. Los gigantes tienen mala vista, y puede que no vea a un cuervecito que está tan abajo, junto a sus pies.

—¿Qué le has dicho? ¿Eso que hablabas era la antigua lengua?

—Sí. Le he preguntado si ese al que espolataba era su padre, porque se parecían mucho, aunque su padre oía mejor.

—Y él, ¿qué te ha dicho?

—Que si la que cabalgaba junto a mí era mi hija, con unas mejillas tan rosadas y suaves. —Tormund Puño de Trueno mostró los huecos de la dentadura en una sonrisa. Se sacudió la nieve del brazo e hizo dar la vuelta a su caballo—. Puede que sea la primera vez que ve a un hombre sin barba. Vamos, tenemos que volver. Mance se enfada si no me encuentra en mi lugar habitual.

Jon dio la vuelta y siguió a Tormund de regreso a la cabeza de la columna. La capa nueva le pesaba sobre los hombros. Estaba hecha de pieles de oveja sin lavar, con el lado de la lana hacia dentro, tal como le habían recomendado los salvajes. Lo resguardaba bastante de la nieve y lo abrigaba por las noches, pero también conservaba la capa negra, doblada debajo de la silla de montar.

—¿Es verdad que en cierta ocasión mataste a un gigante? —le preguntó a Tormund mientras cabalgaban.

Fantasma trotaba en silencio junto a ellos; sus patas iban dejando huellas en la nieve recién caída.

—¿Acaso dudas de un hombre poderoso como yo? Era invierno, y yo era casi un crío, tan idiota como son los críos. Me alejé demasiado, se me murió el caballo y me encontré en medio de una tormenta. Una tormenta de verdad, no cuatro copos mal contados, como ahora. ¡Ja! Sabía que moriría congelado antes de que amaneciera. Así que me encontré con una giganta que estaba durmiendo, le abrí la barriga y me metí dentro. Me dio calor, sí, pero casi me mata de la

peste que despedía. Lo peor fue que, cuando llegó la primavera y se despertó, me confundió con su bebé. Me estuve dando el pecho tres meses enteros, hasta que conseguí escapar. ¡Ja! Aún echo de menos a veces el sabor de la leche de giganta.

—Si te amamantó, no es posible que la mataras.

—No la maté, pero que no corra la voz. Tormund Matagigantes suena mejor que Tormund Bebé de Giganta.

—¿Y cómo te ganaste los otros nombres? —quiso saber Jon—. Mance te llamó Soplador del Cuerno, ¿no? Rey del Hidromiel en el Salón Rojo, Marido de Osas, Padre de Ejércitos...

En realidad, lo único que le interesaba era lo relativo al Cuerno, pero no se atrevía a preguntar de manera demasiado directa. « Y Joramun hizo sonar el Cuerno del Invierno y despertó a los gigantes de la tierra». ¿De allí habrían llegado, tanto ellos como sus mamuts? ¿Había encontrado Mance Rayder el Cuerno de Joramun y se lo había entregado a Tormund Puño de Trueno para que lo hiciera sonar?

—¿Todos los cuervos sois igual de curiosos? —preguntó Tormund—. En fin, ahí va la historia. Hubo otro invierno, un invierno aún más frío que el que pasé en la barriga de aquella giganta. Nevaba día y noche; caían unos copos del tamaño de tu cabeza, no estas menudencias. Nevaba tanto que el poblado entero estaba medio enterrado. Yo me encontraba en mi salón rojo, sin más compañía que la de un barril de hidromiel y sin nada que hacer aparte de bebérmelo. Cuanto más bebía, más pensaba en una mujer que vivía cerca, una buena mujer, fuerte ella, con las tetas más grandes que hayas visto en tu vida. Menudo genio tenía, ni te imaginas, pero también era cálida cuando quería, y en lo más crudo del invierno a uno le hace falta calor.

» Cuanto más bebía, más pensaba en ella, y cuando más pensaba, más dura se me ponía, hasta que ya no aguanté más. Idiota de mí, voy y me envuelvo en pieles de pies a cabeza, me pongo un trapo de lana en torno a la cara y allá que voy a buscarla. Nevaba mucho, y el viento me derribó dos veces. Estaba helado hasta los huesos, pero al final llegué a su casa, envuelto como un fardo.

» Qué genio tan espantoso tenía aquella mujer, no veas cómo se resistió cuando la agarré. Casi no pude arrastrarla hasta mi casa y quitarle las pieles, pero cuando lo conseguí... Increíble, era aún más ardiente de lo que recordaba, y pasamos un buen rato. Luego me quedé dormido. Por la mañana, cuando me desperté, había dejado de nevar, y el sol brillaba, pero yo no estaba para disfrutarlo. Estaba lleno de golpes y desgarrones; me había arrancado medio miembro de un bocado, y allí, en el suelo, había una piel de osa. Así que el pueblo libre empezó enseguida a hablar de una osa despellejada que vivía en los bosques, y que tenía un par de cachorros rarísimos. ¡Ja! —Se dio una palmada en uno de los carnosos muslos—. Ya me gustaría volver a tropezarme con ella.

Menudo polvo tiene esa osa. Ninguna mujer me ha presentado tanta batalla, ni me ha dado hijos tan fuertes.

—¿Qué harías si te tropezaras con ella? —preguntó Jon con una sonrisa—. Has dicho que te arrancó medio miembro de un bocado.

—Solo medio. Y medio miembro mío sigue siendo el doble de largo que el de cualquier otro hombre —resopló Tormund—. Venga, ahora cuenta tú. ¿Es verdad que cuando os llevan al Muro os cortan el miembro?

—No —replicó Jon, ofendido.

—Seguro que es verdad. Si no, ¿por qué rechazas a Ygritte? Me huelo que no te pondría muchas pegas. A esa chica le gustas, salta a la vista.

«Vaya si salta a la vista —pensó Jon—, tanto que la mitad de la columna se ha dado cuenta. —Se concentró en los copos de nieve que caían, para que Tormund no viera que se había puesto rojo—. Soy un hombre de la Guardia de la Noche —se recordó—. Entonces, ¿por qué me sonrojo como una doncella?».

Se pasaba la mayor parte de los días en compañía de Ygritte, y también la mayor parte de las noches. Mance Rayder no estaba ciego; había visto claramente la desconfianza de Casaca de Matraca con respecto al cuervo desertor, de manera que, después de entregarle a Jon la nueva capa de piel de oveja, le había sugerido la posibilidad de cabalgar con Tormund Matagigantes. Jon había accedido de buena gana, y al día siguiente, Ygritte y Ryk Lanzalarga dejaron también el grupo de Casaca de Matraca para pasarse al de Tormund.

—El pueblo libre cabalga con quien quiere —le dijo la chica—, y ya estábamos hartos de Saco de Huesos.

Todas las noches, cuando acampaban, Ygritte tiraba sus pieles para dormir junto a las de Jon, tanto si se ponía cerca de una hoguera como si se ponía muy lejos. Una noche se despertó y la encontró acurrucada contra él, con un brazo sobre su pecho. Se quedó tendido largo rato, escuchando su respiración y tratando de no sentir aquella tensión en las ingles. Los exploradores de la Guardia de la Noche compartían las pieles a menudo para darse calor, pero tenía la sospecha de que Ygritte buscaba algo más que eso. Después de aquello adoptó la costumbre de utilizar a Fantasma, para que no se le acercara tanto. En los cuentos de la Vieja Tata, había caballeros y damas que dormían en la misma cama con una espada entre ellos para salvaguardar su honor, pero estaba seguro de que era la primera vez que un huargo ocupaba el lugar de la espada.

Pese a todo, Ygritte no se daba por vencida. Dos días atrás, Jon había cometido el error de decir cuánto le gustaría poder bañarse en agua caliente.

—La fría es mejor —dijo ella al momento—, si tienes a alguien que te dé calor después. El río está helado solo en parte; ve a bañarte.

—Ni hablar —contestó Jon riéndose—, me congelaría.

—¿Todos los cuervos sois igual de frioleros? Un poco de hielo no le hace daño a nadie. Te lo voy a demostrar, me bañaré contigo.

—¿Y luego cabalgaremos todo el resto del día con la ropa mojada, congelada sobre la piel? —objetó.

—Qué tonterías dices, Jon Nieve. Nadie se baña con ropa.

—Yo no me baño, y punto —replicó con firmeza, justo antes de oír a Tormund Puño de Trueno, que lo llamaba a gritos (no lo había llamado, pero tampoco importaba).

Por lo visto, los salvajes consideraban que Ygritte era una auténtica belleza, a causa de su cabello. El pelo rojo no era común entre el pueblo libre, y se decía que los que lo tenían habían recibido el beso del fuego y que daba buena suerte. Tal vez diera suerte, y de que era rojo no cabía duda, pero el cabello de Ygritte era una maraña tal que Jon sentía la tentación de preguntarle si solo se lo cepillaba cada cambio de estación.

Sabía muy bien que, en la corte de cualquier señor, sería considerada una chica corriente. Tenía un rostro redondo de campesina, la nariz respingona, los dientes un poco torcidos y los ojos muy separados. Jon se había fijado en todos aquellos detalles la primera vez que la había visto, cuando le puso el puñal en la garganta. Pero en los últimos días se estaba fijando en otras cosas. Cuando Ygritte sonreía, no se le notaban los dientes torcidos. Y sí, tenía los ojos muy separados, pero eran de un color gris azulado muy bonito, y los más vivaces que había visto nunca. A veces cantaba con una voz grave, ronca, que lo hacía estremecer. Y a veces, cuando se sentaba junto a la hoguera y se abrazaba las rodillas, y las llamas despertaban destellos en su melena rojiza, y lo miraba, y le sonreía... En fin, también lo hacía estremecer.

Pero era un hombre de la Guardia de la Noche y había hecho un juramento. No tendría esposa, tierras ni hijos. Había pronunciado el juramento ante el arciano, ante los dioses de su padre. No podía retractarse... Igual que no podía explicar la razón de su reticencia a Tormund Puño de Trueno, Padre de Osos.

—¿No te gusta esa chica? —le preguntó Tormund mientras pasaban junto a otra veintena de mamuts, estos montados por salvajes en altas torres de madera, en vez de por gigantes.

—Sí, pero... —«¿Qué puedo decirle que sea verosímil?» —. Todavía soy demasiado joven para casarme.

—¿Casarte? —Tormund se echó a reír—. ¿Y para qué te vas a casar? ¿Qué pasa? ¿En el sur los hombres tienen que casarse con todas las chicas que se llevan a la cama?

Jon notó que volvía a ponerse rojo.

—Intercedí en mi favor cuando Casaca de Matraca quería matarme. No la puedo deshonrar.

—Ahora eres un hombre libre, e Ygritte es una mujer libre. ¿Qué tiene de deshonroso que os acostéis juntos?

—Podría dejarla embarazada.

—Sí, ojalá. Un hijo fuerte o una hija vivaracha y risueña besada por el fuego.
¿Hay algo de malo en eso?

Durante un momento no supo qué decir.

—El chico... el bebé sería un bastardo.

—¿Y qué pasa? ¿Los bastardos son más débiles que los otros niños? ¿Más enfermizos, más inútiles?

—No, pero...

—Tú mismo eres bastardo. Y si Ygritte no quiere tener un hijo, acudirá a alguna bruja de los bosques y beberá una taza de té de la luna. Una vez plantada la semilla, tú ya no pintas nada.

—No engendraré a un bastardo.

—Los que os arrodilláis sois muy idiotas. —Tormund sacudió la melena enmarañada—. Si no querías a la chica, ¿por qué la secuestraste?

—Yo no la secuстрé!

—Claro que sí —replicó Tormund—. Mataste a los dos que la acompañaban y te la llevaste: eso es secuestrar, ¿qué si no?

—Lo que hice fue tomarla prisionera.

—La obligaste a rendirse a ti.

—Sí, pero... te juro que no le puse un dedo encima, Tormund.

—Seguro que no te cortaron el miembro? —Tormund se encogió de hombros, como dando a entender que aquellas locuras no había quien las comprendiera—. En fin, ahora eres un hombre libre, pero si no quieres a la chica, al menos búscate una osa. El miembro que no se utiliza se va haciendo cada vez más pequeño, hasta que llega el día en que quieras mear y no lo encuentras.

Jon no supo qué decir. No era de extrañar que en los Siete Reinos se creyera que los del pueblo libre no eran humanos.

«No tienen leyes, ni honor, ni la decencia más básica. Se pasan el día robándose unos a otros, se aparean como animales, prefieren la violación al matrimonio y llenan el mundo de niños bastardos. —Pero, pese a todo, le estaba tomando cariño a Tormund Matagigantes, por fanfarrón y mentiroso que fuera. Y también a Lanzalarga—. Y a Ygritte... No, en Ygritte no quiero pensar».

Pero, junto a Tormund y Lanzalarga, cabalgaban también otros salvajes. Hombres como Casaca de Matraca y el Llorón, a los que tanto les daba matarlo a uno como escupirle. Estaba Harma Cabeza de Perro, una mujer rechoncha y achaparrada con mejillas como tajadas de carne blanca, que no soportaba a los perros y cada dos semanas mataba uno para tener una cabeza reciente en su estandarte. Styr el Desorejado, magnar de Thenn, cuya gente lo consideraba más dios que señor; Varamyr Seispieles, un hombrecillo menudo y ratonil cuyo corcel era una osa de las nieves salvaje que, cuando se alzaba sobre las patas traseras, media casi cinco varas. Allá donde iba Varamyr, siempre lo seguían

tres lobos y un gatosombra. Jon solo había estado una vez en su presencia y no le apetecía nada repetir; solo con ver a aquel hombre se le ponía el pelo de punta, igual que a Fantasma se le había erizado el pelaje al ver a la osa y al esbelto felino blanco y negro.

Y había hombres aún más fieros que Varamyr; habían llegado de las zonas más septentrionales del bosque Encantado, de los valles escondidos en los Colmillos Helados, o hasta de lugares aún más extraños: los hombres de la Costa Helada, que viajaban en carros de huesos de morsa tirados por manadas de perros salvajes; los terribles clanes del río de hielo, que según se decía, comían carne humana; los habitantes de las cuevas, con los rostros teñidos de azul, de morado y de verde... Jon había visto con sus propios ojos a los hombres pies de cuerno, que trotaban en columna, descalzos, con las plantas de los pies duras como el cuero curtido. En cambio, aún no había divisado tiburientes ni endriagos, pero por lo que había visto, no le extrañaría que Tormund los hubiera invitado a cenar.

Jon calculaba que la mitad del ejército de salvajes no había visto el Muro en su vida, y de ellos, muchos no sabían ni una palabra de la lengua común. No tenía importancia. Mance Rayder hablaba la antigua lengua, incluso sabía canciones; tañía las cuerdas de su laúd y llenaba la noche con una música extraña y salvaje.

Mance había pasado años reuniendo aquel ejército enorme que avanzaba lenta y pesadamente; había hablado con la madre de aquel clan o con aquel otro magnar; había ganado una aldea a golpe de palabras bonitas, la siguiente, con canciones, y la tercera, con el filo de la espada; había puesto paz entre Harma Cabeza de Perro y el Señor de los Huesos, entre los pies de cuerno y los corredores nocturnos, entre los hombres morsa de la Costa Helada y los clanes caníbales de los grandes ríos de hielo. Había convertido cien puñales diferentes en una lanza enorme, dirigida contra el corazón de los Siete Reinos. No tenía corona, ni cetro, ni vestiduras de terciopelo y seda, pero a Jon le resultaba evidente que Mance Rayder no era rey solo por hacerse llamar así.

Jon se había unido a los salvajes por orden de Qhorin Mediamano. «Cabalga con ellos, come con ellos y combate con ellos todo el tiempo que sea preciso —le había dicho el explorador la noche antes de morir—. Y observa». Pero, por mucho que observaba, poco había descubierto. Mediamano sospechaba que los salvajes habían ido a los gélidos y yermos Colmillos Helados en busca de alguna arma, algún poder, algún hechizo destructor que les permitiera abrir una brecha en el Muro... Pero si lo habían encontrado, fuera lo que fuera, nadie alardeaba de ello abiertamente, ni se lo había mostrado a Jon. Mance Rayder no lo había hecho partícipe de ninguno de sus planes ni estrategias. Desde la primera noche, no lo había vuelto a ver más que de lejos.

«Si es necesario, lo mataré». Era una perspectiva que a Jon no le proporcionaba el menor placer. Matar así a alguien no era honorable; además,

también significaría la muerte para él. Pero no podía permitir que los salvajes traspasaran el Muro, que amenazaran Invernia y el norte, los Túmulos y los Riachuelos, Puerto Blanco y la Costa Pedregosa, o incluso el Cuello. Durante ocho mil años, los hombres de la casa Stark habían vivido y habían muerto para proteger a su pueblo de aquellos pillajes y saqueos... Y, bastardo o no, por sus venas corría la misma sangre. «Además, Bran y Rickon siguen en Invernia, con el maestre Luwin, ser Rodrik, la Vieja Tata, Farlen y sus perros, Mikken y su forja, Gage y sus hornos... Todas las personas que he conocido, todas las personas que he amado». Si Jon tenía que matar a un hombre al que casi admiraba, que casi le caía bien, para salvarlos de las atenciones de Casaca de Matraca, Harma Cabeza de Perro y el desorejado magnar de Thenn, lo haría sin dudarlo.

Pero tenía la esperanza de que los dioses de su padre le evitaran una misión tan triste. El ejército avanzaba con gran lentitud, demorado por el ganado de los salvajes, sus niños y sus miserables riquezas, y la nieve los ralentizaba todavía más. La mayor parte de la columna se alejaba ya del pie de las colinas y avanzaba lentamente por la orilla oeste del Agualechosa; su movimiento era como el fluir denso de la miel en una mañana fría de invierno. Seguían el curso del río hacia el corazón del bosque Encantado.

Y Jon sabía que, no muy lejos, el Puño de los Primeros Hombres se alzaba por encima de los árboles, y que allí aguardaban trescientos hermanos negros de la Guardia de la Noche, armados y a caballo. El Viejo Oso había enviado otros exploradores, aparte de Mediamano y, sin duda, Jarman Buckwell o Thoren Smallwood habrían regresado ya y les habrían dicho qué estaba bajando de las montañas.

«Mormont no huirá —pensó Jon—. Es demasiado viejo y ha llegado demasiado lejos. Atacará, sin que le importe que nos superen en número. —El día menos pensado, más pronto que tarde, oiría el sonido de los cuernos de guerra y vería una columna de jinetes que avanzaban contra ellos con las capas negras al viento y el acero frío desenvainado. Por supuesto, trescientos hombres no tenían la menor esperanza de acabar con un ejército que los superaba cien veces en número, pero Jon creía que no sería necesario—. No hace falta que mate a mil, solo a uno. Lo único que los mantiene unidos es Mance».

El Rey-más-allá-del-Muro hacía todo lo que podía, pero los salvajes eran indisciplinados hasta lo indescriptible, y aquel era su principal punto débil. En la serpiente de leguas de longitud que era la columna había guerreros tan valerosos como cualquier hombre de la Guardia, pero al menos un tercio de ellos iban agrupados al principio y al final, en la vanguardia de Harma Cabeza de Perro y en la retaguardia de los salvajes, con sus gigantes, uros y lanzafuegos. Otro tercio cabalgaba con el propio Mance, en la parte central, para vigilar los carromatos, los trineos y las carretas tiradas por perros donde se transportaba la gran mayoría

de las provisiones y suministros del ejército, lo único que quedaba de la última cosecha del verano. Los demás iban divididos en pequeños grupos, bajo el mando de hombres como Casaca de Matraca, Jarl, Tormund Matagigantes o el Llorón, servían como exploradores, forrajeadores y arreadores, y se pasaban el día recorriendo la columna de arriba abajo para que avanzara de manera más o menos ordenada.

Y todavía más, solo uno de cada cien salvajes iba a caballo.

« El Viejo Oso los atravesará como un cuchillo atraviesa unas gachas». Cuando llegara el momento, Mance tendría que movilizar el centro de la columna para tratar de paliar la amenaza. Habría un combate, y si él cayera, el Muro estaría a salvo por lo menos cien años más, en opinión de Jon. « Si no...» .

Flexionó los dedos quemados de la mano con la que manejaba la espada. Llevaba colgada de la silla a *Garra*, la gran espada bastarda con el pomo tallado en forma de cabeza de lobo y la empuñadura cubierta de cuero suave. La tenía siempre cerca.

Cuando alcanzaron al grupo de Tormund, varias horas más tarde, nevaba copiosamente. Durante el trayecto, Fantasma se alejó y desapareció en el bosque tras el rastro de una presa. El huargo regresaría cuando acamparan para pasar la noche, como muy tarde al amanecer. Por mucho que se alejara en sus merodeos, Fantasma siempre regresaba... y lo mismo pasaba con Ygritte.

—¿Qué? —preguntó la chica en cuanto lo vio—. ¿Nos crees ahora, Jon Nieve? ¿Has visto a los gigantes con sus mamuts?

—¡Ja! —rio Tormund antes de que Jon pudiera responder nada—. ¡El cuervo se ha enamorado! ¡Se va a casar con uno!

—¿Con un gigante? —rio también Lanzalarga Ryk

—¡No, con un mamut! —rugió Tormund—. ¡Ja!

Ygritte trotó hasta situarse al lado de Jon, que había tirado de las riendas de su montura para ponerla al paso. La chica decía que tenía tres años más que él, aunque era un palmo más baja; pero, tuviera la edad que tuviera, era una muchacha tan dura como menuda. Cuando la capturaron en el Paso Aullante, Serpiente de Piedra había dicho que era una « mujer de las lanzas». No estaba casada, y su arma predilecta era un arco corto y curvo de cuerno y madera de arciano, pero el nombre le iba como anillo al dedo. Le recordaba a su hermanita Arya, aunque Arya era más joven, y quizás también más delgada. No era fácil saber si Ygritte era delgada o gordeta; llevaba demasiadas pieles encima.

—¿Te sabes « El último gigante» ? —Sin esperar respuesta, se apresuró a añadir—: Para cantarla bien hace falta una voz más grave que la mía. « Mirad, aquí estoy, el único gigante que aún no marchó a la última morada» —entonó.

Tormund Matagigantes oyó los versos y sonrió.

—« De la montaña, el último gigante... ¡Y el mundo gobernaban antes que llegara!» —vociferó hacia atrás a través de la nieve.

Ryk Lanzalarga se les unió.

—« El pueblo pequeño ha tomado el bosque. Los árboles tala y el monte ha esquilmando...» .

—« Ya no quedan peces en ningún estanque. ¡Y con un muro, los valles ha cortado! » —le respondieron a su vez Ygritte y Tormund, con adecuadas voces de gigantes.

Toregg y Dormund, hijos de Tormund, añadieron también sus voces de bajo, y luego los siguieron Munda y todos los demás. Otros comenzaron a hacer chocar las picas contra los escudos de cuero para marcar burdamente el ritmo, hasta que todo el destacamento guerrero se puso a cantar a medida que avanzaba.

En salas de piedra prendieron hogueras.
Con yunque de acero forjaron sus armas.
Mientras, yo camino por esta ladera,
¡siempre solo y triste en horas amargas!

De día, sin tregua, me sigue la jauría;
me cazan con teas en las noches frías.
El pueblo pequeño, con sus pocos días,
¡envidia la altura de esta raza mía!

De la montaña, el último gigante.
Atiende mi lamento y escucha la canción:
Cuando yo me vaya, solo lo que cante
¡romperá el silencio de mi desaparición!

Cuando terminó la canción, Ygritte tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Jon—. No es más que una canción. Quedan cientos de gigantes; los acabo de ver.

—Bah, cientos —replicó ella, furiosa—. No sabes nada, Jon Nieve. No... ¡JON!

Jon se volvió ante el sonido repentino de un batir de alas. Unas plumas azul grisáceo le cubrieron la vista, al tiempo que unas garras afiladas se le hundían en el rostro. Un latigazo rojo de dolor lo recorrió, repentino y feroz, mientras las enormes alas le batían contra la cabeza. Llegó a ver el pico, pero no tuvo tiempo de protegerse con las manos ni de sacar un arma. Jon se echó hacia atrás; perdió pie en el estribo, se le encabritó la montura y cayó. Y el águila seguía aferrada a su cara, le desgarraba la piel, aleteaba, graznaba, lanzaba picotazos... El mundo se puso del revés en un caos de plumas, carne de caballo y sangre, y entonces, el suelo se le estampó en la cara.

Se encontró de bruces contra el fango, con la boca llena de barro y sangre, mientras Ygritte se arrodillaba a su lado para protegerlo, con un puñal de hueso en la mano. Aún oía el batir de las alas, aunque ya no veía el águila. La mitad del mundo estaba a oscuras.

—¡Mi ojo! —gritó con pánico repentino, al tiempo que se llevaba la mano a la cara.

—No es más que sangre, Jon Nieve. No te ha picado el ojo; solo te ha desgarrado la piel.

Sentía un fuerte dolor en la cara. Mientras se limpiaba la sangre del ojo izquierdo, vio por el derecho que Tormund estaba de pie, rugiendo. Se oían las pisadas de los caballos, gritos y el entrechocar de huesos secos.

—¡Saco de Huesos! —retumbó la voz de Tormund—. ¡Quítanos de encima a tu pájaro de los infiernos!

—El único pájaro de los infiernos es ese cuervo. —Casaca de Matraca señaló en dirección a Jon—. ¡El que sangra en el barro, como un perro! —El águila bajó batiendo las alas y se posó en la calavera de gigante que utilizaba como yelmo—. Vengo a por él.

—Pues acércate si te atreves —replicó Tormund—. Pero más vale que vengas con la espada desenvainada, porque así es como la voy a tener yo. A lo mejor luego hiervo tus huesos y me meo en tu cráneo. ¡Ja!

—En cuanto te pinche, se te escapará el aire y acabarás del tamaño de esa chica. Hazte a un lado o se lo diré a Mance.

—¿Qué? ¿Es Mance quien lo quiere ver? —preguntó Ygritte poniéndose en pie.

—Ya te lo he dicho, ¿estás sorda o qué? Levantadlo.

—Si te llama Mance —dijo Tormund, mirando a Jon con el ceño fruncido—, será mejor que vayas.

—Sangra como un jabalí desollado. —Ygritte lo ayudó a ponerse en pie—. Mirad cómo le ha dejado Orell la cara, con lo guapo que es.

« ¿Es que un ave puede odiar? ». Jon había matado al salvaje Orell, pero una parte de él vivía aún dentro del águila. Los ojos dorados lo miraban con maldad fría.

—Ya voy —dijo. La sangre le corría por la frente y le cegaba el ojo derecho; la mejilla era una llamarada de dolor. Cuando se la tocó, los guantes negros se le mancharon de rojo—. Espera que busque mi caballo.

No tenía tanta necesidad del caballo como de Fantasma, pero el huargo no aparecía por ninguna parte.

« Puede que esté a muchas leguas; le estará desgarrando el cuello a algún alce ». Tal vez fuera lo mejor.

El caballo lo rehuyó cuando se acercó a él; sin duda, la sangre que tenía en el rostro lo asustaba, pero Jon lo tranquilizó con unas cuantas palabras susurradas, y

por fin consiguió acercarse lo suficiente para coger las riendas. Cuando montó, la cabeza le dio vueltas un momento.

« Me tienen que curar esto —pensó—, pero luego. Que el Rey-más-allá-del-Muro vea lo que me ha hecho su águila». Flexionó los dedos de la mano derecha, se agachó para recoger a *Garra* y se colgó la espada bastarda del hombro antes de volver al trote adonde aguardaban el Señor de los Huesos y su grupo.

Ygritte aguardaba también, ya a lomos de su caballo y con una expresión fiera en el rostro.

—Voy con vosotros.

—Lárgate. —Los huesos de la coraza de Casaca de Matraca entrechocaron —. Me han enviado a buscar al cuervo desertor, y a nadie más.

—Una mujer libre va adonde quiere —replicó Ygritte.

El viento le metía nieve en los ojos a Jon. Sentía como se le congelaba la sangre en la cara.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Cabalgar o parlotear?

—Cabalgar —replicó el Señor de los Huesos.

No fue un trayecto alegre. Cabalgaron casi una legua junto a la columna, entre torbellinos de nieve, atajaron a través de un caos de carromatos de provisiones y cruzaron el Agualechosa en el punto donde describía una amplia curva hacia el este. Los bajíos del río estaban cubiertos por una fina capa de hielo; los cascos de los caballos la quebraban a cada paso, hasta que llegaron a aguas más profundas, once varas río adentro. En la orilla este parecía nevar con más intensidad, y la profundidad de la nieve era mayor.

« Hasta el viento es más frío». Además, estaba anocheciendo.

Pero, pese a la ventisca, la forma de la gran colina blanca que surgía amenazadora por encima de los árboles era inconfundible.

« El Puño de los Primeros Hombres». Jon oyó el graznido del águila que sobrevolaba al grupo. Un cuervo lo miró desde las ramas de un pino soldado y graznó a su paso. « ¿Habrá atacado el Viejo Oso?». En lugar del entrechocar del acero y el silbar de las flechas, lo único que oía Jon era el crujido quedo del hielo, bajo los cascos de su caballo.

Rodearon en silencio el Puño hasta la ladera sur, por donde la subida era más sencilla. Fue allí donde Jon vio el caballo muerto, al pie de la colina, casi enterrado en la nieve. Las entrañas le salían del vientre como serpientes congeladas, y le faltaba una pata.

« Han sido los lobos», pensó Jon, pero no podía ser. Los lobos devoraban las presas que mataban.

Había más caballos caídos por toda la ladera, con las patas retorcidas en posturas grotescas y los ojos ciegos mirando a la muerte. Los salvajes se movían entre ellos como moscas; les quitaban las sillas, las riendas, las alforjas y las protecciones, y los despedazaban con hachas de piedra.

—Arriba —le dijo Casaca de Matraca a Jon—. Mance está en la cima.

Desmontaron junto al círculo de piedra y entraron por un hueco angosto, entre las rocas. En las estacas afiladas que el Viejo Oso había hecho clavar junto a todas las entradas vio empalado el cadáver de un caballo pequeño, de pelo castaño e hirsuto.

«Estaba tratando de salir, no de entrar». No había rastro de su jinete.

Dentro había más, y era peor. Era la primera vez que Jon veía nieve rosa. El viento soplaban a ráfagas en torno a él y le tironeaba de la pesada capa de piel de oveja. Los cuervos iban revoloteando de un caballo muerto a otro.

«¿Serán cuervos salvajes, o los nuestros?». No habría sabido decirlo. Se preguntó dónde estaría en aquel momento el pobre Sam. Y en qué condiciones.

Una costra de sangre congelada crujió bajo el talón de su bota. Los salvajes habían recogido hasta el último fragmento de cuero y acero de los caballos; hasta les estaban arrancando las herraduras. Unos cuantos registraban el contenido de las mochilas que se habían volcado en el suelo, en busca de armas y comida. Jon pasó junto a uno de los perros de Chett, o mejor dicho, de lo que quedaba de él, tendido en un charco de sangre fangosa semicongelada.

Todavía quedaban en pie unas cuantas tiendas al otro lado del campamento, y allí era donde los esperaba Mance Rayder. Bajo la capa rajada de lana negra y seda roja llevaba una cota de malla negra y unos calzones de piel de pelo largo, y llevaba la cabeza cubierta con un gran yelmo de hierro y bronce con alas de cuervo en las sienes. Con él estaba Jarl, así como Harma Cabeza de Perro. También vio a Styr, y a Varamyr Seispieles con sus lobos y su gatosombra.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó Mance a Jon, echándole una mirada torva y fría.

—Orell le ha intentado sacar un ojo —dijo Ygritte.

—Le he preguntado a él. ¿Qué pasa? ¿También se le ha comido la lengua? Sería lo mejor; así no nos volvería a mentir.

—A lo mejor el chico ve más claro con un ojo que con dos —dijo Styr, el magnar, sacando un cuchillo largo.

—¿Quieres conservar el ojo, Jon? —preguntó el Rey-más-allá-del-Muro—. Si es así, dime cuántos eran. Y esta vez procura que sea verdad, bastardo de Invernalia.

—Mi señor... —Jon tenía la garganta seca—. ¿Qué...?

—No soy tu señor —replicó Mance—. Y no creo que haga falta explicar el «qué». Tus hermanos han muerto. La pregunta es: ¿cuántos eran?

A Jon le dolía el rostro; la nieve caía sin cesar. Le costaba mucho pensar... «Te exijan lo que te exijan, no puedes negarte», le había dicho Qhorin. Las palabras se le trababan en la garganta, pero hizo un esfuerzo supremo y las pronunció.

—Éramos trescientos.

—¿Éramos? —restalló Mance.

—Eran. Eran trescientos. —« Te exijan lo que te exijan», le había dicho Qhorin. « Entonces, ¿por qué me siento como un cobarde? » —. Doscientos del Castillo Negro y un centenar más de la Torre Sombría.

—Esa es una canción mucho más interesante que la que me cantaste en la tienda. —Mance miró a Harma Cabeza de Perro—. ¿Cuántos caballos hemos encontrado?

—Más de ciento —replicó la mujer corpulenta—. Menos de doscientos. Hay más muertos hacia el este; están cubiertos de nieve, no se sabe cuántos son.

Tras ella estaba su portaestandarte, que llevaba un asta con una cabeza de perro clavada en la punta. Era tan reciente que aún chorreaba sangre.

—No deberías haberme mentido, Jon Nieve —dijo Mance.

—Ya... ya lo sé.

« ¿Qué podía decir? » .

—¿Quién estaba al mando? —El rey salvaje le escudriñó el rostro—. Y dime la verdad. ¿Era Rykker? ¿O Smallwood? Wythers no, seguro; es un blando. ¿De quién era esta tienda?

« Ya he dicho demasiado» .

—¿No encontrasteis su cadáver?

Harma soltó un bufido; el hálito desdeñoso se le congelaba en las fosas nasales.

—Estos cuervos negros son imbéciles.

—La próxima vez que me respondas con una pregunta, te entregaré al Señor de los Huesos —le aseguró Mance Rayder a Jon. Se le acercó un poco—. ¿Quién estaba aquí al mando?

« Un paso más —pensó Jon—. Solo un paso. —Acercó la mano a la empuñadura de *Garra*—. Si no digo nada... » .

—Como se te ocurra echar mano a la espada, te habré cortado la cabeza antes de que la consigas sacar de la vaina —dijo Mance—. Me estás agotando la paciencia a marchas forzadas, cuervo.

—Díselo —lo apremió Ygritte—. Fuera quien fuera, está muerto.

Al fruncir el ceño, se le cuartó la sangre seca de la mejilla.

« No puedo, es imposible —pensó Jon, desesperado—. ¿Cómo puedo hacerme pasar por cambiaciones sin convertirme en cambiaciones? ». Qhorin no se lo había dicho. Pero el segundo paso siempre es más fácil que el primero.

—El Viejo Oso.

—¿Ese vejestorio? —Por el tono de Harma, era evidente que no lo creía—. ¿Vino él en persona? ¿Y quién está al mando del Castillo Negro?

—Bowen Marsh.

En aquella ocasión, Jon respondió al instante. « Te exijan lo que te exijan, no puedes negarte» .

—En ese caso, ya hemos ganado la guerra. —Mance se echó a reír—. Bowen es mucho más eficaz contando espadas que utilizándolas.

—El Viejo Oso estaba al mando —dijo Jon—. Este punto estaba a buena altura y era fuerte, y él lo reforzó más aún. Hizo excavar zanjas y clavar estacas; almacenó alimentos y agua. Estaba preparado para...

—¿Mi? —terminó Mance Rayder—. Ciento, lo estaba. Si yo hubiera sido tan imbécil como para intentar tomar la colina por asalto, habría perdido cinco hombres por cada cuervo que consiguiera matar, y eso con suerte. —Apretó los labios—. Pero, cuando los muertos caminan, los muros, las estacas y las espadas no sirven de nada. No es posible luchar contra los muertos, Jon Nieve. Es algo que nadie sabe ni la mitad de bien que yo. —Alzó la vista hacia el cielo, que se oscurecía por momentos—. Puede que los cuervos nos hayan ayudado más de lo que imaginan. Me preguntaba por qué no nos habían atacado. Pero aún tenemos cien leguas por delante, y cada vez hace más frío. Varamyr, manda a tus lobos a rastrear a los espectros. No quiero que nos cojan desprevenidos. Mi Señor de los Huesos, dobla las patrullas y encárgate de que cada hombre tenga una antorcha y un pedernal. Styr, Jarl, partiréis a caballo en cuanto amanezca.

—Mance —dijo Casaca de Matraca—, quiero unos cuantos huesos de cuervo.

—No se puede matar a un hombre por mentir para proteger a los que fueron sus hermanos —dijo Ygritte, dando un paso para ponerse delante de Jon.

—Todavía son sus hermanos —declaró Styr.

—Es mentira —insistió Ygritte—. Le dijeron que me matara y no me mató. En cambio, sí que mató al Mediámano; eso lo vimos todos.

« Si le miento, se dará cuenta », pensó Jon; el aliento se le condensaba en el aire. Miró a Mance Rayder a los ojos y flexionó los dedos de la mano quemada.

—Llevo la capa que me disteis vos, alteza.

—¡Una capa de piel de oveja! —exclamó Ygritte—. ¡Y más de una noche hemos bailado debajo de ella!

Jarl se echó a reír y hasta Harma Cabeza de Perro esbozó una mueca a modo de sonrisa.

—¿Así estamos, Jon Nieve? —preguntó Mance Rayder con voz suave—. ¿Ella y tú...?

Más allá del Muro era fácil extraviarse y perder el camino. Jon ya no sabía si era capaz de distinguir entre el honor y la vergüenza, entre el bien y el mal.

« Perdóname, padre ».

—Sí —dijo.

—De acuerdo —accedió Mance—. Mañana al amanecer partiréis los dos con Jarl y con Styr. Sí, los dos. Ni se me ocurriría separar dos corazones que laten como uno.

—¿Hacia dónde? —preguntó Jon.

—Hacia el Muro. Ya es hora de que demuestres tu lealtad con algo más que

palabras, Jon Nieve.

—¿De qué me sirve a mí un cuervo? —El magnar no parecía nada satisfecho.

—Conoce a la Guardia y conoce el Muro —dijo Mance—. Y conoce el Castillo Negro mejor que ningún explorador. Si no le encuentras ninguna utilidad, es que eres idiota.

—Puede que todavía tenga el corazón negro. —Styr tenía el ceño fruncido.

—Entonces se lo arrancas. —Mance se volvió hacia Casaca de Matraca—. Mi Señor de los Huesos, mantén la columna en marcha a toda costa. Si llegamos al Muro antes que Mormont, habremos vencido.

—Seguirá en marcha —respondió Casaca de Matraca, con la voz ronca de ira.

Mance asintió y salió, seguido por Harma y Seispieles, con los lobos y el gatosombra de Varamyr pisándoles los talones. Jon e Ygritte se quedaron con Jarl, Casaca de Matraca y el magnar. Los dos salvajes de más edad miraron a Jon con resentimiento mal disimulado.

—Ya habéis oído —dijo Jarl—, partiremos al amanecer. Cargad con todas las provisiones que podáis; no tendremos tiempo de cazar. Y que te echen un vistazo a la cara, cuervo. Das asco.

—Bien —dijo Jon.

—Más vale que no estés mintiendo, chiquilla —le dijo Casaca de Matraca a Ygritte, con los ojos brillantes tras el cráneo de gigante.

Jon desenfundó a *Garra*.

—Apártate de nosotros o te llevarás lo mismo que se llevó Qhorin.

—Ahora no tienes a tu lobo para que te ayude, chico. —Casaca de Matraca fue a echar mano de su espada.

—¿Estás seguro? —rio Ygritte.

Sobre las piedras del muro en forma de anillo estaba Fantasma, al acecho, con el pelaje blanco erizado. No emitía el menor sonido, pero sus ojos color rojo oscuro hablaban de sangre. El Señor de los Huesos apartó la mano de la espada muy despacio, retrocedió un paso y se alejó mascullando maldiciones.

Fantasma caminó al lado de sus monturas cuando Jon e Ygritte emprendieron el descenso del Puño. Hasta que estuvieron en medio del Agualechosa, Jon no se sintió a salvo para hablar con ella.

—No te he pedido que mintieras por mí.

—Y no he mentido —replicó ella—. He omitido algunas cosas, nada más.

—Pero has dicho...

—Que más de una noche follamos como locos debajo de tu capa. Pero no he dicho cuándo empezamos. —Le dirigió una sonrisa que era casi tímida—. Esta noche, busca otro sitio para que duerma Fantasma, Jon Nieve. Ya has oído a Mance. Basta de palabras, pasemos a la acción.

—¿Un vestido nuevo? —preguntó, tan recelosa como sorprendida.

—El más hermoso que hayáis tenido jamás, mi señora —le prometió la anciana. Midió las caderas de Sansa con un trozo de cordel con nudos—. Todo de seda y encajes de Myr, con forro de satén. Estaréis muy hermosa. Lo ha encargado la reina en persona.

—¿Qué reina?

Margaery no era todavía la reina de Joff, pero sí había sido la de Renly. ¿O tal vez se refería a la Reina de las Espinas? ¿O a...?

—La reina regente, claro.

—¿La reina Cersei?

—Ni más ni menos. Hace muchos años que me honra con sus encargos. —La anciana dejó caer el cordel a lo largo de la cara interior de la pierna de Sansa—. Su alteza me ha dicho que ya sois una mujer; no debéis seguir vistiendo como una niñita. Extended el brazo.

Sansa alzó el brazo. Era cierto que necesitaba un vestido nuevo. El año anterior había crecido cuatro dedos y la mayor parte de su antiguo guardarropa había quedado destruido por el humo cuando intentó quemar el colchón, el día de su florecimiento.

—Vais a tener un busto tan hermoso como el de la reina —dijo la anciana al tiempo que rodeaba el pecho de Sansa con el cordel—. No tendréis que esconderlo tanto.

El comentario la hizo sonrojar. Pero la última vez que había salido a caballo no había podido anudarse el corpiño hasta arriba, y el mozo de cuadras la miró fijamente mientras la ayudaba a montar. A veces también sorprendía a hombres adultos mirándole el pecho, y algunos vestidos le quedaban tan apretados que apenas le permitían respirar.

—¿De qué color va a ser? —le preguntó a la costurera.

—De los colores me encargo yo, mi señora. Ya veréis como os gusta, estoy segura. También tendréis ropa interior, y medias, mantos, capas y todo... todo lo que le corresponde a una hermosa dama de alta cuna.

—¿Estará listo para la boda del rey?

—Antes, mucho antes. Su alteza tiene un gran interés. Tengo seis costureras y doce aprendizas, y todas hemos dejado a un lado el resto de los encargos para ocuparnos de este. Más de una dama se enfadará con nosotras, pero es una orden de la reina.

—Transmitidle a la reina mi más profundo agradecimiento por sus atenciones —dijo Sansa con educación—. Es extremadamente bondadosa conmigo.

—Su alteza es muy generosa —asintió la costurera mientras recogía sus cosas y se despedía para salir.

«Pero ¿por qué? —se preguntó Sansa cuando se quedó a solas. Aquello la intranquilizaba—. Seguro que este vestido es cosa de Margaery o de su abuela».

Margaery le había demostrado una amabilidad constante e incondicional, y su presencia lo había cambiado todo. Sus damas también habían acogido a Sansa. Había pasado tanto tiempo sin disfrutar de la compañía de otras mujeres que casi había olvidado lo agradable que podía resultar. Lady Leonette le daba clases de arpa, y lady Janna compartía con ella los mejores chismorreos. Merry Crane siempre tenía una historia divertida que contar, y la pequeña lady Bulwer le recordaba a Arya, aunque no era tan indómita.

Las de edad más similar a Sansa eran las primas Elinor, Alla y Megga, todas ellas Tyrell de las ramas más recientes de la familia. «Rosas de la parte baja del arbusto», bromeaba Elinor, espigada e ingeniosa. Megga era regordeta y ruidosa, y Alla, tímida y bonita, pero Elinor era la cabecilla por derecho propio: ya era una doncella florecida, mientras que Megga y Alla solo eran niñas.

Las primas aceptaron a Sansa en su grupo como si la conocieran de toda la vida. Pasaban largas tardes haciendo labores o charlando mientras tomaban pastelillos de limón y vino con miel; al anochecer jugaban a las tabas o cantaban juntas en el septo del castillo... Y a menudo, una o dos de ellas eran elegidas para compartir el lecho con Margaery, donde se pasaban la mitad de la noche charlando en susurros. Alla tenía una voz muy bonita, y a base de lisonjas se la podía convencer para que tocara el arpa y cantara canciones de caballería y amores contrariados. Megga cantaba muy mal, pero estaba loca por recibir un beso. Confesaba que a veces jugaba a los besos con Alla, pero no era lo mismo que besar a un hombre, y mucho menos a un rey. Sansa se preguntaba qué pensaría Megga acerca de besar al Perro, como había hecho ella. La había visitado la noche de la batalla; apestaba a vino y a sangre.

«Me besó, amenazó con matarme y me obligó a cantarle una canción».

—El rey Joffrey tiene unos labios tan bonitos... —suspiraba Megga, ensimismada—. Ay, pobre Sansa, se te debió de romper el corazón cuando lo perdiste. ¡Cuánto has tenido que llorar!

«Joffrey me hizo llorar más de lo que te imaginas», habría querido responder, pero Mantecas no estaba presente para ahogar sus palabras, de manera que apretó los labios y contuvo la lengua.

En cuanto a Elinor, estaba prometida a un joven escudero, hijo de lord Ambrose. Se casarían en cuanto el joven se ganara las espuelas. Había llevado la prenda de Elinor durante la batalla del Aguasnegras, en la que había matado a un ballesteros de Myr y a un soldado de Mullendore.

—Alyn dice que la prenda le dio valor —apuntó Megga—. Dice que su nombre era su grito de batalla, qué caballeroso, ¿verdad? Yo quiero tener algún día un campeón que lleve mi prenda y mate a cien hombres.

Elinor le dijo que se callara, pero parecía muy satisfecha.

« Son unas niñas —pensó Sansa—. No son más que chiquillas, hasta Elinor. No han visto nunca una batalla, no han visto morir a un hombre, no saben nada...». Los sueños de aquellas niñas estaban llenos de canciones y de cuentos, igual que lo habían estado los suyos antes de que Joffrey le cortara la cabeza a su padre. Sansa las compadecía. Sansa las envidiaba.

En cambio, Margaery era diferente. Era dulce y apacible, pero en cierto modo también se parecía a su abuela. Hacía dos días había llevado a Sansa a cazar con halcón. Era la primera vez que salía de la ciudad desde la batalla. Ya habían quemado o enterrado los cadáveres, pero la puerta del Lodazal estaba astillada allí donde los arietes de lord Stannis la habían golpeado, y los cascos de los barcos destruidos destacaban en ambas orillas del Aguasnegras, con unos mástiles carbonizados que surgían de los bajíos como descarnados dedos negros. El único barco que navegaba era el trasbordador de casco plano que las llevó al otro lado del río, y cuando llegaron al bosque Real se encontraron con una desolación de ceniza, carbón y árboles muertos. Pero las marismas de la bahía estaban llenas de aves acuáticas, de manera que el azor de Sansa cazó tres patos, mientras que el peregrino de Margaery capturó una garza en pleno vuelo.

—Willas tiene las mejores aves de los Siete Reinos —le dijo Margaery en un momento en que se quedaron a solas—. A veces caza con águila. Ya lo verás, Sansa. —Le cogió la mano y se la apretó—. Hermana.

« Hermana ». Sansa había soñado con tener una hermana como Margaery, bella y gentil, dotada de todas las gracias. Como hermana, Arya había resultado muy poco satisfactoria. « ¿Cómo puedo permitir que mi hermana se case con Joffrey? », pensó, y de repente se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Margaery, por favor —dijo—. No lo hágais. —Le costó pronunciar las palabras—. No os caséis con él. No es lo que parece. Os hará daño.

—No creo. —Margaery sonrió con seguridad—. Has sido muy valiente al avisarme, pero no temas. Joff es vanidoso y malcriado, y no me cabe duda de que es tan cruel como dices, pero mi padre lo obligó a darle un puesto a Loras en su Guardia Real antes de acceder al matrimonio. El mejor caballero de los Siete Reinos me protegerá día y noche, igual que el príncipe Aemon protegió a Naerys. De manera que el leoncito tendrá que portarse bien, ¿no te parece? —Se echó a reír—. Vamos, hermana querida, echemos una carrera hasta el río. Ya verás cómo se enfadan nuestros guardias. —Sin aguardar la respuesta, picó espuelas y partió al galope.

« Qué valiente es », pensó Sansa mientras galopaba tras ella. Pero las dudas la corroían. Ser Loras era un gran caballero, no cabía duda. Pero Joffrey tenía a otros en la Guardia Real, y también a los capas doradas, y a los capas rojas, y cuando fuera mayor estaría al mando de sus ejércitos. Aegon el Indigno no le había hecho nunca daño a la reina Naerys, tal vez por miedo a su hermano, el Caballero Dragón... Pero cuando otro hombre de la Guardia Real se enamoró de

una de sus amantes, el rey los hizo decapitar a ambos.

« Ser Loras es un Tyrell —se recordó Sansa—. Aquel otro caballero no era más que un Toyne. Sus hermanos no tenían ejércitos para vengarlo, solo espadas. —Pero, cuanto más lo pensaba, más dudas tenía—. Joff podrá contenerse unos pocos meses, puede que un año, pero más tarde o más temprano sacará las garras, y entonces...» .

El reino tendría tal vez a un segundo Matarreyes, y habría una guerra dentro de la ciudad cuando los hombres del león y los hombres de la rosa tiñeran de rojo el agua de los sumideros.

Sansa no comprendía cómo Margaery no se daba cuenta.

« Es mayor que yo; tiene que ser más lista. Y su padre, lord Tyrell, sin duda sabe lo que hace. Me estoy comportando como una boba» .

Cuando le dijo a ser Dontos que iba a ir a Altojardín para casarse con Willas Tyrell, pensó que sería un alivio para él y que se alegraría. Sin embargo, él la agarró por el brazo.

—¡No lo hagáis! —exclamó con la voz ronca por el espanto y el vino—. Os lo digo y yo: estos Tyrell no son más que Lannisters con flores. Os lo suplico, olvidad esta locura, dadle un beso a vuestro Florian y prometedme que seguiréis el plan que habíamos trazado. La noche de la boda de Joffrey, ya no falta mucho, poneos la redecilla de plata en el pelo y haced lo que os dije, y después escaparemos.

Trató de darle un beso en la mejilla. Sansa se liberó de su presa y se apartó de él.

—No quiero. No puedo. Seguro que algo saldría mal. Cuando yo quería escapar no me ayudasteis, y ahora ya no me hace falta.

—Pero pequeña, ya está todo acordado. —Dontos clavó en ella una mirada estúpida—. El barco que os llevará a casa, el bote que os llevará al barco... Vuestro Florian lo ha hecho todo por su dulce Jonquil.

—Siento que os hayáis tomado tantas molestias —dijo—, pero ya no tengo ninguna necesidad de botes ni de barcos.

—Pero si todo es para poneros a salvo...

—Estaré a salvo en Altojardín. Willas me protegerá.

—Él no os conoce —insistió Dontos— y no osamará. Jonquil, Jonquil, abrid esos dulces ojos: para esos Tyrell no sois nada. Se quieren casar con vos por vuestros derechos.

—¿Mis derechos? —Sansa no comprendía nada.

—Pequeña —siguió él—, sois la heredera de Invernalia.

Volvió a agarrarla por el brazo, le suplicó que no siguiera adelante, y Sansa tuvo que soltarse por la fuerza. Lo dejó tambaleándose bajo el árbol corazón. Desde entonces no había vuelto a visitar el bosque de dioses.

Pero tampoco había olvidado qué le había dicho. « La heredera de Invernalia

—pensaba en la cama, por las noches—. “Se quieren casar con vos por vuestros derechos”. —Sansa había tenido tres hermanos. Jamás pensó que hubiera derechos para ella, pero Bran y Rickon habían muerto—. Pero aún queda Robb; ya es un adulto, pronto se casará y tendrá un hijo. Además, Willas Tyrell heredará Altojardín. ¿Para qué querría Invernalia?».

A veces susurraba su nombre contra la almohada, solo para oír cómo sonaba.

—Willas, Willas, Willas.

Willas era un nombre tan bonito como Loras; bueno, más o menos. Hasta se parecían un poco. ¿Qué importaba lo de su pierna? Willas sería señor de Altojardín, y ella sería su dama.

Se imaginaba con él, sentados en un jardín, los dos con cachorrillos en el regazo, o escuchando a un bardo que rasgueaba su laúd mientras se deslizaban por las aguas del Mander en una barcaza.

« Si le doy hijos, tal vez llegue a quererme. —Los llamaría Eddard, Brandon y Rickon, y los educaría para que fueran tan valientes como ser Loras—. Y para que odien a los Lannister» . En las fantasías de Sansa, sus hijos eran iguales que los hermanos que había perdido. A veces incluso había una niña parecida a Arya.

En cambio, no conseguía visualizar durante mucho rato seguido a Willas; en su imaginación, enseguida se transformaba en ser Loras, tan joven, tan gallardo, tan apuesto.

« No pienses eso —se dijo—. O cuando os conozcáis verá en tus ojos la decepción, ¿y cómo va a querer casarse contigo si sabe que a quien amas es a su hermano?» . Se recordaba constantemente que Willas Tyrell la doblaba en edad, era tullido, tal vez incluso regordete, y de rostro congestionado como su padre. Pero, por feo que fuera, quizá fuese el único campeón que tendría jamás.

En cierta ocasión soñó que todavía iba a casarse con Joff, ella, no Margaery, y en su noche de bodas se transformaba en el verdugo Ilyn Payne. Se despertó temblorosa. No quería que Margaery sufriera tanto como ella había sufrido, pero la aterraba la idea de que los Tyrell se negaran a seguir adelante con el matrimonio.

« Se lo he advertido, se lo he dicho, le he contado cómo es de verdad. —Tal vez Margaery no la creyera. Cuando estaba con ella, Joff se comportaba siempre como un perfecto caballero, igual que había hecho con Sansa—. No tardará en verlo tal como es. Si no es antes de la boda, será después» . Sansa tomó la decisión de encenderle una vela a la Madre que estaba en los cielos la siguiente vez que fuera al septo, para pedirle que protegiera a Margaery de la crueldad de Joff. Y tal vez otra vela al Guerrero, por Loras.

Mientras la costurera le tomaba las medidas decidió que luciría el vestido nuevo en la ceremonia que tendría lugar en el Gran Septo de Baelor.

« Por eso lo habrá encargado Cersei, para que no parezca una desharrapada en la boda. —Necesitaba otro vestido para el banquete que tendría lugar después,

pero se conformaría con uno de los viejos. No quería arriesgarse a que el nuevo se manchara de comida o de vino—. Tengo que llevártelo a Altojardín. —Quería aparecer radiante ante Willas Tyrell—. Aunque Dontos tenga razón, aunque desee Invernalia, y no a mí, puede llegar a quererme por mí misma» . Sansa se estrechó los brazos con fuerza mientras se preguntaba cuándo estaría listo el vestido. Se moría de ganas de ponérselo.

Las lluvias llegaron y pasaron, pero el cielo estaba más gris que azul, y todos los arroyos bajaban crecidos. La mañana del tercer día, Arya se dio cuenta de que el musgo crecía sobre todo en el lado de los árboles por el que no debía.

—Nos hemos equivocado de dirección —le dijo a Gendry cuando pasaron cabalgando junto a un olmo que tenía mucho musgo—. Estamos yendo hacia el sur. ¿Has visto en qué lado del tronco crece el musgo?

—Estamos siguiendo el camino, nada más. —El muchacho se apartó un mechón de pelo negro de los ojos—. Lo que pasa es que este tramo va hacia el sur.

« Llevamos todo el día viajando hacia el sur —habría querido decirle—. Y ayer, cuando íbamos por el lecho del arroyo, también». Pero el día anterior no había prestado mucha atención, así que no estaba segura.

—Creo que nos hemos extraviado —dijo en voz baja—. No debimos apartarnos del río. Solo teníamos que seguirlo.

—El río tiene curvas y meandros —replicó Gendry—. Seguro que esto es un atajo. Un camino que solo conocen los forajidos. Lim y Tom llevan años viviendo aquí.

Aquello era verdad. Arya se mordió el labio.

—Pero el musgo...

—Como siga lloviendo así, pronto nos crecerá musgo en las orejas —se quejó Gendry.

—Solo en la oreja sur —replicó Arya, testaruda.

Era inútil tratar de convencer al Toro. Pero, aun así, era el único amigo de verdad que tenía desde que Pastel Caliente los había dejado.

—Sharna dice que me necesita para hacer el pan —le había dicho el día que partieron a caballo—. Además, estoy harto de la lluvia, de que la silla de montar me haga llagas en el culo y de tener miedo constantemente. Aquí hay cerveza, me dan de comer conejo, y el pan estará bueno cuando lo haga yo. Ya lo verás cuando vuelvas. Porque volverás, ¿verdad? Cuando acabe la guerra. —En aquel momento recordó quién era Arya—. Mi señora —añadió, sonrojado.

Arya no sabía si la guerra terminaría alguna vez, pero había asentido.

—Siento haberte pegado aquella vez —dijo. Pastel Caliente era tonto y cobarde, pero la había acompañado desde Desembarco del Rey, y había llegado a acostumbrarse a él—. Te rompí la nariz.

—También se la rompiste a Lim. —Pastel Caliente sonrió—. Estuvo muy bien.

—A Lim no se lo pareció —replicó Arya con tristeza.

Hadía llegado la hora de partir. Cuando Pastel Caliente preguntó si podía besarle la mano a la señora, ella le dio un puñetazo en el hombro.

—No me llames señora. Tú eres Pastel Caliente y yo soy Arry.

—Aquí no soy Pastel Caliente. Sharna me llama Chico. Igual que al otro chico. Va a ser un lío.

Lo echaba de menos más de lo que había imaginado, aunque Harwin compensaba en parte su ausencia. Ella le había hablado de su padre, Hullen, y de cómo lo había encontrado moribundo en los establos de la Fortaleza Roja el día en que huyó.

—Siempre decía que moriría en un establo —comentó Harwin—, pero todos pensábamos que lo mataría algún garañón con mal genio, no una manada de leones.

Arya le habló también de Yoren y de cómo había escapado de Desembarco del Rey, y le contó buena parte de lo que le había pasado desde entonces, aunque no le dijo nada del mozo de cuadras al que había matado con *Aguja*, ni del guardia al que había cortado la garganta para salir de Harrenhal. Contárselo a Harwin habría sido como decírselo a su padre, y no soportaba la idea de que su padre supiera lo que había hecho.

Tampoco le habló de Jaqen H'ghar ni de las tres muertes que le había pagado. Arya llevaba siempre debajo del cinturón la moneda de hierro que le había dado, y a veces, de noche, la sacaba y recordaba cómo su rostro se había fundido y cambiado cuando se pasó la mano por delante.

—*Valar morghulis* —decía entre dientes—. Ser Gregor, Dunsen, Polliver, Raff el Dulce. El Cosquillas y el Perro. Ser Ilyn, ser Meryn, la reina Cersei, el rey Joffrey.

De los veinte hombres de Invernalia que su padre había enviado hacia el oeste con Beric Dondarrion solo quedaban seis, según le dijo Harwin, y estaban dispersos.

—Fue una trampa, mi señora. Lord Tywin hizo que la Montaña cruzara el Forca Roja a espada y fuego con la esperanza de atraer a vuestro señor padre. Su plan era que lord Eddard fuera en persona hacia el oeste, para encargarse de Gregor Clegane. De haberlo hecho, lo habrían matado o lo habrían capturado para intercambiarlo por el Gomo, que en aquellos momentos era prisionero de vuestra madre. Pero el Matarreyes no sabía del plan de lord Tywin, así que cuando se enteró de que habían capturado a su hermano, atacó a vuestro padre en las calles de Desembarco del Rey.

—Me acuerdo muy bien —dijo Arya—. Mató a Jory.

Jory siempre le había sonreído, al menos cuando no le estaba diciendo que saliera de entre sus pies.

—Mató a Jory —asintió Harwin—. Y a vuestro padre se le cayó el caballo encima y le rompió una pierna. Así que lord Eddard no pudo ir hacia el oeste. En su lugar envió a lord Beric, con veinte de sus hombres y otros tantos de Invernalia, entre ellos yo. También vinieron otros. Thoros y ser Raymun Darry,

junto con sus hombres; ser Gladden Wynde; un señor llamado Lothar Mallery... Pero Gregor nos esperaba en el Vado del Titiritero; tenía hombres apostados en ambas orillas. En cuanto cruzamos, nos atacó desde la vanguardia y la retaguardia.

» Vi cómo la Montaña mataba a Raymun Darry, de un golpe tan espantoso que a Darry le cortó el brazo por el codo y a la vez mató a su caballo. Gladden Wynde murió allí con él, y a lord Mallery lo derribaron y se ahogó. Los leones nos rodeaban por todas partes; me di por perdido igual que todos los demás, pero Alyn empezó a gritar órdenes y reorganizó nuestras filas, y los que todavía permanecíamos a caballo nos agrupamos en torno a Thoros y conseguimos abrirnos paso para escapar. Por la mañana éramos ciento veinte, y al anochecer apenas si quedábamos cuarenta. Lord Beric estaba herido de gravedad. Thoros le tuvo que arrancar del pecho un palmo de lanza y echarle vino hirviendo en el agujero.

» Estábamos seguros de que el señor moriría antes del amanecer. Pero Thoros se pasó la noche rezando con él junto al fuego, y cuando volvió a salir el sol, todavía estaba vivo y hasta un poco recuperado. Tuvieron que pasar quince días antes de que pudiera montar a caballo de nuevo, pero su valor nos dio fuerzas a todos. Nos dijo que nuestra guerra no había terminado en el Vado del Titiritero, que precisamente entonces había empezado, y que por cada uno de los nuestros que había muerto allí caerían diez enemigos.

» Para entonces, las batallas tenían lugar lejos de nosotros. Los hombres de la Montaña no eran más que la vanguardia de las huestes de lord Tywin. Cruzaron el Forca Roja con el grueso de sus fuerzas, arrasaron las tierras de los ríos y lo quemaron todo a su paso... Éramos tan pocos que lo único que podíamos hacer era hostigar su retaguardia, pero nos decíamos que nos uniríamos al rey Robert cuando avanzara hacia el oeste para aplastar la rebelión de lord Tywin. Y entonces fue cuando nos enteramos de que Robert había muerto, igual que lord Eddard, y de que el mocoso de Cersei Lannister ocupaba el Trono de Hierro.

» El mundo se había vuelto del revés. La mano del rey nos había enviado a capturar a unos criminales, y de repente los criminales éramos nosotros... y lord Tywin era la mano del rey. Algunos propusieron que nos rindiéramos en aquel momento, pero lord Beric se negó en redondo. Dijo que seguíamos siendo hombres del rey, y que los leones estaban asesinando al pueblo del rey. Si no podíamos luchar por Robert, lucharíamos por ellos, hasta que muriera el último de nosotros. Y eso hicimos, pero sucedió algo muy extraño. Por cada hombre que perdíamos aparecían dos para ocupar su lugar. Algunos eran caballeros o escuderos, de buena cuna, pero en su mayor parte eran plebeyos: jornaleros, taberneros, criados, zapateros... hasta dos septones. Hombres de todo tipo, y también mujeres, niños, perros...

—¿Perros? —Se sorprendió Arya.

—Sí —contestó Harwin con una sonrisa—. Uno de los muchachos tiene una jauría de los perros más fieros que te puedes imaginar.

—Me encantaría tener un buen perro fiero —dijo con melancolía—. Un perro que matara leones.

Había tenido una loba huargo, Nymeria, pero se había visto obligada a espantarla a pedradas para evitar que la reina la matara.

« ¿Un huargo podrá matar a un león?», se preguntó.

Por la tarde siguió lloviendo, y también buena parte del anochecer. Por suerte, los rebeldes tenían amigos por todas partes, de manera que no tuvieron que acampar al aire libre ni refugiarse a duras penas bajo la vegetación, tal como había tenido que hacer tan a menudo con Pastel Caliente y Gendry.

Aquella noche acamparon en una aldea quemada y abandonada. O al menos parecía abandonada hasta que Jack-con-Suerte hizo sonar el cuerno de caza con dos toques cortos, seguidos por otros dos largos. En aquel momento, de las ruinas y bodegas ocultas salieron personas de todo tipo. Tenían cerveza, manzanas secas y pan de cebada algo duro, y los rebeldes llevaban un ganso que Anguy había abatido en el río, de manera que la cena de aquella noche fue casi un banquete.

Arya estaba mordisqueando el último pedacito de carne de un ala cuando uno de los aldeanos se dirigió hacia Lim Capa de Limón.

—Hace menos de dos días pasaron por aquí unos hombres —dijo—; buscaban al Matarreyes.

—Pues que vayan a buscarlo a Aguasdulces. —Lim soltó un bufido—. A la más profunda de las mazmorras, un precioso agujero húmedo.

Tenía la nariz como una manzana aplastada, toda roja e informe, y estaba de muy mal humor.

—No —respondió otro aldeano—. Consiguió escapar.

« El Matarreyes». Arya sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Contuvo la respiración para oír mejor.

—¿Es posible que sea verdad? —preguntó Tom Siete.

—No me lo creo —intervino un hombre tuerto que llevaba un yelmo cónico oxidado. Los demás rebeldes lo llamaban Jack-con-Suerte, aunque a Arya no le parecía que perder un ojo fuera señal de mucha suerte—. Yo mismo he probado esas mazmorras. ¿Cómo ha podido escapar?

Ante aquello, los aldeanos no pudieron hacer otra cosa que encogerse de hombros. Barbaverde se acarició los bigotes grises y verdosos.

—Si el Matarreyes vuelve a estar suelto, los lobos se ahogarán en sangre. Hay que decírselo a Thoros. El Señor de Luz le mostrará a Lannister en las llamas.

—Aquí ya tenemos una hoguera estupenda —dijo Anguy con una sonrisa.

—¿Tengo pinta de sacerdote, Arquero? —Barbaverde se echó a reír y le dio un cachete—. Cuando Pello de Tyrosh escudriña el fuego, las brasas le

chamuscan la barba.

—Anda que no le gustaría a lord Beric capturar a Jaime Lannister —dijo Lim mientras se hacía crujir los nudillos.

—¿Lo ahorcaría, Lim? —preguntó una aldeana—. Sería una pena colgar a un hombre tan guapo.

—¡Primero el juicio! —dijo Anguy—. Lord Beric siempre les hace un juicio, lo sabes muy bien. —Sonrió—. Y luego los ahorca.

Hubo un coro de carcajadas. Luego, Tom pasó los dedos por las cuerdas de la lira y empezó a entonar una canción.

La Hermandad del Bosque Real, truhanes al margen de la ley.

Desde su castillo en el bosque invaden las tierras del rey.

A hombres y doncellas igual, su tesoro arrebata la grey.

La Hermandad del Bosque Real, ¡qué banda temible y sin ley!

Con ropa caliente y seca, en un rincón, entre Gendry y Harwin, Arya escuchó la canción un rato, antes de cerrar los ojos y dejarse vencer por el sueño. Soñó con su hogar; no con Aguasdulces, sino con Invernalia. Pero no fue un sueño agradable. Estaba fuera del castillo, sola, hundida en barro hasta las rodillas. Veía ante sí las murallas grises, pero cuando intentaba llegar a las puertas, cada paso le costaba más que el anterior, y el castillo se iba difuminando ante sus ojos hasta que pareció más de humo que de granito. También había lobos, figuras grises y escurridizas de ojos brillantes que acechaban entre los árboles a su alrededor. Cada vez que los miraba, la asaltaba el recuerdo del sabor de la sangre.

A la mañana siguiente se apartaron del camino para atajar por los campos. Hacía viento, y las hojas secas giraban en remolinos en torno a los cascos de sus caballos, pero al menos no llovía. Cuando el sol salió de detrás de una nube, resultó tan brillante que Arya tuvo que echarse la capucha hacia delante para que no la cegara.

—¡Nos hemos equivocado de dirección! —exclamó de repente, tirando de las riendas.

—¿Qué pasa? ¿Otra vez el musgo? —Gendry dejó escapar un gemido.

—¡Mira el sol! —replicó—. ¡Vamos hacia el sur! —Arya rebuscó en las alforjas de la silla hasta dar con el mapa y se lo mostró—. No tendríamos que habernos apartado del Tridente. Mirad. —Desenrolló el mapa sobre una pierna. Todos la estaban mirando—. Aquí: Aguasdulces está aquí, entre los ríos.

—Da la casualidad de que ya sabemos dónde está Aguasdulces —dijo Jack-con-Suerte—. Lo sabemos muy bien.

—No vamos a Aguasdulces —le espetó Lim con aspereza.

«Casi había llegado —pensó Arya—. Tendría que haber dejado que se llevaran nuestros caballos. Podría haber recorrido el resto del camino a pie». Recordó el sueño que había tenido y se mordió el labio.

—Vamos, pequeña, no pongas esa cara tan triste —dijo Tom de Sietecaues—. No te pasará nada malo, te doy mi palabra.

—¡La palabra de un mentiroso!

—Aquí nadie ha mentido —dijo Lim—. No te hemos prometido nada. No nos corresponde a nosotros decidir qué se hace contigo.

Pero Lim no era el jefe, y tampoco Tom. El jefe era Barbaverde, el tyroshi. Arya se volvió hacia él.

—Llévame a Aguasdulces y recibirás una recompensa —dijo a la desesperada.

—Pequeña —respondió Barbaverde—, si un plebeyo quiere, puede despellejar una ardilla común para guisarla, pero si encuentra una ardilla de oro, o se la lleva a su señor o lo lamentará.

—Yo no soy una ardilla —replicó Arya.

—Claro que sí —Barbaverde se echó a reír—. Eres una ardillita de oro que va a ir a ver al Señor del Relámpago, tanto si quiere como si no. Él sabrá qué conviene hacer contigo. Seguro que te envía con tu señora madre, tal como túquieres.

—Claro —asintió Tom de Sietecaues—, lord Beric es así. Hará lo que sea mejor para ti, ya verás.

«Lord Beric Dondarrion». Arya recordó todo lo que había oído en Harrenhal, tanto de boca de los Lannister como de los titiriteros sangrientos. Lord Beric, el fantasma del bosque. Lord Beric, al que había dado muerte Vargo Hoat, y antes que él ser Amory Lorch, y también la Montaña que Cabalga, en dos ocasiones.

«Si no me envía a mi casa, a lo mejor lo mato yo también».

—¿Por qué tengo que ir a ver a lord Beric?

—Le llevamos a todos los prisioneros nobles —dijo Anguy.

«Prisioneros. —Arya respiró profundamente para serenarse—. Tranquila como las aguas en calma. —Miró a los rebeldes a caballo e hizo girar la cabeza a su montura—. Ahora, rápida como una serpiente», pensó al tiempo que clavaba los talones en los flancos del corcel.

Salió como una centella entre Barbaverde y Jack-con-Suerte, y vio durante un instante la expresión de sobresalto en el rostro de Gendry cuando el muchacho apartó la yegua para dejarla pasar. Y al momento se encontró en campo abierto, a galope tendido.

Norte o sur, este u oeste, en aquel momento no importaba. Más tarde buscaría el camino hacia Aguasdulces, en cuanto los despistara. Arya se inclinó sobre la silla y mantuvo el galope. A sus espaldas, los rebeldes maldecían y le gritaban

que volviera. No hizo caso de las llamadas, pero al girar la cabeza y mirar, vio que cuatro de los hombres iban tras ella. Anguy, Harwin y Barbaverde cabalgaban codo con codo, seguidos a corta distancia por Lim, con la larga capa amarilla ondeando a su espalda.

—Veloz como un ciervo —le dijo a su montura—. Corre, corre, ¡corre!

Arya cruzó como una flecha los campos cubiertos de hierbajos marchitos y montones de hojas secas que formaban remolinos cuando pasaba al galope. Divisó un bosque a su izquierda. « Ahí podré despistarlos». A lo largo de un lado del campo había una zanja, pero la consiguió salvar de un salto sin perder el ritmo, y se lanzó hacia el grupo de olmos, tejos y abedules. Una mirada rápida hacia atrás le mostró que Anguy y Harwin aún le pisaban los talones. Barbaverde se había quedado rezagado, y a Lim no se lo veía por ninguna parte.

—Más deprisa —le dijo al caballo—. Vamos, ¡vamos!

Pasó al galope entre dos olmos sin pararse a mirar en qué lado crecía el musgo. Saltó un tronco medio podrido, y describió un círculo para esquivar un gigantesco montón de hojarasca y ramas rotas. Subió por una suave pendiente y bajó por el otro lado, aminorando la marcha y volviendo a acelerar mientras las herraduras de su caballo arrancaban chispas del pedernal. En la cima de una colina se aventuró a mirar atrás. Harwin le había sacado cierta ventaja a Anguy, pero ambos la seguían de cerca. Barbaverde se había quedado mucho más atrás, y al parecer, su caballo flaqueaba.

Un arroyo cubierto de hojas secas se cruzó en su camino. Hizo que el caballo se adentrara, salpicando en sus aguas; muchas hojas se le quedaron pegadas a las patas cuando salió por la otra orilla. Allí, la maleza era más espesa, y había en el suelo tantas raíces y rocas que tuvo que aminorar la marcha, pero de todos modos siguió cabalgando tan deprisa como se atrevió. Otra colina, más empinada, se alzó ante ella. Subió por una ladera y bajó por la otra.

« ¿Qué extensión tendrá este bosque? —se preguntó. Sabía que su caballo era el más rápido; había robado la mejor montura de Roose Bolton de los establos de Harrenhal, pero allí la velocidad no le servía de nada—. Tengo que volver a los campos. Tengo que encontrar un camino».

Pero lo único que encontró fue una vereda de animales. Era estrecha e irregular, pero menos era nada. Galopó por ella mientras las ramas le azotaban el rostro. Una se le enganchó en la capucha, y se la echó hacia atrás de un tirón, y durante un momento temió que la hubieran alcanzado. Un zorro salió de los arbustos a su paso, sobresaltado ante aquel galope furioso. La vereda la llevó hasta otro arroyo. ¿O se trataba del mismo? ¿Habría dado media vuelta sin darse cuenta? No tenía tiempo para pensar en aquello; oía los cascos de los caballos de sus perseguidores. Los espinos le arañaban el rostro como los gatos que había perseguido en Desembarco del Rey. Los gorriones levantaron el vuelo en desbandada de las ramas de un aliso. Pero los árboles estaban cada vez más

dispersos, y de repente se encontró en campo abierto. Ante ella se extendían prados llanos, todos hierbajos y trigo silvestre sucio y pisoteado. Arya espoleó al caballo para que recuperase el galope.

«Corre —pensó—, corre hacia Aguasdulces, corre hacia casa. —¿Los habría despistado? Echó un breve vistazo hacia atrás, y allí estaba Harwin, a poco más de seis pasos y ganándole terreno—. No. No, no es posible. No, no es justo».

Cuando él la alcanzó y le quitó las riendas, los dos caballos echaban ya espuma por la boca y estaban agotados. La propia Arya jadeaba sin aliento. Sabía que la pelea había terminado.

—Cabalgaís como un norteño, mi señora —dijo Harwin cuando se hubieron detenido—. Vuestra tía era igual. Me refiero a lady Lyanna. Pero recordad que mi padre era el caballerizo mayor.

—Creía que eras leal a mi padre —dijo lanzándole una mirada llena de dolor.

—Lord Eddard está muerto, mi señora. Ahora soy leal al Señor del Relámpago y a mis hermanos.

—¿Qué hermanos? —Que Arya recordara, el viejo Hullén no había tenido más hijos varones.

—A Anguy, Lim, Tom Siete, Jack y Barbaverde: a todos ellos. No tenemos nada contra vuestro hermano, mi señora... pero no luchamos por él. Ya tiene un ejército y más de un gran señor que se arrodilla ante él. En cambio, el pueblo solo nos tiene a nosotros. —La miró inquisitivo—. ¿Entendéis bien lo que os estoy diciendo?

—Sí.

Entendía más que bien que no era leal a Robb. Y que ella era su prisionera.

«Podría haberme quedado con Pastel Caliente —pensó—. Podríamos haber navegado en aquel botecito río arriba, hasta Aguasdulces. —Le habría ido mejor si hubiera seguido siendo un pajarito desvalido. A un pajarito, nadie lo tomaba prisionero: ni a Nan, ni a Comadreja, ni a Arry el huérfano—. Fui una loba. Pero vuelvo a ser una dama, una estúpida damita».

—Y ahora, ¿vais a cabalgar tranquila? —le preguntó Harwin—. ¿O tendré que ataros y echaros sobre el caballo?

—Cabalgaré tranquila —dijo con tono hosco.

«Por ahora».

Entre sollozos, Sam dio un paso más.

«Este es el último —pensó—, el último. Ya no puedo más, no puedo seguir. —Pero sus pies se movieron de nuevo. Primero uno, luego el otro. Dieron un paso, después otro—. No son mis pies, son de otro, es otro el que camina, no es posible que sea yo».

Miró hacia abajo y los vio trastabillando en la nieve. Eran cosas torpes y amorfas. Creía recordar que las botas habían sido negras, pero la nieve se había apelmazado en torno a ellas, y eran ya informes bultos blancos; tenía dos pies deformes de hielo.

Y no paraba. La nieve, no paraba. Los ventisqueros le llegaban por encima de las rodillas, y una costra de hielo le cubría los muslos como un calcón blanco. Caminaba arrastrándose, tambaleante. La pesada mochila que portaba le daba el aspecto de un jorobado monstruoso. Y estaba tan, tan cansado...

«No puedo seguir. Madre, ten piedad, no puedo seguir».

Cada cuatro o cinco pasos tenía que agacharse para subirse el cinto de la espada; la había perdido en el Puño, pero la vaina todavía hacia que se le cayera el cinturón. Lo que sí tenía eran dos cuchillos: el puñal de vidriagón que Jon le había regalado y el de acero, con el que cortaba la carne. Pesaban bastante, y tenía el vientre tan prominente y redondo que, si no se iba subiendo el cinturón, se le caía hasta los tobillos, por mucho que se lo apretase. En cierta ocasión había tratado de abrochárselo por encima de la barriga, pero le quedaba casi en los sobacos. Grenn había estado a punto de morirse de risa solo de verlo.

—Conocí a un hombre que llevaba la espada al cuello igual que tú —había comentado Edd el Penas—. Un día tropezó, y la empuñadura le entró por la nariz.

Sam también tropezaba sin cesar. Bajo la nieve había rocas, y también raíces de árboles, cuando no agujeros profundos en el suelo helado. Bernarr el Negro se había metido en uno y se había roto el tobillo; aquello había sido hacía tres días, o tal vez cuatro... En realidad, no sabía cuánto tiempo había pasado. Despues de aquello, el lord comandante ordenó que Bernarr fuera a caballo.

Entre sollozos, Sam dio un paso más. Aquello se parecía más a caer que a caminar, una caída interminable en la que no se llegaba nunca al suelo, solo se caía hacia delante, hacia delante, sin cesar.

«He de parar, me duele todo. Tengo mucho frío, estoy muy cansado, necesito dormir una siestecita junto a una hoguera y tomar un bocado de cualquier cosa que no esté congelada».

Pero si se detenía, moriría. Lo sabía muy bien. Lo sabían todos, los pocos que quedaban. Cuando huyeron del Puño eran cincuenta, tal vez más, pero algunos se habían extraviado en la nieve, algunos de los heridos habían muerto

desangrados... y en ocasiones, Sam había oído gritos a sus espaldas, procedentes de la retaguardia. Uno de los gritos fue aterrador. Al oírlo echó a correr, veinte o treinta pasos, tan deprisa como pudo, levantando la nieve con los pies casi helados. Si hubiera tenido unas piernas más fuertes, no habría dejado de correr.

«Están detrás de nosotros, siguen detrás de nosotros, nos van cazando uno a uno» .

Entre sollozos, Sam dio un paso más. Hacía tanto tiempo que no sentía más que frío que se estaba olvidando de cómo era el calor. Llevaba tres pares de medias y dos capas de ropa interior bajo una túnica doble de lana de cordero, y por encima de todo aquello, un jubón acolchado que lo protegía del acero frío de la cota de malla. Sobre ella llevaba una sobrevesta suelta hasta la cintura, y por último, una capa de grosor triple, que se abrochaba con un botón de hueso por debajo de las papadas. La capucha le caía sobre la frente. En las manos llevaba unos guantes finos de lana y cuero, y encima, unos mitones de piel gruesa. Se ceñía la parte inferior del rostro con una bufanda, y llevaba un gorro de lana que le cubría las orejas por debajo de la capucha. Y pese a todo, el frío le llegaba hasta los huesos. Lo había sentido sobre todo en los pies. Ya ni siquiera los notaba, pero hasta el día anterior le habían dolido tanto que apenas si soportaba estar de pie, mucho menos, caminar. Con cada paso tenía que contener un grito. ¿Había sido un día antes? No lo recordaba. No había dormido desde lo del Puño, desde que había sonado el cuerno. A menos que hubiera dormido mientras caminaba. ¿Se podía dormir andando? Sam no lo sabía, o tal vez lo había olvidado.

Entre sollozos, dio un paso más. La nieve se arremolinaba a su alrededor. A veces caía de un cielo blanco; a veces, de un cielo negro. Era lo único que quedaba del día y de la noche. La llevaba sobre los hombros como una segunda capa, y se le amontonaba en la mochila de la espalda de manera que era cada vez más pesada, más difícil de transportar. Sentía un dolor atroz en la rabadilla, como si le hubieran clavado un cuchillo y lo retorcieran a cada paso. El peso de la cota de malla le destrozaba los hombros. Habría dado casi cualquier cosa por quitársela, pero le daba miedo. De todos modos, para eso habría tenido que quitarse la capa, y el frío lo habría matado.

«Ojalá fuera más fuerte...» . Pero no lo era, y con desecharlo no ganaba nada. Sam era débil y gordo, tan gordo que apenas si podía con su peso; la cota de malla era demasiado para él. Sentía como si le estuviera despellejando los hombros, a pesar de las capas de tejido acolchado que separaban el acero de la piel. Lo único que podía hacer era llorar, y cuando lloraba, las lágrimas se le congelaban en las mejillas.

Entre sollozos, dio un paso más. La costra de hielo estaba rota en el lugar donde había puesto el pie; de lo contrario estaba seguro de que no habría podido moverlo. A la derecha y a la izquierda, apenas entrevistas junto a los árboles silenciosos, las antorchas se convertían en difusos halos anaranjados, tras la

cortina de nieve que seguía cayendo. Siempre que volvía la cabeza los veía deslizarse sigilosamente entre los árboles. Se movían arriba y abajo, adelante y atrás.

« El círculo de fuego del Viejo Oso —recordó—, y pobre del que se salga de él». Al caminar le daba la sensación de que perseguía a las antorchas, pero ellas también tenían piernas, y eran más largas y fuertes que las suyas, de manera que no las alcanzaba nunca.

El día anterior había suplicado que le permitieran llevar una antorcha, aunque aquello implicara avanzar fuera de la columna y en los confines de la oscuridad. Quería fuego, soñaba con fuego.

« Si me dejaran el fuego, no tendría tanto frío». Pero le recordaron que ya había llevado una antorcha al principio, que se le había caído y la nieve se la había apagado. Sam no recordaba que se le hubiera caído una antorcha, pero supuso que sería verdad. No tenía fuerzas para mantener el brazo extendido mucho rato. ¿Quién le había recordado lo de la antorcha? ¿Edd o tal vez Grenn? De aquello tampoco se acordaba. « Gordo, inútil y torpe; hasta los sesos se me están congelando». Dio un paso más.

Se había enrollado la bufanda en torno a la nariz y la boca, pero se le había llenado de mocos, y estaba tan rígida que tenía miedo de que se le hubiera congelado y se le hubiera quedado pegada a la cara. Hasta respirar costaba un gran esfuerzo; el aire era tan frío que dolía al tragarlo.

—Madre, ten piedad —murmuró con la voz ahogada bajo la máscara helada —. Madre, ten piedad. Madre, ten piedad. Madre, ten piedad. —Con cada súplica daba un paso, arrastrando los pies entre la nieve—. Madre, ten piedad. Madre, ten piedad. Madre, ten piedad.

Su verdadera madre estaba al sur, a mil leguas de allí, con sus hermanas y su hermanito Dickon, a salvo en el castillo de Colina Cuerno.

« No me oye. Igual que no me oye la Madre». Todos los septones decían que la Madre era misericordiosa, pero más allá del Muro, los Siete no tenían ningún poder. Allí gobernaban los antiguos dioses, los dioses sin nombre de los árboles, de los lobos y de las nieves.

—Piedad —susurró a quienes pudieran escucharlo, ya fueran dioses antiguos o nuevos, o hasta demonios—. Piedad, piedad, piedad.

« Maslyn pidió piedad a gritos». ¿Por qué se había acordado de aquello de repente? No era un recuerdo grato. Maslyn había caído hacia atrás, perdió la espada, suplicó, se rindió; hasta llegó a quitarse el grueso guante negro y lo arrojó ante sí como si fuera un guantelete. Aún gritaba pidiendo clemencia cuando el espectro lo cogió por la garganta, lo levantó por los aires y casi le arrancó la cabeza del todo. « A los muertos no les queda lugar para la piedad, y los Otros... No, no quiero pensar en eso, no debo. No lo recuerdes, camina, camina y nada más, camina» .

Entre sollozos, dio un paso más.

Tropezó con una raíz oculta bajo la capa de hielo, perdió el equilibrio y cayó sobre una rodilla con todo su peso, con tanta fuerza que se mordió la lengua. Sintió el sabor de la sangre en la boca; era lo más cálido que había probado desde el Puño.

« Se acabó», pensó. Había caído y no tenía fuerzas para volver a levantarse. Buscó a tientas una rama y se aferró a ella para tratar de ponerse en pie, pero las piernas entumecidas no lo aguantaban; la cota de malla pesaba demasiado, y él estaba muy gordo, y muy débil, y muy cansado...

—Venga, Cerdí, en pie —le gruñó alguien al pasar.

Pero Sam no prestó atención. « Ya está: me dejó caer en la nieve y ciervo los ojos». No estaría tan mal morir allí. No había forma humana de tener más frío, y en cuanto pasara un ratito dejaría de sentir el dolor de los riñones y el tormento de los hombros, igual que ya no sentía los pies. « No sería el primero en morir, eso no podrán achacármelo». En el Puño habían muerto cientos de hombres, habían caído a su alrededor, y luego muchos más, los había visto. Sam, tembloroso, se soltó de la rama y se dejó caer en la nieve. Estaba fría y húmeda, lo sabía, pero casi no lo notaba a través de la ropa. Clavó la vista en el cielo blancuzco, mientras los copos de nieve le caían sobre el estómago, el pecho y los párpados. « La nieve me cubrirá como una manta blanca, una manta gruesa. Bajo la nieve tendré calor, y si hablan de mí, tendrán que decir que caí como un hombre de la Guardia de la Noche. Eso es. Eso es. Cumplí con mi deber. No podrán decir que violé el juramento. Soy gordo, soy débil y soy cobarde, pero cumplí con mi deber».

Había estado al cargo de los cuervos. Aquel era el motivo por el que lo habían llevado allí. Él no había querido ir, se lo había dicho, les había dicho lo cobarde que era. Pero el maestre Aemon era muy viejo, además estaba ciego, de modo que tuvieron que enviar a Sam para que se encargara de los cuervos. El lord comandante le había dado unas órdenes muy precisas en cuanto acamparon en el Puño.

—Tú no vales para pelear. Eso ya lo sabemos, chico. Si llegan a atacarnos, no intentes demostrar lo contrario; no harías más que estorbar. Lo que tienes que hacer es enviar un mensaje. Y no vengas corriendo a preguntarme qué tiene que decir. Escríbelo tú mismo, y envía un pájaro al Castillo Negro y otro a la Torre Sombría. —El Viejo Oso apuntó con un dedo enguantado a la cara de Sam—. Me da igual si tienes tanto miedo que te cagas en los calzones, y me da igual si hay un millar de salvajes pidiendo a gritos tu sangre; envía esos pájaros o te juro que te perseguiré por los siete infiernos, y te aseguro que lamentarás no haberlo hecho.

—Lamentarás, lamentarás, lamentarás —había graznado el cuervo de Mormont, inclinando la cabeza.

Sam lo lamentaba. Lamentaba no haber sido más valiente, más fuerte y más hábil con la espada, no haber sido mejor hijo para su padre y mejor hermano para Dickon y las niñas. También lamentaba saber que iba a morir, pero hombres mejores que él habían muerto en el Puño, hombres valientes, hombres de verdad, no críos gordos y chillones como él. Al menos, el Viejo Oso no lo perseguiría por los infiernos.

«Envié los pájaros. Al menos eso si lo hice bien». Había escrito los mensajes con antelación, mensajes breves y sencillos en los que hablaba de un ataque en el Puño de los Primeros Hombres; luego se los había guardado en la bolsa de los pergaminos, con la esperanza de no tener que enviarlos jamás.

Cuando los cuernos sonaron, Sam estaba durmiendo. Al principio pensó que lo había soñado, pero al abrir los ojos vio que la nieve caía sobre el campamento, y que todos los hermanos negros cogían arcos y lanzas y corrían hacia la muralla circular. El único que quedaba cerca de él era Chett, el antiguo mayordomo del maestre Aemon, con aquella cara llena de granos y el enorme quiste del cuello. Sam nunca había visto tanto miedo plasmado en la cara de un hombre como el que vio en la de Chett cuando el tercer toque del cuerno llegó desde los árboles.

—Ayúdame a sacar los pájaros —le suplicó, pero el otro mayordomo dio media vuelta y echó a correr con el puñal en la mano.

«Tiene que hacerse cargo de los perros», recordó Sam. Y seguramente el lord comandante también le había dado a él órdenes concretas.

Había sentido los dedos rígidos y temblorosos dentro de los guantes, había titirido de miedo y de frío, pero consiguió dar con la bolsa de los pergaminos y sacar los mensajes que tenía escritos. Los cuervos graznaban furiosos y, cuando abrió la jaula del Castillo Negro, uno de ellos se le escapó volando. Dos más consiguieron zafarse antes de que Sam pudiera atrapar un pájaro, que además le clavó el pico a través del guante y le hizo sangre. Pese a todo, consiguió retenerlo el tiempo suficiente para atarle el rollito de pergamino. Para entonces, el cuerno de guerra había dejado de sonar, pero el Puño era un bullicio de órdenes lanzadas a gritos entre el clamor del acero.

—¡Vuela! —exclamó Sam al tiempo que lanzaba el cuervo al aire.

Los pájaros de la jaula de la Torre Sombria graznaban y aleteaban con tanta furia que le dio miedo abrir la puerta, pero consiguió superarlo. En aquella ocasión atrapó el primer cuervo que trató de escapar. Un momento más tarde, el ave volaba entre la nieve para llevar la noticia del ataque.

Una vez cumplido su deber, terminó de vestirse con dedos torpes y temblorosos; se puso la gorra, el chaleco y la capa con capucha, y se abrochó el cinturón de la espada, muy apretado, para que no se le cayera. Luego cogió la mochila y empezó a guardar sus cosas, la ropa interior y los calcetines secos, las puntas de flecha y de lanza de vidriagón que Jon le había regalado, y también el cuerno viejo, sus pergaminos, la tinta y las plumillas, los mapas que había ido

dibujando y un embutido al ajo, duro como una piedra, que había estado guardando desde que salió del Muro. Lo ató todo bien y se echó la mochila al hombro.

«El lord comandante me dijo que no fuera hacia la muralla circular —recordó—, pero que tampoco fuera a buscarlo a él». Sam respiró profundamente y se dio cuenta de que no sabía qué debía hacer a continuación.

Recordaba haber vagado en círculo, perdido, a medida que el miedo crecía en su interior, como le pasaba siempre. Los perros ladran y los caballos relinchaban, pero la nieve amortiguaba los sonidos y hacía que parecieran proceder de muy lejos. Sam no veía nada a tres pasos de distancia, ni siquiera las antorchas que ardían a lo largo del muro bajo de piedra que rodeaba la cima de la colina.

«¿Será posible que las antorchas se hayan apagado? —La sola idea le inspiraba pavor—. El cuerno sonó tres veces. Tres llamadas largas significan que vienen los Otros». Los caminantes blancos del bosque, las sombras frías, los monstruos de las leyendas que de niño lo hacían gritar y temblar... Siempre a lomos de gigantescas arañas de hielo, sedientos de sangre...

Desenvainó la espada con manos torpes y avanzó con dificultad por la nieve. Un perro pasó ladrandó junto a él, y entonces vio a algunos de los hombres de la Torre Sombria, hombres corpulentos, barbudos, con hachas de mango largo y lanzas de tres varas. Con ellos se sintió un poco más seguro, de manera que los siguió en su camino hacia la muralla. Al ver que todavía ardían las antorchas sobre el círculo de piedra se estremeció de puro alivio.

Los hermanos negros estaban allí, con las espadas y las lanzas en la mano, a la espera, mientras veían caer la nieve. Ser Mallador Locke pasó a lomos de su caballo, con el yelmo cubierto de copos de nieve. Él se quedó atrás y buscó con la mirada a Grenn o a Edd el Penas.

«Si voy a morir, al menos que sea junto a mis amigos», recordó haber pensado. Pero todos los que lo rodeaban eran desconocidos, hombres de la Torre Sombria que servían a las órdenes de un explorador llamado Blane.

—Ahí vienen —oyó decir a un hermano.

—Cargad los arcos —ordenó Blane.

Veinte flechas negras salieron de otros tantos carcajes.

—Los dioses se apiaden de nosotros, son cientos —susurró una voz.

—Tensad —dijo Blane—. Aguantad.

Sam no veía nada ni quería ver nada. Los hombres de la Guardia de la Noche permanecieron tras las antorchas, a la espera con los arcos tensos junto a las orejas, mientras algo se acercaba en la oscuridad, algo ascendía entre la nieve por la ladera resbaladiza.

—Aguantad —repitió Blane—. Aguantad, aguantad. —Y de pronto—: ¡Ahora!

Las flechas silbaron al cortar el aire.

Un grito de alegría surgió de entre los hombres situados junto a la muralla circular, pero casi murió en sus gargantas.

—No se detienen, mi señor —le dijo uno a Blane.

—¡Vienen más! —gritó otro—. ¡Allí, mirad, entre los árboles!

—Los dioses se apiaden de nosotros, ¡los tenemos encima!

Para entonces, Sam ya estaba retrocediendo; temblaba como una hoja sacudida por ráfagas de viento, tanto por el miedo como por el frío. Aquella noche había sido gélida.

«Aún más que esta. La nieve parece casi caliente. Ya me siento mejor. Solo me hacía falta descansar un poco. Enseguida tendré fuerzas para andar otra vez. Enseguida».

Un caballo le pasó junto a la cabeza. Era un animal gris con nieve en las crines y los cascos llenos de hielo. Sam lo vio acercarse; luego lo vio alejarse. Apareció otro entre la cortina de nieve. Un hombre de negro tiraba de sus riendas. Al ver a Sam atravesado en el camino, lo insultó e hizo dar un rodeo al animal.

«Ojalá tuviera yo un caballo —pensó—. Si lo tuviera, podría seguir en marcha, me sentaría y hasta podría echar un sueñecito». Pero habían perdido la mayor parte de las monturas en el Puño, y las que les quedaban transportaban los alimentos, las antorchas y a los heridos. Sam no era uno de los heridos. «Solo un gordo, un debilucho y el mayor cobarde de los Siete Reinos».

Y qué cobarde era. Lord Randyll, su padre, siempre se lo había dicho, y tenía toda la razón. Sam era su heredero, pero nunca se había mostrado digno de tal honor, de manera que su padre lo envió al Muro. Su hermano pequeño, Dickon, heredaría las tierras y el castillo de los Tarly, así como el mandoble *Veneno de Corazón*, que los señores de Colina Cuerno habían esgrimido con orgullo durante siglos. Se preguntó si Dickon derramaría una lágrima por el hermano que había muerto en medio de la nieve, en los confines del mundo.

«¿Por qué va a llorar? Un cobarde no merece que lloren por él». Había oído a su padre decirle aquello mismo a su madre mil veces. El Viejo Oso también lo sabía.

—¡Flechas de fuego! —había rugido el lord comandante aquella noche en el Puño, cuando apareció de repente a lomos de su caballo—. ¡Vamos a darles llamas! —Fue entonces cuando advirtió la presencia del tembloroso Sam—. ¡Tarly! ¡Quita de en medio! ¡Tienes que estar con los cuervos!

—Ya... ya... ya he enviado los mensajes.

—Bien.

—Bien, bien —repitió el cuervo de Mormont, que iba sobre su hombro. Envuelto en pieles y con la cota de malla, el lord comandante parecía inmenso. Los ojos le relampagueaban tras el visor de hierro negro—. Aquí no haces más

que estorbar. Quédate junto a las jaulas. Si tengo que enviar otro mensaje, no quiero tener que empezar por buscarte. Ocúpate de que los pájaros estén preparados.

No aguardó su respuesta, sino que hizo dar la vuelta al caballo y lo puso al trote a lo largo del círculo.

—¡Fuego! —gritaba—. ¡Flechas de fuego!

No hizo falta que nadie le repitiera la orden a Sam. Regresó junto a los pájaros tan deprisa como se lo permitieron las piernas.

« Tengo que escribir el mensaje con antelación —pensó—, así podremos enviar los pájaros en cuanto haga falta». Tardó mucho en encender una pequeña hoguera para calentar la tinta congelada. Se sentó en una roca junto a ella, cogió pluma y pergamino, y escribió los mensajes.

« Atacados en medio de la nieve, pero los hemos repelido con flechas de fuego», escribió mientras escuchaba las órdenes que les daba Thoren Smallwood a los arqueros. El silbido de las flechas era un sonido tan dulce como la plegaria de una madre.

—¡Arded, cabrones muertos, arded! —gritó Dywen entre risas que parecían graznidos, mientras los hermanos lanzaban gritos de ánimo y maldiciones.

« Estamos a salvo —escribió—. Seguimos en el Puño de los Primeros Hombres». Sam esperaba que fueran mejores arqueros que él.

Puso la nota a un lado y cogió otro pergamino en blanco. « Seguimos luchando en el Puño, en medio de una densa nevada», escribió.

—¡Se siguen acercando! —gritó alguien en aquel momento.

« Resultado incierto», siguió escribiendo.

—¡Las lanzas! —rugió alguien, tal vez ser Mallador, aunque Sam no habría podido jurarlo.

« Atacados por espectros en el Puño, en medio de la nieve —escribió—, pero los repelimos con fuego». Volvió la cabeza. A través de la nevada solo alcanzaba a divisar la gran hoguera que ardía en el centro del campamento y a los jinetes que se movían inquietos a su alrededor. Sabía que eran la reserva, que estaban preparados para arrollar a cualquier cosa que traspasara el muro circular. Se habían armado con antorchas, en lugar de espadas, y las estaban encendiendo con las llamas de la hoguera.

« Los espectros nos han rodeado —escribió al oír los gritos procedentes de la cara norte—. Atacan a la vez desde el norte y desde el sur. Las lanzas y las espadas no los detienen, solo el fuego».

—¡Más flechas, más flechas! —gritó una voz en medio de la noche.

—¡Joder, es enorme! —se oyó otra.

—¡Un gigante! —gritó una tercera.

—¡Es un oso, un oso! —insistió una cuarta.

Un caballo relinchó, los perros empezaron a aullar, y los gritos se

entremezclaron tanto que Sam ya no fue capaz de distinguir las voces. Escribió más deprisa, nota tras nota. « Salvajes muertos y un gigante, o tal vez un oso, los tenemos encima, nos rodean. —Oyó el sonido del acero contra la madera, lo que solo podía significar una cosa—. Los espectros han traspasado la muralla circular. Se lucha dentro del campamento. —Una docena de hermanos a caballo pasaron junto a él en dirección a la zona este del muro, cada uno con una antorcha llameante en la mano—. El lord comandante los recibe con fuego. Hemos vencido. Estamos venciendo. Defendemos la posición. Hemos roto el cerco y nos replegamos hacia el Muro. Estamos atrapados en el Puño».

Uno de los hombres de la Torre Sombría surgió tambaleante de la oscuridad y fue a desplomarse junto a Sam. Se arrastró hasta la hoguera antes de morir. « Perdidos —escribió Sam—. Hemos perdido la batalla. Estamos perdidos».

¿Por qué estaba recordando la batalla del Puño? No quería recordarla. No. Trató de acordarse de su madre, de su hermanita Talla o de Elí, la chica del Torreón de Craster. Alguien lo sacudió por el hombro.

—Levántate —le dijo una voz—. No puedes dormirte aquí, Sam. Levántate; tienes que caminar.

« No estaba dormido, estaba recordando» .

—Vete —dijo, y sus palabras se congelaron en el aire gélido—. Estoy bien. Quiero descansar.

—Levántate —insistió la voz de Grenn, áspera, ronca. Se inclinó sobre Sam; llevaba las ropas negras llenas de nieve—. El Viejo Oso ha dicho que nada de descansar. Vas a morir.

—Grenn. —Sonrió—. No, de verdad, aquí estoy bien. Sigue. Os alcanzaré en cuanto descance un poco más.

—No. —Grenn tenía la espesa barba castaña congelada en torno a la boca. Le daba aspecto de anciano—. Te congelarás o te atraparán los Otros. ¡Levántate, Sam!

Una noche antes de que partieran del Muro, Pyp le había estado tomando el pelo a Grenn, como siempre. Sam recordaba cómo sonreía al decir que Grenn iba a ser un excelente explorador, ya que era demasiado idiota para tener miedo. Grenn lo negó con energía hasta que se dio cuenta de lo que estaba diciendo. Era achaparrado, de cuello grueso y fuerte. Ser Alliser Thorne lo llamaba Uro, igual que a él lo llamaba ser Cerdí, y a Jon, lord Nieve, pero Grenn siempre había tratado bien a Sam. « Solo gracias a Jon. Si no fuera por Jon, ninguno me tendría el menor aprecio» . Y Jon había desaparecido, se había perdido en el Paso Aullante con Qhorin Mediámano. Lo más seguro era que estuviera muerto. Sam habría llorado su pérdida, pero las lágrimas se le habrían congelado, y apenas si conseguía mantener los ojos abiertos.

Un hermano de elevada estatura se detuvo junto a ellos con una antorcha en la mano, y durante un instante maravilloso, Sam sintió su calidez en el rostro.

—Déjalo ahí —le dijo el hombre a Grenn—. El que no pueda caminar está perdido. Ahorra energías para ti, Grenn.

—Se levantará —replicó Grenn—. Solo le hace falta que le eche una mano.

El hombre echó a andar y se llevó consigo el anhelado calor. Grenn trató de poner en pie a Sam.

—Me haces daño —se quejó—. Para ya, Grenn, que me haces daño en el brazo. Para.

—Joder, pesas demasiado.

Grenn le metió las manos debajo de los sobacos, dejó escapar un gruñido y consiguió ponerlo en pie. Pero, en cuanto lo soltó, el muchacho gordo volvió a sentarse en la nieve. Grenn le dio una patada, un fuerte puntapié que reventó la costra de nieve que le envolvía la bota y lanzó al aire fragmentos de hielo.

—¡Levántate! —Le asestó otra patada—. Levántate, tienes que andar. ¡Tienes que andar!

Sam se dejó caer de costado y se encogió sobre sí mismo para defenderse de los puntapiés. Apenas si los sentía a través de todas las prendas de lana, cuero y malla, pero aun así le dolían.

« Creía que Grenn era mi amigo. A los amigos no se les dan patadas. ¿Por qué no me deja en paz? Lo único que necesito es descansar, nada más, descansar y dormir, y tal vez morirme un ratito» .

—Si te haces cargo de la antorcha, yo llevaré al gordo.

De repente se sintió izado en el aire gélido. Lo habían alejado de la dulce y mullida nieve; flotaba. Sintió un brazo bajo las rodillas y otro en la espalda. Sam alzó la vista y parpadeó. Un rostro se cernió sobre el suyo, una cara ancha y brutal, con la nariz aplastada, los ojos pequeños y oscuros, y una tosca barba castaña. Conocía aquel rostro, pero tardó un instante en hacer memoria. « Paul. Paul el Pequeño» . El calor de la antorcha le derritió el hielo de la cara, y el agua se le metió en los ojos.

—¿Puedes con él? —Oyó preguntar a Grenn.

—En cierta ocasión llevé en brazos un ternero que pesaba más que él. Se lo llevé a su madre para que le diera de mamar.

—Para ya —murmuró Sam; la cabeza se le sacudía con cada paso de Paul el Pequeño—. Déjame en el suelo, no soy ningún bebé. Soy un hombre de la Guardia de la Noche. —Se le escapó un sollozo—. Déjame morir.

—No hables, Sam —dijo Grenn—. Ahorra energías. Piensa en tus hermanas, piensa en tu hermano. En el maestre Aemon. En tu comida favorita. Si quieres, canta una canción.

—¿En voz alta?

—Para tus adentros.

Sam se sabía un centenar de canciones, pero cuando trató de recordar alguna le resultó imposible. Parecía como si se las hubieran borrado de la cabeza. Dejó

escapar otro sollozo.

—No me sé ninguna canción, Grenn. Antes me sabía muchas, pero ya no.

—Sí que sabes —replicó Grenn—. Venga, « El oso y la doncella », esa se la sabe todo el mundo. « Había un oso, un oso, ¡un oso! Era negro, era enorme, ¡cubierto de pelo horroroso! » .

—No, esa no —suplicó Sam. El oso que había subido hasta el Puño no conservaba ni rastro de pelo sobre la carne putrefacta. No quería pensar en osos —. Nada de canciones, por favor, Grenn.

—Entonces piensa en tus cuervos.

—No eran míos. —« Eran los cuervos del lord comandante, los cuervos de la Guardia de la Noche » —. Pertenecían al Castillo Negro y a la Torre Sombría.

—Chett me dijo que podía quedarme con el cuervo del Viejo Oso, el que habla. —Paul el Pequeño frunció el entrecejo—. Le había estado guardando comida y todo. —Sacudió la cabeza—. Pero se me olvidó. Me dejé la comida donde la tenía escondida. —Continuó caminando; el aliento que se le congelaba a cada paso le cubría el rostro de una película blanca—. ¿Me puedo quedar con uno de tus cuervos? —dijo de repente—. Solo uno. No dejaría que Lark se lo comiera.

—Se han ido —dijo Sam—. Lo siento. —« Lo siento mucho » —. Están volando hacia el Muro.

Había liberado a los pájaros cuando oyó sonar una vez más los cuernos de batalla, que ordenaban montar a caballo a los hombres de la Guardia.

« Dos llamadas breves y una larga, era la señal para montar » . Pero no había razón para montar a menos que fueran a abandonar el Puño, y aquello solo podía significar que habían perdido la batalla. El miedo se le clavó tan hondamente que apenas si pudo abrir las jaulas. Hasta que vio salir revoloteando al último cuervo, justo antes de que se perdiera en medio de la tormenta de nieve, no se dio cuenta de que había olvidado enviar los mensajes que había escrito.

—¡No! —había chillado—. ¡Oh, no, no, no!

La nieve seguía cayendo mientras los cuernos sonaban.

Ahuuuuu, ahuuuuu, ahuuuuuuuuuuuuuuuuu.

Decían: « A los caballos, a los caballos, a los caballos » . Sam vio dos cuervos posados sobre una roca y corrió a por ellos, pero los pájaros echaron a volar entre los copos de nieve, en direcciones opuestas. Persiguió a uno mientras el aliento se le condensaba en grandes nubes blancas, tropezó y de pronto se encontró a cinco pasos de la muralla circular.

Después de aquello... recordó a los muertos que subían por las piedras, con flechas clavadas en los rostros y en las gargantas. Unos vestían cotas de malla y otros iban casi desnudos. Casi todos eran salvajes, pero unos cuantos llevaban atuendos negros descoloridos. Recordó como uno de los hombres de la Torre Sombría había clavado la lanza en el vientre blancuzco y blando de un espectro hasta que se la sacó por la espalda, y como aquel ser había seguido avanzando a

trompicones, ensartándose cada vez más en el asta, y como había extendido las manos negras para retorcer el cuello del hermano hasta que le brotó sangre de la boca. Fue entonces cuando se le aflojó la vejiga por primera vez.

No recordaba haber echado a correr, pero sin duda debió de hacerlo, porque lo siguiente que supo fue que estaba a medio campamento de distancia, junto a la hoguera, con el anciano ser Ottyn Wythers y otros arqueros. Ser Ottyn estaba de rodillas en la nieve, contemplando el caos que lo rodeaba, cuando un caballo sin jinete pasó junto a él y le coceó el rostro. Los arqueros no le prestaron atención. Estaban disparando flechas en llamas contra las sombras que poblaban la oscuridad. Sam vio cómo una alcanzaba a un espectro, y vio cómo las llamas lo consumían, pero tras él apareció una docena más, junto con una figura enorme, blancuzca, que en su tiempo debió de ser un oso, y los arqueros no tardaron en quedarse sin flechas.

Luego, Sam se encontró a caballo. No era su caballo, y tampoco recordaba haber montado. Tal vez fuera el animal que le había destrozado la cara a ser Ottyn. Los cuernos seguían sonando, de modo que espoleó al caballo y lo hizo volverse hacia la fuente del sonido.

En medio de la masacre, el caos y la nieve, se encontró con Edd el Peñas a lomos de su montura, con un sencillo estandarte negro en el asta de la lanza.

—Sam —le dijo Edd al verlo—, ¿te importaría despertarme, por favor? Tengo una pesadilla espantosa.

Cada vez había más hombres a caballo. Los cuernos los llamaban.

Ahuuuuuuu ahuuuuuuu ahuuuuuuuuuuuuuuu

—¡Están en la muralla oeste, mi señor! —le gritó Thoren Smallwood al Viejo Oso al tiempo que trataba de dominar a su caballo— Enviaré a los reservas.

—¡NO! —Mormont tuvo que gritar a pleno pulmón para hacerse oír por encima del sonido de los cuernos. —¡Llama a los hombres; tenemos que abrirnos paso y salir de aquí! —Se puso en pie en los estribos, con la capa negra ondeando al viento y el fuego reflejado en la armadura. —¡Formación en punta de lanza! —rugió. —¡Todos a caballo, bajaremos por la ladera sur, luego hacia el este!

—Mi señor, al sur hay un enjambre de ellos!

—Las otras laderas son demasiado empinadas —dijo Mormont—. Tenemos que...

Su caballo relinchó y se encabritó, y estuvo a punto de lanzarlo al suelo al ver aparecer al oso entre la nieve. Sam volvió a mearse encima.

«Y yo que pensaba que ya no me quedaba nada dentro». El oso estaba muerto, blancuzco, putrefacto. Se le habían caído todo el pelo y la piel; también había perdido la mitad del brazo derecho, pero seguía avanzando. Lo único vivo de él eran los ojos. «De un azul brillante, como dijo Jon». Brillaban como dos estrellas congeladas. Thoren Smallwood lo atacó. Su espada brillaba con destellos anaranjados y rojos a la luz del fuego. El golpe estuvo a punto de arrancarle la

cabeza al oso. Y el oso se la arrancó a él.

—¡A LOS CABALLOS! —gritó el lord comandante al tiempo que se volvía.

Antes de llegar a la muralla circular ya iban al galope. Sam siempre había tenido miedo de saltar a caballo, pero cuando tuvo delante el bajo muro de piedra supo que no le quedaba alternativa. Espoleó al caballo, cerró los ojos, dejó escapar un gemido, y el animal, de puro milagro, lo llevó al otro lado del muro. El jinete que cabalgaba a su derecha se precipitó al suelo en medio del estrépito del acero, el cuero y los relinchos del caballo, y los espectros cayeron sobre él. Los hombres de la Guardia descendieron por la colina al galope, atravesando un enjambre de manos negras, ardientes ojos azules y copos de nieve. Los caballos tropezaban y caían; los hombres eran arrancados de sus sillas; las antorchas giraban en el aire; las hachas y las espadas hendían la carne muerta, y Samwell Tarly sollozaba mientras se aferraba desesperadamente a su caballo con una fuerza que no había imaginado poseer nunca.

Estaba en mitad de la punta de lanza, con hermanos a ambos lados, y también delante y detrás. Un perro corrió junto a ellos durante un trecho y descendió por la ladera nevada entre los caballos, pero no pudo mantener su ritmo. Los espectros no se apartaban; los jinetes los arrollaban y los pisoteaban con los cascos de las monturas. Incluso mientras caían, lanzaban zarpazos contra las espadas, los estribos y las patas de los animales. Sam vio a uno abrirle el vientre de un zarpazo a un caballo con la mano derecha, mientras se aferraba a la silla con la izquierda.

De pronto se encontraron rodeados de árboles, y la montura de Sam chapoteó por un arroyo helado mientras los sonidos de la carnicería iban quedando atrás. Se giró con un suspiro de alivio... cuando un hombre de negro saltó sobre él desde los arbustos y lo derribó de la silla. Sam no llegó a ver quién era; en un instante, se levantó y se alejó al galope. Cuando trató de correr en pos del caballo, se le enredaron los pies en una raíz y cayó de brúces, y se quedó allí tendido, llorando como un niño, hasta que Edd el Peñas lo encontró.

Aquel era su último recuerdo coherente del Puño de los Primeros Hombres. Más tarde, horas más tarde, se encontraba tembloroso entre los demás supervivientes, la mitad a caballo y la otra mitad a pie. Para entonces estaban ya a varias leguas del Puño, aunque Sam no sabía cómo las había recorrido. Dywen había conseguido bajar con cinco caballos de carga que transportaban alimentos, aceite y antorchas, y tres de ellos habían llegado hasta allí. El Viejo Oso les ordenó redistribuir el cargamento, de manera que la pérdida de cualquiera de los caballos y sus correspondientes provisiones no supusiera una catástrofe. Cogió los caballos de los que estaban ilesos y se los adjudicó a los heridos, organizó las filas, y situó antorchas para guardar los flancos y la retaguardia.

« Solo tengo que caminar », se dijo Sam al tiempo que daba el primer paso en dirección a casa. Pero, antes de que transcurriera una hora, había empezado a

jadear, a retrasarse...

Advirtió que en aquel momento también empezaban a retrasarse. En cierta ocasión le había oído decir a Pyp que Paul el Pequeño era el hombre más fuerte de la Guardia. « Y debe de serlo, puede conmigo». Pero, aun así, la capa de nieve era cada vez más espesa; el terreno, más traicionero, y las zancadas de Paul se iban acortando. Pasaron junto a ellos más jinetes, hombres heridos que miraron a Sam con ojos apagados, indiferentes. También los adelantaron algunos portadores de antorchas.

—Os estáis quedando atrás —les dijo uno.

El siguiente se mostró de acuerdo.

—Nadie te va a esperar, Paul. Deja al cerdo para los muertos.

—Me ha prometido un pájaro —dijo Paul, aunque Sam no había hecho semejante cosa. « No son míos» —. Quiero un pájaro que hable y que coma de mi mano.

—Tú eres idiota —replicó el hombre de la antorcha mientras se alejaba.

—Estamos solos —dijo Grenn con voz ronca al poco rato, deteniéndose de pronto—. No veo las demás antorchas. ¿Los que nos han adelantado eran los de la retaguardia?

Paul el Pequeño no le supo responder. El hombretón dejó escapar un gruñido y cayó de rodillas. Le temblaban los brazos al depositar a Sam en la nieve con toda delicadeza.

—No puedo cargarte más. Ya querría, pero no puedo. —Tiritaba con violencia.

El viento suspiraba entre los árboles y les lanzaba diminutos copos de nieve contra el rostro. El frío era tan intenso que Sam se sintió desnudo. Buscó las antorchas con los ojos, pero todas, hasta la última, habían desaparecido. Solo quedaba la que llevaba Grenn, con unas llamas que eran como velos anaranjados. A través de ellos se veía la oscuridad que había más allá.

« Pronto se apagará esta antorcha —pensó—, y estam os solos, sin comida, sin amigos, sin fuego...» .

Pero se equivocaba. No estaban solos.

Las ramas más bajas del gran centinela verde dejaron caer su carga de nieve. Grenn se giró y blandió la antorcha.

—¿Quién anda ahí?

Una cabeza de caballo surgió de la oscuridad. Sam sintió una oleada de alivio hasta que vio al animal. La escarcha lo cubría como una película de sudor congelado, y del vientre abierto le salía un nido rígido de entrañas negras. Lo montaba un jinete pálido como el hielo. A Sam se le escapó un sonido gimoteante de lo más hondo de la garganta. Sentía tanto miedo que se habría vuelto a mear encima, pero tenía el frío dentro, un frío tan cruel que le había helado la vejiga. El Otro desmontó con un movimiento grácil y se quedó de pie en la nieve. Era

esbelto como la hoja de una espada y tenía la piel de un blanco lechoso. La superficie de su armadura se ondulaba y cambiaba cuando se movía, y sus pies no hollaban la capa de nieve recién caída.

Paul el Pequeño echó mano al hacha de mango largo que llevaba a la espalda.

—¿Por qué le has hecho daño a ese caballo? Era de Mawney.

Sam buscó a tientas la empuñadura de su espada, pero la vaina estaba vacía. Demasiado tarde, recordó que la había perdido en el Puño.

—¡Vete! —Grenn se adelantó un paso mientras blandía la antorcha ante él—. ¡Vete o te quemó!

Lanzó una estocada con la antorcha. La espada del Otro brillaba con un mortecino resplandor azulado. Avanzó hacia Grenn con la velocidad de un relámpago. Cuando la espada de hielo azul chocó contra las llamas, un chillido estridente perforó como una aguja los oídos de Sam. La parte superior de la antorcha salió volando y fue a caer sobre la nieve, donde el fuego se apagó al instante. Todo lo que le quedaba a Grenn era un trozo de madera. Lo lanzó contra el Otro con una maldición, al tiempo que Paul el Pequeño atacaba con el hacha.

El miedo que invadió a Sam era el peor que había sentido en toda su vida, y Samwell Tarly conocía todos los tipos de miedo.

—Madre, ten piedad —sollozó. Había olvidado a los antiguos dioses en medio del terror—. Padre, protégeme... Oh...

Sus dedos encontraron el puñal que llevaba y se cerraron en torno a la empuñadura.

Los espectros eran lentos y torpes, pero el Otro era ligero como la nieve llevada por el viento. Esquivó con fluidez el hachazo de Paul, con la armadura siempre ondulante, describió un arco con la espada de cristal y la clavó entre los aros de hierro de la cota de malla del hombre, atravesando el cuero, la lana, la carne y el hueso. Le salió por la espalda con un siseo aterrador, y Sam oyó la exclamación de Paul cuando perdió el hacha. El hombretón, empalado y con la sangre humeando en la espada, trató de alcanzar a su asesino con las manos, y casi lo logró antes de caer. Su peso arrancó la extraña espada de la mano del Otro.

« Ya, ataca ya, deja de llorar y lucha, mocoso. Lucha, cobarde». La voz que oía era la de su padre, era la de Alliser Thorne, la de su hermano Dickon y la de Rast. « Cobarde, cobarde, cobarde». Soltó una carcajada histérica; se preguntó si lo convertirían en un espectro, un espectro grande, gordo y blancuzco, que siempre se tropezaba con sus pies muertos. « Ataca, Sam. —¿Era aquella la voz de Jon? Jon estaba muerto—. Tú puedes, tú puedes, ataca». Y de pronto se encontró precipitándose hacia delante. En realidad, más que correr lo que hacía era caer, con los ojos cerrados y agitando el puñal a ciegas con las dos manos. Oyó un crujido, como el ruido que hace el hielo al romperse bajo una bota, y a

continuación, un chillido tan agudo y penetrante que lo hizo retroceder tambaleante, con las manos en los oídos, hasta que cayó de culo.

Cuando abrió los ojos, la armadura del Otro se deslizaba por las piernas del ser como un riachuelo, mientras una sangre color azul claro siseaba y humeaba en torno al puñal de vidriagón que tenía clavado en el cuello. El Otro se llevó las manos blancas como la nieve hacia la herida para tratar de arrancárselo, pero cuando los dedos rozaron la obsidiana, empezaron a humear.

Sam rodó de costado, con los ojos abiertos de par en par, mientras el Otro se deshacía en un charco, se disolvía... En unos momentos desapareció toda la carne: se había evaporado en jirones de tenue neblina blanca. Debajo había huesos como el vidriolechoso, claros y brillantes, que también se estaban disolviendo. Por último solo quedó el puñal de vidriagón, envuelto en un sudario de vaho, como si estuviera vivo y sudoroso. Grenn se inclinó para recogerlo, pero al momento lo volvió a soltar.

—¡Madre, qué frío está!

—Es obsidiana. —Sam se puso trabajosamente en pie—. También la llaman vidriagón. Vidriagón. Vidrio de dragón. —Soltó una risita, luego un sollozo, y se dobló por la cintura para vomitar su valor sobre la nieve.

Grenn ayudó a Sam a ponerse en pie, le buscó el pulso a Paul el Pequeño, le cerró los ojos, y por último tocó otra vez el puñal. En aquella ocasión pudo cogerlo.

—Quédatele —dijo Sam—. Tú no eres un cobarde como yo.

—Tan cobarde que has matado al Otro. —Grenn señaló con el cuchillo—. Mira allí, entre los árboles. Hay luz rosada. Amanece, Sam, amanece. Aquello debe de ser el este. Si vamos en aquella dirección alcanzaremos a Mormont.

—Si tú lo dices... —Dio una patada a un árbol con la bota izquierda para sacudirse la nieve, y luego con la derecha—. Lo intentaré. —Con una mueca de dolor, dio un paso—. Lo intentaré, de verdad.

Y luego dio otro.

La cadena de eslabones en forma de manos de lord Tywin centelleaba, dorada, sobre el terciopelo granate oscuro de su túnica. Los señores Tyrell, Redwyne y Rowan se reunieron en torno a él cuando entró. Los saludó por turno, habló un momento en voz baja con Varys, besó el anillo del septón supremo y la mejilla de Cersei, estrechó la mano del gran maestre Pycelle y ocupó el asiento del rey en el lugar de honor de la mesa larga, entre su hija y su hermano.

Tyrion había exigido el antiguo asiento de Pycelle, al otro extremo de la mesa, y se había apuntalado entre cojines para poder ver a todos los reunidos. El despojado Pycelle se había situado junto a Cersei, tan lejos del enano como le fue posible sin ocupar el asiento del rey. El gran maestre parecía un esqueleto; caminaba tembloroso arrastrando los pies y tenía que apoyarse en un bastón retorcido. En lugar de la otrora frondosa barba blanca, apenas unos cuantos pelos canosos le salían del largo cuello de pollo. Tyrion lo miró sin asomo de remordimiento.

Los demás tuvieron que repartirse el resto de los asientos: lord Mace Tyrell, un hombre recio y robusto con cabello castaño rizado y una barbita en forma de pica en la que se veían abundantes canas; Paxter Redwyne del Rejo, flaco y encorvado, con unos mechones de pelo naranja alrededor de la cabeza calva; Mathis Rowan, señor de Sotodeoro, afeitado, grueso y sudoroso; y el septón supremo, un hombrecillo frágil con una escasa barbita blanca.

« Demasiadas caras nuevas —pensó Tyrion—. Demasiados jugadores nuevos. Mientras me pudría en la cama, el juego ha cambiado, y nadie me va a explicar las reglas» .

Oh, sin duda, los señores se habían mostrado sumamente corteses, aunque notaba que les incomodaba mirarlo.

—A aquella idea vuestra de la cadena fue de lo más ingenioso —le había dicho Mace Tyrell en tono jovial.

—Desde luego —asintió lord Redwyne en tono igual de jovial—, desde luego, mi señor de Altojardín habla en nombre de todos.

« Pues contádselo a los habitantes de esta ciudad —pensó Tyrion con amargura—. Decídselo a esos cabrones de los bardos, con sus canciones sobre el fantasma de Renly» .

Su tío Kevan era el que más amable se había mostrado; llegó incluso a darle un beso en la mejilla.

—Lancel me ha dicho lo valiente que fuiste, Tyrion —dijo—. Cuenta cosas maravillosas de ti.

« Más le vale, o yo empezaré a contar algunas cosas sobre él» .

—Mi querido primo es demasiado generoso —dijo, forzando una sonrisa—. Espero que su herida esté mejorando.

—Unos días parece más fuerte, y otros... —Ser Kevan frunció el ceño—. Estamos muy preocupados. Tu hermana lo visita a menudo para levantarle la moral y para rezar por él.

«Sí, pero ¿reza pidiendo que viva o que muera?». Cersei había utilizado a su primo sin el menor pudor, tanto dentro como fuera de la cama; sin duda, esperaba que Lancel se llevara el secreto a la tumba, dado que ya tenía allí a su padre y no necesitaba al muchacho. «Pero ¿iría tan lejos como para asesinarlo?». Al verla aquel día, nadie habría imaginado que Cersei era capaz de semejante crueldad. Era toda encanto; coqueteaba con lord Tyrell mientras hablaban del festín de bodas de Joffrey, dedicaba cumplidos a lord Redwyne por el heroísmo de sus hijos gemelos, dulcificaba al hosco lord Rowan con bromas y sonrisas, y se mostraba recatada y piadosa al dirigirse al septón supremo.

—¿Empezamos por los preparativos de la boda? —preguntó Cersei cuando lord Tywin ocupó el asiento.

—No —replicó su padre—. Por la guerra. Varys.

—Tengo noticias deliciosas para vosotros, mis señores. —El eunuco les dedicó una sonrisa sedosa—. Ayer, de madrugada, nuestro valiente lord Randyll alcanzó a Robett Glover en las afueras del Valle Oscuro y lo acorraló contra el mar. Hubo muchas pérdidas en ambos bandos, pero al final vencieron nuestros leales. Según los informes, Helman Tallhart ha muerto, junto con otro millar de hombres. Robett Glover encabeza la huida de los supervivientes hacia Harrenhal, sin imaginar que por el camino se encontrará con el valeroso ser Gregor y los suyos.

—¡Loados sean los dioses! —exclamó Paxter Redwyne—. ¡Una gran victoria para el rey Joffrey!

«¿Qué habrá tenido que ver Joffrey con esto?», pensó Tyrion.

—Y una derrota terrible para el norte, no cabe duda —señaló Meñique—. Pero Robb Stark no ha tomado parte en ella. El Joven Lobo sigue sin haber sido vencido en el campo de batalla.

—¿Qué sabemos de los planes y movimientos de Stark? —preguntó Mathis Rowan, siempre brusco y al grano.

—Ha abandonado los castillos que había tomado en el oeste y ha vuelto a Aguasdulces con su botín —anunció lord Tywin—. Nuestro primo ser Daven está reagrupando los restos del ejército de su difunto padre en Lannisport. Cuando esté preparado, se unirá a ser Forley Prester en el Colmillo Dorado. En cuanto el joven Stark emprenda la marcha hacia el norte, ser Forley y ser Daven caerán sobre Aguasdulces.

—¿Estáis seguro de que lord Stark planea partir hacia el norte? —quiso saber lord Rowan—. ¿A pesar de que los hombres del hierro están en Foso Cailin?

—Hay mayor sinsentido que un rey sin reino? —preguntó Mace Tyrell, tomando la palabra—. No, es evidente: el chico tiene que abandonar las tierras de los ríos, volverá a unir sus fuerzas con Roose Bolton y lanzará todo su ejército

contra Foso Cailin. Es lo que haría yo en su lugar.

Tyron tuvo que morderse la lengua para no decir nada. Robb Stark había ganado más batallas en un año que el señor de Altojardín en veinte. La reputación de Tyrell se basaba en una victoria nada decisiva sobre Robert Baratheon en Vado Ceniza, en una batalla que, en realidad, había ganado la vanguardia de lord Tarly antes de que el grueso del ejército tuviera siquiera tiempo de llegar. El asedio de Bastión de Tormentas, en el que Mace Tyrell estaba de verdad al mando, duró más de un año sin resultado ninguno y, después de los combates del Tridente, el señor de Altojardín rindió su estandarte con docilidad ante Eddard Stark.

—Debería escribirle una carta a Robb Stark y ponerme firme con él—estaba diciendo Meñique—. Tengo entendido que su hombre, Bolton, tiene a las cabras en mis salones. No me parece nada bien.

Ser Kevan Lannister carraspeó para aclararse la garganta.

—Ya que hablamos de los Stark, Balon Greyjoy, que ahora se hace llamar Rey de las Islas y del Norte, nos ha escrito para ofrecernos las condiciones de una posible alianza.

—Lo que debería ofrecernos es lealtad —restalló Cersei—. ¿Con qué derecho osa nombrarse rey?

—Por derecho de conquista —replicó lord Tywin—. El rey Balon ha cerrado sus dedos en torno al Cuello. Los herederos de Robb Stark han muerto; Invernalia ha caído, y los hombres del hierro tienen Foso Cailin, Bosquespeso y buena parte de la Costa Pedregosa. Los barcos del rey Balon controlan el mar del Ocaso, y están bien situados para amenazar Lannisport, isla Bella y hasta Altojardín, en caso de que los provocáramos.

—¿Y si aceptáramos su lealtad? —inquirió lord Mathis Rowan—. ¿Qué nos propone?

—Quiere que lo reconozcamos como rey y le otorguemos todos los territorios situados al norte del Cuello.

—¿Y qué hay al norte del Cuello que le pueda interesar a un hombre en su sano juicio? —Lord Redwyne se echó a reír—. Si Greyjoy quiere cambiar espadas y velas por piedras y nieve, propongo que aceptemos; nos podemos considerar afortunados.

—Ciento —asintió Mace Tyrell—. Es lo mismo que haría yo. Que el rey Balon acabe con los norteños mientras nosotros acabamos con Stannis.

—También hay que ocuparse de Lysa Arryn —dijo lord Tywin. Su rostro no dejaba traslucir sus sentimientos—. La viuda de Jon Arryn, hija de Hoster Tully, hermana de Catelyn Stark... cuyo esposo conspiraba con Stannis Baratheon en el momento de su muerte.

—Bah —replicó Mace Tyrell con tono desenfadado—, las mujeres no tienen agallas para la guerra. Que se quede donde está; no representa ningún problema

para nosotros.

—Estoy de acuerdo —dijo Redwyne—. Lady Lyra no ha tomado partido en la guerra, ni ha cometido ningún acto manifiesto de traición.

—Me arrojó a una celda y me juzgó pidiendo la pena de muerte —señaló con cierto rencor Tyrion, moviéndose en la silla—. No ha regresado a Desembarco del Rey para jurar lealtad a Joff, como se le ordenó. Mis señores, dadme los hombres necesarios y yo me encargaré de Lyra Arryn.

No había nada que le apeteciera más, excepto quizás estrangular a Cersei. En ocasiones, todavía tenía pesadillas con las celdas del cielo del Nido de Águilas y se despertaba empapado en un sudor frío.

La sonrisa de Mace Tyrell era jovial, pero Tyrion percibió el desprecio que subyacía.

—Será mejor que dejéis la guerra para los guerreros —dijo el señor de Altojardín—. Hombres mejores que vos han perdido grandes ejércitos en las montañas de la Luna, o los han estrellado contra la Puerta de la Sangre. Ya conocemos vuestra valía, mi señor, no hace falta que sigáis tentando al destino.

Tyrion saltó de los cojines, rabioso, pero su padre intervino antes de que pudiera decir nada.

—Tengo preparadas otras misiones para Tyrion. Creo que tal vez lord Petyr tenga la llave del Nido de Águilas.

—Desde luego —respondió Meñique—. La tengo aquí, entre las piernas. —Sus ojos color gris verdoso brillaban de malicia—. Mis señores, con vuestro permiso, tengo intención de viajar al Valle y conquistar a lady Lyra Arryn. Una vez sea su consorte, os entregaré el Valle de Arryn sin que se haya derramado ni una gota de sangre.

—¿Creéis que lady Lyra os aceptará? —Lord Rowan no parecía muy seguro.

—Ya me ha aceptado unas cuantas veces, lord Mathis, y hasta el momento no he tenido ninguna queja.

—Acostarse con un hombre no es lo mismo que casarse con él —dijo Cersei—. Hasta una estúpida como Lyra Arryn puede ver la diferencia.

—No me cabe duda. No sería posible que una hija de Aguasdulces se casara con alguien tan inferior a ella. —Meñique mostró las palmas de las manos—. Pero claro... un matrimonio entre la señora del Nido de Águilas y el señor de Harrenhal no es tan inimaginable, ¿verdad?

Tyrion advirtió la mirada que se intercambiaron Paxter Redwyne y Mace Tyrell.

—Puede que dé resultado —dijo lord Rowan—. Siempre y cuando estéis seguro de que esa mujer le será leal al rey.

—Mis señores —intervino el septón supremo—, el otoño se cierne sobre nosotros, y todos los hombres de buen corazón están cansados de guerras. Si lord Baelish puede devolver el Valle a la paz del rey sin más derramamiento de

sangre, sin duda los dioses lo bendecirán.

—La clave está en si puede —dijo lord Redwyne—. El hijo de Jon Arryn, lord Robert, es ahora el señor del Nido de Águilas.

—No es más que un niño —señaló Meñique—. Me encargaré de que crezca como el más leal súbdito de Joffrey y como fiel amigo de todos nosotros.

Tyron examinó atentamente al hombre esbelto de la barba puntiaguda y los irreverentes ojos gris verdoso.

« ¿Señor de Harrenhal, un título vacío? Y una mierda, padre. Aunque jamás en la vida pusiera el pie en el castillo, ya la condición posibilita este compromiso, y eso lo ha sabido desde el principio».

—No nos faltan enemigos —dijo Kevan Lannister—. Si podemos mantener el Nido de Águilas al margen de la guerra, mejor que mejor. Estoy deseando ver los logros de lord Petyr.

Tyron sabía por experiencia que ser Kevan era la vanguardia de su hermano en el Consejo. Jamás tenía una idea que a lord Tywin no se le hubiera ocurrido antes.

« Todo esto estaba ya acordado de antemano —dedujo—, y la discusión no es más que una puesta en escena».

Las ovejas balaban sus asentimientos, sin saber con cuánta destreza las habían esquilado, de manera que a Tyrion le correspondía poner objeciones.

—¿Cómo pagará la corona sus deudas sin lord Petyr? Él es nuestro mago de las monedas y no hay nadie capaz de sustituirlo.

—Mi menudo amigo es demasiado bondadoso —dijo Meñique sonriendo—. Como solía decir el rey Robert, yo lo único que hago es contar calderilla. Cualquier comerciante avisado lo haría igual de bien... Y un Lannister, bendecido con el toque dorado de Roca Casterly, sin duda me superará con creces.

—¿Un Lannister? —Aquellos le dio mala espina a Tyrion.

—Creo que estás muy bien dotado para esa tarea. —Los ojos con motas doradas de lord Tywin estaban clavados en los dispares de su hijo.

—¡Sin duda! —Apoyó ser Kevan con entusiasmo—. No me cabe duda de que serás un consejero de la moneda excepcional, Tyrion.

—Si Lysha Arryn os acepta como esposo —dijo lord Tywin girándose hacia Meñique— y vuelve a la paz del rey, restituiremos a lord Robert el honor de Guardián del Oriente. ¿Cuándo podríais poneros en marcha?

—Mañana al amanecer, si los vientos son propicios. Hay una galera de Braavos, anclada al otro lado de la cadena; los botes la están cargando. La *Rey Pescadilla*. Le pediré un camarote a su capitán.

—Os perderéis la boda del rey —señaló Mace Tyrell.

—Las mareas y las novias no esperan a nadie, mi señor. —Petyr Baelish se encogió de hombros—. Una vez comiencen las tormentas otoñales, el viaje será

mucho más peligroso. Si me ahogo, mi encanto como prometido potencial se verá seriamente mermado.

—Ciento —dijo lord Tyrell con una risita—. Será mejor que no os demoréis.

—Que los dioses os proporcionen vientos favorables —le deseó el septón supremo—. Todo Desembarco del Rey rezará para que vuestra misión tenga éxito.

—¿Podemos volver al tema de la alianza con Greyjoy? —preguntó lord Redwyne dándose golpecitos en la nariz—. En mi opinión tiene muchos aspectos favorables. Los barcos de Greyjoy, una vez sumados a mi flota, nos darían fuerza naval suficiente para atacar Rocadragón y poner fin a las pretensiones de Stannis Baratheon.

—Por el momento los barcos del rey Balon están ocupados —dijo lord Tywin con educación—. Igual que nosotros. Greyjoy exige la mitad del reino como pago por su alianza, pero ¿qué hará para ganársela? ¿Luchar contra los Stark? Eso ya lo está haciendo. ¿Por qué vamos a pagar a cambio de algo que nos ha entregado sin ningún coste? En mi opinión, con respecto a nuestro señor de Pyke, lo mejor que podemos hacer es... no hacer nada. Tiempo al tiempo; se nos presentará una opción mejor, que no exija que el rey ceda la mitad de su reino.

Tyrion miró a su padre con atención. Recordó las importantes cartas que había estado escribiendo lord Tywin la noche en que Tyrion le exigió Roca Casterly. «¿Qué me dijo en aquella ocasión? Que unas batallas se ganan con lanzas y espadas, y otras, con plumas y cuervos». Se preguntó cuál sería la «opción mejor», y qué precio tendría.

—Deberíamos tratar ya el asunto de la boda —dijo ser Kevan.

El septón supremo habló de los preparativos que se estaban llevando a cabo en el Gran Septo de Baelor, y Cersei detalló los planes que tenía para el banquete. Habría un millar de comensales en el salón del trono, pero también muchísimos más en los patios. Los interiores y los exteriores se cubrirían con carpas de seda, y habría mesas con comida y barriles de cerveza para todos los que no cupieran en el interior.

—Alteza, ahora que habláis del número de invitados —intervino el gran maestre Pycelle—, nos ha llegado un cuervo de Lanza del Sol. En estos momentos, trescientos dornienses cabalgan en dirección a Desembarco del Rey y esperan llegar antes de la boda.

—¿Cómo es eso? —preguntó Mace Tyrell en tono seco—. No han solicitado permiso para cruzar mis tierras.

Tyrion advirtió que se le había enrojecido el grueso cuello. Los de Dorne y los de Altojardín no se habían tenido nunca en gran estima. A lo largo de los siglos se habían enfrentado en guerras infinitas por asuntos fronterizos, e incluso en tiempos de paz tenían escaramuzas en las montañas. La enemistad se había aplacado un poco después de que Dorne pasara a formar parte de los Siete

Reinos... Hasta que el príncipe de Dorne al que llamaban Vibora Roja dejó tullido en un torneo al joven heredero de Altojardín.

« Esto puede ser espinoso», pensó el enano, a la expectativa del enfoque que le fuera a dar su padre.

—El príncipe Doran viene invitado por mi hijo —dijo lord Tywin con calma—, no solo para acompañarnos en la celebración, sino también para ocupar su asiento en este Consejo, así como la justicia que Robert le negó por el asesinato de su hermana Elia y los hijos de esta.

Tyrian observó los rostros de los señores Tyrell, Redwyne y Rowan, preguntándose si alguno de los tres tendría el valor de decir: «Pero, lord Tywin, ¿no fuisteis vos mismo quien le entregó los cadáveres a Robert, por cierto, envueltos en capas Lannister?». Ninguno de los tres lo hizo, pero sus rostros los delataban. «A Redwyne le importa un pimiento —pensó—, pero Rowan parece a punto de vomitar».

—Cuando el rey esté casado con vuestra Margaery, y Myrcella con el príncipe Trystane, todos seremos de la misma casa —le recordó ser Kevan a Mace Tyrell—. Las enemistades del pasado deben quedar ahí, en el pasado, ¿no creéis, mi señor?

—Estamos hablando de la boda de mi hija...

—Y de la de mi nieto —lo interrumpió lord Tywin con firmeza—. Estaréis de acuerdo en que aquí no tienen cabida las viejas rencillas.

—No tengo ningún asunto pendiente con Doran Martell —insistió lord Tyrell, aunque de muy mala gana—. Si quiere cruzar el Dominio en paz, solo tiene que pedirme permiso.

«Eso no te lo crees ni tú —pensó Tyrian—. Subirá el Sendahueso, girará al este cerca de Refugio Estival, y vendrá por el camino Real».

—Trescientos dornienses no tienen por qué alterar nuestros planes —dijo Cersei—. Podemos dar de comer a los soldados en el patio, meteremos unos cuantos bancos más en la sala del trono para los señores menores y los caballeros de alta cuna, y le buscaremos un puesto de honor al príncipe Doran en el estrado.

«Más vale que no sea a mi lado», leyó Tyrian en los ojos de Mace Tyrell. Pero la única réplica del señor de Altojardín fue un gesto de asentimiento brusco.

—Vamos a pasar a un tema mucho más grato —dijo lord Tywin—. Hay que dividir los frutos de la victoria.

—¿Habrá algo más dulce? —preguntó Meñique, que ya había devorado Harrenhal, su parte del pastel.

Cada señor tenía sus exigencias: este castillo y aquella aldea, parcelas, un río, un bosque, la custodia de ciertos niños que habían perdido a sus padres en la batalla... Por fortuna, los frutos eran abundantes, y había huérfanos y castillos para todos. Varys tenía listas. Cuarenta y siete señores menores y seiscientos diecinueve caballeros habían perdido la vida bajo el amparo del corazón

llameante de Stannis y su Señor de Luz, junto con varios miles de soldados de baja cuna. Como todos eran traidores, sus herederos fueron desposeídos, y sus tierras y castillos pasaron a manos de los que se habían mostrado leales.

Altojardín se llevó lo más granado de la cosecha. Tyrion observó el amplio vientre de Mace Tyrell. «Este hombre tiene un apetito insaciable», pensó. Tyrell exigió las tierras y castillos de lord Alester Florent, su propio vasallo, que había tenido el mal criterio de apoyar primero a Renly y luego a Stannis. Lord Tywin satisfizo su demanda de buena gana. La fortaleza de Aguasclaras, junto con todas sus tierras y rentas, pasó a manos del segundo hijo de lord Tyrell, ser Garlan, que se convirtió en un gran señor en un abrir y cerrar de ojos. Por supuesto, su hermano mayor heredaría el propio Altojardín.

Se le otorgaron parcelas de menor importancia a lord Rowan y se reservaron otras para lord Tarly, lady Oakheart, lord Hightower y otras personalidades ausentes de la sala. Lord Redwyne pidió solo una exención de treinta años de los impuestos que Meñique y sus agentes vinícolas habían cargado sobre las mejores cosechas del Rejo. Cuando le fue concedida, se declaró satisfecho y sugirió que mandaran a buscar un barril de vino dorado del Rejo, para brindar por el buen rey Joffrey y su sabia y benévolas mano. Aquello fue lo que colmó la paciencia de Cersei.

—Lo que Joff necesita son espadas, no brindis —restalló—. Su reino sigue plagado de aspirantes a usurpadores y falsos reyes.

—No por mucho tiempo, no por mucho tiempo —dijo Varys con voz melosa.

—Quedan unos cuantos puntos más, mis señores. —Ser Kevan consultó sus notas—. Ser Addam ha encontrado cristales de la corona del septón supremo. Ya es seguro que los ladrones los arrancaron y fundieron el oro.

—Nuestro Padre, en las alturas —dijo el septón con tono devoto—, sabe quiénes son los culpables y los juzgará por ello.

—No me cabe duda —dijo lord Tywin—. Pero aun así tenéis que lucir una corona en la boda del rey. Cersei, convoca a tus orfebres; hay que hacer una nueva. —No aguardó la respuesta de su hija, sino que se volvió hacia Varys—. ¿Tenéis informes?

—Se ha divisado un kraken cerca de los Dedos —dijo sacándose un pergamino de la manga. Dejó escapar una risita—. No un Greyjoy, no; un kraken de verdad. Atacó un ballenero de Ibb y lo hundió. Hay combates en los Peldaños de Piedra, y parece probable que empiece una nueva guerra entre Tyrosh y Lys. Ambos bandos pretenden aliarse con Myr. Marineros procedentes del mar de Jade informan de que un dragón de tres cabezas ha anidado en Qarth, y es el asombro de la ciudad...

—No me interesan los krákens ni los dragones, tengan las cabezas que tengan —interrumpió lord Tywin—. ¿Por casualidad han encontrado vuestros informadores alguna pista del hijo de mi hermano?

—Por desgracia —dijo Varys, que parecía a punto de echarse a llorar—, nuestro amado Tyrek, ese pobre y valiente joven, ha desaparecido.

—Tywin —intervino ser Kevan antes de que lord Tywin tuviera ocasión de poner de manifiesto su evidente insatisfacción—, algunos capas doradas que desertaron durante la batalla han vuelto a los barracones; creen que pueden reincorporarse. Ser Addam quiere saber qué debe hacer con ellos.

—Su cobardía puso en peligro la vida de Joff —saltó Cersei al instante—. Quiero que los ajusticen.

—Sin duda merecen la muerte, alteza —suspiró Varys—; eso nadie lo puede negar. Pero, de todos modos, tal vez lo mejor sería enviarlos a servir en la Guardia de la Noche. En los últimos tiempos hemos recibido mensajes muy preocupantes procedentes del Muro. Hay movimiento entre los salvajes...

—Salvajes, krákens y dragones. —Mace Tyrell soltó una risita—. ¿Queda alguien que no se esté moviendo?

—Los desertores nos servirán para dar una lección —dijo lord Tywin, haciendo caso omiso del comentario—. Que les rompan las rodillas a martillazos. No volverán a salir huyendo. Tampoco lo hará ningún hombre que los vea mendigar por las calles. —Recorrió con la mirada a los presentes, para ver si alguno de los otros señores se mostraba en desacuerdo.

Tyrian recordó su visita al Muro, y los cangrejos que había compartido con el anciano lord Mormont y sus oficiales. Recordó también los temores del Viejo Oso.

—A lo mejor podríamos romperles las rodillas a unos cuantos para dejar clara nuestra postura. A los que mataron a ser Jacelyn, por ejemplo. A los demás se los podríamos enviar a Marsh. La Guardia está muy mermada, y si el Muro cayera...

—Los salvajes invadirían el norte —terminó su padre—, y los Stark y los Greyjoy tendrán otro enemigo que combatir. Por lo visto, ya no quieren estar sometidos al Trono de Hierro, así que ¿con qué derecho piden nuestra ayuda? Tanto el rey Robb como el rey Balon quieren el norte. Muy bien, pues que lo defiendan si pueden. Y si no, tal vez ese Mance Rayder resulte útil como aliado. —Lord Tywin miró a su hermano—. ¿Alguna cosa más?

—Hemos terminado —dijo ser Kevan con un gesto de negación—. Mis señores, sin duda, su alteza el rey Joffrey querría daros las gracias a todos por vuestra sabiduría y vuestros buenos consejos.

—Quiero hablar en privado con mis hijos —dijo lord Tywin mientras los demás se levantaban para salir—. También contigo, Kevan.

Obedientes, los otros consejeros se despidieron y fueron saliendo, Varys en primer lugar, y Tyrell y Redwyne los últimos. Cuando en la sala solo quedaron los cuatro Lannister, ser Kevan cerró la puerta.

—¿Consejero de la moneda? —dijo Tyrion con voz tensa—. ¿Podéis decirme

a quién se le ha ocurrido semejante idea?

—A lord Petyr —respondió su padre—, pero nos conviene tener el tesoro en manos de un Lannister. Has pedido que se te encomendara un trabajo importante. ¿Tienes miedo de no estar a la altura de esta tarea?

—No —replicó Tyrion—. Tengo miedo de que haya una trampa. Meñique es taimado y ambicioso. No confío en él. Tú tampoco deberías.

—Nos ha conseguido la alianza de Altojardín... —empezó Cersei.

—Sí, y a ti te entregó a Ned Stark, ya lo sé. Lo mismo le daría vendernos a nosotros. En malas manos, una moneda es tan peligrosa como una espada.

—Para nosotros, no. —Su tío Kevan lo miraba con gesto extraño—. El oro de Roca Casterly...

—No es más que estiércol en el suelo. El oro de Meñique brota del aire; solo tiene que chasquear los dedos.

—Una excelente habilidad —ronroneó Cersei con la dulce voz impregnada de malicia—, mucho más útil que cualquiera de las tuyas, mi querido hermano.

—Meñique es un mentiroso...

—Eres negro, le dijo el cuervo al grajo.

—¡Basta ya! —exclamó lord Tywin dando un palmetazo sobre la mesa—. No quiero oír ni una discusión más. Los dos sois Lannisters; comportaos como tales.

Ser Kevan carraspeó para aclararse la garganta.

—Prefiero ver a Petyr Baelish al frente del Nido de Águilas que a ningún otro de los pretendientes de lady Lysa. Yohn Royce, Lyn Corbray, Horton Redfort... son hombres peligrosos, cada uno a su manera. Y también orgullosos. Puede que Meñique sea astuto, pero no es de alta cuna, ni diestro con las armas. Los señores del Valle no lo aceptarán. —Miró a su hermano. Al ver que lord Tywin asentía, siguió hablando—. Además, lord Petyr nos ha demostrado su lealtad una y otra vez. Ayer mismo nos trajo la nueva de un complot para llevar a Sansa Stark a Altojardín para una «visita», y una vez allí, casarla con Willas, el hijo mayor de lord Mace.

—¿Qué Meñique trajo la noticia? —Tyrion se inclinó sobre la mesa—. ¿No fue el consejero de los rumores? Qué interesante.

—Sansa es mi rehén. —Cersei miraba a su tío incrédula—. No irá a ninguna parte sin mi consentimiento.

—Consentimiento que te verás obligada a otorgar si lord Tyrell te lo solicita —señaló su padre—. Negárselo sería lo mismo que declarar que no confiamos en él. Lo tomaría como una ofensa.

—Pues que lo tome. ¿A nosotros qué nos importa?

«Estúpida de mierda», pensó Tyrion.

—Querida hermana —explicó con paciencia—, si ofendes a Tyrell ofendes también a Redwyne, a Tarly, a Rowan y a Hightower, y quizás empiecen a preguntarse si Robb Stark no sería más receptivo a sus deseos.

—No permitiré que la rosa y el huargo comparten la cama —declaró lord Tywin—. Tenemos que anticiparnos a él.

—¿Cómo? —preguntó Cersei.

—Mediane matrimonios. Para empezar, el tuy o.

Fue tan repentino que Cersei se quedó helada un instante. Luego, sus mejillas enrojecieron como si la hubieran abofeteado.

—No. Otra vez no. Me niego.

—Alteza —dijo ser Kevan con toda cortesía—, sois una mujer joven, todavía hermosa y fértil. Sin duda, no querréis pasaros el resto de la vida sola. Además, un nuevo matrimonio pondría fin de una vez por todas a esas habladurías sobre incestos.

—Mientras sigas sin casarte, darás pie a que Stannis siga difundiendo esos rumores repugnantes —le dijo lord Tywin a su hija—. Debes aceptar en tu lecho a un nuevo marido, y engendrar más hijos.

—¡Tres hijos son más que suficientes! ¡Soy la reina de los Siete Reinos, no una yegua a la que haya que aparear! ¡Soy la reina regente!

—Eres mi hija, y harás lo que te ordene.

—No me quedaré aquí sentada escuchando... —dijo Cersei poniéndose en pie.

—Te quedarás —dijo lord Tywin con tranquilidad—, si es que quieres dar tu opinión sobre quién será tu marido.

Cuando la vio titubear un instante y volver a sentarse, Tyrion supo que estaba derrotada, pese a su declaración.

—¡Me niego a volver a casarme!

—Te casarás y tendrás hijos. Cada hijo que engendres dejará por mentiroso a Stannis. —Los ojos de su padre parecían tener el poder de clavarla en la silla—. Mace Tyrell, Paxter Redwyne y Doran Martell están casados con mujeres más jóvenes que ellos y que, probablemente, los sobrevivirán. La esposa de Balon Greyjoy es anciana y frágil, pero un matrimonio así nos comprometería a una alianza con las islas del Hierro, y todavía no sé si es lo que más nos conviene.

—No —dijo Cersei, sin apenas mover los labios blancos—. No, no, no.

Tyrion casi no podía ocultar la sonrisa que le afloraba al rostro ante la sola idea de enviar a su hermana a Pyke.

«Justo cuando iba a dejar de rezar, algún dios bondadoso me hace este regalo».

—Oberry Martell sería un buen partido, pero los Tyrell se lo tomarían como un insulto —siguió lord Tywin—. Así que tenemos que tener en cuenta a los hijos. ¿Puedo dar por supuesto que no te opones a casarte con un hombre más joven que tú?

—Me opongo a casarme con ningún...

—He tenido en cuenta a los gemelos Redwyne, a Theon Greyjoy, a Quentyn

Martell y a muchos otros. Pero nuestra alianza con Altojardín fue la espada que derribó a Stannis. Hay que templarla y fortalecerla. Ser Loras ha vestido el blanco, y ser Garlan está casado con una Fossoway, pero queda el hijo mayor, el muchacho al que planean casar con Sansa Stark.

« Willas Tyrell». Tyrion sentía un perverso placer ante la furia impotente de Cersei.

—¿Te refieres al tullido? —señaló.

Su padre lo paralizó con una mirada.

—Willas es el heredero de Altojardín y, según todos los informes, se trata de un joven plácido y cortés, aficionado a leer libros y a contemplar las estrellas. Su pasión es la cría de animales, y posee los mejores sabuesos, halcones y caballos de los Siete Reinos.

« La pareja ideal —rio Tyrion para sus adentros—. Cersei también es una apasionada de la cría». Compadecía al pobre Willas, y no sabía si reírse de su hermana o llorar por ella.

—El heredero de los Tyrell es el perfecto para mí —concluyó lord Tywin—, pero si prefieres a otro, escucharé tus motivos.

—Es muy amable por tu parte, padre —replicó Cersei con cortesía gélida—. La elección que me planteas es difícil. ¿Con quién es mejor que me acueste? ¿Con el viejo calamar o con el tullido chico de los perros? Tendré que pensármelo unos días. ¿Me das tu permiso para retirarme?

« Tú eres la reina —le habría gustado decir a Tyrion—; el que te debería pedir permiso es él».

—Te lo doy —respondió su padre—. Hablaremos de nuevo cuando hayas recuperado la compostura. Recuerda cuál es tu deber.

Cersei salió de la estancia caminando deprisa, rígida, rabiosa.

« Pero acabará por acatar la voluntad de nuestro padre. —Ya lo había hecho con Robert—. Aunque ahora hay que tener en cuenta a Jaime». Su hermano era mucho más joven en el momento del primer matrimonio de Cersei; tal vez no accediera con tanta facilidad al segundo. El desdichado Willas Tyrell era el candidato ideal a contraer una letal enfermedad causada por una espada en las tripas, cosa que sin duda daría al traste con la alianza entre Altojardín y Roca Casterly. « Tendría que decir algo, pero ¿qué? ¿Algo como “Perdona, padre, pero con quien Cersei quiere casarse es con nuestro hermano”?».

—Tyrion...

—Me ha parecido oír al heraldo llamándome a la liza. —Sonrió con aire resignado.

—Esa afición que tienes por las putas es tu debilidad —dijo lord Tywin sin preámbulos—, pero puede que parte de la culpa me corresponda a mí. Como tienes la estatura de un niño, me resulta fácil olvidar que en realidad eres un adulto, con los bajos instintos de un hombre. Ya deberías haberte casado.

«Estuve casado, ¿no te acuerdas?». Tyrion retorció la boca, y el sonido que emitió estaba a medio camino entre una carcajada y un gruñido.

—¿Te resulta cómica la perspectiva de casarte?

—No, solo me estaba imaginando qué novio más guapo voy a resultar.

Tal vez una esposa fuera justo lo que necesitaba. Si le aportaba tierras y un castillo, aquello le proporcionaría un lugar en el mundo, lejos de la corte de Joffrey... y de Cersei, y de su padre.

Por otro lado estaba Shae.

«Esto no le va a hacer la menor gracia, por mucho que diga que se conforma con ser mi puta».

Pero, desde luego, no era un asunto que plantearle a su padre, de manera que Tyrion se incorporó cuanto pudo en su asiento.

—Pretendes que me case con Sansa Stark —dijo—. Pero ¿no crees que los Tyrell se tomarán el compromiso como una afrenta, ya que tienen otros planes para esa niña?

—Lord Tyrell no sacará a colación el tema de la joven Stark hasta después de la boda de Joffrey. Si Sansa contrae matrimonio antes, ¿cómo se puede sentir affrentado? No nos había dado ningún indicio de sus intenciones.

—Así es —dijo ser Kevan—. Y si persiste algún atisbo de resentimiento, se olvidará cuando ofrezcamos a Cersei para su Willas.

Tyrion se frotó los restos de la nariz. En ocasiones, la cicatriz reciente le picaba de manera insopportable.

—Su alteza la pústula real ha hecho desgraciada a Sansa hasta límites horribles desde el día en que murió su padre, y ahora que por fin se ve libre de Joffrey, os proponéis casarla conmigo. Me parece de una crueldad inaudita. Incluso para ti, padre.

—¿Por qué? ¿Tienes intención de maltratarla? —En la voz de su padre había más curiosidad que preocupación—. La felicidad de esa cría no es mi objetivo, ni tampoco debería ser el tuyo. En el sur, nuestras alianzas son tan sólidas como Roca Casterly, pero aún tenemos que ganar el norte, y la llave del norte es Sansa Stark.

—No es más que una niña.

—Tu hermana asegura que ya ha florecido, de modo que es una mujer, y se puede casar. Tienes que quitarle la virginidad, de modo que nadie pueda decir que el matrimonio no ha sido consumado. Después, siquieres esperar un año o dos antes de volver a acostarte con ella, estarás en tu derecho como esposo.

«Shae es la mujer a la que necesito ahora mismo —pensó—, y digas lo que digas, Sansa no es más que una niña».

—Si tu objetivo es apartarla de los Tyrell, ¿por qué no se la devuelves a su madre? Tal vez eso convencería a Robb Stark para que se arrodillara ante el rey.

—Si la envío a Aguas dulces —le espetó lord Tywin con una mirada

despectiva—, su madre la emparejará con un Blackwood o un Mallister para cimentar las alianzas de su hijo en el Tridente. Si la envío al norte, antes de un mes estará casada con algún Manderly o con un Umber. Pero aquí en la corte no es menos peligrosa, como ha demostrado este problema con los Tyrell. Se tiene que casar con un Lannister, cuanto antes.

—El hombre que se case con Sansa Stark tendrá derechos sobre Invernalia —intervino su tío Kevan—. ¿No se te había ocurrido?

—Si tú no te quieres casar con ella, se la ofreceré a cualquiera de tus primos —dijo su padre—. Kevan, ¿crees que Lancel tendrá fuerzas para casarse?

—Si llevamos a la niña junto a su lecho, podrá pronunciar el juramento... —Ser Kevan titubeó un instante—. Pero de consumarlo, ni hablar... No, propondría a uno de los gemelos, pero los Stark los tienen prisioneros en Aguas dulces. También tienen a Tion, el hijo de Genna, que sería otro posible candidato.

Tyrion dejó que siguieran con la comedia. Sabía que la estaban representando solo para él.

« Sansa Stark », caviló. Sansa, de palabras tan gentiles y de fragancia tan dulce, que adoraba las sedas, las canciones, la galantería y a los caballeros altos y gráciles de rostros hermosos. Se sintió como si estuviera de nuevo en el embarcadero, con el muelle meciéndose bajo sus pies.

—Me pediste que te recompensara por tu valor en la batalla —le recordó lord Tywin con energía—. Esta es tu oportunidad, Tyrion, la mejor que vas a tener jamás. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa, impaciente—. Hubo un tiempo en que quise casar a tu hermano con Lysa Tully, pero Aerys hizo a Jaime miembro de su Guardia Real antes de que llegáramos a un acuerdo. Cuando le propuse a lord Hoster que Lysa se casara a cambio contigo, me replicó que quería a un hombre entero para su hija.

« De modo que la casó con Jon Arryn, que tenía edad para ser su abuelo ». Dado lo que había llegado a ser Lysa Arryn, Tyrion sentía más gratitud que rencor.

—Cuando te ofrecí a Dorne, me dijeron que la mera propuesta era un insulto —siguió lord Tywin—. En los años siguientes recibí respuestas similares de Yohn Royce y Leyton Hightower. Acabé por caer tan bajo como para sugerir que aceptarías a la chica de la casa Florent, la que Robert desvirgó en el lecho de bodas de su hermano. Pero su padre prefirió entregarla a uno de los caballeros de su propia casa.

» Si no quieres a la joven Stark, te buscaré otra esposa. Sin duda, en algún lugar del reino habrá un señor menor que de buena gana entregaría a una hija para ganarse la amistad de Roca Casterly. La misma lady Tanda nos ha ofrecido a Lollys...

Tyrion sintió un escalofrío.

—Antes me la corto y se la echo de comer a las cabras.

—Pues haz el favor de abrir los ojos. La pequeña Stark es joven, amable, de alta cuna y todavía virgen. No le faltan atractivos. ¿Por qué dudas?

«Eso, ¿por qué?».

—Manías mías. Aunque suene raro, preferiría una esposa que me deseara en la cama.

—Si crees que tus putas te desean en la cama es que eres aún más idiota de lo que pensaba —replicó lord Tywin—. Me estás decepcionando, Tyrion. Yo creía que este compromiso te haría feliz.

—Sí, ya sabemos todos cuánto te importa mi felicidad, padre. Pero hay una cosa que no entiendo. ¿Dices que es la llave del norte? Ahora, el norte está en poder de los Greyjoy, y el rey Balon tiene una hija. ¿Por qué Sansa Stark, y no ella?

Miró fijamente los fríos ojos de su padre, verdes con brillantes reflejos dorados. Lord Tywin entrelazó los dedos bajo la barbilla.

—Balon Greyjoy piensa como un saqueador, no como un rey. Dejemos que disfrute de una corona de otoño y que sufra un invierno del norte. Sus súbditos no lo tendrán en mucha estima. Cuando llegue la primavera, los norteños tendrán empacho de krákens. Cuando te presentes allí con el nieto de Eddard Stark para reclamar la herencia que le corresponde por derecho, tanto los señores como el pueblo llano se unirán para sentarlo en el trono de sus antepasados. Supongo que serás capaz de dejar embarazada a una mujer, ¿no?

—Creo que sí —replicó, airado—. Aunque la verdad es que no tengo pruebas. Pero no se puede decir que no lo haya intentado. Planto mis semillitas tan a menudo como me es posible...

—En zanjas y alcantarillas —terminó lord Tywin—, y en tierras comunales donde solo pueden arraigar bastardos. Ya va siendo hora de que tengas un jardín propio. —Se puso en pie—. Te aseguro que Roca Casterly no será para ti jamás. Pero si te casas con Sansa Stark, es posible que algún día consigas Invernalia.

«Tyrion Lannister, Lord Protector de Invernalia». La sola idea le produjo un extraño escalofrío.

—Muy bien, padre —dijo, remarcando cada palabra—, pero hay una cucaracha muy gorda en tu alfombra. Cabe suponer que Robb Stark es tan «capaz» como yo, y se ha comprometido con una de esas fértiles Frey. Y una vez que el Joven Lobo tenga una camada, los cachorros de Sansa no tendrán derecho a heredar nada.

—Te doy mi palabra de que Robb Stark no engendrará hijos con esa fértil Frey. —Lord Tywin no parecía preocupado—. Me ha llegado cierta noticia que no me ha parecido conveniente compartir con el Consejo, aunque no me cabe duda de que los señores se enterarán tarde o temprano, seguramente temprano. El Joven Lobo se ha desposado con la hija mayor de Gawen Westerling.

—¿Quieres decir que rompió su juramento? —preguntó Tyrion, incrédulo.

Pensaba que no había oido bien a su padre—. ¿Que ha rechazado a los Frey por...?—Se quedó sin palabras.

—Por una doncella de dieciséis años llamada Jeyne —dijo ser Kevan—. Lord Gawen me la había propuesto para Willem o para Martyn, pero tuve que negarme. Gawen es un buen hombre, pero su mujer es Sybell Spicer. No tendría que haberse casado con ella. Los Westerling siempre han tenido más honor que sentido común. El abuelo de lady Sybell era un comerciante de azafrán y pimienta, casi tan plebeyo como ese contrabandista que va con Stannis. Y la abuela era una mujer que se trajo del este. Una vieja horrorosa; supuestamente era una sacerdotisa. La llamaban *maegi*. Nadie era capaz de pronunciar su verdadero nombre. Medio Lannisport acudía a ella en busca de remedios, pocímas amorosas y cosas por el estilo. —Se encogió de hombros—. Hace mucho que murió, claro. Y Jeyne parecía una chiquilla muy dulce, sí, aunque solo la vi en una ocasión. Pero con una sangre tan dudosa...

Tyrion, que había estado casado con una prostituta, no podía compartir del todo el espanto que sentía su tío ante la idea de contraer matrimonio con una muchacha cuyo bisabuelo había comerciado con clavos de olor. Pese a todo... «Una chiquilla muy dulce», había dicho ser Kevan, pero muchos venenos también eran dulces. Los Westerling eran una estirpe antigua, pero tenían más orgullo que poder. No le sorprendería que lady Sybell hubiera aportado al matrimonio más riquezas que su noble esposo. Las minas de los Westerling estaban agotadas desde hacía años; habían vendido o perdido sus mejores tierras, y el Risco era más una ruina que una fortaleza.

«Aunque una ruina romántica, que se alza valerosa sobre el mar».

—Estoy desconcertado —tuvo que reconocer Tyrion—. Creía que Robb Stark tenía más sentido común.

—Es un muchacho de dieciséis años —dijo lord Tywin—. A esa edad, el sentido común importa poco, comparado con la lujuria, el amor y el honor.

—Renegó de su promesa, humilló a un aliado y violó su palabra. ¿Dónde está el honor?

—Elegió el honor de la chica por encima del suyo propio —le respondió ser Kevan—. Una vez la hubo desvirgado, no le quedó otra opción.

—Habría sido mejor para ella que la dejara con un bastardo en la barriga —replicó Tyrion con brusquedad.

Los Westerling iban a perderlo todo: sus tierras, su castillo, sus mismas vidas.

«Un Lannister siempre paga sus deudas».

—Jeyne Westerling es hija de su madre —dijo lord Tywin—, y Robb Stark es hijo de su padre.

La traición de los Westerling no parecía haber airado a su padre tanto como Tyrion habría podido suponer. Lord Tywin no toleraba deslealtad alguna en sus vasallos. Cuando aún era casi un niño había aniquilado a los orgullosos Reyne de

Castamere y a los antiquísimos Tarbeck de Torre Tarbeck. Los bardos habían llegado incluso a componer una canción un tanto macabra al respecto. Años más tarde, cuando lord Farman de Castibello se puso beligerante, lord Tywin le envió un emisario que, en vez de una carta, llevaba un laúd. Después de oír en sus salones «Las lluvias de Castamere», lord Farman no volvió a causar problemas. Y por si no bastara con la canción, los derruidos castillos de los Reyne y los Tarbeck se alzaban aún como testimonio mudo del destino que les esperaba a los que osaran despreciar el poderío de Roca Casterly.

—El Risco no está tan lejos de Torre Tarbecky Castamere —señaló Tyrion—. Cabría suponer que los Westerling han pasado por allí, y deberían haber aprendido la lección.

—Puede que así haya sido —dijo lord Tywin—. Te aseguro que saben bien qué pasó en Castamere.

—¿Acaso los Westerling y los Spicer son tan estúpidos como para creer que el lobo puede derrotar al león?

Muy de tarde en tarde, lord Tywin Lannister amenazaba con esbozar una sonrisa. No llegaba a hacerlo, pero la mera amenaza era un espectáculo pavoroso.

—A veces, los mayores estúpidos son más astutos que los que se ríen de ellos —dijo—. Te casarás con Sansa Stark, Tyrion. Y muy pronto.

Llegaron con los cadáveres cargados a hombros y los depositaron ante el estrado. Se hizo el silencio en toda la estancia iluminada por antorchas, y Catelyn alcanzó a oír el aullido de Viento Gris a medio castillo de distancia.

«Huele la sangre —pensó—. A través de muros de piedra y puertas de madera, a través de la noche y la lluvia, le llega el olor de la muerte y la desgracia».

Se encontraba a la izquierda de Robb, junto al trono elevado, y durante un momento se sintió como si estuviera contemplando a sus muertos, a Bran y a Rickon. Aquellos chicos eran mucho mayores, pero la muerte los había encogido. Desnudos y empapados, parecían muy pequeños, y su inmovilidad hacia que costara recordarlos vivos.

El muchacho rubio había estado intentando dejarse crecer la barba. Una pelusa amarilla, como la de un melocotón, le cubría las mejillas y la barbilla por encima de la devastación roja que le había dejado el cuchillo en la garganta. Tenía el pelo dorado aún húmedo, como si lo hubieran sacado de una bañera. Por su aspecto, había muerto en paz, tal vez mientras dormía, pero su primo de cabello castaño había luchado para evitar la muerte. Tenía cortes en ambos brazos, lo que indicaba que había tratado de parar los tajos, y la sangre seguía manando despacio de las heridas que le cubrían el pecho, el vientre y la espalda como bocas sin lengua, aunque la lluvia las había limpiado casi por completo.

Robb se había puesto la corona antes de entrar en la sala, y el bronce brillaba apagado a la luz de las antorchas. Las sombras le ocultaban los ojos mientras contemplaba a los muertos.

«¿También él estará viendo a Bran y a Rickon?». Sentía deseos de echarse a llorar, pero ya no le quedaban lágrimas. Los muchachos muertos estaban muy pálidos tras un largo tiempo prisioneros, y los dos habían sido de piel muy clara; sobre aquella blancura, la sangre destacaba con su rojo violento; era una visión insoportable. «¿Pondrán a Sansa desnuda ante el Trono de Hierro cuando la maten? ¿Se verá igual de blanca su piel, igual de roja su sangre?». En el exterior se oía el repiqueo constante de la lluvia y el aullido inquieto de un lobo.

Su hermano Edmure estaba a la derecha de Robb, con una mano sobre el respaldo del trono de su padre, con el rostro todavía abotargado. Lo habían despertado igual que a ella, con golpes en la puerta en medio de la noche para arrancarlo bruscamente de sus sueños.

«¿Eran sueños agradables, hermano? ¿Soñabas con la luz del sol, las risas y los besos de una doncella? Lo deseó de todo corazón». Sus sueños, en cambio, eran lúgubres y plagados de terrores.

Los capitanes y señores vasallos de Robb estaban también en la estancia, unos con cotas de malla y espadas, otros en diferentes estadios de atavío. Ser Raynald

y su tío, ser Rolph, estaban entre ellos, pero Robb había preferido ahorrarle a su reina aquel espectáculo.

« El Risco no está lejos de Roca Casterly —recordó Catelyn—. Es posible que Jeyne jugara con estos muchachos cuando todos eran niños».

Volvió a contemplar los cadáveres de los escuderos Tion Frey y Willem Lannister, y esperó a que su hijo hablara.

Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que Robb alzara los ojos de los cadáveres ensangrentados.

—Pequeño Jon —dijo—, decidele a vuestro padre que los haga pasar.

Jon Umber, enmudecido, dio media vuelta para cumplir la orden. Sus pisadas levantaron ecos en las paredes de piedra.

Cuando el Gran Jon cruzó las puertas con sus prisioneros, Catelyn se fijó en que algunos de los otros hombres retrocedían un paso para dejarles sitio, como si la traición pudiera contagiarse por un roce, una mirada o un estornudo. Captores y cautivos tenían un aspecto muy semejante: eran hombres corpulentos todos ellos, de barba espesa y cabellera larga. Dos de los hombres del Gran Jon estaban heridos, así como tres de sus prisioneros. Lo único que parecía diferenciarlos era que unos tenían lanzas, y los otros, las vainas vacías. Todos vestían cotas de malla o jubones con anillas cosidas, botas pesadas y capas gruesas, unas de lana y otras de pieles. « El norte es frío, duro e inclemente», le había dicho Ned cuando Catelyn llegó a Invernalia para quedarse a vivir, hacía un millón de años.

—Cinco —dijo Robb cuando los prisioneros estuvieron ante él, empapados y silenciosos—. ¿Nada más?

—Eran ocho —retumbó la voz del Gran Jon—. Hemos matado a dos antes de poder apresarlos, y hay un tercero moribundo.

—Hacían falta ocho hombres para matar a dos escuderos desarmados —dijo Robb escudriñando los rostros de los cautivos.

—También han asesinado a dos de mis hombres para entrar en la torre —intervino Edmure Tully—. A Delp y a Elwood.

—No ha sido ningún asesinato —dijo lord Rickard Karstark, tan poco afectado por las cuerdas que le ataban las muñecas como por el hilillo de sangre que le corría por el rostro—. Cualquiera que se interponga entre un hombre y su venganza pide la muerte a gritos.

Sus palabras resonaron en los oídos de Catelyn duras, crueles como el redoble de un tambor de guerra. Tenía la garganta seca como una piedra.

« He sido yo. Estos dos muchachos han muerto para que mis hijas vivieran» .

—Vi morir a vuestros hijos aquella noche, en el bosque Susurrante —le dijo Robb a lord Karstark—. Tion Frey no mató a Torrhen. Willem Lannister no mató a Eddard. ¿Cómo os atrevéis a llamar venganza a esto? Ha sido un asesinato, una locura. Vuestros hijos murieron con honor, en el campo de batalla y con la

espada en la mano.

—¡Murieron! —replicó Rickard Karstark sin ceder un ápice—. El Matarrey es los asesinó. Estos dos eran de su estirpe. La sangre solo se paga con sangre.

—¿Con sangre de niños? —Robb señaló los cadáveres—. ¿Cuántos años tenían? ¿Doce, trece? Eran escuderos.

—En todas las batallas mueren escuderos.

—Mueren luchando, sí. Tion Frey y Willem Lannister rindieron sus espadas en el bosque Susurrante. Estaban prisioneros, encerrados en una celda, dormidos, desarmados... Eran niños. ¡Miradlos!

En lugar de obedecer, lord Karstark miró a Catelyn.

—Decidle a vuestra madre que los mire —replicó—. Es tan culpable de su muerte como yo.

Catelyn se aferró con una mano al respaldo del trono de Robb. La sala daba vueltas a su alrededor. Se sentía como si estuviera a punto de vomitar.

—Mi madre no ha tenido nada que ver con esto —respondió Robb, airado—. Ha sido obra vuestra. Vos sois el asesino. El traidor.

—¿Cómo puede ser traición matar a un Lannister si no es traición liberarlo? —preguntó Karstark con tono hosco—. ¿Ha olvidado vuestra alteza que estamos en guerra contra Roca Casterly? En la guerra se mata a los enemigos. ¿Es que no te lo enseñó tu padre, niño?

—Niño?

El Gran Jon le asestó a Rickard Karstark una bofetada con el puño enfundado en el guantelete. Karstark cayó de rodillas.

—¡Dejadlo! —La voz de Robb resonó imperiosa. Umber dio un paso atrás para alejarse del cautivo.

—Eso, lord Umber, dejadme. —Lord Karstark escupió una muela rota—. El rey se encargará de mí. Me echará una reprimenda antes de perdonarme. Así trata a los traidores nuestro Rey en el Norte. —Esbozó una sonrisa húmeda, ensangrentada—. ¿O debería llamaros el Rey que Perdió el Norte, alteza?

El Gran Jon le arrebató la lanza al hombre que tenía al lado y la levantó a la altura del hombro.

—Permitidme que lo ensarte, señor. Permitidme que le abra la barriga, a ver de qué color tiene las entrañas.

Las puertas de la estancia se abrieron de golpe, y el Pez Negro entró con la capa y el yelmo chorreadentes. Lo seguían soldados de los Tully, mientras, en el exterior, los relámpagos hendían el cielo y una lluvia negra repiqueteaba contra las piedras de Aguasdulces. Ser Brynden se quitó el yelmo y se dejó caer sobre una rodilla.

—Alteza —fue lo único que dijo. Pero el tono sombrío de su voz era más elocuente.

—Recibiré a ser Brynden en privado en la sala de audiencias. —Robb se puso

en pie—. Gran Jon, que lord Karstark permanezca aquí hasta mi regreso. A los otros siete, ahorcadlos.

—¿A los muertos también? —preguntó el Gran Jon bajando la lanza.

—Sí. No permitiré que emponzoñen los ríos de mi señor tío. Que se los coman los cuervos.

—Piedad, señor. —Uno de los prisioneros se dejó caer de rodillas—. Yo no he matado a nadie. Me quedé en la puerta para vigilar por si venían guardias.

—¿Sabías lo que pretendía hacer lord Rickard? —le preguntó Robb tras meditar un instante—. ¿Viste cómo desenfundaban los cuchillos? ¿Oiste los gritos, los gemidos, las súplicas de piedad?

—Sí, pero no tomé parte, no hice más que mirar, lo juro...

—Lord Umber —dijo Robb—, este no hizo más que mirar. Ahorcadlo el último, para que mire también cómo mueren los otros. Madre, tío, venid conmigo, por favor.

Dio la vuelta mientras los hombres del Gran Jon se acercaban a los prisioneros y los sacaban de la estancia a punta de lanza. En el exterior, los truenos rugían y retumbaban; era como si el castillo se estuviera derrumbando en torno a ellos.

« ¿Es este el sonido de un reino al caer? », se preguntó Catelyn.

La sala de audiencias estaba a oscuras, pero al menos, el sonido de los truenos quedaba amortiguado por el grosor de los muros. Un criado entró con una lámpara de aceite para encender el fuego, pero Robb lo hizo salir y se quedó con la lámpara. Había mesas y sillas, pero solo Edmure se sentó, y volvió a levantarse al darse cuenta de que los demás permanecían de pie. Robb se quitó la corona y la puso sobre la mesa, ante sí.

El Pez Negro cerró la puerta.

—Los Karstark se han marchado.

—¿Todos? —¿Era rabia o desesperación lo que enronquecía la voz de Robb? Ni siquiera Catelyn lo habría sabido decir.

—Todos los hombres en condiciones de luchar —respondió ser Brynden—. Han dejado a unos cuantos vivanderos, y criados con los heridos. Hemos interrogado a cuantos ha sido necesario para descubrir qué había sucedido. Empezaron a marcharse al anochecer, al principio de uno en uno o de dos en dos, y luego ya en grupos. A los heridos y a los criados les ordenaron que mantuvieran encendidas las hogueras, para que nadie supiera qué estaban haciendo, pero cuando empezó a llover ya no importó.

—¿Se reagruparán lejos de Aguasdulces? —preguntó Robb.

—No. Se han dispersado, van de caza. Lord Karstark le ha prometido la mano de su hija doncella a cualquier hombre, noble o plebeyo, que le lleve la cabeza del Matarreyes.

« Que los dioses nos amparen ». Catelyn volvió a sentir arcadas.

—Cerca de trescientos jinetes y el doble de monturas han desaparecido en mitad de la noche. —Robb se frotó las sienes, allí donde la corona le había dejado una marca en la delicada piel—. Hemos perdido toda la caballería de Bastión Kar.

« La he perdido yo. Yo. Que los dioses me perdonen». Catelyn lo veía; no hacía falta ser estratega para comprender que Robb estaba en una trampa. Por el momento, las tierras de los ríos seguían en su poder, pero su reino estaba rodeado de enemigos por todos lados excepto el este, donde se encontraba Lysa en la cima de la montaña. Ni siquiera el Tridente se podía considerar seguro mientras el señor del Cruce les negara su alianza. « Y ahora hemos perdido también a los Karstark...».

—La noticia de lo que ha pasado no debe salir de Aguasdulces —dijo su hermano Edmure—. Lord Tywin... Los Lannister siempre pagan sus deudas, es lo que dicen siempre. La Madre se apiade, cuando se entere...

« Sansa». Catelyn apretó las manos con tal fuerza que se clavó las uñas en las palmas.

—¿Quieres que me convierta en mentiroso, además de en asesino, tío? —Robb lanzó una mirada gélida a Edmure.

—No tenemos por qué decir ninguna mentira; basta con que no digamos nada. Enterremos a los chicos y cerremos la boca hasta que termine la guerra. Willem era hijo de ser Kevan Lannister y sobrino de lord Tywin. Tion era hijo de lady Genna, y encima era también un Frey. Y hay que impedir que la noticia llegue a Los Gemelos hasta...

—¿Hasta que podamos devolverles la vida a los muertos? —le espetó Brynden el Pez Negro con brusquedad—. La verdad escapó junto con los Karstark, Edmure. Es tarde para esos jueguecitos.

—Les debo a sus padres la verdad —dijo Robb—. Y justicia. Eso también se lo debo. —Contempló su corona, el brillo oscuro del bronce, el círculo de espadas de hierro—. Lord Rickard me ha desafiado. Me ha traicionado. No tengo más remedio que condenarlo. Solo los dioses saben qué harán los soldados Karstark de infantería que van con Roose Bolton cuando se enteren de que he ejecutado a su señor por traición. Hay que avisar a Bolton.

—El heredero de lord Karstark también estaba en Harrenhal —le recordó ser Brynden—. El hijo mayor, el que los Lannister tomaron como prisionero en el Forca Verde.

—Harrion. Se llama Harrion. —Robb soltó una carcajada amarga—. Un rey tiene que conocer los nombres de sus enemigos, ¿no te parece?

—¿Estás seguro de lo que dices? —El Pez Negro lo miraba con gesto sibilino—. ¿De que esto convertirá en tu enemigo al joven Karstark?

—¿Qué otra cosa puede pasar? Estoy a punto de matar a su padre; no creo que vaya a darme las gracias.

—Puede que sí. Hay hijos que odian a sus padres, y de un plumazo lo vas a convertir en señor de Bastión Kar.

—Aunque Harrion fuera de ese tipo de hombres —dijo Robb con un gesto de negación—, no podría perdonar nunca de manera abierta al que mató a su padre. Los suyos se volverían contra él. Son norteños, tío. Y el norte siempre recuerda.

—Entonces, perdónalo —sugirió apremiante Edmure Tully. Robb se quedó mirándolo con franca incredulidad. Bajo aquella mirada, Edmure se puso rojo—. Quiero decir que le perdone la vida. A mí tampoco me hace gracia: ha matado a mis hombres. El pobre Delp acababa de recuperarse de la herida que le causó ser Jaime. Karstark debe recibir un castigo, sin duda. Propongo que lo hagáis encerrar.

—¿Como rehén? —preguntó Catelyn.

«Tal vez fuera lo mejor...» .

—¡Sí, como rehén! —Su hermano se tomó la pregunta como señal de apoyo—. Dile al hijo que, mientras se mantenga leal, su padre no sufrirá ningún daño. De lo contrario... Con los Frey ya no nos queda nada que hacer, ni aunque me ofreciera a casarme con todas las hijas de lord Walder y a mantener su progenie. Si perdemos también a los Karstark, ¿qué esperanza nos queda?

—¿Qué esperanza...? —Robb se quedó sin palabras, y se apartó el pelo de los ojos—. No hemos tenido noticias de ser Rodrik en el norte, ni tampoco respuesta de Walder Frey a nuestra nueva oferta, y solo silencio del Nido de Águilas. —Miró a su madre—. ¿Es que tu hermana no nos va a responder nunca? ¿Cuántas veces le tengo que escribir? No me creo que ninguno de los pájaros haya llegado a sus manos.

Catelyn comprendió que su hijo quería que lo consolara. Quería que le dijera que todo iba a salir bien. Pero su rey necesitaba saber la verdad.

—Los pájaros le han llegado. Aunque, si alguna vez se lo preguntas, seguramente te dirá que no. Por ese lado no esperes ayuda, Robb. Lysa no ha sido valiente nunca. Cuando éramos niñas, siempre que hacía algo malo, huía y se escondía. Tal vez pensaba que, si no la encontraba, nuestro señor padre se olvidaría de enfadarse con ella. No creo que ahora sea diferente. Huyó de Desembarco del Rey porque tuvo miedo, corrió al lugar más seguro que conoce, y ahora está en la cima de su montaña, con la esperanza de que todos se olviden de ella.

—Los caballeros del Valle podrían decidir el curso de esta guerra —dijo Robb —, pero si no quiere pelear, lo acepto. Solo le he pedido que nos abra la Puerta de la Sangre y que nos proporcione barcos en Puerto Gaviota, para ir al norte. El camino alto será duro, pero no tanto como abrirnos paso luchando Cuello arriba. Si pudiera desembarcar en Puerto Blanco, podría flanquear Foso Cailin y expulsar del norte a los hombres del hierro en medio año.

—No será posible, señor —dijo el Pez Negro—. Cat tiene razón. Lady Lysa

tiene demasiado miedo para permitir que entre un ejército en el Valle. Ningún ejército. La Puerta de la Sangre seguirá cerrada.

—¡Los Otros se la lleven! —maldijo Robb, furioso y desesperado—. Igual que al condenado Rickard Karstark. Y a Theon Greyjoy, y a Walder Frey, y a Tywin Lannister, y a todos los demás. Dioses, ¿por qué querrá nadie ser rey? Cuando todos me aclamaban « ¡Rey en el Norte! ¡Rey en el Norte! », me dije... me juré... que sería un buen rey, tan honorable como mi padre, fuerte, justo, leal a mis amigos y valiente al enfrentarme a mis enemigos... Y ahora no distingo a unos de otros. ¿Cómo es posible que se haya vuelto todo tan confuso? Lord Rickard ha luchado a mi lado en una docena de batallas; sus hijos murieron por mí en el bosque Susurrante. Tion Frey y Willem Lannister eran mis enemigos. Pero ahora, por ellos, tengo que matar al padre de mis amigos muertos. —Los miró a todos—. ¿Me darán las gracias los Lannister por entregarles la cabeza de lord Rickard? ¿Me las darán los Frey?

—No —respondió Brynden el Pez Negro, brusco como siempre.

—Razón de más para perdonarle la vida a lord Rickard y conservarlo como rehén —insistió Edmure.

Robb extendió ambas manos, cogió la pesada corona de hierro y bronce, y se la puso de nuevo en la cabeza. De repente volvió a ser el rey.

—Lord Rickard morirá.

—Pero ¿por qué? —preguntó Edmure—. Si acabas de decir...

—Ya sé qué acabo de decir, tío. Eso no cambia lo que he de hacer. —Las espadas de la corona se alzaban lúgubres y oscuras sobre su frente—. En la batalla, yo mismo podría haber matado a Tion y a Willem, pero esto no ha sido una batalla. Estaban dormidos en sus catres, desnudos y desarmados, en la celda donde yo los hice encerrar. Rickard Karstark no se limitó a matar a un Frey y a un Lannister. Ha matado mi honor. Me encargaré de él al amanecer.

Cuando llegó el alba, gris y gélida, la tormenta había amainado y solo quedaba una lluvia constante; aun así el bosque de dioses estaba atestado de gente. Señores del río y señores del norte, nobles y plebeyos, caballeros, mercenarios y mozos de cuadras: todos se encontraban entre los árboles para presenciar el final de aquella noche oscura. Edmure había dado instrucciones, y habían dispuesto un tocón para el ajusticiamiento junto al tronco del árbol corazón. La lluvia y las hojas caían en torno a los hombres del Gran Jon cuando llevaron hacia allí a lord Rickard Karstark, con las manos todavía atadas. Sus hombres estaban ya colgados de las murallas de Aguasdulces y se mecían al final de largas cuerdas, mientras las gotas de lluvia les corrían por los rostros cada vez más ennegrecidos.

Lew el Largo aguardaba junto al tocón, pero Robb le tomó el hacha de la mano y le ordenó que se hiciera a un lado.

—Es mi trabajo —dijo—. Muere por orden mía. Debe morir por mi mano.

—Os soy las gracias por eso. —Lord Rickard Karstark hizo un gesto rígido con la cabeza—. Pero por nada más.

Se había ataviado para morir con una larga sobrevista de lana negra adornada con el rayo blanco de sol de su casa.

—La sangre de los primeros hombres corre por mis venas igual que por las vuestras, muchacho. Haríais bien en recordarlo. A mí me nombró vuestro abuelo. Alcé mis estandartes contra el rey Aerys por vuestro padre, y contra el rey Joffrey por vos. En Cruce de Bueyes, en el bosque Susurrante y en la batalla de los Campamentos cabalgué a vuestro lado, y al lado de lord Eddard estuve en el Tridente. Somos de la misma raíz: Starky Karstark.

—Esa raíz no os impidió traicionarme —dijo Robb—. Y no os va a salvar. Arrodillaos, mi señor.

Catelyn sabía que lord Rickard había dicho la verdad. Los Karstark descendían de Karlon Stark, un hijo no primogénito de Invernalia, que había acabado con un señor rebelde hacía un millar de años y que, como recompensa por su valor, había recibido tierras. El castillo que construyó recibió el nombre de Bastión Kar, y con los siglos, los Stark de Bastión Kar pasaron a llamarse Karstark.

—Los antiguos dioses y los nuevos dicen lo mismo —le dijo lord Rickard a Robb—: no hay hombre más maldito que el que mata a la sangre de su sangre.

—Arrodillaos, traidor —dijo Robb de nuevo—. ¿O tendré que pedir que os obliguen a poner la cabeza en el tocón?

—Los dioses os juzgarán igual que vos me habéis juzgado —dijo lord Karstark al arrodillarse, y puso la cabeza sobre la madera.

—Rickard Karstark, señor de Bastión Kar. —Robb alzó la pesada hacha con ambas manos—. Aquí, ante los ojos de hombres y dioses, os declaro culpable de asesinato y alta traición. En mi nombre os condeno. Con mi mano os quito la vida. ¿Queréis decir vuestras últimas palabras?

—Matadme y seréis maldito. No sois mi rey.

El hacha descendió. Era pesada y tenía buen filo; bastó un golpe para matar, pero hicieron falta tres para separar la cabeza del cuerpo, y cuando hubo terminado, tanto los vivos como el muerto estaban empapados de sangre. Robb soltó el hacha, asqueado, y se volvió hacia el árbol corazón. Se quedó allí sin decir nada, tembloroso, con los puños entrecerrados y la lluvia corriéndole por las mejillas.

« Que los dioses lo perdonen —rezó Catelyn en silencio—. No es más que un muchacho, y no tenía alternativa» .

No volvió a ver a su hijo en todo el día. La lluvia siguió cayendo durante la mañana; azotaba la superficie de los ríos y convertía la hierba del bosque de dioses en un lodazal lleno de charcos. El Pez Negro congregó a un centenar de hombres y salió a caballo en pos de los Karstark, pero nadie esperaba que

consiguiera regresar con muchos.

—Solo les pido a los dioses no verme obligado a ahorcarlos —les dijo al partir.

Tras despedirse de él, Catelyn se retiró a las habitaciones de su padre para sentarse una vez más junto a la cama de lord Hoster.

—No le queda mucho tiempo —le advirtió el maestre Vyman cuando lo visitó aquella tarde—. Está perdiendo las últimas fuerzas, aunque todavía intenta luchar.

—Siempre ha sido un luchador —dijo ella—. El cabezota más adorable del mundo.

—Sí —asintió el maestre—, pero esta batalla no la puede ganar. Es hora de dejar la espada y el escudo. Es hora de rendirse.

« Hora de rendirse —pensó—, hora de buscar la paz». ¿De quién hablaba el maestre? ¿De su padre o de su hijo?

Al anochecer, Jeyne Westerling acudió a verla. La joven reina entró en la estancia con timidez.

—No quisiera molestaros, lady Catelyn.

Catelyn estaba cosiendo, pero dejó la labor a un lado.

—Sois bienvenida aquí, alteza.

—Por favor, llamadme Jeyne. No me siento nada «alteza».

—Pero lo sois. Sentaos, alteza.

—Jeyne. —La muchacha se sentó junto a la chimenea y se estiró la falda con manos nerviosas.

—Como queráis. ¿En qué puedo serviros, Jeyne?

—Se trata de Robb. Está tan deprimido, tan... tan furioso, tan inconsolable... No sé qué hacer.

—Es duro quitarle la vida a un hombre.

—Lo sé. Le dije que utilizará los servicios de un verdugo. Cuando lord Tywin condena a alguien, solo tiene que dar la orden. Así es más fácil, ¿no os parece?

—Sí —asintió Catelyn—. Pero mi señor esposo les enseñó a sus hijos que matar no debería ser fácil.

—Ah. —La reina Jeyne se mordisqueó los labios—. Robb no ha comido nada en todo el día. Le he dicho a Rollam que le subiera una buena cena, costillas de jabalí con cebollas guisadas y cerveza, pero ni siquiera la ha probado. Se ha pasado toda la mañana escribiendo una carta y me ha dicho que no lo molestará, pero al terminarla, la ha tirado al fuego. Ahora está sentado, consultando mapas. Le he preguntado qué buscaba, pero no me ha dicho nada. Me parece que ni me ha oído. Ni siquiera se ha cambiado de ropa. Lleva todo el día empapado y lleno de sangre. Quiero ser una buena esposa para él, de verdad, pero no sé cómo ayudarlo. No sé cómo animarlo ni cómo consolarlo. No sé qué necesita. Por favor, mi señora, vos sois su madre, decidme qué debo hacer.

« Dime tú a mí qué debo hacer yo». Catelyn podría haber hecho la misma pregunta, si su padre hubiera estado en condiciones de responderle. Pero lord

Hoster se había ido, o casi. Ned también. «Y Bran, y Rickon, y mi madre, y Brandon, hace ya tanto tiempo». Solo le quedaba Robb. Robb y la esperanza, cada vez más remota, de recuperar a sus hijas.

—En ocasiones —empezó con voz pausada—, lo mejor es no hacer nada. Al principio, cuando llegué a Invernalia, me dolía ver que Ned se iba al bosque de dioses a sentarse bajo su árbol corazón. Parte de su alma estaba en aquel árbol, yo lo sabía, una parte que jamás sería mía. Pero pronto comprendí que, sin esa parte, no sería Ned. Jeyne, pequeña, os habéis casado con el norte, igual que hice yo. Y al norte llegan los inviernos. —Trató de sonreír—. Sed paciente. Sed comprensiva. Os ama y os necesita; pronto volverá a vos. Puede que esta misma noche. Cuando eso suceda, estad allí. No puedo deciros más.

—Eso haré —dijo la joven reina cuando Catelyn hubo terminado; la había escuchado absorta—. Allí estaré. —Se puso en pie—. Tengo que volver; puede que me haya echado de menos. Iré a verlo. Pero si sigue con sus mapas, seré paciente.

—Bien —asintió Catelyn. Pero cuando la muchacha estaba ya junto a la puerta, se le ocurrió algo más—. Jeyne —llamó—, hay otra cosa que Robb necesita de ti, aunque puede que él aún no lo sepa. Un rey necesita un heredero.

—Lo mismo dice mi madre. —La chica sonrió—. Me prepara una mezcla de hierbas, leche y cerveza para hacerme fértil; la bebo todas las mañanas. Le dije a Robb que seguro que le doy mellizos. Un Eddard y un Brandon. Creo que eso le gustó. Lo... lo intentamos casi todos los días, mi señora. En ocasiones, dos veces o más. —Se puso muy bonita al sonrojarse—. Pronto estaré embarazada, os lo prometo. Se lo pido todas las noches a la Madre en mis oraciones.

—Muy bien. Yo también rezaré. A los dioses antiguos y a los nuevos.

Cuando la chica hubo salido, Catelyn se volvió a su padre y le acarició el escaso pelo blanco que le caía sobre la frente.

—Un Eddard y un Brandon —suspiró—. Y quizás, con el tiempo, un Hoster. Te gustaría, ¿a que sí?

No respondió, pero tampoco había albergado esperanzas de que lo hiciera. Mientras el sonido de la lluvia contra el tejado se mezclaba con la respiración de su padre, pensó en Jeyne. La muchacha parecía tener buen corazón, tal como había dicho Robb.

«Y buenas caderas, lo que quizás sea más importante».

A dos días a caballo del camino Real atravesaron una amplia franja de destrucción: leguas de campos ennegrecidos y huertos donde los troncos de los árboles muertos hendían el aire como las saetas de un arquero. Los puentes también estaban destrozados, y los arroyos bajaban crecidos con las aguas del otoño, así que tuvieron que recorrer las orillas en busca de vados. Las noches cobraban vida con el aullido de los lobos, pero no vieron a nadie.

En Poza de la Doncella, el salmón rojo de lord Mooton ondeaba todavía sobre el castillo de la cima de la colina, pero las murallas de la ciudad estaban desiertas; las puertas, destrozadas, y la mitad de las casas y comercios, quemados o saqueados. No vieron más seres vivos que unos cuantos perros salvajes que se escabullían en cuanto los oían acercarse. El estanque del que tomaba su nombre la ciudad, donde según contaba la leyenda, el bufón Florian había visto por primera vez a Jonquil mientras se bañaba con sus hermanas, estaba tan lleno de cadáveres putrefactos que el agua se había convertido en un engrudo color verde grisáceo.

—« Seis doncellas había en la poza cristalina... » —entonó Jaime al echarle un vistazo.

—¿Qué hacéis? —preguntó Brienne.

—Estoy cantando « La poza de las seis doncellas ». Seguro que la conocéis. Y eran doncellas muy tímidas, al igual que vos. Aunque me imagino que bastante más bonitas.

—Callaos —ordenó la moza con una mirada que daba a entender que le encantaría dejarlo flotando en el estanque con los cadáveres.

—Por favor, Jaime —le suplicó su primo Cleos—. Lord Mooton es vasallo de Aguasdulces; no nos conviene que salga del castillo. Y puede que haya otros enemigos escondidos entre las ruinas...

—¿Enemigos de quién? ¿De esta mujer o nuestros? No son los mismos, primo. Tengo un deseo ardiente de ver si esta moza sabe manejar la espada que lleva.

—Si no guardáis silencio, no me dejaréis más alternativa que amordazaros, Matarreyes.

—Desatadme las manos y permaneceré mudo todo el camino hasta Desembarco del Rey. ¿No os parece un trato justo, moza?

—¡Brienne! ¡Me llamo Brienne!

Tres cuervos salieron volando, sobresaltados por el ruido.

—¿Os apetece un baño, Brienne? —Se echó a reír—. Sois una doncella, y ahí tenéis la poza. Yo os enjabonaré la espalda.

Siempre le enjabonaba la espalda a Cersei cuando eran niños, en Roca Casterly.

La moza hizo dar la vuelta al caballo y se alejó al trote. Jaime y ser Cleos la

siguieron, y salieron de las cenizas de Poza de la Doncella. Unos mil pasos más adelante el verde empezó a regresar al mundo. Jaime se alegró. Las tierras quemadas le recordaban demasiado a Aerys.

—Va a tomar el camino del Valle Oscuro —murmuró ser Cleos—. Por la costa sería más seguro.

—Más seguro, pero también más lento. Yo también prefiero ir por el Valle Oscuro, primo. Si quieres que te diga la verdad, me aburre tu compañía.

«Puede que seas medio Lannister, pero no tienes nada que ver con mi hermana».

No había soportado nunca estar mucho tiempo lejos de su melliza. Ya siendo niños se metían juntos en la cama y dormían abrazados. «Hasta en el vientre materno». Mucho antes de que su hermana floreciera, y de que él alcanzara la virilidad, habían visto yeguas y sementales en los prados, perros y perreras en las perreras, y habían jugado a hacer lo mismo. En cierta ocasión, la doncella de su madre los vio... No recordaba qué estaban haciendo en aquel momento, pero fuera lo que fuera, horrorizó a lady Joanna. Despidió a la doncella, trasladó el dormitorio de Jaime a la otra punta de Roca Casterly, puso un guardia ante el de Cersei y les dijo que no debían repetirlo jamás, o no le quedaría más remedio que contárselo a su señor padre. Pero no había nada que temer para ellos. Poco después, su madre murió al dar a luz a Tyrion. Jaime apenas recordaba su aspecto.

Tal vez Stannis Baratheon y los Stark le hubieran hecho un favor. Habían difundido el relato de su incesto por los Siete Reinos, de modo que ya no había nada que ocultar. «¿Por qué no puedo casarme con Cersei abiertamente y compartir su lecho todas las noches? Los dragones siempre se casaban con sus hermanas». Los septones, los señores y los plebeyos habían mirado para otro lado ante la costumbre de los Targaryen durante cientos de años: pues que hicieran lo mismo por la casa Lannister. Sin duda, sería un golpe para las pretensiones de Joffrey a la corona, sí, pero en realidad habían sido las espadas las que habían ganado el Trono de Hierro para Robert, y las espadas podrían conservarlo para Joffrey, fuera hijo de quien fuera. «Podríamos casarlo con Myrcella en cuanto envíemos a Sansa Stark de vuelta con su madre. Así vería el reino que los Lannister están por encima de las leyes, igual que los dioses y los Targaryen».

Jaime había decidido que devolvería a Sansa, y también a la más pequeña, si la encontraba. No era tanto por recuperar su honor perdido como porque la idea de cumplir con su palabra cuando todo el mundo esperaba que la violase le producía una enorme diversión.

Cabalgaban a lo largo de un trigal pisoteado, junto a un muro bajo de piedra, cuando Jaime oyó un sonido a sus espaldas, como si una docena de pájaros hubiera levantado el vuelo a la vez.

—¡Agachaos! —gritó al tiempo que se lanzaba sobre el cuello de su montura. El caballo relinchó y se encabritó cuando una flecha se le clavó en la grupa. Otras saetas pasaron silbando. Jaime vio a ser Cleos caer de la silla, pero se quedó con el pie enganchado en el estribo. Su palafrén se puso al galope y arrastró al hombre, que gritaba mientras se golpeaba una y otra vez la cabeza contra el suelo.

El caballo de Jaime se alejaba con torpeza, piafando y relinchando de dolor. Jaime giró la cabeza para buscar a Brienne con la mirada. Seguía a caballo, con una flecha clavada en la espalda y otra en la pierna, pero no parecía haberse dado cuenta. La vio desenvainar la espada y dar vueltas, en busca de los arqueros.

—¡Detrás del muro! —gritó Jaime mientras trataba de hacer girar su montura tuerta hacia la lucha. Se le habían enredado las riendas en las malditas cadenas, y las flechas volvían a silbar por el aire—. ¡A ellos! —gritó de nuevo al tiempo que espoleaba a su caballo para demostrarle a la moza cómo se hacía.

El ridículo jamelgo tuvo fuerzas para emprender el galope. De repente se encontró cruzando el trigal mientras levantaba nubes de paja a su paso. Jaime apenas tuvo tiempo de pensar.

«Más vale que la moza me siga, antes de que se den cuenta de que los ataca un hombre desarmado y encadenado». Entonces la oyó galopar a sus espaldas.

—¡Tarth! —gritó mientras lo adelantaba blandiendo ante sí la espada—. ¡Tarth! ¡Tarth!

Las últimas flechas pasaron entre ellos, inofensivas. Luego, los arqueros huyeron en desbandada, igual que huyen siempre en desbandada todos los arqueros que no cuentan con refuerzos ante la carga de la caballería. Al llegar al muro, Brienne tiró de las riendas. Cuando Jaime la alcanzó, los arqueros ya habían desaparecido en el bosque que comenzaba a veinte pasos de distancia.

—¿Qué pasa? ¿No os gusta luchar?

—Estaban huyendo.

—Ese es el mejor momento para matarlos.

—¿Por qué habéis cargado? —Brienne envainó la espada.

—Los arqueros no tienen miedo mientras se puedan esconder detrás de muros y disparar desde lejos, pero si alguien se lanza a la carga, huyen. Saben qué les pasará cuando los alcancen. Por cierto, tenéis una flecha en la espalda. Y otra en la pierna. Permitidme que os cure las heridas.

—¿Vos?

—¿Quién si no? La última vez que he visto a mi primo Cleos, su palafrén estaba arando un surco con su cabeza. Aunque claro, habría que buscarlo. Es un Lannister, más o menos.

Cuando encontraron a Cleos todavía estaba atrapado por la espuela. Tenía una flecha clavada en el brazo derecho y otra en el pecho, pero lo que lo había

matado había sido el suelo. La parte superior de su cabeza era un amasijo sanguinolento, y bajo la presión de la mano de Jaime, los trocitos de hueso se movieron bajo la piel.

Brienne se arrodilló a su lado y le cogió la mano.

—Todavía está caliente.

—No tardará en estar frío. Quiero su caballo y sus ropas. Estoy harto de harapos y pulgas.

—Era vuestro primo. —La moza parecía horrorizada.

—Exacto, era —asintió Jaime—. No temáis; estoy bien provisto de primos. También me quedaré con su espada. Tendréis que compartir las guardias con alguien.

—Podéis montar guardia sin armas —dijo la moza levantándose.

—¿Encadenado a un árbol? Es posible. Y también es posible que haga un trato con la próxima banda de forajidos y les permita que os corten ese cuello gordo que tenéis, moza.

—No os daré armas. Y me llamo...

—Brienne, lo sé. Os juraré no causaros daño, si eso calma vuestros temores infantiles.

—Vuestros juramentos no tienen ningún valor. También le hicisteis un juramento a Aerys.

—Que yo sepa, hasta ahora no habéis cocido a nadie dentro de su armadura. Además, a ambos nos interesa que yo llegue sano y salvo a Desembarco del Rey, ¿verdad? —Se acuclilló junto a Cleos y empezó a desabrocharle el cinto de la espada.

—Alejaos de él. Ahora mismo. Deteneos.

Jaime estaba harto. Harto de su desconfianza, harto de sus insultos, harto de sus dientes torcidos, de aquel rostro aplastado lleno de manchas y de aquel cabello fino y lacio. Sin hacerle el menor caso, agarró con ambas manos la empuñadura de la espada larga de su primo, sujetó el cadáver con un pie y tiró. Apenas hubo salido la hoja de la vaina, él ya giraba, describiendo un arco rápido y mortífero con la espada. El acero chocó contra el acero con un clamor estrepitoso. Brienne se las había arreglado para desenvainar justo a tiempo.

—Muy bien, moza —dijo Jaime riéndose.

—Dadme la espada, Matarreyes.

—Ahora mismo.

Se puso en pie de un salto, y la espada cobró vida en sus manos cuando le lanzó una estocada. Brienne dio un paso atrás y la detuvo, pero él siguió presionando y atacando. En cuanto detenía un golpe ya tenía encima el siguiente. Las espadas se besaban, se repelían y volvían a besarse. A Jaime le bullía la sangre. Para aquello había nacido; jamás se sentía tan vivo como cuando estaba luchando, cuando la vida y la muerte dependían de cada golpe.

«Y tengo las manos encadenadas; esta moza me puede hacer frente un rato». Las cadenas lo obligaban a coger la espada larga con ambas manos, pero los golpes no tenían la misma fuerza y alcance que los de un mandoble, aunque ¿qué importaba? La espada de su primo tenía longitud suficiente para poner punto final a la historia de la tal Brienne de Tarth.

Golpes altos, golpes bajos, estocadas... Hizo caer sobre ella una lluvia de acero. A la izquierda, a la derecha, de frente... con choques tan violentos que cuando las dos espadas se encontraban saltaban chispas. Hacia arriba, hacia abajo, por encima de la cabeza... atacando sin tregua, avanzando sin cesar, paso y estocada, estocada y paso, cada vez más deprisa, más deprisa...

Hasta que, sin aliento, dio un paso atrás y bajó la punta de la espada hacia el suelo, con lo que le dio un momento de respiro.

—No está mal —reconoció—, sobre todo para ser una moza.

Ella respiró profundamente, despacio, mientras lo miraba con desconfianza.

—No os haré daño, Matarreyes.

—Como si pudierais.

Volvió a hacer girar la espada por encima de la cabeza y la atacó de nuevo, acompañado por el tintineo de las cadenas.

Jaime no habría sabido decir durante cuánto tiempo siguió atacando. Tal vez fueran minutos, tal vez horas. Cuando las espadas despertaban, el tiempo se echaba a dormir. La hizo alejarse del cadáver de su primo, la hizo cruzar el camino, la hizo retroceder hacia los árboles... En una ocasión, la moza tropezó con una raíz que no había visto, y durante unos instantes, Jaime creyó que ya era suya, pero en vez de despomarse, cayó sobre una rodilla, y paró con la espada el tajo que la tendría que haber abierto desde el hombro hasta la ingle. Luego fue su turno de lanzar una estocada, y otra, y otra, mientras se ponía en pie golpe a golpe.

La danza continuó. La acorraló contra un roble; lanzó una maldición cuando se le escapó y la siguió al cruzar un arroyo medio seco lleno de hojas caídas. El acero brillaba, el acero cantaba, el acero gritaba y resonaba, y la mujer empezó a gruñir como una cerda con cada golpe, pero no conseguía alcanzarla. Era como si estuviera metida en una jaula de hierro que detenia todos los golpes.

—No está nada mal —dijo al hacer la segunda pausa para recuperar el aliento, al tiempo que se movía hacia la derecha de la mujer.

—¿Para ser una moza?

—Digamos que para ser un escudero. Novato. —Dejó escapar una carcajada ronca, jadeante—. Vamos, vamos, querida, la música sigue sonando. ¿Me concedéis este baile, mi señora?

Se abalanzó contra él con un gruñido, blandiendo la espada, y de repente era Jaime el que tenía que impedir que el acero le besara la piel. Una de las estocadas le rozó la frente, y la sangre se le metió en el ojo derecho. «Los Otros

se la lleven, y también a todo Aguasdulces» . Su habilidad se había oxidado en aquella mazmorra de mierda, y las cadenas tampoco le ponían las cosas fáciles. Tenía un ojo cerrado; los hombros se le empezaban a entumecer por el esfuerzo, y las muñecas le dolían por el peso de las cadenas, los grilletes y el acero. La espada larga le pesaba más con cada golpe, y Jaime sabía que no la blandía tan deprisa como al principio, que no la levantaba tan alto.

« Es más fuerte que yo» .

Al darse cuenta, se le heló la sangre. Robert había sido más fuerte que él, sí. Y también Gerold Hightower, llamado el Toro Blanco, al menos en sus mejores días, y ser Arthur Dayne. De los vivos, Jon Umber, el Gran Jon, era más fuerte que él; probablemente, también el Jabalí de Refugio Quebrado y, sin duda, los dos Clegane. La fuerza de la Montaña era inhumana. Pero no importaba. Con velocidad y habilidad, Jaime los podía derrotar a todos. Pero ella era una mujer. Una mujer enorme como una vaca, sí, pero de todos modos... Debería ser ella la que estuviera ya agotada.

Sin embargo, lo había hecho retroceder otra vez hasta el arroyo.

—¡Rendíos! —le gritó—. ¡Soltad la espada!

Jaime notó bajo el pie una piedra resbaladiza. Cuando se sintió caer, convirtió el accidente en una estocada baja. La punta de la espada salvó la guardia de la moza y la hirió en la parte superior del muslo. Apareció una flor roja, y Jaime tuvo un instante para saborear la visión de la sangre antes de que la rodilla se le estampara contra una roca. El dolor fue atroz. Brienne chapoteó hacia él y alejó su espada de un puntapié.

—¡RENDÍOS!

Jaime proyectó un hombro contra sus piernas y la hizo caer encima de él. Rodaron entre patadas y puñetazos, y al final, la moza quedó sentada a horcajadas sobre él. Consiguió sacarle el puñal de la vaina, pero antes de que pudiera clavársela en el vientre, ella le agarró la muñeca y le golpeó la mano contra una piedra con tanta fuerza que Jaime pensó que le había descoyuntado un hombro. Le puso la otra mano, abierta, sobre el rostro.

—¡Rendíos! —Le sumergió la cabeza, lo mantuvo así un momento y lo sacó—. ¡Rendíos! —Jaime le escupió agua a la cara. Un empellón, un chapoteo, y volvió a estar bajo el agua, pataleando impotente, sin poder respirar. Luego, aire otra vez—. ¡Rendíos si no queréis que os ahogue!

—¿Vos? ¿Romperíais vuestro juramento? —se burló—. ¡Como yo?

Lo soltó, y Jaime cayó hacia atrás con un chapuzón.

Y los bosques se llenaron de carcajadas.

Brienne se puso en pie. De cintura para abajo era toda barro y sangre; tenía la ropa echada un desastre y el rostro rojo como la grana. « Parece que nos hayan cogido follando, en vez de peleando» . Jaime se arrastró entre las rocas al tiempo que se limpiaba la sangre del ojo con las manos encadenadas. A ambos lados del

arroyo había hombres armados. «No es de extrañar; hemos hecho ruido como para despertar a un dragón».

—Bienhallados, amigos —les dijo en tono amistoso—. Mil perdones si os he molestado. Me habéis encontrado mientras hacía entrar en vereda a mi esposa.

—A mí me parece que era ella la que llevaba la voz cantante. —El hombre que había hablado era recio y fuerte, y la barra frontal del yelmo de hierro no ocultaba del todo el hecho de que le faltaba la nariz.

De repente, Jaime comprendió que aquellos no eran los forajidos que habían matado a ser Cleos. Estaban rodeados por la escoria de la tierra: dornienses atezados y lisenos rubios, dothrakis con campanas en las trenzas, ibbeneses peludos y también hombres de las islas del Verano, negros como el carbón, con sus capas emplumadas. Sabía quiénes eran.

«La Compañía Audaz».

—Tengo un centenar de venados... —comenzó Brienne al recuperar el habla.

—Nos los quedaremos para empezar, mi señora —la interrumpió, mirándola fijamente, un hombre de aspecto cadavérico con la capa de cuero hecha jirones.

—Luego nos quedaremos con vuestro coño —dijo el que no tenía nariz—. No puede ser tan feo como el resto de vos.

—Dale la vuelta y métesela por el culo, Rorge —sugirió un lancero dorniense que llevaba un pañuelo de seda roja atado en torno al yelmo—. Así no le tendrás que ver la cara.

—¿Y privarla del placer de vérmele a mí? —dijo el desnudado, en medio de las carcajadas de los demás.

—¿Quién está aquí al mando? —exigió saber Jaime. Por fea y terca que fuera, la moza no se merecía que la violara una pandilla de animales como aquellos.

—A mí me corresponde ese honor, ser Jaime. —Tenía unos ojos cadavéricos perfilados en rojo, y el cabello fino y seco. Las venas azules se le veían a través de la piel blanca de la cara y las manos—. Me llaman Urswyck. Urswyck el Fiel.

—¿Sabes quién soy?

—Hace falta algo más que una barba y una cabeza afeitada para engañar a los compañeros audaces —dijo el mercenario con un gesto de asentimiento.

«Querrás decir a los titiriteros sangrientos». Jaime no sentía por ellos más afecto que por Gregor Clegane o Amory Lorch. Su padre decía que eran perros, y como perros los utilizaba para cazar a sus presas e inspirar temor.

—Si me conoces, Urswyck, sabes que tendrás una recompensa. Los Lannister siempre pagamos nuestras deudas. En cuanto a la moza, es de alta cuna; os darán un buen rescate por ella.

—¿De veras? —preguntó el otro inclinando la cabeza hacia un lado—. Qué suerte. —En la sonrisa de Urswyck había un matiz taimado que a Jaime no le gustó lo más mínimo.

—Ya me has oido. ¿Dónde está la Cabra?

—A pocas horas de camino. No me cabe duda de que estará encantado de veros, pero yo que vos no lo llamaría *cabra* a la cara. Lord Vargo es muy susceptible en lo relativo a su dignidad.

« ¿Y desde cuándo ese salvaje babeante tiene dignidad?» .

—Trataré de no olvidarlo cuando esté con él. ¿Has dicho lord? ¿Lord de qué?

—De Harrenhal. Le ha sido prometido.

« ¿Harrenhal? ¿Acaso mi padre se ha vuelto loco?» .

—Quitadme estas cadenas. —Jaime alzó las manos.

La risita de Urswyck resonó seca como un pergamino.

« Algo falla, algo va muy mal» . Jaime no dejó que trasluciera su inquietud, sino que se limitó a sonreír.

—¿He dicho algo gracioso?

—Sois lo más gracioso que he visto desde que Mordedor le arrancó los pezones a mordiscos a aquella septa —dijo el desnarigado con una sonrisa.

—Vuestro padre y vos habéis perdido demasiadas batallas —lo informó el dorniense—. Nos vimos obligados a cambiar nuestras pieles de león por pieles de lobo.

—Lo que Timeon quiere decir —aclaró Urswyck con un gesto de las manos

— es que los compañeros audaces ya no trabajan para la casa Lannister. Ahora servimos a lord Bolton y al Rey en el Norte.

—Y luego dicen que yo no tengo honor. —Jaime le lanzó una mirada gélida, despectiva.

A Urswyck no le gustó aquel comentario. A su seña, dos de los titiriteros agarraron a Jaime por los brazos, y Rorge le asentó un puñetazo en el estómago con el guantelete. Mientras se doblaba con un gruñido, oyó las protestas de la moza.

—¡Alto! ¡No se le debe causar daño alguno! Lady Catelyn nos envió; se trata de un intercambio de prisioneros, está bajo mi protección...

Rorge lo golpeó de nuevo, y el aire se le escapó de los pulmones. Brienne se lanzó a las aguas del arroyo para buscar su espada, pero los titiriteros cayeron sobre ella antes de que la encontrara. Era tan fuerte que hicieron falta los golpes de cuatro para someterla.

Al final, la moza acabó con el rostro tan tumefacto y ensangrentado como debía de estar el de Jaime. Le habían saltado dos dientes, cosa que no mejoraba su aspecto. Cubiertos de sangre, los dos prisioneros se vieron arrastrados a trompicones entre los árboles hacia los caballos. Brienne cojeaba por la herida del muslo que le había hecho en el arroyo. Jaime sentía lástima por ella. No le cabía duda de que iba a perder la virginidad aquella noche. El cabrón desnarigado la violaría, seguro, y lo más probable era que algunos de los otros se apuntaran también.

El dorniense los montó espalda contra espalda a lomos del caballo de tiro de Brienne, mientras el resto de los titiriteros desnudaban a Cleos Frey para repartirse sus posesiones. Rorge se quedó el jubón ensangrentado con los orgullosos emblemas de Lannister y de Frey. Las flechas habían perforado leones y torres por igual.

—Estaréis contenta, moza —le susurró Jaime a Brienne. Tosió y escupió sangre—. Si me hubierais dado un arma, no nos habrían cogido prisioneros. —Ella no respondió. «Es una zorra testaruda —pensó—. Pero valiente, desde luego». No lo podía negar—. Esta noche, cuando acampemos, os van a violar, y más de una vez —le advirtió—. Lo mejor será que no os resistáis. Si tratáis de resistiros, perderéis algo más que un par de dientes.

Sintió como la espalda de Brienne se tensaba contra la suya a.

—¿Eso haríais vos si fuerais una mujer?

«Si yo fuera una mujer, sería Cersei».

—Si fuera una mujer, los obligaría a matarme. Pero no lo soy. —Jaime puso el caballo al trote—. ¡Urswyck! ¡Hablemos!

El cadavérico mercenario de la capa de cuero hecha jirones tiró de las riendas un instante para ponerse al paso de Jaime.

—¿Qué queréis de mí? Y cuidado con lo que decís, o haré que os castiguen de nuevo.

—Oro —dijo Jaime—. ¿Te gusta el oro?

—Reconozco que resulta útil. —Urswyck lo miraba con los ojos enrojecidos.

—Todo el oro de Roca Casterly —dijo Jaime con una sonrisa cómplice—. ¿Por qué lo va a disfrutar la Cabra? ¿Por qué no nos llevas a Desembarco del Rey y te quedas tú con mi rescate? Y también con el de ella, siquieres. Una vez, una doncella me dijo que a Tarth la llamaban la isla Zafiro.

Al oír aquello, la moza se retorció, pero no dijo nada.

—¿Me tomáis por un cambiacapas?

—Desde luego. ¿Acaso no lo sois?

—Desembarco del Rey está muy lejos —respondió Urswyck tras sopesar la proposición un instante—, y vuestro padre se encuentra allí. Lord Tywin nos tendrá inquina por haberle vendido Harrenhal a lord Bolton.

«Es más listo de lo que parece». Jaime había albergado la esperanza de ahorcar a aquel miserable con los bolsillos llenos a reventar de oro.

—De mi padre me encargaré yo. Os conseguiré el indulto real por todos los crímenes que hayáis cometido, y el honor de caballero.

—Ser Urswyck —paladeó el hombre—. Qué orgullosa estaría mi mujer. Ojalá no la hubiera matado. —Suspiró—. ¿Y qué será del valiente lord Vargo?

—¿Queréis que os cante alguna estrofa de «Las lluvias de Castamere»? Cuando mi padre le ponga las manos encima, la Cabra no será tan valiente.

—¿Y cómo lo va a hacer? ¿Acaso vuestro padre tiene los brazos tan largos

como para pasar por encima de las murallas de Harrenhal y sacarnos de allí?

—Si hace falta... —La monstruosa locura del rey Harren había caído en el pasado y podía volver a caer—. ¿Eres tan estúpido que crees que una cabra puede derrotar al león?

Urswyck se inclinó hacia él y le dio una bofetada despectiva, desganada. La pura insolencia fue mucho peor que el golpe en sí.

—Ya os he escuchado suficiente, Matarreyes. Muy idiota tendría que ser para creer en las promesas de quien con tanta facilidad rompe sus juramentos. —Espoleó al caballo y se adelantó.

«Aerys —pensó Jaime, resentido—. Siempre igual. Todo se remonta a Aerys». Se dejó mecer por el movimiento del caballo. Habría dado cualquier cosa por una espada. «O mejor, por dos espadas. Una para la moza y otra para mí. Nos matarían, pero al menos nos llevaríamos a la mitad de ellos al infierno».

—¿Por qué le habéis dicho que Tarth era la isla Zafiro? —susurró Brienne cuando Urswyck estuvo a distancia suficiente—. Ahora pensará que mi padre posee muchas piedras preciosas...

—Rezad para que así sea.

—¿Es que no decís ni una palabra que no sea mentira, Matarreyes? Tarth le debe ese nombre al azul de sus aguas.

—Gritad un poco más, moza; creo que Urswyck no os ha oído. Cuanto antes se den cuenta de lo poco que valéis como rehén, antes empezarán las violaciones. Os montarán todos y cada uno de ellos, pero qué os importa, ¿no? Cerrad los ojos, abrios de piernas y haceos a la idea de que todos son lord Renly.

Por suerte, aquello la dejó callada un buen rato.

Casi había terminado el día cuando encontraron a Vargo Hoat mientras saqueaba un pequeño septo en compañía de una docena de sus compañeros audaces. Habían destrozado las vidrieras y sacado al exterior las tallas de madera de los dioses. Cuando llegaron, el dothraki más gordo que Jaime había visto jamás estaba sentado en el pecho de la Madre y le sacaba los ojos de calcedonia con la punta del cuchillo. Cerca de él, un septón flaco y calvo colgaba cabeza abajo de la rama de un castaño. Tres de los compañeros audaces utilizaban el cadáver como blanco de entrenamiento. Al menos uno de ellos era buen arquero; el septón tenía flechas clavadas en ambos ojos.

Cuando los mercenarios vieron a Urswyck con sus prisioneros empezaron a gritar en una docena de idiomas. La Cabra estaba sentado junto a una hoguera, comiéndose un ave medio asada directamente del espetón, con los dedos y la larga barba llenos de grasa y de sangre. Se limpió las manos en la ropa y se levantó.

—Matarreyez —ceceó—, ací queerez mi pricionero.

—Mi señor, me llamo Brienne de Tarth —lo interrumpió la moza—. Lady Catelyn Stark me ordenó que dejara a ser Jaime en manos de su hermano, en

Desembarco del Rey.

—Hacedla callar —ordenó la Cabra, mirándola sin mucho interés.

—Escuchadme —insistió Brienne con vehemencia mientras Rorge cortaba las cuerdas que la ataban a Jaime—. En nombre del Rey en el Norte, en nombre del rey al que servís, por favor, escuchadme...

Rorge la derribó del caballo y empezó a darle patadas.

—Ten cuidado, no le vayas a romper un hueso —lo avisó Urswyck—. Esa zorra con cara de caballo vale su peso en zafiros.

El dorniense llamado Timeon y un ibbenés maloliente bajaron a Jaime del caballo y lo empujaron sin miramientos hacia la hoguera. No le habría costado nada agarrar una de sus espadas por la empuñadura, pero eran demasiados, y seguía encadenado. Se llevaría a dos o tres por delante, pero al final moriría. Aún no estaba preparado para morir, y menos por alguien como Brienne de Tarth.

—Hoy ez un gran día —dijo Vargo Hoat.

Llevaba en torno al cuello una cadena de monedas entrelazadas, de todas las formas y tamaños, forjadas y acuñadas, con los rostros de reyes, magos, dioses, demonios y todo tipo de bestias fantásticas.

« Monedas de todas las tierras donde ha peleado», recordó Jaime. La codicia era la clave de aquel hombre. Si había traicionado una vez, podía volver a traicionar.

—Lord Vargo, fue una estupidez por vuestra parte abandonar el servicio de mi padre, pero no es demasiado tarde para rectificar. Os pagará bien por mí, ya lo sabéis.

—Dezde luego —dijo Vargo Hoat—. Me entregará la mitad del oro de Roca Casterly. Pero antez, tengo que hacerle llegar un menzaje.

Añadió algo en un idioma ceceante. Urswyck le dio a Jaime un empujón por la espalda, y un bufón con ropas verdes y rosas le dio una patada que lo hizo tropezar. Cuando cayó al suelo, uno de los arqueros le agarró la cadena de las muñecas y tiró con brusquedad para obligarlo a estirar los brazos. El dothraki gordo dejó a un lado el cuchillo para desenvainar un *arakh*, la cimitarra de filo mortífero que tanto les gustaba a los señores de los caballos.

« Pretenden asustarme». El bufón saltó sobre la espalda de Jaime entre risitas, mientras el dothraki avanzaba lentamente hacia él. « La Cabra quiere que me mee en los calzones y le suplique piedad, pero no le daré ese placer». Era un Lannister de Roca Casterly, lord comandante de la Guardia Real. Ningún mercenario lo oiría gritar.

La luz del sol arrancó un destello plateado del filo del *arakh* cuando descendió, casi demasiado deprisa para verlo. Y Jaime gritó.

La pequeña fortaleza cuadrangular estaba casi en ruinas, al igual que el corpulento caballero canoso que vivía en ella. Era tan viejo que no entendía las preguntas que le hacían.

—Defendí el puente del ataque de ser Maynard —respondía siempre, le preguntaran lo que le preguntaran—. Qué hombre, pelo rojo y alma negra, pero no pudo commigo. Me hirió seis veces antes de que lo matara. ¡Seis veces!

Por suerte, el maestre que lo atendía era un hombre joven. Cuando el anciano caballero se quedó dormido en su asiento, se los llevó aparte para hablar con ellos.

—Mucho me temo que buscáis un fantasma. Recibimos un pájaro hace muchísimo, al menos medio año. Los Lannister atraparon a lord Beric cerca del Ojo de Dioses. Lo colgaron.

—Sí, lo colgaron, pero Thoros cortó la cuerda antes de que muriera. —La nariz rota de Lim ya no estaba tan enrojecida e hinchada, pero al curarse se le había quedado torcida, con lo que su rostro tenía aspecto asimétrico—. No es tan fácil matar a su señoría.

—Ni encontrarlo, por lo visto —señaló el maestre—. ¿Le habéis preguntado a la Dama de las Hojas?

—Vamos a hacerlo —dijo Barbaverde.

A la mañana siguiente, cuando cruzaron el pequeño puente de piedra que había tras la fortaleza, Gendry preguntó si sería aquel el que había defendido tanto el anciano. Nadie se lo supo decir.

—Lo más seguro es que sí —dijo Jack-con-Suerte—. No se ve ningún otro puente.

—Si existiera una canción, no habría dudas —señaló Tom de Sietecaues—. Con una buena canción sabríamos quién era el tal ser Maynard y por qué tenía tantas ganas de cruzar este puente. Ese pobre viejo, Lychester, podría ser tan famoso como el Caballero Dragón si hubiera tenido la sensatez de contratar a un bardo.

—Los hijos de lord Lychester murieron en la Rebelión de Robert —gruñó Lim—. Unos en un bando y otros en otro. Desde entonces está mal de la cabeza. En eso no hay canción que lo pueda ayudar.

—¿A qué se refería el maestre al decir que hablábamos con la Dama de las Hojas? —le preguntó Arya a Anguy mientras cabalgaban.

—Ya lo veréis. —El arquero sonrió.

Tres días más tarde, al atravesar un bosque de tonos amarillos, Jack-con-Suerte sacó el cuerno y emitió una seña, distinta de las anteriores. Aún no habían muerto los ecos cuando unas escalas de cuerda cayeron desenrollándose de las ramas de los árboles.

—A manear las monturas, a subir, a subir —entonó Tom, medio canturreando.

Al subir por las escalas se encontraron en un pueblo oculto entre las ramas altas de los árboles, un laberinto de pasarelas de cuerda y casitas cubiertas de musgo ocultas entre las hojas rojizas y doradas. Los llevaron ante la Dama de las Hojas, una mujer de pelo blanco, flaca como un palo y vestida con ropa de lana basta.

—Se nos viene encima el otoño; no podremos seguir aquí mucho tiempo más —les dijo—. Hace nueve noches pasó una docena de lobos por el camino de Hayford; iban de caza. Si se les hubiera ocurrido mirar hacia arriba, nos habrían encontrado.

—¿No habéis visto a lord Beric? —preguntó Tom de Sietecaues.

—Está muerto —dijo la mujer con tanta aflicción que parecía enferma—. La Montaña lo cogió y le clavó un puñal en el ojo. Nos lo dijo un hermano mendicante. Se lo había contado un hombre que lo vio todo.

—Ese cuento es viejo, y además, falso —dijo Lim—. No es tan fácil matar al Señor del Relámpago. Puede que ser Gregor le sacara un ojo, pero de eso no se muere nadie. Y si no, que os lo diga Jack.

—Bueno, yo no morí —dijo el tuerto Jack-con-Suerte—. A mi padre lo ahorcó uno de los terratenientes de lord Piper; a mi hermano Wat lo enviaron al Muro, y los Lannister mataron a mis otros hermanos. Un ojo no es nada.

—¿Me juráis que no está muerto? —La mujer se aferró al brazo de Lim—. Bendito seáis, Lim, es la mejor noticia que hemos recibido en medio año. Que el Guerrero lo proteja, y el sacerdote rojo, también.

Al día siguiente encontraron refugio entre las ruinas ennegrecidas de un septo, en un pueblo arrasado por el fuego llamado Danza de Sally. Solo quedaban fragmentos de las vidrieras de colores, y el anciano septón que los recibió les dijo que los saqueadores se habían llevado hasta las ricas vestiduras de la Madre, el farolillo dorado de la Vieja y la corona de plata del Padre.

—También le cortaron los pechos a la Doncella, y eso que eran de madera —les contó—. Y claro, los ojos, que eran de azabache, lapislázuli y madreperla, se los sacaron con los cuchillos. Que la Madre se apiade de ellos.

—¿Quiénes eran? —preguntó Lim Capa de Limón—. ¿Titiriteros?

—No —respondió el anciano—. Eran norteños. Esos salvajes que adoran a los árboles. Decían que buscaban al Matarreyes.

Arya, que lo estaba oyendo, se mordió el labio. Notaba la mirada de Gendry clavada en ella. Estaba furiosa y avergonzada.

En la cripta del septo vivía una docena de hombres, entre telarañas, raíces y barriles de vino destrozados, pero ellos tampoco tenían ninguna noticia de Beric Dondarrion. Ni siquiera su jefe, que llevaba una armadura cubierta de hollín y un rudimentario adorno en forma de rayo en la capa. Cuando Barbaverde vio que

Arya lo estaba mirando, se echó a reír.

—El Señor del Relámpago está en todas partes y en ninguna, ardillita.

—No soy ninguna ardilla —replicó—. Ya soy casi una mujer. Voy a cumplir once años.

—¡Pues tened cuidado, no vaya a ser que me case con vos!

Fue a hacerle cosquillas bajo la barbilla, pero Arya apartó al muy idiota de un manotazo.

Aquella noche, Lim y Gendry jugaron a los dados con sus anfitriones, mientras Tom de Sietecausas cantaba una canción tonta sobre Ben Barrigas y el ganso del septón supremo. Anguy dejó que Arya probara su arco largo, pero por mucho que se mordió el labio, no consiguió tensar la cuerda.

—Necesitáis un arco más ligero, mi señora —le dijo el arquero pecoso—. Si hay buena madera en Aguasdulces, os intentaré hacer uno.

—Tú eres tonto, Arquero —dijo Tom cuando lo oyó, interrumriendo su canción—. Si alguna vez vamos a Aguasdulces, será para que nos paguen un rescate por ella; no habrá tiempo para que te pongas a hacer arcos. Darás gracias si sales vivo y coleando. Lord Hoster ya ahorcaba criminales antes de que empezaras a afeitarte. En cuanto a su hijo... Es lo que digo siempre: no se puede uno fiar de un hombre que detesta la música.

—No detesta la música —apuntó Lim—. Te detesta a ti, idiota.

—Pues no tiene por qué. Aquella moza estaba deseando acostarse con un hombre; ¿es culpa mía que bebiera tanto que no pudo hacer nada con ella?

—¿Quién compuso una canción sobre lo sucedido? ¿Fuiste tú o fue otro imbécil enamorado de su propia voz? —Lim soltó un bufido de desprecio.

—Solo la canté una vez —se quejó Tom—. ¿Y quién dice que la canción iba sobre él? Iba sobre un pescado.

—Un pescado flácido —rio Anguy.

A Arya le daba igual de qué trataran las canciones del idiota de Tom. Se volvió hacia Harwin.

—¿Qué ha dicho de un rescate?

—Estamos muy necesitados de caballos, mi señora. Y también de armas y armaduras. Escudos, espadas, lanzas... Todas esas cosas que se compran con monedas. Sí, y también semillas para cultivar. Se acerca el invierno, ¿recordáis?

—La pellizcó debajo de la barbilla—. No sois la primera persona noble por la que hemos pedido un rescate. Y espero que tampoco seáis la última.

Arya sabía que era verdad. A los caballeros los capturaban constantemente, y pedían rescates por ellos. A veces a las mujeres también. «Pero ¿qué pasa si Robb no les paga lo que le pidan?». Ella no era un caballero famoso, y los reyes tenían que anteponer el reino a sus hermanas. ¿Y qué diría su señora madre? ¿Querría recuperarla, después de todo lo que había hecho? Arya se mordió el labio. No lo sabía.

Al día siguiente cabalgaron hasta un lugar llamado Alto Corazón, una colina tan alta que a Arya le pareció que desde allí arriba se podía ver medio mundo. En la cima había un círculo de grandes tocones blanquecinos, lo único que quedaba de lo que otrora fueran poderosos arcianos. Arya y Gendry rodearon la cima para contarlos. Había treinta y uno, y algunos eran tan anchos que le habrían servido de cama.

Según le contó Tom de Sietecauces, Alto Corazón había sido un lugar sagrado para los hijos del bosque, y parte de su magia permanecía en aquel lugar.

—A quien duerma aquí no le puede suceder nada malo —dijo el bardo.

Arya pensó que debía de ser verdad; la colina era tan alta, y los terrenos circundantes, tan despejados, que ningún enemigo se podría acercar sin que lo vieran.

Según le dijo Tom, los lugareños evitaban aquel paraje; se decía que estaba hechizado por los fantasmas de los hijos del bosque que habían muerto allí cuando el rey ándalo llamado Erreg el Matasangre había talado su bosque. Arya sabía quiénes eran los hijos del bosque y los ándalos, pero los fantasmas no le daban miedo. Cuando era pequeña solía esconderse en las criptas de Invernalia, y jugaba a «ven a mi castillo» o a «monstruos y doncellas» entre los reyes de piedra sentados en sus tronos.

Aun así, aquella noche se le pusieron los pelos de punta. Estaba durmiendo, pero la tormenta la despertó. El viento le arrebató la manta y la lanzó volando contra los arbustos. Al ir a buscarla, oyó unas voces.

Junto a las brasas de la hoguera vio a Tom, Lim y Barbaverde, que hablaban con una mujer diminuta, un palmo más baja que la propia Arya, más vieja que la Vieja Tata, toda encorvada y arrugada, y apoyada en un nudoso bastón negro. Tenía el cabello blanco tan largo que casi le llegaba al suelo. Cuando el viento se lo agitaba, le rodeaba la cabeza como una nube tenue. Tenía la piel aún más blanca, del color de la leche, y a Arya le pareció que sus ojos eran rojos, aunque desde su escondite entre los arbustos no habría podido jurarlo.

—Los antiguos dioses están inquietos y no me dejan dormir —oyó decir a la mujer—. Soñé, y vi una sombra con un corazón llameante que mataba a un venado de oro, así fue. Soñé con un hombre sin rostro que aguardaba en un puente que se balanceaba y oscilaba. Tenía en el hombro un cuervo ahogado con algas colgando de las alas. Soñé con un río turbulento y una mujer que era un pez. Las aguas la arrastraban, muerta estaba, con lágrimas rojas en las mejillas, pero los ojos se le abrieron, y el terror me despertó. Todo eso soñé, y mucho más. ¿Tenéis regalos para pagarme por mis sueños?

—Sueños —gruñó Lim Capa de Limón—. ¿De qué sirven los sueños? Mujeres pez y cuervos ahogados. Yo también tuve un sueño anoche. Estaba besando a una moza de taberna a la que conocí hace tiempo. ¿Me vas a pagar por ese sueño, anciana?

—La moza está muerta —siseó la mujer—. Ya solo la pueden besar los gusanos. —Se volvió hacia Tom de Sietecaues—. Dame mi canción o márchate.

De modo que el bardo cantó para ella, tan bajo que Arya apenas si oyó algunos fragmentos de la letra, aunque la melodía le sonaba de algo. «Seguro que Sansa se la sabe. —Su hermana se sabía todas las canciones, tocaba varios instrumentos y cantaba con voz muy dulce—. En cambio, yo solo sabía repetir la letra desafinando».

A la mañana siguiente la menuda anciana de piel blanca ya no estaba. Mientras ensillaban los caballos, Arya le preguntó a Tom de Sietecaues si los hijos del bosque moraban todavía en Alto Corazón. El bardo soltó una risita.

—¿Qué? ¿La viste?

—¿Era un fantasma?

—¿Se quejan los fantasmas de que les duelen las articulaciones? No, no es más que una vieja enana. Un bicho raro y malo. Pero sabe cosas que no debería saber y, a veces, cuando alguien le cae en gracia, se las dice.

—¿Vos le caéis en gracia? —preguntó Arya, incrédula.

—Al menos le gusta cómo canto —dijo el bardo riéndose—. Pero siempre quiere que le cante la misma canción de mierda. Bueno, no es que la canción sea mala, pero me sé otras igual de buenas. —Sacudió la cabeza—. Lo importante es que ahora estamos sobre la pista. Apuesto lo que sea a que no tardaréis en ver a Thoros y al Señor del Relámpago.

—Si sois sus hombres, ¿por qué se esconden de vosotros?

Tom de Sietecaues puso los ojos en blanco ante la pregunta, pero Harwin le respondió.

—Yo no diría que se escondan, mi señora, pero es verdad que lord Beric se mueve mucho, y rara vez le confía a nadie sus planes. Así no se arriesga a que lo traicionen. A estas alturas ya somos cientos sus seguidores, puede que miles, pero no serviría de nada que fuéramos todos pisándole los talones. Consumiríamos las provisiones de todos los lugares por donde pasáramos, o nos haría picadillo otro ejército más poderoso en una batalla. En cambio, divididos en grupos pequeños, podemos atacar en una docena de lugares a la vez y desaparecer antes de que nadie se dé cuenta. Y si nos capturan y nos hacen cantar, difícil será que confesemos el paradero de lord Beric, nos hagan lo que nos hagan. —Titubeó un instante—. Sabéis a qué me refiero con cantar, ¿no?

—Lo llamaban *hacer cosquillas* —dijo Arya con un gesto de asentimiento—. Polliver, Raff y esos.

Les habló del pueblo que se encontraba junto al Ojo de Dioses, donde Gendry y ella cayeron prisioneros, y de las preguntas que hacía el Cosquillas.

—¿Hay oro escondido en el pueblo? —empezaba siempre—. ¿Plata, gemas? ¿Hay comida? ¿Dónde está lord Beric? ¿Quiénes de vosotros lo habéis ayudado? ¿Hacia dónde ha ido? ¿Cuántos hombres iban con él? ¿Cuántos caballeros?

¿Cuántos arqueros? ¿Cuántas monturas? ¿Qué armas tenían? ¿Cuántos heridos?
¿Hacia dónde has dicho que ha ido?

Solo de pensarla, volvía a oír los gritos y volvía a sentir el hedor de la sangre, la mierda y la carne quemada.

—Siempre hacía las mismas preguntas —les dijo con solemnidad a los forajidos—. Pero cambiaba de cosquillas todos los días.

—Es inhumano que le hagan eso a un chiquillo —dijo Harwin cuando hubo terminado—. Nos han dicho que la Montaña perdió a la mitad de sus hombres en el Molino de Piedra. Puede que el tal Cosquillas esté ya flotando en las aguas del Forca Roja, mientras los peces se le comen la cara. Si no... Bueno, es un crimen más por el que tendrán que responder. Le oí decir a su señoría que esta guerra empezó cuando la mano lo envió para llevar a Gregor Clegane ante la justicia del rey, y así mismo pretende que termine. —Le dio una palmadita de consuelo en el hombro—. Será mejor que montéis ya, mi señora. Nos queda un largo día de marcha hasta Torreón Bellota, pero al final tendremos un techo bajo el que dormir y una cena caliente en la barriga.

Fue un largo día de marcha, pero el ocaso los encontró cuando vadearan un arroyo y emprendían ya el ascenso hacia Torreón Bellota, con sus murallas de piedra y su gran torre de roble. El dueño no estaba; había ido a luchar en el séquito de su señor, lord Vance, y en su ausencia, las puertas del castillo se encontraban cerradas. Pero su señora esposa era una antigua amiga de Tom de Sietecauces, y Anguy decía que habían sido amantes. Anguy cabalgaba junto a ella a menudo. Era el más cercano en edad a Arya, aparte de Gendry, y le contaba anécdotas divertidas de las Marcas de Dorne. Pero con aquello no la engañaba. «No es mi amigo. Solo se pone cerca de mí para vigilarme y que no intente escaparme otra vez». Bueno; Arya también sabía vigilar. Syrio Forel la había enseñado.

Lady Smallwood recibió a los forajidos con afecto, aunque les echó una buena reprimenda por arrastrar a la guerra a una cría. Se enfadó todavía más cuando a Lim se le escapó que Arya era noble.

—¿Quién ha vestido a la pobre chiquilla con esos harapos de Bolton? —les preguntó, furiosa—. ¡Y con el emblema! ¡Más de uno la ahorcaría sin pensárselo dos veces por llevar al hombre desollado en el pecho!

Arya se vio empujada escaleras arriba, metida en una bañera y remojada en agua casi hirviendo. Las doncellas de lady Smallwood la frotaron con tanta energía como si la quisieran desollar a ella. Hasta echaron en el agua una porquería dulzona que olía a flores.

Luego se empeñaron en que se vistiera con cosas de niña: medias de lana color marrón y ropa interior de lino, y encima, un vestido color verde claro con bellotas bordadas en hilo marrón en el corpiño y más bellotas ribeteando el dobladillo.

—Mi tía abuela es septa en una casa madre de Antigua —le dijo lady Smallwood mientras las doncellas le ataban el corpiño a la espalda a Arya—. Envié a mi hija con ella cuando empezó la guerra. Seguro que, cuando regrese, esta ropa ya le quedará pequeña. ¿Te gusta bailar, niña? Mi Carellen es una excelente bailarina. También canta de maravilla. ¿A ti qué te gusta hacer?

—Labores de *Aguja*. —Arya removió los juncos del suelo con el pie.

—Son muy relajantes, ¿verdad?

—Bueno, tal como yo las hago, no.

—¿No? A mí siempre me lo han parecido. Los dioses nos dan a cada uno nuestros talentos, grandes y pequeños, y a nosotros nos corresponde utilizarlos. Eso me dice siempre mi tía. Cualquier acto puede ser una plegaria, si lo llevamos a cabo lo mejor posible. ¿No te parece un concepto precioso? Tenlo en mente la próxima vez que estés con tus labores. ¡Las haces todos los días!

—Las hacía, pero perdí mi *Aguja*. La nueva que tengo no es tan buena.

—En tiempos como los que corren, hemos de arreglárnoslas con lo que hay y tratar de sacarle el mejor partido. —Lady Smallwood le arregló el corpiño del vestido—. Ahora sí que pareces una joven dama como debe ser.

« No soy ninguna dama —habría querido decirle Arya—. Soy una loba» .

—No sé quién eres, niña —dijo la mujer—, y tal vez sea lo mejor. Mucho me temo que alguien importante. —Le arregló el cuello a Arya—. En tiempos como estos, es mejor ser insignificante. En ese caso podría hacer que te quedaras aquí conmigo, aunque no estarías a salvo. Tengo muros —suspiró—, pero pocos hombres para defenderlos.

Cuando Arya estuvo bien lavada, peinada y vestida, la cena ya se estaba sirviendo en los salones. Gendry la miró y se echó a reír de tal manera que se le salió el vino por la nariz, hasta que Harwin le dio un capirotazo junto a la oreja. La comida era sencilla, pero abundante: cordero con setas, pan moreno, budín de guisantes y manzanas asadas con queso curado. Una vez recogida la mesa, cuando ya no quedaban criados en la estancia, Barbaverde bajó la voz para preguntarle a la dama si tenía alguna noticia del Señor del Relámpago.

—¿Noticias? —Sonrió—. Estuve aquí hace menos de quince días. Iba con una docena más de hombres, que llevaban un rebaño de ovejas. Casi no di crédito a mis ojos. Thoros me dio tres a modo de agradecimiento. Os habéis comido una esta noche.

—¿Que Thoros iba conduciendo ovejas? —Anguy soltó una carcajada.

—Como lo oís. Era todo un espectáculo, pero Thoros aseguró que, como sacerdote, sabía cuidar de un rebaño.

—Sí, y también trasquilarlo —rio Lim Capa de Limón.

—Alguien debería componer una buena canción sobre esto. —Tom rasgueó una cuerda de su lira.

—Puede. —Lady Smallwood le lanzó una mirada desdeñosa—. Alguien que

no rime « Dondarrion» con « ligón» . Alguien que no les cante « Tiéndete en la hierba, hermosa doncella» a todas las lecheras del condado y les haga un bombo a dos de ellas.

—Era « Déjame beber de tu belleza, hermosa doncella» —replicó Tom a la defensiva—, y a las lecheras les gusta que se la cante. Y también a cierta dama noble que me viene a la memoria. Canto para complacer.

—Las tierras de los ríos están llenas de doncellas a las que habéis complacido —dijo la dama con chispas de los ojos—, todas bebiendo infusiones de atanasia. Cualquiera diría que un hombre de tu edad habría aprendido ya a derramarles la semilla en el vientre, pero por fuera. A este paso, no tardarán en llamarte Tom Sietehijos.

—Pues da la casualidad de que pasé de los siete hace ya muchos años —dijo Tom—. Y son unos muchachos estupendos, que cantan como jilgueros. —Era evidente que no le preocupaba el tema.

—¿Dijo su señoría hacia dónde iba, mi señora? —intervino Harwin.

—Lord Beric nunca hace partícipe de sus planes a nadie, pero hay hambruna cerca de Septo de Piedra y el bosque Tresmonedas. Yo, en vuestro lugar, lo buscaría por allí. —Bebió un trago de vino—. Será mejor que lo sepáis: he tenido otras visitas menos agradables. Una manada de lobos llegó aullando a mis puertas; creían que tenía aquí a Jaime Lannister.

—Entonces ¿es verdad que el Matarrey es vuelve a estar libre? —Tom dejó de rasguear las cuerdas.

—Si lo tuvieran encadenado en Aguasdulces, no creo que hubieran venido aquí a buscarnos —dijo lady Smallwood lanzándole una mirada despectiva.

—¿Y qué les dijo mi señora? —quiso saber Jack-con-Suerte.

—Pues que tenía a ser Jaime desnudo en mi cama, pero que lo había dejado tan agotado que no podía bajar a recibirlos. Uno de ellos tuvo la desfachatez de llamarla mentirosa, así que los echamos de malos modos. Creo que se dirigieron hacia Fondonegro.

—¿Qué norteños eran los que vinieron a buscar al Matarrey es? —preguntó Arya, moviéndose inquieta en el asiento.

—No me dijeron cómo se llamaban, niña —dijo lady Smallwood mirándola, sorprendida de que hubiera intervenido—, pero llevaban jubones negros con un sol blanco en el pecho.

El sol blanco sobre negro era el emblema de lord Karstark. « Eran hombres de Robb», pensó Arya. Tal vez todavía estuvieran cerca. Si conseguía escabullirse de los forajidos y los encontraba, quizás la llevaran a Aguasdulces con su madre...

—¿Dijeron cómo consiguió escapar Lannister? —preguntó Lim.

—Sí —respondió lady Smallwood—, aunque no me creo ni una palabra. Aseguran que lady Catelyn lo liberó.

—Anda ya —dijo Tom; de la impresión se le había saltado una cuerda—. Eso es una locura.

« No es verdad —pensó Arya—. No puede ser verdad» .

—Lo mismo pensé yo —dijo lady Smallwood.

En aquel momento, Harwin cayó en la cuenta de quién era Arya.

—Esta conversación no es para vos, mi señora.

—Quiero oír...

Los forajidos no cedieron.

—Venga, venga, ardillita —dijo Barbaverde—. Sed una damita buena e id a jugar al patio mientras hablamos.

Arya salió de la estancia hecha una furia; habría dado un portazo si la puerta no fuera tan pesada. La oscuridad cubría Torreón Bellota como un manto. Unas cuantas antorchas ardían a lo largo de las murallas, pero nada más. Las puertas del pequeño castillo estaban cerradas a cal y canto. Sabía que le había prometido a Harwin que no intentaría escapar de nuevo, pero aquello había sido antes de que empezaran a decir mentiras sobre su madre.

—¿Arya? —Gendry la había seguido—. Lady Smallwood dice que hay una herrería. ¿Vamos a verla?

—Si te apetece... —No tenía nada mejor que hacer.

—Ese Thoros del que hablaban —comentó Gendry cuando pasaron junto a las perreras—, ¿es el mismo Thoros que vivía en el castillo, en Desembarco del Rey? ¿Un sacerdote rojo gordo, con la cabeza rapada?

—Creo que sí. —Arya no había cruzado ni una palabra con Thoros en Desembarco del Rey, o al menos no lo recordaba, pero sabía quién era. Junto con Jalabhar Xho, era el personaje más pintoresco de la corte de Robert, y un gran amigo del rey.

—Seguro que no se acuerda de mí, pero iba mucho a nuestra fragua. —La fragua de los Smallwood llevaba tiempo sin utilizarse, aunque el herrero había colgado sus herramientas de la pared, muy ordenadas. Gendry encendió una vela y la puso sobre el yunque antes de coger unas tenazas—. Mi maestro siempre le echaba la bronca por lo de las espadas llameantes. Le decía que no era manera de tratar un buen acero, pero es que Thoros no utilizaba nunca acero del bueno. Metía cualquier espada barata en fuego valyrio y la prendía. Mi maestro decía que no era más que un truco de alquimista, pero servía para asustar a los caballos y a algunos caballeros novatos.

Arya se esforzó por recordar si su padre había hecho algún comentario sobre Thoros.

—No es muy beato, ¿verdad?

—No —reconoció Gendry—. El maestro Mott decía que Thoros aguantaba más alcohol que el rey Robert. Que eran tal para cual, un par de glotones borrachos.

—No deberías llamar borracho al rey. —Tal vez el rey Robert hubiera bebido demasiado, pero había sido amigo de su padre.

—Me refería a Thoros. —Gendry hizo ademán de ir a pellizcarle la cara con las tenazas, pero Arya las apartó de un manotazo—. Le gustaban los banquetes y los torneos; por eso lo apreciaba tanto el rey Robert. Y el tal Thoros era valiente. Cuando cayeron los muros de Pyke, fue el primero en entrar. Luchaba con una de sus espadas llameantes, y con cada golpe le prendía fuego a un hombre del hierro.

—Ojalá tuviera una espada llameante. —Había mucha gente a la que Arya habría querido prender fuego.

—Ya te he dicho que no es más que un truco. El fuego valyrio echa a perder el acero. Mi maestro le vendía una espada nueva a Thoros después de cada torneo. Y no había vez que no discutieran por el precio. —Gendry volvió a poner las tenazas en su sitio y descolgó el pesado martillo—. El maestro Mott me dijo que ya era hora de que hiciera mi primera espada. Me dio un buen trozo de acero, y yo sabía cómo iba a dar forma a la hoja. Pero entonces llegó Yoren y se me llevó para la Guardia de la Noche.

—Si quieres, todavía puedes forjar espadas —dijo Arya—. Para mi hermano Robb, cuando lleguemos a Aguasdulces.

—Aguasdulces. —Gendry dejó el martillo y la miró—. Estás diferente. Pareces una niña de verdad.

—Parezco un roble, con tanta bellota.

—Pero bonito. Un roble bonito. —Se acercó un paso y la olfateó—. Si hasta hueles bien, para variar.

—Pues tú no, tú hueles a rayos.

Arya le dio un empujón contra el yunque y echó a correr, pero Gendry la agarró por un brazo. Ella le puso la zancadilla y lo hizo caer, pero él la arrastró en la caída, y rodaron por el suelo de la herrería. Gendry era fuerte, pero Arya era más rápida. Cada vez que trataba de agarrarla, se liberaba y le daba un puñetazo. Los golpes solo hacían reír al chico, con lo que ella se enfadaba todavía más. Al final consiguió sujetarle las dos muñecas con una mano y empezó a hacerle cosquillas con la otra, hasta que Arya le dio un rodillazo entre las piernas y se libró de él. Los dos estaban cubiertos de polvo, y se le había desgarrado una manga del estúpido vestido de las bellotas.

—¡A que ya no estoy tan bonita! —gritó.

Cuando volvieron a la sala, Tom estaba cantando.

« Mi cama de plumas te espera,
suave y mullida, corazón.
Vestida de seda amarilla,
coronada por mi pasión,

de mi amor la reina elegida.
Y yo tu señor, con tesón
protejo mi sangre y tu vida;
mi espada te hará de blasón» .

Al verlos, Harwin estalló en carcajadas, y Anguy le dedicó una de sus bobaliconas sonrisas pecosas.

—¿Estamos seguros de que es una dama noble? ¿Seguros, seguros?

En cambio, Lim Capa de Limón le dio un capón a Gendry.

—¡Si quieres pelearte con alguien, pelea conmigo! ¡Es una chica, y mucho más pequeña que tú! No le vuelvas a poner un dedo encima, ¿entendido?

—He empezado yo —dijo Arya—. Gendry tan solo se estaba metiendo conmigo.

—Deja en paz al chico, Lim —dijo Harwin—. Seguro que ha empezado Arya. En Invernalia era siempre así.

Tom le guiñó un ojo y siguió cantando.

La doncella del árbol reía,
al joven brindó una sonrisa.
Entre bailes dijo traviesa:
« Espera, no hay tanta prisa,
me haré un vestido con hojas
y el rocío que traiga la brisa.
Tú serás mi amante del bosque,
y yo esperaré de esa guisa» .

—No tengo vestidos de hojas —le dijo lady Smallwood con una sonrisa afectuosa—, pero Carellen dejó más vestidos que te sentarán bien. Vamos, niña, a ver qué encontramos en el piso de arriba.

Fue aún peor que la primera vez. Lady Smallwood se empeñó en que Arya se bañara de nuevo, y encima le recortó el pelo y se lo peinó. El vestido que eligió para ella en aquella ocasión era como de color lila, con adornos de perlas diminutas. Lo único que tenía de bueno era que se trataba de una prenda tan delicada que nadie podía pretender que montara a caballo con aquello puesto. De modo que a la mañana siguiente, mientras desayunaban, lady Smallwood le entregó unos calzones, un cinturón, una túnica y un jubón de piel de cierva con tachonaduras de hierro.

—Eran de mi hijo —le explicó—. Murió cuando tenía siete años.

—Lo siento mucho, mi señora. —De pronto, Arya se sentía mal y muy avergonzada—. También siento haber roto el vestido de las bellotas. Era bonito.

—Sí, niña. Igual que tú. Sé valiente.

En el centro de la plaza del Orgullo había una fuente de ladrillo rojo cuyas aguas olian a azufre, y en el centro de la fuente, una arpía monstruosa de bronce batido. Media más de cuatro varas de altura. Tenía rostro de mujer, con el pelo dorado y los ojos de marfil, y también de marfil eran los pungiagudos colmillos. El agua amarillenta manaba de sus grandes pechos. Pero en lugar de brazos tenía alas de murciélagos o dragón; sus piernas eran patas de águila, y a la espalda le crecía la cola curvada y ponzoñosa de un escorpión.

« La arpía de Ghis », pensó Dany. Si no recordaba mal, el Antiguo Ghis había caído hacía ya cinco mil años, sus legiones derrotadas por el poderío de la joven Valyria, sus imponentes murallas de ladrillos derribadas, sus calles y edificios reducidos a brasas y cenizas por las llamas de los dragones, sus campos sembrados de sal, azufre y cráneos... Los dioses de Ghis estaban muertos, al igual que sus habitantes; según le dijo ser Jorah, aquellos astaporis eran mestizos. Hasta el idioma ghiscario había caído en el olvido hacía ya mucho tiempo; las ciudades de los esclavos hablaban el alto valyrio de sus conquistadores o el dialecto en que lo habían convertido.

Pero allí todavía perduraba el símbolo del Antiguo Imperio, aunque aquel monstruo de bronce tenía una gruesa cadena que colgaba entre las garras, con un grillete abierto en cada extremo.

« La arpía de Ghis tenía un rayo en las garras. Esta es la arpía de Astapor ».

—Dile a la puta de Poniente que mire para abajo —se quejó el traficante de esclavos Kraznys mo Nakloz a la niña esclava que hablaba por él—. Yo trato con carne, no con metal. El bronce no está en venta. Dile que mire a los soldados. Mi mercancía es magnífica; salta a la vista hasta para los ojos nublados de una salvaje del ocaso.

Kraznys hablaba el alto valyrio con mucho acento; tenía el típico tono ronco de Ghis, y salpicaba sus frases con palabras procedentes del argot de los traficantes de esclavos. Dany comprendió lo suficiente de lo que decía, pero sonrió y miró a la niña con cara inquisitiva, como si le pidiera la traducción.

—El bondadoso amo Kraznys os pregunta si no os parecen magníficos. —La pequeña hablaba la lengua común muy bien para no haber estado nunca en Poniente. No tendría más de diez años, y su rostro redondo y plano, piel oscura y ojos dorados denotaban que procedía de Naath. « El pueblo pacífico », como los solían llamar. Todos estaban de acuerdo en que eran los mejores esclavos.

—Puede que me resulten útiles —respondió Dany. Había sido idea de ser Jorah que, mientras estuviera en Astapor, hablarla solo dothraki o la lengua común. « Mi oso es más astuto de lo que parece », pensó—. ¿Qué entrenamiento han recibido?

—A la mujer de Poniente le gustan, pero no los alaba para que no suba el

precio —le dijo la traductora a su amo—. Desea saber cómo están entrenados.

Kraznys mo Nakloz ladeó la cabeza. El traficante de esclavos olía como si se hubiera bañado en frambuesas, y la prominente barbita negra y roja brillaba, aceitada.

«Tiene los pechos más grandes que yo», se fijó Dany. Se le veían a través de la fina seda verde mar del *tokar* ribeteado en oro con el que se ceñía el cuerpo y se cubría un hombro. Al caminar se sujetaba el *tokar* en su sitio con la mano izquierda, mientras que en la derecha llevaba un látigo corto de cuero.

—¿Serán igual de ignorantes todos los cerdos de Poniente? —se quejó—. Todo el mundo sabe que los inmaculados dominan el arte de la lanza, el escudo y la espada corta. —Le dirigió a Dany una amplia sonrisa—. Dile lo que haga falta, esclava, y date prisa. Hace mucho calor.

«Por fin dice algo que no es mentira». Una pareja de esclavas situadas a sus espaldas sostenían sobre sus cabezas una marquesina de seda a rayas, pero incluso a la sombra, Dany se sentía mareada, y Kraznys sudaba copiosamente. La plaza del Orgullo llevaba cociéndose al sol desde el amanecer. Pese a las gruesas sandalias, sentía en los pies la temperatura de los adoquines rojos. Las ondulaciones del calor se alzaban trémulas de ellos y hacían que las pirámides escalonadas de Astapor, que rodeaban la plaza, parecieran casi oníricas.

En cambio, los inmaculados no sentían el calor, o no daban muestra de sentirlo.

«Ahí de pie, tan quietos, parece que ellos también son adoquines». Habían hecho salir a un millar de ellos de sus barracones para que los inspeccionara. Formaban en diez filas de un centenar de hombres ante la fuente y su gran arpía de bronce, firmes, rígidos, con los ojos pétreos clavados al frente. Por única vestimenta llevaban taparrabos de lino blanco y unos yelmos cónicos de bronce coronados por una púa afilada de un codo de longitud. Kraznys les había ordenado dejar en el suelo ante ellos las lanzas y los escudos, y despojarse de los cinturones y las túnicas guateadas, para que la reina de Poniente pudiera inspeccionar a placer la dureza magra de sus cuerpos.

—Los eligen de jóvenes, por su estatura, su velocidad y su fuerza —le dijo la esclava—. Empiezan a entrenarse a las cinco. Se entrena todos los días, del amanecer al ocaso, hasta que dominan como maestros la espada corta, el escudo y las tres lanzas. El entrenamiento es muy riguroso, alteza. Solo sobrevive uno de cada tres chicos. Lo sabe todo el mundo. Los inmaculados dicen que el día que se ganan el casco con la púa es el día en que ha pasado lo peor, porque ninguna misión que les encomienden será jamás tan dura como el entrenamiento.

Se suponía que Kraznys mo Nakloz no hablaba ni una palabra de la lengua común, pero mientras escuchaba inclinaba la cabeza hacia un lado, y de cuando en cuando le daba un golpecito con la punta de la fusta a la niña esclava.

—Dile que estos llevan de pie ahí un día y una noche, sin comida ni agua.

Dile que si lo ordeno se quedarán ahí hasta que caigan, y que cuando novecientos noventa y nueve se desplomen muertos sobre los adoquines, el último seguirá de pie sin moverse hasta que la muerte lo llame. Así de valerosos son. Diselo.

—A mí eso me parece demencia, no valor —comentó Arstan Barbablanca cuando la traductora, solemne y diminuta, hubo transmitido el mensaje.

Daba golpecitos en los adoquines con el extremo de su recio cayado, como para demostrar su desagrado. El anciano no había sido partidario de viajar a Astapor, y tampoco aprobaba la compra de aquel ejército de esclavos. Una reina tenía que escuchar a todos antes de tomar una decisión. Aquel era el motivo por el que Dany lo había llevado a la plaza del Orgullo, no para que la protegiera. Para aquello se bastaban y sobraban sus jinetes de sangre. A ser Jorah Mormont lo había dejado a bordo de la *Balerion* para que cuidara de su gente y sus dragones. Muy a su pesar, los había tenido que encerrar bajo cubierta. Era demasiado peligroso permitir que sobrevolaran libremente la ciudad; en el mundo había demasiados hombres que los asaetearían de buena gana, sin más motivo que adjudicarse el nombre de Matadragones.

—¿Qué ha dicho el viejo maloliente? —le preguntó el traficante de esclavos a la traductora. Cuando la niña se lo dijo, sonrió—. Informa a los salvajes de que a esto lo llamamos obediencia. Puede que haya otros hombres más fuertes, más rápidos o más corpulentos que los inocuos. Incluso los hay tan hábiles como ellos en el uso de la espada, la lanza y el escudo. Pero en ningún lugar de los mares encontrarán esclavos más obedientes.

—Las ovejas son obedientes —señaló Arstan tras oír la traducción.

Al igual que Dany, entendía un poco de valyrio, aunque no tanto como ella, pero él también lo disimulaba.

Cuando la traductora hubo terminado, Kraznys mo Nakloz mostró los grandes dientes blancos en una sonrisa.

—Basta una orden mía para que estas ovejas desparramen sus entrañas hediondas sobre los adoquines —dijo—, pero no se lo digas. Diles que son más perros que ovejas. ¿En esos Siete Reinos comen perro o caballo?

—Prefieren la carne de cerdo o la de vaca, reverencia.

—Vacas. Puaj. Comida para salvajes sucios.

Sin hacer caso de nadie, Dany recorrió a paso lento la hilera de soldados esclavos. Las muchachas la siguieron de cerca con la marquesina de seda para mantenerla a la sombra, pero el millar de hombres que tenía ante ella no disfrutaba de la misma protección. Más de la mitad tenía la piel cobriza y los ojos almendrados de los dothrakis y los lhazareenos, pero en las filas vio también a otros de las Ciudades Libres, junto a rostros de piel clara de Qarth, rostros de ébano de las islas del Verano, y otros muchos cuyo origen ignoraba. Y algunos tenían la piel del mismo tono ambarino que Kraznys mo Nakloz, y el pelo hirsuto rojo y negro del antiguo pueblo de Ghis, cuyos habitantes se hacían llamar hijos

de la arpía.

«Se venden hasta entre ellos», pensó. No tendría que sorprenderse. Los dothrakis hacían lo mismo cuando un *khalasar* se encontraba con otro en el mar de hierba.

Unos soldados eran altos, y otros, bajos. Calculó que sus edades oscilaban entre los catorce y los veinte años. Tenían las mejillas afeitadas, y la misma expresión en todos los ojos, ya fueran negros, castaños, azules, grises o ambarinos.

«Son como un solo hombre», pensó Dany, pero entonces se acordó de que en realidad no eran hombres. Los inmaculados, del primero al último, eran eunucos.

—¿Por qué los castráis? —le preguntó a Kraznys a través de la niña esclava —. Siempre he oido decir que los hombres enteros son más fuertes que los eunucos.

—Ciento: un eunuco castrado de joven nunca tendrá la fuerza bruta de esos caballeros de Poniente —respondió Kraznys mo Nakloz cuando le transmitieron la pregunta—. Un toro también es fuerte, pero todos los días mueren toros en las arenas de combate. En la arena de Jothiel, una niña de nueve años mató a uno, no hace ni tres días. Dile que los inmaculados tienen algo mucho mejor que la fuerza. Tienen disciplina. Nosotros peleamos a la manera del Antiguo Imperio, sí. Son las nuevas legiones del Antiguo Ghis que vuelven a la vida, siempre obedientes, siempre leales, siempre valientes.

Dany escuchó la traducción con paciencia.

—Hasta los hombres más valientes temen la muerte y las heridas —señaló Arstan tras escuchar a la niña.

Al oírlo, Kraznys sonrió de nuevo.

—Dile al viejo que huele a meados y que necesita un palo para tenerse en pie.

—¿De verdad, reverencia?

—Claro que no —respondió el hombre, dándole un golpecito con la fusta—, ¿cómo preguntas semejante tontería? ¿Qué eres? ¿Una niña o una cabra? Dile que los inmaculados no son hombres. Dile que para ellos la muerte no significa nada, y las heridas, menos que nada.

Se detuvo ante un hombre corpulento que por su aspecto era de Lhazar, chasqueó la fusta, y dejó una fina línea de sangre en la mejilla cobriza. El eunuco parpadeó y permaneció tal como estaba, sangrando.

—¿Quieres otra? —preguntó Kraznys.

—Si eso complace a su reverencia...

Era difícil fingir que no entendía nada. Dany puso una mano en el brazo de Kraznys antes de que tuviera tiempo de alzar de nuevo la fusta.

—Dile al bondadoso amo que ya veo lo fuertes que son sus inmaculados y

con cuánta valentía resisten el dolor.

Al oír sus palabras traducidas al valyrio, Kraznys soltó una risita.

—Dile a esta ignorante que la valentía no tiene nada que ver.

—El bondadoso amo dice que no es cuestión de valor, alteza.

—Dile a la puta que abra bien los ojos.

—Os ruega que prestéis atención, alteza.

Kraznys se dirigió hacia el siguiente eunuco de la fila, un joven alto con los ojos azules y el pelo rubio de Lys.

—Tu espada —dijo.

El eunuco se arrodilló, desenvainó la espada y se la tendió con la empuñadura por delante. Era una espada corta, más adecuada para estocadas que para tajos, pero el filo era impresionante.

—De pie —ordenó Kraznys.

—Reverencia. —El eunuco se levantó, y Kraznys mo Nakloz le deslizó la espada lentamente torso arriba, dejando una fina línea roja a lo largo del vientre y entre las costillas. Luego clavó la punta de la espada bajo un pezón rosado y empezó a cortarlo, con movimientos de sierra.

—¿Qué hace? —le preguntó Dany a la niña con tono apremiante, mientras la sangre corría por el pecho del hombre.

—Dile a esa vaca que deje de mugir —dijo Kraznys sin aguardar la traducción—. Esto no le causará ningún daño grave. A los hombres no les hacen ninguna falta los pezones, y a los eunucos, menos todavía.

El pezón pendía por un hilo de piel. Lo cortó de un tajo; cayó sobre los adoquines y dejó atrás un ojo rojo y redondo que sangraba copiosamente. El eunuco no se movió hasta que Kraznys le tendió la espada con la empuñadura por delante.

—Toma, ya he terminado.

—Uno se complace de haberlos servido.

—No sienten dolor, ¿veis? —dijo Kraznys, volviéndose hacia Dany.

—¿Cómo es posible? —preguntó ella a través de la traductora.

—El vino del valor —fue su respuesta—. No es un vino de verdad; se hace de belladona, larvas de moscas de sangre, raíz de loto negro y otros muchos ingredientes secretos. Lo beben con todas las comidas desde el día en que los castran, y cada año que pasa sienten menos. Los hace valerosos en la batalla. Y no se los puede torturar. Dile a la salvaje que, con los inmaculados, sus secretos están a salvo. Los puede utilizar como guardias en su consejo, y hasta en su dormitorio, sin preocuparse de que oigan nada.

» En Yunkai y Meereen les cortan los testículos a los niños para convertirlos en eunuco. Esas criaturas no son fértiles, pero a menudo pueden tener erecciones. Eso solo sirve para causar problemas. Nosotros quitamos también el pene; no dejamos nada. Los inmaculados son las criaturas más puras que hay

sobre la tierra. —Dirigió otra de sus amplias sonrisas a Dany y a Arstan—. Tengo entendido que en los Reinos de Ocaso, algunos hombres prestan juramento solemne de mantenerse castos y no engendrar hijos, y de vivir únicamente para su deber. ¿Es así?

—Sí —respondió Arstan tras escuchar la traducción—. Hay órdenes así. Los maestres de la Ciudadela, los septones y las septas que sirven a los Siete, las hermanas silenciosas de los muertos, la Guardia Real y la Guardia de la Noche...

—Pobres —gruñó el traficante de esclavos—. Los hombres no nacieron para vivir de semejante manera. Cualquier idiota se daría cuenta de que sus días deben de ser una tortura; estarán plagados de tentaciones y, sin duda, muchos sucumbirán a sus instintos más primarios. No es el caso de nuestros inmaculados. Están casados con sus espadas de una manera que vuestros hermanos juramentados no pueden soñar con igualar. Ninguna mujer podrá jamás tentarlos, y tampoco ningún hombre.

La niña transmitió la esencia de su discurso en tono más educado.

—La carne no es la única manera de tentar a un hombre —objetó Arstan Barbablanca cuando hubo terminado.

—A un hombre, pero los inmaculados son diferentes. Tienen tan poco interés en el saqueo como en la violación. Lo único que poseen son sus armas. Ni siquiera les permitimos tener nombre.

—¿No tienen nombre? —Dany miró a la pequeña traductora con el ceño fruncido—. ¿Seguro que es lo que ha dicho el bondadoso amo? ¿Que no tienen nombre?

—Así es, alteza.

Kraznys se detuvo ante un ghiscario que podría haber sido su hermano, solo que más alto y con mejor forma física. Dio un golpecito con la fusta en el pequeño disco de bronce que adornaba el cinturón de la espada, a sus pies.

—Este es su nombre. Pregúntale a la puta de Poniente si sabe leer los glifos ghiscarios. —Cuando Dany reconoció que no, el traficante de esclavos se volvió hacia el inmaculado—. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó imperativo.

—Uno se llama Pulga Roja, reverencia.

La niña repitió la conversación en la lengua común.

—¿Cuál era ayer?

—Rata Negra, reverencia.

—¿Y anteayer?

—Pulga Marrón, reverencia.

—¿Y el día anterior?

—Uno no lo recuerda, reverencia. Puede que fuera Sapo Azul. O Gusano Azul.

—Dile que todos los nombres son por el estilo —le ordenó Kraznys a la niña

—. Eso les recuerda que, por sí solos, no son más que sabandijas. Todos los días,

al anochecer, los discos con los nombres se guardan en un barril vacío, y al amanecer, cada uno recoge uno al azar.

—Otra locura —comentó Arstan cuando oyó la traducción—. ¿Cómo puede nadie recordar un nombre nuevo cada día?

—Los que no pueden, no superan el entrenamiento, igual que los que no pueden correr todo el día cargados, escalar una montaña en medio de la noche, caminar sobre brasas al rojo o matar a un bebé.

Al oír aquello, Dany hizo una mueca.

« ¿Me habrá visto, o además de cruel es ciego?». Se volvió a toda prisa y trató de mantener el rostro impasible como una máscara hasta oír la traducción. Cuando lo hubo conseguido, se permitió mirarlo.

—¿A qué bebés matan?

—Para ganarse el casco con la púa, un inmaculado tiene que ir al mercado de esclavos con un marco de plata, buscar a un recién nacido berreante y matarlo delante de su madre. Así nos aseguramos de que no les queda ni rastro de debilidad.

Dany se sintió desmayar. « Es el calor», trató de convencerse.

—¡Arrancáis a un bebé de los brazos de su madre, lo matáis delante de ella y pagáis su dolor con una moneda de plata?

Al oír la traducción, Kraznys mo Nakloz soltó una carcajada estrepitosa.

—¡Qué blanda es esta mocosa estúpida! Dile a la puta de Poniente que el marco es para el dueño del niño, no para la madre. Los inmaculados tienen prohibido robar. —Se dio unos golpecitos con la fusta contra la pierna—. Son pocos los que no pasan la prueba. Creo que lo de los perros les cuesta más. El día de su castración, le entregamos a cada niño un cachorrito. Al final del primer año se le exige que lo estrangule. A los que no pueden, los matamos y los echamos de comer a los perros que queden vivos. Hemos descubierto que es una buena lección.

Mientras escuchaba, Arstan Barbablanca golpeteaba con la punta del cayado los adoquines. *Toc, toc, toc.* Lento, ritmico. *Toc, toc, toc.* Dany lo vio apartar los ojos, como si no soportara mirar a Kraznys ni un momento más.

—El bondadoso amo ha dicho que a estos eunucos no se los puede tentar con carne ni con monedas —le dijo Dany a la niña—, pero si algún enemigo les ofreciera la libertad a cambio de traicionarme...

—Lo matarian de inmediato y llevarian su cabeza ante ella, diselo —fue la respuesta del mercader de esclavos—. Otros esclavos roban y acumulan plata con la esperanza de comprar su libertad, pero un inmaculado no la aceptaría ni aunque esta puta se la ofreciera como regalo. Aparte de su deber, no tienen vida. Son soldados, nada más.

—Lo que necesito son soldados —reconoció Dany.

—Dile que entonces hizo bien en acudir a Astapor. Pregúntale de qué tamaño

quiere su ejército.

—¿Cuántos inmaculados hay en venta?

—En este momento, entrenados al máximo y disponibles, ocho mil. Dile que solo los vendemos por cientos o por miles. Antes los vendíamos también por decenas, como guardias privados, pero fue un error. Diez son demasiado pocos. Se mezclan con otros esclavos, o hasta con hombres libres, y olvidan qué y quiénes son. —Kraznys esperó a que terminara la traducción a la lengua común antes de continuar—. La reina mendiga tiene que comprender que estas maravillas no son baratas. En Yunkai y en Meereen se pueden comprar soldados esclavos por menos de lo que valen sus espadas, pero los inmaculados son los mejores del mundo: cada uno representa muchos años de entrenamiento. Dile que son como el acero valyrio, plegados una y otra vez, martilleados durante años, hasta que son más fuertes y resistentes que ningún otro metal de la tierra.

—Sé qué es el acero valyrio —dijo Dany—. Pregúntale al bondadoso amo si con los inmaculados van sus oficiales.

—Los oficiales los tendrá que poner ella. Los entrenamos para que obedezcan, no para que piensen. Si lo que quiere son sesos, que compre escribas.

—¿Y el equipamiento?

—La espada, el escudo, la lanza, las sandalias y la túnica guateada se incluyen en el precio —dijo Kraznys—. Y los cascos con la púa, claro. Pueden usar la armadura que quiera, pero se la tendrá que proporcionar ella.

A Dany no se le ocurrían más preguntas. Miró a Arstan.

—Habéis vivido mucho, Barbablanca. Ahora que los habéis visto, ¿qué me decis?

—Os digo que no, alteza —respondió el anciano al instante.

—¿Por qué? —quiso saber ella—. Hablad con toda libertad. —Dany creía saber lo que le iba a decir, pero quería que la niña esclava lo oyera, de modo que Kraznys no Nakloz se enterase más tarde.

—Mi reina —empezó Arstan—, hace miles de años que no hay esclavos en los Siete Reinos. Los antiguos dioses y los nuevos consideran que la esclavitud es una abominación. Está mal. Si llegáis a Poniente al frente de un ejército de esclavos, muchos hombres buenos se opondrán a vos por ese único motivo. Causaréis un gran daño a vuestra causa, y también al honor de vuestra casa.

—Pero necesito un ejército —señaló Dany—. Ese chico, Joffrey, no me entregará el Trono de Hierro si me limito a pedírselo por favor.

—Cuando llegue el día en que ondeen vuestros estandartes, la mitad de Poniente estará con vos —le prometió Barbablanca—. Todavía se recuerda a vuestro hermano Rhaegar con gran afecto.

—¿Y a mi padre? —preguntó Dany.

El anciano titubeó un instante.

—También se recuerda al rey Aerys —dijo al final—. Proporcionó al reino

muchos años de paz. No necesitáis esclavos, alteza. El magíster Illyrio os puede proteger mientras vuestros dragones crecen, y enviar emisarios secretos al otro lado del mar Angosto en vuestro nombre para atraer hacia vuestra causa a los grandes señores.

—¿Los mismos grandes señores que abandonaron a mi padre a manos del Matarreyes y se arrodillaron ante Robert el Usurpador?

—Quizá hasta los que se arrodillaron anhelen en su corazón el regreso de los dragones.

—Quizá —remarcó Dany. *Quizá* era una palabra muy arriesgada. En cualquier idioma. Se volvió hacia Kraznys mo Nakloz y su esclava—. Tengo que pensarlo con detenimiento.

—Dile que se dé prisa en pensar —dijo el mercader de esclavos encogiéndose de hombros—. Hay otros muchos compradores. Hace menos de tres días le enseñé estos mismos inocentes a un rey corsario que tenía intención de comprarlos todos.

—El corsario solo quería un centenar, reverencia —oyó Dany decir a la niña esclava.

El hombre le dio un golpecito con la punta de la fusta.

—Los corsarios son unos mentirosos. Los comprarás todos. Díselo, niña.

Dany sabía que, si compraba alguno, compraría bastantes más de un centenar.

—Recuérdale a tu bondadoso amo quién soy yo. Recuérdale que soy Daenerys de la Tormenta, Madre de Dragones, La que no Arde, reina legítima de los Siete Reinos de Poniente. Llevo la sangre de Aegon el Conquistador, la sangre de la antigua Valyria.

Pero las palabras no impresionaron al orondo y perfumado traficante de esclavos, ni siquiera traducidas a su desagradable idioma.

—El Antiguo Ghis dominaba un imperio cuando en Valyria todavía estaban follando ovejas —le gruñó a la pobre traductora—, y nosotros somos los hijos de la arpía. —Se encogió de hombros—. Malgasto la lengua regateando con mujeres. Son todas iguales, las del este y las del oeste; no son capaces de tomar una decisión mientras no las adules, las malcriés y las atiborres de criadillas. En fin, si es mi destino, tendré que aceptarlo. Dile a la puta que si quiere visitar nuestra hermosa ciudad, Kraznys mo Nakloz estará encantado de atenderla... y de satisfacerla, si es más mujer de lo que parece.

—El bondadoso amo estará encantado de mostrároslo Astapor mientras lo meditáis, alteza —dijo la traductora.

—Le daré de comer sesos de perro en gelatina y un delicioso guiso de pulpo rojo y cachorro nonato. —Se relamió.

—Dice que aquí podéis probar platos deliciosos.

—Dile lo hermosas que son las pirámides por la noche —gruñó el mercader

de esclavos—. Dile que lameré miel de sus pechos, o si lo prefiere, dejaré que ella lama miel de los míos.

—Astapor es una ciudad muy bella cuando anocchece, alteza —dijo la niña esclava—. Los bondadosos amos encienden farolillos de seda en todas las terrazas, de manera que las pirámides brillan con luces de colores. Las barcazas de placer surcan el Gusano; en ellas suena una dulce música, y visitan las pequeñas islas para probar vinos, comidas y otras delicias.

—Pregúntale si quiere ver nuestras arenas de combate —añadió Kraznys—. En la arena de Douqor hay programado un buen espectáculo para esta noche. Un oso y tres niños. Uno de los niños estará untado con miel, otro con sangre y otro con pescado podrido; si quiere, podrá apostar por cuál devorará el oso primero.

Toc, toc, toc, oyó Dany. El rostro de Arstan Barbablanca seguía impasible, pero el cayado marcaba el ritmo de su rabia. *Toc, toc, toc*. Se esforzó por sonreír.

—Tengo un oso esperándome en la *Balerion* —le dijo a la traductora—, y me devorará a mí si no vuelvo pronto con él.

—¿Lo ves? —dijo Kraznys al oír la traducción—, la mujer no decide; tiene que acudir al hombre. ¡Como siempre!

—Dale las gracias al bondadoso amo por su amabilidad y su paciencia —siguió Dany—, y dile que pensaré sobre lo que me ha dicho.

Le ofreció el brazo a Arstan Barbablanca para cruzar la plaza en dirección a la litera. Aggo y Jhogo se situaron uno a cada lado de ellos y echaron a andar con la torpeza de todos los señores de los caballos cuando se veían obligados a desmontar y a caminar como el resto de los mortales.

Con el ceño fruncido, Dany se subió a su litera y le hizo una seña a Arstan para que subiera junto a ella. Un hombre tan anciano no debía caminar con aquel calor. Cuando se pusieron en marcha no cerró las cortinas. El sol que caía abrasador sobre aquella ciudad de adoquines rojos hacía que hasta la menor brisa fuera un regalo, aunque llegara con un remolino de fino polvillo rojo.

«Además, tengo que ver esto».

Astapor era una ciudad extraña incluso para los ojos de quien había entrado en el palacio de Polvo y se había bañado en el Vientre del Mundo, al pie de la Madre de Montañas. Todas las calles estaban pavimentadas con adoquines rojos, igual que la plaza. Del mismo material eran las pirámides escalonadas, los fosos donde estaban las arenas de combate con sus hileras de gradas descendentes, las fuentes sulfurosas y las penumbras cavas, así como los muros que lo rodeaban todo.

«Cuántos ladrillos —pensó—. Qué viejos y decrepitos». El fino polvo rojo estaba por todas partes; se arremolinaba en las cunetas con cada ráfaga de viento. No era de extrañar que tantas mujeres astaporis llevaran velos sobre el rostro; el polvo de adoquín picaba en los ojos más que la arena.

—¡Abrid paso! —gritó Jhogo, que cabalgaba delante de su litera—. ¡Abrid paso a la Madre de Dragones!

Pero cuando desenrolló el gran látigo con mango de plata que Dany le había regalado y lo hizo chasquear en el aire, ella asomó la cabeza y le hizo un gesto de negación.

—Aquí no, sangre de mi sangre —dijo en el idioma del jinete—. Estos adoquines ya han oído demasiadas veces el sonido de los látigos.

Aquella mañana, cuando llegaron procedentes del puerto, habían encontrado las calles casi desiertas, y la situación no había cambiado mucho. Pasó junto a ellos un elefante con una litera de celosía sobre el lomo. Un niño desnudo despellejado por el sol estaba sentado en un canal de ladrillo por el que no corría agua; tenía el dedo metido en la nariz y contemplaba las hormigas de la calle con semblante hosco. Al oír el sonido de los cascos de los caballos alzó la vista y contempló boquiabierto el paso de una columna de guardias montados, que iba al trote en medio de una nube de polvo rojo y risas tensas. Los discos de cobre cosidos a las capas de seda amarilla brillaban como otros tantos soles; las túnicas eran de lino recamado; vestían faldas plisadas, también de lino, y calzaban sandalias en los pies. No llevaban ningún tipo de casco, y todos se habían aceitado y trenzado las cabelleras rojas y negras para darles formas fantásticas: cuernos, alas, espadas y hasta manos entrelazadas, de modo que más bien parecían una comitiva de demonios escapados del séptimo infierno. El niño desnudo los contempló un rato, igual que Dany, pero en cuanto se perdieron a lo lejos volvió a concentrarse en las hormigas y en el dedo metido en la nariz.

« Es una ciudad antigua —reflexionó ella—, pero menos poblada que en su momento de gloria; no está tan llena de gente como Qarth, Pentos o Lys, ni mucho menos» .

La litera se detuvo de repente en el cruce de calles mientras pasaba una reata de esclavos, espoleados por el restallido del látigo de un capataz. Dany advirtió que no eran inocentes, sino hombres comunes con la piel ligeramente bronceada y el pelo negro. También había mujeres entre ellos, pero no niños. Todos iban desnudos. Tras ellos caminaban dos astaporis a lomos de asnos blancos, un hombre con un *tokar* de seda roja y una mujer con velo, vestida de lino azul decorado con hojuelas de lapislázuli y una peineta de marfil en el cabello rojo y negro. El hombre reía mientras le susurraba algo al oído, y no le prestó a Dany más atención que a sus esclavos, igual que el capataz del látigo de cinco colas, un dothraki achaparrado y fuerte que lucía orgulloso un tatuaje de la arpía y las cadenas en el pecho musculoso.

—Con adoquines y sangre se construyó Astapor —murmuró Barbablanca, junto a ella—; y con adoquines y sangre, su gente.

—¿Qué es eso? —le preguntó Dany con curiosidad.

—Un antiguo dicho que me enseñó un maestre cuando era niño. No sabía

hasta qué punto era cierto. Los adoquines de Astapor están teñidos de rojo por la sangre de los esclavos que los hacen.

—No me lo puedo creer —dijo Dany.

—Entonces, marchaos de este lugar antes de que vuestro corazón se endurezca como esos adoquines. Haceos a la mar esta misma noche, en cuanto suba la marea.

«Ojalá pudiera», pensó Dany.

—Ser Jorah dice que, cuando salga de Astapor, deberá ser con un ejército a mis órdenes.

—Ser Jorah fue traficante de esclavos, alteza —le recordó el anciano—. En Pentos, en Myr y en Tyrosh hay mercenarios a los que podréis contratar. Los hombres que matan por dinero no tienen honor, pero al menos no son esclavos. Comprad vuestro ejército allí, os lo suplico.

—Mi hermano visitó Pentos, Myr, Braavos y casi todas las Ciudades Libres. Allí, los magísteres y los arcontes lo alimentaron con vino y promesas, pero dejaron que su alma muriera de hambre. Un hombre no puede comer toda la vida del cuenco del mendigo y seguir siendo un hombre. Ya lo probé en Qarth y tuve suficiente. No seré una mendiga.

—Mejor mendiga que esclavista —dijo Arstan.

—Solo habla así quien no ha sido ni una cosa ni otra. —Dany estaba roja de cólera—. ¿Sabéis qué se siente cuando lo venden a uno, escudero? Yo sí. Mi hermano me vendió a Khal Drogo a cambio de la promesa de una corona de oro. Sí, Drogo lo coronó con oro, aunque no tal como él habría querido, y yo... Mi sol y estrellas me convirtió en una reina, pero si no hubiera sido él como era, todo habría resultado muy diferente. ¿Creéis que he olvidado qué es sentir miedo?

—No era mi intención ofenderos, alteza —se disculpó Barbablanca inclinando la cabeza.

—Lo único que me ofende son las mentiras, no los consejos sinceros. —Dany le dio unas palmaditas tranquilizadoras a Arstan en la mano—. Lo que pasa es que tengo temperamento de dragón. No permitáis que eso os asuste.

—Lo tendré en cuenta —sonrió Barbablanca.

«Su rostro es amable, y tiene mucha fuerza —pensó Dany. No entendía por qué ser Jorah desconfiaba tanto del anciano—. ¿Tendrá celos porque ahora hay otro hombre con el que puedo hablar? —Sin quererlo, recordó la noche en la *Balerion*, cuando el caballero exiliado la había besado—. No debió hacerlo. Tiene tres veces mi edad y es de origen mucho más humilde que yo; además, no le di permiso. Ningún caballero de verdad besaría a una reina sin su permiso». Después de aquello se había cuidado bien de no volver a quedarse a solas con ser Jorah; cuando estaba a bordo siempre la acompañaban sus doncellas Irri y Jhiqui, y a veces, también sus jinetes de sangre. «Quiere besarme otra vez, se lo veo en los ojos».

Dany no habría sabido decir qué quería ella, pero el beso de Jorah había despertado algo en su interior, una sensación que llevaba dormida desde el día en que murió Drogo, que había sido su sol y estrellas. Tumbada en el estrecho catre, se descubrió pensando cómo sería yacer junto a un hombre en vez de al lado de su doncella, y la sola idea le resultó más excitante de lo que debería. A veces cerraba los ojos y soñaba con él, pero no se trataba nunca de Jorah Mormont. Su amante era siempre más joven y más apuesto, aunque el rostro era una sombra cambiante.

En cierta ocasión, tan atormentada que no conseguía conciliar el sueño, Dany se deslizó una mano entre las piernas y se sorprendió de lo húmeda que estaba. Casi sin atreverse a respirar, movió los dedos adelante y atrás entre los labios menores, despacio para no despertar a Irri, que dormía junto a ella, hasta que encontró un punto sensible, y allí se demoró; se tocó con suavidad, al principio timidamente, luego más deprisa, pero el alivio que buscaba parecía esquivarla. En aquel momento, sus dragones se agitaron. Uno de ellos chilló en el camarote; Irri se despertó y vio qué estaba haciendo.

Dany sabía que se había sonrojado, pero en la oscuridad, Irri no podía darse cuenta. Sin decir nada, la doncella le puso una mano en el seno, se inclinó y le lamió un pezón. La otra mano descendió por la suave curva del vientre, acarició el monte de fino vello plateado, y empezó a trabajar entre los muslos de Dany. Apenas unos momentos más tarde se le tensaron las piernas, curvó la espalda, y todo su cuerpo se estremeció. Entonces fue ella la que gritó. O tal vez fuera Drogon. Irri no dijo nada en ningún momento; se limitó a acurrucarse y se durmió nada más terminar.

Al día siguiente, todo parecía un sueño. ¿Y qué tenía que ver ser Jorah con aquello?

«A quien quiero tener es a Drogo, mi sol y estrellas —se recordó Dany—. No a Irri, ni a ser Jorah, solo a Drogo. —Pero Drogo estaba muerto. Creía que aquellos sentimientos habían muerto con él en el desierto rojo, pero un beso traicionero, sin que supiera por qué, los había resucitado—. No debería haberme besado. Fue presuntuoso por su parte, y yo se lo permití. Esto no puede repetirse». Apretó los labios y sacudió la cabeza, y la campanilla de su trenza tintineó con suavidad.

En las cercanías de la bahía, la ciudad presentaba un aspecto más hermoso. Las grandes pirámides de adoquines se alineaban a lo largo de la orilla; la más alta debía de medir más de doscientas varas. En las amplias terrazas crecían todo tipo de árboles, enredaderas y flores, y el viento que soplaban en torno a ellas tenía un aroma fresco e intenso. Otra arpía gigante se alzaba sobre la puerta de la verja; era de arcilla cocida y se estaba desintegrando a ojos vistas; de su cola de escorpión apenas si quedaba un muñón. La cadena que tenía entre las garras de arcilla era de hierro viejo, casi podrida de óxido. Cerca del agua la temperatura

era más fresca. Las olas lamían los viejos pilones, y el sonido resultaba extrañamente sosegador.

Aggo ayudó a Dany a bajarse de la litera. Belwas el Fuerte estaba sentado en un enorme pilón, devorando un pernil asado.

—Perro —dijo con tono alegre al ver a Dany—. Buen perro en Astapor, pequeña reina. ¿Comer? —preguntó ofreciéndole la carne con una sonrisa grasienta.

—Sois muy amable, Belwas, pero no, gracias.

Dany había comido perro en otros lugares y ocasiones, pero en aquel momento solo podía pensar en los inmaculados y en sus cachorritos. Pasó junto al corpulento eunuco y subió por la plancha que llevaba a la cubierta de la *Balerion*.

Ser Jorah Mormont la estaba esperando.

—Alteza —dijo al tiempo que inclinaba la cabeza—, los traficantes de esclavos han venido y se han marchado. Eran tres, acompañados por una docena de escribas y otros tantos esclavos. Han recorrido nuestras bodegas palmo a palmo, tomando nota de todo lo que teníamos. —Caminó con ella hacia popa—. ¿Cuántos hombres tienen en venta?

—Ninguno. —¿Estaba furiosa con Mormont, o con aquella ciudad, con su calor tétrico, su hedor, su sudor y sus adoquines erosionados?—. Venden eunucos, no hombres. Eunucos hechos de adoquines, igual que el resto de Astapor. ¿He de comprar ocho mil eunucos de ojos muertos que no se mueven nunca, que matan niños de pecho para conseguir un casco con púa y estrangulan a sus perros? Ni siquiera tienen nombre. Así que no los lláméis *hombres*.

—Khaleesi —empezó, desconcertado ante tanta ira—, a los inmaculados los eligen de niños, los entrenan...

—Ya he oído todo lo que quería oír sobre su entrenamiento. —Dany sintió que las lágrimas le desbordaban los ojos, repentinamente, involuntariamente. Alzó la mano y abofeteó a ser Jorah en la mejilla. De lo contrario habría empezado a sollozar.

—Si he disgustado a mi reina... —Mormont se tocaba la mejilla abofeteada.

—Pues sí. Me habéis disgustado mucho. Si fuerais mi leal caballero jamás me habréis traído a esta pociña vil.

« Si fuerais mi leal caballero jamás me habréis besado, ni me habréis mirado de esa manera los pechos, ni...» .

—Como vuestra alteza ordene. Le diré al capitán Groleo que se disponga a hacerse a la mar con la marea de esta noche, rumbo a una pociña menos vil.

—No —replicó Dany. Groleo los miraba desde el castillo de proa, al igual que su tripulación. Barbablanca, sus jinetes de sangre, Jhiqui... Todos se habían detenido al oír el restallido de la bofetada—. Quiero que nos hagamos a la mar ahora mismo, no con la marea; quiero que nos vayamos a toda prisa y no volver la vista atrás. Pero no es posible, ¿verdad? Hay ocho mil eunucos de adoquín en

venta, y tengo que encontrar la manera de comprarlos.

Sin añadir una palabra, se alejó de él y bajó a su camarote.

Tras la madera tallada de la puerta de las estancias del capitán, los dragones estaban inquietos. Drogon alzó la cabeza y chilló; un humo blancuzco le salió de las fosas nasales. Viserion aleteó hacia ella y trató de posársele en el hombro, como hacía cuando era más pequeño.

—No —dijo Dany al tiempo que trataba de sacudírselo con suavidad—. Ya eres demasiado grande para eso, cariño.

Pero el dragón le enroscó en torno al brazo la cola blanca y dorada, y le clavó las garras en la tela de la manga para afianzarse. Dany, impotente, se dejó caer en el sillón de cuero de Groleo entre risas.

—Han estado como locos desde que os marchasteis, *khaleesi* —le dijo Irri—. Viserion ha arrancado astillas de la puerta, ¿veis? Y Drogon trató de escapar cuando los traficantes de esclavos vinieron a verlos. Lo agarré por la cola para retenerlo y me mordió. —Le mostró a Dany las marcas de los dientes que tenía en la mano.

—¿Alguno de los tres trató de lanzar fuego para escapar? —Aquellos eran lo que más temía.

—No, *khaleesi*. Drogon lanzó fuego, pero al aire. A los traficantes de esclavos les dio miedo acercarse a él.

Dany besó la mano de Irri allí donde el dragón la había mordido.

—Siento que te haya hecho daño. Los dragones no nacieron para que los encerraran en un camarote tan pequeño.

—En eso, los dragones son como los caballos —dijo Irri—. Y también los jinetes. Los caballos relinchán en la bodega, *khaleesi*, y dan coches en los mamparos de madera. Los oigo todo el tiempo. Además, Jhiqui dice que, cuando estáis ausente, las ancianas y los niños lloran. No les gusta este carro de las aguas. No les gusta el mar de sal negra.

—Ya lo sé —dijo Dany—. De verdad, lo sé.

—¿Mi *khaleesi* está triste?

—Sí.

«Triste y desorientada».

—¿Quiere la *khaleesi* que le dé placer?

—No. —Dany retrocedió un paso—. No tienes por qué hacer eso, Irri. Aquella noche, cuando te despertaste, lo que pasó... No eres una esclava de cama; te di la libertad, ¿recuerdas? Eres...

—Soy la doncella de la Madre de Dragones —dijo la chica—. Es un gran honor darle placer a mi *khaleesi*.

—Eso no es lo que quiero —insistió—. De verdad. —Se apartó con gesto brusco—. Déjame. Quiero estar a solas. Para pensar.

El sol había empezado a ponerse sobre las aguas de la bahía de los Esclavos

cuando Dany regresó a la cubierta. Se apoyó en la baranda y contempló Astapor.

«Visto desde aquí casi parece hermoso —pensó. Las estrellas empezaban a brillar sobre la ciudad, igual que los farolillos de seda, tal como le había dicho la traductora de Kraznys—. Pero abajo solo hay oscuridad, en las calles, en las plazas y en las arenas de combate. Y más oscuridad aún hay en los barracones, donde algún niño estará dando de comer al cachorro que le entregaron cuando le arrebataron la virilidad».

Oyó unas pisadas suaves tras ella.

—Khaleesi. —Era su voz—. ¿Puedo hablaros con sinceridad?

Dany no se volvió. En aquel momento no habría soportado mirarlo a la cara. Si lo hacía, tal vez lo abofeteara de nuevo. O se echara a llorar. O lo besara. Ya no sabía qué estaba bien, qué estaba mal y qué era una locura.

—Decid lo que queráis.

—Cuando Aegon el Dragón desembarcó en Poniente, los reyes del Valle, la Roca y el Dominio no corrieron a él para entregarle sus coronas. Si pretendéis ocupar el Trono de Hierro, tendréis que ganarlo como hizo él: con acero y fuegodragón. Eso quiere decir que, antes de que acabéis, tendréis las manos manchadas de sangre.

«Sangre y Fuego», pensó Dany. El lema de la casa Targaryen. Lo había oído repetir toda su vida.

—De buena gana derramaré la sangre de mis enemigos. Pero jamás la de inocentes. Me ofrecen ocho mil inmaculados. Ocho mil bebés muertos. Ocho mil perros estrangulados.

—Alteza —insistió Jorah Mormont—, yo vi Desembarco del Rey después del Saqueo. Aquel día también murieron bebés, y ancianos, y niños. No podríais contar el número de mujeres que fueron violadas. En todo hombre habita una bestia salvaje, y cuando ponéis en la mano de ese hombre una espada o una lanza y lo mandáis a la guerra, la bestia revive. Para despertarla solo hace falta el olor de la sangre. Pero jamás he oido decir que estos inmaculados violen a ninguna mujer, ni que pasen por la espada a toda una ciudad; ni siquiera que cometan saqueos, a no ser que sus líderes se lo ordenen. Tal vez sean adoquines, como decís, pero si los compráis, los únicos perros que matarán en adelante son aquellos que vos queráis ver muertos. Creo recordar que queríais ver muertos a unos cuantos perros.

«Los perros del Usurpador».

—Sí. —Dany apartó la vista de las delicadas luces de colores, y se dejó acariciar por la fresca brisa marina—. Habéis hablado de saquear ciudades. Decidme una cosa, ser Jorah: ¿por qué los dothrakis nunca han saqueado esta? —Señaló hacia las edificaciones—. Mirad esas murallas. Se están derrumbando por muchos sitios. ¿Veis algún guardia en aquellas torres? Yo no. ¿Acaso se esconden? Hoy he visto a los hijos de la arpía, a todos sus orgullosos guerreros nobles.

Vestian faldas de lino, y lo único que tenian de fiero era el pelo. Hasta el *khalasar* más modesto podría cascar esta Astapor como una nuez y derramar por el suelo su contenido de carne podrida. Decidme, pues, cómo es que esa arpía horrorosa no está en el camino de dioses de Vaes Dothrak, junto con el resto de los dioses robados.

—Tenéis el ojo perspicaz de un dragón, *khaleesi*, salta a la vista.

—Quiero una respuesta, no un cumplido.

—Hay dos motivos. Los valientes defensores de Astapor son pura paja, es verdad. Nombres antiguos y monederos rebosantes que se disfrazan con látigos ghiscarios para hacer como si todavía dominaran un vasto imperio. Todos y cada uno de ellos son oficiales de alto rango. En los días festivos escenifican batallas en la arena para demostrar que son grandes comandantes, pero los que mueren son los eunucos. Da lo mismo; cualquier enemigo que quisiera saquear Astapor sabe que tendría que enfrentarse a los Inmaculados. Los traficantes de esclavos pondrían a toda la guarnición a defender la ciudad. Los dothrakis no han cabalgado contra los Inmaculados desde el dia en que se dejaron las trenzas en las puertas de Qohor.

—¿Cuál es el segundo motivo? —preguntó Dany.

—¿Quién querría atacar Astapor? —señaló ser Jorah—. Meereen y Yunkai son ciudades rivales, pero no enemigas; la Maldición acabó con Valyria; todos los habitantes de las zonas remotas del este son ghiscarios, y más allá de las colinas se extiende Lhazar. Los hombres cordero, como los llaman los dothrakis, no son nada propensos a la guerra.

—Sí —accedió ella—, pero al norte de las ciudades de los esclavos está el mar dothraki, y hay dos docenas de *khals* poderosos que disfrutan saqueando ciudades y llevándose a sus habitantes como esclavos.

—¿Adónde los iban a llevar? ¿De qué sirven los esclavos si uno mata a los traficantes? Valyria ya no existe; Qarth está más allá del desierto rojo, y las Nueve Ciudades Libres están a muchos miles de leguas hacia el oeste. Y podéis estar segura de que los hijos de la arpía son generosos con todos los *khals* que pasan por aquí, igual que los magisteres de Pentos, de Norvos y de Myr. Saben muy bien que si organizan festines para los señores de los caballos y les hacen regalos, seguirán su camino. Es más barato que luchar, y el resultado es mucho más seguro.

«Más barato que luchar», pensó Dany. Ojalá para ella las cosas pudieran ser así de sencillas. Qué maravilloso sería llegar a Desembarco del Rey con sus dragones y pagarle un cofre de oro al niño rey, a Joffrey, para que se marchara.

—*Khaleesi* —insistió ser Jorah cuando su silencio se prolongó demasiado.

Le posó la mano en un codo. Dany se la sacudió.

—Viserys habría comprado tantos inmaculados como hubiera podido pagar. Pero en cierta ocasión dijisteis que yo era como Rhaegar...

—Lo recuerdo, Daenerys.

—Alteza —lo corrigió—. El príncipe Rhaegar iba a la batalla al frente de hombres libres, no de esclavos. Barbablanca dice que armaba a sus escuderos en persona, y obligaba a muchos otros caballeros a hacer lo mismo.

—No había mayor honor que recibir el rango de caballero del príncipe de Rocadragón.

—Decidme, pues... Cuando tocaba el hombro de un hombre con su espada, ¿qué le decía? ¿« Ve y mata al débil» o « Ve y defiéndelo»? Todos aquellos valientes de los que hablaba Viserys, los del Tridente, los que murieron bajo nuestros estandartes de dragones... ¿dieron la vida porque creían en la causa de Rhaegar o porque los habían comprado con monedas?

Dany se volvió hacia Mormont, cruzó los brazos y esperó la respuesta.

—Mi reina —respondió el hombréton con voz pausada—, todo lo que decis es verdad. Pero, en el Tridente, Rhaegar perdió. Perdió la batalla, perdió la guerra, perdió el reino y perdió la vida. Las aguas del río se llevaron su sangre, junto con los rubíes de su coraza. Robert el Usurpador cabalgó sobre su cadáver y robó el Trono de Hierro. Rhaegar luchó con valentía; Rhaegar luchó con nobleza. Y Rhaegar murió.

No había caminos que recorriera los angostos valles montañosos por los que caminaban. Entre los grandes picos de piedra gris solo había lagos de aguas azules y tranquilas, largos, estrechos y profundos, y extensiones interminables de pinares de un verde sombrío. El color rojizo y dorado de las hojas otoñales había ido escaseando desde que salieron del bosque de los Lobos para ascender por las viejas colinas rocosas, y desapareció cuando las colinas se convirtieron en montañas. Los gigantescos centinelas de un verde grisáceo se alzaban ya sobre ellos, junto con píceas, abetos y una interminable sucesión de pinos soldado. En cambio, a ras de suelo había poca vegetación, y una alfombra de agujas color verde oscuro cubría el terreno.

Si se extraviaban, cosa que les sucedió en un par de ocasiones, solo tenían que esperar a que llegara una noche despejada y alzar la vista hacia el cielo para buscar, sin la interferencia de las nubes, el Dragón de Hielo. La estrella azul del ojo del dragón señalaba el camino hacia el norte, tal como le había dicho Osha en cierta ocasión. Al pensar en Osha, Bran volvió a preguntarse dónde estaría en aquel momento. Se la imaginaba a salvo en Puerto Blanco, con Rickon y Peludo, comiendo anguilas, pescado y empanada caliente de cangrejos junto al obeso lord Manderly. O tal vez estuvieran calentándose en el Último Hogar, ante las chimeneas del Gran Jon. En cambio, la vida de Bran consistía en un día tras otro de frío gélido a las espaldas de Hodor, montaña arriba, montaña abajo, siempre metido en su cesto.

—Arriba y abajo —suspiraba a veces Meera mientras caminaban—. Y abajo y arriba. Y luego arriba y abajo. Príncipe Bran, les estoy cogiendo manía a estas montañas tuyas.

—Ayer dijiste que te gustaban.

—Y es verdad. Mi señor padre me había hablado de las montañas, pero hasta ahora no había visto ninguna. Me gustan tanto que me quedo sin palabras.

—Si acabas de decir que les estás cogiendo manía —dijo Bran con una mueca.

—¿Por qué no puedo pensar las dos cosas a la vez? —Meera alzó la mano y le pellizcó la nariz.

—Porque son todo lo contrario —insistió Bran—. Como la noche y el día, o el hielo y el fuego.

—Si el hielo puede arder —intervino Jojen con su voz solemne—, el amor y el odio se pueden emparejar. Montaña o pantano, da igual. La tierra es una.

—Una —asintió su hermana—. Solo que aquí está muy arrugada.

Los valles angostos de las alturas rara vez tenían la cortesía de discurrir de norte a sur, de modo que en muchas ocasiones tuvieron que recorrer leguas y leguas en direcciones que no les convenían, y a veces se vieron obligados a

desandar sus pasos.

—Si hubiéramos ido por el camino Real, ya estaríamos en el Muro —les recordaba Bran constantemente a los Reed.

Quería encontrar al cuervo de tres ojos para aprender a volar. Lo había repetido un centenar de veces, hasta que Meera empezó a tomarle el pelo diciéndolo a la vez que él.

—Si hubiéramos ido por el camino Real, tampoco tendríamos tanta hambre —empezó a decir entonces.

Abajo, en las colinas, no les había faltado alimento. Meera era buena cazadora, y aún mejor se le daba pescar en los arroyos con su fisga. A Bran le encantaba observarla en acción: admiraba su rapidez, la manera en que lanzaba el arpón tridente y lo volvía a sacar con una trucha plateada retorciéndose en la punta. Y también Verano cazaba para ellos. El huargo desaparecía casi todas las noches al ponerse el sol, pero siempre volvía antes del alba, por lo general con algo entre las fauces, una ardilla o una liebre.

Pero allí, en lo alto de las montañas, los arroyos eran más pequeños y gélidos, y la caza escaseaba. Meera seguía cazando y pescando siempre que podía, pero era más difícil, y algunas noches, ni el propio Verano encontraba presas. Muchas veces se tuvieron que acostar con el estómago vacío.

Aun así, Jojen se obstinó en que se mantuvieran tan alejados como fuera posible de los caminos.

—Donde hay caminos, hay viajeros —decía con aquel tono suyo tan característico—, y los viajeros tienen ojos que ven y bocas que contarán historias sobre el chico tullido, su gigante y el lobo que camina con ellos.

Cuando Jojen se ponía testarudo no había manera de que cambiara de opinión, así que tomaron la ruta más intrincada, y cada día ascendían un poco más y avanzaban hacia el norte un poco más.

Algunos días llovía; otros hacía viento, y en una ocasión se vieron en medio de una ventisca tan terrible que hasta Hodor bramó de desfallecimiento. En los días despejados, a menudo tenían la sensación de ser los únicos seres vivos del mundo.

—¿Es que aquí arriba no vive nadie? —preguntó Meera en cierta ocasión, mientras rodeaban un saliente de granito tan grande como Invernalia.

—Sí que hay gente —respondió Bran—. Casi todos los Umber viven al este del camino Real, pero en verano traen a sus ovejas a pastar a los prados de las cimas. Al oeste de las montañas, en la bahía de Hielo, están los Wull, y los Harclay, en las colinas por las que hemos venido. También viven en las cumbres los Knott, los Liddle, los Norrey y algunos Flint.

La madre de su abuela paterna había sido una Flint de las montañas. En cierta ocasión, la Vieja Tata le había dicho que era su sangre la que había hecho que a Bran le gustara tanto trepar antes de la caída. Pero la mujer había muerto

muchos, muchos años antes de que naciera él, incluso antes de que naciera su padre.

—¿Los Wull? —dijo Meera—. Jojen, durante la guerra, ¿no había un Wull que cabalgaba con nuestro padre?

—Theo Wull. —Jojen jadeaba por el esfuerzo de la escalada—. Todos lo llamaban Cubos.

—Es su blasón —dijo Bran—. Tres cubos marrones sobre campo azul, con un ribete de cuadros blancos y grises. Lord Wull fue una vez a Invernalia para jurar fidelidad a mi padre, hablar con él y todo eso, y tenía cubos en el escudo. Pero no es un señor de verdad. Bueno, sí, pero lo llaman el Wull a secas. Y también están el Knott, el Norrey y el Liddle. En Invernalia nos dirigimos a ellos con el título de lord, pero los suyos, no.

—¿Crees que esos montañeses sabrán que estamos aquí? —preguntó Jojen Reed, deteniéndose un instante para recuperar el aliento.

—Seguro que sí. —Bran los había visto espiarlos; no con sus ojos, sino con los de Verano, que no se perdían nada—. No nos molestarán mientras no intentemos robarles las cabras ni los caballos.

Y así fue. Solo se encontraron con un montañés en una ocasión, cuando un aguacero repentino de lluvia helada los obligó a buscar refugio. Verano los guio por el olfato hasta una caverna poco profunda, oculta tras las ramas verde grisáceo de un gigantesco árbol centinela, pero cuando Hodor se agachó para entrar en el refugio de piedra, Bran vio el brillo anaranjado de una hoguera al fondo y supo que no estaban solos.

—Entrad y calentaos junto al fuego —les gritó una voz de hombre—. Para protegernos de la lluvia a todos hay piedra suficiente.

Les ofreció tortas de avena, morcillas y un trago de la cerveza que llevaba en un pellejo, pero no les dijo su nombre; tampoco les preguntó cómo se llamaban. Bran supuso que se trataba de un Liddle. El broche con que se sujetaba la capa de piel de ardilla era de oro y bronce, con forma de piña, y en la mitad blanca de los escudos verdiblanco de los Liddle había piñas.

—¿El Muro está muy lejos? —le preguntó Bran mientras aguardaban a que cesara la lluvia.

—No muy lejos para el cuervo que vuela —respondió el Liddle, en caso de que lo fuera—. Más lejos para los que carecen de alas.

—Si hubiéramos ido por el camino Real... —empezó Bran.

—Ya estaríamos en el Muro —terminó Meera al unísono con él.

El Liddle sacó una navaja y empezó a tallar una ramita.

—Cuando había un Stark en Invernalia, una virgen podía ir por el camino Real con su vestido del día del nombre sin que nadie la molestara. Encuentran los viajeros fuego, pan y sal en muchas posadas y fortalezas. Pero más frías son ahora las noches, y las puertas están cerradas. Hay calamares en el bosque de

los Lobos, y en el camino Real, hombres desollados preguntan por forasteros.

Los Reed se miraron.

—¿Hombres desollados? —inquirió Jojen.

—Los muchachos del Bastardo, así es. Estaba muerto, pero ya no. Y pagan mucha plata por pieles de lobo, hemos oído, y tal vez oro a cambio de noticias de cierto muerto que camina. —Al decir aquello miró a Bran y a Verano, que estaba tendido junto a él—. Y en cuanto al Muro —siguió—, no es lugar al que uno querría ir. El Viejo Oso fue con la Guardia a los bosques encantados, pero solo volvieron los cuervos, y solo uno llevaba un mensaje. «Alas negras, palabras negras», mi madre solía decir, pero me parecen más negras cuando los pájaros vuelan en silencio. —Hurgó en la hoguera con el palito—. Cuando había un Stark en Invernalia, era diferente. Pero el viejo lobo ha muerto, el joven se ha marchado al sur para jugar al juego de tronos, y solo nos han quedado los fantasmas.

—Los lobos regresarán —dijo Jojen con solemnidad.

—¿Cómo lo puedes saber, muchacho?

—Lo he soñado.

—Algunas noches sueño con la madre que hace nueve años enterré —dijo el hombre—, pero cuando despierto, no ha vuelto con nosotros.

—Hay sueños y sueños, mi señor.

—Hodor —dijo Hodor.

Pasaron juntos aquella noche, porque la lluvia no empezó a ceder hasta que hubo anochecido, y el único que mostró deseos de querer salir de la cueva fue Verano. Cuando el fuego se hubo reducido a brasas, Bran le permitió marcharse. Al huargo no le molestaba la humedad como a las personas, y la noche lo estaba llamando. La luz de la luna trazaba pinceladas de plata en el bosque empapado y teñía de blanco las cumbres grises. En la oscuridad, los búhos ululaban y volaban silenciosos entre los pinos, mientras las cabras blanquecinas se movían por las laderas de las montañas. Bran cerró los ojos y se entregó al sueño de lobo, a los olores y sonidos de la medianoche.

A la mañana siguiente, cuando despertaron, el fuego se había extinguido, y el Liddle ya no estaba, pero les había dejado una morcilla y una docena de tortas de avena bien envueltas en un paño blanco y verde. Unas tortas tenían piñones, y otras, zarzamoras. Bran se comió una de cada, y no habría sabido decir cuál le gustó más. Se dijo que algún día volvería a haber Starks en Invernalia, y entonces enviaría a buscar a los Liddle y les pagaría con creces cada piñón y cada mora.

Aquel día fueron por un sendero un poco más accesible, y a mediodía el sol se asomó entre las nubes. Bran iba en la cesta que Hodor cargaba y se sentía casi feliz. Echó una cabezada, adormecido por el vaivén del paso del gigantesco mozo de cuadras y el suave canturreo con que solía acompañar las caminatas. Meera le tocó el brazo para despertarlo.

—Mira —dijo al tiempo que señalaba hacia el cielo con la fisga—, un águila.

Bran alzó la cabeza y la vio, con las alas grises extendidas, inmóvil, flotando en el viento. La siguió con la vista a medida que trazaba círculos, cada vez a más altura, y se preguntó qué se sentiría al sobrevolar el mundo con tanta facilidad.

« Debe de ser aún mejor que trepar. —Trató de llegar hasta el águila, de salirse de aquella porquería de cuerpo tullido y elevarse hacia el cielo para unirse a ella, igual que se había unido con Verano—. Los verdevidentes podían hacerlo. Yo también tendría que ser capaz». Lo intentó una y otra vez hasta que el águila desapareció en la neblina dorada del atardecer.

—Se ha ido —dijo, decepcionado.

—Ya veremos más —lo consoló Meera—. Viven ahí arriba.

—Claro.

—Hodor —dijo Hodor.

—Hodor —asintió Bran.

—Me parece que a Hodor le gusta cuando dices su nombre. —Jojen le dio una patada a una piña.

—En realidad no se llama Hodor —explicó Bran—. No es más que una palabra que dice siempre. Su verdadero nombre es Walder; me lo dijo la Vieja Tata. Era su tatarabuela o algo así. —Al pensar en la Vieja Tata se puso triste—. ¿Crees que los hombres del hierro la mataron? —No habían visto su cadáver en Invernalia. Bien pensado, no recordaba haber visto a ninguna mujer muerta—. Ella nunca le hizo daño a nadie, ni siquiera a Theon. No hacía más que contar cuentos. Theon no le haría daño a alguien así, ¿verdad?

—Hay gente que hace daño a los demás solo porque puede —dijo Jojen.

—Y el culpable de la matanza de Invernalia no fue Theon —señaló Meera—. Había demasiados hombres del hierro muertos. —Se pasó la fisga a la otra mano—. Recuerda los cuentos de la Vieja Tata, Bran. Recuerda cómo los contaba y el sonido de su voz. Mientras los recuerdes, parte de ella vivirá siempre en ti.

—Los recordaré —prometió.

Siguieron el ascenso sin hablar durante un rato por una intrincada cañada que discurría entre dos picachos rocosos. Unos pinos soldado esqueléticos se aferraban a las laderas en torno a ellos. A lo lejos, Bran alcanzaba a distinguir el brillo gélido de un arroyo que se precipitaba por una ladera. No tardó en darse cuenta de que estaba concentrado en el sonido de la respiración de Jojen, y en el crujido de la pinocha bajo los pies de Hodor.

—¿Os sabéis alguna historia? —preguntó de repente a los Reed.

—Pues unas cuantas —dijo Meera entre risas.

—Unas cuantas —reconoció su hermano.

—Hodor —dijo Hodor canturreando.

—Pues podríais contar una —pidió Bran—. Mientras caminamos. A Hodor le gustan las historias de caballeros. Y a mí también.

—En el Cuello no hay caballeros —dijo Jojen.

—Quieres decir por encima del nivel del agua —lo corrigió su hermana—. En cambio, las ciénagas están llenas de caballeros muertos.

—Es verdad —dijo Jojen—. Ándalos y hombres del hierro, Freys y otros idiotas, todos ellos guerreros orgullosos que intentaron conquistar Aguasgrises. Ninguno encontró lo que buscaba. Entraron en el Cuello, pero no salieron. Y unos antes y otros después, se metieron en las ciénagas, se hundieron bajo el peso de tanto acero y se ahogaron en sus armaduras.

Al pensar en los caballeros ahogados, que seguían bajo el agua, Bran sintió un escalofrío. Pero no protestó; le gustaban los escalofríos.

—Hubo una vez un caballero en el año de la falsa primavera —dijo Meera—. Lo llamaban el Caballero del Árbol Sonriente. Es posible que fuera un lacustre.

—O tal vez no. —El rostro de Jojen estaba oculto entre sombras verdes—. El príncipe Bran habrá oído esa historia mil veces, estoy seguro.

—No —dijo Bran—. No la conozco. Y aunque me la supiera, no importa. A veces, la Vieja Tata nos contaba la misma historia dos veces, pero si era buena, no nos importaba. Nos decía siempre que las historias viejas son como los viejos amigos, hay que visitarlas de cuando en cuando.

—Es verdad. —Meera caminaba con el escudo a la espalda, y a veces apartaba una rama del camino con la fisga. Justo cuando Bran pensaba que no iba a contarle la historia, empezó a hablar de nuevo—. Había una vez un muchacho extraño que vivía en el Cuello. Era menudo, como todos los lacustres, pero también valiente, astuto y fuerte. Creció cazando, pescando y trepando a los árboles, y aprendió toda la magia de mi pueblo.

—¿Tenía sueños verdes, igual que Jojen? —Bran estaba casi seguro de que no conocía aquella historia.

—No —respondió Meera—, pero era capaz de respirar lodo y correr sobre las hojas, y convertía la tierra en agua y el agua en tierra con tan solo susurrar una palabra. Sabía hablar con los árboles, tejer palabras y hacer que los castillos aparecieran y desaparecieran.

—Ojalá yo también pudiera —dijo Bran, quejumbroso—. ¿Cuándo llega lo de que conoce al Caballero del Árbol?

—Pronto —contestó Meera con una mueca—, si cierto príncipe tiene la amabilidad de callarse.

—Solo era una pregunta.

—El chico dominaba la magia de los lacustres —siguió—, pero aún quería más. La gente de nuestro pueblo rara vez se aventura lejos de casa, ¿sabes? Somos menudos; a algunos, nuestras costumbres les parecen excéntricas, y los grandes no siempre nos tratan bien. Pero este chico era más atrevido que la mayoría, y un día, cuando ya se había convertido en hombre, decidió que abandonaría los pantanos para ir a visitar la isla de los Rostros.

—Nadie visita la isla de los Rostros —objetó Bran—. Allí es donde viven los hombres verdes.

—Precisamente a los hombres verdes quería conocer. De manera que se vistió con una camisa con escamas de bronce, igual que la mía, cogió un escudo de piel y un tridente, como el mío, y remó Forca Verde abajo en un pequeño bote de piel.

Bran cerró los ojos y trató de imaginarse al hombre en el pequeño bote. En su imaginación, el lacustre tenía el mismo aspecto que Jojen, aunque era más alto y más fuerte, y estaba vestido igual que Meera.

—Pasó entre Los Gemelos de noche, para que los Frey no lo atacaran, y cuando llegó al Tridente, salió del río, se puso el bote en la cabeza y echó a andar. Tardó muchos días, pero por fin llegó al Ojo de Dioses, echó el bote al agua y remó hacia la isla de los Rostros.

—¿Llegó a encontrar a los hombres verdes?

—Sí —respondió Meera—, pero esa es otra historia y no me corresponde a mí contarla. Mi príncipe quería oír cuentos de caballeros.

—Los hombres verdes también están bien.

—Cierto —asintió ella, pero no los volvió a mencionar—. El lacustre se quedó en la isla todo aquel invierno, pero cuando llegó la primavera, oyó la llamada del ancho mundo y supo que había llegado el momento de partir. Su bote de piel estaba donde lo había dejado, de modo que se despidió y remó hacia la orilla. Remó, remó y remó, y al final divisó las torres lejanas de un castillo que se alzaba junto al lago. Las torres parecían más altas cuanto más se acercaba a la orilla, hasta que comprendió que debía de ser el castillo más grande del mundo.

—¡Harrenhal! —Adivinó Bran al instante—. ¡Era Harrenhal!

—¿Tú crees? —preguntó Meera sonriendo—. Al pie de sus murallas vio carpas de muchos colores, estandartes que ondeaban al viento y caballeros con sus armaduras a lomos de caballos también protegidos. Le llegó el olor de la carne asada, y oyó el sonido de risas y el de las trompetas de los heraldos. Estaba a punto de empezar un gran torneo, y allí se habían reunido campeones de todo el mundo para enfrentarse en la liza. Estaban el rey en persona y su hijo, el príncipe dragón. Los Espadas Blancas se habían reunido para dar la bienvenida a sus filas a un nuevo hermano. Allí estaban el señor de la tormenta y el señor de la rosa. El gran león de la roca había discutido con el rey y no acudió, pero sí que fueron muchos de sus vasallos y caballeros. El lacustre no había visto jamás tanta magnificencia, y sabía que tal vez no volviera a verla. Una parte de él no deseaba otra cosa que participar de ella.

Bran conocía perfectamente aquel sentimiento. Cuando era pequeño, su único sueño era convertirse en caballero. Pero aquello había sido antes de que se cayera y perdiera el uso de las piernas.

—La hija del gran castillo era la reina del amor y la belleza cuando comenzó

el torneo. Cinco caballeros habían jurado defender su corona: sus cuatro hermanos de Harrenhal y su famoso tío, un caballero blanco de la Guardia Real.

—¿Era una doncella hermosa?

—Sin duda —respondió Meera al tiempo que saltaba una piedra—, pero también las había más bellas. Una de ellas era la esposa del príncipe dragón, que había acudido acompañada de al menos diez doncellas para que atendieran sus necesidades. Todos los caballeros les suplicaban alguna prenda que atar a su lanza.

—No será una de esas historias de amor, ¿verdad? —preguntó Bran con desconfianza—. Es que a Hodor no le gustan.

—Hodor —asintió Hodor.

—Le gustan las historias de caballeros que luchan contra monstruos...

—A veces los caballeros son los monstruos, Bran. El pequeño lacustre iba por el prado, no hacía más que disfrutar del cálido día primaveral sin ofender a nadie, cuando de repente, tres escuderos se acercaron a él. Ninguno de ellos pasaba de los quince años, pero aun así eran más altos que él, los tres. Consideraban que aquel mundo les pertenecía y que él no tenía derecho a estar allí. Le quitaron la lanza y lo derribaron a puñetazos, mientras lo insultaban y lo llamaban comerranas.

—¿Eran los Walders? —Aquellos parecían propio de Walder Frey el Pequeño.

—No dijeron sus nombres, pero el lacustre se grabó sus rostros para poder vengarse de ellos. Cada vez que intentaba levantarse, lo derribaban de nuevo, y mientras estaba en el suelo le daban patadas. Pero entonces oyeron un rugido.

»—Estáis atacando a un hombre de mi padre —aulló la loba.

—¿Una loba de cuatro patas o de dos?

—De dos —dijo Meera—. La loba atacó a los escuderos con una espada de torneo y los puso en fuga. El lacustre estaba magullado y ensangrentado, de modo que se lo llevó a su madriguera para limpiarle las heridas y vendárselas con lino. Allí conoció a sus hermanos de manada: el lobo salvaje que los dirigía, el lobo silencioso que estaba a su lado y el cachorro, que era el más joven de los cuatro.

» Aquella tarde iba a haber un banquete en Harrenhal para celebrar el comienzo del torneo, y la loba insistió en que el joven asistiera. Era de alta cuna; tenía tanto derecho como cualquiera a ocupar un lugar en los bancos. No era fácil decirle que no a aquella doncella lobo, así que accedió a que el cachorro le buscara un atuendo digno del festín de un rey y acudió al gran castillo.

» Bajo el techo de Harren comió y bebió con los lobos, y también con muchas de sus espadas juramentadas: hombres del túmulo, del alce, del oso y del tritón. El príncipe dragón cantó una canción tan triste que hizo sollozar a la doncella lobo, pero cuando su hermano más joven se rio de ella porque lloraba, le derramó vino por la cabeza. Un hermano negro tomó la palabra para pedirles

a los caballeros que se unieran a la Guardia de la Noche. El señor de la tormenta derrotó al caballero de los cráneos y los besos en un duelo de copas de vino. El lacustre vio a una doncella de ojos violetas y sonrientes que bailó con un espada blanca, con una serpiente roja, con el señor de los grifos y por último con el lobo silencioso... Pero después de que el lobo salvaje se lo pidiera en nombre de su hermano, demasiado tímido para alejarse del banco.

» En medio de tanta alegría, el menudo lacustre divisó a los tres escuderos que lo habían golpeado. Uno servía a un caballero con una horquilla; otro, a uno con un puercoespín, y el último, a un caballero con dos torres en el jubón, un blasón que los lacustres conocen bien.

—Los Frey —dijo Bran—. Los Frey del Cruce.

—Los mismos —asintió Meera—. La doncella lobo también los vio, y se los señaló a sus hermanos.

» —Te puedo conseguir un caballo y una armadura que te quede bien —le ofreció el cachorro.

» El lacustre le dio las gracias, pero no respondió. Tenía el corazón desgarrado. Los lacustres son más menudos que la mayor parte de los hombres, pero igual de orgullosos que cualquiera. El joven no era caballero, igual que no lo era nadie de su pueblo. Nosotros vamos en bote más a menudo que a caballo, y nuestras manos están acostumbradas a empuñar remos, no lanzas. Por mucho que deseara vengarse, temía que solo conseguiría ponerse en ridículo y avergonzar a su pueblo. El lobo silencioso le había ofrecido al menudo lacustre un lugar en su tienda para pasar aquella noche, pero antes de irse a dormir, se arrodilló en la orilla del lago, miró hacia donde debía de estar la isla de los Rostros y les rezó una plegaria a los antiguos dioses del norte y del Cuello...

—¿Tu padre no te contó esta historia? —preguntó Jojen.

—La que nos contaba las historias era la Vieja Tata. Venga, Meera, sigue, no te puedes parar ahora.

—Hodor —dijo Hodor, que debía de pensar lo mismo—. Hodor, Hodor, Hodor, Hodor...

—Bueno —dijo Meera—, si quieres que te cuente el final...

—Sí. Por favor.

—Había cinco días de justas previstos —siguió—. Hubo un gran combate cuerpo a cuerpo de siete bandos, competiciones de tiro con arco y de lanzamiento de hacha, una carrera de caballos, un torneo de bardos...

—Déjate de eso. —Bran se retorcía de impaciencia en la cesta cargada a las espaldas de Hodor—. Cuéntame lo de las justas.

—Como ordene mi príncipe. La hija del castillo partía como reina del amor y la belleza, y defendían su título cuatro hermanos y un tío, pero los cuatro hijos de Harrenhal cayeron derrotados el primer día. Sus vencedores tuvieron un breve reinado como campeones, hasta que fueron derrotados a su vez. Al final de aquel

primer día, el caballero del puercoespín ganó un lugar entre los campeones, igual que les sucedió al caballero de la horquilla y al de las dos torres el segundo día. Pero al final de aquel segundo día, cuando las sombras ya se alargaban, un caballero misterioso apareció en las lizas.

Bran asintió; lo entendía muy bien. Los caballeros misteriosos solían aparecer en los torneos con yelmos que les ocultaban el rostro y escudos en los que no aparecía blasón alguno, o bien el blasón era desconocido y extraño. A veces eran campeones famosos disfrazados. El Caballero Dragón ganó un torneo haciéndose pasar por un tal Caballero de las Lágrimas para poder nombrar reina del amor y la belleza a su hermana, quitándole el título a la amante del rey. Y Barristan el Bravo lució en dos ocasiones la armadura de caballero misterioso, la primera cuando solo tenía diez años.

—Era el pequeño lacustre, seguro.

—Eso no lo sabía nadie —dijo Meera—, pero el caballero misterioso era de corta estatura, y su armadura estaba hecha con piezas de diversa procedencia. El blasón que lucía era un árbol corazón de los antiguos dioses, un arciano blanco con un rostro rojo sonriente.

—A lo mejor venía de la isla de los Rostros —dijo Bran—. ¿Era verde? —En las historias de la Vieja Tata, los guardianes tenían la piel color verde oscuro, y hojas en vez de pelo. A veces también tenían astas, pero Bran no creía que un caballero misterioso con astas pudiera ponerse un yelmo—. Seguro que lo enviaron los antiguos dioses.

—Es posible. El caballero misterioso inclinó su lanza ante el rey y cabalgó hacia el final de las lizas, donde estaban los pabellones de los cinco campeones. Ya sabes a cuáles desafió, a tres.

—El caballero del puerco espín, el de la horquilla y el de las torres gemelas.

—Bran sabía suficientes historias para imaginárselo—. Era el pequeño lacustre, os lo había dicho.

—Fuera quien fuera, los antiguos dioses le dieron fuerza a su brazo. El caballero del puercoespín fue el primero en caer; luego cayó el caballero de la horquilla, y por último, el caballero de las dos torres. Ninguno era muy querido, así que la gente animó con entusiasmo al Caballero del Árbol Sonriente, como pronto se dio en llamar al nuevo campeón. Cuando sus enemigos caídos quisieron pagar rescate por caballos y armaduras, el Caballero del Árbol Sonriente les habló con una voz que retumbaba en el interior de su yelmo:

»—ENSEÑADLES HONOR A VUESTROS ESCUDEROS; ES TODO EL RESCATE QUE PRECISO.

»Cuando los caballeros derrotados castigaron con firmeza a los escuderos, tanto caballos como armaduras les fueron devueltos. Y así fue como recibió respuesta la plegaria del menudo lacustre. ¿Quién la respondió? ¿Los hombres verdes, los antiguos dioses o los hijos del bosque? No se sabe.

Tras meditar un instante, Bran decidió que era una buena historia.

—¿Y qué pasó después? ¿El Caballero del Árbol Sonriente ganó el torneo y se casó con una princesa?

—No —dijo Meera—. Esa noche, en el gran castillo, tanto el señor de la tormenta como el caballero de los cráneos y los besos juraron que lo desenmascararían, y el propio rey pidió que lo desafiaran, porque el rostro que se ocultaba tras el yelmo no era el de un amigo. Pero a la mañana siguiente, cuando sonaron las trompetas de los heraldos y el rey ocupó su trono, solo se presentaron dos campeones. El Caballero del Árbol Sonriente había desaparecido. El rey se enfureció; llegó incluso a enviar a su hijo, el príncipe dragón, en su búsqueda, pero lo único que encontraron fue su escudo colgado de un árbol. Al final, quien ganó el torneo fue el príncipe.

—Vaya. —Bran pensó un rato en la historia—. Ha estado bien. Pero tendrían que haber sido los tres caballeros malos los que le dieran la paliza, no sus escuderos. Así, el pequeño lacustre los podría haber matado a todos. Lo de los rescates es una tontería. Y el caballero misterioso tendría que haber ganado el torneo derrotando a todos los que lo desafiaran, para nombrar reina del amor y la belleza a la doncella lobo.

—La nombraron —dijo Meera—, pero esa historia es más triste.

—¿Seguro que no la habías oído, Bran? —preguntó Jojen—. ¿Tu señor padre no te la contó nunca?

Bran hizo un gesto de negación. Para entonces, el día tocaba a su fin, y las sombras alargadas reptaban por las laderas de las montañas para introducir dedos oscuros entre los pinos.

« Si el pequeño lacustre pudo visitar la isla de los Rostros, tal vez yo también pueda. —En todas las historias se decía que los hombres verdes tenían extraños poderes mágicos. Tal vez pudieran hacer que caminara de nuevo; quizás hasta pudieran convertirlo en caballero—. Convirtieron en caballero al pequeño lacustre, aunque solo fuera por un día —pensó—. Con un día bastaría».

No era normal que una celda fuera tan cálida.

Oscuridad no le faltaba; la parpadeante luz anaranjada que penetraba por los viejos barrotes de hierro procedía de una antorcha situada en una argolla de la pared, pero la mitad posterior de la celda quedaba inmersa en la oscuridad. Por supuesto, era húmeda, como cabía esperar en una isla como Rocadragón, donde el mar nunca estaba lejos. Y había ratas, tantas como en cualquier mazmorra y de propina unas pocas más.

Pero Davos no podía quejarse de frío. En los pasadizos de piedra que formaban una trama bajo la mole de Rocadragón siempre hacía calor y, según había oído siempre Davos, el calor iba a más a medida que se descendía. Calculó que se encontraba muy por debajo del castillo; notaba la pared de la celda caliente cuando apretaba la palma de la mano contra ella. Tal vez las antiguas historias fueran ciertas, y habían edificado Rocadragón con piedras infernales.

Cuando llegó a la celda estaba muy enfermo. La tos que lo había acosado desde la batalla no había hecho más que empeorar, y la fiebre no le bajaba. Los labios se le llenaron de ampollas sanguinolentas, y ni el calor de la celda conseguía que dejara de tiritar.

«No voy a durar mucho —recordaba haber pensado—. Pronto moriré aquí, en la oscuridad».

Davos no tardó en descubrir que en aquello, como en tantas otras cosas, estaba equivocado. Recordaba vagamente unas manos afables y una voz firme, y al joven maestre Pylos mirándolo desde arriba. Le dieron para beber sopa de ajo, y la leche de la amapola para que se le quitaran los dolores y los escalofríos. La amapola lo hizo dormir, y mientras dormía lo sangraron para sacarle la sangre podrida. Al menos, fue lo que dedujo al verse las marcas de sanguijuelas en los brazos al despertar. No pasó mucho tiempo antes de que cesara la tos, desaparecieran las ampollas y le empezaran a dar el caldo con trozos de pescado, zanahoria y cebolla. Un buen día se dio cuenta de que se sentía tan fuerte como antes de que la *Betha Negra* se hiciera pedazos bajo sus pies y lo lanzara al río.

Dos carceleros se ocupaban de él. Uno era bajo y fornido, de hombros anchos y manos enormes y fuertes. Vestía una brigantina de cuero tachonada de hierro, y una vez al día le llevaba a Davos un cuenco de gachas de avena. A veces lo endulzaba con miel o le añadía un poco de leche. El otro carcelero era más viejo, encorvado y cetrino, con el pelo sucio grasiendo y la piel llena de bultos. Llevaba un jubón de terciopelo blanco con un anillo de estrellas bordado en el pecho en hilo de oro. Le sentaba mal; era demasiado corto y a la vez demasiado ancho, por no mencionar que estaba sucio y lleno de rotos. Le llevaba a Davos platos de carne con puré o guiso de pescado, y en cierta ocasión, hasta

media empanada de lamprea. La lamprea estaba tan grasienda que no la pudo retener en el estómago, pero sabía que era un auténtico manjar para un prisionero encerrado en una mazmorra.

Allí no llegaba la luz del sol ni de la luna; ninguna ventana perforaba los gruesos muros de piedra. Sus carceleros eran la única manera que tenía de distinguir el día de la noche. Ninguno de los dos le hablaba, aunque sabía que no eran mudos porque a veces los había oído intercambiar unas cuantas palabras bruscas durante el cambio de guardia. Ni siquiera le habían dicho sus nombres, de manera que les puso los que le parecieron. Al bajo y fuerte lo llamaba Gachas; al encorvado y cetrino, Lamprea, por la empanada. Llevaba la cuenta de los días por las comidas que le daban y por el cambio de antorchas de la pared que había fuera de su celda.

En la oscuridad, la soledad pesa sobre los hombres, que anhelan oír el sonido de una voz humana. Davos hablaba a los carceleros siempre que entraban en su celda, ya fuera para llevarle comida o para cambiarle el cubo de los excrementos. Sabía que no atenderían ninguna súplica de libertad ni de clemencia, así que les hacía preguntas con la esperanza de obtener una respuesta algún día. « ¿Qué noticias hay de la guerra? », les preguntaba, o « ¿Se encuentra bien el rey? ». Indagó acerca de su hijo Devan, sobre la princesa Shireen y sobre Salladhor Saan. Les preguntaba: « ¿Qué tiempo hace? ¿Han empezado ya las tormentas otoñales? ¿Todavía hay barcos navegando por el mar Angosto? ».

Preguntara lo que preguntara, no importaba, porque no le respondían, aunque de vez en cuando Gachas lo miraba y, durante un instante, a Davos le parecía que estaba a punto de hablar. Lamprea ni siquiera llegaba a tanto.

« Para él no soy una persona —pensó Davos—, solo una piedra que come, caga y habla». Al cabo de un tiempo decidió que Gachas le gustaba mucho más. Al menos parecía darse cuenta de que estaba vivo, y a su manera era bondadoso. Davos tenía la sospecha de que les echaba comida a las ratas, y por eso había tantas. En cierta ocasión le pareció oír al carcelero hablando con ellas como si fueran niños, pero tal vez no hubiera sido más que un sueño.

« No tienen intención de dejarme morir —comprendió—. Me mantienen vivo con algún propósito que desconozco. —No quería ni imaginar cuál podría ser. Lord Sunglass había estado confinado en aquellas mismas mazmorras, debajo de Rocadragón, durante un tiempo, al igual que los hijos de ser Hubard Rampton. Todos habían acabado en la pira—. Me debería haber tirado al mar —pensó Davos mientras contemplaba la antorcha, al otro lado de los barrotes—. O dejar que la vela pasara de largo y morir en mi roca. Habría preferido ser pasto de los cangrejos que de las llamas».

Una noche, justo cuando terminaba de cenar, Davos sintió que una extraña calidez lo bañaba de repente. Alzó la vista para mirar al otro lado de los barrotes, y allí estaba ella, con sus deslumbrantes ropajes escarlata, el gran rubí al cuello y

los ojos tan brillantes como la luz de la antorcha que la iluminaba.

—Melisandre —dijo con una calma que estaba lejos de sentir.

—Caballero de la Cebolla —respondió ella con idéntica tranquilidad, como si se hubieran encontrado en una escalera o en el patio y se estuvieran saludando con toda educación—. ¿Os encontráis bien?

—Mejor de lo que estaba.

—¿Necesitáis algo?

—A mi rey. A mi hijo. Los necesito a ellos. —Apartó el cuenco a un lado y se levantó—. ¿Habéis venido a quemarme?

—Este lugar es espantoso, ¿verdad? —Sus extraños ojos rojos lo examinaron entre los barrotes—. Tan oscuro, tan hediondo... Aquí no luce el sol bondadoso ni llega el brillo de la luna. —Alzó la mano para señalar la antorcha de la pared—. Eso es lo único que se interpone entre la oscuridad y vos, Caballero de la Cebolla. Ese poquito de fuego, ese regalo de R'hllor. ¿Lo apago?

—No. —Se acercó a los barrotes—. No, por favor. —No lo soportaría; no resistiría quedarse a solas en la oscuridad absoluta, sin más compañía que la de las ratas. Los labios de la mujer roja se curvaron en una sonrisa.

—Vaya, parece que al final habéis llegado a amar el fuego.

—Necesito la antorcha. —Abrió y cerró las manos. «No voy a suplicar. Eso, nunca».

—Yo soy como esta antorcha, ser Davos. Ella y yo somos instrumentos de R'hllor. Existimos con un único objetivo: mantener a raya la oscuridad. ¿Creéis lo que os digo?

—No. —Quizá debería haber mentido y responder lo que ella quería oír, pero Davos estaba demasiado acostumbrado a decir la verdad—. Sois la madre de la oscuridad. Lo vi bajo Bastión de Tormentas; paristeis ante mis ojos.

—¿Acaso el valiente ser Cebolla tiene miedo de una sombra pasajera? No temáis. Las sombras solo se pueden crear con luz, y el fuego del rey apenas es una llama vacilante. No me atrevería a quitarle más luz para hacerle otro hijo. Eso lo podría matar. —Melisandre se acercó más—. En cambio, con otro hombre... un hombre cuyas llamas todavía ardieran vivas, calientes... Si de verdad queréis servir a la causa del rey, acudid a mis habitaciones una noche. Os proporcionaría más placer del que hayáis conocido jamás, y con vuestro fuego haría...

—Algo espantoso. —Davos se apartó de ella—. No quiero tener nada que ver con vos, mi señora, ni tampoco con vuestro dios. Que los Siete me protejan.

—No pudieron proteger a Guncer Sunglass —dijo Melisandre, dejando escapar un suspiro—. Rezaba tres veces al día y en su escudo llevaba siete estrellas de siete puntas, pero cuando R'hllor extendió la mano, sus plegarias se transformaron en gritos, y ardió. ¿Por qué os aferráis a esos falsos dioses?

—Los he adorado toda mi vida.

—¿Toda vuestra vida, Davos Seaworth? Se podría decir que ya son cosa del pasado. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Nunca habéis tenido miedo de decirle la verdad a un rey; ¿por qué a vos mismo os mentís? Abrid los ojos, caballero.

—¿Qué queréis que vea?

—Cómo está hecho el mundo. La verdad está a vuestro alrededor, es evidente para cualquiera. La noche es oscura y alberga horrores, y el día es luminoso, bello y esperanzador. La una es negra; el otro blanco. Hay hielo y también hay fuego. Odio y amor. Amargura y dulzura. Masculino y femenino. Dolor y placer. Invierno y verano. Mal y bien. —Dio un paso hacia él—. Muerte y vida. Miréis hacia donde miréis, opuestos. Miréis hacia donde miréis, la guerra.

—¿La guerra? —preguntó Davos.

—La guerra —afirmó ella—. Hay dos, Caballero de la Cebolla. Ni siete, ni uno, ni un centenar, ni un millar. ¡Dos! ¡O creéis que he cruzado medio mundo para poner a otro rey soberbio en otro trono vacío? La guerra se lleva disputando desde el principio de los tiempos, y antes de que acabe, cada hombre tendrá que elegir en qué bando está. Uno es el de R'hllor, el Señor de Luz, el Corazón de Fuego, el Dios de la Llama y de la Sombra. Contra él se alza el Gran Otro cuyo nombre no debe pronunciarse, el Señor de la Oscuridad, el Alma de Hielo, el Dios de la Noche y del Terror. No se trata de decidir entre Baratheon y Lannister, entre Greyjoy y Stark... Elegimos la muerte o la vida. La oscuridad o la luz. —Agarró los barrotes de la celda con las largas manos blancas. El enorme rubí de su garganta parecía palpitante e irradiar una luz propia—. Así que decidme, ser Davos Seaworth, y sed sincero conmigo... ¿Arde vuestro corazón con la luz brillante de R'hllor? ¡O es negro y frío, y está lleno de gusanos? —Metió la mano entre los barrotes y le puso tres dedos en el pecho, como si pudiera palpar la verdad a través del cuero, la lana y la carne.

—Mi corazón —respondió Davos con lentitud— está lleno de dudas.

—Ay, Davos. —Melisandre suspiró—. El buen caballero es sincero hasta el final, incluso en su día más aciago. Habéis hecho bien en no mentirme. Lo habría sabido. Los siervos del Otro envuelven a menudo sus corazones negros en una luz alegre, de manera que R'hllor les da a sus sacerdotes el poder de ver a través de las mentiras. —Se alejó un paso de la celda—. ¿Por qué queríais matarme?

—Os lo diré si vos me decís quién me traicionó —replicó Davos. Solo podía haber sido Salladhor Saan, pero seguía rezando para que no fuera así.

—Nadie os traicionó, Caballero de la Cebolla. —La mujer roja se echó a reír—. Vi vuestra intención en mis llamas.

«Las llamas».

—Si de verdad podéis ver el futuro en esas llamas, ¿cómo es que ardemos en el Aguasnegras? Entregasteis a mis hijos al fuego... Mis hijos, mi barco, mis hombres, todos ardieron...

—Me juzgáis mal, Caballero de la Cebolla —dijo Melisandre sacudiendo la

cabeza—. Aquellas llamas no eran mías. Si hubiera estado con vosotros, la batalla habría terminado de una manera muy diferente. Pero su alteza estaba rodeado de incrédulos, y su orgullo pudo más que su fe. Recibió un castigo terrible, pero ha aprendido de su error.

« ¿Eso fueron mis hijos? ¿Una lección para un rey, nada más?» . A Davos se le tensaron los labios.

—Ahora es de noche en vuestros Siete Reinos —siguió la mujer roja—, pero el sol no tardará en salir de nuevo. La guerra continúa, Davos Seaworth, y algunos no tardarán en aprender que una brasa entre las cenizas aún puede prender un gran incendio. El viejo maestre miraba a Stannis y veía a un hombre. Vos veis a un rey. Ambos estáis en un error. Es el elegido del Señor, el guerrero de fuego. Lo he visto encabezando la lucha contra la oscuridad; lo he visto en las llamas. Las llamas no mienten; de lo contrario, vos no estaríais donde estáis. También está escrito en la profecía. Cuando la estrella roja sangre y reine la oscuridad, Azor Ahai volverá a nacer entre el humo y la sal para despertar a los dragones de la piedra. La estrella sangrante llegó y se marchó, y Rocadragón es el lugar del humo y la sal. ¡Stannis Baratheon es la reencarnación de Azor Ahai! —Los ojos rojos le brillaban como dos hogueras y parecían escudriñar lo más profundo de su alma—. No me creéis. Todavía dudáis de la verdad de R'hllor... Aun así, lo habéis servido y lo volveréis a servir. Os dejo para que meditéis sobre lo que os he dicho. Y dado que R'hllor es la fuente de todo bien, os dejo también la antorcha.

Con una sonrisa y un remolino de tela escarlata, dio la vuelta y se alejó. Su perfume permaneció en el aire. La luz de la antorcha, también. Davos se sentó en el suelo de la celda y se rodeó las rodillas con los brazos. Lo bañaba la cambiante luz de la antorcha. Cuando se dejaron de oír las pisadas de Melisandre, no quedó otro sonido que el de las ratas al corretear.

« Hielo y fuego. Negro y blanco. Oscuridad y luz —pensó. Davos no podía negar el poder del dios de la mujer. Había visto la sombra que salió reptando del vientre de Melisandre, y la sacerdotisa sabía cosas que no tenía manera de saber —. Vio mis intenciones en las llamas. —Se alegraba de estar seguro de que Salla no lo había vendido, pero la sola idea de que la mujer roja escudriñara sus secretos en el fuego lo intranquilizaba muchísimo—. ¿Y qué dijo de que ya había servido a su dios y volvería a servirlo?» . Aquello tampoco le gustaba en absoluto.

Alzó los ojos para contemplar la antorcha. La miró bastante rato sin parpadear, y observó cómo cambiaban y tremolaban las llamas. Trató de ver más allá de ellas, de traspasar la cortina de fuego y vislumbrar lo que se ocultaba detrás... pero allí no había nada, solo fuego, y al cabo de un rato, los ojos le empezaron a llorar.

Cansado y sin ver a ningún dios, Davos se acurrucó en la paja y se dejó llevar por el sueño.

Tres días más tarde, o más bien cuando Gachas había estado allí tres veces y Lamprea dos, Davos oyó voces fuera de su celda. Se incorporó al instante, con la espalda contra la pared de piedra, y oyó ruido de pelea. Aquello era diferente, una novedad en su mundo sin cambios. El sonido procedía de la izquierda, donde las escaleras llevaban hacia la luz del día. A sus oídos llegó una voz de hombre que suplicaba y gritaba.

—¡Es una locura! —decía cuando lo vio; lo arrastraban entre dos guardias con el emblema del corazón llameante en el pecho. Gachas iba delante de ellos con un aro de llaves, y ser Axell Florent caminaba detrás—. Axell —decía el prisionero desesperado—, por el amor que me profesas, ¡suéltame! No me puedes hacer esto, no soy ningún traidor. —Era un hombre mayor, alto y esbelto, con el pelo plateado, una barba puntiaguda y un rostro alargado y elegante retorcido en una expresión de miedo—. ¡Dónde está Selyse? ¡Dónde está la reina? ¡Exijo verla! ¡Los Otros os lleven a todos! ¡Soltadme!

Los guardias no prestaron atención a sus gritos.

—¿Aquí? —preguntó Gachas delante de la celda.

Davos se puso en pie. Durante un momento se le pasó por la cabeza la posibilidad de salir corriendo cuando abrieran la puerta, pero era una locura. Eran demasiados; los guardias llevaban espadas y Gachas era fuerte como un toro.

Ser Axell hizo un gesto de asentimiento.

—Que los traidores disfruten de su mutua compañía.

—¡No soy ningún traidor! —chilló el prisionero mientras Gachas abría la puerta.

Aunque su ropa era sencilla, un jubón de lana gris y calzones negros, su manera de hablar denotaba que era de alta cuna.

«Aquí eso no le va a servir de nada», pensó Davos.

Gachas empujó la puerta de barrotes; ser Axell hizo un gesto con la cabeza, y los guardias empujaron adentro al prisionero. El hombre se tambaleó, y habría caído de bruces de no ser por Davos. Se desprendió de él al instante y corrió hacia la puerta, solo para que se la cerraran de golpe ante el rostro de piel clara y bien cuidado.

—¡No! —gritó—. ¡Nooo! —De pronto perdió toda la fuerza de las piernas y se derrumbó sin soltar los barrotes de hierro. Ser Axell, Gachas y los guardias ya habían dado la vuelta para marcharse—. ¡No podéis hacerme esto! —gritó el prisionero a las espaldas que se alejaban—. ¡Soy la mano del rey!

De repente, Davos lo reconoció.

—Sois Alester Florent.

—¿Y vos sois...? —preguntó el hombre volviendo la cabeza.

—Ser Davos Seaworth.

—Seaworth... —Lord Alester parpadeó—. El Caballero de la Cebolla.

Intentasteis matar a Melisandre.

Davos no lo negó.

—En Bastión de Tormentas llevabais una armadura color oro rojo con incrustaciones de flores de lapislázuli en la coraza. —Le tendió una mano para ayudarlo a ponerse en pie.

—Por favor, disculpad el aspecto que tengo. —Lord Alester se sacudió las briznas de paja de las ropas—. Mis baúles se perdieron cuando los Lannister tomaron por asalto nuestro campamento. Escapé sin más equipaje que la cota que llevaba sobre el cuerpo y los anillos de los dedos.

« Todavía lleva los anillos», , advirtió Davos, que ni siquiera tenía los dedos completos.

—Sin duda, el hijo de cualquier cocinero o un mozo de cuadras se estará pavoneando por Desembarco del Rey con mi jubón de terciopelo o mi capa enjoyada —siguió lord Alester, abstraído—. Son los horrores de la guerra, todo el mundo lo sabe. Seguro que vos también habréis tenido pérdidas.

—Mi barco —dijo Davos—. Todos mis hombres. Cuatro de mis hijos.

—Que el Pa... Que el Señor de Luz los guíe en la oscuridad hacia un mundo mejor —respondió su compañero.

« Que el Padre los juzgue con justicia y la Madre se apiade de ellos» , pensó Davos, pero no formuló la plegaria en voz alta. Ya no había sitio para los Siete en Rocadragón.

—Mi hijo se encuentra a salvo en Aguasclaras —prosiguió el señor—, pero perdí a un sobrino en la *Furia*. Ser Imry, el hijo de mi hermano Ryam.

Había sido ser Imry Florent quien ordenó el ascenso a ciegas por el Aguasnegras con todos los hombres a los remos, sin prestar atención a las pequeñas torres de piedra que se alzaban en la boca del río. Davos no lo olvidaría jamás.

—Mi hijo Maric era el jefe de remeros de vuestro sobrino. —Recordó la última vez que había visto la *Furia*, envuelta en fuego valyrio—. ¿Sabéis si hubo algún superviviente?

—La *Furia* ardió y se hundió con todos sus hombres —dijo su señoría—. Vuestro hijo y mi sobrino desaparecieron, al igual que muchos otros buenos guerreros. Aquel día perdimos la guerra.

« Este hombre está derrotado —Davos recordó lo que había dicho Melisandre acerca de las brasas en las cenizas que podían prender incendios—. No me extraña que haya terminado aquí» .

—Su alteza no se rendirá jamás, mi señor.

—Es una locura, una locura. —Lord Alester se volvió a sentar en el suelo, como si el esfuerzo de permanecer un momento de pie hubiera sido demasiado para él—. Stannis Baratheon no ocupará nunca el Trono de Hierro; ¿es traición decir la verdad? Una verdad amarga, sí, pero no por ello menos cierta. Ha

perdido toda la flota, excepto los barcos del lago Lyseno, y Salladhor Saan huirá en cuanto vea una vela Lannister. La mayoría de los señores que apoyaban a Stannis se han unido a Joffrey o están muertos...

—¿También los señores del mar Angosto? ¿Los señores vasallos de Rocadragón?

—Lord Celtigar fue capturado y dobló la rodilla. Monford Velaryon murió en su barco; la mujer roja hizo quemar a Sunglass, y lord Bar Emmon tiene quince años, está gordo y es un pusilánime. —Lord Alester hizo un gesto débil con la mano—. Esos son los señores del mar Angosto. A Stannis solo le queda la fuerza de la casa Florent para enfrentarse al poder de Altojardín, Lanza de Sol y Roca Casterly, y ahora, también al de muchos señores de la tormenta. Lo único que se puede hacer es buscar la paz y tratar de salvar algo. Eso era lo único que pretendía. Por los dioses, ¿cómo pueden decir que es traición?

—¿Qué hicisteis exactamente, mi señor? —Davos frunció el ceño.

—No cometí ninguna traición. Eso jamás. Quiero a su alteza tanto como cualquiera; mi propia sobrina es su reina, y permanecí leal a él cuando hombres más sabios que yo lo abandonaron. Soy su mano, la mano del rey, ¿cómo voy a ser un traidor? Lo único que quería era salvar nuestra vida y... y nuestro honor... Si. —Se humedeció los labios con la lengua—. Escribí una carta. Salladhor Saan juró que tenía a un hombre que la podía llevar a Desembarco del Rey y hacerla llegar a manos de lord Tywin. Su señoría es... es un hombre razonable, y mis condiciones... las condiciones eran justas, más que justas.

—¿Qué condiciones eran, mi señor?

—Esto está muy sucio —dijo lord Alester de repente—. Y ese olor... ¿A qué huele?

—Es el cubo —señaló Davos—. Aquí no hay escusado. ¿Cuáles eran las condiciones?

Su señoría contempló el cubo con espanto.

—Que lord Stannis dejaría de aspirar al Trono de Hierro y se retractaría de todo lo dicho acerca de la ilegitimidad de Joffrey, con la condición de que lo aceptaran de nuevo en la paz del rey y lo confirmaran como señor de Rocadragón y de Bastión de Tormentas. Yo juraba hacer lo mismo a cambio de que se me devolvieran la fortaleza de Aguasclaras y todas nuestras tierras. Pensé... que lord Tywin encontraría muy razonable mi propuesta. Todavía tiene que enfrentarse a los Stark, y también a los hombres del hierro. Yo ofrecía sellar el trato casando a Shireen con Tommen, el hermano de Joffrey. —Sacudió la cabeza—. Las condiciones eran las mejores a las que podíamos aspirar. Sin duda, hasta vos os dais cuenta.

—Sí —dijo Davos—, hasta yo. —A menos que Stannis tuviera un hijo varón, aquel matrimonio implicaba que Tommen heredaría algún día Rocadragón y Bastión de Tormentas, cosa que sin duda sería del agrado de lord Tywin.

Entretanto, los Lannister tendrían a Shireen como rehén para garantizar que Stannis no volvía a rebelarse—. ¿Y qué dijo su alteza cuando le propusisteis estas condiciones?

—Es que siempre está con la mujer roja, y... mucho me temo que no es dueño de sus actos. Tanto hablar de un dragón de piedra... Es una locura, os lo digo yo, una locura. ¿Acaso no aprendimos nada de Aerion Fuegobrillante, de los nueve magos, de los alquimistas...? ¿Acaso no aprendimos nada de Refugio Estival? Esos sueños de dragones nunca han traído nada bueno; así se lo dije a Axell. Mi idea era mejor. Además Stannis me había dado su sello, me había dado su venia para gobernar. La mano habla con la voz del rey.

—En esto, no. —Davos no era ningún cortesano obsequioso, y ni siquiera se molestó en suavizar sus palabras—. No está en la naturaleza de Stannis rendirse estando convencido de que su causa es justa. Igual que no podría retractarse de lo que dijo sobre Joffrey cuando cree que es la verdad. En cuanto al matrimonio, Tommen nació del mismo incesto que Joffrey, y su alteza preferiría ver a Shireen muerta antes que casada de esa manera.

—No tiene elección. —Una vena palpitaba en la frente de Florent.

—Os equivocáis, mi señor. Puede elegir morir como un rey.

—¿Y nosotros con él? ¿Es eso lo que deseáis, Caballero de la Cebolla?

—No. Pero le soy leal al rey y no pactaré la paz sin su permiso.

Durante un largo rato, lord Alester lo miró con impotencia. Luego se echó a llorar.

La última noche fue oscura y sin luna, pero al menos, en aquella ocasión, el cielo estaba despejado.

—Voy a subir a la colina a buscar a Fantasma —les dijo a los thenitas en la entrada de la cueva; ellos gruñeron un asentimiento y lo dejaron pasar.

«Cuántas estrellas», pensó mientras ascendía por la ladera entre pinos, abetos y fresnos. Cuando era niño, en Invernalia, el maestre Luwin le había enseñado las estrellas. Se había aprendido los nombres de las doce casas celestes y los de sus respectivos regentes, y era capaz de localizar a los siete errantes que la Fe consideraba sagrados. También sabía encontrar sin problemas el Gatosombra, la Doncella Luna, la Espada del Amanecer y el Dragón de Hielo; aquellas constelaciones las tenía en común con Ygritte, pero otras no. «Miramos las mismas estrellas y vemos cosas tan distintas...». Para ella, la Corona del Rey era la Cuna; el Corcel era el Señor Astado; el Vagabundo Rojo que, según los septones, era símbolo sagrado del Herrero, era allí el Ladrón. Y cuando el Ladrón estaba en la Doncella Luna era un momento propicio para que los hombres secuestraran a las mujeres, según le decía Ygritte una y otra vez.

—Como la noche en que me secuestraste. El Ladrón brillaba mucho.

—Yo no tenía intención de secuestrarte —le replicó—. Ni siquiera sabía que fueras una chica hasta que te puse el cuchillo en la garganta.

—Si matas a un hombre sin querer, da igual: sigue estando muerto —insistió Ygritte con testarudez.

Jon no había conocido nunca a ninguna persona tan testarda, con la posible excepción de Arya, su hermana pequeña.

«¿Seguirá siendo mi hermana pequeña? —se preguntó—. ¿Fue mi hermana alguna vez?». No había sido nunca un verdadero Stark; solo el bastardo sin madre de lord Eddard, tan fuera de lugar en Invernalia como Theon Greyjoy. Y hasta aquello lo había perdido. Cuando un hombre de la Guardia de la Noche pronunciaba el juramento dejaba a un lado a su antigua familia y se unía a una nueva, pero Jon Nieve también había perdido a aquellos hermanos.

Como se había imaginado, Fantasma estaba en la cima de la colina. El lobo blanco no aullaba nunca, pero de todos modos había algo que lo atraía hacia las alturas; luego se quedaba allí sentado sobre los cuartos traseros y, mientras su aliento caliente formaba nubes blancas, él se bebía las estrellas con aquellos ojos rojos.

—¿Cómo las llamas tú? —preguntó Jon al tiempo que se arrodillaba junto al huargo y le rascaba el grueso pelaje blanco del cuello—. ¿La Liebre? ¿El Cervatillo? ¿La Loba?

Fantasma le lamió la cara; la lengua áspera y húmeda le raspó las cicatrices que las garras del águila le habían dejado en la mejilla.

« El pájaro nos dejó marcas a los dos» , pensó.

—Fantasma —dijo en voz baja—, mañana por la mañana vamos a saltar. Allí no hay escaleras, ni una jaula con una grúa; no tengo manera de llevarte al otro lado. Nos tenemos que separar. ¿Lo entiendes?

En la oscuridad, los ojos rojos del lobo huargo tenían un brillo negro. Silencioso como siempre, pegó el hocico al cuello de Jon; su aliento era una nube blanca de vaho. Los salvajes decían que Jon Nieve era un cambiapieles, pero si estaban en lo cierto, era un cambiapieles pésimo. No sabía cómo vestir la piel de un lobo, tal como Orell había vestido la de su águila antes de morir. En cierta ocasión había soñado que él era Fantasma y que observaba desde las alturas el valle del Agualechosa donde Mance Rayder había reunido a los suyos, y aquel sueño había resultado ser verdad. Pero en aquel momento no estaba soñando, así que solo le quedaban las palabras.

—No puedes venir conmigo. —Jon cogió la cabeza del lobo entre las manos y lo miró a los ojos con intensidad—. Tienes que ir al Castillo Negro. ¿Me entiendes? ¡Al Castillo Negro! ¿Encontrarás el camino? ¿Sabrás volver a casa? Solo tienes que seguir el hielo hacia el este, siempre hacia el este, hacia donde sale el sol, y llegarás. En el Castillo Negro te conocen; tal vez tu llegada sirva para alertarlos. —Había pensado escribir un mensaje para que lo llevara Fantasma, pero no tenía tinta ni pergaminio, ni siquiera pluma, y el riesgo de que lo descubrieran era excesivo—. Volveremos a vernos en el Castillo Negro, pero tienes que llegar allí tú solo. Durante un tiempo tendremos que cazar por separado. Por separado.

El huargo se sacudió las manos de Jon con las orejas erguidas. De repente emprendió una carrera. Saltó a través de unos arbustos, sorteó un montón de hojarasca y corrió colina abajo, apenas una estela blanca entre los árboles.

« ¿Hacia el Castillo Negro? —se preguntó Jon—. ¿O detrás de alguna liebre?». Habría dado cualquier cosa por saberlo. Tenía miedo de ser tan mal cambiapieles como hermano juramentado y como espía.

El viento que susurraba entre los árboles, con un intenso olor a pinocha, le sacudía las desvaídas ropas negras. Jon veía al sur el Muro, alto, imponente, una gigantesca sombra que ocultaba la luz de las estrellas. Suponía, por aquellas colinas escabrosas, que debían de estar entre la Torre Sombría y el Castillo Negro, probablemente más cerca de la primera que del segundo. Llevaban días avanzando hacia el sur, entre lagos profundos que se extendían como dedos largos y flacos por las cuencas de valles angostos, flanqueados por riscos de pedernal y colinas pobladas de pinos. Semejante terreno los obligaba a desplazarse despacio pero también ofrecía una buena manera de protegerse para quien quisiera aproximarse al Muro sin ser visto.

« Para los salvajes —pensó—. Como ellos. Como yo» .

Más allá del Muro estaban los Siete Reinos y todo aquello que había jurado

proteger. Había pronunciado los votos, había empeñado la vida y el honor; tendría que estar allí arriba, montando guardia. Tendría que estar llevándose un cuerno a los labios para llamar a las armas a la Guardia de la Noche. Pero no tenía ningún cuerno. Tal vez no le costara mucho robarles alguno a los salvajes, aunque ¿qué conseguiría con ello? Aunque lo hiciera sonar, ¿quién lo iba a oír? El Muro media cien leguas de largo, y la Guardia estaba muy menguada. Todas las fortalezas menos tres estaban abandonadas; tal vez, aparte de Jon, no hubiera un hermano en diez leguas a la redonda. En caso de que aún se lo pudiera considerar un hermano...

«Tendría que haber intentado matar a Mance Rayder en el Puño, aunque me hubiera costado la vida». Sería lo que habría hecho Qhorin Mediamano. Pero Jon había titubeado, y al titubear perdió la oportunidad. Al día siguiente había partido a caballo con el magnar, Jarl y más de un centenar de thenitas y jinetes escogidos. Jon se decía que solo estaba esperando el momento oportuno; entonces se escabulliría y volvería al Castillo Negro. Pero el momento no llegaba nunca. La mayor parte de las noches dormían en aldeas desiertas de salvajes, y Styr siempre hacia que una docena de sus thenitas montara guardia. Jarl lo vigilaba con desconfianza. Y ya fuera de día o de noche, Ygritte no se apartaba de él.

«Dos corazones que laten como uno». Las palabras burlonas de Mance Rayder le resonaban amargas en la cabeza. Jon jamás se había sentido tan confuso. «No tengo otra elección —se había dicho la primera vez, cuando la muchacha se metió bajo las pieles con las que él se abrigaba por la noche—. Si la rechazo, sabrá que no soy un cambiácapas. Estoy haciendo lo que me dijo Mediamano».

Y su cuerpo lo hizo con entusiasmo. Sus labios contra los de ella, su mano se deslizó bajo la camisa de piel de cervatillo para buscar un pecho; su miembro viril se endureció cuando Ygritte se lo apretó contra la entrepierna a través de la ropa.

«Mis votos», había pensado, no dejaba de recordar el bosquecillo de arcianos donde los había pronunciado, los nueve grandes árboles en círculo, los rostros rojos que lo miraban, que lo escuchaban... Pero Ygritte le había desatado las lazadas, le había metido la lengua en la boca, había buscado dentro de sus calzones para sacarle el miembro... y ya no pudo ver los arcianos, solo a ella. La chica le mordió el cuello y él se lo besó, enterrando la nariz en la espesa cabellera rojiza. «Buena suerte —pensó—. Tiene buena suerte, la ha besado el fuego».

—¿Te gusta? —susurró mientras lo guiaba hacia su interior. Estaba muy húmeda y, evidentemente, no era doncella, pero a Jon no le importaba. Los votos, la virginidad... Nada importaba, solo el calor de Ygritte, sus bocas unidas, el dedo con el que le acariciaba un pezón—. ¿Te gusta? —volvió a preguntar—. No tan deprisa, ah, así, sí, despacio. Así, así, sí, despacio, suave. No sabes nada, Jon

Nieve, pero yo te voy a enseñar. Ahora más deprisa. Siiiiiiii.

« He hecho lo que me dijo —trató de convencerse después—. Estoy haciendo lo que me dijo Mediamano. Lo he tenido que hacer una vez para demostrar que he renegado de mis votos. Para que Ygritte confie en mí». Pero no volvería a hacerlo jamás. Seguía siendo un hombre de la Guardia de la Noche y el hijo de Eddard Stark. Había hecho lo que debía; había demostrado lo que tenía que demostrar.

Pero la demostración había sido muy dulce, y la muchacha se había quedado dormida junto a él con la cabeza sobre su pecho, y aquello también era dulce, peligrosamente dulce. Volvió a pensar en los arcianos y en los votos que había pronunciado ante ellos. « Ha sido solo una vez; era imprescindible. Hasta mi padre se desvió del camino una vez, cuando olvidó sus votos matrimoniales y engendró un bastardo. —Jon se juró que también sería su caso—. No volverá a suceder jamás».

Sucedió dos veces más aquella noche y otra por la mañana, cuando ella despertó y lo encontró dispuesto. Los salvajes ya se habían levantado y muchos se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo bajo el montón de pieles. Jarl les dijo que se dieran prisa si no querían que les echara encima un cubo de agua.

« Como si fuéramos un par de perros en celo», había pensado Jon más tarde. ¿En aquello se había convertido? « Soy un hombre de la Guardia de la Noche», insistía una vocecita en su interior, pero cada noche le sonaba más lejana, y cuando Ygritte le besaba las orejas o le mordía el cuello, no la oía en absoluto. « ¿Fue esto mismo lo que le pasó a mi padre? —se preguntó—. ¿Fue tan débil como lo soy yo ahora cuando se deshonró en el lecho de mi madre?».

De repente se dio cuenta de que algo ascendía por la colina en pos de él. Al principio pensó que era Fantasma, que regresaba, pero el huargo jamás hacía tanto ruido. Jon desenvainó a *Garra* con un movimiento ágil, pero no era más que uno de los thenitas, un hombre corpulento con yelmo de bronce.

—Nieve —dijo el intruso—. Vienes. Magnar quiere.

Los hombres de Thenn aún hablaban en la antigua lengua; la mayor parte apenas sabía unas pocas palabras de la común. A Jon le importaba bien poco lo que quisiera el magnar, pero no tenía sentido discutir con alguien que apenas lo entendería, de manera que lo siguió colina abajo.

La entrada de la cueva era una grieta de la roca por la que apenas si podía pasar un caballo; además, estaba medio oculta tras un pino soldado. Daba al norte, de manera que la luz de las hogueras no se veía desde el Muro. Aunque tuvieran la mala suerte de que una patrulla pasara por la cima del Muro aquella noche, no vería más que colinas, pinos y el reflejo gélido de las estrellas sobre un lago casi congelado. Mance Rayder lo había planeado muy bien.

Una vez en el interior de la roca, el pasadizo descendía diez varas antes de abrirse a un espacio tan amplio como el del salón principal de Invernalía. Entre

las columnas ardían fogatas, y su humo ennegrecía el techo de piedra. Los caballos estaban manejados a lo largo de una pared, junto a un estanque poco profundo. En el centro del suelo había un agujero a modo de sumidero, que daba a lo que tal vez fuera una caverna aún más grande, aunque era imposible saberlo en aquella oscuridad. Jon alcanzó a oír el sonido lejano del agua corriente de un arroyo o subterráneo.

Jarl estaba con el magnar; Mance los había dejado a los dos al mando. A Styr no le había hecho la menor gracia; Jon se dio cuenta enseguida. Mance Rayder decía que el joven moreno era la «mascota» de Val, quien a su vez era hermana de Dalla, su reina, lo que convertía a Jarl en una especie de cuñado en segundo grado del Rey-más-allá-del-Muro. Era evidente que al magnar no le gustaba compartir su autoridad. Aportaba un centenar de thenitas, cinco veces más hombres que Jarl, y a menudo se comportaba como si estuviera al mando en solitario. Pero Jon sabía que el que los guiaría para saltar el hielo sería el más joven. Jarl no tendría más allá de veinte años, y llevaba ocho haciendo expediciones; había saltado el Muro una docena de veces con gente como Alfyn Matacervos o el Llorón, y más recientemente con su propia banda.

El magnar fue directo al grano.

—Jarl me ha alertado de que hay cuervos patrullando. Dime todo lo que sepas de esas patrullas.

«Dime, no dinos», advirtió Jon, y aquello pese a que Jarl estaba a su lado. Nada le habría gustado más que negarse a tan brusca petición, pero sabía que Styr lo mataría ante el menor síntoma de deslealtad, y también a Ygritte, por el crimen de estar con él.

—En cada patrulla hay cuatro hombres: dos exploradores y dos constructores —dijo—. La misión de los constructores consiste en fijarse en si hay grietas, hielo fundido u otros problemas estructurales, mientras que los exploradores intentan detectar la presencia de enemigos. Todos van a lomos de mulas.

—¿Mulaz? —El hombre sin orejas frunció el ceño—. Las mulas son lentas.

—Sí, pero tienen menos tendencia a resbalar en el hielo. Las patrullas van casi siempre por la parte superior del Muro, y aparte de la zona que corresponde al Castillo Negro, hace muchos años que el camino no se cubre de gravilla. Las mulas las crían en Guardiaorient, y están entrenadas para este cometido.

—¿Van casi siempre por la parte superior del Muro? ¿No siempre?

—No. Una de cada cuatro patrulla por la base, por si hay grietas en los cimientos o algún indicio de excavación de túneles.

El magnar asintió.

—Hasta en el lejano Thenn conocemos la historia de Arson Hacha de Hielo y su túnel.

Jon también conocía la historia. Arson Hacha de Hielo había cavado un túnel que llegaba ya a la mitad del Muro cuando lo descubrieron los exploradores del

Fuerte de la Noche. No se molestaron en interrumpirlo, sino que sellaron la salida con hielo, piedras y nieve. Edd el Penas decía siempre que, si se apoyaba la oreja contra el Muro, aún se oía a Arson cavar con el hacha.

—¿De dónde salen esas patrullas? ¿Cada cuánto tiempo?

—Eso depende. —Jon se encogió de hombros—. Tengo entendido que el lord comandante Qorgyle las mandaba cada tres días del Castillo Negro a Guardiaoriente del Mar, y cada dos días, del Castillo Negro a la Torre Sombria. Pero en sus tiempos había más hombres en la guardia. El lord comandante Mormont prefiere variar el número de patrullas y los días en que salen, para ponérselo difícil a quien quiera saber de sus idas y venidas. A veces, el Viejo Oso hasta enviaba un contingente más grande a alguno de los castillos abandonados durante quince días o una luna entera. —Jon sabía que la idea de aquella táctica había sido de su tío. Cualquier cosa con tal de confundir al enemigo.

—¿Hay guardias en Puertapiedra en el presente? —preguntó Jarl—. ¿Y en Guardiagris?

« Así que estamos entre esos dos castillos, ¿eh? » . Jon consiguió que su rostro permaneciera imperturbable.

—Cuando salí del Muro, las únicas fortalezas habitadas eran Guardiaoriente, el Castillo Negro y la Torre Sombria. No sé qué habrán hecho Bowen Marsh o ser Denys desde entonces.

—¿Cuántos cuervos hay en los castillos? —preguntó Styr.

—En el Castillo Negro, unos quinientos. En la Torre Sombria serán doscientos, y en Guardiaoriente, alrededor de trescientos.

Jon estaba exagerando al menos en trescientos el número de hermanos.

« Ojalá todo fuera tan sencillo... » .

—Está mintiendo —le dijo Jarl, que no se había dejado engañar, a Styr—. O eso o mete en la cuenta los que murieron en el Puño.

—Cuervo, no te confundas —le advirtió el magnar—, yo no soy Mance Rayder. Si me mientes, haré que te corten la lengua.

—No soy ningún cuervo y no consiento que me llamen mentiroso.

Jon flexionó los dedos de la mano de la espada. El magnar de Thenn lo escudriñó con aquellos ojos grises, gélidos.

—No tardaremos en averiguar cuántos son —dijo tras unos instantes—. Vete. Si quiero hacerte más preguntas, te mandaré buscar.

Jon inclinó la cabeza con gesto rígido y se marchó.

« Si todos los salvajes fueran como Styr, sería más fácil traicionarlos » . Pero los thenitas no se parecían en nada al resto del pueblo libre. El magnar afirmaba ser el último de los primeros hombres, y gobernaba con mano de hierro. Su reducida tierra de Thenn se encontraba en un alto valle de la montaña, oculto entre los picos más lejanos de los Colmillos Helados, rodeado de cavernícolas, pies de cuerno, gigantes y los clanes caníbales de los ríos de hielo. Ygritte le

había contado que los thenitas luchaban con valor y que, para ellos, su magnar era una especie de dios. Jon se lo creía. A diferencia de Jarl, Harma y Casaca de Matraca, Styr exigía de sus hombres obediencia ciega, y sin duda, su disciplina era el motivo por el que Mance lo había elegido para saltar el Muro.

Se alejó del campamento de los thenitas, que estaban cocinando sentados en sus redondos y elmos de bronce.

« ¿Dónde se ha metido Ygritte?». Encontró sus cosas y las de ella donde las había dejado, pero ni rastro de la chica.

—Ha cogido una antorcha y se ha ido por allí —le dijo Grigg el Cabra señalando en dirección al fondo de la cueva.

Jon fue hacia donde le indicaba y se encontró en una sala en penumbra, en medio de un laberinto de columnas y estalactitas.

« No puede estar aquí », empezaba a pensar, cuando oyó su risa. Se volvió en dirección al sonido, pero no había caminado ni diez pasos cuando se dio de bruces contra una pared de calcita rosa y blanca. Volvió atrás, desconcertado, y entonces lo vio: un agujero oscuro bajo un saliente de piedra húmeda. Se arrodilló, prestó atención y oyó el sonido lejano del agua.

—¿Ygritte?

—Estoy aquí. —Su voz era como un débil eco.

Jon tuvo que arrastrarse una docena de pasos antes de que la cueva se abriera a su alrededor. Cuando volvió a ponerse de pie se tomó un momento para que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad. Ygritte había llevado una antorcha, pero no había ninguna otra luz. Estaba de pie junto a una pequeña cascada que caía de una grieta en la roca para formar un amplio estanque. Las llamas amarillas y anaranjadas se reflejaban en las aguas verde claro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—He oído el sonido del agua. Quería ver hasta dónde llegaba la cueva. —Hizo una señal con la antorcha—. Hay un pasadizo que sigue hacia abajo. Lo he recorrido como cien pasos antes de dar la vuelta.

—¿Era un túnel sin salida?

—No sabes nada, Jon Nieve. Parecía que no tenía fin. En estas colinas hay cientos de cuevas, y todas están conectadas por túneles. Hasta hay uno que pasa bajo vuestro Muro. El Camino de Gorne.

—Gorne —dijo Jon—. Gorne fue Rey-más-allá-del-Muro.

—Sí —asintió Ygritte—. Junto con su hermano Gendel, hace ya tres mil años. Encabezaron un ejército del pueblo libre que pasó por las cuevas, y la Guardia ni se enteró. Pero cuando salieron, los lobos de Invernalia cayeron sobre ellos.

—Hubo una batalla —recordó Jon—. Gorne mató al Rey en el Norte, pero su hijo recogió su estandarte, le quitó la corona de la cabeza y mató al asesino de su padre.

—El sonido de las espadas despertó a los cuervos en sus castillos, y

cabalgaron con sus capas negras para atacar la retaguardia del pueblo libre.

—Sí. Gendel se encontró con que tenía al rey al sur, a los Umber al este y a la Guardia al norte. También él murió.

—No sabes nada, Jon Nieve. Gendel no murió. Se abrió camino entre los cuervos y guio a su pueblo de vuelta al norte, mientras los lobos aullaban y le pisaban los talones. Pero Gendel no conocía las cuevas tan bien como su hermano Gorne, y se equivocó en una encrucijada. —Movió la antorcha adelante y atrás, de manera que las sombras saltaron y se agitaron—. Se adentraba en las colinas cada vez más, cada vez más, y cuando intentó retroceder, los caminos que le parecían familiares terminaban en piedra en vez de en cielo. Pronto, las antorchas se empezaron a apagar una tras otra, hasta que al final solo les quedó la oscuridad. Nadie volvió a ver al pueblo de Gendel, pero en las noches silenciosas se oye a los hijos de los hijos de sus hijos, que sollozan bajo las colinas, todavía buscando la salida. Escucha. ¡No los oy es?

Lo único que oía Jon era el sonido del agua al caer y el tenue crepitar de las llamas.

—¿También se perdió ese camino que pasaba bajo el Muro?

—Muchos lo han buscado. Los que se adentran demasiado en los túneles se encuentran con los hijos de Gendel, y los hijos de Gendel siempre están hambrientos. —Sonrió, depositó la antorcha con cuidado en una hendidura de la roca y se acercó a él—. En la oscuridad no hay nada que comer, solo carne —susurró al tiempo que le mordisqueaba el cuello.

Jon le apoyó la nariz en el pelo y se llenó de su olor.

—Hablas como la Vieja Tata cuando le contaba a Bran cuentos de monstruos.

—¿Me estás llamando vieja? —preguntó Ygritte, dándole un puñetazo en el hombro.

—Eres mayor que yo.

—Sí, y también más lista. No sabes nada, Jon Nieve. —Se apartó de él y se quitó el chaleco de piel de conejo.

—¿Qué haces?

—Te voy a enseñar lo vieja que soy. —Se desató las lazadas de la camisa de cervatillo, la tiró a un lado y se quitó de una vez las tres camisetas de lana—. Quiero que me veas.

—No deberíamos...

—Deberíamos. —Se le agitaron los pechos cuando saltó sobre una pierna para quitarse una bota y luego sobre la otra para repetir la operación. Sus pezones eran amplios círculos rosados—. Tú también —dijo mientras se bajaba los calzones de piel de oveja—. A ver qué tenemos. No sabes nada, Jon Nieve.

—Sé que te deseas —se oyó decir, olvidados ya los votos, olvidado ya el honor. Se erguía ante él desnuda como en el día de su nombre, y él estaba tan duro como la roca que los rodeaba. Para entonces ya había estado dentro de ella

medio centenar de veces, pero siempre bajo las pieles, rodeados de gente. No había visto nunca lo hermosa que era. Tenía las piernas delgadas pero musculosas y, allí donde se juntaban los muslos, el pelo era de un rojo incluso más vivo que el de su cabeza. « ¿Eso significa más suerte todavía? ». La atrajo hacia sí—. Adoro tu olor —dijo—. Adoro tu pelo rojo. Adoro tu boca y tu manera de besarme. Adoro tu sonrisa. Adoro tus tetas. —Le besó primero una y luego la otra—. Adoro tus piernas delgadas y lo que hay entre ellas. —Se arrodilló para besarla también allí, primero con suavidad en el pubis, pero Ygritte separó las piernas y vio el interior rosado, y también la besó allí, y la saboreó. Ella dejó escapar un gemido.

—Si tanto me adoras, ¿qué haces todavía vestido? —jadeó—. No sabes nada, Jon Nieve. Na... ah... Ah. AAAH.

Después, mientras yacían juntos sobre el montón que eran sus ropas, se mostró casi tímida, o tan tímida como podía ser Ygritte.

—Eso que me has hecho... —dijo—. Lo de... la boca... —Titubeó—. ¿Eso es... es lo que los señores les hacen a sus damas en el sur?

—No sé, no creo. —Nadie le había contado jamás lo que les hacían los señores a sus damas—. Solo quería... quería besarte, nada más. Me ha parecido que te gustaba.

—Sí. No... No estaba mal. ¿No te lo ha enseñado nadie?

—No ha habido nadie antes —confesó—. Solo tú.

—Eras virgen —le tomó el pelo—. Virgen, virgen, virgen.

Jon le dio un pellizquito en un pezón.

—Era un hombre de la Guardia de la Noche. —« Era », se oyó decir. ¿Qué era en aquel momento? No quería pensarlo—. ¿Y tú eras virgen?

—Tengo diecinueve años —dijo Ygritte, incorporándose sobre un codo—, soy una mujer de las lanzas, besada por el fuego. ¿Cómo voy a ser virgen?

—¿Con quién fue la primera vez?

—Con un chico, durante un banquete, hace cinco años. Había venido con sus hermanos para comerciar, y tenía el pelo como yo, besado por el fuego, así que pensé que nos traería suerte. Pero era débil. Cuando regresó e intentó secuestrarme, Lanzalarga le rompió un brazo y lo puso en fuga, y no lo volvió a intentar ni una vez.

—Entonces, ¿no fue con Lanzalarga? —Jon sentía cierto alivio. Le caía bien Lanzalarga, con su rostro feúcho y sus modales amistosos.

—No seas asqueroso. —Ella le dio un puñetazo—. ¿Tú te acostarías con tu hermana?

—Lanzalarga no es tu hermano.

—Es de mi aldea. No sabes nada, Jon Nieve. Un hombre de verdad secuestra a una mujer de lejos para fortalecer el clan. Las mujeres que se acuestan con sus hermanos, sus padres o los miembros de su clan ofenden a los dioses y ellos

las maldicen con hijos débiles y enfermizos, a veces hasta con monstruos.

—Craster se casa con sus hijas —señaló Jon.

—Craster —dijo Ygritte, recalcando el nombre con otro puñetazo— se parece más a los tuyos que a nosotros. Su padre era un cuervo que secuestró a una mujer del pueblo de Arbolblanco, pero después de tomarla huyó a su Muro. Ella fue una vez al Castillo Negro para mostrar a su hijo al cuervo, pero los hermanos hicieron sonar los cuernos y la pusieron en fuga. Craster tiene la sangre negra, y sobre él pesa una maldición. —Le acarició el estómago con los dedos—. Antes tenía miedo de que hicieras lo mismo. De que volvieras al Muro. Después de secuestrarme no sabías qué hacer.

—Yo no te secuestré, Ygritte. —Jon se sentó.

—Claro que sí. Te echaste encima de mí en la montaña, mataste a Orell, y antes de que me diera tiempo a coger el hacha, ya me habías puesto un cuchillo en el cuello. Pensé que me ibas a tomar entonces, o que me ibas a matar, o las dos cosas, pero no. Y cuando te conté la historia de Bael el Bardo y la rosa de Invernalia pensé que te echarías encima de mí, pero tampoco. No sabes nada, Jon Nieve. —Le dirigió una sonrisa tímida—. Aunque parece que vas aprendiendo.

De repente, Jon se dio cuenta de que la luz oscilaba en torno a ellos. Miró a su alrededor.

—Más vale que volvamos arriba. La antorcha casi se ha consumido.

—¿Qué pasa? ¿El cuervo tiene miedo de los hijos de Gendel? —rio—. Es una subida de nada, y todavía no he acabado contigo, Jon Nieve. —Lo empujó contra las ropas y montó sobre él a horcajadas—. ¿Te importaría...? —titubeó.

—¿El qué? —preguntó mientras la antorcha empezaba a extinguirse.

—¿Te importaría hacerlo otra vez? —Soltó de sopetón Ygritte—. Lo de la boca, el beso de los señores. Y yo... veré si te gusta a ti...

Jon Nieve ni siquiera se dio cuenta de cuándo se consumió la antorcha.

Más tarde volvió a sentirse culpable, pero no tanto como al principio.

« Si esto está tan mal, ¿por qué los dioses hicieron que nos sintiéramos tan bien? », se preguntó.

Cuando terminaron, la oscuridad en la gruta era completa. La única luz era la penumbra del pasadizo que llevaba arriba, a la caverna grande, donde ardía una veintena de hogueras. No tardaron en tambalearse y tropezar el uno contra el otro mientras intentaban vestirse en la oscuridad. Ygritte se cayó al estanque y chilló ante el contacto con el agua fría. Cuando Jon se echó a reír, tiró de él, y también cayó al agua. Lucharon y chapotearon en la oscuridad, y cuando la volvió a tener entre sus brazos resultó que aún no habían terminado.

—Jon Nieve —le dijo después de que derramara su semilla dentro de ella—, no te muevas, mi amor. Me gusta sentirte dentro, me gusta mucho. No volvamos con Styr ni con Jarl. Sigamos por los túneles, vayamos con los hijos de Gendel.

No quiero salir de esta cueva nunca, Jon Nieve. Nunca.

—¿Todos? —La niña esclava parecía recelar—. ¿Os han entendido mal estas orejas indignas, alteza?

Una fresca luz verdosa se filtraba por los cristales coloreados en forma de rombo de las gruesas ventanas que había en las paredes triangulares descendentes, y una brisa suave entraba por las puertas abiertas de las terrazas y les llevaba los aromas de frutas y flores de los jardines que había al otro lado.

—Me has entendido bien —dijo Dany—. Quiero comprarlos todos. Por favor, díselo a los bondadosos amos.

Aquel día había elegido una túnica de Qarth. La seda violeta oscuro hacía juego con el color de sus ojos y se los resaltaba. El diseño le dejaba el pecho izquierdo al descubierto. Mientras los bondadosos amos de Astapor hablaban entre ellos en voz baja, Dany bebía tragos de un vino ácido de palo santo en una copa alta de plata. No alcanzaba a entender todo lo que decían, pero en sus voces vibraba la codicia.

Cada uno de los ocho mercaderes contaba con la asistencia de dos o tres esclavos, aunque un tal Grazdan, el más viejo, tenía seis. Para no parecer una mendiga, Dany se había hecho acompañar por sus ayudantes: Irri y Jhiqui, vestidas con pantalones de seda y chalecos pintados; el anciano Barbablanca y el poderoso Belwas, y sus jinetes de sangre. Ser Jorah estaba de pie tras ella, sudando a chorros su sobrevesta verde con el bordado del oso negro de los Mormont. El olor de su sudor era una réplica vulgar de los perfumes dulzones con que se empapaban los astaporis.

—Todos —gruñó Kraznys mo Nakloz, que aquel día olía a melocotones. La niña repitió la palabra en la lengua común de Poniente—. Millares, hay ocho. ¿Se refiere a eso cuando dice que todos? También hay seis centenares, que cuando se completen serán parte de un noveno millar. ¿Los quiere también?

—Sí —dijo Dany después de oír la traducción—. Los ocho mil, los seiscientos... y los que todavía se estén entrenando. Los que aún no se hayan ganado el casco con la púa.

Kraznys se volvió hacia sus compañeros. De nuevo hablaron entre ellos. La traductora le había dicho sus nombres a Dany, pero no eran fáciles de distinguir. Por lo visto, cuatro de ellos se llamaban Grazdan, era de suponer que en homenaje a Grazdan el Grande, que había fundado el Antiguo Ghis en el principio de los tiempos. Todos tenían un aspecto muy semejante: eran achaparrados y gruesos, de piel ambarina, narices anchas y ojos oscuros. Tenían el cabello negro, rojo oscuro o de aquella extraña mezcla tan característica de Astapor.

Lo que marcaba la posición social de cada hombre eran los flecos del ribete del *tokar*, según le había explicado a Dany el capitán Groleo. En aquella fresca

estancia verde de la cúspide de la pirámide, dos de los vendedores de esclavos vestían *tokars* con flecos de plata; cinco, con flecos de oro y uno, el Grazdan más viejo, lucía unos flecos de gruesas perlas blancas que entrechocaban con suavidad cada vez que se acomodaba en el asiento o movía un brazo.

—No podemos vender chicos a medio entrenar —les decía uno de los Grazdans con flecos de plata a los otros.

—Claro que podemos, si tiene oro con que pagarlos —replicó un hombre más gordo que llevaba flecos de oro.

—No son inmaculados. No han matado a los bebés. Si luego fracasan en la batalla, serán nuestra vergüenza. Y además, aunque mañana mismo castráramos a otros cinco mil chicos, tendrían que pasar diez años antes de que estuvieran preparados para venderlos. ¿Qué vamos a decirle al próximo cliente que venga a comprar inmaculados?

—Le diremos que tendrá que esperar —insistió el gordo—. El oro en el bolsillo es mejor que el oro en el futuro.

Dany dejó que discutieran mientras bebía el ácido vino de fruta y trataba de mantenerse inexpresiva, como si no entendiera nada.

« Me haré con todos, sea cual sea el precio », se dijo. En la ciudad había un centenar de mercaderes de esclavos, pero los ocho que tenía ante ella eran los más importantes. Cuando se trataba de vender esclavos de cama, peones para el campo, escribas, artesanos o instructores, aquellos hombres eran rivales, pero sus antepasados habían formado una alianza para crear y vender a los inmaculados.

« Con adoquines y sangre se construyó Astapor, y con adoquines y sangre, su gente ».

Al final, fue Kraznys quien anunció la decisión.

—Dile que tendrá los ocho mil, si trae oro suficiente. Y los seis centenares, si los quiere. Dile que vuelva dentro de un año; entonces le venderemos dos mil más.

—Dentro de un año estaré en Poniente —dijo Dany tras escuchar la traducción—. Los necesito de inmediato. Los inmaculados han recibido un entrenamiento excelente, pero aun así, muchos caerán en la batalla. Necesitaré a los niños para sustituirlos, para que cojan las espadas que caigan. —Dejó la copa de vino y se inclinó hacia la pequeña esclava—. Diles a los bondadosos amos que quiero incluso a los más pequeños, a los que aún tienen a sus cachorros. Diles que pagaré lo mismo por el niño al que castrarón ayer que por el inmaculado con púa en el casco.

La niña tradujo. La respuesta siguió siendo negativa.

—Muy bien. —Dany frunció el ceño, molesta—. Diles que pagaré el doble, pero que los quiero a todos.

—¿El doble? —Al gordo de los flecos de oro únicamente le faltaba babear.

—Esta putilla es idiota —dijo Kraznys mo Naldoz—. Propongo que le

pidamos el triple. Está tan desesperada que pagará. Sí, pidámosle diez veces el precio de cada esclavo.

El Grazdan alto de la barbita puntiaguda hablaba la lengua común, aunque no tan bien como la esclava.

—Alteza —gruñó—, Poniente rico, sí, pero vos no reina ahora. Quizá nunca reina. Hasta los Inmaculados pueden perder batallas contra salvajes caballeros de acero de Siete Reinos. Os recuerdo: los bondadosos amos de Astapor no venden carne por promesas. ¿Vos tenéis oro y mercancías suficiente para pagar tantos eunucos?

—Conocéis la respuesta mejor que yo, bondadoso amo —replicó Dany—. Vuestros hombres han recorrido mis barcos y han contabilizado hasta la última cuenta de ámbar, hasta el último tarro de azafrán. ¿Cuánto tengo?

—Suficiente para mil —dijo el bondadoso amo con una sonrisa despectiva—. Pero decís pagar el doble. Pues quinientos.

—Con la bonita corona que lleváis podríais comprar otro centenar —dijo el gordo en valyrio—. La corona de los tres dragones.

Dany aguardó la traducción.

—Mi corona no está en venta. —Cuando Viserys vendió la corona de su madre, perdió el último vestigio de alegría, y solo le quedó la rabia—. Tampoco venderé a los míos, ni sus posesiones, ni sus caballos. En cambio, sí pueden quedarse con los barcos. La gran coca *Balerion* y las galeras *Vhagar* y *Meraxes*. —Ya les había advertido a Groleo y a los otros capitanes que tal vez se viera obligada a hacer aquello, aunque habían protestado con vehemencia—. Tres buenos barcos tienen que valer más que unos cuantos eunucos despreciables.

El Grazdan gordo se volvió hacia los demás. Una vez más, debatieron en voz baja.

—Dos miles —dijo el de la barbita puntiaguda al final—. Es demasiado, pero los bondadosos amos generosos, y vos muy necesitada.

Dos mil no eran suficientes para lo que pretendía. «Los necesito a todos». Dany sabía qué tenía que hacer, pero el sabor que le dejaba en la boca era tan amargo que ni el vino ácido se lo disipaba. Lo había meditado mucho la noche previa, y no había encontrado otra solución.

«Es lo único que puedo hacer».

—Dádmelos a todos —dijo—, y tendréis un dragón.

Oyó como Jhiqui se atragantaba a su lado. Kraznys sonrió a sus compañeros.

—Lo que os había dicho: nos daría cualquier cosa.

Barbablanca la miraba commocionado, incrédulo. La mano fina y manchada con que sujetaba el cayado le temblaba.

—No. —Hincó una rodilla en el suelo ante ella—. Alteza, os lo suplico, ganad vuestro trono con dragones, no con esclavos. No podéis hacer esto...

—No tengáis la osadía de darme instrucciones. Ser Jorah, llevaos a

Barbablanca de mi presencia.

Mormont agarró al anciano por un codo con brusquedad, lo obligó a ponerse en pie y salió con él a la terraza.

—Diles a los bondadosos amos que lamento esta interrupción —le dijo Dany a la esclava—. Diles que estoy esperando su respuesta.

Pero ya conocía la respuesta. La veía en el brillo de sus ojos y en las sonrisas que tanto intentaban ocultar. En Astapor había miles de eunucos, y muchos más niños esclavos a punto para ser castrados, pero en todo el ancho mundo no había más que tres dragones vivos. Y los ghiscarios anhelaban tener dragones. ¿Cómo podía ser de otra manera? Cinco veces se había enfrentado el Antiguo Ghis a Valyria cuando el mundo aún era joven, y cinco veces había caído derrotado. Porque el Feudo Franco tenía dragones, y el Imperio, no.

El Grazdan más viejo se agitó en el asiento, y sus perlas entrechocaron con suavidad.

—Un dragón que elijamos —dijo con un hilo de voz temblorosa—. El negro es el más grande y sano.

Ella asintió.

—Se llama Drogon.

—Todos vuestros bienes, salvo la corona y las ropas regias, que podéis conservar. Los tres barcos. Y Drogon.

—Hecho —dijo ella en la lengua común.

—Hecho —respondió el Grazdan viejo en su ronco valyrio.

Los otros se hicieron eco del anciano de los flecos de perlas.

—Hecho —tradujo la esclava—. Y hecho, y hecho, ocho veces hecho.

—Los inmaculados aprenderán pronto vuestra salvaje lengua —añadió Kraznys mo Nakloz una vez ultimados todos los acuerdos—. Hasta entonces, necesitaréis un esclavo para hablar con ellos. Llevaos a esta de regalo, como recuerdo del trato que acabamos de cerrar.

—Así haré —dijo Dany.

La niña esclava tradujo las palabras del hombre para Dany, y luego, las de Dany para él. Si el hecho de ser entregada como recuerdo provocaba algún sentimiento en ella, se guardó muy bien de dejarlo entrever.

Tampoco dijo nada Arstan Barbablanca cuando Dany salió a la terraza a reunirse con él. El anciano la siguió escaleras abajo en silencio, pero la joven oía el golpeteo del cayado de madera dura contra los adoquines rojos. Comprendía que estuviera furioso. Lo que había hecho era horrible. La Madre de Dragones había vendido a su hijo más fuerte. La idea le provocaba náuseas.

Pero, cuando estuvieron en la plaza del Orgullo, de pie en los calientes adoquines rojos que separaban la pirámide de los traficantes de los barracones de los eunucos, se volvió hacia el anciano.

—Barbablanca —dijo—. Aprecio vuestro consejo, y jamás debéis tener

miedo de hablarme con toda libertad... cuando estemos a solas. Pero no cuestionéis nunca mi autoridad delante de desconocidos. ¿Entendido?

—Sí, alteza —respondió con voz triste.

—No soy ninguna niña. Soy una reina.

—Pero hasta las reinas pueden errar. Los astaporis os han engañado, alteza. Un dragón vale muchísimo más que cualquier ejército. Aegon lo demostró hace trescientos años, en el Campo de Fuego.

—Sé muy bien qué demostró Aegon. Tengo intención de demostrar yo también unas cuantas cosas. —Dany se apartó de él y se volvió hacia la pequeña esclava, que estaba dócilmente de pie junto a la litera—. ¿Tienes nombre o cada día sacas uno nuevo de un barril?

—Eso es solo para los inmaculados —dijo la niña. De repente se dio cuenta de que Dany le había formulado la pregunta en alto valyrio—. Oh...

—¿Te llamas Oh?

—No. Perdonad el exabrupto, alteza. El nombre de vuestra esclava es Missandei, pero...

—Missandei ya no es esclava de nadie. Desde este momento, te libero. Ven, sube conmigo a la litera; quiero conversar. —Rakharo las ayudó a subir, y Dany echó las cortinas para protegerse del polvo y el calor—. Si te quedas conmigo, me servirás como cualquiera de mis doncellas —dijo cuando se pusieron en marcha—. Querré que estés a mi lado para hablar por mí, como hablabas por Kraznys. Pero cuando quieras, puedes dejar de estar a mi servicio, si tienes padres con los que quieras volver.

—Me quedaré —dijo la niña—. No... no tengo adónde ir. Os serviré de buena gana.

—Te puedo dar libertad, pero no seguridad —advirtió Dany—. Tengo que cruzar un mundo y librarme guerras. Puede que pases hambre. Puede que enfermes. Puede que mueras.

—*Valar morghulis* —dijo Missandei en alto valyrio.

—Todos los hombres mueren —asintió Dany—, pero recemos para que no sea pronto. —Se recostó entre los cojines y cogió la mano de la niña—. ¿Es cierto que los inmaculados no tienen miedo de nada?

—Sí, alteza.

—Ahora me sirves a mí. ¿Es verdad que no sienten dolor?

—El vino del valor acaba con esa sensación. Cuando matan a los bebés ya llevan años bebiéndolo.

—¿Y son obedientes?

—No conocen otra cosa que la obediencia. Si les ordenáis que no respiren, les resultará más fácil que dejar de obedecer.

Dany asintió.

—¿Qué pasará cuando ya no los necesite?

—¿Perdonad, alteza?

—Cuando haya ganado la guerra y recuperado el trono que le perteneció a mi padre, mis caballeros envainarán las espadas y volverán a sus fortalezas, a sus madres, a sus esposas... a sus vidas. Pero estos eunucos no tienen vida. ¿Qué haré con ocho mil eunucos cuando ya no queden batallas que librar?

—Los inmaculados son buenos guardias y excelentes vigilantes, alteza —dijo Missandei—. Además, no os costará encontrar un comprador para soldados de tanta valía.

—Me han dicho que en Poniente no se compran ni venden hombres.

—Con todos los respetos, alteza, los inmaculados no son hombres.

—Si los revendiera, ¿cómo sabría que no los iban a utilizar contra mí? —preguntó Dany—. ¿Obedecerían? ¿Lucharían contra mí? ¿Llegarian a hacerme daño?

—Sí, si su amo se lo ordenara. No cuestionan nada, alteza. Les han extirpado esa posibilidad. Solo obedecen. —Se detuvo un instante. Cuando volvió a hablar, parecía afligida—. Cuando ya no... los necesitéis... Vuestra alteza puede ordenarles que se dejen caer sobre sus espadas.

—¿Hasta eso llegarían a hacer?

—Sí. —La voz de Missandei era apenas un hilo—. Alteza.

—Pero preferirías que no se lo ordenara. —Dany le apretó la mano—. ¿Por qué? ¿Qué te une a ellos?

—No... Alteza...

—Puedes decírmelo.

—Tres de ellos fueron antes mis hermanos, alteza —dijo la niña, bajando la vista.

«En ese caso, espero que tus hermanos sean tan listos y tan valientes como tú. —Dany se acomodó entre los cojines y se dejó llevar de vuelta a la *Balerion* por última vez, para poner orden en su mundo—. Y de vuelta a Drogon». Apretó los labios con gesto torvo.

La noche que siguió fue larga, oscura y ventosa. Dany les dio de comer a sus dragones, como hacía siempre, pero en cambio ella estaba sin apetito. Se pasó un rato llorando a solas en su camarote, y después se secó las lágrimas para mantener una discusión más con Groleo.

—El magíster Illyrio no está aquí —le tuvo que decir al final—, y aunque estuviera, tampoco él me haría cambiar de opinión. Necesito a los Inmaculados más de lo que necesito estos barcos, así que no quiero seguir con esta conversación.

La rabia quemó el dolor y el miedo que sentía, al menos durante unas horas. Después, hizo acudir a su camarote a los jinetes de sangre, junto con ser Jorah. Ellos eran los únicos en los que confiaba de verdad.

Más tarde intentó dormir; necesitaría estar descansada al día siguiente, pero

una hora de dar vueltas en los confines mal ventilados de su camarote la convenció de que sería imposible. Al otro lado de la puerta encontró a Aggo, que estaba poniendo una cuerda nueva en el arco a la luz de una lámpara de aceite que se mecía con las olas. Junto a él estaba Rakharo, sentado en la cubierta con las piernas cruzadas, concentrado en afilar su *arakh* con una amoladera. Dany les dijo a los dos que siguieran con lo que estaban haciendo y subió a la cubierta para disfrutar del aire fresco de la noche. La tripulación la dejó en paz y siguió dedicándose a sus tareas, pero ser Jorah no tardó en reunirse con ella junto a la baranda.

« Siempre está cerca —pensó Dany—. Conoce demasiado bien mis estados de ánimo » .

—Tendrás que estar durmiendo, *khaleesi*. Mañana va a ser un día caluroso y muy duro, os lo garantizo. Necesitaréis todas vuestras fuerzas.

—¿Recordáis a Eroeh? —le preguntó.

—¿La chica Ihazareena?

—La estaban violando, pero yo los detuve y la tomé bajo mi protección. Pero, cuando murió mi sol y estrellas, Mago la volvió a coger, la usó de nuevo y luego la mató. Aggo dijo que era su destino.

—Lo recuerdo —dijo ser Jorah.

—Estuve sola mucho tiempo, Jorah. Solo tenía a mi hermano. Era una niñita pequeña y asustada. Viserys tendría que haberme protegido, pero me hacía daño y me asustaba aún más. No debió hacerlo. No era solo mi hermano; era mi rey. ¿Para qué hacen los dioses a los reyes y a las reinas, si no es para que protejan a los que no pueden protegerse solos?

—Hay reyes que se hacen a sí mismos. Como Robert.

—No era un verdadero rey —replicó Dany despectiva—. No hizo justicia. Justicia. Para eso son los reyes.

Ser Jorah no tenía respuesta. Se limitó a sonreír y le tocó el pelo; apenas un roce. Fue suficiente.

Aquella noche soñó que era Rhaegar y que cabalgaba hacia el Tridente. Pero no montaba a lomos de un caballo, sino de un dragón. Vio el ejército rebelde del Usurpador al otro lado del río. Sus armaduras eran de hielo, pero ella los bañó en fuegodragón, de manera que se derritieron como el rocío y convirtieron el Tridente en un cauce torrencial. Una parte diminuta de ella sabía que estaba soñando, pero otra se regocijaba.

« Así debería haber sido. Lo otro fue una pesadilla, y me acabo de despertar » .

Se despertó de repente en la oscuridad de su camarote, aún ebria de triunfo. La *Balerion* pareció despertar con ella, y oyó el suave crujido de la madera, el agua que lamía el casco, una pisada en la cubierta, sobre ella... Y algo más.

Había alguien en el camarote.

—¿Irri? ¿Jhiqui? ¿Dónde estás? —Sus doncellas no respondieron. Estaba demasiado oscuro para ver nada, pero alcanzó a oír sus respiraciones—. ¿Jorah? ¿Sois vos?

—Duermen —dijo una voz de mujer—. Todos duermen. —La voz estaba muy cerca de ella—. Hasta los dragones tienen que dormir.

«Está justo a mi lado».

—¿Quién sois? —Dany escudriñó la oscuridad. Le pareció ver una sombra, el perfil apenas intuido de una forma—. ¿Qué queréis de mí?

—Recordad: Para ir al norte, tenéis que viajar hacia el sur. Para llegar al oeste, debéis ir al este. Para avanzar, debéis retroceder, y para tocar la luz, debéis pasar bajo la sombra.

—¿Quaith? —Dany saltó de la cama y abrió la puerta de golpe. La escasa luz amarilla de la lámpara inundó el camarote, y tanto Irri como Jhiqui se incorporaron, somnolrientas.

—*Khaleesi*? —murmuró Jhiqui al tiempo que se frotaba los ojos.

Viserion despertó y abrió las fauces, y una bocanada de llamas iluminó hasta los rincones más oscuros. No había ni rastro de la mujer de la máscara de laca roja.

—Estáis bien, *khaleesi*? —preguntó Jhiqui.

—Ha sido un sueño. —Dany sacudió la cabeza—. He tenido una pesadilla, no pasa nada. Seguid durmiendo. Tenemos que dormir todos.

Pero, por mucho que lo intentó, no pudo conciliar el sueño de nuevo.

«Si vuelvo la vista atrás, estoy perdida», se dijo Dany a la mañana siguiente, cuando entró por las puertas de Astapor. Trató de no pensar en lo pequeña e insignificante que era su escolta; de lo contrario, perdería todo el valor. Aquel día iba a lomos de su plata. Vestía pantalones de pelo de caballo, un chaleco pintado, un cinturón de medallones de bronce en torno a la cintura y dos más cruzados entre los pechos. Irri y Jhiqui le habían trenzado el pelo antes de ponerle una campanita de plata, cuyo tintineo hablaba de los Eternos de Qarth, quemados en su palacio de Polvo.

Las calles de adoquines rojos de Astapor casi estaban llenas aquella mañana. A ambos lados se alineaban esclavos y sirvientes, y los traficantes y sus mujeres se habían puesto sus *tokars* para salir a mirar desde sus pirámides escalonadas.

«Al fin y al cabo, no son tan diferentes de los de Qarth —pensó—. Quieren ver a los dragones para contárselo a sus hijos y a los hijos de sus hijos». Aquello le hizo preguntarse cuántos de ellos llegarían a tener hijos.

Aggo iba ante ella con su gran arco dothraki. Belwas el Fuerte caminaba a la derecha de su yegua, y la pequeña Missandei, a su izquierda. Ser Jorah Mormont iba detrás, vestido con armadura, y miraba con el ceño fruncido a cualquiera que se atreviera a acercarse. Rakharo y Jhogo protegían la litera. Dany había ordenado que quitasen el toldo superior, de manera que los tres dragones

pudieran ir encadenados a la plataforma. Irri y Jhiqui caminaban junto a ellos para tratar de calmarlos. Pero la cola de Viserion daba latigazos a diestro y siniestro, y de sus fosas nasales brotaba un humo furioso. Rhaegal también presentía que algo marchaba mal. Tres veces trató de emprender el vuelo, solo para verse retenido por la pesada cadena que Jhiqui llevaba en la mano. Drogon se hizo una bola, y apretó las alas y la cola contra el cuerpo. Solo sus ojos delataban que no estaba dormido.

El resto de los suyos iba detrás: Groleo y los otros capitanes junto con sus tripulaciones, y los ochenta y tres dothrakis que le quedaban de los cien mil que en el pasado habían cabalgado en el *khalasar* de Drogo. Había situado a los más viejos y débiles en el centro de la columna, junto a las mujeres con bebés, las embarazadas, las niñas y los niños que aún eran demasiado jóvenes para trenzarse el pelo. Los demás, sus guerreros, cabalgaban en los flancos y azuzaban a los escuálidos caballos, los ciento y pocos que habían sobrevivido tanto al desierto rojo como al mar de sal negra.

«Tendría que haber ordenado que me bordaran un estandarte», pensó mientras guiaba a su andrajoso grupo a lo largo de los meandros del río de Astapor. Cerró los ojos un instante para imaginar cómo sería: seda negra ondeando al viento, y en ella el dragón de tres cabezas de los Targaryen, expulsando llamas doradas. «Un estandarte como el que habría podido llevar el propio Rhaegar». Las orillas del río tenían un aspecto de extraña tranquilidad. El Gusano, como lo llamaban los astaporis, era ancho y lento, y estaba lleno de curvas y salpicado de diminutas islas de madera. En una de ellas vio a unos niños que jugaban, correteando entre elegantes estatuas de mármol. En otra isla, dos amantes se besaban a la sombra de altos árboles verdes, sin más pudor que los dothrakis en una boda. No llevaban ropa, así que no pudo saber si eran libres o esclavos.

La plaza del Orgullo, con su gran arpía de bronce, era demasiado pequeña para albergar a todos los inocentes que había comprado, de modo que los habían reunido en la plaza del Castigo, enfrentados a las puertas principales de Astapor, para que pudieran salir directamente de la ciudad en cuanto le fueran entregados a Dany. Allí no había estatuas de bronce; solo una gran plataforma de madera donde se torturaba, se azotaba y se ahorcaba a los esclavos rebeldes.

—Los bondadosos amos los ponen de manera que sean lo primero que ve un esclavo nuevo nada más entrar en la ciudad —le dijo Missandei cuando llegaron a la plaza.

A primera vista, Dany pensó que tenían la piel a rayas, como los caballos de Jutos Nhai. Luego, cuando su plata estuvo más cerca, vio el rojo de la carne viva bajo las tiras negras que se movían.

«Moscas. Moscas y gusanos». A los esclavos rebeldes los habían pelado como si fueran manzanas, en una larga tira espiral. Un hombre tenía un brazo

negro, cubierto de moscas de los dedos al codo, todo rojo y blanco bajo ellas. Dany tiró de las riendas junto a él.

—¿Qué hizo este? —le preguntó a Missandei.

—Alzó la mano contra su dueño.

El estómago se le retorció mientras hacía que su plata diera la vuelta y trotara hacia el centro de la plaza, hacia el ejército por el que tan alto precio había pagado. Hileras, hileras, hileras de ellos, sus medio hombres de corazón de adoquín; ocho mil seiscientos, con sus yelmos de bronce rematados en púa, inmaculados con el entrenamiento completo, y detrás de ellos, alrededor de cinco mil, sin casco, aunque armados con lanzas y espadas cortas. Los que había al final no eran más que niños, pero estaban tan erguidos e inmóviles como los demás.

Kraznys mo Nakloz y sus compañeros estaban presentes para recibirla. Tras ellos había otros astaporis de alta cuna. Todos bebían vino en copas altas de plata mientras, a su alrededor, circulaban esclavos con bandejas de aceitunas, higos y cerezas. El Grazdan más viejo estaba sentado en una silla de mano que transportaban cuatro esclavos corpulentos de piel como el bronce. Media docena de lanceros a caballo patrullaban en la periferia de la plaza para contener a las multitudes que habían acudido a observar. El sol arrancaba destellos cegadores de los discos de cobre pulido que llevaban cosidos a las capas, pero aun así, Dany se dio cuenta de que los caballos parecían muy nerviosos.

« Tienen miedo de los dragones. Y con razón» .

Kraznys le ordenó a un esclavo que la ayudara a desmontar. Él tenía las manos ocupadas: con una se sujetaba el *tokar* y en la otra llevaba una fusta muy ornamentada.

—Aquí están. —Miró a Missandei—. Dile que son suyos... si puede pagarlos.

—Puede —dijo la niña.

Ser Jorah gritó una orden, y fueron llevando hacia el frente todas las mercancías para el intercambio. Seis balas de pieles de tigre; trescientas piezas de la mejor seda. Tarros de azafrán; tarros de mirra; tarros de pimienta, de curry y de cardamomo, una máscara de ónice; doce monos de jade; barriles de tinta roja, negra y verde; una caja de raras amatistas negras; una caja de perlas; un barril de aceitunas deshuesadas y rellenas de gusanos; una docena de barriles de pescado en salmuera; un enorme gong de bronce, con su mazo correspondiente; diecisiete ojos de marfil, y un gran baúl lleno de libros escritos en idiomas que Dany no sabía leer. Y más, y más, y más. Su gente lo fue amontonando todo delante de los traficantes.

Mientras se realizaba el pago, Kraznys mo Nakloz obsequió a Dany con unos cuantos consejos sobre la forma de manejar sus tropas.

—Todavía están sin curtir —le dijo a través de Missandei—. Dile a la puta de Poniente que lo mejor que puede hacer es procurar que prueben la sangre cuanto

antes. En su camino encontrará muchas ciudades pequeñas, frutas maduras para el saqueo. Todo el botín que obtenga será solo suyo. Los inmaculados no tienen el menor interés en el oro ni en las gemas. Y si se decide a tomar prisioneros, solo tiene que enviárnoslos a Astapor con unos pocos guardias. Le compraremos los que estén sanos y le pagaremos bien. Y ¿quién sabe? Tal vez, dentro de diez años, algunos de los chicos que nos mande se conviertan a su vez en inmaculados. Así prosperaremos todos.

Por fin no quedaron más mercancías que añadir a la pila. Los dothrakis volvieron a montar en sus caballos.

—Esto es todo lo que hemos podido traer —dijo Dany—. El resto os espera en los barcos: una gran cantidad de ámbar, de vino y de arroz silvestre. También están los propios barcos. De modo que lo único que queda es...

—El dragón —terminó el Grazdan de la barba puntiaguda, el que hablaba la lengua común con tanto acento.

—Ahí aguarda.

Ser Jorah y Belwas se acercaron con ella a la litera, donde Drogon y sus hermanos disfrutaban del calor del sol. Jhiqui soltó un extremo de la cadena y se lo tendió. Cuando Dany tiró de ella, el dragón negro alzó la cabeza, siseó y desplegó aquellas alas de noche y escarlata. Al sentir su sombra sobre él, Kraznys mo Nakloz sonrió.

Dany le entregó al traficante el extremo de la cadena de Drogon. A cambio, él le dio la fusta. El mango era de huesodragón, con tallas muy elaboradas e incrustaciones de oro. De él colgaban nueve tiras de cuero largas y finas, cada una rematada en una garra dorada. El pomo de oro era una cabeza de mujer con puntiagudos dientes de marfil.

—Los dedos de la arpía —dijo Kraznys.

Dany hizo girar la fusta en la mano.

« Un objeto tan ligero, y qué gran peso carga» .

—¿Ya está hecho, pues? ¿Ya me pertenecen?

—Ya está hecho —asintió él, al tiempo que daba un tirón brusco de la cadena para sacar a Drogon de la litera.

Dany montó a lomos de su plata. Sentía que el corazón le galopaba en el pecho. Tenía un miedo desesperado. « ¿Mi hermano habría hecho esto?» . Se preguntó si el príncipe Rhaegar estaría igual de nervioso cuando vio el ejército del Usurpador formado al otro lado del Tridente, con todos sus estandartes al viento.

Se puso de pie en los estribos y alzó los dedos de la arpía por encima de la cabeza, para que todos los inmaculados los vieran.

—¡ESTÁ HECHO! —gritó a pleno pulmón—. ¡SOIS MÍOS! —Espoleó a la plata con los talones y galopó a lo largo de la primera hilera, siempre con los dedos en alto—. ¡AHORA PERTENECÉIS A LA ESTIRPE DEL DRAGÓN! ¡OS

HE COMPRADO Y OS HE PAGADO! ¡ESTÁ HECHO! ¡ESTÁ HECHO!

Por el rabillo del ojo, vio que el viejo Grazdan había girado bruscamente la cabeza. «Me está oyendo hablar valyrio». Los otros traficantes no prestaban atención. Se habían reunido en torno a Kraznys y al dragón, y le gritaban consejos todos a la vez. Aunque los astaporis empujaban y tironeaban, no conseguían arrancar a Drogon de la litera. El humo gris brotaba de sus fauces abiertas, y el largo cuello se curvaba y estiraba mientras lanzaba dentelladas al rostro del esclavista.

«Es hora de cruzar el Tridente», pensó Dany. Dio la vuelta y regresó a lomos de su plata. Sus jinetes de sangre cerraron filas en torno a ella.

—Tenéis problemas —observó.

—No quiere venir —dijo Kraznys.

—Hay un motivo. Los dragones no son esclavos.

Y, con todas sus fuerzas, le cruzó la cara con la fusta al traficante. Kraznys gritó y se tambaleó; la sangre le corrió por las mejillas, tiñéndolas de rojo, y le empapó la barba perfumada. Un golpe de los dedos de la arpía le había destrozado los rasgos, pero Dany no se detuvo a contemplar la ruina de aquel rostro.

—Drogo —cantó en voz alta con dulzura, todos los temores ya olvidados—. *Dracarys*.

El dragón negro extendió las alas y remontó el vuelo.

Un remolino de llamas oscuras alcanzó a Kraznys en pleno rostro. Los ojos se le fundieron y le corrieron por las mejillas; el aceite del pelo y la barba se incendió con tanta violencia que, durante un instante, el traficante tuvo una corona de fuego dos veces más alta que su cabeza. El repentino hedor a carne quemada se impuso hasta por encima del perfume, y su aullido pareció ahogar todos los demás sonidos.

La plaza del Castigo estalló en sangre y caos. Los bondadosos amos gritaban, tropezaban, se empujaban entre sí y se enredaban con los flecos de sus *tokars*. Drogo voló casi perezosamente hacia Kraznys, batiendo las alas negras. Mientras hacía que el traficante de esclavos probara el fuego de nuevo, Irri y Jhiqui desencadenaron a Viserion y a Rhaegal, y pronto hubo tres dragones en el aire. Cuando Dany se volvió para mirar, un tercio de los orgullosos guerreros de Astapor, con sus cuernos de demonios, hacían lo posible por no caerse de sus aterradas monturas, mientras otro tercio huía en un relámpago brillante de cobre. Uno consiguió mantenerse en la silla el tiempo suficiente para desenvainar una espada, pero el látigo de Jhogo se enroscó en torno a su cuello y cortó un grito antes de que naciera. Otro perdió una mano ante el *arakh* de Rakharo, y cayó rodando y escupiendo sangre. Aggo estaba a lomos del caballo, tranquilo; no hacía más que poner una flecha tras otra en la cuerda de su arco antes de dispararlas contra los *tokars*. De oro, de plata o sencillos; no le importaban los

flecos. El poderoso Belwas también había desenfundado el *arakh* y lo hacía girar en el aire mientras atacaba.

—¡Lanzas! —Oyó Dany gritar a un astapori. Era Grazdan, el viejo Grazdan, con su *tokar* cargado de perlas—. ¡Inmaculados! ¡Defendednos, detenedlos, defended a vuestros amos! ¡Espadas! ¡Lanzas!

Cuando Rakharo le atravesó la boca con una flecha, los esclavos que transportaban su silla de mano echaron a correr y lo tiraron al suelo sin ceremonias. El anciano se arrastró hasta la primera hilera de eunucos; su sangre dejaba charcos en los adoquines. Los inmaculados ni siquiera bajaron la vista para ver cómo moría. Se mantuvieron firmes, hilera tras hilera tras hilera.

Y no se movieron.

«Los dioses han escuchado mis oraciones».

—¡Inmaculados! —Dany galopó ante ellos, con la trenza plata y oro volando a su espalda y la campanilla tintineando con cada paso de la yegua—. Matad a los bondadosos amos, matad a los soldados, matad a todo hombre que vista un *tokar* o tenga una fusta, pero no le hagáis daño a ningún niño menor de doce años, y liberad de las cadenas a todo esclavo que encontréis. —Alzó los dedos de la arpía por encima de la cabeza... y tiró al suelo la fusta—. ¡Libertad! —gritó—. ¡*Dracarys!* ¡*Dracarys!*!

—¡*Dracarys!* —gritaron ellos, y Dany no había oído jamás sonido más dulce —. ¡*Dracarys!* ¡*Dracarys!*

Y por doquier los traficantes de esclavos corrieron, sollozaron, suplicaron y murieron, y el aire polvoriento se pobló de fuego y lanzas.

La mañana en la que iba a estar listo su vestido nuevo, las criadas de Sansa le llenaron la bañera con agua humeante y la frotaron a conciencia de los pies a la cabeza. Fue la doncella de la propia Cersei la que le arregló las uñas, y le cepilló y le onduló la melena color castaño rojizo de manera que le cayera por la espalda en suaves bucles. También le llevó una docena de los perfumes favoritos de la reina, de los que Sansa eligió una fragancia dulce y sutil con un toque de limón bajo el aroma floral. La doncella se puso unas gotas en el dedo, y tocó a Sansa detrás de las orejas, bajo la barbilla y en los pezones.

Cersei llegó con la costurera y se quedó mirando mientras le ponían a Sansa la ropa nueva. La interior era de seda; el vestido, en cambio, era de brocado color marfil con hilo de plata y forro de seda plateada. Las puntas de las largas y amplísimas mangas casi tocaban el suelo cuando bajaba los brazos. Era sin duda un vestido de mujer, no de niñita. El escote del corpiño le llegaba casi hasta el vientre, y estaba recubierto con un ornamentado encaje myriense gris paloma. La falda era larga y amplia, con la cintura tan apretada que Sansa tuvo que contener la respiración mientras le hacían las lazadas. También le llevaron calzado nuevo: unas zapatillas de suave piel de gamuza gris que le abrazaban los pies como amantes.

—Estáis muy hermosa, mi señora —le dijo la costurera cuando terminaron de vestirla.

—Sí, ¿verdad? —Sansa dejó escapar una risita y se giró para ver cómo se movía la falda—. Estoy hermosa. —Se moría de ganas de que Willas la vieran con aquel atavío. « Me querrá, tendrá que quererme... En cuanto me vea se olvidará de Invernalia, de eso me encargaré yo» .

—Le falta alguna joya —dijo la reina Cersei examinándola con gesto crítico—. Las adularias que le regaló Joffrey.

—Como ordenéis, alteza —respondió la sirvienta.

Cuando las adularias adornaron el cuello y las orejas de Sansa, la reina asintió con aprobación.

—Muy bien. Los dioses han sido generosos contigo, Sansa. Eres una muchachita preciosa. Casi me repugna desperdiciar una inocencia tan dulce con esa gárgola.

—¿Qué gárgola? —Sansa no entendía nada. ¿Se referiría a Willas? « ¿Cómo es posible que lo sepa?» . No lo sabía nadie excepto ella, Margaery y la Reina de las Espinas... y Dontos, claro, pero él no contaba.

—La capa —ordenó Cersei Lannister sin hacer caso de la pregunta. Y las mujeres se la llevaron; era una capa larga de terciopelo blanco y abundantes adornos de perlas. Llevaba bordado en hilo de plata un fiero huargo. Sansa la miró, aterrada de pronto—. Son los colores de tu padre —dijo Cersei mientras se

la abrochaban en torno al cuello con una fina cadena de plata.

« ¡Una capa de doncella!». Sansa se llevó la mano a la garganta. Si hubiera tenido valor, se habría arrancado la capa allí mismo.

—Estás más guapa con la boca cerrada, Sansa —le dijo Cersei—. Vamos. Estás esperando el septón. Y también los invitados de la boda.

—No —farfulló Sansa—. No.

—Sí. Eres pupila de la corona. Dado que tu hermano es un traidor deshonrado, el rey ocupa el lugar de tu padre, lo que significa que tiene derecho a disponer de tu mano. Te vas a casar con mi hermano Tyrion.

« Por mis derechos sobre Invernalia», pensó espantada. El bufón Dontos había estado en lo cierto: había sabido ver qué iba a pasar. Sansa dio un paso atrás.

—Me niego.

« Voy a casarme con Willas; voy a ser la señora de Altojardín, por favor...».

—Comprendo tu renuencia. Puedes llorar siquieres. Si yo estuviera en tu lugar, me arrancaría el pelo a mechones. Es un enano repugnante, no me cabe duda, pero te vas a casar con él.

—No me podéis obligar.

—Claro que podemos. Puedes venir tranquila y pronunciar los votos como una dama, o puedes resistirte, chillar y dar un espectáculo para que se rían los mozos de cuadras; de cualquiera de las dos maneras, acabarás igual: casada y encamada. —La reina abrió la puerta. Ser Meryn Trant y ser Osmund Kettleblack aguardaban al otro lado con las armaduras blancas de la Guardia Real—. Escoltad a lady Sansa hasta el septo —les dijo—. A la fuerza si es necesario, pero intentad no romperle el vestido; es muy caro.

Sansa trató de escapar, pero la sirvienta de Cersei la atrapó antes de que se hubiera alejado un par de pasos. Ser Meryn Trant le lanzó una mirada que la hizo estremecer, pero Kettleblack la cogió del brazo casi con afecto.

—Haced lo que os dicen, pequeña. No va a ser tan terrible. Además, se supone que los lobos son valientes, ¿no?

« Valientes. —Sansa respiró profundamente—. Sí, soy una Stark, tengo que ser valiente». Todos la estaban mirando igual que la habían mirado en el patio cuando ser Boros Blount le había arrancado la ropa. Aquel día había sido el Gnomo quien la había salvado de la paliza, el mismo hombre que la estaba esperando en aquel momento. « No es tan malo como los demás», se dijo.

—Iré.

—Sabía que atenderías a razones —dijo Cersei con una sonrisa.

Más adelante no recordaría haber salido de la habitación, ni haber bajado por las escaleras, ni haber cruzado el patio. El simple hecho de dar un paso detrás de otro parecía requerir toda su atención. Ser Meryn y ser Osmund caminaban a su lado, con capas tan blancas como la que llevaba ella; solo les faltaban las perlas y

el lobo huargo de su padre. El propio Joffrey la esperaba en la escalera del septo del castillo. El rey estaba resplandeciente con su atavío escarlata y dorado, y llevaba la corona puesta.

—Hoy soy tu padre —le anunció.

—No es verdad —replicó ella.

—Sí que es verdad. —El rostro del muchacho se tensó—. Soy tu padre y te puedo casar con quien quiera. ¡Con quien quiera! Si me da la gana, puedo hacer que te cases con el porquerizo y encamarte con él en la pocilga. —Los ojos verdes le brillaron con diversión—. O tal vez debería entregarte a Ilyn Payne. ¿Lo prefieres?

—Por favor, alteza —suplicó Sansa; tenía el corazón desbocado—. Si alguna vez me quisisteis, aunque solo fuera un poquito, no me obliguéis a casarme con vuestro...

—¿Tío? —Tyrion Lannister salió por la puerta del septo—. Alteza —le dijo a Joffrey—, ¿tendrías la bondad de dejarme un momento a solas con lady Sansa?

El rey estuvo a punto de negarse, pero su madre le lanzó una mirada imperiosa, y todos retrocedieron unos pocos pasos.

Tyrion vestía un jubón de terciopelo negro con filigranas doradas, botas altas hasta el muslo, que lo hacían cinco dedos más alto, y una cadena de rubíes y cabezas de león. Pero la cicatriz que le cruzaba la cara era reciente y roja, y los restos de la nariz eran una costra repugnante.

—Estás muy hermosa, Sansa —le dijo.

—Sois muy amable, mi señor.

No supo qué añadir. «¿Debería decirle que él es muy apuesto? Pensará que soy idiota o una mentirosa». Bajó la vista y se mordió la lengua.

—Ya sé que esta no es manera de traerte a tu boda, mi señora. Lo lamento mucho, y también que haya sido de manera tan repentina y secreta. Mi señor padre lo ha considerado necesario por razones de estado. De lo contrario, habría hablado antes contigo; me habría gustado de verdad. —Se acercó a ella con sus pasos anadeantes—. Sé que no has pedido este matrimonio. Tampoco yo. Pero si me hubiera negado, te habrían casado con mi primo Lancel. Puede que lo prefieras; es más o menos de tu edad y de aspecto más atractivo que yo. Si es tu deseo, dímelo y pondré fin a esta farsa.

«No quiero a ningún Lannister —se moría por decirle—. Quiero a Willas, quiero Altojardín, los cachorros, la barcaza y unos hijos llamados Eddard, Bran y Rickon. —Pero entonces recordó lo que le había dicho Dontos en el bosque de dioses—. Tyrell o Lannister, tanto da; no me quieren a mí, solo mis derechos sobre Invernalia».

—Sois muy bondadoso, mi señor —dijo, derrotada—. Soy pupila del trono, y mi deber es casarme con quien ordene el rey.

Tyrion la examinó con sus ojos dispares.

—Sé que no soy el marido con el que soñaría una jovencita, Sansa —dijo con voz amable—, pero tampoco soy Joffrey.

—No —dijo ella—. Fuisteis bueno conmigo. Lo recuerdo.

—En ese caso, entremos —propuso Tyrion, ofreciéndole una mano gruesa de dedos cortos—. Cumplamos con nuestro deber.

De modo que Sansa le dio la mano y avanzaron juntos hacia el altar, donde el septón aguardaba entre la Madre y el Padre para unir sus vidas para siempre. Vio a Dontos, con sus ropas de bufón, que la miraba con ojos como platos. Ser Balon Swann y ser Boros Blount estaban allí con sus armaduras blancas de la Guardia Real; pero en cambio, no vio a ser Loras.

« No hay ningún Tyrell presente», advirtió de pronto. En cambio, sí había muchos testigos: el eunuco Varys, ser Addam Marbrand, lord Philip Foote, ser Bronn, Jalabhar Xho y otra docena de personas. Lord Gyles tósía; lady Ermesande mamaba, y la hija embarazada de lady Tanda no paraba de sollozar sin motivo aparente. « Que la dejen llorar —pensó Sansa—. Puede que yo haga lo mismo antes de que acabe el día».

La ceremonia transcurrió como en sueños. Sansa hizo todo lo que se le pidió. Hubo oraciones, votos y cánticos; las velas ardieron con un centenar de lucecillas danzarinas que las lágrimas de sus ojos transformaron en un millar. Por suerte nadie pareció darse cuenta de que estaba llorando allí de pie, envuelta en los colores de su padre; o, si alguien se dio cuenta, disimuló. Le pareció que el momento del cambio de capas había llegado muy pronto.

Como padre del reino, Joffrey ocupaba el lugar de lord Eddard Stark. Sansa se quedó rígida como una lanza mientras el muchacho le rodeaba los hombros con las manos para abrir el broche de la capa. Una de ellas le rozó un pecho, y se demoró allí un instante para darle un pellizco. Por fin, el broche se abrió, y Joff le quitó la capa de doncella con un regio movimiento florido y una sonrisa.

La parte que le correspondía a su tío no fue tan bien. La capa de desposada que llevaba en las manos era grande y pesada, de terciopelo escarlata con un bordado de leones y un ribete de seda dorada y rubíes, pero nadie había pensado en llevar un taburete, y Tyrion era un codo más bajo que su novia. Cuando se situó detrás de ella, Sansa sintió un tirón brusco en la falda.

« Quiere que me arrodille», comprendió con sonrojo. Aquello era humillante; nada era como debía ser. Había soñado mil veces con el día de su boda. Siempre había imaginado a su prometido alto y fuerte tras ella cuando le pusiera sobre los hombros la capa de su protección, y luego se inclinaba y le daba un tierno beso en cada mejilla antes de cerrar el broche.

Sintió otro tirón en la falda, más insistente.

« Me niego. ¿Por qué voy a preocuparme por sus sentimientos? Los míos no le importan a nadie».

El enano le tiró de la falda por tercera vez. Ella apretó los labios con

obstinación y fingió que no se daba cuenta. A sus espaldas, alguien reía entre dientes. « La reina», pensó, pero no tenía importancia. Para entonces, todos se estaban riendo ya; las carcajadas de Joffrey eran las más sonoras.

—Dontos, ponte a cuatro patas —ordenó el rey—. Mi tío necesita una ayudita para trepar hasta su esposa.

Así fue cómo su señor esposo le puso la capa con los colores de la casa Lannister: de pie sobre la espalda de un bufón.

Cuando Sansa se volvió, el hombrecillo la miraba desde abajo, con los labios tensos y el rostro tan rojo como la capa. De pronto se avergonzó por su testarudez. Se alisó las faldas y se arrodilló delante de él para que sus cabezas quedaran al mismo nivel.

—Con este beso te entrego en prenda mi amor, y te acepto como señor y como esposo.

—Con este beso te entrego en prenda mi amor —replicó el enano con voz ronca—, y te acepto como mi señora y esposa.

Se inclinó hacia delante, y sus labios se rozaron.

« ¡Es tan feo...! —pensó Sansa cuando acercó el rostro al suyo—. Es aún más feo que el Perro».

El septón levantó en alto su cristal, de modo que la luz con todos los colores del arcoíris los bañó a ambos.

—Aquí, ante los ojos de los dioses y los hombres —dijo—, proclamo solemnemente a Tyrion de la casa Lannister y a Sansa de la casa Stark marido y mujer, una sola carne, un solo corazón, una sola alma, ahora y por siempre, y maldito sea quien se interponga entre ellos.

Sansa tuvo que morderse el labio para ahogar un sollozo.

El banquete nupcial se celebró en la sala menor. Habría unos cincuenta invitados, en su mayor parte vasallos y aliados de los Lannister, a los que se unieron los que habían asistido a la ceremonia. Allí vio Sansa a los Tyrell. Margaery la miró con ojos llenos de tristeza, y la Reina de las Espinas, que llegó escoltada entre Izquierdo y Derecho, ni siquiera alzó la vista hacia ella. Elinor, Alla y Megga hacían como si no existiera.

« Mis amigas», pensó Sansa con amargura.

Su esposo bebía mucho y apenas comía. Escuchaba a todos los que se levantaban para hacer brindis, y de cuando en cuando se lo agradecía con un asentimiento seco, pero por lo demás, su rostro podría haber estado esculpido en piedra. El banquete pareció durar siglos, aunque Sansa no probó la comida. Quería que todo terminara cuanto antes y, pese a aquello, temía el final. Porque tras el banquete llegaría el encamamiento. Los hombres la llevarían al lecho nupcial y la desnudarían por el camino entre chistes groseros sobre el destino que la aguardaba bajo las sábanas, mientras las mujeres hacían lo mismo con Tyrion. Solo cuando los hubieran metido desnudos en el lecho los dejarían a solas, aunque

los invitados se quedarían ante la puerta del dormitorio matrimonial y les gritarían sugerencias obscenas. Cuando Sansa era niña, la perspectiva del encamamiento le parecía algo maravilloso, emocionante y un poco perverso, pero entonces, cuando se acercaba el momento, solo sentía terror. No soportaría que le arrancaran la ropa, y sin duda, a la primera broma soez se echaría a llorar.

Cuando los músicos empezaron a tocar puso una mano sobre la de Tyrion con gesto tímido.

—¿No deberíamos abrir el baile, mi señor?

—Creo que ya les hemos proporcionado bastantes motivos para reírse por hoy, ¿no te parece? —le preguntó su esposo con una mueca.

—Como diga mi señor. —Sansa retiró la mano.

Joffrey y Margaery abrieron el baile en su lugar.

« ¿Cómo es posible que un monstruo baile tan bien? », se preguntó Sansa. A menudo había imaginado cómo sería el baile de su boda, con todos los ojos clavados en ella y en su apuesto señor. En sus fantasías, todos los presentes sonreían. « Ni siquiera mi esposo está sonriendo» .

Otros invitados se unieron enseguida al rey y a su prometida. Elinor danzaba con su joven escudero, y Megga, con el príncipe Tommen. Lady Merryweather, la belleza myriense de pelo negro y grandes ojos oscuros, giraba de una manera tan provocativa que no hubo hombre en la sala que no la mirase. Lord y lady Tyrell se movían de manera más tranquila. Ser Kevan Lannister le rogó a lady Janna Fossoway, la hermana de lord Tyrell, que le concediera el honor de bailar con él. Meredyth Crane danzaba con el príncipe exiliado Jalabhar Xho, que estaba muy atractivo con sus galas emplumadas. Cersei Lannister bailó primero con lord Redwyne, luego con lord Rowan y por último con su padre, que se movía con seria elegancia.

Sansa, con las manos cruzadas sobre el regazo, observó cómo se movía la reina, cómo se reía y agitaba los bucles dorados.

« Los hechiza a todos —pensó, derrotada—. Cuánto la odio». Apartó la vista para mirar al Chico Luna, que bailaba con Dontos.

—Lady Sansa. —Ser Garlan Tyrell estaba de pie junto al estrado—. ¿Me concedéis el honor de este baile, si vuestro señor esposo da su permiso?

—Mi señora puede danzar con quien le plazca —dijo el Gnomo entrecerrando los ojos dispares.

Tal vez habría debido quedarse al lado de su esposo, pero tenía tantas ganas de bailar... Además, ser Garlan era hermano de Margaery, de Willas, de su Caballero de las Flores.

—Ahora entiendo por qué os llaman Garlan el Galante —dijo al tiempo que lo tomaba de la mano.

—Mi señora es muy gentil. Resulta que ese apodo me lo puso mi hermano Willas para protegerme.

—¿Para protegeros? —Sansa lo miró asombrada.

Ser Garlan se echó a reír.

—Me temo que era yo un muchachito bajo y regordete, y tenemos un tío al que todos llaman Garth el Grosero. De manera que Willas se adelantó a los acontecimientos, aunque no antes de amenazarme con Garlan el Gallina, Garlan el Guarro y Garlan el Gárgola.

Era una tontería tan encantadora que, pese a las circunstancias, Sansa no pudo contener la risa. La invadió una absurda sensación de gratitud. Sin saber por qué, la risa hacía que volviera a albergar esperanzas, aunque fuera solo durante un momento. Sonrió y se dejó llevar por la música; se perdió en los pasos, en el sonido de las flautas, los caramillos y el arpa, en el ritmo del tambor... y en ocasiones, cuando el baile los juntaba, en los brazos de ser Garlan.

—Mi señora esposa está muy preocupada por vos —le dijo en voz baja en una de aquellas ocasiones.

—Lady Leonette es muy amable. Por favor, decidle que estoy bien.

—Una novia no debería estar simplemente bien el día de su boda. —La voz con la que se dirigía a ella era afectuosa—. Parecíais al borde de las lágrimas.

—Lágrimas de alegría.

—Vuestros ojos dicen que vuestra lengua miente. —Ser Garlan la hizo girar y la atrajo hacia su costado—. Mi señora, he visto cómo miráis a mi hermano. Loras es valiente y atractivo; todos lo queremos de corazón... Pero vuestro Gnomo será mejor esposo. Creo que es un hombre mucho más grande de lo que aparenta.

La música los separó antes de que Sansa supiera qué responderle. Se encontró enfrente de Mace Tyrell, congestionado y sudoroso; luego, enfrente de lord Merry weather, y luego, enfrente del príncipe Tommen.

—Yo también me quiero casar —dijo el principito regordete, que acababa de cumplir nueve años—. ¡Soy más alto que mi tío!

—Ya lo veo —dijo Sansa antes de que volvieran a cambiar de pareja.

Ser Kevan le dijo que estaba muy hermosa; Jalabhar Xho le dijo algo que no comprendió en el idioma de las islas del Verano, y lord Redwyne le deseó muchos hijos gorditos e incontables años de felicidad. Y entonces, el baile la situó cara a cara con Joffrey.

Sansa se puso rígida cuando la rozó con la mano, pero el rey la agarró con más fuerza y la atrajo hacia sí.

—No estés tan triste. Mi tío es un enano repulsivo, pero todavía me tienes a mí.

—¡Te vas a casar con Margaery!

—Un rey puede tener otras mujeres, y muchas putas. Mi padre las tenía, y también uno de los Aegones. El tercero o el cuarto, no sé. Tuvo montones de putas y bastardos. —Mientras giraban al ritmo de la música, Joff le dio un beso

húmedo—. Mi tío te traerá a mi cama cuando yo se lo ordene.

—Se negará —dijo Sansa sacudiendo la cabeza.

—Hará lo que le diga o le cortaré la cabeza. Ese rey Aegon tenía todas las mujeres que quería, estuvieran casadas o no.

Por suerte, llegó de nuevo el momento del cambio de pareja, pero Sansa sentía las piernas como si fueran de madera, y lord Rowan, ser Tallad y el escudero de Elinor debieron de pensar que era una bailarina de lo más torpe. Luego se volvió a encontrar frente a ser Garlan y, afortunadamente, el baile terminó.

Pero su alivio no duró mucho. En cuanto la música cesó, oyó el grito de Joffrey.

—¡Es hora de encamarlos! ¡Vamos a quitarle la ropa a la loba, a ver qué le puede ofrecer a mi tío!

Otros hombres se unieron al grito. Su señor esposo alzó la vista de la copa de vino con un movimiento lento, liberado.

—No va a haber encamamiento.

—Si yo lo ordeno, lo habrá. —Joffrey agarró a Sansa por el brazo.

—Entonces complacerás a tu prometida con una polla de madera. —El Gnomo clavó el puñal en la mesa—. Porque te juro que te capo.

Se hizo un silencio tenso. Sansa se apartó de Joffrey, pero la tenía sujetada con fuerza, y se le desgarró la manga del vestido. Nadie pareció darse cuenta. La reina Cersei se volvió hacia su padre.

—¿Has oído lo que ha dicho?

—Podemos prescindir del encamamiento —dijo lord Tywin poniéndose en pie—. Estoy seguro de que no pretendías proferir amenazas contra la regia persona del rey, Tyrion.

Sansa vio una nube de cólera pasar por el rostro de su esposo.

—Me he expresado mal —dijo—. Solo ha sido una broma pesada.

—¡Me has amenazado con caparme! —chilló Joffrey.

—Es verdad, alteza —dijo Tyrion—, pero solo porque envidio tu regio miembro viril. El mío es tan pequeño y retorcido... —Le dedicó una mueca burlona—. Y si me cortas la lengua, no me quedará ninguna manera de complacer a la bella esposa que me has dado.

A ser Osmund Kettleblack se le escapó una carcajada, y otros rieron entre dientes. Pero Joff no sonrió, y lord Tywin, tampoco.

—Alteza, es evidente que mi hijo está enfermo —dijo.

—Ciento —confesó el Gnomo—, pero no tanto que no me pueda encargar de encamarme yo solito. —Saltó del estrado y agarró a Sansa sin miramientos—. Vamos, esposa; es hora de abrirte la poterna. Quiero jugar a «entra en el castillo» .

Sansa se puso roja y lo siguió hacia la puerta de la sala menor. «¿Qué otra

cosa puedo hacer?». Tyrion anadeaba al caminar, sobre todo cuando iba tan deprisa como en aquel momento. Los dioses se apiadaron de ellos, y ni Joffrey ni nadie hicieron ademán alguno de seguirlos.

Para la noche de bodas les habían cedido un dormitorio lleno de ventanales en lo más alto de la Torre de la Mano. Cuando entraron, Tyrion cerró la puerta de una patada.

—En el aparador hay una jarra de vino del Rejo, Sansa. ¿Tendrías la bondad de servirme una copa?

—¿Creéis que es buena idea, mi señor?

—La mejor que he tenido nunca. No estoy borracho del todo, ¿sabes? Pero lo pienso estar.

Sansa llenó una copa para su esposo y otra para sí.

« Si yo también estoy borracha, resultará más fácil ». Se sentó al borde de la cama con dosel y se bebió la mitad del contenido de tres largos tragos. Sin lugar a dudas, el vino era exquisito, pero estaba demasiado nerviosa para paladarlo. Enseguida, la cabeza le empezó a dar vueltas.

—¿Queréis que me desvista, mi señor?

—Tyrion. —Inclinó la cabeza a un lado—. Me llamo Tyrion, Sansa.

—Tyrion. Mi señor. ¿Queréis que me quite el vestido o preferís desnudarme vos? —Bebió otro trago de vino.

—La primera vez que me casé —dijo el Gnomo, apartándose de ella— únicamente estábamos nosotros, un septón borracho y unos cuantos cerdos como testigos. En el banquete de bodas nos comimos a uno de los testigos. Tysha me daba trocitos crujientes de piel y yo le lamía la grasa de los dedos, y cuando caímos en la cama no parábamos de reír.

—¿Habíais estado casado? Lo había... Lo había olvidado.

—No lo habías olvidado; es que no lo sabías.

—¿Quién era ella, mi señor? —preguntó Sansa. Muy a su pesar, sentía curiosidad.

—Lady Tysha. —Apretó los labios—. De la casa Puñadoplata. Su escudo de armas muestra una moneda de oro y ciento de plata sobre una sábana ensangrentada. Fue un matrimonio muy breve... como le corresponde a un hombre de mi brevedad, claro. —Sansa se miró las manos y no dijo nada—. ¿Cuántos años tienes, Sansa? —preguntó Tyrion tras un momento.

—Trece —respondió—. Los cumpliré la próxima luna.

—Dioses misericordiosos. —El enano bebió otro trago de vino—. En fin, aunque hablemos toda la noche no vas a hacerte mayor. Sigamos, mi señora, si te parece bien.

—Me parecerá bien lo que diga mi señor.

Aquello lo enfureció.

—Te escondes detrás de la cortesía como si fuera la muralla de un castillo.

—La cortesía es la armadura de una dama —dijo Sansa, como le había enseñado siempre su septa.

—Ahora que estás con tu esposo, te puedes quitar la armadura.

—¿Y la ropa?

—También. —Le hizo un gesto con la mano en la que tenía la copa—. Mi señor padre me ha ordenado que consume este matrimonio.

A Sansa le temblaban las manos cuando empezó a desanudarse las lazadas. Le parecía que tenía los dedos de madera reseca, pero aun así consiguió desatarse las cintas y desabrocharse los botones; la capa, el vestido, el corsé y la enagua cayeron al suelo, y por fin se quitó la ropa interior. Se le erizó el vello de los brazos y las piernas. Mantuvo los ojos clavados en el suelo, demasiado tímida para mirarlo, pero cuando terminó, alzó la vista y vio cómo la contemplaba él. Le pareció que en el ojo verde había hambre, y en el negro, furia. Sansa no habría sabido decir cuál la atemorizaba más.

—Eres una niña.

—Ya he florecido —dijo ella, tapándose los pechos con las manos.

—Eres una niña —repitió—, pero te deseo. ¿Eso te da miedo, Sansa?

—Sí.

—A mí también. Sé que soy feo...

—No, mi se...

—No mientas, Sansa. —Tyrion se puso de pie—. Soy deforme y estoy lleno de cicatrices; soy bajo, pero... —Sansa vio que no daba con las palabras—. Pero en la cama, una vez apagadas las velas, no soy peor que los demás hombres. En la oscuridad soy el Caballero de las Flores. —Bebió un trago de vino—. Soy generoso; soy leal con quienes me son leales. He demostrado que no soy ningún cobarde. Y soy más inteligente que la mayoría de los hombres; el cerebro tiene que contar. También puedo ser bueno. Mucho me temo que la bondad no es muy común entre los Lannister, pero sé que yo tengo mi ración. Podría... podría ser bueno contigo.

«Está tan asustado como yo», se percató Sansa. Tal vez aquello debería haber hecho que se sintiera más predisposta hacia él, pero tuvo el efecto contrario. Lo único que sintió fue pena, y la pena supone la muerte del deseo. Él la estaba mirando; esperaba que dijera algo, pero las palabras no acudían a los labios. No pudo hacer más que apartar la mirada temblorosa.

Cuando por fin comprendió que no le iba a responder, Tyrion Lannister apuró el resto del vino.

—Entiendo —dijo con amargura—. Métete en la cama, Sansa. Tenemos que cumplir con nuestro deber.

Ella se subió al colchón de plumas, consciente de su mirada. Una vela de cera perfumada ardía en la mesita de noche, y había pétalos de rosa entre las sábanas. Empezó a subir la manta para taparse.

—No —le oyó decir.

El frío la hizo estremecer, pero obedeció. Cerró los ojos y aguardó. Al cabo de unos instantes oyó a su marido quitándose las botas, y el crujido de la ropa mientras se desvestía. Cuando se subió a la cama y le puso una mano sobre un pecho, Sansa no pudo reprimir un escalofrío. Se quedó tendida, con los ojos cerrados y los músculos tensos, aterrada ante la idea de lo que iba a suceder. ¿Volvería a tocarla? ¿La besaría? ¿Debía abrir las piernas ya? No sabía qué se esperaba de ella.

—Sansa. —Había apartado la mano—. Abre los ojos.

Había prometido obedecer, de modo que abrió los ojos. Tyrion estaba sentado a sus pies, desnudo. Allí donde se le unían las piernas sobresalía su cayado viril, rígido y duro, rodeado de grueso vello rubio. Era lo único que tenía recto.

—Mi señora —dijo Tyrion—, eres muy hermosa, no me interpretes mal, pero... No puedo seguir adelante con esto. Que se vaya a la mierda mi padre. Esperaremos. A que cambie la luna, un año, una estación... lo que haga falta. Hasta que me conozcas mejor y tal vez incluso confies un poco en mí.

Tal vez su sonrisa pretendiera tranquilizarla, pero al no tener nariz, solo conseguía parecer más grotesco y siniestro.

«Míralo —se ordenó Sansa—, mira a tu esposo, míralo bien; la septa Mordane decía que todos los hombres son hermosos, busca su hermosura, búscalas. —Contempló las piernas torcidas, la frente abultada y brutal, el ojo verde y el ojo negro, los restos de la nariz, la retorcida cicatriz rosa, la maraña de pelo negro y dorado que era su barba... Hasta su miembro viril era feo, grueso, venoso, con la cabeza bulbosa y violácea—. Esto no es justo, no es justo, ¿en qué he ofendido a los dioses para que me traten así?».

—Te juro por mi honor de Lannister que no te tocaré hasta que tú quieras —dijo el Gomo.

Tuvo que reunir todo el valor que le quedaba para mirar aquellos ojos dispares.

—¿Y si no quiero nunca, mi señor?

—Nunca? —Tyrion hizo una mueca como si lo acabara de abofetear. Sansa tenía el cuello tan rígido que apenas pudo asentir—. Bueno —añadió él—, para eso hicieron los dioses a las putas: para los gnomos como yo.

Cerró los dedos cortos y gruesos en un puño, y se bajó de la cama.

Septo de Piedra era la ciudad más grande que Arya había visto, aparte de Desembarco del Rey, y Harwin le contó que allí era donde su padre había obtenido la victoria en su famosa batalla.

—Los hombres del Rey Loco perseguían a Robert para alcanzarlo antes de que pudiera reunirse con vuestro padre —le dijo mientras cabalgaban hacia las puertas de la muralla—. Lo hirieron, y unos amigos estaban cuidando de él cuando lord Connington, la mano, tomó la ciudad con un gran ejército y empezó a registrarla casa por casa. Pero, antes de que lo encontraran, lord Eddard y vuestro abuelo cayeron sobre la ciudad y la asaltaron. Lord Connington se defendió con bravura. Lucharon en las calles, en los callejones, hasta en los tejados, y todos los septones hicieron sonar las campanas, para que los ciudadanos supieran que tenían que cerrar las puertas. Cuando oyó las campanas, Robert salió de su escondrijo para tomar parte en los combates. Se dice que aquel día mató a seis hombres. Uno de ellos era Myles Mooton, un famoso caballero que había sido escudero del príncipe Rhaegar. Seguro que también habría matado a la mano, pero quiso la suerte que no se enfrentaran. En cambio, Connington hirió de gravedad a vuestro abuelo materno, y también mató a ser Denys Arryn, el niño mimado del Valle. Pero al ver que la derrota era inminente salió huyendo, más veloz que los grifos de su escudo. La llamaron la batalla de las Campanas. Robert decía siempre que quien la ganó fue vuestro padre, no él.

Por el aspecto de aquel lugar, Arya pensó que allí se habían librado batallas más recientes. Las puertas de la ciudad estaban recién puestas; ni siquiera habían pulido la madera. Junto a las murallas había un montón de tablones quemados que indicaban sin lugar a dudas lo que había pasado con las antiguas.

Septo de Piedra estaba cerrado a cal y canto, pero cuando el capitán de la Guardia vio quiénes eran, les abrió un postigo.

—¿Cómo andáis de comida? —preguntó Tom mientras entraban.

—No tan mal como hasta hace poco. El Cazador trajo un rebaño de ovejas, y ha habido algo de comercio por el Aguasnegras. La cosecha del sur del río no se quemó. Pero claro, lo que tenemos está muy solicitado. Un día vienen lobos, al otro titiriteros... Los que no quieren comida vienen a saquear o violar mujeres, y los que no buscan oro ni mozas andan detrás del maldito Matarreyes. Se dice que se le escapó a lord Edmure ante sus narices.

—¿Lord Edmure? —Lim frunció el ceño—. ¿Qué pasa? ¿Ha muerto lord Hoster?

—Si no ha muerto, está a punto. ¿Creéis que el Lannister se dirigirá al Aguasnegras? El Cazador dice que es el camino más rápido para llegar a Desembarco del Rey. —El capitán no se detuvo a esperar la respuesta—. Se ha llevado a los perros por si encuentran el rastro. Si ser Jaime anda por aquí; darán

con él. He visto a esos animales hacer pedazos a osos. ¿Creéis que les gustará la sangre de león?

—Un cadáver mordido no le sirve de nada a nadie —replicó Lim—. Y el Cazador lo sabe de sobra.

—Cuando vinieron los occidentales, violaron a la mujer y a la hermana del Cazador, prendieron fuego a sus cosechas, se comieron la mitad de sus ovejas y a la otra mitad la mataron solo para causar daño. También le mataron seis perros y los tiraron al pozo. En mi opinión, un cadáver mordido le serviría de mucho. Y a mí también.

—Pues más vale que se quede con las ganas —dijo Lim—. Así de sencillo: más vale que no haga ninguna tontería, que para tonto ya os tenemos a vos.

Arya cabalgó entre Harwin y Anguy cuando los bandidos avanzaron por las calles donde otrora había luchado su padre. Divisó el septo, en la colina, y un poco más abajo, un torreón achaparrado de piedra gris, que parecía demasiado pequeño para una ciudad tan grande. Pero un tercio de las casas junto a las que pasó eran ruinas ennegrecidas, y no vieron a nadie.

—¿Es que han matado a todos los habitantes?

—No, lo que pasa es que son timidos.

Anguy le señaló a dos arqueros situados en un tejado, y luego a unos niños de rostro manchado de hollín acuclillados entre los escombros de una taberna. Más adelante, un panadero abrió los postigos de una ventana y llamó a gritos a Lim. El sonido de su voz hizo que más personas se atrevieran a salir de los escondrijos y, poco a poco, Septo de Piedra empezó a cobrar vida a su alrededor.

En el centro de la ciudad, en la plaza del mercado, había una fuente con forma de trucha saltarina que escupía el agua a un estanque poco profundo. Allí, las mujeres llenaban cubos y jarras. A unos pasos había una docena de jaulas de hierro, colgadas de postes de madera que crujían bajo su peso. Arya las reconoció al instante. «Jaulas para cuervos». Los cuervos revoloteaban fuera de las jaulas, chapoteaban en el agua o se posaban sobre los barrotes; dentro, lo que había eran hombres. Lim frunció el ceño y tiró de las riendas.

—¿Y esto? ¿Qué pasa aquí?

—Es justicia —le respondió una de las mujeres de la fuente.

—¿Es que se os ha terminado la cuerda de cáñamo?

—¿Ha sido por orden de ser Wilbert? —preguntó Tom.

Un hombre soltó una carcajada amarga.

—Los leones mataron a ser Wilbert hace más de un año. Sus hijos están todos lejos, con el Joven Lobo, engordando en el oeste. ¿Qué les importamos nosotros? Fue el Cazador Loco el que atrapó a estos lobos.

«Lobos. —Arya se quedó helada—. Los hombres de Robb, los de mi padre». Sin poder evitarlo, se dirigió hacia las jaulas. Los barrotes tenían a los prisioneros tan constreñidos que no podían sentarse ni girar; estaban de pie, desnudos,

expuestos al sol, al viento y a la lluvia. En las tres primeras jaulas solo había cadáveres. Las aves carroñeras se les habían comido los ojos, pero las órbitas vacías parecían seguirla con la mirada. El cuarto hombre de la hilera se movió a su paso. Tenía la desastrada barba cubierta de sangre y moscas, que saltaron cuando abrió la boca y empezaron a zumbar en torno a su cabeza.

—Aqua. —La palabra era como un graznido—. Por favor... agua...

Al oírla, el hombre de la siguiente jaula abrió los ojos.

—Aquí —dijo—. Aquí, a mí. —Era un anciano; tenía la barba canosa; y sobre la calva se le veían las manchas marrones de la edad.

Tras el viejo había otro cadáver, un hombretón de barba roja con un vendaje grisáceo putrefacto que le cubría la oreja izquierda y parte de la sien. Pero lo peor era su entrepierna, donde no quedaba nada más que un agujero marrón costoso en el que pululaban los gusanos. Más adelante había un hombre gordo. Estaba tan cruelmente constreñido en la jaula de cuervos, que costaba imaginar cómo lo habían metido dentro. El hierro se le clavaba en la barriga, y las mallas sobresalían pellizcadas entre los barrotes. Los largos días al sol le habían causado dolorosas quemaduras de los pies a la cabeza. Cuando se movió, la jaula crujío y se meció, y Arya vio tiras de piel blanca allí donde los barrotes le habían escudado la piel del sol.

—¿A quién servíais? —les preguntó.

Al oír su voz, el hombre gordo abrió los ojos. La piel que los rodeaba estaba tan roja que parecían dos huevos hervidos flotando en un plato de sangre.

—Aqua... Beber...

—¿A quién? —insistió.

—Tú no les hagas caso, chico —le dijo un ciudadano—. No son cosa tuyas. Sigue adelante.

—¿Qué han hecho? —le preguntó.

—Pasaron por la espada a ocho personas en la Cascada del Volatinero —le dijo—. Buscaban al Matarreyes, pero como no lo encontraron, se dedicaron a violar y a asesinar. —Señaló con el pulgar el cadáver que tenía gusanos allí donde había estado su miembro viril—. Ese era el de las violaciones. Ahora, sigue adelante.

—Un trago —le rogó el gordo—. Ten compasión, chico, un trago.

El viejo alzó un brazo para agarrar los barrotes. El movimiento hizo que la jaula se meciera con violencia.

—Aqua —jadeó el que tenía moscas en la barba.

Arya miró las cabelleras sucias, las barbas crecidas y los ojos enrojecidos, y sobre todo, los labios secos, agrietados y sangrantes.

«Lobos —volvió a pensar—. Como yo. —¿Acaso era aquella su manada?—. ¿Es posible que sean hombres de Robb?». Sentía deseos de golpearlos. Sentía deseos de hacerles daño. Sentía deseos de llorar. Todos parecían mirarla, tanto los

vivos como los muertos. El viejo había sacado tres dedos entre los barrotes.

—Agua —suplicó—, agua.

Arya se bajó del caballo.

«No me pueden hacer daño; se están muriendo». Sacó el tazón que llevaba en las alforjas y se dirigió hacia la fuente.

—¿Qué haces, chico? —le espetó el ciudadano—. No son cosa tuyas.

Arya alzó el tazón hacia la boca del pez. El agua le salpicó los dedos y le corrió por la manga, pero ella no se movió hasta que lo tuvo bien lleno. Luego se volvió hacia las jaulas, y el ciudadano hizo ademán de detenerla.

—Aléjate de ellos, chico...

—Es una niña —dijo Harwin—. Dejadla en paz.

—Eso —dijo Lim—. A lord Beric no le gusta que se enjaule a hombres y se los deje morir de sed. ¿Por qué no los ahorcáis decentemente?

—Lo que hicieron en la Cascada del Volatinero no tenía nada de decente —les espetó el ciudadano.

Los barrotes estaban demasiado juntos para pasar el tazón, así que Harwin y Gendry la ayudaron a auparse. Arya puso un pie sobre las manos entrelazadas de Harwin, se subió a los hombros de Gendry y se agarró a los barrotes de la parte superior de la jaula. El hombre gordo alzó el rostro hacia arriba y apretó las mejillas contra el hierro, y Arya vertió el agua sobre él. El prisionero la sorbió con ansia y dejó que le corriera por la cabeza, por las mejillas y por las manos; luego lamió las gotas de los barrotes. Habría lamido también los dedos de Arya si no los hubiera apartado. Cuando hubo hecho lo mismo con los otros dos, ya se había congregado una multitud a su alrededor.

—El Cazador Loco se va a enterar de esto —amenazó un hombre—. Y no le va a gustar ni un pelo.

—Esto le gustará menos aún.

Anguy sacó una flecha del carcaj, tensó el arco y disparó. El hombre gordo se estremeció cuando la saeta se le clavó entre las papadas, aunque la jaula impidió que cayera. Dos flechas más acabaron con los otros dos norteños. En la plaza del mercado no se oía más sonido que el del agua y el zumbido de las moscas.

«*Valar morghulis*», pensó Arya.

En el lado oriental de la plaza del mercado se alzaba una modesta posada de paredes encaladas y ventanas rotas. Hacía poco que había ardido la mitad del tejado, pero el agujero ya estaba parcheado. Sobre la puerta pendía un cartelón de madera pintada con la forma de un melocotón al que le faltaba un buen mordisco. Desmontaron junto al rincón del poyo de los establos, y Barbaverde llamó a gritos a los mozos de cuadra.

Una tabernera regordeta y pelirroja gritó de alegría al verlos, y al momento procedió a tomarles el pelo.

—Barbaverde, ¿no? ¿O era Barbagrís? La Madre tenga piedad, ¿cuándo has envejecido tanto? ¡Eres tú, Lim! ¡Y todavía llevas la misma capa harapienta! Oye, ya sé por qué no la lavas nunca. ¡Tienes miedo de que se le quiten los meados y todos veamos que en realidad eres un caballero de la Guardia Real! ¡Tom, Tom Siete, pedazo de canalla! ¡Has venido a ver a tu hijo? Pues llegas tarde; ha salido con ese Cazador de las narices. ¡Y no te atrevas a decirme que no es tu hijo!

—No ha sacado mi voz —protestó Tom sin mucha energía.

—Pero ha sacado tu nariz. Y también otras partes, por lo que dicen las muchachas. —Entonces se fijó en Gendry y le dio un pellizco en la mejilla—. ¡Pero mirad qué fiera! Ya verás cuando Alyce les eche el ojo a esos brazos. Vaya, y encima se sonroja como una doncella. Bueno, chico, Alyce también te arreglará eso, ya lo verás.

Arya nunca había visto a Gendry tan colorado.

—Atanasia, deja en paz al Toro; es un buen chico —dijo Tom de Sietecauces—. Lo único que necesitamos de ti es dormir a salvo una noche en buenas camas.

—No hables por todos, bardo. —Anguy rodeó con el brazo a una fornida criada, tan pecosa como él.

—Camas tenemos —dijo la pelirroja Atanasia—. No han faltado nunca en el Melocotón. Pero antes, todos a la bañera. La última vez que os quedasteis bajo mi techo me dejasteis pulgas de recuerdo. —Clavó el dedo en el pecho de Barbaverde—. Y encima las tuyas eran verdes. ¿Queréis algo de comer?

—Si tenéis provisiones, no diremos que no —concedió Tom.

—Venga, Tom, ¿cuándo fue la última vez que dijiste que no a algo? —La mujer se rio—. Asaré unos trozos de carnero para tus amigos y una rata vieja para ti. Es más de lo que te mereces, pero si me haces un par de gorgoritos, tal vez me ablande. Yo es que siempre me apiado de los afligidos. Vamos, vamos. Cass, Lanna, poned agua a calentar. Jyrene, ayúdame a quitarles la ropa; habrá que hervirla.

Cumplió todas sus amenazas una por una. Arya trató de explicarle que ya la habían bañado dos veces en Torreón Bellota, hacía menos de quince días, pero no hubo manera de convencer a la pelirroja. Dos criadas la llevaron casi en volandas al piso de arriba mientras discutían entre ellas sobre si era una niña o un niño. Ganó la llamada Helly, de manera que la otra tuvo que subir el agua caliente y restregar la espalda de Arya con un cepillo de cerdas tan duras que casi la despellejaron. Luego se quedaron con toda la ropa que le había dado lady Smallwood, y la vistieron de lino y encajes, como una de las muñecas de Sansa. Pero al menos, cuando terminaron, pudo bajar a comer.

Una vez sentada en la sala común con su ropa de niña idiota, Arya recordó lo que le había dicho Syrio Forel, el truco de mirar a su alrededor sin que se notara. Miró y vio más criadas de las que harían falta en ninguna posada, la mayoría de

ellas jóvenes y bonitas. A medida que anochecía iban llegando más y más hombres al Melocotón. No se quedaban mucho tiempo en la sala común, ni siquiera cuando Tom sacó la lira y empezó a cantar «Seis doncellas en un estanque». Los escalones de madera eran viejos y empinados, y crujían cada vez que uno de los hombres se llevaba a una chica al piso superior.

—Seguro que esto es un burdel —le susurró a Gendry.

—Y tú qué sabes qué es un burdel.

—Lo sé —se empeñó ella—. Es como una taberna, pero con chicas.

—Entonces, ¿qué haces tú aquí? —El muchacho se estaba poniendo colorado otra vez—. Un burdel no es lugar para una niñata de alta cuna; eso lo sabe cualquiera.

Una de las chicas se sentó junto a ella en el banco.

—¿Quién es de alta cuna? ¿La flaquito? —Miró a Arya y se echó a reír—. Yo también soy hija de un rey.

—Mentira. —Arya sabía que se estaba burlando de ella.

—Bueno, puede que sí y puede que no. —Cuando la chica se encogió de hombros, el tirante del vestido le cayó por el hombro—. En el Melocotón se dice que el rey Robert se folló a mi madre mientras estaba escondido aquí, antes de la batalla. Igual que a todas las otras chicas, claro, pero dice Leslyn que mi madre era la que más le gustaba.

Lo cierto era que la muchacha tenía el pelo como el antiguo rey, se dijo Arya. Una cabellera espesa y negra como el carbón.

«Pero eso no quiere decir nada. Por ejemplo, Gendry tiene el pelo igual. Hay mucha gente con el pelo negro».

—Me llamo Campy —le dijo la chica a Gendry—. Me llamaron así por la batalla de las Campanas. Seguro que podría hacer sonar tu campana. ¿Quieres que pruebe?

—No —replicó en voz demasiado alta.

—Seguro que sí. —Le acarició un brazo con la mano—. Los amigos de Thoros y del Señor del Relámpago no tienen que pagar nada.

—¡He dicho que no! —Gendry se levantó sin miramientos, se alejó de la mesa y salió a la noche.

—¿No le gustan las mujeres? —le preguntó Campy a Arya.

—Lo que pasa es que es idiota —contestó Arya, encogiéndose de hombros—. Le gusta pulir y elmós y golpear espadas con el martillo.

—Ah.

Campy volvió a colocarse el tirante en el hombro y se fue a hablar con Jack-con-Suerte. Poco después estaba sentada en su regazo, se reía y bebía vino de su copa. Barbaverde tenía a dos chicas, una en cada rodilla. Anguy había desaparecido con su moza de cara pecosa, y a Lim tampoco se lo veía por ninguna parte. Tom Sietecuerdas estaba sentado junto al fuego y cantaba «Las

doncellas que florecen en primavera». Arya lo escuchó mientras bebía sorbos de la copa de vino aguado que la mujer pelirroja le había permitido tomar. Al otro lado de la plaza, los cadáveres se pudrían en las jaulas para cuervos; en cambio, en el Melocotón, todo el mundo parecía alegre. Pero a ella, sin saber por qué, le parecía que algunos se reían con demasiado entusiasmo.

Tal vez habría sido un buen momento para escabullirse y robar un caballo, pero sabía que no le serviría de nada. Solamente podría llegar a las puertas de la ciudad.

«Ese capitán no me dejaría pasar y, aunque me dejara, Harwin iría a por mí, o si no, ese tal Cazador con sus perros». Habría dado cualquier cosa por un mapa, solo para ver si Septo de Piedra estaba muy lejos de Aguas dulces.

Antes de terminarse la copa, Arya ya era toda bostezos. Gendry aún no había regresado. Tom Sietecuerdas cantaba «Dos corazones que laten como uno» y besaba a una chica diferente al final de cada verso. En un rincón, junto a la ventana, Lim y Harwin charlaban en voz baja, sentados con la pelirroja Atanasia.

—Por la noche en la celda de Jaime —oyó que decía la mujer—. Ella y la otra, la moza que mató a Renly. Los tres juntitos, y por la mañana, lady Catelyn lo liberó por amor. —Dejó escapar una carcajada gutural.

«No es cierto —pensó Arya—. Eso, mi madre no lo haría jamás». La invadieron sentimientos de tristeza, de ira y de soledad, todos a la vez.

Un viejo se sentó junto a ella.

—Mira, mira, pero qué melocotón tan bonito. —Tenía un aliento casi tan hediondo como el olor de los cadáveres de las jaulas, y sus ojillos porcinos la recorrían de arriba abajo—. ¿Cómo se llama mi dulce melocotoncito?

Durante un instante se olvidó de quién debía ser en aquel momento. No era un melocotón, pero tampoco podía ser Arya Stark, y menos allí, con un borracho maloliente al que no conocía.

—Soy...

—Es mi hermana. —Gendry puso una manaza en el hombro del viejo y se lo apretó—. Dejadla en paz.

El viejo giró en redondo con ganas de pelea, pero al ver la estatura de Gendry se lo pensó mejor.

—¿Vuestra hermana? ¿Es vuestra hermana? ¿Qué clase de hermano sois? A una hermana mía no la traería al Melocotón ni muerto. —Se levantó del banco y se alejó refunfuñante en busca de una nueva amiga.

—¿Por qué le has dicho eso? —Arya se levantó de un salto—. Tú no eres mi hermano.

—No —le replicó con rabia—. Soy demasiado plebeyo para estar emparentado con mi señora.

—Yo no he dicho eso. —Lo airado de la respuesta había dejado paralizada a

Arya.

—Sí que lo has dicho. —Se sentó en el banco y acunó una copa de vino entre las manos—. Vete. Quiero beber tranquilo. Luego, igual me voy a buscar a la chica del pelo negro para tocarle la campana.

—Pero...

—He dicho que te vayas. ¡Mi señora!

Arya le volvió la espalda.

« Es un idiota bastardo testarudo, eso, un idiota». Que tocara tantas campanas como le diera la gana, a ella qué.

La habitación donde iban a dormir estaba en el piso superior, bajo el alero. Seguro que en el Melocotón no andaban escasos de camas, pero para gente como ellos solo tenían una libre. Por suerte era una cama enorme. Llenaba la habitación casi por completo, y el mohoso colchón lleno de paja bastaría para que durmieran todos. Y por el momento lo tenía todo para ella. Su verdadera ropa estaba colgada de un clavo de la pared, entre las cosas de Gendry y las de Lim. Arya se quitó el lino y los encajes, se puso la túnica, se subió a la cama y se arrebuscó bajo las mantas.

—La reina Cersei —susurró a la almohada—. El rey Joffrey, ser Ilyn, ser Meryn. Dunsen, Raff y Polliver. El Cosquillas, el Perro y ser Gregor, la Montaña. —A veces le gustaba alterar el orden de los nombres. Así recordaba mejor quiénes eran y qué habían hecho.

« A lo mejor, algunos ya están muertos —pensó—. A lo mejor están en jaulas de hierro, y los cuervos se les están comiendo los ojos».

El sueño le llegó en cuanto cerró los ojos. Aquella noche soñó con lobos, lobos que acechaban en un bosque mojado. El aire estaba impregnado del olor de la lluvia, la putrefacción y la sangre. Pero en el sueño eran olores buenos, y Arya sabía que no tenía nada que temer. Era fuerte, rápida y fiera, y estaba rodeada por su manada, sus hermanos y sus hermanas. Juntos dieron caza a un caballo asustado, le desgarraron el cuello y lo devoraron. Y cuando la luna asomó entre los árboles, echó la cabeza hacia atrás y aulló.

Pero cuando llegó el día, lo que la despertó fue el ladrido de los perros.

Arya se incorporó con un bostezo. A su izquierda, Gendry se agitaba, y Lim Capa de Limón lanzaba sonoros ronquidos a su derecha, pero los gruñidos del exterior casi ahogaban aquel ruido.

« Ahí debe de haber medio centenar de perros». Salió de entre las mantas y saltó sobre Lim, Tom y Jack-con-Suerte para acercarse a la ventana. Abrió los postigos y, al momento, entraron el viento, la humedad y el frío. Era un día nublado y gris. Abajo, en la plaza, los perros ladran y corrían en círculos entre gruñidos y aullidos. Era toda una manada: había grandes mastines negros y perros lobo flacos, ovejeros con pelaje blanco y negro, y otros cuyas razas Arya no conocía, como unos animales pintos desgreñados con largos colmillos

amarillentos. Entre la posada y la fuente había una docena de jinetes, que observaban mientras los ciudadanos abrían la jaula del hombre gordo y le tiraban del brazo hasta que el cadáver hinchado se desparramaba por el suelo. Al instante, los perros saltaron sobre él y le arrancaron la carne de los huesos a mordiscos.

Arya oyó la carcajada de uno de los jinetes.

—Aquí tienes tu nuevo castillo, Lannister de mierda —dijo—. Demasiado cómodo para la gentuza como tú, pero ahí te meteremos, no tengas miedo.

Junto a él había un prisionero sentado, con una expresión lúgubre en el rostro y las muñecas atadas con cuerda de cáñamo. Algunos ciudadanos le tiraban estiércol, pero ni siquiera parpadeaba.

—¡Te pudrirás en las jaulas! —le gritaba el que lo había capturado—. ¡Los cuervos te sacarán los ojos mientras nos gastamos el oro Lannister que llevabas! Y cuando los cuervos terminen, le mandaremos lo que quede de ti a tu maldito hermano. Aunque dudo mucho que te reconozca.

El jaleo había despertado a la mitad del Melocotón. Gendry se situó ante la ventana junto a Arya, y Tom se puso detrás de ellos desnudo como el día de su nombre.

—¿A qué viene tanto grito? —se quejó Lim desde la cama—. Joder, ¿es que no se puede dormir?

—¿Dónde está Barbaverde? —le preguntó Tom.

—En la cama con Atanasia —replicó Lim—. ¿Por qué?

—Más vale que vayas a buscarlo. Y tráete también al Arquero. Ha vuelto el Cazador Loco y ha traído a otro hombre para las jaulas.

—Un Lannister —dijo Arya—. Les he oido decir que es un Lannister.

—¿Han cogido al Matarreyes? —quiso saber Gendry.

Abajo, en la plaza, una pedrada acertó al prisionero en la mejilla y lo obligó a girar la cabeza.

«No es el Matarreyes», pensó Arya al ver el rostro. Sonrió. Por fin, los dioses habían escuchado sus plegarias.

Cuando los salvajes sacaron sus caballos de la cueva por las riendas, Fantasma ya había desaparecido.

«¿Entendió lo del Castillo Negro?». Jon se llenó los pulmones del vivificante aire de la mañana y se permitió albergar esperanzas. Hacia el este, el cielo estaba rosado a la altura del horizonte, y color gris claro más arriba. La Espada del Amanecer aún se veía en el sur; la brillante estrella blanca de la empuñadura todavía resplandecía como un diamante en la madrugada, pero los negros y grises del bosque nocturno se estaban convirtiendo una vez más en verdes, dorados, rojos y bermellones. Y por encima de los pinos soldado, los robles y los fresnos se alzaba el Muro, con el hielo claro y centelleante bajo la capa de polvo y tierra que horadaba su superficie.

El magnar envió a una docena de jinetes hacia el oeste y a otros tantos hacia el este, para que subieran a las colinas más altas que encontraran y montaran guardia por si aparecían exploradores en el bosque o patrulleros sobre el Muro. Los thenitas llevaban cuernos de guerra con abrazaderas de bronce, para dar la alarma si divisaban a algún miembro de la Guardia. Los otros salvajes se situaron detrás de Jarl; Ygritte y Jon se pusieron con los demás. Iba a ser el momento de gloria del joven explorador.

Se decía que el Muro tenía trescientas varas de altura, pero Jarl había localizado un punto donde era a la vez más alto y más bajo. Ante ellos, el hielo se alzaba abruptamente entre los árboles como un acantilado inmenso, coronado de almenas talladas por el viento, hasta una altura superior a las trescientas varas; en algunos puntos llegaría a trescientas cincuenta. Pero al acercarse más, Jon se dio cuenta de que no era así en realidad. Siempre que le fue posible, Brandon el Constructor puso los enormes bloques de los cimientos en puntos altos, y en aquella zona, las colinas se alzaban escarpadas e indómitas.

En cierta ocasión le había oído decir a su tío Benjen que, al este del Castillo Negro, el Muro era una espada, pero al oeste era una serpiente. Y tenía razón. El hielo se extendía hasta cubrir una gran colina empinada; después bajaba hasta un valle, subía al borde cortante de una larga serie de crestas de granito de una legua o más, corría a lo largo de una cima irregular, volvía a zambullirse en un valle aún más profundo, ascendía más y más, saltando de colina en colina, y se perdía en el occidente montañoso hasta donde abarcaba la vista.

Jarl había optado por escalar la zona de hielo que se extendía a lo largo del risco. Allí, aunque la cima del Muro se alzaba a más de trescientas varas sobre el suelo, más de un tercio de su altura era de tierra y piedra, en vez de hielo. La ladera era demasiado empinada para los caballos, casi tan difícil como el Puño de los Primeros Hombres, pero el ascenso sería infinitamente más fácil que por la cara vertical del Muro en sí. Además, el espeso bosque del risco les ofrecía un

escondite perfecto. En otros tiempos, los hermanos negros salían todos los días con hachas para talar los árboles demasiado cercanos, pero de aquello hacia ya mucho, y allí, el bosque llegaba hasta el hielo.

El día iba a ser húmedo y frío, y más húmedo y frío aún junto al Muro, a la sombra de todas aquellas toneladas de hielo. Cuanto más se acercaban, más remoloneaban los thenitas.

« No habían visto el Muro nunca, ni siquiera el magnar —comprendió Jon—. Les da miedo. En los Siete Reinos se decía que el Muro marcaba el fin del mundo. Ellos piensan lo mismo». Todo dependía de en qué lado estuviera cada uno.

« ¿Y dónde estoy yo?» . Jon no lo sabía. Para seguir con Ygritte tendría que convertirse en salvaje en cuerpo y alma; si la abandonaba y cumplía con su deber, el magnar podría vengarse en ella y arrancarle el corazón. Y si se la llevaba consigo... suponiendo que accediera, que no era ni mucho menos seguro... En fin, desde luego no la podría llevar al Castillo Negro y vivir con ella entre los hermanos, y un desertor y una salvaje no serían bien acogidos en ningún lugar de los Siete Reinos. « Siempre podríamos ir a buscar a los hijos de Gendel. Aunque más que aceptarnos, es posible que nos devoren» .

Jon advirtió que el Muro no impresionaba a los exploradores de Jarl. « No es la primera vez que hacen esto; todos lo han saltado ya» . Jarl fue gritando nombres a medida que desmontaban bajo el risco, y once de ellos se reunieron a su alrededor. Todos eran jóvenes. El mayor no tendría más de veinticinco años, y al menos dos no eran ni de la edad de Jon. Pero todos eran delgados, aunque fuertes; con una constitución que a Jon le recordaba a Serpiente de Piedra, el hermano al que Mediamano había enviado a pie por delante de ellos cuando Casaca de Matraca los empezó a perseguir.

Los salvajes se prepararon a la sombra del propio Muro; se enrollaron en torno a un hombro y el pecho gruesos rollos de soga de cáñamo, y se anudaron unas extrañas botas de napa fina y flexible. Las botas tenían púas que sobresalían de la puntera; las de Jarl y las de otros dos eran de hierro; las de unos cuantos, de bronce; y la mayoría, de hueso puntiagudo. Cada uno se colgó de un costado un martillo con cabeza de piedra, y del otro, una bolsa con estacas. Sus picoletas eran astas de puntas afiladas, atadas con tiras de cuero a mangos de madera. Los once escaladores se dividieron en tres grupos de cuatro; el propio Jarl sería el duodécimo hombre.

—Mance ha prometido espadas para todos los del primer equipo que llegue a la cima —les dijo; el aliento se le condensaba en nubes de vapor en el aire gélido —. Espadas sureñas, de acero forjado en castillo. Además se mencionarán sus nombres en una canción que va a componer. ¿Qué más puede pedir un hombre libre? ¡Arriba, y que los Otros se lleven al último!

« Los Otros se los lleven a todos» , pensó Jon mientras los veía subir por la

ladera empinada del risco y perderse entre los árboles. No sería la primera vez que los salvajes escalaban el Muro, ni siquiera la centésima. Dos o tres veces al año, las patrullas encontraban a los escaladores, y a veces, los exploradores regresaban con los cadáveres destrozados de los que se habían caído. A lo largo de la costa este, los invasores eran más dados a construir botes para intentar cruzar la bahía de las Focas. En el oeste descendían hacia las oscuras profundidades de la Garganta, para rodear la Torre Sombria. Pero, en medio, la única manera de vencer al Muro era pasar por encima, y muchos lo habían conseguido. «En cambio, muy pocos han regresado», pensó con cierto orgullo sombrío. Para escalar el Muro tenían por fuerza que dejar atrás las monturas, y los invasores más jóvenes e inexpertos empezaban por robar los primeros caballos que encontraban al otro lado. Enseguida se daba la alarma; los cuervos volaban y, la mayor parte de las veces, la Guardia de la Noche les daba caza y los ahorcaba antes de que pudieran volver a casa con el botín y las mujeres secuestradas. Jon sabía que Jarl no cometaría semejante error, pero no estaba tan seguro con respecto a Styr. «El magnar es un gobernante, no un hombre de acción. Puede que no conozca las reglas del juego».

—Allí están —dijo Ygritte.

Jon alzó la vista y vio al primero de los escaladores, que salía por encima de las copas de los árboles. Era Jarl. Había encontrado un árbol centinela inclinado contra el Muro, e indicó a sus hombres que aprovecharan el tronco para adelantarse a los demás.

«No se tendría que haber permitido que el bosque se acercara tanto. Ya han subido cuarenta varas y ni siquiera han tocado el hielo».

Observó cómo el salvaje pasaba con cuidado del árbol al Muro, cómo hacía asideros en el hielo con golpes secos de la piqueta antes de aferrarse a la pared. La cuerda que llevaba en torno a la cintura lo unía al segundo hombre, que aún estaba trepando por el árbol. Paso a paso, muy despacio, Jarl fue ascendiendo; abría puntos de apoyo con las púas de las botas siempre que no encontraba alguno natural. Cuando estaba ya a cinco varas por encima del centinela se detuvo en una angosta cornisa helada, se colgó el hacha del cinturón, sacó el martillo y clavó una estaca de hierro en una grieta. El segundo hombre saltó al Muro tras él mientras el tercero subía a lo más alto del árbol.

Los otros dos equipos no habían encontrado árboles tan adecuados, y los thenitas pronto empezaron a preguntarse si no se habrían perdido mientras escalaban por el risco. El grupo de Jarl ya estaba al completo en el Muro, y a treinta varas de altura, cuando aparecieron los primeros escaladores de los otros grupos. Entre cada equipo había al menos veinte pasos de distancia. Los cuatro de Jarl iban en el centro. A su derecha estaba el equipo encabezado por Grigg el Cabra, al que se distinguía fácilmente desde abajo por su larga trenza rubia. A su izquierda, el jefe de los escaladores era un hombre muy flaco llamado Errok

—Qué lentos van —se quejó en voz alta el magnar mientras los veía ascender —. ¡Es que se han olvidado de los cuervos? Tendrían que subir más deprisa, antes de que nos descubran.

Jon tuvo que morderse la lengua. Se acordaba demasiado bien del Paso Aullante y de la escalada que había hecho con Serpiente de Piedra a la luz de la luna. Aquella noche casi se le había parado el corazón media docena de veces, y al terminar le dolían a más no poder los brazos y las piernas, y tenía los dedos casi congelados.

« Y aquello era piedra, no hielo». La piedra era sólida. El hielo era traicionero siempre, hasta en el mejor momento, y en días como aquel, cuando el Muro lloraba, el calor de la mano de un escalador podía ser suficiente para derretirlo. Por dentro, los gigantescos bloques estaban helados y duros como rocas, pero la superficie estaría resbaladiza, caerían regueros de agua y habría zonas de hielo podrido con burbujas de aire. « Otra cosa no tendrán estos salvajes, pero son valientes» .

Pese a todo, Jon habría dado lo que fuera por que los temores de Styr se hicieran realidad.

« Si los dioses son bondadosos, pasará por casualidad una patrulla y esto se acabará» .

—No hay muro que pueda ofrecer seguridad —le había dicho en cierta ocasión su padre mientras recorrían las murallas de Invernalia—. Ningún muro es más fuerte que los hombres que lo defienden.

Aunque los salvajes hubieran sido ciento veinte, habría bastado con cuatro defensores para repelerlos con unas cuantas flechas bien dirigidas y tal vez un cubo de piedras.

Pero los defensores no aparecieron; ni cuatro, ni tres, ni dos, ni uno. El sol ascendió por el cielo, y los salvajes ascendieron por el Muro. Los cuatro de Jarl fueron por delante hasta el mediodía, cuando llegaron a una zona de hielo en malas condiciones. Jarl había enrollado la cuerda en torno a un saliente tallado por el viento y había descargado todo su peso sobre él cuando, de repente, se rompió, se desmoronó y cayó, y él también. Pedazos de hielo grandes como la cabeza de un hombre cayeron sobre los tres que lo seguían, pero se agarraron a sus asideros; las estacas aguantaron, y la caída de Jarl se detuvo bruscamente al final de la cuerda.

Cuando su equipo consiguió recuperarse del mal trance, Grigg el Cabra estaba ya casi a su altura. Los cuatro de Errok iban muy por detrás. La pared por la que escalaban parecía suave y lisa, cubierta por una película de hielo derretido que brillaba húmeda allí donde recibía la caricia del sol. A primera vista, la zona de Grigg parecía más oscura, con desniveles más evidentes: largas cornisas horizontales allí donde se había colocado mal un bloque con respecto al de abajo, grietas y surcos, y hasta huecos a lo largo de las uniones verticales donde el

viento y el agua habían excavado agujeros tan grandes como para que un hombre se pudiera esconder en ellos.

Jarl no tardó en tener en marcha de nuevo a sus hombres. Sus cuatro y los de Grigg avanzaban casi a la misma altura, seguidos por los de Errok a diez varas de distancia. Las piquetas de asta de ciervo tallaban asideros y excavaban puntos de apoyo para los pies, mientras descargaban sobre los árboles cascadas de esquirlas brillantes. Los martillos de piedra clavaban en el hielo las estacas que servían de anclaje para las sogas; el hierro se acabó antes de llegar a la mitad del Muro, y a partir de allí, los escaladores utilizaron estacas de cuerno o de hueso afilado. Y los hombres daban patadas e incrustaban las púas de las botas en el hielo inquebrantable una vez, y otra, y otra, y otra, todo con tal de preparar un punto de apoyo.

«Deben de tener las piernas entumecidas —pensó Jon cuando llevaban ya cuatro horas—. ¿Cuánto tiempo más van a poder seguir?». Continuó observando tan inquieto como el magnar, siempre a la espera de la llamada distante de un cuerno de guerra thenita. Pero los cuernos no aullaron, y no se vio ni rastro de la Guardia de la Noche.

Cuando ya llevaban seis horas, Jarl iba otra vez por delante del grupo de Grigg el Cabra, y la ventaja se iba incrementando.

—La mascota de Mance tiene muchas ganas de conseguir una espada —dijo el magnar, con la mano sobre los ojos para protegerse de la luz.

El sol estaba en lo más alto del cielo y, visto desde abajo, el tercio superior del Muro era de un azul cristalino, con reflejos tan brillantes que los ojos dolían al mirarlo. Los cuatro de Jarl y los de Grigg casi no se veían en medio del resplandor, aunque el equipo de Errok seguía aún en las sombras. En vez de ascender estaba desplazándose de lado, a más de ciento cincuenta varas de altura, hacia un saliente vertical. Jon los estaba observando moverse palmo a palmo cuando oyó el ruido: un crujido repentino que pareció retumbar a lo largo del hielo, seguido de un grito de alarma. Y al instante, el aire se llenó de trozos de hielo, gritos y hombres que caían, cuando una plancha cuadrada de hielo, de un codo de grosor y veinte varas de lado se desprendió del Muro y cayó dando tumbos, arrastrándolo todo a su paso. Algunos trozos llegaron rodando entre los árboles incluso adonde estaban ellos, al pie del risco. Jon tiró a Ygritte al suelo y se puso sobre ella para escucharla, y uno de los thenitas recibió en la cara un golpe que le rompió la nariz.

Cuando volvieron a alzar la vista, el equipo de Jarl había desaparecido. Ni rastro de los hombres, las sogas ni las estacas; por encima de las doscientas varas no quedaba nada. En el Muro, allí donde los escaladores habían estado aferrados hacía un instante, había una herida; el hielo de debajo era tan liso como el mármol pulido, y resplandecía a la luz del sol. Mucho, mucho más abajo se veía una tenue mancha roja, en el lugar donde alguien había chocado contra un

saliente de hielo.

«El Muro se defiende», pensó Jon al tiempo que ayudaba a Ygritte a ponerse en pie.

Cuando encontraron a Jarl, estaba en un árbol, atravesado por una rama rota, todavía atado con la cuerda a los tres hombres que yacían bajo él. Uno aún estaba vivo, pero tenía las piernas y la columna destrozadas, así como la mayor parte de las costillas.

—Misericordia —pidió cuando se acercaron a él.

Uno de los thenitas le aplastó la cabeza con una maza de piedra. El magnar dio unas cuantas órdenes, y sus hombres empezaron a juntar leña para hacer una pira.

Los muertos ya estaban ardiendo cuando Grigg el Cabra llegó a la cima del Muro. Cuando se les unieron los cuatro de Errok, del equipo de Jarl solo quedaban huesos y cenizas.

Para entonces, el sol ya empezaba a descender, de manera que los escaladores no tenían tiempo que perder. Se quitaron los largos rollos de cuerda de cáñamo que habían llevado alrededor del pecho, los ataron bien y tiraron un extremo. A Jon, la sola idea de trepar casi doscientas varas por aquella cuerda le ponía los pelos de punta, pero el plan de Mance era mucho mejor. Los hombres que Jarl había dejado en la base sacaron una gran escala de cáñamo trenzado, con peldaños tan gruesos como brazos, y la ataron a la soga de los escaladores. Errok, Grigg y sus hombres la izaron entre gruñidos y jadeos, la aseguraron en la cima con estacas, y volvieron a tirar la cuerda para subir una segunda escala. Había cinco.

Cuando todas estuvieron colocadas, el magnar gritó una orden brusca en la antigua lengua, y cinco de sus thenitas empezaron a subir. Aun con las escalas, el ascenso no era fácil. Ygritte observó los esfuerzos de los hombres.

—Cómo odio este Muro —dijo en voz baja, airada—. ¿Te has fijado en lo frío que es?

—Está hecho de hielo —señaló Jon.

—No sabes nada, Jon Nieve. Este Muro está hecho de sangre.

Y por lo visto aún no había bebido suficiente. Cuando anocheció, dos thenitas se habían precipitado desde las escalas, pero fueron los últimos. Cuando Jon llegó a la cima era casi medianoche. Las estrellas brillaban en el cielo. Ygritte estaba temblando por el esfuerzo del ascenso.

—He estado a punto de caerme —le dijo con los ojos llenos de lágrimas—. Dos veces. Tres veces. El Muro intentaba sacudirse; lo he notado. —Una lágrima le empezó a correr por la mejilla.

—Lo peor ya ha pasado. —Jon trataba de parecer seguro—. No tengas miedo.

La rodeó con un brazo. Ygritte le dio un palmetazo en el pecho con tanta

fuerza que le escoció a pesar de las capas de lana, malla y cuero grueso.

—No tenía miedo. No sabes nada, Jon Nieve.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—¡No es por miedo! —Dio una patada furiosa al hielo que tenía bajo los pies y arrancó un pedazo—. Lloro porque no encontramos el Cuerno del Invierno. ¡Abrimos medio centenar de tumbas, dejamos todas esas sombras sueltas por el mundo y no conseguimos encontrar el Cuerno de Joramun para derribar este maldito muro!

La mano le ardía.

Le seguía ardiendo mucho tiempo después de que se apagara la antorcha con la que le habían quemado el muñón sanguinolento, días y días después; todavía sentía la lanzada del fuego en el brazo, y sus dedos, los dedos que ya no tenía, se retorcían en las llamas.

Ya lo habían herido antes, pero nunca de aquella manera. Jamás había imaginado que se pudiera sentir tanto dolor. A veces, sin que supiera por qué, se le escapaban de los labios antiguas oraciones, plegarias que había aprendido de niño y que no había vuelto a recordar en años, las mismas que había rezado, arrodillado junto a Cersei, en el septo de Roca Casterly. En ocasiones llegaba incluso a llorar, hasta que oyó cómo se reían los titiriteros. Aquello hizo que se le secaran los ojos y se le muriera el corazón, y en sus oraciones pidió que la fiebre le quemara las lágrimas.

«Ahora entiendo cómo se sentía Tyrion cada vez que se reían de él».

Cuando se cayó de la silla por segunda vez, lo ataron a Brienne de Tarth, y los obligaron a compartir caballo de nuevo. Una jornada, en vez de ponerlos espalda contra espalda, los ataron cara a cara.

—Mirad a los amantes —suspiró Shagwell—. ¿No son un bonito espectáculo? Sería muy cruel separar al buen caballero de su dama. —Soltó una carcajada, su carcajada aguda tan característica—. Aunque no se sabe bien cuál es el caballero y cuál la dama.

«Yo te explicaría la diferencia, si tuviera las dos manos», pensó Jaime. Le dolían los brazos, y las cuerdas le habían dejado entumecidas las piernas, pero al cabo de un tiempo, todo aquello dejó de importar. Su mundo se redujo al tormento insoportable que le causaba su mano fantasma y a la presión de Brienne contra él. «Por lo menos es cálida», se consoló, aunque el aliento de la moza era tan hediondo como el suyo propio.

Su mano siempre se interponía entre ellos. Urswyck se la había colgado del cuello con una cuerda, de manera que le golpeteaba el pecho a él y las tetas a Brienne, mientras Jaime perdía el conocimiento y lo volvía a recuperar. La hinchazón le había cerrado el ojo derecho; la herida que le había hecho Brienne durante la pelea estaba infectada, pero lo que más le dolía era la mano. Del muñón le salían sangre y pus, y sentía una punzada en la extremidad inexistente con cada paso del caballo.

Tenía la garganta tan en carne viva que era incapaz de comer, pero bebía vino cuando se lo daban, y agua si no le ofrecían otra cosa. En cierta ocasión le dieron una taza; bebió el contenido con ansia, tembloroso, y los compañeros audaces estallaron en carcajadas tan violentas que le dolieron los oídos.

—Lo que estás bebiendo son meados de caballo —le dijo Rorge.

Jaime tenía tanta sed que terminó de beber de todos modos, pero inmediatamente lo vomitó todo. Obligaron a Brienne a limpiarle la barba, igual que la habían hecho limpiarlo cuando se hizo de vientre en la silla.

Una mañana fría y húmeda en la que se sentía un poco más fuerte, la locura se apoderó de él, cogió la espada del dorniense con la mano izquierda y, con torpeza, la sacó de la vaina.

« Que me maten —pensó—, me da igual, con tal de morir peleando, con una espada en la mano». Pero no sirvió de nada. Shagwell se le acercó a saltitos, y esquivó con facilidad la estocada de Jaime, que perdió el equilibrio y se tambaleó hacia delante mientras lanzaba golpes contra el bufón. Pero Shagwell giró, se agachó y se apartó, hasta que todos los titiriteros se estuvieron riendo de los esfuerzos fútiles de Jaime. Cuando tropezó contra una piedra y cayó de rodillas, el bufón le saltó encima y le plantó un beso húmedo en la cabeza.

Por último, Rorge lo tiró a un lado, y de una patada, apartó la espada de los dedos débiles de Jaime cuando trató de esgrimirla de nuevo.

—Ha sido muy divertido, Matarreyez —dijo Vargo Hoat—. Pero como vuelvas a intentarlo, te cortaré la otra mano, o si lo prefieres, un pie.

Después de aquello, Jaime se quedó tendido de espaldas, contemplando el cielo nocturno y tratando de no sentir el dolor que le subía por el brazo cada vez que lo movía. La noche era de una extraña belleza. La luna estaba en cuarto creciente, y le parecía que jamás había visto tantas estrellas. La Corona del Rey estaba en el céntit; divisó el Corcel sobre las patas traseras, y allí estaba también el Cisne. La Doncella Luna, tímida como siempre, quedaba medio oculta detrás de un pino.

« ¿Cómo es posible que una noche sea tan bella? —se preguntó—. ¿Por qué salen todas esas estrellas a mirar a alguien como yo?».

—Jaime —susurró Brienne, con voz tan queda que pensó que estaba soñando—. Jaime, ¿qué hacéis?

—Morirme —susurró a su vez.

—No —dijo ella—. No, tenéis que vivir.

Le habría gustado echarse a reír.

—Dejad de decirme lo que tengo que hacer, moza. Me moriré si me place.

—¿Tan cobarde sois?

El mero sonido de la palabra lo commocionó. Él era Jaime Lannister, caballero de la Guardia Real, el Matarreyes. Jamás lo habían llamado cobarde. Otras cosas, sí: renegado, mentiroso, asesino... Decían que era cruel, traicionero y despiadado. Pero cobarde, jamás.

—¿Qué puedo hacer, aparte de morir?

—Vivir —replicó—. Vivir, pelear y vengaros.

Pero lo dijo en voz demasiado alta. Rorge la oyó, aunque no distinguiera las palabras, se acercó, la pateó y le dijo que tuviera quieta la lengua si no quería

que se la cortaran.

« Cobarde —pensó Jaime mientras Brienne trataba de contener los sollozos—. ¿Será posible? Me han cortado la mano de la espada. ¿Qué pasa? ¿Que yo era solo eso, una mano que esgrimía una espada? Por los dioses, ¡será verdad!» .

La moza estaba en lo cierto. No podía morir. Cersei lo esperaba. Lo iba a necesitar. Y también Tyrian, su hermano pequeño, que lo quería por una mentira. Y también lo esperaban sus enemigos: el Joven Lobo, que lo había derrotado en el bosque Susurrante y había matado a sus hombres; Edmure Tully, que lo había encerrado y encadenado en la oscuridad; aquellos compañeros audaces...

Cuando llegó la mañana se forzó a comer. Le dieron un potaje de avena, alimento para caballos, pero se obligó a tragarse hasta la última cucharada. Aquella noche volvió a comer, y también al día siguiente.

« Vive —se dijo con dureza cuando el potaje estuvo a punto de hacerlo vomitar—, vive por Cersei, vive por Tyrian. Vive por la venganza. Un Lannister siempre paga sus deudas. —La mano amputada latía, ardía y pestaba—. Cuando llegue a Desembarco del Rey me haré forjar una mano nueva, una mano de oro, y algún día le arrancaré la garganta con ella a Vargo Hoat» .

Los días y las noches se fundían en una neblina de dolor. Durante el día dormitaba en la silla, apretado contra Brienne y con el hedor de la mano podrida en la nariz, y por las noches yacía despierto sobre el duro suelo, atrapado en una vigilia de pesadilla. Aunque estaba muy débil, siempre lo ataban a un árbol. En cierto modo, lo consolaba saber que, incluso en sus circunstancias, le seguían teniendo miedo.

Brienne siempre estaba atada junto a él. Se quedaba tumbada y atada, como una enorme vaca muerta, sin decir palabra.

« La moza se ha construido una fortaleza por dentro. No tardarán en violarla, pero detrás de sus murallas no la pueden tocar» . En cambio, las murallas de Jaime habían desaparecido. Le habían quitado la mano, le habían quitado la mano de la espada, y sin ella no era nada. La otra no le servía para gran cosa. Desde que aprendió a caminar, el brazo izquierdo había sido para el escudo, solo para el escudo. Era la mano derecha la que hacía de él un caballero; era la mano derecha la que hacía de él un hombre.

Un día oyó a Urswyck comentar algo sobre Harrenhal, y recordó que era allí adonde se dirigían. Aquello hizo que soltara una carcajada sonora, y Timeon le azotó el rostro con una fusta larga y fina. El corte sangró, pero aparte de la mano, apenas si notaba nada.

—¿Por qué os reísteis? —le preguntó aquella noche la moza en un susurro.

—En Harrenhal fue donde me pusieron la capa blanca —respondió, también en susurros—. En el gran torneo de Whent. Él quería presumir de su gran castillo y de sus valientes hijos. Yo también quería presumir. Solo tenía quince años, pero aquel día, nadie me habría podido derrotar. Aerys no me dejaba participar en las

justas, y me echó de allí. —Se rio de nuevo—. Pero ahora voy a volver.

Oyeron la carcajada. Aquella noche le tocó a Jaime recibir las patadas y los puñetazos. Tampoco los sintió, hasta que Rorge le pisoteó el muñón con una bota, y se desmayó.

Fue a la noche siguiente cuando por fin acudieron, y fueron los tres peores: Shagwell, el desnarigado Rorge y el obeso dothraki Zollo, el que le había cortado la mano. Mientras se acercaban, Zollo y Rorge discutían sobre quién sería el primero; no cabía duda de que el bufón iba a ser el último. Shagwell sugirió que ambos fueran los primeros y la tomaran por delante y por detrás. Por lo visto, a Zollo y a Rorge les gustó la idea, aunque entonces empezaron a discutir quién la tomaría por delante y quién por detrás.

« También la dejarán tullida, pero por dentro, donde no se nota» .

—Moza —susurró mientras Zollo y Rorge se insultaban—, que se queden con la carne; vos marchaos bien lejos. Todo acabará antes, y así obtendrán menos placer.

—No obtendrán placer alguno de lo que les voy a dar —susurró ella a su vez, desafiante.

« Mujer estúpida, testaruda y valiente. —Iba a hacer que la mataran, y lo sabía—. Bueno, ¿y a mí qué me importa? Si no hubiera sido tan terca, yo no habría perdido la mano» . Pero, casi sin querer, volvió a hablar en susurros.

—Dejadlos hacer y escapad a vuestro interior. —Aquello era lo que había hecho él cuando mataron a los Stark en su presencia; lord Rickard se coció en su armadura, mientras su hijo Brandon se estrangulaba intentando salvarlo—. Pensad en Renly, si lo amabais. Pensad en Tarth, en las montañas, los mares, los estanques, las cascadas, en todo lo que teníais en vuestra isla Zafiro...

Pero para entonces, Rorge ya había ganado la discusión.

—Eres la mujer más fea que he visto jamás —le dijo a Brienne—, pero te puedo dejar más fea todavía. ¿Quieres una nariz como la mía? Intenta resistirte y la tendrás. Y dos ojos son demasiados. Solo un grito y te sacaré uno, y luego te lo haré comer. Y también te arrancaré los dientes, uno a uno.

—Ay, sí, Rorge —suplicó Shagwell—. Sin dientes quedará igualita que mi anciana madre. —Soltó una risita—. Y siempre he deseado metérsela por el culo a mi anciana madre.

—Qué bufón tan gracioso. —Jaime soltó una risita—. Me sé un acertijo, Shagwell. ¿Qué tienen las viejas de Tarth en vez de dientes? Espera, te lo digo yo... ¡ZAFIROS! —gritó tan alto como pudo.

Rorge soltó una maldición y volvió a patearle el muñón. Jaime lanzó un aullido. « No sabía que pudiera haber tanto dolor en el mundo», fue lo último que le pasó por la cabeza. No había manera de saber cuánto tiempo estuvo inconsciente, pero cuando el dolor le devolvió el conocimiento, allí estaban Urswycky el propio Vargo Hoat.

—¡Nada de tocarle loz dientezi! —gritó la Cabra, cubriendo a Zollo de salivillas—. ¡Y tiene que zeguir doncella, idiotaz! ¡Noz darán un zaco de zafiroz por ella!

Y desde entonces, todas las noches, Hoat les puso un guardia para protegerlos de los suyos.

Pasaron dos noches en silencio hasta que, por último, la moza reunió valor para volverse hacia él.

—Jaime? —le preguntó en susurros—. ¿Por qué gritasteis?

—Queréis decir que por qué grité «zafiroz»? Pensad un poco, moza. ¿Creéis que esa gentuza habría reaccionado si llego a gritar «¡Que la violan!»?

—No teníais por qué gritar nada.

—Ya es demasiado difícil miraros ahora que tenéis nariz. Además, quería oír a la Cabra decir «zafiroz». —Soltó una risita—. Tenéis suerte de que sea tan mentiroso. Un hombre de honor les habría dicho la verdad acerca de la isla Zafiro.

—De todos modos, os lo agradezco —dijo ella.

—Un Lannister siempre paga sus deudas —dijo—. Eso fue por lo del río y por las piedras que le tirasteis a Robin Ryger. —La mano le ardía de nuevo. Jaime apretó los dientes.

La Cabra quería montar un espectáculo con su llegada, de manera que hicieron desmontar a Jaime cuando aún estaban a casi media legua de las puertas de Harrenhal y le ataron una cuerda a la cintura, y a Brienne, otra en torno a las muñecas. Los extremos de ambas cuerdas iban a parar al pomo de la silla de Vargo Hoat. Ambos caminaron a tropezones, codo con codo, tras el caballo rayado del qohoriense.

A Jaime lo mantenía en pie la rabia. El vendaje del muñón estaba gris y apestaba a pus. Los dedos fantasmales le dolían con cada paso.

«Soy más fuerte de lo que imaginan —se dijo—. Sigo siendo un Lannister. Sigo siendo un caballero de la Guardia Real. —Llegaría a Harrenhal y luego a Desembarco del Rey. Viviría—. Y pagaré esta deuda con intereses».

Cuando se aproximaron a las imponentes murallas del monstruoso castillo de Harren el Negro, Brienne le apretó el brazo.

—Lord Bolton es ahora el señor de este castillo. Los Bolton son vasallos de los Stark

—Los Bolton despellejan a sus enemigos.

Era lo único que Jaime recordaba acerca del norteño. Seguro que Tyrion habría sabido todo lo relativo al señor de Fuerte Terror, pero Tyrion estaba a miles de leguas de distancia, con Cersei.

«No puedo morir mientras Cersei viva —se dijo—. Nacimos juntos y moriremos juntos».

Las casas que se habían alzado junto a los muros estaban quemadas,

reducidas a cenizas y a piedras ennegrecidas, y muchos hombres con sus monturas habían acampado recientemente a orillas del lago, donde lord Whent había celebrado su gran torneo en el año de la falsa primavera. Una sonrisa de amargura aleteó en los labios de Jaime al cruzar el terreno desolado. Habían excavado una letrina en el mismísimo lugar donde él se había arrodillado ante el rey para prestarle juramento.

« Nunca llegué a imaginarme cuán deprisa lo dulce se tornaría amargo. Aerys no me dejó disfrutar ni una noche. Me honró y luego me escupió» .

—Mirad los estandartes —señaló Brienne—. El hombre desollado y las torres gemelas, ¿veis? Los caballeros juramentados del rey Robb. Allí, sobre el puesto de guardia, gris sobre blanco. El huargo.

—Pues sí —asintió Jaime mirando hacia arriba—, es la mierda del lobo ese. Y lo que hay a ambos lados son cabezas.

Los soldados, los criados y los vivanderos iban detrás de ellos y los abucheaban. Una perra con manchas les pisó los talones entre ladridos y gruñidos, hasta que uno de los lysenos la atravesó con una lanza y se puso al galope para encabezar la columna.

—¡Llevo el estandarte del Matarreyes! —gritó al tiempo que agitaba el cadáver del animal sobre la cabeza de Jaime.

Las murallas de Harrenhal eran tan gruesas que pasar bajo ellas era como atravesar un túnel de piedra. Vargo Hoat había enviado por delante a dos de sus dothrakis, para informar a lord Bolton de que se aproximaban, de manera que el patio de armas estaba abarrotado de curiosos. Abrieron paso al tambaleante Jaime. La cuerda que llevaba a la cintura se tensaba y lo tironeaba cada vez que aflojaba el paso.

—¡Oz traigo al Matarreyez! —anunció Vargo Hoat con su voz ceceante.

Una lanza golpeó a Jaime en la rabadilla y lo hizo caer. El instinto le hizo echar las manos al frente para frenar la caída. Cuando el muñón golpeó el suelo, el dolor fue cegador, pero aun así se las arregló para incorporarse sobre una rodilla. Ante él, una amplia escalinata de piedra llevaba a la entrada de una de las colosales torres redondas de Harrenhal. Cinco caballeros y un norteño lo miraban desde arriba, el norteño con sus ojos claros, vestido con lana y pieles, y los caballeros imponentes con sus armaduras y corazas, con el emblema de las torres gemelas bordado en las sobrevestas.

—Vaya, los Frey —dijo Jaime—. Ser Danwell, ser Aenys, ser Hosteen. —Conocía de vista a los hijos de lord Walder; al fin y al cabo, su tía estaba casada con uno de ellos—. Recibid mi más sentido pésame.

—¿Por qué, ser Jaime? —quiso saber ser Danwell Frey.

—Por la muerte del hijo de vuestro hermano, ser Cleos —dijo Jaime—. Iba con nosotros hasta que unos forajidos nos dieron alcance y lo llenaron de flechas. Urswycky su gentuza desvalijaron el cadáver y lo abandonaron a los lobos.

—¡Mis señores! —Brienne se liberó como pudo y dio un paso adelante—. He visto vuestros estandartes. ¡Por vuestros juramentos, escuchadme!

—¿Quién habla? —quiso saber ser Aenys Frey.

—Ez la niñera del Lannizter.

—Soy Brienne de Tarth, hija de lord Selwyn, el Lucero de la Tarde, e igual que vosotros, vasallo juramentado de la casa Stark.

Ser Aenys le escupió a los pies.

—Eso es lo que valen vuestros juramentos. Nosotros confiamos en la palabra de Robb Stark, y él pagó nuestra fidelidad con traición.

« Esto se pone interesante ». Jaime se volvió para ver cómo encajaba Brienne la acusación, pero la moza era terca como una mula.

—No sé nada de ninguna traición. —Sacudió las cuerdas que le ataban las muñecas—. Lady Catelyn me envió a entregar a Lannister a su hermano, en Desembarco del Rey ...

—Cuando los encontramos, ella estaba intentando ahogarlo —dijo Urswyckel Fiel.

—Fue un ataque de ira —se disculpó la moza, sonrojándose—, perdí el control, pero jamás lo habría matado. Si llega a morir, los Lannister pasaráis por la espada a las hijas de mi señora.

—¿Y a nosotros qué nos importa? —Ser Aenys se había quedado igual.

—Vamos a devolverlo a Aguasdulces a cambio de un rescate —pidió ser Danwell.

—Roca Casterly tiene más oro —se opuso otro hermano.

—¡Vamos a matarlo! —pidió otro—. ¡Su cabeza por la de Ned Stark!

El bufón Shagwell, con su disfraz gris y rosa, dio una voltereta que acabó al pie de las escaleras y empezó a cantar.

—« Un día, el león bailó con el oso, fue maravilloso... » .

—Cilencio, eztípido. —Vargo Hoat le propinó una bofetada—. El Matarreyez no ez para el ozo. Ez mío.

—Si muere, no será de nadie. —Roose Bolton hablaba en voz tan baja que los hombres se callaron para escucharlo—. Y por favor, mi señor, recordad que no tendréis el mando de Harrenhal hasta que emprenda la marcha hacia el norte.

—¿Será posible que seáis el señor de Fuerte Terror? —La fiebre hacía que Jaime se sintiera tan valeroso como mareado—. La última vez que supe algo de vos, mi padre os había puesto en fuga con el rabo entre las piernas. ¿Qué hizo que dejarais de correr, mi señor?

El silencio de Bolton era cien veces más amenazador que la malevolencia ceceante de Vargo Hoat. Pálido como la niebla de la mañana, sus ojos escondían más de lo que revelaban. A Jaime no le gustaban aquellos ojos. Le recordaban el día en que Ned Stark lo había encontrado sentado en el Trono de Hierro, en Desembarco del Rey. Por fin, el señor de Fuerte Terror frunció los labios.

—Habéis perdido una mano —dijo.

—No —replicó Jaime—, la tengo aquí, colgada del cuello.

Roose Bolton extendió el brazo, se la arrancó de un tirón y se la tiró a la Cabra.

—Llevaos esto de mi vista. Me ofende.

—Ce la enviaré a tu señor padre. Le diré que tiene que pagarnos cien mil dragonez si no quiere que le devolvamos al Matarreyez pedazo por pedazo. Y cuando ya tengamos oro, ezo es lo que haremos: ¡Entregaremos a Cer Jaime a Karzark, y a cambio, él nos dará una doncella!

Los compañeros audaces rompieron en carcajadas.

—Excelente plan —dijo Roose Bolton, en el mismo tono en que habría podido decir «excelente vino» a un compañero de mesa—, aunque lord Karstark no os entregará a su hija. El rey Robb le recordó la altura en una cabeza, por traición y asesinato. En cuanto a lord Tywin, sigue en Desembarco del Rey, y allí permanecerá hasta el año nuevo, cuando su nieto tome por esposa a una hija de Altojardín.

—De Invernalia —dijo Brienne—. Querréis decir de Invernalia. El rey Joffrey está prometido a Sansa Stark

—Ya no. La batalla del Aguasnegras lo cambió todo. La rosa y el león se unieron para acabar con las huestes de Stannis Baratheon y reducir su flota a cenizas.

«Te lo advertí, Urswyck —pensó Jaime—. Y a ti, Cabra. Si apuestas contra los leones, pierdes algo más que la bolsa».

—¿Hay alguna noticia de mi hermana? —preguntó.

—Está bien. Al igual que vuestro... sobrino. —Bolton hizo una pausa antes de «sobrino», una pausa que quería decir «lo sé»—. Vuestro hermano vive también, aunque resultó herido en la batalla. —Hizo un gesto con la mano para llamar a un norteño de aspecto severo, con cota de malla tachonada de clavos—. Escoltad a ser Jaime hasta Qyburn. Y soldadle las manos a esta mujer. —Mientras cortaban la cuerda que ataba las muñecas de Brienne, se volvió hacia ella—. Mi señora, os ruego que nos perdonéis. Corren tiempos aciagos; es difícil distinguir al amigo del enemigo.

Brienne se frotó la cara interior de la muñeca; la soga de cáñamo se la había dejado en carne viva.

—Mi señor, estos hombres trataron de violarme.

—¿De veras? —Lord Bolton clavó los ojos claros en Vargo Hoat—. Eso no me complace. Lo de la mano de ser Jaime, tampoco.

Por cada compañero audaz, en el patio había cinco norteños y otros tantos Frey. La Cabra no era ningún prodigo de inteligencia, pero sabía contar. No dijo nada.

—Me quitaron la espada —dijo Brienne—, la armadura...

—Aquí no tendréis necesidad de armadura alguna, mi señora —le dijo lord Bolton—. En Harrenhal os encontráis bajo mi protección. Amabel, buscad habitaciones adecuadas para lady Brienne. Walton, ocupaos de ser Jaime de inmediato.

No esperó respuesta, sino que dio la vuelta y subió por las escaleras con la capa ribeteada en piel ondeando a la espalda. Jaime tuvo tiempo solo de intercambiar una mirada rápida con Brienne antes de que los escoltaran en direcciones opuestas.

En las estancias del maestre, debajo de la pajarera, un hombre de cabello blanco y aspecto paternal llamado Qyburn tragó saliva cuando vio qué había bajo las vendas del muñón de Jaime.

—¿Tan mal está? ¿Voy a morir?

Qyburn presionó la herida con un dedo y arrugó la nariz ante el borbotón de pus.

—No. Aunque si hubieran pasado unos días más... —Cortó la manga del jubón de Jaime—. La podredumbre se ha extendido. ¿Veis lo blanda que está la carne? Tengo que cortarla toda. Para estar seguros habría que cortarlos el brazo.

—Hacedlo y os mataré —le prometió Jaime—. Limpiad el muñón y cosedlo. Prefiero correr el riesgo.

—Podría respetarlos la parte superior del brazo —dijo Qyburn con el ceño fruncido— y cortar por el codo, pero...

—Si me cortáis algo del brazo, más os vale cortarme también el otro, o si no, después lo utilizaré para estrangularos.

Qyburn lo miró a los ojos. Viera lo que viera en ellos, lo hizo meditar un instante.

—Muy bien. Cortaré la carne podrida y nada más. Trataré de quemar la podredumbre con vino hirviendo y una cataplasma de ortigas, mostaza en grano y moho del pan. Tal vez baste con eso, ya que estáis tan determinado. Os daré la leche de la amapola...

—No. —Jaime no se atrevía a permitir que lo durmieran. Pese a las promesas del hombre, al despertar podía encontrarse sin brazo.

—Os dolerá. —Qyburn se quedó boquiabierto.

—Gritaré.

—Os dolerá mucho.

—Gritaré muy fuerte.

—¿Aceptaréis al menos beber un poco de vino?

—Reza alguna vez el septón supremo?

—No sabría qué deciros. Traeré el vino. Recostaos; tengo que ataros el brazo.

Con un cuenco y una hoja bien afilada, Qyburn limpió el muñón mientras Jaime tragaba el vino fuerte, aunque buena parte se le derramaba encima. Su mano izquierda no parecía conocer el camino hacia la boca, pero aquello, al

menos, tenía una ventaja: el olor del vino en la barba sucia ayudaba a disfrazar el hedor del pus.

Pero no le sirvió de nada cuando llegó el momento de recortar la carne podrida. Entonces, Jaime gritó y golpeó la mesa con el puño, una vez, otra y otra. Gritó de nuevo cuando Qyburn le vertió el vino hirviendo sobre lo que le quedaba del muñón. Pese a todas las promesas y todos los temores, durante un rato perdió el conocimiento. Cuando despertó, el maestre le estaba cosiendo el brazo con una aguja y cuerda de tripa.

—He dejado una tira de piel para doblarla por encima del hueso.

—No es la primera vez que hacéis esto —murmuró Jaime con debilidad. Notaba sabor a sangre en la boca; se había mordido la lengua.

—Todo aquel que sirve a Vargo Hoat ha visto muchos muñones. Los va dejando a su paso.

Jaime pensó que Qyburn no tenía aspecto de monstruo. Era reservado, de voz suave y cálidos ojos castaños.

—¿Cómo es que un maestre cabalga con los compañeros audaces?

—La Ciudadela me quitó la cadena. —Qyburn dejó a un lado la aguja—. Tengo que cuidarlos también ese corte que tenéis sobre el ojo. La carne está muy inflamada.

—Habladme de la batalla. —Jaime cerró los ojos, y permitió que Qyburn y el vino hicieran su trabajo.

Como encargado de los cuervos de Harrenhal, Qyburn habría sido el primero en enterarse de las noticias.

—Lord Stannis quedó atrapado entre vuestro padre y el fuego. Se dice que el Gnomo le prendió fuego al mismísimo río.

Jaime vio llamas verdes que se alzaban hacia el cielo, más altas que las más altas torres, mientras hombres con las ropas incendiadas gritaban por las calles.

«Esto ya lo había soñado». Resultaba casi divertido, pero no tenía a nadie con quien compartir el chiste.

—Abrid el ojo. —Qyburn empapó un paño en agua caliente y le limpió la costra de sangre seca. El párpado estaba hinchado, pero Jaime consiguió abrirllo un poco. Vio sobre él el rostro del maestre—. ¿Cómo os hicisteis esto? —preguntó.

—Fue regalo de una moza.

—¿Un cortejo difícil, mi señor?

—Esa moza es más grande que yo y más fea que vos. Más vale que la atendáis a ella también. Todavía cojea de la pierna que le pinché durante la pelea.

—Mandaré a buscarla. ¿Qué es esa mujer para vos?

—Mi protectora. —Por mucho que doliera, Jaime no tuvo más remedio que echarse a reír.

—Machacaré unas hierbas para que las mezcléis con el vino; os bajarán la

fiebre. Mañana por la mañana volveré y os pondré una sanguijuela en el ojo para sacar la sangre sucia.

—Una sanguijuela. Qué encanto.

—Lord Bolton es muy aficionado a las sanguijuelas —dijo Qyburn con toda ceremonia.

—Sí —dijo Jaime—. Ya me lo imagino.

Más allá de la puerta del Rey no quedaba nada más que lodo, cenizas y restos de huesos quemados, pero ya había bastantes personas viviendo a la sombra de las murallas de la ciudad, y algunas vendían pescado que llevaban en toneles y carretillas. Tyrion sintió todos los ojos clavados en él cuando pasó a caballo: miradas gélidas, de odio, de rencor... Nadie se atrevió a hablarle ni trató de cerrarle el paso; por algo llevaba al lado a Bronn, con su engrasada cota de malla negra.

«Pero si fuera solo, me derribarían del caballo y me machacarían la cara con un adoquín, como le hicieron a Preston Greenfield».

—Vuelven más deprisa que las ratas —se quejó—. Ya los echamos con fuego una vez; ¿es que no aprenden la lección?

—Déjame una docena de capas doradas y los mataré a todos —dijo Bronn—. Los muertos no vuelven.

—No, pero vienen otros en su lugar. Déjalos en paz, aunque si empiezan a construir chozas junto a la muralla, quiero que las derribes enseguida. Piensen lo que piensen estos imbéciles, la guerra no ha terminado. —Divisó ante ellos la puerta del Lodazal—. Por el momento ya he visto suficiente. Volveremos mañana con los maestros de los gremios, para repasar sus planes.

«Bueno —pensó con un suspiro—, lo cierto es que la mayor parte de esto lo quemé yo, así que es justo que lo reconstruya».

La tarea le había correspondido a su tío, el firme, constante e incansable ser Kevan Lannister, pero no había vuelto a ser el mismo desde que llegó el cuervo de Aguas dulces con la noticia de la muerte de su hijo. El hermano gemelo de Willem, Martyn, también era prisionero de Robb Stark, y el hermano mayor de ambos, Lancel, seguía postrado en cama, atormentado por una herida ulcerada que no se terminaba de curar. Con un hijo muerto y otros dos en peligro de muerte, el dolor y el miedo consumían a ser Kevan. Lord Tywin tenía por costumbre recurrir a su hermano, pero no le había quedado más remedio que confiar en su hijo enano.

El coste de la reconstrucción iba a ser ruinoso, pero no había manera de evitarlo. Desembarco del Rey era el principal puerto del reino; solo el de Antigua rivalizaba con él. Era imprescindible volver a abrir la ruta del río, cuanto antes mejor.

«¿Y de dónde demonios voy a sacar el dinero? —Casi echaba de menos a Meñique, que se había hecho a la mar hacía ya quince días—. Mientras él se acuesta con Lysa Arryn y gobierna el Valle, a mí me toca arreglar el desastre que ha dejado aquí. —Al menos, su padre le había encomendado un trabajo importante, pensó Tyrion mientras el capitán de los capas doradas les abría paso a través de la puerta del Lodazal—. No me nombrará heredero de Roca Casterly,

pero me utilizará siempre que pueda» .

Las Tres Putas todavía dominaban la plaza del mercado, pero ociosas ya; hacía días que se habían llevado rodando las rocas y los barriles de brea. Los chiquillos trepaban por las imponentes estructuras como un grupo de monos vestidos con túnicas de lana basta, montaban a horcajadas en los aguilones y se gritaban.

—Recuérdame que le diga a ser Addam que aposte aquí a unos cuantos capas doradas —dijo Tyrion a Bronn mientras cabalgaban entre dos de los trabuquitos —. Seguro que algún crío idiota se cae y se rompe la cabeza. —Se oyó un grito sobre ellos, y un montón de estiércol se estrelló en el suelo a menos de un codo por delante de sus monturas. La yegua de Tyrion se alzó sobre las patas traseras y estuvo a punto de derribarlo—. Bien pensado —añadió cuando consiguió controlarla—, que esos crios de mierda se estampen contra el suelo como melones maduros.

Estaba de pésimo humor, y no solo porque unos cuantos granujas callejeros quisieran apedrearlo con excrementos. Su matrimonio era una tortura diaria. Sansa Stark seguía siendo doncella y, por lo visto, la mitad del castillo lo sabía. Aquella mañana, mientras se subía al caballo, oyó las risitas burlonas de dos mozos de cuadras a sus espaldas. Casi tenía la sensación de que los caballos también se reían de él. Había arriesgado el pellejo para evitar el ritual del encamamiento con la esperanza de preservar la intimidad de su dormitorio, pero la esperanza no tardó en esfumarse. O Sansa había sido tan idiota como para confiarse a una de sus doncellas, que eran todas espías de Cersei, o Varys y sus pajaritos tenían la culpa de todo.

De una manera u otra, ¿qué importaba? Se estaban riendo de él. De toda la Fortaleza Roja, la única persona que no se divertía con su matrimonio era su señora esposa.

La tristeza de Sansa se agudizaba día tras día. Tyrion habría dado cualquier cosa por romper su barrera de cortesía y ofrecerle el consuelo que pudiera, pero no conseguía nada. No había palabras que lo hicieran más hermoso a ojos de Sansa.

« Ni menos Lannister» . Aquella era la esposa que le habían dado, para toda la vida, y ella lo detestaba.

Y las noches que pasaban juntos en la gran cama eran otro tormento constante. Ya no podía dormir desnudo, como había tenido siempre por costumbre. Su esposa había recibido una educación demasiado esmerada para decir ni una palabra, pero la repugnancia que le afloraba a los ojos cada vez que miraba su cuerpo era más de lo que Tyrion podía soportar. Tyrion le había ordenado a Sansa que ella también durmiera con camisón.

« La deseo —comprendió—. Quiero Invernalia, sí, pero también la quiero a ella, niña, mujer o lo que sea. Quiero consolarla. Quiero oírla reír. Quiero que

venga a mí por su voluntad, que me traiga sus alegrías, sus penas y su deseo. — La boca se le retorció en una sonrisa amarga—. Si, y ya de paso, quiero ser tan alto como Jaime y tan fuerte como ser Gregor, la Montaña; de lo que me va a servir...».

Sus pensamientos desbocados volaron hacia Shae. Tyrion no había querido que se enterase de la noticia por otros labios, de manera que la noche previa a su boda le ordenó a Varys que se la llevara al castillo. Volvieron a reunirse en las habitaciones del eunuco y, cuando Shae empezó a desatarle los cordones del jubón, la agarró por la muñeca y se retiró un paso.

—Espera —dijo—, he de decirte una cosa. Mañana me voy a casar...

—Con Sansa Stark Ya lo sé.

Se quedó sin habla durante un instante. Ni siquiera la propia Sansa lo sabía aún.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho Varys?

—Un paje se lo estaba contando a ser Tallard cuando llevé a Lollys al septo. Se lo había oído a una criada que se lo había oído a ser Kevan mientras hablaba con vuestro padre. —Se liberó de su mano y se sacó el vestido por la cabeza. Como de costumbre, no llevaba ropa interior—. No me importa. No es más que una niña. Le haréis un bombo y volveréis conmigo.

En cierto modo, habría preferido que se mostrara menos indiferente. « Claro que lo habría preferido —se mofó con amargura—. A ver si aprendes, enano. El de Shae es todo el amor que vas a recibir en tu vida».

La calle del Lodazal estaba atestada de gente, pero tanto los soldados como los ciudadanos les abrieron camino al Gromo y su escolta. Multitud de críos de mirada vacía pululaban entre las patas de los caballos. Algunos alzaban la vista en súplica silenciosa; otros mendigaban a gritos. Tyrion se sacó de la bolsa un buen puñado de monedas de cobre y las lanzó al aire; los niños corrieron a por ellas entre chillidos y empujones. Los más afortunados podrían comprarse un trozo de pan duro aquella noche. Tyrion no había visto nunca los mercados tan abarrotados, y pese a toda la comida que estaban llevando los Tyrell, los precios seguían siendo desmesurados. Seis cobres por un melón, un venado de plata por un celemín de maíz, un dragón por un flanco de buey o por seis cochinillos flacos. Pero no faltaban compradores. Hombres descarnados y mujeres macilentas se amontonaban alrededor de todos los tenderetes y carromatos, mientras otros aún más harapientos observaban con gesto hosco desde la entrada de los callejones.

—Por aquí —dijo Bronn cuando llegaron al pie del Garfio—. ¿Aúnquieres...?

—Sí.

La visita a la orilla del río le había servido como excusa, pero el objetivo que tenía Tyrion aquel día era otro muy diferente. No era una misión que le gustara, pero tenía que llevarla a cabo. Se alejaron de la Colina Alta de Aegon para

adentrarse en el laberinto de calles más pequeñas que había al pie de la colina de Visenya. Bronn iba por delante. En un par de ocasiones, Tyrion giró la cabeza para asegurarse de que no los seguían, pero no vio nada, aparte del gentío habitual: un carretero que le daba golpes a su caballo, una vieja que vaciaba el orinal por la ventana, dos niños que jugaban a las espadas con palos, tres capas doradas que escoltaban a un prisionero... Todos parecían inocentes, pero cualquiera de ellos podía ser su perdición. Varys tenía informadores en todas partes.

Doblaron una esquina y luego la siguiente, y cabalgaron muy despacio en medio de una multitud de mujeres. Bronn lo guio por un callejón tortuoso, luego por otro, y pasaron bajo un arco semiderruido. Atajaron entre los cascotes que marcaban el lugar donde había ardido una casa y guiaron a los caballos por las riendas para que subieran un tramo de peldaños de piedra. Allí, los edificios eran pobres y se alzaban muy juntos. Bronn se detuvo ante la entrada de un callejón tan estrecho que no les permitiría cabalgar codo con codo.

—Hay dos entradas y luego un callejón sin salida. El antro está en el sótano del último edificio.

—Encárgate de que no entre ni salga nadie hasta que vuelva —dijo Tyrion mientras desmontaba—. No voy a tardar mucho. —Se palpó la capa para asegurarse de que el oro seguía allí, en el bolsillo secreto. Treinta dragones. «Menuda fortuna para un hombre como él». Anadeó rápidamente por el callejón, deseoso de terminar con aquello cuanto antes.

La bodega era un lugar deprimente, oscuro y húmedo; las paredes estaban manchadas de salitre, y el techo era tan bajo que Bronn se habría tenido que agachar para no darse contra las vigas. Para Tyrion Lannister no era un problema. A aquella hora, la estancia principal estaba desierta; solo se veía a una mujer de ojos sin vida sentada en un taburete, tras la basta barra de madera. Le entregó una copa de vino agrio.

—Detrás —le dijo.

La habitación trasera era aún más oscura. En una mesa baja ardía una vela junto a una jarra de vino. El hombre sentado ante ella no parecía peligroso; era bajo, aunque para Tyrion todos los hombres eran altos, con una calvicie incipiente, mejillas sonrosadas y una barriga que tensaba los botones de su jubón de piel de ciervo. En las manos suaves sostenía una lira de doce cuerdas, más mortífera que cualquier espada.

Tyrion se sentó frente a él.

—Symon Pico de Oro.

—La mano del rey —dijo el hombre inclinando la cabeza. Tenía la coronilla calva.

—Me confundís con otro. Mi padre es la mano del rey. Me temo que yo ya no soy ni un dedo.

—Estoy seguro de que volveréis a estar en lo más alto. Un hombre como vos... Mi dulce dama Shae me ha dicho que estás recién casado. Ojalá me hubierais hecho llamar antes. Habría sido un honor cantar en vuestro banquete nupcial.

—Lo que menos falta le hace a mi esposa es oír más canciones —replicó Tyrion—. En cuanto a Shae, los dos sabemos que no es ninguna dama, y mucho os agradecería que no volvierais a pronunciar su nombre.

—Como la mano ordene —dijo Symon.

La última vez que Tyrion había visto al bardo, unas cuantas palabras bruscas bastaban para hacerlo sudar; pero por lo visto había hecho acopio de valor. « Lo debe de haber encontrado en esa jarra. —O tal vez el propio Tyrion tuviera la culpa de aquella reciente osadía—. Lo amenacé, pero luego no hice nada, así que ahora cree que no tengo dientes». Dejó escapar un suspiro.

—Tengo entendido que sois un bardo de mucho talento.

—Qué amable por vuestra parte decir tal cosa, mi señor.

—Ya va siendo hora de que llevéis el regalo de vuestra música a las Ciudades Libres. —Tyrion le dedicó una amplia sonrisa—. En Braavos, en Pentos y en Lys hay muchos a los que les gustan las canciones, y son generosos con los que los satisfacen. —Bebió un trago de vino. Estaba adulterado, pero era fuerte—. Lo mejor sería una gira por las nueve ciudades. No queremos privar a nadie del placer de oíros cantar. Bastaría con que estuvierais un año en cada una. —Se palpó el interior de la capa, donde llevaba escondido el oro—. El puerto está cerrado, así que tendréis que ir hasta el Valle Oscuro para embarcar, pero Bronn os conseguirá un caballo, y para mí sería un honor que me permitierais pagaros el pasaje...

—Pero mi señor —protestó el bardo—, si no me habéis oido cantar nunca. Por favor, escuchad un momento.

Rasgueó las cuerdas de la lira con dedos hábiles, y una música suave pareció llenar el sótano. Symon empezó a cantar.

Anduvo toda la urbe
y bajó de su colina,
por callejones y escalas,
para ver a su querida.

Era un tesoro secreto,
su alegría y deshonra.
Nada es torre ni cadena
si hay un beso que trastorna.

—Es más larga —dijo el bardo, interrumpiendo la canción—. Mucho, mucho más larga. El estribillo me gusta mucho. Escuchad: « Las manos de oro son frías, las de mujer, siempre tibias...» .

—¡Basta ya! —Tyrion sacó la mano de la capa sin coger el oro—. No quiero volver a oír esa canción. Jamás.

—¿No? —Symon Pico de Oro dejó a un lado la lira y bebió un trago de vino —. Vaya, qué lástima. Pero hay una canción para cada persona, como me decía mi viejo maestre cuando me enseñaba a tocar. Puede que a otros les guste más. Tal vez a la reina. O a vuestro señor padre.

—Mi padre no tiene tiempo para perderlo con bardos, y mi hermana no es tan generosa como se suele creer. —Tyrion se frotó la cicatriz de la nariz—. Un hombre listo podría ganar más con el silencio que con las canciones. —No había manera de dejarlo más claro.

—Mi precio os parecerá muy modesto, mi señor. —Symon había captado la idea al vuelo.

—Me alegra saberlo. —Tyrion se temía que aquello no se resolvería con treinta dragones de oro—. Decidme.

—En el banquete nupcial del rey Joffrey habrá un torneo de bardos.

—Y malabaristas, bufones, osos bailarines...

—Solo un oso bailarín, mi señor —dijo Symon, que evidentemente había prestado más atención que Tyrion a los preparativos de Cersei—, pero siete bardos: Galyeon de Cuy, Bethany Dedosdiestros, Aemon Costayne, Alaric de Eysen, Hamish el Arpista, Collio Quaynis y Orland de Antigua competirán por un laúd de oro con cuerdas de plata... pero inexplicablemente no se ha invitado a participar al que podría darles lecciones a todos ellos.

—Dejad que adivine. ¿Symon Pico de Oro?

—Estoy dispuesto a demostrar ante el rey y ante la corte que lo que digo no son meras baladronadas. —Symon sonreía con modestia—. Hamish está viejo, y muchas veces se olvida de lo que canta. ¡Y Collio, con ese absurdo acento tyroshi...! Con suerte, se le entiende una palabra de cada tres.

—Mi querida hermana ha hecho todos los preparativos del banquete. Y aunque pudiera conseguiros una invitación, ¿no resultaría extraño? Siete reinos, siete juramentos, siete desafíos, setenta y siete platos... ¿y ocho bardos? ¿Qué pensará el septón supremo?

—No os tenía por un hombre tan piadoso, mi señor.

—No se trata de piedad. Hay que observar ciertas formas.

—Bueno... Sabed que la vida de un bardo no está exenta de riesgos. Trabajamos en tabernas y bodegas, ante borrachos alborotados. —Symon bebió un trago de vino—. Si a alguno de los siete bardos de vuestra hermana le aconteciera una desgracia, espero que penséis en mí para ocupar su lugar. —Su sonrisa taimada mostraba una desmesurada satisfacción consigo mismo.

—Desde luego, tener seis bardos sería tan desafortunado como tener ocho. Me interesaré por la salud de los siete de Cersei. Si alguno de ellos sufriera una indisposición, Bronn os buscará.

—Muy bien, mi señor. —Symon podría haber dejado así las cosas, pero estaba ebrio de triunfo—. Cantaré la noche de bodas del rey Joffrey. Si me convocan a la corte, desde luego querré ofrecer a su alteza mis mejores composiciones; canciones que he cantado ya un millar de veces y que siempre gustan. Pero si, por casualidad, me encontrara tocando en cualquier bodega lúgubre... Bueno, sería una ocasión inmejorable de ensayar mi nueva canción. « Las manos de oro son frías, las de mujer, siempre tibias...» .

—No será necesario —replicó Tyrion—. Os doy mi palabra de Lannister; Bronn no tardará en buscaros.

—Muy bien, mi señor. —El bardo barrigón con su calvicie incipiente volvió a coger la lira.

Bronn lo esperaba con los hombres a la entrada del callejón. Ayudó a Tyrion a montar.

—¿Cuándo tengo que llevarlo al Valle Oscuro?

—Nunca. —Tyrion hizo dar la vuelta al caballo—. Deja pasar tres días, y luego dile que Hamish el Arpista se ha roto un brazo y que la ropa que tiene no es adecuada para la corte, que hay que conseguirle un nuevo atuendo enseguida. Irá contigo sin dudar. —Hizo una mueca—. Si quieres, quédate con su pico; tengo entendido que es de oro. El resto de él, que desaparezca para siempre.

—Hay un tenderete de calderos en el Lecho de Pulgas, donde preparan un estofado muy sabroso. —Bronn sonrió—. Dicen que lleva todo tipo de carnes.

—Asegúrate de que no como allí nunca. —Tyrion puso el caballo al trote. Quería un baño, cuanto más caliente mejor.

Pero hasta aquel modesto placer le fue negado; nada más llegar a sus habitaciones, Podrick Payne lo informó de que lo habían convocado a la Torre de la Mano.

—Su señoría quiere veros. La mano. Lord Tywin.

—Ya sé quién es la mano, Pod —dijo Tyrion—. He perdido la nariz, no los sesos.

—Ahora no la pagues con el chico —dijo Bronn riéndose—; tampoco es como para cortarle la cabeza.

—¿Por qué no? Para lo que la usa...

« ¿Qué habré hecho ahora? —se preguntó Tyrion—. O mejor dicho, ¿qué no he hecho?». Cuando lord Tywin lo llamaba, siempre había segundas intenciones; desde luego, su padre no requeriría nunca su presencia para compartir una comida o una copa de vino.

Un poco más tarde, cuando entró en las estancias de su padre, oyó una voz

—Cerezo para las fundas, forradas en cuero rojo y adornadas con una hilera

de tachonaduras en forma de cabeza de león, de oro puro. Los ojos pueden ser de granates...

—De rubies —replicó lord Tywin—. Los granates tienen menos fuego.

Tyron carraspeó para aclararse la garganta.

—Mi señor, ¿me has mandado llamar?

—Sí —dijo su padre, alzando la vista—. Ven a ver esto. —En la mesa, ante ellos, había un bulto envuelto en tejido encerado, y lord Tywin tenía una espada larga en la mano—. Es un regalo de bodas para Joffrey.

La luz que entraba a raudales por los cristales en forma de rombo arrancaba destellos negros y rojos de la hoja, a medida que lord Tywin la giraba para examinar el filo, mientras que el pomo y los gavilanes centelleaban dorados.

—He pensado que, con tantas tonterías como se están diciendo sobre Stannis y su espada mágica, sería buena idea regalarle a Joffrey algo también extraordinario. Un arma digna de un rey.

—Es mucha espada para Joff —dijo Tyrion.

—Ya crecerá. Mira, sopésala. —Le tendió el arma con el puño por delante.

La espada era mucho más ligera de lo que parecía a simple vista. Al girarla comprendió por qué. Solo había un material que se pudiera batir tan fino y aun así resultar suficientemente fuerte para combatir con él, y aquellas ondulaciones, señal de que el acero había sido replegado muchos millares de veces, eran inconfundibles.

—¿Acero valyrio?

—Sí —respondió lord Tywin con tono de profunda satisfacción.

«Por fin, ¡eh, padre?». Las espadas de acero valyrio escaseaban y eran muy caras; aun así, quedaban varios miles en el mundo: solo en los Siete Reinos, tal vez más de doscientas. Ninguna de ellas pertenecía a la casa Lannister, y aquello siempre había irritado a su padre. Los antiguos Reyes de la Roca poseyeron una de aquellas armas, pero el mandoble *Rugido* se perdió cuando el segundo rey Tommen se lo llevó a Valyria en su alocada misión. No volvió, como tampoco regresó su tío Gery, el segundo hermano de su padre, el más temerario, que se había ido hacía ya ocho años en busca de la espada perdida.

Al menos en tres ocasiones, lord Tywin había tratado de comprar espadas valyrias a casas menores venidas a menos, pero todos sus intentos fueron rechazados con firmeza. Los señores le entregarian de buena gana a sus hijas a cualquier Lannister que se las pidiera, pero conservaban las espadas familiares como tesoros.

Tyron se preguntó de dónde habría salido el metal con que se había forjado aquella. Quedaban unos pocos maestros armeros capaces de trabajar el acero valyrio, pero el secreto de su fabricación se había perdido cuando la Maldición cayó sobre la antigua Valyria.

—Los colores son extraños —comentó mientras inspeccionaba la espada a la

luz del sol. Casi todo el acero valyrio era de un gris oscuro, que casi parecía negro, y aquella espada también. Pero en los dobleces había un rojo tan oscuro como el gris. Los dos colores se besaban sin siquiera tocarse; cada ondulación era diferente, como oleadas de noche y sangre que lamieran una orilla acerada—. ¿Cómo lo habéis hecho? No había visto nunca nada igual.

—Yo tampoco, mi señor —dijo el armero—. He de confesar que esos colores no son los que buscaba, y no sé si podría volver a producir el mismo efecto. Vuestro señor padre me pidió el escarlata de vuestra casa, y ese era el color que preparé para infundir en el metal. Pero el acero valyrio es testarudo. Se dice que estas viejas espadas tienen memoria y no cambian con facilidad. Lo trabajé con medio centenar de hechizos y aclaré el rojo una y otra vez, pero el color siempre se oscurecía, como si la hoja le estuviera bebiendo el sol. Y algunos pliegues no admitían el rojo en absoluto, como podéis ver. Si mis señores de Lannister no están satisfechos, lo seguiré intentando, por supuesto, tantas veces como queráis, pero...

—No será necesario —dijo lord Tywin—. Así está bien.

—Una espada carmesí tendría un brillo muy hermoso bajo el sol, pero si he de ser sincero, estos colores me gustan más —asintió Tyrion—. Tienen una belleza ominosa... y hacen que esta hoja sea única. Seguro que no hay una espada igual en todo el mundo.

—Si la hay. —El armero se inclinó sobre la mesa, abrió los pliegues de la tela encerada y dejó al descubierto una segunda espada.

Tyrion puso la espada de Joffrey en la mesa y cogió la otra. Si no eran gemelas, se trataba al menos de primas hermanas. La segunda era más gruesa y pesada, casi un dedo más ancha y cuatro dedos más larga, pero las líneas limpias y esbeltas eran las mismas, así como aquel color tan característico, las ondulaciones de sangre y noche. La segunda hoja tenía tres estrías profundas, que iban del puño a la punta, mientras que en la espada del rey solo había dos. La empuñadura de Joff era mucho más ornamentada, con gavilanes en forma de garras de león con las uñas de rubíes; pero ambas tenían el puño protegido con fino cuero rojo y el pomo en forma de cabeza de león.

—Magnífica. —Hasta en unas manos tan poco diestras como las de Tyrion, la hoja parecía cobrar vida—. No había visto nunca un equilibrio tan excelente.

—Será para mi hijo.

«No hace falta preguntar para cuál. —Tyrion depositó la espada de Jaime sobre la mesa, junto a la de Joffrey, y se preguntó si Robb Stark dejaría vivir a su hermano para que pudiera empuñarla—. Nuestro padre, sin duda, cree que sí; de lo contrario, ¿para qué la habría hecho forjar?».

—Habéis hecho un gran trabajo, maestro Mott —le dijo lord Tywin al armero—. Mi mayordomo se encargará de que recibáis vuestro pago. Y acordaos: rubíes para las vainas.

—No lo olvidaré, mi señor. Sois muy generoso. —Envolvió las espadas en la tela encerada, se puso el fardo bajo un brazo y se dejó caer sobre una rodilla—. Es un honor servir a la mano del rey. Entregaré las espadas el día anterior a la boda.

—Sin falta.

Los guardias escoltaron al armero fuera de la estancia, y Tyrion se subió a una silla.

—Vaya. Una espada para Joff, una espada para Jaime, y para el enano ni un puñal. ¿Te parece bonito, padre?

—Había acero suficiente para dos armas, no para tres. Si te hace falta un puñal, ve a la armería y coge uno cualquiera. Robert dejó más de ciento antes de morir. Gerion le dio un puñal dorado con el puño de marfil y un zafiro en el pomo como regalo de bodas, y la mitad de los enviados que acudieron a la corte trataron de ganarse su favor obsequiando a su alteza con cuchillos con incrustaciones de piedras preciosas y espadas con adornos de plata.

—Lo habrían complacido más entregándole a sus hijas —dijo Tyrion, que no pudo evitar una sonrisa.

—Sin duda. La única hoja que utilizó en toda su vida fue el cuchillo de caza que Jon Arryn le había regalado cuando era niño. —Lord Tywin hizo un gesto con la mano, como para apartar a un lado al rey Robert y a sus puñales—. ¿Con qué te encontraste junto al río?

—Con lodo —dijo Tyrion—. Y con unos cuantos cadáveres que nadie se ha molestado en enterrar. Antes de volver a abrir el puerto habrá que dragar el Aguasnegras y sacar a flote los barcos hundidos, o destruirlos. Hacen falta reparaciones en tres cuartas partes de los amarraderos; algunos habrá que reconstruirlos por completo. El mercado del pescado ha desaparecido. También hay que cambiar la puerta del Río y la puerta del Rey; quedaron astilladas después de que Stannis intentara derribarlas. No quiero ni pensar en el precio.

«Si es verdad que cagas oro, padre, ve al retrete y empieza a trabajar», habría querido añadir. Pero se contuvo.

—Consigue el oro que haga falta.

—¿Cómo? ¿Dónde lo busco? Las arcas del tesoro están vacías; ya te lo he dicho. Aún no hemos terminado de pagar el fuego valyrio de los alquimistas ni la cadena de los herreros, y Cersei ha pedido que la corona pague la mitad de los gastos de la boda de Joff: setenta y siete putos platos, un millar de invitados, una empanada llena de palomas, bardos, malabaristas...

—A veces, las extravagancias son útiles. Tenemos que mostrarle a todo el reino el poder y la riqueza de Roca Casterly.

—Entonces, que pague Roca Casterly.

—¿Por qué? He visto los libros de cuentas de Meñique. Los ingresos de la corona se han multiplicado por diez desde los tiempos de Aerys.

—Los gastos de la corona, también. Robert era tan pródigo con las monedas como con la polla. Meñique tuvo que pedir prestado mucho dinero, a ti entre otros. Sí, los ingresos son considerables, pero apenas si bastan para cubrir la usura. ¿O le vas a perdonar al trono la deuda que tiene con la casa Lannister?

—No digas tonterías.

—En ese caso deberíamos conformarnos con siete platos. Trescientos invitados en vez de mil. Y según tengo entendido, un matrimonio es igual de legítimo aunque no haya oso bailarín.

—Los Tyrell nos considerarían unos tacaños. Quiero la boda y el puerto. Si no puedes pagar ambas cosas, dímelo para que busque un consejero de la moneda que sí pueda.

—Conseguiré el dinero. —Tyrion no quería ni pensar en la vergüenza que supondría que lo despidieran tan pronto.

—Sí —le aseguró su padre—. Y ya que estás, a ver si consigues también encontrar la cama de tu esposa.

« Así que le han llegado los rumores» .

—Ya sé dónde está, muchas gracias. Es ese mueble que hay entre la ventana y la chimenea, el del dosel de terciopelo y el colchón de plumas de ganso.

—Me alegra que sepas dónde está. ¿Qué tal si ahora tratas de conocer a la mujer que la comparte contigo?

« ¿Qué mujer? Querrás decir la niña» .

—¿Te ha estado susurrando al oído una araña o le tengo que dar las gracias a mi querida hermana? —Considerando las cosas que pasaban entre las sábanas de Cersei, cualquiera habría dicho que tendría la decencia de no meter las narices en las tuyas—. Dime, ¿cómo es que todas las doncellas de Sansa están al servicio de Cersei? Estoy harto de que me espíen en mis habitaciones.

—Si no te gustan las criadas de tu mujer, despídelas y contrata a otras que te convengan más. Estás en tu derecho. A mí no me preocupan las doncellas de tu esposa, sino que ella siga siendo doncella. Tanta... delicadeza me asombra. Nunca habías tenido problemas para meterte en la cama con una puta. ¿Qué le pasa a la Stark? ¿No lo tiene todo en el mismo sitio?

—¿Por qué te interesa tanto dónde meto la polla? —replicó Tyrion—. Sansa es demasiado joven.

—Tiene edad suficiente para convertirse en la señora de Invernalia una vez muera su hermano. Si la desvirgas, estarás un paso más cerca de poder dominar el norte. Déjala embarazada y lo tendrás en la mano. ¿O tengo que recordarte que si un matrimonio no se consuma es posible anularlo?

—Solo puede hacerlo el septón supremo o un Consejo de la Fe. El septón supremo que hay ahora no es más que una foca bien amaestrada, que aplaude cuando se lo ordenamos. El Chico Luna tiene más probabilidades de anular mi matrimonio que él.

—Tal vez debería haber casado a Sansa Stark con el Chico Luna. Al menos, habría sabido qué hacer con ella.

—No quiero seguir hablando de la virginidad de mi esposa. —Tyrion apretó las manos contra los brazos de la silla—. Pero ya que estamos con el tema de los matrimonios, ¿cómo es que no hay novedades sobre las inminentes nupcias de mi hermana? Creo recordar...

—Mace Tyrell ha rechazado mi oferta de casar a Cersei con Willas, su heredero —lo interrumpió lord Tywin.

—¿Qué ha rechazado a nuestra querida Cersei? —Aquellos ojos de Tyrion brillaron con humor mucho mejor.

—Cuando le planteé esta unión, lord Tyrell parecía muy bien dispuesto —siguió su padre—. Y al día siguiente, todo lo contrario. Ha sido cosa de la vieja. Tiene dominado a su hijo. Según Varys, le dijo que tu hermana estaba demasiado entrada en años y usada para casarse con su adorado nieto cojo.

—Seguro que a Cersei le encantó —se rio.

—No sabe nada. —Lord Tywin le lanzó una mirada gélida—. Ni lo sabrá. Será mejor para todo el mundo que nunca se haya hecho la propuesta. Métetelo bien en la cabeza, Tyrion. No se ha hecho nunca la propuesta.

—¿Qué propuesta? —Tyrion tenía la sospecha de que lord Tyrell lamentaría amargamente su negativa.

—Tu hermana se casará. Lo único que no sé aún es con quién. Tengo varias ideas...

Antes de que se las pudiera exponer, llamaron a la puerta, y un guardia metió la cabeza para anunciar al gran maestre Pycelle.

—Que pase —dijo lord Tywin.

Pycelle entró con paso titubeante apoyándose en un bastón y se detuvo el tiempo justo para lanzar a Tyrion una mirada capaz de cortar la leche. La otra frondosa barba blanca que, incomprensiblemente, le habían afeitado, le estaba saliendo rala y fina, con lo que se le veían manchas rosadas muy poco atractivas bajo el cuello.

—Mi señor —dijo el anciano con una reverencia tan marcada como pudo hacer sin llegar a caerse—, ha llegado otro pájaro del Castillo Negro. ¿Puedo hablar con vos en privado?

—No será necesario. —Lord Tywin le indicó con un gesto al gran maestre Pycelle que se sentara—. Tyrion se puede quedar.

«Oooh, ¿de verdad?». Se frotó la nariz y aguardó.

Pycelle se aclaró la garganta, para lo que tuvo que carraspear y toser durante un rato.

—La carta la envía un tal Bowen Marsh, el mismo que mandó la anterior. Es el castellano. Nos escribe que lord Mormont mandó un mensaje diciendo que los salvajes avanzan hacia el sur en gran número.

—Las tierras que hay más allá del Muro no pueden sustentar a un gran número de personas —replicó lord Tywin con firmeza—. Esta advertencia no es nueva.

—En cierto modo sí, mi señor. Mormont mandó un pájaro desde el bosque Encantado para informar de que los estaban atacando. Después volvieron más cuervos, pero sin cartas. El tal Bowen Marsh teme que lord Mormont y todos sus hombres hayan muerto.

—¿Estáis seguro? —preguntó Tyrion; le había caído bien el viejo Jeor Mormont, con sus modales rudos y su pájaro parlanchín.

—No —reconoció Pycelle—, pero por ahora no ha regresado ninguno de los hombres de Mormont. Marsh teme que los salvajes los hayan asesinado y se estén preparando para atacar el Muro. —Se palpó la túnica hasta dar con el papel—. Aquí está la carta, mi señor; es una súplica dirigida a los cinco reyes. Quiere hombres, tantos como le podamos enviar.

—¿A los cinco reyes? —Era evidente que su padre estaba molesto—. En Poniente hay solo un rey. Si esos imbéciles de negro quieren que su alteza los escuche, más les vale recordarlo. Cuando contestéis, decidle que Renly está muerto y los otros no son más que traidores y usurpadores.

—Seguro que se alegrará de saberlo. El Muro está a un mundo de distancia; las noticias les llegan tarde a menudo. —Pycelle movía la cabeza de arriba abajo—. ¿Qué le digo a Marsh acerca de los hombres que solicita? ¿Hay que convocar al Consejo...?

—No será necesario. La Guardia de la Noche es una banda de ladrones, asesinos y patanes bastardos, pero también podría ser otra cosa si tuviera la disciplina adecuada. Si es verdad que Mormont ha muerto, los hermanos negros tendrán que elegir un nuevo lord comandante.

—Excelente idea, mi señor. —Pycelle lanzó una mirada ladina en dirección a Tyrion—. Ya sé quién sería el candidato ideal: Janos Slynt.

—Los hermanos negros eligen a su comandante —les recordó Tyrion; la idea no le había hecho la menor gracia—. Lord Slynt es un recién llegado en el Muro. Lo sé; yo mismo lo mandé allí. ¿Por qué iban a elegirlo a él en vez de a cualquiera de una docena de hombres con experiencia?

—Porque si no votan lo que les digamos —respondió su padre en un tono que indicaba que Tyrion era corto de entendederas—, su Muro se derretirá antes de que les llegue un hombre de refuerzo.

«Sí, seguro que cogen la indirecta». Tyrion se inclinó hacia delante.

—Janos Slynt es una pésima elección, padre. Sería mucho mejor el comandante de la Torre Sombría. O el de Guardiaoriental del Mar.

—El comandante de la Torre Sombría es un Mallister de Varamar, y el de Guardiaoriental, un hombre del hierro. —Ninguno de los dos era adecuado para sus propósitos; el tono de lord Tywin lo dejaba bien claro.

—Janos Slynt es hijo de un carnicero —le recordó Tyrion con energía—. Tú mismo me lo dijiste...

—Recuerdo perfectamente qué te dije. Pero el Castillo Negro no es Harrenhal, y la Guardia de la Noche no es el Consejo del Rey. Hay una herramienta para cada tarea, y una tarea para cada herramienta.

—Lord Janos no es más que una armadura vacía que se venderá al mejor postor —le espetó Tyrion, incapaz de contener la ira.

—Lo considero un punto a su favor. ¿Qué mejor postor que nosotros? —Se volvió hacia Pycelle—. Enviad un cuervo. Escribid que el rey Joffrey se ha entristecido sobremanera al enterarse de la muerte del lord comandante Mormont, pero lamenta no poder prescindir de ningún hombre ahora mismo, habiendo tantos rebeldes y usurpadores alzados en armas. Insinuad que la cosa podría cambiar cuando el trono esté a salvo... siempre y cuando el rey tenga plena confianza en el más alto mando de la Guardia. Para terminar, pedidle a Marsh que transmita un saludo muy afectuoso de su alteza a su fiel amigo y servidor, lord Janos Slynt.

—Sí, mi señor. —Pycelle agitó una vez más la mustia cabeza—. Escribiré lo que la mano ordena. Será un placer.

«Tendría que haberle cortado la cabeza en vez de la barba —reflexionó Tyrion—. Y Slynt debería haberse ido a nadar con su querido amigo Allar Deem. —Al menos no había cometido el mismo error con Symon Pico de Oro—. ¿Lo ves, padre? —Habría querido gritar—. ¿Ves lo deprisa que aprendo?».

En la parte de arriba, una mujer estaba pariendo entre gritos, y abajo, un hombre agonizaba junto a la hoguera. Samwell Tarly no había sabido decir qué le daba más miedo.

Habían tapado al pobre Bannen con un montón de pieles, y avivaban la hoguera cada poco tiempo, pero no hacía más que quejarse.

—Tengo frío. Por favor. Tengo mucho frío.

Sam estaba intentando darle un poco de sopa de cebolla, pero era incapaz de tragar. El caldo le chorreaba por los labios y barbilla abajo nada más metérselo en la boca.

—Ese ya está muerto. —Craster lo miró con indiferencia mientras se comía una salchicha—. Sería más misericordioso meterle un cuchillo en el pecho que esa cuchara en la boca, si quieres que te diga la verdad.

—No queremos. —Gigante, cuyo verdadero nombre era Bedwyck, no media más de tres codos y medio, pero era un hombrecillo de temperamento fiero—. Mortífero, ¿tú quieres que Craster te diga la verdad?

Sam se encogió al oír el apodo, pero contestó con un gesto de negación. Cogió otra cucharada de sopa, la acercó a la boca de Bannen y trató de metérsela entre los labios.

—Comida y fuego —siguió Gigante—. Es lo único que queríamos de ti. Y la comida nos la das a regañadientes.

—Da gracias por que no haga lo mismo con el fuego. —Craster era de complexión recia, y las malolientes pieles de oveja que llevaba dia y noche lo hacían parecer más recio aún. Tenía la nariz ancha y aplastada y la boca torcida hacia un lado, y le faltaba una oreja. La cabellera enmarañada y la barba enredada eran ya casi blancas, pero las manos duras de grandes nudillos aún parecían fuertes y capaces de hacer daño—. Os doy de comer lo que puedo, pero los cuervos siempre tenéis hambre. Soy un hombre piadoso; si no, ya os habría echado de aquí. ¿Qué falta me hacen a mí moribundos por el suelo? ¿Qué falta me hacen a mí todas vuestras bocas, hombrecito? —El salvaje escupió—. ¡Cuervos! ¡Cuándo se ha visto que un cuervo traiga buenas noticias, eh? Nunca. Nunca.

El caldo volvió a correr por la comisura de la boca de Bannen. Sam se lo limpió con el extremo de la manga. El explorador tenía los ojos abiertos, pero no veía nada.

—Tengo frío —repitió, con un hilo de voz. Tal vez un maestre habría sabido salvarlo, pero no contaban con ninguno. Kedge Ojoblanco había cortado el pie aplastado de Bannen hacía nueve días, entre tanta sangre y pus que Sam estuvo a punto de vomitar, pero era demasiado tarde—. Tengo mucho frío —repitieron los labios blancuzcos.

En la estancia había una harapienta docena de hermanos negros, sentados en el suelo o en toscos bancos de madera, que tomaban la misma sopa insípida de cebolla y mordisqueaban trozos de pan duro. Por su aspecto, un par de ellos estaban en peores condiciones que Bannen. Fornio llevaba varios días delirando, y del hombro de ser Byam brotaba un hediondo pus amarillento. Cuando salieron del Castillo Negro, Bernarr el Moreno llevaba bolsas de fuego myriense, ungüento de mostaza, ajo molido, atanasia, leche de la amapola, cobre real y otras hierbas curativas. Hasta sueñodulce, que otorgaba el don de una muerte indolora. Pero Bernarr el Moreno había muerto en el Puño, y a nadie se le había ocurrido buscar las medicinas del maestre Aemon. Hake también sabía algo de hierbas, así como de cocina, pero también él había desaparecido. De modo que los mayordomos supervivientes tenían que cuidar a los heridos lo mejor que podían, que no era gran cosa.

« Al menos aquí están secos, y tienen fuego para calentarse. Pero les hace falta más comida». A todos les hacía falta más comida. Los hombres llevaban varios días refunfuñando. Karl el Patizambo no paraba de decir que Craster debía de tener una despensa secreta, y Garth de Antigua lo apoyaba últimamente, siempre que estuviera fuera del alcance del oído del lord comandante. Sam había sopesado la posibilidad de suplicar algo más nutritivo, al menos para los heridos, pero no conseguía reunir el valor necesario. Craster tenía unos ojos fríos y malévolos, y siempre que lo miraba, al salvaje se le crispaban un poco las manos, como si fuera a cerrar los puños. « ¿Sabrá que hablé con Eli la última vez que estuvimos aquí? —se preguntó—. ¿Le diría ella que nos la íbamos a llevar? ¡Le daría una paliza para hacerla confesar?».

—Tengo frío —dijo Bannen—. Por favor. Tengo frío.

Pese al calor y al humo del Torreón de Craster, también Sam sentía frío. « Y cansancio, un cansancio espantoso». Necesitaba dormir, pero siempre que cerraba los ojos soñaba con ráfagas de nieve y muertos que se tambaleaban hacia él con las manos negras y brillantes ojos azules.

En la parte de arriba, Eli dejó escapar un sollozo estremecedor, que retumbó en la alargada estancia sin ventanas.

—Empuja —oyó decir a una de las mujeres más viejas de Craster—. Más fuerte, ¡más fuerte! Grita si así puedes empujar más.

Gritó tan alto que Sam apretó los ojos con fuerza. Craster alzó la vista.

—¡Ya estoy harto de tanto chillido! —gritó—. Que muerda un trapo o algo así; ¡si no, subo y le doy un quantazo!

Sam sabía que lo haría. Craster tenía diecinueve esposas, pero ninguna que se atreviera a interferir si empezaba a subir por la escalerilla de madera. Igual que no se habían atrevido a intervenir los hermanos negros dos noches atrás, cuando le dio una paliza a una de las chicas más jóvenes. Desde luego, habían hablado de ello.

—La está matando —fue el comentario de Garth de Greenaway.

—Si no quiere a ese caramelito —dijo Karl el Patizambo riéndose—, que me lo dé a mí.

Bernarr el Negro maldijo en voz baja, y Alan de Rosby se levantó y salió al exterior para no tener que oír aquello.

—Es su casa; son sus normas —les tuvo que recordar el explorador Ronnel Harclay—. Craster es amigo de la Guardia.

« Amigo », pensó Sam mientras escuchaba los gritos ahogados de Elí. Craster era un hombre brutal que controlaba a sus esposas e hijas con mano de hierro, pero su Torreón seguía siendo un refugio.

—Cuervos helados —se burló Craster al ver llegar agotados a los pocos que habían sobrevivido a la nieve, los espectros y el frío glacial—. Y la bandada no es tan numerosa como la que voló hacia el norte.

Pero les había dejado espacio en su suelo, un techo que los protegía de la nieve y fuego para secarse, y sus esposas les habían dado tazas de vino caliente para que entraran en calor. « Malditos cuervos », les decía, pero también los alimentaba, por escasa que fuera la comida.

« Somos invitados —se recordó Sam—. Elí es suya. Es su hija, es su esposa. Su casa, sus normas» .

La primera vez que había estado en el Torreón de Craster, Elí había acudido a él para suplicarle ayuda, y Sam le había prestado la capa negra para que se tapara el vientre al ir en busca de Jon Nieve. « Se supone que los caballeros tienen que defender a las mujeres y a los niños. —Solo unos pocos de los hermanos negros eran caballeros; aun así...—. Todos pronunciamos el juramento —pensó Sam—. Soy el escudo que protege los reinos de los hombres. —Una mujer era una mujer, aunque fuera salvaje—. Tendríamos que haberla ayudado. Deberíamos haberla ayudado. —Elí tenía miedo por su bebé; temía que fuera un niño. Craster criaba a sus hijas para que luego fueran sus esposas, pero allí no había hombres ni niños. Elí le había dicho a Jon que Craster les entregaba a sus hijos varones a los dioses—. Si los dioses son misericordiosos —rezó Sam—, le darán a Elí una hija» .

Arriba, Elí ahogó un grito.

—Ya casi está —dijo una mujer—. Otro empujón, ¡venga! Sí, ya veo la cabeza del niño.

« De la niña —pensó Sam, entristecido—. De la niña, la cabeza de la niña» .

—Tengo frío —dijo Bannen con voz débil—. Por favor. Tengo mucho frío.

Sam dejó el cuenco a un lado, le echó otra piel por encima al moribundo y añadió más leña a la hoguera. Elí lanzó un alarido y empezó a jadear. Craster siguió masticando una dura salchicha negra. Tenía salchichas para sí y para sus mujeres, pero les dijo que para la Guardia, no.

—Estas mujeres —se quejó—. Qué manera de chillar. Una vez tuve una

cerda que parió una camada de ocho cochinillos casi sin un gruñido. —Siguió mordisqueando mientras giraba la cabeza para lanzar una mirada despectiva en dirección a Sam—. Era casi tan gorda como tú, chico. Mortifero. —Rio.

Aquello era más de lo que Sam podía soportar. Se alejó de la hoguera y caminó con paso torpe entre los hombres que dormían, que descansaban y que agonizaban en el suelo de tierra dura. El humo, los gritos y los gemidos lo habían puesto al borde del desfallecimiento. Agachó la cabeza para cruzar la cortina de piel de ciervo que hacía las veces de puerta para Craster y salió al frío del atardecer.

Era un día nublado, pero lo bastante luminoso para que se sintiera deslumbrado tras la penumbra del interior. Había montoncitos de nieve que doblaban las ramas de los árboles circundantes y cubrían las colinas doradas y rojizas, pero menos que antes. La tormenta había pasado, y los días transcurridos en el Torreón de Craster habían sido... bueno, cálidos no, pero tampoco de un frío tan glacial. Sam alcanzaba a oír el goteo del agua al derretirse de los carámbanos que pendían del borde del grueso tejado de hierba. Respiró profundamente y miró a su alrededor.

Hacia el oeste, Ollo Manomocha y Tim Piedra estaban con los caballos, dando de comer y abrevando a los pocos que les quedaban.

En la zona más azotada por el viento, otros hermanos despellejaban y descuartizaban los animales que habían considerado demasiado débiles para seguir el camino. Los lanceros y los arqueros montaban guardia tras los diques de piedra que eran la única defensa de Craster contra lo que pudiera acechar en el bosque cercano, mientras una docena de hogueras enviaba hacia el cielo gruesas columnas de humo azul grisáceo. Sam alcanzaba a oír los ecos lejanos de las hachas en el bosque, donde estaban recogiendo la madera necesaria para mantener las hogueras encendidas toda la noche. Porque lo peor eran las noches. Cuando el mundo se tornaba oscuro. Y frío.

No habían sufrido ningún ataque desde que estaban en el Torreón de Craster, ni habían visto rastro de los espectros ni de los Otros. Ni lo sufrirían, según Craster.

—Un hombre piadoso no tiene nada que temer. Eso mismo le dije una vez a Mance Rayder cuando vino aquí a husmear. Pero no me hizo caso, igual que no me hacéis caso vosotros, los cuervos, con esas espadas y esas hogueras de mierda. No os servirán de nada cuando llegue el frío blanco. Entonces solo los dioses os podrán ayudar. Y más os vale estar a bien con los dioses.

Eli también le había hablado del frío blanco y le había contado qué ofrendas les hacía Craster a sus dioses. Al enterarse, Sam lo habría querido matar.

«Más allá del Muro no hay leyes —se recordó—, y Craster es amigo de la Guardia».

Oyó un criterio procedente de detrás de la edificación de barro y ramas. Sam

fue a echar un vistazo. El suelo que pisaba era un lodazal de nieve derretida y barro que, según Edd el Penas, eran los excrementos de Craster. Pero era más espeso que los excrementos, y se agarraba a las botas de Sam de tal manera que una casi se le quedó atrapada.

Tras un huerto y un redil vacío, una docena de hermanos negros lanzaba flechas contra un blanco de heno y paja. El esbelto mayordomo rubio al que llamaban Donnel el Suave acababa de hacer diana a cincuenta pasos de distancia.

—A ver si superas eso, anciano —dijo.

—Eso pienso hacer.

Ulmer, encorvado, con su barba canosa y su pellejo flácido, se situó en la marca y sacó una flecha del carcaj que llevaba a la cintura. En su juventud había sido un forajido, miembro de la infame Hermandad del Bosque Real. Aseguraba que en cierta ocasión le había clavado una flecha en la mano al Toro Blanco, de la Guardia Real, para robar un beso de los labios de una princesa dorniense. También le había robado las joyas, así como un cofre de dragones de oro, pero cuando bebía, de lo que alardeaba era del beso.

Colocó la flecha y tensó el arco, todo con la suavidad de la seda del verano, y por último la soltó. Fue a clavarse en el blanco un poco más centrada que la de Donnel Colina.

—¿Qué te ha parecido, muchacho? —preguntó al tiempo que se apartaba.

—No ha estado mal —respondió el joven de mala gana—. El viento de costado te ha ayudado. Cuando he disparado yo soplaba más fuerte.

—Entonces tendrías que haberlo compensado. Tienes buen ojo y mano firme, pero te hará falta mucho más para superar al mejor del Bosque Real. Flecha Dick fue el que me enseñó a tensar el arco, y no ha habido jamás mejor arquero. Eh, ¿os he hablado del viejo Dick?

—Solo unas trescientas veces.

No había hombre del Castillo Negro que no hubiera oído los relatos de Ulmer sobre la gran banda de forajidos de antaño. Todos conocían a Simon Toyne, al Caballero Sonriente, a Oswyn Cuellopardo, el tres veces ahorcado, a Wenda la Cierva Blanca, a Flecha Dick, a Ben Barrigas y a todos los demás. Donnel el Suave buscó una escapatoria a la desesperada, y divisó a Sam de pie en el barrizal.

—¡Mortifero! —lo llamó—. Ven a demostrarnos cómo acabaste con el Otro.

Le tendió el largo arco de madera de tejo. Sam se puso rojo.

—No fue con una flecha; fue con un puñal, de vidriagón...

Sabía qué sucedería si cogía el arco. Fallaría, no daría en el blanco, la flecha se perdería por encima del dique, entre los árboles. Y luego oiría las risas.

—No importa —dijo Alan de Rosby, otro buen arquero—. Todos nos morimos de ganas de ver disparar al Mortifero. ¿Verdad, muchachos?

No podía enfrentarse a ellos, a las sonrisas burlonas, a las bromitas crueles, al desprecio que reflejaban sus ojos... Sam dio media vuelta para marcharse, pero el pie derecho se le hundió en el lodo y, al tratar de sacarlo, perdió la bota. Tuvo que arrodillarse para sacarla, mientras las carcajadas le resonaban en los oídos. Pese a que llevaba varios calcetines, cuando consiguió escapar de allí, la nieve derretida ya lo había empapado hasta la piel.

«Soy un inútil —pensó con tristeza—. Mi padre me caló bien. No tengo derecho a estar vivo, después de que hayan muerto tantos hombres valientes».

Grenn estaba al cargo de la hoguera del sur de la entrada del campamento, y partía leños desnudo de cintura para arriba. Tenía el rostro congestionado por el esfuerzo, y el sudor era vapor que le salía de la piel. Pero, al ver acercarse al jadeante Sam, sonrió.

—¿Qué pasa, Mortífero? ¿Los Otros te han quitado la bota?

«¡Él también!».

—Ha sido por el barro. Por favor, no me llames así.

—Por qué no? —El desconcierto de Grenn parecía sincero—. Es un buen nombre, y te lo has ganado.

Pyp siempre bromeaba con Grenn y le decía que tenía la mollera más dura que el muro de un castillo, de manera que Sam se lo explicó con paciencia.

—No es más que otra manera de llamarme cobarde —dijo al tiempo que trataba de ponerse la bota embarrada mientras se sostenía sobre la pierna izquierda—. Se burlan de mí, igual que se burlan de Bedwyck cuando lo llaman Gigante.

—Pero no es un gigante —dijo Grenn—, y Paul nunca fue pequeño. Bueno, a lo mejor sí, cuando era un niño de teta, pero luego ya no. En cambio, tú sí que mataste al Otro, así que no es lo mismo.

—Solo... no... ¡Tenía mucho miedo!

—No más que yo. El único que dice que soy demasiado tonto para tener miedo es Pyp. Tengo tanto miedo como cualquiera. —Grenn se agachó para recoger un leño cortado y lo echó al fuego—. Antes me daba miedo Jon cada vez que tenía que pelear con él. Era muy rápido y luchaba como si quisiera matarme. —La madera húmeda y verde humeó entre las llamas antes de prenderse—. Pero no se lo dije a nadie. A veces creo que todos nos hacemos los valientes y ninguno lo es de verdad. A lo mejor, si finges que eres valiente, te haces valiente, no sé. Deja que te llamen Mortífero, ¿qué más da?

—No te gustaba que ser Alliser te llamara Uro.

—Me decía que era grandullón y estúpido. —Grenn se rascó la barba—. Bueno, si Pyp me quisiera llamar Uro, le dejaría. O tú, o Jon. Un uro es un animal fiero y fuerte, así que no está mal, porque yo soy grande y sigo creciendo. ¿No prefieres ser Sam el Mortífero en vez de ser Cerdi?

—¿Y por qué no puedo ser Samwell Tarly y ya está? —Se dejó caer sentado

en un tronco húmedo que Grenn no había cortado aún—. Lo que lo mató fue el vidriagón. El vidriagón, no yo.

Se lo había contado a todos. Se lo había contado todo, a todos. Sabía que algunos no lo habían creído. El Daga le había enseñado su daga. « Tengo hierro, ¿para qué quiero cristal? », le dijo Bernarr el Negro y los tres Garths le dejaron bien claro que ponían en duda toda la historia, y Rolley de Villahermana fue el más directo. « Seguro que les clavaste el puñal a unos arbustos que se movían y resultó que era Paul el Pequeño que estaba cagando, así que te inventaste una mentira ».

Pero Dywen sí le prestó atención, y también Edd el Penas, y ambos hicieron que Sam y Grenn se lo contaran todo al lord comandante. Mormont tuvo el ceño fruncido durante todo el relato e hizo preguntas mordaces, pero era demasiado cauto para despreciar una posible ventaja. Le pidió a Sam todo el vidriagón que tuviera, aunque era muy poco. Cada vez que Sam pensaba en la reserva que había encontrado Jon enterrada bajo el Puño le entraban ganas de llorar. Allí había hojas de puñal, puntas de lanza y, al menos, doscientas o trescientas puntas de flecha. Jon fabricó puñales para sí, para Sam y para el lord comandante; también le regaló a Sam una punta de lanza, un viejo cuerno roto y unas cuantas puntas de flecha. El propio Grenn se había quedado con varias puntas de flecha, pero nada más.

De modo que lo único que tenían era el puñal de Mormont y el que Sam le había dado a Grenn, además de diecinueve flechas y una lanza larga con punta de vidriagón negro. Los centinelas se iban pasando la lanza cada vez que cambiaba la guardia, y Mormont había repartido las flechas entre los mejores arqueros. Bill el Refunfuñón, Garth Plumagrís, Ronnel Harclay, Donnel Colina el Suave y Alan de Rosby tenían tres cada uno, y Ulmer, cuatro. Pero, aunque hicieran blanco con todas las saetas, pronto tendrían que utilizar flechas de fuego, igual que todos los demás. En el Puño habían disparado centenares de flechas de fuego, pero aquello no detuvo a los espectros.

« No va a ser suficiente », pensó Sam. Las empalizadas de barro y nieve semiderretida de Craster no servirían ni siquiera para frenar a los espectros, que habían subido por las laderas mucho más empinadas del Puño para cruzar el muro circular como un enjambre. Y allí, en vez de enfrentarse a trescientos hermanos organizados en filas disciplinadas, los espectros se encontrarían con cuarenta y un supervivientes desastrados, nueve de los cuales estaban tan malheridos que no podrían luchar. Habían sido cuarenta y cuatro los que llegaron al Torreón de Craster en medio de la tormenta, de los sesenta y tantos que habían conseguido escapar del Puño, pero tres habían muerto como resultado de las heridas, y Bannen no tardaría en convertirse en el cuarto.

—¿Crees que los espectros se han ido? —preguntó Sam a Grenn—. ¿Por qué no vienen a terminar con nosotros?

—Solo vienen cuando hace frío.

—Sí —dijo Sam—, pero ¿es el frío el que trae a los espectros, o los espectros traen el frío?

—¿Qué más da? —El hacha de Grenn lanzó astillas de madera por los aires—. Lo que importa es que llegan juntos. Oye, ahora que sabemos que el vidriagón los mata, a lo mejor ya no vienen ni nada. ¡A lo mejor tienen miedo de nosotros!

Sam habría querido creerlo, pero tenía la impresión de que, cuando uno estaba muerto, el miedo significaba tan poco como el dolor, el amor o el deber. Se rodeó las piernas con los brazos, sudoroso bajo las capas de lana, cuero y pieles. El vidriagón había derretido a aquel ser blancuzco de los bosques, sí... Pero Grenn hablaba como si a los espectros les fuera a pasar lo mismo.

«Eso no lo sabemos —pensó—. La verdad es que no sabemos nada. Ojalá estuviera Jon aquí. —Grenn le caía bien, pero con él no podía hablar como lo haría con Jon—. Jon no me llamaría Mortifero. Y a él podría contarle lo del bebé de Elí. —Pero su amigo se había ido con Qhorin Mediamano, y no habían vuelto a tener noticias de él—. También llevaba un puñal de vidriagón, pero quizás no se le ocurrió utilizarlo. ¿Estará muerto y congelado en algún precipicio... o peor, muerto y caminando?».

No comprendía por qué los dioses se llevaban a Jon Nieve y a Bannen, y lo dejaban vivo a él, al cobarde, al torpe. Debería haber muerto en el Puño, donde se había meado encima tres veces, y además había perdido la espada. Y habría muerto en el bosque, si Paul el Pequeño no lo hubiera llevado en brazos.

«Ojalá no fuera más que un sueño. Así me podría despertar». Sería maravilloso despertarse de nuevo en el Puño de los Primeros Hombres, rodeado de todos sus hermanos, incluso de Jon y Fantasma. O mejor aún, despertar en el Castillo Negro, detrás del Muro, ir a la sala común a por un cuenco de las gachas espesas de Hobb Tresdedos, con una cucharada de mantequilla derritiéndose en el centro y un poco de miel. Solo de pensarlo le empezó a rugir el estómago.

—¡Nieve!

Al oír aquello, Sam alzó la vista. El cuervo del lord comandante Mormont volaba en círculos sobre la hoguera, batiendo el aire con las amplias alas negras.

—¡Nieve! —graznó el pájaro—. ¡Nieve, nieve!

Allá donde iba el cuervo iba también Mormont. El lord comandante salió de los árboles a lomos de su caballo, entre el viejo Dywen y Ronnel Harclay, un explorador con la cara picada de viruelas al que habían ascendido para que ocupara el lugar de Thoren Smallwood. Los lanceros de la puerta les pidieron que se identificaran, y el Viejo Oso replicó con un gruñido.

—Por los siete infiernos, ¿quiénes creéis que podemos ser? ¡Es que los Otros os han sacado los ojos?

Pasó a caballo entre los pilares de la entrada, uno coronado por un cráneo de

carnero y otro por un cráneo de oso, tiró de las riendas, alzó un puño y silbó. El cuervo acudió revoloteando a su llamada.

—Mi señor —oyó Sam decir a Ronnel Harclay—, solo tenemos veintidós monturas, y dudo mucho que la mitad de ellas puedan llegar al Muro.

—Ya lo sé —gruñó Mormont—. Pero de todos modos tenemos que partir. Craster lo ha dejado bien claro. —Miró hacia el oeste, donde un banco de nubes oscuras ocultaba el sol—. Los dioses nos han dado un respiro, pero ¿cuánto durará? —Mormont se bajó de la silla y sacudió el brazo, para que el cuervo echara a volar de nuevo. En aquel momento vio a Sam—. ¡Tarly! —gritó.

—¿Yo? —Sam se puso en pie con torpeza.

—¿Yo? —El cuervo se posó sobre la cabeza del anciano—. ¿Yo?

—¿Te apellidos Tarly? ¿Tienes algún hermano por aquí? Si, tú. Cierra la boca y ven conmigo.

—¿Con vos? —Las palabras le salieron como un graznido.

—Eres un hombre de la Guardia de la Noche. —El lord comandante Mormont le lanzó una mirada desdeñosa—. Intenta no hacértelo encima cada vez que te miro. He dicho que vengas. —Las botas arrancaban sonidos húmedos del barro, y Sam tuvo que apresurarse para ponerse a su altura—. He estado pensando en tu vidriagón.

—No es mío —dijo Sam.

—Bueno, en el vidriagón de Jon Nieve. Si lo que necesitamos son puñales de vidriagón, ¿por qué no tenemos más que dos? A todos los hombres del Muro habría que entregarles uno el día de su juramento.

—Pero no lo sabíamos...

—¡No lo sabíamos! Pero sin duda lo supimos en el pasado. La Guardia de la Noche ha olvidado su verdadero propósito, Tarly. No se construye un muro de más de trescientas varas de altura para impedir que unos salvajes vestidos con pieles secuestren mujeres. El Muro se erigió para proteger los reinos de los hombres... pero no de otros hombres, que es lo que son los salvajes, si lo piensas bien. Demasiados años, Tarly, demasiados cientos y miles de años. Hemos perdido de vista al verdadero enemigo. Y ahora está aquí, pero no sabemos cómo combatirlo. ¿El vidriagón lo hacían los dragones, como dice la gente?

—Los m-maestres creen que no —tartamudeó Sam—. Los maestres dicen que viene de los fuegos de la tierra. Lo llaman *obsidiana*.

—Por mí como si lo llaman tarta de limón. —Mormont soltó un bufido—. Si mata como dices, quiero tener más.

Sam dio un traspie.

—Jon encontró más, en el Puño. Cientos de puntas de flechas y también de lanzas...

—Ya me lo dijiste. Pero de mucho nos sirven si están allí. Para llegar de nuevo al Puño necesitaríamos las armas que no tendremos hasta que lleguemos

al Puño de los cojones. Y encima tenemos que encargarnos de los salvajes. Necesitamos encontrar vidriagón en otro sitio.

Habían sucedido tantas cosas que Sam casi se había olvidado de los Salvajes.

—Los hijos del bosque utilizaban hojas de vidriagón —dijo—, así que sabían dónde había obsidiana.

—Los hijos del bosque están todos muertos —replicó Mormont—. Los primeros hombres mataron a la mitad con espadas de bronce, y los ándalos terminaron la faena con hierro. ¿Cómo es que un puñal de cristal...?

El Viejo Oso se interrumpió al ver que Craster salía por las cortinas de piel de ciervo. El salvaje sonreía, mostrando los dientes sucios y cariados.

—He tenido un hijo.

—Hijo —graznó el cuervo de Mormont—. Hijo, hijo, hijo.

—Me alegro por ti. —El rostro del lord comandante era impenetrable.

—¿De verdad? Yo me alegraré cuando tú y los tuyos os hayáis marchado. Ya va siendo hora.

—En cuanto nuestros heridos recuperen las fuerzas...

—Ya tienen todas las fuerzas que van a tener, cuervo; los dos lo sabemos. Se están muriendo, eso también lo sabes. Córtales el cuello de una puta vez. O déjalos aquí si no tienes agallas, ya me encargo yo.

El lord comandante apretó los dientes.

—Thoren Smallwood decía que eras amigo de la Guardia...

—Sí —replicó Craster—. Os he dado todo lo que he podido, pero se acerca el invierno, y ahora la chica me ha dado otra boca berreante que alimentar.

—Nos lo podríamos llevar —dijo una voz chillona.

Craster volvió la cabeza. Entrecerró los ojos. Escupió a los pies de Sam.

—¿Qué has dicho, Mortífero?

Sam abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir.

—Es que... Decía... que si no lo queréis... Es una boca que alimentar... y eso, que viene el invierno... Nos lo podríamos llevar, y...

—Mi hijo. Mi propia sangre. ¿Crees que os lo voy a entregar a los cuervos?

—Yo solo digo...

«Tú no tienes hijos, los abandonas, me lo ha dicho Eli, los dejas en los bosques, por eso solo tienes esposas, y también hijas que cuando crecen son tus esposas».

—Cállate, Sam —intervino el lord comandante Mormont—. Ya has dicho suficiente. Demasiado. Adentro.

—M-mi señor...

—¡Adentro!

Sam, con el rostro enrojecido, apartó las pieles de ciervo para entrar en la penumbra de la estancia. Mormont lo siguió.

—Eres un completo imbécil —le dijo el anciano con la voz ahogada de rabia

—. Aunque Craster nos entregara al bebé, estaría muerto antes de que llegáramos al Muro. Necesitamos un bebé del que cuidar tanto como otra nevada. ¿Tienes leche en esas tetas enormes? ¿O pensabas llevarte también a la madre?

—Ella quiere venir —dijo Sam—. Me suplicó...

—No quiero oír ni una palabra más, Tarly —lo interrumpió Mormont alzando una mano—. Te he dicho y te he repetido que no te acerques a las esposas de Craster.

—Es su hija —fue la débil protesta de Sam.

—Ve a cuidar de Bannen. Ahora mismo. Antes de que me hagas enfadar más.

—Sí, mi señor.

Sam se escabulló, tembloroso. Pero, cuando llegó junto a la hoguera, se encontró con Gigante, que estaba cubriendo la cabeza de Bannen con una capa.

—Decía que tenía frío —dijo el hombrecillo—. Espero que ahora esté en un lugar cálido, de verdad.

—La herida... —empezó Sam.

—A la mierda la herida. —El Daga rozó el cadáver con la bota—. Tenía la herida en un pie. A un hombre de mi pueblo tuvieron que cortarle un pie, y vivió hasta los noventa y cuatro años.

—El frío —dijo Sam—. No entraba en calor.

—No le entraba comida —replicó el Daga—. Poca y mala. El bastardo de Craster lo ha matado de hambre.

Sam miró a su alrededor con ansiedad, pero Craster no había regresado a la estancia. De haber oido el comentario, las cosas se habrían puesto feas. El salvaje detestaba a los bastardos, aunque según los exploradores, él mismo era hijo natural de una salvaje y un cuervo muerto hacia ya mucho tiempo.

—Craster tiene que dar de comer a los suyos —dijo Gigante—. A todas estas mujeres. Nos ha dado lo que ha podido.

—Y una mierda, no me lo creo. El dia que nos marchemos abrirá un barril de hidromiel y se pegará un banquete de jamón y miel. Y se reirá de nosotros, que nos estaremos muriendo de hambre por la nieve. Es un salvaje de mierda, ya está. Ningún salvaje es amigo de la Guardia. —Le dio una patadita al cadáver de Bannen—. Si no me crees, pregúntale a él.

Quemaron el cuerpo del explorador al anochecer, en la hoguera que Grenn había estado alimentando aquel mismo día. Tim Piedra y Garth de Antigua sacaron el cadáver desnudo y tomaron impulso para lanzarlo a las llamas. Los hermanos supervivientes se repartieron su ropa, armas, armadura y propiedades. En el Castillo Negro, la Guardia de la Noche enterraba a sus muertos con la debida ceremonia. Pero no estaban en el Castillo Negro.

« Y los huesos no regresan convertidos en espectros» .

—Se llamaba Bannen —dijo el lord comandante Mormont mientras las llamas lo engullían—. Era un hombre valiente, un buen explorador. Llegó a nosotros procedente de... ¿de dónde vino?

—De la zona de Puerto Blanco —le dijo alguien. Mormont asintió.

—Llegó a nosotros procedente de Puerto Blanco y nunca dejó de cumplir con su deber. Mantuvo sus juramentos lo mejor que pudo, cabalgó muy lejos y luchó con valentía. No veremos a otro como él.

—¡Y ahora su guardia ha terminado! —entonaron, solemnes, los hermanos negros.

—Y ahora su guardia ha terminado —repitió Mormont.

—¡Terminado! —graznó el cuervo—. ¡Terminado!

Sam tenía los ojos enrojecidos y náuseas por el humo. Cuando miró la hoguera le pareció ver a Bannen sentado, con los puños cerrados como si tratara de pelear contra las llamas que lo consumían, pero fue solo un instante, antes de que las espirales de humo lo ocultaran todo. Lo peor, desde luego, era el olor. Si hubiera sido un olor desagradable, lo habría podido soportar, pero al arder, su hermano oía tanto a cerdo asado que a Sam se le empezó a hacer la boca agua, y fue tan espantoso que tuvo que salir corriendo a vomitar en la zanja.

—¡Terminado! —graznaba el pájaro.

Estaba allí de rodillas, en el barro, cuando se acercó Edd el Penas.

—¿Qué, Sam, buscando gusanos? ¿O vomitando?

—Vomitando —respondió Sam con voz débil al tiempo que se limpiaba la boca con el dorso de la mano—. El olor...

—No me imaginaba que Bannen pudiera oler tan bien. —El tono de Edd era tan sombrío como de costumbre—. Casi me han dado ganas de cortarle una tajada. Si hubiera tenido compota de manzana, a lo mejor lo habría hecho. El cerdo, como mejor está es con compota de manzana, en mi opinión. —Se desató los calzones y se sacó la polla—. Más vale que no te mueras, Sam, porque caeré en la tentación. Seguro que tienes más piel crujiente que Bannen, y la piel crujiente es mi perdición. —Suspiró cuando la orina empezó a describir un arco amarillo y humeante—. ¿Te has enterado?, partiremos a caballo al amanecer. Con sol o con nieve, lo ha dicho el Viejo Oso.

«Con sol o con nieve». Sam contempló el cielo con ansiedad.

—¿Con nieve? —La voz le salió chillona—. ¿A... caballo? ¿Todos?

—Bueno, no, algunos tendrán que caminar. —Se sacudió—. Dywen dice que tendríamos que aprender a montar caballos muertos, como hacen los Otros. Así nos ahorraríamos el forraje. No creo que un caballo muerto coma mucho. —Edd se volvió a anudar los calzones—. La verdad es que no me parece una idea tentadora. En cuanto aprendan a poner a trabajar a un caballo muerto, luego iremos nosotros. Y seguro que yo el primero.

»—Edd —me dirán—, lo de estar muerto no es excusa para quedarse ahí

tumbado sin hacer nada, así que levántate y coge la lanza, que esta noche te toca guardia.

» Bueno, no hay por qué ser tan pesimista. Puede que muera antes de que sepan cómo hacerlo.

« Puede que todos vayamos a morir, y antes de lo que nos gustaría», pensó Sam al tiempo que se ponía en pie con torpeza.

Cuando Craster se enteró de que sus indeseables invitados partirían al día siguiente, el salvaje se mostró casi amistoso, o tan amistoso como se podía esperar de él.

—Ya era hora —dijo—. Este no es vuestro lugar, ya os lo he dicho. Da lo mismo, os despediré con un banquete. Bueno, con comida. Mis mujeres pueden asar esos caballos que habéis matado; yo buscaré algo de pan y cerveza. —Sonrió mostrando los dientes negros—. No hay nada mejor que cerveza con caballo. Si no puedes montarlos, cómetelos, como digo yo siempre.

Sus esposas e hijas sacaron a rastras los bancos y las mesas largas, y también cocinaron y sirvieron la comida. Quitando a Eli, a Sam le costaba diferenciar a las mujeres. Unas eran viejas; otras, jóvenes, y algunas, solo niñas, pero casi todas eran hijas de Craster además de esposas suyas, y se parecían mucho. Mientras hacían las labores hablaban entre ellas en voz baja, pero nunca con los hombres de negro.

Craster tenía solo una silla. Se sentó en ella, vestido con un jubón sin mangas de piel de oveja. Tenía los gruesos brazos cubiertos de vello blanco, y en una muñeca lucía un aro retorcido de oro. El lord comandante Mormont ocupó el puesto de su derecha, al principio del banco, mientras que el resto de los hermanos se sentaron muy apretados, rodilla con rodilla. Una docena se quedó en el exterior para montar guardia y encargarse de las hogueras.

Sam, con el estómago rugiendo, ocupó un lugar entre Grenn y Oss el Huérzano. La carne de caballo requemada chorreaba grasa mientras las esposas de Craster hacían girar los espetones encima del fuego, y el olor provocó que la boca se le hiciera agua de nuevo, pero aquello le recordó a Bannen. Por mucha hambre que tuviera, Sam sabía que si comía, aunque solo fuera un bocado, lo vomitaría de inmediato. ¿Cómo se podían comer a los pobres caballitos, a los fieles animales que los habían llevado tan lejos? Cuando las esposas de Craster sirvieron cebollas, cogió una con avidez. Tenía un lado negro de puro podrido, pero lo cortó con el puñal y se comió cruda la mitad que estaba bien. También había pan, aunque solo dos hogazas. Ulmer pidió más, y la mujer le respondió sacudiendo la cabeza en gesto negativo. Entonces fue cuando empezaron los problemas.

—¿Dos hogazas? —se quejó Karl el Patizambo desde el banco—. ¡Es que sois idiotas, mujeres! ¡Necesitamos mucho más pan!

El lord comandante Mormont lo miró con severidad.

—Coge lo que te ofrecen y da las gracias. ¿O preferirías estar fuera, en la tormenta, comiendo nieve?

—Pronto estaré ahí. —Karl el Patizambo ni pestañeó ante la ira del Viejo Oso
—. Ahora preferiría comer lo que Craster esconde, mi señor.

—Ya os he dado suficiente, cuervos —dijo Craster, entrecerrando los ojos—.
Tengo que dar de comer a mis mujeres.

El Daga pinchó un trozo de carne de caballo.

—De manera que reconoces que tienes una despensa secreta. Si no, ¿cómo
vas a pasar el invierno?

—Soy un hombre piadoso... —empezó Craster.

—Eres un hombre miserable y tacaño —replicó Karl—, y mentiroso.

—Jamones —dijo Garth de Antigua con voz reverente—. La última vez que
pasamos por aquí había cerdos. Seguro que tiene jamones escondidos, no sé
dónde. Jamones ahumados, en salazón, y también panceta.

—Salchichas —dijo el Daga—. De esas largas, negras, son como piedras,
duran años. Seguro que tiene un centenar en alguna bodega.

—Avena —sugirió Ollo Manomocha—. Maíz. Avena...

—Maíz —dijo el cuervo de Mormont—. ¡Maíz, maíz, maíz, maíz!

—¡Basta! —gritó el lord comandante Mormont, para hacerse oír por encima
de los graznidos del pájaro—. ¡Callaos todos! ¡Esto es una locura!

—Manzanas —dijo Garth de Greenaway—. Barriles y barriles de crujientes
manzanas de otoño. Ahí fuera hay manzanos; los he visto.

—Bayas secas. Coles. Piñones.

—¡Maíz! ¡Maíz! ¡Maíz!

—Cordero en salazón. Hay un redil. Tendrá barriles de cordero, seguro.

Para entonces, Craster parecía a punto de ensartarlos a todos. El lord
comandante Mormont se puso en pie.

—Silencio. No quiero oír ni una palabra más.

—Pues métete migaja de pan en las orejas, viejo. —Karl el Patizambo se
levantó a su vez—. ¿O es que ya te has comido tu ración de mierda?

Sam vio que el rostro del Viejo Oso empezaba a congestionarse.

—¿Te has olvidado de quién soy? Siéntate en silencio y come. Es una orden.

Nadie habló. Nadie se movió. Todos los ojos estaban clavados en el lord
comandante y en el corpulento explorador patizambo, que se miraban desde
extremos opuestos de la mesa. A Sam le pareció que Karl fue el primero en
apartar la vista y estaba a punto de sentarse, aunque de mala gana... cuando
Craster se levantó con el hacha en la mano. El hacha grande de acero negro que
Mormont le había entregado como obsequio para su anfitrión.

—No —rugió—. No te sentarás. Nadie que me llame tacaño duerme bajo mi
techo ni come de mi mesa. Fuera de aquí, tullido. Y tú, y tú, y tú. —Señaló con el
hacha al Daga, a Garth y al otro Garth—. Fuera todos a dormir al frío, con las

barrigas vacías, o si no...

—¡Bastardo de mierda! —Oyó Sam maldecir a uno de los Garth; no llegó a saber cuál.

Craster barrió platos, carne y copas de vino de la mesa con el brazo izquierdo, mientras alzaba la hacha con el derecho.

—¿Quién se ha atrevido a llamarme bastardo? —rugió.

—Es lo que todo el mundo dice —respondió Karl.

Craster se movió más deprisa de lo que Sam habría creído posible, y saltó por encima de la mesa hacha en mano. Una mujer gritó; Garth Greenaway y Oss el Huérano sacaron los cuchillos; Karl tropezó y cayó sobre ser Byam, que yacía herido en el suelo. En un momento, Craster se abalanzaba hacia él escupiendo maldiciones. Al momento siguiente, lo que escupía era sangre. El Daga lo había agarrado por el pelo, le había tirado de la cabeza hacia atrás y le había abierto el cuello de oreja a oreja de un tajo. Luego le dio un empujón, y el salvaje cayó hacia delante, de brúces sobre ser Byam. Byam gritó de dolor mientras Craster se ahogaba en su propia sangre y la hacha se le caía de la mano. Dos de las esposas de Craster aullaban, una tercera gritaba maldiciones, una cuarta se lanzó sobre Donnel el Suave e intentó sacarle los ojos... Él la derribó de un golpe. El lord comandante se irguió junto al cadáver de Craster, con el rostro contraído por la ira.

—¡Los dioses nos maldecirán! —rugió—. No hay crimen tan reprobable como el de un invitado que lleva la muerte al hogar de su anfitrión. Según todas las leyes de la hospitalidad, somos...

—Más allá del Muro no hay leyes, viejo, ¿recuerdas? —El Daga agarró a una de las esposas de Craster por el brazo y le puso la punta del puñal ensangrentado bajo la barbilla—. Enséñanos dónde guarda la comida o te haré lo mismo que a él.

—¡Suéltala! —Mormont dio un paso adelante—. Pagarás esto con tu cabeza, malnacido...

Garth de Greenaway le bloqueó el paso, y Ollo Manomocha tiró de él hacia atrás. Ambos tenían los puñales en la mano.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió Ollo.

En vez de hacerle caso, el lord comandante fue a sacar el puñal. Ollo solo tenía una mano, pero era rápida. Se zafó del alcance del anciano, clavó el cuchillo en el vientre de Mormont y lo volvió a sacar manchado de rojo. Y, entonces, el mundo entero enloqueció.

Más tarde, mucho más tarde, Sam se encontró sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y la cabeza de Mormont en el regazo. No recordaba cómo había llegado allí, y apenas nada de lo que había sucedido después de que apuñalaran al Viejo Oso. Si sabía que Garth de Greenaway había matado a Garth de Antigua, pero no por qué. Rolley de Villahermana se había caído del altillo y

se había roto el cuello, después de subir por la escalera para probar a una de las esposas de Craster. Grenn...

Grenn había gritado, le había dado una bofetada y al final había huido con Gigante, Edd el Penas y otros pocos más. Craster seguía tendido de brúces sobre ser Byam, pero el caballero herido ya no gemía. Cuatro hombres de negro ocupaban un banco y comían pedazos de carne de caballo requemada, mientras que Ollo copulaba con una mujer sollozante sobre la mesa.

—Tarly. —Cuando trató de hablar, la sangre manó de la boca del Viejo Oso y le corrió por la barba—. Tarly, vete. Vete.

—¿Adónde, mi señor? —La voz le sonaba monocorde, sin vida. «No tengo miedo». Era una sensación muy extraña—. No hay lugar adonde ir.

—El Muro. Vete al Muro. Ya.

—¡Ya! —graznó el cuervo—. ¡Ya, ya! —El pájaro caminó desde el brazo del anciano hasta el pecho y le picoteó un pelo de la barba.

—Tienes que ir. Tienes que decírselo.

—Decirles qué, mi señor? —preguntó Sam con educación.

—Todo. El Puño. Los salvajes. Vidriagón. Esto. Todo. —La respiración era ya muy tenue; la voz, apenas un susurro—. Díselo a mi hijo. Jorah. Dile que vista el negro. Mi último deseo antes de morir.

—¿Deseo? —El cuervo inclinó la cabeza; los ojos como cuentas brillaban—. ¿Maíz? —pidió el pájaro.

—No hay maíz —dijo Mormont, débil—. Dile a Jorah que lo perdonó. Mi hijo. Por favor. Vete.

—Está muy lejos —dijo Sam—. No podrá llegar al Muro, mi señor. —Estaba muy cansado. Solo quería dormir, dormir, dormir y no despertar jamás, y sabía que si se quedaba allí, el Daga, o tal vez Ollo Manomocha, o quizás Karl el Patizambo, se enfadaría con él y cumpliría su deseo, solo por el gusto de verlo morir—. Prefiero quedarme con vos. ¿Veis? Ya no tengo miedo. Ni de vos... ni de nada.

—Pues deberías —dijo una voz de mujer.

Tres de las esposas de Craster estaban de pie junto a ellos. Dos eran ancianas macilentas a las que no conocía, pero la tercera era Elí, que estaba entre ellas envuelta en pieles, y llevaba en brazos un bullo de piel parda y blanca que debía de ser su bebé.

—No podemos hablar con las esposas de Craster —les dijo Sam—. Tenemos órdenes.

—Eso ya no importa —dijo la anciana de la derecha.

—Los cuervos más negros están en la bodega, devorando provisiones —dijo la de la izquierda—, o arriba, con las más jóvenes. Pero no tardarán en volver. Más vale que para entonces te hayas ido. Los caballos han escapado, pero Dyah ha cogido dos.

—Dijiste que me ayudarías —le recordó Elí.

—Dije que Jon te ayudaría. Jon es valiente y sabe pelear, pero me parece que está muerto. Yo soy un cobarde. Y estoy gordo. Mira lo gordo que estoy. Además, lord Mormont está herido, ¿no lo veis? No puedo abandonar al lord comandante.

—Niño —intervino la otra anciana—, el cuervo viejo ya se te ha ido. Mira.

La cabeza de Mormont seguía en su regazo, pero tenía los ojos abiertos clavados en el techo, y ya no movía los labios. El cuervo inclinó la cabeza, graznó y miró a Sam.

—¿Maíz?

—No. No tiene maíz.

Sam cerró los ojos del Viejo Oso y trató de recordar alguna plegaria.

—Madre, ten piedad —fue lo único que se le ocurrió—. Madre, ten piedad. Madre, ten piedad.

—Tu madre no puede ayudarte —dijo la anciana de la izquierda—. Y ese viejo muerto tampoco. Coge su espada, coge su capa de pieles, coge su caballo si lo encuentras y vete.

—La chica no miente —dijo la anciana de la derecha—. Es mi hija, y le quité la costumbre de mentir a golpes. Dijiste que la ayudarías. Haz lo que te dice Ferny, muchacho. Llévate a la chica, y que sea deprisa.

—Deprisa —dijo el cuervo—. Deprisa, deprisa, deprisa.

—¿Adónde? —preguntó Sam, desconcertado—. ¿Adónde queréis que la lleve?

—Adonde haga calor —dijeron al unísono las dos ancianas.

—A mí y al bebé —suplicó Elí entre lágrimas—. Por favor. Seré tu esposa, como lo fui de Craster. Por favor, ser Cuervo. Es un niño, como dijo Nella. Si no te lo llevas tú, se lo llevarán ellos.

—¿Ellos? —preguntó Sam.

—Ellos. Ellos. Ellos —repitió como un eco el cuervo, inclinando la cabeza.

—Los hermanos del niño —dijo la anciana de la izquierda—. Los hijos de Craster. El frío blanco empieza a levantarse, cuervo. Lo noto en los huesos. Estos pobres huesos viejos no mienten. Llegarán pronto. Los hijos.

Los ojos se le habían acostumbrado a la oscuridad. Cuando Harwin le quitó la capucha, el brillo rojizo que iluminaba la colina hueca hizo que Arya parpadeara como una lechuza idiota.

En medio del suelo de tierra había un gran agujero para la hoguera, y las llamas se alzaban chisporroteantes hacia el techo manchado de humo. Las paredes eran de piedra y tierra a partes iguales, y de ellas sobresalían grandes raíces blancas y retorcidas, como un millar de serpientes petrificadas. Ante sus ojos empezaron a salir personas de entre aquellas raíces; se asomaban de las sombras para echar un vistazo a los prisioneros, llegaban de las bocas de túneles negros como la noche o brotaban de las grietas y hendiduras que había por doquier. Al otro lado del fuego, las raíces formaban una especie de escalera hacia una hondonada en la roca, donde había un hombre sentado, casi perdido entre la maraña de raíces del arciano.

Lim le quitó la capucha a Gendry.

—¿Qué sitio es este? —quiso saber el muchacho.

—Un lugar antiguo, profundo y secreto. Un refugio por donde no rondan nunca los lobos ni los leones.

«Ni los lobos ni los leones». A Arya se le erizó el vello. Recordaba bien el sueño que había tenido, y el sabor de la sangre cuando le arrancó el brazo al hombre.

La hoguera era grande, pero la cueva era más grande aún; no había manera de saber dónde comenzaba y dónde terminaba. Las bocas de los túneles podían tener una vara de profundidad o adentrarse leguas tierra adentro. Arya vio hombres, mujeres y niños, y todos la miraban con cautela.

—Aquí tienes al mago, ardillita —dijo Barbaverde—. Ahora obtendrás las respuestas que buscas. —Señaló en dirección a la hoguera, donde Tom Sietecuerdas estaba de pie, hablando con un hombre alto y delgado que lucía restos dispares de armaduras viejas sobre una harapienta túnica rosada.

«Ese no puede ser Thoros de Myr». Arya recordaba al sacerdote rojo: estaba gordo, iba bien afeitado y tenía la calva muy brillante. Aquel hombre tenía el rostro flácido y una mata de descuidado pelo blanco. Tom le dijo algo que hizo que mirase en dirección a ella, y Arya pensó que de un momento a otro se le acercaría. Pero en aquel momento hizo su entrada el Cazador Loco, que empujó a su prisionero hacia la luz, y Gendry y ella quedaron relegados al olvido.

El Cazador había resultado ser un hombre regordete y achaparrado, con prendas de cuero remendadas, calvicie incipiente, mentón casi inexistente y temperamento beligerante. En Septo de Piedra, Arya llegó a pensar que Lim y Barbaverde acabarían despedazados cuando se enfrentaron a él, ante las jaulas

de los cuervos, para exigirle que le entregara su prisionero al Señor del Relámpago. Los perros daban vueltas en torno a ellos olfateando y gruñendo. Pero Tom Siete los calmó con un poco de música, Atanasia atravesó la plaza con el delantal lleno de huesos y restos de carnero, y Lim le señaló a Anguy, que estaba en una ventana del prostíbulo con una flecha preparada. El Cazador Loco los maldijo por blandos y lameculos, pero al final accedió a llevar su trofeo ante lord Beric para que lo juzgara.

Le ataron las muñecas con cuerda de cáñamo, le pusieron una soga en torno al cuello y le echaron un saco sobre la cabeza; aun así, seguía siendo peligroso. Arya lo percibía incluso desde el otro lado de la cueva. Thoros, si de Thoros se trataba, fue al encuentro del prisionero y de quien lo había capturado.

—¿Cómo lograsteis atraparlo? —preguntó el sacerdote.

—Los perros encontraron su rastro. Aunque parezca increíble, estaba durmiendo borracho bajo un sauce.

—Traicionado por los de su propia especie. —Thoros se volvió hacia el prisionero y le arrancó la capucha—. Bienvenido a nuestros humildes salones, Perro. No son tan majestuosos como la sala del trono de Robert, pero aquí estamos en mejor compañía.

Las llamas trémulas trazaban sombras anaranjadas en el rostro quemado de Sandor Clegane, de manera que su aspecto era todavía más aterrador que a plena luz del día. Cuando dio un tirón de la cuerda que le ataba las muñecas, cayeron al suelo costras de sangre seca. El Perro hizo una mueca.

—Os conozco —le dijo a Thoros.

—Así es. En los combates maldecíais mi espada llameante, aunque tres veces os derroté con ella.

—Thoros de Myr. Antes os afeitabais la cabeza.

—Como muestra de un corazón humilde, pero en realidad, mi corazón era soberbio. Además, perdí la navaja en el bosque. —El sacerdote se dio unas palmaditas en el vientre—. Soy menos de lo que era, pero también más. Un año en los bosques basta para fundir la grasa. Ojalá encontrara un sastre que me arreglara el pellejo. Así volvería a parecer joven, y las doncellas hermosas me cubrirían de besos.

—Solo las ciegas, sacerdote.

Los bandidos se echaron a reír, y las carcajadas más fuertes fueron las de Thoros.

—Es posible. Pero el caso es que ya no soy el sacerdote falso que conocisteis. El Señor de Luz ha despertado en mi corazón. Están agitándose poderes que llevaban mucho tiempo dormidos, y ciertas fuerzas se mueven por la tierra. Las he visto en mis llamas.

—Que les den por culo a vuestras llamas. Y a vos también. —El Perro no estaba nada impresionado. Miró a los demás que los rodeaban—. Para ser un

hombre santo, tenéis compañeros muy extraños.

—Son mis hermanos —se limitó a decir Thoros.

Lim Capa de Limón se adelantó. Barbaverde y él eran los únicos suficientemente altos para mirar al Perro a los ojos.

—Cuidado con lo que ladráis, perro. Vuestra vida está en nuestras manos.

—Entonces, limpiaos la mierda de los dedos. —El Perro se echó a reír—. ¿Cuánto hace que os escondéis en este agujero?

—Preguntadle a la Cabra si hemos estado escondidos, Perro —replicó Anguy el Arquero, encrespado ante aquella acusación de cobardía—. Preguntadle a vuestro hermano. Preguntadle al señor de las sanguijuelas. Los hemos sangrado a todos.

—¿Vosotros? No me hagáis reír. Tenéis más pinta de porqueros que de soldados.

—Es que algunos éramos porqueros —dijo un hombre de baja estatura al que Arya no conocía—. Y otros curtidores, bardos o albañiles. Pero eso fue antes de que empezara la guerra.

—Cuando salimos de Desembarco del Rey éramos hombres de Invernalia, hombres de Darry, hombres de Refugionegro, hombres de Mallery y hombres de Wynde. Éramos caballeros, escuderos y soldados, señores y plebeyos; solo nos unía un propósito. —El que hablaba era el hombre sentado entre las raíces del arciano, en la oquedad de la pared—. Ciento veinte hombres encargados de llevar a vuestro hermano ante la justicia del rey. —El hombre estaba bajando hacia el suelo de la cueva por la maraña de peldaños—. Ciento veinte hombres valientes y leales, dirigidos por un idiota con la capa llena de estrellas. —Era como un espantapájaros: llevaba una capa negra harapienta salpicada de estrellas y una coraza de hierro mellada en cien batallas. Tenía toda la cabeza, con excepción de una calva sobre la oreja derecha, allí donde le habían hundido el cráneo, cubierta por una densa mata de pelambre dorada rojiza que le ocultaba casi todo el rostro—. Más de ochenta de nuestros compañeros han muerto ya, pero otros han cogido las espadas que cayeron de sus manos. —Cuando llegó al suelo, los bandidos se apartaron para abrirle paso. Arya vio que le faltaba un ojo, que la carne que rodeaba la órbita estaba arrugada y llena de cicatrices, y que tenía una marca oscura en torno al cuello—. Con su ayuda seguimos luchando lo mejor que podemos por Robert y por el reino.

—¿Por Robert? —replicó Sandor Clegane con incredulidad.

—Ned Stark fue quien nos envió —intervino Jack-con-Suerte—, pero cuando nos dio las órdenes estaba sentado en el Trono de Hierro, de manera que no éramos sus hombres, sino los de Robert.

—Ahora, Robert es el rey de los gusanos. ¿Por eso os metéis bajo tierra? ¿Porque sois su corte?

—El rey ha muerto —reconoció el caballero espantapájaros—, pero

seguimos siendo hombres del rey, aunque perdimos nuestro estandarte real en el Vado del Titiritero, cuando los asesinos de vuestro hermano cayeron sobre nosotros. —Se tocó el pecho con un puño—. Robert fue asesinado, pero su tierra aún existe. Y nosotros la defendemos.

—¿La defendéis? —El Perro se echó a reír—. ¿De quién crees que se trata, Dondarrion? ¿De tu madre? ¿O de tu puta?

« ¿Dondarrion?». Beric Dondarrion había sido atractivo; Jeyne, la amiga de Sansa, se había enamorado de él. Y ni siquiera Jeyne Poole estaba tan ciega como para considerar guapo a aquel hombre. Pero, al mirarlo de nuevo, Arya advirtió los restos de un relámpago de púrpura en el esmalte agrietado de la coraza.

—Las rocas, los áboles y los ríos —seguía diciendo el Perro—. ¿Acaso las rocas necesitan que las defiendan? Robert no pensaba así. Lo que no se podía follar, combatir o beber lo aburría, igual que lo aburriríais vosotros..., Compañía Audaz.

Un grito de rabia recorrió la colina hueca.

—Volved a llamarnos así y os tragareis la lengua, perro —le espetó Lim desenfundando la espada larga.

—Mira qué valiente —dijo el Perro contemplando la hoja con desprecio—, le muestra el acero a un prisionero atado. ¿Por qué no me desatáis? Ya veríamos entonces lo valeroso que sois. —Echó una mirada hacia atrás, en dirección al Cazador Loco—. Y vos, ¿qué? ¿Es que os habéis dejado todo el valor en las perreras?

—No, pero tendría que haberos dejado en una jaula de cuervos. —El cazador sacó un cuchillo—. Puede que aún no sea tarde.

El Perro se le rio en la cara.

—Aquí todos somos hermanos —declaró Thoros de Myr—. Hermanos santos leales al reino, a nuestro dios y entre nosotros.

—La hermandad sin estandartes. —Tom Sietecuerdas rasgueó la lira—. Los caballeros de la colina hueca.

—¿Caballeros? —En labios de Clegane, la palabra sonaba a burla—. Dondarrion es un caballero, pero los demás sois el grupo de bandidos y hombres quebrados más despreciable que he visto jamás. Cuando cago me salen del cuerpo hombres mejores que vosotros.

—Todo caballero puede armar caballeros —dijo el espantapájaros que era Beric Dondarrion—, y todos los hombres que veis aquí han sentido la espada en el hombro. Somos la hermandad olvidada.

—Dejad que me marche, y yo también me olvidaré de vosotros —le espetó Clegane—. Pero si tenéis intención de matarme, hacedlo de una puta vez. Me habéis quitado la espada, el caballo y el oro, así que quitadme la vida y acabemos cuanto antes. Todo menos aguantar tanta cháchara religiosa.

—Moriréis pronto, Perro —le prometió Thoros—, pero no será un asesinato; será justicia.

—Eso —dijo el Cazador Loco—, y os espera un destino mejor del que merecéis por lo que habéis hecho. ¡Decís que sois leones! En Sherrer y en el Vado del Titiritero violaron a niñas de seis y siete años; cortaron por la mitad a los bebés delante de sus madres. Jamás ha habido un león así de cruel.

—Yo no estuve en Sherrer ni en el Vado del Titiritero —le replicó el Perro—. Id a poner vuestros niños muertos ante la puerta de otro.

—¿Negáis que la casa Clegane se erigió sobre los cadáveres de niños? —le replicó Thoros—. Vi depositar al príncipe Aegon y a la princesa Rhaenys ante el Trono de Hierro. En justicia, vuestro blasón debería representar dos niños ensangrentados, en lugar de esos perros tan feos.

—¿Acaso me confundís con mi hermano? —El Perro hizo una mueca—. ¿Es un crimen nacer con el apellido Clegane?

—El asesinato es un crimen.

—¿A quién he asesinado yo?

—A lord Lothar Mallery y a ser Gladden Wynde —dijo Harwin.

—A mis hermanos Lister y Lennocks —declaró Jack-con-Suerte.

—Al amo Becky a Mudge, el hijo del molinero, en Bosque de Donnel —gritó una anciana entre las sombras.

—A la viuda de Merriman, que tan dulce era en el lecho —añadió Barbaverde.

—A los septones de Charca Cenagosa.

—A ser Andrey Charlton. A su escudero, Lucas Roote. A todos los hombres, mujeres y niños de Pedregal y de Molino Nidorratón.

—A lord y lady Deddings, que eran ricos.

—A Alyn de Invernalia —siguió con el recuento Tom Sietecuerdas—, a Joth Arcoliger, al pequeño Matt y a su hermana Randa, a Anvil Ryn. A ser Ormond. A ser Dudley. A Pate de Mory, a Pate de Lancewood, al Abuelo Pate y a Pate de la Arboleda de Shermer. A Wyl, el Tallador Ciego. Al ama Maerie. A Maerie la Puta. A Becca la Panadera. A ser Raymun Darry, a lord Darry y al joven lord Darry. Al bastardo de Bracken. A Fletcher Will. A Harsley. Al ama Nolla...

—¡Basta ya! —El rostro del Perro estaba contraído de rabia—. No hacéis más que ruido. Esos nombres no me dicen nada. ¿Quiénes son?

—Personas —dijo lord Beric—. Personas grandes y pequeñas, jóvenes y viejas. Personas buenas y personas malas que murieron ensartadas por lanzas de los Lannister o se encontraron con las tripas abiertas por espadas de los Lannister.

—Yo no le he abierto las tripas a nadie. Y si alguien dice lo contrario, es un mentiroso.

—Servís a los Lannister de Roca Casterly —dijo Thoros.

—Los serví en el pasado. Igual que miles de hombres. ¿Qué pasa? ¿Cada uno

de nosotros es culpable de los crímenes de los otros? —Clegane escupió al suelo —. Puede que sea verdad que sois caballeros. Mentís como caballeros; tal vez también asesinéis como caballeros.

Lim y Jack-con-Suerte empezaron a gritarle a la vez, pero Dondarrion alzó la mano para pedir silencio.

—Seguid hablando, Clegane.

—Un caballero es una espada con un caballo. Lo demás, los juramentos, los ungüentos sagrados y las prendas de las damas, no son más que cintas de seda en torno a la espada. Puede que la espada quede más bonita con los colgajos, pero mata exactamente igual. Pues por mí os podéis meter por el culo las cintas y las espadas. Soy igual que vosotros. La única diferencia es que yo no miento acerca de lo que soy. Así que matadme si queréis, pero no me llaméis asesino mientras os quedáis ahí y os decis unos a otros que vuestra mierda no huele. ¿Entendido?

Arya pasó junto a Barbaverde tan deprisa que ni la vio.

—¡Sois un asesino! —gritó—. ¡Matasteis a Mycah, no digáis que no! ¡Lo matasteis!

—¿Quién es el tal Mycah, chico? —El Perro la miraba sin reconocerla.

—¡No soy un chico! Pero Mycah, sí. Era el hijo de un carnicero, y vos lo matasteis. Jory dijo que casi lo cortasteis por la mitad, y eso que ni siquiera tenía espada.

Sentía que todos la estaban mirando: las mujeres, los niños y los hombres que decían ser los caballeros de la colina hueca.

—¿Quién es? —preguntó alguien.

—Por los siete infiernos. —El Perro conocía la respuesta—. La hermana pequeña. La mocosa que tiró al río la bonita espada de Joff. —Dejó escapar una carcajada gutural—. ¿No sabes que estás muerta?

—No, vos estáis muerto —le espetó.

Harwin la cogió por el brazo y la hizo retroceder.

—La chiquilla os acusa de asesinato —dijo lord Beric—. ¿Negáis haber matado a ese tal Mycah, el hijo del carnicero?

—Yo era el escudo juramentado de Joffrey. —El hombretón se encogió de hombros—. El hijo del carnicero atacó al príncipe heredero.

—¡Eso es mentira! —Arya se debatió para zafarse de la presa de Harwin—. Fui yo. Yo golpeé a Joffrey y tiré su *Colmillo de León* al río. Mycah no hizo más que escapar, como le dije.

—¿Visteis al muchacho atacar al príncipe Joffrey? —le preguntó lord Beric Dondarrion al Perro.

—Lo oí de sus regios labios. No me corresponde a mí cuestionar lo que dicen los príncipes. —Clegane hizo un gesto con las manos en dirección a Arya—. Su propia hermana corroboró las palabras del príncipe cuando declaró ante vuestro querido Robert.

—Sansa es igual de mentirosa —dijo Arya, otra vez furiosa con su hermana —. No fue como lo contó ella. ¡No fue así!

Thoros se apartó a un lado con lord Beric. Los dos hombres hablaron en susurros mientras Arya hervía de rabia.

« Lo tienen que matar. He rezado cientos de veces por que muera, cientos, cientos de veces» .

—Se os acusa de asesinato —dijo Beric Dondarrion volviéndose hacia el Perro—, pero nadie de aquí sabe si los cargos son ciertos o falsos, de modo que no nos corresponde a nosotros juzgaros. Solo lo puede hacer el Señor de Luz. Os sentencio a un juicio por combate.

El Perro frunció el ceño, desconfiado, como si no se creyera lo que oía.

—¿Sois estúpido o es que estáis loco?

—Ni una cosa ni otra. Solo soy un señor. Demostrad vuestra inocencia con la espada y podréis marcharos.

—¡No! —gritó Arya antes de que Harwin le tapara la boca.

« No, no pueden hacer eso, saldrá libre. —El Perro era mortífero con una espada; lo sabía todo el mundo—. Se va a reír de ellos» .

Y aquello hizo: fue una carcajada larga, gutural, que retumbó en las paredes de la cueva, una carcajada cargada de desprecio.

—¿Y con quién luchó? —Miró a Lim Capa de Limón—. ¿Con el valiente de la capa color meados? ¿No? ¿Qué tal contigo, Cazador? No es la primera vez que le das patadas a un perro: prueba conmigo. —Vio a Barbaverde—. Tú eres corpulento, tyroshi, da un paso adelante. ¿O vais a dejar que sea la cría la que pelee conmigo? —Se rio de nuevo—. Vamos, ¿quién quiere morir?

—Vais a enfrentarlos a mí —dijo lord Beric Dondarrion.

Arya recordó las cosas que había oído. « No puede morir», pensó, atreviéndose a albergar esperanzas. El Cazador Loco cortó las cuerdas que ataban las manos de Sandor Clegane.

—Necesitaré espada y armadura —dijo el Perro al tiempo que se frotaba una muñeca lacerada.

—Espada tendréis —declaró lord Beric—, pero vuestra inocencia será vuestra armadura.

—¿Mi inocencia contra vuestra coraza? ¿Es eso? —Clegane hizo una mueca.

—Ned, ayúdame a quitarme la coraza.

A Arya se le erizó el vello al oír el nombre de su padre en labios de lord Beric, pero aquel Ned no era más que un niño, un escudero de pelo rubio no mayor de diez o doce años. Se adelantó a toda prisa para abrir los cierres que sujetaban el golpeado peto de acero del señor marqueño. El acolchado de debajo estaba tan podrido por el tiempo y el sudor que cayó al suelo en cuanto quitaron el metal. Gendry ahogó una exclamación.

—Madre misericordiosa.

Las costillas de lord Beric destacaban una a una debajo de la piel. Tenía un cráter en el pecho, justo encima del pezón izquierdo, y cuando se volvió para pedir espada y escudo, Arya vio que tenía una cicatriz a juego en la espalda. « La lanza lo atravesó. El Perro también lo ha visto. ¿Tendrá miedo?». Arya quería que tuviera miedo antes de morir, tanto como debió de tener Mycah.

Ned le acercó a lord Beric el cinturón de la espada y una sobrevesta larga y negra. Estaba cortada para usarla sobre una armadura, de manera que le caía muy suelta en torno al cuerpo, pero la recorría el relámpago de púrpura de su casa. Desenvainó la espada y le devolvió el cinturón a su escudero.

Thoros le entregó al Perro su cinto de la espada.

—¿Tienen honor los perros? —preguntó el sacerdote—. Para que no se os ocurra tratar de escapar a estocadas, o coger como rehén a algún niño... Anguy, Dennet, Kyle: a la primera señal de traición, lo matáis.

Thoros esperó a que los tres arqueros tuvieran las flechas preparadas antes de entregarle el cinto a Clegane.

El Perro sacó la espada de un tirón y arrojó la vaina a un lado. El Cazador Loco le dio su escudo de roble tachonado en hierro y pintado de amarillo con el blasón de los Clegane, tres perros negros. El muchacho llamado Ned ayudó a lord Beric a ceñirse su escudo, tan golpeado y maltratado que casi no se veían el rayo de púrpura ni las estrellas.

El Perro dio un paso hacia su enemigo, pero Thoros de Myr lo detuvo.

—Antes hay que rezar. —Se volvió hacia el fuego y elevó los brazos—. Señor de Luz, vela por nosotros.

Por toda la caverna, los hombres de la hermandad sin estandartes alzaron las voces para responder.

—Señor de Luz, defiéndenos.

—Señor de Luz, protégenos en la oscuridad.

—Señor de Luz, que tu rostro brille sobre nosotros.

—Enciende tu llama entre nosotros, R'hllor —dijo el sacerdote rojo—. Muéstranos si este hombre dice la verdad o miente. Humíllalo si es culpable; dale fuerza a su brazo si es sincero. Señor de Luz, danos sabiduría.

—Pues la noche es oscura —entonaron los demás—, y alberga horrores.

—Esta cueva también es oscura —dijo el Perro—, pero aquí, lo único aterrador soy yo. Espero que vuestro dios sea amable, Dondarrion, porque dentro de poco vais a ir a conocerlo.

Lord Beric, con el rostro serio, se apoyó el filo de la espada larga contra la palma de la mano izquierda y lo pasó por ella muy despacio. Del corte que se hizo manó sangre oscura, que corrió por el acero.

Y, entonces, la espada empezó a arder.

Arya oyó a Gendry musitar una plegaria.

—Allá os queméis en los siete infiernos —maldijo el Perro—. Y Thoros

también. —Lanzó una mirada en dirección al sacerdote rojo—. Cuando acabe con él, vos seréis el siguiente, Myr.

—Cada palabra que decís proclama vuestra culpabilidad, Perro —respondió Thoros, mientras Lim, Barbaverde y Jack-con-Suerte gritaban amenazas y maldiciones. Lord Beric, en cambio, estaba en silencio, tranquilo como las aguas en calma, con el escudo en el brazo izquierdo y la espada llameante en la mano derecha.

«Mátalo —pensó Arya—. Por favor, lo tienes que matar». Su rostro, iluminado desde abajo, era como una máscara de muerte; el ojo que le faltaba parecía una herida roja y furiosa. La espada ardía desde la punta hasta la cruz, pero Dondarrion no parecía sentir el calor. Estaba tan inmóvil que parecía esculpido en piedra.

Pero, cuando el Perro cargó contra él, se apartó como una centella.

La espada llameante subió al encuentro de la fría, dejando a su paso largas estelas de fuego, como las cintas de las que había hablado el Perro. El acero cantó contra el acero. Apenas Dondarrion le paró el primer golpe, Clegane lanzó otro, y en aquella ocasión fue el escudo de lord Beric lo que se interpuso en su camino. La fuerza del impacto hizo que saltaran por los aires astillas de madera. Los golpes siguieron cayendo, duros, rápidos, desde abajo, desde arriba, por la derecha, por la izquierda, pero Dondarrion los detuvo todos. Las llamas giraban en torno a su espada, y a su paso dejaban un rastro de fantasmas rojos y amarillos. Cada movimiento de lord Beric les daba nuevas fuerzas y hacía que ardieran con más brillo, hasta que pareció como si el Señor del Relámpago estuviera en el centro de una jaula de fuego.

—¿Es fuego valyrio? —le preguntó Arya a Gendry.

—No. Esto es diferente. Esto es...

—¿Magia? —sugirió ella mientras el Perro retrocedía.

En aquel momento era lord Beric quien atacaba. El aire se llenó de estelas de fuego, y su rival, más corpulento, tuvo que retroceder más y más. Clegane detuvo un golpe con el escudo en alto, y uno de los perros pintados perdió la cabeza. Contraatacó, con lo que Dondarrion tuvo que interponer el escudo a su vez antes de lanzar un terrible tajo. La hermandad de los bandidos lanzaba gritos de ánimo para su jefe.

—¡Ya es tuy o! —Oyó decir Arya—. ¡A por él! ¡A por él! ¡A por él!

El Perro esquivó un tajo que le iba directo a la cabeza. Hizo una mueca al sentir el calor de las llamas cerca del rostro. Gruñó, maldijo y se tambaleó.

Lord Beric no le dio respiro. Siguió acosando al hombretón; su brazo no se detenía nunca. Las espadas chocaban, se apartaban y volvían a chocar; del escudo del relámpago saltaban astillas, mientras las llamas vibrantes lamían a los perros una vez, y dos, y tres. El Perro se desplazó hacia la derecha, pero Dondarrion le cortó el paso con una rápida zancada lateral y lo obligó a moverse

hacia el otro lado... hacia el resplandor rojizo de la hoguera. Clegane siguió cediendo terreno hasta que sintió el calor en la espalda. Una mirada rápida le mostró qué tenía detrás, y estuvo a punto de costarle la cabeza cuando lord Beric atacó de nuevo.

Arya alcanzó a verle el blanco de los ojos a Sandor Clegane cuando lanzó un nuevo ataque. Tres pasos adelante y dos atrás; un movimiento hacia la izquierda, que lord Beric bloqueó; otros dos pasos al frente y uno de retroceso, *clang, clang*. Los enormes escudos de roble recibían un golpe detrás de otro. El pelo lacio del Perro se le había pegado a la frente con una película de sudor.

«Sudor de vino», pensó Arya al recordar que lo habían aprisionado cuando estaba borracho. Le pareció ver en sus ojos algo parecido a un atisbo de miedo. «Va a perder», se dijo exultante, al tiempo que la espada llameante de lord Beric giraba y golpeaba. El Señor del Relámpago, un torbellino de furia, recuperó todo el terreno que había ganado el Perro y, de nuevo, hizo que Clegane se tambaleara hasta el borde mismo del agujero de la hoguera. «Sí, sí, va a morir». Arya se puso de puntillas para ver mejor.

—¡Maldito bastardo! —gritó el Perro al sentir como el fuego le lamía la parte trasera de los muslos. Se lanzó al ataque, blandiendo la espada cada vez con más fuerza; trataba de destruir a su rival, más menudo, a base de fuerza bruta; intentaba romperle el arma, el escudo o el brazo. Pero las llamas de las paradas de Dondarrion le saltaban a los ojos, y cuando el Perro se intentó apartar de ellas, perdió pie y cayó sobre una rodilla. Lord Beric se lanzó sobre él al instante; el golpe descendente aulló y dejó en el aire un rastro de pendones llameantes. Jadeante y agotado, Clegane alzó el escudo sobre la cabeza justo a tiempo, y el crujido del roble al romperse resonó en toda la cueva.

—Se le ha incendiado el escudo —dijo Gendry en voz baja.

Arya también se había dado cuenta. Las llamas se extendieron por la descascarillada pintura amarilla y devoraron a los tres perros negros.

Sandor Clegane había conseguido ponerse en pie de nuevo, en un feroz contraataque. Hasta que lord Beric retrocedió un paso, el Perro no pareció darse cuenta de que el fuego que le rugía tan cerca del rostro era el de su escudo en llamas. Con un grito de aversión, lanzó un tajo contra la madera ya rota y terminó de destrozarla. El escudo se hizo pedazos, y uno de los trozos salió despedido por los aires, todavía en llamas, pero otro se le aferraba, testarudo, al antebrazo. Los esfuerzos que hacia para liberarse servían solo para avivar el fuego. La manga se le prendió, y de repente tuvo el brazo izquierdo envuelto en llamas.

—¡Acaba con él! —gritó Barbaverde a lord Beric.

—¡Culpable! —La palabra se elevó como un cántico al que se iban uniendo las voces.

—¡Culpable! —gritó Arya con los demás—. ¡Culpable! ¡Mátalo!

Suave como la seda de verano, lord Beric se acercó para poner fin a la vida del hombre que tenía delante. El Perro lanzó un grito ronco, alzó la espada con ambas manos y asestó un golpe con todas sus fuerzas. Lord Beric lo detuvo con facilidad...

—¡Nooooooooo! —gritó Arya.

Pero la espada llameante se partió en dos, y el acero frío del Perro se hundió en la carne de lord Beric allí donde el hombro se unía al cuello, abriéndolo hasta el esternón. La sangre caliente brotó como un torrente oscuro.

Sandor Clegane, aún en llamas, se tambaleó hacia atrás. Se quitó de encima los restos del escudo y los lanzó a un lado con una maldición, antes de tirarse al suelo y rodar para apagar las llamas que le devoraban el brazo.

Las rodillas de lord Beric se doblaron muy despacio, como si se dispusiera a rezar. Abrió la boca, pero lo único que salió de ella fue sangre. Aún tenía clavada la espada del Perro cuando se derrumbó de brúces. La tierra se bebió su sangre. Bajo la colina hueca no se oía más sonido que el crepitante suave de las llamas y los gemidos del Perro, que trataba de levantarse. Arya solo podía pensar en Mycah y en todas las plegarias idiotas que había rezado para que muriera el Perro.

« Si hubiera dioses, lord Beric habría ganado». Ella sabía muy bien que el Perro era culpable.

—Por favor —chilló Sandor Clegane, que se sujetaba el brazo—. Me he quemado. Ayuda. Ayudadme. Ayudadme. —Estaba llorando—. Por favor.

« Pero si llora como un niño», pensó Arya, mirándolo atónita.

—Melly, cúrale las quemaduras —dijo Thoras—. Lim, Jack, ayudadme con lord Beric. Más vale que vengas tú también, Ned.

El sacerdote rojo arrancó la espada del Perro del cadáver de su señor caído y clavó la punta en la tierra empapada de sangre. Lim pasó las enormes manos bajo los brazos de Dondarrion, mientras Jack-con-Suerte lo agarraba por los pies. Rodearon el foso de la hoguera y se perdieron en la oscuridad de un túnel, seguidos por Thoras y por el chico llamado Ned.

El Cazador Loco escupió al suelo.

—Voto por llevarlo de vuelta a Septo de Piedra y meterlo en una jaula para cuervos.

—Sí —apoyó Arya—. Porque mató a Mycah. Lo mató, de verdad.

—Que ardillita tan furiosa —murmuró Barbaverde.

—R'hllor lo ha juzgado y lo ha declarado inocente. —Harwin dejó escapar un suspiro.

—¿Quién es Rollor? —Arya ni siquiera era capaz de pronunciar el nombre.

—El Señor de Luz. Thoras nos ha enseñado...

A ella no le importaba lo que Thoras les hubiera enseñado. Arrancó el puñal de Barbaverde de su vaina y se apartó de él antes de que pudiera agarrarla.

Gendry también trató de detenerla, pero para él siempre había sido demasiado rápida.

Tom Sietecuerdas y una mujer estaban ayudando al Perro a ponerse en pie. Al verle el brazo, la conmoción la dejó sin palabras. Tenía una franja rosada allí donde la correa de cuero lo había protegido, pero por encima y por debajo de ella, la carne estaba agrietada, enrojecida, sanguinolenta, desde el codo a la muñeca. Cuando la mirada del Perro se cruzó con la suya, el hombre hizo una mueca.

—¿Tantas ganas tienes de verme muerto? Pues venga, niña lobo. Clávamela. Es más limpia que el fuego.

Clegane trató de levantarse, pero cuando se movió, un trozo de carne quemada se le cayó del brazo, y las rodillas se le doblaron. Tom lo cogió por el brazo sano y lo sostuvo en pie.

«Tiene el brazo como la cara», pensó Arya. Pero era el Perro. Se merecía arder en un infierno de fuego. El cuchillo le pesaba cada vez más. Lo empuñó con más fuerza.

—Vos matasteis a Mycah —dijo una vez más, como si lo retara a negarlo—. Decídselo. Lo matasteis. Lo matasteis.

—Lo maté. —Se le retorció todo el rostro—. Lo arrollé con el caballo, lo corté en dos y me reí. También les vi dar palizas a tu hermana y cortarle la cabeza a tu padre.

Lim le agarró la muñeca y se la retorció para quitarle el puñal. Arya se revolvió a patadas, pero no se lo devolvió.

—¡Al infierno, Perro! —gritó a Sandor Clegane con rabia impotente, desarmada—. ¡Ojalá vayáis al infierno!

—Ya ha ido —dijo una voz casi inaudible.

Cuando Arya se volvió, lord Beric Dondarrion estaba detrás de ella, apoyado en el hombro de Thoros con una mano ensangrentada.

« Que los Reyes del Invierno se queden con su cripta gélida bajo la tierra», pensó Catelyn. Los Tully sacaban las fuerzas del río, y al río regresaban cuando su vida llegaba a su fin.

Tendieron a lord Hoster en un ligero bote de madera, vestido con una brillante armadura completa de plata. Yacía de espaldas sobre la capa azul y roja. El jubón también era bicolor, azul y rojo, y una trucha con escamas de plata y bronce remataba el gran yelmo que le pusieron junto a la cabeza. Sobre el pecho le colocaron una espada de madera pintada, y le cerraron los dedos en torno a la empuñadura. Unos guanteletes de malla le ocultaban las manos enjutas, y hacían que casi volviera a parecer fuerte. El enorme escudo de hierro y roble estaba a su izquierda, y el cuerno de caza que había utilizado toda la vida, a su derecha. El resto del bote estaba lleno de astillas, de trozos de pergamo y también de piedras, para darle peso en el agua. Su estandarte, la trucha saltarina de Aguasdulces, ondeaba en la proa.

Siete eran los elegidos para empujar la barca funeraria al agua. Simbolizaban los siete rostros de dios. Robb era uno, como rey de lord Hoster. Lo acompañaban lord Bracken, lord Blackwood, lord Vance y lord Mallister; también Marq Piper... y Lothar Frey el Cojo, que había llegado de Los Gemelos con la respuesta que estaban aguardando. Acudía con una escolta de cuarenta hombres comandada por Walder Ríos, el mayor de los bastardos de lord Walder, un hombre de aspecto severo y cabello canoso, con excelente reputación como guerrero. Su llegada, a las pocas horas de la muerte de lord Hoster, había enfurecido a Edmure.

—¡Tendríamos que desollar a Walder Frey; tendríamos que descuartizarlo! —había gritado—. Para tratar con nosotros, envía a un tullido y a un bastardo. ¡Sabe muy bien que nos está insultando!

—No me cabe duda de que lord Walder elige con mucha intención a sus enviados —le respondió Catelyn—. Ha sido una especie de pataleta, una venganza infantil, pero no olvides con quién tratamos. Nuestro padre lo llamaba el finado lord Frey. Es un hombre de muy mal genio, muy envidioso y, sobre todo, muy orgulloso.

Por suerte, su hijo había mostrado más sentido común que su hermano. Robb había recibido a los Frey con toda la cortesía posible; había buscado sitio en los barracones para sus escoltas, y en privado le había pedido a ser Desmond Grell que se retirara discretamente, de manera que Lothar tuviera el honor de participar en la ceremonia en la que se enviaba a lord Hoster a su último viaje.

« Mi hijo ha adquirido una especie de sabiduría impropia de sus años, mi hijo, mi hijo». La casa Frey había abandonado al Rey en el Norte, pero el señor del Cruce seguía siendo el más poderoso de los vasallos de Aguasdulces, y Lothar no hacía más que ocupar el lugar que le correspondía.

Los siete bajaron a lord Hoster por la escalera del agua, chapoteando en los escalones a medida que subía el rastrillo. Cuando depositaron el bote en la corriente, Lothar Frey, un hombre corpulento y de carnes blandas, respiraba jadeante. Jason Mallister y Tytos Blackwood, que se ocupaban de la proa, se metieron hasta el pecho en el río para guiar la barca.

Catelyn lo contemplaba todo desde las almenas; esperaba y miraba, como había esperado y mirado tantas veces en el pasado. Abajo, la corriente rápida del Piedra Caída se clavaba como una lanza en el costado del ancho Forca Roja, y sus aguas azules y blancas agitaban el cauce rojizo y marrón del río principal. La neblina de la mañana pendía sobre las aguas, tan tenue y sutil como los jirones del recuerdo.

«Bran y Rickon lo estarán esperando —pensó Catelyn con tristeza—, igual que antes lo esperaba yo».

El ligero bote pasó bajo el arco de piedra roja que era la puerta del Agua y fue cobrando velocidad a medida que entraba en la corriente apresurada del Piedra Caída. El bote emergió por debajo de las altas murallas defensivas del castillo, y la vela cuadrada se hinchó con el viento; Catelyn vio un rayo de sol que arrancaba destellos del yelmo de su padre. El timón de lord Hoster Tully se mantuvo firme, y navegó tranquilo hacia el centro del canal, bajo la luz del sol naciente.

—Ahora —indicó su tío.

Junto a él, su hermano Edmure... No, ya era lord Edmure; ¿cuándo se haría a la idea? Puso una flecha en el arco. Su escudero le acercó una tea a la punta. Edmure aguardó hasta que se inflamó, y luego alzó el gran arco, se llevó la cuerda hasta la oreja y la soltó. La flecha se elevó con un zumbido vibrante. Catelyn siguió el vuelo con los ojos y con el corazón, hasta que fue a hundirse en el agua con un siseo, a buena distancia de la popa del bote de lord Hoster.

Edmure masculló una maldición entre dientes.

—Ha sido el viento —dijo al tiempo que sacaba una segunda flecha—. Otra vez.

La tea besó el trapo empapado en aceite que estaba atado tras la punta de la flecha, y las llamas lamieron el asta; Edmure alzó el arco, tensó la cuerda y la soltó. La flecha voló alta, con fuerza. Con demasiada fuerza. Se perdió en el río, a diez varas por delante del bote; su fuego se extinguío al instante. El rubor le subió a Edmure por el cuello, rojo como su barba.

—Una vez más —ordenó al tiempo que sacaba una tercera flecha del carcaj.

«Está tan tenso como la cuerda del arco», pensó Catelyn.

—Permitidme, mi señor —se ofreció ser Brynden, que también se había dado cuenta.

—Ya puedo yo —insistió Edmure. Acercó la flecha para que se la prendieran, alzó el arco, respiró profundamente y tensó la cuerda. Pareció

titubear un instante eterno mientras el fuego crepitante ascendía por el asta. Por último, la soltó. La flecha ascendió y ascendió, trazó una curva, y cayó, cayó, cayó... y siseó al pasar de largo de la vela hinchada.

Había fallado por poco, apenas un palmo, pero había fallado.

—¡Los Otros se la lleven! —maldijo su hermano.

El bote estaba casi fuera del alcance; entraba y salía de los jirones de bruma del río. Sin decir palabra, Edmure le tendió el arco a su tío.

—Deprisa —ordenó ser Brynden.

Puso una flecha, la acercó a la tea, tensó la cuerda y la soltó antes de que Catelyn pudiera saber a ciencia cierta si se había prendido o no... Pero, mientras se elevaba, vio las llamas que trazaban un surco en el aire, un largo pendón anaranjado. El bote había desaparecido entre la bruma, que también se tragó a la flecha descendente... pero solo un instante. Después, tan repentina como la esperanza, vieron la flor roja. Las velas se prendieron, y la neblina se tiñó de rosa y naranja. Durante un momento, Catelyn divisó con claridad la silueta del bote envuelto en llamas.

«Espérame, mi pequeña Cat», oyó susurrar a su padre.

Catelyn extendió el brazo a ciegas en busca de la mano de su hermano, pero Edmure se había alejado de ella para irse en solitario al punto más alto de las almenas. Fue su tío Brynden quien le tomó la mano y entrelazó con los suyos los dedos fuertes. Juntos contemplaron el fuego que se empequeñecía con la distancia, a medida que el bote en llamas se alejaba.

Y al final desapareció... tal vez arrastrado por las aguas río abajo, tal vez hundido en ellas. El peso de la armadura depositaría a lord Hoster en el fondo, y descansaría en el lodo suave del lecho del río, en las húmedas estancias donde los Tully tenían su corte eterna, con bancos de peces como su último séquito.

En cuanto el bote en llamas se perdió en la distancia, Edmure se alejó a zancadas. Catelyn habría querido abrazarlo aunque solo fuera un instante y sentarse con él una hora, una noche o un mes para hablar de los muertos y llorarlos. Pero sabía tan bien como él que no era el momento oportuno; se había convertido en el señor de Aguasdulces; sus caballeros lo rodeaban, le susurraban condolencias y promesas de lealtad, y formaban un muro entre él y algo tan insignificante como el dolor de una hermana. Y Edmure los oía sin escucharlos.

—No es ninguna deshonra fallar el tiro —le dijo su tío en voz baja—. Alguien tendría que decírselo a Edmure. Cuando mi señor padre emprendió su viaje río abajo, Hoster también falló.

—Con la primera flecha. —Catelyn había sido demasiado pequeña para recordarlo, pero lord Hoster le contaba la anécdota a menudo—. La segunda acertó en la vela.

Dejó escapar un suspiro. Edmure no era tan fuerte como parecía. La muerte de su padre, cuando por fin tuvo lugar, había sido un descanso, pero aun así, su

hermano se lo había tomado mal.

La noche anterior bebió demasiado, se derrumbó y se echó a llorar entre lamentos por las cosas que no había hecho y las palabras que no había dicho. No debería haber partido para luchar en la batalla de los Vados, le dijo entre lágrimas; tendría que haber permanecido junto al lecho de su padre.

—Tendría que haber estado con él, como estuviste tú —sollozó—. ¿Dijo algo de mí antes de morir? Dime la verdad, Cat. ¿Preguntó por mí?

La última palabra de lord Hoster había sido *Atanasia*, pero Catelyn no tuvo valor para decírselo.

—Susurró tu nombre —mintió.

Su hermano había asentido con gratitud antes de besarle la mano.

« Si no hubiera intentado tragarse el dolor y el sentimiento de culpa, tal vez no habría errado con el arco », pensó para sus adentros con un suspiro. Pero era otra cosa que tampoco tenía valor para decir.

El Pez Negro la acompañó al bajar de las almenas hasta donde estaban Robb y sus vasallos. Junto a él se encontraba la joven reina. Al verla, su hijo la abrazó en silencio.

—Lord Hoster tenía un aspecto noble como el de un rey, mi señora —murmuró Jeyne—. Me habría gustado tener ocasión de conocerlo.

—Y a mí de conocerlo mejor —añadió Robb.

—Es lo mismo que él habría querido —dijo Catelyn—. Había demasiadas leguas entre Aguasdulces e Invernalia.

« Y por lo visto, hay demasiadas montañas, demasiados ríos y demasiados ejércitos entre Aguasdulces y el Nido de Águilas ». Ly sa no había respondido a su carta.

De Desembarco del Rey tampoco obtenía más que silencio. Había albergado la esperanza de que Brienne y ser Cleos hubieran llegado a la ciudad con su prisionero. Incluso era posible que Brienne hubiera vuelto ya, y con las niñas.

« Ser Cleos juró que le pediría al Gnomo que enviara un cuervo en cuanto aceptara el trato. ¡Lo juró! ». Los cuervos no siempre llegaban a su destino. Tal vez algún arquero había abatido al pájaro y lo había asado para cenar. Quizá la carta que la habría tranquilizado se encontrara en aquel momento entre las cenizas de una hoguera, junto a un montoncito de huesos de cuervo.

Otros esperaban para dar el pésame a Robb, de manera que Catelyn se apartó a un lado y aguardó con paciencia mientras lord Jason Mallister, el Gran Jon y ser Rolph Spicer hablaban con él de uno en uno. Pero cuando Lothar Frey se acercó, le dio un tirón de la manga. Robb se volvió y aguardó a que Lothar hablara.

—Alteza. —Lothar Frey era un hombre regordete de treinta y tantos años; tenía los ojos muy juntos, la barbita puntiaguda y una melena de pelo oscuro que le caía en bucles sobre los hombros. Una lesión durante el nacimiento le había

dejado una pierna retorcida, lo que le granjeó el sobrenombre de Cojo. Llevaba doce años sirviendo a su padre como mayordomo—. Lamentamos mucho esta intromisión en un momento tan doloroso, pero ¿podríais concedernos audiencia esta noche?

—Será un honor —dijo Robb—. Nunca quise que hubiera enemistad entre nosotros.

—Ni yo quise ser la causa —intervino la reina Jeyne.

—Lo comprendo —dijo Lothar Frey con una sonrisa—, y también lo comprende mi padre. Me ordenó que os dijera que él también fue joven, y recuerda bien lo que es perder la cabeza ante una mujer bella.

Catelyn dudaba mucho de que lord Walder hubiera dicho semejante cosa, y de que alguna vez hubiera perdido la cabeza ante una mujer bella. El señor del Cruce había sobrevivido a siete esposas y estaba casado con la octava, pero cuando hablaba de ellas era para llamarlas calientacamas y yeguas de cría. Aun así, la formulación era impecable, y no sería ella quien pusiera objeciones al cumplido. Tampoco Robb.

—Vuestro padre es muy generoso —dijo—. Aguardaré con impaciencia el momento de nuestra conversación.

Lothar se inclinó, besó la mano de la reina y se retiró. Para entonces ya se habían reunido doce hombres más, a la espera de su turno. Robb habló con cada uno de ellos, y repartió frases de gratitud y sonrisas según convenía. Cuando hubo terminado con el último, se volvió de nuevo hacia Catelyn.

—Tengo que hablar contigo de una cosa. ¿Me acompañas mientras caminamos?

—Como vuestra alteza ordene.

—No ha sido ninguna orden, madre.

—En ese caso, será un placer.

Su hijo la había tratado con gentileza desde que regresó a Aguasdulces, pero rara vez buscaba su compañía. Se encontraba más cómodo con su joven reina, cosa que ella comprendía bien.

«Jeyne lo hace sonreír, y yo no puedo compartir con él nada, aparte de mi dolor. —Robb parecía disfrutar también con la compañía de los hermanos de su esposa: el joven Rollam, su escudero, y ser Raynald, su portaestandarte—. Ocupan el lugar de los hermanos que perdió —comprendió Catelyn al verlos juntos—. Rollam es como si fuera Bran, y Raynald es en parte Theon y en parte Jon Nieve» . Solo cuando estaba con los Westerling veía sonreír a Robb o lo oía reír como el muchacho que era en realidad. Para todos los demás era siempre el Rey en el Norte, con la cabeza inclinada bajo el peso de la corona hasta cuando no la llevaba.

Robb le dio un tierno beso a su esposa, le prometió que la vería en sus habitaciones y echó a andar con su señora madre. Sus pasos los llevaron hacia el

bosque de dioses.

—Lothal se ha mostrado amable; es una buena señal. Necesitamos a los Frey.

—Eso no quiere decir que podamos contar con ellos.

Robb asintió; la tristeza le invadió el rostro, y pareció como si los hombros se le cargaran. Catelyn habría dado cualquier cosa por abrazarlo.

«El peso de la corona lo está aplastando —pensó—. Desea con todas sus fuerzas ser un buen rey, valeroso, noble y astuto, pero la carga es excesiva para un muchacho».

Robb estaba haciendo todo lo que podía, pero le seguían lloviendo los golpes, uno tras otro, implacables. Cuando lo informaron sobre la batalla del Valle Oscuro, donde lord Randyll Tarly había derrotado a Robett Glover y a ser Helman Tallhart, todos pensaron que se enfurecería; sin embargo, se quedó boquiabierto, incrédulo.

—¿El Valle Oscuro, en el mar Angosto? ¿Por qué fueron al Valle Oscuro? — Sacudió la cabeza, perplejo—. ¿He perdido un tercio de mi infantería por el Valle Oscuro?

—Los hombres del hierro tienen mi castillo, y ahora, los Lannister tienen a mi hermano —dijo Galbart Glover con la voz ronca de desesperación. Robett Glover había sobrevivido a la batalla, pero poco más tarde fue capturado cerca del camino Real.

—Por poco tiempo —le había prometido Robb—. Les ofreceremos a Martyn Lannister a cambio. Lord Tywin tendrá que aceptar; lo hará por su hermano.

Martyn era hijo de ser Kevan y hermano gemelo de Willem, el muchacho asesinado por lord Karstark. Catelyn sabía que aquellas muertes aún pesaban sobre su hijo. Había triplicado la guardia en torno a Martyn, pero seguía temiendo por su seguridad.

—Tendría que haber cambiado al Matarreyes por Sansa la primera vez que me lo pediste —dijo Robb mientras recorrían la galería—. Si se la hubiera ofrecido en matrimonio al Caballero de las Flores, tal vez los Tyrell estarían con nosotros, en vez de con Joffrey. Ojalá lo hubiera pensado.

—Estabas concentrado en las batallas, y hacías bien. Ni siquiera un rey puede pensar en todo.

—Batallas —dijo Robb casi con un murmullo al tiempo que salían al exterior, entre los árboles—. He ganado todas las batallas, todas, y aun así estoy perdiendo la guerra. —Alzó la vista, como si la respuesta pudiera estar escrita en el cielo—. Los hombres del hierro tienen Invernalia y Foso Cailin. Mi padre ha muerto, igual que Bran y Rickon, y puede que también Arya. Y ahora también ha muerto vuestro padre.

Catelyn no podía permitir que cayera en la desesperación. Era un trago cuyo sabor conocía demasiado bien.

—Mi padre llevaba mucho tiempo agonizando, Robb. No había nada que

pudieras hacer. Has cometido errores, claro, ¿y qué rey no los comete? Ned estaria orgulloso de ti.

—Madre, tengo que decirte una cosa.

A Catelyn se le detuvo el corazón.

« Es algo que le duele. Algo que teme contarme». Lo único que le acudía a la mente eran Brienne y su misión.

—¿Se trata del Matarreyes?

—No. De Sansa.

« Está muerta —pensó Catelyn al instante. Brienne ha fracasado; Jaime ha muerto, y Cersei se ha vengado matando a mi hijita». Apenas si pudo pronunciar las palabras.

—¿La... la hemos perdido, Robb?

—¿Qué? —Su hijo la miró sobresaltado—. ¿Que si ha muerto? No, no, madre, no es eso. No le han hecho daño. Bueno, no en ese sentido... Anoche llegó un pájaro, pero no tuve valor para decírtelo hasta que tu padre descansara en paz —Robb le cogió la mano—. La han casado con Tyrion Lannister.

—Con el Gomo. —Catelyn apretó los dedos contra los suyos.

—Sí.

—Me juró que la entregaría a cambio de su hermano —dijo, paralizada por el golpe—. Y también a Arya: a las dos. Nos las devolvería si le entregábamos a su querido Jaime; lo juró ante toda la corte. ¿Cómo ha podido casarse con ella, después de lo que dijo ante los ojos de los hombres y los dioses?

—Es el hermano del Matarreyes. Llevan el perjurio en la sangre. —Robb acarició con los dedos el pomo de la espada—. Si pudiera, le cortaría la cabeza. Entonces Sansa sería viuda y quedaría libre. No se me ocurre otra manera. La obligaron a hacer los votos delante de un septón y a ponerse una capa roja.

Catelyn rememoró al hombrecillo contrahecho al que había tomado prisionero en la posada de la encrucijada para luego llevarlo en el largo viaje hasta el Nido de Águilas.

—Tendría que haber permitido que Lyra lo tirase por la puerta de la Luna. Mi pobre Sansa, mi pequeña... ¿Por qué le habrán hecho una cosa así?

—Por Invernalia —respondió Robb sin dudar un instante—. Tras la muerte de Bran y Rickon, Sansa es mi heredera. Si me sucediera algo...

—No te va a suceder nada. —Catelyn le apretó la mano con fuerza—. ¡Nada! No lo podría soportar. Me han quitado a Ned y a tus hermanos. Sansa está casada, Arya ha desaparecido, mi padre ha muerto... Si te pasara algo, me volvería loca, Robb. Eres lo único que me queda. Eres lo único que le queda al norte.

—Todavía no estoy muerto, madre.

De pronto, el miedo se había apoderado de Catelyn.

—No es imprescindible combatir en las guerras hasta la última gota de

sangre. —Hasta ella se daba cuenta de lo desesperada que le sonaba la voz—. No serías el primer rey en doblar la rodilla, ni siquiera el primer Stark.

—No. —Robb apretó los labios—. Jamás.

—No sería ninguna deshonra. Balon Greyjoy dobló la rodilla ante Robert cuando fracasó su rebelión. Torrhen Stark dobló la rodilla ante Aegon el Conquistador para que su ejército no tuviera que enfrentarse al fuego.

—¿Acaso Aegon había matado al padre del rey Torrhen? —Se sacudió la mano de su madre—. He dicho que jamás.

« Ahora se comporta como el niño que es, no como un rey » .

—Los Lannister no tienen necesidad del norte. Exigirán tributos y rehenes, nada más... y el Gomo se quedará con Sansa hagamos lo que hagamos, de manera que rehén ya tienen. Te aseguro que los hombres del hierro serán un enemigo mucho más implacable. Si quieren conservar el norte en su poder, los Greyjoy no deben dejar vivo ni a un retoño de la casa Stark; siempre les podría disputar sus derechos. Theon ha asesinado a Bran y a Rickon. Ahora solo tiene que matarte a ti... y a Jeyne, claro. ¿O crees que lord Balon se puede permitir el lujo de dejarla con vida para que dé a luz a tus herederos?

—¿Por eso dejaste libre al Matarreyes? ¿Para conseguir la paz con los Lannister? —El rostro de Robb era una máscara gélida.

—Liberé a Jaime por Sansa y por Arya, si es que aún está viva. Lo sabes de sobra. Pero si en algún momento albergué la esperanza de comprar la paz, ¿qué tiene de malo?

—Mucho —replicó—. Los Lannister mataron a mi padre.

—¿Acaso crees que lo he olvidado?

—No lo sé. ¿Lo has olvidado?

Catelyn no había abofeteado nunca a ninguno de sus hijos en un acceso de ira, pero en aquel momento estuvo a punto de golpear a Robb. Le costó un gran esfuerzo obligarse a recordar lo asustado y solo que se debía de sentir.

—El Rey en el Norte eres tú; a ti te corresponde decidir. Solo te pido que pienses en lo que te he dicho. Los bardos exaltan a los reyes que mueren como valientes en combate, pero tu vida vale algo más que una canción. Al menos para mí, que te la di. —Bajó la cabeza—. ¿Puedo retirarme?

—Sí.

Robb se volvió y desenvainó la espada. Catelyn no habría sabido decir qué pretendía hacer con ella. Allí no había ningún enemigo, nadie contra quien luchar. Solo estaban ellos dos, entre los altos árboles y las hojas caídas.

« Hay peleas que no se pueden ganar con la espada », habría querido decirle. Pero mucho temía que el rey haría oídos sordos a palabras como aquellas.

Horas más tarde, mientras bordaba en sus habitaciones, el joven Rollam Westerling llegó corriendo para convocarla a la cena. « Menos mal », pensó Catelyn con alivio. Después de la discusión, no estaba segura de que su hijo

quisiera compartir mesa con ella.

—Eres un buen escudero —le dijo a Rollam con gesto serio.

«Bran también lo habría sido».

Durante la cena, Robb se mostró frío, y Edmure, hosco, pero Lothar el Cojo compensó la actitud de los dos. Fue un ejemplo de cortesía: habló con calidez de lord Hoster, le dio un cariñoso pésame a Catelyn por la muerte de Bran y Rickon, alabó la victoria de Edmure en el Molino de Piedra y le agradeció a Robb la «justicia rápida y certera» con que había tratado a Rickard Karstark. El hermano bastardo de Lothar, Walder Ríos, no se parecía en nada a él; era un hombre de rostro adusto y amargado, con la misma expresión desconfiada que lord Walder. Apenas hablaba, y dedicó toda su atención a la carne y el hidromiel que le sirvieron.

Cuando se acabaron las conversaciones banales, la reina y los demás Westerling pidieron permiso para retirarse. Los criados se llevaron los restos de la comida, y Lothar Frey carraspeó para aclararse la garganta.

—Antes de entrar en el asunto que nos ha traído aquí —dijo con solemnidad—, hay que tratar otro. Mucho me temo que es un tema serio. Tenía la esperanza de que no me correspondiera daros esta noticia, pero no hay otro remedio. Mi señor padre ha recibido una carta de sus nietos.

Catelyn había estado tan inmersa en su dolor que casi se había olvidado de los dos Frey a los que había aceptado como pupilos.

«Ya no más —pensó—. Madre misericordiosa, ¿cuántos golpes más podemos soportar?». Sabía que las siguientes palabras que oyera le clavarían otro puñal en el corazón.

—¿Los nietos que están en Invernalia? —consiguió preguntar—. ¿Mis pupilos?

—Sí, Walder y Walder. Pero ahora mismo están en Fuerte Terror, mi señora. Me duele en el alma tener que decíroslo, pero ha habido una batalla. Invernalia ha ardido hasta los cimientos.

—¿Qué? —La voz de Robb estaba teñida de incredulidad.

—Vuestros señores norteños trajeron de reconquistar el castillo de manos de los hombres del hierro. Cuando Theon Greyjoy vio que iba a perder su conquista, le prendió fuego.

—No nos ha llegado noticia de ninguna batalla —apuntó ser Brynden.

—Reconozco que mis sobrinos son jóvenes, pero estuvieron presentes. Walder el Mayor escribió la carta, y su primo la firmó con él. Por lo que cuentan, fue una batalla sangrienta. Vuestro castellano murió en ella. Se llamaba ser Rodrik, ¿verdad?

—Ser Rodrik Cassel —dijo Catelyn, entumecida por el dolor. «Mi querido amigo, mi viejo y valiente amigo». Casi lo podía ver tironearse de los bigotes blancos—. ¿Y el resto de los nuestros?

—Mucho me temo que los hombres del hierro los pasaron por la espada a

casi todos.

Robb, mudo de rabia, dio un puñetazo en la mesa y volvió el rostro para que los Frey no vieran sus lágrimas.

Pero su madre las vio.

«Cada día que pasa, el mundo se oscurece un poco más». Catelyn recordó a Beth, la hijita de ser Rodrik; al incansable maestre Luwin y al alegre septón Chayle; a Mikken, en su fragua; a Farlen y Palla, en las perreras; a la Vieja Tata y a Hodor el simple. Se le hizo un nudo en el corazón.

—¿Todos? No, por favor.

—No —dijo Lothar el Cojo—. Las mujeres y los niños se escondieron, entre ellos mis sobrinos Walder y Walder. Invernalia estaba en ruinas, de manera que el hijo de lord Bolton llevó a los supervivientes a Fuerte Terror.

—¿El hijo de Bolton? —preguntó Robb con la voz muy tensa.

—Tengo entendido que es un hijo bastardo —intervino Walder Ríos.

—¿Ramsay Nieve? ¿O tiene lord Roose otro bastardo? —Robb frunció el ceño—. El tal Ramsay era un monstruo y un asesino, y murió como un cobarde. Es lo que me contaron.

—No os lo puedo confirmar. En toda guerra hay mucha confusión. Muchos informes falsos. Lo único que os puedo decir es que según mis sobrinos fue un hijo bastardo de Bolton quien salvó a las mujeres y a los niños de Invernalia. Ahora, todos los que sobrevivieron están a salvo en Fuerte Terror.

—¿Y Theon? —intervino Robb de repente—. ¿Qué fue de Theon Greyjoy? ¿Lo mataron?

—No os podría decir, alteza. —Lothar el Cojo extendió los brazos, con las palmas de las manos hacia arriba—. Walder y Walder no mencionaban nada sobre él. Puede que lord Bolton sepa algo, si es que su hijo le ha enviado noticias.

—Se lo preguntaremos, no lo dudéis —dijo ser Brynden.

—Veo que estáis consternados. Siento haberos causado más dolor. Tal vez deberíamos aplazar la conversación hasta mañana. El asunto que nos trae puede aguardar hasta que os recuperéis...

—No —replicó Robb—, quiero arreglarlo cuanto antes.

—Yo también —asintió su hermano Edmure—. ¿Tenéis respuesta a nuestra oferta, mi señor?

—Así es. —Lothar sonrió—. Mi señor padre me ordena decirle a vuestra alteza que accede a esta nueva alianza matrimonial entre nuestras casas y renueva su lealtad hacia el Rey en el Norte, con la única condición de que vuestra alteza se disculpe en persona, cara a cara, por el agravio cometido contra la casa Frey.

Una disculpa era un precio muy pequeño, pero al instante, Catelyn se sintió alertada por la mezquina petición de lord Walder.

—Me complace —dijo Robb con cautela—. Nunca fue mi deseo que se

abriera este abismo entre nosotros, Lothar. Los Frey han luchado con valor por mi causa. Será un placer volver a tenerlos a mi lado.

—Sois muy generoso, alteza. Ya que aceptáis las condiciones, se me ha pedido que le ofrezca a lord Tully la mano de mi hermana, lady Roslin, doncella de dieciséis años. Roslin es la hija menor de mi señor padre con lady Bethany de la casa Rosby, su sexta esposa. Es de natural dulce, y tiene talento para la música.

—¿No sería mejor si antes nos conociéramos...? —Edmure se movió incómodo en el asiento.

—Ya os conoceréis cuando estéis casados —replicó Walder Ríos con tono brusco—. A menos que lord Tully quiera antes contarle los dientes a lady Roslin.

—Aceptaré vuestra palabra en lo que respecta a sus dientes —dijo Edmure haciendo un esfuerzo por controlar la ira—, pero antes de desposarme con ella me gustaría verle el rostro.

—Tendréis que aceptarla de inmediato, mi señor —dijo Walder Ríos—. De lo contrario, la oferta de mi padre no seguirá en pie.

—Mi hermano es un soldado, y por tanto, brusco, pero dice la verdad. —Lothar el Cojo abrió las manos—. Mi señor padre desea que este matrimonio tenga lugar de inmediato.

—¿De inmediato? —La voz de Edmure reflejaba tal grado de frustración que a Catelyn se le pasó por la cabeza que tal vez había pensado en romper el compromiso después de las batallas.

—¿Acaso ha olvidado lord Walder que estamos en mitad de una guerra? —preguntó en tono imperioso Brynden el Pez Negro.

—Desde luego que no —respondió Lothar—. Precisamente por eso insiste en que el enlace se celebre ya, mi señor. En las guerras mueren hombres, incluso aquellos jóvenes y fuertes. ¿Qué sería de nuestra alianza si lord Edmure perdiera la vida antes de tomar como esposa a Roslin? Además, hay que tener en cuenta la edad de mi padre. Ya pasa de los noventa años; es poco probable que vaya a ver el final de esta contienda. Su noble corazón descansaría más tranquilo si viera a su querida Roslin felizmente casada antes de que los dioses se lo lleven. Así moriría sabiendo que la chiquilla tiene un marido fuerte que la amará y la protegerá.

«Todos queremos que lord Walder muera feliz». Catelyn se sentía cada vez más incómoda con aquel acuerdo.

—Mi hermano acaba de perder a su padre. Necesita algo de tiempo para llorarlo.

—Roslin es una muchachita muy alegre —apuntó Lothar—. Puede que sea lo que lord Edmure necesita para superar su dolor.

—Además, a mi padre ya no le gustan los noviazgos largos —añadió Walder Ríos—. Quién sabe por qué.

—He entendido la indirecta, Ríos. —Robb le lanzó una mirada gélida—. Os

rogamos que nos dejéis a solas.

—Como vuestra alteza ordene. —Lothar el Cojo se levantó, y su hermano bastardo lo ayudó a salir de la estancia, caminando con dificultad.

—Han venido a decir que mi palabra no tiene ningún valor. —Edmure estaba echando humo—. ¿Por qué voy a permitir que ese viejo me elija esposa? Lord Walder tiene otras hijas, aparte de la tal Roslin. Y también muchas nietas. Tendría que haberme dado a elegir, como a ti. Soy su señor; debería estar ufano y agraciado de que esté dispuesto a casarme con cualquiera de ellas.

—Tiene mucho orgullo, y ahí es donde lo hemos herido —apuntó Catelyn.

—¡Los Otros se lleven su orgullo! No permitiré que me humillen en mi propio castillo. Me niego a este matrimonio.

—No te daré órdenes en un asunto así. —Robb lo miraba, fatigado—. Pero si te niegas, lord Frey lo tomará como otra afrenta, y perderemos cualquier esperanza de conseguir su apoyo.

—Eso no lo sabes —se empecinó Edmure—. Desde el día en que naci, Frey ha estado empeñado en casarme con una de sus hijas. No va a permitir que esta oportunidad se le escape de las manos. Cuando Lothar le lleve nuestra respuesta, volverá con sus zalamerías y aceptará un compromiso más largo... con la hija que decida yo.

—Puede que sí, con el tiempo —intervino Brynden el Pez Negro—. La cuestión es: ¿podemos esperar mientras Lothar va y viene con ofertas y contraofertas?

—He de volver al norte. —Robb tenía los puños apretados—. Han matado a mis hermanos, han quemado Invernalia, han pasado por la espada a mis sirvientes... Solo los dioses saben qué pretende ese bastardo de Bolton, y si Theon sigue vivo para causar más daño. No me puedo quedar aquí sentado a la espera de una boda que no se sabe si tendrá lugar.

—Debe tener lugar —dijo Catelyn de mala gana—. Me apetece tan poco como a ti soportar los insultos y las quejas de Walder Frey, hermano, pero no veo muchas más opciones. Sin ese matrimonio, la causa de Robb está perdida. Tenemos que aceptar, Edmure.

—¿Tenemos? —repitió él en imitación burlona—. No te he visto ofrecerte como novena lady Frey, Cat.

—Que yo sepa, la octava lady Frey sigue viva y goza de buena salud —replicó.

« Por suerte». De lo contrario, conociendo a lord Walder, la situación podría haber llevado a algo semejante.

—Sobrino —intervino el Pez Negro—, soy el último hombre de los Siete Reinos con derecho a decirle a nadie con quién se tiene que casar. De todos modos, te recuerdo que dijiste que querrías hacer algo en reparación por tu batalla de los Vados.

—Estaba pensando en otro tipo de reparación. Batirme en combate singular con el Matarreyes. Una penitencia de siete años como hermano mendicante. Cruzar a nado el mar del Ocaso con las piernas atadas. —Al ver que ninguno de los presentes sonreía, Edmure levantó las manos—. ¡Los Otros se os lleven a todos! Vale, vale, me casaré con esa moza. A modo de reparación. Vaya reparación.

Lord Alester alzó la vista de repente.

—Voces —dijo—. ¿Oyes, Davos? Alguien viene a por nosotros.

—Es Lamprea —dijo Davos—. Ya es la hora de la cena, o casi.

La noche anterior, Lamprea les había llevado media empanada de carne y panceta, junto con una jarra de hidromiel. Solo con recordarlo le volvían a rugir las tripas.

—No, es más de una persona.

«Tiene razón». Davos oía al menos dos voces y varias pisadas, que se acercaban cada vez más. Se puso en pie y se acercó a los barrotes. Lord Alester se sacudió la paja de la ropa.

—El rey envía a buscarme. O puede que haya sido la reina. Si; Selyse no permitiría que me pudriera aquí; soy de su misma sangre.

Lamprea apareció al otro lado de los barrotes con un aro de llaves en la mano. Ser Axell Florent y cuatro guardias lo seguían de cerca. Aguardaron bajo la antorcha mientras Lamprea buscaba la llave de la puerta.

—Axell —llamó lord Alester—. Loados sean los dioses, ¿quién envía a buscarme? ¿El rey o la reina?

—A ti nadie te viene a buscar, traidor —dijo ser Axell.

Lord Alester retrocedió como si le hubieran dado una bofetada.

—No, te lo juro, no he cometido ninguna traición. ¿Por qué no me escucha nadie? Si su alteza me permitiera explicarle...

Lamprea metió en la cerradura una gran llave de hierro, la giró y abrió la celda. Las bisagras oxidadas protestaron con un chirrido.

—Vamos —le dijo a Davos.

—¿Adónde? —Davos miró a ser Axell—. Decidme la verdad, ¿pensáis quemarme?

—Me han enviado a buscarnos. ¿Podéis caminar?

—Puedo caminar.

Davos salió de la celda. Lord Alester dejó escapar un grito de consternación cuando Lamprea volvió a cerrar la puerta.

—Coge la antorcha —le ordenó ser Axell al carcelero—. Deja a oscuras al traidor.

—¡No! —gritó su hermano—. No, por favor, Axell, no te lleves la luz... Que los dioses se apiaden de mí...

—¿Los dioses? Solo existen R'hllor y el Otro. —Ser Axell hizo un gesto brusco, y uno de los guardias cogió la antorcha de la argolla y abrió el camino hacia la escalera.

—¿Me lleváis ante Melisandre? —preguntó Davos.

—Estará presente —replicó ser Axell—. No se aleja nunca del rey. Pero es

su alteza quien quiere veros.

Davos se llevó la mano al pecho, adonde había llevado colgado de un cordel un saquito de cuero con su suerte. Ya no la tenía, recordó, y tampoco las falanges de cuatro dedos. Pero sus manos aún eran suficientemente largas para rodear el cuello de una mujer, sobre todo un cuello tan esbelto como el de la mujer roja.

Ascendieron en fila por la escalera de caracol. Los muros eran de piedra basta y estaban fríos. La luz de las antorchas los precedía, y sus sombras los escoltaban por las paredes. En el tercer giro pasaron junto a una puerta de hierro que daba a la oscuridad, y junto a otra al quinto giro. Davos imaginó que ya estarían cerca del nivel del mar, quizás incluso por encima. La siguiente puerta que vieron era de madera, pero siguieron subiendo. Allí, en las paredes había aspilleras para disparar flechas, pero ningún haz de luz penetraba a través de la gruesa piedra. En el exterior era de noche.

A Davos le dolían ya las piernas cuando ser Axell abrió una gruesa puerta y le hizo un gesto para que pasara. Al otro lado, un puente de piedra elevado surcaba el vacío como un arco hasta la gigantesca torre central que todos llamaban el Tambor de Piedra. Un viento marino soplaban inquieto entre los arbotantes sobre los que descansaba el tejado; mientras cruzaban, a Davos le llegó el olor a mar. Respiró profundamente para llenarse los pulmones de aire fresco y limpio.

«Viento y agua, dadme fuerzas», rezó. Abajo, en el patio, ardía una gran hoguera para mantener a raya los terrores que poblaban la noche, y los hombres de la reina se habían reunido en torno a ella para cantar alabanzas a su nuevo dios rojo.

Estaban en el centro del puente cuando ser Axell se detuvo de repente. Hizo un gesto brusco con la mano, y sus hombres retrocedieron hasta que ya no pudieron oírlo.

—Si por mí fuera, os quemaría con mi hermano Alester —le dijo a Davos—. Los dos sois unos traidores.

—Podéis pensar lo que queráis. Jamás traicionaría al rey Stannis.

—Lo hariais. Lo haréis. Lo veo en vuestra cara, y también lo he visto en las llamas. R'hllor me ha bendecido con ese don. Me muestra el futuro en el fuego, al igual que a lady Melisandre. Stannis Baratheon ocupará el Trono de Hierro, lo he visto. Y sé qué hay que hacer. Su alteza debe nombrarme mano en lugar de mi hermano traidor. Eso es lo que le diréis.

«¿De verdad?». Davos no respondió.

—La reina pide mi nombramiento, y que sea cuanto antes —siguió ser Axell—. Hasta vuestro viejo amigo de Lys, el pirata Saan, está de acuerdo. Hemos hecho planes juntos, pero su alteza no se decide. La derrota lo devora por dentro; es como si tuviera un gusano negro en el alma. De nosotros, de los que lo queremos, depende mostrarle qué debe hacer. Si sois tan fiel a su causa como

decís, uniréis vuestra voz a la nuestra, contrabandista. Le diréis que soy la mano que necesita. Eso le diréis, y cuando embarquemos, me encargaré de que estéis al mando de un nuevo barco.

«Un barco». Davos le escudriñó el rostro. Ser Axell tenía las orejas grandes de los Florent, parecidas a las de la reina. De ellas nacían gruesos pelos, igual que de las fosas nasales, así como le asomaban mechones de vello debajo de la papada. La nariz era ancha; el ceño, prominente; y la mirada de aquellos ojos juntos era hostil. «Antes me arrojaría a la pira que darme un barco, eso está claro, pero si le hago este favor...».

—Por si se os pasa por la cabeza tracionarme —le avisó ser Axell—, recordad que he sido castellano de Rocadragón durante mucho tiempo. La guarnición me es leal. Quizá no pueda quemaros sin permiso del rey, pero podríais sufrir una caída. —Puso una mano carnosa en la nuca de Davos y le dio un empujón contra la baranda del puente, que solo le llegaba hasta la cintura, para obligarlo a mirar hacia abajo, al patio—. ¿Me habéis oido?

—Os he oido —respondió. «¿Y te atreves a decir que yo soy un traidor?».

—Muy bien. —Ser Axell lo soltó y sonrió—. Su alteza está esperando. Será mejor que no lo impacientemos.

En lo más alto del Tambor de Piedra, en la gran estancia redonda que todos llamaban Cámara de la Mesa Pintada, encontraron a Stannis Baratheon de pie tras el mueble que daba su nombre a la estancia: una gigantesca tabla de madera pintada y tallada con la forma de Poniente, tal como había sido en tiempos de Aegon el Conquistador. Junto al rey había un brasero de hierro con carbones que brillaban entre rojos y anaranjados. Cuatro ventanas altas y puntiagudas daban al norte, al sur, al este y al oeste. Al otro lado se veía el cielo estrellado de la noche. A oídos de Davos llegó el sonido del viento y, más distante, el del mar.

—Alteza —saludó ser Axell—, os traigo al Caballero de la Cebolla, como habéis ordenado.

—Ya lo veo.

Stannis llevaba una túnica de lana gris, un manto color rojo oscuro y un sencillo cinturón de cuero negro del que le colgaban la espada y el puñal. Le ceñía la frente una corona de oro rojo con puntas en forma de llamas. Verlo fue toda una conmoción. Parecía diez años mayor que el hombre que Davos había dejado en Bastión de Tormentas, cuando puso rumbo hacia el Aguasnegras y hacia la batalla que sería su perdición. La barba recortada del rey era una telaraña blanca y negra, y había perdido al menos una arroba. No había sido nunca corpulento, pero en aquel momento, los huesos se le movían bajo la piel como lanzas que lucharán por liberarse. Hasta la corona parecía demasiado grande. Sus ojos eran pozos azules perdidos en profundas hondonadas, y bajo la piel del rostro se adivinaba la forma del cráneo.

Aun así, una tenue sonrisa le pasó por los labios al ver a Davos.

—De modo que el mar me devuelve a mi caballero de los peces y las cebollas.

—Así es, alteza.

« ¿Sabrá que me tenía encerrado en la mazmorra?». Davos se dejó caer sobre una rodilla.

—Levantaos, ser Davos —ordenó Stannis—. Os he echado de menos. Necesito buenos consejos, y vos siempre me los habéis dado. Decidme, pues, ¿con qué se castiga la traición?

La palabra quedó flotando en el aire.

« Una palabra aterradora —pensó Davos. ¿Le estaba pidiendo que condenara a su compañero de celda? ¿O tal vez a sí mismo?—. Los reyes saben mejor que nadie con qué se castiga la traición».

—¿Traición?—consiguió decir al final con voz débil.

—¿De qué otra manera llamaríais a renegar del rey y tratar de usurparle el trono que le corresponde por derecho? Os lo pregunto de nuevo: Según la ley, ¿con qué se castiga la traición?

—Con la muerte. —No tuvo más remedio que responder Davos—. Se castiga con la muerte, alteza.

—Siempre ha sido así. No soy... no soy un hombre cruel, ser Davos. Vos me conocéis. Me conocéis desde hace mucho. No es un decreto mío, siempre ha sido así, desde antes de los tiempos de Aegon. Daemon Fuegoscuro, los hermanos Toyne, el Rey Buitre, el gran maestre Hareth... los traidores siempre han pagado el crimen con su vida... Incluso Rhaenyra Targaryen. Era hija de un rey y madre de otros dos, pero murió por traidora cuando trató de usurpar la corona de su hermano. Es la ley. La ley, Davos. No es crueldad.

—Sí, alteza. —« No está hablando de mí». Durante un momento, Davos sintió pena por su compañero de celda, envuelto ya en la oscuridad. Sabía que debería callar, pero estaba cansado y harto de todo—. Señor, lord Florent no pretendía traicionaros —se oyó decir.

—¿Es que los contrabandistas llamáis a la traición de otra manera? Lo nombré mano, y él habría vendido mis derechos por un cuenco de guisantes. Hasta pensaba entregarles a Shireen. ¡Quería casar a mi única hija con un bastardo, fruto de un incesto! —La cólera hacía enronquecer al rey—. Mi hermano tenía el don de inspirar lealtad. Sí, hasta en sus enemigos. En Refugio Estival ganó tres batallas en un día, y se trajo a Bastión de Tormentas a los señores Grandison y Cafferen como prisioneros. Colgó sus estandartes como trofeos en la sala principal; los cervatillos blancos de Cafferen estaban salpicados de sangre, y el león dormido de Grandison estaba desgarrado y casi partido en dos. Pero estuvieron sentados bajo esos estandartes toda una noche para beber y comer con Robert. ¡Hasta se los llevó a cazar! « Estos hombres pretendían entregarte a Aerys para que te quemara vivo», le dije cuando los vi lanzando

hachas en el patio. « No deberías ponerles armas en las manos» . Robert se me rio en la cara. Yo habría encerrado a Grandison y a Cafferen en una mazmorra; él, en cambio, los convirtió en amigos. Lord Cafferen murió en el castillo de Vado Ceniza luchando por Robert; lo mató Randyll Tarly. Lord Grandison recibió tales heridas en el Tridente que murió un año después. Mi hermano consiguió que lo quisieran, pero al parecer, yo tan solo inspireo traición. Hasta en los de mi sangre, hasta en mi familia. Hermano, abuelo, primos, tío político...

—Alteza —interrumpió ser Axell—, os lo suplico, dadme ocasión de demostraros que no todos los Florent somos así de débiles.

—Ser Axell quiere que reanude la guerra —le dijo el rey Stannis a Davos—. Los Lannister creen que estoy derrotado y acabado; casi todos mis señores vasallos me han abandonado. El propio lord Estermont, el padre de mi madre, ha doblado la rodilla ante Joffrey. Los pocos hombres leales que me quedan se están desalentando. Pasan los días bebiendo y jugando, lamiéndose las heridas como cachorros apaleados.

—La batalla volverá a encender el fuego en sus corazones, alteza —dijo ser Axell—. La derrota es una enfermedad que se cura con una victoria.

—Una victoria. —El rey frunció los labios—. Hay victorias y victorias, ser. Contadle vuestro plan a ser Davos. Quiero saber qué opina de vuestra propuesta.

Ser Axell se volvió hacia Davos con una expresión en el rostro que debía de ser muy semejante a la que puso el orgulloso lord Belgrave el día que el rey Baelor el Santo le ordenó lavarle los pies llagados a un mendigo. Aun así, obedeció.

El plan que ser Axell había trazado con Salladhor Saan era sencillo. A pocas horas de navegación de Rocadragón se encontraba isla Zarpa, antiguo asentamiento marino de la casa Celtigar. Lord Ardrian Celtigar había luchado en el Aguasnegras bajo el estandarte del Corazón Llameante, pero cayó prisionero y no tardó en pasarse al bando de Joffrey. Desde entonces había permanecido en Desembarco del Rey.

—Sin duda teme la ira de su alteza y no se atreve a estar cerca de Rocadragón —declaró ser Axell—. Y hace bien. Ha traicionado a su legítimo rey.

Ser Axell proponía utilizar la flota de Salladhor Saan y a los hombres que habían escapado del Aguasnegras. Stannis todavía tenía unos mil quinientos en Rocadragón, más de la mitad de ellos soldados de los Florent, para castigar la deserción de lord Celtigar. Isla Zarpa contaba con una guarnición ligera, y se decía que su castillo estaba abarrotrado de alfombras myrienses, cristalerías volantinas, vajillas de oro y plata, copas enjoyadas, magníficos halcones, un hacha de acero valyrio, un cuerno capaz de invocar monstruos marinos de las profundidades, cofres de rubíes y más vinos de los que nadie podría beber en cien años. Aunque Celtigar se mostraba tacaño ante el resto del mundo, para su

comodidad no reparaba en gastos.

—Propongo que quememos su castillo y pasemos a su gente por la espada —concluyó ser Axell—. Convirtamos isla Zarpa en una desolación de cenizas y huesos donde solo vivan las aves carroñeras; así, todo el reino verá qué destino guarda a los que se acuestan con los Lannister.

Stannis escuchó la explicación en silencio mientras movía la mandíbula de un lado a otro.

—Creo que es factible —dijo cuando ser Axell terminó su exposición—. Hay pocos riesgos. Joffrey no tendrá ningún poder en el mar hasta que lord Redwyne zarpe del Rejo. El saqueo serviría para garantizar durante un tiempo la lealtad de ese pirata lyseno, Salladhor Saan. Por sí sola, isla Zarpa no vale nada, pero su caída serviría para demostrarle a lord Tywin que mi causa no está perdida. —El rey se volvió hacia Davos—. Decid la verdad: ¿qué pensáis de la propuesta de ser Axell?

«Decid la verdad». Davos recordó la celda oscura que había compartido con lord Alester; recordó a Lamprea y a Gachas. Pensó en lo que le había prometido ser Axell en el puente que cruzaba sobre el patio. «¿Qué quiero? ¿Un barco o un empujón?». Pero era Stannis quien se lo preguntaba.

—Alteza —empezó—, me parece una locura. Sí, y una cobardía.

—Cobardía? —casi gritó ser Axell—. ¡Nadie me llama cobarde delante de mi rey!

—Silencio —ordenó Stannis—. Seguid, ser Davos, quiero oír vuestras razones.

—Decís que tenemos que mostrar al reino que no estamos acabados —dijo Davos, girándose para quedar cara a cara con ser Axell—. Que tenemos que atacar, hacer la guerra, sí... pero ¿contra qué enemigo? En isla Zarpa no encontraréis a ningún Lannister.

—Pero encontraremos a muchos traidores —replicó ser Axell—. Aunque a lo mejor hay alguno más cerca. En esta misma habitación.

—No dudo —siguió Davos sin hacer caso de la pulla— de que lord Celgitar dobrara la rodilla ante el joven Joffrey. Es un viejo sin esperanzas; no quiere más que acabar sus días en su castillo, bebiéndose sus buenos vinos en sus copas de piedras preciosas. —Se volvió hacia Stannis—. Pero acudió cuando lo llamasteis, señor. Vino con sus barcos y sus espadas. Estuvo a vuestro lado en Bastión de Tormentas cuando lord Renly cayó sobre nosotros, y sus barcos subieron por el Aguasnegras. Sus hombres lucharon por vos, mataron por vos y ardieron por vos. Isla Zarpa está mal defendida, sí. La defienden mujeres, niños y ancianos. Y eso, ¿por qué? Porque sus esposos, padres e hijos murieron en el Aguasnegras, por eso. Murieron en los remos o empuñando las espadas mientras luchaban bajo nuestros estandartes. Y ser Axell propone que arrasemos los hogares que dejaron atrás, que volemos a sus viudas y pasemos a sus hijos por la espada. Esos súbditos no son traidores...

—Son traidores —insistió ser Axell—. No todos los hombres de Celtigar murieron en el Aguasnegras. Cientos de ellos cayeron prisioneros junto con su señor y doblaron la rodilla cuando él lo hizo.

—Cuando él lo hizo —repitió Davos—. Eran sus hombres; le fueron leales. No tenían elección.

—Siempre se puede elegir. Pudieron negarse a arrodillarse. Fue lo que hicieron algunos, y murieron. Pero murieron leales y con dignidad.

—Algunos hombres son más fuertes que otros.

Era una respuesta poco convincente; Davos lo sabía bien. Stannis Baratheon tenía una voluntad de hierro. No comprendía ni perdonaba la debilidad en los demás.

«Estoy perdiendo», pensó desesperado.

—Todo hombre tiene el deber de permanecer leal a su legítimo rey, aunque el señor al que sirve lo traicione —declaró Stannis en un tono que no admitía discusión.

Una insensatez desesperada se apoderó de Davos, una imprudencia cercana a la locura.

—¿Como vos permanecisteis leal al rey Aerys cuando vuestro hermano alzó sus estandartes? —soltó con brusquedad.

Se hizo un silencio tenso.

—Traición! —gritó ser Axell al tiempo que desenvainaba el puñal—. ¡Alteza, se atreve a deciros semejantes infamias a la cara!

Davos oyó como Stannis rechinaba los dientes. En la frente del rey palpitaba una vena azul, hinchada. Sus ojos se encontraron.

—Guardad el cuchillo, ser Axell. Dejadnos a solas.

—Si vuestra alteza desea...

—Deseo que nos dejéis a solas —repitió Stannis—. Salid de mi presencia y decide a Melisandre que venga.

—Como ordenéis. —Ser Axell guardó el cuchillo, hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta. Sus pisadas resonaban furiosas contra el suelo.

—Siempre os habéis aprovechado de mi templanza —advirtió Stannis a Davos cuando estuvieron a solas—. Os puedo cortar la lengua con la misma facilidad con la que os corté los dedos, contrabandista.

—Mi vida es vuestra, alteza. Mi lengua también; podéis hacer con ella lo que queráis.

—Así es —dijo, ya más tranquilo—, y lo que quiero es que me sigáis diciendo la verdad. Aunque a veces sea un trago amargo. ¿Aerys, decís? Ojalá supierais... Fue una decisión muy difícil. Mi sangre o mi señor. Mi hermano o mi rey. —Hizo una mueca—. ¿Habéis visto alguna vez el Trono de Hierro? Hay púas en el respaldo y, por todos lados, fragmentos de acero retorcido y puntas serradas de espadas y cuchillos, todo mezclado y fundido. No es una silla cómoda. Aerys

se cortó tantas veces que empezaron a llamarlo el Rey Costra. Allí mismo fue donde asesinaron a Maegor el Cruel. A decir de algunos, nadie que se siente en ese trono descansa tranquilo. A veces me pregunto por qué lo desearon tanto mis hermanos.

—Entonces, ¿por qué lo queréis vos? —le preguntó Davos.

—No se trata de que lo quiera o no. El trono me corresponde como heredero de Robert. Es la ley. Después de mí deberá pasar a mi hija, a menos que Selyse me dé por fin un hijo varón. —Pasó tres dedos por la superficie de la mesa, por las capas de barniz liso y duro oscurecido por los años—. Soy el rey. No tiene nada que ver con lo que quiera. Tengo un deber para con mi hija. Para con el reino. Hasta para con Robert. No me tenía ningún cariño, lo sé, pero era mi hermano. La Lannister le puso los cuernos y lo convirtió en un bufón. Puede que hasta lo matara, igual que mató a Jon Arryn y a Ned Stark. Esos crímenes claman justicia, empezando por Cersei y sus abominaciones. Pero eso es solo el principio. Estoy decidido a limpiar esa corte, como debió hacer Robert después del Tridente. En cierta ocasión, ser Barristan me dijo que toda la podredumbre del reinado de Aerys empezó con Varys. No se debería haber perdonado nunca a ese eunuco. Igual que al Matarreyes. Como mínimo, Robert tendría que haberle quitado la capa blanca y haberlo enviado al Muro, como le aconsejaba con insistencia lord Stark. Pero le hizo caso a Jon Arryn. Yo estaba en Bastión de Tormentas, sometido a asedio; nadie me consultó. —Se volvió bruscamente y clavó en Davos una mirada dura—. Decidme la verdad: ¿por qué queríais matar a lady Melisandre?

«Así que lo sabe». Davos no le podía mentir.

—Cuatro de mis hijos ardieron en el Aguasnegras. Ella los entregó a las llamas.

—La juzgáis mal. Aquel fuego no fue obra suya. Maldecid al Gromo, a los piromantes, a ese imbécil de Florent, que llevó mi flota a las fauces de la trampa... O maldecidme a mí por mi orgullo y mi obstinación, por apartarla de mi lado cuando más la necesitaba. Pero no a Melisandre. Sigue siendo mi más fiel servidora.

—El maestre Cressen era vuestro fiel servidor, y ella lo mató, igual que mató a ser Cortnay Penrose y a vuestro hermano Renly.

—Ahora sois vos el que habla como un bufón —protestó el rey—. Melisandre vio el final de Renly en las llamas, sí, pero tuvo tan poco que ver con aquello como yo. La sacerdotisa estaba conmigo; vuestro hijo Devan os lo puede confirmar. Si dudáis de mi palabra, preguntadle a él. Si hubiera dependido de ella, Renly aún estaría con vida. Fue Melisandre quien me aconsejó con insistencia que me reuniera con él y le diera una última oportunidad de retractarse de su traición. También fue ella quien me dijo que mandara a buscarlos, cuando lo que quería ser Axell era entregarlos a R'hllor. —Esbozó una sonrisa—. ¿No os

sorprende?

—Sí. Sabe muy bien que no soy amigo suyo ni de su dios rojo.

—Pero sois amigo mío; eso también lo sabe. —Hizo un gesto a Davos para que se acercara más—. El chico está enfermo; el maestre Pylos lo ha estado sangrando.

—¿El chico? —Sus pensamientos volaron hacia Devan, el escudero del rey—. ¿Habláis de mi hijo, señor?

—¿De Devan? Buen muchacho, se os parece mucho. No, el que está enfermo es el bastardo de Robert, el muchacho que nos llevamos de Bastión de Tormentas.

« Edric Tormenta» .

—Hablé con él en el Jardín de Aegon.

—Como ella quería. Como ella previó. —Stannis dejó escapar un suspiro—. ¿Os conquistó el muchacho? Es un don que tiene. Lo heredó de su padre y lo lleva en la sangre. Sabe que es hijo de un rey, pero prefiere olvidar que es bastardo. Y adora a Robert, igual que lo adoraba Renly cuando era pequeño. Mi regio hermano jugaba a hacer de padre amantísimo en sus visitas a Bastión de Tormentas; además estaban los regalos: espadas, ponis, capas ribeteadas en piel... Todo era cosa del eunuco. El chiquillo escribía mensajes de agradecimiento a la Fortaleza Roja, y Robert se reía y le preguntaba a Varys qué le había enviado ese año. Renly era igual. Dejó la educación del criado en manos de castellanos y maestres, y él los conquistó a todos. Penrose prefirió morir a entregarlo. —El rey rechinó los dientes—. Aún me pongo furioso cuando me acuerdo. ¿Cómo pudo pensar que yo le haría daño a ese niño? Elegí a Robert, ¿o no? Cuando llegó el difícil momento de la decisión, elegí la sangre por encima del honor.

« Ya no llama al chico por su nombre» . Aquello intranquilizaba a Davos.

—Espero que el joven Edric se recupere pronto.

—No es más que un resfriado. —Stannis hizo un gesto con la mano, como para disipar su preocupación—. Tiene tos, escalofríos y fiebre. El maestre Pylos lo curará enseguida. El chico en sí no es nada, como podéis entender, pero por sus venas corre la sangre de mi hermano. Y ella dice que la sangre de un rey tiene poder.

Davos no tuvo que preguntar quién era « ella» . Stannis puso una mano sobre la Mesa Pintada.

—Mirad esto, Caballero de la Cebolla. Mi reino, mi herencia. Mi Poniente. —La barrió con una mano—. Todo esto de los Siete Reinos es absurdo. Ya lo dijo Aegon hace trescientos años, cuando estaba donde estamos nosotros ahora mismo. Por orden suyo a pintaron esta mesa. Aquí reflejaron ríos y bahías, colinas y montañas, castillos, ciudades, aldeas, lagos, pantanos y bosques... pero ninguna frontera. Es todo una sola cosa. Un solo reino, sobre el que debe reinar un solo rey.

—Un solo rey —asintió Davos—. Un solo rey es la paz.

—Yo llevaré la justicia a Poniente. De la justicia, ser Axell entiende tan poco como de la guerra. Con isla Zarpa no ganaría nada... y, como vos habéis dicho, sería una canallada. Celtigar tiene que pagar el precio de la traición en su persona, y así será cuando yo reine. Todo hombre cosechará lo que haya sembrado, desde el más alto señor hasta la más ínfima rata de cloaca. Os garantizo que algunos perderán mucho más que la punta de los dedos. Han hecho sangrar a mi reino; eso no lo voy a olvidar. —El rey Stannis se apartó de la mesa—. Arrodillaos, Caballero de la Cebolla.

—¿Alteza?

—Hace tiempo, por vuestras cebollas y vuestros peces os nombré caballero. Por esto os voy a elevar al rango de señor.

« ¿Por esto?». Davos no entendía nada.

—Estoy más que satisfecho con ser caballero a vuestras órdenes, alteza. No sabría comportarme como un señor.

—Mejor. El comportamiento de los señores es falso. Lo he aprendido por las malas. Arrodillaos de una vez; vuestro rey lo ordena.

Davos se arrodilló, y Stannis desenvainó la espada larga. Era *Dueña de Luz*, aquel nombre le había puesto Melisandre. La Espada Roja de los Héroes, forjada en los fuegos en los que se habían consumido los siete dioses. La estancia pareció iluminarse cuando la hoja salió de su funda. El acero tenía un resplandor propio y cambiante, ora anaranjado, ora amarillo, ora rojo. El aire tremolaba a su alrededor, y jamás una piedra preciosa había tenido tanto brillo. Pero cuando Stannis tocó con ella el hombro de Davos, el tacto fue igual que el de otra espada cualquiera.

—Ser Davos de la casa Seaworth —dijo el rey—, ¿seréis mi vasallo leal ahora y por siempre?

—Lo seré, mi señor.

—¿Juráis servirme con lealtad hasta el fin de vuestros días, aconsejarme sinceramente, obedecerme con presteza, defender mis derechos y mi reino contra todos los enemigos en batallas grandes y pequeñas, proteger a mi pueblo y castigar a mis enemigos?

—Lo juro, alteza.

—Si así es levantaos, Davos Seaworth, y levantaos como señor de La Selva, almirante del mar Angosto y mano del rey.

Durante un momento, Davos se quedó tan conmocionado que no pudo ni moverse. « Esta mañana me he despertado en sus mazmorras» .

—Alteza, no es posible... No estoy preparado para ser mano de un rey.

—No hay nadie más preparado. —Stannis envainó *Dueña de Luz*, tendió la mano a Davos y lo ayudó a ponerse en pie.

—Soy un plebeyo —le recordó Davos—. Soy un contrabandista que ha

subido demasiado alto. Vuestros señores no me obedecerán nunca.

—En ese caso, nombraremos nuevos señores.

—Pero... no sé leer... ni escribir...

—El maestre Pylos os leerá lo que os haga falta. En cuanto a lo de escribir, mi anterior mano escribió la carta que le va a costar la cabeza. Lo único que os pido es lo que me habéis dado siempre. Sinceridad. Lealtad. Servicio.

—Tiene que haber alguien más adecuado... algún gran señor.

—¿Bar Emmon, ese crío, por ejemplo? —Stannis soltó un bufido—. ¿Mi desleal abuelo? Celtilgar me ha abandonado, el nuevo Velaryon tiene seis años y el nuevo Sunglass embarcó rumbo a Volantis cuando quemé a su hermano. —Hizo un gesto airado—. Aún me quedan algunos hombres decentes, sí. Ser Gilbert Farring defiende en mi nombre Bastión de Tormentas con doscientos leales. Lord Morrigen, el Bastardo de Canto Nocturno, el joven Chytering, mi primo Andrew... Pero no confío en ninguno de ellos tanto como en vos, mi señor de La Selva. Seréis mi mano. Es a vos a quien quiero tener al lado en la batalla.

«Otra batalla será nuestro fin —pensó Davos—. En eso, lord Alester estaba en lo cierto».

—Me habéis pedido un consejo sincero. Entonces, con toda sinceridad os diré... que no tenemos fuerzas suficientes para emprender otra batalla contra los Lannister.

—Su alteza se refiere a la gran batalla —dijo una voz de mujer con marcado acento oriental. Melisandre estaba en la puerta, con sus sedas rojas y sus satenes brillantes. Llevaba en la mano una bandeja de plata tapada—. Estas guerras sin importancia no son más que riñas de crios en comparación con lo que se avecina. Las fuerzas de aquel cuyo nombre no debe pronunciarse están tomando posiciones, Davos Seaworth, y son malévolas y poderosas hasta límites inimaginables. Pronto llegarán el frío y la noche que no acaba jamás. —Puso la bandeja de plata sobre la Mesa Pintada—. A menos que los hombres buenos tengan el valor de combatirlas. Hombres cuyos corazones sean de fuego.

—Melisandre me lo ha mostrado, lord Davos —dijo Stannis, contemplando la bandeja de plata—. En las llamas.

—¿Lo visteis vos, señor? —No habría sido propio de Stannis Baratheon mentir en un asunto semejante.

—Con mis propios ojos. Después de la batalla, cuando me había dejado llevar por la desesperación, lady Melisandre me pidió que mirara el fuego. La chimenea tenía buen tiro, y de las llamas se elevaban cenizas. Me quedé mirándolas, aunque me sentía como un idiota, pero ella me pidió que mirara más al fondo y... las cenizas eran blancas, el aire caliente las levantaba, pero de repente pareció como si estuvieran cayendo. Pensé que era como la nieve. Luego, las chispas del aire parecieron formar un círculo y convertirse en un cerco de antorchas, y me encontré viendo a través del fuego, como si mirara

desde arriba, una colina en medio de un bosque. Las pavesas se habían convertido en hombres de negro, detrás de las antorchas, y en medio de la nieve había sombras que se movían. Pese al calor del fuego sentí un frío tan espantoso que me estremecí. Entonces, la visión desapareció y el fuego volvió a ser un simple fuego. Pero lo que vi era real; me jugaría mi reino.

—Ya lo habéis hecho —dijo Melisandre.

La seguridad con que hablaba el rey resultaba aterradora para Davos.

—Una colina en un bosque... Sombras en la nieve... No sé...

—Significa que la batalla ya ha empezado —dijo Melisandre—. La arena del reloj cae ahora más deprisa; casi ha llegado la hora final del hombre sobre la tierra. Debemos actuar con osadía o no habrá esperanza. Poniente debe unirse bajo el mando de su verdadero rey, el príncipe que fue prometido, el señor de Rocadragón y elegido de R'hllor.

—Las elecciones de R'hllor son extrañas. —El rey hizo una mueca, como si hubiera probado algo desagradable—. ¿Por qué yo y no mis hermanos? Renly y su melocotón... En mis sueños veo como le corre el jugo por la boca y la sangre por la garganta. Si hubiera cumplido con su deber como hermano, habríamos aplastado a lord Tywin. Una victoria de la que hasta Robert habría estado orgulloso. Robert... —Rechinó los dientes de un lado al otro—. También sueño con él. Lo veo riendo, bebiendo y fanfarroneando. Eran las cosas que mejor se le daban. Bueno, también pelear. Nunca lo pude superar en nada. El Señor de Luz tendría que haber elegido como campeón a Robert. ¿Por qué a mí?

—Porque sois un hombre justo —dijo Melisandre.

—Un hombre justo. —Stannis tocó con un dedo la bandeja de plata tapada—. Con sanguijuelas.

—Sí —dijo Melisandre—, pero tengo que deciros una vez más que no es así como debe hacerse.

—Me jurasteis que funcionaría. —El rey se enfureció.

—Funcionará... y no funcionará.

—¿Cuál de las dos cosas?

—Las dos.

—Decidme algo que tenga sentido, mujer.

—Cuando las llamas hablen con más claridad, también lo haré yo. En el fuego hay verdad, pero no siempre es fácil de ver. —El gran rubí de su garganta parecía absorber el fuego del brasero—. Entregadme al muchacho, alteza. Es la manera más segura. La mejor. Entregadme al muchacho, y yo despertaré al dragón de piedra.

—Os he dicho que no.

—No es más que un bastardo; ¿qué vale su vida comparada con la de todos los niños de Poniente? ¿Con la de todos los niños que podrían nacer en todos los reinos del mundo?

—El chico es inocente.

—El chico profanó vuestro lecho nupcial; de lo contrario, tendríais hijos varones. Os humilló.

—Eso lo hizo Robert, no el chico. Mi hija se ha encariñado con él; además, es de mi sangre.

—Es de la sangre de vuestro hermano —dijo Melisandre—. La sangre de un rey. Solo la sangre de un rey puede despertar al dragón de piedra.

Stannis rechinó los dientes.

—No quiero oír una palabra más. No hay dragones. Los Targaryen trataron de devolverles la vida media docena de veces, y en todas las ocasiones hicieron el ridículo o acabaron muertos. Para ridículo, ya tenemos a Caramanchada en esta roca dejada de la mano de los dioses. Tenéis las sanguijuelas; empezad de una vez.

—Como ordene mi rey. —Melisandre inclinó la cabeza con gesto rígido.

Se metió la mano derecha en la manga izquierda y arrojó un puñado de polvo al brasero. Los carbones rugieron. Mientras las llamas claras se retorcían sobre ellos, la mujer roja cogió la bandeja de plata y la puso ante el rey. Davos la observó mientras levantaba la tapa. Debajo había tres sanguijuelas negras, grandes, hinchadas de sangre.

« Sangre del muchacho —supo al momento—. Sangre de rey» .

Stannis extendió una mano y cerró los dedos en torno a una de las sanguijuelas.

—Decid el nombre —ordenó Melisandre.

La sanguijuela se retorcía en la mano del rey y trataba de pegársele a los dedos.

—El usurpador —dijo—. Joffrey Baratheon.

Cuando tiró la sanguijuela al fuego, el animal se retorció como una hoja de otoño entre los carbones antes de arder. Stannis cogió la segunda.

—El usurpador —dijo, en voz más alta—. Balon Greyjoy.

La tiró al brasero, donde la carne se abrió y chisporroteó. La sangre salió siseando humeante.

La última estaba en la mano del rey. La examinó un momento mientras se retorcía en sus dedos.

—El usurpador —dijo por fin—. Robb Stark.

También la tiró a las llamas.

La sala de baños de Harrenhal estaba en penumbra y llena de vapor; era una estancia de techo bajo con grandes bañeras de piedra. Cuando llevaron allí a Jaime, se encontró a Brienne en una de ellas. Se estaba frotando el brazo casi con rabia.

—No tan fuerte, moza —le gritó—. Os vais a arrancar la piel a tiras.

Brienne soltó el cepillo y se tapó las tetas con unas manos tan grandes como las de Gregor Clegane. Los pequeños botones puntiagudos que tanto empeño ponía en ocultar habrían resultado más naturales en una niña de diez años que en su pecho fuerte y musculoso.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con brusquedad.

—Lord Bolton se ha empeñado en que cenara con él, pero por desgracia, no ha tenido la consideración de invitar a mis pulgas. —Jaime le dio un tirón al guardia con la mano izquierda—. Ayúdame a quitarme estos harapos apestosos.

—Con una mano ni siquiera podía desatarse los calzones. El hombre obedeció; de mala gana, pero obedeció—. Déjanos a solas —dijo Jaime cuando sus ropas estuvieron amontonadas en el húmedo suelo de piedra—. A mi señora de Tarth no le gusta que la gentuza como tú le mire las tetas. —Señaló con el muñón a la mujer de cara chupada que se ocupaba de Brienne—. Tú también. Esperad fuera. Solo hay una puerta, y la moza abulta demasiado para escaparse por la chimenea.

Tenían el hábito de la obediencia muy arraigado. La mujer siguió al guardia a la salida, con lo que quedaron solos en la sala de baños. Las bañeras tenían capacidad suficiente para seis o siete personas, como correspondía a la costumbre de las Ciudades Libres, de manera que Jaime se metió en la de la moza, despacio y con torpeza. Tenía ambos ojos abiertos, aunque el derecho seguía algo hinchado a pesar de las sanguijuelas de Qyburn. Jaime se sentía como si tuviera cien años, es decir, mucho mejor que cuando había llegado a Harrenhal.

—Hay más bañeras —dijo Brienne, encogiéndose para apartarse de él.

—Me vale con esta. —Se sumergió con cautela hasta la barbilla en el agua, que despedía vapor—. No temáis, moza. Os veo los muslos morados y verdosos, y lo que tenéis entre ellos no me interesa lo más mínimo. —Tuvo que apoyar el brazo derecho en el borde, ya que Qyburn le había dicho que no debía mojar los vendajes. Sintió como se le empezaba a aflojar la tensión de las piernas, pero la cabeza le daba vueltas—. Si me desmayo, sacadme de aquí. Ningún Lannister se ha ahogado jamás en la bañera, y no quiero ser el primero.

—¿Por qué me tendría que importar que murierais?

—Hicisteis un juramento solemne. —Sonrió al ver como se le ponía roja la gruesa columna blanca que era su cuello. La mujer le dio la espalda—. ¿Todavía

en plan tímida doncella? ¿Creéis que tenéis algo que aún no hay a visto?

Tanteó en busca del cepillo que ella había soltado, lo cogió con los dedos y empezó a frotarse con torpeza. Hasta aquello le resultaba difícil. « La mano izquierda no me sirve de nada» .

Aun así, el agua se fue enturbiando a medida que las costras de polvo se disolvían. La moza siguió de espaldas a él, con los músculos de los anchos hombros tensos y duros.

—¿Os molesta ver el muñón? —preguntó Jaime—. Deberíais estar contenta. He perdido la mano con la que maté al rey. La mano que tiró de la torre al criado de los Stark. La mano que metía entre los muslos de mi hermana para que se le humedeciera la entrepierna. —Le agitó el muñón ante la cara—. Con vos guardándolo, no es de extrañar que Renly muriera.

La moza se puso en pie tan bruscamente como si la hubiera golpeado, e hizo que el agua salpicara fuera de la bañera. Jaime captó un atisbo del espeso vello rubio que crecía entre sus muslos mientras salía. Era mucho más peluda que su hermana. Por absurdo que fuera, sintió como se le levantaba la polla debajo del agua.

« Ahora sí que es evidente que llevo demasiado tiempo lejos de Cersei» . Preocupado por la reacción de su cuerpo, apartó los ojos.

—Eso ha sido indigno de mí —murmuró—. Estoy tullido y amargado. Perdonad, moza. Me protegisteis tan bien como lo habría hecho cualquier hombre, mejor que muchos.

—¿Os burláis de mí? —Brienne se envolvió en una toalla.

—¿Acaso tenéis los sesos tan duros como la muralla de un castillo? —Jaime se había vuelto a enfadar—. Os estaba pidiendo disculpas. Estoy harto de pelear con vos. ¿Qué tal si firmamos una tregua?

—Para firmar una tregua hace falta confianza. ¿Queréis que confie en...?

—En el Matarreyes, sí. En el perjuro que mató al pobrecito Aerys Targaryen. —Jaime soltó un bufido—. No me arrepiento de lo de Aerys, sino de lo de Robert. « He oído que te llaman Matarreyes. Que no se convierta en costumbre, ¿eh?», me dijo durante el banquete de su coronación. Y se reía. ¿Por qué a Robert nadie lo llamaba perjuro? Hizo sangrar el reino, pero el único que tiene un honor de mierda soy yo.

El agua corría por las piernas de Brienne y le formaba un charco bajo los pies.

—Todo lo que hizo Robert fue por amor.

—Todo lo que hizo Robert fue por orgullo, por un coño y por una cara bonita.

Cerró el puño... o lo habría cerrado, de haber tenido mano. El dolor lacerante le recorrió el brazo, cruel como una carcajada.

—Se alzó para salvar el reino —insistió la moza.

« Para salvar el reino» .

—¿Sabíais que mi hermano prendió fuego al Aguasnegras? El fuego valyrio puede arder en el agua. Aerys se podría haber bañado en él si hubiera querido. Los Targaryen se volvían locos por el fuego. —Le daba vueltas la cabeza. « Es por el calor que hace aquí, por el veneno que tengo en la sangre, por la fiebre. No soy yo mismo». Se acomodó en el agua hasta que le llegó a la barbilla—. Manché mi capa blanca. Aquel día llevaba la armadura dorada... pero...

—¿La armadura dorada? —La voz de la mujer sonaba tenue, lejana. Jaime flotaba en sus recuerdos.

—Cuando los grifos danzarines perdieron la batalla de las Campanas, Aerys lo exilió. —« ¿Por qué se lo estoy contando todo a esa cría fea?» —. Por fin había comprendido que Robert no era un simple señor rebelde al que podría aplastar cuando quisiera, sino la peor amenaza a la que se había enfrentado la casa Targaryen desde Daemon Fugoscuro. Sin ninguna elegancia, el rey le recordó a Lewyn Martell que tenía a Elia, y lo envió para que se pusiera al mando de diez mil dornienses que se acercaban por el camino Real. Jon Darry y Barristan Selmy cabalgaron a Septo de Piedra para tratar de concentrar a los grifos que quedaran, y el príncipe Rhaegar volvió del sur para convencer a su padre de que se tragara el orgullo e invocara al mío. Pero ningún cuervo regresó de Roca Casterly, y aquello le inspiró aún más miedo al rey. Veía traidores por todas partes, y Varys estaba siempre allí para señalarle a alguno que se le hubiera escapado. De manera que su alteza les ordenó a los alquimistas que escondieran fuego valyrio por todo Desembarco del Rey. Bajo el septo de Baelor y las chozas del Lecho de Pulgas, en establos y almacenes, en las siete puertas, hasta en las bodegas de la propia Fortaleza Roja.

» Todo se hizo en el mayor de los secretos; se encargó un puñado de maestros piromantes. Ni siquiera confiaron en sus discípulos para que los ayudaran. Los ojos de la reina llevaban años cerrados, y Rhaegar estaba muy ocupado reuniendo un ejército. Pero la nueva mano de Aerys, la maza y la daga, no era idiota del todo, y al ver las idas y venidas constantes de Rossart, Belis y Garigus, empezó a sospechar. Chelsted, se llamaba Chelsted. Lord Chelsted. —Lo había recordado de repente, mientras narraba la historia—. Hasta entonces me había parecido un cobarde, pero el día en que se enfrentó a Aerys tuvo que reunir mucho valor. Hizo todo lo que pudo para disuadirlo. Razonó, broméó, amenazó y, por último, suplicó. Al no lograr nada, se arrancó la cadena del cargo y la tiró al suelo. Aerys lo quemó vivo como castigo, y colgó la cadena del cuello de Rossart, su piromante favorito. El hombre que había cocido a lord Rickard Stark dentro de su armadura. Y yo lo vi todo, siempre al pie del Trono de Hierro, con mi armadura blanca, quieto como un cadáver, guardando a mi señor y sus bonitos secretos.

» Mis hermanos juramentados estaban todos ausentes, ¿sabéis?, pero a mí Aerys prefería mantenerme siempre cerca. Yo era como mi padre, de modo

que no confiaba en mí. Quería tenerme allí donde Varys pudiera vigilarme, día y noche. De manera que lo oí todo. —Recordaba cómo brillaban los ojos de Rossart cuando desplegaba los mapas para señalar dónde había que poner la sustancia. Garigus y Belis eran iguales—. Rhaegar se enfrentó a Robert en el Tridente, y ya sabéis qué pasó. Cuando la noticia llegó a la Corte, Aerys envió a la reina a Rocadragón con el príncipe Viserys. La princesa Elia tendría que haber partido también, pero él lo prohibió. Se le había metido en la cabeza que el príncipe Lewyn había traicionado a Rhaegar en el Tridente, pero creía que solo conservaría la lealtad de Dorne mientras retuviera a su lado a Elia y a Aegon.

»—Esos traidores quieren mi ciudad —le oí decirle a Rossart—, pero solo encontrarán cenizas. Que Robert reine sobre un montón de huesos chamuscados y carne calcinada.

» Los Targaryen no entierran nunca a sus muertos; los queman. La intención de Aerys era tener la pira funeraria más grande que jamás hubiera existido. Aunque, para ser sinceros, no creo que pensara que iba a morir. Al igual que Aerion Llamabrilante, Aerys creía que el fuego lo transformaría... Que se alzaría de nuevo, renacido en forma de dragón, y que reduciría a cenizas a sus enemigos.

» Ned Stark avanzaba hacia el sur con la vanguardia de Robert, pero las fuerzas de mi padre llegaron antes a la ciudad. Pyccelle convenció al rey de que su Guardián del Occidente acudía para defenderlo, de modo que le abrió las puertas. La única vez que tendría que haberle hecho caso a Varys, y no se lo hizo. Hasta entonces, mi padre se había mantenido al margen de la guerra, cavilando sobre todos los agravios que Aerys había cometido contra él y con la firme determinación de que la casa Lannister estuviera en el bando ganador. El Tridente lo acabó de decidir.

» A mí me correspondía defender la Fortaleza Roja, pero sabía que estábamos perdidos. Le solicité a Aerys permiso para llegar a un acuerdo. Mi mensajero regresó con una orden regia: “Si no sois un traidor, traedme la cabeza de vuestro padre”. Aerys no quería ni oír hablar de rendición. Según mi mensajero, lord Rossart estaba con él. Y yo sabía qué significaba aquello.

» Cuando encontré a Rossart, estaba disfrazado de soldado de a pie y corría hacia una poterna. Fue el primero al que maté. Luego maté a Aerys, antes de que encontrara a otro que les llevara su mensaje a los piromantes. Días después localicé a los otros, y también los maté. Belis me ofreció oro, y Garigus lloró y suplicó piedad. Bueno, la espada es más piadosa que el fuego, pero no creo que Garigus me agradeciera mi consideración.

El agua se había enfriado. Cuando Jaime abrió los ojos, se encontró mirándose el muñón de la mano de la espada.

« La mano que me convirtió en el Matarreyes. —La Cabra le había arrebatado a la vez su gloria y su vergüenza—. ¿Y qué me ha dejado? ¿Quién soy

ahora?» .

Allí de pie, con la toalla apretada contra las flacas tetas y las gruesas piernas blancas sobresaliendo por debajo, la moza tenía un aspecto ridículo.

—¿Qué pasa? ¿Mi relato os ha dejado sin palabras? Venga, maldecidme, besadme o llamadme mentiroso. Lo que sea.

—Si lo que decís es verdad, ¿por qué no lo sabe nadie?

—Los caballeros de la Guardia Real juran guardar los secretos del rey. ¿Qué queríais? ¿Que violara el juramento? —Se echó a reír—. ¿Acaso pensáis que el noble señor de Invernalia habría dado crédito a mis endebles explicaciones? Él, un hombre tan honorable... Con una mirada le bastó para considerarme culpable.

—Jaime se puso en pie con un esfuerzo; el agua fría le corrió por el pecho—. ¿Con qué derecho juzga el lobo al león? ¿Con qué derecho?

Un escalofrío lo recorrió y, al intentar salir de la bañera, se golpeó el muñón contra el borde.

El dolor lo recorrió como un latigazo... y, de repente, la sala de baños giraba. Brienne lo agarró antes de que cayera. Tenía el brazo con la piel de gallina, frío y húmedo, pero era fuerte, y su tacto, más delicado de lo que Jaime habría imaginado. «Más delicada que Cersei», pensó mientras lo ayudaba a salir de la bañera, con unas piernas tan blandas como una polla inerte.

—Guardias! —Oyó gritar a la moza—. ¡El Matarreyes!

«Jaime —pensó—. Me llamo Jaime».

Lo siguiente que supo fue que estaba tendido en el suelo mojado, rodeado por los guardias, la moza y Qyburn, que lo miraban preocupados desde arriba. Brienne seguía desnuda, pero por el momento se le había olvidado.

—El calor de las bañeras lo ha debilitado —les estaba diciendo el maestre Qyburn. «No, no es un maestre, le quitaron la cadena»—. Además, aún le queda veneno en la sangre, y está desnutrido. ¿Qué le dabais de comer?

—Gusanos, meados y vómitos —contribuyó Jaime.

—Pan duro, agua y puré de avena —insistió el guardia—. Pero casi no comía. ¿Qué hacemos con él?

—Frotadlo bien, vestidlo y, si hace falta, llevadlo a la Torre de la Pira Real —dijo Qyburn—. Lord Bolton insiste en que cene con él esta noche. Se está acabando el tiempo.

—Traedme ropas limpias para él —dijo Brienne—. Yo me encargaré de lavarlo y vestirlo.

Los demás estuvieron encantados de dejar la tarea en sus manos. Lo alzaron y lo sentaron en un poyo adosado al muro. Brienne fue a recoger la toalla y volvió con un cepillo de cerdas para acabar de frotarlo. Uno de los guardias le dio una navaja, para que le arreglara la barba. Qyburn regresó con ropa interior de algodón basta, unos calzones limpios de lana negra, una túnica verde muy suelta y un jubón de cuero que se ataba por delante. Para entonces, Jaime se sentía

menos mareado, aunque igual de torpe. Con la ayuda de la moza consiguió vestirse.

—Ahora solo me hace falta un espejo de plata.

El maestre Sanguijuela también había llevado ropas limpias para Brienne: un vestido de seda rosa con una mancha desvaída y ropa interior de lino.

—Lo siento, mi señora; son los únicos atavíos femeninos de vuestra talla que hemos encontrado en todo Harrenhal.

Era evidente que el vestido estaba cortado para una mujer con los brazos más esbeltos, las piernas más cortas y mucho más pecho que Brienne. El fino encaje myriense apenas le ocultaba los moratones de la piel. El atuendo le daba un aspecto ridículo.

«Tiene los hombros más anchos que yo, y también el cuello —pensó Jaime—. No me extraña que prefiera llevar una armadura». El rosa tampoco le sentaba bien. Una docena de bromas crueles le pasaron por la cabeza, pero por una vez, se las calló. Más valía no provocarla; con una mano, no era rival para ella.

Qyburn había llevado también una jarra.

—¿Qué es? —quiso saber Jaime cuando el maestre sin cadena le dijo que bebiera.

—Regaliz macerado en vinagre con miel y clavos. Os dará fuerzas y os despejará la cabeza.

—Traedme la pócima que hace crecer manos —dijo Jaime—. Esa es la que me interesa.

—Bebed —dijo Brienne sin sonreír.

Y él obedeció.

Pasó media hora antes de que se sintiera con fuerzas para incorporarse. Tras la penumbra húmeda y cálida de la sala de baños, el aire del exterior fue como una bofetada en el rostro.

—Mi señor ya lo debe de estar esperando —dijo un guardia a Qyburn—. Y a ella también. ¿Hace falta que lo lleve?

—Todavía puedo caminar. Dadme el brazo, Brienne.

Aferrado a ella, Jaime se dejó guiar para atravesar el patio hasta una estancia vasta y llena de corrientes de aire, aún más grande que la sala del trono de Desembarco del Rey. En las paredes se alineaban enormes chimeneas, una cada cinco pasos; no fue capaz de contarlas. Pero ninguna estaba encendida, de manera que la humedad retenida entre los muros se calaba hasta los huesos. Una docena de lanceros con capas de pieles guardaban las puertas y las escaleras que llevaban a las dos galerías del piso superior. Y, en el centro de aquel vacío inmenso, junto a una mesa rodeada por una enorme extensión de liso suelo de pizarra, aguardaba el señor de Fuerte Terror, asistido solo por un copero.

—Mi señor —saludó Brienne cuando estuvieron ante él.

Los ojos de Roose Bolton eran más claros que la piedra y más oscuros que la leche, y su voz era un susurro de araña.

—Me satisface ver que habéis recuperado las fuerzas suficientes para aceptar mi invitación, ser Jaime. Sentaos, mi señora. —Hizo una señal hacia las bandejas de quesos, pan, carnes frías y fruta que cubrían la mesa—. ¿Bebéis tinto o blanco? Me temo que la cosecha es poco interesante. Ser Amory dejó secas las bodegas de lady Whent.

Jaime aceptó con presteza el asiento ofrecido, para que Bolton no viera lo débil que estaba.

—El blanco es para los Stark Yo beberé tinto, que es rojo, como le conviene a un buen Lannister.

—Por mi parte, prefiero agua —dijo Brienne.

—Elmar, tinto para ser Jaime, agua para lady Brienne y, para mí, hidromiel especiada.

Bolton despidió a sus guardias con un gesto de la mano, y los hombres se retiraron en silencio.

La costumbre hizo que Jaime tendiera la mano derecha hacia la copa. El muñón la golpeó; los vendajes limpios se llenaron de salpicaduras rojas, y tuvo que agarrarla con la mano izquierda antes de que cayera, pero Bolton fingió que no se había dado cuenta de su torpeza. El norteño cogió una ciruela pasa y empezó a comérsela a mordiscos.

—Probadlas, ser Jaime. Son muy dulces; además, ayudan a que se muevan las tripas. Lord Vargo las cogió en una posada antes de prenderle fuego.

—Mis tripas se mueven muy bien; la Cabra no es ningún lord, y vuestras ciruelas pasas no me interesan ni la mitad que vuestras intenciones.

—¿En lo que respecta a vos? —Una sonrisa aleteó en los labios de Roose Bolton—. Sois un trofeo peligroso. Allí por donde pasáis, sembráis la discordia. Incluso aquí, en mi feliz hogar de Harrenhal. —Su voz era apenas una brizna más audible que un susurro—. Y también en Aguasdulces, por lo que parece. ¿Sabíais que Edmure Tully ha ofrecido un millar de dragones de oro para quien os vuelva a capturar?

« ¿Nada más?» .

—Mi hermana pagará diez veces esa cantidad.

—¿De verdad? —Otra vez la misma sonrisa, solo un instante; luego, nada—. Diez mil dragones es una suma muy cuantiosa. Pero claro, también hay que considerar la oferta de lord Karstark. Le ha prometido la mano de su hija al hombre que le lleve vuestra cabeza.

—Si ofrecen una mano —dijo Jaime—, vuestra Cabra no podrá resistirse.

Bolton dejó escapar una risita.

—Harrión Karstark estaba prisionero aquí cuando tomamos el castillo, ¿lo sabíais? Lo puse al mando de todos los hombres de Bastión Kar que aún me

seguían y lo envíe con Glover. Espero que no le sucediera nada malo en el Valle Oscuro... De lo contrario, Alys Karstark sería todo lo que queda de la progenie de lord Rickard. —Cogió otra ciruela—. Por suerte para vos, no necesito esposa. Mientras estaba en Los Gemelos me casé con lady Walda Frey.

—¿Walda la Bella? —Jaime trató de sujetar el pan con el muñón mientras arrancaba un trozo con la mano izquierda.

—Walda la Gorda. Mi señor de Frey me ofreció como dote el peso de mi prometida en plata, de manera que elegí en consecuencia. Elmar, parte un poco de pan para ser Jaime.

El chico arrancó de la hogaza un trozo del tamaño de un puño y se lo tendió a Jaime. Brienne se sirvió ella misma el pan.

—Lord Bolton —dijo—, se comenta que tenéis intención de entregarle Harrenhal a Vargo Hoat.

—Fue su precio —asintió lord Bolton—. Los Lannister no son los únicos que pagan sus deudas. De todos modos, pronto tendré que partir. Edmure Tully va a casarse con lady Roslin Frey en Los Gemelos, y mi rey me ordena que asista.

—¿Edmure se va a casar? —preguntó Jaime—. ¿No era Robb Stark?

—Su alteza el rey Robb ya está casado. —Bolton se escupió un hueso de ciruela en la mano y lo dejó a un lado—. Con una Westerling del Risco. Según me han dicho, se llama Jeyne. Sin duda la conoceréis. Su padre es vasallo del vuestro.

—Mi padre tiene muchos vasallos, y la mayor parte de ellos tienen hijas. —Jaime buscó la copa con su única mano al tiempo que trataba de recordar a la tal Jeyne. Los Westerling eran una casa antigua, con más orgullo que poder.

—No puede ser verdad —dijo Brienne, testaruda—. El rey Robb ha jurado contraer matrimonio con una Frey. Él jamás rompería un juramento, no...

—Su alteza es un niño de dieciséis años —dijo Roose Bolton con tono suave—. Y os agradecería que no pusierais en duda mi palabra, señora.

Jaime casi sentía lástima por Robb Stark «Pobre idiota. Ganó la guerra en los campos de batalla y la perdió en un lecho» .

—¿Qué tal le ha sentado a lord Walder cenar trucha, en vez de lobo? —preguntó.

—La trucha también es una cena sabrosa. —Bolton hizo un gesto en dirección al copero con un dedo blanquecino—. Aunque mi pobre Elmar se ha visto decepcionado. Iba a casarse con Arya Stark, pero mi bondadoso suegro Frey no tuvo más remedio que romper el compromiso cuando el rey Robb lo traicionó.

—¿Hay noticias de Arya Stark? —Brienne se inclinó hacia delante—. Lady Catelyn temía que... ¿Vive aún la niña?

—Desde luego —dijo el señor de Fuerte Terror.

—¿Estáis seguro de lo que decís, mi señor?

—Arya Stark estuvo un tiempo desaparecida, sí —contestó Roose Bolton

encogiéndose de hombros—, pero ya la hemos encontrado. Tengo intención de devolverla sana y salva al norte.

—A ella y a su hermana —dijo Brienne—. Tyrion Lannister nos prometió a las dos niñas a cambio de su hermano.

Por lo visto, aquello le pareció muy divertido al señor de Fuerte Terror.

—¿No os lo ha dicho nadie, mi señora? Los Lannister mienten.

—¿Estáis menospreciando el honor de mi casa? —Jaime cogió el cuchillo del queso con la mano buena—. Es de punta redonda, y romo —dijo al tiempo que pasaba el dedo por el filo—, pero igual se os clavará en un ojo.

El sudor le perlaba la frente. Deseaba con todas sus fuerzas no aparecer la debilidad que sentía.

La sonrisa fugaz de lord Bolton le volvió a alegrar los labios.

—Para ser un hombre que necesita ayuda para partir el pan, habláis con mucha valentía. Os recuerdo que mis guardias están a nuestro alrededor.

—A nuestro alrededor y a media legua de distancia. —Jaime hizo un gesto con la cabeza para indicar la inmensidad de la sala—. Cuando llegaran aquí estaríais tan muerto como Aerys.

—No me parece caballeroso amenazar a vuestro anfitrión por encima de sus propios platos de queso y aceitunas —le recriminó el señor de Fuerte Terror—. En el norte todavía consideramos sagradas las leyes de la hospitalidad.

—Soy vuestro prisionero, no un invitado. Vuestra Cabra me cortó la mano. Si pensabais que se me iba a olvidar con unas ciruelas pasas, estabais muy equivocado.

Aquello pareció desconcertar a Roose Bolton.

—Puede que tengáis razón. Puede que deba entregaros como regalo de bodas a Edmure Tully... o cortaros la cabeza, como hizo vuestra hermana con Eddard Stark.

—No os lo recomiendo. Roca Casterly tiene buena memoria.

—Entre mis murallas y vuestra roca hay mil leguas de montañas, mares y bosques. La enemistad de los Lannister no significa nada para los Bolton.

—En cambio, la amistad de los Lannister podría significar mucho.

Jaime creía conocer las reglas del juego al que jugaban en aquel momento.
«Pero ¿las conocerá también la moza?». No se atrevía a volverse para mirarla.

—No estoy convencido de que seáis el tipo de amigo que le conviene a un hombre cauto. —Roose Bolton llamó al chico—. Elmar, corta tajadas de asado para nuestros invitados.

Sirvió a Brienne en primer lugar, pero ella no hizo ademán de empezar a comer.

—Mi señor —dijo—, tengo que intercambiar a ser Jaime por las hijas de lady Catelyn. Tenéis que liberarnos para que sigamos nuestro camino.

—El cuervo que llegó de Aguas dulces hablaba de una fuga, no de un

intercambio. Y si vos ayudasteis a este prisionero a liberarse, sois culpable de traición, mi señora.

—Yo sirvo a lady Stark —dijo la corpulenta moza poniéndose en pie de un salto.

—Y yo, al Rey en el Norte. O al Rey que Perdió el Norte, como lo llaman algunos. Que en ningún momento quiso negociar con los Lannister ni devolver a ser Jaime.

—Sentaos y comed, Brienne —la acució Jaime al tiempo que Elmar le ponía una tajada de asado sangrante en el plato, ante él—. Si Bolton quisiera matarnos, no desperdiciaría con nosotros sus valiosas ciruelas, con el consiguiente peligro para sus tripas.

Miró la carne y comprendió que, con una mano, no tenía manera de cortarla.

« Ahora valgo menos que una niña —pensó—. La Cabra ha equilibrado el intercambio, aunque dudo mucho que lady Catelyn se lo agradezca cuando Cersei le devuelva a sus mocosas en este mismo estado. —La sola idea le hizo hacer una mueca—. Y seguro que también me culparán a mí de eso» .

Roose Bolton cortaba la carne con movimientos metódicos mientras la sangre corría por el plato.

—Lady Brienne, ¿os sentaréis si os digo que tengo intención de enviar a ser Jaime a Desembarco, tal como deseáis lady Stark y vos?

—¿De... verdad? —La moza parecía desconfiada, pero se sentó—. Me parece muy bien, mi señor.

—Así es. Pero el caso es que lord Vargo me ha creado una pequeña... dificultad. —Clavó los ojos claros en Jaime—. ¿Sabéis por qué Hoat os cortó la mano?

—Le gusta cortar manos. —Las vendas que cubrían el muñón de Jaime estaban manchadas de sangre y vino—. También le gusta cortar pies. No parece que necesite un motivo concreto.

—Pero el caso es que lo tenía. Hoat es más astuto de lo que parece. No hay hombre capaz de estar al mando de un grupo como la Compañía Audaz durante tanto tiempo a no ser que tenga un poco de cerebro. —Bolton pinchó un trozo de carne con la punta del puñal, se lo llevó a la boca, masticó pensativo y tragó—. Lord Vargo abandonó a la casa Lannister porque le ofrecí Harrenhal, una recompensa mil veces superior a cualquiera que hubiera podido esperar de lord Tywin. Al no conocer bien Poniente, no sabía que era un regalo envenenado.

—¿La maldición de Harren el Negro? —se burló Jaime.

—La maldición de Tywin Lannister. —Bolton extendió la copa, y Elmar se la volvió a llenar en silencio—. Nuestra Cabra debería haber consultado con los Tarbeck o los Reyne. Le habrían dicho cómo trata vuestra madre a los traidores.

—No queda ningún Tarbeck ni ningún Reyne —dijo Jaime.

—A eso me refiero. Sin duda, lord Vargo tenía la esperanza de que lord

Stannis venciera en Desembarco del Rey, y acto seguido lo confirmara como dueño de este castillo en gratitud por el pequeño papel desempeñado en la caída de la casa Lannister. —Dejó escapar una risita seca—. Me temo que tampoco conoce muy bien a Stannis Baratheon. Si, le pagaría sus servicios con Harrenhal... pero también le pagaría sus crímenes con la horca.

—La horca es más misericordiosa que lo que le espera con mi padre.

—Creo que ya lo va entendiendo. Con la derrota de Stannis y la muerte de Renly, solo una victoria de Stark lo puede salvar de la venganza de lord Tywin, pero sus posibilidades son cada vez más remotas.

—El rey Robb ha ganado todas las batallas —dijo Brienne con convicción, tan testarudamente leal en sus palabras como en sus obras.

—Ha ganado todas las batallas, y por el camino, ha perdido a los Frey, a los Karstark, Invernalia y el norte. Lástima que el lobo sea tan joven. Los muchachos de dieciséis años siempre se creen inmortales e invencibles. Creo que un hombre más maduro doblaría la rodilla. Después de una guerra siempre llega la paz, y con la paz llegan los perdones... Al menos para los Robb Stark de este mundo. No para gente como Vargo Hoat. —Bolton le dirigió una breve sonrisa—. Ambos bandos lo han utilizado, pero ninguno derramará una lágrima cuando muera. Los compañeros audaces no lucharon en la batalla del Aguasnegras, pero de todos modos, murieron allí.

—Tendréis que perdonarme si no me echo a llorar.

—¿No os compadecéis de nuestra pobre Cabra condenada? En cambio, los dioses sí se compadecen... ¿Por qué, si no, os entregaron a él? —Bolton masticó otro trozo de carne—. Bastión Kar es más pequeño y desagradable que Harrenhal, pero se alza lejos del alcance de las garras del león. Una vez contraiga matrimonio con Alys Karstark, Hoat será un auténtico señor. Si puede sacarle algo de oro a vuestro padre, mejor que mejor, pero por mucho que le pagara lord Tywin, os habría entregado a lord Rickard. Su recompensa sería la doncella, y un refugio seguro.

» Pero para venderlos tenía que conservarlos en su poder, y las tierras de los ríos están llenas de hombres que darían cualquier cosa por apoderarse de vos. Glover y Tallhart cayeron derrotados en el Valle Oscuro, pero los restos de su ejército siguen por allí, mientras la Montaña se dedica a masacrar a los rezagados. Un millar de Karstarks os busca por las tierras del sur y el este de Aguasdulces. Por doquier hay hombres de Darry, sin señor y sin ley, manadas de lobos de dos patas y forajidos del Señor del Relámpago. Dondarrion estaría encantado de colgaros a vos y a la Cabra del mismo árbol. —El señor de Fuerte Terror mojó un trozo de pan en la sangre—. Harrenhal era el único lugar donde lord Vargo podía reteneros a salvo, pero aquí, sus compañeros audaces son muy inferiores en número a mis hombres y a los de ser Aenys y sus Frey. Sin duda temía que os devolviera a ser Edmure en Aguasdulces... o peor aún, que os

enviara con vuestro padre.

» Al dejaros tullido, su intención era librarse de la amenaza de vuestra espada, conseguir un trofeo macabro para enviárselo a vuestro padre y rebajar el valor que tenéis para mí. Porque me sirve a mí, igual que yo sirvo al rey Robb, de modo que sus crímenes son mis crímenes, o así podría parecerle a vuestro padre. Y ahí estriba mi... pequeña dificultad.

Miró a Jaime sin parpadear, expectante, gélido.

« Ya entiendo» .

—Queréis que os absuelva de toda culpa. Que le diga a mi padre que este muñón no es cosa vuestra. —Jaime se echó a reír—. Mi señor, envidadme con Cersei y cantaré la canción más dulce que podáis imaginar acerca de lo bien que me habéis tratado. —Sabía que era la única respuesta posible; si daba otra, Bolton lo entregaría a la Cabra—. Si tuviera mano, os lo dejaría por escrito. Diría cómo me mutiló el mercenario que mi padre trajo a Poniente y cómo me salvó el noble lord Bolton.

—Confiaré en vuestra palabra, ser Jaime.

« Eso sí que no me lo dicen a menudo» .

—¿Cuándo se nos permitirá partir? ¿Y cómo pensáis hacerme pasar entre tantos lobos, forajidos y Karstarks?

—Os pondréis en marcha cuando Qyburn diga que habéis recuperado las fuerzas, y llevaréis una escolta de hombres selectos bajo el mando de mi capitán, Walton. Lo llaman Patas de Acero. Es un soldado de lealtad férrea. Walton se asegurará de que llegueis sano y salvo a Desembarco del Rey.

—Siempre y cuando las hijas de lady Catelyn sean entregadas sanas y salvas a su vez —intervino la moza—. Mi señor, agradezco la protección de vuestro hombre, Walton, pero mi misión son las niñas.

—No hay necesidad de que os sigáis preocupando por las niñas, mi señora —dijo el señor de Fuerte Terror, lanzándole una mirada de desinterés—. Lady Sansa es ahora la esposa del enano; solo los dioses los pueden separar.

—¿Esposa del enano? —Se asombró Brienne—. ¿Del Gnomo? Pero... Si juró ante toda la corte, ante los ojos de los hombres y los dioses...

« Qué inocente es. —Ciento era que Jaime también se había sorprendido, pero lo ocultó mucho mejor—. Sansa Stark, seguro que Tyrion tiene una sonrisa de oreja a oreja» . Recordaba lo feliz que había sido su hermano con la hija del campesino... durante quince días.

—Lo que jurase o dejase de jurar el Gnomo ya no tiene importancia —dijo lord Bolton—. Y para vos menos que para nadie. —La moza parecía casi ofendida. Tal vez empezó a notar las fauces de acero de la trampa cuando lord Bolton llamó a sus guardias—. Ser Jaime proseguirá su camino hacia Desembarco del Rey. En cambio, de vos no he dicho nada. No sería escrupuloso por mi parte arrebatarle a lord Vargo sus dos trofeos. —El señor de Fuerte Terror

cogió otra ciruela pasa—. Si yo estuviera en vuestro lugar, mi señora, me preocuparía menos por los Stark y más por los zafiros.

Un caballo relinchó impaciente a su espalda, entre las filas de los capas doradas que recorrían el camino. Tyrion oía también las toses de lord Gyles. Él no había solicitado la compañía de Gyles, igual que no había solicitado la de ser Addam ni la de Jalabhar Xho ni los demás, pero su señor padre pensaba que Doran Martell se ofendería si el único que acudía a escoltarlo para cruzar el Agua Negra era un enano.

«Debería haber sido Joffrey en persona el que recibiera a los dornienses —pensó mientras aguardaban—, pero claro, se habría manchado de barro. —Últimamente, el rey había estado repitiendo los chistecitos de dornienses que oía a la soldadesca de Mace Tyrell—. ¿Cuántos dornienses hacen falta para herrar un caballo? Nueve: uno para herrarlo, y ocho para darle la vuelta al caballo». Tyrion suponía que Doran Martell no lo consideraría gracioso.

Divisaba sus estandartes, que ondeaban al viento a medida que los jinetes salían del follaje del bosque en una larga columna polvorienta. Desde allí hacia el río solo quedaban árboles ennegrecidos, la herencia de su batalla. «Demasiados estandartes —pensó con amargura al ver como los cascos de los caballos que se acercaban levantaban cenizas del suelo, igual que había sucedido con los caballos de la vanguardia de los Tyrell cuando atacaron el flanco de Stannis—. Por lo visto, Martell se ha traído a la mitad de los señores de Dorne». Trató de deducir alguna consecuencia buena de aquello, pero no lo consiguió.

—¿Cuántos estandartes ves? —le preguntó a Bronn.

—Ocho... —contestó el caballero mercenario con una mano sobre los ojos a modo de visera—. No, nueve.

—Acércate aquí, Pod —ordenó girándose en la silla—. Describe las armas que ves y dime qué casas representan.

Podrick Payne se aproximó a lomos de su caballo. Portaba el estandarte real de Joffrey, el venado y el león, y le costaba mantener alzado su peso. Bronn llevaba el estandarte de Tyrion, el león de los Lannister dorado sobre escarlata.

«Cada vez es más alto —advirtió Tyrion cuando Pod se puso en pie sobre los estribos para ver mejor—. Pronto me mirará desde arriba, como todos los demás». Por orden de Tyrion, el muchacho se había aplicado en el estudio de la heráldica dorniense, pero estaba tan nervioso como de costumbre.

—No se ven bien; el viento las hace ondear.

—Bronn, dile al chico qué ves tú.

Aquel día, Bronn parecía todo un caballero, con el jubón y la capa nuevos, y la cadena llameante cruzada sobre el pecho.

—Un sol rojo sobre naranja con una lanza por detrás —dijo.

—Martell —replicó Podrick Payne al instante; su alivio resultaba evidente—. La casa Martell de Lanza del Sol, mi señor. El príncipe de Dorne.

—Hasta mi caballo se sabría esa —dijo Tyrion con tono seco—. Otra, Bronn.

—Hay una bandera morada con redondeles amarillos.

—¿Limonas? —sugirió Pod, esperanzado—. ¿Un campo de púrpura lleno de limones? ¿La casa Dalt? De... de... de Limonar.

—Es posible. Luego viene un pájaro grande negro sobre amarillo. Tiene algo rosado o blanco entre las garras; con el estandarte ondeando no se ve bien.

—El buitre de los Blackmont tiene un bebé en las garras —dijo Pod—. La casa Blackmont.

—Así que has estado leyendo libros otra vez, ¿eh? —lo interrumpió Bronn echándose a reír—. Los libros estropean la vista, chico; luego no podrás manejar la espada. También veo una calavera. Un estandarte negro.

—La calavera coronada de la casa Manwoody, hueso y oro sobre negro. —Con cada respuesta acertada, Pod parecía más seguro de sí mismo—. Los Manwoody de Sepulcro del Rey.

—¿Tres arañas negras?

—Son escorpiones. La casa Qorgyle de Asperón: tres escorpiones negros sobre rojo.

—Rojo y amarillo separados por una línea quebrada.

—Las llamas de Sotoinfierno. La casa Uller.

« El chico no tiene un pelo de tonto; basta con hacer que se le suelte la lengua». Tyrion estaba impresionado de verdad.

—Sigue, Pod —lo animó—. Si los aciertas todos, te haré un regalo.

—Una empanada con tajadas rojas y negras —dijo Bronn—. En medio tiene una mano de oro.

—La casa Allyrion, de Bondadivina.

—Un pollo rojo que parece que se está comiendo una serpiente.

—Los Gargalen de Costa Salada. Es un basilisco. Perdón. No un pollo. Rojo, con una serpiente negra en el pico.

—¡Muy bien! —exclamó Tyrion—. Solo te queda uno más, muchacho.

Bronn escudriñó las filas de los dornienses que se acercaban.

—El último es una pluma dorada sobre cuadros verdes.

—Una plumilla dorada. Jordayne de Tor.

Tyrion soltó una carcajada.

—Los nueve; perfecto. Yo no los habría identificado todos.

Era mentira, pero así le imbuió al chico un poco del orgullo que tanta falta le hacía.

« Parece que Martell trae unos compañeros formidables». Ninguna de las casas que Pod había nombrado era pequeña o insignificante. Nueve de los señores más importantes de Dorne, o tal vez sus herederos, se aproximaban por el camino Real, y Tyrion tenía la sospecha de que no habían hecho un viaje tan largo solo para ver al oso bailarín. Les estaban transmitiendo un mensaje. « Un

mensaje que no me gusta». Una vez más, se preguntó si no habría cometido un error al enviar a Myrcella a Lanza del Sol.

—Mi señor —dijo Pod con cierta timidez—, no hay ninguna litera.

Tyron giró la cabeza bruscamente. El chico tenía razón.

—Doran Martell siempre viaja en litera —siguió Pod—. Un palanquín con cortinajes de seda adornados con soles.

También Tyron había oido aquello mismo. El príncipe Doran tenía más de cincuenta años y sufria de gota.

«Puede que haya querido viajar más deprisa —se dijo—. Tal vez tuviera miedo de que su litera fuera un objetivo demasiado tentador para los bandoleros o de que resultara demasiado aparatoso en los pasos altos del Sendahueso. O quizá esté mejor de la gota».

Entonces, ¿por qué aquello le daba tan mala espina? La espera se le hacía insopportable.

—Arriba los estandartes —decidió—. Iremos a su encuentro.

Picó espuelas. Bronn y Pod lo siguieron, cada uno a un lado. Cuando los dornienses los vieron acercarse, también ellos espolorean sus monturas e hicieron ondear los estandartes al cabalgar. De las ornamentadas sillas de los caballos colgaban los escudos redondos de metal que usaban por tradición; muchos llevaban haces de lanzas cortas, y otros, los arcos recurvos con los que eran tan diestros incluso al galope.

Como había observado el primer rey Daeron, había tres tipos de dornienses. Estaban los dornienses de la sal, que vivían a lo largo de la costa; los dornienses de la arena, que habitaban en los desiertos y en los valles de los ríos, y los dornienses de la piedra, que tenían sus moradas en los pasos y las cumbres de las Montañas Rojas. Los dornienses de la sal eran los que tenían más sangre de los rhoynar, y los de la piedra, los que menos.

En el séquito de Doran había una nutrida representación de todos ellos. Los dornienses de la sal eran morenos y esbeltos, con la piel olivácea y largas cabelleras negras ondeando al viento. Los dornienses de la arena eran más morenos todavía, con los rostros bronceados por el ardiente sol de sus tierras. Se envolvían los yelmos con largas pañoletas de colores vivos, para evitar las insolaciones. Los dornienses de la piedra eran los más corpulentos y de piel más clara, hijos de los ándalos y de los primeros hombres, con cabelleras castañas o rubias y rostros que el sol llenaba de pecas o quemaba en vez de bronzear.

Los señores llevaban túnicas de seda y satén, con cinturones enjoados y mangas amplias. Sus armaduras tenían esmaltes e incrustaciones de cobre bruñido, plata reluciente y oro rojizo. Sus caballos eran unos castaños y otros dorados, aunque también había algunos blancos como la nieve, todos rápidos y de estampa fina, con el cuello largo y hermosas cabezas afiladas. Los legendarios corceles de la arena de Dorne eran más pequeños que los caballos de guerra, y

no podrían cargar con armaduras muy pesadas, pero de ellos se decía que podían galopar un día, una noche y un día más sin llegar a cansarse.

El líder de los dornienses cabalgaba a lomos de un garañón negro como la noche, con las crines y la cola del color del fuego. Se erguía en la silla como si hubiera nacido en ella, alto, esbelto y grácil. Una capa de seda color rojo claro le ondeaba a la espalda, y llevaba una camisa reforzada con hileras superpuestas de discos de cobre que, al cabalgar, centelleaban como un millar de monedas recién acuñadas. Se adornaba el yelmo alto y dorado con un sol de cobre, que le quedaba sobre la frente, y el escudo redondo que llevaba colgado lucía en la pulida superficie de metal el sol y la lanza de la casa Martell.

« Un sol Martell, pero le faltan diez años como poco —pensó Tyrion al tiempo que tiraba de las riendas—. Por no mencionar que está demasiado en forma y parece demasiado aguerrido. —Para entonces ya sabía a quién se enfrentaba—. ¿Cuántos dornienses hacen falta para empezar una guerra? —se preguntó—. Solo uno». Pero no le quedaba más remedio que sonreír.

—Sed bienvenidos, mis señores. Nos llegó noticia de que estabais próximos, y su alteza el rey Joffrey me ordenó acudir a vuestro encuentro en su nombre. Mi señor padre, la mano del rey, también os envía sus saludos. —Se fingió un poco confuso—. ¿Quién de vosotros es el príncipe Doran?

—La salud de mi hermano lo ha obligado a quedarse en Lanza del Sol. —El príncipe se quitó el yelmo. El rostro que había debajo era taciturno y estaba surcado de finas arrugas; tenía unas cejas estrechas y arqueadas sobre unos ojos grandes y brillantes, tan negros como el carbón. Apenas unas cuantas hebras plateadas surcaban la lustrosa melena negra, que formaba sobre la frente un pico afilado en dirección a la nariz. « Dorniense de la sal de los pies a la cabeza» —. El príncipe Doran me ha enviado para ocupar su lugar en el Consejo del rey Joffrey, si a su alteza le place.

—Para su alteza será un honor tener entre sus consejeros a un guerrero tan reputado como el príncipe Oberyn de Dorne —dijo Tyrion. « Esto va a hacer que corra la sangre» —. Y vuestros nobles compañeros también son bienvenidos.

—Permitidme que os los presente, mi señor de Lannister. Ser Deziel Dalt, de Limonar. Lord Tremond Gargalen. Lord Harmen Uller y su hermano, ser Ulwyck. Ser Ryon Allyrion y su hijo natural, ser Daemon Arena, el Bastardo de Bondadivina. Lord Dagos Manwoody, su hermano ser Myles, y sus hijos Mors y Dickon. Ser Arron Qorgyle. Y por supuesto, no me olvido de las damas. Myria Jordayne, heredera de Tor. Lady Larra Blackmont, su hija Jynessa, su hijo Perhos. —Extendió una mano esbelta hacia una mujer de pelo negro que cabalgaba más atrás y le hizo gestos para que se acercara—. Y esta es Ellaria Arena, mi amante.

Tyrion tuvo que contenerse para no gemir.

« Su amante, y encima bastarda. A Cersei le dará un ataque si pretende ir con

ella a la boda. —Si su hermana relegaba a aquella mujer a cualquier rincón oscuro, entre los invitados de menor rango, incurriría en las iras de la Víbora Roja. Pero si la sentaba a su lado en la mesa principal, el resto de las damas del estrado lo tomaría como una ofensa—. ¿Es que el príncipe Doran pretende provocar una pelea?».

El príncipe Oberyn hizo dar la vuelta a su caballo para dirigirse a sus acompañantes dornienses.

—Ellaria, damas, caballeros, señores, mirad cuánto nos aprecia el rey Joffrey. Su alteza ha tenido la generosidad de enviarnos a su tío el Gnomo para que nos acompañe a la corte.

Bronn soltó una carcajada, y Tyrion también se vio obligado a forzar una sonrisa.

—No solo a mí, mis señores. Sería una tarea demasiado grande para un hombre tan pequeño como yo. —Su grupo ya les había dado alcance, de manera que le correspondió el turno de hacer las presentaciones—. Permitid que os presente a ser Flement Brax, heredero de Valdelcuerno. Lord Gyles de Rosby. Ser Addam Marbrand, lord comandante de la Guardia de la Ciudad. Jalabhar Xho, príncipe del Valle de la Flor Roja. Ser Harrys Swyft, suegro de mi tío Kevan. Ser Merlon Crakehall. Ser Philip Foote y ser Bronn del Aguasnegras, dos héroes de nuestra reciente batalla contra el rebelde Stannis Baratheon. Y por último, mi escudero, el joven Podrick de la casa Payne.

A medida que Tyrion los recitaba, los nombres sonaban bien, pero sus dueños no eran ni la mitad de distinguidos y grandiosos que los de los que acompañaban al príncipe Oberyn, como ambos sabían de sobra.

—Mi señor de Lannister —dijo lady Blackmont—, hemos recorrido un largo camino lleno de polvo; nos agradaría mucho descansar y asearnos. ¿Sería posible que siguiéramos hacia la ciudad?

—De inmediato, mi señora.

Tyrion hizo dar la vuelta a su caballo y le dio una orden a ser Addam Marbrand. Los capas doradas que conformaban la mayor parte de su guardia de honor hicieron girar también a sus monturas con movimiento solemne, por instrucción de ser Addam, y la columna emprendió la marcha hacia el río y hacia Desembarco del Rey.

« Oberyn Nymeros Martell —masculló Tyrion entre dientes al tiempo que ponía el caballo a la altura del suyo—. La Víbora Roja de Dorne. Por los siete infiernos, ¿qué voy a hacer con él?».

La verdad era que solo conocía a aquel hombre por su reputación... pero era una reputación aterradora. Cuando apenas tenía dieciséis años, encontraron al príncipe Oberyn en la cama con la amante del viejo lord Yronwood, un hombre corpulento de fama cruel y genio pronto. Se acordó un duelo, aunque en consideración a la juventud y la alta cuna del príncipe, solo sería a primera

sangre. Ambos hombres recibieron heridas, y el honor quedó satisfecho. Pero el príncipe Oberyn no tardó en recuperarse, mientras que las heridas de lord Yronwood se infectaron y acabaron por matarlo. Después de aquello se rumoreó que Oberyn había luchado con una espada envenenada, y tanto amigos como enemigos empezaron a llamarlo Vibora Roja.

Por supuesto, aquello había sucedido hacía ya mucho tiempo. El muchacho de diecisésis años tenía ya más de cuarenta, y su leyenda se había hecho mucho más sombría. Había viajado a las Ciudades Libres para aprender la profesión de envenenador y, si se podía dar crédito a los rumores, artes aún más oscuras. Estudió en la Ciudadela, y llegó a forjarse seis eslabones de la cadena de maestre antes de aburrirse. Sirvió como soldado en las Tierras de la Discordia, al otro lado del mar Angosto, y cabalgó durante un tiempo con los Segundos Hijos antes de formar una compañía propia. Se hablaba mucho de sus torneos, sus batallas, sus duelos, sus caballos, su sensualidad... Corría el rumor de que se acostaba tanto con hombres como con mujeres, y había engendrado hijas bastardas por todo Dorne. Los dornienses las llamaban *Serpientes de Arena*. Que Tyrion supiera, el príncipe Oberyn no había engendrado nunca un hijo varón.

Y, por supuesto, había dejado tullido al heredero de Altojardín.

« No hay en los Siete Reinos un hombre que vaya a ser peor recibido en una boda de la casa Tyrell », pensó Tyrion. Enviar al príncipe Oberyn a Desembarco del Rey mientras estaban en la ciudad lord Mace Tyrell, dos de sus hijos y miles de sus soldados era una provocación tan osada como el propio príncipe Oberyn. « Una palabra inconveniente, una broma en mal momento, una simple mirada... No hará falta más para que nuestros nobles aliados se saquen los ojos entre ellos» .

—No es la primera vez que nos vemos —le comentó el príncipe dorniense a Tyrion en tono superficial mientras cabalgaban uno al lado del otro por el camino Real, junto a prados amarillentos y árboles quemados—. Aunque no esperaba que me recordarais, claro. Entonces erais aún más pequeño que ahora.

Su voz tenía un tono burlón que a Tyrion no le gustaba nada, pero no iba a permitir que el dorniense lo provocara.

—¿Cuándo nos conocimos, mi señor? —preguntó mostrando un educado interés.

—Hace muchos, muchos años, cuando mi madre gobernaba en Dorne y vuestro padre era la mano de un rey distinto.

« No tan distinto como podría parecer », reflexionó Tyrion.

—Fue entonces cuando visité Roca Casterly con mi madre, su consorte y mi hermana Elia. Yo tendría unos catorce o quince años, y Elia, uno más. Creo recordar que vuestros hermanos tenían ocho o nueve, y vos acababais de nacer.

« Extraño momento para ir de visita ». Su madre había muerto al darlo a luz, de manera que los Martell se habrían encontrado la Roca en pleno luto. Sobre

todo a su padre. Lord Tywin rara vez hablaba de su esposa, pero Tyrion había oído comentar a sus tíos el profundo amor que se profesaban. En aquellos tiempos, su padre era la mano de Aerys, y se decía que lord Tywin Lannister gobernaba los Siete Reinos, pero lady Joanna gobernaba a lord Tywin.

—Después de su muerte, tu padre no volvió a ser el mismo, Gñomo —le había dicho en cierta ocasión su tío Gery—. Lo mejor de él murió con tu madre.

Gerion había sido el más joven de los cuatro hijos de lord Tytos Lannister, y también el tío favorito de Tyrion. Pero ya no estaba entre ellos; había desaparecido al otro lado del mar, y había sido el propio Tyrion quien llevó a lady Joanna a la tumba.

—¿Fue agradable vuestra estancia en Roca Casterly, mi señor?

—Muy poco. Vuestro señor padre ni nos miró en todo el tiempo que pasamos allí; le encargó a ser Kevan que se ocupara de recibirnos. La celda donde me alojaron tenía un colchón de plumas para dormir, y alfombras myrienses en el suelo, pero era oscura y sin ventanas; en realidad, más bien parecía una mazmorra, como le comenté a Elia. Vuestros cielos eran demasiado grises; vuestros vinos, demasiado dulces; vuestras mujeres, demasiado castas; vuestra comida, demasiado insípida... y vos fuisteis la peor decepción de todas.

—Acababa de nacer, ¿qué esperabais de mí?

—Una atrocidad —replicó el príncipe de pelo negro—. Erais pequeño, pero de gran fama. Estábamos en Antigua en el momento de vuestro nacimiento, y toda la ciudad hablaba del monstruo que había engendrado la mano del rey, y de qué significaba un presagio así para el reino entero.

—Hambre, peste y guerra, seguro. —Tyrion esbozó una sonrisa amarga—. Siempre es lo mismo: hambre, peste y guerra. Ah, sí, y el invierno y la larga noche que no termina jamás.

—Todo eso —asintió el príncipe Oberyn—. Y también la caída de vuestro padre. Lord Tywin se había alzado por encima del rey Aerys; se lo oí decir a un hermano mendicante que predicaba en la calle, pero solo un dios puede estar en una posición más elevada que un rey. Vos erais su maldición, un castigo enviado por los dioses para enseñarle que no era mejor que el resto de los hombres.

—Buen intento, pero se niega a aprender —suspiró Tyrion—. Seguid, por favor. Me encanta esa clase de historias.

—Mejor que la historia sobre vos debe de haber pocas. Se decía que teníais una cola en forma de tirabuzón, como la de los cerdos. Que teníais una cabeza monstruosa, casi de la mitad del tamaño que el cuerpo, y que habíais nacido con una espesa mata de pelo negro y ya con barba. Que teníais un ojo maléfico; garras de león; los colmillos tan largos que no podíais cerrar la boca, y que entre vuestras piernas había un sexo de niña además del de niño.

—La vida sería mucho más fácil si los hombres pudieran follar consigo mismos, ¿no os parece? Y ha habido unas cuantas ocasiones en las que me habría

venido bien tener colmillos y garras. De todos modos, empiezo a comprender vuestra decepción.

Bronn soltó una risita, pero Oberyn se limitó a sonreír.

—Tal vez no os habríamos podido ver de no ser por vuestra querida hermana. No se os veía nunca en los salones, ni siquiera durante las comidas, aunque a veces por la noche oíamos un berrido de bebé que venía de lo más profundo de la Roca. Eso hay que reconocerlo, teníais una voz monstruosa. Aullabais horas y horas, y lo único que os calmaba era una teta de mujer.

—En eso no he cambiado nada.

—Compartimos ciertos gustos —dijo el príncipe Oberyn, que no pudo evitar echarse a reír—. En cierta ocasión, lord Gargalen me dijo que esperaba morir con una espada en la mano, a lo que yo le respondí que preferiría tener una teta en la mano cuando me llegara la hora.

Tyrion no pudo contener una sonrisa.

—¿Qué ibais a decir de mi hermana?

—Cersei le prometió a Elia que nos enseñaría a su hermanito. El día anterior a nuestra partida, mientras mi madre y vuestro padre estaban reunidos, Jaime y ella nos llevaron a vuestra habitación. El ama de cría que teníais trató de echarnos, pero vuestra hermana no se lo consintió.

»—Es mío, y tú no eres más que una vaca lechera —le dijo—, no me puedes dar órdenes. Cállate o le diré a mi padre que te haga cortar la lengua. Las vacas no necesitan lengua, solo ubres.

—Su alteza ha sido encantadora desde niña —dijo Tyrion. La sola idea de que su hermana lo considerase «suyo» le parecía de lo más divertida. «Los dioses saben que desde entonces no me ha mostrado mucho apego».

—Cersei incluso a quitaros los pañales para que os viéramos mejor —siguió el príncipe dorniense—. Era verdad que teníais un ojo raro y algo de pelusa negra en la cabeza. Tal vez tuvierais la cabeza un poco grande, sí... pero nada de cola, barba, colmillos ni zarpas, y entre vuestras piernas solo había una diminuta polla rosada. Después de todos los comentarios maravillosos que habíamos oido, resultó que la maldición de lord Tywin no era más que un bebé feúcho con las piernas torcidas. Elia incluso hizo ese ruidito que hacen las chicas cuando ven un bebé; seguro que sabéis a qué me refiero. Es el mismo que cuando ven un gatito mono o un cachorrito juguetón. Creo que hasta os habría cogido en brazos, pese a vuestra fealdad. Cuando comenté que como monstruo no erais gran cosa, vuestra hermana dijo: «Pues mató a mi madre», y os retorció la polla con tanta fuerza que pensé que os la iba a arrancar. Vos chillasteis, pero Cersei no os soltó hasta que vuestro hermano Jaime dijo: «Déjalo en paz, le estás haciendo daño». Y ella le contestó: «Qué más da. Todo el mundo dice que morirá pronto. Ni siquiera tendría que haber vivido tanto».

El sol brillaba en el cielo, y el día era cálido y agradable para estar en otoño,

pero Tyrion sentía frío después de oír aquello.

« Mi querida hermana. —Se rascó la cicatriz de la nariz y lanzó una mirada al dorniense para que se fijara bien en su ojo maligno—. ¿Por qué me habrá querido contar semejante cosa? ¿Me está poniendo a prueba o me está retorciendo la polla como hizo Cersei, para oírm e gritar?» .

—No dejéis de contarme esta historia a mi padre. Seguro que le hace tanta gracia como a mí. Sobre todo lo de mi cola. Tenía cola, pero me la hizo cortar.

El príncipe Oberyn soltó una risita.

—Desde la última vez que nos vimos, vuestro ingenio ha crecido.

—Sí, aunque tenía la esperanza de que el resto de mí creciera también.

—Hablando de cosas divertidas, el mayordomo de lord Buckler nos contó algo muy curioso. Asegura que habéis instaurado un impuesto sobre los coños.

—Es un impuesto a la prostitución —dijo Tyrion, otra vez molesto. « Y fue idea de mi maldito padre» . Solo un penique por cada... servicio. La mano del rey cree que así mejorará la moralidad en la ciudad.

« Y servirá para pagar la boda de Joffrey» . No hacía falta decir que, como consejero de la moneda, Tyrion había cargado con todas las culpas. Según Bronn, en las calles llamaban al impuesto *el penique del enano*. Si se daba crédito al mercenario, en los burdeles y otros antros, el grito era « Ahora ábrete de piernas para el Mediohombre» .

—En ese caso tendré que llevar la bolsa llena de peniques. Hasta los príncipes deben pagar impuestos.

—¿Para qué queréis ir de putas? —Miró hacia atrás, hacia Ellaria Arena, que cabalgaba con las otras mujeres—. ¿Os habéis cansado de vuestra amante por el camino?

—Jamás. Compartimos demasiadas cosas. —El príncipe Oberyn se encogió de hombros—. Pero nunca hemos compartido a una hermosa mujer rubia, y Ellaria siente curiosidad. ¿Sabéis de alguna?

—Soy un hombre casado. —« Aunque mi matrimonio esté sin consumar» . Ya no frecuento la compañía de prostitutas... —« A menos que quiera que las ahorquen» .

—Se dice —lo interrumpió Oberyn cambiando de tema con brusquedad— que en el banquete de bodas del rey se servirán setenta y siete platos.

—¿Tenéis hambre, mi príncipe?

—Hace mucho tiempo que tengo hambre. Pero no de comida. Decid, por favor, ¿cuándo se servirá la justicia?

—La justicia. —« Sí, claro, por eso ha venido; tendría que habérmelo imaginado» . ¿Estabais muy unido a vuestra hermana?

—De niños, Elia y yo éramos inseparables, como vuestra hermana y vuestro hermano.

« Dioses, espero que no» .

—Las guerras y los matrimonios nos han tenido muy ocupados a todos, príncipe Oberyn. Mucho me temo que nadie ha tenido tiempo para ocuparse de los asesinatos cometidos hace diecisés años, por horribles que fueran. Pero nos ocuparemos de ello tan pronto como nos sea posible, desde luego. Cualquier ayuda que nos proporcione Dorne para restaurar la paz del rey contribuirá a acelerar el comienzo de la investigación de mi padre...

—Enano —lo interrumpió la Víbora Roja con un tono mucho menos cordial —, no me vengáis con mentiras de Lannister. ¿Nos tomáis por corderos o por idiotas? Mi hermano no es un hombre vengativo, pero no se ha pasado los diecisés últimos años durmiendo. Jon Arryn fue a Lanza del Sol un año después de que Robert subiera al trono y, como os podéis imaginar, lo interrogamos a fondo. Igual que hicimos con otro centenar de personas. No he venido a presenciar una farsa de investigación. He venido a por justicia para Elia y sus hijos, y la voy a obtener. Empezando por ese retrasado de Gregor Clegane... pero no me detendré ahí. Antes de morir, la Enormidad que Cabalga me dirá quién le dio las órdenes; os ruego que no dejéis de contárselo a vuestro señor padre. —Sonrió—. En cierta ocasión, un anciano septón me dijo que yo era la prueba viviente de la bondad de los dioses. ¿Sabéis por qué, Gnomo?

—No —reconoció Tyrion con cautela.

—Porque si los dioses fueran crueles, yo habría sido el primogénito, y Doran, el tercer hijo de mi madre. Soy un hombre vengativo. Y ahora os tenéis que enfrentar a mí, no a mi hermano, tan paciente, tan prudente, tan gotoso.

Tyrion divisó el sol que se reflejaba en el Aguasnegras, a ochocientos pasos por delante de ellos; el mismo sol que iluminaba las torres y las colinas de Desembarco del Rey, poco más allá. Giró la cabeza para observar la columna que los seguía por el camino Real.

—Hablás como si os siguiera un gran ejército —dijo—, pero yo solo veo a trescientos jinetes. ¿Veis aquella ciudad, al norte del río?

—¿Ese montón de estiércol que llamáis Desembarco del Rey?

—Ese mismo.

—No solo lo veo; es que hasta me llega el olor.

—Pues oledlo bien, mi señor. Llenaos los pulmones. Medio millón de personas apestan más que trescientas, ya lo veréis. ¿Oléis a los capas doradas? Son casi cinco mil. Las espadas juramentadas de mi padre deben de ser otras veinte mil. Y también están las rosas, claro. Las rosas tienen un olor delicioso, ¿verdad? Sobre todo cuando hay tantas. Cincuenta, sesenta, setenta mil rosas, en la ciudad o acampadas en los alrededores. La verdad es que no sabría decirnos cuántas son, pero el caso es que son muchas.

—En el viejo Dorne —dijo Martell encogiéndose de hombros—, antes de que los Martell enlazáramos mediante el matrimonio nuestra casa con la de Daeron, se decía que todas las flores se inclinan ante el sol. Si las rosas se interponen en

mi camino, las pisotearé de buena gana.

—¿Igual que pisoteasteis a Willas Tyrell?

La respuesta del dorniense no fue la que esperaba.

—Recibí una carta de Willas hace menos de medio año. Tenemos un interés común en los buenos caballos. Nunca me ha guardado rencor por lo que sucedió en las justas. Le di un golpe limpio en la coraza, pero el pie se le quedó atrapado en el estribo, y el caballo cayó sobre él. Le envié a mi maestre, pero lo único que pudo hacer fue salvarle la pierna; tenía la rodilla destrozada. Si había que culpar a alguien, era al imbécil de su padre. Willas Tyrell estaba más verde que su jubón; no tenía sentido que compitiera. La Flor Gorda lo metió en los torneos cuando era demasiado joven, igual que hizo con los otros dos. Quería otro Leo Espinalarga, y lo que consiguió fue un hijo tullido.

—Hay quien dice que ser Loras es mejor de lo que nunca fue Leo Espinalarga —comentó Tyrion.

—¿La rosita de Renly? Lo dudo mucho.

—Dudadlo cuanto queráis —dijo Tyrion—, pero ser Loras ha derrotado a muchos buenos caballeros. Mi hermano entre ellos.

—No los ha derrotado; los ha descabalgado en un torneo. Si queréis meterme miedo, decidme a quién ha matado en combate.

—A ser Robar Royce y a ser Emmon Cuy, para empezar. Y se dice que demostró sobradamente su valor con proezas extraordinarias en el Aguasnegras mientras luchaba al lado del fantasma de lord Renly.

—¿Así que esos mismos que presenciaron las hazañas prodigiosas vieron también al fantasma? —El dorniense se echó a reír.

—Chataya, en la calle de la Seda —dijo Tyrion, mirándolo fijamente—, tiene varias chicas adecuadas para vuestras necesidades. El pelo de Dancy es del color de la miel, y el de Marei, de un dorado casi blanco. Os recomendaría que tuvierais a vuestro lado en todo momento a la una o a la otra, mi señor.

—¿En todo momento? —El príncipe Oberyn arqueó una fina ceja negra—. Y eso ¿por qué, mi querido Gnomo?

—Porque habéis dicho que queréis morir con una teta en la mano.

Tyrion hizo que el caballo se adelantara al trote hacia donde los aguardaban las barcazas, en la orilla sur del Aguasnegras. No tenía intención de seguir aguantando el ingenio dorniense.

«Mi padre tendría que haber enviado a Joffrey. Seguro que le habría preguntado al príncipe Oberyn si sabía cómo se distinguía a un dorniense de una plasta de vaca». La sola idea le hizo sonreír. Se aseguraría de estar presente cuando la Vibora Roja se presentara ante el rey.

El hombre del tejado fue el primero en morir. Estaba acuclillado junto a la chimenea a doscientos pasos; apenas si era una sombra vaga en la penumbra que precedía al amanecer, pero cuando el cielo empezó a aclararse, se movió, se desperezó y se puso en pie. La flecha de Anguy le atravesó el pecho. Cayó inerte por la pendiente de tejas y fue a aterrizar delante de la puerta del septrio.

Los titiriteros habían apostado allí dos guardias, pero la luz de su propia antorcha les impedía ver en la noche, y los bandidos se habían conseguido acercar. Kyle y Notch dispararon a la vez. Uno de los hombres se derrumbó, con una flecha en la garganta; el otro, con una en el vientre. Al caer, el segundo derribó la antorcha, y las llamas lo lamieron. Cuando su ropa se prendió, lanzó un aullido, y allí terminó toda esperanza de sigilo. Thorous gritó una orden, y los bandidos iniciaron el ataque.

Arya lo contempló todo montada a caballo desde la cima de un risco boscoso que dominaba el septrio, el molino, la destilería, los establos y la desolación de hierba marchita, árboles quemados y lodazales que rodeaban los edificios. Los árboles estaban casi desprovistos de hojas, y el escaso follaje dorado que aún colgaba de las ramas no le impedía la visión. Lord Beric había dejado a Dick Lampiño y a Mudge para vigilarlos. Arya no soportaba que la obligaran a quedarse atrás como a una niñita idiota, pero al menos tampoco permitían participar a Gendry. También sabía que no valía la pena discutir. Aquello era una batalla, y en las batallas había que obedecer.

Hacia el este, el horizonte brillaba dorado y rojo, y sobre ellos, la luna creciente se asomaba entre bancos de nubes bajas. Soplaba un viento fresco, y Arya alcanzaba a oír el ruido del agua del río y el chirrido de la gran hélice de palas de madera del molino. El aire del amanecer olía a lluvia, pero aún no había caído ni una gota. Las flechas en llamas surcaron la niebla matutina, dejando a su paso estelas de fuego, y fueron a clavarse en las paredes de madera del septrio. Unas cuantas se colaron a través de las contraventanas, y pronto se alzaron finas columnas de humo entre los tablones rotos.

Dos titiriteros con hachas en las manos salieron corriendo del septrio, hombro con hombro. Anguy y el resto de los arqueros los aguardaban. Uno de los hombres murió al instante; el otro consiguió agacharse a tiempo, de manera que la flecha se le clavó en un hombro. Siguió adelante tambaleándose hasta que recibió dos nuevos flechazos, tan rápidos que no se sabía cuál le había acertado primero. Las largas saetas le perforaron el peto como si fuera de seda en lugar de acero. Se desplomó como un fardo. Anguy tenía unas flechas de punta fina y otras de cabeza ancha. Con una buena flecha de punta fina se podía atravesar hasta la armadura más gruesa.

«Voy a aprender a disparar con arco», pensó Arya. Le encantaba luchar

con la espada, pero se daba cuenta de que las flechas también eran muy útiles.

Las llamas crepitaban y subían por la pared occidental del septrio, y un humo espeso salía por una ventana rota. Un balletero myriense sacó la cabeza por otra ventana, disparó una saeta y se agachó rápidamente para volver a cargar el arma. También le llegaba el sonido de combates en los establos, gritos entremezclados con relinchos de caballos y con el estruendo metálico del acero.

« Matadlos a todos —pensó con gesto torvo. Se mordió el labio con tanta fuerza que notó sabor a sangre—. Matadlos a todos, hasta el último» .

El balletero volvió a aparecer, pero apenas le dio tiempo a disparar antes de que tres flechas se acercaran silbando a su cabeza; una le acertó en el yelmo, y desapareció junto con su arma. Arya divisó llamas en varias ventanas del segundo piso. Entre el humo y la niebla matutina, el aire era una bruma blanca y negra. Anguy y el resto de los arqueros se estaban acercando más para localizar mejor los blancos.

En aquel momento, el septrio hizo erupción: los titiriteros salieron en tropel como hormigas furiosas. Dos ibbeneses cruzaron la puerta, protegiéndose con escudos de piel marrón que sostenían ante ellos; los siguió un dothraki con un gran *arakh* curvo y campanillas en la trenza, y tras él, tres mercenarios volantinos con los cuerpos cubiertos de temibles tatuajes. Otros muchos salían por las ventanas y saltaban al suelo. Arya vio cómo uno recibía un flechazo en el pecho cuando ya había pasado una pierna por encima del alféizar, y oyó su grito al caer. El humo era cada vez más denso. Las saetas y las flechas iban y venían. Watty cayó emitiendo un gruñido, y el arco se le resbaló de la mano. Kyle intentaba poner otra flecha en el arco cuando un hombre vestido con armadura negra le atravesó el vientre de una lanzada. Oyó el grito de lord Beric. El resto de su banda salió de las zanjas y de entre los árboles; todos iban con los aceros en la mano. Arya divisó la capa amarilla de Lim, que le ondeaba a la espalda mientras arrollaba con el caballo al hombre que había matado a Kyle. Thoros y lord Beric estaban en todas partes a la vez con sus espadas llameantes. El sacerdote rojo golpeó un escudo de piel hasta que lo hizo pedazos, mientras su caballo pateaba el rostro del portador. Un dothraki lanzó un aullido y cargó contra el Señor del Relámpago; la espada llameante acudió al encuentro de su *arakh*. Las espadas se besaron, giraron en el aire y se volvieron a besar. En aquel momento, el cabello del dothraki estalló en llamas, y un instante más tarde, murió. También vio a Ned, que luchaba al lado del Señor del Relámpago.

« No es justo, solo es un poco mayor que yo, a mí también me tendrían que dejar pelear» .

La batalla no fue larga. Los compañeros audaces que aún se mantenían en pie no tardaron en morir o en tirar las espadas. Dos de los dothrakis se las arreglaron para recuperar sus caballos y salir huyendo, pero solo porque lord Beric se lo permitió.

—Dejad que vuelvan a Harrenhal con la noticia —dijo, con la espada llameante todavía en la mano—. Eso proporcionará unas cuantas noches de insomnio al Señor de las Sanguijuelas y a su Cabra.

Jack-con-Suerte, Harwin y Merrit de Aldealuna se enfrentaron a las llamas del septio incendiado para buscar posibles prisioneros. Solo tardaron unos momentos en salir del humo con ocho hermanos pardos, uno de los cuales estaba tan débil que Merrit lo tuvo que sacar cargado a hombros. También había con ellos un septón corpulento y casi calvo, pero sobre las túnicas grises llevaba una cota de malla negra.

—Lo he encontrado en el hueco de las escaleras del sótano —dijo Jack entre toses.

—Tú eres Utt —dijo Thoros, sonriendo al verlo.

—El septón Utt, si no os importa. Un hombre dedicado a los dioses.

—¿Qué dios querría a gentuza como tú? —gruñó Lim.

—Es verdad que he pecado —gimoteó el septón—. Lo sé, lo sé. Perdóname, Padre. Sí, graves han sido mis pecados.

Arya se acordaba bien del septón Utt, al que había visto en Harrenhal. El bufón Shagwell decía que siempre lloraba y rezaba pidiendo perdón después de matar a un muchachito. En ocasiones llegaba incluso a pedirles a los titiriteros que lo flagelaran. A todos les parecía de lo más divertido.

Lord Beric envainó la espada, con lo que las llamas se extinguieron.

—Rematad a los moribundos para que no sigan sufriendo —ordenó—. A los otros, atadlos de pies y manos; vamos a juzgarlos.

Los juicios fueron rápidos. Diferentes bandidos relataron cosas que habían hecho los compañeros audaces: los saqueos en ciudades y aldeas, las cosechas quemadas, las mujeres violadas y asesinadas, los hombres mutilados y torturados... Unos cuantos hablaron también de los muchachitos que había matado el septón Utt. Mientras tanto, el septón no paraba de sollozar y de rezar.

—Soy un junco débil —le dijo a lord Beric—. Rezo al Guerrero para que me dé fuerzas, pero los dioses me hicieron débil. Apiadaos de mí. Esos niños, esos niños tan encantadores... Yo no quería hacerles daño...

El septón Utt no tardó en estar colgado por el cuello de un alto olmo, meciéndose tan desnudo como en su día del nombre. Uno a uno lo siguieron los demás compañeros audaces. Algunos se resistieron, patalearon y se debatieron cuando les pusieron el nudo corredizo en torno a la garganta.

—¡Yo soldado, yo soldado! —gritaba sin cesar uno de los ballesteros con acento myriense muy cerrado.

Otro ofreció a sus captores llevarlos adonde tenían oro; un tercero los intentó convencer de que sería un bandido excelente. A todos y cada uno los desnudaron, los ataron y los ahorcaron. Tom Sietecuerdas tocó para ellos un cántico fúnebre con su lira, y Thoros le imploró al Señor de Luz que sus almas se asaran hasta el

final de los tiempos.

«Un árbol con titiriteros como frutos», pensó Arya al verlos mecerse con la piel blanquecina teñida de rojo por el reflejo de las llamas del septio incendiado. Los cuervos ya empezaban a acercarse; parecían surgir de la nada. Los oyó graznar y lanzarse picotazos unos a otros, y se preguntó qué se estarían diciendo. Arya no había temido al septón Utt tanto como a Rorge, a Mordedor y a otros que todavía estaban en Harrenhal, pero se alegraba de que estuviera muerto. «También tendrían que haber colgado al Perro, o haberle cortado la cabeza». Sin embargo, para su disgusto, los bandidos habían curado el brazo quemado de Sandor Clegane, le habían devuelto la espada, el caballo y la armadura, y lo habían puesto en libertad no muy lejos de la colina hueca. Lo único que le quitaron fue el oro.

El septrio no tardó en derrumbarse con estrépito entre el humo y las llamas; las paredes ya no podían seguir soportando el peso del tejado de pizarra. Los ocho hermanos pardos lo miraban con resignación. El más viejo, que llevaba al cuello una tira de cuero de la que pendía un martillito de hierro como símbolo de su devoción al Hombre, les explicó que eran los últimos que quedaban.

—Antes de que empezara la guerra éramos cuarenta y cuatro, y este lugar era próspero. Teníamos una docena de vacas lecheras, un toro, un centenar de pañales, un viñedo y un pomar. Cuando vinieron los leones, se llevaron todo el vino, la leche y la miel; mataron a las vacas y prendieron fuego al viñedo. Después... He perdido la cuenta de todos los que nos visitaron. Este falso septón ha sido solo el último. Había uno que era un monstruo... Le entregamos toda la plata que teníamos, pero no dejaba de decir que le escondíamos el oro, así que sus hombres nos fueron matando uno a uno para obligar a hablar al superior.

—¿Cómo sobrevivisteis vosotros ocho? —preguntó Anguy el Arquero.

—Me avergüenza reconocerlo, pero fui yo quien habló —dijo el anciano—. Cuando me llegó el turno de morir, les dije dónde escondíamos el oro.

—Hermano —le dijo Thoros de Myr—, la única vergüenza es no habérselo dicho antes.

Aquella noche, los bandidos se refugiaron en la destilería que se alzaba junto al riachuelo. Sus anfitriones tenían un escondrijo con comida bajo el suelo de los establos, de manera que compartieron una cena sencilla a base de pan de avena, cebollas y una aguada sopa de coles con un tenue sabor a ajo. Arya se dio por afortunada al encontrarse flotando en el cuenco una rodaja de zanahoria. Los hermanos no preguntaron los nombres de los bandidos en ningún momento.

«Lo saben», pensó Arya. Era imposible que no lo supieran. Lord Beric lucía un relámpago en la coraza, el escudo y la capa, y Thoros llevaba una túnica roja, o más bien lo que le quedaba de ella. Uno de los hermanos, un novicio joven, reunió valor para pedirle al sacerdote rojo que no rezara a su falso dios mientras se encontrara bajo su techo.

—Y una mierda —dijo Lim Capa de Limón—. También es nuestro dios, y nos debéis la vida, joder. Además, ¿qué tiene de falso? Vale, vuestro herrero puede arreglar una espada rota, pero ¿puede curar a un hombre roto?

—Ya basta, Lim —ordenó lord Beric—. Estamos bajo su techo y cumpliremos sus normas.

—El sol no dejará de brillar porque nos saltemos una oración o dos —asintió Thoros—. Quién lo va a saber mejor que yo.

Lord Beric no comió nada. Arya no lo había visto ingerir alimentos, aunque de vez en cuando tomaba una copa de vino. Tampoco parecía dormir. Cerraba el ojo sano como si estuviera fatigado, pero cuando alguien le hablaba, lo abría al instante. El señor marqueño seguía vistiendo la desastrada capa negra y la mellada coraza con el deportillado esmalte del relámpago. No se la quitaba ni para dormir. El acero negro ocultaba la espantosa herida que le había infligido el Perro, al igual que el grueso pañuelo de lana escondía el círculo oscuro que le rodeaba la garganta. Pero no había nada que ocultara a la vista la cabeza rota, con la sien hundida, ni el agujero carmesí del ojo que había perdido, ni la forma del cráneo bajo el rostro.

Arya lo miró con cautela mientras recordaba lo que había oído en Harrenhal sobre él. Lord Beric percibió su temor. Volvió la cabeza hacia ella y le hizo gestos para que se acercara.

—¿Te doy miedo, pequeña?

—No. —Se mordió el labio—. Solo que... Pensaba que el Perro os había matado, pero...

—Lo hirió —dijo Lim Capa de Limón—. Fue una herida espantosa, desde luego, pero Thoros se la curó. Jamás ha habido mejor sanador.

Lord Beric le lanzó a Lim una mirada extraña con el ojo sano; el otro no era más que un amasijo de cicatrices y sangre seca.

—El mejor sanador —asintió con cansancio—. Ya es hora del cambio de guardia, Lim. Por favor, encárgate tú.

—Sí, mi señor. —La larga capa amarilla de Lim se le arremolinó a la espalda cuando se volvió y salió a zancadas a la noche azotada por el viento.

—A veces, hasta los hombres más valientes se ciegan cuando les da miedo ver algo —comentó lord Beric cuando Lim se hubo marchado—. ¿Cuántas veces me has traído ya de vuelta, Thoros?

—Quien te trae de vuelta es R'hllor, el Señor de Luz —dijo el sacerdote rojo inclinando la cabeza—. Yo soy solo su instrumento.

—¿Cuántas veces? —insistió lord Beric.

—Seis —respondió Thoros de mala gana—. Y cada vez me cuesta más. Mi señor se ha vuelto imprudente. ¿Tan dulce es la muerte?

—Dulce? No, amigo mío. No tiene nada de dulce.

—Entonces no la cortejes tanto. Lord Tywin dirige a sus hombres desde la

retaguardia, al igual que lord Stannis. Lo más sensato sería que hicieras lo mismo. Una séptima muerte podría ser el fin para los dos.

—Aquí es donde ser Burton Crakehall me rompió el yelmo y la cabeza de un golpe de mangual —dijo lord Beric tocándose la cabeza, sobre la oreja izquierda, donde le habían hundido la sien. Se quitó el pañuelo y dejó a la vista la magulladura negra que le rodeaba el cuello—. Esta es la marca que me dejó la mantícora en Aguasbravas. Hizo prisioneros a un pobre apicultor y a su esposa pensando que eran seguidores míos, y proclamó a los cuatro vientos que los ahorcaría a menos que me entregara. Me entregué, pero aun así los colgó, y a mí entre los dos. —Se llevó un dedo al agujero rojo que había sido su ojo—. Aquí es donde la Montaña me clavó el puñal a través del visor. —La sombra de una sonrisa cansada le aleteó en los labios—. Ya van tres veces que muero a manos de la casa Clegane. A estas alturas, debería haber aprendido la lección.

Arya sabía que era una broma, pero Thoros no se rio. Puso una mano en el hombro de lord Beric.

—No pienses en eso.

—¿Cómo voy a pensar en algo que apenas recuerdo? Hubo un tiempo en que tenía un castillo en las Marcas y estaba comprometido para casarme con una mujer, pero hoy no sabría encontrar aquel castillo ni te podría decir de qué color tenía la mujer el pelo. ¿Quién me armó caballero, viejo amigo? ¿Cuáles eran mis comidas favoritas? Todo se va desvaneciendo. A veces creo que nací sobre la hierba ensangrentada de aquel bosquecillo de fresnos, con el sabor de la sangre en la boca y un agujero en el pecho. ¿Eres tú mi madre, Thoros?

Arya contempló al sacerdote myriense, con su cabellera desastrada, los harapos rosados y los restos de armadura vieja. Una incipiente barba blanca le cubría las mejillas y la piel flácida de debajo de la barbilla. No se parecía en nada a los magos de las historias de la Vieja Tata, pero tal vez...

—¿Podrías devolverle la vida a un hombre que no tuviera cabeza? —le preguntó—. Solo una vez, no seis. ¿Podrías?

—No hago magia, pequeña. Yo solo rezó. Aquella primera vez, su señoría tenía un agujero que lo atravesaba y la boca llena de sangre, y supe que no había ninguna esperanza. De modo que, cuando su pecho herido dejó de moverse, le di el beso del buen Dios para enviarlo hacia él. Me llené la boca de fuego y le insuflé las llamas; le llené con ellas la garganta, los pulmones, el corazón y el alma. Es lo que llaman «el último beso». Más de una vez vi a los viejos sacerdotes dárselfo a los siervos del Señor cuando morían. Yo mismo lo había dado un par de veces, como corresponde a todo sacerdote. Pero jamás hasta entonces había sentido a un hombre muerto estremecerse cuando el fuego lo llenaba ni abrir los ojos de nuevo. No fui yo quien lo trajo de vuelta, mi señora. Fue el Señor. R'hllor aún tiene planes para él. La vida es calor, y el calor es fuego, y el fuego es de Dios, solo de Dios.

A Arya se le llenaron los ojos de lágrimas. Thoros había empleado muchas palabras, pero todas significaban «no»; le había quedado muy claro.

—Tu padre era un buen hombre —dijo lord Beric—. Harwin me ha hablado mucho de él. De buena gana perdonaría tu rescate en su memoria, pero necesitamos el oro con desesperación.

«Parece que dice la verdad», pensó Arya mordiéndose el labio. Sabía que lord Beric les había entregado el oro del Perro a Barbaverde y al Cazador para que compraran provisiones al sur del Mander.

—La última cosecha se quemó; esta se está ahogando, y pronto se nos echará encima el invierno —le había oído decir cuando los envió con el encargo—. El pueblo necesita grano y semillas, y nosotros, espadas y caballos. Demasiados de mis hombres van montados sobre jacos, caballos de tiro y mulas al encuentro de enemigos que cabalgan sobre corceles y caballos de batalla.

Lo que Arya no sabía era cuánto podría pagar Robb por ella. Era todo un rey, no el niño al que había dejado en Invernalia jugando con la nieve. Y si se enteraba de las cosas que había hecho, de lo del mozo de cuadras, el guardia de Harrenhal y todo lo demás...

—¿Qué pasa si mi hermano no quiere pagar el rescate?

—¿Por qué dices eso? —preguntó lord Beric.

—Bueno... —titubeó Arya—, tengo el pelo revuelto, las uñas sucias y los pies llenos de callos.

Lo más probable era que a Robb no le importara, pero a su madre, sí. Lady Catelyn siempre había querido que fuera como Sansa, que cantara, bailara, cosiera y fuera cortés. Solo con pensarla, Arya sintió el impulso irrefrenable de peinarse el cabello con los dedos, pero lo tenía todo enmarañado y apelmazado, y lo único que consiguió fue arrancarse un mechón.

—Estropeé el vestido que me regaló lady Smallwood, y no coso muy bien. —Se mordió el labio—. Quiero decir que no coso nada bien. La septa Mordane siempre me decía que tenía manos de herrero.

—¿Con esos deditos tan blandos? —le dijo Gendry soltando una carcajada—. No podrías ni coger un martillo.

—Sí que podría si me diera la gana! —le espetó.

Thoros rio entre dientes.

—Tu hermano pagará, pequeña. Por eso no tengas miedo.

—Ya, pero ¿y si no quiere? —insistió.

—En ese caso te enviaría una temporada con lady Smallwood, o tal vez a mi castillo de Refugionegro. —Lord Beric dejó escapar un suspiro—. Pero estoy seguro de que no hará falta. No está en mi poder devolverte a tu padre, igual que tampoco puede hacerlo Thoros, pero al menos me puedo encargar de que vuelvas sana y salva a los brazos de tu madre.

—¿Me lo juráis? —le preguntó. Yoren también le había prometido llevarla a

casa, pero lo habían matado.

—Por mi honor de caballero —le aseguró con solemnidad el Señor del Relámpago.

Llovía cuando Lim volvió a la taberna mascullando maldiciones; el agua que le chorreaba de la capa amarilla formó un charco en el suelo. Anguy y Jack-con-Suerte estaban haciendo rodar los dados, pero jugaran a lo que jugaran, el tuerto Jack no tenía suerte nunca. Tom Sietecuerdas sustituyó una cuerda rota de su lira y les cantó «Las lágrimas de la Madre», «Cuando la mujer de Willum se mojó», «Lord Harte salió a cabalgar en un día lluvioso» y, por último, «Las lluvias de Castamere».

«¡Y cómo osáis —dijo el señor— pedirnos sumisión!

Un gato más, de otro blasón, ¡es cuánto veo y o!».

«De oro veáis, o carmesí, vestido a este león,

sus garras son filo mortal que medirá con vos».

Y así habló, y así habló el señor de Castamere.

La lluvia cae en su salón... Nadie la puede oír.

La lluvia cae en su salón... ¡No queda un alma allí!

Por fin, a Tom se le acabaron las canciones que hablaban de lluvias, y dejó la lira a un lado. Entonces solo les quedó el sonido de la propia lluvia, que repiqueteaba contra el tejado de pizarra de la destilería. La partida de dados terminó, y Arya se dedicó a sostenerse primero sobre una pierna y luego sobre otra mientras escuchaba como Merrit se quejaba de que a su caballo se le había caído una herradura.

—Si queréis, se la pongo yo yo —intervino Gendry de repente—. Solo era aprendiz, pero mi maestro decía que tenía buena mano para el martillo. Séerrar caballos, arreglar rotos en las cotas de malla y quitar las mellas de las armaduras. Seguro que también podría hacer espadas.

—¿Qué quieres decir, muchacho? —preguntó Harwin.

—Trabajaré como herrero para vosotros. —Gendry se dejó caer sobre una rodilla ante lord Beric—. Si me aceptáis puedo seros útil, mi señor. Antes hacía herramientas y cuchillos, y también hice un casco que no estaba nada mal. Uno de los hombres de la Montaña me lo robó cuando me cogieron prisionero.

«Él también quiere abandonarme», pensó Arya mordiéndose el labio.

—Hariás mejor en ir a servir a lord Tully en Aguas dulces —dijo lord Beric—. Yo no puedo pagar tus servicios.

—No me han pagado nunca. Solo quiero una fragua, comida a la hora de comer y un lugar donde dormir. Eso es todo, mi señor.

—En cualquier lugar acogerían de buen grado a un herrero. Todavía más si es un armero hábil. ¡Por qué ibas a preferir quedarte con nosotros?

Arya vio cómo Gendry hacía una mueca con su cara de idiota, en un esfuerzo por pensar.

—En la colina hueca... No sé, me gustó lo que dijisteis de que erais hombres del rey Robert y también hermanos. Me gustó que juzgarais al Perro. Lo que hacía lord Bolton era cortar cabezas y ahorcar a la gente, y lord Tywin y ser Amory, igual. Prefiero trabajar como herrero para vosotros.

—Tenemos muchas armaduras que necesitan arreglos, mi señor —le recordó Jack a lord Beric—. Casi todas se las cogemos a los muertos, y tienen los agujeros por los que les entró la muerte.

—Tú debes de ser corto de entendederas, chico —dijo Lim—. Somos bandidos. La mayoría somos escoria de baja estofa, menos su señoría, claro. No te creas que esto es como en las canciones del bobo de Tom. No le arrancarás un beso a ninguna princesa ni participarás en un torneo con una armadura robada. Si te unes a nosotros, acabarás colgado de un árbol o con la cabeza en una pica sobre las puertas de cualquier castillo.

—Es lo mismo que os harían a vosotros —dijo Gendry.

—Es verdad —replicó alegremente Jack-con-Suerte—. Los cuervos nos esperan a todos. Mi señor, este chaval parece valiente, y necesitamos lo que nos podría aportar. Por mi parte, voto que lo aceptemos.

—Y deprisa —sugirió Harwin con una risita—, antes de que se le pase la fiebre y recupere el sentido común.

—Thoros, tráeme la espada. —Una sonrisa débil rozaba los labios de lord Beric. En aquella ocasión, el Señor del Relámpago no le prendió fuego a la espada, sino que se limitó a rozar con ella el hombro de Gendry—. Gendry, ¡jurás ante los ojos de los hombres y los dioses defender a los indefensos, proteger a las mujeres y a los niños, obedecer a tus capitanes, a tu señor y a tu rey, luchar con valentía cuando sea necesario y cumplir las tareas que se te encomienden, por duras, humildes o peligrosas que sean?

—Sí, mi señor.

El señor marqueño pasó la espada del hombro derecho al izquierdo.

—Levantaos, ser Gendry, caballero de la colina hueca, y sed bienvenido a nuestra hermandad.

Desde la puerta les llegó una carcajada brusca, gutural.

Estaba empapado por la lluvia. Llevaba el brazo quemado envuelto en hojas y tiras de lino, sujeto contra el pecho con un toscos cabestrillo de cuerdas. Pero las quemaduras antiguas que le marcaban el rostro brillaban negras a la luz de la pequeña hoguera.

—¿Qué, Dondarrion, armando más caballeros? —gruñó el intruso—. Solo por eso tendría que volver a matarte.

—Tenía la esperanza de no volver a verte, Clegane. —Lord Beric se enfrentaba a él con gesto frío—. ¿Cómo nos has encontrado?

—No me ha costado gran cosa. El pedazo de humareda que habéis montado se ve hasta en Antigua.

—¿Qué ha pasado con los centinelas que dejé apostados?

—¿Esos dos ciegos? —Clegane hizo una mueca—. Los podría haber matado y ni se habrían enterado. ¿Qué habrías hecho en ese caso?

Anguy echó mano del arco. Notch lo imitó.

—¿Tantas ganas tienes de morir, Sandor? —preguntó Thoros—. Debes de estar loco o borracho para habernos seguido.

—Borracho de qué? ¿De lluvia? No me dejasteis oro suficiente ni para una copa de vino, retoños de ramera.

—Somos bandidos. —Anguy sacó una flecha—. Los bandidos roban. Lo dicen todas las canciones; seguro que Tom te canta alguna si se lo pides por favor. Da gracias de que no te matamos.

—Inténtalo si te atreves, arquero. Te apuesto lo que quieras a que te quito el carcaj y te meto las flechas por el culo.

Anguy levantó el arco, pero antes de que pudiera disparar, lord Beric lo detuvo con un gesto de la mano.

—¿A qué has venido, Clegane?

—A recuperar lo que me pertenece.

—¿El oro?

—Pues claro. Te garantizo que no ha sido por el placer de volver a verte la cara, Dondarrion. Ahora eres más feo que yo. Y encima te has convertido en un caballero ladrón.

—Te di una nota a cambio de tu oro —dijo lord Beric con calma—. Una promesa de pago cuando termine la guerra.

—Con tu papel me limpié el culo. Devuélveme el oro.

—Ya no lo tenemos. Se lo di a Barbaverde y al Cazador, para que fueran al sur a comprar grano y semillas al otro lado del Mander.

—Para alimentar a la gente cuyas cosechas quemaste —intervino Gendry.

—Ah, ¿esas tenemos? —Sandor Clegane se rio de nuevo—. Pues resulta que es lo mismo que pretendía hacer con él. Dar de comer a un montón de campesinos sucios y a sus cachorros picados de viruelas.

—Es mentira —dijo Gendry.

—Vaya, así que el chico tiene lengua. ¿Por qué los crees a ellos y no a mí? No será por mi cara, ¿verdad? —Clegane miró a Arya—. ¿También la vas a armar caballero, Dondarrion? ¿La primera niña de ocho años en la historia de la caballería?

—Tengo doce —mintió Arya en voz alta—. Y si quisiera podría ser caballero. También te podría haber matado, pero Lim me quitó el cuchillo. —Solo de

recordarlo se ponía furiosa otra vez.

—Pues ve con las quejas a Lim, no a mí. Y luego, mete el rabo entre las piernas y huye. ¿No sabes qué les hacen los perros a los lobos?

—La próxima vez te mataré. ¡Y también a tu hermano!

—No. —Entrecerró los ojos oscuros—. Eso te aseguro que no. —Se volvió de nuevo hacia lord Beric—. Oye, ¿por qué no armas caballero a mi caballo? No caga nunca cuando está en un salón y no cocea demasiado; se lo merece. A menos que también pretendas robármelo.

—Más te vale montar en ese caballo y largarte —le advirtió Lim.

—Me iré con mi oro. Vuestro dios me declaró inocente.

—El Señor de Luz te perdonó la vida —declaró Thoros de Myr—. No dijo que fueras Baelor el Santo.

El sacerdote rojo desenvainó la espada, y Arya vio que Jack y Merrit también tenían las armas en las manos. Lord Beric aún sostenía la hoja con la que había armado caballero a Gendry.

« A lo mejor esta vez lo matan» .

—Sois unos vulgares ladrones. —El Perro volvió a fruncir los labios.

—Tus amigos los leones entran en los pueblos, arramblan con toda la comida y todo el dinero que encuentran, y a eso lo llaman abastecerse. —Lim estaba furioso—. Los lobos hacen lo mismo; ¿por qué no lo vamos a hacer nosotros? No te hemos robado, Perro. Estábamos « abasteciéndonos» .

Sandor Clegane les miró los rostros uno por uno, como si quisiera memorizarlos. Luego, sin añadir palabra, dio la vuelta y salió de nuevo a la oscuridad y a la lluvia de donde había llegado. Los bandidos aguardaron, titubeantes...

—Más vale que vaya a ver qué les ha hecho a los centinelas. —Harwin se asomó con cautela antes de salir, para asegurarse de que el Perro no aguardaba al acecho junto a la puerta.

—Además, ¿cómo se las había apañado ese cabrón de mierda para juntar tanto oro? —preguntó Lim Capa de Limón para aliviar un poco el ambiente.

—Ganó el torneo de la mano en Desembarco del Rey —dijo Anguy encogiéndose de hombros; luego sonrió—. Yo también gané una fortuna, pero después conocí a Dancy, a Jay de y a Alayaya. Me enseñaron a qué sabe el cisne asado y qué se siente al bañarse en vino del Rejo.

—Así que te measte todo el oro, ¿eh? —rio Harwin.

—Todo no. También compré estas botas y este puñal tan bueno.

—Lo que tendrías que haberte comprado es una parcela —dijo Jack-con-Suerte—, y haber hecho una mujer honrada de una de esas chicas que asaban cisnes. Y sembrar una cosecha de nabos y otra de hijos.

—¡El Guerrero me libre! Habría sido un desperdicio convertir mi oro en nabos.

—A mí me encantan los nabos —se ofendió Jack—. Mira, ahora mismo me gustaría tener delante un buen puré de nabos.

Thoros de Myr hizo caso omiso de las chanzas.

—El Perro no ha perdido solo unas bolsas de monedas —meditó—. También ha perdido a su amo y su perrera. No puede volver con los Lannister; el Joven Lobo no lo aceptaría jamás en sus filas, y no creo que su hermano quiera volver a verlo. Me parece que ese oro era todo lo que le quedaba.

—Mierda —dijo Watty el Molinero—. Entonces seguro que vuelve para matarnos cuando estemos dormidos.

—No. —Lord Beric había envainado la espada—. Sandor Clegane nos mataría a todos de buena gana, pero no mientras dormimos. Anguy, mañana por la mañana quiero que vayas en la retaguardia con Dick Lampiño. Si Clegane nos sigue todavía, mata a su caballo.

—Es un caballo estupendo —protestó Anguy.

—Eso —dijo Lim—. A quien tendríamos que matar es al jinete. El caballo nos sería muy útil.

—Opino lo mismo que Lim —dijo Notch—. Deja que le clave unas cuantas flechas al Perro; ya verás cómo cambia de idea.

—Bajo la colina hueca, Clegane se ganó el derecho de vivir —dijo lord Beric sacudiendo la cabeza—. No se lo voy a arrebatar.

—Mi señor habla con sabiduría —dijo Thoros a los demás—. Un juicio por combate es sagrado, hermanos. Todos me oisteis pedir a R'hllor su intervención; visteis como su mano quebró la espada de lord Beric justo cuando iba a matarlo. Parece que el Señor de Luz aún tiene planes para el Perro de Joffrey.

Harwin no tardó en volver a la destilería.

—Pies de Flan estaba dormido como un tronco, pero ileso.

—Ya verás cuando lo coja yo —dijo Lim—. Le voy a hacer otro agujero en el culo. Por su culpa nos podrían haber matado a todos.

Aquella noche, nadie durmió bien sabiendo que Sandor Clegane estaba cerca, en la oscuridad, al acecho. Arya se acurrucó cerca del fuego, cómoda y abrigada, pero no conseguía conciliar el sueño. Sacó la moneda que le había dado Jaqen H'ghar y la apretó en la mano mientras se arrebujaba bajo la capa. Siempre que la sostenía se sentía más fuerte al recordar que ella había sido el fantasma de Harrenhal, que en aquellos días podía matar con un susurro.

Pero Jaqen se había ido, la había abandonado.

« Pastel Caliente también me abandonó, y ahora, Gendry ». Lommy había muerto, Yoren había muerto, Syrio Forel había muerto, hasta su padre había muerto, y Jaqen le había dado una maldita moneda de hierro antes de desaparecer.

—*Valar morghulis* —susurró en voz baja. Apretó el puño con fuerza, tanto que los bordes de la moneda se le clavarón en la palma de la mano—. Ser Gregor,

Dunsen, Polliver, Raff el Dulce. El Cosquillas y el Perro. Ser Ilyn, ser Meryn, el rey Joffrey, la reina Cersei.

Arya trató de imaginarse qué aspecto tendrían muertos, pero le costaba recordar sus rostros. Al Perro sí lo podía visualizar, y a su hermano, la Montaña, y desde luego, jamás olvidaría la cara de Joffrey ni la de su madre... pero las de Raff, Dunsen y Polliver empezaban a desvanecerse, incluso la del Cosquillas, que tenía un aspecto tan común.

Al final, el sueño se apoderó de ella, pero en mitad de la noche, Arya se volvió a despertar con un hormigüeo. Del fuego apenas quedaban unas brasas. Mudge estaba de pie junto a la puerta, y otro guardia paseaba en el exterior. La lluvia había cesado; a oídos de Arya llegaron los aullidos de los lobos.

«Están muy cerca y son muchos —pensó. Parecía que estuvieran en torno a los establos, que fueran docenas, o tal vez cientos—. Ojalá se coman al Perro». Se acordó de lo que había dicho sobre los lobos y los perros.

Cuando llegó la mañana, el septón Utt seguía balanceándose colgado del árbol, pero los hermanos pardos estaban bajo la lluvia con palas y excavaban tumbas poco profundas para los otros muertos. Lord Beric les agradeció que les hubieran proporcionado techo y comida, y les dio una bolsa de venados de plata para contribuir a la reconstrucción. Harwin, Luke el Lúcido y Watty el Molinero salieron a explorar, pero no encontraron lobos ni perros.

Mientras Arya ajustaba la cincha de la silla de montar, Gendry se le acercó para decirle que lo sentía. Ella puso el pie en el estribo y montó para poder mirarlo desde arriba, en vez de desde abajo.

«Podrías haber hecho espadas para mi hermano en Aguasdulces», pensó. Pero no fue aquello lo que dijo.

—Así que quieres ser un idiota caballero bandido y que te ahorquen —le espetó—. ¿Y a mí qué? Yo estaré en Aguasdulces con mi hermano en cuanto paguen el rescate.

Por suerte, aquel día no llovió, y consiguieron avanzar bastante por una vez.

La torre se alzaba sobre una isla; su gemela se reflejaba en las tranquilas aguas azules. Cuando soplaban el viento, las ondas del agua recorrían la superficie del lago y se perseguían como chiquillos juguetones. A lo largo de la orilla, los robles crecían gruesos, muy juntos, con un lecho de bellotas debajo. Más allá estaba la aldea, o más bien lo que quedaba de ella.

Era la primera aldea que veían desde que habían dejado atrás la base de las colinas. Meera se había adelantado para asegurarse de que no acechaba nadie en las ruinas. Se deslizó entre los robles y los manzanos, con la red y la lanza en la mano, y asustó a tres ciervos de pelaje rojizo, que escaparon a saltos entre la maleza. Verano vio el relámpago de movimiento y al instante se abalanzó hacia ellos. Bran observó cómo se lanzaba a la caza el lobo huargo y, durante un momento, lo que más deseó en el mundo fue meterse en su piel y correr con él, pero Meera les estaba haciendo señales para que se acercaran. Se apartó de Verano de mala gana y ordenó a Hodor que echara a andar hacia la aldea; Jojen los siguió de cerca.

Bran sabía que desde allí hasta el Muro solo encontrarían pastizales, campos sin cultivar, y colinas de pendientes suaves y poca altura, con prados en la parte superior y zonas encharcadas en la inferior. El camino sería mucho menos arduo que el que habían recorrido por las montañas, pero a Meera la intranquilizaba tanto espacio abierto.

—Me siento como desnuda —confesó—. No hay lugar donde esconderse.

—¿A quién pertenecen estas tierras? —le preguntó Jojen a Bran.

—A la Guardia de la Noche —le respondió—. Esto es el Agasajo. El Nuevo Agasajo, y al norte está el Agasajo de Brandon. —El maestre Luwin le había relatado la historia—. Brandon el Constructor les entregó a los hermanos negros todas las tierras al sur del Muro hasta una distancia de veinticinco leguas. Para su... para su sustento y subsistencia. —Se sintió orgulloso de acordarse de una frase tan difícil—. Algunos maestres creen que fue otro Brandon, no el Constructor, pero sigue llamándose el Agasajo de Brandon. Miles de años después, la Bondadosa Reina Alyxanne visitó el Muro a lomos de su dragón Ala de Plata, y le pareció que los hombres de la Guardia de la Noche eran tan valientes que hizo que el Viejo Rey duplicara la extensión de sus tierras hasta cincuenta leguas. Así que eso fue el Nuevo Agasajo. —Señaló a su alrededor—. Esto. Todo esto.

A Bran le resultaba evidente que en aquella aldea no vivía nadie desde hacía años. Todas las casas se estaban derrumbando, hasta la posada. Por su aspecto, como posada nunca había sido gran cosa, pero en aquellos momentos, lo único que quedaba en pie eran una chimenea de piedra y dos paredes llenas de grietas que se alzaban en mitad de una docena de manzanos. Uno crecía en el suelo de la

sala común, rodeado de una alfombra de hojas marrones húmedas y manzanas podridas. Su olor denso, de un aroma dulzón y empalagoso, resultaba casi insopportable. Meera pinchó unas cuantas manzanas con la fisga, en busca de alguna que todavía fuera comestible, pero todas estaban demasiado podridas y agusanadas.

Era un lugar tranquilo, silencioso, pacífico y de una belleza innegable, pero a Bran le pareció que una posada abandonada tenía un aire triste y, por lo visto, Hodor también sentía lo mismo.

—¿Hodor? —dijo con tono confuso—. ¿Hodor? ¿Hodor?

—Esta tierra es buena. —Jojen cogió un puñado y la frotó entre los dedos—. Una aldea, una posada, un torreón resistente junto al lago, todos estos manzanos... pero ¿dónde está la gente, Bran? ¿Por qué abandonarían un sitio así?

—Seguro que tenían miedo de los salvajes —dijo Bran—. Los salvajes vienen por el Muro o por las montañas para saquear, robar y llevarse a las mujeres. Si te cogen, te convierten el cráneo en una copa para beber sangre. Eso nos decía la Vieja Tata. La Guardia de la Noche no es tan fuerte como en tiempos de Brandon mi de la reina Alyssanne, así que cada vez vienen más. Los lugares más cercanos al Muro sufrían saqueos tan frecuentes que la gente se trasladó más al sur, a las montañas o a las tierras de los Umber, al este del camino Real. A los vasallos del Gran Jon también los saqueaban, pero no tanto como a los que vivían antes en el Agasajo.

Jojen Reed giró la cabeza muy despacio, escuchando una música que solo él oía.

—Tenemos que refugiarnos aquí. Se acerca una tormenta. Muy fuerte.

Bran alzó la vista hacia el cielo. Había sido un día otoñal claro y luminoso, soleado, casi cálido, pero era cierto que se empezaban a acumular nubes oscuras en el cielo del oeste, y el viento soplaban cada vez más fuerte.

—La posada no tiene tejado, y solo le quedan dos paredes —señaló—. Deberíamos ir al torreón.

—Hodor —dijo Hodor.

Tal vez estuviera de acuerdo.

—No tenemos bote, Bran. —Meera pinchaba las hojas con la fisga, distraída.

—Hay un camino, un sendero de piedra oculto bajo el agua. Podríamos llegar andando. —Bueno, ellos podrían llegar andando; él tendría que ir cargado a la espalda de Hodor, pero al menos no se mojaría.

Los Reed se miraron.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jojen—. ¿Habías estado antes aquí, mi príncipe?

—No, me lo contó la Vieja Tata. La parte de arriba del torreón es una corona dorada, ¿veis? —Señaló hacia el otro lado del lago. Entre las almenas se veían restos de pintura color oro descascarillada—. La reina Alyssanne durmió allí, de

manera que en su honor pintaron las almenas de dorado.

—¿Un camino? —Jojen escudriñó el lago—. ¿Estás seguro?

—Segurísimo —dijo Bran.

Sabiendo dónde buscar, Meera lo encontró enseguida: era un camino de piedras de poco más de una vara de anchura, que se adentraba en el lago. Los guio paso a paso, tanteando frente a sí con la fisga. Alcanzaban a ver el punto donde el sendero emergía de nuevo al llegar a la isla y se transformaba en un corto tramo de peldaños que llevaban a la puerta del torreón.

Sendero, peldaños y puerta estaban en línea recta, lo que podía hacer pensar que el camino no tenía curvas, pero no era así. Zigzagueaba bajo el lago y rodeaba un tercio de la isla antes de regresar al que parecía su curso inicial. Los giros eran traicioneros, y la longitud del camino hacia que cualquiera que se acercara a la torre estuviera expuesto a las flechas que le dispararan desde allí durante mucho rato. Las piedras escondidas, además, eran resbaladizas y estaban cubiertas de lodo; Hodor casi perdió pie en dos ocasiones.

—Hodor —gritó alarmado antes de recuperar el equilibrio.

La segunda vez, Bran se asustó mucho. Si Hodor se caía al lago mientras lo llevaba a él en la cesta, era muy posible que se ahogara, sobre todo si el corpulento mozo de cuadras se ponía nervioso y se olvidaba de dónde estaba Bran, cosa que pasaba de vez en cuando.

«Tendríamos que habernos quedado en la posada, bajo aquel manzano», pensó, pero ya era demasiado tarde.

Por suerte no hubo una tercera vez, y a Hodor el agua no le pasó de la cintura en ningún momento, aunque los Reed estaban empapados casi hasta el cuello. No tardaron mucho más en llegar a la isla y en subir por los peldaños que llevaban al torreón. La puerta seguía siendo recia, aunque los gruesos tablones de roble se habían combado con los años y ya no cerraba bien. Meera la abrió del todo; las bisagras de hierro oxidadas gimieron. El dintel era muy bajo.

—Agáchate, Hodor —dijo Bran. El gigante obedeció, pero no lo suficiente para evitar que Bran se golpeara la cabeza—. Qué daño —se quejó.

—Hodor —dijo Hodor al tiempo que se erguía.

Se encontraron en una cámara aislada en penumbra, tan pequeña que apenas cabían los cuatro juntos. Los peldaños excavados en la pared interior de la torre subían describiendo una curva a la izquierda, y bajaban a la derecha detrás de verjas de hierro. Bran alzó la vista y divisó otra verja justo encima de él. «Un matacán». Se alegró de que arriba no hubiera nadie dispuesto a arrojar aceite hirviendo sobre ellos.

Las verjas estaban cerradas, pero los barrotes de hierro estaban rojos de óxido. Hodor agarró la de la izquierda y le dio un tirón tan fuerte que gruñó por el esfuerzo. No consiguió nada. Trató de empujar, pero tampoco tuvo éxito. Sacudió los barrotes, les dio patadas, los embistió con el hombro, los sacudió y aporreó las

bisagras con aquellas manos enormes, hasta que el aire se llenó de fragmentos oxidados, pero la puerta de hierro no cedió. La que estaba bajo la bóveda tampoco cedió.

—No hay manera de entrar —dijo Meera, encogiéndose de hombros.

Bran, sentado en su cesta, a la espalda de Hodor, tenía el matacán justo encima de la cabeza. Alzó los brazos y agarró los barrotes para darles un tirón. La reja se desmoronó en medio de una cascada de óxido y piedra desmenuzada.

—¡HODOR! —gritó Hodor.

La pesada verja de hierro golpeó a Bran en la cabeza y fue a estrellarse cerca de los pies de Jojen, que la apartó de una patada. Meera se echó a reír.

—Vaya, vaya, mi príncipe —dijo—. Si eres más fuerte que Hodor.

Bran se sonrojó.

Ya con el paso abierto, Hodor no tuvo dificultades en aupar a Meera y a Jojen por el matacán. Luego, los lacustres cogieron a Bran por los brazos y lo izaron. Lo difícil fue subir a Hodor, que pesaba demasiado para que los Reed lo levantaran como habían hecho con Bran. Al final, el chico le dijo que saliera a buscar unas cuantas piedras grandes. En la isla las había en abundancia, así que Hodor no tuvo dificultad en hacer un montón lo suficientemente alto para subirse en él y auparse hasta el agujero.

—Hodor —jadeó feliz al tiempo que les sonreía.

Se encontraban en un laberinto de celdas pequeñas, oscuras y vacías, pero Meera siguió explorando hasta que encontró el camino que llevaba a las escaleras. Cuanto más subían, más luz había. En el tercer piso, el grueso muro que daba al exterior estaba lleno de troneras; en el cuarto había ventanas de verdad, y el quinto, el más alto, era una gran estancia de forma redonda con tres puertas rematadas en arco que daban a balcones de piedra. También había una recámara con un escusado, sobre un conducto de desague que iba a dar directamente al lago.

Cuando llegaron al tejado, el cielo estaba encapotado por completo, y las nubes que se divisaban hacia el oeste eran negras. El viento soplaban con tanta fuerza que hacía restallar la capa de Bran.

—Hodor —dijo Hodor al oír tanto ruido.

—Me siento casi como un gigante en lo más alto del mundo —dijo Meera, describiendo un círculo.

—En el Cuello, hay árboles el doble de altos que esta torre —le recordó su hermano.

—Sí, pero tienen a su alrededor otros árboles igual de altos —dijo Meera—. En el Cuello, el mundo está más apretado y el cielo es mucho más pequeño. En cambio, aquí... ¿No notas ese viento, hermano? Y mira lo grande que se ha vuelto el mundo.

Era verdad: desde allí se divisaba una vasta extensión de tierra. Hacia el sur

se alzaban las colinas y, detrás de ellas, las montañas grises y verdes. Las llanuras ondulantes del Nuevo Agasajo se extendían en el resto de las direcciones hasta donde alcanzaba la vista.

—Yo creía que desde aquí ya podríamos ver el Muro —dijo Bran, decepcionado—. Qué tontería, si debemos de estar aún a cincuenta leguas o más. —Solo con pensarlo se sentía cansado y muerto de frío—. ¿Qué haremos cuando lleguemos al Muro, Jojen? Mi tío decía siempre que era muy grande. Tiene trescientas varas de altura y es tan grueso que las puertas que hay en la base más bien parecen túneles de hielo. ¿Cómo lo vamos a cruzar para buscar al cuervo de tres ojos?

—Tengo entendido que a lo largo del Muro hay castillos abandonados —respondió Jojen—. Son fuertes que construyó la Guardia de la Noche, y que ahora están desiertos. Puede que podamos cruzar por uno de ellos.

La Vieja Tata solía llamarlos *castillos fantasma*. En cierta ocasión, el maestre Luwin había hecho que Bran se aprendiera los nombres de todos y cada uno de los fuertes del Muro. Le había costado bastante, porque había diecinueve, aunque no habían estado habitados a la vez más allá de diecisiete. Durante el banquete celebrado en honor de la visita del rey Robert a Invernalia, Bran le había recitado los nombres a su tío Benjen, primero de este a oeste y luego de oeste a este. Benjen Stark se había echado a reír.

—Te lo sabes mejor que yo, Bran —le había dicho—. Deberías ser tú el capitán de los exploradores. Si te parece bien, yo me quedaré aquí y tú irás a sustituirme.

Aquello había sido antes de que Bran se cayera, claro. Antes de que se rompiera. Cuando despertó convertido en tullido, su tío ya había regresado al Castillo Negro.

—Mi tío me dijo que, cuando había que abandonar un castillo, las puertas del Muro se sellaban con hielo y piedras —dijo.

—Pues tendremos que abrirlas —respondió Meera.

—No deberíamos abrirlas. —Aquello no le terminaba de gustar—. Pueden entrar cosas malas del otro lado. Tendríamos que ir al Castillo Negro y pedirle al lord comandante que nos deje pasar.

—Alteza —objetó Jojen—, tenemos que evitar el Castillo Negro, igual que evitamos el camino Real. Allí hay cientos de hombres.

—Hombres de la Guardia de la Noche —dijo Bran—. Entre sus juramentos está el de no tomar parte en guerras y cosas de esas.

—Sí —reconoció Jojen—, pero bastaría con un hombre que deseara dejar de vestir el negro para que se desvelara vuestro secreto; podría vendérselo a los hombres del hierro o al Bastardo de Bolton. Además, no tenemos ninguna certeza de que la Guardia nos dejara pasar. Puede que nos retuviera o que nos obligara a retroceder.

—Pero mi padre era amigo de la Guardia de la Noche, y mi tío es el capitán de los exploradores. Quizá sepa dónde vive el cuervo de tres ojos. Además, en el Castillo Negro está Jon. —Bran albergaba la esperanza de volver a ver a Jon y a su tío. Los últimos hermanos negros que visitaron Invernalia explicaron que Benjen Stark había desaparecido durante una exploración, pero seguro que a aquellas alturas ya había regresado—. Y apuesto algo a que la Guardia nos da caballos si se los pedimos —insistió.

—Silencio. —Jojen se puso una mano sobre los ojos a modo de visera y escudriñó el horizonte en dirección al sol poniente—. Mirad. Allí hay algo... Creo que es un jinete. ¿Lo veis?

Bran se protegió los ojos también, y hasta los tuvo que entrecerrar. Al principio no vio nada, hasta que un movimiento lo hizo volverse. Primero pensó que podía tratarse de Verano, pero no. «Un hombre a caballo». Estaba demasiado lejos para distinguir más detalles.

—¿Hodor? —Hodor también se había puesto la mano sobre los ojos, solo que miraba hacia donde no era—. ¿Hodor?

—No tiene prisa —dijo Meera—, pero a mí me parece que viene hacia esta aldea.

—Será mejor que entremos antes de que nos vea —dijo Jojen.

—Verano está cerca del pueblo —objetó Bran.

—No le pasará nada —prometió Meera—. No son más que un hombre y un caballo cansado.

Unas cuantas gotas empezaron a repiquetear contra la piedra mientras volvían al piso superior de la torre. Habían elegido bien el momento; la lluvia no tardó en caer con fuerza. A través de los gruesos muros la oían azotar la superficie del lago. Se sentaron en el suelo de la habitación redonda, en la creciente oscuridad. El balcón que daba hacia el norte les permitía divisar la aldea abandonada. Meera se arrastró sobre el vientre para echar un vistazo hacia el otro lado del lago y ver qué había sido del jinete.

—Se ha refugiado en las ruinas de la posada —les dijo al volver—. Me parece que ha encendido la chimenea.

—Ojalá tuviéramos fuego nosotros —dijo Bran—. Estoy helado. Antes he visto muebles rotos en el piso de abajo; le podríamos decir a Hodor que los subiera, para entrar en calor.

—Hodor —dijo Hodor esperanzado; le había encantado la idea.

—Si hay fuego, hay humo —dijo Jojen sacudiendo la cabeza—. El humo que saliera de esta torre se vería desde muy lejos.

—Si hubiera alguien para verlo —objetó su hermana.

—Está el hombre de la aldea.

—Solo es uno.

—Basta con uno para entregar a Bran a sus enemigos. Aún nos queda medio

pato de ayer. Vamos a comer y a descansar. Mañana por la mañana, ese hombre seguirá su camino, y nosotros también.

Jojen se salió con la suya; siempre se salía con la suya. Meera repartió el pato entre los cuatro. Lo había atrapado el día anterior con la red, cuando intentó levantar el vuelo del pantano donde lo había encontrado. Frío no sabía tan bien como recién asado, crujiente y calentito, pero al menos no se quedarían con hambre. Bran y Meera se repartieron la pechuga, y Jojen se comió el contramuslo. Hodor devoró el muslo y un ala, susurrando «Hodor» y lamiéndose la grasa de los dedos después de cada bocado. Le tocaba a Bran el turno de contar una historia, así que les habló de otro Brandon Stark, el llamado Brandon el Armador, que había navegado más allá del mar del Ocaso.

Cuando terminaron tanto la historia como el pato, la lluvia seguía cayendo. Bran se preguntó cuánto se habría alejado Verano y si habría atrapado a alguno de los ciervos.

La torre estaba sumida en una penumbra gris que, poco a poco, se convirtió en oscuridad. Hodor empezó a inquietarse; no paraba de caminar y de dar vueltas por la habitación, siempre deteniéndose para echar un vistazo al escusado como si se le hubiera olvidado qué había allí. Jojen estaba de pie en el balcón que daba al norte, oculto entre sombras, escudriñando la noche y la lluvia. Al norte, un relámpago hendió el cielo, y el interior de la torre se iluminó unos instantes. Hodor pegó un salto y dejó escapar un gemido de pánico. Bran contó hasta ocho, a la espera del trueno.

—¡Hodor! —chilló Hodor cuando lo oyó retumbar.

«Espero que Verano no tenga tanto miedo —pensó Bran. Los perros de Invernalia siempre se aterrorizaban cuando había tormenta, igual que Hodor—. Tendría que ir a verlo para calmarlo...».

El relámpago rasgó el cielo de nuevo y, en aquella ocasión, el trueno sonó antes de que contara hasta seis.

—¡Hodor! —chilló Hodor de nuevo—. ¡Hodor! ¡Hodor! —Desenvainó la espada como si quisiera luchar contra la tormenta.

—Silencio, Hodor —dijo Jojen—. Bran, dile que no grite. ¿Le puedes quitar la espada, Meera?

—Lo puedo intentar.

—Tranquilo, Hodor —dijo Bran—. Tienes que callarte. No sigas con lo de Hodor, ¿de acuerdo? Siéntate.

—¿Hodor? —Le entregó la espada larga a Meera con docilidad, pero su rostro seguía reflejando un mundo de confusión.

Jojen se volvió de nuevo hacia la oscuridad y, de repente, le oyeron contener una exclamación.

—¿Qué pasa? —preguntó Meera.

—Hay hombres en la aldea.

—¿El que vimos antes?

—No, otros. Están armados. He visto un hacha y lanzas. —La voz de Jojen nunca había sonado tan infantil, tan propia de su edad—. Los he visto moverse entre los árboles a la luz del relámpago.

—¿Cuántos?

—Muchos, no sé. Demasiados para contarlos.

—¿A caballo?

—No.

—Hodor. —Hodor parecía muy asustado—. Hodor. Hodor.

—¿Y si vienen aquí? —Bran también tenía un poco de miedo, pero no quería reconocerlo delante de Meera.

—Qué va. —La jovencita se sentó a su lado—. ¿Para qué?

—Para refugiarse de la lluvia. —Dijo Jojen con voz lúgubre—. Como no cese la tormenta... Meera, ¿por qué no bajas a atrancar la puerta?

—No se puede ni cerrar. La madera está muy combada. Pero no lograrán traspasar las verjas de hierro.

—Sí que podrían. A lo mejor rompen la cerradura o las bisagras. O suben por el matacán, como nosotros.

Otro relámpago hendió el cielo, y Hodor empezó a gimotear. Enseguida, el trueno retumbó sobre el lago.

—¡HODOR! —rugió con las manos en las orejas mientras corría en círculos en medio de la oscuridad—. ¡HODOR! ¡HODOR! ¡HODOR!

—¡NO! —le gritó Bran—. ¡YA VALE DE HODOR!

No sirvió de nada.

—¡Hooodor! —gimió Hodor.

Meera trató de sujetarlo para tranquilizarlo, pero era demasiado fuerte, y la tiró a un lado con un simple empujón.

—¡HOOOOOODOOR! —aulgó el mozo de cuadras cuando el relámpago volvió a rasgar el cielo, y hasta Jojen gritaba ya; gritaba a Bran y Meera que lo hicieran callar.

—Silencio! —chilló Bran con voz aguda, asustada.

Buscó la pierna de Hodor con la mano cuando pasó junto a él, lo buscó, lo buscó, lo buscó...

Hodor se tambaleó y cerró la boca. Sacudió la cabeza muy despacio, de un lado a otro, se dejó caer sentado en el suelo y cruzó las piernas. Cuando el trueno retumbó fue casi como si no lo oyera. Los cuatro se quedaron en silencio en la oscura torre; apenas se atrevían a respirar.

—¿Qué has hecho, Bran? —susurró Meera.

—Nada. —Bran sacudió la cabeza—. No lo sé.

Pero no era verdad, sí lo sabía.

«Lo he buscado, me he metido en él como me meto en Verano». Durante un

instante, él había sido Hodor. Aquello le daba mucho miedo.

—Al otro lado del lago pasa algo —dijo Jojen—. Me parece que he visto a un hombre señalando hacia aquí.

« No voy a tener miedo. —Era el príncipe de Invernalía, el hijo de Eddard Stark, casi un hombre, y además era un cambiapiés, no un bebé como Rickon —. Verano no tendría miedo» .

—Seguro que son hombres de los Umber —dijo—. O también pueden ser de los Knott, de los Norrey, o de los Flint que hayan bajado de las montañas, o hasta hermanos de la Guardia de la Noche. ¿Llevaban capas negras, Jojen?

—De noche, todas las capas son negras, alteza. El relámpago no ha durado tanto como para que me fijara en sus ropas.

—Si fueran hermanos negros irían a caballo, ¿no? —señaló Meera, cautelosa.

—No importa —dijo Bran con seguridad; se le había ocurrido algo de repente —. No podrían llegar aquí aunque quisieran. No tienen barca, ni creo que sepan lo del sendero.

—¡El sendero! —Meera le revolvió el pelo y le dio un beso en la frente—. ¡Mi querido príncipe! Tiene razón, Jojen; seguro que no saben lo del sendero. Y aunque supieran que existe, no lo encontrarían en medio de la lluvia, y menos de noche.

—Pero la noche terminará. Si no se van por la mañana... —Jojen no concluyó la frase. Hubo un momento de silencio—. Están echando leña al fuego que encendió el primer hombre —dijo al final. Un relámpago restalló en el cielo; la luz inundó la torre y proyectó sus sombras en las paredes. Hodor se mecía de adelante atrás todo el tiempo, canturreando entre dientes.

Bran percibió el miedo de Verano en aquel momento de brillo. Cerró los dos ojos, abrió un tercero y se desprendió de su piel de niño como si fuera una capa mientras dejaba atrás la torre...

Y se encontró fuera, bajo la lluvia, con la barriga llena de ciervo, acobardado entre los arbustos mientras el cielo se rompía y rugía sobre él. El olor de las manzanas podridas y las hojas húmedas casi ocultaba el del hombre, pero allí estaba. Oyó el tintineo y el roce de la pieldura; vio a los hombres moverse entre los árboles. Uno que portaba un palo se movía con torpeza. Llevaba una piel en la cabeza que lo dejaba ciego y sordo. El lobo dio un rodeo para esquivarlo; se metió entre las ramas chorreadas de un espino y bajo las ramas desnudas de un manzano. Los oía hablar, y allí, por debajo de los olores de lluvia, hojas y caballo, le llegó el hedor agudo, rojo, del miedo...

El suelo estaba cubierto de agujas de pino y hojas secas, una alfombra verde y castaña aún húmeda tras las recientes lluvias. Los rodeaban enormes robles desnudos, centinelas altos y todo un ejército de pinos soldado. En la cima de una colina se divisaba una torre redonda, antigua y vacía, con una gruesa capa de musgo verde que llegaba casi hasta las almenas.

—¿Quién ha construido eso, todo de piedra? —le preguntó Ygritte—. ¿Un rey?

—No, la gente que vivía antes aquí.

—¿Qué les pasó?

—Pues algunos murieron y otros se marcharon.

Las tierras del Agasajo de Brandon se habían cultivado durante miles de años, pero a medida que decrecía el número de miembros de la Guardia, se podían dedicar menos manos a arar los campos, cuidar de las abejas y plantar los huertos, de manera que la espesura había engullido más de un campo y más de una aldea. En el Nuevo Agasajo había habido pueblos y aldeas cuyos impuestos, pagados en mercancía o en mano de obra, ayudaban a alimentar y a vestir a los hermanos negros. También habían desaparecido largo tiempo atrás.

—Qué idiotas, mira que abandonar un castillo tan bueno... —comentó Ygritte.

—No es más que un torreón. Aquí viviría hace mucho algún señor menor, con su familia y unos pocos sirvientes. Cuando se acercaban invasores, encendía un faro en el tejado. En Invernalia hay torres tres veces más altas que esa.

—¿Cómo es posible que los hombres construyan cosas tan grandes sin gigantes que levanten las piedras? —Ella lo miraba como si pensara que se lo estaba inventando.

Según las leyendas, Brandon el Constructor había contado con la ayuda de gigantes para edificar Invernalia, pero Jon no quería cambiar de tema.

—Los hombres pueden construir cosas mucho más altas. En Antigua hay una torre más alta que el Muro.

Era evidente que no lo creía.

« Si pudiera mostrarle Invernalia... Regalarle una flor de los jardines de cristal, llevarla a un banquete en el salón principal, enseñarle los reyes de piedra en sus tronos... Podríamos bañarnos juntos en los estanques calientes y amarnos al pie del árbol corazón, ante los ojos de los antiguos dioses» .

El sueño era hermoso... pero Invernalia no sería suya; nunca se la podría mostrar. Pertenece a su hermano, el Rey en el Norte. Él era un Nieve, no un Stark.

« Bastardo, perjuro y cambiácapas...» .

—A lo mejor, después podemos venir aquí y vivir en esa torre —le dijo—. ¿Qué te parecería, Jon Nieve? ¿Después?

«Después. —La palabra era como una puñalada—. Después de la guerra. Después de la conquista. Después de que los salvajes derribaran el Muro...».

En cierta ocasión, su señor padre le había hablado de la posibilidad de nombrar nuevos señores e instalarlos en los torreones abandonados, como escudo contra los salvajes. Para llevar a cabo el plan haría falta que la Guardia cediera una buena parte del Agasajo, pero su tío Benjen creía que sería posible convencer al lord comandante, siempre y cuando los nuevos señores pagaran impuestos al Castillo Negro y no a Invernalia.

—Pero no es más que un sueño para la primavera —había suspirado lord Eddard—. Cuando se acerca el invierno, ni la promesa de tierras atrae a nadie hacia el norte.

«Si el invierno hubiera llegado y pasado más deprisa, si hubiera empezado la primavera, tal vez habría elegido defender una de estas torres en nombre de mi padre». Pero lord Eddard estaba muerto y su hermano Benjen había desaparecido; el escudo que habían soñado juntos no se forjaría jamás.

—Estas tierras pertenecen a la Guardia —le dijo Jon.

—Aquí no vive nadie. —La ira que sentía Ygritte hacia que se le movieran las aletas de la nariz.

—Porque vuestros invasores los echaron.

—Pues entonces es que eran unos cobardes. Si querían las tierras, tendrían que haberse quedado para luchar por ellas.

—Puede que estuvieran cansados de luchar. Cansados de atrancar las puertas todas las noches, sin saber si Casaca de Matraca o alguien como él las iba a derribar para secuestrar a sus esposas. Cansados de que les robaran las cosechas y cualquier objeto de valor. Era más fácil irse adonde no hubiera invasores.

«Pero si el Muro cayera, todo el norte estaría al alcance de los invasores».

—No sabes nada, Jon Nieve. Se secuestra a las hijas, no a las esposas. Vosotros sois los que robáis. Os quedasteis con el mundo entero y construisteis el Muro para dejar fuera al pueblo libre.

—¿Nosotros? —A veces, Jon se olvidaba de lo salvaje que era; en aquellas ocasiones, ella se encargaba de recordárselo—. ¿Y cómo fue?

—Los dioses hicieron la tierra para que todos los hombres la compartieran. Pero luego vienen los reyes, con sus coronas y sus espadas de acero, y dicen que todo es suyo. Los árboles son míos, dicen, no os podéis comer las manzanas. El arroyo es mío, aquí no podéis pescar. El bosque es mío, nada de cazar. Mi tierra, mi agua, mi castillo, mi hija... No les pongas las manos encima o te las corto, pero a lo mejor si te arrodillas delante de mí te dejo que lo olisquees. Decís que somos ladrones, pero al menos un ladrón tiene que ser valiente, astuto y rápido. Para arrodillarse solo hacen falta rodillas.

—Harma y Saco de Huesos no vinieron a buscar peces y manzanas. Roban espadas y hachas. Especias, sedas y pieles. Echan mano de toda moneda, anillo

y copa enjoyada que encuentran, de los toneles de vino en verano y los de buey en invierno, y sea cual sea la estación, cogen a las mujeres y se las llevan al otro lado del Muro.

—¿Y qué? Yo prefiero mil veces que me secuestre un hombre fuerte a que mi padre me entregue a cualquier debilucho.

—Eso dices tú, pero ¿cómo lo sabes? ¿Y si te secuestrara un hombre que no te gusta nada?

—Para secuestrarme a mí tendría que ser rápido, astuto y valiente. Así que sus hijos también serían fuertes y listos. ¿Por qué no me iba a gustar un hombre así?

—A lo mejor no se lavaba nunca y olía peor que un oso.

—Entonces lo empujaría al río o le echaría un cubo de agua por encima. Además, los hombres no tienen por qué oler a flores.

—¿Qué tienen de malo las flores?

—Para las abejas, nada. Pero para la cama yo quiero una de estas.

Ygritte hizo ademán de palparle la parte delantera de los calzones, pero Jon la agarró por la muñeca.

—¿Y si ese hombre bebiera demasiado? —insistió—. ¿Y si fuera brutal, o cruel? —La apretó con más fuerza para que lo entendiera bien—. ¿Y si fuera más fuerte que tú y le gustara darte palizas hasta hacerte sangrar?

—Le cortaría la garganta cuando estuviera dormido. No sabes nada, Jon Nieve. —Ygritte se retorció como una anguila y se apartó de él.

« Hay una cosa que sé muy bien. Sé que eres salvaje hasta la médula». A veces era fácil olvidarlo, cuando estaban besándose o riéndose juntos. Pero entonces uno de los dos decía algo, o hacía algo, y de pronto recordaban el muro que separaba sus mundos.

—Un hombre puede poseer una mujer o puede poseer un cuchillo —le dijo Ygritte—. Pero nunca a la vez. Todas las madres se lo enseñan a sus hijas desde pequeñas. —Alzó la barbilla en gesto desafiante y sacudió la espesa cabellera roja—. Y los hombres no pueden poseer la tierra, igual que no pueden poseer el cielo o el mar. Los arrodillados pensáis que sí, pero Mance os va a dar una buena lección.

Como bravata no estaba nada mal, pero era una amenaza vana. Jon echó un vistazo hacia atrás para asegurarse de que el magnar no los estaba escuchando. Errok, Forúnculo y Dan el Cañameño caminaban a unos pasos por detrás de ellos, pero no les estaban prestando atención. Forúnculo se quejaba del dolor de culo.

—Ygritte —le dijo en voz baja—, Mance no puede ganar esta guerra.

—¡Claro que puede! —se empecinó—. No sabes nada, Jon Nieve. ¡No has visto luchar al pueblo libre!

Los salvajes peleaban como héroes o como demonios, según el punto de vista del que lo dijera, pero al final todo se reducía a lo mismo. « Luchan con valor

temerario, cada uno buscando su gloria personal».

—No me cabe la menor duda de que sois todos muy valientes, pero cuando se trata de una batalla, la disciplina siempre puede más que el valor. Al final, Mance fracasará, como han fracasado antes todos los Reyes-más-allá-del-Muro. Y cuando llegue ese momento, moriréis. Todos.

Ygritte le había lanzado una mirada tan furiosa que pensó que lo iba a abofetear.

—Moriremos todos —dijo—. Tú también. Ya no eres un cuervo, Jon Nieve. He jurado que no lo eres, así que más te vale no dejarme por mentirosa.

Lo empujó contra el tronco de un árbol y le dio un beso en la boca allí mismo, en medio de la desordenada columna. Jon oyó que Grigg el Cabra les decía que siguieran caminando. Alguien se echó a reír. Pese a todo, le devolvió el beso. Cuando por fin se separaron, Ygritte tenía las mejillas ruborizadas.

—Eres mío —susurró—. Eres mío, igual que yo soy tuya. Si tenemos que morir, moriremos. Todos los hombres mueren, Jon Nieve. Pero antes vamos a vivir.

—Sí. —Tenía la voz entrecortada—. Antes vamos a vivir.

Al oírlo, sonrió y le mostró a Jon aquellos dientes torcidos que, sin saber cómo, había llegado a amar.

«Salvaje hasta la médula», volvió a pensar con un nudo en la garganta. Flexionó los dedos de la mano de la espada y se preguntó qué haría Ygritte si supiera qué sentía de verdad. Si se sentaba con ella y le decía que seguía siendo el hijo de Ned Stark y un hombre de la Guardia de la Noche, ¿lo traicionaría? Quería pensar que no, pero no se atrevía a correr semejante riesgo. Demasiadas vidas dependían de que consiguiera llegar al Castillo Negro antes que el magnar... contando con que tuviera ocasión de escapar de los salvajes.

Habían descendido por la cara sur del Muro en Guardiagrís, que estaba abandonado desde hacía más de doscientos años. Un siglo atrás se había derrumbado un tramo de peldaños de piedra, pero aun así, la bajada les resultó mucho más fácil que la subida. Una vez allí, con Styr al frente, se adentraron en el Agasajo para esquivar las habituales patrullas de la Guardia. Grigg el Cabra iba al frente del grupo cuando pasaron cerca de las pocas aldeas habitadas que quedaban en aquellas tierras. Aparte de unos cuantos torreones dispersos, que hurgaban el cielo como dedos de piedra, no vieron ni rastro de presencia humana. Atravesaron colinas frías y húmedas, y llanuras azotadas por los vientos, sin que los vieran.

«Te exijan lo que te exijan, no puedes negarte —le había dicho Mediamano—. Cabalga con ellos, come con ellos y combate con ellos todo el tiempo que sea preciso». Había cabalgado muchas leguas y caminado muchas más; había compartido el pan y la sal, y también las mantas de Ygritte, pero seguían sin confiar en él. Los thenitas lo vigilaban día y noche, siempre alerta ante el menor

indicio de traición. No tenía manera de escabullirse, y pronto sería demasiado tarde.

« Combate con ellos», le había dicho Qhorin antes de entregar su vida a *Garra*... Pero hasta aquel momento, las cosas no habían llegado tan lejos. « Una vez derrame la sangre de un hermano, estaré perdido. Habré cruzado el Muro definitivamente y no habrá vuelta atrás».

Al final de cada día de marcha, el magnar lo hacía llamar y lo cosía a preguntas acerca del Castillo Negro, su guarnición y sus defensas. Jon mentía siempre que se atrevía, y unas cuantas veces había fingido desconocer las respuestas, pero Grigg el Cabra y Errok también lo estaban escuchando y sabían lo suficiente para que tuviera que ir con cuidado. Una mentira demasiado evidente lo delataría.

Pero la verdad era espantosa. El Castillo Negro no contaba con más defensas que el propio Muro. No había ni siquiera empalizadas de madera ni diques de tierra. El « castillo» no era más que un montón de torres y torreones, dos tercios de los cuales se estaban desmoronando. En cuanto a la guarnición, el Viejo Oso se había llevado a doscientos hombres en su expedición. ¿Habrían regresado? Jon no tenía manera de saberlo. En el castillo podían quedar unos cuatrocientos, pero eran sobre todo constructores o mayordomos, en ningún caso exploradores.

Los thenitas eran guerreros curtidos y mucho más disciplinados que el resto de los salvajes; sin duda, por aquel motivo los había elegido Mance. Entre los defensores del Castillo Negro se encontraban el maestre Aemon, ciego; su mayordomo también medio ciego, Clydas; el manco Donal Noye; el septón Cellador, siempre borracho; Dick Follard el Sordo; el cocinero Hobb Tresdedos; el anciano ser Wynton Stout, así como Halder, Sapo, Pyp, Albett y el resto de los muchachos que se habían entrenado con Jon. Al mando de todos estaría Bowen Marsh, el lord mayordomo, regordete y con el rostro congestionado, nombrado castellano en ausencia de lord Mormont. Edd el Penas a veces llamaba a Marsh Viejo Granada, apodo que lo definía tan bien como el de Viejo Oso a Mormont.

—Es el hombre al que nos conviene tener al mando cuando el enemigo ataque —solía decir Edd con su habitual voz austera—. Los contaría en un momento. Es un hacha contando; no se le escapa uno.

« Si el magnar llega al Castillo Negro por sorpresa, será una carnicería. Matarán a los chicos mientras duermen; ni siquiera sabrán que los atacan». Jon tenía que avisarlos, pero ¿cómo? No lo enviaban nunca a forrajejar ni a cazar, ni le dejaban montar guardia a solas. También tenía miedo por Ygritte. No se la podía llevar, pero si la dejaba allí, el magnar tal vez la hiciera pagar por su traición. « Dos corazones que laten como uno...» .

Todas las noches compartían las pieles, y se quedaba dormido con la cabeza de la muchacha sobre el pecho y su melena roja haciéndole cosquillas en la barbilla. Su olor era ya parte de él. Sus dientes torcidos, el tacto de sus pechos

cuando los cogía con la mano, el sabor de su boca... Todo aquello era su alegría y su desesperación a la vez. Más de una noche se había tumbado con la calidez de Ygritte a su lado, sin dejar de preguntarse si su señor padre se habría sentido así de confuso con su madre, fuera quien fuera.

«Ygritte me tendió la trampa, y Mance Rayder me empujó adentro».

Cada día que pasaba entre los salvajes hacía que le resultara más difícil lo que debía hacer. Tenía que buscar la manera de traicionar a aquellos hombres, y cuando lo consiguiera, morirían. No quería su amistad, igual que no había querido el amor de Ygritte. Pero, aun así... Los thenitas hablaban la antigua lengua y rara vez se dirigían a Jon, pero con los hombres de Jarl, los que habían escalado el Muro, la cosa era diferente. Jon estaba empezando a conocerlos muy a su pesar: Errok, flaco y silencioso; Grigg el Cabra, siempre sociable; los niños Quort y Bodger; Dan el Cañameño, el fabricante de cuerdas... El peor de todos era Del, un muchacho de rostro caballuno que no dejaba de hablar con voz soñadora de la chica salvaje a la que quería secuestrar.

—Tiene suerte, como tu Ygritte. Nació besada por el fuego.

Jon tuvo que morderse la lengua. No quería saber nada de la chica de Del, ni de la madre de Bodger, ni de la aldea situada junto al mar donde había nacido Henk el Timón, ni de las ganas que tenía Grigg de visitar a los hombres verdes en la isla de los Rostros, ni de aquella vez en la que un alce había perseguido a Dedodelpié hasta obligarlo a subirse a un árbol. No quería más detalles del forúnculo que tenía Forúnculo en el culo, ni de cuánta cerveza era capaz de beber Pulgares de Piedra, ni de cómo el hermanito de Quort le había suplicado que no fuera con Jarl. Quort no tenía más de catorce años, aunque ya había secuestrado una esposa y estaba esperando un hijo de ella.

—Puede que nazca en algún castillo —alardeaba el chico—. ¡En un castillo, como los señores!

Estaba muy emocionado con los castillos que habían visto, que en realidad no eran más que torres de vigilancia.

Jon se preguntó dónde estaría Fantasma. ¿Habría vuelto al Castillo Negro o estaría corriendo por los bosques con alguna manada de lobos? No percibía la presencia del huargo ni siquiera en sueños. Se sentía como si le hubieran arrebatado algo que era parte de él. Hasta con Ygritte dormida a su lado se encontraba solo. No quería morir solo.

Aquella tarde, los árboles habían empezado a escasear más mientras avanzaban hacia el este por suaves llanuras onduladas. La hierba que los rodeaba les llegaba a la cintura, y las espigas de trigo silvestre se mecían con cada ráfaga de viento, pero el día en general era cálido y luminoso. En cambio, al anochecer, las nubes empezaron a acumularse amenazadoras hacia el oeste. No tardaron en cubrir la bola anaranjada que era el sol, y Lenn auguró que se acercaba una tormenta de las fuertes. Su madre era una bruja de los bosques, así que todos

estaban de acuerdo en que tenía el don de predecir el tiempo.

—Cerca de aquí hay una aldea —dijo Grigg el Cabra al magnar—. A menos de una legua. Podemos buscar refugio allí.

Styr asintió sin dudar.

Cuando llegaron ya había anochecido hacia rato, y la tormenta se había desencadenado. La aldea estaba junto a un lago. Llevaba abandonada tanto tiempo que la mayor parte de las casas se había derrumbado. Incluso la posada de madera que en otros tiempos debió de dar cobijo a los viajeros estaba medio derruida y sin techo.

« Poco refugio vamos a encontrar ahí», pensó Jon con tristeza. Cuando los relámpagos iluminaban el cielo se veía una torre redonda en medio de una isla situada en el lago, pero no tenían botes ni manera de llegar a ella.

Errok y Del se habían adelantado para explorar las ruinas; Del regresó casi al momento. Styr dio orden de detenerse a la columna y envió a una docena de thenitas como avanzadilla, todos con las lanzas dispuestas. Para entonces, Jon también lo había visto: un fuego ardía en la chimenea y la teña de luz roja. « No estamos solos». El miedo se retorció en sus entrañas como una serpiente. Oyó el relincho de un caballo; luego, gritos. « Cabalga con ellos, come con ellos y combate con ellos», le había dicho Qhorin.

Pero la lucha había terminado.

—Solo es un hombre —dijo Errok en cuanto volvió—. Un viejo con un caballo.

El magnar gritó órdenes en la antigua lengua, y una veintena de thenitas se dispersaron para explorar el área en torno a la aldea, mientras otros registraban las casas para asegurarse de que nadie se escondía entre la vegetación y las piedras. Los demás se apretujaron en la posada sin techo y se dieron codazos para buscar un lugar más cercano a la chimenea. Las ramas rotas que el viejo había estado quemando generaban más humo que calor, pero en una noche de tormenta, hasta la llama más pequeña era bien recibida. Dos de los thenitas habían tirado al viejo al suelo y estaban registrando sus cosas. Otro sujetaba al caballo por las riendas, mientras tres más saqueaban el contenido de las alforjas.

Jon se alejó de la posada. Una manzana podrida estalló bajo su bota.

« Styr lo va a matar. —El magnar lo había dicho en Guardiagrís: había que matar al momento a cualquier arrodillado que se encontraran para asegurarse de que no daba la alarma—. Cabalga con ellos, come con ellos y combate con ellos». ¿Significaba aquello que tenía que permanecer mudo e inmóvil mientras le cortaban el cuello a un anciano?

Cerca del linde de la aldea, Jon se dio de bruces con uno de los guardias que Styr había apostado. El thenita le gruñó algo en la antigua lengua y apuntó hacia la posada con el asta de la lanza.

« Vuelve a tu lugar —supuso Jon—. Pero ¿cuál es mi lugar?» .

Se dirigió hacia el agua y encontró un lugar casi seco bajo los restos de pared de paja de las ruinas de una casa. Allí fue donde lo encontró Ygritte, contemplando el lago azotado por la lluvia.

—Conozco este lugar —le dijo cuando se sentó junto a él—. Esa torre... La próxima vez que haya un relámpago, mira la parte de arriba y dime qué ves.

—Como quieras —dijo—. Por cierto, varios thenitas dicen que han oido ruidos que venían de allí. Dicen que eran gritos.

—Serían truenos.

—Dicen que eran gritos. Puede que haya fantasmas.

El torreón tenía un aspecto tétrico allí, en medio de la tormenta en su isla rocosa, azotado por la lluvia y rodeado por el lago.

—Podríamos ir a echar un vistazo —sugirió Jon—. Más mojados de lo que estamos no vamos a estar...

—¿Nadando? ¿En medio de la tormenta? —La sola idea la hizo reír—. ¿Es un truco para que me quite la ropa, Jon Nieve?

—¿Ahora me hacen falta trucos para eso? —bromeó—. ¿O es que no sabes nadar?

Él era un excelente nadador; había aprendido de niño en el gran foso de Invernalia.

—No sabes nada, Jon Nieve. —Ygritte le dio un puñetazo en el hombro—. Soy mitad pez, te lo voy a demostrar.

—Mitad pez, mitad cabra, mitad caballo... Tienes demasiadas mitades, Ygritte. —Sacudió la cabeza—. Si este lugar es el que creo, no nos haría falta nadar. Podriámos ir andando.

—¿Andando sobre el agua? —Ella se lo quedó mirando—. ¿Eso qué es? ¿Brujería sureña?

—No es... —empezó, pero un relámpago cayó del cielo como una puñalada para hender la superficie del lago. Durante un instante hubo tanta luz como si fuera mediodía. El retumbar del trueno fue tan estrepitoso que Ygritte contuvo una exclamación y se tapó las orejas—. ¿Has mirado? —preguntó Jon a medida que el ruido se esfumaba y la noche volvía a ser negra—. ¿Lo has visto?

—Son de color amarillo —respondió ella—. ¿Te refieres a eso? Algunas de las piedras de arriba son amarillas.

—Se llaman almenas. Hace mucho tiempo las pintaron de color dorado. Esto es Corona de la Reina.

En medio del lago, la torre volvía a ser negra, una sombra oscura apenas visible.

—¿Aquí vivía una reina? —preguntó Ygritte.

—Aquí pasó la noche una reina. —La historia se la había contado la Vieja Tata, pero el maestre Luwin había confirmado la mayor parte—. Alyssanne, la esposa del rey Jaehaerys el Conciliador. Lo llaman el Viejo Rey porque reinó

muchísimo tiempo, pero cuando llegó al Trono de Hierro era joven. En aquellos tiempos tenía por costumbre viajar por todo el reino. Cuando llegó a Invernalia lo acompañaban su reina, seis dragones y la mitad de su corte. El rey tenía asuntos importantes que tratar con el Guardián del Norte, y Alyssanne se aburría, de manera que montó a lomos de su dragón Ala de Plata y voló hacia el norte para ver el Muro. Esta aldea fue uno de los lugares donde se detuvo. Después, los habitantes pintaron la parte superior del torreón para que pareciera la corona dorada que lucía la noche que pasó entre ellos.

—No he visto nunca un dragón.

—Ni tú ni nadie. Los últimos dragones murieron hace cien años o más. Pero esto fue antes.

—¿Te refieres a lo de la reina Alyssanne?

—Más adelante la empezaron a llamar la Bondadosa Reina Alyssanne. Uno de los castillos del Muro se bautizó también en su memoria. Puerta de la Reina. Antes de su visita se llamaba Puerta de la Nieve.

—Si tan buena era, tendría que haber mandado derribar ese Muro.

« No —pensó él—. El Muro protege el reino. De los Otros... y también de ti y de los tuyos, cariño» .

—Tuve otro amigo que soñaba con dragones. Era un enano. En cierta ocasión me dijo...

—¡Jon Nieve! —Uno de los thenitas se alzaba a su lado con el ceño fruncido—. Magnar llamar.

Jon pensó que tal vez se trataba del mismo hombre que había ido a buscarlo fuera de la cueva la noche anterior a la escalada del Muro, pero no estaba seguro. Se puso de pie. Ygritte fue con él, cosa que siempre hacía fruncir el ceño a Styrling, pero cuando trataba de echarla, ella le recordaba que era una mujer libre, no una arrodillada, y que iba y venía cuando le daba la gana.

El magnar se encontraba bajo el árbol que crecía en el suelo de la sala común. Su prisionero estaba arrodillado ante la chimenea, rodeado de lanzas de madera y espadas de bronce. Vio acercarse a Jon, pero no dijo nada. La lluvia corría por las paredes y repiqueteaba contra las escasas hojas que aún le quedaban al árbol, mientras del fuego se elevaba una espesa humareda.

—Tiene que morir —dijo Styrling, el magnar—. Encárgate tú, cuervo.

El anciano no dijo nada. Se limitó a mirar a Jon, de pie entre los salvajes. Entre la lluvia y el humo, con la única luz del fuego, no podía ver que Jon vestía todo de negro a excepción de la capa de piel de oveja.

« ¡O tal vez sí!» .

Jon desenvainó a *Garra*. La lluvia bañó el acero y las llamas dibujaron una lúgubre línea naranja a lo largo del filo. « Que una hoguera tan pequeña le vaya a costar a un hombre la vida...» . Recordó lo que había comentado Qhorin Mediámano cuando divisaron el fuego en el Paso Aullante.

—Aquí arriba, el fuego es la vida —les dijo en aquella ocasión—, pero también puede ser la muerte.

Pero había sido en los Colmillos Helados, en las tierras sin ley, más allá del Muro. Aquello era el Agasajo; estaba bajo la protección de la Guardia de la Noche y el poder de Invernalia. Allí un hombre tendría que ser libre de encender una hoguera sin morir por ello.

—¿Por qué dudas? —dijo Styr—. Mátalo y acabemos de una vez.

Ni siquiera entonces dijo nada el prisionero. «Piedad», podría haber dicho, o tal vez «Me habéis quitado el caballo, las monedas, la comida; dejadme al menos la vida», o «No, por compasión, no os he hecho ningún daño». Podría haber dicho mil cosas, o haber llorado, o haber pedido ayuda a sus dioses. Aunque nada que dijera podría salvarlo. Tal vez lo supiera. Tal vez por aquello cerraba la boca y miraba a Jon con un gesto mezcla de súplica y acusación.

«Te exijan lo que te exijan, no puedes negarte. Cabalga con ellos, come con ellos y combate con ellos...». Pero aquel anciano no ofrecía resistencia. Había tenido mala suerte y nada más. Quién era, de dónde procedía, a dónde se dirigía a lomos de aquel jamelgo patético... nada de aquello importaba.

«Es un anciano —se dijo Jon—. Debe de tener cincuenta años, puede que sesenta. Ha vivido más que muchos hombres. Los thenitas lo van a matar de todos modos; nada de lo que yo diga o haga puede salvarlo. —*Garra* le pesaba más que el plomo en la mano, apenas podía levantarla. El hombre no dejaba de mirarlo con unos ojos tan grandes y negros como pozos—. Me caeré en esos ojos y me ahogaré. —El magnar también lo estaba mirando; casi le llegaba el olor de su desconfianza—. Este hombre ya está muerto. ¿Qué importa si es mi mano la que lo asesina? —Bastaría con un golpe, rápido, limpio. *Garra* estaba forjada con acero valyrio—. Igual que *Hielo*». Jon recordó otra ejecución; el desertor arrodillado, su cabeza rodando, el color de la sangre sobre la nieve... La espada de su padre, las palabras de su padre, el rostro de su padre...

—Hazlo de una vez, Jon Nieve —lo apremió Ygritte—. Tienes que hacerlo. Demuestra que no eres un cuervo, que eres del pueblo libre.

—Matando a un viejo junto al fuego?

—Orell también estaba sentado junto al fuego y bien que lo mataste. —La mirada que clavó en él era implacable—. Ibas a matarme a mí hasta que viste que era una mujer. Y estaba dormida.

—Aquello era diferente. Erais soldados... centinelas...

—Sí, y los cuervos no queríais que os descubrieran. Igual que nosotros ahora. Es lo mismo. Mátalo.

—No —negó dándole la espalda al hombre.

—Mátalo. —El magnar se acercó a él, alto, frío y peligroso—. Aquí mando yo.

—Mandas sobre los thenitas —le dijo Jon—, no sobre el pueblo libre.

—Aquí no hay nadie del pueblo libre. Aquí hay un cuervo y su esposa cuervo.

—¡No soy ninguna esposa cuervo!

Ygritte desenvainó el cuchillo. Con tres zancadas rápidas se puso junto al viejo, lo agarró del pelo, le echó la cabeza hacia atrás y le abrió el cuello de oreja a oreja. El hombre no gritó ni en el momento de morir.

—¡No sabes nada, Jon Nieve! —le gritó, y le tiró a los pies la hoja ensangrentada.

El magnar gritó una orden en la antigua lengua. Tal vez les estuviera diciendo a los thenitas que mataran a Jon allí mismo, pero jamás lo sabría. Un relámpago cayó desde el cielo, un rayo desgarrador de un blanco azulado que tocó la cúspide de la torre del lago. Se sintió el olor de su furia, y el trueno, cuando llegó, pareció estremecer la noche.

Y la muerte se abalanzó sobre ellos.

La luz del rayo había deslumbrado a Jon, pero llegó a vislumbrar la sombra que se lanzaba contra ellos un instante antes de oír el chillido. El primer thenita murió igual que el viejo, con la garganta destrozada. Luego, la luz desapareció, y la sombra se convirtió en un remolino que gruñía, y otro hombre cayó en la oscuridad. Se oyeron maldiciones, gritos, aullidos de dolor... Jon vio caer a Forúnculo hacia atrás, derribando a tres hombres que tenía a la espalda.

«Fantasma —pensó durante un instante demencial—. Fantasma ha saltado el Muro. —Luego, el relámpago transformó la noche en día, y vio al lobo con las patas sobre el pecho de Del; las fauces chorreaban sangre—. Gris. Es gris».

Con el trueno llegó la oscuridad. Los thenitas tanteaban a su alrededor con las lanzas mientras el lobo se movía entre ellos como una centella. La yegua del anciano se alzó sobre las patas traseras, enloquecida por el olor de la sangre, y coceó fuera de sí. Jon Nieve seguía teniendo a *Garra* en la mano. Supo al instante que no iba a tener una ocasión mejor.

Lanzó un tajo al primer hombre mientras se volvía hacia el lobo, apartó al segundo de un empujón y dio una estocada al tercero. En medio de la locura oyó que alguien gritaba su nombre, pero no habría sabido decir si era Ygritte o el magnar. El thenita que trataba de dominar al caballo no llegó a verlo. *Garra* era ligera como una pluma. La blandió contra la pantorrilla del salvaje y sintió como el acero mordía hasta el hueso. Cuando cayó, la yegua se encabritó, pero Jon consiguió agarrarla por las crines con la mano izquierda y montar sobre ella. Una mano se le cerró en torno al tobillo; lanzó un tajo y vio cómo el rostro de Bodger desaparecía en una confusión de sangre. El caballo se alzó sobre las patas traseras, otra vez coceando. Uno de los cascos acertó a un thenita en la sien, y se oyó un crujido aterrador.

Y de repente iban al galope. Jon no intentó guiar al caballo; todo lo que podía hacer era aferrarse a él con todas sus fuerzas entre el fango, la lluvia y los

truenos. Ramas húmedas le azotaban el rostro, y una lanza le pasó silbando junto a la oreja.

« Si el caballo tropieza y se rompe una pata, me caerán encima y me matarán», pensó, pero los antiguos dioses estaban con él, y el caballo no tropezó. El relámpago desgarró la cúpula negra del cielo, y el trueno retumbó sobre la llanura. Los gritos fueron quedando atrás hasta morir.

Muchas horas después, la lluvia cesó. Jon se encontró a solas en un mar de alta hierba negra. Sentía un dolor punzante en el muslo derecho. Cuando bajó la vista se sorprendió al ver que tenía una flecha clavada. « ¿Desde cuándo?». Agarró el asta y le dio un tirón, pero la punta estaba clavada muy profundamente en la pierna, y el dolor fue insoportable. Trató de recordar la situación demencial de la posada, pero lo único que le acudía al pensamiento era la imagen de la bestia, delgada, gris, terrible...

« Era demasiado grande para ser un lobo común. Tenía que ser un huargo. Un huargo, sin duda. —No había visto antes un animal que se moviera tan deprisa—. Como un viento gris...». ¿Sería posible que Robb hubiera vuelto al norte?

Jon sacudió la cabeza. No tenía respuestas. Pensar le costaba demasiado... Pensar en el lobo, en el anciano, en Ygritte, en todo...

Se bajó de la yegua como pudo. La pierna herida no aguantaba su peso; tuvo que morderse los labios para no gritar. « Esto va a doler mucho». Pero había que sacar la flecha, y no ganaría nada esperando. Jon agarró el asta de la flecha, respiró profundamente y tiró. Gimió y maldijo. Le dolió tanto que tuvo que parar. « Estoy sangrando como un cerdo degollado», pensó, pero no podía hacer nada hasta que sacara la flecha. Apretó los dientes y lo intentó de nuevo... y de nuevo se tuvo que detener entre temblores. « Una vez más». En aquella ocasión gritó sin contenerse, y cuando terminó, la punta de la flecha se le veía ya en el muslo. Jon apartó los calzones ensangrentados para agarrar mejor el asta, apretó los dientes otra vez y, poco a poco, se arrancó la flecha de la pierna. Jamás sabría cómo lo había conseguido sin desmayarse.

Después se quedó tumbado en el suelo, sin soltar el trofeo, sangrando, en silencio, demasiado débil para moverse. Al cabo de un rato comprendió que si no se forzaba a hacer algo, moriría desangrado. Se arrastró hasta el arroyo del que estaba bebiendo la yegua, se lavó el muslo con agua fría y se lo vendó con una tira de tejido que arrancó de la capa. También lavo la flecha y le dio muchas vueltas entre las manos. ¿Era la emplumadura gris o blanca? Ygritte les ponía a sus flechas plumas de ganso color gris claro.

« ¿Me disparó cuando escapaba?». Jon no habría podido culparla. Se preguntó si habría estado apuntando al caballo o a él. Si la yegua hubiera caído, él estaría ya muerto. « Menos mal que mi pierna se interpuso».

Se quedó un rato descansando mientras la yegua pastaba. No se alejó demasiado, por suerte. Con la pierna tal como la tenía, no la habría podido

alcanzar. Tuvo que hacer acopio de todas sus energías para volver a montar.
«¿Cómo pude cabalgarla antes, sin silla ni riendas, y con la espada en la mano?». Otra pregunta a la que no podría responder jamás.

Un trueno retumbó a lo lejos, pero donde estaba ya había claros en el cielo. Jon escudriñó el firmamento hasta dar con el Dragón de Hielo. Luego guio a la yegua hacia el norte, en dirección al Muro y al Castillo Negro. El latigazo de dolor en el muslo le hizo apretar los dientes cuando clavó los talones en los flancos de la yegua del anciano.

«Vuelvo a casa», se dijo. Si era así, ¿por qué se sentía tan vacío?

Cabalgó hasta el amanecer, mientras las estrellas lo vigilaban como ojos.

Sus exploradores dothrakis la habían informado de la situación, pero Dany quería verla en persona. Ser Jorah Mormont cabalgó con ella por un bosque de abedules y por un empinado risco de arenisca.

—Ya estamos suficientemente cerca —le dijo cuando se encontraron en la cima.

Dany tiró de las riendas de la yegua y miró hacia el otro lado de los prados, hacia donde el ejército yunkio se cruzaba en su camino. Barbablanca le había enseñado la manera de calcular el número de sus enemigos.

—Cinco mil —dijo al cabo de un instante.

—Lo mismo diría yo. —Ser Jorah señaló con un dedo—. Aquellos de los flancos son mercenarios. Lanceros y arqueros a caballo; también llevan espadas y hachas para el combate cuerpo a cuerpo. Los segundos hijos están en el ala izquierda; los cuervos de tormenta, en la derecha. Unos quinientos hombres de cada. ¿Veis los estandartes?

La arpía de Yunkai tenía entre las garras una fusta y un collar de hierro, en vez de un trozo de cadena. Pero los mercenarios ondeaban sus estandartes debajo de los de la ciudad a la que servían: a la derecha, cuatro cuervos entre dos rayos cruzados; a la izquierda, una espada rota.

—Los propios yunkios defienden el centro —advirtió Dany. Desde lejos, los oficiales parecían idénticos a los de Astapor: yelmos altos brillantes y capas con discos de cobre cosidos—. ¿Van al frente de soldados esclavos?

—Son esclavos en su mayoría. Pero no están a la altura de los *immaculados*. Yunkai tiene fama por sus esclavos de cama, no por los guerreros.

—¿Qué opináis vos? ¿Podemos derrotar a este ejército?

—Con facilidad —asintió ser Jorah.

—Pero no sin derramar sangre. —Ya había habido sangre de sobra en los adoquines de Astapor el día en que la ciudad cayó, aunque muy poca era suya o de los suyos—. Podríamos ganar esta batalla, pero a ese precio no podríamos tomar la ciudad.

—Siempre hay un riesgo, *khaleesi*. Astapor era engreída y vulnerable. Yunkai ya está prevenida.

Dany meditó un momento. El ejército de los eslavistas parecía pequeño comparado con el suyo, pero los mercenarios iban a caballo. Ella había cabalgado suficiente tiempo con los dothrakis para sentir un respeto saludable hacia lo que los guerreros montados podían hacer con los de a pie.

« Los *immaculados* podrían resistir su carga, pero para mis libertos sería una carnicería».

—A los traficantes de esclavos les gusta hablar —dijo—. Enviadles un mensaje diciendo que los recibiré esta tarde en mi tienda. Invitad también a los

capitanes de las compañías de mercenarios. Pero no a la vez. Los Cuervos de Tormenta al mediodía, y los Segundos Hijos, dos horas después.

—Como ordenéis —respondió ser Jorah—. Pero si no vienen...

—Vendrán. Sentirán curiosidad; querrán ver a los dragones y saber qué voy a decirles; además, los que sean astutos lo considerarán una buena ocasión para calibrar mis fuerzas. —Hizo dar media vuelta a la yegua plateada—. Los esperaré en mi pabellón.

Fueron cielos color pizarra y vientos fríos los que recibieron a Dany cuando volvió con su ejército. La zanja profunda que rodearía el campamento ya estaba cavada a medias, y los bosques estaban poblados de inmaculados, que cortaban ramas de abedules para afilarlas y convertirlas en estacas. Los eunucos no podían dormir en un campamento que no estuviera fortificado o, al menos, aquello decía Gusano Gris. Estaba allí, vigilando los trabajos. Dany se detuvo un momento para hablar con él.

—Yunkai se ha preparado para la batalla.

—Eso es bueno, alteza. Estos están sedientos de sangre.

Había ordenado a los inmaculados que eligieran a sus oficiales, y Gusano Gris resultó ser el más valorado para el rango superior. Dany lo puso bajo la supervisión de ser Jorah, para que lo entrenara en el mando, y el caballero exiliado decía que, hasta el momento, el joven eunuco era duro pero justo, aprendía deprisa, era incansable y prestaba atención a todos los detalles.

—Los sabios amos han reunido un ejército para enfrentarse a nosotros.

—En Yunkai, los esclavos aprenden el camino de los siete suspiros y los dieciséis centros del placer, alteza. Los inmaculados aprenden el camino de las tres lanzas. Vuestro Gusano Gris pretende demostraroslo.

Una de las primeras cosas que había hecho Dany tras la caída de Astapor había sido abolir la costumbre de cambiar todos los días el nombre de los inmaculados. La mayor parte de los nacidos libres habían retomado los nombres que les dieron al nacer; al menos, los que todavía los recordaban. Otros se habían puesto nombres de héroes o dioses, y en algunos casos de armas, de gemas o hasta de flores, cosa que dio como resultado soldados un tanto peculiares a oídos de Dany. En cambio, Gusano Gris había seguido siendo Gusano Gris. Cuando le preguntó por qué, él le respondió: « Es un nombre que trae suerte. El nombre con que uno nació estaba maldito. Era el nombre que tenía cuando lo hicieron esclavo. Pero Gusano Gris es el nombre que uno sacó el día que Daenerys de la Tormenta lo hizo libre» .

—Si se llega a la batalla —le dijo Dany—, que Gusano Gris muestre tanta sabiduría como valor. Perdona a cualquier esclavo que huya o que tire el arma. Cuantos menos mueran, más quedarán luego para unirse a nosotros.

—Uno lo recordará.

—Lo sé. Acude a mi tienda al mediodía. Quiero que estés allí con el resto de

mis oficiales cuando trate con los capitanes de los mercenarios.

Dany espoleó a la plata hacia el campamento. Dentro del perímetro establecido por los inmaculados, las tiendas se alzaban en hileras ordenadas, y su pabellón dorado estaba en el centro. Un segundo campamento se extendía cerca del suyo. Era cinco veces más grande, más disperso y caótico: no tenía zanjas, ni tiendas, ni centinelas, ni cerca para los caballos... Los que tenían caballos o mulas dormían junto a los animales por temor a que se los robaran. Las cabras, las ovejas y los perros hambrientos vagaban libremente entre las hordas de mujeres, niños y ancianos. Dany había dejado Astapor en manos de un Consejo de antiguos esclavos, dirigidos por un sanador, un sabio y un sacerdote. A todos los consideró sabios y justos. Aun así, decenas de miles prefirieron seguirla a Yunkai en vez de quedarse atrás, en Astapor.

« Les entregué la ciudad, pero tuvieron demasiado miedo para aceptarla» .

El ejército de libertos hacía que el de Dany pareciera pequeño, pero en realidad suponía más carga que ayuda. Apenas uno de cada ciento tenía un asno, un camello o un buey; muchos llevaban armas robadas de la armería de algún traficante de esclavos, pero solo uno de cada diez tenía fuerzas para pelear, y ninguno sabía. Allí por donde pasaban agotaban todas las provisiones de la tierra: eran como langostas con sandalias. Aun así, Dany no tenía valor para abandonarlos, como le pedían con insistencia ser Jorah y los jinetes de sangre.

« Les dije que eran libres. Ahora no puedo decirles que no tienen libertad para seguirme» . Contempló el humo que se alzaba de las hogueras y contuvo un suspiro. Certo: tenía la mejor infantería del mundo, pero también tenía la peor.

Arstan Barbablanca estaba de pie a la entrada de su tienda, mientras que Belwas el Fuerte se había sentado con las piernas cruzadas en la hierba y se estaba comiendo un cuenco de higos. Durante la marcha, el deber de velar por ella recaía sobre aquellos dos hombres. Dany había nombrado *kos* a Jhogo, Aggo y Rakharo, que además seguían siendo sus jinetes de sangre. En aquellos momentos le hacían más falta para ir al frente de los dothrakis que para protegerla. Su *khalasar* era reducido, unos treinta y tantos guerreros a caballo, la mayor parte de ellos niños con el pelo sin trenzar y ancianos de hombros encorvados. Pero eran todos los hombres montados que tenía, y no podía prescindir de ellos. Tal vez los Inmaculados fueran la mejor infantería del mundo, como aseguraba ser Jorah, pero también necesitaba exploradores y escoltas.

—Habrá guerra con Yunkai —le dijo Dany a Barbablanca cuando entraron en el pabellón.

Irri y Jhiqui habían cubierto el suelo con alfombras, y Missandei estaba encendiendo una barrita de incienso para endulzar el aire polvoriento. Drogon y Rhaegal dormían sobre unos cojines, enroscados el uno al otro, y Viserion estaba posado en el borde de la bañera vacía.

—Missandei, ¿qué idioma hablan los yunkios? ¿Valyrio?

—Sí, alteza —dijo la niña—. Es un dialecto diferente al de Astapor, pero se parece lo suficiente para entenderlo. Los esclavistas se hacen llamar «sabios amos».

—¿Sabios? —Dany se sentó con las piernas cruzadas en un cojín; Viserion extendió las alas blancas y doradas y voló hasta situarse a su lado—. Ya veremos lo sabios que son —concluyó al tiempo que rascaba la cabeza escamosa del dragón, entre los cuernos.

Ser Jorah Mormont regresó una hora más tarde. Lo acompañaban tres capitanes de los Cuervos de Tormenta. Lucían plumas negras en los yelmos brillantes, y aseguraban que los tres eran iguales en honor y autoridad. Dany los estudió mientras Irri y Jhiqui servían el vino. Prendahl na Ghezn era un ghiscario achaparrado, con el rostro cuadrado y el pelo oscuro ya encaneciando; Sallor el Calvo era de Qarth, y tenía una cicatriz serpenteante en la pálida mejilla; y Daario Naharis resultaba extravagante hasta para un tyroshi. Llevaba la barba dividida en tres y teñida de azul, el mismo color que sus ojos, y el pelo rizado le caía hasta los hombros. Los bigotes puntiagudos se los tenía de dorado. La ropa que vestía era de toda la gama del amarillo. En el cuello y los puños llevaba una nube de encaje de Myr del color de la mantequilla; el jubón estaba adornado con medallones de latón en forma de amargones, y unas filigranas de oro le subían hasta los muslos por las botas de cuero. Llevaba unos guantes de suave gamuza amarilla colgados de un cinturón de anillas doradas, y tenía las uñas pintadas con laca azul.

Pero el que hablaba por todos los mercenarios era Prendahl na Ghezn.

—Haríais bien en llevaros vuestra escoria a otra parte —dijo—. Tomasteis Astapor a traición, pero Yunkai no caerá tan fácilmente.

—Quinientos de vuestros cuervos de tormenta contra diez mil de mis inmaculados —señaló Dany—. Solo soy una niña que no comprende el arte de la guerra, pero no me parece que tengáis muchas posibilidades.

—Los Cuervos de Tormenta no se alzan solos —dijo Prendahl.

—Los Cuervos de Tormenta no se alzan, punto. Se limitan a levantar el vuelo al primer indicio de un trueno. Tal vez deberíais estar volando ya. Tengo entendido que los mercenarios no suelen ser muy leales. ¿Qué ventaja os reportará la fidelidad cuando los Segundos Hijos cambien de bando?

—Tal cosa no sucederá —insistió Prendahl, impertérrito—. Y aunque así fuera, no tendría importancia. Los Segundos Hijos no son nada. Luchamos al lado de los fuertes hombres de Yunkai.

—Lucháis al lado de esclavos de cama armados con lanzas. —Al girar la cabeza, las dos campanillas de su trenza tintinearon—. Una vez comience la batalla, no habrá cuartel. Pero si os unís a mí ahora, podréis conservar el oro que os pagaron los yunkios y tendréis derecho a una parte del botín del saqueo;

además, habrá grandes recompensas cuando tome mi reino. Si lucháis por los sabios amos, vuestra recompensa será la muerte. ¿Creéis que Yunkai os abrirá las puertas para que os refugiéis cuando mis inocentes os estén masacrando junto a sus murallas?

—Mujer, rebuznas como un asno y hablas con su misma inteligencia.

—¿Mujer? —Dejó escapar una risita—. ¿Acaso tratáis de insultarme? Os devolvería la bofetada si os tomara por un hombre. —Daenerys clavó los ojos en los suyos—. Soy Daenerys de la Tormenta, de la casa Targaryen, La que no Arde, Madre de Dragones, *khaleesi* de los jinetes de Drogo y reina de los Siete Reinos de Poniente.

—No sois más que la ramera de un señor de los caballos —dijo Prendahl na Ghezn—. Cuando os derrote, os aparearé con mi corcel.

—Belwas el Fuerte le entregará esa fea lengua a la pequeña reina —dijo Belwas desenvainando el *arakh*—, si ella lo quiere.

—No, Belwas. He otorgado mi salvoconducto a estos hombres. —Sonrió—. Decidme una cosa... ¿Los cuervos de tormenta son esclavos o libres?

—Somos una hermandad de hombres libres —declaró Sallor.

—Mejor. —Dany se levantó—. Regresad y comunicadles a vuestros hermanos lo que he dicho. Puede que algunos prefieran cenar con gloria y oro en vez de con muerte. Dadme la respuesta por la mañana.

Los cuervos de tormenta se pusieron en pie a la vez.

—La respuesta es no —dijo Prendahl na Ghezn.

Sus compañeros salieron tras él de la tienda... pero Daario Naharis volvió la vista antes de partir, e inclinó la cabeza en un gesto cortés de despedida.

Dos horas más tarde llegó en solitario el comandante de los Segundos Hijo. Resultó ser un braavosi de presencia imponente, con ojos color verde claro y una poblada barba entre dorada y rojiza, que le llegaba casi hasta el cinturón. Su nombre era Mero, pero se hacía llamar Bastardo del Titán.

—Creo que me follé a tu hermana gemela en una casa de placer de Braavos. ¿O eras tú?

—No creo. Sin duda, recordaría a un hombre de tal grandiosidad.

—Así es. Ninguna mujer ha olvidado nunca al Bastardo del Titán. —El braavosi le tendió la copa a Jhiqui—. ¿Qué tal si te quitas la ropa y vienes a sentarte en mi regazo? Si me gustas, puede que ponga de tu parte a los Segundos Hijo.

—Si pones de mi parte a los Segundos Hijo, tal vez no te haga castrar.

—Muchachita, hubo otra mujer que intentó castrarme con los dientes. —El hombrón se echó a reír—. Ya no tiene dientes, pero mi espada sigue tan larga y gorda como siempre. ¿Quieres que me la saque y te la enseñe?

—No será necesario. Cuando mis eunucos te la corten, la podré examinar a placer. —Dany bebió un trago de vino—. Ciento es que no soy más que una niña

y que desconozco el arte de la guerra. Por favor, explicame cómo esperas derrotar a diez mil inmaculados con tus quinientos hombres. En mi inocencia, no me parece que tengas muchas posibilidades.

—Los Segundos Hijos se han enfrentado a ejércitos más grandes y han ganado.

—Los Segundos Hijos se han enfrentado a ejércitos más grandes y han huido. En Qohor, donde resistieron los Tres Mil. ¿Acaso lo niegas?

—Eso fue hace muchos años, antes de que los Segundos Hijos tuvieran como jefe al Bastardo del Titán.

—¿De modo que eres tú quien les inspira valor? —Dany se volvió hacia ser Jorah—. Cuando empiece la batalla, quiero que matéis a este el primero.

—De buena gana, alteza —dijo el caballero exiliado, sonriendo.

—Aunque claro —le dijo a Mero—, también puedes huir otra vez. No te detendremos. Coge tu oro y unkio y vete.

—Niña idiota, si hubieras visto alguna vez al Titán de Braavos sabrías que no rehúye una batalla.

—Pues quédate y lucha en mi bando.

—Ciento que valdría la pena luchar por ti —dijo el braavosi—, y me gustaría dejarte besar mi espada, pero no soy libre. He aceptado las monedas de Yunkai y con ello he comprometido mi palabra sagrada.

—Las monedas se pueden devolver. Yo te pagaré lo mismo y mucho más. Tengo por delante otras ciudades que conquistar, y todo un reino me espera a medio mundo de aquí. Sirveme con lealtad, y los Segundos Hijos no volverán a necesitar que los contraten.

—Lo mismo y mucho más, y tal vez añadas un beso, ¿eh? —El braavosi se tironeó de la espesa barba roja—. ¿O algo más que un beso? ¿Para un hombre tan magnífico como yo?

—Tal vez.

—Empiezo a pensar que me gustará el sabor de tu lengua.

« A mi oso negro no le gusta que se hable de besos». Dany notaba la rabia de ser Jorah.

—Piensa en lo que te he dicho. ¿Tendré tu respuesta por la mañana?

—La tendrás. —El Bastardo del Titán sonrió—. ¿Puedo llevarme una jarra de este excelente vino para beberlo con mis capitanes?

—Puedes llevarte un barril. Viene de las bodegas de los bondadosos amos de Astapor; tengo carromatos enteros cargados.

—Entonces dame un carromato. Como muestra de buena voluntad.

—Tu sed es grande.

—Todo en mí es grande. Y tengo muchos hermanos. El Bastardo del Titán no bebe a solas, *khaleesi*.

—Llévate un carromato, siempre que lo bebáis a mi salud.

—¡Hecho! —exclamó—. ¡Y hecho, y hecho! Tres veces brindaremos por ti, y tendrás la respuesta cuando salga el sol.

Pero, cuando Mero salió, Arstan Barbablanca tomó la palabra.

—Ese hombre tiene una reputación nefasta incluso en Poniente. No os dejéis engañar por su talante, alteza. Esta noche brindará tres veces a vuestra salud y mañana os violará.

—Por una vez, el viejo tiene razón —apuntaló ser Jorah—. Los Segundos Hijos son una vieja compañía y no carecen de valor, pero bajo el liderazgo de Mero se han vuelto casi tan crueles como la Compañía Audaz. Ese hombre es tan peligroso para quien lo contrata como para sus enemigos. Por eso lo hemos encontrado aquí. Las Ciudades Libres ya no le dan trabajo.

—No quiero su reputación, sino sus quinientos jinetes. ¿Qué hay de los Cuervos de Tormenta? ¿Alguna posibilidad?

—No —replicó ser Jorah sin miramientos—. El tal Prendahl es de sangre ghiscaria. Es probable que tuviera parientes en Astapor.

—Lástima. Bueno, tal vez no haya necesidad de luchar. Esperemos a ver qué nos responden los yunkios.

Los enviados de Yunkai llegaron cuando ya se estaba poniendo el sol. Eran cincuenta hombres a lomos de magníficos caballos negros y uno montado en un gran camello blanco. Lucían yelmos dos veces más altos que las cabezas para no aplastar las extravagantes trenzas, torres y esculturas del pelo aceitado que cubrían. Vestían faldas y túnicas de lino teñidas de amarillo intenso, y en las capas llevaban discos de cobre cosidos.

El hombre del camello blanco dijo llamarse Grazdan mo Eraz. Era enjuto y envarado, y mostraba una sonrisa tan blanca como lo había sido la de Kraznys hasta que Drogon le abrasó la cara. Llevaba el pelo recogido en forma de cuerno de unicornio que le salía de la frente, y el ribete de su *tokar* era de encaje dorado de Myr.

—Antigua y gloriosa es Yunkai, la reina de las ciudades —dijo después de que Dany le diera la bienvenida a su tienda—. Nuestras murallas son fuertes; nuestros nobles, orgullosos y fieros; nuestro pueblo, valeroso. Por nuestras venas corre la sangre del Antiguo Ghis, cuyo imperio ya era viejo cuando Valyria no era más que un bebé berreante. Habéis sido sabia al sentaros a hablar, *khaleesi*. Aquí no encontraréis una conquista fácil.

—Bien. A mis inocuos les sentará bien pelear un poco. —Miró a Gusano Gris, que asintió.

—Si es sangre lo que queréis —dijo Grazdan encogiéndose de hombros—, que corra la sangre. Me han dicho que habéis liberado a los eunucos. Para un inocuo, la libertad significa tanto como un sombrero para una merluza. —Sonrió a Gusano Gris, pero el eunuco parecía esculpido en piedra—. A los que sobrevivan los volveremos a esclavizar, y los usaremos para reconstruir Astapor

a partir de sus ruinas. También os podemos esclavizar a vos, no lo dudéis. En Lys y en Tyrosh hay casas de placer donde muchos hombres pagarián bien por acostarse con la última de los Targaryen.

—Me alegra que sepáis quién soy —dijo Dany con voz suave.

—Me enorgullezco de mis conocimientos sobre el salvaje Poniente y sus sinsentidos. —Grazdan abrió las manos con gesto conciliador—. Pero ¿por qué tenemos que hablarnos de manera tan brusca? Es cierto que actuasteis con salvajismo en Astapor, pero los yunkios somos un pueblo que sabe perdonar. No tenéis nada en contra de nosotros, alteza. ¿Por qué malgastar las fuerzas contra nuestras poderosas murallas, cuando vais a necesitar hasta el último hombre si queréis recuperar el trono de vuestro padre en Poniente? Yunkai os desea lo mejor en la empresa. Y, como prueba de ello, os traigo un regalo. —Dio unas palmadas, y dos de sus acompañantes se adelantaron con un pesado cofre de cedro tachonado en bronce y oro. Lo pusieron a los pies de Dany—. Cincuenta mil marcos de oro —dijo Grazdan con voz gentil—. Son para vos, como gesto de amistad por parte de los sabios amos de Yunkai. El oro que se entrega de manera voluntaria es mejor que el que se saquea con sangre, ¿no creéis? Así que os digo, Daenerys Targaryen, que cojáis este cofre y sigáis vuestro camino.

Dany levantó la tapa del cofre con el pie menudo enfundado en una zapatilla. Tal como había dicho el enviado, estaba lleno de monedas de oro. Cogió un puñado de ellas y las dejó correr entre los dedos, brillantes, tintineantes. En su mayoría estaban recién acuñadas, con una pirámide escalonada en una cara y la arpía de Ghis en la otra.

—Qué bonitas. ¿Cuántos cofres como este encontraré cuando tome vuestra ciudad?

—Ninguno, porque no la tomaréis. —El hombre dejó escapar una risita.

—Yo también tengo un regalo para vos. —Cerró el cofre de golpe—. Tres días. La mañana del tercer día, dejad salir de la ciudad a vuestros esclavos. A todos. A cada hombre, mujer y niño se le entregará un arma, y tanta comida, ropa, oro y bienes como pueda transportar. Serán ellos quienes los elijan de entre las posesiones de sus amos, como pago por sus años de servicios. Cuando todos los esclavos hayan salido, abriréis las puertas y permitiréis que mis inmaculados entren y registren la ciudad, para asegurarse de que no queda ninguno. Si lo hacéis así, Yunkai no arderá, no habrá saqueo y no se molestará a ningún ciudadano. Los sabios amos tendrán la paz que desean y habrán demostrado que son sabios de verdad. ¿Qué decis?

—Digo que estáis loca.

—¿Vos creéis? —Dany se encogió de hombros—. *Dracarys*.

Los dragones respondieron. Rhaegal siseó y echó humo; Viserion lanzó una dentellada, y Drogon escupió una llamarada rojinegra. La llama rozó la manga del *tokar* de Grazdan, y la seda se prendió al instante. Los marcos de oro se

desparramaron sobre las alfombras cuando el enviado tropezó con el cofre entre gritos y maldiciones, agitando el brazo, hasta que Barbablanca le echó encima una jarra de agua para apagar las llamas.

—¡Jurasteis que tenía vuestro salvoconducto! —aulló el enviado.

—¿Todos los yunkios lloriquean tanto por un simple *tokar* chamuscado? Os comprare uno nuevo... si liberáis a los esclavos antes de tres días. De lo contrario, Drogon os dará un beso más cálido. —Arrugó la nariz—. Os lo habéis hecho encima. Coged ese oro y marchaos. Que mi mensaje llegue a oídos de los sabios amos.

—Pagaréis cara tanta arrogancia, ramera —dijo Grazdan mo Eraz señalándola con un dedo tembloroso—. Esos lagartitos no os protegerán, os lo aseguro. Llenaremos de flechas el aire si se acercan a menos de una legua de Yunkai. ¡Creéis que es tan difícil matar a un dragón?

—Más que matar a un esclavista. Tres días, Grazdan. Decídselo. Al anochecer del tercer día estaré en Yunkai, tanto si me abris las puertas como si no.

Ya había oscurecido cuando los yunkios salieron del campamento. La noche prometía ser oscura, sin luna y sin estrellas, pero con un viento gélido que soplaban del oeste.

«Luna nueva, excelente», pensó Dany. Las hogueras ardían por doquier, como diminutas estrellas rojas dispersas entre la colina y el prado.

—Ser Jorah —dijo—, convocad a mis jinetes de sangre.

Dany se sentó entre cojines para aguardarlos, rodeada por sus dragones.

—Una hora después de medianoche será buen momento —dijo cuando estuvieron todos reunidos.

—Sí, *khaleesi* —respondió Rakharo—. ¿Buen momento para qué?

—Para atacar.

—Les dijisteis a los mercenarios... —dijo ser Jorah Mormont con el ceño fruncido.

—Que quería que me respondieran por la mañana. No dije nada de lo que pasaría esta noche. Los cuervos de tormenta estarán debatiendo mi ofrecimiento. Los segundos hijos se habrán emborrachado con el vino que le regalé a Mero. Y los yunkios creen que cuentan con tres días. Los venceremos bajo el manto de oscuridad.

—Habrá dispuesto exploradores para que nos vigilen.

—No verán más que cientos de fuegos de campamento —señaló Dany—. Si es que ven algo.

—*Khaleesi* —intervino Jhogo—, yo me puedo encargar de esos exploradores. No son jinetes; son esclavistas a caballo.

—Ciento —asintió—. En mi opinión, deberíamos atacar desde tres puntos. Gusano Gris, tus inmaculados cargarán desde la derecha y la izquierda, mientras

que mis *kos* irán al frente de los jinetes, en formación de cuña, para atacar por el centro. Unos soldados esclavos no tendrán nada que hacer contra dothrakis a caballo. —Sonrió—. Aunque claro, solo soy una niña que no comprende el arte de la guerra. ¿Qué opinan mis señores?

—Que sois la hermana de Rhaegar Targaryen —dijo ser Jorah con una sonrisa triste.

—Sí —asintió Arstan Barbablanca—, y también sois una reina.

Tardaron una hora en ultimar todos los detalles.

«Ahora llega el momento más peligroso», pensó Dany mientras sus capitanes se ponían en marcha para cumplir las órdenes. Lo único que podía hacer era rezar para que la oscuridad de la noche les ocultara los preparativos a sus enemigos.

Cerca de la medianoche, Dany sufrió un sobresalto cuando entró ser Jorah, casi empujando a un lado a Belwas el Fuerte.

—Los inmaculados han capturado a un mercenario que trataba de colarse en el campamento.

—¿Un espía? —La mera idea resultaba aterradora. Si habían atrapado a uno, otros podían haberseles escapado.

—Dice que viene a traer regalos. Es el idiota de amarillo con el pelo azul.

«Daario Naharis».

—Ah, ese. Escucharé lo que tenga que decirme.

Cuando el caballero exiliado lo hizo entrar, Dany no pudo por menos que preguntarse si habrían existido jamás dos hombres tan diferentes. El tyroshi era rubio y de piel clara, y ser Jorah, moreno y atezado; el tyroshi era liviano, mientras que el caballero era recio; uno de largo pelo rizado, que al otro le empezaba a ralear, pero el primero tenía la piel suave, mientras que Mormont era velludo. Y su caballero vestía con sencillez, al tiempo que el otro haría que un pavo real pareciera deslustrado, aunque aquella noche se había puesto una gruesa capa negra sobre el atuendo amarillo. Llevaba al hombro un pesado saco de lona.

—*Khaleesi!* —exclamó—. Os traigo regalos y buenas nuevas. Los Cuervos de Tormenta son vuestros. —Cuando sonrió, un diente de oro le brilló en la boca—. ¡Igual que Daario Naharis!

Dany estaba indecisa. Si aquel tyroshi había ido a espiarlos, aquella declaración podía no ser más que un intento desesperado para salvarse.

—¿Qué dicen de esto Prendahl na Ghezn y Sallor?

—Poca cosa. —Daario volcó el saco, y las cabezas de Sallor el Calvo y Prendahl na Ghezn rodaron por las alfombras—. Son mis obsequios para la reina dragón.

Viserion olisqueó la sangre que rezumaba del cuello de Prendahl y lanzó una llamarada, que dio de pleno en la cara del muerto, y ennegreció y chamuscó las mejillas cadavéricas. Drogon y Rhaegal se agitaron ante el olor de la carne

asada.

—¿Habéis sido vos? —preguntó Dany, asqueada.

—En persona.

Si la presencia de los dragones ponía nervioso a Daario Naharis, lo disimulaba muy bien. Les prestaba tanta atención como si fueran tres gatitos que jugaran con un ratón.

—Por qué?

—Porque sois muy hermosa. —Tenía unas manos largas y fuertes, y en los duros ojos azules y la nariz ganchuda había algo que evocaba la ferocidad de una espléndida ave rapaz—. Prendahl hablaba mucho y decía muy poco. —El atuendo que lucía era rico, pero estaba muy usado. Tenía manchas de sal en las botas; el esmalte de las uñas, descascarado, y los encajes, manchados de sudor, y Dany vio que el borde de la capa se le empezaba a deshilachar—. Y Sallor se metía los dedos en la nariz como si tuviera mocos de oro.

Estaba de pie, con las manos cruzadas por las muñecas y las palmas sobre los pomos de las armas: un *arakh* dothraki en la cadera izquierda, y un estilete myriense en la derecha. Las empuñaduras eran dos mujeres de oro, desnudas y lascivas.

—¿Sabéis utilizar esas bellas armas? —preguntó Dany.

—Si los muertos pudieran hablar, Prendahl y Sallor os lo dirían. No soy un día por vivido si no he amado a una mujer, matado a un enemigo y tomado una buena comida... y los días que he vivido son tan incontables como las estrellas del cielo. Convierto una matanza en algo hermoso, y más de un malabarista, más de un danzarín del fuego, ha llorado y suplicado a los dioses ser la mitad de rápido que yo y tener tan solo una cuarta parte de mi destreza. Podría deciros los nombres de todos los hombres a los que he matado, pero antes de que me diera tiempo a terminar, vuestros dragones serían grandes como castillos, las murallas de Yunkai se habrían convertido en polvo amarillento, y el invierno habría llegado, habría pasado y habría llegado de nuevo.

Dany se echó a reír. Le gustaba la fanfarronería de aquel tal Daario Naharis.

—Desenvainad la espada y prestadme juramento.

En un abrir y cerrar de ojos, el *arakh* de Daario estuvo desenvainado. Su reverencia fue tan extravagante como todo en él, un amplio arco que le llevó la cara a la altura de los pies.

—Mi espada es vuestra. Mi vida es vuestra. Mi amor es vuestro. Mi sangre, mi cuerpo, mis canciones... Todo está en vuestras manos. Viviré y moriré a vuestras órdenes, hermosa reina.

—Entonces —dijo Dany—, vivid y luchad por mí esta noche.

—No creo que sea buena idea, mi reina. —Ser Jorah clavó una mirada gélida en Daario—. Dejemos a este aquí, bien vigilado, hasta que termine la batalla con nuestra victoria.

Dany lo pensó un momento, pero hizo un gesto de negación.

—Si pone de nuestra parte a los cuervos de tormenta, la sorpresa estará garantizada.

—Y si os traiciona, la habremos perdido.

Dany volvió a bajar la vista hacia el mercenario. Él le dedicó una sonrisa tan radiante que la hizo sonrojar y volver la cara.

—No me traicionará.

—¿Cómo lo sabéis?

—Me parece que eso es una prueba de su sinceridad —dijo señalando los pedazos de carne calcinada que los dragones estaban consumiendo, pedacito tras sangre pedacito—. Daario Naharis, tened preparados a los cuervos de tormenta, listos para atacar la retaguardia yunkia cuando comience la batalla. ¿Podréis regresar sin problemas?

—Si me detienen, diré que he salido a patrullar y que no he visto nada.

El tyroshi se puso en pie, hizo una reverencia y salió. Ser Jorah Mormont se quedó en la tienda.

—Alteza —dijo con tono demasiado brusco—, habéis cometido un error. No sabemos nada de ese hombre...

—Sabemos que lucha bien.

—Querréis decir que sabemos que habla bien.

—Nos aporta a los Cuervos de Tormenta.

« Y tiene los ojos azules» .

—Quinientos mercenarios de dudosa lealtad.

—En momentos como estos, todas las lealtades son dudosas —le recordó Dany.

« Y yo voy a sufrir dos traiciones más, una por oro y otra por amor» .

—Daenerys, os triplico la edad —insistió ser Jorah—. He visto lo falsos que son los hombres. Pocos son dignos de confianza, y Daario Naharis no está entre ellos. Hasta el color de su barba es falso.

Aquello la enfureció.

—Mientras que vuestra barba es honrada y sincera, ¿verdad? ¿Eso es lo que estáis insinuando? ¿Que sois el único hombre en el que debería confiar?

—No he dicho semejante cosa. —Se puso rígido.

—Lo decís todos los días. Pyat Pree es un mentiroso, Xaro es un intrigante, Belwas es un fanfarrón, Arstan es un asesino... ¿creéis que sigo siendo una chiquilla virgen que no oye las palabras que hay tras las palabras?

—Alteza...

—Jamás he tenido un amigo mejor que vos —cortó bruscamente Dany, encendida—; habéis sido para mí mejor hermano de lo que lo fue Viserys en toda su vida. Sois el primero de la Guardia de la Reina, el comandante de mi ejército, mi consejero más valorado, mi mano derecha... Os tengo en gran

estima, os respeto y os aprecio... pero no os deseo, Jorah Mormont, y me estoy hartando de que intentéis apartar de mí al resto de los hombres para que tenga que depender de vos y solo de vos. No lo conseguiréis, y tampoco conseguiréis que así os quiera más.

Al principio, Mormont se había puesto rojo, pero cuando Dany terminó volvía a estar pálido.

—Si mi reina lo ordena... —dijo cortante, frío.

—Vuestra reina lo ordena —dijo Dany. Echaba suficiente fuego por los dos —. Y ahora marchaos a encargaros de los inocentes, ser. Tenéis una batalla por delante.

Cuando hubo salido, Dany se dejó caer entre los cojines, junto a los dragones. No había tenido intención de ser tan brusca con ser Jorah, pero sus constantes sospechas habían terminado por despertar al dragón.

« Me perdonará —se dijo—. Soy su señora». Dany empezaba a preguntarse si no se habría equivocado con respecto a Daario. De repente se sentía muy sola. Mirri Maz Duur le había prometido que jamás daría a luz un niño con vida. « La casa Targaryen terminará conmigo». Aquello la tristecía.

—Tenéis que ser mis hijos —les dijo a los dragones—. Mis tres hijos fieros. Arstan dice que los dragones viven más que las personas, así que seguiréis existiendo cuando yo haya muerto.

Dragon curvó el cuello para mordisquearle la mano. Tenía unos dientes muy afilados, pero cuando jugueteaba así, jamás le arañaba la piel. Dany se echó a reír y lo sacudió adelante y atrás, hasta que rugió y sacudió la cola como un látigo.

« La tiene más larga que ayer —advirtió—, y mañana será más larga todavía. Están creciendo muy deprisa; cuando sean adultos dispondré de alas». A los lomos de un dragón podría llevar a sus hombres a la batalla, como había hecho en Astapor, pero por el momento eran aún demasiado pequeños para cargar con su peso.

El campamento se quedó en silencio cuando pasó la medianoche. Dany permaneció en el pabellón con sus doncellas, mientras Arstan Barbablanca y Belwas el Fuerte montaban guardia. « Lo peor es la espera». Estar sentada en la tienda, cruzada de brazos mientras la batalla tenía lugar sin ella, hacía que Dany volviera a sentirse como una niña.

Las horas se arrastraron a paso de tortuga. Dany estaba demasiado inquieta para dormir; ni siquiera la ayudó que Jhiqui le aliviara la tensión de los hombros. Missandei se ofreció a cantarle una nana del Pueblo Pacífico, pero Dany sacudió la cabeza.

—Haced venir a Arstan —ordenó.

El anciano llegó y la encontró arropada en su piel de *hrakkar*, cuyo olor rancio aún le recordaba a Drogo.

—No puedo conciliar el sueño mientras hay hombres que mueren por mí, Barbablanca —dijo—. Cuéntame más cosas de mi hermano Rhaegar. Me gustó la historia que me relataste en el barco, sobre cómo decidió hacerse guerrero.

—Vuestra alteza es muy amable.

—Viserys decía que nuestro hermano ganó muchos torneos.

—No me corresponde a mí negar las palabras de vuestra alteza... —dijo Arstan inclinando la cabeza canosa con respeto.

—Pero... —lo interrumpió Dany—. Te ordeno que me cuentes la verdad.

—La destreza del príncipe Rhaegar era incuestionable, pero rara vez tomaba parte en las justas. No le gustó nunca la canción de las espadas tanto como a Robert o a Jaime Lannister. Era algo que tenía que hacer, una tarea que el mundo le imponía. Lo hacía bien, porque lo hacía bien todo. Estaba en su naturaleza. Pero no disfrutaba con ello. Se solía decir que le gustaba el arpa mucho más que la lanza.

—Pero algún torneo ganaría, ¿verdad? —dijo Dany, decepcionada.

—Cuando era joven, su alteza cabalgó de forma excepcional en un torneo, en Bastión de Tormentas; derrotó a lord Steffon Baratheon, a lord Jason Mallister, a la Vibora Roja de Dorne y a un caballero misterioso que luego resultó ser el infame Simon Toyne, jefe de los forajidos del bosque Real. Aquel día rompió doce lanzas contra ser Arthur Dayne.

—Entonces, sería el campeón.

—No, alteza. Tal honor le correspondió a otro caballero de la Guardia Real, que desmontó al príncipe Rhaegar en la última justa.

—Bueno, ¿qué torneos ganó mi hermano? —Dany no quería oír cómo habían desmontado a Rhaegar.

El anciano titubeó.

—Ganó el torneo más importante de todos, alteza.

—¿Cuál? —insistió Dany.

—El que organizó lord Whent en Harrenhal, junto al Ojo de Dioses, el año de la falsa primavera. Fue un acontecimiento. Además de las justas, hubo un combate cuerpo a cuerpo a la antigua usanza, en el que lucharon siete equipos de caballeros, y también hubo competiciones de tiro con arco y de lanzamiento de hachas, una carrera de caballos, un torneo de bardos y un espectáculo de cómicos, así como muchos festines y diversiones. Lord Whent era tan rico como generoso. Los espléndidos premios que anunció atrajeron a cientos de participantes. Hasta vuestro señor padre fue a Harrenhal, y eso que no había salido en muchos años de la Fortaleza Roja. Los más grandes señores y los campeones más fuertes de los Siete Reinos cabalgaron en aquel torneo, y el príncipe de Rocadragón los venció a todos.

—Pero ese fue el torneo en el que coronó reina del amor y la belleza a Lyanna Stark! —exclamó Dany—. La princesa Elia estaba presente, era su

esposa, pero mi hermano le entregó la corona a la Stark y luego se la arrebató a su prometido. ¿Cómo pudo hacer semejante cosa? ¿Es que la dorniense lo trataba muy mal?

—No me corresponde a mí decir qué había en el corazón de vuestro hermano, alteza. La princesa Elia era una dama buena y gentil, aunque siempre estaba delicada de salud.

—Un día, Viserys me dijo que había sido culpa mía —dijo Dany arrebujándose todavía más en la piel de león—, porque nací demasiado tarde. —Lo había negado de todo corazón, aún lo recordaba bien; hasta había llegado a decirle a Viserys que la culpa había sido suya por no nacer chica. El precio de tamaña insolencia fue una paliza terrible—. Me dijo que, si hubiera nacido cuando debía, Rhaegar se habría casado conmigo y no con Elia, y las cosas habrían sido diferentes. Si Rhaegar hubiera sido feliz con su esposa, no habría buscado a la Stark.

—Es posible, alteza. —Barbablanca hizo una pausa—. Pero no estoy seguro de que en la naturaleza de Rhaegar cupiera ser feliz.

—Lo describís como un amargado —protestó Dany.

—No, amargado no es la palabra. Tal vez... melancólico. Una nube de melancolía perseguía al príncipe Rhaegar, como una sensación de... —El anciano titubeó de nuevo.

—Hablad —lo apremió ella—. ¿Una sensación de qué?

—Tal vez de predestinación. Una predestinación funesta. Nació con dolor, mi reina, y todos los días de su vida pendió una sombra sobre él.

Viserys le había hablado solo en una ocasión del nacimiento de Rhaegar. Tal vez lo entristecía hablar de eso.

—Lo que lo perseguía era la sombra de Refugio Estival, ¿verdad?

—Sí. Y pese a ello, era el lugar que más amaba el príncipe. Iba allí de cuando en cuando, con su arpa como toda compañía. Ni siquiera lo acompañaban los caballeros de la Guardia Real. Le gustaba dormir en las ruinas de la sala principal, bajo la luna y las estrellas, y al regresar siempre traía una canción. Cuando uno le oía tocar el arpa de cuerdas de plata y cantar sobre ocasos, lágrimas y la muerte de reyes, tenía la sensación de que cantaba sobre sí mismo y sobre sus seres queridos.

—Y el Usurpador, ¿qué? ¿También cantaba canciones tristes?

—¿Robert? —Arstan soltó una risita—. A Robert le gustaban las canciones que lo hacían reír: cuanto más indecentes, mejor. Solo cantaba cuando estaba borracho, y eran canciones como «Un barril de cerveza», «Cincuenta toneles» o «El oso y la doncella». Robert era muy...

Los dragones alzaron la cabeza y rugieron al unísono.

—¡Son caballos!

Dany se puso en pie de un salto y se aferró a la piel de león. Oyó fuera la voz

de Belwas el Fuerte, que gritaba algo, y más voces mezcladas con el sonido de muchos caballos.

—Irri, ve a ver quién...

La cortina de la tienda se abrió, y entró ser Jorah Mormont. Estaba cubierto de polvo y salpicaduras de sangre, pero no había resultado herido. El caballero exiliado hincó una rodilla en tierra delante de Dany.

—Alteza, os traigo la victoria. Los cuervos de tormenta han cambiado de capa; los esclavos se han dispersado, y los segundos hijos estaban demasiado borrachos para luchar, tal como vos dijisteis. Doscientos muertos, en su mayoría yunkios. Los esclavos han tirado las lanzas y han huido, y los mercenarios se han rendido. Hemos tomado varios miles de prisioneros.

—¿Y nuestras pérdidas?

—Una docena o menos.

Dany se permitió una sonrisa.

—Levantaos, mi valiente oso. ¿Ha caído prisionero Grazdan? ¿O el Bastardo del Titán?

—Grazdan ha ido a Yunkai a transmitir vuestras condiciones. —Ser Jorah se puso en pie—. Mero ha huido al darse cuenta de que los cuervos de tormenta habían cambiado de capa. He enviado a varios hombres en su búsqueda; no se nos escapará.

—Muy bien —dijo Dany—. Perdonad a cualquiera que me jure fidelidad, ya sea mercenario o esclavo. Si se nos unen suficientes segundos hijos, conservad intacta la compañía.

Al día siguiente recorrieron las tres últimas leguas que los separaban de Yunkai. La ciudad era de adoquines amarillos, en vez de rojos; por lo demás, parecía una copia de Astapor, con los mismos muros a punto de desmoronarse, las mismas pirámides escalonadas y una arpía enorme sobre las puertas. La muralla y las torres estaban plagadas de hombres con hondas y ballestas. Ser Jorah y Gusano Gris desplegaron a sus hombres; Irri y Jhiqui levantaron la tienda, y Dany se sentó dentro a esperar.

A la mañana del tercer día se abrieron las puertas de la ciudad, y empezó a salir una larga hilera de esclavos. Dany montó a lomos de la plata para recibirlas. Mientras pasaban, la pequeña Missandei les iba diciendo que le debían su libertad a Daenerys de la Tormenta, La que no Arde, Reina de los Siete Reinos de Poniente y Madre de Dragones.

—*Mhysa!* —le gritó un hombre de piel oscura.

Llevaba a una niña en brazos, una chiquitina que empezó a gritar la misma palabra con su vocecita aguda.

—*Mhysa! Mhysa!*

—¿Qué están gritando? —preguntó Dany a Missandei.

—Hablan en ghiscario, la antigua lengua pura. Lo que dicen significa

«madre».

Dany sintió que se le encogía el pecho. «Jamás daré a luz un hijo vivo», recordó. Le temblaba la mano cuando la alzó. Puede que sonriera. Debió de sonreír, porque el hombre sonrió a su vez.

—¡*Mhysa!* —volvió a gritar.

—¡*Mhysa!* —exclamaban otros, uniéndose al grito—. ¡*MHYSY!*!

Todos sonreían, estiraban los brazos para tocarla, se arrodillaban ante ella. «Maela» la llamaban algunos, y otros gritaban «Aelalla», «Qathei» o «Tato», pero en todos los idiomas significaba lo mismo.

«Madre. Me están llamando Madre».

El cántico se elevó, creció y se extendió. Llegó a ser tan alto que asustó a la yegua, que retrocedió, sacudió la cabeza y agitó la cola gris plateada. Llegó a ser tan alto que pareció que estremecía las murallas amarillas de Yunkai. Los esclavos seguían saliendo por las puertas y se iban uniendo al coro. Corrían todos hacia ella, se empujaban, tropezaban, querían tocarle la mano, acariciar las crines de la yegua, besarle los pies... Sus pobres jinetes de sangre no podían mantenerlos a todos a distancia, y hasta Belwas el Fuerte gruñía impotente.

Ser Jorah le suplicó que se retirase, pero Dany recordó un sueño que había tenido en la Casa de los Eternos.

—No me harán daño —le dijo—. Son mis hijos, Jorah.

Se echó a reír, clavó los talones en los flancos del caballo y cabalgó hacia ellos. Las campanillas de su pelo tintineaban con el dulce sonido de la victoria. Primero al trote, luego más deprisa, luego a galope tendido, con la trenza al viento tras ella. Los esclavos liberados le abrían paso.

—¡*Madre!* —le gritaban cien gargantas, mil gargantas, diez mil—. ¡*Madre!* —entonaban al tiempo que le intentaban acariciar las piernas al pasar—. ¡*Madre!* ¡*Madre!* ¡*Madre!*!

Cuando Arya divisó la forma de la gran colina, dorada bajo los rayos del sol del atardecer, que se alzaba en la distancia, supo al instante que habían vuelto a Alto Corazón.

Llegaron a la cima antes del anochecer y acamparon en un lugar seguro. Arya recorrió el círculo de tocones de arciano con Ned, el escudero de lord Beric; se subieron a uno y contemplaron cómo los últimos rayos de luz se desvanecían por el oeste. Desde allí se veía una tormenta que estaba descargando por el norte, pero Alto Corazón estaba por encima de las nubes de lluvia. En cambio, no estaba por encima del viento; las ráfagas soplaban con tanta fuerza que sentía como si hubiera alguien a su espalda tironeándole la capa. Pero, cuando se volvía, no había nadie.

«Fantasmas —recordó—. Alto Corazón es un lugar encantado».

En la cima de la colina habían encendido una gran hoguera; Thoros de Myr estaba sentado ante ella con las piernas cruzadas y escudriñaba las llamas como si no existiera nada más en el mundo.

—¿Qué hace? —preguntó Arya a Ned.

—A veces, cuando mira las llamas, ve cosas —le respondió el escudero—. El pasado, el futuro, cosas que están pasando muy lejos...

Arya entrecerró los ojos y clavó la mirada en el fuego para intentar ver lo mismo que el sacerdote rojo, pero solo consiguió que le lagrimearan los ojos, y tuvo que apartar la vista. Gendry también estaba mirando al sacerdote rojo.

—De verdad puedes ver el futuro ahí? —le preguntó de repente.

—Aquí no. —Thoros se apartó del fuego con un suspiro—. Al menos hoy. Pero hay días en que sí, en que el Señor de Luz me otorga visiones.

—Mi maestro decía que eras un borracho —dijo Gendry, que no parecía muy convencido—, un farsante y el peor sacerdote que ha habido jamás.

—Qué cruel. —Thoros rio entre dientes—. Ciento, pero cruel. ¿Quién era tu maestro? ¿Te conozco de antes, muchacho?

—Yo era el aprendiz del maestro armero de Tobho Mott, en la calle del Acero. Siempre le comprabas espadas.

—Es verdad. Me cobraba el doble de lo que valían y me echaba la bronca por prenderles fuego. —Thoros se echó a reír—. Tu maestro tenía razón: no era un buen sacerdote. Fui el menor de ocho hijos, de manera que mi padre me entregó al Templo Rojo, pero no era el camino que habría elegido yo. Recité las oraciones y pronuncié los hechizos, pero también organicé incursiones a las cocinas, y más de una vez me encontraron con una chica en la cama. Qué niñas tan malas; yo no tenía ni idea de cómo se habían metido entre mis sábanas.

» Aunque tenía talento para los idiomas, y cuando miraba las llamas... Bueno, a veces veía algo. Pero causaba más problemas que otra cosa, así que al

final me mandaron a Desembarco del Rey, para que llevara la Luz del Señor a un Poniente que adoraba a los Siete. Al rey Aerys le gustaba tanto el fuego que pensaron que podría convertirlo. Por desgracia, sus piromantes se sabían mejores trucos que yo.

» En cambio, el rey Robert me cogió cariño. La primera vez que participé en un combate con una espada en llamas, el caballo de Kevan Lannister se encabritó y lo tiró al suelo, y su alteza se rio tanto que pensé que se iba a hervir. —El recuerdo hizo sonreír al sacerdote rojo—. Pero tu maestro también tenía razón en eso: no es manera de tratar una espada.

—El fuego consume. —Lord Beric estaba tras ellos, y algo en su voz hizo callar a Thoros al instante—. Consume, y cuando termina, no queda nada. ¡Nada!

—Beric, amigo mío. —El sacerdote tocó el brazo del Señor del Relámpago—. ¿Qué estás diciendo?

—Nada que no haya dicho antes. ¡Seis veces, Thoros! Seis veces son demasiadas. —Se volvió bruscamente.

Aquella noche, el viento aulló casi como un lobo, y hacia el oeste había lobos de verdad que parecían darle lecciones. Los turnos de guardia les correspondieron a Notch, a Anguy y a Merrit de Aldealuna. Ned, Gendry y la mayor parte de los otros dormían profundamente cuando Arya divisó una figura clara y menuda que se movía por detrás de los caballos, con el fino cabello blanco al viento, apoyada en un bastón nudoso. Aquella mujer mediría apenas una vara. La luz de la hoguera hacía que le brillaran unos ojos tan rojos como los del lobo de Jon.

« Que también era un fantasma». Arya se acercó con sigilo y se arrodilló para mirar.

Thoros y Lim acompañaban a lord Beric cuando la enana se sentó junto a la hoguera sin que la invitaran. Los miró con aquellos ojos como carbones encendidos.

—La Brasa y el Limón vuelven a honrarme con su visita, igual que vuestra alteza, el Señor de los Cadáveres.

—Ese nombre es como un mal presagio. Os he pedido que no me llaméis así.

—Sí, es verdad. Pero apestáis a muerte reciente, mi señor. —No le quedaba más que un diente en la boca—. Dadme vino o me marcho. Tengo los huesos viejos y me duelen las articulaciones cuando sopla el viento, y aquí arriba siempre sopla el viento.

—Un venado de plata por vuestros sueños, mi señora —dijo lord Beric con solemne cortesía—. Y otro más si tenéis noticias para nosotros.

—Un venado de plata no se come ni se puede montar. Un pellejo de vino por mis sueños, y por mis noticias, un beso del idiota grandote de la capa amarilla. —La mujercita soltó una carcajada como un cacareo—. Eso, un beso en la boca,

con lengua. Hace mucho tiempo del último, demasiado. Su boca debe de saber a limones, y la mía, a huesos. Soy demasiado vieja.

—Es verdad —se quejó Lim—. Demasiado vieja para vino y besos. Lo único que te voy a dar es un espaldarazo, bruja.

—El pelo se me cae a puñados, y hace mil años que nadie me da un beso. Es duro ser tan vieja. Bueno, pues entonces, una canción. Una canción de Tom Siete a cambio de las noticias.

—Tom te cantará lo que quieras —le prometió lord Beric.

Él mismo le dio el pellejo de vino. La enana echó un largo trago; el vino le corría por la barbillia. Cuando terminó de beber, se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Vino agrio para noticias agrias; sin duda, muy apropiado. El rey ha muerto, ¿qué os parece?

A Arya se le paró un instante el corazón.

—¡El rey, como si hubiera pocos! ¡A qué rey te refieres, bruja? —preguntó Lim sin miramientos.

—El mojado. El rey kraken, mis señores. Soñé que moría y murió, y ahora los calamares de hierro se enfrentan entre sí. Ah, y lord Hoster Tully también ha muerto, pero eso ya lo sabíais, ¿verdad? En la sala de los reyes, la Cabra está sentada en solitario, febril, mientras sobre él se cierne la sombra del gran perro.

—La anciana bebió otro largo trago de vino, apretando el pellejo al tiempo que se lo llevaba a los labios.

« El gran perro ». ¿Se referiría al Perro? ¡O tal vez a su hermano, la Montaña que Cabalga? Arya no estaba segura. Los dos lucían el mismo emblema: tres perros negros sobre campo amarillo. La mitad de los hombres por cuya muerte rezaba eran leales a ser Gregor Clegane: Polliver, Dunsen, Raff el Dulce, el Cosquillas y, claro, el propio ser Gregor. « A lo mejor, lord Beric los ahorca a todos» .

—Soñé con un lobo que aullaba bajo la lluvia —decía la enana—, pero nadie oía su dolor. Soñé con un clamor tal que pensé que me estallaría la cabeza, tambores, cuernos, gaitas y gritos, pero el sonido más triste era el de las campanillas. Soñé con una doncella que estaba en un banquete, con serpientes moradas en los cabellos y veneno en los colmillos. Y después volví a soñar con esa doncella, que mataba a un cruel gigante en un castillo de nieve. —Giró la cabeza de repente y sonrió en la penumbra, con los ojos clavados en Arya—. De mí no te puedes esconder, chiquilla. Ven, acércate.

Arya sintió como si unos dedos gélidos le recorriera el cuello. « El miedo hiere más que las espadas», se recordó. Se levantó y se aproximó al fuego con cautela; caminaba sobre la mitad delantera de los pies, presta a huir.

—Te veo —susurró la enana escrutándola con los ojos rojos y nublados—. Te veo, niña lobo. Niña de sangre. Creía que era el señor el que olía a muerte... —

Empezó a llorar con sollozos que estremecían su menudo cuerpo—. Es muy cruel que hayas venido a mi colina, muy cruel. Ya me ahogué con el dolor de Refugio Estival; no quiero además el tuy o. Vete de aquí, corazón oscuro. ¡Vete!

Su voz estaba tan cargada de miedo que Arya dio un paso atrás y se empezó a preguntar si aquella mujer no estaría loca.

—No asustéis a la niña —protestó Thoros—. No le hace mal a nadie.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Lim Capa de Limón, señalándose la nariz rota con un dedo.

—Se irá mañana con nosotros —tranquilizó lord Beric a la mujercita—. Vamos a llevarla a Aguasdulces con su madre.

—No —dijo la enana—. No será así. Ahora, el pez negro es dueño de los ríos. Si a la madre buscáis, id a Los Gemelos. Porque va a haber una boda. —Volvió a soltar aquella risa cacareante—. Mirad en vuestros fuegos y lo veréis, sacerdote rosa. Pero que no sea ahora ni aquí; aquí no podéis ver nada. Este lugar aún pertenece a los viejos dioses... Se aferran a él como yo, encogidos y débiles, pero todavía no han muerto. Y no les gustan las llamas. Porque el roble recuerda la bellota, la bellota sueña al roble, el tocón vive en ambos. Y recuerdan el momento en que llegaron los primeros hombres con fuego en los puños. —Se bebió lo que quedaba del vino de cuatro largos tragos, tiró el pellejo a un lado y señaló a lord Beric con el bastón—. Ahora, mi pago. Quiero la canción que me habéis prometido.

De modo que Lim fue a despertar a Tom Sietecuerdas, que dormía entre sus pieles, y lo llevó entre bostezos junto al fuego con la lira en la mano.

—¿La misma canción de siempre? —preguntó.

—Sí, claro. Mi canción de Jenny. ¿Es que existe otra?

De manera que Tom cantó, y la enana cerró los ojos y se meció adelante y atrás al tiempo que murmuraba la letra y las lágrimas le corrían por las mejillas. Thoros cogió a Arya de la mano con firmeza y se la llevó de allí.

—Deja que saboree en paz su canción —le dijo—. Es lo único que le queda.

«Pero si no le iba a hacer ningún daño», pensó Arya.

—¿Qué ha dicho de Los Gemelos? Mi madre está en Aguasdulces, ¿no?

—Al menos allí estaba. —El sacerdote rojo se rascó debajo de la barbilla—. Ha hablado de una boda. Ya veremos. Pero esté donde esté, lord Beric la encontrará.

Poco después, el cielo estalló. Los relámpagos lo rasgaban, los truenos retumbaban en las colinas y la lluvia caía en tal abundancia que apenas permitía ver. La mujer enana desapareció tan repentinamente como había llegado, mientras los bandidos juntaban ramas para hacer refugios rudimentarios.

Llovío toda la noche, y por la mañana, Ned, Lim y Watty el Molinero se levantaron resfriados. Watty no fue capaz de retener el desayuno en el estómago, y el joven Ned estaba alternativamente ardiendo de fiebre y temblando, con la

piel fría y pegajosa. Notch le comentó a lord Beric que había un pueblo abandonado a medio día a caballo hacia el norte, que allí tendrían un refugio mejor y podrían aguardar a que pasara lo peor de la tormenta. De manera que montaron como pudieron y espollearon a sus caballos ladera abajo.

La lluvia no cesaba. Cabalgaron por bosques y prados, y vadearon arroyos crecidos cuyas aguas turbulentas cubrían las patas de los caballos. Arya se cubrió la cabeza con la capucha de la capa y encogió los hombros, empapada y tiritando, pero decidida a no flaquear. Merrit y Mudge no tardaron en empezar a toser tanto como Watty, y el pobre Ned estaba peor con cada legua que recorrían.

—Si me pongo el yelmo, la lluvia repiquea contra el acero y me da dolor de cabeza —se quejó—. Pero si me lo quito, se me empapa el pelo y se me pega a la cara y a la boca.

—¿No tienes un cuchillo? —le sugirió Gendry—. Si tanto te molesta el pelo, aféítate la cabeza, idiota.

« No le gusta Ned ». A Arya le caía bien el escudero; era un poco tímido, pero parecía buen muchacho. Siempre había oído decir que los dornienses eran menudos y atezados, de pelo negro y ojos pequeños y oscuros, pero Ned tenía los ojos muy grandes y de un azul tan intenso que era casi violeta. Además, su cabello era rubio claro, más semejante a la ceniza que a la miel.

—¿Cuánto hace que eres escudero de lord Beric? —preguntó para dejar de pensar en sus penas.

—Me tomó a su servicio como paje cuando se desposó con mi tía. —Se interrumpió con un ataque de tos—. Entonces tenía siete años, pero cuando cumplí los diez me ascendió a escudero. Una vez gané un premio ensartando aros.

—Yo no sé manejar la lanza —dijo Arya—, pero con la espada te podría ganar. ¿Has matado a alguien?

—Si solo tengo doce años —respondió el muchachito, sobresaltado.

« Yo maté a un chico cuando tenía nueve », estuvo a punto de decir Arya. Pero se lo pensó mejor.

—Como has tomado parte en batallas...

—Sí. —No parecía muy orgulloso de ello—. Estuve en el Vado del Titiritero. Cuando lord Beric cayó al río, lo arrastré hasta la orilla para que no se ahogara, y lo defendí con mi espada. Pero no tuve que pelear. Tenía una lanza rota clavada en el pecho, así que nadie nos fue a molestar. Cuando nos reagrupamos, Gergen el Verde cargó a su señoría a lomos de un caballo.

Arya se estaba acordando del mozo de cuadras de Desembarco del Rey. Después de él, estuvo el guardia al que le cortó la garganta en Harrenhal, y los hombres de ser Amory, junto a aquel lago. No sabía si contaban Weese y Chiswyck, ni los que habían muerto por la sopa de comadreja... De repente sintió

una tristeza infinita.

—Mi padre también se llamaba Ned —le dijo.

—Ya lo sé. Lo vi en el torneo de la mano. Me habría gustado subir a hablar con él, pero no se me ocurría qué decirle. —Ned se estremeció bajo la capa, un trapo empapado de color lila—. ¿Tú estuviste en el torneo? A la que vi fue a tu hermana. Ser Loras Tyrell le regaló una rosa.

—Ya me lo dijo. —Tenía la sensación de que todo había sucedido hacía muchísimo tiempo—. Su amiga Jeyne Poole se enamoró de vuestro lord Beric.

—Estaba prometido a mi tía —tartamudeó Ned, incómodo—. Pero claro, eso era antes. Antes de que...

«¿Antes de que muriera?», pensó al ver que Ned no terminaba la frase y caía en un silencio incómodo. Los cascos de sus caballos sonaban como ventosas cada vez que se despegaban del barro.

—Mi señora... —dijo Ned por fin—. ¿Y tu hermano ilegítimo... Jon Nieve?

—Está en el Muro, con la Guardia de la Noche. —«A lo mejor eso es lo que tendría que hacer: ir al Muro y no a Aguasdulces. A Jon no le importará si he matado a alguien, ni si me cepillo el pelo o no»—. Jon se parece mucho a mí, aunque sea bastardo. Siempre me revolvía el pelo y me llamaba hermanita. —Era a Jon a quien más echaba de menos. Solo con decir su nombre se ponía triste —. ¿De qué conoces a Jon?

—Es mi hermano de leche.

—¿Tu hermano? —Arya no entendía nada—. Pero si tú eres de Dorne, ¿cómo puedes ser de la misma sangre que Jon?

—Somos hermanos de leche, no de sangre. Cuando era pequeño, mi señora madre no tenía leche, así que Wylla tuvo que amamantarme.

—¿Quién es Wylla? —Arya seguía sin entender.

—La madre de Jon Nieve. ¿No lo sabías? Fue criada nuestra durante muchísimos años. Desde antes de que naciéra yo.

—Jon no conoció a su madre; tampoco sabía cómo se llamaba. —Arya miró a Ned con desconfianza—. ¿La conoces de verdad? —«¿Se está burlando de mí?»—. Como sea mentira, te arrearé un puñetazo en la nariz.

—Wylla fue mi ama de cría —insistió el muchacho con tono solemne—. Lo juro por el honor de mi casa.

—¿Tienes una casa? —Era una pregunta idiota; era escudero, claro que tenía una casa—. ¿Quién eres?

—Mi señora... —Ned titubeó, avergonzado—. Soy Edric Dayne... Señor de Campoestrella.

Gendry, que iba tras ellos, soltó un gruñido.

—Señores y damas —bufó con tono asqueado. Arya agarró una manzana silvestre de una rama y se la tiró; le acertó en aquella cabezota de toro—. ¡Ay! Me has hecho daño —se quejó, frotándose la piel, sobre el ojo—. Las damas le

tiran manzanas a la gente?

—Solo las malas —respondió Arya, que de repente se arrepentía de haberlo hecho. Se volvió hacia Ned—. Lo siento, no sabía quién eras. Mi señor.

—La culpa es mía, mi señora —respondió él, todo educación.

«Jon tiene madre. Wylla, se llama Wylla». Tenía que acordarse para contárselo cuando lo volviera a ver. Se preguntaba si la seguiría llamando hermanita. «No, porque ya no soy pequeña. Me tendrá que llamar de otra forma». Tal vez cuando estuviera en Aguasdulces le podría escribir una carta para decirle lo que le había contado Ned Dayne.

—Había también un tal Arthur Dayne —recordó—. Lo llamaban la Espada del Amanecer.

—Mi padre era el hermano mayor de ser Arthur. Lady Ashara era mi tía, pero no la llegué a conocer. Se tiró al mar desde lo más alto de la torre Espada de Piedrablanca antes de que yo naciera.

—¿Y por qué hizo semejante cosa? —Se sobresaltó Arya.

Ned la miraba con cautela. A lo mejor tenía miedo de que le tirase una manzana.

—¿Tu señor padre no te habló nunca de ella? —preguntó—. ¿De lady Ashara Dayne, de Campoestrella?

—No. ¿La conocía?

—De antes de que Robert fuera rey. Mi tía conoció a tu padre y a sus hermanos en Harrenhal el año de la falsa primavera.

—Ah. —A Arya no se le ocurría qué decir—. Pero ¿por qué se tiró al mar?

—Tenía el corazón roto.

Sansa habría dejado escapar un suspiro y, sin duda, habría derramado una lágrima ante aquella muestra de amor, pero a Arya le parecía una idiotez. Pero claro, no se lo podía decir a Ned. Era su tía.

—¿Quién se lo rompió?

—No sé si me corresponde a mí... —El muchacho titubeó.

—¡Dimelo!

—Mi tía Allyria dice que lady Ashara y tu padre se enamoraron en Harrenhal... —Cuando la miró, su incomodidad era evidente.

—No es verdad. Él quería a mi señora madre.

—Estoy seguro de que sí, mi señora, pero...

—La quería a ella y a nadie más.

—Entonces al bastardo se lo debió de traer la cigüeña —comentó Gendry detrás de ellos.

—Mi padre era un hombre de honor —le dijo Arya, furiosa; le habría gustado tener otra manzana para tirársela—. Además, no estamos hablando contigo. ¿Por qué no te vuelves a Septo de Piedra para tocarle las campanas a aquella idiota?

—Tu padre, al menos, crió a su bastardo —dijo Gendry como si no la hubiera

oído—, no como el mío. Ni siquiera sé cómo se llamaba. Seguro que era cualquier borracho asqueroso, igual que los otros que mi madre conocía en la taberna y se llevaba a casa. Siempre que se enfadaba conmigo me decía: « Si estuviera aquí tu padre, menuda paliza te iba a dar». Es lo único que sé de él. — Escupió al suelo—. Si me lo pusieran delante, a lo mejor la paliza se la daba yo. Pero supongo que estará muerto, y tu padre también está muerto, así que, ¿qué importa con quién se acostara?

A Arya le importaba, aunque no habría sabido decir por qué. Ned estaba intentando disculparse por haberla hecho enfadar, pero en aquel momento no quería escucharlo. Picó espuelas y los dejó atrás. Anguy el Arquero cabalgaba unos pasos más adelante.

—Los dornienses son unos mentirosos, ¿verdad? —le preguntó cuando se puso a su altura.

—Esa fama tienen. —Sonrió—. Aunque claro, ellos dicen lo mismo de nosotros, los marqueños, así que a saber... ¿Qué ha pasado? Ned es un buen chico...

—Es un idiota y un mentiroso.

Arya se salió del camino, saltó un tronco caído medio podrido y cruzó un arroyo sin hacer caso de los gritos de los bandidos, a su espalda.

« Lo único que quieren es contarme más mentiras». Se le pasó por la cabeza la idea de intentar escapar, pero eran demasiados y conocían bien aquellas tierras. ¿Para qué huir si luego la atrapaban?

Al final fue Harwin quien salió en pos de ella.

—¿Qué crees que haces, mi señora? No se te ocurra escapar. En estos bosques hay lobos y cosas aún peores.

—No tengo miedo —replicó—. Ese chico, Ned, me ha dicho...

—Sí, ya me lo ha contado. Lo de lady Ashara. Es una historia muy vieja. Una vez la oí en Invernalia; tendría yo entonces la misma edad que tienes tú ahora. —Agarró con firmeza las riendas de su caballo y lo obligó a dar la vuelta—. Dudo mucho que sea verdad, pero aunque lo fuera, ¿qué más da? Cuando Ned conoció a aquella dama dorniense, su hermano Brandon aún vivía, y era él quien estaba prometido a lady Catelyn, de manera que no habría sido ninguna deshonra para tu padre. No hay nada como un torneo para encender la sangre, así que es posible que por la noche se intercambiaran unas palabritas en una tienda, ¿quién sabe? Y donde digo palabras, pudieron ser besos o algo más. ¿Qué tiene de malo? Había llegado la primavera, o eso creían, y ninguno de los dos estaba comprometido.

—Pero luego ella se mató —dijo Arya, insegura—. Ned dice que se tiró al mar desde una torre.

—Es verdad —reconoció Harwin mientras la acompañaba de vuelta con el grupo—, pero yo diría que fue por la pena. Había perdido a su hermano, la

Espada del Amanecer. —Sacudió la cabeza—. No le des más vueltas, mi señora. Todas esas personas ya han muerto. No le des más vueltas... y por favor, no le digas nada de esto a tu madre cuando lleguemos a Aguasdulces.

Encontraron la aldea donde Notch les había dicho que estaría, y se refugiaron en un gran establo de piedra gris. Solo conservaba la mitad del tejado... pero ya era medio tejado más que el resto de los edificios del pueblo.

«No es un pueblo, solo es un montón de piedras negras y huesos viejos».

—¿Fueron los Lannister quienes mataron a los que vivían aquí? —preguntó Arya mientras ayudaba a Anguy a secar los caballos.

—No. —Hizo un gesto en dirección a las piedras—. Mira la capa de musgo; es muy gruesa. Hace mucho que nadie la toca. Y en aquella pared de allí crece un árbol, ¿no lo has visto? Este lugar lo incendiaron hace años.

—Pero ¿quién fue? —quiso saber Gendry.

—Hoster Tully. —Notch era un hombre delgado y encorvado, con el pelo canoso, que había nacido en aquella zona—. Este pueblo era de lord Goodbrook. Cuando Aguasdulces se alió con Robert, Goodbrook permaneció leal al rey, así que lord Tully vino, arrasó la aldea y pasó a los habitantes por la espada. Después del Tridente, el hijo de Goodbrook firmó la paz con Robert y con lord Hoster. De mucho les sirvió a los muertos...

Se hizo el silencio. Gendry miró a Arya con una expresión extraña en los ojos y se fue a cepillar a su caballo. En el exterior seguía lloviendo sin cesar.

—Nos hace falta una hoguera —declaró Thoros—. La noche es oscura y alberga horrores. Y húmeda, ¿eh? De lo más húmeda.

Jack-con-Suerte cogió madera seca de un pesebre mientras Notch y Merrit reunían paja para encender la hoguera. El propio Thoros se encargó de hacer saltar la chispa, y Lim abanicó las llamas con la gran capa amarilla hasta que crepitaron y rugieron. La temperatura subió, y pronto incluso se estaba caliente en el interior del establo. Thoros se sentó ante el fuego con las piernas cruzadas y escudriñó las llamas, igual que había hecho en la cima de Alto Corazón. Arya lo observó con atención. En un momento le vio mover los labios y le pareció que susurraba «Aguasdulces». Lim paseaba de un lado a otro entre toses; la larga sombra que proyectaba imitaba cada una de sus zancadas, mientras que Tom Siete se había quitado las botas y se frotaba los pies.

—Es una locura que vuelva a Aguasdulces —se quejó el bardo—. Los Tully no le han dado nunca buena suerte al pobre Tom. Fue la tal Lyra la que me envió por el camino alto, donde los hombres de la luna me quitaron el oro, el caballo y, por si fuera poco, la ropa. Hay caballeros del valle que todavía cuentan cómo llegó a la Puerta de la Sangre sin nada más que la lira para taparme las vergüenzas. Me obligaron a cantar «El niño del día del nombre» y «El rey cobarde» antes de dejarme pasar. Mi único consuelo es que tres de ellos murieron de la risa. Desde entonces no he vuelto a poner el pie en el Nido de

Águilas, y no cantaría «El rey cobarde» ni por todo el oro de Roca Casterly...

—Los Lannister —dijo Thoros—. Un rugido rojo y dorado.

Se puso en pie y fue hacia donde estaba lord Beric. Lim y Tom se reunieron con ellos enseguida. Arya no alcanzaba a oír qué decían, pero el bardo no dejaba de echar miradas en su dirección, y al cabo de un rato, Lim se enfadó tanto que dio un puñetazo contra la pared. Fue entonces cuando lord Beric le hizo una señal para que se acercara. Era lo que menos deseaba en el mundo, pero Harwin le puso la mano en la espalda y le dio un empujoncito hacia delante. Avanzó dos pasos y se detuvo titubeante, temerosa.

—Mi señor. —Aguardó a la espera de lo que le quisiera decir lord Beric.

—Cuéntaselo —le ordenó el Señor del Relámpago a Thoros.

—Mi señora —empezó el sacerdote rojo acuclillándose junto a ella—, el Señor me ha concedido una visión de Aguasdulces. Parecía una isla en un mar de fuego. Las llamas eran leones que saltaban, con largas garras color escarlata. ¡Y cómo rugían! Un mar de hombres de los Lannister, mi señora. No tardarán en atacar Aguasdulces.

—¡No! —Arya se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Las llamas no mienten, pequeña —dijo Thoros—. A veces las entiendo mal, porque soy un imbécil y estoy ciego. Pero ahora no ha sido así. Los Lannister van a emprender un asedio contra Aguasdulces.

—Robb los derrotará —dijo Arya, testaruda—. Les ganará la batalla, siempre gana.

—Puede que tu hermano ya no esté —dijo Thoros—. Y tu madre tampoco. No los he visto en las llamas. Esa boda que mencionó la anciana, una boda en Los Gemelos... Esa mujer sabe muchas cosas. Los arcianos le susurran al oído mientras duerme. Si dice que tu madre se ha ido a Los Gemelos...

—Si no me hubierais cogido, ya estaría allí —les reprochó Arya, volviéndose hacia Tom y Lim—. Ya estaría en casa.

—Mi señora —dijo con cansada cortesía lord Beric, sin hacer caso del exabrupto—, ¿conocerías de vista al hermano de tu abuelo? ¿A ser Brynden Tully, apodado el Pez Negro? ¿O te conocería él a ti?

Arya sacudió la cabeza con gesto triste. A menudo había oído hablar a su madre de ser Brynden el Pez Negro, pero si lo había llegado a conocer en persona, era demasiado pequeña para recordarlo.

—Dudo mucho que el Pez Negro pague bien por una niña que no sabe quién es —dijo Tom—. Esos Tully son gente desconfiada; pensarán que les intentamos vender mercancía falsa.

—Los convenceremos —se empecinó Lim Capa de Limón—. Los puede convencer ella o Harwin. Aguasdulces está más cerca. Yo voto por que la llevemos allí, cojamos el oro y acabemos con este asunto de una puñetera vez.

—¿Y si los leones nos atrapan dentro del castillo? —preguntó Tom—. Nada les gustaría más que colgar a su señoría de una jaula en lo más alto de Roca Casterly.

—No tengo la menor intención de dejarme atrapar —dijo lord Beric. La última palabra no la pronunció, pero todos la entendieron: vivo. Todos la oyeron, incluso Arya, aunque no llegó a salir de sus labios—. Pero preferiría no meterme allí a ciegas. Quiero saber dónde están los ejércitos, tanto los lobos como los leones. Shama tendrá alguna noticia, y el maestre de lord Vance, aún más. Torreón Bellota no está lejos. Lady Smallwood nos dará cobijo mientras enviamos exploradores y esperamos su regreso...

Aquellas palabras le resonaron en los oídos como golpes en un tambor. De repente, ya no podía soportarlo más. Quería ir a Aguasdulces, no a Torreón Bellota; quería ir con su madre y con su hermano Robb, no con lady Smallwood ni con un tío al que no conocía de nada. Dio media vuelta y salió corriendo hacia la puerta y, cuando Harwin trató de agarrarla por el brazo, lo esquivó rápida como una serpiente.

Fuera de los establos, la lluvia seguía cayendo, y un relámpago lejano iluminó el cielo hacia el oeste. Arya corrió tan deprisa como pudo. No sabía adónde iba; solo sabía que quería estar sola, lejos de todas las voces, lejos de sus palabras vanas y sus promesas rotas.

« Yo solo quería ir a Aguasdulces. —Era culpa suya, por haberse llevado a Gendry y a Pastel Caliente cuando huyó de Harrenhal. De estar sola le habría ido mejor. Si hubiera estado sola, los bandidos no la habrían atrapado, y a aquellas alturas ya estaría con Robb y con su madre—. No eran mi manada, nunca fueron mi manada. Si lo hubieran sido, no me habrían abandonado. —Los pies le chapotearon en un charco de agua embarrada. Alguien la llamaba a gritos, seguramente Harwin o Gendry, pero el trueno acallaba su voz al retumbar contra las colinas, un instante por detrás del relámpago—. El Señor del Relámpago —pensó, furiosa—. Tal vez no pueda morir, pero mentir se le da de maravilla» .

A su izquierda, un caballo relinchó. Arya no se habría alejado más de cincuenta pasos de los establos, pero ya estaba calada hasta los huesos. Dobló la esquina de una casa derruida con la esperanza de que las paredes cubiertas de musgo la refugiaran de la lluvia, y casi chocó de brúces contra un centinela. Una mano enfundada en un guantelete se le cerró en torno al brazo.

—¡Me estás haciendo daño! —gritó al tiempo que se retorcía—. Suéltame, iba a volver, iba a...

—A volver? —La risa de Sandor Clegane era como el arañazo del hierro contra la piedra—. Y una mierda, niña lobo. Eres mía.

No le costó nada izrarla por los aires y llevarla hasta su caballo. La lluvia fría los azotó y ahogó sus gritos, y Arya solo podía pensar en la pregunta que le había

hecho aquel hombre.

« ¿No sabes qué les hacen los perros a los lobos?» .

JAI M E

Aunque la fiebre persistente no lo abandonaba, el muñón se le estaba curando bien, y según Qyburn el brazo ya no corría peligro. Jaime estaba ansioso por dejar atrás Harrenhal, a los Titiriteros Sangrientos y a Brienne de Tarth. Una mujer de verdad lo esperaba en la Fortaleza Roja.

—Voy a enviar a Qyburn con vos para que os cuide durante el camino hasta Desembarco del Rey —le dijo Roose Bolton la mañana de su partida—. Acaricia la esperanza de que vuestro padre, como muestra de gratitud, obligue a la Ciudadela a devolverle la cadena.

—Todos acariciamos esperanzas. Si consigue que me salga una mano, mi padre lo nombrará gran maestre.

Walton Patas de Acero iba al mando de la escolta de Jaime. Era franco, brusco, brutal... en el fondo, un simple soldado. Jaime había cabalgado toda su vida con hombres de aquel tipo. Los que eran como Walton podían matar por orden de su señor, podían violar cuando la sangre les hervía después de la batalla y podían saquear si se presentaba la ocasión, pero cuando terminaba la guerra regresaban a sus hogares, cambiaban las lanzas por azadas, se casaban con las hijas de sus vecinos y criaban camadas de niños berreantes. Eran hombres que obedecían sin preguntar, pero en cuya naturaleza no estaba la crueldad despiadada de los compañeros audaces.

Los dos grupos salieron de Harrenhal la misma mañana, bajo un frío cielo gris que auguraba lluvia. Ser Aenys Frey había partido tres días antes hacia el noreste, por el camino Real. Bolton iba a seguir sus pasos.

—El Tridente baja muy crecido —le dijo a Jaime—. Nos va a costar cruzarlo hasta por el Vado Rubí. ¿Me haréis el favor de transmitirle mis más respetuosos saludos a vuestro padre?

—Como no, siempre que le transmitáis los míos a Robb Stark

—Así lo haré.

Algunos de los compañeros audaces se habían congregado en el patio para verlos partir. Jaime trotó hacia donde estaban.

—Vaya, Zollo, qué amable por tu parte venir a despedirme. Y Pyg y Timeon. ¿Me vais a echar de menos? ¿No me cuentas un último chiste, Shagwell, para que me vaya riendo por el camino? Ah, hola, Rorge, ¿vienes a darme un beso de despedida?

—Vete a tomar por culo, tullido —bufó Rorge.

—Como quieras. Pero tranquilo, volveré. Un Lannister siempre paga sus deudas. —Jaime hizo girar al caballo y volvió a reunirse con Walton Patas de Acero y sus doscientos hombres.

Lord Bolton lo había equipado como a un caballero que se dirigiera a una batalla, haciendo caso omiso de la mano amputada que convertía la vestimenta

en una parodia. Jaime cabalgaba con la espada y el puñal colgados del cinturón, y el escudo y el yelmo, de la silla. Llevaba la cota de malla cubierta por un jubón color castaño oscuro. No era tan estúpido como para lucir el blasón del león de los Lannister, ni tampoco el blanco al que tenía derecho como hermano juramentado de la Guardia Real. En la armería encontró un escudo viejo, abollado y astillado, cuya pintura saltada todavía permitía ver buena parte del gran murciélagos negro de la casa Lothston sobre un campo de plata y oro. Los Lothston habían sido dueños de Harrenhal antes que los Whent. En otros tiempos se trató de una familia poderosa, pero se había extinguido hacía siglos, de manera que no podría oponerse a que luciera sus divisas. No sería primo de nadie, ni enemigo de nadie, ni espada juramentada de nadie... En resumen, no sería nadie.

Salieron de Harrenhal por la pequeña puerta este y se despidieron de Roose Bolton y de su ejército unas leguas más adelante, cuando se desviaron hacia el sur para seguir durante un tiempo el camino del lago. Walton tenía intención de esquivar el camino Real tanto como le fuera posible; prefería los senderos de los campesinos y las cañadas que había en los alrededores del Ojo de Dioses.

—Por el camino Real iríamos más deprisa. —Jaime estaba ansioso por volver con Cersei cuanto antes. Si se daban prisa, tal vez llegara a tiempo para la boda de Joffrey.

—No quiero problemas —replicó Patas de Acero—. Solo los dioses saben con quién nos podríamos encontrar por el camino Real.

—Con nadie de quien tengáis nada que temer. Contáis con doscientos hombres.

—Sí. Pero otros pueden contar con más. Mi señor me dijo que os llevara sano y salvo con vuestro señor padre, y eso es lo que pienso hacer.

«Yo he pasado ya por aquí», pensó Jaime alrededor de una legua más adelante, al pasar junto a un molino abandonado, a la orilla del lago. Los hierbajos crecían allí donde la hija del molinero le había sonreído con timidez y donde el propio molinero le había gritado: «¡El torneo es por el otro camino, mi señor!».

«Como si yo no lo hubiera sabido».

El rey Aerys montó un gran espectáculo con la investidura de Jaime. Pronunció los votos ante el pabellón del rey, arrodillado en la hierba verde, con su armadura blanca, ante los ojos de la mitad del reino. Cuando ser Gerold Hightower lo ayudó a ponerse en pie y le colocó la capa blanca sobre los hombros, el rugido de la multitud fue tal que Jaime lo seguía recordando pese a los años transcurridos. Pero aquella misma noche, Aerys se puso de mal humor y declaró que no necesitaba a los siete de la Guardia Real allí, en Harrenhal. A Jaime le ordenó regresar a Desembarco del Rey para guardar a la reina y al pequeño príncipe Viserys, que se habían quedado allí. El Toro Blanco se ofreció a

encargarse de aquella tarea, para que Jaime pudiera quedarse y competir en el torneo de lord Whent, pero Aerys se negó.

—Aquí no va a ganar gloria —había dicho el rey—. Ahora me pertenece a mí, no a Tywin. Me servirá como considere conveniente. Soy el rey. Yo mando y él obedece.

Fue entonces cuando Jaime empezó a comprender. No había ganado la capa blanca por su habilidad con la espada y con la lanza, ni por las hazañas valerosas que había llevado a cabo contra la Hermandad del Bosque Real. Aerys lo había elegido para insultar a su padre, para arrebatarle el heredero a lord Tywin.

Pese a los años transcurridos, seguía recordando la amargura de aquel momento, mientras cabalgaba hacia el sur, con su nueva capa blanca, para guardar un castillo prácticamente desierto. Casi había sido más de lo que podía soportar. De haber podido se habría arrancado la capa al instante, pero era demasiado tarde. Había pronunciado el juramento delante de medio reino, y un guardia real lo era de por vida.

—¿Os molesta la mano? —le preguntó Qyburn al ponerse a su altura.

—Me molesta la falta de mano.

Lo peor eran las mañanas. En sueños, Jaime estaba entero, y cada amanecer yacía aún medio dormido y sentía cómo movía los dedos. Todo fue una pesadilla, le decía una parte de su mente que seguía negándose a aceptarlo, nada más que una pesadilla. Pero entonces abría los ojos.

—Tengo entendido que ayer recibisteis una visita —dijo Qyburn—. Espero que disfrutarais de ella.

—No me dijo quién la enviaba. —Jaime le lanzó una mirada gélida.

—Ya casi no teníais fiebre, y pensé que os apetecería un poco de ejercicio.

—El maestre sonreía con modestia—. Pia es muy habilidosa, ¿no os parece? Y muy... dispuesta.

De aquello no cabía duda. Se había colado en su habitación y despojado de la ropa tan deprisa que Jaime pensó que todavía estaba soñando.

No se empezó a excitar hasta que la mujer estuvo debajo de las mantas, le cogió la mano buena y se la puso sobre el pecho. Además, era muy atractiva.

—Yo era apenas una niña cuando acudisteis al torneo de lord Whent y el rey os puso la capa —confesó—. Qué guapo estabais, todo de blanco, y la gente decía lo valiente que erais, caballero. A veces, cuando estoy con un hombre, cierro los ojos para imaginarme que a quien tengo encima es a vos, con la piel tan suave y los rizos dorados. Pero jamás pensé que os tendría de verdad.

No le había resultado fácil echarla, pero Jaime lo había hecho, recordándose que ya tenía una mujer.

—¿Enviáis chicas a todo aquel a quien ponéis una sanguijuela? —preguntó a Qyburn.

—Suele ser lord Vargo quien me las envía a mí. Quiere que las examine antes

de... Bueno, baste decir que en cierta ocasión amó de manera temeraria, y no quiere que vuelva a suceder. Pero no temáis; Pia está muy sana. Al igual que vuestra doncella de Tarth.

—¿Brienne? —Jaime lo miró con dureza.

—Sí. Es una muchacha fuerte. Y tenía la virginidad aún intacta. Al menos hasta anoche —puntualizó Qyburn con una risita.

—¿Os envió a examinarla?

—Desde luego. Es muy... remilgado, por decirlo de alguna manera.

—¿Tiene algo que ver con su rescate? —preguntó Jaime—. ¿Ha exigido su padre pruebas de que sigue siendo doncella?

—¿No os habéis enterado? —Qyburn se encogió de hombros—. Recibimos un pájaro de lord Selwyn en respuesta al que le había enviado yo. El Lucero de la Tarde ofrece trescientos dragones a cambio de que le devuelvan a su hija sana y salva. Ya le había dicho a lord Vargo que en Tarth no había zafiros, pero no me cree. Está convencido de que el Lucero de la Tarde lo quiere engañar.

—Trescientos dragones son un rescate digno de un caballero. La Cabra debería aceptar.

—La Cabra es el señor de Harrenhal, y el señor de Harrenhal no regatea.

«Mi mentira te salvó durante un tiempo, moza. Da las gracias por eso». La noticia lo dejó irritado, aunque debería haberlo previsto.

—Si tiene la virginidad tan dura como el resto, la Cabra se va a romper la polla intentando metérsela —bromeó.

Brienne era muy fuerte. Sobreviviría a unas pocas violaciones, consideró Jaime, aunque si se resistía demasiado, a Vargo Hoat le podría dar por cortarle las manos y los pies.

«¿Y a mí qué me importa? Si me hubiera dejado coger la espada de mi primo sin ponerse pesada, tal vez aún tendría mano. —Él mismo había estado a punto de destrozarle la pierna, pero después de que ella le pusiera las cosas muy difíciles—. Puede que Hoat no tenga ni idea de lo fuerte que es la moza. Más le vale tener cuidado, o le romperá ese cuello flaco que tiene, ¿no sería maravilloso?».

La compañía de Qyburn empezaba a cansarlo. Jaime trotó hasta la vanguardia de la columna. Un norteño menudo y grueso llamado Nage iba delante de Patas de Acero, con un estandarte de paz: una bandera con los colores del arcoíris, con siete colas largas, en un asta culminada por una estrella de siete puntas.

—¿No deberíais tener los norteños otro estandarte de paz? —le preguntó a Walton—. ¿Qué son los Siete para vosotros?

—Dioses sureños —replicó el soldado—. Pero para llevarlos sano y salvo a vuestro padre necesitamos paz sureña.

«Mi padre. —Jaime se preguntó si lord Tywin habría recibido la petición de

rescate de la Cabra, con su mano podrida o sin ella—. ¿Cuánto vale un espadachín sin la mano de la espada? ¿La mitad del oro de Roca Casterly? ¿Trescientos dragones? ¿Nada?». Los sentimientos no habían doblegado nunca a su padre. En cierta ocasión, el abuelo de Jaime, lord Tytos, había tomado prisionero a un vasallo rebelde, lord Tarbeck. La temible lady Tarbeck respondió capturando a tres Lannister, entre ellos el joven Stafford, cuya hermana estaba prometida a su primo Tywin. «Enviadme de vuelta a mi amado señor o estos tres pagarán cualquier daño que sufra», había escrito a Roca Casterly. El joven Tywin le sugirió a su padre que la complaciera, devolviéndole a lord Tarbeck en tres pedazos. Pero lord Tytos era un león más amable, de manera que lady Tarbeck ganó unos cuantos años de vida para el cretino de su señor, y Stafford se casó, tuvo hijos y siguió cometiendo disparates hasta que cayó en Cruce de Bueyes. Pero Tywin Lannister perduró, eterno como Roca Casterly. «Y ahora tenéis un hijo enano y otro tullido, mi señor. Qué poco os debe de gustar...».

El camino los llevó a cruzar una aldea quemada. Debía de haber pasado un año o más desde que la habían incendiado. Las casuchas ennegriscidas y sin tejado seguían en pie, pero las malas hierbas crecían hasta la altura de la cintura en los campos circundantes. Patas de Acero dio el alto para abrevar a los caballos.

«Este lugar también lo conozco», pensó Jaime mientras aguardaba junto al pozo. Había habido una pequeña posada, de la que solo quedaban los cimientos y una chimenea, donde había entrado para beber una jarra de cerveza. Una moza de ojos oscuros le sirvió queso y manzanas, pero el posadero no aceptó las monedas que le ofreció.

—Para mí es un honor tener bajo mi techo a un caballero de la Guardia Real —le había dicho—. Esto se lo podré contar a mis nietos.

Jaime contempló los restos de la chimenea, entre los hierbajos, y se preguntó si habría llegado a tener nietos. «¿Les contaría que en cierta ocasión el Matarreyes bebió su cerveza y comió su queso y sus manzanas, o le daría vergüenza reconocer que le dio de comer a alguien como yo?». No lo sabría jamás. Quienquiera que hubiera quemado la posada, seguramente, habría matado también a los nietos. Sintió como se le contraían los dedos fantasmales. Cuando Patas de Acero sugirió que encendieran un fuego y comieran algo, Jaime sacudió la cabeza.

—Este lugar no me gusta —dijo—. Sigamos adelante.

Cuando empezó a anochecer ya habían dejado el lago para seguir una senda tortuosa que atravesaba un bosque de robles y olmos. El muñón de Jaime palpitaba con un dolor sordo cuando Patas de Acero decidió montar el campamento. Por suerte, Qyburn llevaba un pellejo de vino del sueño. Una vez Walton hubo organizado las guardias, Jaime se tendió junto a la hoguera y colocó contra un tocón una piel de oso enrollada a modo de almohada, para apoyar la

cabeza. La moza le habría dicho que tenía que comer antes de dormirse para conservar las fuerzas, pero estaba más cansado que hambriento. Cerró los ojos, con la esperanza de soñar con Cersei. Los sueños que le provocaba la fiebre eran tan vívidos...

Estaba desnudo, solo, rodeado de enemigos, con altas paredes de piedra que se cernían sobre él. «La Roca», supo al instante. Sentía el inmenso peso del castillo sobre la cabeza. Estaba en casa. Estaba en casa y entero.

Alzó la mano derecha y flexionó los dedos para sentir su fuerza. Era mejor que el sexo. Mejor que el combate. «Cinco dedos, cinco dedos. —Había soñado que estaba tullido, pero no era así. Se notaba mareado de alivio—. Mi mano, mi querida mano». Mientras estuviera entero, nada podría hacerle daño.

A su alrededor había una docena de figuras altas y oscuras; llevaban túnicas con capuchas que les cubrían los rostros, y lanzas en las manos.

—¿Quiénes sois? —les preguntó con tono imperioso—. ¿Qué hacéis en Roca Casterly?

No le respondieron, sino que lo agujonearon con las puntas de las lanzas. No tuvo más remedio que empezar a descender. Bajó por un pasadizo serpenteante, por escaleras angostas talladas en la roca, abajo, cada vez más abajo.

«Tengo que ir hacia arriba —se dijo—. Hacia arriba, no hacia abajo. ¿Por qué estoy bajando?». Bajo la tierra lo aguardaba la muerte, lo sabía con la certeza que solo se tiene en los sueños; allí moraba algo oscuro y terrible, algo que lo esperaba. Jaime trató de detenerse, pero las lanzas lo agujonearon. «Si tuviera la espada, nada podría hacerme daño».

La escalera terminaba bruscamente en una oscuridad llena de ecos. Jaime percibió la vastedad del espacio que lo rodeaba. Se detuvo en seco al borde de la nada. Una punta de lanza le pinchó la base de la espalda, empujándolo hacia el abismo. Gritó, pero la caída fue corta. Aterrizó sobre las manos y las rodillas, en arena blanda y aguas poco profundas. Había cavernas inundadas en las profundidades de Roca Casterly, pero aquello no lo conocía.

—¿Qué lugar es este?

—Tu lugar. —La voz retumbaba. Era un centenar de voces, mil voces, las voces de todos los Lannister desde Lann el Astuto, que había vivido en el amanecer de los tiempos. Pero era, sobre todo, la voz de su padre, y junto a lord Tywin estaba su hermana, pálida y hermosa, con una antorcha encendida en la mano. Joffrey también estaba allí; era el hijo que ambos habían tenido, y tras ellos había otra docena de sombras oscuras con cabellos dorados.

—Hermana, ¿por qué nos ha traído padre aquí?

—Nos. Este es tu lugar, hermano. Esta es tu oscuridad.

Su antorcha era la única luz de la caverna. Su antorcha era la única luz del mundo. Cersei se volvió para marcharse.

—Quédate conmigo —le suplicó Jaime—. No me dejes aquí solo. —Pero se

marchaban—. ¡No me dejéis en la oscuridad! —Algo espantoso habitaba allí abajo—. Al menos dadme una espada.

—Ya te di una espada —dijo lord Tywin.

Estaba a sus pies. Jaime tanteó bajo el agua hasta que cerró los dedos en torno al puño. « Mientras tenga una espada, nada puede hacerme daño» . Cuando alzó la hoja, una lengua de llamas claras chisporroteó en la punta y recorrió el filo, antes de detenerse a un palmo de la empuñadura. El fuego adoptó el color del propio acero, de manera que ardía con una luz azul plateada, y las penumbras se retiraron. Alerta, Jaime se movió en círculo, preparado para cualquier cosa que saliera de la oscuridad. El agua le llenaba las botas hasta el tobillo, fría, muy fría.

« Cuidado con el agua —se dijo—. Puede haber criaturas que viven aquí, simas ocultas...» .

Oyó un fuerte chapuzón a su espalda. Jaime se giró en dirección al sonido... pero la tenue luz solo reveló a Brienne de Tarth, con las manos unidas por gruesas cadenas.

—Prometí que os mantendría a salvo —dijo la moza, testaruda—. Hice un juramento. —Desnuda, alzó las manos hacia Jaime—. Por favor, tened la bondad. —Los eslabones de acero se partieron como si fueran de seda—. Una espada —suplicó Brienne, y allí estaba, con cinturón, vaina y todo.

Se la abrochó en torno a la gruesa cintura. La luz era tan escasa que Jaime apenas podía verla, aunque estaban a unos pocos pasos.

« Con esta luz casi parece hermosa —pensó—. Con esta luz casi podría ser un caballero» . La espada de Brienne también ardía con llamas azules y plateadas. La oscuridad se retiró un poco más.

—Mientras ardan las llamas, vivirás —oyó decir a Cersei—. Cuando mueran, tú también morirás.

—¡Hermana! —gritó—. ¡Quédate conmigo! ¡Quédate! —No obtuvo más respuesta que el suave sonido de unos pasos que se alejaban.

Brienne blandió la espada larga y contempló cómo las llamas plateadas cambiaban y tremolaban. A sus pies, un reflejo de la espada llameante brillaba en la superficie de las tranquilas aguas negras. Era tan alta y tan fuerte como la recordaba, pero a Jaime le pareció que en aquellos momentos tenía más formas de mujer.

—¿Qué guardan aquí abajo? ¿Un oso? —Brienne se movía, espada en mano, lenta, cautelosa. Daba un paso, se volvía, escuchaba. Cada pisada era un pequeño chapoteo—. ¿Un león cavernario? ¿Lobos huargo? ¿Algún oso? Decidme, Jaime, ¿qué habita aquí? ¿Qué habita en la oscuridad?

—La muerte. —Nada de osos, lo sabía. Nada de leones—. Solo muerte.

—No me agrada este lugar. —A la luz fría, plateada y azul de las espadas, la corpulenta moza parecía pálida y fiera.

—Yo tampoco le tengo mucho cariño. —Las hojas llameantes creaban una

pequeña isla de luz, pero a su alrededor se extendía un interminable mar de oscuridad—. Tengo los pies mojados.

—Podríamos volver por donde nos han traído. Si os subís a mis hombros, no os costará alcanzar la entrada de ese túnel.

« Y así podría seguir a Cersei». Sintió que se le endurecía, y se volvió para que Brienne no lo notara.

—Escuchad —dijo ella.

Le puso la mano en el hombro, y Jaime se estremeció bajo el roce repentino.

« Es cálida» .

—Se acerca algo. —Brienne alzó la punta de la espada y señaló hacia la izquierda—. Allí.

Escudriñó la penumbra hasta que él también lo vio. Algo se movía en la oscuridad, aunque no alcanzaba a distinguir qué era...

—Un hombre a caballo. No, dos. Dos jinetes, hombro con hombro.

—¿Aquí, bajo la Roca?

No tenía sentido. Pero los dos jinetes se acercaban a lomos de sus caballos claros. Llevaban armaduras, y sus monturas iban protegidas para la batalla. Emergieron de la oscuridad a paso lento.

« No hacen el menor ruido —advirtió Jaime—. No chapotean en el agua; las armaduras no tintinean; los cascos no resuenan contra el suelo». Recordó a Eddard Stark, cuando recorrió la sala del trono de Aerys en el más absoluto silencio. Solo habían hablado sus ojos: los ojos de un señor, fríos, grises, juzgándolo.

—¿Sois vos, Stark? —llamó Jaime—. Adelante. No os temí en vida y no os temo ahora que estáis muerto.

—Vienen más —le advirtió Brienne tocándole el brazo.

Él también los vio. Parecía que sus armaduras eran de nieve, y jirones de niebla les ondeaban desde los hombros y le cubrían la espalda. Llevaban los visores de los yelmos cerrados, pero Jaime Lannister no tenía que verles el rostro para reconocerlos.

Cinco habían sido sus hermanos. Oswell Whent y Jon Darry. Lewyn Martell, un príncipe de Dorne. El Toro Blanco, Gerold Hightower. Ser Arthur Dayne, la Espada del Amanecer. Y junto a ellos, coronado de niebla y dolor, con la larga cabellera ondeando a la espalda, cabalgaba Rhaegar Targaryen, príncipe de Rocadragón y heredero legítimo del Trono de Hierro.

—No me dais miedo —exclamó mientras se dividían para colocarse a ambos lados de él. No sabía hacia dónde mirar—. Lucharé con vosotros de uno en uno, o contra todos a la vez. Pero ¿quién se va a enfrentar a la moza? Se enfada mucho cuando la dejan al margen.

—Juré que lo mantendría a salvo —le dijo ella a la sombra de Rhaegar—. Pronuncié un juramento sagrado.

—Todos hicimos juramentos —dijo ser Arthur Dayne con voz de tristeza infinita.

Las sombras desmontaron de sus caballos espirituales. No hicieron ruido alguno al desenvainar las espadas largas.

—Iba a quemar la ciudad —dijo Jaime—. No quería dejar más que cenizas para Robert.

—Era vuestro rey —dijo Darry.

—Jurasteis protegerlo —dijo Whent.

—Y también a los niños —apuntó el príncipe Lewyn.

—Dejé en vuestras manos a mi esposa y a mis hijos. —El príncipe Rhaegar ardía con luz fría, blanca, roja y oscura alternativamente.

—Jamás pensé que les harían daño. —La luz de la espada de Jaime era cada vez menos brillante—. Yo estaba con el rey ...

—Matando al rey —dijo ser Arthur.

—Cortándole el cuello —dijo el príncipe Lewyn.

—El mismo rey por el que juraste que darías la vida —dijo el Toro Blanco.

Las llamas que recorrían la hoja de la espada se estaban apagando, y Jaime recordó lo que había dicho Cersei. «No». El terror le atenazó la garganta como un puño. De pronto, la espada se le quedó a oscuras; solo la de Brienne ardía, y los fantasmas se cernieron sobre ellos.

—No —dijo—. No, no, no, ¡nooo!

Se incorporó bruscamente, con el corazón acelerado, y se encontró en la oscuridad estrellada, en medio de un bosquecillo. Notaba en la boca el sabor amargo de la bilis, y había sudado tanto que estaba tiritando, debatiéndose entre el frío y el calor. Cuando buscó la espada con la mirada, su muñeca terminaba entre los cueros y vendajes que envolvían el horrible muñón. De pronto sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

«Lo noté, noté la fuerza en los dedos y el tacto del cuero de la empuñadura de la espada. Mi mano...».

—Mi señor. —Qyburn se arrodilló junto a él, con el rostro paternal lleno de arrugas de preocupación—. ¿Qué sucede? Os he oido gritar.

—¿Qué pasa? —Walton Patas de Acero se erguía sobre ellos, alto y severo—. ¿Por qué habéis gritado?

—Ha sido un sueño... nada más. —Jaime contempló el campamento que lo rodeaba, perdido momentáneamente—. Estaba en un lugar oscuro, pero volvía a tener la mano. —Se miró el muñón y volvió a sentirse asqueado. «No hay ningún lugar así debajo de la roca», pensó. Tenía el estómago vacío y revuelto, y le dolía la cabeza de tenerla apoyada en el tocón.

—Todavía tenéis algo de fiebre —dijo Qyburn tocándose la frente.

—La fiebre me ha provocado el sueño. —Jaime se incorporó—. Ayudadme.

Patas de Acero lo agarró por la mano buena y lo puso en pie.

—¿Otra copa de vino del sueño? —preguntó Qyburn.

—No. Ya he tenido suficientes sueños por esta noche. —¿Cuánto faltaría para el amanecer? Sabía que, si volvía a cerrar los ojos, regresaría a aquel lugar húmedo y oscuro.

—Leche de la amapola, tal vez? ¿Algo para la fiebre? Aún estás débil, mi señor. Tenéis que dormir. Tenéis que descansar.

« Eso es lo último que pienso hacer». La luz de la luna brillaba clara sobre el tocón en el que Jaime había recostado la cabeza. El musgo que lo cubría era tan espeso que no se había dado cuenta antes, pero en aquel momento advirtió que la madera era blanca. Aquello le recordó a Invernalia y al árbol corazón de Ned Stark. « No era él —pensó—. Nunca fue él». Pero el tocón estaba muerto, igual que Stark y todos los demás: el príncipe Rhaegar, ser Arthur y los niños. « Y Aerys. Aerys está más muerto que ninguno».

—¿Creéis en los fantasmas, maestre? —preguntó a Qyburn.

Una expresión extraña pasó por el rostro del hombre.

—Una vez, estando en la Ciudadela, entré en una habitación desierta y vi una silla vacía. Pero supe que allí había habido una mujer hacia tan solo un momento. El cojín conservaba la huella de su cuerpo; la tela aún estaba tibia, y su perfume permanecía en el aire. Si al abandonar una habitación dejamos en ella nuestro olor, sin duda parte de nuestra alma debe permanecer aquí cuando abandonamos la vida, ¿no os parece? —Qyburn extendió las manos—. Pero a los archimaestres no les gustaban mis ideas. Bueno, a Marwyn sí, pero era el único.

—Walton, ensillad los caballos —ordenó Jaime pasándose los dedos por el pelo—. Quiero volver.

—¿Queréis volver? —Patas de Acero lo miraba, dubitativo.

« Cree que me he vuelto loco. Y puede que tenga razón».

—Me he dejado una cosa en Harrenhal.

—Eso que os habéis dejado lo tienen ahora lord Vargo y sus titiriteros sangrientos.

—Vos contáis con el doble de hombres que él.

—Si no os entrego a vuestro padre, como me han ordenado, lord Bolton me despellejará como a una liebre. Tenemos que seguir hacia Desembarco del Rey.

En otros tiempos, Jaime habría respondido con una sonrisa y una amenaza, pero los mancos no inspiraban mucho temor. ¿Qué haría su hermano en aquellas circunstancias?

« A Tyrion se le ocurriría algo».

—Los Lannister mienten, Patas de Acero. ¿No os lo dijo lord Bolton?

—¿Y qué? —El hombre frunció el ceño, desconfiado.

—Que, a menos que me llevéis de vuelta a Harrenhal, tal vez la canción que le cante a mi padre no sea la que habría querido el señor de Fuerte Terror. Hasta puede que le diga que Bolton ordenó que me cortaran la mano y fue Walton

Patas de Acero quien esgrimió el hacha.

—Pero no fue así.—Walton se quedó mirándolo.

—No, pero ¿a quién va a creer mi padre?—Jaime se forzó a sonreír, con la misma sonrisa que utilizaba cuando nada en el mundo podía asustarlo—. Todo sería tan sencillo si volviéramos... No tardaríamos nada, y en Desembarco del Rey, yo cantaría una canción tan dulce que no daríais crédito a vuestros oídos. Os quedaríais con la chica y con una buena bolsa de oro como muestra de gratitud.

—¿Oro?—se interesó Walton—. ¿Cuánto oro?

« Ya es mío» .

—Depende, ¿cuánto queréis?

Y, cuando salió el sol, ya estaban a medio camino de vuelta a Harrenhal.

Jaime forzó al caballo mucho más que el día anterior, y Patas de Acero y el resto de los norteños se vieron obligados a mantener su paso. Aun así, era ya mediodía antes de que llegaran al castillo junto al lago. Bajo un cielo cada vez más oscuro que amenazaba lluvia, las inmensas murallas y las cinco torres se alzaban negras, ominosas.

« Qué muerto parece» . Los muros estaban desiertos, y las puertas, cerradas y atrancadas. En la cima de la barbacana pendía un estandarte inerte. « La cabra negra de Qohor» , supo al instante. Jaime se llevó la mano a la boca para hacerse oír.

—¡Eh, los de dentro! —gritó—. ¡Abrid las puertas si no queréis que las derribe a patadas!

Solo cuando Qyburn y Patas de Acero unieron sus voces apareció por fin una cabeza entre las almenas, sobre ellos. El guardia los miró desde arriba y desapareció. Poco después, oyeron como se alzaba el rastrillo. Las puertas se abrieron, y Jaime Lannister espolgó al caballo para cruzar la muralla, sin apenas mirar los matacanes al pasar bajo ellos. Había temido que la Cabra no los dejara entrar, pero por lo visto, los compañeros audaces aún los consideraban sus aliados.

« Idiotas» .

El patio de armas estaba desierto. Solo se veía movimiento en los alargados establos con tejados de pizarra, y en aquel momento no eran caballos lo que buscaba Jaime. Tiró de las riendas y miró a su alrededor. Oyó ruidos procedentes de algún punto detrás de la Torre de los Fantasmas, hombres que gritaban en una docena de idiomas diferentes. Patas de Acero y Qyburn se situaron a ambos lados de él.

—Coged lo que hayáis venido a buscar y nos marcharemos —dijo Walton—. No quiero problemas con los titiriteros.

—Decidle a vuestros hombres que mantengan la mano en la empuñadura de la espada y serán los titiriteros los que no quieran problemas con vos. Dos a uno, ¿recordáis?

Jaime irguió la cabeza de repente al oír un rugido lejano, pero feroz. Retumbó contra las murallas de Harrenhal, y las risotadas crecieron como una marea. De repente, comprendió qué estaba pasando.

« ¡Hemos llegado demasiado tarde! ». El estómago le dio un vuelco, clavó espuelas y cruzó al galope el patio de armas; pasó bajo un arco de piedra, rodeó la Torre Aullante y atravesó el Patio de la Piedra Líquida.

La tenían en el foso del oso.

El rey Harren el Negro lo hacía todo con derroche de lujos, hasta los espectáculos del oso. El foso tenía diez varas de diámetro y cinco de profundidad; las paredes eran de piedra; el suelo, de arena, y alrededor había seis hileras de gradas con bancos de mármol. Los compañeros audaces solo ocupaban una cuarta parte de los asientos, según advirtió Jaime al bajarse con torpeza del caballo. Los mercenarios estaban tan concentrados en el espectáculo del foso que solo los que estaban al otro lado se apercibieron de su llegada.

Brienne llevaba la túnica que le habían dado para cenar con Roose Bolton. Sin escudo, sin coraza, sin armadura, ni siquiera prendas de cuero grueso curtido; solo seda rosa y encaje de Myr. Tal vez a la Cabra le había parecido que tendría más gracia si iba vestida de mujer. La mitad de la túnica estaba hecha jirones, y del brazo izquierdo le manaba sangre, allí donde el oso le había dado un zarpazo.

« Al menos le han dado una espada. —La moza tenía el arma en una mano, se movía de costado y trataba de poner distancia entre el oso y ella—. No le va a servir de nada; el foso es muy pequeño ». Lo que tenía que hacer era atacar y terminar pronto con todo. Un buen acero era rival para cualquier oso. Pero la moza parecía tener miedo de acercarse. Los titiriteros proferían insultos y sugerencias obscenas.

—Esto no es asunto nuestro —le dijo Patas de Acero a Jaime—. Lord Bolton les dijo que la moza era suya y que podían hacer con ella lo que quisieran.

—Se llama Brienne. —Jaime bajó por las escaleras, pasando junto a una docena de mercenarios que se iban sobresaltando. Vargo Hoat había ocupado el palco correspondiente al señor, en la grada más baja—. ¡Lord Vargo! —llamó por encima del criterio.

—¿Matarrey ez? —El qohoriense estuvo a punto de derramar el vino.

Tenía el lado izquierdo de la cara mal vendado; el lino que le cubría la oreja estaba lleno de sangre.

—Sácala de ahí.

—No te metaz en ezto, Matarrey ez, a menoz que quieraz otro muñón. —Agitó la copa de vino—. Vueztra zalgaje me arrancó la oreja de un mordizco. No me eztraña que zu padre no quiera pagar rezcate por zemejante monztruo.

Un rugido hizo que Jaime se volviera. El oso medía casi tres varas de altura.

« Es como Gregor Clegane cubierto de pieles —pensó—, aunque probablemente más listo ». Pero la bestia no tenía el alcance asesino de la

Montaña con su monstruoso mandoble.

El oso rugió de rabia, mostrando una boca llena de enormes dientes amarillos; después se dejó caer sobre las cuatro patas y avanzó hacia Brienne.

« Es tu oportunidad —pensó Jaime—. ¡Ataca! ¡Venga! ».

Sin embargo, Brienne lanzó un pinchazo inútil con la punta de la hoja. El oso retrocedió un instante y se volvió a adelantar con un gruñido. Ella dio un paso a la izquierda y lanzó otro pinchazo a la cara del oso. En aquella ocasión, el animal apartó la espada con una zarpa.

« Es cauteloso —comprendió Jaime—. Ya se ha enfrentado a otros hombres. Sabe que las espadas y las lanzas le pueden hacer daño. Pero eso no lo detendrá mucho tiempo» .

—¡Mátalo! —gritó, pero su voz se perdió entre el resto de los gritos.

Si Brienne llegó a oírlo, no dio muestras de ello. Se movía por el foso, siempre con la espalda contra la pared.

« Está demasiado cerca. Si el oso la acorrala contra el muro... » .

La bestia giró con torpeza, en un arco demasiado abierto, demasiado deprisa. Rápida como un gato, Brienne cambió de dirección. « Esa es la moza que recuerdo» . Dio un salto y lanzó un tajo contra el lomo del oso. La bestia soltó un rugido y se volvió a erigir sobre las patas traseras. Brienne se escabulló como pudo.

« ¿Dónde está la sangre? » . De repente, Jaime lo comprendió.

—¡Le habéis dado una espada de torneo! —exclamó girándose hacia la Cabra.

La Cabra lanzó una carcajada como un rebuzno, que lo cubrió de vino y salivillas.

—Por zupuezto.

—Pagaré el rescate que queráis por ella. Oro, zafiros, lo que sea. Sacadla de ahí.

—¿La queréiz? Puez id a buzarla.

Y aquello fue lo que hizo.

Apoyó la mano buena en la baranda de mármol, saltó y rodó al caer en la arena. Al oír el golpe sordo, el oso se volvió, olfateó y miró con desconfianza al nuevo intruso. Jaime se incorporó sobre una rodilla.

« Por los siete infiernos, ¿y ahora qué hago? » . Cogió un puñado de arena.

—¿Matarrey es? —Oyó decir a Brienne, atónita.

—Jaime.

Dio un salto al tiempo que lanzaba la arena contra la cara del oso. El animal lanzó zarpazos al aire y rugió, furioso.

—¿Qué hacéis aquí?

—Una tontería. Poneos detrás de mí. —Se movió con cautela hacia ella y se interpuso entre Brienne y el oso.

—Poneos vos detrás. Yo tengo la espada.

—Una espada sin punta ni filo. ¡He dicho que os pongáis detrás de mí! —Vio algo medio enterrado en la arena y lo cogió con la mano buena. Resultó ser una quijada humana que todavía conservaba algo de carne verdosa, cubierta de gusanos.

«Qué bonito», pensó, preguntándose de quién sería aquella cara.

El oso se iba acercando, de modo que Jaime echó el brazo hacia atrás y lanzó el hueso, con la carne y los gusanos, hacia la cabeza de la bestia. Falló por más de una vara.

«Me deberían cortar también la mano izquierda; total, para lo que me sirve...».

Brienne trató de salir de detrás de él, pero Jaime le puso la zancadilla y la derribó. Quedó tendida en la arena, aferrada a la inútil espada. Jaime se sentó sobre ella, y el oso atacó.

Se oyó un zumbido, y una saeta emplumada pareció brotar de repente del ojo izquierdo de la bestia. De las fauces abiertas salieron sangre y babas, y otra saeta lo alcanzó en la pata. La bestia rugió y se irguió. Vio a Jaime y a Brienne, y se tambaleó hacia ellos. Hubo más disparos de ballestas; las saetas atravesaban piel y carne. A tan corta distancia, los arqueros no podían fallar. Las saetas golpeaban con la fuerza de mazazos, pero el oso dio un paso más. «Pobre animal valiente, estúpido». Cuando la bestia le lanzó un zarpazo, él se echó a un lado, gritó y le lanzó arena con una patada. El oso se giró para perseguir a su torturador, y dos flechas más se le clavaron en el lomo. Lanzó un último gruñido, se dejó caer sobre la arena manchada de sangre y murió.

Brienne consiguió ponerse de rodillas, con la espada aferrada y la respiración entrecortada. Los arqueros de Patas de Acero tensaban de nuevo las ballestas, mientras los titiriteros sangrientos les gritaban maldiciones y amenazas. Jaime vio que Rorge y Tresdedos habían desenvainado las espadas, y Zollo estaba desenrollando el látigo.

—¡Habéiz acecinado a mi ozo! —chilló Vargo Hoat.

—Y lo mismo haré con vos si me causáis problemas —replicó Patas de Acero—. Nos vamos a llevar a la moza.

—Se llama Brienne —dijo Jaime—. Brienne, la doncella de Tarth. Porque seguís siendo doncella, espero.

—Sí. —El feo rostro ancho de la mujer se sonrojó.

—Menos mal —dijo Jaime—, porque yo únicamente rescato doncellas. —Se volvió hacia Hoat—. Tendréis el rescate que queráis. Por nosotros dos. Un Lannister siempre paga sus deudas. Venga, id a por unas cuerdas y sacadnos de aquí.

—Y una mierda —gruñó Rorge—. Mátalos, Hoat. ¡O te juro que lo lamentarás!

El qohoriense titubeó. La mitad de sus hombres estaban borrachos, y los norteños los doblaban en número y estaban sobrios. Algunos de los ballesteros volvían a tener las armas listas.

—Zacadloz de ahí —ordenó. Se volvió hacia Jaime—. He decidido cermicericordiozo. Decídcelo a vueztro ceñor padre.

—Así lo haré, mi señor. —«Aunque, para lo que te va a servir...».

Hasta que estuvieron a media legua de Harrenhal, fuera del alcance de los arqueros de las murallas, Walton Patas de Acero no se permitió mostrar la ira que sentía.

—¿Estáis loco, Matarreyes? ¿Acaso queríais morir? ¡No hay hombre capaz de enfrentarse a un oso con sus propias manos!

—Mi propia mano y mi propio muñón —lo corrigió Jaime—. Pero sabía que mataríais a la bestia antes de que la bestia me matara a mí. De lo contrario, lord Bolton os habría despelejado como a una liebre, ¿no?

Patas de Acero lo insultó hasta cansarse por haber cometido semejante demencia, picó espuelas y galopó para situarse al frente de la columna.

—¿Ser Jaime? —Pese a las sedas manchadas y el encaje desgarrado, Brienne seguía pareciéndose más a un hombre con vestido que a una mujer de verdad—. Os estoy agradecida, pero... ya estabais muy lejos. ¿Por qué habéis vuelto?

A Jaime se le ocurrió una docena de réplicas ingeniosas, a cuál más cruel, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Soñé con vos —respondió.

Robb se despidió tres veces de su joven reina. La primera, en el bosque de dioses, junto al árbol corazón, ante los ojos de los hombres y los dioses. La segunda, bajo el rastrillo, donde Jeyne solo lo dejó partir tras un largo abrazo y un beso más largo todavía. Y la tercera y última, a una hora de distancia del Piedra Caída, cuando la muchacha llegó al galope en un caballo agotado para suplicarle a su joven rey que la llevara.

Catelyn se dio cuenta de que Robb estaba commovido, pero también avergonzado. Era un día húmedo y gris; había empezado a lloviznar, y lo que menos falta le hacía era detener la marcha para quedarse a la intemperie consolando a una muchacha llorosa delante de la mitad de su ejército.

« Habla a Jeyne con dulzura —pensó al verlos juntos—, pero en el fondo está enfadado» .

Mientras el rey hablaba con la reina, Viento Gris no dejó de dar vueltas en torno a ellos; se detenía únicamente para sacudirse el agua del pelaje y mostrar los colmillos a la lluvia. Cuando, por fin, Robb le dio un último beso a Jeyne, la envió de vuelta a Aguasdulces escoltada por una docena de hombres y volvió a montar a caballo, el huargo salió disparado como una flecha que un arquero acabara de lanzar.

—Es evidente que la reina Jeyne tiene un corazón tierno —le dijo Lothar Frey el Cojo a Catelyn—. Me recuerda mucho al de mis hermanas. Je, seguro que, en este momento, Roslin está bailando por Los Gemelos, canturreando «Lady Tully, lady Tully, lady Roslin Tully». Antes de mañana habrá conseguido muestras de tejido del rojo y el azul de Aguasdulces, y se las pondrá junto a las mejillas para imaginarse lo bonita que estará con su capa de desposada. —Se volvió en la silla para dirigirle una sonrisa a Edmure—. En cambio, vos estáis muy callado, lord Tully. ¿Cómo os sentís?

—Más o menos como en el Molino de Piedra justo antes de que sonaran los cuernos de batalla —respondió Edmure, bromeando solamente a medias.

Lothar se echó a reír de buena gana.

—Roguemos por que vuestro matrimonio tenga un final igual de venturoso, mi señor.

« Los dioses nos protejan si no es así». Catelyn espoleó a su caballo para dejar a solas a su hermano con Lothar el Cojo.

Hadía sido ella la que se empecinó en que Jeyne permaneciera en Aguasdulces, aunque Robb habría preferido no separarse de su esposa. Lord Walder podría interpretar la ausencia de la reina en la boda como una afrenta más, pero su presencia habría sido un insulto de otro tipo, como echar sal en la herida del anciano.

—Walder Frey tiene la lengua afilada y demasiada memoria —le había

advertido a su hijo—. No dudo de tu fuerza; sé que soportarías los reproches del viejo con tal de mantener la alianza, pero te pareces demasiado a tu padre como para quedarte sentado mientras insulta a Jeyne a la cara.

Robb no pudo negar que tenía razón.

«Pero, pese a todo, me guarda rencor —pensó Catelyn, agotada—. Ya echa de menos a Jeyne, y en cierto modo me culpa por su ausencia, aunque sabe que le di un buen consejo».

De los seis Westerling que habían llegado del Risco con su hijo, solo uno quedaba ya a su lado: ser Raynald, hermano de Jeyne, el portaestandarte real. Robb había enviado al tío de Jeyne, Rolph Spicer, a entregar al joven Martyn Lannister en el Colmillo Dorado, el mismo día en que recibió el mensaje de lord Tywin según el cual accedía al intercambio de prisioneros. Fue una maniobra muy hábil. Su hijo ya no tenía por qué temer por la vida de Martyn; Galbart Glover se sintió aliviado al saber que su hermano Robett viajaba ya en un barco que había zarpado del Valle Oscuro; ser Rolph tenía una misión importante y honorable... y Viento Gris volvía a estar al lado del rey. «Que es donde debe estar».

Lady Westerling se había quedado en Aguasdulces con sus hijos: Jeyne, su hermana pequeña, Eleyna, y el joven Rollam, el escudero de Robb, que había protestado hasta hartarse al ver que lo dejaban allí. Pero también aquella era una maniobra sensata. Olyvar Frey ya había sido escudero de Robb, y sin duda estaría presente el día de la boda de su hermana; exhibir a su sustituto ante él no sería buena idea, ni tampoco una actitud elegante. En cuanto a ser Raynald, se trataba de un caballero joven y alegre que decía que ningún insulto de Walder Frey conseguiría provocarlo. «Esperemos que solo tengamos que enfrentarnos a insultos».

Pero Catelyn también albergaba temores en aquel aspecto. Su señor padre jamás había confiado en Walder Frey después de la batalla del Tridente, y ella no lo olvidaba. La reina Jeyne estaría más segura tras las altas y fuertes murallas de Aguasdulces, bajo la protección del Pez Negro. Robb había creado un título nuevo, Guardián de las Marcas del Sur. Si alguien podía defender el Tridente, era ser Brynden.

Pero a la vez, Catelyn sabía que echaría de menos el rostro arrugado de su tío, y Robb también echaría de menos sus consejos. Ser Brynden había tomado parte en todas las victorias que su hijo había obtenido. Galbart Glover estaba entonces al mando de los exploradores y la avanzadilla; era un hombre bueno, leal y firme, pero carecía de la genialidad del Pez Negro.

Tras el escudo de exploradores de Glover, la columna de Robb se extendía a lo largo de varias leguas. El Gran Jon iba al mando de la vanguardia. Catelyn viajaba en la columna principal, rodeada de caballos de batalla cuyos cascos levantaban salpicaduras de barro, montados por hombres con armaduras. Detrás

iba la caravana de provisiones: una procesión de carromatos cargados de alimentos, forraje, suministros para el campamento, regalos de boda y aquellos heridos demasiado débiles para caminar, todo bajo la mirada atenta de ser Wendel Manderly y sus caballeros de Puerto Blanco. La seguían los rebaños de ovejas, cabras y vacas huesudas, y detrás, un pequeño grupo de vivanderos con los pies llenos de ampollas. Por último iba Robin Flint, al mando de la retaguardia. No tenían enemigos a la espalda en cientos de leguas, pero Robb no quería correr el menor riesgo.

Eran tres mil quinientos hombres; tres mil quinientos hombres que habían sangrado en el bosque Susurrante, que habían manchado de sangre sus espadas en la batalla de los Campamentos, en Cruce de Bueyes, en Marcaceniza, en el Risco y en las doradas colinas del oeste de los dominios de los Lannister. Aparte del modesto séquito de amigos de su hermano Edmure, la mayoría de los señores del Tridente se había quedado para defender las tierras de los ríos mientras el rey reconquistaba el norte. Por delante los aguardaban la esposa de Edmure y la próxima batalla de Robb...

« Y a mí me esperan dos hijos muertos, un lecho vacío y un castillo lleno de fantasmas. —No era una perspectiva prometedora—. Brienne, ¿dónde estás? Tráeme a mis hijas, Brienne. Tráemelas sanas y salvias» .

La llovizna bajo la que habían emprendido la marcha se transformó hacia el mediodía en una lluvia constante, que continuó hasta bien entrada la noche. Durante el día siguiente, los norteños no vieron el sol; cabalgaron bajo cielos plomizos, con las capuchas puestas para que el agua no les entrara en los ojos. Era una lluvia fuerte, densa, que convertía los caminos en barrizales y los campos en ciénagas, que hacía crecer los ríos y arrancaba las hojas de los árboles. El repiqueo constante dificultaba las conversaciones banales, y el esfuerzo no valía la pena, de manera que los hombres solo hablaban cuando tenían algo que decir, cosa que no sucedía muy a menudo.

—Somos más fuertes de lo que parecemos, mi señora —dijo lady Maege Mormont mientras cabalgaban.

Catelyn había acabado por sentir un gran afecto hacia lady Maege y su hija mayor, Dacey; le habían demostrado que eran mucho más comprensivas que la mayoría con respecto a lo sucedido con Jaime Lannister. La hija era alta y delgada; la madre, baja y recia; pero ambas vestían igual: cota de malla y coraza, con el oso negro de la casa Mormont en escudos y jubones. A Catelyn le resultaban extraños para las damas, pero tanto Dacey como lady Maege parecían cómodas como guerreras y como mujeres, cosa que no se podía decir de la joven de Tarth.

—He luchado en todas las batallas al lado del Joven Lobo —comentó Dacey Mormont en tono alegre—. Todavía no ha perdido ninguna.

« No, pero ha perdido todo lo demás» , pensó Catelyn, aunque jamás lo diría

en voz alta. A los norteños no les faltaba valor, pero estaban lejos de su hogar y no tenían gran cosa que los mantuviera en pie, aparte de la fe en su joven rey. Una fe que había que proteger a cualquier precio. « Tengo que ser más fuerte — se dijo—. Tengo que ser fuerte, por Robb. Si desespero, la pena me consumirá» . Aquel matrimonio iba a ser el factor decisivo. Si Edmure y Roslin se gustaban, si conseguían aplacar al finado lord Frey para que volviera a unir sus fuerzas a las de Robb... « Aun así, ¿qué posibilidades tendremos, atrapados entre los Lannister y los Greyjoy? » . Era un tema sobre el que Catelyn no se atrevía a pensar mucho, aunque en la cabeza de Robb apenas si había sitio para otra cosa. Lo veía estudiar los mapas cada vez que montaban el campamento, en busca de algún plan que le permitiera recuperar el norte.

Su hermano Edmure tenía otras preocupaciones.

—Me imagino que no todas las hijas de lord Walder se parecerán a él, ¿verdad? —comentó una vez sentado en la alta tienda de lona a rayas, con Catelyn y sus amigos.

—Hay tantas madres diferentes que seguro que alguna de las hijas ha salido bonita —señaló ser Marq Piper—, pero ¿por qué os iba a entregar una guapa ese viejo canalla?

—Claro, no tiene por qué —asintió Edmure con tono sombrío.

—Cersei Lannister es agraciada —le espetó de repente Catelyn, que ya no lo pudo soportar más—. Sería más inteligente por tu parte rezar por que Roslin sea fuerte y saludable, y tenga un corazón bondadoso y leal.

Y sin más, se levantó y los dejó solos.

Edmure no lo encajó bien. Al día siguiente evitó cruzarse con ella durante la marcha; prefirió en su lugar la compañía de Marq Piper, Lymond Goodbrook, Patrek Mallister y los jóvenes Vance.

« Ellos no le hacen ningún reproche que no sea en broma —se dijo Catelyn cuando transcurrió la tarde sin que intercambiaran palabra—. Siempre he sido demasiado dura con Edmure, y ahora, el dolor afila cada una de mis palabras» . Lamentaba haberlo reprendido. Ya hacía bastante frío con la lluvia que caía del cielo, sin necesidad de que ella enfriara todavía más el ambiente. ¿Y de verdad era tan espantoso querer una esposa bonita? Recordó la decepción infantil que había sufrido la primera vez que vio a Eddard Stark. Se lo había imaginado como su hermano Brandon en joven, pero estaba equivocada. Ned era más bajo y tenía un rostro más corriente; además, siempre parecía sombrío. Cuando hablaba era cortés, pero bajo las palabras se percibía una frialdad que no tenía nada que ver con Brandon, cuyas carcajadas retumbaban tanto como sus accesos de rabia. Hasta cuando la tomó por primera vez, en su amor había más deber que pasión. « Pero aquella noche engendramos a Robb; aquella noche hicimos un rey. Y después de la guerra, en Invernalia, tuve más amor que ninguna mujer, cuando descubrí el corazón dulce y generoso que palpitaba bajo el aspecto solemne de

Ned. No hay motivo para pensar que Edmure no vaya a descubrir lo mismo con Roslin».

Como si se tratara de un designio de los dioses, la ruta los llevó a través del bosque Susurrante, donde Robb había obtenido su primera gran victoria. Siguieron el curso del riachuelo serpenteante que cruzaba el angosto valle, igual que habían hecho los hombres de Jaime Lannister aquella desventurada noche.

« Entonces hacía más calor —recordó Catelyn—, los árboles aún estaban verdes y el arroyo no bajaba tan crecido». En aquel momento, las hojas caídas ahogaban su curso y se enredaban en húmedas marañas entre las rocas y las raíces, y los árboles que entonces habían servido de escondrijo al ejército de Robb habían cambiado su vestidura verde por hojas color oro viejo, con motas castañas y rojas que le recordaban el óxido y la sangre seca. Solo las piceas y los pinos soldado mostraban aún copas verdes, que apuntaban hacia las nubes barrigonas como largas lanzas oscuras.

« No solo han muerto árboles desde entonces», reflexionó. La noche del bosque Susurrante, Ned todavía estaba vivo en su celda, bajo la Colina Alta de Aegon, y Bran y Rickon se encontraban a salvo tras las murallas de Invernalia. « Theon Greyjoy peleó al lado de Robb y alardeó de lo cerca que había estado de cruzar su espada con la del Matarreyes. Ojalá hubiera sido así. Si hubiera muerto Theon en lugar de los hijos de lord Karstark, ¿cuántos males se habrían evitado?».

Al atravesar el campo de batalla, Catelyn divisó rastros de la carnicería que había tenido lugar allí; un yelmo abandonado lleno de agua, una lanza astillada, los huesos de un caballo... Sobre los cadáveres de los caídos habían colocado piedras a modo de sepulturas, pero los animales carroñeros ya habían pasado por allí. Entre las rocas caídas se veían ropas de colores vivos y trozos de metal brillante. También divisó un rostro que la miraba; el cráneo empezaba aemerger por debajo de la carne oscura y podrida.

Aquello le hizo preguntarse dónde estaría descansando Ned. Las hermanas silenciosas se habían llevado sus huesos al norte, con la escolta de Hallis Mollen y una pequeña guardia de honor. ¿Habría llegado Ned a Invernalia? ¿Lo habrían enterrado junto a su hermano Brandon, en las criptas oscuras bajo el castillo? ¿O se habrían cerrado las puertas en Foso Cailin antes de que pasaran Hal y las hermanas?

Tres mil quinientos jinetes avanzaban por el valle a través del bosque Susurrante, pero Catelyn Stark pocas veces se había sentido tan sola. Cada legua que recorría la alejaba más y más de Aguasdulces, y no pudo evitar preguntarse si volvería a ver el castillo. Tal vez lo había perdido para siempre, como tantas otras cosas.

Cinco días más tarde, los exploradores regresaron para avisarlos de que la crecida de las aguas se había llevado el puente de madera de Buenmercado.

Galbart Glover y dos de sus hombres más osados habían intentado cruzar con sus monturas la turbulenta corriente del Forca Azul en el Vado de los Carneros: dos de los caballos y uno de los jinetes se ahogaron; el propio Glover tuvo que agarrarse a una roca hasta que lograron sacarlo.

—El río no bajaba tan crecido desde la última primavera —dijo Edmure—. Y si sigue lloviendo, las aguas subirán todavía más.

—Hay un puente corriente arriba, cerca de Piedrasviejas —recordó Catelyn, que había cruzado aquellas tierras a menudo con su padre—. Es más viejo y más pequeño, pero si sigue en pie...

—Ya no existe, mi señora —dijo Galbart Glover—. La corriente se lo llevó antes que el de Buenmercado.

—¿Hay algún otro puente? —le preguntó Robb a Catelyn, mirándola.

—No. Y los vados estarán intransitables. —Trató de hacer memoria—. Si no podemos cruzar el Forca Azul, tendremos que rodearlo, y cruzar Sietecaues y el Pantano de la Bruja.

—Cenagales y malos caminos, y eso cuando los hay —aviso Edmure—. La marcha será lenta, pero en fin, al menos avanzaremos.

—Seguro que lord Walder nos esperará —dijo Robb—. Lothar le envió un pájaro desde Aguasdulces; ya sabe que estamos en camino.

—Sí, pero es susceptible y desconfiado por naturaleza —dijo Catelyn—. Se puede tomar esta demora como un insulto deliberado.

—Muy bien, le pediré perdón también por el retraso. Menudo rey pareceré, disculpándome cada dos palabras. —Robb hizo una mueca—. Espero que Bolton consiguiera cruzar el Tridente antes de que empezaran las lluvias. El camino Real va directo hacia el norte; su marcha será más sencilla. Aunque vayan a pie, llegarán a Los Gemelos antes que nosotros.

—Y una vez sus hombres se reúnan con los tuyos y mi hermano esté casado, ¿qué harás? —preguntó Catelyn.

—Ir al norte. —Robb rascaba a Viento Gris detrás de una oreja.

—¿Por el camino alto? ¿Contra Foso Cailin?

—Es una posibilidad —dijo el muchacho con una sonrisa enigmática, y por su tono, Catelyn supo que no le sacaría ni una palabra más.

«Un rey sabio no dice lo que piensa», se recordó.

Llegaron a Piedrasviejas tras ocho días más de lluvia constante y acamparon en la cima de la colina desde la que se divisaba el Forca Azul, en el interior de las ruinas de una fortaleza de los antiguos Reyes del Río. Los cimientos seguían entre la maleza y mostraban dónde se habían alzado las murallas y torreones, pero la gente de la zona se había llevado la mayor parte de las piedras hacia ya tiempo, para edificar graneros, septos, refugios... Aun así, en el centro de lo que en el pasado fuera el patio del castillo, quedaba todavía un sepulcro medio oculto entre hierbas que llegaban a la cintura.

La tapa del sepulcro estaba tallada con la semblanza del hombre cuyos huesos yacían en el interior, pero la lluvia y el viento la habían erosionado. El rey había llevado barba, todavía se veía, pero por lo demás, el rostro era liso y sin rasgos, con apenas vagos indicios de la boca, la nariz, los ojos y la corona que le había ceñido las sienes. Tenía las manos cruzadas sobre el mango de un martillo de guerra que le descansaba sobre el pecho. Seguramente, el martillo tuvo en su momento runas con su nombre e historia, pero los siglos las habían borrado. La propia piedra estaba agrietada y desmenuzada, decolorada aquí y allá por manchas de musgo y líquenes, y las rosas silvestres que crecían a los pies del rey le llegaban casi hasta el pecho.

Allí fue donde Catelyn encontró a Robb, de pie, sombrío en el ocaso, con Viento Gris por única compañía. La lluvia había cesado por el momento, y el muchacho llevaba la cabeza descubierta.

—¿Cómo se llama este castillo? —le preguntó en voz baja cuando Catelyn se le acercó.

—Cuando yo era niña, el pueblo lo llamaba Piedrasviejas, pero no me cabe duda de que tendría otro nombre cuando aquí vivían reyes.

En cierta ocasión había acampado allí con su padre, camino de Varamar. «Petyr también iba con nosotros...» .

—Había una canción —recordó Robb—. «Jenny de Piedrasviejas, con flores en el cabello» .

—Al final no somos más que canciones. Y eso si tenemos suerte.

Aquel día había jugado a ser Jenny; hasta se había puesto flores en el pelo. Y Petyr fingía ser su Príncipe de las Libélulas. Catelyn no tendría más de doce años; Petyr era un chiquillo.

—¿De quién es esta tumba? —preguntó Robb examinando el sepulcro.

—Aquí yace Tristifer, el cuarto de su nombre, Rey de los Ríos y las Colinas.

—Su padre le había contado una vez su historia—. Su reino se extendía desde el Tridente hasta el Cuello. Eso fue miles de años antes de Jenny y de su príncipe, en los tiempos en que los reinos de los primeros hombres caían uno tras otro ante las acometidas de los ándalos. Lo llamaban Martillo de Justicia. Luchó en cien batallas y venció en noventa y nueve, o eso dicen los bardos, y cuando erigió este castillo era el más fuerte de Poniente. —Puso una mano en el hombro de su hijo —. Murió en su centésima batalla, cuando siete reyes ándalos unieron sus fuerzas contra él. El quinto Tristifer no estuvo a su altura, y no tardó en perder el reino, luego el castillo y, por último, el linaje. Con Tristifer, el quinto de su nombre, murió la casa Mudd, que había reinado en las tierras de los ríos durante mil años antes de que llegaran los ándalos.

—Su heredero le falló. —Robb pasó una mano por la áspera piedra desgastada—. Habría querido dejar a Jeyne embarazada... Lo intentamos muchas veces, pero no estoy seguro...

—No siempre se consigue a la primera. —«Aunque en tu caso fue así»—. Ni siquiera en la que hace ciento. Los dos sois muy jóvenes.

—Soy joven y soy rey —dijo—. Todo rey necesita un heredero. Si muriera en la próxima batalla, el reino no debería morir conmigo. Según la ley, Sansa es la siguiente en la línea de sucesión, de manera que Invernalia y el norte pasarían a sus manos. —Apretó los labios—. A las tuyas y a las de su señor esposo, Tyrion Lannister. No lo puedo permitir. No lo voy a permitir. Ese enano no debe ser jamás dueño del norte.

—No —asintió Catelyn—. Debes nombrar a otro heredero hasta el momento en que Jeyne te dé un hijo. —Meditó un instante—. Tu señor abuelo no tenía hermanos, pero su padre tenía una hermana que contrajo matrimonio con uno de los hijos menores de lord Raymar Royce. Tuvieron tres hijas, y las tres se casaron con señores menores del Valle. Una con un Waynwood y otra con un Corbray, de esos estoy segura. La más pequeña... puede que fuera con un Templeton, pero...

—Madre. —El tono de Robb era brusco—. Te olvidas de una cosa. Mi padre tuvo cuatro hijos.

—Un Nieve no es un Stark —Catelyn no lo había olvidado; no lo había querido ver, pero allí estaba.

—Jon es más Stark que cualquier señor menor del Valle que jamás ha visto Invernalia.

—Jon es un hermano de la Guardia de la Noche; ha jurado no tomar esposa y no poseer tierras. Los que visten el negro hacen votos de por vida.

—Igual que los caballeros de la Guardia Real. Eso no impidió que los Lannister les quitaran la capa blanca a ser Barristan Selmy y a ser Boros Blount cuando ya no les eran útiles. Si envío a la guardia un centenar de hombres que ocupen el lugar de Jon, seguro que se les ocurrirá alguna manera de liberarlo de su juramento.

«Ya lo ha decidido». Catelyn sabía lo testarudo que podía llegar a ser su hijo.

—Los bastardos no pueden heredar.

—No a menos que un decreto real los legitime —replicó Robb—. Sobre eso hay más precedentes que sobre liberar de sus votos a un hermano juramentado.

—Precedentes —replicó ella con amargura—. Sí, Aegon IV legitimó a todos sus bastardos en su lecho de muerte. ¿Sabes cuándo dolor desató, cuántas guerras se libraron y cuánta sangre se derramó por eso? Sé que confías en Jon, pero ¿puedes confiar en sus hijos? ¿Y en los hijos de sus hijos? Los Fuegoscuro aspiraban al trono y les causaron problemas a los Targaryen durante cinco generaciones, hasta que Barristan el Bravo mató al último de su estirpe en los Peldaños de Piedra. Si legítimas a Jon, no hay vuelta atrás: no hay manera de volver a convertirlo en bastardo. Si se casa y tiene hijos, los que tengas tú con Jeyne jamás estarán a salvo.

—Jon jamás le haría daño a un hijo mío.

—¿Igual que Theon Greyjoy no les haría daño a Bran ni a Rickon?

Viento Gris saltó sobre la cripta del rey Tristifer y enseñó los dientes. El rostro de Robb era una máscara gélida.

—Eso ha sido tan cruel como injusto. Jon no es Theon.

—Eso quieres creer. ¿Y has pensado en tus hermanas? ¿Qué pasa con sus derechos? Estamos de acuerdo en que el norte no puede quedar en manos del Gnomo, pero ¿qué pasa con Arya? Segundo la ley, va después de Sansa... Es tu propia hermana, es hija legítima...

—Y está muerta. Nadie ha visto a Arya desde que le cortaron la cabeza a mi padre. ¿Por qué te sigues engañando? Hemos perdido a Arya, igual que a Bran y a Rickon, y también matarán a Sansa en cuanto le dé un hijo al enano. El único hermano que me queda es Jon. Si muero sin herederos, quiero que me suceda como Rey en el Norte. Tenía la esperanza de que me apoyaras en esta elección.

—No puedo —dijo—. En todo lo demás estoy contigo, Robb. En todo. Pero en esto no, es una locura. No me pidas mi aprobación.

—No tengo por qué. Soy el rey.

Robb dio la vuelta y se alejó; Viento Gris saltó de la tumba y trotó en pos de él.

« ¿Qué he hecho? —pensó Catelyn, agotada, al quedarse sola junto al sepulcro de piedra de Tristifer—. Primero he hecho enfadar a Edmure y ahora a Robb, pero lo único que hago es decir la verdad. ¿Tan frágiles son los hombres, que no soportan oírla?». Se habría echado a llorar si el cielo no le hubiera tomado la delantera. Solo fue capaz de volver a su tienda y quedarse allí sentada, en silencio.

En los días siguientes, Robb estuvo en todas partes a la vez: cabalgaba al frente de la vanguardia con el Gran Jon, exploraba con Viento Gris, retrocedía para ver a Robin Flint, en la retaguardia... Los hombres decían con orgullo que el Joven Lobo era el primero en levantarse cada amanecer y el último en irse a dormir por las noches, pero Catelyn no estaba segura de que durmiera.

« Está tan huesudo y famélico como su huargo».

—Mi señora —le dijo una mañana Maege Mormont mientras cabalgaban bajo una lluvia constante—, estáis muy sombría. ¿Pasa algo?

« Mi señor esposo está muerto, y también mi padre; han entregado a mi hija a un enano perjurio para que engendre a su repulsiva progenie; mi otra hija ha desaparecido y probablemente haya muerto, y el último hijo varón que me queda y mi único hermano están furiosos conmigo. ¿Qué puede pasar?». Pero sin duda, lady Maege no quería oír tantas verdades.

—Es esta lluvia funesta —dijo en su lugar—. Hemos sufrido mucho, y nos aguardan más peligros y más pesares. Tendríamos que hacerles frente con gallardía, haciendo sonar los cuernos y ondeando los estandartes. Pero la lluvia

nos derrota. Los estandartes están empapados, y los hombres se arrebujan en sus capas. Apenas si hablan unos con otros. Solo una lluvia funesta nos helaría los corazones cuando más necesitamos que arden con calor.

—Yo prefiero que me llueva agua en vez de flechas —dijo Dacey Mormont alzando la vista hacia el cielo.

—Mucho me temo que sois más valiente que yo. —Catelyn sonreía muy a su pesar—. ¿Todas las mujeres de vuestra isla del Oso son así de guerreras?

—Somos osas, sí —dijo lady Maege—. Hemos tenido que serlo. En los viejos tiempos, los hombres del hierro nos atacaban en sus barcos, o a veces eran salvajes de la Costa Helada. Lo más habitual era que los hombres hubieran salido a pescar. Las esposas que dejaban atrás tenían que defenderse y defender a sus hijos, o dejar que las raptaran.

—En nuestra puerta hay un grabado —intervino Dacey—. Es una mujer vestida con una piel de oso. Lleva en un brazo a un niño al que amamanta. En la otra mano tiene un hacha de batalla. No se puede decir que sea una verdadera dama, pero siempre me ha encantado.

—Mi sobrino Jorah nos trajo a casa en cierta ocasión a una verdadera dama —dijo lady Maege—. La había ganado en un torneo. Ella aborrecía ese grabado.

—Sí, y todo lo demás —señaló Dacey—. Se llamaba Lynesse, y tenía unos cabellos como hebras de oro. Su piel era blanca como la leche. Pero tenía manos blandas; no valían para sujetar un hacha.

—Y sus tetas no valían para dar de mamar —agregó su madre sin miramientos.

Catelyn sabía de quién hablaban; Jorah Mormont había llevado a su segunda esposa a Invernia a algunos banquetes, y en cierta ocasión se quedaron quince días como invitados. Recordó que lady Lynesse le había parecido muy joven, muy hermosa y muy desdichada. Una noche, después de varias copas de vino, llegó a confesarle a Catelyn que el norte no era lugar para una Hightower de Antigua.

—Hubo una Tully de Aguasdulces que, hace mucho tiempo, pensaba lo mismo —le respondió con cariño, en un intento de consolarla—, pero con el tiempo descubrió que aquí había muchas cosas que podía llegar a amar.

« Ahora ya no queda nada —reflexionó—. Invernia, Bran, Rickon, Sansa, Arya... Los he perdido a todos. Solo me queda Robb. —Tal vez en ella había demasiado de Lynesse Hightower y demasiado poco de los Stark—. Si hubiera sabido manejar un hacha, tal vez los habría podido proteger mejor».

Tras un día amanecía otro, y la lluvia seguía cayendo. Cabalgaron todo el trayecto Forca Azul arriba, más allá de Sietecauces, donde los ríos se desenmarañaban en una confusión de arroyos y riachuelos, y atravesaron el Pantano de la Bruja, donde centelleantes estanques verdes aguardaban para engullir al incauto y el suelo blando sorbiéa los cascos de los caballos como un

bebé hambriento aferrado al pecho de su madre. La marcha era peor que lenta. Tuvieron que abandonar entre las ciénagas la mitad de los carromatos y redistribuir su carga entre mulas y caballos.

Lord Jason Mallister les dio alcance entre las ciénagas del Pantano de la Bruja. Cuando llegó a caballo con su columna todavía quedaba más de una hora de luz, pero Robb dio la orden de acampar al instante, y ser Raynald Westerling fue a buscar a Catelyn para acompañarla a la tienda del rey. Su hijo estaba sentado ante un brasero con un mapa desplegado sobre el regazo. Viento Gris dormía a sus pies. Lo acompañaban el Gran Jon, Galbart Glover, Maege Mormont, Edmure y alguien más a quien Catelyn no conocía, un hombre gordo y calvo de aspecto acobardado.

«No es ningún señor, ni siquiera un señor menor —supo nada más verlo—. No, ni siquiera es un guerrero».

Jason Mallister se levantó para cederle su asiento a Catelyn. El señor de Varamar tenía casi tantos cabellos blancos como castaños, pero seguía siendo un hombre atractivo, alto, esbelto, de rostro anguloso bien afeitado, pómulos altos y brillantes ojos color azul grisáceo.

—Siempre es un placer veros, lady Stark. Espero traeros buenas noticias.

—Las necesitamos con desesperación, mi señor. —Se sentó bajo el repiqueo de la lluvia que se estrellaba contra la lona, sobre ellos.

Robb esperó a que ser Raynald cerrara el faldón de la tienda.

—Los dioses han escuchado nuestras plegarias, mis señores. Lord Jason nos ha traído al capitán de la *Myraham*, una galera mercante que partió de Antigua. Capitán, decidles lo mismo que me habéis dicho a mí.

—Como vuestra alteza ordene. —Se lamió los gruesos labios en gesto nervioso—. El último puerto en que atraqué antes de poner proa hacia Varamar fue Puerto Noble, en Pyke. Los hombres del hierro me retuvieron allí medio año, nada menos. Por orden del rey Balon. Solo que, bueno, para abreviar, que está muerto.

—¿Balon Greyjoy? —Catelyn sintió que se le detenía el corazón—. ¿Decís que Balon Greyjoy ha muerto?

El menudo y desastrado capitán asintió.

—Ya sabéis cómo es Pyke: parte se alza en tierra firme, y parte, en rocas e islas, más allá de la orilla. Toda la estructura está unida por puentes. Por lo que oí en Puerto Noble, soplaban viento del oeste, llovía y tronaba cuando el viejo rey Balon cruzó uno de esos puentes, lo azotó una ráfaga y lo hizo caer. El mar lo devolvió a la orilla dos días después, todo hinchado. Dicen que los cangrejos se le habían comido los ojos.

—Vaya con los cangrejos, se pegaron un banquete digno de un rey, ¿eh? —El Gran Jon se echó a reír.

—Sí —asintió el capitán con un gesto—, pero eso no es todo, ¡qué va! —Se

inclinó hacia delante—. El hermano ha vuelto.

—¿Victarion? —preguntó Galbart Glover, sorprendido.

—Euron. Lo llaman Ojo de Cuervo, el pirata más negro que jamás haya izado vela. Llevaba años fuera, pero antes de que se enfriara el cadáver de lord Balon allí estaba, anclando su *Silencio* en Puerto Noble. Velas negras, casco rojo y una tripulación de mudos. Tengo entendido que había estado en Asshai. En fin, estuviera donde estuviera, el caso es que ahora está en casa. Se fue directo a Pyke a acomodar el trasero en el Trono de Piedramar, y cuando lord Botley le puso objeciones, lo ahogó en un barril de agua de mar. Entonces volví corriendo a la *MyraHam* y levé anclas con la esperanza de largarme mientras durase la confusión. Lo conseguí, y aquí estoy.

—Capitán —dijo Robb al ver que había terminado—, os doy las gracias y os aseguro que no quedareis sin recompensa. Lord Jason os llevará de vuelta a vuestro barco en cuanto terminemos. Os ruego que aguardéis fuera.

—Así haré, alteza. Así haré.

En cuanto salió del pabellón real, el Gran Jon soltó una carcajada, pero Robb lo hizo callar con solo mirarlo.

—Si la mitad de lo que nos contaba Theon sobre él es cierto, Euron Greyjoy es lo menos parecido a un rey que se pueda imaginar. Theon es el heredero legítimo, a menos que haya muerto... Pero Victarion está al mando de la Flota de Hierro. No me puedo creer que se quede en Foso Cailin mientras Euron Ojo de Cuervo ocupa el Trono de Piedramar. Tiene que regresar.

—También hay una hija de por medio —le recordó Galbart Glover—. Es la que se ha apoderado de Bosquespeso, y de la esposa y el hijo de Robett.

—Si se queda en Bosquespeso no obtendrá nada más —señaló Robb—. Lo que se aplica a los hermanos se le aplica también a ella, y en mayor medida. Tendrá que poner rumbo a su tierra para expulsar a Euron y reclamar el trono.

—Su hijo se volvió hacia lord Jason Mallister—. ¿Tenéis una flota en Varamar?

—¿Una flota, alteza? Media docena de barcoluengos y dos galeras de combate. Lo justo para defender mis orillas de los agresores, pero jamás podría enfrentarme en batalla contra la Flota de Hierro.

—Ni yo os lo pediría. Estoy seguro de que los hijos del hierro estarán preparándose para volver a Pyke. Theon me explicó la forma de pensar de los suyos. Cada capitán es rey de su barco. Todos querrán opinar en el tema de la sucesión. Mi señor, necesito que dos de vuestros barcoluengos rodeen el cabo de Águilas y suban por el Cuello hasta la Atalaya de Aguasgrises.

—Hay una docena de arroyos que cruzan el bosque húmedo —dijo lord Jason, dubitativo—, todos superficiales y cenagosos; no aparecen en los mapas. Ni siquiera llegan a ríos. Los canales siempre están cambiando. Hay incontables bancos de arena, remolinos y marañas de raíces podridas. Y la Atalaya de Aguasgrises se mueve constantemente. ¿Cómo la van a encontrar mis naves?

—Iréis río arriba ondeando mi estandarte. Los lacustres os encontrarán. Quiero que sean dos barcos, para duplicar las posibilidades de que mi mensaje llegue a Howland Reed. Lady Maege irá en una, y Galbart, en la otra. —Se volvió hacia los dos mentados—. Llevaréis cartas para los señores vasallos que me quedan en el norte, pero las órdenes que escribiré en ellas serán falsas, por si tenéis la desgracia de caer prisioneros. Si ello sucediera deberéis decirles que navegarais hacia el norte. De vuelta a la isla del Oso o hacia la Costa Pedregosa. —Dio unos golpecitos en el mapa con el dedo—. La clave es Foso Cailin. Eso lo sabía bien lord Balon, y por eso envió allí a su hermano Victarion con el grueso de las fuerzas de los Greyjoy.

—Con disputas sobre la sucesión o sin ellas, los hijos del hierro no serán tan idiotas como para abandonar Foso Cailin —señaló lady Maege.

—No —reconoció Robb—. Seguramente, Victarion dejará allí la mayor parte de su guarnición. Pero cada hombre que se lleve será un hombre menos contra el que tendremos que luchar. Y seguro que quiere a su lado a muchos de sus capitanes. Los líderes. Si quiere ocupar el Trono de Piedramar, necesitará de esos hombres.

—No tendréis intención de atacar desde el camino alto, alteza —dijo Galbart Glover—. Los accesos son demasiado angostos. No hay manera de desplegar un ejército. Nadie ha conseguido jamás tomar el Foso.

—Desde el sur —apuntó Robb—. Pero si atacamos a la vez desde el norte y desde el oeste, y tomamos a los hombres del hierro por la retaguardia mientras piensan que se están enfrentando al ataque principal en el camino alto, tendremos posibilidades de victoria. Una vez me reúna con lord Bolton y con los Frey contaré con más de doce mil hombres. Mi intención es dividirlos en tres frentes, y ponernos en marcha por el camino alto con medio día de diferencia. Si los Greyjoy tienen vigilantes al sur del Cuello, lo que verán es que mi ejército entero se dirige hacia Foso Cailin.

»Roose Bolton irá al frente de la retaguardia, y yo me encargaré del grupo central. Gran Jon, vos dirigiréis la vanguardia contra Foso Cailin. Debéis lanzar un ataque tan fiero que los hijos del hierro no tengan tiempo para preguntarse si alguien va a caer sobre ellos por el norte.

El Gran Jon se echó a reír.

—Más vale que los lentos os deis prisa; de lo contrario, mis hombres saltarán los muros y conquistarán el Foso antes de que aparezcais. Os lo tendré envuelto para regalo cuando llegueis del paseo.

—No me importaría recibir un regalo así —dijo Robb.

—Decís que atacaremos a los hombres del hierro por la retaguardia —intervino Edmure con el ceño fruncido—, pero ¿cómo vamos a situarnos al norte de ellos, señor?

—En el Cuello hay caminos que no aparecen en los mapas, tío. Caminos que

solo conocen los lacustres, senderos angostos entre los pantanos, rutas de agua entre los juncos, que solo se pueden seguir en bote. —Se volvió hacia los dos mensajeros—. Decidle a Howland Reed que debe enviarme guías al batallón central, el que llevará ondeando mi enseña, dos días después de que emprendamos la marcha por el camino alto. De Los Gemelos saldrán tres huestes, pero a Foso Cailin solo llegarán dos. Mi batallón desaparecerá en el Cuello y reaparecerá en el Fiebre. Si nos movemos deprisa después del matrimonio de mi tío, podemos estar situados en nuestras posiciones antes de que acabe el año. Caeremos sobre el Foso desde tres puntos a la vez el primer día del nuevo siglo, cuando los hombres del hierro se estén despertando con martillazos en la cabeza tras pasarse la noche anterior bebiendo hidromiel.

—Me gusta el plan —dijo el Gran Jon—. Me gusta pero que mucho.

—Tiene sus riesgos. —Galbart Glover se frotó los labios—. Si los lacustres os fallan...

—Estaremos como al principio. Pero no me fallarán. Mi padre conocía bien la valía de Howland Reed. —Robb enrolló el mapa y entonces miró a Catelyn—. Madre...

—¿Qué quieres que haga yo? —preguntó poniéndose tensa.

—Quiero que estés a salvo. Nuestro viaje por el Cuello será peligroso, y en el norte solo nos aguardan batallas. Pero lord Mallister ha tenido la bondad de ofrecerte a cuidar de ti en Varamar hasta que acabe la guerra. Sé que allí contarás con todas las comodidades.

« ¿Es mi castigo por oponerme a él en lo de Jon Nieve? ¿O por ser mujer y, peor todavía, por ser madre? ». Tardó un momento en darse cuenta de que todos los ojos estaban clavados en ella. Comprendió que estaban al tanto de la idea desde el principio. No tendría que haberse sorprendido. Al liberar al Matarreyes no se había granjeado muchas amistades, y había oído decir al Gran Jon en más de una ocasión que el campo de batalla no era sitio para una mujer.

La ira se le debía de reflejar en el rostro, porque Galbart Glover se apresuró a hablar antes de que ella dijera nada.

—Su alteza tiene razón, mi señora. Sería mejor que no vinierais con nosotros.

—Varamar se iluminará con vuestra presencia, lady Catelyn —intervino lord Jason Mallister.

—Voy a ser vuestra prisionera —replicó.

—No, señora, seréis una honorable invitada —insistió lord Jason.

—No quisiera ofender a lord Jason —dijo Catelyn con rigidez volviéndose hacia su hijo—, pero si no puedo seguir contigo, preferiría regresar a Aguasdulces.

—En Aguasdulces he dejado a mi esposa. Prefiero que mi madre esté en otro lugar. Guardar juntos todos los tesoros solo sirve para ponerles las cosas fáciles a quien los quiere robar. Después de la boda irás a Varamar; lo ordena el rey. —

Robb se levantó, y el destino de Catelyn quedó sellado. El muchacho cogió un pergamino—. Una cosa más. La herencia de lord Balon ha sido un caos, y ahí radica nuestra esperanza. No quiero que lo mismo me suceda a mí. Aún no tengo hijos; mis hermanos Bran y Rickon están muertos, y a mi hermana la han casado con un Lannister. He meditado mucho sobre quién podría ser mi sucesor. Sois mis leales señores y, como tales, os ordeno que pongáis vuestros sellos en este documento como testigos de mi decisión.

«Rey de los pies a la cabeza», pensó Catelyn, derrotada. Su única esperanza era que la trampa que Robb había planeado para Foso Cailin funcionara tan bien como la que le había tendido a ella.

«Arbolblanco —pensó Sam—. Por favor, que sea Arbolblanco». Se acordaba de aquel poblado; estaba en los mapas que había dibujado cuando viajaban hacia el norte. Si aquella aldea era Arbolblanco, sabría dónde estaba. «Por favor, tiene que ser Arbolblanco». Lo deseaba con tanta intensidad que durante un rato se olvidó de sus pies, se olvidó del dolor de las pantorrillas y la base de la espalda, de los dedos rígidos y helados que apenas notaba. Hasta se olvidó de lord Mormont y de Craster, de los espectros y de los Otros. «Arbolblanco», rezó Sam a cualquier dios que pudiera estar escuchándolo.

Pero todas las aldeas de los salvajes se parecían mucho. En el centro de aquella crecía un gran arciano... pero un árbol blanco no quería decir necesariamente que aquello fuera Arbolblanco. ¿El arciano de Arbolblanco no era un poco más grande que aquel? Tal vez no lo recordara bien. El rostro tallado en el tronco claro era alargado y triste; de los ojos brotaban lágrimas rojas de savia seca.

«¿Era así cuando pasamos por aquí?». Sam no conseguía recordarlo.

En torno al árbol había un puñado de chozas sin divisiones interiores con tejados de hierba, una edificación alargada de troncos cubiertos de musgo, un pozo de piedra, un redil... pero ni rastro de ovejas ni de personas. Los salvajes habían ido a reunirse con Mance Rayder en los Colmillos Helados, llevándose todo cuanto poseían excepto sus casas. Sam se lo agradeció en silencio. La noche se aproximaba, y sería agradable dormir bajo techo para variar. Estaba agotado. Se sentía como si llevara media vida caminando. Las botas se le caían a pedazos, y todas las ampollas de los pies se le habían reventado y convertido en callos, aunque ya tenía ampollas nuevas debajo de los callos, y los dedos se le empezaban a congelar.

Pero se trataba de caminar o morir; Sam lo sabía muy bien. Elí seguía débil después del parto, y además, llevaba al bebé; necesitaba la montura mucho más que él. El segundo caballo se les había muerto tres días después de abandonar el Torreón de Craster. Era increíble que la pobre yegua medio muerta de hambre hubiera aguantado tanto. Probablemente, el peso de Sam había terminado de matarla. Podrían haber intentado ir los dos en el mismo caballo, pero tenía miedo de que corriera la misma suerte.

«Es mejor que camine».

Sam dejó a Elí en la edificación alargada, para que encendiera un fuego mientras él se asomaba a las chozas. Las hogueras se le daban mejor que a él, que nunca conseguía que la incendaja prendiera, y la última vez que intentó arrancar una chispa del pedernal y el acero se había cortado con el cuchillo. Elí le vendó la herida, pero tenía la mano dolorida y rígida, y aún más torpe que de costumbre. Sabía que debería lavarse la herida y cambiarse el vendaje, pero le

daba miedo mirarse la mano. Además, hacía tanto frío que no quería ni pensar en quitarse los guantes.

Sam no sabía qué esperaba encontrar en las casas vacías. Tal vez los salvajes se hubieran dejado allí algo de comer. Tenía que echar un vistazo. Jon había registrado las chozas de Arbolblanco cuando iban de camino hacia el norte. En el interior de una, Sam oyó el correteo de ratas en un rincón oscuro, pero por lo demás, nada: solo paja vieja, olores viejos y cenizas frías bajo el agujero de ventilación.

Se volvió hacia el arciano y estudió un instante el rostro. «No es la cara que vimos —tuvo que reconocer para sus adentros—. El árbol no es ni la mitad de grande que el de Arbolblanco». Los ojos rojos lloraban sangre, y aquello tampoco lo recordaba. Sam se dejó caer de rodillas con torpeza.

—Antiguos dioses, escuchad mi plegaria. Los Siete eran los dioses de mi padre, pero cuando me uní a la Guardia presté juramento ante vosotros. Ayudadnos ahora. Tengo miedo de que nos hayamos perdido. También tenemos hambre y frío. Ya no sé en qué dioses creo, pero... por favor, si estáis ahí, ayudadnos. Elí tiene un hijito.

No se le ocurrió qué más decir. El ocaso era cada vez más oscuro; las hojas del arciano susurraban y las ramas se movían como un millar de manos ensangrentadas. No habría sabido decir si los dioses de Jon lo habían escuchado o no.

Cuando llegó a la edificación alargada, Elí ya había encendido una hoguera. Estaba sentada junto a ella, con las pieles abiertas y el bebé al pecho.

«El pobre tiene tanta hambre como nosotros», pensó Sam. Las ancianas habían conseguido sacar algo de comida de las despensas para ellos, pero ya la habían consumido casi toda. Sam había sido un cazador nefasto incluso en Colina Cuerno, donde había caza en abundancia y contaba con la ayuda de sabuesos y oteadores. Allí, en aquel bosque desierto e interminable, las posibilidades de que atrapara una presa eran remotas. Sus intentos de pescar en los lagos y los arroyos medio helados también habían terminado en fracasos estrepitosos.

—¿Queda mucho, Sam? —preguntó Elí—. ¿Estamos todavía muy lejos?

—No tan lejos. No tan lejos como antes. —Sam se quitó la mochila de los hombros, se dejó caer sentado en el suelo y trató de cruzar las piernas. La espalda le dolía muchísimo de tanto caminar; habría preferido recostarse contra uno de los pilares de madera tallada sobre los que descansaba el tejado, pero el fuego estaba en el centro de la estancia, bajo el agujero de ventilación, y en aquellos momentos, el calor le era más necesario que la comodidad—. Estaremos allí en pocos días.

Sam tenía mapas, pero si aquello no era Arbolblanco, no le iban a resultar de ninguna utilidad.

«Nos desviamos demasiado hacia el este para rodear aquel lago —se temía

—, o tal vez demasiado hacia el oeste cuando quise desandar el camino» . Había llegado a detestar los lagos y los ríos. Allí no había transbordadores ni puentes, así que tenían que rodear lagos enteros y buscar vados para cruzar los ríos. Era más sencillo seguir las sendas de los animales que pelearse con la maleza; era más sencillo rodear un risco que tratar de escalarlo. « Si Bannen o Dywen estuvieran con nosotros, ya habríamos llegado al Castillo Negro y nos estaríamos calentando los pies en la sala común» . Pero Bannen había muerto, y Dywen había huido con Grenn, Edd el Penas y los demás.

« El Muro tiene cien leguas de longitud y trescientas varas de altura» , se recordó Sam. Si seguían avanzando hacia el sur, tenían que encontrarlo tarde o temprano. Y si de algo estaba seguro era de que iban hacia el sur. Durante el día se guiaban por el sol, y en las noches despejadas podían seguir la cola del Dragón de Hielo, aunque la verdad era que no habían podido viajar mucho de noche desde que muriera el segundo caballo. Ni siquiera la luz de la luna llena se colaba entre los árboles, y tanto Sam como el caballo que les quedaba se habrían podido romper una pierna. « Ya tenemos que estar muy al sur, seguro...» .

Lo que no tenía tan claro era hasta qué punto se habían desviado hacia el este o hacia el oeste. Llegarían al Muro, sí... en un día o en quince, no podían estar más lejos, seguro, seguro... Pero ¿a qué punto del Muro? Lo que tenían que encontrar era la puerta cercana al Castillo Negro; era la única entrada en cien leguas.

—¿El Muro es tan grande como nos contaba Craster? —preguntó Elí.

—Más. —Sam trataba de parecer animado—. Es tan grande que ni siquiera se ven los castillos que hay detrás. Pero están allí, ya verás. El Muro es todo de hielo; en cambio, los castillos son de piedra y de madera. Hay torres altas y criptas muy profundas, y una sala muy grande donde siempre hay fuego en la chimenea, de día y de noche. Ni te imaginas qué calor hace allí, Elí, no te lo vas a creer.

—¿Podré ponerme al lado del fuego? ¿Con el niño? No será mucho tiempo, solo hasta que entremos en calor.

—Te podrás poner al lado del fuego tanto tiempo como quieras. Te darán de comer y de beber. Vino especiado caliente y un cuenco de guiso de venado con cebollas, y el pan que prepara Hobb, recién salido del horno, que hasta quema los dedos. —Sam se quitó un guante para flexionar los dedos junto a las llamas, y al instante se arrepintió. El frío se los había entumecido, pero cuando recuperó las sensaciones, le dolieron tanto que estuvo a punto de gritar—. A veces hay algún hermano que canta —dijo para distraerse del dolor—. El que mejor voz tiene es Dareon, pero lo enviaron a Guardiaoriente. Luego está Halder, que también canta muy bien. Y luego Sapo. En realidad se llama Todder, pero parece un sapo, por eso le pusimos el apodo. Le gusta cantar, pero tiene una voz horrorosa.

—¿Tú cantas? —Elí se reacomodó las pieles y se pasó el bebé de un pecho al

otro. Sam se sonrojó ante la pregunta.

—Pues... me sé algunas canciones. Cuando era pequeño me gustaba cantar. También bailaba, pero a mi señor padre no le gustaba. Decía que si quería hacer cabriolas, que las hiciera en el patio con una espada en la mano.

—¿Me cantas una canción sureña? ¿Para el bebé?

—Si quieres... —Sam pensó un instante—. Había una canción que nuestro septón nos cantaba a mis hermanas y a mí, cuando éramos pequeños y llegaba la hora de acostarnos. Se llama « La canción de los Siete ».

Carraspeó para aclararse la garganta y empezó a cantar:

El rostro del Padre es fuerte y severo,
sobre bien y mal, él juzga certero.
Sopesa las vidas, más largas o cortas,
y quiere a los niños que son lo que importa.

La Madre regala el don de la vida,
y vela paciente a la esposa querida.
Su dulce sonrisa invita a la calma,
y a los niños quiere con toda su alma.

Es el Guerrero que empuña la maza
el que nos protege de las amenazas.
Con lanza y con arco, escudo y espada,
cuida que a los niños no les pase nada.

La Vieja es anciana y sabia sin par,
y nuestro destino contempla pasar.
Levanta una lámpara de oro brillante
y guía a los niños con su buen talante.

Llega el Herrerero que nunca descansa,
y hace del mundo una bestia mansa.
Enciende su fuego, usa los martillos,
y siempre trabaja para los chiquillos.

La Doncella envía amor acuciante
y hace suspirar a cualquier amante.
Con una sonrisa a las aves da vuelo,
y a los niños brinda los sueños del cielo.

Son los Siete Dioses que nos han creado,
y siempre que rezas están a tu lado.

Duérmete niño, que ellos te cuidan,
duérmete niño, que nunca te olvidan.
Cierra los ojos, y duerme tranquilo:
los Dioses te velan con mucho sigilo.

Sam recordaba la última vez que había cantado aquella canción con su madre, para dormir a Dickon cuando era un bebé. Su padre oyó las voces y entró furioso en la habitación.

—Esto se tiene que acabar —reclamó lord Randyll a su esposa—. Ya has estropeado a un niño con esas canciones blandengues de septones. ¿Qué quieras? ¿Hacer lo mismo con el bebé? —Se volvió hacia Sam—. Ve a cantarles a tus hermanas si quieras, pero no te quiero ver cerca de mi hijo.

El bebé de Elí se había quedado dormido. Era una cosita diminuta, y era tan silencioso que a veces Sam temía por él. Ni siquiera tenía nombre todavía. Le había dicho a Elí que eligiera uno, pero ella respondió que poner nombre a un niño antes de que tuviera dos años traía mala suerte. Muchos morían.

La chica se volvió a cubrir el pecho con las pieles.

—Qué bonito, Sam. Cantas muy bien.

—Tendrías que oír a Dareon. Tiene una voz tan dulce como el hidromiel.

—El hidromiel más dulce que he bebido lo probé el día en que Craster me convirtió en su esposa. Entonces era verano, no hacía tanto frío. —Elí le dirigió una mirada desconcertada—. Solo has cantado sobre seis dioses, ¿no? Craster nos decía siempre que los sueños tienen siete.

—Siete —asintió—, pero al Desconocido no se le canta. —El rostro del Desconocido era el rostro de la muerte. Hasta el hecho de hablar de él incomodaba a Sam—. Tendríamos que comer algo. Aunque solo sea un bocado.

Solo les quedaban unas pocas salchichas negras, duras como la madera. Sam cortó unas cuantas rodajas finas para cada uno. El esfuerzo hizo que le doliera la muñeca, pero tenía suficiente hambre para persistir. Si uno las masticaba mucho rato, las rodajas acababan por ablandarse, y sabían bien. Las esposas de Craster las condimentaban con ajo.

Después de terminar, Sam se disculpó un momento y salió para hacer sus necesidades y echarle un vistazo al caballo. Un viento lacerante soplaban del norte, y las hojas de los árboles lo azotaron al pasar. Tuvo que romper la fina capa de hielo que cubría el arroyo para que el caballo pudiera beber.

«Será mejor que lo lleve adentro». No quería despertarse al amanecer y encontrarse con que el caballo había muerto congelado durante la noche. «Aun así, Elí podría seguir adelante». Era muy valiente, todo lo contrario que él. Le habría gustado saber qué pasaría con ella cuando llegaran al Castillo Negro. Ella no dejaba de decir que si Sam quería, sería su esposa, pero los hermanos negros no tenían esposas. Además, él era un Tarly de Colina Cuerno; no podría casarse

con una salvaje.

« Tendrá que ocurrírseme alguna cosa. Con tal de que lleguemos vivos al Muro, el resto no importa, no importa lo más mínimo» .

Llevar el caballo a la edificación fue muy sencillo. Hacer que cruzara la puerta, ya no tanto, pero Sam se empecinó. Cuando consiguió entrar con la montura, Eli ya estaba adormilada. Guió al animal hasta un rincón, echó un poco más de leña al fuego, se quitó la gruesa capa y se arrebuscó bajo las pieles junto a la mujer salvaje. La capa de Sam era bastante grande para cubrirlos a los tres y no dejar escapar el calor de sus cuerpos.

Eli olía a leche, a ajo y a pieles húmedas, pero ya se había acostumbrado. Por lo que a Sam respectaba, eran olores agradables. Le gustaba dormir junto a ella; le hacía recordar tiempos pasados, cuando compartía un gran lecho de Colina Cuerno con dos de sus hermanas. Aquello había terminado cuando lord Randy II decidió que así se ablandaba como una niña.

« Pero dormir solo en mi celda fría no me hizo más duro ni más valiente. — Se preguntó qué diría su padre si pudiera verlo en aquel momento—. Di muerte a uno de los Otros, mi señor —imaginó que le contaría—. Le clavé un puñal de obsidiana, y mis hermanos juramentados me llaman ahora Sam el Mortífero» . Pero, hasta en sus fantasías, lord Randy II se limitaba a fruncir el ceño, incrédulo.

Aquella noche tuvo sueños extraños. Volvía a estar en Colina Cuerno, en el castillo, pero su padre no estaba. Era el castillo de Sam. Lo acompañaban Jon Nieve, lord Mormont, el Viejo Oso, Grenn, Edd el Penas, Pyp, Sapo y todos sus hermanos de la Guardia, pero en vez de llevar ropas negras iban vestidos de colores vivos. Sam ocupaba el lugar de honor en la mesa y celebraba un festín. Cortaba gruesas tajadas de asado con *Veneno de Corazón*, el mandoble de su padre. También había pastelillos dulces para comer, y vino con miel para beber; había canciones y bailes, y nadie tenía frío. Cuando terminó el banquete se retiró a dormir; no a las estancias del señor, donde vivían su madre y su padre, sino a la habitación que había compartido con sus hermanas. Solo que, en vez de sus hermanas, la que aguardaba en el amplio lecho blando era Eli, vestida solo con pieles, con los pechos rezumando leche.

Se despertó de repente, muerto de frío y de miedo.

El fuego se había consumido, y solo quedaban brasas rojas y humeantes. El mismo aire parecía congelado de tanto frío como hacía. En el rincón, el pequeño caballo relinchaba y coceaba los troncos con las patas traseras. Eli estaba sentada junto a los restos de la hoguera, abrazada a su bebé. Sam, adormilado, se incorporó. El aliento se le condensaba en nubes blancuzcas. La estancia estaba poblada de sombras, unas negras y otras más negras todavía. Tenía el vello de los brazos erizado.

« No es nada —se dijo—. Tengo frío, nada más» .

En aquel momento, junto a la puerta, se movió una sombra. Una de las

grandes.

« Todavía estoy soñando. Por favor, que todavía esté soñando, que sea solo una pesadilla —rezó Sam—. Está muerto, está muerto, yo lo vi morir».

—Ha venido a por el bebé —sollozó Elí—. Lo ha olido. Un recién nacido apesta a vida. Ha venido a por la vida.

La enorme sombra oscura se inclinó para pasar bajo el dintel, entró en la estancia y avanzó tambaleante hacia ellos. A la escasa luz del fuego, la sombra se convirtió en Paul el Pequeño.

—¡Vete! —graznó Sam—. ¡No te queremos aquí!

Las manos de Paul eran carbón; su rostro, leche, y sus ojos tenían un gélido brillo azul. La escarcha le blanqueaba la barba, y llevaba un cuervo posado en un hombro. El pájaro le picoteaba la mejilla para devorar la blanca carne muerta. A Sam se le aflojó la vejiga, y sintió la humedad cálida que le corría por las piernas.

—Elí, tranquiliza al caballo y sácalo de aquí. Deprisa.

—Y tú... —empezó la chica.

—Yo tengo el cuchillo. El puñal de vidriagón. —Lo sacó con torpeza al tiempo que se ponía en pie. El primer puñal se lo había dado a Grend, pero por suerte se había acordado de coger el de lord Mormont antes de huir del Torreón de Craster. Lo empuñó con fuerza al tiempo que se alejaba del fuego, de Elí y del bebé.

—¡Paul! —Trató de que su voz sonara valerosa, pero le salió chillona—. ¿Paul el Pequeño? ¿Me conoces? Soy Sam, Sam el gordo, Sam el Miedica, en el bosque me salvaste. Me llevaste en brazos cuando no podía dar un paso más. Nadie más lo podría haber hecho, solo tú. —Sam retrocedió con el cuchillo en la mano, lloriqueando. « Qué cobarde soy » —. No nos hagas daño, Paul, por favor. ¿Por qué ibas a hacernos daño?

Elí retrocedió de espaldas por el suelo de tierra prensada, y el espectro giró la cabeza para mirarla.

—¡No! —gritó Sam, y de nuevo se volvió hacia él.

El cuervo que llevaba en el hombro le arrancó una tira de carne de la destrozada mejilla blancuzca. Sam agitó el puñal por delante de su cuerpo; jadeaba como el fuelle de un herrero. Al otro lado de la habitación, Elí había llegado junto al caballo.

« Dioses, dadme valor —rezó Sam—. Dadme un poco de valor, por una vez, lo justo para que Elí pueda escapar» .

Paul el Pequeño avanzó hacia él. Sam siguió retrocediendo hasta que tropezó con la basta pared de troncos. Agarró el puñal con ambas manos para que no le temblara. El espectro no parecía tener miedo del vidriagón. Tal vez no supiera qué era. Se movía despacio, pero Paul el Pequeño no había sido rápido ni cuando estaba vivo. Tras él, Elí murmuraba palabras tranquilizadoras al caballo mientras trataba de guiarlo hacia la puerta. Pero el animal debía de haber oido el extraño

hedor frío del espectro. De pronto se paró en seco y pateó el aire gélido. Paul se volvió hacia la fuente del sonido y pareció perder todo interés en Sam.

No había tiempo para pensar, para rezar ni para tener miedo. Samwell Tarly se precipitó hacia delante y clavó el puñal en la espalda de Paul el Pequeño. El espectro, que ya había dado media vuelta, no lo vio venir. El cuervo lanzó un graznido y echó a volar.

—¡Estás muerto! —gritó Sam mientras lo apuñalaba—. ¡Estás muerto, muerto, muerto!

Apuñaló y gritó, una y otra vez, desgarrando la pesada capa negra de Paul. Las esquirlas de vidriagón saltaban por los aires cada vez que la hoja se resquebrajaba contra la cota de malla de debajo de la capa.

El aullido de Sam lanzó una bocanada de vaho blanco al aire oscuro. Soltó la inútil empuñadura del puñal y dio un precipitado paso atrás mientras Paul el Pequeño daba la vuelta. Antes de que pudiera sacar el otro cuchillo, el de acero que llevaban todos los hermanos, las manos negras del espectro se le cerraron bajo las papadas. Los dedos de Paul estaban tan fríos que casi quemaban. Se hundieron en la carne blanda de la garganta de Sam.

«Corre, Elí, corre», habría querido gritar, pero cuando abrió la boca solo consiguió emitir un sonido ahogado.

Por fin encontró el puñal a tientas, pero cuando lo clavó en el vientre del espectro, las anillas de hierro desviaron la punta, y el arma salió despedida de su mano. Los dedos de Paul el Pequeño se tensaron, inexorables, y empezó a girarle la cabeza. «Me la va a arrancar», pensó Sam, desesperado. Sentía la garganta helada y los pulmones al rojo vivo. Golpeó las muñecas del espectro, intentó quitárselas de la garganta, pero fue inútil. Le dio una patada a Paul entre las piernas, y tampoco sirvió de nada. El mundo se encogió hasta convertirse en apenas dos estrellas azules, un dolor aplastante y un frío tan intenso que las lágrimas se le helaron en los ojos. Sam, desesperado, se debatía e intentaba retroceder... Entonces, se lanzó hacia delante.

Paul el Pequeño era corpulento y fuerte, pero aun así, Sam pesaba más que él, y los espectros eran torpes; ya lo había visto en el Puño. El repentino cambio de impulso hizo que Paul se tambaleara y retrocediera un paso, y el hombre vivo y el muerto cayeron juntos al suelo. El impacto hizo que le quitara una mano del cuello, Sam y consiguió inhalar una rápida bocanada de aire antes de que volvieran los dedos fríos y negros. El sabor a sangre le inundó la boca. Torció el cuello para buscar el cuchillo con los ojos y vio un tenue resplandor anaranjado. «¡El fuego!». Solo quedaban brasas y cenizas, pero quizás... no podía respirar ni pensar... Sam se retorció hacia un lado, arrastrando a Paul... agitó los brazos sobre el suelo de tierra... tanteando, buscando, registrando las cenizas, hasta que al final encontró algo caliente, un trozo de madera chamuscada, con un brillo rojo y anaranjado dentro del negro. Cerró los dedos en torno a él y lo estrelló

contra la boca de Paul con tanta fuerza que notó como se le rompián los dientes.

Pero el espectro no aflojó la presa. Los últimos pensamientos de Sam fueron para la madre que lo había amado y para el padre al que había fallado. La habitación le daba vueltas cuando vio el jirón de humo que salía de los dientes rotos de Paul. En aquel momento, el rostro del hombre muerto empezó a arder, y las manos lo soltaron.

Sam engulló aire y rodó hacia un lado. El espectro ardía; la escarcha se le derretía de la barba al tiempo que la carne se tornaba negra. Sam oyó el graznido del cuervo, pero Paul no hizo el menor ruido. Cuando abrió la boca, solo salieron llamas. En cuanto a los ojos...

« Ha desaparecido, el brillo azul ha desaparecido».

Se arrastró hacia la puerta. El aire estaba tan frío que hacía daño respirar, pero era un dolor bueno, dulce. Se agachó para salir.

—Eli? —llamó—. Eli, lo he matado, lo...

La chica estaba de pie con la espalda contra el arciano y el niño en brazos. Los espectros la rodeaban. Eran doce, veinte, más... Algunos habían sido salvajes, aún vestían pieles... pero casi todos habían sido sus hermanos. Sam vio a Lark de las Hermanas, a Piesligeros, a Ryles... El quiste del cuello de Chett estaba negro, y una fina película de hielo le cubría los forúnculos. Había uno que parecía Hake, aunque no se podía saber bien, ya que le faltaba la mitad de la cabeza. Habían despedazado al pobre caballo y le estaban sacando las entrañas con las manos ensangrentadas. Del vientre le salía un vapor blanquecino.

Sam dejó escapar un quejido gimoteante.

—No es justo...

—Justo. —El cuervo se le posó en el hombro—. Justo, justo, justo.

Batió las alas y graznó a la vez que Eli empezaba a gritar. Los espectros estaban casi encima de ella. Sam oyó como las hojas color rojo oscuro del arciano crepitaban y susurraban entre sí en un idioma que no conocía. La misma luz de las estrellas parecía agitarse, y a su alrededor, los árboles gemían y crujían. Sam se puso del color de la leche cortada, y abrió los ojos como platos. « ¡Cúervos! ». Estaban en el arciano, los había a cientos, a miles, posados en las ramas blancas como huesos, mirando entre las hojas. Vio los picos abiertos al graznar, los vio extender las alas negras... Entre graznidos y batir de alas, se cernieron sobre los espectros en nubes de furia. Revolotearon como un enjambre en torno al rostro de Chett y le picotearon los ojos azules; cubrieron como moscas al de las Hermanas; sacaron pedacitos de cerebro de la cabeza destrozada de Hake. Eran tantos que Sam, cuando alzó la vista, no pudo ver la luna.

—Corre —dijo el pájaro que tenía en el hombro—. Corre, corre, corre.

Sam corrió. Las bocanadas de vaho le brotaban de la boca. A su alrededor, los espectros se defendían a manotazos de las alas negras y los picos afilados que los atacaban, y caían en un silencio escalofriante, sin un grito, sin un gruñido. Pero

los cuervos no le prestaron atención a Sam. Cogió a Elí de la mano y la alejó del arciano.

—Tenemos que irnos.

—¿Adónde? —Elí corrió tras él, abrazando al bebé—. Han matado al caballo, ¿cómo vamos a...?

—¡Hermano! —El grito cortó la noche y atravesó los graznidos de un millar de cuervos. Bajo los árboles, un hombre vestido de los pies a la cabeza con ropas negras y grises montaba a lomos de un alce—. Aquí —llamó el jinete, con el rostro oculto por una capucha.

«Viste el negro». Sam corrió con Elí hacia él. El alce era grande, muy grande, de tres varas y media de cruz, con unas astas casi igual de amplias. El animal se dejó caer sobre las rodillas para que montaran.

—Sube —dijo el jinete al tiempo que le tendía una mano enguantada a Elí para ayudarla a montar tras él. Luego fue el turno de Sam.

—Gracias —jadeó él.

No se dio cuenta hasta que le cogió la mano de que el jinete no llevaba guante. Era una mano fría y negra, con dedos duros como la piedra.

Cuando llegaron a la cima del risco y vieron el río, Sandor Clegane tiró bruscamente de las riendas y masculló una maldición.

La lluvia caía de un cielo oscuro que parecía de hierro y perforaba el torrente verde y castaño con diez millares de espadas. « Debe de tener dos mil pasos de ancho », pensó Arya. Las copas de medio centenar de árboles sobresalían de las aguas turbulentas, y sus ramas se alzaban hacia el cielo como los brazos de hombres que se estuvieran ahogando. Las orillas estaban llenas de montones de hojas empapadas, y a lo lejos divisó un bulto pálido e hinchado, tal vez un ciervo o un caballo muerto, que la corriente se llevaba río abajo. También se oía un ruido, como un rugido grave casi inaudible, parecido al sonido que emite un perro justo antes de empezar a gruñir.

Arya se movió en la silla y sintió que se le clavaban en la espalda las anillas de la cota de malla del Perro. La tenía rodeada con los brazos; el izquierdo, el de la quemadura, se lo protegía con un avambrazo de acero, pero le había visto cambiarse los vendajes, y la herida seguía abierta y supuraba. Si le causaba dolor, Sandor Clegane no daba muestras de ello.

—¿Este río es el Aguasnegras?

Llevaban tanto tiempo cabalgando en medio de la lluvia y la oscuridad, a través de bosques sin senderos y aldeas sin nombre, que Arya había perdido por completo la orientación.

—Es un río que tenemos que cruzar; no te hace falta saber más.

De vez en cuando, Clegane respondía a alguna pregunta, pero le había advertido que no quería oírla hablar. Le hizo muchas advertencias aquel primer día.

—La próxima vez que me pegues, te ataré las manos a la espalda —le dijo—. La próxima vez que intentes escapar, te ataré los pies. Chilla, grita o vuelve a morderme, y te pongo una mordaza. Podemos montar los dos, o puedo llevarte tirada a la grupa del caballo como una cerda para el matadero. Tú eliges.

Había elegido ir a horcajadas, pero cuando acamparon aguardó hasta que le pareció que estaba dormido y cogió una piedra grande para machacarle aquella cabezota horrible.

« Silenciosa como una sombra », se dijo al tiempo que se deslizaba hacia él; pero no fue suficientemente silenciosa. Tal vez el Perro no estuviera dormido, o tal vez se despertó. Fuera como fuera, abrió los ojos, frunció los labios y le quitó la piedra de un manotazo, como si Arya fuera un bebé. Lo único que pudo hacer fue asestarle una patada.

—Por esta vez pase —dijo al tiempo que tiraba la piedra entre los arbustos—. Pero si eres tan tonta como para volver a intentarlo, te haré daño de verdad.

—¿Y por qué no me matas, igual que mataste a Mykah? —le había gritado

Arya. Entonces aún se mostraba desafiante, más furiosa que asustada.

La respuesta del hombre fue agarrarla por la túnica y alzarla bruscamente hasta que estuvo casi pegada a su rostro quemado.

—La próxima vez que pronuncies ese nombre te daré una paliza tal que deseas que te hubiera matado.

Después de aquello, todas las noches la envolvía en la manta del caballo antes de echarse a dormir y la ataba con cuerdas de arriba abajo, de manera que quedaba tan inmovilizada como un bebé.

«Tiene que ser el Aguasnegras», decidió Arya mientras veía como la lluvia azotaba el río. El Perro servía a Joffrey; la llevaba de vuelta a la Fortaleza Roja para entregársela a él y a la reina. Habría dado cualquier cosa por que saliera el sol; así sabría en qué dirección avanzaban. Cuanto más se fijaba en el musgo de los árboles, más confusa estaba. «El Aguasnegras no era tan ancho en Desembarco del Rey, pero eso fue antes de las lluvias».

—Los vados habrán desaparecido —dijo Sandor Clegane—. Y desde luego, no quiero cruzar a nado.

«No hay manera de pasar —pensó—. Lord Beric nos alcanzará, seguro». Clegane había forzado al máximo a su enorme corcel negro y lo había hecho volver sobre sus pasos tres veces para despistar a cualquier perseguidor; hasta llegaron a cabalgar mil pasos por el centro de un arroyo crecido... pero Arya seguía esperando ver a los bandidos a su espalda en cualquier momento. Había intentado ayudarlos grabando su nombre en los troncos de los árboles cuando se metía entre los arbustos a orinar, pero la cuarta vez que lo hizo, Clegane la atrapó, y ahí terminó la intentona. «No importa —se dijo Arya—. Thorous me encontrará en sus llamas». Pero no la había encontrado. Al menos por el momento, y cuando cruzaran el río...

—La Aldea de Harroway no debe de estar lejos —dijo el Perro—. Allí están los establos de lord Root, donde duerme el caballo acuático de dos cabezas del viejo rey Andahar. Nos cruzará al otro lado.

Arya no había oido hablar nunca del viejo rey Andahar. Tampoco había visto nunca un caballo de dos cabezas, y menos, que pudiera correr por el agua, pero tuvo el sentido común de no hacer preguntas. Se mordió la lengua y se sentó muy rígida mientras el Perro hacía dar la vuelta al corcel y emprendía el trote por el risco siguiendo la corriente río abajo. Al menos, así la lluvia los azotaba por la espalda. Ya estaba harta de que le diera en los ojos y la dejara medio ciega, de que le corriera por las mejillas como si estuviera llorando. «Los lobos no lloran nunca», se recordó una vez más.

Debia de ser poco más de mediodía, pero el cielo estaba tan oscuro como al anochecer. Hacía muchos días que no veían el sol, tantos que había perdido la cuenta. Arya estaba empapada hasta los huesos; tenía los muslos magullados de tanto cabalgar, la nariz llena de mocos y todo el cuerpo dolorido. También se

sentía febril, y a veces se estremecía de manera incontrolable, pero cuando le dijo al Perro que estaba enferma, solo consiguió que le gruñera.

—Límpiate la nariz y cierra la boca —le dijo.

Últimamente dormía la mitad de las veces en la silla, confiando en que su corcel siguiera el sendero o la cañada que estuvieran recorriendo. Era un buen corcel, casi tan grande como un caballo de batalla, pero mucho más rápido. El Perro lo llamaba *Desconocido*. Arya se lo había intentado robar una vez mientras Clegane estaba meando contra un árbol; pensó que podría alejarse al galope antes de que la atrapara. Desconocido casi le había arrancado la cara de un mordisco. Con su amo era tranquilo como un jamelgo viejo, pero para los demás tenía un temperamento tan sombrío como su pelo. En su vida había visto un caballo que coceara y mordiera tanto.

Cabalgaron horas y horas junto al río y tuvieron que cruzar dos afluentes de aguas embarradas antes de llegar al lugar que había mencionado Sandor Clegane.

—La aldea de lord Harroway... ¡Por los siete infiernos! —exclamó.

El pueblo estaba inundado y arrasado. La crecida de las aguas había desbordado las riberas. Lo único que quedaba de la aldea era el piso superior de una taberna de barro y cañas, la cúpula de siete lados de un septo hundido, dos tercios de un torreón redondo de piedra, unos cuantos techos de paja enmohecida y un bosque de chimeneas.

Pero Arya vio que salía humo de la torre, y bajo una ventana en forma de arco había una barcaza de fondo plano atada con una cadena. La barcaza tenía una docena de escáalamos, y dos grandes cabezas de caballo de madera talladas en la proa y en la popa.

«El caballo de dos cabezas», comprendió. En medio de la cubierta había una caseta de madera con el techo de hierba; de ella salieron dos hombres cuando el Perro se puso las manos en torno a la boca y los llamó a gritos. Otro más se asomó por la ventana del torreón redondo; tenía en la mano una ballesta cargada.

—¿Qué queréis? —les gritó para hacerse oír por encima del fragor de las aguas turbias.

—¡Que nos crucéis! —le gritó el Perro.

Los hombres del barco deliberaron entre ellos. Uno de ellos, de pelo canoso, brazos fuertes y espalda encorvada, dio un paso hacia la baranda.

—¡Os costará dinero!

—¡Pagaré!

«¿Con qué?», se preguntó Arya. Los bandidos se habían quedado con el oro de Clegane, pero tal vez lord Beric le hubiera dejado algo de plata y cobre. Un viaje en barcaza no podía costar más de unas pocas monedas...

Los barqueros hablaron otra vez entre ellos. Por fin, el de la espalda encorvada se volvió y gritó una orden. Aparecieron seis hombres, que se cubrían

con capuchas para protegerse de la lluvia. Otros salieron por la ventana del torreón y saltaron a la cubierta. La mitad de ellos se parecían tanto como para ser parientes del de la espalda encorvada. Unos se pusieron a soltar las cadenas y cogieron largas pértigas, mientras los otros introducían pesados remos de pala ancha en los escálamos. La barcaza se meció y empezó a avanzar despacio hacia aguas más bajas, mientras los remos hendían el agua a ambos lados. Sandor Clegane cabalgó colina abajo para ir a su encuentro.

Cuando la popa de la barcaza tocó la ladera de la colina, los barqueros abrieron una ancha puerta, bajo la cabeza tallada del caballo, y extendieron una plancha de roble muy pesada. Desconocido reculó al borde del agua, pero el Perro clavó los talones en los flancos del corcel y lo obligó a subir por la pasarela. El hombre de la espalda encorvada los esperaba en la cubierta.

—¿Qué os parece? ¿Va a llover? —preguntó con una sonrisa.

El Perro frunció los labios.

—Necesito vuestra barcaza, no vuestro ingenio. —Desmontó e hizo bajar también a Arya. Uno de los barqueros extendió la mano para coger las riendas de Desconocido—. Yo que vos no lo haría —advirtió Clegane mientras el caballo lanzaba coces.

El hombre retrocedió de un salto, resbaló en la cubierta mojada y cayó de culo entre maldiciones. El barquero de la espalda encorvada ya no sonreía.

—Os podemos cruzar —dijo con tono brusco—. El precio será de una pieza de oro. Otra por el caballo. Y otra más por el chico.

—¿Tres dragones? —La risa de Clegane era como un ladrido—. Por tres dragones podría comprar la mierda de la barcaza esta.

—El año pasado es posible. Pero, tal como está el río, voy a necesitar más hombres en las pértigas y en los remos, y eso solo para que la corriente no nos arrastre cien leguas mar adentro. Así que elegid: tres dragones o enseñáis a vuestro caballo a caminar sobre el agua.

—Me gustan los ladrones sinceros. Sea como queráis. Tres dragones... cuando nos dejéis a salvo en la orilla norte.

—Los quiero ahora, o no partimos.

El hombre extendió la mano, con la encallecida palma hacia arriba.

Clegane echó la mano la espada larga que tenía en la vaina.

—Ahora os toca elegir a vos. Oro en la orilla norte o acero en la orilla sur.

El barquero clavó los ojos en el rostro del Perro. Arya se dio cuenta de que no le gustaba lo que veía. Tenía a sus espaldas una docena de hombres fuertes, con remos y pértigas de madera dura en las manos, pero ninguno parecía tener ganas de saltar en su ayuda. Entre todos podrían dominar a Sandor Clegane, aunque seguramente mataría a tres o cuatro de ellos antes de que lo inmovilizaran.

—¿Cómo sé que no me engañaréis? —preguntó al cabo de un instante el

hombre de la espalda encorvada.

«Os engañará», habría querido gritar Arya. Pero lo único que hizo fue morderse el labio.

—Por mi honor de caballero —replicó el Perro con gesto serio.

«Ni siquiera es caballero». Aquello tampoco lo dijo en voz alta.

—Con eso me basta. —El barquero escupió—. Bueno, en marcha. Antes de que oscurezca estaréis al otro lado. Atad al caballo; no quiero que se encabrite en medio del río. En la cabina hay un brasero; si queréis, podéis entrar en calor con vuestro hijo.

—¡No soy su hijo, idiota! —gritó Arya, furiosa.

Aquello era peor de lo que era que la confundieran con un chico. Estaba tan enfadada que hasta les habría dicho quién era en realidad, pero Sandor Clegane la agarró por el cuello de la túnica y, con una mano, la levantó de la cubierta.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que cierres esa puta boca? —La sacudió con tal fuerza que le entrechocaron los dientes; luego la soltó—. Entra ahí y sécate como ha dicho este hombre.

Arya obedeció. El gran brasero de hierro brillaba al rojo y llenaba la habitación de un calor lúgubre y sofocante. Era agradable ponerse cerca, calentarse las manos y sentarse un poco, pero en cuanto notó que la cubierta se movía bajo sus pies salió a hurtadillas por la puerta.

El caballo de dos cabezas se deslizaba lentamente por los bajíos mientras se abría camino entre las chimeneas y tejados de la inundada Harroway. Una docena de hombres se encargaba de los remos, mientras que otros cuatro utilizaban las largas pértigas para desviar la barcaza cada vez que se acercaba demasiado a una roca, un árbol o una casa hundida. El de la espalda encorvada era el que llevaba el timón. La lluvia repiqueteaba en los tablones pulidos de la cubierta y salpicaba las cabezas de caballo de la proa y la popa. Arya se estaba quedando empapada otra vez, pero no le importaba. Quería presenciar aquello. Vio que el hombre de la ballesta estaba todavía en la ventana de la torre redonda. La siguió con los ojos mientras la barcaza pasaba por debajo. Arya se preguntó si sería el tal lord Roote que el Perro había mencionado. «La verdad es que no parece un señor». Pero claro, ella tampoco parecía una dama.

Cuando estuvieron lejos de la aldea y se adentraron en el río, la corriente se hizo mucho más fuerte. Arya distinguió a través de la neblina gris un pilar de piedra muy alto, en la otra orilla, sin duda el punto de atraque de la barcaza, pero enseguida se dio cuenta de que la corriente los estaba alejando de él río abajo. Los remeros trabajaban con ahínco contra la furia de las aguas. Las hojas y las ramas rotas pasaban junto a ellos tan rápidas como si las hubieran disparado con una catapulta. Los hombres de las pértigas se inclinaban sobre las bordas y empujaban cualquier cosa que se les acercara demasiado. Encima, allí hacía más viento. Cada vez que se volvía para mirar corriente arriba, la lluvia azotaba

el rostro de Arya. Desconocido relinchaba y piafaba sobre la agitada cubierta.

« Si salto por la borda, el río me arrastrará lejos antes de que el Perro se dé cuenta. —Giró la cabeza y vio a Sandor Clegane, que trataba de calmar al atemorizado caballo. No volvería a tener una oportunidad tan buena de escapar de él—. Pero también podría ahogarme». Jon siempre le decía que nadaba como un pez, pero hasta los peces pasarían apuros en aquel río. Aun así, ahogarse sería mejor que ir a Desembarco del Rey. Se acordó de Joffrey y se dirigió a hurtadillas hacia la proa. El río era marrón; el lodo lo había enturbiado y la lluvia se clavaba en él como un millar de agujas; más parecía sopa que agua. Arya se preguntó qué sentiría. « No puedo estar más mojada que ahora». Puso una mano en la baranda.

Pero, de repente, un grito la detuvo antes de que pudiera saltar. Los barqueros corrían hacia ella con las pértigas en la mano. Al principio no comprendió qué sucedía, pero entonces lo vio: un árbol arrancado de cuajo, enorme y oscuro, iba directo hacia ellos. Una maraña de raíces y ramas asomaba del agua como los tentáculos de un kraken gigantesco. Los remeros batían el agua con ritmo frenético, en un intento desesperado por evitar una colisión que podría hacerlos zozobrar o abrir un boquete en el casco. El viejo había girado por completo la caña del timón, y el caballo de la proa giraba corriente abajo, pero demasiado despacio. Negro y castaño, reluciente, el árbol se abalanzó hacia ellos como un ariete.

Estaba a apenas cinco varas de la proa cuando dos barqueros consiguieron atraparlo con las pértigas. Una se rompió, y el crujido estrepitoso que hizo sonó como si la barcaza se les estuviera haciendo pedazos bajo los pies, pero el segundo hombre consiguió dar un buen empujón al tronco, lo justo para desviarla. El árbol pasó de largo pegado a la barcaza, y las ramas arañaron como garras la cabeza de caballo. Pero, cuando ya parecía que el peligro había pasado, una de las ramas superiores del monstruo les asestó un golpe terrible. La barcaza entera se estremeció; Arya resbaló y cayó dolorosamente sobre una rodilla. El hombre de la pértiga rota no tuvo tanta suerte. Oyó su grito cuando se precipitó por la borda; las turbulentas aguas turbias se cerraron sobre él y, antes de que Arya tuviera tiempo de ponerse en pie, desapareció. Uno de los barqueros echó mano de un rollo de cuerda, pero no había nadie a quien lanzárselo.

« A lo mejor el río lo arrastra hasta la orilla corriente abajo». Arya trató de convencerse, pero sabía que era poco probable. Se le habían quitado las ganas de huir a nado. Cuando Sandor Clegane le gritó que volviera a entrar si no quería que le diera una paliza, obedeció sin decir palabra. Para entonces, la barcaza luchaba por volver a su rumbo, enfrentada a un río que solo quería arrastrarla hacia el mar.

Por fin tocaron tierra, aunque casi una legua más abajo de su habitual punto de atraque. La barcaza chocó contra la orilla con tal fuerza que se rompió otra

pértiga, y Arya casi perdió el equilibrio de nuevo. Sandor Clegane la izó sobre el lomo de Desconocido como si pesara lo mismo que una muñeca. Los barqueros los miraban con ojos apagados, agotados... Todos excepto el hombre de la espalda encorvada, que extendió la mano.

—Seis dragones —exigió—. Tres por pasar el río y otros tres por el hombre que he perdido.

Sandor Clegane hurgó en su bolsa y le entregó al barquero un trozo de pergamo arrugado.

—Tomad. Cobraos diez.

—¿Diez? —El barquero estaba desconcertado—. ¿Qué es esto?

—El pagaré de un muerto. Vale por nueve mil dragones, más o menos. —El Perro montó a caballo detrás de Arya y esbozó una sonrisa torva—. Diez son para vos. Algún día vendré a por el resto, así que no os lo gastéis todo.

El hombre contempló el pergamo con los ojos entrecerrados.

—Letras. ¿Para qué sirven unas letras? Nos prometisteis oro por vuestro honor de caballero.

—El honor de los caballeros es una mierda. Ya va siendo hora de que os enteréis, viejo.

El Perro picó espuelas a Desconocido, y se alejaron al galope en medio de la lluvia. Los barqueros gritaban maldiciones a sus espaldas, y un par de ellos les lanzaron piedras. Clegane hizo caso omiso de las pedradas y los insultos, y no tardaron en perderse entre la penumbra de los árboles mientras el rugido del río les llegaba cada vez más amortiguado.

—La barcaza no regresará a la otra orilla hasta mañana —dijo—, y esos no volverán a aceptar promesas ni papeles del idiota que venga detrás. Si tus amigos nos persiguen, más vale que sean muy buenos nadadores.

Arya se arrebugó en la capa y se mordió la lengua.

«*Valar morghulis* —pensó, hosca—. Ser Ilyn, ser Meryn, el rey Joffrey, la reina Cersei. Dunsen, Polliver, Raff el Dulce, ser Gregor y el Cosquillas. Y el Perro, el Perro, el Perro».

Cuando escampó y las nubes se abrieron un poco, Arya estaba tiritando y estornudaba tanto que Clegane decidió acampar y hasta trató de encender una hoguera. Pero la leña que pudieron recoger estaba demasiado húmeda y, pese a todos sus intentos, no consiguieron que la chispa prendiera. Por último, harto, dio una patada a las ramas.

—Por los siete infiernos —maldijo—. Cómo odio el fuego.

Se sentaron sobre las rocas mojadas, bajo un árbol, y escucharon el golpeteo pausado de la lluvia que caía de las hojas mientras tomaban una cena fría a base de pan duro, queso mohoso y salchicha ahumada. El Perro cortaba la carne con el puñal, y al ver como Arya miraba el cuchillo, entrecerró los ojos.

—Ni se te ocurra.

—No se me había ocurrido —mintió ella.

El Perro soltó un bufido que daba a entender hasta qué punto la creía, pero le entregó una gruesa rodaja de salchicha. Arya la masticó sin dejar de mirarlo.

—No pegué nunca a tu hermana —dijo el Perro—, pero si me obligas, te daré una paliza. Así que deja de pensar en cómo matarme, porque no te va a servir de nada.

No tenía respuesta para aquello. Siguió royendo la salchicha mientras lo miraba con ojos gélidos.

«Dura como la piedra», pensó.

—Al menos tú me miras a la cara. No es poco mérito, pequeña loba. Qué, ¿te gusta?

—No. Es muy fea y está toda quemada.

—Eres una estúpida. —Clegane le ofreció un trozo de queso pinchado en la punta del puñal—. ¿De qué te serviría escapar? Lo único que conseguirías sería que te cogiera alguien peor que yo.

—No —replicó ella—. No hay nadie peor.

—Se ve que no conoces a mi hermano. Una vez, Gregor mató a un hombre por roncar. A uno de sus hombres.

Cuando sonreía, el lado quemado del rostro se le tensaba, y la boca se le retorcía en una mueca desagradable. En aquel lado no tenía labios y apenas le quedaba un muñón de la oreja.

—Sí, conozco a vuestro hermano. —Bien pensado, tal vez la Montaña fuera peor—. Los conozco a él, a Dunsen, a Polliver, a Raff el Dulce y al Cosquillas.

—¿Cómo es que la adorada hijita de Ned Stark ha tratado con semejante manada? —preguntó el Perro con un gesto de sorpresa—. Gregor no lleva nunca a sus ratas a la corte.

—Me tropecé con ellos en un pueblo. —Se comió el queso y cogió un trozo de pan duro—. Un pueblo que había junto al lago; allí nos cogieron a Gendry, a Pastel Caliente y a mí. También cogieron a Lommy Manosverdes, pero Raff el Dulce lo mató porque tenía una pierna herida.

—¿Qué te cogió prisionera? —Clegane frunció los labios—. ¿Mi hermano te tenía prisionera? —Aquello le hizo soltar una carcajada, un sonido amargo, a medio camino entre un gruñido y un ladrido—. Gregor no sabía a quién tenía, ¿verdad? Claro, de lo contrario te habría arrastrado de vuelta a Desembarco del Rey y te habría tirado en el regazo de Cersei. No me lo puedo creer. Me tengo que acordar de contárselo antes de arrancarte el corazón.

No era la primera vez que hablaba de matar a la Montaña.

—Pero es vuestro hermano —dijo Arya, titubeante.

—¿No has querido matar nunca a uno de tus hermanos? —Se volvió a reír—. ¿Ni a tu hermana? —Algo debió de verle en el rostro, porque se inclinó hacia ella—. A Sansa. Es eso, ¿verdad? La niña lobo quiere matar al pajarito.

—No —espetó Arya—. Quiero matarte a ti.

—¿Porque corté por la mitad a tu amiguito? No fue el primero, te lo aseguro. Pensarás que soy un monstruo. Bueno, es posible, pero también le salvé la vida a tu hermana. El día en que la turba la tiró del caballo me metí entre aquella gentuza y la llevé de vuelta al castillo; si no, le habría pasado lo mismo que a Lollys Stokeworth. Y ella cantó para mí. ¿A que eso no lo sabías? Tu hermana me cantó una canción.

—Es mentira —replicó al instante.

—No sabes ni la mitad de lo que crees. El Aguasnegras... Por los siete infiernos, ¿dónde crees que estamos? ¿Adónde crees que vamos?

El desprecio que tenía su voz la hizo dudar.

—De vuelta a Desembarco del Rey —dijo—. Me vais a entregar a Joffrey y a la reina. —No era verdad; se había dado cuenta de repente al oír cómo le planteaba la pregunta. Pero algo tenía que decir.

—Lobita idiota y ciega. —Tenía la voz dura y tosca como una lima de hierro —. Que le den por culo a Joffrey, que le den por culo a la reina, que le den por culo a esa gárgola retorcida de su hermano... Estoy harto de su ciudad, de la Guardia Real y de los Lannister. ¿Qué pinta un perro entre leones? —Cogió el pellejo de agua y bebió un largo trago. Se secó la boca y le ofreció el pellejo a Arya—. Ese río era el Tridente, niña. El Tridente, no el Aguasnegras. Imagínate el mapa. Mañana llegaremos al camino Real. Después podremos avanzar más deprisa, directos hacia Los Gemelos. Seré yo quien te entregue a tu madre. No el noble Señor del Relámpago ni ese falso sacerdote de las llamas, ese monstruo. —Sonrió al ver su expresión—. ¿Creías que tus amigos los bandidos eran los únicos que podían oler un rescate desde lejos? Dondarrion se quedó con mi oro, así que yo me quedo contigo. Calculo que vales el doble de lo que me robaron. Tal vez más, si te entregara a los Lannister, como tanto temes, pero no lo haré. Hasta un perro se harta de recibir patadas. Si ese Joven Lobo tiene los sesos que los dioses le dieron a un sapo, me nombrará señor y me suplicará que entre a su servicio. Puede que aún no lo sepa, pero me necesita. Es posible que hasta mate a Gregor por él. Eso le encantaría.

—Nunca te tomará a su servicio —le espetó—. ¡A tí? Jamás.

—Entonces cogeré todo el oro con el que pueda cargar, me reiré en su cara y me marcharé. Si no quiere mi ayuda, haría mejor en matarme, pero no lo hará. Tengo entendido que se parece demasiado a su padre. Por mí, perfecto. De cualquier manera, salgo ganando. Igual que tú, loba. Así que deja de lloriquear y de lanzarme dentelladas, ya estoy harto. Cierra la boca como te he dicho, y hasta es posible que lleguemos a tiempo para la mierda de la boda de tu tío.

La yegua estaba reventada, pero Jon no le podía dar descanso. Tenía que llegar al Muro antes que el magnar. Habría dormido en la silla de tenerla; careciendo de ella, ya le costaba bastante mantenerse sobre el caballo cuando estaba despierto. La pierna le dolía cada vez más. No se atrevía a descansar lo suficiente para que se le cerrara la herida, de manera que se le abría de nuevo cada vez que volvía a montar.

Cuando llegó a la cima de una pendiente y vio ante él la estela serpenteante entre llanuras y colinas que era el camino Real, le dio unas palmadas a la yegua en el cuello.

—Ahora solo tenemos que seguirlo, preciosa. Pronto llegaremos al Muro.

Para entonces tenía la pierna tan rígida como si fuera de palo, y la fiebre lo había aturdido tanto que en dos ocasiones se encontró cabalgando en la dirección que no debía.

«Pronto llegaremos al Muro». Se imaginó a sus amigos bebiendo vino especiado en la sala común. Hobb estaría entre sus pucheros; Donal Noye, en la forja; el maestre Aemon, en sus habitaciones, bajo la pajarera... «¿Y el Viejo Oso? ¿Y Sam, Grenn, Edd el Penas y Dywen, con su dentadura de madera...?». Jon rezaba por que alguno hubiera conseguido escapar del Puño.

Ygritte también ocupaba buena parte de sus pensamientos. Recordaba el olor de su cabello, la calidez de su cuerpo... y la expresión de su rostro mientras degollaba al anciano.

«No debiste amarla —le susurraba una voz—. No debiste abandonarla —insistía una voz diferente. Se preguntaba si su padre se habría sentido así de desgarrado cuando abandonó a su madre para volver con lady Catelyn—. Estaba comprometido con lady Stark, igual que yo estoy comprometido con la Guardia de la Noche».

Estaba tan trastornado por la fiebre que casi pasó de largo Villa Topo sin darse cuenta. La mayor parte del pueblo estaba bajo tierra; a la escasa luz de la luna solo se veían unas cuantas casuchas de pequeño tamaño. El burdel era un cobertizo poco más grande que una letrina. El farol rojo crujía sacudido por el viento; era un ojo ensangrentado que escudriñaba la oscuridad. Jon se detuvo en el estable contiguo y estuvo a punto de caerse de la yegua mientras desmontaba, antes de conseguir despertar a gritos a dos mozos.

—Necesito un caballo descansado, con silla y riendas —les dijo en un tono que no admitía discusión. Le llevaron lo que pedía, y también un pellejo de vino y media hogaza de pan moreno—. Despertad a todo el pueblo —les ordenó—. Dad la alarma. Hay salvajes al sur del Muro. Recoged vuestras cosas e id al Castillo Negro.

Montó en la silla del caballo negro que le habían entregado, apretó los dientes

para soportar el dolor de la pierna y emprendió el galope hacia el norte.

A medida que las estrellas se iban difuminando en el cielo del este, el Muro apareció ante él, por encima de los árboles y las nieblas matutinas. La luz de la luna brillaba clara sobre el hielo. Espoleó al caballo por el camino embarrado y resbaladizo hasta que vio las torres de piedra y los edificios de madera del Castillo Negro, amontonados como juguetes rotos contra el gran acantilado de hielo. Para entonces, el Muro brillaba ya rosado y púrpura con las primeras luces del amanecer.

No había centinelas que le dieran el alto cuando pasó por las edificaciones periféricas. Nadie le impidió el paso. El Castillo Negro parecía casi tan ruinoso como Guardiagrís. En las grietas de las losas de los patios crecían hierbajos oscuros y quebradizos. El tejado de los Barracones de Pedernal estaba cubierto de nieve vieja, que también se amontonaba contra la cara norte de la Torre de Hardin, donde había dormido Jon antes de pasar a ser el mayordomo del Viejo Oso. Largos dedos de tizne veteaban la Torre del Lord Comandante allí donde el humo había salido por las ventanas. Después del incendio, Mormont se había trasladado a la Torre del Rey, pero Jon tampoco vio luces allí. Desde donde se encontraba no alcanzaba a ver si había centinelas en el Muro, a trescientas varas de altura, pero no vio a nadie en la zigzagueante escalera que ascendía por la cara sur del hielo como un relámpago de madera gigantesco.

En cambio sí había humo en la chimenea de la armería, apenas un jirón casi invisible ante el cielo gris del norte; pero con aquello bastaba. Jon desmontó y cojeó hacia allí. Una ola de calor salió por la puerta abierta como el aliento cálido del verano. Dentro, el manco Donal Noye manejaba los fuelles junto al fuego. Al oírlo llegar alzó la vista.

—¿Jon Nieve?

—El mismo.

Pese a la fiebre, el agotamiento, la pierna, el magnar, el anciano, Ygritte, Mance; pese a todo, Jon sonrió. Era agradable estar allí de nuevo; era agradable ver a Noye con su barrigón, su manga sujetada con un alfiler y su mandíbula erizada por la negra barba incipiente.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó el herrero, soltando el fuelle.

—Un cambiapieles intentó sacarme el ojo. —Casi se le había olvidado aquello.

—Con cicatrices o sin ellas, es una cara que no creía volver a ver. —Noye tenía el ceño fruncido—. Nos enteramos de que te habías pasado al bando de Mance Rayder.

—¿Quién os ha dicho eso? —Jon se agarró a la puerta para mantenerse en pie.

—Jarman Buckwell. Volvió hace dos semanas. Sus exploradores aseguran que te vieron con sus propios ojos, que cabalgabas con la columna de salvajes y que

llevabas una capa de piel de oveja. —Noye se quedó mirándolo—. Ya veo que al menos lo último es verdad.

—Todo es verdad —confesó Jon—. En cierto modo.

—Entonces, ¿debería clavarte una espada en las tripas?

—No. Obedecía órdenes. Las últimas órdenes de Qhorin Mediamano. ¿Dónde está la guardería, Noye?

—Defendiendo el Muro de tus amigos los salvajes.

—Sí, pero ¿dónde?

—Por todas partes. Harma Cabeza de Perro ha sido vista en Guardiabosque del Lago; Casaca de Matraca, en Túmulo Largo, y el Llorón, en Marcahielo. Están por todo el Muro, aquí y allá. Están escalando cerca de Puerta de la Reina, intentan derribar las puertas de Guardiagrís, se agrupan en Guardiaorient... pero en cuanto ven una capa negra se marchan, y al día siguiente aparecen en otra parte.

—Es una estratagema. —Jon tuvo que contenerse para no gemir—. Mance quiere que nos dispersemos, ¿no te das cuenta? —« Y Bowen Marsh lo ha complacido» —. La puerta está aquí. El ataque será aquí.

—Tienes la pierna empapada de sangre —dijo Noye cruzando la estancia.

—Una herida de flecha... —Jon bajó la vista. Era verdad. La herida se le había vuelto a abrir.

—Una flecha de los salvajes. —No era una pregunta. Noye tenía solo un brazo, pero de buenos músculos. Lo pasó bajo el de Jon para que se apoyara—. Estás blanco como la leche y ardiendo de fiebre. Te voy a llevar con Aemon.

—No tenemos tiempo. Hay salvajes al sur del Muro; vienen de Corona de la Reina para abrir la puerta.

—¿Cuántos? —Noye casi tuvo que sacar en volandas a Jon.

—Ciento veinte, y bien armados para ser salvajes. Armaduras y armas de bronce; algunas piezas de acero. ¿Cuántos hombres quedan aquí?

—Cuarenta y tantos —dijo Donal Noye—. Los tullidos, los enfermos, unos cuantos novatos que aún se están entrenando...

—Si Marsh no está, ¿a quién nombró castellano?

El herrero se echó a reír.

—A ser Wynton, los dioses lo guarden. El último caballero del castillo y todo eso. Pero por lo visto a Stout se le ha olvidado, y ninguno de nosotros tiene prisa por recordárselo. Me imagino que soy lo más parecido a un comandante que tenemos ahora mismo. El mejor de los tullidos.

Aquello, al menos, era una buena noticia. El armero manco era testarudo, duro y curtido en la batalla. En cambio, ser Wynton Stout... En fin, todo el mundo estaba de acuerdo en que había sido un buen hombre en otros tiempos, pero llevaba ochenta años en la Guardia, y ya había perdido las fuerzas y los sesos. Cierta vez se había quedado dormido mientras cenaba y estuvo a punto de

ahogarse en un cuenco de sopa de guisantes.

—¿Dónde está tu lobo? —le preguntó Noye mientras cruzaban el patio.

—Fantasma. Lo tuve que dejar atrás cuando escalamos el Muro. Tenía la esperanza de que hubiera vuelto aquí.

—Lo siento, muchacho. No hemos visto ni rastro de él. —Subieron cojeando por las escaleras hasta llegar a la puerta del maestre que daba a la alargada estancia de madera situada bajo la pajarera. El armero le dio una patada—. ¡Clydas!

Tras unos momentos, un hombre menudo, encorvado, de hombros caídos y vestido de negro asomó la cabeza. Los ojillos rosados se abrieron de par en par al ver a Jon.

—Acuesta al chico, voy a buscar al maestre.

En la chimenea ardía un fuego, y la habitación era casi demasiado calurosa. El calor adormiló a Jon. En cuanto Noye lo tumbó de espaldas, tuvo que cerrar los ojos para que el mundo dejara de dar vueltas. Oía los graznidos de los cuervos, que protestaban arriba, en la pajarera.

—Nieve —chillaba un pájaro—. Nieve, nieve, nieve.

Jon recordó que aquello había sido obra de Sam. Se preguntó si Samwell Tarly habría logrado regresar sano y salvo, o solo sus pájaros.

El maestre Aemon no tardó en llegar. Caminaba despacio, con una mano llena de manchas en el brazo de Clydas mientras arrastraba los pies con pasos lentos y cautelosos. Llevaba en torno al flaco cuello la cadena con sus pesados eslabones: los de oro y los de plata, relucientes entre los de hierro, plomo, estaño y otros metales de baja ley.

—Jon Nieve —dijo—, cuando estés más fuerte tienes que contarme todo lo que has visto y todo lo que has hecho. Donal, pon vino a calentar, y también mis hierros. Los necesito al rojo. Clydas, me va a hacer falta tu cuchillo, el más afilado.

El maestre tenía más de cien años. Estaba encorvado, frágil, calvo y casi ciego. Pero aunque sus ojos lechosos apenas veían, tenía la mente tan despierta y viva como siempre.

—Vienen los salvajes —le dijo Jon mientras Clydas le cortaba la pernera de los calzones y apartaba la gruesa tela negra, llena de costras de sangre vieja y empapada de la fresca—. Desde el sur. Escalamos el Muro...

El maestre Aemon olfateó el rudimentario vendaje de Jon cuando Clydas lo terminó de cortar.

—Escalasteis?

—Yo iba con ellos. Qhorin Mediamano me ordenó que me uniera a su grupo. —Jon hizo una mueca cuando el dedo del maestre exploró la herida, hurgó y sondeó—. El magnar de Thenn... ¡Aaah, cómo duele! —Apretó los dientes—. ¿Dónde está el Viejo Oso?

—Jon... Siento tener que decírtelo, pero sus propios hermanos juramentados asesinaron al lord comandante Mormont en el Torreón de Craster.

—Herma... ¿los nuestros?

Las palabras de Aemon dolían cien veces más que sus dedos. Jon recordó al Viejo Oso tal como lo había visto por última vez, de pie delante de su tienda, con el cuervo en el hombro pidiendo maíz a graznidos. «Mormont... ¿muerto?». Se lo había temido desde que vio el resultado de la batalla del Puño, pero no por ello sentía menos el golpe.

—¿Quién fue? ¿Quién se volvió contra él?

—Garth de Antigua, Ollo Manomocha, el Daga... ladrones, cobardes y asesinos. Lo tendríamos que haber visto venir. La Guardia ya no es lo que era. Hay muy pocos hombres honrados que mantengan en su sitio a los canallas. —Donal Noye removió las hierbas del maestre, que estaban al fuego—. Una docena de buenos hermanos consiguió volver. Edd el Penas, Gigante, tu amigo el Uro... Ellos fueron los que nos lo contaron todo.

«¿Solo una docena?». Habían sido doscientos los que salieron del Castillo Negro con el lord comandante Mormont, doscientos de los mejores hombres de la Guardia.

—Entonces, ¿Marsh es ahora el lord comandante?

El Viejo Granada era un hombre afable y muy diligente como capitán de los mayordomos, pero no se le ocurría nadie menos apto para enfrentarse a un ejército de salvajes.

—Por el momento, hasta que podamos elegir a alguien, sí —dijo el maestre Aemon—. Tráeme el frasco, Clydas.

«Elegir». Qhorin Mediامano y ser Jaremy Rykker habían muerto; Ben Stark seguía desaparecido. ¿Quién quedaba? Bowen Marsh y ser Wynton Stout no, desde luego. ¿Habría sobrevivido Thoren Smallwood en el Puño, o tal vez ser Ottyn Wythers? «No, la cosa será entre Cotter Pyke y ser Denys Mallister. Pero ¿cuál de los dos ganará?». Los comandantes de la Torre Sombría y de Guardiaoriente eran buenos hombres, pero muy diferentes; ser Denys era cortés y cauteloso, tan caballeroso como anciano. Pyke era más joven, bastardo de nacimiento, brusco al hablar y temerario en exceso. Lo peor era que entre ellos se detestaban. El Viejo Oso siempre los había mantenido bien alejados, en extremos opuestos del Muro. Jon sabía que los Mallister desconfiaban de los hijos del hierro.

Un latigazo de dolor le recordó sus problemas. El maestre le apretó la mano.

—Clydas te va a traer la leche de la amapola.

—No me hace falta... —Jon trató de incorporarse.

—Si te hace falta —replicó Aemon con firmeza—. Esto te va a doler.

—Está quieto si no quieras que te ate. —Donal Noye cruzó la estancia y obligó a Jon a tumbarse de nuevo.

Hasta con un brazo, el herrero lo manejaba como si fuera un niño. Clydas volvió con un frasco verde y una taza redonda de piedra. El maestre Aemon la llenó hasta el borde.

—Bébete esto.

Jon se había mordido el labio al debatirse. Sintió el sabor de la sangre mezclada con el de la pócima espesa y gredosa. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no vomitarla.

Clydas puso a su lado una palangana de agua caliente, y el maestre Aemon le empezó a limpiar el pus y la sangre de la herida. Pese a que lo curaba con tanta suavidad como era posible, hasta el más ligero roce hacía que Jon tuviera que contenerse para no gritar.

—Los hombres del magnar son disciplinados, y tienen armas y armaduras de bronce —le dijo. Hablar lo ayudaba a no pensar en el dolor de la pierna.

—El magnar es un señor de Skagos —dijo Noye—. Cuando llegué al Muro había isleños en Guardiaoriente; me acuerdo de que hablaban de él.

—Creo que Jon utiliza la palabra en un sentido más antiguo —dijo el maestre Aemon—. No como apellido, sino como título. Viene de la antigua lengua.

—Quiere decir «señor» —asintió Jon—. Styr es el magnar de un lugar que se llama Thenn, muy al norte de los Colmillos Helados. Tiene un centenar de hombres y una veintena de salvajes que conocen el Agasajo casi tan bien como nosotros. Pero Mance no encontró el cuerno; menos es nada. El Cuerno del Invierno, eso es lo que buscaban a lo largo del Agualechosa.

—El Cuerno del Invierno es una leyenda muy antigua. —El maestre Aemon se detuvo con el paño en la mano—. ¿De verdad cree el Rey-más-allá-del-Muro que existe?

—Todos lo creen —asintió Jon—. Ygritte me contó que habían abierto un centenar de tumbas... Tumbas de reyes y de héroes, por todo el valle del Agualechosa, pero no...

—¿Quién es Ygritte? —preguntó Donal Noye con cierto retintín.

—Una mujer del pueblo libre. —«Cómo podía describirles a Ygritte? «Es afectuosa, lista y divertida, y puede besar a un hombre o cortarle la garganta»—. Va con Styr, pero no es... es joven, en realidad casi una niña, una salvaje, pero... —«Mató a un anciano porque había encendido fuego»—. Sentía la lengua hinchada y torpe. La leche de la amapola le estaba nublando la mente—. Rompí mis votos con ella. No era mi intención, de verdad, pero... —«No debí hacerlo. No debí amarla, no debí abandonarla...»—. No fui fuerte. Mediámamo me lo ordenó: cabalga con ellos, obsérvalos, no te niegues a nada, no...

Se sentía como si tuviera la cabeza llena de algodón húmedo. El maestre Aemon olfateó de nuevo la herida de Jon. Luego dejó el paño ensangrentado en la palangana.

—Donal, el cuchillo caliente, por favor —dijo—. Me va a hacer falta que lo

mantengas inmóvil.

«No voy a gritar», se dijo Jon cuando vio la hoja al rojo del cuchillo. Pero también rompió aquel juramento. Donal Noye lo mantuvo tumbado mientras Clydas guiaba la mano del maestre. Jon no se movió excepto para dar puñetazos contra la mesa, una vez, y otra, y otra. El dolor era tan intenso que se sentía pequeño, débil e impotente, como un niño que sollozara en la oscuridad. «Ygritte —pensó cuando el hedor de la carne quemada le llegó a la nariz y su propio grito le retumbó en los oídos—. Ygritte, tuve que hacerlo». Durante unos instantes, el espantoso dolor empezó a menguar. Pero el hierro le tocó la pierna de nuevo, y Jon se desmayó.

Cuando abrió los ojos estaba envuelto en gruesas mantas de lana y se sentía flotar. No podía moverse, pero tampoco le importaba. Durante un tiempo soñó que Ygritte estaba con él, que lo curaba con manos suaves. Por fin cerró los ojos y se durmió.

El siguiente despertar no fue tan dulce. La estancia estaba a oscuras, pero bajo las mantas, el dolor había regresado: era una punzada en el muslo, que se convertía en un cuchillo al rojo al menor movimiento. Jon lo descubrió por las malas cuando trató de ver si conservaba la pierna. Ahogó un grito y dio otro puñetazo.

—¿Jon? —Apareció una vela, y un rostro bien conocido lo miró desde arriba, enmarcado entre dos grandes orejas—. No debes moverte.

—¿Pyp? —Jon alzó el brazo, y el otro muchacho le agarró la mano y le dio un apretón—. Creía que te habrías ido...

—¿Con el Viejo Granada? No, le parece que soy demasiado pequeño y novato. Grenn también está aquí.

—Yo también estoy aquí. —Grenn se acercó por el otro lado de la cama—. Me he quedado dormido.

—Agua —pidió Jon; tenía la garganta seca. Grenn se la llevó y le acercó el vaso a los labios—. Vi el Puño —dijo tras un largo trago—. La sangre, los caballos muertos... Noye dijo que una docena había conseguido volver... ¿Quiénes?

—Dywen, por ejemplo. Gigante, Edd el Penas, Donnel Colina el Suave, Ulmer, Lew Mano Izquierda, Garth Plumagrís... Cuatro o cinco más. Y yo.

—¿Sam?

—Mató a uno de los Otros, Jon —dijo Grenn apartando la vista—. Yo mismo lo vi. Lo apuñaló con aquel cuchillo de vidriagón que le hiciste, y empezamos a llamarlo Sam el Mortifero. Le sentaba fatal.

«Sam el Mortifero». A Jon no se le ocurría una persona menos agresiva que Sam Tarly.

—¿Qué le pasó?

—Lo dejamos en el Torreón de Craster. —La voz de Grenn estaba llena de

tristeza—. Lo sacudi, le grité, hasta le di una bofetada. Gigante intentó obligarlo a levantarse, pero pesaba demasiado. ¿Te acuerdas de cuando nos estábamos entrenando, cómo se hacía un ovillo en el suelo y se quedaba ahí gimoteando? Pues allí ni siquiera gimoteaba. El Daga y Ollo estaban destrozando las paredes para buscar comida; Garth y Garth luchaban entre ellos; otros se dedicaban a violar a las esposas de Craster. Edd el Penas se imaginó que la banda del Daga mataría a todos los leales, para que no contáramos lo que habían hecho, y nos doblaban en número. Tuvimos que dejar a Sam con el Viejo Oso. Se negaba a moverse, Jon.

«Eras su hermano —estuvo a punto de decirle—. ¿Cómo pudiste abandonarlo allí, entre salvajes y asesinos?».

—Puede que aún esté vivo —dijo Pyp—. Puede que nos dé una sorpresa y llegue mañana.

—Sí, ¡con la cabeza de Mance Rayder! —Jon se dio cuenta de que Grenn quería parecer animado—. ¡Sam el Mortífero!

Jon trató de sentarse otra vez. Fue un error, igual que en la primera ocasión. Dejó escapar un grito y una maldición.

—Grenn, ve a despertar al maestre Aemon —dijo Pyp—. Dile que Jon necesita más leche de la amapola.

«Sí», pensó Jon.

—No —dijo en voz alta—. El magnar...

—Ya lo sabemos —dijo Pyp—. Los centinelas del Muro tienen instrucciones de controlar también el sur, y Donal Noye ha enviado a varios hombres al Saliente de la Almenara para vigilar el camino Real. Además, el maestre Aemon ha enviado pájaros a Guardiaoriente y a la Torre Sombría.

El maestre Aemon se acercó a la cama con una mano en el hombro de Grenn.

—No hagas esfuerzos, Jon. Está muy bien que te hayas despertado, pero tienes que tomarte tiempo para curarte. Hemos limpiado la herida con vino hirviendo, y te la hemos cubierto con una cataplasma de agujas de pino, semillas de mostaza y pan enmhecido, pero si no descansas...

—No puedo. —Jon luchó contra el dolor para sentarse—. Mance no tardará en llegar... Viene con miles de hombres, gigantes, mamuts... ¿Se ha avisado a Invernalia? ¿Al rey? —El sudor le corría por la frente. Tuvo que cerrar los ojos un instante.

Grenn y Pyp intercambiaron una mirada de extrañeza.

—No lo sabe.

—Jon —dijo el maestre Aemon—, mientras estabas fuera han pasado muchas cosas, y ninguna buena. Balon Greyjoy volvió a coronarse rey y envió sus barcos contra el norte. Los reyes se multiplican como malas hierbas. Les hemos enviado peticiones de ayuda a todos, pero ninguno nos la manda. Tienen

cosas más urgentes en las que ocupar sus espadas; nosotros estamos demasiado lejos, nos han olvidado. En cuanto a Invernalia... Sé fuerte, Jon... Invernalia ya no existe...

—¿Que ya no existe? —Jon se quedó mirando los ojos blancos y el rostro arrugado de Aemon—. Mis hermanos están en Invernalia. Bran y Rickon...

—Lo siento muchísimo, Jon. —El maestre se llevó una mano a la frente—. Tus hermanos murieron por orden de Theon Greyjoy, después de que tomara Invernalia en nombre de su padre. Cuando los vasallos de tu padre amenazaron con recuperar el castillo, le prendió fuego.

—Tus hermanos han sido vengados —dijo Grenn—. El hijo de Bolton mató a todos los hombres del hierro, y se dice que está desollando muy lentamente a Theon Greyjoy por lo que hizo.

—Lo siento, Jon. —Pyp le dio un apretón en el hombro—. Lo sentimos mucho.

A Jon nunca le había caído bien Theon Greyjoy, pero era el pupilo de su padre. Otro espasmo de dolor le recorrió la pierna, y cuando se quiso dar cuenta volvía a estar tumbado.

—Tiene que ser un error —se empecinó—. En Corona de la Reina vi un huargo, un huargo gris... Era gris... Me conocía...

Si Bran estaba muerto, ¿era posible que parte de él siguiera viviendo en el lobo, igual que Orell vivía en su águila?

—Bébete esto.

Grenn le acercó una copa a los labios. Jon bebió. Tenía la cabeza llena de lobos y de águilas, y del sonido de las risas de sus hermanos. Los rostros que lo miraban desde arriba empezaron a difuminarse.

«No es posible que estén muertos. Theon jamás haría una cosa así. Invernalia... Granito gris, hierro y roble, cuervos que vuelan en torno a las torres, el vapor que sube de los estanques calientes del bosque de dioses, los reyes de piedra en sus tronos... ¿Cómo es posible que Invernalia ya no exista?» .

Cuando el sueño se apoderó de él volvió a estar en casa una vez más, chapoteando en los estanques calientes, bajo un enorme arciano blanco que tenía el rostro de su padre. Ygritte estaba con él, se reía de él, se iba quitando las pieles hasta quedar tan desnuda como en su día del nombre, intentaba darle un beso, pero él no podía permitírselo, no, su padre estaba mirando. Era de la sangre de Invernalia, era un hombre de la Guardia de la Noche.

—No engendraré un bastardo —le dijo a la muchacha—. Nunca. Nunca.

—No sabes nada, Jon Nieve —susurró ella mientras la piel se le disolvía en el agua caliente y la carne se le desprendía de los huesos, hasta que solo quedaban el cráneo y el esqueleto, y el estanque burbujeaba espeso y rojo.

Oyeron el Forca Verde antes de verlo, un murmullo constante, como el gruñido de una bestia enorme. El río era un torrente en ebullición, bastante más ancho que el año anterior, cuando Robb había dividido allí su ejército y había jurado tomar como esposa a una Frey como precio por cruzar.

«En aquel momento necesitaba a lord Walder y su puente, y ahora los necesita todavía más. —Mientras Catelyn observaba las turbulentas aguas verdosas, su corazón se llenó de temores—. No hay manera de vadear esta corriente ni de cruzarla a nado, y podría pasar una luna entera antes de que bajen las aguas».

Al acercarse a Los Gemelos, Robb se puso la corona y llamó a Catelyn y a Edmure para que cabalgaran a su lado. Ser Raynald Westerling portaba su estandarte, el huargo de los Stark sobre un campo blanco hielo.

Las torres del puesto de guardia surgieron de la lluvia como fantasmas, apariciones grises nebulosas que fueron adquiriendo solidez a medida que se acercaban. La fortaleza de los Frey no era un castillo, sino dos; dos imágenes idénticas de piedra húmeda que se alzaban en orillas opuestas de las aguas, unidas por un gran puente en forma de arco. En el centro se encontraba la Torre del Agua, bajo la que discurría la rápida corriente del río. Se habían excavado unos canales que partían de la orilla, para crear unos fosos que convertían cada gemela en una isla. Las lluvias habían transformado los fosos en lagos poco profundos.

Al otro lado de las aguas turbulentas, Catelyn divisó un campamento de millares de hombres, que se extendía al este del castillo; sus estandartes, como gatos ahogados, pendían inertes de los postes de las tiendas. Era imposible distinguir los colores y los emblemas con la lluvia. Le parecía que casi todos eran grises, aunque bajo un cielo como aquel, el mundo entero se teñía de gris.

—Tendrás que ir con mucho cuidado, Robb —alertó a su hijo—. Lord Walder es muy susceptible y tiene la lengua afilada, y sin duda, algunos de sus hijos habrán salido a él. No dejes que te provoquen.

—Ya conozco a los Frey, madre. Sé bien cuánto los he insultado y cuánto los necesito. Seré tan meloso como un septón.

—Si cuando lleguemos nos ofrecen algún refrigerio, no lo rechaces bajo ningún concepto. —Catelyn se movió incómoda en la silla de montar—. Acepta lo que te den, y come y bebe a la vista de todos. Si no te ofrecen nada, pide pan, queso y una copa de vino.

—La verdad es que tengo más frío que hambre...

—Haz caso de lo que te digo, Robb. Una vez hayas comido su pan y su sal serás su huésped, y las leyes de la hospitalidad te protegerán bajo su techo.

—Me protege un ejército entero, madre. —Robb no parecía atemorizado;

más bien, divertido—. No tengo que confiar en el pan y en la sal. Pero si a lord Walder le apetece servirme grajo guisado con gusanos, me lo comeré y repetiré.

Cuatro jinetes Frey salieron del puesto de guardia occidental envueltos en pesadas capas de gruesa lana gris. Catelyn reconoció a ser Ryman, hijo del difunto ser Stevron, el primogénito de lord Walder. La muerte de su padre había convertido a Ryman en heredero de Los Gemelos. El rostro que asomaba bajo la capucha era carnoso, ancho y bobalicón. Probablemente, los otros tres serían sus hijos, los bisnietos de lord Walder.

Edmure confirmó su suposición.

—El mayor se llama Edwyn, es el larguirucho pálido con cara de estreñido. El nervudo de la barba es Walder el Negro, un mal bicho. El que monta al zaino es Petyr; mira qué rostro tiene ese chico. Sus hermanos lo llaman Petyr Espinilla. Apenas es un poco mayor que Robb, pero lord Walder lo casó a los diez años con una mujer que le triplicaba la edad. Dioses, espero que Roslin no se parezca a él.

Se detuvieron para dejar que sus anfitriones se acercaran a ellos. El estandarte de Robb pendía del asta, y el sonido constante de la lluvia se mezclaba con el ruido de las aguas crecidas del Forca Verde, que les quedaba a la derecha. Viento Gris avanzó, con la cola tiesta y los ojos color oro oscuro entrecerrados. Cuando los Frey estuvieron a media docena de pasos, Catelyn lo oyó gruñir, un rugido sordo que casi era como el de las aguas del río. Robb se sobresaltó.

—Viento Gris, commigo. ¡Commigo!

Lejos de obedecer, el huargo dio un salto hacia delante y volvió a gruñir.

El palafrén de ser Ryman retrocedió con un relincho de terror, y el de Petyr Espinilla se encabritó y derribó a su jinete. El único que pudo controlar su montura fue Walder el Negro, que echó mano al pomo de su espada.

—¡No! —gritaba Robb—. ¡Viento Gris, aquí! ¡Ven aquí!

Catelyn picó espuelas y se situó entre el lobo huargo y los caballos. Los cascos de su yegua levantaron salpicaduras de barro cuando se detuvo ante Viento Gris. El lobo cambió de dirección, y en aquel momento pareció oír la llamada de Robb.

—¿Así se disculpán los Stark? —gritó Walder el Negro con la espada desenvainada—. ¿Queréis congraciáros azuzando al lobo contra nosotros? ¿Para eso habéis venido?

Ser Ryman había desmontado para ayudar a ponerse en pie a Petyr Espinilla. El muchacho estaba cubierto de barro, pero ileso.

—He venido para disculparme por la ofensa que cometí contra vuestra casa y para asistir a la boda de mi tío. —Robb bajó de la montura—. Tomad mi caballo, Petyr. El vuestro ya debe de estar casi en los establos.

Petyr miró a su padre.

—Puedo montar a la grupa con uno de mis hermanos.

Los Frey no se molestaron en hacer ningún gesto respetuoso.

—Llegáis tarde —declaró ser Ryman.

—Las lluvias nos han demorado —dijo Robb—. Os envié el mensaje con un pájaro.

—No veo a la mujer.

Todos supieron al momento que, con «la mujer», ser Ryman se refería a Jeyne Westerling. Lady Catelyn esbozó una sonrisa de disculpa.

—La reina Jeyne estaba agotada de tanto viaje, mis señores. Sin duda será un placer para ella visitarlos cuando corran tiempos menos turbulentos.

—Mi abuelo se va a disgustar. —Walder el Negro había envainado la espada, pero su tono seguía siendo hostil—. Le he hablado mucho de la dama, y quería verla en persona.

Edwyn carraspeó para aclararse la garganta.

—Os hemos dispuesto habitaciones en la Torre del Agua, alteza —le dijo a Robb con cortesía cautelosa—. Y también a lord Tully y lady Stark. Vuestros señores vasallos serán bienvenidos bajo nuestro techo y están invitados al banquete de bodas.

—¿Qué hay de mis hombres? —preguntó Robb.

—Mi señor abuelo lamenta no poder albergar ni dar de comer a un ejército de tal magnitud. Hemos tenido graves dificultades para conseguir forraje, así como provisiones para nuestros reclutas. Pero no descuidaremos a vuestros hombres. Si quieren cruzar y montar el campamento junto al nuestro, llevaremos barriles de vino y cerveza para que todos beban a la salud de lord Edmure y su prometida. Hemos plantado tres grandes carpas en la otra orilla, para que se refugien de la lluvia.

—Vuestro señor padre es muy generoso. Mis hombres se lo agradecerán. Llevan muchos días cabalgando empapados.

—¿Cuándo conoceré a mi prometida? —preguntó Edmure Tully adelantándose con su caballo.

—Os espera dentro —le aseguró Edwyn Frey—. Estoy seguro de que sabréis disculpar su timidez. La pobre doncella ha aguardado este momento muy nerviosa. Pero ¿no sería mejor proseguir esta conversación a cubierto de la lluvia?

—Sin duda. —Ser Ryman volvió a montar y alzó a Petyr Espinilla para sentarlo tras él—. Si tenéis la bondad de seguirme, mi señor padre os aguarda.

Hizo dar la vuelta al palafrén y se dirigió hacia Los Gemelos.

—El finado lord Frey podría haberse tomado la molestia de recibirnos en persona —se quejó Edmure, poniéndose a la altura de Catelyn—. Soy su señor y pronto seré su yerno. Y Robb es su rey.

—Cuando tengas noventa y un años, hermano, ya veremos si tienes muchas ganas de salir a cabalgar bajo la lluvia.

Pero no estaba segura de que aquello fuera del todo cierto. Por lo general,

lord Walder salía en una litera cubierta, que lo habría protegido casi por completo de la lluvia. « ¿Un desaire deliberado?». Si era así, seguramente sería el primero de muchos.

Hubo más problemas en el puesto de guardia. Viento Gris se detuvo en seco a mitad del puente levadizo, se sacudió la lluvia del pelaje y empezó a aullar al rastrillo. Robb le silbó con impaciencia.

—¿Qué pasa, Viento Gris? Ven conmigo.

Pero el huargo empezó a enseñar los dientes.

« No le gusta este sitio», pensó Catelyn. Robb tuvo que acuclillarse junto al lobo y hablarle en voz baja para que accediera a pasar bajo el rastrillo. Para entonces, Lothar el Cojo y Walder Ríos ya estaban a su altura.

—Lo que le da miedo es el ruido del agua —dijo Ríos—. Los animales saben que hay que mantenerse lejos de un río crecido.

—En cuanto esté en una perrera seca con una pierna de carnero se encontrará mejor —comentó Lothar alegramente—. ¿Queréis que mande llamar al encargado de los perros?

—Es un huargo, no un perro —dijo Robb—, y es peligroso para aquellos en los que no confía. Ser Raynald, quedaos con él. No quiero que entre así en los salones de lord Walder.

« Muy hábil —pensó Catelyn—. Así, Robb evita que lord Walder se encuentre cara a cara con un Westerling».

La gota y los huesos frágiles le habían cobrado un alto precio al anciano Walder Frey. Los recibió apuntalado con cojines en su sillón y con una manta de armiño sobre el regazo. El sillón era de roble negro, tenía el respaldo tallado con la forma de dos gruesas torres unidas por un puente arqueado y era tan enorme que, en él, el anciano parecía un niño grotesco. El aspecto de lord Walder era un poco de buitre, y todavía más, de comadreja. En la cabeza calva, que brotaba entre los hombros huesudos, se veían las manchas de la edad. Bajo la escasa barbillá le colgaba la piel flácida de la papada; tenía los ojos nublados y llorosos, y movía sin cesar los labios sobre las encías desdentadas, succionando el aire como un bebé que mamara del pecho de su madre.

Junto a él, de pie, se encontraba la octava lady Frey. Ocupaba el asiento contiguo una versión más joven del anciano, un hombre flaco y encorvado de unos cincuenta años, cuya lujosa indumentaria de lana azul y seda gris se reforzaba de manera extraña con una corona y un collar adornado con diminutas campanitas de metal. El parecido con su señor era asombroso, a excepción de los ojos; los de lord Frey eran pequeños, sombríos y desconfiados; los del otro eran grandes, afables y vacíos. Catelyn recordó que uno de los hijos de lord Walder había engendrado hacía muchos años a un retrasado mental. En anteriores visitas, el señor del Cruce siempre había tenido buen cuidado de que nadie lo viera.

« ¿Llevará siempre una corona de bufón, o es otra burla a costa de Robb?» .

Jamás se habría atrevido a preguntarlo en voz alta.

El resto de la sala estaba abarrotado con los hijos, nietos, cónyuges y criados de los Frey, pero el que habló fue el anciano.

—Estoy seguro de que disculparéis que no me arrodille. Las piernas ya no me funcionan como antes, aunque lo que me cuelga entre ellas sigue trabajando bien, je, je. —Su boca se hundió en una sonrisa desdentada al contemplar la corona de Robb—. Hay quien diría que un rey que se corona con bronce no es gran cosa como monarca, alteza.

—El bronce y el hierro son más fuertes que el oro y la plata —respondió Robb—. Los antiguos Reyes del Invierno llevaban una corona de espadas como esta.

—De mucho les sirvió cuando llegaron los dragones, je, je. —Aquel «je, je» pareció agradar al retrasado, que agitó la cabeza a un lado y a otro haciendo tintinear la corona y el collar—. Perdonad a mi Aegon; siempre hace mucho ruido —siguió lord Walder—. Tiene menos sesos que un lacustre, y no había visto nunca a un rey. Es uno de los hijos de Stevron. Lo llamamos Cascabel.

—Ser Stevron me habló de él, mi señor. —Robb sonrió al retrasado—. Bienhallado, Aegon. Vuestro padre era un hombre valeroso.

Cascabel hizo tintinear las campanillas. Un reguerillo de baba le corrió por la comisura de la boca cuando sonrió.

—Ahorraos vuestra regia saliva. Es como si hablarais con un orinal. —Lord Walder paseó la mirada por el resto de los visitantes—. Vaya, lady Catelyn, si habéis vuelto con nosotros. ¿Y a quién tenemos aquí? Al joven ser Edmure, el vencedor del Molino de Piedra. Ah, ahora es lord Tully, siempre se me olvida. Sois el quinto lord Tully que he conocido. Sobreviví a los otros cuatro, je, je. Vuestra prometida debe de andar por aquí. Me imagino que querréis echarle un vistazo.

—Así es, mi señor.

—Pues así será. Pero vestida, ¿eh? Es doncella y además muy tímida. No la veréis desnuda hasta que os encamemos. —Lord Walder soltó una risita crepitante—. Je, je. Será pronto, será pronto. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Ve a buscar a tu hermana, Benfrey. Y date prisa, que lord Tully ha hecho un viaje muy largo desde Aguasdulces. —Un joven caballero ataviado con una sobrevesta cuartelada hizo una reverencia y salió, y el anciano se volvió de nuevo hacia Robb—. ¿Qué hay de vuestra esposa, alteza? ¿Dónde está la hermosa reina Jeyne? Es una Westerling del Risco, según tengo entendido, je, je.

—La dejé en Aguasdulces, mi señor. Como le dijimos a ser Ryman, estaba agotada después de tanto viaje.

—No sabéis cuánto me entristece lo que me decís. Quería contemplarla con mis ojos, que cada vez me fallan más. La verdad es que todos queríamos verla, je, je. ¿No es así, mi señora?

Lady Frey, pálida y etérea, pareció sobresaltarse cuando se pidió su opinión.

—Sí, mi señor. Teníamos grandes deseos de rendirle pleitesía a la reina Jeyne. Debe de ser muy bella.

—Es bellísima, mi señora.

En la voz de Robb había una calma gélida que a Catelyn le recordó a la de Ned. El anciano no la oyó o se negó a oírla.

—Más que mis niñas, jeh? Je, je. De lo contrario, ¿cómo habrían conseguido su rostro y su cuerpo que el rey olvidara su solemne promesa?

—Sé que no hay palabras suficientes para disculparme —dijo Robb, soportando el reproche con dignidad—, pero he venido a excusarme por la ofensa que cometí contra vuestra casa y a suplicar vuestro perdón, mi señor.

—Perdón, je, je. Ah, sí, ya me acuerdo, que jurasteis pedir perdón. Soy viejo, pero ciertas cosas no se me olvidan. A diferencia de lo que pasa con algunos reyes, por lo visto. Los jóvenes no se acuerdan de nada en cuanto ven una cara bonita y un buen par de tetas, ¿verdad? Yo era igual. Hay quienes dicen que todavía lo soy, je, je. Pero se equivocarían, igual que os equivocasteis vos. Bueno, el caso es que ahora habéis venido a enmendar el error. Pero a las que despreciasteis fue a mis niñas. A lo mejor son ellas las que deberían escuchar vuestras disculpas, alteza. Mis niñas doncellas... Miradlas, miradlas.

Hizo un gesto con la mano, y una bandada de muchachas abandonó su lugar junto a las paredes para ir a alinearse ante el estrado. Cascabel también hizo ademán de levantarse, las campanillas sonaron alegres, pero lady Frey agarró al retrasado por la manga y lo obligó a sentarse de nuevo.

Lord Walder fue recitando los nombres.

—Mi hija Arwyn. —Señaló a una muchachita de catorce años—. Shirei, la más joven de mis hijas legítimas. Ami y Marianne son mis nietas. Casé a Ami con ser Pate de Sietecauces, pero la Montaña mató al muy imbécil, así que me la devolvieron. Aquella es Cersei, pero la llamamos Abejita; su madre es una Beesbury. Más nietas. Una se llama Walda, y las otras... bueno, todas tendrán nombre, yo qué sé...

—Yo soy Merry, señor abuelo —dijo una niña.

—Lo que eres es una parlanchina. Al lado de Parlanchina podéis ver a mi hija Tyta. Luego hay otra Walda. Alyx, Marissa... ¿Tú eres Marissa? Ya me parecía a mí. No siempre está calva. El maestre la tuvo que rapar, pero dice que el pelo le volverá a crecer. Las gemelas son Serra y Sarra. —Entrecerró los ojos para mirar a una de las niñas más pequeñas—. Je, je, ¿tú eres otra Walda?

—Soy la Walda de ser Aemon Ríos, señor bisabuelo —dijo con una reverencia la niña; no tendría más de cuatro años.

—¿Cuánto hace que sabes hablar? Qué más da, no dirás nada sensato en tu vida, igual que tu padre. Que encima también es hijo de bastardo, je, je. Lárgate, aquí solo quiero a las Frey. Al Rey en el Norte no le interesa el ganado sin raza.

—Lord Walder miró a Robb; Cascabel sacudió la cabeza, y las campanillas tintinearon—. Aquí las tenéis, todas doncellas. Bueno, y una viuda, pero hay hombres que prefieren mujeres ya estrenadas. Podrías haber tenido a cualquiera de ellas.

—Me habría sido imposible elegir, mi señor —dijo Robb con cauta cortesía—. Todas son enormemente hermosas.

—Y dicen que a mí me falla la vista. —Lord Walder soltó un bufido—. Las hay que no están mal, sí, pero otras... En fin, qué más da. No eran suficiente para el Rey en el Norte, je, je. Bueno, venga, hablad de una vez.

—Mis señoras... —La incomodidad de Robb era evidente, pero había sabido desde el principio que aquel momento iba a llegar y se enfrentó a él sin un parpadeo—. Todos los hombres deberían mantener la palabra que dan, y los reyes más que nadie. Me comprometí a contraer matrimonio con una de vosotras y rompí mi juramento. La culpa no es vuestra. No lo hice para ofenderos, sino porque amaba a otra. No hay palabras que os puedan compensar, lo sé, pero me presento ante vosotras para suplicaros vuestro perdón, de manera que los Frey del Cruce y los Stark de Invernalia vuelvan a ser amigos.

Las niñas más pequeñas se agitaban nerviosas. Sus hermanas mayores aguardaron a que hablara lord Walder desde su trono negro de roble. Cascabel se mecía adelante y atrás, y las campanitas le tintineaban en el collar y en la corona.

—Muy bien —dijo al final el señor del Cruce—. Habéis estado muy bien, alteza. «No hay palabras que os puedan compensar», je, je. Bien dicho, bien dicho. Espero que en el banquete de bodas no os neguéis a bailar con mis hijas; dadle gusto a este anciano, je, je. —Movió la cabeza rosada y arrugada de delante atrás, con un gesto muy parecido al de su nieto retrasado, aunque lord Walder no llevaba campanitas—. Aquí la tenéis, lord Edmure. Mi hija Roslin, mi más precioso capullito, je, je.

Ser Benfrey la acompañaba cuando entró en la estancia. Se parecían como dos gotas de agua. A juzgar por su edad, ambos eran hijos de la sexta lady Frey; una Rosby, si Catelyn no recordaba mal.

Roslin era menuda para sus años y tenía la piel tan blanca como si acabara de tomar un baño de leche. Su rostro era hermoso, con la barbilla pequeña, la nariz delicada y grandes ojos castaños. Una espesa mata de cabello caoba le caía en ondas hasta una cintura tan fina que Edmure se la podría rodear con las manos. Bajo el corpiño de encaje de la túnica color azul claro, los pechos parecían pequeños, pero bien formados.

—Alteza. —La niña se arrodilló—. Lord Edmure, espero no haberlos decepcionado.

«Ni mucho menos», pensó Catelyn. El rostro de su hermano se había iluminado nada más verla.

—Sois un placer para mis ojos, mi señora —dijo Edmure—. Y sé que siempre lo seréis.

Roslin tenía las palas un poco separadas, por lo que sonreía con timidez, pero el defecto resultaba casi cautivador.

«Muy bonita —pensó Catelyn—, pero es muy menuda y viene de la familia Rosby». Los Rosby nunca se habían caracterizado por su robustez. Ella habría preferido a alguna de las chicas mayores de la estancia; si eran hijas o nietas, no lo sabía. Tenían un aire de Crakehall, y la tercera esposa de lord Walder había sido de aquella casa. «Caderas anchas para parir hijos, pechos grandes para alimentarlos y brazos fuertes para llevarlos. Los Crakehall han sido siempre una familia fuerte, de huesos grandes».

—Mi señor es muy bondadoso —le dijo lady Roslin a Edmure.

—Mi señora es muy bella. —Edmure la tomó de la mano y la ayudó a ponerse en pie—. Pero ¿por qué lloráis?

—Es de alegría —dijo Roslin—. Lloro de alegría, mi señor.

—Basta ya —interrumpió lord Walder—. Ya lloriquearéis y os diréis secretitos cuando estéis casados, je, je. Benfrey, acompaña a tu hermana a sus aposentos; tiene que prepararse para la boda. Y para cuando los encamemos, je, je, que es lo mejor. Para todos, para todos. —Movía la boca sin cesar incluso cuando no hablaba—. Habrá música, la mejor de las músicas, y vino, je, je, correrá el tinto, y corregiremos lo que no debió pasar nunca. Pero ahora estáis cansados, y además empapados; me estáis mojando el suelo. Las chimeneas os esperan encendidas. Hay vino especiado caliente y baños para quien los quiera. Lothar, acompaña a nuestros invitados a sus habitaciones.

—Antes tengo que supervisar a mis hombres mientras cruzan el río, mi señor —dijo Robb.

—No se perderán —replicó lord Walder—. No es la primera vez que lo cruzan, ¿verdad? Ya lo pasaron cuando vinisteis del norte. Queríais permiso para cruzar y os lo concedí, y vos también me concedisteis algo, aunque se os olvidó, je, je. Pero haced lo que os dé la gana. Si queréis cruzar de la manita a cada uno de vuestros hombres, a mí qué.

—¡Mi señor! —recordó Catelyn de repente—. Os agradeceríamos de corazón que nos dierais algo de comer. Hemos cabalgado muchas leguas bajo la lluvia.

—Queréis comer, je, je. —La boca de Walder Frey se movía como si tuviera vida propia—. Un trozo de pan, un poco de queso, hasta a lo mejor una salchicha.

—Un poco de vino para pasarlo —dijo Robb—. Y sal.

—Pan y sal. Je, je. Claro, claro. —El anciano dio unas palmadas, y varios criados entraron en la estancia. Portaban jarras de vino y bandejas con pan, queso y mantequilla. Lord Walder cogió una copa de tinto, la alzó con una mano llena de manchas y dijo—: Sois mis invitados. Mis honorables huéspedes. Os doy

la bienvenida a mi mesa, bajo mi techo.

—Os agradecemos vuestra hospitalidad, mi señor —respondió Robb.

Edmure también le dio las gracias, junto con el Gran Jon, ser Marq Piper y los demás. Bebieron su vino, y comieron su pan y su mantequilla. Catelyn probó el vino y mordisqueó un trozo de pan, y se empezó a sentir mucho mejor.

« Ahora todo indica que estamos a salvo», pensó.

Sabiendo lo mezquino que podía llegar a ser el anciano, se había temido que sus habitaciones fueran sombrías y tristes, pero al parecer, los Frey habían decidido mostrarse generosos. La cámara nupcial era grande, y el mobiliario, lujoso, dominado por una gran cama con colchón de plumas cuyos postes estaban tallados con forma de torreones de castillo. Los cortinajes eran rojos y azules, los colores de los Tully, un detalle cortés. Los suelos de madera estaban cubiertos de alfombras de grato olor, y la alta ventana con postigos daba hacia el sur. La habitación de Catelyn era más pequeña, pero los muebles eran bonitos y cómodos, y la chimenea estaba encendida. Lothar el Cojo les aseguró que a Robb se le había asignado un aposento acorde a su regia persona.

—Si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que decírselo a uno de los guardias.

—Hizo una reverencia y se alejó cojeando escaleras abajo.

—Deberíamos poner guardias nuestros —le dijo Catelyn a su hermano.

Sabía que descansaría mucho más tranquila si había ante su puerta hombres de los Stark y de los Tully. La audiencia con lord Walder no había sido tan mala como había temido, pero pese a todo, se alegraría cuando todo aquello terminara.

« Unos días más y Robb partirá hacia la batalla, y yo, hacia un cómodo cautiverio en Varamar». No le cabía duda de que lord Jason la trataría con toda cortesía, pero la perspectiva le seguía resultando deprimente.

Oyó el sonido de los cascos de los caballos a medida que la larga columna de jinetes avanzaba por el puente que enlazaba los castillos. Las piedras crujían bajo el peso de los cargados carromatos. Catelyn se asomó por la ventana para ver como el ejército de Robb salía de la torre oriental.

—Parece que llueve menos.

—Sí, ahora que estamos bajo techo. —Edmure estaba de pie frente a la chimenea para entrar en calor—. ¿Qué te ha parecido Roslin?

« Demasiado menuda y delicada. Sufrirá mucho cuando dé a luz». Pero su hermano parecía muy contento con la niña, de manera que se mordió la lengua.

—Encantadora —se limitó a decir.

—Creo que le he gustado. ¿Por qué lloraría?

—Es una doncella en la víspera de su boda. Siempre lloriquean.

Lysa había llorado a mares la mañana de su matrimonio, aunque consiguió tener los ojos secos y un aspecto radiante cuando Jon Arryn le puso sobre los hombros la capa azul y crema.

—Es mucho más bonita de lo que esperaba. —Edmure alzó una mano antes

de que Catelyn dijera nada—. Ya lo sé, ya lo sé, hay cosas más importantes, no me vengas con sermones, septa. Pero... ¿te has fijado en algunas de las doncellas que nos ha mostrado Frey? Una tenía un tic. ¿Padecerá la enfermedad de los temblores? Por no mencionar a las gemelas; tenían más granos y erupciones que Petyr Espinilla. Con semejante manada, me imaginé que Roslin sería calva y tuerta, que tendría los sesos de Cascabel y el carácter de Walder el Negro. Pero parece encantadora además de bonita. —Edmure estaba desconcertado—. ¿Por qué se negaría el viejo a dejarme elegir si no pretendía encajarme una esposa repulsiva?

—Todo el mundo sabe de tu gusto por las caras bonitas —le recordó Catelyn—. Puede que lord Walder quiera que seas feliz con tu prometida. —«O más probable, que no quisiera que montaras un escándalo y echaras por tierra sus planes»—. O tal vez Roslin sea su favorita. El señor de Aguasdulces es un partido mucho mejor que el que pueda esperar la mayoría de sus hijas.

—Es verdad. —Pero su hermano seguía sin estar seguro—. Oye, ¿es posible que Roslin sea estéril?

—Lord Walder quiere que su nieto herede Aguasdulces. ¿Qué ganaría dándose una esposa que no puede tener hijos?

—Se libraria de una hija a la que nadie más querría.

—Eso no le serviría de nada. Walder Frey es rencoroso, no idiota.

—Bueno, pero ¿es posible?

—Sí —reconoció Catelyn de mala gana—. Hay enfermedades que una niña puede padecer en la infancia y la dejan incapaz de concebir. Pero no hay nada que indique que le ocurriera algo así a lady Roslin. —Contempló la habitación—. La verdad sea dicha, los Frey nos han recibido con más amabilidad de la que esperaba.

—Unas cuantas frases afiladas y un poco de malicia que no venía auento. Muy cortés, el viejo. Pensaba que se mearía en el vino y luego nos obligaría a hablar maravillas de la cosecha. —Edmure se echó a reír.

Aunque no sabia por qué, aquella broma intranquilizó a Catelyn.

—Si me disculpas, voy a cambiarme de ropa; estoy empapada.

—Como quieras. —Edmure bostezó—. Yo voy a echar una siesta.

Catelyn se retiró a su habitación. El baúl de ropa con que había viajado desde Aguasdulces estaba al pie de la cama. Tras desvestirse y colgar la ropa mojada ante la chimenea, se puso un abrigado vestido de lana con los colores rojo y azul de los Tully, se lavó y se cepilló el pelo hasta tenerlo seco, y salió en busca de los Frey.

El trono de roble negro de lord Walder estaba vacío cuando entró en la estancia, pero junto a la chimenea había varios de sus hijos bebiendo. Lothar el Cojo se levantó con torpeza nada más verla.

—Pensaba que estaríais durmiendo, lady Catelyn. ¿En qué os puedo ayudar?

—¿Son estos vuestros hermanos? —preguntó.

—Hermanos, medio hermanos, cuñados y sobrinos. Raymund y yo somos hijos de la misma madre. Lord Lucias Vypren es el marido de mi hermanastra Lythene, y ser Damon es su hijo. A mi hermano ser Hosteen ya lo conocéis. Y estos son ser Leslyn Haigh y sus hijos, ser Harys y ser Donnel.

—Bienhallados, señores. ¿No está ser Perwyn? Fue uno de los hombres que me escoltaron hasta Bastión de Tormentas cuando Robb me envió allí a hablar con lord Renly. Me gustaría volver a verlo.

—Perwyn está ausente —dijo Lothar el Cojo—. Le diré que habéis preguntado por él. Sentirás mucho no haberlos visto.

—¿No volverá a tiempo para la boda de lady Roslin?

—Esa esperanza tenía él —respondió Lothar el Cojo—. Pero, con estas lluvias... Ya habéis visto lo crecidos que bajan los ríos, mi señora.

—Desde luego —asintió Catelyn—. ¿Tendráis la amabilidad de llevarme a ver a vuestro maestre?

—¿Os encontráis mal, mi señora? —preguntó ser Hosteen, un hombre de constitución fuerte y mandíbula cuadrada.

—Problemas femeninos. Nada de importancia.

Lothar, galante como siempre, la acompañó fuera de la estancia. Subieron unas escaleras, cruzaron un puente cubierto y llegaron a otro tramo de peldaños.

—El maestre Brenett debe de estar en el torreón superior, mi señora.

Catelyn no se habría sorprendido si el maestre fuera otro hijo de Walder Frey, pero Brenett no tenía ningún parecido familiar. Era un hombretón gordo, calvo, con papada y no demasiado pulcro, a juzgar por las manchas de excrementos de cuervo que tenía en las mangas de la túnica, pero parecía agradable. Cuando le comentó la preocupación de Edmure por la fertilidad de lady Roslin soltó una risita.

—Vuestro señor hermano no tiene nada que temer, lady Catelyn. Es menuda, sin duda, y de caderas estrechas, pero su madre era igual, y lady Bethany le dio a lord Walder un hijo cada año.

—¿Cuántos superaron con vida la infancia? —preguntó sin rodeos.

—Cinco. —Alzó otros tantos dedos gruesos como salchichas—. Ser Perwyn; ser Benfrey; el maestre Willamen, que hizo los votos el año pasado y ahora sirve a lord Hunter en el Valle; Olyvar, que fue escudero de vuestro hijo, y lady Roslin, la más pequeña. Cuatro varones y una hembra. Lord Edmure no sabrá qué hacer con tantos hijos.

—Se alegrará de saberlo.

Así que la muchacha, además de bonita, era probablemente fértil. «Eso tranquilizará a Edmure». En su opinión, lord Walder no le había dado ningún motivo de queja a su hermano.

Tras dejar al maestre Catelyn no regresó a sus habitaciones, sino que fue a

ver a Robb. Lo encontró en compañía de Robin Flint y ser Wendel Manderly, además del Gran Jon y su hijo, a quien todavía seguían llamando Pequeño Jon, aunque pronto sería más alto que su padre. Todos estaban empapados. Otro hombre más, aún más calado que ellos, estaba ante la chimenea con una capa color rosa claro ribeteada con piel blanca.

—Lord Bolton —saludó.

—Lady Catelyn —respondió él con voz tenue—, es un placer volver a veros, incluso en estas tristes circunstancias.

—Sois muy amable. —Catelyn percibió la desesperanza que reinaba en la sala. Hasta el Gran Jon parecía sombrío y postrado. Observó los rostros ceñudos de los hombres—. ¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Los Lannister están en el Tridente —respondió ser Wendel con tristeza—. Han vuelto a tomar prisionero a mi hermano.

—Y lord Bolton nos trae más noticias de Invernalia —añadió Robb—. Ser Rodrik no ha sido el único hombre bueno que ha muerto. También mataron a Cley Cerwyn y a Leobald Tallhart.

—Cley Cerwyn no era más que un muchacho —dijo ella entristecida—. Entonces, ¿era verdad? ¿Han muerto todos? ¿Invernalia ha desaparecido?

—Los hombres del hierro quemaron el castillo y la ciudad del invierno. —Bolton la miraba con sus ojos claros—. Mi hijo Ramsay se llevó a algunos de los vuestros a Fuerte Terror.

—Vuestro bastardo ha sido acusado de crímenes horribles —le recordó Catelyn con tono brusco—. Asesinato, violación y cosas aún peores.

—Sí —dijo Roose Bolton—. No voy a negar que su sangre está mancillada. Pero es un buen luchador, tan astuto como valiente. Cuando los hombres del hierro mataron a ser Rodrik y después a Leobald Tallhart, recayó sobre Ramsay la responsabilidad de ponerse al frente de la batalla, y así lo hizo. Jura que no envainará la espada mientras quede un Greyjoy en el norte. Puede que eso sirva para que expie en parte los crímenes que su sangre de bastardo lo llevó a cometer. —Se encogió de hombros—. O puede que no. Cuando termine la guerra será vuestra alteza quien sopesa los hechos y lo juzgue. Espero que para entonces lady Walda ya me haya dado un hijo legítimo.

«Qué hombre tan frío», pensó Catelyn, y no era la primera vez.

—¿Ramsay dijo algo de Theon Greyjoy? —quiso saber Robb—. ¿Murió también o consiguió escapar?

Roose Bolton sacó una sucia tira de cuero de la bolsa que llevaba colgada del cinturón.

—Mi hijo envió esto junto con la carta.

Ser Wendel volvió el rostro regordete para apartar la vista. Robin Flint y el Pequeño Jon intercambiaron una mirada, y el Gran Jon bufó como un toro.

—¿Eso es... piel humana? —preguntó Robb.

—La piel del dedo meñique de la mano izquierda de Theon Greyjoy. Lo reconozco, mi hijo es cruel. Pero... ¿qué es un poco de piel en comparación con la vida de los dos jóvenes príncipes? Vos erais su madre, mi señora. ¿Me permitís que os ofrezca esto como una pequeña muestra de venganza?

Una parte de Catelyn habría querido estrechar contra el pecho el macabro trofeo, pero se forzó a resistir.

—Guardad eso, por favor.

—Despellejando a Theon no recuperaremos a mis hermanos —dijo Robb—. Quiero su cabeza, no su piel.

—Es el único hijo varón de Balon Greyjoy —dijo lord Bolton en voz baja, como si los demás lo hubieran olvidado—, y por tanto, ahora es el legítimo rey de las islas del Hierro. No puede haber mejor rehén que un rey prisionero.

—¿Rehén? —La sola palabra hizo que a Catelyn se le erizara el vello. Los rehenes servían para intercambiarlos—. Lord Bolton, espero que no estéis sugiriendo que dejemos libre al hombre que mató a mis hijos.

—Sea quien sea el que ocupe el Trono de Piedramar, querrá ver muerto a Theon Greyjoy —señaló Bolton—. Aun prisionero, su derecho al trono supera al de cualquiera de sus tíos. Mi propuesta es que lo retengamos y negociemos con los hijos del hierro el precio de su ejecución.

—Bien —asintió Robb después de sopesar la posibilidad de mala gana—. De acuerdo. Que lo mantenga con vida, al menos de momento. Retenedlo en Fuerte Terror hasta que reconquistemos el norte.

—¿Qué ha dicho ser Wendel sobre hombres de los Lannister en el Tridente? —preguntó Catelyn volviéndose hacia Roose Bolton.

—Fue culpa mía, mi señora. Tardé demasiado en salir de Harrenhal. Aenys Frey partió días antes que yo y cruzó el Tridente por el Vado Rubí, aunque no sin dificultades. Pero cuando llegué, las aguas del río eran torrenciales. No me quedó más remedio que cruzar a mis hombres en botes, y teníamos muy pocos. Dos terceras partes de mi ejército se encontraban ya en la orilla norte cuando los Lannister atacaron a los que no habían cruzado todavía. Eran sobre todo hombres de Norrey, Locke y Burley, con ser Wylis Manderly y sus caballeros de Puerto Blanco en la retaguardia. Yo estaba al otro lado del Tridente; no pude prestarles ayuda. Ser Wylis concentró nuestras fuerzas lo mejor que pudo, pero Gregor Clegane atacó con la caballería y las empujó hacia el río. Murieron tantos ahogados como por la espada. Muchos huyeron, y a los demás los tomaron prisioneros.

Catelyn pensó que no había oído nunca el nombre de Gregor Clegane relacionado con nada bueno. ¿Tendría que ir Robb hacia el sur para enfrentarse a él? ¿O sería la Montaña quien iría a ellos?

—Entonces, ¿Clegane ha cruzado el río?

—No. —Bolton seguía hablando en voz baja, pero sin titubeos—. Dejé

seiscientos hombres en el vado: lanceros de los riachuelos, las montañas y el Cuchillo Blanco, un centenar de arqueros de Hornwood, unos cuantos jinetes libres y caballeros errantes, y buen número de hombres de Stout y Cerwyn. Ronnel Stout y ser Kyle Condon están al mando. Como seguramente recordaréis, ser Kyle era la mano derecha del difunto lord Cerwyn, mi señora. Los leones no nadan mejor que los lobos, así que, mientras el río baje crecido, ser Gregor no lo cruzará.

—Lo que menos falta nos hace es tener a la Montaña a la espalda cuando nos pongamos en marcha por el camino alto —dijo Robb—. Hicisteis muy bien, mi señor.

—Vuestra alteza es demasiado amable. Sufrí terribles pérdidas en el Forca Verde, y a Glover y Tallhart les fue aún peor en el Valle Oscuro.

—El Valle Oscuro. —En labios de Robb, el nombre sonaba como una maldición—. Os aseguro que Robett Glover lo pagará muy caro cuando le ponga la mano encima.

—Fue una locura —asintió lord Bolton—. Pero tened en cuenta que Glover perdió la cabeza cuando se enteró de que Bosquespiso había caído. El dolor y el miedo pueden alterar a cualquiera.

El Valle Oscuro era cosa del pasado; la preocupación de Catelyn eran las batallas que aguardaban en el futuro.

—¿Cuántos hombres le habéis traído a mi hijo? —preguntó a Roose Bolton sin rodeos.

Los extraños ojos incoloros le escudriñaron el rostro un momento antes de responder.

—Unos quinientos a caballo y tres mil a pie, mi señora. Son sobre todo de Fuerte Terror, y algunos, de Bastión Kar. La lealtad de los Karstark es más que dudosa, así que pensé que sería mejor no perderlos de vista. Lamento que no sean más.

—Son suficientes —dijo Robb—. Lord Bolton, estaréis al mando de mi retaguardia. Mi intención es partir hacia el Cuello en cuanto mi tío esté casado, tras la noche de bodas. Señores, volvemos a casa.

Los jinetes de la avanzadilla llegaron a ellos a una hora del Forca Verde, ya que el carromato avanzaba con dificultad por el lodazal en que se había convertido el camino.

—Mantén la cabeza gacha y la boca cerrada —le advirtió el Perro mientras los tres hombres, un caballero y dos escuderos de armadura ligera montados en veloces palafrenes, espoleaban a sus monturas hacia ellos.

Clegane hizo restallar el látigo sobre los dos caballos de tiro, que habían vivido tiempos mejores. El carromato crujía y se mecía, mientras las dos grandes ruedas de madera aplastaban el lodo de los profundos surcos del camino. Desconocido iba detrás, atado.

El hosco corcel no llevaba defensas ni arneses, y el propio Perro se había vestido con una sucia túnica de lana basta color verde y un manto gris hollín con capucha, que le ocultaba la cara. Mientras mantuviera la vista baja, nadie le podría ver el rostro; solo destacaba en él el blanco de los ojos. Parecía un campesino venido a menos... aunque un campesino muy alto. Y Arya sabía que la túnica ocultaba una coraza y una cota de malla. Ella parecía el hijo del campesino, o tal vez un porquerizo, y en el carromato llevaban cuatro barriletes de cerdo en salazón y otro de manitas de cerdo en escabeche.

Los jinetes se separaron y dieron una vuelta en torno a ellos para observarlos antes de acercarse. Clegane detuvo el carromato y aguardó con paciencia. El caballero llevaba lanza y espada, mientras que sus escuderos iban armados con arcos largos. Los distintivos de sus jubones eran versiones en miniatura del emblema bordado en el de su señor: un tridente de sable en una barra de oro sobre campo de gules. Arya había planeado revelar su identidad a los primeros jinetes con que se cruzaran, pero siempre se los había imaginado con capas grises y el lobo huargo en el pecho. Se habría arriesgado si hubieran lucido el gigante de Umber o el puño de Glover, pero no conocía de nada al caballero del tridente ni sabía a quién servía. Lo más parecido a un tridente que había visto en Invernalia era el que llevaba en la mano el tritón de lord Manderly.

—¿Qué os trae a Los Gemelos? —preguntó el caballero.

—Vamos a llevar cerdo en salazón para el banquete de bodas, si os place, mi señor —murmuró el Perro con los ojos bajos y el rostro oculto.

—El cerdo en salazón nunca me place.

El caballero del tridente apenas miró a Clegane, y a Arya no le prestó la menor atención; en cambio, examinó a Desconocido con detenimiento. Era obvio que el corcel no era un caballo de labranza. Uno de los escuderos estuvo a punto de rodar por tierra cuando el enorme caballo negro lanzó un mordisco a su montura.

—¿Cómo es que tenéis un animal así? —exigió saber el caballero del tridente.

—Mi señora me ordenó traerlo, mi señor —respondió humildemente Clegane—. Es un regalo de bodas para el joven lord Tully.

—¿Qué señora? ¿A quién servís?

—A la anciana lady Whent, mi señor.

—¿Acaso cree que puede recuperar Harrenhal al precio de un caballo? —bufó el hombre—. Dioses, ¿hay peor imbécil que una vieja imbécil? —Pese a todo, les hizo gestos para que reanudaran la marcha—. Venga, venga, seguid.

—Sí, mi señor.

El Perro hizo restallar de nuevo el látigo, y los viejos caballos de tiro reanudaron la marcha cansina. Durante la parada, las ruedas se habían hundido profundamente en el lodo, y las bestias tuvieron que tirar un rato para liberarlas. Para entonces, los jinetes ya se estaban alejando. Clegane les lanzó una última mirada y soltó un bufido.

—Ser Donnel Haigh —dijo—. He perdido la cuenta de los caballos que le he quitado. Y también armaduras. Una vez estuve a punto de matarlo en una lucha cuerpo a cuerpo.

—Entonces, ¿cómo es que no te ha reconocido? —preguntó Arya.

—Porque los caballeros son imbéciles: habría sido indigno de él mirar dos veces a un campesino picado de viruelas. —Azuzó a los caballos con el látigo—. Mantén la vista baja, habla con tono respetuoso, di muchas veces lo de *mi señor*, y la mayor parte de los caballeros ni siquiera te ven. Prestan más atención a los caballos que a la gente del pueblo. Si alguna vez me hubiera visto a lomos de Desconocido, lo habría reconocido.

«Y también habría reconocido tu cara». A Arya no le cabía duda. Una vez vistas las quemaduras de Sandor Clegane, no era fácil olvidarlas. Tampoco le servía de nada ocultar las cicatrices detrás de un yelmo que tenía la forma de un perro con la boca abierta en un gruñido.

Por aquel motivo les habían hecho falta el carromato y las manos de cerdo en escabeche.

—No permitiré que me encadenen y me arrastren a la presencia de tu hermano —le había dicho el Perro—, y preferiría no tener que matar a sus hombres para llegar hasta él. Así que vamos a jugar un poco.

Un campesino con el que se toparon por casualidad en el camino Real les había proporcionado el carromato, los caballos de tiro, los atuendos y los barriles, aunque no precisamente de buena gana. El Perro se lo había quitado todo a punta de espada. El campesino lo maldijo y lo llamó mil veces ladrón.

—Nada de eso. Solo estoy abasteciéndome. Alégrate de que te haya dejado la ropa interior. Venga, quítate también las botas. O si lo prefieres te corto las piernas, tú eliges.

El campesino era tan corpulento como Clegane, pero aun así optó por entregárle las botas y conservar las piernas.

El ocaso los sorprendió mientras avanzaban hacia el Forca Verde y los castillos gemelos de lord Frey.

«Casi he llegado», pensó Arya. Sabía que debería estar emocionada, pero notaba una punzada en el estómago. Quizá fuera por la fiebre con la que había estado luchando, pero también era posible que no. La noche anterior había tenido una pesadilla espantosa. Ya no recordaba en qué consistía, pero la sensación que le dejó no la había abandonado en todo el día; al contrario, se había ido haciendo cada vez más intensa. «El miedo hiere más que las espadas». Tenía que ser fuerte, tal como le había dicho su padre. Solo se interponían entre su madre y ella la puerta de un castillo, un río y un ejército... pero era el ejército de Robb, por lo que no suponía ningún peligro. ¿Verdad?

Pero Roose Bolton estaba con ellos. El Señor de las Sanguijuelas, como lo llamaban los bandidos. Aquello la ponía nerviosa. Había escapado de Harrenhal para huir de Bolton tanto como de los Titiriteros Sangrientos, y para ello tuvo que cortarle el cuello a uno de los guardias. ¿Sabría que lo había hecho ella? ¿O culparía a Gendry, o a Pastel Caliente? ¿Se lo habría dicho a su madre? ¿Qué haría cuando la vieran?

«Seguro que ni siquiera me reconoce». En aquellos momentos parecía más un ratón ahogado que la copera de un señor. Un ratón. El Perro le había cortado mechones de cabello hacia tan solo dos días. Como barbero era aún peor que Yoren, y le había dejado una gran calva en una sien. «Seguro que Robb tampoco me reconoce. Ni mi madre». La última vez que los vio, el día en que lord Eddard Stark partió de Invernalia, no era más que una niña pequeña.

Oyeron la música antes incluso de ver el castillo: el retumbar de los tambores, el estrépito de los cuernos y el aullido de las gaitas, apenas audibles por encima del rugido del río y el repiqueo de la lluvia que les caía sobre la cabeza.

—Nos hemos perdido la boda —señaló el Perro—, pero parece que el banquete aún no ha terminado. Pronto me libraré de ti.

«No, yo me libraré de ti», pensó Arya.

El camino discurría rumbo noroeste en su mayor parte, pero en aquel punto se desviaba hacia el oeste entre un pomar y un maizal ahogado por la lluvia. Pasaron junto al último manzano y coronaron un montículo, y de repente tuvieron ante ellos los castillos, el río y los campamentos. Había cientos de caballos y millares de hombres, la mayor parte de los cuales pululaba en torno a tres gigantescas carpas de festejos que se alzaban juntas frente a las puertas del castillo, como tres enormes salones de lona. Robb había montado su campamento a buena distancia de las murallas, en terrenos más elevados y secos, pero el Forca Verde se había desbordado y había arrastrado incluso las tiendas colocadas con menos cuidado.

Allí la música de los castillos sonaba con más fuerza. El sonido de los tambores retumbaba por el campamento. Los músicos del castillo más cercano

tocaban una canción diferente de la de los del castillo de la otra orilla, de manera que más que música, aquello parecía una batalla.

—No lo hacen nada bien —observó Arya.

El Perro emitió un sonido que podía pasar por una carcajada.

—Seguro que alguna vieja sorda de Lannisport se está quejando del ruido. Tenía entendido que a Walder Frey le fallaba ya la vista, pero no sabía que estuviera como una tapia.

Arya habría dado cualquier cosa por que fuera de día. Si hubiera sol y soplara el viento, podría ver mejor los estandartes. Habría buscado el lobo huargo de los Stark, o tal vez el hacha de combate de los Cerwyn, o el puño de los Glover. Pero, en la penumbra de la noche, todos los colores se confundían con el gris. La lluvia había cesado casi y no era más que una llovizna ligera, poco más que una niebla húmeda, pero un chaparrón previo había convertido los estandartes en trapos empapados, lacios e irreconocibles.

A todo lo largo del perímetro se habían dispuesto los carros y carromatos, a modo de rudimentaria muralla para protegerse de cualquier ataque. Allí fue donde los detuvieron los guardias. El farol que sostenía su sargento proyectaba la suficiente luz para que Arya viera que llevaba una capa rosa salpicada de lágrimas rojas. Los hombres que lo obedecían llevaban bordado en el pecho el emblema del Señor de las Sanguijuelas, el hombre desollado de Fuerte Terror. Sandor Clegane les dijo lo mismo que a los exploradores, pero el sargento de Bolton era más duro de pelar que ser Donnel Haigh.

—El cerdo en salazón no es digno del banquete de bodas de un señor —dijo con desprecio.

—También llevamos manitas de cerdo en escabeche, mi señor.

—No serán para el banquete. Además, está a punto de terminar. Y nada de *mi señor*; soy un norteño, no un caballero sureño por destetar.

—Me han dicho que hable con el mayordomo o con el cocinero...

—El castillo está cerrado. No se puede molestar a los señores. —El sargento se paró a pensar un instante—. Podéis descargarlo todo junto a las carpas del banquete, allí. —Señaló con la mano enfundada en un guantelete—. La cerveza da hambre, y seguro que el viejo Frey no echa en falta unas cuantas manitas de cerdo. No es que a mí me gusten. Preguntad por Sedgekins; él sabrá qué hacer con vosotros.

Gritó una orden, y sus hombres empujaron uno de los carromatos para abrirles paso.

El látigo del Perro azuzó a los caballos de tiro hacia las tiendas. Nadie les prestaba atención. Pasaron junto a hileras de pabellones de colores vivos, con las paredes de seda mojada iluminadas como si fueran farolillos de colores por las lámparas y braseros del interior; centelleaban rosa, doradas, verdes, a rayas, a cuadros y moteadas, con sus emblemas de aves, bestias, cheurones, estrellas,

ruedas y armas. Arya divisó una tienda amarilla con el emblema de las seis bellotas: tres en la parte de arriba, dos en medio y una en el extremo inferior. «Lord Smallwood», supo al instante. Se acordó del lejano Torreón Bellota, y de la dama que le había dicho que era bonita.

Pero por cada pabellón de seda iluminado había dos docenas de fieltro o lona, opacos y oscuros. Eran las tiendas barracón, con capacidad para albergar a cuarenta soldados cada una, aunque parecían diminutas comparadas con las tres gigantescas carpas del banquete. Por lo visto, allí se bebía desde hacía horas. Arya oyó brindis a gritos y entrechocar de copas, todo ello mezclado con los sonidos habituales de un campamento: los relinchos de los caballos, los ladridos de los perros, el traqueteo de los carromatos en la oscuridad, las risas y maldiciones, el tintinear del acero y el estrépito de la madera. La música sonaba más alta cuanto más se acercaban al castillo, pero por debajo de ella se oía un sonido más profundo, más oscuro: el río, el crecido Forca Verde, que rugía como un león en su madriguera.

Arya se giraba y miraba hacia todas partes con la esperanza de divisar un emblema del lobo huargo, una tienda gris y blanca, un rostro que conociera de Invernalia. Pero solo vio a desconocidos. Divisó a un hombre gordo que orinaba entre los juncos, pero no era Barrigón. Vio a una chica medio desnuda que salía de una tienda entre carcajadas, pero la tienda era color azul claro, no gris como le había parecido al principio, y el hombre que salió corriendo tras ella llevaba en el jubón un gato arbóreo, no un lobo. Bajo un árbol, cuatro arqueros introducían cordones encerados por los huecos donde se insertaban las cuerdas de sus arcos, pero no eran los arqueros de su padre. Un maestre se cruzó en su camino, pero era demasiado joven y delgado como para ser el maestre Luwin. Arya alzó la vista hacia Los Gemelos. Las ventanas de la torre más alta brillaban allí donde ardían fuegos en las habitaciones. En medio de la neblina de la lluvia, los castillos tenían un aspecto siniestro y misterioso, como los de los cuentos de la Vieja Tata, pero no estaban en Invernalia.

Junto a las carpas del banquete había muchas más personas. Las amplias cortinas estaban atadas a los lados, y los hombres entraban y salían con cuernos y picheles de cerveza en las manos, algunos acompañados por vivanderas. Arya echó un vistazo al interior de la primera de las tres carpas cuando el Perro pasó junto a ella, y vio a centenares de hombres apretujados en los bancos y dándose empellones en torno a los barriles de cerveza, vino e hidromiel. Dentro apenas había espacio para moverse, pero por lo visto, a nadie le importaba. Al menos hacía calor y estaban secos. Arya, helada y empapada, los envidiaba. Algunos hasta cantaban. Junto a la entrada por la que escapaba el calor humano, la tenue lluvia se convertía en vapor.

—¡Por lord Edmure y por lady Roslin! —Oyó gritar, y todos bebieron.

—¡Por el Joven Lobo y la reina Jeyne! —gritó otra voz.

«¿Quién será la reina Jeyne?», se preguntó Arya sin mucho interés. La única reina a la que conocía era Cersei.

En el exterior de las carpas se habían excavado agujeros para las hogueras, resguardados bajo rudimentarias marquesinas de ramas entrelazadas cubiertas de pieles que las protegerían de la lluvia, siempre que no cayera sesgada. Pero el viento soplabía del río, de manera que la llovizna se colaba lo suficiente para que los fuegos sisearan y chisporrotearan. Los criados daban vueltas a los pedazos de carne ensartados en espetones, sobre las llamas. El olor le hizo la boca agua a Arya.

—¿Por qué no paramos? —le preguntó a Sandor Clegane—. En esas carpas hay norteños. —Los había reconocido por las barbas, por los rostros, por las capas de piel de oso y de foca, por los brindis que oía y las canciones que cantaban: eran hombres de Karstark, de Umber y de los clanes de las montañas —. Seguro que también hay algunos de Invernalia.

Hombres de su padre, del Joven Lobo, los lobos huargo de Stark

—Tu hermano debe de estar en el castillo —dijo—. Y también tu madre. ¿Quieres ir con ellos o no?

—Sí —respondió—. ¿Qué pasa con Sedgekins? El sargento nos ha dicho que preguntáramos por él.

—Por mí, el tal Sedgekins se puede meter un atizador al rojo por el culo. —Clegane hizo restallar el látigo, que silbó en medio de la lluvia y se estrelló contra el flanco de un caballo—. A quien quiero ver es a tu maldito hermano.

El sonido de los tambores retumbaba, retumbaba y retumbaba, y las sienes de Catelyn latían a su ritmo. Las gaitas aullaban y las flautas gorjeaban en la galería de los músicos, al fondo de la sala; los violines chirriaban, los cuernos rugían y los fuelles vibraban con la briosa melodía, pero los tambores lo ahogaban todo. Los sonidos rebocaban en las vigas mientras los invitados comían, bebían y se gritaban para hacerse entender.

« Si Walder Frey cree que esto es música, debe de estar sordo como una tapia» . Catelyn bebió un trago de vino y vio a Cascabel hacer cabriolas al ritmo de « Alyssanne» . O lo que a ella le parecía que pretendía ser « Alyssanne» . Con aquellos músicos, lo mismo podría ser « El oso y la doncella» .

En el exterior, la lluvia caía incesante, pero dentro de Los Gemelos, la atmósfera estaba recalentada y enrarecida. En la chimenea, el fuego rugía, y en las paredes, hileras e hileras de antorchas ardían humeantes en sus apliques de hierro. Pero la mayor parte del calor procedía de los cuerpos de los invitados a la boda, tan apretujados en los bancos que cuando uno trataba de alzar la copa, le daba un codazo en las costillas a su vecino.

Incluso en el estrado estaban demasiado apretados para el gusto de Catelyn. La habían sentado entre ser Ryman Frey y Roose Bolton, y entre los dos le embotaban la nariz. Ser Ryman bebía como si se fuera a acabar todo el vino de Poniente, y luego lo sudaba por las axilas. Por su olor, se había bañado en agua de limón, pero no había limón capaz de enmascarar tanto sudor agrio. El olor de Roose Bolton era más dulce, pero no más grato. En vez de vino o hidromiel bebía cordial, y apenas comía.

Catelyn comprendía que no tuviera apetito. El banquete de bodas había empezado con una sopa de puerros aguada, seguida por una ensalada de judías verdes, cebollas y remolachas, lucio escalfado en leche de almendras, cuencos de puré de nabos que estaban fríos antes de llegar a la mesa, sesos de ternera en gelatina y tajadas de buey correoso. No eran platos dignos del banquete al que asistía un rey, y los sesos de ternera le revolvieron el estómago a Catelyn. Pero Robb comió de todo sin hacer un mal gesto, y su hermano estaba demasiado embelesado con su reciente esposa para prestar atención.

« Quién diría ahora que Edmure se estuvo quejando de Roslin todo el camino desde Aguasdulces hasta Los Gemelos» . Los desposados comían del mismo plato, bebían de la misma copa y, entre trago y trago, intercambiaban castos besos. Edmure rechazaba la mayoría de los platos. Catelyn también lo comprendía. Apenas conservaba algún recuerdo de la comida que se sirviera en su banquete nupcial. « ¿La llegué a probar siquiera? ¿O me pasé todo el tiempo mirando la cara de Ned, preguntándome quién era aquel hombre?» .

La sonrisa de la pobre Roslin parecía congelada, como si se la hubieran

cosido a la cara. « Claro, es una doncella recién desposada; tiene miedo de lo que pueda pasar cuando la encamen. Debe de estar tan aterrada como lo estaba yo o». Robb estaba sentado entre Alyx Frey y Walda la Bella, dos de las doncellas Frey en edad de merecer.

—Espero que en el banquete de bodas no os neguéis a bailar con mis hijas —había dicho Walder Frey—. Complacido a este anciano.

Pues el anciano quedaría complacido. Robb había cumplido con su deber como un rey. Había bailado con todas las muchachas: con la novia y con la octava lady Frey; con la viuda Ami y con la esposa de Roose Bolton, Walda la Gorda; con las gemelas llenas de granos llamadas Serra y Sarra, y hasta con Shirei, la más joven de la progenie de lord Walder, que tendría unos seis años. Catelyn se preguntó si el señor del Cruce estaría satisfecho o si encontraría motivos de protesta en todas las otras hijas y nietas que no habían tenido turno con el rey.

—Vuestras hermanas bailan muy bien —le dijo a ser Ryman Frey en un intento de entablar conversación amable.

—Todas son tías y primas.

Ser Ryman bebió un trago de vino; el sudor le corría por la mejilla hasta la barba.

« Este hombre está amargado y ha bebido de más», pensó Catelyn. El finado lord Frey era tacaño a la hora de dar de comer a sus invitados, pero no escatimaba en la bebida. La cerveza, el vino y el hidromiel corrían tan deprisa como el río de fuera. El Gran Jon estaba ya borracho como una cuba. Merrett, el hijo de lord Walder, le seguía el ritmo de las copas, pero ser Whalen Frey, que había intentado mantenerse a la altura de los dos, había perdido el conocimiento. Catelyn habría preferido mil veces que lord Umber permaneciera sobrio, pero decirle al Gran Jon que no bebiera era como decirle que no respirara durante unas cuantas horas.

El Pequeño Jon y Robin Flint estaban sentados frente a Robb, justo delante de Walda la Bella y Alyx, respectivamente. Ninguno de los dos había probado una copa. Eran, junto con Patrek Mallister y Dacey Mormont, los guardianes de su hijo para aquella noche. Un banquete nupcial no era una batalla, pero cuando los hombres bebían demasiado siempre había peligro, y un rey no debía carecer nunca de protectores. Aquello tranquilizaba a Catelyn, y aún más la tranquilizaban los cintos con las espadas que colgaban de las paredes.

« Nadie necesita una espada para atacar unos sesos de ternera en gelatina» .

—Todos pensábamos que mi señor elegiría a Walda la Bella —le estaba comentando lady Walda Bolton a ser Wendel, aunque tenía que gritar para hacerse oír por encima de la música. Walda la Gorda era una muchacha que parecía una bola de sebo, con ojos azules acuosos, el pelo rubio lacio y pechos grandes, pero aun así hablaba con una voz chillona y titubeante. Costaba

imaginársela en Fuerte Terror, vestida de encajes rosa y con una capa de piel de ardilla—. Pero mi señor abuelo le ofreció a Roose como dote el peso de su prometida en plata, de modo que me eligió a mí. —Las papadas de la muchacha temblaron con la carcajada—. Peso tres arrobas más que Walda la Bella, pero es la primera vez que me alegro de ello. Ahora soy lady Bolton y mi prima sigue siendo doncella, y la pobre cumplirá pronto los diecinueve.

El señor de Fuerte Terror no prestaba mucha atención a la charla, por lo que pudo ver Catelyn. De cuando en cuando probaba un bocado de un plato, una cucharada de otro, arrancaba un pellizco de pan de la hogaza con dedos fuertes, pero no permitía que la comida lo distrajera. Bolton había hecho un brindis por los nietos de lord Walder al principio del banquete, sin olvidar mencionar que Walder y Walder estaban al cargo de su hijo bastardo. El anciano lo miró con los ojos entrecerrados; por su manera de abrir y cerrar los labios sobre las encías, Catelyn comprendió que había percibido la amenaza.

« ¿Habrá habido alguna vez una boda con menos dicha? —se preguntó. Hasta que se acordó de su pobre Sansa, casada con el Gomo—. Apiádate de ella, Madre. Tiene buen corazón». El calor, el ruido y el humo le estaban dando náuseas. Los músicos de la galería eran numerosos y ruidosos, pero no tenían mucho talento. Catelyn bebió otro sorbito de vino y le dio permiso a un paje para que le volviera a llenar la copa. « Dentro de unas horas habrá pasado lo peor». Apenas faltaba un día para que Robb partiera rumbo a otra batalla, en aquella ocasión contra los hombres del hierro, en Foso Cailin. Por extraño que pareciera, la perspectiva era casi un alivio. « Ganará la batalla. Gana todas las batallas, y los hijos del hierro no tienen rey. Además, Ned le enseñó bien». Los tambores redoblaban. Cascabel pasó saltando junto a ella una vez más, pero la música era tan estrepitosa que apenas se oían las campanillas.

Por encima de la algarada se oyeron unos gruñidos repentinos; dos perros empezaron a pelearse por un trozo de carne. Rodaron por el suelo entre mordiscos y dentelladas, en medio del regocijo general. Alguien les tiró el contenido de una jarra de cerveza, y por fin se separaron. Uno de los perros cojeó hacia la tarima. La boca desdentada de lord Walder se abrió en un rugido de risa cuando el animal se sacudió y llenó de cerveza y pelos a tres de sus nietos.

Al ver a los perros, Catelyn volvió a pensar en Viento Gris, pero el huargo de Robb no estaba por ninguna parte. Lord Walder se había negado en redondo a permitir que estuviera en la sala.

—Tengo entendido que a esa fiera salvaje le gusta la carne humana, je, je —comentó el anciano—. Qué queréis, ¿que nos arranke la garganta? No toleraré a esa bestia en el banquete de mi Roslin, entre mujeres y niños, en medio de mi amada familia.

—Viento Gris no supondrá ningún peligro para ellos, mi señor —protestó Robb

—. Mientras esté yo presente...

—¿Y no estabais presente cuando llegasteis a mis puertas, cuando el lobo atacó a los nietos que envié para recibiros? Me he enterado de todo, no vayáis a creer que no, je, je.

—Nadie resultó herido...

—¿Dice el rey que nadie resultó herido? ¿Nadie? Petyr se cayó del caballo, ¡se cayó! Así perdí a una de mis esposas, por culpa de una caída. —Movió los labios adentro y afuera sobre las encías desdentadas—. ¿O fue a una ramera? Ah, sí, ahora me acuerdo, la madre de Walder el Bastardo. Se cayó del caballo y se abrió la cabeza. ¿Qué habría hecho vuestra alteza si Petyr llega a romperse el cuello? ¿Me ofreceríais otra disculpa para sustituir a mi nieto? Je, je. No, no y no. Puede que seáis el rey, no digo que no, el Rey en el Norte, je, je, pero bajo mi techo mando yo. Elegid, señor: el lobo o la boda. Las dos cosas, ni hablar.

Catelyn vio que su hijo estaba furioso, pero cedió con tanta elegancia como pudo. « Si a lord Walder le apetece servirme grajo guisado con gusanos, me lo comeré y repetiré», le había dicho. Y aquello fue lo que hizo.

El Gran Jon había derrotado en la competición de bebida a otro de los Frey; en aquella ocasión era Petyr Espinilla el que yacía ebrio bajo la mesa. « ¿Y qué esperaba? Ese muchacho abulta la tercera parte que él». Lord Umber se secó la boca con el dorso de la mano, se puso en pie y empezó a cantar.

—« Había un oso, un oso, ¡un oso! Era negro, era enorme, ¡cubierto de pelo horroroso!» .

No tenía mala voz, aunque la bebida hacía que se le trabara la lengua. Por desgracia, los violinistas, flautistas y tamboñeros de la galería superior estaban tocando « Flores de primavera», cuya melodía era tan adecuada para la letra de « El oso y la doncella» como los caracoles para un plato de gachas. Hasta el pobre Cascabel se tapó las orejas para protegerse de semejante cacofonía.

Roose Bolton murmuró algo en voz tan baja que nadie lo oyó, y salió en busca de un escusado. La atestada sala era un constante bullicio de invitados y sirvientes que iban y venían. Catelyn sabía que en el otro castillo se estaba celebrando otro banquete, para los caballeros y señores de rango inferior. Lord Walder había exiliado a sus hijos ilegítimos, con sus descendientes, a la otra orilla del río, de modo que los norteños de Robb acabaron llamándolo el banquete de los bastardos. Sin duda, algunos de los invitados se marchaban a hurtadillas para ver si los bastardos lo estaban pasando mejor que allí. Tal vez algunos incluso se fueran a los campamentos. Los Frey habían aportado carromatos con toneles de vino, cerveza e hidromiel para que los soldados pudieran brindar por el enlace entre Aguasdulces y Los Gemelos.

Robb se sentó en el lugar que Bolton había dejado libre.

—Unas pocas horas más y terminará esta farsa, madre —dijo en voz baja mientras el Gran Jon cantaba sobre la doncella que tenía miel en el cabello—.

Walder el Negro ha sido manso como un corderito por una vez, y el tío Edmure parece muy satisfecho con su esposa. —Se inclinó hacia delante—. ¿Ser Ryman?

—Decidme, señor. —Ser Ryman Frey parpadeó.

—Había pensado pedirle a Olyvar que fuera mi escudero cuando marchemos hacia el norte, pero no lo he visto en el castillo —dijo Robb—. ¿Estará en el otro banquete?

—¿Olyvar? —Ser Ryman sacudió la cabeza—. No. Olyvar... no. No está... en los castillos. Tenía una misión.

—Ya entiendo. —El tono de Robb indicaba lo contrario. Al ver que ser Ryman no daba más explicaciones, el rey se volvió a poner en pie—. ¿Quieres bailar, madre?

—No, gracias. —Le dolía mucho la cabeza, y bailar era lo que menos falta le hacía—. Seguro que a cualquiera de las hijas de lord Walder le encantaría ser tu pareja.

—Seguro que sí.

Esbozó una sonrisa resignada. Los músicos estaban tocando en aquel momento «Lanzas de hierro», mientras el Gran Jon cantaba «El muchacho lujurioso».

«Alguien debería presentarlos; así mejoraría la armonía». Catelyn se volvió a ser Ryman.

—Tengo entendido que uno de vuestros sobrinos es bardo.

—Aleksander, el hijo de Symond. Alyx es su hermana. —Alzó la copa para señalar en dirección a la muchacha que bailaba con Robin Flint.

—¿Cantará para nosotros Aleksander esta noche?

—No. —Ser Ryman la miró con los ojos entrecerrados—. Está fuera. —Se secó el sudor de la frente y se puso en pie—. Disculpad, mi señora. Disculpad.

Catelyn se quedó mirando cómo se alejaba tambaleante hacia la puerta.

Edmure besaba a Roslin y le apretaba la mano. Más allá, ser Marq Piper y ser Danwell Frey jugaban a algo relacionado con la bebida; Lothar el Cojo le contaba una anécdota divertida a ser Hosteen; uno de los Frey más jóvenes hacía malabarismos con tres puñales ante un grupo de niñas risueñas, y Cascabel se lamía el vino de los dedos, sentado en el suelo. Los criados entraban con enormes bandejas de trozos de cordero rosados y jugosos, el plato más apetitoso que se había visto en toda la velada. Y Robb bailaba con Dacey Mormont.

Cuando se ponía un vestido en vez de una cota de malla, la hija mayor de lady Maege era bastante atractiva: alta, espigada, con una sonrisa tímida que le iluminaba el rostro alargado. Era una grata sorpresa que resultara igual de grácil en la pista de baile que en el patio de armas. Catelyn se preguntó si lady Maege habría llegado ya al Cuello. Se había llevado al resto de sus hijas, pero Dacey, como compañera de combate de Robb, había optado por quedarse con él.

«Tiene el mismo don de Ned: inspira lealtad». Olyvar Frey también había

mostrado devoción hacia su hijo. Robb le había contado que Olyvar había querido seguir con él incluso después de que se casara con Jeyne.

El señor del Cruce, sentado entre las dos torres negras de roble, dio unas palmadas con las manos llenas de manchas. El sonido fue tan débil que hasta a los que se encontraban en el estrado les costó oírlo, pero ser Aenys y ser Hosteen lo vieron y empezaron a dar golpes con los vasos contra la mesa. Lothar el Cojo los imitó, y luego Marq Piper, ser Danwell y ser Raymund. Pronto, la mitad de los invitados estaba dando golpes ritmicos, y al final, la multitud de músicos de la galería captó la indirecta. Las flautas, tambores y violines fueron quedando en silencio.

—Alteza —le dijo lord Walder a Robb—, el septón ya ha soltado los rezos; se han pronunciado palabras, y lord Edmure ha envuelto a mi pequeña en su capa de pescado, pero aún no son marido y mujer. La espada necesita una vaina, je, je, y una boda necesita una cama. ¿Qué opina mi señor? ¿Qué os parece que los encamemos?

Una veintena o más de hijos y nietos de Walder Frey empezaron a golpear de nuevo las mesas con las copas.

—¡A encamarlos! —gritaban—. ¡A encamarlos! ¡Vamos a encamarlos!

Roslin se había puesto blanca. Catelyn se preguntó si lo que asustaba a la muchacha sería la perspectiva de perder la virginidad o el rito del encamamiento. Tenía tantos parientes que, sin duda, conocía la costumbre, pero la cosa cambiaba cuando una era la protagonista. La noche de bodas de Catelyn, Jory Cassel le había desgarrado la túnica en su precipitación por quitársela, y Desmond Grell, completamente borracho, se disculpaba por cada chiste atrevido justo antes de hacer el siguiente. Al verla desnuda, lord Dustin le dijo a Ned que sus pechos bastaban para hacerle desechar que no lo hubieran destetado nunca.

«Pobre hombre», pensó. Era de los que habían viajado con Ned hacia el sur para no volver jamás. Catelyn se preguntó cuántos de los hombres presentes aquella noche estarían muertos antes de que acabara el año. «Mucho me temo que demasiados».

Robb alzó una mano.

—Si vos creéis que ha llegado el momento, desde luego, lord Walder. Vamos a encamarlos.

El anuncio fue recibido con un rugido de alegría. Arriba, en la galería, los músicos volvieron a coger las flautas, los cuernos y los violines, y empezaron a tocar «La reina se quitó la sandalia, el rey se quitó la corona». Cascabel saltaba sobre un pie y sobre el otro, y la corona tintineaba al compás.

—Me han dicho que los varones Tully no tienen polla, que tienen una trucha entre las piernas —gritó Alyx Frey con osadía—. ¿Qué hace falta para que se les levante? ¡Un gusano!

—¡Pues a mí me han dicho que las mujeres Frey tienen dos entradas en vez

de una! —se apresuró a replicar ser Marq Piper.

—¡Sí, pero las dos están cerradas con candado para la gente como vos! —Fue la respuesta de Alyx.

Un coro de carcajadas recorrió la estancia hasta que Patrek Mallister se subió a una mesa para proponer un brindis en honor del pez de Edmure, que solo tenía un ojo.

—¡Y es un poderoso lucio! —proclamó.

—Bah, seguro que es una sardinilla de agua dulce —gritó Walda la Gorda, al lado de Catelyn.

—¡A encamarlos! ¡A encamarlos! —volvieron a gritar.

Los invitados se arremolinaron en torno al estrado, los más borrachos los primeros, como siempre. Los hombres y los niños rodearon a Roslin y la levantaron por los aires, mientras las doncellas y sus madres obligaban a Edmure a ponerse en pie y empezaban a tirarle de la ropa. Él se reía y les gritaba bromas procaces, aunque la música sonaba tan alta que Catelyn no oía lo que decía. En cambio, sí que oyó al Gran Jon.

—¡Dejadme a la novia! —rugió al tiempo que empujaba a un lado a los demás hombres para echarse a Roslin a un hombro—. ¡Pero mirad qué cosita! ¡Si no tiene carnes!

Catelyn sintió pena por la muchacha. La mayoría de las novias trataban de responder a las bromas, o al menos fingir que se estaban divirtiendo, pero Roslin estaba rígida de terror; se aferraba al Gran Jon como si tuviera miedo de que la dejara caer.

« Y además está llorando —vio Catelyn mientras ser Marq Piper le quitaba un zapato—. Espero que Edmure sea delicado con la pobre chiquilla». La música alegre y atrevida seguía sonando desde la galería; la reina ya se estaba quitando el manto, y el rey, la túnica.

Catelyn sabía que debería estar con el grupo de mujeres que rodeaban a su hermano, pero su presencia solo serviría para estropearles la diversión. Se sentía cualquier cosa menos picara. Sin duda, Edmure disculparía su ausencia; era mucho más divertido que lo desnudara y lo llevara a la cama una veintena de mujeres Frey risueñas y atrevidas que una hermana amargada y con el luto en la cara.

Mientras se llevaban de la sala en volandas al hombre y a la doncella, dejando a sus espaldas un rastro de prendas, Catelyn vio que Robb tampoco los acompañaba. Walder Frey era tan susceptible que podía tomarse aquello como un insulto hacia su hija.

« Debería ser de los que encaman a Roslin, pero ¿me corresponde a mí decírselo?». Se quedó tensa hasta que vio que otros se habían quedado también. Petyr Espinilla y ser Whalen Frey dormían de bruces sobre la mesa. Merrett Frey se estaba sirviendo otra copa de vino, mientras Cascabel vagaba por la

estancia y robaba bocados de los platos de los que se habían marchado. Ser Wendel Manderly se enfrentaba con entusiasmo a una pierna de cordero y, por supuesto, lord Walder estaba demasiado débil para levantarse sin ayuda. «Pero querrá que Robb vaya, claro». Ya se imaginaba al anciano preguntando por qué su alteza no quería ver desnuda a su hija. El sonido de los tambores retumbaba de nuevo, retumbaba y retumbaba.

Dacey Mormont, que al parecer era la única mujer que quedaba en la estancia aparte de Catelyn, se acercó a Edwyn Frey por detrás y le tocó un brazo al tiempo que le decía algo al oído. Edwyn le apartó la mano con una violencia del todo improcedente.

—No —le dijo en voz demasiado alta—. Ya estoy harto de bailar.

Dacey palideció y se volvió. Muy despacio, Catelyn se puso en pie.

«¿Qué está pasando aquí? —La duda le pesaba en el alma, allí donde hasta hacía un instante solo había sentido cansancio—. No es nada —trató de decirse—, estás viendo duendes en el bosque, te has convertido en una vieja idiota enloquecida por la pena y el miedo». Pero algo se le debió de reflejar en el rostro, porque hasta ser Wendel Manderly lo notó.

—¿Pasa algo, señora? —le preguntó con la pierna de cordero en la mano.

Catelyn no le respondió; lo que hizo fue ir en pos de Edwyn Frey. Los músicos de la galería habían dejado por fin al rey y a la reina como llegaron al mundo. Sin un instante de pausa, empezaron a tocar otra canción, una canción muy diferente. Nadie cantaba la letra, pero Catelyn reconoció al instante «Las lluvias de Castamere». Edwyn corría hacia una puerta. Ella corrió más deprisa aún, empujada por la música. Seis zancadas rápidas y lo alcanzó.

—«¡Y cómo osáis —dijo el señor— pedirnos sumisión!».

Agarró a Edwyn por el brazo para obligarlo a dar la vuelta, y la sangre se le heló en las venas cuando palpó los aros de hierro bajo la manga de seda.

Catelyn lo abofeteó con tanta fuerza que le rompió el labio.

«Olyvar —pensó—, y Perwyn, y Alesander, todos fuera. Y Roslin lloraba...».

Edwyn Frey la empujó para quitársela de encima. La música ahogaba el resto de los sonidos; retumbaba contra las paredes como si las piedras estuvieran tocando. Robb le lanzó a Edwyn una mirada furiosa y avanzó para detenerlo... y se detuvo de repente cuando una saeta le brotó del costado, justo debajo del hombro. Si gritó en aquel momento, el sonido quedó ahogado por las flautas, los cuernos y los violines. Catelyn vio cómo una segunda flecha se le clavaba en la pierna, y lo vio caer. Arriba, en la galería, la mitad de los músicos tenían en las manos ballestas en vez de tambores y laúdes. Corrió hacia su hijo, hasta que algo se le clavó en la espalda y el duro suelo de piedra se alzó para abofetearla.

—¡Robb! —gritó—. ¡Robb, Robb!

Vio cómo el Pequeño Jon levantaba el tablero de una mesa de los caballetes.

En la madera se clavaron las saetas, una, dos, tres, mientras la ponía sobre su rey para protegerlo. Robin Flint estaba rodeado de hombres Frey con puñales que subían y bajaban. Ser Wendel Manderly se puso en pie, con su pierna de cordero en la mano. Una saeta le entró por la boca abierta y le salió por la nuca. Ser Wendel se derrumbó hacia delante, tiró la mesa de los caballetes, y lanzó por el suelo copas, jarras, platos, bandejas, nabos, remolachas y vino.

«Tengo que llegar a su lado». Catelyn notaba la espalda ardiendo. El Pequeño Jon aporreó a ser Raymund Frey en la cara con una pierna de carnero. Pero, cuando intentó echar mano del cinto del que colgaba su espada, la saeta de una ballesta lo hizo caer de rodillas.

—« De oro veáis, o carmesí, vestido a este león...» .

Vio cómo Lucas Blackwood caía ante ser Hosteen Frey. Walder el Negro derribó a uno de los Vance mientras luchaba contra ser Harry Haigh.

—« Sus garras son filo mortal que medirá con vos» .

Las ballestas acabaron con Donnel Locke, Owen Norrey y otra media docena de hombres. El joven ser Benfrey había agarrado a Dacey Mormont por el brazo, pero Catelyn la vio coger una jarra de vino con la otra mano y estrellársela en la cara, antes de correr hacia la puerta, que se abrió antes de que la alcanzara. Ser Ryman Frey entró en la estancia vestido de acero de pies a cabeza. Junto a él, en la puerta, había una docena de soldados de los Frey, todos armados con hachas de combate.

—¡Piedad! —gritó Catelyn.

Pero los cuernos, los tambores y el clamor del acero ahogaron su súplica. Ser Ryman clavó el hacha en el vientre de Dacey. Ya entraban hombres por otras puertas, hombres con cotas de malla, vestidos con pieles y con acero en las manos. « ¡Norteños!» . Durante un momento creyó que acudían al rescate, hasta que vio cómo uno de ellos le cortaba la cabeza al Pequeño Jon de dos golpes de hacha. La esperanza se apagó como una vela en medio de una tormenta.

En medio de la carnicería, el señor del Cruce permanecía sentado en su trono de roble tallado, con los labios tensos sobre las encías en una sonrisa.

En el suelo, a unos pocos pasos, había un puñal. Quizá hubiera resbalado hasta allí cuando el Pequeño Jon levantó la mesa, o quizás hubiera caído de la mano de algún moribundo. Catelyn avanzó a rastras hacia él. Sentía los miembros pesados como el plomo y notaba el sabor a sangre en la boca.

« Voy a matar a Walder Frey», , se dijo. Cascabel estaba más cerca del cuchillo, escondido debajo de una mesa, pero cuando ella lo cogió, se limitó a encogerse de miedo. « Voy a matar a ese viejo, lo voy a matar» .

En aquel momento, el tablero de mesa que el Pequeño Jon había lanzado sobre Robb se movió, y su hijo se incorporó sobre las rodillas. Tenía una flecha en el costado, otra en la pierna y una tercera en el pecho. Lord Walder alzó una mano, y toda la música excepto un tambor cesó al instante. A los oídos de

Catelyn llegó el fragor lejano de la batalla, y el aullido salvaje, más cercano, de un lobo.

«Viento Gris», recordó demasiado tarde.

—Je, je —se burló lord Walder de Robb—. El Rey en el Norte se levanta. Parece que hemos matado a unos cuantos de vuestros hombres, alteza. Pero os pediré disculpas y asunto arreglado, je, je.

Catelyn agarró un mechón de la larga cabellera canosa de Cascabel y lo sacó de su escondrijo a rastras.

—¡Lord Walder! —gritó—. ¡LORD WALDER! —El sonido del tambor retumbaba, lento y sonoro—. Basta —dijo Catelyn—. ¡Basta, os digo! Habéis pagado la traición con traición; pongamos fin a esto. —Al apretar el puñal contra la garganta de Cascabel le llegó a la cabeza el recuerdo de la habitación en la que había yacido inconsciente Bran, y volvió a sentir el acero en su propio cuello. El tambor seguía sonando—. Por favor —suplicó—. Es mi hijo. Mi primer hijo, y el último que me queda. Dejadlo marchar. Dejadlo marchar y os juro que olvidaremos esto... Olvidaremos todo lo que habéis hecho hoy. Lo juro por los antiguos dioses y por los nuevos... No... no intentaremos vengarnos...

—Solo un idiota daría crédito a semejante estupidez. —Lord Walder la miraba con desconfianza—. ¿Me tomáis por idiota, mi señora?

—Os tomo por alguien que tiene hijos. Quedaos conmigo como rehén, y también con Edmure, si es que no lo habéis matado. Pero dejad marchar a Robb.

—No. —La voz de Robb era un susurro débil—. No, madre...

—Sí. Levántate, Robb. Levántate y vete, por favor, ¡por favor! Sálvate... Si no lo haces por mí, hazlo por Jeyne.

—¿Jeyne? —Robb se agarró al borde del tablero y consiguió ponerse de pie—. Madre... —dijo—. Viento Gris...

—Ve a buscarlo. Ahora mismo, Robb, ¡sal de aquí!

—¿Qué os hace pensar que se lo voy a permitir? —Lord Walder soltó un bufido.

Catelyn apretó más el puñal contra el cuello de Cascabel. El retrasado la miró en una súplica muda. Un hedor repugnante le asaltó la nariz, pero no le prestó más atención que al incesante batir lúgubre de aquel tambor. Ser Ryman y Walder el Negro trazaban círculos en torno a ella, pero a Catelyn no le importaba nada. Que hicieran con ella lo que quisieran; que la encerraran, que la violaran, que la mataran, no le importaba. Había vivido demasiado; Ned la estaba esperando. Por quien temía era por Robb.

—Por mi honor de Tully —le dijo a lord Walder—, por mi honor de Stark, cambiaré la vida de vuestro hijo por la de Robb. Hijo por hijo.

La mano le temblaba tanto que estaba haciendo tintinear las campanitas de Cascabel. El sonido del tambor seguía retumbando. Los labios del anciano se movían sobre las encías desdentadas. El puñal temblaba en la mano de Catelyn,

resbaladizo de sudor.

—Hijo por hijo, je, je —repitió lord Walder—. Pero ese es un nieto... y nunca me ha servido de nada.

Un hombre vestido con armadura oscura y capa color rosa claro se acercó a Robb.

—Jaime Lannister os envía recuerdos —dijo. Le clavó la espada en el corazón y la retorció.

Robb había roto el juramento que prestara, pero Catelyn cumplió el suyo. Tiró con fuerza del pelo de Aegon y le cortó el cuello hasta que la hoja rechinó contra el hueso. La sangre cálida le corrió por los dedos. Las campanitas del retrasado tintineaban, tintineaban, tintineaban, y el sonido del tambor retumbaba, retumbaba, retumbaba...

Por fin, alguien le quitó el puñal de la mano. Las lágrimas le ardían como si fueran vinagre que le corriera por las mejillas. Diez fieros cuervos le arañaban la cara con garras afiladas y le arrancaban tiras de carne; dejaban surcos profundos que se teñían de sangre. La notaba en los labios.

« Duele, duele mucho —pensó—. Nuestros hijos, Ned, nuestros pequeños. Rickon, Bran, Arya, Sansa, Robb... Robb... Por favor, Ned, por favor, haz que pare, haz que pare de doler...». Las lágrimas transparentes y las rojas corrieron juntas hasta que tuvo desgarrado todo el rostro, aquel rostro que Ned había amado. Catelyn Stark alzó las manos y vio cómo la sangre le corría por los largos dedos, por las muñecas, bajo las mangas del vestido. Eran lentos gusanos rojos que le reptaban por los brazos, bajo la ropa. « Qué cosquillas». Aquello la hizo reír hasta que empezó a gritar.

—Se ha vuelto loca —dijo un hombre—. Ha perdido la cabeza.

—Acabemos con esto —dijo alguien más.

Una mano la agarró por el cabello, como había hecho ella con Cascabel.

« No, no me cortéis el pelo —pensó—, a Ned le gusta mucho mi pelo». Luego sintió el acero en la garganta, y su mordisco fue rojo y frío.

Las carpas del banquete quedaban ya tras ellos. Avanzaron sobre barro húmedo y hierba aplastada, alejándose de la luz, de vuelta a la penumbra. Ante ellos se alzaba imponente el puesto de guardia del castillo. Arya alcanzaba a ver las antorchas que se movían sobre las murallas, con llamas que danzaban y ondeaban al viento. Proyectaban una luz mortecina sobre las armaduras y los yelmos mojados. Más antorchas avanzaban por el puente de piedra oscura que unía Los Gemelos; era una columna que pasaba de la orilla oeste a la este.

—El castillo no está cerrado —dijo Arya de repente.

El sargento había dicho que sí, pero no era verdad. Estaban levantando el rastrillo, y el puente levadizo ya había descendido para ofrecer un paso sobre las aguas crecidas del foso. Había tenido miedo de que los guardias de lord Frey no los dejaran entrar. Se mordió el labio, demasiado nerviosa hasta para sonreír.

El Perro tiró de las riendas con tanta brusquedad que Arya estuvo a punto de caerse del carromato.

—Por los siete infiernos de mierda —lo oyó maldecir Arya mientras la rueda izquierda empezaba a hundirse en el lodo blando. El carromato se inclinaba poco a poco. ¡Bájate! —le rugió Clegane al tiempo que le daba un empujón con la mano para tirarla hacia un lado.

Arya aterrizó con un movimiento elástico, tal como le había enseñado Syrio, y al instante se puso en pie de un salto con la cara llena de barro.

—¿Por qué has hecho eso? —gritó.

El Perro también se había bajado de un salto. Arrancó el asiento del carromato y sacó el cinto con la espada que había ocultado en su interior.

Fue entonces cuando oyó la riada de jinetes que salían por la puerta del castillo en una avalancha de acero y fuego; el retumbar de los cascos de sus corceles al cruzar el puente levadizo casi quedaba ahogado por el sonido de los tambores de los castillos. Tanto hombres como caballos llevaban armaduras, y uno de cada diez portaba una antorcha. Los demás llevaban hachas de combate, con la cabeza rematada con una púa, y mandobles capaces de destrozar huesos y armaduras.

A lo lejos se oyó el aullido de un lobo. No fue un sonido muy alto, comparado con el ruido del campamento, la música y el gruñido sordo y ominoso del río crecido, pero Arya lo oyó. Aunque tal vez no con los oídos. Aquel sonido la hizo estremecer; se le clavó como un cuchillo de rabia y dolor. Del castillo salían más y más jinetes en una columna de a cuatro que parecía no tener fin, así como incontables caballeros, escuderos, jinetes libres, antorchas, hachas... Y detrás también llegaban ruidos.

Cuando Arya volvió la vista advirtió que solo quedaban dos de las gigantescas carpas del banquete; antes había tres. La de en medio se había derrumbado. Al

principio no comprendió qué sucedía. Luego, las llamas empezaron a trepar por la carpa caída, y las otras dos empezaron a caerse; las pesadas lonas aceitadas cubrieron a los hombres que había debajo. Una andanada de flechas incendiarias surcó el aire. La segunda carpa se prendió, y a continuación la tercera. Los gritos eran tan horripilantes que ya no distinguía la letra de las canciones. Sombras oscuras se movían ante las llamas; el acero de sus armaduras brillaba anaranjado en la distancia.

« Una batalla —supo Arya al instante—. Es una batalla. Y los jinetes...» .

De repente ya no pudo seguir mirando las carpas. Con el río tan desbordado, las turbulentas aguas negras que llegaban al puente levadizo tenían suficiente altura para cubrir las patas de un caballo, pero, pese a todo, los jinetes las cruzaron, espoleados por la música. La canción que sonaba en los dos castillos era la misma, por una vez.

« Esta canción la conozco», advirtió Arya de repente. Tom Siete se la había cantado aquella noche lluviosa que los bandidos pasaron refugiados en la destilería con los monjes.

—« ¡Y cómo osáis —dijo el señor— pedirnos sumisión!» .

Los jinetes Frey avanzaban entre el lodo y los juncos, pero algunos habían visto el carromato. Vio a tres que se apartaban de la columna principal y se acercaban cabalgando por las aguas poco profundas.

—« Un gato más, de otro blasón, ¡es cuánto veo yo!» .

Clegane liberó a Desconocido de un tajo de la espada y subió a su grupa de un salto. El caballo sabía qué se esperaba de él. Alzó las orejas y se abalanzó hacia los corceles que cargaban contra ellos.

—« De oro veáis, o carmesí, vestido a este león, sus garras son filo mortal que medirá con vos» .

Arya había rezado cien veces, mil veces, pidiendo la muerte del Perro, pero en aquel momento... Tenía una piedra en la mano, resbaladiza por el cieno, y ni siquiera recordaba haberla cogido.

« ¿A quién se la tiro?» .

La sobresaltó el estrépito del metal cuando Clegane desvió el primer hachazo. Mientras se enzarzaba con uno de los hombres, el segundo se situó tras él y se dispuso a asestarle un golpe en la espalda. Desconocido estaba dando la vuelta, de manera que el Perro tan solo recibió un tajo de soslayo, lo justo para desgarrar la ancha túnica de campesino y dejar al descubierto la cota de malla.

« Son tres contra uno. —Arya seguía con la piedra en la mano—. Lo van a matar, seguro» . Pensó en Mykah, el hijo del carnicero, que había sido su amigo durante tan poco tiempo.

Fue entonces cuando el tercer jinete se dirigió hacia ella. Arya se situó tras el carromato. « El miedo hiere más que las espadas» . Le llegaba el ruido de tambores, cuernos de combate y gaitas, el relincho de los corceles, el grito del

acero contra el acero, pero todos los sonidos parecían ahogados, distantes... Solo existían el jinete que se cernía sobre ella y la hacha que llevaba en la mano. Llevaba una sobrevista sobre la armadura, y en ella, las dos torres que indicaban que era un Frey. Arya no entendía nada. Su tío se estaba casando con una hija de lord Frey; los Frey y su hermano eran amigos.

—¡No! —gritó cuando el jinete rodeó el carromato.

Pero el hombre no hizo caso. Cuando la atacó, Arya lanzó la piedra, igual que en otra ocasión le había tirado a Gendry una manzana. A Gendry le había dado entre los ojos, pero en aquella ocasión le falló la puntería, y la piedra acertó de lado al guerrero, en la sien. Aquello bastó para interrumpir el ataque, pero nada más. Arya retrocedió a toda velocidad caminando de puntillas por el terreno embarrado, y una vez más, el carromato se interpuso entre ellos. El caballero la siguió al trote; tras el visor de su yelmo solo había oscuridad. La pedrada de Arya ni se lo había abollado. Dieron una vuelta al carromato, dos, tres.

—No podrás huir eterna... —empezó el caballero.

El hachazo lo acertó de lleno en la parte trasera de la cabeza, le aplastó el yelmo y el cráneo, y lo envió volando por encima de la cabeza de su caballo. Detrás de él estaba el Perro, todavía a lomos de Desconocido.

« ¿Cómo habéis conseguido un hacha? », estuvo a punto de preguntar, pero entonces se dio cuenta. Otro de los Frey estaba atrapado bajo su caballo moribundo, ahogándose en un palmo de agua. El tercero estaba tendido de espaldas y no se movía. No se había protegido la garganta con el gorjal, y de debajo de la barbilla le sobresalía un trozo de espada rota.

—Coge mi yelmo —le gruñó Clegane.

Estaba metido en el fondo de un saco de manzanas secas, en la parte trasera del carromato, tras las manitas de cerdo. Arya invirtió el saco y le tiró el yelmo. El Perro lo atrapó en el aire con una mano, se lo puso en la cabeza, y donde había habido un hombre apareció un can de acero que gruñía en dirección a las hogueras.

—Mi hermano...

—Muerto —le replicó a gritos—. ¿O crees que iban a matar a sus hombres para dejarlo a él con vida? —Volvió la cabeza hacia el campamento—. Mira. ¡Que mires, maldita sea!

El campamento se había convertido en un campo de batalla. « No, es un matadero ». Las llamas de las carpas del banquete se alzaban hasta acariciar el cielo. Algunas tiendas barracón también ardían, así como medio centenar de pabellones de seda. Las espadas cantaban por doquier.

—« Y así habló, y así habló el señor de Castamere. La lluvia cae en su salón... Nadie la puede oír ».

Vio cómo dos caballeros arrollaban a un hombre que huía. Un tonel de madera fue a estrellarse contra una de las tiendas que ardían; saltó en pedazos, y

las llamas redoblaron su intensidad.

« Una catapulta», supo al instante. Desde el castillo estaban lanzando aceite, brea o algo parecido.

—Ven conmigo. —Sandor Clegane le tendió una mano—. Tenemos que marcharnos de aquí ahora mismo.

Desconocido sacudía la cabeza con impaciencia; tenía las fosas nasales dilatadas por el olor de la sangre. La canción había terminado. Ya solo se oía un tambor solitario, un batir lento y monótono que resonaba sobre el río como el latido de un corazón monstruoso. El cielo negro lloraba; el río rugía, y los hombres maldecían y morían. Arya tenía barro en los dientes y la cara mojada.

« Es la lluvia. Solo la lluvia. Nada más».

—¡Hemos llegado hasta aquí! —gritó. La voz le salió aguda y temerosa; era la voz de una niñita—. Robb está en el castillo, y mi madre también. ¡La puerta está abierta! —Ya no salía ningún Frey a caballo. « He recorrido un camino tan largo...» —. Tenemos que buscar a mi madre.

—Mocosa idiota. —El fuego centelleaba contra las fauces de su casco y hacía brillar los dientes de acero—. Si entras ahí, no volverás a salir. Puede que Frey te deje besar el cadáver de tu madre.

—A lo mejor la podemos salvar...

—A lo mejor la puedes salvar tú. Yo todavía no me he cansado de la vida. — Cabalgó hacia ella y la acorraló contra el carromato—. Puedes quedarte o venir, loba. Puedes vivir o morir. Tú...

Arya dio media vuelta y salió corriendo hacia la puerta. El rastrillo empezaba a bajar, aunque muy despacio.

« Tengo que correr más. —Pero el lodo la demoraba, y luego estaba el agua —. Corre rápida como un lobo. —El puente levadizo empezaba a izarse; el agua lo recorría deslizándose como una sábana, y el barro caía en gruesos pegotes—. Más deprisa» . Oyó un chapoteo estrepitoso y volvió la vista; Desconocido trotaba en pos de ella, levantando el agua a su paso. También vio el hacha, todavía manchada de sangre y sesos.

Y Arya corrió. Ya no corría por su hermano, ni siquiera por su madre, corría por sí misma. Corrió más deprisa que en toda su vida, con la cabeza gacha y los pies chapoteando en el río. Corrió huyendo de él como debió de correr Mycah.

El hacha la alcanzó en la nuca.

Cenaron, como casi siempre, a solas.

—Los guisantes están demasiado hechos —se atrevió a decir su esposa.

—No importa —replicó él—. Así hacen juego con el cordero.

No era más que una broma, pero Sansa creyó que se trataba de una crítica.

—Lo siento mucho, mi señor...

—¿Por qué? El que debería sentirlo es el cocinero, no tú. Los guisantes no son responsabilidad tuya a, Sansa.

—Siento... Siento que mi señor esposo esté descontento.

—El descontento que siento no tiene nada que ver con los guisantes. Los que me tienen descontento son Joffrey, mi hermana, mi señor padre y trescientos dornienses de mierda.

Había instalado al príncipe Oberyn y a sus señores en una torre albarana de cara a la ciudad, tan lejos de los Tyrell como era posible sin echarlos de la Fortaleza Roja. La distancia resultó del todo insuficiente. Ya había habido una pelea en un tenderete de calderos del Lecho de Pulgas, que acabó con la muerte de un soldado de los Tyrell y con dos hombres de lord Gargalen con quemaduras graves, así como un duro enfrentamiento en el patio, cuando la anciana madre de Mace Tyrell llamó a Ellaria Arena «la puta de la serpiente». Cada vez que se cruzaba con Oberyn Martell, el príncipe le preguntaba cuándo se serviría la justicia. Los guisantes demasiado hechos eran el menor de los problemas de Tyrion, pero no veía motivos para transmitirle aquella carga a su joven esposa. Sansa ya tenía suficiente con su tristeza.

—Los guisantes están bien —le dijo, cortante—. Son verdes y redondos; ¿qué más se puede esperar de unos guisantes? Mira, voy a repetir para complacer a mi señora.

Hizo una señal, y Podrick Payne le puso en el plato tantos guisantes que Tyrion perdió de vista el trozo de carnero.

«¿Seré idiota...? —se dijo—. Ahora me los tendré que comer todos, o lo volverá a sentir».

La cena terminó en un silencio tenso, como tan a menudo sucedía. Después, mientras Pod retiraba las copas y los platos, Sansa le pidió permiso a Tyrion para ir a visitar el bosque de dioses.

—Como quieras.

Se había acostumbrado a las devociones nocturnas de su esposa. También rezaba en el septo real, y a menudo encendía velas a la Madre, a la Doncella y a la Vieja. A decir verdad, a Tyrion le parecía excesiva tanta piedad, pero si él estuviera en el lugar de Sansa, también buscaría la ayuda de los dioses.

—He de confesar que no sé gran cosa sobre los antiguos dioses —dijo en un intento de ser agradable—. Tal vez algún día me puedas enseñar. Y podría

acompañarte...

—No —replicó Sansa al momento—. Eres... muy amable, pero... no hay ceremonias, mi señor. No hay sacerdotes, ni canciones, ni velas... Solo árboles y plegaria silenciosa. Te aburrirías.

—Es cierto, tienes razón. —« Me conoce mejor de lo que creía» —. Aunque el crujido de las hojas sería un cambio agradable, en vez de los canturreos de cualquier septón sobre los siete aspectos de la gracia. —Tyrion le hizo un gesto de despedida—. No me entrometeré. Abrígaté bien, mi señora; fuera hace mucho viento.

Estuvo a punto de preguntarle qué pedía en sus oraciones, pero Sansa era tan obediente que podía decirle la verdad, y la verdad era lo último que quería saber.

Cuando su esposa salió, volvió al trabajo de rastrear unos cuantos dragones de oro en el laberinto que eran los libros de cuentas de Meñique. Petyr Baelish no había sido partidario de dejar que el oro acumulara polvo, sin duda. Pero cuanto más intentaba buscar sentido a su contabilidad, más le dolía la cabeza a Tyrion. Estaba muy bien aquello de hablar de poner a criar a los dragones en vez de encerrarlos en cofres, pero algunas de las empresas comerciales oían peor que el pescado de la semana anterior.

« No habría dejado que Joffrey tirase a los hombres astados por la muralla si hubiera sabido cuánto dinero le debían a la corona esos cabrones». Había enviado a Bronn a buscar a sus herederos, pero mucho se temía que obtendría los mismos resultados si le sacaba las tripas a una dorada en busca de oro.

Cuando le llegó la llamada de su padre fue la primera vez en su vida que Tyrion se alegró de ver a ser Boros Blount. Agradecido, cerró los libros de cuentas, apagó de un soplo la lámpara de aceite, se echó una capa sobre los hombros y anduvo, oscilando al ritmo que le imponían sus piernas deformes, por el castillo hacia la Torre de la Mano. Como le había dicho a Sansa, hacía mucho viento y el aire oía a lluvia. Tal vez cuando terminara la reunión con lord Tywin debería ir al bosque de dioses para llevarla a casa antes de que se empapara.

Pero todo se le borró de la cabeza cuando entró en las habitaciones de la mano y se encontró a Cersei, a ser Kevan y al gran maestre Pyccelle reunidos en torno a lord Tywin y al rey. Joffrey casi daba saltos de alegría, y Cersei lucía una sonrisita de orgullo, aunque lord Tywin parecía tan sombrío como siempre.

« A veces creo que no podría sonreír ni aunque quisiera» .

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tyrion.

Su padre le tendió un pergamo. Lo habían estirado, pero aún tendía a enroscarse. « Roslin ha pescado una trucha bien gorda —decía el mensaje—. Sus hermanos le dieron un par de pieles de lobo como regalo de bodas» . Tyrion le dio la vuelta para examinar el sello roto. El lacre era color gris plata, y le habían grabado las torres gemelas de la casa Frey.

—¿El señor del Cruce tiene una vena poética? ¿O nos manda esto para

confundirnos? —bufó—. La trucha debe de ser Edmure Tully, y las pieles...

—¡Está muerto! —Joffrey parecía tan feliz y orgulloso como si hubiera despelajeado a Robb Stark con sus propias manos.

« Primero Greyjoy y ahora Stark —Tyrion pensó en la niña que era su esposa, que en aquel mismo momento rezaba en el bosque de dioses—. Orando a los dioses de su padre para que le den la victoria a su hermano y velen por su madre, seguro» . Al parecer, los antiguos dioses no prestaban más atención a las oraciones que los nuevos. Tal vez le sirviera de consuelo.

—Este otoño, los reyes caen como hojas —dijo—. Parece que nuestra guerrita se está ganando sola.

—Las guerras no se ganan solas, Tyrion —dijo Cersei con venenosa dulzura—. Nuestro señor padre ha ganado esta guerra.

—No hay nada ganado mientras queden enemigos en pie —les advirtió lord Tywin.

—Los señores del río no son idiotas —insistió la reina—. Sin los norteños, no tienen la menor esperanza de resistir contra las fuerzas unidas de Altojardín, Roca Casterly y Dorne. Seguro que decidirán someterse antes de que los derroten.

—La mayor parte, sí —asintió lord Tywin—. Aguasdulces se rebelará, pero mientras Walder Frey tenga como rehén a Edmure Tully, el Pez Negro no representará ninguna amenaza para nosotros. Jason Mallister y Tytos Blackwood lucharán, aunque solo sea por honor, pero los Frey pueden mantener a los Mallister inmovilizados en Varamar, y estoy seguro de que, con el incentivo oportuno, se puede convencer a Jonos Bracken para que cambie de bando y ataque a los Blackwood. Al final doblarán la rodilla, sí. Mi intención es imponer unas condiciones generosas. Todo castillo que se rinda será respetado, excepto uno.

—¿Harrenhal? —preguntó Tyrion, que conocía a su padre.

—El reino estará mejor sin la Compañía Audaz. Le he ordenado a ser Gregor que pase a todo el castillo por la espada.

« Gregor Clegane» . Por lo visto, su señor padre tenía intención de extraer de la Montaña hasta el último trocito de mineral antes de entregarlo a la justicia dorniense. Las cabezas de los compañeros audaces acabarían clavadas en picas, y Meñique entraría en Harrenhal sin siquiera haberse manchado sus hermosas ropas con una gota de sangre. Se preguntó si Petyr Baelish habría llegado ya al Valle. « Si los dioses son bondadosos, se habrá tropezado con alguna tormenta en el mar y habrá naufragado» . Pero ¿cuándo habían sido bondadosos los dioses?

—Habrá que pasarlos por la espada a todos —declaró Joffrey de repente—. A los Mallister, a los Blackwood, a los Bracken... ¡a todos! Son unos traidores. Quiero verlos muertos, abuelo. Nada de condiciones generosas. —Se volvió hacia el gran maestre Pycelle—. Y también quiero la cabeza de Robb Stark. Escribid a

lord Frey y decídselo. El rey lo ordena. Voy a hacer que se la sirvan a Sansa en mi banquete de bodas.

—Señor, esa dama es ahora vuestra tía —dijo ser Kevan, conmocionado.

—Era una broma. —Cersei sonrió—. Joff no lo ha dicho en serio.

—Sí que lo he dicho en serio —insistió Joffrey—. Era un traidor y quiero su cabeza, ¿entendido? Obligaré a Sansa a darle un beso.

—No —intervino Tyrion con voz ronca—. Sansa ya no está en tu poder y no puedes seguir atormentándola. Entérate de una vez, monstruo.

—Aquí el único monstruo eres tú, tío —dijo Joffrey con una mueca burlona.

—¿De verdad? —Tyrion ladeó la cabeza—. Entonces harías bien en hablarme con más educación. Los monstruos son bestias peligrosas, y últimamente, los reyes mueren como moscas.

—Solo por decir eso, podría cortarte la lengua —dijo el niño al tiempo que se ponía rojo—. Soy el rey.

—Deja al enano amenazar cuanto quiera, Joff —dijo Cersei, rodeando los hombros de su hijo con un gesto protector—. Así, mi señor padre y mi tío verán cómo es.

Lord Tywin no le hizo el menor caso y miró a Joffrey.

—Aerys también se pasaba el día recordándole a todo el mundo que era el rey. Y era muy aficionado a cortar lenguas, igual que tú. Podrías preguntárselo a ser Ilyn Payne, aunque no te respondería.

—Ser Ilyn jamás se atrevió a provocar a Aerys como tu Gnomo provoca a Joff —dijo Cersei—. Ya lo has oído. Ha llamado monstruo a su alteza. Al rey. Y lo ha amenazado...

—Cállate, Cersei. Joffrey, cuando tus enemigos te desafien, debes responderles con acero y fuego. Pero cuando se pongan de rodillas, debes ayudarlos a levantarse. De lo contrario, nadie volverá a arrodillarse ante ti. Y si alguien tiene que decir «Yo soy el rey», es que no es el rey. Aerys no lo llegó a entender, pero tú lo entenderás. Cuando haya ganado la guerra en tu nombre, restauraremos la paz del rey y la justicia del rey. Tú te tienes que preocupar solo de desvirgar a Margaery Tyrell.

Joffrey llevaba su habitual mueca hosca dibujada en la cara. Cersei lo tenía agarrado por los hombros, aunque tal vez habría hecho mejor en sujetarlo por el cuello. El chico los sorprendió a todos. En vez de arrastrarse hasta debajo de su roca, Joff se levantó, desafiante.

—Hablas mucho de Aerys, abuelo, pero la verdad es que le tenías miedo.

«Vaya, vaya, esto se pone interesante», pensó Tyrion.

Lord Tywin observó a su nieto en silencio; en sus ojos color verde claro brillaban motas doradas.

—Pídele perdón a tu abuelo —dijo Cersei.

—¿Por qué? —preguntó el chico, librándose de sus manos—. Es verdad, lo

sabe todo el mundo. Mi padre ganó todas las batallas. Mató al príncipe Rhaegar y se hizo con la corona, mientras tu padre, madre, estaba escondido bajo Roca Casterly. —Le lanzó una mirada retadora a su abuelo—. Un rey fuerte se comporta con osadía, no se limita a hablar.

—Gracias por compartir tu sabiduría, alteza —dijo lord Tywin con una cortesía tan gélida que fue como si a todos se les helaran los oídos—. Ser Kevan, el rey parece cansado. Es hora de que se retire a sus habitaciones. Pycelle, haría falta alguna poción suave para que su alteza descance bien.

—¿Vino del sueño, mi señor?

—No quiero vino del sueño —se empecinó Joffrey.

—Vino del sueño, sí. —Lord Tywin le habría prestado más atención a un ratón que chillara en una esquina—. Cersei, Tyrion, quedaos.

Ser Kevan se llevó a Joffrey firmemente agarrado por el brazo y abrió la puerta, tras la que esperaban dos hombres de la Guardia Real. El gran maestre Pycelle se escabulló tras ellos tan deprisa como le permitieron las viejas piernas temblorosas. Tyrion se quedó donde estaba.

—Lo siento mucho, padre —dijo Cersei una vez se hubo cerrado la puerta—. Joff siempre ha sido obstinado, y a te lo advertí...

—Hay mucha diferencia entre ser obstinado y ser imbécil. «Un rey fuerte actúa con osadía». ¿De dónde ha sacado eso?

—De mí no, te lo aseguro —se defendió Cersei—. Debe de ser algo que le oyó decir a Robert.

—Lo de que te escondiste debajo de Roca Casterly parece cosa de Robert, sí —señaló Tyrion, que no quería que lord Tywin se olvidara de aquel detalle.

—Sí, ya lo recuerdo —dijo Cersei—. Robert le decía muchas veces a Joff que un rey tiene que ser osado.

—Y mientras, ¿qué le estabas diciendo tú? ¿«Reza»? —preguntó lord Tywin—. No estoy librando una guerra para sentar en el Trono de Hierro a un nuevo Robert. Me diste a entender que no le importaba nada su padre.

—¿Por qué le iba a importar? Robert no le hacía el menor caso. Hasta le habría pegado si yo se lo hubiera permitido. Ese salvaje con el que me obligaste a casarme le dio un golpe una vez, tan fuerte que le saltó dos dientes de leche, por no sé qué travesura que había hecho con un gato. Le dije que si le volvía a poner la mano encima lo mataría mientras dormía, y no lo volvió a hacer, pero a veces decía cosas...

—Por lo visto hacia falta decir cosas. —Lord Tywin agitó dos dedos en dirección a ella, en un brusco gesto de despedida—. Vete.

Cersei salió echando humo.

—No será un nuevo Robert —dijo Tyrion—. Será un nuevo Aerys.

—El muchacho tiene trece años. Todavía queda tiempo. —Lord Tywin se dirigió hacia la ventana. Aquello no era propio de él; estaba más descompuesto

de lo que quería demostrar—. Necesita una buena lección.

Tyron había recibido su buena lección a los trece años. Casi sintió pena por su sobrino. Por otra parte, nadie se lo merecía más.

—Ya basta de hablar de Joffrey —dijo—. Algunas batallas se ganan con plumas y con cuervos, ¿no fue eso lo que dijiste? Tengo que felicitarte. ¿Cuánto tiempo llevabas tramando esto con Walder Frey?

—No me gusta esa expresión —replicó lord Tywin con rigidez.

—Y a mí no me gusta que me oculten cosas.

—No había motivo para contártelo. Tú no tenías ningún papel que desempeñar en esto.

—¿Se lo dijiste a Cersei? —quiso saber Tyrion.

—No lo sabía nadie, excepto los que tenían que intervenir en algún sentido. E incluso a esos se les dijo solo lo que necesitaban saber. A estas alturas ya deberías ser consciente de que es la única manera de guardar un secreto... sobre todo aquí. Mi objetivo era que nos libráramos de un enemigo peligroso al menor precio posible, no satisfacer tu curiosidad ni hacer que tu hermana se sintiera importante. —Cerró los postigos y se volvió. Tenía el ceño fruncido—. No careces de cierta astucia, Tyrion, pero la verdad es que hablas demasiado. Tienes la lengua muy larga; eso acabará por perderte.

—Deberías haber dejado que Joff me la arrancara —sugirió Tyrion.

—Será mejor que no me tientes —replicó lord Tywin—. Se acabó este tema. He estado buscando la mejor manera de aplacar a Oberyn Martell y a su séquito.

—¿Si? ¿Y es algo que se me permite saber o debo marcharme, para que lo discutas contigo mismo?

—La presencia del príncipe Oberyn es muy inoportuna —dijo su padre sin hacer caso de la pulla—. Su hermano es un hombre cauto, razonable, sutil, pausado, hasta cierto punto indolente. Sopesa las consecuencias de cada palabra y cada acción. Pero Oberyn siempre ha estado medio loco.

—¿Es verdad que intentó que Dorne se alzara en apoyo a Viserys?

—Nadie habla de ello, pero sí. Los cuervos volaron, y los jinetes cabalgaron con mensajes secretos que nunca vi. Jon Arryn navegó hasta Lanza del Sol para devolver los huesos del príncipe Lewyn, y se sentó con el príncipe Doran a hablar del fin de la guerra. Pero después de aquello, Robert no visitó Dorne nunca, y el príncipe Oberyn rara vez salió de allí.

—Sí, pero ahora lo tenemos aquí, y acompañado por la mitad de la nobleza de Dorne. Cada día que pasa se impacienta más —señaló Tyrion—. A lo mejor sería buena idea que le enseñara los burdeles de Desembarco del Rey; así se distraería. Una herramienta para cada tarea, ¿no es eso? Mi herramienta está a tu servicio, padre. Que no se diga que la casa Lannister hizo sonar sus trompetas y yo no respondí.

—Muy gracioso. —Lord Tywin apretó los labios—. ¿Ordeno que te hagan un traje de bufón y un gorro con cascabeles?

—Si me lo pusiera, ¿tendría permiso para decir lo que quisiera acerca de su alteza el rey Joffrey?

—No tuve más remedio que soportar los desatinos de mi padre. No estoy dispuesto a soportar los tuyos. Es suficiente. —Lord Tywin volvió a sentarse.

—Muy bien, ya que me lo pides con tanta amabilidad... Pero mucho me temo que la Vibora Roja no va a ser nada amable. Y no se conformará con la cabeza de ser Gregor.

—Razón de más para no dársela.

—¿Para no...? —Tyrion se quedó boquiabierto—. Creía que estábamos de acuerdo en que los bosques estaban llenos de bestias.

—Bestias inferiores. —Lord Tywin entrelazó los dedos bajo la barbilla—. Ser Gregor nos ha servido bien. No hay otro caballero en el reino que inspire tanto terror en nuestros enemigos.

—Oberyn sabe que ser Gregor fue el que...

—No sabe nada. Solo ha oído cuentos. Cotilleos de establo y calumnias del servicio. No tiene ni la menor prueba y, desde luego, ser Gregor no va a confesar nada. Tengo intención de mantenerlo bien alejado mientras los dornienses estén en Desembarco del Rey.

—¿Y cuando Oberyn exija la justicia que ha venido a buscar?

—Le diré que el que mató a Elia y a sus hijos fue ser Amory Lorch —respondió lord Tywin con calma—. Si te pregunta, tú dirás lo mismo.

—Ser Amory Lorch está muerto —señaló Tyrion.

—Exacto. Tras la caída de Harrenhal, Vargo Hoat hizo que un oso despedazara a ser Amory. Es un detalle suficientemente macabro para aplacar hasta a Oberyn Martell.

—Puede que a ti eso te parezca justicia...

—Es justicia. Por si lo quieres saber, fue ser Amory el que me trajo el cadáver de la niña. La había encontrado escondida bajo la cama de su padre, como si creyera que Rhaegar aún podía protegerla. La princesa Elia y el bebé estaban en el cuarto de los niños, un piso más abajo.

—Bueno, es una historia, y ser Amory no está en condiciones de negarla. ¿Qué le dirás a Oberyn cuando te pregunte quién le dio las órdenes a Lorch?

—Ser Amory actuó por iniciativa propia, con la esperanza de ganarse el favor del nuevo rey. El odio que sentía Robert hacia Rhaegar no era ningún secreto.

« Puede que dé resultado —tuvo que reconocer Tyrion—, pero a la serpiente no le va a hacer gracia» .

—Lejos de mí cuestionar tu astucia, padre, pero yo que tú pondría un poco de sangre en las manos de Robert Baratheon.

—Ese traje de bufón te quedaría mejor de lo que pensaba. —Lord Tywin lo miraba como si hubiera perdido la cordura—. Fuimos los últimos en unirnos a la causa de Robert. Teníamos que demostrar nuestra lealtad. Cuando puse aquellos cadáveres ante el trono, a nadie le cupo la menor duda de que habíamos renegado de la casa Targaryen para siempre. Y el alivio de Robert fue palpable. Por idiota que fuera, hasta él sabía que los hijos de Rhaegar tenían que morir si quería asegurarse el trono para siempre. Pero se consideraba un héroe, y los héroes no matan niños. —Su padre se encogió de hombros—. Reconozco que hubo demasiada brutalidad. Elia no tenía por qué haber sufrido el menor daño; eso fue una estupidez. Por sí sola no era nadie.

—Entonces, ¿por qué la mató la Montaña?

—Porque no le dije que la perdonara. Dudo que llegara a mencionarle su nombre. Tenía problemas más apremiantes. La vanguardia de Ned Stark venía hacia el sur desde el Tridente, y me temía que acabaríamos enfrentándonos. Además, Aerys tenía intención de asesinar a Jaime sin más motivo que el rencor. Eso era lo que yo más temía. Eso y lo que pudiera hacer el propio Jaime. —Apretó un puño—. Además, aún no sabía lo que tenía con Gregor Clegane; únicamente, que era enorme y temible en el combate. Lo de la violación... Espero que ni tú seas capaz de acusarme de haber dado aquella orden. Ser Amory fue casi igual de brutal con Rhaenys. Después le pregunté por qué había hecho falta medio centenar de cuchilladas para matar a una niña que tendría... ¿dioses, tres años? Me respondió que ella le había dado patadas y que no dejaba de gritar. Si Lorch hubiera tenido la mitad de los sesos que los dioses le concedieron a un nabo, la habría tranquilizado con unas cuantas palabritas cariñosas y luego habría utilizado un cojín de seda. —Hizo una mueca de repugnancia—. Fue él quien se manchó las manos de sangre.

«Pero no tú, padre. Tywin Lannister no tiene sangre en las manos».

—¿Qué ha matado a Robb Stark? ¿Un cojín de seda?

—Tenía que ser una flecha, durante el banquete de bodas de Edmure Tully. Al descubierto, el muchacho era demasiado cauto. Mantenía disciplinados a sus hombres, y se rodeaba de exploradores y guardaespaldas.

—Así que lord Walder lo ha matado bajo su techo, sentado a su mesa. —Tyrion apretó un puño—. ¿Qué ha pasado con lady Catelyn?

—Supongo que la han matado también. Un par de pieles de lobo. Frey tenía intención de tomarla prisionera, pero tal vez algo saliera mal.

—Bravo por la ley de la hospitalidad.

—Es Walder Frey el que se ha manchado las manos de sangre, no yo.

—Walder Frey es un viejo gruñón que vive para acariciar a su joven esposa y cavilar sobre todas las ofensas que ha sufrido. No me cabe duda de que él ha empollado este pollo tan feo, pero jamás se habría atrevido a nada semejante sin contar con una promesa de protección.

—¿Y qué habrías hecho tú? ¿Perdonarle la vida del chico y decirle a lord Frey que no tenías necesidad de aliarte con él? Eso habría hecho que el viejo idiota volviera a los brazos de Stark, y tendrías por delante un año más de guerra. Explícame por qué es más noble matar a diez mil hombres en una batalla que a una docena en un banquete. —Tyrion no supo qué decir, y su padre siguió hablando—. El precio ha sido muy bajo, lo mires como lo mires. La corona le entregará Aguasdulces a ser Emmon Frey cuando el Pez Negro se rinda. Lancel y Daven tendrán que casarse con chicas Frey; Gloria contraerá matrimonio con uno de los hijos naturales de lord Walder cuando tenga edad, y Roose Bolton será el Guardián del Norte y se llevará a casa a Arya Stark

—¿Arya Stark? —Tyrion inclinó la cabeza a un lado—. ¿Y Bolton? Ya me había imaginado que Frey no tendría agallas para actuar por sí mismo. Pero Arya... Varys y ser Jacelyn la han estado buscando durante más de medio año. Sin duda, Arya Stark está muerta.

—También lo estaba Renly hasta la batalla del Aguasnegras.

—¿Qué significa eso?

—Puede que Menique tuviera éxito allí donde Varys y tú fracasasteis. Lord Bolton casará a la chica con su hijo bastardo. Dejaremos que Fuerte Terror luche contra los hijos del hierro durante unos años, y veremos si puede mantener a raya a los otros vasallos de los Stark. Antes de la primavera estarán todos al límite de sus fuerzas y dispuestos a doblar la rodilla. El norte será para el hijo que tengas con Sansa Stark... si es que algún día te sientes suficientemente hombre para engendrarlo. Por si te has olvidado, Joffrey no es el único que tiene que desvirgar a alguien.

« No me había olvidado, aunque esperaba que tú sí» .

—¿Cuándo crees que estará Sansa más fértil? —le preguntó Tyrion a su padre con un tono que destilaba ácido—. ¿Antes o después de que le cuente cómo hemos asesinado a su hermano y a su madre?

Durante un instante pareció que el rey no lo había oido. Stannis no mostró alegría ante la noticia; tampoco ira ni incredulidad, ni siquiera alivio. Se quedó mirando su Mesa Pintada con los dientes apretados.

—¿Estáis seguro? —preguntó.

—No he visto el cadáver en persona, no, no, vuestra alteza —dijo Salladhor Saan—. Pero en la ciudad, los leones bailan y se pavonean. El pueblo ya la llama *la Boda Roja*. Se dice que lord Frey ordenó que le cortaran la cabeza al chico y le cosieran la de su huargo, y luego le clavaron una corona alrededor de las orejas. A su señora madre también la asesinaron y la tiraron desnuda al río.

«En una boda —pensó Davos—. Mientras estaba sentado a la mesa de su asesino, cuando era un huésped, un invitado que se encontraba bajo su techo. Esos Frey están malditos para siempre». Otra vez le llegó el olor de la sangre ardiente y oyó el siseo y el chisporroteo de la sanguijuela entre los carbones del brasero.

—Ha sido la ira del Señor lo que lo ha matado —afirmó ser Axell Florent—.
¡Ha sido la mano de R'hllor!

—¡Alabado sea el Señor de Luz! —entonó la reina Selyse, una mujer menuda y flaca con las orejas grandes y el labio superior cubierto de vello.

—¿Acaso la mano de R'hllor es temblorosa y está llena de manchas y arrugas? —preguntó Stannis—. Más parece cosa de Walder Frey que de ningún dios.

—R'hllor elige los instrumentos que quiere. —El rubí de la garganta de Melisandre centelleaba con chispas rojas—. Sus caminos son misteriosos, pero no hay hombre que no se doblegue a su llameante voluntad.

—¡No hay hombre que no se doblegue ante él! —exclamó la reina.

—Cállate de una vez, mujer. Ahora no estás bailando alrededor de una hoguera. —Stannis siguió mirando la Mesa Pintada—. El lobo no deja herederos, y el kraken deja demasiados. Los leones los devorarán, a menos que... Saan, voy a necesitar que tus barcos más veloces lleven mensajeros a las islas del Hierro y a Puerto Blanco. Ofreceré el perdón. —Por su manera de apretar los dientes, era obvio que aquella palabra le gustaba muy poco—. El perdón absoluto para los que se arrepientan de su traición y juren lealtad a su legítimo rey. Tienen que ver...

—No lo harán. —La voz de Melisandre era suave—. Lo siento, alteza. Esto no es el fin. Pronto se alzarán más falsos reyes para apoderarse de las coronas de los que han caído.

—¿Más? —Parecía que Stannis la habría estrangulado de buena gana allí mismo—. ¿Más usurpadores? ¿Más traidores?

—Lo he visto en mis llamas.

—El Señor de Luz envió a Melisandre para que te guiara hacia tu momento de gloria. —La reina Selyse se puso al lado del rey—. Escúchala, te lo suplico. Las llamas sagradas de R'hllor no mienten.

—Hay mentiras y mentiras, mujer. Me parece que esas llamas resultan engañosas hasta cuando dicen la verdad.

—Una hormiga que oyera las palabras de un rey tal vez no comprendería qué dice —replicó Melisandre—, y todos los hombres somos hormigas ante el rostro llameante del dios. Si alguna vez he confundido una advertencia con una profecía o una profecía con una advertencia, la culpa es del lector, no del libro. Pero una cosa sí sé a ciencia cierta: los mensajeros y los perdones no os servirán de nada, igual que las sanguisjuelas. Debéis mostrar al reino una señal. ¡Una señal como prueba de vuestro poder!

—¿Mi poder? —El rey soltó un bufido—. Tengo mil trescientos hombres en Rocadragón y otros trescientos en Bastión de Tormentas. —Barrió con la mano la Mesa Pintada—. El resto de Poniente está en manos de mis enemigos. No tengo más flota que la de Salladhor Saan, ni dinero para contratar mercenarios. No hay en perspectiva saqueos ni gloria, que son lo que atraería a los jinetes libres a mi causa.

—Mi señor esposo —intervino la reina Selyse—, tienes más hombres de los que tenía Aegon hace trescientos años. Solo te faltan los dragones.

—Nueve magos cruzaron el mar para empollar la reserva de huevos de Aegon III. —Lord Stannis le lanzó una mirada sombría—. Baelor el Santo rezó más de medio año sobre el suyo. Aegon IV construyó dragones de hierro y madera. Aerion Llamabrilante bebió fuego valyrio para transformarse. Los magos fracasaron, las plegarias del rey Baelor quedaron sin respuesta, los dragones de madera se quemaron y el príncipe Aerion murió entre gritos de dolor.

—Ninguno de ellos era el elegido de R'hllor. —La reina Selyse se mantenía firme—. No hubo ningún cometa rojo que cruzara los cielos para anunciar su llegada. Ninguno esgrimió *Dueña de Luz*, la Espada Roja de los Héroes. Y ninguno de ellos pagó el precio. Lady Melisandre te lo ha dicho, mi señor. Solo la muerte puede comprar la vida.

—¿El chico? —El rey casi escupió las palabras.

—El chico —asintió la reina.

—El chico —repitió ser Axell.

—Ya estaba harto de ese maldito chaval aun antes de que naciera —se quejó el rey—. Su simple nombre es un rugido en mis orejas y una nube oscura sobre mi alma.

—Entregádmelo y no volveréis a oír su nombre —le prometió Melisandre.

«No, pero oiréis sus gritos cuando ella lo quemé en la hoguera». Davos se mordió la lengua. Era mejor no decir nada hasta que el rey lo ordenara.

—Entregadme al chico para R'hllor, y la antigua profecía se cumplirá — insistió la mujer roja—. Vuestro dragón despertará y extenderá sus alas de piedra. El reino será vuestro.

—De rodillas os lo suplico, señor —dijo ser Axell dejándose caer sobre una rodilla—. Despertad al dragón de piedra y haced que tiemblen los traidores. Al igual que Aegon, empezáis como señor de Rocadragón. Al igual que Aegon, conquistaréis la victoria. Que los falsos y los desleales prueben vuestras llamas.

—Tu esposa también te lo suplica, mi señor esposo. —La reina Selyse se dejó caer sobre ambas rodillas ante el rey con las manos juntas, como si rezara—. Robert y Delena mancillaron nuestro lecho y así maldijeron nuestra unión. El chico es el fruto podrido de su fornicio. Quita su sombra de mi vientre y te daré muchos hijos varones; estoy segura. —Le rodeó las piernas con los brazos—. No es más que un muchacho, hijo de la lujuria de tu hermano y de la vergüenza de mi prima.

—Es de mi sangre. Y deja de agarrarme, mujer. —El rey Stannis le puso una mano en el hombro para tratar de librarse de ella—. Puede que sea cierto que Robert maldijo nuestro lecho nupcial. Me juró que no había pretendido avergonzarme; que aquella noche estaba borracho y no sabía en qué dormitorio se metía. ¿Y qué más da? Sea cual sea la verdad, el chico no tiene la culpa.

—El Señor de Luz ama a los inocentes. —Melisandre puso una mano en el brazo del rey—. No hay para él sacrificio máspreciado. De su sangre real y su fuego inmaculado nacerá un dragón.

Stannis no apartó a Melisandre, como había hecho con la reina. La mujer roja era todo lo contrario de Selyse: joven, de formas redondeadas y de una extraña belleza, con aquel rostro en forma de corazón, aquel cabello cobrizo y aquellos ojos rojos de otro mundo.

—Sería maravilloso ver cobrar vida a la piedra —reconoció de mala gana—. Y cabalgar a lomos de un dragón... Recuerdo la primera vez que mi padre me llevó a la corte. Robert me tuvo que dar la mano. Yo tendría cuatro años, así que él tendría cinco; como mucho, seis. Más tarde estuvimos de acuerdo en que el aspecto del rey tan noble como terrorífico el de los dragones. —Stannis soltó un bufido—. Años después, nuestro padre nos dijo que Aerys se había cortado con el trono aquella mañana, de manera que la mano había ocupado su lugar. El hombre que tanto nos había impresionado era Tywin Lannister. —Rozó con los dedos la superficie de la mesa, recorriendo un camino entre las colinas barnizadas—. Robert hizo retirar los cráneos cuando subió al trono, pero no quiso que los destruyeran. Alas de dragón sobre Poniente... Sería una...

—¡Alteza! —Davos dio un paso adelante—. ¿Me dais permiso para hablar?

Stannis cerró la boca con tanta fuerza que le entrecocaron los dientes.

—Mi señor de La Selva, ¿para qué creéis que os nombré mano, si no para que hablarais? —El rey hizo un gesto con los dedos—. Decid lo que queráis.

«Guerrero, dame valor».

—No sé mucho de dragones, y menos aún de dioses... pero la reina ha hablado de maldiciones. No hay hombre más maldito ante los ojos de los hombres y los dioses que quien mata a la sangre de su sangre.

—No hay más dioses que R'hllor y el Otro, aquel cuyo nombre no se debe pronunciar. —Los labios de Melisandre formaron una dura línea roja—. Y los hombres pequeños maldicen lo que no alcanzan a comprender.

—Soy un hombre pequeño —reconoció Davos—, de manera que decidme por qué necesitáis a ese chico, Edric Tormenta, para despertar al gran dragón de piedra, mi señora. —Estaba decidido a llamar al muchacho por su nombre tan a menudo como le fuera posible.

—Solo la muerte puede comprar la vida, mi señor. Un gran regalo requiere un gran sacrificio.

—¿Qué grandeza hay en un niño ilegítimo?

—Por sus venas corre la sangre de reyes. Ya habéis visto lo que puede hacer tan solo un poco de esa sangre...

—Os he visto quemar unas cuantas sanguijuelas.

—Y dos falsos reyes han muerto.

—Robb Stark ha sido asesinado por lord Walder del Cruce, y según las noticias, Balon Greyjoy se cayó de un puente. ¿A quién han matado las sanguijuelas?

—¿Acaso dudáis del poder de R'hllor?

«No. —Davos recordaba demasiado bien la sombra viviente que había salido del vientre de la mujer roja aquella noche, bajo Bastión de Tormentas; las manos negras que le habían separado los muslos para emerger—. Tengo que ir con cuidado o puede que venga alguna sombra a buscarme a mí».

—Hasta un contrabandista de cebollas sabe distinguir dos cebollas de tres. Os falta un rey, mi señora.

—Ahí os ha pillado, mi señora. —Stannis soltó una carcajada seca—. Dos no son tres.

—Claro, alteza. Un rey puede morir por casualidad, tal vez dos, pero... ¿tres? Si Joffrey muriera en medio de todo su poder, rodeado por sus ejércitos y su Guardia Real, ¿no sería eso una muestra del poder del Señor?

—Quizá sí —dijo el rey de mala gana.

—O quizás no. —Davos hacia todo lo posible por ocultar su miedo.

—Joffrey morirá —declaró la reina Selyse, serena en su confianza.

—Puede que ya esté muerto —apuntó ser Axell.

—¿Acaso sois cuervos amaestrados que me graznáis por turnos? —Stannis los miraba asqueado—. Es suficiente.

—Esposo, escúchame... —suplicó la reina.

—¿Por qué? Dos no son tres. Los reyes saben contar tan bien como los

contrabandistas. Os podéis retirar.

Stannis les dio la espalda. Melisandre ayudó a la reina a ponerse en pie. Selyse salió muy rígida de la estancia, seguida por la mujer roja. Ser Axell se demoró lo suficiente para lanzar a Davos una última mirada.

«Una mirada torva en una cara torva», pensó cuando sus ojos se encontraron.

Cuando estuvieron a solas, Davos carraspeó para aclararse la garganta. El rey alzó la vista.

—¿Por qué seguís aquí?

—Señor, acerca de Edric Tormenta...

—No insistáis. —Stannis hizo un gesto airado.

—Vuestra hija estudia con él —siguió Davos sin ceder—; juega con él todos los días en el Jardín de Aegon.

—Lo sé de sobra.

—A Shireen se le rompería el corazón si le sucediera algo malo...

—Eso también lo sé.

—Me gustaría que lo vierais.

—Ya lo he visto. Se parece a Robert. Sí, y también lo adora. ¿Queréis que le diga cuán a menudo pensaba en él su idolatrado padre? A mi hermano le gustaba mucho hacer hijos, pero después del parto no eran más que un estorbo.

—Pregunta por vos todos los días, es...

—Me estáis haciendo enfadar, Davos. No quiero oír más sobre el chico bastardo.

—Su nombre es Edric Tormenta, señor.

—Ya sé cuál es su nombre, y le queda de maravilla. Proclama a gritos su condición de ilegítimo, su alta cuna y el caos que lo acompaña. Edric Tormenta. Ya lo he dicho. ¿Satisfecho?

—Edric... —empezó.

—¡No es más que un chico! Podría ser el mejor muchacho que jamás haya pisado la tierra, y tampoco tendría importancia. Mi deber es para con el reino. —Barrió con la mano la Mesa Pintada—. ¿Cuántos muchachos viven en Poniente? ¿Cuántas niñas? ¿Cuántos hombres, cuántas mujeres? Ella dice que la oscuridad los devorará a todos, que caerá la noche que no acaba jamás. Habla de profecías... un héroe renacido en el mar, dragones vivos que nacen de la piedra muerta... Habla de señales y jura que todas apuntan hacia mí. Yo no pedí esto, igual que no pedí ser rey. Pero ¿puedo echar en saco roto lo que me dice? —Rechinó los dientes—. Nosotros no elegimos nuestro destino, pero tenemos... tenemos que cumplir con nuestro deber, ¿no? Grandes o pequeños, tenemos que cumplir con nuestro deber. Melisandre jura que me ha visto en sus llamas enfrentándome a la oscuridad con *Dueña de Luz* alzada en la mano. ¡*Dueña de Luz!* —Stannis soltó un bufido despectivo—. Reconozco que tiene un brillo bonito,

pero en el Aguasnegras, esta espada mágica no hizo nada que no hubiera hecho un vulgar acero. Un dragón habría cambiado el rumbo de esa batalla. Hace muchos años, Aegon estuvo donde yo estoy ahora mismo, contemplando esta misma mesa. ¿Creéis que hoy lo llamaríamos Aegon el Conquistador si no hubiera tenido dragones?

—Alteza —dijo Davos—, el precio...

—¡Ya sé cuál es el precio! Anoche miré en la chimenea y volví a ver cosas en las llamas. Vi a un rey con una corona de fuego en la cabeza, ardiendo... Ardiendo, Davos. Su corona lo devoró y lo transformó en cenizas. ¿Creéis que necesito que Melisandre me diga qué significa? ¡O que me lo digáis vos! —El rey se movió, y su sombra fue a caer sobre Desembarco del Rey—. Si Joffrey muriera... ¿qué importaría la vida de un chico bastardo comparada con la de un reino?

—Mucho. Todo —dijo Davos en voz baja.

Stannis lo miró con los dientes apretados.

—Marchaos —dijo al final el rey—. Marchaos antes de que digáis algo que os haga volver a la mazmorra.

A veces, los vientos tormentosos son tan fuertes que el marinero no tiene más remedio que recoger velas.

—Como vuestra alteza ordene.

Davos se inclinó, pero al parecer, Stannis ya se había olvidado de él.

Cuando salió del Tambor de Piedra al patio hacia mucho frío. Un viento fuerte soplaban del este, con lo que los estandartes ondeaban y restallaban contra los muros. El aire olía a sal. «El mar». Le encantaba aquel olor. Le daba ganas de volver a caminar sobre una cubierta, de izar las velas y navegar hacia el sur, para reunirse con Marya y sus dos pequeños. Cada día que pasaba pensaba más en ellos, y por las noches era aún peor. Una parte de él no deseaba otra cosa que volver a su casa con Devan. «No puedo. Por ahora no. Soy un señor, soy la mano del rey, no le puedo fallar».

Alzó los ojos para contemplar las murallas. Un millar de gárgolas y figuras grotescas le devolvieron la mirada desde arriba, todas diferentes: guivernos, grifos, demonios, mantícoras, minotauros, basiliscos, sabuesos infernales, dragones alados, dragones con cabeza de ave y otras muchas criaturas extrañas que brotaban de las almenas del castillo como si hubieran cobrado vida. Y no solo había dragones en las gárgolas; estaban por todas partes. La sala principal era un dragón tendido sobre el vientre; se entraba en él por la boca abierta. Las cocinas eran un dragón enroscado sobre sí mismo; el humo y el vapor de los hornos salía por las fosas nasales. Las torres eran dragones acuclillados sobre las murallas o a punto de emprender el vuelo; el Dragón del Viento parecía rugir desafiante, mientras que la Torre del Dragón Marino miraba serena hacia las olas. Otros dragones más pequeños enmarcaban las puertas. De las paredes salían zarpas de

dragón para sujetar las antorchas; grandes alas de piedra envolvían la herrería y la armería; las colas formaban arcos, puentes y escaleras exteriores.

Davos había oído decir muchas veces que los magos de Valyria no tallaban y cincelaban como vulgares albañiles, sino que trabajaban la piedra con fuego y magia igual que haría un alfarero con la arcilla. Ya no sabía qué pensar.

« ¿Y si eran dragones de verdad y por algún motivo se transformaron en piedra?» .

—Si la mujer roja les devuelve la vida, el castillo se derrumba, creo yo. ¿Qué dragones irían por ahí llenos de habitaciones, escaleras y muebles? Y ventanas. Y chimeneas. Y desagües para los retretes.

Davos se volvió para mirar a Salladhor Saan.

—¿Significa esto que me has perdonado por mi traición, Salla?

—Perdonado, sí; olvidado, no. —El viejo pirata le agitaba un dedo ante la nariz—. Todo ese bonito oro de isla Zarpa podría haber sido mío; solo de pensarlo me siento viejo y cansado. Cuando muera pobre, mis esposas y concubinas te maldecirán, Caballero de las Cebollas. Lord Celtigar tenía muchos vinos buenos que no estoy bebiendo, un águila marina que había entrenado para que se le posara en la muñeca y un cuerno mágico para invocar a los krákens de las profundidades. Muy útil me resultaría un cuerno así, para acabar con los tyroshis y otras criaturas molestas. Pero ¿podré hacer sonar ese cuerno? No, porque el rey nombró mano a mi viejo amigo. —Entrelazó su brazo con el de Davos—. Los hombres de la reina no te tienen ningún afecto, viejo amigo. He oido por ahí que cierta mano está haciendo nuevas amistades. ¿Es verdad, sí?

« Sabes demasiado, viejo pirata» . Un contrabandista tenía que conocer a los hombres tan bien como las mareas o no duraba mucho tiempo en el negocio. Los hombres de la reina eran seguidores fervorosos del Señor de Luz, pero el pueblo de Rocadragón volvía poco a poco a los dioses que había conocido toda la vida. Decía que Stannis estaba hechizado, que Melisandre lo había apartado de los Siete y lo hacía inclinarse ante un demonio salido de las sombras... y, lo peor de todo, que tanto ella como su dios le habían fallado. Y había caballeros y señores menores que pensaban lo mismo. Davos los había buscado y los había elegido uno a uno con el mismo cuidado con que en otros tiempos seleccionaba sus tripulaciones. Ser Gerald Gower peleó con decisión en el Aguasnegras, pero después le habían oido decir que R'hllor debía de ser un dios muy débil si dejaba que un enano y un muerto derrotaran a sus seguidores. Ser Andrew Estermont era primo del rey; años atrás lo había servido como escudero. El Bastardo de Canto Nocturno había estado al frente de la retaguardia que permitió que Stannis se pusiera a salvo en las galeras de Salladhor Saan, pero adoraba al Guerrero con una fe tan fiera como su temperamento. « Hombres del rey, no de la reina» . Pero no le convenía alardear de ellos.

—Cierta pirata lyseno me dijo una vez que un buen contrabandista no se deja

ver —replicó Davos con cautela—. Velas negras, remos envueltos en tela y una tripulación que sepa contener la lengua.

—Una tripulación sin lengua es todavía mejor. —El lysiense se echó a reír—. Un montón de mudos fuertes que no sepan leer ni escribir. —Se puso serio—. Pero me alegra de que alguien te vigile las espaldas, viejo amigo. ¿Qué opinas tú? ¿El rey le entregará el chico a la sacerdotisa roja? Un dragoncito podría poner fin a esta guerra.

Por la fuerza de la costumbre se llevó la mano al cuello para tocar su suerte, pero ya no tenía las falanges y no encontró nada.

—No —respondió Davos—. No es capaz de hacerles daño a los de su sangre.

—Lord Renly se alegrará mucho cuando se entere.

—Renly era un traidor que se había alzado en armas. Edric Tormenta es inocente de todo crimen. Su alteza es un hombre justo.

—Ya veremos. —Salla se encogió de hombros—. O ya verás. En cuanto a mí, vuelvo al mar. Puede que por la bahía del Aguasnegras haya viles contrabandistas navegando que no quieran pagar los legítimos impuestos de su señor. —Le dio una palmada en la espalda a Davos—. Cuidate. Y tus amigos mudos también. Ahora eres muy grande, pero cuanto más alto está un hombre, desde más arriba cae.

Davos reflexionó sobre aquellas palabras mientras subía por los peldaños de la Torre del Dragón Marino hacia las habitaciones del maestre, debajo de las pajareras. No hacía falta que Salla le dijera que había ascendido demasiado.

«No sé leer, no sé escribir, los señores me desprecian, no sé nada de gobernar, ¿cómo puedo ser la mano del rey? Mi lugar está en la cubierta de un barco, no en la torre de un castillo».

Aquello mismo le había dicho al maestre Pylos.

—Sois un excelente capitán —fue la respuesta del maestre—. Un capitán gobierna su barco, ¿no? Tiene que navegar por aguas traicioneras y mover las velas para captar el viento; debe saber cuándo se acerca una tormenta y la mejor manera de cepearla. Esto viene a ser lo mismo.

La intención de Pylos era buena, pero sus palabras tranquilizadoras no lo convencían.

—¡No es lo mismo! —protestó Davos—. Un reino no es un barco... y menos mal, porque en ese caso, este reino se estaría hundiendo. Entiendo de tablones, de sogas y de agua, sí, pero ¿de qué me sirve eso ahora? ¿Cómo voy a dar con un viento que sopla para llevar al rey Stannis a su trono?

El maestre se había reído.

—Ahí tenéis, mi señor. Las palabras son viento, ya lo sabéis, y vos habéis enviado muy lejos las mías con vuestro sentido común. Creo que su alteza sabe muy bien qué le podéis dar.

—Cebollas —dijo Davos, sombrío—. Eso es todo lo que le puedo dar. La

mano del rey debería ser un señor de alta cuna, sabio y culto, un buen comandante de batalla o un gran caballero...

—Ser Ryam Redwyne fue el caballero más grande de sus tiempos, y también una de las peores manos que jamás hayan servido a un rey. Las plegarias del septón Murmison hacían milagros, pero cuando fue mano, el reino entero no tardó en rezar pidiendo a los dioses que muriera pronto. Lord Butterwell era famoso por su ingenio; Myles Smallwood, por su valor; ser Otto Hightower, por sus conocimientos; pero todos y cada uno de ellos fracasaron como manos. En cuanto a la cuna, los reyes dragón solían elegir a las manos entre los de su sangre, con resultados tan diversos como Baelor Rompelanzas y Maegor el Cruel. En cambio, tenemos al septón Barth, el hijo de un herrero, que el Viejo Rey encontró en la biblioteca de la Fortaleza Roja. Le dio al reino cuarenta años de paz y abundancia. —Pylos sonrió—. Leed la historia, lord Davos; descubriréis que vuestras dudas no tienen fundamento.

—¿Cómo voy a leer la historia si no sé leer?

—Cualquiera puede aprender, mi señor —dijo el maestre Pylos—. No hace falta ninguna magia ni haber nacido en una familia noble. Por orden del rey, le estoy enseñando ese arte a vuestro hijo. Os puedo enseñar a vos también.

Fue una oferta generosa, y Davos no podía rechazarla, de manera que todos los días visitaba las habitaciones del maestre, en la Torre del Dragón Marino, para romperse la cabeza sobre rollos, pergaminos y grandes tomos encuadrados en cuero, intentando desentrañar unas pocas palabras más. El esfuerzo le provocaba jaquecas a menudo, y encima lo hacía sentir tan grotesco como Caramanchada. Su hijo Devan aún no tenía doce años y ya iba mucho más adelantado que él, y para la princesa Shireen y Edric Tormenta, leer era tan natural como respirar. Cuando de libros se trataba, Davos era más niño que cualquiera de ellos, pero perseveró. Era la mano del rey, y la mano del rey tenía que saber leer.

La estrecha escalera de caracol de la Torre del Dragón Marino había sido una dura prueba para el maestre Cressen después de que se rompiera la cadera. Davos todavía echaba de menos al anciano. Suponía que a Stannis le pasaba lo mismo. Pylos era listo, diligente y bienintencionado, pero también muy joven, y el rey no confiaba en él como había confiado en Cressen. El anciano había estado tanto tiempo con Stannis...

«Hasta que se enfrentó a Melisandre, y por ello murió».

En la parte superior de las escaleras, Davos oyó el tintineo de unas campanillas que solo podían pertenecer a Caramanchada. El bufón de la princesa estaba esperándola ante la puerta del maestre como un perro fiel. Gordo, fofo, de hombros caídos y con el rostro amplio cubierto por un tatuaje de escaques rojos y verdes, Caramanchada lucía un yelmo que en realidad eran unas astas de ciervo atadas a un cubo de hojalata. De las puntas colgaba una docena de cascabeles que tintineaban cuando se movía... es decir, constantemente, ya que

el bufón no sabía estarse quieto. El tintineo lo acompañaba siempre; no era de extrañar que Pylos le hubiera prohibido estar presente durante las clases de Shireen.

—En el fondo del mar, los peces viejos se comen a los peces jóvenes —farfulló el bufón al ver a Davos. Inclinó la cabeza, y las campanillas entrechocaron y tintinearon de nuevo—. Lo sé, lo sé, je, je, je.

—Aquí arriba, el pez joven enseña al pez viejo —dijo Davos, que no se sentía nunca tan anciano como cuando se sentaba para intentar leer.

La cosa habría sido muy diferente si el viejo maestre Cressen le hubiera dado las lecciones, pero Pylos era tan joven que podría ser su hijo. Cuando entró, el maestre estaba sentado junto a la mesa larga de madera cubierta de libros y pergaminos, frente a los tres niños. La princesa Shireen estaba entre los dos muchachitos. Ver a un descendiente suyo en compañía de una princesa y el bastardo de un rey le proporcionaba a Davos una gran alegría.

« Devan será algún día un señor, no un simple caballero. El señor de La Selva. —A Davos, aquello lo hacía más feliz que ostentar él mismo el título—. Y sabe leer. Leer y escribir, como si hubiera nacido para ello. —Pylos no hacía más que alabarla por su diligencia, y el maestro de armas decía que Devan también parecía muy prometedor con la espada y con la lanza—. Además es un chico piadoso» .

—Mis hermanos han subido al Salón de Luz —había dicho Devan cuando su padre le contó cómo habían muerto sus cuatro hermanos mayores—. Rezaré por ellos junto a las hogueras nocturnas, y también por ti, padre, para que camines bajo la Luz del Señor hasta el fin de tus días.

« Se parece mucho a Dale cuando tenía su edad», pensó Davos. Su primogénito no había tenido nunca ropa tan elegante como el atuendo de escudero de Devan, claro, pero compartían el mismo rostro cuadrado, los mismos ojos castaños de mirada franca, el mismo cabello castaño fino y alborotado... Las mejillas y la barbilla de Devan estaban salpicadas de vello rubio, una pelusa que no habría sido digna ni de un melocotón, pero el muchacho estaba orgulloso de su barba. « Igual que Dale de la suya, hace años» . De los tres niños sentados a la mesa, Devan era el mayor, pero Edric Tormenta era medio palmo más alto, y tenía el pecho más amplio y los hombros más anchos. En aquello era igual que su padre, además de que ninguna mañana se perdía los ejercicios con la espada y el escudo. Los que habían conocido a Robert y a Renly de niños decían que el bastardo se parecía a ellos mucho más de lo que nunca se había parecido Stannis: el pelo negro como el carbón, los ojos azul oscuro, la boca, la mandíbula, los pómulos... Solo sus orejas daban testimonio de que su madre había sido una Florent.

—Buenos días, padre —lo saludó el muchacho.

—Buenos días, mi señor —saludó también Edric. El muchacho era impetuoso

y orgulloso, pero los maestres, los castellanos y los maestros de armas que lo habían criado le habían inculcado modales corteses—. ¿Venís de ver a mi tío? ¿Cómo está su alteza?

—Bien —mintió Davos. A decir verdad, el rey estaba demacrado y macilento, pero no consideró necesario cargar al niño con sus temores—. Espero no haber interrumpido la lección.

—Acabamos de terminar, mi señor —dijo el maestre Pylos.

—Hemos leído cosas sobre el rey Daeron I. —La princesa Shireen era una niña triste, dulce y gentil, pero en absoluto bonita. Había heredado la mandíbula cuadrada de Stannis y las orejas Florent de Selyse, y los dioses, en su cruel sabiduría, habían considerado oportuno empeorar su fealdad aquejándola de psoriagrís cuando aún era un bebé. La enfermedad le había dejado una mejilla y la mitad del cuello de color gris y con la piel dura y agrietada, aunque no le había arrebatado la vida ni la vista—. Fue a la guerra y conquistó Dorne. Lo llamaban el Joven Dragón.

—Adoraba a falsos dioses —apuntó Devan—, pero por lo demás fue un gran rey, y muy valiente en las batallas.

—Es verdad —asintió Edric Tormenta—, pero mi padre era más valiente aún. El Joven Dragón no ganó nunca tres batallas el mismo día.

—¿El tío Robert ganó tres batallas en un día? —La princesa lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Fue cuando vino para convocar a sus señores vasallos —dijo el bastardo con un gesto de asentimiento—. Los señores Grandison, Cafferen y Fell planeaban unir sus fuerzas en Refugio Estival y atacar Bastión de Tormentas, pero mi padre se enteró gracias a un informador, y enseguida se puso en marcha con sus caballeros y escuderos. A medida que los conspiradores iban llegando a Refugio Estival uno a uno, los fue derrotando por turnos antes de que pudieran reunirse con los otros. Mató a lord Fell en combate singular y capturó a su hijo Hacha de Plata.

—¿Fue así de verdad? —le preguntó Devan a Pylos.

—Ya te he dicho que sí —respondió Edric Tormenta antes de que el maestre pudiera decir nada—. Los derrotó a los tres, y luchó con tanto valor que luego lord Grandison y lord Cafferen se pasaron a su bando, igual que Hacha de Plata. A mi padre no lo pudo vencer nadie jamás.

—No está bien fanfarronear, Edric —le dijo el maestre Pylos—. El rey Robert sufrió derrotas, igual que cualquier otro hombre. Lord Tyrell lo venció en Vado Ceniza, y más de una vez lo descabalgaron en los torneos.

—Pero ganó más veces de las que perdió. Además, mató al príncipe Rhaegar en el Tridente.

—Eso es verdad —asintió el maestre—. Bueno, ahora tengo que atender a lord Davos, que está teniendo mucha paciencia. Mañana seguiremos leyendo *La*

conquista de Dorne, del rey Daeron.

La princesa Shireen y los muchachos se despidieron con cortesía. En cuanto salieron, el maestre Pylos se acercó a Davos.

—Tal vez vos también deberíais probar con *La conquista de Dorne*, mi señor.

—Empujó sobre la mesa el libro encuadrado en cuero—. El rey Daeron escribía con elegante sencillez, y la historia está llena de sangre, batallas y hazañas valerosas. Vuestro hijo está fascinado.

—Mi hijo aún no tiene doce años. Yo soy la mano del rey. Dadme otra carta, por favor.

—Como queráis, mi señor. —El maestre Pylos rebuscó en la mesa y desenrolló varios pergaminos para luego descartarlos—. No hay cartas nuevas. A ver si aparece alguna vieja...

A Davos le gustaban las buenas historias tanto como a cualquiera, pero tenía la sensación de que Stannis no lo había nombrado mano para que se divirtiera. Su principal obligación era ayudar al rey a gobernar, y para eso tenía que comprender las palabras que llevaban los cuervos. La mejor manera de aprender una cosa era hacerla, tanto si se trataba de velas como de pergaminos. Pylos le pasó una carta.

—Esta nos puede servir.

Davos estiró el cuadrado de pergamino arrugado y escudriñó la letra menuda. Leer era un gran esfuerzo para los ojos; era lo primero que había aprendido. A veces se preguntaba si en la Ciudadela le daban un premio al maestre que escribiera con la caligrafía más pequeña. Pylos se rio cuando se lo dijo, pero...

—A los... cinco reyes —leyó Davos titubeando un instante con la palabra *cinco*, que no veía escrita muy a menudo—. El rey... Ma... El rey... ¿masilla?

—Más allá —le corrigió el maestre.

—El Rey-más-allá-del-Muro avanza... —Davos hizo una mueca—. Avanza hacia el sur. Va al frente de un... un... grano...

—Gran.

—Un gran ejército de sal... sal... salvajes. Lord Mmmor... Mormont envió un... cuervo desde el bo... bo... bo...

—Bosque. El bosque Encantado —dijo Pylos, señalando las palabras con el dedo.

—El bosque Encantado. Lo han... ¿atacado?

—Sí.

Siguió leyendo, satisfecho.

—Des... después llegaron otros pájaros sin mensajes. Te... tememos que... Mormont haya muerto con todos sus... todos sus... hombros... no, hombres. Tememos que Mormont haya muerto con todos sus hombres. —De repente, Davos comprendió lo que estaba leyendo. Dio la vuelta a la carta y vio que el

lacre con que la habían sellado era negro—. Esto es de la Guardia de la Noche. ¿Lo ha visto el rey Stannis, maestre?

—Se lo llevé a lord Alester en cuanto llegó. Por aquel entonces, él era la mano. Creo que habló del asunto con la reina. Cuando le pregunté si quería enviar alguna respuesta, me dijo que no fuera idiota. « Su alteza no tiene hombres para sus propias batallas; no le van a sobrar para desperdiciarlos con los salvajes» , me respondió.

Era verdad. Además, la mención a los cinco reyes habría puesto furioso a Stannis.

—Solo un hombre que se muere de hambre le suplica pan a un mendigo —murmuró.

—¿Cómo decís, mi señor?

—Es una frase de mi esposa.

Davos tamborileó sobre la mesa con los dedos cortados. La primera vez que había visto el Muro no tenía ni la edad de Devan, y viajaba en la *Gata de Piedra* bajo las órdenes de Roro Uhoris, un tyroshi conocido en todo el mar Angosto como el Bastardo Ciego, aunque no era ni una cosa ni la otra. Roro había navegado más allá de Skagos, hasta el mar de los Escalofríos; había visitado un centenar de calas que hasta entonces no habían visto una nave mercante. Llevaba acero: espadas, hachas, yelmos y buenas cotas de malla, que intercambiaba por pieles, marfil, ámbar y obsidiana. Cuando la *Gata de Piedra* volvió hacia el sur llevaba las bodegas abarrotadas, pero en la bahía de las Focas, tres galeras negras le cortaron el paso y la obligaron a poner rumbo a Guardiaoriente. Perdieron el cargamento, y el Bastardo perdió la cabeza por el delito de vender armas a los salvajes.

En sus tiempos de contrabandista, Davos había comerciado con Guardiaoriente. Los hermanos negros eran temibles como enemigos, pero buenos como clientes para un barco que llevara la carga adecuada. Pero, aunque aceptaba sus monedas, no había olvidado cómo rodó la cabeza del Bastardo Ciego por la cubierta de la *Gata de Piedra*.

—Cuando era niño conocí a algunos salvajes —le dijo al maestre Pylos—. Eran buenos robando, pero nefastos regateando. Uno se escapó con nuestra chica de los camarotes. Parecían hombres como todos los demás, unos buenos y otros malos.

—Los hombres son hombres —asintió el maestre Pylos—. ¿Seguimos leyendo, mi señor mano?

« Sí, soy la mano del rey». Stannis podía hacerse llamar rey de Poniente, pero en realidad era el rey de la Mesa Pintada. Controlaba Rocadragón y Bastión de Tormentas, y tenía una alianza un tanto inestable con Salladhor Saan, pero nada más. ¿Cómo era posible que la Guardia le pidiera ayuda? « Tal vez no sepan que cuenta con muy pocos hombres ni que su causa está perdida» .

—¿Estáis seguro de que Stannis no llegó a ver esta carta? ¿Y tampoco Melisandre?

—No. ¿Creéis que se la debo llevar, aunque haya pasado mucho tiempo?

—No —replicó Davos al instante—. Cumplisteis con vuestro deber al llevársela a lord Alester.

« Si Melisandre supiera lo que dice esta carta...». ¿Cómo había dicho la mujer roja? « Las fuerzas de aquel cuyo nombre no debe pronunciarse están tomando posiciones, Davos Seaworth. Pronto llegarán el frío y la noche que no acaba jamás». Y Stannis había tenido una visión en las llamas: un círculo de antorchas en la nieve y, alrededor, criaturas terroríficas.

—¿Os encontráis bien, mi señor? —preguntó Pylos.

« Tengo miedo, maestre», podría haberle dicho. Davos estaba recordando una historia que le había contado Salladhor Saan, acerca de cómo Azor Ahai había templado *Dueña de Luz* clavándola en el corazón de su amada esposa. « Mató a su esposa para combatir la oscuridad. Si Stannis es Azor Ahai redivivo, ¿significa eso que Edric Tormenta debe desempeñar el papel de Nissa Nissa?».

—Estaba distraído, maestre. Disculpadme. —« ¿Qué tendría de malo que un rey salvaje conquistara el norte?». El norte no estaba en poder de Stannis. No se le podía pedir a su alteza que defendiera a unas personas que no lo reconocían como rey—. Dadme otra carta —pidió bruscamente—. Esta es demasiado...

—Difícil? —sugirió Pylos.

« Pronto llegará el frío —susurró Melisandre—. Y la noche que no acaba jamás».

—Problemática —dijo Davos—. Demasiado problemática. Otra carta, por favor.

Al despertar vieron la humareda. Villa Topo estaba ardiendo.

En la cima de la Torre del Rey, Jon Nieve se apoyó en la muleta acolchada que le había proporcionado el maestre Aemon y vio cómo ascendía el penacho gris. Cuando Jon se les escapó, Styr había perdido toda esperanza de tomar el Castillo Negro por sorpresa; aun así no hacia falta que anunciara su llegada de manera tan abierta.

«Puede que nos matéis —reflexionó—, pero no moriremos en la cama. Al menos eso lo he logrado».

La pierna todavía le hacía ver las estrellas cuando apoyaba el peso en ella. Aquella mañana había necesitado la ayuda de Clydas para ponerse la ropa negra recién lavada y anudarse las botas, y cuando terminó habría dado cualquier cosa por volver a ahogarse en la leche de la amapola, pero se conformó con media copa de vino del sueño, con morder un trozo de corteza de sauce y con la muleta. El faro estaba ardiendo en el Saliente de la Almenara, y la Guardia de la Noche necesitaba de todos sus hombres.

—Puedo pelear —insistió cuando intentaron detenerlo.

—Ya tienes la pierna curada, ¿no? —se mofó Noye—. Supongo que entonces no te importará si te doy una patadita.

—Pues preferiría que no. La tengo rígida, pero con la muleta me puedo mover, y puedo luchar si hago falta.

—Necesito hasta al último hombre que sepa qué extremo de la lanza sirve para ensartar salvajes.

—El extremo puntiagudo. —Jon recordó haberle dicho algo parecido a su hermana pequeña hacía tiempo.

—Puede que sirvas de algo —dijo Noye frotándose las cerdas de la barba—. Te pondremos en una torre con un arco, pero si te caes y te matas, luego no me vengas llorando.

Contempló el serpenteante trazado del camino Real hacia el sur, a través de campos pedregosos y colinas azotadas por el viento. El magnar llegaría por aquel camino antes de que terminara el día; sus thenitas marcharían tras él con hachas y lanzas en las manos, con sus escudos de bronce y cuero a la espalda.

«Grigg el Cabra, Quort, Forúnculo y todos los demás. Y también Ygritte». Los salvajes no habían llegado a ser sus amigos; no había permitido que llegaran a ser sus amigos, pero en cambio, ella...

Sintió una punzada de dolor allí donde su flecha se le había clavado en la carne del muslo. Recordó también los ojos del anciano, y la sangre negra que le manó de la garganta mientras la tormenta restallaba en el cielo. Pero lo que mejor recordaba era la gruta, la muchacha desnuda a la luz de la antorcha, el sabor de su boca cuando la abrió para besarla.

«No te acerques, Ygritte. Ve hacia el sur a saquear o escóndete en uno de esos torreones que tanto te han gustado. Aquí no encontrarás nada, solo la muerte».

Al otro lado del patio, uno de los arqueros situados en el techo de los viejos Barracaones de Pedernal se había desanudado los calzones y estaba meando desde una almena.

«Mully». Era fácil identificarlo por su grasiendo pelo anaranjado. En otros tejados, y también en las cimas de las torres, se veían más hombres con capas negras, aunque nueve de cada diez eran de paja. Eran los «centinelas espantapájaros», tal como los llamaba Donal Noye. «Pero los pájaros somos nosotros —meditó Jon—, y estamos más que espantados».

Les pusieran el nombre que les pusieran, los soldados de paja habían sido idea del maestre Aemon. Tenían en los almacenes más calzones, túnicas y jubones que hombres para llenarlos, así que ¿por qué no llenar unos cuantos de paja, ponerles capas sobre los hombros y situarlos para montar guardia? Noye los había colocado en todas las torres y en la mitad de las ventanas. Algunos incluso tenían lanzas en las manos o ballestas preparadas bajo los brazos. El objetivo era que los thenitas los vieran desde lejos y decidieran que el Castillo Negro estaba demasiado bien defendido para atacarlo.

Jon compartía el tejado de la Torre del Rey con seis espantapájaros y dos hermanos que respiraban de verdad. Dick Follard el Sordo estaba sentado en una almena y se dedicaba a limpiar y engrasar metódicamente la ballesta para asegurarse de que el mecanismo funcionaba sin problemas, mientras el muchacho de Antigua vagaba inquieto por los parapetos y recolocaba la ropa de los espantapájaros.

«Quizá piensa que pelearán mejor si están bien abrigados. O quizás es que esta espera le está destrozando los nervios, igual que a mí».

El muchacho decía tener dieciocho años, con lo que era mayor que Jon, pero estaba más verde que la hierba del verano. Lo llamaban Seda pese a que vestía la lana, la cota de malla y el cuero curtido de la Guardia de la Noche; era el nombre que le habían puesto en el burdel donde había nacido y crecido. Era hermoso como una muchachita, con ojos oscuros, piel suave y bucles negros. Pero medio año en el Castillo Negro le había endurecido las manos, y Noye decía que era aceptablemente diestro con la ballesta. En cambio, de su valor para enfrentarse a lo que se avecinaba...

Jon se apoyó en la muleta para cojear por la cima de la torre. La Torre del Rey no era la más alta del castillo; aquel honor le correspondía a la esbelta y ruinosa Lanza, aunque según Othell Yarwyck podía venirse abajo el día menos pensado. Tampoco era la más fuerte; la Torre de los Guardias, junto al camino Real, sería un hueso más duro de roer. Pero era suficientemente alta y fuerte, y estaba bien situada junto al Muro; desde allí se dominaban la puerta y la base de

la escalera de madera.

La primera vez que había visto el Castillo Negro, Jon se había preguntado cómo habría alguien tan idiota como para construir un castillo sin murallas. ¿Cómo se podría defender?

—No se puede —le había dicho su tío—. De eso se trata. La Guardia de la Noche ha jurado no tomar parte en las disputas del reino. Pero, a lo largo de los siglos, ciertos comandantes más orgullosos que sensatos dejaron de lado sus votos y, con su ambición, estuvieron a punto de acabar con nosotros. El lord comandante Runcel Hightower intentó que su hijo bastardo heredara el mando de la Guardia. El lord comandante Rodrik Flint quiso convertirse en el Rey-más-allá-del-Muro. Tristan Mudd, Marq Rankenfell el Loco, Robin Hill... ¿Sabías que hace seiscientos años los comandantes de Puerta de la Nieve y el Fuerte de la Noche se declararon la guerra? ¿Y que cuando el lord comandante trató de detenerlos, unieron sus fuerzas para asesinarlo? El Stark de Invernalia tuvo que intervenir... y les cortó la cabeza a los dos. Cosa que consiguió sin dificultades, porque no pudieron defender sus fortalezas. La Guardia de la Noche ha tenido novecientos noventa y seis lores comandantes antes de Jeor Mormont; casi todos fueron hombres valientes, hombres de honor... pero también hemos tenido nuestra ración de cobardes, de estúpidos, de tiranos y de locos. Sobrevivimos porque los señores y los reyes de los Siete Reinos saben que, sea quien sea nuestro comandante, no somos una amenaza para ellos. Nuestros únicos enemigos están al norte, y al norte tenemos el Muro.

«Pero ahora esos enemigos han saltado el Muro y vienen desde el sur —reflexionó Jon—, y los señores y los reyes de los Siete Reinos se han olvidado de nosotros. Estamos atrapados entre la espada y la pared». Sin murallas, el Castillo Negro era indefendible; Donal Noye lo sabía tan bien como los demás.

—El castillo no les servirá de nada —le dijo el armero a su reducida guarnición—. Las cocinas, la sala común, los establos, las torres... Que se lo queden todo. Vaciaremos la armería y trasladaremos las provisiones de las despensas al Muro, y organizaremos la defensa en torno a la puerta.

De manera que el Castillo Negro tenía por fin una especie de muralla: una barricada en forma de media luna de cuatro varas de altura, hecha de todo lo que encontraron en los almacenes: barriles de clavos y toneles de cordero en salazón, cajones, fardos de paño negro, troncos apilados, maderas, estacas endurecidas, y sacos y más sacos de cereales. El rudimentario baluarte circundaba las dos cosas que más defensa necesitaban: la puerta del norte y el pie de la gran escalera de madera en zigzag que ascendía por la cara del Muro como un relámpago borracho, gracias al apoyo de vigas grandes como troncos de árboles clavadas muy profundamente en el hielo.

Jon vio que los pocos topos que faltaban seguían ascendiendo, apremiados por sus hermanos. Grenn llevaba en brazos a un niño, y Pyp, dos tramos más abajo,

cargaba con un anciano al hombro. Los aldeanos más viejos seguían abajo, esperando a que volviera a bajar la jaula para recogerlos. Vio a una madre que subía con dos niños, uno de cada mano, mientras otro, un poco mayor, la adelantaba por las escaleras. A setenta varas por encima de ellos, Sue Cielo Azul y lady Meliana, que, según todos sus amigos, en realidad no era ninguna dama, y lo de *lady* le sobraba, estaban en un rellano mirando hacia el sur. Sin duda, desde donde se encontraban veían el humo mejor que él. Jon se preguntó qué habría sido de los aldeanos que habían optado por quedarse. Siempre había alguno, demasiado testarudo, demasiado idiota o demasiado valiente para huir; siempre había alguien que decidía quedarse para luchar, para esconderse o para doblar la rodilla. Tal vez los thenitas les perdonarían la vida.

«Lo mejor sería tomar la iniciativa del ataque —pensó—. Con cincuenta exploradores y buenos caballos les cortaríamos el paso». Pero no disponían de cincuenta exploradores, ni siquiera de veinticinco caballos. La guarnición no había regresado; no había manera de saber dónde estaba; ni siquiera si los jinetes que había enviado Noye la habían encontrado.

«La guarnición somos nosotros —se dijo Jon—. Bien poca cosa». Los hermanos que no se había llevado Bowen Marsh eran los ancianos, los tullidos y los novatos, tal como le había advertido Donal Noye. Vio a algunos que subían jadeantes con toneles por las escaleras; a otros, en la barricada; al viejo y corpulento Tonelete, tan lento como siempre; a Bota de Sobra, que caminaba a saltitos con una pata de madera; a Simple, que estaba medio loco y se consideraba una reencarnación del bufón Florian; a Dilly el dorniense; a Alyn el Rojo de Palisandro; a Henly el Joven, con más de cincuenta años; a Henly el Viejo, bien pasados los setenta; a Hal el Peludo; a Calvasucia de Poza de la Doncella... Un par de ellos vieron que Jon los miraba desde la cima de la Torre del Rey y lo saludaron con la mano. Otros se volvieron. «Siguen pensando que soy un cambiácapas». Era un trago amargo, pero Jon los comprendía. Al fin y al cabo, era un bastardo. Todo el mundo sabía que los bastardos eran por naturaleza licenciosos y traicioneros, porque habían nacido de la luxuria y el engaño. Y en el Castillo Negro se había ganado tantos amigos como enemigos... Por ejemplo, Rast. En cierta ocasión, Jon lo había amenazado con ordenarle a Fantasma que le arrancara el cuello de un mordisco si no dejaba de meterse con Samwell Tarly, y Rast no era de los que olvidaban aquellas cosas. En aquel momento estaba amontonando hojas secas bajo la escalera, pero de cuando en cuando se detenía un instante para lanzarle una mirada de odio.

—¡No! —rugió Donal Noye a tres hombres de Villa Topo, que estaban mucho más abajo—. La brea va al elevador; el aceite, por las escaleras; las saetas para las ballestas, a los rellanos cuarto, quinto y sexto, y las lanzas, al primero y al segundo. El sebo dejadlo bajo la escalera, sí, ahí, detrás de los peldaños. Los toneles de carne son para la barricada. ¡Venga! ¡Es que solo sabéis tirar de un

arado? ¡Venga!

«Tiene voz de gran señor», pensó Jon. Su padre siempre decía que, en una batalla, los pulmones del capitán eran tan importantes como el brazo con el que manejaba la espada.

—No importa lo valeroso o astuto que sea un hombre si no consigue hacer oír sus órdenes —les explicaba lord Eddard a sus hijos, de manera que Robb y él solían subirse a las torres de Invernalia para gritarse desde extremos opuestos del patio.

El vozarrón de Donal Noye los habría acallado a los dos. Los topos le tenían un miedo de muerte, y con buenos motivos, porque siempre los estaba amenazando con arrancarles la cabeza.

Tres cuartas partes de los aldeanos habían seguido al pie de la letra el consejo de Jon y habían acudido al Castillo Negro en busca de refugio. Noye había decretado que todo hombre capaz de sujetar una lanza o blandir un hacha contribuyera a defender la barricada; de lo contrario, que se volviera a su poblado a ver qué le decían los thenitas. Había vaciado la armería para poner en sus manos el mejor acero: hachas de doble filo, puñales bien afilados, mandobles, manguales y mazas. Embutidos en jubones de cuero y cotas de malla, con grebas en las piernas y gorjales para que no les quitaran la cabeza de encima de los hombros, algunos hasta parecían soldados.

«Si hay poca luz. Y si uno entrecierra los ojos».

Noye también les había encomendado trabajos a las mujeres y a los niños. Los que eran demasiado jóvenes para luchar acarrearían agua y se ocuparían de las hogueras; la partera de Villa Topo iba a ayudar a Clydas y al maestre Aemon con los heridos, y de repente, Hobb Tresdedos tenía tantos chicos para girar los espetones, remover los guisados y picar cebollas que no sabía ni qué hacer con ellos. Dos de las prostitutas se habían ofrecido también para pelear y habían demostrado suficiente habilidad con la ballesta para que se les dejara un lugar en las escaleras, a quince varas de altura.

—Hace frío.

Seda se había metido las manos bajo los sobacos por debajo de la capa. Tenía las mejillas coloradas. Jon se obligó a sonreír.

—Frío hace en los Colmillos Helados. Esto es un día otoñal un poco fresco.

—Entonces no quiero ver los Colmillos Helados. Conocía a una chica de Antigua a la que le gustaba ponerle hielo al vino. Ese es el mejor lugar para el hielo, siquieres que te diga la verdad. El vino. —Seda miró hacia el sur y frunció el ceño—. ¿Crees que los centinelas espantapájaros los han asustado, mi señor?

—Es posible.

Cierto, era posible... pero, en opinión de Jon, lo más probable era que los salvajes hubieran hecho una pausa para violar y saquear Villa Topo. O tal vez Styr estuviera esperando a que cayera la noche para acercarse al abrigo de la

oscuridad.

Llegó y pasó el mediodía sin rastro de los thenitas en el camino Real. En cambio, Jon oyó pisadas en el interior de la torre, y Owen el Bestia asomó la cabeza por la trampilla, con el rostro congestionado por el esfuerzo de la subida. Llevaba bajo un brazo una cesta de panecillos; bajo el otro, un queso grande, y en una mano, una bolsa de cebollas.

—Hobb ha dicho que os trajera algo de comer por si tenéis que quedaros aquí mucho tiempo.

«Sí, o para nuestra última cena».

—Dale las gracias de nuestra parte, Owen.

Dick Follard estaba sordo como una tapia, pero la nariz le funcionaba perfectamente. Los panecillos estaban aún calientes cuando metió la mano en la cesta para sacar uno recién horneado. Encontró también un cuenco de mantequilla y la extendió sobre el pan con la punta del puñal.

—Tiene pasas —anunció satisfecho—. Y frutos secos.

Vocalizaba mal, pero cuando uno se acostumbraba, no le costaba mucho entenderlo.

—Quédate con mi ración —dijo Seda—. No tengo hambre.

—Come —le dijo Jon—. No sabes cuándo volverás a tener otra oportunidad.

Él mismo cogió dos panecillos. Los frutos secos eran piñones, y además de pasas llevaban trocitos de manzana seca.

—¿Vendrán hoy los salvajes, Jon Nieve? —preguntó Owen.

—En ese caso te enterarás —dijo Jon—. Presta atención por si suenan los cuernos.

—Dos. Dos toques de cuerno significan que vienen los salvajes.

Owen era alto, con el pelo rubio y buen carácter, trabajador incansable y con una sorprendente habilidad a la hora de tallar madera, arreglar catapultas y cosas por el estilo, pero como contaba él siempre, a su madre se le había caído de cabeza cuando era un bebé, y la mitad de los sesos se le había salido por una oreja.

—¿Te acordarás de adónde tienes que ir? —le preguntó Jon.

—Sí, a las escaleras, me lo ha dicho Donal Noye. Tengo que subir al tercer rellano y disparar con la ballesta a los salvajes si intentan trepar por la barricada. El tercer rellano, uno, dos y tres. —Movió la cabeza arriba y abajo—. Si los salvajes nos atacan, el rey vendrá a ayudarnos, ¿a que sí? El rey Robert es un gran guerrero. Seguro que viene. El maestre Aemon le ha enviado un pájaro.

Era inútil explicarle que Robert Baratheon había muerto. Se le olvidaría, como ya se le había olvidado antes.

—El maestre Aemon le ha enviado un pájaro —asintió Jon.

Con aquello, Owen se dio por satisfecho.

Era cierto que el maestre Aemon había enviado muchos pájaros... No a un

rey, sino a cuatro. « Salvajes en la puerta —decía el mensaje—. El reino peligra. Enviad toda la ayuda posible al Castillo Negro». Los cuervos habían volado a lugares tan distantes como Antigua o la Ciudadela, y a medio centenar de castillos de poderosos señores. Los señores norteños eran su mayor esperanza, de modo que Aemon les había enviado dos pájaros. Las aves negras llevaron la súplica de ayuda a los Umber y a los Bolton, al Castillo Cerwyn y a la Ciudadela de Torrhen, a Bastión Kar y a Bosquespeso, a la isla del Oso, a Castillo Viejo, a la Atalaya de la Viuda, a Puerto Blanco, a Fuerte Túmulo y a los Riachuelos, a las fortalezas montañosas de los Liddle, los Burley, los Norrey, los Harclay y los Wull. « Salvajes en la puerta. El norte corre peligro. Acuidid con todos vuestros hombres».

Tal vez los cuervos tuvieran alas, pero los señores y los reyes, no. No llegarían aquel día, en caso de que se hubieran puesto en marcha.

A medida que la mañana dejaba paso a la tarde, el humo de Villa Topo se fue disipando y el cielo volvió a estar despejado hacia el sur.

« No hay nubes», pensó Jon. Era una suerte. La lluvia o la nieve podían suponer el final para ellos.

Clydas y el maestre Aemon subieron en la jaula a la seguridad de la cima del Muro, junto con la mayor parte de las mujeres de Villa Topo. Los hombres de negro paseaban inquietos por la parte superior de las torres y se gritaban a través de los patios. El septón Cellador puso a rezar a los hombres de la barricada, implorando al Guerrero que les diera fuerzas. Dick Follard el Sordo se arrebujó bajo la capa y se echó a dormir. Seda recorrió unas cien leguas caminando en círculos. El Muro lloraba, y el sol se deslizaba por el cielo azul. Cerca del anochecer, Owen el Bestia volvió a visitarlos con una hogaza de pan moreno y un cubo del mejor cordero que jamás había preparado Hobb, guisado en una espesa salsa de cerveza y cebollas. Hasta Dick se despertó para probarlo. Se lo comieron sin dejar rastro, porque rebañaron el fondo del cubo con pedazos de pan. Cuando terminaron, el sol se estaba poniendo en el oeste, y las sombras del castillo eran cada vez más alargadas y oscuras.

—Enciende el fuego —le dijo Jon a Seda— y llena de aceite la olla.

Bajó en persona para atrancar la puerta, con la idea de que un poco de ejercicio le aliviaria la rigidez de la pierna. Fue un error, se dio cuenta enseguida, pero de todos modos se aferró a la muleta y lo hizo. La puerta de la Torre del Rey era de roble con tachones de hierro. Serviría para demorar a los thenitas si intentaban entrar, pero a largo plazo no se lo impediría. Jon bajó la tranca, fue al escusado pensando que tal vez sería su última oportunidad, y volvió a subir cojeando al tejado con una mueca de dolor en el rostro.

Hacia el oeste, el cielo era del color de una magulladura, pero sobre ellos todavía era de un azul cobalto, aunque cada vez más purpúreo; las estrellas empezaban a aparecer. Jon se sentó entre dos almenas con la única compañía de

un espantapájaros y observó cómo el Corcel galopaba por el cielo. ¿O era el Señor Astado? Se preguntó dónde estaría Fantasma en aquel momento. Se preguntó también por Ygritte, y se dijo que si seguía así solo conseguiría volverse loco.

Llegaron de noche, por supuesto.

«Como ladrones —pensó Jon—. Como asesinos».

Cuando los cuernos sonaron, Seda se orinó en los calzones, pero Jon fingió que no se daba cuenta.

—Ve a sacudir a Dick por el hombro —le dijo al muchacho de Antigua—. Si no, se pasará la batalla durmiendo.

—Tengo miedo —dijo Seda; estaba pálido como un fantasma.

—Ellos también. —Jon recostó la muleta en una almena y cogió el arco; dobló la suave madera de tejo dorniense para poner la cuerda—. No desperdigies una flecha a menos que tengas buen ángulo de tiro —le dijo a Seda cuando volvió de despertar a Dick—. Aquí arriba tenemos una buena provisión, pero buena no significa inagotable. Y agáchate detrás de una almena para volver a cargar, no te vayas a esconder tras un espantapájaros. Son de paja; las flechas los atravesarán.

No se molestó en decirle nada a Dick Follard. Dick era capaz de leer los labios si había suficiente luz y tenía algún interés en lo que uno dijera, pero aquello ya lo sabía.

Los tres ocuparon posiciones en tres lados de la torre redonda. Jon se colgó un carcaj del cinturón y sacó una flecha. El asta era negra, y la emplumadura, gris. Al ponerla en la cuerda recordó algo que había dicho Theon Greyjoy cuando regresaban de una cacería.

—Que el jabalí se quede con sus colmillos y el oso con sus zarpas —declaró con aquella sonrisa suya—. No hay nada tan mortífero como una pluma de ganso gris.

Jon no había sido nunca tan buen cazador como Theon, pero tampoco manejaba mal el arco. Había sombras oscuras y escurridizas en torno a la armería, con las espaldas contra las paredes de piedra, pero no las distinguía tan bien como para desperdiciar una flecha. Oyó gritos a lo lejos y vio cómo los arqueros de la Torre de los Guardias lanzaban sus flechas hacia el suelo. Estaban demasiado lejos para que fueran de la incumbencia de Jon. Pero cuando vio cómo tres sombras se apartaban de los antiguos establos, a cincuenta pasos de distancia, se puso en pie, alzó el arco y lo tensó. Iban corriendo, de manera que los siguió con la flecha, aguardó, aguardó, aguardó...

El asta siseó al liberarse de la cuerda. Un instante después se oyó un gruñido, y de pronto eran solo dos las sombras que corrían por el patio. Iban tan deprisa como podían, pero Jon ya había sacado una segunda flecha del carcaj. En aquella ocasión se apresuró demasiado y falló. Cuando tuvo preparada otra, los salvajes habían desaparecido. Buscó con la vista otro objetivo y divisó cuatro que

estaban rodeando el cascarón vacío que era la Torre del Lord Comandante. La luz de la luna arrancaba destellos de las lanzas y las hachas que llevaban, e iluminaba los macabros emblemas de sus escudos redondos de cuero: calaveras y huesos, serpientes, zarpas de oso, rostros demoniacos...

« Son del pueblo libre», supo al momento. Los thenitas llevaban escudos de cuero negro grabado, con bordes y tachones de bronce, pero los suyos eran lisos, sin adornos. Aquellos, en cambio, eran los escudos de mimbre, más ligeros, de los invasores.

Jon se llevó la pluma de ganso hasta la oreja, apuntó y soltó la cuerda; sacó otra flecha, tensó y volvió a soltar. La primera perforó el escudo con una zarpá de oso; la segunda, una garganta. El salvaje gritó al caer. Oyó a su izquierda el disparo ronco de la ballesta de Dick el Sordo, y un momento más tarde, el de la de Seda.

—¡Le he dado a uno! —exclamó el chico con voz ronca—. ¡Le he dado en el pecho!

—Dale a otro —dijo Jon.

Ya no tenía que buscar objetivos, solo elegirlos. Mató a un arquero de los salvajes mientras ponía una flecha en el arco; luego disparó contra otro que estaba tratando de derribar la puerta de la Torre de Hardin con un hacha. La segunda vez falló, pero la flecha que se clavó vibrante en el roble hizo que el salvaje se lo pensara mejor. Solo cuando echó a correr reconoció a Forúnculo. Poco después, el viejo Mully le clavó una flecha en la pierna desde el tejado de los Barracones de Pedernal, y el salvaje se arrastró sangrando. « Así dejará de quejarse de lo del culo», pensó Jon.

Cuando tuvo vacío el carcaj, fue a buscar otro y se cambió de almena para estar al lado de Dick Follard el Sordo. Jon disparaba tres flechas por cada saeta que lanzaba Dick; era la ventaja del arco. Había quien decía que las flechas disparadas con ballesta se clavaban a más profundidad, pero costaba más volver a cargar. Le llegaban las voces de los salvajes que se hablaban a gritos; hacia el oeste resonó un cuerno de guerra. El mundo era un contraste entre las sombras y la luz de luna; el tiempo se convirtió en una rueda interminable de tensar y disparar. Una flecha de los salvajes atravesó la garganta del centinela de paja que tenía a un lado, pero Jon Nieve casi ni se dio cuenta.

« Ponedme a tiro al magnar de Thenn —rezó a los dioses de su padre. Al menos el magnar era un enemigo al que podía odiar—. Ponedme a tiro a Styrr».

Empezaba a tener calambres en los dedos, y el pulgar le sangraba ya, pero Jon siguió tensando y disparando, tensando y disparando. El brillo de las llamas atrajo su atención; se volvió y vio cómo empezaba a arder la puerta de la sala común. En pocos instantes, el fuego engulló toda la edificación de madera. Sabía que Hobb Tresdedos y sus ayudantes de Villa Topo estaban a salvo en la cima del Muro, pero aun así, fue como si le dieran un puñetazo en el estómago.

—¡Jon! —gritó Dick el Sordo con su voz peculiar—. ¡La armería!

Los vio. Estaban en el tejado. Uno tenía una antorcha. Dick se subió a una almena para tener mejor ángulo de disparo, se llevó la ballesta al hombro y lanzó una saeta contra el de la antorcha. Falló.

El arquero que había abajo, no.

Follard no emitió sonido alguno. Simplemente, cayó de cabeza por encima del parapeto. El patio estaba cuarenta varas más abajo. Jon oyó el golpe mientras miraba desde detrás de un soldado de paja, para averiguar de dónde había salido la flecha. A menos de cuatro varas del cadáver de Dick el Sordo divisó un escudo de cuero, una capa desastrada y una mata de pelo rojo.

« Besada por el fuego —pensó—. Afortunada». Alzó el arco, pero no fue capaz de soltar la cuerda, y ella desapareció tan repentinamente como había aparecido. Se volvió, mascullando una maldición, y lanzó la flecha a los hombres del tejado de la armería, pero también falló.

Para entonces, los establos del este del castillo también estaban ardiendo; de los pesebres surgían columnas de humo negro y briznas de heno ardiente. Cuando el tejado se derrumbó, las llamas se elevaron con un rugido tan atronador que casi ahogó el sonido de los cuernos de guerra de los thenitas. Cincuenta de ellos se acercaban por el camino Real en una prieta columna, con los escudos sobre las cabezas. Otros habían invadido el huerto; cruzaban el patio de baldosas y rodeaban el viejo pozo seco. Tres se habían abierto camino a hachazos hasta las estancias del maestre Aemon, en el edificio de madera situado bajo las pajereras, y en la parte superior de la Torre Silenciosa tenía lugar una lucha desesperada, espadas de acero contra hachas de bronce. Nada de aquello importaba ya.

« El baile sigue», pensó.

Jon cojeó hasta donde estaba Seda y lo agarró por el hombro.

—¡Ven conmigo! —gritó.

Se dirigieron juntos hasta el parapeto norte, donde la Torre del Rey dominaba la puerta y la barricada que Donal Noye había hecho levantar con barriles y sacos de maíz. Los thenitas habían llegado antes. Llevaban cascós y se habían cosido a las largas túnicas de cuero finos discos de bronce. Muchos esgrimían hachas, también de bronce, aunque las de algunos eran de piedra. Otros llevaban lanzas cortas con la punta en forma de hoja, que brillaban rojas a la luz de las llamas de los establos. Gritaban en la antigua lengua mientras atacaban la barricada a golpes de lanza, blandiendo las hachas de bronce, derramando maíz y sangre con el mismo entusiasmo bajo la lluvia de dardos y flechas que les enviaban los arqueros que Donal Noye había apostado en la escalera.

—¿Qué hacemos? —gritó Seda.

—Matarlos —respondió Jon también a gritos, con una flecha negra en la mano.

Un arquero no podía pedir blancos más fáciles. Los thenitas estaban de espaldas a la Torre del Rey atacando la media luna, trepando por los sacos y barriles para intentar llegar a los hombres de negro. Por casualidad, tanto Jon como Seda eligieron el mismo objetivo. Acababa de alcanzar la cima de la barricada cuando una flecha le brotó del cuello, y una saeta, de entre los omoplatos. Al momento, una espada se le enterró en el vientre, y cayó de espaldas sobre el hombre que lo seguía. Jon echó mano del carcaj y de nuevo se lo encontró vacío. Seda estaba cargando otra vez la ballesta. Lo dejó ocupado en aquella tarea y fue a buscar más flechas, pero no había dado ni tres pasos cuando la trampilla se abrió de golpe frente a él.

«Mierda, ni me he dado cuenta de que derribaban la puerta».

No había tiempo para pensar, para trazar un plan ni para pedir ayuda. Jon soltó el arco, se echó la mano por encima del hombro, desenvainó a *Garra* y enterró la hoja en medio de la primera cabeza que asomó de la torre. El bronce no era rival para el acero valyrio. El golpe destrozó el yelmo del thenita, y la hoja se le clavó en el cráneo; se precipitó por donde había llegado. Por los gritos, Jon supo al instante que se acercaban varios más. Se volvió y llamó a Seda. El siguiente que subió recibió como bienvenida una saeta en la mejilla. También él desapareció.

—El aceite —ordenó Jon.

Seda asintió. Cogieron los gruesos paños acolchados que habían dejado junto al fuego, levantaron la pesada olla de aceite hirviendo y derramaron su contenido por el agujero de la trampilla, sobre los thenitas. Los chillidos fueron lo más espantoso que había oido jamás; Seda parecía a punto de vomitar. Jon cerró de una patada la trampilla, puso encima la pesada olla de hierro y sacudió por los hombros al muchacho del bonito rostro.

—¡Ya vomitarás luego! —le gritó—. ¡Vamos!

Solo habían estado unos momentos apartados de los parapetos, pero abajo todo había cambiado. Una docena de hermanos negros y unos cuantos hombres de Villa Topo resistían aún sobre la barricada de barriles y cajones, pero los salvajes habían invadido la media luna y los obligaban a retroceder. Jon vio cómo uno clavaba la lanza en el vientre de Rast con tanta fuerza que lo levantó por los aires. Henly el Joven estaba muerto, y Henly el Viejo agonizaba rodeado de enemigos. Divisó a Simple, que giraba y lanzaba tajos mientras se reía como un demente con la capa ondeando a la espalda, mientras saltaba de un barril a otro. Un hacha de bronce le acertó debajo de la rodilla, y la risa se transformó en un aullido borbotante.

—Van a entrar —dijo Seda.

—No —replicó Jon—. Ya han entrado.

Todo sucedió muy deprisa. Un topo salió huyendo, luego otro, y de repente, todos los aldeanos estaban tirando las armas y abandonando las barricadas. Los

hermanos no eran suficientes para resistir ellos solos. Jon vio cómo trataban de reorganizar la fila para replegarse en orden, pero los thenitas los arrasaron con lanzas y hachas, y también ellos tuvieron que huir. Dilly el dorniense resbaló y cayó de bruces, y un salvaje le enterró la lanza entre los omoplatos. Tonelete, lento y jadeante, estaba a punto de alcanzar el pie de la escalera cuando un thenita lo agarró por la capa y tiró de él... pero, antes de que pudiera darle un hachazo, una saeta lo derribó.

—¡Le he dado! —se jactó Seda mientras Tonelete empezaba a arrastrarse a cuatro patas por las escaleras.

« Hemos perdido la puerta ». Donal Noy e la había cerrado con cadenas, pero estaba desprotegida; los barrotes de hierro brillaban rojos con el reflejo de las llamas ante el frío túnel negro que protegían. No había quedado nadie atrás para defenderla. El único lugar seguro estaba en la cima del Muro, a trescientas varas de altura por la zigzagueante escalera de madera.

—¿A qué dioses rezas? —le preguntó Jon a Seda.

—A los Siete —respondió el muchacho de Antigua.

—Pues reza. Reza a tus nuevos dioses, que yo rezaré a los antiguos.

A aquello quedaban reducidos.

Con el caos de la trampilla, Jon se había olvidado de volver a llenar el carcaj. Cojeó por el tejado en busca de flechas y también recogió el arco. La olla no se había movido de su sitio, de manera que por el momento allí estaban a salvo.

« El baile ha seguido, y nosotros estamos mirando desde la galería », pensó mientras volvía a ocupar su lugar. Seda seguía disparando saetas contra los salvajes de las escaleras, y de cuando en cuando se agachaba detrás de la almena para volver a cargar la ballesta. « No solo es una cara bonita, también es rápido ».

La verdadera batalla tenía lugar en los peldaños. Noye había situado lanceros en los dos primeros rellanos, pero la espantada de los aldeanos había hecho que los dominara el pánico, y habían huido hacia el tercero, mientras los thenitas mataban a todo el que se quedaba atrás. Los arqueros y los ballesteros de los rellanos superiores trataban de disparar sus proyectiles por encima de sus cabezas. Jon puso una flecha en el arco, lo tensó, soltó y se alegró al ver como uno de los salvajes caía rodando por las escaleras. El calor de las hogueras hacía que el Muro llorase, y las llamas danzaban y centelleaban contra el hielo. Los peldaños se sacudían bajo las pisadas de los hombres que huían para salvarse.

Jon volvió a tensar y a soltar, pero solo era uno y Seda otro, mientras que sesenta o setenta thenitas subían por la escalera matando a su paso, ebrios de victoria. En el cuarto rellano, tres hermanos con capas negras aguardaban hombro con hombro, con las espadas empuñadas, y durante unos momentos volvió a haber batalla. Pero eran solo tres; la oleada de los salvajes no tardó en barrerlos, y su sangre corrió escaleras abajo.

—Durante el combate, un hombre nunca es tan vulnerable como cuando huye —le había dicho lord Eddard a Jon en cierta ocasión—. Un hombre que huye es para un soldado como un animal herido. Le provoca sed de sangre.

Los arqueros del quinto rellano huyeron antes de que los salvajes llegaran a su altura. Era una derrota sangrienta, total.

—Ve a por las antorchas —le dijo Jon a Seda.

Tenían cuatro amontonadas junto al fuego, con las cabezas envueltas en trapos engrasados. Disponían también de una docena de flechas de fuego. El muchacho de Antigua puso una antorcha entre las llamas hasta que prendió bien, y se la llevó a Jon junto con las apagadas. Parecía asustado otra vez, y con motivo. Jon también tenía miedo.

Fue entonces cuando vio a Sty. El magnar estaba trepando por la barricada, por los sacos de trigo destripados y los barriles destrozados, por los cadáveres de amigos y enemigos por igual. Su armadura de lamas de bronce tenía un brillo oscuro a la luz del fuego. Se había quitado el yelmo para contemplar su triunfo. El hijo de puta calvo y desorejado estaba sonriendo. Llevaba en la mano una larga lanza de arciano con punta de bronce muy ornada. Cuando vio la puerta, la señaló con la lanza y gritó algo en la antigua lengua a la media docena de thenitas que iban con él.

« Demasiado tarde —pensó Jon—. Tendrías que haber ido al frente de tus hombres cuando atacaron la barricada; habrías podido salvar a algunos» .

Muy arriba sonó un cuerno de guerra con una llamada larga y grave. No era en la parte superior del Muro, sino en el noveno rellano, a unas setenta varas de altura, donde se encontraba Donal Noye.

Jon puso una flecha de fuego en el arco, y Seda se la encendió con la antorcha. Se subió a la almena, tensó, apuntó y soltó. La saeta dejó una estela de llamas en su trayectoria descendente y se clavó en su objetivo.

No en Sty. En la escalera. O, para ser más exactos, en los barriles, cajones y sacos que Donal Noye había hecho amontonar debajo de las escaleras, hasta la altura del primer rellano: los toneles de sebo y aceite para las lámparas, las sacas de hojarasca y trapos aceitados, la leña y las virutas de madera.

—Otra —pidió Jon—. Y otra. Y otra.

Los demás arqueros también estaban disparando desde las torres; algunas flechas describían arcos elevados antes de ir a caer ante el Muro. Cuando Jon se quedó sin flechas de fuego, Seda y él empezaron a encender las antorchas y a lanzarlas desde las almenas.

En las escaleras, las llamas eran espectaculares. Los peldaños de madera vieja se habían bebido el aceite como si fueran esponjas, Donal Noye los había empapado por completo desde el noveno rellano hasta el séptimo. Jon deseó con todas sus fuerzas que la mayor parte de los suyos se hubiera puesto a salvo antes de que Noye lanzara las antorchas. Al menos, los hermanos negros conocían el

plan, pero los aldeanos, no.

El fuego y el viento hicieron el resto. A Jon tan solo le quedó mirar. Atrapados entre las llamas, unas arriba y otras abajo, los salvajes no tenían adónde ir. Unos siguieron subiendo y murieron. Otros bajaron y murieron. Algunos se quedaron donde estaban. Aquellos también murieron. Muchos saltaron de la escalera para no quemarse y murieron de la caída. Todavía quedaban veintitantes thenitas apelotonados entre los dos fuegos cuando el calor rajó el hielo y el tercio inferior de la escalera se derrumbó, junto con varias toneladas del Muro. Fue la última vez que Jon Nieve vio a Sty, el magnar de Thenn.

« El Muro se defiende», pensó.

Jon le pidió a Seda que lo ayudara a bajar al patio. La pierna herida le dolía tanto que casi no podía caminar, pese a la muleta.

—Tráete la antorcha —le dijo al muchacho de Antigua—. Tengo que buscar a alguien.

Los que habían muerto en la escalera eran casi todos thenitas. Seguro que algunos del pueblo libre habían escapado. Gente de Mance, no del magnar. Era posible que estuviera viva. De modo que descendieron entre los cadáveres de los que habían intentado subir por la trampilla, y Jon vagó por la oscuridad, con la muleta bajo un brazo y el otro en torno a los hombros de un chico que, cuando vivía en Antigua, se había dedicado a la prostitución.

Los establos y la sala común habían ardido hasta los cimientos; solo quedaban brasas humeantes, pero el fuego aún rugía en el Muro, subía peldaño a peldaño, rellano a rellano. De cuando en cuando se oía un crujido espantoso y se desprendía otro pedazo. El aire estaba lleno de cenizas y cristales de hielo.

Encontró a Quort muerto, y a Pulgares de Piedra, moribundo. Encontró muertos y moribundos a unos cuantos thenitas a los que en realidad no había llegado a conocer. Encontró a Forúnculo debilitado por la pérdida de sangre, pero todavía vivo.

Y encontró a Ygritte tendida sobre la nieve, bajo la Torre del Lord Comandante, con una flecha entre los pechos. Los cristales de hielo se le habían posado en la cara; a la luz de la luna parecía como si llevara una deslumbrante máscara de plata.

Jon vio que la flecha era negra, pero la emplumadura era de plumas blancas de pato. « No es mía —se dijo—. No es una de las mías». Pero se sentía como si lo fuera.

Cuando se arrodilló en la nieve junto a ella, la muchacha abrió los ojos.

—Jon Nieve —dijo en voz muy baja. Por su sonido la flecha le había perforado un pulmón—. ¿Esto es un castillo de verdad? ¿No una simple torre?

—Sí —contestó Jon cogiéndole la mano.

—Bien —susurró—. Quería ver un castillo de verdad antes de... antes de...

—Verás cien castillos —le prometió—. La batalla ha terminado. El maestre

Aemon te va a curar. —Le acarició el pelo—. Fuiste besada por el fuego, ¿recuerdas? Tienes suerte. Hace falta mucho más que una flecha para matarte. Aemon te la sacará y te pondrá cataplasmas, y te dará la leche de la amapola para aliviarte el dolor.

—¿Te acuerdas de aquella cueva? —Ella sonrió—. Nos tendríamos que haber quedado allí. Te lo dije.

—Volveremos a la cueva —le aseguró—. No vas a morir, Ygritte. No vas a morir.

—Oh. —Ygritte le puso una mano en la mejilla—. No sabes nada, Jon Nieve —suspiró agonizante.

—No es más que otro castillo desierto —dijo Meera Reed mientras contemplaba el paisaje desolado de cascotes, ruinas y hierbajos.

« No —pensó Bran—, es el Fuerte de la Noche y es el fin del mundo». Cuando estaban en las montañas solo pensaba en llegar al Muro y en dar con el cuervo de tres ojos, pero ahora que estaban allí tenía miedo. El sueño que había tenido... El sueño que había tenido Verano... « No, no puedo pensar en ese sueño». Ni siquiera se lo había dicho a los Reed, aunque al menos Meera parecía presentir que algo iba mal. Si no hablaba nunca de aquello, a lo mejor se olvidaba de que lo había soñado, y entonces no habría sucedido, y Robb y Viento Gris todavía estarían...

—Hodor.

Hodor volvió a moverse, y Bran con él. Estaba muy cansado; llevaban horas caminando. « Al menos, él no tiene miedo». A Bran lo asustaba aquel lugar, casi tanto como la idea de reconocerlo ante los Reed. « Soy un príncipe del norte, un Stark de Invernalía, casi un hombre; tengo que ser tan valiente como Robb».

Jojen alzó la vista para mirarlo con aquellos ojos color verde oscuro.

—Aquí no hay nada que nos pueda hacer daño, alteza.

Bran no estaba tan seguro. En algunas de las historias más aterradoras que les había contado la Vieja Tata aparecía el Fuerte de la Noche. Allí era donde había reinado el Rey de la Noche antes de que su nombre quedara borrado de la memoria de los hombres. Allí era donde el Cocinero Rata le había servido al rey ándalo la empanada de príncipe y panceta, donde los setenta y nueve centinelas montaban guardia, donde la valiente joven Danny Flint había sido violada y asesinada. En aquel castillo era donde el rey Sherrit había invocado la maldición sobre los antiguos ándalos, donde los aprendices se habían enfrentado a la criatura que aparecía en la oscuridad, donde el ciego Symeon Ojos de Estrella había visto pelear a los sabuesos infernales. Hacha Demente había recorrido aquellos patios y había subido a aquellas torres para masacrarse a sus hermanos en la oscuridad.

Todo aquello había sucedido hacia ya cientos o miles de años, claro, y algunas de las cosas, en realidad, no habían sucedido jamás. El maestre Luwin decía siempre que no había que tragarse enteras las historias de la Vieja Tata. Pero en cierta ocasión en que su tío fue a visitar a su padre, Bran le había preguntado acerca del Fuerte de la Noche. Benjen Stark no le dijo que las historias fueran ciertas, pero tampoco que no lo fueran; se limitó a encogerse de hombros y a decirle: « Abandonamos el Fuerte de la Noche hace ya doscientos años», como si aquello fuera una respuesta.

Bran se obligó a mirar a su alrededor. La mañana era fría, pero luminosa; el sol brillaba en un cielo azul inmaculado. Lo que no le gustaba eran los ruidos. El

viento emitía un silbido nervioso al vibrar entre las torres rotas; las piedras de los torreones gemían, y se oía a las ratas corretear bajo el suelo de la sala principal. «Son los hijos del Cocinero Rata, que huyen de su padre». Los patios eran bosques en miniatura donde los árboles esqueléticos entrelazaban las ramas desnudas y las hojas muertas se arrastraban como cucarachas sobre la nieve. Donde habían estado los establos crecían más árboles, y un arciano blanco y retorcido se abría camino a través del agujero del techo abovedado de la cocina. Ni siquiera Verano estaba tranquilo. Durante un momento, Bran se metió en su piel para ver cómo olía aquel lugar. Aquello tampoco le gustó.

Y allí no había manera de pasar.

Bran se lo había dicho, se lo había repetido una y otra vez, pero Jojen Reed se había empecinado en comprobarlo. Decía que había tenido un sueño verde, y los sueños verdes no mentían.

«Tampoco abren puertas», pensó Bran.

La puerta que guardaba el Fuerte de la Noche había estado sellada desde el día en que los hermanos negros cargaron las mulas y los caballos y se marcharon a Lago Hondo; el rastrillo de hierro estaba bajado; las cadenas que lo alzaban habían desaparecido; el túnel estaba lleno de piedras, cascotes y nieve congelada, con lo que resultaba tan impenetrable como el propio Muro.

—Tendríamos que haber seguido a Jon —dijo Bran cuando lo vio. Pensaba a menudo en su hermano bastardo desde aquella noche en que Verano lo había visto alejarse a caballo en medio de la tormenta—. Tendríamos que haber ido al Castillo Negro por el camino Real.

—No nos atrevemos, mi príncipe —respondió Jojen—. Ya te he dicho por qué.

—¡Pero es que hay salvajes! Mataron a un hombre, y también querían matar a Jon. Los había a cientos, Jojen.

—Ya nos lo has dicho. Nosotros somos cuatro. Ayudaste a tu hermano, si es que de verdad era él, pero casi al precio de la vida de Verano.

—Ya lo sé —dijo Bran con tristeza.

El huargo había matado a tres, puede que a más, pero eran demasiados. Cuando formaron un círculo cerrado en torno al hombre alto sin orejas, trató de escabullirse en medio de la lluvia, pero una de las flechas voló tras él, y el aguijónazo repentino de dolor había arrancado a Bran de la piel del lobo para devolverlo a la suya. Cuando por fin cesó la tormenta, se habían acurrucado en la oscuridad sin atreverse a encender un fuego; hablaban en susurros solo cuando era imprescindible y escuchaban la respiración pesada de Hodor sin dejar de preguntarse si los salvajes tratarían de cruzar el lago a la mañana siguiente. Bran había intentado llegar a Verano una y otra vez, pero el dolor lo echaba hacia atrás igual que una tetera al rojo hace retirar la mano a quien intente cogerla por el asa. El único que durmió aquella noche fue Hodor.

—Hodor, Hodor —murmuraba cada vez que se agitaba en sueños.

Bran estaba muerto de miedo, temía que Verano estuviera agonizando en la oscuridad.

« Por favor, antiguos dioses —rezó—, me habéis quitado Invernalia, a mi padre, mis piernas. Por favor, no me quitéis también a Verano. Y velad también por Jon Nieve, y haced que se vayan los salvajes» .

En aquella isla pedregosa, en medio del lago, no crecía ningún arciano; aun así, los antiguos dioses debieron de oírlo. A la mañana siguiente, los salvajes se tomaron tiempo de sobra para preparar la partida: les quitaron las ropas y las armas a los cadáveres de sus muertos y al del anciano que habían asesinado; hasta pescaron unos cuantos peces en el lago, y hubo un momento aterrador cuando tres de ellos encontraron el sendero sumergido y empezaron a recorrerlo... pero no vieron una de las curvas, y dos salvajes estuvieron a punto de ahogarse antes de que los demás los sacaran del agua. El hombre alto y calvo les gritaba órdenes. Sus palabras les llegaban desde la orilla; hablaba en un idioma que ni siquiera Jojen conocía. Poco después, todos recogieron los escudos y las lanzas y se alejaron hacia el noreste, en la misma dirección que Jon. Bran también había querido salir e ir en busca de Verano, pero los Reed lo disuadieron.

—Nos quedaremos una noche más —dijo Jojen—. Prefiero que haya unas cuantas leguas entre los salvajes y nosotros. No querrás volvérteles a encontrar, ¿verdad?

Aquella misma tarde, Verano salió de su escondrijo y volvió con ellos arrastrando una pata trasera. En la posada había devorado algún trozo de cadáver, tras espantar a los cuervos, y luego fue nadando hasta la isla. Meera le había arrancado de la pata la flecha rota y le había frotado la herida con el jugo de unas plantas que crecían al pie de la torre. El huargo aún cojeaba, pero a Bran le parecía que cada día menos. Los dioses lo habían escuchado.

—¿Deberíamos probar con otro castillo? —le preguntó Meera a su hermano —. A lo mejor podemos cruzar por otro lado. Siquieres me adelanto para explorar; yo sola iría más deprisa.

—Hacia el este está Lago Hondo —dijo Bran con un gesto de negación— y luego Puerta de la Reina. Al oeste está Marcahielo. Pero son iguales que esto, solo que más pequeños. Todas las entradas están selladas, excepto las del Castillo Negro, Guardiaoriente y la Torre Sombría.

—Hodor —dijo Hodor, mientras los Reed intercambiaban una mirada.

—Por lo menos voy a trepar a la cima del Muro —decidió Meera—. A lo mejor desde ahí veo algo.

—¿Qué crees que vas a ver? —preguntó Jojen.

—No sé, algo —dijo Meera, que por una vez se mantuvo firme.

« Tendría que ser yo quien trepara» . Bran alzó la vista para contemplar el Muro y se imaginó ascendiendo palmo a palmo, metiendo los dedos en las grietas

del hielo, creándose apoyos para los pies a patadas. Aquello lo hizo sonreír pese a todo, pese a los sueños, a los salvajes, a Jon, a todo. Cuando era pequeño había subido por las murallas de Invernalia, y también por las torres, pero nunca por un sitio tan alto; además, eran siempre de piedra. El Muro parecía de piedra, sí, todo gris y lleno de marcas, pero cuando las nubes se abrían y el sol lo iluminaba era muy diferente: se transformaba enseguida; se alzaba allí blanco, azul, brillante. La Vieja Tata siempre les había dicho que era el fin del mundo. Al otro lado había monstruos, gigantes y espectros, pero mientras el Muro se alzara firme y fuerte, no podrían pasar. «Quiero ir ahí arriba con Meera —pensó Bran—. Quiero subir hasta arriba y ver qué hay».

Pero no era más que un niño roto con las piernas inútiles, de modo que se tuvo que conformar con mirar desde abajo mientras Meera subía en su lugar.

La chica no trepaba de verdad tal como había trepado él cuando aún podía. Lo que hacía era subir por unos peldaños que la Guardia de la Noche había tallado en el hielo hacía cientos y miles de años. Recordó que el maestre Luwin le había dicho que el Fuerte de la Noche era el único castillo donde los escalones estaban excavados en el propio hielo del Muro. O tal vez hubiera sido su tío Benjen. Los castillos más nuevos tenían escaleras de madera o de piedra, o largas rampas de tierra y gravilla. «El hielo es demasiado traicionero». Aquello sí que se lo había dicho su tío. Decía que la superficie exterior del Muro derramaba a veces lágrimas gélidas, aunque dentro el corazón siguiera congelado, duro como una roca. Los escalones debían de haberse derretido y vuelto a congelar un millar de veces desde que los hermanos negros abandonaron el castillo, y cada vez quedaban más encogidos, más resbaladizos, más redondeados, más traicioneros...

Y más pequeños. «Es casi como si el Muro los estuviera devorando». Meera Reed era buena trepadora, pero aun así avanzaba muy despacio. Hubo dos ocasiones en las que los peldaños casi habían desaparecido, y se vio obligada a ponerse a cuatro patas. «Pues para bajar va a ser aún peor», pensó Bran sin dejar de mirarla. Aun así, habría dado cualquier cosa por estar en su lugar. Al llegar a la cima arrastrándose por los salientes helados, que eran lo único que quedaba de los peldaños más altos, Meera desapareció de su vista.

—¿Cuándo bajará? —le preguntó Bran a Jojen.

—Cuando lo considere oportuno. Seguro que quiere echar un vistazo con detenimiento... al Muro y a lo que hay más allá. Nosotros deberíamos hacer lo mismo por aquí.

—¿Hodor? —dijo Hodor dubitativo.

—Puede que encontremos algo —insistió Jojen.

«O puede que algo nos encuentre a nosotros». Pero Bran no lo podía decir en voz alta; no quería que Jojen lo considerase un cobarde.

De manera que iniciaron una exploración. Jojen abría la marcha; Bran lo

seguía en su cesta, a la espalda de Hodor, y Verano iba cojeando a su lado. En cierta ocasión, el huargo salió disparado por una puerta oscura y regresó un momento más tarde con una rata gris entre los dientes.

«El Cocinero Rata», pensó Bran, pero el color no encajaba, y apenas tendría el tamaño de un gato. El Cocinero Rata era blanco y casi tan grande como una puerca...

En el Fuerte de la Noche había muchas puertas oscuras, y también muchas ratas. Bran las oía corretear por las criptas y los sótanos, y por el oscuro laberinto de túneles que las entrelazaban. Jojen quería ir por allí, pero Hodor le respondió con un «Hodor» rotundo, y Bran también se negó. En las oscuras profundidades del Fuerte de la Noche había cosas peores que ratas.

—Este lugar parece muy antiguo —dijo Jojen mientras recorrían una galería a la que la luz del sol llegaba en haces polvorientos a través de las ventanas.

—Dos veces más que el Castillo Negro —dijo Bran, haciendo memoria—. Fue el primer castillo del Muro, y también el más grande.

Pero también había sido el primero en quedar abandonado, ya en tiempos del Viejo Rey. Aun entonces estaba desierto casi en sus tres cuartas partes, y el coste de su mantenimiento era excesivo. La Bondadosa Reina Alyssanne le había sugerido a la Guardia que lo sustituyera por un castillo más pequeño y en un punto situado a poco más de dos leguas al este, donde el Muro describía una curva a lo largo de la orilla de un hermoso lago verde. Fueron las joyas de la reina las que pagaron Lago Hondo, y los hombres que el Viejo Rey envió al norte, los que lo construyeron, de manera que los hermanos negros habían abandonado el Fuerte de la Noche para las ratas.

Pero aquello había ocurrido hacía ya dos siglos. En aquel momento, Lago Hondo estaba tan desierto como el castillo al que había sustituido, y el Fuerte de la Noche...

—Aquí hay fantasmas —dijo Bran. Hodor ya había oído las historias, pero Jojen tal vez no—. Fantasmas muy antiguos, de antes de los tiempos del Viejo Rey, hasta de antes de Aegon el Dragón, los de setenta y nueve desertores que se fugaron hacia el sur para convertirse en bandidos. Uno era el hijo menor de lord Ryswell, de manera que cuando llegaron a los Túmulos buscaron refugio en su castillo, pero el propio lord Ryswell los hizo prisioneros y los devolvió al Fuerte de la Noche. El lord comandante hizo excavar agujeros en la parte superior del Muro, metió en ellos a los desertores y los enterró vivos en el hielo. Tienen lanzas y cuernos, y todos miran hacia el norte. Los llaman los setenta y nueve centinelas. En vida abandonaron sus puestos, de manera que muertos montan guardia eternamente. Años más tarde, cuando lord Ryswell estaba ya viejo y moribundo, hizo que lo trasladaran al Fuerte de la Noche para vestir el negro y estar junto a su hijo. El honor lo había obligado a devolverlo al Muro, pero seguía siendo su hijo amado, de modo que vino para compartir la guardia con él.

Pasaron medio día recorriendo el castillo. Algunas de las torres se habían derrumbado y otras no parecían seguras, pero si subieron a la torre del campanario, donde no quedaban campanas, y a la pajarrera, donde no quedaban pájaros. Bajo la destilería encontraron una bodega llena de grandes toneles de roble. Hodor los golpeó y sonaron a hueco. También encontraron una biblioteca. Las estanterías se habían derrumbado, no quedaban libros y las ratas correteaban por todas partes. Dieron con una mazmorra mal iluminada, con calabozos que podrían albergar hasta quinientos cautivos, pero cuando Bran agarró uno de los barrotes oxidados, se le deshizo en la mano. De la sala principal solo quedaba una pared que no tardaría en desmoronarse; los baños parecían a punto de hundirse, y un gigantesco espino había conquistado el patio de armas situado ante la armería, el lugar donde hacía tantos años los hermanos negros habían practicado con lanzas, escudos y espadas. En cambio, la armería y la forja seguían en pie, aunque en lugar de armas, fuelles y yunque había telarañas, ratas y polvo. A veces, Verano oía cosas para las que Bran estaba sordo y mostraba los dientes con el pelaje del cuello erizado ante amenazas invisibles... pero no apareció el Cocinero Rata, ni tampoco los setenta y nueve centinelas, ni Hacha Demente. Bran sentía un alivio inmenso.

«A lo mejor no es más que un castillo desierto y en ruinas».

Cuando Meera regresó, el sol ya no era más que un reflejo anaranjado sobre las colinas del oeste.

—¿Qué has visto? —le preguntó su hermano Jojen.

—El bosque Encantado —respondió ella con tono melancólico—. Colinas que se extienden hasta donde alcanza la vista, cubiertas de árboles que ningún hacha ha talado jamás. He visto la luz del sol reflejada en un lago, y nubes que se movían por el cielo del oeste. He visto campos enteros nevados, y carámbanos tan largos como lanzas. Hasta he visto un águila que volaba en círculos. Creo que ella también me ha visto. Le he hecho señas.

—¿Hay alguna manera de bajar? —preguntó Jojen.

—No —negó Meera con un gesto—. Es una caída en picado, y el hielo no tiene asideros... Yo podría bajar si tuviera una buena cuerda y un hacha para ir abriendo asideros, pero...

—Pero nosotros, no —terminó Jojen.

—No —dijo su hermana—. ¿Estás seguro de que este es el lugar que viste en el sueño? Puede que nos hayamos equivocado de castillo.

—No. El castillo es este. Aquí hay una puerta.

«Sí —pensó Bran—, pero está taponada con hielo y piedras».

A medida que el sol empezaba a ponerse, las sombras de las torres se fueron alargando y el viento soplaban con más fuerza, con lo que las hojas secas se arrastraban por los patios. La creciente penumbra hizo que Bran recordara otra de las historias de la Vieja Tata, la leyenda del Rey de la Noche. Según ella,

había sido el decimotercer jefe de la Guardia de la Noche, un guerrero que no conocía el miedo. « Y ese era su gran fallo —añadía—, porque todos los hombres deben conocer el miedo». Una mujer fue su perdición, una mujer a la que divisó desde la cima del Muro, con la piel blanca como la luna y los ojos como estrellas azules. Sin miedo a nada, la persiguió, la alcanzó y la amó, aunque su piel era fría como el hielo, y cuando le entregó su semilla, le entregó también su alma.

Se la llevó al Fuerte de la Noche, la proclamó reina, al tiempo que él se proclamaba rey, y sometió a los hermanos juramentados a su voluntad gracias a extraños sortilegios. El reinado del Rey de la Noche y su cadáverica esposa duró trece años, hasta que por fin, el Stark de Invernalia y Joramun, de los salvajes, unieron sus fuerzas para liberar a la Guardia. Tras su caída, cuando se supo que les había estado haciendo sacrificios a los Otros, se destruyeron todos los documentos relativos al Rey de la Noche, y hasta su nombre cayó en el olvido.

—Hay quien dice que era un Bolton —terminaba siempre la Vieja Tata—. Otros creen que era un magnar de Skagos, o un Umber, un Flint, un Norrey... Otros dicen que era un Piedemadera, de los que gobernaban la isla del Oso antes de la llegada de los hombres del hierro. Pero no. Era un Stark, el hermano del hombre que acabó con él. —Al llegar a aquel punto, siempre pellizcaba a Bran en la nariz; el chico no lo olvidaría jamás—. Era un Stark de Invernalia, así que ¿quién sabe? Puede que se llamara Brandon. Puede que durmiera en esta misma cama, en esta misma habitación.

« No —pensó Bran—, pero caminó por este castillo, donde vamos a dormir esta noche». Era una idea que no lo tentaba lo más mínimo. Como siempre decía la Vieja Tata durante el día, el Rey de la Noche era solo un hombre, pero la oscuridad le pertenecía. « Y está oscureciendo».

Los Reed decidieron que lo mejor sería dormir en las cocinas, un octágono de piedra con una cúpula en ruinas. Sería un refugio mucho más adecuado que cualquiera de los otros edificios, aunque un arciano retorcido había destrozado el suelo de baldosas, al lado del profundo pozo central, para crecer hacia el agujero del techo, con las ramas blancas como huesos buscando el sol. Era un árbol muy extraño, el arciano más escuálido que Bran había visto en su vida, y no tenía ningún rostro, pero al menos lo hacía sentir como si allí estuvieran los antiguos dioses.

Pero aquello era lo único que le gustaba de las cocinas. El tejado seguía íntegro en su mayor parte, de manera que si llovía no se mojarían, pero allí no habría manera de entrar en calor. El frío se colaba a través de las baldosas del suelo. Tampoco le gustaban las sombras, ni los enormes hornos de ladrillo que los rodeaban como bocas abiertas, ni los ganchos para la carne oxidados, ni las manchas y cicatrices que vio en el tocón que el carnicero había utilizado para cortar.

« Ahí fue donde el Cociñero Rata troceó al príncipe —supo enseguida—, y

luego horneó la empanada en uno de estos hornos».

Pero lo que menos le gustaba de todo era el pozo. Media sus buenas cuatro varas de diámetro; era todo de piedra, con peldaños tallados en la cara interior que descendían en espiral hacia la oscuridad. Las paredes estaban húmedas y cubiertas de nitro, pero ni siquiera Meera, con su vista aguda de cazadora, divisaba el agua del fondo.

—Puede que no haya fondo —comentó Bran, inseguro.

—¡Hodor! —gritó Hodor, inclinándose por encima del brocal, que le llegaba a la rodilla.

—Hodorhodorhodorhodorhodor —retumbó la palabra pozo abajo, cada vez más distante—. Hodorhodorhodorhodorhodor. —Hasta que apenas fue un susurro. Hodor pareció sobresaltado. Luego se echó a reír y se agachó para coger un trozo de baldosa rota del suelo.

—¡Hodor, no...! —dijo Bran, pero demasiado tarde. Hodor tiró la baldosa al pozo—. No tendrías que haberlo hecho. No sabemos qué hay ahí abajo. Podrías dañar algo, o... o despertar a algo.

—¿Hodor? —Hodor lo miraba con inocencia.

Abajo, muy muy abajo, oyeron el sonido de la piedra contra el agua. No fue un sonido chapoteante; en realidad se trató más bien de un sorbetón, como si lo que estuviera en el fondo hubiera abierto una boca trémula y helada para tragarse la piedra de Hodor. Los ecos tenues subieron por el pozo, y durante un instante, a Bran le pareció oír un movimiento, algo que agitaba las aguas.

—A lo mejor no tendríamos que quedarnos aquí —dijo, inquieto.

—Dónde, ¡junto al pozo? —preguntó Meera—. ¡O en el Fuerte de la Noche?

—Sí —dijo Bran.

La muchacha se echó a reír y mandó a Hodor a buscar leña. Verano salió también. La oscuridad era ya casi completa, y el huargo quería cazar.

El único que regresó fue Hodor, con los brazos llenos de leña seca y ramas rotas. Jojen Reed sacó el cuchillo y el pedernal, y se dedicó a encender fuego mientras Meera le quitaba las espinas al pescado que había ensartado en el último arroyo que habían cruzado. Bran se preguntó cuántos años habrían pasado desde la última vez que se preparó una cena en las cocinas del Fuerte de la Noche. También se preguntó quién la habría preparado, aunque tal vez sería mejor no saberlo.

Cuando las llamas prendieron, Meera empezó a asar el pescado. «Al menos no es una empanada de carne». El Cocinero Rata había asado al hijo del rey ándalo en una enorme empanada con cebollas, zanahorias, setas, mucha sal y pimienta, lonchas de panceta y vino tinto de Dorne. Luego se lo sirvió a su padre, que alabó mucho su sabor y pidió repetir. Después de aquello, los dioses transformaron al cocinero en una monstruosa rata blanca que solo podía comerase a sus propios hijos. Desde entonces merodeaba por el Fuerte de la Noche

devorando a sus retoños, pero su hambre no se saciaba jamás.

—Los dioses no lo castigaron por el asesinato —contaba la Vieja Tata—, ni por servirle al rey ándalo a su hijo en una empanada. Todo hombre tiene derecho a la venganza. Pero asesinó a un invitado que se encontraba bajo su techo, y eso los dioses no lo pueden perdonar.

—Tenemos que dormir —dijo Jojen con solemnidad después de que hubieran cenado. El fuego ardía ya con menos intensidad, y removió las brasas con un palito—. A lo mejor tengo otro sueño verde que nos muestre el camino.

Hodor ya se había arrebujado y empezaba a roncar. De cuando en cuando se removía debajo de su capa y gimoteaba algo que tal vez fuera un «Hodor». Bran se arrastró para acercarse más al fuego. El calor resultaba agradable, y el crepititar suave de las llamas era tranquilizador, pero no conseguía conciliar el sueño. Fuera, el viento enviaba ejércitos de hojas marchitas a recorrer los patios, para que arañaran con suavidad las puertas y las ventanas. Aquellos sonidos le hacían recordar las historias de la Vieja Tata. Casi le parecía oír a los centinelas fantasma llamándose unos a otros en la cima del Muro, haciendo sonar sus espetaculares cuernos de guerra. La escasa luz de la luna que entraba por el agujero del techo abovedado pintaba de blanco las ramas del arciano que se alzaban hacia el cielo. Era como si el árbol tratara de coger la luna y arrastrarla hasta el pozo.

«Antiguos dioses —rezó Bran—, si me estáis escuchando, no me mandéis ningún sueño esta noche. O si me lo mandáis, que sea un sueño bueno». Los dioses no respondieron.

Bran se obligó a cerrar los ojos. Tal vez durmió unos minutos, o tal vez no fue más que una cabezada a medio camino de la vigilia, siempre tratando de no pensar en Hacha Demente, en el Cocinero Rata ni en la criatura que salía por la noche.

Entonces fue cuando oyó el ruido.

« ¿Qué ha sido eso? —pensó, abriendo los ojos. Contuvo el aliento—. ¿Lo he soñado? ¿Estoy teniendo otra pesadilla tonta? —No quería despertar a Meera y a Jojen solo por un mal sueño, pero...—. Ahí está otra vez. —Un sonido de algo que se arrastraba suavemente, a lo lejos—. Hojas, no son más que hojas que rozan las paredes y se apelotonan... o el viento, puede que sea el viento. —Pero el sonido no procedía del exterior. Bran sintió que se le erizaba el vello de los brazos—. El sonido está aquí dentro, con nosotros; cada vez suena más fuerte. —Se incorporó sobre un codo para escuchar. Había viento, sí, y hojas susurrantes, pero también algo más—. Pisadas».

Alguien se acercaba hacia allí. Algo se acercaba hacia allí.

Sabía que no eran los centinelas, porque los centinelas no bajaban nunca del Muro. Pero tal vez hubiera otros fantasmas en el Fuerte de la Noche, y tal vez fueran aún más aterradores. Recordó lo que le contaba la Vieja Tata sobre Hacha

Demente, como se quitaba las botas y caminaba entre las paredes del castillo descalzo, en la oscuridad, sin que lo delatara otro sonido que el de las gotas de sangre que le caían del hacha, de los codos y de la punta de la barba empapada y enrojecida. O tal vez no fuera Hacha Demente; tal vez fuera la criatura que salía por las noches. Según la Vieja Tata, todos los aprendices la vieron, pero después, cuando se lo contaron a su lord comandante, las descripciones no coincidían en lo más mínimo. « Tres de ellos murieron antes de que terminara el año, y el cuarto se volvió loco, y cien años más tarde, cuando la criatura volvió a aparecer, todos los vieron tras ella, encadenados y arrastrando los pies. A los aprendices» .

Pero no era más que un cuento. Se estaba metiendo miedo él solo. La criatura que salía por las noches no existía. Se lo había dicho el maestre Luwin, y si alguna vez había habido algo semejante ya no estaba en el mundo, igual que los gigantes y los dragones.

« No es nada» , pensó Bran.

Pero el sonido se oía más alto.

« Viene del pozo —comprendió. Aquello le dio todavía más miedo. Algo estaba emergiendo del subsuelo; algo salía de la oscuridad—. Hodor lo ha despertado. Hodor, el muy tonto, tirando baldosas como un tonto, y ahora viene» . Costaba mucho oír algo por encima de los ronquidos de Hodor y los latidos retumbantes de su corazón. ¿Era el sonido de la sangre que goteaba de un hacha? ¿O era acaso el arrastrar tenue, lejano, de unas cadenas fantasmales? Bran trató de concentrarse con toda su atención. « Pisadas» . Sí, eran pisadas, sin duda; cada una de ellas sonaba un poquito más fuerte que la anterior. Pero no sabía cuántas. El pozo despertaba ecos. No se oían goteos ni ruido de cadenas, pero sí que había algo... Una especie de gemido agudo, como el de alguien que estuviera sufriendo mucho, y una respiración densa, ahogada. Pero lo que más resonaba eran las pisadas. Las pisadas que cada vez estaban más cerca.

Bran estaba tan asustado que no podía ni gritar. La hoguera se había reducido a unas pocas brasas, y todos sus amigos estaban durmiendo. Estuvo a punto de salirse de su piel y buscar a su lobo, pero Verano podía estar a muchas leguas. No podía abandonar allí a sus amigos, indefensos en la oscuridad, para que se enfrentaran a lo que salía del pozo.

« Les dije que no teníamos que venir aquí —pensó desesperado—. Les dije que había fantasmas. Les dije que teníamos que ir al Castillo Negro» .

A Bran las pisadas le sonaban pesadas, lentas y sonoras contra la piedra. « Tiene que ser enorme» . Hacha Demente era un hombre muy grande en las historias de la Vieja Tata, y la criatura que salía por las noches también era monstruosa. Cuando aún estaban todos en Invernalia, Sansa le había dicho que los demonios de la oscuridad no lo podrían tocar si se escondía debajo de la manta. Estuvo a punto de hacerlo, antes de acordarse de que era un príncipe y ya casi un hombre.

Bran reptó por el suelo arrastrando las piernas muertas hasta llegar a Meera y tocarle un pie. La muchacha se despertó al instante. Jamás había conocido a nadie que se despertara tan deprisa como Meera Reed, ni que se pusiera alerta en tan poco tiempo. Bran se apretó un dedo contra los labios para que ella supiera que no debía decir nada. Meera enseguida oyó el sonido; se le veía en la cara: las pisadas retumbantes, el gemido distante, la respiración entrecortada...

Se puso en pie sin decir una palabra más y pidió sus armas con un gesto. Con el tridente en la mano derecha y la red colgando de la izquierda, se deslizó descalza hacia el pozo. Jojen seguía dormitando, mientras que Hodor mascullaba y se agitaba en un sueño inquieto. Se movía siempre entre las sombras, esquivando el haz de luz de luna, silenciosa como una gata. Bran, que no dejaba de mirarla, apenas veía el brillo tenue de las puntas de su fisga.

«No puedo dejar que se enfrente sola a la criatura», pensó. Verano estaba demasiado lejos, pero...

Se salió de su piel y buscó a Hodor.

No era como deslizarse dentro de Verano. Aquello le resultaba ya tan fácil que lo hacía casi sin pensar. En cambio, con Hodor era más difícil, como intentar ponerse la bota izquierda en el pie derecho. No encajaba. Además, la bota también estaba asustada, la bota no sabía qué estaba pasando, la bota se apartaba del pie. Sintió el sabor a vómito en la garganta de Hodor, y aquello casi bastó para echarlo atrás, pero se retorció, empujó, se incorporó, flexionó sus piernas, sus piernas grandes, fuertes, y se levantó.

«Estoy de pie». Dio un paso. «Estoy caminando». Era una sensación tan extraña que estuvo a punto de caerse. Se vio a sí mismo en el frío suelo de baldosas, un ser pequeño, roto, pero en aquel momento no estaba roto. Cogió la espada larga de Hodor. Su respiración era tan sonora como el fuelle de un herrero.

Del pozo salió un aullido, un chillido tan aterrador que lo taladró como un cuchillo. Una enorme figura negra salió del pozo a la oscuridad y se tambaleó hacia la zona iluminada por la luna, y el miedo invadió a Bran en una ola tan arrasadora que ni siquiera se le ocurrió desenvainar la espada de Hodor, tal como había pensado, y de repente volvió a encontrarse en el suelo.

—¡Hodor, Hodor, HODOR! —rugía Hodor, como en el lago cada vez que brillaba un relámpago. Pero la criatura que había salido a la noche también gritaba y se debatía como loca entre los pliegues de la red de Meera. Bran vio la lanza relampaguear en la oscuridad, y la criatura se tambaleó y cayó sin dejar de forcejear con la red. El aullido del pozo seguía resonando cada vez con más fuerza. La criatura negra del suelo se debatía y se agitaba.

—¡No, no, por favor, NO! —chillaba.

Meera estaba de pie junto a él; la luz de la luna arrancaba destellos plateados de las púas de la fisga.

—¿Quién eres? —preguntó, imperiosa.

—Soy SAM —sollozó la criatura negra—. Sam, Sam, soy Sam, déjame, ¡me has pinchado!

Rodó en el claro de luz de luna sacudiendo los brazos para liberarse de la red de Meera.

—¡Hodor, Hodor, Hodor! —seguía gritando Hodor.

Solo Jojen tuvo la serenidad de añadir unas cuantas astillas al fuego y soplar hasta que las llamas empezaron a crepititar de nuevo. Pronto tuvieron luz, y Bran vio a la muchachita pálida y delgada que había junto al brocal del pozo, toda envuelta en pieles y pellejos bajo una enorme capa negra, que trataba de calmar al bebé que llevaba en brazos. La criatura del suelo estaba intentando sacar un brazo de la red para desenvainar el cuchillo, pero los pliegues se lo impedían. No era ninguna bestia monstruosa; no era Hacha Demente rezumando sangre; solo un hombre muy gordo vestido con ropas de lana negra, piel negra, cuero negro y cota de malla negra.

—Es un hermano negro —dijo Bran—. Es de la Guardia de la Noche, Meera.

—¿Hodor? —Hodor se sentó en cuclillas para mirar al hombre de la red—. ¡Hodor! —gritó de nuevo.

—De la Guardia de la Noche, sí. —El hombre gordo seguía jadeando como un fuelle—. Soy un hermano de la Guardia. —Un hilo de la malla se le había clavado bajo la papada y lo obligaba a mirar hacia arriba, mientras que otros se le hundían profundamente en las mejillas—. Soy un cuervo, por favor, sacadme de aquí.

—¿Eres el cuervo de tres ojos? —Bran lo miraba, sobresaltado. «No puede ser el cuervo de tres ojos».

—Claro que no. —El hombre gordo puso los ojos en blanco, pero solo tenía dos—. Solo soy Sam. Samwell Tarly. ¡Sacadme de aquí, que esto duele!

Empezó a debatirse otra vez. Meera dejó escapar una exclamación despectiva.

—Deja de moverte así. Como me rompas la red, te tiro al pozo. Quédate quieto; yo te desenredo.

—¿Quién eres? —le preguntó Jojen a la niña del bebé.

—Eli —respondió—. Me lo pusieron por la flor, el alhelí. Ese es Sam. No teníamos intención de asustaros.

Meció al bebé, lo tranquilizó con susurros y por fin consiguió que dejara de llorar.

Meera estaba liberando de la red al rollizo hermano. Jojen se acercó al pozo para mirar hacia abajo.

—De dónde venís?

—Del Torreón de Craster —contestó la chica—. ¿Es a ti a quien buscan?

—¿Cómo? —preguntó Jojen, volviéndose hacia ella para mirarla.

—Él dijo que Sam no era el que buscaba —explicó—. Que había otro, nos contó. El que estaba buscando.

—¿Quién dijo eso? —inquirió Bran.

—Manosfrías —respondió Elí en voz baja.

Meera recogió un extremo de la red, y el hombre gordo consiguió sentarse. Bran se dio cuenta de que estaba temblando y jadeaba, sin aliento.

—También nos dijo que aquí habría gente —resopló—. En el castillo. Lo que no me imaginaba es que estaríais justo encima de la escalera. No me imaginaba que me ibais a tirar una red ni que me ibais a clavar una lanza en el estómago. —Se tocó la barriga con una mano enguantada—. ¿Estoy sangrando? No veo nada.

—No ha sido más que un golpecito, para hacerte caer —replicó Meera—. Espera, que te lo miro. —Se arrodilló a su lado y lo palpó en torno al ombligo—. ¡Pero si llevas cota de malla! Ni siquiera me he acercado a la piel.

—¿Y qué? Duele igual —se quejó Sam.

—¿De verdad eres un hermano de la Guardia de la Noche? —Se asombró Bran.

Las papadas del hombre gordo temblaron cuando asintió. Tenía la piel muy pálida y floja.

—Aunque solo soy un mayordomo. Antes cuidaba de los cuervos de lord Mormont. —Durante un momento pareció que se iba a echar a llorar—. Pero los perdi en el Puño. Fue culpa mía. También fue culpa mía que nos extraviáramos. No encontraba el Muro. Mide cien leguas de largo y trescientas varas de alto, ¡y no lo encontraba!

—Bueno, pues ya lo has encontrado —dijo Meera—. Levanta el trasero del suelo; tengo que recoger la red.

—¿Cómo habéis cruzado el Muro? —quiso saber Jojen mientras Sam se ponía en pie con esfuerzo—. ¿Es que el pozo lleva a un río subterráneo? ¿Habéis venido por ahí? Pero ni siquiera estáis mojados...

—Hay una puerta —dijo el rollizo Sam—. Una puerta oculta, tan vieja como el propio Muro. Él dijo que era la puerta Negra.

Los Reed se miraron.

—¿Encontraremos esa puerta que dices en el fondo del pozo? —preguntó Jojen.

Sam sacudió la cabeza.

—No. Os tengo que llevar yo.

—¿Por qué? —preguntó Meera—. Si hay una puerta...

—No la encontraréis. Y aunque la encontrerais, no se abriría para vosotros. Es la puerta Negra. —Sam se dio un tironcito de la rauda lana negra de la manga—. Solo la puede abrir un hombre de la Guardia de la Noche; nos lo dijo él. Un hermano juramentado. Con esas mismas palabras lo dijo.

—Él. —Jojen frunció el ceño—. ¿Ese... Manosfrías?

—No era su verdadero nombre —dijo Elí mientras mecía al bebé—. Es como lo llamábamos Sam y yo. Tenía las manos frías como el hielo, pero él y sus cuervos nos salvaron de los hombres muertos; nos trajo hasta aquí a lomos de su alce.

—¿Su alce? —dijo Bran, maravillado.

—¿Su alce? —dijo Meera, sobresaltada.

—¿Sus cuervos? —dijo Jojen.

—¿Hodor? —dijo Hodor.

—¿Era verde? —quiso saber Bran—. ¿Tenía astas?

—¿El alce? —El hombre gordo lo miró, confuso.

—Manosfrías —se impacientó Bran—. Los hombres verdes cabalgaban a lomos de alces; nos lo contaba siempre la Vieja Tata. Algunos, además, tenían astas.

—No era un hombre verde. Vestía de negro, como un hermano de la Guardia, pero estaba pálido como un espectro y tenía las manos tan heladas que al principio me dio miedo. Pero los espectros tienen los ojos azules y carecen de lengua, o quizás es que ya no saben utilizarla. —El hombre gordo se volvió hacia Jojen—. Os estará esperando. Tenemos que bajar. ¿Tenéis ropas abrigadas? En la puerta Negra hace frío, y al otro lado del Muro, todavía más. Vamos...

—¿Por qué no ha subido contigo? —Meera hizo un gesto en dirección a Elí y a su bebé—. Ellos han subido; ¿por qué él no? ¿Por qué no ha cruzado esa puerta Negra?

—No... No puede.

—¿Por qué?

—Por el Muro. Dice que el Muro es mucho más que un montón de piedra y hielo. También está hecho de hechizos... hechizos antiguos, muy poderosos. No puede cruzar el Muro.

Se hizo un silencio denso en la cocina del castillo. Bran oía el crepitar tenue de las llamas, el susurro del viento que arrastraba las hojas en la noche, el crujido del esquelético arciano que tendía las ramas hacia la luna.

«Más allá de las puertas habitan monstruos, sí, y gigantes, y espectros —recordó que solía contarles la Vieja Tata—, pero mientras el Muro siga fuerte y en pie, no pueden pasar. Así que duérmete, mi pequeño Brandon, mi muchachito. No tengas miedo de nada. Aquí no hay monstruos».

—No es a mí a quien te han dicho que lleves —le dijo Jojen Reed al gordo Sam, el de las ropas negras manchadas y deformes—. Es a él.

—Ah. —Sam lo miró desde arriba con cierta inseguridad. Era posible que hasta entonces no se hubiera dado cuenta de que Bran estaba tullido—. No... No creo que tenga fuerzas para llevarte.

—Me puede llevar Hodor. —Bran señaló la cesta—. Yo me meto ahí y él me carga a la espalda.

Sam se había quedado mirándolo fijamente.

—Tú eres el hermano de Jon Nieve, el que se cayó...

—No —dijo Jojen—. El chico que tú dices está muerto.

—No se lo digas a nadie —suplicó Bran—. Por favor.

Durante un momento, Sam pareció confuso, pero acabó por asentir.

—Sé... Sé guardar un secreto. Elí también. —La miró, y la chica asintió—. Jon... Jon también era mi hermano. Era el mejor amigo que he tenido jamás, pero salió de expedición con Qhorin Mediamano, para explorar los Colmillos Helados, y no regresaron. Los estábamos esperando en el Puño cuando... cuando...

—Jon está aquí —dijo Bran—. Verano lo vio. Estaba con unos salvajes, pero mataron a un hombre, y Jon cogió su caballo y escapó. Seguro que se fue al Castillo Negro.

—¿Estáis seguros de que era Jon? —Sam miró a Meera con los ojos muy abiertos—. ¿Lo viste tú?

—Me llamo Meera —dijo la chica con una sonrisa—. Verano es...

Una sombra se separó de la cúpula derruida y saltó a través de la zona iluminada por la luna. Hasta con la pata herida, el lobo cayó con la agilidad y silencio de un copo de nieve. Elí dejó escapar un gritito de miedo, y abrazó a su bebé con tanta fuerza que empezó a llorar otra vez.

—No te hará daño —dijo Bran—. Este es Verano.

—Jon me dijo que todos teníais lobos. —Sam se quitó un guante—. Yo conocía a Fantasma. —Extendió una mano temblorosa de dedos blancos y blandos, gruesos como salchichas. Verano se acercó, se los olió y le dio un lametón.

Fue entonces cuando Bran tomó la decisión.

—Iremos contigo.

—¿Todos? —Se sorprendió Sam.

—Es nuestro príncipe —dijo Meera, revolviéndole el pelo a Bran.

Verano dio unas cuantas vueltas en torno al pozo sin dejar de olisquear. Se detuvo junto al peldaño superior y miró a Bran.

«Quiere bajar».

—¿Creéis que Elí se puede quedar aquí sola hasta que vuelva? —les preguntó Sam.

—No le pasará nada —le aseguró Meera—. Estará muy bien al lado de la hoguera.

—No hay nadie en el castillo —dijo Jojen.

Elí miró a su alrededor.

—Craster siempre nos hablaba de los castillos, pero no me imaginaba que fueran tan grandes.

«Esto no son más que las cocinas». Bran no podía ni imaginarse qué le

parecería Invernalia si alguna vez llegaba a ir.

Tardaron unos minutos en recoger sus cosas y meter a Bran en el cesto de mimbre, que Hodor se cargó a la espalda. Mientras se preparaban para partir, Elí empezó a amamantar a su bebé junto a la hoguera.

—¿Volverás a buscarme? —le dijo a Sam.

—En cuanto pueda —prometió él—. Luego iremos a algún sitio donde haga calor.

Al oír aquello, una parte de Bran se preguntó qué estaba haciendo.

« ¿Volveré a estar alguna vez en un sitio donde haga calor?» .

—Bajo yo primero, que conozco el camino. —Sam titubeó un instante—. Es que hay tantos peldaños... —Suspiró antes de iniciar el descenso.

Jojen lo siguió; después, Verano, y luego, Hodor con Bran en la cesta. Meera iba la última, con la lanza y la red en la mano.

El descenso fue muy largo. La parte superior del pozo estaba iluminada por la luz de la luna, pero a medida que bajaban en espiral, la luz se iba haciendo más tenue y estaba más distante. Sus pisadas despertaban ecos en la piedra desnuda, y el sonido del agua era cada vez más alto.

—¿No tendríamos que haber cogido antorchas? —preguntó Jojen.

—Enseguida se os acostumbrarán los ojos —respondió Sam—. Poned una mano en la pared para guiaros; así no os caeréis.

Con cada vuelta descendente, el pozo era más oscuro y más frío. Cuando Bran alzó la vista, la boca del pozo era apenas más grande que una media luna.

—Hodor —susurró Hodor.

—Hodorhodorhodorhodorhodor —susurró a su vez el pozo. El sonido del agua estaba más cerca, pero al mirar hacia abajo, Bran solo veía oscuridad.

Un par de giros más tarde, Sam se detuvo de repente. Estaba a unas pocas varas por debajo de Bran y Hodor, y aun así, casi no se lo veía. Lo que sí vio Bran fue la puerta. La puerta Negra, había dicho Sam, pero en realidad no era negra.

Era de arciano blanco, y tenía un rostro.

La puerta emitía un brillo de leche y luz de luna, tan tenue que apenas si tocaba nada que no fuera la propia puerta, ni siquiera a Sam, que estaba justo a su lado. El rostro era viejo y blanquecino, arrugado y encogido.

« Parece muerto. —La boca estaba cerrada, al igual que los ojos. Las mejillas estaban demacradas; la frente, marchita, y la barbilla, temblorosa—. Si un hombre pudiera vivir mil años y no morir nunca, pero seguir envejeciendo, tendría una cara como esta» .

La puerta abrió los ojos.

También eran blancos, ciegos.

—¿Quiénes sois? —preguntó la puerta.

—Quiénes-quiénés-quiénés-quiénés-quiénés —susurró el pozo.

—Soy la espada en la oscuridad —dijo Samwell Tarly—. Soy el vigilante del Muro. Soy el fuego que arde contra el frío, la luz que trae el amanecer, el cuerno que despierta a los durmientes, el escudo que defiende los reinos de los hombres.

—Pasad, pues —dijo la puerta.

Los labios se abrieron, se abrieron y se abrieron, hasta que solo quedó una enorme boca rodeada de un anillo de arrugas. Sam se hizo a un lado y le indicó a Jojen que pasara delante. Lo siguió Verano, que lo iba oliisqueando todo; luego fue el turno de Bran. Hodor se agachó, pero no lo suficiente. El labio superior de la puerta rozó la cabeza de Bran; una gota de agua le cayó encima y le corrió lenta por la nariz. Aunque pareciera extraño, estaba tibia y era salada como una lágrima.

Meereen era tan grande como Astapor y Yunkai juntas. Al igual que sus ciudades hermanas, era toda de adoquines, pero si los de Astapor eran rojos y los de Yunkai amarillos, Meereen era de adoquines multicolores. Las murallas eran más altas que las de Yunkai y estaban en mejor estado, con muchos bastiones y grandes torreones defensivos en todas las esquinas. Tras ellas destacaba, gigantesca ante el cielo, la Gran Pirámide, una edificación monstruosa de trescientas varas de altura, coronada por una monumental arpía de bronce.

—La arpía es un ser cobarde —dijo Daario Naharis cuando la vio—. Tiene corazón de mujer y patas de gallina. No es de extrañar que sus hijos se escondan detrás de las murallas.

Pero el héroe no se escondió. Salió a caballo por las puertas de la ciudad, con una armadura de escamas de cobre y azabache. La montura era un corcel blanco cuyas defensas eran de rayas rosas y blancas, a juego con la capa de seda que caía de los hombros del héroe. La lanza que llevaba media cinco varas, con espirales rosa y blancas en el asta, y su peinado tenía la forma de dos cuernos de carnero, grandes y ensortijados. Paseaba de un lado a otro bajo las murallas de adoquines multicolores y desafiaba a los sitiadores para que enviaran un campeón que se enfrentara a él en combate singular.

Sus jinetes de sangre estaban tan desesperados por aceptar el desafío que casi llegaron a las manos entre ellos.

—Sangre de mi sangre —les dijo Dany—, vuestro lugar está a mi lado. Ese hombre no es más que una mosca zumbona, nada más. No le hagáis caso; pronto se marchará.

Aggo, Jhogo y Rakharo eran guerreros valientes, pero también jóvenes y demasiado importantes para poner en peligro sus vidas. Mantenían unido el *khalasar* y también eran los mejores exploradores.

—Sabia decisión —dijo ser Jorah, mientras lo observaban todo delante de la tienda de Dany—. Dejemos que ese idiota siga paseándose y gritando hasta que el caballo se le quede cojo. No nos hace ningún daño.

—Sí nos lo hace —insistió Arstan Barbablanca—. Las guerras no se ganan solo con lanzas y con espadas. Ese héroe insufla valor en los corazones de los suyos y planta en los de los nuestros las semillas de la incertidumbre.

—¿Qué semillas plantaría nuestro campeón si cayera derrotado? —Ser Jorah soltó un bufido.

—El hombre que teme a la batalla no consigue victorias.

—Aquí no se trata de una batalla. Si ese bufón cae, las puertas de Meereen no se nos abrirán. ¿Por qué arriesgar una vida a cambio de nada?

—Por honor.

—Ya es suficiente —intervino Dany.

Lo que menos falta le hacía era aguantar sus constantes disputas; ya tenía demasiados problemas. Meereen representaba peligros mucho más graves que un héroe de rosa y blanco que gritaba insultos. No podía permitirse ninguna distracción. Después de Yunkai la seguían más de ochenta mil personas, pero apenas una cuarta parte de ellas eran soldados. Los demás... En fin, ser Jorah los llamaba bocas con piernas, y pronto empezarían a tener hambre.

Los grandes amos de Meereen habían retrocedido ante el avance de Dany, cosechando todo lo que pudieron y quemando lo que no pudieron cosechar. A su paso solo encontraron campos quemados y pozos envenenados. Lo peor de todo era que, en cada mojón del camino costero que iba de Yunkai a Meereen, habían clavado a un niño esclavo, todavía vivo, con las entrañas desparramadas y un brazo señalando siempre en dirección a la ciudad. Daario había ordenado que desclavarán a los niños antes de que Dany los viera, pero ella dio la contraorden en cuanto se enteró.

—Los veré —dijo—. Veré a todos y cada uno de ellos, los contaré, miraré sus rostros... Y los recordaré.

Cuando llegaron a Meereen, en la orilla del mar y junto al río, había contado hasta ciento sesenta y tres.

«Tomaré esta ciudad», se prometió una vez más Dany.

El héroe de rosa y blanco pasó una hora vituperando a los asediadores, dudando de su virilidad y burlándose de sus madres, de sus esposas y de sus dioses. Los defensores de Meereen lo animaban desde las murallas de la ciudad.

—Se llama Oznak zo Pahl —le dijo Ben Plumm el Moreno cuando se presentó ante el Consejo para planear la batalla. Era el nuevo comandante de los Segundos Hijos, elegido por los votos de sus compañeros mercenarios—. En cierta ocasión, antes de unirme a los Segundos Hijos, fui guardaespaldas de su tío. Los grandes amos, ¡vaya montón de gusanos! Las mujeres no estaban mal, aunque uno se jugaba la vida si miraba a la que no debía de la manera que no debía. A un hombre, un tal Scarb, ese tipo, Oznak, le arrancó el hígado. Decía que por defender el honor de una dama a la que Scarb había violado con los ojos. ¡Ya me diréis cómo se puede violar a una moza con los ojos! Pero su tío es el hombre más rico de Meereen, y su padre está al mando de la Guardia de la Ciudad, así que tuve que huir como una rata antes de que me matara a mí también.

Vieron que Oznak zo Pahl desmontaba de su corcel blanco, se desanudaba los calzones, se sacaba el miembro y lanzaba un chorro de orina en dirección al olivar donde se alzaba el pabellón dorado de Dany, entre los árboles quemados. Aún seguía meando cuando Daario Naharis se acercó, *arakh* en mano.

—¿Queréis que se la corte y se la meta en la boca, alteza? —Los dientes le brillaban dorados en medio de la barba azul.

—Lo que quiero es la ciudad, no ese miembro ridículo.

Pero se estaba poniendo cada vez más furiosa.

« Si sigo sin hacer nada, los míos me considerarán débil». Pero ¿a quién podía enviar? Necesitaba a Daario tanto como a sus jinetes de sangre. Sin el extravagante tyroshi, no tendría control alguno sobre los cuervos de tormenta, muchos de los cuales habían sido partidarios de Prendahl na Ghezn y Sallor el Calvo.

Arriba, en las murallas de Meereen, las burlas eran cada vez más sonoras, y cientos de los defensores estaban imitando al héroe y orinaban por los baluartes para mostrar su desprecio hacia los asediadores.

« Se están meando en los esclavos para demostrar que no nos tienen miedo — pensó —. Si lo que tienen ante sus puertas fuera un *khalasar dothraki*, no se atreverían».

—Hay que aceptar el desafío —repitió una vez más Arstan.

—Así se hará —dijo Dany mientras el héroe volvía a guardarse el pene—. Decide a Belwas el Fuerte que lo necesito.

El corpulento eunuco de piel morena estaba a la sombra del pabellón dorado, concentrado en devorar una salchicha. Se la terminó en tres bocados, se limpió las manos grasientas en los pantalones y le pidió a Arstan Barbablanca que fuera a buscarle el acero. El anciano escudero afilaba el *arakh* de Belwas todas las noches y lo frotaba con un aceite color rojo brillante.

Cuando Barbablanca le entregó la espada, Belwas el Fuerte entrecerró los ojos para examinar el filo, gruñó, volvió a meter la hoja en la vaina de cuero y se ató el cinturón en torno a la inmensa cintura. Arstan le había llevado también el escudo, un disco redondo de acero, poco más grande que una bandeja, que el eunuco agarró con la mano izquierda en vez de atárselo al antebrazo, al estilo de Poniente.

—Consigueme hígado y cebollas, Barbablanca —pidió Belwas—. Para ahora no, para luego. Matar siempre da hambre a Belwas el Fuerte.

No esperó la respuesta; salió del olivar en dirección a Oznak zo Pahl.

—¿Por qué eliges a ese, *khaleesi*? —exigió saber Rakharo—. Es gordo y estúpido.

Belwas el Fuerte era esclavo en las arenas de combate. Si ese noble Oznak cayera ante él, sería una vergüenza para los grandes amos, mientras que si lo derrotara... sería una pobre victoria; Meereen no se podría vanagloriar de nada.

Y, a diferencia de ser Jorah, Daario, Ben el Moreno, y sus tres jinetes de sangre, el eunuco no se ponía al frente de las tropas, no planificaba las batallas ni le daba consejo.

« No hace nada más que comer, fanfarronear y gritarle a Arstan». Belwas era el único del que podía prescindir. Y ya era hora de saber qué protector le había enviado el magíster Illyrio.

En las líneas de los asediantes se alzó un clamor nervioso cuando vieron a Belwas avanzar hacia la ciudad, y de las murallas y las torres de Meereen les

llegaron gritos y burlas. Oznak zo Pahl montó de nuevo y aguardó, con la lanza rayada apuntando hacia el cielo. El corcel sacudía la cabeza con impaciencia y levantaba polvo con los cascos. Pese a su corpulencia, el eunuco parecía menudo en comparación con el héroe a caballo.

—Si fuera un caballero, desmontaría —dijo Arstan.

Oznak zo Pahl bajó la lanza y cargó.

Belwas se detuvo, con las piernas bien separadas. En una mano llevaba el pequeño escudo redondo, y en la otra, el *arakh* curvo que Arstan cuidaba con tanto esmero. La gran barriga morena y el pecho poderoso aparecían desnudos por encima del cinturón de seda amarilla que llevaba anudado a la cintura, y no contaba con más armadura que un chaleco de cuero tachonado, tan absurdamente pequeño que ni siquiera le cubría los pezones.

—Tendríamos que haberle dado una armadura —dijo Dany, de repente muy nerviosa.

—Eso solo serviría para hacerlo más lento —dijo ser Jorah—. En las arenas de combate no llevan armaduras. El público que va allí quiere ver sangre.

Los cascos del corcel blanco levantaban polvo del suelo. Oznak galopó hacia Belwas el Fuerte, con la capa a rayas ondeando al viento. Todo Meereen parecía estar animándolo; en comparación, los gritos de apoyo de los asediantes parecían pocos y bajos; los inmaculados, formados en filas, guardaban silencio y observaban con rostros que parecían labrados en piedra. Belwas también parecía de piedra. Estaba de pie, en el camino del caballo, con el chaleco tenso en las anchas espaldas. La lanza de Oznak lo apuntaba directa al pecho. La brillante punta de acero centelleaba a la luz del sol.

«Lo va a ensartar», pensó... y en aquel momento, el eunuco giró a un lado. Rápido como un parpadeo, el jinete pasó de largo, empezó a girar y alzó la lanza. Belwas no hizo ademán alguno de atacarlo. Los meereenos de las murallas gritaron todavía más.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Dany.

—Quiere ofrecerle un buen espectáculo a la turba.

Oznak hizo que el caballo describiera un amplio círculo alrededor de Belwas; luego picó espuelas y cargó de nuevo. Una vez más, Belwas aguardó hasta el último momento y giró a la vez que desviaba la punta de la lanza de un golpe. A los oídos de Dany llegó la risotada del eunuco, que despertó ecos en la explanada mientras el héroe pasaba de largo.

—La lanza es demasiado larga —dijo ser Jorah—. Lo único que tiene que hacer Belwas es esquivar la punta. Ese idiota no tendría que intentar ensartarlo, sino arrollarlo con el caballo.

Oznak zo Pahl cargó por tercera vez, y Dany vio con toda claridad que se dirigía más allá de Belwas, como haría un caballero de Poniente al cargar contra su adversario en una justa, en vez de dirigirse contra él, que sería el estilo de un

dothraki. El suelo llano permitía que el corcel alcanzara mucha velocidad, pero también le facilitaba las cosas al eunuco a la hora de esquivar la engorrosa lanza de cinco varas.

El héroe rosa y blanco de Meereen trató de anticiparse a Belwas, y desvió la lanza en el último momento para intentar atravesarlo mientras la esquivara. Pero el eunuco también lo había previsto y, en aquella ocasión, se dejó caer en vez de girarse a un lado. La lanza le pasó inofensiva por encima de la cabeza y, de repente, Belwas rodó por el suelo y describió un arco plateado con el afilado *arakh*. Se oyó el relincho del corcel cuando la hoja se le clavó en las patas; el caballo cayó, y el héroe salió despedido de la silla.

De pronto se había hecho el silencio en los parapetos de Meereen. Era el turno de la gente de Dany de aclamar y aplaudir.

Oznak consiguió que no lo aplastara el caballo y se las arregló para desenvainar la espada antes de que Belwas el Fuerte cayera sobre él. El acero chocó contra el acero, demasiado rápido y furioso para que Dany pudiera seguir los golpes. Pero en menos de doce latidos de corazón, el pecho de Belwas estuvo cubierto de sangre por un corte que tenía entre los pezones, y Oznak zo Pahl tenía un *arakh* clavado entre los cuernos de carnero. El eunuco liberó la hoja y cortó la cabeza con tres golpes brutales en el cuello. La alzó para que los meereenos la vieran bien y la tiró hacia las puertas de la ciudad, donde rebotó y rodó por la arena.

—Vaya con el héroe de Meereen —dijo Daario entre risas.

—Es una victoria sin sentido —advirtió ser Jorah—. No ganaremos Meereen matando a sus defensores de uno en uno.

—No —convino Dany—, pero me alegra que hayamos matado a este.

Los defensores de las murallas empezaron a disparar sus ballestas contra Belwas, pero las saetas se quedaban muy cortas o se clavaban en el suelo, inofensivas. El eunuco volvió la espalda hacia la lluvia de puntas de acero, se bajó los pantalones, se acuclilló y empezó a cagar en dirección a la ciudad. Cuando terminó, se limpió con la capa a rayas, y se entretuvo el tiempo suficiente para saquear el cadáver del héroe y poner fin a la agonía del caballo antes de regresar al bosquecillo de olivos.

Los asediantes le dieron una bienvenida calurosa cuando entró en el campamento. Los dothrakis aullaban y gritaban, y un clamor brotaba de los inmaculados, que entrecocaban las lanzas y los escudos.

—Bien hecho —le dijo ser Jorah.

—Una fruta dulce por una dulce victoria —dijo Ben el Moreno tendiéndole al eunuco una ciruela madura.

Hasta las doncellas dothrakis de Dany tuvieron palabras de alabanza para él.

—Te trenzaríamos el pelo y te pondríamos una campanilla, Belwas el Fuerte —dijo Jhiqui—. Pero no tienes pelo suficiente.

—Belwas el Fuerte no necesita campanillas tintineantes. —El eunuco se comió de cuatro bocados la ciruela de Ben el Moreno y tiró el hueso—. Belwas el Fuerte necesita hígado y cebollas.

—Hígado y cebollas tendrás —dijo Dany—. Belwas el Fuerte está herido.

Tenía el vientre enrojecido por la sangre que manaba del corte.

—No es nada. Siempre dejó que mi rival me corte una vez, antes de matarlo.

—Se dio unas palmaditas en la barriga ensangrentada—. Cuenta los cortes y sabrás a cuántos ha matado Belwas el Fuerte.

Pero Dany había perdido a Khal Drogo por una herida semejante, y no iba a permitir que quedara sin curar. Envío a Missandei en busca de un liberto yunkio que era famoso por su habilidad en las artes curativas. Belwas chilló y protestó, pero Dany le echó una regañina y lo llamó bebé calvo hasta que el hombretón permitió que el curador le restañara la sangre de la herida con vinagre, se la cosiera y le vendara el pecho con tiras de lino empapadas en vino de fuego. Después se reunió en su pabellón con los capitanes y comandantes que formaban el Consejo.

—Necesito esta ciudad —les dijo cuando estuvo sentada con las piernas cruzadas entre los cojines, rodeada por los dragones. Irri y Jhiqui sirvieron vino—. Tienen los graneros llenos a reventar. En las terrazas de las pirámides crecen higos, dátiles y aceitunas, y en las bodegas hay barriles de pescado en salazón y carne ahumada.

—También hay cofres llenos a rebosar de oro, plata y piedras preciosas —les recordó Daario—. No nos olvidemos de las piedras preciosas.

—He examinado las murallas que dan a tierra y no he encontrado ningún punto débil —señaló ser Jorah Mormont—. Con un poco de tiempo podríamos excavar un túnel, pero ¿qué comeríamos mientras tanto? Ya casi no nos quedan provisiones.

—¿Ningún punto débil en las murallas que dan a tierra? —preguntó Dany. Meereen estaba en un saliente de arena y piedra, allí donde el lento cauce cenagoso del Skahazadhan desembocaba en la bahía de los Esclavos. La muralla norte de la ciudad se alzaba a lo largo de la ribera, y la muralla oeste, en la orilla de la bahía—. ¿Significa eso que tendremos que atacar desde el río o desde el mar?

—¿Con tres barcos? Le diremos al capitán Groleo que eche un vistazo a la muralla del río, pero a no ser que se esté derrumbando, no es más que una manera más húmeda de morir.

—Y si construimos torres de asalto? Mi hermano Viserys me hablaba de esas cosas; sé qué se puede hacer.

—Si hay madera, alteza —señaló ser Jorah—. Los traficantes de esclavos han quemado todos los árboles en veinte leguas a la redonda. Sin madera no hay trabuquetes para derruir las murallas, ni escaleras para saltarlas, ni torres de

asalto, ni tortugas, ni arietes. Sí, podríamos atacar las puertas con hachas, pero...

—¡Habéis visto esas cabezas de bronce que hay sobre las puertas? —intervino Ben Plumm el Moreno—. Son hileras de cabezas de arpía con la boca abierta. Los meereenos pueden derramar aceite hirviendo por esas bocas y freir vivo a cualquiera que ataque con un hacha.

—Tal vez deberían ser los inocentes los que fueran con las hachas —le dijo Daario Naharis a Gusano Gris, sonriendo—. Para vosotros, el aceite hirviendo no es más que un baño caliente, tengo entendido.

—Es falso. —Gusano Gris no le devolvió la sonrisa—. Unos no sienten las quemaduras igual que los hombres, pero el aceite así ciega y mata. En cambio, los inocentes no temen a la muerte. Dadnos arietes, y derribaremos las puertas o moriremos en el intento.

—Más bien moriríais en el intento —señaló Ben el Moreno.

En Yunkai, cuando se puso al frente de los Segundos Hijos, le había asegurado a Dany que era veterano de cien batallas. «Aunque no puedo decir que en todas ellas luchara con valentía. Hay mercenarios viejos y mercenarios valerosos, pero no hay mercenarios viejos y valerosos». Había llegado a comprender que era verdad.

—No pienso desperdiciar las vidas de los inocentes, Gusano Gris. —Dany suspiró—. Quizá podamos derrotarlos por hambre.

—Nosotros moriríamos de hambre mucho antes que ellos, alteza. —Ser Jorah mostró su desacuerdo—. Aquí no hay comida, ni tampoco forraje para las mulas y los caballos. Además, no me gusta este río. Meereen caga en el Skahazadhan, pero el agua para beber la extrae de pozos más profundos. Ya hay informes de enfermos en el campamento: fiebres, diarrea y tres casos de colerina sangrienta. Si nos quedamos, habrá más. La marcha ha debilitado a los esclavos.

—A los libertos —lo corrigió Dany—. Ya no son esclavos.

—Esclavos o libres, tienen hambre y no tardarán en caer enfermos. La ciudad está mucho mejor aprovisionada que nosotros, y dispone de suministro de agua potable. Con los tres barcos que tenéis no basta para cortarle el acceso tanto al río como al mar.

—En ese caso, ¿qué me aconsejáis, ser Jorah?

—No os va a gustar.

—De todos modos os escucharé.

—Como gustéis. Propongo que pasemos de largo de esta ciudad. No podéis liberar a todos los esclavos del mundo, *khaleesi*. Os espera una guerra en Poniente.

—No me he olvidado de Poniente. —Algunas noches, Dany soñaba con aquella tierra fabulosa donde no había estado jamás—. Pero si permito que los viejos muros de adoquines de Meereen me derroten con tanta facilidad, ¿cómo podré tomar algún día los grandes castillos de piedra de Poniente?

—Igual que lo hizo Aegon —dijo ser Jorah—. Con fuego. Cuando lleguemos a los Siete Reinos, vuestros dragones ya serán adultos. Allí tendremos torres de asedio y trabuquetes, cosas de las que carecemos aquí... pero el viaje a través de las Tierras del Largo Verano es prolongado y penoso; hay peligros que no podemos imaginar. Os detuvisteis en Astapor para comprar un ejército, no para iniciar una guerra. Reservad las espadas y las lanzas para los Siete Reinos, mi señora. Dejad Meereen para los meereenos y proseguid hacia el oeste, hacia Pentos.

—¿Derrotada? —Se crispó Dany.

—Cuando los cobardes se esconden detrás de las murallas son ellos los derrotados, *khaleesi* —dijo Ko Jhogo.

Los demás jinetes de sangre estaban de acuerdo.

—Sangre de mi sangre —dijo Rakharo—, cuando los cobardes se esconden y queman la comida y el forraje, los grandes *khals* tienen que buscar enemigos más valientes. Lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —corroboró Jhiqui mientras servía vino.

—Pues yo no lo sé. —Dany tenía en gran estima el consejo de ser Jorah, pero dejar intacta Meereen era más de lo que podía soportar. No olvidaba a los niños clavados en los mojones, a los pájaros que les picoteaban las entrañas ni los bracitos flacos que señalaban la dirección en el camino de la costa—. Ser Jorah, decís que no nos quedan provisiones. Si marchamos hacia el oeste, ¿cómo podré alimentar a mis libertos?

—No podréis. Lo siento, *khaleesi*. Tendrán que alimentarse por su cuenta, o perecerán de hambre. Y muchos morirán durante la marcha, sí. Va a ser duro, pero no hay manera de salvarlos. Tenemos que alejarnos cuanto antes de esta tierra devastada.

Al cruzar el desierto rojo, Dany había dejado un rastro de cadáveres. Era una imagen que no quería volver a ver jamás.

—No —dijo—. No me pondré en marcha con mi pueblo para que muera.

—«Son mis hijos» —. Tiene que haber alguna manera de entrar en la ciudad.

—Yo sé una manera. —Ben Plumm el Moreno se acarició la barba salpicada de blanco—. Las cloacas.

—¿Las cloacas? ¿Qué queréis decir?

—Hay grandes cloacas de ladrillo que vacían en el Skahazadhan los desperdicios de la ciudad. Por ahí podrían entrar unos pocos. Así fue como escapé de Meereen cuando mataron a Scarb. —Ben el Moreno hizo una mueca—. No he sido capaz de quitarme aquel olor. A veces todavía sueño con él por las noches.

—De todos modos, sería más fácil salir que entrar. —Ser Jorah no parecía convencido—. ¿Decís que esas cloacas van a dar al río? Eso quiere decir que las entradas estarán justo debajo de las murallas.

—Y cerradas con verjas de hierro —reconoció Ben el Moreno—, aunque algunas están muy oxidadas; de lo contrario, me habría ahogado en mierda. Una vez dentro hay una larga subida en la oscuridad más absoluta, y un laberinto de ladrillo donde cualquiera se podría perder para toda la vida. La porquería llega siempre al menos a la cintura, y por las manchas de las paredes, puede quedar por encima de la cabeza de un hombre. Además, dentro hay bichos. Las ratas más grandes que os podáis imaginar y cosas aún peores. Es asqueroso.

—¿Tan asqueroso como vos cuando salisteis? —Daario Naharis se echó a reír—. Si hubiera alguien tan idiota como para intentar lo que proponéis, hasta el último traficante de esclavos de Meereen lo olería cuando saliera.

—Su alteza preguntaba si había alguna manera de entrar —dijo Ben el Moreno encogiéndose de hombros—, así que se lo he dicho... pero Ben Plumm no volvería a entrar en esas cloacas ni por todo el oro de los Siete Reinos. Si otros quieren intentarlo, por mí perfecto.

Aggo, Jhogo y Gusano Gris fueron a hablar todos a la vez, pero Dany alzó una mano para pedir silencio.

—Esas cloacas no parecen prometedoras. —Sabía que Gusano Gris guiaría a los inocentes por ellas si lo ordenaba, y sus jinetes de sangre no se quedarían atrás. Pero ni unos ni otros eran adecuados para la misión. Los dothrakis eran jinetes, y la fuerza de los inocentes residía en su disciplina en el campo de batalla. «¿Debo enviar a los hombres a morir en la oscuridad, si las posibilidades de éxito son tan escasas?» —. Tengo que meditar sobre esto. Volved a vuestras tareas.

Sus capitanes hicieron una reverencia y la dejaron con las doncellas y los dragones. Pero, cuando Ben el Moreno se disponía a salir, Viserion extendió las alas blancas y revoloteó perezoso hacia su cabeza. Una de las alas rozó el rostro del mercenario. El dragón blanco se posó de forma inestable, con una pata en la cabeza del hombre y otra en el hombro, gritó y salió volando de nuevo.

—Por lo visto le gustáis, Ben —dijo Dany.

—Por supuesto. —Ben el Moreno se echó a reír—. Tengo una gota de sangre de dragón, ¿no lo sabíais?

—¿Vos?

Fue una sorpresa para Dany. Plumm era un hombre de las compañías libres, un mestizo simpático. Tenía el rostro ancho, la nariz rota y el cabello blanco, y de su madre dothraki había heredado unos ojos grandes, oscuros y almendrados. Decía que era en parte braavosi, en parte isleño del verano, en parte ibbenés, en parte qohoriense, en parte dothraki, en parte dorniense y en parte de Poniente, pero era la primera vez que lo oía hablar de su sangre Targaryen. Lo miró inquisitiva.

—¿Cómo es posible?

—Bueno —dijo Ben el Moreno—, hubo un Plumm en los Reinos del Ocaso

que contrajo matrimonio con una princesa dragón. Mi abuela me lo contaba a menudo. Vivió en tiempos del rey Aegon.

—¿Qué rey Aegon? —quiso saber Dany—. Cinco reyes Aegon han reinado en Poniente. —El hijo de su hermano habría sido el sexto, pero los hombres del Usurpador le aplastaron la cabeza contra una pared.

—¿Hubo cinco? Pues vaya lío. No os puedo decir el número, mi reina. Pero ese viejo Plumm era un señor. Debió de ser muy famoso en sus tiempos; seguro que todo el mundo hablaba de él. Con vuestro regio permiso, os diré que tenía una polla de ocho palmos de largo.

Las tres campanitas de la trenza de Dany tintinearon cuando se echó a reír.

—Querrás decir dedos.

—Palmos —insistió Ben el Moreno—. Si fueran dedos, ¿quién hablaría de ello?

—¿Vuestra abuela en persona vio semejante prodigo? —Dany dejó escapar una risita infantil.

—¿La vieja bruja? No. Era medio ibbenesa y medio qohoriense. No estuvo nunca en Poniente; se lo debió de contar mi abuelo. Unos dothrakis lo mataron antes de que naciera yo.

—¿Y de dónde le vino ese conocimiento a vuestro abuelo?

—Será una de esas historias que cuentan mientras lo amamantan a uno, digo yo. —Ben el Moreno se encogió de hombros—. Lo siento, pero eso es todo lo que sé de Aegon el Desnumerado y del enorme miembro del viejo lord Plumm. Más vale que vaya a vigilar a mis Hijos.

—Adelante —le dijo Dany.

Una vez Ben el Moreno hubo salido de la tienda, volvió a tumbarse entre los cojines.

—Si ya fueras adulto —le dijo a Drogon mientras lo rascaba entre los cuernos—, montaría sobre ti, sobrevolariamos esas murallas y derretirías la arpía con tus llamas.

Pero pasarían años antes de que los dragones tuvieran tamaño suficiente para montar en ellos.

« Y cuando sean grandes, ¿quién los cabalgará? El dragón tiene tres cabezas, y yo, solo una. —Pensó en Daario—. Si ha habido alguna vez un hombre capaz de violar a una mujer con los ojos...» .

Desde luego, ella tenía tanta culpa como el tyroshi. Más de una vez le había lanzado miradas cuando se reunía el Consejo de los capitanes, y muchas noches recordaba cómo le brillaba el diente de oro al sonreír. Aquello y los ojos. « Esos ojos tan azules» . En el camino desde Yunkai, todas las noches, al ir a presentar el informe diario, Daario le había llevado una flor o alguna plantita... Para que aprendiera a conocer aquellas tierras, decía. Ramas de sauce avispa, rosas pardas, menta silvestre, aspérula olorosa, juncos filoso, retama, zarza del desierto,

oro de arpía... «Además, intentó evitarme la visión de los niños muertos». No debería haberlo hecho, pero la intención fue buena. Y Daario Naharis la hacía reír, cosa que no le pasaba con ser Jorah.

Dany trató de imaginar qué pasaría si permitía que Daario la besara, igual que había hecho ser Jorah en el barco. La sola idea era excitante y turbadora a la vez.

«Es demasiado arriesgado». El mercenario tyroshi no era una buena persona; aquello no hacía falta que se lo dijera nadie. Por debajo de las sonrisas y las bromas, era peligroso y hasta cruel. Sallor y Prendahl se habían despertado una mañana como compañeros suyos, y aquella misma noche la había obsequiado con sus cabezas. «Khal Drogo también podía ser cruel, y jamás hubo hombre más peligroso. —Y de todos modos lo había llegado a amar—. ¿Podría amar a Daario? ¿Qué pasaría si lo dejara entrar en mi cama? ¿Lo convertiría eso en una de las cabezas del dragón? —Ser Jorah se pondría furioso, sin duda, pero fue él quien dijo que debería tomar dos esposos—. A lo mejor debería casarme con los dos, y se acabó».

Pero eran pensamientos vanos. Tenía que tomar una ciudad, y soñar con besos y con los ojos azules de un mercenario no la ayudaría a derribar las murallas de Meereen.

«Soy de la sangre del dragón», se recordó. Sus pensamientos giraban en círculos, como una rata que se persiguiera la cola. De pronto se sintió como si no pudiera soportar los confines de su pabellón ni un solo instante más. «Quiero notar el viento en la cara, quiero oler el mar».

—Missandei —llamó—, haz que ensillen a mi plata. Y tu montura también.

—Como vuestra alteza ordene —dijo la pequeña escriba con una reverencia—. ¡Pido que vengan vuestros jinetes de sangre para que os protejan!

—Iré con Arstan. No voy a salir del campamento.

Entre sus hijos no tenía enemigos. Además, el anciano escudero no hablaría tanto como Belwas ni la miraría como la miraba Daario.

El bosquecillo de olivos quemados donde habían levantado su pabellón se encontraba junto al mar, entre el campamento dothraki y el de los inocentes. Cuando los caballos estuvieron ensillados, Dany y sus acompañantes pasearon por la orilla, alejándose de la ciudad. Pese a todo, sentía la presencia de Meereen a su espalda, burlándose de ella. Volvió la vista atrás y allí estaba, con el sol de la tarde arrancando destellos de la arpía de bronce que se alzaba sobre la Gran Pirámide. Dentro de Meereen, los traficantes de esclavos se tenderían pronto con sus *tokars* ribeteados para celebrar banquetes con cordero, aceitunas, fetos de perro, lirones con miel y otras delicias semejantes, mientras, fuera, sus hijos pasaban hambre. Sintió una oleada de rabia.

«Acabaré contigo», juró.

Al pasar junto a las zanjas y las estacas que rodeaban el campamento de los

eunucos, Dany oyó a Gusano Gris y a sus sargentos, que dirigían los ejercicios de una compañía con escudos, espadas cortas y lanzas. Otra compañía se estaba bañando en el mar, con calzones de lino blanco por todo atuendo. Ya se había fijado en que los eunucos eran muy limpios. Algunos de los mercenarios oían como si no se hubieran lavado ni cambiado de ropa desde que su padre perdió el Trono de Hierro, pero los inocentes se bañaban todas las noches, aunque hubieran estado marchando el día entero. Si no había agua, se lavaban con arena, al estilo dothraki.

A su paso, los eunucos se arrodillaban y se llevaban al pecho los puños cerrados. Dany les devolvió el saludo. La marea estaba subiendo, y la espuma de las olas bañaba los cascos de la plata. Se veían los barcos a lo lejos, en mar abierto. La *Balerion*, la gran coca antes llamada *Saduleon*, con sus velas plegadas, era la más cercana. Más allá flotaban la galeras *Meraxes* y *Vhagar*, que antes eran *Sol del Verano* y *Travesura de Joso*. En realidad, los barcos no eran suyos, sino del magíster Illyrio, pero pese a todo les había puesto nombres nuevos sin detenerse a pensar. Nombres de dragones, y no solo aquello: en la antigua Valyria, antes de la Maldición, Balerion, Meraxes y Vhagar habían sido dioses.

Al sur del ordenado reino de estacas, zanjas, entrenamientos y eunucos aseados estaba el campamento de los libertos, un lugar mucho más ruidoso y caótico. Dany había armado a los antiguos esclavos lo mejor que había podido, con armas de Astapor y Yunkai, y ser Jorah había organizado a los hombres que se encontraban en condiciones de luchar en cuatro compañías fuertes, pero allí nadie practicaba. Pasaron junto a una hoguera de madera arrastrada por el mar, donde un centenar de personas se había reunido para asar un caballo muerto. Le llegó el olor de la carne, y oyó cómo chisporroteaba la grasa a medida que los niños daban vueltas al espetón, pero aquello le hizo fruncir el ceño.

Los chiquillos corretearon detrás de sus caballos entre saltos y risas. En vez de saludos, muchas voces la llamaron en un revoltijo de idiomas. Algunos libertos le gritaban «*Madre*», mientras otros le pedían dádivas o favores. Unos rezaban a dioses desconocidos para bendecirla, y otros, en cambio, le pedían su bendición. Dany les sonreía, iba de izquierda a derecha, tocaba las manos que se alzaban hacia ella y permitía que los que se arrodillaban le tocaran los estribos o la pierna. Muchos libertos creían que tocarla daba buena suerte.

«Que me toquen, si eso les inspira valor —pensó—. Todavía nos esperan pruebas muy duras...».

Dany se había detenido para hablar con una mujer embarazada, que quería que la Madre de Dragones le pusiera nombre a su hijo, cuando alguien la agarró por la muñeca izquierda. Se volvió y vio a un hombre alto y harapiento, con la cabeza rapada y el rostro quemado por el sol.

—No tan fuerte... —empezó a decir.

Pero antes de que pudiera terminar la frase, el hombre le dio un tirón del brazo y la arrancó de la silla. El suelo subió hacia ella y la dejó sin aliento, y la plata relinchó y retrocedió. Dany, conmocionada, giró hacia un lado y se incorporó sobre un codo...

Entonces fue cuando vio la espada.

—Aquí está la puerca traidora —dijo el hombre—. Sabía que más tarde o más temprano vendrías a que te besaran los pies. —Tenía la cabeza calva como un melón, y la nariz enrojecida y pelada, pero Dany conocía aquella voz y aquellos ojos color verde claro—. Voy a empezar por cortarte las tetas.

Dany fue vagamente consciente de que Missandei gritaba pidiendo ayuda. Un liberto se adelantó, pero solo un paso. Una estocada rápida, y cayó de rodillas con el rostro lleno de sangre. Mero se limpió la sangre en los calzones.

—¿Quién es el siguiente?

—Yo.

Arstan Barbablanca saltó de su caballo y se situó junto a Dany; la brisa marina le agitaba el pelo blanco mientras sujetaba el largo cayado de madera con ambas manos.

—Venga, abuelo —dijo Mero—, lárgate antes de que te rompa el bastón en dos y te lo meta por el culo...

El anciano hizo una finta con un extremo del cayado, lo recogió y lanzó el otro extremo como un látigo, a una velocidad que Dany jamás había visto. El Bastardo del Titán retrocedió tambaleante hacia el mar, al tiempo que escupía sangre y dientes rotos de la boca destrozada. Barbablanca puso a Dany tras él. Mero le lanzó una estocada al rostro. El anciano saltó hacia atrás, rápido como un felino. El cayado golpeó a Mero entre las costillas y lo hizo tambalear. Arstan saltó a un lado en el agua, detuvo un tajo de la espada, esquivó un segundo con agilidad y bloqueó un tercero en medio del arco. Los movimientos eran tan rápidos que Dany apenas podía seguirlos. Missandei la estaba ayudando a ponerse en pie cuando oyó un chasquido. Al principio pensó que el cayado de Arstan se había quebrado, hasta que vio el hueso roto que salía de la pantorrilla de Mero. Al caer, el Bastardo del Titán se retorció y lanzó una estocada directa al pecho del anciano. Barbablanca apartó la hoja con un movimiento casi despectivo, y con el otro extremo del cayado golpeó la sien del hombretón. Mero quedó tendido, con la boca llena de sangre, mientras las olas lo cubrían. Al cabo de un instante, los libertos también lo cubrieron, todos con cuchillos, piedras y puños furiosos, en un enloquecido frenesi.

Dany apartó la vista, asqueada. En aquel momento tenía más miedo que cuando Mero la había atacado.

«Ha estado a punto de matarme».

—Alteza. —Arstan se arrodilló—. Soy un anciano; estoy avergonzado. No debí permitir que se os acercara tanto. He sido negligente. Sin la barba y sin el

pelo no lo había reconocido.

—Yo tampoco. —Dany respiró profundamente para dejar de temblar. «Enemigos por todas partes» —. Llevadme a mi tienda. Por favor.

Cuando llegó Mormont, ya estaba arrebujada en su piel de león, y bebía una copa de vino especiado.

—He estado examinando la muralla del río —empezó a decir ser Jorah—. Es un poco más alta que las demás e igual de sólida. Además, los meereenos tienen una docena de barriles incendiarios atados bajo los baluartes...

—Tendríais que haberme avisado de que el Bastardo del Titán había conseguido escapar —lo interrumpió Dany.

—No me pareció necesario alarmarlos, alteza —dijo el caballero frunciendo el ceño—. He ofrecido una recompensa por su cabeza...

—Pues pagádsela a Barbablanca. Mero ha viajado con nosotros desde que salimos de Yunkai. Se afeitó la barba y se confundió entre los libertos a la espera de que le llegara una ocasión para vengarse. Arstan lo ha matado.

—¿Queréis decir que un escudero con un palo ha acabado con Mero de Braavos? —Ser Jorah miraba fijamente al anciano.

—Con un palo —asintió Dany—. Pero escudero... nunca más. Ser Jorah, es mi deseo que se arme caballero a Arstan.

—No.

La sonora negativa fue toda una sorpresa. Y lo más extraño fue que salió de los labios de los dos hombres a la vez. Ser Jorah desenvainó la espada.

—El Bastardo del Titán era un individuo peligroso. Sabía cómo matar. ¿Quién sois vos, anciano?

—Un caballero mejor que vos —replicó Arstan con frialdad.

«¿Un caballero?». Dany estaba confusa.

—Me dijisteis que erais escudero.

—Lo fui, alteza. —Se dejó caer sobre una rodilla—. En mi juventud fui escudero de lord Swann, y por orden del magíster Illyrio también he servido a Belwas el Fuerte. Pero, entre esos años, fui caballero en Poniente. No os he dicho ninguna mentira, mi reina; os he ocultado algunas verdades. Por eso y por el resto de mis pecados solo puedo suplicar vuestro perdón.

—¿Qué verdades me habéis ocultado? —A Dany no le estaba gustando nada aquello—. Decídme. Ahora mismo.

—En Qarth —dijo el anciano inclinando la cabeza—, cuando me preguntasteis que cómo me llamaba, os dije que Arstan. Eso es cierto. Muchos hombres me llamaron así durante el viaje que hicimos Belwas y yo para buscaros. Pero no es mi verdadero nombre.

«Me ha engañado, como me advirtió Jorah, pero me acaba de salvar la vida». Dany estaba cada vez más confusa y furiosa.

—Mero se afeitó la barba. Vos, en cambio, os la dejasteis crecer, ¿verdad? —

Ser Jorah tenía el rostro congestionado—. Mierda, ahora entiendo por qué me resultabais tan familiar.

—¿Lo conocéis? —le preguntó Dany al caballero exiliado.

—Lo vi una docena de veces, casi siempre de lejos, cuando estaba con sus hermanos o tomaba parte en un torneo. Pero no había hombre en los Siete Reinos que no conociera a Barristan el Bravo. —Puso la punta de la espada en el cuello del anciano—. *Khaleesi*, el que se arrodilla ante vos es ser Barristan Selmy, lord comandante de la Guardia Real, que traicionó a vuestra casa para servir al Usurpador Robert Baratheon.

—El cuervo llama negro al grajo, y vos habláis de traiciones —dijo el anciano caballero sin pestañear siquiera.

—¿Qué hacéis aquí? —exigió saber Dany—. Si Robert os envió para matarme, ¿por qué me habéis salvado la vida? —«Sirvió al Usurpador. Traicionó la memoria de Rhaegar, y abandonó a Viserys para que viviera y muriera en el exilio. Pero si hubiera querido verme muerta, solo habría tenido que echarse a un lado»—. Quiero que me digáis toda la verdad, por vuestro honor de caballero. ¿A quién servís? ¿Al Usurpador o a mí?

—A vos, si accedéis. —Ser Barristan tenía lágrimas en los ojos—. Acepté el perdón de Robert, sí. Lo serví en la Guardia Real y en el Consejo. Serví con el Matarreyes y con otros casi tan indignos como él, que deshonraron la capa blanca que llevé. No tengo excusa para eso. Tal vez aún estaría sirviendo en Desembarco del Rey si el malvado muchacho que se sienta en el Trono de Hierro no me hubiera expulsado. Me avergüenza reconocerlo. Pero cuando me quitó la capa que el Toro Blanco me había puesto en los hombros, y el mismo día envió hombres para matarme, fue como si me arrancara un velo de los ojos. Fue entonces cuando supe que debía buscar a mi verdadero rey y morir a su servicio...

—Me encantará complaceros —dijo ser Jorah con voz tensa.

—Silencio —dijo Dany—. Quiero escucharlo.

—Tal vez deba morir como traidor —dijo ser Barristan—. Si es así, no moriré solo. Antes de aceptar el perdón de Robert luché contra él en el Tridente. En aquella batalla, vos estabais en el otro bando, ¿no, Mormont? —No esperó la respuesta—. Siento no haberos dicho toda la verdad, alteza. Era la única manera de impedir que los Lannister supieran que me había unido a vos. Os vigilan, igual que vigilaron a vuestro hermano. Durante años, lord Varys recibió información sobre cada movimiento de Viserys. A lo largo de los años oí cientos de noticias en el Consejo Privado. Y desde el día en que os casasteis con Khal Drogo ha habido a vuestro lado un informador que vendía vuestros secretos, que trataba con la Araña y le cambiaba susurros por oro y promesas.

«No es posible, no puede ser...».

—Os equivocáis. —Dany miró a Jorah Mormont—. Decidle que se equivoca.

Que no hay ningún informador. Decídselo, ser Jorah. Hemos cruzado juntos el mar dothraki y el desierto rojo. —El corazón le aleteaba como un pájaro enjaulado—. Decídselo, Jorah. Decide que lo ha entendido mal.

—Los Otros se os lleven, Selmy. —Ser Jorah dejó caer la espada sobre las alfombras—. Solo fue al principio, *khaleesi*, antes de que llegara a conoceros... antes de que llegara a amaros...

—¡No os atreváis a pronunciar esa palabra! —Dany retrocedió—. ¿Cómo habéis sido capaz? ¿Qué os ofreció el Usurpador? ¿Oro? ¿Fue oro? —Los Eternos le habían dicho que sufriría otras dos traiciones, una por oro y otra por amor—. Decid, ¿qué os prometió?

El caballero inclinó la cabeza.

—Varys me dijo... que podría volver a casa.

« ¡Yo iba a llevarlos a casa! ». Los dragones percibieron su furia. Viserion echó a volar, y le empezó a salir humo gris del morro. Drogon batió el aire con las alas negras, y Rhaegal echó la cabeza hacia atrás y eructó una llamarada.

« Debería dar la orden y que los quemaran a los dos» . ¿Acaso no había nadie en quien pudiera confiar, nadie que cuidara de ella y la protegiera?

—¿Todos los caballeros de Poniente son tan falsos como vosotros dos? Fuera de aquí, antes de que mis dragones os abrasen. ¿Cómo olerá un mentiroso asado? ¿Tan mal como las cloacas de Ben el Moreno? ¡Marchaos!

Ser Barristan se levantó, despacio, con rigidez... Por primera vez, aparentaba la edad que tenía.

—¿Adónde deseáis que vayamos, alteza?

—¡Al infierno, a servir al rey Robert! —Dany sintió las lágrimas calientes en las mejillas. Drogon chilló y sacudió la cola—. Los Otros se os lleven a los dos.

—« Marchaos, marchaos; la próxima vez que vea vuestras caras os haré cortar esas cabezas traidoras» . Pero no fue capaz de decirlo. « Me han traicionado. Pero me han salvado. Pero me han mentido» —. Marchaos a... —« Mi oso, mi oso fiero y fuerte, ¿qué haré sin vos? Y el anciano, que fue amigo de mi hermano» —. Marchaos a... a...

« ¿Adónde?» .

Y entonces se le ocurrió.

Tyrion se vistió en la oscuridad mientras escuchaba la respiración pausada de su esposa en el lecho que compartían. «Tiene pesadillas», pensó al oír murmurar algo a Sansa... tal vez un nombre, aunque eran simples susurros que costaba entender. Como marido y mujer compartían una cama de matrimonio, pero nada más. «Hasta las lágrimas se las guarda para sí».

Cuando le habló de la muerte de su hermano esperaba una reacción de dolor y rabia, pero el rostro de Sansa permaneció tan impasible que, durante un momento, temió que no lo hubiera entendido. Pero más tarde, separados ya por una gruesa puerta de roble, la oyó sollozar. Tyrion había valorado la posibilidad de ir con ella y consolarla.

«No —tuvo que decirse—, no querrá que la consuele un Lannister». Lo único que pudo hacer por ella fue evitarle los detalles más macabros de la Boda Roja a medida que iban llegando de Los Gemelos. Decidió que Sansa no tenía por qué saber cómo habían destrozado y mutilado el cuerpo de su hermano, ni cómo habían tirado el cadáver desnudo de su madre al Forca Verde en una parodia de las costumbres funerarias de la casa Tully. Lo que menos falta le hacía a la chiquilla era más alimento para sus pesadillas.

Pero no fue suficiente. Le había envuelto los hombros con la capa; había jurado protegerla, pero no había sido más que una burla tan cruel como la corona que los Frey habían puesto en la cabeza del huargo de Robb Stark después de coserla a su cadáver decapitado. Sansa también lo sabía. Su manera de mirarlo, su rigidez cuando se metía en la cama que compartían... Cuando estaba con ella no podía olvidar ni un instante quién era ni qué era. Ella tampoco. Seguía yendo todas las noches a rezar al bosque de dioses, y Tyrion se preguntaba si no les pediría su muerte. Había perdido su hogar, su lugar en el mundo y a todos aquellos a los que había amado, a todos aquellos en los que alguna vez pudo confiar. «Se Acerca el Invierno», anunciaba el lema de los Stark, y sin duda había caído con crueldad sobre ellos.

«Pero para la casa Lannister es pleno verano. Entonces, ¿cómo es que tengo tanto frío?».

Se puso las botas, se sujetó la capa con un broche en forma de cabeza de león y salió al pasillo iluminado por antorchas. Lo único bueno que tenía su matrimonio era que le había permitido escapar del Torreón de Maegor. Ahora que tenía una esposa y servicio doméstico, su señor padre había coincidido con él en que le hacía falta un alojamiento más apropiado, y lord Gyles se vio desposeído bruscamente de sus espaciosas habitaciones, en la parte superior del torreón de la cocina. Era un alojamiento espléndido, desde luego, con un dormitorio grande y una sala adecuada, un baño y un vestidor para su mujer, y habitaciones más pequeñas para Pod y para las doncellas de Sansa. Hasta la

celda de Bronn, junto a la escalera, tenía una especie de ventanuco. «Bueno, es más bien una tronera, pero deja entrar la luz». Ciento que la cocina principal del castillo estaba al otro lado del patio, pero a Tyrion, aquellos sonidos y olores le parecían infinitamente mejores a la idea de compartir Maegor con su hermana. Cuanto menos tuviera que ver a Cersei, más feliz sería.

Tyrion oyó los ronquidos de Brella al pasar junto a su celda. Shae se quejaba de aquello, pero era un precio muy bajo. El propio Varys le había recomendado a aquella mujer; en otros tiempos se había encargado de dirigir el servicio doméstico de lord Renly en la ciudad, lo que le había proporcionado mucha práctica a la hora de ser ciega, sorda y muda.

Encendió una vela, se dirigió hacia las escaleras de los criados y empezó a bajar. Los pisos de abajo estaban tranquilos; no se oían más pisadas que las suyas. Siguió descendiendo hasta el nivel del patio y todavía más, hasta llegar a una bodega en penumbra con techo en forma de bóveda. Casi todo el castillo estaba conectado por subterráneos, y el torreón de la cocina no era una excepción. Tyrion avanzó con su andar patoso por largos pasadizos oscuros hasta dar con la puerta que buscaba, y entró.

Dentro lo aguardaban los cráneos de los dragones, y también Shae.

—Ya pensaba que mi señor se había olvidado de mí.

Su vestido colgaba de un colmillo negro casi tan alto como ella; estaba dentro de las fauces del dragón, completamente desnuda.

«Balerion», pensó. ¿O era Vhagar? Todos los cráneos de dragón le parecían iguales.

—Ven aquí. —Solo con ver a Shae se le ponía dura.

—Ni hablar... —Le dedicó su sonrisa más traviesa—. Estoy segura de que mi señor me sacará de las fauces del dragón.

Pero, cuando se acercó a ella, la chica se inclinó hacia delante y apagó la vela.

—Shae...

La tomó por el brazo, pero ella se giró y se liberó.

—Me tendrás que atrapar. —Su voz le llegaba desde la izquierda—. Seguro que mi señor jugaba a monstruos y doncellas cuando era pequeño.

—¿Estás diciendo que soy un monstruo?

—Tanto como yo doncella. —Estaba a su espalda; oía sus pisadas suaves sobre el suelo—. Pero aun así me tenéis que atrapar.

Al final lo consiguió, pero solo porque ella se dejó atrapar. Cuando la abrazó tenía el rostro congestionado y jadeaba de tanto tropezar y caer dentro de los cráneos de los dragones. Pero todo se le olvidó en un instante, cuando sintió sus pechos menudos presionados contra el rostro en la oscuridad, los pezones duros acariciándole los labios y la cicatriz de lo que había sido su nariz. Tyrion la tumbó en el suelo.

—Mi gigante —suspiró la chica cuando la penetró—. Mi gigante ha venido a salvarme.

Más tarde, mientras yacían abrazados entre las calaveras de dragones, apoyó la cabeza sobre ella para embriagarse del olor limpio de su pelo.

—Tenemos que marcharnos —dijo de mala gana—. Debe de estar a punto de amanecer. Sansa no tardará en despertarse.

—Deberíais darle vino del sueño —dijo Shae—. Es lo que hace lady Tanda con Lollys. Una copa antes de acostarse y podríamos follar en la cama a su lado sin que se despertara. —Dejó escapar una risita—. No es mala idea; alguna noche deberíamos probar. ¿No le gustaría a mi señor? —Le puso la mano en el hombro y empezó a masajearle los músculos—. Tenéis el cuello duro como la piedra. ¿Qué os preocupa?

Tyrion no se podía ver los dedos. Aun así, fue alzando uno por cada una de sus aflicciones.

—Mi esposa. Mi hermana. Mi sobrino. Mi padre. Los Tyrell. —Tuvo que cambiar de mano—. Varys. Pyccelle. Meñique. La Víbora Roja de Dorne. —Había llegado al último dedo—. La cara que se refleja en el agua cuando me lavo.

—Es una cara valiente. —Shae besó los restos de su nariz—. Una cara noble y buena. Ojalá pudiera verla ahora mismo.

Toda la dulce inocencia del mundo impregnaba su voz.

« ¿Inocencia? No seas imbécil, es una puta, lo único que sabe de los hombres es lo que tienen entre las piernas. Idiota, idiota» .

—Tienes un gusto extraño. —Tyrion se sentó—. A los dos nos espera un día muy largo. No deberías haber apagado la vela. ¿Cómo vamos a encontrar tu ropa?

—A lo mejor tenemos que volver desnudos. —Shae se echó a reír.

« Y si nos ven, mi señor padre te hará ahorcar» . Al contratar a Shae como doncella de Sansa tenía excusa si lo veían hablando con ella, pero Tyrion no se engañaba: no estaban a salvo. Varys se lo había advertido.

—Le creé una historia falsa a Shae, pero era para Lollys y lady Tanda. Vuestra hermana es mucho más desconfiada. Si me llega a preguntar qué sé...

—Le contaréis alguna mentira astuta.

—No. Le diré que es una vulgar vivandera que conocisteis antes de la batalla del Forca Verde y que trajisteis a Desembarco del Rey contra las órdenes expresas de vuestro padre. No voy a mentir a la reina.

—No sería la primera vez. ¿Queréis que se lo diga?

—Esas palabras hieren más que un cuchillo, mi señor. —El eunuco suspiró—. Os he servido con lealtad, pero también tengo que servir a vuestra hermana siempre que pueda. ¿Cuánto tiempo creéis que me dejaría vivir si ya no le resultara útil? No tengo un fiero mercenario que me proteja ni un valeroso

hermano que me vengue; solo unos cuantos pajaritos que me susurran al oído. Con esos susurros tengo que comprar mi vida un día tras otro.

—Disculpad que no llore por vos.

—Desde luego, pero vos me debéis disculpar que no llore por Shae. Os confieso que no comprendo qué tiene esa muchacha para hacer que un hombre inteligente se comporte como un idiota.

—Lo comprenderíais si no fuerais un eunuco.

—¿Eso pensáis? ¿Se pueden tener sesos o un trozo de carne entre las piernas, pero no ambas cosas? —Varys rio entre dientes—. En ese caso debería estar agradecido a los que me emascularon.

« La Araña tenía razón». Tyrion tanteó la oscuridad plagada de dragones en busca de su ropa interior. Se sentía un miserable. El riesgo que estaba corriendo lo tensaba como un parche de tambor; además, se sentía culpable. « Que los Otros se lleven la culpa —pensó mientras se ponía la túnica por la cabeza—, ¿por qué me tengo que sentir así? Mi esposa no quiere tener nada que ver conmigo, y menos con la parte de mí que sí querría relacionarse con ella. Tal vez debería contarle lo de Shae». No era el primer hombre que tenía una concubina, desde luego. El honorabilísimo padre de la propia Sansa le había dado un hermano bastardo. Por lo que sabía, su esposa estaría encantada de que se estuviera follando a Shae, todo con tal de que no la tocara a ella.

« No, no me atrevo». Con votos o sin ellos, no podía confiar en su esposa. Era virgen entre las piernas, sí, pero no era inocente de traición. Ya una vez había acudido a Cersei para contarle los planes de su padre. Y las niñas de su edad no sabían guardar un secreto.

La única solución definitiva era librarse de Shae.

« La podría enviar con Chataya», reflexionó Tyrion de mala gana. En el burdel de Chataya, Shae tendría todas las sedas y piedras preciosas que pudiera desear y los más gentiles clientes de alta cuna. Llevaría una vida mucho mejor de la que tenía antes de que se conocieran.

O, si estaba cansada de ganarse el pan abriéndose de piernas, le podría concertar un matrimonio.

« ¿Tal vez con Bronn? —El mercenario nunca había puesto pegas a la hora de comer del plato de su señor, y lo habían nombrado caballero, el mejor partido al que Shae podía aspirar—. ¿O con ser Tallad? —Tyrion se había fijado en cómo la miraba—. ¿Por qué no? Es alto, fuerte, en cierto modo atractivo, un joven caballero de los pies a la cabeza. —Aunque claro, Tallad creía que Shae era la hermosa doncella de una joven dama del castillo—. Si se casara con ella y descubriera que había sido prostituta...».

—Dónde estáis, mi señor? ¿Se os han comido los dragones?

—No. Estoy aquí. —Tanteó un cráneo de dragón—. He encontrado un zapato, pero me parece que es tuy o.

—Mi señor tiene la voz muy seria. ¿Os he disgustado?

—No —respondió, quizá demasiado cortante—. Tú nunca me disgustas.

« Y por eso estamos en peligro». En momentos como aquel soñaba con enviarla lejos, pero las buenas intenciones no le duraban. Tyrion la contempló en la penumbra mientras se ponía una media de seda en una esbelta pierna. « Hay algo de luz». Una tenue claridad entraba por la hilera de ventanas largas y estrechas situadas en lo más alto de la pared de la bodega. A su alrededor, los cráneos de los dragones Targaryen salían de la oscuridad, negros en medio del gris.

—El día llega demasiado pronto.

Un nuevo día. Un nuevo año. Un nuevo siglo.

« Sobreviví a la batalla del Forca Verde y a la del Aguasnegras, joder; también sobreviviré a la boda del rey Joffrey».

Shae descolgó el vestido del colmillo del dragón y se lo pasó por la cabeza.

—Subiré primero yo. Brella querrá que la ayude con el agua del baño. —Se inclinó para darle un último beso en la frente—. Mi gigante de Lannister. Cuánto os quiero.

« Yo también te quiero a ti, preciosa. —Sería una prostituta, pero se merecía más de lo que él le podía dar—. La casaré con ser Tallad. Parece un hombre honrado. Y es alto».

« Era un sueño tan bonito... —pensó Sansa, todavía adormilada. Estaba de nuevo en Invernalia y corría por el bosque de dioses con Dama. Su padre también estaba allí, así como sus hermanos, todos sanos y salvos—. Ojalá con soñarlo pudiera hacerlo realidad».

« Tengo que ser valiente —se dijo, apartando las mantas a un lado. Su tormento terminaría pronto, de una manera u otra—. Si tuviera Dama a mi lado, no estaría tan asustada. —Pero Dama estaba muerta, al igual que Robb, Bran, Rickon, Arya, su madre, su padre y hasta la septa Mordane—. Todos están muertos menos yo». Estaba sola en el mundo.

Su señor esposo no se encontraba a su lado, pero a aquello ya se había acostumbrado. Tyrion dormía mal, y a menudo se levantaba antes del amanecer. Por lo general, al levantarse lo encontraba en sus habitaciones, a la luz de una vela, absorto en algún pergaminio viejo o un libro encuadrado en cuero. En ocasiones, el olor del pan recién salido de los hornos lo llevaba a la cocina; en otras subía al jardín de la azotea o daba una caminata a solas por el paseo del Traidor.

Abrió los postigos y se estremeció, al tiempo que se le ponía la carne de gallina. Las nubes se acumulaban en el cielo hacia el este, taladradas por rayos de luz solar.

« Parecen dos castillos gigantescos que flotaran en el cielo de la mañana». Sansa imaginaba las paredes de piedra, los imponentes torreones y las barbacanas. En lo alto de las torres ondeaban estandartes etéreos, que se izaban hacia las estrellas cada vez más difusas. El sol empezaba a salir tras ellos, y mientras los miraba pasaron del negro al gris y luego a un millar de tonalidades del rosa, el oro y el carmesí. La brisa no tardó en mezclarlos, y donde había habido dos castillos pronto quedó solo uno.

Oyó como se abría la puerta cuando llegaron sus doncellas con el agua caliente para el baño. Las dos eran nuevas, Tyrion le dijo que las mujeres que la habían atendido hasta entonces eran espías de Cersei, tal como había sospechado siempre Sansa.

—Venid a ver esto —les dijo—. Hay un castillo en el cielo.

Ambas se acercaron para mirar.

—Es de oro. —Shae tenía el pelo corto moreno y ojos atrevidos. Hacia todo lo que se le ordenaba, pero a veces miraba a Sansa con demasiada insolencia—. Un castillo todo de oro, ya me gustaría a mí verlo.

—¿Un castillo? —Brella entrecerró los ojos para verlo mejor—. Esa torre de allí parece que se está derrumbando. No son más que ruinas.

Sansa no quería ni oír hablar de torres que se derrumbaban y castillos en ruinas. Cerró los postigos y dio la vuelta.

—Hoy vamos a desayunar con la reina. ¿Está mi señor esposo en las estancias?

—No, mi señora —dijo Brella—. Esta mañana no lo he visto.

—Puede que haya ido a ver a su padre —declaró Shae—. Tal vez la mano del rey necesite su consejo.

Brella sorbió por la nariz.

—Será mejor que os metáis en la bañera antes de que se enfrie el agua, lady Sansa.

Sansa dejó que Shae le sacara el camisón por la cabeza y se metió en la enorme bañera de madera. Estuvo tentada de pedir una copa de vino para calmar los nervios. La boda se iba a celebrar al mediodía en el Gran Septo de Baelor, al otro lado de la ciudad. Al anochecer tendría lugar el banquete en el salón del trono, con un millar de invitados, setenta y siete platos, bardos, malabaristas y cómicos. Pero lo primero iba a ser el desayuno en el salón de baile de la reina, para todos los Lannister y los hombres Tyrell, así como un centenar de caballeros y señores menores. La mujeres de la casa Tyrell iban a desayunar con Margaery.

« Me han convertido en una Lannister », pensó Sansa con amargura.

Brella mandó a Shae a buscar más agua mientras ella le frotaba la espalda a Sansa.

—Estáis temblando, mi señora.

—Es que el agua está fría —mintió Sansa.

Las doncellas la estaban vistiendo cuando apareció Tyrion, seguido por Podrick Payne.

—Estás muy hermosa, Sansa. —Se volvió hacia su escudero—. Pod, ponme una copa de vino, por favor.

—Habrá vino en el desayuno, mi señor —dijo Sansa.

—También hay vino aquí. No pensarás que voy a enfrentarme a mi hermana sobrio, ¿verdad? Es un nuevo siglo, mi señora. Se cumplen trescientos años de la Conquista de Aegon. —El enano cogió la copa de tinto que le ofreció Podricky la alzó—. Por Aegon, un tipo con suerte. Dos hermanas, dos esposas y tres dragones grandes, ¿qué más se puede pedir?

Se limpió la boca con el dorso de la mano. Sansa advirtió que las ropas del Gnomo estaban sucias y arrugadas, como si hubiera dormido con ellas puestas.

—¿Te vas a cambiar, mi señor? Tu jubón nuevo es muy hermoso.

—Sí, el jubón es hermoso. —Tyrion dejó la copa a un lado—. Vamos, Pod, a ver si tengo alguna prenda que me haga parecer menos enano. No quisiera avergonzar a mi señora esposa.

Cuando el Gnomo regresó poco después estaba mucho más presentable, y hasta parecía un poco más alto. Podrick Payne también se había cambiado de ropa y, por una vez, parecía un escudero como es debido, aunque una enorme

espinilla roja que le había salido junto a la nariz estropeaba el efecto de su espléndido atuendo violeta, blanco y dorado.

«Qué chico tan tímido». Al principio, Sansa tenía miedo del escudero de Tyrion; al fin y al cabo era un Payne, primo de ser Ilyn Payne, el que le había cortado la cabeza a su padre. Pero no tardó en darse cuenta de que Pod tenía tanto miedo de ella como ella de su pariente. Siempre que le dirigía la palabra se ponía tan rojo que casi daba aprensión.

—¿El violeta, el dorado y el blanco son los colores de la casa Payne, Podrick? —le preguntó con cortesía.

—No. O sea, sí. —Se sonrojó—. Los colores. Nuestro blasón tiene cuadrados morados y blancos, mi señora. Con monedas de oro. Un jaquelado. Morado y blanco. Los dos. —Se examinó los pies con atención.

—Esas monedas tienen su historia —comentó Tyrion—. Cualquier día de estos, Pod se la contará a sus pies, pero ahora mismo nos esperan en el salón de baile de la reina. ¿Vamos?

Sansa estuvo tentada de suplicarle permiso para no asistir. «Podría decirle que tengo el estómago revuelto o que me ha venido la sangre de la luna». Habría dado cualquier cosa por volver a meterse en la cama y correr los cortinajes. «Tengo que ser valiente, como Robb», se dijo mientras se cogía del brazo de su señor esposo y echaba a andar con rigidez.

En el salón de baile de la reina desayunaron pasteles de miel con moras y frutos secos, tocino ahumado, panceta, pez ángel rebozado y crujiente, peras de otoño, y un plato dorniense de cebolla, queso y huevos picados con guindillas muy picantes.

—Nada como un buen desayuno para abrir el apetito con vistas al banquete de setenta y siete platos que habrá esta noche —comentó Tyrion mientras les llenaban los platos.

Para acompañar había jarras de leche, de hidromiel, y de un vino dorado muy dulce y ligero. Los músicos paseaban entre las mesas tocando flautas, caramillos y violines, mientras ser Dontos galopaba montado en una escoba a modo de caballo y el Chico Luna hacia pedorretas con la boca y cantaba canciones groseras acerca de los invitados.

Sansa advirtió que Tyrion apenas probaba la comida, aunque si bebió varias copas de vino. En cuanto a ella, comió un bocado de huevos dornienses, pero las guindillas le abrasaron la boca. Por lo demás, apenas si mordisqueó la fruta, el pescado y los pasteles de miel. Cada vez que Joffrey la miraba, el estómago se le encogía tanto que sentía como si se hubiera tragado una piedra.

Después de que los criados retiraran los restos de la comida, la reina, con gesto solemne, le entregó a Joff la capa de desposada que el muchacho pondría en los hombros de Margaery.

—Es la capa que llevé cuando Robert me convirtió en su reina; la misma

capa que mi madre, lady Joanna, lució cuando se casó con mi señor padre.

A Sansa le pareció que estaba un tanto raída, pero tal vez fuera por el exceso de uso.

A continuación llegó la hora de los regalos. En el Dominio era tradición entregar obsequios a la novia y al novio en la mañana de su boda. Al día siguiente recibirían más regalos como pareja, pero los de aquel momento eran personales, para cada uno de ellos.

El regalo de Jalabhar Xho para Joffrey consistió en un gran arco de madera dorada y un carcaj de flechas largas con plumas verdes y escarlata; el de lady Tanda fue un par de botas de montar de cuero flexible; ser Kevan le entregó una magnífica silla de justar de cuero rojo, y el dorniense, el príncipe Oberyn, un broche de oro rojo en forma de escorpión. Ser Addam le regaló unas espuelas de plata, y lord Mathis Rowan, un pabellón de torneo de seda roja. El obsequio de lord Paxter Redwyne fue una preciosa maqueta de madera de la galera de combate de doscientos remos que en aquellos momentos se estaba construyendo en el Rejo.

—Si le complace a vuestra alteza, le pondremos como nombre *Valor del Rey Joffrey* —dijo.

A Joff lo complació, y mucho.

—Será mi nave insignia cuando vaya a Rocadragón a matar al traidor de mi tío Stannis —dijo.

«Hoy está haciendo el rey amable». Joffrey podía ser amable cuando le convenía, Sansa lo sabía bien, pero al parecer cada vez le convenía menos a menudo. De hecho, todo atisbo de cortesía se esfumó en el momento en que Tyrion le entregó su regalo: un libro enorme, muy antiguo, titulado *Vidas de cuatro reyes*, encuadrado en cuero y con preciosas ilustraciones. El rey pasó las hojas sin mucho interés.

—¿Qué es esto, tío?

«Un libro». Sansa se preguntó si Joffrey leería moviendo aquellos labios gordos como gusanos.

—La historia del gran maestre Kaeth, de los reinados de Daeron el Joven Dragón, Baelor el Santo, Aegon el Indigno y Daeron el Bueno —respondió su diminuto esposo.

—Un libro que todo rey debería leer, alteza —aportó ser Kevan.

—Mi padre no tuvo nunca tiempo para libros. —Joffrey empujó el tomo sobre la mesa—. Tendrías que leer menos, tío Gnom o; así, a lo mejor, lady Sansa tendría ya un bebé en la barriga. —Se echó a reír... y cuando el rey ríe, la corte entera ríe con él—. No estés triste, Sansa; en cuanto deje embarazada a la reina Margaery, visitaré tu dormitorio y le enseñaré a mi tío el enano cómo se hace.

Sansa se sonrojó. Lanzó una mirada nerviosa en dirección a Tyrion, temerosa de lo que pudiera decir. La situación se podía poner tan desagradable como el

tema del encamamiento en su banquete de bodas, pero por una vez, el enano se llenó la boca de vino y no de palabras.

Lord Mace Tyrell se adelantó para hacer entrega de su regalo: un cáliz heptagonal de oro de más de una vara de altura, con dos asas curvadas y abundantes gemas resplandecientes en las siete caras.

—Siete caras que representan los siete reinos de vuestra alteza —le explicó el padre de la novia.

Le mostró cómo cada una de las caras llevaba el blasón de una de las grandes casas: un león de rubíes, una rosa de esmeraldas, un venado de ónice, una trucha de plata, un halcón de jade azul, un sol de ópalos y un huargo de perlas.

—Una copa espléndida —dijo Joffrey—, pero me parece que vamos a tener que lijar el lobo para poner en su lugar un calamar.

Sansa fingió que no lo había oído.

—Margaery y yo beberemos de aquí esta noche en el banquete, suegro. —Joffrey alzó el cáliz por encima de su cabeza para que todos pudieran admirarlo.

—Ese trasto es casi tan alto como yo —murmuró Tyrion en voz baja—. Si se bebe la mitad de lo que cabe ahí, caerá borracho como una cuba.

« Bien —pensó ella—. Con un poco de suerte se romperá el cuello» .

Lord Tywin esperó a que todos terminaran de entregar los regalos para darle el suyo al rey: una espada larga. Sansa vio que la vaina era de cerezo, oro y cuero rojo, con adornos de cabezas de leones, también de oro. Los ojos de los leones eran rubíes. Todos los presentes quedaron en silencio mientras Joffrey desenvainaba la espada y la alzaba por encima de la cabeza. Las ondulaciones negras y rojas del acero brillaron bajo la luz de la mañana.

—Es magnífica —dijo Mathis Rowan.

—Sobre esa espada se compondrán canciones, señor —dijo lord Redwyne.

—Una espada regia —dijo ser Kevan Lannister.

El rey Joffrey estaba tan emocionado que parecía querer matar a alguien allí mismo. Hendió el aire y se echó a reír.

—¡Una gran espada debe tener un gran nombre, mis señores! ¿Cómo la voy a llamar?

Sansa se acordó de *Colmillo de León*, la espada que Arya había tirado al Tridente, y de *Comecorazones*, la que Joffrey la había obligado a besar antes de la batalla. Se preguntó si querría que Margaery besara aquella.

Los invitados no dejaban de gritar sugerencias de nombres para la nueva hoja. Joff rechazó una docena antes de oír uno que le gustó.

—¡*Lamento de Viuda!* —exclamó—. ¡Si! ¡Dejará viuda a más de una mujer!

—Cortó de nuevo el aire—. Y cuando me enfrente a mi tío Stannis le partiré en dos su espada mágica.

Joff probó a lanzar un tajo, y ser Balon Swann tuvo que retroceder apresuradamente. Las carcajadas resonaron en la sala ante la expresión del

rostro de ser Balon.

—Cuidado, alteza —aviso ser Addam Marbrand al rey—. El acero valyrio es peligroso; corta mucho.

—Lo recuerdo. —Joffrey empuñó a *Lamento de Viuda* con las dos manos y, con todas sus fuerzas, lanzó un tajo contra el libro que Tyrion le acababa de regalar. La gruesa portada de cuero se partió en dos—. ¡Vaya si corta! No es la primera vez que veo acero valyrio.

Le hizo falta una docena de tajos más para partir el grueso tom o. Cuando lo consiguió, el muchacho estaba jadeante. Sansa vio cómo su señor esposo se esforzaba por contener la ira.

—¡Espero que no volváis nunca contra mí esa arma tan temible, señor! — gritó ser Osmund Kettleblack.

—Pues no me deis motivo para ello.

Joffrey empujó con la espada un trozo de *Vidas de cuatro reyes* y volvió a envainar a *Lamento de Viuda*.

—Alteza —dijo ser Garlan Tyrell—, puede que no lo supierais, pero en todo Poniente solo había cuatro ejemplares de ese libro iluminados por el propio Kaeth.

—Ahora solo hay tres. —Joffrey se quitó el cinto de la espada para ponerse el nuevo—. Lady Sansa y tú me debéis un regalo mejor, tío Gromo. Este está todo roto.

—Tal vez un cuchillo, señor, que haga juego con la espada. —Tyrion miraba a su sobrino con sus ojos dispares—. Un puñal de acero valyrio tan bueno como el de la espada... ¿con empuñadura de huesodragón, por ejemplo?

—¿Sabes...? —Joff lo miró sobresaltado—. Sí, un puñal a juego con mi espada, sí. —Asintió—. Con empuñadura... de oro con rubíes. El huesodragón es muy vulgar.

—Como quieras, alteza.

Tyrion se bebió otra copa de vino. Prestaba a Sansa tan poca atención como si estuviera a solas en sus estancias, pero cuando llegó el momento de ir a la ceremonia nupcial la tomó de la mano.

Mientras cruzaban el patio, el príncipe Oberyn de Dorne se reunió con ellos. Llevaba del brazo a su amante de pelo negro. Sansa miró a la mujer con curiosidad. Era ilegítima, no estaba casada y le había dado dos hijas bastardas al príncipe, pero no se avergonzaba de nada y miraba a los ojos hasta a la propia reina. Shae le había dicho que la tal Ellaria adoraba a una diosa lyseana del amor.

—Cuando el príncipe la conoció era casi una puta, mi señora —le confió su doncella—, y ahora es casi una princesa.

Sansa no había estado nunca tan cerca de la dorniense. «En realidad no es hermosa —pensó—, pero tiene algo que llama la atención».

—En cierta ocasión tuve la suerte de ver el ejemplar de *Vidas de cuatro reyes*

que se conserva en la Ciudadela —le comentó el príncipe Oberyn a su señor esposo—. Las iluminaciones eran bellísimas, pero me parece que Kaeth se mostró demasiado generoso con el rey Viserys.

—¿Demasiado generoso? —Tyrion se quedó mirándolo—. En mi opinión le quita demasiada importancia a Viserys. El libro debería haberse titulado *Vidas de cinco reyes*.

—Viserys apenas reinó quince días —dijo el príncipe riéndose.

—Reinó más de un año —señaló Tyrion.

—Un año, quince días, ¿qué más da? —Oberyn se encogió de hombros—. Envenenó a su sobrino para subir al trono, y cuando lo consiguió no hizo nada.

—Baelor se mató él solito de tanto ayunar —replicó Tyrion—. Su tío lo sirvió lealmente como mano, igual que había servido antes al Joven Dragón. Puede que Viserys tan solo reinara un año, pero gobernó durante quince mientras Daeron iba de guerra en guerra y Baelor se dedicaba a rezar. —Hizo una mueca—. Y aunque quitara de en medio a su sobrino, ¿no os parece comprensible? Alguien tenía que salvar el reino de las idioteces de Baelor.

—Pero... —Aquellos había sido como un mazazo para Sansa—. Baelor el Santo fue un gran rey. Recorrió descalzo todo el Sendahueso para firmar la paz con Dorne y rescató al Caballero Dragón de un pozo de serpientes. Las víboras no lo atacaron porque su alma era pura y santa.

—Si fuerais una víbora, ¿querriáis morder un palo seco y sin sangre como Baelor el Santo, mi señora? —preguntó el príncipe Oberyn con una sonrisa—. Yo preferiría clavar los colmillos en algo más jugoso...

—Mi príncipe os está tomando el pelo, lady Sansa —intervino Ellaria Arena—. A los septones y a los bardos les gusta decir que las serpientes no mordieron a Baelor, pero no es verdad. Lo mordieron cincuenta veces; debería haber muerto de eso.

—En ese caso, Viserys habría reinado una docena de años —dijo Tyrion—, cosa que habría sido mucho mejor para los Siete Reinos. Se dice que Baelor perdió el juicio por culpa de todo aquel veneno.

—Sí —dijo el príncipe Oberyn—, pero en esta Fortaleza Roja donde vivís no he visto serpientes, así que ¿cómo explicáis lo de Joffrey?

—Prefiero no explicarlo. —Tyrion inclinó la cabeza en gesto rígido de saludo—. Por favor, disculpadnos, nos espera la litera.

El enano ayudó a Sansa a subir y trepó tras ella con torpeza.

—Ten la bondad de correr las cortinas, mi señora.

—¿Te parece necesario, mi señor? —Sansa no quería encerrarse tras los cortinajes—. Hace un día muy bonito.

—Seguramente a los gentiles habitantes de Desembarco del Rey les dará por tirar boñigas contra la litera si ven que voy dentro. Haznos ese favor a los dos, mi señora: corre las cortinas.

Hizo lo que le pedía. Se quedaron un rato allí sentados, en una atmósfera cada vez más calurosa y cargada.

—Siento lo que ha pasado con tu libro, mi señor —se obligó a decir Sansa.

—El libro era ya de Joffrey. Si lo hubiera leído, habría aprendido alguna que otra cosa. —Parecía distraído—. Tendría que haberme dado cuenta. Tendría que haber imaginado... muchas cosas.

—Puede que el puñal lo complazca más.

—Sí. —El enano hizo una mueca que le tensó y le retorció la cicatriz—. Se ha ganado un buen puñal, ¿no te parece? —Por suerte, Tyrion no esperó a que respondiera—. Recuerdo que Joff discutió con tu hermano Robb en Invernalia. Dime, ¿su alteza tuvo algún enfrentamiento también con Bran?

—¿Con Bran? —La pregunta la dejó perpleja—. ¿Antes de que se cayera? —Trató de hacer memoria. Había pasado mucho tiempo—. Bran era un niño encantador; todo el mundo lo quería. Recuerdo que Tommen y él peleaban con espadas de madera, era un juego.

Tyrion volvió a encerrarse en un silencio taciturno. Sansa oyó en el exterior el tintineo lejano de las cadenas; estaban levantando el rastrillo. Un momento más tarde se oyó un grito, y su litera volvió a mecercerse con el movimiento. Ya que no podía mirar el paisaje, se concentró en observarse las manos entrecruzadas. Se sentía incómoda con los ojos dispares de su esposo clavados en ella.

« ¿Por qué me mira así?» .

—Querías a tus hermanos tanto como quiero yo a Jaime?

« ¿Qué es esto? ¿Una trampa de los Lannister para acusarme de traición?» .

—Mis hermanos eran traidores y como traidores murieron. Querer a un traidor es traición.

—Robb se alzó en armas contra su legítimo rey. Según la ley, eso lo convirtió en traidor. Pero los otros murieron demasiado jóvenes para entender siquiera qué es la traición. —Su menudo esposo soltó un bufido y se frotó la nariz—. ¿Sabes qué le pasó a Bran en Invernalia, Sansa?

—Se cayó. Se pasaba la vida trepando y al final se cayó, como nos temíamos. Y Theon Greyjoy lo mató, pero eso fue después.

—Theon Greyjoy. —Tyrion dejó escapar un suspiro—. Tu madre me acusó de... En fin, no te quiero angustiar con detalles desagradables. Me acusó en falso. Jamás le hice ningún daño a tu hermano Bran, igual que no pienso hacerte ningún daño a ti.

« ¿Qué quiere que le diga?» .

—Me alegro de saberlo, mi señor. —Su esposo quería algo de ella, pero Sansa no sabía qué.

« Es como un niño hambriento, pero no tengo comida que darle. ¿Por qué no me deja en paz?» .

Tyrion volvió a frotarse los restos de la nariz, una deplorable costumbre que

atraía la atención hacia su feo rostro.

—No me has preguntado nunca cómo murieron Robb y tu señora madre.

—Es que... prefiero no saberlo. Me daría pesadillas.

—En ese caso no te diré nada más.

—Eres... muy bondadoso.

—Sí, claro —respondió Tyrion—. Soy la viva imagen de la bondad. Y también entiendo de pesadillas.

La corona nueva que su padre había regalado a la Fe era el doble de alta que la destrozada por la turba, una maravilla de cristal y oro batido. Rayos de todos los colores del arcoíris relampagueaban y centelleaban cada vez que el septón supremo movía la cabeza, pero Tyrion no dejaba de preguntarse cómo podría soportar el peso. Y hasta él tenía que reconocer que Joffrey y Margaery formaban una pareja regia allí de pie, juntos, entre las imponentes estatuas doradas del Padre y la Madre.

La novia estaba preciosa con su vestido de seda color marfil y encaje myriense; la falda estaba decorada con dibujos florales hechos con perlas pequeñas. Como viuda de Renly podría haberse presentado con los colores de la casa Baratheon, oro y negro, pero llegó como una Tyrell, con una capa de doncella con un centenar de rosas de hilo de oro bordadas sobre terciopelo verde. Tyrion se preguntó si sería doncella de verdad.

«Aunque Joffrey no notaría la diferencia».

El rey estaba casi tan esplendoroso como su novia, con su jubón color rosa oscuro bajo una capa de terciopelo carmesí en la que se veían los emblemas del venado y el león. La corona le enmarcaba los rizos, oro sobre oro.

«Yo salvé esa mierda de corona para él. —Tyrion cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro, incómodo. No podía estarse quieto—. Demasiado vino».

Se le tendría que haber ocurrido ir a orinar antes de salir de la Fortaleza Roja. La noche sin dormir que había pasado con Shae también se dejaba notar, pero lo que más deseaba en el mundo era estrangular al imbécil de su regio sobrino.

«No es la primera vez que veo acero valyrio», había alardeado el chico. Los septones siempre hablaban de cómo el Padre en las alturas nos juzga a todos.

«Si el Padre tuviera la bondad de caerse y aplastar a Joff como si fuera un escarabajo pelotero, hasta recuperaría la fe».

Lo tendría que haber sabido desde el principio. Jaime jamás enviaría a otro hombre a matar por él, y Cersei era demasiado astuta para emplear un cuchillo que había sido visto en sus manos, pero Joff, aquel canalla arrogante, cruel, idiota...

Recordó la fría mañana en que había bajado por los peldaños del edificio de la biblioteca de Invernalia y se encontró al príncipe Joffrey bromeando con el Perro acerca de matar lobos.

«Mandar un perro para matar a un lobo», había dicho. Pero ni siquiera Joffrey era tan idiota como para ordenar a Sandor Clegane que matara a un hijo de Eddard Stark; el Perro se lo habría contado a Cersei de inmediato. El chico habría buscado su herramienta entre el desagradable grupo de jinetes libres, comerciantes y vivanderos que se habían pegado al séquito del rey durante el viaje hacia el norte.

« Cualquier estúpido con la cara picada de viruelas, dispuesto a jugarse la vida para conseguir el favor de un príncipe y un puñado de monedas. —Tyrion se preguntó a quién se le habría ocurrido esperar a que Robert saliera de Invernia antes de cortarle el cuello a Bran—. A Joff, probablemente. Seguro que le pareció el colmo de la astucia».

Tyrion recordó que el puñal del príncipe tenía el pomo cubierto de piedras preciosas, e incrustaciones de oro en la hoja. Al menos, Joff no fue tan cretino como para utilizar aquella arma, sino que buscó entre las de su padre. Robert Baratheon era un hombre de generosidad descuidada; habría dado a su hijo cualquier puñal que hubiera querido... Pero Tyrion se imaginó que el chico se había limitado a coger uno. Robert había llegado a Invernia con un largo séquito de caballeros y criados, una enorme casa con ruedas y todo un convoy de equipaje. Sin duda, algún criado diligente se habría asegurado de que las armas del rey viajaran con él por si quería utilizar alguna.

El cuchillo que había elegido Joff era sencillo, nada de filigranas de oro, piedras preciosas en la empuñadura ni incrustaciones de plata en la hoja. El rey Robert no lo utilizaba nunca; probablemente hasta se había olvidado de que lo tenía. Pero el acero valyrio tenía un filo mortífero, tanto como para atravesar la piel, los tendones y el músculo en un golpe rápido. « No es la primera vez que veo acero valyrio ». Pero es muy probable que todavía no lo hubiera visto nunca en aquella ocasión. De lo contrario no habría cometido la estupidez de elegir el cuchillo de Meñique.

Lo que aún no sabía era por qué. ¿Tal vez por simple crueldad? Si algo le sobraba a su sobrino era aquello. Tyrion tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar todo el vino que había bebido, para no marearse en los calzones o para no hacer ambas cosas. Cambió de pie, incómodo. Tendría que haber cerrado la boca en el desayuno.

« Ahora el chico sabe que lo sé. Esta lengua mía me va a llevar a la tumba» .

Se formularon los siete votos, se invocaron las siete bendiciones y se intercambiaron las siete promesas. Cuando terminó la canción nupcial y nadie se alzó para impedir el matrimonio llegó el momento del intercambio de capas. Tyrion se apoyó sobre la otra pierna atrofiada y trató de ver algo entre su padre y su tío Kevan.

« Si los dioses son justos, Joff hará una chapuza. —Evitó por todos los medios mirar a Sansa para que la amargura no le aflorase a los ojos—. Maldita sea, podrías haberte arrodillado. Joder, ¿tanto te habría costado doblar esas rígidas rodillas Stark y permitirme que conservara un poco de dignidad?» .

Mace Tyrell le quitó la capa de doncella a su hija con gesto tierno, al tiempo que Joffrey aceptaba la capa de desposada que le tendía su hermano Tommen y la desplegaba con un movimiento. A sus trece años, el niño rey era tan alto como su esposa de dieciséis; no le haría falta subirse a la espalda de un bufón. Cubrió a

Margaery con el tejido dorado y carmesí, y le abrochó la capa al cuello. Y así la muchacha pasó de estar bajo la protección de su padre a estar bajo la de su esposo.

«Pero ¿quién la protegerá de Joff? —Tyrion miró al Caballero de las Flores, que estaba con el resto de la Guardia Real—. Más os vale tener siempre la espada bien afilada, ser Loras».

—¡Con este beso te entrego en prenda mi amor! —exclamó Joffrey con voz retumbante.

Margaery repitió las palabras, y entonces la atrajo hacia sí y le dio un largo beso en la boca. Los destellos de colores volvieron a danzar en torno a la corona del septón supremo mientras declaraba que Joffrey de las casas Baratheon y Lannister, y Margaery de la casa Tyrell, eran una sola carne, un solo corazón, una sola alma.

«Bien, ya se acabó. Ahora volvamos al castillo, a ver si puedo mear de una vez».

Ser Loras y ser Meryn, ataviados con sus armaduras blancas y sus capas níveas, encabezaron la procesión que salió del septo. Tras ellos, precediendo al rey y a la reina, iba el príncipe Tommen, cuya misión consistía en arrojar al suelo pétalos de rosa de la cesta que llevaba. Después de la pareja real iba la reina Cersei con lord Tyrell, y tras ellos, la madre de la desposada, del brazo de lord Tywin. Un poco más atrás cojeaba la Reina de las Espinas, con una mano en el brazo de ser Kevan Lannister y la otra en el bastón, con los guardias gemelos siguiéndola de cerca por si se caía. Después iban ser Garlan Tyrell y su señora esposa, y por fin les tocó a ellos.

—Mi señora...

Tyrion le ofreció el brazo a Sansa. Ella lo tomó obediente, pero Tyrion advirtió su rigidez mientras recorrían juntos el pasillo. Ni por un momento bajó la vista hacia él.

Oyó los aplausos y las aclamaciones incluso antes de llegar a la puerta. El pueblo amaba tanto a Margaery que hasta estaba dispuesto a volver a amar a Joffrey. Había sido la esposa de Renly, el apuesto príncipe que los quería tanto que había vuelto de la tumba para salvarlos. Y con ella, por el camino de las Rosas, desde el sur, habían llegado las riquezas de Altojardín. Los muy idiotas, por lo visto, no recordaban que había sido Mace Tyrell el que cerró el camino de las Rosas y provocó la terrible hambruna.

Salieron al fresco aire del otoño.

—Ya pensaba que no íbamos a escapar —bromeó Tyrion.

—Sí, mi señor. —Sansa no tuvo más remedio que mirarlo—. Como digas. — Parecía triste—. Pero la ceremonia ha sido muy hermosa.

«Y la nuestra, no».

—Ha sido muy larga; dejémoslo ahí. Tengo que volver al castillo para echar

una meada. —Tyrion se frotó el muñón de la nariz—. Ojalá me hubieran encargado cualquier misión fuera de la ciudad. Meñique fue muy listo.

Joffrey y Margaery seguían de pie en la parte superior de las escaleras, desde donde se dominaba la gran plaza de mármol, rodeados por la Guardia Real. Ser Addam y sus capas doradas contenían a la multitud, mientras la estatua del rey Baelor el Santo los contemplaba benevolente. A Tyrion no le quedó más remedio que esperar junto con todos los demás para felicitar a los novios. Besó la mano de Margaery y le deseó toda la felicidad del mundo. Por suerte había más gente tras ellos esperando su turno, de manera que no tuvieron que entretenese.

Su litera había quedado al sol, y entre las cortinas hacía mucho calor. Cuando se pusieron en marcha, Tyrion se reclinó y se apoyó en un codo mientras Sansa iba sentada mirándose las manos.

« Es tan bonita como la Tyrell ». Tenía una hermosa cabellera castaña rojiza y los ojos del azul oscuro de los Tully. El dolor le había dado un aspecto triste y vulnerable, que la hacía parecer aún más bella. Habría querido llegar a ella, romper la armadura de su cortesía. ¿Fue aquello lo que lo hizo hablar? ¿O solo la necesidad de olvidarse de su vejiga llena?

—He estado pensando que, cuando los caminos vuelvan a ser seguros, podríamos viajar a Roca Casterly. —« Lejos de Joffrey y de mi hermana ». Cuanto más pensaba en lo que había hecho Joff con *Vidas de cuatro reyes*, más preocupado estaba. « Seguro que significaba algo » —. Me encantaría enseñarte la Galería Dorada y la Boca del León, y también la Sala de los Héroes, donde Jaime y yo jugábamos cuando éramos niños. Se oye el retumbar del mar cuando las olas batén...

Sansa alzó la cabeza muy despacio. Tyrion sabía qué estaba viendo: el brutal ceño hinchado, el muñón de la nariz, la cicatriz rosada y los ojos desiguales. Los ojos de ella, en cambio, eran grandes, azules, vacíos.

—Iré adonde desee mi señor esposo.

—Esperaba que te agradara la idea, mi señora.

—Me agradaría agradar a mi esposo.

« Eres un hombrecillo patético. —Tyrion apretó los labios—. ¿Pensabas que la harías sonreír diciendo tonterías sobre la Boca del León? ¿Cuándo has hecho sonreír a una mujer si no es con oro? » .

—No, ha sido una idea tonta. Solo un Lannister puede estar a gusto en la Roca.

—Sí, mi señor. Como quieras.

Tyrion alcanzó a oír los gritos de los ciudadanos que aclamaban al rey Joffrey.

« Dentro de tres años, ese muchacho cruel será un hombre, gobernará por derecho propio... y los enanos inteligentes estarán a mucha distancia de Desembarco del Rey. Tal vez en Antigua. O quizás en las Ciudades Libres. Siempre he querido ver el Titán de Braavos. Puede que a Sansa le guste » .

Le habló con dulzura de Braavos, y se encontró con un muro de cortesía hosca tan gélido e inexpugnable como el Muro que había visto en el norte. En ambas ocasiones lo invadió el desánimo.

El resto del viaje transcurrió en silencio. Al poco rato, Tyrion descubrió que habría dado cualquier cosa por que Sansa dijera algo, lo que fuera, pero la niña no hablaba nunca. Cuando la litera se detuvo en el patio del castillo, se apoyó en el brazo de un mozo de cuadras para bajar.

—Tenemos que estar en el banquete dentro de una hora, mi señora. Enseguida volveré contigo.

Se alejó con pasos rígidos. Desde el otro lado del patio le llegó la carcajada sin aliento de Margaery, mientras Joffrey la bajaba de la silla de montar.

«Algún día, el chico será tan alto y fuerte como Jaime —pensó—, y yo seguiré siendo un enano entre sus pies. Y seguro que querrá hacerme aún más bajo...» .

Encontró un retrete y dejó escapar un suspiro de alivio mientras orinaba el vino de la mañana. En ciertas ocasiones una meada era casi tan buena como una mujer, y aquella era una de ellas. Deseó poder librarse de sus dudas y culpas con tanta facilidad.

Podrick Payne lo aguardaba ante sus habitaciones.

—Os he puesto el jubón nuevo. Aquí no. En la cama. En el dormitorio.

—Sí, ahí es donde guardamos la cama. —Sansa estaría allí dentro, vistiéndose para el banquete. Y Shae también—. Vino, Pod.

Tyrion bebió junto a la ventana, mientras contemplaba el caos de las cocinas, abajo. El sol no acariciaba todavía la parte superior de la muralla del castillo, pero ya le llegaba el olor de los panes horneados y las carnes asadas. Los invitados no tardarían en llenar el salón del trono, todos expectantes; aquella sería una velada de canciones y esplendor, ideada no solo para unir Altojardín con Roca Casterly, sino también para anunciar su poder y riqueza como lección para cualquiera que pudiera pensar en oponerse al reinado de Joffrey.

Pero ¿quién estaría tan loco como para cuestionar a Joffrey en aquel momento, después de lo que les había pasado a Stannis Baratheon y a Robb Stark? Todavía había escaramuzas en las tierras de los ríos, pero la pinza se cerraba por todas partes. Ser Gregor Clegane había cruzado el Tridente para apoderarse del Vado Rubí, y luego tomó Harrenhal casi sin esfuerzo. Varamar se había rendido a Walder Frey el Negro, y Poza de la Doncella estaba en manos de lord Randyll Tarly, así como el Valle Oscuro y el camino Real. En el oeste, ser Daven Lannister se había unido a ser Forley Prester en el Colmillo Dorado para marchar hacia Aguasdulces. Ser Ryman Frey avanzaba desde Los Gemelos con dos mil lanceros para reunirse con ellos. Y Paxter Redwyne aseguraba que su flota zarparía pronto del Rejo para emprender el largo viaje alrededor de Dorne y a través de los Peldaños de Piedra. Los piratas lysenos de Stannis estarían en

inferioridad numérica de diez a uno. La contienda que los maestres empezaban a llamar la guerra de los Cinco Reyes estaba a punto de terminar. Se decía que Mace Tyrell se quejaba de que lord Tywin no había dejado ninguna victoria para él.

—¿Mi señor? —Pod estaba a su lado—. ¿Os vais a cambiar? Os he dejado el jubón. En la cama. Para la fiesta.

—¿La fiesta? —replicó Tyrion con amargura—. ¿Qué fiesta?

—La fiesta, el banquete de bodas. —A Pod se le escapó el sarcasmo, por supuesto—. El del rey Joffrey y lady Margaery. Quiero decir, la reina Margaery.

—Muy bien, joven Podrick, vamos a ponernos festivos. —Tyrion decidió que aquella noche se iba a emborrachar a conciencia.

Shae estaba arreglándole el pelo a Sansa cuando entraron en el dormitorio. «Alegria y dolor —pensó al verlas juntas—. Risas y lágrimas». Sansa lucía una túnica de raso plateado con ribetes de armiño y unas mangas tan amplias que casi tocaban el suelo, con los puños de suave fieltro morado. Shae la había peinado con un gusto exquisito, recogiéndole el pelo en una redecilla de plata con gemas moradas. Tyrion nunca la había visto tan hermosa, aunque en aquellas mangas largas llevaba la señal del luto.

—Lady Sansa —le dijo—, esta noche vas a ser la mujer más hermosa del banquete.

—Mi señor es demasiado amable.

—Mi señora —dijo Shae implorante—, ¿no puedo ir a serviros en la mesa? Me muero por ver salir las palomas de la empanada.

—La reina ha elegido a todos los criados. —Sansa la miraba insegura.

—Y habrá demasiada gente en la sala. —Tyrion no tuvo más remedio que tragarse la contrariedad que sentía—. Pero habrá músicos por todo el castillo, y mesas en el patio exterior, con comida y bebida para todos.

Inspeccionó su jubón nuevo, de terciopelo carmesí con hombreras acolchadas y mangas abombachadas con cortes que dejaban ver la seda negra del forro. «Hermosa prenda. Solo hace falta un hombre hermoso que la luzca».

—Ven, Pod, ayúdame a ponerme esto.

Se bebió otra copa de vino mientras se vestía; luego tomó a su esposa por el brazo y la acompañó al exterior del torreón para unirse a la marea de seda, satén y terciopelo que fluía hacia el salón del trono. Algunos invitados ya habían entrado para ocupar sus lugares en los bancos. Otros remoloneaban ante las puertas para disfrutar de aquella tarde cálida tan poco propia de la estación. Tyrion y Sansa recorrieron el patio para recitar las frases corteses de rigor.

«Se le da muy bien», pensó al verla decir a lord Gyles que parecía mejor de su tos, alabar la túnica de Elinor Tyrell e interesarse por las costumbres matrimoniales de las islas del Verano al hablar con Jalabhar Xho. Su primo ser

Lancel estaba allí; lo había llevado ser Kevan, y era la primera vez que abandonaba el lecho desde la batalla. « Parece un cadáver». El pelo de Lancel se había vuelto blanco y quebradizo, y estaba flaco como un palo. Si no se hubiera apoyado en su padre, se habría caído, seguro. Pero cuando Sansa ensalzó su valor y dijo cuánto se alegraba de verlo restablecido, tanto Lancel como ser Kevan sonrieron. « Habría sido una buena reina para Joffrey, y una esposa aún mejor si hubiera tenido el sentido común de amarla». Se preguntó si su sobrino sería capaz de amar a nadie.

—Esta noche estáis exquisita, pequeña —le dijo lady Olenna Tyrell a Sansa, cuando se acercó a ellos cojeando, con un traje de hilo de oro que debía de pesar más que ella—. Esperad, que el viento os ha revuelto el pelo. —La anciana le colocó unos cuantos mechones en su sitio y le enderezó la redecilla del cabello—. Sentí mucho enterarme de vuestras pérdidas —le dijo mientras—. Ya sé, ya sé, vuestro hermano era un traidor espantoso, pero si empezamos a matar hombres en las bodas, les dará todavía más miedo contraer matrimonio. Así, ya está. —Lady Olenna sonrió—. Me complace deciros que partiré de vuelta a Altojardín pasado mañana. Ya estoy harta de esta ciudad hedionda, toda para vosotros. ¿Querréis acompañarme para ver aquello unos días, mientras los hombres están fuera en su guerra? Voy a echar muchísimo de menos a mi Margaery y a sus encantadoras damas. Vuestra compañía sería todo un consuelo.

—Sois muy buena conmigo, mi señora —dijo Sansa—, pero mi lugar está con mi señor esposo.

Lady Olenna le dedicó a Tyrion una sonrisa arrugada, desdentada.

—¿Sí? Perdonad a esta vieja tonta, mi señor. No pretendía robaros a vuestra adorable esposa. Imaginé que partiríais al frente de un ejército Lannister contra algún terrible enemigo.

—Un ejército de dragones y venados. El consejero de la moneda debe permanecer en la corte para asegurarse de que los soldados reciben la paga.

—Claro. Dragones y venados, qué agudo. Y también peniques del enano. He oído hablar de esos peniques. Sin duda, recolectarlos debe de ser un trabajo muy arduo.

—Dejo que sean otros quienes los recolecten, mi señora.

—¿De veras? Me imaginaba que os querriáis encargar vos en persona. No podemos permitir que le roben a la corona sus peniques del enano, por supuesto que no. ¿Verdad?

—Los dioses no lo quieran. —Tyrion empezaba a preguntarse si lord Luthor Tyrell no se habría tirado por el acantilado adrede—. Tendréis que disculparnos, lady Olenna; debemos ocupar nuestros sitios.

—Yo también. Setenta y siete platos, nada menos. ¿No os parece un poco excesivo, mi señor? Yo no voy a comer más de tres o cuatro bocados, pero claro, vos y yo somos muy pequeños, ¿eh? —Volvió a acariciar el pelo de Sansa—.

Venga, niña, seguid y tratad de ser más feliz —le dijo—. A ver, ¿dónde están mis guardias? Izquierdo, Derecho, ¿dónde os habéis metido? Venid, acompañadme al estrado.

Aunque aún quedaba una hora para la puesta del sol, la sala del trono ya estaba iluminada con antorchas que ardían en todos los apliques de las paredes. Los invitados estaban junto a las mesas mientras los heraldos proclamaban los nombres y títulos de las damas y señores que iban entrando. Pajes ataviados con la librea real los escoltaron por el ancho pasillo central. Arriba, la galería estaba abarrotada de músicos con tambores, flautas, violines, cuernos y gaitas.

Tyrion se agarró del brazo de Sansa e hizo el recorrido andando peor que nunca sobre las piernas torcidas. Sentía todos los ojos clavados en él, picoteándole la nueva cicatriz que lo había dejado aún más feo que antes. « Que miren — pensó mientras se subía a su asiento—. Que miren y murmurén cuanto quieran hasta hartarse; no me voy a esconder para darles un gusto» .

La Reina de las Espinas fue la siguiente, arrastrando los pies con pasitos cortos. Tyrion no habría sabido decir cuál de los dos tenía un aspecto más absurdo, si él con Sansa o la menuda anciana entre sus dos guardias gemelos de más de dos varas y media.

Joffrey y Margaery entraron en el salón del trono a lomos de sendos corceles blancos. Los pajes corrían ante ellos y arrojaban pétalos de rosa bajo sus cascos. También el rey y la reina se habían cambiado de ropa para el banquete. Joffrey vestía calzones a rayas color negro y carmesí, y un jubón de hilo de oro con mangas de satén negro e incrustaciones de ónix. Margaery había cambiado la recatada túnica que luciera en el septo por otra mucho más reveladora, un vestido de brocado color verde claro con el corpiño de encaje muy ceñido, que le dejaba al descubierto los hombros y el nacimiento de los menudos pechos. Llevaba suelta la cabellera rojiza, que le caía en cascada por la espalda y los blancos hombros, y le llegaba casi hasta la cintura. Se ceñía las sienes con una delicada corona de oro. Su sonrisa era tímida y dulce.

« Es una chica encantadora —pensó Tyrion—, y un destino mucho mejor que el que merece mi sobrino» .

La Guardia Real los escoltó hasta el estrado, hacia los asientos de honor situados a la sombra del Trono de Hierro, que para la ocasión estaba cubierto de largos gallardetes de seda color oro Baratheon, carmesí Lannister y verde Tyrell. Cersei abrazó a Margaery y la besó en ambas mejillas. Lord Tywin hizo lo mismo, y luego, Lancel y ser Kevan. Joffrey recibió besos cariñosos del padre de su esposa y de sus dos nuevos hermanos, Loras y Garlan. Nadie parecía tener prisa por besar a Tyrion. Cuando el rey y la reina ocuparon sus asientos, el septón supremo se levantó para bendecir la mesa.

« Por lo menos no babea tanto como el anterior» , se consoló Tyrion.

A Sansa y a él les habían asignado asientos en el lado de la derecha del rey,

muy lejos de él, junto a ser Garlan Tyrell y su esposa, lady Leonette. Había una docena de invitados sentados más cerca de Joffrey, cosa que un hombre más susceptible habría considerado un insulto, dado que hacía muy poco tiempo había sido la mano del rey. Pero Tyrion habría estado más satisfecho si en vez de una docena hubiera sido un centenar.

—¡Que se llenen las copas! —proclamó Joffrey después de recibir el permiso de los dioses. Su copero vertió una jarra entera de un espeso tinto del Rejo en el cáliz dorado que lord Tyrell le había regalado aquella mañana. El rey tuvo que cogerlo con ambas manos—. ¡Por mi esposa, la reina!

—¡Margaery! —gritó todo el salón—. ¡Margaery! ¡Margaery! ¡Por la reina!

Un millar de copas entrechocaron, y el banquete se dio por comenzado. Tyrion Lannister bebió con todos los demás, vació su copa en aquel primer brindis e hizo señas para que se la volvieran a llenar en cuanto estuvo sentado de nuevo.

El primer plato era una crema de champiñones con caracoles rehogados en mantequilla, que se sirvió en cuencos dorados. Tyrion apenas si había probado el desayuno, y el vino ya se le había subido a la cabeza, de manera que agradeció mucho la comida. Terminó su plato enseguida.

« Uno menos; solo quedan setenta y seis. Setenta y siete platos cuando todavía hay niños hambrientos en la ciudad, hombres que matarían por un rábano. Si nos pudieran ver ahora, tal vez no les tendrían tanto cariño a los Tyrell» .

Sansa probó una cucharada de crema y apartó el cuenco a un lado.

—¿No es de tu gusto, mi señora? —preguntó Tyrion.

—Va a haber tantos platos, mi señor... Tengo el estómago pequeño.

Jugueteó nerviosa con el pelo y miró hacia donde estaba Joffrey, con su reina Tyrell. « ¿Le gustaría estar en el lugar de Margaery? —Tyrion frunció el ceño—. Hasta una niña debería tener más sentido común» .

Se volvió para distraerse con algo, pero mirase hacia donde mirase había mujeres, mujeres hermosas y felices que eran de otros hombres. Margaery, claro, que sonreía con dulzura mientras Joffrey y ella bebían del gran cáliz matrimonial de siete caras. Su madre, lady Alerie, canosa y atractiva, todavía orgullosa al lado de Mace Tyrell. Las tres primitas de la reina, vivarachas como pajarillos. La morena esposa myriense de lord Merryweather, con sus grandes ojos negros como nubes de tormenta. Ellaria Arena, sentada entre los dornienses (Cersei les había dado una mesa propia justo bajo el estrado, en un lugar de gran honor, pero tan lejos de los Tyrell como permitía la anchura del salón), que en aquel momento se reía de algo que le había dicho la Vibora Roja.

Y había una mujer sentada casi al final de la tercera mesa por la izquierda... La mujer de uno de los Fossoway, según creía, con un embarazo avanzado. El vientre abultado no menguaba en absoluto su delicada belleza, ni tampoco su disfrute de la comida y de las caricias. Tyrion la observó mientras su esposo le

daba los mejores pedacitos de comida de su plato. Bebian de la misma copa y, a menudo, se besaban sin motivo aparente. Siempre que lo hacían, él le ponía la mano sobre el vientre en gesto cariñoso, tierno y protector.

—¿Qué haría Sansa si se inclinaba sobre ella y la besaba en aquel momento? « Apartarse, probablemente. O aguantar con valor, como era su deber. Si de algo sabe esta esposa mía es de cumplir con su deber». Si le decía que aquella noche quería desvirgarla, también lo soportaría porque era su deber y no lloraría más de lo justo.

Indicó por gestos que quería más vino. Cuando se lo pusieron ya se estaba sirviendo el segundo plato, un pastel de hojaldre relleno de cerdo, huevos y piñones. Sansa no probó más que un mordisco del suyo, mientras los heraldos anuncianaban al primero de los siete bardos.

Hamish el Arpista, con su barba blanca, anunció que ejecutaría « para los oídos de dioses y hombres una canción jamás antes escuchada en los Siete Reinos». Según dijo, su título era « Lord Renly cabalgó de nuevo» .

Acarició con los dedos las cuerdas del arpa, y el salón del trono se llenó de un dulce sonido.

—« Desde su trono de huesos, el Señor de la Muerte contempló al caballero asesinado» —empezó Hamish.

Luego siguió cantando cómo Renly, arrepentido de su intento de usurpar la corona de su sobrino, desafió al mismísimo Señor de la Muerte y volvió a la tierra de los vivos para defender el reino del ataque de su hermano.

« Y por esto tuvo que acabar el pobre Symon en un caldero», meditó Tyrion. Al final, cuando la sombra del valiente lord Renly voló hasta Altojardín para ver por última vez el rostro de su amada, la reina Margaery tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Renly Baratheon no se arrepintió de nada en toda su vida —le dijo el Gnomo a Sansa—, pero si algo entiendo de esto, Hamish acaba de ganar un laúd dorado.

El Arpista les cantó luego varias canciones más conocidas. « Una rosa de oro» en honor a los Tyrell, sin duda, al igual que « Las Lluvias de Castamere» tenía como objetivo adular a su padre. Con « Doncella, Madre y Vieja» deleitó al septón supremo, y « Mi señora esposa» sirvió para conquistar a todas las jovencitas románticas del salón, así como a algunos muchachitos. Tyrion apenas prestaba atención mientras probaba los buñuelos de maíz dulce y un pan de avena caliente con trocitos de dátil, manzana y naranja, además de mordisquear una costilla de jabalí.

Después de aquello, los platos y los espectáculos se fueron sucediendo con asombrosa profusión, espoleados por una marea de vino y cerveza. Hamish dejó paso a un oso pequeño y viejo que bailaba con torpeza al ritmo de la flauta y el tambor, mientras los invitados a la boda probaban la trucha preparada con una

costra de almendras troceadas. El Chico Luna se subió a los zancos y caminó entre las mesas persiguiendo a Mantecas, el gordísimo bufón de lord Tyrell, mientras los señores y las damas comían garzas asadas y empanadas de queso y cebolla. Los saltimbanquis de una compañía pentoshi dieron volteretas, caminaron sobre las manos, mantuvieron platos en equilibrio con los pies y se subieron unos encima de los hombros de otros para formar una pirámide. Sus proezas fueron acompañadas de cangrejos cocidos con picantes especias orientales, fuentes enteras de carnero guisado en leche de almendras con zanahorias, pasas y cebollas, y tartaletas de pescado recién salidas del horno, que se sirvieron tan calientes que no se podían coger con los dedos.

A continuación, los heraldos convocaron a otro bardo: Collio Quaynis de Tyrosh, con una espesa barba color bermellón y un acento tan ridículo como había augurado Symon. Collio empezó con su versión de «La danza de los dragones», que en realidad era una composición ideada para que la cantaran a dúo un hombre y una mujer. Tyrion la soportó con una segunda ración de perdiz a la miel y varias copas de vino. La evocadora balada sobre dos amantes moribundos en medio de la Maldición de Valyria les habría gustado mucho más a los asistentes si Collio no la hubiera cantado en alto valyrio, idioma que la mayoría desconocía. Pero se los volvió a ganar con «Bessa la tabernera» y su letra tan picante. Se sirvieron pavos reales con todo su plumaje, asados enteros y rellenos de dátiles, al tiempo que Collio llamaba a un tamborilero, hacia una marcada reverencia ante lord Tywin y entonaba las primeras notas de «Las lluvias de Castamere».

«Si tengo que aguantar siete versiones, bajaré al Lecho de Pulgas a pedirle perdón al estofado». Tyrion se volvió hacia su esposa.

—¿Cuál prefieres?

—¿Cómo dices, mi señor? —Sansa lo miraba parpadeando.

—De los bardos, ¿cuál prefieres?

—Lo... Lo siento, mucho, mi señor. No estaba prestando atención.

Tampoco estaba comiendo.

—¿Sucede algo, Sansa?

Lo había preguntado sin pensar, y al momento se sintió como un imbécil. «Toda su familia ha muerto, la han casado conmigo, y yo le pregunto que si sucede algo».

—No, mi señor. —Apartó la vista de él y fingió un interés nada convincente en el Chico Luna, que en aquel momento lanzaba dátiles a ser Dontos.

Cuatro maestros piromantes conjuraron bestias de llamas que se desgarraron entre ellas con zarpas de fuego mientras los criados servían cuencos de sopa roja, una mezcla de caldo de carne con vino endulzado con miel y salpicado de almendras y trocitos de capón. Luego llegaron los flautistas, los perros amaestrados y los tragasables, además de los guisantes con mantequilla, los

frutos secos y los trocitos de cisne escalfados en una salsa de azafrán y melocotones.

«Otra vez cisne no, por los dioses», murmuró Tyrion al recordar la cena que había compartido con su hermana la víspera de la batalla.

Un malabarista hacía girar por el aire media docena de hachas y espadas al tiempo que se servían brochetas de carne de la que goteaba sangre al cortarla, una yuxtaposición que Tyrion consideró aceptablemente ingeniosa, aunque tal vez no de muy buen gusto.

Los heraldos hicieron sonar las trompetas.

—Para competir por el laúd dorado —exclamó uno—, ¡aquí llega Galyeon de Cuy!

Galyeon era un hombretón de pecho amplio, barba negra, cráneo calvo y una voz retumbante que llegaba a todos los rincones del salón del trono. Lo acompañaban nada menos que seis músicos.

—Nobles señores y hermosas damas, esta noche os voy a cantar solo una canción —anunció—. Es la canción de la batalla del Aguasnegras y de cómo se salvó el reino. —El tamborilero empezó a golpear el tambor con un ritmo lento, ominoso.

—«El sombrío señor recorría la torre —comenzó Galyeon— de su castillo negro cual noche umbría».

—«Su cabello era negro y su alma negra era» —cantaron los músicos al unísono.

Se les sumó una flauta.

—«Sed de sangre y envidia eran sus atributos, y su alma rebosaba antipatía —cantó Galyeon—. «Mi hermano, en su tiempo, gobernó siete reinos. Tomaré lo que fue suyo y mío será. Que su hijo pruebe la punta de mi daga», le dijo a su esposa malvada».

—«Un joven muy valiente de rubia cabellera» —entonaron los músicos mientras un violín y un arpa empezaban a tocar.

—Si alguna vez vuelvo a ser la mano, lo primero que haré será ahorcar a todos los bardos —comentó Tyrion en voz demasiado alta.

Lady Leonette rio con disimulo. Ser Garlan se inclinó hacia él.

—Una hazaña que no se cante no es menos hazaña —dijo.

—«El sombrío señor reunió sus legiones, que a su lado como cuervos formaron, y sedientas de sangre sus naves abordaron...».

—Y al pobre Tyrion la nariz le cortaron —terminó Tyrion.

Lady Leonette se volvió a reír.

—Deberíais hacerlos bardo, mi señor. Vuestras rimas son tan buenas como las de ese Galyeon.

—No, mi señora —intervino ser Garlan—. Mi señor de Lannister nació para hacer grandes cosas, no para cantar sobre ellas. De no ser por su cadena y su

fuego valyrio, el enemigo habría logrado cruzar el río. Y si los salvajes de Tyrion no hubieran matado a la mayoría de los exploradores de lord Stannis, jamás los habríamos podido coger desprevenidos.

Tyrion sintió una oleada de absurda gratitud al oír aquello, que además sirvió para apaciguarlo mientras Galyeon cantaba interminables versos acerca del valor del niño rey y de su madre, la reina dorada.

—Eso que dice es mentira —dijo Sansa de repente.

—Nunca creas nada de lo que dice una canción, mi señora.

Tyrion le hizo una seña a un criado para que les volviera a llenar las copas. No tardó en hacerse de noche al otro lado de los altos ventanales, y Galyeon seguía cantando. Su canción tenía setenta y siete versos, aunque más bien parecían un millar. « Uno por cada invitado presente en la sala ». Tyrion se pasó los veinte últimos bebiendo vino para reprimir el impulso de meterse champiñones en las orejas. Cuando el bardo terminó de hacer reverencias, algunos invitados estaban ya tan borrachos que habían empezado a proporcionarles diversiones alternativas de manera involuntaria a los demás. El gran maestre Pyelle se quedó dormido mientras unos bailarines de las islas del Verano se cimbrelaban y giraban vestidos con túnicas de sedas vaporosas y plumas de vivos colores. Se estaban sirviendo tajadas de alce relleno de queso azul cuando uno de los caballeros de lord Rowan apuñaló a un dorniense. Los capas doradas se los llevaron a los dos, al primero a pudrirse en una celda y al otro a las dependencias del maestre Ballabar, para que lo cosiera.

Tyrion jugueteaba con una rodaja de cabeza de jabalí especiada con canela, clavo, azúcar y leche de almendras cuando el rey Joffrey se puso de repente en pie.

—¡Haced entrar a los reales justadores! —gritó con la lengua trabada por el vino al tiempo que daba unas palmadas.

« Mi sobrino está aún más borracho que yo », pensó Tyrion al tiempo que observaba como los capas doradas abrían las grandes puertas del fondo del salón. Desde donde estaba solo se vieron las puntas de dos lanzas cuando dos jinetes entraron juntos. Los recibió una oleada de risas que recorrió el pasillo central hasta llegar al rey. « Deben de ir montados en ponis », pensó... hasta que los vio bien.

Los justadores eran una pareja de enanos. Uno iba montado en un perro gris muy feo, de patas largas y morro grueso. El otro cabalgaba a lomos de una enorme cerda de piel moteada. Las armaduras de madera pintada traqueteaban con el movimiento de los diminutos jinetes en sus sillas de montar. Llevaban escudos más grandes que ellos, y forcejeaban valerosos con sus lanzas mientras avanzaban tambaleantes en medio del regocijo general. Uno de los caballeros iba ataviado en oro, con un venado negro pintado en el escudo; el otro vestía de gris y blanco, y su emblema era un lobo. Sus monturas lucían armaduras similares.

Tyrion contempló los rostros divertidos a todo lo largo del estrado. Joffrey estaba congestionado y sin aliento, Tommen gritaba deleitado y saltaba en la silla; Cersei reía educada tapándose la boca con la mano, hasta lord Tywin parecía entretenido. De todos los sentados en la mesa principal, la única que no sonreía era Sansa Stark. Se lo habría agradecido de todo corazón, pero la verdad era que la mirada de la joven estaba perdida en la distancia, como si ni siquiera hubiera visto la entrada de los ridículos jinetes.

« La culpa no es de los enanos —decidió Tyrion—. Cuando terminen, alabaré su actuación y les regalaré una buena bolsa de plata. Mañana averiguaré quién ha planeado este espectáculo, y me encargaré de hacerle llegar otro tipo de gratitud».

Cuando los enanos detuvieron sus monturas bajo el estrado para saludar al rey, al caballero del lobo se le cayó el escudo. Se inclinó a recogerlo, pero entonces, el caballero del venado perdió el control de la pesada lanza y le dio un golpe en la espalda. El caballero del lobo se cayó de su cerdo, y la lanza se le escapó de las manos; fue a rebotar contra la cabeza de su rival. Ambos acabaron en el suelo, en una maraña de brazos y piernas. Cuando se levantaron, los dos intentaron montarse en el perro. Hubo muchos gritos y empujones, y al final volvieron a estar en las sillas, solo que cada uno a lomos de la montura del otro, con los escudos cambiados y mirando hacia la cola de los animales.

Tardaron un buen rato en montar bien, cada uno en su montura y con el escudo correspondiente, pero al final se dirigieron hacia extremos opuestos del salón y emprendieron el galope para embestirse. En medio de las risas y carcajadas de las damas y los señores, los hombrecitos chocaron; la lanza del caballero del lobo acertó de pleno en el yelmo del caballero del venado y le arrancó la cabeza, que salió volando por los aires con una estela de sangre para ir a aterrizar en el regazo de lord Gyles. El enano decapitado correteó alocado entre las mesas, agitando los brazos. Los perros ladron, las mujeres gritaron y el Chico Luna se tambaleó en sus zancos, hasta que lord Gyles sacó del yelmo destrozado una sandía chorreante. En aquel momento, el caballero del venado sacó la cabeza de la armadura, y otra oleada de risas recorrió el salón. Los caballeros esperaron a que cesaran las carcajadas y trazaron círculos el uno en torno al otro gritándose insultos pintorescos. Cuando estaban a punto de separarse para otra justa, el perro derribó a su jinete y montó a la cerda. La enorme marrana chilló de angustia mientras los invitados chillaban de risa. Las carcajadas se redoblaron cuando el caballero del venado saltó sobre el caballero del lobo, se bajó los calzones de madera y empezó a empujar contra el trasero del otro con movimientos frenéticos.

—¡Me rindo, me rindo! —gritó el enano de abajo—. ¡Sacadme la espada, buen caballero!

—¡Lo intento, lo intento, pero no dejáis de mover la vaina! —replicó el enano

de arriba, para jolgorio de todos.

A Joffrey se le salía el vino por la nariz. Se puso en pie con dificultades y a punto estuvo de tirar el alto cáliz de vino.

—¡Es el campeón! —gritó—. ¡Ya tenemos campeón!

El silencio empezó a hacerse en el salón cuando los presentes vieron que el rey estaba hablando. Los enanos se separaron, sin duda en espera del agracdecimiento real.

—Aunque no es un verdadero campeón —siguió Joff—. Un verdadero campeón derrota a todos los que lo retan. —El rey se subió a la mesa—. ¿Quién podría desafiar a nuestro pequeño campeón? —Se volvió hacia Tyrion con una sonrisa alegre—. ¡Tío! Tú defenderás el honor del reino, ¿verdad? ¡Monta en la cerda!

Las carcajadas lo golpearon como una ola. Más tarde, Tyrion no recordaría haberse levantado, ni haberse subido a la silla, pero de repente se encontró de pie sobre la mesa. La estancia era un borrón de rostros burlones iluminados por la luz de las antorchas. Retorció el rostro en una mueca, la imitación de sonrisa más espantosa que jamás se había visto en los Siete Reinos.

—Alteza —exclamó—, yo montaré en la cerda de buena gana... ¡pero solo si tú montas en el perro!

—¿Por qué? —Joff frunció el ceño, confuso—. ¿Por qué yo? Yo no soy un enano.

« Has picado, Joff» .

—¿Por qué va a ser? ¡Porque de todos los hombres presentes en el salón eres el único al que puedo vencer sin esfuerzo!

No habría sabido decir qué le resultó más grato, si el instante de silencio estupefacto, la repentina carcajada general que lo siguió o la expresión de rabia ciega que vio en el rostro de su sobrino. El enano saltó al suelo, y cuando volvió a mirar, ser Osmund y ser Meryn estaban ayudando a Joff a bajar también. Cuando se dio cuenta de que Cersei lo miraba, Tyrion le lanzó un beso.

Fue un alivio que los músicos empezaran a tocar de nuevo. Los pequeños justadores salieron del salón llevándose al perro y a la cerda; los invitados se centraron de nuevo en sus platos de cabeza de jabalí, y Tyrion pidió otra copa de vino. De repente sintió la mano de ser Garlan en la manga.

—Cuidado, mi señor —le avisó el caballero—. El rey.

Tyrion se volvió en el asiento. Joffrey estaba casi encima de él, congestionado y tambaleante; el vino se derramaba por el borde del gran cáliz nupcial de oro que llevaba con ambas manos.

—Alteza...

Fue lo único que le dio tiempo a decir antes de que el rey le vaciara el cáliz en la cabeza. El vino le corrió por la cara como un torrente rojo. Le empapó el pelo, le escoció en los ojos, le hizo arder la herida, le bajó por las mejillas y caló

el terciopelo de su jubón nuevo.

—¿Qué te ha parecido esto, Gomo? —se burló Joffrey.

Los ojos de Tyrion echaban chispas. Se limpió la cara con la manga y parpadeó para intentar ver con claridad.

—Eso no ha estado bien, alteza —oyó decir a ser Garlan con voz tranquila.

—Claro que sí, ser Garlan. —Tyrion no podía permitir que la situación se pusiera aún peor con la mitad del reino mirando—. No son muchos los reyes que honran a un humilde súbdito sirviéndole de su cáliz real. Lástima que el vino se haya derramado.

—No se ha derramado —replicó Joffrey, demasiado torpe para aceptar la salida que le ofrecía Tyrion—. Y no te estaba sirviendo.

La reina Margaery apareció de repente al lado de Joffrey.

—Mi amado rey —suplicó la joven Tyrell—, por favor, venid y volvamos a nuestro lugar; ya hay otro bardo esperando.

—Alaric de Eysen —dijo lady Olenna Tyrell, apoyada en su bastón y prestando al enano empapado en vino tan poca atención como le prestaba su nieta—. Espero de todo corazón que nos toque «Las lluvias de Castamere». Hace casi una hora que no la oigo, y se me está olvidando la letra.

—Además, ser Addam quiere ofrecer un brindis —insistió Margaery—. Por favor, alteza...

—No tengo vino —declaró Joffrey—. ¿Cómo voy a brindar sin vino? Ven a servirme, tío Gomo. Ya que no quieres justar, serás mi copero.

—Lo considero todo un honor.

—¡No es ningún honor! —chilló Joffrey—. Agáchate y recoge mi cáliz. —Tyrion hizo lo que se le decía, pero cuando fue a coger el asa, Joff le dio una patada al cáliz—. ¡Que lo recojas! ¡No sé qué eres más, si torpe o feo! —Tuvo que arrastrarse por debajo de la mesa para coger la copa—. Bien, ahora llénalo de vino. —Le pidió una jarra a una sirvienta y llenó el cáliz hasta sus tres cuartas partes—. No, enano, de rodillas. —Tyrion se arrodilló y alzó la pesada copa sin saber si iba a recibir un segundo baño, pero Joffrey la cogió con una mano, bebió un largo trago y la puso en la mesa—. Ya te puedes levantar, tío.

Al tratar de levantarse tuvo un calambre en las piernas y casi volvió a caer de bruces; tuvo que agarrarse a una silla para guardar el equilibrio. Ser Garlan le tendió una mano. Joffrey se echó a reír, y también Cersei. Luego, otros. No veía quiénes eran, pero los oía.

—Alteza. —La voz de lord Tywin era de una corrección impecable—. Van a traer la empanada. Se requiere vuestra espada.

—¿La empanada? —Joffrey cogió a su reina de la mano—. Vamos, mi señora, es la empanada.

Los invitados se levantaron entre gritos y aplausos, y entrechocaron sus copas de vino a medida que media docena de cocineros sonrientes transportaban la

inmensa empanada por el pasillo central. Media dos varas de diámetro, tenía la corteza muy dorada, y en su interior se oían ruidos de aves encerradas.

Tyrion volvió a subirse a la silla. Lo único que le faltaba para tener un día completo era que una paloma se le cagara encima. El vino le había empapado el jubón y la ropa interior; sentía la humedad sobre la piel. Debería haber ido a cambiarse, pero no estaba permitido que nadie abandonara el banquete hasta la ceremonia del encamamiento. Calculó que para aquello quedaban lo menos veinte o treinta platos.

El rey Joffrey y su reina bajaron del estrado para ir al encuentro de la empanada. Joff fue a desenvainar la espada, pero Margaery le puso una mano en el brazo para detenerlo.

—La *Lamento de Viuda* no se hizo para cortar empanadas.

—Cierto. —Joffrey alzó la voz—. ¡Ser Ilyn, vuestra espada!

«El espectro del banquete» —pensó Tyrion cuando ser Ilyn Payne salió de las sombras del fondo del salón. Observó como el que ostentaba el cargo de justicia del rey, flaco y sombrío, avanzaba hacia allí. Tyrion era demasiado joven para haber conocido a ser Ilyn antes de que perdiera la lengua—. Seguro que en aquellos tiempos era muy diferente, pero ahora el silencio forma parte de él, tanto como esos ojos vacíos, la cota de malla oxidada y el mandoble que lleva a la espalda».

Ser Ilyn hizo una reverencia ante los reyes, se echó la mano detrás del hombro y desenvainó más de dos varas de reluciente plata ornamentada llena de runas. Se arrodilló para ofrecer la enorme espada a Joffrey con el puño por delante. El pomo era un pedazo de vidriagón tallado en forma de calavera sonriente, con ojos de rubies que centelleaban con fuego rojizo.

—¿Qué espada es esa? —preguntó Sansa pegando un respiño en el asiento.

A Tyrion aún le escocían los ojos por el vino. Parpadeó y la volvió a mirar. El mandoble de ser Ilyn era tan largo y ancho como *Hielo*, pero demasiado plateado; el acero valyrio tenía una oscuridad propia, un alma de humo. Sansa le agarró el brazo.

—¿Qué ha hecho ser Ilyn con la espada de mi padre?

«Debería haberle devuelto *Hielo* a Robb Stark», pensó Tyrion. Miró en dirección a su padre, pero lord Tywin estaba observando al rey.

Joffrey y Margaery juntaron las manos para levantar el mandoble, y juntos lo blandieron para trazar un arco plateado. Cuando la corteza de la empanada se rompió, las palomas salieron volando en un remolino de plumas blancas y se dispersaron en todas las direcciones, aleteando hacia las ventanas y las vigas. Un grito de admiración subió de los bancos, y los violinistas y flautistas de la galería empezaron a tocar una briosa melodía. Joff tomó a su esposa en brazos y dio unas alegres vueltas con ella.

Un criado puso ante Tyrion un trozo de empanada caliente de paloma y lo

cubrió con una cucharada de crema de limón. En aquella empanada, las palomas estaban cocinadas de verdad, pero no le resultaban más apetitosas que las que revoloteaban por el salón. Sansa tampoco estaba comiendo.

—Estás muy pálida, mi señora —dijo Tyrion—. Te hace falta respirar aire fresco, y yo necesito un jubón limpio. —Se levantó y le ofreció la mano—. Vamos.

Pero Joffrey regresó antes de que pudieran retirarse.

—¿Adónde vas, tío? ¿No te acuerdas de que eres mi copero?

—Tengo que cambiarme de ropa, alteza. ¿Tenemos tu permiso para retirarnos?

—No. Me gustas así. Sírveme vino.

El cáliz del rey estaba sobre la mesa, donde lo había dejado. Tyrion tuvo que volverse a subir a la silla para alcanzarlo. Joff se lo quitó de las manos y bebió a tragos largos; se le movía la nuez mientras el vino violáceo le corría por la barbilla.

—Mi señor —dijo Margaery—, deberíamos volver a nuestro lugar. Lord Buckler quiere brindar por nosotros.

—Mi tío no se ha comido aún la empanada de paloma. —Joffrey sostuvo el cáliz con una mano y metió la otra en la ración de empanada de Tyrion—. No comerse la empanada trae mala suerte —le recriminó al tiempo que se llenaba la boca de paloma caliente y especiada—. Mira qué buena está. —Escupió los trozos de corteza, tosió y se metió en la boca otro puñado—. Aunque un poco seca. Habrá que pasársela con algo. —Joff bebió un trago de vino y volvió a toser, en aquella ocasión con más violencia—. Quiero verte... cof... montar en esa... cof, cof, cerda, tío. Quiero...

Un ataque de tos le impidió seguir hablando. Margaery lo miró con preocupación.

—Alteza?

—Es... cof... la empanada, no... cof... La empanada... —Joff bebió otro trago, o más bien lo intentó, porque escupió el vino cuando lo dominó otro ataque de tos que lo hizo doblarse por la cintura. Se le estaba poniendo la cara muy roja —. No... cof... no puedo... cof, cof...

El cáliz se le escapó de la mano y el oscuro vino tinto corrió por el estrado.

—¡Se está ahogando! —exclamó la reina Margaery.

Su abuela corrió a su lado.

—¡Ayudad al pobre muchacho! —gritó la Reina de las Espinas con una voz que era diez veces su estatura—. ¡Imbéciles! ¡Os vais a quedar ahí mirando? ¡Ayudad a vuestro rey!

Ser Garlan empujó a Tyrion a un lado y empezó a golpear a Joffrey en la espalda. Ser Osmund Kettleblack le abrió el cuello del jubón. De la garganta del muchacho salió un sonido agudo espantoso, como el de alguien que tratara de

sorber todo un río a través de un junco hueco; luego, el sonido cesó, y el silencio fue aún más espantoso.

—¡Dadle la vuelta! —gritó Mace Tyrell a nadie en concreto—. ¡Dadle la vuelta, sacudidlo por los tobillos!

—¡Agua, que beba agua! —sugería alguien más allá.

El septón supremo empezó a rezar en voz alta. El gran maestre Pyelle pidió a gritos que lo llevaran a sus habitaciones para coger unas pócimas. Joffrey se llevó las manos engarfiadas a la garganta; las uñas dejaron surcos ensangrentados en la carne. Bajo la piel, tenía los músculos duros como piedras. El príncipe Tommen gritaba y lloraba.

« Va a morir », comprendió Tyrion. Sentía una extraña calma, aunque a su alrededor reinaba el caos. Otra vez le estaban dando golpes en la espalda a Joff, pero tenía el rostro cada vez más oscuro. Los perros ladran, los niños chillan, los hombres se gritan consejos inútiles unos a otros. La mitad de los invitados al banquete se había puesto de pie. Unos se empujan para ver mejor; otros corren hacia las puertas, ansiosos por salir tan deprisa como fuera posible.

Ser Meryn le abrió la boca al rey para meterle una cuchara por la garganta. En aquel momento, los ojos del muchacho se cruzaron con los de Tyrion.

« Tiene los ojos de Jaime. —Aunque nunca había visto a Jaime tan asustado —. No tiene más que trece años. —Joffrey intentó hablar, pero solo emitió un sonido seco como un chasquido. Tenía los ojos dilatados de terror y alzó una mano... en busca de la de su tío o señalando—. ¿Me está pidiendo perdón o cree que puedo salvarlo? ».

—¡Nooo! —aulló Cersei—. Ayúdalo, padre, que alguien lo ayude, ¡mi hijo! ¡Mi hijo!

« Visto lo visto —Tyrion pensó en Robb Stark—, mi boda parece cada vez mejor». Buscó con la mirada a Sansa, para saber cómo se estaba tomando aquello, pero en el salón había demasiada confusión, y no la vio. Lo que sí vio en cambio fue el cáliz nupcial, en el suelo, olvidado por todos. Se dirigió hacia donde estaba y lo recogió. Aún quedaba en el fondo un dedo de vino purpúreo. Tyrion pensó un momento y lo derramó en el suelo.

Margaery Tyrell lloraba abrazada a su abuela.

—Sé valiente, sé valiente —le repetía la anciana.

La mayor parte de los músicos había huido, aunque en la galería quedaba un flautista que tocaba una marcha fúnebre. Al fondo del salón del trono, los invitados se arremolinaban y se empujaban en torno a las puertas. Los capas doradas de ser Addam se dirigieron hacia allí para restaurar el orden. Hombres y mujeres salían a la noche; unos lloraban, otros se tambaleaban y vomitaban, algunos estaban pálidos de miedo. Tyrion pensó demasiado tarde que tal vez habría sido mejor que él también se hubiera marchado.

Cuando oyó el grito de Cersei supo que todo había terminado.

« Debería marcharme —pensó Tyrion—. Ahora mismo». Pero lo que hizo fue acercarse a ella.

Su hermana estaba sentada en un charco de vino y acunaba el cadáver de su hijo. Tenía el vestido manchado y desgarrado, y el rostro, blanco como la nieve. Un perro negro y flaco se acercó a ella y olfateó el cuerpo de Joffrey.

—El chico ha muerto, Cersei —dijo lord Tywin. Puso una mano enguantada en el hombro de su hija al tiempo que uno de los guardias espantaba al perro—. Suéltalo. Déjalo ya.

Ella no lo oyó. Hicieron falta dos guardias reales para obligarla a aflojar los dedos de manera que el cadáver del rey Joffrey Baratheon cayera al suelo, inerte.

El septón supremo se arrodilló junto a él.

—Padre de los cielos, juzga con justicia a nuestro bondadoso rey Joffrey —entonó el comienzo de la plegaria por los muertos.

Margaery Tyrell empezó a sollozar, y Tyrion oyó a su madre, lady Alerie, intentando consolarla.

—Se ha atragantado, cariño. Se ha atragantado con la empanada. No ha tenido nada que ver contigo. Se ha atragantado, lo hemos visto todos.

—No se ha atragantado. —La voz de Cersei era más afilada que la espada de ser Ilyn—. Mi hijo ha sido envenenado. —Miró a los caballeros blancos, que la rodeaban sin saber qué hacer—. ¡Guardia Real, cumplid con vuestro deber!

—¿Cómo decís, mi señora? —preguntó ser Loras Tyrell, inseguro.

—¡Detened a mi hermano! —le ordenó Cersei—. ¡Ha sido él, el enano! ¡Y su mujer! Han matado a mi hijo, a vuestro rey. ¡Apresadlos! ¡Apresadlos a los dos!

Muy lejos, al otro lado de la ciudad, una campana empezó a tañer.

Sansa se sentía como si estuviera viviendo en un sueño.

—Joffrey ha muerto —les dijo a los árboles, para ver si así despertaba.

No estaba muerto aún cuando salió del salón del trono. La última vez que lo vio había caído de rodillas con las manos en la garganta, y se arrancaba la piel mientras luchaba por respirar. El espectáculo era tan espantoso que tuvo que huir corriendo entre sollozos. Lady Tanda también había huido.

—Tenéis muy buen corazón, mi señora —le dijo a Sansa—. Pocas doncellas llorarían así por el hombre que las rechazó y las casó con un enano.

«Muy buen corazón. Tengo muy buen corazón». Una carcajada histérica le subió por la garganta, pero Sansa la consiguió reprimir. Las campanas tañían lentas y pesarosas. *Dong... dong... dong...* Habían sonado igual cuando murió el rey Robert. Joffrey estaba muerto, estaba muerto, estaba muerto, muerto, muerto. ¿Por qué lloraba cuando de lo que tenía ganas era de bailar? ¿Eran lágrimas de alegría?

La ropa estaba donde la había dejado escondida la noche anterior. Sin doncellas que la ayudaran, tardó más que de costumbre en desatarse las lazadas del vestido. Sentía una extraña torpeza en las manos, aunque no estaba tan asustada como debería dadas las circunstancias.

—Los dioses son crueles al llevárselo tan joven y tan guapo, en el banquete de su boda —le había dicho lady Tanda.

«Los dioses son justos —pensó Sansa. Robb también había muerto en un banquete nupcial; por quien lloraba era por él—. Por él y por Margaery». Pobre Margaery, dos veces casada y dos veces viuda. Sansa sacó un brazo de la manga, se bajó el vestido y se lo sacudió de las piernas. Lo dobló como mejor pudo y lo metió en el hueco de un roble, y sacudió la ropa que había tenido escondida allí.

—Ropa abrigada —le había dicho ser Dontos—, y que sea oscura.

No tenía nada de color negro, de modo que había elegido un vestido marrón de lana gruesa. Lo malo era que el corpiño estaba adornado con perlas de agua dulce. «La capa las tapará». La capa era verde, con una capucha amplia. Se puso el vestido y se echó la capa por los hombros, aunque de momento no se subió la capucha. También se puso los zapatos, sencillos y resistentes, sin tacón y con la puntera cuadrada. «Los dioses han escuchado mis plegarias —pensó. Se sentía torpe y aturdida—. Mi piel se ha vuelto de porcelana, de marfil, de acero...». Movía las manos como si las tuviera entumecidas, como si fuera la primera vez que se arreglaba el pelo. Durante un momento deseó tener allí a Shae, para que la ayudara a quitarse la redecilla.

Cuando se la consiguió soltar, la larga cabellera castaño rojiza le cayó sobre los hombros. El entramado de hilo de plata le brilló entre los dedos; las piedras

relucían negras a la luz de la luna. «Amatistas negras de Asshai». Faltaba una. Sansa se acercó la redecilla a los ojos para verla mejor. Había una mancha negra en la cavidad de plata de la que se había desprendido la gema.

De repente le entró pánico; el corazón le golpeó las costillas, y contuvo la respiración un instante.

«¿Por qué tengo tanto miedo? No es más que una amatista, una amatista negra de Asshai, nada más. Se debe de haber soltado del engarce, no pasa nada. Estaba floja y se ha caído, y ahora estará tirada en cualquier parte, en el salón del trono, en el patio, a no ser que...».

Ser Dontos le había dicho que la redecilla era mágica, que la llevaría a casa. Le había dicho que la tenía que lucir aquella noche en el banquete nupcial de Joffrey. Tensó el entramado de hilo de plata sobre los nudillos. Frotó con el pulgar una y otra vez el agujero donde había estado la gema. Trató de detenerse, pero los dedos no la obedecían. Su pulgar se veía atraído hacia el agujero como la lengua hacia el hueco que ha dejado un diente. «¿Qué clase de magia?». El rey estaba muerto, el rey cruel que mil años antes había sido su príncipe azul. Si Dontos había mentido en lo de la redecilla para el pelo, ¿no habría mentido también en todo lo demás? «¿Y si no viene a buscarme? ¿Y si no hay barco, ni bote en el río, ni manera de escapar?». ¿Qué sería de ella entonces?

Oyó un tenue crujido de hojas y se guardó la redecilla de plata en lo más hondo del bolsillo de la capa.

—¿Quién anda ahí? —llamó—. ¿Quién va?

El bosque de dioses estaba sombrío y penumbroso, y las campanas tañían marcando el camino de Joff hacia la tumba.

—Yo. —Salió de entre los árboles tambaleándose, borracho perdido. La agarró del brazo para recuperar el equilibrio—. Ya he venido, dulce Jonquil. Aquí está vuestro Florian; no tengáis miedo.

—Dijisteis que tenía que llevar la redecilla del pelo. —Sansa dio un paso atrás para librarse de su mano—. La redecilla de plata con... ¿qué piedras son estas?

—Amatistas. Amatistas negras de Asshai, mi señora.

—No son amatistas, ¿verdad? ¿Verdad? ¡Me habéis mentido!

—Amatistas negras —le juró—. Eran mágicas.

—¡Eran asesinas!

—Más bajo, mi señora, más bajo. No ha sido ningún asesinato. Se ha atragantado con la empanada de paloma. —Dontos soltó una carcajada—. Qué empanada tan sabrosa. Plata y gemas, nada más: plata, gemas y magia.

Las campanas tañían; el silbido del viento era como el ruido que había hecho Joff al intentar respirar.

—Vos lo habéis envenenado. Habéis sido vos. Me habéis cogido una gema del pelo...

—Callad, vais a hacer que nos maten. Yo no he hecho nada. Vamos, nos

tenemos que marchar; os estarán buscando. Han detenido a vuestro esposo.

—¿A Tyrion? —preguntó, consternada.

—¿Acaso tenéis otro esposo? El Gnomo, el enano, ella cree que es quien ha matado al rey. —La tomó de la mano y tiró de ella—. Por aquí, nos tenemos que marchar, daos prisa, no tengáis miedo.

Sansa lo siguió sin oponer resistencia. « No soporto los llantos de las mujeres», había dicho Joff en cierta ocasión, pero en aquel momento, el único llanto era el de su madre. En los cuentos de la Vieja Tata, los endriagos creaban objetos mágicos que podían convertir los deseos en realidad.

« ¿Mi deseo de que muriera lo ha matado? », se preguntó antes de recordar que ya era demasiado mayor para creer en endriagos.

—¿Tyrion lo ha envenenado?

Sabía que su señor esposo odiaba a su sobrino; ¿sería posible que lo hubiera matado? « ¿Sabía lo de la redecilla del pelo, lo de las amatistas negras? Él le servía el vino a Joff». ¿Cómo se podía hacer que alguien se atragantara poniéndole una amatista en el vino? « Si ha sido Tyrion, pensarán que fui su cómplice», comprendió con un estremecimiento de pánico. ¿De qué otra manera podía ser? Eran marido y mujer; Joff había matado a su padre y se había burlado de ella con la muerte de su hermano. « Una sola carne, un solo corazón, una sola alma» .

—No habléis, querida —dijo Dontos—. Fuera del bosque de dioses no podemos hacer ningún ruido. Subíos la capucha para que os oculte el rostro.

Sansa asintió y obedeció.

Estaba tan borracho que a veces le tenía que dar el brazo para que no se cayera. Las campanas tañían por toda la ciudad, cada vez más numerosas. Caminó con la cabeza gacha y siempre entre las sombras, siguiendo a Dontos de cerca. Mientras estaban bajando por las escaleras de mármol, se dejó caer de rodillas y vomitó. « Mi pobre Florian», pensó Sansa mientras el bufón se limpiaba la boca con una manga ancha. « Ropa oscura», le había dicho él, pero bajo la capa marrón llevaba su antigua sobrevesta: franjas horizontales rojas y rosa bajo un yelmo negro y tres coronas de oro, las divisas de la casa Hollard.

—¿Por qué lleváis el jubón de caballero? Joff dijo que os condenaría a muerte si os volvíais a vestir como tal; os van a... oh...

Nada de lo que hubiera decretado Joff tenía ya la menor importancia.

—Quería volver a ser un caballero. Al menos para esto. —Dontos se incorporó como pudo y la cogió del brazo—. Vamos. Y guardad silencio, nada de preguntas.

Siguieron bajando por las escaleras y cruzaron un patio pequeño. Ser Dontos abrió una puerta muy pesada y encendió una vela. Estaban en una galería larga. A lo largo de las paredes había armaduras vacías, oscuras y polvorrientas, con los yelmos coronados por hileras de escamas que les caían por la espalda. Al pasar

junto a ellas, la luz de la vela hacia que las sombras de las escamas se retorcieran y giraran. « Los caballeros huecos se están transformando en dragones», pensó.

Un último tramo de escaleras los llevó hasta una puerta de roble con refuerzos de hierro.

—Ahora tenéis que ser fuerte, mi amada Jonquil, ya casi estamos.

Cuando Dontos levantó la tranca y abrió la puerta, Sansa sintió una brisa fresca en el rostro. Atravesó seis varas de muralla y se encontró fuera del castillo, en la cima de un acantilado. El río estaba abajo; el cielo, arriba, ambos igual de negros.

—Tenemos que bajar —dijo Dontos—. Os espera un remero que os llevará hasta el barco.

—Me voy a caer. —Bran se había caído, y a él le encantaba trepar.

—No, no caeréis. Hay una especie de escalerilla, una escalerilla secreta tallada en la piedra. Tocad aquí, mi señora, ¿la notáis? —Se arrodilló y la hizo mirar por el borde del acantilado, le tomó la mano y la ayudó a tantejar hasta que sus dedos rozaron una oquedad excavada en la roca—. Es casi como una escalera de verdad.

Pero seguía siendo una caída muy alta.

—¡No puedo!

—Tenéis que hacerlo.

—¿No hay otro camino?

—Este es el camino. Para una muchacha joven y fuerte como vos no será difícil. Agarraos bien y no miréis abajo; llegaréis al fondoenseguida. —Tenía los ojos brillantes—. En cambio, vuestra pobre Florian está viejo, gordo y borracho. Yo soy quien debería tener miedo. Siempre me caía del caballo, ¿recordáis? Así fue como empezó todo. Estaba borracho y me caí del caballo. Joffrey me quiso cortar la cabeza, pero vos me salvasteis. Vos me salvasteis, querida.

« Está llorando», advirtió.

—Y ahora vos me habéis salvado a mí.

—Solo si bajáis. Si no, habré conseguido que nos maten a los dos.

« Ha sido él —pensó—. Ha matado a Joffrey». Tenía que bajar, tanto por él como por sí misma.

—Vos primero. —Si se caía, al menos que no fuera sobre ella, arrastrándola al fondo del acantilado.

—Como mi señora ordene. —Le dio un beso húmedo y se tumbó al borde del precipicio, donde movió las piernas con torpeza hasta que encontró un punto de apoyo—. Bajaré un poco y después me seguiréis. Vais a bajar, ¿verdad? Me lo tenéis que jurar.

—Bajaré —le prometió ella.

Ser Dontos desapareció. Sansa oía sus bufidos y jadeos a medida que descendía. Prestó atención al tañido de las campanas; contó los repiques. Al

llegar a diez se tumbó al borde del acantilado y buscó con los dedos de los pies hasta encontrar un punto de apoyo. Las murallas del castillo se alzaban imponentes sobre ella, y durante un momento deseó con todas sus fuerzas volver a subir y correr hacia sus cálidas habitaciones, en el torreón de la cocina.

« Sé valiente —se dijo—. Sé valiente como las damas de las canciones».

No se atrevía a mirar abajo. Mantenía la vista fija en la pared del acantilado; se aseguraba cada asidero antes de buscar el siguiente. La piedra era basta y fría. A veces se le resbalaban los dedos, y las oquedades no estaban distribuidas a intervalos tan regulares como habría sido de desear. Las campanas no dejaban de sonar. A mitad del trayecto, los brazos le temblaban, y supo que se iba a caer.

« Un paso más —se dijo—. Un paso más. —Tenía que seguir bajando. Si se detenía, sabía que no volvería a ponerse en marcha, y el amanecer la encontraría aún aferrada a la pared del acantilado, paralizada por el pánico—. Un paso más, un paso más».

El suelo la cogió desprevenida. Tropezó y cayó con el corazón latiéndole a toda velocidad. Cuando quedó boca arriba vio la distancia que había recorrido, sintió que la cabeza se le llenaba de brumas y clavó los dedos en la tierra.

« Lo he logrado. Lo he logrado, no me he caído, he conseguido bajar y ahora me voy a casa».

Ser Dontos la ayudó a ponerse en pie.

—Por aquí. Ahora mucho silencio, silencio, silencio...

Caminaron protegidos por las densas sombras negras, al pie de los acantilados. Por suerte, el trayecto fue corto. Cincuenta pasos río abajo aguardaba un hombre sentado en un pequeño esquife, casi oculto por los restos de una galera de gran tamaño que había varado allí después de arder. Dontos cojeó hacia él, jadeante.

—¿Oswell?

—Nada de nombres —dijo el otro—. Al bote. —Se sentó a los remos. Era de edad avanzada, alto y flaco, con el pelo largo blanco, la nariz ganchuda y los ojos escondidos bajo la capucha—. Subid, deprisa —masculló—. Nos tenemos que marchar.

Cuando ambos estuvieron a bordo, el hombre de la capucha metió las palas en el agua y empezó a remar hacia el canal. A sus espaldas, las campanas seguían tañendo para anunciar la muerte del niño rey. Aparte de ellos no había nadie más en el oscuro río.

Avanzaban río abajo al ritmo lento y firme de los remos; se deslizaron sobre galeras hundidas, pasaron junto a mástiles rotos, cascos quemados y velas desgarradas. Las palas de los remos estaban envueltas en trapos, de modo que se movían casi sin el menor ruido. Una neblina empezaba a alzarse de las aguas. Sansa divisó las murallas almenadas de una de las torres con cabestrantes del Gnomo, pero la gigantesca cadena estaba bajada, y nada les impidió pasar por el

lugar donde había muerto un millar de hombres. La orilla se fue alejando, la niebla se hizo más espesa, el sonido de las campanas era cada vez más distante. Por fin, hasta las luces desaparecieron, se perdieron a sus espaldas. Estaban en la bahía del Aguasnegras, y el mundo se reducía a agua oscura, neblina serpenteante y su silencioso compañero a los remos.

—¿Tenemos que ir muy lejos? —preguntó.

—Silencio.

El remero era entrado en años, pero también más fuerte de lo que parecía y con una voz imperiosa. Tenía algo en el rostro que le resultaba familiar, aunque Sansa no habría sabido decir qué era.

—Ya queda cerca. —Ser Dontos le tomó una mano entre las suyas y se la acarició con gesto amable—. Vuestro amigo está cerca, os espera.

—¡Silencio! —volvió a gruñir el remero—. El sonido llega muy lejos por la superficie del agua, ser Bufón.

Sansa se sonrojó, se mordió el labio y guardó silencio. Desde entonces, lo único que se oyó fue el sonido amortiguado de los remos contra el agua.

El cielo del este empezaba a mostrar los primeros atisbos de luz del amanecer cuando Sansa vio por fin una forma fantasmal que emergía en la oscuridad: era una galera mercante con las velas desplegadas, que avanzaba despacio con una sola hilera de remos. Cuando estuvieron más cerca alcanzó a distinguir el mascarón de proa, un tritón con una corona dorada que soplaban un cuerno en forma de caracola. Oyó una llamada, y la galera empezó a girar.

Se situaron a un costado, y desde arriba lanzaron una escala por encima de la baranda. El remero soltó los remos dentro del bote y ayudó a Sansa a ponerse en pie.

—Venga, arriba. Ya os tengo, niña, arriba.

Sansa le dio las gracias por su amabilidad, pero no recibió más respuesta que un gruñido. Subir por la escala de cuerda fue mucho más sencillo que bajar por el acantilado. El remero llamado Oswell la seguía de cerca, mientras que ser Dontos permanecía en el bote.

Junto a la baranda la esperaban dos marineros, que la ayudaron a subir a la cubierta. Sansa estaba tiritando.

—Tiene frío —oyó decir a alguien. El hombre se quitó la capa y se la puso sobre los hombros—. Mejor así, ¿verdad, mi señora? Tranquila, lo peor ha pasado ya.

Reconoció la voz al instante. «Pero si está en el Valle», pensó. A su lado se encontraba ser Lothor Brune con una antorcha.

—¡Lord Petyr! —llamó Dontos desde el bote—. Tengo que volver antes de que empiecen a buscarme.

—Pero antes vuestra recompensa —dijo Petyr Baelish poniendo una mano en la baranda—. Diez mil dragones, ¿verdad?

—Diez mil. —Dontos se frotó la boca con el dorso de la mano—. Tal como prometisteis, mi señor.

—Ser Lothor, la recompensa.

Lothor Brune bajó la antorcha. Tres hombres se adelantaron hasta la regala, levantaron las ballestas y dispararon. Una saeta acertó a Dontos en el pecho, mientras miraba hacia arriba, y le perforó la corona de la izquierda del jubón. Las otras se le clavarón en la garganta y en el vientre. Sucedió tan deprisa que ni Dontos ni Sansa tuvieron tiempo de gritar. Cuando todo hubo terminado, Lothor Brune tiró la antorcha sobre el cadáver. El pequeño bote ardío mientras la galera se alejaba.

—¡Lo habéis matado! —Sansa se agarró a la baranda y vomitó. ¿Había escapado de los Lannister para caer en manos aún peores?

—Mi señora —murmuró Meñique—, desperdiciáis vuestro dolor con semejante hombre. Era un borracho, no vuestro amigo.

—Pero me salvó...

—Os vendió por la promesa de diez mil dragones. Vuestra desaparición os convertirá en sospechosa de la muerte de Joffrey. Los capas doradas empezarán a buscar, y el eunuco hará tintinear las monedas. Dontos... Bueno, ya lo habéis oído. Os vendió por oro, y cuando se lo hubiera gastado en bebida os habría vendido de nuevo. Una bolsa de dragones compra el silencio de cualquiera durante un tiempo, pero una saeta disparada con puntería lo compra para siempre. —Esbozó una sonrisa triste—. Todo lo que hizo fue por orden mía. Yo no me habría atrevido a ayudaros de manera abierta. Cuando me enteré de cómo le salvasteis la vida en el torneo de Joffrey, supe que sería el instrumento ideal.

—Decía que era mi Florian. —Sansa volvía a sentir náuseas.

—¿Por casualidad recordáis qué os dije aquel día en que vuestro padre se sentó en el Trono de Hierro?

Recordó el momento con toda claridad.

—Me dijisteis que la vida no era una canción. Que algún día lo descubriría y sería doloroso. —Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no habría sabido decir si lloraba por ser Dontos Hollard, por Joff, por Tyrion o por sí misma—. ¿Es que todo son mentiras, siempre mentiras? ¿Es que nadie es sincero?

—Casi nadie. Excepto vos y yo, claro. —Sonrió—. Si queréis volver a casa, acudid esta noche al bosque de dioses.

—La nota... ¿era vuestra?

—Tenía que ser en el bosque de dioses. No hay otro lugar en la Fortaleza Roja fuera del alcance de los pajaritos del eunuco... las ratitas, como los llamo yo. En el bosque de dioses hay árboles en vez de paredes, cielo en vez de techo, raíces y tierra en vez de suelo. Las ratas no tienen por dónde corretear. Y las ratas tienen que esconderse; si no, los hombres las ensartan con sus espadas. —Lord Petyr la cogió del brazo—. Permitidme que os muestre vuestro camarote. Habéis tenido

un dia muy largo y duro; debéis de estar agotada.

El pequeño esquife no era ya más que un jirón de humo y llamas tras ellos, casi perdido en la inmensidad del mar bajo el cielo del amanecer. No tenía vuelta atrás; el único camino que le quedaba era hacia delante.

—Sí, agotada —reconoció.

—Habladme del banquete —dijo mientras la acompañaba a las cubiertas inferiores—. La reina se tomó muchas molestias. Los bardos, los malabaristas, el oso bailarín... ¿A vuestro pequeño esposo le gustaron mis enanos justadores?

—¿Eran vuestros?

—Tuve que mandar a buscarlos en Braavos y esconderlos en un burdel hasta el dia de la boda. No sé qué ocasionaron más, si gastos o problemas. Os sorprendería saber lo difícil que es ocultar a un enano, y en cuanto a Joffrey... Bueno, se puede llevar a un perro hasta el agua, pero hacer que beba es otra cosa. Cuando le hablé de mi pequeña sorpresa, me dijo: « ¿Para qué quiero enanos en mi banquete? Odio a los enanos» . Lo tuve que coger por el hombro y susurrarle: « No tanto como los odiará vuestro tío» .

La cubierta se mecía bajo sus pies, y Sansa se sentía como si el mundo entero fuera inestable.

—Creen que Tyrion envenenó a Joffrey. Ser Dontos me dijo que lo habían hecho prisionero.

—La viudedad os sentará muy bien, Sansa —dijo Meñique con una sonrisa.

La sola idea le provocó una sensación extraña en la boca del estómago. Tal vez no tendría que volver a compartir una cama con Tyrion. Aquello era lo que deseaba... ¡verdad?

El camarote era de techo bajo y tamaño reducido, pero en el estrecho saliente para el colchón habían puesto un lecho de plumas para hacerlo más cómodo, y encima, pieles gruesas y abrigadas.

—No es gran cosa, ya lo sé, pero espero que estéis cómoda. —Meñique señaló un baúl de cedro situado bajo el ojo de buey—. Ahí tenéis ropa limpia. Vestidos, ropa interior, medias abrigadas, una capa... solo lana y lino, lo siento, no son dignas de una doncella tan hermosa, pero os servirán hasta que os encontremos algo mejor.

« Lo tenía todo preparado para mí» .

—Mi señor, no... No comprendo... Joffrey os dio Harrenhal, os nombró Señor Supremo del Tridente... ¿Por qué...?

—¿Por qué querría verlo muerto? —Meñique se encogió de hombros—. No tengo ningún motivo concreto. Además, estoy a un millar de leguas de distancia, en el Valle. Hay que confundir siempre a los enemigos. Si nunca están seguros de quién es uno ni de qué quiere, no tienen manera de saber qué será lo próximo que haga. A veces, la mejor manera de desconcertarlos es hacer movimientos que no tienen sentido, o que incluso parece que van contra los intereses de uno. No lo

olvidéis cuando juguéis al juego, Sansa.

—¿A qué... a qué juego?

—Al único juego que importa: el juego de tronos. —Le apartó un mechón de pelo de la cara—. Ya tenéis edad suficiente para saber que vuestra madre y yo fuimos más que amigos. Hubo un tiempo en que Cat era lo único que yo quería en este mundo. Me atreví a soñar con la vida que llevaríamos, con los hijos que me daría... pero ella era hija de Aguasdulces, hija de Hoster Tully. Familia, Deber, Honor, Sansa. Familia, Deber, Honor; eso significaba que nunca tendría su mano. Pero ella me dio algo mejor, el regalo que una mujer solo puede dar una vez. ¿Cómo podría darle la espalda a su hija? En un mundo mejor habrás sido hija mía, no de Eddard Stark. Mi querida hija, mi queridísima hija... Olvidaos ya de Joffrey, pequeña. De Dontos, de Tyrion, de todos. No volverán a molestaros. Ahora estáis a salvo; es lo único que importa. Estáis a salvo conmigo, en un barco rumbo a casa.

«El rey ha muerto», le dijeron, sin saber que Joffrey no era solo su soberano, sino también su hijo.

—El Gnomo lo degolló con un puñal —declaró un vendedor callejero en la posada del camino donde se detuvieron para pasar la noche—. Y luego se bebió su sangre en un gran cáliz de oro.

Aquel hombre no reconoció al caballero manco y barbudo que llevaba un murciélagos en el escudo. Los demás, tampoco, de manera que decían cosas que se habrían cuidado muy bien de decir si hubieran sabido quién los estaba escuchando.

—Qué va, fue con veneno —insistió el posadero—. Por lo visto, al chico se le puso la cara más negra que una ciruela.

—Que el Padre lo juzgue con justicia —murmuró un septón.

—La esposa del enano lo ayudó a asesinarlo —juraba un arquero con la librea de lord Rowan—. Luego se esfumó del salón en medio de una nube de azufre, y desde entonces se ha visto un huargo fantasmal que ronda por la Fortaleza Roja con las fauces llenas de sangre.

Jaime escuchó los comentarios en silencio, dejándose empapar por el alcance de la noticia, el cuerno de cerveza olvidado en su única mano.

«Joffrey. Mi sangre. Mi primogénito. Mi hijo. —Trató de visualizar el rostro del chico, pero sus rasgos se transformaban enseguida en los de Cersei—. Estará de duelo, con los cabellos revueltos, los ojos enrojecidos de tanto llorar, la boca le temblará cada vez que intente hablar. Cuando me vea llorará otra vez, aunque tratará de contener las lágrimas. —Su hermana rara vez lloraba delante de alguien que no fuera él. No soportaba que los demás pensaran que era débil. Solo le mostraba las heridas a su mellizo—. Acudirá a mí en busca de consuelo y venganza».

Al día siguiente, por insistencia de Jaime, cabalgaron sin descanso. Su hijo había muerto, y su hermana lo necesitaba.

Cuando divisaron la ciudad, con sus atalayas como moles negras ante el cielo del ocaso, Jaime Lannister se puso al medio galope junto con Walton Patas de Acero, detrás de Nage, que llevaba el estandarte de paz.

—Qué peste, ¿a qué huele? —se quejó el norteño.

«A muerte», pensó Jaime.

—A humo, a sudor y a mierda —dijo—. En pocas palabras, a Desembarco del Rey. Si tenéis buen olfato, os llegará también el olor de la traición. ¿Nunca habíais oido una ciudad?

—Oí Puerto Blanco, pero no apestaba de esta manera.

—Puerto Blanco es a Desembarco del Rey lo que mi hermano Tyrion es a ser Gregor Clegane.

Nage los precedió en el ascenso de una pequeña colina, con el estandarte de paz de las siete colas ondeando al viento y la brillante estrella de siete puntas bien visible en la parte superior. Pronto vería a Cersei, a Tyrion y a su padre.

« ¿Será posible que mi hermano haya matado al chico?». A Jaime no le parecía conceible.

Era extraño, pero estaba tranquilo. Sabía que, cuando un hombre pierde a su hijo, enloquece de dolor. Se arranca los cabellos de raíz, maldice a los dioses y jura venganza. Entonces, ¿por qué no sentía nada virulento? « El chico vivió y murió creyendo que Robert Baratheon era su padre».

Sí, Jaime lo había visto nacer, aunque lo hizo más por Cersei que por el niño. Pero no lo llegó a tener en brazos. « ¿Qué dirá la gente? —le advirtió su hermana cuando por fin los dejaron solos—. Ya es bastante grave que Joff se parezca a ti; solo falta que te dediques a hacerle monerías». Jaime se rindió sin presentar batalla. El criollo no había sido más que una cosita rosada y berreante que exigía demasiada parte del tiempo de Cersei, del amor de Cersei y de las tetas de Cersei. Por lo que a él respectaba, se lo podía quedar Robert.

« Y ahora está muerto». Se imaginó a Joff tendido, frío e inmóvil, con el rostro ennegrecido por el veneno, y siguió sin sentir nada. Tal vez fuera cierto que era un monstruo, como decían. Si el Padre se le apareciese en aquel momento y le ofreciera recuperar su mano o a su hijo, Jaime sabía qué elegiría. Al fin y al cabo, tenía otro hijo y semilla suficiente para muchos más. « Si Cersei quiere otro bebé, se lo daré... y esta vez lo cogeré en brazos, y que los Otros se lleven a cualquiera a quien no le guste». Robert se pudría ya en su tumba, y Jaime estaba harto de mentiras.

Guiado por un impulso, dio media vuelta y cabalgó en busca de Brienne.

« Los dioses sabrán por qué me molesto. Es la criatura menos sociable que he tenido la desgracia de conocer». La moza cabalgaba muy por detrás y varios pasos a un lado de la columna, como para dejar bien claro que no formaba parte del grupo. Por el camino habían ido encontrando atuendos masculinos para ella: una túnica aquí, un manto allí, unos calzones y una capa con capucha, incluso una vieja coraza de hierro. Parecía más cómoda vestida de hombre, pero nada la haría parecer atractiva. « Ni feliz». Una vez lejos de Harrenhal, no había tardado en recuperar su tozudez.

—Quiero recuperar mis armas y mi armadura —había insistido.

—Oh, por los dioses, volvamos a vestirla de acero —replicó Jaime, harto—. El yelmo, sobre todo. Todos estaremos mucho mejor si mantenéis la boca cerrada y el visor bajado. —En aquello, Brienne pudo complacerlo, pero sus silencios hoscos no tardaron en minar el buen humor de Jaime, casi tanto como los interminables intentos de Qyburn por adularlo.

« Los dioses me asistan, nunca imaginé que acabaría extrañando la compañía de Cleos Frey». Empezaba a pensar que habría sido mejor dejarla con el oso.

—Desembarco del Rey —anunció Jaime cuando la encontró—. Nuestro viaje ha terminado, mi señora. Habéis cumplido vuestro juramento: me habéis traído a Desembarco del Rey. A falta de unos cuantos dedos y una mano.

—Eso era solo la mitad del juramento. —Los ojos de Brienne solo mostraban indiferencia—. Le prometí a lady Catelyn que le devolvería a sus hijas. Al menos a Sansa. Y ahora...

« No llegó a conocer a Robb Stark, pero llora su muerte más que yo la de Joff». O quizá lloraba por lady Catelyn. Fue en Bosquepinto donde se enteraron de aquella otra noticia, de labios de un caballero gordo y de rostro rubicundo llamado ser Bertram Beesbury, cuyo blasón mostraba tres colmenas sobre un campo de franjas negras y doradas. Según Beesbury, el día anterior, una tropa de hombres de lord Piper había pasado por Bosquepinto al galope hacia Desembarco del Rey bajo un estandarte de paz.

—Ahora que ha muerto el Joven Lobo, Piper considera que no tiene sentido seguir luchando —comentó Beesbury—. Su hijo está prisionero en Los Gemelos.

Brienne abrió y cerró la boca como una vaca a punto de ahogarse con el bolo regurgitado, de manera que le correspondió a Jaime sonsacarle toda la historia de la Boda Roja.

—Todo gran señor tiene vasallos rebeldes que lo envidian —dijo más tarde a Brienne—. Mi padre tenía a los Reyne y a los Tarbeck; los Tyrell tienen a los Florent; Hoster Tully tenía a Walder Frey... Lo único que mantiene en su sitio a esos hombres es la fuerza. En el momento en que huelen la menor debilidad... Durante la Edad de los Héroes, los Bolton tenían la costumbre de desollar a los Stark y ponerse sus pieles a modo de capas.

Estaba tan desolada que a Jaime casi le dieron ganas de intentar consolarla.

Desde aquel día era como si Brienne estuviera medio muerta. Ni siquiera llamarla *moza* provocaba en ella ninguna reacción. « La han abandonado las fuerzas». Aquella mujer había dejado caer una roca sobre Robin Ryger, había peleado contra un oso con una espada de torneo, le había arrancado la oreja de un mordisco a Vargo Hoat, había luchado contra Jaime hasta la extenuación... pero entonces estaba acabada, rota.

—Hablaré con mi padre para que os devuelva a Tarth, si lo deseáis —le dijo—. O, si preferís quedarnos, tal vez os pueda encontrar un lugar en la corte.

—¿Como dama de compañía de la reina? —dijo ella con amargura.

Jaime la recordó con aquella túnica de seda rosa y trató de no imaginar lo que diría su hermana de semejante compañera.

—Tal vez haya un puesto en la Guardia de la Ciudad.

—No serviré con perjurios y asesinos.

« Entonces, ¿para qué te molestaste en aprender el manejo de la espada?», , podría haberle dicho. Pero se tragó las palabras.

—Como queráis, Brienne.

Con una mano, hizo dar la vuelta al caballo y se alejó.

La puerta de los Dioses estaba abierta cuando llegaron junto a ella, pero había dos docenas de carromatos alineados a lo largo del camino, cargados de barriles de sidra, bidones de manzanas, balas de heno y algunas de las calabazas más grandes que Jaime había visto en su vida. Casi todos los carromatos estaban vigilados por soldados con los blasones de señores menores, por mercenarios con cotas de malla y corazas, o sencillamente por el rubicundo hijo de un campesino armado con una lanza de fabricación casera, con la punta endurecida al fuego. Jaime les sonrió cuando pasó junto a ellos al trote. En la puerta, los capas doradas le cobraban unas monedas a cada conductor antes de permitir la entrada de los carromatos.

—¿Qué pasa aquí? —exigió saber Patas de Acero.

—Tienen que pagar por el derecho de entrar en la ciudad para vender su mercancía. Por orden de la mano del rey y el consejero de la moneda.

Jaime contempló la larga hilera de carros, carromatos y caballos cargados.

—¿Y aun así hacen cola para pagar?

—Aquí se puede ganar mucho, ahora que han acabado las batallas —les comentó alegremente el molinero del carro más cercano—. Los Lannister defienden la ciudad, nada menos que el viejo lord Tywin de la Roca. Se dice que caga plata.

—Oro —lo corrigió Jaime con tono seco—. Y supongo que Meñique acuña las monedas con pétalos de margarita.

—Ahora el consejero de la moneda es el Gromo —dijo el capitán de la puerta—. Mejor dicho, lo era hasta que lo detuvieron por asesinar al rey. —Miró a los norteños con gesto de desconfianza—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Hombres de lord Bolton; venimos a ver a la mano del rey.

El capitán le echó un vistazo a Nage, con su estandarte de paz.

—Querrás decir que venís a doblar la rodilla. No sois los primeros. Id directos al castillo, y nada de altercados.

Les hizo un gesto para que entraran y volvió a concentrarse en los carromatos.

Si Desembarco del Rey estaba de luto por la muerte del niño rey, Jaime no vio muestras de ello. En la calle de las Semillas, un hermano mendicante con su túnica raída rezaba en voz alta por el alma de Joffrey, pero los transeúntes no le prestaban más atención que a un postigo suelto azotado por el viento. Por lo demás, la ciudad estaba como siempre: capas doradas con sus armaduras negras; aprendices de panadero que vendían panes, empanadas y pasteles calientes; putas asomadas por las ventanas con los corpiños a medio atar, y alcantarillas hediondas con los residuos de la noche. Se cruzaron con cinco hombres que intentaban sacar a rastras un caballo muerto de un callejón y, más adelante, con un malabarista que hacía girar cuchillos en el aire para deleite de un grupo de

niños y soldados de los Tyrell borrachos.

Al atravesar aquellas calles conocidas en compañía de doscientos norteños, un maestre sin cadena y una mujer de increíble fealdad, Jaime descubrió que nadie lo miraba dos veces. No supo si sonreír o sentirse molesto.

—No me conocen —le dijo a Patas de Acero mientras cruzaban la plaza de los Zapateros.

—Vuestro rostro es diferente, y también vuestro blasón —señaló el norteño—. Además, ahora tienen un nuevo Matarreyes.

Las puertas de la Fortaleza Roja estaban abiertas, pero una docena de capas doradas armados con picas cerraban el paso. Bajaron las puntas cuando Patas de Acero se acercó al trote, pero Jaime reconoció al caballero blanco que estaba al mando.

—Ser Meryn... —saludó.

—¿Ser Jaime? —Los ojos caídos de ser Meryn Trant se abrieron como platos.

—Menos mal que alguien me recuerda. Decidles a los hombres que se hagan a un lado.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien se hubiera precipitado a obedecer una orden suya. Jaime había olvidado lo grata que era aquella sensación.

En el patio de armas encontraron a otros dos caballeros de la Guardia Real, que no vestían capas blancas la última vez que Jaime sirviera allí.

«Muy propio de Cersei: me nombra lord comandante y luego elige a mis hombres sin consultarme».

—Por lo que veo, me han dado dos nuevos hermanos —dijo al tiempo que desmontaba.

—Tenemos ese honor, ser Jaime.

El Caballero de las Flores estaba tan deslumbrante y puro con sus sedas y su armadura blanca que, en comparación, Jaime se sintió sucio y andrajoso. Se volvió hacia Meryn Trant.

—Por lo visto no les habéis explicado bien sus deberes a nuestros nuevos hermanos.

—¿Qué deberes? —preguntó Meryn Trant a la defensiva.

—El de mantener con vida al rey, por ejemplo. ¿Cuántos monarcas habéis perdido desde que me fui de la ciudad? Dos, ¿no?

Fue entonces cuando ser Balon le vio el muñón.

—Vuestra mano...

—Ahora luchó con la izquierda. —Jaime se forzó a sonreír—. Así resulta más emocionante. ¿Dónde puedo encontrar a mi señor padre?

—En sus habitaciones, con lord Tyrell y el príncipe Oberyn.

«¿Ahora, Mace Tyrell y la Víbora Roja comparten el pan? Esto es cada vez más extraño».

—¿La reina también está con ellos?

—No, mi señor —respondió ser Balon—. La podéis encontrar en el septo, rezando por el rey Joff...

—¡Vos!

Jaime se volvió. El último de los norteños había descabalgado, y por fin, Loras Tyrell había divisado a Brienne. Ella lo miró con gesto estúpido, agarrada a las riendas.

—Ser Loras...

—¿Por qué? —exigió Loras Tyrell, avanzando a zancadas hacia ella—. ¿Por qué? Decidme, ¿por qué? Él os trató bien, os dio la capa arcoíris. ¿Por qué lo matasteis?

—No lo maté. Habría muerto por él.

—Por él moriréis. —Ser Loras desenvainó la espada larga.

—No fui yo.

—Con su último aliento, Emmon Cuy juró que sí.

—Estaba fuera de la tienda; no pudo ver nada...

—Porque dentro de la tienda solo estabais lady Stark y vos. ¿Queréis decir que esa vieja fue capaz de atravesar el acero de un tajo?

—¡Había una sombra! Sé que parece cosa de locos, pero... Yo estaba ayudando a Renly a ponerse la armadura, y de repente se apagaron las velas, y había sangre por todas partes... Lady Catelyn dijo que fue Stannis... No, su sombra. Yo no tuve nada que ver, lo juro por mi honor.

—Vos no tenéis honor. Desenvainad la espada. No quiero que se diga que os maté mientras estabais indefensa.

—Guardad la espada, ser Loras —ordenó Jaime interponiéndose entre ellos.

Ser Loras dio un paso a un lado para esquivarlo.

—¿Sois cobarde además de asesina, Brienne? ¿Por eso escapasteis, con su sangre en las manos? ¡Desenvainad la espada, mujer!

—Más os vale que no lo haga. —Jaime volvió a cerrarle el paso—. De lo contrario, será vuestro cadáver el que tengamos que retirar. La moza es tan fuerte como Gregor Clegane, aunque no sea tan bonita.

—Esto no os concierne. —Ser Loras lo apartó a un lado.

—Soy el lord comandante de la Guardia Real, mocoso arrogante. —Jaime agarró al muchacho con la mano buena y lo zarandeó—. Soy tu comandante, al menos mientras vistas esa capa blanca. Ahora, envaina esa puta espada, o te la quitaré y te la meteré hasta un lugar que ni siquiera Renly encontró jamás.

El muchacho titubeó un segundo, lo necesario para que ser Balon Swann interviniéra.

—Haced lo que os dice el lord comandante, Loras.

Varios capas doradas desenvainaron el acero, y en respuesta, unos cuantos hombres de Fuerte Terror hicieron lo mismo.

« Espléndido —pensó Jaime—. Apenas desmonte del caballo, ya organizo un baño de sangre en el patio».

Ser Loras Tyrell volvió a envainar la espada con un movimiento rabioso.

—Vaya, no ha sido tan difícil, ¿eh?

—Quiero que sea detenida —señaló ser Loras—. Lady Brienne, os acuso del asesinato de lord Renly Baratheon.

—Por si os sirve de algo —dijo Jaime—, la moza tiene honor. Más honor del que he visto en vos. Y es posible que diga la verdad. Por mi vida que no es lo que se dice lista, pero hasta a mi caballo se le ocurriría una mentira mejor, si fuera una mentira lo que quisiera decir. Pero, dado que insistís... Ser Balon, escoltad a lady Brienne a una celda de la torre y retenedla allí con vigilancia. Buscad también alojamientos adecuados para Patas de Acero y sus hombres, hasta que mi padre considere oportuno recibirllos.

—Sí, mi señor.

Los grandes ojos azules de Brienne lo miraban ofendidos, mientras una docena de capas doradas al mando de Balon Swann se la llevaban.

« Me deberías estar lanzando besos, moza —habría querido decirle. ¿Por qué todo el mundo tenía que malinterpretar todo lo que hacía?—. Aerys. Siempre igual. Todo se remonta a Aerys» .

Jaime le dio la espalda y cruzó el patio a zancadas.

Otro caballero de armadura blanca guardaba las puertas del septo real. Era un hombre alto, de barba negra, hombros anchos y nariz aguileña. Al ver a Jaime esbozó una sonrisa agria.

—¿Adónde crees que vas?

—Al septo. —Jaime señaló con el muñón—. A ese septo. Quiero ver a la reina.

—Su alteza está de luto. ¿Por qué querría recibir a alguien como tú?

« Porque soy su amante y porque soy el padre de su hijo asesinado» , habría querido decir.

—Por los siete infiernos, ¿quién sois vos?

—Un caballero de la Guardia Real, y más te valdría aprender un poco de respeto, tullido, o te cortaré la otra mano y mañana te tendrás que tomar las gachas a sorbos.

—Soy el hermano de la reina.

—Qué, ¿habéis escapado? —Al caballero blanco le parecía de lo más divertido—. ¿Y de paso habéis crecido, mi señor?

—Su otro hermano, imbécil. Y el lord comandante de la Guardia Real. Venga, échate a un lado o lo lamentarás.

—Si sois... —El imbécil lo miró con más atención—. Ser Jaime. —Se irguió—. Os ruego que me perdonéis, mi señor. No os había reconocido. Tengo el honor de llamarme ser Osmund Kettleblack.

« ¿Y qué tiene eso de honorable?» .

—Quiero estar un rato a solas con mi hermana. Encargaos de que nadie entre en el septo. Si nos molestan, os cortaré la cabeza.

—Sí, señor. Como digáis, señor.

Ser Osmund le abrió la puerta.

Cersei estaba de rodillas delante del altar de la Madre. El féretro de Joffrey estaba a los pies del Desconocido, encargado de guiar al otro mundo a los que acaban de morir. El olor del incienso era tan denso que el aire se podía cortar; había un centenar de velas ardiendo, que elevaban otras tantas plegarias.

« Joff va a necesitar de todas y cada una de ellas» .

—¿Quién es? —Su hermana giró la cabeza. Después, cuando lo vio, preguntó —: ¿Jaime? —Se levantó, los ojos rebosantes de lágrimas—. ¿Eres tú de verdad? —Pero no fue hacia él.

« Nunca viene a mí —pensó Jaime—. Siempre espera, siempre deja que vaya a ella. Ella otorga, pero yo se lo tengo que pedir» .

—Tendrías que haber venido antes —murmuró cuando la tomó entre sus brazos—. ¿Por qué no pudiste venir antes, para salvarlo? Mi hijo...

« Nuestro hijo» .

—Vine tan pronto como pude. —Se liberó del abrazo y retrocedió un paso—. Ahí fuera hay una guerra, hermana.

—Qué delgado estás. Y tu pelo, tu pelo dorado...

—El pelo me volverá a crecer. —Jaime alzó el muñón. « Tiene que verlo cuanto antes» —. Esto no.

—Los Stark... —dijo Cersei abriendo los ojos como platos.

—No. Fue cosa de Vargo Hoat.

—¿De quién? —Aquel nombre no le decía nada.

—La Cabra de Harrenhal. Por poco tiempo.

Cersei desvió la mirada hacia el ataúd de Joffrey. Habían vestido al rey difunto con una armadura dorada que recordaba a la de Jaime de una manera escalofriante. El visor del yelmo estaba cerrado, pero las velas arrancaban suaves destellos del oro, de manera que el chico parecía luminoso y valiente en la muerte. La luz de las velas jugaba también con los rubies que decoraban el corpiño del vestido de luto de Cersei; hacía que parecieran llamas diminutas. El cabello le caía sobre los hombros, sin peinar, desarreglado.

—Él lo mató, Jaime. Me lo había advertido. Me dijo que un día, cuando me sintiera segura y feliz, haría que mi alegría se me convirtiera en cenizas en la boca.

—¿Tyrion te dijo eso? —Jaime no lo quería creer. A los ojos de los dioses y de los hombres, matar a alguien de la misma sangre era peor que matar a un rey. « Él sabía que era hijo mío. Yo quería a Tyrion. Siempre fui bueno con él. Bueno, excepto en una ocasión... pero él no sabía la verdad acerca de aquello. ¿O

si?» —. ¿Por qué iba a matar a Joff?

—Por una puta. —Le agarró la mano buena y la sostuvo entre las suyas—. Me dijo que lo iba a matar. Joff lo supo. Mientras agonizaba, señaló a su asesino. Nuestro hermanito es un monstruo retorcido. —Besó los dedos de Jaime—. Lo matarás, ¿verdad?, lo matarás por mí. Vengarás a nuestro hijo.

Jaime apartó la mano.

—Sigue siendo mi hermano. —Le agitó el muñón ante la cara, por si no lo había visto bien—. Y no estoy precisamente en condiciones de matar a nadie.

—Tienes otra mano, ¿no? Y tampoco te estoy pidiendo que derrotes al Perro en combate. Tyrion es un enano encerrado en una celda. Si se lo ordenas, los guardias te dejarán pasar.

—Tengo que saber más. —La sola idea le revolvía el estómago—. Tengo que saber cómo fue.

—Lo sabrás —le prometió Cersei—. Habrá un juicio. Cuando sepas todo lo que hizo, desearás su muerte tanto como yo. —Le acarició el rostro—. Sin ti estaba perdida, Jaime. Tenía miedo de que los Stark me enviaran tu cabeza. No lo habría soportado. —Lo besó. Fue un beso ligero, apenas un roce de los labios, pero cuando la rodeó con los brazos la sintió temblar—. Sin ti no estoy enterá, Jaime.

En el beso que él le devolvió no había ternura, solo hambre. Cersei abrió la boca para dejar paso a su lengua.

—No —protestó débilmente cuando los labios bajaron hacia el cuello—. Aquí no. Los septones...

—Los Otros se lleven a los septones.

La besó de nuevo, la besó en silencio, la besó hasta que empezó a gemir... Entonces barrió las velas con el brazo, la subió al altar de la Madre y le levantó las faldas y las mudas de seda. Ella lo golpeaba en el pecho con puños débiles; murmuraba algo sobre el riesgo, el peligro, sobre su padre, sobre los septones, sobre la ira de los dioses... Jaime no la oía. Se desanudó los calzones, se subió al altar y le abrió las blancas piernas. Le pasó la mano entre los muslos y le arrancó la ropa interior. Vio entonces que tenía la sangre lunar, pero no le importó.

—Deprisa —le susurraba ella—, deprisa, deprisa, sigue, no pares, deprisa. Jaime, Jaime, Jaime. —Lo guio con las manos—. Sí —gimió Cersei ante su embestida—, mi hermano, mi querido hermano, sí, así, así, te tengo, ya estás en casa, ya estás en casa, ya estás en casa...

Le besó la oreja y le acarició el pelo corto, hirsuto. Jaime se perdió en su carne. Sentía como el corazón de Cersei latía al mismo ritmo que el suyo, y notaba la humedad de la sangre y la semilla allí donde se unían.

Pero en cuanto hubieron terminado, la reina se lo quitó de encima.

—Déjame levantarme. Si nos encuentran así...

De mala gana, rodó hacia un lado y la ayudó a bajarse del altar. El mármol

blanquecino estaba manchado de sangre. Jaime lo limpió con la manga y recogió las velas que había derribado. Por suerte, todas se habían apagado al caer.

« Si el septo se hubiera incendiado, no me habría dado ni cuenta» .

—Esto ha sido una locura. —Cersei se estiró el vestido—. Nuestro padre está en el castillo... Hemos de tener cuidado.

—Estoy harto de tener cuidado. Los Targaryen se casaban entre hermanos; ¿por qué nosotros no podemos hacer lo mismo? Cásate conmigo, Cersei. Ponte en pie ante todo el reino y di que es a mí a quien quieres. Celebraremos un banquete de bodas y tendremos otro hijo para sustituir a Joffrey.

—No tiene gracia. —Cersei dio un paso atrás.

—¿Acaso me estoy riendo?

—¿Es que te has dejado el cerebro en Aguas dulces? —La tensión se palpaba en su voz—. El derecho de Tommen al trono deriva de Robert, lo sabes muy bien.

—Heredará Roca Casterly, ¿no le basta con eso? Que sea nuestro padre quien se siente en el trono. Lo único que yo quiero es tenerte a ti.

Hizo ademán de acariciarle la mejilla. Por la fuerza de la costumbre, el brazo que alzó fue el derecho. Cersei se apartó del muñón.

—No... No digas esas cosas. Me estás asustando, Jaime. No seas idiota. Una palabra nos lo podría costar todo. ¿Qué te han hecho?

—Me han cortado la mano.

—No, es algo más; has cambiado. —Retrocedió un paso—. Seguiremos hablando luego. Mañana. He mandado encerrar a las doncellas de Sansa Stark en una celda de la torre. Tengo que ir a interrogarlas... y tú debes ver a nuestro padre.

—He viajado mil leguas para estar contigo, y por el camino he perdido lo mejor de mí mismo. No me digas que me vaya.

—Vete —repitió ella al tiempo que se volvía.

Jaime se anudó los calzones e hizo lo que le ordenaba Cersei. Estaba agotado, pero no podía irse a la cama. A aquellas alturas, su señor padre sabría ya que había vuelto a la ciudad.

La Torre de la Mano estaba vigilada por guardias de la casa Lannister, que lo reconocieron al instante.

—Los dioses son bondadosos por haberos devuelto a nosotros, ser Jaime —dijo uno al tiempo que le franqueaba el paso.

—Los dioses no han tenido nada que ver. La que me ha devuelto ha sido Catelyn Stark Ella y el señor de Fuerte Terror.

Subió por las escaleras y entró en la estancia sin hacerse anunciar. Su padre estaba sentado junto a la chimenea, a solas, circunstancia que Jaime agradeció. No sentía el menor deseo de exhibir la mano mutilada ante Mace Tyrell o la Vibora Roja, y menos aún ante los dos juntos.

—Jaime —dijo lord Tywin como si se hubieran visto por última vez durante el

desayuno—, lord Bolton me indujo a pensar que llegarías antes. Tenía la esperanza de que estuvieras aquí para la boda.

—Me retrasaron. —Jaime cerró la puerta con suavidad—. Tengo entendido que mi hermana se superó a sí misma. Setenta y siete platos y un regicidio; nunca se había visto una celebración así. ¿Desde cuándo sabes que estoy libre?

—El eunuco me lo dijo a los pocos días de tu fuga. Envié hombres a buscarte por las tierras de los ríos. Gregor Clegane, Samwell Spicer, los hermanos Plumm... Varys también hizo correr la voz, pero con discreción. Estuvimos de acuerdo en que cuantas menos personas supieran que estabas libre, menos intentarían darte caza.

—¿Varys te mencionó también esto? —Jaime se acercó a la chimenea para que su padre lo viera mejor.

Lord Tywin se levantó bruscamente de la silla; el aliento se le escapó entre los dientes con un siseo.

—¿Quién te ha hecho eso? Si lady Catelyn cree que...

—Lady Catelyn me puso una espada en la garganta y me obligó a jurar que le devolvería a sus hijas. Esto fue obra de tu Cabra. ¡De Vargo Hoat, el señor de Harrenhal!

—Ya no. —Lord Tywin apartó la vista, asqueado—. Ser Gregor ha tomado el castillo. Casi todos los mercenarios desertaron y abandonaron a su capitán, y algunos de los antiguos criados de lady Whent les abrieron una poterna. Clegane encontró a Hoat a solas, en la Sala de las Cien Chimeneas, medio enloquecido de dolor y fiebre por una herida que se le había infectado. Me dijeron que tenía una herida en la oreja.

Jaime no pudo contener una carcajada. «¡La oreja! ¡Es increíble!». Se moría de ganas de contárselo a Brienne, aunque seguro que a la moza no le haría ni la mitad de gracia que a él.

—¿Ha muerto ya?

—No tardará. Le han cortado las manos y los pies, pero por lo visto, a Clegane le resulta divertido el ceceo del qohoriense.

—¿Y qué hay de sus compañeros audaces? —A Jaime se le había borrado la sonrisa.

—Los pocos que se quedaron en Harrenhal están muertos. El resto se dispersó. Seguramente se dirigirán hacia los puertos o tratarán de ocultarse en los bosques. —Volvió a clavar los ojos en el muñón de Jaime, y la rabia le tensó la boca—. Les cortaremos la cabeza. A todos, sin excepción. ¿Puedes manejar la espada con la mano izquierda?

«Apenas puedo vestirme solo por las mañanas». Jaime alzó la mano en cuestión para que su padre se la inspeccionase.

—Cinco dedos, como la otra. No veo por qué no va a funcionar igual.

—Bien. —Su padre se sentó—. Me alegra. Tengo un regalo para ti. Por tu

regreso. Desde que Varys me lo dijo.

—A menos que se trate de una mano nueva, puede esperar. —Jaime se sentó en una silla frente a él—. ¿Cómo murió Joffrey?

—Veneno. Se intentó que pareciera que se había atragantado con la comida, pero hice que los maestres le abrieran la garganta, y no encontraron ninguna obstrucción.

—Cersei dice que fue Tyrion.

—Tu hermano le sirvió al rey el vino envenenado, ante los ojos de un millar de personas.

—Qué estúpido por su parte, ¿no?

—He mandado detener al escudero de Tyrion. Y a las doncellas de su esposa. Veremos qué nos cuentan. Los capas doradas de ser Addam están buscando a la Stark, y Varys ha ofrecido una recompensa. Se hará la justicia del rey.

« La justicia del rey » .

—¿De verdad ejecutarías a tu hijo?

—Ha sido acusado de regicidio, con el agravante de que estaba emparentado con la víctima. Si es inocente, no tiene nada que temer. Lo primero que tenemos que hacer es valorar las pruebas que hay contra él.

« Pruebas » . Jaime se imaginaba el tipo de pruebas que se podían presentar en aquella ciudad de mentirosos.

—Renly también murió en circunstancias extrañas, justo cuando le convenía a Stannis.

—A lord Renly lo asesinó uno de sus guardias, una mujer de Tarth.

—Esa mujer de Tarth es la que me ha traído aquí. La he encerrado en una celda para apaciguar a ser Loras, pero antes creeré en el fantasma de Renly que en quien diga que ella le hizo el menor daño. En cambio, Stannis...

—Lo que mató a Joffrey fue el veneno, no la brujería. —Lord Tywin volvió a mirar el muñón de Jaime—. No puedes servir en la Guardia Real sin mano para manejar la espada...

—Sí que puedo —interrumpió—. Y serviré. Hay precedentes. Si quieres, consultaré el Libro Blanco y te los buscaré. Entero o mutilado, un caballero de la Guardia Real sirve de por vida.

—Eso lo cambió Cersei cuando sustituyó a ser Barristan por motivos de edad. Un regalo adecuado a la Fe persuadirá al septón supremo para que te libere de los votos. Reconozco que tu hermana cometió una estupidez al prescindir de Selmy, pero ahora que ha abierto las puertas...

—Alguien las tiene que volver a cerrar. —Jaime se levantó—. Estoy harto de mujeres de alta cuna que me cubren de mierda, padre. A mí nadie me preguntó si quería ser lord comandante de la Guardia Real, pero por lo visto lo soy. Tengo un deber...

—Así es. —Lord Tywin se levantó también—. Un deber para con la casa

Lannister. Eres el heredero de Roca Casterly. Ahí es donde tienes que estar. Tommen te acompañará, como pupilo y escudero. En la Roca es donde aprenderá a ser un Lannister; quiero mantenerlo alejado de su madre. He decidido buscarle un nuevo esposo a Cersei. Puede que Oberyn Martell, en cuanto consiga convencer a lord Tyrell de que ese matrimonio no supondría una amenaza para Altojardín. Y ya va siendo hora de que tú también te cases. Los Tyrell se empeñan ahora en casar a Margaery con Tommen, pero si te ofreciera a ti en su lugar...

—¡No! —Jaime había soportado todo lo soportable. No, más de lo soportable. Estaba harto, harto de los señores, de las mentiras, harto de su padre, de su hermana, harto de toda aquella mierda—. No. No. No. No. No. ¿Cuántas veces tengo que decir que no para que lo entiendas? ¿Oberyn Martell? Es infame, y no solo porque pone veneno en su espada. Tiene más bastardos que Robert y se acuesta con muchachitos. Y si en algún momento se te ha pasado por la cabeza que me iba a casar con la viuda de Joffrey...

—Lord Tyrell me asegura que sigue siendo doncella.

—Por lo que a mí respecta, puede morir doncella. ¡No la quiero, y tampoco quiero tu Roca!

—Eres mi hijo...

—Soy un caballero de la Guardia Real. ¡Soy el lord comandante de la Guardia Real! ¡Y no pienso ser otra cosa!

Las llamas de la chimenea arrancaban destellos de las espesas patillas que enmarcaban el rostro de lord Tywin. Una vena le latía en el cuello. Pero no habló. Y no habló. Y no habló.

El silencio se fue haciendo más y más tenso, hasta que por último, Jaime no lo pudo soportar.

—Padre... —empezó.

—No sois mi hijo. —Lord Tywin se volvió—. Decís que sois el lord comandante de la Guardia Real y nada más. Muy bien. Id a cumplir con vuestro deber.

Sus voces se alzaban como pavesas que se arremolinaran en el cielo púrpura del anochecer.

—Aléjanos de la oscuridad, oh, Señor. Inflama nuestros corazones para que podamos recorrer tu camino de luz.

La hoguera nocturna ardía en la creciente oscuridad; era como una gran bestia brillante, cuya cambiante luz anaranjada proyectaba sombras de siete varas por todo el patio. En las murallas de Rocadragón, el ejército de gárgolas y figuras grotescas parecía moverse inquieto.

Davos observaba el espectáculo desde una ventana en forma de arco situada en la galería superior. Vio a Melisandre alzar los brazos como si quisiera abrazar las llamas tremolantes.

—R'hllor —entonó con voz alta y clara—, tú eres la luz de nuestros ojos, el fuego de nuestros corazones, el calor de nuestras entrañas. Tuyo es el sol que calienta nuestros días; tuyas, las estrellas que nos guardan en la noche oscura...

—Señor de Luz, defiéndenos. La noche es oscura y alberga horrores.

La reina Selyse era la que le daba las respuestas, con el rostro anguloso transido de fervor. El rey Stannis se encontraba junto a ella; tenía las mandíbulas apretadas y las puntas de la corona de oro rojo brillaban cada vez que movía la cabeza. «Está con ellos, pero no es uno de ellos», pensó Davos. Entre ambos se encontraba la princesa Shireen; la luz del fuego hacía que las zonas grises de la cara y el cuello parecieran casi negras.

—Señor de Luz, protégenos —entonó la reina.

El rey no daba las respuestas, como los demás. Estaba contemplando las llamas. Davos se preguntó qué vería en ellas. «¿Otra visión de la guerra que se avecina? ¿O tal vez algo más cercano a casa?».

—R'hllor, que nos concedes el aliento, te damos las gracias —cantó Melisandre—. R'hllor, que nos concedes los días, te damos las gracias.

—Te damos las gracias por el sol que nos calienta —respondieron la reina Selyse y los demás fieles—. Te damos las gracias por las estrellas que velan por nosotros. Te damos las gracias por el fuego de los hogares y las antorchas que mantienen a raya la oscuridad.

Las voces que recitaban eran menos que la noche anterior, o aquello le pareció a Davos; menos rostros iluminados por la luz anaranjada del fuego. Pero ¿qué pasaría al día siguiente? ¿Habría menos aún... o más?

La voz de ser Axell Florent resonó como un trompetazo. El resplandor del fuego lamía como una monstruosa lengua anaranjada el rostro del hombre de pecho abombado y piernas torcidas. Davos pensó que tal vez ser Axell le diera las gracias más adelante. Lo que iban a hacer aquella noche bien podía convertirlo en mano del rey, como había soñado.

—Te damos las gracias por Stannis, nuestro rey según tu voluntad —exclamó Melisandre—. Te damos las gracias por el puro fuego blanco de su bondad, por la espada roja de justicia que esgrime, por el amor que inspira en su leal pueblo. Guialo y defiéndelo, R'hllor, y dale fuerzas para aniquilar a sus enemigos.

—Dale fuerzas —respondieron la reina Selyse, ser Axell, Devan y los demás —. Dale valor. Dale sabiduría.

Cuando era niño, los septones le habían enseñado a Davos que al rezar le debía pedir sabiduría a la Vieja, valor al Guerrero y fuerza al Herrerero. Pero en aquel momento a quien rezaba era a la Madre, para que mantuviera a su querido hijo Devan a salvo del demoniaco dios de la mujer roja.

—Lord Davos? Será mejor que empecemos. —Ser Andrew le tocó el codo —. ¿Mi señor?

El título le seguía sonando raro, pero Davos se apartó de la ventana.

—Sí. Ha llegado el momento.

Stannis, Melisandre y los hombres de la reina seguirían rezando una hora o más. La sacerdotisa roja encendía hogueras a diario al llegar el ocaso, para dar las gracias a R'hllor por el día que terminaba y suplicarle que a la mañana siguiente volviera a enviar el Sol para que dispersara la oscuridad. «Un contrabandista tiene que conocer las mareas y saber aprovecharlas». En definitiva, no era más que Davos el contrabandista. Se llevó la mano mutilada al cuello en busca de su suerte y no encontró nada. La bajó de golpe y aceleró el paso un poco más.

Sus compañeros lo siguieron a zancadas para mantenerse a su altura. El Bastardo de Canto Nocturno tenía el rostro picado de viruelas y un aire de caballerosidad destrozada; ser Gerald Gower era grueso, rudo y rubio; ser Andrew Estermont era una cabeza más alto que los demás, con la barba en forma de punta de lanza y las cejas castañas muy pobladas.

«Todos son hombres buenos, cada uno a su manera —pensó Davos—. Y pronto serán hombres muertos si algo sale mal esta noche».

—El fuego es un ser vivo —le había dicho la mujer roja cuando le pidió que lo enseñara a ver el futuro en las llamas—. Está siempre en movimiento, siempre cambiando... como un libro cuyas letras danzaran y se movieran mientras intentáis leerlas. Hacen falta años de adiestramiento para ver las formas que moran más allá de las llamas, y más años todavía para aprender a distinguir entre las formas de lo que será y las de lo que puede ser o de lo que fue. Y aun entonces es difícil, muy difícil. Los hombres de las tierras del ocaso no lo entendéis.

Davos le preguntó cómo había hecho ser Axell para aprender el truco tan deprisa, pero ella se limitó a sonreír con gesto enigmático.

—Cualquier gato puede mirar el fuego y ver ratones rojos.

No había querido mentir a los hombres del rey.

—Puede que la mujer roja vea nuestras intenciones —les advirtió.
—Entonces deberíamos empezar por matarla —propuso Lewys el Pescadero
—. Conozco un lugar perfecto para tenderle una emboscada. Cuatro de nosotros
con espadas bien afiladas...

—Nos condenarías a todos —dijo Davos—. El maestre Cressen trató de
matarla, y ella lo supo al instante. Supongo que lo vería en las llamas. Creo que
percibe enseguida cualquier amenaza contra su persona, pero no puede verlo
todo. Si no le hacemos caso, quizás no se fije en nosotros.

—Esconderse y actuar a hurtadillas no es honorable —objetó ser Triston de
Colina Cuenta, que había sido vasallo de los Sunglass antes de que lord Guncer
acabara en el fuego de Melisandre.

—¿Y es honorable arder en la hoguera? —le preguntó Davos—. Ya visteis
morir a lord Guncer. ¿Es eso lo que queréis? Ahora mismo no me hacen falta
hombres de honor. Me hacen falta contrabandistas. ¿Estáis conmigo o no?

Estaban con él. Loados fueran los dioses, estaban con él.

El maestre Pylos le enseñaba cálculo a Edric Tormenta cuando Davos abrió
la puerta, seguido de cerca por ser Andrew; los otros se habían quedado atrás
para vigilar las escaleras y la puerta del sótano. El maestre interrumpió la
lección.

—Por hoy ya es suficiente, Edric.

El chico se quedó desconcertado ante la intromisión.

—Lord Davos, ser Andrew... Estamos haciendo sumas.

—Cuando yo tenía tu edad detestaba las sumas, primo —dijo ser Andrew con
una sonrisa.

—A mí tampoco me gustan mucho. Prefiero la historia; se cuentan muchas
cosas.

—Edric —dijo el maestre Pylos—, busca tu capa. Irás con lord Davos.

—¿Por qué? —Edric se puso en pie—. ¿Adónde vamos? —Apretó los labios
con gesto testarudo—. No pienso rezar al Señor la Luz. Soy devoto del Guerrero,
igual que mi padre.

—Ya lo sabemos —dijo Davos—. Vamos, muchacho, no tenemos tiempo que
perder.

Edric se puso una gruesa capa de lana sin teñir. El maestre Pylos lo ayudó a
abrochársela y le subió la capucha de manera que el rostro le quedara oculto
entre las sombras.

—¿No venís con nosotros, maestre? —preguntó el chico.

—No. —Pylos se tocó la cadena de diversos metales que llevaba al cuello—.
Mi lugar está aquí, en Rocadragón. Ve con lord Davos y haz todo lo que te diga.
Recuerda que es la mano del rey. ¿Qué te he dicho de la mano del rey?

—La mano habla con la voz del rey.

—Eso es —dijo el joven maestre con una sonrisa—. Venga, vete.

Davos había albergado sus dudas acerca de Pylos. Tal vez le guardara cierto rencor por ocupar el lugar de Cressen, pero en aquel momento admiraba su valor. « Esto le podría costar la vida a él también» .

En el exterior de las habitaciones del maestre, ser Gerald Gower aguardaba en las escaleras. Edric Tormenta lo miró con curiosidad.

—¿Adónde vamos, lord Davos? —preguntó mientras descendían.

—Al mar. Te está esperando un barco.

—¿Un barco? —El chico se detuvo de golpe.

—Sí, uno de los de Salladhor Saan. Salla es buen amigo mío.

—Iré contigo, primo —lo tranquilizó ser Andrew—. No temas.

—No tengo miedo —se indignó Edric—. Pero... ¿no viene también Shireen?

—No —respondió Davos—. La princesa tiene que quedarse aquí, con sus padres.

—Entonces tengo que ir a verla —explicó Edric—. Para despedirme. Si no, se va a poner muy triste.

« No tan triste como si te viera arder en la hoguera» .

—No hay tiempo ahora —intervino Davos—. Le diré a la princesa que te acordaste de ella. Y puedes escribirle una carta cuando llegues a tu destino.

—¿Seguro que me tengo que marchar? —El chico frunció el ceño—. ¿Es que mi tío no me quiere en Rocadragón? ¿Lo he molestado en algo? No ha sido mi intención. —Volvía a tener su expresión más obstinada en el rostro—. Quiero ver a mi tío. Quiero ver al rey Stannis.

Ser Andrew y ser Gerald se miraron.

—No hay tiempo para eso, primo —dijo ser Andrew.

—¡Quiero verlo! —insistió Edric casi a gritos.

—Él no te quiere ver. —Davos tenía que decir algo para que siguiera caminando—. Yo soy su mano; hablo con su voz. ¿Quieres que vaya y le diga que no quieras obedecer? ¿Sabes hasta qué punto se enfadará? ¿No has visto nunca a tu tío enfadado? —Se quitó el guante y le mostró al chico los cuatro dedos que Stannis le había cortado—. Yo sí.

No era más que un puñado de mentiras. Stannis Baratheon no estaba en absoluto furioso cuando le cortó las puntas de los dedos a su Caballero de la Cebolla; solo fue una demostración de su férreo sentido de la justicia. Pero por aquel entonces, Edric Tormenta no había nacido, y no tenía manera de saberlo. La amenaza surtió el efecto deseado.

—No os tendría que haber hecho eso —dijo, pero permitió que Davos le cogiera la mano y lo llevara escaleras abajo.

El Bastardo de Canto Nocturno se reunió con ellos ante la puerta de la planta baja. Caminaron con paso vivo para atravesar el patio envuelto en sombras antes de bajar unos cuantos peldaños, bajo la cola pétreas de un dragón. Lewys el Pescadero y Omer Blackberry aguardaban junto a la poterna, al lado de dos

guardias atados que yacían a sus pies.

—¿El bote? —les preguntó Davos.

—Está ahí —señaló Lewys—. Con cuatro remeros. La galera está anclada nada más pasar la punta. Es la *Loco Prendos*.

« Un barco con el nombre de un loco. Qué apropiado». Davos dejó escapar una risita. Siempre le había gustado el humor negro de Salla. Se agachó al lado de Edric Tormenta.

—Ahora me tengo que marchar —dijo—. Te está esperando un bote de remos que te llevará a la galera; luego cruzarás el mar. Eres hijo de Robert, así que sé que, pase lo que pase, te portarás como un valiente.

—Sí, pero... —titubeó el muchacho.

—Piensa que es como una aventura. —Davos trataba de parecer animado y alegre—. Es el principio de la mayor aventura de tu vida. Que el Guerrero te proteja.

—Que el Padre os juzgue con justicia, lord Davos.

El chico salió con su primo ser Andrew por la poterna. Lo siguieron todos los demás, excepto el Bastardo de Canto Nocturno. « Que el Padre me juzgue con justicia», pensó Davos tristecido. El único juicio que lo preocupaba en aquel momento era el del rey.

—¿Qué hacemos con estos dos? —les preguntó ser Rolland a los guardias cuando hubieron cerrado y atrancado la puerta.

—Arrastradlos a una bodega —dijo Davos—. Los podréis liberar en cuanto Edric esté lejos, a salvo.

El Bastardo asintió con un gesto seco. No había nada más que decir; lo fácil ya lo habían hecho. Davos se puso el guante y deseó una vez más no haber perdido su suerte. En los tiempos en que llevaba la bolsita de huesos colgada del cuello había sido un hombre mejor, más valiente... Se pasó los dedos mutilados por el pelo castaño, cada vez más escaso, y se preguntó si no le haría falta cortárselo. Quería estar presentable cuando fuera a ver al rey.

Rocadragón no le había parecido nunca tan oscuro y temible. Caminó despacio, y sus pisadas resonaron contra los muros negros y los dragones.

« Dragones de piedra que ojalá no despierten jamás. —El Tambor de Piedra se alzaba imponente ante él. Los guardias de la puerta descruzaron las lanzas al verlo acercarse—. No le abren paso al Caballero de la Cebolla, sino a la mano del rey. —Davos era la mano al entrar y no podía dejar de preguntarse qué sería al salir—. Si es que salgo...» .

La escalera le pareció más larga y empinada que nunca, o tal vez fuera simplemente que estaba cansado.

« La Madre no me hizo para estas tareas. —Había ascendido demasiado, y demasiado deprisa, y allí arriba, en la cima de la montaña, le faltaba el aire y le costaba respirar. De muchacho había soñado con riquezas sin fin, pero de aquello

hacía mucho tiempo. Ya de adulto, lo único que había querido eran unas cuantas fanegas de tierra fértil, un hogar en el que envejecer y una vida mejor para sus hijos. El Bastardo Ciego solía decirle que un contrabandista inteligente no abarcaba demasiado ni atraía mucha atención—. Unas cuantas fanegas, un techo de madera, un título de caballero... Debería haberme dado por satisfecho. —Si sobrevivía a aquella noche, se llevaría a Devan de vuelta al cabo de la Ira, con su dulce Marya—. Lloraremos juntos a nuestros hijos muertos, educaremos a los que nos quedan para que sean hombres buenos y no volveremos a hablar de reyes».

La Cámara de la Mesa Pintada estaba oscura y desierta cuando entró Davos; el rey debía de estar todavía junto a la hoguera nocturna, con Melisandre y los hombres de la reina. Se arrodilló y encendió la chimenea para templar la estancia y devolver las sombras a sus rincones. Luego recorrió la sala hasta cada una de las ventanas para correr los pesados cortinajes de terciopelo y abrir los postigos de madera. El viento entró cargado de olor a sal y a mar, y le agitó la sencilla capa marrón.

Al llegar a la ventana que daba al norte se apoyó en el alfíizar para aspirar el aire fresco de la noche. Trató de divisar las velas izadas de la *Loco Prendos*, pero hasta donde alcanzaba la vista, el mar estaba oscuro y desierto.

«¿Ya se ha alejado tanto?». Rezaba por que así fuera, y con ella, el muchacho. La luna creciente entraba y salía de detrás de los jirones de nubes, y Davos contempló las estrellas que le resultaban tan conocidas. Allí estaba la Galera, rumbo al oeste, y el Farol de la Vieja, cuatro estrellas brillantes que acotaban una bruma dorada. Las nubes ocultaban la mayor parte de la constelación llamada Dragón de Hielo; solo se veía el radiante ojo azulado que señalaba el camino hacia el norte. «El cielo está lleno de estrellas de contrabandistas». Aquellas estrellas eran viejas amigas; Davos esperaba que le dieran suerte.

Pero al bajar la vista del cielo hacia las murallas del castillo perdía toda seguridad. Las alas de los dragones de piedra proyectaban grandes sombras negras a la luz de la hoguera nocturna. Trató de decirse que no eran más que esculturas frías y sin vida. «Este era su lugar. Un lugar para dragones y Señores Dragón, el asentamiento de la casa Targaryen». Por las venas de los Targaryen corría la sangre de la antigua Valyria...

El viento soplabía en la estancia, y las llamas se agitaban en la chimenea. Se quedó escuchando los crujidos de la leña. Cuando se apartó de la ventana, su sombra lo adelantó, larga y delgada, y cayó como una espada sobre la Mesa Pintada. Esperó mucho rato. Oyó pisadas de botas en los peldaños de piedra cuando subieron. La voz del rey lo precedía.

—No son tres —iba diciendo.

—Tres son tres —oyó responder a Melisandre—. Os lo juro, alteza. Lo he

visto morir y he oído los gritos de su madre.

—En la hoguera nocturna. —Stannis y Melisandre entraron juntos por la puerta—. Las llamas son engañosas. Lo que es, lo que será, lo que puede ser... No me lo podéis garantizar...

—Alteza. —Davos dio un paso adelante—. Lo que lady Melisandre ha visto es cierto. Vuestro sobrino Joffrey ha muerto.

Si el rey se sorprendió de encontrarlo en la Cámara de la Mesa Pintada, no dio muestras de ello.

—Lord Davos —saludó—. No era mi sobrino, aunque durante años creí que sí.

—Se atragantó con la comida durante su banquete de bodas —dijo Davos—. Puede que lo envenenaran.

—Es el tercero —dijo Melisandre.

—Sé contar, mujer. —Stannis rodeó la mesa, pasó junto a Antigua y el Rejo, y subió hacia las islas Escudo y la desembocadura del Mander—. Parece que las bodas son más peligrosas que las batallas últimamente. ¿Se sabe quién lo envenenó?

—Dicen que su tío, el Gnom o.

—Es un hombre peligroso. —Stannis apretó los dientes—. Lo aprendí demasiado bien en el Aguasnegras. ¿Cómo os ha llegado la noticia?

—El lyseno sigue comerciando con Desembarco del Rey. Salladhor Saan no tiene motivos para mentirme.

—No, me imagino que no. —El rey pasó los dedos por la mesa—. Joffrey... Recuerdo que antes había una gata en las cocinas... Los cocineros la querían mucho, y le daban de comer restos y cabezas de pescado. Un cocinero le dijo al chico que tenía gatitos en la barriga, pensando que tal vez querría quedarse con uno. Joffrey abrió con un puñal al pobre animal para ver si era verdad. Cuando encontró los gatitos, se los llevó a su padre para enseñárselos, y Robert le dio un golpe tal que pensé que lo había matado. —El rey se quitó la corona y la puso sobre la mesa—. Enano o sanguijuela, quienquiera que lo matara le ha hecho un servicio al reino. Ahora tendrán que enviar a buscarme.

—No será así —dijo Melisandre—. Joffrey tiene un hermano.

—Tommen —dijo el rey de mala gana.

—Coronarán a Tommen y gobernarán en su nombre.

Stannis apretó los puños.

—Tommen es mejor muchacho que Joffrey, pero nació del mismo incesto. Es otro monstruo, otra sanguijuela sobre esta tierra. Poniente necesita la mano de un hombre, no la de un niño.

—Salvad el reino, mi señor —dijo Melisandre acercándose a él—. Dejadme que despierte a los dragones de piedra. Tres son tres. Entregadme al chico.

—Edric Tormenta —dijo Davos.

—Sé cómo se llama. —Stannis se volvió hacia él, gélido de ira—. No quiero oír vuestros reproches. Esto me gusta tan poco como a vos, pero tengo un deber para con el reino. Y mi deber... —Se volvió hacia Melisandre—. ¿Me juráis que no hay otra manera de hacerlo? Jurádmelo por vuestra vida, porque os prometo que, si mentís, moriréis muy lentamente.

—Vos sois aquel que deberá enfrentarse al Otro, aquel cuya llegada se profetizó hace cinco mil años. El cometa rojo fue vuestro heraldo. Sois el príncipe que fue prometido; si caéis, el mundo caerá con vos. —Melisandre se acercó todavía más, con los labios rojos entreabiertos y el rubí palpitante—. Entregadme al chico —susurró—, y yo os entregaré vuestro reino.

—No puede —intervino Davos—. Edric Tormenta se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? —Stannis se giró—. ¿Qué queréis decir?

—Está a bordo de una galera lysena, a salvo en alta mar.

Davos observó el rostro blanco en forma de corazón de Melisandre. Vio en él la sombra de la consternación, la repentina inseguridad. « ¡No lo había previsto! ».

Los ojos del rey eran como heridas azules en sus cuencas.

—¿Se han llevado al bastardo de Rocadragón sin mi permiso? ¿Una galera, decís? Si ese pirata lysena cree que lo puede usar para sacarme oro...

—Esto es obra de vuestra mano. —Melisandre clavó una mirada de certeza en Davos—. Lo traeréis de vuelta. Lo traeréis de vuelta.

—El muchacho está fuera de mi alcance —dijo Davos—. Y también fuera del vuestro, mi señora.

Sus ojos rojos lo hicieron estremecer.

—Tendría que haberos dejado en la celda, ser Davos. ¿Sabéis qué habéis hecho?

—Cumplir con mi deber.

—Hay quien diría que ha sido traición.

Stannis se dirigió hacia la ventana para contemplar la noche. « ¡Está buscando el barco! ».

—Yo os saqué de la nada, Davos. —Su voz sonaba más cansada que furiosa—. ¿Un poco de lealtad era mucho pedir?

—Cuatro de mis hijos murieron por vos en el Aguasnegras. Yo mismo estuve a punto de morir. Tenéis toda mi lealtad, igual que siempre. —Davos Seaworth había pensado mucho las palabras que iba a decir a continuación; sabía que su vida dependía de ellas—. Alteza, me hicisteis jurar que os daría consejo sincero, que os obedecería con presteza, que defendería el reino de vuestros enemigos y que protegería a vuestro pueblo. ¿Acaso Edric Tormenta no es parte de vuestro pueblo? ¿No es una de las personas que juré proteger? He cumplido mi juramento. ¿Cómo se puede considerar traición?

—Yo no pedí esta corona. —Stannis volvió a apretar los dientes—. El oro es

frío y me pesa en la cabeza, pero mientras sea el rey tengo un deber. Si he de sacrificar a un niño en las llamas para salvar a un millón de la oscuridad... El sacrificio... nunca es fácil, Davos. De lo contrario no sería verdadero sacrificio. Decídselo, mi señora.

—Azor Ahai templó a *Dueña de Luz* con la sangre del corazón de su amada esposa —dijo Melisandre—. Si un hombre que tiene un millar de vacas le entrega una al dios, no significa nada. En cambio, un hombre que le ofrezca su única vaca...

—La mujer habla de vacas —le dijo Davos al rey—. Yo estoy hablando de un niño, del amigo de vuestra hija, del hijo de vuestro hermano.

—El hijo de un rey, con el poder de la sangre real en las venas. —El rubí de Melisandre le brillaba en la garganta como una estrella roja—. ¿Creéis que lo habéis salvado, Caballero de la Cebolla? Cuando caiga la Larga Noche, Edric Tormenta morirá como todos los demás, esté donde esté. Morirá, y también morirán vuestros hijos. La oscuridad y el frío se adueñarán de la tierra. Os entrometéis en asuntos que no podéis comprender.

—Hay muchas cosas que no comprendo —reconoció Davos—. Nunca he dicho lo contrario. Entiendo de ríos y de mares, de la forma de las costas y de dónde acechan las rocas en los bajios. Sé de calas secretas en las que un barco puede atracar sin que nadie lo vea. Y sé que un rey protege a su pueblo; de lo contrario, no es un rey.

—¿Os estáis burlando de mí? —Stannis tenía el rostro sombrío—. ¿Acaso un contrabandista de cebollas pretende enseñarme cuál es el deber de un rey?

—Si os he ofendido —dijo Davos dejándose caer sobre una rodilla—, cortadme la cabeza. Moriré como he vivido siempre, leal a vos. Pero antes, escuchadme. Por las cebollas que os traje y los dedos que me cortasteis, escuchadme.

Stannis, con los tendones del cuello tensos como cuerdas, desenvainó a *Dueña de Luz*. El brillo de la hoja iluminó la estancia.

—Decid lo que queráis, pero que sea deprisa.

Davos rebuscó entre los pliegues de la capa y sacó el pergamo arrugado. Era fino y frágil, pero también el único escudo que tenía.

—La mano del rey tiene que saber leer y escribir. El maestre Pylos me ha estado enseñando.

Estiró la carta sobre la rodilla y, a la luz de la espada mágica, empezó a leer.

Soñó que estaba otra vez en Invernalia y que cojeaba entre los reyes de piedra sentados en sus tronos. Sus ojos de granito gris se movían para seguirlo a medida que avanzaba; sus dedos de granito se apretaban en torno a los pomos de las espadas oxidadas que tenían en el regazo.

—No eres un Stark —les oía murmurar con sus roncas voces de granito—. Aquí no hay lugar para ti. Márchate.

—¿Padre? —llamó internándose en la oscuridad—. ¿Bran? ¿Rickon? —Nadie respondió. Una brisa helada le soplaba alrededor del cuello—. ¿Tío? —llamó—. ¿Tío Benjen? ¿Padre? Por favor, padre, ayúdame.

Arriba se oían tambores. «Están celebrando un banquete en la sala principal, pero no me quieren a su lado. No soy un Stark; no me corresponde estar aquí». La muleta se le resbaló de la mano, y cayó de rodillas. Las criptas estaban cada vez más oscuras. «Se ha apagado la luz».

—¿Ygritte? —susurró—. Perdóname. Por favor. —Pero solo era un huargo, gris y cadavérico, salpicado de sangre, los ojos dorados brillando tristes en la oscuridad...

La celda estaba oscura, y sentía el lecho duro bajo su peso. Su cama, recordó, su cama de su celda de mayordomo, bajo las estancias del Viejo Oso. Tendría que haberle proporcionado sueños más gratos. Pese a las pieles, seguía teniendo frío. Antes de la expedición, Fantasma compartía la celda con él y le daba calor en lo más gélido de la noche. Y, entre los salvajes, Ygritte dormía a su lado. «Los he perdido a los dos». Él mismo había quemado el cadáver de Ygritte; sabía que era lo que ella habría querido, y en cuanto a Fantasma... «¿Dónde estás?». ¿Habría muerto también? Era aquello lo que significaba su sueño, el lobo ensangrentado de las criptas? Pero el lobo de su sueño era gris, no blanco. «Gris, como el lobo de Bran». ¿Los thenitas le habrían dado caza para matarlo, después de lo sucedido en Corona de la Reina? Si era así, también había perdido a Bran para siempre.

Jon seguía tratando de encontrar el sentido de todo aquello cuando sonó el cuerno.

«El Cuerno del Invierno», pensó, todavía adormilado y confuso. Pero Mance no había llegado a encontrar el cuerno de Joramun, de modo que no podía tratarse de aquello. Sonó una segunda llamada, tan larga y grave como la primera. Jon sabía que tenía que levantarse e ir al Muro, lo sabía bien, pero le costaba tanto...

Apartó las mantas a un lado y se sentó. El dolor de la pierna se había atenuado; no era nada que no pudiera soportar. Se había acostado con los calzones y la túnica puestos, para estar más abrigado, de modo que solo tuvo que ponerse las botas, el cuero, la cota de malla y la capa. El cuerno volvió a sonar, dos

llamadas largas, de modo que se colgó a *Garra* del hombro, tanteó en busca de la muleta y cojeó escaleras abajo.

En el exterior era noche cerrada, el cielo estaba nublado y hacia un frío gélido. Sus hermanos salían de las torres y fortalezas, abrochándose los cinturones de la espada mientras caminaban en dirección al Muro. Jon buscó a Pyp y a Grenn con la mirada, pero no los encontró. Tal vez uno de ellos fuera el centinela que hacía sonar el cuerno.

«Es Mance; por fin viene —pensó casi aliviado—. Habrá lucha, y después descansaremos. Vivos o muertos, pero descansaremos».

En el lugar donde había estado la escalera solo quedaba una inmensa maraña de madera chamuscada y hielo desmenuzado al pie del Muro, así que tenían que subir con la grúa, pero en la jaula solo cabían diez hombres, y cuando Jon llegó ya estaba muy arriba. Tendría que esperar a que volviera. No era el único que esperaba: con él aguardaban Seda, Mully, Bota de Sobra, Tonelete y el corpulento y rubio Hareth, con sus dientes saltones. Todos lo llamaban *Caballo*. Había sido mozo de cuadras en Villa Topo, y fue uno de los pocos aldeanos que se quedaron en el Castillo Negro. Los demás se habían apresurado a volver a sus campos y sus chozas, o a sus camas del burdel subterráneo. En cambio, Caballo, el muy idiota, con aquellos dientes inmensos, había preferido vestir el negro. También se quedó Zei, la prostituta que se había mostrado tan hábil con la ballesta, y Noye había acogido a tres niños huérfanos cuyo padre había muerto en la escalera. Eran muy pequeños, de nueve, ocho y cinco años, pero por lo visto, nadie más los quería.

Mientras aguardaban el regreso de la jaula, Clydas les llevó tazones de vino especiado caliente, y Hobbs Tresdedos repartió pedazos de pan moreno. Jon cogió el suyo y lo empezó a mordisquear.

—¿Es Mance Rayder? —preguntó Seda con ansiedad.

—Eso esperamos.

En la oscuridad acechaban cosas mucho peores que los salvajes. Jon recordó lo que le había dicho el rey salvaje en el Puño de los Primeros Hombres, en medio de la nieve teñida de rojo. «Cuando los muertos caminan, los muros, las estacas y las espadas no sirven de nada. No se puede luchar contra los muertos, Jon Nieve. Nadie lo sabe ni la mitad de bien que yo». Solo con pensarlo sentía el viento aún más frío.

Por fin, la jaula volvió a bajar entre chirridos, meciéndose al final de la larga cadena. Entraron en silencio y cerraron la puerta.

Mully tiró tres veces de la cuerda de la campana. Un instante después empezaron a subir, al principio a trompicones, luego con un movimiento más fluido. Nadie decía nada. Al llegar arriba, la jaula se columpió de costado a medida que iban saliendo de uno en uno. Caballo le tendió una mano a Jon para ayudarlo a saltar al hielo. El frío le golpeó los dientes como un puño.

En la parte superior del Muro ardía una hilera de hogueras, en cubos de hierro situados sobre pértigas más altas que un hombre. El cuchillo helado del viento sacudía y agitaba las llamas, de manera que la luz anaranjada no dejaba de cambiar. Tenían una provisión abundante de haces de flechas, ballestas, lanzas y proyectiles para el escorpión. Las rocas estaban apiladas en montones de cinco varas de altura, y a su lado había enormes barriles de madera llenos de brea y aceite de lámpara. Bowen Marsh había dejado el Castillo Negro bien provisto de todo excepto de hombres. El viento azotaba las capas negras de los centinelas espantapájaros que se erguían a lo largo del baluarte con lanzas en las manos.

—Espero que no haya sido uno de estos el que ha hecho sonar el cuerno —le dijo Jon a Donal Noye cuando se acercó a él cojeando.

—¿Oyes eso? —preguntó Noye.

Les llegaban el sonido del viento, los relinchos de los caballos... y algo más.

—Un mamut —dijo Jon—. Eso ha sido un mamut.

El aliento del herrero se le convertía en escarcha bajo la nariz ancha y aplastada. El norte del Muro era un mar de oscuridad que parecía extenderse hasta el infinito. Jon divisaba el tenue brillo rojo de fuegos lejanos que se movían por el bosque. Era Mance, no cabía duda. Los Otros no encendían antorchas.

—¿Cómo lucharemos contra ellos si no los podemos ver? —preguntó Caballo.

Donal Noye se volvió hacia los dos gigantescos trabuquetes que había conseguido reparar Bowen Marsh.

—¡Necesito luz! —rugió.

A toda prisa cargaron barriles de brea en las palas y les prendieron fuego con una antorcha. El viento avivó las llamas, que pronto crepitaron vigorosas con furia roja.

—¡YA! —rugió Noye.

Los contrapesos cayeron de golpe, y los brazos del trubuquete golpearon las amortiguaciones de las traviesas. La brea ardiente voló por la oscuridad y proyectó sobre el terreno una luz parpadeante y espectral. Durante un instante, Jon atisbió los mamuts que se movían con pesadez en la penumbra, y enseguida desaparecieron de nuevo. « Hay una docena, puede que más». Los barriles chocaron contra el suelo y estallaron. Un mamut barritó, un sonido grave que retumbaba, y un gigante rugió algo en la antigua lengua con una voz que era como un trueno. Jon sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¡Otra vez! —gritó Noye, y los trubuquetes se volvieron a cargar.

Otros dos barriles de brea ardiente surcaron la oscuridad para ir a estrellarse entre las filas enemigas. En aquella ocasión, uno fue a dar contra un árbol seco y le prendió fuego al instante.

« No hay una docena de mamuts —vio Jon—. Hay un centenar» .

Se acercó al borde del precipicio. « Cuidado —pensó—, la caída es larga» . Alyn el Rojo hizo sonar una vez más el cuerno de centinela, *aaah*

aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa, aaahuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu. Aquella vez, los salvajes respondieron, y no sonó un cuerno, sino una docena, así como tambores y caramillos. «Estamos aquí —parecía decir—. Venimos a derribar vuestro Muro, a robaros las tierras y raptar a vuestras mujeres». El viento aullaba; los trubuetes crujían y saltaban; los barriles volaban... Tras los gigantes y los mamuts, Jon divisó a los hombres, que avanzaban hacia el Muro con arcos y hachas. ¿Eran veinte o veinte mil? No había manera de saberlo en la oscuridad. «Esto es una batalla entre ciegos, pero Mance tiene unos cuantos millares más que nosotros».

—¡La puerta! —gritó Pyp—. ¡Están en la PUERTA!

El Muro era demasiado grande para que lo pudieran asaltar por medios convencionales, demasiado alto para escaleras o torres de asalto, demasiado grueso para los arietes. No existía catapulta capaz de lanzar una piedra de tamaño suficiente para abrir una brecha, y si trataban de prenderle fuego, el hielo derretido apagaría las llamas. Era posible escalarlo, como habían hecho los invasores cerca de Guardiagrís, pero había que ser fuerte, ágil y de mano firme, y aun así se corría el riesgo de acabar como Jarl, ensartado en un árbol.

« Si quieren pasar, tienen que tomar la puerta».

Pero la puerta era un túnel zigzagueante que atravesaba el hielo, con una entrada más pequeña que la de cualquier castillo de los Siete Reinos, y tan estrecho que los exploradores tenían que llevar los caballos por las riendas y en fila. Tres puertas de hierro cerraban el recorrido del pasadizo, cada una de ellas asegurada con cadenas y protegida por un matacán. La puerta exterior era de roble macizo de un palmo de grosor y con refuerzos de hierro; no les resultaría fácil derribarla. «Pero Mance tiene mamuts —pensó— y gigantes».

—Ahí abajo debe de hacer mucho frío —dijo Noye—. ¿Qué tal si les damos un poco de calor, muchachos?

Habían alineado al borde del precipicio una docena de garrafas llenas de aceite para las lámparas. Pyp recorrió la hilera con una antorcha en la mano y las fue prendiendo de una en una. Owen el Bestia iba detrás de él y las empujaba para precipitarlas por el borde. Las lenguas de fuego amarillo aletearon en torno a las garrafas mientras caían. Cuando perdieron de vista la última, Grenn sacó de una patada las cuñas que sujetaban un tonel de brea y lo empujó para que también cayera rodando por el borde. Abajo, los sonidos cambiaron; pasaron de gritos a alaridos de dolor, que les sonaron como música celestial.

Pero los tambores siguieron batiendo; los trubuetes se alzaban y se estremecían, y el sonido de las gaitas les llegaba en el aire nocturno como el canto de extraños pájaros salvajes. El septón Cellador también empezó a cantar con voz trémula, trabucada por el vino.

Madre gentil, fuente de toda piedad,

salva a nuestros hijos de la guerra y la maldad,
contén las espadas y las flechas detén...

—Al primero al que se le ocurra detener una flecha lo tiro del Muro de una patada en el culo —le espetó Donal Noye—. Empezando por ti, septón. ¡Arqueros! ¿Dónde cojones están los arqueros?

—Aquí —dijo Seda.

—Y aquí —dijo Mully—. Pero ¿cómo vamos a encontrar blancos? Todo está oscuro. ¿Dónde están los enemigos?

—Dispara muchas flechas —dijo Noye señalando hacia el norte—; alguno encontrarás. Y al menos les meterás un poco de miedo en el cuerpo. —Dio la vuelta y escudriñó el corro de rostros iluminados por el fuego—. Necesito dos arqueros y dos lanceros que me ayuden a defender el túnel si consiguen derribar la puerta. —Más de diez dieron un paso adelante; el herrero eligió a cuatro—. Jon, el Muro está en tus manos hasta que yo vuelva.

Durante un momento, Jon pensó que había oído mal. Parecía como si Noye lo estuviera dejando al mando.

—¿Qué has dicho, mi señor?

—¿Qué señor ni qué cojones? Soy herrero. He dicho que el Muro está en tus manos.

«Aquí hay hombres mayores —habría querido responder Jon—. Hay hombres más expertos. Yo todavía estoy tan verde como la hierba del verano. Estoy herido, y aún me acusan de deserción». Se le había secado la boca.

—Sí —consiguió responder.

Más adelante, Jon Nieve se sentiría como si aquella noche la hubiera soñado. Codo con codo con los soldados de paja, con arcos o ballestas en las manos agarrotadas por el frío, sus arqueros lanzaron un centenar de andanadas de flechas contra hombres a los que en ningún momento llegaron a ver. De cuando en cuando les llegaba como respuesta alguna flecha de los salvajes. Envío a hombres a las catapultas más pequeñas, y el aire se llenó de rocas del tamaño del puño de un gigante, pero la oscuridad las engulló igual que él se había podido tragar un puñado de avellanas. Los mamuts barritaban en la oscuridad; voces extrañas gritaban en lenguas más extrañas todavía, y el septón Cellador rezaba en voz tan alta y tan borracho suplicando que llegara el amanecer que, más de una vez, Jon se sintió tentado de darle él mismo la prometida patada en el culo. Oyeron como un mamut agonizaba al pie del Muro y vieron como otro se alejaba en estampida por el bosque, arrollando hombres y árboles a su paso. El viento soplaban cada vez más frío. Hobb subió en la grúa con tazones de sopa de cebolla, y Owen y Clydas se los fueron repartiendo a los arqueros para que pudieran beber entre andanada y andanada de flechas. Zei ocupó un lugar entre ellos con su ballesta. Al trabuquete de la derecha se le estropeó algo del

mecanismo a causa del exceso de uso, y el contrapeso se soltó de repente con resultados catastróficos. El brazo se quebró hacia un lado con un crujido estrepitoso. El trabuquete de la izquierda siguió funcionando, pero los salvajes no tardaron en aprender a evitar el lugar adonde iban a parar sus proyectiles.

« Deberíamos tener veinte trabuqueteros, no dos, y deberían estar montados sobre trineos y plataformas giratorias, para que pudiéramos moverlos». Eran consideraciones inútiles. Conseguía lo mismo que deseando tener otro millar de hombres y quizás un par de dragones.

Donal Noye no regresó, ni tampoco los que habían bajado con él para defender aquel túnel frío y negro. « El Muro está en mis manos», se recordaba Jon cada vez que le empezaban a fallar las fuerzas. Él también estaba disparando con el arco; tenía los dedos rígidos y entumecidos, medio congelados. Volvía a tener fiebre, y la pierna le temblaba de manera incontrolable, con lo que el dolor era como un cuchillo al rojo blanco que le recorría el cuerpo.

« Una flecha más y descansaré —se dijo medio centenar de veces—. Solo una flecha más. —Siempre que se le vaciaba el carcaj, uno de los topos huérfanos le llevaba otro—. Este carcaj es el último. No puede faltar mucho para el amanecer».

Cuando llegó la mañana, ninguno de ellos se dio cuenta al principio. El mundo seguía inmerso en la oscuridad, pero el negro se había transformado en gris, y las formas empezaban a dejarse entrever en la penumbra. Jon bajó el arco y contempló la masa de nubes densas que ocultaban el cielo hacia el este. Le parecía ver un brillo tras ellas, pero tal vez no fuera más que un sueño. Puso otra flecha en el arco.

Y fue entonces cuando el sol naciente iluminó el campo de batalla con haces de luz blanquecina. Jon se quedó sin respiración al contemplar casi mil pasos de terreno despejado que separaban el Muro del bosque. En media noche lo habían convertido en un erial de hierba ennegrecida, brea burbujeante, piedras destrozadas y cadáveres. El cadáver del mamut quemado ya empezaba a atraer a los cuervos. También había gigantes muertos en el suelo, pero tras ellos...

A su izquierda, alguien dejó escapar un gemido.

—Ay, Madre, apiádate de nosotros —empezó a sollozar el septón Cellador—. Ay, Madre, apiádate de nosotros...

Entre los árboles estaban todos los salvajes del mundo: gigantes y cambiapiés; hombres de las montañas, marineros del agua salada, caníbales del río de hielo, habitantes de las cavernas con el rostro pintado, carros de perros de la Costa Helada, pies de cuerno con las plantas como cuero endurecido, todos los pueblos que había reunido Mance para cruzar el Muro. « Esta no es vuestra tierra —les querría gritar—. Aquí no hay lugar para vosotros. Marchaos». Imaginó la risa de Tormund Matagigantes si lo oyera. « No sabes nada, Jon Nieve», le habría dicho Ygritte. Flexionó la mano de la espada y abrió y cerró los dedos,

aunque sabía que no se llegaría al cuerpo a cuerpo allí arriba.

Estaba helado y febril, y de repente, el peso del arco era más de lo que podía soportar. Comprendió que la batalla contra el magnar no había sido nada, que la de aquella noche era menos que nada, apenas una sonda, un puñal en la oscuridad para tratar de cogerlos desprevenidos. La verdadera batalla no había hecho más que empezar.

—No sabía que fueran tantos —dijo Seda.

Jon sí. Ya los había visto antes, pero no así, desplegados para el combate. Durante la marcha, la columna de salvajes había estado dispersa a lo largo de muchas leguas, como un enorme gusano, pero no los había visto a todos a la vez. En cambio, en aquel momento...

—Ahí vienen —dijo alguien con voz ronca.

Los mamuts estaban en el centro de las filas de salvajes. Eran más de ciento, todos montados por gigantes que esgrimían mazas y grandes hachas de piedra. Otros gigantes caminaban a su lado y empujaban un gran tronco de árbol sobre enormes ruedas de madera. Uno de los extremos estaba muy afilado. «Un ariete», pensó con desánimo. Si la puerta de abajo aún resistía, bastarían unos cuantos besos de aquella monstruosidad para reducirla a astillas. A ambos lados de los gigantes avanzaban los jinetes, con arneses de cuero reforzado y lanzas endurecidas al fuego, incontables arqueros y cientos de hombres a pie con arpones, hondas, porras y escudos de cuero. Los carretones de huesos de la Costa Helada traqueteaban en los flancos, tras las reatas de perros blancos que saltaban sobre las rocas y las raíces al descubierto. «La furia de los salvajes», pensó Jon mientras escuchaba el sonido agudo de las gaitas, los ladridos y aullidos de los perros, el barritar de los mamuts, los gritos y silbidos del pueblo libre, los rugidos de los gigantes que hablaban en la antigua lengua. El eco de sus tambores contra el hielo era como el retumbar de un trueno.

Sintió como a su alrededor los hombres caían en la desesperación.

—Deben de ser más de cien mil —gimió Seda—. ¿Cómo vamos a detener a tantos?

—El Muro los detendrá —se oyó decir Jon. Dio la vuelta y lo repitió en voz más alta—. El Muro los detendrá. ¡El Muro se defiende! —No eran más que palabras vacías, pero necesitaba pronunciarlas casi tanto como sus hermanos necesitaban oírlas—. Mance nos quiere acobardar por la fuerza del número. ¿Acaso nos toma por idiotas? —Estaba ya hablando a gritos; se le había olvidado el dolor de la pierna, y todos lo escuchaban—. Los carretones, los jinetes, todos esos imbéciles de a pie... ¿qué nos pueden hacer aquí arriba? ¿Y alguno de vosotros ha visto a un mamut trepar por una pared? —Se echó a reír, y Pyp, Owen y otra media docena de hombres rieron con él—. No son nada, son aún menos que estos hermanos nuestros de paja, no pueden llegar a nosotros, no pueden hacernos daño y no nos dan miedo. ¡Nos dan miedo!

—¡NO! —gritó Grenn.

—Ellos están ahí abajo, y nosotros, aquí arriba —siguió Jon—, y mientras defendamos la puerta, no pueden pasar. ¡No pueden pasar! —Para entonces, todos gritaban ya, rugían palabras de ánimo, agitaban en el aire las espadas y las ballestas con las mejillas enrojecidas... Jon vio a Tonelete, que llevaba bajo el brazo el cuerno de batalla—. Hermano —le dijo—, llama al combate.

Tonelete sonrió, se llevó el cuerno a los labios y lo hizo sonar dos veces, dos bramidos largos que indicaban que había salvajes. Otros cuernos repitieron la llamada, hasta que el propio Muro pareció estremecerse y el eco de los tonos graves ahogó cualquier otro sonido.

—Arqueros —ordenó Jon cuando los cuernos callaron—, apuntad a los gigantes que llevan el ariete, todos, ¡hasta el último! Disparad cuando lo ordene, no antes. ¡LOS GIGANTES Y EL ARIETE! Quiero que les lluevan flechas a cada paso que den, pero esperaremos hasta que estén a nuestro alcance. El primero que desperdicie una flecha tendrá que bajar a recogerla, ¿entendido?

—¡Entendido! —gritó Owen el Bestia—. ¡Entendido, lord Nieve!

Jon se echó a reír, se rio como un borracho o como un demente, y sus hombres rieron con él. Se dio cuenta de que los carretones y los jinetes de los flancos iban ya muy por delante de la columna central. Los salvajes no habían recorrido ni una tercera parte de la distancia, y su línea de batalla ya se estaba truncando.

—Cargad el trabuquete grande con abrojos —ordenó Jon—. Owen, Tonelete, enfidáis los trabuquetes pequeños hacia el centro. Quiero los escorpiones cargados con lanzas incendiarias; las soltaréis cuando yo diga. —Señaló a los niños de Villa Topo—. Tú, tú y tú, encargaos de las antorchas.

Los arqueros salvajes disparaban a medida que avanzaban, corrían un tramo, se detenían, disparaban y adelantaban un poco más. Eran tantos que el aire estaba siempre lleno de flechas. Todas, por supuesto, se quedaban cortas. «Qué desperdicio —pensó Jon—. No tienen la menor disciplina». Los pequeños arcos de cuerno y madera del pueblo libre tenían mucho menos alcance que los largos de tejo de la Guardia de la Noche, y los salvajes intentaban disparar contra hombres que estaban a trescientas varas sobre ellos.

—Que disparen lo que quieran —dijo Jon—. Esperad. Aguantad. —Las capas les ondeaban a las espaldas—. Tenemos el viento en contra; eso nos resta alcance. Esperad.

«Más cerca, más cerca». Las gaitas aullaban, los tambores retumbaban; las flechas de los salvajes volaban y caían al suelo.

—¡TENSAD!

Jon alzó el arco y se llevó la flecha hasta la oreja. Seda hizo lo mismo, así como Grenn, Owen el Bestia, Bota de Sobra, Jack Bulwer el Negro, Arron y Emrick Zei se puso la ballesta a la altura del hombro. Jon veía como se acercaba

el ariete, veía como los mamuts y los gigantes lo arrastraban a ambos lados. Eran tan pequeños que parecía como si los pudiera aplastar a todos con una mano. «Ojalá tuviera una mano así de grande». Se acercaron por aquella explanada convertida en matadero. Un centenar de cuervos posados en el cadáver del mamut muerto levantaron el vuelo cuando los salvajes pasaron a ambos lados. Más cerca, cada vez más cerca, hasta que...

—¡DISPARAD!

Las flechas negras silbaron mientras descendían como serpientes con alas emplumadas. Jon no aguardó a ver dónde se clavaban. Tan pronto como hubo soltado la primera flecha puso la segunda en el arco.

—CARGAD. TENSAD. DISPARAD. —En cuanto la flecha voló, buscó la siguiente—. CARGAD. TENSAD. DISPARAD. —Una vez, y otra, y otra. Jon ordenó a gritos que entrara en acción el trabuquete, y oyó el crujido y el golpe contra el travesaño acolchado cuando un centenar de abrojos con púas de acero salieron volando por el aire—. ¡Los trabuquitos pequeños! —ordenó—. ¡Los escorpiones! ¡Arqueros, disparad a voluntad!

Las flechas de los salvajes empezaban ya a golpear el Muro, a cuarenta varas por debajo de ellos. Un segundo gigante se giró y se tambaleó. «Cargad, tensad, disparad». Un mamut se volvió contra el que tenía al lado, y los gigantes cayeron rodando por el suelo. «Cargad, tensad, disparad». Vio que el ariete estaba en el suelo, inútil, y que los gigantes que lo transportaban yacían muertos o moribundos.

—¡Flechas de fuego! —gritó—. ¡Quiero ver cómo arde ese ariete!

Los bramidos de los mamuts heridos y los gritos atronadores de los gigantes se mezclaban con los tambores y los caramillos para componer una música horrenda, pero sus arqueros seguían tensando y disparando como si todos se hubieran quedado de repente tan sordos como el difunto Dick Follard. Tal vez fueran la escoria de la orden, pero seguían siendo hombres de la Guardia de la Noche, o casi; no importaba. «Por eso es por lo que no podrán pasar».

Uno de los mamuts había enloquecido y, en su estampida, aplastaba a los salvajes con el cuerpo o los destrozaba bajo las patas. Jon volvió a levantar el arco y clavó otra flecha en el lomo peludo de la bestia, para azuzarlo todavía más. Hacia el este y el oeste, las líneas del ejército salvaje habían llegado al Muro sin encontrar oposición. Los carros llegaban o daban vueltas mientras los jinetes se agrupaban sin objetivo bajo el imponente acantilado de hielo.

—¡En la puerta! —Le llegó el grito. Tal vez fuera Bota de Sobra—. ¡Mamut en la puerta!

—¡Fuego! —rugió Jon—. ¡Grenn, Pyp!

Grenn tiró el arco a un lado, tumbó de costado un barril de aceite y lo hizo rodar hasta el borde del Muro, donde Pyp partió a martillazos la clavija que lo cerraba, metió en el agujero un trapo y le prendió fuego con una antorcha. Entre

los dos lo empujaron para que cayera. Cuarenta varas más abajo chocó contra un saliente y estalló, y el aire se llenó de duelas destrozadas y aceite ardiendo. Para entonces, Grenn ya estaba empujando hacia el borde un segundo barril, igual que Tonelete. Pyp encendió los dos.

—¡Le ha dado! —gritó Seda; estaba tan asomado por el borde que, durante un momento, Jon dio por seguro que se iba a caer—. ¡Le ha dado, le ha dado, le ha dado!

Le llegó el rugido del fuego y vio a un gigante envuelto en llamas, que se tambaleaba y rodaba por el suelo.

De repente, los mamuts huían en estampida para escapar del humo y las llamas, presas del pánico, aplastando a todos los que tenían detrás. Se vieron obligados a retroceder; gigantes y salvajes emprendieron la huida para apartarse de su camino. En un instante, todo el centro de su columna se derrumbaba. Los jinetes de los flancos se encontraron abandonados y también retrocedieron sin siquiera haber visto la sangre. Hasta los carros volvieron por donde había llegado sin haber hecho otra cosa que armar mucho ruido y presentar un aspecto aterrador.

« Cuando se desbandan, se desbandan a base de bien», pensó Jon Nieve mientras los observaba retroceder. Los tambores habían quedado en silencio. « ¿Qué te parece esta música, Mance? ¿Qué te parece la mujer del dorniense?» .

—¿Tenemos algún herido? —preguntó.

—Esos cabrones me han dado en la pierna. —Bota de Sobra se arrancó la flecha y la agitó en el aire—. ¡En la de madera!

El Muro estalló en gritos de alegría. Zei agarró a Owen por las manos, giró en círculos con él y le dio un largo beso en la boca delante de todos. También trató de besar a Jon, pero él le puso una mano en el hombro y la apartó con suavidad, aunque también con firmeza.

—No —dijo. « Para mí se acabaron los besos». De repente se sentía tan débil que no podía ni mantenerse en pie. Desde la rodilla hasta la ingle, el dolor era insoportable. Tanteó hasta dar con la muleta—. Pyp, ayúdame a llegar a la jaula. Grenn, estás al mando del Muro.

—¿Yo? —dijo Grenn.

—¿Él? —dijo Pyp.

Habría sido difícil decidir cuál de los dos parecía más horrorizado.

—P-p-pero... —tartamudeó Grenn— ¿qué hago s-si los salvajes vuelven a atacar?

—Detenerlos —respondió Jon.

En la jaula, cuando ya bajaban, Pyp se quitó el yelmo y se secó la frente.

—Sudor helado. ¿Habrá cosa más asquerosa que el sudor helado? —Se echó a reír—. Dioses, creo que en mi vida había tenido tanta hambre; me comería un uro entero, te lo juro. ¿Qué te parece? ¿Le pedimos a Hobb que nos guise a

Grenn? —Al ver la cara de Jon se le borró la sonrisa—. ¿Qué te pasa? ¿Es la pierna?

—La pierna —asintió Jon. Hasta hablar le costaba un gran esfuerzo.

—Pero no la batalla, ¿verdad? Hemos ganado.

—Eso lo hablaremos cuando veamos la puerta —dijo Jon con tono sombrío.

« Quiero un fuego, una comida caliente, una cama abrigada y algo para que la pierna me deje de doler», pensó. Pero antes tenía que examinar el túnel y averiguar qué había sido de Donal Noye.

Tras la batalla con los thenitas habían tardado casi todo un día en despejar de hielo y vigas rotas la puerta interior. Calvasucia y Tonelete, así como otros constructores, habían argumentado acaloradamente que deberían dejar allí los escombros, que serían otro obstáculo para Mance. Pero semejante decisión habría implicado abandonar la defensa del túnel, y de aquello, Noye no quería ni oír hablar. Mientras hubiera hombres en los matacanes, y arqueros y lanceros detrás de cada una de las puertas interiores, unos pocos hermanos valientes podrían mantener a raya a centenares de salvajes y entorpecer el camino con cadáveres. No tenía la menor intención de proporcionar una ruta despejada a través del hielo para Mance Rayder. Por tanto, retiraron los peldaños rotos con cuerdas y palas y volvieron a excavar el camino hasta la puerta.

Jon aguardó junto a los fríos barrotes de hierro mientras Pyp iba a ver al maestre Aemon para pedirle la llave de repuesto. Se sorprendió al ver que era el propio maestre quien se la llevaba, acompañado de Clydas, que portaba una lámpara.

—Sube a mis habitaciones en cuanto termine —dijo el anciano mientras Pyp retiraba las cadenas—. Tengo que cambiarte el vendaje y ponerte una cataplasma fresca. Y supongo que querrás un poco de vino del sueño para quitarte el dolor.

Jon asintió con gesto débil. La puerta se abrió. Pyp encabezó la marcha, seguido por Clydas, que llevaba la lámpara. Jon tuvo que esforzarse para mantenerse al paso del maestre Aemon. El hielo se cerraba en torno a ellos, sentía como el frío se le metía en los huesos, sentía todo el peso del Muro sobre la cabeza. Era como meterse por la garganta de un dragón de hielo. El túnel describió una curva, luego otra. Pyp abrió la segunda puerta de hierro. Avanzaron más, giraron de nuevo y vieron a lo lejos una luz, tenue, escasa, a través del hielo.

« Mala cosa —supo Jon al instante—. Muy, muy mala cosa».

—Hay sangre en el suelo —dijo Pyp.

En los siete últimos pasos del túnel era donde habían luchado, donde habían muerto. La puerta exterior de roble reforzado estaba destrozada, arrancada de las bisagras, y un gigante se había arrastrado entre las astillas. La luz de la lámpara bañó una escena espeluznante con su brillo rojizo. Pyp se volvió a un lado para

vomitar, y en aquel momento, Jon envidió la ceguera del maestre Aemon.

Noye y sus hombres lo habían estado esperando tras una puerta de barrotes de hierro igual que las dos que Pyp acababa de abrir. Los dos ballesteros habían conseguido disparar una docena de saetas mientras el gigante avanzaba hacia ellos. Luego llegó el turno de los lanceros, que clavarón sus picas entre los barrotes. Pese a todo, el gigante tuvo fuerzas para meter los brazos, arrancarle la cabeza a Calvasucia, agarrar la puerta de hierro y destrozar los barrotes. Por todo el suelo había eslabones rotos de la cadena.

« Un gigante. Todo esto ha sido obra de un solo gigante» .

—¿Están todos muertos? —preguntó el maestre Aemon con voz tranquila.

—Sí. Donal fue el último. —La espada de Noye estaba clavada en la garganta del gigante casi hasta la empuñadura. A Jon, el armero siempre le había parecido un hombre muy corpulento, pero atrapado entre los enormes brazos del gigante casi parecía un niño—. El gigante le rompió la columna vertebral. No sé cuál murió primero. —Cogió la lámpara y se adelantó para ver más—. Mag. —« Soy el último de los gigantes» , recordó con tristeza, pero no había tiempo para lamentos—. Era Mag el Poderoso. El rey de los gigantes.

Necesitaba ya la luz del sol. Dentro del túnel hacía demasiado frío, estaba demasiado oscuro, y el hedor de la sangre y la muerte era asfixiante. Jon le devolvió la lámpara a Clydas, rodeó como pudo los cadáveres, cruzó entre los barrotes retorcidos y caminó hacia la luz del día, que se divisaba más allá de la puerta destrozada.

El imponente corpachón de un mamut muerto bloqueaba el camino parcialmente. Uno de los colmillos de la bestia se le enganchó en la capa y le hizo un desgarrón al pasar. En el exterior había otros tres gigantes muertos, medio enterrados en piedras, lúgamo y brea endurecida. Vio el punto donde el fuego había derretido el Muro, donde grandes planchas de hielo se habían desprendido por el calor para ir a estrellarse contra el terreno ennegrecido. Alzó la vista para contemplar el lugar de donde había bajado.

« Desde aquí parece inmenso, como si estuviera a punto de aplastar al que lo mira» .

Jon regresó adonde lo aguardaban los demás.

—Tenemos que reparar la puerta exterior lo mejor que podamos y bloquear esta sección del túnel. Con cascotes, con trozos de hielo, con lo que sea. Hasta la segunda puerta si es posible. Ser Wynton tendrá que tomar el mando; es el último caballero que queda. Pero es imprescindible que se ponga en marcha ya; los gigantes volverán antes de que nos demos cuenta. Tenemos que decirle...

—Le puedes decir lo que quieras —lo interrumpió el maestre Aemon con suavidad—. Sonreirá, asentirá y se le olvidará al momento. Hace treinta años, ser Wynton Stout estuvo a doce votos de ser elegido lord comandante. Lo habría hecho muy bien. Hace diez años todavía habría sido capaz de actuar. Pero ya no.

Lo sabes tan bien como lo sabía Donal, Jon.

Era verdad.

—Entonces, vos estáis al mando —le dijo Jon al maestre—. Lleváis toda la vida en el Muro; los hombres os seguirán. Tenemos que cerrar la puerta.

—Soy un maestre, llevo la cadena, hice el juramento. Mi orden sirve, Jon. Nosotros damos consejos, no órdenes.

—Pero alguien tiene que...

—Tú. Tienes que ponerte al mando.

—No.

—Sí, Jon. No hace falta que sea durante mucho tiempo, solo hasta que vuelva la guarnición. Donal te eligió, igual que te eligió antes Qhorin Mediamano. El lord comandante Mormont te nombró mayordomo para que aprendieras de él. Eres hijo de Invernalia y sobrino de Benjen Stark. O tú o nadie. El Muro está en tus manos, Jon Nieve.

Todas las mañanas al despertarse sentía el agujero en su interior. No era hambre, aunque a veces también. Era como un hueco, un vacío allí donde había tenido el corazón, donde habían estado sus hermanos y sus padres. También le dolía la cabeza. No tanto como al principio, pero mucho. Arya ya se había acostumbrado, y al menos el chichón iba desapareciendo. Pero el agujero de su interior seguía igual.

«El agujero no se va a curar nunca», se decía cuando se echaba a dormir.

Algunas mañanas, Arya no quería despertarse. Se acurrucaba bajo la capa con los ojos muy apretados y trataba de dormirse de nuevo a pura fuerza de voluntad. Si el Perro no se lo hubiera impedido, habría dormido noche y día.

Y soñaba. Los sueños eran lo mejor. Casi todas las noches soñaba con lobos. Una gran manada de lobos, con ella a la cabeza. Era más grande que ninguno de los demás, más fuerte, más ágil y más rápida. Podía vencer al caballo en una carrera y al león en un combate. Cuando mostraba los dientes, hasta los hombres huían de ella. No tenía nunca el estómago vacío demasiado tiempo, y el pelaje la mantenía abrigada incluso cuando el viento soplabía gélido. Y sus hermanos estaban con ella, muchos, fieros, temibles, tuyos. No la abandonarían jamás.

Pero si sus noches estaban llenas de lobos, sus días pertenecían al perro. Sandor Clegane la obligaba a levantarse todas las mañanas, tanto si quería como si no. La maldecía con su voz rasposa o la levantaba por la fuerza y la sacudía. En cierta ocasión le vació sobre la cabeza el yelmo lleno de agua fría. Ella se levantó de un salto, escupiendo y tiritando, y trató de darle una patada, pero él se limitó a reírse.

—Sécate y echa de comer a los malditos caballos —ordenó, y ella obedeció.

Tenían dos monturas: Desconocido y una yegua alazana a la que Arya llamaba Gallina, porque Sandor decía que seguro que había escapado de Los Gemelos igual que ellos dos. La noche que siguió a la matanza la habían encontrado vagando sin jinete por un prado. Era un buen caballo, pero Arya no podía sentir cariño alguno hacia un ser cobarde. «Desconocido habría peleado». Aun así, cuidaba de la yegua lo mejor que podía. Era mejor que montar en el mismo caballo que el Perro. Además, tal vez Gallina fuera una cobarde, pero también era joven y fuerte. Arya creía que tal vez podría correr más que Desconocido si llegaba la ocasión.

El Perro ya no la vigilaba tan de cerca como antes. En ocasiones parecía que no le importaba si se iba o se quedaba, y por las noches ya no la ataba en la capa.

«Una noche de estas lo mataré mientras duerme —se decía, pero nunca lo hacía—. Un día de estos me alejaré con Gallina al galope y no me podrá alcanzar», pensaba, pero tampoco lo hacía. ¿Adónde podía ir? Invernalia ya no existía. El hermano de su abuelo estaba en Aguasdulces, pero no lo conocía, y él

no la conocía a ella. Tal vez lady Smallwood la acogiera en Torreón Bellota... y tal vez no. Además, Arya no estaba segura de poder encontrar el camino de vuelta a Torreón Bellota. A veces pensaba que podría volver a la posada de Sharna, si las inundaciones no se la habían llevado por delante. Podría quedarse con Pastel Caliente, o tal vez lord Beric la encontraría allí. Anguy la enseñaría a manejar el arco; podría cabalgar al lado de Gendry y hacerse bandida, igual que Wenda, la Gacela Blanca de las canciones.

Pero no eran más que idioteces, sueños como los que tendría Sansa. Pastel Caliente y Gendry la habían abandonado en cuanto tuvieron ocasión, y lord Beric y los bandidos no querían más que cobrar un rescate por ella, igual que el Perro. Ninguno de ellos la quería tener cerca. « Nunca fueron mi manada, ni siquiera Pastel Caliente y Gendry. Creía que sí, pero era una idiota, una niña idiota, sin pizca de loba» .

De manera que seguía con el Perro. Cabalgaban todos los días; jamás dormían dos veces en el mismo sitio. Siempre que les era posible esquivaban las ciudades, pueblos y castillos. Una vez le había preguntado a Sandor Clegane adónde iban.

—Lejos —replicó—. No te hace falta saber más. Ahora mismo vales menos que un escupitajo para mí, así que no quiero oírté gimotear. Debería haber dejado que te metieras en aquel castillo de mierda.

—Ojalá —respondió ella, pensando en su madre.

—Entonces estarías muerta. Me deberías dar las gracias. Me deberías cantar una canción bonita, igual que hizo tu hermana.

—¡A ella también le diste un hachazo?

—Te pegué con el plano de la hoja, loba idiota. Si te hubiera dado con el filo todavía habría trozos de tu cabeza flotando en el Forca Verde. Y cierra esa maldita boca de una vez. Lo que tendría que hacer es entregarte a las hermanas silenciosas. A las niñas que hablan demasiado les cortan la lengua.

Aquello no había sido justo. Quitando aquella ocasión, Arya no hablaba casi nunca. Podían pasar días enteros sin que ninguno de los dos dijera una palabra. Ella estaba demasiado vacía para hablar, y el Perro, demasiado furioso. Arya percibía su rabia; se la veía en el rostro, en su manera de apretar la boca y fruncirla, en las miradas que le echaba... Siempre que cogía el hacha para cortar madera y encender fuego se dejaba llevar por una ira sorda, asentaba golpes salvajes al árbol, al tronco o a la rama rota hasta que tenían astillas y leña para encender veinte hogueras. A veces después se quedaba tan agotado y magullado que se tumbaba directamente a dormir y ni siquiera prendía el fuego. Arya detestaba aquellas ocasiones y también lo detestaba a él. Aquellas noches era cuando más rato contemplaba el hacha. « Parece muy pesada, pero seguro que la podría blandir» . Y desde luego no lo golpearía con el plano de la hoja.

Muy de vez en cuando en su camino se encontraban con más gente:

campesinos en los campos, porquerizos con sus piaras, una lechera que tiraba de su vaca, un escudero que llevaba un mensaje por un camino vecinal... No quería hablar con ellos tampoco. Era como si vivieran en un mundo lejano y hablaran una lengua incomprensible; no tenían nada que ver con ella, ni ella con ellos.

Además, no era prudente dejarse ver. De cuando en cuando divisaban columnas de jinetes por los tortuosos caminos que discurrían entre las granjas, siempre con el estandarte de las torres gemelas de los Frey ondeando ante ellos.

—A la caza de los norteños que hayan podido escapar —comentó el Perro cuando pasaron de largo—. Siempre que oigas cascos de caballos agacha la cabeza, y deprisa; seguro que no es ningún amigo.

Un día, en el hueco que formaban las raíces de un roble caído, se encontraron con otro superviviente de Los Gemelos. El distintivo que llevaba en el pecho mostraba una doncella desnuda, de color rosa, bailando en un torbellino de sedas, y les dijo que era uno de los hombres de ser Marq Piper; un arquero, aunque había perdido el arco. Tenía el hombro izquierdo todo torcido e hinchado; les dijo que era por un golpe de mangual que le había destrozado la armadura y se la había clavado en la carne.

—Y fue un norteño —sollozó—. Su emblema era un hombre ensangrentado, y cuando vio el mío hasta gastó bromas; dijo que el hombre rojo y la chica rosa deberían juntarse. Bebió a la salud de su lord Bolton; él bebió a la de ser Marq; juntos brindamos por lord Edmure, lady Roslin y el Rey en el Norte. Luego me mató.

Al decir aquello tenía los ojos brillantes por la fiebre, y Arya supo que lo que decía era verdad. La hinchazón del hombro era espantosa, y tenía todo el costado izquierdo manchado de sangre y pus. Además, apestaba. «Huele como un cadáver». El hombre les suplicó un trago de vino.

—Si tuviera vino, me lo bebería yo —le replicó el Perro—. Os puedo dar agua y el don de la piedad.

El arquero lo miró bastante rato antes de responder.

—Sois el perro de Joffrey.

—Ahora soy mi propio perro. ¿Queréis el agua?

—Sí. —El hombre tragó saliva—. Y la piedad. Por favor.

Poco antes habían pasado junto a un pequeño lago. Sandor le entregó el yelmo a Arya con la orden de que fuera a llenarlo, de manera que regresó a la orilla. El barro le cubría la puntera de las botas. Utilizó la cabeza de perro a modo de cubo; el agua se escapaba por los agujeros de los ojos, pero en el fondo aún quedaba bastante.

Cuando regresó, el arquero alzó el rostro y ella le derramó el agua en la boca. El hombre la tragó tan deprisa como pudo, y lo que no consiguió tragar le corrió por las mejillas y hacia la sangre seca de los bigotes, de manera que pronto tuvo la barba cubierta de lágrimas rosadas. Cuando se acabó el agua, agarró el yelmo

y lamió el acero.

—Qué buena —dijo—. Pero ojalá hubiera sido vino. Me apetecía vino.

—A mí también.

El Perro clavó el puñal en el corazón del hombre casi con ternura; el peso de su cuerpo hundió la punta a través del jubón, la cota de malla y el protector acolchado. Al sacar la hoja y limpiarla en la ropa del muerto, miró a Arya.

—Ahí es donde está el corazón, niña. Así se mata a un hombre.

« Y de otras maneras» .

—¿Lo enterramos?

—Para qué? —replicó Sandor—. A él no le importa, y nosotros no tenemos palas. Que se lo queden los lobos y los perros salvajes. Tus hermanos y los míos.

—Le lanzó una mirada dura—. Pero antes cogemos lo que llevara, claro.

En la bolsa del arquero había dos venados de plata y casi treinta cobres. Su puñal tenía una bonita piedra rosada en el puño. El Perro sopesó el cuchillo y se lo tiró a Arya. Ella lo cogió por la empuñadura, se lo puso al cinto y se sintió un poco mejor. No era *Aguja*, pero era acero. El hombre muerto también tenía un carcaj lleno de flechas, que no servía de nada sin arco. Sus botas eran demasiado grandes para Arya y demasiado pequeñas para el Perro, de modo que se las dejaron. Ella cogió también su casco, aunque le caía casi hasta la nariz y se lo tenía que echar hacia atrás para ver.

—Seguro que también tenía un caballo, o no habría conseguido escapar —dijo Clegane mirando a su alrededor—, pero el animal de los cojones se ha ido. No sabemos cuánto tiempo llevaba aquí.

Cuando llegaron a las estribaciones de las montañas de la Luna, las lluvias casi habían cesado. Arya podía ver el sol, la luna y las estrellas, y se dio cuenta de que se dirigían hacia el este.

—¿Adónde vamos? —preguntó de nuevo.

—Tienes una tía que vive en el Nido de Águilas. —El Perro había decidido responderle en aquella ocasión—. Puede que ella quiera pagar un rescate por tu culo flaco, aunque solo los dioses saben por qué. Cuando lleguemos al camino alto lo podemos seguir hasta la Puerta de la Sangre.

« La tía Lysa» . Al pensar en ella, Arya se sentía igual de vacía. Quería a su madre, no a la hermana de su madre. No la conocía, igual que tampoco conocía a su tío abuelo, el Pez Negro. « Tendríamos que haber entrado en el castillo» . No podían estar seguros de que hubieran muerto su madre y Robb. No los habían visto morir, ni nada parecido. A lo mejor, lord Frey se había limitado a cogerlos prisioneros. A lo mejor los tenían encadenados en una mazmorra, o los Frey los iban a llevar a Desembarco del Rey para que Joffrey les cortara la cabeza. No estaban seguros.

—Tendríamos que volver —decidió de repente—. Tendríamos que volver a Los Gemelos a buscar a mi madre. No puede estar muerta. Tenemos que

ayudarla.

—Creía que era tu hermana la que tenía la cabeza llena de canciones —gruñó el Perro—. Es cierto que Frey podría haberle perdonado la vida a tu madre para pedir un rescate, pero por los siete infiernos te juro que no voy a meterme solo en ese castillo para sacarla.

—Solo no. Yo iría contigo.

—¡Eso! ¡Seguro que el viejo se mea del susto nada más verte! —El Perro emitió un sonido que podía pasar por una carcajada.

—Lo que pasa es que te da miedo morir! —replicó ella, despectiva.

Clegane se rio de nuevo, en aquella ocasión con una carcajada de verdad.

—La muerte no me asusta. Solo el fuego. Y venga, calla de una vez o te cortaré la lengua y o mísmo para ahorrarles el trabajo a las hermanas. Nosotros vamos al Valle.

Arya no creía que le fuera a cortar la lengua de verdad; lo decía igual que cuando Ojorrojo decía que le iba a arrancar el pellejo a latigazos. De todos modos, no pensaba comprobarlo. Sandor Clegane no era Ojorrojo. Ojorrojo no cortaba a la gente por la mitad ni golpeaba a nadie con un hacha. Ni siquiera con el plano del hacha.

Aquella noche se acostó pensando en su madre y se preguntó si no debería matar al Perro mientras dormía e ir ella misma a rescatar a lady Catelyn. Al cerrar los ojos vio su rostro ante los párpados. «Está tan cerca que casi la puedo oler...».

Y entonces, de repente, la pudo oler de verdad. Era un olor tenue oculto bajo otros olores: el del musgo, el barro y el agua; el hedor de las hierbas que se pudrían y los hombres que se pudrían. Trotó despacio por el suelo blando hasta la orilla del río, bebió agua a lametones, alzó la cabeza y olió. El cielo estaba gris y cubierto de nubes; el río, verde y cubierto de cosas que flotaban. Los cadáveres se amontaban en las zonas de aguas poco profundas. Algunos se movían todavía empujados por la corriente; otros habían quedado varados en las orillas. Sus hermanos se arremolinaban en torno a ellos y desgarraban a dentelladas la carne sabrosa, madura.

También estaban allí los cuervos, que graznaban a los lobos y llenaban el aire de plumas. Tenían la sangre más caliente, y una de sus hermanas había atrapado a uno por el ala justo cuando emprendía el vuelo. Aquello le dio ganas de coger ella también un cuervo. Deseaba notar el sabor de la sangre, oír el crujido de los huesos entre los dientes, llenarse el estómago de carne caliente, no fría. Tenía hambre y estaba rodeada de carne, pero sabía que no podía comer.

El olor era cada vez más fuerte. Alzó las orejas y escuchó los gruñidos de su manada, los graznidos de los cuervos furiosos, el batir de las alas y el sonido del agua que corría. A lo lejos se oían cascos de caballos y gritos de hombres vivos, pero no eran lo que le interesaba. Lo único que le interesaba era el olor. Volvió a

olfatear el aire. Allí estaba; entonces lo vio: una figura blancuzca que se deslizaba río abajo, desviada aquí y allá por los salientes. Los juncos se inclinaban sobre ella.

Chapoteó por las aguas bajas y se lanzó a las más profundas moviendo las patas. La corriente era fuerte, pero ella lo era más. Nadó guiada por el olfato. Los olores del río eran húmedos e intensos, pero no eran los que la impulsaban. Nadó en pos de la estela de sangre fría, del dulce hedor empalagoso de la muerte. La persiguió como tantas veces había perseguido a un ciervo entre los árboles y al final la atrapó, y cerró las mandíbulas en torno a un brazo blanco. Lo sacudió para hacer que se moviera, pero en la boca solo tenía muerte y sangre. Estaba empezando a cansarse, y tuvo que hacer un esfuerzo para tirar del cadáver hasta la orilla. Cuando lo consiguió arrastrar hasta el barro, uno de sus hermanos pequeños se acercó con la lengua fuera. Tuvo que espantarla de un gruñido para que no comiera. Después hizo una pausa para sacudirse el agua del pelaje. La cosa blanca yacía de brúces sobre el lodo, con la carne muerta arrugada y pálida, y un reguero de sangre fría le salía de la garganta.

« Levántate —pensó—. Levántate y ven aquí, a comer y a correr con nosotros» .

El ruido de caballos le hizo volver la cabeza. « Hombres» . Se acercaban en contra del viento, así que no le había llegado su olor, y en aquel momento los tenía casi encima. Hombres a caballo con ondulantes alas negras, amarillas y rosadas, y largas garras afiladas en las manos. Algunos de sus hermanos más jóvenes mostraron los dientes para defender la comida que habían encontrado, pero ella les lanzó mordiscos al aire hasta que se dispersaron. Así era la vida salvaje. Los ciervos, las liebres y los cuervos huían de los lobos, y los lobos huían de los hombres. Abandonó en el barro el frío trofeo blanco que había conseguido arrastrar hasta allí y huyó, y no se avergonzó por ello.

A la mañana siguiente, el Perro no tuvo que gritar ni sacudir a Arya para que se despertara. Por una vez se había levantado antes que él, y hasta había abrevado a los caballos. Desayunaron en silencio hasta que Sandor lo rompió.

—Eso que dijiste de tu madre...

—No importa —dijo Arya con voz átona—. Ya sé que está muerta. La he visto en un sueño.

El Perro se quedó mirándola bastante rato y al final asintió. No se volvió a hablar del tema, y cabalgaron hacia las montañas.

En las colinas más elevadas se encontraron con una aldea pequeña, aislada y rodeada de árboles centinela color gris verdoso y altos pinos soldado, y Clegane decidió que podían arriesgarse a entrar.

—Nos hace falta comida —dijo—, y un techo bajo el que refugiarnos. No creo que aquí sepan qué pasó en Los Gemelos, y con un poco de suerte no me reconocerán.

Los aldeanos estaban construyendo una empalizada de madera en torno a sus casas, y cuando vieron la envergadura de hombros del Perro les ofrecieron comida, refugio y hasta algunas monedas a cambio de su trabajo.

—Si hay también vino, hecho —les gruñó.

Al final se conformó con cerveza, y todas las noches bebió hasta caer dormido.

Pero su sueño de vender a Arya murió en aquellas colinas.

—Por encima de nosotros ya hay escarcha, y los pasos altos están nevados —le dijo el anciano de la aldea—. Si no morís de hambre, os congelaréis, y si no, algún gatosombra os hará pedazos, o tal vez los osos cavernarios. Además, también están los clanes. Los hombres quemados no tienen miedo de nada desde que Timett el Tuerto regresó de otra guerra. Y hace medio año, Gunthor, hijo de Gurn, atacó con sus grajos de piedra un poblado que no está ni a tres leguas de aquí. Se llevaron a todas las mujeres y hasta el último saco de grano, y mataron a la mitad de los hombres. Ahora tienen acero, buenas espadas y cotas de malla, y vigilan el camino alto. Allí están todos: los grajos de piedra, los serpientes de leche, los hijos de la niebla... Seguro que os llevaríais a unos cuantos por delante, pero al final os matarían y se quedarían con vuestra hija.

«¡No soy su hija!», habría gritado Arya de no estar tan cansada. Ya no era hija de nadie. Ya no era nadie. Ni Arya, ni Comadreja, ni Nan, ni Arry, ni Perdiz, ni siquiera Chichones. Solo era una niña que de día viajaba con un perro y de noche soñaba con lobos.

La aldea era silenciosa. Tenían colchones llenos de paja sin apenas chinches; la comida era sencilla pero abundante, y el aire olía a pinos. Pese a todo, Arya llegó a la conclusión de que detestaba aquel lugar. Los aldeanos eran unos cobardes. Ninguno se atrevía a mirar al Perro a la cara, al menos durante mucho tiempo. Algunas mujeres trataron de ponerle un vestido y obligarla a coser, pero ninguna de ellas era lady Smallwood, así que no se lo consintió. Además, había una niña que la seguía a todas partes, la hija del anciano de la aldea. Tenía la misma edad que Arya, pero no era más que una cría; lloraba si se hacía un rasguño en la rodilla y llevaba a todas partes un muñeco de trapo de lo más idiota. El muñeco representaba a un guerrero, más o menos, así que la niña lo llamaba ser Soldado y decía que cuidaba de ella.

—Lárgate —le dijo Arya cien veces—. Déjame en paz.

Pero no le hizo caso, así que al final Arya le quitó el muñeco, lo rasgó y le sacó el relleno de la barriga con un dedo.

—¡Ahora sí que parece un soldado! —le gritó antes de tirar el muñeco a un arroyo.

Después de aquello, la niña dejó de perseguirla, y Arya se pasaba los días cuidando de Gallina y de Desconocido o paseando por los bosques. A veces encontraba un palo y se dedicaba a practicar sus labores de aguja, pero entonces

se acordaba de lo que había pasado en Los Gemelos y lo golpeaba contra cualquier árbol hasta destrozarlo.

—Puede que nos quedemos aquí una temporada —le dijo el Perro dos semanas más tarde. Estaba ebrio de cerveza, pero más ensimismado que dormido—. No podemos llegar al Nido de Águilas, y los Frey aún estarán buscando supervivientes en las tierras de los ríos. Aquí parece que hacen falta espadas para enfrentarse a los de los clanes. Podemos descansar, y a lo mejor, hacer llegar una carta a tu tía.

El rostro de Arya se ensombreció. No quería quedarse, pero tampoco tenía adónde ir. A la mañana siguiente, cuando el Perro fue a cortar árboles y acarrear leña, volvió a meterse en la cama.

Pero cuando el trabajo se terminó y la alta empalizada de madera se alzó en torno a la aldea, el anciano dejó bien claro que allí no había lugar para ellos.

—Cuando llegue el invierno ya nos costará bastante dar de comer a los nuestros —explicó—. Además... un hombre como vos atrae la sangre.

—De modo que sabéis quién soy. —Sandor apretó los labios.

—Sí. Aquí no llegan muchos viajeros, pero a veces vamos al mercado y a las ferias. Hemos oído hablar del perro del rey Joffrey.

—Cuando vengan a visitaros esos grajos de piedra tal vez os convenga tener un perro.

—Es posible. —El hombre titubeó, pero hizo acopio de valor—. Aunque se dice que perdisteis el coraje en la batalla del Aguasnegras. Se dice...

—Ya sé qué se dice. —La voz de Sandor sonaba como dos sierras que se frotaran entre ellas—. Pagadme y nos marcharemos.

Al partir, el Perro tenía una bolsa llena de monedas de cobre, un pellejo de cerveza amarga y una espada nueva. En realidad, se trataba de una espada muy vieja, pero para él era nueva. Se la había cambiado a su propietario por el hacha que había cogido en Los Gemelos, la que había utilizado para hacerle aquel chichón a Arya. La cerveza se acabó en menos de un día, pero Clegane afilaba la espada todas las noches, sin dejar de maldecir a su anterior propietario por cada melladura y cada punto oxidado.

« Si ha perdido el coraje, ¿qué le importa si la espada está afilada o no?». No era una pregunta que Arya pudiera hacerle en voz alta, pero a menudo pensaba sobre el tema. ¿Era por aquello por lo que había huido de Los Gemelos y se la había llevado?

Al regresar a las tierras de los ríos se encontraron con que las lluvias no eran tan abundantes y las aguas crecidas habían empezado a retroceder. El Perro decidió dirigirse al sur, de vuelta al Tridente.

—Iremos a Aguasdulces —le dijo a Arya mientras asaban una liebre que había matado—. A lo mejor el Pez Negro quiere comprarse una loba.

—No me conoce. Ni siquiera sabrá si de verdad soy yo. —Arya estaba

cansada de ir a Aguasdulces. Tenía la sensación de que llevaba años viajando hacia allí sin llegar jamás. Cada vez que emprendía la marcha hacia Aguasdulces acababa en un lugar peor—. No te pagará ningún rescate. Seguro que te ahorca y ya está.

—Que lo intente. —Giró la cabeza y escupió.

« No habla como si hubiera perdido el coraje» .

—Ya sé qué podemos hacer —dijo Arya. Aún le quedaba un hermano. « Jon me querrá aunque nadie más me quiera. Me llamará hermanita y me revolverá el pelo». Pero era un viaje largo, y sabía que no conseguiría llegar sola. Ni siquiera había podido llegar a Aguasdulces—. Podríamos ir al Muro.

—La niña lobo quiere unirse a la Guardia de la Noche, ¿eh? —La risa de Sandor fue como un gruñido.

—Mi hermano está en el Muro —insistió, testaruda.

—El Muro está a mil leguas de aquí. —Hizo una mueca involuntaria con la boca—. Tendríamos que abrirnos paso luchando entre esos malditos Frey solo para llegar al Cuello. En esos pantanos hay lagartos león que desayunan lobos. Y aunque llegáramos al norte sin que nos despellejaran, la mitad de los castillos están ocupados por hombres del hierro, sin mencionar que hay miles de norteños de mierda.

—¿Te dan miedo? —preguntó—. ¿Has perdido el coraje?

Durante un momento pensó que la iba a abofetear. Pero para entonces, la liebre ya estaba tostada, con el exterior crujiente y gotas de grasa que restallaban al caer entre las llamas. Sandor la arrancó del espeto, la partió en dos con sus enormes manazas y tiró la mitad al regazo de Arya.

—A mi coraje no le pasa nada —dijo al tiempo que arrancaba una pata—, pero tu hermano y tú me importáis tanto como una cagada de rata. Y yo también tengo un hermano.

—Tyrion —dijo ser Kevan con tono cansado—, si de verdad eres inocente de la muerte de Joffrey, no te costará nada demostrarlo en el juicio.

—¿Quién me va a juzgar? —preguntó Tyrion apartándose de la ventana.

—La justicia corresponde al trono. El rey ha muerto, pero tu padre sigue siendo la mano. Dado que el acusado es su hijo, y su nieto fue la víctima, les ha pedido a lord Tyrell y al príncipe Oberyn que sean jueces también.

Aquello no sirvió para tranquilizar a Tyrion en absoluto. Mace Tyrell había sido el suegro de Joffrey, aunque por muy poco tiempo, y la Víbora Roja era... En fin, una serpiente.

—¿Se me permitirá exigir un juicio por combate?

—No te lo recomiendo.

—¿Por qué no? —Si así se había salvado en el Valle, ¿por qué no allí?—. Respóndeme, tío. ¿Se me concederán un juicio por combate y un campeón que pruebe mi inocencia?

—Desde luego, si es eso lo que deseas. Pero más vale que lo sepas: en caso de que se celebre un juicio así, tu hermana piensa pedir que su campeón sea ser Gregor Clegane.

« La muy puta se adelanta a mis movimientos. Lástima que no eligiera a un Kettleblack». Ninguno de los tres hermanos le daría el menor trabajo a Bronn, pero la Montaña que Cabalga era harina de otro costal.

—Tendré que consultarla con la almohada.

« Lo que tengo que hacer es hablar con Bronn, y cuanto antes». No quería ni pensar en cuánto le iba a costar aquello. Bronn tenía un alto concepto del valor de su pellejo.

—¿Tiene Cersei algún testigo contra mí?

—Más y más cada día que pasa.

—En ese caso, yo también necesitaré testigos.

—Dime a quién quieras y ser Addam enviará a la Guardia para asegurarse de que se presenten en el juicio.

—Preferiría ir a buscarlos en persona.

—Se te acusa de regicidio y del asesinato de tu sobrino. ¿De verdad crees que se te va a permitir que entres y salgas a tu antojo? —Ser Kevan señaló la mesa —. Tienes pluma, tinta y pergamo. Escribe los nombres de los testigos que necesites y haré todo lo que esté en mi mano para proporcionártelos; te doy mi palabra de Lannister. Pero no saldrás de esta torre más que para asistir al juicio.

—¿Se permitirá entrar y salir a mi escudero? —Tyrion no quiso rebajarse a suplicar.

—¿A ese muchacho, cómo se llama, Podrick Payne? Desde luego, si es eso lo que deseas. Haré que te lo envíen.

—Por favor. Mejor temprano que tarde, y mejor ahora que temprano. —Anadeó hasta la mesa, pero al oír como se abría la puerta se volvió—. Tío...

Ser Kevan se detuvo.

—¿Sí?

—No he sido yo.

—Ojalá pudiera creerte, Tyrion.

Cuando se cerró la puerta, Tyrion Lannister se subió a la silla, afiló la pluma y sacó un pergamo en blanco. « ¿Quién hablará en mi favor? ». Mojó la pluma en el tintero.

La hoja seguía virginal cuando llegó Podrick Payne algo más tarde.

—Mi señor —saludó el muchacho.

—Ve a buscar a Bronn y dile que venga enseguida. —Tyrion dejó la pluma—. Dile que habrá oro, más del que ha soñado jamás, y no se te ocurra volver sin él.

—Sí, mi señor. Quiero decir, no. No volveré.

Salió de la estancia.

No había vuelto cuando se puso el sol; tampoco cuando amaneció. Tyrion se quedó dormido sentado junto a la ventana, y cuando despertó con las primeras luces del alba estaba rígido y dolorido. Un criado le llevó el desayuno: gachas, manzanas y un cuerno de cerveza ligera. Comió en la mesa, todavía con el pergamo en blanco delante. Una hora más tarde, el mismo criado volvió a recoger el cuenco.

—¿Has visto a mi escudero? —le preguntó Tyrion.

El hombre sacudió la cabeza.

Con un suspiro, volvió a sentarse a la mesa y mojó la pluma en el tintero. « Sansa », escribió. Se quedó mirando el nombre con los dientes tan apretados que hasta le dolió.

Suponiendo que Joffrey no se hubiera atragantado con un trozo de empanada, cosa que hasta a Tyrion le costaba creer, Sansa lo debía de haber envenenado. « Joff poco menos que le puso la copa en el regazo, y le había dado motivos más que suficientes ». Cualquier duda que Tyrion pudiera albergar había desaparecido con su esposa. « Una sola carne, un solo corazón, una sola alma ». Hizo una mueca. « No tardó mucho en demostrar cuánto le importaban los votos, ¿verdad? Bueno, enano, ¿y qué esperabas? ».

Aun así... ¿de dónde había sacado Sansa el veneno? Lo que no se podía creer era que la niña hubiera actuado sola. « ¿De verdad me interesa encontrarla? ». ¿Se creerían los jueces que aquella chiquilla, la esposa de Tyrion, había envenenado a un rey a espaldas de su marido? « Yo no, desde luego ». Y Cersei insistiría en que lo habían planeado juntos.

De todos modos, al día siguiente le entregó el pergamo a su tío. Al verlo, ser Kevan frunció el ceño.

—¿Tu único testigo es lady Sansa?

—Ya pensaré en otros, dame tiempo.

—Más vale que se te ocurran deprisa. Los jueces quieren empezar el juicio de hoy en tres días.

—Es demasiado pronto. Me tienes aquí encerrado; ¿cómo voy a encontrar testigos de mi inocencia?

—A tu hermana no le ha costado nada encontrar testigos de tu culpabilidad. —Ser Kevan enrolló el pergamo—. Ser Addam ha puesto a sus hombres a buscar a tu esposa. Varys ha ofrecido cien venados a quien lo informe de su paradero, y cien dragones a quien le entregue a la chica. Si es posible dar con ella, la encontrarán, y te la traeré. No veo nada de malo en que marido y mujer compartan celda y se den apoyo y consuelo.

—Qué amable. ¿Has visto a mi escudero?

—Te lo envíe ayer, ¿no vino?

—Sí que vino —reconoció Tyrion—, pero se volvió a marchar.

—Haré que venga otra vez.

Pero Podrick Payne no regresó hasta la mañana siguiente. Entró en la habitación titubeante, con el miedo escrito en la cara. Bronn entró tras él. El caballero mercenario vestía un jubón con adornos de plata y una gruesa capa de montar, y llevaba colgados del cinturón de la espada un par de guantes de cuero fino.

Solo con ver la expresión de Bronn, Tyrion sintió que se le encogía el estómago.

—Has tardado mucho.

—El chico no paraba de suplicar; de lo contrario, ni habría venido. Me esperan para cenar en el castillo de Stokeworth.

—¿En Stokeworth? —Tyrion saltó de la cama—. Dime, ¿qué se te ha perdido allí?

—Una esposa. —Bronn sonrió como un lobo que estuviera viendo un corderito perdido—. Pasado mañana me voy a casar con Lollys.

—Con Lollys. —«Perfecto, joder, perfecto» . La hija retrasada de lady Tanda conseguía un marido caballero y una especie de padre para el bastardo que llevaba en la barriga, y ser Bronn del Aguasnegras subía otro peldaño. Aquello llevaba la odiosa firma de Cersei—. La zorra de mi hermana te ha vendido un caballo cojo. Esa chica no tiene sesos.

—Si quisiera sesos, me casaría contigo.

—Lollys está preñada de otro hombre.

—En cuanto escupa al cachorro le haré uno mío.

—Ni siquiera es la heredera de Stokeworth —le señaló Tyrion—. Tiene una hermana mayor. Falyse. Que, por cierto, está casada.

—Desde hace diez años, y todavía no ha parido —dijo Bronn—. Su señor

esposo no frecuenta su lecho. Se dice que prefiere a las vírgenes.

—Como si prefiere a las cabras, no importa. Cuando lady Tanda muera, las tierras pasarán a manos de su hija mayor.

—A menos que Falyse muera antes que su madre.

Tyrion se preguntó si Cersei tendría la más remota idea de la clase de serpiente que había puesto a mamar del pecho de lady Tanda. « Y si la tiene, ¿le importará?» .

—Entonces, ¿por qué has venido?

—En cierta ocasión —contestó Bronn encogiéndose de hombros— me dijiste que si alguien hablaba contigo para que te vendiera, tú doblarías la oferta.

« Sí» .

—¿Y qué quieres? ¿Dos esposas o dos castillos?

—Con uno de cada me vale. Pero si lo que quieres es que mate a Gregor Clegane en tu nombre va a tener que ser un castillo muy, muy grande.

En los Siete Reinos sobraban las doncellas de alta cuna, pero ni la solterona más vieja, más pobre y más fea del reino accedería a casarse con un canalla plebeyo como Bronn. « A no ser que tuviera los sesos aguados y un niño sin padre en la barriga, fruto de medio centenar de violaciones» . Lady Tanda había estado tan desesperada por buscarle marido a Lollys que hasta había perseguido a Tyrion durante un tiempo, y aquello había sido antes de que medio Desembarco del Rey se la tirase. Sin duda, Cersei había endulzado la oferta, y Bronn era caballero, así que resultaba un partido adecuado para la hija pequeña de una casa menor.

—Ahora mismo ando muy corto de castillos y de doncellas nobles —reconoció Tyrion—, pero te puedo ofrecer oro y gratitud, como antes.

—Oro ya tengo. ¿Y qué se puede comprar con gratitud?

—Te sorprenderías. Un Lannister siempre paga sus deudas.

—Tu hermana también es una Lannister.

—Mi señora esposa es la heredera de Invernalia. Si salgo de esta con la cabeza sobre los hombros, puede que algún día gobierne el norte en su nombre. Te podría reservar un buen pedazo.

—Muy largo me lo fías —dijo Bronn—. Además, allí hace un frío de cojones. Lollys es suave y cálida, y está cerca. Dentro de dos noches me la podría estar follando.

—No es precisamente una perspectiva halagüeña.

—¿De verdad? —Bronn sonrió—. Reconócelo, Gnomito: si te dieran a elegir entre tirarte a Lollys y luchar contra la Montaña, tendrías los calzones bajados y la polla tibia antes de que me diera tiempo a parpadear.

« Me conoce demasiado bien» . Tyrion probó una táctica diferente.

—Tengo entendido que ser Gregor resultó herido en el Forca Roja y otra vez en el Valle Oscuro. Seguro que ahora es más lento.

—Nunca ha sido rápido. —Bronn hizo una mueca—. Solo monstruosamente grande y monstruosamente fuerte. Y desde luego, más rápido de lo que se podría esperar de un hombre de su tamaño. Tiene un alcance increíble con la espada y parece que no siente los golpes como los demás.

—¿Tanto miedo te da? —preguntó Tyrion con la esperanza de provocarlo.

—Sería imbécil si no me diera miedo. —Bronn se encogió de hombros—. Es posible que pudiera derrotarlo. Bailaría a su alrededor hasta que estuviera tan cansado de lanzarme golpes que no pudiera levantar la espada. O lo derribaría de alguna manera. Cuando están tumbados de espaldas no importa lo altos que sean. Pero es muy arriesgado. Un paso en falso y me puedo dar por muerto. ¿Por qué voy a correr el riesgo? Eres el hijoputa más feo que he visto en mi vida y aun así me caes bien... pero si peleo por ti, pase lo que pase salgo perdiendo. O la Montaña me saca las tripas o lo mato yo y pierdo Stokeworth. Yo vendo mi espada, no la regalo. No soy tu hermano.

—No —dijo Tyrion con tristeza—. Eso es verdad. —Hizo un gesto de despedida con la mano—. Pues venga, márchate. Corre a por Stokeworth y a por tu lady Lollys. Ojalá tu matrimonio te proporcione más alegrías que a mí el mío.

Ya junto a la puerta, Bronn titubeó un instante.

—¿Qué vas a hacer, Gñomo?

—Mataré a Gregor yo mismo. Menuda canción saldría de eso, ¡eh?

—Espero oírla cantar. —Bronn sonrió una última vez y salió de la estancia, del castillo y de su vida.

Pod arrastró los pies por el suelo.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué? ¿Tienes tú la culpa de que Bronn sea un canalla insolente con el corazón podrido? Siempre ha sido un canalla insolente con el corazón podrido. Por eso mismo me caía bien.

Tyrion se sirvió una copa de vino y se la llevó al asiento que había junto a la ventana. En el exterior, el día era gris y lluvioso, pero con perspectivas más alegres que las suyas. Podría enviar a Podrick Payne en busca de Shagga, claro, pero en lo más profundo del bosque Real había tantos lugares donde esconderse que, a veces, los bandidos podían pasarse decenios sin que los apresaran. «Y a Pod le cuesta encontrar el camino hasta la cocina cuando lo mando a buscar un trozo de queso». Timett, hijo de Timett, debía de haber vuelto ya a las montañas de la Luna. Y pese a lo que le había dicho a Bronn, enfrentarse en persona contra ser Gregor Clegane sería una farsa aún mayor que la de los enanos justadores de Joffrey. No tenía la menor intención de morir con los oídos llenos de carcajadas burlonas. «Genial esto del juicio por combate».

Ser Kevan lo volvió a visitar más tarde, y otra vez al día siguiente. Su tío lo informó con educación de que Sansa no había aparecido. Tampoco se encontraba al bufón ser Dontos, que se había esfumado la misma noche. ¿Tenía Tyrion otros

testigos a los que quisiera hacer llamar? No, no los tenía. « ¿Cómo coño puedo demostrar que no le puse veneno en el vino si mil personas me vieron llenar la copa de Joff?» .

Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Se pasó las horas tumbado en la oscuridad, contemplando el dosel de la cama y contando sus fantasmas. Vio a Tysha sonriendo cuando lo besaba; vio a Sansa desnuda y temblando de miedo. Vio a Joffrey desgarrándose la garganta, con la sangre corriéndole por el cuello a medida que el rostro se le oscurecía. Vio los ojos de Cersei, la sonrisa astuta de Bronn, la risa traviesa de Shae... Ni siquiera pensando en Shae se le levantaba. Se acarició con la esperanza de que, si despertaba su polla y la dejaba satisfecha, luego leería más fácil descansar, pero no lo consiguió.

Y así llegó el amanecer, y con él, el día en el que empezaría su juicio.

No fue ser Kevan quien acudió a buscárselo aquella mañana, sino ser Addam Marbrand, con una docena de capas doradas. Tyrion había desayunado huevos cocidos, panceta tostada y pan frito, y se había vestido con sus mejores galas.

—Ser Addam —dijo—, pensaba que mi padre enviaría a la Guardia Real para que me escoltara hasta la sala del juicio. Sigo siendo miembro de la familia real, ¿no?

—Así es, mi señor, pero mucho me temo que la mayor parte de la Guardia Real va a presentar testimonio contra vos. Lord Tywin pensó que no sería apropiado que también os custodiara.

—Los dioses no quieran que hagamos algo poco apropiado. Por favor, adelante.

El juicio se iba a celebrar en el salón del trono, donde Joffrey había muerto. Ser Addam lo escoltó cuando cruzó las imponentes puertas de bronce, y también cuando recorrió la larga alfombra; sentía todos los ojos clavados en él. Se habían congregado cientos de personas para presenciar su juicio. O al menos esperaba que estuvieran allí para mirar. « Por lo que sé, puede que todos vayan a declarar contra mí». Divisó en la galería a la reina Margaery, pálida y hermosa con sus ropas de luto. « Dos veces casada, dos veces viuda, y solo tiene diecisés años». Junto a ella estaba su madre, muy alta, y su menuda abuela al otro lado, rodeadas por sus damas y por los caballeros de la casa de su padre, que ocupaban toda la galería.

El estrado estaba todavía al pie del desierto Trono de Hierro, aunque se habían retirado todas las mesas menos una. Frente a ella estaban sentados el fornido lord Mace Tyrell, con un manto dorado sobre ropas verdes, y el esbelto príncipe Oberyn Martell, con una larga túnica a rayas naranja, amarillas y escarlata. Lord Tywin Lannister se había situado entre ellos.

« Puede que aún me quede alguna esperanza. —El dorniense y el de Altojardín se detestaban—. Si encuentro la manera de utilizar eso en mi favor...» .

El septón supremo empezó con una plegaria en la que se pedía al Padre en las alturas que los guiara hacia la justicia. En cuanto hubo terminado, el padre en la Tierra se inclinó hacia delante.

—Tyrion, ¿mataste tú al rey Joffrey?

« No pierde un instante» .

—No.

—Menos mal, qué alivio —comentó Oberyn Martell en tono seco.

—¿Fue entonces Sansa Stark? —preguntó lord Tyrell.

« Si yo hubiera estado en su lugar lo habría matado, desde luego» . Pero, estuviera donde estuviera Sansa, fuera cual fuera el papel que había desempeñado, seguía siendo su esposa. Al rodearle los hombros con su capa había jurado protegerla, aunque para ello hubiera tenido que subirse sobre la espalda de un bufón.

—Los dioses mataron a Joffrey. Se atragantó con la empanada de paloma.

—¿Culpas a los cocineros? —Lord Tyrell se había puesto rojo.

—A ellos o a las palomas. Pero a mí no me metáis en esto.

Tyrion oyó algunas risitas nerviosas y supo que había cometido un error.
« Vigila esa lengua, enano idiota, o te cavará una tumba» .

—Hay testigos contra ti —dijo lord Tywin—. Primero los escucharemos a ellos; luego podrás presentar a tus testigos. Solo hablarás cuando te demos permiso.

Tyrion no pudo hacer otra cosa que asentir.

Ser Addam le había dicho la verdad: el primer hombre al que se hizo pasar fue ser Balon Swann, de la Guardia Real.

—Mi señor —empezó después de que el septón supremo le tomara juramento de decir solo la verdad—, tuve el honor de luchar al lado de vuestro hijo en el puente de barcos. Pese a su tamaño es un valiente, y me niego a creer que hiciera esto de lo que se le acusa.

Un murmullo recorrió el salón. Tyrion se preguntó a qué estaría jugando Cersei. « ¿Por qué presenta un testigo que me considera inocente?» . No tardó en descubrirlo. De mala gana, ser Balon relató cómo había tenido que apartar a Tyrion de Joffrey el día de la revuelta.

—Golpeó a su alteza, es cierto. Pero no fue más que un momento de ira. Una tormenta de verano. La turba había estado a punto de matarnos a todos.

—En tiempos de los Targaryen, el hombre que osaba golpear a alguien de sangre real perdía la mano con la que lo había tocado —observó la Víbora Roja de Dorne—. ¿Es que al enano le volvió a crecer, o los Espadas Blancas olvidasteis cumplir con vuestro deber?

—Él también es de sangre real —respondió ser Balon—. Además, era la mano del rey.

—No —intervino lord Tywin—. Desempeñaba las funciones de la mano, pero

en mi lugar.

Ser Meryn Trant estuvo encantado de ampliar el relato de ser Balon cuando ocupó su lugar como testigo.

—Tiró al rey al suelo y empezó a darle patadas. Gritaba que era una injusticia que su alteza hubiera escapado ileso de la turba.

Tyrion empezaba a entender el plan de su hermana. « Ha arrancado con un hombre conocido por su honradez y le ha sacado todo lo posible. A partir de ahora, cada testigo contará algo peor hasta hacer que parezca una mezcla entre Maegor el Cruel y Aerys el Loco, con un toque de Aegon el Indigno para dar color» .

Ser Meryn pasó a relatar cómo Tyrion había detenido a Joffrey cuando estaban golpeando a Sansa Stark.

—El enano le preguntó a su alteza si sabía qué le había pasado a Aerys Targaryen. Cuando ser Boros habló en defensa del rey, el Gnomo amenazó con hacerlo matar.

El propio Blount fue el siguiente y corroboró aquella historia. Si ser Boros le guardaba algún rencor a Cersei por expulsarlo de la Guardia Real, no lo demostró, y dijo lo que ella quería oír.

Tyrion no pudo seguir en silencio.

—¿Por qué no les decís a los jueces qué estaba haciendo Joffrey?

—Ordenasteis a vuestros salvajes que me mataran si abría la boca —contestó el hombretón de la papada mirándolo—, esa es la verdad.

—Tyrion —intervino lord Tywin—, solo puedes hablar cuando lo indiquemos. Esto es una advertencia.

Tyrion, rabioso, se mordió los labios.

Los siguientes fueron los Kettleblack, los tres, por turnos. Osney y Osflyd relataron su cena con Cersei antes de la batalla del Aguasnegras y no omitieron ninguna de las amenazas que había formulado.

—Le dijo a su alteza la reina que le iba a hacer daño —narró ser Osflyd—. Que iba a sufrir.

Su hermano Osney fue un poco más lejos.

—Dijo que esperaría un día en que ella se sintiera segura y feliz y haría que la alegría se le convirtiera en cenizas en la boca.

Ninguno mencionó a Alayaya.

Ser Osmund Kettleblack, la viva imagen de la caballería con su inmaculada armadura de lamas y su capa de lana blanca, declaró bajo juramento que el rey Joffrey sabía desde hacía mucho tiempo que su tío Tyrion pretendía asesinarlo.

—Fue el día en que me entregaron la capa blanca, mis señores —les dijo a los jueces—. Aquel valiente muchacho me dijo: « Mi buen ser Osmund, guardadme bien, pues mi tío quiere hacerme daño. Quiere sentarse en el trono en mi lugar» .

—¡Mentira! —exclamó Tyrion. Aquello era más de lo que podía soportar. Dio dos pasos adelante de que las capas doradas lo arrastraran a su sitio.

—¿Tendremos que encadenarte de pies y manos como a un vulgar bandolero? —le preguntó lord Tywin frunciendo el ceño.

Tyrion rechinó los dientes. «El segundo error, idiota, idiota, enano idiota. Mantén la calma o estás perdido».

—No. Os pido perdón, mis señores. Sus mentiras me enfurecen.

—Sus verdades, querrás decir —intervino Cersei—. Padre, te ruego que le pongas grilletes; es por tu seguridad. Ya has visto cómo es.

—Yo he visto que es un enano —señaló el príncipe Oberyn—. El día en que tema la ira de un enano será el día en que decida ahogarme en un tonel de vino.

—No harán falta grilletes. —Lord Tywin miró hacia las ventanas y se levantó—. Se está haciendo tarde. Seguiremos mañana por la mañana.

Aquella noche, a solas en la celda de la torre con un pergamo en blanco y una copa de vino, Tyrion no pudo evitar pensar en su esposa. No en Sansa, sino en su primera esposa, Tysha. «La esposa puta, no la esposa loba». El amor que decía sentir por él había sido fingido, pero él se lo había creído, y al creerlo había sido feliz. «A mí dadme dulces mentiras y guardaos vuestras amargas verdades». Se bebió el vino y pensó en Shae. Más tarde, cuando ser Kevan acudió para la cotidiana visita nocturna, Tyrion pidió ver a Varys.

—¿Crees que el eunuco hablará en tu defensa?

—No lo sabré hasta que charle con él. Ten la bondad de pedirle que venga a verme, tío.

—Como quieras.

Los maestres Ballabar y Frenken abrieron el segundo día de juicio. También habían abierto el noble cadáver del rey Joffrey, y juraron que no habían encontrado ningún trocito de empanada de paloma ni de ningún otro alimento en la garganta real.

—La causa de su muerte fue el veneno, mis señores —dijo Ballabar, a lo que Frenken asintió con gesto serio.

Luego hicieron entrar al gran maestre Pycelle, que llegó apoyado en un bastón retorcido, caminando tembloroso, con unos cuantos pelos blancos saliéndole del largo cuello de pollo. Últimamente estaba demasiado débil para mantenerse en pie, de manera que los jueces permitieron que declarara sentado en una silla y tras una mesa. Sobre la mesa había varios frasquitos. Pycelle fue nombrando el contenido de cada uno.

—Setagris —dijo con voz temblorosa—. Se extrae de hongos venenosos. Solano, sueñodulce, danza del diablo... Esto es ojociego. A esto lo llaman sangre de viuda, por el color. Una pócima muy cruel: hace que a la víctima se le cierren la vejiga y los intestinos hasta que se ahoga en sus propios venenos. Esto es matalobos; esto, veneno de basilisco; esto son lágrimas de Lys. Sí, los reconozco

todos. El Gnomo Tyrion Lannister los robó de mis habitaciones cuando me hizo encerrar con falsos cargos.

—¡Pycelle! —exclamó Tyrion, aun a riesgo de incurrir en la ira de su padre —, ¿es posible que alguno de estos venenos ahogue a un hombre?

—No. Para eso hay que recurrir a uno más raro. Cuando era niño, en la Ciudadela, mis maestros lo llamaban tan solo *el estrangulador*.

—Pero no habéis encontrado ni rastro de ese raro veneno, ¿verdad?

—No, mi señor. —Pycelle lo miró y parpadeó—. Lo gastasteis todo en matar al niño más noble que jamás pusieron los dioses sobre esta tierra.

—Joffrey era estúpido y cruel —soltó Tyrion; la rabia le había nublado los sentidos—, pero yo no lo maté. Cortadme la cabeza si queréis, pero no tuve nada que ver con la muerte de mi sobrino.

—¡Silencio! —exclamó lord Tywin—. Es la tercera vez que te lo digo. En la próxima ocasión ordenaré que te pongan los grilletes y la mordaza.

A Pycelle lo siguió toda una procesión interminable y agotadora. Damas y señores, nobles caballeros, gente de alta cuna y de baja estofa por igual: todos habían asistido al banquete de bodas; todos habían visto cómo se ahogaba Joffrey, cómo se le ponía la cara tan negra como una ciruela de Dorne. Lord Redwyne, lord Celtilgar y ser Flement Brax habían oído a Tyrion amenazar al rey; dos criados, un malabarista, lord Gyles, ser Hobber Redwyne y ser Philip Foote lo habían visto llenar el cáliz nupcial. Lady Merryweather juró que había visto al enano poner algo en el vino del rey mientras Joff y Margaery estaban cortando la empanada. El anciano Estermont, el joven Peckledon, el bardo Galyeon de Cuy, y los escuderos Morros y Jothos Slynt relataron cómo Tyrion había cogido el cáliz mientras Joff agonizaba y había derramado en el suelo el resto del vino envenenado.

« ¿Cuándo me he creado tantos enemigos? ». Lady Merryweather era una completa desconocida para él. Tyrion no sabía si era miope o si la habían comprado. Por suerte, Galyeon de Cuy no había puesto música a su declaración; de lo contrario habría contado con setenta y siete versos de mierda.

Cuando su tío lo visitó aquella noche después de la cena, su trato era frío y distante.

« Él también cree que fui yo ».

—¿Quieres presentar algún testigo? —le preguntó ser Kevan.

—No, no como tal. A menos que hayáis encontrado a mi esposa.

Su tío hizo un gesto de negación.

—Parece que el juicio lleva muy mal camino para ti.

—¿De verdad? ¿Tú crees? No me había dado cuenta. —Tyrion se rascó la cicatriz—. Varys no ha venido.

—Ni vendrá. Mañana declarará contra ti.

« Estupendo ».

—Ya veo. —Se reacomodó en el asiento—. Satisface mi curiosidad, tío. Siempre has sido un hombre justo; ¿qué te ha convencido a ti?

—¿Para qué robar los venenos de Pyelle si no ibas a utilizarlos? —respondió ser Kevan sin tapujos—. Y lady Merryweather vio...

—¡Nada! No vio nada, porque no había nada que ver. Pero ¿cómo lo puedo demostrar? ¿Cómo puedo demostrar algo si estoy aquí encerrado?

—Puede que haya llegado el momento de que confieses.

Pese a los gruesos muros de piedra de la Fortaleza Roja, Tyrion oía el repiqueo constante de la lluvia.

—¿Me lo repites, tío? Me ha parecido que me decías que debía confesar.

—Si reconocieras tu culpabilidad ante el trono y te arrepintieras del crimen, tu padre no decretaría la espada. Se te permitiría vestir el negro.

Tyrion se le rio a la cara.

—Las mismas condiciones que Cersei le ofreció a Eddard Stark, y todos sabemos cómo terminó aquello.

—Tu padre no tuvo nada que ver en esa ocasión.

Al menos, aquello era verdad.

—El Castillo Negro está lleno de asesinos, ladrones y violadores —señaló Tyrion—, pero cuando estuve allí no conocí a ningún regicida. ¿Quieres que crea que si me confieso culpable de regicidio y de asesinar a mi sobrino, mi padre sonreirá, me perdonará y me mandará al Muro con una muda de ropa interior abrigada? —Soltó una carcajada grosera.

—No he dicho nada de que te perdone —insistió ser Kevan—. Con una confesión, este asunto quedaría en suspenso. Por eso me ha dicho tu padre que te transmita esta oferta.

—Dale las gracias de mi parte, tío, pero dile que ahora mismo no estoy de humor para confesar.

—Yo que tú cambiaría de humor. Tu hermana quiere tu cabeza, y al menos lord Tyrell se inclina a satisfacerla.

—De modo que uno de mis jueces ya me ha condenado sin escuchar ni una palabra de mi defensa. —No esperaba otra cosa—. Al menos dime, ¿se me permitirá hablar y presentar testigos?

—No tienes ningún testigo —le recordó su tío—. Tyrion, si eres culpable de esta monstruosidad, el Muro es un destino mucho mejor que el que mereces. Y si eres inocente... Bueno, ya sé que se combate en el norte, pero pase lo que pase en este juicio, para ti será un lugar más seguro que Desembarco del Rey. El populacho está convencido de que eres culpable. Si cometieras la estupidez de salir a las calles, te desmembrarían.

—Ya veo que la sola posibilidad te aterra.

—Eres el hijo de mi hermano.

—Eso se lo podrías recordar a él.

—¿Crees que te permitiría vestir el negro si no fueras de su sangre y de la de Joanna? Ya sé que Tywin te parece un hombre duro, pero no es más duro de lo necesario. Nuestro padre era amable y bondadoso, pero tan débil que sus vasallos se burlaban de él cuando se emborrachaban. Algunos no dudaban en desafiarlo abiertamente. Otros señores nos pedían prestado oro y no se molestaban en devolverlo. En la corte se bromeaba acerca de los leones desdentados. Hasta su amante le robaba. ¡Una mujer que era poco más que una prostituta se llevaba las joyas de mi madre! A Tywin le correspondió devolver a la casa Lannister a su lugar, igual que le correspondió gobernar este reino cuando no tenía más de veinte años. Llevó esa pesada carga sobre los hombros hasta los cuarenta, y lo único que consiguió fue despertar la envidia de un rey loco. En vez de los honores que se merecía tuvo que soportar agravios y más agravios, pero trajo paz, abundancia y justicia a los Siete Reinos. No es más que un hombre. Harías bien en confiar en él.

Tyrion parpadeó, atónito. Ser Kevan siempre había sido firme, impasible y pragmático. Nunca lo había oído hablar con tanta vehemencia.

—Lo quierés mucho.

—Es mi hermano.

—De acuerdo... Pensaré en lo que me has dicho.

—Piénsalo bien. Y deprisa.

No pensó en otra cosa durante toda la noche, pero al llegar la mañana no tenía ni un ápice más claro si podía confiar en su padre. Un criado le llevó gachas y miel para desayunar, pero el único sabor que sentía en la boca era el de la bilis ante la sola idea de hacer una confesión.

«Me llamarán asesino toda la vida. Durante mil años, o más si se me recuerda, seré conocido como el enano monstruoso que envenenó a su joven sobrino en su banquete de bodas». Con solo pensarlo se puso tan furioso que lanzó el cuenco con la cuchara contra la pared, en la que dejó una mancha de gachas. Ser Addam Marbrand la miró con curiosidad cuando acudió para escuchar a Tyrion al juicio, pero tuvo la delicadeza de no preguntar nada.

—Lord Varys —anunció el heraldo—, consejero de los rumores.

Empolvado, acicalado y con olor a agua de rosas, la Araña no dejó de frotarse las manos mientras hablaba.

«Lavándoselas de mi vida —pensó Tyrion mientras escuchaba el lastimero relato del eunuco acerca de cómo el Gnomo había intentado privar a Joffrey de la protección del Perro y lo que había comentado con Bronn sobre las ventajas de que Tommen fuera el rey—. Las medias verdades son peores que las mentiras directas».

A diferencia de los otros, Varys tenía documentos: pergaminos enteros llenos de anotaciones, detalles, fechas, conversaciones... Era tanto el material que solo recitarlo llevó todo aquel día, y la mayor parte resultaba condenatorio. Varys

confirmó la visita a medianoche a las habitaciones del gran maestre Pyelle, y el robo de las pócimas y venenos, y confirmó las amenazas que había hecho a Cersei la noche de la cena. Confirmó hasta el último detalle excepto el envenenamiento en sí. Cuando el príncipe Oberyn le preguntó cómo sabía todo aquello si no había estado presente en ninguno de los acontecimientos, el eunuco dejó escapar una risita.

—Me lo contaron mis pajaritos. Su misión es saber, al igual que la mía.

« ¿Cómo puedo contrainterrogar a un pajarito? —pensó Tyrion—. Tendría que haberle cortado la cabeza al eunuco el día que llegué a Desembarco del Rey. Maldito sea. Y maldito sea yo por haber confiado en él».

—¿Hemos terminado de escuchar a tus testigos? —le preguntó lord Tywin a su hija mientras Varys salía del salón.

—Casi —respondió Cersei—. Te ruego que me permitas presentar uno más mañana ante el tribunal.

—Como quieras —dijo lord Tywin.

« Genial —pensó Tyrion, rabioso—. Después de esta farsa de juicio, la ejecución va a ser casi un alivio».

Aquella noche meditaba sentado junto a la ventana y bebía una copa de vino cuando oyó voces al otro lado de la puerta.

« Ser Kevan viene a saber qué respondo», pensó al instante.

Pero el que entró no fue su tío. Tyrion se levantó para hacer una reverencia burlona ante el príncipe Oberyn.

—¿Se permite a los jueces visitar al acusado?

—A los príncipes se les permite hacer lo que les venga en gana. Al menos eso les he dicho a vuestros guardias. —La Víbora Roja se sentó.

—Mi padre se va a disgustar mucho con vos.

—La felicidad de Tywin Lannister no ha sido nunca una de mis prioridades. ¿Estáis bebiendo vino de Dorne?

—No, del Rejo.

—Agua roja. —Oberyn hizo una mueca—. ¿Lo envenenasteis vos?

—No. ¿Y vos?

—¿Todos los enanos tienen la lengua así de larga? —preguntó el príncipe con una sonrisa—. El día menos pensado, alguien os la va a cortar.

—No sois el primero que me lo dice. A veces pienso que debería cortármela yo mismo; no hace más que meterme en lios.

—Ya me he dado cuenta. Bien pensado, beberé un poco de zumo de uvas de lord Redwyne.

—Como queráis.

Tyrion le sirvió una copa. El príncipe se la llevó a los labios, paladeó el vino y lo tragó.

—No está del todo mal. Mañana os enviaré un vino dorniense bien fuerte. —

Bebió otro trago—. Ya encontré a la puta de pelo rubio que buscaba.

—Así que habéis estado en casa de Chataya.

—En casa de Chataya me acosté con la chica de piel negra. Creo que se llama Alayaya. Es exquisita, y eso a pesar de las cicatrices de la espalda. Pero la puta a la que me refiero es vuestra hermana.

—¿Ya os ha seducido? —preguntó Tyrion, nada sorprendido.

Oberyn soltó una carcajada.

—No, pero lo hará si pago su precio. Hasta ha llegado a insinuar la posibilidad de un matrimonio. ¿Qué mejor esposo para su alteza que un príncipe de Dorne? Ellaria dice que debería aceptar. Solo con imaginarse a Cersei en nuestra cama se pone caliente, la muy guarra. Así ni siquiera tendríamos que pagar el penique del enano. Lo único que me pide vuestra hermana a cambio es una cabeza, una cabeza bastante grande y sin nariz.

—¿Y? —inquirió Tyrion, a la espera.

El príncipe Oberyn hizo girar el vino en la copa antes de responder.

—Cuando el Joven Dragón conquistó Dorne, hace ya mucho tiempo, dejó al señor de Altojardín para que nos gobernara tras la claudicación de Lanza del Sol. Aquel Tyrell y los suyos fueron de fortaleza en fortaleza dando caza a los rebeldes y asegurándose de que seguíamos de rodillas. Llegaba con su ejército, se apoderaba de un castillo, se quedaba todo un ciclo lunar y luego partía hacia el siguiente. Tenía la costumbre de echar a los señores de sus habitaciones y dormir en sus lechos. Una noche se encontraba en una cama con dosel de terciopelo. Cerca de las almohadas había un cordón para llamar al servicio, por si quería que le llevaran a una moza. A lord Tyrell le gustaban las mujeres dornienses, cosa comprensible, de manera que tiró del cordón, y el dosel se le abrió sobre la cabeza y le cayó encima un centenar de escorpiones rojos. Su muerte fue la chispa que prendió el fuego que pronto se extendió por todo Dorne, con lo que las victorias del Joven Dragón quedaron en nada en menos de quince días. Los hombres arrodillados nos levantamos, y volvimos a ser libres.

—Ya conocía la historia —replicó Tyrion—. ¿Qué me queréis decir con ella?

—Solo una cosa: si alguna vez me encuentro un cordón junto a la cama y tiro de él, preferiría mil veces que me cayeran encima los escorpiones a que fuera la reina desnuda.

—Al menos en eso estamos de acuerdo —dijo Tyrion sonriendo.

—Lo cierto es que tengo mucho que agradecerle a vuestra hermana. De no ser por su acusación durante el banquete, tal vez me estarían juzgando a mí en vez de a vos. —Los ojos del príncipe brillaban divertidos—. Al fin y al cabo, ¿quién sabe más de venenos que la Vibora Roja de Dorne? ¿Quién tiene más motivos para mantener a los Tyrell lejos de la corona? Una vez muerto Joffrey, según las leyes dornienses, el Trono de Hierro debería pasar a su hermana Myrcella, quien da la casualidad de que es la prometida de mi sobrino, gracias a

vos.

—Aquí no se aplica la ley dorniense. —Tyrion había estado tan inmerso en sus propios problemas que no se había detenido a pensar en la sucesión—. Podéis estar seguro de que mi padre coronará a Tommen.

—Desde luego, puede coronar a Tommen aquí, en Desembarco del Rey. Pero mi hermano también puede coronar a Myrcella en Lanza del Sol. ¿Vuestro padre hará la guerra contra vuestra sobrina en defensa de vuestro sobrino? ¿Y vuestra hermana? —Se encogió de hombros—. Tal vez debería casarme con la reina Cersei; la única condición que le pondría sería que apoyara a su hija en vez de a su hijo. ¿Qué creéis que me respondería?

« Que jamás », se disponía a decir Tyrion, pero las palabras se le atragantaron. Cersei siempre había sentido amargura al verse apartada del poder por culpa de su sexo. « Si la ley dorniense se aplicara en occidente, tendría derecho a heredar Roca Casterly ». Jaime y ella eran mellizos, pero Cersei había sido la primera en nacer; no hacían falta más argumentos. Al defender la causa de Myrcella estaría defendiendo la suya propia.

—No sé qué haría mi hermana si tuviera que elegir entre Tommen y Myrcella —reconoció—. Pero da igual; mi padre no le permitirá tomar una decisión.

—Vuestro padre no vivirá eternamente —señaló el príncipe Oberyn.

Hubo algo en su manera de decirlo que hizo que a Tyrion se le erizara el vello de la nuca. De pronto se volvió a acordar de Elia y de lo que había hecho Oberyn el día de su llegada, mientras cruzaban el campo quemado.

« Quiere la cabeza que dio la orden, no solo la mano que blandió la espada» .

—No es buena idea hablar como un traidor en la Fortaleza Roja, príncipe. Los pajaritos están escuchando.

—Que escuchen. ¿Acaso es traición decir que un hombre es mortal? *Valar morghulis*, como decían en la antigua Valyria. « Todos los hombres mueren » . Y la Maldición demostró que era verdad. —El dorniense se dirigió hacia la ventana y contempló la noche—. Se dice que no tenéis ningún testigo que presentarnos.

—Albergaba la esperanza de que solo con ver mi dulce rostro quedaríais convencidos de mi inocencia.

—Os equivocáis, mi señor. La Flor Gorda de Altojardín está convencido de que sois culpable y quiere veros morir. Su adorada Margaery también bebía de ese cáliz, como nos ha recordado cien veces.

—¿Y vos? —preguntó Tyrion.

—Los hombres rara vez son aquello que parecen. Y vos parecéis tan culpable que estoy seguro de que sois inocente. De todos modos, lo más probable es que seáis condenado. A este lado de las montañas no abunda la justicia. No ha habido justicia para Elia, para Aegon ni para Rhaenys. ¿Por qué va a haberla para vos? A lo mejor al verdadero asesino de Joffrey lo ha devorado un oso. Son cosas que

pasan en Desembarco del Rey. Ah, no, esperad, lo del oso fue en Harrenhal, ahora me acuerdo.

—¿Ese es vuestro juego? —Tyrion se frotó el muñón de la nariz. No tenía nada que perder con decirle la verdad a Oberyn—. Había un oso en Harrenhal y mató a ser Amory Lorch.

—Mala suerte para él —dijo la Vibora Roja—. Y para vos. ¿Todos los hombres desnarigados mienten así de mal?

—No estoy mintiendo. Ser Amory sacó a rastras a la princesa Rhaenys de debajo de la cama de su padre y la mató a puñaladas. Lo acompañaban varios soldados, pero no sé quiénes eran. —Se inclinó hacia delante—. Fue ser Gregor Clegane quien destrozó la cabeza del príncipe Aegon contra una pared y violó a vuestra hermana Elia con las manos todavía manchadas de sangre y sesos.

—Lo que hay que ver. Un Lannister diciendo la verdad. —Oberyn le dedicó una sonrisa fría—. Fue vuestro padre quien dio la orden, ¿verdad?

—No. —La mentira le salió sin vacilaciones; ni siquiera se paró a preguntarse por qué defendía a lord Tywin.

—Qué hijo tan obediente. —El dorniense arqueó una fina ceja negra—. Y qué mentira tan endeble. Fue lord Tywin quien puso a los hijos de mi hermana ante el rey Robert, envueltos en capas escarlata de los Lannister.

—Esto lo tendríais que hablar con mi padre; él era el que estaba allí. Yo estaba en la Roca y era tan pequeño que pensaba que la cosa que tenía entre las piernas solo valía para mear.

—Sí, pero ahora estáis aquí, y me atrevo a decir que en una situación un tanto comprometida. Vuestra inocencia puede ser tan evidente como la cicatriz que tenéis en la cara, pero eso no os va a salvar. Y tampoco vuestro padre. —El príncipe dorniense sonrió—. En cambio, yo sí podría.

—¿Vos? —Tyrion lo miró bien—. Solo sois uno de los tres jueces. ¿Cómo me podríais salvar?

—Como juez, no. Como campeón.

Era un libro blanco sobre una mesa blanca en una habitación blanca.

La habitación era redonda, y las paredes, de piedra blanca con tapices de lana blanca. Ocupaba el primer piso de la Torre de la Espada Blanca, una esbelta edificación de cuatro pisos que se alzaba en un ángulo del muro del castillo y desde la que se dominaba la bahía. En la cripta se guardaban las armas y armaduras; los pisos segundo y tercero albergaban las celdas austeras y pequeñas donde dormían los seis hermanos de la Guardia Real.

Había ocupado una de aquellas celdas durante dieciocho años, pero aquella misma mañana había trasladado sus pertenencias al piso superior, que se destinaba por completo a las estancias del lord comandante. Aquellas habitaciones también eran austeras, pero más espaciosas. Y quedaban por encima de la muralla exterior, de manera que tenía vistas al mar.

« Va a ser agradable —pensó—. Las vistas y todo lo demás» .

Tan pálido como la habitación, Jaime estaba sentado junto al libro, vestido con las ropas blancas de la Guardia Real mientras aguardaba a sus hermanos juramentados. De la cadera le colgaba una espada larga. Del otro lado de la cadera. Antes siempre llevaba la espada a la izquierda y la desenvainaba con la derecha. Aquella mañana se la había colgado a la derecha para poder desenvainarla con la izquierda, y el peso en aquel lado le hacía sentirse extraño; cuando intentó desenvainar la espada, el movimiento le pareció torpe y antinatural. La ropa también le sentaba mal. Se había puesto el atuendo de invierno de la Guardia Real, una túnica y unos calzones de lana blanca y una gruesa capa del mismo color, pero todo le quedaba demasiado holgado.

Jaime se había pasado los días en el juicio de su hermano, siempre al fondo de la sala. Tyrion no lo vio desde donde estaba, o tal vez no lo reconoció, cosa que tampoco lo habría sorprendido. Por lo visto, la mitad de la corte ya no lo conocía. « Soy un desconocido entre los de mi casa» . Su hijo estaba muerto, su padre lo había desheredado y su hermana... no había permitido que se encontraran a solas ni una sola vez, después de aquel primer día en el septo real durante el velatorio de Joffrey. E incluso entonces, cuando atravesaron con él la ciudad para llevarlo a su tumba, en el Gran Septo de Baelor, Cersei mantuvo en todo momento una distancia prudente.

Volvió a mirar a su alrededor, en la Sala Circular. Las paredes estaban cubiertas de paramentos de lana blanca, y sobre la chimenea había un escudo blanco con dos espadas cruzadas. La silla que había detrás de la mesa era de roble negro, antigua, con cojines de cuero blanqueado, muy desgastados. « Desgastados por el culo flaco de Barristan el Bravo, y por el de ser Gerold Hightower, que lo precedió, y por el del príncipe Aemon, el Caballero Dragón; el de ser Ryam Redwyne; el del Demonio de Darry; el de ser Duncan el Alto y el

de Griffin Alyn Connington el Pálido...» . ¿Qué hacía el Matarreyes en tan noble compañía?

Pues allí estaba.

La misma mesa era también antigua, de arciano, blanquecina como el hueso, tallada en forma de enorme escudo que reposaba sobre tres corceles blancos. La tradición mandaba que, en las escasas ocasiones en que se reunían los siete, el lord comandante ocupara el puesto de honor en la cabecera del escudo, con tres hermanos a cada lado. El libro que tenía junto al codo era enorme: media tres palmos de altura y más de dos de anchura, y tenía mil páginas de excelente pergamino blanco entre unas tapas de cuero blanco, con los goznes y los cierres de oro. Su título real era *El libro de los hermanos*, pero por lo general todos lo llamaban, sencillamente, el «Libro Blanco» .

El Libro Blanco contenía la historia de la Guardia Real. Todos y cada uno de los caballeros que habían servido en ella tenían su página, en la que se detallaban su nombre y sus hazañas para la posteridad. En la esquina superior izquierda de cada página aparecía dibujado el escudo que había lucido cada hermano en el momento en que fue elegido, coloreado con tonos vivos. En la esquina inferior derecha estaba el escudo de la Guardia Real: níveo, sin dibujos, puro. Todos los escudos de la parte superior eran diferentes; todos los escudos de la parte inferior eran iguales. Y entre ellos estaban escritos todos los hitos de la vida y el servicio de cada hombre. Los dibujos de los blasones y las iluminaciones eran obra de los septones que el Gran Septo de Baelor enviaba tres veces al año, pero al lord comandante le correspondía la misión de mantener actualizadas las anotaciones.

«Ahora es mi misión». En cuanto aprendiera a escribir con la mano izquierda, claro. El Libro Blanco estaba muy atrasado. Había que anotar las muertes de ser Mandon Moore y ser Preston Greenfield, así como la breve y sanguinaria etapa de servicio de Sandor Clegane en la Guardia Real. Había que crear páginas nuevas para ser Balon Swann, ser Osmund Kettleblack y el Caballero de las Flores. «Tengo que llamar a un septón para que dibuje los escudos» .

Ser Barristan Selmy había sido el predecesor de Jaime como lord comandante. El escudo que aparecía en la parte superior de su página mostraba las armas de la casa Selmy: tres espigas de trigo amarillas sobre fondo marrón. Jaime sonrió al ver que ser Barristan se había tomado tiempo para reseñar su propio despido antes de abandonar el castillo, aunque no lo sorprendió.

Ser Barristan de la casa Selmy. Hijo primogénito de ser Lyonel Selmy, de Torreón Cosecha. Sirvió como escudero de ser Manfredd Swann. Apodado *el Bravo* a los diez años, cuando con una armadura prestada se presentó como caballero misterioso en el torneo de

Refugionegro, en el que fue derrotado y desenmascarado por Duncan, Príncipe de las Libélulas. Armado caballero a los diecisésis años por el rey Aegon V Targaryen, tras llevar a cabo grandes hazañas como caballero misterioso en el torneo de invierno de Desembarco del Rey, derrotando al príncipe Duncan el Pequeño y a ser Duncan el Alto, lord comandante de la Guardia Real. Mató en combate singular a Maelys el Monstruoso, el último de los Fuegoscuro que pretendían el trono, durante la guerra de los Reyes Nuevopeniques. Derrotó a Lormelle Lanza Larga y a Cedrik Tormenta, el Bastardo de Puertabronce. Nombrado miembro de la Guardia Real a los veintitrés años por el lord comandante ser Gerold Hightower. Defendió la posición contra todos los que lo desafiaron en el torneo de Puente de Plata. Vencedor en el combate cuerpo a cuerpo de Poza de la Doncella. Pese a una herida de flecha en el pecho, consiguió poner a salvo al rey Aerys II durante la Resistencia del Valle Oscuro. Vengó la muerte de su hermano juramentado ser Gwayne Gaunt. Rescató a lady Jeyne Swann y a su septa de la Hermandad del Bosque Real, derrotando a Simon Toyne y al Caballero Sonriente, y acabó con la vida del primero. En el torneo de Antigua derrotó y desenmascaró al caballero misterioso Escudonegro, que resultó ser el Bastardo de Tierras Altas. Único campeón en el torneo de lord Steffon en Bastión de Tormentas, en el que descabalgó a lord Robert Baratheon, al príncipe Oberyn Martell, a lord Leyton Hightower, a lord Jon Connington, a lord Jason Mallister y al príncipe Rhaegar Targaryen. Recibió heridas de flecha, lanza y espada durante la batalla del Tridente, en la que combatió al lado de sus hermanos juramentados y del príncipe Rhaegar de Rocadragón. Perdonado y nombrado lord comandante de la Guardia Real por el rey Robert I Baratheon. Sirvió en la guardia de honor que acompañó a lady Cersei de la casa Lannister hasta Desembarco del Rey, para su matrimonio con el rey Robert. Encabezó el ataque a Viejo Wyk durante la Rebelión de Balon Greyjoy. Campeón del torneo de Desembarco del Rey a los cincuenta y siete años. Despedido del servicio por el rey Joffrey I Baratheon a los sesenta y un años por motivo de su avanzada edad.

La primera parte de la historia de ser Barristan la había escrito ser Gerold Hightower con caligrafía amplia y contundente. La letra de Selmy, más menuda y elegante, retomaba la narración con el relato de sus heridas en el Tridente.

En comparación, la página de Jaime era escueta.

Ser Jaime de la casa Lannister. Hijo primogénito de lord Tywin y

lady Joanna de Roca Casterly. Sirvió contra la Hermandad del Bosque Real como escudero de lord Sumner Crakehall. Armado caballero a los quince años por ser Arthur Dayne, de la Guardia Real, por su valor en el campo de batalla. Elegido para la Guardia Real a los quince años por el rey Aerys II Targaryen. Durante el saqueo de Desembarco del Rey mató al rey Aerys II al pie del Trono de Hierro. Llamado a partir de entonces *Matarreyes*. El crimen le fue perdonado por el rey Robert I Baratheon. Sirvió en la guardia de honor que acompañó hasta Desembarco del Rey a su hermana, lady Cersei Lannister, para su matrimonio. Campeón en el torneo celebrado en Desembarco del Rey con motivo de la boda real.

Resumida de aquella manera, su vida parecía bastante escueta y miserable. Ser Barristan podría haber reseñado al menos algunas de sus victorias en otros torneos. Y ser Gerold se podría haber molestado en detallar un poco más las hazañas que había llevado a cabo cuando ser Arthur Dayne acabó con la Hermandad del Bosque Real. Le había salvado la vida a lord Sumner cuando Ben Barrigas estaba a punto de destrozarle la cabeza, aunque al final se le había escapado el forajido. Y había demostrado su valía contra el Caballero Sonriente, aunque al final fue ser Arthur el que lo mató. «Qué gran pelea y qué gran enemigo». El Caballero Sonriente había sido un demente, una mezcla imposible de caballerosidad y crueldad, pero no conocía la palabra miedo. «Y Dayne, con *Albor* en la mano...». Hacia el final, la espada larga del forajido tenía tantas melladuras que ser Arthur se había detenido para darle tiempo a coger otra arma. «La que quiero es esa espada blanca vuestra», le dijo el caballero ladrón cuando reanudaron la pelea, aunque para entonces sangraba por una docena de heridas. «En ese caso, la tendrás», respondió la Espada del Amanecer, y con aquello puso fin al combate.

«En aquellos tiempos, el mundo era más sencillo —pensó Jaime—. Y los hombres y las espadas eran de mejor acero». ¿Oería porque entonces solo tenía quince años? Todos descansaban ya en sus tumbas: la Espada del Amanecer, el Caballero Sonriente, el Toro Blanco, el príncipe Lewyn, ser Oswell Whent, siempre de mal humor, el impetuoso Jon Darry, Simon Toyne y su Hermandad del Bosque Real, el fanfarrón Sumner Crakehall... «Y el muchacho que fui... ¿cuándo murió? ¿Cuando me pusieron la capa blanca? ¿Cuando le rajé la garganta a Aerys?». Aquel muchacho quería convertirse en ser Arthur Dayne, pero se había transformado en el Caballero Sonriente.

Al oír que se abría la puerta, cerró el Libro Blanco y se puso en pie para recibir a sus hermanos juramentados. Ser Osmund Kettleblack fue el primero en entrar. Sonrió a Jaime como si fueran viejos compañeros de armas.

—Ser Jaime —dijo—, si hubierais tenido este aspecto la otra noche, os habría reconocido al instante.

—¿De veras?

Jaime tenía serias dudas. Los criados lo habían bañado y afeitado; le habían lavado el pelo y se lo habían cepillado. Cuando se miró al espejo ya no vio al hombre que había cruzado las tierras de los ríos con Brienne... Pero tampoco vio al que había sido. Tenía el rostro enjuto y macilento, y profundas arrugas debajo de los ojos.

« Parezco un viejo» .

—Tomad asiento.

Kettleblack obedeció. Los demás hermanos juramentados fueron entrando de uno en uno.

—Mis señores —empezó Jaime en tono formal cuando estuvieron reunidos los cinco—, ¿quién guarda al rey?

—Mis hermanos ser Osney y ser Osflyd —respondió ser Osmund.

—Y mi hermano ser Garlan —dijo el Caballero de las Flores.

—¿Garantizan su seguridad?

—Sí, mi señor.

—Entonces, tomad asiento.

Las frases eran las rituales. Antes de que los siete iniciaran una reunión había que confirmar que el rey estaba protegido.

Ser Boros y ser Meryn se sentaron a su derecha, dejando entre ellos una silla vacía que correspondía a ser Arys Oakheart, que estaba en Dorne. Ser Osmund, ser Balon y ser Loras ocuparon los asientos de su izquierda. «Los viejos y los nuevos». Jaime no sabía si debía interpretarlo de alguna manera. A lo largo de la historia había habido ocasiones en las que la Guardia Real se había dividido, la más notable y terrible durante la Danza de los Dragones. ¿Era otra cosa contra la que debía guardarse?

Ocupar la silla del lord comandante, la misma en la que Barristan el Bravo se había sentado durante tantos años, hacía que se sintiera extraño. «Y aún más extraño por sentarme aquí tullido». De todos modos, era su asiento, y aquella era en aquel momento su Guardia Real. «Los siete de Tommen» .

Jaime había servido muchos años con Boros Blount y Meryn Trant; eran luchadores aceptables, pero Trant era taimado y cruel, y Blount, hurao y fanfarrón. Ser Balon Swann era más digno de su capa, y por supuesto el Caballero de las Flores era, al menos en teoría, todo lo que un caballero debía ser. Al quinto hombre, el tal Osmund Kettleblack, no lo conocía de nada.

Se preguntó qué le habría dicho ser Arthur Dayne a semejante grupo. «Algo así como “¡Qué bajo ha caído la Guardia Real!”», seguro. Y yo le habría respondido que fue cosa mía. Que yo abrí la puerta y no hice nada cuando empezaron a entrar las alimañas» .

—El rey ha muerto —empezó Jaime—. El hijo de mi hermana, un muchacho de trece años, asesinado en su banquete de bodas, en su castillo. Los cinco estabais presentes. Los cinco lo estabais protegiendo. Y aun así ha muerto.

Esperó a ver qué le decían, pero ni siquiera carraspearon para aclararse la garganta.

«El joven Tyrell está furioso, y Balon Swann, avergonzado», percibió. En los otros tres, Jaime no vio más que indiferencia.

—¿Fue mi hermano? —les espetó sin contemplaciones—. ¿Fue Tyrion quien envenenó a mi sobrino?

Ser Balon se agitó en la silla, inquieto. Ser Boros cerró el puño. Ser Osmund se encogió de hombros con gesto indiferente. Fue Meryn Trant quien respondió por fin.

—Fue él quién le llenó la copa de vino a Joffrey. Debió de ser entonces cuando le vertió el veneno.

—¿Estáis seguro de que el veneno estaba en el vino?

—¿Dónde si no? —dijo ser Boros Blount—. El Gnomo vació la copa en el suelo. ¿Por qué lo hizo, si no fue para derramar el vino que habría demostrado su culpabilidad?

—Sabía que el vino estaba envenenado —dijo ser Meryn.

—El Gnomo no era el único que estaba en el estrado —dijo ser Balon Swann frunciendo el ceño—. Ni mucho menos. El banquete estaba ya muy avanzado; los invitados se habían puesto de pie, se movían, cambiaban de lugar, iban al servicio; los criados iban y venían... El rey y la reina acababan de cortar la empanada rellena de palomas; todos los ojos estaban fijos en ellos, o bien en aquellas palomas, malditas sean mil veces. Nadie se fijaba en la copa de vino.

—¿Quién más había en el estrado? —preguntó Jaime.

—La familia del rey y la familia de la novia —respondió ser Meryn Trant—. También el gran maestre Pyccelle y el septón supremo...

—Ese es el envenenador —sugirió ser Osmund Kettleblack con una sonrisa arteria—. Menudo santurrón, ese vejestorio. Nunca me ha gustado. —Rio.

—No —replicó el Caballero de las Flores, sin sonreír—. La envenenadora fue Sansa Stark. Por lo visto, todos han olvidado que mi hermana bebía también de ese cáliz. Sansa Stark era la única persona presente que podía querer matar a Margaery, además de al rey. Puso el veneno en la copa con la esperanza de matarlos a los dos. Además, si no es culpable, ¿por qué huyó?

«Lo que dice el muchacho tiene lógica. Aún es posible que Tyrion sea inocente». Pero no había manera de encontrar a la chiquilla. Tal vez Jaime debería encargarse en persona de aquel asunto. Para empezar, habría que saber cómo había conseguido salir del castillo. «Puede que Varys tenga algún secreto». Nadie conocía la Fortaleza Roja tan bien como el eunuco.

De todos modos, aquello tendría que esperar. En aquel momento, Jaime tenía

preocupaciones más acuciantes. « Decís que sois el lord comandante de la Guardia Real —le había espetado su padre—. Id a cumplir con vuestro deber». Aquellos cinco no eran los hermanos que habría querido, pero eran los hermanos que tenía. Ya iba siendo hora de que los pusiera en su sitio.

—Fuera quien fuera el envenenador, Joffrey está muerto —les dijo—, y ahora el Trono de Hierro le corresponde a Tommen. Tengo intención de que lo ocupe hasta que el pelo se le vuelva blanco y se le caigan los dientes. Y no por culpa de un veneno. —Jaime se volvió hacia ser Boros Blount. En los últimos años había ganado mucho peso, aunque tenía un esqueleto de huesos grandes capaz de soportarlo—. Por vuestro aspecto es obvio que os gusta comer, ser Boros. De ahora en adelante, probaréis todo lo que Tommen vaya a comer o beber.

Ser Osmund Kettleblack se echó a reír, y el Caballero de las Flores sonrió, pero ser Boros se puso rojo como una remolacha.

—¡No soy catador! ¡Soy un caballero de la Guardia Real!

—Es triste reconocerlo, pero lo sois. —Cersei jamás debería haberlo despojado de la capa blanca, pero su padre, al devolvérsela, no había hecho más que multiplicar la vergüenza—. Mi hermana me ha contado con cuánta presteza dejasteis a mi sobrino en manos de los mercenarios de Tyrion. Espero que las zanahorias y los guisantes os resulten menos amenazadores. Cuando vuestros hermanos juramentados estén en el patio, entrenándose con la espada y el escudo, vos os podréis entrenar con la cuchara y el tenedor. A Tommen le encantan las tartas de manzana. Tratad de que no se las robe ningún mercenario.

—¿Vos os atrevéis a hablar así? ¿Vos?

—Tendríais que haber muerto antes de permitir que os arrebataran a Tommen.

—¿Igual que moristeis vos protegiendo a Aerys? —Ser Boros se puso en pie y echó la mano al pomo de la espada—. No pienso tolerar esto, ¡no lo voy a tolerar! Si alguien tiene que dedicarse a probar comida, mejor que seáis vos. ¿Para qué otra cosa vale un tullido?

—Estoy de acuerdo —dijo Jaime con una sonrisa—. Soy tan incapaz como vos de proteger al rey. De modo que dejad de acariciar esa espada y desenvainadla; veremos qué tal os sirven vuestras dos manos contra la mía. Al final, uno de nosotros habrá muerto, y la Guardia Real saldrá ganando. —Se levantó—. O, si lo preferís, podéis ir a cumplir con vuestras obligaciones.

—¡Bah! —Ser Boros escupió un coágulo de flema verdosa a los pies de Jaime y salió, sin sacar la espada de la vaina.

« Es un cobarde, menos mal». Pese a la edad, la gordura y su poca habilidad con la espada, ser Boros lo podría haber hecho pedazos. « Pero eso no lo sabe, y los demás tampoco lo deben saber. Temían al hombre que fui; hacia el hombre que soy solo sentirían compasión».

Jaime volvió a sentarse y se volvió hacia Kettleblack

—A vos no os conozco, ser Osmund. Me parece curioso. He tomado parte en torneos, combates cuerpo a cuerpo y batallas por los Siete Reinos. Conozco a todos los caballeros errantes, jinetes libres y escuderos con ínfulas hábiles o torpes que alguna vez hayan roto una lanza en las lizas. Entonces, ¿cómo es que nunca había oído hablar de vos, ser Osmund?

—No sabría deciros, mi señor. —El tal ser Osmund sonreía de oreja a oreja, como si Jaime y él fueran viejos compañeros de armas que estuvieran bromeando—. Aunque la verdad es que soy soldado, no caballero de torneos.

—¿Dónde servisteis antes de que os encontrara mi hermana?

—Pues... aquí y allá, mi señor.

—He viajado hacia el sur hasta Antigua; hasta Invernalia en el norte. He viajado al oeste hasta Lannisport, y hasta Desembarco del Rey en el este. Pero nunca he estado en Aquí. Y tampoco en Allá. —A falta de dedo, Jaime señaló la nariz ganchuda de ser Osmund con el muñón—. Os lo preguntaré por última vez. ¿Dónde habéis servido?

—En los Peldaños de Piedra. También en las Tierras de la Discordia. Por allí siempre hay batallas. Cabalgué con los Galantes. Luchábamos por Lys, y a veces por Tyrosh.

«Luchabas por cualquiera que te pagara».

—¿Cómo obtuvisteis el rango de caballero?

—En el campo de batalla.

—¿Quién os armó caballero?

—Ser Robert... Piedra. Ya ha muerto, mi señor.

—Me lo imaginaba.

Supuso que ser Robert Piedra habría sido un bastardo del Valle, que vendía su espada en las Tierras de la Discordia. Por otra parte, muy bien pudiera ser un nombre que ser Osmund se acababa de inventar a partir de un rey muerto y una pared del castillo.

«¿En qué diantres estaba pensando Cersei cuando le dio a este una capa blanca?».

Al menos era probable que Kettleblack supiera utilizar la espada y el escudo. Los mercenarios rara vez se encontraban entre los más honorables de los hombres, pero para seguir vivos precisaban de cierta habilidad en el uso de las armas.

—Muy bien —dijo Jaime—. Podéis retiraros.

El hombre recuperó la sonrisa y salió contoneándose como un pavo.

—Ser Meryn. —Jaime sonrió al hosco caballero del pelo color rojo óxido y bolsas debajo de los ojos—. Tengo entendido que Joffrey os utilizaba para castigar físicamente a Sansa Stark —Con su única mano le acercó el Libro Blanco—. Por favor, mostradme dónde pone que entre nuestros votos está el juramento de dar palizas a mujeres y niños.

—Hice lo que su alteza me ordenaba. Juramos obedecerlo.

—De ahora en adelante ejerceréis la obediencia con mejor criterio. Mi hermana es la reina regente. Mi padre es la mano del rey. Yo soy el lord comandante de la Guardia Real. Obedecednos a nosotros. Y a nadie más.

—¿Nos estáis diciendo que no obedezcamos al rey? —El rostro de ser Meryn estaba tenso, con una expresión testaruda.

—El rey tiene ocho años. Nuestro principal deber es el de protegerlo, y en eso entra protegerlo de sí mismo. Utilizad esa cosa que guardáis dentro del yelmo. Si Tommen quiere que le ensilléis el caballo, obedeced. Si os dice que matéis a su caballo, venid a verme.

—Sí, señor. Como ordenéis.

—Retiraos.

Mientras salía, Jaime se volvió hacia ser Balon Swann.

—Ser Balon, os he visto más de una vez en las lizas y he peleado contra vos en los combates cuerpo a cuerpo. Me han dicho que demostrasteis vuestro valor cien veces durante la batalla del Aguasnegras. La Guardia Real se honra de contar con vos entre sus miembros.

—El honor es mío, mi señor —dijo ser Balon, pero parecía receloso.

—Tan solo quería haceros una pregunta. Nos habéis servido con lealtad, es cierto... Pero Varys me dice que vuestro hermano cabalgó con Renly y luego con Stannis, mientras que vuestro señor padre decidió no convocar a sus vasallos y permaneció tras los muros de Timón de Piedra durante toda la guerra.

—Mi padre es un anciano, mi señor. Ya hace mucho que cumplió los cuarenta. Sus días de luchar pasaron hace mucho.

—¿Y qué hay de vuestro hermano?

—Donnel resultó herido en la batalla y se rindió ante ser Elwood Harte. Cuando se pagó el rescate por él, juró lealtad al rey Joffrey, como hicieron muchos otros prisioneros.

—Es cierto —dijo Jaime—. Pero, de todos modos... Renly, Stannis, Joffrey, Tommen... ¿Cómo es que se saltó a Balon Greyjoy y a Robb Stark? Habría podido convertirse en el primer caballero del reino en jurar lealtad a los seis reyes.

—Donnel cometió errores, pero ahora es leal a Tommen. —La incomodidad de ser Balon era evidente—. Os doy mi palabra.

—El que me preocupa no es Donnel el Constante; sois vos. —Jaime se inclinó hacia delante—. ¿Qué haréis si el valeroso ser Donnel le entrega su espada a otro usurpador y un día se presenta en el salón del trono? Allí estaréis vos, vestido de blanco, entre vuestro rey y vuestra sangre. ¿Qué haréis?

—Mi... mi señor, eso no va a suceder.

—A mí me sucedió —replicó Jaime. Swann se secó la frente con la manga de la túnica blanca—. ¿No me respondéis?

—Mi señor. —Ser Balon se levantó—. Por mi espada, por mi honor, por el nombre de mi padre, os juro... que no haré lo que hicisteis vos.

—Muy bien —dijo Jaime riéndose—. Volved a vuestros deberes... y decidele a ser Donnel que debería añadir una veleta a su escudo.

Y, por último, quedó a solas con el Caballero de las Flores.

Ebelto como la hoja de una espada, ágil y en perfecta forma, ser Loras Tyrell lucía una nívea túnica de lino y calzones blancos de lana, con un cinturón de oro en torno a la cintura y un broche también de oro en forma de rosa para sujetarse la hermosa capa de seda. Su cabello era una suave mata castaña, a juego con unos ojos del mismo color, que brillaban llenos de insolencia.

«Cree que esto es un torneo y que ha llegado su momento de entrar en la liza».

—Diecisiete años y ya sois caballero de la Guardia Real —dijo Jaime—. Supongo que estaréis orgulloso. El príncipe Aemon, el Caballero Dragón, tenía diecisiete años cuando recibió el nombramiento. ¿Lo sabíais?

—Sí, mi señor.

—¿Y sabíais que yo tenía quince?

—También, mi señor.

Sonrió. Jaime detestaba aquella sonrisa.

—Yo era mejor que vos, ser Loras. Era más alto, más fuerte y más rápido.

—Y ahora sois más viejo —dijo el muchacho—. Mi señor.

No tuvo más remedio que echarse a reír. «Esto es increíble. Tyrion se burlaría de mí hasta la muerte si me viera ahora, comparando tamaños de pollas con este mocoso».

—Más viejo y más sabio. Tendríais que aprender de mí.

—¿Igual que vos aprendisteis de ser Boros y ser Meryn?

Aquella flecha había estado a punto de dar en el blanco.

—Yo aprendí del Toro Blanco y de Barristan el Bravo —le espetó Jaime—. Aprendí de ser Arthur Dayne, la Espada del Amanecer, que os podría haber matado a los cinco con la mano izquierda mientras se sujetaba la polla con la derecha para mear. Aprendí del príncipe Lewyn de Dorne, de ser Oswell Whent, de ser Jonothor Darry, hombres buenos todos ellos.

—Hombres muertos todos ellos.

«Es como yo —comprendió Jaime de repente—. Estoy hablando conmigo mismo, tal como era, todo confianza, todo arrogancia, todo caballerosidad hueca... Esto es lo que pasa cuando uno es demasiado bueno siendo demasiado joven».

Al igual que en un combate a espada, a veces era mejor probar con un golpe diferente.

—Se dice que luchasteis de manera impresionante en la batalla... casi tan bien como el fantasma de lord Renly, que estaba a vuestro lado. Un hermano

juramentado no tiene secretos para su lord comandante. Decidme, ¿quién llevaba la armadura de Renly?

Durante un momento pareció que Loras Tyrell iba a negarse a responder, pero al final recordó sus votos.

—Mi hermano —dijo de mala gana—. Renly era más alto que yo, y de pecho más ancho. Su armadura me quedaba muy suelta, pero a Garlan le sentaba bien.

—¿De quién partió la idea? ¿De vos o de él?

—Nos lo sugirió Meñique. Dijo que los soldados ignorantes de Stannis se asustarían.

—Y así fue. —« Y de paso, algunos caballeros y señores menores» —. Bien, les habéis proporcionado a los bardos un tema sobre el que componer muchas rimas, no es pequeño logro. ¿Qué hicisteis con Renly?

—Lo enterré con mis propias manos, en un lugar que él mismo me mostró cuando yo era escudero en Bastión de Tormentas. Allí nadie lo encontrará para turbar su descanso. —Miró a Jaime, desafiante—. Defenderé al rey Tommen con todas mis fuerzas, lo juro. Si es necesario, daré mi vida por él. Pero jamás traicionaré a Renly, ni de palabra ni de obra. Era el rey que debería haberse sentado en el trono. Era el mejor de todos.

« Era el que mejor vestía, eso no lo discuto —pensó Jaime. Pero, por una vez, no lo dijo en voz alta. La arrogancia se había desvanecido de la voz de ser Loras en cuanto empezó a hablar de Renly—. Me ha dicho la verdad. Es orgulloso, atolondrado y un completo idiota, pero no es falso. Por ahora, no» .

—Como queráis. Solo una cosa más, y podréis volver a vuestros deberes.

—Sí, mi señor?

—Todavía tengo a Brienne de Tarth en una celda de la torre.

—Mejor estaría en un calabozo sin ventanas. —La boca del muchacho se convirtió en una línea dura.

—Estáis seguro de que es eso lo que merece?

—Merece la muerte. Le dije a Renly que no había lugar para una mujer en la Guardia Arcoíris. Ganó el combate cuerpo a cuerpo porque utilizó un truco.

—Sé de otro caballero al que le gustaban los trucos. En cierta ocasión, eligió una yegua en celo para enfrentarse a un rival que montaba un corcel de muy mal genio. ¿Qué truco fue el que utilizó Brienne?

—Saltó y... —Ser Loras se puso rojo—. Bueno, no importa. Venció, lo reconozco. Su alteza le puso en los hombros una capa arcoíris. Y ella lo mató. O dejó que muriera.

—Hay mucha diferencia.

« La diferencia entre mi crimen y la vergüenza de Boros Blount» .

—Ella había jurado protegerlo. Ser Emmon Cuy, ser Robar Royce y ser Parmen Crane también lo habían jurado. ¿Cómo es posible que nadie le causara

mal alguno, si ella estaba dentro de la tienda y los demás en la entrada? A menos que todos tomaran parte en la conspiración.

—En el banquete de la boda estabais cinco de vosotros —señaló Jaime—. ¿Cómo fue posible que Joffrey muriera? A menos que todos tomaraís parte en la conspiración.

—No pudimos hacer nada; era imposible. —Ser Loras se puso rígido.

—Es lo mismo que dice la moza. Ella llora a Renly igual que vos. Y os aseguro que yo nunca lloré por Aerys. Brienne es fea, y testaruda como una mula, pero le falta cerebro para mentir y es leal hasta la estupidez. Juró que me traería a Desembarco del Rey, y aquí estoy. Si he perdido una mano... Bueno, fue tanto culpa suya como mía. Considerando todo lo que hizo para protegerme, no me cabe duda de que habría luchado por Renly, si hubiera habido un enemigo contra el que luchar. Pero... dice que era una sombra. —Jaime sacudió la cabeza—. Desenvainad la espada, ser Loras. Mostradme cómo lucharíais vos contra una sombra. Me encantaría verlo.

—Escapó —dijo ser Loras sin hacer ademán de levantarse—. Salió huyendo con Catelyn Stark. Lo dejaron en un charco de sangre y salieron huyendo. ¿Por qué huyeron si no fue cosa suya? —Se quedó mirando la mesa—. Renly me había asignado la vanguardia. De lo contrario habría sido yo quien lo habría ayudado a ponerse la armadura. Era una tarea que me confiaba a menudo. Aquella misma noche habíamos... habíamos rezado juntos. Cuando me marché, estaba con ella. Ser Parmen y ser Emmon vigilaban la tienda, y ser Robar Royce también estaba allí. Ser Emmon juró que Brienne había... aunque...

—Seguid —indicó Jaime al percibir un atisbo de duda.

—El gorjal estaba atravesado. Fue un golpe limpio, que cortó un gorjal de acero. Y la armadura de Renly era del mejor acero que existe. ¿Cómo pudo dar semejante golpe? Yo mismo lo intenté y me fue imposible. Para ser una mujer, tiene una fuerza monstruosa, pero hasta la Montaña habría necesitado un hacha, y pesada. Además, ¿para qué ponerle la armadura y luego cortarle la garganta? —Miró a Jaime, confuso—. Pero si no fue ella... ¿Cómo pudo matarlo una sombra?

—Preguntádselo a Brienne. —Jaime había tomado una decisión—. Id a su celda. Preguntadle lo que queráis y escuchad lo que os responda. Si después seguís convencido de que fue ella la que asesinó a lord Renly, me encargaré de que lo pague. Vos seréis quien decida. Acusadla o dejadla libre. Lo único que os pido es que seáis justo, por vuestro honor de caballero.

—Seré justo. —Ser Loras se levantó—. Por mi honor.

—En ese caso, hemos terminado.

El joven se dirigió hacia la puerta, pero al llegar se volvió.

—A Renly le parecía absurda. Una mujer que vestía armadura de hombre y se hacía pasar por caballero...

—Si la hubiera visto alguna vez vestida con sedas rosa y encajes de Myr no se habría quejado tanto.

—Le pregunté por qué la mantenía a su lado, si tan grotesca le parecía. Me dijo que todos los demás caballeros querían algo de él: castillos, honores, riquezas... En cambio, lo único que le pedía Brienne era morir por él. Cuando lo vi todo ensangrentado, cuando me enteré de que ella había huido y los tres estaban ileos... Pero si es inocente, entonces, Robar y Emmon...

No consiguió expresar lo que sentía. Jaime no se había parado a mirarlo desde aquel punto de vista.

—Yo habría hecho lo mismo.

La mentira le salió sin esfuerzo, pero ser Loras pareció agradecerla.

Cuando se hubo marchado, el lord comandante quedó a solas en la habitación blanca, meditabundo. El Caballero de las Flores había estado tan enloquecido de dolor por la muerte de Renly que había matado a dos de sus hermanos juramentados, pero a Jaime no se le había pasado por la cabeza hacer lo mismo con los cinco que no habían conseguido proteger a Joffrey.

« Era mi hijo, mi hijo secreto... ¿Qué soy yo si no levanto la mano que me queda para vengar a quien lleva mi sangre, al fruto de mi semilla? ». Tendría que matar al menos a ser Boros, aunque solo fuera para librarse de él.

Se miró el muñón e hizo una mueca.

« Algo tengo que hacer con esto. —Si el difunto ser Jacelyn Bywater tenía una mano de hierro, él se haría fabricar una de oro—. Puede que a Cersei le guste. Una mano de oro para acariciar su pelo dorado, para estrecharla con fuerza contra mí».

Pero lo de la mano podía esperar. Antes tenía que ocuparse de otras cosas. Tenía que pagar otras deudas.

La escalerilla que llevaba al castillo de proa era empinada y estaba llena de astillas, de manera que Sansa aceptó la mano que le tendía Lothor Brune.

«Ser Lothor», tuvo que recordarse; lo habían armado caballero por su valor en la batalla del Aguasnegras, aunque ningún caballero luciría aquellos calzones remendados ni las botas tan gastadas, o aquel jubón de cuero que el agua salada había desgastado y agrietado. Brune era un hombre callado, regordete, de rostro cuadrado y nariz aplastada, y tenía una mata de pelo blanco. «Pero es más fuerte de lo que parece». Lo sabía por la facilidad con que la levantaba, como si no pesara nada.

Ante la proa de la *Rey Pescadilla* se divisaba una playa inhóspita, azotada por los vientos, desprovista de vegetación. Pese a todo, la recibieron con alegría. Habían tardado mucho tiempo en recuperar el rumbo; la última tormenta los había apartado de tierra firme, además de barrer la cubierta de la galera con unas olas tales que Sansa había estado segura de que se hundirían sin remedio. Oyó comentar al viejo Oswell que dos hombres habían caído por la borda y otro más se había precipitado desde el mástil y se había roto el cuello.

Ella no se había atrevido a subir a la cubierta casi nunca. Su camarote era pequeño, húmedo y frío, y Sansa había estado enferma la mayor parte del viaje. Enferma de miedo, enferma de fiebre, enferma con mareos... No conseguía retener nada en el estómago y hasta le costaba dormir. Siempre que cerraba los ojos veía a Joffrey echándose las manos a la garganta, desgarrándose la piel del cuello y agonizando con trozos de empanada en los labios y manchas de vino en el jubón. Y el viento que aullaba entre los aparejos le recordaba el espantoso sonido agudo que había hecho intentando respirar. A veces soñaba también con Tyrion.

—No hizo nada —le dijo en cierta ocasión a Meñique cuando fue a verla a su camarote para interesarse por su salud.

—Es cierto que no mató a Joffrey, pero no se puede decir que tuviera las manos limpias. ¿Sabíais que tuvo otra esposa antes que vos?

—Sí, me lo dijo.

—¿Os dijo también que, cuando se aburrió de ella, se la regaló a los guardias de su padre? Puede que con el tiempo os hubiera hecho lo mismo a vos. No derraméis ni una lágrima por el Gnomo, mi señora.

El viento le agitaba el cabello con dedos salados, y Sansa se estremeció. Pese a estar tan cerca de la costa, el movimiento del barco le revolvía el estómago. Necesitaba desesperadamente un baño y ropa limpia.

«Debo de estar demacrada como un cadáver, y huelo a vomito».

Lord Petyr llegó junto a ella tan alegre como siempre.

—Buenos días. La brisa marina es muy tonificante, ¿verdad? A mí siempre

me abre el apetito. —Le rodeó los hombros con un brazo, en gesto cariñoso—. ¿Os encontráis bien? Estáis tan pálida...

—No es nada, solo el estómago. Estoy un poco mareada.

—Una copa de vino os sentará bien. Os la serviré en cuanto lleguemos a la orilla. —Petyr señaló en dirección a una vieja torre de sílex que destacaba ante el triste cielo gris mientras las olas rompían contra las rocas de su pie—. Bonita, ¿eh? Mucho me temo que no hay un lugar seguro para anclar; tendremos que ir a la orilla en bote.

—Aquí? —No quería desembarcar en aquel lugar. Tenía entendido que los Dedos eran un lugar deprimente, y aquella torrecilla tenía aspecto triste y abandonado—. ¿No me puedo quedar en el barco hasta que zarpemos hacia Puerto Blanco?

—La *Rey* va a poner rumbo al este, hacia Braavos. Sin nosotros.

—Pero... mi señor, me dijisteis... Me dijisteis que íbamos a casa.

—Y ahí está, por pobre que resulte. Mi casa, mi hogar ancestral. Por desgracia, no tiene nombre. El asentamiento de un gran señor debería tener nombre, ¿verdad? Invernalia, el Nido de Águilas, Aguasdulces... Esos sí que son castillos. Ahora soy el señor de Harrenhal, que suena muy bien, pero ¿qué era antes? ¿El señor de la Cagarruta de Oveja, dueño de Aburrimiento Mortal? No sé, como que les falta algo a esos títulos. —Sus ojos verde grisáceo la miraron con inocencia—. Parecéis decepcionada. ¿Pensabais que nos dirigíamos hacia Invernalia, pequeña? Invernalia fue tomada, quemada y saqueada. Todos aquellos a quienes conociais y amabais han muerto. Los norteños que no se han rendido a los hombres del hierro están luchando entre ellos; hasta han atacado el Muro. Invernalia fue vuestro hogar de la infancia, Sansa, pero ya no sois una niña. Sois una mujer y tenéis que crear vuestro propio hogar.

—Pero no aquí —protestó ella con desaliento—. Es un lugar tan...

—¿Tan pequeño, tan sombrío, tan feo? Si, todo eso y mucho más. Los Dedos son un lugar precioso para las piedras. Pero no tengáis miedo; no nos quedaremos más de un par de semanas. Creo que vuestra tía ya viene a recibirnos. —Sonrió—. Lady Lysa y yo vamos a contraer matrimonio.

—¿Os vais a casar? —Sansa estaba atónita—. ¿Con mi tía?

—El señor de Harrenhal y la señora del Nido de Águilas.

«Dijisteis que a quien amabais era a mi madre». Pero claro, lady Catelyn estaba muerta, de manera que aunque hubiera amado a Petyr en secreto y le hubiera entregado su virginidad, ya no tenía importancia.

—Estáis muy callada, mi señora —dijo Petyr—. Yo creía que me daríais vuestra bendición. No es corriente que un niño que nació para heredar piedras y cagarrutas de oveja contraiga matrimonio con la hija de Hoster Tully y viuda de Jon Arryn.

—Señor... Rezo por que viváis juntos muchos años, tengáis muchos hijos y

seáis muy felices el uno con el otro.

Habían pasado años desde la última vez que Sansa viera a la hermana de su madre. «Será buena conmigo, lo hará por mi madre, seguro. Es de mi propia sangre». Y el Valle de Arryn era muy hermoso; lo decían todas las canciones. Tal vez no estuviera tan mal pasar allí una temporada.

Lothor y el viejo Oswell los llevaron a la orilla en el bote de remos. Sansa iba acurrucada en la proa, abrigada con la capa y con la capucha en la cabeza para protegerse del viento. No podía dejar de preguntarse qué la esperaba. Los criados salieron de la torre para recibirlas: una anciana flaca y una mujer de mediana edad un tanto gruesa; dos viejos de pelo blanco y una niña de dos o tres años con un orzuelo. Al reconocer a Petyr se arrodillaron en las rocas.

—Mi servicio —dijo—. A la niña no la conozco; debe de ser otra de los bastardos de Kella. Escupe uno cada pocos años.

Los dos ancianos se metieron en el agua hasta los muslos para levantar a Sansa del bote de manera que no se mojara las faldas. Oswell y Lothor caminaron chapoteando hasta la orilla, al igual que el propio Meñique. Le dio un beso en la mejilla a la anciana y sonrió a la más joven.

—¿Quién es el padre de esta, Kella?

—No os sabría decir, mi señor; no soy de las que dicen que no. —La mujer gorda se echó a reír.

—Cosa que seguro que agradecen mucho los mozos de por aquí.

—Nos alegramos de que estéis en casa, mi señor —dijo uno de los ancianos. Tenía al menos ochenta años, pero llevaba una brigantina claveteada, y del costado le colgaba una espada larga—. ¿Cuánto tiempo os vais a quedar?

—Tan poco como me sea posible, Bryen, no temáis. ¿Qué tal está la torre? ¿Habitable?

—Si hubiéramos sabido que veníais, habríamos puesto juncos frescos en los suelos, mi señor —dijo la vieja—. Hemos encendido la chimenea con bostas secas.

—El olor de la mierda al arder siempre me trae recuerdos de mi hogar. —Petyr se volvió hacia Sansa—. Grisel fue mi ama de cría, y ahora se encarga del castillo. Umfred es el mayordomo, y Bryen... ¿no te nombré capitán de la guardia la última vez que pasé por aquí?

—Sí, mi señor. También dijisteis que me daríais más hombres, pero se os olvidó. El perro y yo hacemos todas las guardias.

—Y salta a la vista que las hacéis muy bien. Nadie me ha robado ninguna de mis rocas ni de mis cagarrutas de oveja, eso se nota. —Petyr hizo un gesto en dirección a la mujer gorda—. Kella se encarga de mis incontables rebaños. ¿Cuántas ovejas tengo ahora mismo, Kella?

La mujer se paró a pensar un momento.

—Veintitrés, mi señor. Había veintinueve, pero los perros de Bryen mataron

una, y sacrificamos otras para salar la carne.

—Ah, cordero en salazón. Ahora sí que me siento en casa. Cuando desayune huevos de gaviota y sopa de algas, ya estaré completamente seguro.

—Como queráis, mi señor —dijo la anciana Grisel.

—Vamos a ver si mis estancias son tan lúgubres como las recuerdo. —Lord Petyr hizo una mueca.

Empezó a subir por la costa de rocas resbaladizas cubiertas de algas medio podridas. Al pie de la torre de sílex, unas cuantas ovejas pastaban la escasa hierba que crecía entre el redil y el establo de techo de paja. Sansa tuvo que mirar muy bien por dónde pisaba; había excrementos por todas partes.

Vista desde dentro, la torre parecía aún más pequeña. Una escalera de piedra sin protecciones ascendía pegada a la pared de la bodega al tejado. No había más que una habitación en cada piso. Los criados vivían y dormían en la cocina de la planta baja, cuyo espacio compartían con un enorme mastín pinto y media docena de perros ovejeros. Encima había un modesto salón, y en la parte superior estaba el dormitorio. No había ventanas; solo troneras en el muro exterior, situadas a intervalos regulares a lo largo de la curva de la escalera. Sobre la chimenea colgaban una espada larga rota y un escudo de roble astillado con la pintura cuarteadita.

Sansa no reconoció el emblema pintado en el escudo, una cabeza de piedra gris con ojos llameantes sobre verde claro.

—Es el escudo de mi abuelo —le explicó Petyr al ver que lo estaba mirando—. Su padre había nacido en Braavos y vino al Valle como mercenario contratado por lord Corbray, de manera que mi abuelo eligió como emblema la cabeza del Titán cuando lo nombraron caballero.

—Es muy feroz —dijo Sansa.

—Demasiado feroz para un tipo tan afable como yo —sonrió Petyr—. Prefiero mil veces mi sinsonte.

Oswell hizo otros dos viajes a la *Rey Pescadilla* para descargar provisiones. Entre las cosas que llevó a la orilla había varios toneles de vino, y Petyr le sirvió a Sansa una copa, tal como había prometido.

—Bebed, mi señora; espero que os calme el estómago.

El hecho de tener suelo firme bajo los pies ya se lo había calmado hasta cierto punto, pero Sansa obedeció: levantó la copa con ambas manos y bebió un trago. El vino era excelente, del Rejo, le pareció. Sabía a roble, a fruta y a noches cálidas de verano. Los sabores le estallaban en la boca como flores que se abrieran bajo el sol. Lo único que esperaba era poder retenerlo. Lord Petyr estaba siendo muy amable con ella y no quería echarlo a perder vomitándole encima.

En aquel momento la estaba mirando por encima de su copa, con los claros ojos gris verdoso que reflejaban... ¿Podía ser diversión? ¿O tal vez otra cosa?

Sansa no habría sabido decirlo.

—Grisel —llamó a la vieja—, trae algo de comer. Nada indigesto; mi señora está delicada del estómago. ¿Qué tal un poco de fruta? Oswell ha traído naranjas y granadas de la *Rey*.

—Sí, mi señor.

—¿Podría tomar un baño? —le preguntó Sansa.

—Le diré a Kella que traiga agua, mi señora.

Sansa bebió otro trago de vino y trató de pensar un tema de conversación cortés, pero lord Petyr le ahorró la molestia. Esperó a que Grisel y los demás criados se hubieran retirado antes de empezar a hablar.

—Ly sa no vendrá sola. Antes de que llegue tenemos que aclarar quién sois.

—¿Quién soy...? No entiendo...

—Varys tiene informadores por todas partes. Si Sansa Stark apareciera en el Valle, el eunuco se enteraría antes de un mes, lo que nos traería... desagradables complicaciones. En estos momentos, nadie que se apellide Stark está a salvo, así que les diremos a los acompañantes de Ly sa que sois mi hija natural.

—¿Natural? —Se espantó Sansa—. ¿Vuestra hija bastarda?

—Bueno, difícilmente podríais ser mi hija legítima. No me he casado nunca; eso lo sabe todo el mundo. ¿Cómo os queréis llamar?

—Pues... Podría llamarme como mi madre...

—¿Catelyn? Demasiado evidente... pero tal vez podáis usar el nombre de mi madre, Alayne. ¿Os gusta?

—Alayne suena muy bien. —Sansa esperaba ser capaz de recordarlo—. Pero ¿no podría ser hija legítima de algún caballero que os sirva? Quizá murió heroicamente en la batalla y...

—No tengo ningún caballero heroico que me sirva, Alayne. Semejante historia solo conseguiría atraer preguntas indeseadas como un cadáver atrae a los cuervos. En cambio, es de mala educación curiosear sobre el origen de los hijos naturales. —Inclinó la cabeza a un lado—. A ver, ¿quién sois?

—Alayne... Piedra, ¿verdad? —Lord Petyr asintió—. Pero ¿quién es mi madre?

—¿Kella?

—No, por favor —suplicó mortificada.

—Era una broma. Vuestra madre fue una noble de Braavos, hija de un príncipe mercader. Nos conocimos en Puerto Gaviota cuando yo estaba al mando del tráfico marítimo. Murió al daros a luz y os dejó en manos de la Fe. Tengo unos cuantos libros piadosos para que les echéis un vistazo; acostumbraos a citarlos. No hay nada que evite las preguntas indeseadas tanto como un montón de balidos religiosos. En cualquier caso, después de florecer decidisteis que no queríais ser septa y me escribisteis una carta. Así supe de vuestra existencia. —Se acarició la barba con un dedo—. ¿Seréis capaz de recordarlo todo?

—Creo que sí. Será como un juego, ¿verdad?

—¿Os gustan los juegos, Alayne?

Iba a tardar en acostumbrarse al nuevo nombre.

—¿Los juegos? No sé... depende...

Antes de que pudiera decir nada más regresó Grisel con una gran bandeja en equilibrio, que puso entre los dos. Había manzanas, peras, granadas, unas uvas un tanto mustias y una gran naranja sanguina. La anciana les llevó también una hogaza redonda de pan y un cuenco de barro con mantequilla. Petyr cortó una granada en dos con el puñal y le ofreció la mitad a Sansa.

—Deberíais tratar de comer algo, mi señora.

—Gracias, mi señor.

No era fácil comer granadas sin mancharse, de manera que Sansa escogió una pera y le dio un mordisquito delicado. Estaba muy madura, y el jugo le corrió por la barbilla.

Lord Petyr soltó una semilla con la punta del puñal.

—Estoy seguro de que extrañáis muchísimo a vuestro padre. Lord Eddard era un hombre valiente, honrado, leal... Pero, como jugador, un completo desastre.

—Se llevó la semilla a la boca con el puñal—. En Desembarco del Rey hay dos tipos de personas: los jugadores y las piezas.

—¿Yo era una pieza? —Temía la respuesta, pero se la imaginaba.

—Sí, pero eso no tiene por qué preocuparos. Todavía sois casi una niña. Todo hombre y toda doncella empiezan siendo piezas, aunque algunos se crean jugadores. —Se comió otra semilla—. Por ejemplo, Cersei. Se cree astuta, pero la verdad es que es previsible hasta la náusea. Su poder depende de su belleza, su alta cuna y su riqueza, y de esas tres cosas solo la primera es suya en realidad, pero no tardará en abandonarla. Entonces será digna de compasión. Quiere poder, pero cuando lo consigue no sabe qué hacer con él. Todo el mundo quiere algo, Alayne, y cuando uno sabe qué quiere un hombre, sabe quién es y cómo manejarlo.

—¿Igual que vos manejasteis a ser Dontos para que envenenara a Joffrey? —Había tenido que ser Dontos; después de mucho pensarla, estaba segura.

—Ser Dontos el Tinto era un odre de vino con patas —dijo Menique riéndose—. No se le podía encomendar una tarea de tal importancia; habría hecho una chapuza, o me habría traicionado. No, lo único que tenía que hacer Dontos era sacaros del castillo... y asegurarse de que llevabais puesta la redecilla de plata en el banquete.

«Las amatistas negras».

—Pero... Si no fue Dontos, ¿quién fue? ¿Es que tenéis... otras piezas?

—Aunque volvierais patas arriba Desembarco del Rey no encontraríais ni un hombre con un sinsonte bordado en el pecho, pero eso no quiere decir que carezca de amigos. —Petyr se dirigió hacia las escaleras—. Oswell, sube un

momento para que te vea lady Sansa.

El anciano apareció segundos más tarde, todo sonrisas y reverencias.

—¿Qué tengo que ver? —preguntó Sansa, mirándolo con inseguridad.

—¿Lo reconocéis? —preguntó Petyr.

—No.

—Miradlo mejor.

Examinó el rostro arrugado y resecado por el viento, la nariz ganchuda, el pelo canoso, las manos grandes y nudosas... Había en él algo que le resultaba familiar, pero Sansa tuvo que hacer un gesto de negación.

—No. Nunca había visto a Oswell antes de subir a su bote, estoy segura.

—No, pero tal vez mi señora conozca a mis tres hijos. —Oswell sonrió mostrando un montón de dientes cariados.

Lo de los tres hijos y la sonrisa hicieron que cayera en la cuenta.

—¡Kettleblack! —Sansa abrió los ojos como platos—. ¡Sois un Kettleblack!

—Para servir a mi señora.

—La señora está más que servida. —Lord Petyr lo despidió con un gesto y volvió a concentrarse en la granada, mientras Oswell bajaba por la escalera arrastrando los pies—. Decidme, Alayne, ¿qué puñal es más peligroso? ¿El que esgrime un enemigo o el escondido que os pone en la espalda alguien a quien no llegáis a ver?

—El puñal escondido.

—Chica lista. —Sonrió con los finos labios teñidos de rojo por las semillas de granada—. Cuando el Gnomo despidió a los guardias de la reina, ella hizo que ser Lancel contratara mercenarios. Lancel dio con los Kettleblack, cosa que a vuestro pequeño esposo le pareció excelente, ya que estaban a sueldo de él a través de Bronn. —Dejó escapar una risita—. Pero fui yo quien le dijo a Oswell que enviaría a sus hijos a Desembarco del Rey cuando descubrí que Bronn estaba buscando espadas. Ahí tenéis, Alayne, tres puñales escondidos en el lugar perfecto.

Sansa recordó que ser Osmund había pasado casi todo el banquete al lado del rey.

—¿De modo que uno de los Kettleblack puso el veneno en la copa de Joff?

—¿Acaso he dicho yo eso? —Lord Petyr cortó en dos la naranja sanguina con el puñal y le ofreció la mitad a Sansa—. Esos muchachos son demasiado traicioneros para formar parte de un plan así... y Osmund era aún menos digno de confianza después de entrar en la Guardia Real. He descubierto que esa capa blanca tiene un efecto extraño sobre los hombres, hasta sobre hombres como él.

—Echó la cabeza hacia atrás y exprimió la naranja sanguina para beberse el zumo—. Me encanta el zumo, pero detesto que se me pongan los dedos pegajosos —dijo al tiempo que se secaba las manos—. Manos limpias, Sansa. Hagáis lo que hagáis, aseguraos de tener siempre las manos limpias.

Sansa se puso un poco de zumo de la naranja en la cuchara.

—Pero si no fueron los Kettleblack y no fue ser Dontos... Vos ni siquiera estabais en la ciudad, y Tyrion no pudo ser...

—¿No se os ocurre nadie más, pequeña?

—No... —Sansa sacudió la cabeza.

—Apuesto cualquier cosa a que en algún momento de la noche alguien os dijo que teníais la redecilla del pelo mal puesta y os la enderezó. —Petyr sonrió.

—No es posible... —Sansa se llevó una mano a la boca—. Si ella quería llevarme a Altojardín, si me iba a casar con su propio nieto...

—Sí, con el amable, piadoso y bondadoso Willas Tyrell. Dad gracias; de menuda os habéis salvado. Os habrás muerto de aburrimiento. En cambio, la vieja no tiene nada de aburrida, eso es seguro. Esa bruja es temible, y no es ni mucho menos tan frágil como aparenta. Cuando llegué a Altojardín para regatear por la mano de Margaery, dejó la fanfarria a su señor hijo mientras ella hacía preguntas inteligentes sobre la naturaleza de Joffrey. Yo lo puse por las nubes, claro... mientras mis hombres hacían correr historias muy preocupantes entre los sirvientes de lord Tyrell. Así se juega a este juego.

» También sembré la semilla de la idea de que ser Loras vistiera el blanco. No lo sugerí yo, claro, habría sido demasiado directo, pero algunos hombres de mi partida esparcieron relatos aterradores de cómo la turba había asesinado a ser Preston Greenfield y violado a lady Lollys, y se repartieron unas cuantas monedas de plata entre el ejército de bardos de lord Tyrell, para que cantara las hazañas de Ryam Redwine, Serwyn del Escudo Espejo y el príncipe Aemon, el Caballero Dragón. En las manos adecuadas, un arpa puede ser tan peligrosa como una espada.

» Mace Tyrell llegó a pensar que la idea de nombrar miembro de la Guardia Real a ser Loras como parte del contrato matrimonial había sido suya. ¿Quién mejor para proteger a su hija que su espléndido hermano caballero? Y de paso se libraba de la dura tarea de buscar tierras y esposa para un tercer hijo, cosa que nunca es sencilla y, en el caso de ser Loras, resulta doblemente difícil.

» El caso es que lady Olenna no tenía la menor intención de permitir que Joff le hiciera daño a su adorada nieta, pero a diferencia de su hijo, también se daba cuenta de que, por debajo de las flores y las ropas exquisitas, ser Loras es tan impulsivo como Jaime Lannister. Pones a Joffrey, a Margaery y a Loras en una olla y ahí tienes: la receta del guiso de Matarreys. La anciana también comprendió otra cosa. Su hijo estaba decidido a que Margaery fuera reina, y para eso le hacía falta un rey... Pero no tenía por qué ser Joffrey. Esperad y veréis como pronto tenemos otra boda real. Margaery se casará con Tommen. Conservará la corona y la virginidad, dos cosas que no quiere, pero en fin, ¿qué importa? La gran alianza occidental estará a salvo... al menos durante un tiempo.

«Margaery y Tommen». Sansa no sabía qué decir. Se había encariñado con

Margaery Tyrell y con su menuda abuela, siempre tan brusca. Pensó con melancolía en Altojardín, en sus patios y sus músicos, en las barcazas que surcaban el Mander... Un lugar tan diferente de aquella playa inhóspita donde se encontraban. «Al menos aquí estoy a salvo. Joffrey está muerto, ya no me puede hacer daño, y ahora únicamente soy una chica bastarda, Alayne Piedra, que no tiene esposo ni derechos». Además, su tía no tardaría en llegar. La larga pesadilla de Desembarco del Rey había quedado atrás, así como su parodia de matrimonio. Allí podría crear un nuevo hogar, tal como había dicho Petyr.

Pasaron ocho días antes de que llegara Lysa Arryn. Durante cinco de ellos no hizo más que llover, y Sansa se los pasó sentada ante el fuego, aburrida e inquieta, al lado del viejo perro ciego. El animal estaba demasiado enfermo y desdentado para seguir haciendo la ronda de guardia con Bryen. Lo único que hacía era dormir, pero cuando le dio una palmadita en la cabeza, gimió y le lamió la mano, con lo que se hicieron amigos íntimos. Cuando dejó de llover, Petyr la llevó a recorrer sus dominios, cosa que les ocupó menos de medio día. Tal como le había dicho, era el dueño de un montón de rocas. Había un lugar donde la marea subía en un chorro de más de diez varas por un agujero del suelo, y otro donde habían grabado en una piedra la estrella de siete puntas de los nuevos dioses. Petyr le dijo que marcaba uno de los lugares donde los ándalos habían desembarcado cuando llegaron del otro lado del mar para arrebatarles el Valle a los primeros hombres.

Tierra adentro vivía una docena de familias, en chozas de piedras amontonadas, alrededor de una turbera.

—Mi pueblo —le dijo Petyr, aunque solo el mayor de los habitantes parecía conocerlo. También había una cueva de un ermitaño, aunque sin ermitaño—. Ya está muerto, pero cuando era niño, mi padre me trajo a verlo. Aquel tipo no se había bañado en cuarenta años, ya os podéis imaginar cómo olía, pero se suponía que tenía el don de la profecía. Me palpó un poco y dijo que sería un gran hombre, y a cambio de eso, mi padre le dio un pellejo de vino. —Petyr soltó un bufido burlón—. Yo le habría podido decir lo mismo por media copa.

Por fin, una tarde gris de mucho viento, Bryen volvió corriendo a la torre con sus perros ladando tras él para anunciar que se acercaban jinetes procedentes del sudoeste.

—Es Lysa —dijo lord Petyr—. Vamos, Alayne, salgamos a recibirla.

Se pusieron las capas y esperaron en el exterior. Los jinetes eran apenas una veintena, una escolta muy modesta para la señora del Nido de Águilas. Con ella cabalgaban tres doncellas y una docena de caballeros de su casa, con armaduras y corazas. También la acompañaba un septón y un atractivo bardo de bigote ralo y largos rizos color arena.

«¿Es posible que sea mi tía?». Lady Lysa tenía dos años menos que su madre, pero aquella mujer aparentaba diez más. La espesa cabellera castaña

rojiza le llegaba a la cintura, pero bajo el costoso vestido de terciopelo y el corpiño recamado de joyas, el cuerpo se notaba fofo y carnoso. Llevaba el rostro rosado muy pintado, y tenía los pechos amplios y caídos. Era de miembros gruesos, más alta que Meñique y también más pesada; además tampoco mostró ninguna elegancia en su manera torpe de bajarse del caballo.

Petyr se arrodilló para besarle los dedos.

—El Consejo Privado del Rey me ordenó cortejarte y ganarme tu corazón, mi señora. ¿Qué dices? ¿Me aceptarás como señor y esposo?

Lady Lyra hizo morritos y lo ayudó a levantarse para estamparle un beso en la mejilla.

—Bueno, es posible que me deje convencer. —Soltó una risita—. ¿Me has traído regalos que predispongan mi corazón?

—La paz del rey.

—Oh, al cuerno la paz del rey. ¿Qué más me traes?

—A mi hija. —Meñique le hizo un gesto con la mano a Sansa para que se adelantara—. Mi señora, permite que te presente a Alayne Piedra.

Lyra Arryn no pareció nada contenta de verla. Sansa hizo una profunda reverencia con la cabeza inclinada.

—¿Una bastarda? —Oyó decir a su tía—. ¿Has sido travieso, Petyr? ¿Quién es la madre?

—Ya está muerta. Quería llevar a Alayne al Nido de Águilas.

—¿Y qué hago allí con ella?

—Se me ocurre un par de cosas —dijo lord Petyr—, pero ahora mismo me interesa mucho más lo que voy a hacer yo contigo, mi señora.

El gesto adusto se disolvió en el rostro rosado y redondo de su tía, y durante un momento, Sansa pensó que Lyra Arryn se iba a echar a llorar.

—Cuánto te he echado de menos, mi querido Petyr, no lo sabes, no te lo puedes ni imaginar. Yohn Royce me ha estado causando muchos problemas; no para de exigirme que llame a mis vasallos y vaya a la guerra. Y todos los demás que revolotean a mi alrededor, Hunter, Corbray, ese odioso Nestor Royce... se quieren casar conmigo y tomar a mi hijo como pupilo, pero ninguno me ama de verdad. Solo tú, Petyr. Llevo tanto tiempo soñando contigo...

—Y yo contigo, mi señora. —La rodeó con un brazo y la besó en el cuello—. ¿Nos podremos casar pronto? ¿Cuándo?

—Ahora —suspiró lady Lyra—. He traído a mi septón, un bardo e hidromiel para el banquete de bodas.

—¿Aquí? —Aquellos no le gustó en absoluto—. Preferiría casarme contigo en el Nido de Águilas, delante de toda tu corte.

—A la porra con mi corte. Ya he esperado demasiado; no soportaría esperar un minuto más. —Lo estrechó entre sus brazos—. Quiero compartir la cama contigo esta noche, mi amor. Quiero que tengamos un hijo, un hermano para

Robert o tal vez una niñita adorable.

—Yo también sueño con eso, cariño. Pero nos convendría mucho más una gran boda pública, a la vista de todo el Valle...

—¡No! —Dio una patada contra el suelo—. Te quiero ahora, esta misma noche. Y te lo advierto, después de tantos años de silencio y susurros pienso gritar cuando me hagas el amor. ¡Voy a gritar tan fuerte que me oirán desde el Nido de Águilas!

—¿Y por qué no nos acostamos ahora y nos casamos más adelante?

—Ay, Petyr Baelish, qué malo eres. —Lady Lysa rio como una niña pequeña—. No, he dicho que no, soy la señora del Nido de Águilas, ¡te ordeno que te cases contigo ahora mismo!

—Será como ordene mi señora —dijo Petyr encogiéndose de hombros—. Como de costumbre, no puedo decirte que no a nada.

Pronunciaron los votos antes de que hubiera transcurrido una hora, bajo la cúpula azul del cielo, mientras el sol se ponía por el oeste. Después se montaron mesas sobre caballetes bajo el pequeño torreón de sílex, y celebraron un banquete a base de codornices, venado y jabalí asado, que pasaron con un buen hidromiel muy ligero. A medida que oscurecía se fueron encendiendo las antorchas. El bardo de Lysa cantó «El voto que no se pronunció», «Las estaciones de mi amor» y «Dos corazones que laten como uno». Incluso varios caballeros jóvenes invitaron a Sansa a bailar. Su tía también bailó; sus faldas giraban cuando Petyr le hacía dar vueltas. El hidromiel y el matrimonio le habían quitado años a lady Lysa. Se reía de cualquier cosa mientras su esposo la tuviera cogida de la mano, y cada vez que lo miraba le brillaban los ojos.

Cuando llegó la hora del encamamiento, sus caballeros se la llevaron torre arriba, desnudándola por el camino y gritando chistes soeces. «Tyrion me salvó de eso», recordó Sansa. No habría estado tan mal que la desnudaran para el hombre que amaba, que la desnudaran amigos que los querían a ambos... «Pero Joffrey...». No pudo contener un escalofrío.

Su tía solo había llevado tres doncellas, de manera que insistieron en que Sansa las ayudara a desvestir a lord Petyr y llevarlo a su lecho nupcial. Él se dejó hacer con buen talante, y dando tanto como recibía. Cuando lo tuvieron en la torre y desnudo, las otras mujeres tenían los rostros congestionados, los corpiños desanudados, los mantos torcidos y las faldas revueltas. Pero Meñique se limitó a sonreír a Sansa mientras lo llevaban al dormitorio donde lo aguardaba su señora esposa.

Lady Lysa y lord Petyr tenían el dormitorio del tercer piso para ellos solos, pero la torre era pequeña y, fiel a su palabra, su tía estuvo gritando. Había empezado a llover, de manera que los invitados del banquete tuvieron que trasladarse al salón del piso de abajo y oyeron casi todo lo que decía.

—Petyr —gemía lady Lysa—. Oh, Petyr, Petyr, mi amado Petyr, ah, ah,

¡ah! Ahí, Petyr, ahí. Ahí es donde tienes que estar. —El bardo de lady Lyra se lanzó a cantar una versión soez de «La cena de mi señora», pero ni siquiera su voz y su instrumento conseguían imponerse a los gritos—. Hazme un hijo, Petyr —aulló—. Hazme un bebé, un bebé. Oh, Petyr, mi amor, mi amor, ¡Peeetyyyr!

El último grito fue tan escandaloso que los perros empezaron a ladrar, y dos de las doncellas de su tía apenas pudieron contener las carcajadas.

Sansa bajó por las escaleras y salió al exterior, a la noche. Una lluvia ligera caía sobre los restos del banquete, pero el aire tenía un olor fresco y limpio. No le abandonaba el recuerdo de su noche de bodas con Tyrion. «En la oscuridad soy el Caballero de las Flores —le había dicho—. Podría ser bueno contigo». No era más que otra mentira de un Lannister. «Los perros olfatean las mentiras, ¿sabes?», le había dicho en cierta ocasión el Perro. Era casi como si pudiera oír su voz rasposa, su tono brusco. «Mira a tu alrededor y olisquea bien. Esto está lleno de mentirosos... y todos son mejores que tú». Se preguntó qué habría sido de Sandor Clegane. ¿Sabría que habían matado a Joffrey? ¿Le importaría? Había sido el escudo juramentado del príncipe durante muchos años.

Se quedó allí mucho rato. Cuando por fin se fue a la cama, helada y empapada, solo quedaban unas brasas de turba en la chimenea del salón oscuro. Arriba ya no se oía nada. El joven bardo estaba sentado en un rincón, tocando una canción queda solo para sí mismo. Una de las doncellas de su tía besaba a un caballero en la silla de lord Petyr; cada uno de ellos tenía las manos perdidas bajo las ropas del otro. Algunos de los caballeros dormían el sueño de los borrachos; otro estaba en el retrete y vomitaba estrepitosamente. Sansa se encontró al perro ciego de Bryen en la pequeña alcoba en que ella dormía, bajo las escaleras, y se tumbó a su lado. El animal se despertó y le lamió la cara.

—Pobre perro viejo —dijo mientras le acariciaba el pelaje.

—Alayne. —El bardo de su tía estaba de pie junto a ella—. Hermosa Alayne, soy Marillion. Os he visto regresar de la lluvia. La noche es fría y húmeda, dejad que os dé calor.

El viejo perro levantó la cabeza y gruñó, pero el bardo le dio un manotazo, y el animal gimoteó y se escabulló.

—¿Marillion? —dijo insegura—. Sois... sois muy amable al preocuparos por mí, pero... os ruego que me disculpéis. Estoy muy cansada.

—Lo que estáis es muy bella. Me he pasado la noche componiendo canciones sobre vos. Una melodía sobre vuestros ojos, una balada sobre vuestros labios, un dueto sobre vuestros pechos... Pero no las voy a cantar; resultarían muy pobres, indignas de tanta hermosura. —Se sentó en su cama y le puso una mano en la pierna—. En vez de eso, dejad que os cante con mi cuerpo.

—Estáis borracho —le dijo cuando le llegó una bocanada del aliento del bardo.

—Yo no me emborracho nunca. El hidromiel solo me hace feliz. Estoy en

llamas. —Le deslizó la mano muslo arriba—. Y vos también.

—Apartad esa mano. No os estáis comportando.

—Tened piedad de mí; llevo horas cantando canciones de amor. Tengo la sangre alborotada, igual que vos, estoy seguro... No hay mujeres tan lujuriosas como las bastardas. ¿Estáis húmeda de amor por mí?

—¡Soy doncella! —protestó.

—¿De verdad? Oh, Alayne, Alayne, mi hermosa doncella, entregadme el regalo de vuestra inocencia. Luego les daréis las gracias a los dioses. Os haré cantar más alto que lady Lysa.

—Si no me dejáis en paz, mi... mi padre os mandará ahorrar. Lord Petyr —amenazó Sansa apartándose de él, asustada.

—¿Meñique? —El bardo rio entre dientes—. Lady Lyra me aprecia mucho, y soy el favorito de lord Robert. Si vuestro padre me ofende, lo destruiré con un verso. —Le puso la mano en un pecho y se lo apretó—. Tenéis que quitaros esas ropas empapadas; no querréis que os las arranque. Vamos, mi dulce señora, seguid los dictados de vuestro corazón...

Sansa oyó el susurro del acero sobre el cuero.

—Bardo —dijo una voz ronca—, lárgate de aquí siquieres volver a cantar.

Había muy poca luz, pero vio el destello de una hoja. El bardo también.

—Búscate una moza para ti... —El cuchillo se movió como un relámpago y el hombre gritó—. ¡Me has cortado!

—Te haré algo peor que cortarte si no te vas.

Un instante después, Marillion había desaparecido. El otro hombre se quedó allí, mirando a Sansa, de pie en la oscuridad.

—Lord Petyr me dijo que cuidara de vos.

Era la voz de Lothor Brune. «No la del Perro, no, claro, era imposible. Tenía que ser Lothor, por supuesto...».

Aquella noche, Sansa apenas pudo dormir. Se la pasó dando vueltas como cuando había estado a bordo de la *Rey Pescadilla*. Soñó con la muerte de Joffrey, pero mientras se desgarraba el cuello y la sangre le corría por los dedos, vio con espanto que se transformaba en su hermano Robb. También soñó con su noche de bodas, con los ojos de Tyrion, que la devoraban mientras se desnudaba. Aunque aquel Tyrion era mucho más alto, era enorme, y cuando se subía a la cama, su rostro tenía cicatrices solo en un lado. «Cantarás para mí», gruñó, y Sansa despertó para encontrarse de nuevo al lado de la cama al perro viejo y ciego.

—Ojalá fueras Dama —le dijo.

Al llegar la mañana, Grisel subió al dormitorio para llevarles a los señores una bandeja de pan recién hecho, mantequilla, miel, frutas y nata. Cuando volvió le dijo que se requería la presencia de Alayne. Sansa, todavía adormilada, tardó un momento en recordar que Alayne era ella.

Lady Lyra seguía en la cama, pero lord Petyr estaba levantado y vestido.

—Tu tía quiere hablar contigo —le dijo mientras se ponía una bota—. Le he dicho quién eres.

«Loados sean los dioses».

—Os... os lo agradezco, mi señor.

—Ya he tenido más dosis de hogar de lo que puedo aguantar. —Petyr se subió la otra bota—. Partiremos hacia el Nido de Águilas esta tarde.

Besó a su señora esposa, le lamió de los labios una mancha de miel y se dirigió hacia las escaleras.

Sansa se quedó al pie de la cama mientras su tía se comía una pera y la examinaba.

—Ahora lo veo claro —dijo lady Lysa. Dejó el corazón en la bandeja—. Te pareces mucho a Catelyn.

—Eres muy amable.

—No es un halago. A decir verdad, te pareces demasiado a Catelyn. Habrá que hacer algo por remediarlo. Te tendremos que oscurecer el pelo antes de llevarte al Nido de Águilas.

«¡Oscurecerme el pelo!».

—Lo que tú digas, tía Lysa.

—No me llames así jamás. No debe llegar a Desembarco del Rey noticia alguna de tu presencia aquí. No pienso poner en peligro a mi hijo. —Mordisqueó un trocito de panal—. He conseguido que el Valle quedara al margen de esta guerra. La cosecha ha sido abundante, las montañas nos protegen y el Nido de Águilas es inexpugnable. Pero de todos modos no quiero atraer las iras de lord Tywin. —Lysa dejó el panal y se lamió la miel de los labios—. Me ha dicho Petyr que estuviste casada con Tyrion Lannister. Ese enano malvado...

—Me obligaron a casarme con él; yo no quería.

—Tampoco quería casarme yo —dijo su tía—. Jon Arryn no era un enano, pero sí un viejo. A lo mejor ahora al verme no te das cuenta, pero el día de mi boda yo era tan bonita que nadie habría mirado a tu madre. Y lo único que quería Jon eran las espadas de mi padre para ayudar a sus muchachitos. Tendría que haberlo rechazado, pero era tan viejo... ¿Cuánto podría vivir? Le faltaba la mitad de los dientes, y el aliento le olía a queso podrido. No soporto a los hombres con mal aliento. Petyr siempre lo tiene fresco... Fue el primer hombre al que besé, ¿sabes? Mi padre decía que era de origen demasiado humilde, pero yo sabía que llegaría muy arriba. Jon le encargó las aduanas y el tráfico marítimo de Puerto Gaviota para complacerme, pero cuando multiplicó por diez los ingresos, mi señor esposo se dio cuenta de lo listo que era y le encomendó otros encargos; hasta lo llevó a Desembarco del Rey para que fuera consejero de la moneda. Fue muy duro verlo todos los días, estando casada con aquel hombre tan viejo y tan frío. Jon cumplía con su deber en el dormitorio, pero no me podía dar placer, igual que no me podía dar hijos. Su semilla era vieja y floja. Todos mis bebés

menos Robert murieron; perdí tres hijas y dos hijos. Perdí a todos mis bebés, y aquel viejo seguía viviendo, y seguía, con su aliento asqueroso... Así que ya ves, yo también he padecido. —Lady Lysa sorbió por la nariz—. ¿Sabes que tu pobre madre ha muerto?

—Me lo dijo Tyrion —asintió Sansa—. Me contó que los Frey los habían asesinado a Robb y a ella en Los Gemelos.

—Tú y yo somos dos mujeres que estamos solas. —De repente, a lady Lysa se le habían llenado los ojos de lágrimas—. ¿Tienes miedo, pequeña? Sé valiente. Jamás abandonaría a una hija de Cat. Nos une la sangre. —Hizo un gesto a Sansa para que se le acercara—. Puedes venir a darme un beso, Alayne.

Ella, obediente, se acercó y se arrodilló junto a la cama. Su tía estaba bañada en perfumes dulces, pero por debajo de ellos olía a leche agria. Sabía a maquillaje y a polvos.

Cuando se levantó y dio un paso atrás, lady Lysa la agarró por la muñeca.

—Ahora dime la verdad —le ordenó con tono brusco—. ¿Estás embarazada? No me mientes; si me mientes, me daré cuenta.

—No —dijo ella, desconcertada por la pregunta.

—Pero eres una mujer. Has florecido, ¿no?

—Sí. —Sansa sabía que aquello no lo podría ocultar mucho tiempo en el Nido de Águilas—. Pero Tyrion no... nunca me... —Se sintió sonrojar—. Todavía soy doncella.

—¿Es que el enano era impotente?

—No. Es que era... era... —«¿Bueno?». No podía decir aquello; su tía lo detestaba—. Tenía... tenía prostitutas, mi señora. Me lo dijo él.

— Prostitutas. —Lysa le soltó la muñeca—. Claro, claro. ¿Qué mujer se iría a la cama con un monstruo así si no fuera por oro? Tendría que haber matado al Gnomo cuando lo tuve en mi poder, pero me engañó. Es un bicho astuto. Su mercenario mató a mi buen ser Vardis Egen. Catelyn no tendría que haber venido con él, ya se lo dije. Además, cuando se fue se llevó a nuestro tío. No estuvo bien. El Pez Negro era mi Caballero de la Puerta; desde que nos dejó, los clanes de las montañas se han vuelto cada vez más insolentes. Bueno, Petyr lo resolverá pronto. Lo nombraré Lord Protector del Valle. —Por primera vez, su tía sonrió, y fue casi con afecto—. Puede que no parezca tan alto o tan fuerte como otros, pero vale más que ninguno. Confía en él y haz lo que te diga.

—Eso haré, tía... mi señora.

Lady Lysa pareció satisfecha.

—Conocía a ese muchacho, a Joffrey. Siempre estaba insultando a mi Robert; una vez le pegó con una espada de madera. Los hombres te dirán que el veneno es deshonroso, pero las mujeres tenemos otro tipo de honor. La Madre nos hizo para proteger a nuestros hijos. Para nosotras, la única deshonra es no conseguirlo. Lo sabrás cuando tengas un hijo.

—¿Un hijo? —preguntó Sansa, insegura.

—Aún faltan muchos años para eso. —Lyra hizo un gesto desdenoso con la mano—. Eres demasiado joven para ser madre. Pero algún día querrás tener hijos, igual que querrás casarte.

—Eh... Ya estoy casada, mi señora.

—Sí, pero pronto enviudarás. Date por satisfecha de que el Gnomo prefiriera a las putas. No estaría muy bien que mi hijo aceptara los despojos de ese enano, pero dado que no llegó a tocarte... ¿Qué te parecería casarte con tu primo, lord Robert?

La sola idea desalentaba a Sansa. Lo único que sabía de Robert Arryn era que se trataba de un niño enfermizo. «No quiere que me case con su hijo por mí; es por mis derechos. Nadie se casará conmigo por amor, jamás». Pero las mentiras le salían ya con facilidad.

—Me muero de ganas de conocerlo, mi señora. Aunque todavía es un niño, ¿no?

—Tiene ocho años y mala salud. Pero es un muchachito muy bueno, muy listo e inteligente. Será un gran hombre, Alayne. «La semilla es fuerte», dijo mi señor esposo antes de morir. Fueron sus últimas palabras. A veces, los dioses nos dejan atisbar el futuro en nuestro lecho de muerte. No hay motivo para que no os caséis en cuanto tengamos noticia de que tu esposo Lannister ha muerto. Será una boda secreta, claro; no se puede saber que el señor del Nido de Águilas se casa con una bastarda. No sería apropiado. Nada más ruede la cabeza del Gnomo, los cuervos nos traerán la noticia desde Desembarco del Rey. Robert y tú os podéis casar al día siguiente, qué maravilla, ¿verdad? Le convendrá tener una amiguita. Solía jugar con el hijo de Vardis Egen cuando volvimos al Nido de Águilas, y también con los hijos de mi mayordomo, pero todos eran muy bruscos, y no tuve más remedio que echarlos. ¿Lees bien, Alayne?

—La septa Mordane tenía la gentileza de decir que sí.

—Robert tiene los ojos delicados, pero le gusta que le lean —le confió lady Lyra—. Lo que más le gusta son las historias con animales. ¿Te sabes la canción del pollo que se disfrazaba de zorro? Se la canto una y otra vez, y no se cansa nunca de ella. También le gusta jugar al «salto de la rana», a «gira la espada» y a «entra en mi castillo», pero lo tienes que dejar ganar siempre. Es lo más correcto, ¿no te parece? Al fin y al cabo es el señor del Nido de Águilas, no lo debes olvidar. Eres de alta cuna, y los Stark de Invernia siempre fueron orgullosos, pero ahora Invernia ha caído y no eres más que una mendiga, así que deja a un lado ese orgullo. Dada tu situación, la gratitud te conviene mucho más. Sí, y la obediencia. Mi hijo tendrá una esposa agradecida y obediente.

Las hachas resonaban día y noche.

Jon no recordaba la última vez que había dormido. Cuando cerraba los ojos, soñaba con la batalla; cuando despertaba, combatía. Hasta en la Torre del Rey se oía el incesante tañido del bronce, la piedra y el acero robado al morder la madera. Sonaba aún más alto cuando intentaba descansar en el cobertizo situado encima del Muro. Mance tenía también almádenas, así como largas sierras con dientes de hueso y pedernal. En una ocasión, mientras se hundía en un sueño extenuado, se produjo un tremendo crujido en el bosque Encantado, y un árbol centinela se derrumbó en una nube de polvo y agujas.

Cuando Owen fue a buscarlo estaba despierto, metido bajo un montón de pieles sobre el suelo del cobertizo.

—Lord Nieve —dijo Owen, sacudiéndolo por el hombro—, ya amanece.

Le dio la mano a Jon y lo ayudó a incorporarse. Había otros despertándose, empujándose mutuamente mientras se ponían las botas y abrochaban los cinturones de las espadas en el mínimo espacio del cobertizo. Nadie hablaba. Estaban demasiado agotados para hablar. Muy pocos de ellos se habían siquiera alejado del Muro en aquellos días. Subir y bajar en la jaula llevaba demasiado tiempo. El Castillo Negro había quedado en manos del maestre Aemon, ser Wynton Stout y otros pocos hombres, demasiado viejos o enfermos para combatir.

—He tenido un sueño: el rey había venido —dijo Owen con alegría—. El maestre Aemon enviaba un cuervo, y el rey Robert venía con todos sus ejércitos. He soñado que veía sus estandartes dorados.

—Sería un espectáculo muy bien recibido, Owen —le dijo Jon, obligándose a sonreír.

Haciendo caso omiso del pinchazo de dolor de la pierna, se echó una capa negra de piel por encima de los hombros, cogió la muleta y salió al Muro para enfrentarse a un nuevo día.

Una ráfaga de viento le recorrió con tentáculos de hielo el largo cabello castaño. A mil pasos al norte, los campamentos de los salvajes se despertaban; sus hogueras lanzaban lenguas humeantes que lamían el pálido cielo de la aurora. A lo largo del borde del bosque se veían sus tiendas de campaña de cuero y pieles, y hasta una basta edificación de troncos y ramas entrelazadas. Al este se veían filas de caballos; al oeste, mamuts, y por doquier había hombres que afilaban espadas, ponían puntas a lanzas bastas o preparaban armaduras rudimentarias con pieles, huesos y cuernos. Jon sabía que por cada hombre que veía se escondían muchos más entre los árboles. La espesura les ofrecía cierta protección ante los elementos y los ocultaba de los ojos de los odiados cuervos.

Los arqueros salvajes ya estaban avanzando, cubiertos por los manteletes

redondos que empujaban.

—Ahí vienen nuestras flechas para el desayuno —anunció Pyp alegremente, tal como hacía cada mañana.

«Qué suerte que se lo pueda tomar a broma —pensó Jon—. Al menos queda alguien con humor». Tres días antes, una de aquellas flechas para el desayuno había alcanzado a Alyn el Rojo de Palisandro en una pierna. Todavía se podía ver su cadáver en la base del Muro, si uno se atrevía a asomarse lo suficiente. Jon pensaba que para ellos era mejor sonreír ante la broma de Pyp que meditar sobre el cadáver de Alyn.

Los manteletes eran escudos de madera con amplitud suficiente para que se escondieran detrás cinco arqueros del pueblo libre. Los arqueros los empujaron tanto como se atrevieron y a continuación se agacharon detrás para apuntar con sus flechas a través de ranuras de la madera. La primera vez que los salvajes los sacaron, Jon había pedido flechas de fuego y había logrado incendiar media docena, pero después de aquello, Mance comenzó a cubrir los manteletes con pieles sin curtir. Así ni todas las flechas en llamas del mundo los habrían hecho arder. Incluso los hermanos comenzaron a apostar cuál de los centinelas de paja recibiría más flechazos antes de que acabaran con ellos. Edd el Penas iba a la cabeza con cuatro, pero Othell Yarwick, Tumberjon y Watt del lago Largo tenían tres por cabeza. Había sido idea de Pyp comenzar a bautizar los sueños con los nombres de los hermanos perdidos.

—Así parece que somos más —dijo.

—Que somos más con flechas en la panza —se quejó Grenn, pero como aquello parecía elevar la moral de sus hermanos, Jon dejó siguieran con el juego de los nombres y las apuestas.

Al borde del Muro había un ornamentado ojo myriense de bronce, que se erguía sobre tres patas largas y finas. El maestre Aemon lo había usado tiempo atrás para mirar a las estrellas, antes de que los ojos le fallaran. Jon apuntó el tubo hacia abajo para ver mejor a los adversarios. Incluso a aquella distancia era inconfundible la enorme tienda de campaña blanca de Mance Rayder, confeccionada con pieles de osos de las nieves. Las lentes myrienses acercaban lo suficiente a los salvajes para verles las caras. Aquella mañana no vio al propio Mance, pero Dalla, su mujer, estaba fuera atendiendo el fuego, mientras su hermana Val ordeñaba una cabra junto a la tienda. Dalla estaba tan hinchada que era un milagro que pudiera moverse.

«El niño debe de estar a punto de nacer», pensó Jon. Desplazó el ojo hacia el este y buscó entre las tiendas de campaña y los árboles, hasta encontrar a la tortuga. «Eso también llegará pronto». Los salvajes habían desollado a uno de los mamuts muertos durante la noche y estaban extendiendo la piel sanguinolenta por encima del techo de la tortuga, una capa más encima de los pellejos y las pieles de oveja. La tortuga tenía una cima redonda y ocho ruedas grandes, y

bajo las pieles había un robusto armazón de madera. Cuando los salvajes comenzaron a armarla, Seda pensó que estaban construyendo una nave. «No se equivocaba mucho». La tortuga era como un casco puesto al revés y abierto por proa y popa, una verdadera edificación sobre ruedas.

—¿Ya está a punto? —preguntó Grenn.

—Casi. —Jon apartó el ojo—. Parece que la terminarán hoy. ¿Has llenado los toneles?

—Hasta el último. Se han congelado por la noche. Pyp los acaba de revisar.

Grenn había cambiado mucho; ya no era el muchacho grande, torpe y congestionado del que Jon se había hecho amigo. Había crecido medio palmo; se le habían ensanchado el pecho y los hombros, y no se había cortado el cabello ni arreglado la barba desde el Puño de los Primeros Hombres. Aquello lo hacía parecer tan corpulento y greñudo como un uro, el apodo que le había colgado ser Alliser Thorne durante los entrenamientos. Sin embargo, en aquel momento parecía muy cansado. Asintió al oír la respuesta de Jon.

—He estado oyendo sus hachas toda la noche. No han parado de talar, no me han dejado dormir.

—Entonces vete a dormir ahora.

—No me hace falta.

—Sí. Quiero que estés descansado. Vete, diré que te despierten para que no te pierdas la batalla. —Se obligó a sonreír—. Eres el único capaz de mover esos toneles.

Grenn se marchó refunfuñando y Jon volvió a concentrarse en el ojo para examinar el campamento de los salvajes. De vez en cuando, una flecha le pasaba por encima de la cabeza, pero había aprendido a no prestarles atención. La distancia era grande, y el ángulo no resultaba favorable, por lo que eran pocas las posibilidades de que acertaran. Seguía sin ver rastro alguno de Mance Rayder en el campamento, pero divisó a Tormund Matagigantes y a dos de sus hijos en torno a la tortuga. Los hijos se afanaban con la piel del mamut mientras Tormund roía la pata asada de una cabra y daba órdenes a gritos. En otra parte encontró a Varamyr Seispieles, el cambiapiéles salvaje, que caminaba entre los árboles con su gatosombra pisándole los talones.

Cuando oyó el traqueteo de las cadenas del cabestrante y el gruñido metálico de la puerta de la jaula al abrirse, supo que se trataba de Hobb, que les llevaba el desayuno como todas las mañanas. La visión de la tortuga de Mance le había quitado el apetito. El aceite se les había terminado, y el último barril de brea había salido disparado del Muro dos días atrás. Pronto escasearían también las flechas, y no había armeros que fabricaran más. Y dos noches antes había llegado un cuervo del oeste, de ser Denys Mallister. Al parecer, Bowen Marsh había perseguido a los salvajes hasta la Torre Sombría y más allá, hasta la oscuridad de la Garganta. En el Puente de los Cráneos se había enfrentado al

Llorón y a trescientos salvajes, y había vencido en un combate sangriento. Pero la victoria había sido muy cara. Más de cien hermanos muertos, entre ellos ser Endrew Tarth y ser Aladale Wynch. Llevaron al Viejo Granada, gravemente herido, a la Torre Sombría. El maestre Mullin los atendía, pero pasaría algún tiempo antes de que estuviera en condiciones de volver a Castillo Negro.

Al leer aquello, Jon había despachado a Zei a Villa Topo en su mejor caballo, para que les pidiera a los lugareños que mandaran gente al Muro. La muchacha no volvió. Cuando envió a Mully tras ella, el hombre regresó diciendo que toda la villa estaba desierta, incluido el burdel. Lo más probable era que Zei y los demás se hubieran marchado por el camino Real.

« Quizá deberíamos hacer lo mismo », fue la sombría reflexión de Jon.

Se obligó a comer, aunque no tenía hambre. Ya era bastante con no poder dormir; no podía seguir adelante sin comida. « Además, esta podría ser mi última comida. Podría ser la última comida para todos nosotros ». Cuando Jon ya tenía el estómago lleno de pan, panceta, cebollas y queso, oyó un grito.

—¡AHÍ VIENE! —exclamó Caballo.

Nadie tuvo que preguntar a qué se refería. A Jon no le hizo falta el ojo myriense del maestre para ver como avanzaba entre las tiendas de campaña y los árboles.

—No se parece mucho a una tortuga —comentó Seda—. Las tortugas no tienen pelo.

—La mayoría tampoco tiene ruedas —dijo Pyp.

—Que suene el cuerno de guerra —ordenó Jon, y Tonelete dio dos toques largos, para despertar a Grenn y a otros que estaban dormidos porque habían montado guardia durante la noche.

Si los salvajes atacaban, el Muro necesitaría de todos los hombres. « Bien saben los dioses que tenemos pocos ». Jon miró a Pyp, a Tonelete y a Seda, a Caballo y a Owen el Bestia, a Tim Lenguatrabada, a Mully, a Bota de Sobra y a los demás, y trató de imaginárselos marchando codo con codo, espada con espada, contra un centenar de salvajes aullantes en la gélida oscuridad de aquel túnel, con unas pocas barras de hierro entre ellos. A aquello se reduciría todo si no podían detener la tortuga antes de que abrieran una brecha en la puerta.

—Es muy grande —dijo Caballo.

—Piensa en toda la sopa que podremos hacer. —Pyp chasqueó los labios.

La broma murió sin nacer. Hasta Pyp sonaba agotado.

« Parece medio muerto —pensó Jon—, pero me imagino que todos estamos igual ». El Rey-más-allá-del-Muro disponía de tantos hombres que podía lanzar contra ellos fuerzas descansadas a cada momento, mientras que el mismo puñado de hermanos negros tenía que enfrentarse a todos los ataques, y aquello había minado sus energías.

Jon sabía que los hombres que iban bajo la madera y las pieles empujaban

con fuerza, metían los hombros y se tensaban para que las ruedas siguieran girando, pero tan pronto como lanzaran la tortuga contra la puerta, cambiarían las cuerdas por hachas. Al menos, Mance no enviaba mamuts aquel día. Para Jon era un alivio. La fuerza titánica de aquellas bestias no servía de nada contra el Muro, y sus dimensiones las convertían en blancos fáciles. El último había tardado día y medio en morir, y su barritar agónico era un sonido espantoso.

La tortuga avanzaba lentamente por encima de piedras, tocones y arbustos. Los primeros ataques le habían costado al pueblo libre cien hombres o más. La mayoría aún yacía donde había caído. En las treguas, los cuervos se posaban sobre ellos y les rendían tributo, pero en aquellos momentos los pájaros levantaban el vuelo entre graznidos. No les gustaba el aspecto de aquella tortuga; a él, tampoco.

Seda, Caballo y los demás lo estaban mirando, Jon lo sabía, en espera de sus órdenes. Estaba tan cansado que apenas se daba cuenta de nada.

«El Muro está en mis manos», se recordó.

—Owen, Caballo, a las catapultas. Tonelete, tú y Bota de Sobra, a los escorpiones. Los demás, tensad los arcos. Disparad las flechas. A ver si la podemos quemar.

Jon sabía que, con toda probabilidad, era un gesto fútil, pero aun así era mejor que quedarse allí de pie impotentes.

La tortuga, lenta y voluminosa, era un blanco fácil, y sus arqueros y ballesteros la convirtieron enseguida en un puercoespín de madera... pero los pellejos húmedos la protegían, igual que ocurría con los manteletes, y las flechas ardientes se apagaban casi al instante de clavarse. Jon soltó una maldición para sus adentros.

—Escorpiones —ordenó—. Catapultas.

Los proyectiles de los escorpiones se hundieron profundamente en los pellejos, pero no hicieron más daño que las flechas ardientes. Las rocas rebotaron en el techo de la tortuga y dejaron muescas en las gruesas capas de pieles. Una roca lanzada por los grandes trabuquetes la habría aplastado, pero una de las máquinas con que contaban todavía estaba rota, y los salvajes se habían apartado del sitio donde caían los proyectiles de la otra.

—Jon, sigue avanzando —dijo Owen el Bestia.

Ya se había dado cuenta. Palmo a palmo, la tortuga se aproximaba; reptaba, se abría camino y se balanceaba mientras atravesaba el terreno de la carnicería. Cuando los salvajes lograran alinearla contra el Muro, les proporcionaría toda la protección que necesitaban mientras empleaban las hachas contra la puerta exterior que tan precipitadamente habían reparado. En el interior, bajo el hielo, apenas tardarían unas horas en quitar los escombros dispersos del túnel, y entonces, lo único que se interpondría entre ellos y el reino serían dos verjas de hierro, unos pocos cadáveres medio congelados y todos los hermanos que Jon

pudiera poner en su camino para pelear y morir abajo, en la oscuridad.

A la izquierda se oyó el sonido de la catapulta, y el aire se llenó de piedras voladoras. Cayeron sobre la tortuga como granizo y rebotaron hacia un lado sin causar el menor daño. Los arqueros de los salvajes seguían disparando flechas desde debajo de sus manteletes. Una se clavó en el rostro de un hombre de paja.

—¡Cuatro para Watt del lago Largo! —gritó Pyp—. ¡Tenemos un empate! —La siguiente siltó junto a su oído—. ¡Eh! —gritó mirando hacia abajo—. ¡Yo no participo en el torneo!

—Las pieles no arden —dijo Jon, tanto para sí como para los otros. Su única esperanza era intentar aplastar la tortuga cuando llegara al pie del Muro. Para aquello necesitaban rocas. No importaba cuán robusta fuera la estructura de la tortuga; si desde trescientas varas de altura caía sobre ella una roca grande, algún daño le tendría que causar—. Grenn, Owen, Tonelete, ha llegado el momento.

A lo largo del cobertizo habían alineado una docena de toneles de roble grandes. Estaban llenos de piedra molida, la gravilla que los hermanos negros esparcían habitualmente por los caminos para tener mejor agarre al transitar por la parte superior del Muro. El día anterior, después de ver como el pueblo libre cubría la tortuga con pieles de oveja, Jon le había ordenado a Grenn que vertiera agua en los toneles, toda la que cupiera. El agua llenaría los intersticios de la piedra molida y, durante la noche, todo aquello se congelaría hasta formar una masa sólida. Era lo más parecido a una gran roca que podían conseguir.

—¿Por qué tenemos que congelarlos? —le había preguntado Grenn—. ¿Por qué no hacemos rodar los toneles tal como están?

—Si golpean el Muro en la caída se reventarán, y la gravilla suelta caerá como una lluvia. Y no nos va a bastar con una simple lluvia para detener a esos hijoputas —fue la respuesta de Jon.

Arrimó el hombro a un tonel para ayudar a Grenn, mientras Tonelete y Owen se ocupaban de otro. Lograron balancearlo adelante y atrás, para romper las tenazas del hielo que se había formado en torno a la base.

—Esta mierda pesa una tonelada —dijo Grenn.

—Derribalo y hazlo rodar —dijo Jon—. Con cuidado; si te pasa por encima de un pie, terminarás como Bota de Sobra.

Cuando el tonel quedó tumbado, Jon agarró una antorcha y la hizo oscilar sobre la superficie del Muro, de un lado a otro, lo suficiente para derretir levemente el hielo. La fina capa de agua ayudó a que el tonel rodara con más facilidad, tal vez demasiada; estuvieron a punto de perderlo. Pero finalmente, uniendo las fuerzas de los cuatro, hicieron rodar su gran roca hasta el borde y la pusieron de nuevo en vertical.

En el momento en que Pyp los llamó a gritos tenían ya alineados encima de la puerta cuatro de los enormes toneles de roble.

—¡Tenemos una tortuga en la puerta! —aviso.

Jon ancló bien la pierna herida y se inclinó para echar un vistazo.

« Parapetos, Marsh tendría que haber construido parapetos». Tendrían que haber hecho tantas cosas... Los salvajes arrastraban a los gigantes muertos para apartarlos de la puerta. Caballo y Mully les lanzaban rocas, y a Jon le pareció ver que un hombre caía, pero las piedras eran demasiado pequeñas para tener algún efecto sobre la tortuga. Se preguntó qué haría el pueblo libre con el mamut muerto del camino, pero pronto lo averiguó. La tortuga tenía casi la anchura de un gran salón, así que se limitaron a pasar por encima del cadáver. La pierna de Jon cedió, pero Caballo le agarró el brazo y tiró de él hasta dejarlo en lugar seguro.

—No deberías asomarte tanto —dijo el muchacho.

—Tendríamos que haber construido parapetos. —A Jon le pareció oír el golpe de hachas contra la madera, pero probablemente no fuera más que el miedo que le zumbaba en las orejas. Miró a Grenn—. Adelante.

Grenn se colocó detrás de un tonel, apoyó el hombro, gruñó y comenzó a empujar. Owen y Mully se movieron para ayudarlo. Desplazaron el tonel un palmo, después otro, después otro, hasta que de pronto desapareció.

Oyeron el impacto cuando golpeó el Muro en su caída, y después hubo un estruendo mayor, el sonido de la madera al partirse, seguido por chillidos y alaridos. Seda gritó, y Owen el Bestia se puso a bailar en círculos mientras Pyp se asomaba.

—¡La tortuga estaba rellena de conejos! —gritó—. ¡Mirad cómo salen corriendo!

—¡Otra vez! —ladró Jon.

Grenn y Tonelete apoyaron los hombros contra el tonel siguiente y lo lanzaron al vacío.

Cuando terminaron, la parte delantera de la tortuga de Mance era una ruina aplastada y hecha astillas, y los salvajes salían a toda prisa por el otro extremo en busca de su campamento. Seda apuntó con la ballesta y les envió cuatro saetas para que corrieran más deprisa. Grenn sonreía debajo de la barba; Pyp gastaba bromas, y ninguno de ellos moriría aquel día.

«Pero mañana...». Jon echó una mirada al cobertizo. Donde poco antes había doce toneles llenos de gravilla ya solo quedaban ocho. De repente se dio cuenta de lo cansado que estaba y de cuánto le dolía la herida. «Necesito dormir. Aunque sea unas horas». Podía ir a ver al maestre Aemon para que le diera vino del sueño.

—Voy a bajar a la Torre del Rey —les dijo—. Llamadme si a Mance se le ocurre cualquier cosa. Pyp, estás al mando del Muro.

—¿Yo? —dijo Pyp.

—¿Él? —dijo Grenn.

Sonrió y los dejó allí perplejos, mientras se dirigía hacia la jaula.

Desde luego, la copa de vino le fue de gran ayuda. En cuanto se tendió en el estrecho camastro, el sueño se apoderó de él. Sus sueños fueron extraños e informes, llenos de voces desconocidas, de llantos y gritos, con el sonido de un cuerno de guerra que sonaba grave y alto, una nota retumbante que flotaba en el aire.

Cuando despertó, el cielo estaba negro al otro lado de la aspillera que le servía de ventana, y cuatro hombres que no conocía estaban de pie junto a él. Uno de ellos llevaba una lámpara.

—Jon Nieve —dijo bruscamente el de mayor estatura—, ponte las botas y ven con nosotros.

Su primer pensamiento aturdido fue que, de alguna manera, el Muro había caído mientras él dormía, que Mance Rayder había mandado más gigantes u otra tortuga y habían irrumpido por la puerta. Pero cuando se frotó los ojos vio que los desconocidos vestían todos de negro.

«Son hombres de la Guardia de la Noche», comprendió.

—¿Adónde? ¿Quiénes sois?

El hombre alto hizo un gesto, y dos de los otros levantaron a Jon del lecho. Con la lámpara abriendo camino, lo sacaron de su celda y le hicieron subir medio tramo de escaleras, hasta llegar a las habitaciones privadas del Viejo Oso. Vio al maestre Aemon de pie junto al fuego, con las manos cruzadas sobre el puño de un bastón de endrino. El septón Cellador estaba medio borracho, como siempre, y ser Wynton Stout dormía en un asiento junto a la ventana. Los demás hermanos le resultaban desconocidos. Todos menos uno.

Ser Alliser Thorne, inoculado en su capa con ribetes de piel, se volvió hacia él.

—Aquí tienes al cambiacapas, mi señor. El bastardo de Ned Stark, de Invernalia.

—No soy ningún cambiacapas, Thorne —dijo Jon con frialdad.

—Eso ya lo veremos. —En el sillón de cuero, tras el escritorio sobre el que el Viejo Oso escribía sus cartas, estaba sentado un hombre corpulento, ancho y de papada colgante, a quien Jon no conocía—. Sí, ya lo veremos —repitió—. Supongo que no negarás que eres Jon Nieve, el bastardo de Stark, ¿no?

—Prefiere que lo llamen lord Nieve. —Ser Alliser era un hombre enjuto y esbelto, compacto y nervudo, y en aquel momento, sus ojos de pedernal parecían burlarse de él.

—Fuiste tú quien me apodó lord Nieve —dijo Jon. A ser Alliser le encantaba ponerles mote a los chicos que entrenaba cuando era maestro de armas en el Castillo Negro. El Viejo Oso había enviado a Thorne a Guardiaoriental del Mar. «Esos hombres deben de ser de Guardiaoriental. El pájaro ha llegado hasta Cotter Pyke y nos ha mandado ayuda» —. ¿Cuántos hombres habéis traído? —le preguntó al hombre sentado al otro lado del escritorio.

—Aquí las preguntas las hago yo —respondió el hombre de la papada—. Se te acusa de violar los votos, de cobardía y deserción, Jon Nieve. ¿Niegas haber abandonado a la muerte a tus hermanos en el Puño de los Primeros Hombres y haberte unido al salvaje Mance Rayder, que se hace llamar Rey-más-allá-del-Muro?

—¿Abandonado? —Jon estuvo a punto de atragantarse con la palabra.

—Mi señor —intervino el maestre Aemon—, Donal Noye y yo debatimos este asunto cuando Jon Nieve volvió con nosotros y consideramos satisfactorias las explicaciones que nos dio.

—Pues yo aún no estoy satisfecho, maestre —dijo el hombre de la papada—. Quiero oír personalmente esas explicaciones. Y las oiré.

—Yo no abandoné a nadie —dijo Jon tragándose la rabia—. Dejé el Puño con Qhorin Mediamano para explorar el Paso Aullante. Me uní a los salvajes siguiendo órdenes. Mediamano temía que Mance hubiera encontrado el Cuerno del Invierno...

—¿El Cuerno del Invierno? —Ser Alliser rio entre dientes—. ¿También te ordenaron contar sus tiburientes, lord Nieve?

—No, pero conté sus gigantes lo mejor que pude.

—Ser —espetó el hombre de la papada—. Te dirigirás a ser Alliser por su título, y a mí, como *mi señor*. Soy Janos Slynt, señor de Harrenhal y comandante aquí, en el Castillo Negro, hasta el momento en que Bowen Marsh regrese con su guarnición. Nos tratarás con la debida cortesía, sí. No voy a permitir que un caballero ungido, como el noble ser Alliser, sea insultado por el bastardo de un traidor. —Levantó una mano y apuntó un dedo grueso al rostro de Jon—. ¿Niegas haber llevado a tu lecho a una mujer salvaje?

—No. —El dolor de Jon por la muerte de Ygritte era demasiado reciente para negarla—. No, mi señor.

—Supongo que también fue Mediamano quien te ordenó follar con esa puta asquerosa, ¿no? —preguntó ser Alliser con una mueca.

—Señor. No era una puta. Mediamano me dijo que hiciera cualquier cosa que me exigieran los salvajes, pero... no negaré que fui más allá de lo que me exigía el deber, que... me encariñé con ella.

—Entonces admites haber roto tus votos —dijo Janos Slynt.

La mitad de los hombres del Castillo Negro visitaba Villa Topo de tiempo en tiempo para buscar tesoros escondidos en el burdel, Jon lo sabía, pero no deshonraría a Ygritte equiparándola a las rameras de Villa Topo.

—Rompi mis votos con una mujer. Lo admito. Sí.

—¡Sí, mi señor!

Cuando Slynt frunció el ceño, la papada se le estremecía. Era tan ancho como el Viejo Oso, y sin duda sería igual de calvo si llegaba a la edad de Mormont. Ya había perdido la mitad del pelo, aunque no podía tener más de

cuarenta años.

—Sí, mi señor —se corrigió Jon—. Cabalgué con los salvajes y comí con ellos, como me ordenó Mediamano, y compartí mis pieles con Ygritte. Pero os juro que nunca cambié de capa. Hui del magnar tan pronto como pude, y nunca tomé las armas contra mis hermanos ni contra el reino.

Los ojillos de lord Slynt lo estudiaron.

—Ser Glendon —ordenó—, traed al otro prisionero.

Ser Glendon era el hombre alto que lo había sacado de la cama. Dejó el recinto acompañado por otros cuatro hombres, pero regresaron enseguida con un cautivo, un hombrecillo cetrino y enjuto, atado de pies y manos. Tenía una sola ceja, grandes entradas separadas por un pico de pelo y un bigote que más bien parecía una salpicadura de lodo sobre el labio superior. Tenía el rostro hinchado y lleno de hematomas, y había perdido la mayoría de los dientes.

Los hombres de Guardiaoriente tiraron con rudeza al cautivo al suelo. Lord Slynt lo miró con el ceño fruncido.

—¿Es este el hombre de quien hablaste?

—Sí. —Los ojos amarillos del cautivo parpadearon.

Fue en aquel instante cuando Jon reconoció a Casaca de Matraca.

«Sin la armadura parece otro hombre», pensó.

—Sí —repitió el salvaje—, este es el cobarde que mató a Mediamano. Fue allá arriba, en los Colmillos Helados, después de que hubiéramos cazado a otros cuervos y los hubiéramos matado a todos. También habríamos matado a este, pero imploró por su despreciable vida y se ofreció a unirse a nosotros si lo aceptábamos. Mediamano juró que antes mataría a este cuervo, pero el lobo destrozó a Qhorin, y este le cortó la garganta.

Le dedicó a Jon una sonrisa torva y a continuación escupió sangre a sus pies.

—¿Bien? —le preguntó bruscamente Janos Slynt a Jon—. ¿Lo niegas? ¿O alegarás que Qhorin te ordenó que lo mataras?

—Me lo dije... —Las palabras salieron con dureza—. Me dijo que hiciera cualquier cosa que me pidieran. Cualquier cosa.

La vista de Slynt paseó por los aposentos y se posó en los demás hombres de Guardiaoriente.

—¿Acaso este chico cree que me ha caído en la cabeza un carro lleno de nabos?

—Tus mentiras no te salvarán ahora, lord Nieve —lo advirtió ser Alliser Thorne—. Te vamos a sacar la verdad, bastardo.

—Os he dicho la verdad. Nuestros caballos estaban agotados, y Casaca de Matraca nos alcanzaba. Qhorin me dijo que fingiera que me unía a los salvajes. «Te exijan lo que te exijan, no puedes negarte», me dijo. Sabía que me obligarían a matarlo. Casaca de Matraca lo iba a matar de todos modos; eso también lo sabía.

—¿Así que ahora dices que el gran Qhorin Mediamano tenía miedo de este bicho? —Slynt miró a Casaca de Matraca y resopló.

—Todos los hombres temen al Señor de los Huesos —gruñó el salvaje.

Ser Glendon le pegó una patada, y el prisionero volvió a sumirse en el silencio.

—No he dicho eso —insistió Jon.

—¡Ya te he oido! —exclamó Slynt dando un puñetazo sobre el escritorio—. Parece que ser Alliser te ha tomado bien la medida. Mientes con esa boca de bastardo. No pienso tolerarlo. ¡Y no lo voy a tolerar! ¡Puede que engañaras a ese herrero tullido, pero no a Janos Slynt! Ah, no, ni hablar. Janos Slynt no se traga tus mentiras con tanta facilidad. ¿Crees que tengo la cabeza llena de coles?

—No sé de qué tenéis llena la cabeza, mi señor.

—Lord Nieve no es nada más que un arrogante —dijo ser Alliser—. Asesinó a Qhorin, de la misma manera que sus compinches cambiácapas mataron a lord Mormont. No me sorprendería saber que todo era parte del mismo contubernio. Es posible que Benjen Stark haya tenido algo que ver en esto. Por lo que sabemos, ahora mismo puede estar sentado en la tienda de Mance Rayder. Ya sabéis cómo son estos Stark, mi señor.

—Sí, lo sé demasiado bien —repuso Janos Slynt.

Jon se quitó el guante y les mostró su mano quemada.

—Me quemé la mano defendiendo a lord Mormont de un espectro. Y mi tío era un hombre de honor. No habría violado sus votos jamás.

—¿Como tú? —se burló ser Alliser.

—Lord Slynt —dijo el septón Cellador aclarándose la garganta—. Este muchacho se negó a hacer sus votos en el septo, como debe ser, y cruzó el Muro para pronunciar sus palabras ante un árbol corazón. Dijo que eran los dioses de su padre, pero también son los dioses de los salvajes.

—Son los dioses del norte, septón. —El maestre Aemon se mostró cortés, pero firme—. Mis señores, cuando Donal Noye fue asesinado, quien se hizo cargo del Muro y lo defendió contra toda la furia del norte fue este joven, Jon Nieve. Ha demostrado ser un hombre valiente, leal y lleno de recursos. De no ser por él, vos, lord Slynt, habríais encontrado a Mance Rayder sentado en esa butaca. Estáis cometiendo un tremendo error. Jon Nieve era el mayordomo de lord Mormont y su escudero. Fue elegido para esa misión porque el lord comandante lo consideraba muy prometedor. Y yo también.

—¿Prometedor? —dijo Slynt—. Bueno, la promesa puede resultar falsa. La sangre de Qhorin Mediamano lo salpica. Dices que Mormont confiaba en él, pero ¿de qué vale eso? Sé lo que es que a uno lo traicionen hombres en los que confiaba. Oh, sí. Y también sé cómo se comportan los lobos. —Señaló al rostro de Jon—. Tu padre murió como un traidor.

—Mi padre fue asesinado. —A Jon no le importaba ya qué le hicieran, pero

no estaba dispuesto a soportar más mentiras sobre su padre.

—¿Asesinado? —Slynt enrojeció—. Cachorro insolente... El cadáver del rey Robert no se había enfriado cuando lord Eddard se alzó contra su hijo. —Se levantó; era un hombre de menor estatura que Mormont, pero de pecho y brazos muy gruesos, con la barriga a juego. El broche de su capa, sobre el hombro, era una pequeña lanza dorada con la punta de esmalte rojo—. Tu padre murió por la espada, pero era de alta cuna; había sido mano del rey. Para ti bastará con una cuerda. Ser Alliser, llevaos a este cambiacasas a una celda de hielo.

—Mi señor es sabio —dijo ser Alliser cogiendo a Jon del brazo.

Jon dio un paso atrás y agarró al caballero por la garganta con tal ferocidad que lo levantó del suelo. Lo habría estrangulado si los hombres de Guardiaoriente no lo hubieran detenido. Thorne retrocedió tambaleándose y frotándose las marcas que los dedos de Jon le habían dejado en el cuello.

—Ya lo habéis visto, hermanos. Este chico es un salvaje.

Cuando llegó el amanecer, Tyrion se dio cuenta de que no soportaba pensar en la comida. «Puede que me hayan condenado antes de la puesta del sol». Tenía el estómago lleno de bilis, y le picaba la nariz. Se la rascó con la punta del puñal. «Solo tengo que soportar a un testigo más, y luego me tocará el turno». Pero ¿qué podía hacer? ¿Negarlo todo? ¿Acusar a Sansa y a ser Dontos? ¿Confesar, con la esperanza de pasar el resto de sus días en el Muro? ¿Tirar los dados y rezar por que la Vibora Roja pudiera derrotar a ser Gregor Clegane?

Tyrion pinchó la grasienta salchicha con indiferencia. Habría preferido que fuera su hermana.

«En el Muro hace un frío de cojones, pero al menos estaría lejos de Cersei». Como explorador no sería gran cosa, pero en la Guardia de la Noche no solo hacían falta hombres fuertes; también eran necesarios los inteligentes. Aquello le había dicho el lord comandante Mormont cuando visitó el Castillo Negro. «Está el problema de esos votos tan molestos, claro». Aquello implicaba el fin de su matrimonio y de cualquier derecho que pudiera tener sobre Roca Casterly, pero no parecía que su destino fuera disfrutar de ninguna de las dos cosas. Y si mal no recordaba, en una aldea cercana había un prostíbulo.

No era la vida que había soñado, pero era una vida. Para ganársela, lo único que tenía que hacer era confiar en su padre, levantarse sobre aquellas piernas atrofiadas y decir: «Sí, lo confieso, fui yo». Aquello era lo que le retorcía las tripas. Casi deseaba haberlo hecho, ya que de todas maneras iba a pagar por ello.

—¿Mi señor? —dijo Podrick Payne—. Están aquí, mi señor. Ser Addam. Y los capas doradas. Esperan fuera.

—Dime la verdad, Pod: ¿Crees que fui yo?

El chico titubeó. Cuando intentó hablar, lo único que le salió fue una especie de gemido.

«Estoy perdido». Tyrion suspiró.

—No hace falta que respondas. Has sido un buen escudero. Mejor de lo que merecía. Pase lo que pase hoy, te doy las gracias por tus leales servicios.

Ser Addam y seis capas doradas aguardaban al otro lado de la puerta. Por lo visto, aquella mañana no tenía nada que decirle. «Otro hombre honrado que cree que he matado a la de mi sangre». Tyrion reunió toda la dignidad que pudo y anadeó escaleras abajo. Sintió las miradas de todos clavadas en él mientras cruzaba el patio: los guardias de la muralla, los mozos de cuadras de los establos, los pinches de cocina, las lavanderas, las criadas... Dentro del salón del trono, los caballeros y los señores menores les abrieron paso y susurron comentarrios a los oídos de sus damas.

En cuanto Tyrion ocupó su lugar ante los jueces, otro grupo de capas doradas entró en el salón escoltando a Shae.

« Varys la ha traicionado —pensó. Sintió una mano helada que le oprimía el corazón. Luego lo recordó—. No. Yo fui quien la traicionó. Tendría que haberla dejado con Lollys. Interrogaron a las doncellas de Sansa, claro; yo habría hecho lo mismo». Tyrion se frotó el muñón de la nariz y se preguntó por qué quería interrogarla Cersei. « Shae no sabe nada que pueda hacerme daño».

—Lo planearon entre los dos —dijo ella, la muchacha a la que amaba—. El Gnomo y lady Sansa lo planearon tras la muerte del Joven Lobo. Sansa quería vengar a su hermano, y Tyrion pretendía ocupar el trono. A continuación iba a matar a su hermana, y después, a su señor padre, para convertirse en la mano del príncipe Tommen. Pero cuando pasara un año o así, antes de que Tommen se hiciera demasiado mayor, también lo haría matar y se coronaría él mismo.

—¿Cómo sabes todo esto? —exigió saber el príncipe Oberyn—. ¿Por qué haría participé el Gnomo de sus planes a la doncella de su esposa?

—Algunas cosas las oí de pasada, mi señor —dijo Shae—, y otras se le escapaban a mi señora. Pero casi todas las supe de sus labios. No era solo la doncella de Sansa; también he sido la puta del enano todo el tiempo que lleva en Desembarco del Rey. La mañana de la boda me llevó a rastras abajo, adonde guardan los cráneos de los dragones, y me folló allí mismo, en medio de los monstruos. Cuando me vio llorar me dijo que era una ingrata, que no cualquier chica tenía el honor de ser la puta de un rey. Fue entonces cuando me contó cómo pensaba llegar al trono. Me dijo que ese pobre chico, Joffrey, nunca conocería a su esposa tal como él me estaba conociendo a mí. —Entonces empezó a sollozar—. No quería ser una puta, mis señores. Me iba a casar. Mi prometido era un escudero, un muchacho bueno, valiente y gentil. Pero el Gnomo me vio en el Forca Verde y puso al chico con el que me iba a casar en la primera fila de la vanguardia, y cuando murió, mandó a sus salvajes a que me llevaran a su tienda. A Shagga, el grandullón, y a Timett, el del ojo quemado. Me dijo que si no lo complacía me entregaría a ellos, así que obedecí. Luego me trajo a la ciudad para tenerme cerca siempre que me quisiera. Me obligaba a hacer unas cosas horribles...

—¿Qué clase de cosas? —El príncipe Oberyn la miró con curiosidad.

—Cosas que no se pueden contar. —Cuando las lágrimas empezaron a correr por aquel bello rostro, no hubo hombre en la sala que no deseara tomar a Shae en sus brazos para consolarla—. Con la boca y... con otras partes, mi señor. Todas mis partes. Me utilizó de todos los modos posibles y... Y me obligaba a decirle lo grande que era. Me obligaba a llamarlo *mi gigante*. Mi gigante de Lannister.

Osmund Kettleblack fue el primero en echarse a reír. Luego se le unieron Boros y Meryn, Cersei, ser Loras, y más damas y señores de los que habría podido contar. La repentina oleada de risas retumbó en el Trono de Hierro y sacudió las vigas del techo.

—Es verdad —protestó Shae—. Mi gigante de Lannister.

Las carcajadas se redoblaron. Las bocas se abrieron en muecas de diversión infinita; las barrigas temblaron. Algunos se rieron tanto que se les salieron los mocos.

« Yo os salvé a todos —pensó Tyrion—. Salvé esta ciudad de mierda y vuestras vidas insignificantes». Había cientos de personas en el salón del trono y todas se reían, a excepción de su padre. O era lo que le parecía. Hasta la Víbora Roja reía a carcajadas, y Mace Tyrell parecía al borde de un ataque, pero lord Tywin Lannister, sentado entre ellos, parecía una estatua de piedra con los dedos entrecruzados bajo la barbilla.

—¡MIS SEÑORES! —rugió Tyrion dando un paso adelante.

Tuvo que gritar mucho para hacerse oír. Su padre alzó una mano. Poco a poco se fue haciendo el silencio en el salón.

—Quitad a esa puta mentirosa de mi vista y confesaré —dijo Tyrion.

Lord Tywin asintió e hizo una señal. Shae puso cara de terror cuando los capas doradas formaron en torno a ella. Su mirada se llegó a cruzar con la de Tyrion mientras la escoltaban fuera de la estancia. ¿Fue vergüenza lo que vio en sus ojos, o tal vez miedo? Se preguntó qué le habría prometido Cersei.

« Te dará el oro, las joyas, lo que sea que le pidieras —pensó mientras veía alejarse su espalda—, pero antes de que cambie la luna te tendrá divirtiendo a los capas doradas en sus barracones».

Tyrion alzó la vista hacia los duros ojos verdes de su padre, con sus motas de frío oro.

—Culpable —dijo—, muy culpable. ¿Es eso lo que queríais que dijera?

Lord Tywin no respondió. Mace Tyrell asintió. El príncipe Oberyn parecía algo decepcionado.

—¿Reconocéis que envenenasteis al rey?

—Ni por asomo —respondió Tyrion—. De la muerte de Joffrey soy inocente. Soy culpable de un crimen mucho más horrendo. —Dio un paso hacia su padre—. Nací. Sobreviví. Soy culpable de ser un enano, lo confieso. Y por muchas veces que me haya perdonado mi bondadoso padre, siempre he persistido en mi infamia.

—Esto es absurdo, Tyrion —declaró lord Tywin—. Habla del asunto que nos ocupa. No se te está juzgando por ser enano.

—Ahí es donde te equivocas, mi señor. Se me ha estado juzgando por ser enano toda mi vida.

—¿No tienes nada que decir en tu defensa?

—Solo una cosa: Yo no lo hice. Pero ahora me gustaría haberlo hecho. —Se volvió para enfrentarse a la sala, a aquel mar de caras pálidas—. Me gustaría tener veneno suficiente para todos vosotros. Hacéis que lamente no ser el monstruo que creéis que soy, pero así es. Soy inocente, y sé que aquí no voy a conseguir justicia. No me dejáis más salida que recurrir a los dioses. Exijo un

juicio por combate.

—¡Es que has perdido los sesos? —dijo su padre.

—No, los he encontrado. ¡Exijo un juicio por combate!

Su querida hermana estaba de lo más satisfecha.

—Lo asiste ese derecho, mis señores —les recordó a los jueces—. Que lo juzguen los dioses. Ser Gregor Clegane luchará por Joffrey. Regresó a la ciudad hace dos noches para poner su espada a mi servicio.

El rostro de lord Tywin estaba tan granate que, durante un instante, Tyrion pensó que también él había bebido vino envenenado. Dio un puñetazo en la mesa, tan furioso que no podía hablar. Fue Mace Tyrell quien se volvió hacia Tyrion.

—¿Tenéis un campeón que defienda vuestra inocencia? —le preguntó.

—Lo tiene, mi señor. —El príncipe Oberyn de Dorne se puso en pie—. El enano me ha convencido.

El rugido fue ensordecedor. Una de las cosas que más satisfacción provocaron a Tyrion fue la sombra de duda que asomó a los ojos de Cersei. Hizo falta un centenar de capas doradas dando golpes contra el suelo con el asta de la lanza para que se volviera a hacer el silencio en el salón del trono. Para entonces, lord Tywin Lannister ya había recuperado la compostura.

—Este asunto quedará zanjado mañana —declaró con voz retumbante—. Yo me desentiendo.

Lanzó una mirada fría y airada a su hijo enano y salió de la estancia por la puerta del rey, detrás del Trono de Hierro, acompañado por su hermano Kevan.

Más tarde, de nuevo en su celda de la torre, Tyrion se sirvió una copa de vino y envió a Podrick Payne a buscar queso, pan y aceitunas. Dudaba mucho de que pudiera retener en el estómago nada más contundente.

« ¿Creías que me dejaría matar como un borrego, padre? —le preguntó a la sombra que las velas proyectaban contra la pared—. Me parezco demasiado a ti para eso». Sentía una extraña tranquilidad al haber arrancado de las manos de su padre el poder sobre la vida y la muerte, para ponerlo en manos de los dioses. « Suponiendo que existan los dioses y que yo les importe una mierda. Si no, estoy en manos del dorniense». Pasara lo que pasara, Tyrion tenía la satisfacción de saber que había hecho añicos los planes de lord Tywin. Si el príncipe Oberyn ganaba, se acrecentaría el odio de Altojardín contra el dorniense; Mace Tyrell vería como el hombre que había dejado tullido a su hijo hacía que el enano que estuvo a punto de envenenar a su hija escapara de su justo castigo. Y si la Montaña triunfaba, era más que probable que Doran Martell exigiera saber por qué a su hermano se le había dado la muerte, en vez de la justicia prometida por Tyrion. Tal vez Dorne coronara a Myrcella al fin y al cabo.

Casi valía la pena morir con tal de causar tantos problemas. « ¿Irás a ver cómo acaba todo, Shae? ¿Estarás con los demás para presenciar cómo ser Ilyn me corta esta cabeza tan fea? ¿Echarás de menos a tu gigante de Lannister

cuando esté muerto?» . Apuró el vino, tiró la copa a un lado y empezó a cantar a voz en grito.

Anduvo toda la urbe
y bajó de su colina,
por callejones y escalas,
para ver a su querida.

Era un tesoro secreto,
su alegría y deshonra.
Nada es torre ni cadena
si hay un beso que trastorna.

Ser Kevan no fue a visitarlo aquella noche. Seguramente estaba con lord Tywin, tratando de aplacar a los Tyrell. « Me temo que no volveré a ver a mi tío» . Se sirvió otra copa de vino. Una lástima que hubiera hecho matar a Symon Pico de Oro antes de aprenderse toda la letra de la canción. Lo cierto era que no estaba tan mal, sobre todo comparada con las que se escribirían acerca de él en adelante.

—« Las manos de oro son frías, las de mujer, siempre tibias...» —cantó.

Podría intentar escribir el resto por su cuenta. Si llegaba a vivir lo suficiente.

Aquella noche, de manera sorprendente, Tyrion disfrutó de un sueño largo y reparador. Se levantó con las primeras luces del alba, bien descansado y con un saludable apetito, y desayunó pan frito, morcilla, pasteles de manzana y una ración doble de huevos fritos con cebollas y guindillas picantes dornienses. Luego les pidió permiso a los guardias para ir a ver a su campeón. Ser Addam se lo concedió.

Tyrion se encontró al príncipe Oberyn bebiendo una copa de vino tinto mientras le ponían la armadura. Sus ayudantes eran cuatro jóvenes señores dornienses.

—Buenos días, mi señor —dijo el príncipe—. ¿Queréis un poco de vino?

—¿Os parece que debéis beber antes del combate?

—Siempre bebo antes de los combates.

—Eso puede hacer que os maten. Peor aún, puede hacer que me maten a mí. El príncipe Oberyn se echó a reír.

—Los dioses defienden a los inocentes. Y vos sois inocente, o eso espero.

—Solo de matar a Joffrey —reconoció Tyrion—. Espero que sepáis a qué estáis a punto de enfrentaros. Gregor Clegane es...

—¿Grande? Eso tengo entendido.

—Mide más de dos varas y media, y debe de pesar al menos quince arrobas

de puro músculo. Lucha con un mandoble, pero lo esgrime con una sola mano. En cierta ocasión cortó a un hombre en dos de un golpe. Su armadura es tan pesada que un hombre de menor envergadura no soportaría su peso, no hablemos ya de moverse con ella.

—No es la primera vez que mato a un hombre corpulento. —El príncipe Oberyn no parecía nada impresionado—. El truco está en que pierdan el equilibrio. En cuanto caen se pueden dar por muertos. —El dorniense parecía tan desprecocupado y tranquilo que Tyrion casi sintió seguridad, hasta que se volvió hacia uno de sus ayudantes—. ¡Daemon, mi lanza! —pidió. Ser Daemon se la arrojó, y la Víbora Roja la atrapó en el aire.

—¿Vais a enfrentarlos a la Montaña con una lanza?

Tyrion volvía a estar nervioso. En una batalla, las filas de lanceros eran una fuerza temible, pero un combate singular contra una espada hábil era otra cosa muy diferente.

—En Dorne nos gustan las lanzas. Además, es la única manera de contrarrestar su alcance. Examinadla, lord Gomo, pero no la toquéis.

La lanza, de fresno torneado, media casi tres varas; el asta era lisa, gruesa y pesada. Terminaba en más de media vara de acero, con una punta fina en forma de hoja que se estrechaba para formar un agudísimo agujón. Los bordes parecían suficientemente afilados para afeitarse con ellos. Cuando Oberyn hizo girar el asta entre las palmas de las manos, emitieron un brillo negro.

«¿Aceite? ¿O tal vez veneno?». Tyrion prefería no saberlo.

—Espero que la sepáis manejar —dijo con tono dubitativo.

—No tendréis motivos de queja. Aunque puede que ser Gregor sí. Por gruesa que sea su armadura, habrá aberturas en las articulaciones. En la cara interior del codo y la rodilla, bajo los brazos... Os aseguro que ya encontraré dónde hacerle cosquillas. —Dejó la lanza a un lado—. Se dice que un Lannister siempre paga sus deudas. Tal vez os gustaría volver conmigo a Lanza del Sol cuando termine de correr la sangre. A mi hermano Doran le encantará conocer al legítimo heredero de Roca Casterly... Sobre todo si lo acompaña su encantadora esposa, la señora de Invernalia.

«¿Acaso la serpiente cree que tengo a Sansa escondida quién sabe dónde, como si fuera una nuez que guardara para el invierno?». Si era así, Tyrion no tenía la menor intención de sacarlo de su error.

—Ahora que lo decís, un viaje a Dorne sería de lo más agradable.

—Id con tiempo; será una visita larga. —El príncipe Oberyn bebió un trago de vino—. Doran y vos tenéis muchos intereses en común, muchas cosas de las que os gustará hablar. Música, comercio, historia, vino, el penique del enano... Las leyes de la herencia y la sucesión... Sin duda, la reina Myrcella agradecerá el consejo de su tío en los duros tiempos que nos aguardan.

Si los pajaritos de Varys estaban escuchando, Oberyn les acababa de dar

mucho que oír.

—Os voy a aceptar esa copa de vino —dijo Tyrion.

«¿La reina Myrcella?». Todo habría sido mucho más tentador si hubiera tenido a Sansa escondida en una manga. «Si ella apoyara a Myrcella contra Tommen, ¿la seguiría el norte?». Lo que la Vibora Roja insinuaba era traición. ¿Sería capaz Tyrion de empuñar las armas contra Tommen y contra su padre? «Cersei escupiría sangre». Tal vez valdría la pena únicamente por aquel motivo.

—Recordáis aquello que os conté cuando nos conocimos, Gnomo? —preguntó el príncipe Oberyn mientras el Bastardo de Bondadivina se arrodillaba ante él para ajustarle las grebas—. El motivo de que mi hermana y yo fuéramos a Roca Casterly no fue solo ver si teníais cola. Habíamos emprendido una especie de búsqueda. Una búsqueda que nos llevó a Campoestrella, al Rejo, a Antigua, a las islas Escudo, a Refugio Quebrado y por último a Roca Casterly... pero nuestro auténtico destino era el matrimonio. Doran estaba prometido a lady Mellario de Norvos, de modo que se había quedado como castellano de Lanza del Sol, pero aún no había matrimonios concertados para mi hermana ni para mí.

» A Elia todo le parecía de lo más emocionante. Estaba en esa edad, ya sabéis, y su salud delicada le había impedido viajar mucho hasta entonces. Yo, en cambio, me entretenía burlándome de todos los pretendientes de mi hermana. Estaba el Señorito Ojobjizo, el Escudero Labiosdebabosa, uno al que llamé la Ballena Andante... cosas así. El único medio pasable fue el joven Baelor Hightower. Un muchacho atractivo, sí; mi hermana se había enamoriscado de él hasta el día en que tuvo la desgracia de tirarse un pedo delante de nosotros. Enseguida pasé a llamarlo Baelor de los Vientos, y después de aquello, Elia no podía ni mirarlo sin echarse a reír. He de reconocer que era yo un jovencito monstruoso; me tendrían que haber cortado aquella lengua cruel.

«Sí», asintió Tyrion para sus adentros. Baelor Hightower ya no era joven, pero seguía siendo el heredero de lord Leyton, rico y atractivo, un caballero de impecable reputación. Con el paso del tiempo habían llegado a llamarlo Baelor el Sonriente. Si Elia se hubiera casado con él, en vez de con Rhaegar Targaryen, estaría viviendo en Antigua mientras sus hijos crecían junto a ella. Se preguntó cuántas vidas habría apagado aquel pedo.

—Lannisport era la última parada de nuestro viaje —prosiguió el príncipe Oberyn mientras ser Arron Qorgyle lo ayudaba a ponerse la túnica de cuero acolchada y empezaba a atársela a la espalda—. ¿Sabíais que nuestras madres se conocían desde hacía mucho?

—Creo recordar que habían estado juntas en la corte. Como compañeras de la princesa Rhaella, ¿no?

—Exacto. Me parece que las madres lo tenían todo planeado. El Escudero Labiosdebabosa y los demás, y las diferentes doncellas granujientas que habían desfilado ante mí, no eran más que las almendras que precedían al banquete; su

único objetivo era abrirnos el apetito. El plato fuerte se iba a servir en Roca Casterly.

—Cersei y Jaime.

—Qué enano tan listo. Elia y yo éramos mayores, claro. Vuestros hermanos no tendrían más de ocho o nueve años. Pero una diferencia de cinco o seis años no es gran cosa. Y en nuestro barco había un camarote vacío, un camarote muy bonito, como el que se reservaría para una persona de alta cuna. Como si nuestra intención fuera volver con alguien a Lanza del Sol. Tal vez con un joven paje, o con una compañera para Elia. Vuestra señora madre pretendía comprometer a Jaime con mi hermana, o a Cersei conmigo. Puede que ambas cosas.

—Es posible —dijo Tyrion—, pero mi madre...

—Gobernaba los Siete Reinos, pero en casa lo gobernaba su señora esposa. Eso decía siempre mi madre. —El príncipe Oberyn levantó los brazos para que lord Dagos Manwoody y el Bastardo de Bondadivina pudieran meterle por la cabeza la cota de malla—. En Antigua nos llegaron noticias de la muerte de vuestra madre y del niño monstruoso que había dado a luz. Podríamos haber dado media vuelta, pero mi madre decidió seguir adelante con el viaje. Ya os conté el recibimiento que nos esperaba en Roca Casterly.

» Lo que no os dije es que mi madre esperó el tiempo que consideró oportuno y habló con vuestro padre sobre nuestras intenciones. Años más tarde, en su lecho de muerte, me contó que lord Tywin nos había rechazado de malos modos. Le dijo que su hija se casaría con el príncipe Rhaegar, y cuando le pidió que comprometiera a Jaime con Elia, os ofreció a vos en su lugar.

—Oferta que ella consideró un insulto, claro.

—Es que lo era. Hasta vos tendréis que reconocerlo.

—Claro, claro. —« Todo tiene raíces en el pasado, en nuestras madres, en nuestros padres y en los padres de nuestros padres. No somos más que marionetas; nos mueven los hilos de los que nos precedieron, y algún día, nuestros hijos tendrán que bailar como les dicten nuestros hilos »—. Bueno, el príncipe Rhaegar se casó con Elia de Dorne, no con Cersei Lannister de Roca Casterly. Así que al final ese combate lo ganó vuestra madre.

—Eso creía ella —asintió el príncipe Oberyn—, pero vuestro padre no es hombre que perdone ese tipo de menoscacios. Les enseñó esa lección a lord y lady Tarbeck, y también a los Reyne de Castamere. En Desembarco del Rey se la enseñó a mi hermana. Mi yelmo, Dagos. —Manwoody se lo entregó; era un yelmo alto, dorado, con un disco de cobre en la frente, el sol de Dorne. Tyrion vio que le habían quitado el visor—. Elia y sus hijos llevan demasiado tiempo esperando justicia. —El príncipe Oberyn se puso unos guantes de cuero rojo y suave, y volvió a coger la lanza—. Hoy por fin la van a tener.

El lugar elegido para el combate era el patio exterior. Tyrion se vio obligado a correr para mantenerse a la altura del príncipe Oberyn, que caminaba a largas

zancadas.

« La serpiente está deseando empezar —pensó—. Esperemos que tenga el veneno a punto». El día era gris, y hacía viento. El sol luchaba por asomarse entre las nubes; Tyrion era tan incapaz de predecir quién vencería en aquella batalla como de aventurar el resultado de la otra, de la que dependía su vida.

Al parecer, más de un millar de personas se habían congregado para ver si su destino era la vida o la muerte. Estaban de pie en los adarves del castillo y se apelotonaban en las escaleras de torres y torreones. Observaban desde las puertas de los establos, desde ventanas y puentes, desde tejados y balcones... Y el patio estaba abarrotado; había tanta gente que los capas doradas y los caballeros de la Guardia Real tuvieron que empujarla hacia atrás a fin de hacer sitio para el combate. Algunos habían sacado sillas para ver más cómodos el espectáculo; otros estaban subidos sobre barriles.

« Tendríamos que haberlo organizado en Pozo Dragón —pensó Tyrion con amargura—. Podríamos haber cobrado un penique por persona, y tendríamos para pagar la boda de Joffrey y también su funeral». Algunos de los mirones hasta habían llevado a sus hijos pequeños; se los subían a los hombros para que no perdieran detalle. En cuanto divisaron a Tyrion empezaron a gritar y a señalar.

La propia Cersei parecía una niña al lado de ser Gregor. La Montaña, con armadura, era el hombre más gigantesco que se había visto jamás. Bajo la larga sobrevesta amarilla con los tres perros negros de la casa Clegane llevaba una gruesa coraza sobre la cota de malla, de acero gris mate, mellada y arañada en mil combates. Debajo debía de vestir prendas de cuero grueso curtido y acolchamientos. Llevaba un yelmo de cúspide plana atornillado al gorjal, con respiraderos en torno a la boca y la nariz, y una estrecha hendidura que le permitía ver. La cimera del yelmo era un puño de piedra.

Si las heridas que había recibido afectaban a ser Gregor, Tyrion no veía ningún indicio de ello desde el otro lado del patio.

« Parece como si lo hubieran esculpido en roca». Su mandoble estaba clavado en el suelo delante de él; eran más de dos varas de metal mellado. Las gigantescas manos de ser Gregor, enfundadas en guanteletes de lamas de acero, agarraban el puño a ambos lados de la cruz. Hasta la concubina del príncipe Oberyn palideció al verlo.

—¿Vas a luchar contra eso? —preguntó Ellaria Arena con voz insegura.

—Voy a matarlo —replicó su amante con tono despreocupado.

A medida que se acercaba la hora de la verdad, Tyrion también empezaba a tener sus dudas. Cada vez que miraba al príncipe Oberyn deseaba más y más que su defensor fuera Bronn... O mejor todavía, Jaime. La Vibora Roja llevaba una armadura ligera: grebas, avambrazos, gorjal, hombreras y bragadura de acero. Por lo demás, el atuendo de Oberyn era de cuero flexible y finas sedas. Sobre la cota de malla llevaba las lamas de cobre brillante, pero entre ambas

cosas no le proporcionaban ni la cuarta parte de protección que a Gregor su pesada armadura. Sin el visor, el yelmo del príncipe era poco más que un casco; ni siquiera tenía defensa para la nariz. El escudo redondo de acero era muy brillante, y mostraba el emblema del sol y la lanza en oro rojo, oro amarillo, oro blanco y cobre.

«Bailará a su alrededor hasta que esté tan cansado que no pueda ni levantar el brazo; luego lo derribará». Por lo visto, la Vibora Roja tenía el mismo plan que Bronn, pero el mercenario le había expuesto muy claramente los riesgos que conllevaba semejante táctica. «Espero por los siete infiernos que sepas lo que haces, serpiente».

Al lado de la Torre de la Mano, a medio camino entre los dos campeones, se había erigido una plataforma. Allí estaban sentados lord Tywin y su hermano ser Kevan. El rey Tommen no estaba presente, cosa por la que Tyrion dio las gracias.

Lord Tywin le lanzó una mirada breve a su hijo enano antes de levantar la mano. Una docena de heraldos tocaron una fanfarria con sus trompetas para silenciar a la multitud. El septón supremo se adelantó con su alta corona de cristal y rezó al Padre en las alturas para que los ayudara en aquel juicio, y al Guerrero para que diera su fuerza al brazo del hombre cuya causa fuera justa. «Ese soy yo», estuvo a punto de gritar Tyrion; pero solo conseguiría que se rieran, y estaba harto de oír risas.

Ser Osmund Kettleblack le entregó a Clegane un escudo gigantesco de pesado roble ribeteado en hierro negro. Mientras la Montaña metía el brazo izquierdo por las cintas, Tyrion se fijó en que habían pintado otro emblema encima de los perros de la casa Clegane. Aquella mañana, ser Gregor lucía la estrella de siete puntas que los ándalos habían llevado a Poniente cuando cruzaron el mar Angosto para doblegar a los primeros hombres y a sus dioses.

«Qué detalle tan pío, Cersei, pero no creo que con eso compres a los dioses».

Cincuenta pasos los separaban. El príncipe Oberyn avanzó con rapidez; ser Gregor, a ritmo más ominoso. «El suelo no tiembla bajo sus pisadas —se dijo Tyrion—; es el corazón, que se me ha desbocado». Cuando estuvieron a tan solo diez pasos de distancia, la Vibora Roja se detuvo.

—¿Te han dicho quién soy? —preguntó.

—Un muerto cualquiera —gruñó ser Gregor en respuesta—, qué más da.

Siguió avanzando, inexorable. El dorniense se echó a un lado.

—Soy Oberyn Martell, uno de los príncipes de Dorne —dijo mientras la Montaña se giraba para no perderlo de vista—. La princesa Elia era mi hermana.

—¿Quién? —preguntó Gregor Clegane.

La lanza larga de Oberyn se disparó en un agujonazo, pero ser Gregor recibió la punta con el escudo, la desvió hacia un lado y contraatacó con un tajo relampagueante del mandoble. El dorniense lo esquivó con un giro. La lanza

volvió a atacar. Clegane la desvió con la espada; Martell la recogió velozmente y la volvió a lanzar. Se oyó el chirrido del metal contra el metal cuando la punta se deslizó por la coraza de la Montaña, desgarró el jubón y dejó un brillante arañazo en el acero de debajo.

—Elia Martell, princesa de Dorne —siseó la Víbora Roja—. La violaste. La asesinaste. Mataste a sus hijos.

Ser Gregor gruñó. Lanzó un tajo bestial hacia la cabeza del dorniense. El príncipe Oberyn lo esquivó sin dificultad.

—La violaste. La asesinaste. Mataste a sus hijos.

—¿Has venido a charlar o a pelear?

—He venido a hacer que confieses.

Con un golpe rápido, la Víbora Roja acertó a la Montaña en el vientre, pero sin resultado. Gregor le lanzó una estocada y falló. La lanza larga se abrió camino por encima de la espada. Entró y salió como la lengua de una serpiente, haciendo una finta abajo y entrando por arriba, intentando pinchar el bajo vientre, el escudo, los ojos...

«Al menos, la Montaña es un blanco grande», pensó Tyrion. Era muy difícil que el príncipe Oberyn errara, aunque ninguno de sus golpes había logrado atravesar la pesada armadura de ser Gregor. El dorniense seguía dando vueltas a su alrededor, pinchándolo para retroceder después, obligando al hombre más corpulento a dar la vuelta una y otra vez. «Clegane lo está perdiendo de vista». El yelmo de la Montaña tenía una estrecha ranura para los ojos, lo que limitaba mucho su visión. Oberyn aprovechaba aquello, así como su rapidez y la longitud de su arma.

Todo siguió igual durante lo que pareció un tiempo infinito. Cruzaban el patio avanzando y retrocediendo, dando vueltas en espiral... Ser Gregor lanzaba tajos al aire, mientras la lanza de Oberyn golpeaba un brazo, una pierna, la sien en dos ocasiones... El enorme escudo de madera de Gregor también recibía lo suyo, hasta que una cabeza de perro asomó bajo la estrella y en otro sitio apareció el roble desnudo. Clegane gruñía de cuando en cuando, y en una ocasión, Tyrion lo oyó muscular una maldición, aunque el resto del tiempo combatía en un silencio hosco.

Al contrario que Oberyn Martell.

—La violaste —decía, haciendo una finta—. La asesinaste —decía, evitando un golpe en arco del mandoble de Gregor—. Mataste a sus hijos —gritó, lanzando la punta de la lanza a la garganta del gigante, solo para ver cómo arrancaba el grueso gorjal de acero con un chirrido.

—Oberyn está jugando con él —dijo Ellaria Arena.

«Un juego de idiotas», pensó Tyrion.

—La Montaña es demasiado grande para ser el juguete de nadie.

Por todo el patio, la multitud de espectadores iba cerrándose en torno a los dos

combatientes, avanzando palmo a palmo para ver mejor. La Guardia Real intentó hacerlos retroceder, empujando violentamente a los mirones con los grandes escudos blancos, pero había cientos de mirones y solo seis hombres de blanca armadura.

—La violaste. —El príncipe Oberyn paró un tajo bestial con la lanza—. La asesinaste. —Atacó a Clegane en los ojos con tanta celeridad que el hombrón dio un salto atrás—. Mataste a sus hijos. —La lanza descendió hacia un lado, arañando el peto de la Montaña—. La violaste. La asesinaste. Mataste a sus hijos.

La lanza era un codo y medio más larga que la espada de ser Gregor, más que suficiente para mantenerlo a una distancia incómoda. La Montaña lanzaba tajos a la lanza cada vez que Oberyn atacaba, intentaba cortar la punta, pero con el mismo éxito que si intentara cortarle las alas a una mosca.

—La violaste. La asesinaste. Mataste a sus hijos. —Gregor trató de embestir, pero Oberyn lo evitó y lo rodeó por la espalda—. La violaste. La asesinaste. Mataste a sus hijos.

—Cállate. —Ser Gregor parecía moverse un poco más lentamente, y su mandoble no se alzaba tan alto como al principio del combate—. Cierra la boca, joder.

—La violaste —dijo el príncipe, desplazándose a la derecha.

—¡Basta!

Ser Gregor dio dos zancadas y dejó caer la espada sobre la cabeza de Oberyn, pero el dorniense retrocedió una vez más.

—La asesinaste —dijo.

—¡Cállate!

Gregor cargó de frente, hacia la punta de la lanza, que chocó con la parte derecha de su peto y resbaló hacia un lado con un espantoso chirrido metálico. De pronto, la Montaña estaba tan cerca que podía golpear; su espada se movía en el aire como una mancha acerada. La multitud gritaba también. Oberyn esquivó el primer tajo y soltó la lanza, inútil ya que ser Gregor estaba a muy poca distancia. El dorniense paró el segundo golpe con el escudo. El metal chocó contra el metal con un estruendo ensordecedor, haciendo que la Víbora Roja retrocediera. Ser Gregor lo siguió, dando grandes voces.

«No utiliza palabras; se limita a rugir como un animal», pensó Tyrion. La retirada de Oberyn se convirtió en saltos precipitados hacia atrás, a unos pocos dedos del mandoble que le lanzaba estocadas contra el pecho, los brazos, la cabeza...

Las caballerizas estaban a su espalda. Los espectadores gritaban y se empujaban para apartarse del camino. Uno de ellos tropezó con la espalda de Oberyn. Ser Gregor lanzó un golpe descendente con toda su fuerza salvaje. La Víbora Roja se lanzó a un lado, dando una voltereta. El desafortunado caballerizo que se encontraba detrás de él no fue tan rápido. En el momento en que

levantaba el brazo para protegerse el rostro, la espada de Gregor lo sajó entre el codo y el hombro.

—¡CÁLLATE! —rugió la Montaña al oír el grito del caballerizo, y el siguiente tajo fue lateral: la mitad superior de la cabeza del chico atravesó volando el patio, salpicando sangre y sesos.

De pronto, cientos de espectadores parecieron perder todo interés en la culpa o inocencia de Tyrion Lannister, a juzgar por cómo se empujaban y cargaban unos contra otros con tal de escapar del patio. Pero la Vibora Roja de Dorne estaba nuevamente de pie, con su lanza en la mano.

—Elia —dijo, mirando a ser Gregor—. La violaste. La asesinaste. Mataste a sus hijos. Venga, pronuncia su nombre.

La Montaña se giró. El yelmo, el escudo, la espada y el jubón eran un amasijo rojo; estaba salpicado de sangre de pies a cabeza.

—Hablas demasiado —gruñó—. Me das dolor de cabeza.

—Quiero que lo digas. Era Elia de Dorne.

La Montaña bufó con desprecio y avanzó... y en aquel momento, el sol irrumpió entre las nubes bajas que habían ocultado el cielo desde el amanecer.

« El sol de Dorne », dijo Tyrion para sus adentros, pero fue Gregor Clegane el primero que se movió para dejarlo a su espalda. « Es estúpido y brutal, pero tiene los instintos de un guerrero ».

La Vibora Roja se agachó con los ojos entrecerrados y volvió a atacar con la lanza. Ser Gregor intentó cortarla, pero aquello no había sido más que una finta. Perdido el equilibrio, trastabilló y dio un paso.

El príncipe Oberyn inclinó su abollado escudo de metal. Un dardo de luz solar lanzó su destello cegador, se reflejó sobre el oro y el cobre bruñidos, y entró por la estrecha ranura del yelmo de su enemigo. Clegane levantó el escudo para cubrirse del resplandor. La lanza del príncipe Oberyn se movió como un relámpago y encontró el espacio desprotegido de la pesada armadura: la axila. La punta atravesó la malla y el duro cuero curtido. Gregor soltó un rugido gutural cuando el dorniense hizo girar la lanza antes de tirar de ella para liberarla.

—¡Elia, dilo, Elia de Dorne! —Daba vueltas en torno a él, con la lanza preparada para asestar otro golpe—. ¡Dilo!

Tyrion rezaba una oración propia. « Cae y muere —decía—. ¡Maldita sea, cae y muere! ». La sangre que manaba del brazo de la Montaña era suya, y todavía debía de caerle más por dentro de la armadura. Cuando ser Gregor intentó dar un paso, se le dobló una rodilla. Tyrion pensó que iba a caer.

El príncipe Oberyn estaba a sus espaldas.

—¡ELIA DE DORNE! —gritó.

Ser Gregor comenzó a volverse, pero con demasiada lentitud y demasiado tarde. Aquella vez, la lanza le golpeó la corva, atravesando las capas de malla metálica y cuero entre la greba y la pieza del muslo. La Montaña retrocedió, se

tambaleó y cayó al suelo de cara. Se le escapó el mandoble de las manos. Giró lenta y pesadamente para tenderse boca arriba.

El dorniense tiró a un lado su escudo destrozado, agarró la lanza con las dos manos y se apartó lentamente. Detrás de él, la Montaña soltó un gemido e intentó incorporarse, apoyándose en el codo. Oberyn giró con la rapidez de un gato y corrió hacia su enemigo caído. Emitió un grito feroz al bajar la lanza con todo el peso de su cuerpo detrás. El crujido del asta de fresno al partirse fue un sonido casi tan dulce como el gemido furioso de Cersei, y durante unos instantes, al príncipe Oberyn le salieron alas.

«La serpiente ha saltado sobre la Montaña». Vara y media de lanza rota asomaba del vientre de Clegane mientras el príncipe Oberyn se levantaba con una voltereta y se sacudía el polvo. Tiró a un lado el pedazo de lanza y recogió el mandoble de su adversario.

—Si mueres antes de pronunciar su nombre, te perseguiré por los siete infiernos —prometió.

Ser Gregor intentó incorporarse. La lanza rota lo había atravesado y lo clavaba al suelo. Entre gruñidos, agarró el asta con las dos manos, pero no pudo arrancársela. Bajo su cuerpo se extendía un gran charco de sangre.

—Cada minuto que pasa me siento más inocente —le dijo Tyrion a Ellaria Arena, que estaba a su lado.

El príncipe Oberyn se aproximó a Gregor Clegane.

—¡Di su nombre!

Puso un pie en el pecho de la Montaña y levantó el mandoble con ambas manos. Tyrion no llegaría nunca a saber si tenía la intención de cortarle la cabeza a Gregor o de darle una estocada por la ranura del yelmo.

La mano de Clegane se alzó de súbito y agarró al dorniense por la corva. La Vibora Roja dejó caer el mandoble en un fiero tajo, pero había perdido el equilibrio, y el filo se limitó a hacer una nueva abolladura en el avambrzo de la Montaña. La espada quedó olvidada mientras la mano de Gregor se tensaba y giraba, haciendo que el dorniense cayera encima de él. Lucharon cuerpo a cuerpo, cubiertos de polvo y sangre, mientras la lanza rota oscilaba de un lado a otro. Tyrion vio horrorizado que la Montaña había abrazado al príncipe con un brazo enorme, pegándolo a su pecho como un amante.

—Elia de Dorne —oyeron decir a ser Gregor cuando estuvieron a la distancia necesaria para un beso. Su voz grave resonaba dentro del yelmo—. Yo maté a esa mocosa llorona. —Lanzó la mano libre hacia el rostro desprotegido de Oberyn y le clavó los dedos acerados en los ojos—. Fue después cuando la violé.

—Clegane hundió el puño en la boca del dorniense, destrozándole los dientes—. Y al final le reventé la puta cabeza. Así.

Cuando echó hacia atrás el enorme puño, la sangre de su guantelete parecía humear en el aire frío del amanecer. Se oyó un crujido escalofriante. Ellaria

Arena aulló de terror, y el desayuno de Tyrion le subió ardiente hacia la boca. Cayó de rodillas mientras vomitaba la panceta, las salchichas, los pasteles de manzana y la ración doble de huevos fritos con cebolla y guindillas picantes dornienses.

No oyó a su padre pronunciar las palabras que lo condenaron. Quizá no hizo falta palabra alguna.

«Puse mi vida en manos de la Vibora Roja, y la ha perdido». Cuando cayó en la cuenta, demasiado tarde, de que las serpientes no tienen manos, Tyrion empezó a reírse histérico.

Estaba a medio camino en la escalera de caracol cuando se dio cuenta de que los capas doradas no lo llevaban de vuelta a sus aposentos de la torre.

—Me van a encerrar en las celdas negras —dijo.

Nadie se molestó en responderle. ¿Para qué hablar con un muerto?

Dany desayunó bajo el caqui que crecía en el jardín de la terraza, mientras veía cómo sus dragones se perseguían alrededor de la cúspide de la Gran Pirámide, donde antes se había alzado la enorme arpía de bronce. En Meereen había muchas pirámides menores, pero ninguna tenía ni la mitad de la altura que aquella. Desde allí alcanzaba a ver toda la ciudad: los callejones estrechos y tortuosos, las anchas calles de adoquines, los templos y los graneros, las chozas y los palacios, los burdeles y las casas de baños, los jardines y las fuentes, los grandes círculos rojos que eran las arenas de combate... Y al otro lado de las murallas estaban el mar color estaño, los meandros del Skahazadhan, las colinas resecas, los bosques quemados, los campos ennegrecidos... Allí arriba, en su jardín, Dany se sentía a veces como una diosa que viviera en la montaña más alta del mundo.

«¿Se sentirán así de solos todos los dioses?». Seguro que algunos sí. Missandei le había hablado del Señor de la Armonía, adorado por el Pueblo Pacífico de Naath; según la pequeña escriba era el único dios verdadero, el dios que había habido siempre y que no dejaría de existir nunca, el que había creado la luna, las estrellas, la tierra y todas las criaturas que en ella habitaban. «Pobre Señor de la Armonía». Dany se compadecía de él. Debía de ser espantoso estar eternamente solo, atendido por hordas de mujeres mariposa que podía crear o eliminar a voluntad. En Poniente había al menos siete dioses, aunque Viserys le había dicho que, según algunos septones, los siete no eran más que diferentes aspectos de un único dios, siete facetas de un único cristal. Aquello resultaba de lo más confuso. Según tenía entendido, los sacerdotes rojos creían en dos dioses que estaban eternamente en guerra. Aquello le gustaba todavía menos. No quería estar eternamente en guerra.

Missandei le sirvió huevos de pato y salchicha de perro, y media copa de vino endulzado mezclado con el zumo de una lima. La mielatraía a las moscas, pero una vela aromática las mantenía a distancia. Allí arriba las moscas no eran tan molestas como en el resto de la ciudad, y era otra de las cosas que le gustaban de la pirámide.

—Recuérdame que hay que hacer algo con respecto a las moscas —dijo Dany—. ¿Hay muchas moscas en Naath, Missandei?

—En Naath lo que hay son mariposas —respondió la escriba en la lengua común—. ¿Más vino?

—No. La corte se va a reunir enseguida.

Dany había cobrado mucho afecto a Missandei. La pequeña escriba de los enormes ojos dorados tenía una sabiduría impropia de su edad.

«Además, es valiente. Ha tenido que serlo, para sobrevivir con la vida que le ha tocado». Tenía la esperanza de ver algún día aquella fabulosa isla de Naath.

Missandei decía que el pueblo pacífico empuñaba instrumentos musicales en vez de armas. No mataban, ni siquiera a los animales; solo comían fruta, carne jamás. Los espíritus en forma de mariposas que eran sagrados para su Señor de la Armonía protegían la isla de aquellos que querían hacerles daño. Muchos conquistadores habían zarpado rumbo a Naath para manchar de sangre las espadas, pero antes de llegar enfermaron y murieron. « Pero las mariposas no los salvaron cuando llegaron los barcos de los esclavistas» .

—Algún día te llevaré a casa, Missandei —le prometió Dany. « ¿Me habría vendido Jorah si le hubiera prometido esto mismo?» —. Te lo juro.

—Una se da por satisfecha con serviros, alteza. Naath seguirá siempre donde está. Sois muy bondadosa con vuestra... conmigo.

—Y tú conmigo. —Dany tomó a la niña de la mano—. Ven, ayúdame a vestirme.

Jhiqui y Missandei la bañaron, mientras Irri sacaba la ropa que se iba a poner. Aquel día llevaría una túnica de brocado violeta con un fajín de plata, y en la cabeza, la corona en forma de dragón tricéfalo que le había regalado la Hermandad de la Turmalina en Qarth. Las zapatillas también eran plateadas, con unos tacones tan altos que temía caerse en cualquier momento. Cuando estuvo vestida, Missandei le llevó un espejo de plata bruñida para que se pudiera ver. Dany se contempló en silencio. « ¿Es este el rostro de una conquistadora?» . A ella no le parecía más que el de una niñita.

Por el momento, nadie la llamaba Daenerys la Conquistadora, aunque tal vez más adelante... Aegon el Conquistador había tomado Poniente con tres dragones, pero ella había tomado Meereen con ratas de las cloacas y una polla de madera, en menos de un día. « Pobre Groleo» . Sabía que seguía llorando la pérdida de su barco. Si una galera de combate podía embestir otro barco, ¿por qué no una puerta? Aquello era lo que había pensado cuando ordenó a los capitanes llevar los barcos a la orilla. Los mástiles se habían convertido en arietes, y un ejército de libertos desmanteló los cascos para construir manteletes, tortugas, catapultas y escaleras. Los mercenarios habían bautizado cada ariete con un nombre obsceno, y fue el mástil principal de la *Meraxes*, antes la *Travesura de Joso*, el que derribó la puerta este. Lo llamaban *la Polla de Joso*. La batalla había sido dura y sangrienta durante casi todo el día, y ya estaba bien entrada la noche cuando la madera empezó a astillarse y el mascarón de proa de hierro de la *Meraxes*, una cara de bufón sonriente, la atravesó.

Dany había querido ponerse al frente del ataque, pero sus capitanes le dijeron al unísono que sería una locura, y sus capitanes nunca estaban de acuerdo en nada. De manera que se quedó en la retaguardia, ataviada con una larga cota de malla, a lomos de la plata. Oyó cómo caía la ciudad a media legua de distancia, cuando los gritos desafiantes de los defensores se convirtieron en alardos de miedo. En aquel momento, sus dragones empezaron a rugir y llenaron la noche

de llamas. Supo al instante que los esclavos se habían rebelado.

« Mis ratas de cloaca les han arrancado las cadenas a mordiscos» .

Cuando los Inmaculados aplastaron los últimos reductos de resistencia y hubieron terminado los saqueos, Dany entró en la ciudad. El montón de cadáveres acumulado ante la puerta destrozada era tan grande que los libertos tardaron casi una hora en abrirle un camino para la plata. Dentro yacía abandonada la *Polla de Joso*, junto con la gran tortuga de madera cubierta de pieles de caballo que la había protegido. Cabalgó al paso junto a edificios quemados y ventanas rotas, por calles de adoquines cuyos sumideros estaban atascados de cadáveres hinchados y rígidos. Los esclavos de manos ensangrentadas la aclamaban al pasar y la llamaban madre.

En la plaza, ante la Gran Pirámide, los meereenos estaban acuclillados y desesperados. A la luz de la mañana, los grandes amos parecían cualquier cosa menos grandes. Despojados de las joyas y los *tokars* ribeteados, resultaban patéticos y despreciables; no eran más que un rebaño: ancianos con los huevos arrugados y la piel llena de manchas y jóvenes con peinados ridículos. Unas mujeres eran gordas y fofas, y otras, secas como leña vieja, todas con los afeites corridos por las lágrimas.

—Quiero a vuestros cabecillas —les dijo Dany—. Entregadlos, y los demás seréis perdonados.

—¿Cuántos? —había preguntado una anciana entre sollozos—. ¿A cuántos hay que entregar para que nos perdonéis la vida?

—A ciento sesenta y tres —fue su respuesta.

Los hizo clavar en postes de madera alrededor de la plaza, cada uno señalando al siguiente. Al dar la orden, la furia ardía abrasadora en su interior, y se sentía como un dragón vengativo. Pero más tarde, cuando pasó ante los moribundos de los postes, cuando oyó los gemidos y olió la sangre y las entrañas...

Dany frunció el ceño y dejó el espejo.

« Fue justo. Fue justo. Lo hice por los niños» .

La sala de audiencias estaba en un nivel inferior, era una estancia de techos altos llena de ecos, con paredes de mármol violáceo. Pese a su grandiosidad, se trataba un lugar gélido. Allí había habido un trono, un objeto estafalario de madera dorada y tallada en forma de fiera arpía. Dany lo había contemplado bastante rato antes de ordenar que lo convirtieran en leña.

—No estoy dispuesta a sentarme en el regazo de la arpía —dijo.

Utilizaba como trono un sencillo banco de ébano. Para ella resultaba suficiente, aunque le habían dicho que los meereenos murmuraban que no era digno de una reina.

Sus jinetes de sangre la estaban aguardando ya. En sus trenzas aceitadas tintineaban campanillas de plata, y lucían el oro y las joyas de muchos muertos.

Las riquezas de Meereen superaban todo lo imaginable. Hasta los mercenarios parecían saciados, al menos por el momento. Al otro lado de la estancia, Gusano Gris vestía el sencillo uniforme de los Inmaculados, con el casco de púa debajo de un brazo. Al menos en ellos sí que podía confiar, o eso quería creer... Y también en Ben Plumm el Moreno, el íntegro Ben, con su pelo entrecano y su rostro lleno de arrugas, tan querido por los dragones... Y a su lado, Daario, deslumbrante de oro. Daario, Ben Plumm, Gusano Gris, Irri, Jhiqui, Missandei... Mientras los miraba, Dany se descubrió preguntándose quién sería el siguiente en traicionarla.

« El dragón tiene tres cabezas. Hay dos hombres en el mundo en los que puedo confiar; ojalá los encuentre. Entonces no estaría sola. Seríamos tres contra el mundo, como Aegon y sus hermanas» .

—¿Ha sido tranquila la noche o solo me lo ha parecido? —preguntó Dany.

—Al parecer ha sido tranquila, alteza —dijo Ben Plumm el Moreno.

Aquello la alegró. El saqueo de Meereen había sido brutal, como sucedía en todas las ciudades que caían, pero ahora que ya era suya, Dany estaba decidida a poner fin a los destrozos. Decretó que se colgara a los asesinos; que a los saqueadores les fuera cortada una mano, y a los violadores, el miembro viril. Ocho asesinos pendían ya de las murallas, y los inmaculados habían llenado un canasto de un celemín con manos ensangrentadas y blandos gusanos rojos. Meereen volvía a estar en calma.

« ¿Durante cuánto tiempo?» .

Una mosca le zumbó al lado de la cara. Dany la espantó, molesta, pero volvió al instante.

—En esta ciudad hay demasiadas moscas.

—Esta mañana tenía moscas en la cerveza. Hasta me he tragado una. —Ben Plumm soltó una carcajada.

—Las moscas son la venganza de los muertos. —Daario sonrió y se acarició el mechón central de la barba—. Los cadáveres crían gusanos, y los gusanos crían moscas.

—Pues nos libraremos de los cadáveres, empezando por los de la plaza. ¿Te encargarás de eso, Gusano Gris?

—La reina ordena, unos obedecen.

—Más vale que traigas sacos y palas, Gusano —le aconsejó Ben el Moreno—. Esos están bien maduros. Se van cayendo a pedazos de los postes y están llenos de...

—Ya lo sabe. Y yo también.

Dany recordaba el horror que había sentido al ver la plaza del Castigo de Astapor.

« Yo he cometido una crueldad de la misma magnitud, pero sin duda lo merecían. La justicia, por dura que sea, sigue siendo justicia» .

—Alteza —intervino Missandei—, los ghiscarios honran a sus muertos prestigiosos enterrándolos en las criptas que hay debajo de sus mansiones. Si hervís los huesos para limpiarlos y los devolvéis a sus parientes, alabarán vuestra bondad.

« Las viudas me seguirán maldiciendo» .

—Que así se haga. —Dany se volvió hacia Daario—. ¿Cuántos han solicitado audiencia esta mañana?

—Se han presentado dos que quieren contemplar vuestro esplendor. —Daario había saqueado todo un guardarropa nuevo en Meereen, y para que le hicieran juego las tres puntas de la barba y la cabellera rizada, se las había teñido de morado oscuro. Eso hacía que sus ojos también parecieran casi violeta, como si fuera un valyrio extraviado—. Llegaron anoche en la *Estrella Índigo*, una galera mercante procedente de Qarth.

« Una galera de esclavos, querrás decir» . Dany frunció el ceño.

—¿Quiénes son?

—El capitán de la *Estrella* y un hombre que dice hablar en nombre de Astapor.

—Recibiré primero al emisario.

Resultó ser un hombrecillo pálido, con rostro de hurón y ristras de perlas y oro en torno al cuello.

—¡Vuestra adoración! —exclamó—. Me llamo Ghael. Traigo saludos a la Madre de Dragones en nombre del rey Cleon de Astapor, Cleon el Grande.

—Yo dejé el gobierno de Astapor en manos de un Consejo —dijo Dany poniéndose rígida—. Un sanador, un sabio y un sacerdote.

—Vuestra adoración, esos canallas taimados traicionaron la confianza que depositasteis en ellos. Se descubrió que estaban conspirando para devolver el poder a los bondadosos amos y encadenar otra vez al pueblo. Cleon el Grande puso de manifiesto sus intenciones y les cortó la cabeza con la hacha de carnicero, y el agradecido pueblo de Astapor quiso coronarlo por su valor.

—Noble Ghael —dijo Missandei en el dialecto de Astapor—, ¿se trata del mismo Cleon que antes fuera propiedad de Grazdan mo Ullhor?

La voz de la niña parecía cándida, pero resultó evidente que la pregunta ponía nervioso al enviado.

—Ciento —reconoció—. Es un gran hombre.

Missandei se acercó a Dany.

—Era carnicero en las cocinas de Grazdan —le susurró al oído—. Se decía de él que era capaz de matar un cerdo más deprisa que ningún otro hombre de Astapor.

« He puesto Astapor en manos de un rey carnicero» . Dany sintió náuseas, pero sabía que no podía permitir que el enviado se diera cuenta.

—Rezaré para que el rey Cleon gobierne con bondad y sabiduría. ¿Qué

quiere de mí?

—¿Podriamos hablar en privado, alteza? —Ghael se frotó la boca.

—No tengo secretos para mis capitanes y comandantes.

—Como deseáis. Cleon el Grande me pide que os transmita su devoción hacia la Madre de Dragones. Dice que vuestros enemigos son sus enemigos, y los peores de todos ellos son los sabios amos de Yunkai. Os propone un pacto entre Astapor y Meereen contra los yunkios.

—Juré que nada malo sucedería a Yunkai si liberaba a los esclavos —dijo Dany.

—Esos perros yunkios no son dignos de confianza, Vuestra adoración. En estos mismos momentos están conspirando contra vos. Están reclutando un ejército: se lo ha visto entrenarse junto a las murallas de la ciudad; hay barcos de guerra en construcción; han partido enviados rumbo al Nuevo Ghis y Volantis, hacia el oeste, para pactar alianzas y contratar mercenarios. Incluso han enviado jinetes a Vaes Dothrak para lanzar un *khalasar* contra vos. Cleon el Grande me pide que os diga que no tengáis miedo. Astapor tiene buena memoria. Astapor no os dejará desamparada. Como muestra de su compromiso, Cleon el Grande se ofrece a sellar la alianza con un matrimonio.

—¿Un matrimonio? ¿Conmigo?

—Cleon el Grande os dará muchos hijos fuertes —dijo Ghael con una sonrisa. Tenía los dientes rotos y llenos de caries.

Dany se quedó sin palabras, pero la pequeña Missandei acudió en su ayuda.

—¿Le dio muchos hijos a su primera esposa?

—Cleon el Grande tiene tres hijas de su primera esposa. —El enviado la miraba, descontento—. Dos de sus nuevas esposas están embarazadas. Pero si la Madre de Dragones accede a casarse con él, las repudiará a todas.

—Es muy noble por su parte —dijo Dany—. Meditaré sobre lo que me habéis dicho, mi señor.

Dio orden de que se alojara a Ghael en la parte baja de la pirámide.

«Todas las victorias se convierten en escoria en mis manos —pensó—. Haga lo que haga, todo termina en muerte y espanto». Cuando corriera la voz de lo que había acaecido en Astapor, y no tardaría en suceder, decenas de miles de los nuevos libertos meereenos querrían seguirla cuando partiera hacia occidente, por temor de lo que les pudiera suceder si se quedaban... Pero lo que les sucedería durante la marcha podía ser todavía peor. Aunque vaciara hasta el último granero de la ciudad y la dejara morir de hambre, ¿cómo podría alimentar a tantos? Tenía por delante un camino cargado de adversidades, peligros y sangre. Ser Jorah se lo había advertido. La había advertido de tantas cosas... La había... «No, no quiero pensar en Jorah Mormont. Que siga así un poco más».

—Recibiré al capitán de la galera —anunció.

Esperaba que tal vez le llevara mejores noticias, pero fue en vano. El capitán

de la *Estrella Índigo* era de Qarth, así que derramó copiosas lágrimas cuando le preguntó por Astapor.

—La ciudad se desangra. Los cadáveres se pudren en las calles; cada pirámide es un campamento armado, y en los mercados no hay comida ni esclavos en venta. ¡Y lo peor son los niños! Los secuaces del Rey Carnicero han cogido a todos los niños de alta cuna de Astapor para preparar nuevos inmaculados, aunque tardarán años en entrenarlos.

Lo que más sorprendió a Dany fue lo poco sorprendida que se quedó con la noticia. Se acordó de Eroeh, la chica lhazareena a la que había intentado proteger, y de lo que le había sucedido.

« Lo mismo pasará en Meereen cuando me marche », pensó. Los esclavos de las arenas de combate, criados y entrenados para matar, ya empezaban a resultar demasiado pendencieros y desafiantes. Por lo visto pensaban que la ciudad era suya, junto con todos sus habitantes. Entre los que había hecho ahorcar estaban dos de ellos. « No puedo hacer nada más », se dijo.

—¿Qué queréis de mí, capitán?

—Esclavos —dijo—. Tengo las bodegas llenas a reventar de marfil, ámbar gris, pieles de caballos rayados y otras mercancías de calidad.

—No tenemos esclavos en venta —dijo Dany.

—Perdonad, mi reina. —Daario dio un paso adelante—. La orilla del río está llena de meereenos que suplican vuestro permiso para venderse a este mercader. Son incontables.

—¿Quieren ser esclavos? —preguntó Dany boquiabierta.

—Los que se ofrecen son de hablar culto y alta cuna, dulce reina. Los esclavos como estos son muy valorados. En las Ciudades Libres serían instructores, escribas, esclavos de cama, o incluso sanadores y sacerdotes. Dormirían en lechos blandos, comerían alimentos exquisitos y vivirían en mansiones. Aquí lo han perdido todo; viven inmersos en el miedo y la mugre.

—Ya entiendo. —Tal vez no fuera tan sorprendente, si las noticias sobre Astapor eran ciertas. Dany meditó un instante—. Si un hombre o una mujer quiere venderse, puede hacerlo. —Alzó una mano—. Pero no permitiré que vendan a los niños, ni que el marido venda a la esposa.

—En Astapor, cada vez que un esclavo cambiaba de manos, la ciudad se quedaba con una décima parte del precio —le dijo Missandei.

—Nosotros haremos lo mismo —decidió Dany. Para ganar una guerra hacía falta tanto oro como espadas—. Una décima parte. En monedas de oro o plata, o en marfil. Meereen no tiene necesidad de azafrán, clavos ni pieles extravagantes.

—Se hará como ordenáis, gloriosa reina —dijo Daario—. Mis cuervos de tormenta recolectarán el diezmo para vos.

Dany sabía que, si los cuervos de tormenta se encargaban de la recaudación, se perdería al menos la mitad del oro. Pero los segundos hijos no eran más de

fiar, y los inmaculados, aunque incorruptibles, eran analfabetos.

—Hay que llevar un registro —ordenó—. Buscad entre los libertos a unos pocos que sepan leer, escribir y hacer cuentas.

Terminadas sus gestiones, el capitán de la *Estrella Índigo* hizo una reverencia y se retiró. Dany se acomodó inquieta en el asiento de ébano. Tenía miedo de lo que iba a continuación, pero sabía que ya lo había demorado demasiado tiempo. Yunkai y Astapor, amenazas de guerra, proposiciones de matrimonio, la marcha hacia el oeste que pendía sobre ella como una sombra... « Necesito a mis caballeros. Necesito sus espadas y necesito sus consejos». Pero la sola idea de volver a ver a Jorah Mormont la hacía sentir como si se hubiera tragado una nube de moscas: furiosa, nerviosa y asqueada. Casi las oía zumbar en su vientre. « Soy de la sangre del dragón. Tengo que ser fuerte. Cuando me enfrente a ellos, en mis ojos debe haber fuego, no lágrimas» .

—Decidle a Belwas que haga venir a mis caballeros —ordenó Dany para no permitirse cambiar de opinión—. A mis buenos caballeros.

El ascenso había dejado jadeante a Belwas el Fuerte cuando cruzó las puertas con ellos, agarrando a cada uno por un brazo con una manaza enorme. Ser Barristan entró con la cabeza bien alta, pero ser Jorah se acercó sin levantar la vista del suelo de mármol.

« Uno se siente orgulloso, y el otro, culpable» .

El anciano se había afeitado la barba blanca. Sin ella parecía diez años más joven. En cambio, su oso de pelo cada vez más escaso tenía un aspecto envejecido. Se detuvieron ante el asiento. Belwas el Fuerte retrocedió un paso, cruzó los brazos ante el pecho lleno de cicatrices y quedó a la espera. Ser Jorah carraspeó para aclararse la garganta.

—Khaleesi...

Cuánto había añorado el sonido de su voz... Pero debía mostrarse firme.

—Silencio. Yo os diré cuándo podéis hablar. —Se levantó—. Cuando os envié por las cloacas, en parte tenía la esperanza de no volver a veros. Me pareció un fin muy adecuado para los mentirosos: morirían ahogados en excrementos de traficantes. Pensé que los dioses se encargarían de vosotros, pero volvisteis a mí. Mis galantes caballeros de Poniente, un informador y un cambiaciones. Mi hermano os habría colgado a los dos. —Al menos Viserys sí; en cuanto a lo que habría hecho Rhaegar ya no estaba tan segura—. He de reconocer que me ayudasteis a ganar esta ciudad...

—Ganamos esta ciudad para vos. —Ser Jorah apretó los labios—. Nosotros, las ratas de cloaca.

—Silencio —ordenó de nuevo.

Aunque lo que decía era verdad. Mientras la *Polla de Joso* y los otros arietes destrozaban las puertas de la ciudad y mientras los arqueros disparaban andanadas de flechas llameantes por encima de las murallas, Dany había

enviado a doscientos hombres por el río al abrigo de la oscuridad, para prender fuego a los cascos de los barcos allí donde estaban atracados. Pero el objetivo de aquello no era más que ocultar su verdadero propósito. Cuando las naves en llamas atrajeron la atención de los defensores de las murallas, un puñado de nadadores osados se aventuraron a meterse en el río, encontraron una entrada de las cloacas y abrieron las rejas de hierro oxidadas. Ser Jorah, ser Barristan, Belwas el Fuerte y veinte locos valerosos atravesaron las aguas marrones y subieron por un túnel de ladrillo. Eran una mezcla de mercenarios, inmaculados y libertos. Dany había ordenado que eligieran solo a hombres sin familia... y, a ser posible, sin sentido del olfato.

Habían tenido tanta suerte como valor. Un mes entero había transcurrido desde las últimas lluvias, y el agua de las cloacas no les llegaba más que hasta el muslo. Llevaban las antorchas envueltas en hule para mantenerlas secas, así que disponían de luz. Algunos de los libertos tenían miedo de las enormes ratas, hasta que Belwas el Fuerte atrapó una y, de un mordisco, la despedazó. Un gran lagarto blancuzco se les acercó por detrás, agarró con las fauces la pierna de un hombre y se lo llevó, pero la siguiente vez que vieron ondulaciones en el agua, ser Jorah mató a la bestia con la espada. Se equivocaron en algunas encrucijadas, pero cuando llegaron a la superficie, Belwas el Fuerte los guio hasta la arena de combate más cercana, donde cogieron por sorpresa a unos pocos guardias y rompieron las cadenas de los esclavos. En menos de una hora, la mitad de los esclavos de Meereen se habían rebelado.

—Ayudasteis a ganar esta ciudad —repitió, testaruda—. Y en el pasado me servisteis bien. Ser Barristan me salvó del Bastardo del Titán, y también del hombre pesaroso en Qarth. Ser Jorah me salvó del envenenador de Vaes Dothrak y de los jinetes de sangre de Drogo tras la muerte de mi sol y estrellas. —Tanta gente la había querido matar que a veces perdía la cuenta—. Y pese a todo me mentisteis y me traicionasteis. —Se volvió hacia ser Barristan—. Protegisteis a mi padre durante muchos años, en el Tridente luchasteis junto a mi hermano, pero abandonasteis a Viserys en el exilio y os arrodillasteis ante el Usurpador. ¿Por qué? Quiero saber la verdad.

—Hay verdades duras. Robert era... un buen caballero y valiente... Nos perdonó la vida a mí y a otros muchos... El príncipe Viserys no era más que un niño, habrían tenido que pasar muchos años para que estuviera en condiciones de reinar y... Perdonadme, mi reina, pero me habéis pedido que diga la verdad. Incluso de niño, vuestro hermano Viserys era digno hijo de su padre, muy diferente de Rhaegar.

—¿Digno hijo de su padre? —Dany frunció el ceño—. ¿Qué queréis decir?

—En Poniente, a vuestro padre lo llamaban el Rey Loco. —El anciano caballero ni siquiera parpadeó—. ¿No os lo ha dicho nadie?

—Viserys, sí. —«El Rey Loco»—. El que lo llamaba así era el Usurpador; el

Usurpador y sus perros. —«El Rey Loco»—. Infamias.

—¿Por qué pedís la verdad si luego vais a cerrar los oídos para no escucharla? —le dijo Barristan con voz amable. Titubeó un momento antes de continuar—. Ya os dije que utilicé un nombre falso para que los Lannister no supieran que me había unido a vos. No era toda la verdad, no era ni la mitad de la verdad, alteza. Lo que quería era observaros un tiempo antes de juraros lealtad. Para asegurarme de que no...

—De que no era digna hija de mi padre?

Y si no era hija de su padre, ¿quién era?

—De que no estabais loca —terminó ser Barristan—. Pero no veo la lacra en vos.

—La lacra? —le espetó Dany.

—No soy un maestre que pueda citaros la historia, alteza. Mi vida han sido las espadas, no los libros. Pero hasta los niños saben que los Targaryen han bordeado siempre la locura. Vuestro padre no fue el primero. En cierta ocasión, el rey Jaehaerys me dijo que la locura y la grandeza no son más que dos caras de la misma moneda. Según él, cada vez que nacía un Targaryen, los dioses tiraban la moneda al aire y el mundo entero contenía el aliento para ver de qué lado caía.

«Jaehaerys. Este anciano conoció a mi abuelo». Aquello la hizo meditar. La mayor parte de lo que sabía de Poniente se lo había contado su hermano, y el resto, ser Jorah. Ser Barristan sabría mucho más que los dos juntos. «Él puede decirme de dónde vengo».

—Estáis diciendo que soy una moneda en las manos de algún dios?

—No —replicó ser Barristan—. Sois la legítima heredera de Poniente. Os serviré fielmente como caballero hasta el fin de mis días, si es que me consideráis digno de volver a llevar una espada. Si no, me daré por satisfecho con servir como escudero a Belwas el Fuerte.

—Y si decido que solo sois digno de ser mi bufón? —dijo Dany, despectiva—. ¿O tal vez mi cocinero?

—Sería un honor, alteza —dijo Selmy con tranquila dignidad—. Se me da bien asar manzanas y hervir carne de buey, y he asado muchos patos en la hoguera de un campamento. Espero que os gusten grasientos, con la piel quemada y la carne todavía cruda.

—Tendría que estar loca para comer semejante bazofia. —No pudo por menos que sonreír—. Ben Plumm, entregad vuestra espada larga a ser Barristan.

Pero Barbablanca no la aceptó.

—Tiré mi espada a los pies de Joffrey, y desde entonces no he vuelto a tocar una. Solo de la mano de mi legítima reina volveré a aceptar una espada.

—Como deseéis. —Dany cogió la espada de Ben el Moreno y se la ofreció por el puño. El anciano la aceptó con gesto reverente—. Ahora, arrodillaos y prestad juramento.

Ser Barristan hincó una rodilla en el suelo, depositó la espada ante ella y recitó el juramento tradicional. Dany a duras penas le prestó atención.

«Este ha sido el fácil —pensó—. El difícil va a ser el otro». Cuando terminó el juramento, se volvió hacia Jorah Mormont.

—Ahora vos. Decidme la verdad.

El hombrón tenía el cuello rojo, Dany no sabía si por la rabia o por la vergüenza.

—He intentado decírosla un centenar de veces. Os advertí que Arstan no era lo que parecía. Os advertí de que Xaro y Pyat Pree no eran de confianza. Os advertí...

—Me advertisteis contra todo el mundo excepto contra vos. —Su insolencia la ponía furiosa. «Tendría que ser más humilde, tendría que suplicar mi perdón»—. No confiéis en nadie, me deciais, solo en Jorah Mormont... ¡y mientras, vos erais la marioneta de la Araña!

—No soy la marioneta de nadie. Acepté el oro del eunuco, sí. Aprendí unas claves y escribí unas cuantas cartas, pero nada más.

—¿Nada más? ¡Me espiasteis, me vendisteis a mis enemigos!

—Durante un tiempo, sí —reconoció de mala gana—. Luego dejé de hacerlo.

—¿Cuándo? ¿Cuándo parasteis?

—Envié un informe en Qarth, pero...

—¿En Qarth? —Dany había tenido la esperanza de que hubiera terminado mucho antes—. ¿Y qué les dijisteis desde Qarth? ¿Que me erais leal y no queríais saber más de ellos? —Ser Jorah no se atrevía a mirarla a la cara—. Cuando murió Khal Drogo, me pedisteis que fuera con vos a Yi Ti y al mar de Jade. ¿Eran vuestros deseos o los de Robert?

—Solo quería protegeros —insistió—. Tenía que apartarlos de ellos. Sabía que son unas serpientes...

—¿Serpientes? ¿Y vos qué sois? —Se le ocurrió algo inimaginable—. ¿Les dijisteis que estaba embarazada de Drogo?

—Khaleesi...

—No intentéis negarlo —intervino ser Barristan con brusquedad—. Yo estaba presente cuando el eunuco se lo dijo al Consejo, y Robert decretó que su alteza y el niño debían morir. Vos erais el informador. Incluso se comentó que os podríais encargar del trabajo a cambio de un indulto.

—Es mentira. —Ser Jorah tenía el rostro sombrío—. Yo jamás habría... Daenerys, fui yo quien impidió que bebierais el vino.

—Ciento. ¿Cómo supisteis que el vino estaba envenenado?

—Pues... lo sospeché... Con la caravana llegó una carta de Varys; me decía que intentarían asesinaros. Él os quería tener vigilada, pero sin que sufrierais daño alguno. —Se dejó caer de rodillas—. Si no hubiera sido yo, habrían encontrado otro informador. Lo sabéis bien.

—Sé que me traicionasteis. —Se tocó el vientre, donde había muerto su hijo Rhaego—. Sé que un envenenador trató de matar a mi hijo por vuestra culpa. Eso es lo que sé.

—No... no. —Sacudió la cabeza—. No tuve intención de... Perdonadme. Tenéis que perdonarme.

—¿Tengo que perdonaros? —Era demasiado tarde. « Tendría que haber empezado por suplicar perdón». Ya no podía excusarlo, como había sido su intención. Había arrastrado al vendedor de vinos atado a la yegua hasta que no quedó nada de él. ¿No merecía lo mismo el hombre que la había vendido? « Es Jorah, mi oso valiente, el brazo derecho que jamás me falló. Sin él habría muerto, pero...» —. No, no puedo perdonaros —dijo.

—Habéis perdonado al viejo.

—Me mintió en cuanto a su nombre. Vos vendisteis mis secretos a los que mataron a mi padre y robaron el trono de mi hermano.

—Os he protegido. He luchado por vos. He matado por vos.

« Me habéis besado —pensó—. Me habéis traicionado» .

—Entré en las cloacas como una rata. Todo por vos.

« Tal vez habría sido mejor para vos que hubierais muerto en ellas» . Dany no dijo nada. No había nada que decir.

—Daenerys —terminó—, os he amado.

Ya estaba. « Tres traiciones conocerás. Una por oro, una por sangre y una por amor» .

—Dicen que los dioses no hacen nada sin un propósito. No habéis muerto en la batalla, así que debe de ser que aún quieren algo de vos. Pero yo, no. No deseo teneros cerca. Quedáis desterrado, ser Jorah. Volved con vuestros amos a Desembarco del Rey; recoged el indulto que os prometieron. O marchaos a Astapor. No me cabe duda de que el Rey Carnicero necesitará caballeros.

—No. —Tendió la mano hacia ella—. Daenerys, por favor, escuchadme...

Ella le dio un golpe en el brazo.

—No os atreváis a tocarme de nuevo, ni a pronunciar mi nombre. Tenéis hasta el amanecer para recoger vuestras pertenencias y salir de esta ciudad. Si la luz del día os encuentra todavía en Meereen, haré que Belwas el Fuerte os arranke la cabeza. Así será. Creedme. —Se volvió bruscamente; las faldas se le enrollaron a las piernas. « No soportaré verle el rostro» —. Sacad a este mentiroso de mi vida —ordenó.

« No debo llorar. No debo llorar. Si lloro, lo perdonaré» . Belwas el Fuerte cogió a ser Jorah por el brazo y lo sacó casi a rastras. Cuando Dany miró de reojo, el caballero caminaba como si estuviera borracho, lento y tambaleante. Apartó la vista de nuevo hasta que oyó que las puertas se abrían y se cerraban. Entonces se dejó caer en el asiento de ébano. « Ya se ha ido. Mi padre y mi madre; mis hermanos; ser Willem Darry; Drogo, que era mi sol y estrellas; su

hijo, que se me murió dentro, y ahora ser Jorah...».

—La reina tiene buen corazón —ronroneó Daario entre los bigotes morados —, pero ese hombre es más peligroso que todos los Oznaks y todos los Meros juntos. —Acarició la empuñadura de las dos espadas, aquellas lascivas mujeres doradas, con manos fuertes—. No tenéis ni siquiera que dar la orden, mi esplendor. Con que hagáis un pequeño gesto de asentimiento, vuestro Daario os traerá su cabeza.

—Dejadlo en paz. La balanza ya está equilibrada. Que se vaya a casa.

Dany se imaginó a Jorah entre viejos robles nudosos, arbustos de espino en flor, piedras grises cubiertas de musgo y arroyuelos gélidos que discurrían por colinas elevadas. Lo vio entrar en un torreón de grandes troncos, donde los perros dormían junto a la chimenea y el olor a carne e hidromiel impregnaba el ambiente espeso.

—Hemos terminado por ahora —les dijo a sus capitanes.

Tuvo que controlarse para no correr escaleras arriba por los peldaños de mármol. Irri la ayudó a despojarse de los ropajes de recibir a la corte para ponerse algo más cómodo: unos amplios pantalones de lana, una túnica de fieltro muy suelta y un chaleco pintado dothraki.

—¡Pero si estás temblando, khaleesi! —dijo la muchacha cuando se arrodilló para atarle las sandalias.

—Tengo frío —mintió Dany—. Tráeme el libro que estaba leyendo anoche.

Quería perderse entre las palabras, en otros tiempos y lugares. El grueso volumen encuadrado en cuero estaba lleno de canciones e historias de los Siete Reinos. En realidad eran cuentos para niños, demasiado simples y fantasiosos para tratarse de historias reales. Todos los héroes eran altos y atractivos, y a los traidores se los reconocía por sus ojos huidizos. Pero, de todos modos, le gustaban. La noche anterior había leído acerca de las tres princesas de la torre roja y el rey que las había encerrado por el crimen de ser hermosas. Cuando la doncella le llevó el libro, a Dany no le costó encontrar la página donde había dejado la lectura, pero fue inútil. Descubrió que tenía que leer cada párrafo una docena de veces.

« Ser Jorah me regaló este libro el día de mi boda, el día en que me casé con Khal Drogo. Pero Daario tiene razón: no debería haberlo desterrado. Tendría que haberlo conservado a mi lado, o si no, haberlo hecho matar». Jugaba a ser reina, pero a veces volvía a sentirse como una niñita asustada. « Viserys siempre me decía que era estúpida. ¿De verdad estaría loco?». Cerró el libro. Podía volver a llamar a ser Jorah si lo deseaba. O enviar a Daario a matarlo.

Dany rehuyó la decisión saliendo a la terraza. Se encontró a Rhaegal dormido junto al estanque, una gran espiral verde y bronce que se tostaba al sol. Drogon estaba posado en la cima de la pirámide, allí donde se había alzado la gran arpía de bronce antes de que ordenara que la derribaran. Al verla, el dragón extendió

las alas y rugió. No había ni rastro de Viserion, pero al acercarse al antepecho para escudriñar el horizonte divisó a lo lejos las alas claras que sobrevolaban el río.

«Está cazando. Cada día se vuelven más atrevidos. —Pero se seguía poniendo nerviosa cuando se alejaban demasiado en sus vuelos—. Puede que algún día uno de ellos no regrese».

—¿Alteza?

Se volvió al oír la voz de ser Barristan a su espalda.

—Perdonadme, alteza. Solo quería deciros... ahora que sabéis quién soy... —El anciano titubeó—. Un caballero de la Guardia Real está en presencia de su rey día y noche. Por ese motivo, nuestros juramentos nos exigen proteger sus secretos de la misma manera que protegeríamos su vida. Pero, por derecho, los secretos de vuestro padre ahora os pertenecen a vos, al igual que su trono, y... pensé que tal vez quisierais hacerme algunas preguntas.

«¿Preguntas?». Tenía cien preguntas, mil, diez mil. ¿Por qué en aquel momento no se le ocurría ninguna?

—¿De verdad estaba loco mi padre? —Se le escapó. «¿Por qué pregunto semejante cosa?». Viserys decía que eso de la locura era una estratagema del Usurpador...

—Viserys era un niño, y la reina lo protegía tanto como le era posible. Ahora creo que en vuestro padre siempre hubo un punto de locura. Pero también era encantador y generoso, de modo que se le perdonaban sus errores. El comienzo de su reinado fue muy prometedor... pero, a medida que pasaban los años, los errores fueron cada vez más frecuentes, hasta que...

—¿Seguro que quiero escuchar eso ahora mismo? —lo interrumpió Dany.

—Posiblemente no. —Ser Barristan meditó un instante—. Ahora mismo, no.

—Ahora mismo, no —convino ella—. Algún día. Algún día me lo tendrás que contar todo. Lo bueno y lo malo. Espero que haya algo bueno que decir sobre mi padre.

—Desde luego, alteza. Sobre él y sobre los que lo precedieron. Vuestro abuelo Jaehaerys y su hermano, su padre Aegon, vuestra madre... y Rhaegar. Más que ningún otro.

—Me habría gustado conocerlo —dijo con melancolía.

—A mí me habría gustado que os conociera —dijo el anciano caballero—. Cuando estés preparada os lo contaré todo.

Dany lo besó en la mejilla y le dio permiso para retirarse.

Aquella noche, sus doncellas le sirvieron cordero, una ensalada de zanahorias y uvas pasas maceradas en vino, y un pan caliente y hojaldrado que rezumaba miel. No consiguió comer ni un bocado.

«¿Se sentiría tan cansado Rhaegar alguna vez? —se preguntó—. ¿O Aegon, después de la conquista?».

Aquella noche, cuando llegó la hora de acostarse, Dany se llevó a Irri a la cama por primera vez desde lo que sucedió en el barco. Pero mientras se estremecía de alivio y pasaba los dedos por la espesa cabellera negra de su doncella, imaginaba que era Drogo quién la tenía entre sus brazos... solo que, sin saber por qué, el rostro de su sol y estrellas se seguía transformando en el de Daario.

« Si deseara a Daario solo tendría que decirlo». Permaneció despierta en la cama, con las piernas entrelazadas con las de Irri. « Hoy tenía los ojos casi violeta» .

Aquella noche, los sueños de Dany fueron muy agitados, y en tres ocasiones la despertaron pesadillas que apenas si podía recordar. Después de la tercera vez estaba demasiado inquieta para intentar dormir de nuevo. La luz de la luna se colaba por las ventanas inclinadas y teñía de plata los suelos de mármol. Una brisa fresca soplaba a través de las puertas abiertas de la terraza. Irri dormía profundamente a su lado; tenía los labios entreabiertos, y un pezón oscuro le asomaba de las sábanas de seda. Durante un momento, Dany se sintió tentada, pero a quien deseaba era a Drogo, o tal vez a Daario. No a Irri. La doncella era dulce y hábil, pero sus besos tenían el sabor del deber.

Se levantó y dejó a Irri dormida a la luz de la luna. Jhiqui y Missandei dormían en sus lechos. Dany se puso una túnica y, descalza, salió a la terraza. El aire era gélido, pero le gustaba la sensación de la hierba entre los dedos de los pies, el sonido de las hojas susurrándose entre ellas... La brisa provocaba ondas en la superficie del pequeño estanque donde se bañaba, y hacía que el reflejo de la luna danzara y se estremeciera.

Se apoyó en el bajo antepecho de ladrillos para contemplar la ciudad. Meereen también dormía. « Tal vez perdida en sueños de tiempos mejores». La noche cubría las calles como un manto negro, ocultaba los cadáveres, las ratas grises que salían de las cloacas para devorarlos, los enjambres de moscas zumbonas... A lo lejos, las antorchas brillaban rojas y amarillas allí donde los centinelas hacían las rondas, y de cuando en cuando se divisaba la luz tenue de un farol que se movía por un callejón. Tal vez uno de ellos fuera de ser Jorah, que guiaba su caballo a paso lento hacia las puertas de la ciudad. « Adiós, viejo oso. Adiós, traidor» .

Ella era Daenerys de la Tormenta, La que no Arde, *khaleesi* y reina, Madre de Dragones, exterminadora de brujos, rompedora de cadenas, y no había ni una persona en el mundo en la que pudiera confiar.

—¿Alteza? —A su lado estaba Missandei, envuelta en una túnica y calzada con sandalias de madera—. Me he despertado y he visto que no estabais. ¿Habéis dormido bien? ¿Qué estáis mirando?

—Mi ciudad —dijo Dany—. Buscaba una casa con una puerta roja, pero de noche todas las puertas son negras.

—¿Una puerta roja? —se extrañó Missandei—. ¿De qué casa habláis?

—De ninguna. No importa. —Dany cogió a la niña de la mano—. No me mientes nunca, Missandei. No me traiciones nunca.

—Jamás —prometió Missandei—. Mirad, está amaneciendo.

El cielo se había tornado azul cobalto desde el horizonte hasta el céntimo, y hacia el oriente, más allá de las colinas, se divisaba un brillo entre dorado pálido y rosa. Dany siguió cogida de la mano con Missandei mientras veían salir el sol. Todos los adoquines grises se fueron tornando rojos, amarillos, azules, verdes, anaranjados... Ante sus ojos, las arenas de combate color escarlata se convirtieron en heridas sangrantes. Más allá, la cúpula dorada del templo de las Gracias deslumbraba con su brillo, y las estrellas de bronce parpadeaban en las murallas allí donde la luz del sol naciente arrancaba destellos de las púas en los cascós de los Inmaculados. En la terraza, unas cuantas moscas zumbaban con torpeza. Un pájaro empezó a gorjejar en el caqui; luego lo siguieron otros dos. Dany inclinó la cabeza para escuchar su canto, pero los sonidos de la ciudad no tardaron en ahogarlo.

« Los sonidos de mi ciudad» .

Aquella mañana convocó a los capitanes y comandantes en el jardín, en vez de bajar a la sala de audiencias.

—Aegon el Conquistador llevó la sangre y el fuego a Poniente, pero luego le dio paz, prosperidad y justicia. En cambio, yo no he traído más que ruina y muerte a la bahía de los Esclavos. He sido más *khal* que reina: he arrasado, saqueado y pasado de largo.

—Es que no hay por qué quedarse —dijo Ben Plumm el Moreno.

—Alteza, los traficantes de esclavos fueron los causantes de su desgracia —dijo Daario Naharis.

—También habéis traído libertad —señaló Missandei.

—¿Libertad para morir de hambre? ¿Qué soy? ¿Un dragón o una arpía?

« ¿Estoy loca? ¿Tengo la lacra?» .

—Un dragón —dijo ser Barristan sin titubeos—. Meereen no es Poniente, alteza.

—Pero ¿cómo podré gobernar los Siete Reinos, si no puedo dirigir ni una ciudad?

El caballero no supo qué responderle. Dany les dio la espalda, para contemplar la ciudad una vez más.

—Mis hijos necesitan tiempo para curarse y aprender. Mis dragones necesitan tiempo para crecer y fortalecer las alas. Y yo también. No dejaré que esta ciudad siga el camino de Astapor. No permitiré que la arpía de Yunkai vuelva a encadenar a los que he liberado. —Se volvió para mirarlos—. No proseguiré la marcha.

—¿Qué haréis entonces, khaleesi? —preguntó Rakharo.

—Quedarme —respondió ella—. Gobernar. Reinar.

JAI MIE

El rey estaba sentado a la cabecera de la mesa, con un montón de cojines debajo del trasero, y firmaba los documentos a medida que se los iban presentando.

—Ya solo quedan unos pocos, alteza —le aseguró ser Kevan Lannister—. Esto es un decreto contra lord Edmure Tully, según el cual se le confisca Aguasdulces, con todas sus tierras y sus rentas, por rebelarse contra su legítimo rey. Esto es un decreto similar contra su tío, ser Brynden Tully, el Pez Negro.

Tommen fue firmándolos uno tras otro, mojando la pluma con cuidado y escribiendo su nombre con letra amplia, infantil.

Jaime lo miraba desde el otro extremo de la mesa y pensaba en tantos y tantos señores que aspiraban a ocupar un asiento en el Consejo Privado del Rey. «Por mí que se queden con el mío». Si aquello era el poder, ¿por qué se parecía tanto al aburrimiento? Allí, mirando cómo Tommen mojaba de nuevo la pluma en el tintero, no se sentía especialmente poderoso. Lo que se sentía era aburrido.

«Y magullado». Le dolían todos los músculos del cuerpo; tenía las costillas y los hombros llenos de magulladuras por la paliza recibida, cortesía de ser Addam Marbrand. Solo con recordarla se le tensaba el rostro en una mueca de dolor. Su única esperanza era que Marbrand mantuviera la boca cerrada. Jaime lo conocía desde que era niño y servía como paje en Roca Casterly. Confiaba en él como en quien más, tanto como para pedirle que cogieran escudos y espadas de torneo. Había querido saber si podía luchar con la mano izquierda.

«Y ahora ya lo sé». La certeza era aún más dolorosa que la paliza que le había propinado ser Addam, y la paliza había sido tal que aquella mañana apenas si había conseguido vestirse. Si la pelea hubiera sido real, Jaime habría muerto dos docenas de veces. Cambiar de mano parecía tan sencillo... Y no lo era. Todos los instintos lo inducían a error. Antes solo tenía que moverse; entonces estaba obligado a pensar primero. Y, mientras pensaba, Marbrand lo golpeaba. Con la mano izquierda ni siquiera podía sujetar bien la espada; ser Addam lo había desarmado tres veces, le había arrancado el arma y la había lanzado por los aires.

—Esto les otorga tierras, rentas y un castillo a ser Emmon Frey y a su señora esposa, lady Genna. —Ser Kevan puso otro montón de pergaminos delante del rey. Tommen mojó la pluma y firmó—. Esto es un decreto de legitimidad para el hijo natural de lord Roose Bolton de Fuerte Terror. Y esto nombra a lord Bolton vuestro Guardián del Norte.

Tommen mojaba y firmaba, mojaba y firmaba.

—Esto otorga a ser Rolph Spicer la propiedad del castillo Castamere, así como el título de señor.

Tommen garabateó su nombre.

«Tendría que haber acudido a ser Ilyn Payne», reflexionó Jaime. La justicia del rey no era tan amigo suyo como Marbrand, y seguramente le habría dado una paliza mucho peor... pero, al no tener lengua, luego no habría podido alardear de ello. Lo único que hacía falta era que ser Addam bebiera una copa de más y se le escapara un comentario, y el mundo entero sabría la clase de inútil en que se había convertido. «Lord comandante de la Guardia Real». Era sin duda una broma cruel... aunque no tanto como el regalo que le había enviado su padre.

—Esto es vuestro indulto real para lord Gawen Westerling, su señora esposa y su hija, Jeyne, dándoles la bienvenida de vuelta a la paz del rey —siguió ser Kevan—. Esto es un indulto real para lord Jonos Bracken de Seto de Piedra. Esto es un indulto para lord Vance. Esto, para lord Goodbrook. Esto, para lord Mooton, de Poza de la Doncella.

—Parece que lo tienes todo bajo control, tío —dijo Jaime levantándose—. Dejo a su alteza a tu cargo.

—Como quieras. —Ser Kevan se levantó también—. Jaime, tendrías que ir a ver a tu padre. Esta brecha que se ha abierto entre vosotros...

—La ha abierto él. Y no la cerrará si me envía regalos con ánimo de escarnecerme. Diselo, si es que lo puedes apartar de los Tyrell el tiempo suficiente.

—Te hizo el regalo de corazón —dijo su tío con una expresión afligida—. Pensamos que tal vez te animaría para...

—¿Para qué me creciera una nueva mano?

Jaime se volvió hacia Tommen. Aunque tenía los rizos dorados y los ojos verdes de Joffrey, el nuevo rey no compartía gran cosa con su difunto hermano. Era regordete, con el rostro redondo y sonrosado, y hasta le gustaba leer.

«Mi hijo, aún no tiene ni nueve años. El niño no es aún el hombre». Tendrían que pasar siete años antes de que Tommen empezara a gobernar por derecho propio. Hasta entonces, el reino estaría bajo el firme control de su señor abuelo.

—Alteza —dijo—, solicito permiso para retirarme.

—Como queráis, ser Tío. —Tommen se volvió hacia ser Kevan—. ¿Los puedo sellar ya, tío abuelo?

Hasta el momento, lo que más le gustaba de ser rey era apretar el sello real contra el lacre caliente.

Jaime salió a zancadas de la sala del Consejo. Al otro lado de la puerta se encontró con ser Meryn Trant, firme y rígido, de guardia con la armadura blanca y la capa nivea.

«Si este, Kettleblack o Blount supieran lo vulnerable que soy...».

—Quedaos aquí hasta que su alteza haya terminado —dijo—, luego escoltadlo de vuelta a Maegor.

—Como digáis, mi señor —dijo Trant, inclinando la cabeza.

Aquella mañana, el patio de armas estaba lleno de gente y ruido. Jaime se dirigió hacia los establos, donde un nutrido grupo de hombres ensillaba los caballos.

—¡Patas de Acero! —llamó—. De modo que ya os ponéis en marcha.

—En cuanto mi señora monte —dijo Patas de Acero Walton—. Mi señor de Bolton nos espera. Ah, ya está aquí.

Un mozo de cuadras salió del establo con una hermosa yegua gris de las riendas. La montaba una niña delgada, de ojos inexpresivos, abrigada con una gruesa capa. Era gris, al igual que el vestido que llevaba debajo, con ribetes de seda blanca. El broche que se la cerraba ante el pecho tenía forma de cabeza de lobo, con ópalos a modo de ojos rasgados. Llevaba la larga cabellera castaña suelta al viento. Jaime pensó que tenía un rostro muy atractivo, aunque los ojos eran tristes y recelosos.

Al verlo, la niña inclinó la cabeza.

—Ser Jaime —dijo con voz baja, nerviosa—, qué amable por vuestra parte venir a despedirme.

—Veo que me conocéis. —Jaime clavó la mirada en ella.

La niña se mordió el labio.

—Tal vez no me recordéis, mi señor. Entonces era más pequeña, pero... tuve el honor de conoceros en Invernalia, cuando el rey Robert fue a visitar a mi padre, lord Eddard. —Bajó los grandes ojos castaños—. Soy Arya Stark —murmuró.

Jaime no había prestado nunca mucha atención a Arya Stark, pero le pareció que aquella niña era mayor.

—Tengo entendido que partís para contraer matrimonio.

—Han dispuesto que me case con el hijo de lord Bolton, Ramsay. Era un Nieve, pero su alteza le ha concedido el apellido Bolton. Dicen que es muy valiente. Estoy dichosa.

«Entonces, ¿por qué pareces tan asustada?».

—Os deseo todo lo mejor, mi señora. —Jaime se volvió hacia Patas de Acero—. ¿Os han dado el dinero que se os prometió?

—Sí, y ya lo hemos compartido. Tenéis toda mi gratitud. —El norteño sonrió—. Un Lannister siempre paga sus deudas.

—Siempre —dijo Jaime, lanzando una última mirada en dirección a la niña.

Se preguntó si habría alguna similitud. No es que tuviera mucha importancia; la verdadera Arya Stark se encontraría con toda probabilidad enterrada en una tumba anónima del Lecho de Pulgas. Sus padres habían muerto, y también todos sus hermanos. ¿Quién osaría destapar el fraude?

—Buen viaje —le dijo a Patas de Acero.

Nage alzó el estandarte de paz; los norteños formaron una columna tan desastrada como sus capas de piel y salieron al trote por la puerta del castillo. En

medio de la columna, la niña delgada de la yegua gris parecía muy menuda y desamparada.

Algunos caballos todavía se espantaban en la mancha negra del suelo de arena prensada, allí donde la tierra se había bebido la sangre del mozo de cuadras al que Gregor Clegane había matado de manera tan torpe. Solo con verla, Jaime se ponía furioso. Le había dicho a la Guardia Real que mantuviera alejado al gentío, pero el imbécil de ser Boros se había distraído con el duelo. Parte de la culpa había sido del estúpido muchacho, claro, y otra parte, del dorniense muerto. Pero sobre todo, de Clegane. El golpe que cortó el brazo al muchacho había sido pura mala suerte, pero el segundo...

«En fin, Gregor lo está pagando caro». El gran maestre Pyccelle le estaba tratando las heridas pero, a juzgar por los alaridos que se oían en las estancias del maestre, la curación no iba tan bien como debería.

—La carne se le pudre, y las heridas rezuman pus —le había dicho Pyccelle al Consejo—. Ni siquiera los gusanos quieren acercarse a tal inmundicia. Sufre convulsiones tan violentas que lo he tenido que amordazar para que no se arranque la lengua de un mordisco. He cortado tanto tejido como he podido, y he tratado la podredumbre con vino hirviendo y moho de pan, pero no ha servido de nada. Las venas del brazo se le están volviendo negras. Cuando lo sangré, todas las sanguijuelas murieron. Mis señores, tengo que saber qué sustancia maligna puso en su lanza el príncipe Oberyn. Propongo que detengamos a los otros dornienses hasta que sean más sinceros.

Lord Tywin se había negado.

—Ya vamos a tener suficientes problemas con Lanza del Sol por la muerte del príncipe Oberyn. No tengo la menor intención de empeorar las cosas tomando prisioneros a sus acompañantes.

—En ese caso, mucho me temo que ser Gregor morirá.

—Sin duda. Es lo que le juré al príncipe Doran en la carta que le envié junto con el cadáver de su hermano. Pero es imprescindible que lo mate la justicia del rey, no una lanza envenenada. Curadlo.

—Mi señor... —El gran maestre Pyccelle lo miraba, consternado.

—Curadlo —repitió lord Tywin, contrariado—. Supongo que estáis informado de que lord Varys ha enviado pescadores a las aguas que rodean Rocadragón. Informan de que la isla está defendida por un destacamento simbólico. Los lysenos se han ido de la bahía, y con ellos, la mayor parte de los hombres de Stannis.

—Excelente —dijo Pyccelle—. Propongo que dejemos que Stannis se pudra en Lys. Nos hemos librado de ese hombre y de sus ambiciones.

—¿Acaso perdisteis también el cerebro cuando Tyrion os afeitó la barba? Estamos hablando de Stannis Baratheon. Ese hombre luchará hasta el final, y ni siquiera entonces se detendrá. Si se ha marchado, quiere decir que tiene intención

de reanudar la guerra. Lo más probable es que se dirija a Bastión de Tormentas y trate de alzar en armas a los señores de la tormenta. Si es así, estará perdido. Pero si fuera más osado apostaría por Dorne. Trataría de ganar Lanza del Sol para su causa, y la guerra podría prolongarse años y años. De modo que no ofenderemos más a los Martell, por ningún motivo. Los dornienses podrán marcharse cuando deseen, y vos curaréis a ser Gregor.

De modo que la Montaña gritó, día y noche. Por lo visto, lord Tywin Lannister podía intimidar al propio Desconocido.

Mientras subía por la escalera espiral de la Torre de la Espada Blanca, Jaime oyó los ronquidos de ser Boros en su celda. La puerta de ser Balon también estaba cerrada; aquella noche le correspondía velar por el rey, de modo que se pasaría el día durmiendo. Aparte de los ronquidos de Blount, la torre estaba muy silenciosa, cosa que le convenía a Jaime.

«Yo también debería descansar». La noche anterior, tras el baile con ser Addam, el dolor de los golpes le había impedido dormir.

Pero al entrar en el dormitorio, se encontró con su hermana, que lo esperaba.

Estaba junto a la ventana abierta contemplando las murallas del castillo y el mar, más allá. El viento de la bahía soplaban en torno a ella y le ceñía el vestido al cuerpo de una manera que a Jaime le aceleró el pulso. La túnica era blanca, tan blanca como las colgaduras de las paredes y los cortinajes de la cama. Espirales de esmeraldas diminutas adornaban los extremos de las anchas mangas y le adornaban el corpiño. La redecilla de oro con la que se recogía el pelo estaba cuajada de esmeraldas más grandes. El escote de la túnica dejaba al descubierto los hombros y la parte superior de los pechos.

«Qué hermosa es». Lo único que deseaba en el mundo era tomarla entre sus brazos.

—Cersei. —Cerró la puerta con suavidad—. ¿Qué haces aquí?

—¿Adónde si no podía ir? —Cuando se volvió, vio que su hermana tenía los ojos llenos de lágrimas—. Nuestro padre me ha dejado bien claro que ya no me quiere en el Consejo. Jaime, tienes que hablar con él.

—Hablo con lord Tywin todos los días. —Jaime se quitó la capa y la colgó de un gancho de la pared.

—¿Por qué eres tan terco? Lo único que quiere...

—Es obligarme a abandonar la Guardia Real y enviarme de vuelta a Roca Casterly.

—No es tan grave. A mí también me envía de vuelta a Roca Casterly. Me quiere bien lejos, para manejar a Tommen a su antojo. ¡Tommen es hijo mío, no suyo!

—Tommen es el rey.

—¡Es un niño! Es un niño asustado que ha visto cómo asesinaban a su hermano durante su banquete de bodas. Y ahora le están diciendo que se tiene

que casar. ¡Esa chica le dobla la edad y ya ha enviudado dos veces!

Jaime se acomodó en una silla y trató de hacer caso omiso del dolor de los músculos magullados.

—Los Tyrell se muestran insistentes. Y no veo que tenga nada de malo. Tommen ha estado muy solo desde que Myrcella partió hacia Dorne. Le gusta estar con Margaery y con sus doncellas. Deja que los casen.

—Es tu hijo...

—Es mi semilla. No me ha llamado nunca padre, igual que Joffrey. Me lo dijiste un millón de veces, me advertiste que no mostrara demasiado interés por ellos.

—¡Era para protegerlos! Y también para protegerte a ti. ¿Qué habrían pensado si mi hermano se mostrara paternal con los hijos del rey? Hasta Robert habría sospechado algo.

—Bueno, ya no está en condiciones de sospechar nada. —La muerte de Robert le había dejado un regusto amargo en la boca. «Debí ser yo quien lo matara, y no Cersei» —. Yo tan solo quería que muriera a mis manos.

—«Cuando aún tenía dos» —. Si hubiera permitido que lo de matar reyes se convirtiera en costumbre, como a él le gustaba decir, te habría tomado como esposa ante los ojos de todo el mundo. No me avergüenzo de amarte; solo me avergüenzo de las cosas que he hecho para ocultarlo. Aquel chiquillo de Invernalia...

—¿Acaso te dije yo que lo tirases por la ventana? Si hubieras tomado parte en la cacería, como te supliqué, no habría pasado nada. Pero no, tenías que estar conmigo, no podías esperar a que volviéramos a la ciudad.

—Ya estaba harto de esperar. No soportaba ver a Robert meterse a trompicones en tu cama noche tras noche, siempre preguntándome si te exigiría que cumplieras tus deberes como esposa. —De repente, Jaime recordó algo más que le daba vueltas en la cabeza, algo relativo a Invernalia—. En Aguas dulces, Catelyn Stark estaba convencida de que yo había enviado a un criminal para cortarle el cuello a su hijo. Decía que le había dado un puñal.

—Ah, ya —replicó ella, despectiva—. Tyrion también me preguntó por ese asunto.

—Lo del puñal era cierto. Las cicatrices que lady Catelyn tenía en las manos no eran imaginarias; me las enseñó. ¿Fuiste tú la que...?

—Por favor, no digas tonterías. —Cersei cerró la ventana—. Sí, tenía la esperanza de que el criío muriese. Igual que tú. ¡Pero si hasta Robert pensaba que habría sido lo mejor para él! «Matamos a los caballos cuando se rompen una pata y a los perros cuando se quedan ciegos, pero somos demasiado débiles para mostrarnos igual de misericordiosos con un niño tullido», me dijo. Con esas palabras. Claro que él también estaba ciego en ese momento, de tanto beber.

«¿Robert?». Jaime había velado por el rey suficientes veces para saber que,

cuando bebia de más, Robert Baratheon decía cosas que al día siguiente negaría airado.

—¿Estabais a solas cuando Robert hizo ese comentario?

—Me imagino que no creerás que lo dijo delante de Ned Stark. Claro que estábamos a solas. Con los niños. —Cersei se quitó la redecilla del pelo, la colgó de un poste de la cama y sacudió la cabeza para desenredar los rizos dorados—. A lo mejor fue Myrcella la que envió al hombre del puñal, ¿qué te parece?

Pretendía que fuera una burla, pero Jaime vio al momento que había dado en el clavo.

—Myrcella no. Joffrey.

—A Joffrey no le caía bien Robb Stark —dijo Cersei con el ceño fruncido—, pero el crío no le importaba lo más mínimo. Si él mismo no era más que un niño...

—Un niño ansioso por que ese cerdo que le dijiste que era su padre le diera una palmadita en la espalda. —Se le ocurrió una idea incómoda—. Tyrion estuvo a punto de morir por culpa de ese puto puñal. Si supiera que todo fue obra de Joffrey, tal vez ese fuera el motivo por el que...

—No me importa el motivo —lo interrumpió Cersei—. Por mí, que se lleve sus razones al infierno. Si hubieras visto cómo murió Joff... Luchó, Jaime, luchó por cada bocanada de aire, pero era como si un espíritu maligno le estuviera apretando la garganta. Si hubieras visto cuánto terror había en sus ojos... Cuando era pequeño, venía a mí corriendo cada vez que tenía miedo o se había hecho daño, y yo lo protegía. Pero aquella noche no pude hacer nada. Tyrion lo asesinó ante mí, ¡y no pude hacer nada! —Cersei se dejó caer de rodillas delante de la silla de Jaime y le cogió la mano entre las suyas—. Joff está muerto y Myrcella está en Dorne. Solo me queda Tommen. Por favor, Jaime, no dejes que nuestro padre me lo arrebate. Por favor.

—Lord Tywin no me ha pedido mi aprobación. Puedo hablar con él, pero no me prestará atención...

—Te prestaré atención si accedes a dejar la Guardia Real.

—No voy a dejar la Guardia Real.

—Jaime, para mí eres mi caballero de la brillante armadura. —Su hermana trató de contener las lágrimas—. ¡No puedes abandonarme cuando más te necesito! Me va a arrebatar a mi hijo, me va a enviar lejos... y, si no lo impides, ¡nuestro padre me va a obligar a casarme de nuevo!

Jaime no tendría que haberse sorprendido, pero se sorprendió. Aquellas palabras fueron un golpe más duro que ninguno de los que le había asestado ser Addam Marbrand.

—¿Con quién?

—¡Y qué más da? Con cualquier señor, yo qué sé. Con alguien a quien necesite nuestro padre. No me importa. No quiero tener otro esposo. ¡No quiero

tener a ningún otro hombre en mi cama, nunca, solo a ti!

—¡Pues díselo!

—Ya vuelves a decir tonterías. —Cersei retiró las manos—. ¿Quieres que nos separen, como aquella vez, cuando nuestra madre nos encontró jugando? Tommen perdería el trono, Myrcella su matrimonio... Quiero ser tu esposa, somos el uno para el otro, pero no puede ser, Jaime. También somos hermanos.

—Los Targaryen...

—¡Nosotros no somos Targaryen!

—Baja la voz —dijo, desdeñoso—. Si sigues gritando así, vas a despertar a mis Hermanos Juramentados. Y eso no puede ser, ¿verdad? La gente se enteraría de que has venido a verme.

—Jaime —sollozó ella—, ¿no te das cuenta de que lo deseo tanto como tú? No me importa con quién vayan a casarme, a quien quiero a mi lado es a ti, a quien quiero en mi cama es a ti, a quien quiero dentro de mí es a ti. Entre nosotros no ha cambiado nada. Te lo voy a demostrar.

Le levantó la túnica y empezó a desatarle la lazada de los calzones.

—No —dijo Jaime, casi contra su voluntad—. No, aquí no. —Nunca lo habían hecho en la Torre de la Espada Blanca y mucho menos en las estancias del lord comandante—. En este lugar no, Cersei.

—Tú me tomaste a mí en el septo. No hay diferencia.

Le sacó la polla e inclinó la cabeza. Jaime la apartó con el muñón de la mano derecha.

—¡No! ¡Te he dicho que aquí no!

Se obligó a ponerse de pie. Durante un momento vio confusión y miedo en aquellos ojos verdes. Después, solo rabia. Cersei se recompuso, se levantó y se arregló las faldas.

—¿Qué te cortaron en Harrenhal? ¿La mano o la virilidad? —Sacudió la cabeza, y la cabellera se le agitó sobre los blancos hombros desnudos—. Qué estupidez he cometido al acudir a ti. No has tenido valor para vengar a Joffrey, ¿por qué ibas a tenerlo para proteger a Tommen? Dime: si el Gnomo hubiera matado a tus tres hijos, a los tres, ¿te habrías encolerizado por fin?

—Tyrion no les va a hacer ningún daño a Tommen ni a Myrcella. Y sigo sin estar seguro de que matara a Joffrey.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa? —La boca de su hermana se retorció en un gesto de rabia—. Con todo lo que nos amenazó...

—Las amenazas no quieren decir nada. Tyrion jura que no tuvo nada que ver.

—Vaya, así que jura que no tuvo nada que ver. Y los enanos no mienten, claro.

—A mí, no. Igual que no me mentirías tú.

—Eres un completo idiota. Te ha mentido un millón de veces, igual que yo. —Se volvió a recoger el pelo y se lo sujetó con la redecilla que había colgado del

poste de la cama—. Por mí puedes pensar lo que quieras. Ese pequeño monstruo está en una celda negra, y ser Ilyn le cortará la cabeza muy pronto. A lo mejor la quieras de recuerdo. —Echó una mirada en dirección a la almohada—. Te estará mirando mientras duermes a solas, en esa cama tan blanca y tan fría. Hasta que se le pudran los ojos, claro.

—Es mejor que te vayas, Cersei. Me estás haciendo enfadar.

—Ay, qué miedo, un tullido enfadado. —Se echó a reír—. Lástima que lord Tywin Lannister no tuviera ningún hijo varón. Yo podría haber sido el heredero que buscaba, pero nací sin polla. Hablando del tema, será mejor que te guardes la tuya, hermano. Ahí, colgándose de los calzones, parece muy triste y muy pequeña.

Cuando hubo salido, Jaime siguió su consejo y se ató la lazada con mano torpe. Sentía un profundo dolor en los dedos fantasmales.

«He perdido una mano, un padre, un hijo, una hermana y una amante, y pronto perderé un hermano. Y aún dicen que la casa Lannister ha ganado la guerra».

Se puso la capa y bajó al piso inferior, donde ser Boros Blount se estaba tomando una copa de vino en la sala común.

—Cuando acabéis de beber, decide a ser Loras que quiero verla.

Ser Boros era demasiado cobarde para hacer nada aparte de mirarlo con odio.

—¿A quién queréis ver?

—Transmitidle el mensaje a Loras.

—Sí, señor. —Ser Boros apuró la copa—. Sí, lord comandante.

Pero se tomó su tiempo, o tal vez le costó mucho encontrar al Caballero de las Flores. Tuvieron que pasar varias horas antes de que llegaran juntos, el joven esbelto y atractivo con la doncella enorme y fea. Jaime estaba sentado a solas, en la habitación circular, y hojeaba sin interés el Libro Blanco.

—Lord comandante —dijo ser Loras—, ¿deseabais ver a la Doncella de Tarth?

—Así es. —Jaime les hizo gestos con la mano izquierda para que se acercaran más—. He de suponer que ya habéis hablado con ella.

—Tal como me ordenasteis, mi señor.

—¿Y bien?

—Puede... —El muchacho se puso rígido—. Puede que sucediera tal como dice esta mujer. Que fuera Stannis. No estoy seguro.

—Varys me ha dicho que el castellano de Bastión de Tormentas también pereció en circunstancias extrañas —señaló Jaime.

—Ser Cortnay Penrose —dijo Brienne con tristeza—. Era un buen hombre.

—Era un testarudo. Un día se interpone en el camino del rey de Rocadragón y al siguiente salta de una torre. —Jaime se levantó—. Seguiremos hablando en

otro momento, ser Loras. Dejadme a solas con Brienne.

Cuando Tyrell hubo salido, comprobó que la moza estaba tan fea y desgarbada como siempre. La habían vestido otra vez con ropas de mujer, aunque aquellas le quedaban mucho mejor que el espantoso harapo rosa que le había hecho usar la Cabra.

—El azul os sienta muy bien, mi señora —observó Jaime—. Hace juego con vuestros ojos.

«Tiene unos ojos asombrosos».

Brienne se miró el vestido, sonrojada.

—La septa Dony se ha puesto rellenos en el corpiño para darle forma. Me ha dicho que la enviabais vos. —Seguía de pie al lado de la puerta, como si pensara huir en cualquier momento—. Estáis...

—¿Diferente? —Se las arregló para esbozar una sonrisa—. Más carne sobre las costillas y menos piojos en el pelo, nada más. El muñón sigue siendo el mismo. Cerrad la puerta y venid.

Brienne obedeció.

—La capa blanca...

—Es nueva, pero seguro que pronto la mancharé.

—No es eso... Iba a deciros que os sienta bien. —Se acercó un poco más, titubeante—. Jaime, ¿de verdad pensáis lo que le dijisteis a ser Loras? ¿Lo de... el rey Renly, lo de la sombra?

—Yo mismo habría matado a Renly si nos hubiéramos encontrado en el campo de batalla. —Jaime se encogió de hombros—. ¿Qué me importa quién le cortara el cuello?

—Le dijisteis que tenía honor...

—Soy el Matarreyes, ¿o lo habéis olvidado? Que yo diga que tenéis honor es como que una puta jure que sois doncella. —Se inclinó hacia delante y alzó la vista hacia ella—. Patas de Acero va de camino hacia el norte; le entregaré a Arya Stark a Roose Bolton.

—¿Se la lleváis a él? —exclamó con desaliento—. Hicisteis un juramento a lady Catelyn...

—Con una espada en el cuello, pero no importa. Lady Catelyn está muerta. No podría devolverle a sus hijas aunque las tuviera. Y la niña a la que mi padre envió con Patas de Acero no era Arya Stark.

—¿Que no era Arya Stark?

—Ya me habéis oido. Mi señor padre encontró a una cría norteña flaca, más o menos de la misma edad y compleción. La vistió de blanco y gris, le cerró la capa con un broche de plata en forma de lobo y la envió a casarse con el bastardo de Bolton. —Alzó el muñón para señalársela—. Quería decíroslo antes de que os lanzarais al galope para rescatarla y os hicierais matar en balde. Sois bastante buena con la espada, pero no tanto como para enfrentarlos sola a

doscientos hombres.

—Cuando lord Bolton descubra que vuestro padre le ha pagado con moneda falsa... —Brienne sacudió la cabeza.

—Ya lo sabe. Los Lannister mentimos, ¿recordáis? Y no importa; esta chica cumple su objetivo. ¿Quién va a decir que no es Arya Stark? Todas las personas cercanas a la niña han muerto, a excepción de su hermana, que ha desaparecido.

—Si todo esto es verdad, ¿por qué me lo contáis? Me estáis entregando los secretos de vuestro padre.

« Los secretos de la mano —pensó—. Yo ya no tengo padre» .

—Pago mis deudas, como todo leoncito bueno. Le prometí a lady Stark que le entregaría a sus hijas... y una de ellas sigue con vida. Puede que mi hermano sepa dónde está, pero no lo confiesa. Cersei está convencida de que Sansa lo ayudó a asesinar a Joffrey.

—No creeré nunca que esa dulce niña sea una envenenadora. —La moza tensó los labios en gesto obstinado—. Lady Catelyn decía que tenía un gran corazón. Fue vuestro hermano. Ser Loras me dijo que hubo un juicio.

—Dos, para ser exactos. Tanto las palabras como las espadas le fallaron. Una mierda. ¿Lo visteis desde la ventana?

—Mi celda daba al mar, pero oí los gritos.

—El príncipe Oberyn de Dorne ha muerto, ser Gregor Clegane yace moribundo y Tyrion ha sido condenado ante los ojos de los dioses y los hombres. Lo tienen en una celda negra y van a matarlo.

—Vos no creéis que sea culpable —dijo Brienne mirándolo.

—¿Lo veis, moza? —Jaime le dedicó una sonrisa burlona—. Nos conocemos demasiado bien. Tyrion ha querido ser como yo toda la vida, pero nunca seguiría mis pasos en lo de matar reyes. Sansa Stark mató a Joffrey. Mi hermano calla para protegerla. De cuando en cuando le entran estos ataques de caballerosidad. El último le costó la nariz. Este le va a costar la cabeza.

—No —dijo Brienne—. No ha sido la hija de mi señora. No ha podido ser ella.

—Esa es la moza idiota y testaruda que recordaba.

Ella se puso roja.

—Me llamo...

—Brienne de Tarth. —Jaime suspiró—. Tengo un regalo para vos.

Metió la mano bajo la silla del lord comandante y sacó un objeto envuelto en pliegues de terciopelo escarlata.

Brienne se aproximó como si el objeto la fuera a morder y apartó la tela con una enorme mano pecosa. Los rubíes centellearon a la luz. Cogió el tesoro con timidez, cerró los dedos en torno al puño de cuero y, muy despacio, desenvainó la espada. Las ondulaciones brillaban de color sangre y negro. Un dedo de luz se reflejaba a lo largo del filo.

—¿Es acero valyrio? Nunca había visto colores como estos.

—Ni yo. Hubo un tiempo en el que habría dado la mano derecha por esgrimir una espada como esta. Parece que lo he hecho, pero conmigo estaría desperdiciada. Es para vos. —Siguió hablando antes de que Brienne tuviera ocasión de rechazarla—. Una espada así debe tener nombre. Me complacería mucho si la llamárais *Guardajuramentos*. Una cosa más: la espada tiene un precio.

A la mujer se le nubló el rostro.

—Ya os dije que no serviré...

—A perjuros y asesinos. Sí, ya lo recuerdo. Escuchadme bien, Brienne: los dos hicimos juramentos relacionados con Sansa Stark. Cersei está empeñada en sacar a la niña de su escondrijo para matarla...

El poco agraciado rostro de Brienne se retorció de ira.

—Si creéis que voy a matar a la hija de mi señora por una espada, estáis...

—Escuchad y callad —le espetó, furioso por su presunción—. Quiero que encontréis a Sansa antes que ella y la pongáis a salvo. Si no, ¿cómo vamos a cumplir el juramento que hicimos a vuestra querida y difunta lady Catelyn?

—Yo creía... —La moza parpadeó.

—Ya sé qué creíais. —De repente, Jaime estaba harto de ella. « No hace más que balar como una oveja de mierda» —. Tras la muerte de Ned Stark, su mandoble quedó en poder de la justicia del rey —le explicó—. Pero mi padre consideró que era un desperdicio dejar un arma de tanta calidad en manos de un simple verdugo. Le dio una espada nueva a ser Ilyn, y ordenó que fundieran *Hielo* y la volvieran a forjar. Hubo acero suficiente para dos espadas nuevas. Vos tenéis una de ellas. Por si os interesa saberlo, estaréis defendiendo a la hija de Ned Stark con el acero de Ned Stark.

—Ser Jaime, os debo una discul...

—Coged la maldita espada y marchaos antes de que cambie de opinión —la interrumpió—. En los establos hay una yegua bayo, tan fea como vos, pero mejor entrenada. Corred en pos de Patas de Acero, buscad a Sansa o marchaos a casa, a vuestra isla de zafiros, me da igual. No quiero volver a veros.

—Jaime...

—Matarreyes —le recordó—. Más os valdría usar la espada para limpiaros la cera de los oídos, moza. Hemos terminado.

Brienne persistió, empecinada.

—Joffrey era vuestro...

—Era mi rey. Dejadlo en eso.

—Decís que Sansa lo mató. Entonces, ¿por qué la protegéis?

« Porque para mí Joff no era más que un poco de semilla en el coño de Cersei. Y porque merecía morir» .

—He puesto y quitado reyes, pero Sansa Stark es mi última oportunidad de

demostrar mi honor. —Jaime sonrió—. Además, los matarreys tenemos que ayudarnos entre nosotros. ¿Os marcháis de una vez o no?

La mano enorme de la mujer asíó con fuerza a *Guardajuramentos*.

—Así será. Encontraré a la niña y la pondré a salvo. Lo haré por su madre. Y por vos.

Hizo una reverencia rígida, dio la vuelta y se marchó.

Jaime quedó a solas junto a la mesa, mientras las sombras empezaban a reptar por la habitación. Cuando se puso el sol, encendió una vela y abrió el Libro Blanco por la página que le correspondía a él. En un cajón encontró pluma y tinta. Bajo la última línea que había anotado ser Barristan, empezó a escribir con la mano torpe de un niño de seis años al que el maestre empezara a enseñar las letras.

Derrotado en el bosque Susurrante por Robb Stark, el Joven Lobo, durante la guerra de los Cinco Reyes. Cautivo en Aguasdulces, consiguió la libertad a cambio de una promesa incumplida. Capturado de nuevo por la Compañía Audaz y mutilado por orden de su capitán, Vargo Hoat, perdió la mano de la espada por obra de Zollo el Gordo. Devuelto a Desembarco del Rey por Brienne, la Doncella de Tarth.

Cuando terminó aún quedaban por llenar más de tres cuartos de la página, entre el león de oro, en el escudo rojo de la parte superior, y el escudo blanco vacío de la inferior. Ser Gerold Hightower había empezado su historia, y ser Barristan Selmy la había continuado, pero el resto lo tendría que escribir el propio Jaime Lannister. En adelante podría escribir lo que decidiera.

Lo que decidiera...

Soplaba un vendaval desde el este con tanta fuerza que la pesada jaula se bamboleaba cada vez que una ráfaga la apresaba entre sus dientes. Aullaba a lo largo del Muro, arañaba el hielo y hacía que la capa de Jon azotara los barrotes metálicos. El cielo era de un gris pizarra; el sol, apenas una leve mancha brillante tras las nubes. Al otro lado del campo de batalla se divisaba el brillo de miles de hogueras, pero sus luces parecían pequeñas e impotentes contra aquel fondo de oscuridad y frío inmensos.

«Va a ser un día lúgubre». Jon Nieve se aferró a los barrotes con las manos enguantadas y se sujetó con fuerza mientras el viento martillaba la jaula una vez más. Cuando miró hacia abajo, más allá de sus pies, el terreno se perdía en las sombras como si lo bajaran a una sima sin fondo. «Bueno, en realidad, la muerte es algo así como una sima sin fondo —pensó—, y cuando termine este día, mi nombre quedará envuelto en sombras para siempre».

Los hombres decían que los hijos bastardos nacían de la luxuria y las mentiras, y que su naturaleza era impredecible y traicionera. En otros tiempos, Jon había querido demostrar que se equivocaban, enseñarle a su señor padre que podía ser un hijo tan bueno y fiel como Robb.

«Lo he estropeado todo». Robb se había convertido en un rey heroico, y si algún recuerdo quedaba de Jon sería como cambiácapas, como alguien que había roto sus votos, como un asesino. Se alegraba de que lord Eddard no estuviera vivo para ver su vergüenza.

«Debí quedarme en aquella caverna con Ygritte. Si hay otra vida después de esta, espero poder decírselo. Me arañará el rostro, como el águila, y me maldecirá por cobarde, pero aun así se lo diré». Flexionó la mano con la que empuñaba la espada, como le había enseñado el maestre Aemon. El hábito se había convertido en parte de sí mismo, y necesitaba tener los dedos flexibles para contar aunque fuera con una mínima posibilidad de matar a Mance Rayder.

Lo habían sacado aquella mañana tras cuatro días en el hielo, encerrado en una celda de poco más de dos varas de altura, de anchura y de profundidad, demasiado baja para ponerse de pie, demasiado estrecha para acostarse. Los mayordomos habían descubierto mucho tiempo atrás que los alimentos y la carne se conservaban mejor en las despensas heladas excavadas en la base del Muro... pero los prisioneros, no.

—Vas a morir ahí dentro, lord Nieve —le había dicho ser Alliser antes de cerrar la pesada puerta de madera, y Jon lo había creído.

Pero aquella mañana lo habían sacado. Lo llevaron entumecido y tembloroso a la Torre del Rey para comparecer una vez más ante Janos Slynt y su papada.

—Ese viejo maestre dice que no puedo ahorcarte —declaró Slynt—. Le ha escrito a Cotter Pyke, y hasta ha tenido el descaro de mostrarme la carta. Dice

que no eres ningún cambiácapas.

—Aemon ha vivido demasiado, mi señor —le aseguró ser Alliser—. Ha perdido los sesos, igual que la vista.

—Sí —dijo Slynt—. Un ciego con una cadena al cuello. ¿Quién se cree que es?

« Aemon Targaryen —pensó Jon—, hijo de un rey, hermano de un rey, un hombre que pudo ser rey...». Pero no dijo nada.

—De todos modos —dijo Slynt—, no permitiré que se diga que Janos Slynt ahorcó a un hombre injustamente. Ni hablar. He decidido darte una última oportunidad de demostrar que eres tan leal como dices, lord Nieve. Una última oportunidad para cumplir con tu deber, ¡eso es! —Se puso de pie—. Mance Rayder quiere parlamentar con nosotros. Sabe que ahora que ha llegado Janos Slynt no tiene la menor posibilidad de vencer, así que ese Rey-más-allá-del-Muro quiere discutir. Pero es un cobarde y no quiere venir aquí. Sin duda sabe que lo colgaría. ¡Lo colgaría por los pies desde la cima del Muro, con una cuerda de setenta varas! Pero no vendrá. Exige que le mandemos un emisario.

—Vamos a mandarte a ti, lord Nieve —sonrió ser Alliser.

—¿A mí? —La voz de Jon no mostraba emoción alguna—. ¿Por qué a mí?

—Tú cabalgaste con esos salvajes —dijo Thorne—. Mance Rayder te conoce. Será más proclive a confiar en ti.

—Todo lo contrario. —Estaba tan equivocado que Jon casi se echó a reír—. Mance sospechó de mí desde el principio. Si me presento en su campamento, vestido otra vez con una túnica negra y hablando en nombre de la Guardia de la Noche, sabrá que lo he traicionado.

—Ha pedido un emisario y se lo vamos a mandar —dijo Slynt—. Si eres demasiado cobarde para enfrentarte a ese rey cambiácapas, podemos devolverte a tu celda de hielo. Y esta vez sin las pieles.

—No será necesario, mi señor —dijo ser Alliser—. Lord Nieve hará lo que le pedimos. Quiere demostrarnos que no es un cambiácapas, que es un miembro leal de la Guardia de la Noche.

Thorne era con mucho el más inteligente de los dos, supo Jon; todo aquel plan llevaba su huella. Estaba atrapado.

—Iré —dijo con voz cortante, seca.

—Mi señor —le recordó Janos Slynt—. Te dirigirás a mí...

—Iré, mi señor. Pero estáis cometiendo un error, mi señor. Estás enviando al hombre menos adecuado, mi señor. En cuanto me vea, Mance se enfurecerá. Mi señor tendría más posibilidades de llegar a un acuerdo si enviara a...

—¿Un acuerdo? —Ser Alliser dejó escapar una risita.

—Janos Slynt no llega a acuerdos con salvajes sin ley, lord Nieve. No, ni hablar.

—No te enviamos para que hables con Mance Rayder —explicó ser Alliser

—. Te enviamos a que lo mates.

El viento silbó entre los barrotes, y Jon Nieve se estremeció. La pierna le dolía muchísimo, y la cabeza también. No estaba en condiciones de matar ni a un gatito, pero aquella era su misión.

« Era una trampa mortal» . El maestre Aemon insistía en la inocencia de Jon, y lord Janos no se había atrevido a dejarlo morir en el hielo. Aquel plan era mejor. « Nuestro honor no significa más que nuestra vida, siempre que el reino esté a salvo» , había dicho Qhorin Mediamano en los Colmillos Helados. Debía recordarlo. Si daba muerte a Mance, o si lo intentaba y fallaba, el pueblo libre lo mataría. Aunque quisiera, no le quedaba ni la posibilidad de desertar: para Mance era un mentiroso y un traidor más allá de toda duda.

Cuando la jaula se detuvo con una sacudida, Jon saltó al suelo y dio unos golpecitos en la empuñadura de *Garra* para liberar en su vaina la espada bastarda. La puerta estaba a unos pocos pasos a su izquierda, bloqueada aún por las ruinas destrozadas de la tortuga dentro de la cual se pudría un mamut. También había otros cadáveres dispersos entre toneles rotos, brea endurecida y zonas de hierba quemada, todo a la sombra del Muro. Jon no tenía el menor deseo de permanecer allí. Echó a andar en dirección al campamento de los salvajes, dejando atrás el cadáver de un gigante con la cabeza aplastada por una piedra. Un cuervo arrancaba trozos de sesos de la calavera rota. Cuando pasó por su lado, el pájaro lo miró.

—Nieve —le graznó—. Nieve, nieve. —Extendió las alas y echó a volar.

Apenas había comenzado a andar cuando un jinete solitario emergió del campamento de los salvajes y se encaminó hacia él. Se preguntó si Mance salía a parlamentar en tierra de nadie.

« Así me resultaría más fácil. Aunque no hay manera de que me resulte fácil» . Pero a medida que se acortaba la distancia entre ellos, Jon fue viendo que el jinete era bajo y corpulento, con los brazos robustos llenos de pulseras doradas y una barba blanca que le cubría parte del ancho pecho.

—¡Ja! —rugió Tormund cuando estuvieron a la misma altura—. Jon Nieve, el cuervo. Temía no volver a verte.

—Never pensé que temieras nada, Tormund.

Aquello hizo sonreír al salvaje.

—Bien dicho, chaval. Veo que tu capa vuelve a ser negra. A Mance no le va a gustar. Si has venido a cambiar de bando otra vez, será mejor que te subas a tu Muro a toda prisa.

—Me envían a parlamentar con el Rey-más-allá-del-Muro.

—¿A parlamentar? —Tormund se echó a reír—. Vaya palabrita. ¡Ja! Mance quiere hablar, cierto. Pero no creo que quiera hablar contigo.

—Es a mí a quien han enviado.

—Ya lo veo. En fin, vamos. ¿Quieres montar?

—Puedo ir andando.

—Nos has dado duro aquí. —Tormund volvió su caballo hacia el campamento de los salvajes—. Hay que reconoceros el mérito a tus hermanos y a ti. Doscientos hombres muertos y una docena de gigantes. El propio Mag entró por esa puerta vuestra y no regresó.

—Murió por la espada de un valiente llamado Donal Noye.

—¿Si? ¿Era un gran señor ese Donal Noye? ¿Uno de vuestros brillantes caballeros con ropa interior de acero?

—Era herrero y solo tenía un brazo.

—¿Un herrero manco acabó con Mag el Poderoso? Debió de ser un combate digno de ver. Seguro que Mance le compondrá una balada. —Tormund cogió el pellejo que llevaba en la montura y sacó el tapón de corcho—. Esto nos hará entrar en calor. Por Donal Noye y Mag el Poderoso. —Bebió un trago y se lo pasó a Jon.

—Por Donal Noye y Mag el Poderoso.

El pellejo estaba lleno de un hidromiel tan fuerte que a Jon le lagrimearon los ojos, y unos tentáculos de fuego le bajaron serpenteando por dentro del pecho. Tras la celda de hielo y el frío descenso en la jaula, la sensación de calor era muy grata.

Tormund cogió el pellejo, bebió otro trago y se secó los labios.

—El magnar de Thenn nos juró que abriría la puerta y que lo único que tendríamos que hacer sería entrar cantando. Iba a derribar todo el Muro.

—Derribó una parte —dijo Jon—. Sobre su cabeza.

—Ja! —dijo Tormund—. Bueno, Styr nunca valió gran cosa. Cuando un hombre no tiene barba, pelo ni orejas, no hay manera de agarrarlo si uno se pelea con él. —Mantuvo su caballo al paso para que Jon pudiera cojear a su lado—. ¿Qué te ha pasado en la pierna?

—Una flecha. Creo que de Ygritte.

—Esa sí que es una mujer de verdad. Un día besa y al siguiente acribilla a flechas.

—Está muerta.

—¿Sí? —Tormund movió la cabeza, apenado—. Una lástima. Si hubiera tenido diez años menos, yo mismo la habría secuestrado. Qué pelo. Bueno, los fuegos más calientes arden más deprisa. —Levantó el pellejo de hidromiel—. ¡Por Ygritte, besada por el fuego! —Bebió un trago largo.

—Por Ygritte, besada por el fuego —repitió Jon cuando Tormund volvió a pasarse el pellejo. Su trago fue más largo todavía.

—¿La mataste tú?

—No, mi hermano.

Jon no había averiguado cuál y tenía la esperanza de no saberlo nunca.

—Cuervos de mierda. —El tono de Tormund era áspero pero extrañamente

tierno—. Ese canalla de Lanzalarga me secuestró a la hija. Munda, mi manzanita de otoño. La sacó de mi tienda delante de las narices de sus cuatro hermanos. Toregg se la pasó durmiendo, el muy patán, y Torwynd... Bueno, lo llaman Torwynd el Manso, eso lo dice todo, ¿no? Pero los más jóvenes se pelearon con él.

—¿Y Munda? —preguntó Jon.

—Ella es sangre de mi sangre —dijo Tormund con orgullo—. Le partió un labio y le arrancó la mitad de una oreja, y tiene tantos arañosazos en la espalda que no puede ni ponerse la capa. La verdad es que el muchacho le gusta mucho. ¿Y por qué no? No pelea con lanza, ¿sabes? En su vida. ¿De dónde crees que salió ese nombre? ¡Ja!

Pese a estar donde estaba y pese a las circunstancias, Jon no pudo contener la risa. Ygritte le había tenido mucho cariño a Ryk Lanzalarga. Esperaba que fuera feliz con Munda, la hija de Tormund. Alguien tenía que ser feliz en alguna parte.

« No sabes nada, Jon Nieve », le había dicho Ygritte.

« Sé que voy a morir —pensó él—. Al menos, eso lo sé» .

« Todos los hombres mueren. —Casi podía oírla—. Y las mujeres también, y todo animal que vuela, nada o corre. Lo que importa no es cuándo se muere, sino cómo, Jon Nieve» .

« Para ti es fácil decirlo —le respondió en su pensamiento—. Tuviste una muerte de valiente, en combate, cuando atacabas el castillo de un enemigo. Yo moriré como un cambiacas y un asesino» .

Tampoco sería rápida su muerte, a no ser que le llegara con el filo de la espada de Mance.

Pronto estuvieron entre las tiendas. Era el habitual campamento salvaje, un revoltijo descontrolado de hogueras para cocinar y agujeros para orinar, con niños y cabras que vagaban a su antojo, ovejas que balaban entre los árboles y pieles de caballos colgadas a secar. Carecía de planificación, de orden y de defensas. Pero había hombres, mujeres y animales por doquier.

Muchos no les prestaron atención, pero por cada uno que se concentraba en sus asuntos había diez que se detenían a mirar: niños agachados junto al fuego, viejas con carros tirados por perros, habitantes de las cavernas con los rostros pintarrajeados, jinetes con garras, serpientes y cabezas cortadas pintadas en sus escudos... Todos se volvían para echar un vistazo. Jon también vio a mujeres de las lanzas, con largas cabelleras agitadas por el viento que suspiraba entre los pinos y les llevaba su aroma.

Allí no había colinas dignas de tal nombre, pero la tienda de pieles blancas de Mance Rayder se alzaba en un punto elevado sobre terreno pedregoso, en el mismo límite de los árboles. El Rey-más-allá-del-Muro lo esperaba fuera; su capa negra y roja hecha jirones aleteaba al viento. Jon vio que Harma Cabeza de Perro estaba con él, de vuelta de sus ataques y maniobras de distracción a lo

largo del Muro. También estaba allí Varamyr Seispieles, junto a su gatosombra y dos flacos lobos grises.

Cuando vieron quién era el enviado de la Guardia, Harma volvió la cabeza y escupió, y uno de los lobos de Varamyr mostró los dientes y empezó a gruñir.

—Debes de ser muy valiente o muy estúpido, Jon Nieve, para volver a nosotros con una capa negra —dijo Mance Rayder.

—¿Qué otra cosa puede llevar un hombre de la Guardia de la Noche?

—Mátalo —instó Harma—. Devuelve su cuerpo en esa jaula que tienen y diles que manden a otro. La cabeza me la quedaré para mi estandarte. Un cambiacañas es peor que un perro.

—Te advertí que mentía. —El tono de Varamyr era suave, pero su gatosombra miraba hambriento a Jon con los ojos grises convertidos en dos hendiduras—. Nunca me gustó su olor.

—Recoged las zarpas, fieras. —Tormund Matagigantes saltó del caballo—. Hay que escuchar al chico. Si le ponéis una garra encima, puede que me haga esa capa de piel de gatosombra que tanto me apetece.

—Tormund Besacuervos —se burló Harma—. Pura palabrería, viejo.

—Cuando un caballo se acostumbra a la silla, cualquier hombre puede cabalgarlo —dijo con voz suave el cambiapielles. Tenía el rostro grisáceo, los hombros caídos y la cabeza calva; un ratón humano con ojos de lobo—. Cuando una bestia se habitúa a un hombre, cualquier cambiapielles puede metérsele dentro. Orell se marchitaba dentro de sus plumas; por eso me quedé con el águila. Pero la unión funciona en ambos sentidos, cambiapielles. Orell vive ahora dentro de mí, me está susurrando cuánto te odia. Y yo puedo planear por encima del Muro y ver con ojos de águila.

—Así que lo sabemos todo —dijo Mance—. Sabemos los pocos que erais cuando conseguisteis detener la tortuga. Sabemos cuántos han venido desde Guardiaorient. Sabemos cómo se van agotando vuestros suministros. Hasta vuestra escalera ha desaparecido, y en esa jaula solo pueden subir unos pocos cada vez. Lo sabemos todo. Y ahora tú sabes que lo sabemos. —Apartó el faldón de la tienda—. Entra. Los demás, esperad fuera.

—¿Cómo? ¿Yo también? —dijo Tormund.

—Tú sobre todo. Como siempre.

Dentro hacía calor. Había un pequeño fuego bajo los agujeros de salida del humo, y un brasero ardía cerca del montón de pieles donde yacía Dalla, pálida y sudorosa. Su hermana le sostenía la mano.

«Val», recordó Jon.

—Sentí mucho lo que le pasó a Jarl —le dijo.

—Siempre trepaba demasiado deprisa. —Val lo miraba con ojos color gris claro.

Era tan blanca como la recordaba, esbelta, de pechos generosos, grácil hasta

cuando no se movía, con los pómulos altos muy marcados y una gruesa trenza de cabellos color miel que le caía hasta la cintura.

—Se acerca la hora de Dalla —explicó Mance—. Val y ella se quedan. Saben lo que tengo intención de decir.

Jon mantuvo su expresión tan inamovible como el hielo. « Ya era bastante canalla asesinar a un hombre en su tienda durante una tregua. ¿También tengo que matarlo delante de su esposa mientras nace su hijo? ». Cerró los dedos en torno a la empuñadura de la espada. Mance no vestía armadura, pero llevaba la espada envainada colgada del cinturón. Y en la tienda había otras armas: dagas y puñales, un arco y un carcaj con flechas, una lanza con punta de bronce recostada tras aquel...

Cuerno negro.

Jon se quedó sin respiración.

Un cuerno de guerra, un gigantesco cuerno de guerra.

« Mierda ».

—Sí —dijo Mance—. El Cuerno del Invierno, el mismo que Joramun hizo sonar en cierta ocasión para despertar a los gigantes de la tierra.

El cuerno era enorme; solo la curva media casi tres varas, y la boca era tan ancha que habría podido meter el brazo hasta el codo. « Si de verdad es un cuerno de uro, debió de ser el más grande que haya existido ». Al principio pensó que las bandas metálicas que lo circundaban eran de bronce, pero al acercarse vio que eran de oro. « Oro viejo, más tostado que amarillo, con runas grabadas ».

—Ygritte me dijo que no habíais encontrado el cuerno.

—¿Crees que los cuervos son los únicos que pueden mentir? Para ser un bastardo, me caías bien... pero nunca confié en ti. Mi confianza hay que ganársela.

—Si has tenido el Cuerno de Joramun desde el principio, ¿por qué no lo has usado? —preguntó Jon mirándolo a la cara—. ¿Por qué te has molestado en construir tortugas y mandar thenitas para que nos maten mientras dormimos? Si este cuerno puede hacer lo que dicen las canciones, ¿por qué no lo haces sonar y terminamos de una vez?

Fue Dalla la que le respondió. Tenía la barriga tan grande que apenas si pudo incorporarse sobre el montón de pieles junto al brasero.

—Nosotros, el pueblo libre, sabemos cosas que los arrodillados han olvidado. A veces, el camino más corto no es el más seguro, Jon Nieve. El Señor Astado dijo una vez que la brujería es una espada sin empuñadura. No hay manera segura de agarrarla.

—Ningún hombre sale de cacería con una sola flecha —dijo Mance, pasando una mano a lo largo de la curva del gran cuerno—. Tenía la esperanza de que Styr y Jarl cogieran desprevenidos a tus hermanos y nos abrieran la puerta. Hice que tu guardia se dispersara con amagos, incursiones

y ataques secundarios. Bowen Marsh picó el anzuelo, como esperaba, pero tu banda de tullidos y huérfanos resultó ser más terca de lo previsto. Pero no creas que nos has detenido. La verdad sigue siendo que sois muy pocos, y nosotros, demasiados. Podría continuar atacando aquí y mandar diez mil hombres a atravesar la bahía de las Focas en balsas para tomar Guardiaoriente por la retaguardia. También podría asaltar la Torre Sombria; conozco los accesos tan bien como cualquiera. Podría mandar hombres y mamuts a excavar las puertas en los castillos que habéis abandonado, todo eso a la vez.

—Entonces, ¿por qué no lo haces?

En ese momento podría haber sacado a *Garra*, pero quería oír lo que decía el salvaje.

—La sangre —dijo Mance Rayder—. Al final vencería, sí, pero me desangraríais, y mi gente ya ha perdido demasiada sangre.

—Tus pérdidas no han sido tan grandes.

—Contra vosotros, no. —Mance estudió el rostro de Jon—. Ya viste el Puño de los Primeros Hombres. Sabes qué pasó allí. Sabes a qué nos enfrentamos.

—Los Otros...

—Se hacen más fuertes a medida que los días se acortan y las noches se vuelven más frías. Primero matan, y después mandan a tus muertos contra ti. Los gigantes no han podido nada contra ellos; tampoco los thenitas, los clanes del río de hielo ni los pies de cuerno.

—¿Ni tú?

—Ni yo. —En aquella admisión había ira y una amargura demasiado profunda para expresarla con palabras—. Raymun Barbarroja, Bael el Bardo, Gendel y Gorne, el Señor Astado, todos vinieron al sur como conquistadores; en cambio yo he venido con el rabo entre las piernas para esconderme detrás de vuestro Muro. —Volvió a palpar el cuerno—. Si toco el Cuerno del Invierno, el Muro caerá. Al menos, eso es lo que dicen las canciones. Entre mi gente, los hay que no desean otra cosa...

—Pero una vez caiga el Muro —dijo Dalla—, ¿qué detendrá a los Otros?

—Tengo una mujer sabia. —Mance le dedicó una sonrisa cariñosa—. Una verdadera reina. —Se volvió de nuevo hacia Jon—. Regresa y diles que abran la puerta y nos dejen pasar. Si lo hacen les daré el cuerno, y el Muro permanecerá en pie hasta el fin de los tiempos.

«Abrir la puerta y dejarlos pasar». Era fácil de decir, pero... ¿qué ocurrirá luego? ¿Gigantes acampados en las ruinas de Invernalia? ¿Caníbales en el bosque de los Lobos, carros de guerra por los Túmulos, el pueblo libre secuestrando a las hijas de los armadores y plateros de Puerto Blanco, a las pescaderas de Costa Pedregosa...?

—¿Eres un verdadero rey? —preguntó Jon de repente.

—No he llevado nunca una corona en la cabeza ni he plantado el trasero en

ningún trono, si eso es lo que preguntas —replicó Mance—. Mi nacimiento fue de los más humildes; ningún septón me ungíó la cabeza con óleos. No poseo castillos, y mi reina lleva pieles y ámbar, no seda y zafiros. Soy mi propio campeón, mi propio bufón y mi propio arpista. No se llega a Rey-más-allá-del-Muro por herencia familiar. El pueblo libre no sigue a un nombre, y no le importa qué hermano nazca antes. Ellos siguen a los luchadores. Cuando dejé la Torre Sombría había cinco hombres que juraban que tenían madera de reyes. Tormund era uno de ellos; el magnar, otro. Maté a los tres restantes cuando dejaron claro que lucharían antes de seguirme.

—Puedes matar a tus enemigos —dijo Jon con brusquedad—, pero ¿puedes gobernar a tus amigos? Si dejamos que pase tu gente, ¿tienes la fuerza suficiente para hacerle respetar la paz del rey y obedecer las leyes?

—¿Las leyes de quién? ¿Las de Invernalia y Desembarco del Rey? —Mance se echó a reír—. Cuando queramos leyes ya nos haremos las nuestras. También puedes quedarte con tu justicia del rey y con sus impuestos. Te ofrezco el cuerno, no nuestra libertad. No nos arrodillaremos ante vosotros.

—Y si rechazamos la oferta?

Jon no dudaba de que aquella sería la respuesta. El Viejo Oso habría escuchado al menos, aunque se habría opuesto a la sola idea de permitir que treinta o cuarenta mil salvajes vagaran por los Siete Reinos. Pero Alliser Thorne y Janos Slynt lo rechazarían sin dedicarle un segundo de atención.

—Si os negáis —dijo Mance Rayder—, Tormund Matagigantes tocará el Cuerno del Invierno dentro de tres días, al amanecer.

Podía llevar el mensaje de vuelta al Castillo Negro y contarles lo del Cuerno, pero si dejaba vivo a Mance, lord Janos y ser Alliser se aferrarían a aquello como prueba de que era un cambiacapas. Mil ideas atravesaron la cabeza de Jon.

« Si pudiera destruir el cuerno, si pudiera destrozarlo aquí y ahora...». Pero antes de que pudiera dar forma a ningún plan oyó el sonido grave de otro cuerno, que las paredes de piel de la carpa hacían más tenue. Mance también lo oyó. Con el ceño fruncido, se dirigió a la puerta. Jon lo siguió.

El cuerno de guerra sonaba con más fuerza. Su llamada había revuelto el campamento de los salvajes. Tres pies de cuerno pasaron corriendo con picas en las manos. Los caballos resoplaban y relinchaban; los gigantes rugían en la antigua lengua y hasta los mamuts se mostraban inquietos.

—El cuerno de los exploradores —le dijo Tormund a Mance.

—Algo se acerca. —Varamyr estaba sentado con las piernas cruzadas sobre la tierra a medio congelar, y sus lobos, incansables, describían círculos a su alrededor. Una sombra pasó por encima de él, y Jon levantó la vista para ver las alas color gris azulado del águila—. Viene del este.

« Cuando los muertos caminan, las paredes, las estacas y las espadas no significan nada —recordó—. No puedes luchar con los muertos, Jon Nieve.

Ningún hombre sabe eso tan bien como yo» .

—¿Del este? —Harma hizo una mueca—. Los espectros deberían estar a nuestra espalda.

—Del este —repitió el cambiapieles—. Algo se acerca.

—¿Los Otros? —preguntó Jon.

—Los Otros no vienen jamás cuando el sol brilla en el cielo —dijo Mance con un gesto de negación.

Los carros de guerra traqueteaban en el campo de batalla, llenos de jinetes que agitaban lanzas de hueso afilado. El rey soltó un gruñido.

—¿Adónde demonios se creen que van? Quenn, haz que esos idiotas vuelvan a su sitio. Que alguien me traiga mi caballo. La yegua, no el potro. También quiero mi armadura. —Mance lanzó una mirada suspicaz en dirección al Muro. Encima del parapeto helado estaban los soldados de paja llenos de flechas, pero no había señal de ninguna otra actividad—. Harma, que monten tus exploradores. Tormund, busca a tus hijos y forma una triple línea de lanceros.

—Sí —dijo Tormund mientras se alejaba con paso vivo.

—Los veo —dijo el pequeño cambiapieles de aspecto ratonil, con los ojos cerrados—. Vienen siguiendo las corrientes y los senderos de los animales...

—¿Quiénes?

—Hombres. Hombres a caballo. Hombres vestidos de acero. Hombres de negro.

—Cuervos. —Mance pronunció la palabra como si fuera una maldición. Se volvió hacia Jon—. ¿Creen mis antiguos hermanos que me atraparán con los calzones bajados si me atacan mientras parlamentamos?

—Si planeaban un ataque, a mí no me lo dijeron.

Jon no podía creerlo. Lord Janos no contaba con suficientes hombres para atacar el campamento de los salvajes. Además, estaba al otro lado del Muro, y la puerta estaba sellada con escombros.

« Slynt había planeado otro tipo de traición; esto no puede ser cosa suya» .

—Si has vuelto a mentirme no saldrás vivo de aquí —le advirtió Mance.

Sus guardias le llevaron el caballo y la armadura. Jon vio gente correr por todo el campamento, cada cual con un propósito diferente. Algunos formaban como si fueran a asaltar el Muro mientras otros se escondían en el bosque; había mujeres que llevaban hacia el este carros tirados por perros; hacia el oeste vagaban los mamuts. Se llevó la mano a la espalda y sacó a *Garra* en el momento en que una fina línea de exploradores aparecía por la linde del bosque, a unas trescientas varas. Llevaban cotas negras, medios yelmos negros y capas negras. Mance sacó su espada, con la armadura aún a medio poner.

—No sabías nada de esto, ¿verdad? —le dijo a Jon con voz gélida.

Los exploradores se lanzaron sobre el campamento de los salvajes abriendose camino entre los macizos de aulaga y los grupos de árboles, sobre las raíces y las

rocas. Los salvajes corrieron a enfrentarse con ellos lanzando gritos de guerra y agitando garrotes, espadas de bronce, hachas de pedernal, cualquier cosa, contra sus viejos enemigos. «Un grito, un tajo y la muerte de un valiente»; era lo que Jon había oído decir a los hermanos sobre la manera de combatir del pueblo libre.

—Puedes creer lo que quieras —le dijo a Mance—, pero no sabía nada de ningún ataque.

Antes de que Mance pudiera replicar, Harma pasó como un relámpago al galope, al frente de treinta jinetes. Su estandarte la precedía: un perro muerto empalado en una lanza, que salpicaba sangre a cada paso. Mance la contempló mientras chocaba con los exploradores.

—Quizá sea verdad lo que dices. Parecen hombres de Guardiaoriente. Marineros a caballo. Cotter Pyke siempre ha tenido más redaños que cerebro. Atrapó al Señor de los Huesos en Túmulo Largo; debe de haber pensado que también le funcionaría conmigo.

—¡Mance! —Se oyó un grito. Era un explorador que acababa de salir de los árboles a lomos de un caballo con la boca llena de espuma—. Mance, hay más, nos tienen rodeados, hombres de hierro, de hierro, un ejército de hombres de hierro.

Con una maldición, Mance montó su caballo.

—Varamyr, quédate y cuida de que no le pase nada a Dalla. —El Rey-más-allá-del-Muro apuntó su espada hacia Jon—. Y vigila también a este cuervo. Si intenta huir, rájale la garganta.

—Será un placer. —El cambiapiés era una cabeza más bajo que Jon, encorvado y blando, pero el gatosombra podía sacarle las tripas con una garra—. También vienen del norte —le dijo Varamyr a Mance—. Será mejor que vayáis.

Mance se colocó el yelmo con las alas de cuervo. Sus hombres ya habían montado.

—Punta de flecha —espetó Mance—, conmigo, en formación de cuña.

Pero, en cuanto clavó los talones en los ijares de la yegua y salió disparado por el campo en dirección a los exploradores, los hombres que corrían en pos de él abandonaron cualquier parecido con una formación.

Jon dio un paso hacia la tienda pensando en el Cuerno del Invierno, pero el gatosombra se interpuso moviendo la cola. Las fosas nasales de la bestia estaban dilatadas; la saliva le goteaba de los incisivos curvos. «Huele mi miedo». En aquel momento echó de menos a Fantasma más que nunca. A sus espaldas, los dos lobos gruñían.

—Estandartes —oyó murmurar a Varamyr—. Veo estandartes dorados, ah...

—Un mamut pasó cerca, barritando, con media docena de arqueros en la torre de madera que llevaba sobre el lomo—. El rey... no...

En aquel momento, el cambiapiés echó la cabeza hacia atrás y lanzó un

grito.

El sonido era estremecedor; hendía los oídos con un dolor inmenso. Varamyr cayó al suelo retorciéndose, y el gato comenzó a aullar también... y muy arriba, en lo más alto del cielo oriental, ante una pared de nubes, Jon vio que el águila ardía. Durante un segundo ardió con más fuerza que una estrella, envuelta en rojo, oro y naranja, con las alas agitándose enloquecidas en el aire como si pudiera escapar del dolor. Voló más alto, más y más y más.

El grito hizo que Val saliera de la tienda con el rostro blanco.

—¿Qué pasa, qué ocurre? —Los lobos de Varamyr peleaban entre sí; el gatosombra había desaparecido entre los árboles; el hombre seguía retorciéndose en el suelo—. ¿Qué le pasa? —preguntó Val horrorizada—. ¿Dónde está Mance?

—Allí—señaló Jon—. Se ha ido a luchar.

El rey iba al frente de su cuña dispersa hacia un grupo de exploradores; su espada brillaba.

—¿Se ha ido? No puede irse ahora. Ha empezado.

—La batalla?

Vio cómo se dispersaban los exploradores ante la sangrienta cabeza de perro de Harma. Los jinetes gritaron, lanzaron tajos y persiguieron a los hombres de negro, que retrocedieron hacia el bosque. Pero más hombres salían de la espesura, una columna de soldados a caballo. «Caballería pesada», vio Jon. Harma tuvo que reagrupar sus fuerzas y dar la vuelta para enfrentarse a ellos, pero la mitad de sus hombres ya se había adelantado demasiado.

—¡El paro! —le estaba gritando Val.

Por doquier se oían las trompetas, con un sonido alto y estridente. «Los salvajes no tienen trompetas, solo cuernos de guerra». Ellos lo sabían tan bien como él; aquello hizo que el pueblo libre corriera en desorden: algunos, hacia el combate; otros, en dirección contraria. Un mamut pisoteó un rebaño de ovejas que tres hombres intentaban llevar hacia el oeste. Los tambores retumbaban mientras los salvajes corrían para formar en columnas o líneas de defensa, pero eran demasiado lentos, demasiado desorganizados; era demasiado tarde. El enemigo salía del bosque, del este, del norte, del noreste, tres grandes columnas de caballería pesada, todo acero bruñido, con sobrevestas de lana de vivos colores. No eran los hombres de Guardiaoriente; aquellos solo habían formado una línea de avanzadilla. Era un ejército. «¿El ejército del rey?». Jon estaba tan confuso como los salvajes. ¿Habría vuelto Robb? ¿Había decidido hacer algo por fin el niño del Trono de Hierro?

—Es mejor que vuelvas a entrar en la tienda —le dijo a Val.

Al otro lado del campo de batalla, una columna había barrido a Harma Cabeza de Perro. Otra había aplastado el flanco de los lanceros de Tormund mientras su hijo y él intentaban hacerlos regresar a la desesperada. Los gigantes montaban en sus mamuts, cosa que no les gustaba en absoluto a los caballeros

que montaban los caballos con armadura; Jon vio cómo los corceles y los caballos de batalla relinchaban y se dispersaban a la vista de aquellas montañas de carnes bamboleantes. Pero también había miedo en el bando de los salvajes; cientos de mujeres y niños huían de la batalla, algunos para ir a meterse directamente entre los cascos de los caballos. Vio cómo el carro de perros de una anciana se interponía en el camino de tres carros de combate y los hacía chocar entre sí.

—Dioses —susurró Val—, dioses, ¿por qué hacen eso?

—Vuelve a la tienda y quédate con Dalla. Aquí no estás a salvo.

Tampoco lo estaría dentro, pero no tenía por qué decírselo.

—Tengo que buscar a la comadrona.

—Tendrás que hacer de comadrona tú. Me quedaré aquí hasta que vuelva Mance.

Lo había perdido de vista, pero volvió a localizarlo: se abría paso a través de un grupo de hombres a caballo. Los mamuts habían dispersado la columna central, pero las otras dos se acercaban en formación de pinza. En la linde oriental del campo, unos cuantos arqueros disparaban flechas en llamas contra las carpas. Vio a un mamut que arrancaba a un jinete de su silla y lo lanzaba a quince varas de distancia con un movimiento de la trompa. Los salvajes pasaban a su lado, mujeres y niños que huían de la batalla junto con algunos hombres que los apuraban. Unos pocos lanzaron miradas torvas en dirección a Jon, pero tenía a *Garra* en la mano y nadie lo molestó. Hasta Varamyr huyó gateando.

De los árboles salían más y más hombres, ya no solo caballeros, sino también jinetes libres, arqueros a caballo y soldados con armadura ligera y capellina, docenas, cientos de hombres. Hacían ondear un verdadero bosque de estandartes. El viento los agitaba demasiado deprisa para que Jon pudiera ver los blasones, pero logró distinguir un caballito de mar, un campo de aves, un anillo de flores... Y amarillo, mucho amarillo, estandartes amarillos con un emblema rojo. ¿De quién eran aquellos blasones?

Al este, al norte y al noreste vio bandas de salvajes que intentaban resistir y pelear, pero los atacantes los estaban barriendo. El pueblo libre aún contaba con superioridad numérica, pero los atacantes tenían armaduras de acero y caballería pesada. En lo más ardoroso de la batalla vio a Mance de pie sobre los estribos. Su capa roja y negra, y su yelmo con alas de cuervo, lo hacían fácilmente reconocible. Levantó la espada, y sus hombres corrían ya hacia él cuando una cuña de caballeros chocó con ellos con lanzas, espadas y picas. La yegua de Mance se levantó sobre las patas traseras y corcoveó, y una lanza le atravesó el pecho. Luego lo arrastró la marea de acero.

« Se ha terminado —pensó Jon—, no tienen nada que hacer». Los salvajes corrían y arrojaban sus armas. Los pies de cuerno, los habitantes de las cavernas, los thenitas con armaduras de bronce... Todos huían. Mance había desaparecido,

alguien exhibía la cabeza de Harma clavada en un palo, las líneas de Tormund estaban rotas... Solo resistían los gigantes sobre sus mamuts, islas peludas en un mar de acero rojo. Las llamas pasaban de una tienda a otra, y algunos pinos también empezaron a arder. Y en medio del humo llegó otra cuña de caballería pesada. Sobre los jinetes ondeaban las enseñas mayores, estandartes reales grandes como sábanas, una de ellas amarilla con largas lenguas puntiagudas que señalaban un corazón ardiente, y otra como una lámina de oro batido con un venado negro que tremolaba con el viento.

«Robert», pensó Jon en un momento de locura, acordándose del pobre Owen. Pero cuando las trompetas volvieron a sonar y los caballeros se lanzaron a la carga, el nombre que gritaban era otro.

—¡Stannis! ¡Stannis! ¡STANNIS!

Jon dio la vuelta y entró en la tienda.

Junto a la posada, en una horca maltratada por la intemperie, los huesos de una mujer se mecían y traqueteaban con cada ráfaga de viento.

« Esta posada la conozco». Pero no había ninguna horca junto a la puerta cuando durmió allí con su hermana Sansa, bajo la mirada atenta de la septa Mordane.

—Será mejor que no entremos —dijo Arya de repente—. Puede que haya fantasmas.

—¿Sabes cuánto hace que no bebo una copa de vino? —Sandor Clegane desmontó—. Además, tenemos que averiguar en qué manos está el Vado Rubí. Si quieras, quédate con los caballos, por mí...

—Y si te reconocen? —Sandor ya no se molestaba en ocultar el rostro; por lo visto, no le importaba si lo reconocían o no—. A lo mejor te quieren coger prisionero.

—Que lo intenten.

Soltó la tira de sujeción de la espada para poder desenvainar con facilidad y empujó la puerta.

Arya no volvería a tener mejor ocasión de huir. Podía montar a lomos de Gallina y llevarse también a Desconocido. Se mordió el labio. Luego, llevó a los caballos a los establos y entró tras él.

« Lo han reconocido». Lo supo al instante por el silencio. Pero aquello no era lo peor. Ella también los conocía. Al posadero flaco no, ni a las mujeres, ni a los campesinos reunidos junto a la chimenea. A los otros. A los soldados. Conocía a los soldados.

—¿Qué, Sandor? ¿Buscando a tu hermano? —Polliver había tenido la mano bajo el corpiño de la chica sentada en su regazo, pero ya la había sacado.

—Buscando una copa de vino. —Clegane tiró un puñado de monedas de cobre al suelo—. Posadero, una jarra de tinto.

—No quiero problemas, mi señor —dijo el posadero.

—A mí no me llames *señor*. —Se le frunció la boca—. ¿Qué pasa? ¿Estás sordo? ¡He pedido vino! —El hombre salió corriendo perseguido por los gritos de Clegane—. ¡Dos copas! ¡La niña también tiene sed!

« Solo son tres», pensó Arya. Polliver apenas si la miró de reojo, y el chico sentado junto a él ni siquiera le prestó atención, pero el tercero le clavó una mirada larga y atenta. Era un hombre de mediana estatura y constitución, con un rostro tan corriente que no se sabía qué edad tenía. « El Cosquillas. El Cosquillas y Polliver». A juzgar por su edad y su atuendo, el chico no era más que un escudero. Tenía una enorme espinilla blanca a un lado de la nariz y unas cuantas rojas en la frente.

—¿Es el cachorro perdido del que hablaba ser Gregor? —le preguntó al

Cosquillas—. ¿El que se hizo pipí en la alfombra y se escapó?

El Cosquillas puso una mano en el brazo del niño a modo de advertencia e hizo un gesto con la cabeza. Arya lo entendió perfectamente.

El escudero, no. O quizá no le importaba.

—Ser Gregor dice que el cachorro de su hermano escondió el rabo entre las patas cuando la batalla se puso seria en Desembarco del Rey. Dice que huyó gimoteando. —Miró al Perro con una sonrisa burlona de lo más idiota.

Clegane miró al escudero sin decir palabra. Polliver empujó a la chica para que se bajara de su regazo y se puso en pie.

—El chico está borracho —dijo. El soldado era casi tan alto como el Perro, aunque ni mucho menos tan musculoso. Una barbita afilada le cubría la barbilla y la mandíbula, espesa, negra y bien recortada, pero en la cabeza apenas si tenía pelo—. No pasa nada; es que no sabe beber.

—Entonces, que no beba.

—El cachorro no me asusta... —empezó el chico, pero el Cosquillas le retorció la oreja como quien no quiere la cosa entre el índice y el pulgar, y las palabras se transformaron en un aullido de dolor.

El posadero regresó a toda prisa con dos copas de barro y una jarra sobre una bandeja de latón. Sandor se llevó la jarra a la boca. Arya vio cómo se le movían los músculos del cuello al tragiar. Cuando la volvió a dejar caer de golpe en la mesa ya estaba por la mitad.

—Ahora ya puedes servir. Y más vale que recojas esas monedas de cobre; son las únicas que vas a ver hoy.

—Nosotros pagaremos cuando terminemos de beber —dijo Polliver.

—Cuando terminéis de beber le haréis cosquillas al posadero para averiguar dónde guarda el oro. Es lo que hacéis siempre.

De repente, el posadero pareció recordar que tenía algo al fuego. Los parroquianos también se estaban marchando, y las chicas habían desaparecido. Lo único que se oía en la sala común era el tenue crepitar del fuego en la chimenea.

«También nosotros deberíamos marcharnos». De aquello, Arya estaba segura.

—Si venís en busca de ser Gregor, llegáis demasiado tarde —dijo Polliver—. Estaba en Harrenhal, pero ya se ha ido. La reina lo mandó llamar. —Arya vio que llevaba tres hojas al cinto: una espada larga a la izquierda, y a la derecha, un puñal y otra arma más estilizada, demasiado larga para ser un puñal y demasiado corta para ser una espada—. Supongo que sabréis que el rey Joffrey ha muerto —añadió—. Envenenado en su banquete nupcial.

Arya dio un paso más hacia el centro de la estancia. «Joffrey está muerto». Casi lo podía ver ante sí, con aquellos rizos rubios y la sonrisa antipática en los labios gordos y blandos. «¡Joffrey está muerto!». Sabía que tendría que

alegrarse, pero aún se sentía vacía por dentro. Joffrey había muerto, sí, pero ¿qué importaba, si Robb había muerto también?

—Bravo por mis valientes hermanos de la Guardia Real. —El Perro soltó un bufido despectivo—. ¿Quién lo mató?

—Dicen que el Gromo. Con la ayuda de su mujercita.

—¿Qué mujercita?

—Se me olvidaba que habéis estado escondido debajo de una piedra. La norteña, la chica de Invernalia. Nos han dicho que mató al rey con un hechizo y se transformó en un lobo con alas de murciélagos para salir volando por la ventana de una torre. Pero se fue sin el enano, y Cersei quiere cortarle la cabeza.

« Qué idiotez —pensó Arya—. Sansa solo se sabe canciones, no hechizos, y jamás se casaría con el Gromo» .

El Perro se sentó en el banco más cercano a la puerta. La boca se le contrajo, pero solo por donde estaba quemada.

—Lo debería meter en fuego valyrio y cocerlo. O hacerle cosquillas hasta que la luna se vuelva negra. —Alzó la copa de vino y la vació de un trago.

« Es como ellos —pensó Arya al verlo. Se mordió el labio con tanta fuerza que notó sabor a sangre—. Igual que los demás. Tendría que matarlo mientras duerme» .

—¿Así que Gregor tomó Harrenhal? —preguntó Sandor.

—No le costó mucho —respondió Polliver—. Los mercenarios huyeron en cuanto corrió la voz de que nos acercábamos: solo quedaron unos pocos. Uno de los cocineros nos abrió una poterna. Quería vengarse de la Cabra, que le había cortado un pie. —Río entre dientes—. Nos lo quedamos a él como cocinero y a un par de mozas para que nos calentaran la cama, y a todos los demás los pasamos por la espada.

—A todos? —preguntó Arya sin poder contenerse.

—Bueno, ser Gregor se quedó con la Cabra para divertirse un rato.

—¿El Pez Negro sigue en Aguas dulces? —intervino Sandor.

—Por poco tiempo —respondió Polliver—. Ha empezado el asedio. El viejo Frey ahorcará a Edmure Tully a menos que rinda el castillo. Ahora mismo solo se está luchando de verdad en el Árbol de los Cuervos. Los Blackwood y los Bracken. Los Bracken están de nuestra parte.

El Perro sirvió una copa de vino para Arya y otra para sí, y se la bebió mientras contemplaba la chimenea.

—Así que el pajarito consiguió escapar, ¿eh? Bien por ella, joder. Le dio por culo al Gromo y salió volando.

—Darán con ella —le aseguró Polliver—, aunque haga falta la mitad del oro de Roca Casterly.

—Según dicen, es una muchacha preciosa —dijo el Cosquillas. Chasqueó los labios y sonrió—. Dulce como la miel.

—Y cortés —asintió el Perro—. Toda una damita. No como su maldita hermana.

—A ella también la encontraron —le dijo Polliver—. A la hermana pequeña. La van a casar con el bastardo de Bolton.

Arya bebió un trago de vino para que no le pudieran ver la boca. No entendía de qué hablaba Polliver. « Sansa no tiene ninguna otra hermana ». Sandor Clegane se echó a reír.

—¿Qué os hace tanta gracia? —quiso saber Polliver.

—Si quisiera que lo supierais, os lo habría dicho. —El Perro no le dedicó a Arya ni una mirada fugaz—. ¿Hay barcos en Salinas?

—¿En Salinas? ¿Cómo voy a saberlo yo? Tengo entendido que los mercaderes han vuelto a Poza de la Doncella. Randyll Tarly se apoderó del castillo y encerró a Mooton en una celda de la torre. No he oído nada de Salinas.

—Os haríais a la mar sin despediros de vuestro hermano? —preguntó el Cosquillas, inclinándose hacia delante. A Arya le dio escalofríos oírle formular la pregunta—. Él preferiría que volvierais con nosotros a Harrenhal, Sandor, estoy seguro. O a Desembarco del Rey...

—Que le den por culo a la ciudad. Que le den por culo a él. Que os den por culo a vosotros.

El Cosquillas se encogió de hombros, se irguió y se llevó una mano a la nuca para rascársela. Fue como si todo sucediera a la vez; Sandor se puso en pie de un salto, Polliver desenvainó la espada, y la mano del Cosquillas se movió como un relámpago y envió un rayo plateado que cruzó la sala común. Si el Perro no se hubiera estado moviendo, el cuchillo le habría sajado la nuez, pero solo le arañó las costillas antes de clavarse y quedar vibrando en una pared, cerca de la puerta. Sandor se echó a reír, con una risa tan fría y hueca que parecía proceder del fondo del más profundo de los pozos.

—Estaba deseando que hicierais alguna tontería.

Sacó la espada de la vaina justo a tiempo para detener el primer golpe de Polliver.

Arya retrocedió un paso cuando empezó la canción del acero. El Cosquillas saltó del banco con una espada corta en una mano y un puñal en la otra. Hasta el rechoncho escudero de pelo castaño se había levantado y se buscaba el puño de la espada. Arya cogió la copa de vino y se la tiró a la cara. Tuvo mejor puntería que en Los Gemelos: la copa lo acertó de pleno en la enorme espinilla blanca, y el chico cayó de culo.

Polliver era un combatiente serio y metódico; presionaba a Sandor hacia atrás con firmeza y manejaba la espada con precisión brutal. Las estocadas del Perro eran más torpes; sus quites, apresurados, y sus movimientos, lentos y descoordinados.

« Está borracho —comprendió Arya con desaliento—. Ha bebido demasiado

sin meterse comida en el estómago» . Y el Cosquillas se deslizaba ya junto a la pared para situarse tras él. Cogió la segunda copa de vino y se la tiró, pero fue más rápido que el escudero y agachó la cabeza a tiempo. La mirada que le lanzó estaba llena de promesas gélidas. « ¿Dónde está escondido el oro de la aldea?», le oía preguntar. El idiota del escudero se estaba agarrando al borde de la mesa para incorporarse sobre las rodillas. Arya empezaba a sentir el sabor del pánico en la garganta. « El miedo hiere más que las espadas. El miedo hiere más...» .

Sandor dejó escapar un gruñido de dolor. Tenía el lado quemado de la cara rojo desde la sien a la mejilla, y le faltaba el muñón de la oreja. Aquello lo había hecho enfadar. Hizo retroceder a Polliver con un ataque feroz, lanzando golpes con la vieja espada mellada que había conseguido en las colinas. El barbudo cedia terreno, pero ninguno de los tajos lo llegaba a rozar. Y en aquel momento, el Cosquillas saltó sobre un banco, rápido como una serpiente, y con el filo de su espada corta lanzó un tajo contra el cuello del Perro.

« Lo están matando» . Arya no tenía más copas, pero sí algo mejor que lanzar. Sacó el puñal que le habían robado al arquero moribundo y trató de lanzarlo contra el Cosquillas, tal como había hecho él. Pero no era lo mismo que tirar una piedra o una manzana. El cuchillo cabeceó y le dio con el puño. « Ni siquiera lo ha notado» . Estaba demasiado concentrado en Clegane.

Cuando lanzó la puñalada, Clegane se movió a un lado, con lo que consiguió un instante de respiro. La sangre le corría por la cara y por el corte del cuello. Los dos hombres de la Montaña lo atacaron sin miramientos. Polliver le lanzaba tajos a la cabeza y a los hombros mientras el Cosquillas trataba de apuñalarle la espalda y el vientre. La pesada jarra de vino seguía sobre la mesa. Arya la cogió con ambas manos, pero justo cuando la levantaba, alguien la agarró por el brazo. La jarra se le resbaló entre los dedos y se hizo añicos contra el suelo. Se retorció hacia un lado y se encontró frente a frente con el escudero.

« ¡Serás idiota, te has olvidado de él!» . Vio que se le había reventado la espinilla blanca.

—¿Tú eres el cachorro del cachorro?

El chico tenía la espada en la mano derecha y el brazo de Arya en la izquierda; en cambio, ella tenía las manos libres, así que le sacó el cuchillo de la vaina y lo volvió a envainar en su vientre, retorciéndolo. Él no llevaba cota de malla, ni siquiera coraza, así que la hoja entró igual que cuando había matado con *Aguja* al mozo de cuadras de Desembarco del Rey. Los ojos del escudero estaban muy abiertos cuando le soltó el brazo. Arya se volvió hacia la puerta y arrancó de la pared el cuchillo del Cosquillas.

Polliver y el Cosquillas tenían arrinconado al Perro detrás de un banco, y uno de ellos le había hecho un buen corte en el muslo. Sandor estaba apoyado en la pared, sangrando y jadeante. No parecía que pudiera tenerse en pie, y mucho menos, luchar.

—Dejad la espada y os llevaremos a Harrenhal —le dijo Polliver.

—¿Para que pueda matarme Gregor en persona?

—Tal vez os deje en mis manos —dijo el Cosquillas.

—Si me queréis, venid a por mí.

Sandor se apartó de la pared y se acuclilló a medias tras el banco, con la espada cruzada ante el cuerpo.

—¿Creéis que no lo haremos? —bufó Polliver—. Estáis borracho.

—Es posible —replicó el Perro—, pero vosotros estáis muertos.

Lanzó una patada repentina hacia el banco, que fue a chocar contra las espinillas de Polliver. El barbudo consiguió mantenerse en pie, pero el Perro se agachó para esquivar su tajo y alzó la espada en un fiero revés. La sangre salpicó el techo y las paredes. La hoja había acertado a Polliver en medio de la cara, y cuando el Perro la liberó de un tirón, se llevó la mitad de su cabeza.

El Cosquillas retrocedió. Arya olió su miedo. De repente, la espada corta que él llevaba en la mano parecía casi un juguete comparada con la larga hoja que blandía el Perro, y tampoco llevaba armadura. Se movía deprisa, con los pies ligeros, sin apartar los ojos de Sandor Clegane. Por eso, a Arya no le costó nada ponerse tras él y apuñalarlo.

—¿Dónde está escondido el oro de la aldea? —le gritó mientras le clavaba el puñal en la espalda—. ¿Plata, piedras preciosas? —Lo apuñaló dos veces más—. ¿Hay más comida? ¿Dónde está lord Beric Dondarrion? —Estaba encima de él y lo seguía apuñalando—. ¿Qué dirección tomó? ¿Cuántos hombres llevaba? ¿Cuántos caballeros, cuántos arqueros, cuántos hombres de a pie, cuántos, cuántos, cuántos, cuántos, cuántos? ¿Dónde está escondido el oro de la aldea?

Cuando Sandor consiguió apartarla, ya tenía las manos rojas y pegajosas.

—Basta —fue lo único que dijo.

Él mismo sangraba como un cerdo degollado y arrastraba una pierna al caminar.

—Hay uno más —le recordó Arya.

El escudero se había arrancado el cuchillo del vientre y trataba de detener la hemorragia con las manos. Cuando el Perro lo puso en pie, empezó a gritar y a lloriquear como un bebé.

—Piedad —lloró—, por favor. No me matéis. Madre, ten piedad.

—¿Tengo cara de ser tu madre? —La cara del Perro ni siquiera parecía humana—. A este también lo has matado —le dijo a Arya—. Le has perforado las tripas; no hay nada que hacer. Pero va a tardar mucho en morir.

—Yo venía por las chicas —sollozó el muchacho, que parecía no oírla—. Polly dijo que me harían un hombre... Oh, dioses, por favor, llevadme a un castillo... A un maestre, llevadme a un maestre, mi padre tiene oro... Solo venía por las chicas... piedad, mi señor.

El Perro le dio una bofetada que lo hizo gritar de nuevo.

—A mí no me llames *señor*. —Se volvió hacia Arya—. Este es tuyo, loba. Encárgate tú.

Arya sabía a qué se refería. Fue hacia donde estaba Polliver y se arrodilló en la sangre del hombre para desatarle el cinto de la espada. Junto al puñal estaba el arma más estilizada, demasiado corta para ser la espada de un hombre... pero en su mano era perfecta.

—¿Recuerdas dónde está el corazón? —preguntó el Perro.

Arya asintió. El escudero puso los ojos en blanco.

—Piedad.

Aguja se deslizó entre sus costillas y se la concedió.

—Bien. —La voz de Sandor sonaba tensa de dolor—. Si estos tres venían de putas aquí es que Gregor domina el vado además de Harrenhal. Pueden llegar más animales de los suyos en cualquier momento, y ya hemos matado a bastantes cabrones por hoy.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A Salinas. —Le apoyó una mano enorme en el hombro para no caerse—. Coge un poco de vino, loba. Y todas las monedas que encuentres; nos van a hacer falta. Si hay barcos en Salinas, podemos llegar al Valle por mar. —La boca se le retorció, y le salió más sangre de donde había tenido la oreja—. Puede que lady Lysha te case con su pequeño Robert. Menuda pareja íbais a hacer.

La risotada se le transformó en un gemido.

Cuando llegó el momento de marchar necesitó la ayuda de Arya para subir a lomos de Desconocido. Se había atado una tira de tela en torno al cuello y otra alrededor del muslo. También había cogido la capa del escudero, que estaba colgada de un clavo junto a la puerta. La capa era verde, con el emblema de una flecha también verde en un arco blanco, pero en cuanto el Perro se la arrebuscó contra la herida que quedaba donde había tenido la oreja, no tardó en tornarse roja. Arya tenía miedo de que se derrumbara en cuanto se pusieran en marcha, pero Sandor se mantuvo firme en la silla.

No podían correr el riesgo de encontrarse con quienquiera que fuera el que dominaba el Vado Rubí, así que en vez de seguir por el camino Real se desviaron por el sudeste, entre campos llenos de hierbajos, bosques y cenagales. Tardaron horas en llegar a las orillas del Tridente. Arya vio que el río había vuelto mansamente a su cauce habitual; las lluvias se habían llevado todo su lodazal de rabia. « Hasta el río está cansado», pensó.

Cerca de la ribera encontraron unos sauces que crecían en medio de un montón de rocas erosionadas. Rocas y árboles formaban una especie de refugio natural donde podían protegerse sin ser vistos desde el río ni desde el sendero.

—Esto nos valdrá —dijo el Perro—. Abreva a los caballos y coge un poco de leña para encender una hoguera.

Al desmontar tuvo que agarrarse a la rama de un árbol para no caerse.

—¿No nos delatará el humo?

—Si alguien nos quiere encontrar, solo tiene que seguir mi rastro de sangre. Venga, agua, leña. Pero antes tráeme el pellejo de vino.

Después de encender la hoguera, Sandor puso el yelmo entre las llamas, vació dentro la mitad del pellejo de vino y se dejó caer contra una piedra cubierta de musgo, como si no pensara volver a levantarse. Le ordenó a Arya que lavara la capa del escudero y la cortara en tiras. Luego las metió también en el yelmo.

—Si tuviera más vino bebería hasta perder el sentido. Tendría que mandarte de vuelta a aquella posada de mierda a buscar un par de pellejos más.

—No —replicó Arya.

« No se atreverá, ¿verdad? Si lo intenta, me iré a caballo y lo dejaré aquí tirado» .

Al ver el miedo reflejado en su cara, Sandor se echó a reír.

—Era una broma, niña lobo. Una puta broma. Búscame un palo, como así de largo y no muy grueso. Y límpialo de barro; no me gusta el sabor a barro.

Los dos primeros que le llevó no le gustaron. Cuando encontró uno que le pareció adecuado, las llamas habían chamuscado el hocico de su perro hasta los ojos. Dentro, el vino hervía a borbotones.

—Tráeme la taza de las alforjas y llénala hasta la mitad —le dijo—. Y ten cuidado. Como se te derrame te mandaré a buscar más. Luego me viertes el vino sobre las heridas. ¿Sabrás hacerlo? —Arya asintió—. Entonces, ¿a qué esperas? —gruñó.

La primera vez que llenó la taza, Arya rozó el acero con los nudillos y se quemó tanto que le salieron ampollas. Tuvo que morderse el labio para no gritar. El Perro utilizó el palo con el mismo objetivo: le clavó los dientes mientras ella le echaba el vino. Primero limpió el corte del muslo; luego, el de la parte trasera del cuello, que era menos profundo. Mientras le curaba la pierna, Sandor apretó el puño derecho y dio golpes contra el suelo. Cuando le llegó el turno al cuello, mordió el palo con tanta fuerza que lo rompió, y Arya tuvo que ir a buscarle otro. El terror se reflejaba en los ojos del hombre.

—Vuelve la cabeza.

Vertió el vino sobre la carne viva, la herida roja donde había tenido la oreja, y unas lenguas de sangre oscura y vino tinto se le deslizaron por la mandíbula. Entonces, pese al palo, gritó, y después se desmayó del dolor.

El resto, Arya lo tuvo que improvisar. Sacó las tiras de la capa del escudero del fondo del yelmo y las utilizó para vendar las heridas. Cuando le llegó el turno a la de la oreja tuvo que envolverle la mitad de la cabeza para detener la hemorragia. Cuando terminó, el sol se ponía ya sobre el Tridente. Dejó pastar a los caballos, los maneó, y por último se acomodó como mejor pudo en un nicho que quedaba entre dos rocas. El fuego siguió ardiendo un rato antes de

consumirse. Arya contempló la luna entre las ramas del árbol bajo el que se refugiaba.

—Ser Gregor, la Montaña —dijo en voz baja—. Dunsen, Raff el Dulce, ser Ilyn, ser Meryn, la reina Cersei.

Se sintió rara al dejar fuera de la lista a Polliver y al Cosquillas. Y a Joffrey, también a Joffrey. Se alegraba de que hubiera muerto, pero le habría gustado verlo morir o, mejor aún, matarlo ella.

« Polliver dijo que Sansa y el Gnomo lo mataron. —¿Sería verdad? El Gomo era un Lannister, y Sansa—... Ojalá me pudiera transformar en lobo, ojalá me salieran alas y pudiera marcharme volando».

Si Sansa también había caído, ella era la única Stark que quedaba. Jon estaba en el Muro, a mil leguas de distancia, pero era un Nieve, y aquellos tíos y tías a los que el Perro quería venderla tampoco eran Stark. No eran lobos.

Sandor gimió, y Arya giró para ponerse de costado y mirarlo. Se dio cuenta de que también había omitido su nombre. ¿Por qué? Trató de pensar en Mycah, pero le costaba recordar su cara. No lo había conocido durante mucho tiempo.

« Lo único que hizo fue jugar a las espadas conmigo».

—El Perro —susurró—. *Valar morghulis* —añadió.

Tal vez por la mañana estaría muerto...

Pero, cuando la pálida luz del amanecer empezó a filtrarse entre los árboles, fue él quien la despertó con la punta de la bota. Había soñado otra vez que era una loba, que perseguía a un caballo sin jinete colina arriba, seguida por su manada, pero el pie de Sandor la devolvió a la realidad justo cuando lo iban a matar.

El Perro estaba todavía muy débil, y sus movimientos eran lentos y torpes. Daba cabezadas en la silla; sudaba, y la oreja le volvía a sangrar a través de las vendas. Tenía que hacer acopio de todas sus fuerzas solo para no caerse de Desconocido. Si los hombres de la Montaña los hubieran perseguido, Arya dudaba que hubiera tenido fuerzas para levantar una espada. Se volvió para mirar, pero tras ellos no había nada más que un cuervo que revoloteaba de árbol en árbol. El único sonido que le llegaba era el del río.

Sandor Clegane se estaba tambaleando bastante antes del mediodía. Aún quedaban muchas horas de luz cuando la hizo detenerse.

—Tengo que descansar —fue lo único que dijo.

En aquella ocasión, al desmontar, cayó sin poder apoyarse en nada. No trató de levantarse, sino que se arrastró débilmente hasta debajo de un árbol y se apoyó en el tronco.

—Mierda —maldijo—. Mierda. —Vio que Arya lo estaba mirando—. Te despellejaría viva por una copa de vino, niña.

Ella le llevó agua. Sandor bebió un poco, se quejó de que sabía a barro y se hundió en un sueño febril y ruidoso. Lo tocó, y la piel le ardía. Arya olfateó las

vendas como hacia a veces el maestre Luwin cuando le trataba un corte o un arañazo. Lo que más le había sangrado era la cara, pero era la herida de la pierna la que tenía un olor raro.

Se preguntó si aquello de Salinas estaría lejos y si podría llegar por su cuenta. «No tendría que matarlo. Si me marcho a caballo y lo dejo aquí, se morirá él solo. Se moriría de fiebre y se quedará aquí tirado bajo el árbol hasta el fin de los tiempos». Pero quizás sería mejor que lo matara ella misma. Había matado al escudero en la posada, y el chico no había hecho más que agarrarla por el brazo. El Perro, en cambio, había matado a Mykah. «A Mykah y a muchos más. Seguro que ha matado a más de cien Mykahs». Probablemente la habría matado también a ella si no fuera por el rescate.

Aguja centelleó cuando se la sacó del cinturón. Al menos, Polliver la había conservado afilada y en buen estado. Giró el cuerpo de lado en una posición de danzarina del agua que le salió por instinto. Las hojas secas crujieron bajo sus pies. «Rápida como una serpiente —pensó—. Suave como la seda de verano».

Sandor abrió los ojos.

—¿Recuerdas dónde está el corazón? —preguntó en un susurro ronco.

—Solo... iba a... —Se había quedado inmóvil como una piedra.

—¡No mientes! —gruñó—. Detesto a los mentirosos. Y a los mentirosos cobardes, aún más. Venga. Hazlo. —Al ver que Arya no se movía, entrecerró los ojos—. Maté a tu amiguito, el hijo del carnicero. Casi lo corté por la mitad, y me reí. —Emitió un sonido extraño; Arya tardó un momento en comprender que estaba sollozando—. Y el pajarito, tu hermana, tu preciosa hermana... Me quedé allí, con mi capa blanca, y dejé que la golpearan. Yo le arrebaté aquella canción de mierda, no me la dio. Y me la habría llevado a ella. Me la tendría que haber llevado. Me la tendría que haber follado hasta matarla; le tendría que haber arrancado el corazón antes de dejarla para ese enano. —Un espasmo de dolor le retorció el rostro—. ¿Qué quieras, loba? ¿Qué te lo suplique? ¡Vamos! El don de la piedad... venga a tu amigo Michael...

—Mykah. —Arya se alejó de él—. No te mereces el don de la piedad.

El Perro la observó con los ojos brillantes de fiebre mientras ensillaba a Gallina. En ningún momento intentó levantarse para detenerla.

—Una loba de verdad remataría a un animal herido —le dijo cuando la vio montar.

«A lo mejor te encuentran lobos de verdad —pensó Arya—. A lo mejor les llega tu olor cuando se ponga el sol». Así aprendería qué les hacían los lobos a los perros.

—No me tendrías que haber pegado con la hacha —dijo—. Tendrías que haber salvado a mi madre.

Hizo dar la vuelta a la yegua y se alejó de él sin volver la vista atrás.

Una luminosa mañana, seis días más tarde, llegó a un lugar donde el Tridente

empezaba a ensancharse y el aire olía más a sal que a árboles. Siguió avanzando, siempre cerca del agua; pasó junto a prados y granjas, y poco después del mediodía divisó una ciudad.

«Ojalá sea Salinas», pensó esperanzada. Un pequeño castillo dominaba la ciudad; era poco más que un torreón, apenas una edificación alta, cuadrada, con un patio y una muralla exterior. En la mayor parte de las tiendas, posadas y tabernas que rodeaban el puerto se veían los efectos de incendios y saqueos, pero algunos edificios aún parecían habitados. El puerto estaba allí, y hacia el este se extendía la bahía de los Cangrejos, con aguas que centelleaban azules y verdes bajo el sol.

Y había barcos.

«Tres —contó Arya—, hay tres». Dos de ellos no eran más que remeros fluviales, barcazas de bajos hechas para surcar las aguas del Tridente. El tercero era más grande, un mercante marino con dos hileras de remos, proa dorada y tres mástiles altos con velas plegadas de color morado. El casco también estaba pintado de morado. A lomos de Gallina, Arya recorrió el muelle para verlo mejor. En un puerto, los forasteros no eran tan raros como en una aldea, y a nadie pareció importarle quién era ni qué hacía allí.

«Necesito plata». Se mordió el labio. A Polliver le habían quitado un venado y una docena de cobres; al escudero con espinillas que ella había matado, ocho platas, y tan solo había un par de monedas en el bolso del Cosquillas. Pero el Perro le había dicho que le quitara las botas y que le descosiera el dobladillo del jubón empapado de sangre. Ella había puesto un venado bajo cada pulgar, en las botas, y tres dragones de oro en el dobladillo, que volvió a coser. Sandor se había quedado con todo.

«No fue justo. Eran tan míos como tuyos». Si le hubiera concedido el don de la piedad... Pero no lo había hecho. No podía volver atrás, de la misma manera que no podía suplicar ayuda. «Suplicando no se consigue nada». Tenía que vender a Gallina, y ojalá sacara suficiente por ella.

Un muchachito del puerto le dijo que los establos se habían quemado, pero su propietaria había llevado el negocio a la parte trasera del septo. A Arya no le costó dar con ella: era una mujer alta, corpulenta, con un agradable olor a caballo. Le gustó Gallina nada más verla; le preguntó a Arya cómo una yegua así había llegado a su poder y sonrió al oír su respuesta.

—Es un caballo de crianza —dijo—, eso se nota a la legua, y no dudo que perteneciera a un caballero, cariño. Pero ese caballero no era tu hermano muerto. Llevo muchos años haciendo negocios con el castillo, así que sé cómo es la gente de buena cuna. Esta yegua es de buena cuna, y tú no. —Clavó un dedo en el pecho de Arya—. No sé si la encontrarás o la robaste, me da igual, pero fue una de dos. Solo así una pequeñaja harapienta como tú podría montar semejante palafrén.

—Entonces, ¿no me la vais a comprar? —Arya se mordió el labio.

—Sí, cariño, pero aceptarás lo que te ofrezca. —La mujer se rio entre dientes—. O eso o vamos al castillo, y a lo mejor allí no te dan nada. Y si te descuidas, te ahorcan por robarle el caballo a un buen caballero.

Había media docena de habitantes de Salinas en las cercanías, cada uno dedicado a sus asuntos, así que Arya comprendió que no podía matar a la mujer. Por tanto, tuvo que morderse el labio y dejarse estafar. La bolsa que obtuvo daba pena de puro exigua, y cuando pidió algo más por la silla, la manta y las riendas, la mujer se rio de ella.

« Al Perro no lo habría timado», pensó durante el largo trayecto de vuelta a los muelles. Le pareció una distancia inmensamente más larga que cuando la había recorrido a caballo.

La galera morada seguía allí. Si hubiera zarpado mientras se dejaba estafar, habría sido demasiado para ella. Cuando llegó estaban subiendo por la plancha un barril de hidromiel. Trató de ir detrás, pero un marinero de la cubierta empezó a gritarle en un idioma que no conocía.

—Quiero ver al capitán —le dijo Arya.

Lo único que consiguió fue que gritara más, pero el jaleo atrajo la atención de un hombre corpulento de pelo cano con una chaqueta de lana morada, que por suerte hablaba la lengua común.

—Yo soy el capitán —dijo—. ¿Qué quieres? Date prisa; la marea no espera.

—Quiero ir al norte, al Muro. Mirad, tengo para pagar. —Le entregó la bolsa—. La Guardia de la Noche tiene un castillo a la orilla del mar.

—Guardiaoriente. —El capitán se vació la bolsa en la palma de la mano y frunció el ceño—. ¿Esto es todo lo que tienes?

« No es suficiente», supo Arya antes de que se lo dijera. Lo veía bien claro en su rostro.

—No me hace falta camarote ni nada así —dijo—. Puedo dormir en la bodega o...

—Que venga como chica de camarote —dijo un remero que pasaba por allí con una bala de algodón al hombro—. Puede dormir conmigo.

—Cuidado con lo que dices —le replicó el capitán.

—También puedo trabajar —insistió Arya—. Sabría fregar las cubiertas. Estuve un tiempo fregando las escaleras de un castillo. O podría remar...

—No —le replicó—, no podrías. —Le devolvió las monedas—. Y aunque pudieras, tampoco importaría, niña. No se nos ha perdido nada en el norte. No hay nada más que hielo, guerra y piratas. De hecho, nos encontramos con una docena de barcos piratas al doblar Punta Zarpa Rota, y no tengo ninguna gana de volver a verlos. Nosotros vamos a poner rumbo hacia casa, y te recomiendo que hagas lo mismo.

« Yo no tengo casa —pensó Arya—. No tengo manada. Y ahora ni siquiera

tengo caballo» .

El capitán empezó a dar la vuelta; ya no había más que hablar.

—¿Qué barco es este, mi señor? —preguntó a la desesperada.

El hombre se detuvo lo justo para dedicarle una sonrisa cansada.

—Es la *Hija del Titán*, de la Ciudad Libre de Braavos.

—¡Esperad! —exclamó Arya de repente—. Tengo otra cosa.

Se la había escondido tan bien en la ropa interior, para que nadie se la quitara, que tuvo que hurgar un rato para encontrarla, todo ello mientras los remeros se reían y el capitán aguardaba con impaciencia evidente.

—Una moneda de plata más no va a cambiar nada, niña —le dijo.

—No es de plata. —Cerró los dedos en torno a ella—. Es de hierro. Tomad.

Le apretó contra la palma de la mano la pequeña moneda de hierro que Jaqen H'ghar le había dado, tan gastada que el hombre cuya cabeza aparecía en ella no tenía ya rasgos.

« Seguro que no vale nada, pero...» .

El capitán la examinó, parpadeó y clavó la vista en Arya.

—Esto... ¿Cómo...?

« Jaqen me dijo que dijera las palabras también» . Arya se cruzó los brazos sobre el pecho.

—*Valar morghulis* —exclamó con firmeza, como si supiera lo que significaba.

—*Valar dohaeris* —respondió él mientras se tocaba la frente con dos dedos—.

Tendrás un camarote, por supuesto.

—Chupa con más fuerza que el mío. —Elí acariciaba la cabeza del bebé mientras lo sostenía contra el pecho.

—Es que tiene hambre —dijo Val, la mujer rubia a la que los hermanos negros llamaban la princesa salvaje—. Hasta ahora ha vivido de leche de cabra y de las pócimas que le hacía el maestre ciego.

El niño aún no tenía nombre, como tampoco lo tenía el de Elí. Era la costumbre de los salvajes. Por lo visto, ni siquiera el hijo de Mance Rayder tendría un nombre hasta que llegara su tercer año, aunque Sam había oído a los hermanos llamarlo el principito o el nacido en la batalla.

Contempló cómo el niño mamaba del pecho de Elí, y luego se fijó en cómo lo miraba Jon.

« Jon está sonriendo. —Una sonrisa triste, sí, pero al menos era una sonrisa. Sam se alegró de verla—. Es la primera vez que lo veo sonreír desde que volvió».

Habían caminado desde el Fuerte de la Noche hasta Lago Hondo, y luego, de Lago Hondo a Puerta de la Reina, siempre por un sendero angosto que iba de un castillo al siguiente, sin perder nunca de vista el Muro. A un día y medio del Castillo Negro, mientras se forzaban a seguir la marcha con los pies encallecidos, Elí oyó caballos tras ellos, y se volvió para ver una columna de jinetes negros que procedían del oeste.

—Mis hermanos —la tranquilizó Sam—. Por este camino no va nadie más que la Guardia de la Noche.

Resultó que era ser Denys Mallister, de la Torre Sombría, con un herido Bowen Marsh y los supervivientes de la batalla del Puente de los Cráneos. Cuando Sam vio a Dywen, a Gigante y a Edd Tollett el Penas, se derrumbó y se echó a llorar.

Fueron ellos los que le relataron la batalla que había tenido lugar al pie del Muro.

—Stannis llegó a Guardiaoriente con sus caballeros, y Cotter Pyke lo guio por los caminos de los exploradores para coger desprevenidos a los salvajes —le contó Gigante—. Los destrozó. Mance Rayder cayó prisionero y perdió a un millar de sus mejores hombres, entre ellos Harma Cabeza de Perro. Por lo que nos han dicho, los demás se dispersaron como hojas en una tormenta.

« Los dioses son bondadosos», pensó Sam.

Si no se hubiera extraviado cuando Elí y él iban hacia el sur, tras huir del Torreón de Craster, se habrían topado de frente con la batalla... o, como mínimo, se habrían metido en el campamento de Mance. A Elí y al niño les habría ido bien, pero a él no. Sam había oído anécdotas sobre lo que hacían los salvajes con los cuervos capturados. Se estremeció.

Pero nada de lo que le contaron sus hermanos pudo prepararlo para lo que se encontró al llegar al Castillo Negro. La sala común había ardido hasta los cimientos, y de la gran escalera de madera solo quedaban montones de hielo quebrado y troncos chamuscados. Donal Noye había muerto, igual que Rast, Dick el Sordo, Alyn el Rojo y otros muchos, pero el castillo estaba lleno de gente como jamás lo había visto Sam; en su mayoría no eran hermanos negros, sino soldados del rey, más de un millar. Por primera vez que se recordara había un rey en la Torre del Rey, y ondeaban estandartes en la Lanza, en la Torre de Hardin, en el Torreón Gris y en el Torreón del Escudo, y también en otros edificios que llevaban años abandonados.

—El grande, el dorado con el venado negro, es el estandarte real de la casa Baratheon —le dijo a Eli, que no había visto nunca un estandarte—. El del zorro con las flores es de la casa Florent. La tortuga es el de Estermont; el pez espada es el de Bar Emmon, y las trompetas cruzadas son de Wensington.

—Tienen tantos colores como las flores. —Eli señaló en dirección a uno—. Me gustan aquellos, los amarillos con el fuego. Y mira, algunos guerreros llevan el mismo dibujo en los jubones.

—Un corazón llameante. No sé a qué casa corresponde ese blasón.

No tardó en averiguarlo.

—Son los hombres de la reina —le dijo Pyp, después de lanzar un grito de alegría y proclamar « ¡Atrancad las puertas, muchachos, es Sam el Mortífero, ha vuelto de la tumba! » , mientras Grenn lo abrazaba con tal fuerza que pensó que le iba a romper las costillas—. Pero mejor no preguntes dónde está la reina. Stannis la dejó en Guardiaoriente con su hija y toda su flota. No ha venido con más mujer que la roja.

—¿La roja? —repitió Sam, inseguro.

—Melisandre de Asshai —dijo Grenn—. La hechicera del rey. Se dice que quemó vivo a un hombre en Rocadragón para que Stannis tuviera vientos favorables en su viaje hacia el norte. También cabalgó junto a él en la batalla y le dio una espada mágica. Se llama *Dueña de Luz*. Ya la verás. Brilla como si tuviera dentro un trozo del sol. —Miró de nuevo a Sam y sonrió con una sonrisa amplia, bobalicona—. Aún no me puedo creer que estés aquí.

Jon Nieve también había sonreído al verlo, pero con una sonrisa cansada, como la que tenía en aquel momento.

—Así que lo has logrado —dijo—. Además, has traído a Eli. Bien hecho, Sam.

Por lo que explicaba Grenn, Jon lo había hecho bastante mejor que bien. De todos modos, y aunque había conseguido el Cuerno del Invierno y a un príncipe salvaje, nada de ello parecía ser suficiente para que ser Alliser Thorne y sus amigos dejaran de llamarlo cambiacapas. El maestre Aemon decía que la herida se le estaba curando bien, pero que Jon tenía también otras cicatrices más

profundas que las que le rodeaban el ojo.

«Llora por su chica salvaje y por sus hermanos».

—Qué curioso —comentó Sam—. Craster no sentía ningún aprecio por Mance, ni Mance por Craster, pero ahora la hija de Craster está amamantando al hijo de Mance.

—Yo tengo leche —dijo Elí en voz baja, tímida—. El mío toma solo un poco. No es tan codicioso como este.

Val, la mujer salvaje, se volvió para enfrentarse a ellos.

—He oído hablar a los hombres de la reina; dicen que la mujer roja quiere quemar a Mance en cuanto recupere las fuerzas.

—Mance es un desertor de la Guardia de la Noche. —Jon le lanzó una mirada llena de cansancio—. Eso se castiga con la muerte. Si lo hubiera capturado la Guardia, ya lo habrían ahorcado, pero es prisionero del rey, y nadie sabe qué piensa el rey, excepto la mujer roja.

—Quiero verlo —dijo Val—. Quiero enseñarle a su hijo. Al menos se merece eso antes de que lo matéis.

—Nadie puede verlo, excepto el maestre Aemon, mi señora —intentó explicarle Sam.

—Si de mí dependiera, Mance podría abrazar a su hijo. —La sonrisa de Jon se había desvanecido—. Lo siento mucho, Val. —Se volvió—. Sam y yo tenemos que ocuparnos de nuestras obligaciones. Bueno, al menos Sam. Preguntaremos si puedes visitar a Mance. Es lo único que te prometo.

Sam se demoró un instante para dar un apretón en la mano a Elí y prometerle que regresaría después de la cena. Luego, se apresuró en pos de Jon. Había guardias ante la puerta, hombres de la reina armados con lanzas. Jon ya estaba a medio camino del tramo de escaleras, pero se detuvo a esperar cuando oyó a Sam jadear tras él.

—Le tienes algo más que cariño a Elí, ¿verdad?

—Elí es buena. —Sam se había sonrojado—. Es buena y amable. —Se alegraba de que hubiera terminado la larga pesadilla; se alegraba de volver a estar con sus hermanos en el Castillo Negro... pero algunas noches, a solas en su celda, recordaba el calor que emanaba del cuerpo de Elí cuando se acurrucaban bajo las pieles, con el bebé entre ambos—. Ella... me hizo más valiente, Jon. No valiente, pero sí un poco valiente.

—Sabes que no puedes seguir con ella —le dijo Jon con cariño—, igual que yo no podía seguir con Ygritte. Pronunciaste el juramento, Sam, igual que yo. Igual que todos nosotros.

—Ya lo sé. Elí dijo que sería mi esposa, pero... Le conté lo del juramento y le expliqué qué significaba. No sé si se puso contenta o triste, pero se lo conté. —Tragó saliva, nervioso—. Jon, ¿puede haber honor en una mentira, si es por una... por una buena causa?

—Según la mentira y su causa. —Jon lo miró—. No te lo recomiendo. No vales para mentir, Sam. Te sonrojas, tartamudeas y te salen gallos.

—Es verdad —dijo—, pero podría mentir en una carta. Con la pluma en la mano se me da mejor. Es que... se me ha ocurrido una idea. Cuando las cosas se calmen un poco por aquí, he pensado que lo mejor para Elí sería... He pensado que podría enviarla a Colina Cuerno. Con mi madre, mis hermanas y mi... mi p-padre. Si Elí dijera que el bebé es mío... —Se estaba sonrojando de nuevo—. Mi madre lo querría, estoy seguro. Le buscaría un lugar a Elí, no sé, en el servicio; no sería tan duro como servir a Craster. Y en cuanto a lord R-Randyll, pues... no lo reconocería jamás, pero hasta lo complacería el pensar que le he hecho un bastardo a una chica salvaje. Al menos le demostraría que soy bastante hombre como para acostarme con una mujer y engendrar un hijo. Una vez me dijo que estaba seguro de que moriría virgen, de que ninguna mujer querría nunca... Ya sabes... Jon, si lo hago, si escribo esta mentira... ¿sería bueno? El niño llevaría una vida...

—Crecería como bastardo en el castillo de su abuelo. —Jon se encogió de hombros—. No sé, depende en buena parte de tu padre y de cómo sea el niño. Si sale a ti...

—Imposible. Su padre era Craster. Ya lo conociste: era duro como el tocón de un árbol viejo, y Elí es más fuerte de lo que parece.

—Si el chico demuestra habilidad con la espada o con la lanza, seguramente tendrá un lugar en la guardia de tu padre, como mínimo —dijo Jon—. No es raro que a los bastardos los eduquen como escuderos y luego los armen caballeros. Pero tienes que estar seguro de que Elí resultará convincente. Por lo que me has contado de lord Randyll, no creo que se tome muy bien que lo engañen.

Había más guardias apostados junto a las escaleras del exterior de la torre. Pero aquellos eran hombres del rey. Sam había aprendido a distinguirlos enseguida. Los hombres del rey eran tan terrenales e impíos como cualquier otro soldado, mientras que los de la reina sentían una devoción fervorosa por Melisandre de Asshai y su Señor de Luz.

—¿Vas otra vez al patio a entrenarte? —le preguntó Sam mientras caminaban—. ¿Crees que es conveniente tanto entrenamiento antes de que se te termine de curar la pierna?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —Jon se encogió de hombros—. Marsh me ha apartado del servicio; teme que siga siendo un cambiacapas.

—Eso solo lo piensan unos pocos —lo tranquilizó Sam—. Ser Alliser y sus amigos. La mayoría de los hermanos saben que no es verdad. Seguro que el rey Stannis también lo sabe. Le trajiste el Cuerno del Invierno y capturaste al hijo de Mance Rayder.

—Solo protegí a Val y al bebé de los saqueadores cuando huyeron los salvajes, y los defendí hasta que nos encontraron los exploradores. No capturé a

nadie. Desde luego, es obvio que el rey Stannis tiene bien controlados a sus hombres. Los deja saquear hasta cierto punto, pero hasta ahora solo he oido que violaran a tres mujeres salvajes, y han castrado a los culpables. Me imagino que tendría que haber estado matando al pueblo libre mientras huía. Ser Alliser no para de decir que la única vez que desenvainé la espada fue para defender a nuestros enemigos. Según él, no maté a Mance Rayder porque estábamos compinchados.

—Eso no lo piensa más que ser Alliser —dijo Sam—. Y ya saben todos cómo es.

Con su alta cuna, su rango de caballero y sus muchos años de servicio en la Guardia, ser Alliser Thorne podría haber sido un buen candidato para el título de lord comandante, pero todos los hombres que había entrenado mientras había ejercido como maestro de armas lo despreciaban. Su nombre se había barajado, por supuesto, pero tras quedar en un triste sexto lugar el primer día, y llegar incluso a perder votos el segundo, Thorne se había retirado para dar su apoyo a lord Janos Slynt.

—Lo que todos saben es que ser Alliser es un caballero de noble estirpe, hijo legítimo, mientras que yo soy el bastardo que mató a Qhorin Mediamano y se acostó con una mujer de las lanzas. Me llaman cambiapieles, los he oido. A ver, ¿cómo puedo ser un cambiapieles si no tengo lobo? —Frunció los labios—. Ya ni siquiera sueño con Fantasma. Todos mis sueños transcurren en las criptas, con los reyes de piedra en sus tronos. A veces oigo la voz de Robb y la de mi padre, como si estuvieran en un banquete. Pero nos separa un muro, y sé que no estoy invitado.

«Los vivos no están invitados a los banquetes de los muertos». A Sam se le rompía el corazón, pero tenía que guardar silencio.

«Bran no está muerto, Jon —habría querido decirle—. Está con unos amigos; viajan hacia el norte a lomos de un alce gigante, en busca de un cuervo de tres ojos que vive en lo más profundo del bosque Encantado».

A él mismo le sonaba tan demencial que a veces pensaba que lo había soñado todo, que había sido una escena fruto de la fiebre, el miedo y el hambre... Pero de todos modos se lo habría contado de no ser porque había dado su palabra.

Tres veces había tenido que jurar que mantendría el secreto: una al propio Bran, otra a aquel extraño muchachito, Jojen Reed, y la última a Manosfrías.

—El mundo cree que el chico está muerto —le había dicho su salvador en el momento de separarse—. Deja que sus huesos descansen en paz. No queremos que vengan a buscarnos. Júralo, Samwell de la Guardia de la Noche. Júralo por la vida que me debes.

Sam se agitó, inquieto y triste.

—Lord Janos no será elegido lord comandante. —Era el mejor consuelo que podía ofrecer a Jon, el único consuelo—. De verdad.

—Sam, eres un bobo encantador. Abre los ojos. Esto lo pusieron en marcha hace días. —Jon se apartó el pelo de los ojos—. Sé pocas cosas, pero de esa no me cabe duda. En fin, discúlpame; tengo que ir a golpear a alguien con una espada.

Sam no pudo hacer nada más que mirar cómo se alejaba hacia la armería y el patio de entrenamiento. Allí era donde Jon Nieve pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia. Muerto ser Endrew y desinteresado ser Alliser, el Castillo Negro no tenía maestro de armas, de modo que Jon se había echado sobre los hombros la tarea de trabajar con algunos de los reclutas más verdes: Seda; Caballo; Petirrojo Saltarin, con su pie zambo; Arron y Emrick. Y cuando estaban de servicio se entrenaba a solas durante horas con la espada, el escudo y la lanza, o se media con cualquiera que se prestara voluntario.

« Sam, eres un bobo encantador —las palabras de Jon le resonaron durante todo el camino de vuelta hacia el torreón del maestre—. Abre los ojos. Esto lo pusieron en marcha hace días» .

¿Sería posible que tuviera razón? Cualquier candidato necesitaba los votos de dos tercios de los hermanos juramentados para convertirse en lord comandante de la Guardia de la Noche, y tras nueve días y nueve votaciones no había ninguno que estuviera ni siquiera cerca de ese porcentaje. Lord Janos había estado ganando terreno, sí; primero había superado a Bowen Marsh y luego a Othell Yarwyck, pero seguía muy por detrás de ser Denys Mallister, de la Torre Sombría y de Cotter Pyke, de Guardiaoriente del Mar.

« Uno de ellos será el nuevo lord comandante, no cabe duda» , se dijo Sam.

Stannis también había puesto guardias ante la puerta del maestre. En las estancias hacía calor; estaban abarrotadas de hombres heridos en la batalla, tanto hermanos negros como soldados del rey y soldados de la reina. Clydas caminaba entre ellos con jarras de leche de cabra y vino del sueño, pero el maestre Aemon aún no había regresado de su visita matutina a Mance Rayder. Sam colgó la capa de un clavo y subió para ayudar. Pero, incluso mientras hacía recados, daba de beber y cambiaba vendas, las palabras de Jon le seguían resonando en los oídos.

« Sam, eres un bobo encantador. Abre los ojos. Esto lo pusieron en marcha hace días» .

Pasó más de una hora antes de que encontrara ocasión de excusarse para ir a atender a los cuervos. De camino a la pajarera, se detuvo para mirar el recuento que había hecho de la votación de la noche anterior. Cuando empezó todo, se habían presentado más de treinta nombres, pero prácticamente todos se retiraron en cuanto quedó claro que no tenían ninguna posibilidad de ganar. Desde la noche anterior solo quedaban siete. Ser Denys Mallister había conseguido doscientas trece fichas; Cotter Pyke, ciento ochenta y siete; lord Slynt, setenta y cuatro; Othell Yarwyck, sesenta; Bowen Marsh, cuarenta y una; Hobb Tresdedos, cinco, y Edd Tollett, el Penas, una.

«Pyp y sus bromas tontas».

Sam pasó páginas para consultar recuentos anteriores. Ser Denys, Cotter Pyke y Bowen Marsh habían estado perdiendo votos desde el tercer día, y Othell Yarwyck, desde el sexto. El único cuyas cifras mejoraban, día tras día, era lord Janos Slynt.

Los pájaros graznaban en la pajarera, de modo que dejó los papeles y subió por las escaleras para darles de comer. Comprobó con satisfacción que habían llegado tres cuervos más.

—Nieve —graznaron—. Nieve, nieve, nieve.

Era la palabra que les había enseñado. Pese a los nuevos cuervos, la pajarera parecía muy vacía. De los pájaros que había enviado Aemon solo unos pocos habían regresado por el momento.

«Pero uno llegó a Stannis. Uno llegó a Rocadragón, a un rey al que todavía le importamos».

A mil leguas hacia el sur, Sam sabía que su padre había puesto la casa Tarly al servicio de la causa del chico que ocupaba el Trono de Hierro, pero ni el rey Joffrey ni el pequeño rey Tommen habían hecho ningún gesto cuando la Guardia pidió ayuda.

«¿De qué sirve un rey que no defiende su reino?», pensó furioso al recordar la noche en el Puño de los Primeros Hombres y el terrible viaje hasta el Torreón de Craster en medio de la oscuridad, entre la nieve y el miedo. Ciento, los hombres de la reina lo incomodaban, pero al menos estaban allí.

Aquella noche, a la hora de la cena, Sam buscó a Jon Nieve, pero no se encontraba en la gigantesca cripta de piedra donde comían los hermanos. Acabó por ocupar un lugar en el banco cerca de sus otros amigos. Pyp estaba hablando con Edd el Penas de la competición para ver cuál de los soldados de paja recibía más flechas de los salvajes.

—Casi todo el tiempo fuiste por delante, pero el último día, Watt del lago Largo recibió tres y te adelantó.

—Never ganó nada —se quejó Edd el Penas—. En cambio, los dioses siempre sonrieron a Watt. Cuando los salvajes lo derribaron en el Puente de los Cráneos, no cayó sobre las rocas, sino en un estanque. Eso sí que es tener suerte.

—¿Cayó desde muy arriba? —quiso saber Grenn—. ¿Salvó la vida al caer en el estanque?

—No —replicó Edd el Penas—. Ya estaba muerto; le habían partido la cabeza de un hachazo. Pero tuvo la suerte de no caer contra las rocas.

Hobb Tresdedos les había prometido a los hermanos una pata asada de mamut para aquella noche, tal vez con la esperanza de arañar unos cuantos votos.

«Si era eso lo que pretendía, tendría que haber buscado un mamut más joven», pensó Sam mientras se sacaba una hebra de ternilla de entre los dientes. Dejó la comida a un lado con un suspiro.

Pronto habría otra votación, y la tensión que se palpaba en el aire era más espesa que el humo. Cotter Pyke estaba sentado junto al fuego, rodeado de exploradores de Guardiaoriente. Ser Denys Mallister ocupaba un lugar cercano a la puerta, con un grupo más reducido de hombres de la Torre Sombría.

«Janos Slynt tiene el mejor lugar —advirtió Sam—, a medio camino entre las llamas y la corriente».

Se alarmó al ver junto a él a Bowen Marsh, ojeroso y demacrado, con la cabeza todavía vendada, pero escuchando lo que fuera que estuviera diciendo lord Janos. Se lo comentó a sus amigos.

—Y mira allí —le dijo Pyp—. Ser Alliser está hablando a Othell Yarwyck al oído.

Después de la cena el maestre Aemon se levantó para preguntar si algún hermano quería tomar la palabra antes de votar con las fichas. Edd el Penas se puso en pie, con el semblante tan sombrío como siempre.

—Solo quiero decirle a quienquiera que esté votando por mí que, sin lugar a dudas, sería un pésimo lord comandante. Al igual que el resto de los candidatos.

Tras él tomó la palabra Bowen Marsh, con una mano sobre el hombro de lord Slynt.

—Hermanos y amigos, pido que mi nombre se retire de la lista de candidatos. La herida todavía me molesta, y la carga de ser lord comandante resultaría excesiva para mí... pero no para lord Janos, que durante muchos años estuvo al mando de los capas doradas en Desembarco del Rey. Espero que todos le demos nuestro apoyo.

Sam oyó murmullos airados en la zona de la estancia donde estaba Cotter Pyke, y ser Denys miró a uno de sus compañeros y asintió. «Es demasiado tarde; el daño ya está hecho». Se preguntó dónde estaría Jon y por qué se había mantenido al margen.

Casi todos los hermanos eran analfabetos, de manera que, por tradición, las votaciones se hacían depositando fichas en una enorme olla de hierro, que Hobb Tresdedos y Owen el Bestia habían sacado a rastras de la cocina. Los barriles de las fichas estaban en un rincón, tras una gruesa cortina, de manera que los votantes pudieran hacer su elección en secreto. Estaba permitido que un amigo votara en nombre de otro que estuviera de servicio, de modo que algunos hombres cogían dos fichas, tres o cuatro, y ser Denys y Cotter Pyke depositaban los votos de las guardiciones que habían dejado atrás.

Cuando por fin se quedaron solos en la estancia, Sam y Clydas volcaron la olla delante del maestre Aemon. Una cascada de conchas marinas, piedras y monedas de cobre cubrió la mesa. Las manos arrugadas de Aemon se movieron a una velocidad sorprendente: pusieron las conchas en un lado, las piedras en otro y las monedas en un tercero, y amontonaron juntas las pocas puntas de flecha, clavos y bellotas. Sam y Clydas contaron los montones y tomaron cada uno nota

de los resultados.

Aquella noche le correspondía a Sam ser el primero en anunciar los resultados.

—Doscientos tres para ser Denys Mallister —dijo—. Ciento sesenta y nueve para Cotter Pyke. Ciento treinta y siete para lord Janos Slynt, setenta y dos para Othell Yarwyck, cinco para Hobb Tresdedos y dos para Edd el Penas.

—Yo he contado ciento sesenta y ocho para Pyke —dijo Clydas—. Según mis cuentas faltan dos votos, y según las de Sam, uno.

—Sam ha contado bien —dijo el maestre Aemon—. Jon Nieve no ha depositado ficha. No importa; ninguno de los candidatos está cerca.

Sam sintió más alivio que decepción. Pese al apoyo de Bowen Marsh, lord Janos seguía teniendo únicamente un tercio de los votos.

—¿Quiénes son los cinco que siguen votando por Hobb Tresdedos? —preguntó, intrigado.

—Hermanos que no lo quieren en las cocinas, seguro —dijo Clydas.

—Ser Denys ha perdido diez votos desde ayer —señaló Sam—. Y Cotter Pyke, casi veinte. Mala cosa.

—Mala cosa para sus esperanzas de ocupar el puesto de lord comandante, sin duda —dijo el maestre Aemon—. Eso no nos corresponde a nosotros decidirlo. Diez días no son tanto tiempo. Hubo una vez una elección que duró casi dos años, con unas setecientas votaciones. Los hermanos tomarán una decisión a su debido tiempo.

«Sí —pensó Sam—, pero ¿qué decisión?».

Más tarde, mientras tomaban copas de vino rebajado con agua en la intimidad de la celda de Pyp, a Sam se le soltó la lengua y empezó a pensar en voz alta.

—Cotter Pyke y ser Denys Mallister están perdiendo terreno, pero entre los dos todavía tienen dos tercios de los votos —les comentó a Pyp y a Grenn—. Cualquiera de ellos sería un buen lord comandante. Alguien tendría que convencer a uno de ellos de que se retirase y le diese su apoyo al otro.

—¿Alguien? —dijo Grenn, dubitativo—. ¿Quién?

—Grenn es tan tonto que cree que podría ser él —dijo Pyp—. Quizá cuando «alguien» acabe con lo de Pyke y Mallister, debería convencer al rey Stannis de que se case con la reina Cersei.

—El rey Stannis ya está casado —objeto Grenn.

—¿Qué puedo hacer con él, Sam? —suspiró Pyp.

—Cotter Pyke y ser Denys no se llevan bien —insistió Grenn, testarudo—. Se pelean por todo, ¡por todo!

—Sí, pero solo porque tienen opiniones diferentes acerca de lo que es mejor para la Guardia —señaló Sam—. Si nosotros les explicáramos...

—¿Nosotros? —lo interrumpió Pyp—. ¿Cómo es que *alguien* se ha convertido

en *nosotros*? Yo soy un mono de feria, ¿recuerdas? Y Grenn es... Bueno, Grenn.—Sonrió a Sam y movió las orejas—. En cambio, tú... Tú eres hijo de un lord, el mayordomo del maestre...

—Y Sam el Mortifero —terminó Grenn—. Mataste al Otro.

—Lo que lo mató fue el vidriagón —dijo Sam por enésima vez.

—Hijo de un lord, el mayordomo del maestre y Sam el Mortifero —caviló Pyp—. Podrías hablar con ellos, tal vez...

—Podría —dijo Sam con voz tan lúgubre como la de Edd el Penas—, si no fuera demasiado cobarde para enfrentarme a ellos.

Jon, con la espada en la mano, describió un lento círculo en torno a Seda, obligándolo a volverse.

—Levanta el escudo —dijo.

—Es demasiado pesado —se quejó el chico de Antigua.

—Es tan pesado como tiene que ser para parar una espada —repuso Jon—. Venga, levántalo.

Avanzó un paso y lanzó un golpe. Seda alzó súbitamente el escudo, a tiempo para parar el tajo con el borde, y lanzó una estocada con su acero a las costillas de Jon.

—Bien —dijo Jon al notar el impacto en su escudo—. Eso ha estado muy bien. Pero tienes que darte impulso con el cuerpo. Añade tu peso al filo del acero y harás más daño que si usas solo la fuerza del brazo. Vamos, inténtalo de nuevo: atácame, pero mantén arriba el escudo o haré que la cabeza te suene como una campana.

Sin embargo, Seda retrocedió un paso y se levantó el visor.

—Jon —dijo, con voz ansiosa.

Cuando se volvió, ella estaba de pie detrás de él, rodeada por media docena de hombres de la reina.

« No es de extrañar que se haya hecho el silencio en el patio ». Había visto a Melisandre junto a sus hogueras nocturnas y en sus idas y venidas por el castillo, pero nunca tan de cerca. « Es bella », pensó; pero en los ojos rojos había algo más que perturbador.

—Mi señora.

—El rey quiere hablar contigo, Jon Nieve.

—¿Me permitís cambiar de ropa? —Jon clavó en el suelo la espada de prácticas—. Mi aspecto no es adecuado para presentarme ante un rey.

—Te esperaremos en la cima del Muro —dijo Melisandre.

« “Te esperaremos” —se fijó Jon—, no “te esperará”. Es tal como cuentan. Esta es su auténtica reina, no la que dejó en Guardiaoriente » .

Colgó la cota y el peto en la armería, regresó a su celda, se quitó las ropas empapadas de sudor y se puso otras negras limpias. Sabía que en la jaula haría frío y viento, y que encima del hielo lo notaría todavía más, por lo que eligió una capa con un grueso capuchón. Por último recogió a *Garra* y se la colgó a la espalda.

Melisandre lo esperaba en la base del Muro. Había despedido a los hombres de la reina.

—¿Qué quiere de mí su alteza? —le preguntó Jon cuando entraron en la jaula.

—Todo lo que puedas dar, Jon Nieve. Es un rey.

Jon cerró la puerta y tiró de la cuerda de la campana. La polea comenzó a

girar. Ascendieron. El día era claro y el Muro lloraba; largas lenguas de agua bajaban por su cara iluminada por el sol. En el espacio cerrado de la jaula de hierro notaba intensamente la presencia de la mujer roja.

«Hasta huele a rojo». El aroma le recordó la forja de Mikken, el olor del hierro cuando estaba al rojo blanco; era un aroma de humo y sangre. «Besada por el fuego», pensó, recordando a Ygritte. El viento se introdujo entre las largas túnicas rojas de Melisandre y las hizo alejar contra las piernas de Jon, que se encontraba de pie, a su lado.

—¿No tenéis frío, mi señora? —le preguntó.

Ella se echó a reír.

—Nunca. —El rubí de su garganta parecía palpitarse al unísono con su corazón—. El fuego del Señor vive en mí, Jon Nieve. Siéntelo. —Le cogió la mano y se la llevó a la mejilla, y la mantuvo allí para que percibiera su calor—. Así debe ser la vida —le dijo—. Solo la muerte es fría.

Stannis Baratheon estaba solo, de pie junto al borde del Muro, contemplando el campo donde había ganado su batalla y el inmenso bosque verde de más allá. Llevaba los mismos calzones, túnica y botas negras que debía usar un hermano de la Guardia de la Noche. Solo su capa lo diferenciaba: una pesada capa dorada, ribeteada de piel negra, con un broche en forma de corazón ardiente.

—Alteza, os he traído al bastardo de Invernalia —dijo Melisandre.

Stannis se volvió para estudiarlo. Los ojos, bajo las espesas cejas, eran pozos azules insondables. Las mejillas hundidas y el mentón voluntarioso estaban cubiertos por una barba de un negro azulado, bien recortada, que no hacía gran cosa para ocultar la delgadez de su rostro. Tenía los dientes apretados, y el cuello, los hombros y la mano derecha, tensos.

Jon se acordó de algo que Donal Noye le había dicho en una ocasión con respecto a los hermanos Baratheon. «Robert era el auténtico acero. Stannis es puro hierro: negro, duro y fuerte, pero quebradizo como suele ser el hierro. Se partirá antes de doblarse». Inquieto, se arrodilló mientras se preguntaba para qué lo necesitaba aquel rey quebradizo.

—Levántate. He oido muchas cosas y muy variadas sobre ti, lord Nieve.

—No soy ningún lord, señor. —Jon se levantó—. Sé lo que habéis oido. Que soy un cambiácapas y un cobarde. Que maté a mi hermano Qhorin Mediamano para que los salvajes me perdonaran la vida. Que cabalgué con Mance Rayder y tomé una mujer salvaje.

—Sí. Todo eso y mucho más. También dicen que eres un cambiapieles que merodea por las noches con forma de lobo. —La sonrisa del rey Stannis era dura—. ¿Qué hay de verdad en lo que se cuenta?

—Yo tenía un huargo, Fantasma. Lo abandoné cuando subí al Muro, cerca de Guardiagrís, y desde entonces no he vuelto a verlo. Qhorin Mediamano me dio la orden de unirmé a los salvajes. Sabía que me obligarían a matar para ponerme a

prueba, y me dijo que hiciera cualquier cosa que me pidieran. La mujer se llamaba Ygritte. Con ella rompí los votos, pero os juro por el nombre de mi padre que nunca he cambiado de capa.

—Te creo —le dijo el rey, y aquello lo sorprendió.

—¿Por qué?

—Conozco a Janos Slynt. —Stannis resopló—. Y también conocí a Ned Stark. Tu padre no era mi amigo, pero habría que ser tonto para poner en duda su honor o su sinceridad. Tú te pareces a él. —Stannis Baratheon era un hombre alto y le sacaba una cabeza a Jon, pero estaba tan delgado que aparentaba diez años más de los que tenía—. Sé mucho más de lo que te imaginas, Jon Nieve. Sé que fuiste tú quien encontró el puñal de vidriagón que utilizó el hijo de Randyll Tarly para matar al Otro.

—Lo encontró Fantasma. La hoja estaba envuelta en la capa de un explorador, y la habían enterrado al pie del Puño de los Primeros Hombres. También había otras armas... puntas de lanza y de flecha, todas de vidriagón.

—Sé que aquí defendiste la puerta —dijo el rey Stannis—. De no ser así, yo habría llegado demasiado tarde.

—Donal Noye defendió la puerta. Murió abajo, en el túnel, combatiendo contra el rey de los gigantes.

—Noye me hizo mi primera espada, así como el martillo de Robert. —Stannis hizo una mueca—. Si el dios hubiera querido preservar su vida, habría sido mejor lord comandante de vuestra orden que cualquiera de los idiotas que se pelean ahora por el cargo.

—Cotter Pyke y ser Denis Mallister no son idiotas, señor —dijo Jon—. Son hombres buenos y competentes. También lo es Othell Yarwyck a su manera. Lord Mormont confiaba en ambos.

—Vuestro lord Mormont era demasiado confiado. De otro modo, no habría muerto de esa forma. Pero estábamos hablando de ti. No he olvidado que fuiste tú quien nos trajo este cuerno mágico, y quien capturó a la mujer y al hijo de Mance Rayder.

—Dalla murió. —Jon aún estaba triste por aquello—. Val es su hermana. No tuve que esforzarme mucho para capturarlos a ella y al niño, alteza. Vos habíais hecho huir a los salvajes, y el cambiapieles que Mance había dejado para custodiar a su reina enloqueció cuando ardió el águila. —Jon miró a Melisandre—. Algunos dicen que sois vos quien hizo eso.

—El Señor de Luz tiene garras feroces, Jon Nieve —dijo ella con una sonrisa; el largo cabello cobrizo le cubría parte del rostro.

Jon asintió y volvió a mirar al rey.

—Alteza, habéis hablado de Val. Ella ha pedido ver a Mance Rayder, llevarle a su niño. Eso sería... un acto de bondad.

—Ese hombre es un desertor de vuestra orden. Vuestros hermanos insisten en

que debe morir. ¿Por qué debería tener un acto de bondad con él?

—Si no es por él —dijo Jon, que no sabía qué contestar a aquello—, que sea por Val. O por su hermana, la madre del niño.

—¿Le tienes cariño a esa tal Val?

—Apenas la conozco.

—Me dicen que tiene un aspecto muy dulce.

—Sí, mi señor —admitió Jon.

—La belleza puede ser traicionera. Mi hermano aprendió esa lección con Cersei Lannister. Ella lo asesinó, no lo dudes. Así como a tu padre y a Jon Arryn.

—El rey puso mala cara—. Tú cabalgaste con esos salvajes. ¿Crees que tienen algún honor?

—Sí —dijo Jon—, pero es un tipo de honor propio, señor.

—¿Y Mance Rayder?

—Sí. Eso creo.

—¿El Señor de los Huesos?

—Lo llamábamos Casaca de Matraca —respondió Jon tras vacilar un instante—. Traicionero y sediento de sangre. Si tiene algún honor, lo esconde bien debajo de su traje de huesos.

—¿Y ese otro hombre, Tormund de los muchos nombres, que se nos escapó después de la batalla? Respóndeme sinceramente.

—Tormund Matagigantes me parecía de los hombres que pueden ser buenos amigos pero malos enemigos, alteza.

Stannis asintió bruscamente.

—Tu padre era un hombre de honor. No fue mi amigo, pero vi su valía. Tu hermano fue un rebelde y un traidor que quería robar la mitad de mi reino, pero ningún hombre puede poner en duda su valor. ¿Y tú?

« ¿Quiere que diga que cuenta con mi amor?».

—Soy un hombre de la Guardia de la Noche —al decir aquello, la voz de Jon era severa, formal.

—Palabras. Las palabras solo son viento. ¿Por qué crees que abandoné Rocadragón y vine al Muro, lord Nieve?

—No soy ningún lord, señor. Habéis venido porque os lo pedimos, eso espero. Aunque no sé por qué os tomasteis tanto tiempo.

Sorprendentemente, Stannis sonrió al oír aquello.

—En esa osadía se nota que eres un Stark. Sí, debí haber llegado antes. De no ser por mi mano, no habría venido. Lord Seaworth es un hombre de humilde cuna, pero me recordó mi deber cuando todo lo que tenía en la cabeza eran mis derechos. Davos dijo que había puesto el carro delante de los caballos. Yo estaba tratando de ganar el trono para salvar el reino, cuando debería intentar salvar el reino para ganar el trono. —Stannis señaló hacia el norte—. Ahí es donde encontraré al enemigo que nací para combatir.

—Que su nombre no se mencione —añadió Melisandre en voz baja—. Es el Dios de la Noche y el Terror, Jon Nieve, y esas formas de la nieve son sus criaturas.

—Me cuentan que diste muerte a uno de esos cadáveres andantes para salvar la vida de lord Mormont —dijo Stannis—. Es posible que esta sea también tu guerra, lord Nieve. Si me ofreces tu ayuda.

—Mi espada pertenece a la Guardia de la Noche, alteza —respondió Jon Nieve con precaución.

Aquello no le gustó al rey. Stannis hizo rechinar los dientes.

—Necesito de ti algo más que una espada —dijo.

—¿Mi señor? —Jon no lo entendía.

—Necesito el norte.

« El norte» .

—Mi... mi hermano Robb era el Rey en el Norte...

—Tu hermano era el legítimo señor de Invernalia. Si se hubiera quedado en casa y hubiera cumplido con su deber, en lugar de coronarse y salir a la conquista de las tierras fluviales, hoy estaría vivo. Pero dejemos eso. Tú no eres Robb, lo mismo que yo no soy Robert.

La brusquedad de sus palabras había destruido cualquier simpatía que Jon hubiera podido albergar hacia Stannis.

—Yo quería a mi hermano —dijo.

—Y yo al mío. Pero fueron lo que fueron; lo mismo pasa con nosotros. Soy el único rey auténtico de Poniente, al norte o al sur. Y tú eres el hijo bastardo de Ned Stark —Stannis lo estudió con los oscuros ojos azules—. Tywin Lannister ha nombrado Guardián del Norte a Roose Bolton, para recompensarlo por traicionar a tu hermano. Los hombres del hierro pelean entre sí desde la muerte de Balon Greyjoy, pero aún conservan Foso Cailin, Bosquespeso, la Ciudadela de Torrhen y buena parte de la Costa Pedregosa. Las tierras de tu padre se desangran, y yo no tengo el tiempo ni las fuerzas necesarios para restañar las heridas. Lo que hace falta es un señor de Invernalia. Un señor de Invernalia leal a su legítimo rey.

« Me lo está diciendo a mí» , pensó Jon con aturdimiento.

—Invernalia no existe ya. Theon Greyjoy la quemó.

—El granito no arde con facilidad —dijo Stannis—. El castillo se puede reconstruir en su momento. Lo que hace a un señor no son los muros, sino el hombre. Tus norteños no me conocen, no tienen ningún motivo para quererme, pero yo necesito su fuerza para las batallas que me aguardan. Necesito a un hijo de Eddard Stark para que gane esas batallas bajo mi estandarte.

« Quiere hacerme señor de Invernalia» . Las ráfagas de viento eran cada vez más fuertes, y Jon se sentía tan mareado que temía caer del Muro.

—Alteza, olvidáis que soy un Nieve, no un Stark.

—Eres tú el que olvida con quién está hablando.

—Un rey puede borrar la mancha de la ilegitimidad con un gesto, lord Nieve —dijo Melisandre, poniendo una tibia mano sobre el brazo de Jon.

«Lord Nieve». Ser Alliser Thorne lo llamaba así para burlarse de su nacimiento ilegítimo. Muchos de sus hermanos también se acostumbraron a darle aquel nombre, algunos con afecto, otros para zaherirlo. De pronto, sonaba distinto a oídos de Jon. Sonaba... auténtico.

—Sí —dijo con vacilación—, otros reyes han legitimado a bastardos, pero... sigo siendo un hermano de la Guardia de la Noche. Me arrodillé ante un árbol corazón y juré no poseer tierra alguna ni tener jamás ningún hijo.

—Jon. —Melisandre estaba tan cerca que podía percibir la calidez de su aliento—. Rhllor es el único dios verdadero. Un voto hecho ante un árbol no tiene más valor que un juramento que hicieras ante tus zapatos. Abre tu corazón y deja que la Luz del Señor entre en él. Quema esos arcianos y acepta Invernalia como un regalo del Señor de Luz.

Cuando Jon era muy joven, demasiado para comprender qué significaba ser un bastardo, soñaba que Invernalia sería suya algún día. Más tarde, cuando fue mayor, aquellos sueños lo avergonzaban. Invernalia sería para Robb y sus hijos, o para Bran o Rickon, en caso de que Robb muriera sin descendencia. Y a continuación estaban Sansa y Arya. Hasta soñar otra cosa parecía una deslealtad, como si los estuviera traicionando en su corazón, deseando su muerte.

«Nunca quise esto —pensó mientras se encontraba de pie ante el rey de ojos azules y la mujer roja—. Yo quería a Robb; yo los quería a todos... Nunca quise que le pasara nada a ninguno de ellos, pero les pasó. Y ahora solo quedo yo».

Todo lo que tenía que hacer era decir una palabra, y sería Jon Stark, ya nunca más Jon Nieve. Todo lo que tenía que hacer era jurar lealtad a aquel rey, e Invernalia sería suya. Todo lo que tenía que hacer...

Era abjurar otra vez de sus votos.

Y en aquella ocasión no sería una estratagema. Para reivindicar el castillo de su padre tenía que volverse en contra de los dioses de su padre.

El rey Stannis volvió a mirar hacia el norte, con la capa dorada colgando de los hombros.

—Quizá me haya equivocado contigo, Jon Nieve. Los dos sabemos las cosas que se dicen de los bastardos. Quizá te falte el honor de tu padre o el talento de tu hermano con las armas. Pero tú eres el arma que me ha dado el Señor. Te he encontrado aquí, de la misma manera que tú encontraste el depósito de vidriagón bajo el Puño, y tengo la intención de utilizarte. Ni siquiera Azor Ahai ganó su guerra solo. Maté a mil salvajes, tomé cautivos a otros mil y dispersé al resto, pero ambos sabemos que volverán. Melisandre lo ha visto en sus hogueras. Ese Tormund Puño de Trueno debe de estar ahora mismo organizándolos y planeando un nuevo asalto. Y mientras más nos desangremos mutuamente, más

débiles estaremos en el momento en que el enemigo real caiga sobre nosotros.

—Como digáis, alteza. —Jon había llegado a las mismas conclusiones. Se preguntó adónde quería llegar aquel rey.

—Mientras tus hermanos han estado luchando para decidir quién los dirigirá, yo he hablado con el tal Mance Rayder. —Rechinó los dientes—. Es un hombre soberbio, henchido de orgullo. No me dejará más opción que entregarlo a las llamas. Pero hemos hecho otros cautivos, entre los que hay otros cabecillas. El que se hace llamar Señor de los Huesos, algunos de los jefes de clanes, el nuevo magnar de Thenn. A tus hermanos no les gustará, y tampoco a los señores de tu padre, pero tengo la intención de dejar que los salvajes crucen el Muro... los que me juren lealtad, prometan respetar la paz del rey, cumplir sus leyes y aceptar como su dios al Señor de Luz. Hasta los gigantes, en caso de que esas enormes rodillas puedan doblarse. Los asentará en el Agasajo en cuanto se lo haya arrebatado a tu nuevo lord comandante. Cuando se levanten los vientos fríos, viviremos o moriremos juntos. Ha llegado el momento de que nos aliemos contra nuestro enemigo común. —Miró a Jon—. ¿Estarás de acuerdo?

—Mi padre soñaba con colonizar el Agasajo —admitió Jon—. Mi tío Benjen y él hablaban de eso. —«Pero no pensó nunca en poblarlo con salvajes... aunque tampoco galopó nunca con ellos» . No se engañaba; el pueblo libre sería un vecino peligroso que se rebelaría a cada paso. Pero cuando comparaba el cabello rojo de Ygritte con los fríos ojos azules de los espectros, la elección resultaba sencilla—. Estoy de acuerdo.

—Bien —dijo el rey Stannis—, porque el modo más seguro de sellar una nueva alianza es con un matrimonio. Tengo la intención de casar a mi señor de Invernalia con esa princesa de los salvajes.

Tal vez porque había pasado demasiado tiempo con el pueblo libre, no pudo contener una carcajada.

—Alteza —dijo—, cautiva o no, si creéis que podéis entregar a Val a nadie, me temo que os quedan muchas cosas por aprender sobre las mujeres salvajes. Quien se case con ella debe estar preparado para subir a su ventana de la torre y llevársela a punta de espada...

—¿Quién se case con ella? —Stannis lo midió con la mirada—. ¿Significa eso que no vas a casarte con esa chica? Te advierto que es parte del precio que tienes que pagar por el nombre y el castillo de tu padre. Esa unión es necesaria para ayudar a asegurar la fidelidad de nuestros nuevos súbditos. ¿Me estás rechazando, Jon Nieve?

—No —respondió Jon demasiado deprisa. El rey hablaba de Invernalia, y no era algo que se pudiera rechazar fácilmente—. Quiero decir... Esto ha sido totalmente inesperado, alteza. ¿Puedo pediros un tiempo para pensar lo?

—Como quieras. Pero piénsalo deprisa. No soy un hombre paciente, como van a descubrir muy pronto tus hermanos negros. —Stannis puso una mano flaca

y descarnada en el hombro de Jon—. No hables de lo que hemos tratado aquí hoy. Con nadie. Pero cuando regreses, solo tienes que doblar la rodilla, poner tu espada a mis pies y prometer ponerte a mi servicio, y te levantarás como Jon Stark, el señor de Invernalia.

Al oír ruidos al otro lado de la gruesa puerta de su celda, Tyrion Lannister se dispuso a morir.

« Ya iba siendo hora —pensó—. Venga, venga, acabemos de una vez. —Se puso de pie. Había estado sentado sobre las piernas, y se le habían dormido. Se inclinó y se las frotó para calmar los pinchazos—. No pienso llegar ante el verdugo tambaleándome».

Se preguntó si lo matarían allí abajo, en la oscuridad, o si lo arrastrarían por la ciudad para que ser Ilyn Payne le pudiera cortar la cabeza. Tras la farsa que había sido el juicio, tal vez su querida hermana y su querido padre preferirían librarse de él discretamente en vez de arriesgarse a una ejecución pública.

« Si me dejaran hablar, le podría contar al populacho un par de cositas». Pero no serían tan estúpidos, claro.

Cuando las llaves tintinearon y la puerta de la celda se empezó a abrir hacia dentro entre crujidos, Tyrion apoyó la espalda en la pared húmeda. Habría dado cualquier cosa por un arma.

« Todavía me queda la posibilidad de morder y dar patadas. Al menos moriré con el sabor de la sangre en la boca». Le habría gustado tener tiempo para buscar unas buenas últimas palabras. Un «A tomar por culo todos» no le granjeearía un lugar interesante en la historia.

La luz de una antorcha le iluminó la cara. Se protegió los ojos con una mano.

—Venga, ¿es que te da miedo un enano? —Demasiados días sin hablar; tenía la voz ronca—. Acaba ya de una vez, hijo de puta piojosa.

—Esa no es manera de hablar de nuestra señora madre. —El hombre se adelantó. Llevaba la antorcha en la mano izquierda—. Esto es incluso peor que mi celda en Aguasdulces, aunque no tan húmedo, claro.

Durante un momento, Tyrion se quedó sin respiración.

—¿Eres tú?

—La mayor parte de mí. —Jaime estaba demacrado y llevaba el pelo corto —. Me dejé una mano en Harrenhal. Fue nuestro padre quien trajo a los compañeros audaces desde el otro lado del mar Angosto. Ha tenido ideas mejores.

Alzó el brazo, y Tyrion vio el muñón. No pudo controlarse y cedió ante un ataque de risa histérica.

—Ay, dioses —dijo—. Lo siento mucho, Jaime, pero... por los dioses, mira qué pareja hacemos. Manco y Desnrigado, los hermanos Lannister.

—Hubo días en los que mi mano olía tan mal que me habría gustado no tener nariz. —Jaime bajó la antorcha para examinar el rostro de su hermano—. Vaya cicatriz. Impresionante.

—Me obligaron a luchar en una batalla sin la protección de mi hermano

mayor. —Tyrion se apartó de la luz.

—He oído que casi quemaste la ciudad.

—Mentira cochina. Solo quemé el río. —De pronto Tyrion recordó dónde estaba y por qué—. ¿Has venido a matarme?

—Serás ingrato... Si vas a ponerte tan antipático, te dejaré aquí para que te pudras.

—No creo que el destino que me reserva Cersei sea la putrefacción.

—La verdad, no. Te quiere decapitar mañana, en donde se celebraban antes los torneos.

—¿Habrá comida? —Tyrion se volvió a reír—. Oye, tienes que ayudarme con lo de las últimas palabras; no se me ocurre nada interesante.

—No te harán falta últimas palabras. He venido a rescatarte. —La voz de Jaime tenía una extraña solemnidad.

—¿Quién te ha dicho que necesito que me rescaten?

—¿Sabes una cosa? Casi se me había olvidado lo insoportable que puedes llegar a ser. Ahora que me lo has recordado, me parece que dejaré que Cersei te corte la cabeza.

—Eso no me lo creo. —Salió de la celda—. ¿Es de día o de noche ahí arriba? No sé cuánto tiempo llevo aquí.

—Hace tres horas que pasó la medianoche. La ciudad duerme.

Jaime volvió a poner la antorcha en el aplique del muro que separaba dos celdas. El pasadizo estaba tan mal iluminado que Tyrion casi tropezó con el carcelero, que estaba tirado en el duro suelo de piedra. Le dio un golpecito con el pie.

—¿Está muerto?

—No, dormido. Igual que los otros tres. El eunuco les puso sueñodulce en el vino, pero no tanto como para matarlos. Bueno, eso dice él. Te está esperando en la escalera, vestido con una túnica de septón. Vas a ir por las cloacas hasta el río; te aguarda una galera en la bahía. Varys tiene agentes en las Ciudades Libres que se encargarán de que no te falte dinero... Pero intenta no llamar mucho la atención. No me cabe duda de que Cersei enviará hombres a buscarte. Harías bien en adoptar otro nombre.

—¿Otro nombre? Claro, qué buena idea. Y cuando los Hombres sin Rostro vengan a matarme les diré: « No, no, os equivocáis de hombre, soy otro enano con una espantosa cicatriz en la cara» .

Los dos Lannister se echaron a reir ante lo absurdo de la situación. Luego, Jaime se arrodilló y le dio un rápido beso en cada mejilla; sus labios acariciaron el tejido cicatrizado.

—Gracias, hermano —dijo Tyrion—. Me has salvado la vida.

—Tenía... una deuda contigo. —La voz de Jaime era extraña.

—¿Una deuda? —Inclinó la cabeza a un lado—. No te entiendo.

—Mejor. Hay puertas que están mejor cerradas.

—Cielos —dijo Tyrion—. ¿Por qué? ¿Hay algo muy feo al otro lado? ¿Será que alguien hizo alguna vez un comentario cruel sobre mí? Trataré de no llorar. Dime de qué se trata.

—Tyrion...

« Jaime tiene miedo» .

—Dime de qué se trata —insistió.

—Tysha —dijo en voz baja su hermano, apartando la vista.

—¿Tysha? —Sintió que se le encogía el estómago—. ¿Qué pasa con ella?

—No era ninguna puta. No le pagué para que se acostara contigo. Nuestro padre me ordenó que te mintiera. Tysha era... lo que aparentaba. La hija de un campesino; nos la tropezamos en el camino por casualidad.

Tyrion oía el sonido quedo de su respiración siseante a medida que el aire le salía por la cicatriz de la nariz. Jaime no lo miraba a los ojos. Tysha. Trató de recordar cómo era.

« Una niña, apenas una niña, tendría la edad de Sansa» .

—Era mi esposa —graznó—. Se había casado conmigo.

—Nuestro padre dijo que fue por tu oro. Era una plebeya, y tú, un Lannister de Roca Casterly. Lo único que quería era tu oro, así que al fin y al cabo era como una puta, de manera que... de manera que en el fondo no era ninguna mentira, y... y me dijo que te hacía falta una buena lección. Que así aprenderías y me darías las gracias...

—¿Que te daría las gracias? —dijo Tyrion con voz ahogada—. La entregó a sus guardias. A un barracón entero de guardias. Me obligó a... mirar.

« Sí, y no solo a mirar. Yo también la tomé... Era mi esposa...» .

—No sabía que fuera a hacer aquello. Tienes que creerme.

—¿De verdad? —rugió Tyrion—. ¿Por qué tengo que creer nada de lo que me digas? ¡Era mi esposa!

—Tyrion...

Lo abofeteó. Fue un simple sopapo de revés, pero puso en él todas sus fuerzas, todo su miedo, toda su rabia, todo su dolor... Jaime estaba en cuclillas, en equilibrio inestable, de manera que el golpe lo hizo caer de espaldas.

—Sí... Me imagino que me lo he ganado.

—Te has ganado mucho más que eso, Jaime. Tú, mi querida hermana y nuestro amante padre. Sí, no hay manera de sumar todo lo que os habéis ganado. Pero os lo pagaré, podéis estar seguros. Un Lannister siempre paga sus deudas.

Tyrion se alejó con sus andares torpes tan deprisa que a punto estuvo de tropezar con el carcelero otra vez. No recorrió ni una docena de pasos antes de darse de bruces con una puerta de hierro que cortaba el paso.

« Dioses» . Tuvo que contenerse para no gritar.

—Tengo las llaves del carcelero —dijo Jaime acercándose a él.

—Pues abre de una puta vez. —Se echó a un lado.

Jaime hizo girar la llave en la cerradura, empujó la puerta y salió. Miró hacia atrás.

—¿Vienes?

—Contigo no, desde luego. —Tyrion cruzó la puerta—. Dame las llaves y vete. Ya encontraré a Varys yo solo. —Inclinó la cabeza y miró a su hermano con aquellos ojos dispares—. ¿Qué tal peleas con la mano izquierda, Jaime?

—Bastante peor que tú —respondió con amargura.

—Mejor. Así, si nos volvemos a encontrar, estaremos igualados. El enano y el tullido.

—Yo te he dicho la verdad. —Jaime le tendió el aro de las llaves—. Me debes otro tanto. ¿Fuiste tú? ¿Lo mataste?

—¿Seguro que quieras saberlo? —preguntó Tyrion. La pregunta había sido como otro cuchillo que le retorcieran en las entrañas—. Joffrey habría sido mucho peor rey que Aerys. Le robó un puñal a su padre y se lo dio a un gañán para que le cortara el cuello a Brandon Stark, ¿lo sabías?

—Pues... me lo imaginaba.

—Bueno, los hijos salen a sus progenitores. Joff también me habría matado a mí en cuanto llegara al poder. Por el crimen de ser bajo y feo, del cual soy tan obviamente culpable.

—No has respondido a mi pregunta.

—Eres un pobre idiota tullido. ¿Es que te lo tengo que deletrear todo? De acuerdo. Cersei es una zorra mentirosa; ha estado follando con Lancel y con Osmund Kettleblack y, por lo que yo sé, puede que se tire hasta al Chico Luna. Y yo soy el monstruo que todos dicen. Sí, maté al canalla de tu hijo.

Se forzó a sonreír. A la escasa luz de las antorchas debió de ser un espectáculo pavoroso.

Jaime se volvió sin decir palabra y se marchó.

Tyrion se quedó mirando cómo se alejaba a zancadas de sus largas piernas. Una parte de él habría querido llamarlo, decirle que no era verdad, pedirle perdón. Pero luego pensó en Tysha y siguió en silencio. Escuchó las pisadas cada vez más distantes hasta que dejó de oírlas, y se puso en marcha para buscar a Varys.

El eunuco aguardaba en la oscuridad de una escalera de caracol. Vestía una túnica apollillada con una capucha que le ocultaba la palidez de la piel de la cara.

—Habéis tardado tanto que empezaba a temerme que hubiera fallado algo —dijo cuando vio a Tyrion.

—No, por los dioses —le aseguró Tyrion en tono venenoso—. ¿Qué podría fallar? —Volvió la cabeza para mirarlo—. Durante el juicio pedí que fuerais a verme.

—Me resultó imposible. La reina me tenía vigilado día y noche. No me

habría atrevido a ayudaros.

—Ahora me estáis ayudando.

—¿De verdad? Vaya. —Varys rio entre dientes. En aquel sitio de piedra fría y oscuridad opresiva, el sonido parecía fuera de lugar—. Vuestro hermano es muy persuasivo.

—Varys, sois frío y rastreo como una babosa, ¿no os lo ha dicho nadie? Hicisteis todo lo posible por matarme. Tal vez debería devolveros el favor.

—El perro fiel siempre recibe patadas, y por bien que teja la araña, nadie la quiere. —El eunuco suspiró—. Pero temo por vuestra vida si me matáis, mi señor. Puede que no encontrarais nunca la salida de aquí. —Sus ojos brillaban, oscuros y húmedos, a la luz cambiante de la antorcha—. Estos túneles están llenos de trampas en las que caen los confiados.

—¿Confiado? —Tyrion soltó un bufido—. Soy el hombre más desconfiado que hay en el mundo, en parte gracias a vos. —Se frotó la nariz—. En fin, mago, decidme, ¿dónde está mi inocente esposa doncella?

—Me duele reconocer que no he encontrado ni rastro de lady Sansa en Desembarco del Rey. Tampoco sé nada de ser Donto Hollard, que a estas alturas ya tendría que haber aparecido borracho por cualquier sitio. Los vieron juntos en las escaleras de mármol la noche en que ella desapareció. Después se les perdió la pista. Aquella noche hubo mucha confusión. Mis pajaritos guardan silencio. —Varys dio un tironcito de la manga del enano y lo guio hacia la escalera—. Tenemos que descender, mi señor; no podemos quedarnos aquí.

« Al menos eso es verdad». Tyrion siguió de cerca al eunuco, con los talones rozando la basta piedra a medida que descendían. En la escalera de caracol hacia un frío que helaba los huesos, y enseguida empezó a tiritar.

—¿En qué parte de las mazmorras estamos? —preguntó.

—Maegor el Cruel decretó que en su castillo hubiera cuatro niveles de mazmorras —respondió Varys—. En el nivel superior están las celdas grandes, donde se podía encerrar juntos a los delincuentes vulgares. Hay ventanas estrechas en la parte superior de los muros. En el segundo nivel hay unas celdas más pequeñas, donde se encerraba a los prisioneros de alta cuna. No hay ventanas, pero las antorchas de los pasillos dejan entrar la luz entre los barrotes. En el tercer nivel, las celdas son aún más pequeñas y las puertas, de madera maciza. Las llaman *celdas negras*. Ahí es donde estabais vos y donde os precedió Eddard Stark. Pero todavía hay un nivel más bajo. Cuando un hombre baja al cuarto nivel no vuelve a ver la luz del sol, ni a oír una voz humana, ni a respirar un segundo sin sufrir un dolor indescriptible. Maegor destinaba estas celdas a la tortura. —Habían llegado al pie de las escaleras. Una puerta daba paso a la oscuridad, ante ellos—. Este es el cuarto nivel. Dadme la mano, mi señor. Aquí es mejor caminar a oscuras. Hay cosas que seguro que no querréis ver.

Tyrion se quedó inmóvil un instante. Varys ya lo había traicionado en una

ocasión. ¿Quién sabía a qué jugaba el eunuco? ¿Y qué mejor lugar para matar a alguien que allí, en la oscuridad, en un lugar cuya existencia no conocía nadie? Probablemente, su cadáver no aparecería jamás. Por otra parte, ¿tenía alguna alternativa? ¿Volver a subir y salir por la puerta principal? Aquello sí que era imposible.

«Jaime no tendría miedo», pensó antes de recordar lo que le había hecho su hermano. Cogió la mano que le tenía el eunuco y se dejó guiar en la oscuridad, siempre en pos del suave susurro del cuero contra la piedra. Varys caminaba deprisa; de cuando en cuando le susurraba advertencias como «Cuidado, delante tenemos tres peldaños» o «El túnel desciende un poco en este punto, mi señor».

«Llegué aquí como mano del rey y entré a caballo por las puertas al frente de mis hombres —pensó Tyrion—, y me marché como una rata que se escabulle en la oscuridad de la mano de una araña».

Ante ellos apareció una luz demasiado tenue para ser la del sol, que fue aumentando de intensidad a medida que se acercaban a ella. Al cabo de un rato pudo distinguir una puerta en forma de arco cerrada por otra verja de hierro. Varys sacó la llave. Daba a una pequeña estancia redonda en la que había otras cinco puertas, todas con verjas de hierro. También había una abertura en el techo, y una serie de asideros clavados en la pared, que se perdían en las alturas. A un lado había un brasero muy ornamentado en forma de cabeza de dragón. Los carbones de la boca abierta de la bestia se habían reducido a brasas, pero aún despedían una luz naranja mortecina. Por escasa que fuera, la luz era un agradable cambio tras la oscuridad del túnel.

Por lo demás, la encrucijada estaba vacía, pero en el suelo había un mosaico de un dragón de tres cabezas hecho de teselas rojas y negras. Tyrion se quedó un instante pensando; luego lo recordó.

«Este es el lugar del que me habló Shae la primera vez que Varys me la llevó a la cama».

—Estamos bajo la Torre de la Mano.

—Sí. —Las bisagras congeladas protestaron cuando Varys abrió una puerta que llevaba mucho tiempo cerrada. Fragmentos de metal oxidado cayeron al suelo—. Por aquí llegaremos al río.

Tyrion se dirigió muy despacio hacia la escalera y pasó la mano por el peldaño más bajo.

—Por aquí se llega a mi antiguo dormitorio.

—Ahora es el dormitorio de vuestro señor padre.

—¿Cuánto hay que subir? —Miró hacia arriba.

—Mi señor, estáis muy débil para esas locuras. Además, no disponemos de tiempo. Tenemos que irnos.

—He de aclarar un asunto allí arriba. ¿Cuánto hay que subir?

—Doscientos treinta peldaños, pero sea lo que sea lo que pretendéis...

—Doscientos treinta peldaños, ¿y luego?

—El túnel de la izquierda, pero prestadme atención...

—¿Está muy lejos el dormitorio? —Tyrion puso un pie en el peldaño más bajo.

—No serán más de sesenta pasos. Id siempre con una mano pegada a la pared. Así notaréis las puertas. La del dormitorio es la tercera. —Dejó escapar un suspiro—. Esto es una locura, mi señor. Vuestro hermano os ha salvado la vida. ¿La vais a tirar a la basura, junto con la mía?

—Varys, en estos momentos, la única cosa que me importa menos que mi vida es la vuestra. Esperadme aquí.

Dio la espalda al eunuco y empezó a subir mientras contaba para sus adentros.

Peldaño a peldaño, ascendió hacia la oscuridad. Al principio aún veía la silueta de cada asidero a medida que lo agarraba, así como la textura basta de la piedra gris en la que se incrustaban, pero a medida que ascendía, la oscuridad era cada vez más impenetrable.

«Trece, catorce, quince, dieciséis. —Al llegar a los treinta, los brazos le temblaban ya por el esfuerzo. Se detuvo un instante para recuperar el aliento y miró hacia abajo. Muy lejos brillaba un círculo de luz tenue, en parte oscurecida por sus pies. Tyrion prosiguió el ascenso—. Treinta y nueve, cuarenta, cuarenta y uno. —A los cincuenta le ardían las piernas. La escalera era interminable, agotadora—. Sesenta y ocho, sesenta y nueve, setenta. —A los ochenta le ardía la espalda como un infierno. Pero siguió subiendo. No habría sabido decir por qué —. Ciento trece, ciento catorce, ciento quince».

Al llegar a los doscientos treinta, el pozo era negro como la noche, pero sintió el aire caliente que surgía del túnel, a su izquierda. Era como el aliento de una bestia gigantesca. Asomó el pie con torpeza y tanteó hasta dar con el suelo. El túnel era aún más angosto que el pozo. Cualquier persona de estatura normal habría tenido que ir a cuatro patas, pero Tyrion era suficientemente bajo para caminar erguido.

«Mira, por fin encuentro un lugar diseñado para enanos». Sus botas rozaban la piedra sin apenas hacer ruido. Caminó despacio y contó los pasos al tiempo que tanteaba las hendiduras de las paredes. Pronto empezó a oír voces; al principio, amortiguadas e ininteligibles; luego, más claras. Escuchó con atención. Dos guardias de su padre hacían chistes sobre la puta del enano, hablaban de cómo disfrutarían cuando se la follaran y de las ganas que tendría de ver una polla de verdad en vez del miembro retorcido y diminuto del Gnomo.

—Seguro que lo tiene ganchudo —dijo Lum. Luego empezaron a hablar de cómo moriría Tyrion al día siguiente—. Ya verás cómo llora como una mujer y pide clemencia —insistía Lum.

Lester aventuró que se enfrentaría al hacha con la valentía de un león, porque

era un Lannister, y estaba dispuesto a apostarse las botas nuevas.

—Anda y vete a cagarte en tus botas nuevas —replicó Lum—. Sabes de sobra que no me caben en este pedazo de pies que tengo. Te cambio la apuesta: si gano yo, me limpias la cota de malla dos semanas.

Durante unos pocos pasos, Tyrion pudo oír todas y cada una de las palabras de la discusión, pero cuando siguió avanzando, las voces se apagaron enseguida.

«No me extraña que Varys no quisiera que subiera por la escalerilla —pensó Tyrion mientras sonreía en la oscuridad—. Pajaritos. Sí, claro».

Llegó junto a la tercera puerta y la tanteó bastante, antes de rozar con los dedos un pequeño gancho de hierro clavado entre dos piedras. Cuando lo empujó hacia abajo se oyó un crujido sordo que, en el silencio reinante, sonó como una avalancha, y junto a sus pies se abrió un cuadrado de tenue luz anaranjada.

«¡La chimenea!». Estuvo a punto de echarse a reír. El hogar estaba lleno de cenizas calientes, y había un tronco ennegrecido con el centro todavía brillante. Pasó sobre las brasas con paso ligero, deprisa para no quemarse las botas. Los carbones calientes crujieron suavemente bajo sus pies. Cuando se encontró en lo que había sido su dormitorio se detuvo durante un buen rato, mientras recuperaba la respiración con jadeos en el silencio. ¿Lo habría oído su padre? ¿Echaría mano de la espada? ¿Daría la voz de alarma?

—¿Mi señor? —dijo una voz de mujer.

«Esto me habría hecho daño hace tiempo, cuando aún sentía dolor». El primer paso fue el más difícil. Cuando llegó junto a la cama, Tyrion echó las cortinas a un lado, y allí estaba, vuelta hacia él con una sonrisa adormilada en los labios. Se esfumó en cuanto lo vio, y se subió las mantas hasta la barbilla como si así se pudiera proteger.

—¿Esperabas a alguien más alto, querida?

—No quería decir aquellas cosas; la reina me obligó. —Los ojos de la muchacha se anegaron de lágrimas—. Por favor. Vuestro padre me da tanto miedo...

Se incorporó y dejó que la manta se le deslizara hasta el regazo. No llevaba ropa alguna; nada a excepción de la cadena que le rodeaba el cuello. Una cadena de manos entrelazadas, cada una agarrada a la siguiente.

—Mi señora Shae —saludó Tyrion en voz baja—. Durante todo el tiempo que estuve en la celda negra, a la espera de la muerte, no dejaba de recordar lo hermosa que eres. Vestida con sedas, con lana basta o con aire.

—Mi señor no tardará en volver. Tenéis que marcharos, o... ¿habéis venido a llevarme con vos?

—¿Te gustó? ¿Alguna vez te gustó? —Le puso la mano en la mejilla mientras recordaba todas las veces que lo había hecho. Todas las veces que le había rodeado la cintura con las manos, que le había apretado los pechos pequeños y firmes, que le había acariciado la melenita morena, que le había tocado los

labios, los pómulos, las orejas... Todas las veces que la había abierto con un dedo para sondear su secreta dulzura y hacerla gemir—. ¿Alguna vez te gustó que te tocara?

—Más que nada en el mundo —respondió ella—, mi gigante de Lannister.

« No podrías haber dicho nada peor, cariño» .

Tyron deslizó una mano bajo la cadena de su padre y la retorció. Los eslabones se tensaron y se le hincaron en el cuello.

—Las manos de oro son frías, las de mujer, siempre tibias... —dijo.

Retorció una vez más las manos frías al tiempo que las tibias le borrraban a golpes las lágrimas de los ojos.

Más tarde encontró el puñal de lord Tywin en la mesilla de noche y se lo colgó del cinturón. De la pared colgaban una maza con cabeza en forma de león, un hacha de guerra y una ballesta. El hacha de guerra sería poco útil dentro de un castillo, y la maza estaba demasiado alta, pero justo debajo de la ballesta había un baúl de madera y hierro. Se subió en él y descolgó la ballesta, junto con un carcaj lleno de saetas. Puso un pie en la cuerda, la tensó y cargó el arma.

Jaime le había hablado más de una vez de los peligros de las ballestas. Si Lum y Lester acudían de donde fuera que estuvieran enfrascados en su conversación, no tendría tiempo de cargarla de nuevo, pero al menos se llevaría a uno al infierno por delante. A Lum, si le dejaban elegir.

« Te tendrás que limpiar la cota de malla tú solito, Lum. Has perdido» .

Fue hasta la puerta, se detuvo a escuchar un instante y la abrió muy despacio. En un nicho de la piedra ardía una lámparilla que proyectaba una luz amarillenta en el pasillo desierto. Lo único que se movía era la llama. Tyrion retrocedió con la ballesta pegada a la pierna.

Encontró a su padre donde sabía que estaría: sentado en la penumbra del retrete de la torre, con la túnica enroscada en torno a la cintura. Al oír las pisadas, lord Tywin alzó los ojos. Tyrion le dedicó una reverencia burlona.

—Mi señor...

—Tyrion... —Si tenía miedo, Tywin Lannister no daba muestras de ello—. ¿Quién te ha liberado de la celda?

—Ojalá te lo pudiera decir, pero hice un juramento sagrado.

—El eunuco —decidió su padre—. Haré que le corten la cabeza. ¿Esa ballesta es la mía? Suéltala.

—¿Qué harás si me niego, padre? ¿Castigarme?

—Esta fuga es una estupidez. No te van a matar, si es eso lo que temes. Mi intención sigue siendo enviarle al Muro, pero no podía hacerlo sin el permiso de lord Tyrell. Deja la ballesta y pasaremos a mis habitaciones a hablar de este asunto.

—También podemos hablar aquí. Puede que no me apetezca ir al Muro, padre. Allí arriba hace un frío de cojones, y para frialdad, ya he tenido bastante

con la que me has mostrado tú. Así que dime una cosa, solo una, y me marcharé. Es una pregunta muy sencilla, lo mínimo que me debes.

—Yo no te debo nada.

—Toda mi vida me has dado menos que nada, pero esto me lo darás. ¿Qué hiciste con Tysha?

—¿Tysha?

« Ni siquiera recuerda su nombre» .

—La chica con la que me casé.

—Ah, sí. Tu primera puta.

—La próxima vez que digas esa palabra, te mataré —amenazó Tyrion, apuntando al pecho de su padre.

—No tienes valor para eso.

—¿Quieres que lo averigüemos? Es una palabra muy corta, y por lo visto te sale muy fácilmente. —Tyrion hizo un gesto impaciente con la ballesta—. Tysha. ¿Qué hiciste con ella después de darme la lección?

—No me acuerdo.

—Pues intentalo. ¿Ordenaste que la mataran?

Su padre frunció los labios.

—No había motivo para semejante cosa; había aprendido cuál era su lugar... y, si mal no recuerdo, se le pagó por su trabajo. Supongo que el mayordomo la echó y se fue. No se me ocurrió preguntar.

—¿Se fue? ¿Adónde?

—Adonde vayan las putas.

Tyron apretó el dedo. La ballesta se disparó justo mientras lord Tywin empezaba a levantarse. La saeta se le clavó en la ingle, y se volvió a sentar con un gruñido. La saeta se había hincado profundamente, hasta las plumas. La sangre manaba a borbotones en torno al asta, y le salpicaba el vello del pubis y los muslos desnudos.

—Me has disparado —dijo con incredulidad. Tenía los ojos vidriosos por la conmoción.

—Siempre has sido único a la hora de analizar una situación de crisis, mi señor —dijo Tyrion—. Seguro que por eso eres la mano del rey.

—No... No eres... hijo mío.

—En eso te equivocas, padre. De hecho, soy tu viva imagen. Anda, hazme un favor y muérete deprisa. Me está esperando un barco.

Por una vez en su vida, su padre hizo lo que Tyrion le pedía. La prueba fue el hedor repentino cuando se le aflojaron los intestinos en el momento de la muerte.

« Bueno, al menos estaba en el lugar adecuado» , pensó Tyrion. Pero la peste que llenó el escusado fue prueba fehaciente de que el chiste acerca de su padre que se repetía tan a menudo era una mentira más.

Obviamente, lord Tywin Lannister no cagaba oro.

El rey estaba muy enfadado. Sam se dio cuenta al instante.

A medida que los hermanos negros iban entrando de uno en uno y se arrodillaban ante él, Stannis apartó a un lado su desayuno: pan duro, huevos cocidos y carne en salazón. Lo miró con frialdad. A su lado, la mujer roja, Melisandre, parecía meditabunda.

« Yo no pinto nada aquí —pensó Sam con ansiedad cuando le clavó los ojos rojos—. Alguien tenía que ayudar al maestre Aemon a subir las escaleras. No me mires; no soy más que el mayordomo del maestre». Los demás eran aspirantes al puesto que había ocupado el Viejo Oso, todos menos Bowen Marsh, que se había retirado de la elección pero seguía siendo el castellano y el lord mayordomo. Sam no entendía por qué Melisandre parecía tan interesada en él.

El rey Stannis tuvo de rodillas a los hermanos negros durante un lapso de tiempo extraordinariamente largo.

—Levantaos —dijo al final.

Sam le ofreció su hombro al maestre Aemon para ayudarlo a ponerse en pie.

El carraspeo de lord Janos Slynt para aclararse la garganta quebró el silencio tenso.

—Alteza, permitid que os diga lo honrados que nos sentimos por que nos hayáis convocado aquí. Cuando vi vuestros estandartes desde el Muro, supe que el reino estaba salvado y le dije al buen ser Alliser: « Ahí viene un hombre que no olvida su deber. Un hombre fuerte y un verdadero rey». ¿Puedo felicitáros por vuestra victoria sobre los salvajes? Los bardos la llevarán por todo el reino, estoy seguro...

—Los bardos pueden hacer lo que quieran —le espetó Stannis—. Dejaos de adulaciones, Janos, no os servirán de nada. —Se puso en pie y los miró con el ceño fruncido—. Lady Melisandre me ha dicho que aún no habéis elegido al lord comandante. Estoy disgustado. ¿Cuánto va a durar esta tontería?

—Señor —empezó Bowen Marsh en tono defensivo—, nadie ha conseguido por ahora dos tercios de los votos. Solo llevamos diez días.

—Nueve más de los necesarios. Tengo que ocuparme de unos prisioneros, tengo que poner orden en un reino y tengo que ganar una guerra. Hay que tomar decisiones relativas al Muro y a la Guardia de la Noche. Por derecho, vuestro lord comandante debería tener voz en esas decisiones.

—En efecto, así es —dijo Janos Slynt—. Pero una cosa es cierta: nosotros, los hermanos, solo somos soldados. ¡Soldados, sí! Y como bien sabrá vuestra alteza, a los soldados se les da mejor acatar órdenes. En mi opinión, les convendría contar con vuestra regia orientación. Por el bien del reino. Para ayudarlos a elegir con sabiduría.

Algunos de los otros interpretaron la sugerencia como una afrenta.

—¿Quieres que el rey nos ayude también a limpiarnos el culo? —dijo Cotter Pyke, furioso.

—La elección de un lord comandante les corresponde a los hermanos juramentados y a nadie más —insistió ser Denys Mallister.

—Si eligieran con sabiduría, no me estarían votando a mí —gimió Edd el Peñas.

—Alteza —intervino el maestre Aemon, tan sosegado como siempre—, la Guardia de la Noche ha estado eligiendo a su líder desde que Brandon el Constructor erigió el Muro. Hasta Jeor Mormont hemos tenido novecientos noventa y siete comandantes en sucesión ininterrumpida, cada uno de ellos elegido por los hombres a los que luego dirigiría. Es una tradición de hace muchos milenarios.

—No deseo sabotear vuestros derechos y tradiciones. —Stannis apretó los dientes—. En cuanto a lo de la «regia orientación», Janos, si lo que pretendéis es que les diga a vuestros hermanos que os elijan a vos, al menos tened la valentía de decirlo.

Aquello tomó por sorpresa a lord Janos, que sonrió inseguro y empezó a sudar, pero Bowen Marsh salió en su defensa.

—¿Quién mejor para dirigir a los capas negras que el hombre que antes dirigió a los capas doradas, señor?

—En mi opinión, cualquiera de vosotros. Hasta el cocinero. —Le lanzó una mirada gélida a Slynt—. Janos no ha sido el primer capa dorada en aceptar un soborno, desde luego, pero tal vez sí haya sido el primer comandante que se ha llenado la bolsa vendiendo puestos y ascensos. Al final, la mitad de los oficiales de la Guardia de la Ciudad le pagaban parte de su salario. ¿No es verdad, Janos?

—¡Mentiras, mentiras y nada más! —Slynt tenía el cuello amoratado—. Todo hombre fuerte se granjea enemistades. Vuestra alteza lo sabe bien: susurran mentiras a nuestras espaldas. Nada se pudo demostrar jamás, nadie declaró...

—Dos hombres que estaban dispuestos a declarar murieron de manera repentina mientras hacían sus rondas. —Stannis entrecerró los ojos—. No intentéis jugar conmigo, mi señor. Vi las pruebas que Jon Arryn presentó al Consejo Privado. Si yo hubiera sido el rey, habrías perdido algo más que el cargo, os lo aseguro, pero Robert se limitó a encogerse de hombros. Aún recuerdo lo que dijo: «Todos roban, qué más da. Más vale un ladrón conocido que otro por conocer; el próximo podría ser hasta peor». Las palabras de Petyr en la boca de mi hermano, sin duda. Meñique tenía olfato para el oro; estoy seguro de que arregló las cosas para que la corona se beneficiara de vuestra corrupción tanto como vos.

A lord Slynt le temblaba la mandíbula de rabia, pero antes de que pudiera seguir protestando, intervino el maestre Aemon.

—Alteza, por ley, los delitos y faltas de todo hombre se borran cuando

pronuncia sus votos y se convierte en hermano juramentado de la Guardia de la Noche.

—Soy consciente de ello. Si resulta que lord Janos es lo mejor que puede ofrecer la Guardia de la Noche, apretaré los dientes y tragáré con él. No me importa a qué hombre elijáis, mientras elijáis ya. Tengo una guerra por delante.

—Alteza —dijo ser Denys Mallister con cautelosa cortesía—, si os referís a los salvajes...

—No. Y lo sabéis de sobra.

—Igual que vos debéis de saber que, aunque os estamos agradecidos por la ayuda que nos prestasteis contra Mance Rayder, no podemos colaborar con vos para conquistar el trono. La Guardia de la Noche no toma parte en las guerras de los Siete Reinos. Desde hace ocho mil años...

—Conozco vuestra historia, ser Denys —lo interrumpió el rey con brusquedad—. Os doy mi palabra de que no os pediré que alcéis las espadas contra ninguno de los rebeldes y usurpadores que se enfrentan a mí. Espero de vosotros que sigáis defendiendo el Muro como habéis hecho siempre.

—Defenderemos el Muro hasta que caiga el último hombre —dijo Cotter Pyke.

—Que probablemente seré yo —apuntó Edd el Penas con tono resignado.

—También quiero otras cosas de vosotros. —Stannis cruzó los brazos—. Cosas que quizás no me entreguéis de tan buena gana. Quiero vuestros castillos. Y quiero el Agasajo.

Las palabras, tan bruscas, prendieron en los ánimos de los hermanos negros como un frasco de fuego valyrio que cayera sobre un brasero. Marsh, Mallister y Pyke trataron de hablar todos a la vez. El rey Stannis los dejó hacer hasta que terminaron.

—Mis hombres os triplican en número —dijo entonces—. Si quiero, puedo apoderarme de las tierras, pero prefiero hacerlo de manera legal, con vuestro consentimiento.

—El Agasajo fue entregado a la Guardia de la Noche a perpetuidad, alteza —insistió Bowen Marsh.

—Lo que significa que, por ley, no se os puede robar ni arrebatar. Pero lo que fue entregado una vez, puede ser entregado de nuevo.

—¿Qué uso le daríais al Agasajo? —exigió saber Cotter Pyke.

—Uno mejor del que le habéis dado vosotros. En cuanto a los castillos, Guardiaoriente, el Castillo Negro y la Torre Sombría seguirían en vuestro poder. Dotadlos de guarniciones, como habéis hecho hasta ahora. Pero los demás los necesito para las mías, si es que vamos a defender el Muro.

—No tenéis hombres suficientes —objetó Bowen Marsh.

—Algunos de los castillos abandonados son poco más que ruinas —señaló Othell Yarwyck, el capitán de los constructores.

—Las ruinas se pueden reconstruir.

—¿Pretendéis reconstruirlos? —apuntó Yarwyck—. ¿Quién se va a encargar?

—Eso es cosa mía. Quiero que me sea entregado un documento en el que se detalle el estado actual de cada castillo y qué haría falta para restaurarlo. Mi intención es dotarlos a todos de guarniciones este mismo año, y tener hogueras nocturnas encendidas ante las entradas.

—Hogueras nocturnas? —Bowen Marsh miró a Melisandre, inseguro—.

—Ahora tenemos que encender hogueras nocturnas?

—Así es. —La mujer se puso en pie con un revoloteo de seda escarlata y la larga cabellera cobriza ondeándole sobre los hombros—. Las meras espadas no pueden poner coto a esta oscuridad. Solo es posible con la Luz del Señor. No os engañéis, buenos caballeros y valientes hermanos: la guerra en la que estamos inmersos no es una disputa banal sobre tierras y honores. La nuestra es una guerra por la vida, y si cayéramos derrotados, el mundo moriría con nosotros.

Sam advirtió que los oficiales no sabían cómo tomarse la afirmación. Bowen Marsh y Othell Yarwyck intercambiaron una mirada dubitativa; Janos Slynt estaba echando humo y Hobb Tresdedos tenía cara de preferir estar cortando zanahorias en aquel momento. Pero todos, sin excepción, se sorprendieron al oír al maestre Aemon.

—Habláis de la guerra por el amanecer, mi señora —murmuró el anciano—. Pero ¿dónde está el príncipe que fue prometido?

—Lo tenéis delante de vosotros —declaró Melisandre—, aunque vuestros ojos no lo saben ver. Stannis Baratheon es Azor Ahai redivivo, el guerrero de fuego. En él se cumplen las profecías. El cometa rojo surcó los cielos para anunciar su llegada, y esgrime a *Dueña de Luz*, la Espada Roja de los Héroes.

A Sam le resultaba evidente que aquellas palabras incomodaban sobremanera al rey. Stannis apretó los dientes.

—Me llamasteis y acudi, mis señores —dijo—. Ahora tendréis que vivir conmigo o morir conmigo. Más vale que os vayáis acostumbrando. —Hizo un brusco gesto de despedida—. Eso es todo. Maestre, quedaos un momento. Y vos, Tarly. Los demás os podéis marchar.

« ¿Yo? —pensó Sam, asombrado, mientras sus hermanos hacían una reverencia y se dirigían a la salida—. ¿Qué querrá de mí?» .

—Tú fuiste el que mató a aquella criatura en la nieve —dijo el rey Stannis cuando los cuatro estuvieron a solas.

—Sam el Mortifero —sonrió Melisandre.

—No, mi señora. —Sam se sintió sonrojar—. Alteza. O sea, sí, soy yo. Soy Samwell Tarly, sí.

—Tu padre es un buen soldado —dijo el rey Stannis—. En cierta ocasión derrotó a mi hermano, en Vado Ceniza. Mace Tyrell se quedó con el honor de aquella victoria, pero lord Randyll lo tenía todo zanjado antes de que Tyrell

supiera dónde estaba el campo de batalla. Mató a lord Cafferan con ese mandoble valyrio que tiene y le envió su cabeza a Aerys. —El rey se rascó la mandíbula con un dedo—. No eres el tipo de hijo que le habría imaginado.

—N-no soy el tipo de hijo que él habría querido, señor.

—Si no hubieras vestido el negro, serías un rehén muy útil —caviló Stannis.

—Ha vestido el negro, señor —señaló el maestre Aemon.

—Soy consciente de eso —dijo el rey—. Soy consciente de más cosas de las que imagináis, Aemon Targaryen.

—Solo soy Aemon, señor —dijo el anciano inclinando la cabeza—. Al forjar nuestras cadenas de maestres olvidamos los nombres de las casas que nos vieron nacer.

El rey le dedicó un breve asentimiento, dando a entender que no le importaba.

—Me han contado que mataste a aquella criatura con un puñal de obsidiana —le dijo a Sam.

—S-sí, alteza. Me lo dio Jon Nieve.

—Vidriagón. —La risa de la mujer roja sonaba a música—. Fuego helado, en la lengua de la antigua Valyria. No es de extrañar que sea anatema para esos fríos hijos de los Otros.

—En Rocadragón, donde tenía mi asentamiento, hay mucha obsidiana de esta en los antiguos túneles, bajo la montaña —le dijo el rey a Sam—. Grandes rocas, inmensas. La mayor parte era negra, pero creo recordar que también la había verde, roja y hasta morada. Le he enviado un mensaje a ser Rolland, mi castellano, para que empiece a extraerla. Me temo que no podré seguir defendiendo Rocadragón mucho más tiempo, pero tal vez el Señor de Luz nos conceda suficiente fuego helado para armarnos contra estas criaturas antes de que caiga el castillo.

—S-s-señor, el puñal... —Sam carraspeó para aclararse la garganta—. Cuando traté de apuñalar a un espectro, el vidriagón se hizo pedazos.

—La necromancia anima a esos espectros —explicó Melisandre con una sonrisa—, pero siguen siendo carne muerta. Para ellos bastará con acero y fuego. En cambio, esos a los que llamas los Otros son diferentes.

—Demonios de nieve, hielo y frío —dijo Stannis Baratheon—. El antiguo enemigo. El único enemigo que importa de verdad. —Volvió a concentrarse en Sam—. Me han dicho que esa chica salvaje y tú pasasteis bajo el Muro a través de una especie de puerta mágica.

—La p-puerta Negra —tartamudeó Sam—. Está debajo del Fuerte de la Noche.

—El Fuerte de la Noche es el más grande y más antiguo de los castillos del Muro. Ahí es donde pienso asentarme mientras dure esta guerra. Me mostrarás esa puerta.

—S-sí —dijo Sam—. A-aunque... no s-sé si...

« No sé si seguirá allí, no sé si se abrirá para alguien que no vista el negro, no sé si...» .

—Me la mostrarás —zanjó el rey—. Ya te diré cuándo.

—Alteza —intervino el maestre Aemon con una sonrisa—, antes de retirarnos, ¿nos haríais el gran honor de mostrarnos esa espada maravillosa de la que tanto hemos oído hablar?

—¿Queréis ver a *Dueña de Luz*? ¿No estáis ciego?

—Sam será mis ojos.

—La ha visto todo el mundo —dijo el rey frunciendo el ceño—; ¿por qué no la va a ver también un ciego?

El cinturón del arma y la vaina colgaban de un clavo, cerca de la chimenea. Lo bajó y desenfundó la espada larga. El acero rozó la madera y el cuero al salir, y su brillo bañó la estancia: trémulo, cambiante, una danza de luz naranja, roja y dorada, todos los colores del fuego.

—Cuéntame, Samwell —pidió el maestre Aemon tocándose el brazo.

—Brilla mucho —dijo Sam con voz queda—. Como si estuviera en llamas. No hay fuego, pero el acero es amarillo, rojo y naranja; relampaguea y centellea como un rayo del sol en el agua, aunque más bonito. Ojalá la pudierais ver, maestre.

—Ahora la veo, Sam. Una espada llena de luz solar. Qué hermosa visión. —El anciano hizo una reverencia rígida—. Alteza, mi señora, habéis sido muy bondadosos.

Cuando el rey Stannis envainó la espada deslumbrante, la habitación pareció quedarse a oscuras, aunque el sol entraba a raudales por la ventana.

—Bien, ya la habéis visto. Ya podéis regresar a vuestras tareas. Y no olvidéis lo que os he dicho: más vale que vuestros hermanos elijan a un lord comandante esta noche, o haré que se arrepientan.

Mientras Sam lo ayudaba a bajar por la estrecha escalera, el maestre Aemon parecía perdido en sus pensamientos. Pero cuando cruzaban el patio se volvió hacia él.

—No sentí ningún calor. ¿Y tú, Sam?

—Calor? ¿De la espada? —Trató de hacer memoria—. El aire tremolaba alrededor de la hoja, como si debajo hubiera un brasero caliente.

—Pero el caso es que no sentiste calor, ¿verdad? Y la vaina donde estaba la espada era de madera y cuero, ¿no? Oí el sonido cuando su alteza la desenfundó. ¿Estaba chamuscado el cuero, Sam? ¿La madera parecía quemada en algún punto?

—No —reconoció Sam—. Que yo viera, no.

El maestre Aemon asintió. Una vez de vuelta en sus habitaciones, pidió a Sam que encendiera el fuego y lo ayudara a ocupar su asiento junto a la chimenea.

—Es duro ser tan viejo —suspiró al tiempo que se acomodaba en el cojín—. Y más duro todavía, estar ciego. Echo de menos el sol. Y los libros. Sobre todo echo de menos los libros. —Aemon hizo un gesto de despedida con la mano—. Puedes retirarte; no te necesitaré hasta la votación.

—La votación... Maestre, ¿no podéis hacer algo? Lo que ha dicho el rey sobre lord Janos...

—Lo he oido —asintió el maestre Aemon—, pero soy maestre, Sam; llevo la cadena, presté juramento. Mi deber es aconsejar al lord comandante, sea quien sea. No sería correcto que mostrara predilección por uno u otro.

—Yo no soy maestre —dijo Sam—. ¿Puedo hacer algo?

—Vaya, Samwell, pues no lo sé. —Aemon volvió hacia Sam los ojos ciegos y esbozó una tenue sonrisa—. ¿Tú qué crees?

« Que sí —pensó Sam—. Tengo que hacer algo. —Y lo tenía que hacer cuanto antes. Si se paraba a pensar, sin duda perdería todo rastro de valor—. Soy un hombre de la Guardia de la Noche —se recordó mientras cruzaba el patio a toda prisa—. Pertenezco a la Guardia de la Noche. Puedo hacerlo». Hubo un tiempo en el que temblaba y tartamudeaba si lord Mormont lo miraba, pero aquello era cosa del antiguo Sam, antes del Puño de los Primeros Hombres y del Torreón de Craster, antes de los espectros, de Manosfrias y del Otro a lomos de su caballo muerto. El nuevo Sam era más valiente. « Elí me hizo más valiente», le había dicho a Jon. Y era verdad. Tenía que ser verdad.

Cotter Pyke era el que más miedo le daba de los dos comandantes, de manera que Sam fue a hablar primero con él, mientras aún sentía vivas las llamas del valor. Lo encontró en el antiguo Torreón del Escudo, jugando a los dados con tres hombres de Guardiaoriente y un sargento pelirrojo que había llegado con Stannis de Rocadragón.

Cuando Sam le pidió permiso para hablar con él un momento, Pyke rugió una orden, y los demás cogieron los dados y las monedas y los dejaron a solas.

Nadie habría calificado a Cotter Pyke de atractivo, aunque el cuerpo que se cubría con la cota de malla y los calzones de lana gruesa era esbelto, duro, nervudo y fuerte. Tenía los ojos pequeños y muy juntos, la nariz rota, y un pico de pelo sobre la frente, entre las entradas, tan afilado como una punta de lanza. La viruela le había destrozado la cara, y la barba que se había dejado crecer para ocultar las cicatrices era rala y estaba desaseada.

—¡Sam el Mortifero! —Fue su saludo—. ¿Seguro que apuñalaste a uno de los Otros y no al muñeco de nieve de cualquier chiquillo?

« Mal empezamos».

—Lo que lo mató fue el vidriagón, mi señor —explicó Sam sin energía.

—Claro, no me cabe duda. Bueno, dime qué quieres, Mortifero. ¿Te ha enviado el maestre a verme?

—Eh... —Sam tragó saliva—. Acabo de estar con él, mi señor.

No era ninguna mentira, pero si Pyke lo interpretaba mal, se sentiría más inclinado a escucharlo. Respiró profundamente y empezó a formular la súplica. Pyke lo interrumpió antes de que dijera veinte palabras.

—Quieres que me arrodille y besé el dobladillo de esa capa tan bonita que tiene Mallister, ¿no? Debería habérmelo imaginado. Los nobles de pacotilla formáis rebaños, como las ovejas. Bueno, pues haz el favor de decirle a Aemon que te ha hecho malgastar saliva, y a mí, tiempo. Si alguien debe retirarse es Mallister. Es demasiado viejo para el cargo, ¿por qué no se lo dices? Si lo elegimos a él, antes de un año estaremos reunidos aquí de nuevo, eligiendo a otro.

—Es anciano —accedió Sam—, pero tiene mucha experiencia.

—Sí, experiencia en sentarse en su torre y mirar mapas. ¿Qué planes tiene? ¿Escribir cartas a los espectros? Es un caballero, no hay duda, pero no es un luchador, y me la pela a quién derribase de un caballo en cualquier torneo de hace cincuenta años. El que peleaba en su lugar era Mediamento; eso lo puede ver hasta un viejo ciego. Y con esta mierda de rey pegado a nosotros, necesitamos un luchador más que nunca. Hoy su alteza no quiere más que ruinas y campos yermos, no hay duda, pero ¿qué querrá mañana? ¿Crees que Mallister tiene agallas para enfrentarse a Stannis Baratheon y a esa puta roja? —Soltó una carcajada—. A mí me parece que no.

—Entonces, ¿no le daréis vuestro apoyo? —preguntó Sam, decepcionado.

—¿Quién eres? ¿Sam el Mortifero o Dick el Sordo? No, no le voy a dar mi apoyo. —Pyke lo señaló con el dedo—. A ver si te enteras bien, chico. No quiero ese puesto de mierda, no lo he querido nunca. Cuando mejor luchó es cuando tengo una cubierta de barco bajo los pies, no un caballo entre las piernas, y el Castillo Negro está demasiado lejos del mar. Pero que me metan por el culo una espada al rojo si permito que la Guardia de la Noche quede a las órdenes de ese presuntuoso de la Torre Sombria. Anda, corre a contarle al viejo lo que te he dicho. —Se levantó—. Fuera de mi vista.

Sam tuvo que hacer acopio de todo el valor que le quedaba para formular otra pregunta.

—¿Q-qué pasaría si fuera otro? ¿Daríais vuestro apoyo a un tercero?

—A quién? ¿A Bowen Marsh? Solo vale para contar cucharas. Othell sigue órdenes; hace lo que le dicen y lo hace bien, pero nada más. Slynt... Bueno, sus hombres lo aprecian, eso sí, y casi valdría la pena apoyarlo para ver si Stannis vomita, pero no. Tiene demasiado de Desembarco del Rey. A un sapo le salen alas y ya cree que es un dragón. —Pyke se echó a reír—. Así pues, ¿quién nos queda? ¿Hobb? Bueno, sí, lo podríamos elegir, pero entonces, ¿quién nos haría el guiso de carnero, Mortifero? Tienes pinta de ser aficionado al guiso de carnero.

No había más que decir. Sam, derrotado, apenas si pudo tartamudear una despedida cortés antes de retirarse.

« Me saldrá mejor con ser Denys —trató de convencerse mientras recorría

el castillo. Denys era un caballero, de alta cuna y conversación culta, y había tratado a Sam con suma cortesía cuando se lo encontró con Eli en el camino—. Ser Denys me escuchará, me tiene que escuchar».

El comandante de la Torre Sombría había nacido bajo la Torre Retumbante de Varamar, y era un Mallister de los pies a la cabeza. El cuello de su jubón de terciopelo negro era de marta cibelina, al igual que los puños de las mangas. Un águila de plata clavaba las garras en los pliegues de su capa. Tenía la barba blanca como la nieve; estaba casi calvo, y sí, unas arrugas profundas le surcaban el rostro. Pero al moverse aún conservaba la elegancia; también tenía todos los dientes, y los años no habían nublado sus ojos azul grisáceo ni sus modales corteses.

—Mi señor de Tarly —dijo cuando su mayordomo guio a Sam hasta la Lanza, donde se alojaban los hombres de la Torre Sombría—. Me alegra ver que os habéis recuperado de vuestra dura experiencia. ¿Me permitís que os ofrezca una copa de vino? Si mal no recuerdo, vuestra señora madre es una Florent. Alguna ocasión tendremos para que os hable del día en que descabalgué a vuestros dos abuelos en el mismo duelo. Pero no será hoy. Sé que tenemos problemas más acuciantes. Sin duda venís de parte del maestre Aemon. ¿Quiere ofrecerme algún consejo?

Sam bebió un trago de vino y trató de elegir las palabras con cuidado.

—La cadena y el juramento de un maestre... En fin, no sería correcto que se dijera que ha influido en la elección del lord comandante...

—Y por eso no ha venido a verme en persona. —El anciano caballero sonrió—. Sí, Samwell, lo entiendo. Tanto Aemon como yo tenemos muchos años y mucha experiencia en estos asuntos. Decidme lo que me tengáis que decir.

El vino era dulce, y a diferencia de Cotter Pyke, ser Denys escuchó la súplica de Sam con toda cortesía. Pero, cuando terminó, el anciano caballero sacudió la cabeza.

—Estoy de acuerdo: sería un día triste para la historia de la Guardia si un rey llegara a nombrar al lord comandante. Y más este rey. Dudo que conserve la corona mucho tiempo. Pero lo cierto, Samwell, es que debería ser Pyke quien se retirase. Tengo más apoyos que él y estoy más preparado para el cargo.

—Así es —asintió Sam—, pero Cotter Pyke también puede ocupar el cargo. Se dice que ha demostrado a menudo su valor en la batalla. —No quería ofender a ser Denys ensalzando a su rival, pero si no, ¿cómo lo iba a convencer para que se retirase?

—Muchos de mis hermanos han demostrado su valor en la batalla. Con eso no basta. Hay asuntos que no se pueden resolver con un hacha en la mano. Seguro que el maestre Aemon lo comprenderá, aunque ya sé que Cotter Pyke no. El lord comandante de la Guardia de la Noche es, ante todo, un señor. Tiene que estar en condiciones de tratar con otros señores... y con reyes. Tiene que ser un hombre

digno de respeto. —Ser Denys se inclinó hacia delante—. Vos y yo somos hijos de grandes señores. Conocemos la importancia de la cuna, de la sangre; sabemos que no hay nada que sustituya al entrenamiento desde la infancia. Yo era escudero a los doce años, caballero a los dieciocho y campeón a los veintidós. He sido comandante de la Torre Sombría desde hace treinta y tres años. La sangre, la cuna y la formación me han capacitado para tratar con reyes. En cambio, Pyke... Bueno, ya lo visteis: preguntó si su alteza le tenía que limpiar el culo. Mirad, Samwell, no tengo por costumbre hablar mal de mis hermanos, pero seamos sinceros. Los hijos del hierro son una raza de piratas y ladrones, Cotter Pyke se dedicaba a violar y asesinar desde que era un niño. El maestre Harmune le tiene que leer y escribir las cartas; lleva años haciéndolo. No, por mucho que me disguste decepcionar al maestre Aemon, mi honor me impide hacerme a un lado para dejar paso a Pyke de Guardiaoriente.

—¿Os haríais a un lado si se tratara de otro? —En aquella ocasión, Sam estaba preparado—. ¿De un candidato más adecuado?

—No he deseado nunca este honor en sí —dijo ser Denys tras meditar un instante—. En la última elección, me hice a un lado de buena gana cuando se presentó lord Mormont, igual que hice con lord Qorgyle en la elección anterior. Mientras la Guardia de la Noche quede en buenas manos, me doy por satisfecho. Pero Bowen Marsh no está a la altura de esta misión, y tampoco Othell Yarwyck. En cuanto al que se hace llamar señor de Harrenhal, no es más que el hijo de un carnicero ensalzado por los Lannister. No es de extrañar que sea tan sobornable y corrupto.

—Hay alguien más —barboteó Sam—. El lord comandante Mormont confiaba en él, igual que Donal Noye y Qhorin Mediamano. Aunque su cuna no es tan noble como la vuestra, su sangre es antigua. Nació y fue educado en un castillo; aprendió a manejar la espada y la lanza con un caballero, y las letras, con un maestre de la Ciudadela. Su padre fue señor y su hermano, rey.

—Puede ser —dijo ser Denys tras pasar largo rato acariciándose la barba blanca—. Es muy joven, pero... puede ser. Mejor sería elegirme a mí, no te quepa duda. Sería lo más inteligente.

« Jon dijo que podía haber honor en una mentira si se contaba por una buena causa» .

—Si no elegimos a un lord comandante esta noche, el rey Stannis nos impondrá a Cotter Pyke —susurró Sam—. Se lo dijo esta mañana al maestre Aemon después de haceros salir a los demás.

—Ya veo. —Ser Denys se levantó—. Tengo que meditar sobre lo que me habéis contado, Samwell. Transmitidle mi gratitud también al maestre Aemon.

Cuando salió de la Lanza, Sam estaba temblando.

« ¿Qué he hecho? —pensó—. ¿Qué he dicho? —Si descubrían que había mentido, le harían...—. ¿Qué? ¿Enviarle al Muro? ¿Arrancarme las entrañas?

«¿Transformarme en un espejito?». De repente, todo le pareció absurdo. «Cómo era posible que hubiera tenido tanto miedo de Cotter Pyke y de ser Denys Mallister, cuando había visto cómo un cuervo devoraba la cara de Paul el Pequeño?

A Pyke no le hizo gracia verlo de vuelta.

—¿Otra vez tú? Date prisa, empiezas a molestarme.

—Solo será un momento —le prometió Sam—. Dijisteis que no os retiraríais ante ser Denys, pero sí ante otro.

—¿De quién se trata esta vez, Mortífero? ¿De ti?

—No. De un luchador. Donal Noye lo puso al mando del Muro cuando llegaron los salvajes, y fue el escudero del Viejo Oso. Su único inconveniente es que nació bastardo.

—¡Por todos los infiernos! —Cotter Pyke se echó a reír—. Eso le metería una lanza por el culo a Mallister, ¿eh? Casi valdría la pena solo por eso. Y el chico no lo haría mal. —Bufó, despectivo—. Por supuesto, yo lo haría mucho mejor, eso lo sabe cualquier idiota.

—Cualquier idiota —asintió Sam—. Hasta yo. Bueno, no sé, no debería decíroslo... pero el rey Stannis tiene intención de imponernos a ser Denys si no elegimos a un lord comandante esta noche. Se lo dijo esta mañana al maestre Aemon, después de haceros salir a los demás.

Férreo Emmett era un explorador larguirucho y desgarbado cuya fuerza, resistencia y habilidad con la espada eran el orgullo de Guardiaoriente. Jon siempre salía de las sesiones de entrenamiento agarrotado y magullado, y al día siguiente se despertaba con el cuerpo cubierto de moratones, que era exactamente lo que quería. Su destreza no mejoraría jamás si se entrenaba con adversarios del nivel de Seda, Caballo o el propio Grenn.

Le gustaba pensar que la mayoría de los días daba tanto como recibía, pero no estaba siendo el caso en aquella ocasión. La noche anterior apenas había podido dormir; tras una hora de dar vueltas inquieto, dejó de intentarlo, se vistió y subió a la cima del Muro para ver salir el sol y seguir debatiéndose con la oferta de Stannis Baratheon. La falta de sueño se estaba cobrando su precio, y Emmett lo obligaba a retroceder por el patio sin misericordia tajo tras tajo; de cuando en cuando le asestaba de propina un golpe con el escudo. Jon tenía el brazo entumecido por el dolor de los impactos, y la espada, embotada por tantos entrenamientos, se le hacía cada vez más pesada.

Estaba a punto de bajar el arma y pedir un alto cuando Emmett hizo una finta baja y lo alcanzó por encima del escudo con un tajo terrible que lo acertó en la sien. Se tambaleó aturdido; tanto la cabeza como el yelmo le resonaban por la fuerza del golpe. Durante un momento, el mundo que se divisaba al otro lado de las hendiduras se convirtió en una mancha difusa.

Y entonces los años se borraron; volvía a estar en Invernalia y llevaba un jubón de cuero acolchado en lugar de coraza y cota de malla. La espada que esgrimía era de madera, y el que se enfrentaba a él no era Férreo Emmett, sino Robb.

Se entrenaban juntos todas las mañanas desde que aprendieron a caminar; Nieve y Stark fintaban y esquivaban entre los edificios de Invernalia; gritaban, se reían y, a veces, si nadie los estaba mirando, también lloraban. Cuando luchaban no eran niños pequeños, sino caballeros y héroes poderosos.

—¡Soy el príncipe Aemon, el Caballero Dragón! —gritaba Jon.

—¡Pues yo soy Florian el Bufón! —respondía Robb también a gritos.

—¡Soy el Joven Dragón! —proclamaba Robb en otras ocasiones.

—¡Y yo soy ser Ryam Redwyne! —decía Jon.

Aquella mañana, él había sido el primero.

—¡Soy el señor de Invernalia! —exclamó como había hecho antes en cientos de ocasiones.

Pero aquella vez, aquella vez, la respuesta de Robb fue muy diferente.

—No puedes ser el señor de Invernalia, porque eres bastardo. Mi señora madre dice que nunca serás el señor de Invernalia.

«Creía que se me había olvidado». Notaba el sabor de la sangre en la boca,

por el golpe que había recibido.

Al final, Halder y Caballo lo tuvieron que apartar de encima de Férrleo Emmett, uno por cada brazo. El explorador se sentó en el suelo aturdido, con el escudo casi hecho astillas, el visor del yelmo torcido y la espada a seis pasos de distancia.

—¡Ya basta, Jon! —le estaba gritando Halder—. Está en el suelo, lo has desarmado. ¡Ya basta!

« No. No basta. Nunca bastará» . Jon soltó la espada.

—Lo siento mucho —susurró—. ¿Te he hecho daño, Emmett?

Férrleo Emmett se quitó el yelmo abollado.

—¿Qué sueles entender cuando te gritan « me rindo» , lord Nieve? —Pero lo decía con tono amable. Emmett era un hombre agradable, y le encantaba la música de las espadas—. Que el Guerrero me proteja —gimió—, ahora sé cómo se sintió Qhorin Mediamano.

Aquello ya fue demasiado. Jon se sacudió de las manos de sus amigos y volvió a la armería a solas. Todavía le zumbaban los oídos por el golpe que le había dado Emmett. Se sentó en el banco y se puso la cabeza entre las manos.

« ¿Por qué estoy tan furioso? —se dijo. Pero era una pregunta idiota—. Señor de Invernalia. Podría ser el señor de Invernalia. Podría ser el heredero de mi padre» .

Pero no era el rostro de lord Eddard el que veía en el aire ante sí; era el de lady Catelyn. Con aquellos ojos color azul oscuro y la boca siempre dura, siempre fría; en cierto modo, era parecida a Stannis.

« Hierro —pensó—, pero quebradizo» . Lo estaba mirando como lo había mirado siempre en Invernalia cada vez que era mejor que Robb con la espada, con las cuentas o con casi cualquier cosa. « ¿Quién eres? —Parecía preguntarle aquella mirada—. Este no es tu lugar. ¿Qué haces aquí?» .

Sus amigos seguían en el patio de entrenamiento, pero Jon no se encontraba en condiciones de salir a enfrentarse a ellos. Abandonó la armería por la puerta trasera y bajó un tramo de peldaños de piedra para adentrarse en las gusaneras, la red de túneles subterráneos que entrelazaban las torres y torreones del castillo. El trayecto hasta la sala de los baños era corto; allí podría lavarse el sudor y relajarse en una bañera de piedra caliente. El calor le quitó en parte el dolor de los músculos y le hizo recordar los burbujeantes estanques de barro de Invernalia, que llenaban de vapores el bosque de dioses.

« Invernalia —pensó—. Theon la destruyó, la quemó, pero yo la podría reconstruir» . Sin duda, aquello sería lo que habría querido su padre, y también Robb. Jamás habrían permitido que el castillo quedara en ruinas.

« No puedes ser el señor de Invernalia, porque eres bastardo» , oyó decir de nuevo a Robb. Y los reyes de piedra le gruñían con sus gargantas de granito. « ¿Qué haces aquí? Este no es tu lugar» .

Cuando Jon cerró los ojos, vio el árbol corazón con aquellas ramas blancas, aquellas hojas rojas y aquel rostro solemne. Lord Eddard decía siempre que el arciano era el corazón de Invernalia... pero para salvar el castillo, Jon tendría que arrancar aquel corazón de sus antiquísimas raíces y echárselo de comer al hambruento dios de fuego de la mujer roja.

« No tengo derecho —pensó—. Invernalia pertenece a los antiguos dioses» .

El sonido de unas voces que despertaban ecos en el techo abovedado lo llevó de vuelta al Castillo Negro.

—La verdad, no sé —iba diciendo un hombre con tono dubitativo—. Tal vez, si lo conociera mejor... Lord Stannis no ha hablado muy bien de él, eso os lo aseguro.

—¿Cuándo ha hablado muy bien de nadie Stannis Baratheon? —La voz inflexible de ser Alliser era inconfundible—. Si permitimos que sea Stannis quien elija al lord comandante, nos convertiremos en sus vasallos de hecho. Tywin Lannister no lo olvidará, y sabemos muy bien que al final él va a ser el vencedor. Ya derrotó a Stannis una vez, en el Aguasnegras.

—Lord Tywin está a favor de Slynt —dijo Bowen Marsh con voz de preocupación—. Si quieres te enseño la carta, Othell. Dice que es « su leal amigo y servidor» .

Jon Nieve se sentó bruscamente, y los tres hombres se detuvieron de golpe al oír el chapoteo.

—Mis señores —saludó con cortesía helada.

—¿Qué haces aquí, bastardo? —preguntó Thorne.

—Bañarme. Pero ya me voy, no quiero estropear las conspiraciones.

Jon salió del agua, se secó, se vistió y los dejó a solas con sus tramas.

Una vez fuera se dio cuenta de que no tenía la menor idea de adónde ir. Pasó de largo junto a los restos de la Torre del Lord Comandante, donde hacía tiempo había salvado al Viejo Oso de un cadáver andante; pasó de largo junto al lugar donde Ygritte había muerto con aquella sonrisa triste en los labios; pasó de largo junto a la Torre del Rey, donde había aguardado la llegada del magnar y sus thenitas con Seda y Dick Follard el Sordo; pasó de largo junto a los restos chamuscados de la gran escalera de madera... La puerta interior estaba abierta, de manera que Jon bajó por el túnel y cruzó el Muro. Sentía el frío que lo rodeaba, el peso de todo aquel hielo sobre la cabeza. Pasó de largo del lugar donde Donal Noye y Mag el Poderoso habían luchado y muerto juntos, cruzó la nueva puerta exterior y salió a la fría luz del sol.

Entonces se detuvo para tomar aliento y meditar. Othell Yarwyck no era hombre de convicciones fuertes, excepto cuando se trataba de la madera, la piedra y el mortero. El Viejo Oso lo había sabido muy bien.

« Thorne y Marsh lo convencerán; Yarwyck apoyará a lord Janos, y lord Janos será el próximo lord comandante. ¿Qué me quedará a mí, si no es

Invernalia?».

El viento soplaba contra el Muro y le agitaba la capa. Sentía como el hielo emanaba frío, igual que una hoguera emana calor. Jon se subió la capucha y echó a andar otra vez. La tarde estaba avanzada; el sol empezaba a descender hacia el oeste. A cien pasos de distancia se encontraba el campamento donde el rey Stannis había confinado a los prisioneros salvajes en un cerco de zanjas, estacas afiladas y vallas de madera muy altas. A su izquierda estaban los restos de las tres grandes hogueras donde los vencedores habían quemado los cadáveres de los del pueblo libre que habían caído junto al Muro, tanto los de los enormes gigantes como los de los menudos pies de cuerno. El campo de batalla era todavía un erial desolado de hierba quemada y breña endurecida, pero el pueblo de Mance había dejado su rastro por todas partes: una piel desgarrada que tal vez fuera parte de una tienda, la maza de un gigante, la rueda de un carro, una lanza rota, un montón de excrementos de mamut... En las lindes del bosque Encantado, donde se habían alzado las tiendas, Jon se sentó en el tocón de un roble.

« Ygritte quería que fuera un salvaje. Stannis quiere que sea el señor de Invernalia. Y yo, ¿qué quiero ser? —El sol se fue deslizando por el cielo para perderse detrás del Muro, allí donde describía una curva entre las colinas del oeste. Jon contempló la inmensa mole de hielo que se iba tiñendo de los rojos y rosas del ocaso—. ¿Qué prefiero? ¿Que lord Janos me ahorque por cambiácapas o renegar de mis votos, casarme con Val y convertirme en el señor de Invernalia?». Planteada así, la decisión parecía sencilla... aunque si Ygritte siguiera con vida habría sido más sencilla todavía. A Val no la conocía de nada. Desde luego, resultaba atractiva y había sido la hermana de la reina de Mance Rayder, pero aun así...

« Si quisiera su amor, podría secuestrarla; tal vez me daría hijos. Tal vez algún día podría tener en brazos a un niño de mi propia sangre. —Un hijo. Jon Nieve jamás se había atrevido a soñar con aquello desde que tomó la decisión de pasar la vida en el Muro—. Podría ponerle el nombre de Robb. Val no querrá separarse de su sobrino; podríamos tenerlo como pupilo en Invernalia, y también al hijo de Eli. Así Sam no tendría que mentir. Además acogeremos a Eli; Sam podrá ir a verla una vez al año, o algo así. El hijo de Mance y el hijo de Craster crecerán como hermanos, igual que Robb y yo».

Era lo que quería. Lo supo al instante. Lo deseaba más de lo que había deseado nada en toda su vida.

« Siempre lo he querido —pensó con un agujonazo de culpabilidad—. Que los dioses me perdonen».

La punzada de hambre que sentía era aguda como una hoja de vidriagón. Un hambre abrumadora. Lo que necesitaba era comida, una presa, un ciervo pardo que apestara a miedo o un alce grande, orgulloso y desafiante. Necesitaba matar y llenarse la barriga de carne fresca y sangre caliente, oscura. Solo con pensarla

se le hacia la boca agua.

Al principio no comprendió qué sucedía. Cuando lo entendió se puso en pie de un salto.

—¡Fantasma!

Se volvió hacia el bosque y lo vio acercarse con sus pisadas silenciosas en la penumbra verde. El aliento le salía de las fauces abiertas en nubes cálidas y blancas.

—¡Fantasma! —gritó, y el huargo echó a correr hacia él.

Estaba más flaco, pero también más grande, y el único ruido que hacía era el de las hojas secas cuando las aplastaba bajo las patas. Al llegar junto a Jon saltó sobre él, y juntos se debatieron entre la hierba negra y las sombras alargadas que las estrellas empezaban a proyectar sobre ellos.

—Dioses, ¿dónde has estado? —preguntó Jon cuando Fantasma dejó de tironearle del brazo con los dientes—. Creía que te me habías muerto, igual que Robb, igual que Ygritte, igual que todos. No volví a sentir tu presencia desde que subí por el Muro, ni siquiera en sueños.

El huargo no respondió, claro; se limitó a lamer el rostro de Jon con una lengua que era como una lija húmeda; sus ojos iluminados por la escasa luz brillaron como dos soles rojos.

«Ojos rojos —comprendió Jon—, pero no como los de Melisandre. —Tenía ojos de arciano—. Ojos rojos, boca roja y pelaje blanco. Sangre y hueso, como un árbol corazón. Perteneces a los antiguos dioses». Y era el único blanco entre todos los lobos huargo. Eran seis los cachorros que Robb y él habían encontrado entre las nieves del verano tardío: cinco grises, negros y castaños para los cinco Stark, y uno blanco, blanco como la nieve.

Fue entonces cuando supo la respuesta.

Al pie del Muro, los hombres de la reina habían encendido la hoguera nocturna. Vio a Melisandre salir del túnel, al lado del rey, para dirigir las plegarias que, según ella, mantendrían a raya la oscuridad.

—Vamos, Fantasma —dijo Jon al lobo—. Ven conmigo. Tienes hambre, lo sé. Lo noto.

Juntos corrieron hacia la puerta; dieron un rodeo para esquivar la hoguera en la que las llamas cada vez más altas arañaban el vientre oscuro de la noche.

La presencia de los hombres del rey era mucho más notable en los patios del Castillo Negro. Al paso de Jon se detuvieron boquiabiertos. Comprendió que ninguno de ellos había visto hasta entonces un huargo, y Fantasma doblaba en tamaño a los lobos comunes que merodeaban por sus bosques sureños. Mientras se encaminaba hacia la armería, Jon alzó la vista y vio a Val ante la ventana de su torre.

«Lo siento mucho —pensó—, no voy a ser yo quien te secuestre para sacarte de ahí».

En el patio de entrenamiento se encontró con una docena de hombres del rey con antorchas y lanzas en las manos. Su sargento miró a Fantasma y frunció el ceño; al menos dos de sus hombres bajaron las lanzas, hasta que intervino el caballero que estaba al mando.

—Llegas tarde para la cena —le dijo a Jon.

—En ese caso apartaos de mi camino, mí señor —replicó Jon; y lo obedeció.

Los sonidos lo asaltaron antes de que llegara al pie de las escaleras: voces alzadas, maldiciones, alguien que daba puñetazos en la mesa... Jon entró en la sala casi sin que nadie se diera cuenta. Sus hermanos ocupaban todos los bancos y las mesas, y había más de pie que sentados; todos gritaban y nadie comía. No había comida.

« ¿Qué está pasando aquí? ». Lord Janos chillaba algo acerca de cambiacapas y traición; Férreo Emmett estaba de pie sobre una mesa con la espada desenvidada; Hobb Tresdedos insultaba a un explorador de la Torre Sombría... Un hombre de Guardiaoriente aporreaba la mesa con el puño sin cesar para exigir silencio, pero lo único que conseguía era añadir más ruido a la cacofonía que retumbaba contra el techo abovedado.

Pyp fue el primero en ver a Jon. Cuando divisó a Fantasma sonrió, se llevó dos dedos a la boca y silbó como solo podía silbar un muchacho criado entre cómicos. El sonido agudo sajó el clamor como una espada. Cuando Jon avanzó hacia la mesa fueron más los hermanos que lo vieron y cayeron en el silencio. El ruido fue reduciéndose a meros murmullos que se extinguían, hasta que el único sonido que se oyó fue el roce de las botas de Jon contra el suelo de piedra y el crepititar de los troncos en la chimenea.

Fue ser Alliser Thorne el que rompió el silencio.

—Vaya. Por lo visto, el cambiacapas se ha decidido a honrarnos con su presencia.

Lord Janos tenía el rostro congestionado y le temblaban las manos.

—¡Es la fiera! —jadeó—. ¡Mirad! ¡Es la fiera que mató a Medihamano! Hay un cambiapiés entre nosotros, hermanos. ¡Es un CAMBIAPIÉLES! Este... este monstruo no puede ser nuestro comandante. ¡Este monstruo no puede vivir!

Fantasma enseñó los dientes, pero Jon le puso una mano en la cabeza.

—Mi señor —pidió—, ¿os importaría explicarme qué está pasando aquí?

Fue el maestre Aemon quien le respondió desde el otro extremo de la sala.

—Han propuesto tu nombre para el cargo de lord comandante, Jon.

—¿Quién? —dijo al tiempo que miraba a sus amigos. La sola idea era tan absurda que no pudo contener una sonrisa.

Sin duda era una de las bromas de Pyp. Pero el muchacho se encogió de hombros, y Grenn sacudió la cabeza. Fue Edd Tollett el Penas quien se levantó.

—He sido yo. Ya sé, ya sé, es una canallada hacerle esto a un amigo, pero con tal de que no me toque a mí...

—Esto es... —Lord Janos estaba echando chispas—. Esto es una afrenta. Lo que tendríamos que hacer es ahorcar a este crío. ¡Si! ¡Voto por que lo ahorquemos por cambiapiés y por cambiacapas, al lado de su amigo Mance Rayder! ¡Lord comandante? ¡No lo pienso tolerar!

—¿Qué es eso de que tú no va a tolerar qué? —preguntó Cotter Pyke levantándose—. Puede que a tus capas doradas los tuvieras bien entrenados para que te lamieran el culo, pero la capa que llevas ahora es negra.

—Cualquier hermano puede presentar un candidato para que lo consideremos; basta con que haya pronunciado los votos —aportó ser Denys Mallister—. Tollett está en su derecho, mi señor.

Una docena de hombres empezaron a hablar a la vez, trataban de acallarse unos a otros, y pronto la sala volvió a ser un caos de gritos. En esta ocasión fue ser Alliser Thorne quien se subió a la mesa de un salto y alzó las manos para pedir silencio.

—¡Hermanos! —exclamó—. ¡Así no vamos a conseguir nada! Propongo que votemos. Ese monarca que ha ocupado la Torre del Rey ha apostado a sus hombres ante todas las puertas, para que no podamos comer ni salir de aquí mientras no hayamos elegido al nuevo lord comandante. ¡Pues hagámoslo! Votaremos, volveremos a votar y, si hace falta, nos pasaremos así la noche hasta que terminemos... pero antes de que depositemos las fichas, creo que el capitán de los constructores quería decirnos algo.

Othell Yarwyck se levantó despacio, con el ceño fruncido. El corpulento constructor se frotó la mandíbula prominente.

—Quiero retirarme de la elección. Si me hubierais querido, ya habéis tenido diez ocasiones para elegirme, pero en ninguna de ellas me han votado tantos como era necesario. Iba a decir que los que estaban depositando mi ficha deberían elegir a lord Janos...

—Lord Slynt es el mejor candidato... —asintió ser Alliser.

—No había terminado, Alliser —se quejó Yarwyck—. Lord Slynt era comandante de la Guardia de la Ciudad en Desembarco del Rey, eso lo sabemos todos, y también que era el señor de Harrenhal...

—Pero si en su vida ha puesto los pies en Harrenhal! —gritó Cotter Pyke.

—Es verdad —replicó Yarwyck—. En fin, el caso es que ahora que estoy aquí hablando no recuerdo qué me hizo pensar que Slynt sería la mejor opción. Eso sería como darle una bofetada al rey Stannis, y no veo de qué nos iba a servir. Puede que Nieve sea más apropiado. Lleva más tiempo en el Muro, es el sobrino de Ben Stark y sirvió como escudero al Viejo Oso. —Yarwyck se encogió de hombros—. Elegid a quien queráis mientras no sea a mí.

Se sentó. Jon vio que el rostro de Janos Slynt había pasado del rojo al púrpura; en cambio, Alliser Thorne se había puesto pálido. El hombre de Guardiaoriente volvía a dar puñetazos en la mesa, pero esta vez lo que pedía a gritos era la olla.

Algunos de sus amigos se unieron a la petición.

—¡La olla! —rugieron como un solo hombre—. ¡La olla, la olla, LA OLLA!

La olla estaba en un rincón, junto a la chimenea: era un caldero grande, barrigón, con dos asas enormes y una tapa muy pesada. El maestre Aemon dio una orden a Sam y a Clydas, que fueron a buscarla, la cogieron por las asas y la pusieron sobre la mesa. Unos cuantos hermanos habían empezado ya a formar una cola junto a los cubos de las diferentes fichas cuando Clydas levantó la tapa y estuvo a punto de dejársela caer sobre los pies. Un enorme cuervo salió repentinamente de la olla con un graznido brusco, en medio de un remolino de plumas. Revoloteó hacia arriba, tal vez en busca de una viga en la que posarse o una ventana por la que escapar, pero en la bóveda no había ni una cosa ni la otra. El cuervo estaba atrapado. Graznó de nuevo y voló en torno a la estancia una vez, dos veces, tres veces... Fue entonces cuando Jon oyó el grito de Samwell Tarly.

—A ese pájaro lo conozco! ¡Es el cuervo de lord Mormont!

El cuervo se posó sobre la mesa más cercana a Jon.

—Nieve —graznó. Era un pájaro viejo, sucio y roñoso—. Nieve —dijo de nuevo—. Nieve, nieve, nieve.

Caminó hasta el extremo de la mesa, extendió de nuevo las alas y voló para posarse en el hombro de Jon.

Lord Janos Slynt se dejó caer sentado, pero la carcajada burlona de ser Alliser retumbó por toda la estancia.

—Ser Cerdi nos toma a todos por idiotas, hermanos —dijo—. Ha sido él quien le ha enseñado el truquito al pajarraco. Todos los cuervos que tenemos dicen ahora lo mismo: «nieve». Subid a las pajarerías si no me creéis. En cambio, el de Mormont sabía muchas más palabras.

El cuervo inclinó la cabeza a un lado y miró a Jon.

—¿Maíz? —dijo, esperanzado. Al no obtener ni maíz ni respuesta, lanzó otro graznido—. ¿Olla? ¿Olla? ¿Olla?

Lo que ocurrió a continuación fue un torrente de puntas de flecha, una inundación de puntas de flecha, suficientes puntas de flecha para enterrar las escasas piedras, conchas y monedas de cobre que cayeron en la olla.

Cuando terminó el recuento, Jon se vio rodeado. Unos le daban palmadas en la espalda, mientras otros hincaban la rodilla en tierra ante él como si fuera un señor de verdad. Seda, Owen el Bestia, Halder, Sapo, Bota de Sobra, Gigante, Mully, Ulmer del Bosque Real, Donnel Colina el Suave y otro medio centenar de hermanos formaron un corro en torno a él. Dywen entrechocó los dientes de madera.

—Los dioses se apiaden de nosotros; nuestro lord comandante todavía lleva pañales.

—Espero que esto no signifique que no te puedo dar una paliza de muerte en el próximo entrenamiento, mi señor. —Férreo Emmett sonrió.

Hobb Tresdedos quería saber si seguiría compartiendo la mesa con todos los hombres o si querría que le sirvieran las comidas en sus habitaciones. Hasta Bowen Marsh se acercó para decirle que le gustaría seguir siendo lord mayordomo si así lo deseaba lord Nieve.

—Lord Nieve —dijo Cotter Pyke—, como la cagües te arranco el hígado y me lo como crudo con cebollas.

Ser Denys Mallister fue más cortés.

—Lo que me pidió el joven Samwell fue muy duro —le confesó el anciano caballero—. Cuando salió elegido lord Qorgyle me dije: «No importa; lleva en el Muro más tiempo que tú, ya llegará tu momento». Cuando se votó a lord Mormont pensé: «Es fuerte y decidido, pero también anciano; puede que aún llegue tu momento». Pero tú eres casi un niño, lord Nieve, y ahora tengo que volver a la Torre Sombria con la certeza de que mi momento no llegará jamás. —Esbozó una sonrisa cansada—. No hagas que lamente lo que he hecho. Tu tío era un gran hombre, igual que tu padre y el padre de tu padre. Espero que estés a su altura.

—Eso —dijo Cotter Pyke—. Puedes empezar por decírles a los hombres del rey que hemos terminado y que queremos cenar de una puta vez.

—Cenar —graznó el cuervo—. Cenar, cenar.

Cuando se los informó de la elección, los hombres del rey se retiraron de la puerta, y Hobb Tresdedos salió hacia la cocina con media docena de ayudantes para ir a buscar la comida. Jon no esperó a que volvieran. Salió al exterior y caminó sin saber si estaba soñando, con el cuervo en el hombro y Fantasma pisándole los talones. Pyp, Grenn y Sam iban tras él sin parar de charlar, pero casi no oyó ni una palabra hasta que Grenn se acercó para hablarle en susurros.

—Ha sido cosa de Sam.

—¡Ha sido cosa de Sam! —ratificó Pyp. El muchacho había cogido un pellejo de vino antes de salir; bebió un largo trago—. Sam, Sam, Sam el mago —entonó—, Sam el genio, Sam, Sam, el maravilloso Sam. ¡Ha sido cosa de Sam! Pero ¿cuándo te las arreglaste para meter el cuervo en la olla, Sam? Y por los siete infiernos, ¿cómo podías estar seguro de que iba a volar hacia Jon? Imagínate que va y se posa en el cabezón de Janos Slynt, menuda cagada.

—Yo no he tenido nada que ver con lo del pájaro —insistió Sam—. Por poco me meo encima cuando lo he visto salir volando de la olla.

Jon se echó a reír, algo sorprendido de volver a oír una carcajada propia.

—Sois una panda de locos, por si no os habíais enterado.

—¿Nosotros? —dijo Pyp—. ¿Que nosotros estamos locos? Oye, que yo sepa, aquí solo hay uno que acaba de convertirse en el lord comandante número novecientos noventa y ocho de la Guardia de la Noche. Será mejor que bebas un poco de vino, lord Jon. Vas a necesitar mucho, mucho vino.

De manera que Jon Nieve cogió el pellejo que le ofrecía y bebió un trago.

Pero solo uno. El Muro estaba en sus manos; la noche era oscura, y tenía que enfrentarse a un rey.

Se despertó al instante con los nervios a flor de piel. Durante un momento no recordó dónde estaba. Había soñado que volvía a ser pequeña y todavía compartía el dormitorio con su hermana Arya. Pero la que se agitaba en sueños era su doncella, no su hermana, y aquello no era Invernalia, sino el Nido de Águilas.

«Y yo soy Alayne Piedra, una bastarda». La habitación era fría y negra, aunque bajo las sábanas tenía calor. Aún no había llegado el amanecer. A veces soñaba con ser Ilyn Payne, y despertaba con el corazón desbocado, pero aquel sueño había sido distinto.

«Con mi hogar. He soñado con mi hogar».

El Nido de Águilas no era su hogar. No era más grande que el Torreón de Maegor, y tras las imponentes murallas blancas no había más que montañas y un descenso largo y traicionero por Cielo, Nieve y Piedra hasta el pueblo llamado Puertas de la Luna, en lo más profundo del valle. No había adónde ir y muy poco que hacer. Los criados más viejos le contaban que aquellos salones habían resonado con carcajadas cuando su padre y Robert Baratheon eran pupilos de Jon Arryn, pero de aquellos días hacia ya muchos años. Su tía tenía poca gente en el Nido de Águilas y rara vez permitía que los invitados traspasaran las Puertas de la Luna. Aparte de su anciana doncella, la única compañía de Sansa era lord Robert, de ocho años y una edad mental de tres.

«Y Marillion. Siempre Marillion». Cuando tocaba para todos durante las cenas, el joven bardo parecía cantar solo para ella, cosa que a su tía no le hacía la menor gracia. Lady Lysha mimaba a Marillion; había despedido a dos criadas y hasta a un paje por contar mentiras acerca de él.

Lysha estaba tan sola como siempre. Su flamante esposo pasaba más tiempo al pie de la montaña que con ella en la cima. En aquel momento estaba ausente; llevaba cuatro días fuera, en reuniones con los Corbray. A base de fragmentos de conversaciones escuchadas aquí y allá, Sansa se había enterado de que los vasallos de Jon Arryn estaban resentidos con Lysha por su matrimonio y envidiaban la autoridad de Petyr como Lord Protector del Valle. La rama principal de la casa Royce estaba al borde de la rebelión por la negativa de su tía a ayudar a Robb en la guerra, y los Waynwood, los Redfort, los Belmore y los Templeton los apoyaban plenamente. Los clanes de las montañas también estaban causando problemas, y el anciano lord Hunter había muerto de manera tan repentina que sus dos hijos más jóvenes acusaban a su hermano mayor de haberlo asesinado. El Valle de Arryn se había librado de los peores efectos de la guerra, pero desde luego no era el lugar idílico que le había asegurado su tía.

«No me voy a poder dormir —pensó Sansa—. Tengo un caos en la cabeza». De mala gana apartó la almohada, se quitó de encima las mantas, se dirigió hacia

la ventana y abrió los postigos.

Estaba nevando sobre el Nido de Águilas.

Fuera, los copos descendían suaves y silenciosos como recuerdos. « ¿Ha sido esto lo que me ha despertado? ». La capa de nieve ya era gruesa en el jardín, un manto que cubría la hierba y adornaba arbustos y estatuas con su brillo blanco al tiempo que empezaba a pesar en las ramas de los árboles. Aquel espectáculo devolvió a Sansa a las frias noches de hacia tanto tiempo, al largo verano de su infancia.

La última vez que había visto nieve fue el día que partió de Invernalia.

« Fue una nevada más ligera que esta —recordó—. Los copos que tenía Robb en el pelo se estaban derritiendo cuando me abrazó, y la bola de nieve que intentó hacer Arya se le deshacía en las manos. —Dolía recordar lo feliz que había sido aquella mañana. Hullen la había ayudado a montar, y ella había partido a caballo bajo la nevada para ver el ancho mundo—. Aquel día pensé que mi canción estaba empezando, pero en realidad estaba a punto de terminar» .

Sansa dejó abiertos los postigos mientras se vestía. Sabía que haría frío, aunque las torres del Nido de Águilas rodeaban el jardín y lo resguardaban de lo más duro de los vientos de la montaña. Se puso ropa interior de seda y una combinación de lino, y por encima, un vestido abrigado de lana azul de cordero, dos pares de medias en las piernas, botas atadas hasta las rodillas, gruesos guantes de cuero y, por último, una suave capa de piel de zorro blanco con capucha.

Su doncella se arrebuscó en la manta cuando la nieve empezó a entrar por la ventana. Sansa abrió la puerta y bajó por la escalera de caracol. Cuando abrió la puerta que daba al jardín, el espectáculo era de una belleza tal que contuvo el aliento para no trastornar una hermosura tan perfecta. La nieve seguía cayendo en un silencio fantasmal y se depositaba en el suelo, en un manto grueso immaculado. Todos los colores habían desaparecido; solo había blancos, negros y grises. Las torres blancas, la nieve blanca, las estatuas blancas, negras sombras y negros árboles, y por encima de todo, el oscuro cielo gris.

« Es un mundo puro —pensó Sansa—. No es lugar para mí» .

Pese a todo, pisó la nieve. Las botas se le hundieron hasta el tobillo en la blanda superficie blanca sin hacer el menor ruido. Sansa paseó sin rumbo entre arbustos escarchados y árboles oscuros y escuálidos, y se preguntó si estaría soñando todavía. Los copos que caían le acariciaban el rostro, ligeros como el beso de un amante, y se le derretían en las mejillas. En el centro del jardín, junto a la estatua de la mujer llorosa que yacía rota y medio enterrada en el suelo, volvió el rostro hacia el cielo y cerró los ojos. Sintió la nieve en las pestañas, la saboreó en los labios... Era el sabor de Invernalia, el sabor de la inocencia, el sabor de los sueños.

Cuando volvió a abrir los ojos descubrió que estaba de rodillas. No recordaba haberse dejado caer. Le pareció que el cielo gris se había aclarado un poco.

«Amanece —pensó—. Un día más. Un nuevo día». Pero los que añoraba eran los días antiguos; rezaba por que volvieran. Pero ¿a quién podía rezar? Sabía que aquel jardín se había concebido como bosque de dioses, pero no había suficiente tierra, y era demasiado pedregosa para que arraigaran los arcianos.

«Un bosque de dioses sin dioses, tan vacío como yo».

Cogió un puñado de nieve y lo apretó entre los dedos. La nieve era densa y húmeda, mantenía la forma sin problemas. Sansa empezó a hacer bolas; les daba forma y las pulía hasta que quedaban redondas, blancas, perfectas. Recordó una nevada veraniega en Invernalia, cuando Arya y Bran le habían tendido una emboscada una mañana al salir del torreón. Cada uno de sus hermanos tenía preparada una docena de bolas de nieve, y ella, ninguna. Bran se había subido al tejado del puente cubierto, fuera de su alcance, pero a Arya la persiguió por los establos y en torno a la cocina hasta que ambas se quedaron sin aliento. Tal vez le habría dado alcance, pero resbaló en el hielo. Su hermana se acercó para ver si se había hecho daño. Cuando le dijo que no, Arya le tiró otra bola de nieve a la cara, pero Sansa la agarró por la pierna y la hizo caer, y le estaba frotando la nieve en el pelo cuando Jory llegó para separarlas entre carcajadas.

«¿Qué voy a hacer con las bolas de nieve? —Contempló con tristeza su pequeño arsenal—. No tengo a quién tirárselas. —Dejó caer la que estaba haciendo en aquel momento—. También podría hacer un caballero de nieve —pensó—. O también...».

Juntó dos de las bolas de nieve, añadió una tercera, las rodeó con más nieve y palmeó el conjunto para darle forma de cilindro. Cuando lo tuvo listo lo puso en pie y, con la punta del meñique, abrió agujeros a modo de ventanas. Las almenas de la parte superior exigían más atención, pero cuando acabó ya tenía una torre.

«Ahora me hacen falta las murallas —pensó Sansa—, y después, una fortaleza». Puso manos a la obra.

La nieve caía, y el castillo se alzaba. Dos murallas hasta la altura del tobillo, la interior más elevada que la exterior. Torres y torreones, fortines y escaleras, una cocina redonda, una armería cuadrada, los establos a lo largo de la cara interior de la muralla oeste... Al empezar era solo un castillo, pero no pasó mucho tiempo antes de que Sansa supiera que era Invernalia. Bajo la nieve encontró palitos y ramas caídas, que despuntó para hacer los árboles del bosque de dioses. Las lápidas del camposanto las hizo con trocitos de corteza de árbol. No tardó en tener los guantes y las botas completamente blancos; las manos le cosquilleaban y sentía los pies fríos y empapados, pero no le importaba. Lo único que importaba era el castillo. Algunas cosas le costaba recordarlas, pero la mayoría las conseguía visualizar como si hubiera estado en Invernalia el día anterior. La Torre de la Biblioteca, con la escalera de piedra enroscada por el exterior; el puesto de guardia; los dos grandes baluartes; la puerta en forma de arco; las almenas, en la parte superior...

Mientras tanto, la nieve no dejaba de caer; se acumulaba entre sus edificaciones tan deprisa como ella las alzaba. Estaba alisando el tejado en pendiente del salón principal cuando oyó una voz. Alzó la vista y vio a su doncella llamándola desde la ventana. ¿Se encontraba bien su señora? ¿Quería desayunar? Sansa sacudió la cabeza y siguió dando forma a la nieve para poner una chimenea en un extremo del salón principal, casi imaginando que el fuego ardía en el interior.

El amanecer se coló como un ladrón en su jardín. El gris del cielo se hizo aún más claro, y los árboles y los arbustos se tornaron color verde oscuro bajo sus estolas de nieve. Unos cuantos criados salieron a mirarla durante un rato; no les hizo caso, y pronto volvieron al interior del edificio, donde hacía más calor. Sansa vio a lady Lysa que la contemplaba desde su balcón envuelta en una túnica de terciopelo azul con ribetes de piel de zorro, pero cuando volvió a mirar, su tía ya no estaba. El maestre Colemon se asomó por la ventana de la pajarera y estuvo un rato mirándola desde arriba, flaco y tiritando, pero mordido por la curiosidad.

Todos los puentes se le caían. Había un puente cubierto entre la armería y el torreón principal, y otro que iba del cuarto piso de la torre de la campana al segundo de la pajarera, pero por mucho que les diera forma con todo cuidado, se le derrumbaban sin remedio. La tercera vez que uno se cayó, masculló una maldición y se dejó caer sentada, frustrada e impotente.

—Apretad la nieve en torno a un palito, Sansa.

No habría sabido decir cuánto tiempo llevaba mirándola, ni cuándo había regresado del Valle.

—¿Un palito? —repitió sorprendida.

—Así tendrá más consistencia y se mantendrá en pie, creo yo —dijo Petyr

—. ¿Puedo entrar en vuestro castillo, mi señora?

—No me lo rompáis, tened... —Sansa recelaba.

—¿Cuidado? —Sonrió—. Invernalia ha resistido contra enemigos mucho más temibles que yo. Porque es Invernalia, ¿verdad?

—Sí —reconoció Sansa.

—Cuando Cat se fue al norte con Eddard Stark, soñaba a menudo con ese lugar. —El hombre recorrió el muro exterior—. En mis sueños era un sitio frío y oscuro.

—No. Siempre hacía calor, hasta cuando nevaba. El agua de los manantiales calientes se bombeaba por el interior de los muros para mantenerlos a buena temperatura, y en los jardines de cristal era siempre como en el día más caluroso del verano. —Se irguió para contemplar el gran castillo blanco—. No se me ocurre cómo hacer el tejado de cristal de los jardines.

Meñique se acarició la barbilla, desprovista de barba desde que Lysa le había pedido que se afeitara.

—Los cristales estarían encajados en una estructura de madera, ¿no? Pues ahí

tenéis: hacedlo con ramitas. Las peláis, las entrecruzáis y utilizáis tiras de corteza para que el conjunto se sostenga. Esperad, os enseñaré.

Recorrió el jardín para recoger ramas y palitos, y les fue sacudiendo la nieve. Cuando tuvo suficientes salvó las dos murallas de una zancada larga y se acuclilló en mitad del patio. Sansa se acercó para ver qué hacía. Petyr trabajaba con manos hábiles y seguras, y pronto tuvo un enrejado de ramitas muy semejante al que había servido como tejado de cristal para los jardines de Invernalia.

—Los cristales nos los tendremos que imaginar, claro —dijo mientras le entregaba la estructura.

—Es perfecto —dijo.

—Y esto también —dijo él rozándole la cara.

—¿El qué? —Sansa lo miró sin comprender.

—Vuestra sonrisa, mi señora. ¿Os hago otro?

—Si sois tan amable...

—Nada me complacería más.

Ella alzó las paredes de los jardines de cristal mientras Meñique iba poniendo los tejados, y cuando terminaron la ayudó a ampliar las murallas y a construir la caseta de la guardia. Sansa utilizó palitos para los puentes cubiertos, y tal como él había dicho, se mantuvieron en pie. El Primer Torreón fue muy sencillo; no era más que una torre vieja, redonda y achaparrada, pero se volvió a quedar bloqueada a la hora de poner las gárgolas que bordeaban la cima. La respuesta la tenía otra vez Petyr.

—Ha estado nevando sobre vuestro castillo, mi señora —señaló—. ¿Cómo son las gárgolas cuando están cubiertas de nieve?

—Solo son bultos blancos. —Sansa había cerrado los ojos para rememorarlas.

—Pues ahí tenéis. Las gárgolas son difíciles, pero los bultos blancos no cuestan nada.

Y así fue.

La torre rota fue todavía más fácil. Juntos hicieron una torre alta, arrodillados hombro con hombro para darle un acabado pulido, y cuando la pusieron en pie, Sansa metió los dedos en la cima, agarró un puñado de nieve y se lo tiró a él a la cara. Petyr dejó escapar un grito cuando la nieve se le metió por el cuello del jubón.

—Eso no ha sido nada galante, mi señora.

—Como tampoco lo fue que me trajerais aquí después de prometerme que me llevaríais a casa.

No sabía de dónde había sacado el valor para hablarle con tanta franqueza.

«De Invernalia —pensó—. Entre los muros de Invernalia soy más fuerte».

—Sí, en eso no os dije la verdad... —El rostro de Petyr se tensó—. Tampoco en otra cosa.

—¿En qué otra cosa? —Sansa sentía un nudo en la garganta.

—Antes os dije que nada me complacería más que ayudaros a edificar este castillo. Siento comunicaros que eso también era mentira. Hay algo que me complacería mucho más. —Dio un paso hacia ella—. Esto.

Sansa intentó retroceder, pero él la agarró por los brazos y de repente la estaba besando. Se resistió débilmente, con lo que solo consiguió que la estrechara más contra él. Tenía la boca sobre la suya, engullía sus palabras. El aliento le sabía a menta. Durante un segundo se rindió a su beso... pero enseguida volvió la cara y se debatió para liberarse.

—¿Qué hacéis?

—Besar a una doncella de nieve. —Petyr se enderezó la capa.

—¡Tenéis que besarla a ella! —Sansa alzó la vista hacia el balcón de Lysa, pero ya no había nadie allí—. ¡A vuestra esposa!

—Ya lo hago. Lysa no tiene motivos de queja. —Sonrió—. Ojalá tuvierais delante un espejo, mi señora. Estáis hermosísima. Estáis cubierta de nieve como un cachorrillo de oso, pero tenéis el rostro tan sonrojado que apenas si podéis respirar. ¿Cuánto hace que lleváis aquí? Debéis de tener mucho frío. Dejad que os dé calor, Sansa. Quitaros los guantes, dadme las manos.

—¡No! —Hablaban casi igual que Marillion la noche que se había emborrachado durante el banquete. Solo que en aquella ocasión no acudiría Lothor Brune para salvarla, ser Lothor servía a Petyr—. No me deberíais besar. Podría ser vuestra hija...

—Podrías ser mi hija —reconoció con una sonrisa pesarosa—. Pero el caso es que no lo sois. Sois hija de Eddard Stark y de Cat. Y de verdad pienso que podríais ser aún más bella que vuestra madre cuando tenía la edad que vos tenéis.

—Petyr, por favor. —Su voz sonaba demasiado débil—. Por favor...

—¡Un castillo!

La voz era un chillido agudo, infantil. Petyr se apartó de ella.

—Lord Robert. —Esbozó un amago de reverencia—. ¿No sería mejor que no salierais sin los guantes?

—¿Habéis hecho vos el castillo, lord Meñique?

—Lo ha hecho casi todo Alayne, mi señor.

—Es Invernalia —aportó Sansa.

—¿Invernalia?

Para sus ocho años, Robert era muy menudo, un niño flaco de piel llena de manchas y ojos siempre llorosos. Tenía bajo un brazo un muñeco de trapo deshilachado que llevaba a todas partes.

—Invernalia es el asentamiento de la casa Stark —le explicó Sansa a su futuro esposo—. Es el gran castillo del norte.

—No es tan grande. —El niño se arrodilló ante el puesto de guardia—. Mira, viene un gigante que lo va a derribar. —Puso al muñeco de pie en la nieve y lo

hizo avanzar—. Pom, pom, pom, soy un gigante, soy un gigante —entonó—. Jo, jo, jo, abrid las puertas o las derribaré, jo, jo, jo.

Agarró el muñeco por la cintura y le hizo balancear las piernas para derribar primero la torre de un puesto de guardia y luego la del otro.

Aquello colmó la paciencia de Sansa.

—¡Para ahora mismo, Robert!

En vez de obedecer, el niño volvió a sacudir el muñeco y derribó una muralla. Ella le intentó agarrar la mano, pero lo que alcanzó fue el muñeco. Se oyó el sonido de la tela al desgarrarse, y de pronto se encontró con la cabeza en la mano, mientras Robert se quedaba con el cuerpo y las piernas. El relleno de algodón y serrín se derramó sobre la nieve.

A lord Robert le empezaron a temblar los labios.

—¡Lo has matadoo! —aulló.

Luego llegaron los temblores. Al principio no fueron más que unos estremecimientos, pero casi al instante se derrumbó sobre el castillo agitando los miembros con movimientos convulsos. Las torres blancas y los puentes de nieve saltaron en pedazos. Sansa se quedó paralizada, horrorizada, pero Petyr Baelish agarró a su primo por las muñecas y llamó a gritos al maestre.

Los guardias y las criadas llegaron enseguida para ayudar a sujetar al pequeño, seguidos de inmediato por el maestre Colemon. La enfermedad de los temblores de Robert Arryn no era ninguna novedad para los habitantes del Nido de Águilas; lady Lysa los tenía a todos bien entrenados para salir corriendo al primer grito del niño. El maestre sostuvo la cabeza del pequeño señor y le hizo beber media copa de vino del sueño al tiempo que murmuraba palabras tranquilizadoras. Poco a poco, la violencia del ataque se fue calmando hasta que no quedó más que un leve temblor de las manos.

—Llevadlo a mis habitaciones —ordenó Colemon a los guardias—. Lo calmaré con una sangría.

—Ha sido culpa mía. —Sansa les mostró la cabeza de trapo—. Le he roto el muñeco en dos. No era mi intención, de verdad, pero...

—El señor estaba destruyendo el castillo —dijo Petyr.

—Era un gigante —sollozó el niño—. No era yo; el que rompía el castillo era un gigante. ¡Y ella lo ha matado! ¡Es mala! ¡Es una bastarda y es mala! ¡No quiero que me sangren!

—Hay que aligeraros la sangre, mi señor —dijo el maestre Colemon—. La sangre mala es lo que os pone furioso, y la furia es lo que provoca los temblores. Vamos.

Se llevaron al muchacho.

« Mi señor esposo —pensó Sansa mientras contemplaba las ruinas de Invernalia. La nevada había cesado, y hacía más frío que antes. A lo mejor a lord Robert le entraban temblores durante la ceremonia nupcial —. Joffrey al

menos tenía salud». Una ira incontrolable se apoderó de ella. Cogió una rama y ensartó en ella la cabeza del muñeco; a continuación clavó la rama en el puesto de guardia destrozado de su castillo de nieve. Los criados la miraron horrorizados, pero cuando Meñique vio lo que había hecho, se echó a reír.

—Si lo que cuentan las leyendas es cierto, no es el primer gigante cuya cabeza acaba adornando las murallas de Invernalia.

—No son más que cuentos —dijo al tiempo que daba media vuelta.

Cuando llegó a sus habitaciones, Sansa se quitó la capa y las botas mojadas y se sentó junto al fuego de la chimenea. Sin duda tendría que dar cuentas por el ataque de lord Robert.

« Puede que lady Lysa me eche de aquí». Su tía tenía la mano ligera a la hora de expulsar a los que incurrián en su ira, y nada la airaba tanto como sospechar que alguien había tratado mal a su hijo.

Sansa habría agradecido que la expulsara de allí. Las Puertas de la Luna eran un lugar mucho más grande que el Nido de Águilas, y también mucho más animado. Lord Nestor Royce parecía testarudo y gruñón, pero en realidad era su hija Myranda la que gobernaba el castillo, y todo el mundo comentaba lo alegre y amante de las diversiones que era. Ni siquiera la supuesta condición de bastarda de Sansa sería un problema allí abajo; una de las hijas ilegítimas del rey Robert estaba entre los sirvientes de lord Nestor, y se comentaba que lady Myranda y ella eran amigas íntimas, casi como hermanas.

« Le diré a mi tía que no me quiero casar con Robert. —Ni el propio septón supremo podía declarar casada a una mujer si ella se negaba a pronunciar los votos. Dijera lo que dijera su tía, no era ninguna mendiga. Tenía trece años; era una mujer, florecida y casada; era la heredera de Invernalia. A veces se compadecía de su primo, pero ni se podía imaginar que alguna vez quisiera casarse con él—. Antes preferiría volver a casarme con Tyrion. —Si lady Lysa se enteraba, la mandaría lejos de allí... lejos de los pucheros, los temblores y los ojos llorosos de Robert, lejos de las miradas insistentes de Marillion, lejos de los besos de Petyr—. Se lo voy a decir. ¡Se lo voy a decir!».

Ya estaba muy avanzada la tarde cuando lady Lysa la mandó llamar. Sansa llevaba todo el día haciendo acopio de valor, pero en cuanto Marillion apareció en su puerta volvió a sentirse invadida por las dudas.

—Lady Lysa requiere vuestra presencia en la Sala Alta.

Mientras se dirigía a ella, el bardo la desnudaba con los ojos, pero a aquello ya estaba acostumbrada.

Marillion era atractivo, aquello no se podía negar: juvenil, esbelto, de piel inmaculada, cabellos color arena y sonrisa encantadora. Pero había conseguido que lo detestara todo el Valle, excepto su tía y el pequeño lord Robert. Según los criados, Sansa no era la primera doncella que tenía que soportar su acoso, y las demás no habían tenido a un Lothor Brune que las defendiera. Pero lady Lysa no

quería ni oír una queja contra él. Desde su llegada al Nido de Águilas, el bardo se había convertido en su favorito. Sus canciones dormían a lord Robert todas las noches, y también servían para humillar a los pretendientes de lady Lysa con versos que se burlaban de sus puntos flacos. Su tía lo había cubierto de oro y regalos, ropajes lujosos, un brazalete de oro, un cinturón con incrustaciones de adularias, un hermoso caballo... Hasta le había dado el halcón favorito de su difunto esposo. Con ello, lo que había conseguido era que Marillion se mostrara extremadamente cortés en presencia de lady Lysa y extremadamente arrogante en cuanto le daba la espalda.

—Gracias —le dijo Sansa con tono seco—. Ya sé por dónde se va.

Pero no surtió efecto.

—Mi señora ha dicho que te lleve ante ella.

«¿Qué me lleve?». Aquello no le gustaba nada.

—Ahora hacéis las veces de guardia?

Meñique había echado al capitán de la Guardia del Nido de Águilas, para poner en su lugar a Lothor Brune.

—¿Acaso hace falta que te guarden? —preguntó Marillion—. Por cierto, estoy componiendo otra canción, una canción tan dulce y triste que derretirá hasta tu corazón helado. La voy a titular «Una rosa al borde del camino». Habla de una niña bastarda tan bella que hechizaba a todos los hombres que la miraban.

«Soy una Stark de Invernalia», habría querido decirle. Pero se calló y asintió, y dejó que la escoltara por las escaleras de la torre y por el puente. La Sala Alta llevaba cerrada desde que ella había llegado al Nido de Águilas. Sansa se preguntó por qué la habría abierto su tía. Por lo general prefería la comodidad de sus estancias o la calidez acogedora de la sala de audiencias de lord Arryn, que tenía vistas a la catarata.

Dos guardias con capas color azul cielo flanqueaban con lanzas en las manos las puertas de madera tallada de la Sala Alta.

—No permitáis que entre nadie mientras Alayne esté con lady Lysa —les dijo Marillion.

—De acuerdo, señor.

Los hombres los dejaron pasar y cruzaron las lanzas. Marillion cerró las puertas y las atrancó con una tercera lanza, más larga y gruesa que las de los guardias de la parte de fuera.

—Y eso por qué? —Sansa sintió una punzada de inquietud.

—Mi señora te está esperando.

Miró a su alrededor, insegura. Lady Lysa estaba sentada en el estrado elevado, en una silla de respaldo alto de arciano tallado, sola. A su derecha había una segunda silla aún más alta con un montón de cojines azules en el asiento, pero lord Robert no la ocupaba. Sansa esperaba que se estuviera recuperando, pero Marillion no se lo diría aunque lo supiera.

Sansa recorrió la alfombra de seda azul entre hileras de columnas acanaladas finas como lanzas. El suelo y las paredes de la Sala Alta eran de mármol blanco con vetas azules. Por las estrechas ventanas en forma de arco de la pared este entraban haces de clara luz diurna. Entre las ventanas había antorchas colgadas de altos apliques de hierro, pero no estaban encendidas. Sus pisadas resonaban suaves sobre la alfombra. Fuera, el viento soplabía frío y solitario.

En medio de tanto mármol blanco, hasta la luz del sol parecía gélida... aunque no tan gélida como su tía. Lady Lysa se había vestido con una túnica de terciopelo color crema y llevaba un collar de zafiros y adularias. Tenía la melena castaña rojiza recogida en una gruesa trenza que le caía sobre un hombro. Se quedó sentada en la silla alta, con el rostro enrojecido e hinchado bajo los afeites y los polvos, mientras su sobrina se aproximaba. A su espalda, un gran estandarte colgaba de la pared, con la luna y el halcón de la casa Arryn en crema y azul.

—¿Me habéis mandado llamar, mi señora? —dijo Sansa, deteniéndose ante el estrado con una reverencia.

Seguía oyendo el sonido del viento, así como los suaves acordes que rasgueaba Marillion al otro lado de la sala.

—He visto lo que has hecho esta mañana —dijo lady Lysa.

—Espero que lord Robert se encuentre mejor. —Sansa se estiró los pliegues de la falda—. No era mi intención romperle el muñeco, pero me estaba destrozando el castillo de nieve; yo solo...

—¡No te hagas la inocente, a mí no me engañas! —gritó su tía—. No me refería al muñeco de Robert. Te vi darle un beso.

La Sala Alta pareció enfriarse un poquito más. Fue como si las paredes, el suelo y las columnas se hubieran convertido en hielo.

—Fue él quien me besó a mí.

—¿Y por qué iba a hacer semejante cosa? —La ira hacía que a Lysa se le dilataran las aletas de la nariz—. Tiene una esposa que lo quiere, una mujer de verdad, no una cría. No le hace ninguna falta una mocosa como tú. Confíásalo, niña: te echaste encima de él. Fue así.

—Eso no es cierto. —Sansa dio un paso atrás.

—¿Adónde vas? ¿Tienes miedo? Ese comportamiento tan promiscuo merece un castigo, pero no seré dura contigo. Tenemos un niño de los azotes para Robert, como tienen por costumbre en las Ciudades Libres. Con lo delicado que está de salud, él no soportaría la vara. Ya buscaré a alguna pueblerina que reciba tus azotes, pero antes tienes que reconocer lo que has hecho. No soporto a los mentirosos, Alayne.

—Yo estaba haciendo un castillo de nieve —dijo Sansa—. Lord Petyr me ayudó; luego me besó. Eso fue lo que visteis.

—¿Es que no sabes qué es el honor? —le replicó su tía con brusquedad—. ¿O es que me tomas por idiota? Es eso, ¿verdad? Me tomas por idiota, ya lo veo.

Pues no soy idiota. Te crees que puedes tener al hombre que quieras solo porque eres joven y bonita; no creas que no me he fijado en las miradas que le echas a Marillion. Yo me entero de todo lo que sucede en el Nido de Águilas, jovencita, y ya he conocido a muchas de tu calaña. Pero te equivocas mucho si piensas que esos ojos grandes y esas sonrisas de ramera te ganarán el amor de Petyr. ¡Es mío! —Se puso de pie—. Todos me lo han intentado quitar. Mi señor padre, mi esposo, tu madre... Sí, sobre todo Catelyn. Le gustaba besar a mi Petyr, vaya si le gustaba.

—¿A mi madre? —Sansa retrocedió otro paso.

—Sí, a tu madre, a tu querida madre, a mi amada hermana Catelyn. No te hagas la inocente conmigo, sabandija mentirosa. Durante todos aquellos años, en Aguasdulces, estuve jugando con Petyr como si fuera un pelele. Lo embrujaba con sonrisas, con palabras cariñosas y miradas de ramera, y convertía sus noches en una tortura.

—¡No! —« Mi madre está muerta —habría querido gritar—. Era tu hermana y ahora está muerta» —. No es verdad. Ella no haría semejante cosa.

—¿Cómo lo sabes? ¿Dónde estabas? —Lysa se bajó de la silla alta en un remolino de faldas—. ¿Acaso viniste con lord Bracken y lord Blackwood cuando nos visitaron para que mi padre resolviera sus diferencias? El bardo de lord Bracken cantó para nosotros, y aquella noche, Catelyn bailó seis veces con Petyr, ¡seis veces, que las conté! Cuando los señores empezaron a discutir, mi padre se los llevó a su sala de audiencias, de manera que no quedó nadie que nos impidiera beber. Edmure, pese a lo joven que era, se emborrachó... y Petyr trató de besar a tu madre, pero ella lo rechazó de un empujón. ¡Se rio de él! Tenía una cara de dolor tal que pensé que se me iba a romper el corazón; luego bebió tanto que se desmayó encima de la mesa. El tío Brynden lo llevó a la cama para que mi padre no lo encontrara de aquella manera. Supongo que no lo recuerdas, ¿verdad? —La miró con furia—. ¿Verdad?

« ¿Qué le pasa? ¿Está borracha o loca?» .

—Yo entonces no había nacido, mi señora.

—No habías nacido. Pero yo sí, así que no te atrevas a decirme qué es verdad y qué es mentira. Sé muy bien cuál es la verdad. ¡Tú lo besaste!

—Fue él quien me besó —insistió Sansa—. Yo no quería...

—Cállate, no te he dado permiso para hablar. Lo provocaste, igual que tu madre aquella noche en Aguasdulces, con sus sonrisas y sus bailes. ¿Creías que se me iba a olvidar? Fue la noche en que subí a escondidas a su dormitorio para consolarlo. Sangré, pero fue el dolor más dulce que se pueda imaginar. Entonces me dijo que me quería, pero antes de quedarse dormido me llamó Cat. Aun así me quedé con él hasta que el cielo empezó a iluminarse. Tu madre no se lo merecía; ni siquiera le dio una prenda suya cuando se enfrentó a Brandon Stark. Yo le habría dado mi prenda, yo se lo di todo. Ahora es mío, no de Catelyn ni

tuyo.

La decisión de Sansa se había marchitado a la vista de la ira de su tía. Lysa Arryn la estaba asustando tanto como antes la reina Cersei.

—Es vuestro, mi señora —dijo con voz que intentaba sonar dócil y arrepentida—. ¿Me das permiso para retirarme?

—No. —El aliento de su tía oía a vino—. Si no fueras quien eres te echaría de aquí. Te mandaría abajo con lord Nestor, a las Puertas de la Luna o de vuelta a los Dedos. ¿Qué te parecería pasarte el resto de tu vida en esa costa desolada, rodeada de viejas sucias y cagarrutas de oveja? Esos eran los planes de mi padre para Petyr. Todo el mundo creía que era por lo de aquel duelo idiota con Brandon Stark, pero no era por eso. Mi padre me dijo que debería dar gracias a los dioses de que un señor tan importante como Jon Arryn me aceptara y a mancillada, pero yo sabía que era solo por las espadas. Tuve que casarme con Jon, o mi padre habría renegado de mí, igual que hizo con su hermano, pero yo había nacido para ser de Petyr. Te lo estoy diciendo para que entiendas cuánto nos queremos, cuánto hemos sufrido, cuánto hemos soñado el uno con el otro. Hicimos un bebé, un bebé precioso. —Lysa se puso las manos en el vientre como si todavía tuviera allí la criatura—. Cuando me lo robaron, me prometí que no volvería a permitir semejante cosa. Jon quería enviar a mi pequeño Robert a Rocadragón, y ese rey borracho se lo habría entregado a Cersei Lannister, pero no se lo permití... Igual que no permitiré que me robes a mi Petyr Meñique. ¿Me has oído bien, Alayne, Sansa o como quiera que te llames? ¿Oyes bien lo que te digo?

—Sí. Os juro que no volveré a besarlo ni... ni a provocarlo. —Sansa pensaba que aquello era lo que su tía quería escuchar.

—Ah, así que lo reconoces. Fuiste tú, tal como me imaginaba. Eres tan ramera como tu madre. —Lysa la agarró por la muñeca—. Ven conmigo, quiero que veas una cosa.

—Me estáis haciendo daño. —Sansa se retorció—. Por favor, tía Lysa, no he hecho nada. ¡Lo juro!

—¡Marillion! —llamó a gritos su tía, haciendo oídos sordos a sus protestas—. ¡Te necesito, Marillion! ¡Te necesito!

El bardo había permanecido discretamente al fondo de la estancia, pero acudió al instante a la llamada de lady Arryn.

—¿Sí, mi señora?

—Toca una canción. Toca «Falsedad y belleza».

Los dedos de Marillion acariciaron las cuerdas.

—« El señor llegó a caballo, era un día en que llovía. Ey-noní, ey-noní, ey-noní-ey...».

Lady Lysa tiró del brazo de Sansa. Tenía que elegir entre caminar y que la arrastrara, de manera que optó por caminar hasta el centro de la sala, hasta un

par de columnas y una puerta de arciano blanco que hendía la pared de mármol. La puerta estaba bien cerrada, con tres pesadas trancas de bronce, pero al otro lado se oía el aullido del viento. Al ver la media luna tallada en la madera, Sansa clavó los pies en el suelo.

—La puerta de la Luna. —Trató de liberarse—. ¿Por qué me enseñáis la puerta de la Luna?

—Ahora chillas como un ratón, pero bien atrevida que eras en el jardín, ¿no? Bien atrevida que eras en la nieve.

—« La dama estaba cosiendo, era un día en que llovía —cantó Marillion—. Ey-noni, ey-noni, ey-noni-ey ...» .

—Abre la puerta —ordenó Lysa—. ¡Te he dicho que la abras! ¡Ábrela o llamo a mis guardias! —Dio un empujón hacia delante a Sansa—. Al menos tu madre era valiente. ¡Quita las trancas!

« Si hago lo que me dice me dejará en paz». Sansa cogió una de las trancas de bronce, la soltó y la apartó a un lado. La segunda tintineó contra el mármol; luego, la tercera. Apenas había tocado el picaporte cuando la pesada puerta de madera restalló hacia dentro y golpeó la pared con estrépito. La nieve se había amontonado en torno al marco y entró como un torbellino, a lomos de una ráfaga de aire gélido que dejó a Sansa tiritando. Trató de apartarse, pero su tía estaba detrás de ella. Lysa la cogió por la muñeca y con la otra mano la empujó por la espalda, con fuerza, hacia la puerta abierta.

Al otro lado había cielo blanco, nieve que caía y nada más.

—Mira abajo —ordenó lady Lysa—. ¡Mira abajo!

Trató de debatirse, pero los dedos de su tía se le clavaban como zarpas en el brazo. Lysa le dio otro empujón y Sansa gritó. El pie izquierdo se le resbaló en un trozo de hielo que se soltó. Ante ella no había nada: solo el vacío y un torreón, doscientas varas más abajo, que colgaba de la ladera de la montaña.

—¡No! —gritó Sansa—. ¡Me estáis asustando!

A sus espaldas, Marillion seguía rasgueando la lira y cantando.

—« Ey-noni, ey-noni, ey-noni-ey ...» .

—¿Todavía quieres que te dé permiso para retirarte? ¡Eh? ¡Eh?

—No. —Sansa clavó los pies en el suelo y se retorció para intentar retroceder, pero su tía no cedia—. Por aquí no, por favor...

Extendió una mano y trató de aferrarse al marco de la puerta, pero no lo consiguió, los pies se le resbalaban en el suelo de mármol mojado. Lady Lysa la empujaba con fuerza inexorable; su tía pesaba dos arrobas más que ella.

—« La dama le dio un beso escondida en el pajar» —cantaba Marillion.

Sansa se retorció hacia un lado, histérica y aterrorizada, y un pie se le deslizó hacia el vacío. Dejó escapar un grito.

—« Ey-noni, ey-noni, ey-noni-ey ...» .

El viento le azotaba las faldas y le mordía las piernas desnudas con dientes

gélidos. Sentía los copos de nieve que se le derretían en las mejillas. Agitó los brazos, dio por casualidad con la gruesa trenza castaña rojiza de Lysa y se aferró a ella.

—¡Mi pelo! —chilló su tía—. ¡Suéltame el pelo!

Estaba temblando y sollozando. Trastabillaron al borde del abismo. Muy lejos, tras ellas, oyó a los guardias golpeando la puerta con las lanzas y exigiendo que les dejaran entrar. Marillion interrumpió la canción.

—¡Lysa! ¿Qué está pasando aquí? —El grito se impuso a los sollozos y a las respiraciones jadeantes. Las pisadas resonaron al otro extremo de la Sala Alta—. ¡Apartaos de ahí! ¿Qué estás haciendo, Lysa?

Los guardias seguían golpeando la puerta. Meñique había entrado por la puerta de los señores, situada tras el estrado.

Cuando Lysa se volvió, aflojó un poco las manos, y Sansa consiguió liberarse. Cayó de rodillas, y así fue como la vio Petyr Baelish. Se detuvo de repente.

—¿Alayne? ¿Cuál es el problema?

—¡Ella! —Lady Lysa agarró un mechón de cabellos de Sansa—. Ella es el problema. ¡Te beso!

—Decídselo —suplicó Sansa—. Decidle que estábamos construyendo un castillo...

—¡Cállate! —chilló su tía—. No te he dado permiso para hablar; ¿a quién le importa tu castillo?

—No es más que una niña, Lysa. La hija de Cat. ¿Qué diantres estabas haciendo?

—¡Iba a casarla con mi Robert! No tiene gratitud. No tiene... decencia. No te puede besar, no eres suyo. ¡No eres suyo! Le estaba enseñando una lección, nada más.

—Ya comprendo. —Se acarició la barbilla—. Y creo que ella también lo entiende, ¿verdad, Alayne?

—Sí —sollozó Sansa—. Lo entiendo.

—No la quiero tener aquí. —Su tía tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¿Por qué la tuviste que traer al Valle, Petyr? No es lugar para ella, no tiene por qué estar aquí.

—Pues la mandaremos a otro lugar. A Desembarco del Rey, siquieres. —Dio un paso hacia ellas—. Venga, suéltala. Deja que se aleje de la puerta.

—¡No! —Lysa le dio otro tirón de pelo a Sansa. La nieve se arremolinaba en torno a ellas y hacia que les restallaran las faldas—. No es posible que sientas nada por ella. No es posible. No es más que una niña idiota con la cabeza hueca, no te ama como yo, no te ama como te he amado siempre. Lo he demostrado, ¿no? —Las lágrimas corrían por el rostro enrojecido e hinchado de su tía—. Te entregué mi doncellez. También te habría dado un hijo, pero lo mataron con té de la luna, con atanasia, menta, ajenjo, una cucharada de miel y un poco de poleo.

No fui yo, yo no lo sabía, me limité a beber lo que me daba mi padre...

—El pasado, pasado está, Lysa. Lord Hoster ha muerto, y su viejo maestre, también. —Meñique se acercó un paso más—. ¿Has vuelto a beber vino? No deberías hablar tanto. No nos conviene que Alayne sepa más de lo debido, ¿recuerdas? Y tampoco Marillion.

—Cat nunca te dio nada —dijo lady Lysa sin hacerle caso—. Yo fui la que te consiguió tu primera asignación y la que hizo que Jon te llevara a la corte para que pudiéramos estar juntos. Me prometiste que no lo olvidarías jamás.

—Y no lo he olvidado. Estamos juntos, tal como has querido siempre, tal como habíamos planeado siempre. Pero suelta a Sansa...

—¡No quiero! ¡La vi besándote en la nieve! Es igual que su madre, Catelyn te besó en el bosque de dioses, pero para ella no significó nada, ¡no te quería! ¿Por qué la amabas a ella? Yo fui la que te lo dio todo, yo, yo, ¡yooo!

—Lo sé, mi amor. —Dio un paso más—. Y aquí estoy. Lo único que tienes que hacer es darme la mano, vamos. —Extendió los dedos hacia ella—. No hacen falta lágrimas.

—Lágrimas, lágrimas, lágrimas —sollozó histérica—. No hacen falta lágrimas... No fue eso lo que me dijiste en Desembarco del Rey. Me dijiste que pusiera las lágrimas en el vino de Jon y las puse. ¡Lo hice por Robert y por nosotros! Y escribí a Catelyn, le conté que los Lannister habían matado a mi señor esposo, tal como me dijiste. Fuiste tan listo... Siempre has sido muy listo, se lo dije a mi padre, qué listo es Petyr, llegará muy lejos, ya lo verás, y también es bueno y cariñoso, y llevo a su hijo en el vientre... ¿Por qué la tuviste que besar? ¿Por qué? Ahora estamos juntos, después de tanto, tanto tiempo, estamos juntos, ¿por qué la tuviste que besar a ellaaa?

—Lysa —suspiró Petyr—, después de todo lo que hemos sufrido tendrías que confiar más en mí. Te juro que no volveré a apartarme de tu lado mientras nos quede vida a los dos.

—¿De verdad? —le preguntó, llorosa—. ¿Me lo dices de verdad?

—De verdad. Vamos, suelta a la niña y ven a darme un beso.

Lysa se echó en brazos de Meñique entre sollozos. Mientras se abrazaban, Sansa se alejó arrastrándose de la puerta de la Luna y se abrazó a la columna más cercana. El corazón le latía a toda velocidad. Tenía el pelo lleno de nieve, y le faltaba el zapato derecho.

« Se me debe de haber caído». Se estremeció y se aferró a la columna con más fuerza todavía.

Meñique dejó que Lysa sollozara un momento contra su pecho; luego le puso las manos en los brazos y le dio un ligero beso.

—Mi celosa mujer, qué tontita —le dijo sonriendo—. Solo he amado a una mujer, te lo prometo.

—¿Solo a una? —Lysa Arryn le dedicó una sonrisa trémula—. Petyr, Petyr,

¿me lo juras? ¿Solo a una?

—Solo a Cat.

Le dio un empujón brusco, breve.

Lysa cayó hacia atrás y resbaló en el mármol mojado. Y desapareció. No gritó en ningún momento. Durante largos segundos no se oyó más sonido que el del viento.

—La habéis... la habéis... —Marillion lo miraba boquiabierto.

Los guardias seguían gritando al otro lado de la puerta, golpeándola con las astas de las lanzas. Lord Petyr ayudó a Sansa a ponerse en pie.

—¿Estáis herida? —Ella negó con la cabeza—. Entonces, deprisa, abrid la puerta, que entren mis guardias —dijo—. No hay tiempo que perder. Este bardo ha asesinado a mi señora esposa.

EPÍLOGO

El camino que llevaba hasta Piedrasviejas rodeaba dos veces la colina antes de alcanzar la cima. Pedregoso y lleno de maleza, el tránsito por él habría sido lento incluso con buen tiempo, y encima, la nevada de la noche anterior lo había dejado hecho un lodazal.

«Esto no es natural, nieve en las tierras de los ríos en otoño», pensó Merrett con melancolía. En realidad no había sido una gran nevada; lo justo para tender sobre el suelo un manto blanco durante la noche. Casi toda la nieve se había fundido cuando salió el sol, pero Merrett lo seguía considerando un mal presagio. Entre las lluvias, las inundaciones, el fuego y la guerra habían perdido dos cosechas y buena parte de la tercera. Si el invierno empezaba demasiado pronto habría hambre en las tierras de los ríos. Muchos pasarian necesidades y algunos moririan. La única esperanza de Merrett era no ser uno de ellos.

«Pero puede que lo sea. Con la suerte que tengo, seguro. Porque la única suerte que he tenido en mi vida es la mala».

Bajo las ruinas del castillo, la ladera inferior de la colina tenía tanta maleza que en ella se podría haber ocultado medio centenar de bandidos.

«Hasta es posible que me estén vigilando ahora mismo». Merrett miró a su alrededor, pero no vio nada más que aulagas, helechos, cardos, cálamos aromáticos y zarzas entre los pinos y los centinelas verde grisáceo. En los alrededores, los esqueletos de los álamos y los robles achaparrados poblaban el terreno como mala hierba. No vio a ningún bandido, pero aquello tampoco significaba nada. Los bandidos se sabían esconder mejor que los hombres honrados.

Merrett detestaba aquellos bosques, y a los bandidos los odiaba con todo su corazón. «Los bandidos me robaron la vida que tenía», le habían oído decir cuando bebía demasiado. Según su padre, bebía demasiado y demasiado a menudo. Lo decía constantemente y en voz alta.

«Y es verdad —reconoció con tristeza. Cuando uno vivía en Los Gemelos tenía que distinguirse por algo; de lo contrario se olvidaban de su existencia, pero no tardó en comprender que la reputación de ser el más bebedor del castillo no mejoraba en absoluto sus perspectivas—. Tuve el sueño de ser el mejor caballero que jamás hubiera esgrimido una lanza, pero los dioses me lo arrebataron. ¿Por qué no me voy a tomar una copa de vino de cuando en cuando? Me calma los dolores de cabeza. Además, mi mujer es una arpía, mi padre me desprecia y mis hijos no valen para nada. ¿Qué motivos tengo para estar sobrio?».

Pero en aquel momento estaba sobrio. Bueno, había tomado dos cuernos de cerveza con el desayuno y una copita de tinto antes de ponerse en marcha, pero solo para amortiguar el dolor de cabeza. Merrett sentía cómo se le iba

acumulando tras los ojos, y sabía que, si le daba la más mínima oportunidad, pronto se sentiría como si le hubiera estallado una tormenta entre las orejas. A veces, los dolores eran tan violentos que hasta le dolía llorar. En aquellas ocasiones, lo único que podía hacer era tumbarse en la cama, con la habitación a oscuras y un paño húmedo sobre los ojos, y maldecir su suerte y al bandido sin nombre que le había hecho aquello.

Solo con pensarla se ponía nervioso. En aquel momento no podía permitirse el lujo de padecer una migraña.

« Si vuelvo a casa con Petyr sano y salvo, puede que cambie mi suerte. — Llevaba el oro; lo único que le hacía falta era subir hasta la cima de Piedrasviejas, reunirse con los bandidos de mierda en las ruinas del castillo y hacer el intercambio. Un sencillo pago de rescate. Ni él lo podía estropear... a no ser que tuviera un dolor de cabeza tan fuerte que le impidiera cabalgar. Al anochecer tenía que estar en las ruinas, no acurrucado lloriqueando al borde del camino. Merrett se frotó la sien con dos dedos—. Una vuelta más a la colina y habré llegado». Cuando recibieron el mensaje y se presentó voluntario para llevar el rescate, su padre lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Tú, Merrett? —preguntó. Luego se echó a reír por la nariz, con aquella repulsiva carcajada que tenía—. Je, je. Je, je. Je, je.

Merrett casi tuvo que suplicar para que le entregaran la bolsa con el maldito oro.

Algo se movió entre la maleza al borde del camino. Merrett tiró de las riendas con fuerza y echó mano de la espada, pero solo era una ardilla.

—Idiota —se dijo al tiempo que volvía a envainar la espada que no había terminado de sacar—. Los bandidos no tienen cola. Por todos los infiernos, Merrett, contrólate.

El corazón le palpitaba a toda prisa, como si fuera un muchachito novato en su primera misión.

« Como si esto fuera el bosque Real y me tuviera que enfrentar a la antigua Hermandad, no a los bandidos del Señor del Relámpago». Por un instante sintió la tentación de dar media vuelta y trotar colina abajo en busca de la taberna más próxima. Con aquella bolsa de oro se podía comprar mucha cerveza, la suficiente para olvidarse de Petyr Espinilla.

« Que lo ahorquen, él se lo ha buscado. Es lo que se merece por largarse con una puta vivandera como un venado en celo».

La cabeza había empezado a dolerle; por el momento no era grave, pero sabía que iría a peor. Merrett se frotó el puente de la nariz. La verdad era que no tenía derecho a pensar así de Petyr. « Yo hice lo mismo a su edad». En su caso, la única consecuencia grave habían sido unas viruelas, pero aun así no estaba en condiciones de juzgarlo. Las putas tenían su encanto, sobre todo para alguien con una cara como la de Petyr. Si, el pobre chico tenía esposa, pero ella era parte del

problema, no la solución. No solo le doblaba la edad; encima, si los rumores eran ciertos, se acostaba con su hermano Walder. Por Los Gemelos siempre corrían muchos rumores, y pocos de ellos eran ciertos, pero en aquel caso concreto, Merrett les daba crédito. Walder el Negro era hombre que conseguía todo lo que quería, la esposa de su hermano incluida. También se había acostado con la mujer de Edwyn, aquello lo sabía todo el mundo, era bien sabido que Walda la Bella se metía en su cama de cuando en cuando, y hasta se decía que había conocido a la séptima lady Frey mucho mejor de lo debido. No era de extrañar que se negara a casarse. ¿Para qué comprar una vaca cuando había a su alrededor tantas ubres a la espera de que las ordeñara?

Merrett maldijo entre dientes y espoleó los flancos de su caballo para seguir cabalgando colina arriba. Por tentadora que resultara la perspectiva de gastarse el oro en bebida, sabía que si no regresaba con Petyr Espinilla, más valía que no regresara jamás.

Lord Walder cumpliría pronto los noventa y dos años. El oido empezaba a fallarle, los ojos hacía tiempo que no le servían de casi nada, y la gota se le había agravado hasta el punto de que había que transportarlo a todas partes. Todos sus hijos estaban de acuerdo en que no podía durar mucho más.

«Cuando muera cambiará todo, y no será para mejor. —Su padre era quejica y testarudo, con voluntad de hierro y lengua de víbora, pero su prioridad era cuidar de los suyos—. De todos los suyos, hasta de los que lo disgustan y decepcionan. Hasta de aquellos cuyos nombres no recuerda». Pero cuando el viejo muriera...

Mientras ser Stevron fue el heredero, las cosas eran diferentes. El viejo llevaba sesenta años educando a Stevron; le había metido en la cabeza la importancia de la familia. Pero Stevron había muerto en la campaña del Joven Lobo, en el oeste.

—De tanto esperar, sin duda —bromeó Lothar el Cojo cuando llegó el cuervo con la noticia.

Y sus hijos y nietos eran otro tipo de Frey. El heredero era en aquel momento ser Ryman, el hijo de Stevron, un hombre testarudo, codicioso y corto de miras. Y después de Ryman iban sus hijos Edwyn y Walder el Negro, que eran aún peores.

—Por suerte se odian entre sí más de lo que nos odian a nosotros —había comentado Lothar el Cojo en cierta ocasión.

Merrett no estaba tan seguro de que fuera una suerte, y para sus adentros pensaba que Lothar era el más peligroso de todos. Lord Walder había ordenado el asesinato de los Stark en la boda de Roslin, pero fue Lothar el Cojo quien lo planeó todo con Roose Bolton, hasta las canciones que habría que tocar. Lothar era un tipo divertido para embrorracharse con él, pero Merrett no era tan idiota como para darle la espalda. En Los Gemelos se aprendía enseguida que solo se

podía confiar en los hermanos de padre y madre, y ni siquiera en ellos ciegamente.

Cuando el anciano muriera, cada hijo tendría que defender su territorio, y también cada hija. Sin duda, el nuevo señor del Cruce conservaría a su lado en Los Gemelos a algunos de sus tíos, sobrinos y primos: a algunos, los que le cayeran bien, aquellos en los que confiara, o más probablemente los que considerase útiles.

«A los demás nos echará, y nos las tendremos que arreglar por nuestra cuenta».

Aquella posibilidad tenía muy preocupado a Merrett. En tres años cumpliría los cuarenta; era demasiado viejo para llevar la vida de un caballero errante... aunque hubiera sido caballero, cosa que no era. No tenía tierras ni riquezas propias. Lo único que poseía eran las ropas que llevaba puestas y poca cosa más; ni siquiera el caballo que montaba era suyo. No era tan listo como para hacerse maestre, ni tan piadoso como para hacerse septón, ni tan violento como para hacerse mercenario.

«Los dioses no me dieron más don que el de nacer, y hasta en eso fueron tacaños». ¿De qué servía venir al mundo en el seno de una casa rica y poderosa si uno era el noveno hijo? Contando con los nietos y bisnietos, Merrett tenía más posibilidades de que lo eligieran septón supremo que de heredar Los Gemelos.

«No tengo suerte —pensó con amargura—. Nunca he tenido una pizca de suerte».

Era un hombre corpulento, de pecho amplio y hombros anchos, aunque su estatura no pasara de la media. Sabía que en los diez últimos años había engordado y tenía las carnes blandas, pero cuando era más joven, Merrett había sido casi tan robusto como ser Hosteen, el mayor de sus hermanos de padre y madre, quien a su vez tenía fama de ser el más fuerte de la progenie de lord Walder Frey. Cuando era niño lo habían enviado a Refugio Quebrado, a servir de pajé en la familia de su madre. El viejo lord Sumner no tardó en convertirlo en su escudero, y todos dieron por supuesto que tardaría pocos años en convertirse en ser Merrett, pero los bandidos de la Hermandad del Bosque Real echaron por tierra aquellos planes. Mientras otro de los escuderos, su compañero Jaime Lannister, se cubría de gloria, Merrett empezó por contagiarse de viruelas por culpa de una vivandera, y luego encima lo tomó prisionero una mujer, ¡una mujer!, a la que llamaban Gacela Blanca. Lord Sumner había pagado rescate por él a los bandidos, pero en la siguiente batalla lo derribó un golpe de mangual que le rompió el yelmo y lo dejó inconsciente dos semanas. Más adelante le dijeron que todos lo habían dado por muerto.

Merrett no murió, pero los combates se terminaron para él. El menor golpe en la cabeza le producía un dolor atroz y lo reducía a un bulto lloroso. Dadas las circunstancias, la caballería era una meta que quedaba fuera de su alcance. Así

se lo dijo con todo cariño lord Sumner. Lo mandaron de vuelta a Los Gemelos, para hacer frente al desdén ponzoñoso de lord Walder.

Después de aquello, la suerte de Merrett fue de mal en peor. Su padre había conseguido arreglarle un buen matrimonio; lo casó con una de las hijas de lord Darry, en los tiempos en los que los Darry contaban con el favor del rey Aerys. Pero apenas hubo desvirgado a su esposa, el rey Aerys perdió el trono. A diferencia de los Frey, los Darry se habían manifestado leales a los Targaryen, lo que les costó la mitad de sus tierras, buena parte de sus riquezas y casi todo su poder. En cuanto a su señora esposa, lo consideró decepcionante desde el primer día, y durante años se empeñó en parir una hija tras otra, tres que salieron adelante, una que nació muerta y otra que murió siendo un bebé, antes de darle por fin un hijo. Su hija mayor resultó una ramera, y la segunda, una glotona. Cuando encontraron a Ami en los establos con nada menos que tres mozos de cuadra, se vio obligado a casarla con un caballero errante de mierda. Creía que la situación no podía empeorar... hasta que ser Pate decidió hacerse un nombre derrotando a ser Gregor Clegane. Ami volvió viuda al castillo, para desesperación de Merrett y, sin duda, para regocijo de todos los mozos de cuadras de Los Gemelos.

Merrett abrigó la esperanza de que su suerte estuviera cambiando por fin cuando Roose Bolton eligió casarse con su Walda y no con otra de sus primas más delgadas y atractivas. La alianza con Bolton era importante para la casa Frey, y su hija había contribuido a cimentarla; pensaba que aquello le daría ciertas ventajas. El viejo no tardó en desengañarlo.

—La ha elegido porque está gorda —le dijo lord Walder—. ¿Te crees que a Bolton le importa un pedo de bufón que sea hija tuya? ¿Crees que pensó: «Eh, mira, Merrett el Memo, justo el hombre que quiero tener como suegro»? Tu Walda es una cerda vestida de seda; por eso la ha elegido, y desde luego no te voy a dar las gracias. La misma alianza nos habría salido a mitad de precio si tu puerquita soltara la cuchara alguna vez.

La humillación definitiva se la asestaron con una sonrisa, cuando Lothar el Cojo lo llamó para hablar del papel que desempeñaría durante la boda de Roslin.

—Todos tendremos que hacer lo que nos corresponda según nuestras respectivas capacidades —le dijo su hermanastro—. Tú tendrás una misión, solo una, Merrett, pero creo que estás muy cualificado para ella. Quiero que te encargues de que Jon Umber, el Gran Jon, esté tan borracho que no pueda tenerse en pie, no digamos ya pelear.

«Y hasta en eso fracasé». Había engatizado al corpulento norteño para que bebiera vino suficiente para matar a tres hombres normales, pero después de encamar a Roslin, el Gran Jon aún consiguió arrebatarle la espada al primero que se le aproximó, rompiéndole el brazo en el proceso. Hicieron falta ocho hombres para encadenarlo, y de ellos, dos resultaron heridos y uno muerto, por no

mentionar que el pobre ser Leslyn Haigh perdió media oreja. Cuando vio que ya no podía luchar con las manos, Umber había empezado a pelear con los dientes.

Merrett se detuvo un momento y cerró los ojos. La cabeza le martilleaba como el tambor que habían tocado en la boda, y durante unos instantes, apenas si consiguió mantenerse en la silla.

«Tengo que seguir adelante —se dijo. Si conseguía llevar de vuelta a Petyr Espinilla se ganaría sin duda el favor de ser Ryman. Tal vez Petyr fuera un infeliz, pero no era tan frío como Edwyn ni tan temperamental como Walder el Negro—. El chico me estará agradecido, y su padre verá que soy leal y que vale la pena contar conmigo».

Pero solo si llegaba con el oro antes de que se pusiera el sol. Merrett echó una mirada al cielo.

«Justo a tiempo». Le hacía falta algo para calmar los temblores de las manos. Cogió el pellejo para el agua que colgaba de la silla, quitó el corcho y bebió un largo trago. El vino era espeso y dulce, de un rojo tan oscuro que casi parecía negro, pero dioses, qué bien sabía.

En tiempos pasados, la muralla de Piedrasviejas había rodeado la cima de la colina como una corona que ciñera las sienes de un rey. Pero ya solo quedaban los cimientos y unos cuantos montones de piedras llenas de musgo. Merrett cabalgó a lo largo de la marca de la muralla hasta llegar al sitio que debió de ocupar el puesto de guardia. Allí las ruinas eran más abundantes, y tuvo que desmontar y tirar de su palafrén. Hacia el oeste, el sol había desaparecido tras un banco de nubes bajas. Las laderas estaban cubiertas de helechos y aulagas, y cuando cruzó la muralla inexistente, las hierbas le llegaron hasta el pecho. Merrett desenvainó la espada y miró a su alrededor con cautela, pero no vio ni rastro de los bandidos.

«¿Será que me he equivocado de día?». Se detuvo y se frotó las sienes con los pulgares, pero no consiguió aliviar la presión que sentía tras los ojos. «Por los siete infiernos...».

Desde lo más profundo del castillo le llegó una música tenue que se colaba entre los árboles.

A pesar de la capa, Merrett empezó a tiritar. Volvió a abrir el pellejo y bebió otro trago de vino.

«Debería volver a montarme en el caballo, ir a Antigua y gastarme el oro en bebida. No se consigue nada bueno tratando con bandidos. —Aquella zorra de Wenda le había grabado a fuego una gacela en una nalga mientras lo tenía prisionero. No era de extrañar que su esposa lo considerase despreciable—. Tengo que hacer esto bien. Puede que Petyr Espinilla sea algún día el señor del Cruce. Edwyn no tiene hijos, y Walder el Negro solo tiene bastardos. Petyr recordará quién vino a buscarlo». Bebió otro trago, le puso el corcho al pellejo y tiró de las riendas de su palafrén para avanzar entre las piedras rotas, las matas

de aulaga y los arbollillos esqueléticos azotados por el viento, siguiendo los sonidos hacia lo que había sido el patio del castillo.

El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de hojas, caídas como soldados tras una batalla encarnizada. Un hombre vestido con ropas verdes desteñidas y llenas de remiendos estaba sentado a horcajadas en un sepulcro de piedra y rasgueaba las cuerdas de una lira. La música era suave y triste. Merrett conocía aquella canción. «En los salones de reyes que ya no están, Jenny baila con sus fantasmas...».

—Bájate de ahí —dijo Merrett—. Estás sentado encima de un rey.

—Al bueno de Tristifer no le molesta mi culo. Lo llamaban Martillo de Justicia. Hace mucho que no oye canciones nuevas.

El bandido bajó de un salto. Era delgado y esbelto, con el rostro fino y rasgos de zorro, pero tenía una boca tan ancha que al sonreír parecía como si se le conectaran las orejas. Unas cuantas hebras de fino cabello castaño le caían por la frente. Se las apartó con la mano libre.

—¿Os acordáis de mí, mi señor?

—No. —Merrett frunció el ceño—. ¿De qué os conozco?

—Canté en la boda de vuestra hija. Bastante bien, por cierto. Aquel tal Pate con el que se casó era primo mío. Es que en Sietecaues todos somos primos, cosa que no le impidió mostrarse mezquino cuando llegó la hora de pagarme. —Se encogió de hombros—. ¿Cómo es que vuestro señor padre no me llama nunca para tocar en Los Gemelos? ¿No hago suficiente ruido para su gusto? Tengo entendido que prefiere la música bien alta.

—¿Traéis el oro? —preguntó a su lado una voz más ronca.

Merrett tenía la garganta seca. «Mierda de bandidos, siempre se esconden entre los arbustos». En el bosque Real había pasado lo mismo. Cuando pensaban que habían atrapado a cinco, salían diez más de la nada.

Cuando se volvió, estaban todos a su alrededor; era un grupo heterogéneo de viejos con piel como el cuero y muchachos de mejillas imberbes más jóvenes que Petyr Espinilla, todos ellos vestidos con harapos de lana basta, corazas y restos de armaduras, sin duda robadas a sus víctimas. Con ellos había una mujer envuelta en una capa que era tres veces más grande de lo que le hacía falta, con la capucha calada hasta los ojos. Merrett estaba demasiado aturdido para contarlos, pero parecía haber al menos una docena; tal vez llegaran a veinte.

—He hecho una pregunta. —El que hablaba era un hombretón barbudo de dientes verdosos torcidos y nariz rota, más alto que Merrett, aunque con menos barriga. Se cubría la cabeza con un yelmo, y de los anchos hombros le colgaba una capa llena de remiendos—. ¿Dónde está nuestro oro?

—En la alforja. Cien dragones. —Merrett carraspeó para aclararse la garganta—. Os los entregaré en cuanto vea que Petyr...

Un bandido achaparrado y tuerto dio un paso adelante antes de que terminara

la frase, metió la mano en la bolsa de la silla de montar y dio con la saca. Merrett hizo ademán de detenerlo, pero enseguida se lo pensó mejor. El bandido desató el nudo, sacó una moneda y la mordió.

—Es oro —confirmó. Sopesó la saca—. Y está todo.

« Se van a quedar con el oro y con Petyr », pensó Merrett con un repentino ataque de pánico.

—Es todo el rescate, justo lo que pedisteis. —Le sudaban las palmas de las manos; se las tuvo que secar contra los calzones—. ¿Cuál de vosotros es Beric Dondarrion?

Antes de convertirse en bandido, Dondarrion había sido un gran señor; tal vez todavía fuera un hombre de honor.

—Pues yo, me parece que yo —dijo el tuerto.

—No seas mentiroso, Jack —le replicó el barbudo de la capa amarilla—. Me toca a mí ser lord Beric.

—¡Entonces a mí me toca ser Thoros! —El bardo se echó a reír—. Siento tener que deciros que la presencia de lord Beric ha sido requerida en otra parte, mi señor. Corren tiempos difíciles, y hay muchas batallas. Pero os trataremos igual que os habría tratado él, no tengáis miedo.

Merrett tenía miedo, mucho miedo. La cabeza le dolía terriblemente. Si aquello seguía mucho rato, se echaría a llorar.

—Ya tenéis el oro —dijo—. Entregadme a mi sobrino y me marcharé.

En realidad, Petyr era medio sobrino nieto suyo, pero no había necesidad de entrar en detalles.

—Está en el bosque de dioses —dijo el hombre de la capa amarilla—. Enseguida os llevaremos con él. Encárgate de su caballo, Notch.

Merrett entregó las riendas de mala gana, pero no tenía otra opción.

—El pellejo de agua —se oyó decir—. Dejadme beber un trago de vino para calmar...

—No bebemos con gentuza como vos —replicó con tono brusco el hombre de la capa amarilla—. Seguidme, es por aquí.

Las hojas crujían bajo los pies de Merrett; cada paso hacia que una lanzada de dolor le atravesara la sien. Caminaron en silencio azotados por las ráfagas de viento. Los últimos restos de luz del sol poniente le daban en los ojos cuando trepó por el montecillo musgoso que era todo lo que quedaba del torreón central. Al otro lado estaba el bosque de dioses.

Petyr Espinilla estaba colgado de la rama de un roble; una cuerda le ceñía el cuello largo y flaco. Los ojos saltones sobresalían en el rostro ennegrecido y parecían mirar acusadores a Merrett. « Has llegado demasiado tarde », sintió que le decían. Pero no era verdad, ¡no era verdad! Había llegado en el momento en que le dijeron.

—¡Lo habéis matado! —graznó.

—Eh, a este no se le escapa una —dijo el tuerto.

Un uro galopaba por la cabeza de Merrett.

« Madre, ten misericordia», pensó.

—Pero he traído el oro...

—Muy amable por vuestra parte —dijo el bardo con una sonrisa—. Nos encargaremos de que se le dé un buen uso.

Merrett se volvió para no ver a Petyr. Notaba el sabor de la bilis en la garganta.

—No teníais derecho...

—Teníamos una cuerda —dijo capa amarilla—. No hace falta más derecho.

Dos de los bandidos cogieron a Merrett por los brazos y se los ataron a la espalda. Él estaba demasiado conmocionado para resistirse.

—No —fue lo único que pudo decir—. Solo venía a pagar el rescate de Petyr. Dijisteis que si traía el oro antes del anochecer no le haríais daño...

—Bueno —respondió el bardo—, ahí nos habéis pescado, mi señor. Fue una mentirijilla.

El bandido tuerto se adelantó. Llevaba en la mano un rollo de cuerda de cañamo. Hizo un lazo, que pasó alrededor del cuello de Merrett, y se lo ató con un fuerte nudo, bajo una oreja. Lanzó el otro extremo por encima de la rama del roble. El hombretón de la capa amarilla lo cogió.

—¿Qué hacéis? —Merrett se imaginaba lo idiota que debía de parecer, pero ni aun entonces podía creerse lo que estaba sucediendo—. No os atreveréis a colgar a un Frey.

—Qué gracia —dijo el de la capa amarilla echándose a reír—, lo mismo dijo el otro, el crío de las espinillas.

« No lo dice en serio, no lo puede decir en serio» .

—Mi padre os pagará. Valgo un buen rescate, mucho más que Petyr, por lo menos el doble.

El bardo suspiró.

—Puede que lord Walder esté medio ciego y postrado por la gota, pero no es tan idiota como para morder el mismo anzuelo dos veces. Mucho me temo que la próxima vez nos enviará un centenar de espadas en vez un centenar de dragones.

—¡Exacto! —Merrett trataba de parecer firme, pero la voz lo traicionaba—. ¡Enviará un millar de espadas y os matará a todos!

—Antes nos tendrá que atrapar. —El bardo alzó la vista hacia el pobre Petyr—. Además, no podrá ahorcarnos dos veces, ¿no creéis? —Arrancó una nota melancólica de las cuerdas de la lira—. Venga, venga, no os caguéis encima todavía. Solo tenéis que responderme a una pregunta, y les diré que os suelten.

—¿Qué queréis saber? —Merrett les diría lo que fuera con tal de salvar la vida—. Os diré la verdad, lo juro.

—Pues mirad, el caso es que estamos buscando un perro que se ha escapado.

—El bandido le dedicó una sonrisa alentadora.

—¿Un perro? —Merrett no entendía nada—. ¿Qué clase de perro?

—Lo llaman Sandor Clegane. Thoros dice que se dirigía a Los Gemelos. Hemos encontrado al barquero que lo ayudó a cruzar el Tridente y al pobre imbécil al que asaltó en el camino Real. ¿No lo veríais en la boda, por casualidad?

—¿En la Boda Roja? —Merrett se sentía como si el cráneo le fuera a estallar, pero más le valía hacer memoria. Había habido mucho jaleo, pero si alguien hubiera visto al perro de Joffrey rondando por los alrededores de Los Gemelos, habría corrido la voz—. En el castillo no estuvo. Al menos, en el banquete principal... puede que estuviera en el banquete de los bastardos o en los campamentos, pero... No, me lo habrían dicho...

—Iba con una niña —insistió el bardo—. Una chiquilla flaca, de unos diez años. O tal vez un niño de la misma edad.

—Me parece que no —dijo Merrett—. No, que yo sepa no estuvo.

—¿No? Vaya, qué lástima. En fin, arriba con este.

—¡No! —chilló Merrett—. No, no, os he respondido, ¡dijisteis que me soltaríais!

—Creo recordar que lo que dije fue que les diría que os soltaran. —El bardo miró a capa amarilla—. Suéltalo, Lim.

—Vete a tomar por culo —le replicó el bandido corpulento.

El bardo se encogió de hombros con gesto impotente y empezó a tocar « El día en que ahorcaron a Robin el Negro» .

—¡Por favor! —Los últimos restos del valor de Merrett le corrían por la pierna abajo—. No os he hecho ningún daño. He traído el oro, tal como pedisteis. He respondido a vuestra pregunta. ¡Tengo hijos!

—El Joven Lobo no los tendrá nunca —señaló el bandido tuerto.

—Nos humilló. —El dolor de cabeza casi impedía pensar a Merrett—. El reino entero se reía de nosotros; teníamos que limpiar esa mancha de nuestro honor. —Era lo que había repetido sin cesar su padre.

—Es posible. Pero ¿qué saben unos campesinos de mierda sobre el honor de los señores? —Capa amarilla se dio tres vueltas en torno a la mano con el extremo de la cuerda—. En cambio, sabemos mucho de asesinatos.

—No fue ningún asesinato. —Su voz era un chillido—. Fue venganza; teníamos derecho a vengarnos. Era la guerra. Aegon, al que llamábamos Cascabel, un pobre retrasado que nunca hizo daño a nadie... Lady Stark le cortó el cuello. Perdimos a un centenar de hombres en los campamentos. A ser Garse Goodbrook, el marido de Kyra, y a ser Tytos, el hijo de Jared; le abrieron la cabeza con un hacha... El huargo de Stark mató a cuatro de nuestros perros lobos y le arrancó el brazo al jefe de las perreras, y eso que lo habían dejado hecho un alfiletero con las ballestas...

—Así que, después de matarlos a los dos, cosisteis su cabeza al cuello de Robb

Stark—dijo capa amarilla.

—Eso fue cosa de mi padre. Yo no hice más que beber. No se puede matar a nadie por beber.—En aquel momento, Merrett recordó algo, una cosa que tal vez podría salvarlo—. Se dice que lord Beric siempre concede un juicio, que no mata a ningún hombre a menos que haya pruebas contra él. No podéis demostrar nada contra mí. La Boda Roja fue cosa de mi padre, de Ryman y de lord Bolton. Lothar preparó las carpas para que se derrumbaran y situó a los ballesteros en la galería con los músicos; Walder el Bastardo iba al frente de los que atacaron los campamentos... Id a por ellos, no a por mí; yo no hice más que beber vino... ¡No tenéis testigos!

—Da la casualidad de que en eso os equivocáis.—El bardo se volvió hacia la mujer encapuchada—. ¿Mi señora?

Los bandidos abrieron paso para que se acercara sin decir palabra. Cuando se quitó la capucha, Merrett sintió que algo le atenazaba el pecho y se quedó un momento sin respiración.

« No. No es posible; la vi morir. Estuvo muerta un día y una noche antes de que la desnudaran y tiraran su cadáver al río. Raymund le rajó el cuello de oreja a oreja. Estaba muerta» .

La capa y el cuello de la túnica ocultaban el tajo que le había hecho el puñal de su hermano, pero tenía el rostro aún peor de lo que recordaba. En el agua, la carne se había vuelto blanda como un flan, y tenía el color de la leche cortada. Había perdido la mitad del pelo, y el resto se le había vuelto blanco y quebradizo como el de una vieja. Bajo el maltratado cuero cabelludo, el rostro era un amasijo de piel desgarrada y sangre negra, allí donde ella misma se lo había destrozado con las uñas. Pero los ojos eran lo más espantoso. Los ojos lo veían y lo odiaban.

—No habla —dijo el hombrón de la capa amarilla—. El corte del cuello fue demasiado profundo para eso, canallas. Pero lo recuerda todo.—Se volvió hacia la mujer muerta—. ¿Qué decís vos, mi señora? ¿Tomó parte en la matanza?

Los ojos de lady Catelyn no se apartaron ni un instante de los suyos. Asintió.

Merrett Frey abrió la boca para suplicar, pero el nudo corredizo ahogó las palabras. Los pies se le separaron del suelo, y la cuerda se le hincó en la carne tierna, debajo de la barbilla. Lo izaron mientras pataleaba, se debatía y se retorcía. Arriba. Arriba. Arriba.

APÉNDICE

LOS REYES Y SUS CORTESES



EL REY EN EL TRONO DE HIERRO

JOFFREY BARATHEON, el primero de su nombre, un niño de trece años, hijo mayor del rey Robert I Baratheon y la reina Cersei de la casa Lannister;

- su madre, LA REINA CERSEI de la casa Lannister, reina regente y Protectora del Reino;
- espadas juramentadas de Cersei:
- SER OSFRYD KETTLEBLACK, hermano menor de ser Osmund Kettleblack, de la Guardia Real;
- SER OSNEY KETTLEBLACK, hermano menor de ser Osmund y ser Osfryd;
- su hermana, LA PRINCESA MYRCELLA, una niña de nueve años, pupila del príncipe Doran Martell en Lanza del Sol;
- su hermano, EL PRÍNCIPE TOMMEN, un niño de ocho años, el siguiente en la línea de sucesión al Trono de Hierro;
- su abuelo, TYWIN LANNISTER, señor de Roca Casterly, Guardián del Occidente y mano del rey;
- sus tíos y primos por parte de padre:
 - STANNIS BARATHEON, hermano de su padre, señor rebelde de Rocadragón, que se hace llamar rey Stannis I;
 - SHIREEN, la hija de Stannis, una niña de once años;
 - [RENLY BARATHEON], hermano de su padre, señor rebelde de Bastión de Tormentas, asesinado en medio de su ejército;

- SER ELDON ESTERMONT, el hermano de su abuela;
- SER AEMON ESTERMONT, el hijo de ser Eldon;
- SER ALYN ESTERMONT, el hijo de ser Aemon;
- sus tíos y primos, por parte de madre:
 - SER JAIME LANNISTER, apodado EL MATARREYES, hermano de su madre, prisionero en Aguasdulces;
 - TYRION LANNISTER, apodado EL GNOMO, hermano de su madre, un enano, herido en la Batalla del Aguasnegras;
 - PODRICK PAYNE, escudero de Tyrian;
 - SER BRONN DEL AGUASNEGGRAS, capitán de la guardia de Tyrian, antiguo mercenario;
 - SHAE, concubina de Tyrion, una prostituta que ahora trabaja como doncella de Lollys Stokeworth;
 - SER KEVAN LANNISTER, hermano de su abuelo;
 - SER LANCEL LANNISTER, el hijo de ser Kevan, antiguo escudero del rey Robert, herido en la batalla del Aguasnegras, agonizante;
 - [TYGETT LANNISTER], hermano de su abuelo, muerto de viruela;
 - TYREK LANNISTER, el hijo de Tygett, escudero, desaparecido desde la gran revuelta;
 - LADY ERMESANDE HAYFORD, esposa niña de Tyrek;
- sus hermanos ilegítimos, hijos bastardos del rey Robert:
 - MYA PIEDRA, una doncella de diecinueve años al servicio de lord Nestor Royce, de las Puertas de la Luna;
 - GENDRY, aprendiz de herrero, fugitivo en las tierras de los ríos y que desconoce su origen;
 - EDRIC TORMENTA, el único hijo bastardo reconocido del rey Robert, pupilo de su tío Stannis en Rocadragón;
- sus guardias reales:
 - SER JAIME LANNISTER, lord comandante;
 - SER MERYN TRANT;
 - SER BALON SWANN;
 - SER OSMUND KETTLEBLACK;
 - SER LORAS TYRELL, apodado EL CABALLERO DE LAS FLORES ;
 - SER ARYS OAKHEART;
- su Consejo Privado:
 - LORD TYWIN LANNISTER, mano del rey;
 - SER KEVAN LANNISTER, consejero de los edictos;
 - LORD PETYR BAELISH, apodado MEÑIQUE, consejero de la

- moneda;
- VARYS, un eunuco, apodado LA ARAÑA, consejero de los rumores;
 - LORD MACE TYRELL, consejero naval;
 - GRAN MAESTRE PYCELLE;
- su corte y servidores:
- SER ILYN PAYNE, la justicia del rey, verdugo;
 - LORD HALLYNE EL PIROMANTE, sapiencia del Gremio de Alquimistas;
 - CHICO LUNA, bufón;
 - ORMOND DE ANTIGUA, arpista y bardo real;
 - DONTOS HOLLARD, bufón y borracho, antes un caballero de apodo SER DONTOS EL TINTO;
 - JALABHAR XHO, príncipe del Valle de la Flor Roja, un exiliado de las islas del Verano;
 - LADY TANDA STOKEWORTH;
 - su hija FALYSE, casada con ser Balman Byrch;
 - su hija LOLLYS, de treinta y cuatro años, soltera y corta de inteligencia, embarazada tras una violación;
 - MAESTRE FRENKEN, su sanador y consejero;
 - LORD GYLES ROSBY, un anciano enfermo;
 - SER TALLAD, un joven caballero prometedor;
 - LORD MORROS SLYNT, escudero, hijo mayor del antiguo comandante de la Guardia de la Ciudad;
 - JOTHOS SLYNT, su hermano menor, escudero;
 - DANOS SLYNT, su hermano más joven aún, paje;
 - SER BOROS BLOUNT, antiguo caballero de la Guardia Real, destituido por cobardía por la reina Cersei;
 - JOSMYN PECKLEDON, escudero y héroe de la batalla del Aguasnegras;
 - SER PHILIP FOOTE, nombrado Señor de las Marcas por su valor durante la batalla del Aguasnegras;
 - SER LOTHOR BRUNE, apodado LOTHOR DEVORAMANZANAS por sus hazañas durante la batalla del Aguasnegras, antiguo jinete libre al servicio de lord Baelish;
- otros señores y caballeros en Desembarco del Rey:
- MATHIS ROWAN, señor de Sotodeoro;
 - PAXTER REDWYNE, señor del Rejo;
 - SER HORAS y SER HOBBER, apodados HORROR y BABOSO, los hijos gemelos de lord Paxter;
 - MAESTRE BALLABAR, sanador de lord Redwyne;

- ARDRIAN CELTIGAR, el señor de la isla Zarpa;
- LORD ALESANDER STAEDMON, apodado EL CODICIOSO;
- SER BONIFER HASTY, apodado EL BUENO, un caballero famoso;
- SER DONNEL SWANN, heredero de Timón de Piedra;
- SER RONNET CONNINGTON, apodado RONNET EL ROJO, el Caballero del Nido del Grifo;
- AURANE MARES, el bastardo de Marcaderiva;
- SER DERMOT DE LA SELVA, un caballero famoso;
- SER TIMON RASCAESPADAS, un caballero famoso;
- habitantes de Desembarco del Rey:
 - la Guardia de la Ciudad (los *capas doradas*);
 - [SER JACELYN BYWATER], apodado MANO DE HIERRO, comandante de la Guardia de la Ciudad, asesinado por sus hombres durante la batalla del Aguasnegras;
 - SER ADDAM MARBRAND, comandante de la Guardia de la Ciudad, sucesor de ser Jacelyn;
- CHATAYA, dueña de un burdel de lujo;
 - ALAYAYA, su hija;
 - DANCY, MAREI, JAYDE, chicas de Chataya;
- TOBHO MOTTA, maestro armero;
- PANZA DE Hierro, herrero;
- HAMISH EL ARPISTA, un bardo famoso;
- COLLIO QUAYNIS, un bardo tyroshi;
- BETHANY DEDOSDIESTROS, una mujer bardo;
- ALARIC DE EYSEN, un bardo que ha viajado mucho;
- GALYEON DE CUY, un bardo conocido por la extensión de sus canciones;
- SYMON PICO DE ORO, un bardo.

El estandarte del rey Joffrey muestra, afrontados, el venado coronado de Baratheon, de sable sobre oro, y el león de los Lannister, de oro sobre gules.



EL REY EN EL NORTE
EL REY DEL TRIDENTE

ROBB STARK, señor de Invernalia, Rey en el Norte y Rey del Tridente, hijo mayor de Eddard Stark, señor de Invernalia, y lady Catelyn de la casa Tully;

- su lobo huargo, VIENTO GRIS;
- su madre, LADY CATELYN de la casa Tully, viuda de lord Eddard Stark;
- sus hermanos:
 - LA PRINCESA SANSA, una doncella de doce años, prisionera en Desembarco del Rey;
 - [DAMA], la loba huargo de Sansa, muerta en Castillo Darry;
 - LA PRINCESA ARYA, una niña de diez años, desaparecida y dada por muerta;
 - NYMERIA, la loba huargo de Arya, desaparecida cerca del Tridente;
- EL PRÍNCIPE BRANDON, llamado BRAN, heredero del Norte, un niño de nueve años, dado por muerto;
- VERANO, el lobo huargo de Bran;
- compañeros y protectores de Bran:
 - MEERA REED, una doncella de dieciséis años, hija de lord Howland Reed, de la Atalaya de Aguasgrises;
 - JOJEN REED, su hermano, de trece años;
 - HODOR, un mozo de cuadra retrasado mental, de dos varas y

- media de altura;
- EL PRÍNCIPE RICKON, un niño de cuatro años, dado por muerto;
- PELUDO, el lobo huargo de Rickon;
- compañera y protectora de Rickon:
 - OSHA, una salvaje cautiva, que sirvió como pinche de cocina en Invernalia;
- JON NIEVE, su hermanastro, hermano juramentado de la Guardia de la Noche;
 - FANTASMA, el lobo huargo de Jon;
- sus tíos y tías, por parte de padre:
 - [BRANDON STARK], el hermano mayor de su padre, asesinado por orden del rey Aerys II Targaryen;
 - [LYANNA STARK], la hermana de su padre, muerta en las montañas de Dorne durante la Rebelión de Robert;
 - BENJEN STARK, el hermano menor de su padre, miembro de la Guardia de la Noche, desaparecido más allá del Muro;
- sus tíos, tías y primos, por parte de madre:
 - LYSA ARRYN, la hermana menor de su madre, señora del Nido de Águilas y viuda de lord Jon Arryn;
 - ROBERT ARRYN, el hijo de ambos, señor del Nido de Águilas;
 - SER EDMURE TULLY, el hermano menor de su madre, heredero de Aguasdulces;
 - SER BRYNDEN TULLY, el hermano de su abuelo, apodado EL PEZ NEGRO;
- sus espadas juramentadas y compañeros:
 - OLYVAR FREY, su escudero;
 - SER WENDEL MANDERLY, segundo hijo del señor de Puerto Blanco;
 - PATREK MALLISTER, heredero de Varamar;
 - DACEY MORMONT, hija mayor de lady Maege Mormont y heredera de la isla del Oso;
 - JON UMBER, apodado EL PEQUEÑO JON, heredero de Último Hogar;
 - DONNEL LOCKE, OWEN NORREY, ROBIN FLINT, norteños;
- sus señores vasallos, capitanes y comandantes:
 - con el ejército de Robb en las tierras del oeste:
 - SER BRYNDEN TULLY, apodado EL PEZ NEGRO, al mando de los exploradores y los escoltas;
 - JON UMBER, apodado EL GRAN JON, comandante de la

- vanguardia;
- RICHARD KARSTARK, señor de Bastión Kar;
 - GALBART GLOVER, señor de Bosquespeso;
 - MAEGE MORMONT, señora de la isla del Oso;
 - [SER STEVRON FREY], hijo mayor de lord Walder Frey y heredero de Los Gemelos, muerto en Cruce de Bueyes;
 - SER RYMAN FREY, el hijo mayor de ser Stevron;
 - WALDER FREY EL NEGRO, el hijo de ser Ryman;
 - MARTYN RÍOS, hijo bastardo de lord Walder Frey;
- con las huestes de Roose Bolton en Harrenhal:
- ROOSE BOLTON, señor de Fuerte Terror;
 - SER AENYS FREY, SER JARED FREY, SER HOSTEEN FREY, SER DANWELL FREY;
 - RONEL RÍOS, su hermanastro bastardo;
 - SER WYLIS MANDERLY, heredero de Puerto Blanco;
 - SER KYLE CONDON, caballero a su servicio;
 - RONNEL STOUT;
 - VARGO HOAT, de la Ciudad Libre de Qohor, capitán de un grupo de mercenarios, la Compañía Audaz;
 - URSWYCK, apodado EL FIEL, su teniente;
 - SEPTÓN UTT, su teniente;
 - TIMEON DE DORNE, RORGE, IGGO, ZOLLO EL GORDO, MORDEDOR, TOGG JOTH de Ibben, PYG, TRESDEDOS, sus hombres;
 - QYBURN, un maestre sin cadena y en ocasiones nigromante, su sanador;
- con el ejército norteño, atacando el Valle Oscuro:
- ROBETT GLOVER, de Bosquespeso;
 - SER HELMAN TALLHART, de la Ciudadela de Torrhen;
 - HARRION KARSTARK, único hijo superviviente de lord Rickard Karstark y heredero de Bastión Kar;
- viajando hacia el norte con los huesos de lord Eddard:
- HALLIS MOLLEN, capitán de la guardia en Invernalia;
 - JACKS, QUENT, SHADD, guardias;
- sus señores vasallos y castellanos en el norte:
- WYMAN MANDERLY, señor de Puerto Blanco;
 - HOWLAND REED, señor de la Atalaya de Aguasgrises, un lago;
 - MORS UMBER, apodado CARROÑA, y HOTHER UMBER, apodado MATAPUTAS, tíos del Gran Jon, ambos castellanos en Último Hogar;

- LYESSA FLINT, señora de la Atalaya de la Viuda;
- ONDREW LOCKE, señor de Castillo Viejo, un anciano;
- [CLEY CERWYN], señor de Cerwyn, un niño de catorce años, caido en combate en Invernalia;
- JONELLE CERWYN, su hermana, una doncella de veintidós años, ahora señora de Cerwyn;
- [LEOBALD TALLHART], hermano menor de ser Helman, castellano en la Ciudadela de Torrhen, caido en combate en Invernalia;
- la esposa de Leobald, BERENA de la casa Hornwood;
- BRANDON, hijo de Leobald, un chico de catorce años;
- BEREN, hijo de Leobald, un niño de diez años;
- [BENFREDI], el hijo de ser Helman, muerto a manos de los hombres del hierro en la Costa Pedregosa;
- EDDARA, la hija de ser Helman, una niña de nueve años, heredera de la Ciudadela de Torrhen;
- LADY SYBELLE, esposa de Robett Glover, prisionera de Asha Greyjoy en Bosquespeso;
- GAWEN, el hijo de Robett, de tres años, legítimo heredero de Bosquespeso, prisionero de Asha Greyjoy;
- ERENA, la hija de Robett, un bebé de un año, prisionera de Asha Greyjoy en Bosquespeso;
- LARENCE NIEVE, hijo bastardo de lord Hornwood, pupilo de Galbart Glover, de trece años, prisionero de Asha Greyjoy en Bosquespeso.

El estandarte del Rey en el Norte sigue siendo el mismo desde hace miles de años: el lobo huargo gris de los Stark de Invernalia que corre sobre un campo de plata helada.



EL REY EN EL MARANGOSTO

STANNIS BARATHEON, el primero de su nombre, segundo hijo de lord Steffon Baratheon y lady Cassana de la casa Estermont, anteriormente señor de Rocadragón;

- su esposa, LA REINA SELYSE de la casa Florent;
- LA PRINCESA SHIREEN, la hija de ambos, una niña de once años;
- CARAMANCHADA, su bufón retrasado mental;
- EDRIC TORMENTA, su sobrino ilegítimo, un niño de doce años, hijo bastardo del rey Robert con Delena Florent;
- DEVAN SEAWORTH y BRYEN FARRING, sus escuderos;
- su corte y servidores:
 - LORD ALESTER FLORENT, señor de la fortaleza de Aguasclaras y mano del rey, tío de la reina;
 - SER AXELL FLORENT, castellano de Rocadragón y capitán de los hombres de la reina, tío de la reina;
 - LADY MELISANDRE DE ASSHAI, apodada LA MUJER ROJA, sacerdotisa de R'hllor, Señor de Luz y Dios de la Llama y la Sombra;
 - MAESTRE PYLOS, sanador, instructor y consejero;
 - SER DAVOS SEAWORTH, apodado EL CABALLERO DE LA CEBOLLA y en ocasiones MANICORTO, antes contrabandista;
 - la esposa de Davos, LADY MARYA, hija de un carpintero;
 - los siete hijos de ambos:
 - [DALE], desaparecido en el Aguasnegras;

- [ALLARD], desaparecido en el Aguasnegras;
- [MATHHOS], desaparecido en el Aguasnegras;
- [MARIC], desaparecido en el Aguasnegras;
- DEVAN, escudero del rey Stannis;
- STANNIS, un niño de nueve años;
- STEFFON, un niño de seis años;
- SALLADHOR SAAN, de la Ciudad Libre de Lys, que se hace llamar príncipe del mar Angosto y señor de la bahía del Aguasnegras, dueño de la *Valyria* y de una flota de galeras;
- MEIZO MAHR, un eunuco a su servicio;
- KHORANE SATHMANTES, capitán de su galera *Baile de Shayala*;
- GACHAS y LAMPREA, dos carceleros;
- sus señores vasallos:
 - MONTERYS VELARYON, Señor de las Mareas y dueño de Marcaderiva, un niño de seis años;
 - DURAM BAR EMMON, señor de Punta Aguda, un chico de quince años;
 - SER GILBERT FARRING, castellano de Bastión de Tormentas;
 - LORD ELWOOD MEADOWS, segundo de ser Gilbert;
 - MAESTRE JURNE, consejero y sanador de ser Gilbert;
 - LORD LUCOS CHYTTERING, apodado PEQUEÑO LUCOS, un joven de diecisésis años;
 - LESTER MORRIGEN, señor de Nido de Cuervos;
- sus caballeros y espadas juramentadas:
 - SER LOMAS ESTERMONT, tío del rey por parte de madre;
 - SER ANDREW ESTERMONT, su hijo;
 - SER ROLLAND TORMENTA, apodado EL BASTARDO DE CANTO NOCTURNO, un hijo ilegítimo del difunto lord Bryen Caron;
 - SER PARMEN CRANE, apodado PARMEN EL PÚRPURA, prisionero en Altojardín;
 - SER ERREN FLORENT, hermano menor de la reina Selyse, prisionero en Altojardín;
 - SER GERALD GOWER;
 - SER TRISTON DE COLINA CUENTA, antiguamente al servicio de lord Guncer Sunglass;
 - LEWYS, apodado EL PESCADERO;
 - OMER BLACKBERRY.

El rey Stannis ha elegido para su estandarte el corazón ardiente del Señor de Luz: un corazón de gules entre llamas naranja en campo de oro brillante. Dentro del corazón aparece el venado coronado de la casa Baratheon, de sable.



LA REINA AL OTRO LADO DEL AGUA

DAENERYS TARGARYEN, la primera de su nombre, *khaleesi* de los dothrakis, llamada DAENERYS DE LA TORMENTA, LA QUE NO ARDE, MADRE DE DRAGONES, única heredera superviviente de Aerys II Targaryen, viuda de Khal Drogo, de los dothrakis;

- sus jóvenes dragones, DROGON, VISERION, RHAEGAL;
- su Guardia de la Reina:
 - SER JORAH MORMONT, antiguo señor de la isla del Oso, exiliado por tráfico de esclavos;
 - JHOGO, *ko* y jinete de sangre, el látigo;
 - AGGO, *ko* y jinete de sangre, el arco;
 - RAKHARO, *ko* y jinete de sangre, el arakh;
 - BELWAS EL FUERTE, antiguo esclavo eunuco de los reñideros de Meereen;
 - ARSTAN, apodado BARBABLANCA, su viejo escudero, un hombre de Poniente;
- sus doncellas:
 - IRRI, una joven dothraki de quince años;
 - JHIQUI, una joven dothraki de catorce años;
- GROLEO, capitán de la gran coca *Balerion*, marino pentoshi a sueldo de Illyrio Mopatis;
- sus difuntos parientes:

- [RHAEGAR], su hermano, príncipe de Rocadragón y heredero del Trono de Hierro, muerto a manos de Robert Baratheon en el Tridente;
 - [RHAENYS], hija de Rhaegar con Elia de Dorne, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey;
 - [AEGON], hijo de Rhaegar con Elia de Dorne, asesinado durante el saqueo de Desembarco del Rey;
 - [VISERYS], su hermano, autoproclamado rey Viserys, el tercero de su nombre, apodado EL REY MENDIGO, muerto en Vaes Dothrak por orden de Khal Drogo;
 - [DROGO], su marido, un gran *khal* de los dothrakis, invicto en combate, muerto a causa de una herida;
 - [RHAEGO], su hijo con Khal Drogo, nacido muerto, asesinado en el útero por Mirri Maz Duur;
- sus enemigos conocidos:
- KHAL PONO, otrora *ko* de Drogo;
 - KHAL JHAQO, otrora *ko* de Drogo;
 - MAGO, su jinete de sangre;
 - LOS ETERNOS DE QARTH, un grupo de brujos;
 - PYAT PREE, un brujo de Qarth;
 - LOS HOMBRES PESAROSOS, un gremio de asesinos de Qarth;
- sus aliados inciertos, pasados y presentes:
- XARO XHOAN DAXOS, un príncipe mercader de Qarth;
 - QUAITHE, una portadora de sombras enmascarada de Asshai;
 - ILLYRIO MOPATIS, magíster de la Ciudad Libre de Pentos, que concertó el matrimonio de Daenerys con Khal Drogo;
- en Astapor:
- KRAZNYS MO NAKLOZ, un rico mercader de esclavos;
 - MISSANDEI, su esclava, una niña de diez años, del pueblo pacífico de Naath;
 - GRAZDAN MO ULLHOR, un anciano mercader de esclavos, muy rico;
 - CLEON, su esclavo, carnicero y cocinero;
 - GUSANO GRIS, un eunuco de los Inmaculados;
- en Yunkai:
- GRAZDAN MO ERAZ, emisario y aristócrata;
 - MERO DE BRAAVOS, apodado EL BASTARDO DEL TITÁN, capitán de los Segundos Hijos, una compañía de mercenarios;
 - BEN PLUMM EL MORENO, un sargento de los Segundos Hijos,

- mercenario de linaje dudoso;
- PREND AHL NA GHEZN, un mercenario ghiscario, capitán de los Cuervos de Tormenta, una compañía de mercenarios;
- SALLOR EL CALVO, un mercenario de Qarth, capitán de los Cuervos de Tormenta;
- DAARIO NAHARIS, un llamativo mercenario tyroshi, capitán de los Cuervos de Tormenta;
- en Meereen:
 - OZNAK ZO PAHL, un héroe de la ciudad.

El estandarte de Daenerys Targaryen es el de Aegon el Conquistador y la dinastía establecida por él: un dragón de tres cabezas, de gules sobre campo de sable.



EL REY DE LAS ISLAS Y DEL NORTE

BALON GREYJOY, el noveno de su nombre desde el Rey Gris, se ha proclamado Rey de las Islas del Hierro y del Norte, Rey de la Sal y de la Roca, Hijo del Viento Marino y Lord Segador de Pyke;

- su esposa, LA REINA ALANNYS de la casa Harlaw;
- sus hijos:
 - [RODRIK], su hijo mayor, muerto en Varamar durante la Rebelión de Greyjoy;
 - [MARON], su segundo hijo, muerto en Pyke durante la Rebelión de Greyjoy;
 - ASHA, su hija, capitana del *Viento Negro*, que ha tomado Bosquespeso;
 - THEON, su hijo menor, capitán del *Zorra Marina* y durante poco tiempo príncipe de Invernalia;
 - WEX PYKE, el escudero de Theon, hijo bastardo del hermanastro de lord Botley, un chico mudo de doce años;
 - la tripulación de Theon, los hombres del *Zorra Marina*:
 - URZEN; MARON BOTLEY, apodado BIGOTES DE PEZ;
 - STYGG; GEVIN HARLAW; CADWYLE;
- sus hermanos:
 - EURON, apodado OJO DE CUERVO, capitán del *Silencio*, famoso proscrito, pirata y bandolero;
 - VICTARION, lord capitán de la Flota de Hierro, capitán del *Victoria*

de Hierro;

- AERON, apodado PELOMOJADO, un sacerdote del Dios Ahogado;
- su casa en Pyke:
 - MAESTRE WENDAMYR, sanador y consejero;
 - HELYA, mayordoma del castillo;
- sus guerreros y espadas juramentadas:
 - DAGMER, apodado BARBARROTA, capitán del *Bebespuma*;
 - DIENTEAZUL, capitán de un barcoluengo;
 - ULLER, SKYTE, remeros y guerreros;
 - ANDRIK EL TACITURNO, un hombre gigantesco;
 - QARL, apodado QARL LA DONCELLA, lampiño pero mortífero;
- habitantes de Puerto Noble:
 - OTTER GIMPKNEE, posadero y proxeneta;
 - SIGRIN, carpintero de ribera;
- sus señores vasallos:
 - SAWANE BOTLEY, señor de Puerto Noble, en Pyke;
 - LORD WYNCH, de Castroferro, en Pyke;
 - STONEHOUSE, DRUMM y GOODBROTHER, de Viejo Wyk;
 - LORD GOODBROTHER, SPARR, LORD MERLYN y LORD FARWYND de Gran Wyk;
 - LORD HARLAW, de Harlaw;
 - VOLMARK, MYRE, STONETREE y KENNING, de Harlaw;
 - ORKWOOD y TAWNEY, de Montearca;
 - LORD BLACKTYDE, de Marea Negra;
 - LORD SALTCLIFFE y LORD SUNDERLY, de Acantilado de Sal.

OTRAS CASAS MAYORES Y MENORES



CASA ARRYN

Los Arryn descienden de los Reyes de la Montaña y el Valle, una de las líneas más antiguas y puras de la nobleza ándala. La casa Arryn no tomó parte en la guerra de los Cinco Reyes, sino que preservó sus fuerzas para proteger el Valle de Arryn. Su estandarte muestra una luna y un halcón, de plata sobre campo de azur. El lema de los Arryn es: Tan Alto como el Honor.

ROBERT ARRYN, señor del Nido de Águilas, Defensor del Valle, Guardián del Oriente, un niño enfermizo de ocho años;

—su madre, LADY LYSA de la casa Tully, tercera esposa y viuda de lord Jon Arryn, y hermana de Catelyn Stark;

—sus criados y sirvientes:

—MARILLION, un bardo joven y apuesto, protegido de lady Lyra;

—MAESTRE COLEMON, consejero, sanador e instructor;

—SER MARWYN BELMORE, capitán de la guardia;

—MORD, un carcelero brutal;

—sus señores vasallos, caballeros y criados:

—LORD NESTOR ROYCE, mayordomo jefe del Valle y castellano de las Puertas de la Luna, de la rama menor de la casa Royce;

—SER ALBAR, el hijo de lord Nestor;

—MYRANDA, la hija de lord Nestor;

—MYA PIEDRA, una niña bastarda a su servicio, hija natural del rey Robert I Baratheon;

—LORD YOHN ROYCE, apodado YOHN BRONCE, señor de Piedra

- de las Runas, de la rama principal de la casa Royce, primo de lord Nestor;
- SER ANDAR, el hijo mayor de lord Yohn;
 - [SER ROBAR], el segundo hijo de lord Yohn, caballero de la Guardia Arcoíris de Renly Baratheon, muerto en Bastión de Tormentas a manos de ser Loras Tyrell;
 - [SER WAYMAR], el hijo menor de lord Yohn, un hombre de la Guardia de la Noche, desaparecido más allá del Muro;
 - SER LYN CORBRAY, un pretendiente de lady Lyra;
 - MYCHEL REDFORT, su escudero;
 - LADY ANYA WAYNWOOD;
 - SER MORTON, el hijo mayor y heredero de lady Anya, un pretendiente de lady Lyra;
 - SER DONNEL, el segundo hijo de lady Anya, el Caballero de la Puerta;
 - EON HUNTER, señor de Arcolargo, un anciano y pretendiente de lady Lyra;
 - HORTON REDFORT, señor de Fuerterrojo.



CASA FLORENT

Los Florent de la fortaleza de Aguasclaras son vasallos de los Tyrell, a pesar de su derecho preferente a Altojardín por lazos de sangre con la casa Jardiner, los antiguos Reyes del Dominio. Al estallar la guerra de los Cinco Reyes, lord Alester Florent siguió a los Tyrell y se puso de parte del rey Renly, pero su hermano ser Axell se decantó por el rey Stannis, a quien había servido durante años como castellano de Rocadragón. Su sobrina Selyse era y es la reina del rey Stannis. Cuando Renly murió en Bastión de Tormentas, los Florent fueron los primeros vasallos de Renly que se pasaron al bando de Stannis con todas sus fuerzas. El blasón de la casa Florent muestra una cabeza de zorro en un círculo floral.

ALESTER FLORENT, señor de Aguasclaras;

—su esposa, LADY MELARA de la casa Crane;

—sus hijos:

—ALEKYNE, heredero de Aguasclaras;

—MELESSA, casada con lord Randyll Tarly;

—RHEA, casada con lord Leyton Hightower;

—sus hermanos:

—SER AXELL, castellano de Rocadragón;

—[SER RYAM], muerto al caerse del caballo;

—LA REINA SELYSE, la hija de ser Ryam, casada con el rey Stannis Baratheon;

—[SER IMRY], hijo de ser Ryam, comandante de la flota de Stannis

- Baratheon en el Aguasnegras, desaparecido con la *Furia*;
- SER ERREN, el segundo hijo de ser Ryam, prisionero en Altojardín;
- SER COLIN;
- DELENA, la hija de ser Colin, casada con SER HOSMAN NORCROSS;
- EDRIC TORMENTA, hijo de Delena, un bastardo del rey Robert I Baratheon, de doce años de edad;
- ALESTER NORCROSS, hijo de Delena, de ocho años;
- RENLY NORCROSS, hijo de Delena, un niño de dos años;
- MAESTRE OMER, hijo de ser Colin, de servicio en Roble Viejo;
- MERRELL, hijo de ser Colin, escudero en el Rejo;
- RYLENE, casada con ser Rychedr Crane.



CASA FREY

Poderosos, ricos y numerosos, los Frey son vasallos de la casa Tully, pero no siempre se han mostrado diligentes a la hora de cumplir con su deber. Cuando Robert Baratheon luchó con Rhaegar Targaryen en el Tridente, los Frey no llegaron hasta después de finalizada la batalla, y de ahí en adelante lord Hoster Tully siempre llamó a lord Walder *el finado lord Frey*. También se dice de Walder Frey que es el único señor de los Siete Reinos que se ha sacado un ejército entero de los calzones.

Al comenzar la guerra de los Cinco Reyes, Robb Stark obtuvo la fidelidad de lord Walder prometiéndole que se casaría con una de sus hijas o nietas. Dos nietos de lord Walder fueron enviados a Invernalia para vivir allí en condición de pupilos.

WALDER FREY, señor del Cruce;

—los herederos de su primera esposa, [LADY PERHA de la casa Royce]:

—[SER STEVRON], el hijo mayor, muerto tras la batalla de Cruce de Bueyes;

—[CORENNA SWANN], su esposa, muerta de una enfermedad que la consumió;

—SER RYMAN, el hijo mayor de Stevron, heredero de Los Gemelos;

—EDWYN, hijo de Ryman, casado con Jance Hunter;

—WALDA, la hija de Edwyn, una niña de ocho años;

—WALDER, apodado WALDER EL NEGRO, hijo de Ryman;

- PETYR, apodado PETYR ESPINILLA, hijo de Ryman;
 - MYLENDA CARON, su esposa;
 - PERHA, la hija de Petyr, una niña de cinco años;
 - [JEYNE LYDDEN], su esposa, muerta al caer de un caballo;
 - AEGON, un retrasado mental al que apodian CASCABEL, hijo de Stevron;
 - [MAEGELLE], la hija de Stevron, fallecida durante un parto, casada con ser Dafyn Vance;
 - MARIANNE, la hija de Maegelle, una doncella;
 - WALDER VANCE, hijo de Maegelle, escudero;
 - PATREK VANCE, hijo de Maegelle;
 - [MARSELLA WAYNWOOD], su esposa, muerta de parto;
 - WALTON, hijo de Stevron, casado con Deana Hardying;
 - STEFFON, apodado EL DULCE, hijo de Walton;
 - WALDA, apodada WALDA LA BELLA, la hija de Walton;
 - BRYAN, hijo de Walton, escudero;
 - SER EMMON, casado con Genna de la casa Lannister;
 - SER CLEOS, hijo de Emmon, casado con Jeyne Darry;
 - TYWIN, hijo de Cleos, escudero de once años;
 - WILLEM, hijo de Cleos, paje en Marcaceniza, de nueve años;
 - SER LYONEL, hijo de Emmon, casado con Melesa Crakehall;
 - TION, hijo de Emmon, prisionero en Aguasdulces;
 - WALDER, apodado WALDER EL ROJO, hijo de Emmon, de catorce años, escudero en Roca Casterly;
 - SER AENYS, casado con [Tyana Wynde], muerta de parto;
 - AEGON EL SANGRIENTO, hijo de Aenys, bandolero;
 - RHAEGAR, hijo de Aenys, casado con Jeyne Beesbury;
 - ROBERT, hijo de Rhaegar, un niño de trece años;
 - WALDA, apodada WALDA LA BLANCA, la hija de Rhaegar, una niña de diez años;
 - JONOS, hijo de Rhaegar, un niño de ocho años;
 - PERRIANE, casada con ser Leslyn Haigh;
 - SER HARYS HAIGH, hijo de Perriane;
 - WALDER HAIGH, el hijo de Harys, un niño de cuatro años;
 - SER DONNEL HAIGH, hijo de Perriane;
 - ALYN HAIGH, hijo de Perriane, escudero;
- de su segunda esposa, [LADY CYRENNA de la casa Swann]:
- SER JARED, su hijo mayor, casado con [Alys Frey];
 - SER TYTOS, el hijo de Jared, casado con Zhoa Blanetree;
 - ZIA, la hija de Tytos, una doncella de catorce años;
 - ZACHERY, el hijo de Tytos, un niño de doce años, que estudia

- en el septo de Antigua;
- KYRA, la hija de Jared, casada con ser Garse Goodbrook;
 - WALDER GOODBROOK, el hijo de Kyra, un niño de nueve años;
 - JEYNE GOODBROOK, la hija de Kyra, una niña de seis años;
 - SEPTÓN LUCEON, de servicio en el Gran Septo de Baelor, en Desembarco del Rey;
 - de su tercera esposa, [LADY AMAREI de la casa Crakehall]:
 - SER HOSTEEN, su hijo mayor, casado con Bellena Hawick;
 - SER ARWOOD, el hijo de Hosteen, casado con Ryella Royce;
 - RYELLA, la hija de Arwood, una niña de cinco años;
 - ANDROW y ALYN, los hijos gemelos de Arwood, de tres años;
 - LADY LYTHENE, casada con lord Lucias Vyppren;
 - ELYANA, la hija de Lythene, casada con ser Jon Wynde;
 - RICKARD WYLDE, el hijo de Elyana, de cuatro años;
 - SER DAMON VYPREN, el hijo de Lythene;
 - SYMOND, casado con Betharios de Braavos;
 - ALEXANDER, hijo de Symond, bardo;
 - ALYX, la hija de Symond, una doncella de diecisiete años;
 - BRADAMAR, hijo de Symond, un niño de diez años, acogido en Braavos como pupilo de Oro Tendyrís, un mercader de esa ciudad;
 - SER DANWELL, casado con Wynafrei Whent;
 - [muchos abortos y niños nacidos muertos];
 - MERRITT, casado con Mariya Darry;
 - AMEREI, llamada AMI, hija de Merrett, de diecisésis años, viuda de [ser Pate del Forca Azul];
 - WALDA, apodada WALDA LA GORDA, hija de Merrett, de quince años, casada con lord Roose Bolton;
 - MARISSA, hija de Merrett, una doncella de trece años;
 - WALDER, apodado WALDER EL PEQUEÑO, el hijo de Merrett, un niño de siete años, hecho cautivo en Invernalia cuando era pupilo de lady Catelyn Stark;
 - [SER GEREMY], ahogado, casado con Carolei Waynwood;
 - SANDOR, el hijo de Geremy, un chico de doce años, escudero de ser Donnel Waynwood;
 - CYNTHIA, la hija de Geremy, una niña de nueve años, pupila de lady Anya Waynwood;
 - SER RAYMUND, casado con Beony Beesbury;
 - ROBERT, hijo de Raymund, de diecisésis años, estudiante en la Ciudadela de Antigua;
 - MALWYN, hijo de Raymund, de quince años, aprendiz de

- alquimista en Lys;
- las hijas gemelas de Raymund, SERRA y SARRA, doncellas de catorce años;
- CERSEI, apodada ABEJITA, hija de Raymund, de seis años;
- de su cuarta esposa, [LADY ALYSSA de la casa Blackwood]:
 - LOTHAR, apodado LOTHAR EL COJO, su hijo mayor, casado con Leonella Lefford;
 - TYSANE, hija de Lothar, una niña de siete años;
 - WALDA, hija de Lothar, una niña de cuatro años;
 - EMBERLEI, hija de Lothar, una niña de dos años;
- SER JAMMOS, casado con Sallei Paege;
 - WALDER, apodado WALDER EL MAYOR, el hijo de Jammos, un niño de ocho años, hecho cautivo en Invernalia cuando era pupilo de lady Catelyn Stark;
 - los hijos gemelos de Jammos, DICKON y MATHIS, de cinco años;
- SER WHALEN, casado con Sylwa Paege;
- HOSTER, el hijo de Whalen, un niño de doce años, escudero de ser Damon Paege;
- MERIANNE, llamada MERRY, la hija de Whalen, una niña de once años;
- LADY MORYA, casada con ser Flement Brax;
- ROBERT BRAX, hijo de Morya, de nueve años, acogido en Roca Casterly como paje;
- WALDER BRAX, hijo de Morya, un niño de seis años;
- JON BRAX, hijo de Morya, un niño de tres años;
- TYTA, apodada TYTA LA DONCELLA, una doncella de veintinueve años;
- de su quinta esposa, [LADY SARYA de la casa Whent]:
 - sin descendientes;
- de su sexta esposa, [LADY BETHANY de la casa Rosby]:
 - SER PERWYN, su hijo mayor;
 - SER BENFREY, casado con Jyanna Frey, una prima;
 - DELLA, apodada DELLA LA SORDA, la hija de Benfrey, una niña de tres años;
 - OSMUND, el hijo de Benfrey, un niño de dos años;
 - MAESTRE WILLAMEN, de servicio en Arcolargo;
 - OLYVAR, escudero de Robb Stark;
 - ROSLIN, una doncella de diecisésis años;
- de su séptima esposa, [LADY ANNARA de la casa Farring]:

- ARWYN, una doncella de catorce años;
- WENDEL, su hijo mayor, un niño de trece años, acogido como paje en Varamar;
- COLMAR, prometido a la Fe, de once años;
- WALTYR, llamado TYR, un niño de diez años;
- ELMAR, anteriormente prometido con Arya Stark, un niño de nueve años;
- SHIREI, una niña de seis años;
- de su octava esposa, LADY JOYEUSE de la casa Erenford:
 - sin descendencia hasta ahora;
- hijos naturales de lord Walder con diferentes madres:
 - WALDER RÍOS, apodado WALDER EL BASTARDO;
 - SER AEMON RÍOS, el hijo de Walder el Bastardo;
 - WALDA RÍOS, la hija de Walder el Bastardo;
 - MAESTRE MELWYS, de servicio en Rosby;
 - JEYNE RÍOS, MARTYN RÍOS, RYGER RÍOS, RONEL RÍOS, MELLARA RÍOS, otros.



CASA LANNISTER

Los Lannister de Roca Casterly siguen siendo el apoyo principal de las aspiraciones del rey Joffrey al Trono de Hierro. Se jactan de que descienden de Lann el Astuto, el legendario embaucador de la Edad de los Héroes. El oro de Roca Casterly y del Colmillo Dorado los han convertido en los más ricos entre las grandes casas. El blasón de los Lannister es un león de oro en campo carmesí. Su lema es: ¡Oye mi Rugido!

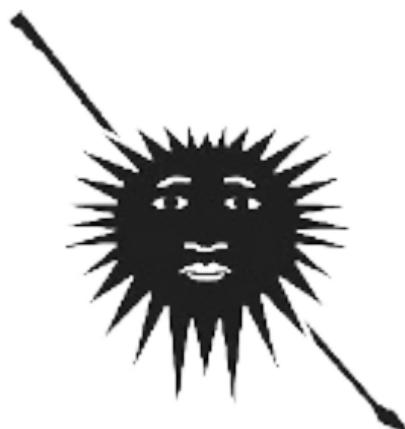
TYWIN LANNISTER, señor de Roca Casterly, Guardián del Occidente, Escudo de Lannisport y mano del rey;

- SER JAIME, apodado EL MATARREYES, su hijo, hermano mellizo de la reina Cersei, lord comandante de la Guardia Real y Guardián del Oriente, prisionero en Aguasdulces;
- LA REINA CERSEI, su hija, hermana melliza de Jaime, viuda del rey Robert I Baratheon, reina regente en nombre de su hijo Joffrey;
- EL REY JOFFREY BARATHEON, su hijo, un niño de trece años;
- LA PRINCESA MYRCELLA BARATHEON, su hija, una niña de nueve años, pupila del príncipe Doran Martell en Dorne;
- EL PRÍNCIPE TOMMEN BARATHEON, su hijo, un niño de ocho años, heredero del Trono de Hierro;
- TYRION, apodado EL GNOMO y MEDIOHOMBRE, su hijo enano, malherido en la batalla del Aguasnegras;
- sus hermanos:
 - SER KEVAN, el hermano mayor de lord Tywin;

- la esposa de ser Kevan, DORNA de la casa Swyft;
 - SER LANCEL, hijo de Kevan, antes escudero del rey Robert, herido y agonizante;
 - WILLEM, hijo de Kevan, hermano gemelo de Martyn, escudero, cautivo en Aguasdulces;
 - MARTYN, hijo de Kevan, hermano gemelo de Willem, escudero, cautivo de Robb Stark;
 - JANEI, hija de Kevan, una niña de dos años;
 - GENNA, su hermana, casada con ser Emmon Frey;
 - SER CLEOS FREY, hijo de Genna, cautivo en Aguasdulces;
 - SER LYONEL, hijo de Genna;
 - TION FREY, hijo de Genna, escudero, cautivo en Aguasdulces;
 - WALDER, apodado WALDER EL ROJO, hijo de Genna, escudero en Roca Casterly;
 - [SER TYGETT], su segundo hermano, muerto de viruelas;
 - la viuda de Tygett, DARLESSA de la casa Marbrand;
 - TYREK, su hijo, escudero del rey, desaparecido;
 - [GERION], su hermano menor, desaparecido en el mar;
 - GLORIA, la hija bastarda de Gerion, de once años;
- [SER STAFFORD LANNISTER], su primo, hermano de la difunta lady Joanna, muerto en Cruce de Bueyes;
- CERENNA y MYRIELLE, las hijas de ser Stafford;
 - SER DAVEN, el hijo de ser Stafford;
- sus primos:
- SER DAMION LANNISTER, casado con lady Shiera Crakehall;
 - SER LUCION, su hijo;
 - LANNA, su hija, casada con lord Antario Jast;
 - MARGOT, casada con lord Titus Peake;
- sus criados y sirvientes:
- MAESTRE CREYLEN, sanador, instructor y consejero;
 - VYLARR, capitán de la guardia;
 - LUM y LESTER EL ROJO, guardias;
 - WAT SONRISABLANCA, bardo;
 - SER BENEDICT BROOM, maestro de armas;
- sus señores vasallos:
- DAMON MARBRAND, señor de Marcaceniza;
 - SER ADDAM MARBRAND, su hijo y heredero;
 - ROLAND CRAKEHALL, señor de Refugio Quebrado;
 - [SER BURTON CRAKEHALL], su hermano, asesinado por lord Beric Dondarrion y sus bandidos;

- SER TYBOLT CRAKEHALL, su hijo mayor y heredero;
- SER LYLE CRAKEHALL, apodado JABALÍ, su segundo hijo, cautivo en el Castillo de la Princesa Rosada;
- SER MERLON CRAKEHALL, su hijo menor;
- [ANDROS BRAX], señor de Valdelcuello, ahogado durante la batalla de los Campamentos;
- [SER RUPERT BRAX], su hermano, muerto en Cruce de Bueyes;
- SER TYTOS BRAX, su hijo mayor; ahora señor de Valdelcuello, prisionero en Los Gemelos;
- [SER ROBERT BRAX], su segundo hijo, caído en la batalla de los Vados;
- SER FLEMENT BRAX, su tercer hijo, ahora heredero;
- [LORD LEO LEFFORD], ahogado en el Molino de Piedra;
- REGENARD ESTREN, señor de Salón del Viento, prisionero en Los Gemelos;
- GAWEN WESTERLING, señor del Risco, prisionero en Varamar;
 - su esposa, LADY SYBELL de la casa Spicer;
 - SER ROLPH SPICER, su hermano;
 - SER SAMWELL SPICER, su primo;
- sus hijos:
 - SER RAYNALD WESTERLING;
 - JEYNE, una doncella de diecisésis años;
 - ELEYNA, una niña de doce años;
 - ROLLAM, un niño de nueve años;
- LEWYS LYDDEN, señor de Cuevahonda;
- LORD ANTARIO JAST, prisionero en el Castillo de la Princesa Rosada;
- LORD PHILIP PLUMM;
 - SER DENNIS PLUMM, SER PETER PLUMM y SER HARWYN PLUMM, apodado PEÑAFUERTE, sus hijos;
- QUENTEN BANEFORT, señor de Fuerte Desolación, prisionero de lord Jonos Bracken;
- sus caballeros y capitanes:
 - SER HARYS SWYFT, suegro de ser Kevan Lannister;
 - SER STEFFON SWYFT, el hijo de ser Harys;
 - JOANNA, la hija de ser Steffon;
 - SHIERLE, la hija de ser Harys, casada con ser Melwyn Sarsfield;
 - SER FORLEY PRESTER;
 - SER GARTH GREENFIELD, prisionero en el torreón del Árbol de los Cuervos;
 - SER LYMOND VIKARY, prisionero en Descanso del Caminante;

- LORD SELMON STACKSPEAR;
- SER STEFFON STACKSPEAR, hijo de Selmon;
- SER ALYN STACKSPEAR, el hijo menor de Selmon;
- TERRENCE KENNING, señor de Kayce;
- SER KENNOS DE KAYCE, un caballero a su servicio;
- SER GREGOR CLEGANE, apodado LA MONTAÑA QUE CABALGA;
- POLLIVER, CHISWYCK, RAFF EL DULCE, DUNSEN y EL COSQUILLAS, soldados a su servicio;
- [SER AMORY LORCH], dado de comida a un oso por Vargo Hoat tras la caída de Harrenhal.



CASA MARTELL

Dorne fue el último de los Siete Reinos en jurar lealtad al Trono de Hierro. La sangre, las costumbres y la historia colocan a los dornienses a cierta distancia de los otros reinos. Cuando comenzó la guerra de los Cinco Reyes, Dorne no tomó partido. Con el compromiso entre Myrcella Baratheon y el príncipe Trystane, Lanza del Sol proclamó su apoyo al rey Joffrey y convocó a sus señores vasallos. El blasón de los Martell es un sol de gules atravesado por una lanza de oro. Su lema es: Nunca Doblado, nunca Roto.

DORAN NYMEROS MARTELL, señor de Lanza del Sol, príncipe de Dorne;

—su esposa, MELLARIO, de la Ciudad Libre de Norvos;

—sus hijos:

—LA PRINCESA ARIANNE, su hija mayor, heredera de Lanza del Sol;

—EL PRÍNCIPE QUENTYN, su hijo mayor;

—EL PRÍNCIPE TRYSTANE, su hijo menor, prometido a Myrcella Baratheon;

—sus hermanos:

—[LA PRINCESA ELIA], su hermana, esposa del príncipe Rhaegar Targaryen, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey;

—sus hijos:

—[LA PRINCESA RHAENYS], niña de corta edad, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey;

- [EL PRÍNCIPE AEGON], un bebé, asesinado durante el saqueo de Desembarco del Rey;
- EL PRÍNCIPE OBERYN, apodado LA VÍBORA ROJA, su hermano;
- ELLARIA ARENA, la concubina del príncipe Oberyn;
- OBARA, NYMERIA, TYENE, SARELLA, ELIA, OBELLA, DOREA, LOREZA, apodadas LAS SERPIENTES DE ARENA, las hijas bastardas del príncipe Oberyn;
- los compañeros del príncipe Oberyn:
 - HARMEN ULLER, señor de Sotoinfierno;
 - SER ULWYCK ULLER, hermano de Harmen;
 - SER RYON ALLYRION;
 - SER DAEMON ARENA, apodado EL BASTARDO DE BONDADIVINA, hijo natural de ser Ryon;
 - DAGOS MANWOODY, señor de Sepulcro del Rey;
 - MORS y DICKON, hijos de Dagos;
 - SER MYLES MANWOODY, hermano de Dagos;
 - SER ARRON QORGYLE;
 - SER DEZIEL DALT, apodado EL CABALLERO DE LIMONAR;
 - MYRIA JORDAYNE, heredera de Tor;
 - LARRA BLACKMONT, señora de Montenegro;
 - JYNESSA BLACKMONT, su hija;
 - PERHOS BLACKMONT, su hijo, escudero;
- sus sirvientes:
 - AREO HOTAH, mercenario norvoshi, capitán de la guardia;
 - MAESTRE CALEOTTE, consejero, sanador e instructor;
- sus señores vasallos:
 - HARMEN ULLER, señor de Sotoinfierno;
 - EDRIC DAYNE, señor de Campoestrella;
 - DELONNE ALLYRION, señora de Bondadivina;
 - DAGOS MANWOODY, señor de Sepulcro del Rey;
 - LARRA BLACKMONT, señora de Montenegro;
 - TREMOND GARGALEN, señor de Costa Salada,
 - ANDERS YRONWOOD, señor de Palosanto;
 - NYMELLA TOLAND.



CASA TULLY

Lord Edmyn Tully de Aguas dulces fue uno de los primeros señores del río que juraron lealtad a Aegon el Conquistador. El victorioso Aegon lo recompensó alzando la casa Tully por encima de todas las casas del Tridente. El emblema de los Tully representa una trucha saltarina de plata sobre campo ondulado de azur y gules. Su lema es: Familia, Deber, Honor.

- HOSTER TULLY, señor de Aguas dulces;
- su esposa, [LADY MINISA de la casa Whent], muerta de parto;
- sus hijos:
 - CATELYN, viuda de lord Eddard Stark de Invernalia;
 - ROBB STARK, su hijo mayor, señor de Invernalia, Rey en el Norte y Rey del Tridente;
 - SANSA STARK, hija de Catelyn, una doncella de doce años, prisionera en Desembarco del Rey;
 - ARYA STARK, hija de Catelyn, de diez años, desaparecida desde hace un año;
 - BRANDON STARK, hijo de Catelyn, de ocho años, dado por muerto;
 - RICKON STARK, hijo de Catelyn, de cuatro años, dado por muerto;
- LYSA, viuda de lord Jon Arryn del Nido de Águilas;
- ROBERT, su hijo, señor del Nido de Águilas y Defensor del Valle, un niño enfermizo de siete años;

- SER EDMURE, su único hijo, heredero de Aguasdulces;
- amigos y compañeros de ser Edmure:
 - SER MARQ PIPER, heredero del Castillo de la Princesa Rosada;
 - LORD LYMOND GOODBROOK;
 - SER RONALD VANCE, apodado EL MALO; y sus hermanos,
SER HUGO, SER ELLERY y KIRTH;
 - PATREK MALLISTER, LUCAS BLACKWOOD, SER PERWYN FREY, TRISTAN RYGER, SER ROBERT PAEGE;
- SER BRYNDEN, apodado EL PEZ NEGRO, su hermano;
- sus criados y sirvientes:
 - MAESTRE VYMAN, consejero, sanador e instructor;
 - SER DESMOND GRELL, maestro de armas;
 - SER ROBIN RYGER, capitán de la guardia;
 - LEW EL LARGO, ELWOOD, DELP, guardias;
 - UTHERYDES WAYN, mayordomo de Aguasdulces;
 - RYMUND DE LAS RIMAS, bardo;
- sus señores vasallos:
 - JONOS BRACKEN, señor del Seto de Piedra;
 - JASON MALLISTER, señor de Varamar;
 - WALDER FREY, señor del Cruce;
 - CLEMENT PIPER, señor del Castillo de la Princesa Rosada;
 - KARYL VANCE, señor de Descanso del Caminante;
 - NORBERT VANCE, señor de Atranta;
 - THEOMAR SMALLWOOD, señor de Torreón Bellota;
 - su esposa, LADY RAVELLA de la casa Swann;
 - CARELLEN, su hija;
 - WILLIAM MOOTON, señor de Poza de la Doncella;
 - SHELLA WHENT, despojada señora de Harrenhal;
 - SER HALMON PAEGE;
 - TYTOS BLACKWOOD, señor del Árbol de los Cuervos.



CASA TYRELL

Los Tyrell ascendieron al poder como mayordomos de los Reyes del Dominio, cuyas posesiones incluían las fértils llanuras del suroeste, que se extienden de las Marcas de Dorne al río Aguasnegras y llegan hasta las orillas del mar del Ocaso. Alegan descender, por linea materna, de Garth Manoverde, el rey jardinero de los primeros hombres, que llevaba una corona de enredaderas y flores, y hacia florecer los campos. Cuando Mern IX, el último rey de la casa Jardinero, perdió la vida en el Campo de Fuego, su mayordomo, Harlen Tyrell, rindió Altojardín ante Aegon el Conquistador. Aegon le concedió el castillo y el mando sobre el Dominio. El blasón de los Tyrell muestra una rosa de oro sobre campo de sinople. Su lema es: Crecer Fuerte.

Lord Mace Tyrell declaró su apoyo a Renly Baratheon al comienzo de la guerra de los Cinco Reyes y le otorgó la mano de su hija Margaery. Tras la muerte de Renly, Altojardín formó una alianza con la casa Lannister, y Margaery quedó prometida con el rey Joffrey.

MACE TYRELL, señor de Altojardín, Guardián del Sur, Defensor de las Marcas y Alto Mariscal del Dominio;

—su esposa, LADY ALERIE de la casa Hightower de Antigua;

—sus hijos:

—WILLAS, su hijo mayor, heredero de Altojardín;

—SER GARLAN, apodado EL GALANTE, su segundo hijo;

—su esposa, LADY LEONETTE de la casa Fossoway;

—SER LORAS, apodado EL CABALLERO DE LAS FLORES, su hijo

- menor, hermano juramentado de la Guardia Real;
- MARGAERY, su hija, una viuda de quince años, prometida del rey Joffrey I Baratheon;
- compañeras y damas de Margaery:
- MEGGA, ALLA y ELINOR TYRELL, sus primas;
 - ALYN AMBROSE, el prometido de Elinor, escudero;
 - LADY ALYSANNE BULWER, una niña de ocho años;
 - MEREDYTH CRANE, llamada MERRY;
 - TAENA DE MYR, esposa de lord Orton Merry weather;
 - LADY ALYCE GRACEFORD;
 - SEPTA NYSTERICA, una hermana de la Fe;
- su madre viuda, LADY OLENNNA de la casa Redwyne, apodada LA REINA DE LAS ESPINAS;
- ARRYK y ERRYK, apodados IZQUIERDO y DERECHO, los guardias de lady Olenna;
- sus hermanas:
- LADY MINA, casada con Paxter Redwyne, señor del Rejo;
 - sus hijos:
 - SER HORAS REDWYNE, hermano gemelo de Hobber, apodado HORROR;
 - SER HOBBER REDWYNE, hermano gemelo de Horas, apodado BABOSO;
 - DESMERA REDWYNE, una doncella de dieciséis años;
 - LADY JANNA, casada con ser Jon Fossway;
- sus tíos y primos:
- GARTH, llamado EL GROSERO, hermano de su padre, lord senescal de Altojardín;
 - GARSE y GARRETT FLORES, hijos bastardos de Garth;
 - SER MORYN, hermano de su padre, lord comandante de la Guardia de la Ciudad de Antigua;
 - [SER LUTHOR], hijo de Moryn, casado con lady Elyn Norridge;
 - SER THEODORE, hijo de Luthor, casado con lady Lia Serry;
 - ELINOR, la hija de Theodore;
 - LUTHOR, hijo de Theodore, escudero;
 - MAESTRE MEDWICK, hijo de Luthor;
 - OLENE, la hija de Luthor, casada con ser Leo Blackbar;
 - LEO, apodado LEO EL VAGO, hijo de Moryn;
 - MAESTRE GORMON, hermano de su padre, un erudito de la Ciudadela;
 - [SER QUENTIN], su primo, muerto en Vado Ceniza;

- SER OLYMER, el hijo de Quentin, casado con lady Lysa Meadows;
 - RAYMUND y RICKARD, los hijos de Olymer;
 - la hija de Olymer, MEGGA;
 - MAESTRE NORMUND, su primo, de servicio en Corona Negra;
 - [SER VICTOR], su primo, muerto a manos del Caballero Sonriente de la Hermandad del Bosque Real;
 - VICTARIA, la hija de Victor, casada con [lord Jon Bulwer], fallecido a causa de una fiebre estival;
 - LADY ALYSANNE BULWER, la hija de ambos, de ocho años;
 - SER LEO, el hijo de Victor, casado con lady Alys Beesbury;
 - ALLA y LEONA, las hijas de Leo;
 - LYONEL, LUCAS y LORENT, los hijos de Leo;
- sus sirvientes y criados en Altojardín:
- MAESTRE LOMYS, consejero, sanador e instructor;
 - IGON VYRWEL, capitán de la guardia;
 - SER VORTIMER CRANE, maestro de armas;
 - MANTECAS, bufón, gordísimo;
- sus señores vasallos:
- RANDYLL TARLY, señor de Colina Cuerno;
 - PAXTER REDWYNE, señor del Rejo;
 - ARWYN OAKHEART, señora de Roble Viejo;
 - MATHIS ROWAN, señor de Sotodeoro;
 - ALESTER FLORENT, señor de la fortaleza de Aguasclaras, un rebelde que apoya a Stannis Baratheon;
 - LEYTON HIGHTOWER, Voz de Antigua, Señor del Puerto;
 - ORTON MERRYWEATHER, señor de Granmesa;
 - LORD ARTHUR AMBROSE;
- sus caballeros y espadas juramentadas:
- SER MARK MULLENDORE, lisiado durante la batalla del Aguasnegras;
 - SER JON FOSSOWAY, de los Fossoway de la manzana verde;
 - SER TANTON FOSSOWAY, de los Fossoway de la manzana roja.

REBELDES, BANDIDOS Y HERMANOS JURAMENTADOS



LOS HERMANOS JURAMENTADOS DE LA GUARDIA DE LA NOCHE

Exploradores más allá del Muro:

JEOR MORMONT, apodado EL VIEJO OSO, lord comandante de la Guardia de la Noche;

- JON NIEVE, el bastardo de Invernalia, su mayordomo y escudero, desaparecido mientras exploraba el Paso Aullante;
- FANTASMA, su lobo huargo, blanco y silencioso;
- EDDISON TOLLETT, apodado EDD EL PENAS, su escudero;
- THOREN SMALLWOOD, al mando de los exploradores;
- DYWEN; DAGA; PIESLIGEROS; GRENN; BEDWYCK, apodado GIGANTE; OLLO MANOMOCHA; GRUBBS; BERNARR, apodado BERNARR EL MORENO; otro BERNARR, apodado BERNARR EL NEGRO; TIM PIEDRA; ULMER DEL BOSQUE REAL; GARTH, apodado PLUMAGRÍS; GARTH DE GREENAWAY; GARTH DE ANTIGUA; ALAN DE ROSBY; RONNEL HARCLAY; AETHAN; RYLES; MAWNEY, exploradores;
- JARMAN BUCKWELL, al mando de los oteadores;
- BANNEN, KEDGE OJOBLANCO, TUMBERJON, FORNIO, GOADY, exploradores y oteadores;
- SER OTTYN WYTHERS, al mando de la retaguardia;
- SER MALLADOR LOCKE, al mando de la impedimenta;
- DONNEL COLINA, apodado DONNEL EL SUAVE, su escudero y

- mayordomo;
- HAKE, intendente y cocinero;
- CHETT, un mayordomo feo, encargado de los perros;
- SAMWELL TARLY un mayordomo gordo, encargado de los cuervos, apodado SER CERDI;
- LARK, llamado DE LAS HERMANAS; su primo ROLLEY DE VILLAHERMANA; KARL EL PATIZAMBO; MASLYN; PAUL EL PEQUEÑO; SERRUCHO; LEW EL ZURDO; OSS EL HUÉRFANO; BILL EL REFUNFUÑÓN, mayordomos;
- [QHORIN MEDIAMANO], al mando de los exploradores de la Torre Sombría, muerto en el Paso Aullante;
- [ESCUDERO DALBRIDGE, EGGEN], exploradores, muertos en el Paso Aullante;
- SERPIENTE DE PIEDRA, explorador y montañero, perdido en el Paso Aullante;
- BLANE, segundo de Qhorin Mediamano, al mando de los hombres de la Torre Sombría en el Puño de los Primeros Hombres;
- SER BYAM FLINT;

en el Castillo Negro:

- BOWEN MARSH, lord mayordomo y castellano;
- MAESTRE AEMON (TARGARYEN), sanador y consejero, un ciego de cien años de edad;
 - su mayordomo, CLYDAS;
- BENJEN STARK, capitán de los exploradores, desaparecido y presumiblemente muerto;
- SER WYNTON STOUT, explorador durante ochenta años;
- SER ALADALE WYNCH, PYPAR, DICK FOLLARD EL SORDO , HAL EL PELUDO, JACK BULWER EL NEGRO, ELRON, MATTHAR, exploradores;
- OTHELL YARWYCK, capitán de los constructores;
- BOTA DE SOBRA, HENLY EL JOVEN, HALDER, ALBETT, TONELETE, CALVASUCIA DE POZA DE LA DONCELLA, constructores;
- DONAL NOYE, armero, herrero y mayordomo, manco;
- HOBB TRESDEDOS, mayordomo y cocinero;
- TIM LENGUATRABADA, SIMPLE, MULLY, HENLY EL VIEJO , CUGEN, ALYN EL ROJO DE PALISANDRO, JEREN, mayordomos;
- SEPTÓN CELLADOR, un religioso borracho;
- SER ENDREW TARTH, maestro de armas;

- RAST, ARRON, EMRICK, SEDA, PETIRROJO SALTARÍN, reclutas que todavía se están entrenando;
- CONWY, GUEREN, reclutadores y recolectores;

en Guardiaoriente del Mar:

- COTTER PYKE, comandante de Guardiaoriente;
- MAESTRE HARMUNE, sanador y consejero;
- SER ALLISER THORNE, maestro de armas;
- JANOS SLYNT, excomandante de la Guardia de la Ciudad de Desembarco del Rey, señor de Harrenhal durante poco tiempo;
- SER GLENDON HEWETT;
- DAREON, mayordomo y juglar;
- FÉRREO EMMETT, explorador famoso por su fuerza;

en la Torre Sombría:

- SER DENYS MALLISTER, comandante de la Torre Sombría;
- WALLACE MASSEY, su mayordomo y escudero;
- MAESTRE MULLIN, sanador y consejero.



LA HERMANDAD SIN ESTANDARTES UNA COFRADÍA DE BANDIDOS

BERIC DONDARRION, señor de Refugionegro, llamado EL SEÑOR DEL RELÁMPAGO, dado por muerto con frecuencia;

- THOROS DE MYR, su mano derecha, un sacerdote rojo;
- EDRIC DAYNE, su escudero, señor de Campoestrella, de doce años;
- sus seguidores:
 - LIM, apodado LIM CAPA DE LIMÓN, antes soldado;
 - HARWIN, hijo de Hullin, antes al servicio de lord Eddard Stark en Invernalia;
 - BARBAVERDE, un mercenario tyroshi;
 - TOM DE SIETECAUCES, un bardo de fama dudosa, apodado TOM SIETECUERDAS y TOM SIETE;
 - ANGUY EL ARQUERO, arquero de las Marcas de Dorne;
 - JACK-CON-SUERTE, buscado por forajido, tuerto;
 - EL CAZADOR LOCO, de Septo de Piedra;
 - KYLE, NOTCH, DENNETT, arqueros;
 - MERRIT DE ALDEALUNA, WATTY EL MOLINERO, LUKE EL LÚCIDO, MUDGE, DICK LAMPIÑO, bandidos de su grupo;

en la Posada del Hombre Arrodillado:

- SHARNA, la encargada, cocinera y partera;
- su esposo, llamado ESPOSO;
- CHICO, un huérfano de la guerra;

en El Melocotón, un burdel de Septo de Piedra:

—ATANASIA, la propietaria, pelirroja;

—ALYCE, CASS, LANNA, JYZENE, HELLY, CAMPY, algunos de sus melocotones;

en Torreón Bellota, la residencia de la casa Smallwood:

—LADY RAVELLA, antes de la casa Swann, esposa de lord Theomar Smallwood;

aquí, allá y en cualquier parte:

—LORD LYMOND LYCHESTER, un anciano que desvaría y que una vez contuvo a ser Maynard en el puente;

—MAESTRE ROONE, su joven cuidador;

—el fantasma de Alto Corazón;

—la Dama de las Hojas;

—el septón de Danza de Sally.



LOS SALVAJES O PUEBLO LIBRE

- MANCE RAYDER, Rey-más-allá-del-Muro;
—DALLA, su mujer embarazada;
—VAL, su hermana menor;
—sus cabecillas y capitanes:
—HARMA, apodada CABEZA DE PERRO, al mando de la vanguardia;
—EL SEÑOR DE LOS HUESOS, también llamado CASACA DE MATRACA, cabecilla de una partida de guerra;
—YGRITTE, una mujer de las lanzas joven, miembro de su banda;
—RYK, apodado LANZALARGA, miembro de su banda;
—RAGWYLE, LENYL, miembros de su banda;
—JON NIEVE, su cautivo, el cuervo desertor;
—FANTASMA, su lobo huargo, blanco y silencioso;
—STYR, magnar de Thenn;
—JARL, un explorador joven, amante de Val;
—GRIGG LA CABRA, ERROK, QUORT, BODGER, DEL,
FORÚNCULO, DAN EL CAÑAMEÑO, HENK EL TIMÓN,
DEDODELPIÉ, PULGARES DE PIEDRA, exploradores;
—TORMUND, Rey del Aguamiel en el Salón Rojo, apodado
MATAGIGANTES, GRAN HABLADOR, SOPLADOR DEL CUERNO,
ROMPEDOR DEL HIELO, PUÑO DE TRUENO,
MARIDO DE OSAS, PORTAVOZ ANTE LOS DIOSES y PADRE
DE EJÉRCITOS, cabecilla de una partida de guerra;
—TOREGG EL ALTO, TORWYND EL MANSO, DORMUND y

- DRYN, sus hijos; MUNDA, su hija;
- [ORELL], apodado ORELL EL ÁGUILA, cambiapieles muerto a manos de Jon Nieve en el Paso Aullante;
- MAG MAR TUN DOH WEG, apodado MAG EL PODEROSO, de los gigantes;
- VARAMYR, apodado SEISPIELES, cambiapieles, dueño de tres lobos, un gatosombra y una osa de las nieves;
- EL LLORÓN, explorador y cabecilla de una partida de guerra;
- [ALFYN MATACUERVOS], explorador, muerto a manos de Qhorin Mediامano, de la Guardia de la Noche;
- CRASTER, del Torreón de Craster, que no se arrodilla ante nadie;
- ELÍ, su hija y esposa, con un niño en el vientre;
- DYAH, FERNY, NELLA, tres de sus diecinueve esposas.

PESAS Y MEDÍDAS

En la edición española de *Canción de hielo y fuego* se utiliza un sistema de pesas y medidas inspirado en el castellano del siglo XVIII. Las equivalencias de las unidades que aparecen con más frecuencia en la obra son las siguientes:

LONGITUD

Dedo: 1,74 cm

Palmo: 12 dedos, o algo más de 20 cm

Codo: 2 palmos

Vara y paso: ambos equivalentes a 2 codos, o 4 palmos

Legua: 5000 pasos, o algo más de 4 km

SUPERFICIE

Fanega: 6440 m²

VOLUMEN

Cuartillo (líquidos): $\frac{1}{4}$ de azumbre, o $\frac{1}{2}$ litro

Azumbre (líquidos): 4 cuartillos, o 2 litros

Cuartillo (áridos): $\frac{1}{4}$ de celemín, o algo más de 1 litro

Celemín (áridos): 4 cuartillos, o 4,625 litros

PESO

Marco: 0.23 kg

Arroba: 11.5 kg

Quintal: 4 arrobias, o 46 kg



GEORGE R. R. MARTIN. Nació en 1948 en Bayonne (Nueva Jersey, EE UU), y en la actualidad reside en Santa Fe (Nuevo México, EE UU). Hijo de un estibador, su anhelo por conocer los destinos exóticos de los navíos que veía zarpar de Nueva York fue uno de los motivos que lo impulsaron a escribir fantasía y ciencia ficción.

Licenciado en periodismo en 1970, en 1977 publicó su primera novela, *Muerte de la Luz*, obra de culto dentro del género y cumbre de la ciencia ficción romántica. Desde 1979 se dedica exclusivamente a la escritura, y de su pluma han surgido títulos como *Una canción para Lya y Sueño del Fevre*, donde su prosa sugerente y poética aborda temas tan poco habituales en el género como la amistad, la lealtad, el amor y la traición, desde una perspectiva despojada de manierismos pero cargada de sensibilidad. Como antologista cabe destacar su trabajo a cargo de «Wild Cards», antología de mundos compartidos con temática de superhéroes, de gran prestigio.

A partir de 1986 escribe guiones y colabora en series televisivas como *En los límites de la realidad* y *La bella y la bestia*, además de realizar tareas de producción en diversos telefilmes. En 1996 empieza a publicar la serie de fantasía épica *Canción de Hielo y Fuego*, éxito de ventas en Estados Unidos y auténtico revulsivo del género fantástico.

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO:

1996.—*A Game of Thrones*

- Juego de tronos*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 14, 2002; col. Éxitos núm. 1, 2006; col. Bolsillo núm. 1 (dos tomos), 2007
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2006
- id., México D.F., Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 2011

1998.—*A Clash of Kings*

- Choque de reyes*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 21, 2003; col. Éxitos núm. 2, 2006; col. Bolsillo núm. 5 (dos tomos), 2008
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2006
- id., México D.F., Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 2012

2000.—*A Storm of Swords*

- Tormenta de espadas* (dos tomos), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 32, 2005; col. Éxitos núm. 3, 2006; col. Bolsillo núm. 7 (tres tomos), 2009
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2006
- id., México D.F., Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 2012

2005.—*A Feast for Crows*

- Festín de cuervos*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 42, 2007; col. Éxitos núm. 4, 2008; col. Bolsillo núm. 8 (dos tomos), 2010
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2008

2011.—*A Dance with Dragons*

- Danza de dragones*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 49, 2012; col. Éxitos núm. 5, 2012; col. Bolsillo núm. 9 (tres tomos), 2013

NOVELAS:

1977.—*Dying of the Light*

- Muerte de la luz*, Barcelona, Ed. Edhasa, col. Nebulae núm. 33, 1979
- id., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 11, 2002

1981.—*Windhaven*, en colaboración con TUTTLE, Lisa

- Refugio del viento*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1988
- id., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 48, 2012

1982.—*Fevre Dream*

- Sueño del Fevre* (cartoné; rústica), Barcelona, Ed. Acervo, col. Terror, 1983

- id., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 46, 2012
- 1983.—*The Armageddon Rag*
- 1986.—*Tuf Voyaging*
—*Los viajes de Tuf*, Barcelona, Ed. B, col. Nova CF núm. 6, 1988; col. Byblos CR núm. 279/1, 2006; col. Zeta Bolsillo CR num. 45, 2009
- 1990.—*Wild Cards VII: Dead Man's Hand*, en colaboración con MILLER, John J.
- 2007.—*Hunter's Run*, en colaboración con DOZOIS, Gardner y ABRAHAM, Daniel [ampliación de *Shadow Tiwin*]

RECOPILACIONES:

- 1976.—*A Song for Lya and Other Stories*
—*Una canción para Lya*, Barcelona, Luis de Caralt Ed., col. CF núm. 35, 1981; col. BUC núm. 190, 1982
- 1977.—*Songs of Stars and Shadows*
- 1981.—*Sandkings*
- 1983.—*Songs the Dead Men Sing*
—*Canciones que cantan los muertos*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Super Terror núm. 17, 1986
- 1985.—*Nightflyers*
- 1987.—*Portraits of His Children*
- 2001.—*Quartet*
- 2003.—*GRRM: A Retrospective*
[También como *Dreamsongs*]
—*Luz de lejanas estrellas* («Autobiografía literaria» 1), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficcón núm. 50, 2012
—*Híbridos y engendros* («Autobiografía literaria» 2), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficcón núm. 51, 2013
—*Un corazón atribulado* («Autobiografía literaria» 3), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficcón núm. 55, 2015
- 2008.—*Starlady / Fast Friend*

VARIOS:

- 2003.—*Sangre de dragón* («Blood of the Dragon», 1996), Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2003. Fragmento de *Juego de tronos*
- 2004.—*Camino de dragón* («Path of the Dragon», 2000), Barcelona, Ed.

- Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2004. Fragmento de *Tormenta de espadas*
- 2005.—*Hijos del kraken* («Arms of the Kraken», 2003), Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2005. Fragmento de *Festín de cuervos*
- Dominio de dragones* («Daenerys Excerpt from A Feast for Crows»), Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2006. Fragmento de *Danza de dragones*
- .—*La flor de cristal* («The Glass Flower», 1986), Madrid, Ed. Robel, col. El Doble de Ciencia Ficción núm. 5, 2005, [volumen doble con MACLEOD, Ian R., *Musgo de vida*]
- .—*Shadow Twin*
- «Gemelo sombra», novela corta, en colaboración con DOZOIS, Gardner y ABRAHAM, Daniel. *Asimov Ciencia Ficción* 20, Madrid, Ed. Robel, 2005
- 2006.—*The Ice Dragon*
- «El dragón de hielo», cuento, ilustrado por GILBERT, Yvonne [publicado originalmente, sin ilustraciones, en CARD, Orson Scott (rec.), *Dragons of Light*, 1980]. *Gigamesh* 34, 2003

ANTOLOGÍAS:

- 1977.—*New Voices in Science Fiction*
- 1979.—*New Voices II*
- 1980.—*New Voices III*
- 1981.—*New Voices IV*
- 1983.—*The Science Fiction Weight-Loss Book*, con ASIMOV, Isaac y GREENBERG, Martin H.
- 1984.—*The John W. Campbell Awards, Volume 5*
- 1986.—*Night Visions 3*
- 2009.—*Songs of the Dying Earth*, con DOZOIS, Gardner
- 2010.—*Warriors*, con DOZOIS, Gardner
- Songs of Love and Death: Tales of Star-Crossed Love*, con DOZOIS, Gardner
- 2011.—*Down This Strange Streets*, con DOZOIS, Gardner

Wild Cards:

- 1987.—*Wild Cards*
 .—*Wild Cards II: Aces High*
 .—*Wild Cards III: Jokers Wild*
1988.—*Wild Cards IV: Aces Abroad*
 .—*Wild Cards V: Down and Dirty*
1990.—*Wild Cards VI: Ace in the Hole*
 .—*Wild Cards VII: Dead Man's Hand*
1991.—*Wild Cards VIII: One-Eyed Jacks*
 .—*Wild Cards IX: Jokertown Shuffle*
1992.—*Wild Cards X: Double Solitaire*
 .—*Wild Cards XI: Dealer's Choice*
1993.—*Wild Cards XII: Turn of the Cards*
 .—*Wild Cards XIII: Card Sharks*
1994.—*Wild Cards XIV: Marked Cards*
1995.—*Wild Cards XV: Black Trump*
2002.—*Wild Cards XVI: Deuces Down*
2006.—*Wild Cards XVII: Five Card Draw*
2008.—*Wild Cards XVIII: Inside Straight*
 .—*Wild Cards XIX: Busted Flush*
2009.—*Wild Cards XX: Suicide Kings*
2011.—*Wild Cards XXI: Fort Freak*

PREMIOS:

- 1975.—Hugo por «A Song for Lya» («Una canción para Lya», en *Una canción para Lya y Los Premios Hugo 1973-1975*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1988)
- 1976.—Locus por «The Storms of Windhaven» (fragmento de *Refugio del viento*)
- 1977.—Locus por *Una canción para Lya*
- 1980.—Hugo, Nebula y Locus por «Sandkings» («Los reyes de la arena», en *Nueva Dimensión* 127, Barcelona, Ed. Dronte, 1980; *Los Premios Hugo 1980-1982*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1991; *Lo mejor de los premios Nebula*, Barcelona, Ed. B, col. Nova CF, 1994)
- .—Hugo y Locus por «The Way of Cross and Dragon» («La cruz y el dragón» en *Parsec* 3, Buenos Aires, Ediciones Filofalsia/Taller de ediciones independientes, 1984; «El camino de la cruz y el dragón» en

- Los Premios Hugo 1980-1982*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1991)
- 1981.—Locus por «Nightflyers»
- 1982.—Locus por «Guardians» («Guardianes» en *Los viajes de Tuf*)
.—Locus por *Sandkings*
- 1983.—Seiun (Japón) por «Nightflyers»
- 1984.—Locus por «The Monkey Treatment» («El tratamiento del mono» en *Canciones que cantan los muertos*)
.—Gigamesh de terror por *Sueño del Fevre*
- 1986.—Nebula por «Portraits of His Children» («Retratos de sus hijos» en *Isaac Asimov Magazine* 15, Barcelona, Ed. Forum, 1987; *Sinergia* 12, Buenos Aires, Ed. Sinergia, 1987; *Premios Nebula 1985*, Barcelona, Ed. B, col. Libro Amigo núm. 39, 1987)
- 1987.—Gigamesh de terror por *Canciones que cantan los muertos*
- 1988.—Bram Stoker por «The Pear-Shaped Man» («El Hombre con Forma de Pera», en *Gigamesh* 40, 2005)
- 1989.—World Fantasy por «The Skin Trade» («Cambiando de piel», en *Visiones nocturnas*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Terror, 1991)
.—Gigamesh de ciencia ficción por *Los viajes de Tuf*
- 1997.—Locus de fantasía por *Juego de tronos*
.—Hugo por *Sangre de dragón*
- 1999.—Locus de fantasía por *Choque de reyes*
- 2001.—Locus de fantasía por *Tormenta de espadas*
- 2002.—Geffen (Israel) de fantasía por *Tormenta de espadas*
- 2003.—Ignotus (España) por *Juego de tronos*
- 2004.—Ignotus por *Choque de reyes*
.—Ignotus por *El dragón de hielo*
.—Sky lark (NESFA) por el conjunto de su obra
- 2005.—Ignotus por *Camino de dragón*
- 2006.—Ignotus por *Tormenta de espadas*
- 2011.—Locus por *Warriors*

GEORGE R. R.
MARTIN

FESTÍN DE CUERVOS

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO / 4



Lectulandia

Canción de hielo y fuego: Libro cuarto. La novela río más espectacular jamás escrita. Mientras los vientos del otoño desnudan los árboles, las últimas cosechas se pudren en los pocos campos que no han sido devastados por la guerra, y por los ríos teñidos de rojo bajan cadáveres de todos los blasones y estirpes. Y aunque casi todo Poniente yace extenuado, en diversos rincones florecen nuevas e inquietantes intrigas que ansían nutrirse de los despojos de un reino moribundo. George R.R. Martin continúa sumando hordas de seguidores incondicionales mientras desgrana, con pulso firme y certero, una de las experiencias literarias más ambiciosas y apasionantes que se hayan propuesto nunca en el terreno de la fantasía. Festín de cuervos, como la calma que precede a la tempestad, desarrolla nuevos personajes y tramas de un retablo tenso y sobrecogedor.

Lectulandia

George R. R. Martin

Festín de cuervos

(Canción de Hielo y Fuego - 04)

ePUB v1.6

betatron 23.07.2012

más libros en lectulandia.com

Título: Festín de cuervos

© 2005, George R.R. Martin

Título original: *A Feast for Crows*

Traducción de Cristina Macía

Serie: Canción de hielo y fuego 4

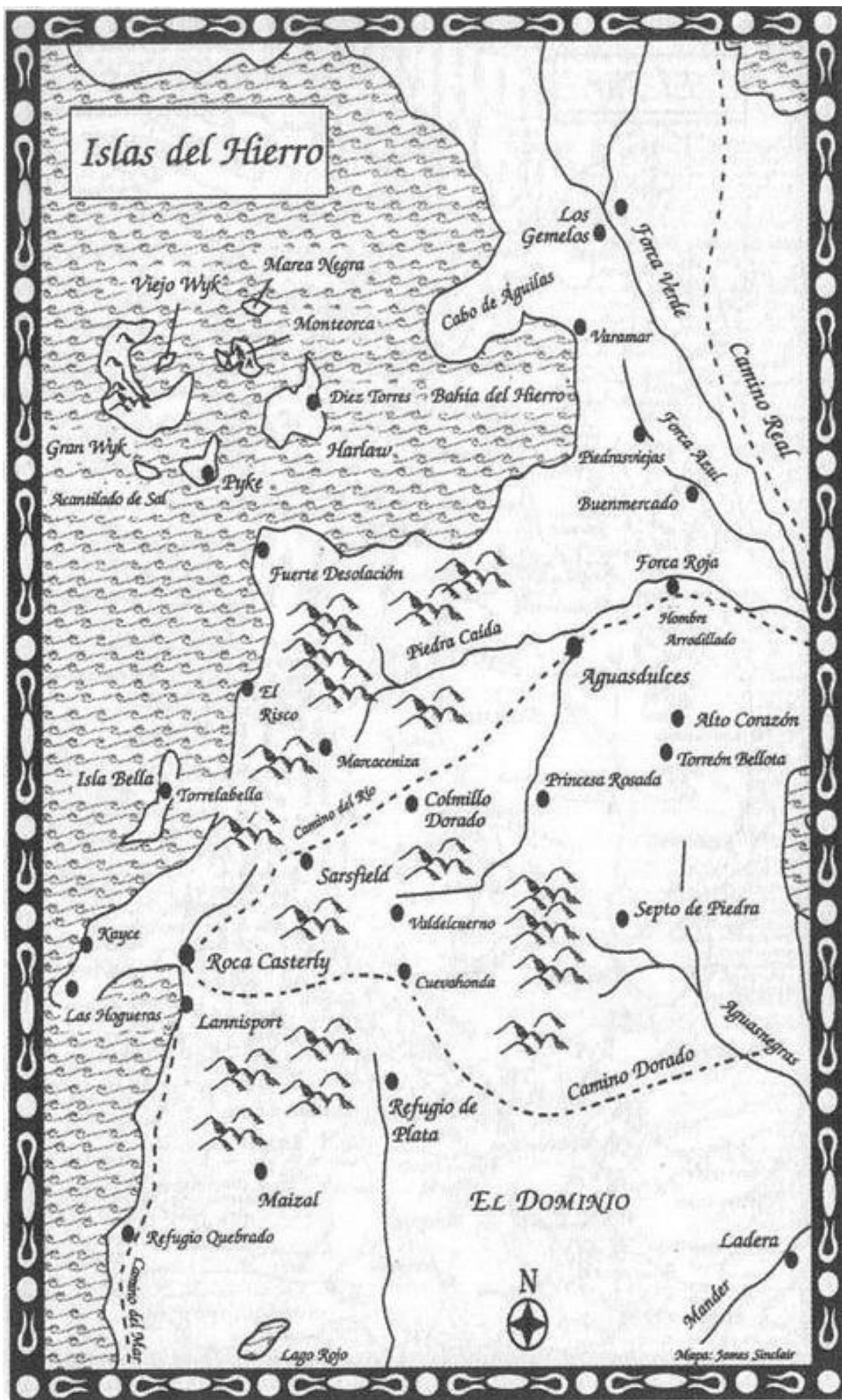
Editorial: Gigamesh

Corrección de erratas: Batera, Xarxa, Coco, Garland, Postnuke, xtrangis





Islas del Hierro



N

Mapa: James Sinclair

PRESENTACIÓN

¿Hace cuánto tiempo esperábamos algo así? Una saga inteligente, atractiva, formidablemente escrita y dotada de una capacidad adictiva superior a la de la metanfetamina. ¿Cómo puede ser un éxito de ventas una obra que parece más extensa que la Biblia de Jerusalén? ¿Por qué es imposible dejar de leer? ¿Por qué te arrastra la historia como un proyectil teledirigido? ¿Cuál es el secreto? George R. R. Martin no es un escritor como los demás. Su fuente de inspiración no proviene tan sólo del mundo de la espada y brujería, ni del universo Tolkien, ni siquiera de la ciencia ficción. Tampoco se trata de su profunda investigación sobre la Inglaterra feudal y la guerra de las Dos Rosas. Su motor es otro. Estoy hablando de la televisión por cable.

Es difícil de reconocer para los sectores más ortodoxos del público, pero las series de televisión están a la cabeza de la creación audiovisual desde hace ya unos años. El cine no consigue adaptarse al ritmo secuencial que exige el espectador medio, acostumbrado a un bombardeo ininterrumpido de imágenes y estímulos. Las cosas van demasiado deprisa para que entreguemos nuestro preciado tiempo libre, cada día más escaso, a una narración tradicional, autoconclusiva, con personajes de arco evolutivo cerrado. Necesitamos grandes emociones, porque nuestro umbral de percepción cada día es más alto. Por eso triunfan las series de televisión: porque no se encuentran atadas, en principio, a cerrar sus tramas. Siempre puede haber una temporada más que te permita resolver los conflictos que generaste en la anterior. En segundo lugar, los personajes tienen un tiempo infinito para desarrollar su carácter. Un personaje puede sorprender en cada capítulo con un cambio de trayectoria, y como no hay un protagonista diferenciado, cabe la posibilidad real de que este muera. Eso genera una tensión extraordinariamente más poderosa que en el formato «planteamiento-nudo-desenlace» habitual, porque, literalmente, puede ocurrir cualquier cosa.

Y ahí llega GRRM con sus juegos de tronos. Diez años en Hollywood le permiten recoger la información suficiente para intentar lo que para todos es algo nuevo: trasladar la manera de estructurar un episodio de televisión a su formato adorado: la saga de fantasía. Cada novela es como una temporada de la serie. Cada temporada está protagonizada por varios personajes; cada personaje protagoniza un capítulo diferenciado. Los capítulos son siempre breves, de lectura rápida, y de una duración determinada (aproximadamente 10-20 páginas). Eso facilita terriblemente la lectura, que siempre es amena, al pasar, por corte directo, de un personaje a otro. Diríamos que este montaje permite avanzar sin tiempos muertos, consiguiendo un ritmo trepidante.

Pero el éxito de GRRM no se circumscribe a su talento formal, a su habilidad para articular una narración compleja en sí misma, es decir, a su capacidad de realización,

edición y producción de la serie; también es un soberbio guionista. Cada novela tiene un punto de giro que obliga literalmente a empezar la siguiente. Los personajes no parecen tener una filiación moral definida. Los que son hipotéticamente legales tienden a un comportamiento caótico. Los claramente malignos sorprenden por su neutralidad. Todos parecen ser cualquier cosa menos buenos, y eso hace maravillosamente verosímil la historia y deliciosamente divertida la lectura. Ya llevamos tres. Tienes en tus manos el cuarto y parece que nos esperan tres más. Da la sensación de que Tyrion nos acompañará hasta la muerte, hasta la suya o hasta la nuestra. Mi adorado enano, inteligente y cruel, aficionado al amor y al sufrimiento, feo y despiadado, noble y pendenciero. Él es mi preferido, no puedo negarlo. Sí, hay docenas de personajes inolvidables: los grandiosos Stark, empezando por Jon Nieve, y su padre, que en paz descanse. Esas mujeres maravillosas: Cersei, Brienne... No quiero contáros nada de esta última entrega. Echo tanto de menos a Tyrion... Seguro que lo sabéis todo de haberlo leído en Internet. Si no es así, mucho mejor. Coged el libro y encerraos en un lugar cómodo y silencioso. O llevaos el libro a cualquier parte y leed hasta en el metro. Disfrutadlo como si se tratase de un amor de verano. Dulce, apasionado, efímero, como todo lo bueno. Sabéis que se va a acabar, y eso os angustia, incluso os aterroriza, pero también sabéis que dentro de un tiempo volveréis, por muy largo que sea el invierno. Promete ser muy, muy largo. Y después, cuando este libro se acabe, que no cunda el pánico: pronto danzaremos con los dragones a la luz de la luna...

ÁLEX DE LA IGLESIA

*A Stephen Boucher,
mago del Windows, dragón del DOS.
De no ser por él habría escrito
este libro con lápices de colores.*

Este ha sido jodido.

Ofrezco de nuevo mi gratitud y reconocimiento a esas almas perseverantes, mis supervisores editoriales: Nita Taublib, Joy Chamberlain, Jane Johnson y en especial Anne Lesley Groell, por su apoyo, su sentido del humor y su inmensa tolerancia. También agradezco a mis amables lectores todos sus mensajes de correo electrónico de apoyo, así como la paciencia. En particular, inclino mi yelmo ante Lodey de los Tres Puños; Pod el Conejito Diabólico; Trebla y Daj, los Reyes del Trivial; la encantadora Caress del Muro; Lannister el Mataardillas, y el resto de la Hermandad Sin Estandartes, esa ebria y alocada compañía de valientes caballeros y damas adorables que año tras año tras año organizan las mejores fiestas de la Worldcon. Y suenan fanfarrias en honor de Elio y Linda, quienes parecen conocer los Siete Reinos mejor que yo; la base de datos de concordancia de su web westeros.org es una gozada y una maravilla que me ayuda a mantener la coherencia de la serie.

Y gracias a Walter Jon Williams por su guía en nuevas mares océanas; a Sage Walker por las sanguijuelas, las fiebres y los huesos rotos; a Pati Nagle por el HTML, los escudos giratorios y su rapidez a la hora de subir mis noticias, y a Melinda Snodgrass y Daniel Abraham por servicios que van mucho más allá del deber. Voy saliendo del paso con un poco de ayuda de mis amigos.

Para Parris no me bastan las palabras: me ha soportado tanto en los días buenos como en los malos, durante todas y cada una de estas condenadas páginas. Sólo me cabe decir que no podría cantar esta Canción sin ella.

PRÓLOGO

—Dragones —dijo Mollander.

Cogió del suelo una manzana arrugada y se la pasó de una mano a otra.

—Lánzala —le dijo Alleras *el Esfinge*, apremiante.

Sacó una flecha del carcaj y la centró en la cuerda del arco.

—Cuánto me gustaría ver un dragón. —Roone era el menor de todos, tan sólo un chiquillo regordete al que aún le faltaban dos años para llegar a la edad viril—. No sabéis cuánto me gustaría.

«Y a mí me gustaría dormir abrazado a Rosey —pensó Pate. Cambió de postura en el banco, inquieto. Tal vez la chica fuera suya al amanecer—. Me la llevaré lejos de Antigua, al otro lado del mar Angosto, a una de las Ciudades Libres.» Allí no había maestres; allí nadie lo acusaría.

Alcanzó a oír la risa de Emma, que se colaba a través de los postigos cerrados de una ventana situada más arriba, mezclada con otra voz más grave, la del hombre al que estaba atendiendo. Era la mayor de las mozas de El Cálamo y el Pichel, cuarenta años como poco, pero aún conservaba cierta belleza pulposa. Su hija Rosey tenía quince años y acababa de florecer. Emma había decretado que la virginidad de Rosey costaría un dragón de oro. Pate había ahorrado nueve venados de plata y un cuenco de estrellas de cobre y calderilla, pero de gran cosa le iba a servir. Le resultaría más fácil empollar un dragón de verdad que ahorrar monedas suficientes para obtener uno de oro.

—Si querías dragones, naciste demasiado tarde, chaval —le dijo Armen *el Acólito* a Roone. Armen llevaba en torno al cuello una tira de cuero engarzada con eslabones de peltre, cinc, plomo y cobre, y por lo visto pensaba, como la mayoría de los acólitos, que lo que tenían los novatos sobre los hombros era un nabo, no una cabeza —. El último murió durante el reinado de Aegon III.

—El último de Poniente —insistió Mollander.

—Tira la manzana —volvió a apremiarlo Alleras.

El Esfinge era un joven atractivo. Todas las mozas lo mimaban y consentían. Hasta Rosey le rozaba a veces el brazo cuando le servía vino, y Pate tenía que apretar los dientes y fingir que no se daba cuenta.

—El último dragón de Poniente fue el último dragón, y punto —insistió Armen —. Eso lo sabe cualquiera.

—¡Venga, esa manzana! —pidió Alleras—. ¿O te la vas a comer?

—Venga.

Arrastrando el pie zambo, Mollander dio un saltito, giró sobre sí mismo y lanzó la manzana hacia la bruma que pendía sobre el Vinomiel. De no ser por el pie habría sido caballero, igual que su padre. Fuerza para ello le sobraba, como demostraban

aquellos brazos gruesos y hombros anchos. La manzana voló lejos, veloz...

... pero no tanto como la flecha que surcó el aire tras ella: cuatro palmos de vara de madera dorada con plumas de color escarlata. Pate no la vio acertar a la manzana, pero sí oyó el impacto, un ligero *chunk* que despertó ecos al otro lado del río antes de que llegara el ruido de la fruta contra el agua.

Mollander silbó.

—Le has sacado el corazón. Qué belleza.

«No tanta como la que tiene Rosey.» Pate adoraba aquellos ojos color avellana, aquellos pechos incipientes, la manera en que le sonreía al verlo. Adoraba los hoyuelos que tenía en las mejillas. A veces servía las bebidas descalza para notar la sensación de la hierba en los pies. Eso también lo adoraba. Adoraba su olor limpio y fresco, la manera en que se le rizaba el pelo detrás de las orejas. Hasta adoraba los dedos de sus pies. Una noche, la muchacha le había dejado que se los masajeara y jugara con ellos, y Pate había inventado una historia divertida sobre cada dedo, todo con tal de que no dejara de reírse.

Tal vez fuera mejor no cruzar el mar Angosto. Con el dinero que había ahorrado podía comprar un burro; Rosey y él lo montarían por turnos y recorrerían Poniente. Cierto era que Ebrose no lo consideraba digno del eslabón de plata, pero Pate sabía entablillar un hueso y aplicar sanguijuelas para unas fiebres. El pueblo llano le agradecería su ayuda. Si aprendía a cortar el pelo y afeitar, hasta podría trabajar de barbero.

«Con eso me bastaría —se dijo—, si tuviera a Rosey.» Rosey era todo lo que deseaba en el mundo.

No siempre había pensado lo mismo. En otros tiempos soñó con ser el maestre de un castillo, al servicio de algún señor generoso que lo honraría por su sabiduría y le regalaría un hermoso caballo blanco para agradecerle sus servicios. Qué alto, qué orgulloso cabalgaría, sonriendo desde arriba a la gente sencilla cuando se la cruzara en los caminos...

Una noche, en la sala común de El Cálamo y el Pichel, después de la segunda jarra de una sidra monstruosamente fuerte, Pate había alardeado de que no sería novicio toda la vida.

—Ciento —fue la respuesta a gritos de Leo *el Vago*—. Algún día serás un ex novicio que se dedicará a criar cerdos.

Apuró los posos de la jarra. En aquel amanecer, el porche iluminado con antorchas de El Cálamo y el Pichel era una isla de luz en un mar de neblina. Río abajo, el distante Faro de Hightower flotaba en la humedad de la noche como una nebulosa luna anaranjada, pero la luz no bastaba para animarlo.

«Ya tendría que haber venido el alquimista.» ¿Había sido una broma cruel, o le habría sucedido algo? No sería la primera vez que se le desmoronaba la buena suerte

nada más rozar a Pate. En cierta ocasión se había considerado afortunado porque el archimaestre Walgrave lo había elegido para que lo ayudara con los cuervos, sin siquiera imaginar que muy poco más adelante también estaría sirviéndole las comidas, barriendo sus habitaciones y vistiéndolo por las mañanas. Según decía todo el mundo, lo que Walgrave había olvidado sobre la cría y cuidado de los cuervos era más de lo que la mayoría de los maestres llegaba a saber en toda su vida, de manera que Pate dio por supuesto que lo mínimo a lo que podía aspirar era un eslabón negro. Pero Walgrave no estaba dispuesto a dárselo. Si permitían al anciano seguir ostentando el título de archimaestre, era sólo por cortesía. Había sido Gran Maestre, pero en aquellos tiempos, su túnica ocultaba a menudo la ropa interior sucia, y medio año atrás, unos acólitos lo habían encontrado en la biblioteca llorando porque no sabía volver a sus habitaciones. El maestre Gormon ocupaba el lugar de Walgrave bajo la máscara de hierro. El mismo Gormon que en cierta ocasión había acusado de robo a Pate.

En el manzano que se alzaba junto al agua, un ruiseñor empezó a cantar. Era un sonido agradable, un grato cambio tras los gritos roncos y los graznidos incesantes de los cuervos que cuidaba todo el día. Los cuervos blancos conocían su nombre y en cuanto lo veían se lo empezaban a decir entre ellos, «Pate, Pate, Pate», hasta que le entraban ganas de gritar. Aquellos enormes pájaros blancos eran el orgullo del archimaestre Walgrave. Quería que devorasen su cadáver cuando muriese, pero Pate tenía la sospecha de que se lo querrían comer a él también.

Tal vez fuera aquella sidra monstruosamente fuerte (aunque no había ido con intención de beber, Alleras había estado pagando rondas para celebrar su eslabón de cobre, y el sentimiento de culpa le daba sed), pero casi sonaba como si los trinos del ruiseñor dijeran «oro por hierro, oro por hierro, oro por hierro». Cosa de lo más extraño, porque era lo mismo que había dicho el desconocido la noche en que Rosey los reunió. «¿Quién eres?», le había preguntado Pate, y la respuesta del hombre fue «Un alquimista. Sé transformar el hierro en oro». Y de repente tenía la moneda en la mano, la hacía bailar por encima de los nudillos, y el amarillo dorado brillaba a la luz de la vela. En un lado se veía un dragón de tres cabezas, y en el otro, la cara de algún rey muerto. «Oro por hierro —recordó Pate—, no hay mejor negocio. ¿La quieres tener? ¿La amas?»

—No soy ningún ladrón —le respondió al hombre que se decía alquimista—. Soy novicio en la Ciudadela.

El alquimista inclinó la cabeza.

—Si lo reconsideras, volveré a estar aquí dentro de tres días, con mi dragón —se limitó a decir.

Habían pasado tres días. Pate había regresado a El Cálamo y el Pichel, aunque aún no estaba seguro de lo que iba a hacer, pero en lugar del alquimista se encontró

con Mollander, Armen y el Esfinge, con Roone pisándoles los talones. Si no se hubiera unido a ellos, habría resultado sospechoso.

El Cálamo y el Pichel no cerraba nunca. Llevaba seiscientos años en su isla del Vinomiel y ni un solo día había dejado de atender a los clientes. Aunque el alto edificio de madera se inclinaba hacia el sur, igual que los novicios se inclinaban a veces después de una jarra, Pate daba por hecho que la taberna seguiría en pie y en marcha seiscientos años más, despachando vino, cerveza y aquella sidra monstruosamente fuerte a marineros, hombres del río, herreros, bardos, sacerdotes y príncipes, y a los novicios y acólitos de la Ciudadela.

—Antigua no es el mundo —declaró Mollander en voz demasiado alta.

Era hijo de un caballero y no podía estar más borracho. Desde que le llegó la noticia de la muerte de su padre en el Aguasnegras, se emborrachaba casi todas las noches. Incluso allí, en Antigua, lejos de las batallas y a salvo tras los muros, la guerra de los Cinco Reyes los había afectado a todos, aunque el archimaestre Benedict no dejaba de señalar que no había sido nunca una guerra de cinco reyes, ya que Renly Baratheon había sido asesinado antes de la coronación de Balon Greyjoy.

—Mi padre decía siempre que el mundo es más grande que el castillo de ningún señor —siguió Mollander—. Los dragones deben de ser lo mínimo que se podría encontrar en Qarth, Asshai y Yi Ti. Las historias que cuentan esos marineros...

—... son historias que cuentan los marineros —lo interrumpió Armen—. Marineros, mi querido Mollander. Baja a los muelles y te apuesto lo que sea a que te encontrarás marineros que te hablarán de las sirenas que se han tirado, o de como pasaron un año en el vientre de un pez.

—¿Y cómo sabes que no es verdad? —Mollander caminaba a trompicones por la hierba en busca de más manzanas—. Para estar del todo seguro de que mienten tendrías que haber estado tú en el vientre del pez. Cuando un marinero cuenta una historia, vale, te puedes reír, pero cuando los remeros de cuatro barcos diferentes cuentan en cuatro idiomas el mismo cuento...

—El cuento no es el mismo —insistió Armen—. Dragones en Asshai, dragones en Qarth, dragones en Meereen, dragones dothrakis, dragones que liberan esclavos... Los cuentos son todos diferentes.

—Sólo en los detalles. —Cuanto más bebía, más testarudo se ponía Mollander, que ya era obstinado incluso sobrio—. Todos hablan de dragones y de una reina joven y hermosa.

El único dragón que le interesaba a Pate era de oro amarillo. ¿Qué le habría pasado al alquimista?

«Tres días. Dijo que estaría aquí.»

—Tienes otra manzana al lado del pie —le indicó Alleras a Mollander—, y aún me quedan dos flechas en el carcaj.

—A tomar por culo el carcaj. —Mollander recogió la fruta—. Esta tiene gusanos —se quejó; de todos modos, la lanzó al aire. La flecha acertó en la manzana justo cuando empezaba a descender y la partió limpiamente en dos. Una de las mitades cayó en el tejado de una torreta, rodó hasta otro tejado inferior, rebotó y no golpeó a Armen por un palmo—. Si partes por la mitad un gusano, te salen dos gusanos —los informó el acólito.

—Si con las manzanas sucediera lo mismo, nadie pasaría hambre —señaló Alleras con una de sus sonrisas esbozadas.

El Esfinge sonreía siempre, como si supiera un chiste secreto. Eso le daba un aspecto pérvido que le pegaba muy bien con la barbilla puntiaguda, el pico del nacimiento del pelo y la densa mata de rizos negros como el azabache.

Alleras sería maestre algún día. Sólo llevaba un año en la Ciudadela y ya había forjado tres eslabones de su cadena. Armen tenía más, sí, pero obtener cada uno le había llevado un año. Aun así, también sería maestre algún día. Roone y Mollander seguían siendo novicios de cuello desnudo, pero Roone era muy joven, y Mollander era más aficionado a la bebida que a la lectura.

En cambio, Pate...

Llevaba cinco años en la Ciudadela; apenas tenía trece cuando ingresó, y aun así, su cuello seguía tan desnudo como el día en que llegó de las tierras de Poniente. Se había considerado preparado en dos ocasiones. La primera se había presentado ante el archimaestre Vaellyn para demostrar su conocimiento de los cielos, pero lo único que logró fue averiguar cómo se había ganado el sobrenombre de Vinagre. Le hicieron falta dos años para reunir valor e intentarlo de nuevo. En la segunda ocasión se sometió al juicio del archimaestre Ebrose, un anciano bondadoso conocido por la suavidad de su voz y la gentileza de sus manos, pero para Pate, los suspiros de Ebrose resultaron tan dolorosos como las pullas mordaces de Vaellyn.

—La última manzana y te cuento lo que sospecho de esos dragones —prometió Alleras.

—¿Qué vas a saber tú que no sepa yo? —gruñó Mollander.

Divisó una manzana en una rama, dio un salto, la arrancó y la lanzó. Alleras se llevó la cuerda del arco hasta la oreja y giró con elegancia para seguir la trayectoria del objetivo. Liberó la flecha justo cuando la manzana empezaba a caer.

—Siempre fallas la última —comentó Roone. La manzana cayó al agua intacta—. ¿Lo ves?

—El día en que se aciertan todas es el día en que se deja de mejorar.

Alleras soltó la cuerda del arco y lo guardó en la funda de cuero. El arco estaba tallado en aurocorazón, una madera rara y fabulosa procedente de las Islas del Verano. Pate había intentado tensarlo una vez sin conseguir nada.

«El Esfinge parece esbelto, pero esos brazos delgados tienen fuerza», reflexionó

mientras Alleras pasaba una pierna al otro lado del banco para llegar a su copa de vino.

—El dragón tiene tres cabezas —anunció con su suave y pausado acento dorniense.

—¿Es un acertijo? —quiso saber Roone—. En las leyendas, las esfinges siempre hablan con acertijos.

—No es ningún acertijo.

Alleras bebió un trago de vino. Los demás trasegaban picheles de la sidra monstruosamente fuerte a la que debía su fama El Cálamo y el Pichel, pero él prefería los vinos extraños y dulces de la tierra de su madre. Esos vinos no eran baratos ni siquiera en Antigua.

Fue Leo *el Vago* quien le puso a Alleras el apodo de Esfinge. Una esfinge es un poco de esto y un poco de aquello: cara humana, cuerpo de león, alas de halcón... Igual que Alleras. Su padre era dorniense, y su madre, una isleña del verano de piel negra. Él también tenía la piel oscura como la teca. Y, al igual que las esfinges de mármol verde que flanqueaban las puertas principales de la ciudadela, los ojos de Alleras eran de ónix.

—Los únicos dragones de tres cabezas son los que se ponen en los escudos y en los estandartes —afirmó con rotundidad Armen *el Acólito*—. Es una variante heráldica, sólo eso. Y además, todos los Targaryen han muerto.

—No todos —replicó Alleras—. El Rey Mendigo tenía una hermana.

—Yo creía que le habían estampado la cabeza contra la pared —dijo Roone.

—No —dijo Alleras—. Los valerosos hombres del León de Lannister le estamparon la cabeza contra la pared a Aegon, el hijo pequeño del príncipe Rhaegar. Nosotros hablamos de la hermana de Rhaegar, nacida en Rocadragón antes de que cayera la fortaleza. Le pusieron por nombre Daenerys.

—Daenerys de la Tormenta. Ya me acuerdo de quién dices. —Mollander alzó el pichel bien alto; se oyó el chapoteo de la sidra que quedaba—. ¡Brindo por ella! —Bebió de un trago, dejó de golpe el pichel vacío, eructó y se limpió la boca con el dorso de la mano—. ¿Dónde está Rosey? Nuestra reina legítima se merece otra ronda de sidra, ¿no os parece?

Armen *el Acólito* tenía cara de alarma.

—Baja la voz, idiota. Con esas cosas ni se bromea. Nunca se sabe quién puede estar escuchando. La Araña tiene oídos en todas partes.

—Venga, Armen, que te meas en los calzones. He propuesto un brindis, no una rebelión.

Pate oyó una risita. Una voz suave y taimada los sorprendió desde atrás.

—Ya sabía yo que eras un traidor, Patachula.

Leo *el Vago* avanzaba desgarbado por la entrada del viejo puente de tablones, con

ropa de seda de rayas verdes y doradas y una capa corta de seda negra abrochada en el hombro con una rosa de jade. A juzgar por el color de las manchas, el vino que le había goteado por la pechera había sido un tinto robusto. Un mechón de cabello rubio ceniza le cubría un ojo.

Mollander se puso nervioso nada más verlo.

—A la mierda. Lárgate. Aquí no te queremos.

Alleras le puso una mano en el hombro para calmarlo, y Armen frunció el ceño.

—Leo, mi señor, tenía entendido que seguías confinado en la Ciudadela, que aún te quedaban...

—Tres días. —Leo *el Vago* se encogió de hombros—. Perestan dice que el mundo tiene cuarenta mil años. Segundo Mollos son quinientos mil. ¿Qué son tres días en comparación? —Aunque en el porche había una docena de mesas vacías, Leo fue a sentarse con ellos—. Venga, Patachula, invítame a una copa de dorado del Rejo y puede que no le cuente a mi padre lo del brindis. Las tabas se han vuelto contra mí en el Suerte Caprichosa, y me he gastado el último venado en la cena. Cochinito en salsa de ciruelas, relleno con castañas y trufas blancas. Algo hay que comer. ¿Qué habéis cenado vosotros, muchachos?

—Carnero —masculló Mollander. No parecía nada satisfecho—. Hemos compartido una pierna de carnero hervido.

—No me cabe duda que os ha saciado el apetito. —Leo se volvió hacia Alleras—. El hijo de un señor debería ser generoso, Esfinge. Tengo entendido que has conseguido el eslabón de cobre. Brindaré por ello.

Alleras le devolvió la sonrisa.

—Sólo invito a mis amigos. Y no soy el hijo de un señor, ya te lo he dicho. Mi madre era comerciante.

Leo tenía los ojos color avellana, con el brillo del vino y la malicia.

—Tu madre era una mona de las Islas del Verano. Los dornienses se follan cualquier cosa que tenga un agujero entre las piernas, sin ánimo de ofender. Eres negro como el carbón, pero tú al menos te bañas. No se puede decir lo mismo de nuestro amigo, el porquerizo de las manchas. —Hizo un gesto vago en dirección a Pate.

«Si le pego en la boca con el pichel, le saltaré la mitad de los dientes», pensó Pate.

Pate *Manchas*, el porquerizo, era el protagonista de un millar de anécdotas picarescas; se trataba de un patán torpe y de buen corazón que siempre se las arreglaba para quedar por encima de los señores rollizos, los caballeros arrogantes y los septones pomposos que lo mortificaban. Su estupidez ocultaba una especie de astucia rudimentaria; al final de las historias, Pate *Manchas* siempre acababa sentado en el trono de un gran señor, o encamado con la hija de algún caballero. Pero no eran

más que cuentos. En el mundo real, a los porquerizos jamás les iba tan bien. A veces, Pate pensaba que su madre debía de haberlo odiado mucho para ponerle aquel nombre.

Alleras ya no sonreía.

—Te vas a disculpar.

—¿De verdad? —dijo Leo—. No sé si podré; tengo la boca tan seca...

—Cada palabra que dices arroja más vergüenza sobre tu Casa —le replicó Alleras—. La misma vergüenza que cae sobre la Ciudadela por el hecho de que seas uno de los nuestros.

—Ya lo sé. Así que invitadme a vino para que ahogue la vergüenza que siento.

—Te arrancaría la lengua de raíz —le espetó Mollander.

—¿En serio? ¿Y cómo os iba a contar luego lo que sé de los dragones? —Leo se encogió de hombros otra vez—. El mestizo ha acertado: la hija del Rey Loco está viva, y ella misma ha empollado a los tres dragones.

—¿Tres? —se asombró Roone.

Leo le dio unas palmaditas en la mano.

—Más de dos y menos de cuatro. Yo que tú no optaría aún al eslabón de oro.

—Deja en paz al chico —le advirtió Mollander.

—Qué Patachula más caballeroso. Como quieras. Todos los hombres de todos los barcos que se han acercado a menos de cien leguas de Qarth hablan de esos dragones. Unos cuantos hasta dicen que los han visto. Al Mago le parece verosímil.

Armen frunció los labios en gesto de desaprobación.

—Marwyn no está bien. El propio archimaestre Perestan te lo diría.

—El archimaestre Ryam también lo dice —aportó Roone.

Leo bostezó.

—El mar es húmedo, el sol es cálido, y los animales del bestiario aborrecen al mastín.

«Tiene un mote para todo el mundo —pensó Pate. Pero no se podía negar que Marwyn tenía más aspecto de mastín que de maestre—. Siempre parece que va a morder.» El Mago no era igual que los otros maestres. Se decía por ahí que gustaba de la compañía de putas y de magos errantes, que hablaba con ibbeneses velludos y con negros isleños del verano en sus propios idiomas y que hacía sacrificios a dioses extraños en los pequeños templos de marinos que salpicaban los embarcaderos. Lo habían visto en los bajos fondos de la ciudad, en las peleas de ratas y en burdeles negros, en compañía de cómicos, bardos, mercenarios e incluso mendigos. Algunos hasta rumoreaban que, en cierta ocasión, había matado a un hombre a puñetazos.

Cuando Marwyn retornó a Antigua tras pasar ocho años en el este cartografiando tierras lejanas, buscando libros perdidos y estudiando con brujos y portadores de sombras, Vaellyn *Vinagre* le había puesto el apodo de Marwyn *el Mago*, que no tardó

en extenderse por Antigua, para enfado de Vaellyn.

—Deja los hechizos y las oraciones para los sacerdotes y los septones, y dedícate a aprender verdades en las que se pueda confiar —le había aconsejado a Pate en cierta ocasión el archimaestre Ryam; pero el anillo, la vara y la máscara de Ryam eran de oro amarillo, y en su cadena de maestre no había ningún eslabón de acero valyrio.

Armen miró con desprecio a Leo *el Vago*.

—El archimaestre Marwyn cree en muchas cosas raras —dijo—, pero no tiene más pruebas que Mollander de la existencia de esos dragones. Sólo son cuentos de marineros.

—Te equivocas —replicó Leo—. En las habitaciones del Mago arde una vela de cristal.

Se hizo el silencio en el porche iluminado por antorchas. Armen suspiró y sacudió la cabeza. Mollander se echó a reír. El Esfinge escudriñó a Leo con sus grandes ojos oscuros. Roone parecía despistado.

Pate sabía algo sobre las velas de cristal, pero nunca había visto una encendida. Eran el secreto peor guardado de la Ciudadela. Se decía que habían llegado a Antigua, procedentes de Valyria, un millar de años antes de la Maldición. Tenía entendido que había cuatro, una verde y tres negras, y todas eran largas y retorcidas.

—¿Qué es eso de las velas de cristal? —quiso saber Roone.

Armen *el Acólito* carraspeó.

—La noche anterior al día en que pronuncia los votos, todo acólito tiene que guardar vigilia en la cripta. No se le permite llevar ningún tipo de antorcha, lámpara, candelabro, farol... Sólo una vela de obsidiana. Tiene que pasarse la noche a oscuras, a menos que sea capaz de encender esa vela. Los hay que lo intentan. Los tontos, los testarudos, los que han estudiado eso que llaman misterios superiores... Casi siempre se cortan los dedos, porque los bordes de las velas son afilados como navajas, según se dice. Y luego tienen que esperar al amanecer con las manos ensangrentadas y meditando sobre su fracaso. Los más listos se tumban a dormir o se pasan la noche rezando y ya está, pero no hay año en que no lo intente alguno.

—Sí. —Pate también había oído aquellas historias—. Lo que no entiendo es de qué sirve una vela que no da luz.

—Es una lección —explicó Armen—. La última lección que tenemos que aprender antes de ponernos la cadena de maestre. La vela de cristal representa la verdad y el aprendizaje, dos cosas infrecuentes, hermosas y frágiles. Tiene forma de vela, para recordarnos que un maestre debe proyectar luz allá donde preste sus servicios, y es afilada para recordarnos que el conocimiento también puede ser peligroso. Los sabios pueden volverse arrogantes en su sabiduría; un maestre, en cambio, debe ser humilde siempre. La vela de cristal también nos recuerda eso. Así,

mucho después de pronunciar los votos, ponerse la cadena y marcharse a servir, el maestre recordará la oscuridad de su vigilia, recordará que no pudo hacer nada para encender la vela... Porque, incluso con conocimientos, hay cosas que no son posibles.

Leo *el Vago* soltó una carcajada.

—Querrás decir que no son posibles para ti. Yo he visto la vela encendida.

—Has visto alguna vela encendida, eso no lo dudo —replicó Armen—. Puede que fuera una vela de cera negra.

—Sé muy bien qué vi. La luz era rara, brillante, mucho más que la de cualquier vela de cera o de sebo. Proyectaba sombras extrañas, y la llama no parpadeó en ningún momento, ni siquiera cuando entró el viento por la puerta abierta que había a mi espalda.

Armen se cruzó de brazos.

—La obsidiana no arde.

—Vidriagón —intervino Pate—. La gente llama vidriagón a la obsidiana.

No sabía por qué, pero el detalle le parecía importante.

—Es verdad —reflexionó Alleras el Esfinge—, y si de nuevo hay dragones en el mundo...

—Dragones y cosas más sombrías —dijo Leo—. Las ovejas grises han cerrado los ojos, pero el mastín prefiere ver la verdad. Se están despertando poderes antiguos. Las sombras se agitan. Pronto se cernirá sobre nosotros una era de maravillas y horrores, una era de dioses y héroes. —Se estiró y esbozó su sonrisa perezosa—. Yo diría que eso bien vale una ronda.

—Ya hemos bebido bastante —replicó Armen—. Se nos echa encima el amanecer, y el archimaestre Ebrose hablará hoy de las propiedades de la orina. Si alguien quiere forjar un eslabón de plata, más le vale no perderse esta charla.

—No seré yo quien os impida ir a la cata de meados —replicó Leo—. La verdad, yo prefiero el sabor de un dorado del Rejo.

—Si hay que elegir entre los meados y tú, me quedo con los meados. —Mollander se levantó—. Vamos, Roone.

El Esfinge cogió la funda del arco.

—Yo también me voy a la cama. Me imagino que soñaré con dragones y velas de cristal.

—¿Os marcháis todos? —Leo se encogió de hombros—. Bueno, al menos se queda Rosey. A lo mejor voy a despertar a nuestro caramelito y la hago mujer.

Alleras vio la expresión en el rostro de Pate.

—Si no tiene un cobre para pagarse una copa de vino, menos va a tener un dragón para pagar por la chica.

—Eso —dijo Mollander—. Además, para convertir a una niña en mujer tendría que ser un hombre. Ven con nosotros, Pate. El viejo Walgrave se despertará cuando

salga el sol. Te necesitará para que lo lleves al retrete.

«Si es que hoy se acuerda de quién soy.» El archimaestre Walgrave no tenía problemas para distinguir un cuervo de otro, pero la gente se le daba peor. En ocasiones confundía a Pate con un tal Cressen.

—Todavía no —respondió a sus amigos—. Me quedo un rato más. —Aún no había amanecido del todo. El alquimista podía acudir, y Pate tenía toda la intención de estar allí por si acaso.

—Como quieras —dijo Armen.

Alleras miró a Pate durante largo rato; luego se colgó el arco de un hombro esbelto y siguió a los demás en dirección al puente. Mollander iba tan borracho que tenía que caminar con una mano en el hombro de Roone para no caerse. La Ciudadela no estaba lejos a vuelo de cuervo, pero ellos no eran cuervos, y Antigua era un auténtico laberinto de callejuelas tortuosas, encrucijadas y calles llenas de baches.

—Id con ojo —oyó decir Pate a Armen mientras la bruma del río los engullía a los cuatro—. La noche es húmeda, y los guijarros estarán resbaladizos.

Cuando se hubieron marchado, Leo *el Vago* miró a Pate con gesto hosco desde el otro lado de la mesa.

—Qué pena. El Esfinge se ha largado con toda su plata y me ha abandonado con Pate *Manchas*, el porquerizo. —Se desperezó y bostezó—. Y dime, ¿cómo está nuestra pequeña Rosey?

—Duerme —replicó Pate, cortante.

—Desnuda, seguro. —Leo sonrió—. ¿De verdad crees que vale un dragón? Un día de estos lo tengo que comprobar. —Pate no era tan idiota como para responder. Y a Leo no le hacía falta ninguna respuesta—. Supongo que, una vez la haya abierto, el precio bajará tanto que hasta los porquerizos os la podréis permitir. Me tendrías que dar las gracias.

«Te tendría que matar», pensó Pate, pero no estaba suficientemente borracho para tirar por tierra su vida. Leo tenía entrenamiento con las armas; se sabía que era mortífero con el puñal y la espada de jaque. Y, aunque Pate consiguiera matarlo, también le costaría la cabeza. Él sólo tenía un nombre; Leo, dos, y el segundo era Tyrell. Su padre era Ser Moryn Tyrell, comandante de la Guardia de la Ciudad de Antigua. Mace Tyrell, señor de Altojardín y Guardián del Sur, era su primo. Y el Anciano de Antigua, Lord Leyton, del Faro, entre cuyos muchos títulos se contaba el de Protector de la Ciudadela, era banderizo de la Casa Tyrell.

«Ni caso —se dijo Pate—. Únicamente dice esas cosas para hacerme daño. —Hacia el este, las neblinas eran cada vez más claras—. El amanecer —comprendió—. El amanecer ha llegado, y el alquimista, no. —No sabía si reír o llorar—. Si lo devuelvo todo y nadie se entera, ¿sigo siendo un ladrón?» Otra pregunta para la que no tenía respuesta, como aquellas que le habían planteado Ebrose y Vaelyn.

Cuando se levantó del banco, la sidra monstruosamente fuerte se le subió a la cabeza de golpe. Tuvo que apoyar una mano en la mesa para recuperar el equilibrio.

—Deja en paz a Rosey —dijo a modo de despedida—. Déjala en paz, o te mato.

Leo Tyrell se apartó el mechón de pelo del ojo.

—No me bato en duelo con porquerizos. Lárgate.

Pate se volvió y atravesó el porche. Sus pisadas resonaron contra las planchas desgastadas del antiguo puente. Cuando llegó al otro lado, el cielo ya se empezaba a teñir de rosa.

«El mundo es grande —se dijo—. Si comprara el burro, podría recorrer los caminos y senderos de los Siete Reinos, me dedicaría a poner sanguijuelas y a quitar liendres a la gente. Podría enrolarme en cualquier barco como remero y atravesar las Puertas de Jade para llegar a Qarth y ver esos dragones. No tengo por qué volver con Walgrave y con los cuervos.»

Pero, sin saber por qué, sus pies se encaminaron hacia la Ciudadela.

Cuando el primer rayo de luz traspasó las nubes del este, las campanas matutinas empezaron a repicar en el septo del Marinero, abajo en el puerto. El septo del Señor se le unió al cabo de un instante; luego, los Siete Santuarios desde sus jardines, al otro lado del Vinomiel, y por último, el septo Estrellado que había sido sede del Septón Supremo durante mil años antes de que Aegon tocara tierra en Desembarco del Rey. Era una música impresionante.

«Aunque no tan dulce como la de un simple ruiseñor.»

También se oían cánticos por debajo del repicar de las campanas. Todas las mañanas, con la luz del alba, los sacerdotes rojos se reunían para dar la bienvenida al sol en el exterior de su modesto templo, junto a los muelles. Porque oscura es la noche, y los terrores la pueblan. Pate los había oído gritar aquellas palabras un millar de veces: le pedían a R'hllor, su dios, que los salvara de la oscuridad. En cuestión de dioses, a él le bastaba con los Siete, pero tenía entendido que Stannis Baratheon rezaba junto a las hogueras nocturnas. Hasta había puesto en su estandarte el corazón llameante de R'hllor en lugar del venado coronado.

«Si consigue sentarse en el Trono de Hierro, todos tendremos que aprendernos la canción de los sacerdotes rojos», pensó Pate, aunque sabía que no era probable. Tywin Lannister había destrozado a Stannis y a R'hllor en el Aguasnegras; no tardaría en acabar con ellos, y pondría en una pica la cabeza del aspirante ilegítimo de los Baratheon, sobre las puertas de Desembarco del Rey.

A medida que se disolvían las nieblas nocturnas, Antigua cobraba forma en torno a él, emergía de la penumbra como un fantasma. Pate no había estado nunca en Desembarco del Rey, pero sabía que era una ciudad de cañas y barro, un entramado de calles enlodadas, tejados de paja y chozas de madera. Antigua era de piedra: todas las calles, hasta el más triste callejón, estaban empedradas. Y al amanecer, la ciudad

era más hermosa que en ningún otro momento. Al oeste del Vinomiel, las casas de los gremios bordeaban la ribera como una hilera de palacios. Río arriba, las cúpulas y torres de la Ciudadela se alzaban a ambas orillas, conectadas por puentes de piedra llenos de habitaciones y estancias. Río abajo, bajo los muros de mármol negro y las ventanas en forma de arco del septo Estrellado, las mansiones de los píos se arracimaban como niños en torno a los pies de una anciana rica.

Y más allá, donde el Vinomiel se ensanchaba para transformarse en el Canal de los Susurros, se alzaba Torrealta, con sus almenaras brillantes pese al amanecer. Desde el lugar donde se encontraba, en la cima de los riscos de la isla Batalla, su sombra cortaba la ciudad como una espada. Los nacidos y criados en Antigua sabían la hora por su sombra. Había quien decía que, desde la cima, se divisaba hasta el Muro. Tal vez por eso, Lord Leyton no había bajado desde hacía más de un decenio y prefería gobernar su ciudad desde las nubes.

Por el camino del río adelantó a Pate un carromato de carnicero que llevaba detrás cinco cochinillos que no dejaban de chillar. Al apartarse para dejarle paso, esquivó por poco el contenido del orinal que una mujer vaciaba desde una ventana.

«Cuando sea maestre en un castillo, iré a caballo», pensó. En ese momento tropezó con un guijarro y se preguntó a quién quería engañar. Nunca tendría una cadena; nunca se sentaría a la mesa de un señor; nunca montaría en un gran caballo blanco. Se pasaría los días escuchando los graznidos de los cuervos y quitando manchas de mierda de la ropa interior del archimaestre Walgrave.

Estaba con una rodilla en tierra, sacudiéndose el lodo de la túnica, cuando la voz lo saludó.

—Buenos días, Pate.

El alquimista estaba junto a él. Pate se levantó.

—Tres días... Dijiste que irías a El Cálamo y el Pichel.

—Estabas con tus amigos, y no me pareció oportuno entrometerme en un momento de camaradería. —El alquimista llevaba una capa de viaje con capucha, marrón, indefinible. El sol naciente asomaba a su espalda sobre los tejados, de manera que costaba ver el rostro bajo la capucha—. ¿Has decidido ya qué eres?

«¿Por qué me obliga a decirlo?»

—Creo que soy un ladrón.

—Ya me lo parecía.

Lo más difícil había sido ponerse a cuatro patas para sacar la caja fuerte de debajo de la cama del archimaestre Walgrave. Era muy sólida y tenía refuerzos de hierro, pero la cerradura estaba rota. El maestre Gormon sospechó que la había roto Pate, pero no era verdad. El propio Walgrave había forzado la cerradura porque había perdido la llave.

En el interior, Pate había encontrado una bolsa de venados de plata, un mechón de

pelo rubio atado con una cinta, un retrato en miniatura de una mujer que se parecía a Walgrave (hasta en el bigote) y un guantelete de caballero hecho de escamas de acero. Según Walgrave, había pertenecido a un príncipe, aunque no recordaba a cuál. Cuando Pate lo sacudió, la llave cayó al suelo.

«Si la cojo seré un ladrón», recordó haber pensado. La llave era vieja y pesada, de hierro negro; por lo visto abría todas las puertas de la Ciudadela. Los archimaestres eran los únicos que tenían llaves como aquella. Los demás llevaban la suya encima o la escondían en lugar seguro, pero si Walgrave hubiera escondido la suya, no la habrían vuelto a ver jamás. Pate se había apoderado de la llave, y estaba ya casi en la puerta cuando se volvió para coger también la plata. Un ladrón era igual de ladrón tanto si robaba poco como si robaba mucho.

«Pate —había graznado uno de los cuervos blancos—. Pate, Pate, Pate.»

—¿Traes el dragón? —le preguntó al alquimista.

—Si tú traes lo que te pedí...

—Dámelo. Quiero verlo. —Pate no tenía la menor intención de dejarse engañar.

—El camino del río no es el lugar adecuado. Vamos.

No tuvo tiempo de pararse a pensar, de sopesar las posibilidades. El alquimista se alejaba. Pate tenía que elegir entre seguirlo y perder para siempre tanto a Rosey como el dragón. Lo siguió. Mientras caminaban se metió la mano en la manga y palpó la forma de la llave, a salvo en el bolsillo oculto que se había cosido. Las túnicas de los maestres estaban llenas de bolsillos; lo había sabido desde niño.

Tuvo que apresurarse para mantenerse a la altura del alquimista, que caminaba a zancadas largas. Bajaron por una callejuela, doblaron una esquina y cruzaron el viejo Mercado de los Ladrones por el callejón Cogetrapos. Por último, el alquimista se metió en otra callejuela aún más estrecha que la anterior.

—Ya está bien —dijo Pate—. No hay nadie. Que sea aquí.

—Como quieras.

—Lo que quiero es mi dragón.

—Desde luego.

La moneda apareció como surgida de la nada. El alquimista la hizo caminar por sus nudillos, igual que cuando Rosey los había reunido. A la luz de la mañana, el dragón centelleaba al moverse y daba a los dedos un aura dorada.

Pate se la quitó de la mano. Sintió el oro cálido contra la palma. Se la llevó a la boca y la mordió, como había visto que hacía la gente. A decir verdad, no estaba seguro de a qué tenía que saber el oro, pero no quería quedar como un idiota.

—¿La llave? —solicitó el alquimista con tono educado.

Pate titubeó sin saber bien por qué.

—¿Qué buscas? ¿Algún libro?

Se decía que varios de los viejos pergaminos valyrios que había en las criptas

eran las únicas copias que quedaban en el mundo.

—Lo que busco no es asunto tuyo.

«Ya está —se dijo Pate—. Lárgate. Vuelve corriendo a El Cálamo y el Pichel, despierta a Rosey con un beso y dile que es tuya.» Pero se quedó donde estaba.

—No. Muéstrame la cara.

—Como quieras. —El alquimista se bajó la capucha.

Era sólo un hombre, su rostro era sólo un rostro. El rostro de un joven normal, con mejillas regordetas y una sombra de barba. Una cicatriz antigua y tenue le cruzaba la derecha. Tenía la nariz ganchuda y una mata espesa de pelo negro con rizos prietos alrededor de las orejas. Pate no lo había visto nunca.

—No te conozco.

—Ni yo a ti.

—¿Quién eres?

—Un desconocido. Nadie. De verdad.

—Ah. —Pate se había quedado sin palabras. Sacó la llave y se la puso en la mano al desconocido; sentía la cabeza embotada, brumosa. «Rosey», se recordó—. Bueno, ya está.

No había recorrido ni medio callejón cuando los guijarros del empedrado empezaron a moverse bajo sus pies. «La piedra está húmeda y resbala», pensó, pero no se trataba de eso. Sentía que el corazón le martilleaba en el pecho.

—¿Qué está pasando? —dijo. Las piernas se le habían convertido en agua—. No lo entiendo.

—Y nunca lo entenderás —dijo una voz con tristeza.

Los guijarros se alzaron para recibirlo. Pate trató de pedir ayuda a gritos, pero también le falló la voz.

Su último pensamiento fue para Rosey.

EL PROFETA

Aeron *Pelomojado* estaba ahogando hombres en Gran Wyk cuando le llevaron la noticia de que el rey había muerto.

La mañana era fría y desapacible; el mar tenía el mismo color plomizo que el cielo. Los tres primeros hombres habían ofrecido sus vidas al Dios Ahogado sin temor alguno, pero la fe del cuarto era débil, y cuando sus pulmones pidieron aire desesperadamente, empezó a forcejear. Aeron, metido hasta la cintura en la espuma de las olas, agarró por los hombros al muchacho desnudo y le metió la cabeza bajo el agua cuando trató de tomar una bocanada de aire.

—Ten valor —le dijo—. Venimos del mar, y al mar hemos de volver. Abre la boca y bebe la bendición del dios. Que tus pulmones se llenen de agua; así morirás y podrás renacer. Es inútil que te resistas.

Tal vez el chico no lo oyera con la cabeza bajo las olas, o tal vez hubiera perdido por completo la fe; el caso fue que empezó a patalear y debatirse de una manera tan desaforada que Aeron tuvo que pedir ayuda. Cuatro de sus hombres ahogados se metieron en el agua para sujetar al muchacho.

—Señor Dios que te ahogaste por nosotros —rezó el sacerdote con una voz tan retumbante como el mar—, permite que tu siervo Emmond renazca del mar, como renaciste tú. Bendícelo con sal, bendícelo con piedra, bendícelo con acero.

Por fin terminó todo. Ya no salían burbujas de la boca del muchacho, y sus miembros habían perdido toda la fuerza. Emmond quedó flotando en las aguas bajas, pálido, frío, en paz.

Entonces advirtió Pelomojado que, en la playa de guijarros, junto a sus hombres ahogados, había tres jinetes. Aeron conocía a Sparr, un anciano de rostro afilado y ojos llorosos cuya voz temblorosa era ley en aquella parte del Gran Wyk. Lo acompañaban su hijo Steffarion y otro joven, ataviado con una capa color rojo oscuro ribeteada de piel, que se sujetaba al hombro con un broche ornamentado con la forma del cuerno de guerra negro y dorado de los Goodbrother.

«Uno de los hijos de Gorold», supo el sacerdote nada más verlo. La esposa de Goodbrother le había dado tres hijos varones de buena estatura después de una docena de hijas; se decía que no había manera de distinguirlos. Aeron *Pelomojado* ni se dignó intentarlo. Ya se tratara de Greydon, de Gormond o de Gran, no tenía tiempo para él.

Gruñó una orden brusca, y sus hombres ahogados cogieron el cadáver del muchacho por los brazos y las piernas para llevarlo a tierra. El sacerdote los siguió; su único atuendo era un taparrabos de piel de foca. Volvió a la orilla chapoteando, empapado y con la piel de gallina, y pisó la arena húmeda y fría y los guijarros pulidos por las mareas. Uno de sus hombres ahogados le tendió una gruesa túnica de

tejido basto con estampado de cuadros azules y grises, los colores del mar, los del Dios Ahogado. Aeron se puso la túnica y se soltó el pelo. Era una melena negra, empapada; no la había tocado navaja alguna desde el día en que el mar lo elevó. Le caía por los hombros como una capa harapienta, nudosa, hasta más allá de la cintura. Aeron tenía por costumbre entretejerse tiras de algas en los mechones, y también se adornaba así la barba enmarañada y sin recortar.

Los hombres ahogados habían formado un círculo en torno al chico muerto y estaban rezando. Norje le subía y bajaba los brazos mientras Rus, arrodillado a horcajadas sobre él, le bombeaba el pecho, pero cuando llegó Aeron, todos le abrieron paso. Separó los labios fríos del muchacho con los dedos y le dio a Emmond el beso de la vida, una vez, y otra, y otra, y otra, hasta que el mar le brotó de la boca como un torrente. El chico empezó a toser y escupir, parpadeó y abrió unos ojos llenos de miedo.

«Otro que vuelve.» Se decía que era una señal del favor del Dios Ahogado. Los demás sacerdotes perdían un hombre de cuando en cuando; le había sucedido incluso a Tarle *el Tres Veces Ahogado*, al que se consideraba tan santo que hasta fue elegido para coronar a un rey. En cambio, a Aeron Greyjoy, nunca. Él era Pelomojado, el que había visto las estancias acuosas del dios y había vuelto para contarla.

—Levántate —le dijo al chico, que vomitaba agua, al tiempo que le daba palmadas en la espalda desnuda—. Te has ahogado y has vuelto entre nosotros. Lo que está muerto no puede morir.

—Sino que se levanta. —El chico sufrió un violento ataque de tos y vomitó más agua—. Se levanta otra vez. —Cada palabra le costaba un sufrimiento, pero así era el mundo: para vivir, todos los hombres tenían que luchar—. Se levanta otra vez. —Emmond se puso en pie a duras penas—. Más grande. Más fuerte.

—Ahora perteneces al dios —le dijo Aeron.

Los otros hombres ahogados lo rodearon, y cada uno le dio un puñetazo y un beso para recibirla en la hermandad. Uno lo ayudó a ponerse una túnica basta de cuadros azules, verdes y grises; otro le entregó un garrote de madera de deriva.

—Ahora perteneces al mar, así que el mar te ha armado —le dijo Aeron—. Rezamos para que esgrimas el garrote con valor contra todos los enemigos de tu dios. —Después, el sacerdote se volvió hacia los tres jinetes, que los observaban sin descabalgar—. ¿Habéis venido a que os ahoguemos, mis señores?

Sparr carraspeó.

—Ya me ahogaron de pequeño —dijo—. Y a mi hijo también, el día de su nombre.

Aeron soltó un bufido. No le cabía duda de que Steffarion Sparr había sido entregado al Dios Ahogado poco después de su nacimiento. Y también sabía cómo: una pasada rápida por una pila de agua marina que apenas llegó a mojar la cabeza del

bebé. No era de extrañar que otros mandaran sobre los hijos del hierro, sobre los mismos que otrora habían extendido sus dominios hasta dondequiera que se pudiera oír el batir de las olas.

—Eso no es un ahogamiento —les replicó a los jinetes—. Quien no muere de verdad no podrá levantarse de entre los muertos. ¿A qué habéis venido, si no es a demostrar vuestra fe?

—El hijo de Lord Gorold os trae noticias. —Sparr señaló al joven de la capa roja, que no aparentaba más de dieciséis años.

—¿Cuál eres tú? —le preguntó Aeron con tono brusco.

—Gormond. Gormond Goodbrother, para servir a mi señor.

—A quien tenemos que servir es al Dios Ahogado. ¿Has sido ahogado, Gormond Goodbrother?

—Sí, Pelomojado, en el día de mi nombre. Mi padre me ha enviado a buscaros para que vayáis a hablar con él. Tiene que veros.

—Pues aquí estoy. Dile a Lord Gorold que venga a regocijar sus ojos.

Aeron cogió el pellejo de cuero que le tendió Rus después de llenarlo de agua marina. El sacerdote quitó el corcho y bebió un trago.

—Tengo que llevaros a la fortaleza —insistió el joven Gormond desde su caballo.

«Tiene miedo de desmontar, no se le vayan a mojar las botas.»

—Y yo tengo que cumplir la misión del dios. —Aeron Greyjoy era un profeta. No estaba dispuesto a tolerar que un señor cualquiera le diera órdenes como si fuera un siervo.

—Gorold ha recibido un pájaro —dijo Sparr.

—El pájaro de un maestre; viene de Pyke —confirmó Gormond.

«Alas negras, palabras negras.»

—Los cuervos vuelan sobre la sal y la piedra. Si hay noticias que me afecten, comunicádmelas ya.

—La noticia que traemos únicamente la podéis oír vos, Pelomojado —dijo Sparr—. No es un asunto del que pueda hablar delante de estos otros.

—«Estos otros» son mis hombres ahogados, siervos del dios, igual que yo. No tengo secretos para ellos, ni tampoco para nuestro dios, junto a cuyo mar sagrado nos encontramos.

Los jinetes se miraron.

—Díselo —indicó Sparr, y el joven de la capa roja reunió todo su valor.

—El rey ha muerto —dijo sin más rodeos.

Cuatro palabras, cuatro palabras breves, pero el propio mar se estremeció cuando vibraron en el aire.

Había cuatro reyes en Poniente, pero Aeron no tuvo que preguntar a cuál se refería. Era Balon Greyjoy y nadie más quien gobernaba en las Islas del Hierro.

«El rey ha muerto. ¿Cómo es posible?» Aeron había visto a su hermano mayor hacia apenas una luna, cuando regresó a las Islas del Hierro tras el asedio de la Costa Pedregosa. El pelo entrecano de Balon se había tornado casi blanco durante la ausencia del sacerdote, y tenía los hombros más encorvados que cuando zarparon los barcoluengos. Pero por lo demás, el rey no le había parecido enfermo.

Aeron Greyjoy había edificado su vida sobre dos pilares poderosos. Aquellas cuatro palabras, aquellas cuatro palabras breves, acababan de derribar uno de ellos.

«Sólo me queda el Dios Ahogado. Rezo por que me haga tan fuerte e incansable como el mar.»

—Decidme cómo ha muerto mi hermano.

—Su Alteza estaba cruzando un puente en Pyke cuando se cayó. Se estrelló contra las rocas.

La fortaleza de los Greyjoy se alzaba en una punta de tierra y un montón de islotes; las torres y torreones se cimentaban en gigantescos montículos de piedra que surgían del mar. Unía todo Pyke un entramado de puentes en forma de arco de piedra tallada, y largos tramos cimbreantes de cuerda de cáñamo y planchas de madera.

—¿Rugía la tormenta cuando cayó? —preguntó Aeron con brusquedad.

—Sí —le respondió el joven.

—Fue el Dios de la Tormenta quien lo derribó —proclamó el sacerdote. El mar y el cielo llevaban mil millares de años guerreando. Del mar habían nacido los hijos del hierro y los peces que los sustentaban hasta en los días más fríos del invierno; en cambio, las tormentas sólo acarreaban infortunios y aflicción—. Mi hermano Balon nos volvió a hacer grandes, y eso le granjeó las iras del Dios de la Tormenta. Ahora está ya en las estancias acuosas del Dios Ahogado, y las sirenas atienden todos sus deseos. Nos corresponde a nosotros, los que quedamos atrás en este valle seco y lúgubre, terminar su inmensa labor. —Volvió a poner el corcho al pellejo de agua—. Hablaré con tu señor padre. ¿A qué distancia estamos de Cuernomartillo?

—A seis leguas. Podéis montar atrás en mi caballo.

—Iré más deprisa si voy solo. Dame tu caballo, y que el Dios Ahogado te bendiga.

—Llevaos mi caballo, Pelomojado —le ofreció Steffarion Sparr.

—No. Su montura es más fuerte. El caballo, chico.

El joven apenas titubeó un instante antes de desmontar y tenderle las riendas a Pelomojado. Aeron puso un pie negro y descalzo en el estribo y subió a la silla. No le gustaban los caballos, eran bestias de las tierras verdes que debilitaban a los hombres, pero las circunstancias lo obligaban a cabalgar.

«Alas negras, palabras negras.» Sentía que se fraguaba una tormenta, lo oía en las olas, y las tormentas nunca llevaban nada bueno.

—Reuníos conmigo en Guijarra, al pie de la torre de Lord Merlyn —les dijo a sus

hombres ahogados al tiempo que obligaba al caballo a girar.

El camino era escarpado, un ascenso por colinas entre bosques y desfiladeros pedregosos, apenas un sendero que en ocasiones desaparecía bajo los cascotes del caballo. Gran Wyk era la mayor de las Islas del Hierro; su extensión era tal que las fortalezas de algunos señores no se habían edificado junto al sagrado mar. La de Gorold Goodbrother era una de ellas. Sus torreones se alzaban en las colinas de Peñafuerte, tan lejos del reino del Dios Ahogado como se podía estar en aquellas islas. El pueblo de Gorold se afanaba en las minas de este, en la pétrea oscuridad subterránea. Algunos morían sin haber visto jamás el agua salada.

«No es de extrañar que esta gente sea hosca y extraña.»

Mientras cabalgaba, Aeron pensó en sus hermanos.

Nueve hijos había engendrado la entepierna de Quellon Greyjoy, el Señor de las Islas del Hierro. Harlon, Quenton y Donel habían nacido del vientre de la primera esposa de Lord Quellon, una Stonetree. Balon, Euron, Victarion, Urrigon y Aeron eran hijos de la segunda, una Sunderly de Acantilado de Sal. Quellon contrajo nupcias por tercera vez con una muchacha de las tierras verdes, que le dio un hijo enfermizo y retrasado llamado Robin, el hermano al que más valía olvidar. El sacerdote no guardaba recuerdo alguno de Quenton ni de Donel, que habían muerto cuando eran aún muy niños. De Harlon sí se acordaba; aunque entre nieblas difusas, tenía en la mente una imagen con el rostro gris y rígido que hablaba siempre en susurros en una habitación sin ventanas, cada vez más débiles a medida que la psoriagrís le convertía en piedra la lengua y los labios.

«Algún día celebraremos un banquete de pescado en las estancias acuosas del Dios Ahogado, los cuatro juntos, y también Urri.»

Nueve hijos había engendrado la entepierna de Quellon Greyjoy, pero sólo cuatro habían vivido lo suficiente para llegar a adultos. Así eran las cosas en aquel mundo frío, donde los hombres pescaban en el mar, cavaban en la tierra y morían, mientras las mujeres parían niños de vida breve en lechos de sangre y dolor. Aeron había sido el último de los cuatro krákens, y también el más patético; Balon, en cambio, era el mayor y el más osado, un muchacho decidido e intrépido que sólo pensaba en devolverles la gloria de antaño a los hijos del hierro. A los diez años escaló los Acantilados de Pedernal hasta la torre encantada del Señor Ciego; a los trece era capaz de manejar los remos de un barcoluengo y bailaba la danza del dedo mejor que cualquier otro hombre de las islas; a los quince había navegado con Dagmer *Barbarrota* hasta los Peldaños de Piedra y se había pasado el verano saqueando. Allí mató por primera vez, y también tomó a sus dos primeras esposas de sal. A los diecisiete años, Balon capitaneaba ya su propio barco. No se podía pedir más de un hermano mayor, aunque la verdad era que nunca había mostrado nada que no fuera desprecio hacia Aeron.

«Yo era joven y pecador; su desprecio era más de lo que merecía. Más vale el desprecio de Balon *el Bravo* que el afecto de Euron *Ojo de Cuervo*. —Y si el tiempo y el dolor habían amargado el temperamento de Balon a lo largo de los años, cierto era también que lo habían hecho más decidido que ningún otro hombre—. Nació como hijo de un señor y murió como rey, asesinado por un dios celoso —pensó Aeron—, y ahora se acerca la tormenta, una tormenta mayor que ninguna que hayan visto estas islas.»

Hacía ya horas que había oscurecido cuando el sacerdote divisó las afiladas almenas de hierro de Cuernomartillo, que se alzaba hacia la media luna. La fortaleza de Gorold era pesada y voluminosa, construida con grandes bloques de piedra extraídos del acantilado que descendía en picado tras ella. En la base de las murallas, las entradas de las cuevas y las antiguas minas se abrían como negras bocas desdentadas. Al ser de noche, las puertas de hierro de Cuernomartillo estaban ya cerradas y atrancadas. Aeron las golpeó con una piedra hasta que el estrépito despertó a un guardia.

El joven que le abrió era la viva imagen de Gormond, cuyo caballo había montado.

—¿Cuál eres tú? —preguntó Aeron con tono brusco.

—Gran. Mi padre os está esperando.

La estancia era húmeda, llena de corrientes y de sombras. Una hija de Gorold le ofreció al sacerdote un cuerno de cerveza; otra atizó un fuego mortecino que dejaba escapar más humo que calor. El propio Gorold Goodbrother estaba hablando en voz baja con un hombre delgado, vestido con una túnica gris de buena calidad, que llevaba al cuello la cadena de metales diversos que lo identificaba como maestre de la Ciudadela.

—¿Dónde está Gormond? —preguntó Gorold al ver a Aeron.

—Vuelve a pie. Decidles a las mujeres que se retiren, mi señor. Y lo mismo al maestre. —No le gustaban los maestres: sus cuervos eran criaturas del Dios de la Tormenta, y tampoco confiaba en sus curaciones después de lo de Urri.

«Ningún hombre que tal se considere elegiría una vida de sumisión, ni forjaría una cadena de servidumbre, ni la llevaría en torno al cuello.»

—Gysella, Gwin, marchaos —ordenó Goodbrother—. Tú también, Gran. El maestre Murenmure se quedará.

—Se marchará —insistió Aeron.

—Estáis en mis estancias, Pelomojado. No os corresponde a vos decir quién se queda y quién se va. El maestre se queda.

«Este hombre vive demasiado lejos del mar», se dijo Aeron.

—En ese caso, seré yo quien se vaya —replicó.

Los juncos secos crujieron bajo la piel agrietada de las plantas descalzas de sus

pies cuando dio la vuelta y echó a andar hacia la salida. Por lo visto había recorrido un largo camino para nada.

Aeron estaba ya casi junto a la puerta cuando el maestre carraspeó.

—Euron *Ojo de Cuervo* se ha sentado en el Trono de Piedramar.

Pelomojado se giró. De pronto hacía más frío en la estancia.

«*Ojo de Cuervo* está a medio mundo de aquí. Balon lo expulsó hace dos años y juró que, si regresaba, le costaría la vida.»

—Contádmelo todo —dijo con voz ronca.

—Echó anclas en Puerto Noble al día siguiente de la muerte del rey, y exigió el castillo y la corona en su condición del mayor de los hermanos de Balon —dijo Gorold Goodbrother—. Ahora ha enviado cuervos para exigir a los capitanes y los reyes de todas las islas que acudan a Pyke, se arrodillen ante él y le rindan homenaje como rey legítimo.

—No. —Aeron *Pelomojado* no se paró a medir sus palabras—. Sólo un hombre piadoso puede sentarse en el Trono de Piedramar. *Ojo de Cuervo* no adora a más dios que su orgullo.

—Vos estuvisteis en Pyke hace poco; hablasteis con el rey —insistió Goodbrother—. ¿Os dijo algo Balon sobre su sucesión?

«Sí.» Habían hablado en la Torre del Mar, mientras el viento aullaba contra las ventanas y las olas batían en la base sin cesar. Balon había sacudido la cabeza desesperado cuando Aeron le habló del único hijo que le quedaba con vida.

—Como me temía, los lobos lo han hecho débil —fueron las palabras del rey—. Le pedí al dios que le quitase la vida para que no se interpusiera en el camino de Asha.

Aquello era la perdición de Balon: se veía reflejado en su hija, tan indómita, tan decidida, y creía que lo podría suceder. En aquello se equivocaba, como había tratado de explicarle Aeron.

«Ninguna mujer gobernará jamás a los hijos del hierro, ni siquiera una mujer como Asha», le había insistido, pero cuando Balon no quería escuchar algo era como si estuviera sordo.

Antes de que el sacerdote pudiera responder a Gorold Goodbrother, el maestre volvió a carraspear y se puso a farfullar.

—Por derecho, el Trono de Piedramar le corresponde a Theon, y si el príncipe está muerto, a Asha. Esa es la ley.

—Esa es la ley de las tierras verdes —replicó Aeron con desprecio—. ¿Y a nosotros qué nos importa? Somos los hijos del hierro, los hijos del mar, los elegidos del Dios Ahogado. No nos gobernará una mujer, igual que no nos gobernará un impío.

—¿Qué pasa con Victarion? —preguntó Gorold Goodbrother—. Está al mando de

la Flota de Hierro. ¿Creéis que Victarion aspirará al trono, Pelomojado?

—Euron es el hermano mayor... —empezó a decir el maestre.

Aeron lo hizo callar con una mirada. Tanto en las pequeñas aldeas de pescadores como en las imponentes fortalezas de piedra, aquella mirada de Pelomojado bastaba para hacer que a las doncellas les temblaran las rodillas y los niños salieran chillando a la carrera en busca de sus madres, y por supuesto, allí bastó para acallar al siervo de la cadena al cuello.

—Euron es el mayor —dijo el sacerdote—, pero Victarion es el más devoto.

—¿A qué llegaremos? ¿Habrá guerra entre ellos? —preguntó el maestre.

—El hijo del hierro no derramará la sangre del hijo del hierro.

—Muy piadoso por vuestra parte, Pelomojado —apuntó Goodbrother—. Lástima que vuestro hermano no opine lo mismo. Mandó ahogar a Sawane Botley por decir que el Trono de Piedramar le correspondía a Theon por derecho.

—Si lo ahogaron, no se derramó sangre —replicó Aeron.

El maestre y el señor intercambiaron una mirada.

—Tengo que enviar un mensaje a Pyke cuanto antes —dijo Gorold Goodbrother—. Quiero vuestro consejo, Pelomojado. ¿Cómo ha de ser? ¿De pleitesía o de desafío?

Aeron se acarició la barba.

«He visto la tormenta, y su nombre es Euron *Ojo de Cuervo*.»

—Por ahora no enviéis más que silencio —le dijo al señor—. Tengo que rezar antes de tomar una decisión.

—Rezad cuanto queráis —intervino el maestre—, pero eso no va a cambiar la ley. Theon es el heredero legítimo, y después de él, Asha.

—¡Silencio! —rugió Aeron—. Los hijos del hierro llevan demasiado tiempo escuchándos a vosotros, a los maestres de la cadena, que no paráis de parlotejar sobre las tierras verdes y sus leyes. Ya va siendo hora de que volvamos a escuchar al mar. Ya va siendo hora de que escuchemos la voz de dios. —Su propia voz retumbó en la sala llena de humo, tan poderosa que ni Gorold Goodbrother ni su maestre se atrevieron a replicar.

«El Dios Ahogado está conmigo —pensó Aeron—. Él me ha mostrado el camino.»

Goodbrother le ofreció una habitación cómoda en el castillo para pasar la noche, pero el sacerdote rehusó. Rara vez dormía bajo el tejado de un castillo, y jamás tan lejos del mar.

—Ya tendré comodidades en las estancias acuosas del Dios Ahogado, bajo las olas. Nacimos para sufrir, para que el sufrimiento nos haga fuertes. Lo único que necesito es un caballo descansado para volver a Guijarra.

Goodbrother lo complació de buena gana; hasta le ordenó a su hijo Greydon que

lo acompañara para mostrarle al sacerdote el camino más corto para llegar al mar a través de las colinas. Aún faltaba una hora para el amanecer cuando se pusieron en marcha, pero las monturas eran robustas y seguras, y pese a la oscuridad, el viaje no fue largo. Aeron cerró los ojos y rezó en silencio antes de empezar a adormilarse en la silla de montar.

El sonido le llegó quedo, suave; era el chirrido de una bisagra oxidada.

—Urri —musitó al tiempo que se despertaba lleno de temores.

«Aquí no hay ninguna bisagra, ninguna puerta. No está Urri.»

Un hacha arrojadiza le había arrancado la mitad de la mano a Urri cuando tenía catorce años, mientras jugaba a la danza del dedo en ausencia de su padre y sus hermanos mayores, que habían partido a la guerra. La tercera esposa de Lord Quellon era una Piper del Castillo de la Princesa Rosada, una muchacha de pechos grandes y fofos, y ojos pardos de cervatillo. En vez de curar la mano de Urri según las Antiguas Costumbres, con fuego y agua marina, se lo encomendó a su maestre de las tierras verdes, que aseguró que le podía coser los dedos amputados. Así lo hizo, y después empleó pócimas, cataplasmas y hierbas, pero la mano se pudrió y las fiebres se apoderaron de Urri. Cuando el maestre se decidió a amputarle el brazo, ya era demasiado tarde.

Lord Quellon no regresó de su último viaje; el Dios Ahogado, en su inmensa bondad, le concedió el don de la muerte en el mar. El que regresó en su lugar fue Lord Balon, junto con sus hermanos Euron y Victarion. Cuando Balon se enteró de lo que le había pasado a Urri, le cortó tres dedos al maestre con un cuchillo de cocina y le ordenó a la esposa Piper de su padre que se los volviera a coser. Las cataplasmas y las pócimas le sirvieron de tanto como a Urrigon: murió entre delirios febriles, y la tercera esposa de Lord Quellon no tardó en seguirlo cuando la comadrona le sacó del vientre una hija muerta. Aeron se alegró; había sido su hacha la que hirió la mano de Urri mientras bailaban la danza del dedo juntos, tal como hacían siempre los amigos y los hermanos.

Sólo con recordar los años que siguieron a la muerte de Urri volvía a sentir vergüenza. A los dieciséis años decía ser un hombre, pero en realidad no era más que un odre con piernas. Se dedicaba a cantar, a bailar (pero nunca la danza del dedo; esa no la volvió a practicar), hacía chistes, gastaba bromas y se burlaba de todos. Tocaba la flauta, hacía juegos malabares, montaba caballos y era capaz de beber más que cualquier Wynch, más que cualquier Botley y también más que la mitad de los Harlaw. El Dios Ahogado le concede un don a todo hombre, incluso a él: no había nadie capaz de mear durante más tiempo ni llegando más lejos que Aeron Greyjoy, como demostraba en todos los banquetes a los que asistía. En cierta ocasión apostó su nuevo barcoluengo contra un rebaño de cabras a que era capaz de apagar el fuego de una chimenea con la única ayuda de su polla. Aeron disfrutó de festines a base de

cabra durante todo un año y le puso a su barcoluengo el nombre de *Tormenta Dorada*, aunque Balon amenazó con colgarlo del mástil cuando averiguó cómo era el mascarón que su hermano pretendía poner en la proa.

Al final, el *Tormenta Dorada* se hundió ante las costas de Isla Bella durante la primera rebelión de Balon, destrozado por un imponente galeón de combate llamado *Furia*, cuando Stannis Baratheon le tendió una trampa a Victarion y acabó con la Flota de Hierro. Pero el dios, que tenía otros planes para Aeron, lo llevó hasta la orilla. Unos pescadores lo tomaron prisionero, lo encadenaron y lo llevaron a Lannisport, donde se pasó el resto de la guerra enterrado en las entrañas de Roca Casterly, demostrando que los krákens eran capaces de mear más y más lejos que los leones, los jabalíes y los pollos.

«Aquel hombre ya murió. —Aeron se había ahogado y había renacido del mar como profeta del dios. Ningún mortal podía asustarlo ya; tampoco la oscuridad... ni los recuerdos, los huesos del alma—. El sonido de una puerta que se abre, el chirrido de una bisagra oxidada. Euron ha vuelto.» No importaba. Él era el sacerdote Pelomojado, el amado del dios.

—¿Habrá guerra? —le preguntó Greydon Goodbrother a medida que el sol empezaba a iluminar las colinas—. ¿Una guerra de hermano contra hermano?

—Sólo si lo desea el Dios Ahogado. Ningún impío se sentará en el Trono de Piedramar.

«Ojo de Cuervo peleará; de eso no cabe duda. —No había mujer capaz de derrotarlo, ni siquiera Asha. Las mujeres estaban hechas para luchar sus batallas en el lecho del parto. Y Theon tampoco le servía de nada; aunque estuviera vivo, no era más que un muchacho de sedas y sonrisas. Sí, había demostrado su valía en Invernalia, pero Ojo de Cuervo no era un niño tullido. Las cubiertas del barco de Euron estaban pintadas de rojo para disimular mejor la sangre que las empapaba—. Victarion. Victarion tiene que ser el rey; si no, la tormenta acabará con todos nosotros.»

Greydon se separó de él cuando el sol brillaba ya alto en el cielo; tenía que ir a llevar la noticia de la muerte de Balon a sus primos de las torres de Fosa, Torreón Picodecuerdo y Lago del Cadáver. Aeron continuó solo, subió por las colinas y descendió a los valles, siempre por un camino pedregoso que se hacía más ancho y frecuentado a medida que se acercaba al mar. Se detenía a rezar en cada aldea que cruzaba, así como en los patios de los señores menores.

—¡Nacimos del mar y al mar hemos de volver! —les decía. Su voz era profunda como el océano, y retumbaba como las olas—. El Dios de la Tormenta, en su ira, arrancó a Balon del castillo y lo estrelló contra las rocas. Ahora celebra sus banquetes bajo las olas, en las estancias acuosas del Dios Ahogado. —Alzó las manos—. ¡Balon ha muerto! ¡El rey ha muerto! ¡Pero un rey regresará! ¡Porque lo que está muerto no

puede morir, sino que se alza de nuevo, más duro, más fuerte! ¡Un rey se levantará!

Algunos de los que lo escuchaban dejaban los picos y los azadones para seguirlo, de manera que, cuando pudo oír otra vez el sonido de las olas, había una docena de hombres que caminaba tras su caballo, todos tocados por el dios y deseosos de ahogarse.

En Guijarra vivían varios miles de pescadores cuyas casuchas parecían amontonarse en torno a la base de una fortaleza cuadrangular con un torreón en cada esquina. Unos cuarenta hombres ahogados de Aeron lo esperaban acampados en una playa de arena gris, con tiendas de piel de foca y cabañas construidas con madera transportada por el mar. Tenían las manos endurecidas por el salitre, llenas de marcas de las redes y los sedales, encallecidas por remos, picos y hachas; pero en ese momento, aquellas manos esgrimían garrotes de madera de deriva, dura como el hierro, pues el dios los había armado con su arsenal submarino.

Habían construido un refugio para el sacerdote justo en el límite de la marea alta. Se metió en él de buena gana después de ahogar a sus nuevos seguidores.

«Dios mío —rezó—, háblame en el rumor de las olas, dime qué debo hacer. Los capitanes y los reyes aguardan tu palabra. ¿Quién debe suceder a Balon? Cántame en la lengua del leviatán para que sepa su nombre. Dime, oh señor que habitas bajo las aguas, ¿quién tendrá la fuerza para combatir la tormenta en Pyke?»

Aunque el viaje a caballo hasta Cuernomartillo lo había dejado agotado, Aeron *Pelomojado* era incapaz de descansar en el refugio de madera con techumbre de algas negras. Las nubes ocultaron la luna y las estrellas como una capa; la oscuridad era un manto grueso, tanto sobre el mar como sobre su corazón.

«Balon quería que lo sucediera Asha, carne de su carne, pero una mujer no puede gobernar a los hijos del hierro. Tiene que ser Victarion. —Nueve hijos había engendrado la entrepierna de Quellon Greyjoy, y de ellos, el más fuerte era Victarion, más toro que hombre, tan intrépido como obediente—. Y ese es el gran peligro. —El hermano pequeño le debe obediencia al mayor, y Victarion no es hombre que vaya a izar las velas contra la tradición—. Pero no siente ningún afecto hacia Euron desde la muerte de la mujer.»

En el exterior, por encima de los ronquidos de sus hombres ahogados y el aullido del viento, alcanzaba a oír el batir de las olas, el martilleo de su dios, que lo llamaba al combate. Aeron salió del pequeño refugio a la noche gélida. Se irguió desnudo, alto, pálido, descarnado, y desnudo se adentró en el mar de sal negra. El agua estaba helada, pero no se estremeció con la caricia de su dios. Una ola se estrelló contra su pecho y lo hizo tambalear. La siguiente le rompió por encima de la cabeza. Se saboreó la sal de los labios y sintió al dios a su alrededor mientras le retumbaban los oídos con la gloria de su cántico.

«Nueve hijos engendró la entrepierna de Quellon Greyjoy, y yo fui el más

patético de todos ellos, débil y asustadizo como una niña. Pero ya no. Aquel hombre se ahogó, y el dios me ha hecho fuerte. —El frío mar salado lo rodeó, lo abrazó, se le metió bajo la débil carne humana y le tocó los huesos—. Huesos —pensó—. Los huesos del alma. Los huesos de Balon, los huesos de Urri. La verdad está en nuestros huesos, porque la carne se pudre, mientras que los huesos permanecen. Y en la colina de Nagga, los huesos de la sala del Rey Gris...»

Fue un Aeron *Pelomojado* flaco, pálido y tembloroso el que volvió a la orilla, un Aeron más sabio que el que había entrado en el mar. Porque había encontrado la respuesta en sus huesos y veía claro el camino que se abría ante sí. La noche era tan fría que su cuerpo parecía humear mientras se dirigía hacia el refugio, pero un fuego ardía en su corazón y, por una vez, consiguió conciliar un sueño que no fue perturbado por el chirrido de las bisagras.

Cuando despertó, el día era luminoso y soplaban vientos fuertes. Aeron desayunó un caldo de almejas y algas cocinado sobre leña arrastrada por el mar. Nada más terminar, Merlyn bajó de su torreón con una docena de guardias para ir a buscarlo.

—El rey ha muerto —le dijo Pelomojado.

—Ya lo sé. Recibí un pájaro. Y acaba de llegar otro. —Merlyn era un hombre calvo, gordo, flácido, que se hacía llamar *lord*, al estilo de las tierras verdes, y se vestía con prendas de piel y terciopelo—. Un cuervo me convoca en Pyke y el otro en Diez Torres. Los krákens tenéis demasiados brazos; ¿qué queréis? ¿Que me divida? ¿Qué me decís vos, sacerdote? ¿Adónde debo enviar mis barcoluengos?

Aeron frunció el ceño. Diez Torres era el territorio del señor de Harlaw.

—¿Habéis dicho Diez Torres? ¿Qué kraken os llama allí?

—La princesa Asha. Ha puesto rumbo a casa. El Lector ha enviado cuervos para convocar a todos sus amigos a Harlaw. Dice que Balon tenía intención de que ella ocupara el Trono de Piedramar.

—Será el Dios Ahogado el que decida quién ocupará el Trono de Piedramar —replicó el sacerdote—. Arrodillaos para que os bendiga. —Lord Merlyn se dejó caer de rodillas; Aeron quitó el corcho del pellejo y le derramó un chorro de agua marina por la calva—. Señor Dios, que te ahogaste por nosotros, permite que tu siervo Meldred renazca del mar. Bendícelo con sal, bendícelo con piedra, bendícelo con acero. —El agua corrió por las mejillas rechonchas de Merlyn, y le empapó la barba y el manto de piel de zorro—. Lo que está muerto no puede morir —terminó Aeron—, sino que se levanta de nuevo, más duro y más fuerte. —Cuando Merlyn se levantó para retirarse lo detuvo con un gesto—. Quedaos y escuchad, para que podáis repetirle al mundo la palabra del dios.

A un metro de la orilla, las olas rompían contra una roca de granito redondeada. Aeron *Pelomojado* se subió a ella para que todos sus discípulos pudieran verlo y escuchar lo que les iba a decir.

—Nacimos del mar y al mar hemos de volver —comenzó, como en tantos cientos de ocasiones—. El Dios de la Tormenta, en su ira, arrancó a Balon de su castillo y lo estrelló contra las rocas; ahora celebra sus banquetes bajo las olas. —Alzó las manos—. ¡El rey del hierro ha muerto! ¡Pero vendrá otro rey! ¡Porque lo que está muerto no puede morir, sino que se levanta, más duro, más fuerte!

—¡Un rey se levantará! —gritaron los hombres ahogados.

—Un rey se levantará. Así será. Pero ¿quién? —Pelomojado escuchó un instante, pero únicamente le respondieron las olas—. ¿Quién será nuestro rey?

Los hombres ahogados empezaron a hacer chocar los garrotes de madera de deriva.

—¡Pelomojado! —gritaron—. ¡Pelomojado rey! ¡Aeron rey! ¡Queremos a Pelomojado!

Aeron sacudió la cabeza.

—Si un padre tiene dos hijos, y al uno le da un hacha y al otro una red, ¿cuál quiere que sea el guerrero?

—¡El hacha es para el guerrero! —le gritó Rus—. ¡La red es para el que pesca en los mares!

—Así es —dijo Aeron—. El dios me enterró bajo las olas y ahogó al ser indigno que fui. Cuando me devolvió a la superficie me había dado ojos para ver, oídos para oír y voz para proclamar su palabra, para que fuera su profeta y enseñara su verdad a los que la han olvidado. No seré yo quien ocupe el Trono de Piedramar... ni tampoco Euron *Ojo de Cuervo*. Porque he escuchado al dios, y el dios dice: ¡ningún impío se sentará en mi Trono de Piedramar!

Merlyn cruzó los brazos ante el pecho.

—¿Quién será entonces? ¿Asha? ¿O Victarion? ¡Decídnoslo, sacerdote!

—El Dios Ahogado os lo dirá, pero no será aquí. —Aeron señaló el rostro blanco y sebos de Merlyn—. No debéis mirarme a mí, ni a las leyes de los hombres, sino al mar. Izad las velas y moved los remos, mi señor; tenéis que ir a Viejo Wyk. Vos, y también todos los capitanes y reyes. No acudáis a Pyke para inclinaros ante el impío, ni a Harlaw para confabular con mujeres intrigantes. Poned rumbo a Viejo Wyk, donde se alzaron las estancias del Rey Gris. Os convoco en nombre del Dios Ahogado, ¡en su nombre os convoco a todos! Dejad los salones y las chozas, los castillos y los torreones, ¡regresad a la colina de Nagga para celebrar una asamblea de sucesión!

Merlyn se lo quedó mirando boquiabierto.

—¿Una asamblea de sucesión? No ha habido una verdadera asamblea desde hace...

—¡... demasiado tiempo! —exclamó Aeron con aflicción—. Pero en el amanecer de los tiempos, los hijos del hierro elegían a sus reyes, nombraban al mejor de entre

todos ellos. Ya va siendo hora de que volvamos a las Antiguas Costumbres, porque sólo eso nos volverá a hacer grandes. Fue en una asamblea de sucesión donde se eligió a Urras *Pie de Hierro* como Gran Rey y se le ciñeron las sienes con una corona de madera arrastrada por el mar. Sylas *el Chato*, Harrag Hoare, el Viejo Kraken... Todos fueron elegidos por una asamblea. Y de esta asamblea de sucesión surgirá un hombre que acabará el trabajo que ha comenzado el rey Balon, un hombre que nos hará recuperar la libertad. No vayáis a Pyke, ni a las Diez Torres de Harlaw; yo os digo: ¡id a Viejo Wyk! Buscad en la colina de Nagga y en los huesos de la cámara del Rey Gris, porque en ese lugar sagrado, cuando la luna se ahogue y resurja, nombraremos a un rey digno, a un rey piadoso. —Volvió a alzar las manos huesudas—. ¡Escuchad! ¡Escuchad las olas! ¡Escuchad al dios! Nos está hablando, oíd lo que nos dice: ¡sólo la asamblea puede elegir al rey!

La multitud respondió con un rugido; los hombres ahogados entrechocaron los garrotes.

—¡Una asamblea! —gritaron—. ¡Una asamblea, una asamblea! ¡Sólo la asamblea puede elegir al rey!

El clamor era tal que, sin duda, Ojo de Cuervo alcanzó a oír los gritos en Pyke, y el malévolos Dios de la Tormenta, en sus estancias nubosas. Y Aeron *Pelomojado* supo que había obrado bien.

EL CAPITÁN DE LOS GUARDIAS

—Las naranjas sanguinas están demasiado maduras —señaló el príncipe con voz cansina mientras el capitán empujaba su silla a la terraza.

Después de aquello, no dijo una palabra más durante horas.

Lo de las naranjas era verdad. Unas cuantas se habían reventado contra el suelo de mármol rosado, y el olor, dulzón y penetrante, llenaba las fosas nasales de Hotah cada vez que respiraba. Sin duda, el príncipe, sentado allí entre los árboles, en la silla rodante que le había hecho el maestre Caleotte, con cojines de plumón de ganso y estrepitosas ruedas de hierro y ébano, también percibía el olor.

Durante largo rato se oyó sólo el ruido de los chapoteos de los niños en los estanques y en las fuentes, y de cuando en cuando un *plop* sordo cuando una naranja se reventaba contra el suelo de la terraza. Entonces, desde el otro extremo del palacio, le llegó el sonido lejano de unas botas contra el mármol.

«Obara.» Reconocía sus zancadas, largas, apresuradas, furiosas. En los establos situados junto a las puertas, su caballo tendría espuma en la boca y sangraría por culpa de las espuelas. Siempre cabalgaba a lomos de sementales, y se la había oído alardear de que podía dominar a cualquier caballo de Dorne... y también a cualquier hombre. El capitán oyó también otras pisadas, rápidas y ligeras: el maestre Caleotte tenía que apresurarse para mantenerse a su ritmo.

Obara Arena siempre caminaba demasiado deprisa.

«Persigue algo que nunca podrá alcanzar», le había dicho el príncipe a su hija en cierta ocasión, y el capitán lo había oído.

Cuando la joven apareció bajo el arco triple, Areo Hotah ladeó la alabarda para cortarle el paso. La cabeza estaba fijada a un mango de fresno de más de dos varas, de manera que no lo podía rodear.

—No sigáis, mi señora. —Tenía la voz profunda, ronca, con marcado acento de Norvos—. El príncipe ha pedido que no lo molesten.

El rostro de la joven ya era de piedra antes de que hablara; tras escucharlo se endureció.

—Me estás estorbando, Hotah.

Obara era la mayor de las Serpientes de Arena: una mujer de casi treinta años, con una estructura ósea fuerte, los ojos juntos y el pelo castaño ratuno de la prostituta de Antigua que la trajo al mundo. Bajo la capa de seda cruda moteada parda y dorada, llevaba ropa de montar de cuero oscuro, gastado y suave. De hecho, eran lo más suave que había en ella. De la cadera le colgaba un látigo enroscado, y llevaba a la espalda un escudo redondo de acero y cobre. Había dejado la lanza en el exterior. Areo Hotah lo agradeció para sus adentros. Aquella mujer era rápida y fuerte, pero no podía rivalizar con él; Hotah lo sabía... Pero ella no, y no tenía el menor deseo de ver

su sangre derramada por el suelo de mármol rosado.

El maestre Caleotte cambió el peso de una pierna a otra, inquieto.

—Lady Obara, he intentado deciros...

—¿Ya sabe que mi padre ha muerto? —le preguntó Obara al capitán, sin prestarle al maestre más atención que la que le prestaría a una mosca, si hubiera una mosca tan idiota como para zumbar cerca de su cabeza.

—Sí —respondió el capitán—. Le llegó un pájaro.

La muerte había llegado a Dorne con alas de cuervo, en letra menuda y sellada con una gota de lacre rojo. Caleotte debió de presentir lo que decía la carta, porque se la había dado a Hotah para que la entregase él. El príncipe le dio las gracias, pero durante un rato interminable no hizo ademán de romper el sello. Se pasó la tarde sentado con el pergamo en el regazo, mientras miraba jugar a los niños. Los contempló hasta que se puso el sol y el aire del anochecer se enfrió tanto que los chiquillos se retiraron, y luego se quedó mirando el reflejo de las estrellas en el agua. Ya había salido la luna cuando envió a Hotah a buscar una vela y así poder leer la carta bajo los naranjos, en la oscuridad de la noche.

Obara se acarició el látigo.

—Miles de personas cruzan a pie las arenas y suben por el Sendahueso para ayudar a Ellaria a traer a mi padre a casa. Los septos están llenos a reventar, y los sacerdotes rojos han encendido las hogueras de sus templos. En las casas de mancebía, las mujeres copulan con todo aquel que las aborda y no aceptan ni una moneda. En Lanza del Sol, en el Brazo Roto, a lo largo del Sangreverde, en las montañas, en el mar de arena, en todas partes, en todas partes, las mujeres se arrancan el pelo y los hombres gritan de rabia. En todas las lenguas se oye la misma pregunta: ¿qué va a hacer Doran? ¿Qué hará su hermano para vengar a nuestro príncipe asesinado? —Dio un paso más hacia el capitán—. ¡Y tú me dices que el príncipe ha pedido que no lo molesten!

—El príncipe ha pedido que no lo molesten —repitió Areo Hotah. El capitán de los guardias conocía al príncipe que protegía. Hacía mucho, mucho tiempo, un joven inexperto había llegado de Norvos; era un muchacho corpulento, de hombros anchos, con una mata de pelo negro. El pelo se le había teñido ya blanco, y en el cuerpo lucía las cicatrices de muchas batallas, pero seguía siendo fuerte y mantenía la alabarda siempre afilada, como le habían enseñado los sacerdotes barbudos. «No dejaré que pase», se dijo—. El príncipe está mirando jugar a los niños. No quiere que lo molesten nunca cuando esté mirando jugar a los niños.

—Hotah —dijo Obara Arena—, o te quitas de mi camino o te meto esa alabarda por el...

—Capitán —le llegó la orden desde su espalda—. Dejadla pasar. Hablaré con ella.

El príncipe tenía la voz ronca.

Areo Hotah puso vertical el mango de la alabarda y dio un paso a un lado. Obara le lanzó una última mirada prolongada y entró a zancadas, con el maestre pisándole los talones. Caleotte no mediría mucho más de siete palmos y era calvo como un canto rodado. Tenía el rostro tan liso y rechoncho que costaba adivinar su edad, pero llevaba allí más tiempo que el capitán; hasta había servido a la madre del príncipe. Pese a la edad y la barriga, aún conservaba la agilidad y un cerebro privilegiado, aunque pecaba de sumiso.

«No es rival para ninguna Serpiente de Arena», pensó el capitán.

El príncipe se encontraba sentado en la silla a la sombra de los naranjos, con las piernas gotosas elevadas y unas ojeras muy marcadas. Hotah no habría sabido decir qué le quitaba el sueño, si la pena o la gota. Abajo, en las fuentes y en los estanques, los chiquillos seguían jugando. Los más pequeños no pasaban de cinco años; los mayores tendrían nueve o diez. Había tantos niños como niñas. Hotah oía los chapoteos y los gritos de las voces agudas, estridentes.

—No hace tanto que eras una de las niñas de los estanques, Obara —dijo el príncipe cuando la mujer hincó una rodilla en tierra junto a su silla de ruedas.

Obara soltó un bufido.

—Han pasado casi veinte años. Y además, no estuve aquí mucho tiempo. Soy la hija de la puta, ¿se te ha olvidado? —Al no obtener respuesta se puso de nuevo en pie y se apoyó las manos en las caderas—. Mi padre ha sido asesinado.

—Murió luchando en un juicio por combate —señaló el príncipe Doran—. Según la ley, no ha sido ningún asesinato.

—Era tu hermano.

—Era mi hermano.

—¿Qué piensas hacer?

El príncipe hizo girar la silla trabajosamente para quedar frente a ella. Doran Martell sólo tenía cincuenta y dos años, pero parecía mucho mayor. Bajo la ropa de lino, su cuerpo era blando y amorfo, y hasta la visión de sus piernas causaba dolor. La gota le había hinchado y enrojecido las articulaciones: su rodilla izquierda era una manzana; la derecha, un melón, y los dedos de los pies se le habían convertido en uvas tintas tan maduras que daba la sensación de que reventarían si alguien las tocaba. Hasta el peso de una manta ligera lo hacía estremecer, aunque sobrellevaba el dolor sin quejas.

«El silencio es el amigo de los príncipes —le había oído decir el capitán a su hija en cierta ocasión—. Las palabras son como flechas, Arianne. Una vez lanzadas no hay manera de hacerlas volver.»

—He escrito a Lord Tywin...

—¿Qué? ¿Le has escrito? Con que fueras la mitad de hombre de lo que era mi

padre...

—Yo no soy tu padre.

—Está muy claro. —La voz de Obara estaba cargada de desprecio.

—Quieres que vaya a la guerra.

—No pido imposibles. Ni siquiera te tendrías que levantar de la silla; yo vengaré a mi padre. Tienes una rehén en el Paso del Príncipe. Lord Yronwood tiene otro en el Sendahueso. Entrégame a uno y pon al otro en manos de Nym. Que ella cabalgue por el camino Real; yo iré a sacar a los señores marqueños de sus castillos y luego marcharé sobre Antigua.

—¿Cómo piensas defender Antigua después?

—Bastará con saquear la ciudad. Las riquezas de Torrealta...

—¿Lo que quieras es oro?

—Lo que quiero es sangre.

—Lord Tywin nos entregará la cabeza de la Montaña.

—¿Y quién nos entregará la cabeza de Lord Tywin? La Montaña no es más que su perro faldero.

El príncipe hizo un gesto en dirección a los estanques.

—Obara, mira a los niños, si no te importa.

—Me importa mucho. Lo que no me importaría en absoluto sería clavarle la lanza en la barriga a Lord Tywin. Le haré cantar «Las lluvias de Castamere» mientras le saco las tripas, a ver si están llenas de oro.

—Míralos —repitió el príncipe—. Te lo ordeno.

Varios niños mayores tomaban en sol tumbados boca abajo en el liso mármol rosado. Otros remaban en el mar. Tres chiquillos construían un castillo de arena con una estructura central muy alta que recordaba la torre de la Lanza del Palacio Antiguo. Una veintena o más se había juntado en el estanque grande para ver las peleas: los niños más pequeños se montaban en los hombros de los mayores y se empujaban para tratar de tirarse mutuamente al agua. Cada vez que caía una pareja, después del sonido del chapuzón les llegaba el de las carcajadas. Contemplaron como una niña de piel cetrina hacía caer a un rubito de los hombros de su hermano y lo mandaba de cabeza al agua.

—Tu padre jugaba a eso, igual que jugué yo antes que él —dijo el príncipe—. Nos llevábamos diez años, así que cuando tuvo edad de jugar, yo ya no me bañaba en los estanques, pero lo veía siempre que venía a visitar a mi madre. Ya era fiero incluso de niño, y rápido como una serpiente de agua. A menudo lo veía hacer caer a niños mucho más grandes que él. Me lo recordó el día que partió hacia Desembarco del Rey. Me juró que volvería a hacerlo; de lo contrario no le habría permitido emprender el viaje.

—¿Que no se lo habrías permitido? —Obara se echó a reír—. ¡Como si hubieras

podido detenerlo! La Víbora Roja de Dorne iba adonde quería.

—Ciento. Me gustaría poder decirte algo que te consolara...

—No he venido a buscar consuelo. —Tenía la voz cargada de desprecio—. El día que mi padre fue a buscarme, mi madre no quería desprenderse de mí. Le dijo: «Es una niña, y no creo que seáis el padre; me he acostado con mil hombres más». Tiró la lanza a mis pies y le dio a mi madre un revés que la hizo llorar. «Niña o niño, nosotros libramos nuestras batallas, pero los dioses nos dejan elegir las armas», le respondió. Señaló la lanza, y luego, las lágrimas de mi madre, y yo cogí la lanza. «Ya te dije que era mía», dijo mi padre, y se me llevó. Mi madre se mató bebiendo en menos de un año. Segundo me dijeron, seguía llorando cuando murió. —Obara se acercó más a la silla del príncipe—. Lo único que te pido es que me permitas emplear la lanza.

—Es una petición importante, Obara. Lo consultaré con la almohada.

—Ya te has tomado demasiado tiempo para consultarlo.

—Puede que tengas razón. Te enviaré la respuesta a Lanza del Sol.

—Mientras la respuesta sea la guerra...

Obara dio media vuelta y salió a zancadas tan furiosas como las que la habían llevado allí, de vuelta a los establos, en busca de un caballo descansado y otro galope precipitado camino abajo.

El maestre Caleotte se quedó donde estaba.

—¿Le duelen las piernas a mi príncipe? —preguntó el hombrecillo regordete.

El príncipe esbozó una sonrisa tenue.

—¿El sol calienta?

—¿Os traigo una bebida para aliviar el dolor?

—No. Necesito tener la cabeza despejada.

El maestre titubeó.

—Príncipe, ¿os...? ¿Os parece prudente permitir que Lady Obara vuelva a Lanza del Sol? Seguro que instigará al pueblo. La gente apreciaba mucho a vuestro hermano.

—Todos lo apreciábamos. —Se presionó las sienes con los dedos—. No. Tenéis razón. Yo también debo volver a Lanza del Sol.

El hombrecillo regordete titubeó.

—¿Os parece buena idea?

—No, pero es necesario. Enviad un jinete a Ricasso, que abra mis estancias en la torre del Sol. Informad a mi hija Arianne de que llegaré mañana.

«Mi princesita.» El capitán la echaba muchísimo de menos.

—Os verán —le advirtió el maestre.

El capitán lo comprendió. Dos años atrás, cuando abandonaron Lanza del Sol a cambio de la paz y el aislamiento de los Jardines del Agua, el príncipe Doran no

estaba ni mucho menos tan mal de la gota. Por aquel entonces todavía podía andar, aunque fuera despacio, con ayuda de un bastón y haciendo una mueca de dolor a cada paso. El príncipe no quería que sus enemigos supieran hasta qué punto se había debilitado, y el Palacio Antiguo y la ciudad estaban llenos de ojos.

«De ojos y de escaleras por las que no puede subir —pensó el capitán—. Para llegar a lo alto de la torre del Sol tendrá que volar.»

—Es necesario que me vean. Alguien tiene que devolver las aguas a su cauce. Dorne debe recordar que aún cuenta con su príncipe. —Esbozó una sonrisa débil—. Por muy viejo y gotozo que esté.

—Si volvéis a Lanza del Sol, tendréis que recibir en audiencia a la princesa Myrcella —señaló Caleotte—. La acompañará su caballero blanco, y ya sabéis que le escribe cartas a su reina.

—Me lo imagino.

«El caballero blanco.» El capitán frunció el ceño. Ser Arys había llegado a Dorne para cuidar de su princesa, igual que llegó Areo Hotah en otros tiempos. Hasta sus nombres tenían una extraña similitud: Areo y Arys. Pero allí terminaba cualquier semejanza. El capitán había dejado atrás Norvos y a sus sacerdotes barbudos; Ser Arys Oakheart, en cambio, aún servía al Trono de Hierro. Hotah sentía cierta tristeza siempre que lo veía con la larga capa nívea en las ocasiones en que el príncipe lo enviaba a Lanza del Sol. Tenía la sensación de que algún día se enfrentarían, y ese día, Oakheart moriría con la alabarda del capitán enterrada en el cráneo. Pasó la mano por la superficie lisa del mango de fresno y se preguntó si no se estaría acercando el momento.

—Va a anochecer pronto —estaba diciendo el príncipe—. Esperaremos al amanecer. Encargaos de que tengan mi litera preparada a primera hora.

—Como ordenéis.

Caleotte hizo una reverencia. El capitán se colocó a un lado para dejarlo pasar y oyó como se alejaban sus pisadas.

—¿Capitán? —El príncipe hablaba en voz baja. Hotah avanzó hacia el frente con una mano en torno a la alabarda. Sentía la madera tan suave como la piel de una mujer. Al llegar junto a la silla de ruedas dio un golpe al suelo con el mango para anunciar su presencia, pero el príncipe sólo tenía ojos para los niños—. ¿Tuvisteis hermanos, capitán? —preguntó—. En Norvos, cuando erais joven.

—Sí —respondió Hotah—. Dos hermanos y tres hermanas. Yo era el menor.

«El menor y el menos deseado. Otra boca que alimentar, un chico grandullón que comía demasiado y al que enseguida se le quedaba pequeña la ropa.» No era de extrañar que se lo hubieran vendido a los sacerdotes barbudos.

—Yo era el mayor —dijo el príncipe—, y pese a eso soy el único que queda. Después de que Mors y Olyvar murieran en sus cunas, perdí la esperanza de tener

hermanos. Tenía nueve años cuando nació Elia, y por aquel entonces era escudero en Costa Salada. Cuando llegó el cuervo con la noticia de que mi madre había dado a luz con un mes de antelación, ya tenía edad suficiente para comprender que eso significaba que el bebé no saldría adelante. Lord Gargalen me dijo que tenía una hermana, y yo le respondí que no tardaría en morir. Pero vivió, gracias a la misericordia de la Madre. Y al cabo de un año nació Oberyn, chillando y pataleando. Yo ya era un hombre cuando ellos jugaban en estos estanques. Pero aquí estoy, y ellos se han ido.

Areo Hotah no supo qué decir. Sólo era un capitán de los guardias; pese a los años seguía considerándose forastero en aquellas tierras, y su dios de siete caras le era ajeno. «Servir. Obedecer. Proteger.» Había pronunciado aquellos votos a los dieciséis años, el día en que contrajo matrimonio con su alabarda. «Votos sencillos para hombres sencillos», le dijeron los sacerdotes barbudos. No lo habían entrenado para aconsejar a príncipes dolientes.

Aún no había encontrado palabras cuando cayó otra naranja, con un fuerte golpe, a menos de medio paso del lugar donde estaba sentado el príncipe. Doran hizo una mueca, como si le hubiera hecho daño.

—Bien —suspiró—. Ya es suficiente. Dejadme, Areo. Dejadme mirar a los niños unas horas más.

Cuando se puso el sol, el aire se tornó más fresco, y los niños entraron en el palacio para cenar, pero el príncipe se quedó bajo sus naranjos, contemplando los estanques tranquilos y el mar que se extendía más allá. Un criado le llevó un cuenco de aceitunas con pan, queso y pasta de garbanzos. Comió unos bocados y bebió una copa del vino dulce y fuerte que tanto le gustaba. Una vez vacía, se la volvió a llenar. A veces, en las horas más oscuras previas al amanecer, el sueño lo encontraba aún sentado en la silla. Entonces lo empujaba el capitán por la galería iluminada por la luna, a lo largo de una hilera de columnas acanaladas y bajo un esbelto arco, hasta la gran cama con sábanas frescas de lino situada en una habitación con vistas al mar. Doran gimió cuando el capitán lo movió, pero los dioses fueron bondadosos y no llegó a despertarse.

La celda donde dormía el capitán estaba junto a la habitación de su príncipe. Se sentó en el camastro, sacó la piedra de amolar y el paño del nicho donde los guardaba, y puso manos a la obra. «Mantén la alabarda afilada», le habían dicho los sacerdotes barbudos el día en que lo marcaron. Y siempre lo hacía.

Mientras afilaba el arma, Hotah pensó en Norvos, la ciudad alta en la colina y la baja junto al río. Todavía recordaba el sonido de las tres campanas, la manera en que lo estremecían el tañido profundo de Noom, la voz fuerte y orgullosa de Narrah, la risa dulce y argentina de Nyel. El sabor del pastel de invierno le volvió a llenar la boca con sus notas de jengibre y piñones, sus trocitos de cerezas, todo ello regado con

nasha, leche de cabra fermentada servida en una copa de hierro con un chorro de miel. Vio a su madre con el vestido del cuello de piel de ardilla, el que sólo se ponía una vez al año, cuando iban a ver el baile de los osos en las Escaleras del Pecador. Y percibió el hedor del vello al quemarse mientras el sacerdote barbudo le tocaba el pecho con el hierro de marcar. El dolor había sido tan terrible que creyó que se le iba a parar el corazón, pero Areo Hotah no retrocedió. El vello jamás volvió a crecer sobre la marca de la alabarda.

Cuando los dos filos quedaron tan cortantes que se podría haber afeitado con ellos, el capitán tendió en la cama a su esposa de hierro y fresno, bostezó, se quitó la ropa manchada, la tiró al suelo y se tumbó en el colchón lleno de paja. Pensar en la marca hacía que le picara; tuvo que rascarse antes de cerrar los ojos.

«Tendría que haber recogido las naranjas del suelo», pensó, y se quedó dormido soñando con el sabor agridulce, con el tacto pegajoso del zumo rojizo en los dedos.

El amanecer llegó demasiado pronto. En el exterior de los establos ya tenían preparada la más pequeña de las literas tiradas por tres caballos, la de madera de cedro con cortinajes de seda roja. El capitán eligió veinte guardias para darle escolta de entre los treinta apostados en los Jardines del Agua; los demás permanecerían allí para proteger el lugar y a los niños, algunos de los cuales eran hijos de grandes señores y mercaderes adinerados.

Aunque el príncipe había hablado de partir a primera hora, Areo Hotah sabía que se retrasaría. Mientras el maestre ayudaba a Doran Martell a bañarse y le cubría las articulaciones hinchadas con vendas de lino empapadas en lociones calmantes, el capitán se puso una cota de escamas de bronce, como correspondía a su cargo, y una capa ondulante de seda cruda parda y amarilla para proteger el metal del sol. El día iba a ser caluroso, y hacía tiempo que el capitán no usaba la gruesa capa de pelo de caballo y la túnica de cuero tachonado que había llevado en Norvos, prendas con las que cualquiera se cocería en Dorne. En cambio, sí conservaba el yelmo de hierro con su cresta de púas afiladas, aunque lo llevaba envuelto en seda naranja; de lo contrario, el sol contra el metal le provocaría dolor de cabeza antes incluso de que divisaran el palacio.

El príncipe aún no se encontraba listo para la partida. Había decidido desayunar antes de ponerse en marcha: estaba tomando una naranja sanguina y un plato de huevos de gaviota con trocitos de jamón y guindillas. Luego, por supuesto, tuvo que despedirse de varios niños, los que se habían convertido en sus favoritos: el muchachito de Dalt, los hijos de Lady Blackmont y la huérfana de cara redonda cuyo padre había vendido tejidos y especias a todo lo largo del Sangreverde. Mientras hablaba con ellos, Doran se cubría las rodillas con una espléndida manta myriense para que los pequeños no le vieran las articulaciones hinchadas y vendadas.

Ya era mediodía cuando se pusieron en marcha: el príncipe en la litera, el maestre

Caleotte a lomos de un burro y los demás a pie. Cinco lanceros caminaban delante y otros cinco detrás, mientras los diez restantes flanqueaban la litera. Areo Hotah ocupó su lugar habitual a la izquierda del príncipe, con la alabarda al hombro. El camino que iba desde Lanza del Sol hasta los Jardines del Agua discurría junto al mar, de manera que una brisa fresca aliviaba la marcha mientras atravesaban una tierra castaña rojiza de piedras, arena, y árboles atrofiados y retorcidos.

La segunda Serpiente de Arena les dio alcance cuando estaban a mitad de camino.

Apareció de repente sobre una duna, a lomos de una yegua de arena dorada con crines como hilos de seda blanca. Lady Nym parecía grácil incluso montada a caballo; vestía una luminosa túnica lila y una larga capa de seda color crema y cobre que se agitaba con cada golpe de aire, dando la impresión de que la joven podría echar a volar en cualquier momento. Nymeria Arena tenía veinticinco años y era esbelta como un juncos. Tenía el pelo negro, liso, peinado en una trenza adornada con hilo de oro rojo, y con un pico en la frente, en el nacimiento del pelo, igual que el de su padre. Los pómulos altos, los labios carnosos y la piel lechosa le daban la belleza de la que carecía su hermana mayor... Porque la madre de Obara había sido una prostituta de Antigua, mientras que por las venas de Nym corría la sangre más noble de la vieja Volantis. La seguía una docena de lanceros a caballo con escudos redondos que centelleaban bajo el sol. Bajaron tras ella por la duna.

El príncipe había apartado las cortinas de su litera para disfrutar al máximo de la brisa que llegaba del mar. Lady Nym se puso a su altura y tiró de las riendas de la hermosa yegua dorada para acompañar su paso al de la litera.

—Bienhallado, tío —canturreó como si hubiera llegado allí por casualidad—. ¿Puedo cabalgar contigo hasta Lanza del Sol?

El capitán estaba al otro lado de la litera, pero aun así oía todo lo que decía Lady Nym.

—Será un placer —respondió el príncipe Doran, aunque en un tono que al capitán no le sonó nada complacido—. Lagota y la pena no son buenas compañeras de viaje.

Aquello le indicó al capitán que cada guijarro del camino era como un clavo en sus articulaciones hinchadas.

—Por lagota no puedo hacer nada —replicó la joven—, pero a mi padre no le interesaba la pena. Le gustaba mucho más la venganza. ¿Es verdad que Gregor Clegane reconoció que asesinó a Elia y a sus hijos?

—Se proclamó culpable a gritos delante de toda la corte —confirmó el príncipe—. Lord Tywin nos ha prometido su cabeza.

—Y un Lannister siempre paga sus deudas —asintió Lady Nym—, pero me parece que ese tal Lord Tywin quiere pagarnos con monedas que ya tenemos. Me ha llegado un pájaro de nuestro querido Ser Daemon, que jura que mi padre le hizo cosquillas a ese monstruo más de una vez mientras luchaban, así que Ser Gregor se

puede dar por muerto, y no gracias a Tywin Lannister.

El príncipe torció el gesto. El capitán no habría sabido decir si era por el dolor de la gota o por las palabras de su sobrina.

—Es posible.

—¿Cómo que es posible? Es seguro.

—Obara quiere que vaya a la guerra.

Nym se echó a reír.

—Sí, quiere arrasar Antigua. Su odio hacia esa ciudad sólo es comparable al amor que le profesa nuestra hermana pequeña.

—¿Y tú qué opinas?

Nym volvió la cabeza para echar un vistazo hacia donde cabalgaban sus acompañantes, a unos cuarenta pasos de distancia.

—Estaba en la cama con los gemelos Fowler cuando me llegó la noticia —la oyó decir el capitán—. ¿Sabes cuál es el lema de los Fowler? «¡Déjame Ascender!» Es lo único que te pido. Déjame ascender, tío. No me hace falta un importante rehén; me basta con una hermanita.

—¿Obara?

—Tyene. Obara es demasiado llamativa. Tyene es tan dulce y delicada que nadie sospechará de ella. A Obara le gustaría convertir Antigua en la pira funeraria de nuestro padre; yo no soy tan ambiciosa. A mí me basta con cuatro vidas: los mellizos dorados de Lord Tywin en pago de los hijos de Elia. El viejo león por Elia. Y, por último, el pequeño rey, por mi padre.

—El chiquillo no nos ha hecho ningún daño.

—Si damos crédito a Lord Stannis, ese crío es un bastardo, hijo de la traición, el incesto y el adulterio. —En su voz no quedaba ni rastro del tono juguetón; el capitán se dio cuenta de que la estaba mirando con los ojos entrecerrados. Su hermana Obara llevaba el látigo a la cadera y una lanza bien a la vista. Lady Nym era igual de mortífera, pero portaba ocultos sus cuchillos—. Sólo la sangre real puede limpiar el asesinato de mi padre —insistió.

—Oberyn murió en combate singular, luchando por algo que no era de su incumbencia. Para mí no fue un asesinato.

—Para ti, que sea lo que quieras. Les enviamos al mejor hombre de Dorne y nos devuelven una saca con huesos.

—Tu padre fue mucho más allá de lo que le pedí que hiciera. Se lo dije en la terraza. Estábamos comiendo naranjas: «Tómales las medidas al niño rey y a su Consejo, fíjate en los puntos fuertes y en los débiles. Si es posible, busca aliados y amigos. Averigua lo que puedas de la muerte de Elia, pero sobre todo, no provoques a Lord Tywin en demasía». Con esas palabras. Oberyn se me rió en la cara. «¿Cuándo he provocado yo a nadie... en demasía? Más te valdría avisar a los Lannister para que

no me provoquen ellos a mí.» Quería que se hiciera justicia por Elia, pero no supo esperar...

—Esperó diecisiete años —interrumpió Lady Nym—. Si te hubieran asesinado a ti, mi padre había partido hacia el Norte con sus estandartes antes de que tu cadáver se hubiera enfriado. Si hubieras sido tú, a estas alturas lloverían lanzas sobre las Marcas.

—No lo dudo.

—Y tampoco dudes esto, mi príncipe: ni mis hermanas ni yo esperaremos diecisiete años para vengarnos.

Picó espuelas a la yegua y se alejó al galope hacia Lanza del Sol seguida por sus acompañantes.

El príncipe se recostó en los almohadones y cerró los ojos, pero Hotah sabía que no dormía.

«Está sufriendo.» Sopesó durante un momento la posibilidad de llamar al maestre Caleotte para que se acercara a la litera, pero si el príncipe Doran deseara sus servicios, él mismo lo habría llamado.

Cuando avistaron en el este las torres de Lanza del Sol, las sombras del atardecer ya eran largas y oscuras, y el sol estaba tan rojo e hinchado como las rodillas del príncipe. La primera torre que divisaron fue la esbelta torre de la Lanza, con sus cincuenta y cinco varas de altura y coronada de acero chapado en oro que le sumaba diez varas más; luego apareció la imponente torre del Sol, con la cúpula de oro y las vidrieras de colores; por último vieron la Barco de Arena, que parecía un monstruoso dromón varado en la orilla y petrificado.

Sólo tres leguas de costa separaban Lanza del Sol de los Jardines del Agua, pero eran dos mundos diferentes. Allí, los niños jugaban desnudos al sol, la música sonaba en los patios, y el olor de los limones y las naranjas sanguinas impregnaba el aire. Aquí, hasta la brisa olía a polvo, sudor y humo, y el murmullo de las voces poblaba las noches. En lugar de los mármoles rosados de los Jardines del Agua, Lanza del Sol era de barro y paja; sus colores eran el marrón y el ocre. La antigua fortaleza de la Casa Martell se alzaba en el punto más oriental de un pequeño saliente de piedra y arena, rodeada de mar por tres partes. Hacia el oeste, a la sombra de las inmensas murallas de Lanza del Sol, los tenderetes de adobe y las chozas sin ventanas colgaban del castillo como percebes del casco de un galeón. Los establos, posadas, tabernas y casas de mancebía se alzaban más hacia el oeste, muchos con sus propios muros, de los que también colgaban más chozas. «Y así sucesivamente, como dirían los sacerdotes barbudos.» En comparación con Tyrosh, Myr o Gran Norvos, la ciudad de la sombra era poco más que un pueblo, pero aun así, los dornienses no tenían nada que se asemejara más a una urbe de verdad.

Lady Nym había llegado varias horas antes que ellos, y sin duda había avisado a

los guardias, porque la Puerta Triple estaba abierta. Sólo en aquel lugar estaban alineadas las puertas, para permitir que los visitantes pasaran bajo las tres Murallas Ondulantes y accedieran directamente al Palacio Antiguo, sin tener que atravesar leguas de callejuelas estrechas, patios ocultos y bazares bulliciosos.

El príncipe Doran había cerrado los cortinajes de su litera nada más divisar la torre de la Lanza, pero los habitantes de la ciudad lanzaban gritos a su paso.

«Las Serpientes de Arena han estado agitando a la gente», pensó el capitán, intranquilo. Atravesaron la mugre del tramo exterior y se dirigieron hacia la segunda puerta. Más allá, el viento apestaba a brea, agua salada y algas podridas, y la multitud crecía a cada paso.

—¡Abrid paso al príncipe Doran! —gritó Areo Hotah mientras golpeaba las baldosas con el mango de la alabarda—. ¡Abrid paso al príncipe de Dorne!

—¡El príncipe ha muerto! —chilló una mujer a su espalda.

—¡A las lanzas! —rugió un hombre desde un balcón.

—¡Doran! —exclamó una voz de acento cultivado—. ¡A las lanzas!

Hotah dejó de intentar identificar a los que hablaban; había demasiada gente, y al menos un tercio de los presentes estaba gritando. «¡A las lanzas! ¡Venganza para la Víbora!» Cuando llegaron a la tercera puerta, los guardias ya tenían que empujar a los ciudadanos para despejar el paso, y la multitud había empezado a lanzarles cosas. Un niño harapiento pasó entre los lanceros con una granada medio podrida en una mano pero, cuando vio a Areo Hotah con la alabarda dispuesta, dejó caer la fruta y salió corriendo. Otros, situados más atrás, lanzaban limones, limas y naranjas al grito de «¡Guerra! ¡Guerra! ¡A las lanzas!». Un guardia recibió el impacto de un limón en un ojo, y una naranja se estrelló contra el pie del propio capitán.

De la litera no salió respuesta alguna. Doran Martell permaneció encerrado entre sus muros de seda hasta que los muros de piedra del castillo los recibieron y el rastrillo cayó tras ellos con un crujido estrepitoso. Los gritos se fueron apagando poco a poco.

La princesa Arianne aguardaba en el palenque para recibir a su padre, en compañía de la mitad de la corte: Ricasso, el anciano senescal ciego; Ser Manfrey Martell, el castellano; el joven maestre Myles, con su túnica gris y su barba perfumada, y casi medio centenar de caballeros dornienses con túnicas de lino de todos los colores. La pequeña Myrcella Baratheon estaba con su septa y con Ser Arys, de la Guardia Real, que se cocía en su armadura blanca.

La princesa Arianne se dirigió hacia la litera; llevaba unas sandalias de piel de serpiente atadas con cordones hasta los muslos. La cabellera le caía en una mata de bucles, negros como el azabache, que le llegaban hasta la base de la espalda, y se ceñía la frente con un aro de soles de cobre.

«Sigue siendo menuda», pensó el capitán. Las Serpientes de Arena eran altas,

pero Arianne había salido a su madre, que medía siete palmos y medio. Pero bajo el cinturón enjoyado y la túnica suelta de seda morada y brocado amarillo tenía un cuerpo de mujer, generoso y con curvas.

—Lanza del Sol se regocija de tu regreso, padre —declamó cuando se abrieron las cortinas.

—Sí, ya he oído los gritos de alegría. —El príncipe esbozó una sonrisa cansada y acarició la mejilla de su hija con la mano hinchada, enrojecida—. Tienes buen aspecto. Capitán, tened la amabilidad de ayudarme a bajar de aquí.

Hotah se colgó la alabarda de la correa que llevaba a la espalda y cogió al príncipe en brazos con suavidad, para no hacerle daño en las articulaciones hinchadas. Aun así, Doran Martell tuvo que contener un gemido de dolor.

—He ordenado a los cocineros que准备en un banquete para esta noche —le dijo Arianne—. Se servirán todos tus platos favoritos.

—Mucho me temo que no les podré hacer justicia. —El príncipe miró a su alrededor—. No veo a Tyene.

—Ha pedido hablar contigo en privado. La he enviado a esperarte al salón del trono.

El príncipe suspiró.

—Muy bien. Vamos, capitán. Cuanto antes acabe con esto, antes podré descansar.

Hotah lo llevó por las largas escaleras de piedra de la torre del Sol hasta la gran estancia circular bajo la cúpula; los restos de luz de la tarde entraban por las ventanas de cristal tintado para salpicar el mármol claro con diamantes de cien colores. Allí los aguardaba la tercera Serpiente de Arena.

Estaba sentada en un cojín, con las piernas cruzadas, al pie del estrado donde se encontraban los asientos de honor, pero al verlos entrar se levantó; vestía una túnica ceñida de brocado azul claro con mangas de encaje myriense que la hacía parecer tan inocente como la propia Doncella. Llevaba en una mano el bordado en el que estaba trabajando, y en la otra, un par de agujas doradas. Su cabello también era dorado, tenía los ojos como profundos estanques azules... Y pese a ello, al capitán le recordaron los ojos de su padre, aunque los de Oberyn eran negros como la noche.

«Todas las hijas del príncipe Oberyn tienen sus ojos de víbora —comprendió Hotah de repente—. El color es lo de menos.»

—Te estaba esperando, tío —dijo Tyene Arena.

—Ayudadme a sentarme, capitán.

En el estrado había dos asientos prácticamente iguales; la única diferencia era que uno tenía grabada en oro en el respaldo la lanza de Martell, mientras que el otro lucía el sol ardiente de Rhoyne que había ondulado en los mástiles de los barcos de Nymeria cuando llegaron a Dorne. El capitán sentó al príncipe bajo la lanza y se apartó un paso.

—¿Te duele mucho? —La voz de Lady Tyene era gentil; parecía tan dulce como las fresas en verano. Su madre había sido una septa, y Tyene tenía un aura de inocencia casi sobrenatural—. ¿Hay algo que pueda hacer para aliviarte el dolor?

—Dime lo que quieras decirme, para que pueda irme a descansar. Estoy agotado, Tyene.

—Te he hecho esto, tío. —Tyene desdobló el tejido que había estado bordando. La imagen representaba a su padre, el príncipe Oberyn, a lomos de un corcel de arena, con armadura roja, sonriente—. Cuando lo termine te lo regalaré, para que siempre te acuerdes de él.

—No voy a olvidar a tu padre.

—Me alegro de oírlo. Hay quien lo duda.

—Lord Tywin nos ha prometido la cabeza de la Montaña.

—Qué amable por su parte... Pero la espada del verdugo no es el final adecuado para el valiente Ser Gregor. Llevamos tanto tiempo rezando por que muera que lo justo sería que él rezara por lo mismo. Sé qué veneno utilizaba mi padre; no hay otro más lento ni más doloroso. Puede que pronto oigamos los gritos de la Montaña incluso aquí, en Lanza del Sol.

El príncipe Doran suspiró.

—Obara quiere que vaya a la guerra. Nym se conforma con unos cuantos asesinatos. ¿Y tú?

—Guerra —respondió Tyene—, pero no la de mi hermana. Los dornienses pelean mejor en casa, así que afilaremos las lanzas y esperaremos. Cuando los Lannister y los Tyrell nos ataquen, los desangraremos en los pasos y los enterraremos bajo las arenas, como hemos hecho ya cien veces.

—Será si nos atacan.

—Claro que nos atacarán, si no quieren volver a ver el reino dividido, como antes de que nos casáramos con los dragones. Me lo dijo mi padre. Dijo que teníamos que darle las gracias al Gomo por enviarnos a la princesa Myrcella. ¿A que es muy bonita? Cuánto me gustaría tener unos rizos como los suyos. Nació para ser reina, igual que su madre. —Los hoyuelos florecieron en las mejillas de Tyene—. Para mí sería un honor encargarme de los preparativos de la boda, y también de la fabricación de las coronas. Trystane y Myrcella son tan inocentes que les iría muy bien el oro blanco... Con esmeraldas, para que hagan juego con los ojos de ella. Bueno, también valdrían diamantes y perlas; lo importante es que casemos y coronemos a los niños. Luego sólo tendríamos que proclamar a Myrcella la primera de su nombre, reina de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, heredera legítima de los Siete Reinos de Poniente, y sentarnos a esperar a los leones.

El príncipe soltó un bufido.

—¿Heredera legítima?

—Es mayor que su hermano —le explicó Tyene, como si fuera idiota—. Según la ley, el Trono de Hierro le pertenece.

—Según la ley dorniense.

—Cuando el bondadoso rey Daeron se casó con la princesa Myriah y nos trajo a su reino, se acordó de que en Dorne siempre imperaría la ley dorniense. Y da la casualidad de que Myrcella está en Dorne.

—Así es —reconoció a regañadientes—. Lo pensaré.

Tyene se enfurruñó.

—Piensas demasiado, tío.

—¿Tú crees?

—Eso decía mi padre.

—Oberyn pensaba demasiado poco.

—Hay hombres que piensan porque tienen miedo de actuar.

—El miedo es una cosa; la cautela, otra.

—En ese caso rezaré por no verte nunca con miedo, tío. Te podrías olvidar de respirar.

La muchacha alzó una mano...

El capitán dio un golpe con el mango de la alabarda contra el suelo de mármol.

—Os habéis extralimitado, mi señora. Os ruego que bajéis del estrado.

—No era mi intención, capitán. Quiero a mi tío, porque sé que quería a mi padre.

—Tyene hincó una rodilla en el suelo, ante el príncipe—. Ya he dicho todo lo que quería decirte, tío. Perdóname si te he ofendido; tengo el corazón destrozado.

—¿Cuento todavía con tu cariño?

—Eso, siempre.

—Entonces, dame tu bendición y me marcharé.

Doran titubeó un instante antes de poner la mano en la cabeza de su sobrina.

—Sé valiente, pequeña.

—¿Y cómo no serlo? Soy hija de mi padre.

En cuanto salió de la estancia, el maestre Caleotte subió apresuradamente al estrado.

—Príncipe, no os habrá... Dejadme ver esa mano. —Le examinó primero la palma; luego se la volvió con delicadeza y olió los dedos del príncipe—. No, bien. No pasa nada. No hay rasguños, así que...

El príncipe retiró la mano.

—Maestre, ¿os importaría traerme un poco de la leche de la amapola? Con un dedalito será suficiente.

—La amapola. Desde luego, cómo no.

—Enseguida, por favor —lo apremió Doran Martell con gentileza, y Caleotte se apresuró escaleras abajo.

En el exterior, el sol se había puesto ya. En el interior de la cúpula, la luz era del color azul del ocaso, y los diamantes del suelo agonizaban. El príncipe se quedó en el asiento, bajo la lanza de los Martell, con el rostro blanco de dolor. Tras un largo silencio se volvió hacia Areo Hotah.

—Capitán —dijo—, ¿hasta qué punto son leales mis guardias?

—Son leales. —El capitán no supo qué añadir.

—¿Todos? ¿O sólo algunos?

—Son buenos hombres. Buenos dornienses. Obedecerán mis órdenes. —Dio un golpe contra el suelo con el mango de la alabarda—. Os traeré la cabeza de cualquier hombre que piense en traicionaros.

—No quiero cabezas; quiero obediencia.

—Con ella contáis. —«Servir. Obedecer. Proteger. Votos sencillos para un hombre sencillo»—. ¿Cuántos hombres necesitáis?

—Decididlo vos mismo. Puede que unos pocos bien elegidos nos sean más útiles que una veintena. Quiero que esto se haga tan rápida y discretamente como sea posible, sin derramamiento de sangre.

—Rapidez, discreción, sin sangre, sí. ¿Qué ordenáis?

—Id a buscar a las hijas de mi hermano, ponedlas bajo custodia y confinadlas en las celdas de la torre de la Lanza.

—¿A las Serpientes de Arena? —El capitán tenía la boca seca—. ¿A...? ¿A las ocho, mi señor? ¿A las menores también?

El príncipe meditó un instante.

—Las hijas de Ellaria son demasiado pequeñas para suponer un peligro, pero hay quien podría intentar utilizarlas contra mí. Será mejor tenerlas controladas y a salvo. Sí, a las menores también, pero encargaos primero de Tyene, Nymeria y Obara.

—Como ordene mi príncipe. —Tenía el corazón en un puño. «A mi princesita no le va a gustar»—. ¿Qué hay de Sarella? Ya es una mujer; tiene casi veinte años.

—A menos que vuelva a Dorne, no puedo hacer nada con Sarella, excepto rezar para que tenga más sentido común que sus hermanas. Dejadla con su... juego. Reunid a las otras. No me acostaré hasta que sepa que están a salvo y vigiladas.

—Así se hará. —El capitán titubeó—. Cuando corra la voz, el pueblo aullará.

—Todo Dorne aullará —dijo Doran Martell con voz cansada—. Sólo ruego por que Lord Tywin oiga los aullidos desde Desembarco del Rey, para que vea qué amigo tan leal tiene en Lanza del Sol.

CERSEI (1)

Soñaba que estaba sentada en el Trono de Hierro, por encima de todos.

Abajo, los cortesanos eran ratones de mil colores. Los grandes señores y las damas orgullosas se arrodillaban ante ella. Valientes caballeros jóvenes ponían las espadas a sus pies y le suplicaban llevar sus prendas, y la Reina les sonreía desde arriba. Eso... hasta que el enano apareció de la nada y la señaló entre carcajadas. Las damas y los señores también empezaron a reír a hurtadillas, se tapaban la boca con la mano para ocultar la sonrisa. Entonces, la Reina se dio cuenta de que estaba desnuda.

Trató de taparse con las manos, horrorizada. Las púas y las hojas afiladas del Trono de Hierro se le clavaron en la carne cuando se acurrucó para ocultar su vergüenza. La sangre roja le bajó por las piernas; dientes de acero le mordisquearon las nalgas. Cuando trató de levantarse, se le encajó un pie en un boquete del metal retorcido. Cuanto más se debatía, más la engullía el trono; le arrancaba pedazos de carne del pecho y el vientre, le cortaba los brazos y las piernas hasta dejarla pegajosa, enrojecida.

Y mientras, abajo, su hermano no dejaba de reír.

Aquella alegría perversa le seguía resonando en los oídos cuando sintió un roce en el hombro y, de repente, se despertó. Durante un instante, la mano le pareció parte de la pesadilla; Cersei lanzó un grito, pero no era más que Senelle. El rostro de la doncella estaba pálido y asustado.

«No estamos solas —advirtió la Reina. Las sombras se cernían sobre su cama; eran figuras altas con cota de malla que brillaba bajo la capa. ¿Qué hacían allí unos hombres armados?—. ¿Dónde están mis guardias? —El dormitorio se encontraba a oscuras; la única luz era la del farol que sostenía en alto uno de los intrusos—. No debo mostrar temor.» Cersei se echó hacia atrás la melena revuelta.

—¿Qué queréis de mí? —dijo. Un hombre se adelantó hasta quedar iluminado por la luz. Cersei vio que llevaba una capa blanca—. ¿Jaime? —«He soñado con un hermano, pero es el otro el que viene a despertarme.»

—Alteza. —La voz no era la de su hermano—. El Lord Comandante nos ha ordenado que viniéramos a buscaros.

Tenía el pelo ondulado, como Jaime, pero su hermano lo tenía como ella, color oro batido, mientras que el de aquel hombre era negro y graso. Se quedó mirándolo desconcertada, mientras él mascullaba algo sobre un escusado y una ballesta, y pronunciaba el nombre de su padre.

«Todavía estoy soñando —pensó Cersei—. No me he despertado; la pesadilla no ha terminado. De un momento a otro, Tyrion saldrá de debajo de la cama y se reirá de mí.»

Pero aquello era una locura. Su hermano enano estaba encerrado en las celdas

negras, condenado a morir aquel mismo día. Se contempló las manos y las movió para asegurarse de que conservaba todos los dedos. Cuando se pasó una mano por el brazo notó el vello erizado, pero ninguna herida. No tenía cortes en las piernas ni tajos en las plantas de los pies.

«Ha sido un sueño, nada más, un sueño. Ayer bebí demasiado; estos miedos sólo son fruto de los vapores del vino. Cuando llegue la noche seré yo la que ría. Mis hijos estarán a salvo, Tommen tendrá asegurado el trono, y mi retorcido *valonqar* será una cabeza más bajo y estará pudriendose.»

Jocelyn Swyft había acudido junto a ella y le acercaba una copa a los labios. Cersei bebió un trago. Era agua mezclada con zumo de limón; estaba tan ácida que la escupió. Le llegó el sonido del viento nocturno que sacudía los postigos y, de pronto, lo vio todo con una extraña claridad. Jocelyn temblaba como un flan, tan asustada como Senelle. La silueta de Ser Osmund Kettleblack se cernía sobre ella. Tras él se encontraba Ser Boros Blount, con el farol. Junto a la puerta vigilaban los guardias de los Lannister, con leones dorados brillantes en la cimera del yelmo. También ellos parecían atemorizados.

«¿Es posible? —se preguntó la Reina—. ¿Será verdad?»

Se levantó y permitió que Senelle le pasara una túnica por los hombros para ocultar su desnudez. La propia Cersei se ató el cinturón con dedos torpes y rígidos.

—Mi señor padre tiene guardias que lo custodian día y noche —dijo.

Notaba la lengua espesa. Bebió otro trago de agua con limón y le dio vueltas en la boca para refrescarse el aliento. Una polilla se había quedado atrapada en el farol que sostenía Ser Boros; la oía zumbar y veía la sombra de las alas que se batían contra el cristal.

—Los guardias estaban en sus puestos, Alteza —dijo Osmund Kettleblack—. Hemos encontrado una puerta oculta tras la chimenea. Un pasadizo secreto. El Lord Comandante ha bajado por él para ver adónde lleva.

—¿Jaime? —El terror se apoderó de ella, repentino como una tormenta—. Jaime tendría que estar con el Rey...

—El pequeño no ha sufrido daño alguno. Ser Jaime envió de inmediato a una docena de hombres para que lo guardaran. Su Alteza duerme tranquilo.

«Ojalá tenga mejores sueños que yo, y un despertar más dulce.»

—¿Quién está con el Rey?

—Ese honor le ha correspondido a Ser Loras, si os parece bien.

No le parecía bien. Los Tyrell eran los únicos mayordomos a los que los reyes dragón habían ascendido muy por encima del nivel que les correspondía por derecho. Lo único que sobrepasaba su ambición era su vanidad. Ser Loras era hermoso como el sueño de una doncella, pero bajo la capa blanca corría pura sangre Tyrell. Que ella supiera, el inmundo fruto de aquella noche bien podría haber sido plantado y regado

en Altojardín.

Pero era una sospecha que no se atrevía a formular en voz alta.

—Dadme un momento para que me vista. Ser Osmund, vos me acompañaréis a la Torre de la Mano. Ser Boros, espabilad a los carceleros y comprobad que el enano siga en su celda.

Ni siquiera quería pronunciar su nombre.

«Jamás habría tenido valor para alzar la mano contra nuestro padre», se dijo, pero tenía que estar segura.

—Como ordene Vuestra Alteza. —Blount le entregó el farol a Ser Osmund.

Cersei se alegró de verlo alejarse.

«Mi padre no debería haberle devuelto la capa blanca.» Aquel hombre había demostrado claramente que era un cobarde.

Cuando salieron del Torreón de Maegor, el cielo se había teñido de azul cobalto, aunque las estrellas brillaban todavía.

«Todas menos una —pensó Cersei—. La estrella más brillante del oeste ha caído; a partir de ahora, las noches serán más oscuras. —Se detuvo un momento en el puente levadizo que cruzaba el foso seco y contempló las estacas que había abajo—. No se atreverían a mentirme en un asunto así.»

—¿Quién lo ha encontrado?

—Uno de sus guardias —respondió Ser Osmund—. Lum. Sintió una urgencia y encontró a Su Señoría en el escusado.

«No puede ser, es imposible. No es manera de morir para un león. —La Reina sentía una extraña calma. Recordó la primera vez que se le había caído un diente, cuando era pequeña. No le dolía, pero el agujero que le quedó en la boca le causaba una sensación rara y no podía dejar de rozárselo con la lengua—. Ahora hay un agujero en el mundo, en el lugar que ocupaba mi padre, y los agujeros piden a gritos que los llenen.»

Si era verdad que Tywin Lannister había muerto, nadie estaba a salvo... Y el que más peligro corría era su hijo, en el trono. Cuando cae el león, las bestias inferiores entran en juego: los chacales, los buitres, los perros salvajes. Tratarían de echarla a un lado, como siempre. Tendría que actuar deprisa, igual que cuando había muerto Robert. Aquello podía ser obra de Stannis Baratheon a través de un esbirro. Podía ser el preludio de otro ataque contra la ciudad. Ojalá fuera así.

«Que venga si quiere. Lo machacaré, igual que hizo mi padre, y esta vez morirá. —Stannis no la asustaba, como tampoco la asustaba Mace Tyrell. Nadie la asustaba. Era hija de la Roca, era una leona—. No se volverá a hablar de obligarme a contraer segundas nupcias.» Roca Casterly le pertenecía, junto con todo el poder de la Casa Lannister. Nadie volvería a dejarla de lado. Incluso cuando llegara el momento en que Tommen ya no la necesitara como regente, la señora de Roca Casterly seguiría siendo

un poder que habría que tener en cuenta.

El sol naciente había teñido de rojo vivo las cúspides de las torres, pero bajo los muros, la noche acechaba todavía. El castillo estaba tan silencioso como si todos los habitantes hubieran muerto.

«Así debería ser. Morir solo no es digno de Tywin Lannister. Un hombre como él merece un séquito que atienda sus necesidades en el infierno.»

Ante la puerta de la Torre de la Mano se encontraban apostados cuatro lanceros con capa roja y yelmo con cimera en forma de león.

—Que no entre ni salga nadie sin mi permiso —les dijo.

Le resultó sencillo dar órdenes. «Mi padre también tenía acero en la voz.»

Una vez dentro de la torre, el humo de las antorchas le irritó los ojos, pero Cersei no lloró; no lloró, igual que no habría llorado su padre.

«Soy el único hijo varón de verdad que ha tenido. —Sus tacones arañaban la piedra cuando subía por las escaleras; todavía oía a la polilla revolotear como loca dentro del farol de Ser Osmund—. Muere —pensó la Reina con irritación—. Vuela hacia la llama y muere de una vez.»

Otros dos guardias con capa roja aguardaban en lo alto de las escaleras. Lester el Rojo musitó un pésame al verla pasar. La Reina respiraba con bocanadas cortas y rápidas; el corazón le latía como una mariposa en el pecho.

«Los peldaños —se dijo—. Esta condenada torre tiene demasiados peldaños.» Casi le daban ganas de hacerla derribar.

La sala estaba llena de imbéciles que hablaban en susurros, como si Lord Tywin estuviera durmiendo y tuvieran miedo de despertarlo. Tanto guardias como sirvientes retrocedieron a su paso mientras movían los labios. Les veía las encías rosadas; veía como agitaban la lengua, pero sus palabras no tenían más sentido que el zumbido de la polilla.

«¿Qué hacen aquí? ¿Cómo se han enterado?» Tendría que haberla llamado a ella en primer lugar. Era la reina regente, ¿acaso se habían olvidado?

Ser Meryn Trant se encontraba ante el dormitorio de la Mano, ataviado con la armadura y la capa blanca. Llevaba levantado el visor del yelmo, y las enormes ojeras hacían que pareciera todavía medio dormido.

—Echad a toda esta gente —le ordenó Cersei—. ¿Mi padre sigue en el escusado?

—Lo han llevado a su cama, mi señora.

Ser Meryn abrió la puerta para dejarle paso. La luz del amanecer se colaba a través de los postigos para pintar barras doradas en los juncos que cubrían el suelo de la estancia. Su tío Kevan estaba de rodillas junto a la cama, tratando de rezar, pero apenas le salían las palabras. Los guardias se arracimaban cerca de la chimenea. La puerta secreta de la que le había hablado Ser Osmund era un boquete abierto tras las cenizas, no más grande que un horno. Para pasar por ella, un hombre tendría que

arrastrarse.

«Pero Tyrion sólo es medio hombre. —La simple idea la hizo enfurecer—. No, el enano está encerrado en una celda negra. —No podía ser obra suya—. Stannis —se dijo—. Stannis está detrás de esto. Todavía tiene partidarios en la ciudad. Ha sido él, o quizá los Tyrell...»

Siempre se habían oído rumores acerca de pasadizos secretos en la Fortaleza Roja. Según se decía, Maegor *el Cruel* había matado a los hombres que construyeron el castillo para mantener en secreto su posición.

«¿Cuántos dormitorios más tendrán puertas ocultas? —De repente, Cersei se imaginó al enano saliendo de detrás de un tapiz en la habitación de Tommen, con un cuchillo en la mano—. Tommen está bien custodiado», se dijo. Pero Lord Tywin también había estado bien custodiado.

Durante un momento no reconoció al hombre muerto. Tenía el pelo como el de su padre, sí, pero sin duda era otro, más menudo y mucho más viejo. Llevaba la ropa de dormir subida hasta el pecho, de modo que estaba desnudo de cintura para abajo. La saeta se le había clavado en el vientre, entre el ombligo y el miembro viril, tan profundamente que sólo asomaban las plumas. Tenía el vello púbico rígido por la sangre seca, que también se le había coagulado en el ombligo.

Su olor hizo que arrugara la nariz.

—¡Sacadle esa flecha! —ordenó—. ¡Es la Mano del Rey!

«Y mi padre. Mi señor padre. ¿Tendría que gritar y mesarme el cabello? —Según decían, Catelyn Stark se había desgarrado la cara con las uñas cuando los Frey mataron a su adorado Robb—. ¿Sería eso lo que te gustaría, padre? —habría querido preguntarle—. ¿O preferirías que fuera fuerte? ¿Lloraste tú cuando murió tu padre?» Su abuelo había fallecido cuando ella no tenía más que un año, pero conocía bien la historia. Lord Tytos había engordado mucho, y el corazón le reventó un día cuando subía por las escaleras para visitar a su amante. Cuando sucedió, Lord Tywin se encontraba lejos, en Desembarco del Rey, sirviendo como Mano al Rey Loco. Pasaba mucho tiempo en Desembarco del Rey cuando Jaime y ella eran pequeños. Si lloró cuando le llevaron la noticia de la muerte de su padre, nadie vio sus lágrimas.

La Reina se clavó las uñas en la palma de las manos.

—¿Cómo habéis podido dejarlo así? Mi padre fue Mano de tres reyes; no ha habido hombre más grande en los Siete Reinos. Las campanas deben tañer por él igual que tañeron por Robert. Hay que bañarlo y vestirlo como corresponde a su categoría, con ropajes de armiño, hilo de oro y seda escarlata. ¿Dónde está Pycelle? ¡He dicho que dónde está Pycelle! —Se volvió hacia los guardias—. Ceños, ve a buscar al Gran Maestre Pycelle. Tiene que ver a Lord Tywin.

—Ya lo ha visto, Alteza —respondió Ceños—. Ha estado aquí, lo ha visto y ha ido a buscar a las hermanas silenciosas.

«Me han avisado a mí la última. —Aquellos la enfurecía tanto que no le salían las palabras—. Y Pycelle sale corriendo para enviar un mensaje con tal de no mancharse esas manos blandengues. Es un inútil.»

—Id a buscar al maestre Ballabar —ordenó—. Id a buscar al maestre Frenken. A cualquiera. —Ceños y Orejamocha se precipitaron a obedecer—. ¿Dónde está mi hermano?

—Ha bajado por el túnel. Es un pasadizo vertical con peldaños de hierro incrustados en la piedra. Ser Jaime quiere ver hasta dónde llega.

«Sólo tiene una mano —habría querido gritarles—. Tendría que haber bajado uno de vosotros. No está en condiciones de andar trepando. Los hombres que asesinaron a mi padre aún pueden estar ahí abajo, esperándolo.» Su hermano mellizo siempre había sido demasiado impulsivo, y por lo visto, la pérdida de una mano no le había infundido cautela. Estaba a punto de ordenar a los guardias que bajaran a buscarlo cuando regresaron Ceños y Orejamocha escoltando a un hombre de pelo canoso.

—Alteza, este hombre asegura que fue maestre en sus tiempos —dijo Orejamocha.

El hombre hizo una profunda reverencia.

—¿En qué puedo servir a Vuestra Alteza?

Su rostro le sonaba de algo, aunque no conseguía identificarlo.

«Es viejo, pero no tanto como Pycelle. A este aún le quedan fuerzas. —Era alto, aunque algo encorvado y con patas de gallo alrededor de los ojos azules, atrevidos—. Tiene el cuello desnudo.»

—No lleváis cadena de maestre.

—Me la quitaron. Mi nombre es Qyburn, si a Vuestra Alteza le parece bien. Yo traté la mano de vuestro hermano.

—Querréis decir el muñón.

Ya había conseguido situarlo. Había llegado de Harrenhal con Jaime.

—Es cierto; no pude salvar la mano de Ser Jaime. Pero mis artes le salvaron el brazo, puede que hasta la vida. La Ciudadela me arrebató la cadena, pero no pudo quitarme mis conocimientos.

—Nos seréis útil —decidió ella—. Si me falláis, la pérdida que menos os importará será la de la cadena, os lo aseguro. Sacadle esa saeta del vientre a mi padre y preparadlo para las hermanas silenciosas.

—Como ordene mi reina. —Qyburn se acercó a la cama, se detuvo y miró hacia atrás—. ¿Qué queréis que haga con la muchacha, Alteza?

—¿Qué muchacha?

A Cersei se le había pasado por alto el segundo cadáver. Se acercó a la cama, echó a un lado un montón de mantas ensangrentadas y entonces la vio, desnuda, fría, rosada... A excepción del rostro, que se le había puesto tan negro como a Joff en el

banquete de bodas. Tenía clavada en torno al cuello una cadena de manos doradas, retorcida y tan apretada que le había desgarrado la piel. Cersei siseó como una gata furiosa.

—¿Qué hace aquí?

—La hemos encontrado al llegar, Alteza —respondió Orejamocha—. Es la puta del Gomo. —Como si eso explicara su presencia.

«A mi señor padre no le interesaban las prostitutas —pensó—. Después de que muriera nuestra madre, no volvió a tocar a una mujer.» Lanzó una mirada gélida al guardia.

—Esto no es lo que... Cuando murió su padre, Lord Tywin volvió a Roca Casterly y se encontró con..., con que una mujer de esta ralea... se había puesto las joyas de mi madre, y también una de sus túnicas. Se lo quitó todo, todo. Durante quince días la exhibieron desnuda por las calles de Lannisport para que confesara ante todos que era una ladrona y una ramera. Eso era lo que hacía Lord Tywin Lannister con las prostitutas. Él jamás... Esta mujer se encontraba aquí con otro propósito, no para...

—Puede que Lord Tywin la estuviera interrogando para averiguar algo sobre su ama —sugirió Qyburn—. Tengo entendido que Sansa Stark desapareció la noche en que el Rey fue asesinado.

—Eso es. —Cersei se agarró de buena gana a la sugerencia—. La estaba interrogando, claro. No cabe la menor duda.

Le acudió a la mente la imagen de un Tyrion burlón, con la boca retorcida en una sonrisa simiesca bajo los restos de la nariz.

«¿Y qué mejor manera de interrogarla que desnuda y con las piernas bien abiertas? —le susurró el enano—. De esa forma la interrogo yo también.»

La Reina dio media vuelta. «No quiero verla.» De pronto, la sola idea de estar en la misma habitación que la muerta le resultaba abrumadora. Apartó a Qyburn a un lado y salió a la recámara.

Osney y Osflyd, los hermanos de Ser Osmund, se habían reunido con él.

—Hay una mujer muerta en el dormitorio de la Mano —les dijo Cersei a los tres Kettleblack—. No quiero que nadie sepa que la encontraron aquí.

—De acuerdo, mi señora. —Ser Osney tenía araños superficiales en la mejilla, allí donde otra de las rameras de Tyrion le había clavado las uñas—. ¿Qué hacemos con ella?

—Échasel a comer a los perros. O llévatela a la cama. ¿A mí qué me importa? Pero nunca ha estado aquí. Exigiré la lengua de todo aquel que diga lo contrario. ¿Me explico?

Osney y Osflyd intercambiaron una mirada.

—Sí, Alteza.

Regresó al dormitorio con ellos y los observó mientras envolvían a la chica con

las mantas ensangrentadas de su padre.

«Shae, se llamaba Shae.» Habían hablado por última vez la noche anterior al juicio por combate del enano, después de que aquella serpiente dorniense, todo sonrisas, se ofreciera a ser su campeón. Shae había preguntado por unas joyas, regalo de Tyrion, y también por ciertas promesas que tal vez le hubiera hecho Cersei: una casa en la ciudad y un caballero que la desposara. La Reina había dejado bien claro que la prostituta no obtendría nada de ella hasta que le dijera adónde había ido Sansa Stark.

—Eras su doncella. ¿Quieres hacerme creer que no sabías nada de sus planes? —le espetó, y Shae se retiró hecha un mar de lágrimas.

Ser Osfryd se echó al hombro el fardo del cadáver.

—Quiero la cadena —dijo Cersei—. Ten cuidado de no arañar el oro. —Osfryd asintió y se dirigió hacia la puerta—. No, por el patio no. —Hizo un gesto en dirección al pasadizo secreto—. Eso lleva a las mazmorras. Por ahí.

Justo cuando Ser Osfryd se arrodillaba ante la chimenea, la luz se hizo más intensa en el interior, y la Reina oyó sonidos. Jaime salió del pasadizo encorvado como una anciana, levantando con las botas nubes de cenizas del último fuego de Lord Tywin.

—Fuera de mi camino —les dijo a los Kettleblack, y corrió hacia él—. ¿Los has encontrado? ¿Has encontrado a los asesinos? ¿Cuántos eran?

Tenía que haber sido más de uno. Un solo hombre no había podido matar a su padre.

El rostro de su mellizo estaba macilento.

—El pasadizo baja hasta una cámara donde se cruza media docena de túneles. Hay unas verjas de hierro que los cierran, con cadenas y candados. Necesito las llaves. —Miró a su alrededor—. Quienquiera que hiciera esto puede seguir al acecho en los muros. Ahí abajo hay todo un laberinto y está muy oscuro.

Cersei se imaginó a Tyrion arrastrándose entre las paredes como una rata monstruosa.

«No. Déjate de tonterías. El enano está en su celda.»

—Derribad las paredes con mazas. Derribad la torre entera si hace falta. Quiero que los encuentren. Quiero encontrar a los culpables. Los quiero muertos.

Jaime la abrazó y le apretó con la mano la base de la espalda. Olía a ceniza, pero el sol de la mañana le acariciaba el pelo y le daba un brillo dorado. Habría querido atraer el rostro hacia el suyo y fundirse con él en un beso.

«Más tarde —se dijo—, más tarde acudirá a mí en busca de consuelo.»

—Somos sus herederos, Jaime —susurró—. A nosotros nos corresponde acabar su obra. Tienes que ocupar su lugar como Mano. Seguro que ahora lo comprendes. Tommen te necesita...

Jaime la empujó para zafarse de ella y levantó el brazo para obligarla a ver el muñón.

—¿Una Mano sin una mano? Parece un chiste malo, hermana. No me pidas que gobierne.

Su tío oyó el desaire. También Qyburn, y los Kettleblack, que cargaban con su fardo entre las cenizas. Lo oyeron hasta los guardias: Ceños, Hoke *Patamulo* y Orejamocha.

«Antes de que anochezca lo sabrá todo el castillo.» Cersei sintió un repentino calor en las mejillas.

—¿Que gobiernes? No he dicho nada de gobernar. Gobernaré yo hasta que mi hijo sea mayor de edad.

—No sé quién me da más pena —replicó su hermano—, si Tommen o los Siete Reinos.

Le dio una bofetada. Jaime levantó el brazo para detener el golpe, rápido como un gato... Pero aquel gato tenía un muñón de tullido en lugar de la mano derecha. Los dedos de Cersei le dejaron marcas rojas en la mejilla.

El sonido hizo que su tío se pusiera en pie.

—Vuestro padre yace muerto en esta misma habitación. Tened la decencia deiros a pelear afuera.

Jaime inclinó la cabeza en gesto de disculpa.

—Perdónanos, tío. Mi hermana está fuera de sí de dolor. No se puede controlar.

Habría querido abofetearlo de nuevo.

«Debía de estar loca al pensar que podría ser la Mano.» Antes preferiría abolir el cargo. ¿Cuándo le había proporcionado una Mano algo que no fueran pesares? Jon Arryn le había metido en la cama a Robert Baratheon, y antes de morir había empezado a husmear en sus cosas y las de Jaime. Eddard Stark lo retomó todo donde lo había dejado Arryn, y por culpa de su intromisión se había visto obligada a librarse de Robert antes de lo que habría querido, antes de poder encargarse de sus molestos hermanos. Tyrion vendió a Myrcella a los dornienses, convirtió en rehén a uno de sus hijos y asesinó al otro. Y cuando Lord Tywin regresó a Desembarco del Rey...

«La próxima Mano sabrá cuál es su lugar —se prometió. Tendría que nombrar a Ser Kevan. Su tío era incansable, prudente, siempre obediente. Podía confiar en él, como había hecho su padre—. La mano no discute con la cabeza.» Tenía que gobernar un reino, pero para ello le haría falta la ayuda de hombres. Pycelle era un lameculos que chocaba; Jaime había perdido el valor junto con la mano de la espada, y no se podía confiar en Mace Tyrell ni en sus amiguitos Redwyne y Rowan. Nadie le garantizaba que no fueran los que habían perpetrado aquello. Sin duda, Lord Tyrell sabía que jamás goberaría los Siete Reinos mientras viviera Tywin Lannister.

«Con ese tendré que ir con cuidado.» Sus hombres estaban por toda la ciudad;

hasta había colado a uno de sus hijos en la Guardia Real, y pretendía meter a su hija en la cama de Tommen. Aún se enfurecía al pensar que su padre había accedido al compromiso entre Tommen y Margaery Tyrell.

«Esa chica le dobla la edad y ya ha enviudado dos veces.» Según Mace Tyrell, su hija seguía siendo virgen, pero Cersei tenía sus dudas. Joffrey había muerto asesinado antes de poder llevársela a la cama, pero antes había estado casada con Renly...

«Puede que a un hombre le guste el sabor del hidromiel, pero si le ponen delante una jarra de cerveza, también se la beberá. —Tendría que ordenarle a Lord Varys que averiguara lo que pudiera. De repente cayó en la cuenta: se había olvidado de la Araña—. Varys tendría que estar presente. Siempre está presente. —Cada vez que pasaba algo de importancia en la Fortaleza Roja, el eunuco aparecía como surgido de la nada—. Jaime está aquí, y también el tío Kevan, y Pycelle ha estado antes, pero Varys no. —Un escalofrío le recorrió la columna—. Ha intervenido en esto. Temía que mi padre tuviera intención de cortarle la cabeza, así que atacó primero. —Lord Tywin nunca había sentido la menor simpatía hacia el sonriente y obsequioso consejero de los rumores. Y si alguien conocía los secretos de la Fortaleza Roja, ese era él sin duda—. Debe de haber hecho causa común con Lord Stannis. Al fin y al cabo, se sentaron juntos en el Consejo de Robert...»

Cersei se dirigió hacia la puerta del dormitorio, donde estaba Ser Meryn Trant.

—Trant, traed a Lord Varys. Que venga chillando y pataleando si hace falta, pero ilesos.

—Como ordene Vuestra Alteza.

Pero nada más irse un miembro de la guardia real, volvió otro. Ser Boros Blount estaba congestionado y sofocado; había subido corriendo las escaleras.

—No está —jadeó al ver a la Reina. Se dejó caer sobre una rodilla—. El Gnom... La celda está abierta, Alteza... Ni rastro de él por ninguna parte...

«Lo que soñé era verdad.»

—Di órdenes muy concretas —replicó—. Había que mantenerlo vigilado día y noche.

El pecho de Blount subía y bajaba como un fuelle.

—También ha desaparecido un carcelero. Se llamaba Rugen. A los otros dos los hemos encontrado dormidos.

—Espero que no los despertarais, Ser Boros. Dejadlos dormir. —Tuvo que contenerse para no gritar.

—¿Que los deje dormir? —Alzó la vista, boquiabierto y confuso—. Sí, Alteza. ¿Cuánto tiempo los...?

—Para siempre. Encargaos de que duerman para siempre, ser. No toleraré que los guardias duerman mientras están vigilando.

«Está en los muros. Ha matado a nuestro padre, igual que mató a nuestra madre,

igual que mató a Joff. —El enano también iría a por ella. La Reina lo sabía: era tal como le había augurado la vieja en la penumbra de aquella carpa—. Me reí de la adivina, pero tenía poderes. Vio mi futuro en una gota de sangre. Vio mi sino.» Las piernas apenas la sostenían. Ser Boros fue a sujetarla del brazo, pero la Reina esquivó su mano. ¿Quién le garantizaba que no era una de las criaturas de Tyrion?

—Apartaos de mí —chilló—. ¡Apartaos! —Trató de calmarse.

—¿Alteza? —inquirió Blount—. ¿Os traigo un vaso de agua?

«Lo que necesito es sangre, no agua. La sangre de Tyrion, la sangre del *valonqar*. —Las antorchas daban vueltas a su alrededor. Cersei cerró los ojos y vio al enano, que sonreía—. No —pensó—, no, casi me había librado de ti.» Pero la tenía cogida por el cuello, y notaba como empezaba a apretar.

BRIENNE (1)

—Estoy buscando a una doncella de trece años —le dijo a la mujer de pelo cano que se encontró junto al pozo de la aldea—. Una doncella de noble cuna, muy hermosa, con los ojos azules y el pelo castaño rojizo. Puede que viaje con un caballero corpulento de unos cuarenta años, o tal vez con un bufón. ¿La habéis visto?

—Que yo recuerde no, ser —respondió la mujer llevándose los nudillos a la frente—. Pero os voy a decir lo que haré: prestaré atención, eso.

Tampoco la había visto el herrero, ni el septón del septo de la aldea, ni el porquerizo que cuidaba de sus cerdos, ni la chica que recogía cebollas en su huerto, ni ninguna de las personas que había encontrado la Doncella de Tarth entre las chozas de paja y barro de Rosby. Pese a todo, insistía.

«Este es el camino más corto hacia el Valle Oscuro —se dijo Brienne—. Si Sansa pasó por aquí, alguien tuvo que verla.» Ante las puertas del castillo planteó la misma pregunta a los dos lanceros cuyas insignias mostraban tres tenazas invertidas de gules sobre armiño, la divisa de la Casa Rosby.

—Si va por los caminos con los tiempos que corren, pronto dejará de ser doncella —dijo el mayor.

El más joven quiso saber si la chica también tenía el pelo castaño rojizo entre las piernas.

«Aquí no encontraré ayuda.» Brienne volvió a montar, y en aquel momento divisó a un muchachito flaco a lomos de un caballo picazo, al otro extremo de la aldea.

«Con ese no he hablado», pensó, pero el chiquillo desapareció tras el septo antes de que pudiera acercarse a él. No se molestó en seguirlo. Lo más probable era que no supiera nada, igual que los otros. Rosby era poco más que un ensanchamiento en el camino; Sansa no habría tenido motivos para entretenerse allí. Brienne volvió a ponerse en marcha y se dirigió hacia el noreste pasando por plantaciones de manzanos y campos de cebada, y no tardó en dejar atrás el pueblo y su castillo. Se dijo que en el Valle Oscuro encontraría a quien buscaba. «Si es que ha venido por aquí.»

—Encontraré a la niña y la pondré a salvo —le había prometido Brienne a Ser Jaime en Desembarco del Rey—. Lo haré por su madre. Y por vos.

Nobles palabras, pero las palabras eran baratas. Los hechos ya eran más caros. En la ciudad había perdido demasiado tiempo a cambio de demasiado poco.

«Tendría que haberme puesto en marcha antes... Pero ¿hacia dónde?» Sansa Stark había desaparecido la noche de la muerte del rey Joffrey, y si alguien la había visto desde entonces, si alguien tenía la menor idea de adónde había ido, no decía nada. «O nadie me lo dice a mí.»

Brienne creía que la niña había salido de la ciudad. Si estuviera todavía en

Desembarco del Rey, los capas doradas ya la habrían encontrado. Tenía que estar en otra parte... Pero otra parte era un concepto muy amplio.

«Si yo fuera una doncella recién florecida, sola y asustada, en peligro mortal, ¿qué haría? —se había preguntado—. ¿Adónde iría?» Si se tratara de ella, la respuesta sería sencilla. Habría regresado a Tarth, con su padre. Pero al padre de Sansa lo habían decapitado ante sus ojos. Su señora madre también había muerto; la habían asesinado en Los Gemelos, y además Invernalia, la gran fortaleza de los Stark, había sido saqueada y quemada hasta los cimientos, y sus gentes, pasadas por la espada.

«No tiene un hogar al que volver; no tiene padre, ni madre, ni hermanos.» Podía estar en el pueblo siguiente o en un barco rumbo a Asshai; ambas cosas eran igual de probables.

Y si Sansa Stark hubiera querido volver a su hogar, ¿cómo lo habría intentado? El camino Real no era seguro; eso lo sabían hasta los niños. Los hijos del hierro se habían apoderado de Foso Cailin a ambos lados del Cuello, y en Los Gemelos estaban los Frey, que habían asesinado al hermano de Sansa y a su señora madre. Si tenía monedas, la niña podía haber viajado por mar, pero el puerto de Desembarco del Rey seguía en ruinas, y el río era un caos de atracaderos destrozados y galeras quemadas y hundidas. Brienne había estado indagando en los muelles, pero nadie recordaba haber visto partir un barco la noche de la muerte del rey Joffrey. Según le dijo un hombre, unos cuantos barcos habían echado el ancla en la bahía y descargaban por medio de botes de remos, pero la mayoría seguía viaje hacia arriba, hasta el Valle Oscuro, donde el puerto estaba más ajetreado que nunca.

La yegua de Brienne era hermosa y trotaba a buen ritmo. En los caminos había más viajeros de los que había imaginado. Se encontró con hermanos mendicantes, con sus cuencos colgados de los cordeles que llevaban al cuello. Un joven septón pasó al galope a lomos de un palafrén digno de un gran señor, y más adelante se cruzó con un grupo de hermanas silenciosas que negaron con la cabeza cuando les planteó la pregunta. Una caravana de carros de bueyes avanzaba parsimoniosa hacia el sur con un cargamento de lana y cereales, y más adelante se cruzó con un porquerizo que guiaba a sus cerdos, y con una anciana que iba en litera con una escolta de guardias a caballo. A todos les preguntó si habían visto a una niña noble de trece años con los ojos azules y el cabello castaño rojizo. Nadie. También preguntó por el camino que tenía por delante.

—De aquí al Valle Oscuro, todo bien —le respondió un hombre—, pero pasando el Valle Oscuro hay bandidos y hombres quebrados en los bosques.

Los únicos árboles que aún tenían hojas verdes eran los pinos soldado y los centinelas; los de hoja ancha lucían mantos dorados y rojizos, o estaban desnudos y arañaban el cielo con sus ramas afiladas. Cada ráfaga de viento hacía girar nubes de

hojarasca en el camino. Las hojas muertas crujían bajo los cascos de la gran yegua baya que le había entregado Jaime Lannister.

«Es más fácil encontrar una hoja en el viento que a una niña perdida en Poniente.» Ya empezaba a preguntarse si Jaime no le habría gastado una broma cruel al encomendarle aquella misión. Tal vez Sansa Stark estuviera muerta; quizás la hubieran decapitado por su participación en la muerte del rey Joffrey y estuviera enterrada en cualquier tumba anónima. ¿Qué mejor manera de ocultar el asesinato que enviar en su búsqueda a una moza grandullona y estúpida de Tarth?

«Jaime no haría semejante cosa. Era sincero. Me entregó la espada y la llamó *Guardajuramentos*.» De cualquier manera, aquello no tenía importancia. Le había prometido a Lady Catelyn que le devolvería a sus hijas, y no había promesa más solemne que aquella cuyo depositario había fallecido. Según Jaime, la pequeña llevaba tiempo muerta; la Arya que los Lannister habían enviado al Norte para que contrajera matrimonio con el bastardo de Roose Bolton era una impostora. Así que sólo quedaba Sansa. Brienne tenía que encontrarla.

Ya se acercaba el ocaso cuando vio una hoguera que ardía junto a un arroyo. Dos hombres estaban asando truchas, y habían dejado las armas y las armaduras al pie de un árbol. Uno era anciano y el otro no tanto, aunque distaba mucho de ser joven. Fue el segundo quien se levantó para darle la bienvenida. Tenía una gran barriga, que le tensaba los cordones del jubón de piel moteada de ciervo. En las mejillas y el mentón lucía una barba descuidada del color del oro viejo.

—Hay trucha suficiente para tres hombres, ser —le dijo.

No era la primera vez que confundían a Brienne con un hombre. Se quitó el yelmo para soltarse el pelo. Era amarillento, del color de la paja sucia y casi igual de quebradizo. Le caía por los hombros, largo y fino.

—Os lo agradezco, ser.

El caballero errante la miró con los ojos entrecerrados y con tanto esfuerzo que Brienne intuyó que era miope.

—¿Una dama? ¿Con armadura? Por los dioses, Illy, mira qué estatura tiene.

—Yo también la he confundido con un caballero —respondió el más anciano al tiempo que daba la vuelta a la trucha.

Si Brienne hubiera sido un hombre, se podría considerar alto y corpulento; para ser mujer era enorme. *Monstruosa* era la palabra que había oído toda la vida. Tenía los hombros anchos y las caderas más anchas todavía. Sus piernas eran largas, y sus brazos, gruesos. El pecho era más músculo que senos. Las manos eran muy grandes; los pies, enormes. Y además era fea, con un rostro caballuno lleno de pecas y unos dientes que casi parecían demasiado grandes para su boca. No le hacía ninguna falta que se lo recordaran.

—Señores, ¿habéis visto en el camino a una doncella de trece años? —preguntó

—. Tiene los ojos grandes y el pelo caoba, y puede que viaje en compañía de un hombre corpulento de rostro colorado, de unos cuarenta años.

El caballero errante miope se rascó la cabeza.

—No me suena nadie así. ¿Cómo es el pelo caoba?

—Castaño rojizo —le explicó el viejo—. No, no la hemos visto.

—No la hemos visto, mi señora —repitió el más joven—. Desmontad; el pescado está casi listo. ¿Tenéis hambre?

Tenía hambre, pero también desconfiaba. Los caballeros errantes tenían mala reputación. Como se solía decir, un caballero errante y un caballero ladrón eran los dos lados de la misma espada. «Pero estos dos no parecen peligrosos.»

—¿Puedo saber con quiénes hablo, señores?

—Tengo el honor de llamarme Ser Creighton Longbough, aquel sobre el que cantan los bardos —respondió el de la barriga—. Tal vez hayáis oído hablar de mis hazañas en el Aguasnegras. Mi compañero es Ser Illifer *el Paupérísmo*.

Si había alguna canción sobre Creighton Longbough, Brienne no la había oído nunca. Sus nombres le decían tan poco como sus escudos de armas. En el escudo verde de Ser Creighton sólo se veía el jefe de gules sucio y descolorido, y una grieta causada por algún hacha de combate. El de Ser Illifer lucía un jironado de oro y armiño, aunque por su aspecto no vería en su vida más oro ni armiño que los allí pintados. Tenía sesenta años como mínimo, y un rostro enjuto y afilado bajo la capucha de un manto de lana basta. Llevaba una cota de malla, pero salpicada de motas de óxido como pecas anaranjadas. Brienne le sacaba una cabeza a cualquiera de los dos, y tenía mejor caballo y mejor armadura.

«Si hombres como estos me dan miedo, más me vale cambiar la espada por un par de agujas de hacer punto.»

—Os lo agradezco, señores —dijo—. De buena gana compartiré esa trucha.

Brienne se bajó de la yegua, la desensilló y la llevó a beber al arroyo antes de dejarla pastar. Luego dejó las armas, el escudo y las alforjas al pie de un olmo. Para entonces, las truchas ya estaban crujientes. Ser Creighton le llevó una, y ella se sentó en el suelo con las piernas cruzadas para comérsela.

—Nos dirigimos hacia el Valle Oscuro, mi señora —le comentó Longbough mientras arrancaba trozos de trucha con los dedos—. Sería mejor que cabalgarais con nosotros. Los caminos son peligrosos.

Brienne podría darle más información de la que al caballero le habría gustado sobre los peligros de los caminos.

—Os lo agradezco, ser, pero no necesito vuestra protección.

—Insisto. Un caballero de verdad tiene la obligación de defender al sexo débil.

Brienne se acarició la empuñadura de la espada.

—Esto me defenderá, ser.

—Una espada sólo vale tanto como el hombre que la esgrime.

—No se me da mal esgrimirla.

—Como queráis. No sería cortés discutir con una dama. Os llevaremos sana y salva hasta el Valle Oscuro. Tres jinetes corren menos peligro que uno solo.

«Éramos tres cuando salimos de Aguasdulces, pero Jaime perdió la mano, y Cleos Frey, la vida.»

—Vuestras monturas no pueden seguirle el paso a la mía.

El caballo castrado pardo de Ser Creighton era un animal viejo de lomo hundido y ojos legañosos, y el de Ser Illifer parecía débil y medio muerto de hambre.

—Mi corcel me sirvió mejor que bien en el Aguasnegras —se empecinó Ser Creighton—. Protagonicé una verdadera carnicería; gané una docena de rescates. ¿Conocía mi señora a Ser Herbert Bolling? Pues ya no lo conocerá: lo maté en el acto. Cuando chocan las espadas, no veréis nunca retroceder a Ser Creighton Longbough.

Su compañero dejó escapar una risita seca.

—Déjalo, Creigh. Las mujeres como ella no necesitan hombres como nosotros.

—¿Las mujeres como yo? —preguntó desconcertada.

Ser Illifer señaló el escudo de Brienne con un dedo flaco. Aunque la pintura estaba agrietada y desconchada, el emblema se veía perfectamente: un murciélagos negro sobre campo tronchado de plata y oro.

—No tenéis derecho a llevar ese escudo. El abuelo de mi abuelo contribuyó a matar al último Lothston. Desde entonces, nadie se atrevió a lucir ese murciélagos, tan negro como los actos de quienes lo exhibieron.

El escudo era el que había cogido Ser Jaime de la armería de Harrenhal. Brienne se lo había encontrado en los establos, igual que la yegua y muchas cosas más: la silla y las riendas, la cota de malla y el yelmo con visor, bolsas de monedas de oro y plata, y un pergamo más valioso que todo lo demás junto.

—He perdido mi escudo —explicó.

—El único escudo que necesita una doncella es un buen caballero —declaró Ser Creighton, decidido.

Ser Illifer no le prestó atención.

—El hombre que va descalzo quiere botas; el que tiene frío quiere una capa. Pero ¿quién querría envolverse en una capa de vergüenza? Ese murciélagos lo llevaron Lord Lucas *el Putero* y Manfryd *Capucha Negra*, su hijo. Y digo yo, ¿por qué lucir semejantes blasones, a menos que vuestro pecado sea aún más repugnante... y más reciente? —Desenfundó el puñal, un arma fea de hierro barato—. Una mujer monstruosamente grande y fuerte que oculta sus verdaderos colores. Creigh, te presento a la Doncella de Tarth, la que le cortó el cuello a Renly.

—Eso es mentira.

Para ella, Renly Baratheon había sido más que un rey. Se había enamorado de él desde la primera vez que visitó Tarth, para celebrar su mayoría de edad. Su padre lo recibió con un banquete y ordenó a Brienne que asistiera; de lo contrario se habría escondido en su habitación como una fiera herida. Por aquel entonces tenía la edad de Sansa y le daban más miedo las burlas que las espadas.

—Sabrán lo de la rosa; se van a reír de mí —dijo a Lord Selwyn. Pero el Lucero de la Tarde no cedió.

Y Renly Baratheon la había tratado con toda cortesía, como si fuera una doncella de verdad, como si fuera hermosa. Hasta había bailado con ella, y entre sus brazos se sintió grácil, y sus pies flotaban sobre el suelo. Más tarde, gracias a su ejemplo, otros le pidieron un baile. Desde aquel día no deseó otra cosa que estar cerca de Lord Renly para servirlo y protegerlo. Pero al final le había fallado.

«Renly murió en mis brazos, pero yo no lo maté», pensó. Pero aquellos caballeros errantes jamás lo comprenderían.

—Habría dado mi vida por el rey Renly Baratheon, y habría muerto feliz —dijo
—. No le hice ningún daño. Lo juro por mi espada.

—Sólo los caballeros juran por su espada —señaló Ser Creighton.

—Juradlo por los Siete —exigió Ser Illifer *el Paupérrimo*.

—Bien, lo juro por los Siete. No le hice ningún daño al rey Renly. Lo juro por la Madre; que jamás conozca su misericordia si miento. Lo juro por el Padre y le pido que me juzgue con justicia. Lo juro por la Doncella y por la Vieja, por el Herrero y por el Guerrero. Y lo juro por el Desconocido; que me lleve ahora mismo si no digo la verdad.

—Para ser una doncella, jura bien —tuvo que reconocer Ser Creighton.

—Sí. —Ser Illifer *el Paupérrimo* se encogió de hombros—. Bueno, si ha mentido, los dioses la pondrán en su lugar. —Volvió a guardarse el puñal—. Os toca la primera guardia.

Mientras los caballeros errantes dormían, Brienne se dedicó a pasear inquieta por el pequeño campamento, atenta al crepitar del fuego.

«Debería marcharme ahora que puedo.» No conocía a aquellos hombres, pero no se decidía a dejarlos allí desprotegidos. Pese a lo entrado de la noche, por el camino pasaban jinetes, y entre los árboles se oían ruidos que quizá fueran de búhos y zorros al acecho, o quizá no. De manera que siguió paseando, con la espada envainada, pero siempre a mano.

Montar guardia fue fácil. Lo difícil llegó después, cuando Ser Illifer se despertó y le dijo que la relevaba. Brienne extendió una manta en el suelo, se acurrucó y cerró los ojos.

«No voy a dormir», se dijo, aunque estaba muerta de cansancio. Nunca había podido conciliar el sueño con facilidad delante de hombres. Incluso en los

campamentos de Lord Renly seguía existiendo el riesgo de violación. Era una lección que había aprendido bajo las murallas de Altojardín, y otra vez cuando Jaime y ella cayeron en manos de la Compañía Audaz.

El frío de la tierra se le metió hasta los huesos. No pasó mucho tiempo antes de que tuviera todos los músculos doloridos y entumecidos, desde la mandíbula hasta los dedos de los pies. Se preguntó si Sansa Stark también tendría frío, estuviera donde estuviera. Lady Catelyn le había dicho que Sansa era una niña dulce a la que le encantaban los pastelillos de limón, las túnicas de seda y las canciones de caballería, pero aquella niña había visto como decapitaban a su padre, y luego la habían obligado a casarse con uno de los asesinos. Si se podía dar crédito a la mitad de lo que se decía, el enano era el más cruel de los Lannister.

«Si Sansa envenenó al rey Joffrey, lo hizo obligada por el Gomo, seguro. En aquella corte estaba sola, sin un amigo.» En Desembarco del Rey, Brienne había encontrado a una tal Brella, que fue doncella de Sansa. Según le contó la mujer, no había afecto alguno entre Sansa y el enano. Tal vez estuviera huyendo de él tanto como del asesinato de Joffrey.

Si Brienne tuvo algún sueño, ya se había desvanecido cuando la despertó la aurora. Tenía las piernas rígidas como si fueran de madera por culpa del duro suelo, pero nadie la había importunado, y sus posesiones estaban intactas. Los caballeros errantes ya se habían levantado. Ser Illifer troceaba una ardilla para el desayuno, mientras que Ser Creighton se encontraba ante un árbol, echando una larga meada.

«Caballeros errantes —pensó—, viejos, vanidosos, gordos y miopes, y pese a todo, hombres honrados.» Se animó un poco al constatar que aún quedaban hombres así en el mundo.

Desayunaron ardilla asada, pasta de bellotas y encurtidos, todo ello mientras Ser Creighton los obsequiaba con el relato de sus hazañas en el Aguasnegras, donde había matado a una docena de temibles caballeros de los que Brienne no había oído hablar jamás.

—Fue una batalla extraña, mi señora —dijo—. Una refriega rara y sangrienta.

Reconoció que Ser Illifer también había luchado con nobleza en la batalla. El propio Illifer no decía gran cosa.

Cuando llegó el momento de reanudar el viaje, los caballeros se pusieron uno a cada lado de Brienne, como guardias que protegieran a una dama importante... Aunque aquella dama era mucho más fornida que sus dos protectores, y además tenía mejor armadura y armamento.

—¿Pasó alguien durante vuestros turnos de guardia? —les preguntó.

—¿Como por ejemplo una doncella de trece años con el cabello caoba? —respondió Ser Illifer *el Paupérímo*. No, mi señora. Nadie.

—Yo sí vi a unas cuantas personas —intervino Ser Creighton—. Un chaval

granjero a lomos de un caballo manchado, y una hora más tarde, una docena de hombres a pie, con palos y guadañas. Vieron nuestra hoguera y se quedaron mirando los caballos, pero les mostré el acero y les dije que siguieran su camino. Parecían tipos duros, sí, y desesperados, pero no tanto como para enfrentarse a Ser Creighton Longbough.

«No —pensó Brienne—, ¿quién puede estar tan desesperado?» Giró la cabeza para ocultar una sonrisa. Por suerte, Ser Creighton estaba demasiado inmerso en el relato de su épico combate con el Caballero del Pollo Rojo para advertir la diversión de la doncella. Era grato tener compañía en el camino, aunque fuera la de aquellos dos hombres.

Ya era mediodía cuando Brienne oyó unas plegarias que les llegaban de entre los árboles deshojados.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó Ser Creighton.

—Son voces; parece que están rezando.

Brienne reconoció la oración.

«Le están suplicando protección al Guerrero; le piden a la Vieja que ilumine su camino.»

Ser Illifer *el Paupérímo* desenvainó la maltrecha espada y tiró de las riendas de su caballo para aguardar a los que se aproximaban.

—Ya están cerca.

La plegaria inundó el bosque como un piadoso trueno, y de repente, la fuente del sonido apareció en el camino, delante de ellos. Un grupo de hermanos mendicantes abría la marcha. Eran hombres barbudos y desastrados con túnicas de lana basta; unos iban descalzos y otros con sandalias. Tras ellos caminaba más de un centenar de hombres, mujeres y niños harapientos, una cerda de piel con manchas y varias ovejas. Algunos hombres llevaban hachas; los más, sólo garrotes rudimentarios y porras de madera. En medio de ellos rodaba un carromato de dos ruedas, de madera gris astillada, en el que se amontonaban calaveras y trozos de huesos rotos. Al ver a los caballeros errantes, los monjes se detuvieron, y sus rezos cesaron.

—Bondadosos caballeros, la Madre os ama.

—Y a vosotros, hermano —respondió Ser Illifer—. ¿Quiénes sois?

—Clérigos Humildes —respondió un hombretón corpulento que llevaba un hacha.

A pesar del frío del bosque otoñal, no llevaba camisa, y tenía una estrella de siete puntas grabada en el pecho. Los guerreros ándalos se habían grabado en la carne estrellas como aquella cuando cruzaron el mar Angosto para doblegar los reinos de los primeros hombres.

—Marchamos hacia la ciudad —explicó una mujer alta que tiraba de una vara del carromato—, para llevar estos huesos sagrados a Baelor *el Santo* y suplicar el amparo

y la protección del Rey.

—Uníos a nosotros, amigos —les rogó un hombre menudo y flaco que vestía una harapienta túnica de septón y llevaba al cuello un cristal colgado de un cordón—. Poniente necesita de todas las espadas.

—Nos dirigíamos hacia el Valle Oscuro —declaró Ser Creighton—, pero tal vez podamos escoltaros hasta Desembarco del Rey.

—Si tenéis dinero para pagarnos por la protección —añadió Ser Illifer, que además de paupérrimo parecía práctico.

—Los gorriones no necesitan oro —respondió el septón.

Ser Creighton se quedó desconcertado.

—¿Los gorriones?

—El gorrión es el más común, el más humilde de los pájaros, igual que nosotros somos los más comunes y humildes de los hombres. —El septón tenía el rostro largo y anguloso, y una barbita corta castaña, ya algo canosa. Llevaba el pelo ralo peinado hacia atrás y recogido en una coleta, y los pies descalzos, ennegrecidos, nudosos y duros como raíces de árbol—. Estos huesos son de hombres santos que dieron la vida por su fe. Sirvieron a los Siete hasta la muerte. Unos murieron de hambre; a otros los torturaron. Hombres sin dios y adoradores del demonio han saqueado los septos, han violado a madres y doncellas, hasta han atacado a hermanas silenciosas. Nuestra Madre grita de angustia. Ha llegado el momento de que todos los hombres que han sido armados caballeros renuncien a sus señores de este mundo y defiendan la Sagrada Fe. Venid con nosotros a la ciudad, si es que amáis a los Siete.

—Les profeso un gran amor —replicó Illifer—, pero tengo que comer.

—Igual que todos los hijos de la Madre.

—Nos dirigimos hacia el Valle Oscuro —se limitó a señalar Ser Illifer.

Un monje escupió; una mujer lanzó un gemido.

—Sois falsos caballeros —dijo el hombretón de la estrella grabada en el pecho.

Otros blandieron los garrotes. El septón descalzo los calmó.

—No juzguéis; el juicio le corresponde sólo al Padre. Dejad que sigan en paz. Ellos también son humildes y caminan perdidos por la tierra.

Brienne se adelantó a lomos de la yegua.

—Mi hermana también se ha perdido. Es una niña de trece años con el pelo castaño rojizo, muy hermosa.

—Todos los hijos de la Madre son hermosos. Que la Doncella vele por esa pobre niña... Y también por vos.

El septón se echó al hombro una vara del carromato y lo empezó a arrastrar. Los hermanos mendicantes reanudaron los rezos. Brienne y los caballeros errantes contemplaron el paso lento de la procesión, que seguía el camino que llevaba a Rosby. El sonido de la oración se fue apagando poco a poco hasta morir.

Ser Creighton levantó una nalga de la silla de montar y se rascó el trasero.

—¿Qué clase de persona podría matar a un santo septón?

Brienne sabía muy bien qué clase de personas hacían esas cosas. Recordó que, cerca de Poza de la Doncella, los hombres de la Compañía Audaz habían colgado a un septón de un árbol por los pies y habían utilizado su cadáver para practicar el tiro con arco. Tal vez sus huesos viajaran en aquella carreta junto con todos los demás.

—Hay que ser imbécil para violar a una hermana silenciosa —estaba comentando Ser Creighton—. Hasta para ponerle las manos encima. Se dice que son las novias del Desconocido, y que tienen las partes femeninas frías y húmedas como el hielo. —Miró de reojo a Brienne—. Eh... Perdonadme.

Brienne picó espuelas a su yegua en dirección al Valle Oscuro. Ser Illifer la siguió un instante después, y Ser Creighton cerró la marcha.

Tres horas más tarde se encontraron con otro grupo que viajaba hacia el Valle Oscuro: un mercader y sus sirvientes, acompañados por otro caballero errante. El mercader cabalgaba a lomos de una yegua gris moteada, y los sirvientes se turnaban para tirar del carro. Cuatro se encargaban de los varales, mientras los otros dos caminaban junto a las ruedas, pero al oír el sonido de los caballos, todos formaron en torno al carro con las picas de fresno preparadas. El comerciante sacó una ballesta, y el caballero desenvainó la espada.

—Disculpadnos tanta desconfianza —les gritó el comerciante—, pero corren malos tiempos, y sólo tengo al buen Ser Shadrich para defenderme. ¿Quiénes sois?

Ser Creighton puso cara de afrenta.

—Yo soy el famoso Ser Creighton Longbough; tomé parte en la batalla del Aguasnegras, y este es mi compañero, Ser Illifer *el Paupérísmo*.

—No queremos haceros ningún daño —añadió Brienne.

El mercader la miró dubitativo.

—Deberíais estar en casa a salvo, mi señora. ¿Por qué lleváis un atuendo tan antinatural?

—Estoy buscando a mi hermana. —Sansa era una fugitiva acusada de regicidio; no se atrevía a mencionar su nombre—. Es una doncella de noble cuna, muy hermosa, con los ojos azules y el pelo castaño rojizo. Puede que la vierais con un caballero corpulento de unos cuarenta años, o tal vez con un bufón borracho.

—Los caminos están llenos de bufones borrachos y doncellas ultrajadas. En cuanto a los caballeros corpulentos, hay pocos hombres honrados que puedan mantener redonda la barriga cuando hay tanta falta de comida... Aunque veo que vuestro Ser Creighton no ha pasado hambre.

—Soy ancho de huesos —replicó Ser Creighton—. ¿Queréis que cabalgemos juntos un trecho? No dudo del valor de Ser Shadrich, pero es menudo, y tres espadas valen más que una.

«Cuatro espadas», pensó Brienne, pero se mordió la lengua.

El mercader miró a su escolta.

—¿Qué opináis vos, ser?

—De estos tres no hay nada que temer. —Ser Shadrich era un hombrecillo delgado pero fuerte, con cara de zorro, nariz ganchuda y una mata de pelo anaranjado. Iba a lomos de un alazán inquieto. No mediría ni ocho palmos, y pese a ello rebosaba confianza—. Uno es viejo; otro, gordo, y la grandullona es una mujer. Que vengan si quieren.

—Si os parece bien... —dijo el mercader, y bajó la ballesta.

Cuando reanudaron el viaje, el caballero mercenario se puso a la altura de Brienne y la miró de arriba abajo, como si fuera un trozo de carne en salazón.

—Tenéis un aspecto muy saludable, moza.

Las burlas de Ser Jaime se le habían clavado muy hondamente; las palabras del hombrecillo apenas la afectaron.

—Comparada con algunos, soy una gigante.

El otro se echó a reír.

—Lo que importa lo tengo de buen tamaño, moza.

—El mercader os ha llamado Shadrich.

—Ser Shadrich del Valle Umbrío. Hay quien me llama Ratón Loco. —Giró el escudo para mostrarle su blasón, un gran ratón de plata con ojos rojos sobre campo bandado marrón y azul—. El marrón es por las tierras que he recorrido; el azul, por los ríos que he cruzado. El ratón soy yo.

—¿Y estáis loco?

—Bastante. El ratón normal huye de la sangre y de la batalla; el ratón loco las busca.

—Por lo visto, no las encuentra a menudo.

—Encuentro las suficientes. Es cierto que no soy caballero de torneos. Me guardo el valor para el campo de batalla, mujer.

En fin, *mujer* era un poco mejor que *moza*.

—Entonces, tenéis mucho en común con Ser Creighton.

Ser Shadrich se echó a reír de nuevo.

—Eso lo dudo, pero lo que sí tenemos en común vos y yo es lo que buscamos. Una hermanita perdida, ¿no? ¿Con los ojos azules y el cabello castaño rojizo? —Se echó a reír de nuevo—. No sois la única que caza en el bosque. Yo también busco a Sansa Stark.

Brienne conservó el rostro inexpresivo para ocultar la consternación.

—¿Quién es esa Sansa Stark, y por qué la buscáis?

—Por amor, claro.

—¿Por amor? —preguntó Brienne, frunciendo el ceño.

—Sí, por amor al oro. A diferencia de vuestro bondadoso Ser Creighton, yo sí luché en el Aguasnegras, pero en el bando perdedor. Me arruiné para pagar el rescate. Supongo que sabréis quién es Varys, ¿no? Pues el eunuco ha ofrecido una buena bolsa de oro a cambio de esa niña de la que no habéis oído hablar. No soy codicioso; si alguna moza gigantona me ayudara a atrapar a esa chiquilla traviesa, compartiría con ella las monedas de la Araña.

—Creía que estabais al servicio de este mercader.

—Sólo hasta que lleguemos al Valle Oscuro. Hibald es tan rácano como cobarde. Y es muy, muy cobarde. ¿Qué decidís, moza?

—No conozco a ninguna Sansa Stark —replicó—. Estoy buscando a mi hermana, una niña noble...

—... con los ojos azules y el cabello castaño rojizo, sí. Decidme, ¿quién es ese caballero que viaja con vuestra hermana? ¿O dijisteis que era un bufón? —Ser Shadrich no aguardó su respuesta; buena cosa, porque no habría sabido qué decir—. Ciento bufón desapareció de Desembarco del Rey la noche de la muerte del rey Joffrey, un tipo fuerte con la nariz llena de venas rotas, un tal Ser Dontos *el Tinto*, procedente del Valle Oscuro. Ojalá no confundan a vuestra hermana y a su bufón borracho con la pequeña Stark y Ser Dontos. Sería una verdadera desgracia.

Picó espuelas a su corcel y se adelantó al trote.

Ni Jaime Lannister le había hecho sentirse tan estúpida.

«No sois la única que caza en el bosque.» La tal Brella le había contado cómo Joffrey despojó a Ser Dontos de sus espuelas, cómo Lady Sansa le había suplicado que le perdonara la vida. «Seguro que la ayudó a escapar —decidió Brienne al enterarse—. Si encuentro a Ser Dontos, encontraré a Sansa.» Tendría que haberse imaginado que habría otros que la buscarían. «Y algunos no serán tan inofensivos como Ser Shadrich.» Sólo le quedaba la esperanza de que Ser Dontos hubiera escondido bien a Sansa. «Pero entonces, ¿cómo la voy a encontrar?»

Encorvó los hombros y siguió cabalgando con el ceño fruncido.

Ya estaba anocheciendo cuando el grupo llegó a la posada, un edificio alto de madera que se alzaba junto a la confluencia de dos ríos, a horcajadas sobre un viejo puente de piedra. Así se llamaba la posada, según les dijo Ser Creighton: El Viejo Puente de Piedra. El posadero era amigo suyo.

—No es mal cocinero, y en las habitaciones no hay más pulgas que en la mayoría de estos sitios —les aseguró—. ¿Quién quiere una cama caliente esta noche?

—Nosotros no, a menos que vuestro amigo las regale —respondió Ser Illifer *el Paupérximo*—. No tenemos dinero para habitaciones.

—Yo puedo pagar las nuestras.

Brienne no iba escasa de monedas; Jaime se había encargado de ello. En las alforjas había encontrado una pesada bolsa llena de venados de plata y estrellas de

cobre, otra más pequeña con dragones de oro, y un pergamo que ordenaba a todos los súbditos leales al Rey que colaborasen con su portadora, Brienne de la Casa Tarth, que estaba en una misión de Su Alteza. El pergamo estaba firmando con letra infantil por Tommen, el primero de su nombre, rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, y señor de los Siete Reinos.

Hibald también era partidario de detenerse, y ordenó a sus hombres que dejaran el carro cerca de los establos. Una cálida luz amarilla brillaba a través de los cristales en forma de rombo de las ventanas de la posada, y Brienne oyó el relincho de un semental al que le había llegado el olor de su yegua. Estaba quitándole la silla de montar cuando un muchachito se acercó a la puerta del establo.

—Yo me encargo de eso, ser.

—Nada de *ser* —le respondió—, pero te puedes ocupar de la yegua. Encárgate de que le den comida y agua y la cepillen.

El chico se puso rojo.

—Os pido perdón, mi señora. Creí que...

—Es un error muy habitual.

Brienne le entregó las riendas y siguió a los demás al interior de la posada, con las alforjas al hombro y el petate bajo un brazo.

El suelo de tablones estaba cubierto de serrín, y el aire olía a lúpulo, a humo y a carne. Un asado chisporroteaba sobre el fuego; en aquel momento, nadie se ocupaba de él. Junto a una mesa, había seis lugareños enfrascados en su conversación, pero se callaron de repente cuando entraron los desconocidos. Brienne notaba sus ojos clavados en ella. Pese a la cota de malla, la capa y el jubón, se sintió desnuda. Cuando un hombre dijo «No os perdáis eso», supo que no se refería a Ser Shadrich.

El posadero apareció con tres picheles en cada mano, derramando cerveza a cada paso.

—¿Tenéis habitaciones libres, buen hombre? —le preguntó el mercader.

—Es posible —respondió el posadero—, para quien tenga monedas.

Ser Creighton Longbough puso cara de ofendido.

—¿Así recibes a un viejo amigo, Naggle? Soy yo, Longbough.

—Ya veo que eres tú. Me debes siete venados. Enséñame la plata y te enseñaré una cama.

El posadero depositó los picheles uno a uno en la mesa, derramando más cerveza sobre ella.

—Pagaré una habitación para mí y otra para mis dos acompañantes. —Brienne señaló a Ser Creighton y Ser Illifer.

—Yo también quiero una habitación —dijo el comerciante—, para mí y para el buen Ser Shadrich. Mis sirvientes dormirán en los establos, si os parece bien.

El posadero les echó un vistazo.

—No me parece bien, pero sea, lo permitiré. También querréis cenar. Hay una buena cabra en el espetón.

—Yo juzgaré si es buena —replicó Hibald—. Mis hombres se conformarán con pan para mojar en la grasa.

De modo que se dispusieron a cenar. Brienne también probó la cabra, después de seguir al posadero al piso superior, entregarle unas monedas y dejar sus posesiones en la segunda habitación que le mostró. Pidió cabra también para Ser Creighton y Ser Illifer, ya que habían compartido su trucha con ella. Los caballeros errantes y el septón acompañaron la carne con cerveza; Brienne, en cambio, bebió una copa de leche de cabra. Prestó atención a la charla de los lugareños, esperando contra toda esperanza oír algo que la ayudara a encontrar a Sansa.

—Venís de Desembarco del Rey —le dijo uno de ellos a Hibald—. ¿Es verdad que el Matarreyes está tullido?

—Ciento —asintió Hibald—. Ha perdido la mano de la espada.

—Sí —corroboró Ser Creighton—. Por lo visto se la arrancó de un bocado un lobo huargo, uno de esos monstruos que bajan del norte. Del norte nunca viene nada bueno. Hasta sus dioses son raros.

—No fue un lobo —se oyó decir—. Un mercenario qohoriense le cortó la mano a Ser Jaime.

—Pues no es fácil pelear con la otra —observó el Ratón Loco.

—Bah —bufó Ser Creighton Longbough—. Da la casualidad de que yo peleo igual de bien con las dos manos.

—Sí, claro, no me cabe duda.

Ser Shadrich alzó el pichel en gesto de saludo.

Brienne recordó su lucha con Jaime Lannister en los bosques. Había necesitado de todos sus recursos para mantenerlo a raya.

«Estaba débil después del encarcelamiento y tenía las muñecas encadenadas. De estar en plena forma y sin cadenas, no había habido caballero en los Siete Reinos capaz de derrotarlo.» Jaime había cometido muchos actos de maldad, pero... ¡cómo luchaba! Mutilarlo había sido una crueldad monstruosa. Una cosa era matar a un león, y otra, cortarle una zarpaz y dejarlo tullido y anonadado.

De pronto, la sala común le pareció tan ruidosa que no la pudo soportar ni un momento más. Les dio las buenas noches a los presentes y subió a acostarse. El techo de su habitación era bajo; al entrar con un cirio en la mano, tuvo que agacharse para no golpearse la cabeza. El único mobiliario consistía en una cama suficientemente ancha para seis personas y un cabo de vela de sebo en el alféizar. Lo encendió con el cirio, atrancó la puerta y colgó el cinto de un poste de la cama. La vaina de la espada era sencilla, de madera envuelta en cuero marrón agrietado, y la espada era más sencilla aún. La había comprado en Desembarco del Rey para sustituir la que le

habían robado los miembros de la Compañía Audaz. «La espada de Renly.» Aún le dolía al pensar que la había perdido.

Pero tenía otra espada larga escondida en el petate. Se sentó en la cama y la sacó. El oro emitía destellos amarillos a la luz de la vela; los rubíes eran de fuego rojo. Cuando sacó a *Guardajuramentos* de su vaina ornamentada, volvió a quedarse sin aliento. Las ondulaciones del acero eran profundas, negras y rojas. «Acero valyrio, forjado con hechizos.» Era una espada digna de un héroe. Cuando era pequeña, su nodriza le había llenado la cabeza con historias de valor; le había contado las nobles hazañas de Ser Galladon de Morne, de Florián *el Bufón*, del Príncipe Aemon, el Caballero Dragón, y de otros campeones. Cada uno de ellos tenía una espada famosa, y a ese nivel estaba la *Guardajuramentos*, aunque la propia Brienne no diera la talla.

—Protegerás a la hija de Ned Stark con el acero de Ned Stark —le había dicho Jaime.

Se arrodilló entre la cama y la pared, sostuvo la espada y rezó en silencio a la Vieja, cuya lámpara dorada les mostraba a los hombres el camino que debían seguir en vida.

«Guíame —rezó—, ilumina el camino ante mí, muéstrame la senda que me lleve a Sansa. —Les había fallado a Renly y a Lady Catelyn. No podía fallar a Jaime—. Él me confió su espada. Me confió su honor.»

Luego se tumbó en la cama como mejor pudo. Pese a su anchura, no era muy larga, de manera que tuvo que acostarse en diagonal. Desde abajo le llegaba el entrechocar de los picheles; por las escaleras subían voces. Las pulgas a las que se había referido Longbough hicieron su aparición, pero rascarse la ayudaría a seguir despierta.

Oyó como Hibald subía por las escaleras, seguido un rato más tarde por los caballeros.

—... no llegué a saber cómo se llamaba —iba diciendo Ser Creighton al pasar junto a su puerta—, pero llevaba pintado en el escudo un pollo ensangrentado, y también tenía la espada llena de sangre...

Su voz se desvaneció, y un poco más allá se oyó el sonido de una puerta al abrirse y cerrarse.

La vela de Brienne se consumió. La oscuridad se cernió sobre El Viejo Puente de Piedra, y la posada quedó sumida en un silencio tan absoluto que se oía el murmullo del río. Entonces, Brienne se levantó para recoger sus cosas. Abrió la puerta con sigilo, escuchó durante un instante y bajó descalza por las escaleras. Una vez en el exterior se puso las botas y caminó a paso vivo hasta los establos para ensillar la yegua baya; mientras montaba, les pidió perdón en silencio a Ser Creighton y Ser Illifer. Un sirviente de Hibald se despertó cuando pasó a caballo junto a él, pero no intentó detenerla. Los cascos de la yegua resonaron contra el viejo puente de piedra.

Luego, los árboles formaron un muro a su alrededor; quedó inmersa en una oscuridad absoluta poblada de fantasmas y recuerdos.

«Voy a buscaros, Lady Sansa —pensó mientras cabalgaba hacia la negrura—. No temáis. No descansaré hasta que os encuentre.»

SAMWELL (1)

Sam estaba leyendo sobre los Otros cuando vio el ratón.

Tenía los ojos irritados y enrojecidos. «No debería frotármelos tanto», se decía siempre mientras se los frotaba. El polvo hacía que le picaran y le lagrimearan, y allí abajo había polvo por todas partes. Cada vez que pasaba una página se levantaba una nubecilla; cada vez que movía una pila de libros para ver qué se escondía debajo se alzaba un nubarrón gris.

Sam no recordaba cuánto tiempo llevaba sin dormir, pero apenas quedaba dedo y medio de la gruesa vela de sebo que había encendido cuando empezó a revisar el montón de papeles atados con bramante que había encontrado. Estaba más cansado que un caballo prestado, pero no podía parar. «Un libro más y lo dejo —se había dicho—. Una hoja más, sólo una más. Una página más, y subo a descansar y a comer algo.» Pero siempre había una página después de esa, y luego otra, y otro libro que aguardaba en la base del montón. «A este sólo le voy a echar un vistazo rápido, a ver de qué va», pensaba, y cuando se quería dar cuenta ya iba por la mitad. No había comido nada desde que tomara el cuenco de sopa de judías y panceta con Pyp y Grenn.

«Bueno, y luego el pan y el queso, pero sólo ha sido un bocado», pensó. Fue entonces cuando echó un vistazo al plato vacío y vio como el ratón se comía las últimas migas.

El animal medía la mitad que uno de sus dedos rosados; tenía los ojillos negros, y el pelo, suave y gris. Sam sabía que debería matarlo. Los ratones preferían el pan y el queso, sí, pero también comían papel. Había encontrado excrementos de ratón entre las estanterías y los montones de libros, y algunas tapas de cuero mostraban señales de mordiscos.

«Pero es tan pequeño... Y tiene hambre. —¿Cómo podía regatearle unas pocas migas?—. Lo malo es que también come libros...»

Tras pasar tantas horas sentado en la silla, Sam tenía la espalda rígida como una tabla y las piernas medio dormidas. Sabía que no era bastante rápido para atrapar al ratón, pero tal vez podría aplastarlo. Tenía junto al codo un enorme ejemplar encuadrado en cuero de los *Anales del Centauro Negro*, el relato exhaustivo y detallado del septón Jorquen de los nueve años durante los que Orbert Caswell había servido como Lord Comandante de la Guardia de la Noche. Dedicaba una página a cada día que estuvo al mando, y todas ellas parecían empezar diciendo «Lord Orbert se levantó al amanecer e hizo de vientre», excepto la última, que decía «Al amanecer se descubrió que Lord Orbert había muerto durante la noche».

«No hay ratón que pueda rivalizar con el septón Jorquen.» Sam cogió el libro muy despacio con la mano izquierda. Era grueso y pesado, y cuando trató de

levantarlo se le resbaló de los dedos regordetes y cayó con estrépito sobre la mesa. El ratón saltó como un relámpago y desapareció al instante. Para Sam fue un alivio. Si hubiera llegado a aplastar al animalito, habría tenido pesadillas horribles.

—Pero no comas libros, ¿eh? —dijo.

La siguiente vez que bajara debería llevar más queso.

Se sorprendió de lo mucho que se había consumido la vela. ¿La sopa de alubias y panceta la había tomado aquel día o el anterior?

«Ayer. Debió de ser ayer.» Al darse cuenta, no pudo contener un bostezo. Jon se estaría preguntando qué había sido de él, aunque sin duda, el maestre Aemon lo entendería. Antes de perder la vista, el maestre amaba los libros tanto como Samwell Tarly. Comprendía cómo se podía sumergir uno en ellos, como si cada página fuera un agujero abierto que daba a otro mundo.

Samwell se puso en pie e hizo una mueca al notar los pinchazos en las pantorrillas dormidas. La silla era muy dura; cuando se inclinaba sobre un libro se le clavaba en la parte trasera de los muslos.

«La próxima vez, a ver si me acuerdo de traer un cojín.» Mejor aún sería si pudiera dormir allí abajo, en la celda que había descubierto medio escondida tras cuatro baúles de hojas sueltas que se habían desprendido de los libros a los que correspondían, pero no quería dejar solo tanto tiempo al maestre Aemon. Últimamente no estaba bien de salud y necesitaba ayuda, sobre todo con los cuervos. Sí, Aemon contaba con Clydas, pero Sam era más joven y se daba más maña con los pájaros.

Con un montón de libros y pergaminos bajo el brazo izquierdo y la vela en la mano derecha, Sam echó a andar por el laberinto de túneles que los hermanos denominaban *gusaneras*. Un haz de luz débil iluminaba las empinadas escaleras de piedra que llevaban a la superficie, de modo que supo que arriba ya había amanecido. Dejó la vela encendida en un nicho de la pared y empezó a subir. Cuando llegó al quinto peldaño ya estaba jadeando. Al llegar al décimo, se detuvo y se pasó los libros al brazo derecho.

Salió a la superficie bajo un cielo plúmbeo, blanquecino.

«Cielo de nieve —pensó al tiempo que entrecerraba los ojos. La perspectiva lo inquietaba. Recordaba demasiado bien aquella noche en el Puño de los Primeros Hombres, cuando los espectros y las nieves habían llegado a la vez—. No seas tan cobarde. Tienes a tus Hermanos Juramentados, por no hablar de Stannis Baratheon, con todos sus caballeros.» Las fortalezas y torreones del Castillo Negro se alzaban a su alrededor, empequeñecidos por la inmensidad gélida del Muro. Un pequeño ejército reptaba por el hielo a una cuarta parte de su altura, donde se alzaba una nueva escalera en zigzag para ir al encuentro de los restos de la vieja. El sonido de las sierras y los martillos retumbaba contra el hielo. Jon había ordenado que los

constructores trabajaran día y noche. Sam había oído a unos cuantos quejarse durante la cena; decían que Lord Mormont nunca los había hecho trabajar tan duramente. Pero sin la escalera no había manera de llegar a la parte superior del Muro, aparte del montacargas. Samwell Tarly detestaba los peldaños, pero odiaba el montacargas todavía más. Siempre que se subía en él tenía que cerrar los ojos, convencido de que la cadena se iba a romper de un momento a otro. Cada vez que la jaula de hierro rozaba el hielo, el corazón se le detenía un instante.

«Aquí había dragones hace doscientos años —pensó Sam mientras contemplaba el descenso lento de la jaula—. Pasarían volando por encima del Muro.» La reina Alysanne había visitado el Castillo Negro a lomos de su dragón, y Jaehaerys, su rey, llegó tras ella montado en el suyo. ¿Sería posible que *Ala de Plata* hubiera dejado allí un huevo? ¿O tal vez, que Stannis hubiera encontrado un huevo en Rocadragón?

«Aunque tenga un huevo, ¿cómo va a empollarlo?» Baelor el Santo había rezado para que sus huevos cobraran vida, otros Targaryen habían tratado de empollarlos con hechizos, pero lo único que consiguieron fueron burlas y tragedias.

—Samwell —dijo una voz tética—, te estaba buscando. Me han dicho que te lleve ante el Lord Comandante.

Un copo de nieve se posó en la nariz de Sam.

—¿Jon quiere verme?

—Eso no te lo sabría decir —replicó Edd Tollett *el Peñas*—. Yo, personalmente, nunca quise ver la mitad de las cosas que he visto, y nunca he visto la mitad de las cosas que quería ver. No se trata de querer. Pero es lo mismo; más vale que vayas. Lord Nieve quiere hablar contigo en cuanto acabe con la esposa de Craster.

—Elí.

—Esa misma. Si mi nodriza hubiera sido como ella, yo aún estaría mamando. La mía tenía bigotes.

—Como casi todas las cabras —intervino Pyp, que acababa de doblar la esquina en compañía de Grenn; cada uno llevaba un arco en la mano y una aljaba con flechas a la espalda—. ¿Dónde te habías metido, Mortífero? Anoche te perdiste la cena. Sobró un buey asado.

—No me llames así. —Sam hizo caso omiso de la burla sobre el buey; eran cosas de Pyp—. Estaba leyendo. Luego he visto un ratón...

—No hables de ratones delante de Grenn. Le dan pánico.

—Eso es mentira —replicó Grenn con indignación.

—Te dan tanto miedo que no te atreverías a comerte uno.

—Me comería el doble de ratones que tú.

Edd *el Peñas* dejó escapar un suspiro.

—Cuando yo era niño, sólo comíamos ratones los días de fiesta. Era el más pequeño de mis hermanos, así que siempre me tocaba la cola, que no tiene carne.

—¿Dónde has dejado el arco, Sam? —preguntó Grenn. Ser Alliser lo llamaba Uro, y a cada día que pasaba, el nombre le pegaba más. Cuando llegó al Muro era grande y lento, de cuello grueso, cintura más gruesa aún, rostro congestionado y movimientos torpes. El cuello todavía se le enrojecía cuando Pyp le tomaba el pelo, pero las horas de entrenamiento con la espada y el escudo le habían dado un vientre liso, además de fortalecerle los brazos y ensancharle el pecho. Se había hecho fuerte, y también tan velludo como un uro—. Ulmer te estaba esperando con los estafermos.

—Ulmer —repitió Sam, avergonzado. Una de las primeras cosas que había hecho Jon Nieve como Lord Comandante fue instituir prácticas diarias de tiro con arco para toda la guarnición, mayordomos y cocineros incluidos. Según él, la Guardia les había estado dando demasiada importancia a las espadas y demasiado poca a los arcos, reliquia de los tiempos en que uno de cada diez hermanos era caballero, en vez de uno de cada cien. Sam comprendía que la orden era lógica, pero detestaba los entrenamientos con arco casi tanto como subir escaleras. Con los guantes puestos no acertaba ni una, pero cuando se los quitaba se le llenaban los dedos de ampollas. Y aquellos arcos eran peligrosos. Satín se había arrancado media uña del pulgar con la cuerda—. Se me olvidó.

—Pues le has roto el corazón a la princesa salvaje, Mortífero —dijo Pyp. Últimamente, Val había adoptado la costumbre de observarlos desde sus habitaciones de la Torre del Rey—. Te estaba esperando.

—¡Eso es mentira! ¡No digas esas cosas!

Sam sólo había hablado con Val en dos ocasiones, cuando el maestre Aemon fue a verla para asegurarse de que los bebés estaban sanos. La princesa era tan hermosa que, cuando estaba delante de ella, tartamudeaba y se ruborizaba.

—¿Por qué no? —replicó Pyp—. Seguro que quiere que seas el padre de sus hijos. Vamos a tener que cambiarte el nombre por el de Sam *el Seductor*.

Sam se puso colorado. Sabía que el rey Stannis tenía planes para Val; pensaba utilizar a la princesa para forjar una paz duradera entre los norteños y el pueblo libre.

—No tengo tiempo para tirar con arco; necesito ver a Jon.

—¿Jon? ¿Jon? ¿Conocemos a algún Jon, Grenn?

—Se refiere al Lord Comandante.

—Ohhh. Al gran Lord Nieve. Claro, claro. ¿Para qué quieres verlo? Si ni siquiera sabe mover las orejas. —Pyp las movió para demostrar que él sí podía. Tenía las orejas muy grandes, rojas por el frío—. Ahora sí que es Lord Nieve de verdad, demasiado noble para juntarse con nosotros.

—Jon tiene muchas obligaciones. —Sam salió en su defensa—. Está al mando del Muro, con todo lo que eso conlleva.

—También tiene obligaciones para con sus amigos. Si no fuera por nosotros, Janos Slynt sería Lord Comandante y habría enviado a Nieve de expedición, desnudo

y montado en una mula. Le habría dicho: «Mueve el culo, pelagatos, ve al Torreón de Craster y tráeme la capa y las botas del Viejo Oso». Nosotros lo libramos de eso, pero ahora tiene demasiados deberes para compartir una copa de vino especiado junto a la chimenea.

Grenn asintió.

—Y los deberes no le impiden ir al patio. Casi todos los días encuentra tiempo para luchar con alguien.

Sam tuvo que reconocer que eso era verdad. En cierta ocasión, cuando Jon fue a pedir consejo al maestre Aemon, Sam le preguntó por qué dedicaba tanto tiempo a entrenarse con la espada.

—El Viejo Oso no se entrenaba tanto cuando era Lord Comandante —le había dicho.

A modo de respuesta, Jon le había puesto a *Garra* en la mano. Le permitió que sintiera su ligereza y equilibrio, y le hizo girar la hoja para que viera brillar las ondulaciones en el metal color humo.

—Acero valyrio —le explicó—, forjado con hechizos y con el filo más cortante que puedes imaginar, casi indestructible. Un espadachín tiene que estar a la altura de su espada, Sam. *Garra* es de acero valyrio, pero yo no. Mediamano me podría haber matado con tanta facilidad como tú matarías de un manotazo a un insecto que se te posara en el brazo.

Sam le había devuelto la espada.

—Cuando le doy un manotazo a un insecto, se escapa volando. Acabo pegándome el golpe en el brazo, y escuece.

Aquello hizo reír a Jon.

—Como quieras. Mediamano me podría haber matado con tanta facilidad como tú te comerías un cuenco de gachas.

A Sam le gustaban mucho las gachas, sobre todo si estaban endulzadas con miel.

—No tengo tiempo para tonterías.

Sam se alejó de sus amigos y se dirigió hacia la armería con los libros apretados contra el pecho.

«Soy el escudo que defiende los reinos de los hombres», recordó. ¿Qué dirían esos hombres si supieran que sus reinos los defendían gente como Grenn, Pyp y Edd *el Penas*?

El fuego había devorado la Torre del Lord Comandante, y Stannis Baratheon había ocupado la Torre del Rey como residencia, de modo que Jon Nieve se había establecido en las modestas habitaciones de Donal Noye, detrás de la armería. El salía de allí justo cuando él llegaba; iba envuelta en la vieja capa que le había dado cuando huyeron del Torreón de Craster. Casi pasó de largo en su marcha apresurada, pero Sam la cogió por el brazo; se le cayeron dos libros.

—¿Elí?

—Sam...

Tenía la voz ronca. Elí era esbelta, con el pelo oscuro y grandes ojos marrones como los de un cervatillo. Parecía perdida entre los pliegues de la vieja capa de Sam, con el rostro casi oculto por la capucha, pero aun así tiritaba. Tenía cara de miedo y agotamiento.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Sam—. ¿Cómo están los bebés?

Elí se liberó de su mano.

—Están bien, Sam. Bien.

—No sé cómo eres capaz de dormir con los dos —le dijo en tono afable—. Anoche oí llorar a uno, ¿cuál era? Parecía que no iba a parar nunca.

—El hijo de Dalla. Llora cuando quiere哺乳. El mío... El mío no llora casi nunca. A veces gorjea, pero... —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Tengo que irme a darles de哺乳, o se me empezará a salir la leche.

Atravesó el patio a toda prisa, dejando a Sam perplejo. Tuvo que arrodillarse en el suelo para recoger los libros que se le habían caído.

«No tendría que haber traído tantos», se dijo al tiempo que sacudía la tierra del *Compendio jade*, de Colloquo Votar, un grueso tomo de historias y leyendas del Este que el maestre Aemon le había pedido que buscara. El libro no había sufrido daños. En cambio, *Sangre de dragón: Historia de la Casa Targaryen desde el Exilio hasta la Apoteosis, con consideraciones sobre la vida y muerte de los dragones*, del maestre Thomax, había corrido peor suerte: se había abierto al caer, y unas cuantas páginas se habían manchado de barro, entre ellas una con una ilustración bastante bonita de *Balerion*, el Terror Negro, pintada con tintas de colores. Sam se maldijo mil veces por su torpeza mientras alisaba las páginas e intentaba limpiarlas. La presencia de Elí siempre lo perturbaba, y le provocaba... No habría sabido cómo decirlo... Emociones. Un Hermano Juramentado de la Guardia de la Noche no debería sentir las cosas que le hacía sentir Elí, sobre todo cuando hablaba de sus pechos y...

—Lord Nieve te está esperando.

Dos guardias con capa negra y yelmo de hierro se erguían junto a las puertas de la armería, apoyados en las lanzas. El que le había hablado era Hal *el Peludo*. Mully lo ayudó a ponerse en pie. Sam le dio las gracias y pasó entre ellos, aferrándose con desesperación al montón de libros mientras pasaba junto a la forja con su yunque y sus fuelles. Una cota de malla a medio fabricar descansaba en el banco. *Fantasma* estaba tumbado al pie del yunque, muy concentrado en mordisquear un hueso de buey para llegar a la médula. El gran huargo blanco alzó la vista cuando Sam pasó junto a él, pero no emitió ningún sonido.

Las estancias de Jon estaban en la parte de atrás, más allá de las hileras de lanzas y escudos. Cuando entró Sam estaba leyendo un pergamo, y tenía posado en el

hombro el cuervo del Lord Comandante Mormont; el pájaro parecía estar leyendo también, pero al ver a Sam extendió las alas y revoloteó hacia él graznando «¡Maíz! ¡Maíz!».

Sam se cambió los libros de brazo, metió la mano en el saco que había junto a la puerta y sacó un puñado de granos. El cuervo se le posó en la muñeca y cogió uno de la palma, con un picotazo tan fuerte que el chico lanzó un gritito y sacudió la mano. El cuervo echó a volar de nuevo, mientras los granos rojos y amarillos salían disparados.

—Cierra la puerta, Sam. —Jon todavía tenía ligeras cicatrices en la mejilla, allí donde el águila había intentado sacarle un ojo—. ¿Te ha hecho daño este canalla?

Sam dejó los libros y se quitó el guante.

—Sí. —Se sintió desfallecer—. Estoy sangrando.

—Todos derramamos sangre por la Guardia. Ponte guantes más gruesos. —Jon empujó una silla hacia él con un pie—. Siéntate y echa un vistazo a esto. —Le tendió el pergamo.

—¿Qué es? —preguntó Sam. El cuervo se puso a rebuscar los granos de maíz entre los juncos del suelo.

—Un escudo de papel.

Sam se lamió la sangre de la mano mientras leía. Reconoció al instante la letra del maestre Aemon. Tenía una caligrafía menuda y precisa, pero el anciano no se daba cuenta cuando se le caía alguna gota de tinta, y a veces dejaba manchas un tanto aparatosas.

—¿Una carta para el rey Tommen?

—En Invernia, Tommen peleó contra mi hermano Bran con espadas de madera. Llevaba tantas almohadillas de protección que parecía un ganso lleno. Bran lo derribó. —Jon se dirigió hacia la ventana—. Pero Bran está muerto, y Tommen, el gordito de cara rosada, se sienta en el Trono de Hierro con una corona sobre los rizos dorados.

«Bran no está muerto —habría querido decirle Sam—. Ha ido más allá del Muro con Manosfrías.» Las palabras se le atravesaron en la garganta. «Pero juré que no diría nada.»

—No has firmado la carta.

—El Viejo Oso suplicó ayuda al Trono de Hierro cien veces. Nos enviaron a Janos Slynt. Ninguna carta nos granjeará el afecto de los Lannister, y menos aún cuando sepan que hemos estado ayudando a Stannis.

—Sólo en la defensa del Muro, no en su rebelión. —Sam releyó la carta por encima una vez más—. Aquí lo pone.

—Puede que Lord Tywin no capte el matiz. —Jon cogió la carta—. ¿Por qué nos va a ayudar ahora? ¿Qué ha cambiado?

—Bueno —empezó Sam—, no querrá que se diga que Stannis cabalgó para defender el reino mientras el rey Tommen jugaba con sus muñecos. Eso haría caer la ignominia sobre la Casa Lannister.

—Lo que quiero que caiga sobre la Casa Lannister es muerte y destrucción, no ignominia. —Jon cogió la carta—. «La Guardia de la Noche no toma parte en las guerras de los Siete Reinos —leyó—. Juramos defender el reino, y el reino corre grave peligro en estos momentos. Stannis Baratheon nos ayuda contra nuestros enemigos del otro lado del Muro, pero no estamos a su servicio...»

—Bueno, es que no estamos a su servicio —dijo Sam—, ¿verdad?

—Le he proporcionado a Stannis provisiones, refugio y el Fuerte de la Noche, además de permiso para instalar en el Agasajo a unos cuantos miembros del pueblo libre. Nada más.

—Lord Tywin dirá que nada menos.

—Pues Stannis opina que no es suficiente. Cuanto más se le da a un rey, más quiere. Caminamos por un puente de hielo, con abismos a los dos lados. Complacer a un rey ya es difícil; complacer a dos es imposible.

—Sí, pero... Si al final vencen los Lannister y Lord Tywin decide que hemos traicionado al Rey por ayudar a Stannis, podría ser el final de la Guardia de la Noche. Tiene el apoyo de los Tyrell, con todo el poder de Altojardín, y derrotó a Lord Stannis en el Aguasnegras.

Sam se mareaba con sólo ver sangre, pero sabía cómo se ganaban las guerras. Su padre se había encargado de ello.

—La del Aguasnegras fue una batalla. Robb ganó todas las batallas, y aun así le cortaron la cabeza. Si Stannis consigue unir el Norte...

«Trata de convencerse —comprendió Sam—, pero no puede.» Los cuervos habían salido del Castillo Negro en una tormenta de alas oscuras, convocando a los señores del Norte para que tomasen parte por Stannis Baratheon y unieran sus fuerzas. El propio Sam había sido el encargado de enviar la mayoría. Hasta el momento sólo había regresado un pájaro, el que habían mandado a Bastión Kar. Por lo demás, el silencio era ensordecedor.

Y aunque Stannis consiguiera poner de su parte a todos los norteños, Sam no veía cómo podría enfrentarse a las fuerzas combinadas de Roca Casterly, Altojardín y Los Gemelos. Pero sin el Norte, su causa estaba perdida definitivamente.

«Tan perdida como la Guardia de la Noche si Lord Tywin nos considera traidores.»

—Los Lannister también tienen vasallos en el Norte: Lord Bolton y su bastardo.

—Stannis tiene a los Karstark. Si pudiera conseguir Puerto Blanco...

—Si pudiera —subrayó Sam—. Si no... Mi señor, hasta un escudo de papel es mejor que nada.

Jon repiqueteó con los dedos sobre la carta.

—Es verdad. —Suspiró, cogió un cálamo y garabateó una firma al pie del texto —. Trae el lacre. —Sam calentó una barra de lacre negro en la llama de la vela y la hizo gotear sobre el pergamo; luego observó como Jon estampaba con firmeza el sello del Lord Comandante—. Llévale esto al maestre Aemon cuando te vayas —ordenó—; dile que envíe un pájaro a Desembarco del Rey.

—Muy bien. —Sam titubeó un instante—. Mi señor, si no te importa que te lo pregunte... He visto salir a Elí. Estaba al borde de las lágrimas.

—Val ha vuelto a enviármela a suplicar piedad para Mance.

—Ah. —Val era la hermana de la mujer que el Rey-más-allá-del-Muro había tomado como reina. La princesa salvaje, como la llamaban Stannis y sus hombres. Su hermana Dalla había muerto durante la batalla, aunque no la había rozado arma alguna; pereció al dar a luz al hijo de Mance Rayder. Si había algo de cierto en los rumores que había oído Sam, el propio Rayder no tardaría en seguirla a la tumba—. ¿Qué le has respondido?

—Que hablaría con Stannis, aunque dudo que lo que pueda decirle lo haga cambiar de opinión. El deber principal de un rey es defender el reino, y Mance lo atacó. No creo que Su Alteza lo olvide. Mi padre decía que Stannis Baratheon no es más que un hombre, pero nadie ha dicho que sea de los que perdonan. —Jon hizo una pausa y frunció el ceño—. Preferiría cortarle la cabeza yo mismo a Mance. En otro tiempo fue miembro de la Guardia de la Noche; su vida nos pertenece por derecho.

—Pyp dice que Lady Melisandre piensa entregárselo a las llamas para hacer un hechizo.

—Pyp debería cerrar la boca. No es el único que lo dice: sangre de rey para despertar a un dragón. Lo que no sabe nadie es dónde va a encontrar Melisandre un dragón dormido. No son más que tonterías. La sangre de Mance es tan regia como la mía. Jamás se ha puesto una corona, ni se ha sentado en un trono. Es un bandido, nada más. La sangre de un bandido no tiene ningún poder.

El cuervo los miró desde el suelo. «¡Sangre!», graznó.

Jon no le prestó atención.

—Voy a enviar a Elí lejos de aquí.

—Ah. —Sam asintió—. Eso está... Está muy bien, mi señor. Es lo mejor para ella, ir a un lugar cálido y seguro, bien lejos del Muro y de los combates.

—Para ella y para el niño. Tendremos que buscar otra nodriza para su hermano de leche.

—Mientras tanto lo pueden alimentar con leche de cabra; para los bebés es mejor que la de vaca. —Sam lo había leído en algún libro; se acomodó en el asiento, inquieto—. Repasando los anales he averiguado que hubo otro niño comandante, cuatrocientos años antes de la Conquista. Osric Stark tenía diez años cuando lo

eligieron, y sirvió durante sesenta años. Ya van cuatro, mi señor. No eres ni con mucho el más joven de los que han estado al mando; por ahora eres el quinto.

—Los cuatro más jóvenes eran hijos, hermanos o bastardos del Rey en el Norte. Dime algo útil. Háblame de nuestro enemigo.

—Los Otros. —Sam se humedeció los labios—. Aparecen mencionados en los anales, aunque no tan a menudo como cabría esperar, al menos en los que he leído hasta ahora. Hay más que todavía no he encontrado. Algunos libros muy viejos se caen a pedazos: las páginas se desmenuzan cuando las paso. Y los más antiguos... O se han desmoronado por completo, o están enterrados en algún lugar donde no he buscado aún, o... Bueno, también es posible que no existan, que no hayan existido nunca. Las historias más antiguas se escribieron después de que los ándalos llegaran a Poniente. Los primeros hombres sólo nos dejaron runas grabadas en las rocas, de modo que todo lo que creemos saber sobre la Edad de los Héroes, la Era del Amanecer y la Larga Noche procede de relatos que escribieron los septones miles de años después de que sucedieran los hechos. En la Ciudadela hay archimaestres que lo ponen todo en duda. Esas historias antiguas están llenas de reyes que reinaron durante cientos de años y caballeros que cabalgaban por ahí milenios antes de que existieran los caballeros. Ya conoces las historias: Brandon *el Constructor*, Symeon *Ojos de Estrella*, el Caballero de la Noche... Decimos que eres el Lord Comandante número novecientos noventa y ocho de la Guardia de la Noche, pero en la lista más antigua que he encontrado dice que hubo seiscientos setenta y cuatro, lo que indica que se redactó hace...

—Hace mucho —interrumpió Jon—. ¿Qué hay de los Otros?

—He encontrado alusiones al vidriagón. Durante la Era de los Héroes, los hijos del bosque le entregaban a la Guardia de la Noche un centenar de puñales de obsidiana al año. La mayoría de los relatos coincide en que los Otros llegaban con el frío. O si no, cuando llegan empieza el frío. A veces aparecen durante las ventiscas y se derriten cuando se despeja el cielo. Se esconden de la luz del sol y salen de noche... o bien cae la noche cuando ellos salen. Según algunas narraciones, cabalgan a lomos de animales muertos: osos, huargos, mamuts, caballos... No importa, con tal de que la bestia no esté viva. El que mató a Paul *el Pequeño* montaba un caballo muerto, de modo que esa parte es cierta. Otros relatos hablan también de arañas de hielo gigantes, pero no sé a qué se refieren. A los hombres que mueren combatiendo a los Otros hay que quemarlos; de lo contrario se levantarán y serán sus esclavos.

—Todo eso ya lo sabemos. La cuestión es saber cómo los podemos combatir.

—Según los relatos, la armadura de los Otros es resistente a casi cualquier arma normal —siguió Sam—. Llevan espadas tan frías que hacen trizas el acero. Pero el fuego los detiene, y son vulnerables a la obsidiana. —Recordó al Otro con el que se había enfrentado en el bosque Encantado y como había parecido derretirse cuando le

clavó el puñal de vidriagón que le había hecho Jon—. Encontré una reseña de tiempos de la Larga Noche que hablaba del último héroe que mataba Otros con una espada de acerodragón. Da a entender que era infalible contra ellos.

—¿Acerodragón? —Jon frunció el ceño—. ¿Acero valyrio?

—Eso mismo fue lo primero que pensé yo.

—Así que si consigo convencer a los señores de los Siete Reinos de que nos entreguen sus espadas valyrias habremos salvado el mundo. No es tan difícil. —No había rastro de alegría en la carcajada que soltó—. ¿Has averiguado quiénes son los Otros, de dónde vienen, qué quieren?

—Aún no, mi señor, pero puede que no haya leído los libros relevantes; quedan cientos que todavía no he mirado siquiera. Dame más tiempo y averiguaré lo que haya que averiguar.

—No queda tiempo. —Jon tenía voz de tristeza—. Recoge tus cosas, Sam. Te vas con Elí.

—¿Que me voy? —Durante un momento, Sam no entendió nada—. ¿Me voy? ¿A Guardiaoriente, mi señor? O... ¿Adónde...?

—A Antigua.

—¿A Antigua?

La voz le salió como un chillido de ratón. Colina Cuerno estaba cerca de Antigua.

«Mi hogar. —Sólo con pensarlo le daba vueltas la cabeza—. Y mi padre.»

—Y también va Aemon.

—¿Aemon? ¿El maestre Aemon? Pero... Mi señor, tiene ciento dos años, no puede... ¿Nos envías lejos a los dos? ¿Quién se encargará de los cuervos? Si alguien cae enfermo o herido, ¿quién...?

—Clydas. Lleva años con Aemon.

—Clydas no es más que un mayordomo y está perdiendo la vista. Aquí hace falta un maestre. Aemon está muy delicado, y un viaje por mar... —Se acordó del Rejo, y de la *Reina del Rejo*, y estuvo a punto de tragarse la lengua—. Podría... Es muy viejo, y...

—Su vida correrá peligro. Soy consciente de ello, Sam, pero más peligro corre aquí. Stannis sabe quién es Aemon, y si la mujer roja exige sangre de rey para sus hechizos...

Sam palideció.

—Ah.

—Dareon se reunirá contigo en Guardiaoriente. Tengo la esperanza de que nos consiga unos cuantos hombres en el sur con sus canciones. La *Pájaro Negro* os llevará a Braavos, y una vez allí, busca tú la manera de llegar a Antigua. Si sigues pensando decir que el hijo de Elí es tu bastardo, mándala con él a Colina Cuerno. Si no, Aemon le buscará un trabajo de criada en la Ciudadela.

—Mi b-b-bastardo —Eso había dicho, pero... «Tanta agua... Me voy a ahogar. A veces, los barcos se hunden, y el otoño es época de tormentas.» Pero estaría con Elí, y el bebé crecería en un lugar seguro—. Sí... Mi madre y mis hermanas ayudarán a Elí a criar al niño. —«Puedo enviar una carta; no tengo que ir en persona a Colina Cuerno». —Dareon puede acompañarla a Antigua; no hace falta que vaya yo. Estoy... He estado entrenándome con el arco todas las tardes con Ulmer, como ordenaste. Bueno, menos cuando estoy en las criptas, pero también me dijiste que averiguara todo lo posible sobre los Otros. El arco hace que me duelan los hombros y me salgan ampollas en los dedos. —Le mostró a Jon una que se le había reventado—. Pero lo sigo haciendo. Ahora ya acierto en la diana bastantes veces, aunque sigo siendo el peor arquero que ha habido jamás. En cambio, me encantan las historias que cuenta Ulmer. Alguien debería recopilarlas en un libro.

—Encárgate tú. En la Ciudadela hay pergaminos y tinta, así como arcos. Quiero que sigas entrenándote, Sam. La Guardia de la Noche cuenta con cientos de hombres capaces de lanzar una flecha, pero sólo unos pocos saben leer y escribir. Necesito que seas mi nuevo maestre.

La sola palabra lo hizo estremecer. «No, padre, por favor, no lo volveré a mencionar, lo juro por los Siete. Déjame salir por favor déjame salir.»

—Mi señor... Mi trabajo está aquí, con los libros...

—Los libros seguirán en su sitio cuando vuelvas.

Sam se llevó una mano a la garganta. Casi podía sentir la cadena allí, la cadena que lo ahogaba.

—Mi señor, en la Ciudadela... Obligan a los aprendices a abrir cadáveres. —«Te pondrán una cadena al cuello. ¿Quieres cadenas? Pues ven conmigo.» Durante tres días con sus respectivas noches, Sam había sollozado hasta caer dormido, encadenado de manos y pies a una pared. La cadena que le ceñía el cuello estaba tan apretada que le laceraba la piel, y si durante el sueño se giraba hacia donde no debía, le cortaba la respiración—. No puedo llevar la cadena.

—Sí, puedes, y lo harás. El maestre Aemon es anciano y está ciego; le fallan las fuerzas. ¿Quién ocupará su lugar cuando muera? El maestre Mullin de la Torre Sombría es más soldado que erudito, y el maestre Harmune de Guardiaoriente pasa más tiempo borracho que sobrio.

—Si pides más maestres a la Ciudadela...

—Eso voy a hacer; nos hacen mucha falta. Pero no es tan fácil sustituir a Aemon Targaryen. —Jon parecía desconcertado—. Creía que te alegrarías. En la Ciudadela hay más libros de los que nadie pueda leer en toda una vida. Allí te irá muy bien, Sam. Estoy seguro.

—No. Puedo leer los libros, pero... Un maestre también tiene que ser sanador, y a mí la s-s-sangre me marea. —Extendió una mano temblorosa para enseñársela a Jon

—. Soy Sam *el Asustado*, no Sam *el Mortífero*.

—¿Asustado? ¿De qué? ¿De las burlas de unos viejos? Tú viste a los espectros subir por el Puño, viste una marea de muertos vivientes con las manos negras y los ojos azules llameantes. Mataste a un Otro.

—Fue el v-v-vidriagón, no yo.

—Cállate. Mentiste, conspiraste e intrigaste para que me eligieran Lord Comandante. Ahora me vas a obedecer. Irás a la Ciudadela y te forjarás una cadena, y si para eso tienes que abrir cadáveres, los abrirás. Al menos, los cadáveres de Antigua no pondrán objeciones.

«No lo entiende.»

—Mi señor —tartamudeó Sam—, mi p-p-padre, Lord Randyll, dice, dice, dice, dice... La vida del maestre es una vida de servicio. —Estaba farfullando y lo sabía—. Ningún hijo de la Casa Tarly llevará jamás una cadena. Los hombres de Colina Cuerno no se inclinan ante ningún señor menor. —«¿Quieres cadenas? Pues ven conmigo»—. No puedo desobedecer a mi padre, Jon.

Lo había llamado Jon, pero Jon ya no existía. En aquel momento se enfrentaba a Lord Nieve, que tenía los ojos grises y duros como el hielo.

—No tienes padre —le replicó Lord Nieve—. Sólo hermanos, sólo a nosotros. Tu vida pertenece a la Guardia de la Noche, así que ve a meter en una saca la ropa interior y todo lo que te quieras llevar a Antigua. Partirás una hora antes del amanecer. Y te voy a dar otra orden: de hoy en adelante no volverás a decir que eres un cobarde. En este último año te has enfrentado a más cosas que la mayoría de los hombres en toda una vida. Te puedes enfrentar a la Ciudadela; te enfrentarás a ella como Hermano Juramentado de la Guardia de la Noche. No puedo ordenarte que seas valiente, pero sí que ocultes tus temores. Pronunciaste el juramento, Sam. ¿Te acuerdas?

«Soy la espada en la oscuridad.» Pero con la espada era un desastre, y la oscuridad le daba miedo.

—Lo... intentaré.

—No lo intentarás. Obedecerás.

—Obedecerás. —El cuervo de Mormont batió las grandes alas negras.

—Como ordene mi señor. ¿Lo...? ¿Lo sabe ya el maestre Aemon?

—La idea se nos ocurrió a los dos. —Jon le abrió la puerta—. Nada de despedidas. Cuanta menos gente se entere, mejor. Una hora antes del amanecer, junto al cementerio.

Sam no recordó haber salido de la armería; lo siguiente que supo fue que caminaba tambaleante por charcos de barro y nieve sucia hacia las habitaciones del maestre Aemon.

«Podría esconderme —se dijo—. Podría esconderme en las criptas, con los libros.

Podría vivir ahí abajo con el ratón; saldría por las noches a robar comida.» Pero sabía que eran ideas delirantes, tan inútiles como desesperadas. Las criptas serían el primer lugar donde lo buscarían. El último lugar donde lo buscarían sería más allá del Muro, pero eso era una locura aún mayor.

«Los salvajes podrían atraparme y me matarían muy despacio. Me quemarían vivo, como quiere hacer la mujer roja con Mance Rayder.»

Cuando encontró al maestre Aemon con los pájaros, le entregó la carta de Jon y le relató sus temores en un torrente de palabras balbuceantes.

—Es que no lo entiende. —Sam estaba a punto de vomitar—. Si me pongo una cadena, mi señor p-p—p-padre... me, me, me...

—Mi padre también puso las mismas objeciones cuando elegí una vida de servicio —le dijo el anciano—. Fue su padre quien me envió a la Ciudadela. El rey Daeron tenía cuatro hijos, y tres de ellos también tenían hijos varones. «Demasiados dragones son un peligro tan grande como demasiado pocos», oí que Su Alteza le decía a mi señor padre el día que me envió lejos. —Aemon se llevó una mano llena de manchas a la cadena de metales diversos que le colgaba en torno al cuello flaco—. La cadena es pesada, Sam, pero mi señor abuelo tenía razón. Y también la tiene tu Lord Nieve.

—Nieve —graznó un cuervo. «Nieve», repitió otro. Todos empezaron a graznar a la vez. «Nieve, nieve, nieve, nieve, nieve». Sam les había enseñado aquella palabra.

Comprendió que allí no encontraría ayuda; el maestre Aemon estaba tan atrapado como él.

«Morirá en el mar —pensó con desesperación—. Es demasiado viejo para sobrevivir a un viaje así. El hijito de Elí también podría morir, no es tan grande ni tan fuerte como el bebé de Dalla. ¿Qué quiere Jon? ¿Matarnos a todos?»

A la mañana siguiente, Sam ensilló la yegua con la que había llegado desde Colina Cuerno y la llevó hacia el cementerio que había junto al camino del este. Las alforjas estaban llenas a rebosar de queso, salchichas ahumadas y huevos duros, y también llevaba medio jamón en salazón que le había regalado Hobb Tresdedos por su día del nombre.

—Tú sí que sabes valorar a un buen cocinero, Mortífero —le dijo—. Más como tú harían falta por aquí.

El jamón leería de gran ayuda. Guardiaoriente estaba a una larga y fría cabalgada, y no había pueblos ni posadas a la sombra del Muro.

La hora que precedía al amanecer era oscura y silenciosa. El Castillo Negro estaba extrañamente tranquilo. En el cementerio lo aguardaban dos carros de dos ruedas, además de Jack Bulwer *el Negro* y una docena de exploradores curtidos, tan duros como sus monturas. Kedge *Ojoblanco* profirió un juramento cuando divisó a Sam con el ojo sano.

—No le hagas caso, Mortífero —dijo Jack *el Negro*. Ha perdido una apuesta: decía que te tendríamos que sacar chillando de debajo de alguna cama.

El maestre Aemon estaba demasiado delicado para ir a caballo, de manera que le habían preparado un carro bien acolchado con pieles y con un toldo de cuero en la parte superior, para protegerlo de la nieve y la lluvia. Elí y su hijo viajarían con él. En el segundo carro se amontonaban su ropa y sus pertenencias, junto con un cofre de libros raros y antiguos que Aemon suponía que no encontraría en la Ciudadela. Sam se había pasado media noche buscándolos, aunque sólo había encontrado una cuarta parte de los que le había pedido.

«Por suerte, o nos haría falta otro carro.»

El maestre llegó arrebujado en una piel de oso que era tres veces más grande que él. Mientras Clydas lo guiaba hacia el carro se levantó una ráfaga de viento, y el anciano se tambaleó. Sam se apresuró a acudir a su lado y lo rodeó con un brazo.

«Otro soplo de aire así se lo podría llevar por encima del Muro.»

—Cogeos de mi brazo, maestre. Estamos cerca.

El anciano ciego asintió mientras el viento les echaba hacia atrás las capuchas.

—En Antigua siempre hace calor. Conozco una posada de una isla del Vinomiel; siempre iba allí cuando era novicio. Será muy grato volver a sentarme allí a beber sidra.

Ya habían acomodado al maestre en el carro cuando apareció Elí, con el niño bien abrigado entre los brazos. Bajo la capucha se le veían los ojos rojos de tanto llorar. Jon llegó al mismo tiempo, acompañado por Edd *el Penas*.

—Lord Nieve —le dijo el maestre Aemon—, os he dejado un libro en mis habitaciones. El *Compendio jade*. Lo escribió el aventurero volantino Colloquo Votar, que viajó al Este y visitó todas las tierras del mar de Jade. Hay un pasaje que os parecerá muy interesante; le he dicho a Clydas que os lo marque.

—Lo leeré, no lo dudéis —respondió Jon Nieve.

Un hilillo de mucosidad blanca le colgaba de la nariz al maestre Aemon. Se lo limpió con el dorso de la mano enguantada.

—El conocimiento es un arma, Jon. Aseguraos de ir bien armado antes de entrar en combate.

—Muy bien. —Empezó a caer una nevada ligera; los copos grandes, blancos, descendían perezosos del cielo. Jon se volvió hacia Jack Bulwer *el Negro*—. Id tan deprisa como podáis, pero sin correr riesgos innecesarios. Viajan con vosotros un anciano y un bebé. Encargaos de que no pasen frío ni hambre.

—Vos también, mi señor —intervino Elí—. Haced lo mismo por el otro. Buscadle otra nodriza, como dijisteis. Me lo habéis prometido. El niño... El hijo de Dalla... Es decir, el príncipe... Buscadle una buena mujer, para que crezca grande y fuerte.

—Tenéis mi palabra —le aseguró Jon Nieve con solemnidad.

—No le pongáis nombre. Nada de nombres hasta que cumpla dos años. Trae mala suerte ponerles nombre cuando aún toman el pecho. Puede que los cuervos no lo sepáis, pero es así.

—Como ordenéis, mi señora.

Una mueca de ira desfiguró el rostro de Elí.

—No me llaméis así. Soy madre, no señora. Soy esposa de Craster e hija de Craster, y también soy madre.

Edd *el Penas* cogió en brazos al bebé mientras Elí subía al carro y se cubría las piernas con unas pieles que olían a rancio. Para entonces, el cielo era más gris que negro hacia el este. Lew *el Zurdo* estaba deseoso de emprender la marcha. Edd le devolvió el bebé a Elí, que se lo llevó al pecho.

«Puede que sea la última vez que veo el Castillo Negro», pensó Sam mientras montaba a lomos de su yegua. Cuando llegó detestaba aquel lugar, pero en aquel momento no soportaba la idea de tener que partir.

—¡En marcha! —ordenó Bulwer.

Un látigo restalló, y los carros empezaron a traquetear lentamente por el camino mientras la nieve caía a su alrededor. Sam se detuvo un instante junto a Clydas, Edd *el Penas* y Jon Nieve.

—Bueno —dijo—. Hasta pronto.

—Hasta pronto, Sam —respondió Edd *el Penas*—. No creo que tu barco se hunda. Los barcos sólo se hunden si yo estoy a bordo.

Jon estaba contemplando los carros.

—La primera vez que vi a Elí estaba de pie, con la espalda contra una pared del Torreón de Craster —dijo—. Era una chiquilla flaca de pelo oscuro y barriga enorme, y *Fantasma* la tenía aterrorizada. Se había colado entre sus conejos, y ella tenía miedo de que la desgarrara para devorar al bebé... Pero no era del lobo de quien debía tener miedo, ¿verdad?

«No —pensó Sam—. El peligro era Craster, su propio padre.»

—Es más valiente de lo que ella misma sabe.

—Tú también, Sam. Que tengas un viaje rápido y seguro, y cuida de ella, de Aemon y del bebé. —Jon esbozó una sonrisa extraña, triste—. Y súbete la capucha. Los copos de nieve se te derriten en el pelo.

ARYA (1)

La luz ardía tenue y lejana, muy baja en el horizonte, un brillo entre las nieblas marinas.

—Parece una estrella —dijo Arya.

—La estrella del hogar —convino Denyo.

Era su padre el que gritaba órdenes. Los marineros subían y bajaban por los tres altos mástiles y se movían por los aparejos para arriar las pesadas velas moradas. Abajo, los remeros jadeaban y se afanaban con las dos grandes hileras de remos. Las cubiertas crujían y se inclinaban mientras la galera *Hija del Titán* viraba hacia estribor.

«La estrella del hogar.» Arya estaba en la proa con una mano en el mascarón dorado, una doncella con un cuenco de fruta. Durante un breve instante se permitió fingir que lo que tenía delante era de verdad su hogar.

Pero aquello era una estupidez. Su hogar ya no existía; sus padres habían muerto asesinados, igual que todos sus hermanos, menos Jon Nieve, que estaba en el Muro. Era allí adonde habría querido ir. Así se lo dijo al capitán, pero ni la moneda de hierro bastó para convencerlo. Arya tenía la sensación de que no llegaba nunca a los lugares que quería alcanzar. Yoren había jurado devolverla a Invernalia, pero había acabado en una tumba, y ella, en Harrenhal. Cuando escapó de Harrenhal para ir a Aguasdulces, Lim, Anguy y Tom Siete la tomaron prisionera y la arrastraron a la colina hueca. Luego, el Perro la secuestró y la arrastró a Los Gemelos. Arya lo dejó agonizante junto al río y siguió camino hasta Salinas con la esperanza de encontrar un barco que la llevara a Guardiaoriente del Mar, pero...

«Puede que Braavos no esté tan mal. Syrio era de Braavos, y a lo mejor, Jaqen también.» Había sido Jaqen quien le había dado la moneda de hierro. En realidad no era su amigo, cosa que sí había sido Syrio, pero ¿de qué le habían servido los amigos hasta entonces? «Mientras tenga a Aguja no necesito amigos.» Acarició el pomo pulido de la espada con la yema del pulgar, deseando, deseando...

A decir verdad, no sabía qué desear, igual que no sabía qué le esperaba bajo aquella luz distante. El capitán la había admitido a bordo, pero no tenía tiempo para hablar con ella. Algunos miembros de la tripulación la evitaban; otros, en cambio, le hacían regalos: un tenedor de plata, unos mitones, un gorro de lana con parches de cuero... Un hombre la enseñó a hacer nudos de marinero. Otro le servía a veces traguitos de vino de fuego. Los que eran amistosos con ella se golpeaban el pecho y repetían su nombre una y otra vez hasta que Arya lo pronunciaba, aunque ninguno se molestó en preguntarle a ella cómo se llamaba. La llamaban Salina porque había subido a bordo en Salinas, cerca de la desembocadura del Tridente. En fin, era un nombre tan bueno como cualquier otro.

Ya había desaparecido la última estrella de la noche; sólo quedaban las dos que se divisaban delante.

—Ahora son dos estrellas.

—Dos ojos —dijo Denyo—. El Titán nos ve.

«El Titán de Braavos.» La Vieja Tata les contaba cuentos sobre el Titán cuando vivían en Invernalia. Era un gigante alto como una montaña y, cuando un peligro se cernía sobre Braavos, se despertaba con fuego en los ojos, y los miembros de piedra le rechinaban y gemían mientras se adentraba en el mar para acabar con los enemigos.

—Los braavosis lo alimentan con la carne jugosa y rosada de niñas nobles —terminaba Nan, y Sansa siempre soltaba un gritito estúpido. Pero el maestre Luwin decía que el Titán no era más que una estatua, y que los cuentos de la Vieja Tata no eran más que cuentos.

«Invernalia se quemó; ya no existe —se recordó Arya. Seguramente, la Vieja Tata y el maestre Luwin estaban muertos, igual que Sansa. No servía de nada pensar en ellos—. Todos los hombres mueren.» Eso era lo que significaban las palabras que Jaqen H'ghar le había enseñado cuando le dio la moneda de hierro desgastada. Había aprendido más palabras en braavosi desde que zarparon de Salinas, cosas como *por favor, gracias, mar, estrella y vino de fuego*, pero todas ellas habían llegado después de *todos los hombres mueren*. La mayoría de los tripulantes de la Hija chapurreaba la lengua común porque habían pasado muchas noches en Antigua, en Desembarco del Rey o en Poza de la Doncella, pero sólo el capitán y sus hijos la dominaban lo suficiente para hablar con Arya. Denyo era el menor de esos hijos: se trataba de un muchacho regordete y alegre de doce años que se ocupaba del camarote de su padre y ayudaba a su hermano mayor a hacer las cuentas.

—Espero que vuestro Titán no tenga hambre —le dijo Arya.

—¿Hambre? —repitió Denyo, desconcertado.

—Déjalo. —Aunque fuera verdad que el Titán comía carne jugosa y rosada de niñas, Arya no tenía nada que temer. Estaba tan flaca que no era comida digna de un gigante, y ya tenía casi once años; era prácticamente una mujer. «Además, Salina no es noble»—. ¿El Titán es el dios de Braavos? —preguntó—. ¿O tenéis a los Siete?

—En Braavos se adora a todos los dioses. —Al hijo del capitán le gustaba hablar de su ciudad casi tanto como del barco de su padre—. Tus Siete tienen un septo aquí, el Septo-más-allá-del-Mar, pero ahí sólo van los marineros ponientes.

«No son mis Siete. Eran los dioses de mi madre, y permitieron que los Frey la asesinaran en Los Gemelos. —¿Habría en Braavos un bosque de dioses, con un arciano en el centro? Tal vez Denyo lo supiera, pero no se lo podía preguntar. Salina era de Salinas, y ¿qué sabía una niña de Salinas sobre los antiguos dioses del Norte? —. Los antiguos dioses han muerto, igual que mis padres, y Robb, y Bran, y Rickon;

todos han muerto.» Recordó como su padre había dicho, mucho tiempo atrás, que cuando soplan los vientos fríos, el lobo solitario muere y la manada sobrevive. «Pues es al revés.» Arya, la loba solitaria, seguía viva, pero a los lobos de la manada los habían capturado, asesinado y desollado.

—Los Bardos Lunares nos trajeron a este refugio, donde los dragones de Valyria no nos podrían encontrar —le explicó Denyo—. Su templo es el más grande. También honramos al Padre de las Aguas, pero su casa se vuelve a construir cada vez que toma esposa. El resto de los dioses convive en una isla, en el centro de la ciudad. Allí es donde encontrarás al... Al Dios de Muchos Rostros.

Los ojos del Titán parecían cada vez más brillantes y más distantes entre sí. Arya no conocía a ningún Dios de Muchos Rostros, pero si respondía a las plegarias, tal vez fuera la deidad que buscaba.

«Ser Gregor —pensó—. Dunsen, Raff *el Dulce*, Ser Ilyn, Ser Meryn, la reina Cersei. Sólo quedan seis.» Joffrey estaba muerto; el Perro había matado a Polliver, y ella misma se había encargado del Cosquillas, y también de aquel escudero idiota de la espinilla. «No lo habría matado si no me hubiera agarrado.» El Perro estaba agonizando cuando lo abandonó a orillas del Tridente; ardía de fiebre por culpa de su herida. «Tendría que haberme apiadado de él y haberle clavado un cuchillo en el corazón.»

—¡Mira, Salina! —Denyo la agarró por el brazo para que se volviera—. ¿Lo ves? ¡Allí! —Señaló con el dedo.

Las nieblas se abrían ante ellos; la proa del barco rasgaba los cortinajes grises. La *Hija del Titán* hendía las aguas plomizas, viento en popa, impulsada por las velas moradas. Arya oía los graznidos de las aves marinas. Allí, en el lugar hacia donde señalaba Denyo, una hilera de riscos surgía abruptamente del mar, con las laderas escarpadas cubiertas de pinos soldado y píceas negruzcas. Pero más allá reaparecía el mar, y allí, sobre las aguas, se alzaba imponente el Titán, con los ojos llameantes y el pelo verde al viento.

Sus piernas salvaban la distancia entre las elevaciones de tierra; tenía un pie en cada montaña, y sus hombros se cernían amenazadores sobre las cimas rocosas. Las piernas eran de piedra maciza, del mismo granito negro que las montañas marinas sobre las que se alzaba, aunque en torno a las caderas llevaba una faldilla de armadura de bronce verdoso. La coraza también era de bronce, y en la cabeza llevaba un yelmo con cimera. La melena ondulante estaba hecha de cuerdas de cáñamo teñidas de verde, y en las cavernas que eran sus ojos ardían hogueras enormes. Una mano reposaba en el risco de la izquierda, con los dedos de bronce cerrados en torno a un saliente de piedra; la otra se alzaba en el aire y sostenía el puño de una espada rota.

«Sólo es un poco más grande que la estatua del rey Baelor que hay en

Desembarco del Rey», se dijo cuando aún estaban a buena distancia. Pero a medida que la galera se iba acercando al lugar donde las olas rompían contra los riscos, el Titán se hacía aún más gigantesco. Oyó al padre de Denyo gritar órdenes con su voz retumbante, y los aparejadores empezaron a arriar las velas.

«Vamos a pasar a remo entre las piernas del Titán. —Arya divisó las troneras en la gran coraza de bronce, así como las manchas y las pecas que formaban los nidos de las aves marinas en los brazos y hombros del Titán. Estiró el cuello—. Baelor *el Santo* no le llegaría ni a las rodillas. Podría saltar por encima de las murallas de Invernia.»

En aquel momento, el Titán lanzó un rugido.

Fue un sonido tan ciclópeo como él, un alarido terrible, arrasador, tan estruendoso que incluso ahogó la voz del capitán y el sonido de las olas que rompían contra los riscos cuajados de pinos. Un millar de aves marinas levantó el vuelo, y Arya se estremeció de pánico hasta que vio que Denyo se reía.

—Sólo está avisando al Arsenal de nuestra llegada —le gritó—. No tengas miedo.

—No tengo miedo —replicó Arya, también a gritos—. Es que ha sonado muy fuerte, nada más.

El viento y las olas controlaban ya a la *Hija del Titán* y la transportaban velozmente hacia el canal. La doble hilera de remos se movía con fluidez; las palas hendían el mar y formaban espuma blanca mientras la sombra del Titán caía sobre el barco. Durante un momento pareció que iban a chocar irremediablemente contra las piedras en las que apoyaba los pies. Arya, acuclillada junto a Denyo en la proa, sentía el sabor salado en los labios cada vez que las salpicaduras le llegaban a la cara. Tuvo que mirar casi en vertical para ver la cabeza del Titán.

«Los braavosis lo alimentan con la carne jugosa y rosada de niñas nobles», oyó decir de nuevo a la Vieja Tata, pero ella no era niña, y no se iba a asustar de una estúpida estatua.

Pese a todo, no apartó la mano de *Aguja* mientras pasaban entre sus piernas. En la cara interior de los enormes muslos de piedra había más aspilleras y, cuando Arya estiró el cuello y giró la cabeza para ver cómo el puesto del vigía pasaba a menos de diez varas de la faldilla del Titán, divisó los matacanes que había en la parte inferior, y también las caras blanquecinas que los miraban entre los barrotes de hierro.

Y de pronto se encontraron al otro lado.

La sombra se esfumó; los riscos cubiertos de pinos volvieron a aparecer a ambos lados; el viento amainó, y se encontraron en una gran laguna. Ante ellos se alzaba otra montaña marina, un saliente de roca que surgía de las aguas como un puño con púas, con las almenas rebosantes de escorpiones, escupefuegos y trabuquetes.

—El Arsenal de Braavos —lo había llamado Denyo, tan orgulloso como si lo hubiera edificado él mismo—. Ahí pueden construir una galera de combate en un día.

Arya divisó docenas de galeras amarradas en los embarcaderos o situadas todavía en las rampas por las que se deslizarían hacia el mar. Las proas pintadas de otras sobresalían de incontables cobertizos de madera, a lo largo de la costa pedregosa, como perros en sus casetas, esbeltos, crueles y hambrientos, a la espera de que los llamara el cuerno del cazador. Trató de contarlas, pero eran demasiadas, y había otros atracaderos, muelles y cobertizos más allá de donde la línea de la costa describía una curva.

Dos galeras habían salido a su encuentro. Parecían surcar las aguas como libélulas, con sus remos blancos moviéndose al compás. Arya oyó que el capitán les gritaba algo y los capitanes de las galeras respondían también a gritos, pero no entendió qué decían. Sonó un gran cuerno. Las galeras pasaron junto a ellos, una a cada lado, tan cerca que alcanzó a oír el sonido amortiguado de los tambores en el interior de los cascos violeta, *bum bum bum bum bum bum bum bum*, como el palpititar de corazones vivos.

Luego dejaron atrás las galeras, y también el Arsenal. Ante ellos se extendía una amplia zona de aguas verde guisante, como una lámina de cristal coloreado. En su húmedo corazón se alzaba la ciudad, una gran extensión de cúpulas, torres y puentes, todo en gris, dorado y rojo.

«Las cien islas de Braavos en el mar.»

El maestre Luwin les había hablado de Braavos, pero Arya no recordaba gran cosa. Era una ciudad llana, eso se veía desde lejos, en nada parecida a Desembarco del Rey, que se alzaba sobre tres colinas. Allí, las únicas colinas eran las que habían levantado los hombres con ladrillo, granito, bronce y mármol. También faltaba algo, aunque tardó unos instantes en darse cuenta de qué era.

«La ciudad no tiene murallas.» Cuando se lo dijo a Denyo, el chico se rió de ella.

—Nuestras murallas son de madera y están pintadas de violeta —le explicó—. Las galeras son nuestras murallas. No nos hacen falta otras.

La cubierta crujío a sus espaldas. Arya se volvió y se encontró con el padre de Denyo, ataviado con la capa de capitán, de lana morada. El capitán comerciante Ternesio Terys iba afeitado, y llevaba el pelo cano muy corto y pulcro, enmarcando un rostro cuadrado y curtido por los vientos. Durante la travesía lo había visto bromear a menudo con la tripulación, pero cuando fruncía el ceño, los hombres huían de él como si se avecinara una tormenta. En aquel momento tenía el ceño fruncido.

—Se acerca el final del viaje —le dijo a Arya—. Vamos a Puerto Chequy, donde los aduaneros del señor del Mar subirán a inspeccionar las bodegas. Tardarán medio día, como siempre, pero no hace falta que esperes hasta que terminen. Recoge tus cosas. Mandaré que bajen un bote, y Yorko te llevará a tierra.

«A tierra.» Arya se mordisqueó el labio. Había cruzado el mar Angosto para llegar allí, pero, si el capitán se lo hubiera preguntado, le habría dicho que prefería

seguir a bordo de la *Hija del Titán*. Salina era demasiado menuda para manejar un remo, ya lo sabía, pero podía aprender a hacer nudos, arriar las velas y seguir un rumbo a través del ancho mar. Un día, Denyo la había subido a la cofa, y a ella no le había dado ningún miedo, aunque la cubierta se veía diminuta y muy abajo.

«Yo también sé hacer cuentas, y puedo limpiar un camarote.»

Pero en la galera no hacía falta un segundo grumete. Además, bastaba con ver la cara del capitán para darse cuenta de las ganas que tenía de librarse de ella. De modo que se limitó a asentir.

—A tierra —dijo, aunque eso significaba que estaría entre desconocidos.

—*Valar dohaeris*. —Se llevó dos dedos a la frente—. Te ruego que recuerdes a Ternesio Terys y el servicio que te ha prestado.

—Eso haré —respondió Arya con un hilo de voz. El viento le tironeaba la capa, insistente como un fantasma. Era hora de que se marchara.

«Recoge tus cosas», le había dicho el capitán; pero no tenía gran cosa que recoger: sólo la ropa que llevaba puesta, la bolsita de monedas, los regalos que le había hecho la tripulación, el puñal que llevaba colgado de la cadera izquierda y *Aguja*, a la derecha.

El bote estuvo preparado antes que ella, con Yorko a los remos. También era hijo del capitán, pero mayor que Denyo y no tan simpático.

«No me he despedido de Denyo —pensó mientras bajaba. Tal vez no volvería a ver al niño—. Tendría que haberme despedido de él.»

La *Hija del Titán* quedó tras ellos meciéndose en las aguas, mientras la ciudad se tornaba más y más grande con cada paletada de los remos de Yorko. A la derecha se divisaba un puerto, un entramado de muelles y atracaderos llenos de barcos balleneros de Ibben, naves cisne de las Islas del Verano y más galerías de las que habría podido contar. A su izquierda había otro puerto, más lejano, pasado un cabo donde la parte superior de barcos medio hundidos sobresalía de las aguas. Arya nunca había visto tantos edificios grandes en un solo lugar. En Desembarco del Rey estaban la Fortaleza Roja, el Gran Septo de Baelor y Pozo Dragón, pero al parecer, en Braavos había una veintena de templos, torres y palacios tan grandes como aquellos o incluso más.

«Volveré a ser un ratón —pensó, sombría—, igual que en Harrenhal antes de escaparme.»

Desde donde estaba el Titán, la ciudad le había parecido una única isla grande, pero a medida que los remos de Yorko los acercaban vio que se trataba de muchas islas pequeñas enlazadas por puentes de piedra en forma de arco que salvaban los incontables canales. Más allá del puerto divisó unas calles con casas de piedra gris, tan juntas que casi se apoyaban las unas contra las otras. A Arya le parecieron unos edificios extraños. Eran de cuatro o cinco pisos de altura, muy estrechos y con tejados

en forma de pico, como sombreros puntiagudos. No vio ningún techo de paja, y apenas unas cuantas casas de madera, de las que abundaban en Poniente.

«Aquí no tienen árboles —advirtió—. Braavos es todo de piedra, una ciudad gris sobre un mar verde.»

Yorko enfilaró hacia la zona norte de los atracaderos, y bajaron por un gran canal, una ancha vía de agua que llevaba directamente al centro de la ciudad. Pasaron bajo los puentes de piedra tallada, decorados con un centenar de tipos de peces, cangrejos y calamares. Un segundo puente apareció ante ellos, con un encaje de tallas de hojas de parra, y más allá, un tercero que los miraba fijamente con un centenar de ojos pintados. A ambos lados se abrían las bocas de canales más pequeños, en los que a su vez confluyían otros más pequeños aún. Algunas casas se alzaban sobre los canales, lo que los transformaba en una especie de túneles. Por ellos se deslizaban botes de líneas esbeltas, con forma de serpiente marina, con la cabeza pintada y la cola alzada. Arya se fijó en que no se movían con remos, sino con pértigas manejadas por hombres situados en la popa, vestidos con capas de color gris, marrón y verde musgo. También vio barcas de fondo plano en las que se amontonaban cajones y barriles, impulsadas por veinte pértigas a cada lado, y elegantes casas flotantes con farolillos de cristal coloreado, cortinajes de terciopelo y mascarones de proa metálicos. A lo lejos, por encima de casas y canales, había una especie de gigantesco camino de piedra gris que reposaba sobre pilares unidos por una arcada de tres niveles y se perdía entre la neblina hacia el sur.

—¿Qué es eso? —le preguntó Arya a Yorko al tiempo que se lo señalaba.

—El río de agua dulce —le respondió—. Trae agua fresca de tierra firme, de más allá de los estuarios y los bajíos de salitre. Agua buena de los manantiales.

Al mirar hacia atrás descubrió que ya no se veían el puerto ni la laguna. Al frente, una hilera de estatuas se alzaba a los lados del canal: hombres de piedra con expresión solemne y túnica de bronce salpicada de excrementos de aves marinas. Unos tenían en las manos un libro; otros, un puñal; otros, un martillo. Uno sostenía en alto una estrella dorada; otro vertía en el canal un chorro interminable desde una vasija de piedra.

—¿Son dioses? —preguntó Arya.

—Señores del Mar —respondió Yorko—. La isla de los Dioses está más allá. ¿Ves? Seis puentes más abajo, en la orilla derecha. Aquel es el templo de los Bardos Lunares.

Era uno de los que Arya había divisado desde la laguna, una mole imponente de mármol níveo coronada por una gran cúpula plateada cuyos vitrales de vidrio blanco mostraban todas las fases de la luna. Las puertas estaban flanqueadas por un par de doncellas de mármol, tan altas como los señores del Mar, que sostenían un dintel en forma de media luna.

Más allá había otro templo, un edificio de piedra roja tan austero como cualquier fortaleza. En la parte superior de la gran torre cuadrada ardía una almenara en un brasero de hierro de treinta palmos de diámetro, y otras de menor tamaño ardían a los lados de las puertas metálicas.

—A los sacerdotes rojos les gusta el fuego —le explicó Yorko—. Su dios es R'hllor, el Señor de la Luz.

«Ya lo sé.» Arya recordó a Thoros de Myr, con su armadura vieja, sus túnicas desgastadas y tan desteñidas que, más que un sacerdote rojo, parecía un sacerdote rosa. Pero había rescatado a Lord Beric de la muerte con un beso. Contempló la casa del dios rojo mientras pasaban junto a ella y se preguntó si los sacerdotes braavosis podrían hacer lo mismo.

A continuación se alzaba un gran edificio de ladrillo festoneado con líquenes. De no ser por el comentario de Yorko, Arya lo habría tomado por un almacén.

—Es el Refugio Sagrado, donde se adora a los dioses menores que el mundo ha olvidado. También lo llaman la Casa de las Mil Habitaciones.

Entre los muros verdecidos de la Casa de las Mil Habitaciones discurría un pequeño canal, y por él se adentraron. Atravesaron un túnel antes de volver a salir a la luz. A ambos lados se alzaban más templos.

—No imaginaba que hubiera tantos dioses —dijo Arya.

Yorko dejó escapar un gruñido. Doblaron una curva del río y pasaron bajo otro puente. A su izquierda apareció una loma rocosa sobre la que se alzaba un templo de piedra gris oscuro y sin ventanas. Un tramo de peldaños de piedra bajaba de sus puertas a un atracadero cubierto.

Yorko echó los remos hacia atrás, y el bote chocó con suavidad contra los pilares de piedra. Se agarró a un aro de hierro para no apartarse.

—Te dejo aquí.

El atracadero era sombrío; la escalera, empinada. El tejado negro del templo estaba rematado en una punta afilada, igual que las casas que flanqueaban los canales. Arya se mordisqueó el labio.

«Syrio llegó de Braavos. Tal vez visitara este templo. Tal vez subiera por estos peldaños.» Se agarró a otro aro y saltó al atracadero.

—Ya sabes cómo me llamo —le dijo Yorko desde el bote.

—Yorko Terys.

—*Valar dohaeris*.

Se impulsó con un remo y volvió a salir a aguas más profundas. Arya lo contempló mientras volvía, remando, por donde habían llegado, hasta que lo perdió de vista entre las sombras del puente. A medida que el susurro de los remos se desvanecía, se hizo un silencio tal que casi oía los latidos de su propio corazón. De repente se encontraba en otro lugar... En Harrenhal, con Gendry, o tal vez en los

bosques del Tridente, con el Perro.

«Salina es una niña idiota —se dijo—. Soy un lobo; no estoy asustada.» Palmeó el puño de *Aguja* como si fuera un amuleto, se sumergió en las sombras y subió los peldaños de dos en dos, para que nadie pudiera decir que había tenido miedo.

Arriba se encontró ante un par puertas de madera tallada, de diez codos de altura. La puerta de la izquierda era de arciano blanco como el hueso; la derecha, de ébano brillante. En el centro de cada una había una luna llena tallada, de ébano en la puerta de arciano y de arciano en la de ébano. En cierto modo le recordaban al árbol corazón del bosque de dioses de Invernalia.

«Las puertas me están mirando —pensó. Empujó las dos a la vez con las manos enguantadas, pero no cedieron—. Están cerradas a cal y canto.»

—Dejadme entrar, idiotas —dijo—. He cruzado el mar Angosto. —Las golpeó con el puño—. Jaqen me dijo que viniera. Tengo la moneda de hierro. —Se la sacó de la bolsa y la mostró—. ¿Veis? *Valar morghulis*.

La única respuesta de las puertas consistió en abrirse.

Se abrieron hacia dentro en silencio, sin que ninguna mano humana las moviera. Arya dio un paso al frente, y luego otro. Las puertas se cerraron a su espalda y, durante un momento, se quedó a ciegas. Tenía a *Aguja* en la mano, aunque no recordaba haberla desenvainado.

Unas cuantas velas ardían a lo largo de las paredes, pero daban tan poca luz que Arya no se veía ni los pies. Alguien susurraba, aunque en voz tan baja que no entendía las palabras. Otra persona sollozaba. Oyó un sonido de pisadas ligeras, cuero contra piedra, y una puerta que se abría y se cerraba.

«Agua, también se oye el agua.»

Poco a poco, la vista se le acostumbró a la oscuridad. El templo parecía mucho más grande por dentro que por fuera. Los septos de Poniente tenían siete lados, con siete altares dedicados a los siete dioses, pero allí había muchos más. Sus estatuas se alzaban a lo largo de las paredes, inmensas, amenazadoras. Alrededor de sus pies ardían velas rojas titilantes, tenues como estrellas lejanas. La que tenía más cerca era de mármol, de más de cuatro varas de altura, y representaba una mujer. De sus ojos brotaban lágrimas de verdad que iban a caer al cuenco que sostenía entre los brazos. La siguiente era de un hombre con cabeza de león sentado en un trono de ébano tallado. Al otro lado de las puertas, un enorme caballo de hierro y bronce se alzaba encabritado sobre las patas traseras. Más allá distinguió un gran rostro de piedra, un niño pálido con una espada, una cabra peluda del tamaño de un uro, un hombre encapuchado que se apoyaba en un bastón... Las otras estatuas eran sólo bultos que se cernían sobre ella, apenas entrevistas en la penumbra. Entre los dioses había nichos ocultos donde anidaban las sombras, con una vela encendida aquí y allá.

Silenciosa como una sombra, Arya avanzó entre las largas hileras de bancos de

piedra con la espada en la mano. Los pies le indicaron que el suelo era de piedra; no de mármol pulido como en el del Gran Septo de Baelor, sino más basto. Pasó junto a unas mujeres que susurraban. El aire era cálido y denso, tan cargado que no pudo contener un bostezo. Le llegaba el olor de las velas. Tenían un aroma que no le resultaba familiar. Lo atribuyó a algún incienso extraño, pero a medida que se adentraba en el templo le pareció que empezaban a oler a nieve, a agujas de pino y a guiso caliente.

«Olores buenos», se dijo, y se sintió un poco más valiente. Tanto como para volver a envainar a *Aguja*.

En el centro del templo encontró el agua que había oído antes: un estanque de algo más de tres varas de diámetro, negro como la tinta, iluminado por velas rojas de luz tenue. Junto a él había un hombre sentado. Llevaba una capa plateada y se oían sus sollozos quedos. Observó como metía una mano en el agua y provocaba ondulaciones escarlata en todo el estanque. Cuando sacó los dedos, se los fue lamiendo uno a uno.

«Debe de tener sed.» A lo largo del borde del estanque había vasijas de piedra. Arya cogió una, la llenó y se la llevó para que bebiera. El joven la miró atentamente mientras se la ofrecía.

—*Valar morghulis* —dijo.

—*Valar dohaeris* —respondió ella.

Él bebió a tragos largos y después dejó caer la vasija en el estanque. Se puso en pie meciéndose, sujetándose el vientre. Durante un momento, Arya pensó que se iba a caer. Entonces se fijó en la mancha oscura que tenía bajo el cinturón, una mancha que se extendía mientras la miraba.

—Te han apuñalado —farfulló, pero el hombre no le prestó atención.

Caminó tambaleante hacia la pared y se metió en un nicho, en un lecho de dura piedra. Al mirar a su alrededor, Arya vio que había más nichos. En algunos había ancianos durmiendo.

«No —pareció susurrar en su cabeza una voz apenas recordada—. Están muertos o moribundos. Mira con los ojos.»

Una mano le rozó el brazo.

Arya se giró bruscamente, pero no era más que una chiquilla, una niñita pálida con una túnica cuya capucha parecía devorarla, negra por el lado derecho y blanca por el izquierdo. Debajo se veía un rostro demacrado y huesudo, con las mejillas hundidas y unos ojos oscuros, grandes como platos.

—No me agarres —le advirtió Arya a la chiquilla—. Al último niño que me agarró, lo maté.

La pequeña dijo unas palabras, pero Arya no las comprendió. Sacudió la cabeza.

—¿No hablas la lengua común?

—Yo sí —dijo una voz a sus espaldas.

A Arya no le gustaba que la sorprendieran así una y otra vez. El hombre encapuchado era alto y llevaba una túnica blanca y negra igual que la de la niña, sólo que más grande. Bajo la capucha, Arya sólo distinguió un brillo rojizo y tenue, el reflejo de la vela en sus ojos.

—¿Qué lugar es este? —le preguntó.

—Un lugar de paz. —Hablabía con voz amable—. Aquí estás a salvo. Esto es la Casa de Blanco y Negro, pequeña, aunque eres joven para buscar el favor del Dios de Muchos Rostros.

—¿Es como el dios sureño, el de las siete caras?

—¿Siete? No. Sus rostros son incontables, pequeña; tiene tantos como estrellas hay en el cielo. En Braavos, cada cual adora al dios que se le antoja... Pero, al final de todos los caminos aguarda el que Tiene Muchos Rostros. También a ti te aguardará algún día, no temas. No hace falta que corras a sus brazos.

—Sólo he venido a buscar a Jaqen H'ghar.

—No conozco ese nombre.

Se le hizo un nudo en el estómago.

—Era de Lorath. Tenía el pelo blanco por un lado y rojo por el otro. Me dijo que me enseñaría secretos y me dio esto. —Llevaba en el puño la moneda de hierro. Cuando abrió los dedos se le quedó pegada a la mano sudorosa.

El sacerdote examinó la moneda, pero no hizo ademán de tocarla. La niñita de los ojos enormes también la miró.

—Dime tu nombre, pequeña —dijo al final el hombre encapuchado.

—Salina. Vengo de Salinas, junto al Tridente.

No podía verle el rostro, pero de alguna manera percibió que sonreía.

—No —respondió—. Dime tu nombre.

—Pajarito —corrigió.

—Tu nombre verdadero, niña.

—Mi madre me puso Nan, pero me llaman Comadreja...

—Tu nombre.

Tragó saliva.

—Arry. Soy Arry.

—Ya se parece más. Y ahora, la verdad.

«El miedo hiere más que las espadas», se dijo.

—Arya. Soy Arya de la Casa Stark. —La primera vez susurró la palabra; la segunda se la tiró a la cara.

—Esa eres, pero en la Casa de Blanco y Negro no hay lugar para Arya de la Casa Stark.

—Por favor —suplicó—. No tengo adonde ir.

—¿Temes a la muerte?

Se mordisqueó el labio.

—No.

—Veamos. —El sacerdote se bajó la capucha. Bajo ella no había ningún rostro, sólo un cráneo amarillento con unas tiras de piel todavía aferradas a las mejillas y un gusano blanco que se retorcía en una órbita ocular—. Dame un beso, niña —graznó con una voz tan seca y áspera como el cloqueo de la muerte.

«¿Se cree que me asusta?» Arya lo besó allí donde debería haber tenido la nariz y cogió el gusano del ojo para comérselo, pero se le derritió como una sombra en la mano.

El cráneo amarillo también se derritió y, de repente, el anciano de aspecto más bondadoso que había visto jamás la miraba con una sonrisa.

—Hasta ahora, nadie había intentado comerse mi gusano —dijo—. ¿Tienes hambre, pequeña?

«Sí —pensó ella—, pero no de comida.»

CERSEI (2)

Caía una lluvia fría que había tornado oscuros como la sangre las murallas y baluartes de la Fortaleza Roja. La Reina cogió al Rey de la mano y lo guió con paso firme por el patio enlodado hasta donde aguardaba la litera con su escolta.

—El tío Jaime me dijo que podía ir a caballo y lanzar monedas al populacho — protestó el niño.

—Qué quieras, ¿coger un resfriado? —No podía correr ese riesgo; Tommen nunca había sido tan vigoroso como Joffrey—. Tu abuelo habría querido que te comportaras como un verdadero rey en su velatorio. No quiero que aparezcamos en el Gran Septo empapados y desaliñados.

«Bastante malo es ya tener que volver a vestir de luto.» El negro nunca le había sentado bien. Tenía la piel tan clara que le hacía parecer un cadáver. Cersei se había levantado una hora antes del amanecer para bañarse y peinarse, y no tenía la menor intención de permitir que la lluvia diera al traste con sus esfuerzos.

Una vez dentro de la litera, Tommen se recostó contra los cojines y observó la lluvia que caía.

—Los dioses lloran por el abuelo. Lady Jocelyn dice que las gotas de lluvia son sus lágrimas.

—Jocelyn Swyft es idiota. Si los dioses pudieran llorar, habrían llorado por tu hermano. La lluvia no es más que lluvia. Cierra la cortina para que no se siga metiendo dentro. Ese manto es de marta. ¿Qué quieras? ¿Que se te empape?

Tommen obedeció. A Cersei le preocupaba que fuera tan sumiso; un rey tenía que ser fuerte.

«Joffrey habría protestado. Nunca fue fácil acobardarlo.»

—No te sientes así —dijo a Tommen—. Siéntate como un rey. Endereza los hombros y ponte bien la corona. ¿Quieres que se te caiga de la cabeza delante de todos tus señores?

—No, madre.

El niño se sentó erguido y se colocó la corona. Era la de Joff, que le quedaba muy grande. Tommen siempre había sido regordete, pero últimamente tenía el rostro más afilado.

«¿Estará comiendo bien? —Tenía que acordarse de preguntárselo al mayordomo. No podía correr el riesgo de que Tommen enfermara, y menos con Myrcella en manos de los dornienses—. Con el tiempo crecerá, y la corona de Joff le quedará bien.» Hasta entonces le haría falta una más pequeña, que no amenazara con engullirle la cabeza. Dejaría el asunto en manos de los orfebres.

La litera descendió a paso lento por la Colina Alta de Aegon. Dos miembros de la Guardia Real cabalgaban ante ellos, caballeros blancos a lomo de corceles blancos

con las capas blancas que les colgaban empapadas. Tras ellos iban cincuenta guardias de los Lannister vestidos de oro y carmesí.

Tommen contempló las calles desiertas por una rendija, entre los cortinajes.

—Creía que habría más gente. Cuando murió mi padre, todo el mundo salió para vernos pasar.

—Es por la lluvia. —Lord Tywin no se había ganado nunca el amor de los habitantes de Desembarco del Rey.

«Y él tampoco quería amor. "El amor no da de comer, ni sirve para comprar caballos, ni para calentar las habitaciones una noche fría"», recordó haberlo oído decirle a Jaime cuando tenía la edad de Tommen.

En el Gran Septo de Baelor, el magnífico edificio de mármol situado en la colina de Visenya, el escaso grupo de asistentes quedaba empequeñecido por el número de capas doradas que Ser Addam Marbrand había distribuido por toda la plaza.

«Ya vendrán más a llorar —se dijo la Reina mientras Ser Meryn Trant la ayudaba a bajar de la litera. En el funeral de la mañana sólo se permitía el acceso a los nobles con sus séquitos; por la tarde habría otro para el pueblo, y las plegarias de la noche estaban abiertas a todos. Cersei tendría que asistir también, para que el pueblo la viera de luto—. La plebe quiere espectáculo.» Era un verdadero fastidio. Tenía que escribir despachos, ganar una guerra, gobernar un reino... Su padre lo habría comprendido.

El Septón Supremo los recibió en la parte superior de las escaleras. Era un anciano encorvado de barbita canosa y rala, tan doblado por el peso de la ornamentada túnica bordada que los ojos le quedaban a la altura del pecho de la Reina, aunque la corona, un hermoso objeto etéreo de cristal tallado e hilo de oro, le añadía sus buenos dos palmos de estatura.

Lord Tywin se la había entregado para sustituir la que se perdió cuando la turba asesinó al anterior Septón Supremo. A aquel gordo idiota lo habían sacado de su litera y lo habían despedazado el día en que Myrcella embarcó hacia Dorne.

«Era un verdadero glotón, y muy manejable. Este, en cambio...» De repente, Cersei recordó que el nuevo Septón Supremo había sido elegido por Tyrion. Era una idea un tanto inquietante.

La mano manchada del anciano parecía una pata de pollo que surgiera de la manga con cenefas de oro y cristales engarzados. Cersei se arrodilló en el mármol húmedo y le besó los dedos, e indicó a Tommen que hiciera lo mismo.

«¿Qué sabe de mí? ¿Qué le contó el enano?» El Septón Supremo sonrió y la escoltó al interior del septo. Pero ¿era una sonrisa amenazadora, impregnada de conocimiento, o sólo el gesto vacuo de los labios arrugados de un anciano? La Reina no tenía manera de saberlo.

Cruzó la Sala de las Lámparas bajo los globos de cristal de colores, siempre con

la mano de Tommen en la suya. Los flanqueaban Trant y Kettleblack, con las capas chorreadas que iban dejando charcos en el suelo. El Septón Supremo caminaba despacio, apoyado en un bastón de arciano rematado por un orbe de cristal. Siete Máximos Devotos lo asistían vestidos con resplandecientes ropajes de hilo de plata. Tommen lucía una túnica de hilo de oro bajo el manto de marta, y la Reina, un antiguo vestido largo de terciopelo negro ribeteado con armiño. No había tenido tiempo para que le hicieran uno nuevo, y no podía llevar la misma ropa que en el funeral de Joffrey, ni el que lució cuando enterró a Robert.

«Por lo menos, nadie esperará que lleve luto por Tyrion. En ese funeral vestiré de seda carmesí e hilo de oro, y me adornaré el pelo con rubíes.» Había anunciado que el hombre que le llevara la cabeza del enano obtendría de inmediato el título de señor, por humildes que fueran sus orígenes. Los cuervos llevaban ya la promesa a todos los rincones de los Siete Reinos; no tardarían en cruzar en mar Angosto y llegar a las Nueve Ciudades Libres y a las tierras que se extendían más allá.

«El Gomo puede intentar esconderse en los confines de la tierra, pero no se me escapará.»

La regia procesión cruzó las puertas interiores del gigantesco corazón del Gran Septo y bajó por un ancho pasillo, uno de los siete que confluyan bajo la cúpula. A izquierda y derecha, los nobles se hincaron de rodillas al paso del Rey y de la Reina. Allí estaban muchos de los banderizos de su padre, así como caballeros que habían luchado al lado de Lord Tywin en medio centenar de batallas. Al verlos se sintió más segura.

«No carezco de amigos.»

El cadáver de Lord Tywin Lannister reposaba bajo la elevada cúpula de oro y cristal del Gran Septo, sobre un féretro de mármol. Jaime montaba guardia junto a la cabeza, con la mano cerrada en torno al puño de un largo mandoble dorado cuya punta apoyaba en el suelo. La capa con capucha que vestía era tan blanca como la nieve recién caída, y la túnica de malla tenía incrustaciones de oro y madreperla.

«Lord Tywin habría preferido que vistiera los colores de los Lannister, el oro y el carmesí —pensó—. Siempre se enfadaba cuando veía a Jaime de blanco. —Además, su hermano se estaba dejando crecer la barba. La pelusa que le cubría la mandíbula y las mejillas le daba a su rostro un aspecto tosco, basto—. Al menos podría haber esperado a que los huesos de nuestro padre estuvieran enterrados bajo la Roca.»

Cersei y el Rey subieron los tres peldaños y se arrodillaron junto al cadáver. Tommen tenía los ojos llenos de lágrimas. Cersei se inclinó hacia él.

—Llora sin hacer ruido —le dijo—. Eres el rey, no un niño berreante. Tus señores te están observando.

El niño se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Tenía los mismos ojos que ella, color verde esmeralda, tan grandes y vivos como los de Jaime a su edad. Su

hermano había sido un niño muy guapo... Pero también fiero, igual que Joffrey, un verdadero cachorro de león. La Reina rodeó a Tommen con el brazo y le besó los rizos dorados.

«Me necesita para que lo enseñe a gobernar, para que lo proteja de sus enemigos.» Algunos de ellos estaban allí, a su alrededor, haciendo pasar por amigos.

Las hermanas silenciosas habían vestido a Lord Tywin como si fuera a luchar en una última batalla. Llevaba su mejor armadura, de grueso acero esmaltado de carmesí oscuro, con incrustaciones de oro en las canilleras y la coraza. Los ristres eran soles dorados; tenía un león al acecho en cada hombro, y la cimera del yelmo colocado junto a su cabeza tenía la forma de un león de larga melena. Le habían puesto sobre el pecho una espada larga con la vaina recubierta de oro e incrustaciones de rubíes, y tenía las manos cerradas en torno al puño, envueltas en guanteletes de metal dorado.

«Hasta muerto tiene un rostro noble —pensó—, pero la boca... —Las comisuras de los labios de su padre se curvaban ligeramente hacia arriba; daba la sensación de que algo le resultaba divertido—. No debería estar así.» La culpa la tenía Pycelle; tendría que haberles dicho a las hermanas silenciosas que Lord Tywin Lannister no sonreía jamás. «Ese hombre es más inútil que los pezones en una coraza.» En cierto modo, aquel atisbo de sonrisa hacía que Lord Tywin pareciera menos temible, igual que el hecho de que tuviera los ojos cerrados. Los ojos de su padre siempre habían sido turbadores, de color verde claro, casi llameantes, con destellos dorados. Eran ojos que veían por dentro, que veían lo débil, lo indignas, lo feas que eran las personas en su interior. «Cuando miraba a alguien, lo sabía.»

Le acudió a la mente un recuerdo del banquete que había ofrecido el rey Aerys cuando Cersei llegó a la corte, cuando no era más que una niña verde como la hierba del verano. El anciano Merryweather estaba charlando sobre la posibilidad de subir el impuesto sobre el vino cuando Lord Rykker dijo: «Si nos hace falta oro, lo que debería hacer Su Alteza es sentar a Lord Tywin en el orinal». Aerys y sus lisonjeadores rieron a carcajadas, mientras que su padre miró a Rykker por encima de la copa. Las risas cesaron al poco rato, pero la mirada siguió clavada en él. Rykker apartó la vista, se volvió de nuevo, le sostuvo la mirada, intentó no hacer caso, bebió un pichel de cerveza y al final se marchó con el rostro enrojecido, derrotado por un par de ojos que no le daban cuartel.

«Los ojos de Lord Tywin se han cerrado para siempre —pensó Cersei—. Ahora, la mirada que los hará temblar será la mía; mío, el ceño que temerán. Yo también soy un león.»

El cielo estaba tan gris que dentro del septo todo eran penumbras. Si escampara, el sol entraría por los cristales y envolvería el cadáver en un arco iris. El señor de Roca Casterly merecía un arco iris. Había sido un gran hombre.

«Pero yo seré más grande aún. Dentro de mil años, cuando los maestres escriban sobre esta época, sólo se te recordará como el padre de la reina Cersei.»

—Madre. —Tommen le tironeó la manga—. ¿Qué es eso que huele tan mal?

«Mi señor padre.»

—La muerte.

A ella también le llegaba el olor, un jirón tenue de corrupción que hacía que le dieran ganas de arrugar la nariz. Cersei no le prestó atención. Los siete septones de túnicas plateadas estaban ante el féretro, suplicándole al Padre que juzgara con justicia a Lord Tywin. Cuando terminaron, setenta y siete septas se congregaron en torno al altar de la Madre y entonaron una oración para pedirle clemencia. Para entonces Tommen ya se movía inquieto, y a la Reina le empezaban a doler las rodillas. Le lanzó una mirada a Jaime. Su mellizo estaba erguido como si fuera de piedra, y no la miró.

En los bancos, su tío Kevan estaba arrodillado, con los hombros caídos, al lado de su hijo.

«Lancel tiene peor aspecto que mi padre. —Sólo tenía diecisiete años, pero aparentaba setenta, con el rostro macilento y demacrado, las mejillas y los ojos hundidos, y el pelo tan claro y quebradizo como la paja—. ¿Cómo es posible que Lancel siga entre los vivos y Tywin Lannister haya muerto? ¿Es que los dioses se han vuelto locos?»

Lord Gyles tosía más que de costumbre y se cubría la nariz con un cuadrado de seda roja.

«A él también le llega el olor.» El Gran Maestre Pycelle había cerrado los ojos. «Como se haya quedado dormido lo mandaré azotar, lo juro.» A la derecha del féretro estaban arrodillados los Tyrell: el señor de Altojardín, su repulsiva madre y su insípida esposa, su hijo Garlan y su hija Margaery. «La reina Margaery», se recordó: la viuda de Joff y futura esposa de Tommen. Margaery se parecía mucho en lo físico a su hermano, el Caballero de las Flores. La Reina se preguntó si tendrían otras cosas en común. «Nuestra pequeña se hace acompañar por muchas damas, día y noche. —En aquel momento estaban con ella; eran casi una docena. Cersei examinó sus rostros—. ¿Cuál es la más cobarde, la más caprichosa, la más desesperada por conseguir favores? ¿Cuál tendrá la lengua más suelta?» Iba a tener que averiguarlo.

Fue un alivio que los rezos terminaran por fin. El olor que despedía el cadáver de su padre parecía cada vez más fuerte. La mayoría de los asistentes tenía la delicadeza de fingir que no pasaba nada, pero Cersei se fijó en que dos primas de Lady Margaery arrugaban sus naricillas Tyrell. Mientras Tommen y ella volvían a recorrer el pasillo, le pareció que alguien susurraba «escusado» y soltaba una risita, pero cuando se giró para ver quién había hablado se encontró con un mar de rostros solemnes que la miraban inexpresivos.

«Cuando vivía no se habrían atrevido a hacer chistes sobre él. Les habría aflojado las tripas con una mirada.»

Cuando estuvieron de nuevo en la Sala de las Lámparas, los asistentes al funeral zumbaron en torno a ellos como moscones, ansiosos por ofrecerle sus inútiles condolencias. Los gemelos Redwyne le besaron la mano, y su padre, las mejillas. Hallyne el *Piromante* le prometió que una mano llameante iluminaría el cielo, sobre la ciudad, el día en que los huesos de su padre emprendieran viaje hacia el oeste. Lord Gyles le contó entre toses que había contratado a un maestro escultor para que hiciera una estatua de Lord Tywin que montaría guardia eternamente junto a la Puerta del León. Ser Lambert Turnberry se presentó con un parche en el ojo derecho y juró que lo llevaría hasta que consiguiera llevarle la cabeza del enano.

Apenas había conseguido escapar de las garras de aquel imbécil cuando se vio arrinconada por Lady Falyse de Stokeworth y su esposo, Ser Balman Byrch.

—Mi señora madre os envía su pésame, Alteza —farfulló Falyse—. Lollys tiene que guardar cama por su embarazo, y no ha querido apartarse de su lado. Os ruega que la disculpéis, y quiere que os pida... Mi madre admiraba a vuestro difunto padre más que a ningún otro hombre. Si mi hermana tuviera un hijo varón, querría ponerle por nombre Tywin, si... Si os parece bien...

Cersei se quedó mirándola, horrorizada.

—A vuestra hermana retrasada la viola medio Desembarco del Rey, ¿y Tanda quiere honrar al bastardo con el nombre de mi señor padre? Ni hablar.

Falyse retrocedió como si la hubiera abofeteado; su esposo, en cambio, se limitó a pasarse el pulgar por el espeso bigote rubio.

—Eso mismo le dije a Lady Tanda. Ya encontraremos un nombre más... eh... Más adecuado para el bastardo de Lollys, os doy mi palabra.

—Eso espero.

Cersei les dio la espalda y se alejó. Advirtió que Tommen había caído en las garras de Margaery Tyrell y su abuela. La Reina de las Espinas era tan menuda que, durante un momento, Cersei la tomó por otro niño. Antes de que pudiera rescatar a su hijo de las rosas, la presión de la multitud la situó cara a cara con su tío. Cuando la Reina le recordó la reunión que iban a tener más tarde, Ser Kevan asintió con cansancio y pidió permiso para retirarse. En cambio, Lancel se quedó allí; era la viva imagen de un hombre con un pie en la tumba.

«Pero... ¿Está entrando o saliendo?» Cersei se obligó a sonreír.

—Me alegro de ver que estás mucho más fuerte, Lancel. Los informes del maestre Ballabar eran tan espantosos que temimos por tu vida. Pero creía que ya estarías camino de Darry para ocupar tu puesto como señor.

Tras la batalla del Aguasnegras, su padre había nombrado señor a Lancel, como premio para su hermano Kevan.

—Todavía no. En mi castillo hay bandidos.

La voz de su primo era tan tenue como el bigotillo que le adornaba el labio superior. Aunque el pelo se le había quedado descolorido, la pelusa del bigote seguía siendo color arena. Cersei se la había observado a menudo mientras lo tenía dentro, montándola obediente. Daba la impresión de ser una mancha, y lo solía amenazar con borrársela con el dedo mojado en saliva.

—Mi padre dice que en las tierras de los ríos hace falta una mano fuerte.
—«Lástima, porque la que van a tener es la tuya», habría querido decirle, pero sonrió
—. Y además te vas a casar.

Un gesto de melancolía torció el rostro destrozado del joven caballero.

—Con una Frey, y no la he elegido yo. Ni siquiera es doncella. Me casan con una viuda de sangre Darry. Mi padre dice que así me ganaré a los campesinos, pero todos los campesinos están muertos. —Le cogió una mano—. Es una crueldad, Cersei. Vuestra Alteza sabe que amo a...

—... a la Casa Lannister —terminó por él—. Eso no lo duda nadie, Lancel. Ojalá tu esposa te dé hijos fuertes. —«Pero que no sea su señor abuelo el que organice la boda»—. Sé que protagonizarás muchas hazañas en Darry.

Lancel asintió con tristeza evidente.

—Cuando parecía que iba a morir, mi padre llevó al Septón Supremo a mi lado para que rezara por mí. Es un buen hombre. —Los ojos de su primo estaban húmedos y brillantes; eran los ojos de un niño en un rostro de anciano—. Dice que la Madre me salvó la vida con algún propósito sagrado, para que pueda expiar mis pecados.

Cersei se preguntó cómo pensaría expiar los que había cometido con ella.

«Fue un error nombrarlo caballero, y un error aún mayor acostarme con él. —Lancel era un junco débil, y no le gustaba en absoluto que se hubiera vuelto tan piadoso; le resultaba mucho más divertido cuando intentaba ser como Jaime—. ¿Qué le habrá dicho este imbécil llorica al Septón Supremo? ¿Y qué le contará a su pequeña Frey cuando estén en la cama juntos, en la oscuridad?» Si confesaba haberse acostado con ella, eso lo podría superar. Los hombres siempre mentían sobre esas cosas, y podría atribuirlo a la fanfarronería de un muchacho impresionado por su belleza. «Pero si habla de Robert y del vino, es otra cosa...»

—La mejor manera de expiar los pecados es la oración —le dijo Cersei—. La oración silenciosa. —Dio media vuelta, dejándolo meditabundo, y fue a enfrentarse al ejército de los Tyrell.

Margaery la abrazó como a una hermana, cosa que a la Reina le pareció presuntuosa, pero no era lugar para reprochárselo. Lady Alerie y las primas se conformaron con besarle los dedos. Lady Graceford, con un embarazo ya muy avanzado, le pidió permiso para llamar Tywin a su bebé si era niño, o Lanna si era niña.

«¿Tú también? —Estuvo a punto de gemir—. El reino se va a llenar de Tywins.» Dio su consentimiento con tanta elegancia como pudo mientras fingía deleite.

La que de verdad la complació fue Lady Merryweather.

—Alteza —dijo con su sensual acento myriense—, he enviado un mensaje a mis amigos del otro lado del mar Angosto, para pedirles que detengan al Gnomo en cuanto enseñe su horrible rostro por las Ciudades Libres.

—¿Tenéis muchos amigos al otro lado de las aguas?

—Muchos en Myr, sí, y también en Lys y en Tyrosh. Son hombres poderosos.

Cersei la creyó. La myriense era muy, muy hermosa, con piernas largas, pecho abundante, suave piel aceitunada, labios voluptuosos, grandes ojos oscuros y una cabellera negra y espesa que siempre le daba el aspecto de acabar de salir de la cama.

«Hasta huele a pecado, como un loto exótico.»

—Mi único deseo y el de Lord Merryweather es servir a Vuestra Alteza y al pequeño Rey —ronroneó la mujer. Su mirada estaba tan cargada de intención que competía con el vientre de Lady Graceford.

«Es ambiciosa, y su esposo es orgulloso, pero pobre.»

—Tenemos que hablar en otro momento, mi señora. Os llamáis Taena, ¿verdad? Sois muy amable. Sé que seremos buenas amigas.

En aquel momento, el señor de Altojardín cayó sobre ella.

Mace Tyrell tenía apenas diez años más que Cersei, pero por algún motivo lo consideraba de la edad de su padre. No era tan alto como había sido Lord Tywin, aunque en los demás aspectos era más corpulento, con el pecho amplio y la barriga más amplia todavía. Tenía el pelo castaño, con la barba salpicada ya de blanco y gris. El rostro se le veía congestionado a menudo.

—Lord Tywin fue un gran hombre, un hombre extraordinario —declaró en tono solemne después de darle un beso en cada mejilla—. Mucho me temo que no volveremos a ver a nadie como él.

«Estás viendo a alguien como él, imbécil —pensó Cersei—. La que está delante de ti es su hija.» Pero necesitaba a los Tyrell y el poder de Altojardín para conservar el trono de Tommen.

—Lo echaremos mucho de menos —se limitó a decir.

Tyrell le puso una mano en el hombro.

—No hay hombre digno de vestir la armadura de Lord Tywin, es evidente. Pero el reino debe seguir adelante; necesita un buen gobierno. Si hay algo que pueda hacer para serviros en estos momentos de dolor, Vuestra Alteza sólo tiene que decirlo.

«Si quiere ser la Mano del Rey, al menos podría tener valor para decirlo directamente. —La Reina sonrió—. Que interprete lo que quiera.»

—Sin duda, en el Dominio hace falta la presencia de mi señor.

—Mi hijo Willas está muy capacitado —replicó él, pasando por alto la obvia

indirecta—. Puede que tenga mal la pierna, pero le sobra cerebro. Y Garlan tomará pronto Aguasclaras. Entre ellos, el Dominio está en buenas manos, por si mi presencia fuera necesaria en otro lugar. El gobierno del reino es lo primero, como decía a menudo Lord Tywin. En ese sentido me alegra tener una buena noticia para Vuestra Alteza: mi tío Garth ha accedido a serviros como consejero de la moneda, tal como deseaba vuestro señor padre. En estos momentos se dirige hacia Antigua para tomar un barco. Viene acompañado por sus hijos. Lord Tywin habló también de buscarles un lugar a ellos dos, tal vez en la Guardia de la Ciudad.

La sonrisa de la Reina era tan gélida que tuvo miedo de que se le quebraran los dientes.

«Garth *el Grosero* en el Consejo Privado y sus dos bastardos en los capas doradas... ¿Acaso creen los Tyrell que les voy a entregar el reino en bandeja de oro?» Tamaña arrogancia la dejaba sin palabras.

—Garth me ha servido bien como Lord Senescal, al igual que sirvió antes a mi padre —seguía diciendo Tyrell—. Meñique tiene buen olfato para el oro, sin duda, pero Garth...

—Mi señor —interrumpió Cersei—, me temo que ha habido un malentendido. Le he pedido a Lord Gyles Rosby que sea el nuevo consejero de la moneda, y me ha hecho el honor de aceptar.

Mace se quedó mirándola.

—¿Rosby? ¿El de... la tos? Pero... Ya estaba todo acordado, Alteza. Garth viaja ya hacia Antigua.

—Entonces más vale que le enviéis un cuervo a Lord Hightower para pedirle que procure que vuestro tío no tome el barco. No nos gustaría que Garth se enfrentara al mar en otoño por nada del mundo. —Le dedicó una sonrisa encantadora.

A Tyrell se le congestionó el rostro hasta el grueso cuello.

—Pero esto es... Vuestro señor padre me aseguró... —empezó a farfullar.

En aquel momento apareció su madre y lo tomó por el brazo.

—Por lo visto, Lord Tywin no hacía partícipe a nuestra regente de sus planes, no me explico por qué. Pero no hay por qué agobiar a Su Alteza. Tiene mucha razón: debes escribir a Lord Leyton antes de que Garth tome el barco. Ya sabes que se marea al navegar y le empeoran los gases. —Lady Olenna le dedicó a Cersei una sonrisa desdentada—. La cámara del consejo olerá mejor con Lord Gyles, aunque a mí, personalmente, me distraerían tantas toses. Todos apreciamos mucho al viejo tío Garth, pero padece de flatulencia, no se puede negar. Aborrezco los malos olores. —El rostro arrugado se le arrugó aún más—. Por cierto, en el septo sagrado me llegó un olor desagradable. ¿Lo notasteis vos también?

—No —respondió Cersei con frialdad—. ¿Un olor, decís?

—Era más bien un hedor.

—Tal vez echéis de menos vuestras rosas otoñales. Ya os hemos retenido demasiado tiempo.

Cuanto antes se librara de la presencia de Lady Olenna en la corte, mejor. Sin duda, Lord Tyrell enviaría un buen número de caballeros para que escoltaran a su madre de vuelta a casa, y cuantas menos espadas de los Tyrell hubiera en la ciudad, mejor dormiría la Reina.

—Lo reconozco, extraño las fragancias de Altojardín —dijo la anciana—, pero por supuesto, no puedo marcharme hasta que vea a mi dulce Margaery casada con vuestro pequeño Tommen.

—Yo también aguardo ese día con impaciencia —intervino Tyrell—. Por cierto, Lord Tywin y yo estábamos hablando sobre fijar una fecha. Deberíamos retomar esa discusión vos y yo, Alteza.

—Muy pronto.

—Muy pronto, nos conformamos con eso —dijo Lady Olenna mientras olfateaba el aire—. Vamos, Mace, dejemos a Su Alteza con su... dolor.

«Te veré muerta, vieja —se prometió Cersei mientras la Reina de las Espinas se alejaba entre sus gigantescos guardias, un par de hombretones de más de dos varas y media de altura a los que le gustaba llamar Izquierdo y Derecho—. A ver qué tal huele tu cadáver.» La anciana era mucho más inteligente que su señor hijo, eso era evidente.

La Reina rescató a su hijo de Margaery y sus primas, y se dirigió hacia las puertas. En el exterior había escampado por fin. El aire otoñal tenía un olor dulce y fresco. Tommen se quitó la corona.

—Póntela otra vez —le ordenó Cersei.

—Es que me da dolor de cuello —respondió el niño, pero obedeció—. ¿Me voy a casar pronto? Margaery dice que en cuanto nos casemos podremos irnos a Altojardín.

—No vas a ir a Altojardín, pero puedes volver al castillo a caballo. —Cersei hizo un ademán a Ser Meryn Trant para que se acercara—. Traed una montura para Su Alteza y preguntadle a Lord Gyles si me hace el honor de compartir mi litera.

Los acontecimientos se desarrollaban más deprisa de lo que había previsto; no había tiempo que perder.

A Tommen le encantó la idea de ir a caballo, y por supuesto, Lord Gyles se sintió honrado por su invitación... Aunque cuando le propuso que aceptara el cargo de consejero de la moneda empezó a toser con una violencia tal que Cersei temió que se le muriera allí mismo. Pero la Madre fue misericordiosa, y al final, Gyles se recuperó lo suficiente para aceptar, y hasta empezó a toser los nombres de personas a las que quería reemplazar: agentes de aduanas y prestamistas del gremio textil nombrados por Meñique, e incluso uno de los Guardianes de las Llaves.

—Ponedle a la vaca el nombre que queráis; a mí lo que me interesa es que fluya

la leche. Y si alguien os pregunta, ayer os unisteis al Consejo.

—Aye... —Se dobló con un ataque de tos—. Ayer. Claro, claro.

Lord Gyles tosió cubriendose la boca con un pañuelo de seda roja, como si quisiera ocultar la sangre de la saliva. Cersei fingió que no se daba cuenta.

«Cuando muera, ya me buscaré a otro.» Tal vez debería hacer volver a Meñique. La Reina no creía que se permitiera a Petyr Baelish seguir como Lord Protector del Valle mucho tiempo, tras la muerte de Lysa Arryn. Según Pycelle, los señores del Valle ya estaban agitados.

«En cuanto le quiten a ese desgraciado crío, Lord Petyr volverá arrastrándose.»

—¿Alteza? —Lord Gyles tosió y se secó la boca—. ¿Puedo...? —Tosió de nuevo—. ¿... preguntar quién...? —Se sacudió con otra serie de toses—. ¿... quién será la Mano del Rey?

—Mi tío —respondió, distraída.

Fue un alivio ver las puertas de la Fortaleza Roja alzarse ante ella. Dejó a Tommen al cuidado de sus escuderos y se retiró a descansar a sus habitaciones.

Apenas se había quitado los zapatos cuando Jocelyn entró con timidez para decirle que Qyburn estaba fuera y le suplicaba audiencia.

—Que pase —ordenó la Reina.

«Un gobernante no descansa.»

Qyburn era viejo, pero todavía tenía más ceniza que nieve en el pelo, y las arrugas de expresión en torno a la boca denotaban que reía a menudo y lo hacían parecer el abuelo favorito de una niña. «Un abuelo un tanto desaliñado, eso sí.» Llevaba el cuello de la túnica deshilachado; una manga había tenido un roto y estaba mal zurcida.

—Suplico a vuestra Alteza que disculpe mi aspecto —dijo—. He estado abajo, en los calabozos, haciendo indagaciones sobre la fuga del Gnomo, como ordenasteis.

—¿Y qué habéis descubierto?

—La noche en que desaparecieron Lord Varys y vuestro hermano desapareció también un tercer hombre.

—Sí, el carcelero. ¿Qué pasa con él?

—Se llamaba Rugen y estaba al cargo de las celdas negras. El carcelero jefe dice que era corpulento, siempre iba mal afeitado y refunfuñaba mucho. Lo había nombrado el viejo rey Aerys, e iba y venía a su antojo. Las celdas negras no han estado ocupadas a menudo en los últimos años. Por lo visto, los otros carceleros le tienen miedo, pero ninguno sabía gran cosa de él. No tenía amigos ni parientes. No bebía ni frecuentaba burdeles. La celda donde dormía era húmeda, horrorosa. La paja donde se acostaba estaba llena de moho, y el orinal estaba lleno a rebosar.

—Eso ya lo sabía. —Jaime había examinado la celda de Rugen, y luego la volvieron a examinar los capas doradas de Ser Addam.

—Sí, Alteza —asintió Qyburn—, pero ¿sabíais que bajo ese orinal hediondo había una losa suelta, que tapaba una oquedad? La clase de lugar donde uno escondería sus objetos de valor si no quisiera que nadie los encontrara.

—¿Objetos de valor? —Aquello era nuevo—. ¿Monedas, por ejemplo? —Desde el principio había sospechado que Tyrion había logrado comprar a su carcelero.

—No me cabe duda. El agujero estaba vacío cuando lo encontré, claro. Rugen debió de llevarse su mal habido tesoro cuando huyó. Pero mientras examinaba el agujero a la luz de la antorcha, vi algo que brillaba, así que excavé un poco en la tierra y lo saqué. —Qyburn extendió la mano abierta—. Una moneda de oro.

De oro, sí, pero nada más verla, Cersei se dio cuenta de que algo fallaba.

«Demasiado pequeña —pensó—. Demasiado fina.» Era una moneda vieja, desgastada. En la cara se veía el rostro de un rey de perfil, y en la cruz, la huella de una mano.

—No es un dragón —dijo.

—No —corroboró Qyburn—. Data de antes de la Conquista, Alteza. El rey es Garth XII, y la mano es el blasón de la Casa Gardener.

«De Altojardín. —Cersei apretó la moneda en el puño—. ¿Qué traición es esta?» Mace Tyrell había sido uno de los jueces de Tyrion y había exigido su muerte. «¿Sería una estratagema? ¿Es posible que estuviera compinchado con el Gomo desde el principio, que conspirase para matar a mi padre?» Desaparecido Tywin Lannister, Lord Tyrell era el candidato más probable al cargo de Mano del Rey, pero aun así...

—No hables de esto con nadie —ordenó.

—Vuestra Alteza puede confiar en mi discreción. Todo hombre que cabalgue con una compañía de mercenarios aprende a controlar la lengua; de lo contrario, no la conserva mucho tiempo.

—En mi compañía sucede lo mismo. —La Reina dejó la moneda. Ya pensaría sobre eso más adelante—. ¿Qué hay del otro asunto?

—Ser Gregor. —Qyburn se encogió de hombros—. Lo he examinado, como ordenasteis. El veneno de la lanza de la Víbora era oriental, de manticora, me jugaría la vida.

—Pycelle dice que no. Le explicó a mi padre que el veneno de manticora mata en el momento en que llega al corazón.

—Y así es. Pero este veneno lo espesaron no sé cómo, tal vez para retrasar la muerte de la Montaña.

—¿Qué? ¿Que lo espesaron? ¿Con alguna otra sustancia?

—Puede ser como indica Vuestra Alteza, aunque en casi todos los casos, al adulterar un veneno sólo se consigue mitigar su potencia. Puede que la causa sea... digamos que... menos natural. Tal vez un hechizo.

«¿Qué pasa? ¿Este es tan imbécil como Pycelle?»

—¿Me estás diciendo que la Montaña se muere por un hechizo de magia negra?

Qyburn hizo caso omiso de su tono burlón.

—Se muere por el veneno, pero muy despacio, con una agonía insopportable.

Todos mis esfuerzos por aliviar su dolor han sido tan infructuosos como los de Pycelle. Mucho me temo que Ser Gregor está demasiado acostumbrado a la amapola. Su escudero dice que sufre terribles dolores de cabeza, y que bebe la leche de la amapola tan a menudo como otros hombres beben cerveza. Sea como sea, las venas se le han puesto negras de la cabeza a los pies, sus orines están llenos de pus, y el veneno le ha abierto en el costado un agujero tan grande como mi puño. Si queréis que sea sincero, me maravilla que siga con vida.

—¿Será por su tamaño? —sugirió la Reina con el ceño fruncido—. Gregor es muy corpulento. Y muy idiota. Por lo visto, demasiado idiota para saber cuándo se tiene que morir. —Tendió la copa, y Senelle se la volvió a llenar—. Sus gritos asustan a Tommen. Hasta a mí me despertaron una vez. Ya va siendo hora de que haga llamar a Ilyn Payne.

—Tal vez podría trasladar a Ser Gregor a las mazmorras, Alteza —propuso Qyburn—. Allí no os molestarían los gritos, y yo tendría más libertad para encargarme de él.

—¿Encargaros de él? —Se echó a reír—. Que se encargue de él Ser Ilyn.

—Si eso que lo deseáis, Alteza... —Qyburn se encogió de hombros—. Pero ese veneno... Sería útil saber más sobre él, ¿no os parece? Como dice el pueblo, enviad a un caballero para matar a un caballero, enviad a un arquero para matar a un arquero. Para combatir las artes negras...

No terminó la frase, sino que se limitó a sonreírle.

«No es Pycelle, desde luego.» La Reina lo miró intrigada.

—¿Por qué te quitaron la cadena en la Ciudadela?

—Los archimaestres son todos unos cobardes en el fondo. Marwyn los llamaba el rebaño gris. Yo era un sanador tan hábil como Ebrose, pero aspiraba a sobrepasarlo. Durante cientos de años, los hombres de la Ciudadela han abierto los cuerpos de los muertos para estudiar la naturaleza de la vida. Yo quería comprender la naturaleza de la muerte, así que abrí los cuerpos de los vivos. El rebaño gris me deshonró por ese crimen y me obligó a exiliarme. Pero comprendo la naturaleza de la vida y de la muerte mejor que nadie en toda Antigua.

—¿De verdad? —Seguía intrigada—. Muy bien. Dejo a la Montaña en tus manos. Haz con él lo que quieras, pero restringe tus estudios a las celdas negras. Y cuando muera, tráeme su cabeza. Mi padre se la prometió a Dorne. Sin duda, el príncipe Doran preferiría matar a Gregor en persona, pero todos sufrimos decepciones en esta vida.

—Muy bien, Alteza. —Qyburn carraspeó para aclararse la garganta—. Lo malo es que no estoy tan bien provisto como Pycelle. Necesitaría adquirir ciertos utensilios...

—Daré instrucciones a Lord Gyles para que te proporcione el oro que necesites. Y cómbrate también ropa nueva; tienes aspecto de acabar de salir del Lecho de Pulgas. —Lo miró a los ojos. ¿Hasta qué punto se atrevía a confiar en aquel hombre? —. Ni que decir tiene que las cosas se pondrán muy feas para ti si se sabe algo de tus... actividades.

—Despreocupaos, Alteza. —Qyburn le dedicó su sonrisa más tranquilizante—. Vuestros secretos están a salvo conmigo.

Cuando quedó a solas de nuevo, Cersei se sirvió una copa de vino y la bebió junto a la ventana mientras observaba como se alargaban las sombras por el patio. No dejaba de pensar en la moneda.

«Oro procedente del Dominio. ¿Cómo pudo llegar oro procedente del Domino a manos de un carcelero de Desembarco del Rey, a menos que fuera el pago por ayudar a matar a mi padre?»

Por mucho que lo intentara, no podía recordar la cara de Lord Tywin sin ver aquella sonrisita tonta y recordar el olor hediondo que despedía su cadáver. Tal vez Tyrion estuviera también detrás de aquello.

«Es una maldad pequeña y cruel, igual que él. —¿Sería posible que Tyrion hubiera convertido a Pycelle en su marioneta?—. Metió al viejo en las celdas negras, que estaban bajo el control de ese tal Rugen. —Todo parecía interrelacionado de una manera que no le gustaba nada—. El nuevo Septón Supremo también fue cosa de Tyrion —recordó de repente—, y el pobre cadáver de mi padre ha estado a su cargo desde la noche hasta el amanecer.»

Su tío llegó puntualmente al anochecer. Vestía un jubón acolchado de lana color carbón, tan sombrío como su rostro. Como todos los Lannister, Ser Kevan era de piel clara y pelo rubio, aunque a sus cincuenta y cinco años lo había perdido casi por completo. Nadie lo habría considerado atractivo. Tenía la cintura gruesa y los hombros caídos, y la mandíbula cuadrada y protuberante que la rala barbita amarilla no lograba ocultar hacía que a Cersei le pareciera un viejo mastín. Pero un mastín viejo y leal era exactamente lo que necesitaba.

Tomaron una cena sencilla a base de remolachas, pan y carne poco hecha, regada con una frasca de vino tinto de Dorne. Ser Kevan casi no dijo nada y apenas bebió unos tragos.

«Está demasiado absorto —pensó—. Le hace falta empezar a trabajar para dejar atrás el dolor.»

Eso le dijo cuando los criados recogieron los restos de la comida y se retiraron.

—Sé cuánto contaba contigo mi padre, tío. Ahora yo tengo que hacer lo mismo.

—Necesitas una Mano, y Jaime te ha dicho que no —replicó él.

«Es directo. Muy bien.»

—Jaime... Con la muerte de mi padre me sentía tan perdida que casi no sabía lo que decía. Jaime es valiente, pero seamos sinceros, es un poco tonto. Tommen necesita a un hombre más curtido. Alguien mayor...

—Mace Tyrell es mayor.

La ira hizo que se le dilataran las fosas nasales.

—Jamás. —Cersei se retiró un mechón de pelo de la frente—. Los Tyrell se están extralimitando.

—Sería una tontería que convirtieras a Mace Tyrell en tu Mano —reconoció Kevan—, pero más tonta serías todavía si lo convirtieras en tu enemigo. Ya me he enterado de lo que pasó en la Sala de las Lámparas. Mace no debería haber sacado un asunto como ese en público, pero aun así, no hiciste bien en avergonzarlo delante de la mitad de la corte.

—Siempre será mejor eso que soportar a otro Tyrell en el Consejo. —El reproche la había molestado—. Rosby será un buen consejero de la moneda. Ya has visto cómo es su litera, llena de tallas y cortinajes de seda. Sus caballos llevan mejores ropajes que la mayoría de los caballeros. A un hombre tan rico no le costará encontrar oro. En cuanto al cargo de Mano... ¿Quién mejor para terminar el trabajo de mi padre que el hermano que compartió con él todos sus consejos?

—Todo hombre necesita alguien en quien poder confiar. Tywin me tenía a mí, igual que antes tuvo a tu madre.

—La amaba de verdad. —Cersei se negaba a pensar en la puta que habían hallado muerta en su cama—. Sé que ahora están juntos.

—Los dioses lo quieran. —Ser Kevan estudió su rostro un largo momento antes de responder—. Me pides mucho, Cersei.

—No más que mi padre.

—Estoy cansado. —Su tío cogió la copa de vino y bebió un trago—. Tengo una esposa a la que no he visto desde hace dos años, un hijo muerto al que llorar y otro a punto de casarse y asumir su título de señor. Hay que fortificar de nuevo el castillo de los Darry; hay que proteger sus tierras, arar los campos quemados y volverlos a plantar. Lancel necesita mi ayuda.

—Tommen también. —Cersei no había pensado que tendría que convencer a Kevan. «Nunca se hizo de rogar con mi padre»—. El reino te necesita.

—El reino. Claro. Y la Casa Lannister. —Bebió otro trago—. Muy bien. Me quedaré y serviré a Su Alteza, el Rey...

—Excelente —empezó a decir ella, pero Ser Kevan alzó la voz para interrumpirla.

—... siempre que me nombres regente además de Mano, y te vayas a Roca

Casterly.

Durante un instante, Cersei no pudo hacer nada más que mirarlo.

—La regente soy yo —le recordó.

—Lo eras. Tywin no pensaba dejarte seguir en ese cargo. Me contó que planeaba enviarte de vuelta a la Roca y buscarme otro marido.

Cersei sintió que la rabia la ahogaba.

—Algo de eso dijo, sí. Y yo le respondí que no quería volver a casarme.

Su tío permaneció impasible.

—Si estás segura de que no quieres volver a casarte, no te obligaré, pero respecto a lo otro, ahora eres la señora de Roca Casterly, y tu lugar está allí.

«¿Cómo te atreves?», habría querido gritar.

—También soy la reina regente —dijo—. Mi lugar está al lado de mi hijo.

—Tu padre no opinaba lo mismo.

—Mi padre está muerto.

—Para mi pesar y para la desolación de todo el reino. Abre los ojos, Cersei, mira a tu alrededor. El reino está en ruinas. Tywin podría haberlo arreglado todo, pero...

—¡Yo me encargaré de arreglarlo todo! —Cersei hizo un esfuerzo por suavizar el tono—. Con tu ayuda, tío. Si me sirves con tanta lealtad como serviste a mi padre...

—Tú no eres tu padre. Y Tywin siempre consideró a Jaime su legítimo heredero.

—Jaime... Jaime ha hecho votos. Jaime no piensa nunca, se ríe de todo y de todos, y siempre dice lo primero que se le pasa por la cabeza. Jaime es un tonto guapo.

—Pero fue el primero en el que pensaste para ocupar el cargo de Mano del Rey. ¿En qué lugar te deja eso, Cersei?

—Ya te lo he dicho, estaba loca de pena, no pensaba...

—No —coincidió Ser Kevan—. Y por eso debes volver a Roca Casterly y dejar al Rey con los que sí piensan.

Cersei se puso en pie.

—¡El Rey es mi hijo!

—Sí —dijo su tío—. Y por lo que vi a Joffrey, tu incompetencia como madre sólo es comparable a tu ineptitud como gobernante.

Ella le tiró a la cara el contenido de la copa de vino.

Ser Kevan se levantó con pausada dignidad.

—Alteza. —El vino le corría por las mejillas y le goteaba de la barba recortada—. ¿Me das permiso para retirarme?

—¿Con qué derecho te atreves a imponerme condiciones? No eres más que uno de los caballeros de la Casa de mi padre.

—No poseo tierras, cierto, pero en cambio, tengo ciertos ingresos, y también cofres de monedas. Mi padre no olvidó a ninguno de sus hijos antes de morir, y

además, Tywin sabía recompensar los buenos servicios. Doy de comer a doscientos caballeros y en caso de necesidad puedo doblar ese número. Hay jinetes libres que seguirían mi estandarte, y tengo el oro necesario para contratar mercenarios. No harías bien en tomarme a la ligera, Alteza... Y menos todavía en convertirme en tu enemigo.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy aconsejando. Si no quieres cederme la regencia, nómbrame castellano de Roca Casterly y elige como Mano del Rey a Mathis Rowan o a Randyll Tarly.

«Los dos banderizos de la Casa Tyrell. —La sugerencia la dejó sin palabras—. «¿Lo habrán comprado? ¿Habrá aceptado oro de los Tyrell para traicionar a la Casa Lannister?»

—Mathis Rowan es sensato y prudente; la gente lo quiere —siguió su tío, abstraído—. Randyll Tarly es el mejor soldado del reino. No sería buena Mano en tiempos de paz, pero tras la muerte de Tywin no hay mejor hombre para acabar con esta guerra. Lord Tyrell no podrá ofenderse si eliges Mano a uno de sus banderizos. Tanto Tarly como Rowan son muy hábiles, y también leales. Elige a cualquiera de los dos y será tuyo para siempre. Te harás fuerte y debilitarás la posición de Altojardín, y encima, Mace te tendrá que dar las gracias. —Se encogió de hombros—. Ese es mi consejo; síguelo o no, como quieras. Por mí, puedes nombrar Mano al Chico Luna. Mi hermano ha muerto. Lo voy a llevar a casa.

«Traidor —pensó—. Cambiacapas.» ¿Cuánto le habría pagado Mace Tyrell?

—Abandonas a tu Rey cuando más te necesita —le dijo—. Abandonas a Tommen.

—Tommen tiene a su madre. —Los ojos verdes de Ser Kevan le sostuvieron la mirada sin parpadear. Una última gota de vino tremoló húmeda y roja bajo su barbilla antes de caer por fin—. Sí —añadió en voz baja tras una pausa—, y creo que también a su padre.

JAIMÉ (1)

Ser Jaime Lannister, de blanco de los pies a la cabeza, estaba junto al féretro de su padre con los cinco dedos en torno al puño de un mandoble dorado.

Con la caída de la noche, el interior del Gran Septo de Baelor se tornaba oscuro y espectral. Los últimos restos de luz entraban por las altas vidrieras y bañaban las imponentes estatuas de los Siete con un tenue brillo rojizo. En torno a sus altares titilaban las velas, mientras las sombras se cerraban ya en las capillas y se arrastraban silenciosas por los suelos de mármol. Los ecos de los rezos fueron muriendo a medida que salían los últimos asistentes a la ceremonia.

Balon Swann y Loras Tyrell se demoraron mientras los demás partían.

—Nadie puede montar guardia siete días y siete noches —dijo Ser Balon—.
¿Cuánto fue la última vez que dormisteis, mi señor?

—Cuando mi señor padre estaba vivo —replicó Jaime.

—Permitidme que monte guardia esta noche —se ofreció Ser Loras.

—No era vuestro padre. —«Vos no lo matasteis. Yo sí. Fue Tyrion quien soltó la saeta de la ballesta que lo mató, pero porque yo solté a Tyrion»—. Dejadme.

—Como ordene mi señor —dijo Swann.

Por su expresión, era obvio que Ser Loras habría seguido objetando, pero Ser Balon lo cogió por el brazo y se lo llevó. Jaime escuchó los ecos de sus pisadas mientras se alejaban. Y así volvió a quedarse a solas con su señor padre, entre las velas, los cristales y el nauseabundo olor dulzón de la muerte. Le dolía la espalda por el peso de la armadura, y casi no sentía las piernas. Cambió de postura y apretó los dedos en torno al puño del mandoble dorado. No podía esgrimir una espada, pero sí sostenerla. Le dolía la mano ausente. Casi tenía gracia. Sentía más la mano que había perdido que el resto del cuerpo que le quedaba.

«Mi mano tiene hambre de espada. Necesito matar a alguien. A Varys, para empezar, pero antes tengo que dar con la roca bajo la que se esconde.»

—Le ordené al eunuco que lo llevara a un barco, no a tus habitaciones —le explicó al cadáver—. Sus manos están tan manchadas de sangre como las... Como las de Tyrion.

«Sus manos están tan manchadas de sangre como las mías. —Eso era lo que había querido decir, pero las palabras se le atravesaban en la garganta—. Varys hizo lo que hizo porque yo se lo ordené.»

Aquella noche, cuando por fin había decidido que no dejaría morir a su hermano pequeño, había aguardado en las habitaciones del eunuco. Mientras esperaba se dedicó a afilar el puñal con una mano; el sonido del acero contra la piedra le proporcionaba un extraño alivio. Cuando oyó las pisadas se situó junto a la puerta. Varys entró envuelto en una nube de talco y espliego. Jaime se puso tras él, le dio una

patada en la corva, se arrodilló sobre su pecho y le puso el cuchillo bajo la papada blanca, obligándolo a levantar la cabeza.

—Vaya, Lord Varys —dijo en tono cordial—, no esperaba encontráros aquí.

—¿Ser Jaime? —jadeó Varys—. Me estáis asustando.

—Esa es mi intención. —Retorció el puñal, y un hilillo de sangre corrió por la hoja—. Estaba pensando que podríais ayudarme a sacar a mi hermano de la celda antes de que Ser Ilyn le corte la cabeza. Ya, ya sé que es una cabeza fea, pero el caso es que no tiene otra.

—Sí... Bueno... Si tenéis la amabilidad... de apartar esa hoja... Sí, con cuidado, por favor, mi señor... Oh, estoy herido... —El eunuco se rozó el cuello y contempló boquiabierto la sangre que le manchaba los dedos—. Siempre he aborrecido la visión de mi propia sangre.

—Pronto tendréis mucho que aborrecer si no me ayudáis.

Varys se incorporó con dificultades.

—Si vuestro hermano... Si el Gnomo desapareciera de su celda habría muchas preguntas. Mi vida correría peligro...

—Vuestra vida está en mis manos. No me importa qué secretos guardéis; si Tyrion muere, vos lo seguiréis. Os lo prometo.

—Oh. —El eunuco se lamió la sangre de los dedos—. Me pedís que haga algo terrible: que libere al Gnomo, que mató a nuestro amado Rey. ¿O creéis que es inocente?

—Inocente o culpable, da igual —respondió Jaime como el imbécil que era—. Un Lannister siempre paga sus deudas.

Con qué facilidad le habían salido las palabras.

Desde entonces no había vuelto a dormir. Constantemente volvía a ver a su hermano, la sonrisa del enano bajo los restos de la nariz mientras la luz de la antorcha le lamía el rostro.

—Eres un pobre idiota tullido —le había espetado con la voz ronca de odio—. Cersei es una zorra mentirosa. Ha estado follando con Lancel y con Osmund Kettleblack y, por lo que yo sé, puede que se tire hasta al Chico Luna. Y yo soy el monstruo que todos dicen. Sí, maté al canalla de tu hijo.

«No dije que pensara matar a nuestro padre. Lo habría detenido. Así, el asesino de su propia sangre sería yo, no él.»

Jaime se preguntaba dónde se habría escondido Varys. El consejero de los rumores había tenido la sensatez de no volver a sus habitaciones, y tras registrar la Fortaleza Roja no habían dado con él. Tal vez el eunuco se hubiera embarcado con Tyrion en vez de quedarse para responder preguntas incómodas. Si era así, los dos ya estarían muy lejos, en alta mar, compartiendo una frasca de vino dorado del Rejo en el camarote de una galera.

«A menos que mi hermano matara también a Varys y su cadáver se esté pudriendo bajo el castillo.» En tal caso, tal vez pasarían años antes de que encontraran sus huesos.

Jaime había bajado con una docena de guardias, todos con antorchas, cuerdas y farolillos. Recorrieron a tientas durante horas los pasadizos retorcidos, se arrastraron por espacios angostos, cruzaron puertas ocultas, bajaron por escaleras secretas y por huecos que llevaban a la oscuridad más absoluta. Nunca se había sentido tan tullido. Hay muchas cosas que parecen pan comido cuando se tienen dos manos. Las escalas, por ejemplo. Ni siquiera le resultaba fácil gatear; por algo consistía en avanzar sobre las manos, en plural, y las rodillas. Tampoco podía sujetar una antorcha mientras trepaba, como hacían los demás.

Y todo en vano. Sólo encontraron oscuridad, polvo y ratas.

«Y dragones al acecho, allí abajo.» Recordaba el brillo anaranjado de las ascuas en la boca del dragón de hierro. El brasero caldeaba una estancia de la base de un pozo donde convergía media docena de túneles. En el suelo había un desgastado mosaico que representaba al dragón de tres cabezas de la Casa Targaryen, en baldosines rojos y negros.

«Te conozco, Matarreyes —parecía decirle la bestia—. Siempre he estado aquí, esperando tu llegada.» Y a Jaime le había parecido reconocer aquella voz, el tono férreo que había tenido la voz de Rhaegar, príncipe de Rocadragón.

El viento soplaban con fuerza el día en que se despidió de Rhaegar en el patio de la Fortaleza Roja. El príncipe llevaba una armadura negra como la noche, con el dragón de tres cabezas dibujado con rubíes incrustados en la coraza.

—Alteza —le había suplicado Jaime—, que se quede Darry a guardar al Rey esta vez, o Ser Barristan, si lo preferís. Sus capas son tan blancas como la mía.

El príncipe Rhaegar negó con la cabeza.

—Mi señor padre teme al vuestro más que a nuestro primo Robert. Quiere teneros cerca para que Lord Tywin no le haga daño alguno. No le quitaré esa muleta en este momento tan terrible.

La ira ahogaba a Jaime.

—No soy una muleta. Soy un caballero de la Guardia Real.

—En ese caso, guardad al Rey —le espetó Jon Darry—. Cuando os ceñisteis esa capa prometisteis obedecer.

Rhaegar había puesto una mano en el hombro de Jaime.

—Cuando acabe la batalla tengo intención de reunir al consejo. Habrá cambios. Hace tiempo que pensaba hacerlo, pero... En fin, no sirve de nada hablar de los caminos que no tomamos. Cuando regrese, hablaremos.

Fueron las últimas palabras que le dijo Rhaegar Targaryen. Al otro lado de las puertas se había reunido un ejército, y otro descendía ya por el Tridente. Y así, el

príncipe de Rocadragón montó a caballo, se puso el alto yelmo negro y cabalgó hacia su destino.

«No sabía cuánta razón tenía. Cuando terminó la batalla hubo cambios.»

—Aerys creía que, si me tenía cerca, no le pasaría nada malo —le dijo al cadáver de su padre—. ¿A que tiene gracia?

Lo mismo debía de pensar Lord Tywin; su sonrisa era más amplia que antes.

«Parece que disfruta con lo de estar muerto. —Era extraño, pero no sentía pena alguna—. ¿Dónde están mis lágrimas? ¿Dónde está mi rabia?» Si algo no le había faltado nunca a Jaime Lannister era eso, rabia.

—Padre —le dijo al cadáver—, tú fuiste quien me dijo que las lágrimas eran señal de debilidad en un hombre, así que no esperarás que llore por ti.

Aquella mañana había desfilado ante el féretro un millar de grandes damas y señores, y después del mediodía pasaron también varios miles de personas del pueblo llano. Todos llevaban ropa oscura y tenían una expresión solemne, pero Jaime sospechaba que muchos de ellos estaban encantados de presenciar la caída de un gran hombre. Incluso en el oeste, Lord Tywin era más respetado que querido, y Desembarco del Rey recordaba todavía el Saqueo.

De todos los asistentes al funeral, el Gran Maestre Pycelle parecía el más compungido.

—He servido a seis reyes —le dijo a Jaime tras la segunda ceremonia, mientras arrugaba la nariz al lado del cadáver—, pero aquí yace el hombre más grande que jamás he conocido. Lord Tywin no llevaba corona, pero tenía todo lo que debe tener un rey.

Sin la barba, Pycelle no sólo parecía viejo, sino también débil.

«Afeitarlo fue lo más cruel que le pudo hacer Tyrion», pensó Jaime, que sabía lo que era perder una parte de uno mismo, una parte que hace de alguien lo que es. Pycelle había lucido una barba magnífica, blanca como la nieve y suave como la lana de un corderillo, muy espesa. Le cubría las mejillas y la barbilla, y le llegaba casi hasta el cinturón. El Gran Maestre solía acariciársela mientras pontificaba. Le proporcionaba un aura de sabiduría y ocultaba todo tipo de cosas desagradables: la piel flácida bajo la mandíbula de anciano, la boca pequeña en la que faltaban varios dientes, las verrugas, las arrugas y las abundantes manchas de la edad. Pycelle trataba de que le creciera de nuevo, pero no lo conseguía. De las mejillas arrugadas y del pellejo que tenía bajo la mandíbula sólo le brotaban mechones ralos a través de los cuales Jaime le veía la piel rosada llena de manchas.

—He visto cosas espantosas en mis tiempos, Ser Jaime —dijo el anciano—. Guerras, batallas, asesinatos horribles... No era más que un niño que vivía en Antigua cuando la peste gris se llevó a media ciudad y a tres cuartas partes de los habitantes de la Ciudadela. Lord Hightower quemó todos los barcos del puerto, cerró las puertas

y ordenó a sus guardias que mataran a todos aquellos que intentaran huir, fueran hombres, mujeres o niños de pecho. Cuando pasó la peste acabaron con él. El mismo día en que reabrió el puerto lo desmontaron de su caballo y lo degollaron, al igual que a su hijo. Aún a día de hoy, los ignorantes de Antigua escupen cuando se pronuncia su nombre, pero Quenton Hightower hizo lo que había que hacer. Vuestro padre también era así: un hombre que hacía lo que había que hacer.

—¿Por eso parece tan satisfecho consigo mismo?

Los vapores que desprendía el cadáver hacían que a Pycelle le llorasen los ojos.

—La carne... A medida que la carne se seca, los músculos se tensan y tiran de los labios hacia arriba. No es una sonrisa; es un... Un síntoma de la sequedad, nada más.

—Parpadeó para disipar las lágrimas—. Disculpadme, por favor. Estoy muy cansado.

Pycelle se dirigió hacia la salida del septo con pasos dificultosos, apoyándose en el bastón.

«Ese también se está muriendo», comprendió Jaime. No era de extrañar que Cersei lo considerase un inútil.

Aunque, a decir verdad, su querida hermana parecía pensar que la mitad de la corte estaba formada por inútiles o traidores: Pycelle, la Guardia Real, los Tyrell, el propio Jaime... Hasta Ser Ilyn Payne, el caballero silencioso que desempeñaba las funciones de verdugo. Como Justicia del Rey, las mazmorras eran responsabilidad suya. Al carecer de lengua, Payne dejaba la mayor parte de los asuntos de las mazmorras en manos de subordinados, pero aun así, Cersei lo hacía responsable de la fuga de Tyrion. «Fue cosa mía, no suya», había estado a punto de decirle Jaime. Pero en vez de confesar se había prometido averiguar cuánto pudiera del carcelero jefe, un anciano jorobado que respondía al nombre de Rennifer Mareslargos.

—Seguro que os preguntáis qué clase de nombre es ese —dijo entre risitas cuando Jaime fue a interrogarlo—. Pues un nombre muy antiguo, sí. No suelo alardear, pero por mis venas corre sangre real. Soy descendiente de una princesa. Mi padre me lo contó cuando era chiquillo. —A juzgar por las manchas de la cabeza y las canas de la barbilla, hacía muchos años que Mareslargos ya no era un chiquillo—. La princesa era el tesoro más preciado de la Bóveda de las Doncellas. Lord Puño de Roble, el gran almirante, perdió la cabeza por ella, y eso que estaba casado con otra mujer. Puso a su hijo el apellido de Mares en honor a su padre, y cuando creció se convirtió en un gran caballero; también lo fue su propio hijo, que se añadió la terminación largos para que los demás supieran que él no era bastardo. Así que tengo algo de dragón.

—Sí, he estado a punto de confundirte con Aegon *el Conquistador* —fue la respuesta de Jaime. Mares era un apellido de bastardo muy común en la zona de la bahía Aguasnegras; lo más probable era que el viejo Mareslargos descendiera de la Casa de algún caballero sin importancia, y no de una princesa—. Pero da la

casualidad de que tengo preocupaciones más apremiantes que tu linaje.

Mareslargos inclinó la cabeza.

—El prisionero desaparecido.

—Y el carcelero que falta.

—Rugen —confirmó el viejo—. Un subordinado. Estaba al mando del tercer nivel, las celdas negras.

—Dime lo que sepas de él —tuvo que responder Jaime.

«Esto es una farsa de mierda.» Sabía quién era Rugen mejor que Mareslargos.

—Desaliñado, sin afeitar, muy vulgar en el habla. Tengo que reconocer que no era de mi agrado. Rugen ya estaba aquí cuando llegué, hace doce años. Lo había nombrado el rey Aerys. La verdad es que rara vez pasaba por aquí. Ya lo señalé en los informes, mi señor. Os lo aseguro, os doy mi palabra, la palabra de un hombre de sangre real.

«Vuelve a mencionar esa sangre real y quizá la derrame», pensó Jaime.

—¿Quién leía esos informes?

—Unos iban para el consejero de la moneda; otros, para el consejero de los rumores. El carcelero jefe y la Justicia del Rey los recibían todos. Siempre se ha hecho así en las mazmorras. —Mareslargos se rascó la nariz—. Rugen estaba aquí cuando hacía falta, mi señor, eso también hay que decirlo. Las celdas negras se utilizan poco. Antes de que enviaran a vuestro hermano menor tuvimos durante un tiempo al Gran Maestre Pycelle, y antes de él al traidor Lord Stark. Hubo otros tres, que no eran nobles, Lord Stark se los entregó a la Guardia de la Noche. No me pareció buena idea soltarlos, pero los papeles estaban en orden. También lo señalé en el informe, podéis estar seguro.

—Háblame de los dos carceleros que se quedaron dormidos.

—¿Carceleros? —Mareslargos bufó—. Esos no eran carceleros. No eran más que llaverizos. La corona paga el sueldo de veinte llaverizos, mi señor, nada menos que veinte, pero en el tiempo que llevo aquí nunca hemos tenido más de doce. También se supone que tendríamos que contar con seis carceleros, dos en cada nivel, pero sólo disponemos de tres.

—¿Tú y dos más?

Mareslargos volvió a soltar un bufido.

—Yo soy el carcelero jefe, mi señor. Estoy por encima de los carceleros. A mí me corresponde llevar las cuentas. Si mi señor desea echar un vistazo a los libros verá que las cifras cuadran. —Mareslargos había consultado un gran volumen con encuadernación de cuero que tenía abierto delante—. En este momento tenemos cuatro prisioneros en el primer nivel y uno en el segundo, además de vuestro hermano. —El viejo frunció el ceño—. Que se ha fugado, claro. Es verdad. Lo tacharé.

Cogió una pluma y le hizo una incisión en el cañón para escribir.

«Seis prisioneros —pensó Jaime con amargura—, y pagamos el salario de veinte llaverizos, seis carceleros, un carcelero jefe, un encargado y la Justicia del Rey.»

—Quiero interrogar a esos dos llaverizos.

Rennifer Mareslargos dejó el cortaplumas y alzó la vista hacia Jaime, desconcertado.

—¿Interrogarlos, mi señor?

—Ya me has oído.

—Sí, mi señor, os he oido, pero... Mi señor puede interrogar a quien quiera, desde luego; no me corresponde a mí decir lo contrario. Pero, permitidme la osadía, ser, no creo que os respondan. Están muertos, mi señor.

—¿Muertos? ¿Por orden de quién?

—Pensé que por orden vuestra, o... ¿Tal vez del Rey? No pregunté. No... No me corresponde a mí interrogar a la Guardia Real.

Aquello era hurgar en la herida: Cersei había utilizado a sus propios hombres para hacer el trabajo sucio, a ellos y a sus adorados Kettleblack.

—¡Imbéciles descerebrados! —les había gritado Jaime a Boros Blount y a Osmund Kettleblack más tarde, en una celda que apestaba a sangre y muerte—. ¿Qué habéis hecho?

—Nada más que lo que se nos ordenó, mi señor. —Ser Boros era más bajo que Jaime, pero más fornido—. Lo ordenó Su Alteza. Vuestra hermana.

Ser Osmund apoyó el pulgar en el cinto.

—Nos dijo que deseaba que durmieran para siempre, así que mis hermanos y yo nos encargamos de ello.

«Y de qué manera.» Uno de los cadáveres estaba tumbado de bruces sobre la mesa, como si se hubiera desmayado tras emborracharse en un banquete, pero el charco que había bajo la cabeza era de sangre, no de vino. El segundo llaverizo había logrado apartarse del banco y sacar el puñal antes de que le clavaran una espada larga entre las costillas. Su final había sido más largo, más sucio.

«Le dije a Varys que nadie debía resultar herido en la fuga —pensó Jaime—. Se lo tendría que haber dicho a mis hermanos.»

—Ha sido un error, ser.

Ser Osmund se encogió de hombros.

—Nadie los echará de menos. Seguro que habían participado en la intriga, igual que el que ha desaparecido.

«No —habría podido decirle Jaime—. Varys les puso un somnífero en el vino.»

—En ese caso les podríamos haber sonsacado la verdad. —«Ha estado follando con Lancel y con Osmund Kettleblack y, por lo que yo sé, puede que se tire hasta al Chico Luna...»—. Si fuera desconfiado, empezaría a preguntarme por qué teníais

tanta prisa por evitar que los interrogaran. ¿Teníais que silenciarlos para ocultar vuestra participación en esto?

—¿Nosotros? —Kettleblack estuvo a punto de atragantarse—. No hemos hecho más que obedecer a la Reina. Os doy mi palabra de Hermano Juramentado.

Los dedos inexistentes de Jaime se tensaron.

—Que bajen Osney y Osflyrd, y limpiad este desastre. Y la próxima vez que mi querida hermana os ordene matar a alguien, decídmelo antes. Si no es para eso, manteneos fuera de mi vista, ser.

Las palabras retumbaron en su mente en la penumbra del septo de Baelor. Más arriba, todas las vidrieras se habían tornado negras, y alcanzaba a divisar la luz tenue de estrellas lejanas. El sol se había ocultado por completo. Pese a las velas aromáticas, el hedor de la muerte era cada vez más marcado. Aquel olor le recordaba el paso del Colmillo Dorado, donde había conseguido una victoria gloriosa en los primeros días de la guerra. La mañana siguiente a la batalla, los cuervos se dieron un festín con los cadáveres de vencedores y vencidos, igual que habían devorado a Rhaegar Targaryen después del Tridente.

«¿Cuánto vale una corona si un cuervo puede cenar carne de rey?»

Jaime estaba seguro de que en aquel momento había cuervos dando vueltas sobre las siete torres y la gran cúpula del septo de Baelor, batiendo las alas negras contra el aire de la noche, buscando alguna manera de entrar.

«Todos los cuervos de los Siete Reinos deberían rendirte homenaje, padre. Los alimentaste bien, desde Castamere hasta el Aguasnegras. —La idea pareció satisfacer a Lord Tywin; su sonrisa se hizo todavía más amplia—. Mierda, sonríe como un recién casado en la noche de bodas.»

Era una imagen tan grotesca que Jaime se echó a reír.

El sonido de la carcajada resonó entre las criptas y capillas, como si los muertos enterrados tras los muros también se estuvieran riendo.

¿Por qué no? Esto es más absurdo que una farsa de titiriteros, aquí estoy, en vigilia por el padre al que ayudé a asesinar, enviando hombres en busca del hermano al que ayudé a escapar...»

Le había ordenado a Ser Addam Marbrand que registrara la calle de la Seda.

—Mirad debajo de todas las camas; ya sabéis lo aficionado que es mi hermano a los burdeles.

Los capas doradas encontrarían cosas más interesantes bajo las faldas de las putas que bajo los lechos. Se preguntó cuántos bastardos nacerían como fruto de aquella búsqueda fútil.

Sin poder evitarlo, sus pensamientos volaron hacia Brienne de Tarth.

«Moza estúpida, testaruda, adefesio. —¿Dónde estaría?—. Dale fuerzas, Padre.» Casi una plegaria... Pero ¿invocababa al dios, al padre de todos, cuya imponente estatua

relucía a la luz de las velas al otro lado del septo? ¿O estaba rezando al cadáver que yacía ante él?

«¿Qué más da? Ni el uno ni el otro me escucharon nunca.» El Guerrero había sido el dios de Jaime desde que tuvo edad suficiente para empuñar una espada. Otros hombres podían ser padres, hijos, maridos, pero no Jaime Lannister, cuya espada era tan dorada como su cabello. Era un guerrero, y nunca sería otra cosa.

«Tendría que decirle la verdad a Cersei; debería reconocer que fui yo quien liberó a nuestro hermano de su celda.» Claro, como la verdad le había dado tan buen resultado con Tyrion... «Sí, yo maté al canalla de tu hijo, y ahora voy a matar también a tu padre.» Jaime oía las carcajadas del Gomo en la penumbra. Se volvió para mirar, pero el sonido era el eco de su risa, que volvía a él. Cerró los ojos, pero volvió a abrirlos a toda velocidad.

«No puedo dormir. —Si se dormía, tal vez soñara. Cómo se reía Tyrion...—... zorra mentirosa... follando con Lancel y con Osmund Kettleblack...»

A medianoche, las bisagras de las Puertas del Padre dejaron escapar un gemido cuando entró una hilera de varios cientos de septones. Algunos vestían túnicas de hilo de plata y llevaban guirnaldas de cristal que los señalaban como Máximos Devotos. Por las Puertas de la Madre, que daban a su convento, entraron las septas blancas, en fila de a siete, entonando cánticos con voz queda, mientras que las hermanas silenciosas llegaron de una en una bajando por los Peldaños del Desconocido. Las doncellas de la muerte vestían de gris claro y se cubrían con capuchas de manera que sólo se les veían los ojos. También llegó un grupo de monjes con túnicas marrones, castañas, color arena y hasta de lana basta sin teñir, ceñidas con sogas de cáñamo. Algunos llevaban colgado del cuello el martillo del Herrero, mientras que otros portaban cuencos mendicantes.

Ninguno de ellos le prestó la menor atención a Jaime. Hicieron el circuito del septo, rezando ante cada uno de los siete altares para honrar los siete aspectos de la deidad. Hicieron un sacrificio a cada dios y a cada uno le cantaron un himno. Sus voces se alzaban dulces, solemnes. Jaime cerró los ojos para escuchar, pero tuvo que abrirlos cuando empezó a tambalearse.

«Estoy más cansado de lo que me imaginaba. Han pasado muchos años desde mi última vigilia. Y entonces era más joven; tenía quince años.» En aquella ocasión no vestía armadura, sólo una sencilla túnica blanca. El septo donde había pasado la noche no tenía ni un tercio del tamaño de cualquiera de los siete cruceros del Gran Septo. Jaime había depositado la espada en las rodillas del guerrero, le había puesto la armadura a los pies y se había arrodillado en el duro suelo de piedra, ante el altar. Al amanecer tenía las rodillas ensangrentadas y en carne viva.

—Todo caballero debe sangrar, Jaime —le había dicho Ser Arthur Dayne al verlo—. La sangre es el sello de nuestra devoción.

Le dio un golpecito en el hombro con *Albor*, la hoja blanquecina estaba tan afilada que hasta el ligero roce bastó para atravesar la túnica de Jaime, que sangró de nuevo. Ni siquiera lo sintió. Un niño se había arrodillado; un caballero se levantaba.

«El Joven León, no el Matarreyes.»

Pero eso había sido hacía mucho tiempo, y el niño había muerto.

No se dio cuenta de en qué momento terminaron las ceremonias. Quizá se hubiera quedado dormido, a pesar de estar de pie. Cuando los devotos volvieron a salir en fila, el Gran Septo quedó de nuevo en silencio. Las velas eran una muralla de estrellas que ardían en la oscuridad, aunque el aire apestaba a muerte. Jaime estiró los dedos con los que agarraba el mandoble dorado. Quizá no habría sido mala idea dejar que Ser Loras lo relevara.

«Qué mal le habría sentado a Cersei.» El Caballero de las Flores era aún casi un niño, arrogante y vanidoso, pero tenía madera para llegar a ser grande, para llevar a cabo hazañas dignas del Libro Blanco.

El Libro Blanco lo estaría esperando cuando terminara la vigilia, abierto en mudo reproche.

«Antes de llenarlo de mentiras, romperé en pedazos esa mierda de libro.» Pero si no mentía, ¿qué podía escribir, aparte de la verdad?

Había una mujer ante él.

«Está lloviendo otra vez —pensó al ver lo empapada que estaba. El agua le corría por la capa y formaba un charco a sus pies—. ¿Cómo ha llegado aquí? No la he oído entrar.» Vestía como una moza de taberna, con una gruesa capa de lana basta mal teñida a manchas marrones, deshilachada por el dobladillo. La capucha le ocultaba el rostro, pero Jaime veía la danza de las velas en los estanques verdes de sus ojos y reconocía su manera de moverse.

—Cersei. —Hablabía despacio, como quien despierta de un sueño y aún no sabe dónde se encuentra—. ¿Qué hora es?

—Ya no es de noche, pero aún no ha amanecido. La hora del lobo, la llaman. —Su hermana se retiró la capucha e hizo una mueca—. Será la hora del lobo ahogado. —Le dedicó la más dulce de las sonrisas—. ¿Te acuerdas de la primera vez que fui a verte así? Fue en una tabernucha del callejón de la Comadreja, y me puse ropa de criada para pasar entre los guardias de nuestro padre.

—Me acuerdo. Fue en el callejón de la Anguila. —«Busca algo»—. ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Qué quieres de mí?

La última palabra resonó por todo el septo, *mimimimimimimimimimimimimimí*, languideciendo hasta convertirse en un susurro. Durante un momento se atrevió a soñar con que no buscaba más que el consuelo de sus brazos.

—Baja la voz. —Sonaba extraña, jadeante, casi alarmada—. Jaime, Kevan se ha negado. No quiere ser la Mano. Sabe... Sabe lo nuestro. Me lo ha dicho.

—¿Que se ha negado? —Aquello constituía una sorpresa—. ¿Cómo es posible que lo supiera? Habrá leído lo que escribió Stannis, pero no hay...

—Tyrion lo sabía —le recordó su hermana—. ¿Quién sabe qué habrá contado ese enano malvado, y a quién? Y el tío Kevan es lo de menos. El Septón Supremo... Tyrion lo coronó después de que muriera el gordo. Puede que también lo sepa. —Se acercó más a él—. Tienes que ser la Mano de Tommen. No me fío de Mace Tyrell. ¿Y si tuvo algo que ver con la muerte de nuestro padre? Puede que conspirase con Tyrion. Tal vez el Gomo esté de camino a Altojardín...

—No es así.

—Sé mi Mano —le suplicó—. Juntos gobernaremos los Siete Reinos, como un rey con su reina.

—Fuiste la reina de Robert. Pero no quieres ser la mía.

—Lo sería si me atreviera, pero nuestro hijo...

—Tommen no es hijo mío, igual que no lo era Joffrey. —Hablabía con tono seco—. También se los entregaste a Robert.

Su hermana se sobresaltó.

—Me juraste que siempre me amarías. Obligarme a suplicar no es amarme.

A Jaime le llegaba el olor de su miedo incluso por encima del hedor rancio del cadáver. Habría dado cualquier cosa por tomarla entre sus brazos y besarla, por enterrar el rostro en sus rizos dorados y prometerle que nadie le haría daño.

«Aquí no —pensó—, aquí no; estamos ante los dioses, ante nuestro padre.»

—No —dijo—. No puedo. No quiero.

—Te necesito. Necesito a mi otra mitad. —Jaime oía las gotas de lluvia que repiqueteaban contra los cristales, más arriba—. Tú eres yo, yo soy tú. Te necesito conmigo. Dentro de mí. Por favor, Jaime. Por favor.

Jaime echó un vistazo para asegurarse de que Lord Tywin no se levantaba del sepulcro en un ataque de ira, pero seguía inmóvil, frío, pudriéndose.

—Estoy hecho para el campo de batalla, no para la cámara del Consejo. Y puede que ahora no sirva ni para eso.

Cersei se secó las lágrimas con la desastrada manga marrón.

—Muy bien. Si quieres campos de batalla, campos de batalla te daré. —Se volvió a cubrir la cabeza con gesto furioso—. Qué idiota he sido al venir. Qué idiota fui al amarte.

Sus pisadas resonaron en el silencio y dejaron manchas húmedas en el suelo de mármol.

El amanecer pilló a Jaime casi desprevenido. Cuando el cristal de la cúpula empezó a iluminarse, las paredes, suelos y columnas se cubrieron de pronto con multitud de dibujos irisados y bañaron el cadáver de Lord Tywin con un halo multicolor. La Mano del Rey se pudría a ojos vistas. Su rostro había adquirido un

tono verdoso y tenía los ojos muy hundidos, como dos pozos negros. Se le habían abierto grietas en las mejillas, y un asqueroso líquido blanco manaba por las juntas de su espléndida armadura dorada y carmesí para convertirse en un charco bajo el cuerpo.

Los septones fueron los primeros en verlo cuando regresaron para las plegarias del amanecer. Entonaron los cánticos, rezaron las oraciones y arrugaron la nariz; un Máximo Devoto se mareó tanto que necesitó ayuda para salir del septo. Poco después llegó una bandada de novicios que agitaba incensarios, y el aire se cargó tanto que el féretro parecía envuelto en humo. Los colores se desvanecieron en la niebla perfumada, pero el hedor persistió, un olor dulzón y podrido que le provocaba arcadas a Jaime.

Cuando se abrieron las puertas, los Tyrell fueron los primeros en entrar, tal como correspondía a su alcurnia. Margaery llevaba un gran centro de rosas doradas. Lo puso ostentosamente al pie del féretro de Lord Tywin, pero se quedó con una y la sostuvo bajo la nariz mientras tomaba asiento.

«Así que es tan lista como hermosa. Será una buena reina para Tommen. Mejor que las que tuvieron otros.» Las damas de Margaery siguieron su ejemplo.

Cersei aguardó hasta que todos estuvieron sentados antes de hacer su entrada, acompañada de Tommen. Ser Osmund Kettleblack caminaba junto a ellos con su armadura esmaltada en blanco y la capa blanca de lana.

«Ha estado follando con Lancel y con Osmund Kettleblack y, por lo que yo sé, puede que se tire hasta al Chico Luna...»

Jaime había visto a Kettleblack desnudo en la sala de baños; había visto la pelambre negra de su pecho y la mata aún más recia que tenía entre las piernas. Se imaginó aquel pecho apretado contra el de su hermana, aquel vello arañando la piel suave de sus senos.

«Cersei no haría semejante cosa. El Gomo me mintió. —Oro batido y alambre negro, entremezclados, sudorosos. Las nalgas prietas de Kettleblack contrayéndose con cada embestida. Jaime oyó los gemidos de su hermana—. No... Es mentira.»

Pálida, con los ojos enrojecidos, Cersei subió por las escaleras para arrodillarse ante su padre, arrastrando a Tommen. El chico dio un paso atrás al ver aquel espectáculo, pero su madre lo agarró por la muñeca antes de que pudiera escapar.

—Reza —le susurró.

Tommen lo intentó. Pero sólo tenía ocho años, y Lord Tywin era un espanto. El Rey inhaló una bocanada desesperada y empezó a sollozar.

—¡Basta ya! —ordenó Cersei.

Tommen giró la cabeza, se dobló por la cintura y empezó a vomitar. La corona se le cayó y salió rodando por el suelo de mármol. Su madre se apartó asqueada, y el Rey echó a correr hacia la puerta tan deprisa como se lo permitían sus piernas

infantiles.

—Relevadme, Ser Osmund —ordenó Jaime con brusquedad cuando Kettleblack se volvió para recoger la corona.

Entregó al otro hombre la espada dorada y salió corriendo en pos de su rey. Le dio alcance en la Sala de las Lámparas, ante la mirada de dos docenas de sobresaltadas septas.

—Lo siento —sollozó Tommen—. Mañana lo haré mejor. Mamá dice que un rey tiene que dar ejemplo, pero es que el olor me daba arcadas.

«No puede ser. Demasiados oídos atentos, demasiados ojos mirando.»

—Será mejor que salgamos, Alteza.

Jaime llevó al chico al exterior, donde el aire estaba tan fresco y limpio como era posible en Desembarco del Rey. Cuarenta capas doradas se encontraban apostados alrededor de la plaza guardando los caballos y las literas. Se llevó al Rey a un lado, lejos de todos, y lo sentó en los peldaños de mármol.

—No tenía miedo —insistió el niño—. Es que el olor me daba arcadas. ¿No te daba arcadas a ti? ¿Cómo lo aguantabas, tío?

«Olí la podredumbre de mi propia mano cuando Vargo Hoat me obligó a llevarla al cuello.»

—Un hombre puede aguantar casi cualquier cosa si es necesario —le explicó Jaime a su hijo. «He oido a un hombre que se asaba, cuando el rey Aerys lo coció en su propia armadura»—. El mundo está lleno de cosas espantosas, Tommen. Puedes luchar contra ellas, reírte de ellas o verlas sin mirar... Escapar hacia dentro.

Tommen lo pensó un instante.

—Antes... Antes me escapaba hacia dentro, a veces —confesó—, cuando Joffy...

—Joffrey. —Cersei estaba junto a ellos; el viento le enredaba las faldas en torno a las piernas—. Tu hermano se llamaba Joffrey. Y jamás me habría avergonzado de esta manera.

—No pretendía... No tenía miedo, mamá. Es sólo que tu señor padre olía tan mal...

—¿Y crees que a mí me parecía un olor agradable? Yo también tengo nariz. —Lo cogió de la oreja para obligarlo a ponerse en pie—. Lord Tyrell tiene nariz. ¿Has visto que él vomitara en el septo sagrado? ¿Has visto a Lady Margaery lloriquear como un bebé?

—Ya basta, Cersei —dijo Jaime, poniéndose de pie.

La ira hacía que se le dilataran las fosas nasales.

—¿Ser? ¿Qué haces aquí? Creo recordar que juraste guardar vigilia junto a nuestro padre hasta que terminara el velatorio.

—Ya ha terminado. Sólo tienes que echarle un vistazo.

—No. Dijiste que siete días y siete noches. Sin duda el Lord Comandante sabrá

contar hasta siete. Sólo tienes que mirarte el número de dedos y sumar dos.

Los demás asistentes habían empezado a salir a la plaza, huyendo del olor nauseabundo del septo.

—Baja la voz, Cersei —le advirtió Jaime—. Se acerca Lord Tyrell.

Aquello la calmó. La Reina tiró de Tommen para situarlo a su lado. Mace Tyrell hizo una reverencia ante ellos.

—Espero que Su Alteza no se encuentre mal.

—El Rey se ha sentido abrumado por el dolor —replicó Cersei.

—Igual que nos sucede a todos. Si hay algo que pueda hacer...

Mucho más arriba, un cuervo lanzó un graznido. Estaba posado en la estatua del rey Baelor, cagando sobre su cabeza sagrada.

—Hay mucho que podéis hacer por Tommen, mi señor —dijo Jaime—. ¿Le haríais a Su Alteza la Reina el honor de cenar con ella tras la ceremonia de esta noche?

Cersei le lanzó una mirada asesina, pero por una vez tuvo la sensatez de morderse la lengua.

—¿Cenar? —Tyrell parecía desconcertado—. Me imagino... Claro, será un honor para nosotros. Para mi señora esposa y para mí.

La Reina se obligó a sonreír y susurrar algo amable, pero cuando Tyrell le pidió permiso para retirarse y Ser Addam Marbrand se llevó a Tommen, se volvió hacia Jaime, furiosa.

—¿Estás borracho o deliras? Dime, ¿por qué tengo que cenar con ese imbécil codicioso y su pueril esposa? —Una ráfaga de viento le agitó el cabello dorado—. No lo nombraré Mano, si es eso lo que...

—Necesitas a Tyrell —interrumpió Jaime—, pero no aquí. Pídele que capture Bastión de Tormentas para Tommen. Adúlalo, dile que lo necesitas en el campo de batalla para sustituir a nuestro padre. Mace se considera un gran guerrero. O te gana Bastión de Tormentas o la caga y queda como un imbécil. Sea como sea, tú ganas.

—¿Bastión de Tormentas? —Cersei se quedó pensativa—. Sí, pero... Lord Tyrell ha dejado claro una y otra vez que no saldrá de Desembarco del Rey hasta que Tommen se case con Margaery.

Jaime suspiró.

—Pues que se casen. Faltan años para que Tommen tenga edad para consumar el matrimonio, y hasta entonces, siempre se podrá anular. Dale su boda a Tyrell y mándalo a jugar a la guerra.

Una sonrisa cautelosa aleteó en los labios de su hermana.

—Y también hay riesgos en los asedios —murmuró—. Oye, nuestro señor de Altojardín podría perder la vida.

—Existe ese peligro —convino Jaime—. Sobre todo si se le acaba la paciencia y

decide tomar la fortaleza por asalto.

Cersei le dirigió una larga mirada.

—¿Sabes? —dijo—, durante un momento has hablado igual que nuestro padre.

BRIENNE (2)

Las puertas del Valle Oscuro estaban cerradas y atrancadas. A la escasa luz previa al amanecer, los muros de la ciudad desprendían un brillo pálido. En los baluartes, los jirones de neblina se movían como centinelas fantasmales. Ante las puertas se había reunido una docena de carromatos y carros tirados por bueyes, a la espera de que saliera el sol. Brienne ocupó su lugar detrás de unos nabos. Le dolían las pantorrillas, de modo que le resultó agradable desmontar y estirar las piernas. No pasó mucho tiempo antes de que llegara otro carromato traqueteando entre los árboles. Cuando el cielo empezó a iluminarse, la cola era ya de quinientos pasos.

Los campesinos le lanzaban miradas de curiosidad, pero nadie le dirigió la palabra.

«Tengo que ser yo la que hable con ellos —se dijo Brienne. Pero siempre le había costado entablar conversación con desconocidos. Era tímida desde pequeña, y los años de burlas y desprecios la habían hecho más tímida aún—. Tengo que preguntar por Sansa. Si no, ¿cómo la voy a encontrar?» Se aclaró la garganta.

—Buena mujer —le dijo a la campesina del carro de nabos—, puede que hayáis visto a mi hermana en el camino. Una doncella joven, de trece años, muy hermosa, con los ojos azules y el cabello castaño rojizo. Tal vez viaje con un caballero borracho.

La mujer negó con la cabeza.

—Entonces ya no es doncella, seguro —intervino su esposo—. ¿Cómo se llama esa pobre chiquilla?

Brienne se quedó en blanco. «Tendría que haberle inventado un nombre.» Cualquier nombre habría servido, pero no se le ocurrió ninguno.

—¿No tiene nombre? Bueno, los caminos están llenos de niñas sin nombre.

—Los cementerios están aún más llenos —dijo su esposa.

Cuando amaneció, los guardias se asomaron a los parapetos. Los campesinos se subieron a sus carromatos y sacudieron las riendas. Brienne también montó y echó un vistazo a sus espaldas. Casi todos los que aguardaban para entrar en el Valle Oscuro eran granjeros con cargamentos de frutas y verduras. Una docena de puestos detrás de ella había un par de ciudadanos acaudalados, a lomos de palfrenes de pura raza, y un poco más atrás divisó a un chiquillo flaco montado en un jamelgo picazo. No había ni rastro de los dos caballeros, ni de Ser Shadrich, *el Ratón Loco*.

Los guardias hacían gestos para dar paso a los carromatos sin apenas dedicarles una mirada, pero cuando Brienne llegó ante la puerta la detuvieron.

—¡Alto! —exclamó el capitán. Un par de hombres con cota de malla cruzaron las lanzas ante ella para impedirle el paso—. Decid a qué venís.

—Busco al señor del Valle Oscuro, o si no, a su maestre.

El capitán observó su escudo con atención.

—El murciélagos negro de Lothston. Ese blasón tiene mala fama.

—No es el mío. Voy a encargar que me pinten el escudo.

—¿Sí? —El capitán se rascó la barbilla mal afeitada—. Da la casualidad de que mi hermana se dedica a eso. La podéis encontrar en la casa de las puertas pintadas, la que está enfrente del Siete Espadas. —Les hizo una seña a los guardias—. Dejadla pasar, muchachos. Es una moza.

Al otro lado de la puerta había un mercado donde los que habían entrado antes de ella estaban descargando los carros y empezaban a pregonar sus nabos, sus cebollas y sus sacos de cebada. Otros vendían armas y armaduras, todo muy barato a juzgar por los precios que oyó gritar a su paso.

«Los saqueadores llegan con los cuervos carroñeros después de toda batalla.» Brienne avanzó a caballo entre cotas de malla que aún tenían pegotes de sangre seca, yelmos abollados y espadas largas melladas. También se podían comprar prendas de vestir: botas de cuero, capas de piel, jubones sucios con desgarrones muy sospechosos... Reconoció muchas de las divisas: el puño con el guantelete, el alce, el sol blanco, el hacha de doble filo... Eran todos blasones norteños. Pero también habían caído allí hombres de la casa Tarly, y muchos de las tierras de la tormenta. Vio manzanas rojas y verdes, un escudo en el que aparecían los tres relámpagos de Leygood, y una gualdrapa con las hormigas de Ambrose. El mismísimo cazador de Lord Tarly aparecía en muchos emblemas y sobretodos.

«Amigo o enemigo, a los cuervos les da igual.»

Había escudos de pino y de tilo por apenas unas monedas, pero Brienne pasó de largo; quería conservar el pesado escudo de roble que le había dado Jaime, el que él mismo había llevado de Harrenhal a Desembarco del Rey. Los escudos de pino tenían sus ventajas: eran más ligeros y, por tanto, más fáciles de transportar, y la madera blanda atrapaba con más facilidad el hacha o la espada del enemigo. Pero el roble ofrecía más protección a quien tuviera fuerzas suficientes para portarlo.

El Valle Oscuro estaba edificado en torno a su puerto. Al norte de la ciudad se alzaban acantilados de caliza; hacia el sur, un cabo rocoso protegía los barcos anclados de las tormentas que llegaban del mar Angosto. El castillo dominaba el puerto; el torreón cuadrado y las enormes torres en forma de tambor se divisaban desde cualquier punto de la ciudad. Las calles pavimentadas con guijarros estaban tan llenas de gente que era más fácil caminar que cabalgar, de manera que Brienne dejó la yegua en un establo y siguió a pie, con el escudo colgado a la espalda y el petate bajo el brazo.

No le costó dar con la casa de la hermana del capitán. El Siete Espadas era la posada más grande de la ciudad, un edificio de cuatro pisos que sobresalía entre los que lo rodeaban, y las puertas de la casa que había enfrente estaban pintadas con gran

talento. En la imagen se veía un castillo situado en un bosque otoñal, con árboles en tonos dorados y ocres. Los troncos de los robles centenarios estaban cubiertos de hiedra, y hasta las bellotas estaban pintadas con amoroso detalle. Al examinar la imagen más de cerca, Brienne vio criaturas en medio del follaje: un tímido zorro rojo, dos gorriones posados en una rama y, tras esas hojas, la sombra de un jabalí.

—Tu puerta es muy hermosa —le dijo a la mujer morena que abrió cuando llamó con los nudillos—. ¿Qué castillo es ese?

—Todos los castillos —respondió la hermana del capitán—. El único que conozco es el Fuerte Pardo, que está junto al puerto. Este me lo he inventado pensando en cómo debería ser un castillo. Tampoco he visto nunca un dragón, ni un grifo, ni un unicornio.

Su actitud era alegre, pero cuando Brienne le enseñó el escudo se le borró la sonrisa.

—Mi anciana madre me decía que, en las noches sin luna, venían de Harrenhal murciélagos gigantes y se llevaban a los niños malos para que Danelle *la Loca* los asara. A veces los oía araÑar los postigos. —Se pasó la lengua por los dientes, pensativa—. ¿Qué queréis que ponga en su lugar?

Las armas de Tarth estaban cuarteladas en cruz, con una media luna de plata en campo de azur y un sol de oro en campo de púrpura. Pero mientras la gente creyera que era una asesina, Brienne no se atrevía a llevarlas.

—Vuestra puerta me ha recordado un viejo escudo que vi en la armería de mi padre, hace mucho.

Le describió las divisas con tanto detalle como pudo recordar. La mujer asintió.

—Lo puedo pintar ahora mismo, pero luego tendrá que secarse. Tomad una habitación en el Siete Espadas, si os parece bien, y os llevaré el escudo mañana por la mañana.

Brienne no había previsto hacer noche en el Valle Oscuro, pero tal vez fuera lo mejor. No sabía si el señor de la ciudad se encontraba en el castillo, ni si accedería a recibirla. Le dio las gracias a la pintora y cruzó la calle en dirección a la posada. Encima de la puerta pendían siete espadas de madera bajo una púa de hierro. El encalado blanco que las cubría estaba desconchado y se caía a pedazos, pero Brienne sabía qué significaba: las espadas representaban a los siete hijos de Darklyn, que habían vestido las capas blancas de la Guardia Real. No había otra Casa del reino que pudiera presumir de una hazaña comparable.

«Fueron la gloria de su Casa. Y ahora son el cartel de una posada.» Entró en la sala común y le pidió al posadero una habitación y un baño.

El hombre la alojó en el segundo piso; una mujer que tenía en el rostro un antojo marrón rojizo le llevó una bañera de madera y, después, el agua cubo a cubo.

—¿Queda algún Darklyn en el Valle Oscuro? —le preguntó Brienne al tiempo

que se metía en la bañera.

—Bueno, estamos los Darke; yo, por ejemplo. En el Valle Oscuro das una patada a una piedra y sale un Darke, o un Darkwood, o un Dargood, pero los señores Darklyn han desaparecido. El último fue Lord Denys, ese jovencito alocado. ¿Sabíais que los Darklyn eran los reyes del Valle Oscuro antes de la llegada de los ándalos? Nadie lo diría al verme, pero tengo sangre real. ¿Os imagináis? Tendría que hacer que me trataran con respeto, que me dijeran «Alteza, otra jarra de cerveza, Alteza, hay que vaciar el orinal de la habitación y traer más leña, Alteza, mierda, que se apaga el fuego». —Se echó a reír y sacudió las últimas gotas del cubo—. Ya está. ¿Está el agua bien caliente?

—Así me vale.

Estaba apenas tibia.

—Os traería más, pero sobraría. Y con lo grande que sois, seguro que llenáis una bañera.

«Sólo si es tan pequeña como esta.» En Harrenhal las bañeras eran enormes, de piedra. En la casa de baños apenas se veía a través del vapor, y de esa neblina había surgido Jaime, desnudo como en el día de su nombre, mitad cadáver y mitad dios.

«Se metió en la bañera conmigo», recordó con sonrojo. Cogió un trozo de duro jabón de sosa y se frotó bajo los brazos mientras intentaba evocar el rostro de Renly.

Cuando el agua se enfrió por completo, Brienne ya estaba tan limpia como podía estar dadas las circunstancias. Se puso la ropa con la que había llegado y se ajustó el cinto, pero dejó en la habitación la cota de malla y el yelmo para no presentar una imagen tan amenazadora en Fuerte Pardo. Le sentó bien estirar las piernas. Los guardias de las puertas del castillo vestían jubones de cuero con una divisa en la que se veían mazas cruzadas sobre un aspa de plata.

—Quiero hablar con vuestro señor —les dijo Brienne.

Uno de ellos se echó a reír.

—Pues vais a tener que gritar mucho.

—Lord Rykker ha ido a Poza de la Doncella con Randyll Tarly —informó el otro—. Ha dejado a Ser Rufus Leek de castellano para que cuide de Lady Rykker y de los pequeños.

La escoltaron a presencia de Leek. Ser Rufus era bajo, corpulento y de barba canosa. Su pierna izquierda terminaba en un muñón.

—Disculpad que no me levante —dijo.

Brienne le tendió la carta, pero Leek no sabía leer, así que la envió a ver al maestre, un hombre calvo de bigotes rojos rígidos con el cuero cabelludo lleno de pecas.

Al oír el nombre de Hollard, el maestre frunció el ceño, irritado.

—¿Cuántas veces voy a tener que cantar la misma canción? —Su expresión debió

de delatarla—. ¿Acaso pensáis que sois la primera que viene a buscar a Dontos? Más bien la vigesimoprimería. Los capas doradas se presentaron aquí a los pocos días de la muerte del Rey, con la orden de captura de Lord Tywin. A ver, ¿qué traéis vos?

Brienne le mostró la carta con el sello de Tommen y la firma infantil. El maestre leyó la carta, examinó el lacre y, por último se la devolvió.

—Parece que está en regla. —Se sentó en un taburete e indicó a Brienne que ocupara otro—. No llegué a conocer a Ser Dontos. Era apenas un niño cuando se fue del Valle Oscuro. Es cierto que los Hollard fueron en tiempos una Casa noble. ¿Conocéis su escudo? Un burel en gules y púrpura, con tres coronas de oro sobre jefe en azur. Los Darklyn fueron reyezuelos sin importancia durante la Edad de los Héroes; tres de ellos se casaron con mujeres Hollard. Más adelante, los reinos grandes engulleron el suyo, pero los Darklyn resistieron y los Hollard se mantuvieron a su servicio... Sí, incluso en la Resistencia. ¿Lo sabíais?

—Algo había oído.

Su maestre le contaba que la Resistencia del Valle Oscuro era lo que había vuelto loco al rey Aerys.

—En el Valle Oscuro todavía aprecian a Lord Denys, pese a la desgracia que hizo caer sobre sus habitantes. A quien culpan es a Lady Serala, su esposa myriense. La llaman la Serpiente de Encaje. Si Lord Darklyn se hubiera casado con una Staunton, o con una Stokeworth... En fin, ya sabéis cómo es el pueblo. Dicen que la Serpiente de Encaje llenó de veneno myriense los oídos de su esposo hasta que se alzó contra su rey y lo tomó prisionero. Durante la batalla, su maestro de armas, Ser Symon Hollard, mató a Ser Gwayne Gaunt, de la Guardia Real. Aerys se vio recluido tras aquellos muros durante medio año, mientras la Mano del Rey aguardaba en el exterior del Valle Oscuro con un poderoso ejército. Lord Tywin contaba con fuerzas suficientes para tomar la ciudad cuando quisiera, pero Lord Denys le hizo llegar el mensaje de que, a la primera señal de ataque, mataría al Rey.

Brienne sabía qué había pasado a continuación.

—El Rey fue rescatado —dijo—. Barristan *el Bravo* lo sacó de allí.

—Ciento —convino el maestre—. Ya sin su rehén, Lord Denys abrió las puertas y puso fin a la Resistencia antes de dejar que Lord Tywin tomara la ciudad. Se arrodilló y pidió clemencia, pero el Rey no era de los que perdonaban. Lord Denys fue decapitado, al igual que sus hermanos, su hermana, sus tíos, sus primos y todos los señores Darklyn. A la Serpiente de Encaje, pobre mujer, la quemaron viva, pero primero le arrancaron la lengua y las partes femeninas, con las que se decía que había esclavizado a su señor. Aún hoy en día, la mitad del Valle Oscuro os dirá que Aerys fue demasiado benevolente con ella.

—¿Y los Hollard?

—Cayeron en desgracia y fueron aniquilados —dijo el maestre—. Yo estaba

forjando mi cadena en la Ciudadela cuando sucedió todo, pero he leído las crónicas de los juicios y los castigos que se les impusieron. Ser Jon Hollard *el Mayordomo* estaba casado con la hermana de Lord Denys y murió con su esposa, al igual que su joven hijo, que era medio Darklyn. Robin Hollard era escudero, y mientras el Rey estaba prisionero se dedicó a bailotear a su alrededor y a tirarle de la barba. Murió en el potro de tormento. Ser Barristan mató a Ser Symon Hollard durante la fuga del Rey. A los Hollard les arrebataron las tierras, derribaron su castillo y prendieron fuego a sus aldeas. Al igual que sucedió con los Darklyn, la casa de Hollard se extinguió.

—Con excepción de Dontos.

—Así es. El joven Dontos era hijo de Ser Steffon Hollard, el hermano gemelo de Ser Symon, que había muerto de fiebres años antes y no participó en la Resistencia. Pese a ello, Aerys habría decapitado al chico, pero Ser Barristan intercedió para que le perdonara la vida. El Rey no podía negarle nada al hombre que lo había salvado, así que llevaron a Dontos a Desembarco como escudero. Que yo sepa, no volvió nunca al Valle Oscuro; ¿por qué iba a regresar? Aquí no tenía tierras, ni familia, ni castillo. Si Dontos y la chica norteña mataron a nuestro amado rey, les interesaría poner tantas leguas como puedan entre ellos y la justicia. Buscadlos en Antigua, o al otro lado del mar Angosto. Buscadlos en Dorne, en el Muro... Buscadlos en cualquier lugar menos en este. —Se levantó—. Mis cuervos me reclaman. Disculpad si me tengo que despedir de vos.

El camino de vuelta a la posada le pareció más largo que el de ida a Fuerte Pardo, aunque tal vez se debiera a su estado de ánimo. No encontraría a Sansa Stark en el Valle Oscuro, eso era evidente. Si Ser Dontos la había llevado a Antigua o al otro lado del mar Angosto, como parecía sospechar el maestre, la búsqueda de Brienne estaba abocada al fracaso.

«¿Qué haría Sansa en Antigua?», se preguntó. El maestre no la conocía, igual que no conoció a Hollard. La niña no se habría ido con desconocidos.

En Desembarco del Rey, Brienne había dado con una de las antiguas doncellas de Sansa, que por entonces se dedicaba a lavar ropa en un burdel.

—Serví a Lord Renly antes que a mi señora Sansa, y al final los dos se volvieron traidores —se quejó con amargura la mujer, de nombre Brella—. Ahora, ningún señor se me acerca siquiera, así que tengo que lavar para las putas. —Pero cuando Brienne le preguntó por Sansa, sacudió la cabeza—. Os diré lo mismo que a Lord Tywin: esa chica no paraba de rezar. Iba al septo y encendía velas como una dama, pero casi todas las noches bajaba al bosque de dioses. Se ha ido al Norte, seguro. Ahí es donde están sus dioses.

Pero el Norte era muy grande, y Brienne no tenía ni idea de en cuál de los banderizos de su padre se habría atrevido a confiar Sansa.

«¿O preferiría buscar a su familia? —Habían matado a todos sus hermanos, pero Brienne sabía que Sansa aún tenía un tío y un hermano bastardo en el Muro, en la Guardia de la Noche. Otro tío suyo, Edmure Tully, estaba prisionero en Los Gemelos, pero el tío de este, Ser Brynden, seguía resistiendo en Aguasdulces. Y la hermana pequeña de Lady Catelyn gobernaba en el Valle—. La sangre llama a la sangre.» Sansa podía haber acudido a alguno de ellos, pero ¿a cuál?

El Muro estaba demasiado lejos, y además era un lugar frío y siniestro. Y para llegar a Aguasdulces, la niña tendría que cruzar las tierras de los ríos, arrasadas por la guerra, y atravesar las líneas de asedio de los Lannister. El Nido de Águilas era más accesible, y sin duda, Lady Lysa le daría la bienvenida a la hija de su hermana...

Más adelante, la calle describía una curva. En algún momento, Brienne se había equivocado de camino. Estaba en un callejón sin salida, un patio pequeño y enlodado donde tres cerdos hozaban alrededor de un pozo bajo de piedra. Uno lanzó un chillido al verla, y la anciana que estaba sacando agua la examinó de arriba abajo con desconfianza.

—¿Queréis algo?

—Estaba buscando el Siete Espadas.

—Por donde habéis venido. En el septo, girad a la izquierda.

—Gracias.

Brienne volvió sobre sus pasos y se dio de bruces contra alguien que doblaba la esquina. El choque lo derribó, y fue a caer de culo en un charco de barro.

—Mil perdones —murmuró ella. No era más que un chiquillo, un chaval flaco con el pelo fino y lacio, y un orzuelo bajo un ojo—. ¿Te has hecho daño? —Le tendió una mano para ayudarlo a levantarse, pero el chico retrocedió sin incorporarse. No tendría más de diez o doce años, y a pesar de ello llevaba un chaleco de malla y una espada larga en una vaina de cuero, a la espalda—. ¿Te conozco de algo? —le preguntó Brienne.

Su rostro le sonaba, aunque no habría sabido decir de dónde.

—No. De nada. Nunca nos hemos... —Se puso en pie como pudo—. Perdonadme, mi señora. No iba mirando. O sea, sí, pero para abajo. Iba mirando para abajo. Mirándome los pies.

El chico dio media vuelta y salió corriendo por donde había llegado.

Había en él algo que despertaba la desconfianza de Brienne, pero no pensaba perseguirlo por las calles del Valle Oscuro.

«Ante las puertas, esta mañana, ahí es donde lo he visto —recordó de repente—. Iba montado en un jamelgo picazo.» Y también tenía la sensación de haberlo visto en otro lugar, pero... ¿dónde?

Cuando Brienne consiguió volver al Siete Espadas, la sala común ya estaba abarrotada. Había cuatro septas sentadas junto a la chimenea, con la túnica sucia y

llena de polvo del camino. Los habitantes de la ciudad ocupaban todos los bancos, y mojaban trozos de pan en grandes cuencos de guiso de marisco caliente. El olor hizo que le rugiera el estómago, pero no había asientos libres.

—Mi señora, aquí, ocupad mi lugar —dijo de repente una voz a sus espaldas.

Hasta que lo vio bajarse del banco de un salto, Brienne no se dio cuenta de que su interlocutor era enano. El hombrecillo no llegaba ni a los siete palmos de altura. Tenía la nariz bulbosa llena de venas reventadas y los dientes rojos de mascar hojamarga, y vestía la túnica marrón de lana basta de un hermano santo, con el martillo del Herrero colgado de un cordel en torno al grueso cuello.

—Seguid sentado —dijo ella—. Puedo estar de pie igual que vos.

—Sí, pero en mi caso no es probable que me dé con la cabeza contra el techo.

El enano se expresaba en tono vulgar, pero cortés. Brienne le vio la coronilla afeitada. Muchos monjes lucían tonsuras semejantes. En cierta ocasión, la septa Roelle le había explicado que con aquello pretendían demostrar que no tenían nada que ocultar a los ojos del Padre.

—¿Es que el Padre no ve a través del pelo? —había preguntado Brienne.

«Qué tontería.» Ya de niña era torpe; la septa Roelle se lo decía constantemente. En aquel momento se sentía igual de estúpida, de modo que ocupó el lugar del hombrecillo al final del banco, hizo una seña para que le sirvieran una ración de guiso y se volvió para dar las gracias al enano.

—¿Estáis en alguna casa santa del Valle Oscuro, hermano?

—La mía estaba más cerca de Poza de la Doncella, mi señora, pero los lobos la quemaron —respondió al tiempo que mordisqueaba un mendrugo—. La reconstruimos lo mejor que pudimos, hasta que llegaron los mercenarios. No sabría decir a quién servían, pero se llevaron nuestros cerdos y mataron a los monjes. Yo conseguí esconderme en un tronco hueco, pero los demás eran demasiado grandes. Tardé mucho en enterrarlos a todos, pero confié en el Herrero, y me dio fuerzas. Cuando terminé, cogí unas monedas que había escondido el Hermano Mayor y me puse en marcha.

—Me tropecé con otros monjes que iban camino de Desembarco del Rey.

—Sí, hay cientos de viajeros. Y no sólo monjes; también septones, y gente del pueblo llano. Gorriones. Puede que yo también sea un gorrión. El Herrero me hizo pequeño, desde luego. —Soltó una risita—. ¿Cuál es vuestra triste historia, mi señora?

—Estoy buscando a mi hermana. Es noble y sólo tiene trece años; es una doncella muy hermosa de ojos azules y cabello castaño rojizo. Tal vez la hayáis visto viajando con un hombre. Un caballero, o quizás un bufón. Hay oro para quien me ayude a encontrarla.

—¿Oro? —El monje le dedicó una sonrisa tímida—. Un cuenco de ese guiso de

marisco sería recompensa suficiente para mí, pero siento no poder ayudaros. Bufones se ven a menudo, pero doncellas hermosas... —Ladeó la cabeza y meditó un instante —. Ahora que lo decís, había un bufón en Poza de la Doncella. Recuerdo que iba sucio y harapiento, pero bajo la mugre vestía ropa de muchos colores.

«¿Dontos Hollard llevaba ropa multicolor? —Nadie le había dicho semejante cosa a Brienne, pero tampoco le habían dicho lo contrario. ¿Y por qué iba harapiento? ¿Les habría sucedido alguna desgracia a Sansa y a él tras huir de Desembarco del Rey? Bien podía ser, los caminos eran peligrosos—. También puede que no fuera él.»

—¿Ese bufón tenía la nariz roja, llena de venillas?

—No os lo podría decir. Reconozco que no le presté atención. Había ido a Poza de la Doncella después de enterrar a mis hermanos, creyendo que podría encontrar una nave que me llevara a Desembarco del Rey. La primera vez que vi al bufón fue en los muelles. Tenía un aire furtivo; se ocupaba bien de esquivar a los soldados de Lord Tarly. Luego me lo volví a encontrar en el Ganso Hediondo.

—¿El Ganso Hediondo? —repitió, insegura.

—Mal lugar —reconoció el enano—. Los hombres de Lord Tarly patrullan el puerto de Poza de la Doncella, pero el Ganso siempre está lleno de marineros, y es bien sabido que los marineros cuelan a viajeros en sus barcos si tienen con qué pagarles. El bufón buscaba pasaje para tres; quería cruzar el mar Angosto. Lo veía a menudo hablando con los remeros de las galeras. A veces cantaba canciones divertidas.

—¿Buscaba pasaje para tres? ¿No para dos?

—Para tres, mi señora. Eso lo puedo jurar por los Siete.

«Tres —pensó—. Sansa, Ser Dontos... ¿Quién puede ser el tercero? ¿El Gnomo?»

—¿Consiguió barco?

—Eso no os lo sabría decir —respondió el enano—, pero una noche, los soldados de Lord Tarly fueron al Ganso a buscarlo, y unos días después oí a un hombre alardear de que había engañado al bufón y tenía el oro que lo demostraba. Estaba borracho e invitaba a todos a cerveza.

—¿Que había engañado al bufón? ¿Qué quería decir con eso?

—No os lo sabría decir. Lo que sí recuerdo es que lo llamaban Dick *el Ágil*. —El enano extendió las manos—. Mucho me temo que es lo único que puedo ofreceros, aparte de las oraciones de un hombre pequeño.

Brienne cumplió su palabra y lo invitó a un cuenco de guiso caliente de marisco, así como a pan recién hecho y a una copa de vino. Mientras el monje lo devoraba todo, de pie a su lado, meditó sobre lo que le había contado.

«¿Viajará el Gnomo con ellos?» Si detrás de la desaparición de Sansa estaba Tyrion Lannister y no Dontos Hollard, tenía lógica que quisieran cruzar el mar Angosto.

El hombrecillo se acabó su cuenco de guiso y luego rebañó también lo que quedaba en el de Brienne.

—Deberíais comer más —le dijo—. Una mujer tan grande como vos tiene que conservar las fuerzas. Poza de la Doncella no está lejos, pero en estos tiempos que corren, los caminos son peligrosos.

«Ya lo sé.» En aquel mismo camino había muerto Ser Cleos Frey; allí, los Titiriteros Sangrientos los habían atrapado a Ser Jaime y a ella. «Jaime trató de matarme —recordó—, y eso que estaba flaco y débil, y tenía las muñecas encadenadas.» Aun así, había faltado poco, pero eso fue antes de que Zollo le cortara la mano. Zollo, Rorge y Shagwell la habrían violado cien veces si Ser Jaime no los hubiera convencido de que valía su peso en zafiros.

—¿Mi señora? ¿A qué viene esa cara tan larga? ¿Pensáis en vuestra hermana? —El enano le dio unas palmaditas en la mano—. No temáis; la Vieja iluminará vuestro camino hacia ella, y la Doncella la mantendrá sana y salva.

—Ojalá tengáis razón.

—La tengo. —Le dedicó una reverencia—. En fin, debo marcharme. Aún me queda mucho viaje para llegar a Desembarco del Rey.

—¿Tenéis caballo? ¿O mula?

—Dos mulas. —El hombrecillo se echó a reír—. Aquí están, pegadas a mis piernas. Me llevan adonde quiero.

Se inclinó de nuevo y caminó con pasos bamboleantes hacia la puerta.

Tras su partida, Brienne se quedó sentada a la mesa, bebiendo una copa de vino aguado. No solía tomar vino, pero de tarde en tarde se daba cuenta de que la ayudaba a asentar el estómago.

«¿Adónde voy ahora? —se preguntó—. ¿A Poza de la Doncella, en busca de un hombre al que llaman Dick *el Ágil* y que frecuenta un local llamado Ganso Hediondo?»

La última vez que había estado en Poza de la Doncella, la ciudad estaba arrasada; su señor se había encerrado en el castillo, y los habitantes huían o estaban escondidos. Recordó las casas quemadas, las calles desiertas, las puertas destrozadas. Los perros salvajes seguían a los caballos, y los cadáveres hinchados flotaban como enormes nenúfares blancuzcos en el estanque alimentado por un manantial que daba su nombre a la ciudad. «Jaime cantó "Seis doncellas había en la poza cristalina", y cuando le pedí que se callara se rió de mí.» Y Randyll Tarly también estaba en Poza de la Doncella; razón de más para evitar la ciudad. Seguramente sería mejor que tomara un barco hacia Puerto Gaviota o Puerto Blanco. «Aunque podría hacer las dos cosas. Puedo ir al Ganso Hediondo y hablar con ese tal Dick *el Ágil*, y luego, allí mismo, buscar un barco que me lleve más al norte.»

La sala común empezaba a vaciarse. Brienne partió por la mitad un pedazo de pan

mientras escuchaba a los demás comensales. La mayor parte de las conversaciones giraba en torno a la muerte de Lord Tywin Lannister.

—Dicen que lo mató su propio hijo —comentaba un hombre de la zona, zapatero remendón por su aspecto—. Ese enano malvado...

—Y el Rey no es más que un niño —dijo la más anciana de las cuatro septas—. ¿Quién nos gobernará hasta que llegue a la mayoría de edad?

—El hermano de Lord Tywin —respondió un guardia—. O puede que el tal Lord Tyrell. O el Matarreyes.

—Ese ni hablar —afirmó el posadero. Escupió al fuego—. Es un traidor.

Brienne soltó el pan y se sacudió las migas de los calzones. Ya había oído suficiente.

Aquella noche volvió a soñar que estaba en la carpa de Renly. Todas las velas se apagaban, y el frío la rodeaba como una gruesa manta. Algo se movía en la oscuridad verdosa; algo malévolos y horrible se acercaba a su rey. Quería protegerlo, pero sentía los miembros rígidos, congelados; no tenía fuerzas ni siquiera para levantar una mano. Y cuando la espada de sombras hundió el gorjal de acero verde, cuando la sangre empezó a manar, Brienne vio que el rey agonizante no era Renly, sino Jaime Lannister. Y que ella le había fallado.

La hermana del capitán se reunió con ella en la sala común, donde Brienne estaba desayunando una taza de leche con miel y tres huevos crudos batidos.

—Habéis hecho un gran trabajo —dijo cuando la mujer le mostró el escudo recién pintado.

Parecía más un cuadro que un blasón propiamente dicho; al verlo, su mente retrocedió muchos años, hasta la fresca oscuridad de la armería de su padre. Recordó como había pasado las yemas de los dedos por la pintura desconchada y desvaída, por las hojas verdes del árbol, por el curso de una estrella errante.

Brienne sumó al pago la mitad de la suma que habían acordado y se colgó el escudo al hombro cuando salió de la posada, después de comprarle pan, queso y harina al cocinero. Abandonó la ciudad por la puerta norte, cabalgando despacio entre sembrados y granjas, por el lugar donde la batalla había sido más encarnizada, cuando los lobos cayeron sobre el Valle Oscuro.

Lord Randll Tarly se había puesto al mando del ejército de Joffrey, compuesto por hombres de Occidente y de las tierras de la tormenta, y por caballeros del Dominio. A los caídos de sus filas los habían vuelto a llevar a la ciudad, para que reposaran en tumbas de héroes bajo los septos del Valle Oscuro. Los norteños caídos, mucho más numerosos, fueron enterrados en una fosa común, al lado del mar. Sobre el túmulo que marcaba su lugar de descanso eterno, los vencedores habían puesto un sencillo letrero de madera en el que ponía: AQUÍ YACEN LOBOS. Brienne se detuvo al lado y rezó en silencio una oración por ellos, y también por Catelyn Stark y

su hijo Robb, y por todos los hombres que habían muerto a su lado.

Recordó la noche en que Lady Catelyn había recibido la noticia de la muerte de sus dos hijos, de los dos pequeños que había dejado en Invernalia para que estuvieran a salvo. Brienne supo enseguida que había pasado algo terrible, y cuando le preguntó si había recibido noticias de sus hijos, su respuesta había sido: «No tengo más hijo que Robb». Hablaba como si le hubieran clavado un cuchillo en el vientre y lo estuvieran retorciendo. Brienne había extendido el brazo sobre la mesa para consolarla, pero se detuvo antes de que sus dedos rozaran a la otra mujer por miedo a que la rechazara. Lady Catelyn le había mostrado las manos para enseñarle las cicatrices de las palmas y los dedos, allí donde un cuchillo se había hundido profundamente en la carne. Luego empezó a hablarle de sus hijas.

—Sansa era una damita —le dijo—, siempre cortés y deseosa de complacer. Le encantaban las historias de hazañas caballerescas. Cuando crezca se convertirá en una mujer mucho más hermosa que yo; se le nota. Me gusta cepillarle el pelo. Tiene una cabellera castaña rojiza, muy suave y espesa. A la luz de las antorchas le brilla como el cobre.

También le había hablado de Arya, la más pequeña, aunque a aquellas alturas había desaparecido y probablemente estuviera muerta. En cambio, Sansa...

«Daré con ella, mi señora —le juró Brienne a la sombra inquieta de Lady Catelyn—. Nunca la dejaré de buscar. Si hace falta sacrificaré mi vida, sacrificaré mi honor, sacrificaré todos mis sueños, pero la encontraré.»

Más allá del campo de batalla, el camino discurría junto a la orilla, entre el mar gris verdoso y una sucesión de colinas bajas de piedra caliza. Había más viajeros aparte de Brienne. A lo largo de la costa, durante muchas leguas, había aldeas de pescadores que utilizaban aquel camino para llevar sus capturas al mercado. Pasó junto a una pescadera y sus hijas, que volvían a casa con las cestas vacías cargadas a los hombros. A causa de la armadura, la confundieron con un caballero hasta que le vieron la cara. Las chicas intercambiaron susurros y la miraron de reojo.

—¿Habéis visto por el camino a una doncella de trece años? —les preguntó—. ¿Una doncella noble, con los ojos azules y el cabello castaño rojizo? —Ser Shadrich la había vuelto más precavida, pero tenía que seguir intentándolo—. Puede que viaje con un bufón.

Las mujeres se limitaron a sacudir la cabeza y a taparse la boca con las manos para reírse de ella.

En el primer pueblo en el que entró, los chiquillos descalzos corrieron junto a su caballo. Herida por las risitas, se había puesto el casco, de modo que la confundieron con un hombre. Un chico se ofreció a venderle almejas; otro le ofreció cangrejos; otro le ofreció a su hermana.

Brienne le compró tres cangrejos al segundo. Cuando salió del pueblo estaba

empezando a llover y se había levantado mucho viento.

«Se aproxima una tormenta», pensó mientras miraba el mar. Las gotas de lluvia tintineaban contra el acero del yelmo y hacían que le zumbaran los oídos, pero mejor aquello que ir en bote.

Tras una hora de cabalgar hacia el norte, el camino se dividía junto a un montón de escombros, las ruinas de un castillo pequeño. La desviación de la derecha seguía junto a la costa y zigzagueaba a lo largo de la orilla hacia Punta Zarpa Rota, una zona desolada de pantanos y arenales; la de la izquierda discurría entre colinas, prados y bosques hasta Poza de la Doncella. La lluvia había arreciado. Brienne desmontó y guió a la yegua para salir del camino y refugiarse en las ruinas. Entre los espinos, las malas hierbas y los olmos silvestres aún se veía dónde se habían alzado los muros del castillo, pero las piedras estaban dispersas, como los bloques de construcción de un niño. De todos modos, aún quedaba una parte en pie. Las tres torres eran de granito gris, como las murallas caídas, y las almenas eran de asperón amarillo.

«Tres coronas —comprendió al contemplarlas entre la lluvia—. Tres coronas doradas.» Aquel castillo había sido de los Hollard. Probablemente Ser Dontos naciera allí.

Guió a la yegua entre los escombros hasta la entrada del edificio central. De la puerta sólo quedaban unas bisagras de hierro oxidado, pero la techumbre seguía en su lugar, y el interior estaba seco. Brienne ató a la yegua a un candelabro de la pared, se quitó el yelmo y se sacudió la cabellera. Estaba buscando leña seca para encender una hoguera cuando oyó otro caballo que se acercaba. El instinto la hizo retroceder para ocultarse entre las sombras, donde no podrían verla desde el camino. En aquella misma zona la habían capturado junto con Jaime. No pensaba volver a pasar por lo mismo.

El jinete era un hombre menudo.

«El Ratón Loco —pensó en cuanto lo vio—. ¿Cómo ha sido capaz de seguirme?» Se llevó la mano al puño de la espada. ¿Acaso Ser Shadrich pensaba que sería presa fácil sólo porque se trataba de una mujer? El castellano de Lord Grandison había cometido el mismo error. Se llamaba Humfrey Wagstaff; era un hombre orgulloso de sesenta y cinco años con nariz aguileña y el cuero cabelludo repleto de manchas. El día en que los prometieron advirtió a Brienne de que, en cuanto se casaran, se tendría que comportar como una mujer de verdad.

—No toleraré que mi señora esposa vaya por ahí haciendo cabriolas con una armadura de hombre. Me obedecerás, o de lo contrario tendré que castigarte.

Ella tenía dieciséis años y sabía manejar la espada, pero pese a sus proezas con las armas seguía siendo tímida. Aun así, tuvo el valor de decirle a Ser Humfrey que sólo aceptaría castigos de un hombre que luchara mejor que ella. El anciano caballero se puso como la grana, pero accedió a vestir la armadura para ponerla en su lugar.

Pelearon con armas de torneo, romas, de manera que la maza de Brienne no tenía púas. Le rompió a Ser Humfrey una clavícula y dos costillas, y de paso rompió su compromiso. Fue su tercer prometido, y también el último. Su padre no volvió a insistir.

Si de verdad era Ser Shadrich, que le seguía la pista, tal vez tuviera que pelear. No tenía la menor intención de asociarse con él ni de permitir que la siguiera hasta llegar a Sansa.

«Es de esos arrogantes que lo son porque saben manejar las armas —pensó—, pero también es menudo. Tengo más alcance que él, y además soy más fuerte.»

Brienne era tan fuerte como la mayoría de los caballeros, y según decía su viejo maestro de armas, era más veloz de lo que cabía esperar en alguien de su tamaño. Los dioses también le habían dado resistencia, cosa que Ser Goodwin consideraba un noble don. Los combates con espada y escudo siempre eran agotadores, y la victoria solía ser para el más resistente. Ser Goodwin la había enseñado a pelear con cautela, a conservar las fuerzas mientras sus rivales se agotaban en ataques furiosos.

—Los hombres siempre te van a subestimar —le dijo—. El orgullo hará que quieran derrotarte deprisa, para que no se diga que una mujer los puso a prueba.

Descubrió hasta qué punto eran ciertas aquellas palabras en cuanto salió al mundo. Hasta Jaime Lannister se había enfrentado a ella así en los bosques cercanos a Poza de la Doncella. Si los dioses eran bondadosos, el Ratón Loco cometería el mismo error.

«Puede que sea un caballero curtido —pensó—, pero no es Jaime Lannister.» Desenvainó la espada. Pero el caballo que se detuvo donde se dividía el camino no era el corcel pardo de Ser Shadrich, sino un jamelgo picazo, viejo y agotado, montado por un niño flaco. Al verlo, Brienne retrocedió desconcertada.

«No es más que un niño —pensó hasta que vio el rostro que ocultaba la capucha—. El chico del Valle Oscuro, el que tropezó conmigo. Es él.»

El niño ni se fijó en las ruinas del castillo, sino que escudriñó una desviación del camino y luego la otra. Tras titubear un instante condujo el jamelgo hacia las colinas. Brienne lo observó alejarse entre la lluvia, y de repente recordó que también lo había visto en Rosby.

«Me está siguiendo —comprendió—, pero yo también sé jugar a eso.» Desató a la yegua, montó y fue en pos de él.

El chico tenía los ojos clavados en el camino, observando las huellas llenas de agua. Entre la lluvia y la capucha que llevaba puesta, no la oyó acercarse. Ni siquiera miró hacia atrás hasta que Brienne se situó tras él y golpeó al jamelgo en la grupa con la hoja de la espada.

El caballo se encabritó, y el muchachito flaco salió despedido, con la capa ondeando como un par de alas. Aterrizó en el barro y se incorporó cubierto de

manchas, con un tallo de hierba seca entre los dientes. Brienne estaba ante él. Sí, era el mismo niño, no cabía duda. Reconoció el orzuelo al instante.

—¿Quién eres? —preguntó con brusquedad.

El chico movió los labios sin emitir sonido alguno. Tenía los ojos grandes como huevos.

—P... —fue lo único que pudo decir—. P... —La loriga tintineaba cuando se estremecía—. P-p-p...

—¿Por favor? —dijo Brienne—. ¿Estás intentado decir «por favor»? —Le puso la punta de la espada en la nuez—. Por favor, dime cómo te llamas y por qué me sigues.

—P-p-por favor, no. —Se metió un dedo en la boca, se sacó un pegote de barro y escupió—. P-P-Pod. Me llamo P-P-Podrick. P-Payne.

Brienne bajó la espada y sintió un ramalazo de compasión. Recordó cierto día, en el Castillo del Atardecer, y a un joven caballero con una rosa en la mano. «La llevaba para dármela a mí.» O eso le había dicho la septa. Lo único que tenía que hacer era darle la bienvenida al castillo de su padre. Él tenía dieciocho años; el pelo largo rojizo le caía por los hombros. Ella tenía doce e iba embutida en una túnica nueva con el corpiño lleno de granates. Tenían más o menos la misma altura, pero Brienne no conseguía mirarlo a los ojos ni recitar las sencillas palabras que le había hecho aprender la septa: «Ser Ronnet, os doy la bienvenida a la residencia de mi padre. Me alegra de conocerlos al fin.»

—¿Por qué me sigues? —le preguntó al chico—. ¿Te han encargado que me espíes? ¿A quién sirves, a Varys o a la Reina?

—No. A ninguno de los dos. A nadie.

Brienne le echaba unos diez años, pero se le daba muy mal calcular la edad de los niños. Siempre le parecían menores de lo que eran, tal vez porque ella siempre había sido grande para su edad. «Monstruosamente grande —solía decir la septa Roelle—, y con trazas de hombre.»

—Este camino es demasiado peligroso para un niño solo.

—Pero no para un escudero. Soy su escudero, el escudero de la Mano.

—¿De Lord Tywin?

Brienne envainó la espada.

—No, de esa Mano no; de la anterior. Su hijo. Luché con él en la batalla. Yo gritaba «¡Mediohombre!, ¡Mediohombre!».

«El escudero del Gomo.» Brienne no sabía siquiera que tuviera escudero. Tyrion Lannister no era caballero. Podría tener un criado o dos que lo asistieran y tal vez un pajé y un copero, alguien que lo ayudara a vestirse. Pero... ¿un escudero?

—¿Por qué me sigues? —insistió—. ¿Qué quieres?

—Encontrarla. —El chico se puso en pie—. A su esposa. Vos la buscáis; me lo

dijo Brella. Es su esposa. Brella no, sino Lady Sansa. Así que pensé que si la encontrabais... —De repente, su rostro se contrajo en una mueca de angustia—. Soy su escudero —repitió mientras la lluvia le corría por la cara—, pero se fue sin mí.

SANSA

En cierta ocasión, cuando no era más que una niña, un bardo errante había pasado medio año con ellos en Invernalia. Era un hombre de edad avanzada, con el pelo canoso y las mejillas curtidas por el viento, pero cantaba sobre caballeros, hazañas y hermosas damas; Sansa derramó lágrimas de amargura cuando se marchó, y suplicó a su padre que no lo dejara partir.

—Ya nos ha cantado tres veces por lo menos todas las canciones que se sabe —le dijo Lord Eddard con cariño—. No puedo retenerlo contra su voluntad. Pero no llores. Te prometo que vendrán otros bardos.

No fue así; pasó más de un año antes de que llegara otro. Sansa había rezado a los Siete en su septo y a los antiguos dioses junto al árbol corazón; les pedía que le devolvieran al anciano, o mejor aún, que enviaran a otro bardo, que además fuera joven y guapo. Pero los dioses no le dieron respuesta, y las salas de Invernalia permanecieron en silencio.

Eso había ocurrido cuando era pequeña, pequeña y estúpida. Pero ya era una doncella; tenía trece años y había florecido. Todas las noches estaban llenas de canciones, y durante el día, en sus oraciones, lo que pedía era silencio.

Si el Nido de Águilas tuviera la estructura de otros castillos, sólo las ratas y los carceleros oirían las canciones del hombre muerto. Normalmente, los muros de las mazmorras eran tan gruesos que ahogaban las canciones y los gritos por igual. Pero las celdas del cielo tenían un muro de aire, así que cada acorde del hombre muerto volaba libremente para despertar ecos entre las rocas de la Lanza del Gigante. Y las canciones que elegía... Cantaba sobre la Danza de los Dragones, sobre la hermosa Jonquil y su bufón, sobre Jenny de Piedrasviejas y el Príncipe de las Libélulas. Cantaba sobre traiciones, sobre crueles asesinatos, sobre hombres ahorcados y venganzas sangrientas. Cantaba sobre el dolor y la tristeza.

Fuera adonde fuera en el castillo, Sansa no podía escapar de la música. Las notas flotaban y ascendían por las escaleras de caracol de las torres, la encontraban desnuda en la bañera, cenaban con ella al anochecer, se colaban en su dormitorio cuando cerraba los postigos por la noche. Llegaban con el aire frío y tenue, y al igual que el aire, le daban escalofríos. No había vuelto a nevar en el Nido de Águilas desde el día en que cayó Lady Lysa, pero todas las noches habían sido espantosamente frías.

La voz del bardo era potente y dulce. A Sansa le parecía que sonaba mejor que antes, que había adquirido matices, que estaba llena de dolor, de miedo, de añoranza. No comprendía por qué los dioses le habían concedido una voz tan bella a un hombre tan malvado.

«Me habría tomado por la fuerza en los Dedos si Petyr no hubiera apostado a Ser Lothor para protegerme —tuvo que recordarse—. Y tocó para ahogar mis gritos

cuando la tía Lysa intentó matarme.»

Eso no hacía que le resultara menos duro escuchar las canciones.

—Por favor —le había suplicado a Lord Petyr—, ¿no podéis hacerlo callar?

—Le di mi palabra, cariño. —Petyr Baelish, Señor de Harrenhal, Señor Supremo del Tridente y Lord Protector del Nido de Águilas y del Valle de Arryn, levantó la vista de la carta que estaba escribiendo. Desde la caída de Lady Lysa había escrito cientos de cartas. Sansa había visto a los cuervos entrar y salir de la pajarera—. Prefiero soportar sus canciones que sus sollozos.

«Es mejor que cante, sí, pero...»

—¿Tiene que cantar toda la noche, mi señor? Lord Robert no puede dormir. Siempre está llorando...

—Por su madre. Es inevitable; la ha perdido. —Petyr se encogió de hombros—. Ya falta poco. Lord Nestor subirá mañana por la mañana.

Sansa sólo había visto a Lord Nestor Royce una vez, después de que Petyr se casara con su tía. Royce era el Guardián de las Puertas de la Luna, el gran castillo erigido al pie de la montaña y que protegía las escaleras de acceso al Nido de Águilas. Los invitados de la boda se habían alojado allí la noche anterior a emprender el ascenso. Lord Nestor no le había dedicado ni dos miradas, pero la perspectiva de verlo allí la aterraba. También era Mayordomo Supremo del Valle, vasallo de Jon Arryn y de Lady Lysa.

—No irá a... No permitiréis que Lord Nestor vea a Marillion, ¿verdad?

Su rostro debía de reflejar el espanto que sentía, porque Petyr dejó la pluma en la mesa.

—Todo lo contrario. Insistiré en que lo interroguen. —Le hizo un gesto para que ocupara una silla contigua a la suya—. Marillion y yo hemos llegado a un acuerdo. Es que Mord puede ser tan persuasivo... Y si nuestro bardo nos decepciona y canta una canción que no nos interese... pues nos bastará con decir que miente. ¿A quién te parece que creerá Lord Nestor?

—¿A nosotros?

Sansa habría dado cualquier cosa por estar segura.

—Pues claro. Nuestras mentiras redundan en su beneficio.

Hacía calor en la estancia; el fuego chisporroteaba alegre en la chimenea. Aun así, Sansa se estremeció.

—Sí, pero... ¿qué pasará si...?

—¿Si Lord Nestor valora más el honor que el provecho? —Petyr la rodeó con un brazo—. ¿Qué pasará si quiere la verdad, si quiere justicia para su señora asesinada?

—Esbozó una sonrisa—. Conozco bien a Lord Nestor, cariño. ¿Crees que voy a permitir que le haga daño a mi hija?

«No soy tu hija —pensó—. Soy Sansa Stark, hija de Lord Eddard y Lady

Catelyn, de la sangre de Invernalia.» Pero no lo dijo. De no ser por Petyr Baelish, habría sido ella en vez de Lysa Arryn quien habría caído al vacío, al cielo frío y azul, hacia la muerte entre las piedras, doscientas varas más abajo. «Qué valiente es.» Sansa habría deseado tener aquel mismo valor; lo único que quería era volver a meterse en la cama, esconderse bajo la manta y dormir, dormir, dormir. No había conseguido conciliar el sueño durante una noche entera desde la muerte de Lysa Arryn.

—¿No le podéis decir a Lord Nestor que estoy... indisposta, o...?

—Le interesaría oír tu versión de la muerte de Lysa.

—Mi señor, si... Si Marillion dice la verdad...

—Querrás decir si miente.

—¿Si miente? Sí... Si miente, será mi palabra contra la suya, y Lord Nestor sólo tendrá que mirarme a los ojos para ver lo asustada que estoy...

—Un poco de miedo no estará fuera de lugar, Alayne. Presenciaste una escena terrible. Nestor se conmoverá. —Petyr examinó sus ojos como si los viera por primera vez—. Tienes los ojos de tu madre. Ojos sinceros, inocentes. Azules como el mar iluminado por el sol. Cuando crezcas un poco, más de un hombre se ahogará en esos ojos. —Sansa no supo qué decir—. Lo único que tienes que hacer es contarle a Lord Nestor lo mismo que le contaste a Lord Robert.

«Robert no es más que un niño enfermizo —pensó—. Lord Nestor es un hombre, estricto y desconfiado.»

Robert era tan débil que había que protegerlo incluso de la verdad.

—Algunas mentiras son gestos de amor —le había asegurado Petyr; aprovechó para recordárselo.

—Cuando mentimos a Lord Robert, fue para ahorrarle muchos pesares —dijo.

—Y esta mentira nos ahorrará muchos pesares a nosotros. De lo contrario, tú y yo tendremos que abandonar el Nido de Águilas por la misma puerta que Lysa. —Petyr volvió a coger la pluma—. Le serviremos mentiras con dorado del Rejo, y se las beberá y pedirá más, te lo prometo.

«A mí también me está sirviendo mentiras —comprendió Sansa. Pero eran mentiras reconfortantes, y se las decía con buena intención—. Mentir no es malo si se hace con buena intención.» Ojalá pudiera creerlo...

Las cosas que había dicho su tía justo antes de caer seguían perturbando a Sansa sobremanera.

—Delirios —los denominaba Petyr—. Mi esposa estaba loca, ya lo viste.

Era verdad, lo había visto.

«No hice más que construir un castillo de nieve y por eso ella quería tirarme por la Puerta de la Luna. Petyr me salvó. Él amaba a mi madre y...»

¿Y a ella? ¿Cómo lo podía dudar? La había salvado.

«Salvó a Alayne, su hija», le susurró una vocecita interior.

Pero ella era Sansa a la vez... Y en ocasiones le parecía que el Lord Protector también era dos personas. Era Petyr, su protector, cariñoso, divertido y afable. Pero también era Meñique, el señor que había conocido en Desembarco del Rey, que se acariciaba la barba con su sonrisa taimada al tiempo que hablaba al oído a la reina Cersei. Y Meñique no era su amigo. Cuando Joff la golpeó, quien la defendió fue el Gnomo, no Meñique. Cuando la turba intentó violarla, quien la puso a salvo fue el Perro, no Meñique. Cuando los Lannister la casaron con Tyrion contra su voluntad, quien la consoló fue Garlan *el Galante*, no Meñique. Meñique nunca había movido ni el meñique por ella.

«Excepto cuando me sacó de allí. Lo hizo por mí. Pensé que era Ser Dontos, mi pobre Florián borracho, pero desde el principio fue cosa de Petyr. Meñique no era más que una máscara que se tenía que poner.» Sólo que a veces le costaba decidir dónde terminaba la máscara y dónde empezaba el hombre. Meñique y Lord Petyr eran muy parecidos. Tal vez debería huir de ambos, pero no tenía adónde ir. Invernia había ardido; Bran y Rickon estaban muertos; Robb había sido traicionado y asesinado en Los Gemelos, junto con su señora madre; Tyrion estaba condenado a muerte por el asesinato de Joffrey, y si volvía a Desembarco del Rey, la Reina la haría decapitar también a ella. Su tía, la que creía que la protegería, había intentado matarla. Su tío Edmure era prisionero de los Frey, y su tío abuelo, el Pez Negro, estaba bajo asedio en Aguasdulces.

«No tengo adónde ir —pensó Sansa con tristeza—, y no tengo más amigos que Petyr.»

Aquella noche, el hombre muerto cantó «El día en que ahorcaron a Robin *el Negro*», «Las lágrimas de la Madre» y «Las lluvias de Castamere». Luego se detuvo un rato, pero justo cuando Sansa empezaba a adormilarse volvió a rasgar la lira. Cantó «Seis pesares», «Hojas caídas» y «Alysanne».

«Qué canciones tan tristes —pensó. Cuando cerraba los ojos se lo imaginaba en su celda del cielo, acurrucado en un rincón, lo más lejos posible del frío cielo negro, tapado con pieles y con la lira contra el pecho—. Pero no debo compadecerlo. Era vanidoso y cruel, y pronto estará muerto.» No lo podía salvar. Y además, ¿por qué iba a querer salvarlo? Marillion había intentado violarla, y Petyr la había salvado no una vez, sino dos. «A veces hay que mentir.» Sólo las mentiras la habían mantenido con vida en Desembarco del Rey. Si no hubiera mentido a Joffrey, su Guardia Real la habría matado a palizas.

Después de «Alysanne», el bardo volvió a guardar silencio el tiempo suficiente para que Sansa consiguiera conciliar el sueño apenas una hora. Pero cuando las primeras luces del amanecer arañaban los postigos le llegaron los dulces acordes de «En una mañana brumosa», y se despertó de inmediato. En realidad era una canción

más apropiada para una mujer, el lamento de una madre en la mañana tras una batalla espantosa, mientras busca entre los caídos el cadáver de su único hijo.

«La madre canta su dolor por el hijo muerto —pensó Sansa—. El dolor de Marillion es por sus dedos, por sus ojos.»

La letra de la canción le llegó como un dardo que se le clavó en la oscuridad.

*Ser, ¿habéis visto a mi hijo pequeño?
Un joven gallardo, de pelo trigueño.
Prometió volver, regresar al hogar.
Me juró que nunca me haría llorar.*

Sansa se tapó los oídos con un almohadón de plumas de ganso para no seguir escuchando, pero no sirvió de nada. Había llegado el día; estaba despierta, y Lord Nestor Royce estaba subiendo por la montaña.

El Mayordomo Jefe y su grupo de acompañantes llegaron al Nido de Águilas a última hora de la tarde, cuando el valle se tornaba dorado y rojo a sus pies, y el viento empezaba a soplar con fuerza. Iba con él su hijo Albar, y también los acompañaban una docena de caballeros y una veintena de soldados.

«Cuántos desconocidos.» Sansa observó sus rostros con ansiedad. ¿Serían amigos o enemigos?

El atuendo con que Petyr recibió a los visitantes confería cierta oscuridad a sus ojos verde grisáceo. Llevaba una casaca de terciopelo negro, con mangas grises a juego con los calzones de lana. El maestre Colemon estaba junto a él, con la cadena de múltiples metales en torno al cuello largo y enjuto. Aunque el maestre era, con mucho, el más alto de los dos, el Lord Protector atraía todas las miradas. Por lo visto, aquel día había dejado de lado las sonrisas. Escuchó con atención solemne mientras Royce le presentaba a los caballeros que lo habían acompañado.

—Sois bienvenidos, mis señores —dijo cuando terminó—. Ya conocéis al maestre Colemon, por supuesto. Lord Nestor, ¿recordáis a Alayne, mi hija natural?

—Desde luego.

Lord Nestor Royce era un hombretón tan grueso de cuello como de pecho, con cabello escaso, barbita canosa y mirada severa. Inclinó la cabeza poco menos de un dedo en gesto de saludo.

Sansa hizo una reverencia, demasiado asustada para hablar, temerosa de decir alguna inconveniencia. Petyr la ayudó a alzarse.

—Cariño, ten la amabilidad de ir a buscar a Lord Robert y llevarlo a la Sala Alta para que reciba a sus invitados.

—Sí, padre. —La voz le sonó aguda y tensa.

«Voz de mentirosa —pensó mientras bajaba por las escaleras y cruzaba la galería hacia la Torre de la Luna—. Voz de culpable.»

Gretchel y Maddy estaban ayudando a Robert Arryn a ponerse los calzones cuando Sansa entró en su dormitorio. El señor del Nido de Águilas había estado llorando otra vez. Tenía los ojos enrojecidos e irritados, las pestañas, tupidas de legañas; la nariz, hinchada y llena de mocos que le brillaban sobre el labio superior, y el inferior lo tenía ensangrentado de tanto mordérselo.

«Lord Nestor no puede verlo así», pensó Sansa, desesperada.

—Acércame la palangana, Gretchel. —Cogió al niño de la mano y lo llevó hacia la cama—. ¿Ha dormido bien mi Robalito esta noche?

—No. —Sorbió por la nariz—. No he podido dormir nada de nada, Alayne. Ha estado cantando otra vez, y me habían cerrado la puerta. Grité para que me dejaran salir, pero no vino nadie. Me habían encerrado en mi cuarto.

—Qué malos.

Mojó un paño suave en el agua templada y empezó a limpiarle la cara, con suavidad, con mucha suavidad. Si frotaba a Robert con demasiada energía, podía tener un ataque de temblores. Era un niño frágil, terriblemente menudo para su edad. Tenía ocho años, pero Sansa había visto niños de cinco más corpulentos.

A Robert le temblaba el labio superior.

—Quería ir a dormir contigo.

«Ya lo sé.»

Robalito tenía por costumbre meterse en la cama de su madre, hasta que se casó con Lord Petyr. Tras la muerte de Lysa, el niño se había pasado las noches recorriendo el Nido de Águilas en busca de otras camas en las que meterse. La que más le gustaba era la de Sansa, motivo por el que ella le había pedido a Ser Lothor Brune que le cerrara la puerta con llave la noche anterior. No le habría importado si se limitara a dormir, pero siempre estaba tratando de frotarle la nariz contra el pecho, y cuando le daban ataques de temblores solía mojar la cama.

—Lord Nestor Royce ha subido de las Puertas para venir a verte —le dijo Sansa mientras le limpiaba la nariz.

—Pues yo no quiero verlo —replicó el niño—. Quiero que me cuentes un cuento. El cuento del Caballero Alado.

—Luego. Antes tienes que ver a Lord Nestor.

—Lord Nestor tiene una verruga —replicó el niño retorciéndose. A Robert le daban miedo los hombres con verrugas—. Mami decía que era horrible.

—Mi pobre Robalito... —Sansa le retiró el pelo de la cara—. La echas de menos, ya lo sé. Lord Petyr también la echa de menos. La quería tanto como tú.

Era mentira, pero lo decía con buena intención. La única mujer a la que Petyr había amado en su vida era a la madre asesinada de Sansa. Eso le había confesado a Lady Lysa justo antes de empujarla por la Puerta de la Luna.

«Estaba loca y era peligrosa. Asesinó a su propio esposo, y me habría asesinado a

mí si Petyr no hubiera acudido a salvarme.»

Pero no eran cosas que Robert tuviera necesidad de saber. No era nada más que un niñito enfermizo que había querido mucho a su madre.

—Ya está —dijo Sansa—. Ahora sí que pareces un señor. Maddy, tráele la capa.

Era de lana de cordero, suave y cálida, de un hermoso azul celeste que resaltaba el color crema de la túnica. Se la sujetó en torno a los hombros con un broche de plata en forma de media luna, y lo cogió de la mano. Por una vez, Robert la siguió sin resistencia.

La Sala Alta había estado cerrada desde la caída de Lysa, y Sansa sintió un escalofrío al volver a entrar. Era una estancia alargada, imponente, hermosa, sí... Pero no le gustaba aquel lugar. Todo era demasiado claro, demasiado frío. Las esbeltas columnas parecían dedos huesudos, y las vetas azules del mármol blanco le recordaban las venas de las piernas de una vieja. En las paredes había cincuenta candelabros de plata, pero las antorchas encendidas no llegaban a la docena, de manera que las sombras danzaban por el suelo e invadían los rincones. Sus pisadas resonaron contra el mármol. Sansa oía como el viento sacudía la Puerta de la Luna.

«No debo mirarla —se dijo—, si la miro, me entrará un temblor peor que los de Robert.»

Con ayuda de Maddy consiguió que Robert se sentara en el trono de arciano, encima de un montón de cojines, y mandó recado de que Su Señoría recibiría a sus invitados. Dos guardias con capa azul celeste abrieron las puertas del extremo más bajo de la sala, y Petyr los hizo pasar para recorrer la larga alfombra azul situada entre las hileras de columnas blancas como huesos.

El niño recibió a Lord Nestor con un saludo en tono chillón, y no mencionó su verruga. Cuando el Mayordomo Supremo le preguntó por su señora madre, a Robert empezaron a temblarle las manos.

—Marillion le hizo daño a mi madre. La tiró por la Puerta de la Luna.

—¿Lo presenció Su Señoría? —preguntó Ser Marwyn Belmore, un caballero rubio, alto y delgado que había sido capitán de la guardia de Lysa hasta que llegó Petyr y puso a Ser Lothor Brune en su lugar.

—Lo vio Alayne —respondió el niño—. Y mi señor padrastro también.

Lord Nestor la miró. Ser Albar, Ser Marwyn, el maestre Colemon... Todos la miraban.

«Era mi tía, pero me quería matar —pensó Sansa—. Me arrastró hasta la Puerta de la Luna y trató de empujarme. Yo no quería un beso; sólo estaba haciendo un castillo de nieve.»

Se estrechó los brazos contra el pecho para controlar el temblor.

—Debéis disculparla, mis señores —dijo Petyr Baelish con tono gentil—. Todavía tiene pesadillas desde aquel día. No me extraña que no soporte hablar del

tema. —Se situó detrás de ella y le puso las manos en los hombros, con cariño—. Ya sé lo difícil que es para ti, Alayne, pero nuestros amigos tienen que oír la verdad.

—Sí. —Tenía la garganta tan seca y tensa que casi le dolía hablar—. Lo vi... Estaba con Lady Lysa cuando... —Una lágrima le rodó por la mejilla. «Muy bien, llorar está bien»—. Cuando Marillion... la empujó.

Y empezó a relatar la historia de nuevo, casi sin oír las palabras a medida que las pronunciaba.

No iba ni por la mitad de la narración cuando Robert se echó a llorar; los cojines se movían y amenazaban con derrumbarse.

—Mató a mi madre. ¡Quiero que vuele! —El temblor de las manos había ido a peor; los brazos también se le agitaban, la cabeza le daba sacudidas y los dientes le entrechocaban—. ¡Que vuele! —chilló—. ¡Que vuele, que vuele!

Agitaba como loco los brazos y las piernas. Lothor Brune subió al estrado justo a tiempo para coger al chico cuando se caía del trono. El maestre Colemon lo seguía de cerca, pero no había nada que pudiera hacer.

Sansa, tan impotente como los demás, tuvo que limitarse a mirar mientras el ataque de temblores seguía su curso. Una pierna de Robert le asestó una patada en la cara a Ser Lothor. Brune soltó una maldición, pero siguió sujetando al chico que se retorcía, se agitaba y se orinaba encima. Los visitantes no dijeron ni una palabra; al menos, Lord Nestor ya había presenciado antes aquellos ataques. Los momentos se hicieron muy largos antes de que los espasmos de Robert empezaran a amainar. Cuando terminaron, el pequeño señor estaba tan débil que no podía ni tenerse en pie.

—Será mejor que llevéis a Su Señoría al dormitorio, y que lo sangren —ordenó Lord Petyr.

Brune cogió al niño en brazos y salió de la estancia. El maestre Colemon lo siguió con el rostro sombrío.

Cuando sus pisadas se perdieron en la distancia, no se produjo sonido alguno en la Sala Alta del Nido de Águilas. Sansa oía el gemido del viento que arañaba la Puerta de la Luna. Tenía mucho frío y estaba muy cansada. Se preguntó si tendría que contar la historia de nuevo.

Pero la debía de haber narrado bastante bien, porque Lord Nestor tuvo que aclararse la garganta.

—Ese bardo me dio mala espina desde el principio —gruñó—. Le dije a Lady Lysa que lo echara. Se lo dije, y más de una vez.

—Siempre le disteis buenos consejos, mi señor —dijo Petyr.

—Pero no me hizo caso —se quejó Royce—. Me escuchó de mala gana y no me hizo caso.

—Mi señora era demasiado confiada para este mundo. —Petyr hablaba con tanta ternura que Sansa habría creído que amaba a su esposa—. Lysa no sabía ver la

maldad de nadie; sólo veía lo bueno. Marillion cantaba canciones dulces, y ella confundió su voz con su naturaleza.

—Nos llamaba cerdos —intervino Ser Albar Royce. Era un caballero robusto, ancho de hombros, que se afeitaba la barbilla pero tenía unas patillas largas, negras, que rodeaban como setos su rostro poco agraciado; parecía una versión en joven de su padre—. Compuso una canción sobre dos cerdos que hozaban por la montaña y comían excrementos de halcón. Éramos nosotros, pero cuando se lo dije se rió de mí. Me respondió que era sólo una canción sobre cerdos.

—De mí también se burlaba —aportó Ser Marwyn Belmore—. Me puso el apodo de Ding-Dong. Cuando juré que le cortaría la lengua, corrió a escudarse tras las faldas de Lady Lysa.

—Como hacía siempre —corroboró Lord Nestor—. No era más que un cobarde, pero el favor que le mostraba Lady Lysa lo hacía insolente. Lo vistió como a un señor, y le regaló anillos de oro y un cinturón de adularias.

—Y el halcón favorito de Lord Jon. —En el jubón del caballero se podían ver las seis velas blancas de los Waxley—. Su Señoría adoraba a ese pájaro. Había sido un regalo del rey Robert.

—Fue muy poco apropiado —reconoció Petyr Baelish con un suspiro—, así que tuve que zanjar esa situación. Lysa accedió a echarlo; por eso lo hizo llamar aquí aquel día. Tendría que haberla acompañado, pero no se me ocurrió... Si yo no le hubiera dicho que... Fui yo quien la mató.

«No —pensó Sansa—, no digáis eso, no digáis eso, no digáis eso.» Pero Albar Royce estaba negando con la cabeza.

—No, mi señor, no os culpéis —le dijo.

—Fue obra del bardo —convino su padre—. Hacedlo subir, Lord Petyr. Pongamos fin a este lamentable asunto.

Petyr Baelish se recompuso.

—Como deseéis, mi señor.

Se volvió hacia los guardias, dio una orden, y subieron al bardo de las mazmorras. Con él llegó Mord, un carcelero monstruoso de ojillos negros, con el rostro asimétrico lleno de cicatrices. Había perdido una oreja y parte de la mejilla en alguna batalla, pero le quedaba una docena de arrobadas de carne blanquecina. La ropa le quedaba mal, y desprendía un hedor rancio.

En contraste, Marillion parecía casi elegante. Lo habían bañado y vestido con unos calzones azul celeste y una túnica blanca de mangas anchas, que se ceñía con un fajín plateado que le había regalado Lady Lysa. Llevaba las manos cubiertas con guantes de seda blanca, y una venda de seda también blanca evitaba que los señores tuvieran que verle los ojos.

Mord se situó tras él con un látigo. Cuando el carcelero le dio un golpecito en las

costillas, el bardo se dejó caer en una rodilla.

—Bondadosos señores, suplico vuestro perdón.

Lord Nestor frunció el ceño.

—¿Confiesas tu crimen?

—Si tuviera ojos, lloraría. —La voz del bardo, tan fuerte y segura por las noches, estaba quebrada en aquel momento; era apenas un susurro—. La amaba tanto que no soportaba verla en brazos de otro hombre, saber que compartía con él su cama. No quería hacerle ningún daño a mi dulce señora, lo juro. Atranqué la puerta para que nadie nos molestara mientras le declaraba mi pasión, pero Lady Lysa fue tan fría... Cuando me dijo que llevaba en sus entrañas al hijo de Lord Petyr, la... La locura se apoderó de mí...

Sansa se miraba las manos mientras lo oía hablar. Maddy la Gorda contaba que Mord le había cortado tres dedos: los dos meñiques y un anular. Los meñiques parecían más rígidos que los otros dedos, pero con aquellos guantes nadie sabría decirlo a ciencia cierta.

«Puede que sea sólo un rumor. ¿Cómo lo va a saber Maddy?»

—Lord Petyr tuvo la amabilidad de permitir que conservara la lira —dijo el bardo ciego—. La lira y... la lengua..., para poder seguir cantando. A Lady Lysa le gustaba tanto oírme cantar...

—Llevaos de aquí a este monstruo o lo mato ahora mismo —gruñó Lord Nestor Royce—. Se me revuelve el estómago tan sólo con mirarlo.

—Llévalo de vuelta a su celda del cielo, Mord —ordenó Petyr.

—Sí, mi señor. —Mord agarró a Marillion con brusquedad por el cuello de la túnica—. Se acabó darle a la lengua.

Cuando habló, Sansa advirtió con asombro que los dientes del carcelero eran de oro. Observaron cómo llevaba al bardo hacia las puertas, mitad a rastras mitad a empujones.

—Ese hombre debe morir —declaró Ser Marwyn Belmore cuando hubieron salido—. Tendría que haber seguido a Lady Lysa por la Puerta de la Luna.

—Y sin lengua —añadió Ser Albar Royce—. Sin esa lengua mentirosa y burlona.

—Ya lo sé, he sido demasiado blando con él —suspiró Petyr Baelish en tono de disculpa—. A decir verdad, me inspira compasión. Mató por amor.

—Por amor o por odio, da igual —replicó Belmore—. Tiene que morir.

—No tardará —comentó Lord Nestor con brusquedad—. Nadie dura mucho en las celdas del cielo. El azul lo llamará.

—Puede —dijo Petyr Baelish—, pero sólo Marillion sabe si responderá o no. —Hizo una seña, y sus guardias abrieron las puertas al final de la sala—. Debéis de estar agotados tras el ascenso, señores. He ordenado que os preparen habitaciones para esta noche, y os servirán vino y comida en la Sala Baja. Oswell, mostradles el

camino y encargaos de que tengan todo lo que necesiten. —Se volvió hacia Nestor Royce—. Mi señor, ¿me acompañáis a tomar una copa de vino? Alayne, cariño, ven a servírnoslo.

Un pequeño fuego ardía en la chimenea de la estancia donde los aguardaba una frasca de vino. «Dorado del Rejo», pensó Sansa mientras llenaba la copa de Lord Nestor y Petyr removía los troncos con un atizador.

Lord Nestor se sentó junto al fuego.

—Esto no acaba aquí —le dijo a Petyr como si Sansa no existiera—. Mi primo quiere interrogar al bardo en persona.

—Yohn Bronce desconfía de mí. —Lord Petyr empujó un tronco a un lado.

—Piensa venir con un ejército. Sin duda, Symond Templeton se le unirá, y mucho me temo que Lady Waynwood también.

—Y Lord Belmore; y Lord Hunter, *el Joven*, y Horton Redfort. Vendrán con Sam Piedra, *el Fuerte*; los Tollett; los Shett; los Coldwater, y unos cuantos Corbray.

—Estáis bien informado. ¿Quiénes de los Corbray? ¡No será Lord Lyonel!

—No, su hermano. No sé por qué, pero Ser Lyn no me tiene demasiado aprecio.

—Lyn Corbray es peligroso —asintió Lord Nestor—. ¿Qué pensáis hacer?

—¿Qué puedo hacer, aparte de recibirlos si vienen?

Petyr removió una vez más las llamas y dejó el atizador.

—Mi primo tiene intención de quitaros el puesto de Lord Protector.

—Si es así, no se lo puedo impedir. Dispongo de una guarnición de veinte hombres; Lord Royce y sus amigos pueden reunir a veinte mil. —Petyr se dirigió hacia el arcón de roble situado bajo la ventana—. Yohn Bronce hará lo que quiera —comentó al tiempo que se arrodillaba. Abrió el arcón, sacó un pergamo y se lo tendió a Lord Nestor—. Tomad, mi señor. Es una prueba del afecto que os profesaba mi señora.

Sansa observó como Royce desenrollaba el pergamo.

—Esto es... Esto es muy inesperado, mi señor.

La niña se sobresaltó al ver lágrimas en sus ojos.

—Inesperado, pero no inmerecido. Mi señora os tenía en más estima que a ninguno de sus banderizos. Me dijeron que erais su roca.

—Su roca. —Lord Nestor se sonrojó—. ¿De verdad dijo eso?

—Muchas veces. Y esto —añadió señalando el pergamo con un gesto— es la prueba.

—Me... Me alegra de saberlo. Sé que Jon Arryn valoraba mis servicios, pero Lady Lysa... Se burló de mí cuando vine a cortejarla, y me temía... —Lord Nestor frunció el ceño—. Aquí veo el sello de Arryn, pero la firma...

—Lysa fue asesinada antes de que le presentaran el documento para su firma, de manera que lo firmé yo como Lord Protector. Sé que es lo que habría querido.

—Ya veo. —Lord Nestor enrolló el pergamo—. Es una gran... deferencia por vuestra parte, mi señor. Y no os falta valor. Hay quien dirá que esto no es apropiado, y os culparán por hacerlo. El cargo de Guardián nunca ha sido hereditario. Los Arryn edificaron las Puertas en los tiempos en que aún tenían la Corona Halcón y gobernaban el Valle como reyes. El Nido de Águilas era su asentamiento veraniego, pero cuando llegaban las nieves bajaban con toda su corte. Se dice que las Puertas era un lugar tan regio como el Nido de Águilas.

—Hace trescientos años que no hay reyes en el Valle —señaló Petyr Baelish.

—Llegaron los dragones —reconoció Lord Nestor—. Pero incluso después de aquello, las Puertas siguió siendo un castillo de los Arryn. El propio Jon Arryn fue Guardián de las Puertas en vida de su padre. Tras su ascenso nombró para el cargo a su hermano Ronnel, y más adelante, a su primo Denys.

—Lord Robert no tiene hermanos; sólo primos lejanos.

—Ciento. —Lord Nestor apretó el pergamo con fuerza—. No diré que no albergaba esperanzas de que llegara este momento. Mientras Lord Jon gobernó el reino como Mano, sobre mis espaldas recayó el deber de gobernar el Valle en su nombre. Hice todo lo que fue necesario, y nunca pedí nada para mí, pero ¡por los dioses que me he ganado esto!

—Así es —convino Petyr—, y Lord Robert duerme más tranquilo sabiendo que siempre estáis ahí, que tiene un amigo fiel al pie de la montaña. —Alzó la copa—. Brindemos, mi señor. Por la Casa Royce, Guardianes de las Puertas de la Luna... ahora y siempre.

—¡Sí, ahora y siempre!

Las copas de plata entrechocaron.

Más tarde, mucho más tarde, después de que se acabara la frasca de dorado del Rejo, Lord Nestor salió de la estancia para ir a reunirse con sus caballeros. Sansa ya estaba casi dormida de pie; lo único que quería era irse a la cama, pero Petyr la agarró por la muñeca.

—¿Has visto qué maravillas se pueden conseguir con mentiras y dorado del Rejo?

¿Por qué tenía ganas de echarse a llorar? Que Nestor Royce estuviera de su parte era bueno.

—¿Todo eran mentiras?

—Todo no. Lysa decía a menudo que Lord Nestor era una roca, aunque me parece que no era en tono de cumplido. También decía que su hijo era un zoquete. Sabía que Lord Nestor soñaba con gobernar las Puertas por derecho propio, con ser un verdadero señor, no sólo de nombre; pero Lysa tenía otro sueño: tener más hijos, que el castillo fuera para el hermano pequeño de Robert. —Se levantó—. ¿Comprendes lo que ha sucedido aquí, Alayne?

Sansa titubeó un momento.

—Le habéis entregado las Puertas de la Luna a Lord Nestor para aseguraros su apoyo.

—Ciento —reconoció Petyr—, pero nuestra roca es un Royce, o lo que es lo mismo, un hombre demasiado orgulloso y susceptible. Si le hubiera preguntado su precio, se habría hinchado como un sapo, furioso ante la afrenta que eso supondría para su honor. Pero así... No es completamente idiota, pero las mentiras que le he servido eran más dulces que la verdad. Quiere creer que Lysa lo tenía en mayor estima que a sus otros banderizos. Al fin y al cabo, uno de ellos es Yohn Bronce, y Nestor es demasiado consciente de que desciende de una rama menor de la Casa Royce. Quiere algo más para su hijo. Los hombres de honor hacen por sus hijos cosas que jamás se plantearían hacer por sí mismos.

—La firma... —Sansa asintió—. Podríais haberle pedido a Lord Robert que pusiera la firma y el sello, y sin embargo...

—... he firmado yo mismo como Lord Protector. ¿Por qué?

—Porque así... si os deponen... o... si os matan...

—Los derechos de Lord Nestor sobre las Puertas no serán tan incuestionables. Te aseguro que no se le ha escapado. Has sido muy lista al darte cuenta. Aunque no más de lo que esperaba de mi propia hija.

—Gracias. —Sentía un absurdo orgullo por haberlo comprendido, pero también estaba desconcertada—. Pero no lo soy. Vuestra hija. No de verdad. O sea, finjo ser Alayne, pero sabéis...

Meñique le puso un dedo sobre los labios.

—Sé lo que sé, y tú también. Hay cosas que es mejor no decir en voz alta, cariño.

—¿Ni siquiera cuando estemos a solas?

—Mucho menos aún cuando estemos a solas. Si no, cualquier día entrará un criado sin anunciarse, o un guardia que esté junto a la puerta oirá lo que no deba. ¿Quieres más sangre en esas preciosas manitas, pequeña?

El rostro de Marillion, con la venda blanca en los ojos, pareció flotar ante ella. Detrás alcanzó a ver a Ser Dontos, todavía ensartado por las saetas.

—No —dijo Sansa—. Por favor.

—Ganas me dan de decir que esto no es un juego, hija, pero lo es. El juego de tronos.

«Yo nunca quise jugar. —Era un juego demasiado peligroso—. Un simple desliz puede costar la vida.»

—Oswell... Mi señor, Oswell me sacó en bote de Desembarco del Rey la noche de mi huida. Debe de saber quién soy.

—Si es la mitad de listo que una cagada de oveja, desde luego. Ser Lothor también lo sabe. Pero Oswell lleva mucho tiempo a mi servicio, y Brune es discreto por naturaleza. Kettleblack vigila a Brune, y Brune vigila a Kettleblack. No confíes

en nadie. Se lo dije a Eddard Stark, pero no me hizo caso. Eres Alayne, y tienes que ser Alayne todo el tiempo. —Le puso dos dedos en el pecho, a la izquierda—. Incluso aquí. En tu corazón. ¿Serás capaz? ¿Puedes ser mi hija, de corazón?

—Pues... —«No lo sé, mi señor», estuvo a punto de decir, pero no era lo que él quería oír. «Mentiras y dorado del Rejo», pensó—. Soy Alayne, padre. ¿Quién si no?

Lord Meñique le dio un beso en la mejilla.

—Con mi cerebro y la belleza de Cat, el mundo será tuyo, cariño. Venga, vete a la cama.

Gretchel le había encendido la chimenea y le había mullido el colchón de plumas. Sansa se desnudó y se metió bajo las mantas.

«Esta noche no cantará —rezó—, porque Lord Nestor y los demás están en el castillo. No se atreverá.» Cerró los ojos.

En algún momento de la noche se despertó cuando el pequeño Robert se metió en su cama.

«Se me olvidó decirle a Lothor que lo volviera a encerrar.» Ya no tenía remedio, de modo que lo rodeó con un brazo.

—¿Robalito? Puedes quedarte, pero no te muevas mucho. Cierra los ojos y duerme, pequeño.

—Vale. —Se acurrucó contra ella y le apoyó la cabeza en el pecho—. Alayne... ¿Ahora eres tú mi mamá?

—Supongo que sí —respondió.

Mentir no era malo si se hacía con buena intención.

LA HIJA DEL KRAKEN

El salón retumbaba con los gritos ebrios de los Harlaw, todos ellos primos lejanos. Cada señor había colgado su estandarte detrás de los bancos que ocupaban sus hombres.

«Demasiado pocos —meditó Asha Greyjoy, que observaba desde arriba, en la galería—. Muy, muy pocos.» Los bancos estaban vacíos en tres cuartas partes.

Qarl *la Doncella* ya lo había dicho cuando el *Viento Negro* se aproximaba a puerto. Contó los barcoluengos amarrados al pie del castillo de su tío y apretó los labios.

—No han venido —señaló—. O al menos no han venido tantos como necesitábamos. —Era una verdad incontestable, pero Asha no se había atrevido a asentir allí, a la vista de su tripulación. No dudaba de su devoción, de la lealtad que la llevaría a morir por ella, pero hasta los hijos del hierro dudaban a la hora de desperdiciar su vida por una causa evidentemente perdida.

«¿Tan pocos amigos tengo?» Entre los estandartes vio el pez plateado de los Botley, el árbol de piedra de los Stonetree, el leviatán negro de los Volmark y la lazada de los Myre. Los demás representaban la guadaña de los Harlaw. La de Boremund estaba sobre campo azul claro; la de Hotho, circundada por una bordura almenada, y la del Caballero compartía un escudo cuartelado en cruz con el llamativo pavo real de la Casa de su madre. Hasta el estandarte de Sigfryd *Peloplata* mostraba dos guadañas enfrentadas en un campo tronchado. Sólo el de Lord Harlaw mostraba la sencilla guadaña de plata sobre campo de sable, negro como la noche, tal como había ondeado en los viejos tiempos. Rodrik, también llamado el Lector, el Señor de las Diez Torres, el Señor de Harlaw, Harlaw de Harlaw... y su tío más querido.

El asiento de Lord Rodrik permanecía desierto. Sobre él había colgadas dos guadañas de plata batida, tan grandes que hasta a un gigante le habría costado trabajo esgrimirlas, pero bajo ellas sólo se veían cojines desocupados. Asha no se había sorprendido. El banquete había terminado hacía rato; en los tablones montados sobre caballetes que hacían las veces de mesas sólo quedaban huesos y bandejas grasientas. Todos los demás estaban bebiendo, y a su tío Rodrik nunca le había agrado la compañía de borrachos pendencieros.

Se volvió hacia Tresdientes, una anciana de edad inimaginable que había administrado la casa de su tío desde que la llamaban Docedientes.

—¿Mi tío está con sus libros?

—Pues claro, como siempre. —Aquella mujer era de edad tan avanzada que, en cierta ocasión, un septón había dicho que debía de haber amamantado a la Vieja. Eso había sido en otros tiempos, cuando en las islas aún se toleraba la Fe. Lord Rodrik siempre había tenido septones en las Diez Torres, aunque no estaban allí para salvar

su alma, sino para aprovechar sus libros—. Con los libros y con Botley. Iba con él.

El estandarte de Botley pendía también de la pared: un banco de peces plateados sobre campo verde claro, aunque Asha no había visto su *Aleta Veloz* entre los barcoluengos que habían llegado.

—Tenía entendido que mi tío Ojo de Cuervo había ordenado ahogar al viejo Sawane Botley.

—Este es Lord Tristifer Botley.

«Tris. —¿Qué habría sido de Harren, el hijo mayor de Sawane?—. No tardaré en averiguarlo. Va a ser una situación incómoda.» No veía a Tris Botley desde... No, era mejor que no pensara en aquello.

—¿Y mi señora madre?

—En la cama —replicó Tresdientes—, en la Torre de la Viuda.

«Por variar.»

La Torre de la Viuda recibía aquel nombre por su tía. Lady Gwynesse había regresado a casa para llorar a su difunto esposo, que había muerto en Isla Bella durante la primera rebelión de Balon Greyjoy.

—Sólo me quedaré hasta que cese el dolor que siento —le había dicho a su hermano, una frase que pasó a la historia—, aunque por derecho, Diez Torres me debería corresponder a mí: soy siete años mayor que tú.

Habían pasado muchos años desde entonces, y la viuda seguía allí, llorando y mascullando de cuando en cuando que el castillo debería ser suyo.

«Y ahora, Lord Rodrik tiene otra hermana viuda y medio demente bajo su techo —reflexionó Asha—. No me extraña que se refugie en los libros.»

Aún le costaba creer que la frágil y enfermiza Lady Alannys hubiera sobrevivido a su esposo, Lord Balon, que siempre había parecido tan fuerte y tan sano. Cuando zarpó para ir a la guerra, Asha temía que su madre muriera durante su ausencia. En ningún momento se le ocurrió que quien podía fallecer era su padre.

«El Dios Ahogado nos gasta bromas crueles, pero los hombres son más crueles todavía. —Una tormenta repentina y una cuerda rota habían precipitado a Balon Greyjoy hacia la muerte—. O eso dicen.»

Asha había visto a su madre por última vez cuando se detuvo en Diez Torres para aprovisionarse de agua dulce, de camino hacia el norte para atacar Bosquespeso. Alannys Harlaw nunca había poseído la belleza que tanto cantaban los bardos, pero a su hija le encantaba aquel rostro valeroso y fuerte, con los ojos llenos de alegría. Sin embargo, en su última visita, había encontrado a Lady Alannys sentada junto a la ventana, arrebujada entre mantas de piel, contemplando el mar con la mirada perdida.

«¿Es mi madre o su fantasma?», recordaba haber pensado mientras le daba un beso en la mejilla. La piel de la mujer era fina como un pergamo, y la larga cabellera se le había vuelto canosa. Aún quedaba cierto orgullo en su manera de

erguir la cabeza, pero tenía los ojos turbios y apagados, y la boca le tembló cuando le preguntó por Theon.

—¿Me has traído a mi pequeñín? —le preguntó en esa ocasión.

Theon tenía diez años cuando se lo llevaron como rehén a Invernia, y al parecer, por lo que a Lady Alannys respectaba, siempre tendría la misma edad.

—Theon no ha podido venir —tuvo que decirle Asha—. Mi padre lo ha enviado a saquear la Costa Pedregosa.

Lady Alannys no respondió. Se limitó a asentir con un movimiento pausado, pero era evidente que las palabras de su hija la habían herido en lo más profundo.

«Y ahora le tengo que decir que Theon ha muerto; tengo que clavarle otro puñal en el corazón. —Ya tenía hincados dos cuchillos; en sus hojas estaban escritas las palabras RODRIK y MARON, y más de una vez se retorcían durante las largas noches para causarle más dolor—. Iré a verla por la mañana», se prometió. El viaje había sido largo y agotador, y en aquel momento no tenía fuerzas para enfrentarse a su madre.

—Tengo que hablar con Lord Rodrik —le dijo a Tresdientes—. Que se ocupen de mi tripulación cuando terminen de descargar el *Viento Negro*. Van a traer a los prisioneros, y quiero que se les proporcionen camas abrigadas y comida caliente.

—En la cocina hay carne fría y un tarro de piedra con mostaza de Antigua. —La idea de la mostaza hizo sonreír a la anciana. Un solitario diente, largo y parduzco, le brotaba de las encías.

—No hay ni para empezar. Ha sido una travesía muy difícil. Quiero que se metan algo caliente en el estómago. —Asha apoyó un pulgar del cinturón tachonado que le rodeaba las caderas—. Que Lady Glover y los niños tengan leña en el fuego; no quiero que les falte calor. Alojadlos en alguna torre, no en las mazmorras. El bebé está enfermo.

—Los bebés suelen enfermar. Muchos mueren, y la gente lo lamenta. Le preguntaré a mi señor dónde debo encerrar a los amigos del lobo.

Asha agarró la nariz de la mujer entre el índice y el pulgar y se la retorció.

—Cumplirás mis órdenes sin rechistar, y si ese bebé muere, nadie lo lamentará tanto como tú.

Tresdientes chilló, y cuando prometió que obedecería, Asha la soltó para ir a ver a su tío.

Era grato volver a caminar por aquellas estancias. Siempre había tenido la sensación de que Diez Torres era su hogar, mucho más que Pyke.

«No es un castillo, sino diez juntos», había pensado la primera vez que lo visitó. Recordaba largas carreras sin aliento escaleras arriba, escaleras abajo, por los adarves y los puentes cubiertos, las salidas a pescar en el Muelle de Piedra, los días y las noches inmersa en el tesoro de libros de su tío. El abuelo de su abuelo había

construido aquel castillo, el más reciente de las islas. Lord Theomore Harlaw había perdido a tres hijos varones, aún en la cuna, y culpaba de ello a los sótanos inundados, a las piedras húmedas y al salitre supurante del antiguo Torreón de Harlaw. Diez Torres estaba mejor ventilado, mejor habilitado, mejor situado... Pero Lord Theomore era voluble, como habría podido atestiguar cualquiera de sus esposas. Había tenido seis, tan distintas entre ellas como las diez torres.

La Torre de los Libros era la más ancha, de planta octogonal, edificada con grandes sillares. La escalera estaba empotrada en los gruesos muros. Asha ascendió con paso rápido hasta el quinto piso y entró en la habitación donde estaba leyendo su tío.

«No es que haya ninguna habitación en la que no lea.» Era raro ver a Lord Rodrik sin un libro en la mano, ya fuera en el retrete, en la cubierta de su *Canción Marina* o durante una audiencia. Asha lo había visto leer en su asiento de honor, bajo las guadañas de plata. Escuchaba los casos que se le presentaban, pronunciaba el veredicto... y leía un poquito mientras el capitán de la guardia hacía pasar al siguiente suplicante.

Se lo encontró inclinado sobre una mesa, junto a la ventana, rodeado de pergaminos que bien pudieran proceder de Valyria antes de la Maldición, y libros de gruesa encuadernación de cuero con cierres de hierro y bronce. A ambos lados del asiento, en ornamentados candelabros de hierro, había cirios de cera de abeja tan altos y gruesos como los brazos de un hombre fornido. Lord Rodrik Harlaw no era gordo ni delgado, no era alto ni bajo, no era feo ni atractivo. Tenía el cabello castaño, al igual que los ojos, aunque la barbita corta y arreglada que lucía se había tornado canosa. Era, en resumen, un hombre vulgar que sólo se distinguía por su amor hacia la palabra escrita, hábito que tantos hijos del hierro consideraban poco varonil y hasta perverso.

—Hola, tío. —Cerró la puerta a su paso—. ¿Qué lectura era tan urgente para que privaras a tus invitados de la presencia de su anfitrión?

—El *Libro de los libros perdidos*, del archimaestre Marwyn. —Alzó la vista de la página para mirarla—. Hotho me ha traído un ejemplar de Antigua. Tiene una hija y quiere que me case con ella. —Lord Rodrik dio unos golpecitos con la uña larga en el tomo—. Fíjate en esto. Marwyn asegura que ha encontrado tres páginas de *Señales y portentos*, unas visiones que dejó escritas la hija doncella de Aenar Targaryen antes de que la Maldición cayera sobre Valyria. ¿Ya sabe Lanny que estás aquí?

—Todavía no. —Lanny era el nombre cariñoso con que aludía a su madre; sólo el Lector la llamaba así—. Dejémosla descansar. —Asha apartó una pila de libros de un taburete y tomó asiento—. Tresdientes ha perdido dos dientes más. ¿Cómo la llamas ahora? ¿Undiente?

—Yo casi nunca me dirijo a ella. Esa mujer me da miedo. ¿Qué hora es? —Lord

Rodrik echó un vistazo por la ventana para ver el mar iluminado por la luna—. ¿Tan temprano ha oscurecido? No me había dado cuenta. Te has retrasado mucho; te esperábamos hace días.

—Tuvimos el viento en contra, y me preocupaban los prisioneros: la esposa y los hijos de Robett Glover. La más pequeña todavía mama, y a Lady Glover se le secó la leche durante la travesía. No tuve más remedio que varar el *Viento Negro* junto a la Orilla Pedregosa y enviar a mis hombres a buscar un ama de cría, pero en su lugar me trajeron una cabra. La niña no medra; ¿hay en el pueblo alguna madre que esté dando de mamar? Bosquespeso es muy importante para mis planes.

—Tus planes van a tener que cambiar. Llegas demasiado tarde.

—Tarde y con hambre. —Estiró las largas piernas bajo la mesa y pasó las páginas del libro que tenía más cerca, el discurso de un septón sobre la guerra de Maegor *el Cruel* contra los Clérigos Humildes—. Y encima con sed. Me vendría bien un cuerno de cerveza, tío.

—Ya sabes que no permito que haya comida ni bebida en mi biblioteca —dijo Lord Rodrik, con cara de espanto—. Los libros...

—... se podrían dañar. —Asha se echó a reír.

—Te encanta provocarme —dijo su tío, frunciendo el ceño.

—Venga, no pongas esa cara de agravio. No hay hombre al que yo no provoque; a estas alturas ya deberías saberlo. Pero basta de hablar de mí. ¿Cómo estás?

—Bastante bien —dijo Lord Rodrik, encogiéndose de hombros—. Se me están debilitando los ojos. He pedido una lente de Myr para ayudarme a leer.

—¿Cómo está mi tía?

El hombre suspiró.

—Todavía tiene siete años más que yo y la convicción de que Diez Torres debería pertenecerle a ella. Gwynesse está perdiendo la memoria, pero de eso no se olvida. Sigue llorando a su difunto esposo tanto como el día en que murió, aunque no siempre se acuerda de su nombre.

—No estoy segura de que lo llegara a conocer. —Asha cerró de golpe el libro del septón—. ¿Mi padre fue asesinado?

—Eso cree tu madre.

«Hubo momentos en los que ella misma lo habría matado de buena gana», pensó.

—¿Y qué opina mi tío?

—Balon se precipitó al vacío cuando se rompió un puente de cuerdas, y murió. Rugía la tormenta, y el viento sacudía el puente. —Rodrik se encogió de hombros—. O eso es lo que nos han dicho. Tu madre recibió un pájaro del maestre Wendamyr.

Asha se sacó la daga de la funda y empezó a limpiarse las uñas.

—Ojo de Cuervo se pasa tres años fuera y regresa justo el día en que muere mi padre.

—Según tengo entendido, fue al día siguiente. El *Silencio* todavía estaba en alta mar cuando murió Balon; al menos, eso dicen. Aun así, reconozco que el regreso de Euron ha sido... oportuno.

—Yo no lo llamaría así. —Asha clavó la daga en la mesa—. ¿Dónde están mis barcos? He contado cuarenta barcoluengos amarrados abajo; no bastan para echar a Ojo de Cuervo del trono de mi padre.

—Envié las convocatorias. En tu nombre, y por el amor que os profeso a tu madre y a ti. La Casa Harlaw se ha reunido. También la de Stonetree y la de Volmark. Algunos Myre...

—Todos de Harlaw; una sola isla, y son siete. Abajo sólo he visto un estandarte de los Botley, de Pyke. ¿Dónde están los barcos de Acantilado de Sal, de Orkwood, de los Wyk...?

—Baelor Blacktyde vino de Marea Negra para conferenciar conmigo y enseguida zarpó de nuevo. —Lord Rodrik cerró *El Libro de los libros perdidos*—. Ya debe de estar en Viejo Wyk.

—¿En Viejo Wyk? —Asha había temido que le dijera que todos habían ido a Pyke, a rendirle homenaje a Ojo de Cuervo—. ¿Por qué a Viejo Wyk?

—Creía que ya te lo habían dicho. Aeron *Pelomojado* ha convocado una asamblea de sucesión.

Asha echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—El Dios Ahogado le ha debido de meter un pez espino por el culo al tío Aeron. ¿Una asamblea? ¿Está de broma?

—Pelomojado no ha vuelto a bromear desde el día en que se ahogó. Y los demás sacerdotes están con él. Beron Blacktyde *el Ciego*, Tarle *el Tres Veces Ahogado...* hasta el Viejo Gaviota Gris ha salido de la roca en la que vive y está predicando lo de la asamblea por todo Harlaw. Los capitanes ya se están reuniendo en Viejo Wyk.

Asha estaba atónita.

—¿Y Ojo de Cuervo ha accedido a asistir a esa farsa religiosa y someterse a su decisión?

—Ojo de Cuervo no confía en mí. Desde que me convocó a Pyke para que le rindiera pleitesía, no he vuelto a tener noticias suyas.

«Una asamblea para la elección del rey. Esto sí que es nuevo... o, mejor dicho, muy, muy viejo.»

—¿Y mi tío Victarion? ¿Qué le parece el plan de Pelomojado?

—Se le envió la noticia de la muerte de tu padre, y seguro que también está informado de lo de la asamblea. Aparte de eso, no sé nada más.

«Más vale una asamblea que una guerra.»

—Me dan ganas de besar los pies apestosos de Pelomojado y sacarle las algas de entre los dedos. —Asha arrancó la daga de la mesa y se la volvió a guardar en la

funda—. ¡Una asamblea de sucesión! ¡Joder, qué idea!

—En Viejo Wyk —confirmó Lord Rodrik—. Y yo no estoy tan seguro de que sea buena idea. He estado consultando la *Historia de los hijos del hierro*, de Haereg. La última vez que los reyes de la sal y los reyes de la roca celebraron una asamblea, Urron de Monteorca envió a sus hombres armados con hachas, y las costillas de Nagga se cubrieron de sangre. Desde aquel día aciago, la Casa Greyiron reinó sin más elecciones durante mil años, hasta la llegada de los ándalos.

—Tienes que prestarme ese libro de Haereg, tío.

Le iba a hacer falta averiguar todo lo posible sobre las asambleas antes de llegar a Viejo Wyk.

—Lo puedes leer aquí. Es muy antiguo, muy frágil. —La miró con el ceño fruncido—. El archimaestre Rigney escribió que la historia es una rueda, que la naturaleza del hombre es inmutable en lo fundamental. Según él, lo que ya ha sucedido volverá a suceder, sin remedio. Siempre que pienso en Ojo de Cuervo me acuerdo de eso. El nombre de Euron Greyjoy se parece demasiado al del Urron Greyiron de aquellos tiempos. No voy a ir a Viejo Wyk. Y tú tampoco deberías.

Asha sonrió.

—¿Qué quieres? ¿Que me pierda la primera asamblea que se convoca en...? ¿En cuánto tiempo, tío?

—En cuatro mil años, si nos fiamos de lo que dice Haereg. O sólo dos mil, si aceptamos los argumentos que aduce el maestre Denestan en *Preguntas*. No servirá de nada que vayas a Viejo Wyk. Llevamos en la sangre delirios de grandeza. Así se lo hice saber a tu padre la primera vez que se levantó en armas, y hoy se rebela con mayor claridad que entonces. Necesitamos tierras, no coronas. Mientras Stannis Baratheon y Tywin Lannister se disputan el Trono de Hierro, disponemos de una ocasión inmejorable para salir beneficiados. Tomemos partido, sea a favor de quien sea; lo ayudaremos con nuestra flota a alzarse victorioso, y así tendremos a un rey agradecido a quien solicitar las tierras que necesitamos.

—Puede que me lo piense cuando ya esté sentada en el Trono de Piedramar —dijo Asha.

Su tío suspiró.

—Sé que no quieras que te diga esto, Asha, pero no te van a elegir a ti. Ninguna mujer ha reinado jamás sobre los hijos del hierro. Recuerda: Gwynesse tiene siete años más que yo, pero cuando murió nuestro padre, Diez Torres pasó a mis manos. A ti te sucederá lo mismo. Eres la hija de Balon, no su hijo. Y tienes tres tíos.

—Cuatro.

—Tres tíos krákens. Yo nouento.

—Para mí, sí. Mientras tenga a mi tío de Diez Torres, tendrá Harlaw.

Harlaw no era la mayor de las Islas del Hierro, pero sí la más próspera y poblada;

no se podía menospreciar el poder de Lord Rodrik. En Harlaw, Harlaw no tenía rival. Los Volmark o los Stonetree podían contar con grandes fortalezas en la isla, y alardear de los capitanes famosos y los guerreros valientes a su servicio, pero hasta los más valerosos se inclinaban ante la guadaña. Los Kenning y los Myre, otros enemigos mortales, habían sido derrotados y convertidos en vasallos mucho tiempo atrás.

—Mis primos me son leales; en tiempos de guerra estoy al mando de sus velas y sus espadas. En cambio, en una asamblea... —Lord Rodrik sacudió la cabeza—. Bajo los huesos de Nagga, todos los capitanes son iguales. Puede que algunos griten tu nombre, no lo dudo; pero no serán suficientes. Y cuando se grite el nombre de Victarion o el de Ojo de Cuervo, muchos de los que ahora beben en mis salones se unirán a los demás. Te lo vuelvo a decir: no navegues hacia esa tormenta. La batalla está perdida.

—Ninguna batalla está perdida hasta que se pelea. Tengo más derecho que nadie: soy la heredera de Balon.

—Sigues siendo una chiquilla testaruda. Piensa en tu pobre madre. Eres lo único que le queda a Lanny. Si hace falta, le prenderé fuego al *Viento Negro* para que te quedes aquí.

—¿Y me obligarás a ir a Viejo Wyk a nado?

—Mucho tramo en un agua tan fría por una corona que no podrás conservar. Tu padre tenía más valor que sentido común. Las Antiguas Costumbres funcionaron bien en las islas cuando no éramos más que uno de muchos reinos pequeños, pero eso se terminó con la Conquista de Aegon. Balon se negaba a ver la realidad. Las Antiguas Costumbres murieron con Harren el Negro y sus hijos.

—Lo sé. —Asha había querido mucho a su padre, pero no se engañaba. En ciertos sentidos, Balon parecía ciego. «Como hombre, un valiente, pero péssimo como señor»—. Entonces, ¿tenemos que vivir y morir como siervos del Trono de Hierro? Si hay rocas a estribor y una tormenta a babor, el capitán inteligente elige un tercer rumbo.

—Muéstrame ese tercer rumbo.

—Eso haré... en la asamblea que me elija reina sucesora. ¿Te planteas siquiera la posibilidad de no asistir, tío? Eso pasará a la historia...

—Prefiero leer historia antigua a que se escriba con mi sangre.

—¿Quieres morir viejo y cobarde en la cama?

—¡Claro que sí! Aunque todavía no he terminado de leer. —Lord Rodrik se dirigió hacia la ventana—. Aún no me has preguntado por tu señora madre.

«Porque me daba miedo.»

—¿Cómo está?

—Fuerte. Puede que nos sobreviva a todos. Sin duda te sobrevivirá a ti si te

empecinas en esta locura. Come más que al principio; cuando llegó casi no probaba bocado, y ya duerme muchas noches de un tirón.

—Muy bien. —Durante los últimos años que había pasado en Pyke, Lady Alannys no conseguía conciliar el sueño. Vagaba toda la noche de habitación en habitación, con una vela, buscando a sus hijos. «¿Maron? —llamaba con voz chillona—. ¿Rodrik? ¿Dónde estás? Theon, mi pequeñín, ven con mamá.» Asha había presenciado muchas veces como el maestre le sacaba astillas de la planta de los pies, después de que, por la noche, cruzara descalza el cimbante puente de tablones que llevaba a la Torre del Mar—. Iré a verla por la mañana.

—Te preguntaré por Theon.

«El príncipe de Invernalia.»

—¿Qué le has dicho?

—Poca cosa. No había mucho que contar. —Titubeó un instante—. ¿Estás segura de que ha muerto?

—No estoy segura de nada.

—¿No encontraste su cadáver?

—Encontramos muchos restos de muchos cadáveres. Los lobos habían llegado antes que nosotros... Me refiero a los de cuatro patas, pero no mostraron mucho respeto hacia sus homónimos bípedos. Había huesos por todas partes; los habían roto para comerse la médula. Te confieso que no había manera de entender qué había pasado allí. Parecía como si los norteños hubieran combatido entre ellos.

—Los cuervos se pelean por la carne de los muertos, se matan por sus ojos. —Lord Rodrik contempló las aguas del mar y los dibujos que la luna trazaba en las olas—. Primero teníamos un rey; luego, cinco. Ahora, lo único que veo son cuervos que se pelean por el cadáver de Poniente. —Cerró los postigos—. No vayas a Viejo Wyk, Asha. Quédate aquí con tu madre. Mucho me temo que no la tendremos entre nosotros tanto tiempo como nos gustaría.

Asha cambió de postura en el asiento.

—Mi madre me educó para que fuera valiente. Si no voy, me pasaré el resto de mi vida preguntándome qué habría pasado en caso de que hubiera asistido.

—Y si vas, el resto de tu vida puede ser demasiado breve para que te preguntes nada.

—Mejor eso que pasarme los días quejándome a quien me quiera oír de que el Trono de Piedramar me correspondía a mí por derecho. Yo no soy Gwynesse.

La última frase había dado en el blanco. Lord Rodrik hizo un gesto de contrariedad.

—Asha, mis dos hijos son ahora pasto de los cangrejos en Isla Bella. No es probable que me vuelva a casar. Quédate y te nombraré heredera de las Diez Torres. Confórmate con eso.

—¿Las Diez Torres? —«Ojalá pudiera»—. A tus primos no les haría ninguna gracia. El Caballero, el viejo Sigfryd, Hotho *el Jorobado*...

—Todos tienen tierras y castillos propios.

«Es verdad.»

El húmedo y decrepito Torreón de Harlaw pertenecía al viejo Sigfryd Harlaw, *Pelopleta*; el jorobado Hotho Harlaw tenía su asentamiento en la Torre del Resplandor, en un risco desde donde se dominaba la costa oeste. *El Caballero*, Ser Harras Harlaw, tenía su corte en Jardín Gris; Boremund *el Azul* gobernaba desde la cima de la Colina de la Bruja. Pero todos ellos eran vasallos de Lord Rodrik.

—Boremund tiene tres hijos; Sigfryd *Pelopleta* tiene nietos, y Hotho tiene ambiciones —señaló Asha—. Y todos tienen intención de sucederte, incluso Sigfryd. Ese piensa que va a vivir eternamente.

—El Caballero será el Señor de Harlaw cuando yo muera —le dijo su tío—, pero puede gobernar desde Jardín Gris igual que si estuviera aquí. Júrale lealtad a cambio del castillo, y te protegerá.

—Me sé proteger yo sola. Soy un kraken, tío. Asha de la Casa Greyjoy. —Se puso en pie—. Quiero la silla de mi padre, no la tuya. Esas guadañas parecen muy peligrosas. En cualquier momento se podría caer una y cortarme la cabeza. No, me sentaré en el Trono de Piedramar.

—Entonces no eres más que otro cuervo que grazna y se pelea por la carroña. —Rodrik volvió a sentarse a su mesa—. Retírate. Quiero volver con el archimaestre Marwyn y su búsqueda.

—Si encuentra otra página, no dejes de avisarme.

Su tío era su tío. No cambiaría jamás.

«Pero irá a Viejo Wyk; diga lo que diga, me acompañará.»

Su tripulación ya debía de estar comiendo en el salón. Asha sabía que debería bajar para hablarles de la reunión en Viejo Wyk y lo que significaba para ellos. Sus hombres la seguirían sin vacilar, pero también necesitaba a los demás, a sus primos Harlaw, a los Volmark y a los Stonetree.

«Esos son los que me tengo que ganar.»

La victoria que había obtenido en Bosquespeso le sería muy útil en cuanto sus hombres empezaran a fanfarronear, como sabía que harían. La tripulación de su *Viento Negro* sentía un extraño orgullo ante las hazañas de su capitana. La mitad la quería como a una hija y la otra mitad daría cualquier cosa por abrirle las piernas, pero todos darían la vida por ella.

«Y yo por ellos», iba pensando mientras salía por la puerta de la torre al patio iluminado por la luna.

—¿Asha?

Una sombra salió de detrás del pozo. La mano se le fue directa hacia la daga...

hasta que la luz transformó el bulto oscuro en un hombre con capa de piel de foca.

«Otro fantasma.»

—Hola, Tris. Creía que te vería en el salón.

—Quería verte.

—¿Alguna parte de mí en concreto? —Sonrió—. Pues aquí estoy, toda crecida.

Mira cuanto quieras.

—Eres una mujer. —Se acercó más—. Y muy hermosa.

Tristifer Botley había engordado desde la última vez que lo había visto, pero seguía teniendo el mismo pelo rebelde que recordaba, y los ojos grandes y confiados de una foca.

«Unos ojos muy amables. —Eso era lo malo del pobre Tristifer: demasiado amable para las Islas del Hierro—. Ahora tiene un rostro atractivo», pensó. De niño, la cara de Tris había sido campo de batalla de las espinillas. Asha tenía por aquel entonces el mismo problema, y tal vez fue eso lo que los acercó.

—Me he enterado de lo de tu padre; lo siento —le dijo.

—Y yo siento lo del tuyo.

«¿Por qué?», estuvo a punto de preguntarle Asha. Había sido Balon quien había echado de Pyke al muchacho para que se educara como pupilo de Baelor Blacktyde.

—¿Es verdad que ahora eres Lord Botley?

—Al menos en teoría. Harren murió en Foso Cailin; un demonio del pantano le disparó una flecha envenenada. Pero no soy el señor de nada. Cuando mi padre le dijo que el Trono de Piedramar no le correspondía, Ojo de Cuervo lo ahogó e hizo que mis tíos le juraran lealtad. Y pese a todo, entregó la mitad de las tierras de mi padre a Castroferro. Lord Wynch fue el primero en arrodillarse ante él y proclamarlo rey.

La Casa Wynch tenía mucha fuerza en Pyke, pero Asha consiguió disimular su frustración.

—Wynch no tuvo nunca el valor de tu padre.

—Tu tío lo compró —dijo Tris—. El *Silencio* regresó con las bodegas llenas de tesoros: vajillas de plata, perlas, esmeraldas, rubíes, zafiros del tamaño de huevos, bolsas llenas de monedas, tan pesadas que un hombre solo no las podía levantar... Ojo de Cuervo ha estado comprando amigos a manos llenas. Mi tío Germund se hace llamar ahora Lord Botley y gobierna en Puerto Noble en nombre de tu tío.

—El legítimo Lord Botley eres tú —le aseguró—. Cuando ocupe el Trono de Piedramar te serán devueltas las tierras de tu padre.

—Como quieras. No me importa. Qué hermosa estás a la luz de la luna, Asha. Ahora eres toda una mujer, pero todavía recuerdo cuando eras una niña flacucha con la cara llena de espinillas.

«¿Por qué todos me tienen que mencionar lo de las espinillas?»

—Yo también me acuerdo.

«Aunque no con tanto afecto como tú.» Tris, uno de los cinco muchachos que su madre había acogido como pupilos en Pyke después de que Ned Stark se llevara como rehén al único hijo que le quedaba, era el más cercano en edad a Asha. No fue el primer chico al que besó, pero sí el primero que le desató las lazadas del jubón y pasó una mano sudorosa bajo la tela para palparle los pechos menudos. «Le habría dejado palpar mucho más, pero él no se habría atrevido.» El florecimiento le había llegado durante la guerra y le había despertado el deseo, pero incluso antes, Asha ya sentía curiosidad. «Él estaba allí, era de mi edad, lo estaba deseando... y no pasó nada más... Bueno, eso y la sangre de la luna.» Pese a todo, le había parecido que aquello era el amor, hasta que Tris empezó a hablarle sobre los hijos que ella le daría, por lo menos una docena de varones, seguro, y también alguna que otra chica.

—No quiero una docena de hijos —le había replicado, horrorizada—. Quiero vivir aventuras.

Poco después de aquello, el maestre Qalen los sorprendió durante uno de sus juegos, y enviaron al joven Tristifer Botley a Marea Negra.

—Te escribí cartas —le dijo—, pero el maestre Joseran se negaba a enviarlas. Una vez le di un venado a un remero que iba en un mercante rumbo a Puerto Noble; me prometió que te entregaría la carta en mano.

—Pues te timó y tiró tu carta al mar.

—Eso me temía. Tampoco me daban las que me mandabas tú.

«No te escribí ninguna.»

La verdad era que la expulsión de Tris le había supuesto un alivio. Para entonces, su torpeza empezaba a resultarle aburrida. Pero claro, no era cosa que le fuera a decir a él.

—Aeron *Pelomojado* ha convocado una asamblea. ¿Asistirás como partidario mío?

—Haré lo que quieras, pero... Lord Blacktyde dice que esta asamblea es una locura muy peligrosa. Cree que tu tío caerá sobre ellos y los matará a todos, igual que hizo Urron. Los hombres de Ojo de Cuervo se han estado congregando en Pyke. Orkwood de Monteorca llegó con veinte barcoluengos, y Jon Myre *Carapicada*, con una docena. Lucas Codd, *el Zurdo*, está con ellos. También Harren *Mediorronco*; el Remero Rojo; Kemmett Pyke, *el Bastardo*; Rodrik Freeborn; Torwold *Dientenegro*...

—Hombres de poca importancia. —Asha los conocía a todos, y ninguno era de su agrado—. Hijos de esposas de sal, nietos de siervos. Por ejemplo, ¿sabes cuál es el lema de los Codd?

—Aunque Todos nos Desprecian —respondió Tris—; pero si te atrapan en esas redes que tienen, estarás tan muerta como si se tratara de Señores Dragón. Y eso no es lo peor: Ojo de Cuervo se ha traído monstruos del este... y también magos.

—A mi tío le encantan los bichos raros y los bufones —replicó Asha—. Mi padre

siempre se peleaba con él por ese motivo. Que los magos invoquen a sus dioses; Pelomojado llamará a los nuestros, y los ahogarán. ¿Contaré con tu voz en la asamblea de sucesión, Tris?

—Contarás conmigo entero. Soy tuyo, Asha, para siempre. Quiero casarme contigo. Tu señora madre ha dado su aprobación. —Asha contuvo un gemido. «Tendrías que haberme preguntado antes a mí..., aunque la respuesta no te habría gustado nada»—. Ya no soy el segundón —siguió—. Ahora soy el legítimo Lord Botley, tú lo acabas de decir. Y tú eres...

—Lo que sea yo se determinará en Viejo Wyk. Ya no somos niños que se toquetean y tratan de averiguar qué encaja con qué. Crees que quieres casarte conmigo, pero no es verdad.

—Sí es verdad. Lo único que hago es soñar contigo. Te lo juro por los huesos de Nagga, Asha: en mi vida he tocado a otra mujer.

—Pues ve a tocar a una... o a dos, o a diez. Yo he tocado a tantos hombres que he perdido la cuenta. A unos cuantos, con los labios; a la mayoría, con el hacha.

Le había entregado su virtud a los dieciséis años a un guapo marinero rubio que llegó en una galera mercante procedente de Lys. Sólo conocía media docena de palabras en la lengua común, pero una de ellas era *follar*, la que más deseaba oír Asha. Después de aquello tuvo el sentido común de consultar a una bruja de los bosques, quien le enseñó a preparar el té de la luna que le mantenía plano el vientre.

Botley parpadeaba como si no entendiera lo que le acababa de decir.

—No me... Pensé que me esperarías. ¿Por qué...? —Se frotó la boca—. Asha, ¿te forzó?

—Sí, me forzó tanto que le arranqué la túnica. No quieres casarte conmigo, créeme. Eres un chico encantador, siempre lo has sido, pero yo no soy ninguna chica encantadora. Si nos casáramos, pronto empezarías a detestarme.

—Eso jamás. He... He sufrido mucho por ti, Asha.

Aquello ya era demasiado. Tenía que enfrentarse a una madre enferma, un padre asesinado, una asamblea, una plaga de tíos... Lo que menos falta le hacía era un cachorrito enamorado.

—Vete a un burdel, Tris. Ahí te curarán el sufrimiento, ya verás.

—Sería incapaz. —Tristifer sacudió la cabeza—. Estamos hechos el uno para el otro, Asha. Siempre supe que serías mi esposa, la madre de mis hijos.

La agarró por el brazo. En un instante, ella le había puesto la daga en la garganta.

—Quítame la mano de encima o no vivirás lo suficiente para engendrar un hijo. ¡Ya! —Cuando obedeció, ella bajó el arma—. A ti lo que te hace falta es una buena mujer. Esta noche mandaré una a tu cama. Si quieres, imagínate que soy yo, pero no te atrevas a volver a tocarme. Soy tu reina, no tu esposa. No lo olvides.

Asha envainó la daga y lo dejó allí de pie, con un goterón de sangre que le bajaba

lentamente por el cuello, negro a la luz de la luna.

CERSEI (3)

—Ay, quieran los Siete que no llueva durante la boda del Rey —comentó Jocelyn Swyft mientras ceñía el corpiño de la túnica de la Reina.

—Nadie quiere que llueva —replicó Cersei. Ella habría preferido que granizara, que nevara, que soplara un huracán o que retumbaran truenos tan fuertes que estremecieran las mismísimas piedras de la Fortaleza Roja. Quería una tormenta que estuviera a la par con la rabia que sentía—. Aprieta más —le ordenó a Jocelyn—. ¡Aprieta más, idiota!

Lo que la airaba era la boda, pero la torpe muchacha era un blanco más seguro. La situación de Tommen en el Trono de Hierro no era tan segura como para arriesgarse a ofender a Altojardín, al menos mientras Stannis Baratheon tuviera Rocadragón y Bastión de Tormentas, mientras Aguasdulces siguiera resistiendo, mientras los hijos del hierro merodearan como lobos por los mares. Así que Jocelyn se tenía que tragar la comida que Cersei habría preferido servirles a Margaery Tyrell y a su repelente y arrugada abuela.

Para desayunar, la Reina se había hecho subir de las cocinas dos huevos pasados por agua, una hogaza de pan y un tarro de miel. Pero cuando cascó el primer huevo y se encontró dentro un pollo ensangrentado a medio formar, se le revolvió el estómago.

—Llévate esto y tráeme vino caliente especiado —le ordenó a Senelle.

El frío del aire se le estaba colando hasta los huesos, y tenía por delante un día largo y desagradable.

Jaime no contribuyó a mejorar su humor cuando se presentó vestido de blanco, todavía sin afeitar, para informarla de cómo pensaba evitar que envenenaran a su hijo.

—He apostado hombres en las cocinas para que vigilen la preparación de cada plato —dijo—. Los capas doradas de Ser Addam escoltarán a los criados cuando lleven la comida a la mesa, para asegurarse de que nadie la manipula por el camino. Ser Boros probará cada plato antes de que Tommen se lleve una migaja a la boca. Y, por si todo fallara, el maestre Ballabar estará sentado al fondo de la sala, con purgas y antídotos para veinte venenos comunes. Tommen estará a salvo, te lo prometo.

—A salvo. —La palabra tenía un regusto amargo. Jaime no lo entendía. Nadie lo entendía. La única que había estado presente en la carpa para oír las amenazas de la vieja bruja había sido Melara, y Melara llevaba mucho tiempo muerta—. Tyrion no matará dos veces de la misma manera; es demasiado astuto. Puede que ahora mismo esté bajo el suelo, escuchando todo lo que decimos y haciendo planes para degollar a Tommen.

—Aunque así fuera —replicó Jaime—. Sean cuales sean los planes que trame, seguirá siendo pequeño y deforme. Tommen estará rodeado por los mejores

caballeros de Poniente. La Guardia Real lo protegerá.

Cersei contempló la manga de la túnica de seda blanca de su hermano, recogida con un alfiler sobre el muñón.

—Ya vi lo bien que protegieron a Joffrey tus espléndidos caballeros. Quiero que te quedes con Tommen toda la noche, ¿entendido?

—Pondré un guardia ante su puerta.

Cersei lo agarró por el brazo.

—Nada de guardias. Tú. Y dentro de su dormitorio.

—¿Por si Tyrion se cuela por la chimenea? No es posible.

—Eso te parece a ti. ¿Me garantizas que habéis encontrado todos los pasadizos secretos que hay tras los muros? —Ambos sabían que no—. No quiero que Tommen se quede a solas con Margaery ni siquiera un segundo.

—No estarán a solas; los acompañarán sus primas.

—Y también tú. Te lo ordeno en nombre del Rey.

Cersei no quería que Tommen y su esposa compartieran el lecho, pero los Tyrell se habían empecinado.

—Marido y mujer tienen que acostarse juntos —fueron las palabras de la Reina de las Espinas—, aunque sea sólo para dormir. Sin duda, en el lecho de Su Alteza caben dos chiquillos.

Lady Alerie había apoyado a su suegra.

—Que los niños se den calor por la noche; eso los acercará más. Margaery suele compartir las mantas con sus primas. Cuando apagan las velas se dedican a cantar, a jugar y a susurrarse secretos.

—Qué imagen tan deliciosa —fue la réplica de Cersei—. Por favor, que lo sigan haciendo. En la Bóveda de las Doncellas.

—Seguro que Su Alteza sabe lo que dice —le había dicho Lady Olenna a Lady Alerie—. Al fin y al cabo, es la madre del chico, de eso sí que no nos cabe duda. Y seguro que podemos llegar a un acuerdo sobre la noche de bodas. En la noche de bodas, un hombre no debe dormir separado de su esposa; en tal caso la mala suerte cae sobre su matrimonio.

«Un día de estos te voy a enseñar yo qué es la mala suerte», había jurado la Reina.

—Margaery puede compartir el dormitorio de Tommen esa noche —se había visto obligada a conceder—. Nada más.

—Vuestra Alteza es muy bondadosa —respondió la Reina de las Espinas, y todos intercambiaron sonrisas.

Cersei estaba clavando los dedos en el brazo de Jaime con suficiente fuerza para dejarle moratones.

—Necesito ojos dentro de esa habitación —dijo.

—¿Para ver qué? —replicó él—. No hay riesgo de que consumen el matrimonio; Tommen es demasiado pequeño.

—Y Ossifer Plumm estaba demasiado muerto, pero eso no le impidió engendrar un hijo, ¿verdad?

Su hermano puso cara de desconcierto.

—¿Quién era Ossifer Plumm? ¿El padre de Lord Philip o...? ¿O quién?

«Es tan ignorante como Robert. Tenía los sesos en la mano de la espada.»

—Olvídate de Plumm y céntrate en lo que te he dicho. Júrame que te quedarás con Tommen hasta que salga el sol.

—Como ordenes —respondió, como si los temores de Cersei carecieran de fundamento—. ¿Todavía tienes intención de quemar la Torre de la Mano?

—Después del banquete. —Era la única festividad del día que Cersei iba a disfrutar—. Nuestro padre fue asesinado en esa torre. No soporto mirarla. Si los dioses son bondadosos, puede que el fuego ahúme también a unas cuantas ratas entre los escombros.

Jaime puso los ojos en blanco.

—¿Te refieres a Tyrion?

—Y a Lord Varys, y a ese carcelero.

—Si alguno de ellos se ocultara en la torre, ya lo habríamos encontrado. He tenido trabajando a todo un ejército con picos y martillos, derribando paredes y levantando suelos, y hemos descubierto medio centenar de pasadizos secretos.

—Pero no sabes si hay otro medio centenar.

Algunos pasadizos habían resultado ser tan estrechos que Jaime tuvo que buscar pajés y mozos de cuadras para explorarlos. Había uno que llevaba a las celdas negras, y un pozo de piedra que no parecía tener fondo. Encontraron una cámara llena de calaveras y huesos amarillentos, y cuatro sacas de monedas de plata ennegrecidas, acuñadas durante el reinado del primer Viserys. También encontraron millares de ratas... Pero entre ellas no se encontraban ni Tyrion ni Varys, y al fin, Jaime había insistido en dar por terminada la búsqueda. Un niño se había quedado atascado en un pasadizo estrecho, y tuvieron que sacarlo por los pies mientras gritaba sin cesar; otro se cayó por un pozo y se rompió las piernas; y dos guardias desaparecieron cuando exploraban un túnel secundario. Otros guardias juraban que los oían gritar a lo lejos, al otro lado de la pared de piedra, pero cuando los hombres de Jaime la derribaron sólo encontraron tierra y escombros.

—El Gnomo es pequeño y astuto. Puede que aún esté entre los muros, y en ese caso, el fuego lo hará salir.

—Aunque Tyrion siguiera en el castillo, no podría esconderse en la Torre de la Mano. Sólo quedan las paredes.

—Ojalá pudiéramos hacer lo mismo con el resto de este asqueroso castillo —

replicó Cersei—. Cuando termine la guerra pienso construir un palacio nuevo al otro lado del río. —Había soñado con él hacía dos noches: un castillo blanco, magnífico, rodeado de bosques y jardines, a muchas leguas del estrépito y el hedor de Desembarco del Rey—. Esta ciudad es una cloaca; ganas me dan de trasladar la corte a Lannisport y gobernar el reino desde Roca Casterly.

—Eso sería una estupidez aún peor que la de quemar la Torre de la Mano. Mientras Tommen ocupe el Trono de Hierro, el reino lo verá como su legítimo rey. Si lo escondes bajo la roca, no será más que otro aspirante, no se distinguirá en nada de Stannis.

—Ya lo sé —replicó la Reina en tono brusco—. He dicho que me gustaría trasladar la corte a Lannisport, no que vaya a hacerlo. ¿Siempre has sido así de torpe, o te has vuelto idiota desde que perdiste la mano?

Jaime hizo caso omiso del comentario.

—Si las llamas no se restringen a la torre, puede que termines quemando todo el castillo, tanto si era tu intención como si no. El fuego valyrio es traicionero.

—Lord Hallyne me ha asegurado que sus piromantes pueden controlarlo. —El Gremio de Alquimistas lleva quince días preparando fuego valyrio—. Que todo Desembarco del Rey vea las llamas. Será una lección para nuestros enemigos.

—Hablas igual que Aerys.

Las fosas nasales de Cersei se dilataron por la ira.

—Cuidado con lo que dices, ser.

—Yo también te quiero, hermana.

«¿Cómo pude amar alguna vez a un tipo tan patético?», se preguntó después de que saliera. «Era tu mellizo, tu sombra, tu otra mitad», le susurró otra vocecita en su interior. «Puede que lo fuera en otros tiempos —se contestó—. Pero ya no. Se ha convertido en un desconocido para mí.»

En comparación con la magnificencia de los desposorios de Joffrey, la boda del rey Tommen fue modesta y austera. Nadie quería otra ceremonia lujosa, menos aún la Reina, y nadie quería pagarla, menos aún los Tyrell. Así que el joven rey tomó como esposa a Margaery Tyrell en el septo real de la Fortaleza Roja, ante menos de un centenar de invitados, en lugar de los miles que habían presenciado la unión de su hermano con la misma mujer.

La novia era bella; el novio, un chiquillo regordete. Recitó los votos con voz aguda, infantil, prometiendo amor y devoción a la hija de Mace Tyrell, dos veces viuda. Margaery llevaba la misma ropa que cuando se había casado con Joffrey: un vestido etéreo de pura seda color marfil, encaje myriense y aljófares. Cersei aún vestía de negro en señal de luto por su primogénito asesinado. Su viuda estaba encantada de reír, beber, bailar y dejar de lado todo recuerdo de Joff, pero su madre no iba a olvidarlo con tanta facilidad.

«Esto no está bien —pensó—. Es demasiado pronto. Un año o dos... Eso habría sido lo correcto. Altojardín debería haberse conformado con el compromiso. —Cersei miró hacia atrás, hacia donde estaba Mace Tyrell, entre su esposa y su madre—. Me habéis impuesto esta farsa de boda, mi señor, y no lo voy a olvidar.»

Cuando llegó el momento del intercambio de capas, la novia se dejó caer de rodillas con gesto grácil, y Tommen la cubrió con la pesada monstruosidad de hilo de oro que Robert le había puesto a Cersei el día en que se casaron, con un bodoque de cuentas de ónix que formaban el venado coronado de la Casa Baratheon. Cersei había querido utilizar la fina capa de seda roja que usara Joffrey.

—Es la que mi señor padre le puso a mi señora madre —les explicó a los Tyrell, pero la Reina de las Espinas también le había llevado la contraria en eso.

—Está muy vieja —fue la réplica de la bruja—. Me parece un poco ajada... Y si me lo permitís, no trae buena suerte precisamente. Además, un venado es más apropiado para el hijo legítimo del rey Robert, ¿no? En mis tiempos, las novias lucían los colores de su esposo, no los de su señora madre.

Gracias a la repelente carta de Stannis, ya corrían demasiados rumores relativos a la paternidad de Tommen, y Cersei no se atrevió a avivar el fuego insistiendo en que envolviera a su esposa en el carmesí de los Lannister, de manera que cedió con tanta elegancia como pudo. Pero la visión del oro y el ónix la seguían llenando de resentimiento.

«Cuanto más les damos a los Tyrell, más nos exigen.»

Una vez pronunciados los votos, el Rey y su flamante reina salieron al exterior del septo para recibir las felicitaciones.

—Ahora hay dos reinas en Poniente, y la joven es tan bella como la mayor —rugió Lyle Crakenhall, un caballero corpulento que a Cersei le recordaba a su difunto y nada llorado esposo.

De buena gana lo habría abofeteado. Gyles Rosby hizo ademán de besarle la mano, y sólo consiguió toserle en los dedos. Lord Redwyne la besó en una mejilla, y Mace Tyrell en ambas. El Gran Maestre Pycelle le dijo a Cersei que no perdía un hijo, sino que ganaba una hija. Al menos se ahorró los abrazos llorosos de Lady Tanda. No había acudido ninguna de las Stokeworth, cosa por la que la Reina daba gracias.

Kevan Lannister fue uno de los últimos en acercarse a ella.

—Tengo entendido que nos abandonáis para asistir a otra boda —le dijo la Reina.

—Peñafuerte ha echado a los hombres quebrados del Castillo Darry —respondió—. La prometida de Lancel nos aguarda allí.

—¿Os acompañará vuestra señora esposa a la ceremonia nupcial?

—Las tierras de los ríos siguen siendo demasiado peligrosas. Los canallas de Vargo Hoat rondan por ahí, y Beric Dondarrion ha estado ahorcando a cuanto Frey se

tropieza. ¿Es verdad que Sandor Clegane se ha unido a él?

«¿Cómo lo sabe?»

—Eso dicen algunos. Los informes son confusos.

El pájaro había llegado la noche anterior, procedente de un septrio de una isla de la entrada del Tridente. Un grupo de bandidos había asaltado la ciudad cercana de Salinas, y había supervivientes que aseguraban que entre los atacantes había un gigante con un yelmo en forma de cabeza de perro. Por lo visto, había matado a una docena de hombres y violado a una niña de doce años.

—No me cabe duda de que Lancel estará deseando dar caza a Clegane y a Lord Beric para devolver la paz del rey a las tierras de los ríos.

Ser Kevan la miró a los ojos durante un instante.

—Mi hijo no es el indicado para enfrentarse a Sandor Clegane.

«Al menos en eso estamos de acuerdo.»

—Tal vez su padre sí.

Su tío apretó los labios.

—Si no se requieren mis servicios en la Roca...

«Tus servicios se requerían aquí.»

Cersei había nombrado castellano de la Roca a su primo Damion Lannister, y Guardián del Occidente a otro primo, Ser Devan Lannister.

«La insolencia tiene su precio, tío.»

—Tráenos la cabeza de Sandor y Su Alteza te estará muy agradecido. A Joff le caía bien ese hombre, pero Tommen siempre le había tenido miedo, y al parecer, justificado.

—Si un perro se hace arisco, la culpa es de su amo —replicó Ser Kevan.

Dio media vuelta y se alejó.

Jaime la acompañó a la Sala Menor, donde se estaba disponiendo todo para el banquete.

—La culpa de esto la tienes tú —le susurró mientras caminaban—. «Deja que se casen», me dijiste. Margaery tendría que estar guardando luto por Joffrey, no casándose con su hermano. Debería estar tan destrozada por el dolor como yo. No creo que sea doncella; Renly tenía polla, ¿no? Era hermano de Robert; claro que tenía polla. Si esa vieja repugnante cree que voy a dejar que mi hijo...

—Pronto te librarás de Lady Olenna —interrumpió Jaime con voz tranquila—. Mañana por la mañana vuelve a Altojardín.

—Eso dice.

Cersei no confiaba en ninguna promesa de los Tyrell.

—Se marcha —insistió él—. Mace se lleva la mitad de las fuerzas de los Tyrell a Bastión de Tormentas, y la otra mitad va camino del Dominio bajo el mando de Ser Garlan para reforzar sus aspiraciones en Aguasclaras. Dentro de unos días, las únicas

rosas que quedarán en Desembarco del Rey serán Margaery, sus damas y unos pocos guardias.

—Y Ser Loras. ¿O te olvidas de tu Hermano Juramentado?

—Ser Loras es caballero de la Guardia Real.

—Ser Loras es tan Tyrell que mea agua de rosas. No se le debería haber concedido una capa blanca.

—Yo tampoco lo habría elegido, te lo aseguro, pero nadie se tomó la molestia de consultarme. En fin, Loras lo hará bien. Esa capa te cambia.

—A ti te ha cambiado, desde luego, y no para mejor.

—Yo también te quiero, hermana.

Le abrió la puerta, le cedió el paso y la escoltó hasta la mesa principal, al asiento contiguo al del rey. Margaery se sentaría al otro lado de Tommen, en el lugar de honor. Cuando entró la joven, del brazo del pequeño rey, se detuvo ostentosamente junto a Cersei para besarla en las mejillas y abrazarla.

—Ahora me siento como si tuviera una segunda madre, Alteza —se atrevió a decir—. Rezo para que estemos muy próximas, unidas por el amor que ambas le profesamos a vuestro dulce hijo.

—Yo amaba a mis dos hijos.

—Joffrey también está en mis oraciones —replicó Margaery—. Le amaba de todo corazón, aunque no tuve ocasión de conocerlo.

«Mentirosa —pensó la Reina—. Si lo hubieras amado aunque fuera un instante, no habrías tenido una prisa tan descarada por casarte con su hermano. Lo único que te interesaba era su corona.» Ganas tenía de abofetear a la novia allí mismo, delante de media corte.

Al igual que la ceremonia, el banquete de bodas fue modesto. Lady Alerie se había encargado de todos los preparativos; Cersei no había tenido valor para enfrentarse de nuevo a semejante tarea tras la forma en que había terminado la boda de Joffrey. Sólo se sirvieron siete platos. Mantecas y el Chico Luna entretuvieron a los invitados, y los músicos tocaron durante la comida. Había gaiteros y violinistas, un laúd, una flauta y una lira. El único cantor era uno de los favoritos de Lady Margaery, un joven brioso y energético vestido en todos los tonos del cian, que se hacía llamar «Bardo Azul». Cantó unas pocas canciones de amor y se retiró.

—Qué decepción —se quejó Lady Olenna en voz alta—. Yo quería oír «Las lluvias de Castamere».

Cada vez que Cersei miraba a la vieja bruja, el rostro de Maggy *la Rana* parecía flotar ante sus ojos, arrugado, espantoso, sabio.

«Todas las ancianas se parecen —trató de decirse—. Es sólo eso, nada más.»

Lo cierto era que la hechicera encorvada no tenía nada que ver con la Reina de las Espinas, pero, sin que supiera por qué, la sonrisita desagradable de Lady Olenna la

transportaba a la carpa de Maggy. Aún recordaba el olor de aquel lugar, a extrañas especias orientales, y la blandura de las encías de Maggy cuando le sorbió la sangre del dedo.

«Reina serás —le había prometido la anciana, con los labios todavía húmedos, rojos, brillantes—, hasta que llegue otra más joven y más bella para derribarte y apoderarse de todo lo que amas.»

Cersei miró más allá de Tommen, hacia donde estaba sentada Margaery, riéndose con su padre.

«Es bonita —tuvo que reconocer—, pero sobre todo porque es joven. Hasta las campesinas son bonitas a cierta edad, cuando aún gozan de frescura e inocencia, y muchas tienen el mismo pelo y los mismos ojos marrones que ella. Sólo un idiota diría que es más bella que yo.»

Pero el mundo estaba lleno de idiotas. Igual que la corte de su hijo.

Su humor no mejoró cuando Mace Tyrell se puso en pie para emprender los brindis. Alzó un cáliz dorado y sonrió a su hermosa hijita.

—¡Por el Rey, por la Reina! —exclamó con voz retumbante.

Las demás ovejas balaron con él.

—¡Por el Rey, por la Reina! —gritaron al tiempo que hacían entrechocar las copas—. ¡Por el Rey, por la Reina!

No le quedó más remedio que beber con los demás, deseando todo el tiempo que los invitados tuvieran una única cara, para poder tirarle el vino a los ojos y recordarle que la verdadera reina era ella. El único de los cobistas Tyrell que se acordó de su existencia fue Paxter Redwyne, que se levantó algo tambaleante para brindar.

—¡Por nuestras dos reinas! —gorjeó—. ¡Por la joven y por la mayor!

Cersei bebió varias copas de vino y jugueteó con la comida en el plato dorado. Jaime comió aún menos, y en raras ocasiones se dignó ocupar su asiento en el estrado.

«Está tan nervioso como yo», comprendió la Reina mientras lo observaba rondar por la sala y apartar tapices de las paredes con su única mano para asegurarse de que nadie se escondía detrás. Sabía que había lanceros de los Lannister apostados en torno al edificio. Ser Osmund Kettleblack vigilaba una puerta, y Ser Mervin Trant, la otra. Balon Swann estaba situado tras el asiento del Rey, y Loras Tyrell, tras el de la Reina. No se había permitido que nadie, aparte de los caballeros blancos, acudiera al banquete con espada.

«Mi hijo está a salvo —se dijo Cersei—. Aquí no le puede pasar nada malo.»

Pero cada vez que miraba a Tommen, veía a Joffrey echándose las manos a la garganta, y cuando el niño empezó a toser de repente, a la Reina se le paró el corazón durante un instante. Derribó a una criada en su precipitación por llegar a su lado.

—No es nada, sólo un poco de vino que se le ha ido por donde no debía —le

aseguró Margaery Tyrell con una sonrisa. Tomó la mano de Tommen y le besó los dedos—. Mi amorcito tiene que beber traguitos más pequeños. Mirad, casi matáis del susto a vuestra madre.

—Lo siento mucho, mamá —dijo Tommen, avergonzado.

Aquello colmó la paciencia de Cersei.

«No permitiré que me vean llorar», pensó cuando sintió que se le agolpaban las lágrimas en los ojos. Pasó junto a Ser Mervyn Trant hacia la salida trasera. A solas, bajo una vela de sebo, se permitió dejar escapar un sollozo desgarrador, luego otro. «Una mujer puede llorar; una reina, no.»

—¿Alteza? —dijo alguien a su espalda—. ¿Os molesto?

Era una voz de mujer con marcado acento oriental. Durante un momento temió que Maggy *la Rana* estuviera hablándole desde la tumba. Pero no era más que la esposa de Merryweather, la beldad de ojos rasgados con la que Lord Orton había contraído matrimonio durante el exilio y con la que había regresado a Granmesa.

—El aire está muy viciado en la Sala Menor —se oyó decir Cersei—. El humo hacía que me llorasen los ojos.

—Lo mismo me pasaba a mí, Alteza. —Lady Merryweather era tan alta como la Reina, pero morena en vez de rubia, con el pelo como ala de cuervo y la piel aceitunada, y un decenio más joven. Le tendió a la Reina un pañuelo azul claro de seda y encaje—. Yo también tengo un hijo. Sé que lloraré a mares el día en que se case.

Cersei se frotó las mejillas, furiosa por que alguien hubiera visto sus lágrimas.

—Os lo agradezco —dijo con tono seco.

—Alteza... —La myriense bajo la voz—. Hay una cosa que deberíais saber. Vuestra doncella está comprada. Le cuenta a Lady Margaery todo lo que hacéis.

—¿Senelle? —Una furia repentina retorció las entrañas de la Reina. ¿Acaso no podía confiar en nadie?—. ¿Estáis segura?

—Hacedla seguir. Margaery nunca se reúne directamente con ella. Sus primas son sus cuervos; le llevan los mensajes. Unas veces es Elinor; otras, Alla; otras, Megga. Todas están tan unidas a Margaery como si fueran sus hermanas. Se reúnen en el septo y fingen que rezan. Situad mañana a uno de vuestros hombres en la galería, y verá a Senelle hablando a susurros con Megga bajo el altar de la Doncella.

—Si es verdad, ¿por qué me lo contáis? Sois una de las acompañantes de Margaery. ¿Por qué la traicionáis? —Cersei había aprendido a desconfiar a la sombra de su padre; aquello podía ser una trampa, una mentira destinada a sembrar la discordia entre el león y la rosa.

—Puede que Granmesa haya jurado lealtad a Altojardín —respondió la mujer al tiempo que se apartaba la melena negra—, pero yo soy de Myr, y sólo guardo lealtad a mi esposo y a mi hijo. Quiero lo mejor para ellos.

—Ya. —En el espacio angosto del pasillo le llegaba el olor del perfume de la otra mujer, un aroma almizclado que evocaba el musgo, la tierra y las flores silvestres. Por debajo de él, olía a ambición.

«Prestó declaración en el juicio contra Tyrion —recordó Cersei de repente—. Vio como el Gomo ponía veneno en la copa de Joff y no tuvo miedo de decirlo.»

—Me encargaré de este asunto —le prometió—. Si lo que decís es cierto, seréis recompensada.

«Y si me habéis mentido, os cortaré la lengua, y además me quedaré con las tierras y el oro de vuestro señor esposo.»

—Vuestra Alteza es muy bondadosa. Y muy bella.

Lady Merryweather sonrió. Tenía los dientes muy blancos, y los labios, gruesos y oscuros.

Cuando la Reina volvió a la Sala Menor se encontró con su hermano, que paseaba inquieto.

—Sólo era un trago que se le fue por otro camino, pero a mí también me sobresaltó.

—Tengo un nudo en el estómago que no me deja comer —gruñó ella—. El vino sabe a bilis. Esta boda ha sido un error.

—Esta boda ha sido necesaria. El chico está a salvo.

—Idiota. Nadie que lleve una corona está jamás a salvo.

Miró a su alrededor. Mace Tyrell reía a carcajadas entre sus caballeros. Lord Redwyne y Lord Rowan cuchicheaban. Ser Kevan estaba sentado al fondo de la sala, concentrado en su vino, mientras que Lancel le susurraba algo a un septón. Senelle recorría la mesa, llenando las copas de las primas de la novia con vino tinto, rojo como la sangre. El Gran Maestre Pycelle se había quedado dormido.

«No hay nadie en quien pueda confiar, ni siquiera Jaime —comprendió con amargura—. Voy a tener que desplazarlos a todos para rodear al Rey con mi gente.»

Más tarde, después de que se sirvieran dulces, frutos secos y queso, y se retiraran los restos de las fuentes, Margaery y Tommen empezaron a bailar. La imagen que daban al desplazarse por el suelo era bastante ridícula. La joven Tyrell le sacaba sus buenos tres palmos a su pequeño esposo, y Tommen era un bailarín torpe; carecía por completo de la gracia de Joffrey. De todos modos, hacía lo que podía, y no parecía darse cuenta del lamentable espectáculo que estaba ofreciendo. En cuanto la doncella Margaery terminó con él, sus primas se le echaron encima una tras otra, insistiendo en que Su Alteza bailara con ellas.

«Harán que tropiece y arrastre los pies como un idiota —pensó Cersei con resentimiento mientras observaba la escena—. Media corte se reirá a sus espaldas.»

Mientras Alla, Elinor y Megga se turnaban con Tommen, Margaery bailó una vez con su padre y otra con su hermano Loras. El Caballero de las Flores vestía de seda

blanca y se ceñía con un cinturón de rosas doradas; una rosa de jade le abrochaba la capa.

«Parecen mellizos —pensó Cersei al verlos. Ser Loras era un año mayor que su hermana, pero ambos tenían los mismos ojos grandes y marrones, la misma cabellera castaña que les caía por los hombros en una cascada de bucles, la misma piel suave, perfecta—. Una buena cosecha de espinillas les daría una lección de humildad.» Loras era más alto y le crecía una pelusilla marrón en la mandíbula, y Margaery tenía formas femeninas, pero por lo demás se parecían más que Jaime y ella. Eso también la molestaba.

Fue su propio mellizo quien interrumpió sus meditaciones.

—¿Le concede Vuestra Alteza el honor de un baile a su caballero blanco?

Cersei le dirigió una mirada perpleja.

—¿Y que me toquetees con ese muñón? No. Pero si quieres, puedes llenarme la copa de vino. ¿Podrás hacerlo sin que se te derrame?

—¿Un tullido como yo? No creo.

Se alejó para hacer otra ronda por la sala. Cersei tuvo que llenarse la copa ella misma.

Rechazó el ofrecimiento de Mace Tyrell, y más tarde, el de Lancel. Los demás tomaron buena nota, y nadie más la invitó a bailar.

«Nuestros queridos amigos, nuestros leales señores.»

Ni siquiera podía confiar en los hombres de Occidente, en las espadas juramentadas y los banderizos de su padre, porque su propio tío conspiraba con sus enemigos...

Margaery bailaba con su prima Alla; Megga, con Ser Tallad *el Tallo*. La otra prima, Elinor, compartía una copa de vino con un atractivo joven, Aurane Mares, el Bastardo de Marcaderiva. No era la primera vez que la Reina se fijaba en Mares, un hombre esbelto de ojos verde grisáceo y larga cabellera entre dorada y plateada. La primera vez que lo vio pensó durante un instante que Rhaegar Targaryen había resurgido de sus cenizas.

«Es por el pelo —se dijo—. No es ni la mitad de guapo de lo que era Rhaegar. Tiene la cara demasiado afilada, y ese hoyuelo en la mandíbula.»

Pero los Velaryon procedían del antiguo tronco valyrio, y algunos tenían el mismo cabello platino que los reyes dragón de antaño.

Tommen volvió a su asiento y se puso a comer sin mucho entusiasmo un pastel de manzana. El lugar de su tío Kevan estaba vacío. La Reina lo divisó por fin en una esquina, muy concentrado en su conversación con Garlan, el hijo de Mace Tyrell.

«¿De qué estarán hablando?» En el Dominio apodaban el Galante a Ser Garlan, pero Cersei desconfiaba de él tanto como de Margaery o de Loras. No se olvidaba de la moneda de oro que Qyburn había encontrado bajo el orinal del carcelero.

«Una mano dorada de Altojardín. Y Margaery me está espiando.»

Cuando Senelle se acercó para llenarle la copa de vino, la Reina tuvo que contenerse para no agarrarla por el cuello y estrangularla.

«No te atrevas a sonreírmeme, zorrita traidora. Antes de que termine contigo me suplicarás piedad.»

—Me parece que Vuestra Alteza ya ha bebido suficiente por esta noche —oyó decir a su hermano Jaime.

«No —pensó la Reina—. Ni todo el vino del mundo bastaría para que soportara esta boda.»

Se levantó de manera tan precipitada que estuvo a punto de caerse. Jaime la sujetó por el brazo, pero ella se liberó de su mano y dio una palmada. La música cesó, y las voces se acallaron.

—¡Damas y caballeros! —exclamó en voz alta—. Si tenéis la amabilidad de seguirme afuera, encenderemos una vela para celebrar la unión entre Altojardín y Roca Casterly, y una nueva era de paz y abundancia para nuestros Siete Reinos.

La Torre de la Mano se alzaba oscura y desierta; sólo había agujeros donde antes hubo puertas de roble y ventanas con postigos. Pese a su estado ruinoso seguía elevándose imponente, dominando el palenque. Los invitados a la boda pasaron bajo su sombra a medida que salían de la Sala Menor. Al alzar la vista, Cersei vio como sus almenas arañaban la redonda luna de sangre, y se preguntó cuántas Manos de cuántos reyes habían vivido allí a lo largo de los tres últimos siglos.

A unos cien pasos de la torre, respiró profundamente para que la cabeza dejara de darle vueltas.

—¡Lord Hallyne! ¡Ya podéis empezar!

Hallyne el piromante emitió un *mmm* y agitó la antorcha que tenía en la mano, y los arqueros de los muros inclinaron el arco y lanzaron una docena de flechas llameantes hacia los huecos de las ventanas.

La torre se incendió con un sonido siseante. El interior cobró vida con luces rojas, amarillas, anaranjadas... y verdes, de un ominoso verde oscuro, el color de la bilis, del jade y de la orina de piromante. La sustancia, como decían los alquimistas, aunque el pueblo llano lo llamaba fuego valyrio. Habían puesto cincuenta recipientes dentro de la Torre de la Mano, además de troncos, barriles de brea y la mayor parte de las posesiones terrenales de un enano llamado Tyrion Lannister.

La Reina sentía el calor de aquellas llamas verdes. Según los piromantes, sólo había tres cosas que ardieran a temperatura más alta que su sustancia: las llamas de dragón, los fuegos del interior de la tierra y el sol del verano. Varias damas dejaron escapar grititos cuando las primeras llamaradas aparecieron por las ventanas y lamieron los muros exteriores como largas lenguas verdes. Otros aplaudieron y brindaron.

«Es hermoso —pensó—, tan hermoso como Joffrey cuando me lo pusieron en los brazos.»

Ningún hombre la había hecho sentirse tan bien como cuando el bebé le acercó la boca al pezón y empezó a mamar.

Tommen contemplaba el fuego con los ojos muy abiertos, tan fascinado como aterrado, hasta que Margaery le dijo al oído algo que lo hizo reír. Los caballeros empezaron a cruzar apuestas sobre cuánto tardaría la torre en desmoronarse. Lord Hallyne seguía canturreando y meciéndose.

Cersei pensó en todas las Manos del Rey que había conocido a lo largo de los años: Owen Merryweather, Jon Connington, Qarlton Chested, Jon Arryn, Eddard Stark, su hermano Tyrion... Y su padre, Lord Tywin Lannister, sobre todo su padre.

«Ahora, todos están ardiendo —se dijo, saboreando la idea—. Están muertos, todos, están muertos y arden, junto con sus tramas, intrigas y traiciones. Este es mi día. Es mi castillo, es mi reino.»

De repente, la Torre de la Mano emitió un gemido tan estrepitoso que todas las conversaciones se interrumpieron en el acto. La piedra crujío y se rajó, y parte de las almenas superiores se desmoronó y se precipitó contra el suelo levantando una nube de humo y polvo con un impacto tal que la colina tembló. El aire fresco entró a ráfagas por la estructura, y el fuego se elevó con un rugido. Las llamas verdes lamieron el cielo y giraron, formando remolinos. Tommen retrocedió asustado hasta que Margaery le cogió la mano.

—Mirad, las llamas están bailando. Igual que hacíamos nosotros, mi amor.

—Es verdad. —La voz del niño rebosaba asombro—. Mira, mamá, están bailando.

—Ya lo veo. ¿Cuánto tiempo arderá el fuego, Lord Hallyne?

—Toda la noche, Alteza.

—Bonita vela, desde luego —dijo Lady Olenna Tyrell, apoyada en su bastón, entre Izquierdo y Derecho—. Con tanta luz, podemos irnos a dormir sin miedo. Los huesos viejos se cansan, y estos jovencitos ya han tenido emociones suficientes por una noche. Es hora de que el Rey y la Reina se vayan a la cama.

—Sí. —Cersei hizo un ademán a Jaime para que se acercara—. Lord Comandante, ten la amabilidad de escoltar a Su Alteza y a su pequeña reina hasta sus almohadas.

—Como ordenes. ¿Y a ti?

—No será necesario. —Cersei se sentía demasiado viva para dormir. El fuego valyrio la estaba limpiando; quemaba toda su rabia, todo su miedo, la llenaba de resolución—. Las llamas son muy hermosas. Quiero contemplarlas un rato.

Jaime titubeó un instante.

—No deberías quedarte sola.

—No estaré sola. Ser Osmund permanecerá conmigo y me mantendrá a salvo. Es tu Hermano Juramentado.

—Si eso es lo que desea Vuestra Alteza... —dijo Kettleblack.

—Lo es.

Cersei lo cogió del brazo y, juntos, contemplaron el fuego.

EL CABALLERO MANCHADO

La noche era demasiado fría incluso para la estación otoñal. Un viento fuerte y húmedo soplaban en los callejones y levantaba el polvo que se había posado durante el día.

«Viento del norte, viene con hielo.»

Ser Arys Oakheart se subió la capucha para cubrirse el rostro. No le convenía que lo reconocieran. Quince días atrás habían asesinado a un comerciante en la ciudad de la sombra; era un hombre inofensivo que había acudido a Dorne a comprar fruta y, en vez de dátiles, había encontrado la muerte. Su único crimen era proceder de Desembarco del Rey.

«La turba habría encontrado un enemigo más duro en mí.» En aquel momento casi habría agradecido que lo atacaran. Se le escapó la mano para acariciar el pomo de la espada larga que le colgaba semioculta entre los pliegues de las túnicas de lino; la exterior, con tiras color turquesa e hileras de soles dorados; la naranja, más ligera, debajo. El atuendo dorniense era cómodo, pero su padre se habría scandalizado de haber vivido para ver a su hijo vestido de aquella guisa. Había nacido en el Dominio y los dornienses eran sus enemigos históricos, como atestiguaban los tapices que colgaban de las paredes de Roble Viejo. Arys sólo tenía que cerrar los ojos para volver a verlos: Lord Edgerran *el Generoso*, sentado en todo su esplendor, con las cabezas de cien dornienses amontonadas a sus pies; las Tres Hojas en el Paso del Príncipe, traspasadas por lanzas dornienses; Alester, que soplaban el cuerno de batalla con su último aliento; Ser Olyvar, *el Roble Verde*, todo de blanco, agonizando al lado del Joven Dragón.

«Dorne no es lugar adecuado para ningún Oakheart.»

Ya antes de la muerte del príncipe Oberyn, el caballero se sentía inquieto siempre que se alejaba de Lanza del Sol para adentrarse por los callejones de la ciudad de la sombra. Sentía constantemente que las miradas se clavaban en él, miradas de ojos dornienses, pequeños y negros, cargados de hostilidad mal disimulada. Los tenderos hacían lo posible por engañarlo, y a veces se preguntaba si los taberneros no escupirían en sus bebidas. En cierta ocasión, un grupo de críos andrajosos se dedicó a tirarle piedras hasta que desenvainó la espada y los espantó. La muerte de la Víbora Roja había exaltado aún más a los dornienses, aunque las calles se habían tranquilizado algo después de que el príncipe Doran confinara en una torre a las Serpientes de Arena. Aun así, lucir abiertamente la capa blanca en la ciudad de la sombra sería como ir pidiendo a gritos que lo atacaran. Llevaba tres prendas: dos de lana, una ligera y otra gruesa, y la tercera era una fina camisa de seda blanca. Pero sin capa se sentía desnudo.

«Más vale desnudo que muerto —se dijo—. Aun sin capa, sigo siendo un

caballero de la Guardia Real. Ella lo tiene que respetar. Tengo que hacérselo entender.»

No debería haberse dejado meter en aquello, pero, como decía el bardo, el amor puede volver estúpido a cualquier hombre.

A menudo, la ciudad de la sombra de Lanza del Sol parecía desierta durante las horas de más calor, cuando sólo las moscas zumbonas se movían por las calles polvorrientas, pero las calles cobraban vida en cuanto anochecía. Ser Arys oyó una música tenue que se colaba por las ventanas con persianas bajo las que pasaba; en alguna parte, los tambores marcaban el ritmo rápido de un baile de la lanza, haciendo palpititar la noche. En el punto donde se encontraban tres callejones, al pie de la segunda de las Murallas Serpenteantes, una muchacha de una casa de mancebía, ataviada sólo con joyas y ungüentos, lo llamó desde un balcón. El caballero le lanzó una mirada, encorvó los hombros y siguió avanzando contra el viento.

«Los hombres somos tan débiles... El cuerpo traiciona hasta al más noble.» Pensó en el rey Baelor *el Santo*, que ayunaba hasta el punto de desmayarse para someter las pasiones que lo avergonzaban. ¿Debería él hacer lo mismo?

Un hombre bajo estaba ante un portal, asando en un brasero unos trozos de serpiente a los que daba vueltas con unas pinzas de madera. El olor penetrante de las salsas hizo que se le saltaran las lágrimas. Tenía entendido que la mejor salsa de serpiente llevaba, además de semillas de mostaza y guindillas de dragón, una gota de veneno. Myrcella se había adaptado a la cocina local tan deprisa como a su príncipe dorniense, y de cuando en cuando, Ser Arys probaba algún plato sólo para complacerla. La comida le abrasaba la boca y lo obligaba a beber vino, pero en la salida picaba aún más que en la entrada. En cambio, a su princesita le encantaba.

La había dejado en sus habitaciones, inclinada ante un tablero de juego frente al príncipe Trystane, moviendo las piezas ornamentadas por las casillas de jade, cornalina y lapislázuli. Myrcella, concentrada, tenía los carnosos labios entreabiertos y los verdes ojos entrecerrados. El juego se llamaba *sitrang*. Había llegado a la Ciudad de los Tablones en una galera mercante procedente de Volantis, y los huérfanos lo habían difundido a lo largo del Sangreverde. En la corte dorniense, todo el mundo estaba enloquecido con él.

A Ser Arys le ponía los nervios de punta. Había diez piezas diferentes, cada una con sus poderes y atributos, y el juego cambiaba de partida en partida, en función de cómo distribuyera sus casillas cada jugador. El príncipe Trystane se había aficionado enseguida, y Myrcella se aprendió las reglas para poder jugar con él. Aún no había cumplido once años, mientras que su prometido tenía trece, y pese a ello, últimamente ganaba a menudo. A Trystane no parecía molestarle. Los dos niños eran diferentes a más no poder: él, con la piel aceitunada y el pelo lacio y negro; ella, pálida como la leche y con una mata de rizos dorados; clara y oscuro, igual que la

reina Cersei y el rey Robert. El caballero les pedía a los dioses que Myrcella tuviera con su muchacho dorniense más alegrías que las que había recibido su madre de su señor de la tormenta.

No le gustaba dejarla sola, aunque sabía que en el castillo estaba a salvo. En la torre del Sol sólo había dos puertas que dieran acceso a las habitaciones de Myrcella, y Ser Arys tenía apostados a dos hombres ante cada una de ellas; eran guardias de la Casa Lannister, que habían llegado con él desde Desembarco del Rey, hombres curtidos en combate, duros y leales hasta la médula. Myrcella también tenía a sus doncellas y a la septa Eglantine, y al príncipe Trystane lo protegía su escudo juramentado, Ser Gascoyne del Sangreverde.

«Nadie la molestará —se dijo—, y en menos de quince días nos habremos marchado.»

Eso le había prometido el príncipe Doran. Arys se había llevado una desagradable sorpresa al ver lo envejecido y enfermo que estaba el dorniense, pero no dudaba de su palabra.

—Siento no haber podido conoceros hasta ahora, ni haber recibido a la princesa Myrcella —le había dicho Martell a Arys cuando lo recibió en sus estancias—. Espero que mi hija Aryanne os haya dado una bienvenida adecuada a Dorne, ser.

—Sí, mi príncipe —respondió al tiempo que rezaba para que no lo traicionara el rubor.

—Nuestra tierra es yerma y abrupta, pero no carece de lugares bellos. Nos duele que lo único que hayáis visto de Dorne sea Lanza del Sol, pero mucho me temo que ni vos ni vuestra princesa estaríais a salvo fuera de estos muros. Los dornienses somos un pueblo de sangre ardiente; nos enfurecemos deprisa y tardamos en perdonar. Desearía de todo corazón poder deciros que las Serpientes de Arena eran las únicas que anhelaban la guerra, pero no quiero mentiros, ser. Ya habéis oído a mi gente en las calles, gritándome que convoque a las lanzas. Mucho me temo que es lo mismo que desea la mitad de mis señores.

—¿Y vos, mi príncipe? —se atrevió a preguntar el caballero.

—Hace mucho, mi madre me enseñó que sólo los locos libran batallas perdidas. —Si la brusquedad de la pregunta lo había ofendido, el príncipe Doran disimuló bien—. Pero esta paz es frágil... Tan frágil como vuestra princesa.

—Sólo un animal le haría daño a una niña.

—Mi hermana Elia también tenía una niña. Se llamaba Rhaenys. Y también era una princesa. —El príncipe suspiró—. Los que serían capaces de apuñalar a la princesa Myrcella no tienen nada contra ella, igual que Ser Amory Lorch no tenía nada contra Rhaenys cuando la mató, si es que fue él. Sólo quieren obligarme a actuar, porque si la princesa Myrcella fuera asesinada en Dorne estando bajo mi protección, ¿quién prestaría oídos a mis explicaciones?

—Nadie le hará ningún daño a Myrcella mientras yo viva.

—Noble juramento —replicó Doran Martell con un atisbo de sonrisa—, pero sólo sois un hombre, ser. Tenía la esperanza de que encerrar a mis testarudas sobrinas contribuyera a calmar las aguas, pero lo único que hemos conseguido es que las cucarachas vuelvan a esconderse bajo las alfombras. Todas las noches los oigo susurrar mientras afilan los cuchillos.

«Tiene miedo —comprendió Ser Arys en aquel momento—. ¡Pero si le están temblando las manos! El príncipe de Dorne está aterrado.» Se quedó sin palabras.

—Tenéis que disculparme, ser —continuó el príncipe Doran—. Estoy delicado de salud, y a veces... A veces, Lanza del Sol me agota con tanto ruido, tanta suciedad, estos olores... En cuanto mis deberes me lo permitan tengo intención de regresar a los Jardines del Agua. Y me llevaré a la princesa Myrcella. —Antes de que el caballero pudiera protestar, el príncipe alzó una mano de nudillos rojos e hinchados—. Vos también vendréis. Y su septa, sus doncellas y sus guardias. Los muros de Lanza del Sol son altos, pero tras ellos está la ciudad de la sombra. Cientos de personas entran y salen cada día del castillo. Los Jardines son mi refugio. El príncipe Maron los hizo construir como regalo para su prometida Targaryen, para celebrar el enlace de Dorne con el Trono de Hierro. Allí, el otoño es una estación deliciosa. Los días son cálidos y las noches frescas, y la brisa salada sopla del mar, las fuentes y los estanques. Y hay otros chiquillos de noble cuna. Myrcella tendrá amigos de su edad con los que jugar. No estará sola.

—Como digáis. —Las palabras del príncipe le resonaban en la cabeza.

«Allí estará a salvo.» Pero entonces, ¿por qué le había dicho Doran Martell que no escribiera a Desembarco del Rey para contar lo del traslado? «Myrcella estará más segura si nadie sabe exactamente dónde se encuentra.» Ser Arys se había mostrado de acuerdo, aunque en realidad no tenía otra elección. Era caballero de la Guardia Real, pero, como había dicho el príncipe, sólo era un hombre.

El callejón desembocaba en un patio iluminado por la luna. «Pasando la cerería, una verja y unos peldaños», le había escrito ella. Cruzó la verja y subió por los peldaños hasta llegar ante una puerta.

«¿Debería llamar?» Decidió que no y empujó la puerta, y se encontró en una habitación grande, de techo bajo, penumbrosa, iluminada por un par de velas aromáticas cuyas llamas titilaban en nichos excavados en las gruesas paredes de adobe. Bajo sus sandalias había alfombras myrienses; de una pared pendía un tapiz, y también vio una cama.

—¿Mi señora? —gritó—. ¿Dónde estás?

—Aquí.

Ella salió de entre las sombras que había más allá de la puerta.

Lucía una serpiente ornamentada enroscada en el antebrazo derecho; las escamas

de cobre y oro centelleaban cuando se movía. No llevaba nada más.

«No —quiso decirle el caballero—, sólo he venido a decirte que tengo que partir», pero cuando la vio, deslumbrante a la luz de las velas, perdió el habla. Tenía la garganta tan seca como las arenas dornienses. Se quedó en silencio, embriagado ante la gloria de su cuerpo, el hueco de la garganta, los pechos abundantes con grandes pezones oscuros, las curvas exuberantes de la cintura y las caderas. Y de pronto, sin saber cómo, la tenía entre los brazos y ella le estaba quitando la ropa. Cuando llegó a la camisa que llevaba bajo la túnica se la agarró por los hombros y desgarró la seda hasta el ombligo, pero a Arys ya nada le importaba. Sentía la piel suave bajo los dedos, tan cálida como la arena caldeada por el sol dorniense. Le alzó el rostro y buscó sus labios. La boca de la mujer se abrió bajo la suya; sus pechos le llenaron las manos. Sintió como se endurecían los pezones cuando los acarició con los pulgares. Tenía la cabellera espesa y negra, olía a orquídeas, y aquel olor terrenal y oscuro le provocó una erección casi dolorosa.

—Tócame —le susurró la mujer al oído. Él pasó la mano más allá de la suave curva del vientre para buscar el dulce lugar húmedo bajo la mata de vello negro—. Sí, así —murmuró ella mientras introducía un dedo en su interior. Dejó escapar un gemido, lo arrastró hacia la cama y lo hizo tumbarse—. Más, más, sí, mi caballero, mi caballero, mi dulce caballero blanco, sí, sí, a ti, te deseo a ti. —Lo guió hacia su interior y se abrazó a él para atraerlo con más fuerza—. Más —susurró—. Más, sí.

Lo rodeó con unas piernas fuertes como el acero. Sus uñas le arañaron la espalda mientras la embestía, una vez, y otra, y otra, hasta que dejó escapar un grito y arqueó la espalda contra el colchón. Mientras, ella le buscó los pezones con los dedos y se los pellizcó hasta que derramó su semilla en su interior.

«Ahora mismo podría morir feliz», pensó el caballero y, al menos durante unos instantes, estuvo en paz.

No murió.

Su deseo era profundo e infinito como el mar, pero cuando bajaba la marea asomaban los escollos de la vergüenza y la culpa, tan escabrosas como siempre. En ocasiones, las olas las cubrían, pero seguían bajo las aguas, duras, negras, resbaladizas.

«¿Qué estoy haciendo? —se preguntó—. Soy caballero de la Guardia Real.»

Rodó hacia un lado y se quedó tendido, contemplando el techo. Había una grieta enorme que iba de una pared a otra. No se había fijado hasta entonces, igual que no se había fijado en la imagen del tapiz, una escena en la que se veía a Nymeria con sus diez mil barcos.

«Sólo la veo a ella. Podría asomarse un dragón a la ventana, que yo no habría visto más que sus pechos, su rostro, su sonrisa.»

—Hay vino —le susurró contra el cuello. Le pasó una mano por el torso—.

—¿Tienes sed?

—No.

Se echó a un lado y se sentó en el borde de la cama. Hacía calor, pero estaba temblando.

—Tienes sangre —dijo ella—. Te he Arañado.

Cuando le rozó la espalda, el caballero se estremeció como si sus dedos fueran de fuego.

—No. —Se levantó, desnudo—. Ya basta.

—Tengo un bálsamo. Para los Arañazos.

«Pero no para la vergüenza.»

—No es nada. Perdóname, mi señora, tengo que irme.

—¿Tan pronto? —Tenía la voz grave, una boca amplia hecha para susurrar, unos labios carnosos hechos para besar. La cabellera le caía por los hombros desnudos hasta los pechos redondos, negra, espesa, con suaves bucles. Hasta el vello del pubis era rizado y sedoso—. Quédate conmigo esta noche, ser. Todavía tengo muchas cosas que enseñarte.

—Ya he aprendido demasiado de ti.

—Pues en su momento, mis lecciones parecían agradarte. ¿Seguro que no te vas a otra cama, con otra mujer? Dime quién es. Lucharé con ella por ti, a pecho descubierto, cuchillo contra cuchillo. —Sonrió—. A menos que sea una Serpiente de Arena. En ese caso podríamos compartirte; aprecio mucho a mis primas.

—Ya sabes que no hay otra mujer, sólo... mi obligación.

Ella se giró y se apoyó en un codo para mirarlo. Sus grandes ojos negros brillaban a la luz de las velas.

—¿La obligación? ¿Esa zorra vieja? La conozco. Entre las piernas está tan seca como la arena; sus besos hacen sangrar. Que la obligación duerma sola por una vez; quédate conmigo esta noche.

—Mi lugar está en el palacio.

—Con tu otra princesa. —La mujer suspiró—. Me vas a poner celosa. Me parece que la quieres más que a mí. Esa doncella es demasiado joven para ti; lo que necesitas es una mujer, no una niñita, pero si eso te excita, puedo hacerme la inocente.

—No digas esas cosas. —«Recuerda que es dorniense.» En el Dominio se decía que era la comida lo que hacía a los dornienses tan irascibles, y a las dornienses, tan indómitas y lujuriosas. «Las guindillas y las especias extrañas le calientan la sangre, no lo puede evitar»—. Quiero a Myrcella como a una hija. —Nunca podría tener hijas, igual que no podría tener esposa. En su lugar tenía una bonita capa blanca—. Nos marchamos a los Jardines del Agua.

—Algún día —asintió ella—, pero con mi padre todo tarda cuatro veces más de lo que debería. Si dice que tiene intención de partir mañana, no será hasta dentro de

quince días. En los Jardines estarás muy solo, te lo aseguro. ¿Dónde está el joven galante que decía que quería pasar el resto de la vida entre mis brazos?

—Cuando dije aquello estaba embriagado.

—Sólo habías tomado tres copas de vino aguado.

—Estaba embriagado de ti. Habían pasado diez años desde... No había tocado a una mujer desde que vestí el blanco. Nunca supe cómo podía ser el amor, pero ahora... Tengo miedo.

—¿Qué puede asustar a mi caballero blanco?

—Temo por mi honor —respondió—, y por el tuyo.

—De mi honor me ocupo yo. —Se llevó un dedo al pecho y se acarició lentamente el pezón—. Y de mi placer también, si hace falta. Soy adulta.

Lo era, no cabía duda. Al verla allí, sobre el colchón de plumas, con aquella sonrisa perversa, tocándose el pecho... ¿Habría otra mujer con unos pezones tan grandes, tan sensibles? No podía ni mirárselos sin que lo dominara el deseo de cogerlos, de lamerlos hasta que estuvieran duros, húmedos, brillantes...

Apartó la vista. Su ropa interior estaba dispersa por las alfombras. El caballero se inclinó para recogerla.

—Te tiemblan las manos —señaló ella—. Me parece que preferirían estar acariciándome. ¿Tanta prisa tienes en ponerte la ropa, ser? Te prefiero tal como estás. En la cama, desnudos, somos nosotros de verdad, un hombre y una mujer, amantes, una sola carne, tan cercanos como pueden estar dos seres humanos. La ropa nos convierte en personas diferentes. Yo prefiero ser carne y sangre, no sedas y joyas, y tú... No eres tu capa blanca.

—Sí lo soy —respondió Ser Arys—. Yo soy mi capa. Y esto tiene que terminar, tanto por tu propio bien como por el mío. Si nos descubrieran...

—Muchos te considerarían afortunado.

—Muchos me considerarían perjurio. ¿Qué pasaría si alguien le contara a tu padre que te he deshonrado?

—Mi padre será muchas cosas, pero nadie lo ha considerado nunca estúpido. El Bastardo de Bondadivina se llevó mi virtud cuando los dos teníamos catorce años. ¿Sabes lo que hizo mi padre cuando se enteró? —Recogió las mantas y se las subió hasta la barbilla para ocultar su desnudez—. Nada. A mi padre se le da muy bien no hacer nada. Lo llama pensar. Dime la verdad, ser, ¿qué te preocupa? ¿Tu deshonra o la mía?

—Las dos. —Era una acusación dolorosa—. Por eso, esta tiene que ser nuestra última vez.

—No es la primera vez que lo dices.

«Es verdad, y lo decía en serio. Pero soy débil; de lo contrario no estaría aquí en este momento.» Eso no se lo podía decir. Presentía que era una de esas mujeres que

despreciaban la debilidad. «Tiene más de su tío que de su padre.» Se volvió y encontró la camisa de seda desgarrada en una silla.

—Está destrozada —se quejó—. ¿Cómo me la pongo ahora?

—Al revés —sugirió—. Cuando lleves la túnica no se verá el desgarrón. A lo mejor te la cose tu princesita. ¿O prefieres que te envíe una nueva a los Jardines del Agua?

—No me mandes regalos. —Aquellos sólo serviría para llamar la atención. Sacudió la camisa y se la puso con la parte trasera por delante. Sentía la seda fresca contra la piel, aunque se le adhería a la espalda, allí donde tenía los araños. Al menos le serviría para volver a palacio—. Lo único que quiero es poner fin a este... Este...

—No eres nada galante, ser. Me hieres. Empiezo a pensar que todas tus palabras de amor eran mentira.

«A ti jamás te podría mentir.» Ser Arys se sintió como si le hubiera abofeteado.

—¿Por qué habría renunciado a mi honra, si no fuera por amor? Cuando estoy contigo... Casi no puedo ni pensar, eres lo que siempre había soñado, pero...

—Las palabras se las lleva el viento. Si me amas, no me dejes.

—Hice un juramento...

—Juraste no casarte ni engendrar hijos. Pues bebo el té de la luna, y sabes que no me puedo casar contigo. —Sonrió—. Aunque me podrías convencer para que te conservara como amante.

—Te estás burlando de mí.

—Un poquito. ¿Crees que eres el único miembro de la Guardia Real que ha amado a una mujer?

—Siempre ha habido hombres con más facilidad para pronunciar juramentos que para mantenerlos —reconoció. A Ser Boros Blount lo conocían bien en la calle de la Seda, y Ser Preston Greenfield solía visitar la casa de cierto mercero cuando estaba de viaje, pero Arys nunca avergonzaría a sus Hermanos Juramentados relatando sus debilidades—. A Ser Terrence Toyne lo encontraron en la cama con la amante de su rey —fue su respuesta—. Juró que era por amor, pero les costó la vida a los dos, y provocó la caída de su Casa y la muerte del caballero más noble que jamás había existido.

—¿Qué me dices de Lucamore *el Lujurioso*, con sus tres esposas y sus dieciséis hijos? Qué gracia me hace esa canción.

—La verdad no es tan divertida. Mientras vivió, nadie lo llamó nunca Lucamore *el Lujurioso*. Su nombre era Ser Lucamore Strong, y toda su vida era una mentira. Cuando se descubrió el engaño, sus propios Hermanos Juramentados lo castraron, y el Viejo Rey lo mandó al Muro. Esos dieciséis niños se quedaron en la estacada. No era un caballero de verdad, como tampoco lo era Terrence Toyne.

—¿Y el Caballero Dragón? —Apartó a un lado las mantas y puso los pies en el suelo—. Dices que era el caballero más noble que jamás haya existido, pero se llevó a su reina a la cama y la dejó embarazada.

—Me niego a creerlo —replicó, ofendido—. La historia de la traición del príncipe Aemon con la reina Naerys sólo fue eso, una historia, una mentira que inventó su hermano para apartar a su hijo y favorecer a su propio bastardo. Por algo llamaban el Indigno a Aegon. —Cogió el cinto y se lo abrochó. Le quedaba extraño sobre la seda dorniense de la camisa, pero el peso familiar de la espada larga y el puñal le recordaron quién era, qué era—. No quiero que se me recuerde como Ser Arys *el Indigno* —declaró—. No mancharé mi capa.

—Claro —replicó ella—. Esa capa blanca tan bonita. Por si no lo recuerdas, mi tío abuelo también la vistió. Murió cuando era pequeña, pero aún me acuerdo de él. Era alto como una torre y solía hacerme cosquillas hasta que me quedaba sin aliento de tanto reírme.

—No tuve el honor de conocer al príncipe Lewyn —respondió Ser Arys—, pero todo el mundo dice que fue un gran caballero.

—Un gran caballero que tenía una amante. Ahora ya es anciana, pero se comenta que de joven era toda una belleza.

«¿El príncipe Lewyn?» Ser Arys no conocía esa historia. Se quedó conmocionado. La traición de Terrence Toyne y los engaños de Lucamore *el Lujurioso* aparecían reseñados en el Libro Blanco, pero en la página del príncipe Lewyn no se mencionaba a ninguna mujer.

—Mi tío decía siempre que lo que determina la valía de un hombre es la espada que lleva en la mano, no la que tiene entre las piernas —siguió—, así que no me vengas con tonterías de capas manchadas. Lo que te ha deshonrado no es nuestro amor, son los monstruos a los que has servido y los animales a los que llamas hermanos.

Aquello lo hirió en lo más hondo.

—Robert no era ningún monstruo.

—Se encaramó a cadáveres de niños para ascender a su trono —replicó—. Aunque no era tan malo como Joffrey, eso lo reconozco.

«Joffrey.» Había sido un muchacho guapo, alto y fuerte para su edad, pero eso era lo único bueno que se podía decir de él. Ser Arys todavía se avergonzaba al recordar todas las veces que había golpeado a la pequeña Stark por orden del muchacho. Cuando Tyrion lo eligió para que fuera a Dorne con Myrcella, le encendió una vela al Guerrero en gesto de gratitud.

—Joffrey está muerto; el Gnomo lo envenenó. —Nunca habría pensado que el enano fuera capaz de hacer aquello—. Ahora el Rey es Tommen, y no es como su hermano.

—Ni como su hermana.

Era verdad. Tommen era un hombrecito de buen corazón que trataba de comportarse lo mejor que podía, pero la última vez que Arys lo había visto estaba llorando en los muelles. Myrcella no derramó ni una lágrima, y eso que era ella la que abandonaba su tierra y su hogar para sellar una alianza. Sin duda, la princesa era más valiente que su hermano, y también más inteligente y segura de sí misma. Tenía un ingenio más vivo y unos modales más exquisitos. Nada la intimidaba, ni siquiera Joffrey.

«Es verdad, las mujeres son las fuertes.» No pensaba tan sólo en Myrcella, sino también en la madre de la niña, en la suya, en la Reina de las Espinas, en las hermosas y mortíferas Serpientes de Arena de la Víbora Roja y, sobre todo, en la princesa Arianne Martell.

—No digo que te equivoques.

Tenía la voz ronca.

—Claro, ¡porque no puedes! Myrcella está mejor preparada para gobernar...

—Los varones tienen preferencia.

—¿Por qué? ¿Qué dios lo ha decidido? Yo soy la heredera de mi padre. ¿Tengo que renunciar a mis derechos en beneficio de mis hermanos?

—Estás tergiversando mis palabras. Yo no he dicho... Dorne es diferente. En los Siete Reinos nunca ha gobernado una mujer.

—El primer Viserys quería que lo sucediera su hija Rhaenyra, ¿acaso lo niegas? Pero mientras el Rey agonizaba, el Lord Comandante de su Guardia Real decidió que no sería así.

«Ser Criston Cole.» Criston *el Hacedor de Reyes* había enfrentado a hermano contra hermana y dividido a la Guardia Real, provocando la espantosa guerra que los bardos denominaron la Danza de los Dragones. Algunos decían que lo había hecho por ambición, ya que el príncipe Aegon era más dócil que su voluntariosa hermana mayor; otros le atribuían motivos más nobles y aseguraban que estaba defendiendo la antigua costumbre de los ándalos. Pero hubo quien murmuró que Ser Criston había sido amante de la princesa Rhaenyra antes de vestir el blanco y quería vengarse de la mujer que lo había rechazado.

—El Hacedor provocó una gran desgracia —dijo Ser Arys—, y lo pagó con creces, pero...

—... Pero tal vez los Siete te hayan enviado aquí para que un caballero blanco enderece lo que torció otro. ¿Sabes por qué quiere mi padre llevarse a Myrcella a los Jardines del Agua?

—Para ponerla a salvo de los que quieren hacerle daño.

—No. Para mantenerla lejos de los que quieren coronarla. El príncipe Oberyn, *la Víbora* en persona, le habría puesto la corona en la cabeza de seguir vivo, pero mi

padre no tiene valor. —Se puso en pie—. Dices que quieres a esa niña como si fuera tu propia hija. ¿Permitirías que a tu hija la despojaran de sus derechos y la encarcelaran?

—Los Jardines del Agua no son ninguna cárcel —protestó Ser Arys con debilidad.

—¿Crees que en las cárceles no hay fuentes ni higueras? Pues cuando la niña haya entrado no la dejarán salir jamás. Igual que a ti; Hotah se encargará de eso. No lo conoces como yo. Cuando lo provocan es terrible.

Ser Arys frunció el ceño. El corpulento capitán norvoshi, con el rostro lleno de cicatrices, lo hacía sentir incómodo. Se decía que no se separaba de su enorme hacha ni para dormir.

—¿Qué quieres que haga?

—Lo que has jurado: proteger a Myrcella con tu propia vida. Defenderla... y defender sus derechos. Ponerle una corona en la cabeza.

—¡Hice un juramento!

—A Joffrey, no a Tommen.

—Sí, pero Tommen es un niño de buen corazón. Será mejor rey que Joffrey.

—Pero no mejor que Myrcella. Ella también lo quiere mucho. Sé que no permitirá que le pase nada malo. Bastión de Tormentas le corresponde por derecho, ya que Lord Renly no dejó herederos y Lord Stannis ha caído en desgracia. Con el tiempo heredará también Roca Casterly de su señora madre; será el más grande de los señores del reino... Pero, por derecho, Myrcella debería ocupar el Trono de Hierro.

—La ley... No sé...

—Yo sí. —Cuando se levantó, la mata de cabello negro le cayó como una cascada hasta las nalgas—. Aegon *el Dragón* creó la Guardia Real y sus votos, pero lo que un rey ha hecho, otro lo puede deshacer, o cambiar. Antes, los miembros de la Guardia Real lo eran de por vida, y aun así, Joffrey echó a Ser Barristan para que su perro pudiera vestir la capa. Myrcella querrá hacerte feliz, y a mí también me aprecia. Si se lo pedimos, nos dará permiso para casarnos. —Arianne lo abrazó y le apoyó la cara contra el pecho. La cabeza le quedaba justo debajo de la barbilla—. Podrás tenerme a mí y también la capa blanca, si eso es lo que quieras.

«Me está destrozando.»

—Ya sabes que sí, pero...

—Soy una princesa de Dorne —le dijo con aquella voz profunda—. No es apropiado que me hagas suplicar.

Ser Arys olió el perfume de su cabello; sintió los latidos de su corazón cuando se apretó contra él. Su cuerpo empezaba a responder a la proximidad. Sin duda, ella también se estaba dando cuenta. Cuando le puso las manos en los hombros, advirtió que temblaba.

—¿Arianne? ¿Princesa mía? ¿Qué te pasa, mi amor?

—¿Es necesario que lo diga, ser? Tengo miedo. Me llamas mi amor, pero me rechazas justo cuando más te necesito. ¿Tan mal está que quiera un caballero que vele por mí?

Nunca la había visto tan desvalida.

—No —dijo—, pero tienes a los guardias de tu padre para protegerte, ¿por qué...?

—Es de los guardias de mi padre de quienes tengo miedo. —Durante un momento, le pareció aún más joven que Myrcella—. Fueron los guardias de mi padre los que encadenaron a mis queridas primas.

—No están encadenadas. Tengo entendido que disfrutan de todas las comodidades.

Ella dejó escapar una carcajada amarga.

—¿Tú las has visto? No me dejan visitarlas, ¿lo sabías?

—Estaban conspirando para provocar una guerra...

—Loreza tiene seis años; Dorea, ocho. ¿Qué guerras pueden provocar? Pero mi padre las ha encerrado con sus hermanas. Ya lo has visto. Llevados por el miedo, hasta los hombres más fuertes pueden hacer cosas que de otra manera no harían, y mi padre no ha sido fuerte nunca. Arys, corazón mío, por el amor que dices que me profesas, escúchame. No soy tan valerosa como mis primas; nací de una semilla más débil, pero Tyene y yo tenemos la misma edad, y hemos sido como hermanas desde muy pequeñas. No hay secretos entre nosotras. Si las pueden encerrar a ellas, a mí también... y por la misma causa. La causa de Myrcella.

—Tu padre no haría eso jamás.

—No conoces a mi padre. Para él he sido una fuente continua de decepciones desde que llegué al mundo sin polla. Ha tratado de casarme media docena de veces con viejos desdentados, cada uno más despreciable que el anterior. Nunca me ordenó que me casara, cierto, pero me ofrece esos pretendientes para demostrar la pobre opinión que tiene de mí.

—Pese a eso, eres su heredera.

—¿Sí?

—Te dejó gobernando en Lanza del Sol cuando se retiró a los Jardines del Agua, ¿no?

—¿Gobernando? No. Dejó como castellano a su primo, Ser Manfrey; a Ricasso, ese viejo ciego, como senescal; a sus alguaciles, a cargo de cobrar los impuestos, y a su tesorero, Alyse Ladybright, de gestionarlos; a sus condestables, a cargo de patrullar la ciudad de la sombra; a sus justicias mayores, a cargo de realizar los juicios, y al maestre Myles, a cargo de responder a todas las cartas que no requiriesen la atención personal del príncipe. Y por encima de todos ellos puso a la Víbora Roja. Mi cometido eran los banquetes, las fiestas y la recepción de invitados distinguidos.

Oberyn iba a los Jardines del Agua una vez por semana; a mí me llamaba dos veces al año. No soy la heredera que quiere mi padre; eso lo ha dejado muy claro. Nuestras leyes lo obligan, pero preferiría que lo sucediera mi hermano, estoy segura.

—¿Tu hermano? —Ser Arys le llevó una mano a la barbilla y le levantó la cabeza para mirarla a los ojos—. No te referirás a Trystane; no es más que un niño.

—No, Trys no. Quentyn. —Tenía los ojos osados y negros como el pecado, resueltos—. Conozco la verdad desde que tenía catorce años, desde un día en que fui a las habitaciones de mi padre para darle las buenas noches y me encontré con que no estaba. Más adelante supe que mi madre lo había hecho llamar. Se había dejado una vela encendida, y cuando fui a apagarla vi que al lado había una carta inacabada, dirigida a mi hermano Quentyn, que estaba en Palosanto. Mi padre le decía que tenía que hacer todo lo que le dijeran el maestre y el maestro de armas, «porque algún día ocuparás mi lugar y gobernarás sobre todo Dorne, y un gobernante debe ser fuerte en cuerpo y espíritu». —Una lágrima resbaló por la suave mejilla de Arianne—. Palabras de mi padre, escritas por su propia mano. Se me grabaron a fuego en la memoria. Aquella noche lloré hasta que me quedé dormida. Las noches siguientes, también.

Ser Arys aún no conocía a Quentyn Martell. Lord Yronwood había criado al príncipe desde edad muy temprana. El niño le había servido como paje y después como escudero; incluso recibió de sus manos el ordenamiento como caballero, en vez de que lo armara la Víbora Roja. «Si fuera padre, yo también querría que me sucediera un hijo varón», pensó, pero había oído el dolor en la voz de Arianne, y sabía que, si lo decía, la perdería.

—Quizá lo interpretaras mal —le dijo—. No eras más que una niña. Tal vez el príncipe sólo lo decía para animar a tu hermano y que fuera más diligente.

—¿Eso crees? Entonces, dime, ¿dónde está Quentyn ahora mismo?

—El príncipe se encuentra con el ejército de Lord Yronwood, en el Sendahueso —respondió Arys con cautela. Eso le había dicho el anciano castellano de Lanza del Sol cuando llegó a Dorne. La versión del maestre de la barba sedosa coincidía.

Arianne no estaba de acuerdo.

—Eso quiere mi padre que creamos, pero tengo amigos que me dan una versión muy diferente. Mi hermano ha cruzado el mar Angosto en secreto, haciendo pasar por un vulgar mercader. ¿Por qué?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Puede haber cien motivos.

—O sólo uno. ¿Sabías que la Compañía Dorada ha roto su contrato con Myr?

—Como si fuera la primera vez que unos mercenarios rompen su contrato.

—La Compañía Dorada no. «Nuestra palabra vale tanto como el oro»: es su consigna desde tiempos de Aceroamargo. Myr está a punto de entrar en guerra con Lys y Tyrosh. ¿Por qué romper un contrato que ofrecía la perspectiva de buenos

salarios y saqueos abundantes?

—Tal vez Lys le ofreciera un mejor sueldo. O Tyrosh.

—No —replicó ella—. Eso me lo podría creer de cualquiera de las otras compañías libres; la mayoría cambiaría de bando por media moneda de hierro. La Compañía Dorada es diferente. Es una hermandad de exiliados e hijos de exiliados, unida por el sueño de Aceroamargo. Quiere oro, sí, pero también un hogar. Lord Yronwood lo sabe tan bien como yo. Sus antepasados cabalgaron con Aceroamargo durante tres de las Rebeliones de los Fuegoscuro. —Cogió la mano de Ser Arys y entrelazó los dedos con los suyos—. ¿Has visto alguna vez el escudo de la Casa Toland de Colina Fantasma?

El caballero tuvo que pensar un instante.

—¿Un dragón que se muerde la cola?

—El dragón es el tiempo. No tiene principio ni fin, así que todo transcurre en círculo. Anders Yronwood es Criston Cole renacido. Susurra al oído de mi hermano que debería ser él quien gobernara después de mi padre, que no está bien que los hombres se arrodillen ante las mujeres... Y que Arianne, sobre todo, es la menos indicada para gobernar porque es una furcia testaruda. —Se echó el pelo hacia atrás en gesto desafiante—. Así que tus dos princesas comparten una causa común, ser... Al igual que comparten a un caballero que dice amarlas a las dos, pero que no está dispuesto a luchar por ellas.

—Os defenderé. —Ser Arys se dejó caer sobre una rodilla—. Es cierto que Myrcella es la mayor y está mejor preparada para llevar la corona. ¿Quién defenderá sus derechos si no lo hace su Guardia Real? Mi espada, mi vida, mi honor le pertenecen... Igual que a ti, alegría de mi corazón. Juro que nadie te robará lo que te corresponde por derecho de nacimiento mientras yo tenga fuerzas para blandir una espada. Soy tuyo. ¿Qué quieres de mí?

—Todo. —Se arrodilló para besarle los labios—. Todo, mi amor, mi amor verdadero, mi amor eterno. Pero antes...

—Pide lo que quieras y será tuyo.

—... Myrcella.

BRIENNE (3)

El muro de piedra era viejo y estaba en ruinas, pero su sola visión a través del campo hizo que a Brienne se le erizara el vello.

«Ahí estaban escondidos los arqueros que mataron al pobre Cleos Frey», pensó.

Pero mil pasos más adelante bordearon otro muro que se parecía mucho al anterior, y ya no estuvo tan segura. El camino marcado con huellas de carros describía curvas y más curvas; los árboles desnudos, con su corteza marrón, parecían diferentes de los verdes que ella recordaba. ¿Habían pasado ya por el lugar donde Ser Jaime le había arrebatado a su primo la espada de la vaina? ¿Dónde estaban los bosques en los que habían luchado? ¿Y el arroyo al que se habían precipitado mientras se lanzaban estocadas, hasta que la Compañía Audaz cayó sobre ellos?

—¿Mi señora? ¿Ser? —Podrick no sabía nunca cómo llamarla—. ¿Qué estáis buscando?

«Fantasmas.»

—Un muro junto al que pasé en cierta ocasión. No importa. —«Eso fue cuando Ser Jaime aún tenía dos manos. ¡Cómo detestaba entonces sus burlas, sus sonrisitas!»—. Guarda silencio, Podrick. Puede que aún queden bandidos en estos bosques.

El chico contempló los árboles desnudos, las hojas mojadas, el camino embarrado que tenían por delante.

—Tengo una espada larga. Sé luchar.

«No tan bien como haría falta.»

Brienne no dudaba del valor del chico, pero sí de su entrenamiento. Tal vez fuera escudero, al menos en teoría, pero el hombre al que sirvió no le había enseñado gran cosa.

Durante el viaje desde el Valle Oscuro había conseguido sacarle su historia a trompicones. Procedía de una rama menor y empobrecida de la Casa Payne, fruto de la entrepierna de un hijo pequeño. Su padre se había pasado la vida trabajando de escudero para sus primos más ricos, y había engendrado a Podrick con la hija de un cerero con la que se casó antes de partir para morir en la rebelión de los Greyjoy. Su madre lo había abandonado con uno de aquellos primos cuando tenía cuatro años, para ir tras un bardo errante que le había metido otro bebé en la barriga. Podrick no recordaba ni su cara. Ser Cedric Payne había sido lo más cercano a un progenitor que el chico había tenido jamás, aunque por su relato entrecortado, a Brienne le parecía que había tratado a Podrick más como a un criado que como a un hijo. Cuando Roca Casterly convocó a sus banderizos, el caballero lo llevó para que le cuidara el caballo y le limpiara la cota de malla. Ser Cedric había muerto en las tierras de los ríos, luchando en el ejército de Lord Tywin.

Lejos de su hogar, solo y sin recursos, el muchacho se había unido a un obeso caballero errante que respondía al nombre de Ser Lorimer *el Barriga* y formaba parte del contingente de Lord Lefford, con la misión de proteger el convoy de provisiones.

—Los chicos que vigilan la comida son los que mejor comen —decía Ser Lorimer, hasta que lo descubrieron con un jamón robado de la despensa personal de Lord Tywin.

Tywin Lannister optó por ahorcarlo para darles una lección a los posibles ladrones. Podrick había compartido el jamón, y tal vez habría terminado compartiendo la cuerda, pero su apellido lo salvó. Ser Kevan Lannister se hizo cargo de él, y más adelante lo envió para que sirviera como escudero a su sobrino Tyrion.

Ser Cedric había enseñado a Podrick a cuidar de los caballos y a revisarles las herraduras en busca de piedras, y Ser Lorimer le había enseñado a robar, pero ninguno se molestó en entrenarlo con la espada. El Gnomo, al menos, lo había enviado con el maestro de armas de la Fortaleza Roja cuando llegaron a la corte. Por desgracia, Ser Aron Santagar fue una de las víctimas de los motines del pan, y ahí acabó el entrenamiento de Podrick.

Brienne fabricó dos espadas de madera con ramas caídas para hacerse una idea de la habilidad de Podrick, y comprobó con agrado que el chico era lento de habla, pero no de mano. Era valiente y observador, pero también estaba flaco, mal alimentado, muy falto de fuerzas. Si, como decía, había sobrevivido a la batalla del Aguasnegras, había sido porque nadie consideró que valiera la pena matarlo.

—Dices que eres escudero —le espetó—, pero he visto pajes de la mitad de tu edad que podrían hacerte pedazos. Si te quedas conmigo, te acostarás todas las noches con ampollas en las manos y moratones en los brazos, tan agarrotado y magullado que casi no podrás dormir. ¿Es eso lo que quieres?

—Sí —insistió el chico—. Eso quiero. Las ampollas y moratones. O sea, no, pero sí, ser. Mi señora.

Hasta entonces había cumplido su palabra, y Brienne, la suya. Podrick no se había quejado. Cada vez que le salía una ampolla en la mano de la espada sentía la necesidad de ir a mostrársela con orgullo. Y además cuidaba bien de los caballos.

«Sigue sin ser un escudero —se recordaba—, pero yo tampoco soy un caballero, por muchas veces que me llame *ser*.»

Se habría separado de él, pero el chico no tenía adónde ir. Además, aunque Podrick decía que no tenía ni idea de dónde estaba Sansa Stark, tal vez supiera más de lo que creía. Cualquier observación casual, cualquier dato apenas recordado, podía ser crucial para la misión de Brienne.

—¿Ser? ¿Mi señora? —Podrick señaló hacia delante—. Ahí hay un carro.

Brienne lo divisó; era una carreta de madera de dos ruedas, con los laterales altos. Un hombre y una mujer tiraban de él por el camino que llevaba a Poza de la

Doncella.

«Parecen granjeros.»

—Ahora ve despacio —dijo al chico—. Puede que nos tomen por bandidos. No hables más que lo imprescindible y sé cortés.

—Sí, ser. Seré cortés. Mi señora.

Parecía casi contento ante la perspectiva de que lo confundieran con un bandido.

Los granjeros los observaron con desconfianza cuando se aproximaron al trote, pero cuando Brienne dejó bien claro que no pretendían hacerles daño alguno, les permitieron cabalgar junto a ellos.

—Antes teníamos un buey que tiraba del carro —le comentó el viejo mientras avanzaban por campos llenos de malas hierbas, charcos de lodo y árboles quemados y ennegrecidos—, pero los lobos se lo llevaron. —Tenía el rostro congestionado por el esfuerzo—. También se llevaron a nuestra hija e hicieron con ella lo que quisieron, pero volvió después de la batalla del Valle Oscuro. El buey no. Supongo que se lo comerían.

La mujer no tuvo nada que añadir. Era al menos veinte años más joven que el hombre, pero no dijo ni una palabra; se limitó a mirar a Brienne igual que habría mirado a un ternero de dos cabezas. No era la primera vez que la Doncella de Tarth era objeto de miradas como aquella. Lady Stark había sido bondadosa con ella, pero la mayoría de las mujeres eran tan crueles como los hombres. No habría sabido decir qué miradas le dolían más, si las de las jóvenes hermosas de lengua afilada y risa chillona o las de las damas de ojos gélidos que ocultaban su desprecio bajo una máscara de cortesía. Y a veces, las mujeres del pueblo llano eran incluso peores.

—La última vez que pasé por Poza de la Doncella, todo estaba en ruinas —comentó—. Las puertas estaban rotas y habían quemado media ciudad.

—La han reconstruido en parte. Ese Tarly es duro, pero es un señor más valiente que Mooton. Aún quedan bandidos en los bosques, aunque no tantos como antes. Tarly dio caza a los peores y les dio una buena lección con la espada, vaya que sí. —Giró la cabeza y escupió—. ¿No habéis visto bandidos por el camino?

—No. —«Al menos esta vez.»

Cuanto más se alejaban del Valle Oscuro, más desiertos encontraban los caminos. Los únicos viajeros a los que habían divisado corrían a esconderse en los bosques antes de que los alcanzaran, todos a excepción de un septón corpulento y barbudo con el que se cruzaron mientras iba hacia el sur, con unos cuarenta seguidores de pies llagados. Todas las posadas por las que pasaron habían sido saqueadas y abandonadas, o transformadas en campamentos militares. El día anterior se habían encontrado con una patrulla de Lord Randyll, cuyos miembros iban cargados de arcos y lanzas. Los jinetes los habían rodeado mientras el capitán interrogaba a Brienne, pero al final les habían permitido seguir su camino.

—Tened cuidado, mujer. Puede que los próximos hombres que os tropecéis no sean tan honrados como mis muchachos. El Perro ha cruzado el Tridente con un centenar de bandidos; se dice que violan a toda mujer que se cruzan y luego le cortan las tetas para llevárselas como trofeos.

Brienne se sintió en la obligación de transmitirles la advertencia al granjero y a su esposa. El hombre asintió mientras la escuchaba, pero cuando terminó volvió a escupir.

—Perros, lobos y leones, los Otros se los lleven a todos. Esos bandidos no se atreverán a acercarse demasiado a Poza de la Doncella, al menos mientras Lord Tarly gobierne allí.

Brienne había conocido a Lord Randyll Tarly mientras estuvo en el ejército del rey Renly. Aunque no le gustaba, tampoco podía olvidar que estaba en deuda con él.

«Si los dioses son bondadosos, pasaremos de Poza de la Doncella antes de que sepa que estoy ahí.»

—Cuando termine la guerra, Lord Mooton recuperará la ciudad —le dijo al granjero—. El Rey ha perdonado a su señoría.

—¿Que lo ha perdonado? —El viejo se echó a reír—. ¿Por qué? ¿Por quedarse sentado en su puto castillo? Envió a sus hombres a luchar en Aguasdulces, pero él no se movió. Los leones saquearon su ciudad; luego, los lobos; luego, los mercenarios, y su señoría siguió sentadito y a salvo detrás de sus murallas. Su hermano no habría hecho nunca nada semejante. Ser Myles era un valiente, pero ese tal Robert lo mató.

«Más fantasmas», pensó Brienne.

—Estoy buscando a mi hermana, una hermosa doncella de trece años. ¿La habéis visto, por casualidad?

—No he visto a ninguna doncella, ni hermosa ni fea.

«Igual que todos.» Pero tenía que seguir preguntando.

—La hija de Mooton es doncella —siguió el hombre—. Bueno, hasta el encamamiento. Los huevos estos son para la boda. Con el hijo de Tarly. Los cocineros necesitan huevos para las tartas.

—Claro.

«El hijo de Tarly. El pequeño Dickon se va a casar.» Trató de recordar cuántos años tenía. Ocho o diez, creía. Brienne había estado prometida a los siete años con un niño que le llevaba tres, el hijo pequeño de Lord Caron, un muchachito tímido con un lunar encima del labio. Sólo se habían visto en una ocasión, cuando se formalizó el compromiso. Murió dos años más tarde; se lo llevaron las mismas fiebres que a Lord Caron, a Lady Caron y a sus hijas. De haber vivido, se habrían casado un año después de su florecimiento, y toda su vida habría sido diferente. No estaría allí en aquel momento, con armadura de hombre y una espada al cinto, buscando a la hija de una mujer muerta. Probablemente estaría en Canto Nocturno, acunando a un hijo y

dándole el pecho a otro. Aquel pensamiento no era nuevo para Brienne. Siempre la hacía sentirse un poco triste, pero la tristeza se mezclaba con cierto alivio.

El sol estaba oculto a medias tras un banco de nubes cuando salieron de entre los árboles ennegrecidos y se encontraron ante Poza de la Doncella, con las aguas profundas de la bahía más allá. Brienne advirtió enseguida que habían reconstruido y reforzado las puertas de la ciudad, y que de nuevo había hombres con ballestas en las murallas de piedra rosada. Sobre la torre de la entrada ondeaba el estandarte del rey Tommen, un león de oro y un venado de sinople sobre campo tronchado de púrpura y oro. En otros estandartes se veía el cazador de los Tarly, pero el salmón rojo de la Casa Mooton sólo ondeaba en el castillo, en la cima de la colina.

Ante el rastrillo se encontraron con una docena de alabarderos. Sus divisas indicaban que eran soldados del ejército de Lord Tarly, aunque ninguno llevaba la del señor. Brienne vio dos centauros, un rayo, un escarabajo azul y una flecha verde, pero no el cazador de Colina Cuerno. Su sargento llevaba en el pecho un pavo real con los otrora vivos colores de la cola desvaídos por el sol. Cuando los granjeros se adelantaron con el carro lanzó un silbido.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Huevos? —Lanzó uno al aire, lo atrapó al vuelo y sonrió—. Nos quedamos.

El viejo lanzó un chillido.

—Los huevos son para Lord Mooton. Para la tarta de boda y esas cosas.

—Pues que tus gallinas pongan más. Hace medio año que no como un huevo. Toma, que no he dicho que no te fuera a pagar.

Lanzó una bolsa de moneditas a los pies del anciano.

—No es suficiente —intervino la esposa del granjero—. Ni para empezar.

—Yo creo que sí —replicó el sargento—. Por los huevos y por ti también. Traedla aquí, muchachos. Es demasiado joven para ese vejestorio.

Dos guardias apoyaron las alabardas contra la muralla y arrastraron a la mujer, que se debatía. El granjero los miraba compungido, pero no se atrevía a moverse.

Brienne picó espuelas a su yegua y se adelantó.

—Soltadla.

Su voz hizo que los guardias titubearan un instante, lo suficiente para que la esposa del granjero se liberase.

—Esto no es asunto tuyo —replicó uno—. Cuidado con lo que dices, moza.

Brienne desenvainó la espada.

—¿Qué tenemos aquí? —intervino el sargento—. Acero desenvainado. Me parece que huele a bandido. ¿Sabes qué hace Lord Tarly con los bandidos?

Aún tenía en la mano el huevo que había cogido del carro. Cerró el puño, y la yema le resbaló entre los dedos.

—Sé qué hace Lord Randyll con los bandidos —replicó Brienne—. También sé

qué hace con los violadores.

Albergaba la esperanza de que la palabra los acobardara, pero el sargento se limitó a lamerse el huevo de los dedos e hizo una seña a sus hombres para que se desplegaran. Brienne se encontró rodeada de puntas de acero.

—¿Qué ibas diciendo, moza? ¿Qué hace Lord Tarly con los...?

—... violadores —terminó una voz más grave—. Los castra o los envía al Muro. O las dos cosas. Y a los ladrones les corta los dedos.

Un joven de aspecto lánguido salió de la torre, con la espada al cinto. El jubón que llevaba bajo el acero había sido blanco, y todavía lo era en algunas zonas, bajo las manchas de hierba y sangre seca. Llevaba el blasón en el pecho: un ciervo marrón muerto, atado y colgado de una pértiga.

«Él.» Su voz era como un puñetazo en el estómago; su rostro, como un cuchillo que le clavaran en las entrañas.

—Ser Hyle... —dijo con tono seco.

—Más vale que la dejéis en paz, muchachos —advirtió Ser Hyle Hunt—. Es Brienne *la Bella*, la Doncella de Tarth, la que asesinó al rey Renly y a la mitad de su Guardia Arcoiris. Es tan dura como fea, y no hay ser humano más feo... Excepto quizás tú, Orinal, pero tu padre era el trasero de un uro, así que tienes excusa. En cambio, su padre es el Lucero de la Tarde de Tarth.

Los guardias se rieron, pero apartaron las alabardas.

—¿No deberíamos detenerla, ser? —preguntó el sargento—. Por el asesinato de Renly.

—¿Por qué? Renly era un rebelde. Como todos nosotros, cierto, pero ahora somos leales amigos de Tommen. —El caballero hizo una seña a los granjeros para que cruzaran la puerta—. El mayordomo de su señoría estará encantado de recibir esos huevos. Lo encontraréis en el mercado.

El anciano se llevó los nudillos a la frente.

—Gracias, mi señor. Sois un buen caballero, salta a la vista. Ven, esposa.

Volvieron a tirar del carro, que cruzó la puerta, traqueteante.

Brienne entró al trote tras ellos, seguida por Podrick.

«Un buen caballero», pensó con el ceño fruncido. Una vez dentro de la ciudad, tiró de las riendas. A su izquierda, frente a un callejón embarrado, se alzaban las ruinas de un establo. Enfrente, tres prostitutas medio desnudas cuchicheaban en el balcón de un burdel. Una de ellas se parecía a una vivandera que, en cierta ocasión, se había aproximado a Brienne para preguntarle si tenía un coño o una polla debajo de los calzones.

—Ese rocín debe de ser el caballo más feo que he visto en mi vida —comentó Ser Hyle señalando la montura de Podrick—. Me extraña que no lo montéis vos, mi señora. ¿No pensáis darme las gracias por mi ayuda?

Brienne se bajó de la yegua. Le sacaba una cabeza a Ser Hyle.

—Tengo intención de daros las gracias algún día en combate cuerpo a cuerpo, ser.

—¿Igual que se las disteis a Ronnet *el Rojo*?

Hunt se echó a reír. Tenía una risa hermosa, cantarina, aunque su rostro era vulgar: pelo castaño revuelto, ojos color avellana, una pequeña cicatriz en la oreja izquierda... En otro tiempo le había parecido un rostro honrado, antes de descubrir cómo era. Tenía una hendidura en la barbilla y la nariz torcida, pero su risa era hermosa y se dejaba oír a menudo.

—¿No tendríais que estar vigilando la puerta?

—Mi primo Alyn está cazando bandidos. —La miró con sarcasmo—. Sin duda volverá con la cabeza del Perro, fanfarroneando y cubierto de gloria. Y mientras, yo estoy condenado a vigilar esta puerta, gracias a vos. Espero que estéis satisfecha, Bella. ¿Qué andáis buscando?

—Un establo.

—Hay uno junto a la puerta oriental. Este lo quemaron.

«Eso ya lo veo», pensó Brienne.

—En cuanto a lo que habéis dicho antes... Yo estaba con el rey Renly cuando murió, pero lo mató una hechicería, ser. Lo juro por mi espada.

Puso una mano en la empuñadura, dispuesta a luchar si Hunt se atrevía a llamarla mentirosa a la cara.

—Sí, y el Caballero de las Flores fue el que se cargó a la Guardia Arcoiris. Tal vez en un día bueno habrías podido con Ser Emmon, que era un luchador impulsivo y se cansaba con facilidad, pero ¿con Royce? No. Ser Robar era el doble de hombre que vos con la espada... Un momento, no, que no sois un hombre. Y no se puede decir que él fuera el doble de mujer que vos. En fin, ¿qué trae a la Doncella a Poza de la Doncella?

«Busco a mi hermana, una niña de trece años», estuvo a punto de decir, pero Ser Hyle sabía que no tenía hermanas.

—Quiero ver a un hombre que frecuenta un local llamado Ganso Hediondo.

—No sabía que Brienne *la Bella* se relacionara con hombres. —Había un matiz cruel en su sonrisa—. El Ganso Hediondo. Qué nombre tan adecuado... Sobre todo por lo de hediondo. Está cerca de los muelles. Pero antes, vendréis conmigo a ver a su señoría.

Brienne no tenía miedo de Ser Hyle, pero era uno de los capitanes de Randyll Tarly. Bastaría con un silbido para que cien hombres acudieran en su defensa.

—¿Vais a detenerme?

—¿Por qué? ¿Por lo de Renly? ¿Quién era? Desde entonces, todos hemos cambiado de rey, y algunos más de una vez. Nadie lo recuerda; a nadie le importa. —Le puso una mano en el brazo—. Por aquí, por favor.

Ella se apartó.

—Os agradecería que no me tocárais.

—Por fin me dais las gracias por algo —replicó con una sonrisa seca.

La última vez que había estado en Poza de la Doncella, la ciudad se encontraba en ruinas, era un lugar desolado de calles desiertas y casas quemadas. En aquella ocasión, las calles estaban llenas de cerdos y niños, y habían demolido la mayoría de los edificios quemados. En los solares que dejaron algunos de ellos, los ciudadanos habían plantado huertos; los tenderetes de los comerciantes y los pabellones de los caballeros ocupaban otros. Brienne vio que se estaban construyendo casas: una posada de piedra empezaba a cobrar forma donde había ardido la de madera, y el septo de la ciudad tenía un nuevo tejado de tejas. El aire fresco del otoño iba cargado de los sonidos de la sierra y el martillo. Los hombres transportaban tablones; los canteros recorrían las calles embarradas con sus carromatos. Muchos de ellos llevaban el blasón del cazador en el pecho.

—Los soldados están reconstruyendo la ciudad —comentó Brienne sorprendida.

—Seguro que preferirían estar jugando a los dados, bebiendo y follando, pero Lord Randyll opina que es mejor que los ociosos tengan las manos ocupadas.

Brienne había pensado que la llevaría al castillo, pero Hunt se dirigió hacia el ajetreado puerto. Se alegraba de ver que los comerciantes habían vuelto a Poza de la Doncella. Vio en los atracaderos una galera, una galeaza y dos grandes cacas de dos mástiles, además de una veintena de botes de pescadores. Había más en la bahía.

«Si no encuentro nada en el Ganso Hediondo, buscaré pasaje en un barco», decidió. Puerto Gaviota estaba a poca distancia. Desde allí no le costaría nada llegar al Nido de Águilas.

Lord Tarly estaba en el mercado de pescado, impariendo justicia.

Se había erigido un estrado junto al agua, y desde él, su señoría podía contemplar a los acusados de delitos. A su izquierda había un cadalso con cuerdas suficientes para veinte hombres. Vio cuatro ahorcados. Uno parecía reciente, pero era obvio que los otros tres llevaban allí algún tiempo. Un cuervo estaba arrancando tiras de carne de uno de los despojos podridos. Los demás pájaros se habían dispersado, temerosos de la multitud de ciudadanos congregados con la esperanza de ver algún ajusticiamiento.

Lord Randyll compartía el estrado con Lord Mooton, un hombre pálido, blando, carnoso, vestido con casaca blanca y calzones rojos, la capa de armiño sujetada en el hombro con un broche de oro rojo en forma de salmón. Tarly iba vestido de cuero y cota de malla, y llevaba una coraza de acero gris. El puño del mandoble le sobresalía por encima del hombro izquierdo. Su nombre era *Veneno de Corazón*, y era el orgullo de su Casa.

Un joven con una capa de lana basta y jubón sucio estaba prestando declaración

cuando llegaron.

—Nunca le he hecho daño a nadie, mi señor —le oyó decir Brienne—. Lo único que hice fue coger lo que dejaron los septones cuando huyeron. Si por eso me tenéis que cortar un dedo, hacedlo.

—Es costumbre cortarles un dedo a los ladrones —replicó Lord Tarly en tono seco—, pero el hombre que roba en un septo está robando a los dioses. —Se volvió hacia el capitán de los guardias—. Siete dedos. Respetadle los pulgares.

—¿Siete?

El ladrón palideció. Cuando los guardias lo agarraron se debatió, pero sin energía, como si ya estuviera tullido. Al mirarlo, Brienne no pudo evitar pensar en Ser Jaime, en cómo había gritado cuando el *arakh* de Zollo descendió centelleante.

El siguiente fue un panadero acusado de mezclar la harina con serrín. Lord Randyll le puso una multa de cincuenta venados de plata. Cuando el panadero juró que no tenía tanto dinero, su señoría decretó que podía recibir un latigazo por cada venado que le faltara. Tras él le llegó el turno a una prostituta andrajosa y macilenta, acusada de contagiarles la sífilis a cuatro soldados Tarly.

—Lavadle sus partes con lejía y encerradla en una mazmorra —ordenó Tarly.

Mientras se la llevaban a rastras, sollozante, su señoría divisó a Brienne a un lado de la multitud, entre Podrick y Ser Hyle. Frunció el ceño, pero no dio muestra alguna de haberla reconocido.

El siguiente era un marinero de la galeaza. Su acusador era un arquero de la guarnición de Lord Mooton, que llevaba una mano vendada y lucía un salmón en el pecho.

—Mi señor, este canalla me atravesó la mano con un puñal, acusándome de hacer trampas a los dados.

Lord Tarly apartó la vista de Brienne para fijarse en los hombres que tenía delante.

—¿Y era verdad?

—No, mi señor. Jamás hago trampas.

—Por robar mando cortar un dedo; si me mientes, te haré ahorcar. ¿Quieres que examine esos dados?

—¿Los dados? —El arquero miró a Mooton, pero su señoría estaba ensimismado en la contemplación de los botes de pescadores. Tragó saliva—. Es posible que... Esos dados, bueno, me dan suerte, sí, pero...

Tarly ya tenía suficiente.

—Cortadle el meñique; que él decida de qué mano. Al otro atravesadle la palma con un clavo. —Se levantó—. Hemos terminado. Devolved a los demás a las mazmorras; mañana me ocuparé de ellos.

Se volvió e hizo señas a Ser Hyle para que se adelantara. Brienne lo siguió.

—¿Mi señor? —dijo cuando estuvo ante él. Volvía a sentirse como si tuviera ocho años.

—Mi señora... ¿A qué debemos este... honor?

—Me han enviado en busca de... De... —titubeó.

—¿Cómo vais a encontrarlo si no sabéis qué es? ¿Matasteis vos a Lord Renly?

—No.

Tarly sopesó la respuesta.

«Me está juzgando, igual que ha juzgado a esos otros.»

—No —dijo él al final—. Sólo lo dejasteis morir.

Había muerto entre sus brazos; su sangre la había empapado. El rostro de Brienne se llenó de dolor.

—Fue hechicería. Yo jamás habría...

—¿Jamás? —Su voz se convirtió en un látigo—. Claro. Jamás deberíais haberlos puesto la armadura, ni haber empuñado una espada. Jamás deberíais haber salido de las estancias de vuestro padre. Esto es la guerra, no el baile de la cosecha. Por todos los dioses, debería meteros en un barco y enviaros a Tarth.

—Hacedlo y responderéis ante el trono. —Quería parecer valiente, pero la voz le salió aguda e infantil—. Podrick, saca un pergamo que llevo en las alforjas y llévaselo a su señoría.

Tarly cogió la carta, la desenrolló y la leyó moviendo los labios, con el ceño fruncido.

—En misión de Su Alteza. ¿Qué clase de misión?

«Si me mientes, te haré ahorcar.»

—S-Sansa Stark.

—Si la pequeña Stark estuviera aquí, yo lo sabría. Ha huido hacia el norte, seguro. Querrá buscar refugio con alguno de los banderizos de su padre. Más le vale elegir al correcto.

—También puede haber ido hacia el Valle —se oyó farfullar Brienne—, con la hermana de su madre.

Lord Randyll le dirigió una mirada despectiva.

—Lady Lysa ha muerto. Un bardo la tiró montaña abajo. Ahora, Meñique está al mando del Nido de Águilas... Aunque no durará mucho. Los señores del Valle no son de los que se arrodillan ante cualquier mequetrefe trepador sin más habilidad que la de contar monedas de cobre. —Le devolvió la carta—. Id adonde queráis y haced lo que gustéis... Pero cuando os violen no vengáis a mí en busca de justicia; os lo habréis buscado por estúpida. —Miró a Ser Hyle—. Y vos, ser, ¿no tendríais que estar en la puerta? Os puse al mando allí, creo recordar.

—Así fue, mi señor —respondió Hyle Hunt—, pero pensé...

—Pensáis demasiado.

Lord Tarly se alejó a zancadas.

«Lady Lysa ha muerto.» Brienne se quedó inmóvil bajo el cadalso, con el precioso pergamo en la mano. La multitud se había dispersado, y los cuervos reanudaron su festín. «Un bardo la tiró montaña abajo.» ¿Habrían devorado los cuervos también a la hermana de Lady Catelyn?

—Habéis mencionado el Ganso Hediondo, mi señora —dijo Ser Hyle—. Si queréis que os lleve...

—Volved a vuestra puerta.

Un gesto de contrariedad se dibujó en su rostro.

«Un rostro vulgar, no honrado.»

—Si es lo que deseáis...

—Lo es.

—No era más que un juego para pasar el rato. No teníamos mala intención. —Titubeó—. No sé si lo sabéis, pero Ben ha muerto. Lo mataron en el Aguasnegras. A Farrow también, y a Will el Cigüeña. Y Mark Mullendore resultó herido: ha perdido medio brazo.

«Bien —habría querido decir Brienne—. Bien, se lo tenía bien merecido.» Pero recordaba a Mullendore sentado delante de su tienda, con el mono en el hombro. El animal llevaba puesta una diminuta cota de malla, e intercambiaba muecas con su amo. ¿Cómo los había llamado Catelyn Stark aquella noche, en Puenteamargo? Los caballeros del verano. Y había llegado el otoño, y estaban cayendo como las hojas.

Le dio la espalda a Hyle Hunt.

—Vamos, Podrick.

El chico trotó tras ella tirando de las riendas de los caballos.

—¿Vamos a buscar ese lugar? ¿El Ganso Hediondo?

—Yo sí. Tú vas a los establos, junto a la puerta oriental. Pregúntale al encargado si hay alguna posada donde podamos pasar la noche.

—Sí, ser. Mi señora. —Podrick caminaba con la vista clavada en el suelo, y de cuando en cuando pateaba un guijarro—. ¿Sabéis dónde está? ¿El Ganso? O sea, el Ganso Hediondo.

—No.

—Dijo que nos llevaría. Ese caballero. Ser Kyle.

—Hyle.

—Hyle. ¿Qué os hizo, ser? O sea, mi señora.

«El chico se traba al hablar, pero no es idiota.»

—En Altojardín, cuando el rey Renly convocó a sus banderizos, unos cuantos hombres me gastaron una broma. Ser Hyle Hunt fue uno de ellos. Fue una broma cruel, dolorosa, nada caballeresca. —Se detuvo—. La puerta oriental queda hacia allí. Nos reuniremos aquí mismo.

—Como ordenéis, mi señora. Ser.

El Ganso Hediondo no tenía cartel, y tardó casi una hora en encontrarlo. Se accedía por un tramo de peldaños de madera, y estaba bajo una carnicería de caballo. El local era oscuro y de techo bajo; al entrar, Brienne se golpeó la cabeza con una viga. No había ningún ganso a la vista. Los escasos taburetes estaban dispersos, y vio un banco de madera contra una pared de adobe. Las mesas eran barriles viejos de vino, grisáceos y carcomidos. El hedor augurado lo impregnaba todo. Olía sobre todo a vino, a humedad y a moho, así se lo decía la nariz, pero también olía a retrete, y un poco a cementerio.

Los únicos clientes eran tres marineros tyroshis, sentados en un rincón, que mascullaban a gruñidos bajo las barbas moradas y verdes. Le echaron un vistazo, y uno les dijo a los demás algo que los hizo reír. La tabernera estaba tras un tablón cruzado entre dos barriles. Se trataba de una mujer gruesa, flácida, de pelo raleante, con grandes pechos que se mecían bajo un amplio guardapolvo sucio. Era como si los dioses la hubieran hecho de masa cruda.

Brienne no se atrevía a beber agua en aquel lugar. Pidió una copa de vino.

—Busco a un hombre al que llaman Dick *el Ágil* —dijo.

—Dick Crabb. Viene casi todas las noches. —La mujer echó un vistazo a la armadura y la espada de Brienne—. Si lo vais a rajar, que sea en otro sitio. No queremos líos con Lord Tarly.

—Quiero hablar con él. ¿Por qué iba a querer hacerle ningún daño? —La tabernera se encogió de hombros—. Si me hacéis un gesto cuando entre, os estaré agradecida.

—¿Cuánto de agradecida?

Brienne puso en el tablón una estrella de cobre y fue a sentarse en la penumbra, en un lugar desde donde veía bien las escaleras.

Probó el vino. Le supo aceitoso, y había un pelo flotando.

«Un pelo tan frágil como mis esperanzas de dar con Sansa», pensó mientras lo sacaba. La búsqueda de Ser Dontos no había dado fruto, y tras la muerte de Lady Lysa, el Valle ya no parecía un refugio probable. «¿Dónde estáis, Lady Sansa? ¿Habéis huido a vuestro hogar, en Invernalia, o estáis con vuestro esposo, como parece creer Podrick?» Brienne no quería ir a buscar a la niña al otro lado del mar Angosto, donde hasta el idioma le resultaría extraño. «Haciendo gestos y gruñendo para que me entiendan resultaré aún más monstruosa. Se reirán de mí, igual que se rieron en Altojardín.» Se sonrojó tan sólo con recordarlo.

Cuando Renly se puso la corona, la Doncella de Tarth había cabalgado desde el Dominio para ir a unirse a él. El Rey la había recibido con cortesía y le había agradecido que se pusiera a su servicio. No sucedió lo mismo con sus señores y caballeros. Brienne no había esperado una bienvenida cálida; estaba preparada para

recibir un trato frío, burlas y hostilidad. Ese plato ya lo había probado. No era el desprecio de la mayoría lo que la hacía sentir confusa y desvalida, sino la bondad de unos pocos. La Doncella de Tarth había estado prometida en tres ocasiones, pero hasta su llegada a Altojardín jamás la habían cortejado.

El primero había sido Ben Bushy *el Grandullón*, uno de los pocos hombres del campamento de Renly que la superaban en estatura. Envió a su escudero para que le limpiara la cota de malla, y le regaló un cuerno de plata para la cerveza. Ser Edmund Ambrose lo superó: le envió flores y le pidió que saliera a montar con él. Ser Hyle Hunt llegó más lejos que los otros dos: le regaló un libro con hermosas ilustraciones, con cientos de historias de hazañas caballerescas; le llevó manzanas y zanahorias para los caballos, y un penacho de seda azul para el yelmo; le contó cotilleos del campamento, e hizo comentarios ingeniosos y mordaces que la hicieron sonreír. Incluso un día se entrenó con ella, lo que significó más que todo el resto de los detalles.

Brienne pensaba que si los demás la empezaban a tratar con cortesía era gracias a él.

«Era más que cortesía.» En la mesa, los hombres se peleaban por sentarse a su lado; se ofrecían a llenarle la copa de vino o servirle mollejas. Ser Richard Farrow tocó canciones de amor con el laúd junto a su carpa; Ser Hugh Beesbury le llevó un tarro de miel «tan dulce como las doncellas de Tarth»; Ser Mark Mullendore la hizo reír con las bufonadas de su mono, un curioso animalito blanco y negro procedente de las Islas del Verano; un caballero errante llamado Will *el Cigüeña* se ofreció a darle un masaje para relajarle los hombros.

Brienne lo rechazó. Los rechazó a todos. Cuando Ser Owen Inchfield la agarró una noche y la besó por la fuerza, ella lo lanzó de culo contra una hoguera. Fue a mirarse a un espejo. Tenía el rostro tan ancho y pecoso como siempre, con los dientes saltones, los labios gruesos y la mandíbula fuerte. Seguía siendo fea. Lo único que quería era ser un caballero y servir al rey Renly, pero...

No lo hacían por que fuera la única mujer que tenían a mano. Hasta las vivanderas que seguían al campamento eran más bonitas que ella, y en el castillo, Lord Tyrell agasajaba a Renly todas las noches con banquetes, mientras doncellas nobles y damas encantadoras bailaban al son de la flauta, el cuerno y la lira.

«¿Por qué sois amables conmigo? —habría querido gritar cada vez que un caballero desconocido le hacía un cumplido—. ¿Qué pretendéis?»

Randyll Tarly resolvió el misterio el día que envió a dos de sus hombres para que la convocaran a su carpa. Su hijo pequeño, Dickon, había oído a cuatro caballeros bromear mientras ensillaban los caballos, y se lo había contado todo.

Habían hecho una apuesta.

Le dijo que la habían empezado tres de los caballeros más jóvenes, Ambrose,

Bushy y Hyle Hunt, de su propia Casa. Pero luego corrió la voz, y muchos más se unieron al juego. Cada participante tenía que pagar un dragón de oro para entrar en la competición, y el total sería para el que se llevara su virginidad.

—He puesto fin al juego —le dijo Tarly—. Algunos de esos... competidores... son menos honorables que otros, y la apuesta iba creciendo día tras día. Más tarde o más temprano, alguno habría decidido reclamar el premio por la fuerza.

—Pero si son caballeros —replicó, commocionada—. ¡Caballeros ungidos!

—Y hombres de honor. La culpa es vuestra.

La acusación hizo que se estremeciera.

—Yo jamás habría... Mi señor, no les he dado pie a nada.

—Sólo con estar aquí ya les dais pie. Si una mujer se comporta como una vivandera, no puede protestar si la tratan como a tal. Un ejército en guerra no es lugar para una doncella. Si en algo valoráis vuestra virtud o el honor de vuestra casa, os quitaréis esa armadura, volveréis a Tarth y le suplicaréis a vuestro padre que os busque un marido.

—He venido a luchar —insistió ella—. Quiero ser caballero.

—Los dioses hicieron a los hombres para luchar y a las mujeres para tener hijos —replicó Randyll Tarly—. Las mujeres libran sus guerras en el paritorio.

Alguien bajaba por las escaleras del local. Brienne puso el vaso de vino a un lado cuando un hombrecillo andrajoso, flaco, de rostro afilado, con el pelo castaño muy sucio, entró en el Ganso. Echó una mirada rápida a los marineros tyroshis y otra más larga a Brienne, y luego se dirigió al tablón.

—Vino —pidió—. Y sin meados de caballo, ¿eh?

La mujer miró a Brienne y asintió.

—Yo os invito al vino —dijo ella—, a cambio de unas palabras.

El hombre la miró con los ojos cargados de desconfianza.

—¿Unas palabras? Me sé muchas. —Se sentó en un taburete, frente a ella—. Que mi señora diga cuáles quiere oír y las diré.

—Tengo entendido que engañasteis a un bufón.

El hombre andrajoso bebió un trago de vino, pensativo.

—Puede que sí. O puede que no. —Llevaba una casaca desteñida y desgarrada de la que habían arrancado el blasón de algún señor—. ¿Quién lo quiere saber?

—El rey Robert.

Puso un venado de plata en el barril que los separaba. En la cara tenía la cabeza de Robert; en la cruz, un venado.

—Vaya, vaya. —Cogió la moneda y la hizo girar. Sonrió—. Me gusta cómo bailan los reyes. Puede que viera a ese bufón que decís, sí.

—¿Iba acompañado de una niña?

—De dos —replicó al momento.

—¿Dos niñas?

«La otra podría ser Arya.»

—Bueno —dijo el hombre—, la verdad es que no llegué a verlas, pero buscaba pasaje para tres.

—¿Pasaje hacia dónde?

—Al otro lado del mar.

—¿Recordáis qué aspecto tenía?

—Aspecto de bufón. —Cogió la moneda de la mesa cuando empezó a detenerse y la hizo desaparecer—. De bufón asustado.

—¿Asustado de qué?

Se encogió de hombros.

—No lo dijo, pero Dick *el Ágil* sabe a qué huele el miedo. Venía casi todas las noches, invitaba a beber a los marineros, gastaba bromas, cantaba canciones... Pero una noche entraron unos hombres con ese cazador en el pecho, y el bufón palideció. No dijo ni palabra hasta que se largaron. —Acercó el taburete—. Ese Tarly tiene soldados pululando por los muelles; vigilan cada barco que entra o sale. Quien quiera ciervos, que vaya al bosque. Quien quiera barcos, que vaya a los muelles. El bufón no se atrevía, así que le ofrecí ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—La que cuesta más de un venado de plata.

—Decídme y os daré otro.

—Vamos a verlo.

Brienne puso otro venado en el barril. Él lo hizo girar, sonrió y lo cogió.

—Quien no pueda ir adonde están los barcos, que consiga que los barcos vayan a él. Le dije que conocía un lugar donde era posible. Un lugar... oculto.

A Brienne se le puso la carne de gallina.

—Una cala de contrabandistas. Enviaste al bufón a los contrabandistas.

—Y a las dos niñas. —Soltó una risita—. Lo único es que el lugar adonde los mandé... Bueno, no se ven barcos por allí desde hace tiempo. Como treinta años. —Se rascó la nariz—. ¿Qué tenéis que ver con ese bufón?

—Las dos niñas son mis hermanas.

—¿De verdad? Pobrecillas. Yo también tenía una hermana. Una cría flaca, con las rodillas huesudas, pero luego le salieron tetas, y el hijo de un caballero se le metió entre las piernas. La última vez que la vi se iba a Desembarco del Rey, a ganarse la vida tumbada de espaldas.

—¿Adónde los enviasteis?

Volvió a encogerse de hombros.

—Vaya, pues no me acuerdo.

Brienne estampó otro venado de plata contra el barril.

—¿Adónde?

El hombre empujó la moneda con el índice para devolvérsela.

—A un lugar que ningún venado podría encontrar... Aunque tal vez un dragón sí. Presentía que con plata no le sacaría la verdad.

«Y con oro, puede que sí o puede que no. El acero sería más seguro.» Brienne se llevó la mano al puñal, pero al final recurrió a la bolsa. Sacó un dragón de oro y lo puso en el barril.

—¿Adónde?

El hombre andrajoso cogió la moneda y la mordió.

—Qué maravilla. Me recuerda a Punta Zarpa Rota. Al norte de esta ciudad, es una tierra salvaje, muchas colinas, muchos pantanos, pero allí fue donde nací y me crié. Me llamo Dick Crabb, aunque todos me llaman Dick *el Ágil*.

Ella no le dijo su nombre.

—¿En qué lugar de Punta Zarpa Rota?

—En Los Susurros. Habréis oído hablar de Clarence Crabb, claro.

—No.

Aquello pareció sorprenderlo.

—Ser Clarence Crabb. Llevó su sangre. Medía casi tres varas, y era tan fuerte que podía arrancar un pino con una mano y lanzarlo a mil pasos. No había caballo que soportara su peso, así que tenía que montar a lomos de un uro.

—¿Qué tiene que ver con esa cala de contrabandistas?

—Su esposa era una bruja de los bosques. Cada vez que Ser Clarence mataba a un hombre, se llevaba la cabeza a casa, y su mujer le daba un beso en los labios y la devolvía a la vida. Eran señores, y magos, y caballeros famosos, y piratas. Uno era un rey del Valle Oscuro. Le daban buenos consejos al viejo Crabb. Como sólo eran cabezas, no podían hablar muy alto, pero no se callaban nunca. Si eres una cabeza, lo único que puedes hacer en todo el día es hablar. Así que la fortaleza de Crabb acabó por llamarse Los Susurros. Aún le dan ese nombre, aunque hace mil años que está en ruinas. Un lugar solitario, Los Susurros. —Hizo bailar la moneda por los nudillos con destreza—. Un dragón también se siente solo. En cambio, diez...

—Diez dragones son una fortuna. ¿Me tomáis por estúpida?

—Os tomo por alguien que busca a un bufón. —La moneda bailó hacia un lado; luego hacia el otro—. Os puedo llevar a Los Susurros, mi señora.

A Brienne no le gustaba la manera en que jugaba con aquella moneda de oro. Aun así...

—Seis dragones si encontramos a mi hermana; dos si encontramos sólo al bufón, y nada si nada es lo que encontramos.

Crabb se encogió de hombros.

—Seis está bien. Con seis me conformo.

«Ha aceptado demasiado deprisa.» Le agarró la muñeca antes de que pudiera esconder el oro.

—No intentéis engañarme. Soy un hueso duro de roer.

Cuando lo soltó, Crabb se frotó la muñeca.

—Mierda puta —masculló—. Me habéis hecho daño en la mano.

—Lo siento mucho. Mi hermana tiene trece años. Tengo que encontrarla antes de que...

—Antes de que algún caballero se le meta en la raja. Se entiende. Se puede dar por salvada. Ahora, Dick *el Ágil* está con vos. Nos reuniremos mañana a primera hora junto a la puerta oriental. Tengo que buscarme un caballo.

SAMWELL (2)

Samwell Tarly siempre acababa indisposto en los viajes por mar.

No era por el miedo de ahogarse, aunque sin duda tenía algo que ver. Se trataba también del movimiento del barco, de la manera en que las cubiertas se mecían bajo sus pies.

—Tengo la tripa revuelta —le confesó a Dareon el día en que zarparon de Guardiaoriente del Mar.

El bardo le dio una palmada en la espalda y se echó a reír.

—Con el pedazo de tripa que tienes... menuda revolución, Mortífero.

Sam intentó hacerse el valiente aunque sólo fuera por Elí. Era la primera vez que la chica veía el mar. En la penosa travesía por la nieve, tras huir del Torreón de Craster, habían pasado cerca de varios lagos, y le habían parecido impresionantes. Cuando la *Pájaro Negro* se alejó de la orilla, la joven empezó a temblar, y grandes lágrimas saladas le corrieron por las mejillas.

—Que los dioses se apiaden de nosotros —la oyó susurrar Sam.

Guardiaoriente fue lo primero que perdieron de vista, y el Muro fue haciéndose cada vez más pequeño hasta que, por fin, también desapareció. El viento soplaban ya con fuerza. Las velas eran de ese color gris de la lona negra demasiado lavada, y Elí tenía la cara blanca de miedo.

—Estamos en un buen barco —trató de decirle Sam—. No hay por qué tener miedo.

Pero la chica se limitó a mirarlo, abrazó al bebé con más energía y salió corriendo hacia los camarotes.

Sam se aferró con fuerza a la borda y contempló el movimiento de los remos. Era agradable admirar su ritmo uniforme; desde luego, mucho mejor que mirar el agua. Cuando se fijaba en el agua sólo le acudía a la mente el temor a ahogarse. De pequeño, su señor padre había intentado enseñarle a nadar, y para ello lo tiró al estanque que había al pie de Colina Cuerno. El agua se le había metido en la nariz, en la boca y en los pulmones, y estuvo tosiendo durante horas después de que Ser Hyle lo sacara. Nunca más se atrevió a meterse en ningún lugar que lo cubriera por encima de la cintura.

La Bahía de las Focas lo cubría muy por encima de la cintura, y las aguas eran mucho más agitadas que las del pequeño estanque de peces del castillo de su padre. Eran de color gris verdoso, turbulentas, y la orilla boscosa junto a la que navegaban parecía un hervidero de rocas y remolinos. Aunque consiguiera llegar hasta allí pateando y braceando, las olas lo estamparían contra una roca y le romperían la cabeza.

—Qué, Mortífero, ¿buscando sirenas? —le preguntó Dareon al verlo contemplar

la bahía.

Con el pelo rubio y los ojos color avellana, el joven y atractivo bardo de Guardiaoriente parecía más un príncipe que un hermano negro.

—No.

Sam no sabía qué buscaba, ni qué hacía en aquel barco.

«Voy a la Ciudadela para forjarme una cadena y hacerme maestre, y así servir mejor a la Guardia», se dijo, pero la sola idea le resultaba agotadora. No quería convertirse en maestre, ni llevar una pesada cadena en torno al cuello, tan fría contra la piel. No quería alejarse de sus hermanos, los únicos amigos que había tenido en su vida. Y, desde luego, no quería enfrentarse al padre que lo había enviado al Muro a morir.

Para los demás era diferente. Para ellos, el viaje tendría un final feliz. Elí estaría a salvo en Colina Cuerno, separada por toda la extensión de Poniente de los horrores que había conocido en el bosque Encantado. Como criada en el castillo del padre de Sam, tendría resguardo y comida, y una pequeña parte de un gran mundo con el que jamás habría podido soñar como esposa de Craster. Vería crecer a su hijo hasta convertirse en un hombre robusto; sería cazador, mozo de cuadras o herrero. Si mostraba alguna aptitud para las armas, tal vez algún caballero lo tomara como escudero.

El maestre Aemon también iba a un lugar mejor. Era grato pensar que pasaría lo que le quedaba de vida acariciado por las brisas cálidas de Antigua, conversando con sus camaradas maestres y compartiendo su sabiduría con novicios y acólitos. Se había ganado cien veces aquel descanso.

Hasta Dareon sería más feliz. Siempre había dicho que era inocente de la violación por la que lo enviaron al Muro; insistía en que su lugar estaba en la corte de algún señor, cantando a cambio de su cena. Iba a tener esa oportunidad. Jon lo había nombrado reclutador para ocupar el lugar de un tal Yoren, que había desaparecido y al que se daba por muerto. Su misión consistiría en recorrer los Siete Reinos cantando las hazañas de la Guardia de la Noche, y sólo de cuando en cuando tendría que volver al Muro con los nuevos alistados.

Sí, el viaje sería largo y duro, eso era innegable, pero para los demás, al menos tendría un final feliz. Con eso se consolaba Sam.

«Lo hago por ellos —se dijo—, por la Guardia de la Noche y por el final feliz.» Pero cuanto más miraba el mar, más frío y profundo le parecía.

Lo malo era que no mirar las aguas resultaba peor aún, como comprendió en el abarrotado camarote que compartían los pasajeros bajo el castillo de popa. Trató de no pensar en los tumbos que le daba el estómago, y para ello se dedicó a hablar con Elí, que estaba dándole el pecho a su hijo.

—Este barco nos llevará hasta Braavos —le dijo—. Allí buscaremos otro que

vaya a Antigua. Cuando era pequeño leí un libro sobre Braavos. La ciudad entera está construida en una ensenada, en un centenar de islitas, y allí hay un titán, un hombre de piedra que mide cientos de codos. No viajan con caballos, sino con botes, y sus cómicos representan historias que están escritas, en vez de inventarse farsas estúpidas, como hacen en otros sitios. La comida es muy buena, sobre todo la que procede del mar. Tienen montones de almejas, anguilas y ostras. Seguro que tardamos unos días en coger el otro barco. Si es así, podemos ir a ver un espectáculo de cómicos, y a comer ostras.

Había pensado que la idea le haría ilusión a Elí, pero estaba muy equivocado. La chica se quedó mirándolo con ojos apagados, mortecinos, entre unos cuantos mechones de pelo sucio.

—Como quieras, mi señor.

—¿Qué quieres tú? —le preguntó Sam.

—Nada.

Se giró y se pasó a su hijo de un pecho al otro.

El movimiento del barco le estaba revolviendo los huevos con panceta y pan frito que había tomado antes de zarpar. De repente sintió que ya no soportaba ni un instante más en el camarote. Se puso en pie y subió por la escalerilla para echar el desayuno al mar. Las náuseas lo habían asaltado de manera tan repentina que no se paró a calcular en qué dirección soplaba el viento, de modo que vomitó por la borda incorrecta y terminó todo salpicado. Aun así, después se sintió mejor... Aunque no le duró mucho tiempo.

La nave era la *Pájaro Negro*, la galera más grande de todas las de la Guardia. La *Cuervo de Tormenta* y la *Garra* eran más rápidas, como le había dicho Cotter Pyke al maestre Aemon en Guardiaoriente del Mar, pero eran naves de combate, aves de presa esbeltas y rápidas en las que los remeros iban en la cubierta superior. La *Pájaro Negro* era mejor para las aguas agitadas del mar Angosto pasado Skagos.

—Hemos tenido tormentas —avisó Pyke—. Las de invierno son las peores, pero las de otoño son más frecuentes.

Los diez primeros días habían sido bastante tranquilos; la *Pájaro Negro* surcó la bahía de las Focas, sin perder de vista la tierra en ningún momento. Cuando soplaba el viento hacía frío, pero el olor salubre del aire resultaba vigorizante. Sam casi no podía comer, y cuando conseguía tragarse algo no lo retenía mucho tiempo, pero al margen de eso, no le iba demasiado mal. Intentó inspirar valor a Elí y animarla un poco, pero le resultó muy difícil. No consiguió convencerla para que subiera a la cubierta; prefería quedarse abajo, en la oscuridad, acurrucada con su hijo. Por lo visto, el barco le gustaba tan poco como a su madre: cuando no estaba berreando, estaba vomitando la leche materna. Tenía la tripa suelta, manchaba constantemente las pieles en las que lo envolvía Elí para darle calor e impregnaba el ambiente con un

hedor estercolizo. Por muchas velas de sebo que encendiera Sam, el olor a mierda no se disipaba.

Se estaba mejor fuera, al aire libre, sobre todo cuando Dareon cantaba. Los remeros de la *Pájaro Negro* conocían al bardo, que tocaba para animarlos mientras trabajaban. Se sabía todas sus canciones favoritas: las tristes, como «El día en que ahorcaron a Robin el Negro», «El lamento de la sirena» y «Otoño de mi día»; las estimulantes, como «Lanzas de hierro» y «Siete espadas para siete hijos», y las picantes, como «La cena de mi señora», «Su pequeña flor» y «Meggett marchaba con muchos machos, muchos machos, sí». Cuando cantaba «El oso y la doncella», todos los remeros la coreaban, y la *Pájaro Negro* parecía volar sobre las aguas. Dareon no era gran cosa con la espada, Sam lo había visto cuando se entrenaban al mando de Alliser Thorne, pero tenía una voz excelente. «Como miel que se derrama sobre un trueno», había dicho en cierta ocasión el maestre Aemon. Tocaba la lira y el violín, y hasta escribía sus propias canciones... Aunque a Sam no le parecían gran cosa. Aun así, era agradable sentarse a escucharlo, y eso que la madera era tan dura y estaba tan astillada que Sam casi se alegraba de tener las nalgas tan carnosas.

«Los gordos siempre llevan un cojín allí adonde van», pensó.

El maestre Aemon también prefería pasar el día en la cubierta, tapado con pieles y contemplando las aguas.

—¿Qué diantres hace aquí? —preguntó Dareon una mañana—. Para él, esto está tan oscuro como el camarote.

El anciano lo oyó. Los ojos de Aemon se habían empañado y oscurecido, pero los oídos le funcionaban bien.

—No nací ciego —les recordó—. La última vez que pasé por esta zona vi cada roca, cada árbol, la espuma de cada ola, las gaviotas grises que nos seguían. Tenía treinta y cinco años y había sido maestre de la cadena durante dieciséis años. Egg quería que lo ayudara a gobernar, pero yo sabía que este era mi lugar. Me envió al norte a bordo de la *Dragón de Oro*, y se empecinó en que me acompañara su amigo Ser Duncan, para que llegara sano y salvo a Guardiaoriente. Ningún nuevo hermano había llegado al Muro con tanta pompa desde que Nymeria envió a la Guardia a seis reyes con grilletes de oro. Además, Egg vació las mazmorras para que no tuviera que pronunciar los votos a solas. Decía que los antiguos presos eran mi guardia de honor. Entre ellos estaba nada menos que Brynden Ríos, que llegó a Lord Comandante.

—¿Cuervo de Sangre? —se sorprendió Dareon—. Conozco una canción sobre él. Se titula «Mil ojos, y uno más». Pero creía que vivió hace cien años.

—Y así fue. Hubo un tiempo en que fui tan joven como tú.

Aquello pareció entristecerlo. Carraspeó, cerró los ojos y se durmió. Cada vez que una ola mecía el barco se sacudía entre las pieles.

Navegaron bajo cielos grises hacia el este, hacia el sur y de nuevo hacia el este, a

medida que la bahía de las Focas se ensanchaba ante ellos. El capitán, un hermano canoso con una panza que parecía un barril de cerveza, vestía prendas negras tan manchadas y descoloridas que la tripulación le había puesto el mote de Viejo Traposal. Rara vez decía una palabra. El contramaestre lo compensaba llenando el aire salado de maldiciones cada vez que el viento amainaba o los remeros parecían flaquear. Por las mañanas tomaban copos de avena; a mediodía, gachas de guisantes, y por las noches, carne en salazón, bacalao en salazón y carnero en salazón, todo ello regado con cerveza. Dareon cantaba; Sam vomitaba; Elí lloraba y amamantaba al bebé; el maestre Aemon dormía y tiritaba, y los vientos se hacían más gélidos y borrascosos día a día.

Pese a todo, el viaje le resultó a Sam más agradable que el último que había realizado. No tenía más de diez años cuando zarpó en la galeaza de Lord Redwyne, la *Reina del Rejo*. Era cinco veces mayor que la *Pájaro Negro*, un barco formidable, con tres gigantescas velas color vino e hileras de remos que centelleaban dorados y blancos a la luz del sol. Su manera de dar tumbos cuando zarpó de Antigua era tan impresionante que Sam se quedó sin palabras... Pero aquel fue el último buen recuerdo que tendría de los estrechos del Tinto. Por aquél entonces, igual que le seguía sucediendo, se mareaba en el mar, para decepción de su señor padre.

Cuando llegaron al Rejo, las cosas fueron de mal en peor. Los hijos gemelos de Lord Redwyne despreciaron a Sam nada más verlo. Cada mañana encontraban una manera nueva de humillarlo en el patio de entrenamiento. El tercer día, Horas Redwyne lo obligó a chillar como un cerdo cuando suplicó cuartel. El quinto, su hermano Hobber vistió a una ayudante de cocina con su armadura y le encargó que diera una paliza a Sam con una espada de madera hasta que el niño empezó a llorar. Cuando se descubrió quién era, todos los escuderos, pajés y mozos de cuadras rugieron de risa.

—El chico aún se tiene que sazonar, eso es todo —le había comentado su padre a Lord Redwyne aquella noche.

—Sí, con un pellizco de pimienta, unos clavos de olor y una manzana en la boca —replicó haciendo sonar la matraca.

Después de aquello, Lord Randyll prohibió a Sam comer manzanas mientras estuvieran bajo el techo de Paxter Redwyne. También se había mareado en el viaje de regreso, pero sintió tal alivio al marcharse de allí que incluso agradeció el sabor del vómito en la garganta. Hasta que estuvieron de nuevo en Colina Cuerno, Sam no supo que su padre no tenía intención de regresar con él, según le dijo su madre.

—Horas iba a venir en tu lugar; tú ibas a quedarte en el Rejo como pajé y copero de Lord Paxter. Si le hubieras caído en gracia, te habrían prometido con su hija. —Sam aún recordaba el roce suave de la mano de su madre cuando le limpió las lágrimas con un pañuelo de encaje humedecido con saliva—. Mi pobre Sam —

murmuró—. Mi pobre, mi pobre Sam.

«Me alegro de volver a verla —pensó, agarrado a la borda de la *Pájaro Negro*, contemplando las olas que rompían contra la costa rocosa—. Cuando me vea de negro, a lo mejor hasta se siente orgullosa. "Ahora soy un hombre, madre". Eso podría decirle: "Soy mayordomo y miembro de la Guardia de la Noche. A veces, mis hermanos me llaman Sam el *Mortífero*".» También podría ver a su hermano Dickon, y a sus hermanas. «¿Veis? —les diría—. ¿Veis como al final sí que servía para algo?» Pero si iba a Colina Cuerno, tal vez se encontrara con su padre.

La sola idea le revolvió el estómago de nuevo. Se dobló sobre la regala y vomitó, pero no contra el viento. En aquella ocasión no se había equivocado de borda. Se le empezaba a dar bien lo de vomitar.

O eso creía, hasta que la *Pájaro Negro* dejó atrás la tierra firme y puso rumbo al este, cruzando la bahía hacia las costas de Skagos.

La isla, situada en la entrada de la bahía de las Focas, era una tierra enorme, montañosa, imponente, habitada por salvajes. Sam había leído que vivían en cuevas y en sombrías fortalezas de las montañas, e iban a la guerra a lomos de grandes unicornios lanudos. *Skagos* significaba «piedra» en la antigua lengua. Los skagosis se autodenominaban hijos de la piedra, pero los norteños los llamaban *skaggs* a secas, y no les tenían demasiado afecto. Hacía una centuria que Skagos se había rebelado. Se tardaron años en sofocar la revuelta, y les costó la vida al Señor de Invernalia y a cientos de sus espadas juramentadas. En algunas canciones se decía que los *skaggs* eran caníbales. Al parecer, sus guerreros devoraban el corazón y el hígado de aquellos a los que mataban. En tiempos remotos, los skagosis llegaron navegando a la cercana isla de Skane, se apoderaron de las mujeres, mataron a todos los hombres y se los comieron en una playa de guijarros, en un banquete que se prolongó durante quince días. Hasta la fecha, Skane seguía deshabitada.

Dareon también conocía las canciones. Cuando los sombríos picos grises de Skagos se cernieron sobre el mar fue a reunirse con Sam en la proa de la *Pájaro Negro*.

—Si los dioses son buenos, tal vez veamos un unicornio.

—Si el capitán es bueno, no nos acercaremos tanto. Las corrientes son traicioneras alrededor de Skagos; hay rocas que pueden rajar el casco de una nave como si fuera un huevo. Pero no se lo menciones a Elí; ya está bastante asustada.

—Igual que ese cachorro llorón que tiene. No sé cuál de los dos hace más ruido. Sólo deja de llorar cuando le mete la teta en la boca, y entonces, la que empieza a lloriquear es ella.

Sam también se había dado cuenta.

—A lo mejor es que el bebé le hace daño —argumentó sin convicción—. Si le están saliendo los dientes...

Dareon rasgó una cuerda del laúd para arrancarle una nota despectiva.

—Tenía entendido que los salvajes eran más valientes.

—Es muy valiente —se empecinó Sam, aunque tenía que reconocer que nunca había visto a Elí tan deshecha. A pesar de que se ocultaba el rostro y su camarote siempre estaba a oscuras, se había fijado en que siempre tenía los ojos enrojecidos y las mejillas empapadas de lágrimas. Pero cuando le preguntó qué le pasaba, la chica se limitó a sacudir la cabeza, de modo que no lo sacó de dudas—. Tiene miedo del mar, nada más —le dijo a Dareon—. Antes de ir al Muro, lo único que conocía era el Torreón de Craster y los bosques de los alrededores. Creo que en su vida se había alejado más de media legua del lugar donde nació. Había visto ríos y arroyos, pero nunca un lago hasta que llegamos a uno, y el mar... El mar da mucho miedo.

—Si ni siquiera hemos perdido de vista la tierra firme.

—Ya la perderemos. —A Sam no le hacía ninguna gracia la idea.

—Venga ya, no me digas que al Mortífero le da miedo un poco de agua.

—No —mintió—, yo no. Pero Elí... Oye, ¿por qué no les tocas unas nanas? A lo mejor así se duerme el bebé.

Dareon hizo un gesto de asco.

—Sólo si antes le pone un tapón en el culo. No soporto ese olor.

Al día siguiente empezaron las lluvias, y el mar se agitó.

—Será mejor que bajemos o acabaremos empapados —le dijo Sam a Aemon.

El viejo maestre se limitó a sonreír.

—Me gusta la sensación de la lluvia en la cara. Es como si fueran lágrimas. Si no te importa, me quedaré un rato más. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lloré.

Si el maestre Aemon, con lo anciano y frágil que era, decidía quedarse en cubierta, a Sam no le quedaba más remedio que hacer lo mismo. Se quedó junto a él durante casi una hora, arrebujado en la capa mientras la lluvia, fina y constante, lo empapaba hasta los huesos. Aemon no parecía notarla. Suspiró y cerró los ojos. Sam se acercó más a él para escucharlo en la medida de lo posible.

«Pronto me dirá que bajemos al camarote —pensó—. Seguro.» Pero no se lo dijo, y por último empezaron a retumbar los truenos al este, a lo lejos.

—Tenemos que bajar —insistió Sam, tiritando. El maestre Aemon no respondió. Sam se dio cuenta de que se había dormido—. Maestre —dijo al tiempo que lo sacudía por un hombro con delicadeza—. Maestre Aemon, despertad.

Los ojos ciegos de Aemon se abrieron.

—¿Egg? —dijo mientras la lluvia le corría por las mejillas—. He soñado que era viejo, Egg.

Sam no sabía qué hacer. Se arrodilló, cogió en brazos al anciano y lo llevó a la cubierta inferior. Nadie lo había considerado fuerte en su vida, y la lluvia que

empapaba la ropa negra del maestre Aemon hacia que pesara el doble, pero aun así era como cargar con un chiquillo.

Cuando entró en el camarote con Aemon en brazos advirtió que Elí había dejado que las velas se consumieran. El bebé se había dormido, y ella estaba acurrucada en un rincón, sollozando entre los pliegues de la enorme capa negra que le había dado Sam.

—Ayúdame —le dijo con voz apremiante—. Ayúdame a secarlo; tenemos que hacer que entre en calor.

La chica se levantó de inmediato, y entre los dos le quitaron al maestre la ropa empapada y lo cubrieron con una montaña de pieles. Pero seguía teniendo la piel fría y húmeda, casi pegajosa.

—Túmbate con él —le dijo Sam a Elí—. Abrázalo, dale calor con tu cuerpo. Tenemos que conseguir que se recupere. —La chica obedeció, sin decir palabra, sin dejar de sollozar—. ¿Dónde está Dareon? —preguntó Sam—. Si estuviéramos todos juntos sería más fácil entrar en calor. Tiene que venir.

Iba a subir a buscar al bardo cuando el barco se alzó bajo sus pies y descendió bruscamente. Elí lanzó un aullido, Sam perdió el equilibrio y el bebé se despertó berreando.

La siguiente sacudida del barco llegó cuando trataba de ponerse en pie. El movimiento lanzó a Elí a sus brazos, y la chica salvaje se le aferró con tanta fuerza que apenas lo dejaba respirar.

—No tengas miedo —le dijo—. Esto no es más que una aventura. Algún día se lo contarás a tu hijo.

Lo único que consiguió fue que le clavara las uñas en el brazo. Elí se estremecía; la violencia de los sollozos la hacía temblar de la cabeza a los pies.

«Le diga lo que le diga, sólo consigo empeorar las cosas.»

La abrazó con fuerza, incómodamente consciente de la presión de sus pechos. Pese al miedo, tuvo una erección. «Lo va a notar», pensó avergonzado. Pero si Elí se dio cuenta, no lo dejó entrever; se limitó a aferrarse a él con más fuerza.

A partir de entonces, las jornadas se sucedieron a toda velocidad. No volvieron a ver el sol. Los días eran grises, y las noches, negras, excepto cuando los relámpagos hendían el cielo sobre los picos de Skagos. Todos estaban muertos de hambre, pero no podían comer. El capitán abrió un barril de vino de fuego para fortalecer a los remeros. Sam probó una copa y dejó escapar un suspiro al notar las serpientes calientes que le recorrían la garganta y el pecho. Dareon también se aficionó a la bebida, y después de aquello, rara vez se lo veía sobrio.

Izaban las velas; arriaban las velas; una se desgarró, se desprendió del mástil y salió volando como una enorme ave gris. Cuando la *Pájaro Negro* estaba bordeando la costa sur de Skagos, divisaron entre las rocas los restos de una galera. Las olas

habían arrastrado a parte de la tripulación hasta la orilla, y los cangrejos y los grajos se habían congregado para rendirle homenaje.

—Demasiado cerca —masculló el Viejo Traposal al verlo—. Un golpe de viento y acabaremos como ellos.

Aunque estaban agotados, los remeros volvieron a las bancas, y el barco enfiló hacia el sur, hacia el mar Angosto, hasta que Skagos se convirtió en una serie de manchas negras en el horizonte que podrían tomarse por nubes de tormenta, las cimas de altas montañas negras o ambas cosas. Tras aquello disfrutaron de ocho días y siete noches de navegación tranquila.

Luego llegaron más tormentas, aún peores que la primera.

¿Fueron tres, o sólo una con algunos momentos de calma? Sam no llegó a saberlo, aunque trató desesperadamente de averiguarlo.

—¿Qué importa? —le gritó Dareon en cierta ocasión, cuando estaban todos acurrucados en el camarote.

«No importa —habría querido decirle Sam—, pero mientras piense en eso no pensaré en ahogarme, ni en marearme, ni en cómo tiritó el maestre Aemon.»

—No importa —consiguió mascullar, pero un trueno ahogó el resto de la frase, el barco se movió y lo hizo caer de lado.

Elí no dejaba de sollozar; el bebé berreaba, y por encima de todo se oían los gritos del Viejo Traposal, el andrajoso capitán que no hablaba nunca, dándole órdenes a la tripulación.

«Odio el mar —pensó Sam—. Odio el mar, odio el mar, odio el mar. —El siguiente relámpago fue tan intenso que iluminó el camarote a través de las rendijas de los tablones del techo—. Es un buen barco, un barco seguro, un barco seguro —se dijo—. No se va a hundir. No tengo miedo.»

Durante uno de los respiros entre tormenta y tormenta, mientras se aferraba a la borda con los nudillos blancos por el esfuerzo, tratando de vomitar, Sam oyó a unos tripulantes murmurar que aquello pasaba por llevar a una mujer a bordo, y a una salvaje, encima.

—Follaba con su padre —escuchó Sam a uno mientras el rugido del viento volvía a imponerse—. Eso es peor que ser puta. Eso es lo peor que puede haber. O nos libramos de ella y de esa abominación que parió, o nos ahogamos todos.

Sam no se atrevió a plantarles cara. Eran mayores que él, duros y correosos, con los brazos y los hombros musculados tras años de manejar los remos. Pero se cercioró de que tenía el cuchillo bien afilado, y siempre que Elí salía del camarote para hacer sus necesidades, la acompañaba.

Dareon tampoco estaba a favor de la salvaje. Una vez, tras muchas súplicas de Sam, el bardo empezó a cantar una nana para calmar al bebé, pero apenas había empezado cuando Elí se echó a llorar, inconsolable.

—Por los siete infiernos —espetó Dareon—, ¿no puedes dejar de lloriquear ni el tiempo justo de oír una canción?

—Canta, anda —le rogó Sam—. Canta, no le hagas caso.

—No le hacen falta canciones —replicó Dareon—. Lo que le hace falta es una buena azotaina, o a lo mejor, una buena polla. Fuera de mi camino, Mortífero.

Empujó a Sam a un lado y salió del camarote para buscar solaz en una copa de vino de fuego y en la curtida hermandad de los remos.

Sam ya no sabía qué hacer. Casi se había acostumbrado a los olores, pero entre las tormentas y los sollozos de Elí, llevaba días sin dormir.

—¿No podéis darle nada? —le preguntó en voz baja al maestre Aemon cuando vio que estaba despierto—. Alguna hierba, alguna pócima, para que no tenga miedo...

—Lo que oyes no es miedo —le respondió el anciano—. Es el sonido de la pena, y para eso no hay pócimas. Deja que las lágrimas sigan su curso, Sam. No se puede contener la marea con un muro.

Sam no comprendió nada.

—Va a un lugar seguro. A un lugar cálido. ¿Por qué va a sentir pena?

—Sam —susurró el anciano—, tienes dos ojos que te sirven, pero no ves nada. Es una madre que llora por su hijo.

—No le pasa nada; está mareado, igual que todos. En cuanto lleguemos a puerto en Braavos...

—... el bebé seguirá siendo el hijo de Dalla, no el fruto de sus entrañas.

Sam tardó un momento en entender lo que insinuaba Aemon.

—No es posible... Ella jamás... Claro que es el suyo. Elí jamás se habría ido del Muro sin su hijo. Lo quiere mucho.

—Los amamantó a los dos y los quería a los dos —replicó Aemon—, pero no de la misma manera. No hay madre que quiera por igual a todos sus hijos, ni siquiera la Madre Divina. Y Elí jamás habría dejado al niño por su propia voluntad, estoy seguro. No sé con qué la amenazaría el Lord Comandante, ni qué le prometería; sólo puedo imaginármelo... Pero no me cabe duda de que hubo amenazas y promesas.

—No. No, no es posible. Jon jamás...

—Jon jamás haría algo así. Lord Nieve lo hizo. A veces no hay opción buena, Sam, sólo una menos dolorosa que las otras.

«No hay opción buena.» Sam pensó en todo lo que habían sufrido Elí y él; en el Torreón de Craster, en la muerte del Viejo Oso, en el hielo, la nieve y los vientos gélidos, en los días y más días de caminar, en los espectros de Arbolblanco, en Manosfrías y el árbol de los cuervos, en el Muro, en el Muro, en el Muro... La Puerta Negra, bajo tierra. Y todo, ¿para qué? «No hay opción buena, no hay final feliz.»

Habría querido gritar. Habría querido chillar, sollozar, temblar y acurrucarse para gimotear.

«Intercambió los bebés —se dijo—. Intercambió los bebes para proteger al príncipe, para alejarlo de los fuegos de Lady Melisandre y de su dios rojo. Si hace arder al bebé de Elí, ¿a quién le va a importar? A nadie más que a ella. Total, no era más que un cachorro de Craster, una abominación fruto del incesto, no el hijo del Rey-más-allá-del-Muro. No vale como rehén, ni como sacrificio, ni como nada; ni siquiera tiene nombre.»

Sin palabras, Sam se dirigió tambaleante a la cubierta para vomitar, pero no tenía nada en el estómago. La noche había caído sobre ellos, una noche extraña y tranquila, como no habían visto en muchos días. El mar estaba negro como boca de lobo. Los remeros descansaban en sus puestos. Uno o dos se habían dormido sentados. El viento hinchaba las velas y, hacia el norte, Sam divisó una constelación, así como la estrella errante roja que el pueblo libre llamaba *el Ladrón*.

«Esa debería ser mi estrella —pensó con tristeza—. Yo hice que eligieran Lord Comandante a Jon; yo le llevé a Elí y al bebé. No hay final feliz.»

—¿Qué tal, Mortífero? —Dareon se puso a su lado, sin advertir la pena de Sam—. Bonita noche, por una vez. Mira, han salido las estrellas. A lo mejor hasta vemos la luna. Puede que ya haya pasado lo peor.

—No. —Sam se limpió la nariz y señaló hacia el sur con un dedo rechoncho, en dirección al lugar donde la oscuridad se hacía más densa—. Allí. —Nada más decirlo, un relámpago hendió el cielo, repentino, silencioso, cegador. Las nubes lejanas brillaron un segundo, montañas sobre montañas, moradas, rojas y amarillas, más altas que el mundo—. Lo peor no ha pasado. Lo peor no ha hecho más que empezar, y no hay final feliz.

—Loados sean los dioses —rió Dareon—. Desde luego, eres un ave de mal agüero.

JAIUME (2)

Lord Tywin Lannister había llegado a la ciudad a lomos de un corcel, con la armadura de esmalte carmesí bruñida y deslumbrante, centelleante de gemas y filigrana de oro. La abandonaba en un carromato alto cubierto de estandartes también carmesíes, acompañado de seis hermanas silenciosas a caballo que velaban por sus huesos.

El cortejo fúnebre salió de Desembarco del Rey por la Puerta de los Dioses, más amplia y espléndida que la Puerta del León. A Jaime no le pareció correcto. Su padre había sido un león, eso no lo podía negar nadie, pero ni siquiera Lord Tywin se había considerado un dios en vida.

Una guardia de honor de cincuenta caballeros rodeaba el carromato de Lord Tywin, con los pendones color carmesí ondulando en las lanzas. Los señores del Oeste los seguían de cerca. El viento agitaba sus estandartes, haciendo bailar los emblemas. Al avanzar al trote hacia el frente de la columna, Jaime pasó junto a jabalíes, tejones y escarabajos, junto a una flecha verde y un buey rojo, alabardas cruzadas, lanzas cruzadas, un gato arbóreo, una fresa, una arremangada y cuatro soles cuartelados.

Lord Brax vestía un jubón gris claro con bordados de hilo de plata y un broche de amatistas en forma de unicornio encima del corazón. La armadura de Lord Jast era de acero negro, con tres cabezas de león incrustadas en oro en la coraza. A juzgar por su aspecto, los rumores relativos a su muerte no habían estado desencaminados. Las heridas y el encarcelamiento lo habían convertido en una sombra del hombre que había sido. Lord Banefort había soportado mejor la batalla; parecía preparado para volver a la guerra. Plumm vestía de violeta; Prester, de armiño; Moreland, de teja y verde. Pero todos llevaban una capa carmesí en honor al hombre al que escoltaban de regreso a su hogar.

Tras los señores iban un centenar de ballesteros y trescientos soldados, todos ellos con capas carmesíes ondulando a sus espaldas. Jaime, con la capa y la armadura blancas, se sentía fuera de lugar en aquel río de color rojo.

Su tío no contribuyó a que se sintiera más cómodo.

—Lord Comandante —saludó Ser Kevan cuando Jaime se situó junto a él en la cabeza de la columna—, ¿tiene Su Alteza alguna orden de última hora para mí?

—No me envía Cersei. —Un tambor empezó a batir tras ellos, lento, ponderado, funerario. «Muerto», parecía decir. «Muerto, muerto»—. He venido a despedirme. Era mi padre.

—También era el suyo.

—Yo no soy Cersei. Yo tengo barba, y ella, tetas. Si no te aclaras con eso, prueba a contar las manos, tío. Cersei tiene dos.

—A los dos os gusta el sarcasmo —replicó su tío—. Ahórrate las chanzas; no son de mi agrado.

—Como quieras. —«Esto no va tan bien como había esperado»—. A Cersei le habría gustado venir a despedirte, pero tiene muchas obligaciones.

—Igual que nos sucede a todos nosotros. —Ser Kevan soltó un bufido—. ¿Cómo le va a tu rey? —Su tono convertía la pregunta en un reproche.

—Bastante bien —replicó Jaime a la defensiva—. Balon Swann lo acompaña por las mañanas. Es un buen caballero, de probado valor.

—Hubo un tiempo en que no hacía falta aclararlo cuando se hablaba de los que vestían la capa blanca.

«Nadie puede elegir a sus hermanos —pensó Jaime—. Si yo escogiera a mis hombres, la Guardia Real volvería a ser grande.» Pero dicho de manera tan directa, sonaba a debilidad, a una bravata sin contenido en labios del hombre al que el reino llamaba Matarreyes. «Un hombre que tiene mierda en lugar de honor.» Jaime dejó pasar el comentario. No había ido a discutir con su tío.

—Ser —le dijo—, tienes que hacer las paces con Cersei.

—¿Estamos en guerra? No me había enterado.

Jaime hizo caso omiso del comentario.

—El enfrentamiento interno de los Lannister sólo ayuda a los enemigos de nuestra Casa.

—Si hay un enfrentamiento, no es por mi causa. ¿Cersei quiere gobernar? Muy bien, ahí tiene el reino. Lo único que pido yo es que me deje en paz. Mi lugar está en Darry, con mi hijo. Hay que restaurar el castillo; hay que sembrar y proteger las tierras. —Dejó escapar una carcajada amarga—. Y tu hermana no me ha dejado gran cosa con la que ocupar el tiempo, aparte de eso. También me tengo que encargar del matrimonio de Lancel. Su prometida se impacienta esperando a que lleguemos a Darry.

«Su viuda de Los Gemelos.»

Su primo Lancel cabalgaba diez pasos detrás de ellos. Con los ojos hundidos, y el pelo blanco y quebradizo, parecía mayor que Lord Jast. Sólo con mirarlo, Jaime sentía un picor en los dedos perdidos. «Ha estado follando con Lancel y con Osmund Kettleblack y, por lo que yo sé, puede que se tire hasta al Chico Luna...» Había intentado hablar con Lancel tantas veces que había perdido la cuenta, pero nunca lo encontraba a solas. Si no estaba con su padre, lo acompañaba algún septón.

«Será hijo de Kevan, pero por sus venas no corre sangre, sino leche. Tyrion me mintió; sólo quería hacerme daño.»

Jaime apartó a su primo de sus pensamientos y se concentró en su tío.

—¿Te quedarás en Darry después de la boda?

—Puede que un tiempo. Al parecer, Sandor Clegane está saqueando todo lo que

encuentra a lo largo del Tridente. Tu hermana quiere su cabeza. Es posible que se haya unido a Dondarrion.

Jaime se había enterado de lo de Salinas, al igual que la mitad del reino, a aquellas alturas. Había sido un ataque de una crueldad excepcional. Mujeres violadas y mutiladas; niños asesinados en los brazos de sus madres; media ciudad quemada.

—Randyll Tarly está en Poza de la Doncella. Que se encargue él de los bandidos. Preferiría que fueras a Aguasdulces.

—Ser Daven está al mando allí. Es el Guardián del Occidente y no me necesita; Lancel, sí.

—Como quieras, tío. —A Jaime le latía la cabeza al mismo ritmo que el tambor: «Muerto, muerto, muerto»—. Harás bien en ir siempre rodeado por tus caballeros.

Su tío le lanzó una mirada gélida.

—¿Es una amenaza, ser?

«¿Una amenaza?» La sola idea lo dejó atónito.

—Una precaución. Sólo quería decir... Sandor es peligroso.

—Yo ya ahorraba bandidos y caballeros ladrones cuando tú te cagabas en los pañales. No voy a salir a enfrentarme a Clegane y a Dondarrion en persona, si es eso lo que temes. No todos los Lannister hacen estupideces por un poco de gloria.

«Vaya, tío, si casi parece que te refieres a mí».

—Addam Marbrand se podría encargar de esos bandidos tan bien como tú. O Brax, o Banefort, o Plumm, o cualquiera de los demás. Pero ninguno sería una buena Mano del Rey.

—Tu hermana ya conoce mis condiciones. No han cambiado. Díselo la próxima vez que vayas a su dormitorio.

Ser Kevan picó espuelas y emprendió el galope, zanjando bruscamente la conversación.

Jaime no lo siguió; sentía espasmos en la mano de la espada. Había esperado contra toda esperanza que Cersei hubiera entendido mal a su tío, pero era evidente que no.

«Sabe lo nuestro. Y lo de Tommen y Myrcella. Y Cersei sabe que lo sabe.» Ser Kevan era un Lannister de Roca Casterly. No podía creer que su hermana fuera capaz de hacerle daño, pero... «Si me equivoqué con Tyrion, ¿por qué no con Cersei?» Si los hijos mataban a los padres, ¿qué le impedía a una sobrina ordenar el asesinato de un tío? «Un tío incómodo que sabe demasiado.» Aunque quizás Cersei esperase que el Perro se encargara del trabajo. Si Sandor Clegane mataba a Ser Kevan, no tendría que mancharse las manos. «Y es lo que sucederá si se enfrentan.» Kevan Lannister había sido fuerte y hábil con la espada, pero ya no era joven, y el Perro...

La columna lo había alcanzado. Cuando su primo pasó junto a él, flanqueado por sus dos septones, Jaime lo llamó.

—Lancel, primo, quería felicitarte por tu matrimonio. Lo que lamento es que mis obligaciones no me permitan asistir.

—Hay que proteger a Su Alteza.

—Estará protegido. Aun así, siento perderme tu encamamiento. Es el primer matrimonio para ti y el segundo para ella, tengo entendido. Seguro que mi señora estará encantada de explicarte cómo se encajan las piezas.

El comentario picante provocó las carcajadas de varios señores cercanos y una mirada de desaprobación de los septones de Lancel. Su primo se agitó en la silla, inquieto.

—Sé lo suficiente para cumplir con mi deber como marido, ser.

—Justo lo que quiere una recién casada en su noche de bodas —replicó Jaime—. Un marido que sepa cumplir con su deber.

Lancel se ruborizó.

—Rezaré por ti, primo. Y por Su Alteza la Reina. Que la Vieja la guíe hacia la sabiduría y el Guerrero la proteja.

—¿Para qué necesita Cersei al Guerrero? Ya me tiene a mí.

Jaime hizo dar la vuelta a su caballo, y la capa blanca ondeó al viento.

«El Gomo se lo inventó. Cersei preferiría tener el cadáver de Robert entre las piernas antes que a un imbécil beato como Lancel. Tyrion, cabrón, podrías haberte buscado a alguien más verosímil para mentirme.» Pasó al galope junto al cortejo fúnebre de su padre, en dirección a la ciudad.

Las calles de Desembarco del Rey parecían casi desiertas cuando Jaime Lannister regresó a la Fortaleza Roja, en la cima de la Colina Alta de Aegon. La mayoría de los soldados que habían abarrotado los tugurios de juego y tenderetes de los calderos de la ciudad ya se había marchado. Garlan *el Galante* se había llevado a la mitad de los hombres de los Tyrell a Altojardín, y también a su señora madre y a su abuela. La otra mitad había partido hacia el sur con Mace Tyrell y Mathis Rowan, para defender Bastión de Tormentas.

En cuanto al ejército de los Lannister, había dos mil veteranos curtidos acampados junto a los muros de la ciudad, a la espera de que llegara la flota de Paxter Redwyne para cruzar la bahía Aguasnegras en dirección a Rocadragón. Al parecer, Lord Stannis sólo había dejado una pequeña guarnición cuando partió hacia el norte, de modo que Cersei calculaba que sobraría con dos mil hombres.

El resto de los hombres del Oeste había regresado con sus esposas e hijos, para reconstruir sus hogares, sembrar sus campos y obtener una última cosecha. Cersei había llevado a Tommen a hacer una ronda por los campamentos antes de que partieran; así tendrían ocasión de aclamar al pequeño rey. Nunca había estado más hermosa que aquel día, con una sonrisa en los labios y el sol del otoño arrancándole destellos del cabello dorado. De su hermana se podían decir muchas cosas, pero sin

duda sabía cómo hacer que los hombres la adoraran cuando se lo proponía.

Cuando Jaime cruzó al trote las puertas del castillo se encontró con dos docenas de caballeros que se entrenaban con lanzas en el patio.

«Otra cosa que ya no podré hacer nunca más», pensó. La lanza era más pesada y aparatoso que la espada, y la espada ya le estaba dando más que suficientes problemas. Tal vez podría sostener la lanza con la mano izquierda, pero eso implicaría pasarse el escudo al brazo derecho. En las justas, el rival siempre estaba a la izquierda, por lo que el escudo en el brazo derecho le resultaría tan útil como unos pezones en una coraza. «No, para mí se han terminado las justas», pensó mientras desmontaba... Pero, pese a todo, se quedó a mirar.

Ser Tallad *el Tallo* cayó de la montura cuando el saco de arena que había golpeado volvió a su lugar y le dio en la cabeza. Jabalí golpeó el escudo con tal fuerza que lo rajó. Kennos de Kayce remató la destrucción. Colgaron un nuevo escudo para Ser Dermont de La Selva. Lambert Turnberry sólo lo alcanzó de refilón, pero Jon *el Lampiño*, Humfrey Swyft y Alyn Atackspear lo golpearon de lleno, y Ronnet *el Rojo* rompió la lanza. A continuación montó el Caballero de las Flores, y los humilló a todos.

Jaime siempre había pensado que tres cuartas partes del éxito en una justa dependían de la habilidad como jinete. Ser Loras cabalgaba de maravilla, y sujetaba la lanza como si hubiera nacido con ella en la mano... Cosa que sin duda explicaría el permanente gesto de dolor del rostro de su madre.

«Pone la punta justo donde quiere, y tiene el equilibrio de un gato. Tal vez no fuera simple casualidad que me hiciera descabalgar.» Por desgracia, no volvería a tener ocasión de probar suerte contra el muchacho. Se volvió y dejó que los hombres enteros siguieran entrenándose.

Cersei estaba en sus aposentos del Torreón de Maegor, con Tommen y la morena esposa myriense de Lord Merryweather. Los tres se estaban riendo de algo que había dicho el Gran Maestre Pycelle.

—¿Me he perdido algo divertido? —preguntó Jaime al cruzar la puerta.

—Oh, mirad —ronroneó Lady Merryweather—, vuestro hermano ha regresado, Alteza.

—O su mayor parte.

Jaime advirtió que la Reina había bebido demasiado. En los últimos tiempos, Cersei siempre tenía al alcance una frasca de vino; ella, que tanto despreciaba a Robert Baratheon por sus borracheras. Aquello no le gustaba, pero últimamente no le gustaba nada de lo que hacía su hermana.

—Gran Maestre —dijo ella—, tened la amabilidad de compartir la noticia con el Lord Comandante.

Pycelle parecía de lo más incómodo.

—Ha llegado un pájaro —dijo—. De Stokeworth. Lady Tanda nos dice que su hija Lollys ha dado a luz un varón fuerte y sano.

—¿A que no adivinas qué nombre le han puesto al bastardo, hermano?

—Creo recordar que querían llamarlo Tywin.

—Sí, pero se lo prohibí. Le dije a Falyse que no toleraría que el engendro de cualquier porquero y una retrasada llevara el noble nombre de nuestro padre.

—Lady Stokeworth insiste en que la elección del nombre no ha sido cosa suya —intervino el Gran Maestre Pycelle. Las gotas de sudor le corrían por la frente arrugada—. Dice que ha sido decisión del marido de Lollys. Ese tal Bronn, pues... Parece ser que...

—Tyrion —aventuró Jaime—. Ha llamado Tyrion al niño.

El anciano asintió tembloroso y se secó la frente con la manga de la túnica. Jaime no pudo contener una carcajada.

—Ahí tienes, querida hermana. Tú buscando a Tyrion por todas partes, y resulta que todo el tiempo estaba escondido en la barriga de Lollys.

—Qué divertido. Bronn y tú sois tan divertidos... Seguro que el bastardo está ahora mismo chupando de la tetra de Lollys *la Lerda*, y mientras el mercenario la mira y sonríe, muy satisfecho de su insolencia.

—Quizá ese niño se parezca a vuestro hermano —sugirió Lady Merryweather—. Puede que haya nacido deforme, o sin nariz. —Dejó escapar una carcajada ronca.

—Tendremos que enviarle un regalo al pequeñín —declaró la Reina—. ¿Verdad, Tommen?

—Le podríamos mandar un gatito.

—Un cachorro de león —sugirió Lady Merryweather. «Para que le destroce la garganta», parecía sugerir su sonrisa.

—Había pensado en otro tipo de regalo —dijo Cersei.

«Un padrastro nuevo, seguro.»

Jaime conocía bien aquella expresión de los ojos de su hermana. La había visto en otras ocasiones, la última en la noche de la boda de Tommen, cuando prendió fuego a la Torre de la Mano. La luz verdosa del fuego valyrio había bañado el rostro de los espectadores de manera que todos parecían cadáveres putrefactos, una manada de alegres espectros, pero unos cadáveres eran más bellos que otros. Pese a aquella luz siniestra, Cersei estaba deslumbrante, allí de pie, con una mano en el pecho, los labios entreabiertos, los ojos verdes brillantes. «Está llorando», advirtió Jaime en aquel momento, pero no habría sabido decir si era de pena o de éxtasis.

Verla así lo había tranquilizado; le recordaba a Aerys Targaryen, a la forma en que se emocionaba cuando veía arder algo. Un rey no tenía secretos para su Guardia Real. Las relaciones entre Aerys y su esposa habían sido tensas durante los últimos años de su reinado. Dormían separados, y durante el día procuraban esquivarse. Pero

siempre que Aerys entregaba un hombre a las llamas, la reina Rhaella recibía una visita por la noche. El día en que quemó a su Mano de la maza y la daga, Jaime y Jon Darry montaron guardia ante las puertas de su habitación mientras el rey hacía su voluntad.

«Me haces daño —oían gritar a Rhaella a través de la puerta de roble—. ¡Me haces daño!»

Por extraño que pareciera, aquello había sido peor que los gritos de Lord Chelsted.

—También juramos protegerla a ella —dijo Jaime al final, sin poder contenerse.

—Sí —reconoció Darry—, pero no de él.

Después de aquello, Jaime sólo había visto a Rhaella en una ocasión, la mañana del día en el que se marchó a Rocadragón. La reina iba envuelta en una capa con capucha cuando subió a la regia casa con ruedas que la llevaría de la Colina Alta de Aegon al barco que la aguardaba, pero más tarde oyó los comentarios de sus doncellas. Decían que era como si la hubiera atacado una fiera, que tenía zarpazos en los muslos y mordiscos en los pechos.

«Una fiera con corona», bien lo sabía él.

En sus últimos días, el Rey Loco tenía tanto miedo que no permitía que nadie llevara hojas afiladas en su presencia, a excepción de las espadas de su Guardia Real. Tenía la barba sucia y enredada; su melena era una maraña de plata y oro que le llegaba a la cintura, y sus uñas, zarpas amarillentas y agrietadas de un palmo de longitud. Pero lo seguían atormentando las hojas afiladas, aquellas de las que jamás podría escapar, las del Trono de Hierro. Siempre llevaba los brazos y las piernas llenos de costras y cortes a medio curar.

«Un rey que gobierna un reino de huesos chamuscados y carne asada —recordó Jaime, concentrado en la sonrisa de su hermana—. El rey de las cenizas.»

—Alteza, ¿podemos hablar un momento a solas? —preguntó.

—Como quieras. Tommen, ya va siendo hora de que vayas a tomar las lecciones. Acompaña al Gran Maestre.

—Sí, madre. Estamos estudiando a Baelor *el Santo*.

Lady Merryweather también se despidió después de besar a la Reina en las dos mejillas.

—¿Queréis que vuelva a la hora de comer, Alteza?

—Me enfadaré mucho con vos si no lo hacéis.

Jaime no pudo por menos que fijarse en la manera en que la myriense movía las caderas al caminar. «Cada paso es una seducción.» Cuando la puerta se cerró a su espalda, carraspeó para aclararse la garganta.

—Primero los Kettleblack, luego Qyburn y ahora ella. Últimamente tienes unas mascotas muy extrañas, querida hermana.

—Le estoy cogiendo mucho cariño a Lady Taena. Me divierte.

—Es una de las acompañantes de Margaery Tyrell —le recordó Jaime—. Informa de ti a la joven reina.

—Por supuesto. —Cersei se dirigió al aparador y se volvió a llenar la copa—. Margaery estuvo encantada cuando le pedí que dejara aquí a Taena para que me hiciera compañía. Tendrías que haberla oído: «Será una hermana para vos, igual que lo ha sido para mí. ¡Claro que se puede quedar! Yo tengo a mis primas y a mis otras damas». Nuestra pequeña reina no quiere que me sienta sola.

—Si sabes que es una espía, ¿por qué te quedaste con ella?

—Margaery no es ni la mitad de lista de lo que se cree. No tiene ni idea de la clase de serpiente que es esa puta myriense. Utilizo a Taena para que la pequeña reina sepa lo que quiero que sepa. Algunas cosas hasta son ciertas. —Cersei tenía un brillo travieso en los ojos—. Y Taena me cuenta todo lo que hace la doncella Margaery.

—¿De veras? ¿Hasta qué punto la conoces? ¿Qué sabes de ella?

—Sé que es madre, que tiene un hijo y quiere que llegue muy alto en este mundo. Para conseguirlo, hará lo que sea. Todas las madres son iguales. Lady Merryweather es una serpiente, pero no tiene un pelo de estúpida. Sabe que la puedo ayudar más que Margaery, así que le interesa resultarme útil. Ni te imaginas cuántas cosas interesantes me ha contado.

—¿Qué clase de cosas?

Cersei se sentó junto a la ventana.

—¿Sabías que la Reina de las Espinas lleva un cofre con monedas en su carroaje? Oro viejo, de antes de la Conquista. Si algún mercader comete el error de darle un precio en monedas de oro, le paga con manos de Altojardín, que pesan la mitad que nuestros dragones. ¿Y qué mercader se atreverá a quejarse de que lo ha estafado la señora madre de Mace Tyrell? —Bebió un trago de vino—. ¿Te has divertido en tu salida?

—Nuestro tío habría querido verte.

—Lo que quiera nuestro tío no me importa lo más mínimo.

—Pues debería. Te podría resultar muy útil. Si no es en Aguasdulces o en la Roca, en el Norte, contra Lord Stannis. Nuestro padre siempre confió en Kevan para...

—Bolton es nuestro Guardián del Norte. Él se encargará de Stannis.

—Lord Bolton está atrapado bajo el Cuello. Los hombres del hierro y Foso Cailin se interponen entre el Norte y él.

—No durará mucho. El hijo bastardo de Bolton no tardará en eliminar ese pequeño obstáculo. Lord Bolton tendrá dos mil hombres de los Frey que se sumarán a los suyos, bajo el mando de los hijos de Lord Walder, Hosteen y Aenys. Serán más que suficientes para encargarse de Stannis y unos pocos millares de zarrapastrosos.

—Ser Kevan...

—Estará muy ocupado en Darry, enseñando a Lancel a limpiarse el culo. La muerte de nuestro padre lo ha castrado. Es un viejo; está acabado. Daven y Damion nos serán más útiles.

—Nos bastará con ellos. —Jaime no tenía nada en contra de sus primos—. Pero te sigue haciendo falta una Mano. Si no es nuestro tío, ¿a quién eliges?

Su hermana se echó a reír.

—No serás tú; por ese lado, tranquilo. Tal vez el marido de Taena. Su abuelo sirvió como Mano durante el reinado de Aerys.

«La Mano cuerno de la abundancia.» Jaime recordaba bien a Owen Merryweather. Era un hombre agradable, pero poco eficaz.

—Si mal no recuerdo, lo hizo tan bien que Aerys lo exilió y confiscó sus tierras.

—Robert se las devolvió, al menos en parte. Taena estaría encantada si Orton recuperara el resto.

—¿Todo esto es para complacer a una puta myriense? Y yo que creía que se trataba de gobernar el reino...

—El reino lo gobierno yo.

«Que los siete nos protejan, es verdad, tú gobiernas.» A su hermana le gustaba creerse una especie de Lord Tywin con tetas, pero estaba en un error. Su padre había sido despiadado e implacable como un glaciar, mientras que Cersei era toda fuego valyrio, más aún cuando le llevaban la contraria. Al enterarse de que Stannis había abandonado Rocadragón, se puso tan contenta como una chiquilla, segura de que había renunciado a la batalla y había zarpado hacia el exilio. Más tarde, cuando les llegó la noticia de que se había presentado en el Muro, tuvo un acceso de rabia espantoso.

«No le falta cerebro, pero no tiene criterio ni paciencia.»

—Necesitas una Mano fuerte que te ayude.

—Un gobernante débil necesita una Mano fuerte, igual que Aerys necesitaba a nuestro padre. Un gobernante fuerte sólo necesita un criado diligente que cumpla sus órdenes. —Hizo girar el vino en la copa—. Lord Hallyne serviría para el cargo. No sería el primer piromante que ocupara el cargo de Mano del Rey.

«No. Al último lo maté.»

—Se rumorea que quieres nombrar consejero naval a Aurane Mares.

—¿Alguien te informa de lo que hago? —Al no recibir respuesta, Cersei se echó el pelo hacia atrás—. Mares está bien cualificado para el puesto. Se ha pasado media vida a bordo de barcos.

—¿Media vida? ¡Si no tiene ni veinte años!

—Veintidós, ¿y qué más da? Nuestro padre no había cumplido los veintiuno cuando Aerys Targaryen lo nombró Mano. Ya va siendo hora de que Tommen se

rodee de jóvenes, en vez de tanto viejo arrugado. Aurane es fuerte y vigoroso.

«Fuerte, vigoroso y atractivo —pensó Jaime—... Ha estado follando con Lancel y con Osmund Kettleblack y, por lo que yo sé, puede que se tire hasta al Chico Luna...»

—Paxter Redwyne sería una opción mejor. Tiene a sus órdenes la mayor flota de Poniente. Aurane Mares podría capitanear un esquife, siempre que se lo compres tú.

—Eres un crío, Jaime. Redwyne es banderizo de Tyrell, además de sobrino de su repelente abuela. No quiero a nadie relacionado con Lord Tyrell en mi consejo.

—Querrás decir en el consejo de Tommen.

—Sabes de sobra lo que quiero decir.

«Eso me temo.»

—Lo que sé es que Aurane Mares es una mala opción, y no digamos ya Hallyne. En cuanto a Qyburn... Por el amor de los dioses, Cersei, ¡era de la banda de Vargo Hoat! ¡La Ciudadela lo despojó de su cadena!

—El rebaño gris. Qyburn me ha resultado enormemente útil. Y me es leal, más de lo que se puede decir de mi propia familia.

«Por el camino que llevas, los cuervos celebrarán un festín con nosotros, querida hermana.»

—¿Te das cuenta de lo que dices, Cersei? Ves enanos en todas las sombras; conviertes a los amigos en enemigos. El tío Kevan no es tu enemigo. Yo no soy tu enemigo.

El rostro de su hermana se contrajo en un gesto de rabia.

—Te supliqué ayuda. ¡Me puse de rodillas delante de ti, y me la negaste!

—Mis votos...

—No te impidieron matar a Aerys. Las palabras se las lleva el viento. Pudiste tenerme, y elegiste una capa en mi lugar. Fuera de aquí.

—Hermana...

—¡He dicho que fuera de aquí! Estoy harta de ver ese muñón asqueroso. ¡Fuera de aquí!

Para subrayar sus palabras, le tiró la copa de vino por la cabeza. Falló, pero Jaime captó la indirecta.

El anochecer llegó mientras se encontraba sentado a solas en la sala común de la Torre de la Espada Blanca, con una copa de tinto dorniense y el Libro Blanco. Estaba pasando páginas con el muñón de la mano de la espada cuando entró el Caballero de las Flores, se quitó la capa y el cinto, y los colgó de la pared junto a los de Jaime.

—Hoy te he estado viendo en el patio —comentó Jaime—. Montas bien.

—Bastante mejor que bien.

Ser Loras se sirvió una copa de vino y se sentó al otro lado de la mesa en forma de media luna.

—Alguien más modesto habría respondido «Mi señor es muy bondadoso» o

«Tenía un buen caballo».

—El caballo era adecuado, y mi señor es tan bondadoso como yo modesto. —Loras señaló el libro con un gesto—. Renly siempre decía que los libros son para los maestres.

—Este es para nosotros. Aquí se escribe la historia de todos los hombres que han vestido la capa blanca.

—Le he echado un vistazo. Los escudos son bonitos. Prefiero los libros con más ilustraciones. Lord Renly tenía unos cuantos con dibujos que dejarían ciego a un septón.

Jaime no pudo disimular una sonrisa.

—Aquí no hay nada de eso, pero las historias te abrirán los ojos. Te convendría conocer la vida de los que te han precedido.

—Ya la conozco. El príncipe Aemon, *el Caballero Dragón*; Ser Ryam Redwyne; el Grancorazón; Barristan *el Bravo*...

—... Gwayne Corbray; Alyn Connington; el Demonio de Darry, sí. También habrás oído hablar de Lucamore Strong.

—¿Ser Lucamore *el Lujurioso*? —Aquello hizo sonreír a Ser Loras—. Tres esposas y treinta hijos, ¿no? Le cortaron la polla. ¿Quieres que te cante la canción, mi señor?

—¿Y Ser Terrence Toyne?

—Se acostó con la amante del rey y murió entre gritos. La lección es que los hombres que visten calzones blancos los deben llevar bien atados.

—¿Gyles *el Capagrís*? ¿Orivel *el Generoso*?

—Gyles fue un traidor; Orivel, un cobarde. Hombres que ensucianaron la capa blanca. ¿Qué es lo que sugiere mi señor?

—Nada. No te ofendas; no era mi intención. ¿Qué hay de Tom Costayne *el Largo*? —preguntó Jaime. Ser Loras negó con la cabeza—. Fue caballero de la Guardia Real durante sesenta años.

—¿Cuándo? Jamás había oído...

—¿Y Ser Donnel del Valle Oscuro?

—El nombre me suena, pero...

—¿Addison Colina? ¿El Búho Blanco, Michael Mertyns? ¿Jeffory Norcross? Lo llamaban Nuncacede. ¿Robert Flores *el Rojo*? ¿Qué me puedes decir de ellos?

—Flores es nombre de bastardo. Igual que Colina.

—Y pese a ello, los dos llegaron al mando de la Guardia Real. Su historia está en el libro. También está aquí Rolland Darklyn. Fue el hombre más joven que jamás había servido en la Guardia, hasta que llegó yo. Le dieron la capa en un campo de batalla, y murió menos de una hora después de ponérsela.

—No sería muy bueno.

—Lo suficiente. Murió, pero su rey vivió. Muchos hombres valientes han vestido la capa blanca. La mayoría ha caído en el olvido.

—La mayoría merece el olvido. A los héroes se los recordará siempre. A los mejores.

—A los mejores y a los peores. —«Así que uno de nosotros vivirá en las canciones»—. Y algunos tenían una parte de cada. Como él. —Dio unos toquecitos en la página que había estado leyendo.

—¿Quién? —Ser Loras estiró el cuello—. Diez roeles de sinople sobre campo de púrpura. No conozco ese blasón.

—Perteneció a Criston Cole, que sirvió al primer Viserys y al segundo Aegon. —Jaime cerró el Libro Blanco—. Lo llamaban el Hacedor de Reyes.

CERSEI (4)

«Tres imbéciles harapientos con un saco de cuero —pensó la reina cuando se arrodillaron ante ella. Su aspecto no la alentaba en absoluto—. En fin, siempre cabe la posibilidad...»

—Alteza —dijo Qyburn en voz baja—, el Consejo Privado...

—... aguardará hasta que yo diga. Tal vez podamos llevarle la noticia de la muerte de un traidor.

Al otro lado de la ciudad, las campanas del septo de Baelor tañían su doblar lúgubre.

«Ninguna campana sonará por ti, Tyrion —pensó Cersei—. Meteré tu cabeza en brea y echaré a los perros tu cuerpo deformé.»

—Levantaos —les dijo a los aspirantes a señores—. Mostradme qué habéis traído.

Se levantaron. Eran tres hombres feos y andrajosos. Uno tenía un forúnculo en el cuello, y ninguno se había lavado en medio año. La perspectiva de otorgar el título de señores a semejante chusma le hacía cierta gracia.

«Podría sentarlo al lado de Margaery en los banquetes.» Cuando el imbécil del jefe desató el cordel del saco y metió la mano dentro, un intenso olor a podredumbre invadió la sala de audiencias. La cabeza que sacó era gris verdosa, llena de gusanos. «Huele igual que mi padre.» Dorcas contuvo el aliento; Jocelyn se llevó una mano a la boca y vomitó.

La Reina examinó el trofeo sin parpadear.

—Os habéis equivocado de enano —dijo por fin, cada palabra cargada de resentimiento.

—No, no —se atrevió a replicar uno de los imbéciles—. Tiene que ser él. Es un enano, ¿veis? Lo que pasa es que está un poco podrido.

—Y le ha crecido una nariz nueva —señaló Cersei—. Un tanto protuberante, en mi opinión. Tyrion perdió la nariz en una batalla.

Los tres imbéciles intercambiaron una mirada.

—No lo sabíamos —dijo el que tenía la cabeza en la mano—. Este se presentó como si tal cosa, un enano de lo más feo, así que pensamos...

—Nos dijo que era un gorrión —añadió el del forúnculo—, y tú dijiste que mentía. —Se dirigía al tercero.

La Reina se enfureció con sólo pensar que había hecho esperar a su Consejo Privado por culpa de aquella farsa.

—Me habéis hecho perder el tiempo y habéis asesinado a un inocente. Debería cortaros la cabeza. —Pero, si lo hacía, otros hombres podían titubear y dejar que escapara el Gnomo. Antes de permitirlo prefería tener delante una montaña de

cabezas de enano—. Fuera de mi vista.

—Como digáis, Alteza —dijo el forúnculo—. Os pedimos perdón.

—¿Queréis la cabeza? —preguntó el hombre que la tenía en la mano.

—Entregádsela a Ser Meryn. No, descerebrado, en el saco. Eso. Acompañadlos a la salida, Ser Osmund.

Trant retiró la cabeza, y Kettleblack se llevó a los verdugos, con lo que sólo quedó el desayuno de Lady Jocelyn como prueba de su visita.

—Limpia eso ahora mismo —ordenó la Reina.

Era la tercera cabeza que le llevaban.

«Por lo menos, este era un enano de verdad.» La anterior había pertenecido a un niño un tanto feo.

—No temáis; alguien dará con el enano —dijo Ser Osmund para tranquilizarla—. Y entonces nos aseguraremos de que muera.

«¿De verdad?» La noche anterior, Cersei había soñado con la anciana, con su papada temblorosa y su voz de graznido. Maggy *la Rana*, como la llamaban en Lannisport. «Si mi padre se hubiera enterado de lo que me dijo, le habría cortado la lengua. —Pero Cersei nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a Jaime—. Melara decía que, si no hablábamos nunca de sus profecías, acabaríamos por olvidarlas. Decía que una profecía olvidada no podía convertirse en realidad.»

—Tengo informadores que siguen la pista del Gnomo por todas partes, Alteza —dijo Qyburn. Se había ataviado con algo parecido a una túnica de maestre, pero blanca en lugar de gris, tan inmaculada como las capas de la Guardia Real. Los dobladillos, las mangas y el cuello alto y rígido tenían adornos de hilo de oro en forma de volutas, y se ceñía la cintura con un fajín también dorado—. Antigua, Puerto Gaviota, Dorne... hasta en las Ciudades Libres. Allá donde vaya, mis informantes lo encontrarán.

—Dais por supuesto que ha salido de Desembarco del Rey. Por lo que sabemos, podría estar escondido en el septo de Baelor, colgándose de las cuerdas de las campanas para hacer ese ruido horroroso. —Cersei hizo un gesto de amargura y permitió que Dorcas la ayudara a levantarse—. Vamos, mi señor. Mi consejo aguarda. —Cogió a Qyburn por el brazo para bajar las escaleras—. ¿Os habéis encargado de esa tarea que os encomendé?

—Sí, Alteza. Siento que haya tomado tanto tiempo. Es una cabeza tan grande... Los escarabajos tardaron varias horas en comerse toda la carne. A modo de disculpa he forrado con fieltro una caja de marfil y plata; será una presentación adecuada para la calavera.

—Un saco habría servido igual. El príncipe Doran quiere la cabeza, pero le importa un bledo en qué caja vaya.

El repicar de las campanas se oía aún más fuerte en el patio.

«No era más que un septón supremo. ¿Cuánto tiempo tendremos que aguantar esto?» El tañido era más melodioso que los gritos de la Montaña, pero, aun así...

Qyburn pareció adivinar sus pensamientos.

—Las campanas callarán cuando se ponga el sol, Alteza.

—Será un alivio. ¿Cómo lo sabéis?

—Para serviros, tengo que saber.

«Varys nos había hecho creer que era insustituible. ¡Qué imbéciles fuimos! — Cuando la Reina hizo saber que Qyburn ocupaba el lugar del eunuco, las alimañas habituales se apresuraron a presentarse ante él para cambiar sus susurros por unas monedas—. Siempre fue cuestión de plata, no de la Araña. Qyburn nos prestará el mismo servicio.» Tenía ganas de ver la cara que ponía Pycelle cuando el piromante ocupara su asiento.

Siempre que se celebraba una reunión del Consejo Privado había un caballero de la Guardia Real apostado ante las puertas. Aquel día, el elegido era Ser Boros Blount.

—Ser Boros —saludó la Reina en tono afable—, estáis algo demacrado esta mañana. ¿Os ha sentado mal algo que hayáis comido, tal vez?

Jaime lo había nombrado catador real.

«Una misión sabrosa, pero humillante para un caballero.» Blount no lo soportaba. Su papada temblorosa se sacudió cuando les abrió la puerta.

Los consejeros guardaron silencio cuando los vieron entrar. Lord Gyles tosió a modo de saludo, suficientemente alto para despertar a Pycelle. Los demás se levantaron y mascullaron galanterías. Cersei los obsequió con una levísima sonrisa.

—Espero que mis señores disculpen el retraso.

—Estamos aquí para servir a Vuestra Alteza —respondió Ser Harys Swyft—. Ha sido un placer aguardar vuestra llegada.

—Doy por supuesto que todos conocéis a Lord Qyburn.

El Gran Maestre Pycelle no la decepcionó.

—¿Lord Qyburn? —Se atragantó al tiempo que se ponía rojo—. Alteza, esto no es... Un maestre tiene votos sagrados, jura no poseer tierras, ni títulos...

—Vuestra Ciudadela le quitó la cadena —le recordó Cersei—. Si no es maestre, nada lo obliga a respetar los votos. Como sin duda recordaréis, al eunuco también se le otorgó el título de señor.

Pycelle no podía ni hablar.

—Este hombre es... No vale...

—No os atreváis a hablarme a mí de valía, y menos después de la chapuza hedionda que hicisteis con el cadáver de mi padre.

—Alteza, no podéis decir en serio... —Alzó una mano llena de manchas, como para protegerse de un golpe—. Las hermanas silenciosas evisceraron a Lord Tywin, le drenaron la sangre... Tomaron todas las precauciones... Le llenaron el cuerpo con

sales y hierbas aromáticas...

—Ahorradme los detalles asquerosos; ya olí el resultado de vuestras precauciones. Las artes curativas de Lord Qyburn le salvaron la vida a mi hermano, y no me cabe duda de que servirá al Rey mucho mejor que ese eunuco y sus sonrisas bobaliconas. ¿Conocéis a vuestros compañeros del consejo, mi señor?

—Mal informador sería si no los conociera, Alteza.

Qyburn se sentó entre Orton Merryweather y Gyles Rosby.

«Mis consejeros.» Cersei había arrancado todas las rosas, así como a los afectos a su tío y a sus hermanos Jaime y Tyrion, y los había sustituido por hombres que le guardaban lealtad a ella. También les había dado nuevos nombres a sus cargos, tomados de las Ciudades Libres; no quería más jefe que ella en la corte. Orton Merryweather era su justicia mayor; Gyles Rosby, su lord tesorero. Aurane Mares, el joven y atractivo Bastardo de Marcaderiva, sería su gran almirante.

Y, en el cargo de Mano, Ser Harys Swyft.

Blando, calvo y obsequioso, Swyft tenía una absurda matita de barba allí donde los demás tenían la barbilla. Llevaba el gallo azul de su Casa bordado con cuentas de lapislázuli en la pechera del suntuoso jubón amarillo, y por encima lucía un manto de terciopelo azul decorado con un centenar de manos doradas. Ser Harys se había emocionado mucho con el nombramiento, y era demasiado lerdo para darse cuenta de que su función era más de rehén que de Mano. Su hija era la esposa de Kevan, a la que este amaba pese al pecho plano, las piernas de pollo y la falta de mentón. Mientras tuviera controlado a Ser Harys, Kevan Lannister se lo pensaría dos veces antes de enfrentarse a ella.

«La verdad es que un suegro no es el rehén ideal, pero un escudo frágil es mejor que nada.»

—¿Nos honrará el Rey con su presencia? —preguntó Orton Merryweather.

—Mi hijo está jugando con su pequeña reina. Por el momento, lo único que sabe de reinar es estampar el sello real en los papeles. Su Alteza aún es demasiado joven para comprender los asuntos de estado.

—¿Y nuestro valeroso Lord Comandante?

—Ser Jaime se encuentra en la armería; le están haciendo una mano. Ya sé que todos estamos hartos de verle el muñón. Y mucho me temo que se aburriría tanto como Tommen. —Aurane Mares dejó escapar una risita. «Bien. Cuanto más se ríen menos amenazadores son. Que rían», pensó Cersei—. ¿Tenemos vino?

—Desde luego, Alteza. —Orton Merryweather no era atractivo; tenía una nariz enorme que le daba aspecto de estúpido y una indómita mata de pelo entre rojizo y anaranjado, pero siempre era cortés—. Hay tinto dorniense y dorado del Rejo, y un excelente hidromiel dulce de Altojardín.

—El dorado, gracias. Los vinos de Dorne me resultan tan desagradables como sus

habitantes. En fin, ya que estamos, podemos empezar por ellos —dijo mientras Merryweather le llenaba la copa.

Al Gran Maestre Pyccelle le seguían temblando los labios, pero consiguió recuperar el habla.

—Como ordenéis. El príncipe Doran ha puesto bajo custodia a las rebeldes bastardas de su hermano, pero Lanza del Sol sigue siendo un hervidero. El príncipe nos ha escrito: dice que no podrá calmar los ánimos hasta que reciba la justicia que se le prometió.

—Desde luego. —«Qué cargante es ese príncipe»—. Su larga espera está a punto de terminar. Voy a enviar a Balon Swann a Lanza del Sol, para que le entregue la cabeza de Gregor Clegane.

Ser Balon tendría también otra misión, pero eso era mejor guardarlo en secreto.

—Ah. —Ser Harys Swyft se tironeó de la barbita con el índice y el pulgar—. ¿De modo que Ser Gregor ha muerto?

—Eso parece, mi señor —replicó Aurane Mares con tono cortante—. Tengo entendido que separar la cabeza del tronco suele ser mortal.

Cersei le dedicó una sonrisa; le gustaba cierta dosis de sarcasmo, siempre que el objetivo no fuera ella.

—Ser Gregor falleció a causa de las heridas, tal como predijo el Gran Maestre Pyccelle.

Pyccelle carraspeó y miró a Qyburn con gesto hosco.

—La lanza estaba envenenada. Nadie lo habría podido salvar.

—Eso dijisteis. Lo recuerdo perfectamente. —La reina se volvió hacia su Mano—. ¿De qué estabais hablando cuando he llegado, Ser Harys?

—De los gorriones, Alteza. El septón Raynard dice que puede haber más de dos mil en la ciudad, y cada día llegan más. Sus dirigentes anuncian la condenación; dicen que se adora a un demonio...

Cersei probó el vino. «Muy bueno.»

—¿Cómo si no llamarías a ese dios rojo al que adora Stannis? La Fe tendría que enfrentarse a esa abominación. —Qyburn, siempre astuto, se lo había recordado—. Siento decir que el difunto Septón Supremo dejaba pasar demasiadas cosas. La edad le había nublado la vista y mermado las fuerzas.

—Era un viejo, Alteza; estaba acabado. —Qyburn sonrió a Pyccelle—. Su fallecimiento no nos tendría que haber sorprendido. ¿Qué más se puede pedir que morir tranquilo, mientras se duerme, habiendo cumplido muchos años?

—Ciento —asintió Cersei—, pero esperemos que su sucesor sea más vigoroso. Mis amigos de la otra colina me dicen que probablemente se nombrará a Torbert o a Raynard.

El Gran Maestre Pyccelle carraspeó.

—Yo también tengo amigos entre los Máximos Devotos, y me hablan del septón Ollidor.

—No se puede descartar a Luceon —intervino Qyburn—. Anoche ofreció un banquete a treinta Máximos Devotos; cenaron cochinillo y dorado del Rejo, y durante el día les da mendragos a los pobres para demostrar lo piadoso que es.

Aurane Mares parecía tan aburrido como Cersei con tanta charla de septones. Visto de cerca, tenía el pelo más plateado que dorado, y los ojos de un gris verdoso, mientras que el príncipe Rhaegar los había tenido violeta. Y pese a todo, el parecido era tan marcado... ¿Mares se afeitaría la barba si se lo pedía? Era diez años más joven que ella, pero la deseaba; Cersei lo sabía por su manera de mirarla. Los hombres la habían mirado así desde que le empezaron a crecer los pechos.

«Decían que porque era muy hermosa, pero Jaime también era hermoso, y a él no lo miraban así.» Cuando era pequeña a veces se ponía la ropa de su hermano a modo de broma. Le llamaba la atención lo diferente que era el trato que le daban los hombres cuando la tomaban por Jaime. Hasta el propio Lord Tywin...

Pycelle y Merryweather seguían discutiendo quién era el candidato más probable a Septón Supremo.

—Tanto me da uno como otro —anunció la Reina bruscamente—, pero sea quien sea el que se ciña la corona de cristal, tendrá que decretar el anatema del Gnomo. —El silencio del anterior Septón Supremo en lo referente a Tyrion había llamado mucho la atención—. En cuanto a esos gorriones rosados, mientras no hablen de traición en sus prédicas, son problema de la Fe, no nuestro.

Lord Orton y Ser Harys mascullaron unas palabras de asentimiento. El intento de Gyles Rosby de hacer lo mismo se vio interrumpido por un ataque de tos. Cersei apartó la vista, asqueada, cuando escupió una flema sanguinolenta.

—¿Habéis traído la carta del Valle, maestre?

—Sí, Alteza. —Pycelle la sacó de su montón de papeles y la extendió en la mesa—. Más que una carta es una declaración de recusación. Firmada en Piedra de las Runas por Yohn Royce, Lady Waynwood, Lord Hunter, Lord Redfort, Kird Belmore y Symond Templeton, el Caballero de Nuevestrellas. Todos han puesto su sello. Escriben...

«Un montón de sandeces.»

—Mis señores pueden leer la carta si quieren. Royce y los demás están reuniendo un ejército al pie del Nido de Águilas. Quieren que Meñique deje el cargo de Lord Protector del Valle, si es necesario por la fuerza. Y la pregunta es: ¿debemos permitirlo?

—¿Nos ha pedido ayuda Lord Baelish? —preguntó Harys Swyft.

—Todavía no. Lo cierto es que no parece ni preocupado. En su última carta sólo menciona a los rebeldes de pasada antes de rogarle encarecidamente que le envíe

unos tapices viejos de Robert.

Ser Harys se acarició la barbita.

—Y los Señores Recusadores, ¿le piden su apoyo al Rey?

—No.

—En ese caso... Tal vez no tengamos que hacer nada.

—Una guerra en el Valle sería una tragedia —señaló Pycelle.

—¿Guerra? —Orton Merryweather se echó a reír—. Lord Baelish es un hombre de lo más divertido, pero con frases ingeniosas no se combate. Dudo que vaya a haber derramamiento de sangre. ¿Y qué más da quién sea el regente en nombre del pequeño Lord Robert, mientras el Valle nos siga enviando los impuestos?

«Es verdad», decidió Cersei. Meñique le había resultado mucho más útil en la corte. «Tenía talento para conseguir oro, y no tosía.»

—Lord Orton me ha convencido. Maestre Pycelle, enviad instrucciones a esos señores; no quiero que Petyr sufra daño alguno. Por lo demás, la corona acepta las disposiciones que se hagan para el gobierno del Valle hasta la mayoría de edad de Robert Arryn.

—Muy bien, Alteza.

—¿Podemos hablar de la flota? —preguntó Aurane Mares—. De todas nuestras naves, menos de una docena sobrevivió al infierno del Aguasnegras. Es imprescindible que las reconstruyamos.

—El dominio en el mar es fundamental —asintió Orton Merryweather—. ¿Podríamos utilizar a los hombres del hierro? Ya sabéis, el enemigo de nuestro enemigo... ¿Qué precio pondría el Trono de Piedramar a una alianza con nosotros?

—Quieren el Norte —respondió el Gran Maestre Pycelle—, como el noble padre de nuestra reina le prometió a la Casa Bolton.

—Qué inoportuno —dijo Merryweather—. De todos modos, el Norte es muy grande. Las tierras se podrían repartir. No tiene por qué ser un acuerdo permanente. Puede que Bolton acceda, siempre que le aseguremos que nuestras fuerzas se pondrán a sus órdenes cuando hayan acabado con Stannis.

—Tengo entendido que Balon Greyjoy ha muerto —intervino Ser Harys Swyft—. ¿Sabemos quién gobierna ahora en las islas? ¿No tenía un hijo Lord Balon?

—¿Leo? —tosió Lord Gyles—. ¿Theo?

—Theon Greyjoy, criado en Invernalia como pupilo de Eddard Stark —respondió Qyburn—. No creo que nos tenga en mucha estima.

—Me parece que lo mataron —señaló Merryweather.

—¿Era el único hijo? —Ser Harys se tironeó de la barbita—. No. Tenía hermanos, ¿verdad?

«Varys lo habría sabido», pensó Cersei, irritada.

—No tengo la menor intención de meterme en la cama con esos calamares. Ya les

llegará el turno cuando acabemos con Stannis. Lo que necesitamos es una flota propia.

—Mi intención es construir dromones nuevos —dijo Aurane Mares—. Diez, para empezar.

—¿De dónde saldrá el dinero? —preguntó Pycelle.

Lord Gyles lo tomó como una invitación para volver a toser. Se limpió la saliva rosada con un cuadrado de seda roja.

—No hay... —consiguió decir antes del siguiente ataque de tos—. No... No tenemos...

Ser Harys fue suficientemente avisado para entender lo que se ocultaba bajo las toses.

—La corona no había tenido nunca tantos ingresos —protestó—. Me lo dijo el propio Ser Kevan.

Lord Gyles tosió otra vez.

—... Gastos... Capas doradas...

No era la primera vez que Cersei oía sus objeciones.

—Nuestro lord tesorero trata de decírnos que tenemos demasiados capas doradas y poco oro. —Las toses de Rosby empezaban a exasperarla. «Puede que Garth *el Grosero* no fuera tan mala opción»—. Los ingresos de la corona son elevados, pero no tanto como para saldar las deudas que dejó Robert. Por tanto, he decidido retrasar el pago de los importes que se adeudan a la Sagrada Fe y al Banco de Hierro de Braavos hasta que termine la guerra. —Sin duda, el nuevo Septón Supremo se retorcería las sagradas manos, y los braavosis chillarían y protestarían, ¿y qué?—. Con lo que ahorraremos podremos construir la nueva flota.

—Vuestra Alteza es sabia —dijo Lord Merryweather—. Es una excelente medida. Sí, excelente, e imprescindible hasta el final de la guerra. Estoy de acuerdo.

—Y yo —corrobó Ser Harys.

—Alteza —intervino Pycelle con voz temblorosa—, me temo que eso causaría más problemas de los que imagináis. El Banco de Hierro...

—... sigue estando en Braavos, al otro lado del mar. Tendrán su oro, maestre. Un Lannister siempre paga sus deudas.

—Los braavosis también tienen un dicho. —La cadena enjoyada de Pycelle tintineó—. El Banco de Hierro obtiene lo que le pertenece.

—El Banco de Hierro obtendrá lo que le pertenece cuando yo lo diga. Hasta ese momento, aguardará con respeto. Lord Mares, podéis empezar con la construcción de los dromones.

—Muy bien, Alteza.

Ser Harys repasó otros papeles.

—El siguiente asunto... Hemos recibido una carta de Lord Frey, que presenta

algunas reclamaciones...

—¿Cuántas tierras y honores va a querer ese hombre? No para de pedir —saltó la Reina—. Su madre debe de tener tres tetas.

—Puede que mis señores no lo sepan —dijo Qyburn—, pero en las tabernas y mentideros de esta ciudad, hay quien sugiere que tal vez la corona fuera cómplice del crimen de Lord Walder.

Los otros consejeros lo miraron, inseguros.

—¿Os referís a la Boda Roja? —preguntó Aurane Mares.

—¿Crimen? —dijo Ser Harys.

Pycelle se aclaró la garganta. Lord Gyles tosió.

—Esos gorriones hablan demasiado —advirtió Qyburn—. Dicen que la Boda Roja fue una afrenta contra las leyes de los dioses y los hombres, y que los que tomaron parte en ella están malditos.

Cersei captó la intención.

—Lord Walder no tardará en enfrentarse al juicio del Padre. Es muy viejo. Que los gorriones escupan en su recuerdo; no tiene nada que ver con nosotros.

—No —dijo Ser Harys.

—No —dijo Lord Merryweather.

—Eso no se le pasa por la cabeza a nadie —dijo Pycelle.

Lord Gyles tosió.

—Un poco de saliva en la tumba de Lord Walder no molestará a los gusanos —accedió Qyburn—, pero también nos sería útil que alguien recibiera un castigo por lo de la Boda Roja. Unas cuantas cabezas de Frey contribuirían a pacificar el Norte.

—Lord Walder no sacrificaría jamás a los suyos —señaló Pycelle.

—No —dijo Cersei, pensativa—, pero tal vez sus herederos no sean tan remilgados. Esperemos que Lord Walder no tarde en hacernos el favor de morir. ¿Qué mejor ocasión se le puede presentar al nuevo señor del Cruce para librarse de hermanastros incómodos, primos desagradables y hermanas manipuladoras? Le bastará con declararlos culpables.

—Mientras aguardamos la muerte de Lord Walder, hay otro asunto —dijo Aurane Mares—. La Compañía Dorada ha roto su contrato con Myr. Por lo que se comenta en los muelles, Lord Stannis la ha contratado y está cruzando el mar.

—¿Con qué va a pagar? —quiso saber Merryweather—. ¿Con nieve? Si se llaman Compañía Dorada es por algo. ¿Cuánto oro tiene Stannis?

—Poco —le aseguró Cersei—. Lord Qyburn ha hablado con los tripulantes de esa galera myriense de la bahía. Aseguran que la Compañía Dorada se dirige hacia Volantis. Si tiene intención de cruzar a Poniente, se ha equivocado de dirección.

—Puede que se hayan hartado de luchar en el bando perdedor —sugirió Lord Merryweather.

—Eso también —asintió la Reina—. Habría que estar ciego para no darse cuenta de que estamos a punto de ganar la guerra. Lord Tyrell tiene Bastión de Tormentas bajo asedio. Aguasdulces está rodeado por los Frey y por las fuerzas de mi primo Daven, el nuevo Guardián del Occidente. Los barcos de Lord Redwyne han pasado los estrechos de Tarth y avanzan con rapidez costa arriba. En Rocadragón únicamente quedan unos cuantos botes de pescadores para impedir el desembarco de Redwyne. Puede que el castillo resista un tiempo, pero en cuanto tomemos el puerto cortaremos la salida de la guarnición por mar. Entonces, la única molestia que nos quedará será Stannis.

—Si damos crédito a Lord Janos, está intentando hacer causa común con los salvajes —aviso el Gran Maestre Pycelle.

—Son animales que se visten con pieles —declaró Lord Merryweather—. Lord Stannis debe de estar muy desesperado para buscar semejante alianza.

—Desesperado y equivocado —convino la Reina—. Los norteños detestan a los salvajes. A Roose Bolton no le costará nada ganarlos para nuestra causa. Unos cuantos ya se han unido a su hijo bastardo para ayudarlo a expulsar a los condenados hombres del hierro de Foso Cailin y despejar el camino para el regreso de Lord Bolton. Umber, Ryswell... Los otros nombres se me han olvidado. Hasta Puerto Blanco está a punto de unírsenos. Su señor ha accedido a casar a sus dos nietas con nuestros amigos Frey y abrirles su puerto a nuestros barcos.

—Yo creía que no teníamos barcos —dijo Ser Harys, desconcertado.

—Wyman Manderly era banderizo leal de Eddard Stark —señaló el Gran Maestre Pycelle—. ¿Se puede confiar en él?

«No se puede confiar en nadie.»

—Es un viejo gordo y asustado. Pero hay un asunto en el que se muestra inflexible: dice que no doblará la rodilla hasta que le sea devuelto su heredero.

—¿Tenemos a su heredero? —preguntó Ser Harys.

—Si aún vive, debe de estar en Harrenhal. Gregor Clegane lo tomó prisionero. —La Montaña no siempre había tratado bien a sus prisioneros, ni siquiera a los que valían un buen rescate—. Si está muerto, tendremos que enviar a Lord Manderly la cabeza de los que lo mataron, junto con nuestras más sentidas disculpas.

Si una cabeza había bastado para aplacar a un príncipe de Dorne, sin duda con un saco habría de sobra para un norteño gordo vestido con pieles de foca.

—¿Y Lord Stannis no buscará también una alianza con Puerto Blanco? —preguntó el Gran Maestre Pycelle.

—Sí, ya lo ha intentado. Lord Manderly nos ha enviado las cartas que le hizo llegar y le ha respondido con evasivas. Stannis exige las espadas y la plata de Puerto Blanco, y a cambio ofrece... La verdad, nada. —Algún día tendría que encenderle una vela al Desconocido por llevarse a Renly y dejar a Stannis. De haber sido al revés, la

vida se le habría complicado mucho—. Esta misma mañana ha llegado otro pájaro. Stannis ha enviado a su contrabandista de cebollas a negociar en su nombre con Puerto Blanco. Manderly lo ha encerrado en una celda, y nos pregunta qué hace con él.

—Que nos lo mande para que lo interroguemos —sugirió Lord Merryweather—. Puede que sepa cosas que nos sean muy útiles.

—Que muera —dijo Qyburn—. Será toda una lección para el Norte; así verán qué les pasa a los traidores.

—Estoy de acuerdo —dijo la Reina—. He dado instrucciones a Lord Manderly para que le haga cortar la cabeza de inmediato. Eso evitirá toda posibilidad de que Puerto Blanco preste apoyo a Stannis.

—Stannis va a necesitar otra Mano —señaló Aurane Mares con una risita—. ¿Quién será? ¿El Caballero de la Remolacha?

—¿El Caballero de la Remolacha? —dijo Ser Harys Swyft, confuso—. ¿Quién es? No había oído hablar de él.

La única respuesta de Mares fue poner los ojos en blanco.

—¿Y si Lord Manderly se niega? —inquirió Merryweather.

—No se atreverá. La cabeza del Caballero de la Cebolla es la moneda que necesitará para comprar la vida de su hijo. —Cersei sonrió—. Puede que ese viejo idiota fuera leal a los Stark a su manera, pero ahora que los lobos de Invernalia se han extinguido...

—Vuestra Alteza se olvida de Lady Sansa —señaló Pyccelle.

—Podéis estar seguro de que no me he olvidado de la pequeña loba. —La Reina se puso tensa. Se negaba incluso a pronunciar el nombre de la niña—. Tendría que haberla encerrado en las celdas negras, por ser hija de un traidor, y lo que hice fue abrirle las puertas de mi casa. Compartió mis habitaciones y mi chimenea, jugó con mis hijos, la alimenté, la vestí, traté de que fuera un poco menos ignorante en lo que respecta a las cosas del mundo, y ¿cómo pagó mi bondad? Ayudando a matar a mi hijo. Cuando encontraremos al Gnomo, encontraremos también a Lady Sansa. No está muerta... Pero os aseguro que antes de que acabe con ella, cantará al Desconocido y le suplicará su beso.

Se hizo un silencio incómodo.

«¿Qué pasa? ¿Se han tragado la lengua?», pensó Cersei, irritada. Cosas como aquella hacían que se preguntara de qué le servía tener un consejo.

—En cualquier caso —continuó la Reina—, la hija pequeña de Lord Eddard está con Lord Bolton, y se casará con su hijo Ramsay en cuanto caiga Foso Cailin. —Mientras la cría representara su papel suficientemente bien para respaldar sus aspiraciones a Invernalia, a ninguno de los Bolton le importaría que fuera en realidad la mocosa de un mayordomo adiestrada por Meñique—. Si el Norte quiere un Stark,

tendrá un Stark. —Dejó que Lord Merryweather le volviera a llenar la copa—. Pero ha surgido otro problema en el Muro: los hermanos de la Guardia de la Noche han perdido el juicio y han elegido Lord Comandante al hijo bastardo de Ned Stark.

—El muchacho se apellida Nieve —señaló Pycelle, poco servicial.

—Lo vi una vez en Invernia —siguió la Reina—, y eso que los Stark hacían lo posible por esconderlo. Se parece mucho a su padre.

Los bastardos de su esposo también se le parecían, aunque al menos, Robert había tenido la decencia de mantenerlos ocultos. En cierta ocasión, tras el lamentable asunto del gato, farfulló algo sobre llevar a la corte a una hija ilegítima.

—Haz lo que te dé la gana —fue la respuesta de Cersei—, pero puede que la ciudad no sea un lugar saludable para que crezca una niña.

Le había resultado difícil ocultarle a Jaime el moretón que le habían costado aquellas palabras, pero no se volvió a mencionar a la bastarda.

«Catelyn Tully era un ratón; de lo contrario habría asfixiado a ese Jon Nieve cuando aún estaba en la cuna. Pero me dejó el trabajo sucio a mí.»

—Nieve comparte con Lord Eddard su tendencia a la traición —dijo Cersei—. El padre le habría entregado el reino a Stannis, y el hijo le ha dado tierras y castillos.

—La Guardia de la Noche no toma parte en las guerras de los Siete Reinos —les recordó Pycelle—. Los hermanos negros han conservado esta tradición durante cuatro mil años.

—Hasta ahora —replicó Cersei—. El bastardo nos ha escrito para jurar que la Guardia de la Noche no tomará partido, pero sus actos contradicen sus palabras. Ha dado comida y refugio a Stannis, y aun así tiene la insolencia de suplicarnos armas y hombres.

—Es un ultraje —declaró Lord Merryweather—. No podemos permitir que la Guardia de la Noche una sus fuerzas a las de Lord Stannis.

—Tenemos que declarar a Nieve rebelde y traidor —coincidió Ser Harys Swyft—. Los hermanos negros se verán obligados a destituirlo.

El Gran Maestre Pycelle asintió con parsimonia.

—Propongo que informemos al Castillo Negro de que no se enviarán más hombres hasta que se quiten de en medio a Nieve.

—Harán falta remeros para los nuevos dromones —señaló Aurane Mares—. Dad instrucciones a los señores para que me envíen a sus furtivos y a sus ladrones, en vez de mandarlos al Muro.

Qyburn se inclinó hacia delante con una sonrisa.

—La Guardia de la Noche nos defiende de los tiburientes y los endriagos. Tenemos que ayudar a los hermanos negros, mis señores.

Cersei le dirigió una mirada hosca.

—¿Qué estáis diciendo?

—Pensadlo bien —dijo Qyburn—. La Guardia de la Noche lleva años suplicándonos hombres. Lord Stannis ha respondido a sus peticiones. ¿Puede hacer menos el rey Tommen? Vuestra Alteza debería enviar a un centenar de hombres al Muro. En apariencia para que vistan el negro, pero en realidad...

—Para que aparten del mando a Jon Nieve —terminó Cersei, encantada. «Sabía que hacía bien al darle un puesto en el consejo»—. Eso es lo que haremos. —Se echó a reír. «Si el bastardo ha salido a su padre, no sospechará nada. Puede que hasta me dé las gracias antes de que le hundan el cuchillo entre las costillas»—. Habrá que hacerlo con cautela, por supuesto. Dejad lo demás en mis manos, señores. Así hay que enfrentarse al enemigo: con un puñal, no con una declaración. El de hoy ha sido un día fructífero, mis señores. Os lo agradezco. ¿Queda algo por tratar?

—Una última cosa, Alteza —dijo Aurane Mares en tono de disculpa—. Siento molestar al consejo con un asunto tan nimio, pero en los muelles se oyen últimamente cosas muy extrañas. Son comentarios de los marineros que vienen del este. Hablan de dragones...

—Claro, y de manticoras, y de tiburientes. —Cersei dejó escapar una risita—. Venid a verme cuando oigáis hablar de enanos, mi señor. —Se levantó para indicar que la reunión había terminado.

El tormentoso viento de otoño soplababa cuando Cersei salió de la cámara del consejo; las campanas de Baelor *el Santo* todavía entonaban su fúnebre tañido al otro lado de la ciudad. En el patio, cuarenta caballeros se atacaban con espadas y escudos, con lo que el fragor era aún más insoportable. Ser Boros Blount escoltó a la Reina a sus habitaciones, donde ya se encontraba Lady Merryweather; se reía con Jocelyn y Dorcas.

—¿Qué es lo que os hace tanta gracia?

—Los gemelos Redwyne —respondió Taena—. Los dos se han enamorado de Lady Margaery. Antes se peleaban siempre por quién sería el siguiente señor del Rejo. Ahora, los dos quieren unirse a la Guardia Real, sólo para estar cerca de la pequeña reina.

—Los Redwyne siempre han tenido más pecas que sesos. —Pero era un dato útil. «Si encontraran a Horror o a Baboso en la cama con Margaery...» Cersei se preguntó si a la pequeña reina le gustarían las pecas—. Dorcas, haz venir a Ser Osney Kettleblack.

Dorcas se sonrojó.

—Como ordenéis.

Cuando salió la muchacha, Taena Merryweather miró a la Reina con gesto interrogativo.

—¿Por qué se ha puesto tan roja?

—Ah, el amor... —Fue el turno de Cersei de echarse a reír—. Le gusta nuestro

Ser Osney. —Era el más joven de los Kettleblack, el que iba afeitado. Tenía el mismo pelo negro, la misma nariz ganchuda y la misma sonrisa fácil que su hermano Osmund, pero llevaba en una mejilla tres largos araños, cortesía de una de las putas de Tyrion—. Me imagino que le gustan las cicatrices.

Los ojos oscuros de Lady Merryweather tenían un brillo travieso.

—Claro. Las cicatrices dan a los hombres aspecto peligroso, y el peligro es excitante.

—Me escandalizáis, mi señora —bromeó la Reina—. Si tanto os excita el peligro, ¿por qué os casasteis con Lord Orton? Es verdad que todos lo adoramos, pero aun así...

En cierta ocasión, Petyr había señalado que el cuerno de la abundancia que adornaba el escudo de la Casa Merryweather le iba de maravilla a Lord Orton, porque tenía el pelo color zanahoria, la nariz tan abultada como una remolacha y puré de guisantes en lugar de cerebro.

Taena se echó a reír.

—Mi señor es más generoso que peligroso, no cabe duda. Aunque... Espero que Vuestra Alteza no tenga mala opinión de mí, pero no llegué doncella a la cama de Orton.

«En las Ciudades Libres sois todas unas putas, ¿eh?» Bueno era saberlo; tal vez algún día le resultara útil aquella información.

—Decidme ¿quién era ese amante tan... tan peligroso?

La piel aceitunada de Taena se puso aún más oscura cuando se sonrojó.

—Oh, no debería haber dicho nada. Vuestra Alteza me guardará el secreto, ¿verdad?

—Los hombres tienen cicatrices; las mujeres, secretos.

Cersei le dio un beso en la mejilla.

«Ya te sacaré su nombre.»

Cuando Dorcas regresó con Ser Osney Kettleblack, la Reina les pidió a sus damas que se retiraran.

—Sentaos conmigo junto a la ventana, Ser Osney. ¿Queréis una copa de vino? — Se sirvió una—. Lleváis la capa un tanto deshilachada. Tengo intención de daros una nueva.

—¿Cómo? ¿Blanca? ¿Quién ha muerto?

—Por ahora, nadie —replicó la reina—. ¿Eso es lo que deseáis? ¿Uniros a vuestro hermano Osmund en la Guardia Real?

—Preferiría estar en la Guardia de la Reina, si a Vuestra Alteza le parece bien.

Cuando Osney sonreía, las cicatrices de la mejilla se le ponían de un rojo vivo. Los dedos de Cersei se deslizaron por su pecho.

—Sois osado, ser. Me haréis perder el control otra vez.

—Bien. —Ser Osney le cogió la mano y le besó los dedos con movimientos toscos—. Mi dulce reina.

—Sois muy travieso —susurró la Reina—. No sois un caballero de verdad. —Permitió que le tocara los pechos a través de la seda de la túnica—. Ya basta.

—No. Os deseo.

—Ya me habéis tenido.

—Sólo una vez. —Le cogió el pecho izquierdo y se lo apretó con una torpeza que le recordó a Robert.

—Una buena noche para un buen caballero. Me servisteis con valor y tuvisteis vuestra recompensa. —Cersei le pasó los dedos por los lazos de las ropas, y sintió la erección a través de los calzones—. Ayer por la mañana os vi montar en el patio. ¿Era un caballo nuevo?

—¿El corcel negro? Sí. Regalo de mi hermano Osflyd. Lo he llamado *Medianocche*.

«Increíble, qué originalidad.»

—Buena montura para la batalla. En cambio, para el placer no hay nada comparable a montar una yegua joven. —Le dedicó una sonrisa y un roce—. Decidme la verdad: ¿encontráis bonita a nuestra joven reina?

Ser Osney retrocedió un paso, con desconfianza.

—Pues... sí. Para ser una niña. Yo prefiero a una mujer.

—¿Por qué no tener a ambas? —susurró—. Arrancad la rosa para mí y veréis lo agradecida que os estoy.

—La rosa... ¿Os referís a Margaery? —El ardor de Ser Osney se estaba mustiendo en sus calzones—. Es la esposa del Rey. ¿No hubo un miembro de la Guardia Real que perdió la cabeza por acostarse con la esposa de su rey?

—Hace mucho tiempo. —«Era la amante del rey, no su esposa, y lo perdió todo menos la cabeza. Aegon lo desmembró poco a poco, y obligó a la mujer a presenciarlo.» Pero Cersei no quería llenarle el cerebro de escenas tan desagradables—. Tommen no es Aegon *el Indigno*. No temáis; hará lo que le diga. Mi intención es que la que pierda la cabeza sea Margaery, no vos.

Aquello lo dejó boquiabierto.

—Querréis decir la virginidad.

—Eso también. Suponiendo que aún la tenga. —Volvió a acariciarle las cicatrices—. A menos que penséis que Margaery no se rendiría a vuestros... encantos.

Osney le dirigió una mirada ofendida.

—Le gusto. Sus primas siempre se están metiendo conmigo por lo de la nariz, que si es muy grande y todo eso. La última vez que Megga se rió de mí, Margaery les dijo que parasen, y comentó que le gustaba mi cara.

—Ahí tenéis.

—Sí —asintió el hombre, dubitativo—, pero ¿adónde voy a ir si ella...? Si yo... ¿Después de...?

—¿... lograr la victoria? —Cersei le dedicó una sonrisa afilada—. Acostarse con la reina es traición. Tommen no tendrá más remedio que enviarlos al Muro.

—¿Al Muro? —preguntó horrorizado.

Cersei tuvo que contenerse para no soltar la carcajada.

«No, mejor no. Los hombres detestan que se rían de ellos.»

—Una capa negra os sentaría muy bien; haría juego con vuestros ojos y vuestro pelo.

—Nadie vuelve del Muro.

—Vos volveréis. Lo único que tenéis que hacer es matar a un niño.

—¿A qué niño?

—Al bastardo que se ha aliado con Stannis. Es joven e inexperto, y vos contareis con cien hombres.

Kettleblack tenía miedo, Cersei lo notaba, pero era demasiado orgulloso para reconocerlo.

«Todos los hombres son iguales.»

—He matado a tantos críos que he perdido la cuenta —insistió—. Cuando el chico haya muerto, ¿recibiré el perdón del Rey?

—Sí, junto con el título de señor. —«A no ser que los hermanos de Nieve te ahorquen primero»—. Toda reina necesita un consorte, un compañero que no conozca el miedo.

—¿Lord Kettleblack? —Una sonrisa se fue abriendo camino en su rostro; las cicatrices se habían puesto rojas como el fuego—. Me gusta como suena. Un señor señorial...

—Digno de la cama de una reina.

—El Muro es frío —dijo el hombre, con el ceño fruncido.

—Y yo cálida. —Cersei le echó los brazos al cuello—. Acostaos con una niña, matad a un niño, y seré vuestra. ¿Tendréis valor?

Osney pensó un instante antes de asentir.

—Soy vuestro hombre.

—Así es, ser. —Le dio un beso y dejó que probara su lengua un instante antes de apartarse—. Basta por ahora. Lo demás tendrá que esperar. ¿Soñaréis conmigo esta noche?

—Sí. —Tenía la voz ronca.

—¿Y cuando os encontréis en la cama con la doncella Margaery? —le preguntó, bromeando—. ¿Soñaréis conmigo cuando estéis dentro de ella?

—Sí —le juró Osney Kettleblack.

—Bien.

Cuando se marchó, Cersei llamó a Jocelyn para que le cepillara el cabello mientras ella se quitaba los zapatos y se desperezaba como una gata.

«Nací para esto —se dijo. Lo que más la complacía era la sencilla elegancia del plan. Ni siquiera Mace Tyrell osaría defender a su amada hija si la atrapaban en la cama con alguien como Osney Kettleblack, y ni Stannis Baratheon ni Jon Nieve tendrían motivos para preguntarse por qué lo enviaban al Muro. Ella misma se encargaría de que Ser Osmund fuera el que descubriera a su hermano con la pequeña reina; de esa manera no se pondría en duda la lealtad de los otros dos Kettleblack—. Si mi padre pudiera verme ahora mismo, no hablaría tan a la ligera de volver a casarme. Lástima que esté tan muerto. Igual que Robert, Jon Arryn, Ned Stark y Renly Baratheon. Todos muertos. Sólo queda Tyrion, y no durante mucho tiempo.»

Aquella noche, la Reina hizo llamar a Lady Merryweather a sus habitaciones.

—¿Queréis una copa de vino? —preguntó.

—Una copita. —La myriense se echó a reír—. O bueno, un par...

—Quiero que mañana por la mañana le hagáis una visita a mi nuera —dijo Cersei mientras Dorcas le ponía el camisón.

—Lady Margaery siempre se alegra de verme.

—Lo sé. —La Reina se había fijado en que Taena siempre llamaba así a la joven esposa de Tommen—. Decidle que he enviado siete velas de cera de abeja al septo de Baelor en recuerdo de nuestro amado Septón Supremo.

Taena se echó a reír otra vez.

—En tal caso, ella enviará setenta y siete para que no la superéis en cuestión de luto.

—Lo contrario me ofendería —replicó la Reina con una sonrisa—. Decidle también que tiene un admirador secreto, un caballero tan hechizado por su belleza que no puede conciliar el sueño.

—¿Puedo preguntar a Vuestra Alteza quién es ese caballero? —Un brillo travieso iluminaba los grandes ojos oscuros de Taena—. ¿Tal vez Ser Osney?

—Podría ser —respondió la Reina—, pero no le digáis el nombre enseguida; haced que os lo arranque. ¿Os encargaréis?

—Todo con tal de complacerlos. Es lo único que deseo, Alteza.

En el exterior soplaba un viento gélido. Se quedaron despiertas hasta bien entrada la madrugada, bebiendo dorado del Rejo y relatándose anécdotas. Taena se emborrachó bastante, y Cersei consiguió sacarle el nombre de su amante secreto. Era un capitán de barco myriense, mitad marino, mitad pirata, con el pelo negro por los hombros y una cicatriz que le recorría el rostro de la barbilla a la oreja.

—Un centenar de veces le dije que no, y él decía que sí —le contó—, hasta que al final acabé diciendo que sí yo también. Hay hombres a los que no se les puede negar nada.

—Sé a qué tipo de hombres os referís —respondió la Reina con una sonrisa seca.

—¿Vuestra Alteza ha conocido a alguno así?

—Robert —mintió mientras pensaba en Jaime.

Pero cuando cerró los ojos, con quien soñó fue con su otro hermano, y con los tres imbéciles con los que había empezado la jornada. En el sueño era la cabeza de Tyrion la que le llevaban en el saco. Ella encargaba que la recubrieran de bronce y la guardaba en el orinal de su dormitorio.

EL CAPITÁN DEL HIERRO

El viento soplaba del norte mientras el *Victoria de Hierro* rodeaba el cabo y entraba en la bahía sagrada conocida como la Cuna de Nagga.

Victarion se reunió en proa con Nute *el Barbero*. Ante ellos se cernían la sagrada costa de Viejo Wyk y la colina cubierta de hierba que la dominaba; allí estaban las costillas de Nagga, que se alzaban de la tierra como troncos de inmensos árboles blancos, tan gruesas como el mástil de un dromón y el doble de altas.

«Los huesos de la sala del Rey Gris.» Victarion percibía la magia de aquel lugar.

—Balon estuvo debajo de esos huesos la primera vez que se proclamó rey —recordó—. Juró que recuperaría la libertad para nosotros, y Tarle *el Tres Veces Ahogado* le puso en la cabeza una corona de madera arrastrada por el mar. Todos gritaron: «¡Balon! ¡Balon! ¡Balon rey!».

—De la misma manera gritarán tu nombre —dijo Nute.

Victarion asintió, aunque no compartía la seguridad del Barbero.

«Balon tuvo tres hijos varones y una hija a la que adoraba.» Eso mismo les había dicho a sus capitanes en Foso Cailin, cuando le insistieron para que reclamara su derecho al Trono de Piedramar.

—Los hijos de Balon han muerto —fue el argumento de Ralf Stonehouse *el Rojo*—, y Asha es mujer. Tú eras el brazo derecho de tu hermano, el brazo armado; tienes que recoger la espada que ha caído de su mano.

Victarion les recordó que Balon le había ordenado defender el Foso de los norteños.

—Los lobos están acabados, señor —le replicó Ralf Kenning—. ¿De qué serviría ganar este pantano y perder las islas?

—Ojo de Cuervo lleva demasiado tiempo fuera —apostilló Ralf *el Cojo*—. No nos conoce.

«Euron Greyjoy, rey de las Islas y del Norte.» La sola idea despertaba en su interior una cólera muy arraigada, pero aun así...

—Las palabras se las lleva el viento —les había contestado Victarion—, y el único viento bueno es el que nos hincha las velas. ¿Qué queréis? ¿Que me enfrente a Ojo de Cuervo? ¿Hermano contra hermano, hijo del hierro contra hijo del hierro?

Por mucho rencor que se interpusiera entre ellos, Euron seguía siendo su hermano mayor.

«No hay hombre tan maldito como el que mata a los de su sangre.»

Pero cuando llegó la convocatoria de Pelomojado, la llamada a la asamblea de sucesión, todo cambió.

«El Dios Ahogado habla por boca de Aeron —se recordó Victarion—, y si es deseo del Dios Ahogado que ocupe yo el Trono de Piedramar...» Al día siguiente dejó

Foso Cailin bajo el mando de Ralf Kenning y subió por el río Fiebre hasta el lugar donde la Flota de Hierro se ocultaba entre juncos y sauces. Mares embravecidos y vientos caprichosos habían hecho que se retrasara, pero sólo había perdido un barco en la travesía.

El *Dolor* y el *Venganza de Hierro* siguieron de cerca al *Victoria de Hierro* tras pasar el cabo. Tras ellos surcaban las aguas el *Mano Dura*, el *Viento de Hierro*, el *Fantasma Gris*, el *Lord Quellon*, el *Lord Vikon*, el *Lord Dagón* y todos los demás, nueve décimas partes de la Flota de Hierro, que aprovechaban la marea de la tarde en una columna que se prolongaba a lo largo de muchas leguas. La sola visión de sus velas llenaba de satisfacción a Victarion Greyjoy. Jamás un hombre había amado a sus esposas ni la mitad de lo que el Lord Capitán amaba sus barcos.

A lo largo de la sagrada costa de Viejo Wyk, los barcoluengos se alineaban ante la orilla hasta donde alcanzaba la vista, con los mástiles erguidos como lanzas. Los trofeos navegaban por las aguas más profundas: cocas, carracas y dromones conseguidos en saqueos o durante la guerra, demasiado grandes para acercarse a la orilla. En todas las proas, popas y mástiles ondeaban estandartes conocidos.

Nute el *Barbero* entrecerró los ojos para escudriñar la costa.

—¿No es ese el *Canción Marina* de Lord Harlaw?

El Barbero era un hombre recio, de piernas torcidas y brazos largos, pero ya no tenía una vista tan aguda como cuando era joven. En aquellos tiempos lanzaba el hacha tan bien que se decía que con un lanzamiento podría afeitar a cualquiera.

—Sí, el *Canción Marina*. —Al parecer, Rodrik *el Lector* había dejado los libros por el momento—. Y también está el *Tonante* del viejo Drumm, y a su lado, el *Vuelo Nocturno* de Blacktyde. —Los ojos de Victarion seguían siendo tan agudos como siempre. Reconocía los barcos hasta con las velas recogidas y los estandartes inertes, como correspondía al capitán de la Flota de Hierro—. También está el *Aleta Veloz*. Habrá venido alguno de los hijos de Sawane Botley.

A Victarion le había llegado la noticia de que Ojo de Cuervo había ahogado a Lord Botley, y su heredero había navegado a Foso Cailin con él y había muerto allí, pero sabía que tenía hermanos.

«¿Cuántos? ¿Cuatro? No, cinco, de tres esposas diferentes, y ninguno de ellos debe de tenerle cariño a Ojo de Cuervo.»

Fue entonces cuando lo vio: un barcoluengo de un solo mástil, alargado, esbelto, con el casco rojo oscuro. Las velas estaban recogidas; eran negras como el cielo sin estrellas. Hasta anclado, el *Silencio* tenía un aspecto cruel y rápido. En proa lucía una doncella de hierro negro con un brazo extendido. Tenía la cintura fina, los pechos erguidos y orgullosos, y las piernas largas y bien formadas. La melena de hierro negro le caía por los hombros y los ojos eran de madreperla, pero no tenía boca.

Victarion apretó los puños. Con aquellas manos había matado a golpes a cuatro

hombres y también a una esposa. Ya tenía el pelo salpicado de escarcha, pero conservaba la fuerza de siempre, el pecho ancho de un toro y el vientre plano de un joven.

«El que mata a los de su propia sangre está maldito a los ojos de los dioses y de los hombres», le había recordado Balon el día en que expulsó a Ojo de Cuervo.

—Ha venido —le dijo Victarion al Barbero—. Recoged velas; seguiremos sólo con los remos. Que el *Dolor* y el *Venganza de Hierro* se interpongan entre el *Silencio* y la salida al mar. El resto de la flota, que cierre la bahía. No quiero que nadie, ni hombre ni cuervo, salga de aquí si no es por orden mía.

Los hombres de la orilla ya habían identificado sus velas. Los gritos de saludo de amigos y familiares cruzaban la bahía. Pero ninguno procedía del *Silencio*. En sus cubiertas, una variopinta tripulación de mudos y mestizos se mantenía callada a medida que se acercaba el *Victoria de Hierro*. Su mirada se cruzó con la de hombres negros como la brecha y otros achaparrados y peludos como los simios de Sothoros.

«Monstruos», pensó Victarion.

Echaron el ancla a veinte varas del *Silencio*.

—Bajad un bote. Quiero ir a la orilla.

Se colocó el cinto mientras los remeros ocupaban sus lugares; la espada larga le colgaba a un lado y la daga al otro. Nute el Barbero le abrochó el manto de Lord Capitán en torno a los hombros. Estaba confeccionado con nueve capas de tela de hilo de oro bordadas para darles la forma del kraken de los Greyjoy, con tentáculos que le colgaban hasta las botas. Debajo llevaba una pesada cota de malla gris que le cubría las prendas de cuero negro. En Foso Cailin había llevado la cota de malla día y noche; los hombros magullados y la espalda dolorida eran preferibles a las entrañas ensangrentadas. Bastaba con un roce de las flechas envenenadas de los demonios del pantano para que, a las pocas horas, el herido se retorciera y gritara mientras la vida se le escapaba piernas abajo en chorretones marrones y negros.

«Sea quien sea el que gane el Trono de Piedramar, me ocuparé de los demonios del pantano.»

Victarion se puso un yelmo de combate alto, negro, forjado en forma de un kraken de hierro, cuyos tentáculos le rodeaban las mejillas y se le entrelazaban bajo la mandíbula. Cuando terminó, el bote ya estaba listo.

—Te dejo a cargo de los arcones —le dijo a Nute al tiempo que saltaba al otro lado de la borda—. Asegúrate de que están siempre vigilados. —Era mucho lo que dependía de ellos.

—A tus órdenes, Alteza.

Victarion lo miró con acritud.

—Todavía no soy el rey. —Descendió al bote.

Aeron *Pelomojado* lo estaba esperando donde rompían las olas, con el pellejo de

agua debajo de un brazo. El sacerdote era alto y flaco, aunque no tanto como Victarion. La nariz le sobresalía como una aleta de tiburón en el rostro huesudo, y sus ojos eran de hierro. La barba le llegaba a la cintura, y los mechones enmarañados de la cabellera le azotaban las pantorrillas cuando soplaban el viento.

—Hermano —lo saludó mientras las olas blancas y gélidas le rompían contra los tobillos—, lo que está muerto no puede morir.

—Sino que se alza de nuevo, más duro y más fuerte.

Victarion se levantó el visor del yelmo. La bahía le llenó las botas y le empapó los calzones al tiempo que Aeron le derramaba un chorro de agua marina sobre la frente. Y de esa manera rezaron.

—¿Dónde está nuestro hermano, Ojo de Cuervo? —le preguntó el Lord Capitán a Aeron *Pelomojado* cuando terminó la plegaria.

—Su carpa es la grande de hilo de oro, allí, donde más escándalo hay. Se ha rodeado de hombres impíos y de monstruos; es peor que nunca. La sangre de nuestro padre se pudrió en él.

—Y también la de nuestra madre. —Victarion jamás hablaría de asesinar a los de su sangre allí, en aquel lugar del dios, bajo los huesos de Nagga y la sala del Rey Gris, pero más de una noche había soñado con golpear el rostro burlón de Euron con el puño enfundado en el guantelete hasta que se le abrieran las carnes y la sangre corriera roja, libre. «Pero no puedo. Le di mi palabra a Balon»—. ¿Han venido todos? —le preguntó a su hermano, el sacerdote.

—Todos los importantes. Los capitanes y los reyes. —En las Islas del Hierro, capitanes y reyes eran una misma cosa, porque cada capitán reinaba en su cubierta y todo rey debía también ser capitán—. ¿Tienes intención de aspirar a la corona de nuestro padre?

Victarion se imaginó sentado en el Trono de Piedramar.

—Si el Dios Ahogado así lo quiere.

—Las olas hablarán —dijo Aeron *Pelomojado* al tiempo que daba media vuelta—. Escucha las olas, hermano.

—Así haré.

Se preguntó cómo sonaría su nombre susurrado por las olas y gritado por los capitanes y los reyes.

«Si la copa ha de ser para mí, no la apartaré.»

Una multitud se había congregado a su alrededor para deseárselo suerte y buscar su favor. Victarion reconoció a hombres de todas las islas: allí había miembros de los Blacktyde, de los Tawney, de los Orkwood, de los Stonetree, de los Wynch y de otras muchas familias. Los Goodbrother de Viejo Wyk, los Goodbrother de Gran Wyk y los Goodbrother de Monteorca también estaban presentes. Incluso habían acudido los Codd, aunque todos los hombres decentes los despreciaban. Los humildes Shepherd,

Weaver y Netley se encontraban de igual a igual con los hombres de Casas antiguas y orgullosas; hasta los humildes Humble, de sangre de siervos y esposas de sal. Un Volmark le dio una palmada a Victarion en la espalda; dos Sparr le pusieron un pellejo de vino en las manos. Bebió un largo trago, se secó los labios y se dejó guiar hacia las hogueras para escuchar las charlas sobre la guerra, las coronas, los saqueos, y la gloria y la libertad de su reino.

Aquella noche, los hombres de la Flota de Hierro levantaron una gigantesca carpas de lona a la orilla del mar para que Victarion pudiera celebrar un banquete a base de cabrito asado, bacalao en salazón y bogavante con medio centenar de capitanes de gran fama. Aeron también acudió. Sólo comió pescado y bebió agua, mientras que los capitanes ingerían cerveza suficiente para que navevara toda la Flota de Hierro. Victarion perdió la cuenta de los que le prometían gritar su nombre. Muchos de ellos eran hombres de importancia: Fralegg *el Fuerte*, el astuto Alvyn Sharp, el jorobado Hotho Harlaw... Hotho le ofreció a una de sus hijas para que fuera su reina.

—No tengo suerte con las esposas —le respondió Victarion.

Su primera mujer había fallecido al dar a luz a una niña que nació muerta. Las viruelas le arrebataron a la segunda. En cuanto a la tercera...

—Todo rey debe tener un heredero —insistió Hotho—. Ojo de Cuervo ha traído a tres hijos varones para presentarlos a la asamblea.

—Todos bastardos y mestizos. ¿Cuántos años tiene tu hija?

—Doce —respondió Hotho—. Es hermosa y fértile: acaba de florecer, y tiene el cabello del color de la miel. Sus pechos son pequeños aún, pero tiene buenas caderas. Ha salido más a su madre que a mí.

Victarion sabía que con eso quería decir que la niña no era jorobada. Cuando trató de imaginársela, sólo pudo ver a la esposa que había matado. Había acompañado con un sollozo cada uno de los golpes que le asentó, y después la llevó a las rocas para que la devoraran los cangrejos.

—Será un placer conocer a la niña después de que me coronen —dijo.

Hotho no podía pedir más, de modo que se alejó satisfecho.

Complacer a Baelor Blacktyde fue más complicado. Se sentó junto a Victarion ataviado con una túnica de lana de cordero, verada en verde y negro, y una gruesa capa de marta; parecía más un hombre de las tierras verdes que un hijo del hierro.

—Balon estaba loco; Aeron, más loco todavía, y Euron es el más loco de los tres —dijo—. ¿Qué hay de ti, Lord Capitán? Si grito tu nombre, ¿pondrás fin a la locura de esta guerra?

Victarion frunció el ceño.

—¿Quieres que hinque la rodilla?

—Si hace falta, sí. No podemos enfrentarnos solos a todo Poniente. El rey Robert nos lo demostró demasiado bien. Balon decía que pagaría el precio de la libertad,

pero fueron nuestras mujeres quienes compraron las coronas de Balon con sus lechos vacíos. Mi madre fue una de ellas. Las Antiguas Costumbres han muerto.

—Lo que está muerto no puede morir, sino que se alza de nuevo, más duro, más fuerte. Dentro de cien años se cantarán las hazañas de Balon *el Bravo*.

—Para mí será siempre Balon *el Hacedor de Viudas*. De buena gana cambiaría su libertad por un padre. ¿Me podrás dar tú un padre?

Al ver que Victarion no respondía, Blacktyde soltó un bufido y se marchó.

El ambiente en el interior de la carpa se fue haciendo más asfixiante con el humo y el calor. Dos hijos de Gorold Goodbrother empezaron a pelearse y derribaron una mesa; Will Humble perdió una apuesta y se tuvo que comer una bota; Lenwood Tawney *el Pequeño* tocó el violín mientras Romny Weaver cantaba «La copa sangrienta», «Lluvia de acero» y otras viejas canciones de saqueo. Qarl *la Doncella* y Eldred Codd bailaron la danza del dedo. Un rugido de risa estremeció la carpa cuando un dedo de Eldred fue a caer en la copa de vino de Ralf *el Cojo*.

Entre los que se reían había una mujer. Victarion se levantó y la vio junto al faldón de la carpa; estaba susurrando al oído a Qarl *la Doncella* algo que lo hacía reír. Había albergado la esperanza de que no cometiera la estupidez de presentarse allí, pero, pese a todo, no pudo contener una sonrisa al verla.

—Asha —llamó con voz imperiosa—. Ven aquí, sobrina.

La joven cruzó la carpa para ir a su lado, ágil y esbelta, con botas altas de cuero descolorido por el salitre, calzones de lana verde, una túnica marrón almohadillada y un jubón de cuero sin mangas medio desatado.

—Hola, tío. —Asha Greyjoy era más alta que la mayoría de las mujeres, pero se tuvo que poner de puntillas para besarle la mejilla—. Me alegro de verte en mi asamblea de sucesión.

—¿Tu asamblea de sucesión? —Victarion no pudo contener una carcajada—. ¿Estás borracha, sobrina? Siéntate. No he visto tu *Viento Negro* en la costa.

—Lo he atracado al pie del castillo de Norne Goodbrother y he cruzado la isla a caballo. —Se sentó en un taburete y, sin pedir permiso, se bebió el vino de Nute *el Barbero*. Nute no tuvo nada que objetar; hacía rato que se había desmayado, borracho—. ¿Quién defiende el Foso?

—Ralf Kenning. Una vez muerto el Joven Lobo, sólo nos acosan los demonios del pantano.

—Los Stark no eran los únicos norteños. El Trono de Hierro ha nombrado Guardián del Norte al señor de Fuerte Terror.

—¿Me vas a dar lecciones de táctica militar? Yo ya luchaba en batallas cuando tú aún mamabas del pecho de tu madre.

—Sí, y perdías batallas. —Asha bebió un trago de vino.

A Victarion no le gustaba que le recordaran el asunto de Isla Bella.

—Todo hombre debería perder una batalla de joven; de esa manera no perderá una guerra de mayor. Espero que no hayas venido a aspirar al trono.

Ella le dedicó una sonrisa burlona.

—¿Y si es así?

—Aquí hay hombres que te recuerdan de cuando eras una niñita, nadabas desnuda en el mar y jugabas con muñecas.

—También jugaba con hachas.

—Es verdad —tuvo que reconocer—, pero lo que necesita una mujer es un marido, no una corona. Cuando sea rey, te lo buscaré.

—Qué bueno es mi tío conmigo. ¿Quieres que te busque una esposa bonita cuando sea reina?

—No tengo suerte con las esposas. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Lo suficiente para darme cuenta de que el tío Pelomojado ha removido las cosas más de lo que pretendía. Drumm también aspira al trono, y se ha oído decir a Tarle *el Tres Veces Ahogado* que Maron Volmark es el auténtico heredero de la estirpe negra.

—El rey debe ser un kraken.

—Ojo de Cuervo es un kraken. El hermano mayor tiene derecho por encima del menor. —Asha se inclinó hacia él—. Pero yo desciendo de la sangre del rey Balon, de manera que estoy por delante de vosotros dos. Escúchame, tío...

Pero de repente se hizo el silencio. Las canciones cesaron; Lenwood Tawney *el Pequeño* bajó el violín, y los hombres volvieron la cabeza. Hasta el ruido de las bandejas y los cuchillos se apagó.

Una docena de recién llegados acababa de entrar en la carpa del banquete. Victarion vio a Jon Myre *Carapicada*, a Torwold *Dientenegro* y a Lucas Codd, *el Zurdo*. Germund Botley cruzó los brazos sobre la coraza dorada que le había quitado a un capitán de los Lannister durante la primera rebelión de Balon. Orkwood de Monteorca se encontraba junto a él, y detrás estaban Mano de Piedra, Quellon Humble y el Remero Rojo, con sus trenzas de cabello color fuego. Y Rafe *el Pastor*, Rafe de Puerto Noble y Qarl *el Siervo*.

Y *Ojo de Cuervo*, Euron Greyjoy.

«No ha cambiado nada —pensó Victarion—. Está igual que el día en que se me rió en la cara y se marchó.» Euron había sido siempre el más atractivo de los hijos de Lord Quellon y, por lo visto, los años no afectaban a su belleza. Seguía teniendo el cabello tan negro como el mar de medianoche, sin una ola de espuma blanca, y todavía tenía el rostro terso y claro bajo la cuidada barba negra. Se cubría el ojo izquierdo con un parche de cuero negro, pero el derecho era azul como el cielo de verano.

«El ojo sonriente», pensó Victarion.

—Ojo de Cuervo... —saludó.

—Llámame Alteza Ojo de Cuervo, hermano.

Euron sonrió. Tenía algo extraño en los labios. A la luz de las antorchas parecían muy oscuros, magullados, azules.

—Sólo la asamblea puede elegir al rey. —Pelomojado se puso en pie—. Ningún impío...

—... puede sentarse en el Trono de Piedramar, sí, sí. —Euron echó un vistazo a los presentes—. Pues da la casualidad de que últimamente me he sentado muchas veces en el Trono de Piedramar, y hasta la fecha no ha puesto objeciones. —El ojo sonriente le brillaba—. A ver, amigos míos, decidme, ¿quién conoce más dioses que yo? Dioses de los caballos y dioses del fuego, dioses de oro con ojos de gemas, dioses tallados en madera de cedro, dioses esculpidos en montañas, dioses de puro aire... Conozco a todos los dioses. He visto a sus pueblos ponerles guirnaldas de flores, derramar en su nombre la sangre de cabras, de toros y de niños. He oído como les rezan. A todo lo largo y ancho de este mundo, en un centenar de idiomas, siempre rezan igual. Cúrame la herida de la pierna, haz que esa doncella me quiera, concédeme un hijo varón fuerte. Sálvame, socórreme, hazme rico... ¡protégeme! Protégeme de mis enemigos, protégeme de la oscuridad, protégeme del dolor de tripa, de los señores de los caballos, de los esclavistas, de los mercenarios que hay ante mi puerta. Protégeme del *Silencio*. —Se echó a reír—. ¿Crees que soy un hombre sin dios? Vamos, Aeron, ¡tengo más dioses que nadie que haya izado una vela! Tú, Pelomojado, sirves a un dios, pero yo he servido a diez mil. Desde Ib hasta Asshai, cuando los hombres avistan mi barco... empiezan a rezar.

Victarion se dio cuenta de que el sacerdote estaba temblando de ira. Lo vio alzar un dedo huesudo.

—Rezan a árboles, a ídolos de oro, a abominaciones con cabeza de cabra. A dioses falsos...

—Exacto —asintió Euron—. Y por ese pecado los mato. Derramo su sangre en el mar y siembro a sus mujeres aullantes con mi semilla. Sus dioses son tan débiles que no me pueden detener, así que es evidente que son falsos dioses. Soy aún más devoto que tú, Aeron. Mira, igual deberías arrodillarte ante mí para que te bendijera.

El Remero Rojo soltó una carcajada y los demás lo imitaron.

—¡Idiotas! —gritó el sacerdote—. ¿Es que no veis lo que tenéis delante de las narices?

—Un rey —replicó Quellon Humble.

Pelomojado escupió al suelo y salió de la carpeta a zancadas.

En cuanto estuvo fuera, Ojo de Cuervo dirigió su ojo sonriente hacia Victarion.

—Lord Capitán, ¿no le das la bienvenida a tu hermano, que lleva tanto tiempo ausente? ¿Tú tampoco, Asha? Por cierto, ¿cómo está tu señora madre?

—Mal. —El tono de Asha era frío y cortante—. Alguien la dejó viuda. Euron se encogió de hombros.

—Me habían dicho que el Dios de la Tormenta acabó con Balon. ¿Quién crees que lo mataría? Sólo tienes que decirme su nombre, sobrina, y lo vengaré.

—Conoces su nombre tan bien como yo —dijo Asha, poniéndose en pie—. Llevabas tres años fuera y, de repente, el Silencio regresa un día después de la muerte de mi señor padre.

—¿Me estás acusando? —preguntó Euron en voz baja.

—Debería?

La brusquedad de Asha hizo fruncir el ceño a Victarion. Era peligroso hablar así a Ojo de Cuervo, aunque su ojo sonriente brillara de diversión.

—¿Acaso tengo control sobre los vientos? —les preguntó Ojo de Cuervo a sus mascotas.

—No, alteza —respondió Orkwood de Monteorca.

—Nadie controla los vientos —añadió Germund Botley.

—Ojalá los controlaras —aportó el Remero Rojo—. Navegarías adonde quisieras y nunca te quedarías encalmado.

—Ya has oído a estos tres valientes —dijo Euron—. El *Silencio* estaba en alta mar cuando murió Balon. Si dudas de la palabra de tu tío, te doy permiso para preguntar a mi tripulación.

—¿A tu tripulación de mudos? De gran cosa me iba a servir.

—Yo sé qué te serviría de mucho: un marido. —Euron se volvió de nuevo hacia sus seguidores—. Refréscame la memoria, Torwold, ¿tú tienes esposa?

Torwold *Dientenegro* sonrió y dejó claro cómo se había ganado aquel sobrenombre.

—Sólo una.

—Yo no estoy casado —anunció Lucas Codd, *el Zurdo*.

—Con motivo —bufó Asha—. También las mujeres, todas, desprecian a los Codd. No me mires así, Lucas. Aún te queda tu famosa mano. —Hizo un gesto de bombeo con el puño cerrado.

Codd la insultó hasta que Ojo de Cuervo le puso una mano en el pecho.

—Qué falta de educación, Asha. Has herido el orgullo de Lucas.

—Es más fácil que herirle la polla. Lanzo el hacha tan bien como cualquier hombre, pero con un blanco tan diminuto...

—Esa cría no sabe cuál es su lugar —gruñó Jon Myre, *Carapicada*—. Balon le hizo creer que es un hombre.

—Tu padre cometió el mismo error contigo —replicó Asha.

—Déjamela a mí, Euron —propuso el Remero Rojo—. Le voy a dar tal tunda que se le va a poner el culo tan rojo como mi pelo.

—Inténtalo si quieres —dijo Asha—. Sólo que después te llamarán el Eunuco Rojo. —Tenía un hacha arrojadiza en la mano. La lanzó al aire y la volvió a atrapar con destreza—. Este es mi esposo, tío. El hombre que me quiera tendrá que hablar antes con él.

Victarion dio un puñetazo en la mesa.

—No toleraré ningún derramamiento de sangre aquí. Euron, coge a tus... mascotas y márchate.

—Esperaba una bienvenida más afectuosa de ti, hermano. Soy mayor que tú... y pronto seré tu rey legítimo.

—Esperemos a que hable la asamblea y entonces veremos quién se ciñe la corona de madera —dijo Victarion con el rostro ensombrecido.

—En eso estamos de acuerdo.

Euron se llevó dos dedos al parche con el que se cubría el ojo izquierdo, dio media vuelta y salió. Los demás lo siguieron como perros callejeros. A sus espaldas se hizo el silencio hasta que Lenwood Tawney *el Pequeño* volvió a coger el violín. El vino y la cerveza corrieron de nuevo, pero a muchos invitados se les había pasado la sed. Eldred Codd se marchó apretándose la mano ensangrentada. Luego se marcharon Will Humble, Hotho Harlaw y un montón de los Goodbrother.

—Tío. —Asha le puso una mano en el hombro—. Salgamos, vamos a dar un paseo.

En el exterior de la carpa, el viento soplaban cada vez con más fuerza. Las nubes cruzaban la cara blanca de la luna, y a ratos parecían galeones que embestían a otros barcos. Las estrellas eran escasas y de luz tenue. Las naves descansaban a lo largo de la costa; los altos mástiles formaban un bosque sobre las aguas. Victarion oía el crujido de los cascos mientras caminaban por la arena. Oía el chirrido de los aparejos y el aleteo de los estandartes. Más allá, en las aguas más profundas de la bahía, habían echado el ancla los barcos de mayor calado, que resaltaban como sombras tenebrosas en medio de la niebla.

Recorrieron la orilla justo por el borde de las olas, lejos de las carpas y las hogueras.

—Dime la verdad, tío —pidió Asha—. ¿Por qué se marchó Euron tan de repente?

—Ojo de Cuervo emprendía a menudo expediciones de saqueo.

—Nunca tan largas.

—Llevó el *Silencio* al este. Es un viaje muy largo.

—Te he preguntado por qué, no adónde. —No obtuve respuesta—. Yo estaba ausente cuando zarpó el *Silencio* —insistió Asha—. Había llevado el *Viento Negro* al Rejo y a los Peldaños de Piedra para robarles unas fruslerías a los piratas lysenos. Cuando volví a casa, Euron se había marchado y tu última esposa había muerto.

—No era más que una esposa de sal. —No había vuelto a estar con una mujer

desde que la entregó a los cangrejos. «Cuando sea rey tendré que tomar esposa. Una esposa de verdad, que sea mi reina y me dé hijos. Todo rey necesita un heredero.»

—Mi padre se negó a hablarme de ella —dijo Asha.

—No sirve de nada hablar de lo que no se puede cambiar. —Estaba harto de aquel tema—. He visto el barcoluengo del Lector.

—Tuve que recurrir a todos mis encantos para arrancarlo de su Torre de los Libros.

«Entonces cuenta con el apoyo de los Harlaw.» Victarion frunció el ceño más todavía.

—No tienes la menor esperanza de gobernar. Eres una mujer.

—¿Por eso pierdo siempre en las competiciones de quién mea más lejos? —Asha se echó a reír—. No sabes cuánto me duele reconocerlo, tío, pero puede que tengas razón. Llevo aquí cuatro días y cuatro noches, he estado hablando con los capitanes y los reyes, he escuchado lo que decían... y lo que no decían. Los míos me apoyan, así como muchos de los Harlaw. Cuento también con Tris Botley y con unos cuantos más. Pero no son suficientes. —Dio una patada a una piedra y la lanzó al agua, entre dos barcoluengos—. He decidido gritar el nombre de mi tío.

—¿Qué tío? —preguntó—. Tienes tres.

—Cuatro —respondió—. Escúchame bien, tío: yo misma te pondré la corona de madera... si reinamos juntos.

—¿Reinar juntos? ¿Cómo pretendes hacerlo? —Aquellos ojos negros no tenían ningún sentido. «¿Acaso quiere ser mi reina?» Victarion se descubrió mirando a Asha con nuevos ojos y sintió que su hombría empezaba a enderezarse. «Es la hija de Balon», se dijo. La recordaba de cuando era pequeña y arrojaba hachas a la puerta. Se cruzó de brazos —. Sólo una persona puede sentarse en el Trono de Piedramar.

—Entonces, que se siente mi tío —dijo Asha—. Me quedaré contigo para guardarte las espaldas y susurrarte consejos al oído. Ningún rey puede gobernar solo. Hasta cuando los dragones ocupaban el Trono de Hierro tenían hombres que los ayudaban. Los llamaban Manos. Yo misma te pondré la corona de madera... si me nombras tu Mano.

Ningún rey de las islas había tenido jamás una Mano, y mucho menos necesitaba una que fuera una mujer. La sola idea incomodaba a Victarion.

«Los hombres se burlarían de mí cada vez que se emborracharan.»

—¿Por qué quieres ser mi Mano?

—Para terminar con esta guerra antes de que esta guerra termine con nosotros. Ya hemos ganado todo lo que podíamos ganar... y a menos que firmemos la paz, lo perderemos pronto. Le he mostrado toda la cortesía posible a Lady Glover y ella me jura que su señor hará un trato conmigo. Dice que si entregamos Bosquespeso, la Ciudadela de Torrhen y Foso Cailin, los norteños nos cederán Punta Dragón Marino y

toda la Costa Pedregosa desde allí hasta Dedo de Pedernal. Son tierras poco pobladas, pero también son diez veces más amplias que todas las islas juntas. Un intercambio de rehenes para sellar el pacto, y los dos bandos acceden a formar un frente común en caso de que el Trono de Hierro...

—Esa Lady Glover te toma por idiota, sobrina. —Victarion soltó una risita—. Punta Dragón Marino y la Costa Pedregosa ya están en nuestro poder... igual que Bosquespeso, Foso Cailin y lo demás. Invernalia ha ardido, y el Joven Lobo se pudre decapitado bajo tierra. Tendremos todo el Norte, tal como soñó tu señor padre.

—Lo tendremos cuando los barcoluengos aprendan a navegar entre árboles. Un pescador puede capturar un leviatán gris, pero si no lo suelta, este lo arrastrará hasta las profundidades. El Norte es demasiado grande para que podamos defenderlo, y hay demasiados norteños.

—Vuelve con tus muñecas, sobrina, y deja que los hombres se ocupen de ganar las guerras. —Victarion cerró los puños y se los mostró—. Ya tengo dos manos. Nadie necesita tres.

—Pues yo sé de alguien que necesita la Casa Harlaw.

—Hotho *el Jorobado* me ha ofrecido a su hija para que sea mi reina. Si la acepto, tendré el voto de los Harlaw.

Aquello pareció tomarla por sorpresa.

—El señor de Harlaw es Rodrik. Hotho es su vasallo.

—Rodrik no tiene hijas; sólo libros. Hotho será su heredero, y yo seré rey. —Al pronunciar las palabras le parecieron muy reales—. Ojo de Cuervo lleva demasiado tiempo ausente.

—Hay hombres que de lejos parecen más grandes —le advirtió Asha—. Paséate entre las hogueras si te atreves, y escucha lo que dicen. No narran historias sobre tu fuerza increíble, ni sobre mi legendaria belleza. Hablan de Ojo de Cuervo... de los lugares lejanos que ha visto, de las mujeres que se ha llevado a la cama, de los hombres que ha matado, de las ciudades que ha saqueado, de cómo le prendió fuego a la flota de Lord Tywin en Lannisport...

—Yo fui quien quemó la flota del león —insistió Victarion—. Lancé la primera antorcha contra su nave insignia con mis propias manos.

—El plan fue de Ojo de Cuervo. —Asha le puso una mano en el brazo—. Y también mató a tu esposa... ¿verdad?

Balon había ordenado que no se hablara de aquel tema, pero Balon estaba muerto.

—Le puso un bebé en la barriga y me obligó a matarla. También lo habría matado a él, pero Balon no habría tolerado un fraticidio. Mandó a Euron al exilio con orden de que no volviera jamás...

—... mientras él viviera. —Asha frunció el ceño.

Victarion se contempló los puños.

—Me puso cuernos. No me dejó otra elección.

«Si se hubiera sabido, los hombres se habrían reído de mí, como se rió Ojo de Cuervo cuando se lo eché en cara. "Fue ella la que vino a mí, húmeda y dispuesta —alardeó—. Por lo visto, todo en Victarion es grande excepto lo que importa".» Pero aquello no se lo podía decir.

—Lo siento por ti —dijo Asha—. Y aún más lo siento por ella... pero no me dejas más remedio que aspirar yo misma al Trono de Piedramar.

«No lo hagas.»

—Desperdicia la saliva como quieras, sobrina.

—Eso haré —replicó.

Dio media vuelta y lo dejó a solas.

EL HOMBRE AHOGADO

Aeron Greyjoy no volvió a la orilla para ponerse la ropa hasta que tuvo las piernas y los brazos entumecidos de frío.

Había huido de Ojo de Cuervo como si todavía fuera la criatura débil de antaño, pero cuando las olas rompieron sobre su cabeza, le recordaron una vez más que aquel hombre había muerto.

«Renací del mar, más duro, más fuerte.» Ningún mortal podía asustarlo, igual que no lo asustaba la oscuridad... ni los huesos del alma, los huesos grises y tenebrosos de su alma. «El sonido de una puerta que se abre, el chirrido de una bisagra oxidada.»

La túnica del sacerdote crujió cuando se la puso; aún estaba rígida de la sal de su último lavado, hacía ya dos semanas. La lana se le pegó al pecho mojado y se bebió el salitre que le goteaba del pelo. Llenó el pellejo de agua y se lo colgó del hombro.

Mientras recorría la playa, un hombre ahogado que volvía de responder a la llamada de la naturaleza tropezó con él en la oscuridad.

—Pelomojado —murmuró.

Aeron le puso una mano en la cabeza, lo bendijo y siguió adelante.

El suelo empezó a elevarse bajo sus pies, al principio poco a poco, luego de manera más pronunciada. Cuando sintió el tacto de la hierba entre los dedos supo que había dejado atrás la playa. Siguió ascendiendo sin dejar de escuchar el sonido de las olas.

«El mar nunca se fatiga. Yo también he de ser así, incansable.»

En la cima de la colina, cuarenta y cuatro monstruosas costillas de piedra se alzaban del suelo como gigantescos troncos de árboles blancuzcos. Su sola visión le aceleró el pulso. Nagga había sido el primer dragón marino, el más poderoso que jamás se había alzado de entre las olas. Se alimentaba de krákens y leviatanes, y su ira ahogaba islas enteras, pero el Rey Gris lo había matado y el Dios Ahogado había transformado sus huesos en piedra, para que los hombres nunca dejaran de maravillarse ante el valor del primero entre los reyes. Las costillas de Nagga se convirtieron en las vigas y columnas de su sala, y en sus mandíbulas situó su trono.

«Reinó aquí durante mil siete años —rememoró Aeron—. Aquí se desposó con una sirena y planeó las batallas contra el Dios de la Tormenta. Desde aquí gobernó sobre la piedra y la sal, siempre con túnicas de algas trenzadas y una alta corona blanca confeccionada con los dientes de Nagga.»

Pero aquello se remontaba al amanecer de los tiempos, cuando todavía había hombres poderosos que habitaban la tierra y el mar. Entonces, el fuego viviente de Nagga, dominado por el Rey Gris, caldeaba la sala. De sus paredes colgaban hermosos tapices tejidos con algas plateadas. Los guerreros del Rey Gris celebraban banquetes gracias a la generosidad del mar; comían en una mesa en forma de

gigantesca estrella marina, sentados en tronos tallados en madreperla.

«Ya no queda nada de la antigua gloria.» Los hombres eran más pequeños y su vida se había acortado. El Dios de la Tormenta ahogó el fuego de Nagga tras la muerte del Rey Gris; las sillas y los tapices fueron robados; el techo y las paredes se pudrieron. Hasta el gran trono de colmillos del Rey Gris fue engullido por el mar. Sólo perduraban los huesos de Nagga, para recordar a los hijos del hierro las maravillas que habían existido. «Ya basta», pensó Aeron Greyjoy.

En la cima pedregosa de la colina había tallados nueve peldaños anchos. Más allá se alzaban las colinas inhóspitas de Viejo Wyk, y más lejos, las montañas negras, hostiles. Aeron se detuvo donde otrora habían estado las puertas, quitó el corcho del pellejo, bebió un trago de agua salada y se volvió para contemplar el mar.

«Nacimos del mar y al mar hemos de volver. —Pese a la distancia le llegaba el rumor incesante de las olas, y sentía el poder del dios que moraba bajo las aguas. Se dejó caer de rodillas—. Me has enviado a tu pueblo —rezó—. Han salido de sus salones y de sus chozas, de sus castillos y sus fortalezas, y han venido aquí, a los huesos de Nagga, procedentes de cada aldea de pescadores, de cada valle recóndito. Ahora, concédeles la sabiduría para reconocer al verdadero rey cuando se presente ante ellos, y la fuerza para rechazar al falso.» Rezó durante toda la noche, porque cuando el dios estaba en él, Aeron Greyjoy no necesitaba dormir, igual que no necesitan dormir las olas ni los peces del mar.

Las nubes oscuras huyeron espoleadas por el viento cuando las primeras luces llegaron a hurtadillas al mundo. El cielo negro se tornó gris como la pizarra; el mar negro se volvió gris verdoso. Las montañas negras de Gran Wyk, al otro lado de la bahía, se tiñeron de los tonos azules y verdosos de los pinos soldado. Mientras el color regresaba al mundo, un centenar de estandartes empezó a ondear. Aeron contempló el pez plateado de los Botley, la luna ensangrentada de los Wynch, los árboles verde oscuro de los Orkwood. Vio cuernos de guerra, vio levianes, vio guadañas, vio krákens por doquier, enormes y dorados. Bajo ellos empezaban a moverse los siervos y las esposas de sal, que removían las ascuas para devolver la vida a las hogueras y destripaban pescados para el desayuno de capitanes y reyes. La luz del amanecer acarició la playa pedregosa; vio como los hombres despertaban, apartaban las mantas de piel de foca y pedían el primer cuerno de cerveza del día.

«Bebed, bebed —pensó—, porque hoy tenemos que cumplir la misión del dios.»

El mar también se agitaba. Las olas se hicieron más grandes bajo el impulso del viento; mandaban nubes de espuma que rompían contra los barcoluengos.

«El Dios Ahogado se despierta», pensó Aeron. Oía su voz que brotaba desde las profundidades del mar.

«Hoy estaré contigo, a tu lado, porque eres mi siervo fuerte y leal —decía la voz—. Ningún impío se sentará en mi Trono de Piedramar.»

Fue allí, bajo el arco de las costillas de Nagga, donde sus hombres ahogados lo encontraron erguido, adusto, con la larga cabellera negra agitada por el viento.

—¿Es la hora? —preguntó Rus.

—Es la hora —asintió Aeron—. Adelante, convocadlos a todos.

Los hombres ahogados esgrimieron los garrotes de madera de deriva y empezaron a entrechocarlos al tiempo que caminaban colina abajo. Otros se les unieron, y pronto, el clamor se extendió por toda la costa. El estruendo era aterrador, como si un centenar de árboles se atacaran con las ramas. Los tambores empezaron a batir también, *bum-bum-bum-bum-bum-bum*, *bum-bum-bum-bum-bum-bum*. Sonó un cuerno de guerra, luego otro. *AAAAAAuuuuuuuu-uuuuuuuuuuuuuu*.

Los hombres se apartaron de las hogueras para dirigirse hacia los huesos de la sala del Rey Gris. Fueron todos: remeros, timoneles, fabricantes de velas, armadores, los guerreros con sus hachas y los pescadores con sus redes. Algunos tenían siervos que los atendían; algunos tenían esposas de sal. Otros, que habían navegado a menudo a las tierras verdes, tenían maestres, bardos y caballeros. Los hombres sin categoría se agrupaban en semicírculo en torno a la base de la colina, con los siervos, los niños y las mujeres detrás. Los capitanes y los reyes ascendieron por la ladera. Aeron Pelomojado vio al alegre Sigfry Stonetree, a Andrik el Taciturno, al caballero Ser Harras Harlaw... Lord Baelor Blacktyde, con su capa de marta, estaba al lado de Stonehouse, con sus desastradas pieles de foca. La altura de Victarion lo hacía destacar por encima de todos, excepto de Andrik. Su hermano no llevaba yelmo, pero sí el resto de la armadura, y la capa de kraken que le caía, dorada, desde los hombros.

«Será nuestro rey. Basta con mirarlo para que no quepa la menor duda.»

Cuando Pelomojado alzó las manos huesudas, los tambores y los cuernos quedaron en silencio, los hombres ahogados bajaron los garrotes y todas las voces se fueron apagando. El único sonido que quedó fue el batir de las olas, un rugido que ningún hombre podía acallar.

—Nacimos del mar y al mar hemos de volver —empezó Aeron, al principio en voz baja a fin de que los hombres tuvieran que esforzarse para oírlo—. El Dios de la Tormenta, en su ira, arrancó a Balon del castillo y lo estrelló contra las rocas; ahora celebra sus banquetes bajo las olas, en las estancias acuosas del Dios Ahogado. —Alzó los ojos al cielo—. ¡Balon ha muerto! ¡El rey del hierro ha muerto!

—¡El rey ha muerto! —gritaron sus hombres ahogados.

—¡Pero lo que está muerto no puede morir, sino que se alza de nuevo, más duro, más fuerte! —les recordó—. Balon ha caído, Balon, mi hermano, que honró las Antiguas Costumbres y pagó el precio del hierro. Balon *el Bravo*, Balon *el Bendito*, Balon *el Dos Veces Coronado*, el que nos devolvió la libertad y a nuestro dios. Balon ha muerto... Pero un rey del hierro se levantará para sentarse en el Trono de Piedramar y gobernar las islas.

—¡Un rey se levantará! —gritaron—. ¡Un rey se levantará!

—Un rey se levantará. Así será. —La voz de Aeron retumbaba como las olas—. Pero ¿quién? ¿Quién ocupará el lugar de Balon? ¿Quién gobernará estas islas sagradas? ¿Se encuentra aquí, entre nosotros? —El sacerdote extendió las manos—. ¿Quién será nuestro rey?

Le respondió el graznido de una gaviota. La multitud empezó a agitarse, como si despertara de un sueño profundo. Los hombres se miraron para ver quién tenía la arrogancia de aspirar a la corona.

«Ojo de Cuervo siempre ha sido impaciente —se dijo Aeron *Pelomojado*—. Puede que hable en primer lugar. —Eso sería su perdición. Los capitanes y los reyes habían hecho un largo viaje para acudir a aquel banquete y no se iban a quedar con el primer plato que les pusieran delante—. Querrán probarlos todos, un bocadito de este, un pellizco de aquel, hasta dar con el que más les convenga.»

Euron también lo debía de saber. Se quedó allí con los brazos cruzados, entre sus mudos y sus monstruos. Únicamente el viento y las olas respondieron a Aeron.

—Los hijos del hierro deben tener un rey —insistió el sacerdote tras un largo silencio—. Os lo pregunto de nuevo. ¿Quién será nuestro rey?

—Yo —respondió alguien desde abajo.

—¡Gylbert! —gritaron varias voces al instante—. ¡Gylbert, rey!

Los capitanes abrieron paso al aspirante y a sus seguidores, que subieron a la colina para situarse junto a Aeron entre las costillas de Nagga.

El candidato a rey era un señor alto, flaco, de rostro taciturno y mandíbula prominente bien afeitada. Sus tres campeones ocuparon posiciones dos peldaños más abajo; llevaban su espada, su escudo y su estandarte. Tenían cierta semejanza con el señor, de modo que Aeron dedujo que eran sus hijos. Uno de ellos desplegó el estandarte: un gran barcoluengo negro contra un sol poniente.

—Soy Gylbert Farwynd, señor de Luz Solitaria —dijo el aspirante a la asamblea.

Aeron conocía a algunos Farwynd; eran una gente extraña que poseía tierras en las costas más occidentales de Gran Wyk y en las islas dispersas cercanas, rocas tan pequeñas que en la mayoría sólo cabía una casa. De todas ellas, Luz Solitaria era la más distante, a ocho días de navegación hacia el norte, entre colonias de focas y leones marinos, rodeada por el interminable océano gris. Los Farwynd que vivían allí eran aún más extraños que los demás. Había quien decía que eran cambiapieles, seres impíos capaces de adoptar la forma de leones marinos, morsas o hasta tiburones ballena, los lobos de alta mar.

Lord Gylbert empezó a hablar. Les contó historias sobre una tierra maravillosa situada más allá del mar del Ocaso, una tierra sin invierno ni penurias donde no se conocía la muerte.

—¡Elegidme rey y os llevaré allí! —exclamó—. Construiremos diez mil barcos,

como hizo Nymeria, nos haremos a la mar con todo nuestro pueblo y navegaremos hacia la tierra que se extiende más allá del ocaso. Allí todo hombre será rey, y toda esposa, reina.

Aeron se fijó en que sus ojos cambiaban del azul al gris, inconstantes como los mares.

«Ojos de loco —pensó—, ojos de estúpido.» Sin duda, la visión de la que hablaba era una trampa que tendía el Dios de la Tormenta para atraer a los hijos del hierro a la destrucción. Entre las ofrendas que derramaron sus hombres ante la asamblea había pieles de foca, colmillos de morsa, brazaletes de hueso de ballena y cuernos de guerra con bandas de bronce. Los capitanes les echaron un vistazo y se apartaron para que fueran hombres de menor importancia quienes cogieran los obsequios. Cuando el estúpido terminó de hablar y sus campeones gritaron su nombre, sólo los Farwynd corearon el grito, y ni siquiera todos ellos. Pronto, las voces que clamaban «¡Gylbert! ¡Gylbert, rey!» se fueron desvaneciendo. La gaviota volvió a graznar por encima de ellos y se posó en una costilla de Nagga mientras el señor de la Luz Solitaria bajaba de la colina.

Aeron *Pelomojado* volvió a dar un paso al frente.

—Os lo pregunto de nuevo. ¿Quién será nuestro rey?

—¡Yo! —rugió una voz retumbante, y de nuevo, la multitud abrió paso.

El que había hablado subió a la cima de la colina en un palanquín de madera de deriva que sus nietos cargaban a hombros. Aquel hombre era una ruina; pesaba una docena de arrobas y tenía noventa años. Su capa era una piel de oso blanco. También tenía el pelo blanco como la nieve, y la barba le llegaba de las mejillas a los muslos, de manera que costaba ver dónde terminaba la barba y dónde empezaban las pieles. Aunque sus nietos eran hombretones corpulentos, les costó un gran esfuerzo cargar con su peso a la hora de subir por los empinados peldaños de piedra. Lo depositaron en el suelo ante la sala del Rey Gris, y tres de ellos permanecieron dos escalones más abajo para servirle de campeones.

«Hace sesenta años, quizá podría haberse ganado el favor de la asamblea —pensó Aeron—, pero su hora pasó hace mucho tiempo.»

—¡Sí, yo! —rugió el hombre desde su silla con una voz tan inmensa como él—. ¿Por qué no? ¿Quién hay mejor? Para los que estéis ciegos os diré que soy Erik Ironmaker. Erik el Justo. Erik el Destrozayunques. Muéstrales mi martillo, Thormor. —Uno de sus campeones lo levantó para que todos lo vieran: era una herramienta monstruosa, con el mango envuelto en cuero viejo, y su cabeza era un ladrillo de acero tan grande como una hogaza—. He perdido la cuenta de las manos que he machacado con ese martillo —dijo Erik—, pero tal vez os lo pueda decir algún ladrón. Tampoco sé cuántas cabezas he destrozado contra mi yunque, pero hay viudas que sí lo saben. Podría contaros todas las hazañas que he realizado en combate, pero

tengo ochenta y ocho años; no viviría lo suficiente para narrarlas todas. Si la edad confiere sabiduría, no hay nadie más sabio que yo. Si el tamaño confiere fuerza, no hay nadie más fuerte. ¿Queréis un rey con herederos? Tengo tantos que no los puedo ni contar. ¡Erik rey, sí, me gusta! ¡Vamos, gritadlo conmigo! —comenzó a gritar—: ¡Erik! ¡Erik Destrozayunques! ¡Erik, rey!

Sus nietos corearon el grito, y los hijos de estos se adelantaron con cofres cargados a hombros. Los volcaron al pie de los peldaños de piedra y de ellos brotó un torrente de plata, bronce y acero: brazaletes, collares, puñales, cuchillos y hachas arrojadizas. Algunos capitanes cogieron los objetos de más valor y unieron sus voces al creciente cántico. Pero de pronto, una voz de mujer se hizo oír en medio del griterío.

—¡Erik! —Los hombres se apartaron para dejarle paso. Puso un pie en el peldaño más bajo—. Levántate, Erik —dijo.

Se hizo el silencio. El viento soplaba: las olas rompían contra la orilla; los hombres se susurraban cosas al oído. Erik Ironmaker miró desde arriba a Asha Greyjoy.

—Mocosa, tres veces maldita mocosa, ¿qué has dicho?

—¡Que te levantes, Erik! —replicó—. Levántate y gritaré tu nombre junto con los demás. Levántate y será la primera en seguirte. Quieres una corona, ¿no? Pues levántate y cógela.

Ojo de Cuervo, todavía entre la multitud, se echó a reír. Erik lo miró. Las manos del hombretón se cerraron alrededor de los brazos del trono de madera de deriva. El rostro se le puso rojo, y luego morado. Los brazos le temblaron por el esfuerzo. Aeron vio como se le hinchaba una gruesa vena azul en el cuello mientras se esforzaba por levantarse. Durante un momento pareció que lo iba a conseguir, pero enseguida se quedó sin aliento y se derrumbó de nuevo sobre los cojines con un gemido. Euron se rió con más ganas todavía. El hombretón inclinó la cabeza y envejeció en un instante, a la vista de todos. Sus nietos se lo llevaron colina abajo.

—¿Quién gobernará a los hijos del hierro? —gritó de nuevo Aeron *Pelomojado*—. ¿Quién será nuestro rey?

Los hombres se miraron entre sí. Algunos miraron a Euron, otros a Victarion, unos cuantos a Asha. Las olas verdes y blancas rompían contra los barcoluengos. La gaviota graznó una vez más; era un chillido áspero, desesperado.

—Preséntate de una vez, Victarion —gritó Merlyn—. ¡Acabemos de una vez con este espectáculo!

—¡Cuando esté preparado! —replicó Victarion, también a gritos.

Aquello complació a Aeron.

«Es mejor que espere.»

El siguiente candidato fue Drumm, otro anciano, aunque no de edad tan avanzada

como Erik. Ascendió hasta la cima de la colina por su propio pie. Llevaba a un costado *Lluvia Roja*, su famosa espada, forjada con acero valyrio en tiempos anteriores a la Maldición. Sus campeones eran hombres de importancia: sus hijos Denys y Donnel, ambos guerreros fornidos, y entre los dos, Andrik *el Taciturno*, un gigante de brazos gruesos como troncos de árboles. Que un hombre como él estuviera de su parte decía mucho en favor de Drumm.

—¿Dónde está escrito que nuestro rey deba ser un kraken? —empezó Drumm—. ¿Qué derecho tiene Pyke a reinar sobre nosotros? Gran Wyk es la isla más grande; Harlaw, la más rica; Viejo Wyk la más sagrada. Cuando el fuego de dragón consumió la estirpe negra, los hijos del hierro le dieron la primacía a Vickon Greyjoy, sí... pero como señor, no como rey.

Era un buen comienzo. Aeron oyó gritos de aprobación, pero fueron menguando a medida que el viejo empezaba a hablar de la gloria de los Drumm. Habló de Dale *el Temible*, de Roryn *el Saqueador*, de los cien hijos de Gormond Drumm, también llamado el Viejo Padre. Desenvainó *Lluvia Roja* y les contó cómo Hilmar Drumm *el Astuto* le había ganado aquella espada a un caballero sin más ayuda que su ingenio y un garrote de madera. Habló de barcos desaparecidos hacía tiempo y de batallas olvidadas ochocientos años atrás, y la multitud empezó a aburrirse. Habló, habló, habló y habló.

Y cuando los cofres de los Drumm se abrieron, los capitanes vieron los mezquinos regalos que les había llevado.

«Nunca se ha comprado un trono con bronce», pensó Pelomojado. Era una certidumbre que se hizo aún más evidente a medida que los gritos de «¡Drumm! ¡Drumm! ¡Dunstan, rey!» se iban apagando.

Aeron sintió una tensión creciente en el estómago; le parecía que las olas batían con más fuerza que antes.

«Es la hora —pensó—. Es hora de que Victarion dé un paso al frente.»

—¿Quién será nuestro rey? —gritó el sacerdote una vez más, pero en aquella ocasión, sus furibundos ojos negros se clavaron en su hermano, en medio de la multitud—. Nueve hijos engendró la entrepierna de Quellon Greyjoy. Uno de ellos era más fuerte que los demás y no conocía el miedo.

Victarion le devolvió la mirada y asintió. Los capitanes le abrieron paso cuando subió por los peldaños.

—Bendícame, hermano —dijo al llegar a la cima. Se arrodilló e inclinó la cabeza.

Aeron descorchó el pellejo y le derramó un chorro de agua marina por la frente.

—Lo que está muerto no puede morir —dijo el sacerdote.

—Sino que se alza más duro, más fuerte —respondió Victarion.

Cuando Victarion se puso en pie, sus campeones se situaron al pie de la escalera: Rafe *el Cojo*, Rafe Stonehouse *el Rojo* y Nute *el Barbero*, todos ellos guerreros de

gran fama. Stonehouse llevaba el estandarte de los Greyjoy, el kraken dorado sobre un campo negro como el mar de medianoche. En cuanto lo desplegó, los capitanes y los reyes empezaron a gritar el nombre del Lord Capitán. Victarion aguardó a que se callaran antes de dirigirse a ellos.

—Todos me conocéis. Si lo que queréis son palabras bonitas, pedídselas a otro. Yo no tengo lengua de bardo. Tengo un hacha, y tengo estos. —Alzó los enormes puños enfundados en guanteletes y los mostró, y Nute *el Barbero* mostró su hacha, una impresionante arma de acero—. Fui un hermano leal —continuó Victarion—. Cuando Balon contrajo matrimonio, fue a mí a quien envió a Harlaw para que le llevara a su esposa. Estuve al mando de sus barcoluengos en muchas batallas, y sólo perdí una. La primera vez que Balon se coronó, fui yo quien navegó hasta Lannisport para chamuscarle la cola al león. La segunda vez fue a mí a quien envió a despellejar al Joven Lobo si volvía aullando a su casa. Lo que os daré será más de lo mismo que os dio Balon. No tengo nada más que decir.

—¡Victarion! ¡Victarion! ¡Victarion, rey! —empezaron a entonar sus campeones. Abajo, sus hombres estaban volcando los cofres, una auténtica cascada de plata, oro y piedras preciosas, un tesoro procedente de mil saqueos. Los capitanes se debatieron para coger las piezas de más valor al tiempo que coreaban el grito—: ¡Victarion! ¡Victarion! ¡Victarion, rey!

«¿Hablará ahora o dejará que la asamblea siga su curso?», pensó Aeron, mientras miraba a Ojo de Cuervo. Orkwood de Monteorca estaba susurrando al oído de Euron.

Pero no fue Euron quien puso fin a los gritos, sino la tres veces maldita mujer. Se llevó dos dedos a la boca y lanzó un silbido largo, tan penetrante que cortó el jaleo igual que un cuchillo corta un flan.

—¡Tío! ¡Tío!

Se inclinó, tomó una gargantilla de oro y se dirigió hacia los peldaños. Nute la agarró por el brazo y, durante un momento, Aeron albergó la esperanza de que los campeones de su hermano consiguieran acallar a aquella estúpida, pero Asha se liberó de la mano del Barbero y le dijo a Ralf *el Rojo* algo que lo hizo apartarse. A medida que subía por las escaleras, las aclamaciones fueron cesando. Era la hija de Balon Greyjoy, de modo que la multitud tenía ganas de escuchar lo que fuera a decirle.

—Has sido muy amable al traer tantos regalos a mi asamblea, tío —le dijo a Victarion—, pero no hacía falta que vinieras con la armadura puesta. Te aseguro que no pienso hacerte ningún daño. —Sonaron unas cuantas risotadas; Asha se volvió para enfrentarse a los capitanes—. No hay hombre más valiente que mi tío, ni más fuerte, ni más fiero en la batalla. Sabe contar hasta diez tan deprisa como cualquiera, yo misma le he visto hacerlo... Aunque si le hace falta contar hasta veinte, tiene que quitarse las botas. —Aquellos provocó otro estallido de carcajadas—. Lo malo es que

no tiene hijos, y las esposas se le mueren. Ojo de Cuervo es mayor que él, es un aspirante con más derechos...

—¡Muy cierto! —gritó el Remero Rojo desde abajo.

—Ah, pero yo tengo más derechos aún. —Asha se puso la gargantilla en la cabeza en un ángulo extravagante, de manera que el oro brillara contra su pelo oscuro—. ¡El hermano de Balon no puede estar por delante del hijo de Balon!

—¡Los hijos de Balon han muerto! —exclamó Ralf *el Cojo*—. ¡Yo sólo veo aquí a su hija!

—¿Su hija? —Asha se pasó una mano bajo el jubón—. ¡Vaya! ¿Qué es esto? ¿Os lo enseño? Sé que algunos no veis una desde que dejasteis de mamar. —Todos volvieron a reírse—. Un rey no puede tener tetas, ¿es eso lo que quieras decir? Caray, Ralf, me has pescado, soy una mujer... Aunque no soy una vieja cascarrabias, como tú. Ralf *el Cojo*... ¿O debería llamarte Ralf *el Flácido*? —Asha se sacó una daga de entre los senos—. También soy madre: ¡este es el bebé que me llevo al pecho! —La alzó hacia el cielo—. Y estos son mis campeones. —Los tres hombres apartaron a los tres de Victarion para situarse bajo ella: Qarl *la Doncella*, Tristifer Botley y el caballero Ser Harras Harlaw, sobre cuya espada, *Anochecer*, se contaban tantas anécdotas como sobre la *Lluvia Roja* de Dunstan Drumm—. Mi tío dice que lo conocéis. También me conocéis a mí...

—¡Yo quiero conocerte mejor! —gritó alguien.

—¡Vete a casa a conocer a tu mujer! —le replicó Asha—. Mi tío dice que os dará más de lo mismo que os dio mi padre. Y yo pregunto, ¿qué es eso? Gloria y oro, diréis algunos. O libertad, qué hermosa palabra. Sí, todo eso nos dio... Y también nos dio viudedad, como puede atestiguar Lord Blacktyde. ¿Cuántos de vosotros visteis arder vuestros hogares cuando llegó Robert? ¿A cuántas de vuestras hijas violaron y destrozaron? Pueblos quemados, castillos derruidos... Eso os dio mi padre. Os dio derrotas. Mi tío dice que os quiere dar más. Yo no.

—¿Qué nos darás tú? —preguntó Lucas Codd—. ¿Clases de costura?

—Sí, Lucas. Nos tejeré hasta que formemos un reino. —Se pasó la daga de una mano a otra—. Tenemos que aprender una lección del Joven Lobo, que ganó todas las batallas... y las perdió todas.

—Un lobo no es un kraken —objetó Victarion—. Lo que el kraken agarra no lo suelta nunca, ya sea barcoluengo o leviatán.

—¿Y qué hemos agarrado nosotros, tío? ¿El Norte? ¿Y qué es eso, aparte de leguas y leguas de leguas y leguas, lejos del sonido del mar? Nos hemos apoderado de Foso Cailin, de Bosquespeso, de la Ciudadela de Torrhen y hasta de la propia Invernia. ¿Qué hemos ganado con eso? —Hizo una seña, y la tripulación del *Viento Negro* se acercó con cofres de hierro y roble cargados a los hombros—. Aquí os entrego las riquezas de la Costa Pedregosa —dijo Asha al tiempo que volcaban el

primero. Una avalancha de guijarros cayó en cascada peldaños abajo: guijarros grises, blancos, negros, desgastados por el mar—. Aquí os entrego las riquezas de Bosquespeso —dijo mientras abrían el segundo cofre. Las piñas se derramaron y rodaron hacia la multitud—. Y, por último, el oro de Invernalia. —Del tercer cofre cayeron nabos amarillos, duros, redondos, grandes como la cabeza de un hombre. Fueron a caer entre los guijarros y las piñas. Asha ensartó uno con la daga—. ¡Harmund Sharp! —gritó—. Tu hijo Harrag murió en Invernalia por esto. —Arrancó el nabo de la hoja y se lo lanzó—. Sé que tienes otros hijos. ¡Si quieres cambiar sus vidas por nabos, grita el nombre de mi tío!

—¿Y si grito tu nombre? —quiso saber Harmund—. ¿Qué me darás?

—Paz —replicó Asha—. Tierras. Victoria. Os daré Punta Dragón Marino y la Costa Pedregosa, tierra negra, árboles altos y suficientes piedras para que todos los no primogénitos se puedan construir un torreón. También tendremos a los norteños... como amigos, que estarán a nuestro lado contra el Trono de Hierro. Así que la elección es sencilla: coronadme y os traeré paz y victorias; coronad a mi tío y os dará más guerras y más derrotas. —Volvió a envainar la daga—. ¿Qué preferís, hijos del hierro?

—¡Victoria! —gritó Rodrik *el Lector* con las manos en torno a la boca—. ¡Victoria! ¡Asha!

—¡Asha! —coreó también Baelor Blacktyde—. ¡Asha, reina!

—¡Asha! ¡Asha! —La tripulación de Asha también se unió al grito—. ¡Asha, reina!

Dieron patadas contra el suelo, agitaron los puños y gritaron mientras Pelomojado escuchaba con incredulidad.

«¡Quiere deshacer lo que hizo su padre!»

Y pese a todo, Tristifer Botley gritaba su nombre, igual que muchos Harlaw, algunos Goodbrother, el congestionado Lord Merlyn y más hombres de los que el sacerdote habría creído... ¡Estaban gritando el nombre de una mujer!

En cambio, otros guardaban silencio o hablaban en susurros.

—¡No queremos la paz de los cobardes! —rugió Ralf *el Cojo*.

—¡Victarion! —gritó Ralf Stonehouse *el Rojo*, ondeando el estandarte de los Greyjoy—. ¡Victarion! ¡Victarion!

Los hombres se empujaban unos a otros. Uno le tiró una piña a Asha a la cabeza. Cuando se agachó para esquivarla, la gargantilla que se había puesto a modo de corona se le cayó. Durante un momento, el sacerdote se sintió como si estuviera sobre un hormiguero gigante y un millar de hormigas bullera a sus pies. Los gritos de «¡Asha!» y «¡Victarion!» resonaban por doquier; era como si una tormenta implacable los hubiera engullido a todos.

«El Dios de la Tormenta está entre nosotros —pensó el sacerdote—; ha venido a

sembrar la furia y la discordia.»

De pronto, afilado como una estocada, el sonido de un cuerno hendió el aire.

Su tono era brillante y destructivo, un aullido estremecedor y ardiente que hacía que los huesos de los hombres parecieran palpitara al unísono con él. El grito quedó pendiente en el húmedo aire marino.

Todos los ojos se volvieron hacia la fuente del sonido. El que lanzaba la llamada era uno de los mestizos de Euron, un hombre monstruoso de cabeza afeitada. Llevaba brazaletes de oro, jade y azabache, y en el amplio pecho tenía tatuada una especie de ave de presa con las garras llenas de sangre.

El cuerno que hacía sonar era negro, brillante, retorcido; lo tenía que sostener con las dos manos porque su longitud sobrepasaba la altura de un hombre. Tenía abrazaderas de oro rojo y acero oscuro, y grabados en forma de antiguos glifos valyrios que parecían emitir un brillo rojizo a medida que el sonido subía de volumen.

Era un sonido espantoso, un aullido de rabia y dolor que quemaba los oídos. Aeron *Pelomojado* se tapó las orejas y rezó al Dios Ahogado para que enviara una ola arrolladora que silenciara aquel cuerno, pero el aullido seguía y seguía.

«Es el cuerno del infierno», habría querido gritar, aunque nadie lo habría oído. Las mejillas del hombre tatuado estaban tan hinchadas que parecían a punto de reventar; el pájaro del pecho se retorcía como si quisiera liberarse y salir volando. De repente, los glifos ardían brillantes; cada línea y cada letra relampagueaban con fuego blanco. El sonido no cesaba, no cesaba, retumbaba contra las colinas inhóspitas que tenían detrás, cruzaba las aguas del Cuna de Nagga para resonar contra las montañas de Gran Wyk, no cesaba, no cesaba, no cesaba, hasta que pareció inundar el mundo entero.

Y cuando parecía que el sonido no iba a parar nunca, paró.

El hombre del tatuaje se había quedado al fin sin aliento. Se tambaleó y estuvo a punto de caer. El sacerdote vio como Orkwood de Monteorca lo agarraba por un brazo para devolverle el equilibrio, mientras Lucas Codd, *el Zurdo*, le cogía el retorcido cuerno negro de las manos. Del instrumento surgía un tenue jirón de humo, y el sacerdote vio que el hombre que lo había hecho sonar tenía sangre y ampollas en los labios. El ave de su pecho también estaba sangrando.

Muy despacio, seguido por todos los ojos, Euron Greyjoy subió a la cima de la colina. Sobre ellos, la gaviota graznó una y otra vez.

«Ningún impío puede sentarse en el Trono de Piedramar», pensó Aeron, pero sabía que tenía que dejar hablar a su hermano. Movió los labios en una plegaria

silenciosa.

Los campeones de Asha se echaron a un lado, y también los de Victarion. El sacerdote dio un paso atrás y puso una mano en la piedra fría y basta de las costillas de Nagga. Ojo de Cuervo se detuvo en la parte superior de la escalera, ante las puertas de la sala del Rey Gris, y volvió su ojo sonriente hacia los capitanes y los reyes, pero Aeron sentía también la mirada del otro ojo, del que mantenía oculto.

—¡Hijos del hierro! —clamó Euron Greyjoy—. Ya habéis escuchado mi cuerno. Escuchad ahora mis palabras. Soy el hermano de Balon, el mayor de los hijos de Quellon que aún viven. Por mis venas corre la sangre de Lord Vickon, la sangre del Viejo Kraken. Pero yo he navegado más lejos que ninguno de ellos. Sólo hay un kraken vivo que no ha conocido la derrota. Sólo hay uno que nunca ha doblado la rodilla. Sólo uno ha navegado hasta Asshai de la Sombra para ver maravillas y terrores que superan lo imaginable...

—¡Pues si tanto te gusta la Sombra, vete allí! —le gritó Qarl *la Doncella*, el de las mejillas lampiñas, uno de los campeones de Asha.

Ojo de Cuervo no le hizo el menor caso.

—Mi hermano pequeño quiere terminar la obra de Balon y adueñarse del Norte. Mi dulce sobrina, traernos paz y piñas. —Sus labios azulados se fruncieron en una sonrisa—. Asha prefiere la victoria a la derrota. Victarion quiere un reino, no unas cuantas varas de tierra. Yo os daré lo uno y lo otro.

»Me llamáis Ojo de Cuervo. Bien, porque ¿quién tiene mejor vista que el cuervo? Tras toda batalla, los cuervos acuden a cientos, a miles, para celebrar un festín con la carne de los caídos. Un cuervo es capaz de divisar la muerte a distancia. Y yo os digo que todo Poniente se está muriendo. Los que me sigan celebrarán un festín que durará hasta el fin de sus días.

»Somos los hijos del hierro; en otros tiempos fuimos conquistadores. Nuestro poder lo dominaba todo allí donde se oía el sonido de las olas. Mi hermano quiere que os conforméis con el frío y lúgubre Norte; mi sobrina, con menos todavía... Pero yo os entregaré Lannisport. Altojardín. El Rejo. Antigua. Las tierras de los ríos y el Dominio, el bosque Real y La Selva, Dorne y las Marcas, las Montañas de la Luna y el Valle de Arryn, Tarth y los Peldaños de Piedra. ¡Nos apoderaremos de todo! ¡Nos apoderaremos de Poniente! —Echó una mirada en dirección al sacerdote—. Todo a mayor gloria de nuestro Dios Ahogado, claro.

Durante un instante, Aeron se dejó cautivar por la osadía que destilaban aquellas palabras. El sacerdote había tenido el mismo sueño cuando vio por primera vez el cometa rojo en el cielo.

«Arrasaremos las tierras verdes, las pasaremos a fuego y espada, derribaremos los siete dioses de los septones y arrancaremos los árboles blancos de los norteños...»

—¡Ojo de Cuervo! —intervino Asha—. ¿Qué pasa? ¿Te has dejado el cerebro en

Asshai? Si no podemos defender el Norte, y te aseguro que no podemos, ¿cómo vamos a conquistar los Siete Reinos enteros?

—Pero sobrinita, si no sería la primera vez que se consigue. ¿Es que Balon no enseñó a su pequeñina las artes de la guerra? Victarion, parece que la hija de nuestro hermano no ha oído hablar de Aegon *el Conquistador*.

—¿Aegon? —Victarion cruzó los brazos sobre el pecho acorazado—. ¿Qué tiene que ver el Conquistador con nosotros?

—Sé tanto como tú sobre la guerra, Ojo de Cuervo —bufó Asha—. Aegon Targaryen conquistó Poniente porque tenía dragones.

—También los tendremos nosotros —prometió Euron Greyjoy—. Ese cuerno que habéis oido lo encontramos entre las ruinas humeantes de lo que fue Valyria, un lugar que nadie más que yo se ha atrevido a recorrer. Ya habéis oido su llamada; ya habéis sentido su poder. Es un cuerno para dragones, con franjas de oro rojo y acero valyrio en las que hay grabados hechizos. Los antiguos Señores Dragón hacían sonar cuernos como este antes de que la Maldición acabara con ellos. Con este cuerno, hijos del hierro, puedo someter a los dragones a mi voluntad.

Asha soltó una carcajada.

—Te sería más útil un cuerno que sometiera las cabras a tu voluntad, Ojo de Cuervo. Ya no quedan dragones.

—Vuelves a equivocarte, niña. Hay tres, y yo sé dónde están. Sin duda, eso bien vale una corona de madera.

—¡Euron! —gritó Lucas Codd, *el Zurdo*.

—¡Euron! ¡Ojo de Cuervo! ¡Euron! —gritó el Remero Rojo.

Pero entonces fue a Hotho Harlaw a quien oyó el sacerdote, y a Gorold Goodbrother, y a Erik *Destrozayunques*.

—¡Euron! ¡Euron! ¡Euron! —El grito se extendió, creció, se convirtió en un rugido—. ¡EURON! ¡EURON! ¡OJO DE CUERVO! ¡EURON, REY! —El grito recorrió la colina de Nagga como un trueno, como si el Dios de la Tormenta estuviera haciendo entrechocar las nubes—. ¡EURON! ¡EURON! ¡EURON! ¡EURON! ¡EURON! ¡EURON! ¡EURON! ¡EURON!

Hasta un sacerdote puede dudar. Hasta un profeta puede saber lo que es el terror. Aeron *Pelomojado* buscó a su dios en su interior, y sólo encontró silencio. Mientras un millar de voces gritaba el nombre de su hermano, él sólo oía el chirrido de una bisagra oxidada.

BRIENNE (4)

Al este de Poza de la Doncella, las colinas se alzaban indómitas; los pinos se cerraban en torno a ellos como un ejército de silenciosos soldados de color gris verdoso.

Dick *el Ágil* decía que el camino de la costa era el más corto y también el más fácil, de modo que rara vez perdían de vista la bahía. Los pueblos y aldeas que se encontraban a lo largo de la orilla eran cada vez más pequeños y más distantes entre sí. Cuando caía la noche buscaban alguna posada. Crabb compartía el alojamiento común con otros viajeros, mientras que Brienne pagaba una habitación para Podrick y para ella.

—Sería más barato si todos compartiéramos una cama, mi señora —solía decir Dick *el Ágil*—. Podéis poner la espada entre nosotros. El viejo Dick es inofensivo: cortés como un caballero y tan honrado como horas de luz tiene el día.

—Los días se van haciendo más cortos —señaló Brienne.

—Vale, es posible. Si no os fiáis de mí en la cama, me podría acostar en el suelo, mi señora.

—No será en mi suelo.

—Cualquiera diría que no confiáis en mí.

—La confianza se gana. Como el oro.

—Como desee mi señora —replicó Crabb—. Pero más al norte, cuando se acabe el camino, tendréis que confiar en Dick. Si quisiera robaros el oro a punta de espada, ¿quién me lo impediría?

—No tenéis espada. Yo sí.

Cerró la puerta entre ellos y se quedó allí, a la escucha, hasta que se aseguró de que se había marchado. Por ágil que fuera, Dick Crabb no era Jaime Lannister, ni el Ratón Loco, ni siquiera Humfrey Wagstaff. Estaba flaco y desnutrido, y su única armadura era un casco abollado lleno de óxido. En lugar de espada llevaba un puñal viejo y mellado. Mientras estuviera despierta, no representaba ningún peligro para ella.

—Podrick —dijo—, llegará un momento en que no encontraremos posadas en las que refugiarnos. No me fío de nuestro guía. Cuando montemos campamento, ¿podrás vigilar mientras duermo?

—¿Que me quede despierto, mi señora? Ser. —Podrick meditó un momento—. Tengo una espada. Si Crabb intenta haceros daño, lo puedo matar.

—No —replicó ella con firmeza—. Nada de luchar con él. Lo único que quiero es que lo vigiles mientras duermo y me despiertes si hace algo sospechoso. Ya verás: me despierto muy deprisa.

Crabb mostró sus cartas al día siguiente, cuando se detuvieron para que abrevaran

los caballos. Brienne se escondió tras unos arbustos para vaciar la vejiga.

—¿Qué hacéis? —oyó gritar a Podrick mientras estaba allí en cucillas—. ¡Apartaos de ahí!

Terminó con lo que estaba haciendo, se subió los calzones y volvió al camino, donde Dick *el Ágil* se estaba limpiando la harina de los dedos.

—No encontraréis dragones en mis alforjas —le dijo—. El oro lo llevo encima.

Una parte la tenía en la bolsa que le colgaba del cinturón; el resto, escondido en un par de bolsillos cosidos en el interior de la ropa. El abultado monedero de las alforjas estaba lleno de cobres grandes y pequeños, estrellas y otras monedas menudas... Y de harina, para que pareciera todavía más grande. Se la había comprado al cocinero del Siete Espadas la mañana en que salió del Valle Oscuro.

—Dick no pensaba hacer nada malo, mi señora. —Le mostró los dedos sucios de harina para demostrar que no iba armado—. Sólo quería ver si tenéis esos dragones que me prometisteis. El mundo está lleno de mentirosos dispuestos a engañar a un hombre honrado. No me refiero a vos, claro.

Brienne tenía la esperanza de que fuera mejor guía que ladrón.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. —Montó otra vez.

Dick solía cantar mientras cabalgaban juntos; nunca canciones enteras, sólo una estrofa de una, un trozo de otra... Brienne sospechaba que su intención era cautivarla para que bajara la guardia. En ocasiones intentaba, sin lograrlo, que Podrick y ella lo acompañaran. El chico era demasiado tímido y callado, y Brienne no cantaba.

«¿Cantabais para vuestro padre? —le había preguntado Lady Stark en cierta ocasión, en Aguasdulces—. ¿Cantabais para Renly?» No, nunca, aunque le habría gustado... Cuánto le habría gustado...

Cuando no estaba cantando, Dick *el Ágil* se dedicaba a hablar: les desgranaba anécdotas de Punta Zarpa Rota. Les dijo que cada valle umbrío contaba con su propio señor; lo único que tenían en común era la desconfianza hacia los forasteros. La sangre de los primeros hombres, densa y oscura, corría por sus venas.

—Los ándalos trataron de tomar Zarpa Rota, pero los desangramos en los valles y los ahogamos en los pantanos. Pero lo que sus hijos no pudieron conquistar con espadas, sus hermosas hijas lo conquistaron con besos. Sí, entraron por matrimonio en las casas que no lograron tomar.

Los reyes Darklyn del Valle Oscuro habían tratado de imponer su autoridad en Punta Zarpa Rota; los Mooton de Poza de la Doncella lo intentaron también, y más adelante, los arrogantes celtígaros de la isla del Cangrejo. Pero los zarpeños conocían sus bosques y pantanos mejor que ningún forastero, y si la presión era excesiva, podían desaparecer en las cavernas que horadaban sus colinas. Cuando no estaban luchando contra aspirantes a conquistadores, peleaban entre ellos. Sus enemistades eran tan profundas y oscuras como los pantanos que había entre las colinas. De

cuando en cuando, un campeón conseguía imponer la paz en la Punta, pero esa paz nunca lo sobrevivía. Lord Lucifer Hardy fue uno de los grandes, así como los Hermanos Brune. El viejo Huesosrotos más aún, pero los más poderosos de todos fueron los Crabb. Dick seguía negándose a creer que Brienne no hubiera oído hablar de Ser Clarence Crabb y sus hazañas.

—¿Por qué iba a mentir? —le preguntó ella—. Cada lugar tiene sus héroes locales. En el lugar donde nací, los bardos cantan sobre Ser Galladon de Morne, *el Caballero Perfecto*.

—¿Ser Gallaquíén qué? —El hombre soltó un bufido—. No había oído hablar de él en mi vida. ¿Qué tenía de perfecto?

—Ser Galladon era un campeón tan valeroso que hasta la propia Doncella le entregó su corazón. Le regaló una espada encantada como prueba de su amor. Su nombre era *Doncella Justa*. No había espada común que pudiera enfrentarse a ella; no había escudo que resistiera su beso. Ser Galladon portó a *Doncella Justa* con orgullo, pero sólo la desenenvainó tres veces. No quiso usarla contra ningún mortal; era tan poderosa que, con ella, cualquier combate sería injusto.

A Crabb le pareció divertidísimo.

—¿El Caballero Perfecto? Más bien sería el Imbécil Perfecto. ¿De qué vale tener una espada mágica si no se usa?

—Honor —replicó ella—. Lo que vale es el honor.

Sólo consiguió que se riera con más ganas.

—Ser Clarence Crabb se habría limpiado el culo con vuestro Caballero Perfecto, mi señora. ¿Queréis saber qué opino? Que si sus caminos se hubieran cruzado, habría otra cabeza ensangrentada en el estante de Los Susurros. «Tendría que haber usado la espada mágica —les diría a las otras cabezas—. Joder, por qué no usaría la espada mágica.»

Brienne no pudo por menos que sonreír.

—Es posible —concedió—, pero Ser Galladon no era idiota. Tal vez habría desenenvainado la *Doncella Justa* contra un enemigo que midiera tres varas y cabalgara a lomos de un uro. Se dice que una vez la usó para matar a un dragón.

Dick *el Ágil* no parecía impresionado.

—Huesosrotos también luchó contra un dragón, y no tenía ninguna espada mágica. Le hizo un nudo en el cuello; así, cada vez que lanzaba fuego por la boca, se asaba el culo.

—¿Y qué hizo Huesosrotos cuando llegaron Aegon y sus hermanas? —le preguntó Brienne.

—Ya estaba muerto. Sin duda, mi señora lo sabía. —Crabb la miró de reojo—. Aegon envió a Zarpa Rota a su hermana, la tal Visenya. Los señores estaban al tanto del fin de Harren. No eran idiotas, de modo que pusieron la espada a sus pies. La

Reina los tomó a su servicio y les dijo que no le debían lealtad a Poza de la Doncella, a la isla del Cangrejo ni al Valle Oscuro. Eso no impidió que los cabrones de los celtígaros enviaran hombres a la orilla este para cobrar los impuestos. Si enviaban a muchos, con suerte volverían unos pocos... Por lo demás, sólo nos inclinamos ante nuestros señores y ante el rey. El verdadero rey, no ese Robert ni los de su calaña. — Escupió—. Había varios Crabb, Brune y Bogg con el príncipe Rhaegar en el Tridente, y también en la Guardia Real. Un Hardy, un Cave, un Pyne y nada menos que tres Crabb: Clement, Rupert y Clarence *el Bajo*. Medía nueve palmos, pero comparado con el verdadero Ser Clarence era bajo. En Zarpa Rota somos todos buenos dragones.

El tráfico era cada vez más escaso a medida que avanzaban hacia el noreste, hasta que al final ya no encontraron más posadas. El camino no era ya más que un rastro de hierbas crecidas. Aquella noche buscaron refugio en una aldea de pescadores. Brienne pagó a los aldeanos unas cuantas monedas de cobre para que les permitieran dormir en un pajar. Se reservó la parte superior para ella y para Podrick, y cuando estuvieron arriba recogió la escalera.

—Si me dejáis aquí solo, os puedo robar los caballos, joder —le gritó Crabb desde abajo—. Tendrás que subirlos por la escalera, mi señora. —Brienne no le hizo caso, pero él siguió—. Esta noche va a llover, y además hará frío. Pods y vos vais a dormir tan calentitos, y aquí, el pobre Dick, solo, hala, a tiritar. —Sacudía la cabeza y mascullaba mientras se preparaba un lecho de paja—. En mi vida había visto una doncella tan desconfiada como vos.

Brienne se acurrucó debajo de la capa mientras Podrick bostezaba a su lado.

«No siempre he sido tan precavida —habría podido gritarle a Crabb—. De niña creía que todos los hombres eran tan nobles como mi padre.» Hasta los que le decían lo guapa que era, lo alta y lo lista, lo grácil que parecía al bailar. Tuvo que ser la septa Roelle quien le quitó la venda de los ojos. «Sólo te dicen esas cosas para ganarse el favor de tu señor padre —le dijo—. La verdad la encontrarás en el espejo, no en la lengua de los hombres.» Fue una lección dura, una lección que la hizo llorar, pero que le sirvió de mucho en Altojardín, cuando Ser Hyle y sus amigos la hicieron objeto de su juego. «Una doncella tiene que ser desconfiada en este mundo, o pronto deja de ser doncella», estaba pensando cuando empezó a llover.

En el combate cuerpo a cuerpo de Puenteamargo había buscado a sus pretendientes y los había apaleado uno por uno: Farrow, Ambrose, Bushy, Mark Mullendore, Raymond Nayland y Will *el Cigüeña*. Había arrollado a Harry Sawyer con el caballo antes de destrozarle el yelmo a Robin Potter y dejarle una fea cicatriz. Y cuando cayó el último de ellos, la Madre había puesto en sus manos a Connington. En aquella ocasión, Ser Ronnet llevaba en la mano una espada, no una rosa. Cada golpe que le asestó le supo más dulce que un beso.

Loras Tyrell había sido el último en enfrentarse a su ira aquel día. Nunca la había

cortejado, apenas le había dirigido una mirada, pero llevaba tres rosas doradas en el escudo, y Brienne detestaba las rosas. Su sola visión le había insuflado una fuerza furibunda. Cuando se fue a dormir soñó con aquella lucha, y con Ser Jaime, que le ponía una capa arco iris por los hombros.

A la mañana siguiente seguía lloviendo. Mientras desayunaban, Dick *el Ágil* sugirió que esperasen a que se escampara.

—¿Y eso cuándo será? ¿Mañana? ¿Dentro de quince días? ¿Cuando vuelva el verano? No. Tenemos capas, y muchas leguas por delante.

Llovió durante todo el día. El angosto sendero que seguían pronto se transformó en un lodazal. Los pocos árboles que veían estaban desnudos, y la lluvia constante había transformado las hojas caídas en una alfombra marrón empapada. Pese al forro de piel de ardilla, la capa de Dick no tardó en calarse. Brienne advirtió que estaba tiritando. Durante un momento sintió pena por él.

«No está bien alimentado, es evidente.» ¿Existiría de verdad una cala de contrabandistas, o un castillo en ruinas llamado Los Susurros? Un hombre hambriento podía llegar a hacer cosas desesperadas. Tal vez todo fuera un truco para engañarla. La desconfianza le hacía un nudo en la garganta.

Durante un tiempo pareció que el repiqueteo constante de la lluvia era el único sonido del mundo. Dick *el Ágil* cabalgaba absorto en sus pensamientos. Brienne, que lo observaba con atención, advirtió lo encorvado que iba, como si encogiéndose en la silla de montar fuera a mantenerse más seco. Aquel día no había ningún pueblo cerca cuando la oscuridad los envolvió. Tampoco vieron árboles entre los que refugiarse. Tuvieron que acampar al resguardo de unas rocas, a cincuenta pasos por encima del nivel del mar. Al menos, las rocas los protegían del viento.

—Será mejor que montemos guardia esta noche, mi señora —dijo Crabb mientras Brienne trataba de encender una hoguera con madera arrastrada a la orilla por el mar—. En los lugares como este suele haber tritones.

—¿Tritones? —Brienne le dirigió una mirada desconfiada.

—Monstruos. —Dick *el Ágil* saboreó la palabra—. Vistos de lejos parecen hombres, pero tienen la cabeza muy grande, y escamas en vez de pelo. También tienen la tripa blanca como la de los peces, y los dedos unidos por membranas. Siempre están húmedos y huelen a pescado, pero tras los labios gordos ocultan varias hileras de dientes verdes afilados como agujas. Hay quien dice que los primeros hombres los mataron a todos, pero no es verdad. Vienen por la noche y se llevan a los niños que se han portado mal, *chof, chof*, suenan sus pasos al caminar. A las niñas se las quedan para aparearse con ellas, y a los niños se los comen: les arrancan la carne con esos dientes verdes tan afilados. —Sonrió a Podrick—. Se te comerían, chico. Se te comerían crudo.

—Si lo intentan, los mataré. —Podrick se acarició la espada.

—Prueba. Prueba a ver. No es tan fácil matar a los tritones. —Le guiñó un ojo a Brienne—. ¿Habéis sido una niña mala, mi señora?

—No.

«Sólo idiota.» La madera estaba demasiado mojada para prenderse, por muchas chispas que Brienne arrancara del acero y el pedernal. La incendaja humeaba un poco, pero nada más. Harta, apoyó la espalda en una roca, se envolvió en la capa y se resignó a pasar una noche húmeda y fría. Mordisqueó un trozo de tasajo, soñando con una comida caliente, mientras Dick *el Ágil* parloteaba sin cesar de la vez que Ser Clarence Crabb había luchado contra el rey de los tritones.

«Escucharlo es entretenido —tuvo que reconocer—, pero Mark Mullendore también me hacía reír con su monito.»

La lluvia era tan densa que no vieron ponerse el sol; la neblina, demasiado espesa para que vieran salir la luna. La noche era oscura y sin estrellas. A Crabb se le acabaron las anécdotas y se echó a dormir. Podrick no tardó en empezar a roncar él también. Brienne se quedó sentada, con la espalda contra la roca, escuchando el murmullo de las olas.

«¿Estáis cerca, Sansa? —se preguntó—. ¿En Los Susurros, esperando un barco que nunca llegará? ¿Quién os acompaña? Dijo que buscaba pasaje para tres. ¿Se ha reunido el Gnomo con Ser Dontos y con vos, o habéis encontrado a vuestra hermanita?»

El día había sido largo, y Brienne se encontraba cansada. Pese a tener la espalda apoyada en una roca, con la lluvia repiqueteando a su alrededor, se dio cuenta de que se le cerraban los ojos. Por dos veces se quedó adormilada. La segunda se despertó de repente, con el pulso acelerado, convencida de que alguien se le echaba encima. Tenía los brazos agarrotados, y la capa se le había enredado en torno a los tobillos. Se liberó de ella de una patada y se puso en pie. Dick *el Ágil* estaba acurrucado junto a una roca, medio enterrado en la arena mojada, dormido.

«Un sueño. Ha sido un sueño.» Tal vez hubiera cometido un error al abandonar a Ser Creighton y Ser Illifer. Parecían personas honradas. «Ojalá Jaime hubiera venido conmigo», pensó... Pero Jaime era caballero de la Guardia Real; su lugar estaba junto al rey. Además, a quien quería era a Renly. «Juré que lo protegería y le fallé. Luego juré que lo vengaría y en eso le fallé también: lo que hice fue huir con Lady Catelyn, y a ella también le fallé.» El viento había cambiado de dirección, y la lluvia le azotaba el rostro.

Al día siguiente, el camino se convirtió en una estela pedregosa, y por último, de él no quedó más que el nombre. Alrededor del mediodía se interrumpía bruscamente al pie de una pared rocosa erosionada por el viento. En la cima, un castillo pequeño dominaba las olas, con tres torreones torcidos que se recortaban contra el cielo plumboso.

—¿Eso es Los Susurros? —preguntó Podrick.

—¿Tiene pinta de estar en ruinas? —Crabb escupió—. Eso es el Refugio de Malacosta, el asentamiento del viejo Lord Brune. Pero el camino termina aquí. A partir de ahora iremos por los pinos.

Brienne examinó la pared rocosa.

—¿Cómo se llega ahí arriba?

—Es fácil. —Dick *el Ágil* hizo dar la vuelta a su caballo—. No os alejéis de Dick; a los tritones les encanta llevarse a los que se rezagan.

El camino de subida resultó ser un sendero pedregoso empinado, oculto en una hendidura de la roca. La mayor parte era natural, pero de tanto en tanto habían tallado peldaños para facilitar la subida. Altas paredes de piedra erosionadas por siglos de viento y agua marina los flanqueaban. En algunos puntos habían adquirido formas fantásticas. Dick *el Ágil* les señaló algunas mientras subían.

—Ahí hay una cabeza de ogro, ¿veis? —comentó, y Brienne sonrió al divisarla—. Y eso es un dragón de piedra. El ala que le falta se le cayó cuando mi padre era niño. Y encima están los pezones descolgados, que parecen las tetas de una vieja.

Ella se miró el pecho.

—¿Ser? ¿Mi señora? —intervino Podrick—. Hay un jinete.

—¿Dónde? —Ninguna de las rocas cercanas tenía esa forma.

—En el camino. De piedra, no. Real. Nos sigue. Ahí abajo —señaló.

Brienne se giró en la silla. Había ascendido a suficiente altura para dominar con la vista varias leguas de orilla. El caballo seguía el mismo camino por el que habían llegado ellos, como a una legua de distancia.

«¿Otra vez?» Escudriñó a Dick *el Ágil* con desconfianza.

—A mí no me miréis —se defendió Crabb—. Sea quien sea, no tiene nada que ver con el pobre Dick *el Ágil*. Seguro que es alguno de los hombres de Brune, que vuelve de la guerra. O un bardo de esos que van de un sitio a otro. —Giró la cabeza y escupió—. Por lo menos, seguro que no es un tritón. Esos no montan a caballo.

—No —dijo Brienne.

Al menos en eso estaban de acuerdo.

Resultó que los treinta y cinco últimos pasos del ascenso eran los más empinados y traicioneros. Los guijarros sueltos rodaban bajo los cascos de los caballos y caían por el sendero pedregoso que dejaban atrás. Cuando salieron de la hendidura de la roca se encontraron ante las murallas del castillo. Desde las almenas, un rostro se asomó para mirarlos y desapareció. A Brienne le pareció que se trataba de una mujer, y así se lo dijo a Dick *el Ágil*.

El hombre asintió.

—Brune es demasiado viejo para andar subiendo por los adarves, y sus hijos y nietos se han ido a las guerras. Aquí no quedan más que las mozas y algún que otro

mocooso.

Le iba a preguntar a su guía a qué rey apoyaba Lord Brune, pero en realidad ya no tenía importancia. Los hijos de Brune se habían marchado; tal vez algunos no volvieran.

«Aquí no recibiremos hospitalidad esta noche.» Un castillo habitado por ancianos, mujeres y niños no abriría sus puertas a desconocidos armados.

—Tenéis que hablar de Lord Brune como si lo conocierais —le dijo a Dick *el Ágil*.

—Puede que lo conociera.

Brienne echó un vistazo a la pechera de su jubón. Unos hilos sueltos y una zona de tejido más oscuro mostraban el lugar de donde se había arrancado alguna divisa. No cabía duda: su guía era un desertor. Tal vez el jinete que los seguía fuera uno de sus antiguos compañeros de armas.

—Deberíamos seguir —la apremió—, antes de que Brune empiece a preguntarse qué hacemos ante sus murallas. Hasta una moza se podría llevar una saeta de ballesta.

—Dick señaló con un gesto las colinas de caliza que se alzaban más allá del castillo, con las laderas cubiertas de árboles—. De aquí en adelante se acabaron los caminos; no hay más que senderos y cañadas. Pero no temáis, mi señora. Dick *el Ágil* conoce bien este territorio.

Aquello era lo que se temía Brienne. El viento soplababa en la cima de la pared rocosa, pero todo le olía a trampa.

—¿Qué hay de ese jinete? A no ser que su caballo pueda pasar por encima de las olas, pronto subirá hasta aquí.

—¿Qué pasa con él? Si es cualquier imbécil de Poza de la Doncella, ni siquiera dará con el camino. Y si da con él, no importa; lo despistaremos en los bosques. Allí no tendrá ningún camino que seguir.

«Sólo nuestras huellas.» Brienne se preguntaba si no sería mejor enfrentarse al jinete allí, con la espada en la mano. «Quedaré como una estúpida si es un bardo errante, o un hijo de Lord Brune. —Tal vez Crabb tuviera razón—. Si mañana todavía nos sigue, ya me encargaré de él.»

—Como queráis —dijo al tiempo que hacia girar a su yegua hacia los árboles.

El castillo de Lord Brune se fue empequeñeciendo a sus espaldas, y no tardaron en perderlo de vista. A su alrededor crecían centinelas y pinos soldado, imponentes lanzas verdes que se proyectaban hacia el cielo. El suelo del bosque era un lecho de agujas caídas, grueso como el muro de un castillo, salpicado de piñas. Los cascos de los caballos no parecían emitir sonido alguno. Llovió un rato, luego escampó y luego empezó otra vez, pero entre los pinos apenas les llegaba alguna gota.

Por el bosque, la marcha era mucho más lenta. Brienne picó espuelas a la yegua en medio de la penumbra verdosa, sorteando los árboles. Se daba cuenta de queería

muy fácil extraviarse allí. Mirase hacia donde mirase, todo tenía el mismo aspecto. Hasta el aire parecía gris verdoso e inmóvil. Las ramas de los pinos le arañaban los brazos y chocaban con estrépito contra el escudo recién pintado. El escalofriante silencio se le hacía más pesado con cada hora que pasaba.

También estaba preocupada por Dick *el Ágil*. Aquel mismo día, cuando se acercaba el ocaso, el hombrecillo trató de cantar.

—«Había un oso, un oso, ¡un oso! Era negro, era enorme, ¡cubierto de pelo horroroso!» —cantó con voz rasposa cual calzones de esparto.

Los pinos ahogaron su canción, igual que ahogaban el viento y la lluvia. Tras un rato acabó por rendirse.

—Esto es malo —dijo Podrick—. Es un sitio malo.

Brienne tenía la misma sensación, pero no serviría de nada reconocerlo.

—Los bosques de pinos son lúgubres, pero al fin y al cabo no son más que bosques. Aquí no hay nada que temer.

—¿Qué hay de los tritones? ¿Y de las cabezas?

—Qué chico tan listo —comentó Dick *el Ágil* entre risas.

—Los tritones no existen —le dijo Brienne a Podrick, lanzándole una mirada molesta—. Ni las cabezas.

Avanzaron colina arriba, colina abajo, una y otra vez. Brienne rezaba por que Dick *el Ágil* fuera honrado y supiera de verdad adónde los llevaba. Si de ella hubiera dependido, ni siquiera estaba segura de poder orientarse hasta el mar. El cielo era gris y nuboso día y noche, no había sol ni estrellas que la ayudaran a buscar el camino.

Aquella noche acamparon temprano, tras bajar de una colina y llegar al borde de un pantano verdoso. A la luz verde grisácea, el terreno que tenían por delante parecía sólido, pero si hubieran intentado atravesarlo, los caballos se habrían hundido hasta la cruz. Tuvieron que dar un rodeo y abrirse camino por un suelo más firme.

—No importa —los tranquilizó Crabb—. Volveremos a subir a la colina y bajaremos por otro lado.

Al día siguiente sucedió lo mismo. Cabalgaron entre pinos y ciénagas, bajo cielos oscuros y lluvias intermitentes, junto a pozos, cuevas y ruinas de antiguas fortalezas con las piedras ennegrecidas por el moho. Cada montón de escombros tenía su historia, y Dick *el Ágil* se las contó todas. Si se le daba crédito, los hombres de Punta Zarpa Rota habían regado los pinos con sangre. A Brienne se le estaba acabando la paciencia.

—¿Cuánto queda? —preguntó al final con tono brusco—. A estas alturas, ya debemos de haber visto hasta el último árbol de Punta Zarpa Rota.

—Ni mucho menos —replicó Crabb—. Pero estamos cerca. Mirad: el bosque es cada vez menos espeso. Nos acercamos al mar Angosto.

«Seguro que el bufón que prometió mostrarme será mi reflejo en un estanque»,

pensó Brienne, pero no tenía sentido dar la vuelta después de llegar tan lejos. Aun así, no podía negar que estaba muerta de cansancio. Tenía los muslos rígidos como el hierro de tanto montar, y en los últimos días apenas había dormido cuatro horas cada noche, mientras Podrick montaba guardia. Si Dick *el Ágil* iba a intentar matarlos, sería allí, sin duda, en el terreno que mejor conocía. Tal vez los llevara a alguna guarida de ladrones donde hubiera gentuza tan traicionera como él. O quizás los estuviera guiando en círculos para dar tiempo a que aquel jinete los alcanzara. No habían visto rastro de él desde que dejaron atrás el castillo de Lord Brune, pero eso no quería decir que hubiera desistido de darles caza.

«Puede que tenga que matarlo», se dijo una noche mientras recorría a zancadas el campamento. Sólo con pensarla sentía náuseas. Su viejo maestro de armas siempre había puesto en duda que fuera suficientemente dura para participar en una batalla.

—Tus brazos son tan fuertes como los de un hombre —le había dicho Ser Goodwin más de una vez—, pero tu corazón es tan tierno como el de cualquier doncella. Una cosa es entrenarse en el patio con una espada romana en la mano, y otra, clavarle un palmo de acero afilado a un hombre en las entrañas y ver como se le escapa la luz de los ojos.

Para cortirla, Ser Goodwin la enviaba con el carnicero de su padre para que matara corderos y cochinillos. Los corderos balaban, y los cochinillos chillaban como niños aterrados. Cuando terminaba la matanza, las lágrimas cegaban a Brienne, y tenía la ropa tan ensangrentada que se la daba a su doncella para que la quemara. Pero Ser Goodwin seguía teniendo dudas.

—Un cochinillo es un cochinillo. Con un hombre, la cosa cambia. Cuando era escudero, más o menos de tu edad, tenía un amigo que era fuerte, rápido, ágil, todo un campeón en el patio de entrenamientos. Todos sabíamos que algún día sería un caballero espléndido. Entonces llegó la guerra a los Peldaños de Piedra. Vi como mi amigo hacía caer de rodillas a su rival y le arrancaba el hacha de las manos, pero cuando tendría que haber acabado con él, se detuvo durante un instante. En medio de la batalla, un instante es toda una vida. El otro hombre sacó una daga y encontró un resquicio en la armadura de mi amigo. Toda su fuerza, su velocidad, su valor, la habilidad por la que tanto se había entrenado... Todo le sirvió de menos que un pedo de titiritero, porque vaciló a la hora de matar. No lo olvides, niña.

«No lo olvidaré —le prometió a su sombra en aquel bosque de pinos. Se sentó en una roca, desenvainó la espada y empezó a afilarla—. No lo olvidaré, y rezaré para no vacilar.»

El día siguiente amaneció gris, frío y nublado. Ni siquiera vieron salir el sol, pero cuando la oscuridad se tornó grisácea, Brienne supo que era hora de volver a montar. Dick *el Ágil* abrió la marcha, y volvieron a meterse entre los pinos. Brienne lo seguía de cerca, y Podrick iba el último a lomos de su rocín.

El castillo apareció ante ellos sin previo aviso. En un momento estaban en lo más profundo del bosque, rodeados de pinos en leguas a la redonda. Rodearon una roca, y ante ellos apareció un claro. Media legua más adelante, el bosque terminaba bruscamente. Más allá se veían el cielo, el mar... y un antiguo castillo en ruinas, abandonado y cubierto de matojos, al borde de un acantilado.

—Los Susurros —señaló Dick *el Ágil*—. Escuchad bien: se oye hablar a las cabezas.

Podrick se quedó boquiabierto.

—Ya las oigo.

Brienne también las oía. Era un murmullo lejano, tenue, que parecía proceder tanto del suelo como del castillo. Se hacía más perceptible a medida que se acercaban al acantilado. De repente comprendió que era el mar. Las olas habían excavado agujeros en la pared del acantilado y rugían por las cuevas y túneles subterráneos.

—No hay cabezas —dijo—. Los susurros que oyés son las olas.

—Las olas no susurran. Son cabezas.

El castillo estaba construido con piedras antiguas, sin argamasa, todas diferentes. El musgo crecía en las hendiduras, entre las rocas, y los árboles hundían sus raíces en los cimientos. Muchos castillos antiguos tenían un bosque de dioses. A juzgar por su aspecto, Los Susurros también, y poca cosa más. Brienne hizo avanzar a la yegua hasta el borde del acantilado, donde la muralla se había desmoronado. La hiedra crecía en las piedras caídas. Ató la montura a un árbol y se acercó al precipicio tanto como se atrevió. Veinte varas más abajo, las olas rompían contra los restos de una torre caída. Bajo ella divisó la entrada de una gran cueva.

—Esa es la antigua torre del faro —dijo Dick *el Ágil*, que había acudido a su lado—. Se derrumbó cuando yo no tenía ni la mitad de la edad de Pod. Antes había unos peldaños para bajar a la cala, pero cuando el acantilado se derrumbó, cayeron también. Tras aquello, los contrabandistas dejaron de desembarcar aquí. Hubo tiempos en los que podían entrar en la cueva en barcas de remos, pero eso se acabó. ¿Veis?

Le puso una mano en la espalda y señaló con la otra. A Brienne se le erizó el vello.

«Un empujón y acabaré abajo, con la torre.» Dio un paso atrás.

—Quitadme las manos de encima.

Crabb hizo un gesto hosco.

—Sólo quería...

—No me importa qué queríais. ¿Dónde está la puerta?

—Al otro lado. —Titubeó—. Ese bufón que buscáis... No será rencoroso, ¿verdad? —dijo, nervioso—. O sea, anoche me dio por pensar que a lo mejor estaba enfadado con el pobre Dick *el Ágil*, por lo del mapa que le vendí, y porque no le dije

que aquí ya no atracan los contrabandistas.

—Con el oro que os vais a ganar le podéis devolver lo que pagó por vuestra ayuda. —Brienne no se imaginaba a Dontos Hollard como una amenaza—. Si aún está aquí, claro.

Recorrieron los restos de la muralla. El castillo había sido triangular, con un torreón cuadrado en cada esquina. Las puertas estaban podridas. Brienne tiró de una; la madera se desprendió en largas astillas húmedas, y se quedó con la mitad de ella en la mano. En el interior se veía más penumbra verdosa. El bosque había quebrado los muros para invadir el torreón principal y el patio central. Pero tras la puerta había un rastrillo con dientes que se hundían en el terreno blando y embarrado. El hierro estaba enrojecido por el óxido, y pese a todo, no cedió a las sacudidas de Brienne.

—Hace mucho que nadie cruza esta puerta.

—Si queréis, puedo trepar —se ofreció Podrick—. Por el acantilado. Donde cayó la muralla.

—Es peligroso. Las piedras me han parecido sueltas, y la hiedra roja es venenosa. Tiene que haber una poterna.

La encontraron en el lado norte del castillo, semioculta tras una enorme zarza. No quedaban zarzamoras, y alguien había cortado la mitad del arbusto para abrirse camino hasta la puerta. Al ver las ramas rotas, Brienne empezó a inquietarse.

—Alguien ha pasado por aquí, y hace poco.

—Vuestro bufón y las niñas —dijo Crabb—. Ya os lo dije.

«¿Sansa?» Brienne no se lo podía creer. Hasta un imbécil borracho como Dontos Hollard tendría suficiente sentido común para no llevarla a aquel lugar desolado. Aquellas ruinas la ponían nerviosa. Allí no iba a encontrar a la pequeña Stark... Pero tenía que mirar. «Por aquí ha pasado alguien —pensó—. Alguien que tenía que esconderse.»

—Voy a entrar —dijo—. Venid conmigo, Crabb. Podrick, tú te quedaras a vigilar a los caballos.

—Yo también quiero ir. Soy escudero. Puedo luchar.

—Por eso quiero que te quedes aquí. Tal vez haya bandidos en estos bosques, y no me atrevo a dejar los caballos sin vigilancia.

Podrick arrastró una piedra con la bota.

—Como digáis.

Brienne se abrió camino entre las ramas de la zarza y tiró de una anilla de hierro oxidada. La poterna resistió un momento y luego se abrió de golpe con un quejido chirriante de las bisagras. El sonido le puso los pelos de punta. Desenvainó la espada. Pese a la armadura y la coraza, se sentía desnuda.

—Venga, mi señora —la apremió Dick *el Ágil* a su espalda—. ¿A qué estáis esperando? El viejo Crabb lleva mil años muerto.

¿A qué estaba esperando? Brienne se amonestó por comportarse como una idiota. El sonido no era más que el mar, que resonaba sin pausa por las cuevas, bajo el castillo, subiendo y bajando con cada ola. Pero era verdad que parecía un susurro, y durante un instante casi le pareció ver las cabezas, en la estantería, hablando en murmullos.

«Tendría que haber usado la espada mágica —decía una de ellas—. Joder, ¿por qué no usaría la espada mágica?»

—Podrick —gritó Brienne—. En mi petate hay una espada con su vaina. Tráemela.

—Sí, ser. Mi señora. Ya voy. —El chico se alejó corriendo.

—¿Una espada? —Dick *el Ágil* se rascó una oreja—. Ya tenéis una espada en la mano. ¿Para qué queréis otra?

—Esta es para vos. —Brienne se la tendió con el puño por delante.

—¿De verdad? —Crabb extendió la mano dubitativo, como si la hoja lo fuera a morder—. ¿La doncella desconfiada le da una espada al viejo Dick?

—¿La sabéis utilizar?

—Soy un Crabb. —Cogió la espada larga que le tenía ella—. Por mis venas corre la sangre de Ser Clarence. —Lanzó un tajo al aire y sonrió—. Hay quien dice que la espada hace al señor.

Podrick Payne volvió con *Guardajuramentos* en brazos, la llevaba con tanto mimo como si fuera un bebé. Dick *el Ágil* dejó escapar un silbido al ver la vaina ornamentada, con su hilera de cabezas de león, pero se quedó sin palabras cuando Brienne sacó el arma y hundió el aire.

«Hasta el sonido es más agudo que el de una espada vulgar.»

—Seguidme —le dijo a Crabb.

Cruzó la poterna de lado, aunque tuvo que agachar la cabeza para pasar bajo el arco de entrada.

El patio interior apareció ante ella, cubierto de hierbajos. A su izquierda estaban la puerta principal y los restos derruidos de lo que tal vez fueran unos establos. Arbolillos jóvenes crecían en la mitad de las cuadras y atravesaban el techo de paja seca. A la derecha vio unos peldaños de madera podrida que llevaban a la oscuridad de una mazmorra, o a una bodega. En el lugar donde se había alzado el torreón central vio un montón de piedras caídas, cubiertas de musgo verde y morado. El patio estaba cubierto de hierbas y agujas de pino. Había pinos soldados por todas partes, en hileras solemnes. En medio de ellos divisó un pálido intruso, un arciano joven y esbelto con el tronco tan blanco como una doncella enclaustrada. De sus ramas brotaban hojas color rojo oscuro. Más allá se veía sólo el vacío del cielo y el mar, allí donde la muralla se había derrumbado...

... y también los restos de una hoguera.

Los susurros le mordisqueaban los oídos, insistentes. Brienne se arrodilló junto a los restos. Cogió un palo ennegrecido, lo olfateó y removió las cenizas.

«Alguien trataba de entrar en calor anoche. O tal vez intentaba enviar una señal a algún barco.»

—¡Hoooolaaa! —llamó Dick *el Ágil*. ¿Hay alguien aquí?

—Silencio —le dijo Brienne.

—Puede que estén escondidos. Tal vez nos estén examinando antes de mostrarse. —Se dirigió hacia los peldaños que descendían y escudriñó la oscuridad—. ¡Hoooolaaa! —llamó otra vez—. ¿Hay alguien ahí abajo?

Brienne vio moverse un arbollo, y de la maleza salió un hombre, tan sucio de barro como si acabara de brotar de la tierra. Llevaba una espada rota en la mano, pero lo que le llamó la atención fue su rostro, los ojos pequeños y las grandes fosas nasales.

Conocía aquella nariz. Conocía aquellos ojos. Pyg lo habían llamado sus amigos.

Todo pareció suceder en un instante. Un segundo hombre salió del pozo, sin más ruido que el que haría una serpiente al arrastrarse por un montón de hojas húmedas. Llevaba un yelmo de hierro envuelto en sucia seda roja, y tenía en la mano un dardo corto y grueso. Brienne también lo conocía. A sus espaldas se oyó un murmullo cuando una cabeza surgió entre las hojas rojas. Crabb estaba bajo el arciano. Alzó la vista y vio el rostro.

—Está aquí —llamó a Brienne—. Es el bufón que buscáis.

—¡Venid conmigo, Dick! —le gritó apremiante.

Shagwell saltó del arciano entre carcajadas. Iba vestido con ropa de bufón, pero tan descolorida y manchada que parecía más marrón que gris o rosa. En lugar de un cetro de bufón llevaba en la mano un mangual triple, tres bolas llenas de púas que colgaban de cadenas de una maza de madera. Lo blandió con fuerza, y una rodilla de Crabb estalló en una explosión de sangre y hueso.

—Esto sí que ha tenido gracia —alardeó mientras Dick caía. La espada que le había dado Brienne salió despedida y se perdió entre los hierbajos. Dick se retorció en el suelo entre gritos, mientras se agarraba la rodilla destrozada—. Vaya, fijaos —dijo Shagwell—. Es Dick *el Contrabandista*, el que nos dibujó el mapa. ¿Has venido hasta aquí para devolvernos el oro?

—Por favor —sollozó Dick—, por favor, no, mi pierna...

—¿Duele? Ahora dejará de dolerte.

—¡Déjalo en paz! —gritó Brienne.

—¡No! —gritó Dick al tiempo que alzaba las manos ensangrentadas para protegerse la cara.

Shagwell hizo girar las bolas por encima de la cabeza antes de lanzar un golpe al rostro de Crabb. Sonó un crujido repugnante. En el silencio que siguió, Brienne oyó

los latidos de su propio corazón.

—Cómo eres, Shags —dijo el hombre que había salido del pozo. Al ver la cara de Brienne se echó a reír—. ¿Otra vez tú, mujer? Qué, ¿nos estabas persiguiendo? ¿O es que nos echabas de menos?

Shagwell bailaba saltando de un pie al otro y hacía girar el mangual.

—Ha venido a por mí. Sueña conmigo todas las noches cuando se mete los dedos en la rajita. ¡Me desea, chicos, la yegua echaba de menos a su alegre Shags! Me la voy a follar por el culo y la voy a llenar de semilla de bufón hasta que dé a luz a un pequeño yo.

—Para eso tendrás que usar otro agujero, Shags —dijo Timeon con su marcado acento dorniense.

—Será mejor que los use todos. Para ir sobre seguro.

Se desplazó hacia la derecha de Brienne mientras Pyg se movía hacia su izquierda, obligándola a retroceder hacia el borde del acantilado.

«Pasaje para tres», recordó Brienne.

—Sólo sois tres.

Timeon se encogió de hombros.

—Después de salir de Harrenhal, cada uno se fue por su camino. Urswyck y los suyos cabalgaron hacia el sur, hacia Antigua. Rorge pensó que podría desaparecer en Salinas. Mis muchachos y yo nos fuimos a Poza de la Doncella, pero no hubo manera de subir a un barco. —El dorniense sopesó la lanza—. Menuda se la hiciste a Vargo con aquel mordisco. La oreja se le puso negra y le empezó a salir pus. Rorge y Urswyck iban a marcharse, pero la Cabra dijo que teníamos que defender su castillo, que era el señor de Harrenhal y que a él no lo abandonaba nadie. Lo decía babeando, como siempre hablaba él. Nos enteramos de que la Montaña lo había matado pedazo a pedazo. Un día una mano, al siguiente un pie, todo cortes limpios. Le vendaban los muñones para que no muriera. Iba a dejar la polla para el final, pero un pájaro lo llamó a Desembarco del Rey, así que lo remató antes de ponerse en marcha.

—No he venido por vosotros. Estoy buscando a mi... —«A mi hermana», había estado a punto de decir—. A un bufón.

—Yo soy un bufón —anunció Shagwell con tono alegre.

—No el que quiero. El que busco viaja con una niña noble, la hija de Lord Stark de Invernalia.

—Ah, el Perro —intervino Timeon—. Tampoco está aquí, mira qué cosas. Sólo nosotros.

—¿Sandor Clegane? —preguntó Brienne sorprendida—. ¿Qué quieres decir?

—Es el que tiene a la Stark. Por lo que me dijeron, la cría iba a Aguasdulces cuando la capturó. Condenado Perro.

«Aguasdulces —pensó Brienne—. Se dirigía a Aguasdulces. Con sus tíos.»

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo uno de la banda de Beric. El señor del relámpago también la busca. Ha apostado a sus hombres a lo largo de todo el Tridente para localizarla. Después de salir de Harrenhal nos encontramos con tres, y a uno le sacamos la historia antes de que muriera.

—Puede que mintiera.

—Puede, pero no. Más tarde nos enteramos de que el Perro había matado a tres hombres de su hermano en una posada de una encrucijada. La cría iba con él. El posadero lo juró antes de que Rorge lo matara, igual que las putas. Joder, qué feas eran. No tanto como tú, claro, pero aun así...

«Está intentando distraerme —comprendió Brienne. Pyg se le estaba acercando. Shagwell dio un salto hacia ella. Retrocedió un paso—. Si lo permito, me acorralarán contra el acantilado.»

—No os acerquéis —les advirtió.

—Te voy a follar por la nariz, moza —anunció Shagwell—. ¿A que tendrá gracia?

—Tiene la polla muy pequeña —le explicó Timeon—. Suelta esa espada tan bonita y puede que te tratemos bien, mujer. Necesitamos oro para pagar a los contrabandistas, nada más.

—Si os doy oro, ¿nos dejaréis marchar?

—Claro. —Timeon sonrió—. Después de follarte. Te pagaremos como a una buena puta: una moneda de plata por polvo. O si no, cogemos el oro y te violamos igual, y te hacemos lo mismo que le hizo la Montaña a Lord Vargo. ¿Qué eliges?

—Esto.

Brienne se lanzó contra Pyg.

El hombre alzó la espada rota para protegerse el rostro, pero ella atacó por abajo. *Guardajuramentos* atravesó el cuero, la lana, la piel y el músculo del muslo del mercenario. Pyg lanzó un tajo al aire al perder pie. La espada rota le arañó la cota de malla antes de que el hombre cayera de espaldas. Brienne le clavó la hoja en la garganta, la retorció y la sacó, y se volvió justo en el momento en que el dardo de Timeon pasaba junto a su rostro.

«No he dudado —pensó mientras la sangre roja le corría por la mejilla—. ¿Habéis visto, Ser Goodwin?» Apenas había notado el corte.

—Tu turno —dijo a Timeon mientras el dorniense sacaba un segundo dardo, más corto y grueso que el primero—. Lánzalo.

—¿Para que lo esquives y me ataques? Acabaría tan muerto como Pyg. No. Ocúpate de ella, Shags.

—Ocúpate tú —replicó Shagwell—. ¿Has visto lo que le ha hecho a Pyg? La sangre de la luna la ha enloquecido.

El bufón estaba tras ella, y Timeon, delante. Se volviera hacia donde se volviera

le daría la espalda a uno.

—Ocúpate tú y te podrás follar el cadáver —insistió Timeon.

—Vaya, cuánto me quieres.

El mangual estaba girando.

«Elige a uno —se dijo Brienne—. Elige a uno y mátalo deprisa.» En aquel momento, una piedra llegó volando de la nada y acertó a Shagwell en la cabeza. Brienne no titubeó. Se lanzó contra Timeon.

Era mejor que Pyg, pero sólo tenía un dardo, mientras que ella esgrimía acero valyrio. *Guardajuramentos* cobraba vida en sus manos. Nunca se había sentido tan rápida. La espada se convirtió en un centelleo gris. El hombre la hirió en el hombro, pero ella le cortó la oreja y la mitad de la mejilla, le segó la punta del dardo y le clavó un palmo de acero ondulado en el vientre, a través de los eslabones de la cota de malla.

Timeon aún trataba de luchar cuando le arrancó la espada con la hoja enrojecida de sangre. Se echó la mano al cinturón y sacó un puñal, de modo que Brienne le cortó la mano.

«Eso ha sido por Jaime.»

—Madre, apiádate de mí —jadeó el dorniense mientras la sangre le manaba de la boca y le brotaba a borbotones de la muñeca—. Acaba. Mándame a Dorne, hija de puta.

Así lo hizo.

Cuando se volvió, Shagwell seguía de rodillas, confuso, buscando el mangual. Se puso en pie tambaleante, y en aquel momento, otra piedra lo acertó en una oreja. Podrick había trepado por el muro caído y estaba entre la hiedra, con el ceño fruncido y otra piedra ya en la mano.

—¡Os dije que sabía luchar! —gritó.

Shagwell trató de alejarse a rastras.

—¡Me rindo! —chilló el bufón—. ¡Me rindo! No le podéis hacer daño al pobre Shagwell, soy demasiado gracioso para morir.

—No eres mejor que los demás. Has robado, violado y asesinado.

—Sí, es verdad, sí, no lo niego... Pero soy tan gracioso, con mis bromas y cabriolas... Hago reír a los hombres.

—Y llorar a las mujeres.

—¿Qué culpa tengo yo de que las mujeres no tengan sentido del humor?

Brienne bajó a *Guardajuramentos*.

—Cava una tumba. Ahí, bajo el arciano. —Señaló con la hoja.

—No tengo pala.

—Tienes dos manos. —«Una más de las que le dejaste a Jaime.»

—¿Para qué molestarse? Que se los coman los cuervos.

—Timeon y Pyg serán pasto de los cuervos; Dick *el Ágil* tendrá una tumba. Era un Crabb. Este es su lugar.

La lluvia había ablandado la tierra, pero aun así, el bufón tardó el resto del día en cavar un hoyo de profundidad suficiente. Cuando terminó, la noche había caído, y tenía las manos ensangrentadas y llenas de ampollas. Brienne envainó *Guardajuramentos*, cogió en brazos a Dick Crabb y lo llevó al agujero. Su cara era un espectáculo aterrador.

—Siento no haber confiado en vos. Ya no sé confiar.

«El muy idiota lo va a intentar ahora, mientras le doy la espalda», pensó mientras se arrodillaba para depositar el cadáver.

Oyó la respiración jadeante medio segundo antes de que Podrick gritara para alertarla. Shagwell tenía una piedra puntiaguda en una mano. Brienne tenía el puñal en la manga.

El cuchillo gana casi siempre a la piedra.

Le apartó el brazo de golpe y le clavó el acero en las entrañas.

—Ríete —le rugió. Sin embargo, el bufón gimió—. Ríete —le repitió al tiempo que le agarraba la garganta con una mano y le apuñalaba el vientre con la otra—. ¡Ríete!

Lo siguió repitiendo, una y otra vez, hasta que tuvo la mano manchada de rojo hasta la muñeca y el hedor de la muerte del bufón amenazaba con asfixiarla. Pero Shagwell no se rió. Los sollozos que oía Brienne eran los suyos propios. Cuando se dio cuenta, tiró a un lado el puñal, temblorosa.

Podrick la ayudó a bajar a Dick *el Ágil* al agujero. Cuando terminaron, la luna ya se elevaba por el cielo. Brienne se limpió la tierra de las manos y depositó dos dragones en la tumba.

—¿Por qué hacéis eso, mi señora? ¿Ser? —inquirió Pod.

—Es la recompensa que le prometí si daba con el bufón.

Una carcajada resonó a sus espaldas. Brienne desenvainó *Guardajuramentos* y se volvió, pensando que se encontraría ante más Titiriteros Sangrientos... Pero sólo era Hyle Hunt, sentado con las piernas cruzadas en los restos de la muralla.

—Si hay burdeles en el infierno, os estará muy agradecido —les gritó el caballero—. Si no, vaya desperdicio de oro.

—Siempre cumple mis promesas. ¿Qué hacéis vos aquí?

—Lord Randyll me encomendó que os siguiera. Si por una remota casualidad dabais con Sansa Stark, mi deber era llevarla a Poza de la Doncella. No temáis; se me ordenó que no os hiciera daño.

Brienne soltó un bufido.

—¡Como si pudierais!

—¿Qué haréis ahora, mi señora?

—Enterrarlo.

—Quiero decir con la niña. Con Lady Sansa.

Brienne lo pensó un instante.

—Si Timeon me dijo la verdad, iba hacia Aguasdulces. En algún punto del camino, el Perro se apoderó de ella. Si lo encuentro...

—... os matará.

—O lo mataré yo a él —replicó, testaruda—. ¿Me ayudáis a enterrar al pobre Crabb, ser?

—Ningún caballero de verdad le negaría su ayuda a mujer tan bella.

Ser Hyle bajó de la muralla. Juntos cubrieron de tierra el cadáver de Dick *el Ágil* mientras la luna ascendía por el cielo y, bajo tierra, las cabezas de reyes olvidados se susurraban secretos.

LA HACEDORA DE REINAS

Bajo el ardiente sol de Dorne, la riqueza se medía tanto en agua como en oro, de modo que los pozos estaban bien vigilados. Pero el de Piedrafresca se había secado hacía ya cien años; sus guardianes se habían marchado en busca de lugares más húmedos, abandonando la modesta edificación de columnas acanaladas y arcada triple. Después, las arenas recuperaron lo que les pertenecía.

Arianne Martell llegó con Drey y Sylva cuando el sol empezaba a ponerse, el oeste se convertía en un tapiz dorado y lila, y las nubes brillaban con fulgor escarlata. Las ruinas también parecían brillar; las columnas caídas tenían un resplandor rosado; las sombras rojas reptaban entre las baldosas de piedra agrietadas, y las propias arenas iban del dorado al anaranjado y al violeta a medida que menguaba la luz. Garin había llegado horas antes, y el caballero al que llamaban Estrellaoscura, el día anterior.

—Esto es muy bonito —comentó Drey mientras ayudaba a Garin a dar de beber a los caballos. Habían llevado el agua que necesitaban. Los corceles de arena de Dorne eran rápidos e incansables, y podían galopar muchas leguas después de que otros caballos se rindieran, pero ni ellos podían vivir sin líquido—. ¿Cómo es que conocías este lugar?

—Me trajo mi tío, con Tyene y Sarella. —El recuerdo hizo sonreír a Arianne—. Cogió unas cuantas víboras y enseñó a Tyene la manera más segura de ordeñarles el veneno. Sarella se dedicó a pasear por las rocas, quitó la arena de los mosaicos y quiso saberlo todo de las personas que vivieron aquí.

—¿Y qué hacías tú, princesa? —preguntó Sylva Pintas.

«Me senté junto al pozo y me imaginé que un caballero ladrón me había traído para hacer conmigo lo que le viniera en gana —pensó—. Un hombre alto, musculoso, con ojos negros y un pico en el nacimiento del pelo.» El recuerdo la incomodó.

—Soñar despierta —respondió—, y cuando se puso el sol, me senté con las piernas cruzadas a los pies de mi tío y le pedí que me contara una historia.

—El príncipe Oberyn sabía muchas historias. —Garin también había estado con ellos aquel día; era hermano de leche de Arianne, y desde que aprendieron a caminar habían sido inseparables—. Recuerdo que nos habló del príncipe Garin, en cuyo honor me habían puesto el nombre.

—Garin *el Grande* —asintió Drey—, la maravilla del Rhoyne.

—Ese mismo. Hizo temblar a toda Valyria.

—Vaya si temblaron —dijo Ser Gerold—. Y luego lo mataron. Si llevo a la muerte a un cuarto de millón de hombres, ¿me llamarán Gerold *el Grande*? —Soltó un bufido—. No, gracias, me quedaré con Estrellaoscura. Al menos es mi propio nombre.

Desenvainó la espada larga, se sentó al borde del pozo y empezó a afilar la hoja con una amoladora.

Arianne lo observó con desconfianza.

«Es de noble cuna, lo suficiente para ser un digno consorte —pensó—. Mi padre pondría en duda mi sentido común, pero nuestros hijos serían tan hermosos como los Señores Dragón.» Si había un hombre más atractivo en Dorne, ella no lo conocía. Ser Gerold Dayne tenía la nariz aquilina, los pómulos altos y la mandíbula fuerte. Iba bien afeitado, pero la melena le caía hasta los hombros como un glaciar de plata, dividido por un mechón negro como la medianoche. «Pero tiene una boca cruel, y una lengua más cruel todavía.» Allí, a la contraluz del sol poniente, mientras afilaba el acero, sus ojos parecían negros, pero ella se los había visto de cerca y sabía que eran violeta. «Violeta oscuro. Oscuros y airados.»

Debió de notar su mirada, porque levantó la vista de la espada, clavó los ojos en los suyos y sonrió. Arianne se sintió sonrojar. «No debería haberlo traído. Si me mira así delante de Arys, correrá sangre por la arena.» Lo que no sabía era de quién sería la sangre. Por tradición, los caballeros de la Guardia Real eran los mejores de los Siete Reinos... Pero Estrellaoscura era Estrellaoscura.

Las noches dornienses eran frías en las arenas. Garin recogió leña, ramas blanquecinas de árboles que se habían secado y muerto cien años atrás. Drey encendió la hoguera, silbando mientras arrancaba chispas al pedernal.

Luego se sentaron en torno a las llamas y se pasaron de mano en mano un pellejo de vino del verano... Todos excepto Estrellaoscura, que prefería beber agua de limón sin endulzar. Garin estaba de buen humor, y los divirtió con las últimas anécdotas de la Ciudad de los Tablones, en la boca del Sangreverde, donde los huérfanos del río acudían a comerciar con las carracas, las cucas y las galeras procedentes de la otra orilla del mar Angosto. A juzgar por lo que decían los marinos, el Este era un hervidero de maravillas y horrores: una revuelta de esclavos en Astapor, dragones en Qarth, peste gris en Yi Ti... Un nuevo rey corsario se había alzado en las Islas del Basilisco y había atacado Árboles Altos, y en Qohor, los seguidores de los sacerdotes rojos se habían amotinado y habían tratado de quemar la Cabra Negra.

—Y la Compañía Dorada ha roto su contrato con Myr, justo cuando los myrienses estaban a punto de entrar en guerra con Lys.

—Seguro que los lysenos les han pagado —sugirió Sylva.

—Muy listos —asintió Drey—. Muy listos y cobardes.

Arianne sabía que no era así.

«Si Quentyn tiene el apoyo de la Compañía Dorada... —Su grito de guerra era "Bajo el oro está el amargo acero"—. Para darme de lado vas a necesitar amargo acero y mucho más, hermano.» Arianne era muy querida en Dorne, mientras que a Quentyn apenas lo conocían. Eso no había compañía de mercenarios que lo pudiera

cambiar.

—Voy a mear —declaró Ser Gerold al tiempo que se levantaba.

—Vigila dónde pisas —le avisó Drey—. Hace mucho que el príncipe Oberyn ordeñó las víboras de la zona por última vez.

—Me amamantaron con veneno, Dalt. La víbora que me muerda lo lamentará.

Ser Gerold desapareció tras un arco caído. Los demás intercambiaron miradas.

—Perdonadme, princesa —comentó Garin en voz baja—, pero ese hombre no me gusta.

—Lástima —dijo Drey—. Creo que está un poco enamorado de ti.

—Lo necesitamos —les recordó Arianne—. Tal vez necesitemos su espada, y desde luego necesitamos su castillo.

—Ermita Alta no es el único castillo de Dorne —señaló *Sylva Pintas*—, y tenéis otros caballeros que os quieren bien. Drey es caballero.

—Ciento —afirmó él—. Tengo un caballo estupendo y una espada muy bonita, y a mi valor sólo le hace sombra el de... Bueno, el de bastantes, para ser sincero.

—Bastantes cientos, ser —señaló Garin.

Arianne los dejó a solas con sus chanzas. Drey y *Sylva Pintas* eran sus mejores amigos, aparte de su prima Tyene, y Garin había estado bromeando con ella desde que mamaban de las tetas de su madre, pero en aquel momento no estaba de humor para bufonadas. El sol se había puesto, y el cielo estaba plagado de estrellas.

«Cuántas. —Se sentó con la espalda apoyada en una columna acanalada y se preguntó si su hermano contemplaría aquella noche las mismas estrellas, allá donde estuviera—. ¿Ves la blanca, Quentyn? Es la estrella de Nymeria, muy brillante, y esa estela lechosa que tiene detrás la forman diez mil barcos. Nymeria brilló tanto como cualquier hombre, y lo mismo haré yo. ¡No me arrebatarás lo que me corresponde por derecho de nacimiento!»

Quentyn era muy joven cuando lo mandaron a Palosanto; demasiado, según su madre. Los norvoshi no entregaban a sus hijos como pupilos, y Lady Mellarion jamás le había perdonado al príncipe Doran que enviara a su hijo lejos de ella.

—Me hace tan poca gracia como a ti —había oido Arianne decir a su padre—, pero hay una deuda de sangre, y Quentyn es la única moneda que Lord Ormond está dispuesto a aceptar.

—¿Moneda? —había gritado su madre—. ¡Es tu hijo! ¿Qué clase de padre utiliza al fruto de su carne y de su sangre para pagar deudas?

—Los padres que son príncipes —fue la respuesta de Doran Martell.

El príncipe Doran seguía fingiendo que el hermano de Arianne estaba con Lord Yronwood, pero la madre de Garin lo había visto en la Ciudad de los Tablones, haciéndose pasar por mercader. Uno de sus acompañantes tenía un ojo vago, igual que Cletus Yronwood, el chabacano hijo de Lord Ander. Con ellos viajaba también

un maestre que dominaba varios idiomas.

«Mi hermano no es tan listo como cree. Un hombre listo de verdad habría partido desde Antigua, aunque el viaje fuera más largo. Probablemente, en Antigua nadie lo habría reconocido.» Arianne contaba con amigos entre los huérfanos de la Ciudad de los Tablones, y algunos habían tratado de averiguar por qué un príncipe y el hijo de un gran señor viajaban con nombre falso y buscaban pasaje para cruzar el mar Angosto. Uno de ellos se coló cierta noche por una ventana, trasteó con la cerradura de la pequeña caja fuerte de Quentyn y encontró dentro los pergaminos.

Arianne habría dado mucho, cualquier cosa, por saber que aquel viaje secreto a través del mar Angosto era cosa de Quentyn y de nadie más... Pero los pergaminos que portaba llevaban el sello con el sol y la lanza de Dorne. El primo de Garin no se había atrevido a romper el lacre para leerlos, pero...

—Princesa...

Ser Gerold Dayne estaba tras ella, iluminado a medias por las estrellas, oculto a medias por las sombras.

—¿Qué tal la meada? —preguntó Arianne con picardía.

—Las arenas se han mostrado tan agradecidas como cabía esperar. —Dayne puso un pie en la cabeza de una estatua que tal vez fuera la Doncella hasta que las arenas le erosionaron el rostro—. Mientras meaba se me ha ocurrido que tal vez este plan tuyo no dé el resultado que esperas.

—¿Qué resultado espero, ser?

—La libertad de las Serpientes de Arena. Venganza para Oberyn y para Elia. ¿Qué tal me sé la canción? Quieres un poco de sangre de león.

«Eso y lo que me corresponde por derecho de nacimiento. Quiero Lanza del Sol, y el trono de mi padre. Quiero Dorne.»

—Quiero justicia.

—Llámalo como quieras. La coronación de la pequeña Lannister no es más que un gesto simbólico. Nunca ocupará el Trono de Hierro. Ni conseguirás la guerra que deseas. No es tan fácil provocar al león.

—El león ha muerto. ¿Quién sabe qué cachorro prefiere la leona?

—El que está en su madriguera. —Ser Gerold desenvainó la espada. A la luz de las estrellas, brillaba tan afilada como las mentiras—. Así comienzan las guerras. No con una corona de oro, sino con una hoja de acero.

«No soy ninguna asesina de niños.»

—Guarda eso. Myrcella está bajo mi protección, y sabes de sobra que Ser Arys no permitirá que le suceda nada a su adorada princesa.

—No, mi señora. Lo que sé es que los Dayne llevan miles de años matando a Oakhearts.

Tamaña arrogancia la dejó sin palabras.

—Tenía la sensación de que los Oakheart llevaban el mismo tiempo matando Daynes.

—Cada familia tiene sus tradiciones. —Estrellaoscura envainó la espada—. La luna está saliendo; tu dechado de virtudes se acerca.

Tenía buena vista. El jinete del alto palafrén gris era Ser Arys, que cabalgaba por las arenas con la capa blanca ondeando al viento. La princesa Myrcella iba abrazada a su cintura, envuelta en una capa con capucha que le ocultaba los rizos dorados.

Mientras Ser Arys la ayudaba a desmontar, Drey hincó una rodilla en tierra ante ella.

—Alteza...

—Mi señora... —Sylva Pintas se arrodilló a su lado.

—Soy vuestro hombre, mi reina. —Garin dobló las dos rodillas.

Myrcella se aferró al brazo de Arys Oakheart, desconcertada.

—¿Por qué me llaman *Alteza*? —preguntó con vocecita lastimera—. ¿Dónde estamos, Ser Arys? ¿Quiénes son estas personas?

«¿Es que no le ha dicho nada?» Arianne se adelantó en un remolino de sedas, con una sonrisa para tranquilizar a la niña.

—Son mis leales amigos, Alteza... Y también serán los vuestros.

—¿Princesa Arianne? —La niña le echó los brazos al cuello—. ¿Por qué me dan trato de reina? ¿Le ha pasado algo a Tommen?

—Ha caído en manos de hombres malvados, Alteza —respondió Arianne—, y mucho me temo que conspiran con él para arrebatarnos vuestro trono.

—¿Mi trono? ¿Queréis decir el Trono de Hierro? —La niña estaba cada vez más confundida—. No me lo ha arrebatado, Tommen es...

—... más joven que vos, ¿verdad?

—Soy un año mayor que él.

—Eso quiere decir que el Trono de Hierro os corresponde por derecho —dijo Arianne—. Vuestro hermano no es más que un chiquillo; no es culpa suya. Tiene malos consejeros... Vos, en cambio, tenéis amigos. Si me lo permitís, tendré el honor de presentároslos. —Cogió a la niña de la mano—. Alteza, Ser Andrey Dalt, heredero de Limonar.

—Mis amigos me llaman Drey —dijo él—, y para mí sería un gran honor que Vuestra Alteza hiciera lo mismo.

Drey tenía el rostro franco y una sonrisa sincera, pero Myrcella lo miró con desconfianza.

—Mientras no os conozca tengo que llamaros *ser*.

—Me llame como me llame Vuestra Alteza, soy vuestro hombre.

Sylva carraspeó. Arianne se volvió hacia ella.

—¿Me permitís presentaros a Lady Sylva Santagar, mi reina? Mi querida Sylva

Pintas.

—¿Por qué os llaman así? —preguntó Myrcella.

—Porque tengo muchas pecas, Alteza —respondió Sylva—. Aunque intentan hacerme creer que se debe a que soy la heredera de Bosquepinto.

El siguiente fue Garin, un joven de piel oscura y nariz larga, que llevaba un pendiente de jade.

—Garin, de los huérfanos, que siempre me hace reír —dijo Arianne—. Su madre fue mi ama de cría.

—Siento mucho que haya muerto —dijo Myrcella.

—No ha muerto, mi dulce reina. —Garin sonrió mostrando el diente de oro que le había comprado Arianne para sustituir el que le había roto—. Lo que quiere decir mi señora es que soy de los huérfanos del Sangreverde.

Myrcella ya tendría tiempo de conocer la historia de los huérfanos en su viaje río arriba. Arianne llevó a la futura reina ante el último miembro de su pequeño grupo.

—Y por último, pero el primero en valor, se pone a vuestro servicio Ser Gerold Dayne, caballero de Campostrella.

Ser Gerold hincó una rodilla en el suelo. La luz de la luna brilló en sus ojos oscuros cuando examinaron a la niña con frialdad.

—Hubo un Arthur Dayne —comentó Myrcella—. Era caballero de la Guardia Real en tiempos de Aerys, el Rey Loco.

—Era la Espada del Amanecer. Murió.

—¿Ahora sois vos la Espada del Amanecer?

—No. Me llaman Estrellaoscura, y prefiero la noche.

Arianne se llevó a la niña.

—Debéis de tener hambre. Hay dátiles, queso, aceitunas y limonada si queréis. Pero no comáis ni bebáis demasiado. En cuanto descanséis un poco tendremos que volver a montar. Aquí, en las arenas, siempre es preferible viajar de noche, antes de que el sol suba por el cielo. Les va mejor a los caballos.

—Y a los jinetes —añadió Sylva *Pintas*—. Vamos, alteza, tenéis que entrar en calor. Será un honor que me permitáis serviros.

Acompañó a la princesa hacia la hoguera, seguida por Ser Gerold.

—La historia de mi Casa se remonta a hace diez mil años, hasta el amanecer de los tiempos —se quejó el caballero—. ¿Por qué todo el mundo se acuerda sólo de mi primo Dayne?

—Fue un gran caballero —señaló Arys Oakheart.

—Tenía una gran espada —replicó Estrellaoscura.

—Y un gran corazón. —Ser Arys cogió a Arianne por el brazo—. Tengo que hablar un momento con vos, princesa.

—Vamos.

Se adentró en las ruinas con Ser Arys. Bajo la capa, el caballero llevaba un jubón de hilo de oro con un bordado que representaba las tres hojas verdes de roble, la divisa de su Casa. Se cubría con un yelmo ligero de acero rematado por una púa y envuelto en tela amarilla, a la manera de Dorne. Podría haber pasado por cualquier caballero de no ser por la capa de deslumbrante seda blanca, clara como la luz de la luna y etérea como una brisa.

«Una inconfundible capa de la Guardia Real, el muy bobo...»

—¿Qué sabe la niña?

—Poca cosa. Antes de salir de Desembarco del Rey, su tío le dijo que yo era su protector, y que cualquier orden que le diera tendría como objetivo protegerla. Ha oído los gritos en las calles, las peticiones de venganza... Sabe que esto no es un juego. Es valiente, y más sabia de lo que corresponde a su edad. Ha hecho todo lo que le he dicho sin preguntar nada. —La cogió del brazo, miró a su alrededor y bajó la voz—. Hay otras cosas que debéis saber. Tywin Lannister ha muerto.

—¿Muerto? —repitió commocionada.

—El Gomo lo asesinó. La Reina ha asumido la regencia.

—¿De veras? —«¿Una mujer en el Trono de Hierro? Arianne lo meditó un instante, y decidió que era para bien. Si los señores de los Siete Reinos se acostumbraban al gobierno de la reina Cersei, les costaría mucho menos doblar la rodilla ante la reina Myrcella. Y Lord Tywin había sido un rival peligroso; sin él, los enemigos de Dorne serían mucho más débiles. «Lannister matando a Lannister, qué maravilla»—. ¿Qué ha sido del enano?

—Consiguió escapar —respondió Ser Arys—. Cersei ofrece el título de señor a quien le lleve su cabeza.

En un patio interior de baldosas semicubiertas por la arena, la empujó contra una columna para besarla y le puso una mano en un pecho. Fue un beso largo, voraz; le habría levantado las faldas, pero Arianne se liberó entre risas.

—Ya veo que os excita esto de hacer reinas, ser, pero no disponemos de tiempo. Más tarde, os lo prometo. —Le acarició una mejilla—. ¿Habéis tenido algún problema?

—Sólo Trystane. Quería sentarse junto a la cama de Myrcella para jugar al *sitrang* con ella.

—Ya os dije que tuvo las manchas rojas a los cuatro años. Sólo se cogen una vez. Tendríais que haber dicho que Myrcella padecía psoriagrís; así no se habría acercado.

—El chico no, pero el maestre de vuestro padre...

—Caleotte —dijo—. ¿Trató de visitarla?

—No, sólo tuve que describirle las manchas rojas de la cara. Dijo que no había nada que hacer, que dejara que la enfermedad siguiera su curso, y me dio un ungüento para aliviarle el picor.

Ningún menor de diez años moría a causa de las manchas rojas, pero para los adultos podía ser mortal, y el maestre Caleotte no había pasado la enfermedad de niño. Arianne lo descubrió cuando la tuvo ella, a los ocho años.

—Bien. —Asintió—. ¿Y la doncella? ¿Resulta convincente?

—A cierta distancia, sí. El Gnomo la eligió por encima de muchas niñas de más alta cuna. Myrcella la ayudó a rizarse el pelo, y ella misma le pintó las manchas en la cara. Son parientes lejanas. Lannisport está lleno de Lannys, Lannetts, Lantells y Lannisters de ramas menores de la familia, y la mitad tiene el pelo dorado. Con la ropa de dormir de Myrcella y el ungüento del maestre en la cara... En la penumbra me habría engañado hasta a mí. Fue mucho más difícil dar con un hombre que ocupara mi lugar. Dake es el más parecido en estatura, pero está demasiado gordo, así que dejé a Rolder con mi armadura y le dije que no se levantara el visor. Mide cuatro dedos menos que yo, pero si no estamos juntos y no pueden comparar, puede que nadie se dé cuenta. En cualquier caso, permanecerá en las habitaciones de Myrcella.

—Sólo necesitamos unos pocos días. La princesa estará lejos del alcance de mi padre.

—¿Dónde? —La atrajo hacia sí y le rozó el cuello con la nariz—. Ya va siendo hora de que me contéis el resto del plan, ¿no os parece?

Ella se echó a reír y lo apartó.

—No, va siendo hora de que nos pongamos en marcha.

La luna brillaba ya por encima de la Doncella Luna cuando partieron de las ruinas secas y polvorrientas de Piedrafresca en dirección sudoeste. Arianne y Ser Arys abrían la marcha, seguidos por Myrcella a lomos de una yegua retozona. Garin iba detrás con Sylva *Pintas*, y sus dos caballeros dornienses cerraban la marcha.

«Somos siete —advirtió Arianne. No lo había pensado hasta entonces, pero parecía un buen presagio para su causa—. Siete jinetes de camino hacia la gloria. Algún día, los bardos nos inmortalizarán.» Drey habría preferido un grupo más numeroso, pero eso habría llamado la atención, y cada hombre adicional duplicaba el riesgo de traición. «Es de lo poco que me enseñó mi padre.» Doran Martell había sido cauteloso incluso cuando era joven y fuerte, siempre dado a los silencios y los secretos. «Ya va siendo hora de que deje su carga, pero no toleraré ningún insulto contra su honor ni contra su persona.» Lo devolvería a sus Jardines del Agua, para que viviera los años que le quedaran entre las risas de los niños y el aroma de las limas y las naranjas. «Y Quentyn le puede hacer compañía. Cuando corone a Myrcella y libere a las Serpientes de Arena, todo Dorne se reunirá bajo mi estandarte.» Tal vez los Yronwood apoyasen a Quentyn, pero por sí mismos no representaban amenaza alguna. Si se decantaban por Tommen y los Lannister, haría que Estrellaoscura los aniquilara hasta que no quedara rastro de ellos.

—Estoy cansada —se quejó Myrcella tras varias horas de viaje—. ¿Falta mucho?

¿Adónde vamos?

—La princesa Arianne os lleva a un lugar donde estaréis sana y salva —la tranquilizó Ser Arys.

—Es un viaje largo —dijo Arianne—, pero cuando lleguemos al Sangreverde, todo será más sencillo. Allí se reunirán con nosotros unos hombres de Garin, los huérfanos del río. Viven en barcas, y recorren el Sangreverde y sus afluentes pescando, recogiendo fruta y haciendo trabajos sueltos aquí y allá.

—Sí —intervino Garin en tono alegre—. Cantamos, jugamos y bailamos en el agua, y sabemos mucho de sanación. Mi madre es la mejor comadrona de Poniente, y mi padre cura las verrugas.

—¿Cómo podéis ser huérfanos si tenéis padres? —preguntó la niña.

—Son los rhoynar —le explicó Arianne—, y su madre fue el río Rhoyne.

Myrcella no lo entendía.

—Yo creía que los rhoynar erais vosotros. O sea, los dornienses.

—Lo somos en parte, Alteza. Por mis venas corre la sangre de Nymeria, y también la de Mors Martell, el señor dorniense con el que contrajo matrimonio. El día de su boda, Nymeria les prendió fuego a sus barcos para que todos comprendieran que ya no había vuelta atrás. Muchos se alegraron de ver aquellas llamas, porque antes de llegar a Dorne habían hecho un viaje largo, terrible, y demasiados habían sucumbido a las tormentas, las enfermedades y la esclavitud. Pero también hubo unos pocos que lo lamentaron. No les gustaba esta tierra seca y roja, ni su dios de siete rostros, así que se aferraron a sus antiguas costumbres, construyeron barcazas con los restos de los barcos quemados y se convirtieron en los huérfanos del Sangreverde. La Madre de sus canciones no es la nuestra, sino la madre Rhoyne, cuyas aguas los alimentaron desde el amanecer de los tiempos.

—Me han dicho que los rhoynar tienen una especie de dios tortuga —comentó Ser Arys.

—El Anciano del Río es un dios menor —dijo Garin—. Él también nació de la Madre Río, y se enfrentó al Rey Cangrejo por el dominio de todo lo que habita bajo las aguas.

—Oh —se asombró Myrcella.

—Tengo entendido que vos también habéis librado grandes batallas, Alteza —comentó Drey con su voz más alegre—. Se dice que nuestro valeroso príncipe Trystane no tiene piedad ante el tablero de *sitrang*.

—Siempre dispone los cuadrados de la misma manera, con todas las montañas delante y los elefantes en los pasos —respondió la niña—. Así que yo envío a mi dragón para que se coma a sus elefantes.

—¿Vuestra doncella también sabe jugar? —preguntó Drey.

—¿Rosamund? No. Traté de enseñarle las reglas, pero le parecieron demasiado

complicadas.

—¿Es una Lannister? —quiso saber Lady Sylva.

—Una Lannister de Lannisport, no de Roca Casterly. Tiene el pelo del mismo color que yo, pero liso, no rizado. La verdad es que no se parece mucho a mí, pero con mi ropa, la gente que no nos conoce nos confunde.

—Así que ya lo habíais hecho antes...

—Sí. Nos cambiamos en la *Mar Veloz*, de camino a Braavos. La septa Eglantine me tiñó el pelo de castaño. Decía que era un juego, pero lo que pretendía era protegerme por si acaso mi tío Stannis se apoderaba del barco.

Era evidente que la niña estaba cada vez más cansada, de modo que Arianne ordenó que se detuvieran. Una vez más dieron de beber a los caballos, descansaron un rato, y comieron queso y fruta. Myrcella compartió una naranja con Sylva *Pintas*, mientras Garin comía aceitunas y escupía los huesos a Drey.

Arianne había albergado la esperanza de llegar al río antes de que saliera el sol, pero se habían puesto en marcha mucho más tarde de lo previsto, de modo que aún iban a caballo cuando el cielo empezó a teñirse de rojo por el este. Estrellaoscura trotó hasta ponerse a su altura.

—Princesa —dijo—, a no ser que por fin hayas decidido matar a la niña, yo en tu lugar ordenaría que acelerásemos la marcha. No tenemos carpas, y las arenas son crueles durante el día.

—Conozco las arenas tan bien como tú, ser —le replicó.

Pero hizo lo que le sugería. Era un trato duro para las monturas, pero más valía perder seis caballos que una princesa.

El viento del oeste no tardó en soplar, ardiente, seco, lleno de arenilla. Arianne se cubrió el rostro con el velo. Era de seda brillante, verde claro por arriba y amarillo por debajo, en suave transición. Unas pequeñas perlas verdes le daban peso y tintineaban al chocar entre sí mientras cabalgaba.

—Ya sé por qué lleva velo mi princesa —comentó Ser Arys cuando la vio sujetárselo a las sienes del yelmo de cobre—. Para que su belleza no apague el sol en comparación.

Ella no pudo contener una carcajada.

—No, vuestra princesa lleva velo para evitar que se le deslumbren los ojos y se le llene la boca de arena. Vos deberíais hacer lo mismo, ser.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría su caballero blanco elaborando tan vulgar galantería. Ser Arys era buena compañía en la cama, pero en cuestión de ingenio dejaba mucho que desear.

Sus dornienses se cubrieron el rostro, igual que ella, y Sylva *Pintas* ayudó a la princesa a ponerse el velo, pero Ser Arys no dio su brazo a torcer. No tardó en tener las mejillas enrojecidas y el rostro cubierto de sudor.

«Si tardamos mucho, se va a cocer en esa ropa tan gruesa», reflexionó. No sería el primero. En siglos anteriores, más de un ejército había bajado del Paso del Príncipe con los estandartes al viento, sólo para marchitarse y asarse en las ardientes arenas rojas de Dorne. «El escudo de la Casa Martell muestra el sol y la lanza, las dos armas favoritas de los dornienses —había escrito el Joven Dragón en su jactanciosa obra *La conquista de Dorne*—, y de las dos, el sol es la más mortífera.»

Por suerte, no tenían que cruzar todo el mar de arena, sino sólo una franja estrecha. Arianne divisó un halcón que volaba en círculos sobre ellos, en el cielo despejado, y supo que ya habían dejado atrás la peor parte. Pronto llegaron junto a un árbol nudoso y retorcido, con tantas espinas como hojas. Aquellos arbollados recibían el nombre de mendigos de la arena, pero su presencia significaba que no estaban lejos del agua.

—Casi hemos llegado, Alteza —le dijo Garin a Myrcella en tono alegre cuando divisó más mendigos de la arena, todo un bosquecillo que crecía en torno al lecho seco de un arroyo.

El sol caía como un martillo de fuego, pero no importaba: el viaje se acercaba a su fin. Se detuvieron para que los caballos bebieran otra vez; ellos también bebieron de los pellejos y se humedecieron los velos, y montaron de nuevo para enfrentarse al último tramo. Apenas habían recorrido media legua cuando empezaron a cabalgar por la hierba seca, entre olivos. Tras cruzar una hilera de colinas pedregosas, la hierba se hizo más verde y abundante, y divisaron limonares regados por un entramado de canales antiguos. Garin fue el primero en divisar el brillo verdoso del río. Lanzó un grito y emprendió el galope.

Arianne Martell había cruzado el Mander en cierta ocasión, cuando fue a visitar a la madre de Tyene con tres Serpientes de Arena. Comparado con él, el Sangreverde apenas merecía la denominación de río, y aun así, era lo que daba vida a Dorne. Debía su nombre al color verde sucio de sus aguas turbias, pero a medida que se acercaban, la luz del sol parecía transformarlas en oro. Pocas veces había visto nada tan bello.

«Lo que viene ahora será más fácil y relajado —pensó—, Sangreverde arriba hasta llegar al Vaith, y por ahí, hasta donde pueda llegar la barcaza. —Eso les daría tiempo suficiente para preparar a Myrcella para lo que se avecinaba. Después del Vaith tenían por delante el mar de arena. Iban a necesitar ayuda de Asperón y Sotoinferno para la travesía, pero no le cabía duda de que la recibirían. La Víbora Roja se había criado como pupilo en Asperón, y Ellaria Arena, la amante del príncipe Oberyn, era hija natural de Lord Uller. Cuatro Serpientes de Arena eran nietas suyas —. Coronaré a Myrcella en Sotoinferno y allí alzaré mi estandarte.»

La barcaza estaba media legua río abajo, oculta bajo las ramas colgantes de un gran sauce llorón. Anchas, de techo bajo, las barcazas maniobradas con pértigas

apenas tenían calado; el Joven Dragón las había desdeñado llamándolas *chozas sobre balsas*, pero no les había hecho justicia. Las únicas que no tenían hermosas tallas y estaban bien pintadas eran las de los huérfanos más pobres. Aquella era de varios tonos de verde, con la barra del timón tallada en forma de sirena y cabezas de pez en las bordas. La cubierta estaba abarrotada de pértigas, sogas y tarros de aceite de oliva, y tanto en la proa como en la popa había faroles de hierro. Arianne no vio a ningún huérfano.

«¿Dónde está la tripulación?», se preguntó.

Garin tiró de las riendas bajo el sauce.

—¡Eh, pescados, despertad! —gritó al tiempo que bajaba del caballo—. Ha llegado vuestra reina y quiere una bienvenida regia. Levantaos, salid, traemos canciones y vino dulce. Tengo ganas de...

La puerta de la barcaza se abrió de golpe, y Areo Hotah salió a la luz del sol con la alabarda en la mano.

Garin se detuvo bruscamente. Arianne se sintió como si la hubieran golpeado en el vientre con un hacha.

«Esto no tenía que acabar así. Esto no tenía que pasar.»

—Vaya, la última persona que esperaba ver —oyó decir a Drey.

Arianne supo que tenía que actuar de inmediato.

—¡Vámonos! —gritó irguiéndose en la silla—. ¡Arys, proteged a la princesa...!

Hotah golpeó la cubierta con el mango de la alabarda. Una docena de guardias armados con dardos y ballestas surgió tras las ornamentadas bordas de la barcaza. Otros aparecieron en el tejado de los camarotes.

—¡Rendíos, princesa! —ordenó el capitán—. De lo contrario, por orden de vuestro padre, tendremos que matarlos a todos, excepto a la niña y a vos.

La princesa Myrcella se había quedado inmóvil en su montura. Garin retrocedió a paso lento con las manos levantadas. Drey se desabrochó el cinto.

—Rendirnos es lo más inteligente —le dijo a Arianne mientras su arma caía al suelo.

—¡No! —Ser Arys Oakheart puso su caballo entre Arianne y las ballestas, con la espada plateada en la mano. Se había descolgado el escudo para ponérselo en el brazo izquierdo—. ¡No la cogeréis mientras me quede aliento!

«Tonto sin remedio —fue lo único que pudo pensar Arianne—, ¿qué crees que haces?»

Estrellaoscura soltó una carcajada.

—¿Sois ciego o idiota, Oakheart? Son demasiados. Bajad la espada.

—Haced lo que os dice, Ser Arys —lo apremió Drey.

«Nos han atrapado, ser —habría querido gritar Arianne—. Vuestra muerte no nos liberará. Si amáis a vuestra princesa, rendíos.» Pero, cuando trató de hablar, las

palabras se le ahogaron en la garganta.

Ser Arys Oakheart le lanzó una última mirada anhelante, clavó las espuelas doradas al caballo y atacó.

Cabalgó directamente hacia la barcaza, con la capa blanca ondeando a la espalda. Arianne Martell no había visto nunca nada tan caballeresco, ni tan estúpido.

—¡Nooo! —gritó, pero había recuperado la voz demasiado tarde.

Una ballesta disparó, y luego otra. Hotah rugió una orden. A tan poca distancia, tanto habría dado que la armadura del caballero blanco fuera de papel. La primera saeta atravesó el pesado escudo de roble y se le clavó en el hombro. La segunda le rozó la sien. Un dardo desgarró el flanco de su montura, pero el caballo siguió adelante y sólo se tambaleó al subir por la plancha.

—¡No! —gritaba alguna niña, alguna niñita idiota—. ¡No, por favor, esto no tenía que pasar!

Oyó que Myrcella también gritaba con voz aguda.

La espada larga de Ser Arys relampagueó a izquierda y derecha, y dos lanceros cayeron. El caballo se alzó sobre las patas traseras y coceó en la cara a un ballesteros que intentaba volver a cargar el arma, pero los demás ya estaban disparando, llenando de saetas al gran corcel. Los impactos eran tan fuertes que el caballo cayó de lado. Arys Oakheart consiguió liberarse de su peso sin saber cómo. Aún tenía la espada en la mano.

Logró ponerse de rodillas junto a su caballo moribundo...

... Y se encontró con Areo Hotah ante él.

El caballero blanco alzó la espada demasiado despacio. La alabarda de Hotah le cortó el brazo derecho por el hombro, ascendió en medio de un reguero de sangre y volvió a caer en un terrible golpe a dos manos que cortó la cabeza de Arys Oakheart y la envió volando por los aires. Fue a caer entre los juncos, y el Sangreverde la engulló.

Arianne no recordaba haberse bajado del caballo. Tal vez se hubiera caído. Eso tampoco lo recordaba. Se encontró de repente a cuatro patas en la arena, temblando, sollozando, vomitando.

«No —pensaba sin cesar—, no, no, nadie tenía que resultar herido, todo estaba planeado, tuve mucho cuidado.»

—¡A por él! —oyó gritar a Areo Hotah—. Que no escape, ¡a por él!

Myrcella estaba en el suelo, sollozante y temblorosa, con las manos en la cara blanca. Le corría sangre entre los dedos. Arianne no entendía nada. Algunos hombres cogían a los caballos, otros corrían hacia ella y hacia sus acompañantes, pero nada tenía sentido. Estaba presa de un sueño, de una espantosa pesadilla roja.

«No puede ser verdad. Pronto me despertaré y me reiré de mis terrores nocturnos.»

No ofreció resistencia cuando la cogieron para atarle las manos a la espalda. Uno de los guardias tiró de ella para ponerla en pie. Vestía los colores de su padre. Otro se agachó y le quitó de la bota el cuchillo arrojadizo, regalo de su prima, Lady Nym.

Areo Hotah lo cogió y lo examinó con el ceño fruncido.

—El príncipe ha dado orden de que os lleve a Lanza del Sol —anunció. Tenía las mejillas y la frente llenas de salpicaduras de la sangre de Arys Oakheart—. Lo siento mucho, princesita.

Arianne alzó el rostro deshecho en lágrimas.

—¿Cómo era posible que lo supiera? —le preguntó al capitán—. Tuve mucho cuidado. ¿Cómo era posible que lo supiera?

—Alguien habló. —Hotah se encogió de hombros—. Siempre hay alguien que habla.

ARYA (2)

Todas las noches, antes de quedarse dormida, murmuraba la plegaria contra la almohada.

—Ser Gregor —decía—. Dunsen, Raff *el Dulce*, Ser Ilyn, Ser Meryn, la reina Cersei.

También habría susurrado los nombres de los Frey del Cruce, de haberlos conocido.

«Algún día sabré cómo se llaman —se dijo—, y los mataré a todos.»

No había susurro tan tenue que no se oyera en la Casa de Blanco y Negro.

—Niña —le dijo un día el hombre bondadoso—, ¿qué son esos nombres que susurras por las noches?

—No susurro ningún nombre —replicó.

—Mientes —dijo él—. Todo el mundo miente cuando tiene miedo. Algunos dicen muchas mentiras; otros, pocas. Algunos sólo tienen una gran mentira y la dicen tan a menudo que casi llegan a creerla... Aunque en su interior siempre sabrán que sigue siendo mentira, y eso se reflejará en su rostro. Háblame de esos nombres.

Ella se mordisqueó el labio.

—Los nombres no importan.

—Sí que importan —insistió el hombre bondadoso—. Háblame, niña.

«Háblame o te echaremos», fue lo que oyó.

—Son personas a las que odio. Quiero que mueran.

—En esta casa oímos muchas plegarias como esa.

—Lo sé —dijo Arya.

Jaqen H'ghar había cumplido tres de sus plegarias.

«Sólo tuve que susurrar...»

—¿Por eso has acudido a nosotros? —continuó el hombre bondadoso—. ¿Para aprender nuestras artes y poder matar a esos hombres que odias?

Arya no supo qué responder.

—Puede.

—En ese caso, te has equivocado de lugar. No te corresponde a ti decidir quién vive y quién muere. Ese don sólo lo posee El que Tiene Muchos Rostros. Nosotros no somos más que sus siervos; hemos jurado hacer su voluntad.

—Ah. —Arya examinó las estatuas que se alzaban a lo largo de las paredes, con velas encendidas en torno a sus pies—. ¿Cuál de esos dioses es?

—Todos, claro —respondió el sacerdote vestido de blanco y negro.

Nunca le había dicho su nombre. Tampoco se lo había dicho la niña abandonada, la chiquilla de ojos grandes y rostro demacrado que le recordaba a otra niñita llamada Comadreja. Al igual que Arya, la niña abandonada vivía bajo el templo, con tres

acólitos, dos criados y una cocinera llamada Umma. A Umma le gustaba hablar mientras trabajaba, pero Arya no entendía ni una palabra de lo que decía. Los demás no tenían nombre, o preferían no decirlo. Uno de los criados era muy viejo, andaba con la espalda encorvada como un arco. El segundo era de rostro rubicundo, y le salían pelos de las orejas. Había pensado que eran mudos hasta que los oyó rezar. Los acólitos eran más jóvenes. El mayor tenía la edad de su padre; los otros dos no serían mucho mayores que Sansa, la que había sido su hermana. Los acólitos también vestían de blanco y negro, pero sus túnicas no llevaban capucha, y eran negras por la izquierda y blancas por la derecha. La del hombre bondadoso y la de la niña abandonada tenían los colores al revés. A Arya le habían dado ropa de sirvienta: una túnica de lana sin teñir, calzones amplios, ropa interior de lino y zapatillas de tela.

El único que hablaba la lengua común era el hombre bondadoso.

—¿Quién eres? —le preguntaba todos los días.

—Nadie —respondía ella, que había sido Arya de la Casa Stark, Arya *Entre los piés*, Arya *Caracaballo*... También había sido Arry, Comadreja, Perdiz, Salina, Nan la copera, un ratón gris, una oveja, el fantasma de Harrenhal...

Pero no de verdad, no en lo más profundo de su corazón. Ahí era Arya de Invernia, la hija de Lord Eddard Stark y Lady Catelyn, que en otro tiempo tuvo tres hermanos llamados Robb, Bran y Rickon, una hermana llamada Sansa, una loba huargo llamada Nymeria y un hermano paterno llamado Jon Nieve. Ahí era alguien... Pero no era la respuesta que él quería.

Sin un idioma compartido, Arya no tenía manera de hablar con los demás. Lo que hacía era escucharlos, y mientras trabajaba repetía para sus adentros las palabras que oía. El acólito más joven era ciego, y pese a ello se encargaba de las velas. Recorría el templo con sus zapatillas de tela, rodeado por los murmullos de las ancianas que acudían día tras día para rezar. A pesar de no tener ojos, siempre sabía qué velas se habían apagado.

—Se guía por el olfato —le explicó el hombre bondadoso—. Y donde hay una vela ardiendo, el aire es más cálido. —Le dijo que cerrara los ojos y probara a hacerlo ella.

Rezaban al amanecer antes del desayuno, todos de rodillas en torno al tranquilo estanque negro. Algunos días, el que dirigía la plegaria era el hombre bondadoso; otros, la niña abandonada. Arya sólo sabía unas cuantas palabras de braavosi, las que eran iguales en alto valyrio, de modo que rezaba su propia oración al Dios de Muchos Rostros, la que decía «Ser Gregor, Dunsen, Raff *el Dulce*, Ser Ilyn, Ser Meryn, la reina Cersei». Rezaba en silencio. Si el Dios de Muchos Rostros era un dios de verdad, la oiría de todos modos.

Todos los días llegaban fíeles a la Casa de Blanco y Negro. Casi todos acudían solos y se sentaban también solos; encendían velas en un altar u otro, rezaban junto al

estanque y a veces lloraban. Unos cuantos bebían de la copa negra y se echaban a dormir; la mayoría no bebía. No había misas, ni canciones, ni coros de alabanzas para complacer al dios. El templo nunca estaba lleno. De cuando en cuando, un fiel pedía ver a un sacerdote, y el hombre bondadoso o la niña abandonada lo llevaban abajo, al santuario. Pero no sucedía a menudo.

A lo largo de las paredes se alzaban treinta dioses diferentes, todos rodeados de lucecitas. Arya se dio cuenta de que la Mujer que Llora era la favorita de las ancianas; los hombres adinerados preferían al León de Noche, y los pobres, al Peregrino Encapuchado. Los soldados encendían velas a Bakkalon, *el Niño Pálido*; los marineros, a la Doncella Clara de Luna y al Rey Pescadilla. El Desconocido también tenía su altar, pero eran muy pocos los que acudían a él. La mayor parte del tiempo tenía una vela solitaria encendida a sus pies. El hombre bondadoso decía que eso no importaba.

—Tiene muchos ojos, y muchos oídos para escuchar.

La colina en la que se alzaba el templo estaba encima de un laberinto de pasadizos excavados en la roca. Los sacerdotes y acólitos tenían sus celdas en el primer nivel; Arya y los sirvientes, en el segundo. El acceso al tercero, el inferior, les estaba prohibido a todos excepto a los sacerdotes. Allí era donde se encontraba el santuario sagrado.

Cuando no estaba trabajando, Arya tenía libertad para vagar libremente por las criptas y almacenes, siempre y cuando no saliera del templo ni bajara al tercer sótano. Había encontrado una sala llena de armas y armaduras: yelmos ornamentados, extrañas corazas antiguas, espadas largas, puñales, cuchillos, ballestas y lanzas altas con la punta en forma de hoja. Otra cripta estaba abarrotada de ropa: pieles gruesas y sedas lujosas de medio centenar de colores, junto a montones de harapos malolientes y túnicas bastas y desgastadas.

«Seguro que también hay una cripta con tesoros», decidió Arya. Se imaginaba pilas de bandejas doradas, sacos de monedas de plata, zafiros azules como el mar, hileras de gruesas perlas verdes.

Un día, el hombre bondadoso se le acercó de manera inesperada y le preguntó qué hacía. Ella le dijo que se había extraviado.

—Mientes. Y lo que es peor, mientes mal. ¿Quién eres?

—Nadie.

—Otra mentira —suspiró.

Weese le habría dado una paliza de muerte si la hubiera pescado mintiendo, pero en la Casa de Blanco y Negro todo era diferente. Cuando estaba ayudando en la cocina, Umma le daba a veces con la cuchara si se cruzaba en su camino, pero nadie más le había levantado la mano.

«Sólo levantan la mano para matar», pensó.

Se llevaba bastante bien con la cocinera. Umma le ponía un cuchillo en la mano y le señalaba una cebolla, y Arya la picaba. Umma la empujaba hasta un montón de masa, y Arya la amasaba hasta que la cocinera le decía «basta» (fue la primera palabra braavosi que aprendió). Umma le tendía un pescado, y Arya le quitaba las espinas, sacaba los filetes y los pasaba por los frutos secos que la cocinera estaba machacando. Las aguas salobres que rodeaban Braavos eran una gran fuente de pescado y marisco de todo tipo, según le explicó el hombre bondadoso. Un río de aguas lentas y oscuras procedente del sur entraba en la laguna, serpenteando entre juncos, lagos rocosos y lodazales. Allí abundaban las almejas y los berberechos, lucios, ranas y tortugas, todo tipo de cangrejos, anguilas rojas, anguilas negras, anguilas rayadas, lampreas y ostras... que aparecían con frecuencia en la mesa de madera tallada donde comían los sirvientes del Dios de Muchos Rostros. Algunas noches, Umma condimentaba el pescado con sal marina y granos de pimienta, o guisaba las anguilas con ajo picado. Muy de tarde en tarde, hasta ponía un poco de azafrán.

«A Pastel Caliente le habría gustado esto», pensó Arya.

La cena era su momento favorito. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había acostado tantas noches seguidas con la tripa llena. Algunas veladas, el hombre bondadoso permitía que le preguntara. Una vez le había preguntado por qué los que acudían al templo parecían siempre tan en paz; en el lugar del que procedía, la gente tenía miedo de morir. Recordaba cómo había llorado el escudero de las espinillas cuando le clavó la espada en el vientre y cómo había suplicado Ser Amory Lorch cuando la Cabra lo mandó tirar al foso de los osos. Recordaba el pueblo situado junto al Ojo de Dioses y cómo chillaban, gritaban y gimoteaban los aldeanos siempre que el Cosquillas empezaba a preguntar por el oro.

—La muerte no es lo peor que puede pasar —le respondió el hombre bondadoso—. Es Su regalo para nosotros, el fin de los anhelos y el dolor. El día en que nacemos, el Dios de Muchos Rostros nos envía a cada uno un ángel oscuro que recorre la vida a nuestro lado. Cuando nuestros pecados y sufrimientos son una carga demasiado grande, el ángel nos toma de la mano y nos lleva a las tierras de la noche, donde las estrellas brillan siempre. Los que vienen a beber de la copa negra están buscando a sus ángeles. Si tienen miedo, las velas los tranquilizan. ¿En qué piensas cuando hueles nuestras velas, mi niña?

«En Invernalia —le podría haber respondido—. Huelen a nieve, a humo y a agujas de pino. Huelen a los establos. Huelen a las risas de Hodor, y a Jon y a Robb entrenándose juntos en el patio, y a Sansa cantando alguna canción idiota sobre alguna bella dama. Huelen a las criptas donde están sentados los reyes de piedra; huelen a pan caliente en el horno; huelen al bosque de dioses. Huelen a mi loba y huelen a su pelaje; es casi como si la tuviera al lado.»

—A nada —respondió para ver qué le decía.

—Mientes —dijo—, pero si lo deseas eres libre de conservar tus secretos, Arya de la Casa Stark. —Sólo la llamaba así cuando lo decepcionaba—. Ya sabes que puedes marcharte. No eres una de nosotros, al menos por ahora. Te puedes ir a casa cuando quieras.

—Me dijiste que si me marchaba, no podría volver.

—Así es.

Aquellas palabras la entristecieron. «Es lo mismo que decía Syrio —recordó Arya—. Lo decía muchas veces.» Syrio Forel la había enseñado a manejar *Aguja* y había muerto por ella.

—No quiero marcharme.

—Quédate, pues... Pero recuerda que la Casa de Blanco y Negro no es ningún orfanato. Bajo este techo, todo hombre tiene que servir. Como decimos, *Valar dohaeris*. Quédate siquieres, pero has de saber que te exigiremos obediencia. En todo momento y en todo sentido. Si no puedes obedecer, tendrás que marcharte.

—Puedo obedecer.

—Ya lo veremos.

Además de ayudar a Umma tenía otras tareas. Barría los suelos del templo, servía las comidas, clasificaba los montones de ropa de los muertos, vaciaba sus bolsos y contaba montones de moneditas. Todas las mañanas acompañaba al hombre bondadoso cuando recorría el templo en busca de los muertos.

«Silenciosa como una sombra», se decía, recordando a Syrio. Ella llevaba un farol con gruesos postigos de hierro. Al llegar a cada nicho abría una rendija para iluminarlo por si había cadáveres.

No era difícil encontrar a los muertos. Llegaban a la Casa de Blanco y Negro, rezaban una hora, un día o un año, bebían el agua dulce del estanque y se tumbaban en un lecho de piedra, tras un dios u otro. Cerraban los ojos, se dormían y no volvían a despertar.

—El regalo del Dios de Muchos Rostros adopta una miríada de formas —le dijo el hombre bondadoso—, pero siempre es gentil.

Cuando encontraban un cadáver, recitaba una plegaria, se aseguraba de que la vida había abandonado el cuerpo, y enviaba a Arya a buscar a los sirvientes, los encargados de transportar al muerto a las criptas. Allí, los acólitos desnudaban a los muertos y los lavaban. La ropa, las monedas y los objetos valiosos iban a parar a un bidón, para clasificarlos. Luego llevaban su carne inerte al santuario inferior, donde sólo podían entrar los sacerdotes; a Arya no se le permitía saber qué sucedía allí. En cierta ocasión, mientras cenaba, una sospecha espantosa se apoderó de ella. Dejó el cuchillo en la mesa y observó con desconfianza un filete de carne de color claro. El hombre bondadoso vio el espanto dibujado en su rostro.

—Sólo es cerdo, niña —le dijo—. Sólo es cerdo.

Su cama era de piedra, y le recordaba a Harrenhal y al lecho donde había dormido cuando Weese le hacía fregar escaleras. El colchón estaba lleno de trapos en vez de paja, de manera que tenía más bultos que el de Harrenhal, pero también arañaba menos. Le daban tantas mantas como quería, mantas gruesas de lana, rojas, verdes y a cuadros. Y su celda era sólo para ella. Allí era donde conservaba sus tesoros: el tenedor de plata, el gorro y los mitones que le habían regalado los marineros de la *Hija del Titán*, su puñal, las botas, el cinturón, la bolsita de monedas, la ropa con la que había llegado...

Y Aguja.

Cuando sus obligaciones le dejaban un poco de tiempo, practicaba siempre que podía, se batía con su sombra a la luz de una vela azul. Una noche, la niña abandonada pasó por casualidad y vio a Arya entrenándose con la espada. No le dijo nada, pero al día siguiente el hombre bondadoso fue con Arya a su celda.

—Vas a tener que deshacerte de todo esto. —Se refería a sus tesoros.

Arya se quedó commocionada.

—Son mis cosas.

—¿Y quién eres tú?

—Nadie.

Él cogió el tenedor de plata.

—Esto le pertenece a Arya de la Casa Stark. Todas estas cosas le pertenecen. Aquí no hay lugar para ellas. Aquí no hay lugar para ella. Su nombre es demasiado orgulloso, y el orgullo no tiene cabida aquí. Aquí somos sirvientes.

—Yo sirvo —replicó, ofendida.

Le gustaba el tenedor de plata.

—Te haces pasar por sirvienta, pero en tu corazón eres la hija de un señor. Has adoptado otros nombres, pero son tan superficiales como un vestido que llevaras puesto. Por debajo de ellos siempre está Arya.

—No llevo vestidos. Con un estúpido vestido no se puede luchar.

—¿Por qué quieres luchar? ¿Qué eres? ¿Un jaque que va por los callejones en busca de bronca? —Suspiró—. Antes de beber de la copa fría, tienes que ofrecerle todo lo que eres a El que Tiene Muchos Rostros. Tu cuerpo. Tu alma. Tú misma. Si no vas a poder hacerlo, debes marcharte de este lugar.

—La moneda de hierro...

—... te pagó el pasaje para llegar hasta aquí. A partir de ahora tienes que pagar tú, y el precio es alto.

—No tengo oro.

—Lo que ofrecemos no se puede comprar con oro. El precio eres tú, toda tú. Los hombres recorren muchos caminos en este valle de lágrimas y dolor. El nuestro es el

más duro; pocos son los que lo siguen. Hace falta una gran fortaleza de cuerpo y espíritu, y un corazón que sea fuerte y duro a la vez.

«Tengo un agujero donde antes tenía el corazón —pensó ella—, y ningún lugar adonde ir.»

—Soy fuerte. Tan fuerte como tú. Soy dura.

—Crees que este es el único lugar donde puedes estar. —Era como si le leyera el pensamiento—. En eso te equivocas. Podrías servir en la casa de algún mercader; no sería tan duro. ¿O preferirías ser una cortesana y que se cantaran canciones dedicadas a tu belleza? Sólo tienes que decirlo y te enviaremos con la Perla Negra o con la Hija del Ocaso. Dormirás entre pétalos de rosa y vestirás faldas de seda que susurrarán cuando camines, y grandes señores darán todo lo que tienen por tu sangre de doncella. Si lo que deseas es un matrimonio e hijos, dímelo y te buscaremos un marido. Algún aprendiz honrado, un viejo rico, un marino, lo que quieras.

No quería nada de eso. Sacudió la cabeza, sin palabras.

—¿Con qué sueñas, niña? ¿Con Poniente? La *Dama Luminosa* de Luco Prestayn zarpa mañana en dirección a Puerto Gaviota, Valle Oscuro, Desembarco del Rey y Tyrosh. ¿Quieres que te consigamos pasaje a bordo?

—Acabo de llegar de Poniente. —A veces le parecía que habían pasado siglos desde que huyera de Desembarco del Rey, y a veces le parecía que había sido el día anterior, pero sabía muy bien que no podía volver—. Si no me quieres aquí, me iré, pero no allí.

—Lo que yo quiera no importa —respondió el hombre bondadoso—. Puede que el Dios de Muchos Rostros te haya guiado hasta nosotros para que seas Su instrumento, pero cuando te miro sólo veo a una niña... Ni siquiera a un niño, a una niña. Muchos han servido a El que Tiene Muchos Rostros a lo largo de los siglos, pero sólo unos pocos eran mujeres. Las mujeres traen vida al mundo. Nosotros traemos el regalo de la muerte. Nadie puede hacer las dos cosas.

«Intenta asustarme para que me vaya —pensó Arya—, igual que hizo con el gusano.»

—Eso no me importa.

—Pues debería. Si permaneces aquí, el Dios de Muchos Rostros se quedará con tus orejas, con tu nariz, con tu lengua. Se quedará con esos tristes ojos grises que tanto han visto. Se quedará con tus manos, tus pies, tus brazos, tus piernas, tus partes íntimas. Se quedará con tus sueños y esperanzas, con lo que amas y con lo que odias. Los que entran a Su servicio tienen que renunciar a todo lo que los convierte en quienes son. ¿Serás capaz? —Le cogió la barbilla con la mano y la miró a los ojos con tal intensidad que Arya se estremeció—. No —dijo—. No creo que puedas.

Arya le apartó la mano de golpe.

—Podría, si me diera la gana.

—Eso dice Arya de la Casa Stark, la comedora de gusanos.

—¡Puedo renunciar a cualquier cosa si quiero!

El hombre señaló sus tesoros.

—Pues empieza por esto.

Aquella noche, después de cenar, Arya volvió a su celda, se quitó la túnica y susurró los nombres, pero no pudo conciliar el sueño. Dio vueltas y más vueltas en su colchón lleno de trapos mientras se mordisqueaba el labio. Sentía el agujero en su interior, allí donde había tenido el corazón.

En lo más oscuro de la noche se volvió a levantar, se puso la ropa con que había llegado de Poniente y se abrochó el cinto. *Aguja* le colgaba a un lado de las caderas, y el puñal, del otro. Con el gorro calado, los mitones remetidos bajo el cinturón y el tenedor de plata en la mano, caminó sigilosa escaleras arriba.

«Aquí no hay lugar para Arya de la Casa Stark —pensó. El lugar de Arya estaba en Invernia, pero Invernia había desaparecido—. Cuando caen las nieves y soplan los vientos fríos, el lobo solitario muere, pero la manada sobrevive.» Y ella no tenía manada. Habían matado a su manada, ellos, Ser Ilyn, Ser Meryn y la Reina, y cuando trataba de buscarse una manada nueva, todos huían: Pastel Caliente, Gendry, Yoren y Lommy *Manosverdes*, hasta Harwin, que había servido a su padre. Empujó las puertas y salió a la noche.

Era la primera vez que salía desde que había llegado al templo. El cielo estaba encapotado, y la niebla cubría el suelo como una manta gris deshilachada. A su derecha oyó los chapoteos del canal.

«Braavos, la Ciudad Secreta», pensó. Era un nombre muy adecuado. Bajó por las escaleras empinadas hasta el atracadero cubierto, con la niebla enroscada a los tobillos. Era tan densa que no alcanzaba a ver el agua, pero la oía lamer con suavidad los pilares. A lo lejos, una luz brillaba en la penumbra: la hoguera nocturna del templo de los sacerdotes rojos, pensó.

Se detuvo al borde del agua, con el tenedor de plata en la mano. Era plata de verdad, sólida.

«No es mi tenedor. Se lo regalaron a Salina.» Lo dejó caer y oyó la ligera salpicadura cuando se hundió en el agua.

Lo siguieron el gorro y los guantes. También eran de Salina. Se vació la bolsa en la mano: cinco venados de plata, nueve estrellas de cobre y unas cuantas monedas menudas. Las tiró al agua. A continuación, las botas. Fueron lo que más ruido hizo al caer. Después, el puñal que había obtenido del arquero que le había suplicado clemencia al Perro. Su cinto cayó al canal. Su capa, su túnica, sus calzones, su ropa interior, todo. Todo menos *Aguja*.

Se quedó en el extremo del muelle, con la piel blanca y el vello erizado, tiritando en medio de la niebla. En su mano, *Aguja* parecía susurrar. «Tienes que clavarla por

el extremo puntiagudo», decía, y «¡Que no se entere Sansa!» La marca de Mikken estaba en la hoja.

«No es más que una espada.» Si le hacía falta una espada, había cientos en los sótanos del templo. *Aguja* era demasiado pequeña, no era una espada de verdad, en realidad se trataba de poco más que un juguete. Ella no era más que una niñita idiota cuando Jon se la regaló.

—No es más que una espada —dijo con determinación.

Pero sí que era algo más.

Aguja era Robb, Bran, Rickon, su madre y su padre, hasta Sansa. *Aguja* era los muros grises de Invernia y las risas de sus habitantes. *Aguja* era las nieves de verano, los cuentos de la Vieja Tata, el árbol corazón con sus hojas rojas y su rostro aterrador, el cálido olor a tierra de los jardines de cristal, el sonido del viento del norte contra los postigos de su habitación. *Aguja* era la sonrisa de Jon Nieve.

«Me revolvía el pelo y me llamaba hermanita», recordó, y de repente se le llenaron los ojos de lágrimas.

Polliver le había robado la espada cuando los hombres de la Montaña la cogieron prisionera, pero cuando el Perro y ella entraron en aquella posada de la encrucijada, allí estaba.

«Los dioses querían que la tuviera. —No los Siete, ni El que Tiene Muchos Rostros, sino los dioses de su padre, los antiguos dioses del Norte—. El Dios de Muchos Rostros se puede quedar con todo lo demás —pensó—, pero con esto, no.»

Volvió a subir por las escaleras, desnuda como en su día del nombre, con *Aguja* en la mano. A mitad de camino, una piedra se movió bajo sus pies. Arya se arrodilló y cavó por los bordes con los dedos. Al principio no se movía más, pero se empecinó, arrancando la argamasa quebradiza con las uñas. Por fin, la piedra quedó suelta. Arya gruñó, la agarró con ambas manos y tiró. Una hendidura se abrió ante ella.

—Aquí estarás a salvo —le dijo a *Aguja*—. Sólo yo sabré dónde te encuentras.

Metió la espada con su vaina bajo la piedra, y volvió a colocarlo en su sitio para que pareciera igual que los demás. Contó los peldaños de regreso al templo para saber dónde podría encontrar la espada cuando la buscara. Tal vez la necesitara algún día.

—Algún día —susurró.

No le dijo al hombre bondadoso lo que había hecho, pero él lo supo. A la noche siguiente fue a su celda después de cenar.

—Niña —le dijo—, ven y siéntate a mi lado. Quiero contarte una historia.

—¿Qué clase de historia? —le preguntó con desconfianza.

—La historia de nuestros comienzos. Si vas a ser de los nuestros, tienes que saber quiénes somos y cómo hemos llegado a serlo. La gente habla en susurros de los Hombres sin Rostro de Braavos, pero somos más antiguos que la Ciudad Secreta. Antes de que se alzara el Titán, antes del Desenmascaramiento de Uthero, antes de la

Fundación, ya existíamos nosotros. Hemos florecido en Braavos, entre estas nieblas norteñas, pero antes tuvimos las raíces en Valyria, entre los esclavos que se afanaban en las minas profundas, bajo las Catorce Llamas que iluminaban las antiguas noches del Feudo Franco. Casi todas las minas son húmedas y gélidas, excavadas en piedra fría y muerta, pero las Catorce Llamas eran montañas vivas, con venas de roca fundida y corazones de fuego. Así que en las minas de la antigua Valyria siempre hacía calor, más calor cuanto más hondos eran los pozos. Los esclavos trabajaban en un horno. Las rocas que tenían alrededor estaban demasiado calientes para tocarlas. El aire pestaba a azufre; les calcinaba los pulmones cuando lo respiraban. Por gruesas que fueran las suelas de sus sandalias, tenían las plantas de los pies quemadas y llenas de ampollas. A veces, cuando horadaban una pared en busca de oro, encontraban en su lugar vapor, o agua hirviendo, o roca fundida. Algunos pozos tenían el techo tan bajo que los esclavos no podían caminar: tenían que ir agachados o arrastrándose. Y además, en aquella oscuridad candente había gusanos.

—¿Lombrices de tierra? —preguntó con el ceño fruncido.

—Gusanos de fuego. Hay quien dice que son parientes de los dragones, porque también respiran llamas. En vez de surcar los cielos, cavaban agujeros en la piedra y en la tierra. Si consideramos fidedignas las antiguas historias, ya había gusanos de fuego entre las Catorce Llamas incluso antes de que aparecieran los dragones. Los jóvenes no son más grandes que ese bracito flaco que tienes, pero pueden alcanzar un tamaño monstruoso, y no les gustan los hombres.

—¿Mataban a los esclavos?

—A menudo se encontraban en los pozos cadáveres quemados y ennegrecidos, allí donde había agujeros en las rocas. Pero las minas eran cada vez más profundas. Los esclavos perecían a docenas, pero a su amo no les importaba. El oro rojo, el oro amarillo y la plata tenían más valor que la vida de los esclavos, porque en el antiguo Feudo Franco, los esclavos eran baratos. Durante la guerra, los valyrios los capturaban por millares. En tiempos de paz los criaban, aunque a la oscuridad roja sólo enviaban a morir a los peores.

—¿Y no se rebelaban y luchaban?

—Algunos sí. En las minas eran habituales las revueltas, pero pocas fueron las que prosperaron. Los Señores Dragón del antiguo Feudo Franco tenían hechicerías poderosas; los hombres simples que los desafiaban lo podían pagar muy caro. El primer Hombre sin Rostro fue uno de ellos.

—¿Quién era? —preguntó Arya sin contenerse, sin pensar.

—Nadie —respondió él—. Hay quien dice que se trataba de un esclavo. Otros, que era el hijo de un feudense, nacido de noble cuna. Algunos hasta te dirán que era un capataz que se apiadó de los hombres que vigilaba. Lo cierto es que nadie lo sabe. Fuera quien fuera, se movía entre los esclavos y escuchaba sus oraciones. En las

minas trabajaban hombres de cien naciones diferentes. Cada uno rezaba a su propio dios y en su propio idioma, pero todos pedían lo mismo: pedían la liberación, que se acabara su dolor. Algo tan sencillo, tan simple... Pero sus dioses no respondían, y los hombres seguían sufriendo. "¿Acaso todos sus dioses están sordos?", se preguntaba. Hasta que una noche, en la oscuridad roja, comprendió qué pasaba.

»Todos los dioses tienen instrumentos, hombres y mujeres que los sirven y ayudan a que se haga su voluntad en la tierra. Los esclavos no suplicaban a cien dioses diferentes, como podía parecer, sino a un único dios con cien rostros diferentes. Y él era el instrumento de ese dios. Aquella misma noche eligió al más miserable de los esclavos, el que más había rezado pidiendo la liberación, y eso hizo: lo liberó de sus ataduras. Había entregado el primer regalo.

Arya se apartó de él.

—¿Mató a un esclavo? —Aquellos no le parecía bien—. ¡Tendría que haber matado a los amos!

—También a ellos les llevaría el regalo, pero esa es otra historia, que es mejor no compartir con nadie. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Y quién eres tú, niña?

—Nadie.

—Mentira.

—¿Cómo lo sabes? ¿Es cosa de magia?

—Si se tienen ojos, no hace falta ser mago para distinguir lo verdadero de lo falso. Sólo hay que saber leer un rostro. Mirar los ojos. La boca. Estos músculos, los de la mandíbula, y estos de aquí, donde el cuello se une a los hombros. —La rozó con dos dedos—. Algunos mentirosos parpadean. Otros fijan la mirada. Otros apartan la vista. Los hay que se humedecen los labios. Algunos se tapan la boca justo antes de mentir, para ocultar la falsedad. Hay otras señales, tal vez más sutiles, pero siempre están presentes. Una sonrisa falsa y una sincera pueden parecerse, pero son tan diferentes como el amanecer y el anochecer. ¿Tú distingues el amanecer del anochecer?

Arya asintió, aunque no estaba segura.

—Entonces puedes aprender a distinguir una mentira. Y entonces no habrá secreto que esté a salvo de ti.

—Enséñame.

Sería nadie, si eso era lo que hacía falta. Nadie no tenía un agujero en su interior.

—Ella te enseñará —dijo el hombre bondadoso cuando la niña abandonada apareció en la puerta—. Empezando por la lengua de Braavos. ¿De qué sirves si no puedes hablar ni entender lo que te dicen? Y tú le enseñarás a ella tu idioma. Las dos aprenderéis juntas, la una de la otra. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo, y a partir de aquel momento se convirtió en novicia en la Casa de Blanco y Negro.

Se llevaron su atuendo de sirvienta y le dieron una túnica blanca y negra, tan suave como la vieja manta roja que había tenido en Invernalia. Bajo ella llevaba ropa interior de fino lino blanco, y una enagua que le llegaba por debajo de las rodillas.

A partir de entonces, la niña y ella pasaron muchas horas juntas, tocando cosas, señalando, intentando enseñarse mutuamente unas cuantas palabras de sus respectivos idiomas. Al principio eran palabras sencillas, como *copa*, *vela* o *zapato*. Luego pasaron a otras más difíciles, y luego, a las frases. En otros tiempos, Syrio Forel le ordenaba que se sostuviera en una sola pierna hasta que ella acababa temblando. Más tarde la había enviado a cazar gatos. Había bailado la danza del agua en las ramas de los árboles, con una espada de madera en la mano. Todo aquello fue difícil, pero lo que estaba haciendo entonces era más difícil todavía.

«Hasta coser era más divertido que aprender idiomas —se dijo una noche, después de olvidar la mitad de las palabras que creía saber y pronunciar la otra mitad tan mal que la niña se había reído de ella—. Hago unas frases tan mal hilvanadas como las puntadas que daba. —Si la niña no hubiera sido tan menuda y demacrada, a Arya le habrían dado ganas de partirla aquella cara de idiota. Pero se limitó a mordisquearse el labio—. Demasiado idiota para aprender y demasiado idiota para rendirme.»

La niña abandonada aprendía la lengua común mucho más deprisa. Un día, durante la cena, se volvió hacia Arya.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Nadie —respondió Arya en braavosi.

—Mientes —dijo la niña—. Debes mentir más bien.

Arya se echó a reír.

—¿Más bien? Querrás decir mejor, idiota.

—Mejor idiota. Te enseño.

Al día siguiente empezaron con el juego de las mentiras: se hacían preguntas por turno, y a veces respondían la verdad y a veces mentían. La que hacía la pregunta tenía que intentar adivinar cuándo era verdadera la respuesta y cuándo falsa. La niña abandonada siempre parecía saberlo. Arya tenía que adivinar, y se equivocaba la mayoría de las veces.

—¿Cuántos años? —le preguntó una vez la niña en la lengua común.

—Diez —respondió Arya mostrando diez dedos.

Creía que aún tenía diez años, aunque no estaba segura del todo. Los braavosis no contaban los días de la misma forma que en Poniente. Tal vez ya hubiera pasado su día del nombre.

La niña asintió. Arya asintió también, y buscó las palabras en braavosi.

—¿Cuántos años tienes tú?

La niña le mostró diez dedos. Luego diez otra vez, diez una vez más, y luego,

seis. Su rostro permaneció tan inexpresivo como las aguas en calma.

«No puede tener treinta y seis años —pensó Arya—. Es una niña.»

—Es mentira —dijo.

La niña sacudió la cabeza y volvió a hacer el gesto: diez, diez y diez, y luego seis. Dijo «treinta y seis» en braavosi, e hizo que Arya lo repitiera.

Al día siguiente le comentó al hombre bondadoso lo que le había dicho la niña abandonada.

—No te mintió —respondió el sacerdote con una risita—. Esa a la que tú llamas niña abandonada es una mujer madura que se ha pasado la vida al servicio de El que Tiene Muchos Rostros. Le entregó todo lo que era, todo lo que podía llegar a ser, todas las vidas que había en su interior.

Arya se mordisqueó el labio.

—¿Seré como ella?

—No —replicó el hombre—. A menos que lo deseas, claro. Lo que le da el aspecto que ves son los venenos.

«Venenos.» Entonces lo comprendió todo. Todas las noches, después de las oraciones, la niña vaciaba una frasca de piedra en las aguas del estanque negro.

La niña y el hombre bondadoso no eran los únicos sirvientes del Dios de Muchos Rostros. De cuando en cuando llegaban otros a visitar la Casa de Blanco y Negro. El gordo tenía los ojos negros y llameantes, la nariz ganchuda y una boca grande de dientes amarillentos. El del rostro severo no sonreía nunca; sus ojos eran claros, sus labios, gruesos y oscuros. El guapo llevaba la barba de un color diferente cada vez que lo veía, y también una nariz diferente, pero nunca dejaba de ser atractivo. Esos tres eran los que acudían más a menudo, aunque había otros: el bizco, el joven señor, el hambriento... En cierta ocasión, el gordo y el bizco llegaron juntos. Umma envió a Arya para que les sirviera las bebidas.

—Cuando no les estés sirviendo tienes que estar tan quieta como si estuvieras esculpida en piedra —le dijo el hombre bondadoso—. ¿Serás capaz?

—Sí.

«Antes de aprender a moverte tienes que aprender a estar quieta», le había enseñado Syrio Forel en Desembarco del Rey, hacía mucho tiempo. Y ella había aprendido. Había servido a Roose Bolton como copera en Harrenhal, y aquel hombre mandaba azotar a quienes derramaban el vino.

—Bien —dijo el hombre bondadoso—. Lo mejor sería que también fueras ciega y sorda. Tal vez oigas cosas, pero tienes que dejar que te entren por un oído y te salgan por otro. No escuches.

Arya oyó mucho, mucho, aquella noche, pero casi todo en la lengua de Braavos, y apenas entendió una palabra de cada diez.

«Inmóvil como una piedra», se dijo. Lo más difícil era no bostezar. Antes de que

acabara la noche tenía la mente en otra parte. Allí de pie, con la frasca en las manos, soñó que era una loba, que corría libre por un bosque a la luz de la luna, con una gran manada que aullaba tras ella.

—¿Todos los demás son sacerdotes? —le preguntó al hombre bondadoso a la mañana siguiente—. ¿Eran sus verdaderos rostros?

—¿Tú qué crees, niña?

«No», pensó ella.

—¿Jaqen H'ghar también es un sacerdote? ¿Sabes si Jaqen va a volver a Braavos?

—¿Quién? —preguntó él, todo inocencia.

—Jaqen H'ghar. El que me dio la moneda de hierro.

—No conozco a nadie que tenga ese nombre, niña.

—Le pregunté cómo cambiaba de cara, y me dijo que no era más difícil que cambiar de nombre para quien supiera hacerlo.

—¿De verdad?

—¿Me enseñarás a cambiar de cara?

—Como quieras. —Le cogió la barbilla con la mano y le hizo girar la cabeza—. Hincha las mejillas y saca la lengua. —Arya hinchó las mejillas y sacó la lengua—. Ya está. Ya has cambiado de cara.

—No quería decir eso. Jaqen hizo magia.

—Toda hechicería tiene un precio, niña. Hacen falta años de oraciones, estudio y sacrificios para conseguir un buen encantamiento.

—¿Años? —dijo con desaliento.

—Si fuera fácil, todo el mundo lo haría. Antes de correr hay que aprender a caminar. ¿Para qué utilizar un hechizo, si basta con trucos de titiritero?

—Tampoco sé trucos de titiritero.

—Pues practica haciendo muecas. Bajo la piel tienes músculos. Aprende a utilizarlos. Es tu cara. Tus mejillas, tus labios, tus orejas... La sonrisa y el ceño no deben asaltarte cuando menos lo esperes. La sonrisa debe estar a tu servicio, acudir sólo cuando la llames. Aprende a gobernar tu rostro.

—Enséñame.

—Hincha las mejillas. —Lo hizo—. Arquea las cejas. No, más. —También obedeció—. Bien. Ahora, aguanta así tanto como puedas. No será mucho tiempo. Y prueba mañana otra vez. En las criptas hay un espejo myriense. Entrénate ante él una hora al día. Los ojos, las fosas nasales, las mejillas, las orejas, los labios... Aprende a controlarlo todo. —Le sujetó la barbilla con la mano—. ¿Quién eres?

—Nadie.

—Mentira. Una mentira patética, niña.

Al día siguiente buscó el espejo myriense, y por las mañanas y por las noches se sentaba ante él con una vela a cada lado para hacer muecas.

«Domina tu rostro y podrás mentir», se dijo.

Poco después, el hombre bondadoso le ordenó que ayudara a los otros acólitos a preparar los cadáveres. No era un trabajo tan duro como el de fregar los escalones para Weese. A veces, si el cadáver era muy grande o gordo, el peso le daba problemas, pero la mayoría eran viejos sacos de huesos con la piel arrugada. Arya los contemplaba mientras los lavaba y se preguntaba qué los habría llevado al estanque negro. Recordó una historia que le había oído contar a la Vieja Tata, de como algunas veces, durante los inviernos largos, los hombres que habían vivido más de lo que les correspondía anunciaban que se iban de caza.

«Y sus hijas lloraban y sus hijos giraban el rostro hacia el fuego —casi oía decir a la Vieja Tata—, pero nadie los detenía, ni les preguntaba qué animales pensaban cazar con tanta nieve y con el viento gélido aullando.» Se preguntó qué les dirían los braavosis viejos a sus hijos antes de partir hacia la Casa de Blanco y Negro.

La luna recorrió todo su ciclo y lo volvió a recorrer, pero Arya no lo vio. Servía, lavaba a los muertos, hacía muecas ante los espejos, aprendía el idioma braavosi y trataba de recordar que no era nadie.

Un día, el hombre bondadoso la hizo llamar.

—Tienes un acento espantoso —le dijo—, pero sabes lo suficiente para hacerte entender a tu manera. Ha llegado el momento de que nos dejes durante un tiempo. El único modo de que domines de verdad nuestro idioma es que te veas obligada a hablarlo todos los días, de la mañana a la noche. Tienes que irte.

—¿Cuándo? —le preguntó—. ¿Adónde?

—Ahora —respondió él—. Más allá de estos muros están las cien islas de Braavos, en el mar. Ya sabes cómo se llaman los mejillones, los berberechos y las almejas, ¿no?

—Sí.

Le recitó las palabras en su mejor braavosi. Su mejor braavosi lo hizo sonreír.

—Con eso bastará. Ve a los muelles, bajo la Ciudad Ahogada, y busca a un pescador llamado Brosco. Es un buen hombre que tiene dolores de espalda. Le hace falta una chica que tire de la carretilla y les venda los berberechos, las almejas y los mejillones a los marineros de los barcos. Esa chica vas a ser tú. ¿Entendido?

—Sí.

—Y cuando Brosco te pregunte, ¿quién le dirás que eres?

—Nadie.

—No. Fuera de esta Casa no basta con eso.

Titubeó.

—Podría ser Salina, de Salinas.

—Ternesí Terys y los hombres de la *Hija del Titán* conocen a Salina. Tu forma de hablar te delata, así que tienes que ser una chica de Poniente. Pero otra chica.

—¿Puedo ser Gata? —Se mordisqueó el labio.

—Gata. —Meditó un instante—. Sí. Braavos está lleno de gatos. Nadie se fijará en uno más. Eres Gata, una huérfana de...

—Desembarco del Rey.

Había visitado Puerto Blanco con su padre en dos ocasiones, pero conocía mejor Desembarco.

—Muy bien. Tu padre era remero en una galera. Cuando murió tu madre, él te llevó al mar. Luego también murió, y como al capitán no le servías de nada, te echó del barco en Braavos. ¿Y cómo se llamaba el barco?

—Nymeria —replicó ella al momento.

Aquella noche salió de la Casa de Blanco y Negro. Llevaba al cinto un largo cuchillo de hierro escondido bajo la capa, una prenda remendada y descolorida propia de una huérfana. Los zapatos le hacían daño en los dedos de los pies, y la túnica estaba tan desgastada que sentía el mordisco del aire. Pero Braavos se extendía ante ella. El aire nocturno olía a humo, a sal y a pescado. Los canales describían curvas, y los callejones también. Los hombres la miraban con curiosidad al pasar; los niños mendigos le gritaban cosas que no entendía. No tardó mucho en estar completamente extraviada.

—Ser Gregor —entonó mientras cruzaba un puente de piedra soportado por cuatro arcos. Desde el centro alcanzó a ver los mástiles de los barcos, en el puerto del Trápero—. Dunsen, Raff *el Dulce*, Ser Ilyn, Ser Meryn, la reina Cersei.

Empezó a llover. Arya alzó el rostro para que las gotas de agua le corrieran por las mejillas; era tan feliz que tenía ganas de bailar.

—*Valar morghulis* —dijo—. *Valar morghulis, valar morghulis.*

ALAYNE (1)

Cuando la luz del sol naciente empezó a entrar por las ventanas, Alayne se incorporó en la cama y se desperezó. Gretzel la oyó moverse, y al momento se levantó para llevarle la bata. Las habitaciones se habían enfriado mucho durante la noche.

«Y será mucho peor cuando nos envuelva el invierno —pensó—. Este lugar se volverá frío como una tumba.» Alayne se puso la bata y se la ató con el cinturón.

—El fuego se ha apagado casi del todo —observó—. Pon otro tronco, por favor.

—Como desee mi señora —respondió la anciana.

Las habitaciones de Alayne en la Torre de la Doncella eran más amplias y lujosas que el pequeño dormitorio que le habían asignado cuando aún vivía Lady Lysa. Tenía un vestidor y un retrete para ella sola, y un balcón de piedra blanca labrada desde donde se dominaba todo el Valle. Mientras Gretzel atizaba el fuego, Alayne recorrió la estancia descalza y salió al exterior. Sintió la piedra fría bajo los pies, y el viento soplaban fiero, como siempre allí arriba, pero las vistas hicieron que todo se le olvidara por un instante. La de la Doncella era la torre más oriental de las siete del Nido de Águilas, de modo que el Valle se extendía ante ella, con los bosques, los ríos y los brazos envueltos en bruma a la luz de la mañana. Al iluminar las montañas, el sol hacía que parecieran de oro macizo.

«Es tan hermoso... —La cima nevada de la Lanza del Gigante se alzaba ante ella; una inmensidad de piedra y hielo que empequeñecía el castillo posado en su hombro. Carámbanos de siete varas de largo colgaban del borde del precipicio donde, en verano, caían las Lágrimas de Alyssa. Un halcón sobrevoló la cascada helada, con las alas azules extendidas contra el cielo de la mañana—. Ojalá tuviera alas yo también.»

Apoyó las manos en la balaustrada de piedra y se obligó a asomarse. Doscientas varas más abajo se alzaba Cielo, con los peldaños de piedra excavados en la montaña, el sendero serpenteante que pasaba por Nieve y Piedra hasta llegar al fondo del Valle. Divisó las torres y edificios de las Puertas de la Luna, diminutos como juguetes. Alrededor de las murallas, los ejércitos de los Señores Recusadores empezaban a cobrar vida, y los hombres salían de sus carpas como hormigas de un hormiguero.

«Ojalá fueran hormigas de verdad —pensó—. Podría pisarlas y aplastarlas.»

Lord Hunter, *el Joven*, y sus hombres se habían unido a los demás hacia dos días. Nestor Royce había cerrado las Puertas para detenerlos, pero su guarnición contaba con menos de trescientos hombres. Cada uno de los Señores Recusadores había acudido con un millar, y eran seis. Alayne conocía sus nombres tan bien como el suyo propio. Benedar Belmore, señor de Rapsodia. Symond Templeton, *el Caballero de Nuevestrellas*. Horton Redfort, señor de Fuerterojo. Anya Waynwood, señora de Roble de Hierro. Gilwood Hunter, al que muchos llamaban Lord Hunter, *el Joven*,

señor de Arcolargo. Y Yohn Royce, el más poderoso de todos, el temible Yohn Bronce, señor de Piedra de las Runas, primo de Nestor y cabeza de la rama más importante de la Casa Royce. Los seis se habían reunido en Piedra de las Runas tras la caída de Lysa Arryn, y habían hecho el juramento de defender a Lord Robert, defender el Valle y defenderse entre ellos. En su declaración no se mencionaba al Lord Protector, pero hablaba de un «mal gobierno» al que había que poner fin, así como de «falsos amigos y consejeros taimados».

Una ráfaga de viento frío le recorrió las piernas. Entró en el dormitorio para elegir un vestido para desayunar. Petyr le había regalado el guardarropa de su difunta esposa, un tesoro de sedas, satenes, pieles y terciopelos más rico de lo que jamás había soñado, aunque casi todas las prendas le quedaban muy grandes. Lady Lysa había engordado mucho con su larga sucesión de embarazos, abortos y partos de bebés muertos. Por suerte, algunos de los vestidos más antiguos se habían confeccionado para la joven Lysa Tully de Aguasdulces, y Gretchen había conseguido arreglar otros para que le sirvieran a Alayne, que a sus trece años tenía las piernas casi tan largas como las tuvo su tía a los veinte.

Aquella mañana, el que captó su atención fue un vestido jaspeado en el rojo y azul de los Tully, con ribete de armiño. Gretchen la ayudó a meter los brazos en las mangas acampanadas y le ató los cordones de la espalda, y luego le cepilló el cabello y se lo recogió. Alayne se lo había vuelto a oscurecer la noche anterior antes de acostarse. El baño de color que le había dado su tía le cambiaba el castaño rojizo por el moreno pardo de Alayne, pero cada poco tiempo, el rojo volvía a asomar en las raíces.

«¿Qué voy a hacer cuando se acabe el tinte?» El que usaba procedía de Tyrosh, al otro lado del mar Angosto.

Cuando bajó a desayunar, Alayne volvió a asombrarse ante el sosiego del Nido de Águilas. No había castillo más silencioso en los Siete Reinos. Los criados eran pocos y viejos, y hablaban en voz baja para no perturbar a su pequeño señor. En la montaña no había caballos, ni perros que ladraran y gruñieran, ni caballeros que se entrenaran en el patio. Hasta las pisadas de los guardias sonaban extrañas, amortiguadas, cuando recorrían los salones de piedra blanca. Se oía el sonido del viento que gemía en torno a las torres, pero nada más. Cuando llegó al Nido de Águilas se oía también el rumor de las Lágrimas de Alyssa, pero la cascada se había congelado. Gretchen le dijo que permanecería en silencio hasta la primavera.

Lord Robert estaba a solas en el Salón Matinal, por encima de las cocinas, pasando con indiferencia una cuchara de madera por un cuenco de gachas con miel.

—Quería huevos —se quejó cuando la vio—. Quería tres huevos pasados por agua y un trozo de panceta.

No tenían huevos, igual que no tenían panceta. Los graneros del Nido de Águilas

contenían avena, maíz y cebada suficientes para alimentarlos durante un año, pero era una muchacha bastarda, una tal Mya Piedra, quien les subía alimentos frescos del valle. Después de que los Señores Recusadores acamparan al pie de la montaña, Mya ya no pudo pasar. Lord Belmore, que había sido el primero de los seis en presentarse en las Puertas, envió un cuervo a Meñique para comunicarle que el Nido de Águilas no recibiría más comida hasta que les enviara a Lord Robert. No era un asedio, pero se parecía mucho.

—Cuando venga Mya podrás comer tantos huevos como quieras —le prometió Alayne al pequeño señor—. Traerá huevos, mantequilla, melones y otras muchas cosas ricas.

No consiguió aplacarlo.

—Yo quería huevos hoy.

—No hay huevos, Robalito, lo sabes de sobra. Por favor, cómete las gachas, están muy ricas. —Se tomó una cucharada de su cuenco para dar ejemplo.

Robert volvió a pasear la cuchara por el cuenco, pero no se la llevó a los labios.

—No tengo hambre —dijo al final—. Quiero volver a la cama. Esta noche no he dormido nada. Se oían canciones. El maestre Colemon me dio el vino del sueño, pero las seguí oyendo.

Alayne dejó la cuchara.

—Si hubiera alguien cantando, yo también lo habría oído. Ha sido una pesadilla, nada más.

—No, no ha sido una pesadilla. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Marillion estaba cantando otra vez. Tu padre dice que ha muerto, pero es mentira.

—Es verdad. —Le daba miedo oírlo hablar así. «Ya tiene bastante con ser tan pequeño y enfermizo, ¿y si encima está loco?»—. Es verdad, Robalito. Marillion amaba demasiado a tu señora madre y no podía vivir con lo que le había hecho, así que caminó hacia el cielo. —Alayne no había visto el cadáver, como tampoco lo había visto Robert, pero no dudaba que el bardo hubiera muerto—. Se ha ido, en serio.

—Pero si lo oigo todas las noches... Aunque cierre los postigos y me tape la cabeza con una almohada. Tu padre le tendría que haber cortado la lengua. Se lo dije, pero no quiso.

«La lengua le hacía falta para confesar.»

—Sé bueno y cómete las gachas —le suplicó Alayne—. Anda, por favor. Hazlo por mí.

—No quiero gachas. —Robert tiró la cuchara al otro lado de la estancia. Fue a dar contra un tapiz de la pared, y dejó una mancha en una luna de seda blanca—. ¡El señor quiere huevos!

—El señor se comerá las gachas y dará las gracias. —La voz de Petyr sonó tras

ellos.

Alayne se volvió y lo vio en el arco de la entrada, al lado del maestre Colemon.

—Deberíais obedecer al Lord Protector, mi señor —dijo el maestre—. Vuestros señores banderizos están subiendo para rendiros homenaje, y tenéis que estar fuerte.

Robert se frotó el ojo izquierdo con un nudillo.

—Echadlos. No quiero verlos. Si vienen, los haré volar.

—Me tientas, mi señor, pero mucho me temo que les he prometido salvoconducto —dijo Petyr—. En cualquier caso, es demasiado tarde para que den la vuelta. Ya deben de estar a la altura de Piedra.

—¿Por qué no nos dejan en paz? —sollozó Alayne—. No les hemos hecho ningún daño. ¿Qué quieren de nosotros?

—A Lord Robert, nada más. Y con él, el Valle, claro. —Petyr sonrió—. Serán ocho. Lord Nestor los guía, y Lyn Corbray los acompaña. Ser Lyn no es de los que se quedan atrás cuando hay perspectiva de sangre.

No eran precisamente palabras que pudieran calmar sus temores. Lyn Corbray había matado casi a tantos hombres en duelos como en la batalla. Sabía que había ganado las espuelas durante la Rebelión de Robert, luchando contra Lord Jon Arryn en las puertas de Puerto Gaviota, y más tarde bajo su estandarte en el Tridente, donde mató al príncipe Lewyn de Dorne, un caballero blanco de la Guardia Real. Petyr decía que el príncipe Lewyn ya estaba gravemente herido cuando el devenir de la batalla lo llevó a la danza final con *Dama Desesperada*.

—Pero no es un tema que interese tocar delante de Corbray —añadía—. Quienes se atreven, pronto tienen ocasión de preguntárselo al propio Martell en las salas del infierno.

Si debía creer la mitad de lo que había oído comentar a los guardias de Lord Robert, Lyn Corbray era más peligroso que los otros seis Señores Recusadores juntos.

—¿Por qué viene? —preguntó—. Yo creía que los Corbray estaban con vos.

—Lord Lyonel Corbray tiene buena disposición hacia mí —dijo Petyr—, pero su hermano sigue otro camino. En el Tridente, cuando su padre cayó herido, fue Lyn el que cogió *Dama Desesperada* y mató al hombre que lo había derribado. Mientras Lyonel llevaba al viejo a retaguardia, con los maestres, Lyn encabezó el ataque contra los dornienses que amenazaban el flanco izquierdo de Robert, hizo pedazos sus líneas y mató a Lewyn Martell. Así que cuando murió Lord Corbray, entregó *Dama* a su hijo menor. Lyonel se quedó con las tierras, el título, el castillo y todo su dinero, pero aun así tiene la impresión de que le robaron lo que le corresponde por derecho, mientras que Ser Lyn... Bueno, digamos que le profesa a Lyonel tanto cariño como a mí. Él también aspiraba a la mano de Lysa.

—No me gusta Ser Lyn —insistió Robert—. No lo quiero aquí. Que vuelva abajo. No le dije que subiera. Que no entre. Mi madre decía que el Nido de Águilas es

inexpugnable.

—Tu madre está muerta, mi señor. Hasta tu decimosexto día del nombre, el Nido de Águilas lo gobernaré yo. —Petyr se volvió hacia la criada encorvada que aguardaba cerca de las escaleras que conducían a la cocina—. Mela, trae otra cuchara para su señoría. Quiere comerse las gachas.

—¡No quiero! ¡Que vuelen mis gachas!

En aquella ocasión, Robert lanzó el cuenco de gachas con miel. Petyr Baelish se echó a un lado con agilidad, pero el maestre Colemon no fue tan rápido. El cuenco de madera lo acertó de pleno en el pecho, y el contenido le saltó a la cara y a los hombros. Chilló de manera muy poco propia de un maestre mientras Alayne se volvía para intentar calmar al señor, pero era demasiado tarde. Tenía un ataque. Una jarra de leche salió volando cuando la derribó con un espasmo. Trató de levantarse, pero la silla cayó hacia atrás, y con ella, el niño. Uno de sus pies acertó a Alayne en el vientre con tanta fuerza que le cortó la respiración.

—Oh, por los dioses —oyó decir a Petyr, asqueado.

Los restos de gachas salpicaban el rostro y el pelo del maestre Colemon cuando se arrodilló junto a su protegido para susurrarle palabras tranquilizadoras. Un grumo le resbaló por la mejilla derecha, como una lágrima marrón grisácea. «No es tan grave como el ataque anterior», pensó Alayne, tratando de albergar esperanzas. Cuando dejó de temblar, dos guardias con capa azul celeste y cota de malla plateada acudieron a la llamada de Petyr.

—Llevadlo a la cama y que lo sangren —dijo el Lord Protector, y el guardia más alto cogió al niño en brazos.

«Hasta yo lo podría llevar —pensó Alayne—. Pesa menos que una muñeca.»

Colemon se detuvo un instante antes de seguirlo.

—Tal vez sería mejor dejar esta reunión para otro día, mi señor. Los ataques de su señoría han empeorado desde la muerte de Lady Lysa; son cada vez más frecuentes y violentos. Lo sangro tan a menudo como me atrevo, y le mezclo vino del sueño con la leche de la amapola para ayudarlo a dormir, pero...

—Duerme doce horas al día —replicó Petyr—. Lo necesito despierto de cuando en cuando.

El maestre se atusó el pelo con los dedos, con lo que llenó el suelo de gachas.

—Cuando su señoría se sobresaltaba en exceso, Lady Lysa le daba el pecho. El archimaestre Ebrose asegura que la leche materna tiene muchas propiedades saludables.

—¿Eso es lo que aconsejáis, maestre? ¿Que le busquemos un ama de cría al señor del Nido de Águilas y Defensor del Valle? ¿Cuándo lo destetaremos? ¿El día de su boda? Así podrá pasar directamente del pezón de su aya al de su esposa. —La carcajada de Lord Petyr dejó bien clara su opinión—. No, muchas gracias. Os sugiero

que busquéis otro sistema. Al chico le gustan los dulces, ¿no?

—¿Los dulces?

—Los dulces. Tartas, pasteles, mermeladas, gelatina, trozos de panal con miel... ¿Habéis probado a ponerle un pellizco de sueñodulce en la leche? Sólo un pellizco, lo justo para calmarlo y acabar con esos putos temblores.

—¿Un pellizco? —El maestre tragó saliva, y la nuez se le movió arriba y abajo en la garganta—. Un pellizco pequeño... Es posible, es posible. No mucho, y no muy a menudo, sí, lo podría intentar...

—Un pellizco —repitió Lord Petyr—, antes de que lo llevéis a recibir a los señores.

—Como ordenéis, mi señor.

El maestre salió apresuradamente, con la cadena tintineando a cada paso.

—Padre —dijo Alayne cuando quedaron a solas—, ¿quieres un cuenco de gachas para desayunar?

—Me dan asco las gachas. —La miró con ojos de Meñique—. Prefiero desayunar un beso.

Una buena hija jamás le negaría un beso a su padre, así que Alayne se adelantó y se lo dio, un beso rápido en la mejilla, y retrocedió igual de deprisa.

—Qué... obediente. —Meñique sonrió con la boca, no con los ojos—. En fin, hay otras instrucciones que tendrás que dar al servicio. Diles a los cocineros que pongan en infusión vino tinto con miel y pasas. Nuestros huéspedes han realizado un largo ascenso; tendrán frío y estarán sedientos. Cuando lleguen, tendrás que salir a recibirllos y ofrecerles un refrigerio. Vino, queso y pan. ¿Qué quesos nos quedan?

—El blanco fuerte y el azul que huele mal.

—El blanco. Y será mejor que te cambies de ropa.

Alayne se miró el vestido, azul oscuro y rojo, los colores de Aguasdulces.

—¿Es demasiado...?

—Es demasiado Tully. A los Señores Recusadores no les gustará ver a mi hija bastarda pavoneándose con la ropa de mi esposa fallecida. Elige otro atuendo. ¿He de recordarte que no te decantes por el azul celeste y el crema?

—No. —El azul claro y el crema eran los colores de la Casa Arryn—. ¿Habéis dicho ocho? ¿Yohn Bronec es uno de ellos?

—El único que importa.

—Yohn Bronec me conoce —le recordó—. Fue nuestro invitado en Invernalia cuando su hijo fue al norte para vestir el negro. —Tenía el vago recuerdo de haberse enamorado locamente de Ser Waymar, pero de aquello hacía toda una vida; había ocurrido cuando era una niñita estúpida—. Y no fue la única vez. Lord Royce vio... Vio a Sansa Stark otra vez en Desembarco del Rey, durante el torneo de la Mano.

Petyr le puso un dedo bajo la barbilla.

—Seguro que Royce vio esta cara tan bonita, pero para él fue una más entre un millar. Cuando alguien participa en un torneo, tiene cosas más importantes de las que preocuparse que una niña en la multitud. Y en Invernalia, Sansa era una niñita de pelo castaño rojizo. Mi hija es una doncella alta y hermosa, con el pelo oscuro. Los hombres ven lo que esperan ver, Alayne. —La besó en la nariz—. Dile a Maddy que encienda la chimenea en mis habitaciones. Recibiré allí a los Señores Recusadores.

—¿No en la Sala Alta?

—No. No quieran los dioses que me vean cerca del trono de los Arryn; podrían creer que pienso sentarme en él. Unas nalgas de tan baja extracción como las mías no podrían aspirar a cojines tan mullidos.

—En vuestras habitaciones. —Tendría que haberse detenido, pero las palabras se le escaparon sin que se pudiera contener—. Si les entregaraís a Robert...

—¿Y el Valle?

—Ya tienen el Valle.

—Buena parte, sí, es verdad. Pero no todo. En Puerto Gaviota me tienen aprecio, y tambiénuento con la lealtad y la amistad de algunos señores. Grafton, Lynderly, Lyonel Corbray... No son rivales para los Señores Recusadores, claro. Además, ¿adónde querías que fuéramos, Alayne? ¿A mi impresionante fortaleza de los Dedos?

Ya lo había estado pensando.

—Joffrey os otorgó Harrenhal. Allí sois el señor de pleno derecho.

—Sólo tengo el título. Necesitaba un asentamiento importante para casarme con Lysa, y los Lannister no estaban dispuestos a concederm Roca Casterly.

—Sí, pero el castillo es vuestro.

—Y menudo castillo. Salones cavernosos, torres en ruinas, fantasmas y corrientes de aire. Calentarla es ruinoso; defenderla, imposible... Y también está el asunto de la maldición.

—Las maldiciones sólo existen en las canciones y en los cuentos.

Aquello le hizo gracia.

—¿Quién ha compuesto una canción sobre la muerte de Gregor Clegane por la herida de una lanza envenenada? ¿O del mercenario que lo precedió, al que Ser Gregor fue despedazando articulación por articulación? Ese recibió el castillo de Ser Amory Lorch, que lo recibió de Lord Tywin. Al primero lo mató un oso, y al segundo, tu enano. Tengo entendido que Lady Whent también murió. Lothston, Strong, Harroway, Strong otra vez... Harrenhal ha marchitado cuanta mano lo ha tocado.

—Pues entregádselo a Lord Frey.

Petyr se echó a reír.

—No sería mala idea. O mejor aún, a nuestra querida Cersei. Aunque no debería

hablar mal de ella; me ha enviado unos tapices espléndidos. Qué amable por su parte, ¿verdad?

Se puso tensa sólo con oír el nombre de la Reina.

—No es amable. Me da miedo. Si llega a descubrir dónde estoy...

—Me vería obligado a sacarla del juego antes de lo que tengo previsto. Eso, siempre que no se salga ella sola. —Petyr le dedicó una sonrisita burlona—. En el juego de tronos, hasta las piezas más humildes pueden tener voluntad propia. A veces se niegan a ejecutar los movimientos que se habían planeado para ellas. Recuérdalo bien, Alayne: es una lección que Cersei Lannister no ha aprendido aún. Bueno, ¿no tienes obligaciones pendientes?

Las tenía. Se encargó en primer lugar de que preparasen el vino, eligió una buena pieza de queso y ordenó en la cocina que horneasen pan para veinte personas, por si los Señores Recusadores llegaban con más hombres de los previstos.

«Cuando hayan probado nuestro pan y nuestra sal, serán nuestros huéspedes y no podrán hacernos daño.» Los Frey habían transgredido todas las leyes de la hospitalidad cuando asesinaron a su señora madre y a su hermano en Los Gemelos, pero no podía creer que un señor tan noble como Yohn Royce se rebajara a hacer semejante cosa.

A continuación se encargó de preparar la estancia. El suelo estaba cubierto con una alfombra myriense, así que no había que poner juncos. Alayne indicó a dos criados que montaran la mesa de caballetes y llevaran allí ocho de las pesadas sillas de roble y cuero. Si se tratara de un banquete, habría situado una en la cabecera de la mesa y otra en el extremo contrario, y tres más a cada lado, pero era una reunión, de modo que ordenó que pusieran seis sillas en un lado de la mesa y dos en el otro. Los Señores Recusadores ya habrían llegado a Nieve. Incluso con mulas, el ascenso duraba casi todo un día. A pie, la mayoría tardaba varias jornadas.

Probablemente, los señores estarían hablando hasta bien entrada la noche. Iban a necesitar velas nuevas. Cuando Maddy encendió el fuego, la envió a buscar las velas de cera aromatizada que le había regalado Lord Waxley a Lady Lysa cuando aspiraba a obtener su mano. Luego volvió a las cocinas para asegurarse de que estuvieran preparando el vino y el pan. Todo marchaba por buen camino, y todavía tenía tiempo de sobra para bañarse, lavarse el pelo y cambiarse de ropa.

Se sintió tentada por un vestido de seda violeta y por otro de terciopelo azul oscuro con bordados de plata que resaltaría el color de sus ojos, pero de pronto se acordó de que Alayne era bastarda y no debía vestirse de manera más ostentosa de lo que correspondía a su condición. Optó por una túnica de lana color marrón oscuro, de corte sencillo, con bordados de hojas y enredaderas en hilo de oro en el corpiño, las mangas y los dobladillos. Era modesto y decoroso, y poco más lujoso que el atuendo de una criada. Petyr le había dado también todas las joyas de Lady Lysa, así que se

probó varios collares, pero todos le parecieron aparatosos. Al final se decidió por una sencilla cinta de terciopelo dorado otoñal. Cuando Gretchen le acercó el espejo plateado de Lysa, le pareció que el color combinaba de maravilla con la melena oscura de Alayne.

«Lord Royce no me reconocerá —pensó—. Hasta a mí me cuesta reconocerme.»

Alayne Piedra se sentía casi tan osada como Petyr Baelish. Esbozó su mejor sonrisa y bajó para recibir a los invitados.

El Nido de Águilas era el único castillo de los Siete Reinos que tenía la entrada principal por debajo del nivel de las mazmorras. Los empinados peldaños de piedra ascendían por la ladera y pasaban junto a los castillos de paso Piedra y Nieve, pero terminaban en Cielo. El último tramo del ascenso era de doscientas varas en vertical, con lo que los visitantes tenían que bajarse de las mulas y tomar una decisión: subir en la cesta de madera oscilante que se utilizaba para llevar suministros al castillo, o trepar por una especie de chimenea ayudándose de asideros tallados en la roca.

Lord Redfort y Lady Waynwood, los más ancianos de los Señores Recusadores, optaron por la cesta, que luego tuvo que bajar una vez más para recoger al obeso Lord Belmore. Los demás prefirieron trepar. Alayne los recibió en la Cámara de la Medialuna, junto a un fuego acogedor, donde les dio la bienvenida en nombre de Lord Robert y les sirvió pan, queso y vino especiado caliente en copas de plata.

Petyr le había dado un pergamo en el que figuraban sus escudos para que lo estudiase, así que reconoció los blasones, aunque no los rostros. Lucía el castillo rojo, obviamente, Redfort, un hombre bajo de barba canosa bien recortada y ojos amables. Lady Anya, la única mujer entre los Señores Recusadores, vestía un manto verde con la rueda rota de los Waynwood en cuentas de azabache. Las seis campanas de plata sobre campo de púrpura correspondían a Belmore, de barriga prominente y hombros redondos. Su barba era un adefesio color jengibre que le ocultaba la papada. Por el contrario, Symond Templeton era moreno y anguloso. La nariz ganchuda y los gélidos ojos azules hacían que el Caballero de Nuevestrellas pareciera una especie de elegante ave de presa. Su jubón mostraba nueve estrellas negras sobre un aspa dorada. La capa de armiño de Lord Hunter, *el Joven*, la confundió de entrada, hasta que se fijó en el broche con que se la cerraba: cinco flechas de plata abiertas en abanico. Alayne calculó que estaría más cerca de los cincuenta años que de los cuarenta. Su padre había gobernado en Arcolargo durante casi sesenta años, para morir de manera tan repentina que hubo rumores de que el nuevo señor había acelerado el proceso de la herencia. Hunter tenía las mejillas y la nariz rojas como manzanas, lo que delataba cierta afición por las uvas. Tuvo buen cuidado de rellenarle la copa en cuanto veía que la vaciaba.

El más joven del grupo llevaba tres cuervos en el pecho, cada uno con un corazón rojo entre las garras. El pelo castaño le llegaba hasta los hombros, y un mechón suelto

le caía por la frente.

«Ser Lyn Corbray», pensó Alayne, observando con aprensión la boca dura y los ojos inquietos.

Los últimos en llegar fueron los Royce, Lord Nestor y Yohn Bronce. El señor de Piedra de las Runas era tan alto como el Perro. Tenía el pelo canoso y el rostro surcado de arrugas, pero seguía pareciendo capaz de romper con aquellas enormes manos nudosas a la mayoría de los hombres más jóvenes como si fueran ramitas secas. Su rostro marcado y solemne le hizo recordar su visita a Invernalia. Le acudió a la mente la imagen de aquel hombre sentado a la mesa, hablando con su madre. Volvió a oír su voz retumbante cuando regresó de una cacería con un ciervo tras la silla de montar. Lo vio en el patio con la espada de entrenamiento en la mano, derribando a su padre y volviéndose para derrotar también a Ser Rodrik.

«Me reconocerá. Es imposible que no me reconozca. —Durante un momento pensó en arrojarse a sus pies y suplicarle protección—. Si no luchó por Robb, ¿por qué iba a luchar por mí? La guerra ha terminado; Invernalia ha caído.»

—Lord Royce —le preguntó con timidez—, ¿queréis una copa de vino para quitaros el frío?

Yohn Bronce tenía ojos color gris pizarra medio ocultos por las cejas más pobladas que había visto jamás. Los entrecerró cuando la miró desde arriba.

—¿Te conozco, niña?

Alayne se sintió como si se hubiera tragado la lengua, pero Lord Nestor acudió en su rescate.

—Alayne es la hija natural del Lord Protector —le dijo a su primo en tono brusco.

—Meñique ha estado muy ocupado —dijo Lyn Corbray con una sonrisa perversa. Belmore se echó a reír, y Alayne notó que se ruborizaba.

—¿Cuántos años tienes, niña? —preguntó Lady Waynwood.

—C-catorce, mi señora. —Durante un momento había olvidado la edad de Alayne—. Y no soy una niña, soy una doncella florecida.

—Pero no desflorada, espero. —El poblado bigote de Lord Hunter, *el Joven*, le ocultaba la boca casi por completo.

—Por ahora —dijo Lyn Corbray como si ella no estuviera allí—. Aunque pronto será fruta madura.

—¿Eso es lo que entendéis por cortesía en Hogar? —Anya Waynwood tenía el pelo blanco, patas de gallo en torno a los ojos y la piel suelta debajo de la barbilla, pero su aire de nobleza era inconfundible—. La niña es joven y ha recibido una buena educación, y ya ha padecido suficientes horrores. Cuidado con lo que decís, ser.

—Lo que digo es asunto mío —replicó Corbray—. Su señoría debería ocuparse de los suyos. Nunca me han gustado las reprimendas, como os podría decir un buen

número de hombres muertos.

Lady Waynwood le dio la espalda.

—Será mejor que nos lleves con tu padre, Alayne. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

—El Lord Protector os espera en sus habitaciones. Si mis señores tienen la amabilidad de seguirme...

Salieron de la Cámara de la Medialuna, subieron por un tramo de peldaños de mármol que rodeaba criptas y mazmorras y pasaron bajo tres matacanes que los Señores Recusadores fingieron no ver. Belmore no tardó en jadear como un fuelle, y a Redfort se le puso la cara tan blanca como el pelo. Los guardias apostados en la cima alzaron el rastrillo para franquearles el paso.

—Por aquí, mis señores.

Alayne los guió cuando pasaron bajo la galería, junto a una docena de espléndidos tapices. Ser Lothor Brune estaba ante la puerta. La abrió para dejarles paso y entró detrás de ellos.

Petyr estaba sentado junto a la mesa de caballetes, con una copa de vino en una mano, examinando un pergamo blanco. Alzó la vista cuando los Señores Recusadores fueron entrando.

—Sed bienvenidos, mis señores. Y vos también, mi señora. Ya sé que la subida es agotadora. Por favor, tomad asiento. Alayne, cariño, trae más vino para nuestros nobles invitados.

—Ahora mismo, padre.

La complacía ver que habían encendido las velas; las habitaciones olían a nuez moscada y a otras especias costosas. Fue a buscar la frasca mientras los invitados se sentaban hombro con hombro... Todos excepto Nestor Royce, que titubeó un instante antes de rodear la mesa y ocupar la silla vacía, junto a Lord Petyr, y Lyn Corbray, que prefirió quedarse de pie junto a la chimenea. El rubí en forma de corazón del puño de su espada despedía un brillo rojo mientras se calentaba las manos. Alayne lo vio sonreír a Ser Lothor Brune.

«Ser Lyn es muy atractivo para su edad —pensó—, pero no me gusta su sonrisa.»

—He estado leyendo esta declaración tan excepcional —empezó Petyr—. Espléndida. No sé qué maestre la redactó, pero ese hombre tiene un verdadero don para las palabras. Me habría gustado que me invitarais a firmarla a mí también.

Aquello los cogió desprevenidos.

—¿Vos? —dijo Belmore—. ¿La firmaríais?

—Sé manejar la pluma igual que cualquiera, y nadie quiere a Lord Robert más que yo. En cuanto a esos falsos amigos y consejeros taimados, hay que acabar con ellos de inmediato. Estoy con vosotros en cuerpo y alma, mis señores. Por favor, indicadme dónde debo firmar.

Alayne, que estaba sirviendo el vino, oyó la risita de Lyn Corbray. Los otros parecían inseguros, hasta que Yohn Bronce hizo crujir los nudillos.

—No hemos venido a por vuestra firma. Tampoco pensamos entablar un concurso de retórica con vos, Meñique.

—Lástima. Con lo que me gustan a mí esos concursos. —Petyr dejó el pergamo a un lado—. Como queráis. Seamos directos. Mis señores, mi señora, ¿qué queréis de mí?

—De vos no queremos nada. —Symond Templeton clavó la fría mirada azul en el Lord Protector—. Sólo que os vayáis.

—¿Que me vaya? —Petyr se hizo el sorprendido—. ¿Adónde?

—La corona os ha nombrado Señor de Harrenhal —señaló Lord Hunter, *el Joven*—. Cualquiera se conformaría con eso.

—Hace falta un señor en las tierras de los ríos —intervino el anciano Horton Redfort—. Aguasdulces resiste el asedio; Bracken y Blackwood están en guerra; los bandidos campan por sus respetos a ambas orillas del Tridente, robando y matando a voluntad. Por todas partes hay cadáveres sin enterrar.

—Tal como lo planteáis, es un lugar de lo más atractivo, Lord Redfort —respondió Petyr—, pero da la casualidad de que tengo obligaciones apremiantes aquí. También hay que pensar en Lord Robert. ¿Queréis que arrastre a un niño enfermizo al centro de semejante carnicería?

—Su señoría se quedará en el Valle —declaró Yohn Royce—. Lo voy a llevar a Piedra de las Runas, donde crecerá para convertirse en un caballero del que Jon Arryn se habría sentido orgulloso.

—¿Por qué a Piedra de las Runas? —caviló Petyr—. ¿Por qué no a Roble de Hierro, o a Fuerterojo? ¿Por qué no a Arcolargo?

—Cualquiera de esos lugares sería adecuado —declaró Lord Belmore—, y su señoría los visitará por turno cuando llegue el momento.

—¿De verdad? —El tono de Petyr dejaba traslucir sus dudas.

Lady Waynwood suspiró.

—Si tenéis intención de que nos enfrentemos entre nosotros, ahorraos el esfuerzo, Lord Petyr. Hablamos con una sola voz. Piedra de las Runas nos parece bien a todos. Lord Yohn ha criado a tres hijos; no hay hombre más capacitado para educar al joven señor. El maestre Helliweg es mucho mayor y tiene más experiencia que vuestro maestre Colemon; podrá tratar mejor las dolencias de Lord Robert. En Piedra de las Runas, Sam Piedra, *el Fuerte*, le enseñará las artes de la guerra. No hay mejor maestro de armas. El septón Lucos lo instruirá en los asuntos del espíritu. Además, en Piedra de las Runas estará con otros niños de su edad, una compañía mucho más adecuada que la de las viejas y los mercenarios que lo rodean ahora.

Petyr Baelish se acarició la barba.

—Estoy de acuerdo: su señoría necesita compañía. Pero no se puede decir que Alayne sea una vieja. Lord Robert está muy encariñado con mi hija, como él mismo os podrá decir. Además, da la casualidad de que les he pedido a Lord Grafton y a Lord Lynderly que me envíen cada uno a uno de sus hijos como pupilos. Los dos tienen niños de la edad de Robert.

Lyn Corbray se echó a reír.

—Dos cachorritos de dos perros falderos.

—A Robert también le convendría tener cerca a un chico mayor. Un escudero joven y prometedor, por ejemplo. Alguien a quien pueda admirar y a quien quiera emular. —Petyr se volvió hacia Lady Waynwood—. En Roble de Hierro tenéis un muchacho así, mi señora. ¿Accederíais a enviarme a Harrold Hardyng?

Anya Waynwood parecía divertirse.

—Jamás había conocido a un ladrón tan osado como vos, Lord Petyr.

—No quiero robaros al muchacho —dijo Petyr—, pero Lord Robert y él deberían hacerse amigos.

Yohn Bronce se inclinó hacia delante.

—Me parece apropiado que Lord Robert trabe amistad con el joven Harry, y así será... En Piedra de las Runas, bajo mi tutela, cuando sea mi pupilo y escudero.

—Entregadnos al muchacho y podréis marcharos a Harrenhal, vuestro legítimo asentamiento, sin que nadie os moleste —dijo Lord Belmore.

Petyr le dirigió una mirada cargada de reproche.

—¿Me estáis dando a entender que, de lo contrario, podría pasarme algo, mi señor? No se me ocurre por qué. Mi difunta esposa pensaba que este era mi legítimo asentamiento.

—Lord Baelish —intervino Lady Waynwood—, Lysa Tully era la viuda de Jon Arryn y la madre de su hijo, y gobernaba como regente. Vos... Seamos fracos, no sois un Arryn, y Lord Robert no es de vuestra sangre. ¿Con qué derecho os atrevéis a gobernarnos?

—Creo recordar que Lysa me nombró Lord Protector.

—Lysa Tully nunca formó parte del Valle verdaderamente —replicó Lord Hunter, *el Joven*. No tenía derecho a disponer de nosotros.

—¿Y Lord Robert? —preguntó Petyr—. ¿Su señoría insinúa que Lady Lysa no tenía derecho a disponer de su propio hijo?

—Yo albergaba la esperanza de casarme con Lady Lysa —dijo Nestor Royce, que había guardado silencio hasta entonces—. Al igual que el padre de Lord Hunter y el hijo de Lady Anya. Corbray no se apartó de su lado en medio año. Si hubiera elegido a cualquiera de nosotros, nadie le disputaría su derecho a ser el Lord Protector. Pero eligió a Lord Meñique, y le confió a su hijo.

—También es hijo de Jon Arryn, primo —replicó Yohn Bronce mirando al

Guardián con el ceño fruncido—. Su sitio está en el Valle.

Petyr puso cara de asombro.

—El Nido de Águilas forma parte del Valle tanto como Piedra de las Runas. ¿O alguien lo ha movido sin que yo me enterase?

—Bromead cuanto queráis, Meñique —estalló Lord Belmore—. El chico vendrá con nosotros.

—Cuánto lamento decepcionaros, Lord Belmore, pero mi hijastro se queda conmigo. Como bien sabéis todos, no es un niño robusto. El viaje le resultaría muy fatigoso. Como padrastro suyo y Lord Protector, no lo puedo permitir.

Symond Templeton carraspeó.

—Cada uno de nosotros tiene un millar de hombres al pie de esta montaña, Meñique.

—Es un lugar muy bonito.

—Si es necesario, podemos convocar a más.

—¿Me estáis amenazando con una guerra, ser? —Petyr no parecía asustado en absoluto.

—Nos vamos a llevar a Lord Robert —replicó Yohn Bronce.

Durante un momento pareció que habían llegado a un callejón sin salida, hasta que Lyn Corbray se apartó de la chimenea.

—Ya estoy harto. Si seguís escuchando a Meñique, os convencerá para que le regaléis los calzones. Sólo hay una manera de arreglar esto, y es con acero. —Desenvainó la espada larga.

Petyr extendió las manos.

—Voy desarmado, ser.

—Eso tiene remedio. —La luz de la vela ondulaba a lo largo del acero color gris humo de la espada de Corbray; era tan oscura que Sansa se acordó de *Hielo*, el mandoble de su padre—. El Devoramanzanas está armado. Que os dé la espada, o sacad ese puñal.

Vio como Lothor Brune echaba mano de la espada, pero antes de que las hojas chocaran, Yohn Bronce se levantó, airado.

—¡Guardad ese acero, ser! ¿Qué sois? ¿Un Corbray o un Frey? Estamos aquí como invitados.

—Esto es improcedente —dijo Lady Waynwood frunciendo los labios.

—Envainad el acero, Corbray —aportó Lord Hunter, *el Joven*—. Nos estáis avergonzando a todos.

—Venga, Lyn —reprendió Redfort en tono más suave—. Esto no sirve de nada. Mete a *Dama Desesperada* en la cama.

—Mi señora tiene sed —insistió Ser Lyn—. Siempre que sale a bailar se toma una copa de vino tinto, bien rojo.

Yohn Bronce se interpuso en el camino de Corbray.

—Esta vez se va a quedar con sed.

—Señores Recusadores —bufó Lyn Corbray—. Tendríamos que habernos denominado las Seis Viejas.

Volvió a envainar la espada oscura, empujó a Brune a un lado y salió de la estancia. Alayne oyó como se alejaban sus pisadas.

Anya Waynwood y Horton Redfort intercambiaron una mirada. Hunter apuró la copa de vino y se la tendió para que se la llenara otra vez.

—Tenéis que perdonarnos esta exhibición, Lord Baelish —manifestó Ser Symond.

—¿De verdad? —La voz de Meñique se había tornado gélida—. Vosotros sois quienes lo han traído, mis señores.

—No era nuestra intención... —empezó Yohn Bronce.

—Vosotros sois quienes lo han traído. Tendría todo el derecho de llamar a mis guardias y mandarlos detener.

Hunter se puso en pie tan bruscamente que casi tiró la frasca que Alayne tenía en las manos.

—¡Nos prometisteis salvoconducto!

—Sí. Podéis dar gracias de que tenga más honor que otros. —Nunca había oido a Petyr tan furioso—. Ya he leído vuestra declaración y he escuchado vuestras exigencias. Oíd ahora las mías: retirad vuestros ejércitos de esta montaña, marchaos a vuestros hogares y dejad en paz a mi hijo. Aquí ha habido mal gobierno, no lo dudo, pero fue obra de Lysa, no mía. Dadme un año y, con ayuda de Lord Nestor, os prometo que ninguno de vosotros tendrá motivo de queja.

—Eso decís vos —replicó Belmore—. ¿Por qué tenemos que fiarnos?

—¿Cómo osáis desconfiar de mí? No he sido yo quien ha desenvainado el acero en medio de una tregua. Habláis de defender a Lord Robert y al mismo tiempo le negáis la comida. Esto tiene que acabar. No soy guerrero, pero si no levantáis el sitio, lucharé contra vosotros. No sois los únicos señores del Valle, y Desembarco del Rey también me enviará hombres. Si es guerra lo que queréis, decidlo, y el Valle sangrará.

Alayne vio que la duda empezaba a aflorar en los ojos de los Señores Recusadores.

—Un año no es tanto tiempo —comentó Lord Redfort, inseguro—. Tal vez... si nos aseguráis...

—Ninguno de nosotros quiere la guerra —aportó Lady Waynwood—. El otoño llega a su fin; tenemos que prepararnos para el invierno.

Belmore carraspeó.

—Al final de este año...

—Si no he puesto orden en el Valle, dimitiré voluntariamente del cargo de Lord

Protector —les prometió Petyr.

—Me parece más que justo —señaló Lord Nestor Royce.

—No debe haber represalias —insistió Templeton—. No se hablará de traición ni de rebelión. Eso también lo tenéis que jurar.

—Encantado —respondió Petyr—. Lo que quiero son amigos, no enemigos. Os otorgo el perdón a todos, por escrito si queréis. Incluso a Lyn Corbray. Su hermano es un buen hombre; no hay necesidad de que caiga la vergüenza en una Casa tan noble.

Lady Waynwood se volvió hacia los otros Señores Recusadores.

—¿Podemos negociar, mis señores?

—No es necesario. Es evidente que ha ganado. —Yohn Bronce clavó los ojos grises en Petyr Baelish—. No me gusta, pero parece que vais a tener el año que pedís. Empleadlo bien, mi señor. No nos habéis engañado a todos.

Abrió la puerta con tanta fuerza que estuvo a punto de arrancarla de los goznes.

Más tarde hubo una especie de banquete, aunque Petyr tuvo que pedir disculpas por lo humilde de la comida. Les llevaron a Robert vestido con un jubón azul y crema, y representó con bastante elegancia su papel de señor. Yohn Bronce no lo presenció: ya había partido del Nido de Águilas para emprender el largo descenso, como hiciera Ser Lyn Corbray antes que él. Los otros señores se quedaron hasta la mañana siguiente.

«Los ha seducido», pensó Alayne aquella noche, en la cama, mientras oía el aullido del viento tras la ventana. No habría sabido decir cómo nació la sospecha, pero cuando se le pasó por la cabeza, no hubo manera de que conciliara el sueño. Se removió y dio vueltas durante largo rato. Por último, se levantó y se vistió, y dejó a Gretchen durmiendo.

Petyr seguía despierto, redactando una carta.

—¿Alayne? Hola, cariño, ¿qué haces aquí tan tarde?

—Necesito saberlo. ¿Qué sucederá dentro de un año?

—Redfort y Waynwood son viejos. —Petyr dejó la pluma sobre la mesa—. Puede que muera uno de ellos, o los dos. Los hermanos de Gilwood Hunter lo asesinarán. Probablemente se encargue el joven Harlan, el mismo que dispuso la muerte de Lord Eon. Y ya que estamos, sigamos hasta el final. Belmore es corrupto, lo puedo comprar. Templeton y yo nosaremos amigos. Mucho me temo que Yohn Bronce seguirá siendo hostil, pero mientras esté solo no representará ninguna amenaza.

—¿Y Ser Lyn Corbray?

La luz de la vela bailaba en los ojos de Petyr.

—Ser Lyn seguirá siendo mi enemigo implacable. Hablará de mí con desprecio y odio a todo el que quiera escucharlo, y prestará su espada a cada plan secreto para acabar conmigo.

Fue entonces cuando las sospechas se convirtieron en certezas.

—¿Y cómo le pagaréis sus servicios?

Meñique se echó a reír.

—Con oro, muchachitos y promesas, por supuesto. Ser Lyn es un hombre de gustos sencillos, cariño. Lo único que quiere es oro, muchachitos y alguien a quien matar.

CERSEI (5)

El Rey estaba haciendo pucheros.

—Quiero sentarme en el Trono de Hierro —le dijo—. A Joff siempre le dejabas sentarse.

—Joffrey tenía doce años.

—Pero yo soy el rey, y el trono es mío.

—¿Quién te ha dicho eso?

Cersei respiró a fondo para que Dorcas le pudiera apretar más el corsé. Era una muchacha corpulenta, mucho más fuerte que Senelle, pero también más torpe.

Tommen se puso rojo.

—Nadie.

—¿Nadie? ¿Así llamas a tu señora esposa? —Aquel amago de rebeldía olía de lejos a Margaery Tyrell—. Si me mientes, no tendré más remedio que mandar a buscar a Pate y azotarlo hasta hacerlo sangrar. —Pate era el niño de los azotes de Tommen, igual que lo había sido de Joffrey—. ¿Eso es lo que quieres?

—No —murmuró el Rey con tono hosco.

—¿Quién te lo ha dicho?

El niño se puso en pie.

—Lady Margaery. —Tenía suficiente sentido común para no llamarla reina delante de su madre.

—Eso está mejor. Tengo que tomar decisiones relativas a asuntos muy serios, Tommen; cosas que eres demasiado pequeño para entender. Lo que menos falta me hace es un niñito idiota jugando en el trono detrás de mí y distraiéndome con preguntas de crío. Supongo que Margaery también dice que deberías asistir a las reuniones de mi consejo.

—Sí —reconoció él—. Dice que tengo que aprender a ser rey.

—Cuando seas un poco mayor, podrás ir a todas las reuniones que quieras —le dijo Cersei—. Te garantizo que pronto te hartarás de ellas. Robert siempre las aprovechaba para echar una siesta. —«Y eso cuando se molestaba en asistir»—. Prefería la caza y la cetrería; las cosas aburridas se las dejaba al viejo Lord Arryn. ¿Te acuerdas de él?

—Se murió de un dolor de tripa.

—Sí, pobre hombre. Si tantas ganas tienes de aprender, ¿por qué no estudias la lista de todos los Reyes de Poniente y de las Manos que los sirvieron? Mañana me la puedes recitar.

—Sí, madre —respondió con docilidad.

—Así me gusta.

El reino era suyo. Cersei no tenía intención de entregarlo hasta que Tommen

alcanzara la mayoría de edad.

«He esperado mucho; ahora, que espere él. He esperado la mitad de mi vida. —Había representado los papeles de hija obediente, novia ruborizada y esposa sumisa. Había soportado las torpes caricias ebrias de Robert, los celos de Jaime, las burlas de Renly, a Varys con sus risitas y a Stannis, siempre rechinando los dientes. Había lidiado con Jon Arryn, con Ned Stark y con su malvado y traicionero hermano, el enano asesino, siempre prometiéndose que algún día llegaría su turno—. Si Margaery Tyrell planea arrebatarme mi momento de gloria, está muy equivocada.»

Pero no era la mejor manera de empezar la jornada, y el día de Cersei tardó en mejorar. Se pasó el resto de la mañana con Lord Gyles y sus libros de cuentas, oyéndole tosser datos relativos a estrellas, venados y dragones. Después llegó Lord Mares, para informar de que los tres primeros dromones estaban casi terminados y suplicarle más oro para acabarlos con el esplendor que merecían. Para la Reina fue un placer satisfacer su petición. El Chico Luna hizo cabriolas para amenizarle la comida con varios miembros del gremio de comerciantes, mientras escuchaba sus quejas sobre los gorriones que vagaban por las calles y dormían en las plazas.

«Tal vez tenga que enviar a los capas doradas para echar a esos gorriones de la ciudad», estaba pensando cuando los interrumpió Pycelle.

Últimamente el Gran Maestre se mostraba más quejumbroso que nunca durante las reuniones del consejo. Durante la última sesión había protestado hasta la saciedad por los hombres que había elegido Aurane Mares para capitanejar sus nuevos dromones. Mares quería poner a jóvenes al mando, mientras que Pycelle abogaba por la experiencia e insistía en que se confiara en los capitanes que habían sobrevivido a los fuegos del Aguasnegras, «Hombres curtidos de probada lealtad», como los llamaba él. Cersei, en cambio, los calificó de viejos y se puso del lado de Lord Mares.

—Lo único que demostraron esos capitanes es que saben nadar —le replicó—. Una madre no debería sobrevivir a sus hijos, y un capitán no debería sobrevivir a su barco.

Pycelle no había encajado bien el reproche.

Aquel día no parecía tan colérico; hasta consiguió esbozar una sonrisa temblorosa.

—Una buena noticia, Alteza —anunció—: Wyman Manderly ha cumplido vuestras órdenes y ha decapitado al Caballero de la Cebolla de Lord Stannis.

—¿Lo sabemos a ciencia cierta?

—Ha colgado su cabeza y sus manos de las murallas de Puerto Blanco. Lord Wyman lo jura, y los Frey lo confirman. Han visto la cabeza allí, con una cebolla en la boca. También las manos: se reconocen por los dedos que le faltaban.

—Muy bien —dijo Cersei—. Mandad un pájaro a Manderly e informadlo de que, ahora que ha demostrado su lealtad, le enviaremos a su hijo de inmediato.

Puerto Blanco volvería pronto a la paz del rey, y Roose Bolton y su hijo bastardo se aproximaban a Foso Cailin desde el norte y el sur. Una vez tuvieran el Foso en su poder, unirían sus fuerzas y expulsarían a los hombres del hierro de la Ciudadela de Torrhen y de Bosquespeso. Con eso conseguirían la alianza del resto de los vasallos de Ned Stark cuando llegara la hora de marchar contra Lord Stannis.

Entretanto, en el sur, Mace Tyrell había erigido una ciudad de carpas alrededor de Bastión de Tormentas y tenía dos docenas de maganeles lanzando piedras contra las gruesas murallas del castillo, aunque sin grandes resultados hasta el momento.

«Lord Tyrell, *el Guerrero* —meditó la reina—. Su blasón debería ser un gordo con el culo bien apoltronado.»

Aquella tarde, el adusto enviado braavosi se presentó a su audiencia. Cersei llevaba quince días aplazando su visita, y con gusto la habría aplazado un año entero, pero Lord Gyles le juraba que ya no era capaz de tratar con aquel hombre... Aunque la reina empezaba a dudar de que Gyles fuera capaz de hacer nada aparte de toser.

El braavosi decía llamarse Noho Dimittis.

«Un hombre irritante con un nombre irritante.» Encima, también tenía la voz irritante. Cersei se acomodó como pudo en el asiento mientras hablaba, preguntándose cuánto tiempo tendría que soportar aquel tormento. A su espalda se alzaba el Trono de Hierro, con las púas y filos que proyectaban sombras retorcidas por el suelo. Los únicos que podían sentarse en el trono eran el Rey y su Mano. Cersei ocupaba un asiento a sus pies, en un sillón de madera dorada con cojines carmesí.

Cuando el braavosi se detuvo para tomar aliento, Cersei pensó que era su oportunidad.

—Eso es asunto de nuestro lord tesorero.

Por lo visto, la respuesta no le pareció satisfactoria al noble Noho.

—He hablado seis veces con Lord Gyles. Tose y me da excusas, Alteza, pero el oro no llega.

—Hablad con él por séptima vez —sugirió Cersei en tono amable—. El número siete es sagrado a ojos de nuestros dioses.

—Ya veo que a Vuestra Alteza le complace bromear.

—Cuando bromeo, sonrío. ¿Me veis sonreír? ¿Oís carcajadas? Os aseguro que cuando bromeo, los que me rodean ríen a carcajadas.

—El rey Robert...

—... está muerto —le replicó con brusquedad—. El Banco de Hierro tendrá su oro cuando pongamos fin a esta rebelión.

—Alteza... —El hombre tuvo la insolencia de fruncirle el ceño.

—La audiencia ha terminado. —Cersei ya había soportado suficiente por un día—. Ser Meryn, acompañad a la puerta al noble Noho Dimittis. Ser Osmund, podéis

escoltarme a mis aposentos.

Sus invitados no tardarían en llegar, y antes tenía que bañarse y cambiarse de ropa. Todo hacía presagiar que la cena también sería tediosa. Gobernar un reino ya era difícil; gobernar siete lo era mucho más.

Ser Osmund Kettleblack la acompañó por las escaleras, alto y esbelto con su atuendo blanco de la Guardia Real. Cersei esperó hasta asegurarse de que se encontraban a solas antes de cogerse de su brazo.

—Decidme, ¿cómo le va a vuestro hermano?

Ser Osmund parecía incómodo.

—Eh... Bastante bien, pero...

—¿Pero? —La Reina permitió que un atisbo de cólera asomara entre sus palabras —. He de confesaros que se me está acabando la paciencia con nuestro querido Osney. Ya va siendo hora de que doblegue a esa potrilla. Lo nombré escudo juramentado de Tommen para que pudiera pasar algún tiempo en compañía de Margaery todos los días. A estas alturas ya tendría que haber arrancado la rosa. ¿Acaso la pequeña reina es inmune a sus encantos?

—Sus encantos no fallan; por algo es un Kettleblack. Con vuestro permiso. —Ser Osmund se pasó los dedos por la aceitada barba negra—. El problema es ella.

—¿Y eso por qué? —La Reina había empezado a albergar dudas en cuanto a Ser Osney. Tal vez los gustos de Margaery se decantaran más por otro hombre. «Aurane Mares, con su cabellera de plata, o un hombretón robusto como Ser Tallad»—. ¿Es posible que la doncella prefiera a otro? ¿No le gusta el rostro de vuestro hermano?

—Su rostro le gusta. Osney me comentó que hace dos días le acarició las cicatrices y le preguntó qué mujer se las había hecho. No le había dicho que hubiera sido una mujer, pero ella lo sabía. Puede que alguien se lo dijera. Al parecer, no para de tocarlo cuando hablan. Le endereza el broche de la capa, le echa el pelo hacia atrás... Cosas así. Una vez, en las dianas de los arqueros, le pidió que la enseñara a tensar el arco para que tuviera que rodearla con los brazos. Osney le gasta bromas subidas de tono; ella se ríe y responde con bromas más subidas de tono todavía. Sí que le gusta, es evidente, pero...

—¿Pero? —inquirió Cersei.

—Nunca están a solas. La mayor parte del tiempo los acompaña el Rey, y si no está él es otra persona. Sus damas comparten el lecho con ella, dos diferentes cada noche. Otras dos le llevan el desayuno y la ayudan a vestirse. Reza con su septa, lee con su prima Elinor, canta con su prima Alla y cose con su prima Megga. Cuando no está practicando la cetrería con Janna Fossoway y Merry Crane, está jugando al ven a mi castillo con la pequeña Bulwer. Nunca sale a montar sin escolta: cuatro o cinco acompañantes y al menos una docena de guardias. Y siempre está rodeada de hombres, hasta en la Bóveda de las Doncellas.

—Hombres. —Algo era algo. Allí había posibilidades—. Decidme, ¿qué hombres?

Ser Osmund se encogió de hombros.

—Bardos. La enloquecen los bardos, los malabaristas y esa clase de gente. Siempre hay algún caballero rondando a sus primas. Osney dice que Ser Tallad es el peor. El muy zoquete no sabe si le gusta Elinor o Alla; lo único que sabe es que le gusta mucho. Los gemelos Redwyne también andan por allí. Baboso les lleva flores y fruta, y Horror ha empezado a tocar el laúd. Por lo que cuenta Osney, se obtendrían sonidos más dulces estrangulando a un gato. Otro que no falla es el isleño del verano.

—¿Jalabhar Xho? —Cersei soltó un bufido despectivo—. Seguro que se pasa todo el tiempo suplicándole oro y espadas para recuperar sus tierras.

Bajo las joyas y las plumas, Xho era poco más que un mendigo de noble cuna. Robert podría haber puesto fin a sus fastidiosas peticiones con una negativa firme, pero al imbécil borracho de su marido lo había atraído la idea de conquistar las Islas del Verano. Sin duda soñaba con mozas de piel oscura, desnudas bajo las capas de plumas y con los pezones negros como el carbón. Así que, en vez de «no», Robert siempre le decía a Xho «el año que viene», aunque el año siguiente no llegaba jamás.

—No sabría deciros si suplica, Alteza —respondió Ser Osmund—. Osney dice que les está enseñando la lengua del verano. A Osney no, a la Rei... a la potrilla y a sus primas.

—Un caballo que hablara la lengua del verano causaría sensación —replicó la Reina en tono seco—. Decidle a vuestro hermano que tenga siempre las espuelas a punto. Pronto encontraré la manera de que monte a la potrilla, podéis estar seguro.

—Se lo diré, Alteza. Está deseándolo, no creáis que no. La potrilla es muy hermosa.

«A la que desea es a mí, imbécil —pensó la Reina—. Lo único que quiere de Margaery es el título de señor que le espera entre sus piernas. —Sentía afecto por Osmund, pero a veces le parecía tan estúpido como Robert—. Espero que tenga la espada más aguda que el ingenio. Puede que llegue un día en que Tommen la necesite.»

Pasaban bajo la sombra de los restos de la Torre de la Mano cuando les llegó a los oídos un sonido de vítores y aplausos. En el otro extremo del patio, algún escudero había embestido contra el estafermo y lo había hecho girar. Las que más aplaudían eran Margaery Tyrell y sus gallinas.

«Cuánto escándalo por tan poca cosa. Ni que el crío hubiera ganado un torneo.» Entonces se sobresaltó al descubrir que el jinete del corcel era Tommen, vestido con una armadura dorada.

A la Reina no le quedó más remedio que exhibir una sonrisa e ir a ver a su hijo. Llegó junto a él mientras el Caballero de las Flores lo ayudaba a desmontar. El niño

estaba jadeante de emoción.

—¿Habéis visto? —le preguntaba a todo el mundo—. Lo he hecho como me ha dicho Ser Loras. ¿Habéis visto, Ser Osney?

—Por supuesto —le aseguró Osney Kettleblack—. Todo un espectáculo.

—Montáis mejor que yo, señor —aportó Ser Dermot.

—Hasta he roto la lanza. ¿Habéis oído, Ser Loras?

—Un crujido retumbante como un trueno. —Ser Loras se sujetaba la capa blanca por el hombro con un broche en forma de rosa de jade y oro, y el viento le agitaba los rizos castaños—. Vuestro corcel es espléndido, pero con una vez no es suficiente. Tenéis que repetirlo mañana. Tenéis que montar todos los días hasta que todos los golpes que lancéis den en el blanco; hasta que la lanza forme parte de vuestro brazo.

—Eso haré.

—Habéis estado glorioso. —Margaery se dejó caer sobre una rodilla, besó al Rey en la mejilla y lo rodeó con un brazo—. Ten cuidado, hermano —le advirtió a Loras—. Me parece que dentro de unos pocos años, mi galante esposo te derribará del caballo.

Sus tres primas se mostraron de acuerdo, y la estúpida mocosa Bulwer empezó a dar saltitos y a canturrear.

—Tommen será el campeón, el campeón, el campeón...

—Cuando sea mayor —dijo Cersei.

Sus sonrisas se marchitaron como rosas acariciadas por la escarcha. La vieja septa, con su cara picada de viruelas, fue la primera en arrodillarse. Los demás la imitaron, con excepción de la pequeña reina y su hermano.

Tommen no pareció darse cuenta de que el ambiente se había tornado gélido.

—¿Me has visto, madre? —barboteó, feliz—. He roto la lanza contra el escudo, ¡y el saco no me ha dado!

—Te estaba mirando desde el otro lado del patio. Lo has hecho muy bien, Tommen. No esperaba menos de ti: llevas las justas en la sangre. Algun día ganarás todas las lizas, como hacía tu padre.

—No habrá hombre capaz de enfrentarse a él. —Margaery Tyrell le dedicó una sonrisa tímida a la Reina—. Pero no tenía idea de que el rey Robert fuera tan hábil en las justas. Decidnos, Alteza, ¿qué torneos ganó? ¿A qué grandes caballeros descabalgó? Seguro que al Rey le gustaría oír hablar de las victorias de su padre.

Cersei notó que le ascendía el rubor. La muchacha la había atrapado. En realidad, Robert Baratheon había sido un justador mediocre. En los torneos prefería con mucho los combates cuerpo a cuerpo, en los que podía golpear a diestro y siniestro con una maza o con un hacha romana. Ella estaba pensando en Jaime.

«No es propio de mí distraerme de esa manera.»

—Robert ganó el torneo del Tridente —tuvo que decir—. Derribó al príncipe

Rhaegar y me eligió reina del amor y la belleza. Me sorprende que no conocieras esa historia, nuera. —No le dio tiempo a Margaery para replicar—. Ser Osmund, tened la amabilidad de ayudar a mi hijo a quitarse la armadura. Ser Loras, acompañadme; quiero hablar con vos.

Al Caballero de las Flores no le quedó más remedio que seguirla como el perro que era. Cersei esperó a llegar a los peldaños antes de hablarle.

—Decidme, ¿de quién ha sido la idea?

—De mi hermana —reconoció—. Ser Tallad, Ser Dermot y Ser Portifer se estaban entrenando, y la Reina le sugirió a Su Alteza que probara suerte.

«La llama así para irritarme.»

—Y vos, ¿qué habéis hecho?

—He ayudado a Su Alteza a ponerse la armadura y lo he enseñado a sostener la lanza —respondió.

—Ese caballo era demasiado grande para él. ¿Y si se hubiera caído? ¿Y si el saco de arena le hubiera abierto la cabeza?

—Las magulladuras y los labios partidos forman parte del proceso de convertirse en caballero.

—Ahora empiezo a entender por qué está tullido vuestro hermano. —El muchacho le dio la satisfacción de ver como se le borraba la bonita sonrisa de la cara al oír aquello—. Tal vez mi hermano no os haya explicado bien cuáles son vuestros deberes, ser. Estás aquí para proteger a mi hijo de sus enemigos. Entrenarlo es asunto de su maestro de armas.

—La Fortaleza Roja no tiene maestro de armas desde que asesinaron a Aron Santagar —le dijo Ser Loras con un atisbo de reproche en su voz—. Su Alteza tiene casi nueve años y está deseoso de aprender. A su edad ya debería ser escudero; alguien lo tiene que instruir.

«Alguien lo instruirá, pero no serás tú.»

—Decidme, ser, ¿a quién servisteis como escudero? —le preguntó con dulzura—. A Lord Renly, ¿verdad?

—Tuve ese honor, sí.

—Ya, lo que pensaba. —Cersei había visto cómo se estrechaban los lazos entre los escuderos y los caballeros a los que servían. No quería que Tommen se sintiera próximo a Loras Tyrell. El Caballero de las Flores no era el tipo de hombre al que un niño debía imitar—. He sido negligente. Entre gobernar un reino, luchar en una guerra y llorar a mi padre, he pasado por alto el crucial asunto de nombrar a un nuevo maestro de armas. Enseguida rectificaré ese error.

Ser Loras se apartó de la frente un mechón de pelo rizado.

—Su Alteza no encontrará a nadie ni la mitad de hábil que yo con la espada y la lanza.

«Somos modestos, ¿eh?»

—Tommen es vuestro rey, no vuestro escudero. Tenéis el deber de luchar por él y, si es necesario, morir por él. Nada más.

Lo dejó en el puente levadizo que cruzaba el foso seco con su lecho de púas de hierro, y entró a solas en el Torreón de Maegor.

«¿De dónde voy a sacar un maestro de armas? —se preguntó mientras subía a sus habitaciones. Tras rechazar a Ser Loras no se atrevía a elegir a ningún caballero de la Guardia Real. Sería como hurgar en la herida; sólo serviría para enfurecer a Altojardín. «¿Ser Tallad? ¿Ser Dermot? Tiene que haber alguien apto—. Tommen le había cogido cariño a su nuevo escudo juramentado, pero Osney estaba resultando menos eficaz de lo que ella había esperado en el asunto de la doncella Margaery, y tenía otros planes para su hermano Osflyrd. Era una lástima que el Perro hubiera cogido la rabia. Tommen siempre había tenido miedo de la voz destemplada y el rostro quemado de Sandor Clegane, y su desdén habría sido el antídoto ideal contra la caballerosidad bobalicona de Loras Tyrell.

«Aron Santagar era dorniense —recordó Cersei—. Podría buscar a alguien en Dorne. —Entre Lanza del Sol y Altojardín se interponían siglos de sangre y guerras —. Sí, un dorniense se adecuaría de maravilla a mis necesidades. Tiene que haber buenas espadas en Dorne.»

Al entrar en sus habitaciones, Cersei se encontró a Lord Qyburn sentado junto a la ventana, leyendo.

—Si a Vuestra Alteza no le molesta, traigo unos informes.

—¿Más conjuras y traiciones? He tenido un día largo y agotador. Daos prisa.

—Como queráis. —El hombre le dedicó una sonrisa comprensiva—. Se dice que el arconde de Tyrosh ha propuesto una serie de condiciones a Lys para poner fin a la actual guerra de comercio. Hay rumores de que Myr estaba a punto de entrar en la guerra aliándose a los tyroshis, pero sin la Compañía Dorada, los myrienses no creen qué...

—Me da igual lo que crean los myrienses. Las Ciudades Libres siempre están luchando entre ellas; sus traiciones y alianzas no tienen relevancia para Poniente. ¿Traéis alguna noticia más importante?

—Al parecer, la revuelta de esclavos de Astapor se ha extendido a Meereen. Los marineros de una docena de barcos hablan de dragones...

—Arpías. Lo de Meereen son arpías. —Aquello le sonaba de algo. Meereen estaba al otro lado del mundo, al este, más allá de Valyria—. Que los esclavos se rebelen, ¿a nosotros qué nos importa? En Poniente no tenemos esclavos. ¿Eso es todo lo que me traéis?

—Hay una noticia de Dorne que tal vez le parezca más interesante a Vuestra Alteza. El príncipe Doran ha encerrado a Ser Daemon Arena, el bastardo que fue

escudero de la Víbora Roja.

—Lo recuerdo. —Ser Daemon había sido uno de los caballeros dornienses que acompañaron al príncipe Oberyn a Desembarco del Rey—. ¿Por qué motivo?

—Exigió que liberase a las hijas del príncipe Oberyn.

—Qué imbécil.

—Otra cosa —continuó Lord Qyburn—: Nuestros amigos de Dorne nos informan de que la hija del Caballero de Bosquepinto se prometió de manera inesperada con Lord Estermont. La misma noche del compromiso la enviaron a Piedraverde, y se dice que ya se han casado.

—Tal vez tenga un bastardo en la barriga; eso lo explicaría todo. —Cersei se puso a juguetear con un mechón de cabello—. ¿Cuántos años tiene la cándida novia?

—Veintitrés, Alteza. Mientras que Lord Estermont...

—Debe de andar por los setenta. Ya lo sé.

Los Estermont eran sus parientes políticos; el padre de Robert se había casado con una de ellos en lo que sin duda fue un ataque de lujuria o de locura. Cuando Cersei se casó con el Rey, la señora madre de Robert llevaba años muerta, y aun así, sus dos hermanos se presentaron en la boda y se quedaron medio año. Más adelante, Robert se empecinó en devolverles el detalle con una visita a Estermont, una isleta montañosa cercana al cabo de la Ira. Las dos espantosas semanas de humedad que pasó Cersei en Piedraverde, asentamiento de la Casa Estermont, fueron las más largas de su hasta entonces breve vida. Nada más verlo, Jaime cambió el nombre del castillo por Mierdaverde, y ella no tardó en imitarlo. Se pasó los días viendo como su regio esposo cazaba, practicaba la cetrería y bebía con sus tíos, y dejaba inconscientes con la maza a unos cuantos de sus primos en el patio de Mierdaverde.

También tenía una prima, una viuda menuda y regordeta con las tetas como sandías, que había perdido a su padre y a su marido durante el asedio de Bastión de Tormentas.

—Su padre se portó bien conmigo —le dijo Robert—, y ella y yo jugábamos juntos de pequeños.

No tardó mucho en volver a jugar con ella. En cuanto Cersei cerraba los ojos, el Rey se escabullía para consolar a la pobre mujer solitaria. Una noche le pidió a Jaime que lo siguiera para confirmar sus sospechas. Cuando regresó, su hermano le preguntó si quería ver muerto a Robert.

—No —había contestado ella—, quiero verlo con cuernos.

Le gustaba pensar que aquella fue la noche en que concibió a Joffrey.

—Eldon Estermont se ha casado con una mujer cincuenta años menor que él —le dijo a Qyburn—. ¿Y eso por qué tiene que preocuparme?

Él se encogió de hombros.

—No digo que os preocupéis... Pero tanto Daemon Arena como esa Santagar

estaban muy unidos a Arianne, la hija del príncipe Doran, o eso nos dicen los dornienses. Puede que no tenga ninguna importancia, pero pensé que Vuestra Alteza debía saberlo.

—Pues ya lo sé. —Empezaba a perder la paciencia—. ¿Algo más?

—Sólo una cosa. Un asunto insignificante.

Le dedicó una sonrisa de disculpa y le habló de un espectáculo de marionetas que se había hecho muy famoso entre los habitantes de la ciudad: una representación en la que el reino de las bestias estaba gobernado por leones arrogantes y orgullosos.

—A medida que avanza esta ultrajante historia —continuó—, los cachorros de león se hacen más vanidosos y codiciosos, hasta que empiezan a devorar a sus súbditos. Cuando el noble venado protesta, los leones lo devoran también, y rugen que están en su derecho porque son las bestias más poderosas.

—¿Y así termina? —preguntó Cersei, divertida. Bien mirado, hasta podía ser una buena lección.

—No, Alteza. Al final sale un dragón de un huevo y devora a todos los leones.

Aquel remate hacía que el espectáculo de marionetas pasara de ser una simple insolencia a un acto de traición.

—Imbéciles descerebrados. Hay que ser cretino para arriesgar la cabeza por un dragón de madera. —Meditó un instante—. Que vuestros informantes vayan a esos espectáculos y se fijen en los asistentes. Si alguno de ellos es una persona de importancia, quiero su nombre.

—¿Puedo preguntaros qué haréis con ellos?

—A los adinerados los multaremos. La mitad de sus riquezas bastará para enseñarles una buena lección y volver a llenar nuestras arcas sin llegar a arruinarlos. Los pobres pueden perder un ojo por presenciar esa traición. Para los titiriteros, el hacha.

—Son cuatro. Tal vez Vuestra Alteza me permita quedarme con dos para mis asuntos. A ser posible una mujer...

—Ya os entregué a Senelle —replicó la Reina en tono brusco.

—Por desgracia la pobre chiquilla está casi... agotada.

A Cersei no le gustaba pensar en aquel tema. La muchacha había acudido a ella desprevenida, pensando que iba a servirle el vino. Ni siquiera pareció comprender la situación cuando Qyburn le puso la cadena en torno a la muñeca. El recuerdo aún le daba náuseas.

«Las celdas eran muy frías; hasta las antorchas temblaban. Y esa cosa horrible gritando en la oscuridad...»

—Sí, quedaos con una mujer. Con dos, si queréis. Pero antes, los nombres.

—Como ordenéis. —Qyburn se retiró.

En el exterior, el sol empezaba a ponerse. Dorcas le había preparado la bañera. La

Reina estaba relajándose en el agua caliente, pensando qué les diría a sus invitados durante la cena, cuando Jaime irrumpió en la estancia y les ordenó a Jocelyn y a Dorcas que salieran. Su hermano distaba mucho de ir inmaculado y apestaba a caballo. Tommen iba con él.

—Querida hermana —dijo—, el Rey quiere hablar contigo.

Los bucles dorados de Cersei flotaban en el agua de la bañera. La estancia estaba llena de vapor. Una gota de sudor le corrió por la mejilla.

—¿Tommen? —dijo con voz peligrosamente dulce—. ¿Qué pasa ahora?

El niño conocía aquel tono, y se encogió.

—Su Alteza quiere su corcel blanco mañana —dijo Jaime—. Para la lección de justas.

Cersei se sentó en la bañera.

—No habrá justas.

—Sí que habrá. —Tommen proyectó hacia delante el labio inferior—. Quiero montar todos los días.

—Y así será —replicó la Reina—. En cuanto tengamos un maestro de armas como es debido para supervisar tu entrenamiento.

—No quiero un maestro de armas como es debido. ¡Quiero a Ser Loras!

—Tienes un concepto demasiado elevado de ese chico. Tu pequeña esposa te ha llenado la cabeza de tonterías relativas a él, ya lo sé, pero Osmund Kettleblack es tres veces mejor caballero que Loras.

Jaime se echó a reír.

—No será el Osmund Kettleblack que yo conozco.

De buena gana lo habría estrangulado.

«Puede que tenga que ordenar a Ser Loras que se deje derribar del caballo por Ser Osmund. Eso le quitaría la venda de los ojos a Tommen. Échale sal a una babosa y humilla a un héroe, los dos se encogenen igual.»

—Voy a traer a un dorniense para que te entrene —le dijo—. Los dornienses son los mejores justadores del reino.

—No es verdad —replicó Tommen—. Y me da igual, no quiero a ningún dorniense, ¡quiero a Ser Loras! ¡Lo ordeno!

Jaime se echó a reír.

«No me ayuda en nada. ¿Es que le hace gracia?» La Reina golpeó el agua, airada.

—¿Tengo que hacer venir a Pate? A mí no me das órdenes, ¡soy tu madre!

—Sí, pero yo soy el rey. Margaery dice que todo el mundo tiene que hacer lo que el rey mande. Quiero mi corcel blanco ensillado mañana, para que Ser Loras me enseñe a justar. También quiero un gatito, y no quiero comer remolachas. —Se cruzó de brazos.

Jaime no paraba de reír. La Reina no le hizo caso.

—Ven aquí, Tommen. —El niño no se movió. Cersei suspiró—. ¿Tienes miedo? Un rey no debe mostrar temor. —Se acercó a la bañera sin atreverse a levantar la vista. Ella sacó la mano del agua y le acarició los rizos dorados—. Rey o no, sólo eres un niño. Yo gobernaré hasta que seas mayor de edad. Aprenderás a justar, te lo prometo, pero no de Loras. Los caballeros de la Guardia Real tienen obligaciones más importantes que jugar con un niño. Pregúntale al Lord Comandante. ¿No es verdad, ser?

—Obligaciones de lo más importante. —Jaime sonrió con los labios apretados—. Cabalgar por las murallas de la ciudad, por ejemplo.

Tommen parecía al borde de las lágrimas.

—Pero ¿puedo tener un gatito?

—Tal vez —concedió la Reina—. Pero no quiero oír ni una tontería más sobre las justas. ¿Me lo prometes?

El niño arrastró los pies por el suelo.

—Sí.

—Bien. Venga, márchate. Mis invitados no tardarán en llegar.

Tommen salió a toda prisa, pero en el último momento se volvió.

—Cuando sea rey del todo prohibiré las remolachas.

Su hermano cerró la puerta con el muñón.

—Tengo una duda, Alteza —dijo cuando estuvo a solas con Cersei—. ¿Estás borracha o es que eres idiota?

Cersei volvió a golpear el agua, y las salpicaduras llegaron hasta los pies de su hermano.

—Cuidado con lo que dices, ser, o...

—¿O qué? ¿O me enviarás a inspeccionar otra vez las murallas de la ciudad? —Jaime se sentó y cruzó las piernas—. Tus putas murallas están perfectamente. Las he recorrido palmo a palmo y he examinado las siete puertas. Las bisagras de la Puerta de Hierro están oxidadas, y hay que cambiar la Puerta del Rey y la Puerta del Lodazal: los arietes de Stannis las dejaron en muy mal estado. Las murallas son tan resistentes como siempre... Pero tal vez Vuestra Alteza haya olvidado que nuestros amigos de Altojardín están en la parte de dentro.

—No he olvidado nada —replicó, pensando en cierta moneda de oro con el busto de un rey olvidado en la cara y una mano en la cruz.

«¿Cómo es posible que un miserable carcelero tuviera una moneda como esa escondida bajo el orinal? ¿Cómo pudo llegar oro de Altojardín a manos de alguien como Rugen?»

—Es la primera noticia que tengo de que vaya a haber un nuevo maestro de armas. Vas a tener que buscar mucho para dar con un justador mejor que Loras Tyrell. Ser Loras es...

—Ya sé qué es, y no quiero verlo cerca de mi hijo. Más vale que le recuerdes cuáles son sus obligaciones. —El agua de la bañera se le estaba enfriando.

—Sabe cuáles son sus obligaciones, maneja la lanza mejor que...

—Tú la manejabas mejor que él antes de perder la mano. Y Ser Barristan, cuando era joven. Arthur Dayne era mejor, y el príncipe Rhaegar estaba a su altura. No me vengas con tonterías de lo fiera que es la flor. No es más que un niño.

Estaba harta de que Jaime le llevara la contraria. Nadie le había llevado la contraria a su señor padre. Cuando Tywin Lannister hablaba, todos obedecían. En cambio, cuando Cersei hablaba, se creían con derecho a darle consejos, contradecirla e incluso negarse.

«Todo porque soy una mujer, porque no puedo derrotarlos con una espada. Le tenían más respeto a Robert que a mí, y Robert era un imbécil descerebrado.» No se lo pensaba tolerar, y a Jaime menos que a nadie. «Tengo que librarme de él cuanto antes.» Hubo un tiempo en que soñó con que los dos gobernarían juntos los Siete Reinos, pero su hermano se había convertido en un estorbo más que en una ayuda.

Cersei se levantó de la bañera. El agua le chorreaba del pelo y le corría por los muslos.

—Cuando quiera tu consejo te lo pediré. Vete, ser. He de vestirme.

—Tienes invitados, ya. ¿De qué conspiración se trata esta vez? Hay tantas que les pierdo la pista.

Su mirada se demoró en las perlas de agua que le brillaban en el vello dorado, entre las piernas.

«Aún me desea.»

—¿Añoras lo que has perdido, hermano?

Jaime alzó la vista.

—Yo también te quiero, hermana, pero eres estúpida. Una preciosa estúpida dorada.

Aquello la hirió.

«En Piedraverde, la noche en que pusiste a Joff en mi interior, me decías cosas más bonitas», pensó.

—Fuera de aquí. —Le dio la espalda y lo oyó forcejear con el muñón para abrir la puerta.

Jocelyn se aseguró de que todo estaba dispuesto para la cena, mientras Dorcas ayudaba a la Reina a ponerse una túnica nueva. Era de tiras de seda verde brillante alternadas con tiras de terciopelo negro, y un intrincado encaje negro de Myr en la parte superior del corpiño. El encaje de Myr era caro, pero la reina tenía que estar radiante en todas las ocasiones, y las condenadas lavanderas le habían encogido varias túnicas, con lo que ya no le quedaban bien. Las habría mandado azotar por su descuido, pero Taena le sugirió que fuera compasiva.

—El pueblo os apreciará más si sois bondadosa —le dijo, de modo que Cersei ordenó que les descontaran del salario el valor de las túnicas, una solución mucho más elegante.

Dorcus le puso un espejo de plata en la mano.

«Muy bien —pensó la Reina, sonriendo a su reflejo. Era delicioso prescindir del luto. El negro la hacía demasiado pálida—. Lástima que Lady Merryweather no venga a la cena». Había sido un día duro, y el ingenio de Taena siempre la animaba. Cersei no había tenido una amiga con la que disfrutara tanto desde los tiempos de Melara Hetherspoon, y Melara había resultado ser una intrigante codiciosa con aspiraciones muy superiores a sus posibilidades. «No debo pensar mal de ella. Está muerta y ahogada, y me enseñó que no debía confiar en nadie excepto en Jaime.»

Sus invitados ya habían empezado con el hidromiel cuando se reunió con ellos.

«Lady Falyse no sólo tiene cara de pez, sino que bebe como un pez» reflexionó al fijarse en la frasca medio vacía.

—Mi querida Falyse —exclamó antes de darle un beso en la mejilla—, y el valiente Ser Balman. Sentí mucho lo de vuestra querida madre. ¿Cómo está Lady Tanda?

Lady Falyse parecía a punto de llorar.

—Qué amable por parte de Vuestra Alteza. El maestre Frenken dice que se rompió la cadera en la caída. Hizo todo lo que pudo. Ahora sólo nos queda rezar, pero...

«Reza todo lo que quieras; estará muerta antes de que cambie la luna.» Las mujeres de la edad de Tanda Stokeworth no sobrevivían a una fractura de cadera.

—Uniré mis plegarias a las vuestras —dijo Cersei—. Lord Qyburn me ha dicho que Tanda se cayó del caballo.

—La cincha de la silla se rompió mientras cabalgaba —dijo Ser Balman Byrch—. El mozo de cuadra tendría que haberse dado cuenta de que estaba desgastada. Ha recibido su castigo.

—Duro, espero. —La Reina se sentó e indicó a sus invitados que hicieran lo mismo—. ¿Otra copa de hidromiel, Falyse? Me parece recordar que siempre os ha gustado.

—Vuestra Alteza es muy amable al acordarse.

«¿Cómo me voy a olvidar? —pensó Cersei—. Jaime decía que seguro que meabas eso.»

—¿Qué tal el viaje?

—Incómodo —se quejó Falyse—. Estuvo lloviendo la mayor parte del día. Teníamos intención de pasar la noche en Rosby, pero ese joven pupilo de Lord Gyles nos negó la hospitalidad. —Sorbió por la nariz—. Acordaos de lo que os digo: cuando muera Gyles, ese miserable se quedará con su oro. Hasta puede que trate de

reclamar las tierras y el título de señor, aunque Rosby nos corresponde a nosotros por derecho si fallece Gyles. Mi señora madre era tía de su segunda esposa y prima tercera de Gyles.

«¿Cuál es vuestro blasón, mi señora? ¿Un cordero, o una especie de mono codicioso?», pensó Cersei.

—Lord Gyles lleva amenazando con morirse desde que lo conozco, pero todavía sigue entre nosotros, y espero que por muchos años. —Le dedicó una sonrisa encantadora—. Sus toses nos enterrarán a todos.

—Es lo más probable —asintió Ser Balman—. El pupilo de Rosby no fue el único en agraviarnos, Alteza. En el camino también nos tropezamos con unos rufianes. Iban sucios y andrajosos, con hachas y escudos de cuero. Algunos se habían cosido estrellas en los jubones, estrellas sagradas de siete puntas, pero incluso de esa guisa tenían pinta de malvados.

—Tenían piojos, estoy segura —aportó Falyse.

—Se hacen llamar gorrones —comentó Cersei—. Son una plaga. Nuestro nuevo Septón Supremo se encargará de ellos en cuanto lo coronemos. Si no, yo misma tomaré medidas.

—¿Han elegido ya a Su Altísima Santidad? —quiso saber Falyse.

—No —tuvo que reconocer la Reina—. Estaban a punto de elegir al septón Ollidor, pero unos cuantos de esos gorrones lo siguieron hasta un burdel y lo arrastraron desnudo a la calle. Ahora, Luceon es el candidato más probable, aunque nuestros amigos de la otra colina dicen que todavía le faltan unos cuantos votos.

—Que la Vieja guíe las deliberaciones con su lámpara dorada de sabiduría —dijo Lady Falyse, toda piadosa.

Ser Balman se revolvió en el asiento, inquieto.

—Alteza, hay un asunto algo escabroso, pero... No quiero que haya malentendidos entre nosotros. Tenéis que saber que ni mi señora esposa ni su madre tuvieron nada que ver con el nombre que le pusieron al bastardo. Lollys es muy simple, y su esposo tiene tendencia al humor negro. Le dije que escogiera un nombre más adecuado para el bebé... y se echó a reír.

La Reina bebió un trago de vino y lo miró con atención. Ser Balman había sido buen justador, además de uno de los caballeros más atractivos de los Siete Reinos. Todavía podía alardear de su bonito bigote; por lo demás, no había envejecido bien. Había perdido buena parte del pelo rubio ondulado, mientras su barriga avanzaba inexorable contra el jubón. «Como títere deja mucho que desear —reflexionó—. Aun así, me servirá.»

—Tyrion era nombre de rey antes de que llegaran los dragones. El Gnomo lo ha ensuciado, pero tal vez ese niño le devuelva el honor. —«Si es que el bastardo vive lo suficiente»—. Sé que no sois culpables. Lady Tanda es la hermana que nunca tuve, y

vos... —Se le quebró la voz—. P-perdonadme. Vivo atemorizada.

Falyse abrió y cerró la boca, con lo que se incrementó su parecido con un pez.

—¿Cómo? ¿Atemorizada, Alteza?

—No he podido dormir una noche entera desde la muerte de Joffrey. —Cersei llenó las copas de hidromiel—. Amigos míos... Porque sois mis amigos, ¿verdad? ¿Y del rey Tommen?

—Ese muchachito encantador —declaró Ser Balman—. Alteza, el lema de la Casa Stokeworth es Orgullosos de Ser Leales.

—Ojalá hubiera más como vos, mi buen ser. Si he de deciros la verdad, tengo serias dudas sobre Ser Bronn del Aguasnegras.

Marido y mujer intercambiaron una mirada.

—Ese hombre es un insolente, Alteza —dijo Falyse—. Grosero y malhablado.

—No es un verdadero caballero —dijo Ser Balman.

—No. —Cersei le dedicó su sonrisa más deslumbrante—. Vos sí que sabéis de caballerosidad. Recuerdo haberlos visto justar en... ¿Qué torneo fue aquel en el que luchasteis de manera tan sobresaliente, ser?

—¿Aquellos del Valle Oscuro, de hace seis años? —preguntó con una sonrisa modesta—. No, no estabais allí; de lo contrario os habrían coronado reina del amor y la belleza, sin duda. ¿Fue en el torneo de Lannisport, después de la Rebelión de Greyjoy? Allí desmonté a más de un buen caballero...

—A ese me refería. —Adoptó una expresión sombría—. El Gnomo desapareció la noche en que murió mi padre, dejando a dos honrados carceleros tendidos en un charco de sangre. Hay quien dice que ha huido por el mar Angosto, pero yo no estoy segura. El enano es astuto. Puede que esté al acecho, cerca de aquí, planeando más crímenes. Tal vez lo esconde algún amigo.

—¿Bronn? —Ser Balman se acarició el poblado bigote.

—Siempre fue leal al Gnomo. Sólo el Desconocido sabe a cuántos hombres ha enviado al infierno por orden de Tyrion.

—Alteza, si el enano hubiera estado acechando por nuestras tierras, me habría dado cuenta —señaló Ser Balman.

—Mi hermano es pequeño. Tiene un talento natural para acechar. —Cersei hizo que le temblara la mano—. Lo del nombre del niño es poca cosa, pero la insolencia que queda sin castigo alimenta la rebeldía. Y por lo que me dice Qyburn, ese Bronn está reuniendo mercenarios.

—Ahora tiene cuatro caballeros en su casa —dijo Falyse.

Ser Balman soltó un bufido.

—Mi querida esposa los sobrevalora, ¡caballeros, dice! Son mercenarios con ínfulas, y entre los cuatro no juntan ni un ápice de caballerosidad.

—Es lo que me temía. Bronn está reuniendo espadas para el enano. Que los Siete

protejan a mi hijito... El Gromo lo matará, igual que mató a su hermano. —Dejó escapar un sollozo—. Amigos míos, pongo mi honor en vuestras manos. Pero ¿qué es el honor de una reina comparado con las lágrimas de una madre?

—Hablad con libertad, Alteza —le aseguró Ser Balman—. Nada saldrá de esta habitación.

Cersei extendió el brazo y le apretó la mano.

—Pues... Dormiría mucho más tranquila por las noches si me enterase de que Ser Bronn ha sufrido un... Un desdichado accidente... Tal vez mientras cazaba.

Ser Balman meditó un instante.

—¿Un accidente mortal?

«No, imbécil, quiero que le rompas el meñique del pie. —Tuvo que morderse el labio—. Mis enemigos están por todas partes y mis amigos son idiotas.»

—Os lo suplico, ser —susurró—, no me hagáis decirlo...

—Comprendo. —Ser Balman alzó un dedo.

«Una bellota lo habría cogido más deprisa.»

—Sois un verdadero caballero, ser. La respuesta a las oraciones de una madre asustada. —Cersei le dio un beso—. Hacedlo pronto, por favor. Ahora mismo, Bronn sólo tiene cuatro hombres, pero reunirá más si no intervenimos. —Besó también a Falyse—. No olvidaré esto, amigos míos. Mis verdaderos amigos de Stokeworth. Orgullosos de Ser Leales. Tenéis mi palabra: cuando acabe esto le buscaremos un marido mejor a Lollys. —«Tal vez un Kettleblack»—. Un Lannister siempre paga sus deudas.

El resto fue todo hidromiel y remolachas con mantequilla, pan recién horneado, lucio rebozado con especias y costillas de jabalí. Cersei se había aficionado mucho al jabalí desde la muerte de Robert. Ni siquiera le molestó la compañía, aunque Falyse sonreía como una imbécil y Balman rebañó todos los platos, de la sopa al postre. Hasta pasada la medianoche no consiguió librarse de ellos. Ser Balman sugirió que pidieran otra frasca, y a la Reina no le pareció prudente negarse.

«Con lo que me han costado en hidromiel, podría haber contratado a un Hombre sin Rostro para que matara a Bronn», reflexionó cuando por fin se marcharon.

A aquellas horas, su hijo ya estaría profundamente dormido, pero Cersei fue a verlo antes de irse a la cama. Se sorprendió al ver tres gatitos negros acurrucados junto a él.

—¿De dónde han salido? —le preguntó a Ser Meryn Trant ante la puerta del dormitorio real.

—Se los regaló la pequeña reina. Sólo iba a quedarse uno, pero no se decidió: no sabía cuál le gustaba más.

«En fin, es mejor que sacárselos a su madre de la tripa con un puñal.» Los torpes intentos de seducción de Margaery eran tan obvios que daban risa. «Tommen es

demasiado pequeño para los besos, así que le da gatitos.» Cersei habría preferido que no fueran negros. Los gatos negros daban mala suerte, tal como había descubierto la hijita de Rhaegar en aquel mismo castillo. «Habría sido mi hija si el Rey Loco no le hubiera gastado aquella broma cruel a mi padre.» Tuvo que ser la locura lo que llevó a Aerys a rechazar a la hija de Lord Tywin y quedarse con su hijo en su lugar, y además casar a su propio hijo con una débil princesa dorniense de ojos negros y pecho plano.

Pese a los años transcurridos, el recuerdo del rechazo la seguía irritando. Más de una noche había observado al príncipe Rhaegar en la sala, tocando el arpa de cuerdas plateadas con aquellos dedos tan largos y elegantes. ¿Habría hombre más hermoso?

«Pero era más que un hombre. Su sangre era la sangre de la antigua Valyria, la sangre de los dioses y los dragones.» Cuando apenas era una niña, su padre le había prometido que se casaría con Rhaegar. Ella no tendría más de seis o siete años.

—No se lo digas a nadie, pequeña —le dijo con aquella sonrisa secreta que sólo Cersei llegaba a ver—. Guarda silencio hasta que Su Alteza acceda al compromiso. Por ahora será nuestro secreto.

Y así había sido, aunque en cierta ocasión se dibujó a sí misma montada en un dragón, detrás de Rhaegar, con los brazos en torno a su pecho. Cuando Jaime vio el dibujo le dijo que representaba a la reina Alysanne y el rey Jaehaerys.

Tenía diez años cuando por fin vio al príncipe en persona, en el torneo que ofreció su señor padre para darle la bienvenida al Oeste al rey Aerys. Se habían erigido gradas para los espectadores ante los muros de Lannisport, y las aclamaciones de sus habitantes retumbaban como un trueno en Roca Casterly.

«Aplaudieron a mi padre el doble que al Rey —recordó la Reina—, pero sólo la mitad de lo que aplaudieron al príncipe Rhaegar.»

A sus diecisiete años, recién armado caballero, Rhaegar Targaryen lucía una coraza negra por encima de la cota de malla dorada cuando entró en las lizas. Largos gallardetes de seda roja, dorada y anaranjada colgaban de su yelmo y ondeaban como llamas. Dos tíos de Cersei cayeron ante su lanza, al igual que una docena de los mejores justadores de su padre, la flor y nata del Oeste. De noche, el príncipe tocaba su arpa plateada y la hacía llorar. Cuando se lo presentaron, Cersei estuvo a punto de ahogarse en la profundidad de sus tristes ojos color violeta.

«Le han hecho daño —recordó haber pensado—, pero cuando estemos casados, yo aliviaré su dolor. —Comparado con Rhaegar, hasta el apuesto Jaime parecía un crío inexperto—. El príncipe va a ser mi esposo —había pensado, ebria de emoción—, y cuando muera el viejo rey, yo seré la reina.» Su tía se lo había dicho antes del torneo.

—Tienes que estar más bonita que nunca —le dijo Lady Genna al tiempo que le colocaba bien el vestido—, porque en el último banquete se anunciará tu compromiso

con el príncipe Rhaegar.

¡Qué feliz había sido aquel día! De lo contrario no se habría atrevido a visitar la carpa de Maggy *la Rana*. Sólo lo hizo para demostrarles a Jeyne y a Melara que las leonas no tenían miedo de nada.

«Iba a ser reina. ¿Qué podía temer una reina de una vieja repulsiva?» El recuerdo de la profecía todavía le erizaba el vello, y eso que había transcurrido toda una vida. «Jeyne salió de la carpa corriendo y llorando —recordó—, pero Melara se quedó, y yo también. Le dejamos probar nuestra sangre y nos reímos de sus tontas profecías. Nada de lo que decía tenía sentido.» Dijera lo que dijera la vieja, ella iba a ser la esposa del príncipe Rhaegar. Su padre se lo había prometido, y la palabra de Tywin Lannister valía tanto como el oro.

Sus risas murieron al final del torneo. No hubo banquete final, ni brindis para celebrar su compromiso con el príncipe Rhaegar; sólo silencios fríos y miradas gélidas entre el Rey y su padre. Más tarde, cuando Aerys y su hijo partieron con todos sus galantes caballeros hacia Desembarco del Rey, la niña acudió a su tía deshecha en lágrimas, sin entender nada.

—Vuestro padre propuso el enlace —le dijo Lady Genna—, pero Aerys se negó: «Eres mi mejor sirviente, Tywin, pero nadie casa a su heredero con la hija de su sirviente», le dijo el Rey. Sécate esas lágrimas, pequeña. ¿Alguna vez has visto llorar a un león? Tu padre te buscará otro hombre, y será mejor que Rhaegar.

Pero su tía le mintió, y su padre le había fallado, igual que Jaime le fallaba entonces.

«Mi padre no me buscó un hombre mejor. Me entregó a Robert, y la maldición de Maggy desplegó sus pétalos como una flor envenenada. —Si se hubiera casado con Rhaegar, como era intención de los dioses, él ni siquiera se habría fijado en la loba—. De lo contrario, hoy Rhaegar sería nuestro rey, y yo, su reina, la madre de sus hijos.»

Nunca había perdonado a Robert por matarlo.

Porque, por supuesto, a los leones no se les daba bien perdonar. Como descubriría muy pronto Ser Bronn del Aguasnegras.

BRIENNE (5)

Hyle Hunt se había empeñado en que se llevaran las cabezas.

—Tarly querrá ponerlas en las murallas —dijo.

—No tenemos brea —señaló Brienne—. La carne se va a pudrir. Dejadlas ahí.

No quería recorrer la penumbra verdosa de los pinares con la cabeza de los hombres a los que había matado.

Hunt no le hizo caso. Él mismo les cortó el cuello a los cadáveres, ató juntas las tres cabezas, por el pelo, y se las colgó de la silla de montar. A Brienne no le quedó más remedio que hacer que no las veía, pero a veces, sobre todo por las noches, sentía sus ojos muertos clavados en la espalda, y en cierta ocasión soñó que hablaban en susurros.

Punta Zarpa Rota le resultó terriblemente fría y húmeda mientras desandaban el camino. Algunos días llovía; otros amenazaba con llover. Nunca lograban entrar en calor, y cuando montaban campamento les costaba encontrar suficiente leña seca para encender una hoguera.

Cuando llegaron a las puertas de Poza de la Doncella los seguía un ejército de moscas, un cuervo se había comido los ojos de Shagwell, y Pyg y Timeon estaban llenos de gusanos. Hacía mucho que Brienne y Podrick habían decidido cabalgar cien pasos por delante de Hunt para evitar el olor a podrido. Ser Hyle decía que, a aquellas alturas, ya había perdido el sentido del olfato.

—Enterradlas —le decía Brienne cada vez que acampaban para pasar la noche, pero Hunt era de lo más testarudo.

«Seguro que le dice a Lord Randyll que él mismo los mató a los tres.»

Pero no tuvo más remedio que reconocer que se había equivocado al juzgarlo.

—El escudero tartamudo tiró una piedra —informó cuando lo llevaron, junto con Brienne, a presencia de Tarly, en el patio del castillo de Mooton. Antes habían entregado las cabezas a un sargento de la guardia, que recibió orden de limpiarlas, untarlas de brea y clavarlas encima de la puerta—. La moza de la espada se encargó del resto.

—¿De los tres? —Lord Randyll parecía incrédulo.

—Por su manera de luchar, podría haber matado a tres más.

—¿Encontrasteis a la pequeña Stark? —exigió saber Tarly.

—No, mi señor.

—Pero matasteis unas cuantas ratas. ¿Os divertisteis?

—No, mi señor.

—Lástima. En fin, ya habéis catado la sangre; ya habéis demostrado lo que fuera que quisierais demostrar. Ya va siendo hora de que os quitéis esa cota de malla y volváis a vestir prendas apropiadas. En el puerto hay varios barcos. Uno de ellos se

dirige a Tarth; quiero que subáis a bordo.

—Gracias, mi señor, pero no.

La expresión de Lord Tarly daba a entender que lo que más le gustaría en el mundo sería ver su cabeza en una pica sobre las puertas de Poza de la Doncella, haciendo compañía a las de Timeon, Pyg y Shagwell.

—¿Pretendéis seguir adelante con esta locura?

—Pretendo encontrar a Lady Sansa.

—Si a mi señor no le importa —intervino Ser Hyle—, yo la he visto luchar contra los Titiriteros. Es más fuerte que la mayoría de los hombres, y rápida...

—La espada es rápida —replicó Tarly—. El acero valyrio siempre lo es. ¿Más fuerte que la mayoría de los hombres? Sí. Es un engendro de la naturaleza, no seré yo quien lo niegue.

«La gente como él no me apreciará nunca —pensó Brienne—, haga lo que haga.»

—Puede que Sandor Clegane sepa algo de la niña, mi señor. Si pudiera encontrarlo...

—Clegane se ha unido a los bandidos. Por lo visto, ahora cabalga con Beric Dondarrion. O no; las versiones varían. Mostradme el lugar donde se esconden y de buena gana les rajaré la barriga, les sacaré las entrañas y las quemaré. Hemos ahorcado a docenas de bandidos, pero los jefes nos siguen esquivando. Clegane, Dondarrion, el sacerdote rojo, y ahora esa mujer, Corazón de Piedra... ¿Cómo os proponéis dar con ellos, si yo no lo he logrado?

—Mi señor, voy a... —No tenía respuesta a aquello—. Lo único que puedo hacer es intentarlo.

—Pues adelante. Contáis con esa carta; no necesitáis mi permiso, pero os lo concedo de todos modos. Si tenéis suerte, el único fruto de todas vuestras molestias serán magulladuras de tanto cabalgar. Si no, puede que Clegane os deje vivir después de que su manada y él terminen de violaros. Entonces podréis volver a rastras a Tarth con un bastardo de perro en la barriga.

Brienne hizo caso omiso del comentario.

—Si mi señor me lo puede decir, ¿cuántos hombres cabalgan con el Perro?

—Seis, sesenta o seiscientos. Por lo visto, depende de a quién preguntemos.

Era obvio que Randyll Tarly daba por concluida la conversación. Hizo ademán de volverse.

—Si mi escudero y yo pudiéramos rogaros hospitalidad hasta...

—Rogad cuantos queráis; no toleraré vuestra presencia bajo mi techo.

Ser Hyle Hunt dio un paso al frente.

—Con la venia de mi señor, tenía entendido que este seguía siendo el techo de Lord Mooton.

Tarly le lanzó al caballero una mirada envenenada.

—Mooton tiene el valor de un gusano. No me habléis de él. En cuanto a vos, mi señora, dicen que vuestro padre es buena persona. Si es así, lo compadezco. Algunos hombres reciben la bendición de tener hijos; otros, de tener hijas. Nadie merece una maldición como vos. Vivid o morid, Lady Brienne, pero no volváis a Poza de la Doncella mientras yo gobierne aquí.

«Las palabras se las lleva el aire —se dijo Brienne—. No me pueden hacer daño. Que me pasen por encima.»

—Como ordenéis, mi señor —trató de decir, pero antes de que le salieran las palabras, Tarly ya se había marchado. Salió del patio como si caminara en sueños, sin saber adónde iba.

Ser Hyle le dio alcance.

—Hay posadas. —Ella sacudió la cabeza. No quería hablar con Hyle Hunt—. ¿Os acordáis del Ganso Hediondo?

Su capa aún conservaba el olor de aquel lugar.

—¿Por qué?

—Reuníos conmigo allí a mediodía. Mi primo Alyn fue uno de los que buscaron al Perro. Hablaré con él.

—¿Por qué ibais a hacerlo?

—¿Por qué no? Si tenéis éxito allí donde Alyn ha fracasado, me estaré riendo de él durante años.

Ser Hyle estaba en lo cierto: aún quedaban posadas en Poza de la Doncella. Pero algunas habían sido incendiadas en uno u otro saqueo; aún tenían que reconstruirlas, y las que quedaban estaban abarrotadas de soldados del ejército de Lord Tarly. Podrick y ella las visitaron todas aquella tarde, pero en ninguna quedaban camas.

—¿Ser? ¿Mi señora? —empezó Podrick cuando ya se ponía el sol—. Hay barcos. En los barcos hay camas. Hamacas. O catres.

Los hombres de Lord Randyll pululaban por los muelles, como los gusanos por las cabezas de los tres Titiriteros Sangrientos, pero su sargento conocía de vista a Brienne y la dejó pasar. Los pescadores de la zona ya estaban amarrando y pregonaban las capturas del día, aunque a ella le interesaban los barcos más grandes, los que surcaban las aguas tormentosas del mar Angosto. En el puerto había media docena, pero una de ellas, una galera que tenía por nombre *Hija del Titán*, estaba levando anclas para zarpar con la marea vespertina. Podrick Payne y ella hicieron una ronda por los barcos que quedaban. El contramaestre de la *Chica de Puerto Gaviota* tomó a Brienne por una prostituta y les dijo que su barco no era ningún burdel, y un arponero del ballenero ibbenés le ofreció dinero a cambio del muchacho, pero en otros tuvieron mejor suerte. Compró una naranja para Podrick en la *Caminante de los Mares*, una coca recién llegada de Antigua que había hecho escala en Tyrosh, Pentos y el Valle Oscuro.

—De aquí vamos a Puerto Gaviota —le dijo su capitán—, y después rodearemos los Dedos hasta Islahermana y Puerto Blanco, si las tormentas lo permiten. Es un barco limpio; la *Caminante* no tiene tantas ratas como la mayoría, y llevamos a bordo huevos frescos y mantequilla recién hecha. ¿Mi señora busca pasaje hacia el norte?

—No. —«Todavía no.» Se sentía tentada, pero...

Cuando se dirigían al siguiente atracadero, Podrick arrastró un pie por el suelo.

—¿Ser? —dijo—. ¿Mi señora? ¿Y si mi señora se fue a casa? O sea, mi otra señora, ser. Lady Sansa.

—Su casa ha ardido.

—Aun así. Allí están sus dioses. Y los dioses no mueren.

«Los dioses no mueren, pero las niñas sí.»

—Timeon era un asesino cruel, pero no creo que mintiera sobre el Perro. No podemos ir al norte hasta que estemos seguros. Ya habrá otros barcos.

Encontraron refugio para aquella noche en el extremo más oriental del puerto, a bordo de una galera mercante llamada *Dama de Myr*. Estaba muy escorada, y había perdido el mástil y la mitad de su tripulación en una tormenta, pero el maestre no tenía monedas suficientes para repararla, de modo que le alegró aceptar unas cuantas de Brienne a cambio de un camarote vacío que compartiría con Pod.

La noche no fue tranquila: Brienne se despertó tres veces, la primera cuando empezó la lluvia, y luego cuando oyó un crujido y pensó que Dick *el Ágil* se acercaba para matarla. La segunda vez se levantó con el cuchillo en la mano, pero no pasaba nada. En la oscuridad del diminuto camarote, tardó un momento en recordar que Dick *el Ágil* estaba muerto. Cuando por fin volvió a dormirse, soñó con los hombres a los que había matado. Bailaban a su alrededor, se burlaban de ella, la pellizcaban mientras ella les lanzaba golpes con la espada... Los redujo a jirones ensangrentados, pero seguían bailoteando a su alrededor... Shagwell, Timeon y Pyg, sí, pero también Randyll Tarly, Vargo Hoat y Ronnet Connington, *el Rojo*. Ronnet llevaba una rosa entre los dedos. Cuando se la tendió, ella le cortó la mano.

Se despertó sudorosa, y se pasó el resto de la noche acurrucada bajo la capa, mientras oía caer la lluvia contra la cubierta que le servía de techo. Fue una noche extraña. De cuando en cuando le llegaba el sonido del trueno lejano, y pensaba en el barco braavosi que había zarpado la tarde anterior.

A la mañana siguiente fue otra vez al Ganso Hediondo, despertó a su desaseada propietaria y le dio unas monedas a cambio de unas salchichas grasientas, un poco de pan frito, media copa de vino, una frasca de agua hervida y dos vasos limpios. Mientras ponía el agua a hervir, la mujer miró a Brienne con los ojos entrecerrados.

—Sois la grandullona que se marchó con Dick *el Ágil*, ya me acuerdo. ¿Os estafó?

—No.

—¿Os violó?

—No.

—¿Os robó el caballo?

—No. Lo mataron unos bandidos.

—¿Bandidos? —La mujer le pareció más intrigada que triste—. Siempre pensé que Dick acabaría ahorcado, o que lo mandarían al Muro.

Se comieron el pan frito y la mitad de las salchichas. Podrick Payne regó su ración con agua mezclada con un poco de vino, mientras que Brienne bebía una copa de vino aguado y se preguntaba qué hacía allí. Hyle Hunt no era un verdadero caballero. Su rostro sincero no era más que una máscara.

«No necesito su ayuda, no necesito su protección y, desde luego, no lo necesito a él. Seguro que ni siquiera viene. Cuando me dijo que me reuniera aquí con él, se estaba burlando de mí otra vez.»

Ya se disponía a levantarse para salir cuando llegó Ser Hyle.

—Buenos días. Mi señora, Podrick... —Echó un vistazo a los vasos, a los platos y a las salchichas que se enfriaban en un charco de grasa—. Dioses, espero que no hayáis comido lo que sirven aquí —dijo.

—Lo que comamos no es asunto vuestro —replicó Brienne—. ¿Habéis hablado con vuestro primo? ¿Qué os ha dicho?

—Sandor Clegane fue visto por última vez en Salinas, el día del ataque. Después se fue a caballo hacia el oeste, por el Tridente.

—El Tridente es un río muy largo. —Frunció el ceño.

—Sí, pero no creo que nuestro perro se haya alejado mucho de la desembocadura. Creo que Poniente ha perdido todo su encanto para él. En Salinas, estaba buscando un barco. —Ser Hyle se sacó de la bota un rollo de piel de oveja, apartó las salchichas a un lado y lo estiró en la mesa. Era un mapa—. El Perro mató a tres hombres de su hermano en una vieja posada de la encrucijada, aquí. Luego encabezó el ataque a Salinas, aquí. —Dio unos toquecitos en Salinas con un dedo—. Puede que esté acorralado. Los Frey se encuentran aquí arriba, en Los Gemelos, y Darry y Harrenhal, al sur, al otro lado del Tridente; al oeste tenemos a los Blackwood y a los Bracken enfrentados, y Lord Randyll está aquí, en Poza de la Doncella. Aunque pudiera cruzar entre los clanes de las montañas, la nieve ha cerrado el camino alto hacia el Valle —Adónde podría ir un perro?

—Si está con Dondarrion...

—No. Alyn está seguro de eso. Los hombres de Dondarrion también andan buscándolo. Han corrido la voz de que piensan ahorcarlo por lo que hizo en Salinas. No tomaron parte en aquello, pero Lord Randyll quiere que la gente lo crea, para que se vuelva contra Beric y su Hermandad. Mientras el pueblo proteja al señor del relámpago, no podrá atraparlo. Y luego está la otra banda, la que encabeza la mujer,

Corazón de Piedra... Se dice que es la amante de Lord Beric, que los Frey la ahorcaron, pero Dondarrion la besó y le devolvió la vida, y ahora es inmortal, igual que él.

Brienne estudió el mapa. Si Clegane había sido visto por última vez en Salinas, allí era donde habría que buscar su rastro.

—Por lo que dice Alyn, en Salinas no queda nadie, sólo un caballero anciano en su castillo.

—Pero por allí hay que empezar.

—Hay un hombre —dijo Ser Hyle—. Un septón. Llegó un día antes que vos. Se llama Meribald; nació y creció junto al río, donde ha servido toda su vida. Partirá mañana para hacer su ruta, y siempre pasa por Salinas. Deberíamos ir con él.

Brienne alzó la vista bruscamente.

—¿Deberíamos?

—Os acompañó.

—Eso, ni pensarlo.

—Bueno, voy a ir a Salinas con el septón Meribald. Podrick y vos podéis ir adonde os dé la gana.

—¿Os ha ordenado Lord Randyll que me sigáis otra vez?

—Me ha ordenado que me aleje de vos. Lord Randyll opina que os sentaría bien una buena violación.

—Entonces, ¿por qué queréis acompañarme?

—La alternativa era volver a montar guardia en la puerta.

—Si vuestro señor os ha ordenado...

—Ya no es mi señor.

—¿No estáis a su servicio? —preguntó sorprendida.

—Su señoría me ha informado de que ya no necesita mi espada ni mi insolencia. Vienen a ser lo mismo. Por tanto, me propongo disfrutar de la vida aventurera de un caballero errante... Aunque supongo que, si encontramos a Sansa Stark, habrá una buena recompensa.

«Sólo le interesan el oro y las tierras.»

—Mi intención es salvar a la niña, no venderla. He hecho un juramento.

—Yo, en cambio, no.

—Por eso no vais a acompañarme.

Se pusieron en marcha a la mañana siguiente, cuando salió el sol.

Formaban una comitiva extraña: Ser Hyle a lomos de un corcel alazán y Brienne en su alta yegua gris; Podrick Payne en su penco de lomo hundido, y el septón Meribald a pie, con una pica en la mano, tirando de las riendas de un asno pequeño y seguido por un perro grande. El asno iba tan cargado que Brienne casi temía que se le partiera el espinazo de un momento a otro.

—Comida para los pobres y los hambrientos de los ríos —les había dicho el septón Meribald a las puertas de Poza de la Doncella—. Semillas, nueces, fruta seca, copos de avena, harina, pan de centeno, tres quesos amarillos de la posada que hay junto a la puerta del Bufón, bacalao salado para mí y carnero salado para el perro... Ah, y sal. Cebollas, zanahorias, nabos, dos sacos de alubias, cuatro de cebada y nueve de naranjas. Reconozco que tengo debilidad por las naranjas. Las he conseguido de un marinero, y me temo que serán las últimas que vea hasta la primavera.

Meribald era un septón sin septo, situado sólo un poco por encima de los hermanos mendicantes en la jerarquía de la Fe. Había cientos como él, hombres harapientos cuya humilde misión consistía en ir de aldea en aldea para oficiar misas, celebrar bodas y perdonar pecados. Se suponía que quienes recibían su visita tenían que proporcionarle alimento y cobijo, pero casi todos eran tan pobres como él, de modo que Meribald no podía quedarse demasiado tiempo en el mismo lugar sin poner en un aprieto a sus anfitriones. En ocasiones, algún posadero bondadoso le permitía pernoctar en las cocinas o en los establos, y había septrios, refugios y hasta algunos castillos donde sabía que era bien recibido. Si no tenía cerca ningún lugar de aquellos, dormía bajo los árboles o entre las matas.

—Hay matas excelentes en las zonas con ríos —dijo Meribald—. Los mejores son los viejos. Nada se puede comparar con un matojo de cien años. Dentro se duerme tan abrigado como en una posada, y con menos pulgas.

El septón no sabía leer ni escribir, según les confesó alegremente por el camino, pero se sabía un centenar de oraciones y podía recitar de memoria pasajes enteros de *La estrella de siete puntas*, que era lo único que hacía falta en las aldeas. Tenía el rostro curtido por la intemperie, una espesa mata de pelo canoso, y arrugas en la comisura de los ojos. Aunque era alto, de casi nueve palmos, siempre iba encorvado, por lo que parecía mucho más bajo. Tenía las manos grandes y encallecidas, con los nudillos rojizos y las uñas sucias, y también los pies más grandes que Brienne hubiera visto nunca: descalzos, negros y duros como el hueso.

—Hace veinte años que no llevo zapatos —le explicó—. El primer año tenía más ampollas que dedos; sangraba como un cerdo por las plantas de los pies cada vez que tropezaba con una piedra, pero recé al Zapatero Celestial y me dejó la piel dura como el cuero.

—No hay ningún zapatero —protestó Podrick.

—Claro que sí, chico, aunque puede que tú lo llames de otra manera. Dime, ¿a cuál de los siete dioses reverencias más?

—Al Guerrero —dijo Podrick sin titubear ni un momento.

—En el Castillo del Atardecer, el septón de mi padre decía que sólo había un dios —dijo Brienne tras carraspear.

—Un dios con siete aspectos. Así es, mi señora, y tenéis razón, pero el misterio

de los siete que son uno es difícil de entender para la gente sencilla, y yo soy sencillo, así que hablo de siete dioses. —Meribald se volvió hacia Podrick—. Nunca he conocido a un muchacho que no adorase al Guerrero. Pero yo soy viejo, y por eso adoro al Herrero. Sin su labor, ¿qué podría defender el Guerrero? Hay un herrero en cada ciudad, en cada castillo. Hacen arados para sembrar nuestras cosechas, clavos para construir nuestros barcos, herraduras para los cascos de nuestros fieles caballos, hermosas espadas para nuestros señores... Nadie duda de la valía del herrero, así que ponemos su nombre a uno de los Siete, pero también lo podríamos haber llamado Granjero, Pescador, Carpintero o Zapatero. No importa en qué trabaje; lo que importa es que trabaja. El Padre gobierna, el Guerrero lucha, el Herrero trabaja, y juntos hacen todo lo que está bien para el hombre. El Herrero sólo es un aspecto de la divinidad, y de la misma manera, el Zapatero es un aspecto del Herrero. Fue Él quien escuchó mi plegaria y me curó los pies.

—Los dioses son bondadosos —intervino Ser Hyle en tono seco—, pero ¿para qué molestarlos? ¿No habría sido mejor que os pusierais zapatos?

—Ir descalzo es mi penitencia. Hasta los santos septones pueden pecar, y pocas carnes ha habido más débiles que la mía. Era joven, lleno de vigor, y a las muchachas... Un septón les puede parecer tan galante como un príncipe si no conocen a otro hombre que haya estado a más de dos mil pasos de su aldea. Les recitaba trozos de *La estrella de siete puntas*. Lo que mejor me funcionaba era el *Libro de la Doncella*. Fui un hombre taimado, sí, antes de deshacerme de los zapatos. Me avergüenzo al pensar en todas las doncellas que he desflorado.

Brienne cambió de postura en la silla, incómoda, recordando el campamento situado ante las murallas de Altojardín y la apuesta que habían hecho Ser Hyle y los demás para ver quién era el primero en llevársela a la cama.

—Estamos buscando a una doncella —le confió Podrick Payne—. Es una niña noble, de trece años, con el pelo castaño rojizo.

—Creía que buscabais bandidos.

—También —dijo Podrick.

—Por lo general, los viajeros prefieren evitar a esa gente —señaló el septón Meribald—; vos, en cambio, los buscáis.

—Sólo nos interesa uno —dijo Brienne—. El Perro.

—Eso me ha dicho Ser Hyle. Que los Siete os amparen, chiquilla. Se dice que deja a su paso un rastro de niños asesinados y doncellas ultrajadas. He oído que lo llaman el Perro Rabioso de Salinas. ¿Qué puede querer una persona honrada de semejante criatura?

—Quizá la doncella de la que os ha hablado Podrick viaje con él.

—¿De verdad? En tal caso será mejor rezar por la pobre niña.

«Y por mí —pensó Brienne—, rezad también por mí. Pedidle a la Vieja que alcé

su lámpara y me guíe hasta Lady Sansa, y al Guerrero, que dé fuerza a mi brazo para que la pueda defender.»

Pero no se atrevió a decirlo allí, delante de Hyle Hunt, que se burlaría de su debilidad femenina.

Como el septón Meribald iba a pie, y su asno, tan cargado, aquel día avanzaron poco. No tomaron el camino principal del oeste, el que había recorrido Brienne con Ser Jaime cuando llegaron a Poza de la Doncella y se encontraron la ciudad saqueada y llena de cadáveres. Se dirigieron hacia el noroeste siguiendo la costa de la bahía de los Cangrejos por un sendero serpenteante, tan estrecho que ni siquiera aparecía en los preciados mapas de piel de cordero de Ser Hyle. A aquel lado de Poza de la Doncella no había colinas empinadas, cenagales negros ni pinares, como en Punta Zarpa Rota. Las tierras que atravesaron eran llanas y húmedas; un erial de dunas arenosas y salinas, bajo la vasta bóveda azul del cielo. El camino desaparecía a menudo entre los juncos y los charcos que dejaban las mareas, para reaparecer media legua más adelante; Brienne sabía que de no ser por Meribald se habrían extraviado sin remedio. El suelo de algunos tramos era muy blando, de manera que el septón abría la marcha con su pica para asegurarse de que pisaban tierra firme. No vieron ni rastro de árboles en muchas leguas; sólo mar, cielo y arena.

No había lugar más diferente de Tarth, con sus cascadas, sus montañas, sus prados y sus valles umbríos, pero Brienne pensaba que aquello también era hermoso a su manera. Cruzaron una docena de arroyos de aguas tranquilas llenos de ranas y grillos; vieron volar a los charranes por encima de la bahía; oyeron el canto de los andarríos entre las dunas. En cierta ocasión se les cruzó un zorro, con lo que el perro de Meribald ladró enloquecido.

Aquella tierra estaba habitada. Había hombres que vivían entre los juncos, en casas de cañas y barro, mientras que otros pescaban en la bahía con botes de cuero y mimbre, y alzaban sus casas sobre pilares de madera, en las dunas. Lo más habitual era que vivieran solos, fuera de la vista de cualquier vivienda que no fuera la suya. La mayoría parecía tímida, pero cerca del mediodía, el perro empezó a ladrar otra vez, y tres mujeres salieron de entre los juncos para darle a Meribald una cesta de almejas. Él les entregó a cambio una naranja a cada una, aunque allí, las almejas eran tan comunes como el barro, y las naranjas escaseaban y eran muypreciadas. Una de las mujeres era muy vieja; otra estaba en avanzado estado de gestación, y la tercera era una niña tan fresca y hermosa como una flor en primavera. Meribald se apartó con ellas para escuchar sus pecados, y Ser Hyle dejó escapar una risita.

—Vaya, los dioses caminan con nosotros. Al menos, la Doncella, la Madre y la Vieja.

Podrick puso tal cara de asombro que Brienne tuvo que explicarle que no, que sólo eran tres mujeres de las marismas.

Más tarde, cuando reanudaron la marcha, se volvió hacia el septón.

—Esta gente vive a menos de un día de viaje de Poza de la Doncella —dijo—, y aun así, la guerra no la ha tocado.

—No hay mucho que tocar, mi señora. Sus tesoros son conchas, piedras y botes de cuero; sus mejores armas, cuchillos de hierro oxidado. Nacen, viven, aman, mueren y saben que Lord Mooton gobierna sus tierras, pero pocos lo han visto, y para ellos, Aguasdulces y Desembarco del Rey no son más que nombres.

—Pero aun así, conocen a los dioses —señaló Brienne—. Supongo que es obra vuestra. ¿Cuánto tiempo lleváis recorriendo las tierras de los ríos?

—Pronto hará cuarenta años —dijo el septón, y su perro lanzó un ladrido—. De Poza de la Doncella a Poza de la Doncella, el circuito me lleva medio año, a veces más, pero no presumiré de conocer el Tridente. Sólo veo de lejos los castillos de los grandes señores, pero visito los mercados, los torreones, las aldeas tan pequeñas que no tienen ni nombre, los matorrales, las colinas, los riachuelos que calman la sed y las cavernas donde se puede refugiar un hombre. Y los caminos que usa el pueblo, los senderos serpenteantes y embarrados que no aparecen en los mapas de pergamo, también los conozco. —Soltó una risita—. Vaya si los conozco. Mis pies han recorrido diez veces hasta el último palmo.

«Los senderos accesorios son los que utilizan los bandidos, y los proscritos podrían esconderse en las cuevas.» Un ramalazo de desconfianza hizo que Brienne se preguntara hasta qué punto conocía Ser Hyle a aquel hombre.

—Debe de ser una vida muy solitaria, septón.

—Los Siete están conmigo en todo momento —respondió Meribald—, y tengo a mi leal sirviente, y al perro.

—¿Vuestro perro tiene nombre? —preguntó Podrick Payne.

—Claro —respondió Meribald—. Pero no es mi perro. Ni hablar.

El animal ladró y meneó la cola. Era grande y peludo; pesaría más de veinte arrobas, pero era cariñoso.

—¿De quién es? —preguntó Podrick.

—Suyo, claro, y de los Siete. En cuanto a su nombre, pues no me lo ha dicho. Así que lo llamo *perro*.

—Ah. —Era obvio que Podrick no sabía cómo enfrentarse a un perro sin nombre. Se pasó un rato cavilando—. Cuando era pequeño tenía un perro. Se llamaba *Héroe*.

—¿Lo era?

—¿Si era qué?

—Un héroe.

—No. Pero era un buen perro. Murió.

—El perro me cuida en los caminos, incluso en estos tiempos tan difíciles. Si lo llevo a mi lado, no hay lobo ni bandido que se atreva a molestarme. —El septón

frunció el ceño—. Últimamente, los lobos se han vuelto tremendos. Hay lugares donde, si se viaja solo, más vale dormir entre las ramas de un árbol. En todos los años que llevaba haciendo este recorrido no había visto una manada de más de doce lobos, pero la que ronda ahora por el Tridente es de centenares.

—¿Los habéis visto? —preguntó Ser Hyle.

—Por suerte, no, loados sean los Siete, pero más de una vez los he oído por la noche. Son tantos aullidos... Es un ruido que hiela la sangre en las venas. Hasta el propio perro tiembla, y eso que ha matado a una docena de lobos. —Le rascó la cabeza al animal—. Hay quien dice que son demonios, que la jefa de la manada es una loba monstruosa, una sombra acechante, gris, gigantesca. Se dice que derribó un uro ella sola, que no hay trampa ni red capaz de detenerla, que no tiene miedo del acero ni del fuego, que mata a todo lobo que intente montarla y no come nada más que carne humana.

—Buena la habéis hecho, septón. —Ser Hyle se echó a reír—. Al pobre Podrick se le han puesto los ojos como huevos cocidos.

—Qué va —replicó Podrick, indignado. El perro ladró.

Aquella noche, acamparon en las dunas frías. Brienne envió a Podrick a la orilla a recoger la leña que hubiera arrastrado el mar, para encender una hoguera, pero el muchacho volvió con las manos vacías y cubierto de barro hasta las rodillas.

—La marea está baja, ser. Mi señora. No hay agua, sólo cenagales.

—No te acerques a la ciénaga, chico —le aconsejó el septón Meribald—. No le gustan los desconocidos. Si te metes donde no debes, se abre y te engulle.

—Sólo es barro —replicó Podrick.

—Hasta que te llene la boca y se te meta por la nariz. Entonces es muerte. —Sonrió para quitar filo a sus palabras—. Límpiate ese lodo y toma un gajo de naranja, muchacho.

El día siguiente fue igual. Desayunaron bacalao salado y más naranja, y se pusieron en marcha antes de que amaneciera del todo, con el cielo rosado a sus espaldas y violeta ante ellos. El perro abría la marcha; olisqueaba los juncos y, de cuando en cuando, se detenía para orinar en ellos; parecía conocer el camino tan bien como Meribald. El canto de los charranes hacía vibrar el aire de la mañana mientras subía la marea.

Cerca del mediodía se detuvieron en una aldea diminuta, la primera que cruzaban, donde había ocho casas asentadas sobre pilares junto a un pequeño arroyo. Los hombres estaban fuera, pescando en sus botes de mimbre y cuero, pero las mujeres y los niños bajaron por las escalas de cuerda y se reunieron en torno al septón Meribald para rezar. Después del oficio, el septón los absolió de sus pecados y les dejó unos cuantos nabos, un saco de judías y dos de sus preciosas naranjas.

—Esta noche deberíamos montar guardia, amigos —les dijo cuando

reemprendieron el camino—. Los aldeanos dicen que han visto a tres hombres quebrados acechando entre las dunas, al oeste de la vieja atalaya.

—¿Sólo tres? —Ser Hyle sonrió—. Tres son pan comido para nuestra espadachina. No se atreverán con hombres armados.

—A menos que se estén muriendo de hambre —señaló el septón—. En estas marismas hay comida, pero sólo para quienes saben buscarla, y esos tres hombres son forasteros, supervivientes de alguna batalla. Si se acercan a nosotros, os ruego que me los dejéis a mí, ser.

—¿Qué vais a hacer con ellos?

—Darles comida. Pedirles que confiesen sus pecados, para que pueda perdonárselos. Invitarlos a venir con nosotros a la Isla Tranquila.

—Eso es tanto como invitarlos a que nos degüellen mientras dormimos —replicó Hyle Hunt—. Lord Randyll tiene mejores maneras de tratar con los hombres quebrados: el acero y la soga.

—¿Ser? ¿Mi señora? —intervino Podrick—. ¿Un hombre quebrado es un bandido?

—Más o menos —respondió Brienne.

El septón Meribald no estaba de acuerdo.

—Más menos que más. Hay muchos tipos de bandidos, igual que hay muchos tipos de pájaros. Tanto el andarríos como el pigargo tienen alas, pero no son lo mismo. A los bardos les gustan las canciones de hombres buenos que se ven forzados a saltarse la ley para combatir a un señor malvado, pero la mayoría de los bandidos se parecen más a ese Perro rabioso que al señor del relámpago. Son hombres malvados, instigados por la codicia, amargados por la vida taimada; desprecian a los dioses y sólo se preocupan por sí mismos. Los hombres quebrados pueden ser igual de peligrosos, pero también son dignos de compasión. Casi todos son gente sencilla, hombres del pueblo que nunca habían estado a más de media legua de la casa en la que nacieron hasta que un día, un señor cualquiera se los llevó a la guerra. Mal vestidos y mal calzados, marchan tras sus estandartes, a veces sin más armas que una guadaña o una hoz, o una maza que se han hecho ellos mismos atando una piedra a un palo con tiras de cuero. Los hermanos marchan con los hermanos; los hijos, con los padres; los amigos, con los amigos. Han oído las canciones y las anécdotas, así que caminan con el corazón anhelante, soñando con las maravillas que verán, con las riquezas y la gloria que conseguirán. La guerra les parece una gran aventura, la mayor que vivirá la mayoría de ellos.

»Luego prueban el combate.

»Algunos se quiebran nada más probarlo. Otros aguantan años, hasta que pierden la cuenta de las batallas en que han intervenido, pero alguien que sobrevive a cien combates puede quebrarse en el ciento uno. Los hermanos ven morir a sus hermanos,

los padres pierden a sus hijos, los amigos ven a sus amigos tratar de volver a meterse las tripas después de que los haya rajado un hacha.

»Ven caer al señor que los llevó allí y, de repente, otro señor les grita que ahora lo sirven a él. Reciben una herida y, cuando todavía la tienen a medio curar, reciben otra. Nunca tienen comida suficiente; el calzado se les cae a pedazos de tanto caminar; la ropa se les desgarra y se les pudre, y la mitad se caga en los calzones porque ha bebido agua que no era potable.

»Si quieren unas botas nuevas, una capa más caliente o, tal vez, un yelmo de hierro oxidado, tienen que quitárselo a un cadáver; no tardan en robar también a los vivos, a los aldeanos en cuyas tierras luchan, a hombres como los que eran antes ellos mismos. Les matan las ovejas y les roban las gallinas, y de ahí a llevarse también a sus hijas sólo hay un paso. Y un día miran a su alrededor y se dan cuenta de que todos sus parientes y amigos han desaparecido, de que luchan al lado de desconocidos y bajo un estandarte que ni siquiera identifican. No saben dónde están ni cómo volver a su hogar; el señor por el que luchan no sabe cómo se llaman, pero ahí está siempre, gritándoles que formen una línea con sus lanzas, sus hoces, sus guadañas, para defender la posición. Y los caballeros caen sobre ellos, hombres sin rostro envueltos en acero, y el retumbar de su ataque parece llenar el mundo...

»Y el hombre se quiebra.

»Da media vuelta y huye, o se arrastra entre los cadáveres de los caídos, o se escabulle en plena noche y busca un lugar donde esconderse. A esas alturas, los hombres quebrados ya ni piensan en volver a casa. Los reyes, los señores y los dioses les importan menos que un trozo de carne medio podrida que les permita vivir un día más, o un pellejo de vino agrio con el que ahogar sus miedos unas horas. Viven de día en día, de comida en comida; son más animales que humanos. Lady Brienne no se equivoca: en estos tiempos que corren, los viajeros deben cuidarse de los hombres quebrados, y temerlos... Pero también deberían compadecerlos.

Cuando Meribald terminó, un silencio denso se hizo en el pequeño grupo. Brienne escuchó el sonido del viento entre un grupo de sauces, y más allá, el canto lejano de una gavia. Oyó también el jadeo del perro, que caminaba, con la lengua colgando, con el septón y su asno. El silencio se prolongó largo rato; fue ella quien lo rompió.

—¿Cuántos años teníais cuando os llevaron a la guerra?

—Pues sería de la edad de vuestro chico, más o menos —respondió Meribald—. Sí, demasiado joven, pero todos mis hermanos partían; no quise quedarme atrás. Willam me dijo que podía ser su escudero, y eso que no era caballero, sólo un pinche armado con un cuchillo de cocina que había robado en la taberna. Murió en los Peldaños de Piedra sin llegar a asentar un golpe. Se lo llevó la fiebre, igual que a mi hermano Robin. A Owen lo mató un golpe de maza que le abrió la cabeza, y a su

amigo Jon *Viruelas* lo ahorcaron por violación.

—¿La guerra de los Reyes Nuevepeniques? —preguntó Hyle Hunt.

—Así la llamaban, aunque no vi ningún rey, ni gané un penique. Pero era una guerra. Era una guerra.

SAMWELL (3)

Sam estaba junto a la ventana, meciéndose nervioso mientras contemplaba como se ocultaba el sol tras una hilera de tejados acabados en punta.

«Seguro que se ha emborrachado otra vez —pensó, sombrío—. O si no, es que ha conocido a otra chica. —No sabía si soltar maldiciones o echarse a llorar. Se suponía que Dareon era su hermano—. A la hora de cantar, nadie lo hace mejor. Pero como se trate de otra cosa...»

La niebla del ocaso empezaba a cubrir la ciudad; las lenguas grisáceas ascendían ya por las paredes de los edificios que bordeaban el antiguo canal.

—Prometí que volvería —dijo Sam—. Tú estabas delante.

Elí alzó los ojos enrojecidos e hinchados. El pelo le colgaba ante el rostro, enmarañado y sucio. Parecía un animal acosado que lo mirase desde detrás de un arbusto. Hacía muchos días que no tenían fuego, pero a la chica salvaje le gustaba acurrucarse al lado de la chimenea, como si las cenizas frías aún emitieran algo de calor.

—No le gusta estar aquí con nosotros —dijo en susurros para no despertar al bebé—. Aquí hay tristeza. Le gustan los sitios donde hay vino y sonrisas.

«Sí —pensó Sam—, y vino hay por todas partes menos aquí. —Braavos estaba plagado de tabernas, cervecerías y burdeles—. ¿Quién puede culpar a Dareon por elegir un buen fuego y una copa de vino especiado en vez de una rebanada de pan duro y la compañía de una mujer que llora, un gordo cobarde y un anciano enfermo? Yo, yo lo culpo. Dijo que volvería antes del crepúsculo; dijo que nos traerían vino y comida.»

Miró por la ventana una vez más, esperando contra toda esperanza ver regresar al bardo con pasos apresurados. La oscuridad envolvía la ciudad secreta, reptaba por los callejones y descendía por los canales. Las buenas gentes de Braavos no tardarían en cerrar los postigos y atrancar las puertas. La noche era para los jaques y las cortesanas.

«Los nuevos amigos de Dareon», pensó Sam con amargura. Últimamente, el bardo no hacía más que hablar de ellos. Estaba tratando de escribir una canción sobre una cortesana, una mujer llamada Sombra de Luna que lo había escuchado cantar junto al estanque de la Luna y lo había recompensado con un beso.

—Tendrías que haberle pedido plata —le había dicho Sam—. Lo que necesitamos son monedas, no besos.

Pero el bardo se limitó a sonreír.

—Hay besos que valen más que el oro, Mortífero.

Aquello también lo enfurecía. El cometido de Dareon no era escribir canciones que hablaran de cortesanas; su misión era cantar las maravillas del Muro y el valor de

la Guardia de la Noche. Jon había albergado la esperanza de que sus canciones persuadieran a algunos jóvenes para que vistieran el negro. Pero sólo cantaba canciones de besos dorados, cabellos de plata y labios rojos, rojos, rojos. Nadie había vestido nunca el negro por unos labios rojos, rojos, rojos.

Y a veces, cuando tocaba, despertaba al bebé. El niño empezaba a berrear; Dareon le gritaba que se callara; Elí se echaba a llorar, y el bardo salía por la puerta y tardaba días en volver.

—Es que tanto lloriqueo me da ganas de abofetearla —se quejaba—. ¡Si casi no se puede dormir con sus sollozos!

«Tú también llorarías si tuvieras un hijo y lo hubieras perdido», estuvo a punto de decirle Sam. No podía culpar a Elí por sentir tanto dolor. A quien culpaba era a Jon Nieve; se preguntaba cuándo se le había vuelto de piedra el corazón. En cierta ocasión, mientras Elí estaba en el canal recogiendo agua para todos, le había hecho esa misma pregunta al maestre Aemon.

—Cuando conseguiste que lo nombraran Lord Comandante —respondió el anciano.

Incluso en aquellas circunstancias, cuando se estaban pudriendo en una habitación gélida, una parte de Sam se negaba a creer que Jon hubiera hecho lo que pensaba el maestre Aemon.

«Pero debe de ser verdad. Si no, ¿por qué llora tanto Elí?» Sólo tenía que preguntarle de quién era el bebé al que daba el pecho, pero no conseguía reunir valor. Le daba miedo la respuesta. «Sigo siendo un cobarde, Jon.» Fuera adonde fuera en aquel ancho mundo, sus miedos lo acompañaban.

Un sonido grave retumbó entre los tejados de Braavos como el ruido de un trueno lejano: el Titán, que anunciaba la puesta de sol desde el otro lado de la albufera. El sonido bastó para despertar al bebé, y su aullido repentino despertó a su vez al maestre Aemon. Elí se dispuso a darle el pecho al niño; el anciano abrió los ojos y se removió con debilidad en el camastro.

—¿Egg? Está muy oscuro. ¿Por qué está todo tan oscuro?

«Porque estáis ciego.» A Aemon se le iba la cabeza cada vez con más frecuencia desde que habían llegado a Braavos. Algunos días no parecía saber ni quién era; otras veces se perdía mientras estaba diciendo algo y terminaba farfullando sobre su padre o su hermano. «Tiene ciento dos años», se recordó Sam; pero en el Castillo Negro era igual de viejo y allí no se le iba nunca la cabeza.

—Soy yo —le tuvo que decir—. Samwell Tarly. Vuestro mayordomo.

—Sam. —El maestre Aemon se humedeció los labios y parpadeó—. Sí. Y estamos en Braavos. Perdóname, Sam. ¿Ha amanecido ya?

—No. —Sam le tocó la frente al anciano. Tenía la piel fría de sudor, pegajosa; cada inhalación era un ligero jadeo—. Es de noche, maestre. Habéis estado

durmiente.

—Demasiado tiempo. Aquí hace frío.

—No tenemos leña —le explicó Sam—, y el posadero no nos da más porque no tenemos monedas.

Era la cuarta o la quinta vez que mantenían la misma conversación.

«Tendría que haber gastado nuestro dinero en leña —se reprochaba Sam en cada ocasión—. Debería haber tenido suficiente sentido común para mantenerlo caliente.»

Pero había despilfarrado la plata que les quedaba en un sanador de la Casa de las Manos Rojas, un hombre alto que vestía una túnica bordada con líneas rojas y blancas. Lo único que consiguió a cambio fue media frasca de vino del sueño.

—Esto aliviará su agonía —le había dicho el braavosi en un tono no exento de bondad. Sam le preguntó si no podía hacer nada más, y el hombre negó con la cabeza —. Tengo ungüentos, pócimas, infusiones, tinturas, venenos y cataplasmas. Podría sanarlo, purgarlo, ponerle sanguijuelas... Pero ¿para qué? No hay sanguijuela capaz de rejuvenecerlo. Es un anciano; tiene la muerte en los pulmones. Dale esto y que duerma.

Y eso había hecho, toda la noche y todo el día, pero en aquel momento, el anciano trataba de incorporarse.

—Tenemos que bajar a los barcos.

«Otra vez los barcos.»

—Estáis demasiado débil para salir —tuvo que decirle.

Durante el viaje, el maestre Aemon se había resfriado, y el frío se le había asentado en el pecho. Cuando llegaron a Braavos estaba tan débil que tuvieron que llevarlo a la orilla en brazos. Entonces aún tenían una bolsa de plata bien llena, así que Dareon pidió la cama más grande de la posada. En la que les dieron habrían podido dormir ocho personas, de modo que el posadero les cobró como si fueran otros tantos.

—Por la mañana iremos a los muelles —prometió Sam—. Buscaremos un barco que vaya a zarpar hacia Antigua.

El puerto de Braavos tenía mucho movimiento incluso en otoño. Cuando Aemon estuviera suficientemente fuerte para viajar, no les sería difícil encontrar un barco adecuado que los llevara a su destino. Pagar por los pasajes, en cambio, sí sería un problema. Tal vez tuvieran suerte y encontraran algún barco de los Siete Reinos.

«A lo mejor algún mercader de Antigua que tenga un pariente en la Guardia de la Noche. Tiene que quedar alguien que honre a los hombres que patrullan el Muro.»

—Antigua —jadeó el maestre Aemon—. Sí. He soñado con Antigua, Sam. Era joven, mi hermano Egg estaba conmigo, iba con ese caballero grande al que servía. Bebíamos en la vieja taberna donde hacen esa sidra monstruosamente fuerte. —Trató de incorporarse otra vez, pero el esfuerzo fue excesivo, y volvió a tumbarse—. Los

barcos —repitió—. Aquí encontraremos la respuesta. Los dragones. Necesito saber.

«No —pensó Sam—, lo que necesitáis es comida y calor: la barriga llena y un buen fuego en la chimenea.»

—¿Tenéis hambre, maestre? Nos queda un poco de pan y un trozo de queso.

—Ahora no, Sam. Más tarde, cuando recupere las fuerzas.

—¿Cómo vais a recuperar las fuerzas si no coméis?

Ninguno de ellos había comido gran cosa durante la travesía, después de alejarse de Skagos. Los vendavales del otoño los habían perseguido por todo el mar Angosto. A veces, los vientos soplaban del sur con truenos, relámpagos y lluvias densas que caían durante días. A veces soplaban del norte, gélidos, atroces, que cortaban la piel. En una ocasión hizo tanto frío que, al despertar, Sam vio que el barco entero estaba cubierto de hielo, blanco y brillante como una perla. El capitán había bajado el mástil y lo había atado a la cubierta para terminar la travesía sólo a golpe de remos. Cuando divisaron al Titán, ya nadie era capaz de retener nada en el estómago.

En cambio, cuando estuvieron a salvo en la orilla, Sam sintió un hambre atroz. Lo mismo les pasó a Dareon y a Elí. Hasta el bebé parecía mamar con más ganas. En cambio, Aemon...

—El pan está duro, pero puedo pedir en la cocina que nos den un poco de salsa para mojarlo —le dijo Sam al anciano.

El posadero era un hombre duro y de ojos fríos que desconfiaba de los tres forasteros vestidos de negro que se cobijaban bajo su techo, pero su cocinero era más amable.

—No. Pero si hubiera un trago de vino...

No tenían vino. Dareon había prometido comprar un poco con las monedas que le pagaran por sus canciones.

—El vino llegará más tarde —tuvo que decir Sam—. Tenemos agua, pero no es de la buena.

El agua buena llegaba por los arcos del gran acueducto de ladrillo que los braavosis llamaban *río de agua dulce*. Los ricos tenían cañerías que la llevaban hasta sus casas, los pobres llenaban los cubos y palanganas en las fuentes públicas. Sam había enviado a Elí a por agua, olvidando que la chica salvaje había vivido toda su vida en los alrededores del Torreón de Craster y nunca había visto siquiera un mercadillo callejero. El laberinto de piedra de islas y canales que era Braavos, sin rastro de hierba ni de árboles, lleno de desconocidos que hablaban un idioma que no entendía, la asustó tanto que perdió el mapa, y luego se perdió ella. Sam la encontró llorando a los pies de piedra de algún Señor del Mar muerto mucho tiempo atrás.

—Sólo tenemos agua del canal —le dijo al maestre Aemon—, pero el cocinero la ha hervido. También hay vino del sueño, si queréis más.

—Ya he soñado bastante por ahora. Me conformo con el agua del canal. Por

favor, ayúdame.

Sam incorporó al anciano y le acercó la copa a los labios secos y agrietados. Aun así, la mitad del líquido se derramó por el pecho del maestre.

—Ya basta —dijo Aemon a los pocos tragos, entre toses—. Me vas a ahogar. —Tiritaba en brazos de Sam—. ¿Por qué hace tanto frío en la habitación?

—No nos queda leña.

Dareon había pagado el doble al posadero por una habitación con chimenea, pero no habían caído en la cuenta de lo cara que sería allí la madera. En Braavos sólo crecían árboles en los patios y jardines de los poderosos. Además, los braavosis se negaban a cortar los pinos que crecían en las islas que rodeaban su gran albufera, ya que hacían de cortavientos y los protegían de las tormentas. La leña para el fuego tenía que llegar en barcazas, de río arriba, al otro lado de la albufera. Allí hasta la bosta era cara, porque los braavosis viajaban en barco, no a caballo. Nada de eso habría tenido importancia si hubieran partido hacia Antigua, tal como tenían previsto, pero la debilidad del maestre Aemon se lo había impedido. Otro viaje por mar abierto acabaría con él.

Las manos de Aemon tantearon las mantas en busca del brazo del chico.

—Tenemos que bajar a los muelles, Sam.

—Cuando estéis más fuerte. —El anciano no estaba en condiciones de soportar las salpicaduras de agua salada y los vientos húmedos de la orilla, y en Braavos era todo orilla. Al norte estaba el puerto Púrpura, donde los comerciantes braavosis atracaban sus barcos bajo las cúpulas y las torres del palacio del Señor del Mar. Al oeste se encontraba el puerto del Trapero, abarrotado de barcos de las otras Ciudades Libres, de Poniente, y de Ibben y las legendarias y lejanas tierras del Oriente. Y por todas partes había desembarcaderos y atracaderos para balsas, y muelles viejos grisáceos donde los mariscadores y pescadores amarraban sus botes tras trabajar en las albuferas y en las desembocaduras—. Sería demasiado esfuerzo para vos.

—Entonces, ve en mi lugar —insistió el maestre Aemon— y tráeme a alguien que haya visto a esos dragones.

—¿Yo? —La sola idea lo dejó consternado—. Pero, maestre, si no es más que un cuento. Historias de marineros. —De aquello también tenía la culpa Daeron. El bardo les contaba todas las anécdotas descabelladas que oía en las cervecerías y en los burdeles. Por desgracia, cuando oyó la de los dragones había bebido demasiado y no recordaba los detalles—. Puede que Dareon se lo inventara todo. Es lo que hacen los bardos, inventarse cosas.

—Ciento —respondió el maestre Aemon—, pero hasta la canción más imaginativa puede contener una partícula de verdad. Averigua esa verdad, Sam.

—No sabría a quién preguntar, ni cómo. Sólo hablo un poco de alto valyrio, y cuando me hablan en braavosi no entiendo la mitad de lo que me dicen. Vos habláis

más idiomas que yo, cuando recuperéis las fuerzas podréis...

—¿Cuando recuperes las fuerzas, Sam? ¿Y eso cuándo será?

—Pronto, si descansáis y coméis. Llegaremos a Antigua y...

—No volveré a ver Antigua. Ahora lo sé. —El anciano apretó con más fuerza el brazo de Sam—. Pronto me reuniré con mis hermanos. A unos me unieron los votos; a otros, la sangre, pero todos eran mis hermanos. Y mi padre... Nunca pensó que el trono sería para él, pero así fue. Decía que era su castigo por el golpe que mató a su hermano. Rezo por que encontrara en la muerte la paz que nunca tuvo en vida. Los septones cantan las virtudes del dulce tránsito, hablan de dejar atrás las cargas y viajar a una tierra más agradable donde reiremos y amaremos hasta el fin de los tiempos, en un banquete inacabable... Pero ¿qué pasa si tras la puerta de la muerte no hay una tierra de luz y miel, sino sólo frío, oscuridad y dolor?

«Tiene miedo», comprendió Sam.

—No os estáis muriendo. Estáis enfermo, nada más. Ya se os pasará.

—Esta vez no, Sam. He tenido un sueño... En lo más profundo de la noche nos hacemos las preguntas que no nos atrevemos a formular a la luz del día. A mí, en estos últimos años, sólo me ha quedado una pregunta. ¿Por qué los dioses me quitaron los ojos y las fuerzas, y me condenaron a quedarme aquí tanto tiempo, helado, abandonado? ¿De qué utilidad les podría ser un viejo acabado como yo? —A Aemon le temblaban los dedos, ramitas frágiles bajo una piel llena de manchas—. Recuerdo, Sam. Todavía recuerdo.

Lo que decía no tenía sentido.

—¿Qué recordáis?

—A los dragones —susurró Aemon—. Sí, fueron la desgracia y la gloria de mi Casa.

—El último dragón murió antes de que nacierais —señaló Sam—. ¿Cómo los vais a recordar?

—Los veo en sueños, Sam. Veo una estrella roja que desangra el cielo. Aún recuerdo el rojo. Veo su sombra en la nieve, oigo el restallido de sus alas de cuero, siento su aliento ardiente. Mis hermanos también soñaban con dragones, y esos sueños los mataron a todos. Caminamos por la cuerda floja sobre profecías apenas recordadas, Sam, sobre maravillas y espantos que nadie puede aspirar a comprender... O...

—O qué? —inquirió Sam.

—O no. —Aemon dejó escapar una risita—. O soy un anciano febril y moribundo. —Cerró los ojos, cansado, pero hizo un esfuerzo por abrirlos otra vez—. No debería haberme ido del Muro. Lord Nieve no tenía manera de saberlo, pero yo sí. El fuego consume; el frío conserva. El Muro... Pero ahora es demasiado tarde para volver. El Desconocido aguarda al otro lado de mi puerta, y no se irá sin mí. Me has

servido con lealtad, mayordomo. Hazme un último favor: ten valor. Baja a los barcos, Sam. Averigua todo lo que puedas de esos dragones.

Sam se liberó de la mano del anciano.

—De acuerdo. Haré lo que me pedís. Sólo... —No supo qué añadir. «No me puedo negar. —De paso, podía ir a buscar a Dareon por los muelles y atracaderos del puerto del Trapero—. Primero buscaré a Dareon y luego iremos juntos a los barcos. Y cuando volvamos, traeremos comida, vino y leña. Encenderemos el fuego y comeremos bien, algo caliente.»

—De acuerdo. —Se levantó—. Entonces, me voy. Me voy, sí. Elí se queda. Elí, cuando salga, atranca la puerta. —«El Desconocido aguarda al otro lado de mi puerta.»

Elí asintió con el bebé contra el pecho y los ojos llenos de lágrimas.

«Va a llorar otra vez», advirtió Sam. Era más de lo que podía soportar. Su cinto colgaba de un clavo de la pared, junto con el viejo cuerno agrietado que le había regalado Jon. Lo descolgó, se lo abrochó, se cubrió los hombros rechonchos con la capa de lana negra, salió por la puerta y bajó por los peldaños de madera, que crujieron bajo su peso. La posada tenía dos puertas; una daba a una calle, y la otra, a un canal. Sam salió por la primera para evitar la sala común, donde sin duda, el posadero le dedicaría la mirada agria que reservaba para los huéspedes que abusaban de su hospitalidad.

El aire era gélido, pero no había tanta niebla como otras noches. Menos mal; algo por lo que dar las gracias. A veces, las neblinas cubrían el suelo con un manto tan espeso que ni siquiera se podía ver los pies. En cierta ocasión había estado a un paso de caerse a un canal.

De niño, Sam había leído la historia de Braavos y había soñado con visitar la ciudad. Quería ver al Titán que se alzaba adusto y temible en el mar, navegar por los canales en una barca serpiente, pasar junto a los palacios y los templos, contemplar la danza del agua de los jaques con sus espadas centelleantes a la luz de las estrellas. Pero tras llegar allí, lo único que quería era marcharse a Antigua.

Con la capucha casi ocultándole los ojos y la capa ondeando, caminó por los adoquines en dirección al puerto del Trapero. El cinto amenazaba con caérsele hasta los tobillos, de manera que tenía que ir colocándose a cada paso. Elegía las calles más estrechas y oscuras, donde era menos probable que se tropezara con nadie, pero cada gato callejero que se cruzaba hacía que el corazón le diera un vuelco... Y Braavos estaba lleno de gatos.

«Tengo que encontrar a Dareon —pensó—. Es un hombre de la Guardia de la Noche, es mi Hermano Juramentado, juntos decidiremos qué hacer. —El maestre Aemon no tenía fuerzas, y Elí se habría perdido en aquella ciudad aunque no estuviera enloquecida de dolor. En cambio, Dareon...—. No debo pensar mal de él.

Tal vez esté herido y por eso no ha vuelto. Puede que esté muerto, tendido en cualquier callejón en un charco de sangre, o flotando boca abajo en cualquiera de los canales.» Por la noche, los jaques recorrían la ciudad con su ropa jaspeada, deseosos de demostrar lo hábiles que eran con las finas espadas que usaban. Los había que peleaban por cualquier motivo; otros no necesitaban motivo alguno, y Dareon tenía la lengua muy suelta y un genio vivo, sobre todo cuando había bebido. «Que alguien cante canciones de batallas no significa que sepa luchar en ellas.»

Las mejores cervecerías, tabernas y burdeles de la ciudad estaban cerca del puerto Púrpura o del estanque de la Luna, pero Dareon prefería el puerto del Trapero, donde era más probable que los clientes hablaran la lengua común. Empezó a buscar en las tabernas: La Anguila Verde, El Barquero Negro y Casa Morogg, lugares donde Dareon había tocado en otras ocasiones. En ninguna de ellas lo encontró. Ante Casa de Niebla había varias barcas serpiente amarradas, a la espera de clientes. Sam trató de preguntar a los hombres que manejaban la pértiga si habían visto a un bardo vestido de negro, pero nadie entendía su alto valyrio.

«O no quieren entenderlo.» Echó un vistazo al sucio tugurio que había bajo el segundo arco del puente de Nabbo, donde apenas cabían diez personas. Dareon no era ninguna de ellas. Probó suerte en la Taberna del Proscrito, en La Casa de las Siete Lámparas y en el burdel llamado La Gatería, donde cosechó miradas de extrañeza y ninguna ayuda.

Al salir estuvo a punto de tropezar con dos jóvenes que se encontraban bajo el farol rojo de La Gatería. Uno era moreno, y el otro, rubio. El moreno le dijo algo en braavosi.

—Lo siento —tuvo que decir Sam—. No comprendo.

Se alejó de ellos, atemorizado. En los Siete Reinos, los nobles se vestían con terciopelos, sedas y brocados de un centenar de colores, mientras que los campesinos y el pueblo llano llevaban ropa de lana sin teñir y de tela basta color marrón. En Braavos era al revés. Los jaques se exhibían como pavos reales, siempre manoseando las espadas, mientras que los poderosos vestían prendas color gris carbón y violeta oscuro, azules que eran casi negros y negros más intensos que una noche sin luna.

—Mi amigo Terro dice que estás tan gordo que le dan ganas de vomitar —dijo el jaque de pelo rubio, cuya chaqueta era de terciopelo verde por un lado y de hilo de plata por el otro—. Mi amigo Terro dice que el tintineo de tu espada le da dolor de cabeza. —Le hablaba en la lengua común. El otro, el jaque moreno que vestía brocado rojo y una capa amarilla, y que por lo visto se llamaba Terro, hizo un comentario en braavosi, y su amigo se echó a reír—. Mi amigo Terro dice que llevas ropa que no corresponde a tu nivel —dijo—. ¿Acaso te crees un gran señor para vestir de negro?

Sam habría salido corriendo de buena gana, pero en tal caso, seguro que se le

enredaban las piernas con su propio cinto.

«No se te ocurra rozar la espada», se dijo. Hasta un dedo en la empuñadura sería suficiente para que uno u otro considerase que los estaba desafiando. Buscó palabras que pudieran calmarlos.

—No soy... —fue lo único que logró decir.

—No es ningún señor —intervino una voz infantil—. Está en la Guardia de la Noche, idiota. Es de Poniente. —Una niña se acercó a la luz; llevaba una carretilla llena de algas. Era una chiquilla flaca, escuálida, con botas enormes y el pelo enmarañado y sucio—. Hay otro en el Puerto Feliz; le está cantando canciones a la Esposa del Marinero —informó a los dos jaques. Se volvió hacia Sam—. Si te preguntan cuál es la mujer más bella del mundo, diles que Ruiseñor; si no, te desafiarán. ¿Quieres comprar unas almejas? He vendido todas las ostras.

—No tengo monedas —dijo Sam.

—No tiene monedas —se burló el jaque del pelo rubio. Su compañero moreno sonrió y dijo algo en braavosi—. Mi amigo Terro tiene frío. Sé un buen amigo gordo y regálale la capa.

—Ni se te ocurra —le advirtió la niña de la carretilla—; si obedeces, luego te pedirán las botas; acabarás desnudo antes de que te enteres.

—Las gatitas que aúllan demasiado alto acaban ahogadas en los canales —le advirtió el jaque rubio.

—No si tienen zarpas.

Un cuchillo apareció de repente en la mano izquierda de la niña, una hoja tan flaca como ella. El tal Terro le dijo algo a su amigo rubio, y los dos se alejaron entre comentarios y risitas.

—Gracias —le dijo Sam a la niña cuando se hubieron ido.

El cuchillo desapareció.

—Si llevas espada de noche, significa que aceptas desafíos. ¿Querías pelear con ellos?

—No. —La voz le salió tan chillona que Sam hizo un gesto de vergüenza.

—¿De verdad estás en la Guardia de la Noche? Nunca había visto a un hermano negro como tú. —La niña señaló la carretilla—. Coge las almejas que quedan, siquieres. Ya es de noche; nadie me las va a comprar. ¿Vas a volver al Muro en barco?

—No, voy a Antigua. —Sam cogió una almeja cocida y la engulló—. Es una escala. —Qué buena estaba. Se comió otra.

—Los jaques no se meten con nadie que no lleve espada, ni siquiera los coños de camello idiotas como Terro y Orbelo.

—¿Quién eres tú?

—Nadie. —Apestaba a pescado—. Antes era alguien, pero ya no. Si quieres, me puedes llamar Gata. ¿Quién eres tú?

—Samwell de la Casa Tarly. Hablas la lengua común.

—Mi padre era remero en la *Nymeria*. Un jaque lo mató por decir que mi madre era más hermosa que Ruiseñor. No uno de esos coños de camello que acabas de conocer, sino un jaque de verdad. Algún día le cortaré el cuello. El capitán dijo que en la *Nymeria* no había sitio para una niñita, así que me echó. Brosco me recogió y me dio una carretilla. —Alzó la vista hacia él—. ¿En qué barco vais a navegar?

—Compramos pasaje en el *Lady Ushanora*.

La niña lo miró con los ojos entrecerrados, desconfiada.

—Ya ha zarpado, ¿no lo sabías? Hace varios días.

«Lo sé», podría haberle dicho Sam. Dareon y él habían estado en el muelle; vieron como los remos subían y bajaban mientras el barco se dirigía hacia el Titán, hacia mar abierto.

—En fin —había dicho el bardo—, se acabó.

Si Sam hubiera tenido valor, lo habría tirado al agua de un empujón. A la hora de hablar con una chica para que se quitara la ropa, Dareon tenía una lengua de miel, pero en el camarote del capitán, todo el peso de la conversación había recaído sobre Sam cuando intentaron convencer al braavosi de que los esperase.

—Llevo tres días aguardando por ese viejo —fue la respuesta del capitán—. Tengo las bodegas abarrotadas, y mis hombres ya les han echado a sus esposas el polvo de despedida. Mi *Lady* zarpa con la marea, con vosotros o sin vosotros.

—Por favor —había suplicado Sam—. Sólo os pido unos pocos días más. Hasta que el maestre Aemon recupere las fuerzas.

—No tiene fuerzas. —El capitán había visitado la posada la noche anterior para ver con sus propios ojos al maestre—. Es viejo y está enfermo; no quiero que muera en mi *Lady*. Quedaos con él o abandonadlo, a mí me da igual. Yo voy a zarpar.

Y peor aún, se había negado a devolverles el dinero del pasaje que le habían pagado, la plata que tenía que llevarlos a Antigua.

—Solicitasteis mi mejor camarote. Ahí está, esperándoos. Si al final no lo ocupáis, no es culpa mía. ¿Por qué voy a cargar yo con las pérdidas?

«A estas alturas ya podríamos estar en el Valle Oscuro —pensó Sam con tristeza—. O incluso en Pentos, si los vientos han sido propicios.»

Pero aquello no era asunto de la niña de la carretilla.

—Antes has dicho que has visto a un bardo...

—En el Puerto Feliz. Se va a casar con la Esposa del Marinero.

—¿Se va a casar?

—Es que sólo se acuesta con los que se casan con ella.

—¿Dónde está ese Puerto Feliz?

—Enfrente del Barco de los Cómicos. Te enseñaré el camino.

—Ya sé por dónde es. —Sam ya había visto el Barco de los Cómicos. «¡Dareon

no se puede casar! ¡Pronunció el juramento!»—. Tengo que irme.

Echó a correr. Era un buen trecho por adoquines resbaladizos. No tardó en empezar a jadear mientras la gran capa negra ondeaba con estrépito a su espalda. Tenía que sujetarse el cinto con una mano mientras corría. Las pocas personas con las que se cruzó le lanzaron miradas curiosas. Un gato retrocedió al verlo y bufó. Cuando llegó al Barco, apenas se tenía en pie. El Puerto Feliz estaba al otro lado del callejón.

Nada más entrar, congestionado y sin aliento, una tuerta le echó los brazos al cuello.

—No —le dijo Sam—. No vengo a eso. —Ella le respondió en braavosi—. No te entiendo —contestó él en alto valyrio. Había velas encendidas, y en la chimenea chisporroteaba un fuego. Alguien tocaba un violín; dos chicas bailaban cogidas de las manos en torno a un sacerdote rojo. La tuerta le apretó los senos contra el pecho—. ¡Que no! ¡Que no he venido a eso!

—¡Sam! —resonó la voz conocida de Dareon—. Déjalo, Yna, es Sam *el Mortífero*. ¡Mi Hermano Juramentado!

La mujer se apartó de él, aunque sin quitarle la mano del brazo.

—Puede mortiferarme a mí, si quiere —exclamó una de las bailarinas.

—¿Me dejará tocarle la espada? —preguntó la otra.

Tras ellas había un mural que representaba una galera violeta. La tripulación estaba compuesta por mujeres que llevaban botas altas hasta el muslo, y nada más. En un rincón había un marinero tyroshi de poblada barba escarlata que se había desmayado y roncaba estrepitosamente. Más allá, una mujer madura de grandes pechos jugaba a las tabas con un gigantesco isleño del verano ataviado con plumas negras y rojas. En medio de todos estaba Dareon, con la nariz hundida en el cuello de la mujer que tenía en el regazo. Ella llevaba su capa negra.

—Mortífero —lo llamó el bardo con voz ebria—, ven a conocer a mi señora esposa. —Dareon tenía el pelo color arena y miel, y una sonrisa cálida—. Le canto canciones de amor. Las mujeres se derriten como la mantequilla cuando canto. ¿Cómo me iba a resistir a esta cara? —La besó en la nariz—. Esposa, dale un beso al Mortífero, es mi hermano. —Cuando la mujer se puso en pie, Sam vio que, bajo la capa, estaba desnuda—. Nada de meterle mano a mi mujer, ¿eh, Mortífero? —comentó Dareon entre risas—. Pero siquieres a alguna de sus hermanas, sírvete tú mismo. Creo que aún me quedan suficientes monedas.

«Monedas con las que podríamos haber comprado comida —pensó Sam—. Monedas con las que podríamos haber comprado leña para que el maestre Aemon entrara en calor.»

—¿Qué has hecho? ¡No te puedes casar! Pronunciaste el juramento, igual que yo. Te pueden cortar la cabeza por esto...

—Sólo nos casamos por una noche, Mortífero. Ni en Poniente cortan la cabeza

por eso. ¿Nunca has ido a Villa Topo a buscar tesoros enterrados?

—No. —Sam se puso colorado—. Yo jamás habría...

—¿Y qué pasa con tu moza salvaje? Seguro que te la has follado, ¿eh? Todas esas noches en los bosques, los dos acurrucados bajo tu capa... No me digas que no se la has metido nunca. —Señaló una silla con un gesto—. Siéntate, Mortífero. Sírvete una copa de vino. Sírvete una puta. Sírvete las dos cosas.

Sam no quería una copa de vino.

—Prometiste que volverías antes del anochecer, con vino y comida.

—¿Así mataste a aquel Otro? ¿A base de regañinas? —Dareon se echó a reír—. Me he casado con ella, no contigo. Si no quieres brindar por mi matrimonio, lárgate.

—Ven conmigo —dijo Sam—. El maestre Aemon se ha despertado y quiere información sobre esos dragones. No para de hablar de estrellas que sangran, de sombras blancas, de sueños, de... Tal vez, si averiguamos algo más de los dragones, se tranquilice un poco. Ayúdame.

—Mañana. En mi noche de bodas, ni hablar.

Dareon se puso en pie, cogió a su esposa de la mano y tiró de ella hacia las escaleras. Sam se interpuso en su camino.

—Lo prometiste, Dareon. Pronunciaste el juramento. Se supone que eres mi hermano.

—Eso es en Poniente. ¿Te parece a ti que seguimos en Poniente?

—El maestre Aemon...

—... se está muriendo. Ya te lo dijo ese curandero con ropa de rayas en el que te gastaste toda nuestra plata. —La boca de Dareon se había convertido en una línea dura—. Coge una chica o lárgate, Sam. Me estás estropeando la boda.

—Me voy, pero tú te vienes conmigo.

—No. No quiero saber nada más de ti. No quiero saber nada más del negro. —Dareon le quitó la capa a su esposa desnuda y se la tiró a Sam a la cara—. Toma. Pónsela por encima al viejo; a lo mejor le da algo de calor. A mí ya no me hace falta. Pronto tendrá ropa de terciopelo. El año que viene vestiré pieles y comeré...

Sam le dio un puñetazo.

Ni siquiera lo pensó. Su brazo salió proyectado con el puño cerrado y fue a estamparse contra la boca del bardo. Dareon lanzó una maldición; su esposa desnuda, un grito, y Sam se echó encima del bardo y lo derribó hacia atrás, contra una mesa baja. Tenían más o menos la misma estatura, pero Sam pesaba el doble, y por una vez estaba demasiado airado para tener miedo. Golpeó al bardo en la cara y en el vientre, y luego le dio puñetazos en los hombros con las dos manos. Dareon lo sujetó por las muñecas, pero Sam lo embistió y le rompió el labio. El bardo lo soltó y aprovechó para darle un puñetazo en la nariz. Un hombre se reía a carcajadas; una mujer soltaba maldiciones. La lucha pareció ralentizarse, como si fueran dos moscas negras que se

debatieran en una gota de ámbar. Alguien había separado a Sam del bardo. También golpeó a esa persona, y algo duro le dio en la nuca.

Lo siguiente que supo fue que estaba en el exterior, volando cabeza abajo en medio de la niebla. Durante un instante vio por debajo las aguas oscuras. Luego, el canal se acercó y se estampó contra su rostro.

Sam se hundió como una piedra, como una roca, como una montaña. El agua se le metió en los ojos y en la nariz, oscura, fría, salada. Trató de gritar para pedir ayuda y sólo consiguió tragarse más. Consiguió girarse, debatiéndose y pataleando. Le salían burbujas de la nariz.

«Tienes que nadar —se dijo—. Tienes que nadar.» Cuando abrió los ojos, la sal le entró y lo cegó. Salió a la superficie sólo durante un instante, consiguió respirar un poco y manoteó a la desesperada con una mano mientras arañaba con la otra la pared del canal. Pero las piedras estaban húmedas y resbaladizas, y no encontró asidero. Volvió a hundirse.

Sintió el frío en la piel cuando el agua le empapó la ropa. El cinto se le deslizó piernas abajo y se le enredó en los tobillos.

«Me voy a ahogar —pensó con pánico ciego, negro. Se debatió, trató de salir a la superficie, pero sólo consiguió dar de bruces contra el fondo del canal—. Estoy cabeza abajo —comprendió—. Me estoy ahogando.» Algo se movió contra su mano, una anguila u otro pez que le rozó los dedos. «No me puedo ahogar; sin mí, el maestre Aemon se morirá, y Elí no tendrá a nadie. Tengo que nadar, tengo que...»

Se oyó un chapuzón estrepitoso y algo se enroscó en torno a él, bajo sus brazos, alrededor de su pecho.

«La anguila —fue lo primero que pensó—. La anguila me ha cogido, me va a llevar al fondo. —Abrió la boca para gritar y tragó más agua—. Me he ahogado —fue su último pensamiento—. Los dioses se apiaden de mí, me he ahogado.»

Cuando abrió los ojos estaba tumbado boca arriba, y un negro gigantesco, un isleño del verano, le golpeaba el vientre con unos puños del tamaño de jamones.

«Para, me estás haciendo daño», trató de gritar Sam. Pero en vez de palabras, lo que vomitó fue agua, y se atragantó. Estaba empapado y tiritaba allí, tumbado en los adoquines, en un charco de agua del canal. El isleño del verano volvió a golpearlo en el vientre, y le salió más agua por la nariz.

—Basta ya —jadeó Sam—. No me he ahogado. No me he ahogado.

—No. —Su salvador se inclinó encima de él, enorme, negro, chorreante—. Deber mucho plumas. Agua estropear capa bonita. Soy Xhondo.

Sam vio que era cierto. La capa de plumas empapadas que le colgaba de los hombros se había echado a perder.

—Yo no quería...

—¿Nadar? Yo ver. Mucho chof chof. Gordos flotar. —Cogió a Sam por el jubón

con una manaza negra y lo puso en pie—. Yo contramaestre de *Viento Canela*. Hablar mucho lenguas poco. Dentro yo reír cuando tú pegar bardo. Y oír lo que tú decir. — Una amplia sonrisa se abrió camino en su rostro—. Yo conocer esos dragones.

JAIME (3)

—Tenía la esperanza de que te hubieras hartado ya de esa barba asquerosa. Con tanto pelo en la cara, pareces Robert.

Su hermana había dejado el luto y se había puesto una túnica verde jade con mangas de encaje de Myr. Del cuello le colgaba una cadena dorada con una esmeralda del tamaño de un huevo de paloma.

—Robert tenía la barba negra. La mía es dorada.

—¿Dorada? Más bien plateada. —Cersei le arrancó un pelo de la barbillla y lo alzó. Era una cana—. Se te está escapando todo el color, hermano. Te has convertido en un fantasma de lo que eras, en un tullido pálido. Y sin sangre, siempre de blanco.

—Tiró el pelo—. Me gustas más de oro y carmesí.

«Tú a mí me gustas bañada por la luz del sol, con el agua formando perlas en tu piel desnuda.» Habría querido besarla, llevarla en brazos a su dormitorio, tumbarla en la cama... «Ha estado follando con Lancel y con Osmund Kettleblack y, por lo que yo sé, puede que se tire hasta al Chico Luna...»

—Hagamos un trato: Libérame de esta misión y mi navaja de afeitar estará a tus órdenes.

Ella tensó los labios. Había estado bebiendo vino caliente especiado, y olía a nuez moscada.

—¿Tienes el descaro de negociar conmigo? ¿He de recordarte que has jurado obedecer?

—He jurado proteger al Rey. Mi lugar está a su lado.

—Tu lugar está donde él te ordene.

—Tommen estampa su sello en cualquier papel que le pongas delante. Esto es cosa tuya, y es una tontería. ¿Por qué nombras Guardián del Occidente a Daven si luego no tienes confianza en él?

Cersei se sentó frente a la ventana. Jaime veía a sus espaldas las ruinas ennegrecidas de la Torre de la Mano.

—¿A qué viene tanta renuencia, ser? ¿Perdiste el valor junto con la mano?

—Le hice un juramento a Lady Stark: le prometí que jamás volvería a esgrimir un arma contra los Tully ni contra los Stark.

—Una promesa de borracho que te arrancaron a punta de espada.

—¿Cómo puedo defender a Tommen si no estoy con él?

—Derrotando a sus enemigos. Nuestro padre decía siempre que un golpe rápido con la espada es mejor defensa que cualquier escudo. Reconozco que para empuñar una espada suele hacer falta una mano. Aun así, hasta un león tullido puede inspirar temor. Quiero Aguasdulces. Quiero a Brynden Tully prisionero o muerto. Y alguien tiene que averiguar qué pasa en Harrenhal. Necesitamos urgentemente a Wylis

Manderly, suponiendo que aún esté vivo y prisionero, pero la guarnición no ha respondido a ninguno de los cuervos que hemos enviado.

—Son hombres de Gregor —le recordó Jaime—. A la Montaña le gustaban crueles y estúpidos. Lo más probable es que se comieran tus cuervos con mensaje y todo.

—Por eso te envío a ti. Puede que también se te coman, mi valeroso hermano, pero confío en que les proporciones una buena indigestión. —Cersei se alisó el vestido—. Quiero que, durante tu ausencia, Ser Osmund esté al mando de la Guardia Real.

«Ha estado follando con Lancel y con Osmund Kettleblack y, por lo que yo sé, puede que se tire hasta al Chico Luna...»

—No te corresponde a ti elegir. Si tengo que marcharme, Ser Loras tomará el mando en mi lugar.

—¿Estás de broma? Ya sabes qué opino de Ser Loras.

—Si no hubieras enviado a Balon Swann a Dorne...

—Lo necesito allí. Los dornienses no son de confianza. Esa serpiente roja fue el campeón de Tyrion, ¿lo has olvidado? No estoy dispuesta a dejar a mi hija en sus manos. Y no quiero a Loras Tyrell al mando de la Guardia Real.

—Ser Loras es tres veces más hombre que Ser Osmund.

—Tu concepto de hombría ha cambiado bastante, hermano.

Jaime sentía la rabia crecer en su interior.

—Ciento, Loras no te mira las tetas como Osmund, pero no me parece...

—A ver qué te parece esto. —Cersei lo abofeteó.

Jaime no hizo ademán de detener el golpe.

—Por lo visto me va a hacer falta una barba más espesa para amortiguar las caricias de mi reina.

Habría querido arrancarle la túnica y transformar sus golpes en besos. Ya lo había hecho otras veces, antes, cuando tenía dos manos.

Los ojos de la Reina eran de hielo verde.

—Más vale que te marches, ser.

«... Lancel, Osmund Kettleblack y el Chico Luna...»

—¿Estás sordo además de tullido? Tienes la puerta detrás.

—Como ordenes. —Jaime dio media vuelta y salió de la estancia.

En algún lugar, los dioses se debían de estar riendo. Cersei nunca había llevado bien que le negaran nada; eso ya lo sabía. Tal vez hubiera podido conmoverla con palabras más tiernas, pero en los últimos tiempos se enfadaba sólo con verla.

Una parte de él se alegraría de dejar atrás Desembarco del Rey. No le gustaban en absoluto los lameculos y los bufones que rodeaban a Cersei. Según Addam Marbrand, en el Lecho de Pulgas los llamaban el consejo pirado. Y Qyburn... Sí, le

había salvado la vida, pero seguía siendo un Titiritero Sangriento.

—Qyburn apesta a secretos —alertó a Cersei. Con eso sólo consiguió que se riera.

—Todos tenemos secretos, hermano —replicó.

«Ha estado follando con Lancel y con Osmund Kettleblack y, por lo que yo sé, puede que se tire hasta al Chico Luna...»

Cuarenta caballeros y otros tantos escuderos lo aguardaban ante los establos de la Fortaleza Roja. La mitad eran hombres de Occidente, leales a la Casa Lannister; los otros, enemigos recientes convertidos en amigos cuestionables. Ser Dermont de La Selva portaría el estandarte de Tommen; Ronnet Connington, *el Rojo*, el blanco de la Guardia Real. Un Paege, un Piper y un Peckledon compartirían el honor de servir como escuderos al Lord Comandante.

—Mantén a tus amigos a tus espaldas y a tus enemigos donde puedas verlos —le había aconsejado en cierta ocasión Sumner Crakehall. ¿O había sido su padre?

Su palafrén era un alazán rojizo; su caballo de combate, un magnífico garañón gris. Hacía muchos años que Jaime no ponía nombre a sus caballos; había visto morir a demasiados en las batallas, y si tenían nombre, resultaba más duro. Pero cuando el joven Piper empezó a llamarlos *Honor* y *Gloria*, le hizo gracia, y se quedaron con los nombres. *Gloria* llevaba arneses color carmesí Lannister; la armadura de *Honor* era del blanco de la Guardia Real. Josmyn Peckledon sujetó las riendas del palafrén para que Jaime montara. El escudero era flaco como una lanza, con las piernas y los brazos largos, el pelo gris ratón y las mejillas cubiertas con una suave pelusa. Lucía la capa carmesí de los Lannister, pero en su jubón aparecían los tres salmonetes púrpura sobre campo amarillo de su propia Casa.

—¿Queréis poneros la mano nueva, mi señor? —le preguntó.

—Ponéosla, Jaime —lo animó Ser Kennos de Kayce—. Saludad con ella al pueblo; le daréis una buena anécdota que contar a sus hijos.

—Mejor no. —Jaime no estaba dispuesto a mostrar una mentira dorada a la multitud. «Que vean el muñón. Que vean al tullido»—. Pero si queréis lo podéis compensar, Ser Kennos. Saludad con las dos manos; sacudid también los pies si os apetece. —Cogió las riendas con la mano izquierda y dio la vuelta al caballo—. Payne —llamó mientras los demás formaban—, vos cabalgaréis a mi lado.

Ser Ilyn Payne se adelantó para situarse junto a Jaime. Parecía un mendigo en una fiesta de gala. Su cota de malla era vieja y oxidada, y la llevaba encima de prendas de cuero endurecido sucias. Ni el hombre ni su montura lucían blasón alguno. Tenía el escudo tan abollado por los golpes que habría sido difícil saber de qué color estuvo pintado en un principio. Con el rostro sombrío y los ojos hundidos, Ser Ilyn podría haberse hecho pasar por la mismísima muerte... como había sucedido durante años.

«Pero ya no.» Ser Ilyn había sido la mitad del precio que exigió Jaime a cambio de tragarse la orden del niño rey como un buen Lord Comandante. La otra mitad

había sido Ser Addam Marbrand.

—Los necesito —le dijo a su hermana, y Cersei prefirió no discutir.

«Lo más probable es que se alegre de librarse de ellos.» Ser Addam era amigo de la infancia de Jaime, y el silencioso verdugo fue siempre leal a su padre. Payne era capitán de la guardia de la Mano cuando le oyeron afirmar que Lord Tywin era el que gobernaba los Siete Reinos y le decía al rey Aerys lo que tenía que hacer. Aerys Targaryen dio orden de que le cortaran la lengua.

—Abrid las puertas —dijo Jaime.

—¡ABRID LAS PUERTAS! —repitió la orden el Jabalí con voz retumbante.

Cuando Mace Tyrell salió por la puerta del Lodazal, en medio del sonido de tambores y violines, había miles de personas en las calles para aclamarlo en su despedida. Los niños se unieron a la marcha y caminaron junto a los soldados de los Tyrell con la cabeza alta y las piernas marcando el paso, mientras sus hermanas les lanzaban besos desde las ventanas.

Aquel día no era así. Unas cuantas prostitutas les gritaban invitaciones al pasar, y un vendedor de empanadas pregonaba su mercancía. En la plaza de los Zapateros, dos gorriones harapientos arengaban a un centenar de ciudadanos y anunciaban la maldición que recaería sobre la cabeza de los impíos y de los adoradores de demonios. La muchedumbre se abrió para dejar paso a la columna. Tanto gorriones como zapateros les lanzaron miradas hoscas.

—Les gusta el olor de las rosas, pero no sienten afecto hacia los leones —observó Jaime—. Mi hermana haría bien en tomar nota.

Ser Ilyn no respondió.

«El compañero perfecto para un viaje largo. Voy a disfrutar mucho con su conversación.».

La mayor parte de sus fuerzas aguardaba al otro lado de las murallas de la ciudad: Ser Addam Marbrand con su avanzadilla de jinetes, Ser Steffon Swyft y el convoy de provisiones, los Cien Santos del anciano Ser Bonifer *el Bueno*, los arqueros a caballo de Sarsfield, el maestre Gulian con cuatro jaulas llenas de cuervos, y doscientos hombres a caballo bajo el mando de Ser Flement Brax. En realidad no se trataba de una gran milicia; era menos de un millar de hombres. Pero el número era lo de menos en Aguasdulces. Ya había todo un ejército de los Lannister asediando el castillo, y una fuerza aún más numerosa de los Frey; el último pájaro que habían recibido indicaba que los asediadores tenían problemas para conseguir provisiones. Brynden Tully lo había asolado todo antes de retirarse tras sus murallas.

«No es que hubiera gran cosa que asolar. —Por lo que había visto en las tierras de los ríos, apenas quedaba un campo sin quemar, una ciudad sin saquear ni una doncella sin violar—. Y ahora me envía mi querida hermana para que termine el trabajo que empezaron Amory Lorch y Gregor Clegane.» Aquello le dejaba un

regusto amargo.

A tan poca distancia de Desembarco del Rey, el camino Real era tan seguro como podía ser un camino en los tiempos que corrían, pero Jaime les pidió a Marbrand y a sus jinetes que se adelantaran.

—Robb Stark me cogió desprevenido en el bosque Susurrante —reconoció Jaime—. No volverá a sucederme.

—Tenéis mi palabra. —El alivio de Marbrand al volver a verse a caballo era evidente; prefería con mucho llevar la capa gris humo de su Casa que la de lana dorada de la Guardia de la Ciudad—. Si hay algún enemigo a menos de doce leguas, lo sabréis de antemano.

Jaime había dado órdenes estrictas de que nadie se apartara de la columna sin su permiso; de lo contrario se encontraría con un montón de jóvenes señores aburridos echando carreras por los prados, espantando al ganado y pisoteando los sembrados. Aún quedaban vacas y ovejas cerca de la ciudad, manzanas en los árboles y bayas en los arbustos, además de campos de cebada, avena y trigo de invierno, y carretas y carros de bueyes en el camino. Más adelante, la situación no sería tan favorable.

Allí a caballo, al frente de un ejército y con el silencioso Ser Ilyn a su lado, Jaime estaba casi satisfecho. Sentía el calor del sol en la espalda, y el viento le acariciaba el cabello como los dedos de una mujer. Cuando Lew Piper *el Pequeño* se acercó al galope con el yelmo lleno de moras, Jaime se comió un puñado y le dijo al chico que compartiera el resto con los demás escuderos y con Ser Ilyn Payne.

Payne parecía tan cómodo con el silencio como con la armadura oxidada y las prendas de cuero. El único ruido que emitía era el de los cascos de su caballo y el tintineo de la espada en la vaina cada vez que cambiaba de postura en la silla de montar. Su rostro picado de viruelas era sombrío, y sus ojos, fríos como el hielo, pero Jaime tenía la sensación de que se alegraba de estar allí.

«Le di a elegir —se recordó—. Podría haber rechazado mi oferta y haber seguido como Justicia del Rey.»

El nombramiento de Ser Ilyn había sido un regalo de bodas de Robert Baratheon al padre de su novia, una prebenda para compensar a Payne por la lengua que había perdido al servicio de la Casa Lannister. Había sido un decapitador excelente. Nunca falló en una ejecución, y sólo en raras ocasiones tuvo que asestar un segundo golpe. Además, su silencio tenía algo que inspiraba terror. Pocas veces había habido una Justicia del Rey tan adecuado para el cargo.

Cuando Jaime decidió llevárselo, fue a buscar a Ser Ilyn a sus habitaciones, al final del paseo del Traidor. El piso superior de la torre baja semicircular estaba dividido en celdas para prisioneros que requiriesen cierto nivel de comodidad: caballeros o señores menores a la espera de que se pagara su rescate o los intercambiaron. La entrada de los calabozos comunes estaba al nivel del suelo, tras

una puerta de hierro forjado y otra de madera gris astillada. En los pisos intermedios se encontraban las habitaciones del Carcelero Jefe, el Lord Confesor y la Justicia del Rey. El cometido de la Justicia era decapitar, pero por tradición también estaba al mando de los calabozos y de sus encargados.

Y Ser Ilyn Payne era la persona menos adecuada para esa tarea. No sabía leer ni escribir y no podía hablar, así que tenía que dejar todos los asuntos en manos de sus subordinados, fueran quienes fueran. Pero el reino no había tenido un Lord Confesor desde tiempos del segundo Daeron, y el último Carcelero Jefe había sido un comerciante de tejidos que le compró el cargo a Meñique durante el reinado de Robert. Sin duda había sacado buen provecho de él durante unos años, hasta que cometió el error de conspirar con otros idiotas ricos para entregarle el Trono de Hierro a Stannis. Se hacían llamar «los Astados», así que Joff ordenó que les clavaran astas en la cabeza antes de tirarlos por las murallas. De modo que le correspondió a Rennifer *Mareslargos*, el jefe de calabozos que decía a quien quisiera escucharlo que llevaba una «gota de dragón», abrirle a Jaime las puertas de los calabozos y guiarlo escaleras arriba, hasta el lugar donde había vivido Ilyn Payne durante quince años.

Las habitaciones apestaban a comida podrida, y los juncos del suelo estaban llenos de sabandijas. Jaime estuvo a punto de tropezar con una rata al entrar. El mandoble de Payne reposaba en una mesa de caballetes, junto a una piedra de afilar y un trozo de hule. El acero estaba inmaculado; el borde mostraba un brillo azul con la luz intensa, pero por el suelo había montones de ropa sucia, y las piezas de armadura esparcidas por doquier estaban rojas de óxido. Jaime perdió la cuenta de las jarras de vino rotas.

«A este hombre, lo único que le importa es matar», pensó mientras Ser Ilyn salía de un dormitorio que apestaba a orinales llenos.

—Su Alteza me envía a recuperar sus tierras de los ríos —le dijo Jaime—. Me gustaría que me acompañarais... Si no os importa dejar atrás todo esto.

La respuesta fue el silencio, junto con una mirada larga, sin parpadear. Pero justo cuando iba a dar la vuelta para salir, Payne asintió.

«Y aquí está, cabalgando conmigo. —Jaime miró a su acompañante—. Puede que aún haya esperanza para nosotros dos.»

Aquella noche acamparon al pie de la colina del castillo de los Hayford. Mientras se ponía el sol, un centenar de tiendas se alzó en la ladera y a lo largo de las orillas del arroyo que discorría junto a ella. Jaime organizó en persona a los centinelas. No esperaba que hubiera problemas tan cerca de la ciudad, pero su tío Stafford también se había creído a salvo en el Cruce de Bueyes. Era mejor no correr riesgos innecesarios.

Cuando les llegó la invitación del castillo para que subieran a cenar con el castellano de Lady Hayford, Jaime acudió acompañado de Ser Ilyn, Ser Addam

Marbrand, Ser Bonifer Hasty, Ronnet *el Rojo*, el Jabalí y otra docena de caballeros y señores menores.

—En fin, tendré que ponerme la mano —le dijo a Peck antes de emprender el ascenso.

El muchacho la cogió de inmediato. La mano estaba cincelada en oro y parecía muy real: las uñas eran incrustaciones de madreperla y los dedos estaban flexionados lo justo para poder agarrar el pie de una copa.

«No puedo luchar, pero sí beber», reflexionó Jaime mientras el chico le abrochaba las cinchas al muñón.

—De hoy en adelante, todos os llamarán Manodeoro, mi señor —le aseguró el armero la primera vez que se la puso en la muñeca.

«Se equivocaba. Me llamarán Matarreyes hasta el día de mi muerte.»

La mano de oro fue objeto de muchos comentarios admirativos durante la cena, al menos hasta que Jaime derribó una copa de vino. En aquel momento se dejó dominar por el genio.

—Si tanto os gusta esta mierda, cortaos la mano de la espada y os la regalo —le dijo a Flement Brax.

Después de aquello cesaron los comentarios relativos a su mano, y pudo beber en paz un poco de vino.

La señora del castillo era Lannister por matrimonio, una niña regordeta que aún gateaba: la habían casado con su primo Tyrek antes de que cumpliera un año. Tal como imponía la etiqueta, les llevaron a Lady Ermesande para que le dieran su aprobación, embutida en una diminuta túnica de hilo de oro con las líneas zigzagueantes verdes y las ondas en verde más claro de la Casa Hayford en diminutas cuentas de jade. Pero la niña no tardó en echarse a llorar, por lo que su ama de cría se la llevó a la cama.

—¿Seguimos sin noticias de Lord Tyrek? —preguntó el castellano mientras le servían la trucha.

—Sí. —Tyrek Lannister había desaparecido durante los disturbios de Desembarco del Rey, mientras Jaime estaba prisionero en Aguasdulces. El muchacho habría cumplido catorce años, suponiendo que siguiera con vida.

—Dirigí la búsqueda en persona por orden de Lord Tywin —intervino Addam Marbrand mientras quitaba las espinas del pescado—, pero no corrí mejor suerte que Bywater: yo tampoco descubrí nada. La última vez que lo vieron estaba a caballo, y en ese momento, la turba rompió la barrera de los capas doradas. Después de aquello... Bueno, encontramos su palafrén, pero no al jinete. Lo más probable es que lo derribaran y lo asesinaran. Pero si fue así, ¿qué pasó con su cadáver? La chusma dejó allí los demás; ¿por qué no el suyo?

—Tendría más valor vivo —señaló Jabalí—. Se pagaría un buen rescate por

cualquier Lannister.

—Sin duda —convino Marbrand—, pero jamás se pidió rescate alguno. El chico se ha esfumado.

—El chico está muerto. —Jaime se había bebido tres copas de vino; la mano dorada le parecía más pesada y torpe por momentos. «Tanto daría que me hubieran hecho un garfio». Si se dieron cuenta de quién era el crío que habían matado, lo tiraron al río, seguro. Temerían la cólera de mi padre; ya la conocían en Desembarco del Rey. Lord Tywin siempre pagaba sus deudas.

—Siempre —asintió Jabalí, y con eso se acabó la conversación.

Pero más tarde, en la habitación de la torre que le habían ofrecido para pasar la noche, Jaime empezó a tener dudas. Tyrek había servido al rey Robert como escudero a la vez que Lancel. Las cosas que se saben pueden ser tan valiosas como el oro y tan mortíferas como una daga. Enseguida le acudió a la mente Varys, siempre sonriente y con su olor a lavanda. El eunuco tenía agentes e informadores por toda la ciudad; para él habría sido sencillo disponer las cosas para que se llevaran a Tyrek en la confusión... siempre que supiera por adelantado que la chusma se iba a amotinar.

«Y Varys lo sabía todo, o eso nos quería hacer creer. Pero no avisó a Cersei de la revuelta, y tampoco bajó a los barcos para despedir a Myrcella.»

Abrió los postigos. La noche era cada vez más fría, y una esquirla de luna brillaba en el cielo. A su luz, la mano tenía un brillo mortecino.

«No me servirá para estrangular eunucos, pero al menos le podrá convertir esa sonrisa babosa en escombros rojos.» Tenía ganas de golpear a alguien.

Ser Ilyn estaba afilando el mandoble cuando Jaime dio con él.

—Ya es la hora —le dijo.

El decapitador se levantó y lo siguió; sus botas de cuero agrietado resonaban contra los empinados peldaños de piedra cuando bajaron por las escaleras. Ante la armería había un patio pequeño. Jaime cogió dos escudos, dos yelmos y un par de espadas romas de torneo. Le tendió una a Payne y cogió la otra con la mano izquierda antes de pasar el brazo derecho por las cinchas del escudo. Los dedos dorados estaban algo curvados, pero no podían agarrar, de manera que no sostenía el escudo con firmeza.

—Habéis sido caballero, ser —dijo Jaime—. Igual que yo. Veamos qué somos ahora.

La respuesta de Ser Ilyn fue alzar la espada, y Jaime se adelantó para atacar. Payne estaba tan oxidado como su cota de malla y no era tan fuerte como Brienne, pero detuvo todos los golpes con su hoja o interpuso el escudo. Danzaron bajo la luna menguante mientras las espadas romas entonaban su canción de acero. Durante un rato, el caballero silencioso se conformó con dejar que Jaime tomara la iniciativa en el baile, pero más adelante empezó a responder a los golpes con golpes. Acertó a

Jaime en el muslo, en el hombro y en el antebrazo. En tres ocasiones hizo que le resonara la cabeza con golpes en el yelmo. Un tajo le arrancó el escudo del brazo derecho y estuvo a punto de romper las correas que le ataban la mano de oro al muñón. Cuando bajaron las espadas, Jaime estaba molido y magullado, pero el vino se había evaporado, y tenía la cabeza despejada.

—Volveremos a bailar —prometió a Ser Ilyn—. Mañana, y pasado mañana. Bailaremos todos los días, hasta que sea tan bueno con la mano izquierda como lo era con la derecha.

Ser Ilyn abrió la boca y emitió un sonido chasqueante.

«Una carcajada», comprendió Jaime. Algo se le revolvió en las tripas.

A la mañana siguiente, nadie tuvo la osadía de mencionar sus magulladuras. Por lo visto no habían oído el estrépito de su lucha a espada en medio de la noche. Pero, mientras bajaban al campamento, Lew Piper *el Pequeño* formuló la pregunta que caballeros y señores no se atrevían a hacer. Jaime le sonrió.

—En Casa Hayford tienen mozas muy ardientes. Son mordiscos de amor, chaval.

Al día radiante y ventoso lo siguió otro encapotado, y luego, tres de lluvia. No los afectaban el viento ni el agua. La columna mantuvo el mismo paso hacia el norte por el camino Real, y cada noche, Jaime daba con un lugar aislado para buscarse más mordiscos de amor. Lucharon en un establo ante la mirada de una mula tuerta, y en la bodega de una posada entre barriles de vino y cerveza. Lucharon entre los restos ennegrecidos de un enorme granero de piedra; en una isleta boscosa, en medio de un arroyo de aguas bajas, y al aire libre mientras la lluvia repiqueteaba suavemente contra sus yelmos y escudos.

Jaime buscaba excusas para sus correrías nocturnas, pero no cometía la estupidez de pensar que los demás las creían. Sin lugar a dudas, Addam Marbrand sabía lo que se hacía, y posiblemente otros capitanes lo sospecharan. Pero nadie hablaba del tema delante de él, y como el único testigo carecía de lengua, no había peligro de que nadie supiera hasta qué punto se había convertido el Matarreyes en un espada incompetente.

No tardaron en ver los rastros de la guerra por todas partes. En los sembradíos crecían malas hierbas, espinos y arbustos, en lugar del trigo otoñal que tendría que estar a punto para la cosecha; apenas había viajeros por el camino Real, y los lobos gobernaban aquel mundo fatigado desde el ocaso hasta el amanecer. Casi todos los animales eran suficientemente cautelosos para mantener las distancias, pero un jinete de la avanzadilla de Marbrand vio como mataban a su caballo cuando desmontó para mear.

—Ningún animal sería tan osado —declaró Bonifer *el Bueno*, el del rostro severo y triste—. Son demonios con piel de lobo; los envían para castigarnos por nuestros pecados.

—Este caballo debió de cometer pecados terribles —replicó Jaime ante lo que quedaba del pobre animal.

Dio orden de que trocearan el resto de la carne y la pusieran en salazón; tal vez la necesitaran más adelante.

En un lugar llamado Cuerno de la Puerca encontraron a un anciano caballero llamado Ser Roger Hogg, sentado con testarudez en su torreón, con seis soldados, cuatro ballesteros y una veintena de campesinos. Era un hombretón corpulento e irritable, y Ser Kennos comentó que tal vez se tratara de un Crakehall, ya que su blasón era un jabalí pinto. Por lo visto, el Jabalí también lo creía, ya que se pasó una hora interrogando a Ser Roger sobre sus antepasados.

A Jaime le interesaba más lo que pudiera decirles de los lobos.

—Tuvimos problemas con una manada que llevaba la estrella blanca —le dijo el viejo caballero—. Vinieron a husmear después de vos, mi señor, pero conseguimos echarlos, y enterramos a tres entre los nabos. Antes llegó una manada de putos leones, y disculpad la expresión. El que los comandaba tenía una mantícora en el escudo.

—Ser Amory Lorch —le aclaró Jaime—. Mi señor padre le dio orden de asolar las tierras de los ríos.

—De las que no formamos parte —replicó Ser Roger Hogg con tenacidad—. Le debo lealtad a la Casa Hayford, y Lady Ermesande hinca su pequeña rodilla ante Desembarco del Rey, o bueno, la hincará cuando sepa andar. Se lo dije, pero ese tal Lorch no quiso escucharme. Mató a la mitad de mis ovejas y a tres buenas cabras que daban leche, y trató de achicharrarme en mi torre. Pero las paredes son de piedra maciza, de tres varas de grosor, así que, cuando se consumió el fuego, se hartó y se fue. Luego llegaron los lobos, los de cuatro patas, y se comieron las ovejas que me había dejado la mantícora. A cambio me cobré unas cuantas pieles, pero con eso no llenamos el estómago. ¿Qué podemos hacer, mi señor?

—Sembrar —dijo Jaime—, y rezar para obtener una cosecha tardía.

No era una respuesta que infundiera muchas esperanzas, pero no tenía otra.

Al día siguiente, la columna cruzó el arroyo que marcaba los límites entre las tierras que debían lealtad a Desembarco del Rey y las de Aguasdulces. El maestre Gulian consultó un mapa y anunció que aquellas colinas eran dominio de los hermanos Wode, dos caballeros vasallos de Harrenhal... Pero sus hogares habían sido de adobe y madera, y sólo quedaban unas pocas vigas ennegrecidas.

No había rastro de los Wode ni de sus vasallos, aunque unos bandidos se habían refugiado en las bodegas, bajo el torreón del segundo hermano. Uno de ellos vestía los restos andrajosos de una capa carmesí, pero Jaime lo ahorcó junto con los demás. Se sintió bien. Aquello era justicia.

«Tómalo por costumbre, Lannister, y quizá sí que acaben por llamarte

Manodeoro. Manodeoro el Justo.»

A medida que se acercaban a Harrenhal, el mundo era cada vez más gris. Cabalgaron bajo cielos plomizos, junto a aguas que brillaban tan viejas y frías como una lámina de acero batido. Jaime no pudo dejar de preguntarse si Brienne lo habría precedido.

«Si cree que Sansa Stark trató de llegar a Aguasdulces...» Si se hubieran encontrado con otros viajeros, tal vez se habría detenido a preguntarles si habían visto por casualidad a una hermosa doncella con el cabello castaño rojizo, o a otra grande y fea con una cara que cortaba la leche. Pero en los caminos no había más que lobos, y sus aullidos no le dieron la respuesta.

Las torres de la locura de Harren *el Negro* aparecieron por fin al otro lado de las aguas plomizas del lago: cinco dedos retorcidos de piedra negra y deformes que se alzaban hacia el cielo. Meñique había recibido el título de Señor de Harrenhal, pero por lo visto no tenía prisa en ocupar su nuevo asentamiento, así que a Jaime le había correspondido la misión de poner orden en Harrenhal, de camino a Aguasdulces.

De lo que no cabía duda era de que hacía falta poner orden. Gregor Clegane les había arrebatado el inmenso castillo sombrío a los Titiriteros Sangrientos antes de que Cersei lo llamara a Desembarco del Rey. Sin duda, los hombres de la Montaña seguirían armando bulla allí como guisantes secos en una armadura, pero no eran los más indicados para restablecer la paz del rey en el Tridente. La única paz que habían proporcionado jamás era la de la tumba.

Los jinetes de avanzadilla de Ser Addam habían informado de que las puertas de Harrenhal estaban cerradas y atrancadas. Jaime alineó a sus hombres ante ellas y le ordenó a Ser Kennos de Kayce que hiciera sonar el Cuerno de Herrock, negro, retorcido, con abrazaderas de oro viejo.

Tres llamadas retumbaron contra las paredes antes de que se oyera el gemido de las bisagras de hierro y las puertas se abrieran lentamente. Las murallas de la locura de Harren *el Negro* eran tan gruesas que Jaime pasó bajo una docena de matacanes antes de encontrarse de repente bajo la luz del patio donde se había separado de los Titiriteros Sangrientos, no hacía tanto tiempo. En la tierra prensada crecían malas hierbas; las moscas zumbaban en torno a los restos de un caballo.

Unos cuantos hombres de Ser Gregor salieron de las torres para verlo desmontar, todos con ojos duros, con boca dura.

«No podían ser de otra manera para cabalgar con la Montaña.» Lo único bueno que se podía decir de los hombres de Gregor era que no se trataba de una chusma tan cruel y violenta como la de la Compañía Audaz.

—Anda y que me jodan, si es Jaime Lannister —exclamó de repente un soldado de pelo canoso—. Es el Matarreyes, muchachos. ¡Anda y que me jodan con una lanza!

—¿Quién eres tú? —preguntó Jaime.

—El ser me llamaba Bocasucia, si a mi señor le parece bien. —Se escupió en las manos y se frotó las mejillas como si con eso fuera a estar más presentable.

—Qué encanto. ¿Eres tú el que está al mando?

—¿Yo? Mierda, claro que no. Mi señor. ¡Anda y que me jodan con una lanza! —Bocasucia tenía suficientes migas en la barba para alimentar a toda la guarnición. Jaime no pudo contener una carcajada. El soldado lo consideró un estímulo—. ¡Anda y que me jodan con una lanza! —dijo otra vez, también riéndose.

—Ya lo habéis oído —le dijo Jaime a Ilyn Payne—. Buscad una buena lanza, que sea bien larga, y metédsela por el culo.

Ser Ilyn no tenía lanza, pero Jon Bettley, *el Lampiño*, le tiró una de buena gana. Las carcajadas ebrias de Bocasucia cesaron al instante.

—A mí no os acerquéis con eso.

—Pues decídete de una vez —replicó Jaime—. ¿Quién está al mando aquí? ¿Ser Gregor nombró castellano a alguien?

—A Polliver —respondió otro hombre—, pero el Perro lo mató, mi señor. A él y al Cosquillas, y también a ese chico de Sarsfield.

«Otra vez el Perro.»

—¿Estáis seguros de que fue Sandor? ¿Lo visteis?

—Nosotros no, mi señor. Nos lo dijo un posadero.

—Fue en la posada de la encrucijada, mi señor —intervino un hombre más joven con una mata de pelo color arena. Llevaba la cadena de monedas que perteneciera a Vargo Hoat, monedas de medio centenar de ciudades lejanas, de plata y de oro, de cobre y de bronce, monedas cuadradas y redondas, triángulos, aros y fragmentos de hueso—. El posadero juró que el que lo hizo tenía media cara quemada. Sus putas dijeron lo mismo. Sandor viajaba con un crío, un campesino harapiento. Por lo que nos contaron, hicieron trizas a Polly y al Cosquillas, y se fueron a caballo en dirección al Tridente.

—¿Enviasteis hombres tras ellos?

Bocasucia frunció el ceño como si la sola idea le resultara dolorosa.

—No, mi señor. Mierda, claro que no.

—Cuando un perro está rabioso hay que rebanarle el cuello.

—Bueno... —El hombre se frotó la boca—. Polly no me caía bien, mierda, y el Perro, pues era el hermano del ser, así que...

—Somos duros, mi señor —intervino el que llevaba las monedas—, pero hay que estar loco para enfrentarse al Perro.

Jaime se quedó mirándolo.

«Es más valiente que los demás y no está tan borracho como Bocasucia.»

—Tuvisteis miedo de él.

—Yo no diría miedo, mi señor. Se lo dejábamos a hombres que nos aventajaran. A alguien como el ser. O como vos.

«Como yo cuando aún tenía dos manos.» Jaime no se hacía ilusiones: en aquellos momentos, Sandor acabaría con él sin siquiera sudar.

—¿Cómo te llamas?

—Rafford, si os parece bien. Me suelen llamar Raff.

—Raff, reúne a la guarnición de la Sala de las Cien Chimeneas. También a los prisioneros. Quiero verlos. Y a las putas de la encrucijada. Ah, y a Hoat. Me quedé consternado al enterarme de su muerte. Quiero ver su cabeza.

Cuando se la llevaron, advirtió que le habían cortado los labios, las orejas y buena parte de la nariz. Los cuervos le habían devorado los ojos. De todos modos, aún resultaba reconocible: era la Cabra. Jaime habría identificado aquella barba en cualquier lugar; era un mechón absurdo de tres palmos de largo que colgaba de una barbilla puntiaguda. Por lo demás, al cráneo del qohoriense apenas le quedaban unas tiras de pellejo.

—¿Dónde está el resto? —preguntó.

Nadie quiso decírselo. Por último, Bocasucia bajó la vista.

—Podrido, ser. Y comido.

—Había un prisionero que no hacía más que suplicar comida —reconoció Rafford—, así que el ser dijo que le diéramos cabra asada. Lo malo es que al qohoriense no le quedaba mucha carne. El ser le había cortado las manos y los pies, y luego, los brazos y las piernas.

—El maricón gordo se comió la mayor parte —aportó Bocasucia—, pero el ser se encargó de que la probaran todos los prisioneros. Y la Cabra también, a sí mismo. El muy gilipollas no paraba de babear mientras le dábamos de comer; la grasa le corría por la barba.

«Padre, tus dos perros se han vuelto locos», pensó Jaime. Recordó las historias que le habían contado de niño en Roca Casterly sobre Lady Lothston, que había enloquecido, se bañaba en sangre y organizaba banquetes de carne humana entre aquellos mismos muros.

La venganza había perdido todo su sabor.

—Tira esto al lago. —Jaime le lanzó a Peck la cabeza de Hoat y se volvió hacia la guarnición—. Ser Bonifer Hasty se hará cargo de Harrenhal en nombre de la corona hasta que llegue Lord Petyr. Aquellos que lo deseéis podéis uniros a él, si os acepta. Los demás cabalgaréis conmigo hacia Aguasdulces.

Los hombres de la Montaña intercambiaron miradas.

—Están en deuda con nosotros —dijo uno—. El ser nos lo prometió. Una copiosa recompensa, nos dijo.

—Con esas palabras —corroboró Bocasucia—. «Una copiosa recompensa para

los que cabalguen conmigo».

Una docena de hombres se unió a las protestas.

Ser Bonifer alzó una mano enguantada.

—Todo el que se quede conmigo recibirá ochenta fanegas de tierra para trabajarlas, otro tanto cuando se case y otras ochenta cuando nazca su primer hijo.

—¿Tierra, ser? —Bocasucia escupió—. Me cago en la tierra. Para arar como imbéciles nos habríamos quedado en casa, con vuestro perdón, ser. El ser dijo «una copiosa recompensa». O sea, oro.

—Si tenéis alguna queja, id a Desembarco del Rey y presentádsela a mi querida hermana. —Jaime se volvió hacia Rafford—. Ahora quiero ver a los prisioneros, empezando por Ser Wylis Manderly.

—¿El gordo? —preguntó Rafford.

—Espero sinceramente que sí. Y no me relatéis la triste historia de cómo murió, o puede que os suceda a todos lo mismo.

Si había albergado alguna esperanza de encontrar a Shagwell, a Pyg o a Zollo pudriéndose en las mazmorras, se llevó una gran decepción. Por lo visto, toda la Compañía Audaz había abandonado a Vargo Hoat. De la servidumbre de Lady Whent sólo quedaban tres personas: el cocinero que le había abierto la poterna a Ser Gregor, un herrero encorvado llamado Ben *Pulgarnegro* y una muchacha llamada Pia, que ya no era tan hermosa como cuando Jaime la había visto por última vez. Le habían roto la nariz y le habían saltado la mitad de los dientes. Al ver a Jaime, la chica cayó a sus pies entre sollozos y se le aferró a la pierna con fuerza histérica, hasta que el Jabalí consiguió arrancarla.

—Nadie te va a hacer daño —le dijo, pero sólo consiguió que sollozara con más fuerza.

Los otros prisioneros habían recibido mejor trato. Ser Wylis Manderly estaba entre ellos, junto con otros norteños de noble cuna que había hecho cautivos la Montaña que Cabalga en las batallas de la orilla del Tridente. Eran rehenes útiles; cada uno valía un buen rescate. Estaban sucios y andrajosos, y algunos tenían golpes recientes o dientes rotos, o les faltaban dedos, pero les habían lavado y vendado las heridas, y ninguno había pasado hambre. Jaime se preguntó si tendrían alguna sospecha de lo que habían estado comiendo, pero optó por no preguntar.

A ninguno le quedaban ganas de mostrarse desafiante, y a Ser Wylis menos que a nadie. Era un tonel de sebo con barba, ojos estúpidos, y papada cetrina y temblorosa. Cuando Jaime le dijo que lo escoltarían hasta Poza de la Doncella y allí tomaría un barco hacia Puerto Blanco, se derrumbó en un charco y sollozó más aún que Pía. Hicieron falta cuatro hombres para ponerlo en pie.

«Demasiada cabra asada —reflexionó Jaime—. Dioses, cómo odio este puto castillo.» Harrenhal había presenciado más horrores en trescientos años que Roca

Casterly en tres mil.

Jaime ordenó que se encendieran fuegos en la Sala de las Cien Chimeneas y mandó al cocinero a sus cocinas para que les preparase una comida caliente a los hombres de su columna.

—Cualquier cosa menos cabra.

Él cenó en la Sala del Cazador con Ser Bonifer Hasty, un hombre flaco y solemne, propenso a salpicar sus frases con alusiones a los Siete.

—No quiero a ningún seguidor de Ser Gregor —declaró mientras cortaba una pera tan seca como él, de tal forma que parecía procurar a toda costa que ni una gota de su zumo inexistente le salpicara el inmaculado jubón violeta bordado con las dos bandas estrechas y la central más ancha, todas blancas, de su Casa—. No tendré a mi servicio a semejantes pecadores.

—Mi septón decía que todos los hombres son pecadores.

—No se equivocaba —reconoció Ser Bonifer—, pero hay pecados más negros que otros, más hediondos a la nariz de los Siete.

«Y vos tenéis tan poca nariz como mi hermano pequeño; de lo contrario, mis pecados os harían vomitar esa pera.»

—Muy bien. Os quitaré de encima a la pandilla de Gregor.

Siempre le serían útiles unos cuantos soldados más. Aunque no fuera para otra cosa, podía enviarlos los primeros por las escalerillas si había que tomar Aguasdulces por asalto.

—Llevaos también a la ramera —le pidió Ser Bonifer—. Ya sabéis cuál. La chica de las mazmorras.

—Pia. —La última vez que había estado allí, Qyburn le había enviado a la chica a su cama, pensando que eso le agradaría. Pero la Pia que sacaron de las mazmorras era muy diferente de la muchachita dulce, simple y risueña que se había metido bajo sus mantas. Había cometido el error de hablar cuando Ser Gregor quería silencio, así que la Montaña le destrozó los dientes con el puño enfundado en un guantelete, y también le rompió la linda naricilla. Sin duda le habría hecho algo mucho peor si Cersei no lo hubiera llamado a Desembarco del Rey para que se enfrentara a la lanza de la Víbora Roja. Jaime no pensaba guardar luto por él—. Pia nació en este castillo —le dijo a Ser Bonifer—. No conoce otro hogar.

—Es una fuente de corrupción —replicó Ser Bonifer—. No la quiero cerca de mis hombres, exhibiendo sus... partes.

—No creo que se exhiba ya mucho —respondió—, pero si tanto os molesta, me la llevaré. —Siempre podía trabajar para él como lavandera. A sus escuderos no les importaba plantarle la carpa, cuidar de su caballo ni limpiarle la armadura, pero la tarea de ocuparse de su ropa les parecía muy poco viril—. ¿Podréis defender Harrenhal sólo con vuestros Cien Santos? —preguntó Jaime.

En realidad deberían llamarse *Ochenta y Seis Santos*, ya que habían perdido a catorce en el Aguasnegras, pero no le cabía duda de que Ser Bonifer volvería a tener un centenar en cuanto encontrara reclutas suficientemente piadosos.

—No creo que haya dificultades. La Vieja iluminará nuestro camino, y el Guerrero dará fuerza a nuestros brazos.

«O el Desconocido vendrá a buscaros a todos muy santamente.» Jaime no tenía manera de saber quién había convencido a su hermana para que nombrara a Ser Bonifer castellano de Harrenhal, pero aquello le olía a Orton Merryweather. Le parecía recordar que Hasty había servido al bisabuelo de Merryweather, y el justicia mayor pelirrojo era de la clase de tontos que supondrían que alguien al que llamaban el Bueno sería la pócima que necesitaban las tierras de los ríos para curar las heridas que habían dejado Roose Bolton, Vargo Hoat y Gregor Clegane.

«Pero puede que no se equivoque.» Hasty procedía de las tierras de la tormenta, así que no tenía amigos ni enemigos en el Tridente: ninguna disputa sangrienta, ninguna deuda pendiente, ningún deber para con nadie. Era sobrio, justo y obediente; sus Ochenta y Seis Santos eran soldados disciplinados, y era hermoso verlos desfilar en sus altos capones grises. La reputación de sus hombres era tan inmaculada que Meñique bromeaba diciendo que Ser Bonifer debía de haber castrado también a los jinetes.

Pese a todo, Jaime albergaba dudas hacia cualquier grupo de soldados más conocido por la belleza de sus caballos que por los enemigos a los que había matado.

«Me imagino que rezarán bien, pero ¿sabrán pelear?» Que él supiera, no se habían deshonrado en el Aguasnegras, pero tampoco se habían distinguido. El propio Ser Bonifer había sido de joven un caballero prometedor, pero algo le había sucedido, una derrota, una deshonra, un escarceo con la muerte, y después había decidido que las justas eran una vanidad huera y había dejado la lanza definitivamente.

«Pero alguien tiene que defender Harrenhal, y aquí el amigo Baelor *Culosanto* es el elegido de Cersei.»

—Este castillo tiene mala fama —le advirtió—, y no es inmerecida. Se dice que Harren y sus hijos todavía recorren sus habitaciones por las noches, y que cualquiera que los vea estalla en llamas.

—No me dan miedo las sombras, ser. Está escrito en *La estrella de siete puntas*: los espíritus y los espectros no tienen ningún poder contra el hombre piadoso que lleve la Fe como armadura.

—Pues poneos una armadura de fe, pero reforzadla con una buena cota de malla. Todo el que ha estado al mando en este castillo ha terminado mal. La Montaña, la Cabra... Hasta mi padre.

—Si no os importa que os lo diga, no eran hombres piadosos como nosotros. El Guerrero nos defiende, y siempre habrá ayuda cerca por si algún enemigo nos

amenazara. El maestre Gulian se va a quedar con sus cuervos; Lord Lancel se encuentra en Darry con su guarnición, y Lord Randyll defiende Poza de la Doncella. Entre los tres podremos dar caza a los bandidos que ronden por aquí y aniquilarlos. Cuando lo logremos, los Siete guiarán a los campesinos bondadosos de regreso a sus aldeas, para que las reconstruyan y vuelvan a sembrar.

«Al menos a los que no mató la Cabra.» Jaime colocó los dedos dorados en torno al pie de la copa de vino.

—Si cae en vuestras manos algún miembro de la Compañía Audaz de Hoat, avisadme de inmediato.

El Desconocido se había llevado a la Cabra antes de que Jaime pudiera dar con él, pero aún quedaba Zollo, y también Shagwell, Rorge, Urswyck *el Fiel* y los demás.

—¿Para qué podáis torturarlos y matarlos?

—¿Qué haríais vos en mi lugar? ¿Perdonarlos?

—Si se arrepintieran sinceramente de sus pecados... Sí, los abrazaría a todos como hermanos y rezaría con ellos antes de mandarlos al patíbulo. Los pecados se pueden perdonar; los crímenes hay que castigarlos. —Hasty juntó las yemas de los dedos ante sí, en un gesto que incomodó a Jaime; le recordaba demasiado a su padre —. ¿Qué queréis que hagamos si damos con Sandor Clegane?

«Rezar —pensó Jaime— y correr.»

—Mandallo con su amado hermano y dad gracias a los dioses por haber creado siete infiernos. Con uno no bastaría para retener a los dos Clegane. —Se puso en pie con torpeza—. Beric Dondarrion es otra cuestión. Si lo capturáis, esperad a mi regreso. Quiero llevarlo a Desembarco del Rey con una soga al cuello, y que Ser Ilyn le corte la cabeza donde medio reino lo pueda ver.

—¿Y ese sacerdote myriense que cabalga con él? Se dice que va divulgando la fe falsa que profesa.

—Matadlo, besadlo o rezad con él, como queráis.

—No tengo el menor deseo de besarla, mi señor.

—Seguro que él siente lo mismo por vos. —La sonrisa de Jaime se transformó en un bostezo—. Disculpadme, pero si no tenéis objeción, os dejo.

—Por supuesto, mi señor —respondió Hasty. Sin duda tenía ganas de rezar.

Jaime tenía ganas de luchar. Bajó los escalones de dos en dos para salir adonde el aire de la noche era fresco y vigorizante. Jabalí y Ser Flement Brax se estaban enfrentando en el patio, a la luz de las antorchas, rodeados de soldados que los jaleaban.

«Vencerá Ser Lyle —supo—. Tengo que encontrar a Ser Ilyn.» Volvían a picarle los dedos. Se alejó del ruido y de la luz, pasó bajo el puente cubierto y atravesó el patio de la Piedra Líquida antes de darse cuenta de adonde lo guiaban sus pasos.

Al acercarse al foso del oso vio la luz blanquecina y fría de un farol, que se

derramaba por las gradas de piedra.

«Parece que se me han adelantado.» El foso sería un buen lugar para bailar, y tal vez Ser Ilyn hubiera pensado lo mismo.

Pero el caballero que había ante el foso era más corpulento, tenía barba y vestía un jubón rojo y blanco adornado con grifos.

«Connington. ¿Qué hace aquí?» Abajo, el cadáver del oso yacía aún en la arena, aunque ya sólo quedaban los huesos y la piel enmarañada y medio enterrada. Jaime sintió una punzada de compasión por el animal. «Al menos murió luchando.»

—Hola, Ser Ronnet —saludó—, ¿os habéis extraviado? Es un castillo muy grande, lo sé.

Ronnet *el Rojo* alzó el farol.

—Quería ver el lugar donde el oso bailó con la no tan hermosa doncella. —Con aquella luz, su barba brillaba como si fuera de fuego. A Jaime le llegó el olor a vino de su aliento—. ¿Es verdad que la moza luchó desnuda?

—¿Desnuda? No. —Se preguntó a quién se le habría ocurrido incorporar aquel detalle a la historia—. Los Titiriteros le pusieron un vestido de seda rosa y le dieron una espada de torneo. La Cabra quería que su muerte fuera «divertida». De lo contrario...

—... sólo con ver a Brienne desnuda, el oso habría huido aterrado. —Connington se echó a reír. Jaime no.

—Habláis como si conocierais a la dama.

—Fui su prometido.

Aquello lo cogió por sorpresa. Brienne no había mencionado ningún compromiso.

—Su padre le buscó marido...

—Tres veces —asintió Connington—. Yo fui la segunda intentona. Cosas de mi padre. Me habían dicho que la moza era fea, y se lo dije, pero me respondió que con la vela apagada, todas las mujeres son iguales.

—Vuestro padre. —Jaime examinó el jubón de Ronnet *el Rojo*, donde dos grifos se enfrentaban sobre campo de gules y plata. «Grifos danzando»—. Era el... hermano de nuestra difunta Mano, ¿no?

—El primo. Lord Jon no tenía hermanos.

—No.

De pronto lo recordó todo. Jon Connington había sido amigo del príncipe Rhaegar. Cuando Merryweather fracasó en su intento de contener la Rebelión de Robert y no hubo manera de localizar al príncipe Rhaegar, Aeris recurrió al mejor que le quedaba, y le otorgó a Connington el cargo de Mano. Pero el Rey Loco siempre estaba amputándose las manos. De Lord Jon se deshizo tras la batalla de las Campanas: lo despojó de tierras, honores y riquezas, y lo expulsó al otro lado del mar para que muriera en el exilio, a lo que él contribuyó matándose a base de bebida. En

cambio, su primo, el padre de Ronnet *el Rojo*, se había unido a la rebelión, y después del Tridente obtuvo el Nido del Grifo como recompensa. Pero sólo el castillo: Robert se quedó con el oro, y repartió la mayor parte de las tierras de los Connington entre sus partidarios más fervorosos.

Ser Ronnet era un caballero con unas pocas tierras, nada más. Para una persona en su situación, la Doncella de Tarth sería una fruta muy apetecible.

—¿Cómo es que no os casasteis? —preguntó Jaime.

—Uf, fui a Tarth y la vi. Le sacaba seis años, y aun así tenía mi altura. Era como una puerca vestida de seda, aunque las puercas tienen las tetas más grandes. Cuando intentaba hablar, casi se ahogaba con su propia lengua. Le di una rosa y le dije que era lo único que iba a obtener de mí. —Connington contempló el foso—. El oso no era tan peludo como ese monstruo, os lo...

La mano dorada de Jaime le golpeó la boca con tal fuerza que el otro caballero cayó rodando por las gradas. El farol se le escapó de las manos y se rompió, y el aceite se extendió y empezó a arder.

—Habláis de una dama de noble cuna, ser. Llamadla por su nombre. Llamadla Brienne.

Connington se alejó a cuatro patas de las llamas que se extendían.

—Brienne. Como quiera mi señor. —Escupió una flema ensangrentada a los pies de Jaime—. Brienne *la Bella*.

CERSEI (6)

El ascenso hasta la cima de la colina de Visenya fue lento. Mientras los caballos se esforzaban en la subida, la Reina se recostó contra un mullido cojín rojo. Fuera se oía la voz de Ser Osmund Kettleblack.

—¡Abrid paso! ¡Despejad la calle! ¡Abrid paso a Su Alteza la Reina!

—Margaery tiene una cohorte muy animada —iba diciéndole Lady Merryweather —. Hay malabaristas, cómicos, poetas, titiriteros...

—¿Y bardos? —quiso saber Cersei.

—En abundancia, Alteza. Hamish *el Arpista* toca para ella cada dos semanas, y a veces Alaric de Eysen nos entretiene en las veladas, pero su favorito es el Bardo Azul.

Cersei lo recordaba de la boda de Tommen.

«Joven; joven y atractivo. Tal vez ahí haya algo.»

—Tengo entendido que también hay otros hombres. Caballeros y cortesanos. Admiradores. Decidme la verdad, mi señora, ¿creéis que Margaery sigue siendo doncella?

—Ella dice que sí, Alteza.

—Ya lo sé. ¿Y qué decís vos?

Los ojos negros de Taena tenían un brillo travieso.

—Cuando se casó con Lord Renly en Altojardín, ayudé a quitarle la túnica para el encamamiento. Su señoría era un hombre de cuerpo bello y lleno de deseo; saltaba a la vista cuando lo metimos en la cámara nupcial, donde su esposa lo aguardaba desnuda como el día de su nombre, toda ruborizada bajo las colchas. Ser Loras la había llevado arriba en persona. Margaery puede decir que el matrimonio no llegó a consumarse, que Lord Renly había bebido demasiado en el banquete de bodas, pero os aseguro que, la última vez que lo vi, lo que tenía entre las piernas no estaba precisamente mustio.

—¿Visteis por casualidad el lecho nupcial a la mañana siguiente? —preguntó Cersei—. ¿La chica había sangrado?

—No se mostraron las sábanas, Alteza.

«Lástima.» Pero la ausencia de sangre, por sí sola, no demostraba nada. Había oído que las campesinas sangraban como pueras la noche de bodas, pero el caso de las doncellas de noble cuna, como Margaery Tyrell, era distinto. Se decía que era más habitual que la hija de un señor perdiera la virginidad a lomos de un caballo que en el lecho con su esposo, y Margaery llevaba montando desde que tuvo edad para caminar.

—Tengo entendido que la Reina cuenta con muchos admiradores entre los caballeros de nuestra Casa. Los gemelos Redwyne, Ser Tallad... Decidme, ¿alguien

más?

Lady Merryweather se encogió de hombros.

—Ser Lambert, ese imbécil que se oculta un ojo sano con un parche. Bayard Norcross. Courtenay Greenhill. Los hermanos Woodwright; a veces, Portifer; Lucantine más a menudo. Ah, y el Gran Maestre Pycelle la visita con frecuencia.

—¿Pycelle? ¿De verdad? —¿Acaso el viejo gusano pensaba cambiar al león por la rosa? «Si es así, lo lamentará»—. ¿Quién más?

—El isleño del verano, con su capa de plumas. ¿Cómo me he podido olvidar de él, con esa piel más negra que la tinta? Hay otros que van para presentar sus respetos a sus primas. Elinor está prometida al joven Ambrose, pero le gusta coquetear, y Megga tiene un pretendiente nuevo cada dos semanas. En cierta ocasión besó a un pinche en la cocina. Me he enterado de que piensan casarla con el hermano de Lady Bulwer, pero, si Megga pudiera elegir, estoy segura de que preferiría a Mark Mullendore.

Cersei se echó a reír.

—¿El caballero mariposa que perdió el brazo en el Aguasnegras? ¿Para qué quiere medio hombre?

—Megga lo considera encantador. Le ha pedido a Lady Margaery que la ayude a buscar un mono para él.

—Un mono. —La Reina no supo qué decir. «Gorriones y monos. No cabe duda: el reino se está volviendo loco»—. ¿Qué hay de nuestro valeroso Ser Loras? ¿Visita a menudo a su hermana?

—Más que ningún otro. —Taena frunció el ceño, y se formó una línea entre sus ojos oscuros—. Va a verla todas las mañanas y todas las noches, a menos que eso interfiera en sus deberes. Su hermano la quiere con devoción, lo comparten todo con... Oh... —Durante un momento, la myriense casi pareció commocionada. Luego, una amplia sonrisa se abrió camino en su rostro—. He tenido un pensamiento muy malvado, Alteza.

—Entonces, no lo digáis en voz alta. La colina está llena de gorriones y, como todos sabemos, los gorriones aborrecen la maldad.

—Por lo que se dice, también aborrecen el agua y el jabón, Alteza.

—Puede que el exceso de oraciones atrofie el olfato. Se lo preguntaré a Su Altísima Santidad.

Los cortinajes oscilaban adelante y atrás en oleadas de seda carmesí.

—Orton me ha dicho que el Septón Supremo no tiene nombre —dijo Lady Taena—. ¿Cómo es posible? En Myr todos tenemos nombre.

—Bueno, lo tuvo, como todos. —La Reina hizo un gesto con la mano para indicar que aquello carecía de importancia—. Hasta los septones de sangre noble utilizan solamente los nombres que se les asignan cuando hacen los votos, y quien asciende a

Septón Supremo pierde también ese nombre. La Fe dicta que ya no necesita nombre humano, porque se ha convertido en la encarnación de los dioses.

—Entonces, ¿cómo se distingue a un Septón Supremo de otro?

—Con dificultad. Hay que decir «el gordo», o «el que había antes del gordo», o «el que murió mientras dormía». Siempre se les puede sonsacar el nombre con el que nacieron, pero no les gusta que los llamen por él. Les recuerda que llegaron al mundo como vulgares hombres, y eso no les agrada.

—Dice mi señor esposo que este nuevo nació con tierra debajo de las uñas.

—Lo mismo sospecho yo. Lo habitual es que los Máximos Devotos elijan a uno de los suyos, pero ha habido excepciones. —El Gran Maestre Pycelle le había narrado la historia con todo tedioso detalle—. Durante el reinado del rey Baelor *el Santo* se eligió Septón Supremo a un simple picapedrero. Trabajaba la piedra tan bien que Baelor decidió que era el Herrero en carne mortal. No sabía leer ni escribir, y era incapaz de recordar las oraciones más sencillas. Se dice que la Mano de Baelor lo envenenó para ahorrar tamaña vergüenza al reino. Tras su muerte, el elegido fue un niño de ocho años, otra vez por imposición del rey Baelor. Su Alteza declaró que el pequeño hacía milagros, aunque sus manitas sanadoras no pudieron curarlo tras su último ayuno.

Lady Merryweather dejó escapar una carcajada.

—¿Ocho años? Tal vez mi hijo pueda llegar a Septón Supremo. Tiene casi siete.

—¿Reza mucho? —inquirió la Reina.

—La verdad es que prefiere jugar con espadas.

—Entonces es un niño de verdad, sí. ¿Será capaz de recitar los nombres de los Siete?

—Supongo.

—En ese caso, lo tendré en cuenta.

Cersei no dudaba de que había muchos niños que honrarían la corona de cristal mejor que el imbécil al que habían decidido entregársela los Máximos Devotos.

«Eso pasa por dejar que los idiotas y los cobardes se gobieren a sí mismos. La próxima vez seré yo quien elija a su amo.» Y la próxima vez no tardaría en llegar, si el nuevo Septón Supremo seguía molestandola. En aquellas cuestiones, la Mano de Baelor no podría darle muchas lecciones a Cersei.

—¡Despejad el camino! —gritaba Ser Osmund Kettleblack—. ¡Abrid paso a Su Alteza la Reina!

La litera empezó a detenerse, lo que sólo podía significar que estaban cerca de la cima de la colina.

—Deberíais traer a vuestro hijo a la corte —le dijo Cersei a Lady Merryweather—. Con seis años no es tan pequeño. Tommen tiene que estar con otros niños. ¿Por qué no el vuestro?

Que ella recordara, Joffrey no había tenido nunca amigos de su edad.

«El pobre estuvo siempre solo. Cuando era pequeña, yo tenía a Jaime... y a Melara, hasta que se cayó al pozo. —Joff se había encariñado con el Perro, claro, pero aquello no era amistad de verdad. Simplemente buscaba al padre que nunca encontró en Robert—. Una especie de hermano pequeño puede ser lo que necesita Tommen para alejarse de Margaery y sus gallinas.» Quizá con el tiempo se hicieran tan amigos como lo fueron Robert y Ned Stark. «Un imbécil, pero un imbécil leal. Tommen va a necesitar amigos leales que le guarden las espaldas.»

—Vuestra Alteza es muy amable, pero el único hogar que ha conocido Russell es Granmesa. Me temo que en una ciudad tan grande se sentiría perdido.

—Al principio —reconoció la Reina—, pero pronto se acostumbrará, como me pasó a mí. Cuando mi padre me envió a la corte, lloré mucho, y Jaime se enfureció, hasta que mi tía se sentó conmigo en el Jardín de Piedra y me dijo que en Desembarco del Rey no había nadie de quien debiera tener miedo.

—Sois una leona —respondió la otra mujer—; son las bestias inferiores las que deben temeros.

—Vuestro hijo también encontrará el valor. Sin duda os gustaría más tenerlo cerca, donde pudierais verlo a diario. Es vuestro único hijo, ¿verdad?

—Por ahora. Mi señor esposo ha rogado a los dioses para que nos bendigan con otro hijo, por si...

—Lo sé.

Pensó en Joffrey, llevándose las manos al cuello. En sus últimos momentos se había vuelto hacia ella en una súplica desesperada, y un recuerdo repentino había detenido un instante el corazón de Cersei: una gota de sangre roja siseando en la llama de una vela, una voz como el croar de una rana que hablaba de coronas y de mortajas, y de muerte a manos del *valonqar*.

En el exterior de la litera, Ser Osmund hablaba a gritos con alguien, que le respondía también a gritos. La litera se detuvo bruscamente.

—¿Qué os pasa? ¿Estáis todos muertos? —rugió Kettleblack—. ¡Apartaos del camino, joder!

La Reina levantó una esquina de la cortina y llamó a Ser Meryn Trant.

—¿Qué ocurre?

—Los gorriones, Alteza. —Ser Meryn llevaba una armadura de lamas blancas bajo la capa. El yelmo y el escudo le colgaban de la silla de montar—. Han acampado en mitad de la calle. Haremos que se aparten.

—Bien, pero con delicadeza. No quiero verme en medio de otra revuelta. —Cersei soltó la cortina—. Esto es absurdo.

—Cierto, Alteza —asintió Lady Merryweather—. Tendría que ser el Septón Supremo quien acudiera a vos. En cuanto a esos condenados gorriones...

—Les da de comer, los mima y los bendice. Pero se niega a bendecir al Rey. — Sabía muy bien que la bendición era un rito vacuo, pero los ritos y ceremonias tenían mucho poder a los ojos de los ignorantes. El propio Aegon *el Conquistador* había fechado el comienzo de su reinado el día en que el Septón Supremo lo ungíó en Antigua—. Ese condenado sacerdote me obedecerá, o descubrirá lo débil y humano que sigue siendo.

—Orton dice que lo que quiere en realidad es el oro, que no realizará la bendición hasta que la corona vuelva a hacer los pagos.

—La Fe tendrá su oro en cuanto nosotros tengamos paz.

El septón Torbert y el septón Raynard habían sido muy comprensivos... a diferencia de aquel condenado braavosi, que había acosado al pobre Lord Gyles de manera tan implacable que lo había hecho acabar en cama escupiendo sangre.

«Necesitábamos esos barcos.» No podía confiar en el Rejo para contar con una armada; los Redwyne estaban demasiado allegados a los Tyrell. Tenía que contar con una fuerza propia en el mar.

Se la proporcionarían los dromones que se estaban construyendo en el río. Su nave insignia iba a hundir en las aguas el doble de remos que la *Martillo del Rey Robert*. Aurane le había pedido permiso para llamarla *Lord Tywin*, y Cersei se lo concedió de buena gana. Se moría de ganas de oír a los hombres hablar de su padre en femenino. Otro barco llevaría por nombre *Bella Cersei*, y el mascarón de proa sería una talla suya chapada en oro, vestida con cota de malla y yelmo de león, con una lanza en la mano. Las seguirían la *Valor de Joffrey*, la *Joanna* y la *Leona*, además de la *Reina Margaery*, la *Rosa Dorada*, la *Lord Renly*, la *Lady Olenna* y la *Princesa Myrcella*. La Reina había cometido el error de decirle a Tommen que podía elegir el nombre de las cinco últimas. En realidad, él había insistido en llamar a una *Chico Luna*. Lord Aurane tuvo que señalarle que muchos hombres se negarían a servir a bordo de un barco que llevara nombre de bufón; al fin, el niño accedió a ponerle el nombre de su hermana.

—Si ese septón zarrapastroso piensa obligarme a comprar la bendición de Tommen, se va a enterar —le dijo a Taena. La Reina no tenía la menor intención de mostrarse servil ante un montón de sacerdotes.

La litera se detuvo otra vez, en aquella ocasión con tanta brusquedad que Cersei dio un salto.

—Esto es insoportable.

Se asomó una vez más, y vio que habían llegado a la cima de la Colina de Visenya. Más adelante se alzaba el Gran Septo de Baelor, con su magnífica cúpula y sus siete torres resplandecientes, pero entre sus escaleras de mármol y ellos se interponía un hosco mar de humanidad oscura, harapienta, sucia.

«Gorriones», supo en cuanto olfateó el aire, aunque jamás había habido un

gorrón con semejante olor a rancio.

Cersei se quedó horrorizada. En los informes que le había llevado Qyburn ponía cuántos eran, pero oír hablar de ellos era una cosa, y verlos, otra completamente diferente. Había cientos acampados en la plaza, y más cientos en los jardines. Sus hogueras para cocinar impregnaban el aire de humo y hedor. Las tiendas de tela y las chozas de barro y restos de madera ensuciaban el mármol níveo. Divisó gorriones acurrucados hasta en las escaleras, bajo las torres imponentes del Gran Septo.

Ser Osmund se acercó a ella al trote. Junto a él cabalgaba Ser Os fryd, a lomos de un semental tan dorado como su capa. Os fryd era el mediano de los Kettleblack, más taciturno que sus hermanos, más dado a fruncir el ceño que a sonreír.

«Y si es verdad lo que se comenta, también es el más cruel. Tal vez debería enviarlo al Muro.»

El Gran Maestre Pycelle habría preferido poner al mando de los capas doradas a alguien de más edad, «más curtido en las artes de la guerra», y varios de sus consejeros se habían mostrado de acuerdo con él.

—Ser Os fryd está suficientemente curtido —les dijo ella, pero ni con eso consiguió que se callaran.

«Me ladran como una jauría de perros importunos.» Pycelle había agotado su paciencia. Llegó a tener la osadía de protestar ante su idea de buscar un maestro de armas en Dorne, con la excusa de que aquello podía ofender a los Tyrell.

—¿Y por qué creéis que lo hago? —le preguntó, burlona.

—Disculpad, Alteza —dijo Ser Osmund—, mi hermano está llamando a más capas doradas. Despejaremos el camino, no temáis.

—No tengo tiempo. Seguiré a pie.

—Por favor, Alteza. —Taena la cogió por el brazo—. Me dan miedo. Son muchos, son cientos, y están tan sucios...

Cersei le dio un beso en la mejilla.

—El león no tiene miedo del gorrón, pero sois muy amable al preocuparos por mí. Sé que me deseáis lo mejor, mi señora. Ser Osmund, tened la amabilidad de ayudarme a bajar. —«Si hubiera sabido que tendría que andar, me habría vestido de otra manera.» Llevaba una túnica blanca con bordados de hilo de oro, con encajes, pero modesta. Hacía años que no se la ponía, y la notaba incómodamente prieta por la cintura—. Ser Osmund, Ser Meryn, acompañadme. Ser Os fryd, vigilad mi litera.

Varios gorriones estaban tan flacos y demacrados que parecían capaces de comerse sus caballos.

Mientras avanzaba entre la multitud desharrapada, junto a sus hogueras para cocinar, los carromatos y los rudimentarios refugios, la Reina no pudo evitar acordarse de otra ocasión en que una muchedumbre se había congregado en aquella misma plaza. El día en que se casó con Robert Baratheon, miles de personas

acudieron para aclamarlos. Todas las mujeres lucían sus mejores prendas; la mitad de los hombres llevaba niños a hombros. Cuando salió del septo de la mano del joven rey, el rugido de la multitud se habría podido oír en Lannisport.

—Les habéis caído en gracia, mi señora —le susurró Robert al oído—. Mirad, hay una sonrisa en cada rostro.

Durante un breve instante había sido feliz en su matrimonio... Hasta que su mirada se cruzó por casualidad con la de Jaime.

«No —recordó haber pensado—, no en cada rostro, mi señor.»

Aquel día no sonreía nadie. Las miradas que le lanzaban los gorriones eran resentidas, hoscas, hostiles. Le abrieron paso, pero de mala gana.

«Si de verdad fueran gorriones, bastaría con un grito para que echaran a volar. Un centenar de capas doradas con palos, espadas y mazas limpiarían este estercolero en nada de tiempo. Eso es lo que habría hecho Lord Tywin. Se habría librado de todos, en vez de pasar entre ellos.»

Cuando vio lo que habían hecho con Baelor *el Bienamado*, la Reina tuvo motivos para lamentarse de tener un corazón tan blando. La gran estatua de mármol que durante años había sonreído con serenidad en la plaza estaba cubierta de calaveras y huesos hasta la cintura. Algunas calaveras conservaban restos de carne. Encima de ellos había un cuervo que disfrutaba del seco y correoso festín. Las moscas zumbaban por doquier.

—¿Qué significa esto? —espetó Cersei a la multitud—. ¿Queréis enterrar al bendito Baelor en una montaña de carroña?

Un hombre al que le faltaba una pierna se adelantó apoyado en una muleta de madera.

—Alteza, estos huesos son de mujeres y hombres santos, asesinados por su fe. Septones, septas; hermanos pardos, castaños y verdes; hermanas blancas, azules y grises. A unos los ahorcaron; a otros los destriparon. Hombres sin dios y adoradores del demonio han saqueado los septos, han violado a madres y doncellas y hasta han atacado a hermanas silenciosas. Nuestra Madre grita de angustia. Hemos traído sus huesos desde todos los rincones del reino para dar testimonio de la agonía de la Sagrada Fe.

Cersei sentía el peso de todos los ojos clavados en ella.

—El Rey tendrá noticia de estas atrocidades —respondió en tono solemne—. Tommen compartirá vuestra ira. Esto es obra de Stannis y de su bruja roja, y de los norteños salvajes que adoran a los árboles y a los lobos. —Alzó la voz—. ¡Vuestra muerte será vengada, buenas gentes!

Se oyeron unas cuantas aclamaciones, pero no muchas.

—No pedimos venganza para nuestros muertos —dijo el hombre de una sola pierna—, sólo protección para los vivos. Para los septos y los lugares sagrados.

—El Trono de Hierro tiene que defender la Fe —gruñó un patán corpulento con una estrella de siete puntas pintada en la frente—. Un rey que no protege a su pueblo no es rey ni es nada.

Un murmullo de asentimiento empezó a alzarse entre los que lo rodeaban. Un hombre tuvo la temeridad de agarrar a Ser Meryn Trant por la muñeca.

—Ya va siendo hora de que todos los caballeros ungidos renuncien a sus señores de este mundo y defiendan la Sagrada Fe —le dijo—. Si adoráis a los Siete, venid con nosotros, ser.

—Suéltame —replicó Ser Meryn al tiempo que se liberaba.

—Os escucho —dijo Cersei—. Mi hijo es joven, pero adora a los Siete. Tendréis su protección, y también la mía.

Aquello no bastó para apaciguar al hombre de la estrella en la frente.

—El que nos defiende es el Guerrero —dijo—, no ese niño rey regordete.

Meryn Trant fue a echar mano de la espada, pero Cersei lo detuvo antes de que desenvainara. Sólo contaba con dos caballeros entre un mar de gorriones. Había garrotes, guadañas, palos, cayados y unas cuantas hachas.

—No toleraré que se vierta sangre en este lugar sagrado, ser. —«¿Por qué todos los hombres son tan críos? Si lo mata, los demás nos despedazarán miembro a miembro»—. Todos somos hijos de la Madre. Vamos, Su Altísima Santidad nos aguarda.

Pero cuando avanzó entre los gorriones y se dirigió hacia las escaleras del septo, una bandada de hombres armados salió para bloquear las puertas. Vestían cota de malla y cuero grueso, y alguna que otra pieza de armadura abollada. Unos tenían lanzas; otros, espadas largas. La mayoría llevaba hachas y se había cosido una estrella roja al jubón desteñido. Dos de ellos tuvieron la insolencia de cruzar las lanzas ante ella para impedirle el paso.

—¿Así recibís a vuestra reina? —les preguntó, airada—. Decidme, ¿dónde están Raynard y Torbert?

No era propio de aquellos dos perderse la ocasión de adularla. Torbert siempre montaba todo un espectáculo, dejándose caer de rodillas ante ella para lavarle los pies.

—No conozco a esos hombres que mencionáis —dijo uno con una estrella roja en el jubón—, pero si están al servicio de la Fe, los Siete los necesitan.

—El septón Raynard y el septón Torbert están entre los Máximos Devotos —dijo Cersei—, y se enfurecerán cuando se enteren de que me habéis obstruido el paso. ¿Acaso me negáis la entrada al septo sagrado de Baelor?

—Alteza —intervino un hombre de barba canosa y hombros encorvados—, vos sois bienvenida, pero vuestros hombres tienen que dejar la espada fuera. Por orden del Septón Supremo no se permiten armas en el interior.

—Los caballeros de la Guardia Real no dejan nunca sus armas, ni siquiera en presencia del rey.

—La palabra del rey manda en la casa del rey —replicó el anciano—, pero esta es la casa de los dioses.

Se le enrojecieron las mejillas. Bastaba con que le diera una orden a Meryn Trant, y el barbablanca encorvado iría a reunirse con sus dioses antes de lo que habría querido.

«Pero aquí no. Ahora no.»

—Esperadme —le ordenó tajante a su Guardia Real.

Subió sola por las escaleras. Los lanceros apartaron las lanzas. Otros dos hombres empujaron con todas sus fuerzas las puertas, que se abrieron con un gemido.

En la Sala de las Lámparas, Cersei se encontró con una veintena de septones arrodillados, pero no estaban rezando. Tenían cubos de agua jabonosa y estaban fregando el suelo. Al ver las túnicas de lana basta y las sandalias, los tomó por gorriones, hasta que uno de ellos alzó la cabeza. Tenía la cara roja como una remolacha, y le sangraban las ampollas reventadas de las manos.

—Saludos, Alteza.

—¿Septón Raynard? —La Reina no daba crédito a sus ojos—. ¿Qué hacéis ahí de rodillas?

—Está limpiando el suelo. —El que así hablaba era un poco más bajo que la Reina y flaco como el mango de una escoba—. El trabajo es una forma de oración que complace al Herrero. —Se levantó con el cepillo en la mano—. Os estábamos esperando, Alteza.

La barba del hombre era entrecana, bien recortada, y llevaba el pelo recogido en una coleta. Su túnica estaba limpia, pero también desgastada y remendada. Se había remangado hasta los codos para cepillar el suelo, pero por debajo de las rodillas tenía la ropa empapada y chorreante. Su rostro era anguloso, con unos ojos hundidos tan marrones como el barro.

«Va descalzo», advirtió con consternación. Tenía unos pies espeluznantes, endurecidos, callosos.

—¿Vos sois Su Altísima Santidad?

—Lo somos.

«Dame fuerzas, Padre.» La Reina sabía que debería arrodillarse, pero el suelo del septo estaba lleno de jabón y agua sucia, y no quería echar a perder el vestido. Miró al resto de los ancianos arrodillados.

—No veo a mi amigo el septón Torbert.

—El septón Torbert se encuentra confinado en una celda de penitencia, a pan y agua. Es un pecado que una persona esté tan gorda cuando la mitad del reino se muere de hambre.

Cersei ya había soportado suficiente por un día. Se permitió demostrar la cólera que sentía.

—¿Os parece bien recibirme así? ¿Chorreando y con un cepillo en la mano? ¿Sabéis quién soy?

—Vuestra Alteza es la reina regente de los Siete Reinos —replicó el hombre—, pero está escrito en La estrella de siete puntas que los hombres deben inclinarse ante sus señores y los señores ante sus reyes, de modo que los reyes tienen que inclinarse ante los Siete que Son Uno.

«¿Me está diciendo que me arrodille?» Era evidente que no la conocía bien.

—Tendrás que haberme recibido en las escaleras, ataviado con vuestras mejores vestiduras y con la corona de cristal en la cabeza.

—No tenemos corona, Alteza.

Cersei frunció el ceño más aún.

—Mi señor padre le entregó a vuestro predecesor una corona de extraordinaria belleza, de cristal tallado y oro batido.

—Y por ese regalo lo honramos en nuestras oraciones —replicó el Septón Supremo—, pero los pobres necesitaban comida en el estómago más de lo que nos necesitamos cristal en la cabeza. Vendimos esa corona. Igual que las otras que había en las criptas, y también todos los anillos y las túnicas de hilo de plata e hilo de oro. La lana abriga igual. Por eso nos dieron ovejas los Siete.

«Está completamente loco.» Los Máximos Devotos también debían de haber estado locos cuando eligieron a aquella criatura... Locos o aterrados de los mendigos congregados a sus puertas. Los informantes de Qyburn aseguraban que al septón Luceon sólo le faltaban nueve votos para resultar elegido cuando las puertas cedieron y los gorriones entraron como una marea en el Gran Septo, con su líder a hombros y blandiendo hachas.

Clavó una mirada gélida en el hombre menudo.

—¿Podemos hablar con más intimidad en alguna parte, Santidad?

El Septón Supremo le entregó el cepillo a un Máximo Devoto.

—Si Vuestra Alteza tiene la amabilidad de seguirnos...

La precedió por las puertas interiores hasta el septo propiamente dicho. Sus pisadas resonaban en los suelos de mármol. Las motas de polvo brillaban en los haces de luz coloreada que entraban por las vidrieras de la gran cúpula. El incienso endulzaba el ambiente, y junto a los siete altares, las velas brillaban como estrellas. Un millar parpadeaba por la Madre, y casi otras tantas por la Doncella, pero las del Desconocido se podían contar con los dedos y aún sobraban.

La invasión de gorriones había llegado incluso allí. Una docena de caballeros errantes desaliñados se había arrodillado ante el Guerrero y le suplicaba que bendijera las espadas que habían amontonado a sus pies. Ante el altar de la Madre, un septón

dirigía la oración de una docena de gorriones, cuyas voces le llegaban tan lejanas como olas que lamieran la orilla. El Septón Supremo fue con Cersei hasta el lugar donde la Vieja alzaba su farol. Se arrodilló ante el altar, y a ella no le quedó más remedio que arrodillarse a su lado. Por suerte, aquel Septón Supremo no tenía tanta verborrea como el gordo.

«En fin, al menos algo por lo que dar las gracias.»

Cuando terminó de rezar, Su Altísima Santidad no hizo ademán de levantarse. Por lo visto iban a tener que hablar de rodillas.

«Artimañas de retaco», pensó con diversión.

—Altísima Santidad —empezó—, esos gorriones tienen aterrada a toda la ciudad. Quiero que se vayan.

—¿Adónde van a ir, Alteza?

«Hay siete infiernos; cualquiera me vale.»

—No sé, al lugar de donde hayan venido.

—Han venido de todas partes. El gorrión es el más común, el más humilde de los pájaros, igual que ellos son los más comunes y humildes de los hombres.

«Son comunes; al menos en eso estamos de acuerdo.»

—¿Habéis visto lo que han hecho con la estatua del bendito Baelor? Ensucian la plaza con sus cerdos, sus cabras, sus excrementos...

—Es más fácil limpiar los excrementos que la sangre, Alteza. Si algo ensució esta plaza fue la ejecución que tuvo lugar aquí.

«¿Osa echarme en cara lo de Ned Stark?»

—Todos lamentamos aquello. Joffrey era joven, no tan sabio como debería haber sido. Debería haber decapitado a Lord Stark en cualquier otro lugar, por respeto al bendito Baelor... Pero era un traidor, no lo olvidemos.

—El rey Baelor perdonó a los que conspiraron contra él.

«El rey Baelor encerró a sus propias hermanas por el único crimen de ser bellas.» La primera vez que le relataron aquella historia, Cersei fue a la cuna de Tyrion y lo pellizcó hasta que el pequeño monstruo empezó a llorar. «Tendría que haberle tapado la nariz y haberle metido una media en la boca.» Se obligó a sonreír.

—El rey Tommen también perdonará a los gorriones en cuanto regresen a su hogar.

—La mayor parte de ellos ha perdido su hogar. Hay sufrimiento por todas partes... Y dolor, y muerte. Antes de venir a Desembarco del Rey me ocupaba de medio centenar de aldeas demasiado pequeñas para tener su propio septón. Iba caminando de unas a otras para celebrar bodas, absolver a los pecadores y poner nombre a los recién nacidos. Esas aldeas ya no existen, Alteza. Hay hierbajos y espinos donde antes florecían los jardines; las cunetas están llenas de huesos.

—La guerra es espantosa. Esas atrocidades son obra de los norteños, y de Lord

Stannis y sus adoradores del demonio.

—Algunos de mis gorrijones hablan de manadas de leones que los saquearon... Y también del Perro, que era vuestro hombre. En Salinas mató a un anciano septón y deshonró a una niña de doce años, una chiquilla inocente que estaba consagrada a la Fe. Tenía la armadura puesta cuando la violó; la cota de malla le desgarró las tiernas carnes. Cuando terminó con ella se la entregó a sus hombres, que le cortaron la nariz y los pezones.

—No podéis hacer responsable a Su Alteza de todos los crímenes que cometan quienes sirvieron alguna vez a la Casa Lannister. Sandor Clegane es un traidor y un salvaje; ¿por qué creéis que prescindimos de sus servicios? Ahora lucha por el bandido Beric Dondarrion, no por el rey Tommen.

—Como digáis. Pero hay una cuestión... ¿Dónde estaban los caballeros del rey mientras sucedían esas cosas? ¿Acaso no juró Jaehaeris *el Conciliador* sobre el mismísimo Trono de Hierro que la corona protegería y defendería siempre a la Fe?

Cersei no tenía ni idea de lo que había jurado o dejado de jurar Jaehaeris *el Conciliador*.

—Ciento —asintió la Reina—. Y el Septón Supremo lo bendijo y lo ungío rey. Es la tradición: siempre que hay un nuevo Septón Supremo, tiene que dar su bendición al rey. Pero vos se la negáis a Tommen.

—Vuestra Alteza está confundida. No se la negamos.

—No habéis acudido.

—El momento no ha madurado.

«¿Qué eres? ¿Un sacerdote o un frutero?»

—¿Y qué podría hacer yo para... madurarlo?

«Como se atreva a hablar de oro, me ocuparé de este igual que del anterior, y buscaré a algún devoto de ocho años para que lleve la corona de cristal.»

—El reino está lleno de reyes. La Fe tiene que asegurarse antes de exaltar a uno por encima de los demás. Hace trescientos años, cuando Aegon *el Dragón* se posó al pie de esta misma colina, el Septón Supremo se encerró en el Septo Estrellado de Antigua y rezó durante siete días y siete noches, sin tomar más alimento que pan y agua. Cuando salió anunció que la Fe no se opondría a Aegon ni a sus hermanas, porque la Vieja había levantado la lámpara para mostrarle el camino que tenía por delante. Si Antigua se alzaba en armas contra el Dragón, la ciudad ardería, y el Faro, la Ciudadela y el Septo Estrellado serían derribados y destruidos. Lord Hightower era un hombre piadoso. Al enterarse de la profecía, mantuvo a su ejército en casa y le abrió a Aegon las puertas de la ciudad, cuando llegó. Y Su Altísima Santidad ungío al Conquistador con los siete aceites. Debo hacer lo mismo que hizo él hace trescientos años: rezar y ayunar.

—¿Durante siete días y siete noches?

—Durante el tiempo que haga falta.

Cersei se moría por abofetear aquel rostro solemne y devoto.

«Podría ayudarte a ayunar —pensó—. Podría encerrarte en una torre y encargarme de que no te den de comer hasta que hablen los dioses.»

—Esos falsos reyes adoran a falsos dioses —le recordó—. El único que defiende la Sagrada Fe es el rey Tommen.

—Y pese a ello, los septos sufren saqueos e incendios por doquier. Hasta las hermanas silenciosas han sido violadas; sus gritos de angustia se alzan hacia el cielo. ¿Ha visto Su Alteza los huesos y calaveras de nuestros mártires?

—Sí —tuvo que responder—. Bendecid a Tommen, y él pondrá fin a esos ataques.

—¿Cómo va a hacerlo, Alteza? ¿Enviará un caballero a recorrer los caminos con cada hermano mendicante? ¿Nos dará hombres para proteger a nuestras septas de los lobos y los leones?

«Haré como si no hubieras mencionado a los leones.»

—El reino se encuentra en guerra. Su Alteza necesita a todos sus hombres. —Cersei no pensaba mermar los ejércitos de Tommen para que sus hombres hicieran de niñeras de los gorriones o protegieran el coño arrugado de un millar de septas amargadas. «Seguro que la mitad de ellas rogaba por una buena violación en sus oraciones»—. Vuestros gorriones tienen en su poder hachas y garrotes; que se defiendan solos.

—Las leyes del rey Maegor lo prohíben; sin duda, Su Alteza lo sabe. Por decreto suyo, la Fe rindió sus armas.

—Ahora el rey es Tommen, no Maegor. —¿Qué le importaba a ella lo que hubiera decretado Maegor *el Cruel* trescientos años atrás? «En vez de quitarles la espada a los fieles tendría que haberlos utilizado para sus propios fines.» Señaló al Guerrero, en su altar de mármol rojo—. ¿Qué tiene en la mano?

—Una espada.

—¿Y se le ha olvidado cómo se utiliza?

—Las leyes de Maegor...

—... se pueden derogar.

Dejó la frase en el aire, a la espera de que el Gorrión Supremo mordiera el anzuelo.

No la decepcionó.

—El renacimiento de la Fe Militante... Eso sería la respuesta a trescientos años de plegarias, Alteza. El Guerrero volvería a alzar su espada brillante y limpiaría de todo mal este mundo pecador. Si Su Alteza me permitiera restaurar las antiguas y benditas órdenes de la Espada y la Estrella, todo hombre piadoso de los Siete Reinos sabría que es nuestro señor verdadero y legítimo.

Era justo lo que quería oír Cersei, pero tuvo buen cuidado de no mostrarse impaciente.

—Su Altísima Santidad habló antes de perdón. Corren tiempos difíciles; el rey Tommen os estaría muy agradecido si pudieseis perdonar la deuda de la corona. Creo que le debemos a la Fe unos novecientos mil dragones.

—Novecientos mil seiscientos setenta y cuatro dragones. Oro que dará de comer a los hambrientos y reconstruirá un millar de septos.

—¿Es oro lo que queréis? —preguntó la Reina—. ¿O la derogación de esas viejas leyes de Maegor?

El Septón Supremo meditó un instante.

—Como queráis. La deuda será perdonada, y el rey Tommen tendrá su bendición. Los Hijos del Guerrero me escoltarán a su presencia, con toda la gloria de la Fe, mientras mis gorriones acuden en defensa de los débiles y humildes de esta tierra, renacidos como Clérigos Humildes de los viejos tiempos.

La Reina se puso en pie y se alisó las faldas.

—Ordenaré que redacten los papeles, y Su Alteza los firmará y les pondrá el sello real. —Lo que más le gustaba a Tommen de ser rey era jugar con el sello.

—Que los Siete amparen a Su Alteza. Que su reinado sea largo. —El Septón Supremo juntó las yemas de los dedos y alzó la vista hacia el cielo—. ¡Que tiemblen los malvados!

«¿Habéis oído, Lord Stannis?» Cersei no pudo por menos que sonreír. Ni su señor padre lo habría hecho mejor. De un plumazo había librado Desembarco del Rey de la plaga de gorriones, había conseguido la bendición para Tommen y había reducido la deuda de la corona en casi un millón de dragones. Sentía el corazón henchido de júbilo mientras el Septón Supremo la acompañaba a la Sala de las Lámparas.

Lady Merryweather compartió la alegría de la Reina, aunque nunca había oído hablar de los Clérigos Humildes ni de los Hijos del Guerrero.

—Existieron antes de la Conquista de Aegon —le explicó Cersei—. Los Hijos del Guerrero eran una orden de caballeros que renunciaban a sus tierras y posesiones, y se convertían en espadas juramentadas de Su Altísima Santidad. Los Clérigos Humildes eran más modestos, pero mucho más numerosos. Eran parecidos a los hermanos mendicantes, aunque llevaban hachas en lugar de cuencos. Recorrían los caminos escoltando a los viajeros de septo en septo y de ciudad en ciudad. Su distintivo era una estrella de siete puntas, en rojo sobre blanco, así que el pueblo los llamaba estrellas. Los Hijos del Guerrero vestían una capa con los colores del arco iris y una armadura con incrustaciones de plata encima de una camisa de cerdas, y llevaban cristales en forma de estrella en la empuñadura de la espada larga. Eran las Espadas: hombres santos, ascetas, fanáticos, hechiceros, matadragones, cazadores de demonios... Se contaban muchas historias sobre ellos. Pero todas coinciden en que

eran implacables en el odio que profesaban a los enemigos de la Sagrada Fe.

Lady Merryweather comprendió al instante.

—¿Enemigos como Lord Stannis y su hechicera roja, por ejemplo?

—Pues sí, qué casualidad —respondió Cersei, riendo como una chiquilla—. ¿Qué os parece si abrimos una frasca de hidromiel y, de camino a casa, bebemos por el fervor de los Hijos del Guerrero?

—Por el fervor de los Hijos del Guerrero y por el talento de la reina regente. ¡Por Cersei, la primera de su nombre!

El hidromiel era tan dulce y exquisito como el triunfo de Cersei, y la litera casi parecía flotar durante el viaje de regreso a la ciudad. Pero al pie de la Colina Alta de Aegon se encontraron con Margaery Tyrell y sus primas, que volvían de un paseo a caballo.

«Es que me persigue», pensó Cersei, contrariada al ver a la pequeña reina.

Detrás de Margaery iba una larga hilera de cortesanos, guardias y sirvientes, muchos de ellos cargados con cestas de flores. Cada una de sus primas tenía un admirador: Alyn Ambrose, un escudero alto y flaco, cabalgaba junto a Elinor, con la que se había prometido. Ser Tallad iba con la tímida Alla, y Mark Mullendore, el manco, con la regordeta y risueña Megga. Los gemelos Redwyne escoltaban a Meredyth Crane y Janna Fossoway, otras dos damas de Margaery. Todas las mujeres llevaban flores en el pelo. Jalabhar Xho también se había unido al grupo, al igual que Ser Lambert Turnberry, con su parche, y el atractivo juglar al que llamaban Bardo Azul.

«Y claro, un caballero de la Guardia Real debe acompañar a la pequeña reina, y claro, es el Caballero de las Flores.» Ser Loras estaba deslumbrante con su armadura de lamas blancas e incrustaciones de oro. Ya no tenía la osadía de entrenar a Tommen en el uso de las armas, pero el Rey seguía pasando demasiado tiempo en su compañía. Cada vez que el niño volvía después de pasar una tarde con su esposa tenía una nueva anécdota sobre algo que Ser Loras había dicho o hecho.

Margaery los saludó cuando se cruzaron las columnas, y acompañó el paso de su caballo al de la litera de la Reina. Tenía las mejillas sonrojadas; los bucles castaños le caían por los hombros y se movían con cada soplo de viento.

—Hemos estado cogiendo flores otoñales en el bosque Real —les dijo.

«Ya sabía dónde estabas —pensó la Reina. Sus informadores le daban cuenta de todos los movimientos de Margaery—. Nuestra pequeña reina es una muchachita muy inquieta.» Rara vez pasaban más de tres días sin que saliera a montar. Algunas veces iba por el camino de Rosby para coger conchas y comer en la playa; otras cruzaba el río con su séquito para disfrutar de una tarde de cetrería. También le gustaban los botes, y navegar por el río Aguasnegras para pasar el rato. Cuando le entraba un ataque de devoción, salía del castillo para ir a rezar en el septo de Baelor.

Era cliente de una docena de modistas diferentes; todos los orfebres de la ciudad la conocían, y hasta iba a veces al mercado del pescado, junto a la Puerta del Lodazal, para ver las capturas del día. Fuera adonde fuera, el pueblo la adulaba, y Lady Margaery hacía cuanto estaba en su mano para alimentar su fervor. Siempre estaba dando limosna a los mendigos; compraba pasteles calientes a los panaderos en sus carromatos, y detenía su caballo para hablar con los comerciantes.

Si hubiera sido por ella, Tommen haría lo mismo. No paraba de invitarlo a que las acompañara a ella y a sus gallinas en sus correrías, y el chico no paraba de pedir permiso a su madre para que lo dejara ir. La Reina se lo había concedido unas cuantas veces, aunque sólo fuera para que Ser Osney pasara unas horas más en compañía de Margaery.

«Para lo que ha servido... Osney ha resultado toda una decepción.»

—¿Te acuerdas del día en que tu hermana embarcó hacia Dorne? —le preguntaba Cersei a su hijo—. ¿Recuerdas cómo gritaba la chusma cuando volvíamos al castillo, las piedras, las maldiciones?

Pero gracias a la pequeña reina, el Rey era inmune al sentido común.

—Si nos mezclamos con el pueblo, nos querrá más.

—La chusma quería tanto al gordo del Septón Supremo que lo hizo pedazos miembro a miembro, y eso que era un hombre santo —le recordó.

Sólo sirvió para que hiciera pucheros y se mostrara hosco con ella.

«Justo lo que quiere Margaery, seguro. Trata de robármelo todos los días, de todas las maneras posibles. —Quizá Joffrey habría sabido ver qué escondía tras su sonrisa manipuladora y la habría puesto en su lugar, pero Tommen era más ingenuo—. Margaery sabía que Joff era demasiado fuerte para ella —pensó mientras recordaba la moneda de oro que había encontrado Qyburn—. Para que la Casa Tyrell tuviera alguna posibilidad de gobernar, tenían que eliminarlo.» Recordó que Margaery y su repulsiva abuela habían conspirado para casar a Sansa Stark con Willas, el hermano tullido de la pequeña reina. Para evitarlo, Lord Tywin se les había adelantado y había casado a Sansa con Tyrion, pero su intención no había dejado lugar a dudas. «Están juntos en esto —comprendió, sobresaltada—. Los Tyrell sobornaron a los carceleros para que liberaran a Tyrion, y se lo llevaron por el camino de las Rosas para reunirlo con su vil esposa. A estas alturas, los dos estarán a salvo en Altojardín, bien escondidos tras una muralla de rosas.»

—Tendríais que haber venido con nosotras, Alteza —parloteó la pequeña intrigante mientras subían por la ladera de la Colina Alta de Aegon—. Hemos pasado un rato maravilloso. Los árboles están vestidos de dorado, rojo y naranja, y hay flores por todas partes. Y castañas. Hemos asado unas cuantas antes de volver.

—No tengo tiempo para ir por los bosques cogiendo flores —replicó Cersei—. Tengo que gobernar un reino.

—¿Sólo uno, Alteza? ¿Quién gobierna los otros seis? —Margaery rió alegremente—. Espero que disculpéis mi broma; ya sé que soportáis una carga muy pesada. Me tendríais que dejar que la compartiera con vos. Seguro que hay algo en lo que os pueda ayudar, y así se acabarían todos esos rumores de que rivalizamos por el afecto del Rey.

—¿Eso se dice? —Cersei sonrió—. Qué tonterías. Nunca, ni durante un momento, os he considerado mi rival.

—No sabéis cuánto me agrada oír eso. —La chica no pareció darse cuenta de que Cersei sólo intentaba poner fin a la conversación—. Tommen y vos tenéis que acompañarnos la próxima vez. Estoy segura de que a Su Alteza le encantará. El Bardo Azul ha estado cantando, y Ser Tallad nos ha enseñado a luchar con un palo, como hace el pueblo. No sabéis lo bonitos que están los bosques en otoño.

—A mi difunto marido también le gustaban los bosques. —En los primeros años de su matrimonio, Robert le suplicó a menudo que fuera a cazar con él, pero Cersei se negó siempre. Las expediciones de caza de su marido le daban tiempo para estar con Jaime. «Días dorados y noches de plata.» Sin duda, su danza era peligrosa. Dentro de la Fortaleza Roja había ojos y oídos por todas partes, y nunca se sabía cuándo iba a regresar Robert. En cierto modo, el peligro hacía que los ratos que pasaron juntos fueran aún más emocionantes—. Pero a veces la belleza enmascara un peligro mortal —le advirtió a la pequeña reina—. Robert perdió la vida en esos bosques.

Margaery le dedicó una sonrisa a Ser Loras; era una sonrisa afable, fraternal, cargada de afecto.

—Vuestra Alteza es muy amable al temer por mí, pero mi hermano me protege.

«Vete a cazar —le había dicho Cersei a Robert medio centenar de veces—. Mi hermano me protege.» Recordó lo que había dicho Taena aquel mismo día y no pudo contener una carcajada.

—Vuestra Alteza tiene una risa preciosa. —Lady Margaery le dedicó una sonrisa interrogante—. ¿Vais a compartir esa broma conmigo?

—Algún día —le prometió la Reina—. Algún día, os lo prometo.

EL SAQUEADOR

Los tambores batían a ritmo de combate cuando la proa del *Victoria de Hierro*, como si fuera un ariete, avanzaba hendiendo las turbulentas aguas verdes. El barco más pequeño estaba dando la vuelta; sus remos hendían el mar. En sus estandartes ondeaban rosas: en la proa y en la popa, rosas de plata sobre un campo de gules; en la cima del mástil dorado, una rosa de gules sobre un campo de grenoble verde como la hierba. El *Victoria de Hierro* chocó contra su borda con tal fuerza que la mitad de grupo de abordaje cayó rodando. Los remos crujieron y se astillaron; música para los oídos del capitán.

Saltó la regala y cayó en la cubierta con la capa dorada ondeando a su espalda. Las rosas blancas retrocedieron cuando los hombres vieron a Victarion Greyjoy, con armas y armadura, el rostro oculto tras el yelmo del kraken. Llevaban espadas, lanzas y hachas, pero nueve de cada diez iban sin armadura, y el décimo sólo llevaba una cota de lamas cosidas.

«No son hombres del hierro —pensó Victarion—. Tienen miedo de ahogarse.»

—¡A por él! —ordenó un hombre—. ¡Está solo!

—¡VENID! —rugió él—. ¡Venid a matarme si podéis!

Los guerreros de las rosas se le acercaron con el acero gris en las manos y el terror en los ojos. Su miedo era tan fragante que Victarion sentía su sabor en la lengua. Atacó a diestro y siniestro. Al primer hombre le cortó el brazo a la altura del codo; al segundo le atravesó el hombro. El tercero clavó la hacha en la madera blanda de pino del escudo de Victarion, que lo estampó contra la cara del muy idiota y lo derribó, y lo mató cuanto intentaba levantarse. Mientras trataba de sacar la hacha de entre las costillas del muerto, una lanza lo pinchó entre los omóplatos. Fue como si le dieran una palmadita en la espalda. Victarion se volvió y le asestó al lancero un hachazo en la cabeza. Sintió el impacto en el brazo cuando el acero atravesó yelmo, pelo y cráneo. El hombre se tambaleó un instante, hasta que el capitán del hierro liberó la hoja y el cadáver cayó despatarrado en cubierta, con más aspecto de borracho que de muerto.

Sus hijos del hierro ya lo habían seguido a la cubierta del barcoluengo. Oyó el aullido de Wulfe *Una Oreja* cuando puso manos a la obra; divisó a Ragnor Pyke con su cota de malla oxidada; vio a Nute *el Barbero* que lanzaba la hacha girando por los aires para acertar a un hombre en el pecho. Victarion mató a un enemigo más y luego a otro. Habría matado a un tercero, pero Ragnor se le adelantó.

—¡Buen golpe! —le gritó.

Se volvió para buscar a la siguiente víctima para su hacha, y en aquel momento divisó al otro capitán en la cubierta. Llevaba el jubón blanco salpicado de sangre y vísceras, pero se distinguía el blasón en el pecho, la rosa blanca en el escudo rojo.

Llevaba el mismo dibujo en el escudo, sobre campo de plata con bordura crenelada.

—¡Eh, tú! —le gritó el capitán del hierro en medio de la carnicería—. ¡El de la rosa! ¿Eres el señor de Escudo del Sur?

El otro se levantó el visor para mostrar un rostro lampiño.

—Su hijo y heredero, Ser Talbert Serry. ¿Quién eres tú, kraken?

—Tu muerte.

Victarion se lanzó contra él.

Serry se dispuso a recibirla. Su espada larga era de buen acero forjado en castillo, y el joven caballero la hizo cantar. Primero lanzó un golpe bajo, que Victarion desvió con el hacha. El segundo lo acertó en el yelmo antes de que tuviera tiempo de levantar el escudo. El capitán del hierro respondió con un hachazo horizontal, y el escudo de Serry cortó la trayectoria. Saltaron astillas de madera, y la rosa blanca se rajó con un delicioso crujido. La espada larga del joven caballero lo acertó en el muslo una vez, y dos, y tres, chirriando contra el acero.

«El muchacho es rápido», advirtió el capitán del hierro. Estampó el escudo en el rostro de Serry, con lo que lo mandó tambaleándose contra la regala. Victarion levantó el hacha y descargó todo su peso en el golpe para rajar al muchacho del cuello a la entrepierna, pero Serry rodó para esquivarlo. El hacha se clavó en la baranda. Las astillas de madera salieron volando y, cuando trató de arrancarla, no pudo. La cubierta se movió bajo sus pies, y cayó sobre una rodilla.

Ser Talbert tiró a un lado el escudo roto y lanzó un tajo desde arriba con la espada larga. Aunque a Victarion se le había desplazado el escudo con la caída, detuvo la hoja de Serry con un puño de hierro. Las lamas de acero crujieron, y una punzada de dolor lo hizo gruñir, pero Victarion resistió.

—Yo también soy rápido, chico —dijo al tiempo que le arrancaba la espada de la mano y la tiraba al mar.

Ser Talbert abrió los ojos desmesuradamente.

—Mi espada...

Victarion lo cogió por la garganta con el puño ensangrentado.

—Ve a buscarla —dijo al tiempo que lo lanzaba de espaldas a las aguas teñidas de sangre.

Con aquello consiguió unos instantes de respiro para recuperar el hacha. Las rosas blancas caían ante la oleada de hierro. Unos trataban de esconderse bajo la cubierta; otros pedían cuartel. Victarion sentía la sangre caliente que le corría por los dedos bajo la malla, el cuero y las placas del guantelete, pero no era nada. Alrededor del mástil, un grupo de enemigos seguía luchando, en un círculo formado hombro con hombro.

«Esos, al menos, son hombres. Prefieren morir a rendirse.» Victarion les concedería su deseo a unos cuantos. Golpeó el hacha contra el escudo y cargó contra ellos.

El Dios Ahogado no había creado a Victarion Greyjoy para que luchara con palabras en las asambleas, ni para que combatiera a enemigos furtivos y escurridizos en pantanos interminables. Para aquello había nacido: para vestir el acero y blandir un hacha ensangrentada, para repartir muerte con cada golpe.

Le lanzaron tajos de frente y por la espalda, pero tanto habría dado que hubieran usado ramas de sauce en vez de espadas. No había hoja capaz de traspasar la gruesa armadura de Victarion Greyjoy, y no les daba tiempo a sus enemigos para que buscaran los puntos débiles en las articulaciones, donde el cuero era su única protección. Que lo atacaran tres hombres a la vez, o cuatro, o cinco. No importaba. Los mataba de uno en uno, mientras confiaba en su armadura para protegerse de los otros. Cuando un enemigo caía, volcaba su rabia contra el siguiente.

El último que se enfrentó a él debía de haber sido herrero. Tenía los hombros de un toro, y uno mucho más musculoso que el otro. Su armadura constaba de una brigantina claveteada y un casco de cuero endurecido. El único golpe que asestó terminó de destrozar el escudo de Victarion, pero el que le asestó el capitán como respuesta le partió la cabeza en dos.

«Ojalá fuera así de fácil encargarme de Ojo de Cuervo.» Cuando arrancó el hacha, el casco del herrero pareció estallar. La sangre, los huesos y los sesos saltaron por todas partes, y el cadáver se desplomó hacia delante, contra sus piernas. «Ya es tarde para pedir cuartel», pensó Victarion mientras se apartaba.

La cubierta estaba resbaladiza, y los muertos y moribundos se amontonaban por todas partes. Tiró el escudo a un lado y respiró a fondo.

—Hemos ganado, Lord Capitán —dijo el Barbero, a su lado.

A su alrededor, el mar estaba lleno de barcos. Unos ardían; otros se hundían; varios se encontraban completamente destrozados. Entre los cascós, el agua estaba espesa como un guiso, llena de cadáveres, remos rotos y hombres aferrados a los restos de las naves. A lo lejos, media docena de barcoluengos sureños huía a toda velocidad hacia el Mander.

«Que se vayan —pensó Victarion—, que se lo cuenten a todo el mundo.» Cuando un hombre daba la espalda a la batalla y huía, dejaba de ser un hombre.

Le escocían los ojos por el sudor que se le había metido en ellos durante la lucha. Dos remeros lo ayudaron a desabrocharse el yelmo del kraken para quitárselo. Victarion se secó la frente.

—Ese caballero, el de la rosa blanca —gruñó—. ¿Lo ha sacado alguien? El hijo de un señor valdría un buen rescate.

Lo pagaría Lord Serry, su padre, en caso de que haya sobrevivido. Si no, su señor de Altojardín.

Pero ninguno de sus hombres había vuelto a ver al caballero después de que cayera por la borda. Lo más probable era que se hubiera ahogado.

—Que los banquetes que celebre en las estancias del Dios Ahogado sean comparables a su forma de luchar.

Los hombres de las islas Escudo se decían marineros, pero cruzaban los mares con miedo, y entraban en combate con armadura ligera por temor a ahogarse. El joven Serry no había sido así.

«Un hombre valiente —pensó Victarion Greyjoy—. Casi un hijo del hierro.»

Le entregó el barco capturado a Ragnor Pyke, eligió de entre sus hombres a una docena para que lo tripularan y regresó a su *Victoria de Hierro*.

—Quitadles las armas y la armadura a los prisioneros y vendadles las heridas —le dijo a Nute *el Barbero*—. Tirad al mar a los moribundos. Si alguno suplica misericordia, degolladlo antes. —Para esa gente sólo tenía desprecio; era mejor ahogarse en agua de mar que en sangre—. Quiero un recuento de las naves que hemos capturado y de los caballeros y señores prisioneros. También quiero sus estandartes. —Algún día los colgaría en sus salones. De ese modo, cuando estuviera viejo y débil, podría recordar a todos los enemigos que había matado cuando era joven y fuerte.

—Así se hará. —Nute sonrió—. Ha sido una gran victoria.

«Sí —pensó—, una gran victoria para Ojo de Cuervo y sus magos.» Los otros capitanes volverían a gritar el nombre de su hermano cuando la noticia llegara al Escudo de Roble. Euron los había seducido con su lengua de terciopelo y su mirada risueña; los había ganado para su causa con el fruto del saqueo en medio centenar de tierras lejanas: oro; plata; armaduras ornamentadas; espadas curvas con el pomo enjoyado; puñales de acero valyrio; pieles de tigre y de gato moteado; mantícoras de jade; antiguas esfinges de Valyria; cofres de nuez moscada, clavo y azafrán; colmillos de marfil; cuernos de unicornio; plumas verdes, naranja y amarillas del Mar del Verano; piezas enteras de seda fina y deslumbrante brocado... Pero todo carecía de importancia en comparación con aquello. «Ahora que les ha dado conquistas, lo seguirán adonde quiera —pensó el capitán. Sentía un regusto amargo—. Esta victoria ha sido mía, no suya. ¿Dónde se encontraba él? En el Escudo de Roble, haciendo el vago en el castillo. Me ha robado la esposa, me ha robado el trono y ahora me roba la gloria.»

La obediencia era una segunda naturaleza para Victarion Greyjoy. Había crecido a la sombra de sus hermanos, siguiendo obedientemente a Balon en todo lo que hacía. Más adelante, cuando nacieron los hijos de Balon, llegó a aceptar que algún día se arrodillaría ante ellos cuando uno ocupara el lugar de su padre en el Trono de Piedramar. Pero el Dios Ahogado había llamado a Balon y a sus hijos a sus estancias acuosas, y Victarion no conseguía llamar rey a Euron sin sentir un sabor de bilis en la garganta.

El viento era refrescante, y él se moría de sed. Siempre quería vino después de

una batalla. Dejó a Nute al mando y bajó a los niveles inferiores. La mujer de piel oscura estaba en su abarrotado camarote de proa, húmeda y dispuesta. Tal vez la batalla le hubiera calentado la sangre a ella también. La poseyó dos veces, en rápida sucesión. Cuando acabaron, ella tenía sangre en los pechos, los muslos y el vientre. Era de Victarion, del corte de la palma de la mano. La mujer de piel oscura se lo lavó con vinagre hervido.

—Hay que reconocer que su plan era bueno —le dijo Victarion mientras estaba de rodillas junto a él—. Volvemos a tener abierto el Mander, como antaño.

Era un río de aguas lentas, ancho y pausado, con traicioneros bancos de arena y troncos sumergidos. Pocos barcos de mar se atrevían a subir más allá de Altojardín, pero los barcoluengos, con su escaso calado, podían llegar incluso a Puenteamargo. En los viejos tiempos, los hijos del hierro habían navegado por el camino del río para saquear a todo lo largo del Mander y sus afluentes... hasta que los reyes de la mano verde armaron a los pueblos de pescadores de las cuatro pequeñas islas de la desembocadura del Mander para convertirlos en sus escudos.

Habían pasado dos mil años, pero los barbagrises seguían montando guardia en las atalayas de las costas rocosas. En cuanto avistaran los barcoluengos, los viejos prenderían los faros, y la alerta saltaría de colina en colina, de isla en isla. «¡Alerta! ¡Enemigos! ¡Saqueadores! ¡Saqueadores!» Cuando los pescadores vieran el fuego en los altozanos, dejarían las redes y los arados para coger las espadas y las hachas. Sus señores bajarían de los castillos con sus soldados y caballeros. Los cuernos de guerra resonarían por encima de las aguas, desde el Escudo Verde, el Escudo Gris, el Escudo de Roble y el Escudo del Sur; los barcoluengos saldrían a hurtadillas de sus madrigueras de piedra cubierta de musgo a lo largo de las orillas, y los remos hendirían las aguas de los estrechos para cerrar el Mander y perseguir a los saqueadores río arriba hasta acabar con ellos.

Euron había enviado Mander arriba a Torwold *Dientenegr*o y al Remero Rojo, con una docena de barcoluengos veloces, de manera que los señores de las islas Escudo fueran tras ellos. Cuando llegó con el grueso de la flota, apenas quedaba un puñado de hombres para defender las islas. Los hijos del hierro se habían acercado con la marea vespertina, para que el fulgor del sol poniente los ocultara de los barbagrises de las torres hasta que no se pudiera hacer nada. Tenían viento de popa, como durante todo el trayecto desde Viejo Wyk. En la flota se rumoreaba que los magos de Euron tenían mucho que ver con aquello, que Ojo de Cuervo apaciguaba al Dios de la Tormenta con sacrificios de sangre. ¿Cómo si no se habría aventurado a navegar tan lejos hacia el oeste, en vez de seguir la línea de la costa, como era habitual?

Los hijos del hierro llevaron sus barcoluengos hasta las costas pedregosas e invadieron el ocaso violáceo con el acero centelleando en las manos. Las hogueras de

alerta ya estaban encendidas, pero quedaban pocos hombres para empuñar las armas. El Escudo Gris, el Escudo Verde y el Escudo del Sur cayeron antes de que saliera el sol. El Escudo de Roble resistió medio día más. Y cuando los hombres de los Cuatro Escudos dejaron de perseguir a Torwold y al Remero Rojo, y volvieron río abajo, se encontraron con la Flota de Hierro que los aguardaba en la desembocadura del Mander.

—Todo ha salido como dijo Euron —le dijo Victarion a la mujer de piel oscura mientras ella le vendaba la mano con tiras de lino—. Sus magos se habrán encargado de eso. —Llevaba tres a bordo del *Silencio*, según le había comentado en susurros Quellon Humble. Aunque eran hombres extraños y terribles, Ojo de Cuervo había conseguido esclavizarlos—. Pero sigue necesitándome para las batallas —insistió Victarion—. Los magos ayudan, pero las guerras se ganan con sangre y acero. —El vinagre hacía que la herida le doliera más que nunca. Empujó a un lado a la mujer y, con el ceño fruncido, cerró el puño—. Tráeme vino.

Bebió en la oscuridad, sin dejar de pensar en su hermano.

«Si no asesito el golpe con mi propia mano, ¿sigo siendo asesino de mi sangre?» Victarion no temía a ningún hombre, pero la maldición del Dios Ahogado hacía que se parase a pensar. «Si es otro quien lo mata por orden mía, ¿seguiré teniendo las manos manchadas con su sangre?» Aeron *Pelomojado* conocería la respuesta, pero había vuelto a las Islas del Hierro, ya que todavía confiaba en alzar a los hijos del hierro contra su rey recién coronado. «Nute *el Barbero* puede afeitar a cualquiera con el hacha arrojadiza a veinte pasos de distancia. Y ninguno de los mestizos de Euron podría hacer nada contra Wulfe *Una Oreja* o Andrik *el Taciturno*. Cualquiera de ellos se podría encargar.» Pero lo que podía hacer un hombre y lo que quería hacer eran cosas muy diferentes.

—Las blasfemias de Euron harán que caiga sobre nosotros la ira del Dios Ahogado —había profetizado Aeron en Viejo Wyk—. Tenemos que detenerlo, hermano. Todavía corre por nuestras venas la sangre de Balon, ¿verdad?

—Igual que por las tuyas —le había respondido Victarion—. Me gusta tan poco como a ti, pero Euron es el rey. Tu asamblea lo eligió a él, ¡tú mismo le pusiste la corona de madera de deriva!

—Yo le puse la corona en la cabeza —replicó el sacerdote mientras las algas le goteaban en el pelo—, y de buena gana se la quitaré y te la pondré a ti. Eres el único que tiene suficiente fuerza para plantarle cara.

—El Dios Ahogado lo encumbró —protestó Victarion—. Que sea el Dios Ahogado quien lo derribe.

Aeron le dirigió una mirada siniestra, una mirada capaz de envenenar pozos y dejar estériles a las mujeres.

—No fue el Dios quien habló. Se sabe que Euron lleva en su barco rojo a magos y

hechiceros malignos. Nos lanzaron un hechizo para que no pudiéramos oír el mar. Los capitanes y los reyes estaban ebrios de tanta cháchara sobre dragones.

—Ebrios y muertos de miedo de ese cuerno. Ya oíste su sonido. Pero no importa; Euron es nuestro rey.

—No es mi rey —replicó el sacerdote—. El Dios Ahogado ayuda a los hombres osados, no a los que se esconden bajo la cubierta cuando arrecia la tormenta. Si no haces nada para echar a Ojo de Cuervo del Trono de Piedramar, tendré que encargarme yo mismo.

—¿Cómo? No tienes barcos ni espadas.

—Tengo mi voz —replicó el sacerdote—, y el Dios está conmigo. Mía es la fuerza del mar, una fuerza contra la que Ojo de Cuervo no puede nada. Las olas rompen contra la montaña, sí, pero siguen llegando, unas tras otra, y al final, donde se alzaba la montaña no quedan más que guijarros. Y en poco tiempo, hasta los guijarros se ven arrastrados para yacer eternamente bajo el mar.

—¿Guijarros? —gruñó Victarion—. Si crees que vas a derribar a Ojo de Cuervo hablando de olas y guijarros, es que estás loco.

—Los hijos del hierro serán las olas —dijo Pelomojado—. No los grandes señores, sino la gente sencilla, los que aran la tierra y los que pescan en el mar. Los capitanes y reyes eligieron a Euron, pero el pueblo acabará con él. Iré a Gran Wyk, a Harlaw, a Monteorca, al mismísimo Pyke. Mis palabras se escucharán en cada ciudad, en cada aldea. ¡Un hombre sin dios no puede sentarse en el Trono de Piedramar!

Sacudió la cabeza desgreñada y volvió a desaparecer en la noche. Al día siguiente, cuando salió el sol, Aeron Greyjoy ya no estaba en Viejo Wyk. Ni siquiera sus hombres ahogados sabían adonde había ido. Se decía que, cuando se enteró, Ojo de Cuervo se echó a reír.

Pero aunque el sacerdote había desaparecido, sus temibles amenazas pendían en el aire. Victarion tampoco podía quitarse de la cabeza las palabras de Baelor Blacktyde.

«Balon estaba loco; Aeron, más loco todavía, y Euron es el más loco de todos.» El joven señor había intentado volver a su hogar tras la asamblea, negándose a aceptar a Euron como señor, pero la Flota de Hierro había cerrado la bahía; Victarion Greyjoy tenía demasiado arraigado el hábito de la obediencia, y Euron llevaba la corona de madera de deriva. Tomaron el *Vuelo Nocturno* y le entregaron al Rey a Lord Blacktyde encadenado. Los mudos y los mestizos de Euron lo habían cortado en siete trozos, para alimentar a los siete dioses de las tierras verdes, a los que adoraba.

Como recompensa por sus leales servicios, el rey recién coronado le entregó a Victarion la mujer de piel oscura, sacada de algún barco de esclavos con rumbo a Lys.

—No quiero tus sobras —le dijo a su hermano con desprecio, pero cuando Ojo de

Cuervo le replicó que mataría a la mujer si no se quedaba con ella, se ablandó. Le habían arrancado la lengua, pero por lo demás no había sufrido daños, y era hermosa, con una piel marrón como la teca aceitada. Pero a veces, al mirarla, recordaba a la primera mujer que le había entregado su hermano para hacer de él un hombre.

Victarion intentó utilizar otra vez a la mujer de piel oscura, pero no fue capaz.

—Tráeme otro pellejo de vino y lárgate —ordenó. Cuando volvió con un pellejo de tinto agrio, el capitán se lo llevó a cubierta, donde podía respirar el aire marino fresco. Se bebió la mitad y derramó el resto en el mar para todos los hombres que habían muerto.

El *Victoria de Hierro* se quedó durante horas ante la desembocadura del Mander. Mientras la mayor parte de la Flota de Hierro se ponía en marcha hacia el Escudo de Roble, Victarion se quedó con el *Dolor*, el *Lord Dragón*, el *Viento de Hierro* y el *Veneno de Doncella* como retaguardia. Recogieron del mar a los supervivientes y observaron como se hundía lentamente el *Mano Dura*, arrastrado por los restos del barco al que había embestido. Cuando desapareció bajo las aguas, Victarion ya tenía las cifras que solicitara: había perdido seis barcos y capturado treinta y ocho.

—Está bien —le dijo a Nute—. A los remos. Volvemos a Aldea de Lord Hewett.

Los remeros volvieron a su labor para poner rumbo hacia el Escudo de Roble, y el capitán del hierro bajó otra vez a su camarote.

—Podría matarlo —le dijo a la mujer de piel oscura—. Pero matar a un rey es un pecado espantoso, y matar a un hermano es peor todavía. —Frunció el ceño—. Asha tendría que haberme dado su apoyo. —¿Cómo pudo pensar que se ganaría a los capitanes y a los reyes con sus piñas y nabos? «La sangre de Balon corre por sus venas, pero sigue siendo una mujer. —Se había marchado después de la asamblea. La noche en que le pusieron a Euron la corona de madera de deriva, se esfumó con su tripulación. Una parte de él se alegraba—. Si tiene aunque sea medio cerebro, se casará con algún señor norteño y vivirá con él en su castillo, lejos del mar y de Euron Ojo de Cuervo.»

—Aldea de Lord Hewett, Lord Capitán —aviso un tripulante.

Victarion se levantó. El vino le había embotado el dolor de la mano. Tal vez le pidiera al maestre de Hewett que le echara un vistazo, si no estaba muerto. Cuando rodearon un cabo volvió a subir a cubierta. El castillo de Lord Hewett se alzaba por encima del puerto. En cierto modo le recordó a Puerto Noble, aunque aquella ciudad era el doble de grande. Había una veintena de barcoluengos en las aguas cercanas, todos con el kraken dorado ondulando en las velas. También los había a centenares varados en los bajíos y en los amarraderos que bordeaban el puerto. Junto a un atracadero de piedra había tres cocas grandes y una docena de cocas pequeñas, cargando los frutos del saqueo y otras provisiones. Victarion dio orden de que el *Victoria de Hierro* echara anclas.

—Preparad un bote.

A medida que se acercaban, la ciudad parecía extrañamente tranquila. La mayoría de las tiendas y casas había sufrido los efectos del saqueo, como denotaban las puertas derribadas y los postigos rotos, pero lo único incendiado había sido el septo. Las calles estaban plagadas de cadáveres, cada uno con su pequeña bandada de cuervos carroñeros. Un grupo de supervivientes se movía entre ellos con gesto hosco, espantando a las aves negras y tirando a los muertos a un carromato para llevarlos a enterrar. La sola idea le resultaba repugnante. Ningún verdadero hijo del mar querría pudrirse bajo tierra. ¿Cómo iba a encontrar las estancias acuosas del Dios Ahogado para celebrar un banquete eterno?

Una de las naves que vieron al pasar era el *Silencio*. El mascarón de proa de hierro captó la atención de Victarion: era una doncella sin boca, con el cabello agitado por el viento y un brazo extendido. Sus ojos de madreperla parecían seguirlos.

«Tenía boca, como cualquier otra mujer, hasta que se la cosió el Ojo de Cuervo.»

Cuando se acercaron a la orilla se fijó en una hilera de mujeres y niños, de pie en la cubierta de una de las cocas grandes. Varios tenían las manos atadas a la espalda, y todos llevaban una soga de cáñamo al cuello.

—¿Quiénes son? —les preguntó a los hombres que lo ayudaron a amarrar el bote.

—Viudas y huérfanos. Los van a vender como esclavos.

—¿Esclavos? —protestó Victarion—. Tendrían que ser siervos, o esposas de sal.

En las Islas del Hierro no había esclavos, sólo siervos, que estaban obligados a trabajar, pero no eran ninguna propiedad. Sus hijos nacían libres, siempre que los entregasen al Dios Ahogado. Y los siervos nunca se compraban ni se vendían. Si alguien quería un siervo, tenía que pagar el precio del hierro.

—Es por decreto del rey —dijo el hombre.

—El fuerte siempre ha cogido lo que ha querido del débil —comentó Nute el Barbero—. Esclavos o siervos, ¿qué más da? Sus hombres no supieron defenderlos, así que ahora son nuestros y podemos hacer con ellos lo que queramos.

«Esas no son las Antiguas Costumbres», habría querido decirle, pero no había tiempo. La noticia de la victoria lo había precedido, y los hombres se congregaban en torno a él para felicitarlo. Se dejó adular hasta que uno empezó a alabar la osadía de Euron.

—Hace falta una gran valentía para navegar hasta perder de vista la costa, para que en estas islas no supiera nadie que nos acercábamos —gruñó—. Pero claro, cruzar medio mundo en busca de dragones... Eso es otra cosa.

En vez de quedarse a esperar respuesta, se abrió camino entre los congregados y se dirigió a zancadas hacia la fortaleza.

El castillo de Lord Hewett era pequeño pero fuerte, con muros gruesos y puertas

de roble claveteadas que recordaban el blasón de su Casa, un escudo de roble con clavos de hierro sobre un campo azul y blanco de burelas ondadas. Pero, en aquellos momentos, en las torres de tejado verde ondeaba el kraken de la Casa Greyjoy, y las grandes puertas estaban quemadas y rotas. Los hijos del hierro patrullaban las almenas con hachas y lanzas, junto con varios mestizos de Euron.

Al llegar al patio, Victarion se encontró con Gorold Goodbrother y el viejo Drumm, que hablaban en voz baja con Rodrik Harlaw. Nute *el Barbero* lanzó un grito al verlos.

—¡Eh, Lector! ¿A qué viene esa cara tan larga? Te has preocupado por nada. ¡Hemos vencido y tenemos la recompensa!

Lord Rodrik apretó los labios.

—¿Te refieres a estas rocas? No tienen el tamaño de Harlaw ni juntando las cuatro. Lo que hemos ganado son unas cuantas piedras, árboles y baratijas, y la enemistad de la Casa Tyrell.

—¿Las rosas? —Nute se echó a reír—. ¿Qué daño le puede hacer una rosa al kraken de las profundidades? Les hemos quitado los escudos y se los hemos hecho pedazos. ¿Quién los protegerá de ahora en adelante?

—Altojardín —replicó el Lector—. Todo el poder del Dominio se nos vendrá encima muy pronto, Barbero, y tal vez entonces descubras que hay rosas con espinas de acero.

Drumm asintió con una mano en el puño de su *Lluvia Roja*.

—Lord Tarly lleva el mandoble *Veneno de Corazón*, forjado con acero valyrio, y siempre está en la vanguardia de Lord Tyrell.

La rabia de Victarion estalló.

—Que venga. Me quedaré con su espada, igual que tu antepasado consiguió *Lluvia Roja*. Que vengan todos; que vengan también los Lannister si quieren. El león puede ser muy fiero en tierra, pero en el mar, el kraken no tiene rival.

Daría la mitad de los dientes por la oportunidad de probar su hacha contra el Matarreyes o el Caballero de las Flores. Esas eran las batallas que comprendía. El asesino de su propia sangre estaba maldito a los ojos de los dioses y los hombres, pero el guerrero recibía honras y reverencias.

—No temáis, Lord Capitán —dijo el Lector—. Vendrán. Es lo que quiere Su Alteza. Si no, ¿por qué nos habría ordenado que dejáramos volar los cuervos de Hewett?

—Lees demasiado y peleas demasiado poco —le dijo Nute—. Tienes la sangre aguada.

Pero el Lector le hizo caso omiso.

Cuando Victarion entró en la sala se estaba celebrando un banquete de lo más bullicioso. Los hijos del hierro ocupaban las mesas, bebían, gritaban, se daban

empujones, y alardeaban de los hombres que habían matado, las hazañas que habían realizado y los trofeos que habían conseguido. Muchos se habían ataviado con el botín. Lucas Codd, *el Zurdo*, y Quellon Humble habían arrancado tapices de las paredes y se los habían puesto de capa. Germund Botley llevaba una sarta de perlas y granates por encima de la coraza dorada de los Lannister. Andrik *el Taciturno* se tambaleaba con una mujer debajo de cada brazo. Seguía tan taciturno como siempre, pero llevaba anillos en todos los dedos. Los capitanes comían en bandejas de plata maciza, no en cuencos tallados en pan duro.

Nute *el Barbero* miró a su alrededor con el rostro desencajado por la rabia.

—Ojo de Cuervo nos manda a enfrentarnos a los barcoluengos mientras sus hombres toman los castillos y los pueblos, y se quedan con el botín y las mujeres. ¿Qué nos han dejado?

—Tenemos la gloria.

—La gloria está bien —replicó Nute—, pero el oro es mejor.

Victarion se encogió de hombros.

—Ojo de Cuervo dice que nos apoderaremos de todo Poniente: el Rejo, Antigua, Altojardín... Ahí tendrás todo el oro que quieras. Pero basta de charla. Tengo hambre.

Por derecho de sangre, Victarion podía exigir un asiento en el estrado, pero no le apetecía comer con Euron y su gente, de modo que se sentó al lado de Ralf *el Cojo*, el capitán del *Lord Quellon*.

—Una gran victoria, Lord Capitán —dijo el Cojo—. Una victoria digna de un título de señor. Tendrían que darte una isla.

«Lord Victarion. Sí, ¿por qué no?» No se trataría del Trono de Piedramar, pero algo era algo.

Hotho Harlaw estaba al otro lado de la mesa, arrancando carne de un hueso. Lo tiró a un lado y se inclinó hacia delante.

—El Caballero se queda con el Escudo Gris. Mi primo. ¿Te lo habían dicho?

—No. —Victarion miró hacia el otro extremo de la sala, donde Ser Harras Harlaw bebía vino en una copa de oro. Era un hombre alto, de rostro largo y austero—. ¿Por qué le va a dar Euron una isla?

Hotho alzó la copa vacía, y una joven pálida con un vestido de terciopelo azul y encaje dorado se la volvió a llenar.

—El Caballero se ha quedado con Grimmston. Plantó su estandarte bajo el castillo y desafío a los Grimm a que se le enfrentaran. Salió uno, luego otro, luego otro... Los mató a todos. Bueno, a casi todos; dos se rindieron. Cuando cayó el séptimo hombre, el septón de Lord Grimm decidió que los dioses habían hablado y rindió el castillo.

—Hotho se echó a reír—. Será el señor del Escudo Gris; con su pan se lo coma. Eso me convierte en el heredero del Lector. —Se golpeó el pecho con la copa de vino—. Hotho *el Jorobado*, señor de Harlaw.

—Siete, ¿eh? —Victarion se preguntó cómo se comportaría la *Anochecer* contra su hacha. Nunca había luchado contra nadie que fuera armado con una hoja de acero valyrio, aunque le había dado más de una paliza a Harras Harlaw cuando ambos eran jóvenes. De niño, Harlaw había sido muy amigo de Rodrik, el hijo mayor de Balon, que había muerto ante los muros de Varamar.

El banquete era muy bueno. El vino era excelente; había asado de buey muy poco hecho, sangrante, así como patos rellenos y cubos de cangrejos frescos. El Lord Capitán no dejó de advertir que las criadas llevaban ropa de lana fina y opulento terciopelo. Pensó que llevaban la ropa de Lady Hewett y sus damas, hasta que Hotho le dijo que eran Lady Hewett y sus damas. Por lo visto, a Ojo de Cuervo le resultaba divertido verlas servir. En total eran ocho: la señora, todavía atractiva aunque algo rellenita, y siete mujeres más jóvenes, entre los veinticinco y los diez años: sus hijas y ahijadas.

Lord Hewett ocupaba su asiento habitual en el estrado, con sus mejores galas. Le habían atado los brazos y las piernas a la silla, y le habían metido un rábano blanco entre los dientes para que no pudiera hablar, aunque lo veía y oía todo. Ojo de Cuervo estaba sentado en el asiento de honor, a la derecha del señor. Tenía en el regazo a una muchacha bonita, regordeta, de diecisiete o dieciocho años, descalza y despeinada, que le echaba los brazos al cuello.

—¿Quién es? —les preguntó Victarion a los que lo rodeaban.

—La hija bastarda del señor —rió Hotho—. Antes de que Euron tomara el castillo, la obligaban a servirles la mesa y a comer con los criados.

Euron le puso los labios azulados en la garganta, y la chica dejó escapar una risita y le susurró algo al oído. Él sonrió y le volvió a besar la garganta. Tenía la piel blanca cubierta de marcas allí por donde había pasado su boca; eran como un collar rosado en torno al cuello y los hombros. Otro susurro al oído, y fue el turno de Ojo de Cuervo de soltar una carcajada. Luego dio un golpe con la copa de vino para pedir silencio.

—Mis señoras —llamó a las nobles sirvientas—, Falia está preocupada por vuestras hermosas túnicas. No quiere que se manchen de grasa o vino, ni de los dedos de mis hombres, ya que le he prometido que, después del banquete, puede elegir la ropa que quiera y quedársela. Será mejor que os desnudéis.

Un rugido de carcajadas retumbó en el salón, y Lord Hewett se puso tan rojo que Victarion pensó que le iba a reventar la cabeza. Las mujeres no tuvieron más remedio que obedecer. La más pequeña lloró un poco, pero su madre la consoló y la ayudó a soltarse los lazos de la espalda. Después siguieron sirviendo, pasando entre las mesas con frascas de vino para llenar las copas vacías, pero iban desnudas.

«Humilla a Hewett igual que me humilló a mí», pensó el capitán, recordando como había sollozado su esposa cuando la golpeaba. Sabía que los hombres de los

Cuatro Escudos concertaban enlaces entre familias próximas, igual que los hijos del hierro. Tal vez alguna de las sirvientas desnudas fuera la esposa de Ser Talbert Serry. Una cosa era matar a un enemigo, y otra, deshonrarlo. Victarion apretó el puño. Tenía la mano ensangrentada; la herida había empapado el lino.

En el estrado, Euron dejó a un lado a la ramera y se puso de pie en la mesa. Los capitanes empezaron a entrechocar las copas y patear el suelo.

—¡EURON! —gritaron—. ¡EURON! ¡EURON! ¡EURON!

Era otra vez como en la asamblea.

—Juré que os entregaría Poniente —dijo Ojo de Cuervo cuando cesaron los gritos —, y ya lo estáis catando. Es sólo un bocado, ¡pero será un banquete antes de que llegue la noche! —A lo largo de las paredes, las antorchas ardían brillantes, igual que él, labios azules, ojos azules—. El kraken no suelta nunca lo que agarra. Estas islas fueron nuestras y ahora vuelven a serlo. Pero necesitamos hombres fuertes para defenderlas. Así que levantaos, Ser Harras Harlaw, señor del Escudo Gris. —El Caballero se puso en pie, con una mano en el puño de adularias de Anochecer—. Levantaos, Andrik *el Taciturno*, señor del Escudo del Sur. —Andrik empujó a un lado a sus mujeres y se puso en pie como una montaña que se alzara repentinamente del mar—. Levantaos, Maron Volmark, señor del Escudo Verde. —Volmark, un muchacho imberbe de dieciséis años, se levantó titubeante; más bien parecía el señor de los conejos—. Y levantaos, Nute *el Barbero*, señor del Escudo de Roble.

Nute tenía los ojos cargados de desconfianza, temeroso de que fuera alguna broma cruel.

—¿Señor? —graznó.

Victarion había pensado que Ojo de Cuervo entregaría los señoríos a los suyos: Mano de Piedra; el Remero Rojo; Lucas Codd, *el Zurdo*...

«Un rey tiene que ser generoso», trató de decirse. Pero otra voz le susurraba: «Los regalos de Euron están envenenados». Cuando le dio vueltas en la cabeza lo vio todo claro. «El Caballero era el heredero elegido por el Lector, y Andrik *el Taciturno*, el brazo derecho de Dunstan Drumm. Volmark es un niño inexperto, pero gracias a su madre, por sus venas corre la sangre de Harren *el Negro*. Y el Barbero...»

Victarion lo agarró por el antebrazo.

—¡Recházalo!

Nute lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Que lo rechace? ¿Las tierras y el título? ¿Tú vas a nombrarme señor?

Se liberó de su brazo y se levantó para disfrutar de las aclamaciones.

«Y ahora me roba a mis hombres», pensó Victarion.

El rey Euron llamó a Lady Hewett para que le llenara la copa de vino, y la alzó bien alta.

—¡Capitanes y reyes, levantad vuestras copas por los señores de los Cuatro

Escudos!

Victarion bebió como todos.

«No hay vino más dulce que el que se le arrebata a un enemigo.» Eso le había dicho alguien, su padre, o tal vez su hermano Balon. «Algún día beberé tu vino, Ojo de Cuervo, y te arrebataré todo lo que te es querido.» Pero ¿había algo que Euron amara de verdad?

—Por la mañana nos dispondremos a hacernos a la mar una vez más —iba diciendo el Rey—. Llenaremos los barriles de agua dulce; cogeremos sacos de cereales y toneles de carne en salazón, y tantas cabras y ovejas como podamos transportar. Los heridos que tengan fuerzas suficientes irán a los remos. Los demás se quedarán aquí, para ayudar a sus nuevos señores a defender estas islas. Torwold y el Remero Rojo volverán pronto con más provisiones. En la travesía hacia el este, nuestras cubiertas apestarán a cerdos y a pollos, pero volveremos con dragones.

—¿Cuándo? —La voz pertenecía a Lord Rodrik—. ¿Cuándo volveremos, Alteza? ¿Dentro de un año? ¿De tres? ¿De cinco? Vuestros dragones están a un mundo de distancia, y ya tenemos encima el otoño. —El Lector se adelantó, enumerando todos los peligros—. Hay galeras guardando los estrechos del Tinto. La costa dorniense es árida e inhóspita: cuatrocientas leguas de remolinos, acantilados y bancos de arena, sin un lugar seguro donde atracar. Más allá está Peldaños de Piedra, con sus tormentas y sus nidos de piratas lysenos y myrienses. Si zarpan mil barcos, puede que trescientos lleguen al otro lado del mar Angosto. Y luego, ¿qué? Lys no nos dará la bienvenida, y tampoco Volantis. ¿De dónde sacaremos agua dulce y provisiones? La primera tormenta nos dispersará por medio mundo.

Una sonrisa bailó en los labios azules de Euron.

—Yo soy la tormenta, mi señor. La primera tormenta y también la última. He capitaneado el *Silencio* en viajes más largos que este, y mucho más peligrosos. ¿Lo habéis olvidado? He navegado por el mar Humeante y he visto Valyria.

Todos los presentes sabían que la Maldición imperaba todavía en Valyria. Allí, el mismísimo mar hervía y humeaba, y los demonios dominaban las tierras. Se decía que el marinero que divisara las montañas de fuego de Valyria por encima de las olas moriría pronto, y la suya sería una muerte terrible, pero Ojo de Cuervo había estado allí y había regresado.

—¿De veras? —le preguntó el Lector con voz suave.

La sonrisa de Euron se esfumó.

—Lector —dijo en medio del silencio—, harías mejor en volver a hundir la nariz en tus libros.

Victarion percibía la inquietud de los presentes. Se puso en pie.

—¡Hermano! —gritó—. No has respondido a las preguntas de Harlaw.

Euron se encogió de hombros.

—El precio de los esclavos está subiendo. Venderemos los nuestros en Lys y en Volantis. Con eso y con lo que hemos saqueado aquí tendremos suficiente oro para comprar provisiones.

—¿Ahora somos esclavistas? —preguntó el Lector—. ¿Y todo por qué? ¿Por unos dragones que no ha visto nadie? ¿Vamos a perseguir las fantasías de algún marinero borracho hasta el otro extremo de la tierra?

Sus palabras provocaron murmullos de asentimiento.

—La bahía de los Esclavos está demasiado lejos —gritó Ralf *el Cojo*.

—Y demasiado cerca de Valyria —gritó Quellon *Humble*.

—Altojardín está más cerca —aportó Fralegg *el Fuerte*—. Propongo que busquemos dragones aquí. ¡De los de oro!

—¿Por qué navegar por medio mundo si tenemos el Mander delante de las narices? —dijo Alvyn Sharp.

Ralf Stonehouse *el Rojo* se puso en pie.

—Antigua tiene más riquezas, y el Rejo, todavía más. La flota de Redwyne está muy lejos. Sólo tenemos que alargar la mano y coger la fruta más madura de Poniente.

—¿Fruta? —El ojo del Rey parecía más negro que azul—. Sólo un cobarde robaría fruta pudiendo hacerse con el huerto.

—Lo que queremos es el Rejo —dijo Ralf *el Rojo*, y muchos gritaron lo mismo.

Ojo de Cuervo dejó que los gritos le resbalaran. Luego saltó de la mesa, agarró a la ramera por el brazo y la sacó de la sala.

«Huye como un perro. —De repente, el derecho de Euron al Trono de Piedramar no parecía tan asentado como unos momentos antes—. No lo seguirán a la bahía de los Esclavos. Puede que no sean tan zafios ni tan estúpidos como me temía.» Era una idea tan grata que Victarion quiso acompañarla de vino. Bebió una copa con el Barbero para demostrarle que no le guardaba rencor por haber aceptado el título, aunque fuera de manos de Euron.

En el exterior se había puesto el sol. La oscuridad se hacía más densa al otro lado de los muros, pero dentro, las antorchas ardían con un brillo anaranjado, y su humo se acumulaba bajo las vigas como una nube gris. Los borrachos empezaron a bailar la danza del dedo. En determinado momento, Lucas Codd, *el Zurdo*, decidió que le gustaba una hija de Lord Hewett, así que la poseyó encima de una mesa mientras sus hermanas gritaban y sollozaban.

Victarion sintió un toquecito en el hombro. Uno de los hijos mestizos de Euron estaba detrás de él; era un niño de diez años, con el pelo lanudo y la piel del color del barro.

—Mi padre quiere hablar contigo.

Victarion se levantó, inseguro. Era corpulento, con gran capacidad para el vino,

pero aun así, había bebido demasiado.

«La maté a golpes, con mis propias manos —pensó—, pero fue Ojo de Cuervo quien la mató al entrar en ella. A mí no me dejó alternativa.» Siguió al bastardo por el pasillo y subió con él por la escalera de caracol. Los sonidos de la jarana y las violaciones se fueron amortiguando a medida que ascendían, hasta que al final sólo se oyó el tenue roce de las botas contra la piedra.

Ojo de Cuervo se había quedado con el dormitorio de Lord Hewett, además de con su hija bastarda. Cuando entró, la muchacha estaba despatarrada en la cama y respiraba profundamente. Euron estaba junto a la ventana, bebiendo de una copa de plata. Llevaba la capa de marta que le había quitado a Blacktyde y el parche de cuero rojo, y nada más.

—De pequeño soñaba que podía volar —le dijo—. Pero cuando despertaba, no era así... O eso decía el maestre. Pero ¿y si mentía?

A Victarion le llegó el olor del mar a través de la ventana abierta, aunque la habitación apestaba a vino, sangre y sexo. El frescor del aire salado lo ayudó a despejarse.

—¿Qué quieres decir?

Euron se volvió hacia él con los magullados labios azules curvados en un atisbo de sonrisa.

—Tal vez podamos volar. Todos. ¿Cómo lo sabremos si no saltamos de una torre muy alta? —El viento entraba a ráfagas por la ventana y le agitaba la capa de marta. Su desnudez tenía algo de obsceno, de turbador—. Nadie sabe qué puede hacer de verdad a menos que se atreva a saltar.

—Ahí tienes una ventana. Salta. —Victarion no tenía paciencia para aquello. La herida de la mano le dolía cada vez más—. ¿Qué quieres?

—El mundo. —La luz del fuego refulgía en el ojo de Euron. «Su ojo sonriente»—. ¿Quieres una copa del vino de Lord Hewett? No hay vino más dulce que el que se arrebata a un enemigo vencido.

—No. —Victarion apartó la vista—. Cúbrete.

Euron se sentó y dobló la capa de manera que le tapara las partes íntimas.

—Ya se me había olvidado lo cortos de miras y lo escandalosos que son mis hijos del hierro. Les ofrezco dragones y me piden uvas a gritos.

—Las uvas existen. Las uvas se pueden comer. Su zumo es dulce, y sirven para hacer vino. ¿Para qué sirven los dragones?

—Para provocar dolor. —Ojo de Cuervo bebió un trago de la copa de plata—. Una vez tuve un huevo de dragón en esta mano. Un mago myriense juraba que lo podría incubar si le daba un plazo de un año y todo el oro que necesitara. Cuando me harté de sus excusas, lo maté. Cuando vio que las entrañas se le escurrían entre los dedos, me dijo: «¡Pero si no ha pasado un año!». —Se echó a reír—. No sé si lo sabrás,

Cragorn ha muerto.

—¿Quién?

—El hombre que hizo sonar mi cuerno de dragón. Cuando el maestre lo abrió, tenía los pulmones chamuscados y negros como el hollín.

Victarion se estremeció.

—Enséñame ese huevo de dragón.

—Lo tiré al mar en uno de mis días negros. —Euron se encogió de hombros

—. Puede que el Lector no ande desencaminado. Una flota demasiado grande no se mantendría unida en una travesía tan larga. El viaje es demasiado prolongado, demasiado peligroso. Sólo nuestros mejores barcos y tripulaciones pueden llegar a la bahía de los Esclavos y volver. La Flota de Hierro.

«La Flota de Hierro es mía», pensó Victarion. No dijo nada.

Ojo de Cuervo llenó dos copas con el extraño vino negro espeso como la miel.

—Bebe conmigo, hermano. Prueba. —Le tendió una copa a Victarion.

El capitán cogió la otra y olfateó el contenido con desconfianza. Visto de cerca, parecía más azul que negro. Era espeso y aceitoso, y olía a carne podrida. Probó un traguito y lo escupió al instante.

—Es asqueroso. ¿Quéquieres? ¿Envenenarme?

—Quiero abrirte los ojos. —Euron bebió un largo trago de su copa y sonrió—. Color-del-ocaso, el vino de los brujos. Había un barril en cierta galera que capturé cerca de Qarth. También había clavo, nuez moscada, cuarenta balas de seda verde y cuatro brujos que me contaron algo de lo más curioso. Uno de ellos se atrevió a amenazarme, así que lo maté y se lo serví a los otros tres. Al principio se negaron a comerse a su amigo, pero cuando tuvieron suficiente hambre cambiaron de opinión. Los hombres son de carne.

«Balon estaba loco; Aeron, más loco todavía, y Euron es el más loco de todos.» Victarion iba a dar la vuelta para marcharse cuando Ojo de Cuervo lo detuvo.

—Un rey necesita una esposa que le dé herederos —dijo—. Te necesito, hermano. ¿Te importaría ir a la bahía de los Esclavos y traerme a mi amada?

«Yo también tuve una amada. —Victarion apretó los puños, y una gota de sangre cayó al suelo—. Tendría que matarte a ti de una paliza y echarte de comer a los cangrejos, como hice con ella.»

—Ya tienes hijos —le dijo a su hermano.

—Mestizos ilegítimos, nacidos de prostitutas y de chicas que gritaban mucho.

—Proceden de tu cuerpo.

—Igual que el contenido de mi orinal. Ninguno de ellos es digno de sentarse en el Trono de Piedramar, no digamos ya en el Trono de Hierro. No, para engendrar un heredero digno de él necesito a otra mujer. Hermano..., cuando el kraken se una al dragón, el mundo se rendirá.

—¿Qué dragón? —preguntó Victarion con el ceño fruncido.

—El último de la estirpe. Dicen que es la mujer más bella del mundo. Su cabello es de oro plateado; sus ojos son amatistas... Pero no hace falta que me creas, hermano. Ve a la bahía de los Esclavos, contempla su belleza, y tráemela.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que hacerlo?

—Por amor. Porque es tu deber. Porque lo ordena tu rey. —Euron dejó escapar una risita—. Y por el Trono de Piedramar. Será tuyo cuando yo ocupe el Trono de Hierro. Me sucederás, igual que yo sucedí a Balon... Y de la misma manera, algún día te sucederán tus hijos legítimos.

«Mis hijos legítimos. —Pero para tener un hijo legítimo, antes necesitaba una esposa. Victarion no tenía suerte con las esposas—. Los regalos de Euron están envenenados —se recordó—, pero aun así...»

—Tú eliges, hermano. Vivir como siervo o morir como rey. ¿Te atreves a volar? A menos que saltes, no lo sabrás nunca. —El ojo sonriente de Euron brillaba con sarcasmo—. ¿O te estoy pidiendo demasiado? Sé que da miedo navegar más allá de Valyria.

—Si hiciera falta, podría llevar la Flota de Hierro al mismísimo infierno. —Victarion abrió la mano; tenía la palma roja de sangre—. Sí, iré a la bahía de los Esclavos, buscaré a la dragona y la traeré.

«Pero no será para ti. Me robaste a mi esposa y la mancillaste, así que me quedaré con la tuya. La mujer más bella del mundo será para mí.»

JAIME (4)

Los campos que se extendían tras las murallas de Darry se volvían a cultivar. Los arados habían enterrado las cosechas quemadas, y los exploradores de Ser Addam informaban de haber visto a mujeres escardando los surcos mientras una yunta rompía nuevos terrones al borde de un bosque cercano. Una docena de hombres barbudos con hachas velaba por su seguridad mientras trabajaban.

Cuando Jaime y su columna llegaron al castillo, ya se habían refugiado todos tras sus murallas. Se encontró cerradas las puertas de Darry, igual que se había encontrado las de Harrenhal.

«Fría bienvenida para ser de mi sangre.»

—Haced sonar el cuerno —ordenó.

Ser Kennos de Kayce descolgó el Cuerno de Herrock y lo tocó. Mientras aguardaba a que respondieran los ocupantes del castillo, Jaime se fijó en el estandarte marrón y carmesí que ondulaba en la barbacana de su primo. Al parecer, Lancel había cuartelado el león de Lannister con el labrador de Darry. Vio la mano de su tío en aquello, al igual que en la esposa elegida para Lancel. La Casa Darry había gobernado en aquellas tierras desde que los ándalos expulsaron a los primeros hombres. Sin duda, Ser Kevan se había dado cuenta de que los campesinos aceptarían mejor a su hijo si lo consideraban una continuación de la antigua estirpe, si poseía aquellas tierras por derecho de matrimonio, no por decreto real.

«Kevan debería ser la Mano de Tommen. Harys Swyft es un inútil, y si mi hermana no se da cuenta, es porque se ha vuelto idiota.»

Las puertas del castillo empezaron a abrirse.

—Mi primo no tendrá sitio para acoger a un millar de hombres —le dijo Jaime al Jabalí—. Montaremos campamento al pie de la muralla oeste. Quiero zanjas y estacas en el perímetro; aún quedan bandidos por aquí.

—Tendrían que estar locos para atacar a un ejército como el nuestro.

—O muertos de hambre. —Mientras no tuviera una idea aproximada de las fuerzas con que contaban los bandidos, no estaba dispuesto a correr el menor riesgo con sus defensas—. Zanjas y estacas —repitió antes de espolear a *Honor* hacia la puerta.

Ser Dermont cabalgaba a su lado con el estandarte real del venado y el león, y Ser Hugo Vance, con el blanco de la Guardia Real. Jaime le había encomendado a Ronnet el Rojo la misión de llevar a Wylis Manderly a Poza de la Doncella, para no tener que volver a verle la cara.

Pia cabalgaba con los escuderos de Jaime, a lomos de un caballo castrado que le había conseguido Peck.

—Parece un castillo de juguete —le oyó decir Jaime.

«No ha conocido más hogar que Harrenhal —reflexionó—. Todos los castillos del reino, excepto la Roca, le van a parecer pequeños.»

Josmyn Peckleton estaba comentando lo mismo.

—No podéis compararlo con Harrenhal. Harren el Negro lo construyó demasiado grande.

Pia escuchó con la solemnidad de una niña de cinco años que atendiera a las lecciones de su septa.

«Y eso es, una niñita en el cuerpo de una mujer, herida y asustada.» Pero Peck se había encariñado con ella. Jaime sospechaba que el chico no había estado nunca con una mujer, y Pia seguía siendo bastante bonita, siempre que mantuviera la boca cerrada. «En fin, no tiene nada de malo que se acuesten, mientras a ella le parezca bien.»

Uno de los hombres de la Montaña había intentado violarla en Harrenhal, y cuando Jaime ordenó a Ilyn Payne que lo decapitara, su perplejidad había parecido sincera.

—Ya me la he tirado cien veces —repetía sin cesar mientras lo obligaban a arrodillarse—. Cien veces, mi señor. Igual que todos.

Cuando Ser Ilyn le entregó su cabeza a Pia, la muchacha mostró los dientes destrozados al sonreír.

Darry había cambiado de mano varias veces durante las batallas; el castillo ardió en una ocasión y lo saquearon al menos dos veces, pero al parecer, Lancel se había apresurado a arreglarlo todo. Las puertas eran nuevas: grandes planchas de roble reforzadas con clavos de hierro. Se estaba erigiendo un establo nuevo sobre los restos quemados del anterior. Habían sustituido los escalones de acceso al edificio principal, así como los postigos de muchas ventanas. Las piedras ennegrecidas delataban los lugares donde las habían lamido las llamas, pero el tiempo y las lluvias las limpiarían.

Dentro de las murallas, los ballesteros patrullaban por los baluartes, unos con capa color carmesí y yelmo con cimera en forma de león, y otros vestidos con el azul y el gris de la Casa Frey. Cuando Jaime cruzó el patio al trote, las gallinas huyeron bajo los cascós de *Honor*, las ovejas balaron y los campesinos le lanzaron miradas hoscas.

«Campesinos armados», no pudo dejar de advertir. Unos llevaban guadañas; otros, cayados; otros, azadones bien afilados. También se veían hachas, y divisó a varios hombres barbudos con estrellas rojas de siete puntas cosidas a las túnicas sucias y andrajosas.

«Joder, más gorriones. ¿De dónde salen tantos?»

De quien no vio rastro fue de su tío Kevan. Ni de Lancel. El único que salió a recibirla fue un maestre con una túnica gris que el viento le enredaba en las piernas flacas.

—Lord Comandante, para Darry es un honor esta visita tan... inesperada. Perdonad que no hayamos hecho ningún preparativo; teníamos entendido que ibais directamente a Aguasdulces.

—Darry me cogía de camino —mintió Jaime. «Aguasdulces puede esperar.» Y si por casualidad acababa el asedio antes de que llegara al castillo, se ahorraría tener que alzar las armas contra la Casa Tully. Desmontó y le tendió a un mozo de cuadras las riendas de *Honor*. —¿Está mi tío?

No dijo su nombre. Ser Kevan era el único tío que le quedaba, el único hijo superviviente de Tytos Lannister.

—No, mi señor. Ser Kevan nos dejó después de la boda. —El maestre se tironeó de la cadena, como si de repente le apretara demasiado—. Sé que Lord Lancel se alegrará mucho de veros, y también a... A vuestros galantes caballeros. Aunque lamento confesaros que Darry no puede dar de comer a tantos hombres.

—Traemos provisiones. ¿Quién sois?

—El maestre Ottomore, si a mi señor le parece bien. Lady Amerei habría querido recibiros en persona, pero está supervisando los preparativos del banquete que se celebrará en vuestro honor. Espera que compartáis la mesa con nosotros: vos y vuestros principales caballeros y capitanes.

—Una comida caliente será muy de agradecer. —Los días se habían vuelto fríos y húmedos. Jaime echó un vistazo al patio, a los rostros barbudos de los gorriones. «Son demasiados. Y también hay demasiados Frey»—. ¿Dónde está Peñafuerte?

—Nos ha llegado información de que hay bandidos más allá del Tridente. Ser Harwyn ha ido a encargarse de ellos con cinco caballeros y veinte arqueros.

—¿Y Lord Lancel?

—Está rezando. Su Señoría ha ordenado que no lo molestemos nunca durante sus oraciones.

«Ser Bonifer y él se llevarían bien.»

—De acuerdo. —Ya tendría tiempo más tarde de hablar con su primo—. Llevadme a mis aposentos, y que me preparen un baño.

—Si a mi señor le parece bien, os hemos alojado en el Torreón del Labrador. Os indicaré el camino.

—Ya sé por dónde es.

Jaime conocía aquel castillo. Cersei y él habían estado allí como invitados en dos ocasiones: una vez con Robert, de camino a Invernia, y otra vez cuando regresaban a Desembarco del Rey. Como castillo era muy pequeño, pero más grande que una posada, y a lo largo del río había caza abundante. A Robert Baratheon nunca le había importado abusar de la hospitalidad de sus vasallos.

El torreón estaba casi como lo recordaba.

—No hay nada en las paredes —observó Jaime mientras el maestre y él recorrían

una galería.

—Lord Lancel quiere colgar tapices algún día —dijo Ottomore—. Escenas piadosas y devotas.

«Piadosas y devotas.» Tuvo que contenerse para no soltar una carcajada. Las paredes también habían estado desnudas durante su primera visita. Tyrion se había fijado en los cuadrados de piedra más oscura, allí donde en otros tiempos colgaban los tapices. Ser Raymun los había retirado, pero no había podido eliminar las marcas. Más tarde, el Gnomo le dio un puñado de venados a un sirviente de Darry a cambio de la llave de la cripta donde estaban escondidos los tapices. Se los mostró sonriente a Jaime a la luz de una vela: retratos tejidos de todos los reyes Targaryen, desde el primer Aegon hasta el segundo Aenys.

—Si se lo digo a Robert, puede que me nombre a mí señor de Darry —dijo el enano entre risitas.

El maestre Ottomore llevó a Jaime a la parte superior del torreón.

—Espero que os encontréis cómodo aquí, mi señor. Hay una letrina, para cuando sintáis la llamada de la naturaleza. Vuestra ventana da al bosque de dioses. El dormitorio está junto al de la señora, separado por la celda de un sirviente.

—Estas eran las habitaciones de Lord Darry.

—Sí, mi señor.

—Mi primo es demasiado amable. No era mi intención echar a Lancel de su propio dormitorio.

—Lord Lancel duerme en el septo.

«¿Duerme con la Madre y la Doncella, teniendo una esposa cálida al otro lado de la puerta?» Jaime no sabía si reír o llorar. «A lo mejor reza por que se le ponga dura la polla. —En Desembarco del Rey se rumoreaba que las heridas habían dejado impotente a Lancel—. Pero debería tener el sentido común de intentarlo.» El dominio de su primo en sus nuevas tierras no sería firme hasta que engendrara un hijo con su esposa medio Darry. Jaime empezaba a lamentar el impulso que lo había llevado allí. Le dio las gracias a Ottomore, le recordó lo del baño y le pidió a Peck que lo acompañara a la puerta.

El dormitorio del señor había cambiado desde su última visita, y no para mejor. El suelo estaba cubierto de juncos mohosos, en lugar de la hermosa alfombra myriense que recordaba, y todos los muebles eran nuevos y rudimentarios. La cama de Raymun Darry era suficientemente grande para que durmieran seis personas, con cortinajes de terciopelo y postes de roble tallados en forma de hojas y enredaderas; la de Lancel era un catre de paja mal repartida, situado bajo la ventana para que la primera luz del día lo despertara sin remedio. Sin duda, la otra cama había ardido, o la habían destrozado o robado, pero aun así...

Cuando llegó la bañera, Lew *el Pequeño* le quitó las botas a Jaime y lo ayudó a

quitarse también la mano de oro. Peck y Garrett acarrearon agua, y Pia le buscó ropa limpia para que asistiera a la cena. La chica lo miró con timidez mientras desdoblaban el jubón. Jaime era incómodamente consciente de las curvas de sus caderas y sus pechos bajo el vestido de lana basta. No pudo evitar recordar las cosas que le había susurrado Pia en Harrenhal la noche en que Qyburn la envió a su cama.

«A veces, cuando estoy con un hombre, cierro los ojos para imaginarme que a quien tengo encima es a vos», había dicho.

Se alegró de que el agua de la bañera fuera suficiente para ocultar su erección. En medio del vapor recordó otro baño, el que había compartido con Brienne. Estaba febril y débil por la pérdida de sangre, y el calor lo mareó tanto que acabó diciendo cosas que habría debido callar. En aquella ocasión no tenía excusa.

«Recuerda tus votos. Pia es más apropiada para la cama de Tyrion que para la tuya.»

—Tráeme jabón y un cepillo de cerdas duras —le dijo a Peck—. Pia, ya te puedes retirar.

—Sí, mi señor. Gracias, mi señor. —Se tapaba la boca al hablar, para ocultar los dientes rotos.

—¿La deseas? —le preguntó Jaime a Peck cuando salió la chica. El escudero se puso rojo como una remolacha—. Si ella te acepta, tómala. Te enseñará unas cuantas cosas que te resultarán útiles en tu noche de bodas, seguro, y no es probable que te dé un bastardo. —Pia se había abierto de piernas para la mitad del ejército de su padre y nunca se había quedado embarazada; probablemente fuera estéril—. Pero si te acuestas con ella, sé bueno.

—¿Bueno, mi señor? ¿Cómo...? ¿Cómo se...?

—Palabras cariñosas. Caricias suaves. No te vas a casar con ella, pero mientras estéis en la cama, debes tratarla como si fuera tu esposa.

El chico asintió.

—Mi señor... ¿Adónde la llevo? Nunca hay un lugar donde... Donde...

—¿Donde estar a solas? —Jaime sonrió—. La cena durará varias horas. Esta paja está llena de bultos, pero te bastará.

Peck abrió los ojos como platos.

—¿En la cama de mi señor?

—Si Pia sabe lo que hace, tú también te sentirás como un señor cuando termines.

«Y más vale que alguien aproveche ese patético colchón de paja.»

Aquella noche, cuando bajó al banquete, Jaime Lannister lucía un jubón de terciopelo rojo con bordados de hilo de oro, y una cadena dorada cuajada de diamantes negros. Se había puesto también la mano de oro, tan bruñida que resplandecía. No era el lugar adecuado para vestir las prendas blancas. El deber lo aguardaba en Aguasdulces; lo que lo había llevado allí era una necesidad más

sombría.

El salón principal de Darry sólo tenía de principal el nombre. Estaba abarrotado de pared a pared de mesas montadas en caballetes, y las vigas del techo estaban ennegrecidas por el humo. A Jaime le habían asignado un asiento en el estrado, a la derecha de la silla vacía de Lancel.

—¿No cenará mi primo con nosotros? —preguntó mientras tomaba asiento.

—Mi señor prefiere ayunar —respondió Lady Amerei, la esposa de Lancel—. Está contrito de dolor por la muerte del pobre Septón Supremo.

Era una muchacha robusta, de piernas largas y pechos turgentes, de unos dieciocho años; parecía saludable y atractiva, aunque el rostro anguloso y de mentón huidizo le recordaba el de su difunto y nada llorado primo Cleos, que en su opinión siempre había tenido pinta de comadreja.

«¿Ayunando? Es aún más idiota de lo que me temía.» Su primo debería concentrarse en poner un pequeño heredero con cara de comadreja en la barriga de la viuda, y no en matarse de hambre. ¿Qué pensaría Ser Kevan del reciente fervor de su hijo? ¿Sería ese el motivo de su repentina partida?

Ante los cuencos de judías con panceta, Lady Amerei habló a Jaime de su primer esposo, de cómo lo había matado Ser Gregor Clegane cuando todavía luchaban en el bando de Robb Stark.

—Le supliqué que no fuera, pero mi Pate era tan valiente... Me juró que sería él quien matara a ese monstruo. Quería labrarse la fama, hacerse un nombre.

«Lo mismo que queremos todos.»

—Cuando era escudero me decía que yo sería quien matara al Caballero Sonriente.

—¿El Caballero Sonriente? —preguntó desconcertada.

«La Montaña de mi infancia. La mitad de corpulento, pero el doble de loco.»

—Un bandido que murió hace mucho. Nadie que deba preocuparos, mi señora.

A Amerei le temblaban los labios. Las lágrimas le brotaron de los ojos marrones.

—Por favor, disculpad a mi hija —dijo una mujer de más edad. Lady Amerei había llegado a Darry con una docena de miembros de la familia Frey: una hermana, un tío, un tío segundo, varios primos... Y su madre, Darry de soltera—. Aún llora la muerte de su padre.

—Lo mataron los bandidos —sollozó Lady Amerei—. Sólo había ido a pagar el rescate de Petyr *Espinilla*. Les llevó el oro que pedían, pero aun así lo colgaron.

—Lo ahorcaron, Ami. Que tu padre no era un tapiz. —Lady Mariya se volvió hacia Jaime—. Tengo entendido que lo conocisteis, ser.

—Servimos juntos como escuderos en Crakehall. —No iba a llegar hasta el punto de decir que habían sido amigos. Cuando llegó Jaime, Merrett Frey era el matón del castillo: se dedicaba a intimidar a los chicos más jóvenes. «Luego trató de

intimidarme a mí»—. Era... muy fuerte. —Fue la única alabanza que se le ocurrió. Merrett había sido lento, torpe e idiota, pero sí, fuerte.

—Luchasteis juntos contra la Hermandad del Bosque Real —Lady Amerei sorbió por la nariz—. Mi padre me contaba muchas anécdotas.

«Querrás decir que se jactaba y mentía.»

—Así fue.

Las principales aportaciones de Frey a la lucha habían consistido en permitir que una vivandera le pegara la viruela y dejarse capturar por la Gacela Blanca. La reina de los bandidos le había grabado su blasón a fuego en las nalgas antes de pedir un rescate y devolvérselo a Sumner Crakehall. Merrett no pudo sentarse en quince días, aunque Jaime dudaba que el hierro al rojo fuera la mitad de desagradable que las pullas que le hicieron aguantar los otros escuderos cuando volvió.

«Los niños son las criaturas más crueles del mundo.» Pasó la mano dorada en torno a la copa de vino y la alzó.

—Brindo por Merrett —dijo. Le costaba menos beber en su honor que hablar de él.

Tras el brindis, Lady Amerei dejó de llorar, y la conversación de la mesa se centró en los lobos, los de cuatro patas. Según Ser Danwell Frey había más que nunca, más incluso de los que recordaba su abuelo.

—No tienen ningún miedo al hombre. Una manada atacó nuestra caravana de provisiones cuando bajábamos de Los Gemelos. Los arqueros tuvieron que matar a una docena antes de que los demás huyeran.

Ser Addam Marbrand reconoció que su columna se había enfrentado a problemas parecidos en el camino desde Desembarco del Rey.

Jaime se concentró en la comida que tenía delante: arrancaba pedazos de pan con la mano izquierda y cogía la copa de vino con la derecha. Observó como Addam Marbrand encandilaba a la chica que tenía al lado y como Steffon Swift recreaba la batalla por Desembarco del Rey con trozos de pan, nueces y zanahorias. Ser Kennos sentó en el regazo a una criada y le pidió que le acariciara el cuerno, mientras Ser Dermont deleitaba a unos cuantos escuderos con historias de caballería en la selva. Más allá, en la misma mesa, Hugo Vance había cerrado los ojos.

«Estará meditando sobre los misterios de la vida —pensó Jaime—. O echando una cabezadita entre plato y plato».

Se volvió hacia Lady Mariya.

—Esos bandidos que mataron a vuestro marido, ¿eran de la banda de Lord Beric?

—Eso pensamos en un primer momento. —Lady Mariya tenía el pelo salpicado de canas, pero seguía siendo atractiva—. Los asesinos se dispersaron tras salir de Piedrasviejas. Lord Vypren siguió a un grupo hasta Buenmercado, pero allí le perdió la pista. Walder *el Negro* llevó cazadores y sabuesos a Pantano de la Bruja en busca

de los demás. Los campesinos negaron haberlos visto, pero cuando el interrogatorio se hizo más enérgico, cantaron otra canción. Hablaron de un hombre tuerto, de otro que vestía una capa amarilla... y de una mujer que también lleva capa, con la capucha siempre calada.

—¿Una mujer? —Lo normal habría sido que la Gacela Blanca hubiera servido de escarmiento a Merrett en cuestión de bandidas—. En la Hermandad del Bosque Real también había una mujer.

—He oído hablar de ella. —«Y cómo no —parecía dar a entender su tono—, si dejó su marca en mi marido»—. Dicen que la Gacela Blanca era joven y hermosa. Esa mujer encapuchada no es lo uno ni lo otro. Los campesinos nos dijeron que tiene el rostro destrozado, lleno de cicatrices, y que sus ojos son espantosos. También dicen que está al mando de los bandidos.

—¿Al mando? —A Jaime le costaba creerlo—. Beric Dondarrion y el sacerdote rojo...

—A ellos no los vieron. —Lady Mariya parecía segura.

—Dondarrion está muerto —dijo el Jabalí—. La Montaña le clavó un cuchillo en el ojo; algunos de nuestros hombres lo presenciaron.

—Esa es una de las versiones que corren —aportó Addam Marbrand—. Según otras, no hay nada que pueda matar a Lord Beric.

—Ser Harwyn dice que todas son mentira. —Lady Amerei se enredó una trenza en torno a un dedo—. Me ha prometido la cabeza de Lord Beric. Es muy galante. —Empezaba a sonrojarse por debajo de las lágrimas.

Jaime pensó en la cabeza que había regalado a Pia. Casi le parecía oír la risita de su hermano pequeño. «¿Qué ha sido de la costumbre de regalar flores a las mujeres?», habría preguntado Tyrion. También habría dado con unos cuantos adjetivos con los que calificar a Harwyn Plumm, pero *galante* no se habría encontrado entre ellos. Los hermanos Plumm eran tipos rechonchos y corpulentos, de cuello grueso y rostro enrojecido, jaraneros y procaces, siempre dispuestos a reír, a pelear y a perdonar. Harwyn eran otro tipo de Plumm: de ojos duros, taciturno y rencoroso, y cuando tenía la maza en la mano, mortífero. Un hombre ideal para ponerlo al mando de una guarnición, pero no para amarlo.

«Aunque quizá...» Jaime miró a Lady Amerei.

Los criados estaban sirviendo el plato principal, lucio con costra de hierbas y frutos secos picados. La esposa de Lancel lo cató, dio su aprobación y ordenó que sirvieran la primera porción a Jaime. Cuando le pusieron el pescado delante, se inclinó para salvar el espacio que su marido había dejado vacío y le tocó la mano dorada.

—Vos podríais matar a Lord Beric, Ser Jaime. Matasteis al Caballero de la Sonrisa. Os lo suplico, mi señor, quedaos y ayudadnos con Lord Beric y con el Perro.

—Los dedos níveos acariciaron los dorados.

«¿Acaso cree que lo noto?»

—Fue la Espada del Amanecer quien mató al Caballero Sonriente, mi señora. Ser Arthur Dayne, mucho mejor caballero que yo. —Jaime apartó los dedos dorados y se volvió una vez más hacia Lady Mariya—. ¿Hasta dónde rastreó Walder *el Negro* a esa mujer encapuchada y a sus hombres?

—Los sabuesos volvieron a dar con el rastro al norte del Pantano de la Bruja —respondió la dama—. Walder nos asegura que estaban a apenas medio día de distancia cuando desaparecieron en el Cuello.

—Ojalá se pudran ahí —declaró Ser Kennos con tono alegre—. Si los dioses son bondadosos, las arenas movedizas los engullirán, o si no, los devorarán los lagartos león.

—O los acogerán los comerranas —apuntó Ser Danwell Frey—. Los lacustres son capaces de dar refugio a los bandidos.

—Ojalá fueran sólo ellos —apuntó Lady Mariya—. Algunos señores de los ríos también son uña y carne con los hombres de Lord Beric Dondarrion.

—Y el pueblo —sorbió su hija—. Ser Harwyn dice que los esconden y les dan comida, y que cuando les preguntan por dónde se han ido, mienten. ¡Mienten a sus propios señores!

—Cortadles la lengua —apremió el Jabalí.

—Sí, así será más fácil que os respondan —dijo Jaime—. Si queréis que os ayuden, antes tenéis que conseguir que os aprecien. Así lo consiguió Arthur Dayne cuando cabalgó contra la Hermandad del Bosque Real. Pagaba a los aldeanos la comida que tomábamos, planteaba sus querellas ante el rey Aerys, amplió las tierras de pasto en torno a sus pueblos y hasta les consiguió el derecho de talar cierto número de árboles al año y cazar unos pocos ciervos del rey en otoño. La gente de los bosques había confiado en Toyne para que la defendiera, pero Ser Arthur hizo por ella mucho más que la Hermandad, y así se la ganó para nuestro bando. El resto fue sencillo.

—El Lord Comandante habla con sabiduría —dijo Lady Mariya—. Nunca nos libraremos de esos bandidos a menos que el pueblo llegue a apreciar a Lancel tanto como apreció a mi padre y a mi abuelo.

Jaime echó un vistazo a la silla vacía de su primo.

«Pues Lancel no se va a ganar ese aprecio a base de oraciones.»

Lady Amerei hizo un puchero.

—Os lo ruego, Ser Jaime, no nos abandonéis. Mi señor os necesita, y yo también. Corren tiempos aterradores. Hay noches en que el miedo no me deja dormir.

—Mi lugar está con el rey, mi señora.

—Vendré yo —se ofreció el Jabalí—. Cuando acabemos en Aguasdulces, tendré

ganas de más batalla. No es que Beric Dondarrion vaya a ser mucho rival. Lo recuerdo de antiguos torneos. Un muchacho guapo con una capa bonita. Menudo e inexperto.

—Eso fue antes de que muriese —dijo el joven Arwood Frey—. Según dice la gente, la muerte lo ha cambiado. Es posible matarlo, pero no se queda muerto. ¿Cómo se lucha contra alguien así? Y luego está el Perro. Asesinó a veinte hombres en Salinas.

El Jabalí soltó una carcajada.

—Serían veinte taberneros gordos. O veinte criados que se mearon en los calzones. O veinte hermanos mendicantes armados con cuencos. No veinte caballeros. No a mí.

—En Salinas hay un caballero —insistió Ser Arwood—. Se escondió tras sus murallas mientras Clegane y sus perros rabiosos asolaban la ciudad. No habéis visto lo que hizo, ser. Yo sí. Cuando llegaron los informes a Los Gemelos, baje a caballo con Harys Haigh y su hermano Donnel, junto con un centenar de arqueros y soldados. Creíamos que era cosa de Lord Beric y esperábamos dar con su rastro. Lo único que queda de Salinas es el castillo; Ser Quincy estaba tan asustado que no nos abrió las puertas; sólo habló a gritos con nosotros desde las almenas. Lo demás eran huesos y cenizas. Una ciudad entera. El Perro pasó los edificios por la antorcha y a sus habitantes por la espada, y se marchó riéndose. Las mujeres... No os creeríais lo que hizo con algunas de las mujeres. No pienso hablar de eso en la mesa. Me entraron náuseas sólo con verlo.

—Yo lloré al enterarme —dijo Lady Amerei.

Jaime bebió un trago de vino.

—¿Por qué estáis tan seguros de que fue el Perro? —Lo que describían parecía más propio de Gregor que de Sandor. Sandor siempre había sido despiadado, desde luego, pero el verdadero monstruo de la Casa Clegane era su hermano.

—Lo vieron —señaló Ser Arwood—. Ese yelmo que lleva es inconfundible e inolvidable, y unos cuantos sobrevivieron para contarla. La niña a la que violó, unos chiquillos que se escondieron, una mujer que encontraron atrapada bajo una viga, los pescadores que vieron la carnicería desde sus botes...

—No lo llaméis carnicería —pidió Lady Mariya en voz baja—. Es un insulto para los carníceros honrados. Lo de Salinas fue obra de una bestia disfrazada de ser humano.

«Vivimos en tiempos de bestias —reflexionó Jaime—. De leones, lobos y perros rabiosos; de grajos y cuervos carroñeros.»

—Cuánta maldad. —El Jabalí se volvió a llenar la copa—. Lady Mariya, Lady Amerei, vuestra aflicción me ha conmovido. Os doy mi palabra; en cuanto caiga Aguasdulces, volveré para dar caza al Perro y lo mataré en vuestro nombre. No me

dan miedo los chuchos.

«Este debería daros miedo.» Los dos hombres eran fuertes y corpulentos, pero Sandor Clegane era mucho más rápido, y luchaba con una brutalidad con la que Lyle Crakehall no podía rivalizar.

Lady Amerei, en cambio, se mostró encantada.

—Sois un verdadero caballero, Ser Lyle, al acudir en auxilio de una dama en apuros.

«Al menos no ha dicho *doncella*.» Jaime fue a coger la copa, pero la derribó sin querer. El mantel de lino absorbió el vino. Sus compañeros fingieron no darse cuenta de como se extendía la mancha roja. «Cortesía de mesa noble», se dijo, pero tenía el mismo sabor que la compasión. Se levantó bruscamente.

—Disculpadme, por favor, mis señoras.

Lady Amerei puso cara de desolación.

—¿Ya nos dejáis? Aún faltan el venado y los capones llenos de puerros y setas.

—No me cabe duda de que todo estará delicioso, pero no podría comer un bocado más. Tengo que ver a mi primo.

Jaime hizo una reverencia y los dejó comiendo.

En el patio también había hombres comiendo. Los gorriones se habían reunido en torno a una docena de hogueras para calentarse las manos mientras las salchichas chisporroteaban encima de las llamas. Debían de ser un centenar.

«Bocas inútiles.» Jaime se preguntó cuántas salchichas tendría en reserva su primo, y cómo pensaba dar de comer a los gorriones cuando se acabaran. «Como no consigan una cosecha, en invierno acabarán comiendo ratas.» Y, tan avanzado el otoño, había pocas posibilidades de que lo lograran.

El septo estaba en el patio del castillo. Era una edificación sin ventanas, de siete paredes, con puertas de madera labrada y techo de tejas. Había tres gorriones sentados en las escaleras de la entrada. Se levantaron al ver acercarse a Jaime.

—¿Adónde vais, mi señor? —preguntó el más menudo de los tres, que también era el más barbudo.

—Adentro.

—Su Señoría está rezando.

—Su Señoría es mi primo.

—Bueno, mi señor —intervino otro gorrión, un hombretón calvo con una estrella de siete puntas pintada encima de un ojo—, en tal caso, imagino que no querréis distraer a vuestro primo de sus oraciones.

—Lord Lancel está suplicando al Padre que lo guíe —aportó el tercer gorrión, el que no tenía barba. Jaime había pensado que era un muchacho, pero por la voz delató su condición de mujer, aunque vistiera harapos informes y restos de armadura—. Reza por el alma del Septón Supremo y por las de todos los que han muerto.

—Mañana seguirán muertos —respondió Jaime—. El Padre tiene más tiempo que yo. ¿Sabéis quién soy?

—Algún señor —dijo el hombre de la estrella en la frente.

—Algún tullido —dijo el menudo de la barba espesa.

—El Matarreyes —dijo la mujer—, pero nosotros no somos reyes, sólo Clérigos Humildes, y no podéis entrar a menos que lo diga Su Señoría. —Cogió un garrote con púas, y el hombre menudo alzó un hacha.

Las puertas se abrieron a sus espaldas.

—Dejad pasar en paz a mi primo, amigos —dijo Lancel con voz suave—. Lo estaba esperando.

Los gorriones se apartaron.

Lancel le pareció aún más delgado que en Desembarco del Rey. Iba descalzo, vestido con una sencilla túnica de lana basta sin teñir con la que parecía más un mendigo que un señor. Se había afeitado la coronilla, pero la barba le había crecido un poco. Llamarla pelusa de melocotón habría sido insultar a los melocotones. Casaba mal con el pelo canoso que le rodeaba las orejas.

—Joder, primo, ¿has perdido el juicio? —le preguntó Jaime cuando se quedaron a solas en el septo.

—Prefiero decir que he encontrado la fe.

—¿Dónde está tu padre?

—Se ha ido. Nos peleamos. —Lancel se arrodilló ante el altar de su otro Padre—. ¿Quieres rezar conmigo, Jaime?

—Si rezo mucho, ¿el Padre me dará otra mano?

—No, pero el Guerrero te dará valor, el Herrero te prestará fuerzas y la Vieja te guiará hacia la sabiduría.

—Lo que necesito es una mano. —Los siete dioses se cernían imponentes desde sus altares tallados; la madera oscura brillaba a la luz de las velas. Un tenue olor a incienso impregnaba el aire—. ¿Duermes aquí abajo?

—Cada noche me preparo la cama bajo un altar diferente, y los Siete me envían visiones.

Baelor *el Santo* también había tenido visiones. «Sobre todo cuando ayunaba.»

—¿Cuánto tiempo hace que no comes?

—Mi fe es toda la nutrición que necesito.

—La fe es como las gachas: está mejor con leche y miel.

—Soñé que ibas a venir. En mi sueño sabías qué había hecho, cómo había pecado. Y me matabas.

—Es más probable que te mates tú solo con tanto ayuno. Fue así como llegó Baelor *el Santo* al ataúd, ¿no?

—La estrella de siete puntas dice que nuestras vidas son como llamas de velas.

Cualquier brisa nos puede apagar. La muerte nunca ronda lejos de este mundo, y los siete infiernos aguardan a los pecadores que no se arrepintieron de sus pecados. Reza conmigo, Jaime.

—Si rezo, ¿te comes un cuenco de gachas? —Al ver que su primo no respondía, Jaime suspiró—. Deberías estar durmiendo con tu esposa, no con la Doncella. Si quieres conservar este castillo, tienes que engendrar un hijo de sangre Darry.

—Un montón de piedras frías. Yo no lo quería. Yo no lo pedí. Yo sólo deseaba... —Lance se estremeció—. Los dioses me amparen, sólo deseaba ser tú.

Jaime no pudo contener una carcajada.

—Mejor ser yo que Baelor *el Santo*. Darry necesita un león, primo. Igual que tu pequeña Frey. Se le humedece la entrepierna cada vez que alguien habla de Peñafuerte. Si todavía no se ha acostado con él, no tardará.

—Si se aman, les deseo felicidad.

—Un león no puede tener cuernos. La tomaste como esposa.

—Dije unas cuantas palabras y le puse una capa roja, pero sólo para complacer a mí padre. El matrimonio requiere consumación. Al rey Baelor lo obligaron a casarse con su hermana Daena, pero no vivieron jamás como marido y mujer, y la repudió en cuanto lo coronaron.

—Habría prestado mejor servicio al reino cerrando los ojos y follándosela. He estudiado un poco de historia, suficiente para saberlo. Sea como sea, no eres Baelor *el Santo*.

—No —reconoció Lancel—. Pocos hay como él, un espíritu puro, valeroso e inocente que no se dejó mancillar por los males de este mundo. Yo, en cambio, soy un pecador con muchas cosas que expiar.

Jaime puso una mano en el hombro de su primo.

—¡Qué sabrás tú de pecados, primo! Yo maté a mi rey.

—El hombre valiente mata con una espada; el cobarde, con un pellejo de vino. Los dos somos matarreyes, ser.

—Robert no era un verdadero rey. Incluso hay quien te diría que el venado es la presa natural del león. —Jaime notaba los huesos bajo la piel de su primo... y también algo más. Bajo la túnica, Lancel llevaba una camisa de cerdas—. ¿Qué más has hecho para necesitar tanta penitencia? Dímelo.

Su primo inclinó la cabeza y las lágrimas le corrieron por las mejillas. Aquellas lágrimas fueron toda la respuesta que Jaime necesitaba.

—Mataste al Rey —dijo—, y luego te follaste a la Reina.

—Yo jamás...

—¿Jamás te acostarías con mi querida hermana?

«Dilo. ¡Dilo!»

—Nunca derramé mi semilla en... En su...

—¿Coño? —sugirió Jaime.

—... vientre —terminó Lancel—. Si no se acaba dentro de ella, no es traición. Yo la consolaba tras la muerte del Rey. Vos estabais prisionero; vuestro padre, en el campo de batalla, y vuestro hermano... Ella le tenía miedo, y con motivo. Me obligó a traicionarla.

—¿De verdad? —«¿Lancel, Ser Osmund y cuántos más? ¿Lo del Chico Luna era sólo sarcasmo?»—. ¿La forzaste?

—¡No! Yo la amaba. Quería protegerla.

«Querías ser yo.» Le picaban los dedos perdidos. El día que su hermana acudió a la Torre de la Espada Blanca para suplicarle que renunciara a sus votos se rió de él cuando se negó, y alardeó de haberle mentido mil veces. Jaime lo había tomado por un torpe intento de devolverle el daño que él le había hecho. «Pero puede que fuera la única verdad que me ha dicho en su vida.»

—No pienses mal de la Reina —suplicó Lancel—. La carne siempre es débil, Jaime. Nuestro pecado no tuvo consecuencias. No... No hubo ningún bastardo.

—No. Es difícil hacer bastardos corriéndose fuera. —¿Qué diría su primo si le confesaba sus pecados, las tres traiciones a las que Cersei había llamado Joffrey, Tommen y Myrcella?

—Después de la batalla estaba enfadado con Su Alteza, pero el Septón Supremo me dijo que debía perdonarla.

—Así que le confesaste tus pecados a Su Altísima Santidad, ¿eh?

—Rezó por mí cuando me hirieron. Era un buen hombre.

«Y ahora está muerto. Las campanas doblaron por él.» ¿Qué diría su primo si conociera las consecuencias de su confesión?

—Eres idiota, Lancel.

—No te equivocas —respondió—, pero he dejado atrás mis idioteces. Le he pedido al Padre que me muestre el camino, y lo ha hecho. Voy a renunciar al título de señor y a la esposa que me impusieron. Peñafuerte se puede quedar con el uno y la otra, si quiere. Mañana volveré a Desembarco del Rey y pondré mi espada al servicio del nuevo Septón Supremo y de los Siete. Voy a pronunciar los votos y unirme a los Hijos del Guerrero.

El chico no decía más que tonterías.

—Los Hijos del Guerrero fueron proscritos hace trescientos años.

—El nuevo Septón Supremo los ha reinstaurado. Ha lanzado una llamada pidiendo buenos caballeros que pongan sus vidas y sus espadas al servicio de los Siete. También ha reinstaurado la orden de los Clérigos Humildes.

—¿Por qué lo va a permitir el Trono de Hierro?

Uno de los primeros reyes Targaryen había luchado durante años para acabar con las dos órdenes militares, aunque no recordaba cuál. Tal vez fuera Maegor, o el

primer Jaehaerys.

«Tyrion lo sabría.»

—Su Altísima Santidad me escribe que el rey Tommen ha dado su consentimiento. Siquieres, te puedo enseñar la carta.

—Aunque sea verdad, eres un león de la Roca, un señor. Tienes una esposa y un castillo; tienes unas tierras que defender y un pueblo al que proteger. Si los dioses son bondadosos, tendrás hijos de tu propia sangre que te sucederán. ¿Por qué vas a renunciar a todo eso a cambio de unos votos?

—¿Por qué lo hiciste tú? —preguntó Lancel en voz baja.

«Por el honor —podría haber dicho Jaime—. Por la gloria.» Pero habría sido mentira. El honor y la gloria habían tenido algo que ver, pero sobre todo lo había hecho por Cersei. Se le escapó una carcajada.

—¿A los brazos de quién corres? ¿A los del Septón Supremo o a los de mi dulce hermana? Reza mientras meditas eso, primo. Reza mucho.

—¿Quieres rezar conmigo, Jaime?

Miró a su alrededor, a los dioses. La Madre, llena de misericordia. El Padre, severo en su juicio. El Guerrero, con una mano en la espada. El Desconocido, entre las sombras, con el rostro semihumano oculto bajo la capucha del manto.

«Creía que yo era el Guerrero y Cersei la Doncella, pero siempre fue el Desconocido, siempre me ocultó su verdadero rostro.»

—Reza por mí siquieres —replicó a su primo—. Se me han olvidado las oraciones.

Los gorriones seguían revoloteando por los peldaños cuando Jaime salió a la oscuridad.

—Gracias —les dijo—. Ahora me siento mucho más piadoso.

Fue en busca de Ser Ilyn y de un par de espadas.

El patio del castillo estaba lleno de ojos y oídos. Para escapar de ellos, se dirigieron al bosque de dioses de Darry. Allí no había gorriones; sólo árboles desnudos con ramas negras que Arañaban el cielo. La alfombra de hojas secas crujía bajo sus pies.

—¿Veis aquella ventana, ser? —Jaime señaló con una espada—. Era el dormitorio de Raymun Darry. Allí durmió el rey Robert cuando volvíamos de Invernalia. La hija de Ned Stark había huido después de que su loba atacara a Joff, ¿lo recordáis? Mi hermana quería que le cortaran una mano a la niña; era el antiguo castigo por golpear a alguien de sangre real. Robert le dijo que era cruel y que estaba loca. Se pasaron media noche discutiendo... Bueno, Cersei discutía y Robert se emborrachaba. Pasada la medianoche, la Reina me hizo llamar. El Rey se había desmayado y roncaba en la alfombra myriense. Le pregunté a mi hermana si quería que lo llevara a la cama. Me dijo que la llevara a la cama a ella, y se quitó la túnica. La poseí en la cama de

Raymun Darry, después de pasar por encima de Robert. Si Su Alteza hubiera llegado a despertarse, lo habría matado allí mismo. No habría sido el primer rey que cayera por mi espada... Pero esa historia ya la conocéis, ¿verdad? —Lanzó un tajo contra una rama y la partió en dos—. Mientras me la follaba, Cersei gritaba «¡La quiero!». Pensé que se refería a mi polla, pero lo que quería era a la pequeña Stark, mutilada o muerta. —«Qué cosas hago por amor»—. Fue simple casualidad que los hombres de Stark la encontraran antes que yo. Si hubiera dado yo con ella...

Las marcas de viruela del rostro de Ser Ilyn eran agujeros negros a la luz de las antorchas, tan oscuros como el alma de Jaime. Volvió a hacer aquel ruido chasqueante.

«Se está riendo de mí», comprendió Jaime Lannister.

—Por lo que sé, tú también te has follado a mi hermana, cabrón —escupió—. Bueno, cierra la boca y mátame si puedes.

BRIENNE (6)

El septrio se alzaba en la cima de una colina, en una isla situada a mil pasos de la costa, donde la amplia boca del Tridente se ensanchaba aún más para besar la bahía de los Cangrejos. Su prosperidad saltaba a la vista incluso desde la orilla. La ladera estaba cubierta de campos cultivados en bancales; abajo había estanques de peces, y más arriba, un molino con aspas de madera y lona que se movían con la brisa de la bahía. Brienne divisó ovejas que pastaban en la colina y cigüeñas en las aguas bajas, donde estaba el atracadero de la barcaza.

—Salinas está al otro lado del agua —dijo el septón Meribald señalando hacia el norte—. Los monjes nos trasladarán en la barcaza por la mañana, cuando suba la marea, aunque me temo que sé qué nos vamos a encontrar. Disfrutemos de una buena comida caliente antes de enfrentarnos a eso. Los hermanos siempre tienen un hueso para el perro.

El animal ladró y meneó la cola.

La marea se estaba retirando, y muy deprisa. Al retroceder, el agua que separaba la isla de la orilla dejaba a la vista una amplia extensión de arena mojada y brillante, salpicada de charcos que relucían como monedas de oro bajo el sol del atardecer. Brienne se rascó la nuca, donde le había picado un insecto. Se había recogido el pelo, y el sol le calentaba la piel.

—¿Por qué la llaman Isla Tranquila? —preguntó Podrick.

—Los que viven aquí son penitentes que quieren expiar sus pecados mediante la contemplación, la oración y el silencio. Los únicos que tienen permiso para hablar son el Hermano Mayor y sus personeros, y los personeros, sólo un día de cada siete.

—Las hermanas silenciosas no hablan —dijo Podrick—. Se dice que no tienen lengua.

El septón Meribald sonrió.

—Las madres llevan asustando a sus hijas con ese cuento desde que yo tenía tu edad. No era verdad entonces, ni lo es ahora. El voto de silencio es un acto de contrición, un sacrificio con el que demostramos nuestra devoción a los Siete. Para un mudo, hacer voto de silencio sería como que un hombre sin piernas renunciara a bailar. —Tiró de la correa de su asno para bajar por la ladera, y les hizo gestos para que lo siguieran—. Si queréis dormir a cubierto esta noche, desmontad y cruzad conmigo. Esto es un sendero de fe: sólo los piadosos lo pueden cruzar con seguridad. A los impíos se los tragan las arenas movedizas, o se ahogan cuando vuelve la marea. Porque ninguno de vosotros es impío, ¿verdad? Aun así, vigilad dónde ponéis los pies. Pisad sólo donde pise yo, y llegaréis a la otra orilla sanos y salvos.

Brienne no pudo dejar de advertir que el sendero de fe era un tanto tortuoso. La isla parecía alzarse al noroeste cuando estaban en la orilla, pero el septón Meribald no

caminó directamente hacia ella, sino que empezó avanzando hacia el este, hacia las aguas más profundas de la bahía, que relucían azules y plateadas a lo lejos. Los dedos de los pies se le enterraban en el lodo blando. El septón se detenía de cuando en cuando para sondear el terreno con la pica. El perro lo seguía pegado a sus talones, olisqueando cada roca, cada concha, cada rastrojo de algas. En aquella ocasión no correteaba por delante ni se apartaba de ellos.

Detrás iba Brienne, concentrada en no apartarse de la línea de huellas que dejaban el perro, el asno y el hombre santo. Luego iba Podrick, y Ser Hyle cerraba la marcha. Cien pasos más adelante, Meribald giró bruscamente hacia el sur, de manera que casi daba la espalda al septrio. Recorrieron otros cien pasos en esa dirección, pasando entre dos charcos que había dejado la marea. El perro metió el hocico en uno y lanzó un gemido cuando un cangrejo se lo pellizcó con la pinza. Hubo una lucha breve pero enconada, y luego el perro volvió con ellos, empapado y lleno de barro, con el cangrejo entre los dientes.

—¿No tendríamos que ir hacia allí? —gritó Ser Hyle desde atrás mientras señalaba en dirección al septrio—. Pues nos estamos desviando lo nuestro.

—Fe —insistió el septón Meribald—. Creed, persistid y seguid, y encontraremos la paz que buscamos.

Las llanuras húmedas refulgían a su alrededor, salpicadas de cien colores. El lodo era de un marrón tan oscuro que casi parecía negro, pero también había ringleras de arena dorada, salientes rocosos grises y rojizos, y restos enmarañados de algas verdes y negras. Las cigüeñas pescaban en los charcos dejados por la marea y dejaban sus huellas en torno a ellos; los cangrejos correteaban por las aguas menos profundas. El aire estaba impregnado de un olor a salmuera y a podredumbre; el terreno les absorbía los pies y se los liberaba de mala gana, con un chasquido húmedo. El septón Meribald giró una vez más, y otra, y otra. Sus huellas se llenaban de agua en cuanto levantaba el pie. Cuando el terreno empezó a ser más firme y elevarse bajo ellos, habían recorrido al menos tres mil pasos.

Cuando subieron por las piedras rotas que circundaban la isla, tres hombres los estaban esperando. Iban vestidos con los hábitos de color crudo de los monjes, con grandes mangas acampanadas y capucha puntiaguda. Dos de ellos se habían envuelto la parte inferior del rostro con trozos de lana, de modo que sólo se les veían los ojos. El tercer monje fue el que habló.

—Hola, septón Meribald —saludó—. Ha pasado casi un año. Os damos la bienvenida. Igual que a vuestros compañeros.

El perro meneó la cola, y Meribald se sacudió el barro de los pies.

—¿Podemos rogaros hospitalidad por una noche?

—Sí, claro. Vamos a cenar guiso de pescado. ¿Necesitaréis la barcaza por la mañana?

—Si no es mucho pedir... —Meribald se volvió hacia sus acompañantes—. El hermano Narbert es personero de la orden, así que tiene permiso para hablar un día de cada siete. Hermano, estas buenas personas me han ayudado en el camino. Ser Hyle Hunt es un galante caballero del Dominio. El muchacho es Podrick Payne, nacido en las tierras del oeste. Y también nos acompaña Lady Brienne, a la que llaman la Doncella de Tarth.

El hermano Narbert se puso tenso.

—Una mujer.

—Sí, hermano. —Brienne se soltó el pelo y se lo sacudió—. ¿No tenéis mujeres aquí?

—Ahora mismo, no —respondió Narbert—. Las que vienen a vernos están enfermas, heridas o embarazadas. Los Siete han bendecido a nuestro Hermano Mayor con unas manos que curan. Les ha devuelto la salud a muchos hombres que ni los maestres podían sanar, y también a muchas mujeres.

—Yo no estoy enferma, herida ni embarazada.

—Lady Brienne es una doncella guerrera —le dijo el septón Meribald—. Quiere dar caza al Perro.

—¿De veras? —Narbert parecía desconcertado—. ¿Con qué fin?

—El suyo —dijo Brienne, acariciando el puño de *Guardajuramentos*.

El personero la examinó.

—Sois... muy musculosa para ser una mujer, es cierto, pero... tal vez debería llevaros ante el Hermano Mayor. Ya os habrá visto cruzar el barro. Venid.

Narbert los guió por un sendero de guijarros y a través de un pomar hasta un establo encalado con tejado de paja en forma de pico.

—Podéis dejar aquí a los animales. El hermano Gillam se encargará de que les den agua y comida.

Apenas una cuarta parte del establo estaba ocupada. En el otro extremo había media docena de mulas, cuidadas por un hombrecillo patizambo que Brienne supuso que sería Gillam. Al fondo, apartado de los otros animales, un enorme corcel relinchó al oír sus voces y coceó la puerta de su cuadra.

Mientras entregaba las riendas al hermano Gillam, Ser Hyle le lanzó una mirada de admiración al gran caballo.

—Hermosa bestia.

El hermano Narbert suspiró.

—Los Siete nos envían bendiciones, y los Siete nos envían pruebas. Hermoso, sí, pero sin duda, Precio viene del mismísimo infierno. Cuando quisimos ponerle el arnés para uncirlo al arado, le dio una coz al hermano Rawney y le rompió la espinilla por dos sitios. Creíamos que castrándolo acabaríamos con su genio, pero... ¿Se lo enseñas, hermano Gillam?

El hermano Gillam se bajó la capucha. Bajo ella tenía una mata de pelo rubio con la coronilla tonsurada y un vendaje manchado de sangre en lugar de una oreja.

Podrick fue incapaz de contener una exclamación.

—¿Ese caballo os arrancó la oreja de un mordisco?

Gillam asintió y volvió a cubrirse la cabeza.

—Perdonad, hermano —dijo Ser Hyle—, pero, si os acercáis a mí con una cizalla, yo os arrancaría la otra.

Al hermano Narbert no le pareció bien la broma.

—Vos sois un caballero, ser. *Pecio* es una bestia de carga. El Herrero les regaló los caballos a los hombres para que los ayudaran en el trabajo. —Dio media vuelta—. Si tenéis la amabilidad... El Hermano Mayor os estará esperando.

La ladera era más empinada de lo que parecía desde la otra orilla. Para facilitar el ascenso, los monjes habían construido tramos de escaleras en zigzag que cruzaban la colina y pasaban entre los edificios. Tras un largo día a caballo, Brienne agradeció la ocasión de estirar un poco las piernas.

Mientras subían pasaron junto a una docena de monjes de la orden, hombres encapuchados con ropa parda que les lanzaron miradas curiosas pero no los saludaron en ningún momento. Uno llevaba un par de vacas hacia un granero bajo con techo de hierba y barro. Más arriba vieron a tres muchachos que pastoreaban unas cuantas ovejas, y al subir un poco más pasaron junto a un cementerio donde un monje más corpulento que Brienne cavaba una tumba. Por su manera de moverse, saltaba a la vista que era cojo. Cuando tiró una palada de tierra pedregosa a sus espaldas, parte de ella les fue a caer a los pies.

—Eh, ten más cuidado —le reprochó el hermano Narbert—. Casi le llenas la boca de tierra al septón Meribald.

El sepulturero agachó la cabeza. Cuando el perro se acercó para olfatearlo, dejó caer la pala y lo rascó detrás de las orejas.

—Es un novicio —explicó Narbert.

—¿Para quién es la tumba? —preguntó Ser Hyle cuando reanudaron el ascenso por los peldaños de madera.

—Para el hermano Clement, que el Padre lo juzgue con justicia.

—¿Era viejo? —preguntó Podrick Payne.

—Si cuarenta y ocho años son muchos, sí, pero no fue la edad lo que lo mató, sino las heridas que recibió en Salinas. Había ido a vender nuestro hidromiel en el mercado el día que los bandidos asaltaron la ciudad.

—¿El Perro? —preguntó Brienne.

—Otro igual de salvaje. Como el pobre Clement no hablaba, le cortó la lengua. El bandido dijo que, como había hecho voto de silencio, no le servía de nada. Seguro que el Hermano Mayor sabe más. No nos cuenta las peores noticias que llegan para

no turbar la tranquilidad del septrio. Muchos de nuestros hermanos vinieron para huir de los horrores del mundo, no para pensar demasiado en ellos. El hermano Clement no es el único que ha sufrido heridas. Sólo que algunas no se ven. —El hermano Narbert señaló hacia la derecha—. Ahí están nuestras parras de verano. Las uvas son pequeñas y ácidas, pero dan un vino aceptable. También hacemos nuestra propia cerveza, y la sidra y el hidromiel que preparamos tienen fama.

—¿La guerra no ha llegado aquí? —preguntó Brienne.

—Esta no, loados sean los Siete. Nuestras oraciones nos protegen.

—Con ayuda de las mareas —sugirió Meribald. El perro ladró como si estuviera de acuerdo.

La cima de la colina estaba coronada por una muralla baja de piedras sin argamasa, que rodeaba un grupo de edificaciones grandes: el molino, con las aspas de lona que crujían al girar; los claustros donde dormían los monjes; la sala común donde comían, y un septo de madera para las oraciones y la meditación. El septo tenía vidrieras de colores, anchas puertas con tallas de la Madre y el Padre, y un campanario de siete lados con un adarve estrecho en la parte superior. Detrás había un huerto, donde varios monjes de edad avanzada estaban arrancando malas hierbas. El hermano Narbert llevó a los visitantes más allá de un nogal, hasta una puerta de madera que se abría en la ladera de la colina.

—¿Una cueva con puerta? —preguntó Ser Hyle, sorprendido.

El septón Meribald sonrió.

—Es el Agujero del Ermitaño. El primer hombre santo que llegó aquí vivió en él, y obró tales maravillas que pronto acudieron otros para unírsele. Eso fue hace dos mil años. La puerta es un poco posterior.

Quizá dos mil años atrás el Agujero del Ermitaño hubiera sido un lugar húmedo y oscuro, con suelo de tierra y el sonido constante del agua que goteaba, pero eso había cambiado. La cueva en la que entraron Brienne y sus acompañantes había sido transformada en un santuario cálido y cómodo. Había alfombras de lana en el suelo y tapices en las paredes. Las largas velas de cera de abeja proporcionaban luz más que suficiente. El mobiliario era extraño, pero sencillo: una mesa alargada, un banco, un arcón, varias estanterías altas llenas de libros, unas sillas... Todo era de madera de deriva, piezas de formas extravagantes ensambladas con habilidad y pulidas hasta que resplandecían con brillo dorado a la luz de la vela.

El Hermano Mayor no era tal como Brienne había esperado. Para empezar, ni siquiera era mayor. Los monjes que habían visto arrancando malas hierbas en el huerto tenían los hombros cargados y las espaldas encorvadas de los ancianos, mientras que él estaba erguido, alto, y se movía con la energía de un hombre en sus mejores años. Tampoco tenía el rostro amable y bondadoso que esperaba ver en un sanador. Su cabeza era grande y cuadrada; sus ojos, astutos; su nariz, roja y venosa.

Llevaba tonsura, pero tenía el cuero cabelludo tan mal afeitado como la fuerte mandíbula.

«Parece más habituado a romper huesos que a curarlos», pensó la Doncella de Tarth cuando el Hermano Mayor cruzó la estancia a zancadas para abrazar al septón Meribald y dar unas palmaditas al perro.

—Siempre es un día grato cuando nuestros amigos Meribald y el perro nos honran con otra visita —anunció antes de volverse al resto de sus invitados—. Y siempre es un placer recibir caras nuevas. No vemos muchas.

Meribald siguió el ritual habitual de cortesía antes de sentarse en el banco. A diferencia del septón Narbert, el Hermano Mayor no pareció preocupado por el sexo de Brienne, pero su sonrisa vaciló y desapareció cuando el septón le dijo a qué habían ido Ser Hyle y ella.

—Ya veo —fue lo único que dijo sobre el asunto—. Debéis de tener sed. Bebed un poco de nuestra sidra dulce para quitaros de la garganta el polvo de los caminos. —También él se sirvió. Las copas eran de madera de deriva; no había dos iguales. Brienne les dedicó alabanzas—. Mi señora es demasiado amable —le respondió—. Lo único que hacemos es tallar y pulir la madera. Aquí recibimos muchas bendiciones. Cuando el río llega a la bahía, las corrientes y las mareas se enfrentan, y empujan hasta nuestras orillas muchas cosas extrañas y maravillosas. La madera de deriva es lo de menos. Hemos encontrado copas de plata, ollas de hierro, sacos de lana, fardos de seda, cascós oxidados y espadas brillantes... Hasta rubíes.

Ser Hyle se mostró muy interesado.

—¿Rubíes de Rhaegar?

—Es posible. ¿Quién sabe? La batalla tuvo lugar a muchas leguas de aquí, pero el río es incansable y paciente. Ya nos han llegado seis. Estamos esperando el séptimo.

—Mejor rubíes que huesos. —El septón Meribald se estaba frotando el pie para quitarse el barro de entre los dedos—. No todos los regalos del río son tan gratos. A los buenos hermanos también les llegan cadáveres. Vacas y ciervos ahogados, cerdos tan hinchados que parecen caballos pequeños... y cadáveres humanos.

—Últimamente, demasiados. —El Hermano Mayor suspiró—. Nuestro sepulturero no tiene descanso. Hombres de los ríos, de Occidente, norteños... Todos acaban aquí, caballeros y villanos por igual. Los enterramos codo con codo, Stark y Lannister, Blackwood y Bracken, Frey y Darry. Es el deber que nos impone el río a cambio de todos sus regalos, y lo hacemos tan bien como podemos. Pero a veces también encontramos alguna mujer, o peor, un niño. Son los regalos más crueles. —Se volvió hacia el septón Meribald—. Espero que tengáis tiempo de absolvernos de nuestros pecados. Nadie nos ha escuchado en confesión desde que los asaltantes mataron al anciano septón Bennet.

—Sacaré tiempo —le aseguró Meribald—, aunque espero que tengáis mejores

pecados que la última vez que pasé por aquí. —El perro ladró—. ¿Lo ves? Hasta él se aburrió.

Podrick Payne estaba desconcertado.

—Creía que no podían hablar. Bueno, con nadie. Los monjes. Los otros, no vos.

—Se nos permite romper el silencio para confesarnos —dijo el Hermano Mayor—. Es difícil hablar del pecado con señas y movimientos de cabeza.

—¿Quemaron el septo de Salinas? —quiso saber Hyle Hunt.

La sonrisa se esfumó.

—En Salinas lo quemaron todo menos el castillo. Y eso porque era de piedra, aunque tanto habría dado que fuera de sebo, para lo que le ha servido a la ciudad... Tuve que tratar a varios supervivientes. Los pescadores me los trajeron cuando se apagaron las llamas y pudieron volver a tierra firme sin temor. A una pobre mujer la habían violado una docena de veces, y sus pechos... Mi señora, puesto que lleváis armadura de hombre, no os ahorraré estos horrores. Tenía los pechos desgarrados y mordidos, devorados, como si... Como si alguna bestia cruel... Hice lo que pude por ella, aunque fue bien poca cosa. Mientras agonizaba, sus peores maldiciones no eran para los hombres que la habían violado, ni para el monstruo que había devorado su carne palpitante, sino para Ser Quincy Cox, que atrancó sus puertas cuando los bandidos entraron en la ciudad y se quedó sentado a salvo tras los muros de piedra mientras su pueblo gritaba y moría.

—Ser Quincy es un anciano —dijo el septón Meribald, afable—. Sus hijos y sus yernos están muy lejos o han muerto; sus nietos no son más que niños, y tiene dos hijas. ¿Qué podía hacer un hombre solo contra tantos?

«Podía intentarlo —pensó Brienne—. Podía morir. Joven o viejo, un verdadero caballero debe cumplir su juramento de proteger a los que son más débiles que él, o morir en el intento.»

—Palabras ciertas, y muy sabias —le dijo el Hermano Mayor al septón Meribald—. Sin duda, Ser Quincy pedirá vuestro perdón cuando paséis a Salinas. Me alegra que estéis aquí para dárselo. Yo no podría. —Dejó a un lado la copa de madera y se levantó—. Pronto sonará la campana de la cena. ¿Queréis venir conmigo al septo para rezar por las almas de los bondadosos habitantes de Salinas antes de que nos sentemos a partir el pan y compartir un poco de pescado e hidromiel, amigos míos?

—De buena gana —dijo Meribald. El perro ladró.

La cena en el sepatrio fue la comida más extraña que había tomado Brienne, aunque en absoluto desagradable. Todo lo que les sirvieron era sencillo, pero muy bueno. Había hogazas de pan todavía caliente, cuencos de mantequilla recién batida, miel de las colmenas del sepatrio y un guiso espeso de cangrejos, mejillones y al menos tres clases de pescado. El septón Meribald y Ser Hyle bebieron el hidromiel que hacían los monjes y declararon que era excelente; Podrick y ella prefirieron

seguir con la sidra dulce. Tampoco fue una comida triste. Antes de que llegaran las bandejas, Meribald recitó una plegaria, y mientras los monjes comían sentados alrededor de cuatro mesas largas, uno de ellos tocaba el arpa y llenaba la estancia con su agradable sonido. Cuando el Hermano Mayor dio permiso al músico para ir a comer, el hermano Narbert y otro personero leyeron por turnos pasajes de *La estrella de siete puntas*.

Cuando terminaron las lecturas, los novicios encargados de servir ya habían retirado los últimos restos. Casi todos eran niños de la edad de Podrick o aún menores, pero también había hombres, entre ellos el corpulento sepulturero que habían visto en la colina, que se movía con los andares torpes de un lisiado. La estancia se fue vaciando, y el Hermano Mayor le pidió a Narbert que acompañara a Podrick y a Ser Hyle a sus jergones de los claustros.

—Espero que no os importe compartir una celda. No es grande, pero estaréis cómodos.

—Quiero quedarme con el ser —dijo Podrick—. O sea, mi señora.

—Lo que hagáis Lady Brienne y tú en otro lugar queda entre vosotros y los Siete —dijo el hermano Narbert—, pero en la Isla Tranquila, los hombres y las mujeres no duermen bajo el mismo techo a menos que estén casados.

—Tenemos unas modestas casitas para las mujeres que nos visitan, ya sean damas nobles o muchachas aldeanas —dijo el Hermano Mayor—. No se utilizan a menudo, pero las mantenemos limpias y secas. ¿Me permitís mostráros el camino, Lady Brienne?

—Sí, gracias. Ve con Ser Hyle, Podrick. Estamos aquí como invitados de los santos hermanos. Bajo su techo, sus reglas.

Las casitas de las mujeres estaban en el lado este de la isla, y desde ellas se dominaban una vasta extensión de lodazales y las aguas lejanas de la bahía de los Cangrejos. Allí hacía más frío que en el lado resguardado, y todo era más agreste. La colina era más empinada; el sendero serpenteaba entre hierbajos, zarzas, rocas erosionadas por el viento y arbolllos flacos y retorcidos que se aferraban con tenacidad a la ladera pedregosa. El Hermano Mayor llevaba un farol para iluminarse en la bajada. Se detuvo cuando doblaron una curva.

—En una noche despejada, desde aquí se podían ver las hogueras de Salinas. Al otro lado de la bahía, justo allí —señaló.

—No hay nada —dijo Brienne.

—Sólo queda el castillo. Se han marchado hasta los pescadores, los pocos afortunados que estaban en el agua cuando llegaron los saqueadores. Vieron arder sus hogares; oyeron los gritos y los gemidos por todo el puerto, demasiado asustados para volver a tierra. Cuando por fin desembarcaron fue para enterrar a amigos y parientes. ¿Qué les queda en Salinas aparte de huesos y recuerdos amargos? Se han ido a Poza

de la Doncella o a otras ciudades. —Hizo un gesto con el farol y reanudaron el descenso—. Salinas no ha sido nunca un puerto importante, pero de cuando en cuando llegaban barcos. Eso era lo que buscaban los saqueadores, una galera o una coca que los llevara al otro lado del mar Angosto. Al no encontrar ninguna, descargaron su rabia contra los ciudadanos. Decidme, mi señora, ¿qué pensáis encontrar allí?

—A una niña —le dijo—. Una doncella joven, de trece años, de rostro hermoso y cabello castaño rojizo.

—Sansa Stark. —Pronunció el nombre en voz baja—. ¿Creéis que esa pobre niña está con el Perro?

—El dorniense me dijo que la niña se dirigía a Aguasdulces. Timeon. Era un mercenario, miembro de la Compañía Audaz, un asesino, un ladrón y un mentiroso, pero creo que en esto no mentía. Dijo que el Perro la había secuestrado y se la había llevado.

—Ya. —El camino describió otra curva, y las casitas aparecieron ante ellos. El Hermano Mayor había dicho que eran modestas. Tenía razón. Parecían colmenas de piedra, bajas, redondas, sin ventanas—. Esta —indicó señalando la más cercana, la única de la que salía humo por el agujero del centro del tejado. Brienne tuvo que agacharse al entrar para no golpearse con el dintel. Dentro, el suelo era de tierra; había un jergón de paja, pieles y mantas para abrigarse, una palangana con agua, una frasca de sidra, pan y queso, una pequeña hoguera y dos sillas bajas. El Hermano Mayor se sentó en una y dejó el farol en el suelo—. ¿Puedo quedarme un momento? Tenemos que hablar.

—Como queráis. —Brienne se desabrochó el cinto, lo colgó de la segunda silla y se sentó en el jergón con las piernas cruzadas.

—El dorniense no os mintió —empezó el Hermano Mayor—, pero me temo que no le entendisteis. Seguís al lobo que no es, mi señora. Eddard Stark tenía dos hijas. La que se llevó Sandor Clegane era la otra, la pequeña.

—¿Arya Stark? —Brienne se quedó mirándolo boquiabierta, atónita—. ¿Estáis seguro? ¿La hermana de Lady Sansa sigue viva?

—En aquel momento, sí —dijo el Hermano Mayor—. A estas alturas... Ya no lo sé. Puede que estuviera entre los niños que asesinaron en Salinas.

Aquellas palabras fueron para ella como un cuchillo en el vientre.

«No —pensó Brienne—. No, sería demasiado cruel.»

—Puede que estuviera... Así que no estáis seguro.

—Estoy seguro de que la niña iba con Sandor Clegane cuando pasaron por la posada de la encrucijada, la que dirigía Masha Heddle antes de que los leones la ahorcaran. Estoy seguro de que iban camino de Salinas. Aparte de eso... No. No sé dónde está, ni si aún vive. Pero hay una cosa que sí sé: el hombre al que persegúis ha

muerto.

Aquello fue otro golpe.

—¿Cómo murió?

—Por la espada, igual que había vivido.

—¿Lo sabéis a ciencia cierta?

—Yo mismo lo enterré. Si queréis, os puedo decir dónde está su tumba. Lo cubrí con piedras para que los carroñeros no lo devorasen, y puse su yelmo encima del montículo para señalar el lugar donde descansaba para siempre. Fue un grave error. Algún otro viajero lo encontró y se lo quedó. El hombre que violó y asesinó en Salinas no era Sandor Clegane, aunque tal vez fuera igual de peligroso. Las tierras de los ríos están llenas de carroñeros como él. No diré que son lobos; los lobos se comportan con más nobleza. Y también los perros.

»Sé algo de ese tal Sandor Clegane. Fue el escudo juramentado del príncipe Joffrey durante muchos años; hasta aquí nos llegaban las noticias de sus acciones. Si la mitad de lo que nos dijeron era verdad, se trataba de un ser amargado y atormentado, un pecador que se burlaba de los dioses y de los hombres. Servía, pero no encontraba orgullo en ello. Luchaba, pero no encontraba alegría en la victoria. Bebía para ahogar el dolor en un mar de vino. No quería a nadie y nadie lo quería. Sólo lo impulsaba el odio. Cometió muchos pecados, pero nunca buscó perdón. Mientras otros hombres sueñan con el amor, la gloria o las riquezas, Sandor Clegane soñaba con matar a su propio hermano, un pecado tan espantoso que me estremecía con sólo mencionarlo. Pero ese era el pan que lo nutría, la leña que alimentaba su fuego. Por vil que fuera, la esperanza de ver la sangre de su hermano en su espada era lo que daba vida a esa criatura triste y furiosa... Y hasta eso le fue arrebatado cuando el príncipe Oberyn de Dorne hirió a Ser Gregor con una lanza envenenada.

—Habláis como si lo compadecierais —dijo Brienne.

—Así es. Vos también os habrás compadecido de él si lo hubierais visto en sus últimos momentos. Lo encontré junto al Tridente; sus gritos de dolor me llevaron a él. Me suplicó el don de la misericordia, pero he jurado no volver a matar. Le lavé la frente febril con agua del río, le di a beber vino y le puse una cataplasma en la herida, pero todo fue inútil; llegaba demasiado tarde. El Perro murió allí, en mis brazos. Tal vez hayáis visto el corcel negro que tenemos en los establos. Era su caballo de guerra, *Desconocido*. Un nombre blasfemo. Preferimos llamarlo *Pecio*, ya que lo encontramos abandonado junto al río. Mucho me temo que compartía la naturaleza de su difunto amo.

«El caballo.» Había visto el corcel, lo había oído cocear, y aun así no se había dado cuenta. Los caballos de combate estaban entrenados para morder y cocear. En la guerra eran un arma, al igual que los hombres que los montaban. «Igual que el Perro.»

—Así que es cierto —dijo con voz neutra—. Sandor Clegane está muerto.

—Ya ha encontrado el descanso. —El Hermano Mayor hizo una pausa—. Sois joven, niña. Yo ya he vivido cuarenta y cuatro días del nombre, así que tengo más del doble de edad que vos. ¿Os sorprendería saber que fui caballero?

—No. Tenéis más aspecto de caballero que de hombre santo. —Lo llevaba escrito en el pecho, en los hombros, en aquella mandíbula cuadrada, fuerte—. ¿Por qué renunciasteis a la caballería?

—Porque no la elegí. Mi padre era caballero, como lo había sido el suyo. Y mis hermanos, todos ellos. Me entrenaron para la batalla desde el día en que me consideraron suficientemente mayor para sostener una espada de madera. Tomé parte en unas cuantas, y no me deshonré. También estuve con mujeres, y en eso sí que me deshonré, porque a algunas las tomé por la fuerza. Había una chica con la que quería casarme, la hija pequeña de un señor insignificante, pero yo era el tercer hijo de mi padre; no podía ofrecerle tierras ni riquezas, sólo una espada, un caballo y un escudo. Era un hombre triste. Cuando no estaba peleando, estaba borracho. Mi vida se escribía en rojo, con sangre y con vino.

—¿Cuándo cambió? —preguntó Brienne.

—Cuando morí en la batalla del Tridente. Yo luchaba por el príncipe Rhaegar, aunque él jamás llegó a conocer mi nombre. No sabría deciros por qué, excepto que el señor al que servía yo servía a otro señor que servía a otro señor que había decidido apoyar al dragón y no al venado. Si hubiera decidido lo contrario, yo habría estado al otro lado del río. La batalla fue sangrienta. Los bardos nos quieren hacer creer que todo se reducía a Rhaegar y a Robert luchando en el río por la mujer que ambos decían amar, pero os aseguro que otros hombres luchaban también, y yo era uno de ellos. Encajé una flecha en el muslo y otra en el pie, y mataron a mi caballo, pero seguí luchando. Aún recuerdo lo desesperado que estaba por dar con otro caballo, porque no tenía monedas para comprarlo, y sin caballo ya no sería caballero. Si he de decir verdad, no pensaba en otra cosa. No vi llegar el golpe que me derribó. Oí unos cascós a mi espalda y pensé: "¡Un caballo!" Pero antes de que pudiera volverme, algo me golpeó en la cabeza y me derribó en el río, donde lo normal habría sido que me ahogara.

»Y me desperté aquí, en la Isla Tranquila. El Hermano Mayor me dijo que llegué a la orilla desnudo como en mi día del nombre. Lo único que puedo imaginar es que alguien me encontró en los bajíos, me quitó la armadura, las botas y los calzones, y me tiró al agua. El río se encargó de lo demás. En fin, todos nacemos desnudos, así que era adecuado que llegara desnudo a mi nueva vida. Pasé en silencio los diez años siguientes.

—Ya veo. —Brienne no sabía por qué le contaba todo aquello, ni qué otra cosa podía decir.

—¿De verdad? —Se inclinó hacia delante con las enormes manos en las rodillas—. Si es así, renunciad a vuestra búsqueda. El Perro está muerto, y aunque no fuera así, no era él quien tenía a vuestra Sansa Stark. En cuanto a ese animal que lleva su yelmo, lo encontrarán y lo ahorcarán. Las guerras tocan a su fin; esos bandidos no sobrevivirán en tiempos de paz. Randyll Tarly les da caza desde Poza de la Doncella y Walder Frey desde Los Gemelos, y hay un nuevo señor en Darry, un hombre joven y piadoso que impondrá la paz en sus tierras. Volved a vuestro hogar, niña. Tenéis un hogar, que es más de lo que muchos pueden decir en estos tiempos que corren. Tenéis un padre noble que sin duda os ama. Pensad en cuánto sufriría si no regresarais jamás. Tal vez, cuando caigáis, le lleven vuestro escudo y vuestra espada. Tal vez los cuelgue en sus salones y los contemple con orgullo... Pero si se lo preguntarais a él, seguro que os diría que prefiere una hija viva a un escudo roto.

—Una hija. —Brienne tenía los ojos llenos de lágrimas—. Se lo merecería, sí. Una hija que le cantara, que embelleciera su castillo y le diera nietos. También merece un hijo, un joven fuerte y galante que honre su nombre. Pero Galladon se ahogó cuando yo tenía cuatro años y él ocho, y Alysanne y Arianne murieron en la cuna. Soy el único vástagos que le han dejado los dioses. El más monstruoso, el que no sirve ni como hijo ni como hija.

De repente tuvo que soltarlo todo, como la sangre negra de una herida: las traiciones y los compromisos; Ronnet *el Rojo* y su rosa; Lord Renly bailando con ella; la apuesta por su virginidad; las amargas lágrimas que derramó cuando su rey se casó con Margaery Tyrell; el combate cuerpo a cuerpo en el torneo de Puenteamargo; la capa arco iris que tanto la había enorgullecido; la sombra en la carpa del rey; Renly agonizando en sus brazos, y Aguasdulces, Catelyn, el viaje por el Tridente, el duelo con Jaime en los bosques, los Titiriteros Sangrientos, Jaime gritando «zafiros», Jaime en la bañera de Harrenhal, el vapor que subía de su cuerpo, el sabor de la sangre de Vargo Hoat cuando le arrancó la oreja de un mordisco, el foso del oso, Jaime saltando a la arena, el largo viaje hasta Desembarco del Rey, Sansa Stark, el juramento que le había hecho a Jaime, el juramento que le había hecho a Lady Catelyn, *Guardajuramentos*... El Valle Oscuro y Poza de la Doncella. Dick *el Ágil*, Zarpaz Rota y Los Susurros; los hombres que había matado...

—Tengo que encontrarla —terminó—. Hay otros que la están buscando; todos quieren capturarla y vendérsela a la Reina. Tengo que encontrarla antes que ellos. Se lo prometí a Jaime. *Guardajuramentos*, así llamó a la espada. Tengo que salvarla... o morir en el intento.

CERSEI (7)

—¡Un millar de barcos! —La cabellera castaña de la pequeña reina estaba enmarañada, y la luz de las antorchas hacía que sus mejillas parecieran acaloradas, como si acabara de estar en brazos de un hombre—. ¡Alteza, tenéis que dar una respuesta energética! —La última palabra retumbó en las vigas y resonó en el gigantesco salón del trono.

Cersei, sentada en un sillón dorado y carmesí al pie del Trono de Hierro, sintió que se le tensaba el cuello.

«"Tenéis que" —pensó—. Se atreve a decirme qué tengo que hacer. —Se moría de ganas de abofetear a la pequeña Tyrell—. Debería estar de rodillas, suplicándome ayuda. Y osa decirle a su legítima reina qué tiene que hacer.»

—¿Un millar de barcos? —Ser Harys Swyft respiraba con dificultad—. No es posible. Ningún señor tiene una flota de mil barcos.

—Algún imbécil muerto de miedo ha contado doble —asintió Orton Merryweather—. O tal vez nos mientan los banderizos de Lord Tyrell; hinchan el número de sus enemigos para que no los consideremos negligentes.

Las antorchas de la pared trasera proyectaban la sombra larga y angulosa del Trono de Hierro hasta la mitad de la estancia. El otro extremo de la sala estaba envuelto en la oscuridad, y Cersei tenía la sensación de que las sombras se cerraban también en torno a ella.

«Mis enemigos están por todas partes y mis amigos son unos inútiles.» Sólo tenía que mirar a sus consejeros para darse cuenta; los únicos que parecían despiertos eran Lord Qyburn y Aurane Mares. Los mensajeros de Margaery habían sacado de la cama a los demás a base de golpearles la puerta, y estaban allí, mal vestidos y desorientados. En el exterior, la noche era oscura y sin estrellas. El castillo y la ciudad dormían. Boros Blount y Meryn Trant también parecían dormir, aunque se mantuvieran erguidos. Hasta Osmund Kettleblack bostezaba.

«Loras, en cambio, no. Todo lo contrario, nuestro Caballero de las Flores.» Estaba tras su hermana pequeña, una sombra pálida con una espada larga a la cintura.

—La mitad seguirían siendo quinientos barcos, mi señor —señaló Mares a Orton Merryweather—. Sólo el Rejo puede enfrentarse en el mar a una flota de tal magnitud.

—¿Qué hay de vuestros nuevos dromones? —preguntó Ser Harys—. Los barcoluengos de los hombres del hierro no podrán enfrentarse a ellos, ¿verdad? La *Martillo del Rey Robert* es la nave de guerra más poderosa de todo Poniente.

—Por ahora —respondió Mares—. Cuando esté terminada, la *Bella Cersei* será su igual, y la *Lord Tywin*, el doble de grande. Pero por ahora sólo la mitad está equipada, y ninguna cuenta con toda su tripulación. Y aunque estuvieran listas, nos superan con

mucho en número. Comparados con nuestras galeras, los barcoluengos normales son pequeños, cierto, pero los hijos del hierro también tienen barcos más grandes. El *Gran Kraken* de Lord Balon y los navíos de guerra de la Flota de Hierro se construyeron para batallas, no para saqueos. Son comparables a nuestras galeras de guerra en potencia y velocidad, y casi todas están mejor tripuladas y capitaneadas. Los hombres del hierro se pasan la vida en el mar.

«Robert tendría que haber arrasado las islas después de que Balon Greyjoy se alzara contra él —pensó Cersei—. Destruyó su flota, quemó sus ciudades y derribó sus castillos, pero cuando los tenía de rodillas, permitió que se volvieran a levantar. Tendría que haber creado otra isla con sus calaveras.» Eso habría hecho su padre, pero Robert nunca tuvo los redaños que debía tener un rey si quería mantener el reino en paz.

—Los hombres del hierro no se atrevían a atacar el Dominio desde que Dagon Greyjoy se sentó en el Trono de Piedramar —dijo—. ¿Por qué se atreven ahora? ¿Qué los ha envalentonado?

—Su nuevo rey. —Qyburn tenía las manos escondidas en las mangas—. El hermano de Lord Balon. Lo llaman Ojo de Cuervo.

—Los cuervos carroñeros celebran banquetes con los cadáveres de los muertos y los moribundos —intervino el Gran Maestre Pycelle—, no atacan a animales sanos y robustos. Lord Euron se ceba con oro y saqueos, sí, pero en cuanto avancemos contra él se retirará a Pyke, como hacía Lord Dagon en sus tiempos.

—Os equivocáis —replicó Margaery Tyrell—. Los saqueadores no atacan nunca en ese número. ¡Un millar de barcos! Han matado a Lord Hewett y a Lord Chester, y también al hijo y heredero de Lord Serry. Serry se ha refugiado en Altojardín con los pocos barcos que le quedan, y Lord Grimm está prisionero en su propio castillo. Willas dice que el rey del hierro ha nombrado a cuatro señores que ocuparán sus lugares.

«Willas —pensó Cersei—, el tullido. Él tiene la culpa de esto. Ese zoquete de Mace Tyrell dejó la defensa del Dominio en manos de un infeliz demasiado débil.»

—El viaje de las Islas del Hierro a los Escudos es largo —señaló—. ¿Cómo es posible que un millar de barcos recorriera esa distancia sin llamar la atención?

—Willas cree que no siguieron la costa —dijo Margaery—. Hicieron la travesía por alta mar, se adentraron por el mar Angosto y luego se lanzaron sobre ellos desde el oeste.

«Es más probable que el tullido no pusiera hombres en las torres de vigilancia y ahora tenga miedo de que nos enteremos. La pequeña reina se está inventando excusas para su hermano. —Cersei tenía los labios apretados—. Necesito una copa de dorado del Rejo.» Si los hombres del hierro decidían atacar el Rejo a continuación, el reino entero empezaría a pasar sed.

—Puede que Stannis tenga algo que ver en esto. Balon Greyjoy le ofreció una alianza a mi señor padre. Tal vez su hijo se la haya ofrecido a Stannis.

Pycelle frunció el ceño.

—¿Qué ganaría Lord Stannis con...?

—Otro punto de apoyo. Y su parte de los saqueos, claro. Necesita oro para pagar a sus mercenarios. Al atacar en el Oeste pretende apartar nuestra atención de Rocadragón y Bastión de Tormentas.

—Una distracción —Lord Merryweather asintió—. Stannis es más astuto de lo que sospechábamos. Su Alteza ha sabido ver sus intenciones; es muy sagaz.

—Lord Stannis intenta ganarse a los norteños para su causa —dijo Pycelle—. Si pacta con los hijos del hierro, no podrá...

—Los norteños no lo aceptarán —replicó Cersei, que no comprendía cómo un hombre tan instruido podía ser a la vez tan imbécil—. Lord Manderly le cortó las manos y la cabeza al Caballero de la Cebolla; nos lo han confirmado los Frey. Otra media docena de señores del Norte se ha aliado con Lord Bolton. «El enemigo de mi enemigo es mi amigo.» ¿Hacia quién se puede volver Stannis? Sólo le quedan los hombres del hierro y los salvajes, los enemigos del Norte. Pero si cree que voy a caer en su trampa, es que es aún más idiota que vos. —Se volvió otra vez hacia la pequeña reina—. Las islas Escudo pertenecen al Dominio. Grimm, Serry y los demás son leales a Altojardín, y a Altojardín le corresponde la respuesta.

—Altojardín responderá —dijo Margaery Tyrell—. Willas le ha enviado un mensaje a Leyton Hightower, a Antigua, para que prepare sus defensas. Garlan está reuniendo hombres para volver a tomar las islas. Pero la mayor parte de nuestras fuerzas sigue con mi señor padre. Tenemos que enviarle aviso a Bastión de Tormentas. De inmediato.

—¿Para qué levante el asedio? —A Cersei no le gustaba la arrogancia de Margaery. «"De inmediato", me dice. ¿Me ha confundido con su doncella?"—. Desde luego, eso sería muy del agrado de Lord Stannis. ¿Es que no estáis escuchando, mi señora? Si puede desviar nuestra atención de Rocadragón y Bastión de Tormentas a esas piedras...

—¿Piedras? —se atragantó Margaery—. ¿Vuestra Alteza ha dicho «piedras»?

El Caballero de las Flores puso una mano en el hombro de su hermana.

—Perdonad, Alteza, pero desde esas piedras, los hombres del hierro son una amenaza para Antigua y para el Rejo. Desde las fortalezas de los Escudos, pueden navegar Mander arriba hasta el mismísimo corazón del Dominio, como hicieron en el pasado. Con hombres suficientes, serían una amenaza incluso para Altojardín.

—¿De verdad? —respondió la Reina, toda inocencia—. Vaya, pues más vale que vuestros valerosos hermanos los echen de esas piedras, y pronto.

—¿Y cómo sugiere la Reina que lo hagan sin barcos suficientes? —preguntó Ser

Loras—. Willas y Garlan pueden reunir diez mil hombres en quince días y el doble en una luna, pero no saben caminar sobre las aguas, Alteza.

—Altojardín está en el Mander —le recordó Cersei—. Vosotros y vuestros vasallos domináis mil leguas de costa. ¿No hay aldeas de pescadores en vuestras orillas? ¿No tenéis barcazas de placer, ni transbordadores, ni galeras fluviales, ni esquifes?

—Muchos —reconoció Ser Loras.

—Pues bastarán y sobrarán para transportar un ejército al otro lado de una pequeña franja de agua.

—Y cuando los barcoluengos de los hijos del hierro ataquen nuestra escuálida flota mientras cruza esa «pequeña franja de agua», ¿qué sugiere Vuestra Alteza que hagamos?

«Ahogaros», pensó Cersei.

—Altojardín también cuenta con oro. Tenéis mi permiso para contratar barcos mercenarios al otro lado del mar Angosto.

—¿Queréis decir piratas de Myr y Lys? —replicó Loras con desprecio—. ¿La basura de las Ciudades Libres?

«Es tan insolente como su hermana.»

—Es triste reconocerlo, pero de cuando en cuando, todos tenemos que tratar con basura —dijo con dulzura venenosa—. ¿Se os ocurre alguna idea mejor?

—Sólo el Rejo tiene suficientes galeras para reconquistar la desembocadura del Mander y proteger a mis hermanos de los barcoluengos del hierro. Os lo suplico, Alteza, enviad un mensaje a Rocadragón y ordenad a Lord Redwyne que ice las velas de inmediato.

«Al menos tiene la sensatez de suplicar.» Paxter Redwyne poseía doscientos barcos de guerra, un millar de carracas mercantes, cocas para el transporte de vino, galeras comerciales y balleneros. Pero Redwyne estaba acampado junto a las murallas de Rocadragón, con la mayor parte de su flota dedicada a cruzar a los hombres por la bahía Aguasnegras para el ataque contra la fortaleza de la isla. Los demás patrullaban el sur de la bahía de los Naufragios, donde su presencia era lo único que impedía que Bastión de Tormentas se reabasteciera por mar.

La sugerencia de Ser Loras enfureció a Aurane Mares.

—Si Lord Redwyne se retira con sus barcos, ¿cómo vamos a abastecer a nuestros hombres en Rocadragón? Sin las galeras del Rejo, ¿cómo mantendremos el asedio en Bastión de Tormentas?

—El asedio se puede reanudar más adelante, después de...

—Bastión de Tormentas vale cien veces más que las Escudo —interrumpió Cersei —, y Rocadragón... Mientras siga en manos de Stannis Baratheon, mi hijo estará con la soga al cuello. Lord Redwyne y su flota podrán marcharse cuando caiga el castillo.

—La Reina se puso en pie—. La audiencia ha terminado. Gran Maestre Pycelle, quiero hablar con vos.

El anciano se sobresaltó como si su voz lo hubiera arrancado de algún sueño de juventud, pero antes de que pudiera decir nada, Loras Tyrell se adelantó con paso tan rápido que la Reina retrocedió alarmada. Estaba a punto de gritar a Ser Osmund que la defendiera cuando el Caballero de las Flores se dejó caer sobre una rodilla.

—Alteza, permitidme que tome Rocadragón.

Su hermana se llevó una mano a la boca.

—No, Loras, no.

Ser Loras hizo caso omiso de su súplica.

—Hará falta medio año o más para rendir por hambre Rocadragón, como pretende hacer Lord Paxter. Ponedme al mando, Alteza. El castillo será vuestro en dos semanas aunque tenga que hacerlo pedazos con mis propias manos.

Nadie había hecho un regalo tan hermoso a Cersei desde que Sansa Stark acudió a ella para contarle los planes de Lord Eddard. Se alegró de ver que Margaery se había puesto pálida.

—Vuestro valor me deja sin palabras, Ser Loras —dijo—. Lord Mares, ¿alguno de los dromones nuevos está preparado para hacerse a la mar?

—El *Bella Cersei*, Alteza. Un barco rápido, y tan fuerte como la reina cuyo nombre lleva.

—Espléndido. Que el *Bella Cersei* lleve de inmediato a nuestro Caballero de las Flores a Rocadragón. Ser Loras, estáis al mando. Juradme que no regresaréis hasta que Rocadragón sea de Tommen.

—Así lo haré, Alteza. —Se levantó.

Cersei lo besó en las dos mejillas. También besó a su hermana.

—Vuestro hermano es muy galante —le susurró. Margaery no tuvo la elegancia de responder, o tal vez el miedo la hubiera dejado sin palabras.

Aún faltaban varias horas para el amanecer cuando Cersei salió por la Puerta del Rey, situada tras el Trono de Hierro. Ser Osmund la precedía con una antorcha, y Qyburn caminaba tras ella. Pycelle tuvo que apretar el paso para no perderlos de vista.

—Si a Vuestra Alteza no le importa que se lo diga —jadeó—, los jóvenes son osados en exceso: sólo ven la gloria de la batalla, y nunca los peligros. Ser Loras... Su plan está lleno de peligros... Atacar los muros de Rocadragón...

—Es muy valiente.

—Valiente, sí, pero...

—No me cabe duda de que nuestro Caballero de las Flores será el primero en llegar a las almenas.

«Y puede que el primero en caer. —El canalla picado de viruelas que había

dejado Stannis al frente de su castillo no era un simple inexperto campeón de torneos, sino un asesino curtido. Si los dioses eran bondadosos, le proporcionaría a Ser Loras el final glorioso que por lo visto estaba buscando—. Siempre que no se ahogue por el camino. —La noche anterior se había desencadenado otra tormenta; había sido espantosa. La lluvia había caído incesantemente durante horas—. Sería una lástima, ¿verdad? —meditó la Reina—. Ahogarse es una vulgaridad. Ser Loras desea la gloria igual que los hombres de verdad desean a las mujeres; lo mínimo que pueden hacer los dioses es concederle una muerte digna de una canción.»

Pero daba igual qué sucediera en Rocadragón; en cualquier caso, ella saldría ganando. Si Loras tomaba el castillo, Stannis sufriría un golpe espantoso, y la flota de los Redwyne podría ir al encuentro de los hombres del hierro. Si fracasaba, ella se ocuparía de que cargara con la mayor parte de la culpa. No había nada que deslustrara tanto a un héroe como el fracaso. «Y si vuelve a casa encima de su escudo, cubierto de sangre y gloria, aquí estará Ser Osney para consolar a su afligida hermana.»

No pudo contener la risa durante más tiempo. Se le escapó de entre los labios y despertó ecos en las paredes.

—¿Alteza? —El Gran Maestre Pyelle parpadeó, boquiabierto—. ¿Por qué...? ¿Por qué os reís?

—Es que de lo contrario me echaría a llorar —tuvo que responderle—. Mi corazón está hinchido de amor hacia nuestro Ser Loras y su valentía.

Dejó al Gran Maestre al pie de la escalera de caracol.

«Si alguna vez me fue de utilidad, esos tiempos han pasado», decidió la Reina. Últimamente, lo único que hacía Pyelle era molestarla con sus advertencias y objeciones. Había protestado incluso por el acuerdo al que había llegado con el Septón Supremo; la miró con los ojos nublados y acuosos cuando le ordenó que preparase los papeles necesarios, y le estuvo soltando tonterías sobre detalles históricos hasta que Cersei lo interrumpió.

—Los tiempos del rey Maegor han pasado, y también sus decretos —le dijo con firmeza—. Son los tiempos del rey Tommen, mis tiempos.

«Habría hecho mejor en dejarlo morir en las celdas negras.»

—Si Ser Loras cayera, Su Alteza necesitaría buscar otro buen caballero para la Guardia Real —dijo Qyburn mientras cruzaban por encima del foso de estacas que rodeaba el Torreón de Maegor.

—Un caballero espléndido —asintió—. Tan joven, rápido y fuerte, que consiga que Tommen se olvide por completo de Ser Loras. Algo de galantería no estaría de más, pero que no tenga la cabeza llena de pájaros. ¿Conocéis a alguien así?

—Por desgracia, no —respondió Qyburn—. Estaba pensando en otra clase de campeón. Lo que le falta en galantería os lo compensaría cien veces con devoción. Protegerá a vuestro hijo; matará a vuestros enemigos; guardará vuestros secretos, y

ningún hombre podrá enfrentarse a él.

—Eso decís vos. Las palabras se las lleva el viento. Cuando llegue la hora, podéis mostrarme a ese dechado de virtudes, y veremos si es tal como me habéis prometido.

—Habrá canciones que hablarán de él, lo juro. —A Lord Qyburn se le formaban arrugas en torno a los ojos cuando sonreía—. ¿Os importa si os pregunto por la armadura?

—Ya he transmitido vuestra petición. El armero cree que me he vuelto loca. Me jura que no hay hombre tan fuerte que pueda moverse y luchar con semejante peso encima. —Le dirigió una mirada de advertencia al maestre sin cadena—. Si os atrevéis a engañarme, moriréis aullando. Confío en que seáis consciente de ello.

—Siempre, Alteza.

—Bien. No digamos más.

—La Reina es sabia. Estas paredes tienen oídos.

—Así es.

Por la noche, la reina Cersei oía sonidos tenues incluso en sus habitaciones. «Hay ratones en las paredes —se decía—. Nada más.»

Junto a su cama ardía una vela, pero la chimenea se había apagado y no se veía ninguna otra luz. Hacía frío en la habitación. Cersei se desnudó y se metió entre las sábanas; su túnica quedó arrugada en el suelo. Al otro lado de la cama, Taena se movió.

—Alteza —murmuró—. ¿Qué hora es?

—La hora de la lechuza —respondió la Reina.

Cersei había dormido sola muchas veces, pero nunca le había gustado. Sus recuerdos más antiguos eran de compartir la cama con Jaime cuando aún eran tan pequeños que nadie los podía distinguir. Más adelante, cuando los separaron, tuvo una sucesión de doncellas y compañeras, muchas de ellas niñas de su edad, hijas de los banderizos o de los caballeros de la Casa de su padre. Ninguna de ellas la había satisfecho, y pocas le habían durado mucho tiempo.

«Serpientes, todas, de la primera a la última. Crías aburridas y lloronas, siempre contando tonterías e intentando interponerse entre Jaime y yo.» Pero en las negras entrañas de la Roca hubo noches en que agradeció su calor. Una cama vacía era una cama gélida.

Y allí más que en ninguna otra parte. Aquella habitación estaba helada, y su maldito esposo real había muerto bajo aquel mismo dosel.

«Robert Baratheon, el primero de su nombre, y más vale que no haya un segundo. Un salvaje estúpido y borracho. Ojalá esté derramando lágrimas en el infierno.» Taena le calentaba la cama igual que Robert, y no intentó nunca hacerla abrirse de piernas. Últimamente compartía el lecho de la Reina más a menudo que el de Lord Merryweather. A Orton no parecía importarle, y si le importaba, tenía el sentido

común de no decirlo.

—Cuando me desperté y vi que no estabais, me preocupé —murmuró Lady Merryweather al tiempo que se incorporaba contra las almohadas, con las colchas enroscadas en torno a la cintura—. ¿Ha pasado algo malo?

—No —respondió Cersei—, todo va bien. Mañana, Ser Loras zarpará hacia Rocadragón para conquistar el castillo, liberar la flota de Redwyne y demostrarnos a todos lo viril que es. —Le relató a la myriense lo sucedido bajo la sombra cambiante del Trono de Hierro—. Sin su aguerrido hermano, nuestra pequeña reina está poco menos que desvalida. Cuenta con sus guardias, sí, pero tengo a su capitán corriendo de un lado a otro por el castillo. Es un viejo charlatán con una ardilla en el jubón. Las ardillas temen a los leones; no tendrá valor para desafiar al Trono de Hierro.

—Margaery cuenta con otras espadas —le advirtió Lady Merryweather—. Ha hecho muchos amigos en la corte; tanto ella como sus jóvenes primas tienen admiradores.

—Unos cuantos pretendientes no me estorban —dijo Cersei—. En cambio, el ejército en Bastión de Tormentas...

—¿Qué pensáis hacer, Alteza?

—¿Por qué? —La pregunta era un poco demasiado directa para el gusto de Cersei—. Espero que no estéis pensando en compartir mis divagaciones con nuestra pequeña reina.

—Eso nunca. No soy como esa chica, Senelle.

A Cersei no le gustaba pensar en Senelle. «Me pagó mi bondad con traición.» Sansa Stark había hecho lo mismo. Igual que Melara Hetherspoon y la regordeta de Jeyne Farman, cuando las tres eran niñas. «De no ser por ellas no habría entrado en aquella carpa y no habría dejado que Maggy la Rana saborease mi futuro en una gota de sangre.»

—Me entristecería mucho que traicionarais mi confianza, Taena. No tendría más remedio que entregaros a Lord Qyburn, pero lo haría con lágrimas en los ojos.

—Jamás seré la causa de vuestras lágrimas, Alteza. Si alguna vez lo soy, sólo tenéis que decirlo y yo misma me entregaré a Qyburn. Sólo quiero estar cerca de vos, para serviros como me pidáis.

—¿Y qué recompensa esperáis a cambio de vuestros servicios?

—Ninguna. Me complace complaceros.

Taena se recostó de lado; su piel olivácea brillaba a la luz de las velas. Tenía los pechos más grandes que la Reina, con grandes pezones negros como tizones.

«Es más joven que yo. Aún no se le han empezado a caer las tetas.» Cersei se preguntó qué se sentiría al besar a otra mujer. No un beso en la mejilla, cortesía común entre las damas de noble cuna, sino en los labios. Taena tenía los labios carnosos. Se preguntó también cómo sería chupar aquellos pechos, tumbar de

espaldas a la mujer myriense, abrirle las piernas y usarla como la usaría un hombre, como la había usado Robert a ella cuando estaba borracho y no conseguía hacer que se corriera con la mano ni con la boca.

Aquellas noches habían sido las peores, tumbada impotente debajo de él mientras la utilizaba hasta cansarse, entre el hedor del vino y sus gruñidos de jabalí. Por lo general se echaba a un lado en cuanto acababa y se quedaba dormido; empezaba a roncar antes de que su semilla se le secara en los muslos. Ella siempre terminaba magullada, con la entrepierna en carne viva y los pechos doloridos por los apretones. La única vez que había conseguido humedecerla había sido en su noche de bodas.

Cuando se casaron, Robert era bastante atractivo: alto, fuerte y poderoso, pero tenía el vello negro y grueso, espeso en el pecho y áspero en torno al sexo.

«Del Tridente volvió el que no debía», pensaba a veces la Reina mientras lo tenía encima. Durante los primeros años, cuando la montaba más a menudo, ella cerraba los ojos y se imaginaba que era Rhaegar. No podía fantasear con Jaime; era demasiado diferente, demasiado desacostumbrado. Hasta el olor lo delataba.

Para Robert, aquellas noches no habían existido. Cuando llegaba la mañana no recordaba nada, o al menos eso le decía. En cierta ocasión, durante su primer año de matrimonio, Cersei lo había informado de su disgusto a la mañana siguiente.

—Me hiciste daño —se quejó. Él tuvo la elegancia de parecer avergonzado.

—No era yo, mi señora —dijo con tono mohín, como un niño al que hubieran atrapado robando manzanas de la cocina—. Fue el vino. Bebí demasiado.

Cogió otro cuerno de cerveza para subrayar la confesión. Cuando se lo llevó a la boca, ella se lo estampó contra la cara con tanta fuerza que le melló un diente. Años más tarde, en un banquete, oyó como relataba a una sirvienta cómo se lo había roto en un combate cuerpo a cuerpo de un torneo.

«Bueno, nuestro matrimonio fue un largo combate —reflexionó—, así que en cierto modo no faltó a la verdad.»

Lo demás fueron todo mentiras. Sí que recordaba lo que le hacía por las noches, estaba segura. Se lo veía en los ojos. Sólo fingía que se le había olvidado; era más fácil que hacer frente a la vergüenza. En lo más profundo de su ser, Robert Baratheon era un cobarde. Con el tiempo, los ataques fueron cada vez menos frecuentes. Durante los primeros meses de su matrimonio la poseía al menos una vez cada quince días; hacia el final, ni una vez al año. Pero nunca lo había dejado por completo. Más tarde o más temprano llegaba una noche en que bebía demasiado y se empeñaba en reclamar sus derechos. Lo que a la luz del día lo avergonzaba, por las noches le producía placer.

—¿Mi reina? —dijo Taena Merryweather—. Tenéis una mirada muy extraña. ¿Os sentís mal?

—No, estaba... recordando. —Tenía la boca seca—. Sois una buena amiga, Taena.

No tenía una amiga de verdad desde...

Alguien llamó a la puerta.

«¿Otra vez? —El ritmo apremiante del sonido la hizo estremecer—. ¿Qué pasa? ¿Se nos vienen encima otros mil barcos?» Se puso una túnica y fue a ver quién era.

—Siento mucho molestaros, Alteza —dijo el guardia—, pero Lady Stokeworth está abajo y os suplica audiencia.

—¿A estas horas? —estalló Cersei—. ¿Es que Falyse se ha vuelto loca? Decidle que me he retirado. Decidle que están masacrando a la gente de las Escudo, que llevo toda la noche despierta. La recibiré por la mañana.

—Disculpad, Alteza, pero... —dijo el guardia, titubeante— no se encuentra en buen estado, no sé si me comprendéis.

Cersei frunció el ceño. Había dado por supuesto que Falyse acudía a comunicarle que Bronn había muerto.

—Muy bien. Tengo que vestirme. Llevadla a mis estancias y que me espere. —Lady Merryweather hizo ademán de levantarse para acompañarla, pero la Reina la detuvo—. No, quedaos. Al menos una de nosotras podrá descansar. No tardaré mucho.

Lady Falyse tenía la cara hinchada y magullada, y los ojos enrojecidos por las lágrimas. El labio inferior parecía roto, y llevaba la ropa sucia y desgarrada.

—Válganme los dioses —dijo Cersei mientras la invitaba a pasar y cerraba la puerta—. ¿Qué os ha pasado en la cara?

Falyse no pareció oír la pregunta.

—Lo ha matado —dijo con voz temblorosa—. La Madre tenga piedad, lo... lo... —Se derrumbó entre sollozos; le temblaba todo el cuerpo.

Cersei sirvió una copa de vino y se la tendió a la mujer llorosa.

—Bebed esto. El vino os calmará. Así, muy bien. Un poco más. Dejad de llorar y decírmelos a qué habéis venido.

La Reina necesitó la frasca entera para poder sonsacarle el relato completo a Lady Falyse. Cuando lo logró no supo si reír o encolerizarse.

—¿Un combate singular? —repitió. «¿Es que no hay nadie en los Siete Reinos de quien pueda fiarme? ¿Soy la única de todo Poniente que tiene una pizca de cerebro?»—. ¿Me estáis diciendo que Ser Balman desafió a Bronn en combate singular?

—Dijo que sería s-s-sencillo. Que la lanza era arma de c-c-caballeros, y que B-Bronn no era un caballero de verdad. Balman me dijo que lo descabalgaría y lo remataría mientras aún estuviera c-c-conmocionado.

Bronn no era un caballero, eso era cierto. Bronn era un asesino curtido en la batalla.

«El cretino de tu esposo firmó su propia sentencia.»

—Excelente plan. No me atrevo a preguntar en qué momento se torció.

—B-Bronn le clavó la lanza en el pecho al pobre c-caballo de Balman. Balman...

El animal le aplastó las piernas al caer... Suplicó clemencia...

«Los mercenarios no tienen piedad», podría haberle dicho Cersei.

—Os pedí que organizaraís un accidente de caza. Una flecha perdida, una caída del caballo, un jabalí furioso... Hay muchas maneras de que un hombre muera en el bosque, y en ninguna se utilizan lanzas.

Falyse no pareció oírla.

—Intenté ir con mi Balman, y él... Él... me pegó en la cara. Hizo c-c—confesar a mi señor. Balman llamaba a gritos al maestre Frenken para que lo ayudara, pero el mercenario no... No... No...

—¿Lo hizo confesar? —A Cersei no le gustaba el cariz que estaba tomando el asunto—. Confío en que nuestro valeroso Ser Balman guardara silencio.

—Bronn le clavó un puñal en el ojo y me dijo que me marchara de Stokeworth antes del anochecer o me haría lo mismo. Dijo que me entregaría a la g-g—guarnición, en caso de que los soldados me quisieran para algo. Cuando ordené que detuvieran a Bronn, uno de sus caballeros tuvo la insolencia de ordenarme que obedeciera a Lord Stokeworth. ¡Lo llamó «Lord Stokeworth»! —Lady Falyse se aferró a la mano de la Reina—. Tenéis que proporcionarme caballeros, Alteza. ¡Un centenar de caballeros! ¡Y también ballesteros; he de recuperar mi castillo! ¡Stokeworth es mío! ¡Ni siquiera me permitieron recoger mi ropa! Bronn dijo que ahora era de su esposa... Mis s-sedas, mis terciopelos...

«Los trapos son el menor de tus problemas.» La Reina liberó sus dedos de la mano húmeda de la mujer.

—Os pedí que apagaraís una vela para ayudarme a proteger al Rey, y lo que habéis hecho es verterle un caldero de fuego valyrio. ¿El descerebrado de vuestro Balman llegó a mencionar mi nombre? Decidme que no.

Falyse se humedeció los labios.

—Es que... sufría mucho; tenía las piernas rotas. Bronn dijo que tendría clemencia, pero... ¿Qué será de mi pobre m-m—madre?

—¿Vos qué creéis? —«Supongo que morirá», pensó.

Seguramente, Lady Tanda estaría muerta a aquellas alturas. Bronn no era hombre que invirtiera muchos esfuerzos en cuidar de una anciana con la cadera rota.

—Tenéis que ayudarme. ¿Adónde puedo ir? ¿Qué puedo hacer?

«Tal vez te case con el Chico Luna —estuvo a punto de decir Cersei—. Es casi tan imbécil como tu difunto esposo.» En aquellos momentos no podía correr el riesgo de que se desatara una guerra a las puertas de Desembarco del Rey.

—Las hermanas silenciosas siempre acogen a las viudas —le dijo—. Llevan una vida serena, una vida de plegarias, meditación y buenas obras. Dan consuelo a los

vivos y paz a los muertos.

«Y no hablan.» No podía permitir que aquella mujer fuera por los Siete Reinos revelando secretos peligrosos.

Pero Falyse hizo oídos sordos al sentido común.

—Todo lo que hicimos lo hicimos por serviros, Alteza. Orgullosos de Ser Leales. Dijisteis...

—Lo recuerdo. —Cersei se obligó a sonreír—. Os quedaréis aquí con nosotros hasta que encontremos la manera de recuperar vuestro castillo, mi señora. Permitidme que os sirva otra copa de vino; os ayudará a dormir. Estáis agotada y destrozada, es evidente. Pobre Falyse, mi querida amiga... Eso es, bebed.

Mientras su invitada apuraba la frasca, Cersei salió a la puerta y llamó a sus doncellas, le ordenó a Dorcas que fuera a buscar a Lord Qyburn y lo llevara allí de inmediato. A Jocelyn Swyft la envió a las cocinas.

—Trae pan y queso, una empanada de carne y unas cuantas manzanas. Y vino. Tenemos sed.

Qyburn llegó antes que la comida. Lady Falyse ya se había bebido tres copas más y empezaba a dar cabezadas, aunque de cuando en cuando se espabilaba y dejaba escapar otro sollozo. La Reina se llevó a Qyburn aparte y le habló de la estupidez de Ser Balman.

—No puedo consentir que Falyse vaya contando tonterías por la ciudad. El dolor le ha reblanecido los sesos. ¿Seguís necesitando mujeres para vuestro... trabajo?

—Pues sí, Alteza. Las marionetistas están bastante gastadas.

—Lleváosla y haced con ella lo que queráis. Eso sí, en cuanto entre en las celdas negras... ¿He de seguir?

—No, Alteza. Lo entiendo.

—Bien. —La Reina volvió a lucir su sonrisa—. Mi querida Falyse, ha venido el maestre Qyburn. Os ayudará a descansar.

—Ah —dijo Falyse vagamente—. Ah, vale.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Cersei se sirvió otra copa de vino.

—Estoy rodeada de enemigos y de imbéciles —dijo.

No podía confiar ni en los de su propia sangre, ni siquiera en Jaime, que en otros tiempos había sido su otra mitad. «Tenía que ser mi espada y mi escudo, mi brazo derecho. ¿Por qué se empeña en insultarme?»

Bronn no era más que una molestia, claro. En ningún momento había pensado de verdad que estuviera ocultando al Gnomo. Su retorcido hermanito era demasiado listo para permitir que Lollys le pusiera su nombre al pequeño bastardo; sabía que eso haría recaer sobre ella la ira de la Reina. Era lo que había dicho Lady Merryweather, y estaba en lo cierto. La burla era cosa del mercenario, estaba casi segura. Se lo imaginaba con una copa de vino en una mano y una sonrisa insolente en la cara

mirando como su hijastro, arrugado y enrojecido, mamaba de las tetas hinchadas de Lollys.

«Sonreíd cuanto queráis, Ser Bronn; pronto gritaréis. Disfrutad de vuestra dama retrasada y de vuestro castillo robado mientras podáis. Cuando llegue el momento os aplastaré como a una mosca.» Tal vez debería enviar a Loras Tyrell para que lo aplastara, si volvía vivo de Rocadragón. Sería encantador. «Si los dioses son bondadosos, se matarán entre ellos, como Ser Arryk y Ser Erryk.» En cuanto a Stokeworth... No, estaba harta de pensar en Stokeworth.

Cuando la Reina volvió al dormitorio, la cabeza le daba vueltas, y Taena se había quedado dormida otra vez.

«Mucho vino y poco sueño —se dijo. No todas las noches la despertaban dos veces con noticias tan graves—. Al menos, yo me puedo despertar. Robert habría estado demasiado borracho para levantarse, no digamos para gobernar. Jon Arryn se habría tenido que encargar de todo.» La complacía pensar que era mejor rey que Robert.

Al otro lado de la ventana, el cielo empezaba a aclararse. Cersei se sentó en la cama junto a Lady Merryweather, prestó atención a su respiración pausada y vio como subían y bajaban sus pechos.

«¿Soñará con Myr? —se preguntó—. ¿O con su amante de la cicatriz, el moreno peligroso al que no podía decir que no?» De lo que estaba casi segura era de que no soñaba con Lord Orton.

Cersei le puso una mano en el pecho. Con suavidad al principio, casi sin tocarlo, sintiendo su calidez en la palma de la mano, la piel suave como la seda. Lo apretó con delicadeza y luego pasó el pulgar por el pezón negro, adelante y atrás, hasta que sintió que se endurecía. Cuando alzó la vista, Taena tenía los ojos abiertos.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Sí —dijo Lady Merryweather.

—¿Y esto? —Cersei pellizcó el pezón y tiró de él con fuerza, retorciéndoselo entre los dedos.

La myriense dejó escapar un gemido de dolor.

—Me hacéis daño.

—No es más que el vino. He bebido una frasca con la cena y otra con la viuda Stokeworth. He tenido que beber para que se calmara. —Le retorció el otro pezón hasta que le arrancó otro gemido—. Soy la reina. Reclamo lo que me corresponde por derecho.

—Haced lo que queráis. —Taena tenía el pelo tan negro como Robert, también entre las piernas, y cuando Cersei la tocó allí lo encontró húmedo, empapado, mientras que el de Robert había sido duro y seco—. Por favor —suplicó la myriense —, seguid, mi reina. Haced conmigo lo que queráis. Soy vuestra.

Pero era inútil. Fuera lo que fuera lo que sentía Robert las noches en que la poseía, ella no lo notaba. Aquello no le proporcionaba placer. A Taena sí. Sus pezones eran dos diamantes negros; su sexo estaba ardiendo.

«Robert te habría amado durante una hora. —La Reina introdujo un dedo en aquel pantano myriense, y luego otro; los metía y los sacaba—. Pero después de derramarse en tu interior, le habría costado recordar tu nombre.»

Quería saber si con una mujer sería tan sencillo como había sido siempre con Robert.

«Diez mil hijos tuyos perecieron en la palma de mi mano, Alteza —pensó al tiempo que introducía un tercer dedo en Myr—. Mientras roncabas, yo me lamía para quitarme a tus hijos de la cara y los dedos, uno a uno, todos príncipes blanquecinos y pegajosos. Hiciste valer tus derechos, mi señor, pero en la oscuridad, devoré a tus herederos.» Taena se estremeció. Jadeó unas palabras en una lengua extranjera, se estremeció otra vez, arqueó la espalda y gritó. «Como si estuvieran degollándola», pensó la Reina. Durante un momento se imaginó que sus dedos eran los colmillos de un jabalí, que desgarraban a la myriense desde la entrepierna hasta la garganta.

También fue inútil.

Siempre había sido inútil con todos menos con Jaime.

Cuando fue a retirar la mano, Taena se la cogió y le besó los dedos.

—¿Cómo puedo complacerlos, mi amada reina? —Deslizó la mano por el costado de Cersei y le rozó el sexo—. Decidme qué queréis que haga, amada mía.

—Dejadme en paz.

Cersei dio media vuelta y se cubrió con las mantas, temblorosa. Empezaba a amanecer. Pronto llegaría la mañana y todo quedaría olvidado.

No había ocurrido.

JAIUME (5)

Las trompetas lanzaron su bramido metálico, que hendió el tranquilo aire azul del ocaso. Josmyn Peckledon se puso en pie de un salto y corrió a por el cinto de su señor.

«Tiene buen instinto el chico.»

—Los bandidos no anuncian su llegada con trompetas —le dijo Jaime—. No me hace falta la espada. Debe de ser mi primo, el Guardián del Occidente.

Cuando salió de la carpa, los jinetes ya estaban desmontando: media docena de caballeros y una veintena de arqueros y soldados a caballo.

—¡Jaime! —rugió un hombre desgreñado que vestía cota de malla dorada y capa de piel de zorro—. ¡Tan flaco, y todo de blanco! ¡Y con barba!

—¿Esto? Apenas una pelusa comparada con la tuya, primo. —La barba encrespada y el poblado bigote de Ser Daven se fundían con unas patillas espesas como arbustos, y estas, con la maraña de pelo rubio, aplastada por el yelmo que se estaba quitando. En medio de todo aquel pelo acechaban una nariz respingona y un par de ojos color avellana, llenos de energía—. ¿Te ha robado algún bandido la navaja de afeitar?

—Juré que no me cortaría el pelo hasta que vengara a mi padre. —Pese a su aspecto leonino, la voz de Daven Lannister tenía una extraña timidez—. Pero el Joven Lobo se encargó de Karstark antes que yo. Me arrebató la venganza. —Le tendió el yelmo a un escudero y se pasó los dedos por el cabello—. Está bien esto de tener barba. Las noches son cada vez más frías; un poco de follaje mantiene la cara caliente. Además, como decía la tía Genna, tengo un adoquín en lugar de barbilla. —Agarró a Jaime por los brazos—. Temimos por ti después de lo del bosque Susurrante. Se rumoreó que el lobo huargo de Stark te había desgarrado la garganta.

—¿Derramaste amargas lágrimas por mí, primo?

—La mitad de Lannisport te lloró. La mitad femenina. —La mirada de Daven se clavó en el muñón de Jaime—. Así que era verdad. Esos hijos de puta te cortaron la mano de la espada.

—Ahora tengo una nueva, de oro. Ser manco tiene sus ventajas. Bebo menos vino por temor a derramarlo, y rara vez siento la tentación de rascarme el culo en la corte.

—Bien pensado. A lo mejor me la corto yo también. —Su primo se echó a reír—. ¿Quién te lo hizo? ¿Catelyn Stark?

—Vargo Hoat.

«¿De dónde salen esas leyendas?»

—¿El qohoriense? —Ser Daven escupió—. Esto para él y para su Compañía Audaz. Le dije a tu padre que yo mismo me encargaría de conseguir provisiones, pero se negó. Me dijo que hay tareas adecuadas para los leones, y que el forrajeo se

quedaba para las cabras y los perros.

Eran las palabras literales de Lord Tywin, Jaime lo sabía; casi le parecía oír la voz de su padre.

—Entra, primo. Tenemos que hablar.

Garrett había encendido los braseros, y las ascuas conferían a la carpa de Jaime un calor rojizo. Ser Daven se quitó la capa y se la tiró a Lew *el Pequeño*.

—¿Eres un Piper, chico? —le gruñó—. Pareces un tanto canijo.

—Soy Lewys Piper, si a mi señor le parece bien.

—Una vez le di una buena paliza a tu hermano en un cuerpo a cuerpo. El muy escuchimizado se ofendió cuando le pregunté si la que bailaba desnuda en su escudo era su hermana.

—Es el blasón de nuestra Casa. No tenemos ninguna hermana.

—Lástima. Vuestro blasón tiene unas tetas estupendas. Pero ¿qué clase de hombre se esconde detrás de una mujer desnuda? Cada vez que le daba un golpe en el escudo me sentía muy poco caballeroso.

—Ya basta —interrumpió Jaime entre risas—. Déjalo en paz. —Pia les estaba preparando vino especiado; removía el líquido con una cuchara—. Tengo que saber qué me voy a encontrar en Aguasdulces.

Su primo se encogió de hombros.

—El asedio continúa. El Pez Negro está cruzado de brazos en su castillo y nosotros en nuestros campamentos. La verdad, nos morimos de aburrimiento. —Ser Daven se sentó en un taburete de campaña—. Tully debería hacer alguna incursión para recordarnos que aún estamos en guerra. Y ya puestos, podría librarnos de unos cuantos Frey. De Ryman, para empezar. Se pasa la vida borracho. Ah, y de Edwyn. No es tan imbécil como su padre, pero está tan lleno de odio como un forúnculo de pus. Y nuestro Ser Emmon... Ay, no, Lord Emmon, los Siete nos amparen si se nos olvida su nuevo título... Nuestro Señor de Aguasdulces no para de decirme cómo tengo que llevar el asedio. Quiere que tome el castillo sin causar daños, porque ahora es su señorial asentamiento.

—¿Ya está caliente el vino? —preguntó Jaime a Pia.

—Sí, mi señor. —La chica se tapaba la boca al hablar.

Peck les sirvió el vino en una bandeja dorada. Ser Daven se quitó los guantes y cogió una copa.

—Gracias, chico. ¿Quién eres?

—Josmyn Peckledon, si a mi señor le parece bien.

—Peck fue todo un héroe en el Aguasnegras —dijo Jaime—. Mató a dos caballeros y capturó a otros dos.

—Debes de ser más aguerrido de lo que aparentas, chaval. ¿Eso que tienes en la cara es barba, o es que se te ha olvidado lavarte? La mujer de Stannis Baratheon tenía

un bigote más poblado. ¿Cuántos años tienes?

—Quince, mi señor.

Ser Daven soltó un bufido.

—¿Sabes qué es lo mejor de los héroes, Jaime? Que como todos mueren jóvenes, los demás tocamos a más mujeres. —Tendió la copa al escudero—. Llénamela otra vez y yo también diré que eres un héroe. Tengo sed.

Jaime alzó su copa con la mano izquierda y bebió un trago. El calor se le extendió por el pecho.

—Estabas hablando de los Frey que querrías ver muertos. Ryman, Edwyn, Emmon...

—Y Walder Ríos —añadió Daven—. Menudo hijo de puta. Odia ser bastardo y odia a todo el que no lo es. Ser Perwyn, en cambio, parece buena persona; a ese, que no lo mate. Las mujeres tampoco están mal. Tengo entendido que me voy a casar con una. Por cierto, tu padre podría haber tenido la cortesía de consultarme lo de este matrimonio. Mi padre ya estaba en tratos con Paxter Redwyne antes de lo del Cruce de Bueyes, ¿lo sabías? Redwyne tiene una hija que viene con una buena dote...

—¿Desmera? —Jaime se echó a reír—. ¿Tanto te gustan las pecas?

—Si tengo que elegir entre los Frey y las pecas... Qué quieres que te diga, la mitad de los cachorros de Lord Walder tienen cara de comadreja.

—¿Sólo la mitad? Ya puedes dar las gracias. En Darry conocí a la esposa de Lancel.

—Ami *Torre de Entrada*, por los dioses. Cuando me enteré de que Lancel había elegido a esa, no me lo podía creer. ¿Qué le pasa a ese chico?

—Se ha vuelto devoto —replicó Jaime—. Pero la elección no fue cosa suya. La madre de Lady Amerei es una Darry. Nuestro tío pensó que esa esposa ayudaría a Lancel a ganarse a los campesinos.

—¿Cómo? ¿Follándoselos a uno detrás de otro? ¿Sabes por qué la llaman Ami *Torre de Entrada*? Porque levanta el rastrillo a cada caballero que pasa. Más vale que Lancel se busque un armero que le haga un yelmo con cuernos.

—No va a hacer falta. Nuestro primo vuelve a Desembarco del Rey para profesar los votos como espada del Septón Supremo.

Ser Daven no se habría quedado más atónito si Jaime le hubiera dicho que Lancel había decidido hacerse mono de titiritero.

—¡No puede ser verdad! Me estás tomando el pelo. Ami *Torre de Entrada* debe de tener aún más cara de comadreja de lo que se dice, para que el chico acabe así.

Cuando Jaime había ido a despedirse de Lady Amerei se la había encontrado sollozando por la disolución de su matrimonio, mientras Lyle Crakehall la consolaba. Sus lágrimas no lo habían preocupado ni la mitad que las miradas airadas que le lanzaron sus parientes en el patio.

—Espero que no estés pensando en profesar los votos tú también, primo —le dijo a Daven—. En cuestión de acuerdos matrimoniales, los Frey son muy quisquillosos. No me gustaría disgustarlos otra vez.

Ser Daven soltó un bufido.

—Me casaré y me llevaré a mi comadreja a la cama, no temas. Recuerdo lo que le pasó a Robb Stark. Pero por lo que me cuenta Edwyn, más vale que elija a una que todavía no haya florecido, o lo más probable es que me encuentre con que Walder *el Negro* ya ha pasado por mis tierras. Seguro que se ha tirado a Ami *Torre de Entrada*, y más de una vez. Puede que eso explique la santurronería de Lancel y el enfado de su padre.

—¿Has visto a Ser Kevan?

—Sí. Pasó por aquí de camino al oeste. Le pedí que nos ayudara a tomar el castillo, pero no quiso ni oír hablar del tema. Se pasó cavilando todo el tiempo que estuvo aquí. Cortés, desde luego, pero gélido. Le juré que yo no había pedido que me nombraran Guardián del Occidente, que ese honor debería haberle correspondido a él, y me dijo que no albergaba ningún resentimiento hacia mí, pero cualquiera lo habría dicho por su tono de voz. Estuvo tres días, y si me dirigió tres palabras, fueron muchas. Ojalá se hubiera quedado; me habría venido bien su consejo. Nuestros amigos Frey no se habrían atrevido a fastidiar a Ser Kevan tanto como a mí.

—Cuéntame —dijo Jaime.

—Te contaría, pero ¿por dónde empiezo? Mientras yo construía arietes y torres de asalto, Ryman se dedicaba a erigir un patíbulo. Todos los días, al amanecer, saca a Edmure Tully, le pone una soga al cuello y amenaza con ejecutarlo si el castillo no se rinde. El Pez Negro no hace ni caso de su pantomima, así que al anochecer vuelven a llevarse a Lord Edmure. Su esposa está embarazada, ¿lo sabías?

No se había enterado.

—¿Se acostó con ella después de la Boda Roja?

—Se estaba acostando con ella durante la Boda Roja. Roslin es una muchacha muy bonita, sin cara de comadreja, y por raro que parezca, le tiene cariño a Edmure. Perwyn me ha dicho que reza para que sea una niña.

Jaime meditó un instante sobre aquello.

—Cuando haya nacido el hijo de Edmure, Lord Walder ya no lo necesitará.

—Lo mismo me parece a mí. Nuestro tío político, Emmm... Perdón, quería decir Lord Emmon, quiere que ahorquemos a Edmure de inmediato. Que haya un Tully señor de Aguasdulces lo preocupa casi tanto como la perspectiva de que nazca otro. No pasa un día sin que me suplique que obligue a Ser Ryman a ahorcar a Tully, sea como sea. Y mientras, tengo a Lord Gawen Westerling tirándome de la otra manga. El Pez Negro tiene en su castillo a su señora esposa y a tres de sus mocosos. Su señoría tiene miedo de que Tully los mate si los Frey ahorcan a Edmure. Una de esos

mocosos es la reina del Joven Lobo.

Jaime creía haber visto en alguna ocasión a Jeyne Westerling, pero no recordaba su aspecto.

«Debe de ser muy hermosa para valer un reino.»

—Ser Brynden no matará a ningún niño —le aseguró a su primo—. No es un pez tan negro. —Empezaba a comprender por qué Aguasdulces no había caído todavía—. Dime cómo lo has dispuesto todo, primo.

—Tenemos el castillo rodeado. Ser Ryman y los Frey están al norte del Piedra Caída. Al sur del Forca Roja se encuentra Lord Emmon, junto con Ser Forely Prester y lo que queda de tu antiguo ejército, además de los señores de los ríos que se nos unieron tras la Boda Roja. Siempre están de mal humor. Valen para sentarse enfurruñados en sus carpas y poco más. Mi campamento está entre los ríos, frente al foso y la puerta principal de Aguasdulces. Hemos tendido una barrera flotante que cruza el Forca Roja, río abajo. Manfryd Yew y Raynard Ruttiger están al mando de su defensa, así que nadie podrá escapar en barca. También les he dado redes para pescar. Así nos abastecemos.

—¿Se puede rendir el castillo por hambre?

Ser Daven negó con la cabeza.

—El Pez Negro echó de Aguasdulces a todas las bocas inútiles y limpió las tierras de provisiones. Tiene suficientes reservas para mantener dos años enteros a todos sus hombres y a sus caballos.

—¿Y cómo estamos nosotros de provisiones?

—Mientras haya peces en los ríos, no nos moriremos de hambre, aunque no sé cómo vamos a dar de comer a los caballos. Los Frey bajan comida y forraje desde Los Gemelos, pero Ser Ryman asegura que no tienen suficiente para compartir, así que tenemos que buscar comida por nuestra cuenta. La mitad de los hombres que envié en busca de alimentos no han vuelto. Unos han desertado; a otros los hemos encontrado colgados de los árboles como si fueran fruta madura.

—Ayer nos tropezamos con unos cuantos —asintió Jaime.

Los exploradores de Addam Marbrand los habían encontrado colgados de un manzano silvestre, con los rostros ennegrecidos. Los asesinos habían desnudado los cadáveres y le habían metido a cada uno una manzana entre los dientes. Ninguno presentaba heridas; era evidente que se habían rendido. Jabalí se había enfurecido, y había jurado una sangrienta venganza a quienes habían atado a unos guerreros para que murieran como cochinos.

—Puede que fueran los bandidos —comentó Ser Daven tras escuchar a Jaime—. O no. Por aquí todavía quedan bandas de norteños. Y tal vez esos señores del Tridente hayan doblado la rodilla, pero me parece que en el fondo siguen siendo un poco... lobos.

Jaime observó a sus dos escuderos más jóvenes, que rondaban en torno a los braseros y hacían como que no escuchaban. Lewys Piper y Garrett Paege eran hijos de señores de los ríos. Les había cogido cariño; no le gustaría nada tener que entregárselos a Ser Ilyn.

—Las cuerdas son más propias de los Dondarrion.

—El señor del relámpago no es el único que sabe hacer un nudo corredizo. No empecemos con Lord Beric. Está aquí, está allí, está en todas partes, pero cuando se envían hombres a por él, se evapora como el rocío. Los señores de los ríos lo están ayudando, no me cabe duda. A un jodido señor marqueño, ¿qué te parece? Un día dicen que ha muerto, y al siguiente, que no puede morir. —Ser Daven dejó la copa de vino—. De noche, mis exploradores divisan hogueras en lugares elevados. Creen que son señales. Como si nos estuvieran vigilando. También hay hogueras en los pueblos. Algún dios nuevo...

«No, un dios antiguo.»

—Thoros, el sacerdote myriense, aquel gordo que bebía a veces con Robert, está con Dondarrion. —Su mano dorada estaba encima de la mesa. Jaime la rozó y observó el resplandor del oro a la escasa luz de los braseros—. Ya nos encargaremos de Dondarrion si hace falta, pero lo primero es el Pez Negro. Tiene que saber que no hay esperanza. ¿Has probado a hacer un trato con él?

—Ser Ryman lo intentó. Cabalgó hasta las puertas del castillo medio borracho, gritando fanfarronadas y amenazas. El Pez Negro se asomó a las almenas el tiempo justo para decirle que no pensaba desperdiciar palabras con un ser tan nauseabundo. Luego le disparó una flecha a la grupa del palafrén, que se encabritó, y Frey cayó al barro. Me reí tanto que estuve a punto de mearme encima. Si el del castillo hubiera sido yo, le habría clavado la flecha en esa boca mentirosa.

—Me pondré gorjal cuando vaya a tratar con ellos —replicó Jaime con una ligera sonrisa—. Tengo intención de ofrecerle unas condiciones muy generosas.

Si conseguía poner fin al asedio sin derramamiento de sangre, no se podría decir que hubiera esgrimido armas contra la Casa Tully.

—Inténtalo si quieres, mi señor, pero dudo mucho que consigamos nada hablando. Vamos a tener que atacar el castillo.

Hubo tiempos, y no tan remotos, en que Jaime habría tomado aquella misma decisión sin dudarlo. Sabía que no disponía de dos años para rendir por hambre al Pez Negro.

—Hagamos lo que hagamos, tendrá que ser deprisa —le dijo a Ser Daven—. Mi lugar está en Desembarco, con el rey.

—Claro —asintió su primo—. Comprendo que tu hermana te debe de necesitar. ¿Por qué envió fuera a Kevan? Yo creía que lo nombraría Mano.

—No aceptó.

«No estaba tan ciego como yo.»

—Kevan debería ser el Guardián del Occidente. O tú. No es que no agradezca el honor, claro, pero nuestro tío me dobla en edad y tiene mucha más experiencia de mando. Espero que sepa que yo no pedí este cargo en ningún momento.

—Lo sabe.

—¿Cómo está Cersei? ¿Tan guapa como siempre?

—Radiante. —«Veleidosa»—. Dorada. —«Más falsa que el oro de un bufón.» La noche anterior había soñado que la sorprendía follando con el Chico Luna. Él mataba al bufón, y a su hermana le rompía los dientes con la mano dorada, igual que había hecho Gregor Clegane con la pobre Pia. En sus sueños, Jaime siempre tenía dos manos; una era de oro, pero funcionaba igual que la otra—. Cuanto antes terminemos con el asunto de Aguasdulces, antes podré volver con Cersei. —Lo que no sabía era qué haría a continuación.

Siguió hablando con su primo durante una hora más, hasta que se marchó. Después, Jaime se puso la mano de oro y una capa marrón para pasear entre las tiendas.

La verdad era que le gustaba aquella vida. Se sentía más cómodo en el campamento, entre soldados, que en la corte, y sus hombres también parecían cómodos con él. Junto a una hoguera de cocina, tres ballesteros le ofrecieron un trozo de la liebre que habían cazado. Al lado de otra, un joven caballero le pidió consejo sobre la mejor manera de defenderse de una maza. Más abajo, a la orilla del río, contempló como dos lavanderas justaban a hombros de un par de soldados. Las chicas estaban medio borrachas y medio desnudas; se reían y se lanzaban golpes con capas enrolladas mientras una docena de hombres las jaleaba. Jaime apostó una estrella de cobre por la rubia que montaba a Raff *el Dulce*, y lo perdió cuando los dos cayeron chapoteando entre los juncos.

Al otro lado del río, los lobos aullaban; el viento soplaban entre los sauces y hacía que las ramas se mecieran y susuraran. Jaime dio con Ser Ilyn Payne en el exterior de su carpa. Estaba afilando el mandoble con una amoladera.

—Vamos —dijo, y el caballero silencioso se levantó con una tenue sonrisa.

«Esto le gusta —comprendió—. Le gusta humillarme noche tras noche. Puede que le gustara aún más matarme.» Quería creer que iba mejorando, pero la mejoría era lenta y tenía un precio elevado. Bajo la armadura de acero y las prendas de cuero y lana, Jaime Lannister era un tapiz de cortes, costras y magulladuras.

Un centinela les dio el alto cuando salían del campamento con sus caballos. Jaime le palmeó el hombro con la mano dorada.

—Seguid alerta. Hay lobos por los alrededores.

Cabalgaron a lo largo del Forca Roja hasta los restos de una aldea incendiada que habían cruzado aquella tarde. Allí tuvo lugar su danza nocturna, entre piedras

ennegrecidas y cenizas frías y viejas. Durante un rato, Jaime llevó la iniciativa. Durante un momento se permitió creer que tal vez estuviera recuperando su antigua habilidad. Tal vez aquella noche fuera Payne quien se acostara magullado y ensangrentado.

Fue como si Ser Ilyn le leyera el pensamiento. Detuvo como si tal cosa el último golpe de Jaime, y lanzó un contraataque que lo hizo retroceder hasta el río, donde resbaló en el barro. Acabó de rodillas, con la espada del caballero silencioso en la garganta, mientras que la suya se había perdido entre los juncos. A la luz de la luna, las marcas de viruelas del rostro de Payne eran grandes como cráteres. Emitió aquel sonido chasqueante que tal vez fuera una carcajada, y subió la espada por el cuello de Jaime hasta que la punta reposó entre sus labios. Luego retrocedió y envainó el acero.

«Más me habría valido desafiar a Raff *el Dulce* con una puta a hombros —pensó Jaime mientras se sacudía el barro de la mano dorada. Una parte de él tenía ganas de arrancarse el maldito trasto y tirarlo al río. No servía para nada, y la mano izquierda tampoco era gran cosa. Ser Ilyn había vuelto con los caballos, dejándolo solo para que se pusiera en pie—. Por lo menos, aún tengo dos piernas.»

El último día de viaje había sido frío y ventoso. El viento sacudía las ramas de los árboles en los bosques sin hojas e inclinaba los juncos de los ríos a lo largo del Forca Roja. Pese a la capa invernal de lana de la Guardia Real, Jaime sentía los dientes acerados del viento mientras cabalgaba con su primo Daven. La tarde estaba muy avanzada cuando avistaron Aguasdulces, que se alzaba en el estrecho cabo donde el Piedra Caída confluía con el Forca Roja. El castillo de Tully parecía una gran nave de piedra cuya proa apuntaba río abajo. La luz teñía de rojo y dorado los muros de arenisca, que parecían más altos y gruesos de lo que Jaime recordaba.

«Será un hueso duro de roer», pensó, sombrío. Si el Pez Negro no se atenía a razones, tendría que romper el juramento que le había hecho a Catelyn Stark; el que le había hecho a su rey tenía prioridad.

La barrera del río y los tres grandes campamentos de asedio eran justo como le había descrito su primo. El de Ser Ryman Frey, al norte del Piedra Caída, era el más grande, y también el más desordenado. Un enorme cadalso gris, alto como un trabuquete, se alzaba por encima de las tiendas. En él divisó una figura solitaria con una cuerda en torno al cuello.

«Edmure Tully. —Sintió una punzada de compasión—. Es una crueldad tenerlo ahí, de pie, día tras día, con la soga al cuello. Sería mejor cortarle la cabeza y acabar de una vez.»

Detrás del cadalso se extendían tiendas y hogueras en una maraña desorganizada. Los Frey menores y sus caballeros habían erigido sus pabellones río arriba, más allá de las trincheras de letrinas; río abajo había chozas de barro, carromatos y carros de bueyes.

—Ser Ryman no quiere que sus chicos se aburran, así que les proporciona putas, peleas de gallos y cacerías de jabalíes —le contó Daven—. Hasta tiene un bardo, joder. Nuestra tía trajo a Wat *Sonrisablanca* de Lannisport, ¿te lo puedes creer?, así que Ryman también tenía que tener un bardo para no ser menos. ¿Qué tal si hacemos una presa en el río y los ahogamos a todos, primo?

Jaime divisó a los arqueros que se movían tras las almenas en las murallas del castillo. Por encima de ellas ondeaban los estandartes de la Casa Tully, con la trucha de plata desafiante sobre campo de gules y azur. Pero en la torre más alta se veía una bandera diferente, grande, blanca, con el lobo huargo de los Stark.

—La primera vez que vi Aguasdulces, era un escudero más verde que la hierba del verano —le dijo Jaime a su primo—. El viejo Sumner Crakehall me envió a entregar un mensaje; insistía en que no se lo podía confiar a un cuervo. Lord Hoster me retuvo una semana mientras meditaba la respuesta. Me sentó junto a su hija Lysa en todas las comidas.

—No me extraña que vistieras el blanco. Yo habría hecho lo mismo.

—Hombre, Lysa no estaba tan mal.

En realidad era una joven bonita, delicada, con hoyuelos y larga cabellera castaña.

«Pero era muy tímida. Dada a largos silencios y a ataques de risa tonta; no tenía nada del fuego de Cersei.» Su hermana mayor parecía más interesante, pero Catelyn estaba prometida a un norteño, el heredero de Invernalia. De todos modos, a aquella edad no había ninguna chica que interesara a Jaime tanto como el famoso hermano de Hoster, que había ganado renombre combatiendo a los Reyes Nuevepeniques en los Peldaños de Piedra. Cuando estaba sentado a la mesa hacía caso omiso de la pobre Lysa mientras presionaba a Brynden Tully para que le contara anécdotas de Maelys *el Monstruoso* y el Príncipe de Ébano. «Entonces, Ser Brynden era más joven que yo ahora —reflexionó Jaime—, y yo era más joven que Peck.»

El vado más cercano para cruzar el Forca Roja estaba corriente arriba, más allá del castillo. Para llegar al campamento de Ser Daven tuvieron que atravesar a caballo el de Emmon Frey, y pasar ante los pabellones de los señores de los ríos que habían doblado la rodilla para volver a la paz del rey. Jaime se fijó en los estandartes de Lychester, Vance, Roote y Goodbrook, en las bellotas de la Casa Smallford y en la doncella bailando de Lord Piper, pero los que le dieron que pensar fueron los que no vio. El águila plateada de los Mallister no estaba por allí, ni tampoco el caballo rojo de los Bracken, el sauce de los Ryger ni las serpientes entrelazadas de los Paege. Todos ellos habían renovado su lealtad al Trono de Hierro, pero no se habían unido al asedio. Jaime sabía que los Bracken estaban luchando contra los Blackwood: eso explicaba su ausencia, pero los demás...

«Nuestros nuevos amigos no son tan amigos. Su lealtad es superficial.» Había que tomar Aguasdulces cuanto antes. Cuanto más durase el asedio, más ánimos cobrarían

otros recalcitrantes, como Tytos Blackwood.

En el vado, Ser Kennos de Kayce hizo sonar el Cuerno de Herrock.

«Esto debería atraer al Pez Negro a las almenas.» Ser Hugo y Ser Dermont guiaron a Jaime hasta el otro lado del río; los cascos de sus caballos chapotearon en las lodosas aguas rojizas mientras el estandarte blanco de la Guardia Real, y el león y el venado de Tommen, ondeaban al viento. El resto de la columna los seguía de cerca.

El campamento de los Lannister retumbaba con el sonido de los martillos contra la madera allí donde se alzaba una nueva torre de asalto. Ya había otras dos terminadas, semicubiertas con cuero de caballo sin curtir. Entre ellas vio un ariete, un tronco de árbol con la punta endurecida al fuego, colgado con cadenas de una estructura de madera.

«Parece que mi primo no ha estado ocioso.»

—Mi señor, ¿dónde queréis que plante vuestra carpa? —le preguntó Peck.

—Allí, en aquel alto. —Señaló con la mano de oro, aunque no era el instrumento ideal para aquella tarea—. Las provisiones y equipajes aquí; los caballos, al otro lado. Utilizaremos las letrinas que tan amablemente nos ha excavado mi primo. Ser Addam, inspeccionad nuestro perímetro por si hay algún punto débil. —Jaime no preveía ningún ataque, pero tampoco había previsto el del bosque Susurrante.

—¿Llamo a las comadrejas para una reunión del consejo de guerra? —preguntó Daven.

—Antes quiero hablar con el Pez Negro. —Jaime hizo una seña a Jon Bettley, *el Lampiño*, para que se le acercara—. Buscad un estandarte de paz y llevad un mensaje al castillo. Informad a Ser Brynden Tully de que quiero hablar con él mañana al amanecer. Me acercaré al borde del foso y nos reuniremos en su puente levadizo.

Peck lo miró, alarmado.

—Pero mi señor, los arqueros pueden...

—No lo harán. —Jaime desmontó—. Plantad la carpa y poned mis estandartes.

«Y veamos quién viene corriendo y a qué velocidad.»

No tuvo que esperar mucho. Pia estaba muy ajetreada encendiendo un brasero. Peck fue a ayudarla. Las últimas noches, Jaime se iba a dormir con el sonido de fondo de los dos jóvenes que follaban en un rincón de la carpa. Garrett le estaba desabrochando las correas de las grebas cuando se abrió la solapa de la carpa.

—¡Eh, ya estás aquí! —retumbó la voz de su tía. Su corpachón ocupaba todo el umbral, mientras su esposo Frey observaba tras ella—. Ya era hora. ¡Venga, un abrazo para la gorda de tu tía!

Le tendió los brazos, con lo que no le dejó más remedio que estrecharla.

De joven, Genna Lannister tenía curvas generosas, siempre amenazando con salirse del corpiño, pero con el tiempo se había vuelto cuadrada. Tenía el rostro ancho y terso; su cuello era una gruesa columna rosada; su busto era inmenso. Con su carne

habría bastado para hacer dos hombres del tamaño de su marido. Jaime esperó obediente a que su tía le pellizcara la oreja. Llevaba pellizcándole la oreja desde que tenía uso de razón, pero aquel día se contuvo, y sólo le plantó un beso húmedo y blando en cada mejilla.

—Siento mucho tu pérdida.

—Ahora tengo una mano nueva, de oro. —Se la mostró.

—Muy bonita. ¿También te vas a hacer un padre de oro? —La voz de Lady Genna era áspera—. Me refería a la pérdida de Tywin.

—Un hombre como Tywin Lannister sólo aparece una vez cada mil años —declaró su esposo. Emmon Frey era un hombrecillo irritable de manos nerviosas. Pesaba poco más de cinco arrobias... y eso, mojado y con la cota de malla. Era un junco vestido de lana y sin atisbo de barbilla, un defecto que la nuez prominente hacía aún más absurdo. Había perdido la mitad del pelo antes de cumplir los treinta. A aquellas alturas tendría ya unos sesenta, y sólo le quedaban unos mechones blancos.

—Últimamente nos llegan noticias muy extrañas —dijo Lady Genna después de que Jaime despidiera a Pia y a sus escuderos—. Ya no sabemos qué creer. ¿Es verdad que Tyrion asesinó a Tywin? ¿O es una calumnia que está divulgando tu hermana?

—Es verdad.

El peso de la mano de oro empezaba a resultarle molesto. Se desabrochó con torpeza las correas que se la sujetaban a la muñeca.

—Un hijo que alza la mano contra su padre —suspiró Ser Emmon—. Es monstruoso. Corren tiempos aciagos en Poniente. Con la desaparición de Lord Tywin, temo por todos nosotros.

—También temías por todos nosotros cuando vivía. —Genna aposentó las amplias nalgas en un taburete de campaña, que crujío de manera alarmante bajo su peso—. Háblanos de nuestro hijo Cleos, sobrino; dinos cómo murió.

Jaime desabrochó la última correa y dejó la mano a un lado.

—Unos bandidos nos tendieron una emboscada. Ser Cleos los puso en fuga, pero le costó la vida. —La mentira le salió natural. Vio que les había agrado.

—El muchacho tenía valor, siempre lo dije. Lo llevaba en la sangre. —A Ser Emmon le asomaba una salivilla rosada entre los labios cuando hablaba, cortesía de la hojamarga a la que era tan aficionado.

—Sus huesos deberían reposar bajo la Roca, en la Sala de los Héroes —declaró Lady Genna—. ¿Dónde fue enterrado?

«En ningún lugar. Los Titiriteros Sangrientos desnudaron su cadáver y lo dejaron para que los cuervos carroñeros se dieran un festín.»

—Junto a un arroyo —mintió—. En cuanto termine esta guerra, iré a buscar el lugar exacto y para llevarlo a casa. —Los huesos eran huesos; no había nada más

fácil de conseguir en aquellos tiempos.

—Esta guerra... —Lord Emmon carraspeó; la nuez se movió arriba y abajo—. Ya habrás visto las máquinas de asalto. Arietes, trabuquetes, torres... No servirán de nada, Jaime. Daven quiere destrozar mis murallas y derribar mis puertas. Habla de brea ardiendo, de prender fuego al castillo. ¡A mi castillo! —Se metió la mano en una manga, sacó un pergamo y lo blandió ante el rostro de Jaime—. Tengo el decreto. Firmado por el Rey, por Tommen, mira, el sello real, el venado y el león. Soy el legítimo señor de Aguasdulces; no quiero que lo reduzcan a un montón de ruinas humeantes.

—Anda, guarda esa tontería —espetó su mujer—. Mientras el Pez Negro esté en Aguasdulces, ese papel te vale para limpiarte el culo y poco más. —Hacía cincuenta años que se había unido a los Frey, pero seguía siendo una Lannister. «Una enorme cantidad de Lannister»—. Jaime te entregará el castillo.

—Estoy seguro —asintió Lord Emmon—. Os demostraré que vuestro padre acertó al confiar en mí, Ser Jaime. Seré firme pero justo con mis nuevos vasallos. Blackwood, Bracken, Jason Mallister, Vance, Piper... Todos sabrán pronto que tienen en Emmon Frey un señor justo. Y también mi padre, sí. Es el señor del Cruce, pero yo soy el de Aguasdulces. Un hijo debe obedecer a su padre, sí, pero un banderizo debe obedecer a su señor.

«Los dioses se apiaden de mí.»

—No sois su señor, ser. Leed bien el pergamo. Se os otorga Aguasdulces, con todas sus tierras y rentas, pero nada más. Petyr Baelish es Señor Supremo del Tridente. Aguasdulces estará sometido al gobierno de Harrenhal.

A Lord Emmon no le hizo ninguna gracia.

—Harrenhal no es más que un montón de ruinas malditas —protestó—. En cuanto a Baelish... Por favor, sólo es un cuentamonedas, no un señor; su linaje...

—Si tenéis alguna queja, id a Desembarco del Rey y exponédsela a mi querida hermana. —Cersei se comería vivo a Emmon Frey y se limpiaría los dientes con sus huesos.

«Es decir, si no está demasiado ocupada follándose a Osmund Kettleblack.»

Lady Genna soltó un bufido.

—No hay por qué molestar a Su Alteza con esas tonterías. ¿Por qué no sales a tomar un poco el aire, Emm?

—¿A tomar el aire?

—O a mear, o a lo que quieras. Mi sobrino y yo queremos tratar asuntos de familia.

Lord Emmon se sonrojó.

—Sí, aquí hace calor. Esperaré fuera, mi señora. Ser... —Su señoría enrolló el pergamo y amagó una reverencia en dirección a Jaime antes de salir de la carpa.

Era difícil no despreciar a Emmon Frey. Había llegado a Roca Casterly cuando tenía catorce años para casarse con una leona de tan sólo siete. Tyrion decía siempre que el regalo de bodas de Lord Tywin había sido un vientre flojo.

«Genna también ha contribuido. —Jaime recordaba más de un banquete en el que Emmon se quedaba sentado en silencio hosco, picoteando la comida, mientras su esposa gastaba bromas obscenas al caballero que tuviera sentado a la izquierda, con su conversación siempre salpicada de carcajadas—. Eso sí, le dio cuatro hijos a Frey. Al menos dice que son suyos.» En Roca Casterly, nadie tenía el valor de insinuar lo contrario, y Ser Emmon menos que nadie.

En cuanto el hombrecillo salió, su señora esposa puso los ojos en blanco.

—Mi amo y señor. ¿En qué diantras estaba pensando tu padre cuando lo nombró señor de Aguasdulces?

—Supongo que en vuestros hijos.

—Yo también pienso en ellos. Emm será un pésimo señor. Ty podría hacerlo mejor, si tiene el sentido común de aprender de mí y no de su padre. —Miró a su alrededor—. ¿Tienes vino?

Jaime encontró una frasca y le sirvió una copa.

—¿Qué haces aquí, mi señora? Tendrías que haberte quedado en Roca Casterly hasta que terminara la contienda.

—En cuanto se enteró de su nombramiento, Emm se empeñó en venir de inmediato para reclamar sus posesiones. —Lady Genna bebió un trago y se limpió la boca con la manga—. Tu padre tendría que habernos dado Darry. No sé si lo recordarás, pero Cleos estaba casado con una hija del labrador. Su afligida viuda está furiosa porque sus hijos no han recibido las tierras de su señor padre. Ami *Torre de Entrada* sólo es Darry por parte de madre. Mi nuera Jeyne es su tía; es hermana de Mariya.

—Hermana menor —le recordó Jaime—, y Ty recibirá Aguasdulces, una recompensa mucho mayor que Darry.

—Un regalo envenenado. La Casa Darry se ha extinguido por la línea masculina, y la Casa Tully, no. Ese cretino de Ser Ryman le pone una soga al cuello a Edmure, pero no está dispuesto a ahorcarlo. Y a Roslin Frey le está creciendo una trucha en la barriga. Mis nietos nunca estarán seguros en Aguasdulces mientras quede un Tully vivo.

Jaime sabía que no se equivocaba.

—Si Roslin tiene una niña...

—Se puede casar con Ty, siempre que el viejo Lord Walder dé su consentimiento. Sí, ya lo he pensado. Pero es igual de probable que tenga un niño, y un bebé con polla lo liaría todo. Y si Ser Brynden sobrevive a este asedio, puede que le dé por reclamar Aguasdulces para sí... o en nombre de Robert Arryn.

Jaime se acordaba del pequeño Robert, en Desembarco del Rey, todavía mamando a los cuatro años.

—Arryn no vivirá suficiente para engendrar. ¿Y para qué quiere Aguasdulces el señor del Nido de Águilas?

—Si un hombre tiene un cofre de oro, ¿para qué quiere otro? La gente es codiciosa. Tywin tendría que haber entregado Aguasdulces a Kevan, y Darry, a Emm. Es lo que le habría dicho si se hubiera tomado la molestia de consultarme; pero claro, tu padre nunca se molestó en consultar a nadie más que a Kevan. —Dejó escapar un profundo suspiro—. No creas, comprendo que Kevan quisiera el asentamiento más seguro para su hijo. Lo conozco demasiado bien.

—Pues parece que Kevan y Lancel quieren cosas muy diferentes. —Le habló de la decisión de Lancel de renunciar a su esposa, sus tierras y su posición para ir a luchar por la Sagrada Fe—. Si aún quieres Darry, escríbele a Cersei y exponle tu caso.

Lady Genna movió la copa como si desechara la idea.

—No, ese caballo ya no está en el establo. A Emm se le ha metido en ese diminuto cerebro que gobernará las tierras de los ríos. En cuanto a Lancel... Esto lo tendríamos que haber visto venir. Al fin y al cabo, una vida dedicada a proteger al Septón Supremo no es tan diferente de una vida dedicada a proteger al rey. Pero Kevan se va a poner furioso, tanto como Tywin cuando se te metió entre ceja y ceja vestir el blanco. Al menos a Kevan le queda un heredero, Martyn. Siempre puede casarlo con Ami *Torre de Entrada* para que ocupe el puesto de Lancel. Que los Siete se apiaden de nosotros. —Dejó escapar un suspiro—. Hablando de los Siete, ¿por qué permite Cersei que la Fe vuelva a tomar las armas?

Jaime se encogió de hombros.

—Sus motivos tendrá.

—¿Sus motivos? —Lady Genna hizo un ruido un tanto grosero—. Más vale que sean unos motivos excelentes. Los Espadas y Estrellas fueron un problema hasta para los Targaryen. El propio Conquistador cogía la Fe con pinzas para que no se enfrentaran a él. Y cuando Aegon murió y los señores se alzaron contra sus hijos, las dos órdenes estuvieron a un paso de la rebelión. Contaban con el apoyo de los señores más devotos y de la mayor parte del pueblo. Al final, el rey Maegor tuvo que ofrecer una recompensa por ellos. Si no recuerdo mal las lecciones de historia, pagaba un dragón por la cabeza de cada Hijo del Guerrero que no se hubiera arrepentido, y un venado de plata por el cuero cabelludo de cada Clérigo Humilde. Murieron a millares, pero otros tantos siguieron recorriendo el reino, desafiantes, hasta que el Trono de Hierro decretó la muerte de Maegor y el rey Jaehaerys otorgó el perdón a todos los que rindieran la espada.

—Se me había olvidado todo eso —confesó Jaime.

—Y a tu hermana también. —Bebió otro trago de vino—. ¿Es verdad que Tywin sonreía en su féretro?

—Se estaba pudriendo en su féretro. Se le retorció la boca.

—¿Sólo era eso? —Pareció entristecida—. Todos decían que Tywin no había sonreído nunca, pero sonreía cuando se casó con tu madre, y también cuando Aerys lo nombró Mano. Tyg juraba que también sonrió cuando Torre Tarbeck se derrumbó encima de Lady Ellyn, aquella zorra intrigante. Y sonrió cuando naciste, Jaime, eso lo vi yo misma. Cersei y tú, tan rosados, tan perfectos, idénticos como dos gotas de agua... Bueno, excepto entre las piernas. ¡Vaya pulmones teníais!

—Oye mi Rugido. —Jaime sonrió—. Ahora me dirás cuánto le gustaba reírse.

—No. Tywin no confiaba en la risa. Había oído a demasiada gente reírse de tu abuelo. —Frunció el ceño—. Te aseguro que este simulacro de asedio no le habría hecho ninguna gracia. Ahora que estás aquí, ¿cómo piensas ponerle fin?

—Negociando con el Pez Negro.

—No te servirá de nada.

—Tengo intención de ofrecerle unas condiciones muy generosas.

—Para ofrecer condiciones hace falta que haya confianza. Los Frey asesinaron a sus propios invitados, y tú, bueno... Sin ánimo de ofender, cariño, mataste a cierto rey al que habías jurado proteger.

—Y mataré al Pez Negro si no se rinde. —La voz le salió más brusca de lo que había pretendido, pero no estaba de humor para que le refregaran por la cara lo de Aerys Targaryen.

—¿Cómo? ¿A base de insultos? —replicó en un tono cargado de desprecio—. Sólo soy una vieja gorda, Jaime, pero lo que tengo entre las orejas no es queso. Lo mismo le pasa al Pez Negro. No lo doblegarás con amenazas vacuas.

—¿Qué me aconsejas?

Su tía encogió los enormes hombros.

—Emm quiere que le corten la cabeza a Edmure. Puede que tenga razón, por una vez. Los amagos de ejecución de Ser Ryman nos han convertido en su hazmerreír. Tienes que demostrarle a Ser Brynden que tus amenazas van en serio.

—La muerte de Edmure podría acrecentar la resolución de Ser Brynden.

—Si hay algo de lo que nunca ha carecido Brynden *el Pez Negro* es de resolución. Eso te lo podría haber dicho Hoster Tully. —Lady Genna apuró la copa de vino—. En fin, no quiero que creas que te estoy diciendo cómo disputar una guerra. Sé cuál es mi lugar... A diferencia de tu hermana. ¿Es verdad que Cersei mandó prender fuego a la Fortaleza Roja?

—Sólo la Torre de la Mano.

Su tía puso los ojos en blanco.

—Habría hecho mejor en dejar tranquila la torre y quemar a la Mano. ¿Harys

Swyft? ¡Por favor! Si hubo alguna vez un hombre que mereciera su blasón, ese fue Ser Harys. Y Gyles Rosby, los Siete nos amparen, ¡si creía que había muerto hacía años! Y Merryweather... Para que te enteres, tu padre llamaba Risitas a su abuelo. Tywin decía que Merryweather sólo servía para reírse cuando el rey decía algo supuestamente ingenioso. Creo recordar que su señoría se ganó el exilio a golpe de risitas. Cersei también ha metido a un bastardo en el consejo, y a un inútil Kettleblack en la Guardia Real. Ahora, la Fe se está rearmando, y los braavosis se dedican a reclamar el pago de los préstamos por todo Poniente. Nada de eso habría sucedido si hubiera tenido el sentido común de nombrar Mano a tu tío.

—Ser Kevan rechazó el nombramiento.

—Eso nos dijo. Lo que no dijo fue por qué. Hubo muchas cosas que no dijo. Que no quiso decir. —Lady Genna hizo una mueca—. Kevan siempre ha hecho lo que se le ha pedido. No es propio de él dar la espalda a su deber. Aquí pasa algo, me lo huelo.

—Dijo que estaba cansado.

«Lo sabe —le había dicho Cersei ante el cadáver de su padre—. Sabe lo nuestro.»

—¿Cansado? —Su tía apretó los labios—. En fin, tiene derecho a estarlo. Debe de haberle resultado duro pasarse toda la vida a la sombra de Tywin. Fue duro para todos mis hermanos. La sombra que proyectaba Tywin era larga y negra; todos tenían que debatirse para encontrar un poco de sol. Tygett trató de independizarse, pero nunca pudo competir con tu padre, y eso lo fue amargando con los años. Geron siempre estaba bromeando. Es mejor reírse del juego que jugar y perder. Pero Kevan se dio cuenta enseguida de cómo iban a acabar las cosas, así que se hizo un lugar al lado de tu padre.

—¿Y tú? —preguntó Jaime.

—No era un juego para niñas. Yo era la princesita adorada de mi padre, y también la de Tywin, hasta que lo decepcioné. Nunca encajó bien las decepciones. —Se puso en pie—. Ya he dicho todo lo que tenía que decir; no te robaré más tiempo. Haz lo que creas que habría hecho Tywin.

—¿Lo querías? —se oyó preguntar Jaime.

Su tía le lanzó una mirada de extrañeza.

—Tenía siete años cuando Walder Frey convenció a mi señor padre para que le entregara mi mano a Emm. A su segundo hijo, ni siquiera a su heredero. Mi padre era el tercer hijo, y los niños buscan la aprobación de los adultos. Frey vio este punto débil, y mi padre accedió sin más motivo que el de complacerlo. Mi compromiso se anunció en un banquete al que asistía la mitad de Occidente. Ellyn Tarbeck se echó a reír, y el León Rojo salió de la estancia hecho una furia. Los demás se quedaron sentados y en silencio. El único que se atrevió a oponerse al compromiso fue Tywin. Un niño de diez años. Nuestro padre se puso blanco como la leche de yegua, y

Walder Frey temblaba, en serio. —Sonrió—. Después de aquello, ¿cómo no iba a quererlo? No significa que aprobara todo lo que hacía, ni que me gustara mucho estar con el hombre en que se convirtió... Pero toda niñita necesita un hermano mayor que la proteja. Tywin era grande hasta cuando era pequeño. —Dejó escapar un suspiro—. ¿Quién nos protegerá ahora?

Jaime le dio un beso en la mejilla.

—Tywin dejó un hijo.

—Ciento. Y eso es lo que más miedo me da.

Era un comentario muy extraño.

—¿Por qué te da miedo?

—Jaime —dijo mientras le pellizcaba la oreja—, cariño, te conozco desde que eras un bebé que mamaba del pecho de Joanna. Sonrías como Gerion y peleas como Tyg, y hasta tienes algo de Kevan; de lo contrario no llevarías esa capa... Pero el verdadero hijo de Tywin es Tyrion, no tú. Se lo dije a tu padre en cierta ocasión, y me retiró la palabra durante medio año. A veces, los hombres pueden llegar a ser tan estúpidos... Hasta los que aparecen una vez cada mil años.

GATA DE LOS CANALES

Se despertó antes de que saliera el sol, en la pequeña buhardilla que compartía con las hijas de Brosco.

Gata era siempre la primera en despertar. Bajo las mantas, con Brea y Talea, estaba cómoda y a gusto. Se quedó escuchando el sonido suave de su respiración. Cuando se desperezó y se sentó para buscar las zapatillas, Brea musitó una queja adormilada y se volvió. El frío que parecía emanar de las piedras grises le ponía a Gata la carne de gallina. Se vistió a toda prisa en la oscuridad. Cuando se estaba poniendo la túnica, Talea abrió los ojos.

—Gata, anda, sé buena y alcánzame la ropa.

Era una chiquilla torpe y desgarbada, toda piel, huesos y codos, que siempre se quejaba de frío.

Gata le llevó la ropa, y Talea se la puso bajo las mantas. Entre las dos, sacaron de la cama a su hermana mayor, mientras musitaba amenazas somnolientas.

Cuando las tres bajaron por la escalerilla que llevaba a su habitación, Brosco y sus hijos varones ya estaban en el bote, en el pequeño canal de la parte de atrás de la casa. Como todas las mañanas, Brosco les dijo con un rugido que se dieran prisa. Los muchachos ayudaron a Brea y a Talea a subir al bote. La misión de Gata consistía en desatarlos del atracadero, tirarle la amarra a Brea y dar un empujón al bote con el pie. Los hijos de Brosco dieron impulso con las pértigas. Gata corrió y salvó de un salto la distancia creciente entre el muelle y la cubierta.

Después, lo único que le quedaba era sentarse a bostezar durante largo rato, mientras Brosco y sus hijos los hacían avanzar en la luz previa al amanecer por un entramado de canales menores. Aquel día parecía diferente, claro y luminoso. En Braavos sólo había tres tipos de clima: la niebla era insopportable; la lluvia, peor, y la lluvia gélida, lo peor de todo. Pero muy de cuando en cuando llegaba un amanecer rosado y azul, y el aire era límpido y estaba cargado de salitre. Eran los días que más le gustaban a Gata.

Cuando llegaron a la amplia vía de agua conocida como canal Largo, giraron hacia el sur en dirección al mercado de pescado. Gata iba sentada con las piernas cruzadas; trataba de contener los bostezos y de recordar detalles del sueño.

«He vuelto a soñar que era una loba.» Lo que mejor recordaba eran los olores: árboles y tierra, sus hermanos de manada, el rastro del caballo, del ciervo, del hombre, todos diferentes, y el hedor agudo y acre del miedo, siempre el mismo. A veces, los sueños de lobo eran tan vívidos que oía los aullidos de sus hermanos al despertar, y en cierta ocasión, Brea le dijo que había estado gruñendo en sueños y dando zarpazos bajo las mantas. Le pareció una mentira idiota hasta que Talea se lo confirmó.

«No debería tener sueños de lobo —se dijo la niña—. Ahora soy una gata, no una loba. Ahora soy la gata de los canales.» Los sueños de lobo eran de Arya de la Casa Stark. Pero por mucho que lo intentara, no podía librarse de Arya. Daba igual que durmiera en los sótanos del templo o en su pequeña buhardilla, con las hijas de Brosco; los sueños de lobo seguían acosándola por las noches. Y a veces tenía otros sueños.

Los sueños de lobo eran los buenos. En los sueños de lobo era rápida y fuerte; daba caza a su presa con su manada. El que detestaba era el otro sueño, aquel en el que tenía dos piernas en vez de cuatro patas. En él siempre estaba buscando a su madre, caminando a trompicones por un páramo de barro, sangre y fuego. Era un sueño en el que siempre llovía. Oía los gritos de su madre, pero un monstruo con cabeza de perro le impedía ir a salvarla. Era un sueño en el que siempre acababa llorando como una niñita asustada.

«Los gatos no lloran —se dijo—. Ni los lobos. No es más que un sueño idiota.»

El canal Largo llevó el bote de Brosco bajo las cúpulas de cobre verde del Palacio de la Verdad y las altas torres cuadradas de los Prestayn y los Antaryon, antes de pasar por debajo de los inmensos arcos grises del río de agua dulce en dirección al barrio conocido como Ciudad Sedimento, donde los edificios eran más pequeños y menos majestuosos. A lo largo del día, el canal se convertiría en un hervidero de botes y barcazas, pero en la oscuridad previa al amanecer lo tenían casi entero para ellos solos. A Brosco le gustaba llegar al mercado de pescado justo cuando el Titán anunciaba la salida del sol con su rugido. El sonido retumbaba por toda la albufera; la distancia lo amortiguaba, pero aun así bastaba para despertar a la ciudad.

Cuando Brosco y sus hijos amarraban junto al mercado de pescado, ya estaba abarrotada de vendedores de arenques, pescaderas, recolectores de ostras y almejas, mayordomos, cocineros, criadas y tripulantes de las galeras, todos negociando a gritos mientras inspeccionaban las capturas. Brosco siempre iba de bote en bote y examinaba el marisco; de cuando en cuando daba un golpecito a una caja con el bastón.

—Este —decía—. Sí. —*Tap tap*—. Este. —*Tap tap*—. No, ese no. Este. —*Tap*.

No era muy dado a la conversación. Talea decía que su padre era tan rácano con las palabras como con las monedas. Ostras, almejas, centollos, mejillones, berberechos, a veces gambas... Brosco compraba lo que tuviera mejor aspecto cada día. A ellos les correspondía llevar al bote las cajas y barriles que golpearía con el bastón. Brosco estaba mal de la espalda, no podía levantar nada que pesara más que un pichel de cerveza negra.

Cuando emprendían el camino de regreso a casa, Gata apetaba siempre a pescado y a salmuera. Se había acostumbrado tanto al olor que ya casi no lo percibía. El trabajo no le importaba. Cuando le dolían los músculos de tanto cargar, o la

espalda por el peso de un barril, se decía que se estaba haciendo más fuerte.

Cuando tenían todos los barriles a bordo, Brosco volvía a hacer la seña, y sus hijos manejaban otra vez las pértigas por el canal Largo. Brea y Talea se dedicaban a cuchichear en la proa del bote. Gata sabía que hablaban del amigo de Brea, con el que se reunía en el tejado cuando su padre se iba a dormir.

—Aprende tres cosas nuevas antes de volver con nosotros —le había ordenado a Gata el hombre bondadoso al enviarla a la ciudad.

Y siempre lo hacía. A veces no eran más que tres palabras nuevas del idioma braavosi. A veces llevaba anécdotas de marineros, o sucesos asombrosos del ancho y húmedo mundo que se extendía más allá de las islas de Braavos: guerras, lluvias de sapos, dragones recién incubados... A veces aprendía tres chistes nuevos, tres nuevos acertijos, o tres trucos de un oficio u otro. Y muy de cuando en cuando averiguaba algún secreto.

Braavos era una ciudad hecha para los secretos, una ciudad de nieblas, de máscaras, de susurros. Según descubrió, hasta su existencia se había guardado en secreto durante un siglo; su situación permaneció oculta el triple de tiempo.

—Las Nueve Ciudades Libres son hijas de la primera Valyria —le enseñó el hombre bondadoso—. En cambio, Braavos es el hijo bastardo que se fugó de casa. Somos un pueblo mestizo, hijo de esclavos, putas y ladrones. Nuestros antepasados llegaron a este refugio procedentes de medio centenar de tierras, huyendo de los Señores Dragón, que los habían esclavizado. Se trajeron medio centenar de dioses, pero tienen uno en común.

—El que Tiene Muchos Rostros.

—Y muchos nombres —asintió el hombre bondadoso—. En Qohor es la Cabra Negra; en Yi Ti, el León de Noche; en Poniente, el Desconocido. Al final, todos tenemos que inclinarnos ante él, adoremos a los Siete, al Señor de la Luz, a la Madre Luna, al Dios Ahogado o al Gran Pastor. Toda la humanidad le pertenece. De lo contrario, en el mundo habría un pueblo cuyos habitantes vivirían eternamente. ¿Conoces algún pueblo que viva eternamente?

—No —respondió ella—. Todo hombre debe morir.

Gata siempre se encontraba al hombre bondadoso esperándola cuando regresaba al templo de la colina la noche en que la luna se tornaba negra.

—¿Qué sabes ahora que no supieras cuando te fuiste? —era su pregunta.

—Sé qué pone Beqgo *el Ciego* en la salsa picante que sirve con las ostras —respondía ella—. Sé que los comediantes del Farol Azul van a representar *El señor del semblante triste* y que los comediantes del Barco responderán con *Siete remeros borrachos*. Sé que el librero Lothro Lornel duerme en la casa del capitán mercante Moredo Prestayn cuando el honorable capitán mercante está de viaje, y se marcha cuando regresa la Zorra.

—Bueno es saber esas cosas. ¿Y quién eres tú?

—Nadie.

—Mientes. Eres Gata de los canales, te conozco. Vete a dormir, niña. Por la mañana tienes que servir.

—Todo hombre tiene que servir.

Y eso hacía tres días de cada treinta. Cuando la luna se tornaba oscura no era nadie, una sierva del Dios de Muchos Rostros que llevaba una túnica blanca y negra. Se adentraba en la oscuridad aromática en pos del hombre bondadoso, con el farol de hierro en la mano. Lavaba a los muertos, examinaba su ropa y contaba sus monedas. Algunos días seguía ayudando a Umma, la cocinera, y troceaba grandes champiñones blancos o desespinaba el pescado. Pero sólo cuando la luna era negra. El resto del tiempo era una huérfana, con unas botas zarrapastrosas que le quedaban grandes y una capa marrón con el dobladillo deshilachado, que gritaba «¡Mejillones, berberechos, almejas!» mientras empujaba su carretilla por el puerto del Trapero.

Sabía que la luna se volvería negra aquella noche; la anterior había sido apenas una esquirla. «¿Qué sabes ahora que no supieras cuando te fuiste?», le preguntaría el hombre bondadoso en cuanto la viera.

«Sé que Brea, la hija de Brosco, se reúne con un muchacho en el tejado cuando su padre se va a dormir —pensó—. Talea dice que Brea se deja tocar por él, aunque no es más que una rata de tejado, y todas las ratas de tejado son ladrones.» Pero era lo único. Necesitaba dos cosas más, pero tampoco estaba preocupada. Abajo, entre los barcos, siempre se aprendía algo.

Cuando volvieron a la casa, Gata ayudó a los hijos de Brosco a descargar el bote. Brosco y sus hijas repartieron el marisco entre tres carretillas, sobre un lecho de algas.

—Volved cuando lo hayáis vendido todo —les dijo Brosco a las chicas, igual que todas las mañanas, y ellas se fueron para pregonar la captura.

Brea empujaba su carretilla al puerto Púrpura, para vender a los marineros braavosis que anclaban allí sus barcos. Talea se iba a los callejones que rodeaban el estanque de la Luna, o vendía entre los templos de la isla de los Dioses. Gata se dirigió al puerto del Trapero, como hacía nueve días de cada diez.

Sólo los braavosis tenían permiso para utilizar el puerto Púrpura, desde la Ciudad Ahogada y el palacio del Señor del Mar; las naves de sus ciudades hermanas y las del resto del mundo tenían que conformarse con el puerto del Trapero, más mísero, sucio y desorganizado que el Púrpura. También era más ruidoso, ya que marineros y comerciantes de medio centenar de territorios abarrotaban sus muelles y callejones, mezclándose con aquellos que los servían o se aprovechaban de ellos. Era el lugar favorito de Gata, el que más le gustaba de Braavos. Disfrutaba con el ruido, con los olores extraños, viendo qué barcos habían llegado con la marea vespertina y cuáles

habían zarpado. También le gustaban los marineros: los bulliciosos tyroshis con sus vozarrones retumbantes y sus bigotes teñidos; los lysenos de piel clara, siempre regateando para que les bajara el precio; los velludos y achaparrados marineros del Puerto de Ibben, que gruñían juramentos con sus voces graves y rasposas... Sus favoritos eran los isleños del verano, que tenían la piel tan lisa y oscura como la teca. Llevaban capas con plumas rojas, verdes y amarillas, y los mástiles altos y las velas blancas de sus naves cisne eran magníficos.

A veces también había ponentis: remeros y marineros de carracas procedentes de Antigua, de galeras mercantes del Valle Oscuro, Desembarco del Rey y Puerto Gaviota, de rechonchas cucas del Rejo... Gata sabía cómo se llamaban los mejillones, los berberechos y las almejas en braavosi, pero en el puerto del Trapero pregonaba su mercancía en la lengua del comercio, el idioma de los muelles, los atracaderos y las tabernas de marinos, una basta mezcolanza de palabras y expresiones tomadas de media docena de lenguas, acompañada de signos y gestos, la mayoría de ellos insultantes. Esos eran los que más le gustaban. Si alguien la molestaba, ella le hacía una higa, o lo llamaba picha de culo o coño de camello.

—No habré visto nunca un camello —les decía—, pero reconozco un coño de camello en cuanto lo huelo.

A veces, alguien se enfadaba, pero para esas ocasiones tenía el cuchillo. Lo llevaba siempre muy bien afilado, y además sabía utilizarlo. Roggo *el Rojo* la había adiestrado una tarde en el Puerto Feliz, mientras esperaba a que Lanna se quedara libre. La enseñó a escondérselo en la manga y a sacarlo cuando lo necesitara, y a cortar el cordón de un monedero tan limpia y rápidamente que le daría tiempo a gastar todo el dinero antes de que su dueño lo echara de menos. No estaba de más saberlo; hasta el hombre bondadoso lo reconocía. Sobre todo de noche, cuando los jaques y las ratas de tejado campaban por sus respetos.

Gata había hecho muchos amigos en los muelles: estibadores, comediantes, fabricantes de cuerdas, zurcidores de velas, taberneros, destiladores, panaderos, mendigos y prostitutas. Le compraban almejas y berberechos, le contaban historias verdaderas de Braavos y falsas sobre su vida, y se reían de su manera de pronunciar el braavosi. No le molestaba. En respuesta les hacía una higa y los llamaba coños de camello, con lo que se partían de risa. Gyloro Dothare le enseñó canciones picantes, y su hermano Gylene le mostró el mejor lugar para pescar anguilas. Los comediantes del Barco la enseñaron a adoptar poses de héroe, y con ellos aprendió monólogos de *La canción del Rhoyne*, *Las dos esposas del conquistador* y *La lujuriosa dama del mercader*. Plumín, el hombrecillo de ojos tristes que escribía las mojigangas obscenas para el Barco, se ofreció a enseñarle cómo besaban las mujeres, pero Tagganaro le dio un golpe con un bacalao, y no se volvió a hablar del tema. Cossomo *el Conjurador* le hizo trucos de magia: podía comerse un ratón y luego sacárselo a ella

de la oreja.

—Es magia —le decía.

—Qué va —respondía Gata—. Lo tenías en la manga; lo he visto moverse.

«¡Ostras, almejas, berberechos!», eran las palabras mágicas de Gata, y como buenas palabras mágicas la llevaban a casi cualquier lugar. Había subido a bordo de barcos de Lys, Antigua y el Puerto de Ibben para vender sus ostras en las mismísimas cubiertas. Algunos días empujaba su carretilla hasta las torres de los poderosos para ofrecer almejas cocidas a los guardias que vigilaban sus puertas. En una ocasión pregonó su captura en los peldaños del Palacio de la Verdad, y cuando otro vendedor ambulante trató de echarla, ella le volcó el carro, y sus ostras rodaron por los adoquines. Los agentes de aduanas de Puerto Chequy también compraban su mercancía, al igual que los remeros de la Ciudad Ahogada, cuyas cúpulas y torres sumergidas sobresalían de las aguas verdes de la albufera. Un día, cuando Brea se tuvo que quedar en la cama con la sangre de la luna, Gata empujó su carretilla hasta puerto Púrpura para vender centollos y gambas a los remeros de la barcaza de un Señor del Mar, que estaba decorada con rostros sonrientes de proa a popa. En otras ocasiones seguía el río de agua dulce hasta el estanque de la Luna. Vendió su mercancía a arrogantes jaques vestidos con ropa de seda a rayas, y también a serenos y justicias mayores con jubones marrones y grises. Pero siempre regresaba al puerto del Trapero.

—¡Ostras, almejas, berberechos! —pregonaba mientras empujaba la carretilla por los muelles—. ¡Mejillones, gambas, berberechos!

Un sucio gato anaranjado la siguió, atraído por sus gritos. Más adelante apareció un segundo gato, un animal patético de pelo gris enmarañado con un muñón en vez de cola. A los gatos les gustaba el olor de Gata. Algunos días eran más de una docena los que la seguían antes de que se pusiera el sol. A veces, la niña les tiraba una ostra para ver cuál la cogía. Advirtió que rara vez ganaban los machos grandes; lo más habitual era que se llevara el premio un animal más pequeño y rápido, más flaco, taimado y hambriento.

«Igual que yo», se dijo. Su favorito era un gato viejo y escuálido al que le habían arrancado la oreja de un mordisco; le recordaba a uno que había perseguido por la Fortaleza Roja. «No, la que hizo aquello era otra niña, no yo.»

Gata advirtió que ya habían zarpado dos de los barcos en los que había estado el día anterior, dejando sitio a cinco nuevos: una pequeña carraca llamada *Simio Sinvergüenza*, un enorme ballenero ibbenés que apestaba a alquitrán, a sangre y a aceite de ballena, dos cocas destortaladas de Pentos y una esbelta galera verde procedente de la Antigua Volantis. Gata se detuvo al pie de todas las planchas para pregonar las almejas y las ostras, una vez en la lengua del comercio y otra en la lengua común de Poniente. Un tripulante del ballenero la maldijo con gritos tan

fuertes que espantó a sus gatos, y un remero pentoshi le preguntó cuánto pedía por la almeja que tenía entre las piernas, pero en los otros barcos tuvo más suerte. Un contramaestre de la galera verde engulló media docena de ostras y le explicó que a su capitán lo habían asesinado unos piratas lysenos que habían tratado de abordarlos cerca de los Peldaños de Piedra.

—Fue ese cabrón de Saan, con su *Hijo de la Madre Vieja* y su barco grande, la *Valyrio*. Escapamos por los pelos.

Resultó que la pequeña *Simio Sinvergüenza* procedía de Puerto Gaviota, y su tripulación de ponentis se alegró de poder hablar con alguien en la lengua común. Uno le preguntó cómo era que una niña de Desembarco del Rey había acabado vendiendo mejillones en los muelles de Braavos, de modo que tuvo que contarles su historia.

—Vamos a estar en este puerto cuatro días y cuatro largas noches —le dijo otro—. ¿Adónde van los hombres por aquí cuando quieren divertirse?

—Los cómicos del Barco están representando *Siete remeros borrachos* —respondió Gata—, y en la Cripta Moteada, junto a las puertas de la Ciudad Ahogada, hay peleas de anguilas. O si queréis, podéis ir al estanque de la Luna: por las noches los jaques se batén en duelo.

—No está mal —intervino otro marinero—, pero en realidad, lo que quiere Wat es una mujer.

—Las mejores putas están en Puerto Feliz, cerca de donde está atracado el Barco de los cómicos.

Les indicó el camino. En los muelles también había prostitutas que no eran lo que parecían, y los marineros recién llegados no tenían manera de distinguirlas. S'vrone era la peor. Todos sabían que había robado y matado a una docena de hombres para luego tirar a los canales los cadáveres, que eran pasto de las anguilas. La Hija Borracha era un encanto cuando estaba sobria, pero no cuando se había llenado de vino. Y Jeyne Llagas era un hombre en realidad.

—Preguntad por Alegría. Su verdadero nombre es Allegira, pero todos la llaman Alegría; siempre está contenta.

Alegría le compraba una docena de ostras siempre que pasaba por el burdel, y las compartía con las otras chicas. Todo el mundo estaba de acuerdo en que tenía muy buen corazón. «Eso y las tetas más grandes de todo Braavos», como le gustaba alardear.

Sus chicas también eran muy agradables: Bethany Sonrojos; la Esposa del Marinero; Yna la Tuerta, que leía el futuro en una gota de sangre; la menuda y bonita Lanna, y hasta Assadora, la ibbenesa con bigote. Tal vez no fueran hermosas, pero se portaban bien con ella.

—Todos los mozos de cuerda van al Puerto Feliz —les aseguró Gata a los

hombres de la *Simio Sinvergüenza*—. Como dice Alegría, «Los muchachos descargan los barcos y mis chicas descargan a sus tripulantes».

—¿Y esas prostitutas de lujo de las que cantan los bardos? —preguntó el simio más joven, un muchacho pecoso y pelirrojo que no tendría más de dieciséis años—. ¿Son tan bonitas como se dice? ¿Dónde puedo conseguir una?

Sus compañeros lo miraron y se echaron a reír.

—Por los siete infiernos, chico —le replicó uno—. Tal vez el capitán podría permitirse una cortisana de esas, pero sólo si vendiera el barco. Los coños de ese calibre son para los señores, no para gente como nosotros.

Las cortesanas de Braavos eran famosas en todo el mundo. Los bardos cantaban sobre ellas; los joyeros y orfebres las colmaban de regalos; los artistas mendigaban el honor de retratarlas; los príncipes mercaderes pagaban sumas regias por tenerlas en sus brazos en bailes, banquetes y funciones de cómicos, y los jaques se mataban entre ellos en su nombre. Cuando iba por los canales con su carretilla, Gata veía a veces a alguna, que navegaba hacia una velada con algún amante. Cada cortesana tenía su propia barcaza y sirvientes que la llevaban a sus citas. La Poetisa siempre llevaba un libro en la mano; la Sombra de Luna sólo vestía de blanco y plata, y nunca se veía a la Reina Pescadilla sin sus Sirenas, cuatro doncellas a punto de florecer que le llevaban la cola del vestido y le peinaban el cabello. Cada cortesana era más hermosa que la anterior. Hasta la Dama Velada era bella, aunque sólo aquellos a los que tomaba como amantes podían verle el rostro.

—Una vez le vendí tres berberechos a una cortesana —les contó Gata a los marineros—. Me llamó cuando bajaba de su barcaza.

Brosco le había dejado muy claro que jamás debía hablar con una cortesana a menos que ella le dirigiera la palabra, pero la mujer le había sonreído y le había pagado en plata diez veces el valor de los berberechos.

—¿A cuál? ¿A la Reina de los Berberechos?

—A la Perla Negra —le replicó.

Según Alegría, la Perla Negra era la más famosa de todas las cortesanas.

—Desciende de los dragones, nada menos —le había contado a Gata—. La primera Perla Negra era una reina pirata. Fue amante de un príncipe poniente y tuvo una hija, que cuando creció se hizo cortesana. Su hija la sucedió, y también la hija de esta, hasta llegar a la de ahora. ¿Qué te dijo, Gata?

—«Quiero tres berberechos» y «¿Tienes salsa picante, pequeña?» —respondió la niña.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Le dije «No, mi señora» y «No me llaméis pequeña; me llamo Gata». Debería llevar salsa picante. Beqqa la lleva y vende el triple de ostras que Brosco.

Gata también habló de la Perla Negra al hombre bondadoso.

—Su verdadero nombre es Bellegere Otherys —le informó.

Era una de las tres cosas que había aprendido.

—Ciento —asintió el sacerdote en voz baja—. Su madre se llamaba Bellonara, pero la primera Perla Negra también se llamaba Bellegere.

Pero Gata sabía que a los hombres de la *Simio Sinvergüenza* no les importaría el nombre de la madre de una cortesana. Lo que hizo fue pedirles noticias de los Siete Reinos y de la guerra.

—¿Guerra? —rió uno de ellos—. ¿Qué guerra? No hay ninguna guerra.

—En Puerto Gaviota no, desde luego —dijo otro—. Ni en el Valle. El pequeño señor nos mantiene al margen, igual que hizo su señora madre.

«Igual que hizo su señora madre.» La señora del Valle era la hermana de su madre.

—Lady Lysa —dijo—. ¿Ha...?

—Muerto —terminó el chico pecoso que tenía la cabeza llena de cortesanas—. Sí. La asesinó su propio bardo.

—Oh.

«No tiene nada que ver conmigo. Gata de los Canales no tuvo nunca ninguna tía. Nunca.» Gata levantó la carretilla y se alejó de la *Simio Sinvergüenza*. Las ruedas saltaban por encima de los adoquines.

—¡Ostras, almejas, berberechos! —pregonaba—. ¡Ostras, almejas, berberechos!

Vendió casi todas las almejas a los mozos de cuerda que descargaban vino de la gran coca del Rejo, y el resto, a los hombres que reparaban una galera mercante myriense que había sufrido el azote de las tormentas.

Más adelante, en los muelles, se encontró con Tagganaro, que estaba sentado con la espalda contra un pilón al lado de *Casso*, el Rey de las Focas. Le compró unos cuantos mejillones. *Casso* ladró y le permitió que le estrechara la aleta.

—Vente a trabajar conmigo, Gata —le insistió Tagganaro mientras sorbía los mejillones de las conchas. Buscaba un ayudante desde que la Hija Borracha le había clavado un cuchillo en la mano al Pequeño Narbo—. Te pagaré más que Brosco, y no olerás a pescado.

—A *Casso* le gusta mi olor —replicó ella. El Rey de las Focas ladró a modo de asentimiento—. ¿No mejora la mano de Narbo?

—No puede doblar tres dedos —se quejó Tagganaro entre mejillón y mejillón—. ¿De qué sirve un ratero incapaz de usar los dedos? A Narbo se le daba bien robar bolsas, no elegir putas.

—Lo mismo dice Alegría. —Gata estaba triste. Le caía bien el Pequeño Narbo, aunque fuera un ladrón—. ¿Qué va a hacer ahora?

—Dice que remar. Para eso basta con dos dedos, o eso cree, y el Señor del Mar siempre anda buscando más remeros. Yo le digo: «No, Narbo, ese mar es más frío

que una doncella y más cruel que una puta. Es mejor que te cortes la mano y mendigues». Casso sabe que tengo razón. ¿A que sí, Casso?

La foca ladró, y Gata no pudo contener una sonrisa. Le tiró otra almeja antes de marcharse.

Estaba a punto de anochecer cuando Gata llegó al Puerto Feliz, al otro lado del callejón donde estaba anclado el Barco. Había unos cuantos cómicos sentados en casco escorado; se pasaban de mano en mano un pellejo de vino, pero al ver llegar a Gata bajaron a por unas almejas. Ella les preguntó cómo les iba con *Siete remeros borrachos*. Joss el Triste sacudió la cabeza.

—Quence acabó por encontrarse a Allaquo en la cama con Sloey. Se pelearon con espadas de mentira y los dos nos han dejado. Por lo visto, esta noche sólo va a haber cinco remeros borrachos.

—Intentamos compensar con borrachera lo que nos falta en remeros —declaró Myrmello—. Yo lo estoy poniendo todo de mi parte.

—El Pequeño Narbo quiere ser remero —les dijo Gata—. Si lo aceptáis, seréis seis.

—Más vale que vayas a ver a Alegría —le dijo Joss—. Ya sabes cómo se pone si no tiene ostras.

Pero al entrar en el burdel, Gata vio a Alegría sentada en la sala común, con los ojos cerrados, mientras Dareon tocaba la lira. También estaba allí Yna, trenzando la cabellera dorada de Lanna.

«Otra estúpida canción de amor.» Lanna siempre le pedía al bardo que tocara estúpidas canciones de amor. Con sólo catorce años, era la más joven de las prostitutas. Gata sabía que Alegría cobraba por ella el triple que por las otras.

Se enfureció al ver a Dareon sentado allí con tanto descaro, haciéndole ojitos a Lanna mientras rasgaba las cuerdas de la lira. Las putas lo llamaban el bardo negro, pero de negro ya tenía poco. Con las monedas que le pagaban por sus canciones, el cuervo se había convertido en un pavo real. Aquel día llevaba una capa de felpa violeta con ribete de marta cibelina, una túnica de rayas blancas y lila, y los calzones jaspeados propios de un jaque, pero también tenía una capa de seda y otra de terciopelo rojo con bordados de hilo de oro. Lo único que le quedaba negro eran las botas. Gata le había oído contarle a Lanna que lo demás lo había tirado a un canal.

—Estoy harto de oscuridad —había anunciado.

«Es de la Guardia de la Noche», pensó mientras lo oía cantar sobre una dama idiota que se tiraba de una torre idiota porque el idiota de su príncipe había muerto. «Lo que tendría que hacer la dama era matar a los que asesinaron a su príncipe. Y el bardo tendría que estar en el Muro.» Cuando Dareon llegó al Puerto Feliz, Arya estuvo tentada de pedirle que le permitiera acompañarlo a Guardiaoriente, pero le oyó comentarle a Bethany que no pensaba regresar.

—Camas duras, bacalao en salazón y guardias interminables: eso es el Muro —decía—. Además, en Guardiaoriente no hay ni una mujer la mitad de bonita que tú. ¿Cómo voy a dejarte?

Lo mismo le dijo a Lanna; Gata también lo oyó, y a una prostituta de la Gatería, y hasta a la Ruiseñor, la noche que cantó en la Casa de las Siete Lámparas.

«Ojalá hubiera estado delante cuando le pegó el gordo.» Las putas de Alegría todavía se reían al recordarlo. Yna decía que el chico gordo se ponía más rojo que una remolacha cada vez que lo tocaba, pero cuando empezó a causar problemas, Alegría lo arrastró afuera y lo tiró al canal.

Gata estaba pensando en el chico gordo; recordaba como lo había salvado de Terro y Orbelo, cuando la Esposa del Marinero apareció junto a ella.

—Canta muy bien —murmuró la mujer en la lengua común de Poniente—. Los dioses deben de apreciarlo mucho para haberle dado una voz así, además de ese rostro tan bello.

«Tiene el rostro bello y el corazón podrido», pensó Arya, pero no lo dijo. Dareon se había casado con la Esposa del Marinero, que sólo se iba a la cama con los que contraían matrimonio con ella. Había noches en las que se celebraban tres o cuatro bodas en el Puerto Feliz. El sacerdote rojo Ezzelyno, siempre rebosante de vino y alborozo, solía oficiar los rituales. Si no era él, se encargaba Eustace, que había sido septón en el Septo-Más-Allá-del-Mar. Si ni el sacerdote ni el septón estaban disponibles, una prostituta iba al Barco y volvía con un cómico. Alegría decía siempre que los cómicos hacían de sacerdote mucho mejor que los sacerdotes, sobre todo Myrmello.

Las bodas eran ruidosas y divertidas, con mucha bebida. Si Gata pasaba por allí con la carretilla, la Esposa del Marinero se empecinaba en que su nuevo marido comprara unas ostras, con el fin de que estuviera bien duro para la consumación. Era bondadosa y tenía la risa fácil, pero Gata sabía que también había algo triste en ella.

Las otras prostitutas comentaban que visitaba la isla de los Dioses los días del mes en que florecía, y conocía a todos los dioses que vivían allí, hasta los que Braavos había olvidado. Decían que iba a rezar por su primer marido, su marido de verdad, que había desaparecido en el mar cuando ella era una niña de la edad de Lanna.

—Cree que, si da con el dios adecuado, es posible que envíe buenos vientos que le devuelvan a su antiguo amor —le comentó la tuerta Yna, que era la que la conocía desde hacía más tiempo—. Yo rezo para que no sea así. Su amado está muerto; lo supe por su sangre. Aunque volviera a ella, sería un cadáver.

La canción de Dareon estaba terminando por fin. Mientras las últimas notas se desvanecían en el aire, Lanna dejó escapar un suspiro. El bardo dejó la lira a un lado y se sentó a la mujer en el regazo. Empezaba a hacerle cosquillas cuando Gata

interrumpió.

—Si alguien quiere, tengo ostras —anunció en voz alta.

Alegría abrió los ojos al instante.

—Bien —dijo—. Trae acá, niña. Yna, ve a buscar pan y vinagre.

Cuando Gata salió de Puerto Feliz, con la bolsa llena de monedas y sólo algas y sal en la carretilla, el sol era una esfera roja hinchada que pendía del cielo, más allá de la hilera de mástiles. Dareon también se iba. Le comentó que había prometido cantar en la Posada de la Anguila Verde aquella noche.

—Siempre que toco en la Anguila salgo con plata —alardeó—. A veces hay capitanes, y hasta dueños de barcos. —Cruzaron el pequeño puente y bajaron por una callejuela serpenteante mientras las sombras se iban alargando—. Pronto estaré tocando en el Púrpura, y después, en el palacio del Señor del Mar. —La carretilla vacía de Gata traqueteaba por los adoquines al son de su propia música—. Ayer comí arenques con las putas, pero en menos de un año estaré comiendo langosta con las cortesanas.

—¿Qué ha sido de tu hermano? —preguntó Gata—. El gordo. ¿Encontró barco hacia Antigua? Decía que tenían que haber ido en el *Lady Ushanora*.

—Igual que todos nosotros. Eran las órdenes de Lord Nieve. Mira que se lo dije a Sam: «Deja al viejo», le dije, pero el imbécil del gordo no hizo caso. —Los últimos rayos del sol poniente le arrancaban reflejos del cabello—. En fin, ya es demasiado tarde.

—Así es —dijo Gata mientras se adentraban en la penumbra de otro callejón tortuoso.

Cuando llegó a la casa de Brosco, la niebla vespertina ya empezaba a cubrir el pequeño canal. Guardó la carretilla, fue a buscar a Brosco a la habitación donde hacía las cuentas y puso la bolsa en la mesa, ante él. También puso las botas.

Brosco dio unas palmaditas a la bolsa.

—Bien, bien. ¿Y esto qué es?

—Unas botas.

—Cuesta encontrar unas buenas botas, pero estas son pequeñas para mí. —Cogió una y la examinó.

—Esta noche, la luna estará negra —le recordó.

—Ya, tienes que ir a rezar. —Brosco apartó las botas y derramó las monedas en la mesa para contarlas—. *Valar dohaeris*.

«*Valar morghulis*», pensó ella.

La niebla se hacía más densa mientras recorría las calles de Braavos. Estaba tiritando cuando cruzó la puerta de arciano de la Casa de Blanco y Negro. Aquella noche sólo ardían unas pocas velas, que titilaban como estrellas caídas. En la oscuridad, todos los dioses eran desconocidos.

Abajo, en las criptas, se desató la capa harapienta de Gata, se sacó por la cabeza la túnica marrón de Gata con su olor a pescado, se quitó las botas manchadas de sal de Gata y también su ropa interior, y se bañó en agua de limón para quitarse hasta el olor de Gata de los Canales. Cuando salió, con la piel rosada de tanto frotar y el pelo castaño pegado a las mejillas, Gata había desaparecido. Se puso la túnica limpia y unas zapatillas de tela, y fue a la cocina para pedirle a Umma algo de comer. Los sacerdotes y los acólitos ya habían cenado, pero la cocinera le había guardado un hermoso trozo de bacalao frito y un poco de puré de nabos amarillos. Lo devoró todo, lavó el plato y fue a buscar a la niña abandonada para ayudarla a preparar sus pócimas.

Su misión consistía sobre todo en acercarle los ingredientes y subir por escalerillas para buscar las hierbas y las hojas que necesitaba.

—La pócima de sueñodulce es la más agradable —le dijo mientras machacaba algo en el mortero—. Basta con unos granos para sosegar un corazón acelerado, hacer que las manos dejen de temblar, y que un hombre se sienta fuerte y tranquilo. Un pellizco proporciona una noche de sueño profundo y reparador; tres pellizcos provocan el sueño sin fin. Tiene un sabor muy dulce, así que es mejor utilizarla en pasteles, tartas y vinos con miel. Mira lo dulce que es su olor. —Se la acercó para que la oliera, y luego le pidió que subiera por la escalerilla para coger una botella de cristal rojo—. La acción de este veneno es más desagradable, pero es insípido e inodoro, así que es más fácil esconderlo. Lo llaman *lágrimas de Lys*. Se disuelve en vino o en agua, y devora las entrañas y el vientre de quien lo toma; mata como una enfermedad de esos órganos. Huele. —Arya olfateó; no olía a nada. La niña dejó las lágrimas a un lado y abrió un tarro de piedra—. Esta pasta está especiada con sangre de basilisco. Si se echa en un guiso de carne parece que huele a ajedrea, pero cuando se come provoca una locura violenta tanto a hombres como a animales. Después de probar la sangre de basilisco, un ratón atacaría a un león.

Arya se mordisqueó el labio.

—¿Funcionaría con un perro?

—Con cualquier animal de sangre caliente.

La niña la abofeteó. Ella se llevó la mano a la mejilla, más sorprendida que dolorida.

—¿Por qué me has pegado?

—La que se muerde el labio siempre que está pensando es Arya de la Casa Stark.
¿Eres Arya de la Casa Stark?

—No soy nadie. —Estaba furiosa—. ¿Quién eres tú?

No esperaba respuesta, pero la obtuvo.

—Nací como hija única de una Casa antigua; era la heredera de mi padre. Mi madre murió cuando era pequeña y no conservo ningún recuerdo de ella. Cuando

tenía seis años, mi padre volvió a casarse. Su nueva esposa me trató con cariño hasta que dio a luz a una hija propia. Entonces empezó a desear mi muerte para que fuera la sangre de su sangre la que heredase las riquezas de mi padre. Tendría que haber buscado el favor del Dios de Muchos Rostros, pero no habría soportado el sacrificio que le habría pedido a cambio, así que se le ocurrió envenenarme personalmente. El veneno me dejó como me ves, pero no me mató. Cuando los sanadores de la Casa de las Manos Rojas se lo contaron a mi padre, él vino e hizo el sacrificio: ofreció todas sus riquezas y a mí. El que Tiene Muchos Rostros escuchó su plegaria. A mí me trajeron a servir al templo, y la esposa de mi padre recibió el regalo.

Arya la miró con desconfianza.

—¿Eso es verdad?

—Hay verdad en ello.

—¿Y también mentira?

—Hay algo que no es cierto y una exageración.

Había estado mirando el rostro de la niña mientras le contaba la historia, pero no había visto indicio alguno.

—El Dios de Muchos Rostros se quedó con dos tercios de las riquezas de tu padre, no con todo.

—Así es. Esa ha sido mi exageración.

Arya sonrió, se dio cuenta de que sonreía y se pellizcó la mejilla. «Domina tu rostro —se dijo—. Mi sonrisa tiene que estar a mi servicio, acudir sólo cuando la llamo.»

—¿Y cuál era la mentira?

—Ninguna. He mentido sobre la mentira.

—¿De verdad? ¿O estás mintiendo ahora?

Pero antes de que la niña tuviera ocasión de responder, el hombre bondadoso entró en la estancia, sonriente.

—Has vuelto con nosotros.

—La luna está negra.

—Ciento. ¿Qué tres cosas sabes ahora que no supieras cuando te fuiste?

«Sé treinta cosas nuevas», estuvo a punto de decir.

—El Pequeño Narbo no puede doblar tres dedos. Quiere hacerse remero.

—Bueno es saber eso. ¿Qué más?

Recordó lo que había pasado aquel día.

—Quence y Allaquo se pelearon y dejaron el Barco, pero creo que volverán.

—¿Sólo lo crees o lo sabes?

—Sólo lo creo —tuvo que reconocer, aunque estaba segura.

Los cómicos necesitaban comer igual que cualquiera, y Quence y Allaquo no eran suficientemente buenos para actuar en el Farol Azul.

—Así es —dijo el hombre bondadoso—. ¿Y lo tercero?

No titubeó.

—Dareon ha muerto. Dareon, al que llamaban el bardo negro, el que dormía en el Puerto Feliz. En realidad era un desertor de la Guardia de la Noche. Le cortaron el cuello y lo tiraron a un canal, pero antes le quitaron las botas.

—Cuesta encontrar unas buenas botas.

—Así es.

Trató de mantener el rostro inexpresivo.

—¿Quién lo habrá hecho?

—Arya de la Casa Stark.

Le clavó la vista en los ojos, en la boca, en los músculos de la mandíbula.

—¿Esa niña? Creía que se había marchado de Braavos. ¿Quién eres tú?

—Nadie.

—Mentira. —Se volvió hacia la niña abandonada—. Tengo la boca seca. Ten la amabilidad de traer una copa de vino para mí, y un vaso de leche caliente para nuestra amiga Arya, que ha vuelto con nosotros inesperadamente.

Mientras cruzaba la ciudad, Arya se había preguntado qué diría el hombre bondadoso cuando le contara lo de Dareon. Tal vez se enfadara con ella, o tal vez le pareciera bien que le hubiera entregado al bardo el regalo del Dios de Muchos Rostros. Había ensayado mentalmente la conversación un centenar de veces, como un cómico en su espectáculo. Pero si había algo que no esperaba era leche caliente.

Cuando llegó la leche, Arya se la bebió. Olía un poco a quemado y tenía un regusto amargo.

—Vete a la cama, niña —dijo el hombre bondadoso—. Por la mañana tienes que servir.

Aquella noche soñó que volvía a ser un lobo, pero en aquella ocasión, el sueño era diferente. En aquel sueño no tenía manada. Rondaba sola, saltaba por los tejados y caminaba por la orilla del canal con pasos silenciosos, acechando las sombras en medio de la niebla.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, estaba ciega.

SAMWELL (4)

La *Viento Canela* era una nave cisne procedente de Árboles Altos, en las Islas del Verano, donde los hombres eran negros, las mujeres eran procaces y hasta los dioses eran extraños. No llevaban a bordo ningún septón que pudiera recitar la plegaria fúnebre, de modo que la tarea le correspondió a Samwell Tarly, cuando pasaban frente a la abrasadora costa sur de Dorne.

Sam se había vestido de negro para la oración, aunque la tarde era bochornosa, sin apenas un atisbo de viento.

—Fue un buen hombre —comenzó. Nada más decirlo, se dio cuenta de que no era verdad—. No. Fue un gran hombre. Un maestre de la Ciudadela, con cadena y votos; un Hermano Juramentado de la Guardia de la Noche, siempre leal. Cuando nació le pusieron el nombre de un héroe que había muerto demasiado joven, pero aunque él tuvo una vida muy, muy larga, no fue por ello menos heroica. No ha habido hombre más sabio, más amable, más bondadoso. Por el Muro pasó una docena de lores comandantes durante sus años de servicio, y a todos les prestó consejo. También aconsejó a reyes. Él mismo podría haber sido rey. Pero cuando le ofrecieron la corona pidió que se la entregaran a su hermano menor. ¿Cuántos habrían hecho eso? —Sam sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas; sabía que no podría seguir mucho más—. Era de la sangre del dragón, pero su fuego se ha apagado. Era Aemon Targaryen. Ahora, su guardia ha terminado.

—Ahora, su guardia ha terminado —repitió Elí mientras acunaba al bebé.

Kojja Mo lo repitió también en la lengua común de Poniente, y a continuación, en la lengua del verano para Xhondo, su padre y el resto de la tripulación. Sam agachó la cabeza y se echó a llorar, con sollozos tan violentos que todo su cuerpo se estremecía. Elí acudió a su lado y le ofreció el hombro. Ella también tenía lágrimas en los ojos.

El aire era húmedo, cálido, inmóvil, y la *Viento Canela* iba a la deriva por un mar azul, lejos de la orilla.

—Sam Negro dice palabras bien —dijo Xhondo—. Ahora bebemos su vida.

Soltó un grito en la lengua del verano, y unos llevaron rodando un barril de ron especiado a la cubierta de popa, donde lo abrieron para que los que estaban de guardia pudieran llenar sus tazones en memoria del anciano dragón ciego. La tripulación lo había conocido unos pocos días atrás, pero los isleños del verano honraban a los ancianos y rendían honores a los muertos.

Sam no había bebido ron hasta entonces. Era una bebida extraña y embriagadora, dulce al principio, pero con un regusto ardiente que quemaba la lengua. Estaba cansado, muy cansado. Le dolía hasta el último músculo; incluso sentía dolor en sitios donde no sabía que hubiera músculos. Tenía las rodillas entumecidas, y las manos, llenas de ampollas recientes y de trozos de piel muerta allí donde se le habían

reventado las viejas. Pero entre las ampollas, el ron y la tristeza, el dolor parecía amortiguado.

—Si hubiéramos podido llevarlo a Antigua, tal vez los archimaestres lo habrían salvado —le dijo a Elí mientras bebían tragos de ron en el castillo de proa de la *Viento Canela*—. Los sanadores de la Ciudadela son los mejores de los Siete Reinos. La verdad es que creía... Me atreví a esperar que...

En Braavos había llegado a creer que Aemon podía recuperarse. Cuando Xhondo le habló de los dragones, el anciano casi volvió a ser el de siempre. Aquella noche se comió hasta la última migaja de lo que Sam le puso delante.

—A nadie se le ocurrió buscar a una chica —dijo—. Se nos prometió un príncipe, no una princesa. En cambio, Rhaegar... El humo era por el fuego que consumió Refugio Estival el día en que nació; la sal, por las lágrimas derramadas por los muertos. Cuando era joven compartía mi creencia, pero más tarde se convenció de que la profecía se cumpliría en su hijo, porque el día en que concibieron a Aegon, un cometa pasó sobre Desembarco del Rey, y Rhaegar estaba seguro de que la estrella sangrante tenía que ser un cometa. ¡Qué estúpidos fuimos, nosotros que nos creímos tan sabios! El error partió de la traducción. Los dragones no son machos ni hembras. Barth se dio cuenta; son lo uno y lo otro, tan mutables como las llamas. El idioma nos tuvo sobre una pista falsa durante un milenio. Daenerys es la enviada, nacida entre la sal y el humo. Los dragones lo demuestran. —Hablar de ella hacía que el anciano pareciera más fuerte—. Tengo que ir a verla. Tengo que verla. Ojalá tuviera diez años menos...

La determinación de Aemon era tal que hasta subió por la plancha de la *Viento Canela* por su propio pie en cuanto Sam hizo los arreglos necesarios para conseguir pasaje. Ya le había dado a Xhondo la espada con su vaina para compensar al gigantesco contramaestre por la capa de plumas que había perdido cuando lo salvó de ahogarse. No les quedaba nada de valor, salvo los libros que habían sacado de las criptas del Castillo Negro. Sam se despidió de ellos con tristeza.

—Iban a ser para la Ciudadela —explicó cuando Xhondo le preguntó qué le pasaba.

El contramaestre tradujo lo que decía, y el capitán se echó a reír.

—Quhuru Mo dice que hombres grises van tener libros —le explicó Xhondo—. Pero comprar libros a Quhuru Mo. Maestres pagar buena plata por libros que no tener, a veces oro rojo y amarillo.

El capitán había pedido también la cadena de Aemon, pero Sam se mostró inflexible en aquel aspecto. Les explicó que perder la cadena era una deshonra para cualquier maestre. Xhondo tuvo que repetirlo tres veces antes de que Quhuru Mo lo aceptara. Cuando cerraron el trato, Sam ya no tenía botas, prendas negras ni ropa interior, ni tampoco el cuerno roto que había encontrado Jon Nieve en el Puño de los

Primeros Hombres.

«No tenía más remedio —se dijo—. No podíamos quedarnos en Braavos, y aparte de robar o mendigar, no había otra manera de pagar el pasaje.»

Habría pagado el triple y le habría parecido barato si hubieran conseguido llevar al maestre Aemon a Antigua.

Pero la travesía hacia el sur fue turbulenta, y cada tormenta se cobraba su precio en las fuerzas y el ánimo del anciano. En Pentos pidió que lo subieran a cubierta para que Sam le pintara con palabras una imagen de la ciudad. Fue la última vez que salió del lecho del capitán. Poco después se le volvió a ir la cabeza. Cuando la *Viento Canela* pasó ante la Torre Sangrante para entrar en el puerto de Tyrosh, Aemon ya no hablaba de buscar un barco que lo llevara al este. Volvía a farfullar sobre Antigua y los archimaestres de la Ciudadela.

—Tienes que contárselo, Sam —le dijo—. A los archimaestres. Tienes que hacérselo entender. Los hombres que vivían en la Ciudadela cuando yo estaba allí llevan muertos cincuenta años. Estos de ahora no me conocieron. Mis cartas... En Antigua deben de considerarlas los delirios de un viejo al que se le han reblandecido los sesos. Tienes que convencerlos, ya que yo no podré. Háblales, Sam... Háblales del Muro... De los espectros, de los caminantes blancos, del frío que reptá...

—Lo haré —le prometió Sam—. Sumaré mi voz a la vuestra, maestre. Se lo diremos todo los dos juntos.

—No —replicó el anciano—. Tendrás que ser tú. Háblales de ello. De la profecía... Del sueño de mi hermano... Lady Melisandre ha malinterpretado las señales. Stannis... Stannis tiene algo de sangre de dragón, sí. Igual que sus hermanos. Rhaelle, la hijita de Egg, así les llegó. El padre de su madre... Cuando era pequeña me llamaba «tío maestre». Lo recordaba, así que me atreví a albergar la esperanza... Tal vez quisiera... Todos nos engañamos cuando queremos creer algo. Melisandre es la que más se engaña. Esa espada no es la espada; tiene que saberlo... Luz sin calor... Un hechizo vacío... No es la espada, y la falsa luz sólo nos lleva a adentrarnos más en la oscuridad, Sam. Nuestra esperanza es Daenerys. Díselo a todos en la Ciudadela. Hazte escuchar. Tienen que enviarle un maestre. Daenerys necesita consejo, enseñanza, protección. Siempre me he quedado atrás, observando, aguardando, y ahora que ha llegado el momento soy demasiado viejo. Me muero, Sam. —Cuando lo reconoció, las lágrimas manaron de sus ojos ciegos—. La muerte no debería asustarme a mis años, pero tengo miedo. Qué tontería, ¿verdad? Esté donde esté, siempre hay oscuridad. Entonces, ¿por qué temo a la oscuridad? Pero no puedo dejar de preguntarme qué pasará cuando mi cuerpo pierda el último resto de calor. ¿Celebraré un banquete eterno en las estancias doradas del Padre, como dicen los septones? ¿Volveré a hablar con Egg? ¿Me encontraré con un Dareon ileso y feliz? ¿Oiré cómo mis hermanas cantan a sus hijos? ¿Qué pasa si es verdad lo que dicen los

señores de los caballos? ¿Cabalgaremos eternamente por el cielo nocturno a lomos de un corcel de fuego? ¿O tendré que regresar a este valle de lágrimas? ¿Quién lo puede decir con certeza? ¿Quién ha vuelto de detrás de la muralla de la muerte? Sólo los espectros, y ya sabemos cómo son. Ya lo sabemos.

Sam no tenía respuesta para aquello, pero le proporcionó al anciano el poco consuelo que pudo. Después entró Elí y le cantó una canción, una tonadilla sin sentido que le habían enseñado las otras esposas de Craster. Consiguió que Aemon sonriera; luego se quedó dormido.

Fue uno de sus últimos días buenos. Después se pasó más tiempo dormitando que despierto, acurrucado bajo un montón de pieles en el camarote del capitán. A veces murmuraba incoherencias en sueños. Cuando se despertaba llamaba a Sam; insistía en que tenía que decirle algo, pero casi siempre se olvidaba de qué era antes de que llegara, y si lo recordaba, sus frases eran un caos. Hablaba de sueños, pero no decía quién soñaba, de una vela de cristal que no se podía encender, de huevos que no se podían incubar. Decía que la esfinge era el acertijo, no la que planteaba el acertijo, significara lo que significara. Le pidió a Sam que le leyera un libro del septón Barth, cuyas obras habían sido quemadas durante el reinado de Baelor el Santo. En cierta ocasión se despertó llorando.

—El dragón debe tener tres cabezas —sollozó—, pero soy demasiado viejo y frágil para ser una. Yo debería estar con ella para mostrarle el camino, pero el cuerpo me ha traicionado.

Cuando la *Viento Canela* cruzó los Peldaños de Piedra, el maestre Aemon ya se olvidaba del nombre de Sam. En ocasiones lo confundía con uno de sus hermanos muertos.

—Estaba demasiado débil para hacer un viaje tan largo —le dijo Sam a Elí en el castillo de proa tras beber otro trago de ron—. Jon tendría que haberse dado cuenta. Aemon tenía ciento dos años; no debió embarcarse. Si se hubiera quedado en el Castillo Negro, tal vez habría vivido diez años más.

—O ella lo habría quemado vivo. La mujer roja. —Pese al millar de leguas que los separaban del Muro, Elí seguía sin atreverse a pronunciar el nombre de Lady Melisandre—. Quería sangre de rey para sus hogueras. Val lo sabía, y Lord Nieve también. Por eso me hicieron llevarme al bebé de Dalla y dejar al mío en su lugar. El maestre Aemon se ha dormido y ya no despertará, pero si se hubiera quedado, ella lo habría quemado.

«Va a arder de todos modos —pensó Sam con tristeza—, sólo que ahora tendrá que quemarlo yo.»

Los Targaryen siempre habían entregado a sus caídos a las llamas. Quhuru Mo no permitió que encendieran una pira a bordo de la Viento Canela, de manera que tuvieron que meter el cadáver de Aemon en un barril de ron tostado para conservarlo

hasta que el barco llegara a Antigua.

—La noche anterior a su muerte me pidió que le dejara tener al bebé en brazos — continuó Elí—. Me daba miedo que se le cayera, pero lo cogió muy bien. Acunó al hijo de Dalla y le tarareó una canción, y el niño levantó la manita y le tocó la cara. Le tiró del labio; pensé que le iba a hacer daño, pero el anciano se rió. —Le dio una palmadita a Sam en la mano—. Si quieras podemos llamarlo Maestre. Cuando sea mayor, claro, todavía no. ¿Te parece bien?

—Maestre no es un nombre. Pero lo puedes llamar Aemon.

Elí se lo pensó un momento.

—Dalla lo parió durante la batalla, mientras las espadas cantaban a su alrededor. Así se tendría que llamar. Aemon *de la Batalla*. Aemon *Canciondeacero*.

«Ese nombre le gustaría a mi señor padre. Es un nombre de guerrero.»

Al fin y al cabo, el niño era hijo de Mance Rayder y nieto de Craster. Por sus venas no corría la sangre cobarde de Sam.

—Sí. Ponle ese nombre.

—Cuando tenga dos años —prometió la chica—. No antes.

—¿Dónde está el bebé? —se le ocurrió de repente a Sam.

Entre el ron y la tristeza no se había dado cuenta hasta entonces de que Elí no llevaba al pequeño en brazos.

—Lo tiene Kojja. Le he pedido que lo cuidara un rato.

—Ah.

Kojja Mo era la hija del capitán, más alta que Sam y esbelta como un juncos, con la piel negra y lisa como el azabache pulido. Estaba al mando de los arqueros rojos del barco; tensaba un arco de doble curva que podía lanzar una flecha a cuatrocientos pasos de distancia. Cuando los piratas los atacaron en los Peldaños de Piedra, las flechas de Kojja mataron a una docena, mientras que todas las de Sam fueron a parar al agua. Y lo único que le gustaba más que su arco era sentarse al bebé de Dalla en las rodillas para darle saltitos y cantarle en la lengua del verano. El príncipe salvaje se había convertido en objeto de adoración para todas las mujeres de la tripulación, y Elí se lo confiaba como jamás se lo habría confiado a ningún hombre.

—Qué amable por parte de Kojja —comentó Sam.

—Al principio tenía miedo de ella —dijo Elí—. Es tan negra, tiene los dientes tan grandes y tan blancos... Temía que fuera una bestia, o un monstruo, pero no. Es buena. Me cae bien.

—Ya lo veo.

Durante casi toda su vida, el único hombre al que había conocido Elí era el aterrador Craster. El resto de su mundo lo componían sólo mujeres.

«Tiene miedo de los hombres, pero no de las mujeres», pensó Sam.

Era comprensible. Cuando vivía en Colina Cuerno, él también prefería la

compañía femenina. Sus hermanas se habían portado bien con él y, aunque las otras niñas le hacían burla a veces, era más fácil olvidarse de las palabras crueles que de los golpes y bofetadas que le propinaban los niños del castillo. Incluso entonces, a bordo de la Viento Canela, Sam se sentía más a gusto con Kojja Mo que con su padre, aunque tal vez fuera porque ella hablaba la lengua común y él no.

—Tú también me caes bien, Sam —susurró Elí—. Y me gusta esta bebida. Sabe a fuego.

«Sí —pensó Sam—, es una bebida para dragones.»

Tenían vacías las copas, así que se dirigió al barril y las volvió a llenar. El sol estaba muy bajo e imponente en el cielo del oeste. Su luz rojiza hacía que Elí pareciera sonrojada. Bebieron una copa a la salud de Kojja Mo, otra a la del hijo de Dalla, y otra a la del bebé de Elí, que estaría allá en el Muro. Después, les pareció casi obligatorio beber dos copas por Aemon de la Casa Targaryen.

—Que el Padre lo juzgue con justicia —dijo Sam sorbiendo por la nariz.

Casi se había puesto el sol; sólo quedaba una larga línea brillante en el horizonte, como un desgarrón que hendiera el cielo. Elí dijo que la bebida hacía que el barco diera vueltas, de modo que Sam la ayudó a bajar por la escalerilla hasta los camarotes de las mujeres, en la popa del barco.

Ante la puerta había un farol, y al entrar, Sam se dio un golpe en la cabeza. Dejó escapar una exclamación de dolor.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Elí—. Déjame ver.

Se acercó a él...

... y le dio un beso en la boca.

Sam advirtió que se lo estaba devolviendo.

«Pronuncié el juramento», pensó, pero las manos de la chica le estaban quitando las prendas negras y le desataban los cordones de los calzones.

Interrumpió el beso el tiempo justo para protestar.

—No podemos.

—Sí que podemos —replicó Elí, y volvió a cubrirle la boca con la suya.

La *Viento Canela* daba vueltas a su alrededor; notaba el sabor del ron en la boca de Elí, y luego notó sus pechos desnudos, y se los estaba tocando.

«Pronuncié el juramento», pensó otra vez, pero tenía uno de sus pezones entre los labios. Era rosado y duro, y cuando lo chupó se le llenó la boca de leche, que se mezcló con el sabor del ron, y nunca había probado nada tan delicioso, tan dulce, tan placentero.

«Si sigo, no seré mejor que Dareon.» Pero aquello era demasiado grato para detenerse.

Y de repente tenía la polla fuera; le sobresalía de los calzones como un grueso mástil rosado. Tenía un aspecto tan estúpido, allí, de pie, que poco le faltó para

echarse a reír, pero Elí lo empujó para que se tendiera en su catre, se subió las faldas hasta los muslos y se sentó encima de él con un gemido. Aquello era incluso mejor que sus pezones.

«Qué húmeda está —pensó, jadeante—. No sabía que las mujeres estuvieran tan húmedas por ahí abajo.»

—Ahora soy tu esposa —susurró mientras se movía arriba y abajo encima de él.

Y Sam gimió, y pensó «No, no puede ser, pronuncié el juramento». Pero sólo le salió una palabra.

—Sí.

Más tarde, ella se quedó dormida, abrazada a él, con la cara contra su pecho. Sam también necesitaba dormir, pero estaba ebrio de ron, de leche materna y de Elí. Sabía que tenía que irse a su hamaca, en el camarote de los hombres, pero se sentía tan bien allí, abrazado a ella, que no podía moverse.

Entraron otros, hombres y mujeres, oyó como se besaban, como reían y copulaban.

«Isleños del verano. Es su manera de llorar. Reaccionan a la muerte con vida.»

Sam había leído sobre aquello mucho tiempo atrás. Se preguntó si Elí lo sabría, si Kojja Mo se lo habría contado.

Aspiró la fragancia de su cabello, y se quedó mirando el farol que se mecía en el techo.

«Ni la Vieja podría guiarme para que salga con bien de esta. —Lo mejor que podía hacer era marcharse y tirarse al mar—. Si me ahogo, nadie sabrá que me he deshonrado y he roto mis juramentos, y Elí podrá buscarse un hombre mejor, que no sea un gordo cobarde.»

Se despertó a la mañana siguiente en su hamaca, en el camarote de los hombres, con el sonido de los gritos de Xhondo.

—¡Viento! —rugía el contramaestre—. Despierta y trabaja, Sam Negro. ¡Viento!

Xhondo compensaba con volumen lo que le faltaba en vocabulario. Sam se levantó de golpe de la hamaca, y al momento se arrepintió. Se sentía como si le fuera a estallar la cabeza; durante la noche se le había reventado una ampolla de la mano, y tenía unas ganas locas de vomitar.

Pero Xhondo no mostró clemencia, de modo que buscó su ropa negra. La encontró amontonada y húmeda bajo su hamaca, en la cubierta. Olisqueó las prendas para comprobar su estado, e inhaló el olor de la sal, el mar, la brea, la lona húmeda, el moho, la fruta, el pescado, el ron tostado, especias extrañas y maderas exóticas, y el de su propio sudor seco. Pero también olían a Elí; tenían el aroma limpio de su pelo, el olor dulce de su leche, y se alegró de volver a ponérselas. Pese a todo, habría dado cualquier cosa por unos calcetines secos. Le había salido una especie de hongo entre los dedos de los pies.

El arcón de libros no había bastado para pagar cuatro pasajes de Braavos a Antigua. Por suerte faltaban hombres en la Viento Canela, de modo que Quhuru Mo accedió a transportarlos a cambio de que trabajaran durante la travesía. Sam argumentó que el maestre Aemon estaba demasiado débil, el niño era un bebé y Elí sentía pánico en el mar, pero Xhondo se echó a reír.

—Sam Negro es grande y gordo. Sam Negro trabajará por cuatro.

En honor a la verdad, Sam era tan torpe que no creía que estuviera trabajando siquiera por uno, pero al menos se esforzaba. Fregaba las cubiertas y las frotaba con piedras; tiraba de la cadena del ancla; enroscaba sogas; cazaba ratas; remendaba velas desgarradas; sellaba fugas con brea caliente; quitaba las espinas del pescado y troceaba fruta para el cocinero. Elí también intentó colaborar. Los aparejos se le daban mejor que a Sam, aunque todavía, de cuando en cuando, la visión de tanta agua sin tierra cerca le hacía cerrar los ojos.

«Elí —pensó Sam—. ¿Qué voy a hacer con Elí?»

Fue un día largo, de calor pegajoso, y el dolor de cabeza hizo que le pareciera más largo todavía. Sam se mantuvo atareado con cabos, velas y otras tareas que le encomendó Xhondo, y trató de evitar que se le fueran los ojos al barril de ron que contenía el cadáver del maestre Aemon... y hacia Elí. Después de lo que había ocurrido la noche anterior, no podía mirar a la chica salvaje a la cara. Cuando ella subía a la cubierta, él bajaba. Cuando ella iba a la proa, él se marchaba a popa. Y cuando ella le sonreía, él se volvía y se sentía un miserable.

«Tendría que haberme tirado al mar cuando Elí aún estaba dormida —pensó—. Siempre he sido un cobarde, pero hasta ahora no había sido un perjuro.»

Si el maestre Aemon no hubiera muerto, Sam le habría preguntado qué debía hacer. Habría acudido a Jon Nieve si hubiera estado a bordo, o incluso a Pyp, o a Grenn. Pero sólo tenía a Xhondo.

«Xhondo no me entendería si se lo dijera. Y si me entendiera, me aconsejaría que me la follara otra vez.»

Follar era la primera palabra que había aprendido Xhondo en la lengua común, y le había cogido mucho cariño.

Tenía suerte de que la *Viento Canela* fuera tan grande. En la *Pájaro Negro*, a Elí no le habría costado nada cruzarse con él. Naves cisne: con ese nombre llamaban en los Siete Reinos a los grandes navíos de las Islas del Verano, por sus ondulantes velas blancas y por sus mascarones de proa, que normalmente tenían forma de ave. Pese a su gran tamaño, remontaban las olas con una elegancia muy característica. Con ayuda de un buen viento, la *Viento Canela* era más veloz que cualquier galera, aunque en momentos de calma chicha quedaba impotente. Y tenía muchos lugares donde se podía esconder un cobarde.

La guardia de Sam casi había terminado cuando por fin se vio acorralado. Estaba

bajando por una escalerilla cuando Xhondo lo cogió por el cuello del jubón.

—Sam Negro ven —dijo al tiempo que lo arrastraba por la cubierta para soltarlo a los pies de Kojja Mo.

Al norte, en el horizonte, se divisaba una neblina muy baja. Kojja señaló hacia allí.

—Aquellos son los mares de Dorne. Arena, rocas y escorpiones, y ni un lugar bueno para anclar en cientos de leguas. Si quieres puedes ir nadando, y luego llegar a pie hasta Antigua. Tendrás que atravesar el desierto, escalar unas cuantas montañas y cruzar a nado el Torrente. O puedes ir con Elí.

—No lo entiendes. Anoche...

—Anoche honrasteis a vuestros muertos, a los dioses que os crearon a los dos. Xhondo hizo lo mismo. Yo tenía al bebé; si no, habría estado con él. Los ponentis os avergonzáis del amor. El amor no tiene nada de vergonzoso, y si los septones os dicen que sí, es que vuestros siete dioses son unos demonios. En las Islas sabemos que no es así. Nuestros dioses nos dieron piernas con las que correr, narices con las que oler, manos con las que tocar y acariciar... ¿Qué dios loco y cruel le daría ojos a un hombre y luego le diría que los tuviera siempre cerrados, que no contemplara nunca toda la belleza que hay en el mundo? Sólo un dios monstruoso, un demonio de la oscuridad.

—Kojja puso la mano entre las piernas de Sam—. Los dioses también te dieron esto para algo, para... ¿Cómo se dice en poniente?

—Follar —contribuyó Xhondo de buena gana.

—Para follar. Para dar placer y hacer niños. Eso no tiene nada de vergonzoso.

Sam retrocedió un paso.

—Hice unos votos. —«No tomaré esposa, no engendraré hijos»—. Pronuncié el juramento.

—Ella ya sabe qué juramento pronunciaste. En algunos aspectos es una niña, pero no está ciega. Sabe por qué vistes de negro y por qué vais a Antigua. Sabe que no serás suyo para siempre. Pero quiere tenerte durante un tiempo, nada más. Ha perdido a su padre y esposo, a su madre, a sus hermanas, su hogar, su mundo... Sólo os tiene al bebé y a ti. Así que ve con ella o empieza a nadar.

Sam contempló con desesperación la neblina que marcaba la orilla distante. Sabía que no podría salvar a nado un trecho tan largo.

Fue con Elí.

—Lo que hicimos... Si pudiera tener una esposa, te elegiría a ti antes que a cualquier princesa o doncella noble, pero no puedo. Sigo siendo un cuervo. Pronuncié el juramento, Elí. Fui con Jon a los bosques y pronuncié el juramento ante un árbol corazón.

—Los árboles nos vigilan —susurró Elí mientras se secaba las lágrimas de las mejillas—. En el bosque lo ven todo. Pero aquí no hay bosques. Sólo hay agua, Sam.

Sólo agua.

CERSEI (8)

Había sido un día frío, gris y húmedo. Diluyó toda la mañana, y las nubes no se despejaron por la tarde, cuando escampó. En ningún momento vieron el sol. Un clima tan adverso bastaba para desalentar incluso a la pequeña reina. En vez de montar con su grupo de gallinas y su cohorte de guardias y admiradores, se pasó el día entero en la Bóveda de las Doncellas, con sus gallinas, escuchando las canciones del Bardo Azul.

El día de Cersei no había sido mucho mejor, al menos hasta el anochecer. Cuando el cielo gris empezaba a teñirse de negro le dijeron que el *Bella Cersei* había entrado con la marea vespertina y que Aurane Mares le rogaba audiencia.

La Reina envió a buscarlo al momento. En cuanto lo vio entrar a zancadas en sus estancias supo que le llevaba buenas noticias.

—Alteza —le dijo con una amplia sonrisa—, Rocadragón ya es vuestro.

—Es maravilloso. —Le cogió las manos y lo besó en las mejillas—. Sé que Tommen estará igual de satisfecho. Eso quiere decir que podemos dar carta blanca a la flota de Lord Redwyne para que vaya a expulsar de las Escudos a los hombres del hierro.

Las noticias del Dominio eran más preocupantes con cada cuervo que llegaba. Por lo visto, los hombres del hierro no se habían conformado con sus nuevas piedras. Saqueaban con virulencia Mander arriba; incluso habían llegado a atacar el Rejo y las islas pequeñas que lo rodeaban. Los Redwyne apenas habían dejado una docena de navíos de combate en sus propias aguas, y todos estaban ya hundidos o en manos de los invasores. Por si fuera poco, empezaban a llegar informes de que el loco que se hacía llamar Euron *Ojo de Cuervo* se atrevía a enviar barcoluengos río arriba por el Sonido Susurrante, hacia Antigua.

—Cuando el *Bella Cersei* izó las velas, Lord Paxter ya se estaba aprovisionando para el viaje de vuelta —informó Lord Mares—. A estas alturas, el grueso de su flota estará en el mar.

—Esperemos que tengan un viaje rápido y mejor clima que el de hoy. —La Reina hizo una seña a Mares para que se sentara a su lado, junto a la ventana—. ¿Debemos dar las gracias a Ser Loras por este triunfo?

La sonrisa del hombre se esfumó.

—Algunos os dirían que sí, Alteza.

—¿Algunos? —Le dirigió una mirada interrogativa—. ¿Vos no?

—Nunca había visto caballero tan valeroso —dijo Mares—, pero convirtió en una carnicería lo que podría haber sido una victoria sin derramamiento de sangre. Ha muerto un millar de hombres o poco menos. Casi todos eran de los nuestros. Y no sólo soldados comunes, Alteza; también caballeros y jóvenes señores, los mejores,

los más valientes.

—¿Y Ser Loras?

—Puede que se convierta en el mil uno. Después de la batalla lo llevaron al interior del castillo, pero sus heridas son espantosas. Ha perdido tanta sangre que los maestres no se atreven a ponerle las sanguijuelas.

—Qué pena. Tommen se va a llevar un disgusto. Admiraba tanto a nuestro galante Caballero de las Flores...

—Y el pueblo también —añadió su almirante—. Cuando muera Loras, las doncellas llorarán ante sus copas de vino por todo el reino.

La Reina sabía que no se equivocaba. El día en que Ser Loras se hizo a la mar, tres mil personas se congregaron ante la Puerta del Lodazal para despedirlo, y tres de cada cuatro eran mujeres. Aquello le había parecido un espectáculo despreciable. Habría querido gritarles que no eran más que ovejas y decirles que lo único que les podría proporcionar Loras Tyrell era una sonrisa y una flor. Sin embargo, proclamó que era el caballero más osado de los Siete Reinos, y sonrió cuando Tommen le entregó una espada enjoyada para que la utilizara en la batalla. El Rey también le había dado un abrazo, cosa que no entraba en los planes de Cersei, pero ya no tenía importancia. Podía permitirse el lujo de la generosidad; Loras Tyrell estaba agonizando.

—Contadme —ordenó Cersei—. Quiero saberlo todo, del principio al final.

Cuando terminó, la habitación estaba ya casi a oscuras. La Reina encendió unas cuantas velas y mandó a Dorcas a las cocinas a buscar pan, queso y buey guisado con rábano picante. Mientras cenaban le pidió a Aurane que le volviera a contar la historia para memorizar bien todos los detalles.

—No quiero que nuestra amada Margaery reciba esa noticia de cualquier desconocido —dijo—. Yo misma se la transmitiré.

—Vuestra Alteza es muy bondadosa —dijo Mares con una sonrisa.

«Una sonrisa malévolas —pensó la Reina. Aurane no se parecía tanto como había creído al príncipe Rhaegar—. Tiene su pelo, pero por lo que se dice, también lo tiene la mitad de las putas de Lys. Rhaegar era un hombre; este es un chiquillo astuto, nada más. Aunque, a su manera, resulta útil.»

Margaery estaba en la Bóveda de las Doncellas, bebiendo vino con sus tres primas, todas concentradas en un juego nuevo llegado de Volantis. Era tarde, pero los guardias abrieron paso a Cersei al momento.

—Alteza —empezó—, es mejor que sea yo quien os dé la noticia. Aurane ha vuelto de Rocadragón. Vuestro hermano es un héroe.

—Siempre lo he sabido. —Margaery no parecía sorprendida.

«¿Por qué iba a estarlo? Se esperaba esto desde el momento en que Loras me pidió el mando.»

Pero cuando Cersei terminó de narrar la historia, las lágrimas brillaban en las mejillas de la joven reina.

—Redwyne tenía mineros excavando un túnel bajo las murallas del castillo, pero ese método era demasiado lento para el Caballero de las Flores. Sin duda pensaba en las gentes de vuestro padre, que sufrían en las Escudos. Lord Mares dice que ordenó el ataque cuando apenas llevaba media jornada al mando, después de que el castellano de Lord Stannis se negara a aceptar su oferta de zanjar el asedio con un combate singular entre ellos. Loras fue el primero en entrar cuando el ariete derribó las puertas del castillo. Dicen que cabalgó directamente hacia la boca del dragón, todo de blanco, haciendo girar el mangual por encima de la cabeza, matando a derecha e izquierda.

A aquellas alturas, Megga Tyrell ya no disimulaba los sollozos.

—¿Cómo murió? —quiso saber—. ¿Quién lo mató?

—Ningún hombre tuvo el honor de acabar con él —respondió Cersei—. Ser Loras recibió una saeta en el muslo y otra le atravesó el hombro, pero siguió luchando con valentía, aunque perdía sangre a borbotones. Más tarde recibió un golpe de maza que le rompió unas cuantas costillas. Después de eso... No, mejor no, os ahorraré la peor parte.

—Contádmelo todo —dijo Margaery—. Os lo ordeno.

«¿Os lo ordeno?» Cersei se detuvo un instante; luego decidió pasarlo por alto.

—Después de que los nuestros tomaran la muralla, los defensores se replegaron a un torreón interior. Loras volvió a encabezar el ataque. Le cayó encima aceite hirviendo. —Lady Alla se puso blanca como la cal y salió corriendo de la habitación—. Lord Mares me asegura que los maestres están haciendo todo lo posible, pero me temo que las quemaduras de vuestro hermano son demasiado graves. —Cersei abrazó a Margaery para consolarla—. Ha salvado el reino. —Al besar a la pequeña reina en la mejilla notó el sabor salado de sus lágrimas—. Jaime escribirá sus hazañas en el Libro Blanco; los bardos glosarán su valor durante mil años.

Margaery se liberó de su abrazo con tal violencia que Cersei estuvo a punto de caerse.

—Agonizante no es lo mismo que muerto —dijo.

—No, pero los maestres dicen...

—¡Agonizante no es lo mismo que muerto!

—Sólo quería ahorraros...

—Ya sé qué queríais. Fuera de aquí.

«Ahora ya sabes cómo me sentí la noche en que murió mi Joffrey.»

Hizo una reverencia; su rostro era una máscara de cortesía gélida.

—Comparto vuestra tristeza, querida hija. Os dejo a solas con vuestro dolor.

Lady Merryweather no apareció aquella noche, y Cersei estaba demasiado

inquieta para conciliar el sueño.

«Si Lord Tywin pudiera verme ahora, sabría que soy su heredera, una heredera digna de la Roca», pensó mientras yacía en la cama al lado de Jocelyn Swyft, que roncaba suavemente con la cabeza en la otra almohada.

Margaery no tardaría en llorar con las lágrimas amargas que debería haber derramado por Joffrey. Tal vez Mace Tyrell llorara también, pero ella no le había dado motivo alguno para romper su alianza. ¿Qué había hecho sino honrar a Loras con su confianza? Él mismo le había pedido el mando de rodillas, ante la mirada de la mitad de la corte.

«Cuando muera tendré que erigir una estatua suya en alguna parte; le organizaré el funeral más magnífico que se haya visto jamás en Desembarco del Rey. —Al pueblo le gustaría. Y a Tommen también—. Puede que Mace me dé las gracias y todo. En cuanto a su señora madre, si los dioses son bondadosos, esta noticia la matará.»

El amanecer fue el más hermoso que Cersei había visto en muchos años. Taena se presentó poco después y confesó que se había pasado la noche consolando a Margaery y a sus damas, bebiendo vino, llorando y contando anécdotas de Loras.

—Margaery sigue convencida de que no va a morir —informó mientras la Reina se vestía para la reunión con la corte—. Tiene intención de enviarle a su maestre para que lo atienda. Las primas están rezando a la Madre, pidiéndole clemencia.

—Yo también rezaré. Acompañadme mañana al septo de Baelor y encenderemos un centenar de velas por nuestro galante Caballero de las Flores. —Se volvió hacia su doncella—. Tráeme la corona, Dorcas. La nueva, por favor.

Era más ligera que la anterior, de oro batido, con incrustaciones de esmeraldas que centelleaban cada vez que movía la cabeza.

—Esta mañana hay cuatro que vienen por asuntos del Gnomo —le dijo Ser Osmund cuando Jocelyn le abrió la puerta.

—¿Cuatro?

Fue una grata sorpresa para la Reina. El goteo de informadores que acudían a la Fortaleza Roja asegurando tener noticias de Tyrion era constante, pero que hubiera cuatro en un día no era lo habitual.

—Sí —asintió Osmund—. Uno os trae una cabeza.

—Lo recibiré el primero. Hacedlo pasar a mis habitaciones.

«Que no haya errores esta vez. Que Joff sea vengado por fin y pueda descansar en paz.»

Según los septones, el número siete era sagrado a ojos de los dioses. Si era así, tal vez aquella cabeza que le llevaban, la séptima, fuera el bálsamo que tanto ansiaba su corazón.

Resultó que se trataba de un tyroshi bajo, achaparrado y sudoroso, con una

sonrisa zalamera que le recordaba la de Varys y la barba teñida de verde y rosa. A Cersei le desagradó a primera vista, pero estaba más que dispuesta a pasarlo todo por alto si la cabeza que llevaba en aquel cofre era de verdad la de Tyrion. El cofre era de cedro, con incrustaciones de marfil en forma de hojas y flores, y bisagras y cierres de oro blanco. Era hermoso, pero a la Reina sólo le interesaba lo que pudiera haber en su interior.

«Al menos es grande. Para ser tan pequeño, Tyrion tenía una cabeza enorme.»

—Alteza —murmuró el tyroshi al tiempo que se doblaba en una reverencia—, sois tan bella como se dice. La fama de vuestra hermosura ha cruzado el mar Angosto, así como la del dolor que desgarra vuestro bondadoso corazón. Nadie puede devolveros a vuestro valiente hijo, pero tengo la esperanza de poder ofreceros al menos algo que alivie vuestro sufrimiento. —Se llevó una mano al pecho—. Os traigo justicia. Os traigo la cabeza de vuestro *valonqar*.

La antigua palabra valyria le provocó un escalofrío, pero también un cosquilleo de esperanza.

—El Gomo ya no es mi hermano, si es que lo fue alguna vez —declaró—. Y me niego a pronunciar su nombre. El suyo fue un nombre digno, antes de que lo deshonrara.

—En Tyrosh lo llamamos Manosrojas, por la sangre que corre por ellas. La sangre de un rey y un padre. Hay quien dice que también mató a su madre, que salió de su vientre desgarrándolo a zarpazos.

«Qué tontería», pensó Cersei.

—Es cierto —dijo—. Si traéis la cabeza del Gomo en ese cofre, os concederé el título de señor y os otorgaré tierras fértiles y castillos. —Los títulos eran más baratos que el barro, y las tierras de los ríos estaban llenas de castillos en ruinas que se alzaban desolados entre campos descuidados y aldeas quemadas—. La corte me espera. Veamos qué traéis en esa caja.

El tyroshi abrió el cofre con un movimiento teatral y retrocedió sonriente. Dentro, la cabeza de un enano reposaba en un lecho de terciopelo azul, mirándola.

Cersei la contempló largo rato.

—Ese no es mi hermano. —Tenía un regusto amargo en la boca. «En fin, era demasiado pedir, sobre todo después de lo de Loras. Los dioses no son nunca tan generosos»—. Ese hombre tiene los ojos marrones. Tyrion tenía uno negro y el otro verde.

—Los ojos, claro... Alteza, es que los ojos de vuestro hermano se habían... Cómo decirlo... podrido. Me tomé la libertad de sustituirlos por otros de cristal; pero como decís, me equivoqué de color.

Con eso sólo consiguió enfurecerla más.

—Puede que esa cabeza tenga ojos de cristal, pero yo no. En Rocadragón hay

gárgolas que se parecen al Gnomo más que esa criatura. Es calvo y dobla en edad a mi hermano. ¿Dónde han ido a parar los dientes?

El hombre se había ido encogiendo ante la ira que rezumaba su voz.

—Tenía unos dientes de oro excelentes, Alteza, pero... Lo lamento mucho...

—Todavía no. Pero lo lamentaréis.

«Debería ordenar que lo estrangularan. Que luchara por respirar hasta que se le pusiera la cara negra, como le pasó a mi pobre hijo.» Tenía las palabras en la punta de la lengua.

—Ha sido un error involuntario. Los enanos son todos iguales, y... como puede ver Vuestra Alteza, no tiene nariz...

—¡Porque se la has cortado!

—¡No! —El sudor de su frente delataba la mentira.

—Sí. —El tono de Cersei era de una dulzura venenosa—. Al menos has tenido suficiente sentido común para eso. El último imbécil que vino, intentó convencerme de que un mago errante había hecho que le volviera a crecer. Aun así, en mi opinión, le debes una nariz a este enano. La Casa Lannister siempre paga sus deudas, y tú también las pagarás. Ser Meryn, llevad a este estafador con Qyburn.

Ser Meryn Trant se llevó a rastras al tyroshi, que seguía protestando. Cuando se quedaron solos, Cersei se volvió hacia Osmund Kettleblack.

—Quitad eso de mi vista, Ser Osmund, y haced pasar a los otros tres que dicen tener noticias del Gnomo.

—Sí, Alteza.

Por desgracia, los tres aspirantes a informadores le fueron de tan poca utilidad como el tyroshi. Uno le dijo que el Gnomo se escondía en un burdel de Antigua, donde daba placer a los hombres con la boca. La imagen era divertida, pero Cersei no se lo creyó ni por asomo. El segundo aseguró haber visto al enano en un espectáculo de cómicos en Braavos. El tercero insistía en que Tyrion se había hecho ermitaño y vivía en una colina encantada, en las tierras de los ríos. La Reina les dio la misma respuesta a los tres.

—Si tenéis la amabilidad de guiar a mis valientes caballeros hasta ese enano, recibiréis una generosa recompensa —prometió—. Siempre y cuando sea el Gnomo, claro. Si no... Bueno, mis caballeros no tienen paciencia con los engaños, ni con los patanes que les hacen perseguir sombras. Alguien podría quedarse sin lengua.

Los tres informadores perdieron la fe al momento y reconocieron que quizás se hubieran equivocado de enano.

Hasta entonces, Cersei no había caído en la cuenta de cuántos enanos había.

—¿Qué pasa? ¿Que el mundo entero está lleno de monstruos retorcidos? —se quejó cuando salió el último informador—. ¿Cuántos puede haber?

—Menos que antes —respondió Lady Merryweather—. ¿Me concede Vuestra

Alteza el honor de acompañarla a la corte?

—Si soportáis el aburrimiento... —suspiró Cersei—. Robert era un imbécil en muchos aspectos, pero en una cosa tenía razón: gobernar un reino era un trabajo agotador.

—Me entristece ver a Vuestra Alteza tan cansada. ¿Por qué no hacemos una escapada y dejamos que la Mano del Rey se ocupe de esas peticiones tan aburridas? Podemos disfrazarnos de criadas y pasar el día con el pueblo para averiguar qué se cuenta de la caída de Rocadragón. Conozco la taberna donde canta el Bardo Azul cuando no está deleitando a la pequeña reina, y también un antro donde un conjurador convierte el plomo en oro, el agua en vino y a las chicas en chicos. Tal vez pueda hechizarnos a una de las dos. ¿No le haría gracia a Vuestra Alteza ser un hombre durante una noche?

«Si fuera un hombre, sería Jaime —pensó la Reina—. Si fuera un hombre, podría gobernar el reino en mi propio nombre en lugar de Tommen.»

—Sólo si vos siguierais siendo una mujer —dijo, a sabiendas de que era lo que quería oír Taena—. Sois muy mala, tentarme de esa manera... Pero ¿qué reina sería si dejara mi reino en las manos temblorosas de Harys Swyft?

—Vuestra Alteza es demasiado diligente. —Taena hizo un puchero.

—Ciento —reconoció Cersei—, y lo lamentaré antes de que llegue la noche. —Cogió a Lady Merryweather por el brazo—. Vamos.

Jalabhar Xho fue el primero en presentar su petición aquel día, como correspondía a su condición de príncipe en el exilio. Por espléndido que fuera su aspecto, con la capa de plumas de colores vivos, iba a lo de siempre: a suplicar. Cersei permitió, como en todas las ocasiones, que le rogara hombres y armas con que recuperar el Valle de la Flor Roja.

—Su Alteza está en medio de una guerra, príncipe Jalabhar —dijo cuando terminó—. Ahora mismo no puede prescindir de ningún hombre para la vuestra. Tal vez el año que viene.

Eso era lo que Robert le decía siempre. Al año siguiente le diría que se olvidara, pero aquel día, no: Rocadragón estaba en sus manos.

Lord Hallyne, del Gremio de Alquimistas, se presentó para pedir que permitiera a sus piromantes incubar los huevos de dragón que pudieran localizar en Rocadragón, ya que la isla estaba a salvo en manos regias.

—Si quedaran huevos de dragón, Stannis los habría vendido para pagar su revuelta —le dijo la Reina.

Se contuvo para no añadir que el plan era una locura. Desde la muerte del último dragón Targaryen, todos los intentos como aquel habían acabado en muerte o en desastre.

Un grupo de comerciantes se presentó para suplicar al trono que intercediera en

su favor ante el Banco de Hierro de Braavos. Al parecer, los braavosis les exigían el pago inmediato de todas sus deudas, y se negaban a conceder nuevos créditos.

«Tenemos que crear nuestro propio banco —decidió Cersei—. El Banco Dorado de Lannisport.» Tal vez pusiera en marcha ese proyecto después de asegurar el trono de Tommen. Por el momento, lo único que podía hacer era ordenar a los mercaderes que pagaran a los usureros braavosis.

Su viejo amigo, el septón Raynard, encabezaba la delegación enviada por la Fe. Seis Hijos del Guerrero lo habían escoltado hasta allí; en total sumaban siete, un número sagrado y propicio. El nuevo Septón Supremo, o Gorrión Supremo, como lo llamaba el Chico Luna, lo hacía todo con el siete. Los caballeros llevaban cintos a rayas con los siete colores de la Fe. Se adornaban con cristales la empuñadura de la espada larga y la cimera del yelmo. Llevaban escudos rematados en punta por debajo; una forma que no era habitual desde la Conquista, y con un blasón que hacía siglos que no se veía en los Siete Reinos: una espada con los colores del arco iris brillando sobre un campo de oscuridad. Según Qyburn, casi cuatrocientos caballeros habían acudido ya para poner vida y espada al servicio de la Fe, con los Hijos del Guerrero, y cada día llegaban más.

«Todos ebrios de dioses. ¿Quién iba a imaginar que había tantos en el reino?»

Casi todos eran caballeros que habían estado al servicio de alguna Casa o caballeros errantes, pero también acudieron unos cuantos de noble cuna: segundones y otros hijos pequeños, señores menores, ancianos que querían expiar antiguos pecados... Y también estaba Lancel. Cuando Qyburn le dijo que el estúpido de su primo había renunciado a castillo, tierras y esposa para volver a la ciudad y unirse a la Noble y Pujante Orden de los Hijos del Guerrero, pensó que era una broma; pero allí estaba, con todos los demás imbéciles santurrones.

A Cersei no le gustaba nada todo aquello. Menos aún le gustaban la interminable hostilidad y la ingratitud del Gorrión Supremo.

—¿Dónde está el Septón Supremo? —interrogó a Raynard—. Lo he mandado llamar a él.

—Su Altísima Santidad me ha enviado a mí en su lugar —respondió el septón Raynard en tono contrito—. Me ordena que le diga a Vuestra Alteza que los Siete lo envían a combatir la perversión.

—¿Cómo? ¿Predicando la castidad en la calle de la Seda? ¿Cree que rezar por las putas las convertirá en vírgenes?

—El Padre y la Madre dieron forma a nuestros cuerpos para que el hombre se uniera con la mujer y engendraran hijos legítimos —replicó Raynard—. Que las mujeres vendan sus partes sagradas por dinero es un pecado nefando.

Tan piadoso sentimiento habría resultado mucho más convincente si la Reina no supiera que el septón Raynard tenía amigas íntimas en todos los burdeles de la calle

de la Seda. Sin duda había decidido que era mejor repetir lo que piaba el Gorrión Supremo que fregar suelos.

—No os atreváis a venirme con sermones —le dijo—. Los propietarios de los burdeles se han quejado, y con razón.

—Los pecadores hablan, pero ¿por qué van a escuchar los justos?

—Esos pecadores alimentan las arcas reales —replicó la Reina con brusquedad—: con sus monedas se paga el salario de mis capas doradas y se construyen galeras para defender nuestras orillas. También hay que pensar en el comercio. Si no hubiera burdeles en Desembarco del Rey, los barcos se irían al Valle Oscuro o a Puerto Gaviota. Su Altísima Santidad me prometió paz en mis calles; la prostitución contribuye a mantener esa paz. Si desaparecen las putas, empezarán las violaciones. Por tanto, que Su Altísima Santidad rece en el septo, que es el sitio adecuado.

La Reina había pensado que vería también a Lord Gyles, pero en su lugar se presentó el Gran Maestre Pycelle, con el rostro ceniciente y gesto evasivo, para decirle que Rosby estaba tan débil que no se podía levantar.

—Lamento informaros de que me temo que Lord Gyles se reunirá muy pronto con sus nobles antepasados. Que el Padre lo juzgue con justicia.

«Si Rosby muere, Mace Tyrell y la pequeña reina volverán a intentar imponerme a Garth *el Grosero*.»

—Lord Gyles lleva años con esa tos, y hasta ahora no lo ha matado —protestó—. Se pasó tosiendo la mitad del reinado de Robert y todo el de Joffrey. Si se está muriendo, será porque alguien quiere verlo muerto.

El Gran Maestre Pycelle parpadeó con incredulidad.

—Alteza... ¿Quién...? ¿Quién podría desear la muerte de Lord Gyles?

—Tal vez su heredero. —«O la pequeña reina»—. Alguna mujer a la que despreció... —«Margaery, Mace y la Reina de las Espinas, ¿por qué no? Gyles se interpone en su camino»—. Algún viejo enemigo. Un enemigo nuevo. Vos.

El anciano palideció.

—V-Vuestra Alteza tiene que estar de broma. He... He purgado a su señoría, lo he sangrado, lo he tratado con cataplasmas e infusiones... Los vapores le proporcionan cierto alivio, y el sueñodulce le aplaca un poco la tos, pero lamento comunicaros que, junto con la sangre, ahora escupe trocitos de pulmón.

—Me da igual. Volved con Lord Gyles e informadlo de que no tiene mi permiso para morirse.

—Como ordene Vuestra Alteza. —Pycelle hizo una reverencia rígida.

Hubo más, más, muchos más, y cada peticionario era más aburrido que el anterior. Aquella noche, cuando por fin hubo terminado con el último, tomó una cena ligera con su hijo.

—Cuando reces antes de acostarte, dales las gracias a la Madre y al Padre por ser

aún un niño —le dijo—. Reinar es muy duro. Te aseguro que no te va a gustar. Te picotearán como una bandada de cuervos; cada uno querrá un pedacito de tu carne.

—Sí, madre —dijo con tristeza. Cersei comprendió que se debía a que la pequeña reina le había dicho lo de Ser Loras. Según Ser Osmund, el niño se había echado a llorar. «Es pequeño. Cuando tenga la edad de Joff, se habrá olvidado hasta de la cara de Loras»—. No me importa, de verdad —continuó el niño—. Debería acompañarte todos los días a la corte, para escuchar. Margaery dice...

—Margaery habla demasiado —estalló Cersei—. Me dan ganas de arrancarle la lengua.

—¡No digas eso! —gritó Tommen de repente, con la carita redonda enrojecida—. No le toques la lengua. No la toques a ella. El rey soy yo, no tú.

Se quedó mirándolo con incredulidad.

—¿Qué has dicho?

—Que soy el rey y yo digo a quién hay que arrancarle la lengua, no tú. No dejaré que le hagas daño a Margaery. No te dejaré. ¡Te lo prohíbo!

Cersei lo cogió por la oreja y lo arrastró hasta la puerta mientras se debatía. Ser Boros Blount estaba montando guardia.

—Ser Boros, Su Alteza no sabe comportarse. Tened la amabilidad de acompañarlo a sus aposentos, y llevadle a Pate. Esta vez, que lo azote Tommen personalmente. Que no pare hasta que le sangren las dos nalgas. Si Su Alteza se niega, o si se atreve a protestar, llamad a Qyburn y que le corte la lengua a Pate, para que Su Alteza aprenda el precio de la insolencia.

—Como ordenéis —respondió Ser Boros al tiempo que miraba al Rey, incómodo—. Acompañadme, Alteza, por favor.

Cuando la noche envolvió la Fortaleza Roja, Jocelyn encendió la chimenea de la Reina, mientras Dorcas prendía las velas de los lados de la cama. Cersei abrió la ventana para respirar aire fresco, y vio que las nubes volvían a cubrir las estrellas.

—Qué noche más oscura, Alteza —murmuró Dorcas.

«Sí —pensó—, pero no tanto como en la Bóveda de las Doncellas, ni como en Rocadragón, donde yace Loras Tyrell quemado y sangrando, ni como en las celdas negras que hay bajo el castillo. —La Reina no sabía por qué le había acudido aquello a la cabeza. Estaba decidida a no volver a pensar en Falyse—. Un combate singular. Es culpa de Falyse, por casarse con semejante imbécil. —Según las noticias que llegaban de Stokeworth, Lady Tanda había muerto de un enfriamiento en el pecho provocado por la fractura de cadera. Habían nombrado Lady Stokeworth a Lollys *la Lela*, y Ser Bronn era el señor—. Tanda muerta, y Gyles agonizante. Menos mal que tenemos al Chico Luna; así no nos quedamos sin bufones. —La Reina sonrió y apoyó la cabeza en la almohada—. Cuando la besé en la mejilla, noté el sabor salado de sus lágrimas.»

Volvió a tener el viejo sueño, el de las tres niñas con capas marrones, una vieja arrugada y una carpa que olía a muerte.

La carpa de la vieja era alta, con cubierta puntiaguda. No quería entrar, igual que no había querido a los diez años, pero las otras niñas la miraban y no podía echarse atrás. En el sueño eran tres, como en la vida real. Jeyne Farman, la gorda, se quedó atrás, como siempre. Ya era raro que hubiera llegado hasta allí. Melara Hetherspoon era más atrevida, mayor y más bonita, aunque pecosa. Las tres se habían puesto la capa de lana basta y se habían cubierto con la capucha después de escabullirse de la cama y cruzar los terrenos del torneo para ir a ver a la hechicera. Melara había oído cuchichear a las criadas; decían que podía maldecir a un hombre o hacer que se enamorara, invocar demonios y predecir el futuro.

En la vida real, las niñas habían llegado jadeantes y risueñas, cuchicheando, tan emocionadas como asustadas. En el sueño era diferente. En el sueño, los pabellones estaban envueltos en sombras; los caballeros y criados con que se cruzaban eran de neblina. Las chicas vagaron un buen rato antes de dar con la carpa de la vieja. Cuando llegaron, todas las antorchas se estaban consumiendo ya. Cersei las observó arrebujarse en las capas y hablar en susurros.

«Marchaos —trató de decirles—. Dad media vuelta. Eso no es para vosotras.»

Pero aunque movía los labios, no le salían las palabras.

La hija de Lord Tywin fue la primera en levantar la cortina de la carpa, seguida de Melara. Jeyne Farman entró la última y trató de esconderse detrás de las otras dos, como hacía siempre.

En el interior reinaba un caos de olores: canela; nuez moscada; pimienta roja, negra y blanca; leche de almendras; cebolla; clavo; citronela; cotizado azafrán, y otras especias aún más escasas. La única luz procedía de un brasero de hierro en forma de cabeza de basilisco, era una iluminación verdosa que hacía que las paredes de la carpa parecieran frías, muertas, podridas. ¿Había sido así en la vida real? Cersei no lo recordaba.

En el sueño, la hechicera estaba durmiendo, igual que en la realidad.

«No la despertéis —quiso gritarles la Reina—. Estúpidas, no se debe despertar a una hechicera dormida.» Pero sin lengua no pudo hacer más que mirar como la niña se quitaba la capa y daba una patada al jergón de la bruja.

—Despierta —dijo—. Queremos que nos leas el futuro.

Cuando Maggy la Rana abrió los ojos, Jeyne Farman lanzó un grito de miedo y huyó de la carpa hacia la noche. Jeyne, regordeta y menuda, tímida e idiota, con su cara rechoncha, siempre asustada hasta de las sombras.

«Pero ella fue la inteligente.» Jeyne seguía viviendo en Isla Bella. Se había casado con un banderizo de su señor hermano y le había dado una docena de hijos.

La anciana tenía los ojos amarillos, con unas costras repugnantes. En Lannisport

se comentaba que, cuando su esposo volvió del este con ella, junto con un cargamento de especias, era joven y hermosa, pero los años y la maldad habían dejado sus marcas. Era baja, achaparrada, llena de verrugas, con una papada verdosa. Había perdido todos los dientes, y las tetas le colgaban hasta las rodillas. Al acercarse a ella se percibía el olor de la enfermedad, y cuando habló, su aliento era extraño, fuerte, repulsivo.

—Largo de aquí —les dijo a las niñas con una voz que era como un graznido.

—Hemos venido a que nos leas el futuro —le replicó la pequeña Cersei.

—Largo de aquí —graznó por segunda vez la anciana.

—Nos han dicho que puedes ver el mañana —dijo Melara—. Sólo queremos saber con qué hombres vamos a casarnos.

—Largo de aquí —graznó Maggy por tercera vez.

«Hacedle caso —habría gritado la Reina si tuviera lengua—. Todavía estáis a tiempo. ¡Huid, estúpidas!»

La niña de los bucles dorados se llevó las manos a las caderas.

—Léenos el futuro o se lo diré a mi señor padre y te hará azotar por tu insolencia.

—Por favor —rogó Melara—. Léenos el futuro y nos marcharemos.

—Aquí hay alguien que no tiene futuro —murmuró Maggy con su espantosa voz ronca. Se puso la túnica y les hizo una señal para que se acercaran—. Si no queréis largaros, venid. Estúpidas. Venid, sí. Tengo que probar vuestra sangre.

Melara se puso pálida, pero Cersei no. Una leona no tenía miedo de una rana, por vieja y fea que fuera. Debería haberse marchado; debería haber obedecido; debería haber huido de allí. Sin embargo, cogió el puñal que le tendió Maggy, y se pasó la hoja de hierro mellado por la yema del pulgar. Luego le hizo lo mismo a Melara.

En la penumbra verdosa de la carpa, la sangre parecía más negra que roja. La boca desdentada de Maggy tembló al verla.

—Ven —susurró—, trae aquí.

Cersei le tendió la mano, y la vieja sorbió la sangre con unas encías tan suaves como las de un recién nacido. La Reina aún recordaba lo fría y desagradable que era aquella boca.

—Tres preguntas puedes hacer —dijo la vieja después de beber—. No te van a gustar mis respuestas. Haz las preguntas y lárgate.

«Vete —pensó la Reina en sueños—. No digas nada, vete.» Pero la niña carecía del sentido común suficiente para tener miedo.

—¿Cuándo me casaré con el príncipe? —preguntó.

—Nunca. Te casarás con el rey.

Bajo los rizos dorados, el rostro de la niña se frunció en un gesto de desconcierto. Durante muchos años pensó que aquellas palabras querían decir que no se casaría con Rhaegar hasta después de la muerte de Aerys, su padre.

—Pero seré reina, ¿verdad? —preguntó la pequeña.

—Sí. —Los ojos amarillos de Maggy tenían un brillo malévolos—. Reina serás... hasta que llegue otra más joven y bella para derrocarte y apoderarse de todo lo que te es querido.

La ira relampagueó en el rostro de la niña.

—Si lo intenta, le diré a mi hermano que la mate. —Ni aun así se detuvo; era una criatura testaruda. Todavía le quedaba una pregunta, un atisbo de lo que le esperaba en la vida—. ¿El Rey y yo tendremos hijos? —preguntó.

—Oh, sí. Él, diecisésis; tú, tres.

Aquello no tenía lógica. El corte del pulgar le dolía; la sangre goteaba en la alfombra.

«¿Cómo es posible?», habría querido preguntar, pero ya no le quedaban preguntas.

Sin embargo, la anciana no había terminado con ella.

—De oro serán sus coronas y de oro sus mortajas —le dijo—. Y cuando las lágrimas te ahoguen, el *valonqar* te rodeará el cuello blanco con las manos y te arrebatará la vida.

—¿Qué es un *valonqar*? ¿Una especie de monstruo? —A la niña de pelo dorado no le habían gustado las profecías—. Eres una mentirosa, una rana con verrugas, una vieja maloliente, no me creo ni una palabra. Vámonos, Melara. No vale la pena escucharla.

—A mí también me tocan tres preguntas —insistió su amiga. Cersei la agarró por el brazo, pero ella se liberó y se volvió hacia la vieja—. ¿Me casaré con Jaime? —preguntó de sopetón.

«Qué imbécil —pensó la Reina, furiosa pese a los años transcurridos—. Jaime no sabe ni que existes». En aquellos tiempos, su hermano sólo vivía para las espadas, los perros, los caballos... y para ella, su melliza.

—Ni con Jaime ni con nadie —replicó Maggy—. Los gusanos devorarán tu virginidad. Tu muerte está aquí esta noche, niña. ¿No la hueles? Está muy cerca.

—La única que huele aquí eres tú —dijo Cersei.

A su lado tenía una mesa, y en ella, un tarro con una pócima espesa. La cogió y se la tiró a la anciana a los ojos. En la vida real, la vieja le gritó en un extraño idioma extranjero y las maldijo mientras huían de la carpa. Pero en el sueño, su rostro se disolvió, se fundió con los jirones de neblina gris hasta que sólo quedaron los ojos amarillos entrecerrados, los ojos de la muerte.

«El *valonqar* te rodeará el cuello con las manos», oyó la Reina, pero no era la voz de la anciana. Las manos salieron de la neblina de su sueño y se cerraron en torno a su cuello. Manos gruesas, manos fuertes. Por encima de ellas flotaba su rostro, que la miraba burlón desde arriba con ojos dispares. «No», trató de gritar la Reina, pero los

dedos del enano se le hundieron en la carne y ahogaron sus protestas. Chilló y pataleó, pero no sirvió de nada. Pronto empezó a emitir los mismos sonidos que su hijo, el espantoso pitido al intentar respirar que había marcado los últimos momentos de Joff.

Se despertó en la oscuridad, jadeante, con la colcha enroscada en torno al cuello. Cersei se liberó de ella con tal violencia que la desgarró, y se incorporó sentada, con el pecho agitado.

«Ha sido un sueño —se dijo—, un sueño antiguo y una colcha enredada, nada más.»

Taena volvía a pasar la noche con la pequeña reina, así que quien dormía a su lado era Dorcas. La Reina la agitó por el hombro con brusquedad.

—Despierta, ve a buscar a Pycelle. Supongo que está con Lord Gyles. Que suba de inmediato.

Todavía medio dormida, Dorcas salió de la cama y se tambaleó por la estancia en busca de su ropa; sus pisadas hacían crujir la paja del suelo.

Al cabo de varios siglos, el Gran Maestre Pycelle entró arrastrando los pies. Se detuvo ante ella con la cabeza inclinada, parpadeando y esforzándose por contener los bostezos. Parecía como si el peso de la enorme cadena de maestre que llevaba en torno al cuello arrugado estuviera a punto de hacerlo caer. Pycelle había sido viejo desde que Cersei lo recordaba, pero hubo un tiempo en que también fue magnífico: digno, con atuendos opulentos y una cortesía exquisita. La poblada barba blanca le había proporcionado un aura de sabiduría. Pero Tyrion se la había afeitado, y lo que le había crecido en su lugar eran unos patéticos mechones de pelo fino y quebradizo, con los que trataba de esconder la papada sonrosada.

«No es un hombre —pensó—; son sus restos. Las celdas negras le arrebataron toda la fuerza. Bueno, con ayuda de la navaja del Gnomo.»

—¿Cuántos años tenéis? —preguntó Cersei con tono brusco.

—Ochenta y cuatro, si a Vuestra Alteza le parece bien.

—Me parecería mejor un hombre más joven.

El anciano se pasó la lengua por los labios.

—Sólo tenía cuarenta y dos cuando el Cónclave me hizo llamar. Kaeth tenía ochenta cuando lo eligieron, y Ellendor iba a cumplir los noventa. La carga pudo con ellos; ambos murieron en menos de un año. El siguiente fue Merion. Sólo tenía sesenta y seis años, pero murió de un enfriamiento cuando venía a Desembarco del Rey. Después de aquello, Aegon le pidió a la Ciudadela que enviara a alguien más joven. Fue el primer rey al que serví.

«Y Tommen será el último.»

—Necesito que me deis una pócima. Algo que me ayude a dormir.

—Una copa de vino antes de acostaros puede...

—Ya he bebido vino, cretino descerebrado. Quiero algo más fuerte, que no me deje soñar.

—¿Vuestra Alteza...? ¿Vuestra Alteza no quiere soñar?

—¿Qué acabo de deciros? ¿Es que tenéis las orejas tan reblandecidas como la polla? ¿Vais a traerme una pócima, o tendré que ordenarle a Lord Qyburn que rectifique otro de vuestros fracasos?

—No. No hay necesidad de involucrar a ese... De involucrar a Qyburn. Dormir sin soñar. Os traeré una pócima.

—Muy bien. Retiraos. —Pero cuando se dirigía hacia la puerta, lo llamó otra vez—. Una cosa más. ¿Qué os enseñan en la Ciudadela sobre las profecías? ¿Es posible predecir el futuro?

El anciano titubeó. Se llevó al pecho una mano arrugada, para acariciarse la barba que ya no tenía.

—¿Es posible predecir el futuro? —repitió lentamente—. Tal vez. En los antiguos libros hay ciertos hechizos... Pero Vuestra Alteza debería hacerse otra pregunta: ¿Se debe predecir el futuro? Y la respuesta es no. Hay puertas que deben permanecer cerradas.

—Aseguraos de cerrar la mía cuando salgáis. —Debería haberse imaginado que su respuesta iba a ser tan inútil como él.

A la mañana siguiente desayunó con Tommen. El niño se mostró mucho más dócil; al parecer, lo de administrar el castigo a Pate había dado resultado. Tomaron huevos fritos, pan frito, panceta y unas naranjas sanguinas recién llegadas de Dorne por barco. Los gatitos de su hijo estaban con él. Al verlos juguetear en torno a sus pies, Cersei se sintió un poco mejor.

«A Tommen no le sucederá nada malo mientras yo viva.» Si hacía falta, mataría a la mitad de los señores y a todo el pueblo de Poniente con tal de mantenerlo a salvo.

—Ve con Jocelyn —le dijo cuando terminaron.

Luego mandó llamar a Qyburn.

—¿Sigue viva Lady Falyse?

—Está viva, sí. Aunque quizás no demasiado... cómoda.

—Entiendo. —Cersei meditó un instante—. Ese tal Bronn... La verdad, no me gusta tener un enemigo tan cerca. Todo su poder le viene de Lollys. Pero si nos presentáramos con su hermana mayor...

—Por desgracia, me temo que Lady Falyse ya no será capaz de gobernar Stokeworth —respondió Qyburn—. Ni siquiera de comer por sí misma. Me complace deciros que he descubierto muchas cosas gracias a ella, pero el conocimiento tiene su precio. Espero no haberme sobrepasado en el cumplimiento de vuestras instrucciones.

—No.

Fuera cual fuera su plan, ya era demasiado tarde. No tenía sentido dar más vueltas

a esas cosas.

«Más vale que muera —se dijo—. No querrá seguir viviendo sin su marido. Era un imbécil, pero parecía encariñada con él.»

—Hay otra cosa. Anoche tuve un sueño terrible.

—Todos los sufrimos de cuando en cuando.

—Este sueño tiene que ver con una bruja a la que fui a ver de niña.

—¿Una bruja de los bosques? Por lo general son inofensivas. Tienen algunos conocimientos de las hierbas y saben hacer de matronas, pero...

—Era mucho más que eso. Medio Lannisport acudía a ella en busca de amuletos y pócimas. Era madre de un señor menor, un comerciante rico al que mi abuelo había otorgado un título. El padre de este señor la había conocido en un viaje por el este. Unos decían que ella lo hechizó; otros, que le bastó con la magia que tenía entre los muslos. No siempre había sido repulsiva, o eso se decía. No recuerdo su nombre. Era muy largo, oriental, sonaba raro. La gente del pueblo la llamaba Maggy.

—¿Maegi?

—¿Así lo pronunciáis vos? Esa mujer chupaba una gota de sangre del dedo y decía qué depararía el futuro.

—La magia de sangre es la forma más negra de hechicería. Hay quien dice que también es la más poderosa.

No era lo que Cersei quería oír.

—Esa *maegi* me hizo varias profecías. Al principio me reí de ellas, pero... Predijo la muerte de una de mis doncellas. En aquel momento era una niña de once años, saludable como una potrilla, y vivía a salvo en la Roca. Pero poco después se cayó en un pozo y se ahogó.

Melara le había suplicado que no hablaran jamás de lo que habían oído en la carpa de la *maegi*.

«Si no volvemos a hablar de eso, se nos olvidará, se convertirá en una pesadilla que tuvimos —decía—. Las pesadillas nunca se hacen realidad.» Por aquel entonces eran tan jóvenes que aquello les sonó casi razonable.

—¿Aún echáis de menos a vuestra amiga de la infancia? —preguntó Qyburn—. ¿Eso es lo que os preocupa, Alteza?

—¿Melara? No. Apenas me acuerdo de su cara. Es que... La *maegi* sabía cuántos hijos iba a tener, y también lo de los bastardos de Robert. Años antes de que engendrara al primero, ella ya lo sabía. Me prometió que sería reina, pero dijo que llegaría otra... «Más joven y bella», me dijo... Otra reina que me arrebataría todo lo que me era querido.

—¿Y queréis impedir que se cumpla esa profecía?

«Más que nada en el mundo», pensó.

—¿Es posible?

—Oh, sí. No lo dudéis.

—¿Cómo?

—Me parece que Vuestra Alteza ya lo sabe.

Era verdad.

«Lo supe desde el principio —pensó—. Incluso cuando estábamos en la carpa. "Si lo intenta, le diré a mi hermano que la mate".»

Pero saber qué había que hacer era una cosa, y saber cómo hacerlo, otra muy diferente. Ya no podía confiar en Jaime. Una enfermedad repentina sería lo mejor, pero los dioses rara vez eran tan serviciales.

«Entonces, ¿cómo? ¿Un cuchillo, una almohada, una copa de veneno de corazón?» Todos los métodos tenían inconvenientes. Si un anciano moría mientras dormía, nadie sospechaba, pero si una muchacha de dieciséis años aparecía muerta en su cama, habría preguntas, y muy incómodas. Además, Margaery no dormía sola nunca. Incluso entonces, mientras Ser Loras agonizaba, estaba rodeada de espadas día y noche.

«Pero las espadas tienen dos filos. Los mismos que la guardan podrían acabar con ella. —Las pruebas tenían que ser tan abrumadoras que ni el señor padre de Margaery tuviera más remedio que acceder a su ejecución. No sería sencillo—. Sus amantes no confesarán; saben que perderían la cabeza, igual que ella. A menos que...»

Al día siguiente, la Reina bajó al patio para ir al encuentro de Osmund Kettleblack, que estaba entrenándose con uno de los gemelos Redwyne. No habría sabido decir cuál, pues nunca había podido distinguirlos. Contempló el baile de espadas durante un rato; luego se llevó aparte a Ser Osmund.

—Pasead un rato conmigo y decidme la verdad. Nada de fanfarronadas, ni de que un Kettleblack vale el triple que cualquier otro caballero. Muchas cosas dependen de vuestra respuesta. Vuestro hermano Osney... ¿Qué tal maneja la espada?

—Bien. Ya lo habéis visto. No es tan fuerte como Osflyd ni como yo, pero es rápido y letal.

—Si llegara el momento, ¿podría derrotar a Ser Boros Blount?

—¿Boros *el Barrigas*? —Ser Osmund soltó una risita—. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Está borracho la mitad del tiempo, y cuando está sobrio sigue estando gordo. Si alguna vez le gustó la batalla, ya no. Sí, Alteza, si hubiera que matar a Ser Boros, a Osney le resultaría fácil. ¿Por qué? ¿Boros ha cometido alguna traición?

—No —replicó ella.

«Pero Osney sí.»

BRIENNE (7)

Encontraron el primer cadáver a media legua de la encrucijada.

Colgaba de la rama de un árbol muerto, cuyo tronco ennegrecido mostraba aún las cicatrices del rayo que lo había matado. Los cuervos carroñeros se habían ocupado del rostro, y los lobos se habían dado un festín con la parte inferior de las piernas, que colgaba cerca del suelo. Por debajo de las rodillas quedaban sólo huesos y jirones de ropa, y un zapato mordido medio cubierto de barro y moho.

—¿Qué tiene en la boca? —preguntó Podrick.

Brienne tuvo que obligarse a mirar. La cara era gris y verde, espantosa, con la boca muy abierta. Le habían metido una piedra blanca entre los dientes. Una piedra o...

—Sal —dijo el septón Meribald.

Cincuenta metros más adelante vieron el segundo cadáver. Los carroñeros lo habían destrozado; lo que quedaba de él estaba disperso por el suelo bajo los restos de una cuerda deshilachada que colgaba de la rama de un olmo. Brienne habría pasado de largo sin fijarse si el perro no hubiera captado su olor.

—¿Qué hay ahí? —Ser Hyle descabalgó, siguió al perro y volvió con un yelmo corto. Dentro estaba todavía la cabeza del muerto, además de unos cuantos gusanos y escarabajos—. Buen acero —dictaminó—, y no está demasiado mellado, aunque el león ha perdido la cabeza. ¿Quieres un yelmo, Pod?

—Ese no. Tiene gusanos.

—Los gusanos se quitan con agua, chico. Eres más melindroso que una niña.

Brienne lo miró con el ceño fruncido.

—Es muy grande para él.

—Ya crecerá.

—No lo quiero —dijo Podrick.

Ser Hyle se encogió de hombros y tiró el yelmo entre las hierbas, con cimera de león y todo. El perro ladró y corrió a levantar la pata contra el árbol.

En adelante fue raro que avanzaran cien pasos sin encontrarse un cadáver. Colgaban de fresnos y alisos, de hayas y abedules, de alerces y olmos, de viejos sauce grises y de castaños majestuosos. Todos tenían un nudo corredizo en torno al cuello, colgaban de una soga de cáñamo y tenían la boca llena de sal. Algunos llevaban capas grises, azules o carmesíes, aunque la lluvia y el sol las habían desteñido tanto que costaba distinguir los colores. Otros tenían blasones bordados en el pecho. Brienne vio hachas, flechas, varios salmones, un pino, una hoja de roble, escarabajos, gallos, una cabeza de jabalí y media docena de tridentes.

«Hombres quebrados —comprendió—, restos de una docena de ejércitos, las sobras de los señores.»

Algunos de los muertos eran calvos, y otros, barbudos; los había jóvenes y viejos, altos y bajos, gordos y flacos. Con la hinchazón de la muerte, con el rostro devorado y podrido, todos parecían iguales.

«En la horca, todos los hombres son hermanos.» Brienne lo había leído en un libro, aunque no recordaba en cuál.

Fue Hyle Hunt quien expresó por fin lo que todos habían comprendido.

—Son los hombres que atacaron Salinas.

—Que el Padre los juzgue con dureza —dijo Meribald, que había sido amigo del anciano septón de la ciudad.

A Brienne no le preocupaba tanto quiénes fueran como quién los había ahorcado. Se decía que el nudo corredizo era el método de ejecución favorito de Beric Dondarrion y su grupo de bandidos. Si era así, tal vez estuviera cerca el señor del relámpago.

El perro ladró, y el septón Meribald miró a su alrededor con el ceño fruncido.

—¿No deberíamos avivar el paso? El sol no tardará en ponerse, y los cadáveres no son buena compañía por la noche. Estos hombres fueron malvados y peligrosos en vida, y no creo que hayan mejorado con la muerte.

—En eso no estamos de acuerdo —dijo Ser Hyle—. Es precisamente la clase de gente que mejora con la muerte.

De todos modos, picó espuelas a su caballo y avanzaron un poco más deprisa.

Más adelante, los árboles empezaron a escasear, aunque no los cadáveres. Los bosques dejaron paso a prados embarrados; las ramas de los árboles, a patíbulos. Las bandadas de cuervos levantaban el vuelo entre graznidos cuando se acercaban los viajeros, y volvían a posarse en los cadáveres cuando pasaban de largo.

«Eran unos malvados», se recordó Brienne, pero aun así se sentía triste.

Se obligó a mirar a cada uno de los ahorcados en busca de caras conocidas. Le pareció reconocer a unos cuantos de Harrenhal, pero en su estado no tenía manera de estar segura. Ninguno llevaba un casco en forma de cabeza de perro, aunque algunos tenían yelmos de varias formas. A casi todos les habían quitado las armas, la armadura y las botas antes de colgarlos.

Cuando Podrick preguntó el nombre de la posada donde iban a pasar la noche, el septón Meribald se centró rápidamente en el tema, quizás para quitarse de la cabeza los horrorosos centinelas grises que flanqueaban el camino.

—Hay quien la llama Posada Vieja. Ahí ha habido una posada durante cientos de años, aunque esta en concreto se edificó durante el reinado del primer Jaehaerys, el rey que hizo el camino Real. Se dice que Jaehaerys y su reina dormían en esa posada cuando estaban de viaje. Durante un tiempo, la posada se conoció como Dos Coronas, en su honor, hasta que un posadero construyó un campanario, y pasó a llamarse Posada del Tañido. Más tarde fue a parar a manos de un caballero tullido

que se llamaba Jon Heddle *el Largo*, que se dedicó a trabajar el hierro cuando se sintió demasiado viejo para seguir luchando. Forjó un cartel nuevo para el patio, un dragón de tres cabezas de hierro negro, y lo colgó de un poste de madera. La bestia era tan grande que tuvo que fabricarla con una docena de piezas, y luego las unió con cuerdas y alambres. Cuando soplaban el viento, las piezas chocaban entre sí, de manera que todos la llamaban la Posada del Dragón Tintineante.

—¿Aún tiene ese cartel? —preguntó Podrick.

—No —dijo el septón Meribald—. Cuando el hijo del herrero ya era anciano, un hijo bastardo del cuarto Aegon se rebeló contra su hermano legítimo y adoptó como blasón un dragón negro. Por aquel entonces, estas tierras pertenecían a Lord Darry, y su señoría era leal al rey. Sólo con ver el dragón negro de hierro se puso tan furioso que cortó el poste, hizo pedazos el cartel y lo tiró al río. Una de las cabezas del dragón llegó a la Isla Tranquila muchos años más tarde, aunque ya estaba roja de óxido. El posadero no sustituyó el cartel, así que la gente se olvidó del dragón y empezó a llamar al establecimiento la Posada del Río. En aquellos tiempos, el Tridente corría bajo su puerta trasera y la mitad de las habitaciones quedaba encima del agua. Se decía que los huéspedes podían tirar un sedal por la ventana para pescar truchas. También había una barcaza que hacía la travesía; así, los viajeros podían cruzar a la Aldea de Lord Harroway y Murosblancos.

—Nos apartamos del Tridente más al sur y hemos estado cabalgando hacia el noroeste... No en dirección al río, sino todo lo contrario.

—Sí, mi señora —respondió el septón—. El río se movió. Eso fue hace setenta años. ¿O quizás ochenta? En aquellos tiempos llevaba la posada el padre de Masha Heddle. Fue ella quien me contó toda esta historia. Masha era bondadosa; le gustaban la hojamarga y los pastelillos de miel. Cuando no tenía habitación para mí, me permitía dormir junto a la chimenea, y nunca me dejó seguir camino sin darme pan, queso, y unos pastelillos duros.

—¿Aún es la posadera? —preguntó Podrick.

—No. Los leones la ahorcaron. Tengo entendido que cuando se marcharon, uno de sus sobrinos trató de volver a abrir la posada, pero con la guerra, los caminos eran demasiado peligrosos para que la gente viajara, así que tenía poca clientela. Puso unas cuantas prostitutas, pero ni con eso se salvó. Me dijeron que no sé qué señor lo mató a él también.

Ser Hyle esbozó una sonrisa irónica.

—Nunca habría imaginado que dirigir una posada representara un peligro tan letal.

—El peligro está en ser del pueblo llano cuando los grandes señores juegan a su juego de tronos —replicó el septón Meribald—. ¿Verdad, perro?

El perro ladró como si estuviera de acuerdo.

—¿Cómo se llama la posada ahora? —preguntó Podrick.

—La gente la llama la Posada de la Encrucijada, sin más. El Hermano Mayor me dijo que dos sobrinas de Masha Heddle la han vuelto a abrir. —Señaló con la pica—. Si los dioses son bondadosos, ese humo que se eleva más allá de los hombres ahorcados será el de sus chimeneas.

—Podrían llamarla Posada del Patíbulo —comentó Ser Hyle.

Se llamara como se llamara, la posada era grande: tres pisos que se alzaban junto a los caminos embarrados, con las paredes, las torrecillas y las chimeneas de piedra blanca que brillaba pálida y fantasmal contra el cielo gris. El ala sur se alzaba sobre pilares de madera, por encima de una hondonada agrietada de hierbajos y vegetación seca. Junto al ala norte había un establo de techo de paja y un campanario. Alrededor se alzaba un muro bajo de piedras blancas cubiertas de musgo.

«Por lo menos no la han quemado.»

En Salinas sólo habían encontrado muerte y desolación. Cuando los hermanos silenciosos llevaron en la barcaza a Brienne y a sus acompañantes, hacía ya tiempo que los supervivientes habían huido y los muertos estaban enterrados, pero quedaba el cadáver de la propia ciudad, ceniciente, insepulto. El aire olía aún a humo, y los graznidos de las gaviotas que los sobrevolaban sonaban casi humanos, como los lamentos de niños extraviados. Hasta el castillo parecía triste y abandonado. Tan gris como las cenizas de la ciudad que lo rodeaba, constaba de un torreón cuadrado rodeado por una muralla, construido de manera que desde él se dominara el puerto. Cuando Brienne y los demás tiraron de las riendas de sus caballos para bajar de la barcaza, el castillo estaba cerrado a cal y canto, y en sus almenas no se movía nada aparte de los estandartes. Hizo falta un cuarto de hora de ladridos del perro y golpes de la pica del septón Meribald contra la puerta para que apareciera en ellas una mujer, que les preguntó qué querían.

La barcaza ya había partido, y estaba empezando a llover.

—Soy un santo septón, buena mujer —le gritó Meribald—, y los que me acompañan son viajeros honrados. Queremos refugiarnos de la lluvia y calentarnos esta noche ante vuestra chimenea.

Sus súplicas no commovieron a la mujer.

—La posada más cercana está en la encrucijada, en dirección oeste —replicó—. Aquí no queremos forasteros. Marchaos.

Se retiró, y ni las plegarias de Meribald, los ladridos del perro y las maldiciones de Ser Hyle fueron capaces de hacerla volver. Al final tuvieron que pasar la noche en el bosque, bajo un refugio de ramas entrelazadas.

En cambio, en la Posada de la Encrucijada había vida. Un buen trecho antes de llegar a la puerta, Brienne la oyó: martillazos lejanos pero rítmicos, un sonido metálico.

—Una forja —dijo Ser Hyle—. O cuentan con un herrero, o el fantasma del viejo posadero está haciendo otro dragón de hierro. —Picó espuelas a su caballo—. Espero que también tengan un cocinero fantasma. Un pollo asado bien crujiente me arreglaría la vida.

El patio de la posada era un lodazal marrón que succionaba los cascos de los caballos. Allí se oía más claramente el clamor del acero, y Brienne divisó el resplandor rojo de la forja al otro lado de los establos, entre un carro de bueyes y una rueda rota. También vio los caballos de los establos, y a un niño que se columpiaba en las cadenas oxidadas del deteriorado patíbulo que dominaba el patio. En el porche había cuatro niñas que los miraban. La más pequeña no tendría más de dos años y estaba desnuda. La mayor, de nueve o diez, la rodeaba con los brazos en gesto protector.

—Niñas —les dijo Ser Hyle—, id a llamar a vuestra madre.

El chico se soltó de la cadena y salió corriendo hacia los establos. Las cuatro niñas cambiaban de postura, nerviosas.

—No tenemos madres —dijo una tras unos momentos.

—Yo sí tenía, pero la mataron —añadió otra.

La mayor se adelantó, con la pequeña pegada a sus faldas.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Viajeros honrados que buscan refugio. Me llamo Brienne, y me acompaña el septón Meribald, muy conocido en las tierras de los ríos. El chico es mi escudero, Podrick Payne, y el caballero es Ser Hyle Hunt.

Los martillazos cesaron de repente. La niña del porche los examinó con atención, tan desconfiada como sólo podía serlo una criatura de diez años.

—Me llamo Willow. ¿Querréis cama?

—Cama, cerveza y comida caliente para llenarnos la barriga —respondió Ser Hyle Hunt mientras desmontaba—. ¿Eres la posadera?

—Es mi hermana Jeyne —contestó sacudiendo la cabeza—. Pero no está ahora. Lo único que tenemos para comer es carne de caballo. Si venís en busca de putas, ya no hay. Mi hermana las ha echado. Pero tenemos camas. Algunas son de plumas, pero casi todas son de paja.

—Y todas tienen pulgas, no me cabe duda —replicó Ser Hyle.

—¿Tenéis monedas para pagar? ¿Plata?

Ser Hyle se echó a reír.

—¿Plata? ¿Por una noche de cama y una pata de caballo? ¿Nos quieres atracar, pequeña?

—Queremos plata. Si no, podéis ir a dormir a los bosques con los muertos. —Willow observó el asno, con su carga de barriles y fardos—. ¿Eso es comida? ¿De dónde la habéis sacado?

—De Poza de la Doncella —dijo Meribald.

El perro ladró.

—¿Interrogas así a todos los huéspedes? —preguntó Ser Hyle.

—No tenemos tantos. No es como antes de la guerra. Ahora, los que recorren los caminos son gorriones, o peor.

—¿Peor? —le preguntó Brienne.

—Ladrones —dijo una voz de muchacho desde los establos—. Asaltantes.

Brienne se volvió y vio un fantasma.

«Renly.» Un martillazo en el corazón no le habría causado más impresión.

—¿Mi señor? —se atragantó.

—¿Señor? —El chico se apartó de los ojos un mechón de pelo negro—. Sólo soy un herrero.

«No es Renly —comprendió Brienne—. Renly está muerto. Renly tenía veintiún años y murió en mis brazos. Este es sólo un niño. —Un niño que se parecía al Renly que visitó Tarth por primera vez—. No, es más joven. Tiene la mandíbula más cuadrada y las cejas más pobladas.» Renly había sido delgado y esbelto, mientras que aquel muchacho tenía los hombros fuertes y el brazo derecho musculoso propio de los herreros. Llevaba un delantal largo de cuero, pero por debajo se le veía el pecho desnudo. Una pelusa oscura le cubría las mejillas y la mandíbula, y tenía una espesa mata de pelo negro que le llegaba por debajo de las orejas. El rey Renly también había tenido aquel pelo negro como el carbón, pero siempre lo llevaba limpio y bien peinado. Unas veces se lo cortaba y otras lo llevaba suelto por los hombros, o se lo recogía con una cinta dorada, pero nunca lo tenía enmarañado ni pegajoso de sudor. Y aunque sus ojos tenían aquel mismo azul oscuro, los de Lord Renly siempre fueron cálidos, acogedores y sonrientes, mientras que los de aquel chico rezumaban ira y desconfianza.

El septón Meribald también se dio cuenta.

—No pretendemos haceros ningún daño, muchacho. Cuando este lugar era de Masha Heddle, siempre tenía un pastelillo de miel para mí. A veces, si la posada no estaba llena, hasta me dejaba una cama.

—Está muerta —replicó el chico—. Los leones la ahorcaron.

—Por lo visto, lo de ahorcar es un deporte que se practica mucho por aquí —comentó Ser Hyle Hunt—. Ojalá tuviera tierras en esta zona. Plantaría cáñamo, vendería sogas y ganaría una fortuna.

—¿Y estas niñas? —preguntó Brienne a Willow—. ¿Son tus hermanas? ¿Primas, parientes...?

—No. —Willow se había quedado mirándola de una manera que conocía demasiado bien—. Sólo son... No sé, a veces las traen los gorriones. Otras llegan solas. Si sois una mujer, ¿por qué vais vestida de hombre?

Fue el septón Meribald quien respondió.

—Lady Brienne es una doncella guerrera y tiene una misión. Pero lo que necesita ahora mismo es una cama seca y un fuego bien caliente. Igual que todos nosotros. Mis viejos huesos me dicen que va a llover, y pronto. ¿Tenéis habitaciones para nosotros?

—No —dijo el chico herrero.

—Sí —dijo la pequeña Willow.

Intercambiaron miradas. Al final, Willow dio una patada contra el suelo.

—Tienen comida, Gendry. Los pequeños están hambrientos.

Silbó, y como por arte de magia, aparecieron más niños. Chiquillos harapientos y desgreñados salieron de debajo del porche, y niñitas tímidas se asomaron a las ventanas que daban al patio. Algunos llevaban ballestas preparadas para disparar.

—Podrían llamarla Posada de la Ballesta —comentó Ser Hyle.

«Más bien Posada del Huérfano», pensó Brienne.

—Wat, ayúdalos con los caballos —dijo Willow—. Will, deja esa roca; no vienen a hacernos daño. Atanasia, Pate, id a echar leña al fuego. Jon Penique, ayuda al septón con esos fardos. Os acompañaré a las habitaciones.

Al final tomaron tres habitaciones adyacentes; en cada una había un lecho de plumas, un orinal y una ventana. La habitación de Brienne tenía también una chimenea. Pagó unas pocas monedas más a cambio de leña.

—¿Duermo con vos o con Ser Hyle? —le preguntó Podrick mientras ella abría los postigos.

—Esto no es la Isla Tranquila —le dijo—. Puedes quedarte conmigo.

Su intención era que ellos dos se marcharan solos al día siguiente. El septón Meribald se dirigía a Nogal, Meandro y la Aldea de Lord Harroway, pero no tenían por qué seguir con él. Ya tenía al perro para que le hiciera compañía, y el Hermano Mayor la había convencido de que no encontraría a Sansa Stark a lo largo del Tridente.

—Quiero que nos levantemos antes de que salga el sol, mientras Ser Hyle esté dormido.

Brienne no le había perdonado lo de Altojardín y, como él mismo había dicho, Hunt no había hecho ningún juramento respecto a Sansa.

—¿Adónde iremos, ser? O sea, mi señora.

Brienne no tenía respuesta. Habían llegado a una encrucijada, literalmente: el lugar donde confluían el camino Real, el camino del Río y el camino alto. El camino alto los llevaría hacia el este por las montañas, hasta el Valle de Arryn, donde la tía de Lady Sansa había gobernado hasta su muerte. El camino del Río iba hacia el oeste, a lo largo del Forca Roja, hasta llegar a Aguasdulces, donde el tío abuelo de Sansa estaba bajo asedio, pero aún vivía. O podían tomar el camino Real hacia el norte, más

allá de Los Gemelos, y cruzar el Cuello, con sus pantanos y sus cenagales. Si encontraba la manera de pasar de largo Foso Cailin y a quienquiera que lo dominase en aquel momento, el camino Real los llevaría directos a Invernalia.

«O podría tomar el camino Real hacia el sur —pensó Brienne—. Podría volver a Desembarco del Rey, confesar mi fracaso a Ser Jaime, devolverle su espada y buscar un barco que me llevara a casa, a Tarth, como me aconsejó el Hermano Mayor.» Era un pensamiento amargo, pero una parte de ella añoraba el Castillo del Atardecer y a su padre, y otra parte se preguntaba si Jaime la consolaría si lloraba en su hombro. Eso era lo que querían los hombres, ¿no? Mujeres blandas e indefensas que necesitaban su protección.

—¿Ser? ¿Mi señora? Os he preguntado que adónde vamos.

—Abajo, a la sala común, a cenar.

La sala común estaba abarrotada de niños. Brienne intentó contarlos, pero no se quedaban quietos ni un instante, así que a algunos los contaba dos o tres veces y a otros ninguna, y al final tuvo que rendirse. Habían juntado las mesas para formar tres largas hileras, y los mayores estaban empujando bancos de la parte de atrás. Los mayores no tendrían más de diez o doce años. Gendry era lo más parecido a un adulto, pero la que gritaba todas las órdenes era Willow, como si fuera una reina en su castillo y los otros niños fueran sólo sus criados.

«Si fuera de noble cuna, dar órdenes sería natural para ella, igual que para ellos obedecerlas.»

Brienne se preguntó si Willow no sería más de lo que aparentaba. Era demasiado pequeña y vulgar para ser Sansa Stark, pero tenía la edad de la hermana menor, y hasta Lady Catelyn le había dicho que Arya no poseía la belleza de su hermana.

«Pelo castaño, ojos marrones, flaca... ¿Sería posible...? —Recordaba que Arya Stark tenía el pelo castaño, pero se le había olvidado el color de sus ojos—. ¿Marrones también? ¿Es posible que no muriera en Salinas?»

En el exterior, las últimas luces del día empezaban a desaparecer. Willow hizo encender cuatro velas de sebo y les dijo a las niñas que avivaran el fuego de la chimenea. Los niños ayudaron a Podrick Payne a descargar el asno y entraron con el bacalao salado, el carnero, las verduras, los frutos secos y los quesos, mientras el septón Meribald se dirigía a las cocinas para hacerse cargo de las gachas.

—Por desgracia se han acabado las naranjas; dudo mucho que vuelva a ver una hasta la primavera —le dijo a un niño—. ¿Alguna vez has comido una naranja, chaval? ¿Alguna vez has apretado una naranja para beberte el zumo? —El chico sacudió la cabeza en gesto negativo, y el septón le revolvió el pelo—. Pues si te portas bien y me ayudas a remover las gachas, cuando llegue la primavera te traeré una.

Ser Hyle se quitó las botas para calentarse los pies junto al fuego. Cuando

Brienne se sentó a su lado, le señaló con un gesto el otro extremo de la sala.

—Hay manchas de sangre en el suelo, allí; el perro las está olisqueando. Las han frotado, pero han calado en la madera y no hay manera de limpiarla.

—Esta es la posada en la que Sandor Clegane mató a tres hombres de su hermano —le recordó ella.

—Sí —accedió Hunt—, pero ¿quién dice que fueron los primeros en morir aquí... o que van a ser los últimos?

—¿Tenéis miedo de unos cuantos niños?

—Cuatro serían unos cuantos. Diez serían demasiados. Esto es un caos. A los niños habría que ponerles pañales y colgarlos de la pared hasta que a las chicas les crecieran las tetas y los chicos tuvieran edad de afeitarse.

—Me dan pena. Todos han perdido a sus padres. Algunos los han visto morir.

—Se me olvidaba que estoy hablando con una mujer. —Hunt puso los ojos en blanco—. Tenéis el corazón más blando que las gachas del septón. ¿Será posible? Dentro de nuestra guerrera hay una mujer que está deseando parir. Lo que queréis de verdad es un hermoso bebé sonrosado que mame de vuestro pecho. —Sonrió—. Tengo entendido que para eso hace falta un hombre. Un marido, a ser posible. ¿Por qué no yo?

—¿Aún pensáis ganar aquella apuesta?

—A la que quiero ganar es a vos, la única hija de Lord Selwyn. Muchos hombres se casarían con una retrasada o con un bebé por premios que no valen ni la décima parte que Tarth. Reconozco que no soy Renly Baratheon, pero tengo la virtud de contarme entre los vivos. Hay quien diría que esa es mi única virtud. El matrimonio nos convendría a los dos. Tierras para mí y un castillo lleno de estos para vos. —Hizo un gesto en dirección a los niños—. Os aseguro que soy capaz. Que yo sepa, ya he engendrado al menos a una bastarda. No temáis; no os haré cargar con ella. La última vez que fui a verla, su madre me tiró una olla de sopa por encima.

A Brienne se le enrojeció el cuello.

—Mi padre sólo tiene cincuenta y cuatro años. Aún está en edad de volver a casarse y tener un hijo varón.

—Es un riesgo... Si vuestro padre se casa otra vez, y si su esposa es fértiles, y si el bebé es varón... Peores apuestas he hecho.

—Y las habéis perdido. Id a jugar con otro, ser.

—Así habla una doncella que no ha practicado el juego con nadie. En cuanto lo probéis cambiaréis de opinión. A oscuras seríais tan hermosa como cualquier otra mujer. Vuestros labios se hicieron para besar.

—Son labios —dijo Brienne—. Todos los labios son iguales.

—Y todos los labios se hicieron para besar —asintió Hunt con tono afable—. No atranquéis esta noche la puerta de vuestra habitación; iré a vuestra cama y os

demostraré que digo la verdad.

—Hacedlo y saldréis convertido en eunuco. —Brienne se levantó y se alejó de él.

El septón Meribald preguntó si podía bendecir la mesa con los niños, sin hacer caso de la pequeña que gateaba desnuda por ella.

—Claro —dijo Willow, agarrando a la niña antes de que llegara a las gachas.

De modo que juntaron las cabezas y dieron las gracias al Padre y a la Madre por los alimentos... Todos excepto el chico moreno de la fragua, que se cruzó de brazos y se sentó con el ceño fruncido mientras los demás rezaban. Brienne no fue la única que se dio cuenta. Cuando terminó la oración, el septón Meribald miró hacia el otro lado de la mesa.

—¿No adoras a los dioses, hijo?

—A los vuestros no. —Gendry se levantó bruscamente—. Tengo trabajo.

Salió sin probar ni un bocado.

—¿Adora a algún otro dios? —preguntó Hyle Hunt.

—Al Señor de la Luz —dijo con voz chillona un niño flaco de apenas seis años.

Willow le dio un golpe con el cucharón.

—Ben Bocazas, hay comida. Dedícate a comer y deja de molestar a los señores con tanta cháchara.

Los niños se lanzaron hacia la cena como lobos hacia un ciervo herido, peleándose por el bacalao, arrancando pedazos de pan de centeno y llenándolo todo de gachas. Ni siquiera los grandes quesos sobrevivieron mucho tiempo. Brienne se conformó con pescado, pan y zanahorias, mientras el septón Meribald le daba dos bocados al perro por cada uno que comía él. En el exterior empezó a llover. Dentro, el fuego chisporroteaba, y en la sala común sólo se oía el ruido de los niños masticando y el que hacía Willow de vez en cuando al golpear a alguno con el cucharón.

—Algún día, esa niñita tan guapa será la temible esposa de un hombre —señaló Ser Hyle—. Probablemente de ese pobre aprendiz.

—Alguien debería llevarle comida antes de que se acabe.

—Vos sois alguien.

Brienne envolvió en un paño un trozo de queso, un pedazo de pan, una manzana seca y dos trozos de bacalao frito. Cuando Podrick se levantó para seguirla afuera, le indicó que se sentara y siguiera comiendo.

—No tardaré mucho.

La lluvia caía con fuerza en el patio. Brienne resguardó la comida con un pliegue de la capa. Un caballo relinchó cuando pasó junto a los establos.

«También tienen hambre.»

Gendry estaba junto a la forja, con el pecho desnudo bajo el delantal de cuero. Golpeaba una espada como si deseara que fuera un enemigo; el pelo empapado de sudor le caía por la frente. Se quedó mirándolo un momento.

«Tiene los ojos y el pelo de Renly, pero no su constitución. Lord Renly era más esbelto que musculoso, a diferencia de su hermano Robert, que tenía una fuerza legendaria.»

Gendry se detuvo un momento para secarse la frente, y entonces la vio.

—¿Qué queréis?

—Te he traído la cena. —Abrió el paño para que la viera.

—Si quisiera comida, habría comido.

—Un herrero tiene que comer para conservar las fuerzas.

—¿Sois mi madre?

—No. —Dejó la comida en el suelo—. ¿Quién fue tu madre?

—¿A vos qué os importa?

—Naciste en Desembarco del Rey. —Estaba segura por su manera de hablar.

—Como mucha gente.

Metió la espada en una tina de agua de lluvia para templarla. El acero caliente siseó furioso.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Brienne—. ¿Tu madre vive aún? ¿Y tu padre? ¿Quién era?

—Hacéis demasiadas preguntas. —El chico dejó la espada—. Mi madre murió, y no conocí a mi padre.

—Eres bastardo.

Se lo tomó como un insulto.

—Soy caballero. Esta será mi espada cuando la acabe.

«¿Qué hace un caballero trabajando en una herrería?»

—Tienes el pelo negro y los ojos azules, y naciste a la sombra de la Fortaleza Roja. ¿Nadie te ha hecho nunca ningún comentario sobre tu cara?

—¿Qué le pasa a mi cara? No es tan fea como la vuestra.

—Supongo que verías al rey Robert en Desembarco del Rey.

—A veces. —Se encogió de hombros—. En los torneos, de lejos. Y una vez en el septo de Baelor. Los capas doradas nos empujaron a un lado para abrirle paso. Otra vez estaba jugando cerca de la Puerta del Lodazal cuando llegó él de una partida de caza. Iba tan bebido que estuve a punto de arrollarme. Era un gordo borracho, pero mejor rey que sus hijos.

«No son sus hijos. Stannis decía la verdad aquel día que se reunió con Renly. Joffrey y Tommen no eran hijos de Robert. En cambio, este muchacho...»

—Escúchame —empezó Brienne. Entonces le llegaron los ladridos frenéticos del perro—. Viene alguien.

—Amigos —respondió Gendry, despreocupado.

—¿Qué clase de amigos? —Brienne fue a la puerta de la herrería para escudriñar la oscuridad en medio de la lluvia.

—Pronto los conoceréis. —El chico se encogió de hombros.

«Puede que no quiera conocerlos», pensó Brienne cuando los primeros jinetes entraron chapaleando en los charcos del patio.

Entre el repiqueteo de la lluvia y los ladridos del perro alcanzó a oír el leve tintineo de las espadas y las armaduras bajo las capas harapientas. Los contó a medida que pasaban.

«Dos, cuatro, seis, siete.» A juzgar por su manera de montar, algunos estaban heridos. El último era enorme, gigantesco, abultaba como dos de los otros. Su caballo estaba agotado y ensangrentado, y se tambaleaba bajo su peso. Todos los jinetes llevaban la capucha calada para guarecerse de la lluvia, excepto él. Tenía el rostro ancho y lampiño, blanco como un gusano, con las mejillas cubiertas de úlceras supurantes.

Brienne contuvo el aliento y desenvainó *Guardajuramentos*.

«Son demasiados —pensó con una punzada de miedo—, son demasiados.»

—Gendry —dijo en voz baja—, te van a hacer falta la espada y la armadura. Estos no son tus amigos. No son amigos de nadie.

—¿Qué queréis decir? —El chico salió junto a ella con el martillo en la mano.

Un relámpago rasgó el cielo hacia el sur mientras los jinetes se bajaban de los caballos. Durante un instante, la luz se convirtió en oscuridad. Un hacha brillaba plateada; la luz se reflejaba en la armadura y en la coraza. Bajo la capucha oscura del primer jinete, Brienne alcanzó a ver un hocico de hierro que mostraba dientes de acero.

Gendry también lo vio.

—Es él.

—No es él. Es su yelmo.

Brienne intentó evitar que el miedo se reflejara en su voz, pero tenía la boca seca como un pergamo. Tenía una idea muy clara de quién era el que llevaba el yelmo del Perro.

«Los niños», pensó.

La puerta de la posada se abrió de golpe. Willow salió a la lluvia con la ballesta en la mano y les gritó algo a los jinetes, pero un trueno retumbó por el patio y ahogó sus palabras.

—Como se te ocurra dispararme una saeta, te meto esa ballesta por el coño y te follo con ella —oyó decir Brienne al hombre que llevaba el yelmo del Perro—. Luego te sacaré los ojos y te los haré tragarr.

La furia que destilaba su voz hizo que Willow retrocediera temblorosa.

«Siete —volvió a pensar Brienne, desesperada. Sabía que contra siete no tenía ninguna posibilidad—. Ni posibilidad ni elección.»

Salió bajo la lluvia con *Guardajuramentos* en la mano.

—Dejadla en paz. Si queréis violar a alguien, probad conmigo.

Los bandidos se volvieron como un solo hombre. Uno soltó una carcajada y otro dijo algo en un idioma que Brienne no conocía. El de la cara blanca dejó escapar un siseo malévolos. El hombre que llevaba el casco del Perro se echó a reír.

—Eres aún más fea de lo que recordaba. Antes preferiría violar a tu caballo.

—Caballlos, eso es todo lo que queremos —dijo uno de los heridos—. Caballos descansados y algo de comer. Nos persiguen los bandidos. Dadnos vuestrros caballos y nos iremos. No os haremos ningún daño.

—Y una mierda. —El bandido que llevaba el yelmo del Perro descolgó el hacha de la silla—. Voy a cortarle las piernas y a plantarla sobre los muñones para que vea como me follo a la cría de la ballesta.

—¿Con qué? —se burló Brienne—. Shagwell me dijo que te cortaron la hombría junto con la nariz.

Su intención era provocarlo, y lo logró. Se lanzó contra ella rugiendo maldiciones, levantando salpicaduras de agua negra al atacar. Como en respuesta a sus oraciones, los demás se quedaron contemplando el espectáculo. Brienne permaneció inmóvil como una piedra, a la espera. El patio estaba oscuro; el barro, resbaladizo.

«Mejor que venga él a mí. Si los dioses son clementes, se resbalará y caerá.»

Los dioses no fueron tan clementes, pero su espada los suplió.

«Cinco pasos, cuatro pasos, ahora», contó Brienne, y *Guardajuramentos* se alzó para toparse con su ímpetu.

El acero chocó contra el acero cuando la hoja atravesó la ropa y abrió una brecha en la cota de malla, justo mientras el hacha bajaba hacia ella. Se echó a un lado y lanzó otro tajo contra el pecho al tiempo que retrocedía.

Él la siguió, sangrando y tambaleándose, rugiendo de rabia.

—¡Puta! —gritó—. ¡Monstruo! ¡Zorra! ¡Te voy a echar a mi perro para que te folle, puta de mierda!

Su hacha describía arcos mortíferos; era una brutal sombra negra que se transformaba en plata cuando la iluminaban los relámpagos. Brienne no tenía escudo con que detener los golpes. Lo único que podía hacer era retroceder, lanzarse a un lado o a otro con cada hachazo. En una ocasión pisó barro blando y estuvo a punto de perder pie, pero logró recuperarse, aunque el hacha le rozó el hombro izquierdo dejando a su paso una llamarada de dolor.

—¡La puta ya es tuya! —gritó uno de los rezagados.

—¡A ver cómo sigue bailando!

Y ella bailó, aliviada porque seguían mirando. Cualquier cosa con tal de que no interviniieran. Ella sola no podía luchar contra siete, aunque uno o dos estuvieran heridos. Hacía mucho que el viejo Ser Goodwin reposaba en su tumba, pero le

pareció oír que le susurraba al oído: «Los hombres siempre te van a subestimar. El orgullo hará que quieran derrotarte deprisa para que no se diga que una mujer los puso a prueba. Conserva las fuerzas mientras tus rivales se agotan en ataques furiosos. Aguarda y observa, chica, aguarda y observa.»

Aguardó, observó, se desplazó a un lado, hacia atrás, otra vez a un lado, y le lanzó un tajo al rostro, luego a las piernas, luego al brazo. Los golpes del hombre se fueron espaciando a medida que el hacha se hacía más pesada. Brienne lo hizo girar de manera que la lluvia le diera en los ojos, y retrocedió dos pasos rápidos. Él volvió a blandir la hacha con una maldición, se precipitó tras ella, resbaló en el barro...

... y Brienne saltó contra él, con las dos manos en la empuñadura de la espada. El ataque directo lo llevó contra la punta, y *Guardajuramentos* atravesó la tela, la cota de malla, el cuero, más tela, hasta las entrañas, para salir por la espalda arañando la columna. La hacha se le cayó de entre los dedos inertes cuando chocaron, el rostro de Brienne contra el yelmo de cabeza de perro. Sintió el metal húmedo y frío contra la mejilla. La lluvia corría a chorros por el acero, y cuando el relámpago volvió a iluminarlo todo vio dolor, miedo e incredulidad al otro lado de las hendiduras de los ojos.

—Zafiros —le susurró, y giró la espada bruscamente con un movimiento que le provocó un último estertor.

Sintió su peso; de repente estaba abrazada a un cadáver bajo la lluvia negra. Retrocedió para dejarlo caer...

... y Mordedor se lanzó contra ella con un aullido.

Se abalanzó hacia Brienne como una avalancha de lana mojada y carne lechosa, y la envió volando contra el suelo. Aterrizó en un charco, y el agua se le metió por la nariz y en los ojos. Se quedó sin aliento, y su cabeza chocó con fuerza contra una piedra semienterrada.

—No —fue lo único que tuvo tiempo de decir antes de que cayera encima de ella.

Su peso la hundió más en el barro. Le agarró un mechón de pelo para echarle atrás la cabeza. La otra tanteó buscándole la garganta. Había perdido *Guardajuramentos* en la caída. Sólo le quedaban las manos para luchar, pero asestar un puñetazo en aquella cara era como golpear una bola de masa blanca y húmeda. Y siseaba.

Lo golpeó una y otra vez, le dio con la base de la palma en un ojo, pero él no parecía sentir sus golpes. Le clavó las uñas en las muñecas y sólo consiguió que apretara más, aunque los araños se llenaron de sangre. La estaba aplastando, la estaba asfixiando. Lo empujó por los hombros para quitárselo de encima, pero era pesado como un caballo y no podía moverlo. Cuando intentó clavarle la rodilla en la entrepierna, lo único que consiguió fue hundírsela en el vientre. Mordedor le arrancó un mechón de pelo con un gruñido.

«Mi puñal.»

Brienne se aferró al pensamiento con desesperación. Consiguió pasar la mano entre ellos y retorció los dedos bajo su carne sofocante, tanteando, hasta que por fin dio con la empuñadura. Mordedor le agarró el cuello con las dos manos y empezó a golpearle la cabeza contra el suelo. Brilló otro relámpago, esta vez en el interior de su cráneo, pero consiguió apretar los dedos y desenvainar el puñal. Lo tenía encima; no podía alzar el puñal para clavárselo, así que se lo arrastró con fuerza por el vientre. Algo caliente y húmedo le corrió entre los dedos. Mordedor volvió a sisear, con más fuerza que antes, y le soltó el cuello el tiempo justo para golpearla en la cara. Brienne oyó el crujido de los huesos y, durante un momento, el dolor la cegó. Trató de cortarlo otra vez, pero él le arrancó el puñal de entre los dedos y le clavó una rodilla en el antebrazo, que se rompió. Luego la agarró por la cabeza y volvió a intentar arrancársela de los hombros.

Brienne oía los ladridos del perro; los hombres gritaban a su alrededor, y por debajo del retumbar de los truenos oyó el clamor del acero contra el acero.

«Ser Hyle —pensó—, Ser Hyle se ha unido a la batalla», pero todo le parecía lejano y sin importancia. Su mundo se reducía a las manos que le atenazaban la garganta y el rostro que se le echaba encima. La lluvia goteaba por la capucha que se le acercaba. El aliento de Mordedor apestaba como un queso podrido.

A Brienne le ardía el pecho; la tormenta estaba detrás de sus ojos, la cegaba. Los huesos rechinaban en su interior. Mordedor abrió la boca, la abrió, la abrió, era imposible que la abriera tanto. Ella le vio los dientes amarillos y retorcidos, afilados, puntiagudos. Cuando se cerraron en torno a la carne tierna de su mejilla, casi ni lo notó. Sentía como descendía en espiral hacia la oscuridad.

«No puedo morir todavía —se dijo—, aún hay algo que tengo que hacer.»

Mordedor apartó la boca llena de carne y sangre. Escupió, sonrió, y volvió a clavarle los dientes puntiagudos. Esta vez masticó y tragó.

«Me está devorando —comprendió, pero ya no tenía fuerzas para luchar contra él. Se sentía como si estuviera flotando por encima de la escena; contemplaba el horror como si le sucediera a otra persona, o a alguna muchacha estúpida con ínfulas de caballero—. Pronto acabará todo —se dijo—. Entonces dará igual que se me coma o no.»

Mordedor echó la cabeza hacia atrás, volvió a abrir la boca, aulló y sacó la lengua. También era puntiaguda, y goteaba sangre. Ninguna lengua podía ser tan larga. Entraba y salía de su boca, entraba y salía, roja, húmeda, brillante, era un espectáculo espantoso, obsceno.

«Tiene una lengua de un palmo —pensó Brienne justo antes de sumergirse en la oscuridad—. Casi parece una espada.»

JAIMÉ (6)

El broche que cerraba la capa de Brynden Tully era un pez negro de azabache engarzado en oro. Su cota de malla era lúgubre y gris. Encima llevaba canilleras, gorjal, guanteletes, hombreras y rodilleras de acero negro, aunque no había nada más negro que la expresión de su rostro mientras aguardaba a Jaime Lannister al final del puente levadizo, solo, a lomos de un corcel bayo con gualdrapa roja y azul.

«No me tiene el menor respeto.»

Bajo la mata de pelo canoso, el rostro de Tully estaba marcado por arrugas profundas y curtido por el viento, pero Jaime aún reconocía al gran caballero que en cierta ocasión había cautivado a un escudero con sus relatos de los Reyes Nuevepeniques. Los cascós de *Honor* resonaron contra los tablones del puente levadizo. Jaime había invertido mucho tiempo en decidir si debía llevar al encuentro la armadura dorada o la blanca; al final había optado por un jubón de cuero y una capa carmesí.

Se detuvo a un paso de Ser Brynden e inclinó la cabeza para saludar al anciano.

—Matarreyes —dijo Tully.

Que su primera palabra fuera aquel apodo decía mucho de cómo iba a ser el encuentro, pero Jaime estaba decidido a conservar el aplomo.

—Pez Negro —respondió—, gracias por venir.

—Supongo que habéis vuelto para cumplir el juramento que hicisteis ante mi sobrina —dijo Ser Brynden—. Creo recordar que le prometisteis a Catelyn que le devolveríais a sus hijas a cambio de vuestra libertad. —Tenía los labios apretados—. Pero no veo a las niñas. ¿Dónde están?

«¿Tiene que obligarme a decirlo?»

—No las tengo.

—Lástima. Entonces, ¿venís a reanudar el cautiverio? Vuestra celda sigue disponible. Hemos puesto paja fresca en el suelo.

«Y un bonito cubo en el que cagar, seguro.»

—Sois muy atento, ser, pero no, gracias. Prefiero la comodidad de mi pabellón.

—Mientras que Catelyn disfruta de la comodidad de la tumba.

«No tuve nada que ver en la muerte de Lady Catelyn —habría querido decirle—, y cuando llegué a Desembarco del Rey, sus hijas habían desaparecido.»

Estuvo a punto de hablarle de Brienne y de la espada que le había regalado, pero el Pez Negro lo estaba mirando como lo miraba Eddard Stark cuando lo encontró sentado en el Trono de Hierro, con la sangre del Rey Loco en la espada.

—He venido a hablar de los vivos, no de los muertos. De los que no tienen por qué morir, pero morirán...

—A menos que os entregue Aguasdulces, ¿no? ¿Ahora viene cuando amenazáis

con ahorcar a Edmure? —Los ojos de Tully eran pura piedra bajo las cejas pobladas —. Haga lo que haga, el destino de mi sobrino es la muerte, así que ahorcadlo y acabemos de una vez. Me imagino que Edmure está tan harto de estar de pie en ese patíbulo como yo de verlo.

«Ryman Frey es un completo mentecato.»

Saltaba a la vista que la pantomima con Edmure y el patíbulo sólo había servido para fomentar la testarudez del Pez Negro, eso era evidente.

—Tenéis prisioneros a Lady Sybelle Westerling y a tres de sus hijos. Os devolveré a vuestro sobrino a cambio de ellos.

—¿Igual que habéis devuelto a las hijas de Lady Catelyn?

Jaime no pensaba dejarse provocar.

—Una anciana y tres niños a cambio de vuestro señor. Es el mejor trato que podríais esperar.

—No os falta valor, Matarreyes. —Ser Brynden le dedicó una sonrisa dura—. Pero negociar con perjuros es como construir en arenas movedizas. Cat debería haber sabido que no se podía confiar en chusma como vos.

«En quien confió fue en Tyrion —estuvo a punto de decir Jaime—. El Gnomo la engañó a ella también.»

—Lady Catelyn me arrancó aquellas promesas a punta de espada.

—¿Y el juramento que hicisteis ante Aerys?

Sintió un cosquilleo en los dedos que le faltaban.

—Aerys no tiene nada que ver con esto. ¿Queréis que intercambiemos a los Westerling por Edmure?

—No. Mi rey me confió a su reina para que la protegiera, y juré mantenerla a salvo. No la entregaré para que la ahorquen los Frey.

—Ha recibido el indulto real. No le sucederá nada. Os doy mi palabra.

—¿Vuestra palabra de honor? —Ser Brynden arqueó una ceja—. ¿Sabéis siquiera qué es el honor?

«Un caballo.»

—Os lo juraré por lo que queráis.

—No me jodas, Matarreyes.

—Intento evitarlo: arriad los estandartes, abrid las puertas, y les perdonaré la vida a todos vuestros hombres. Los que quieran podrán quedarse en Aguasdulces al servicio de Lord Emmon. Los demás podrán marcharse, aunque tendrán que rendir las armas y las armaduras.

—¿Hasta dónde llegarán desarmados antes de que les caiga encima algún bandido? No os podéis arriesgar a que se unan a Lord Beric; los dos lo sabemos. ¿Y qué pasa conmigo? ¿Me llevaréis a Desembarco del Rey para matarme, como a Eddard Stark?

—Os permitiré vestir el negro. El bastardo de Ned Stark es el Lord Comandante del Muro.

—¿Eso también fue cosa de vuestro padre? —El Pez Negro entrecerró los ojos—. Recuerdo bien que Catelyn no confiaba en ese muchacho, igual que no confió nunca en Theon Greyjoy. Por lo visto tenía razón con respecto a los dos. No, ser, muchas gracias. Si no os importa, prefiero morir en un lugar cálido con la espada en la mano, y la espada estará manchada de sangre roja de león.

—La sangre de los Tully es igual de roja —le recordó Jaime—. Si no rendís el castillo, me obligáis a tomarlo por asalto. Morirán cientos de hombres.

—Cientos de los míos. Miles de los vuestros.

—Vuestra guarnición entera perecerá.

—Esa canción ya me la sé. ¿Queréis que la cante con la música de «Las lluvias de Castamere»? Mis hombres prefieren morir de pie, luchando, antes que de rodillas bajo la espada del verdugo.

«Esto no marcha bien.»

—La resistencia no servirá de nada, ser. La guerra ha terminado; vuestro Joven Lobo ha muerto.

—Asesinado en una transgresión de las sagradas leyes de la hospitalidad.

—Fue cosa de los Frey, no mía.

—Llamadlo como queráis. Apestá a Tywin Lannister.

Era algo que Jaime no podía negar.

—Mi padre también ha muerto.

—Que el Padre lo juzgue con justicia.

«Esa sí que es una perspectiva aterradora.»

—Yo habría matado a Robb Stark en el bosque Susurrante si me hubiera tropezado con él. Unos idiotas se interpusieron en mi camino. ¿Acaso importa cómo muriera el chico? El caso es que ha muerto, y su reino murió con él.

—¿Estáis ciego además de tullido, ser? Levantad la vista y veréis que el lobo huargo aún ondea por encima de nuestras murallas.

—Ya lo he visto. Está muy solo. Harrenhal ha caído, igual que Varamar y Poza de la Doncella. Los Bracken han doblado la rodilla y tienen a Tytos Blackwood acorralado en el Árbol de los Cuervos. Piper, Vance, Mooton... Todos vuestros banderizos se han rendido. Únicamente queda Aguasdulces. Tenemos veinte veces más hombres que vos.

—Veinte veces más hombres requieren veinte veces más de comida. ¿Qué tal andáis de provisiones, mi señor?

—Tenemos suficientes para quedarnos aquí hasta el fin de los tiempos si hace falta, mientras vosotros os morís de hambre tras las murallas.

Recitó la mentira con toda la osadía que fue capaz de reunir, con la esperanza de

que el rostro no lo traicionara. Pero el Pez Negro no se dejó engañar.

—Tal vez hasta el fin de vuestros tiempos. Nosotros tenemos provisiones en abundancia, aunque mucho me temo que no dejamos gran cosa en los campos para nuestros visitantes.

—Podemos bajar comida de Los Gemelos —dijo—, o de las colinas del oeste, si es necesario.

—Si vos lo decís... Nunca dudaría de la palabra de un caballero tan honorable.

El desprecio que impregnaba su voz terminó de irritar a Jaime.

—Hay una manera más rápida de zanjar este asunto: un combate singular. Mi campeón contra el vuestro.

—Me preguntaba cuánto tardaríais en llegar a eso. —Ser Brynden se echó a reír—. ¿Quién será? ¿El Jabalí? ¿Addam Marbrand? ¿Walder Frey *el Negro*? —Se inclinó hacia delante—. ¿Qué tal vos y yo, ser?

«En otros tiempos habría sido un hermoso enfrentamiento —pensó Jaime—; los bardos habrían compuesto canciones.»

—Cuando Lady Catelyn me liberó, me hizo jurar que jamás volvería a alzar las armas contra los Tully ni contra los Stark.

—Qué juramento más oportuno, ser.

Su rostro se ensombreció.

—¿Me estáis llamando cobarde?

—No. Os estoy llamando tullido. —El Pez Negro hizo un gesto en dirección a la mano dorada de Jaime—. Los dos sabemos que con eso no podéis luchar.

—Tenía dos manos. —«¿Vas a desperdiciar tu vida por orgullo?», susurró una vocecita en su interior—. Hay quien diría que un tullido y un anciano son rivales muy igualados. Liberadme del juramento que le hice a Lady Catelyn y lucharé contra vos, espada contra espada. Si gano, nos quedamos con Aguasdulces. Si me matáis, levantaremos el asedio.

Ser Brynden se echó a reír otra vez.

—Por mucho que me gustaría tener la ocasión de quitaros esa mano dorada y arrancaros del pecho vuestro negro corazón, vuestras promesas no tienen ningún valor. Con vuestra muerte no ganaría nada excepto el placer de mataros, y no pienso arriesgar mi vida por eso, aunque el riesgo sea nimio.

Por suerte, Jaime no llevaba espada; de lo contrario la habría desenvainado, y si no lo mataba Ser Brynden, se encargarían los arqueros de la muralla.

—¿Qué condiciones aceptaríais? —le preguntó al Pez Negro.

—¿De vos? —Ser Brynden se encogió de hombros—. Ninguna.

—Entonces, ¿por qué habéis salido a negociar conmigo?

—Los asedios son tan aburridos... Quería veros el muñón y oír las excusas que pondríais para justificar vuestras últimas canalladas. Son todavía más débiles de lo

que me temía. Siempre me decepcionáis, Matarreyes.

El Pez Negro hizo dar media vuelta a su yegua y trotó hacia Aguasdulces. El rastrillo descendió bruscamente; las púas de hierro se clavaron profundamente en el barro blando.

Jaime hizo dar la vuelta a *Honor* y emprendió el largo camino de regreso hasta las líneas de los Lannister. Sentía todos los ojos clavados en él: los de los hombres de Tully en las almenas; los de los Frey al otro lado del río.

«Si no están ciegos, ya se habrán dado cuenta de que me ha tirado mi oferta a la cara. —Iba a tener que atacar el castillo—. Bueno, ¿qué es otro juramento roto para el Matarreyes? Un poco más de mierda en el cubo. —Jaime decidió que sería el primero en subir a las almenas—. Y con esta mano dorada, probablemente seré también el primer hombre en caer.»

Cuando llegó al campamento, Lew *el Pequeño* le sujetó las riendas mientras Peck lo ayudaba a bajar de la silla.

«¿Se creen que estoy tan tullido que no puedo ni desmontar solo?»

—¿Qué tal te ha ido, mi señor? —le preguntó su primo Ser Daven.

—Bueno, no han clavado ninguna flecha en la grupa de mi caballo. Por lo demás, igual que a Ser Ryman. —Frunció el ceño—. Así que quiere que las aguas del Forca Roja bajen aún más rojas. —«La culpa es sólo tuya, Pez Negro. No me has dejado elección»—. Reúne un consejo de guerra. Ser Addam, Jabalí, Forley Prester, tus señores de los ríos... Y nuestros amigos Frey, claro. Ser Ryman, Lord Emmon... Los que quieran enviar.

Se congregaron rápidamente. Lord Piper y los dos Lord Vance acudieron en nombre de los señores arrepentidos del Tridente, cuya lealtad iba a ponerse a prueba muy pronto. Ser Daven, Jabalí, Addam Marbrand y Forley Prester representaban al oeste. Lord Emmon Frey se unió a ellos junto con su esposa. Lady Genna exigió su taburete con una mirada que desafiaba a cualquiera a cuestionar su presencia allí. Nadie se atrevió. Los Frey enviaron a Ser Walder Ríos, más conocido como Walder *el Bastardo*, y a Edwyn, el primogénito de Ser Ryman, un hombre pálido y esbelto con la nariz aguileña y una mata de pelo negro y lacio. Bajo la capa de lana azul, Edwyn llevaba un jubón de piel de becerro con hermosos bordados.

—Hablo en nombre de la Casa Frey —anunció—. Mi padre se encuentra indisposto esta mañana.

Ser Daven soltó un bufido.

—¿Está borracho, o con resaca por el vino de anoche?

—Lord Jaime —dijo Edwyn, que tenía los labios duros y desagradables de los avaros—, ¿tengo que soportar semejante descortesía?

—¿Es verdad? —preguntó Jaime—. ¿Vuestro padre está borracho?

Frey apretó los labios y miró a Ser Ilyn Payne, que estaba junto a la entrada de la

carpa, con la cota de malla oxidada y la espada sobresaliéndole por encima de un hombro huesudo.

—Eh... Mi padre padece del estómago, mi señor. El vino tinto lo ayuda a hacer la digestión.

—Pues debe de estar digiriendo un mamut entero —apuntó Ser Daven.

El Jabalí soltó una carcajada, y Lady Genna disimuló una risita.

—Basta —interrumpió Jaime—. Tenemos cosas que hacer: hay que conquistar un castillo. —Cuando su padre estaba en consejo siempre dejaba que los capitanes fueran los primeros en hablar. Había decidido hacer lo mismo—. ¿Cómo deberíamos proceder?

—Para empezar, ahorcad a Edmure Tully —le apremió Lord Emmon Frey—. Así, Ser Brynden se dará cuenta de que vamos en serio. Si enviamos la cabeza de Edmure a su tío, tal vez lo convencamos para que se rinda.

—No es tan fácil convencer a Brynden el Pez Negro. —Karyl Vance, el señor de Descanso del Caminante, tenía cara de melancolía. Una marca de nacimiento color vino le cubría el cuello y la mitad del rostro—. Ni su propio hermano pudo convencerlo para que contrajera matrimonio.

Ser Daven sacudió la cabeza.

—Tenemos que lanzar un ataque contra las murallas: es lo que he dicho desde el principio. Aquí lo que hacen falta son torres de asalto, escalerillas y un ariete para derribar la puerta.

—Yo dirigiré el ataque —ofreció Jabalí—. El Pez va a probar el sabor del fuego y el acero.

—Son mis murallas —protestó Lord Emmon—; es mi puerta la que queréis derribar. —Volvió a sacarse el pergamo de la manga—. El propio rey Tommen me ha concedido...

—Ya hemos visto todos el papelito, tío —le espetó Edwyn Frey—. ¿Por qué no vas a enseñárselo al Pez Negro, para variar un poco?

—Si atacamos las murallas, correrá mucha sangre —intervino Addam Marbrand—. Propongo esperar a que haya una noche sin luna para enviar a una docena de hombres bien escogidos al otro lado del río, en un bote con los remos envueltos para que no hagan ruido. Pueden escalar las murallas con cuerdas y arpeos, y abrirnos las puertas desde dentro. Si el consejo lo desea, yo puedo ir al mando.

—Qué tontería —bufó Walder Ríos, *el Bastardo*—. Ese truco no engañaría a alguien como Ser Brynden.

—El Pez Negro es el obstáculo —asintió Edwyn Frey—. Su yelmo tiene una trucha negra en la cimera, así es fácil distinguirlo desde lejos. Propongo que acerquemos las torres de asalto llenas de arqueros y simulemos un ataque contra las puertas. Eso hará que Ser Brynden suba a las almenas, con yelmo y todo. Que todos

los arqueros unten con estiércol humano las astas de sus flechas y disparen contra ese yelmo. Cuando Ser Brynden muera, Aguasdulces será nuestro.

—Mío —dijo Lord Emmon con voz chillona—, Aguasdulces es mío.

La mancha de nacimiento de Lord Karyl se oscureció.

—¿Vos seréis el encargado de aportar el estiércol, Edwyn? Es un veneno mortífero, no me cabe duda.

—El Pez Negro merece una muerte más noble; yo seré quien se la proporcione.

—El Jabalí dio un puñetazo en la mesa—. Lo desafiaré a un combate singular. Con maza, hacha o espada larga, no me importa; me comeré al viejo con patatas.

—¿Y por qué va a aceptar vuestro desafío, ser? —preguntó Ser Forley Prester—. ¿Qué tiene que ganar con un duelo así? ¿Levantaremos el asedio si gana? No lo creo, y él tampoco se lo creerá. Con un combate singular no conseguiría nada.

—Conozco a Brynden Tully desde que servimos juntos como escuderos de Lord Darry —intervino Norbert Vance, el señor ciego de Atranta—. Si a mis señores les parece bien, iré a hablar con él y trataré de hacerle comprender lo desesperado de su posición.

—Lo comprende perfectamente —dijo Lord Piper. Era bajo, recio, con las piernas arqueadas y cabellera roja e indómita, padre de un escudero de Jaime; el parecido con el muchacho era inconfundible—. No es idiota, Norbert. Tiene ojos... y demasiado sentido común para entregarse a estos. —Hizo un gesto grosero en dirección a Edwyn Frey y Walder Ríos.

Edwyn se enfureció.

—Si mi señor de Piper está insinuando...

—No insinúo nada, Frey. Digo abiertamente lo que pienso, como cualquier hombre honrado. Pero claro, ¿cómo vais a saber vos qué hacen los hombres honrados? Sois una comadreja traicionera y mentirosa, igual que toda vuestra familia. Antes me bebería una jarra de meados que confiar en la palabra de un Frey. —Se inclinó por encima de la mesa—. Decidme, ¿dónde está Marq? ¿Qué habéis hecho con mi hijo? Acudió como invitado a vuestra boda sangrienta.

—Y seguirá siendo nuestro invitado —replicó Edwyn— hasta que demostréis que sois leal a Su Alteza el rey Tommen.

—Marq fue a Los Gemelos con cinco caballeros y veinte soldados —replicó Piper—. ¿Todavía son vuestros invitados, Frey?

—Alguno de los caballeros, puede que sí. Los demás recibieron su merecido. Y haríais bien en contener esa lengua traidora, Piper, si no queréis que os devolvamos a vuestro heredero a trozos.

«Los consejos de mi padre nunca fueron así», pensó Jaime mientras Piper se ponía en pie.

—Repetidme eso con una espada en la mano, Frey —rugió el hombre menudo—.

—¿O sólo sabéis luchar con manchas de mierda?

El rostro demacrado de Frey palideció. Walder Ríos se levantó, a su lado.

—Edwyn no es hombre de espada. Yo, en cambio sí, Piper. Si queréis hacer algún comentario más, venid afuera.

—Esto es un consejo, no una guerra —les recordó Jaime—. Sentaos los dos. —Ninguno de ellos se movió—. ¡Ahora mismo!

Walder Ríos se sentó. Lord Piper, en cambio, no se dejaba avasallar tan fácilmente. Masculló una maldición y salió de la carpa a zancadas.

—¿Envío a unos cuantos hombres a traerlo, mi señor? —preguntó Ser Daven a Jaime.

—Enviad a Ser Ilyn —sugirió Edwyn Frey—. Sólo nos hace falta su cabeza.

Karyl Vance se volvió hacia Jaime.

—Las palabras de Lord Piper son fruto del dolor. Marq es su primogénito. Todos los caballeros que lo acompañaron a Los Gemelos eran sobrinos y primos suyos.

—Querréis decir traidores y rebeldes —bufó Edwyn Frey.

Jaime le dirigió una mirada gélida.

—Los Gemelos también apoyó la causa del Joven Lobo —les recordó a los Frey—. Despues lo traicionasteis. Eso os hace dos veces más traidores que Piper. —Disfrutó viendo como se agriaba y moría la sonrisita de Edwyn. «Ya he soportado suficiente consejo por hoy», decidió—. Hemos terminado. Empezad con los preparativos, mis señores. Atacaremos al amanecer.

El viento soplaban del norte cuando los caballeros salieron de la carpa. A Jaime le llegaba el hedor del campamento de los Frey desde más allá del Piedra Caída. Al otro lado del río, Edmure Tully, con una soga en torno al cuello resaltaba en el patíbulo gris.

Sus tíos fueron los últimos en salir. Ser Emmon iba pisándole los talones a Lady Genna.

—Lord sobrino —empezó a protestar Emmon—. Este ataque contra mi asentamiento... No podéis hacerlo. —Tragó saliva, y la nuez subió y bajó en su garganta—. No podéis. Os... Os lo prohíbo. —Había estado mascando hojamarga otra vez; una salivilla rosada le brillaba entre los labios—. El castillo es mío, tengo el pergamino. Con la firma del Rey, del pequeño Tommen. Soy el señor legítimo de Aguasdulces y...

—No mientras viva Edmure Tully —replicó Lady Genna—. Tiene el corazón blando y los sesos débiles, ya lo sé, pero seguirá siendo un peligro mientras siga con vida. ¿Qué vas a hacer, Jaime?

«El peligro es el Pez Negro, no Edmure.»

—De Edmure ya me encargo yo. Ser Lyle, Ser Ilyn, venid conmigo, por favor. Ya va siendo hora de que le haga una visita a ese patíbulo.

El Piedra Caída era más rápido y profundo que el Forca Roja, y el vado más cercano estaba a varias leguas corriente arriba. Cuando Jaime y sus hombres llegaron al río, la barcaza que lo cruzaba ya había emprendido la travesía. Mientras esperaban su regreso, Jaime les explicó qué pretendía. Ser Ilyn escupió en el río.

Cuando los tres bajaron de la barcaza en la orilla norte, una vivandera borracha se ofreció a dar placer al Jabalí con la boca.

—No, dadle placer a mi amigo —replicó Ser Lyle al tiempo que la empujaba hacia Ser Ilyn.

La mujer se echó a reír y fue a besar a Payne en los labios, pero en cuanto le vio los ojos se encogió y se alejó.

Los senderos de entre las hogueras eran un lodazal de barro marrón mezclado con excrementos de caballo, con tantas huellas de cascos como de botas. Mirase hacia donde mirase, Jaime veía las torres gemelas de la Casa Frey en escudos y estandartes, azul sobre gris, junto con los blasones de Casas menores que habían jurado fidelidad al Cruce: la garza de Erenford, la horca de labrador de Haigh, las tres ramas de muérdago de Lord Charlton... La llegada del Matarreyes no pasó desapercibida. Una anciana que vendía cochinillos se detuvo para mirarlo; un caballero cuyo rostro le sonaba de algo hincó una rodilla en tierra, y dos soldados que estaban meando en una zanja se volvieron y se salpicaron.

—Ser Jaime —oyó a sus espaldas, pero siguió caminando sin volverse.

Vio a su alrededor las caras de los hombres que había intentado matar en el bosque Susurrante, cuando los Frey luchaban bajo el estandarte del lobo huargo de Robb Stark. La mano de oro le colgaba pesada a un costado.

El gran pabellón rectangular de Ryman Frey era el más grande del campamento; sus paredes de lona gris eran rectángulos cosidos de tal forma que parecían muros de piedra, y los dos picos del techo recordaban a Los Gemelos. Lejos de encontrarse indisposto, Ser Ryman estaba divirtiéndose. De la carpeta salía el sonido de las carcajadas ebrias de una mujer mezcladas con las notas de una lira y la voz de un bardo.

«Más tarde me encargaré de vos, ser», pensó Jaime. Walder Ríos estaba ante su modesta carpeta, hablando con dos soldados. Su escudo lucía las divisas de la Casa Frey con los colores invertidos y una barra de gules que cruzaba las torres desde la siniestra. Al ver a Jaime, el bastardo frunció el ceño.

«Una verdadera mirada de desconfianza. Este es más peligroso que ninguno de sus hermanos legítimos.»

El patíbulo se había alzado a quince palmos del suelo. Al pie de las escaleras había apostados dos lanceros.

—No podéis subir sin permiso de Ser Ryman —le dijo uno a Jaime.

—Esta dice que sí. —Jaime le dio unos toquecitos al puño de la espada con un

dedo—. La única duda es: ¿tendré que pasar por encima de vuestros cadáveres?

Los lanceros se hicieron a un lado.

En lo alto del patíbulo, el señor de Aguasdulces contemplaba la trampilla que había bajo él. Tenía los pies negros y llenos de barro, las piernas desnudas. Lo único que llevaba era una sucia túnica de seda, del rojo y azul de los Tully, y una soga de cáñamo. Al oír el sonido de las pisadas alzó la vista y se humedeció los labios secos y agrietados.

—¿Matarreyes? —Cuando vio a Ser Ilyn abrió los ojos de par en par—. Más vale una espada que una soga. Adelante, Payne.

—Ya habéis oído a Lord Tully, Ser Ilyn —dijo Jaime—. Adelante.

El caballero silencioso agarró el mandoble con las dos manos. Era largo y pesado, tan afilado como podía llegar a estar un acero. Los labios agrietados de Edmure se movieron sin emitir sonido alguno. Cuando Ser Ilyn alzó el arma, cerró los ojos. Payne descargó el golpe con todo su peso.

—¡No! ¡Alto! ¡No! —Edwyn Frey llegó jadeante—. Mi padre viene ya. Tan deprisa como puede. Jaime, debéis...

—Mi señor es más apropiado, Frey —replicó Jaime—. Y en lo sucesivo, cuando os dirijáis a mí, omitid cualquier debéis.

Ser Ryman subió por las escaleras del patíbulo junto con una mujer desaliñada de pelo pajizo que iba tan borracha como él. Llevaba un vestido atado por delante, pero le habían desatado los lazos hasta el ombligo, así que se le salían los pechos. Eran voluminosos y pesados, con grandes pezones oscuros. Llevaba torcida en la cabeza una diadema de bronce batido con runas y una sarta de diminutas espadas negras. Al ver a Jaime se echó a reír.

—Por los siete infiernos, ¿y este quién es?

—El Lord Comandante de la Guardia Real —respondió Jaime con cortesía gélida—. Yo podría preguntaros lo mismo, mi señora.

—Eh, que no soy una señora. Soy la reina.

—Mi hermana se va a sorprender mucho cuando se entere.

—Pues me coronó Lord Ryman en persona, nada menos. —Sacudió las anchas caderas—. Soy la reina de las putas.

«No —pensó Jaime—, ese título también le corresponde a mi querida hermana.»

—Cállate, ramera. —Ser Ryman recuperó la voz por fin—. A Lord Jaime no le interesan las tonterías de una puta.

Aquel Frey era corpulento, de rostro ancho, ojos pequeños y papada blanda y temblorosa. El aliento le apestaba a vino y cebollas.

—Conque nombrando reinas, ¿eh, Ser Ryman? —preguntó Jaime con voz tranquila—. Qué estupidez. Igual que este asunto de Lord Edmure.

—Ya avisé al Pez Negro. Le dije que Edmure moriría a menos que entregara el

castillo. Ordené construir este patíbulo para demostrarle que Ser Ryman Frey no amenaza en vano. Mi hijo Walder hizo lo mismo con Patrek Mallister en Varamar, y Lord Jason dobló la rodilla, pero... este Pez Negro es muy frío. Se negaba, así que tuve que...

—¿... ahorcar a Lord Edmure?

—Mi señor abuelo... —El hombretón se puso rojo—. Si lo ahorcamos, nos quedamos sin rehén, ser. ¿No lo habéis pensado?

—Sólo un imbécil formula amenazas que no está dispuesto a cumplir. Si os amenazara con golpearos a menos que cerrarais la boca, y os atrevierais a hablar, ¿qué creéis que haría yo?

—Ser, no entendéis...

Jaime lo golpeó. Fue un simple revés con la mano dorada, pero tan fuerte que Ser Ryman se tambaleó hacia atrás, hasta los brazos de su puta.

—Tenéis la cabeza muy dura, Ser Ryman, y el cuello muy gordo. ¿Cuántos golpes necesitaríais para cortar ese cuello, Ser Ilyn? —Ser Ilyn le agitó un único dedo ante la nariz. Jaime se echó a reír—. Baladronadas. Yo diría que tres.

Ryman Frey se dejó caer de rodillas.

—No he hecho nada...

—Excepto reír y follar. Ya lo sé.

—Soy el heredero del Cruce. No podéis...

—Ya os advertí qué pasaría si seguías hablando. —Jaime vio como palidecía. «Borracho, imbécil y cobarde. Más vale que Lord Walder sobreviva a este; si no, los Frey están acabados»—. Marchaos de aquí, ser.

—¿Qué?

—Ya me habéis oído. Que os vayáis.

—Pero... ¿Adónde?

—Al infierno o a vuestra casa, lo que queráis. Me basta con que no estéis en el campamento cuando salga el sol. Os podéis llevar a vuestra reina de las putas, pero la corona se queda aquí. —Jaime se volvió hacia el hijo de Ser Ryman—. Edwyn, te pongo al mando en lugar de tu padre. Procura no ser tan imbécil como él.

—No será difícil, mi señor.

—Enviadle un mensaje a Lord Walder. La corona exige que entregue a todos sus prisioneros. —Jaime hizo un gesto con la mano dorada—. Traedlo, Ser Lyle.

Edmure Tully se había derrumbado de bruces en el cadalso cuando la hoja de Ser Ilyn había cortado la cuerda por la mitad. Un palmo de cáñamo le colgaba aún del nudo corredizo que le rodeaba el cuello. El Jabalí cogió una punta y tiró para ponerlo en pie.

—Un pez con correa —dijo entre risitas—. Esto no se ve muy a menudo.

Los Frey se echaron a un lado para dejarles paso. Ante el cadalso se había

congregado una multitud que incluía a una docena de vivanderos en diversos estadios de desalíño. Jaime se fijó en uno que llevaba una lira en la mano.

—Tú. El bardo. Ven conmigo.

—Como ordene mi señor —dijo el hombre, quitándose la gorra.

Nadie dijo ni palabra en el camino de regreso a la barcaza, con el bardo de Ser Ryman cerrando la marcha. Pero en cuanto se alejaron de la orilla en dirección a la ribera sur del Piedra Caída, Edmure Tully agarró a Jaime por el brazo.

—¿Por qué?

«Un Lannister siempre paga sus deudas —pensó—, y sois la única moneda que me queda.»

—Consideradlo un regalo de bodas.

Edmure lo miró con ojos desconfiados.

—¿Un... regalo de bodas?

—Me han dicho que vuestra esposa es muy bella. Tiene que serlo para que estuvierais en la cama con ella mientras asesinaban a vuestra hermana y a vuestro rey.

—No tenía ni idea. —Edmure se humedeció los labios agrietados—. Había violinistas junto a la puerta del dormitorio...

—Y Lady Roslin os estaba distraayendo.

—La... La obligaron, Lord Walder y los demás la obligaron. Roslin no quería... Estaba llorando, pero creí que era...

—¿Por la visión de vuestra virilidad rampante? Sí, me imagino que semejante espectáculo haría llorar a más de una mujer.

—Lleva a mi hijo en el vientre.

«No —pensó Jaime—, lo que le está creciendo en la barriga es vuestra condena a muerte.»

Cuando llegó a su pabellón hizo salir al Jabalí y a Ser Ilyn, pero no al bardo.

—Puede que pronto necesite una canción —le dijo—. Lew, prepara una bañera caliente para mi invitado. Búscale ropa limpia, Pia. Nada que lleve leones. Peck, sírvole vino a Lord Tully. ¿Tenéis hambre, mi señor?

Edmure asintió, pero seguía mirándolo con desconfianza.

Jaime se sentó en un taburete mientras Tully se bañaba. La suciedad tiñó el agua de gris.

—Cuando hayáis comido, mis hombres os escoltarán a Aguasdulces. Lo que suceda a continuación depende de vos.

—¿Qué queréis decir?

—Vuestro tío es viejo. Es valiente, sí, pero ya ha dejado atrás sus mejores años. No tiene esposa que lo llore ni hijos que defender. El Pez Negro sólo puede aspirar a una buena muerte. A vos, en cambio, os quedan muchos años, Edmure. Y vos sois el legítimo señor de la Casa Tully, no él. Vuestro tío hará lo que digáis. El destino de

Aguasdulces está en vuestras manos.

Edmure se quedó mirándolo.

—El destino de Aguasdulces...

—Rendid el castillo y no morirá nadie. Vuestros hombres pueden irse en paz o quedarse al servicio de Lord Emmon. A Ser Brynden se le permitirá vestir el negro, y con él, a todos los hombres de su guarnición que quieran seguirlo. Vos también, si el Muro os atrae. O podéis venir a Roca Casterly como prisionero mío y disfrutar de toda la comodidad y cortesía que corresponden a un rehén de vuestra alcurnia. Si lo deseáis, vuestra esposa se reunirá con vos. Si nace un niño, servirá a la Casa Lannister como paje y escudero, y cuando llegue a ser caballero le asignaremos algunas tierras. Si Roslin os da una hija, nos encargaremos de su dote cuando tenga edad para casarse. Puede que vos mismo quedéis en libertad cuando termine la guerra. Sólo tenéis que rendir el castillo.

Edmure sacó las manos de la bañera y observó como le corría el agua entre los dedos.

—¿Y si no lo rindo?

«¿Tiene que obligarme a decírselo? —Pia estaba en la entrada con un montón de ropa en las manos. Los escuderos escuchaban con atención, igual que el bardo—. Que escuchen —pensó Jaime—. Que el mundo se entere. No importa.»

—Ya habéis visto cuántos somos, Edmure. —Se obligó a sonreír—. Habéis visto las escalas, las torres de asalto, los trabuquetes, los arietes... Basta con que dé una orden, y mi primo tenderá un puente para salvar el foso y derribará las puertas. Morirán cientos de hombres, sobre todo de los vuestros. Los que fueron vuestros banderizos irán en la primera oleada de ataque, así que empezaréis por matar a los padres y hermanos de los hombres que dieron la vida por vos en Los Gemelos. La segunda oleada la compondrán los Frey; de esos tengo muchos. Mis hombres irán después, cuando vuestros arqueros estén casi sin flechas, y vuestros caballeros, tan agotados que casi no puedan levantar las espadas. Cuando caiga el castillo pasare por la espada a todos los que queden vivos. Sacrificaré el ganado, talaré el bosque de dioses, y prenderé fuego a los edificios y las torres. Demoleré las mismísimas paredes, y el Piedra Caída correrá entre las ruinas. Cuando termine, nadie creerá que allí hubo alguna vez un castillo. —Jaime se puso en pie—. Puede que vuestra esposa dé a luz antes. Supongo que querréis conocer a vuestro hijo. Os lo enviaré en cuanto nazca. Con una catapulta.

Tras su discurso se hizo el silencio. Edmure se quedó sentado en la bañera. Pia se apretaba la ropa contra el pecho. El bardo tensó una cuerda de la lira. Lew el Pequeño vació de miga una hogaza de pan duro para llenársela de guiso y fingió que no había oído nada.

«Con una catapulta», pensó Jaime. Si su tía estuviera allí, ¿seguiría diciendo que

Tyrion era el verdadero hijo de Tywin?

—Podría salir de esta bañera y matarte aquí mismo, Matarreyes —dijo Edmure Tully cuando logró recuperar la voz.

—Podéis intentarlo. —Jaime aguardó. Edmure no hizo ademán de levantarse—. Os dejo para que disfrutéis de la comida. Bardo, toca para nuestro invitado mientras come. Espero que os sepáis la canción.

—¿La de las lluvias? Sí, mi señor. La conozco.

Edmure lo miró como si lo viera por primera vez.

—No. Él no. Apartadlo de mi vista.

—Pero hombre, si sólo es una canción —replicó Jaime—. Seguro que no canta tan mal.

CERSEI (9)

El Gran Maestre Pycelle era viejo desde que ella lo conocía, pero parecía que en las tres últimas noches le hubieran caído encima otros cien años. Le costó una eternidad doblar la rodilla ante ella, y cuando lo logró, no pudo volver a levantarse hasta que lo ayudó Ser Osmund.

Cersei lo examinó, asqueada.

—Lord Qyburn me informa de que Lord Gyles ha exhalado su última tos.

—Sí, Alteza. Hice todo lo posible por aliviar sus últimas horas.

—¿De verdad? —La Reina se volvió hacia Lady Merryweather—. Le dije que quería vivo a Rosby, ¿verdad?

—Sí, Alteza.

—¿Qué recordáis vos de aquella conversación, Ser Osmund?

—Le ordenasteis al Gran Maestre Pycelle que lo salvara, Alteza. Todos lo oímos. Pycelle no dejaba de abrir y cerrar la boca.

—Alteza, sin duda sabéis que he hecho todo lo posible por ese pobre hombre.

—¿Igual que lo hicisteis por Joffrey? ¿Y por su padre, mi amado esposo? Robert era el hombre más fuerte de los Siete Reinos, pero un jabalí os lo arrebató. Ah, y no nos olvidemos de Jon Arryn. Sin duda, también habrías matado a Ned Stark si lo hubiera dejado más tiempo en vuestras manos. Decidme, maestre, ¿fue en la Ciudadela donde os enseñaron a retorceros las manos e inventar excusas?

Su tono hizo que el anciano se estremeciera.

—Nadie podría haber hecho más, Alteza. Siempre... Siempre he servido con lealtad.

—¿Y cuando le aconsejasteis al rey Aerys que abriera sus puertas al ejército de mi padre? ¿A eso lo llamáis un servicio leal?

—Es que... calculé mal...

—¿A eso lo llamáis un buen consejo?

—Pero Vuestra Alteza sabe bien que...

—Lo que sé bien es que, cuando envenenaron a mi hijo, me resultasteis de menos utilidad que el Chico Luna. Lo que sé bien es que la corona necesita oro desesperadamente y nuestro señor tesorero ha muerto.

El viejo idiota se aferró a aquello.

—Os... Os escribiré una lista de hombres capaces de ocupar el lugar de Lord Gyles en el consejo.

—Una lista. —Cersei casi consideró divertida semejante arrogancia—. Ya me imagino qué lista me proporcionaríais. Viejos, imbéciles y Garth *el Grosero*. —Apretó los labios—. Últimamente pasáis mucho tiempo en compañía de Lady Margaery.

—Sí. Sí, es que... la reina Margaery ha estado muy disgustada por lo de Ser Loras. Le proporciono a Su Alteza remedios para dormir y... otras pócimas.

—No me cabe duda. Decidme, ¿fue nuestra pequeña reina la que os ordenó matar a Lord Gyles?

—¿M-matarlo? —Los ojos del Gran Maestre Pycelle se hicieron grandes como huevos cocidos—. Alteza, no podéis decir en serio... Por todos los dioses, fue la vos, yo no... Vuestra Alteza no creerá que... La reina Margaery no tenía nada en contra de Lord Gyles, ¿por qué iba a querer verlo...?

—¿... muerto? Para plantar otra rosa en el consejo de Tommen, claro. ¿Estáis ciego, o es que os ha comprado? Rosby se interponía en su camino, así que lo envió a la tumba. Con vuestra connivencia.

—Alteza, os lo juro, Lord Gyles murió a causa de la tos. —Le temblaban los labios—. Siempre he sido leal a la corona, al reino... A la Casa Lannister.

«¿Por ese orden? —El miedo de Pycelle saltaba a la vista—. Ya está maduro. Va siendo hora de exprimir la fruta y probar el zumo.»

—Si sois tan leal como decís, ¿por qué me estáis mintiendo? No os molestéis en negarlo. Empezasteis a revolotear en torno a Margaery antes de que Ser Loras partiera hacia Rocadragón, así que no me vengáis con más mentiras, como que sólo queréis aliviar los sufrimientos de mi nuera en este momento de dolor. ¿Qué os lleva tan a menudo a la Bóveda de las Doncellas? No será la insulsa conversación de Margaery. ¿Estáis cortejando a su septa, la de la cara picada? ¿Jugáis con la pequeña Lady Bulwer? ¿Hacéis de espía para ella, la informáis de mis planes...?

—Yo... Sólo obedezco. Los maestres hacemos voto de servicio...

—Un Gran Maestre jura servir al reino.

—Alteza, es que... ella es la reina...

—La reina soy yo.

—Quería decir... Es la esposa del Rey, y...

—Ya sé quién es. Lo que quiero saber es por qué os necesita. ¿Se encuentra mal mi nuera?

—¿Mal? —El anciano se tironeó de los patéticos mechones que tenía por barba y que apenas le servían para ocultar la papada rosa—. M-mal no, Alteza, no. Mis votos me prohíben divulgar...

—Vuestros votos no os servirán de gran cosa en las celdas negras —le advirtió—. Quiero saber la verdad; si no, os cargaré de cadenas.

Pycelle se dejó caer de rodillas.

—Os lo suplico... Ayudé a vuestro señor padre, fui vuestro amigo en el asunto de Lord Arryn. No podría sobrevivir otra vez a las mazmorras.

—¿Para qué os requiere Margaery?

—Quiere... Quiere... Quiere...

—¡Decidlo de una vez!

El anciano se encogió.

—Té de la luna —susurró—. Té de la luna, para...

—Ya sé para qué sirve. —«Ya la tengo»—. Muy bien. Apartad de mi vista esas rodillas temblorosas y tratad de recordar cómo ser un hombre. —Pycelle intentó levantarse, pero tardó tanto que, al final, Cersei tuvo que decirle a Osmund Kettleblack que le diera otro tirón—. En cuanto a Lord Gyles, seguro que el Padre lo juzgará con justicia. ¿Ha dejado hijos?

—No tuvo hijos propios, pero sí un pupilo...

—No es de su sangre. —Cersei desechó el obstáculo con un gesto de la mano—. Gyles sabía que necesitábamos oro. Sin duda, os dijo que deseaba legar a Tommen todas sus tierras y riquezas.

El oro de Rosby aliviaría sus arcas, y las tierras y castillos se podían utilizar para compensar a alguno de los suyos por sus leales servicios.

«Tal vez a Lord Mares.» Aurane le había estado insinuando que necesitaba un asentamiento; sin él, su título de señor era un honor vacío. Cersei sabía que le había echado el ojo a Rocadragón, pero eso era apuntar demasiado alto. Rosby sería más adecuado para alguien de su nivel.

—Lord Gyles amaba a Su Alteza con todo su corazón —estaba diciendo Pycelle—, pero... su pupilo...

—No me cabe duda de que lo comprenderá en cuanto le digáis que fue el último deseo de Lord Gyles, en su lecho de muerte. Encargaos de todo.

—Como ordene Vuestra Alteza.

El Gran Maestre Pycelle estuvo a punto de caer de bruces cuando se enredó con su propia túnica en su precipitación por salir.

Lady Merryweather cerró la puerta tras él.

—Té de la luna —dijo mientras regresaba junto a la Reina—. Qué estupidez por su parte. ¿Por qué habrá hecho semejante cosa? ¿Por qué corre tanto riesgo?

—La pequeña reina tiene apetitos que Tommen, por su juventud, aún no puede satisfacer. —«Siempre existe ese peligro cuando una mujer se casa con un niño. Y más aún si es viuda. Que jure cuanto quiera que Renly no la tocó; no me lo voy a creer.» Sólo había un motivo para que las mujeres bebieran té de la luna; las doncellas no lo necesitaban—. Mi hijo ha sido traicionado. Margaery tiene un amante. Eso es alta traición, y el castigo es la muerte. —Su mayor deseo era que Mace Tyrell y la bruja con cara de pasa de su madre vivieran lo suficiente para ver el juicio. Al empeñarse en que Tommen y Margaery se casaran de inmediato, Lady Olenna había condenado a su adorada rosa a la espada del verdugo—. Jaime se llevó a Ser Ilyn Payne. Voy a tener que buscar un nuevo Justicia del Rey para que le corte la cabeza.

—Yo me encargaré —se ofreció Osmund Kettleblack con una sonrisa—. Margaery tiene un cuello muy delicado. Una espada bien afilada lo atravesará sin problemas.

—Sin duda —dijo Taena—, pero hay un ejército de los Tyrell en Bastión de Tormentas y otro en Poza de la Doncella. Ellos también tienen espadas afiladas.

«Estoy hasta el cuello de rosas. —Era ultrajante. Todavía necesitaba a Mace Tyrell, aunque no a su hija—. Al menos hasta que Stannis sea derrotado. Entonces no necesitaré a nadie.» Pero ¿cómo podía librarse de la hija sin perder el apoyo del padre?

—La traición siempre es traición —dijo—, pero necesitamos pruebas, algo más firme que el té de la luna. Si se demuestra que es infiel, hasta su propio padre tendrá que condenarla, o la vergüenza caerá sobre su familia.

Kettleblack se mordisqueó una punta del bigote.

—Tenemos que sorprenderla cometiendo la traición.

—¿Cómo? Qyburn la tiene vigilada día y noche. Sus criados aceptan mis monedas, pero a cambio no traen más que nimiedades. Nadie ha visto aún a su amante. Las orejas que tenemos tras sus puertas oyen canciones, risas y cotilleos, pero nada de utilidad.

—Margaery es demasiado astuta para dejarse atrapar con tanta facilidad —dijo Lady Merryweather—. Sus mujeres son los muros de su castillo. Duermen con ella, la visten, rezan con ella, leen con ella, cosen con ella... Cuando no está practicando la cetrería o cabalgando, está jugando al ven a mi castillo con la pequeña Alysanne Bulwer. Si hay hombres, su septa la acompaña siempre, o si no, sus primas.

—En algún momento tiene que librarse de las gallinas —insistió la Reina. Se le ocurrió una idea—. A no ser que sus damas estén involucradas. Tal vez no todas, pero sí algunas.

—¿Las primas? —Hasta Taena parecía dubitativa—. Las tres son más jóvenes que la pequeña reina, y más inocentes.

—Rameras disfrazadas con vestidos blancos de doncella. Eso hace que sus pecados sean aún más horrendos. Sus nombres quedarán grabados para la infamia. —De repente, casi lo tenía—. Taena, vuestro señor esposo es mi justicia mayor. Tenéis que cenar los dos conmigo esta noche. —Quería hacerlo cuanto antes, o a Margaery se le podía meter en la cabeza la idea de volver a Altojardín, o ir a Rocadragón para estar con su hermano herido y agonizante—. Ordenaré que nos asen un jabalí. Y claro, nos va a hacer falta música para facilitar la digestión.

Taena entendió enseguida.

—Música. Por supuesto.

—Id a hablar con vuestro señor esposo, y haced los arreglos con el bardo —la apremió Cersei—. Vos podéis quedarnos, Ser Osmund. Tenemos muchos asuntos que

tratar. También necesito a Qyburn.

Por desgracia, en las cocinas no tenían jabalí, y no había tiempo para que salieran los cazadores. Los cocineros sacrificaron una cerda y les sirvieron el muslo con clavos de olor, bañado con miel y bayas secas. No era lo que quería Cersei, pero tendría que conformarse. Despues tomaron manzanas asadas con un queso blanco muy sabroso. Lady Taena saboreó hasta el último bocado; todo lo contrario que Orton Merryweather, cuyo rostro redondo permaneció blanco y abotargado desde el caldo hasta los postres. Bebió mucho y no dejó de mirar al bardo de reojo.

—Qué lástima lo de Lord Gyles —dijo al final Cersei—. Aunque me atrevería a asegurar que nadie echará de menos sus toses.

—No. No, no creo.

—Nos va a hacer falta un nuevo lord tesorero. Si no hubiera tantos conflictos en el Valle, le pediría a Petyr Baelish que volviera, pero... En fin, voy a probar a poner en el cargo a Ser Harys. No puede hacerlo peor que Gyles, y al menos no tose.

—Ser Harys es la Mano del Rey —señaló Taena.

«Ser Harys es un rehén, y ni como tal vale gran cosa.»

—Ya va siendo hora de que Tommen tenga una Mano más contundente.

Lord Orton apartó la vista de la copa de vino.

—Contundente. Claro, claro. —Titubeó—. ¿Quién...?

—Vos, mi señor. Lo lleváis en la sangre. Vuestro abuelo ocupó el lugar de mi padre como Mano de Aerys. —Sustituir a Tywin Lannister por Owen Merryweather había sido como sustituir a un corcel por un asno, claro, pero cuando Aerys lo eligió, Owen era ya anciano, un viejo amable e ineficaz. Su nieto era más joven, y... «Bueno, tiene una esposa fuerte.» Era una lástima que Taena no pudiera ser Mano. Era tres veces más hombre que su marido, y mucho más divertida. Pero también era myriense de nacimiento, y mujer, así que tendría que conformarse con Orton—. No me cabe duda de que sois mucho más apto que Ser Harys. —«El contenido de mi orinal es más apto que Ser Harys»—. ¿Accederéis a servirnos?

—Pues... Sí, claro. Vuestra Alteza me concede un gran honor.

«Mucho mayor que el que mereces.»

—Me habéis servido bien como justicia mayor, mi señor. Y lo seguiréis haciendo en estos tiempos... tan difíciles. —Al ver que Merryweather la había entendido, la Reina se volvió para dedicarle una sonrisa al bardo—. Vos también os merecéis una recompensa por las hermosas canciones que nos habéis cantado mientras cenábamos. Los dioses os han concedido un don.

El bardo hizo una reverencia.

—Vuestra Alteza es muy amable al decir eso.

—Nada de amable —replicó Cersei—, es la verdad. Taena dice que os llaman Bardo Azul.

—Así es, Alteza.

Las botas del cantor eran de suave piel de becerro; sus calzones, de fina lana azul. La túnica que llevaba era de seda azul claro y satén azul brillante. Incluso había llegado al extremo de teñirse el pelo de azul, a la moda tyroshi. Lo llevaba largo y ondulado; le caía hasta los hombros y olía como si se lo lavara con agua de rosas.

«De rosas azules, seguro. Por lo menos, los dientes los tiene blancos.» Y eran unos bonitos dientes: no tenía ninguno torcido.

—¿No tenéis otro nombre?

Un tono rosado le coloreó las mejillas.

—De niño me llamaba Wat. Es un buen nombre para un labrador, pero no muy adecuado para un cantor.

Los ojos del Bardo Azul eran del mismo color que los de Robert. Ya sólo por eso lo detestaba.

—Comprendo por qué sois el favorito de Lady Margaery.

—Vuestra Alteza es muy bondadosa. Me dice que le proporciona placer.

—De eso estoy segura. ¿Me dejáis ver el laúd?

—Como ordene Vuestra Alteza.

Bajo la capa de cortesía había un atisbo de intranquilidad, pero le tendió el instrumento de inmediato. Nadie desoía una petición de la reina.

Cersei tocó una cuerda y sonrió al oír el sonido.

—Dulce y triste como el amor. Decidme, Wat, la primera vez que os llevasteis a Margaery a la cama, ¿fue antes o después de que se casara con mi hijo?

Durante un momento, el joven no pareció comprender sus palabras. Después abrió los ojos de par en par.

—Alguien ha informado mal a Vuestra Alteza. Os juro que yo jamás...

—¡Mentiroso! —Cersei golpeó al bardo en la cara con el laúd, con tal fuerza que la madera pintada se hizo astillas—. Lord Orton, llamad a mis guardias, que se lleven a este canalla a las mazmorras.

—Eh... Qué infamia... ¿Se ha atrevido a seducir a la Reina? —balbuceó Orton Merryweather, con el rostro sudoroso por el miedo.

—Mucho me temo que fue al revés, pero da igual: es un traidor. Que cante para Lord Qyburn.

El Bardo Azul se puso blanco.

—No. —La sangre le goteaba del labio que le había roto el laúd—. Yo jamás... ¡Madre, no, ten misericordia! —gritó cuando Merryweather lo cogió por el brazo.

—No soy tu madre —le replicó Cersei.

Incluso en las celdas negras, lo único que le pudieron sacar fueron negaciones, plegarias y súplicas de misericordia. Pronto, la sangre de todos los dientes rotos le corrió por la barbilla, y tres veces se meó en los calzones azules, pero se empecinó en

sus mentiras.

—¿Será posible que nos hayamos equivocado de bardo? —preguntó Cersei.

—Todo es posible, Alteza. No temáis. Confesará antes de que acabe la noche. —Allí abajo, en las mazmorras, Qyburn vestía prendas de lana basta y un delantal de cuero como el de los herreros. Se volvió hacia el Bardo Azul—. Siento que los guardias hayan sido bruscos contigo. Sus modales dejan mucho que desear. —Tenía una voz afable, solícita—. Lo único que queremos es la verdad.

—Ya os he dicho la verdad —sollozó el cantor. Los grilletes lo sujetaban contra la fría pared de piedra.

—Sabemos que no es así. —Qyburn tenía una navaja en la mano; la hoja brillaba a la tenue luz de la antorcha. Fue cortando la ropa del Bardo Azul hasta que sólo le quedaron las botas altas. Cersei sonrió al ver que tenía castaño el pelo de la entrepierna—. Dinos cómo complacías a la pequeña reina —le ordenó.

—Yo jamás... Cantaba, nada más, cantaba y tocaba. Sus damas os lo pueden decir. Siempre estaban con nosotros. Sus primas.

—¿Con cuántas de ellas tuviste relaciones carnales?

—Con ninguna. Sólo soy un bardo. Por favor.

—Alteza —comentó Qyburn—, puede que este pobre hombre se limitara a cantar para Margaery mientras ella recibía a otros amantes.

—No. Por favor. Ella nunca... Yo cantaba, sólo cantaba.

Lord Qyburn pasó una mano por el pecho del Bardo Azul.

—¿Te cogía los pezones entre los labios durante vuestros juegos amorosos? —Le cogió uno entre el índice y el pulgar y se lo retorció—. A algunos hombres les gusta. Tienen los pezones tan sensibles como las mujeres.

La hoja relampagueó; el bardo chilló. En su pecho, un húmedo ojo rojo lloraba sangre. Cersei sintió náuseas. Una parte de ella habría querido cerrar los ojos, marcharse de allí, detener aquello. Pero era la reina, y se había cometido traición.

«Lord Tywin no se habría marchado.»

Al final, el Bardo Azul acabó por contarles toda su vida, remontándose hasta su primer día del nombre. Su padre había sido cerero, y educó a Wat para que ejerciera esa profesión, pero ya de niño descubrió que se le daban mejor los laúdes que las velas. A los doce años se escapó de casa para unirse a un grupo de músicos ambulantes a los que había oído tocar en una feria. Recorrió la mitad del Dominio antes de llegar a Desembarco del Rey, con la esperanza de encontrar favor en la corte.

—¿Favor? —Qyburn dejó escapar una risita—. ¿Así lo llaman ahora las mujeres? Pues creo que encontraste demasiado, amigo mío... Y de la reina que no debías. La verdadera reina está delante de ti.

«Sí. —La culpable de aquello era Margaery Tyrell. Cersei estaba furiosa. De no ser por ella, Wat habría tenido una vida larga y fructífera, tocando cancioncillas y

acostándose con porquerizas e hijas de campesinos—. Sus intrigas me han obligado a hacer esto. Me ha salpicado con su traición.»

Antes de que llegara el amanecer, las altas botas azules del bardo estaban llenas de sangre, y les había contado cómo se acariciaba Margaery mientras sus primas le daban placer con la boca. En otras ocasiones había cantado mientras ella saciaba su lujuria con otros amantes.

—¿Quiénes eran? —exigió saber la Reina, y el cretino de Wat desgranó los nombres de Ser Tallad *el Tallo*, Lambert Turnberry, Jalabhar Xho, los gemelos Redwyne, Osney Kettleblack, Hugh Clifton y el Caballero de las Flores.

Aquello era un contratiempo. No se atrevía a ensuciar el nombre del héroe de Rocadragón. Además, nadie que conociera a Ser Loras se lo creería. Los Redwyne tampoco podían formar parte de aquello. Sin el Rejo y su flota, el reino no tenía manera de librarse de Euron *Ojo de Cuervo* y sus malditos hombres del hierro.

—Lo único que haces es escupir los nombres de los que viste en sus habitaciones. ¡Queremos la verdad!

—La verdad. —Wat la miró con el ojo azul que Qyburn le había dejado. La sangre le brotaba del hueco donde había tenido los dientes delanteros—. Puede que... recuerde mal.

—Horas y Hobber no formaban parte de esto, ¿verdad?

—No —reconoció él—. Ellos no.

—En cuanto a Ser Loras, estoy segura de que Margaery se tomaba grandes molestias para evitar que su hermano se enterase de lo que hacía.

—Sí. Ya me acuerdo. Una vez, Ser Loras fue a verla y ella me hizo esconderme bajo la cama. Me dijo que no debía saberlo jamás.

—Esta canción ya me gusta más. —Era mejor que los grandes señores quedaran al margen. En cambio, los otros... Ser Tallad había sido caballero errante; Jalabhar Xho era un exiliado y un mendigo; Clifton era el único miembro de la guardia de la pequeña reina... «Y Osney es la guinda del postre»—. Ya sé lo difícil que es decir la verdad. Os interesará recordarlo cuando llegue el juicio de Margaery. Si se os ocurre volver a mentir...

—No. Diré la verdad. Y luego...

—Te permitiré vestir el negro. Te doy mi palabra. —Cersei se volvió hacia Qyburn—. Encargaos de que lo limpian y le venden las heridas, y dadle la leche de la amapola para el dolor.

—Vuestra Alteza es muy bondadosa. —Qyburn tiró la navaja ensangrentada a un cubo de vinagre—. Puede que Margaery se pregunte qué ha sido de su bardo.

—Los bardos vienen y van, tienen esa mala fama.

El largo ascenso por los escalones de piedra de las celdas negras dejó sin aliento a Cersei.

«Tengo que descansar. —Arrancarle la verdad a alguien era un trabajo duro, y temía lo que llegaría a continuación—. Tengo que ser fuerte. He de hacer lo que he de hacer por Tommen y por el reino. —Lástima que Maggy *la Rana* estuviera muerta—. Me cago en tu profecía, vieja. Puede que la pequeña reina sea más joven que yo, pero nunca ha sido más hermosa, y pronto estará muerta.»

Lady Merryweather la esperaba en sus habitaciones. La noche era negra, más próxima ya al amanecer que del anochecer. Jocelyn y Dorcas estaban dormidas, pero Taena no.

—¿Ha sido espantoso? —le preguntó.

—No os lo podéis imaginar. Necesito dormir, pero tengo miedo de soñar.

Taena le acarició el pelo.

—Todo lo hacéis por Tommen.

—Sí. Ya lo sé. —Cersei se estremeció—. Tengo la boca seca. Sed buena, servidme un poco de vino.

—Cualquier cosa con tal de complacerlos. Es lo único que deseo.

«Mentirosa.» Sabía bien qué deseaba Taena. Pues que así fuera. Si la mujer estaba enamoriscada de ella, eso le garantizaría su lealtad y la de su marido. En un mundo tan lleno de traiciones, unos pocos besos eran un precio bajo a cambio de la lealtad.

«No es peor que la mayoría de los hombres. Y al menos no hay peligro de que me haga un hijo.»

El vino la ayudó, pero no lo suficiente.

—Me siento sucia —se quejó la Reina, de pie junto a la ventana, con la copa en la mano.

—Un baño os ayudará, querida mía.

Lady Merryweather despertó a Dorcas y a Jocelyn, y las mandó a buscar agua caliente. Mientras llenaban la bañera, ayudó a la Reina a quitarse la túnica, le desanudó los lazos con dedos hábiles y se la quitó. Luego, ella también se quitó el vestido y lo dejó caer en el suelo.

Se bañaron juntas, Cersei tendida en los brazos de Taena.

—Hay que evitarle esto a Tommen tanto como sea posible —le dijo a la myriense—. Margaery sigue llevándolo al septo todos los días para pedir a los dioses que curen a su hermano. —Era una verdadera molestia, pero Ser Loras se aferraba a la vida con testarudez—. También les tiene cariño a sus primas. Va a ser duro para él perderlas a todas de golpe.

—Puede que no sean culpables las tres —le señaló Lady Merryweather—. Tal vez una de ellas no tomara parte. Si estuviera avergonzada y asqueada de las cosas que ha presenciado...

—Se la podría convencer para que declarase contra las otras. Sí, muy bien, pero ¿cuál es la inocente?

—Alla.

—¿La tímida?

—Eso parece, pero más que tímida es astuta. Dejádmela a mí, querida.

—De buena gana. —La confesión del Bardo Azul por sí sola no sería suficiente.

Al fin y al cabo, los bardos se ganaban la vida mintiendo. Si Taena pudiera entregarle a Alla Tyrell, sería una gran ayuda—. Ser Osney también confesará. A los demás hay que hacerles comprender que lo único que pueden hacer para conseguir el perdón real y que los envíen al Muro en vez de a la muerte es confesar.

A Jalabhar Xho le parecería atractiva la verdad. De los demás no estaba tan segura, pero Qyburn era convincente...

Ya amanecía en Desembarco del Rey cuando salieron de la bañera. La Reina tenía la piel blanca y arrugada después de tanto tiempo en el agua.

—Quedaos conmigo —le pidió a Taena—. No quiero dormir sola.

Incluso rezó pidiendo a la Madre sueños gratos antes de meterse entre las sábanas.

Fue una pérdida de tiempo. Como de costumbre, los dioses hicieron oídos sordos. Cersei soñó que volvía a estar en las celdas negras, pero en aquella ocasión la que estaba encadenada a la pared era ella, no el bardo. Estaba desnuda, y la sangre le manaba del pecho porque el Gnomo le había arrancado los pezones a mordiscos.

—Por favor —le suplicaba—, por favor, a mis hijos no, no hagas daño a mis hijos.

Y Tyrion se reía de ella. También estaba desnudo, con el cuerpo cubierto de un vello áspero que le daba más aspecto de mono que de hombre.

—Verás como los coronan —le dijo—, y verás como mueren. —Le puso la boca en un pecho sangrante y empezó a mamar, y el dolor la atravesó como un cuchillo al rojo.

Se despertó temblorosa en brazos de Taena.

—Una pesadilla —dijo en un susurro débil—. ¿He gritado? Lo siento mucho.

—A la luz del día los sueños se transforman en polvo. ¿Era otra vez el enano? ¿Por qué os asusta tanto ese hombrecillo?

—Va a matarme. Me lo predijeron cuando tenía diez años. Quería saber con quién me iba a casar, pero ella...

—¿Quién?

—La *maegi*. —Las palabras se le escaparon a borbotones. Aún le parecía oír a Melara Hetherspoon asegurándole que, si no volvían a hablar de las profecías, no se harían realidad. «Pero en el pozo no estuve tan callada. Gritó y chilló»—. Tyrion es el *valonqar* —dijo—. ¿Utilizáis esa palabra en Myr? Es alto valyrio; quiere decir «hermano pequeño».

Se lo había preguntado a la septa Saranella cuando Melara se ahogó.

Taena le tomó la mano y se la acarició.

—Era odiosa, fea, vieja y enferma. Vos erais joven y hermosa, llena de vida y orgullo. Decís que vivía en Lannisport, así que sabría algo del enano: que había matado a vuestra señora madre, por ejemplo. No se atrevió a atacaros a causa de vuestro rango, así que quiso heriros con su lengua de víbora.

«¿Sería eso?» Cersei habría dado cualquier cosa por creerlo.

—Pero Melara murió, como había predicho. No me casé con el príncipe Rhaegar. Y Joffrey... El enano mató a mi hijo delante de mí.

—Un hijo —señaló Lady Merryweather—, pero os queda otro, bondadoso y fuerte, y jamás le pasará nada malo.

—No mientras yo viva. —Decirlo la ayudaba a creer que sería verdad. «A la luz del día, los sueños se transforman en polvo, sí.» En el exterior, el sol de la mañana empezaba a derrotar a la bruma. Cersei salió de entre las sábanas—. Esta mañana voy a desayunar con el Rey. Quiero ver a mi hijo.

«Todo lo que hago lo hago por él.»

Tommen la ayudó a volver a ser ella misma. Nunca lo había querido tanto como aquella mañana, mientras charlaba sobre sus gatitos y mojaba en miel un trozo de pan negro recién sacado del horno.

—*Ser Garras* ha cazado un ratón —le dijo—, pero *Lady Bigotes* se lo ha quitado.

«Yo no fui nunca tan dulce e inocente —pensó Cersei—. ¿Cómo va a gobernar este reino tan cruel?»

La madre que había en ella sólo quería protegerlo; la reina que llevaba dentro sabía que, si el niño no se endurecía, el Trono de Hierro acabaría por devorarlo.

—*Ser Garras* tiene que aprender a defender sus derechos —le dijo—. En este mundo, los débiles siempre son víctimas de los fuertes.

El Rey meditó al tiempo que se lamía la miel de los dedos.

—Cuando vuelva *Ser Loras* aprenderé a luchar con la lanza, la espada y el mangual, igual que él.

—Aprenderás a luchar —le prometió la Reina—, pero no de *Ser Loras*. No va a volver, Tommen.

—Margaery dice que sí. Estamos rezando por él. Pedimos a la Madre misericordia, y al Guerrero, que le dé fuerzas. Elinor dice que esta es la batalla más difícil de *Ser Loras*.

Ella le acarició el pelo, los suaves rizos dorados que tanto le recordaban a Joff.

—¿Vas a pasar la tarde con tu esposa y sus primas?

—Hoy no. Dice que tiene que ayunar y purificarse.

«Ayunar y purificarse... Ah, claro, el día de la Doncella. —Hacía muchos años que no se esperaba de Cersei que observara aquella festividad—. Casada tres veces, y sigue queriendo que creamos que es doncella. —Vestida de blanco, inmaculada, la

pequeña reina guiaría a sus gallinas al septo de Baelor para encender largas velas también blancas a los pies de la Doncella y colgarle guirnaldas de pergamo del sagrado cuello—. Al menos unas cuantas de sus gallinas.» Durante el día de la Doncella, viudas, madres y prostitutas por igual tenían prohibido el acceso a los septos, así como los hombres, para que no profanaran las canciones sagradas de la inocencia. Sólo las vírgenes podían...

—¿Madre? ¿He dicho algo malo?

Cersei besó a su hijo en la frente.

—Has dicho algo muy inteligente, cariño. Anda, ve a jugar con tus gatitos.

A continuación hizo llamar a Ser Osney Kettleblack a sus habitaciones. Llegó del patio sudoroso, pavoneándose, y mientras se arrodillaba ante ella la desnudó con la mirada, como hacía siempre.

—Levantaos, ser, y sentaos a mi lado. En otros tiempos me servisteis con valentía, pero ahora tengo una misión más dura para vos.

—Yo también tengo algo duro para vos.

—Eso tendrá que esperar. —Le recorrió las cicatrices con las yemas de los dedos—. ¿Os acordáis de la prostituta que os hizo esto? Cuando volváis del Muro os la entregaré. ¿Os gustaría?

—A la que quiero es a vos.

Era la respuesta correcta.

—Antes tenéis que confesar vuestra traición. Los pecados pueden llegar a envenenar el alma si dejamos que se pudran en ella. Sé lo difícil que debe de ser para vos vivir con lo que habéis hecho. Ya va siendo hora de que os libréis de vuestra vergüenza.

—¿Vergüenza? —Osney parecía confundido—. Ya se lo he dicho a Osmund: Margaery sólo coquetea. Nunca me deja ir más allá de...

—Es muy caballeroso por vuestra parte que tratéis de protegerla —lo interrumpió Cersei—, pero sois demasiado buen caballero para vivir con el peso de vuestro crimen. No, tenéis que subir esta misma noche al Gran Septo de Baelor para hablar con el Septón Supremo. Cuando los pecados de un hombre son tan nefandos, el único que puede salvarlo de los tormentos del infierno es Su Altísima Santidad. Contadle cómo os habéis acostado con Margaery y con sus primas.

Osney parpadeó.

—¿Qué? ¿Con las primas también?

—Con Megga y con Elinor —decidió—. Con Alla no, nunca. —Ese pequeño detalle haría la historia más verosímil—. Alla se quedaba sentada, llorando, y les suplicaba a las demás que dejaran de pecar.

—¿Sólo Megga y Elinor? ¿O también Margaery?

—Margaery sobre todo.

Le contó lo que había planeado. Osney escuchaba con gesto cada vez más aprensivo.

—Cuando le cortéis la cabeza, quiero el beso que nunca llegó a darme —dijo cuando la Reina hubo terminado.

—Tendréis todos los besos que queráis.

—¿Y luego al Muro?

—Poco tiempo. Tommen es un rey clemente.

Osney se rascó la mejilla de las cicatrices.

—Por lo general, cuando miento al hablar de una mujer es para decir que nunca me la he follado mientras ella dice que sí. Esto... Nunca le he mentido a un Septón Supremo. Por cosas como esta se acaba en algún infierno. En uno de los peores.

La reina se llevó una sorpresa. Lo que menos esperaba por parte de un Kettleblack era la religiosidad.

—¿Os negáis a obedecerme?

—No. —Osney le acarició el cabello dorado—. Pero... las mejores mentiras son las que tienen algo de verdad... Para darles sabor. Y queréis que diga que me he follado a una reina.

Estuvo a punto de darle una bofetada. A punto. Pero ya había llegado demasiado lejos; había demasiado en juego.

«Todo lo que hago lo hago por Tommen —pensó. Giró la cabeza, cogió la mano de Ser Osney y le besó los dedos. Eran ásperos, duros, encallecidos por la espada—. Robert tenía las manos así.» Cersei le echó los brazos al cuello.

—Que no se diga que os he obligado a mentir —susurró con voz ronca—. Dadme una hora y reuníos conmigo en mi dormitorio.

—Ya hemos esperado demasiado. —Le introdujo los dedos en el corpiño de la túnica y dio un tirón; la seda se desgarró con tanto estrépito que Cersei tuvo miedo de que media Fortaleza Roja se hubiera enterado—. Quitaros el resto antes de que os lo arranque también. Pero dejaos la corona. Me gustáis con corona.

LA PRINCESA EN LA TORRE

Su prisión era de seda. Ese era el único consuelo que tenía Arianne. ¿Por qué se iba a tomar tantas molestias su padre para proporcionarle comodidades en su cautiverio si había decidido que muriera por traidora?

«No puede tener intención de matarme —se dijo cien veces—. Tamaña crueldad no sería propia de él. Soy de su sangre y su semilla, su heredera, su única hija.»

Si fuera necesario, se tiraría bajo las ruedas de la silla de su padre, reconocería su culpa y le suplicaría perdón. Y lloraría. Cuando viera correr las lágrimas por sus mejillas, la perdonaría.

Lo que no sabía era si podría perdonarse ella misma.

—Areo —había suplicado a su apresador durante el largo y seco viaje del Sangreverde a Lanza del Sol—. Nunca pretendí que la niña sufriera daño alguno. Tenéis que creerme.

La única respuesta de Hotah fue un gruñido. Arianne percibía su rabia. Estrellaoscura, el más peligroso de su pequeño grupo de conspiradores, se le había escapado. Fue más veloz que sus perseguidores y desapareció en el desierto con la espada manchada de sangre.

—Me conocéis bien, capitán —había insistido Arianne mientras recorrían legua tras legua—. Me habéis tratado desde que era niña. Siempre me protegisteis, igual que protegisteis a mi señora madre cuando vinisteis con ella desde Gran Norvos para ser su escudo en una tierra extraña. Ahora os necesito. Necesito vuestra ayuda. Yo no quería...

—Poco importa qué quisierais, princesita —le dijo Areo Hotah—. Sólo lo que hicisteis. —Su semblante era de piedra—. Lo siento mucho. El príncipe ordena y Hotah obedece.

Arianne suponía que la llevaría ante el trono de su padre, bajo la cúpula de vidrieras de la Torre del Sol. Pero Hotah la había dejado en la Torre de la Lanza, bajo la custodia de Ricasso, el senescal de su padre, y Ser Manfrey Martell, el castellano.

—Perdonad a este anciano ciego por no subir con vos, princesa —le dijo Ricasso—. Estas piernas no están a la altura de tantos escalones. Os hemos preparado una estancia. Ser Manfrey os escoltará hasta ella para que aguardéis la decisión del príncipe.

—¿Mis amigos también estarán confinados aquí?

Hotah había separado a Arianne de Garin, Drey y los demás después de su captura, y se había negado a decirle qué harían con ellos.

—Eso lo decidirá el príncipe —fue lo único que le respondió el capitán.

Ser Manfrey resultó un poco más comunicativo.

—Los han llevado a la Ciudad de los Tablones, y de allí irán en barco a Rocagrís,

hasta que el príncipe Doran decida cuál será su destino.

Rocagrís, erigido en un islote del mar de Dorne, era un viejo castillo ruinoso, una prisión espantosa adonde se enviaba a los peores criminales para que se pudrieran hasta que les llegara la muerte.

—¿Mi padre quiere matarlos? —Arianne no se lo podía creer—. Hicieron lo que hicieron por el cariño que me profesan. Si mi padre quiere sangre, que sea la mía.

—Como digáis, princesa.

—Quiero hablar con él.

—Él esperaba que dijerais eso.

Ser Manfrey la tomó por el brazo y subió con ella por las escaleras, cada vez más arriba, hasta que le empezó a faltar el aliento. La Lanza de la Torre se alzaba hasta una altura de cincuenta varas, y su celda estaba en la parte superior. Arianne observó todas las puertas frente a las que pasaron, preguntándose si tras ella estaría encerrada alguna de las Serpientes de Arena.

Después de que cerraran y atrancaran su puerta, Arianne exploró su nuevo hogar. La celda era amplia y bien ventilada, y no carecía de comodidades. Había alfombras myrienses en el suelo, vino tinto para beber y libros para leer. En un rincón había un tablero ornamentado de sitrang con piezas talladas en marfil y ónix, aunque no habría tenido con quién jugar en caso de que le hubiera apetecido. Disponía de un lecho de plumas para dormir, y un retrete de asiento de mármol con una cesta de hierbas para perfumar el ambiente. A aquella altura, las vistas eran espléndidas. Una ventana daba al este, de modo que podía ver salir el sol por encima del mar. La otra la permitía contemplar la Torre del Sol y, más allá, las Murallas Serpenteantes y la Puerta Triple.

La exploración le llevó menos tiempo del que habría necesitado para atarse unas sandalias, pero al menos le sirvió para contener las lágrimas durante un rato. Arianne encontró una palangana y una jarra de agua fresca, y se lavó las manos y la cara, pero por mucho que frotara no había nada capaz de lavar el dolor que sentía.

«Arys —pensó—, mi caballero blanco. —Las lágrimas le llenaron los ojos y de repente volvía a estar llorando, con el cuerpo entero sacudido por los sollozos. Recordó como el hacha de Hotah le había atravesado la carne y el hueso, como había salido volando la cabeza—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué desperdiciaste tu vida? No fue lo que te pedí, no era lo que quería, yo sólo quería... Sólo quería... Sólo quería...»

Aquella noche lloró hasta quedarse dormida por primera vez, pero no por última. Ni siquiera en sus sueños encontró la paz. Soñó que Arys Oakheart la acariciaba, le sonreía, le decía que la amaba... Pero tenía los dardos clavados; sus heridas lloraban y le teñían de rojo las prendas blancas. Aun mientras dormía, una parte de ella sabía que era una pesadilla.

«Cuando llegue la mañana todo esto desaparecerá», se dijo la princesa, pero

cuando llegó la mañana, ella seguía en su celda, Ser Arys seguía muerto, y Myrcella...

«Yo no deseaba eso, de verdad. No quería hacerle daño a la niña. Sólo quería convertirla en reina. Si no nos hubieran traicionado...»

—Alguien habló —había dicho Hotah.

El recuerdo aún la enfurecía. Arianne se aferró a eso, alimentó la llama que ardía en su corazón. La ira era mejor que las lágrimas, mejor que la pena, mejor que la culpa. Alguien había hablado, alguien en quien ella confiaba. Arys Oakheart había muerto por eso: el susurro de un traidor lo había matado tanto como el hacha del capitán. Y la sangre que corrió por el rostro de Myrcella era también obra del traidor. Alguien había hablado, alguien a quien ella quería. Eso era lo más cruel de todo.

Al pie de la cama había un arcón de cedro con su ropa, de modo que se quitó las prendas sucias del viaje, con las que había dormido, y se puso el vestido más provocativo que encontró, de seda etérea que lo cubría todo y no ocultaba nada. Tal vez el príncipe Doran la tratara como a una niña, pero no pensaba vestirse como tal. Sabía que un atuendo semejante incomodaría a su padre cuando fuera a castigarla por haberse fugado con Myrcella. Contaba con ello.

«Si tengo que arrastrarme y llorar, por lo menos que se sienta incómodo él también.»

Esperaba que llegara aquel mismo día, pero cuando la puerta se abrió por fin, sólo entraron los criados con la comida.

—¿Cuándo podré ver a mi padre? —Habían asado el cabrito con miel y limón. La guarnición era de hojas de parra llenas de una mezcla de pasas, cebollas, setas y picantes guindillas dragón—. No tengo hambre —dijo Arianne. Sus amigos estarían comiendo galletas secas y tasajo en la travesía hacia Rocagris—. Llevaos esto y traedme al príncipe Doran.

Pero le dejaron la comida, y su padre no acudió. Tras un tiempo, el hambre debilitó su resolución, así que se sentó y comió.

Cuando terminó, se quedó sin nada que hacer. Recorrió la torre a zancadas dos veces, tres veces, nueve veces. Se sentó junto al tablero de *sitrang* y movió un elefante sin saber bien por qué. Se sentó junto a la ventana y trató de leer un libro, hasta que vio borrosas las palabras y se dio cuenta de que estaba llorando otra vez.

«Arys, mi amor, mi caballero blanco, ¿por qué lo hicisteis? Tendríais que haberos rendido. Intenté deciroslo, pero las palabras se me ahogaron en la garganta. Loco galante, no quería que murieseis, ni que Myrcella... Oh, por los dioses, pobre niña...»

Por fin volvió a meterse en el lecho de plumas. La habitación se había quedado a oscuras y no tenía nada más que hacer aparte de dormir.

«Alguien habló —pensó—. Alguien habló. —Garin, Drey y Sylva Pintas eran sus amigos desde la infancia; los quería tanto como a su prima Tyene. No podía creerse

que la hubieran delatado... Pero eso sólo dejaba a Estrellaoscura, y si él era el traidor, ¿por qué había vuelto la espada contra la pobre Myrcella?—. Quería que la matáramos en vez de coronarla, eso dijo en Piedrafresca. Dijo que así obtendría la guerra que buscaba.» Pero no tenía sentido que Dayne fuera el traidor. Si Ser Gerold había sido el gusano de la manzana, ¿por qué había atacado a Myrcella?

«Alguien habló.» ¿Podría haber sido Ser Arys? ¿La culpa había ganado al deseo en el corazón del caballero blanco? ¿Había amado a Myrcella más que a ella, había traicionado a su nueva princesa para expiar la traición cometida contra la antigua? ¿Estaba tan avergonzado por lo que había hecho que se lanzó hacia la muerte en el Sangreverde por no tener que vivir para enfrentarse a la deshonra?

«Alguien habló.» Sabría quién cuando su padre fuera a verla. Pero el príncipe Doran tampoco llegó al día siguiente. Ni un día después. La princesa estaba sola; sólo podía pasear, llorar y lamentarse. Durante el día trataba de leer, pero los libros que le habían dejado eran mortalmente aburridos: pesados tratados de historia y geografía, mapas anotados, un viejo y polvoriento estudio que detallaba las leyes de Dorne, *La estrella de siete puntas* y *Vida de los Septones Supremos*, y un grueso tomo sobre dragones que hacía que parecieran tan interesantes como las salamandras. Arianne habría dado cualquier cosa por un ejemplar de *Diez mil barcos* o *Los amores de la reina Nymeria*, algo que la abstrajera de sus pensamientos y le permitiera escapar de la torre una o dos horas, pero no le habían concedido tales pasatiempos.

Desde el asiento de la ventana sólo tenía que mirar hacia fuera para ver más abajo la gran cúpula de oro y vidrieras de colores, desde donde su padre gobernaba.

«Pronto me mandará llamar», se dijo.

No permitían que recibiera más visitas que las de los criados: Bors, siempre mal afeitado; Timoth, tan alto y digno; las hermanas Morra y Mellei; la pequeña y menuda Cedra, y la vieja Belandra, que había sido doncella de su madre. Le llevaban la comida, le hacían la cama y le vaciaban el orinal de debajo del retrete, pero ninguno le dirigía la palabra. Si quería más vino, Timoth se lo llevaba; si se le antojaba alguna de sus comidas favoritas, como higos, aceitunas o pimientos rellenos de queso, sólo tenía que decírselo a Belandra y se lo servían. Morra y Mellei se llevaban su ropa sucia, y se la devolvían limpia y fresca. Un día sí y otro no le llevaban una bañera, y la menuda y tímida Cedra le enjabonaba la espalda y la ayudaba a cepillarse el cabello.

Pero nadie le decía nada, y nadie se dignaba contarle lo que sucedía en el mundo más allá de su jaula de piedra.

—¿Han capturado a Estrellaoscura? —le preguntó a Bors un día—. ¿Todavía lo están persiguiendo? —El hombre se limitó a darle la espalda y salir—. ¿Te has quedado sordo? —le espetó Arianne—. Vuelve aquí y respóndeme. ¡Te lo ordeno!

La única respuesta que obtuvo fue la de la puerta al cerrarse.

—Timoth —intentó otro día—, ¿qué ha sido de la princesa Myrcella? No quería que le sucediera nada. —Había visto por última vez a la otra princesa en el camino de Lanza del Sol. Myrcella, demasiado débil para montar, viajaba en una litera con la cabeza envuelta en vendas de seda allí donde Estrellaoscura la había herido, con los ojos verdes brillantes de fiebre—. Decidme que no ha muerto, os lo suplico. ¿Qué tiene de malo que sepa sólo eso? Decidme cómo está.

Timoth no habló.

—Belandra —dijo Arianne unos días después—, si alguna vez le tuviste cariño a mi señora madre, apiádate de su pobre hija y dime cuándo piensa venir a verme mi padre. Por favor, por favor.

Pero Belandra también se había quedado sin lengua.

«¿Así piensa torturarme mi padre? ¿Sin hierros ni potro, sólo con silencio? —Era tan propio de Doran Martell que Arianne no pudo por menos que reír—. Cree que está siendo sutil, cuando en realidad sólo es débil.»

Decidió disfrutar del silencio y emplear el tiempo en curarse y fortalecerse para lo que le esperaba.

Sabía que, por mucho que pensara en Ser Arys, no le serviría de nada. Lo que hizo fue obligarse a pensar en las Serpientes de Arena, sobre todo en Tyene. Arianne quería a todas sus primas bastardas, desde la arisca y temperamental Obara hasta la pequeña Loreza, la más joven, de tan sólo seis años. Pero Tyene siempre había sido su favorita, la hermana que nunca había tenido. La princesa tampoco había estado próxima a sus hermanos varones. Quentyn vivía lejos, en Palosanto, y Trystane era demasiado joven. No, siempre había estado con Tyene, y también con Garin, con Drey y con Sylva *Pintas*. A veces, Nym tomaba parte en sus juegos, y Sarella siempre trataba de meterse donde no la llamaban, pero por lo general, el grupo lo componían cinco. Chapoteaban en los estanques y en las fuentes de los Jardines del Agua, y organizaban batallas subidos unos a hombros de otros. Tyene y ella habían aprendido juntas a leer, a cabalgar, a bailar. Cuando tenían diez años, Arianne había robado una frasca de vino, y se habían embrorrachado juntas. Compartían la comida, la cama y las joyas. También habrían compartido a su primer hombre, pero Drey estaba demasiado excitado y se derramó en los dedos de Tyene en cuanto le sacó el miembro de los calzones.

«Mi prima tiene unas manos peligrosas.» El recuerdo la hizo sonreír.

Cuanto más pensaba en sus primas, más las echaba de menos.

«Por lo que yo sé, podrían estar debajo de esta habitación.» Aquella noche se dedicó a dar golpecitos en el suelo con el tacón de la sandalia. Al no obtener respuesta, sacó medio cuerpo por la ventana y miró hacia abajo. Había otras ventanas, todas más pequeñas que la suya; algunas no eran más grandes que troneras.

—¡Tyene! —gritó—. ¿Estás ahí, Tyene? ¡Obara, Nym! ¿Me oís? ¡Ellaria! ¿Hay

alguien? ¡TYENE!

La princesa se pasó la mitad de la noche asomada a la ventana y gritó hasta quedarse ronca, pero no obtuvo respuesta. Aquello la asustó de verdad. Si las Serpientes de Arena estuvieran prisioneras en la Torre de la Lanza, habrían oído sus gritos. ¿Por qué no respondían?

«Si mi padre les ha hecho algún daño, no se lo perdonaré jamás», se dijo.

Cuando se cumplieron quince días de cautiverio, su paciencia estaba ya al límite.

—Voy a hablar con mi padre de inmediato —le dijo a Bors con su voz más imperiosa—. Llévame ante él.

No la llevó ante él.

—Quiero ver al príncipe —le dijo a Timoth, que dio media vuelta como si no la hubiera oido.

A la mañana siguiente, Arianne estaba esperando junto a la puerta cuando se abrió. Pasó como un rayo al lado de Belandra y estampó contra la pared la fuente de huevos especiados, pero los guardias la capturaron antes de que se alejara tres pasos. También los conocía a ellos, pero se mostraron sordos a sus amenazas. Volvieron a meterla a rastras en la celda, mientras ella pataleaba y se debatía.

Decidió que tenía que mostrarse más sutil. Su mejor baza era la joven, inocente y crédula Cedra. La princesa recordaba que Garin alardeaba de haberse acostado con ella. La siguiente vez que la bañó empezó a hablarle de nimiedades mientras le enjabonaba los hombros.

—Ya sé que tienes orden de no hablar conmigo —le dijo—, pero nadie ha dicho que yo no pueda hablarte.

Charló sin parar del calor que hacía, de lo que había cenado la noche anterior y de la pobre Belandra, que cada vez parecía más lenta y rígida. El príncipe Oberyn había armado a todas sus hijas para que nunca estuvieran indefensas, pero Arianne Martell no tenía más arma que su astucia. Así que sonrió, desplegó todo su encanto y no le pidió nada a cambio a Cedra: ni una palabra ni un asentimiento.

Al día siguiente, mientras la muchacha le servía la cena, volvió a charlar con ella. En aquella ocasión mencionó de pasada a Garin. Al oír su nombre, Cedra alzó la vista con timidez y estuvo a punto de derramar el vino.

«Conque esas tenemos, ¿eh?», pensó Arianne.

La siguiente vez que la bañó, le habló de sus amigos prisioneros, principalmente de Garin.

—Tengo miedo sobre todo por él —le confió a la sirvienta—. Los huérfanos son espíritus libres; les gusta vagar por el mundo. Garin necesita luz y aire fresco. Si lo encierran en cualquier celda de piedra húmeda, ¿cómo sobrevivirá? No durará ni un año en Rocagris.

Cedra no dijo nada, pero cuando Arianne salió del agua estaba muy pálida, y

apretaba la esponja con tanta fuerza que el jabón goteaba en la alfombra myriense.

Aun así hicieron falta cuatro días y dos baños más para que se hiciera con la joven.

—Por favor —susurró al final Cedra después de que Arianne describiera una vívida imagen de Garin tirándose por la ventana de su celda para saborear la libertad una última vez antes de morir—. Tenéis que ayudarlo. Por favor, no lo dejéis morir.

—No puedo hacer nada estando aquí encerrada —respondió también en susurros—. Mi padre no quiere verme. La única que puede salvar a Garin eres tú. ¿Loquieres?

—Sí —murmuró Cedra, sonrojada—. Pero ¿cómo puedo ayudar?

—Puedes llevarle una carta a quien yo te diga —respondió la princesa—. ¿Te atreves? ¿Correrías ese riesgo... por Garin?

Cedra tenía los ojos como platos. Asintió.

«Ya tengo un cuervo —pensó Arianne, triunfante—. Pero ¿a quién se lo envío? —El único conspirador que había escapado era Estrellaoscura, pero a aquellas alturas, también podía estar prisionero; si no, sin duda había huido de Dorne. Luego pensó en la madre de Garin y en los huérfanos del Sangreverde—. No, no me sirven. Tiene que ser alguien con verdadero poder, alguien que no formara parte de nuestra intriga, pero con motivos para simpatizar con nosotros. —Se le pasó por la cabeza recurrir a su madre, pero Lady Mellario estaba muy lejos, en Norvos. Además, hacía muchos años que el príncipe Doran no escuchaba a su señora esposa—. No, ella tampoco me sirve. Me hace falta un señor, un señor suficientemente poderoso para que mi padre se acobarde y me libere.»

El más poderoso de los señores dornienses era Anders Yronwood, *el Sangre Regia*, señor de Palosanto y Guardián del Camino Pedregoso, pero Arianne sabía que no obtendría ayuda del hombre que había tenido como pupilo a su hermano Quentyn. «No.» El hermano de Drey, Ser Deziel Dalt, había aspirado en su momento a casarse con ella, pero era demasiado obediente y respetuoso para enfrentarse a su príncipe. Además, aunque el Caballero de Limonar podría intimidar a algún señor menor, no tenía capacidad para hacer cambiar de opinión al príncipe de Dorne. «No.» Lo mismo se podía decir del padre de Sylva Pintas. «No.» Arianne decidió por fin que únicamente le quedaban dos posibilidades reales: Harmen Uller, señor de Sotoinferno, y Franklyn Fowler, señor de Dominio del Cielo y Guardián del Paso del Príncipe.

Decía un dicho: «La mitad de los Uller están medio locos, y la otra mitad es peor». Ellaria Arena era hija natural de Lord Harmen. La habían encerrado junto con sus pequeñas y las demás Serpientes de Arena. Eso debía de haber suscitado la ira de Lord Harmen, y los Uller eran peligrosos cuando se enfadaban.

«Tal vez demasiado peligrosos.» La princesa no quería poner más vidas en

peligro.

Quizá Lord Fowler fuera una elección más segura. Lo llamaban el Viejo Halcón. Nunca se había llevado bien con Anders Yronwood; los resentimientos entre sus Casas se remontaban a un milenio atrás, hasta los tiempos en que los Fowler habían elegido a Martell en lugar de Yronwood durante la guerra de Nymeria. Las gemelas Fowler también eran amigas de Lady Nym, pero ¿hasta qué punto pesaría aquello sobre el Viejo Halcón?

Arianne dudó varios días mientras redactaba su carta secreta. «Entregadle cien venados de plata a quien os lleve esto», empezaba. Así se aseguraría de que el mensaje llegara a su destino. Luego escribía dónde estaba y suplicaba que la rescataran. «Cuando tenga que contraer matrimonio, no olvidaré a quien me saque de esta celda.»

«Eso hará que los héroes se pongan en marcha.» A menos que el príncipe Doran la hubiera desheredado, seguía siendo la sucesora legítima de Lanza del Sol. El hombre que se casara con ella gobernaría Dorne a su lado algún día. Arianne sólo podía rezar por que su salvador fuera más joven que los barbablancas que le había ofrecido su padre durante años.

—Quiero un consorte con dientes —le dijo cuando rechazó al último.

No se atrevió a pedir pergamo para no despertar sospechas entre los carceleros, así que escribió la misiva bajo el texto de una página arrancada de *La estrella de siete puntas*, y cuando volvió a tocarle baño, se la puso a Cedra en la mano.

—Cerca de la Puerta Triple hay un lugar donde se abastecen las caravanas antes de cruzar el mar de arena —le dijo Arianne—. Busca a algún viajero que vaya al Paso del Príncipe y prométele un centenar de venados de plata si le entrega esto en mano a Lord Fowler.

—De acuerdo. —Cedra se escondió el mensaje en el corpiño—. Antes de que se ponga el sol habré encontrado a alguien, princesa.

—Bien —dijo—. Ya me contarás mañana cómo han ido las cosas.

Pero la niña no apareció al día siguiente. Tampoco acudió un día después. Cuando llegó la hora del baño de Arianne, Morra y Mellei le llenaron la bañera y se quedaron para frotarle la espalda y cepillarle el cabello.

—¿Qué le pasa a Cedra? ¿Está enferma? —les preguntó la princesa, pero no respondieron.

«La han descubierto —fue lo único que se le ocurrió—. ¿Qué otra cosa puede haber pasado?»

Aquella noche apenas pudo dormir por miedo a lo que pudiera suceder.

Al día siguiente, cuando Timoth le llevó el desayuno, Arianne pidió ver a Ricasso en vez de a su padre. Era evidente que no iba a conseguir que el príncipe Doran fuera a visitarla, pero sin duda, un simple senescal no desoiría la llamada de la heredera

legítima de Lanza del Sol.

Sin embargo, la desoyó.

—¿Le diste mi recado a Ricasso? —le preguntó imperiosa a Timoth cuando volvió a verlo—. ¿Le has dicho que lo necesito?

Al ver que se negaba a responder, Arianne cogió la frasca de vino tinto y se la vació en la cabeza. El criado se retiró chorreando, con el rostro convertido en una máscara de dignidad herida.

«Mi padre piensa dejarme pudrir aquí —decidió la princesa—. O eso, o está haciendo planes para casarme con algún viejo asqueroso y me quiere tener encerrada hasta el encamamiento.»

Arianne Martell había crecido pensando que algún día se casaría con un gran señor elegido por su padre. Le enseñaron que para eso estaban las princesas... Aunque, desde luego, su tío Oberyn tenía una opinión diferente.

—Si queréis casaros, casaos —les decía la Víbora Roja a sus hijas—. Si no, tomad el placer allí donde lo encontréis. Demasiado escasea ya en el mundo. Pero elegid bien: si os cargáis con un imbécil o con un bestia, no me pidáis luego que os libre de él. Ya os he dado instrumentos para que lo hagáis vosotras solas.

La heredera legítima del príncipe Doran no había disfrutado nunca de la libertad que el príncipe Oberyn concedía a sus hijas bastardas. Arianne tenía que casarse; lo había aceptado. Drey había aspirado a ella, lo sabía, al igual que su hermano Deziel, el Caballero de Limonar. Daemon Arena había llegado incluso más lejos y había pedido su mano. Pero Daemon era bastardo, y el príncipe Doran no quería casarla con un dorniense.

Eso también lo había aceptado Arianne. Un año, el hermano del rey Robert fue a visitarlos y ella hizo lo que pudo por seducirlo, pero era casi una niña, y sus intentos divirtieron más que encandilaron a Lord Renly. Más adelante, cuando Hoster Tully le pidió que fuera a Aguasdulces para conocer a su heredero, encendió velas a la Doncella en muestra de gratitud, pero el príncipe Doran declinó la invitación. La princesa habría considerado incluso a Willas Tyrell, tullido y todo, pero su padre se negó a enviarla a Altojardín para que lo conociera. Pese a todo, trató de ir con ayuda de Tyene, pero el príncipe Oberyn las atrapó en Vaith y las obligó a volver. Aquel mismo año, el príncipe Doran trató de prometerla con Ben Beesbury, un señor menor de más de ochenta años, tan ciego como desdentado.

Beesbury murió pocos años después. Aquello le proporcionaba cierto consuelo en su situación actual: si estaba muerto, no podían obligarla a que fuera su esposa. Y el señor del Cruce había vuelto a contraer matrimonio, así que también estaba a salvo de él.

«Pero Elden Estermont sigue vivo y soltero. Igual que Lord Rosby y Lord Grandison.» Grandison tenía el sobrenombre de Barbagris, aunque cuando ella lo

conoció, su barba ya era blanca como la nieve. En el banquete de bienvenida se quedó dormido entre el plato de pescado y el de carne. A Drey le pareció muy apropiado, ya que su blasón representaba un león dormido. Garin la retó a que le hiciera un nudo en la barba sin despertarlo, pero Arianne se negó. Grandison le parecía un tipo agradable, menos quejumbroso que Estermont y más robusto que Rosby. Pero nunca se casaría con él. «Ni aunque Hotah estuviera detrás de mí con un hacha.»

Nadie fue a casarse con ella al día siguiente, ni al otro. Cedra no regresó. Arianne trató de ganarse a Morra y a Mellei de la misma manera, pero no sirvió de nada. Si hubiera podido quedarse a solas con una de ellas, quizás hubiera tenido alguna posibilidad, pero juntas, las hermanas eran una muralla. A aquellas alturas, la princesa habría agradecido un hierro al rojo o una noche en el potro de tortura. La soledad iba a volverla loca.

«Me merezco el hacha del verdugo por lo que hice, pero ni eso me quiere dar. Prefiere encerrarme y olvidarse de que he nacido.»

Se preguntó si el maestre Caleotte estaría redactando el pregón para nombrar heredero de Dorne a su hermano Quentyn.

Los días llegaban y pasaban, uno tras otro, tantos que Arianne perdió la noción del tiempo que llevaba prisionera. Cada vez se pasaba más horas en la cama, hasta que llegó a tal extremo que no se levantaba, excepto para ir al retrete. Las comidas que le servían se enfriaban sin que las tocara. Arianne dormía, despertaba y volvía a dormir, y aun así estaba tan agotada que no podía levantarse. Rezaba a la Madre para pedirle misericordia y al Guerrero para que le diera valor, y luego volvía a dormir. Otras comidas reemplazaban a las anteriores, y también quedaban intactas. En cierta ocasión en que se sintió fuerte, llevó toda la comida a la ventana y la tiró al patio para que no la tentara. El esfuerzo la dejó tan agotada que tuvo que meterse en la cama, y durmió media jornada.

Entonces llegó un día en que una mano callosa la despertó sacudiéndola por el hombro.

—Princesita —dijo una voz que había conocido desde la infancia—. Levantaos y vestíos. El príncipe quiere veros.

Areo Hotah, su viejo amigo y protector, estaba ante ella. Y le hablaba. Arianne sonrió adormilada. Se alegraba de ver aquella cara llena de cicatrices, de oír su voz ronca y gruñona con acento norvoshi.

—¿Qué habéis hecho con Cedra?

—El príncipe la envió a los Jardines del Agua —respondió Hotah—. Él mismo os lo dirá. Pero antes tenéis que comer y asearos.

Debía de tener un aspecto espantoso. Arianne salió de la cama tan débil como un gatito.

—Pedidles a Morra y a Mellei que preparen la bañera —le dijo—. Que Timoth me suba comida. Algo ligero. Un poco de caldo frío, pan y fruta.

—Sí, mi señora —respondió Hotah.

Arianne no había oído jamás un sonido tan dulce.

El capitán aguardó fuera mientras la princesa se bañaba, se cepillaba el pelo y mordisqueaba el queso y la fruta que le habían llevado. También bebió un poco de vino para aflojarse el nudo de la boca del estómago.

«Tengo miedo —comprendió—. Por primera vez en mi vida, tengo miedo de mi padre.»

Aquello le provocó tal ataque de risa que el vino se le salió por la nariz. Cuando llegó el momento de vestirse, optó por un sencillo vestido de lino color marfil con bordados en las mangas y el corpiño, en forma de uvas y hojas de parra. No se puso joyas. «Tengo que mostrarme humilde y contrita. Tengo que arrojarme a sus pies y suplicarle perdón, o tal vez no vuelva a oír una voz humana en mi vida.»

Cuando estuvo lista ya había anochecido. Arianne había pensado que Hotah la escoltaría hasta la Torre del Sol para oír el veredicto de su padre, pero la llevó a sus habitaciones privadas, donde Doran Martell aguardaba sentado tras un tablero de *sitrang* y las piernas gotosas reposando en un escabel almohadillado. Jugaba con un elefante de ónice; le daba vueltas en las manos hinchadas y enrojecidas. Nunca había visto tan mal al príncipe. Tenía la cara pálida y embotada, y las articulaciones, tan hinchadas que le dolía con sólo mirárselas. Cuando lo vio así, su corazón voló hacia él... Pero, sin saber por qué, no pudo arrodillarse y suplicarle como había planeado.

—Padre —se limitó a decir.

Cuando alzó la cabeza para mirarla, Doran tenía los ojos nublados de dolor.

«¿Será por la gota? —se preguntó Arianne—. ¿O por mí?»

—Los volantinos son un pueblo extraño y sutil —murmuró mientras dejaba el elefante a un lado—. Estuve en Volantis una vez, de camino a Norvos, donde conocí a Mellario. Las campanas sonaban y los osos bailaban en las escaleras. Seguro que Areo se acuerda de aquel día.

—Me acuerdo —asintió Areo Hotah con su voz recia—. Los osos bailaban, las campanas sonaban, y el príncipe vestía de rojo, dorado y naranja. Mi señora me preguntó quién era aquel que brillaba tanto.

El príncipe Doran esbozó una sonrisa débil.

—Dejadnos a solas, capitán.

Hotah golpeó el suelo con el mango de la alabarda, dio media vuelta y salió.

—Dije que pusieran un tablero de *sitrang* en tus habitaciones —le dijo su padre cuando se encontraron a solas.

—¿Y con quién iba a jugar?

«¿Por qué habla de un juego? ¿Es que la gota le ha reblanecido el seso?»

—Contigo misma. A veces es mejor estudiar un juego antes de empezar una partida. ¿Hasta qué punto lo conoces, Arianne?

—Lo suficiente para jugar.

—Pero no para ganar. A mi hermano le gustaba la lucha por el puro placer de luchar, pero yo sólo juego cuando puedo ganar. El *sitrang* no es para mí. —Examinó su rostro un largo momento—. ¿Por qué? Dime por qué, Arianne. Dime por qué.

—Por el honor de nuestra Casa. —La voz de su padre la enfurecía. Sonaba tan triste, tan agotado tan débil... Habría querido gritarle: «¡Eres un príncipe! ¡Deberíais estar encolerizado!»—. Tu mansedumbre es la vergüenza de todo Dorne, padre. ¡Tu hermano fue a Desembarco del Rey en tu lugar y lo mataron!

—¿Y crees que no lo sé? Oberyn viene conmigo cada vez que cierro los ojos.

—Para decirte que los abras, seguro. —Se sentó frente a él, al otro lado del tablero de *sitrang*.

—No te he dado permiso para sentarte.

—Pues vuelve a llamar a Hotah y dile que me azote por mi insolencia. Eres el príncipe de Dorne. Puedes hacerlo. —Tocó una pieza de *sitrang*, el pesado caballo—. ¿Habéis cogido a Ser Gerold?

—Ojalá. —Sacudió la cabeza—. Fue una locura que lo metieras en esto. Estrellaoscura es el hombre más peligroso de Dorne. Juntos nos habéis hecho mucho daño.

Arianne casi tenía miedo de preguntar.

—Myrcella... ¿Está...?

—¿Muerta? No, pero no porque Estrellaoscura no lo intentara. Todos los ojos estaban clavados en tu caballero blanco y nadie sabe a ciencia cierta qué pasó, pero al parecer, su caballo se asustó del otro en el último momento; si no, le habría destrozado el cráneo a la niña. Aun así, el tajo le abrió la mejilla hasta el hueso y le cortó la oreja derecha. El maestre Caleotte consiguió salvarle la vida, pero no hay cataplasma ni pócima que le arregle la cara. Era mi pupila, Arianne. La prometida de tu hermano. Estaba bajo mi protección. Nos has deshonrado a todos.

—Nunca quise que le pasara nada —insistió Arianne—. Si Hotah no se hubiera entrometido...

—Habrías coronado a Myrcella para provocar una rebelión contra su hermano. En vez de una oreja, habría perdido la vida.

—Sólo si hubiéramos perdido.

—¿Si hubieraís perdido? Querrás decir cuando hubieraís perdido. Dorne es el menos poblado de los Siete Reinos. Al Joven Dragón le gustaba fingir que nuestros ejércitos eran muy numerosos cuando escribía su libro, porque así su conquista parecía mucho más gloriosa, y a nosotros nos gusta regar la semilla que sembró para que nuestros enemigos nos crean más poderosos de lo que somos, pero una princesa

tendría que conocer la verdad. El valor no es buen sustituto de la superioridad numérica. Por sí solo, Dorne no puede aspirar a vencer en una guerra contra el Trono de Hierro. Y aun así, tal vez sea lo que has provocado. ¿Estás orgullosa? —El príncipe no le dio tiempo de responder—. ¿Qué voy a hacer contigo, Arianne?

«Perdonarme», quería decir una parte de ella, pero sus palabras la habían herido demasiado profundamente.

—Bueno, haz lo que haces siempre: nada.

—Me pones difícil tragarme la ira.

—Más vale que dejes de tragártela, o te ahogarás. —El príncipe no respondió—. Dime cómo supiste de mis planes.

—Soy el príncipe de Dorne. Los hombres buscan mi favor.

«Alguien habló.»

—Lo sabías, e incluso así nos permitiste que nos marcháramos con Myrcella. ¿Por qué?

—Ahí fue donde cometí el error, y un error muy grave. Eres mi hija, Arianne. La nenita que acudía a mí cuando se despelejaba las rodillas. No me podía creer que conspirases contra mí. Tenía que averiguar la verdad.

—Ya la has averiguado. Quiero saber quién me delató.

—Si yo estuviera en tu lugar, también querría saberlo.

—¿Me lo vas a decir?

—No veo ningún motivo.

—¿Crees que no puedo descubrirlo por mí misma?

—Puedes intentarlo. Pero, mientras lo averiguras, desconfiarás de todo el mundo... Y un poco de desconfianza es bueno para una princesa. —El príncipe Doran suspiró—. Me decepcionas, Arianne.

—Dijo el cuervo al grajo. Tú llevas años decepcionándome a mí, padre.

No había pretendido ser tan directa, pero las palabras se le escaparon. «Ya está, ya lo he dicho.»

—Lo sé. Soy demasiado manso, débil y cauteloso, demasiado indulgente con nuestros enemigos. Pero en este momento me parece que te conviene un poco de esa indulgencia. Tendrías que estar suplicándome perdón en vez de tratar de provocarme aún más.

—Sólo pido indulgencia para mis amigos.

—Qué noble por tu parte.

—Hicieron lo que hicieron por el cariño que me profesan. No merecen morir en Rocagrís.

—Por extraño que parezca, estamos de acuerdo. Aparte de Estrellaoscura, tus compañeros de conspiración no eran nada más que niños alocados. Pero no se trataba de una inofensiva partida de *sitrang*. Tus amigos y tú jugabais a la traición. Podría

haber ordenado que les cortaran la cabeza.

—Podrías, pero no lo hiciste. Dayne, Dalt, Santagar... No, jamás te atreverías a enemistarte con semejantes Casas.

—Me atrevo a mucho más de lo que crees, pero dejemos eso por el momento. A Ser Andrey lo he enviado a Norvos, a servir a tu señora madre durante tres años. Garin pasará los dos próximos años en Tyrosh. He conseguido dinero y rehenes de los demás huérfanos. A Lady Sylva no la castigué, pero ya estaba en edad de contraer matrimonio, y su padre la ha enviado por barco a Piedraverde para casarla con Lord Estermont. En cuanto a Arys Oakheart, eligió su destino y se enfrentó a él con valor. Un caballero de la Guardia Real... ¿Qué le hiciste?

—Me lo follé, padre. Si mal no recuerdo, me ordenaste que entretuviera a nuestros nobles visitantes.

El príncipe se puso rojo.

—¿Bastó con eso?

—Le dije que cuando Myrcella fuera reina, nos daría permiso para casarnos. Quería que fuera su esposa.

—Seguro que hiciste todo lo posible por evitar que rompiera sus votos —dijo su padre.

Le tocó a ella ponerse roja. Había tardado medio año en seducir a Ser Arys. Aunque le aseguraba que, antes de vestir el blanco, había conocido a otras mujeres, nadie lo habría dicho por su manera de actuar. Sus caricias eran torpes; sus besos, nerviosos, y la primera vez que se acostaron juntos le derramó su semilla en los muslos cuando ella lo guiaba hacia su interior con la mano. Y peor aún, la vergüenza lo consumía. Si le hubieran dado un dragón por cada vez que había susurrado «no deberíamos estar haciendo esto», sería más rica que los Lannister.

«¿Atacó a Areo Hotah con la esperanza de salvarme? —se preguntó Arianne—. ¿O para huir de mí, para lavar con sangre su deshonra?»

—Me amaba —se oyó decir—. Murió por mí.

—Tal vez haya sido el primero de muchos. Tus primas y tú queríais guerra. Puede que la obtengáis. En estos momentos, otro caballero de la Guardia Real se acerca a Lanza del Sol. Ser Balon Swann me trae la cabeza de la Montaña. Mis banderizos han estado retrasándolo para permitirme ganar tiempo. Los Wyl lo llevaron a cazar y practicar la cetrería ocho días en el Sendahueso, y Lord Yronwood le organizó un banquete de dos semanas cuando llegó de las montañas. En estos momentos está en Tor, donde Lady Jordayne ha organizado unos juegos en su honor. Cuando llegue a Colina Fantasma se encontrará con Lady Toland empeñada en superarla. Pero más tarde o más temprano, Ser Balon llegará a Lanza del Sol, y entonces querrá ver a la princesa Myrcella... y a Ser Arys, su Hermano Juramentado. ¿Qué le diremos, Arianne? ¿Le explico que Oakheart pereció en un accidente de caza? ¿Que se cayó

por unas escaleras? ¿O que Arys fue a nadar a los Jardines del Agua, resbaló en el mármol, se dio un golpe en la cabeza y se ahogó?

—No —replicó Arianne—. Dile que murió defendiendo a su princesita. Dile a Ser Balon que Estrellaoscura trató de matarla, pero Ser Arys se interpuso y le salvó la vida. Así deben morir los caballeros blancos de la Guardia Real: dando la vida por aquellos a los que habían jurado proteger. Puede que Ser Balon sospeche, igual que sospechaste tú cuando los Lannister mataron a tu hermana y a su hijo, pero no tendrá pruebas...

—Hasta que hable con Myrcella. ¿O también la niña debe sufrir un trágico accidente? Eso nos llevará a la guerra. Ninguna mentira salvará a Dorne de la ira de la Reina si su hija muere estando bajo mi protección.

«Me necesita —comprendió Arianne—. Por eso me ha convocado.»

—Yo podría decirle a Myrcella qué tiene que contar, pero ¿por qué?

La ira retorció el rostro de su padre.

—Te lo advierto, Arianne, se me está acabando la paciencia.

—¿Conmigo? —«Muy propio de él»—. Con Lord Tywin y con los Lannister siempre has tenido la paciencia de Baelor *el Santo*, pero no es lo mismo con la sangre de tu sangre.

—Confundes la paciencia con el autodominio. Llevo preparando la caída de Tywin Lannister desde el día en que me dijeron lo de Elia y sus hijos. Tenía la esperanza de arrebatarle todo lo que le era querido antes de matarlo, pero por lo visto, su hijo enano me ha privado de ese placer. En cierto modo me consuela saber que sufrió una muerte cruel a manos del monstruo que él mismo había engendrado. En fin, así han sido las cosas. Lord Tywin está aullando en el infierno... donde millares de hombres se reunirán con él si tu estupidez nos lleva a la guerra. —Su padre hizo una mueca, como si la sola palabra le causara dolor—. ¿Eso es lo que quieras?

La princesa se negó a dejarse acobardar.

—Quiero libertad para mis primas. Quiero venganza para mi tío. Quiero lo que me corresponde por derecho.

—¿Lo que te corresponde por derecho?

—Dorne.

—Dorne será tuyo cuando yo muera. ¿Tanto deseas librarte de mí?

—Eso te lo debería preguntar yo a ti, padre. Tú sí que llevas años intentando librarte de mí.

—No es verdad.

—¿No? ¿Se lo preguntamos a mi hermano?

—¿A Trystane?

—A Qentyn.

—¿Qué pasa con él?

—¿Dónde está?

—Con el ejército de Lord Yronwood, en el Sendahueso.

—Mientes bien, padre, lo reconozco. Ni siquiera has parpadeado. Quentyn ha ido a Lys.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Me lo ha dicho un amigo. —Ella también sabía guardar sus secretos.

—Tu amigo te ha mentido. Te doy mi palabra de que tu hermano no ha ido a Lys. Lo juro por el sol, por la lanza y por los Siete.

Arianne no estaba dispuesta a dejarse engañar con tanta facilidad.

—¿Adónde, entonces? ¿A Myr? ¿A Tyrosh? Sé que ha cruzado el mar Angosto y está contratando mercenarios para robarme lo que me corresponde por derecho.

—Tanta desconfianza te deshonra, Arianne. —Doran tenía el semblante sombrío —. Debería ser Quentyn el que conspirase contra mí. Lo envié lejos cuando no era nada más que un niño, demasiado pequeño para comprender las necesidades de Dorne. Anders Yronwood ha sido más padre suyo que yo, pero tu hermano sigue siendo leal y obediente.

—¿Por qué no? Lo prefieres a él; siempre lo has preferido. Se parece a ti, piensa como tú, y tienes intención de entregarle Dorne. No te molestes en negarlo. Se lo decías en la carta. —Aún tenía las palabras exactas grabadas a fuego en la memoria —. «Algún día ocuparás mi lugar y gobernarás sobre todo Dorne», eso le escribiste. Dime, padre, ¿cuándo decidiste desheredarme? ¿El día en que nació Quentyn, o fue el día en que nací yo? ¿Qué hice para que me odiaras tanto? —Se puso furiosa al sentir que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Nunca te he odiado. —El príncipe Doran apenas tenía un hilo de voz, cargada de dolor—. No lo entiendes, Arianne.

—¿Niegas haber escrito aquellas palabras?

—No. Quentyn se había marchado a Palosanto. Mi intención era que me sucediera, sí. Para ti tenía otros planes.

—Sí, claro —replicó con desprecio—. Menudos planes. Gyles Rosby, Ben Beesbury *el Ciego*, Grandison *Barbagris*... Esos eran tus planes. —No le dio tiempo a replicar—. Ya sé que mi deber es darle un heredero a Dorne, nunca lo he olvidado. Me habría casado de buena gana, pero todos los hombres que me ofreciste eran un insulto. Era como si me escupieras con cada uno. Si alguna vez me tuviste el menor afecto, ¿por qué me ofreciste a Walder Frey?

—Porque sabía que lo rechazarías. Cuando llegaste a cierta edad tenía que aparentar que trataba de buscarte un consorte, pues de lo contrario habría suscitado sospechas, pero no me atrevía ofrecerte a ningún hombre que pudieras aceptar. Estabas prometida, Arianne.

«¿Prometida?» Se quedó mirándolo con incredulidad.

—¿A qué te refieres? ¿Es otra mentira? Nunca me dijiste...

—El pacto se selló en secreto. Quería decírtelo cuando crecieras un poco más, pensé que cuando fueras mayor de edad, pero...

—Tengo veintitrés años; hace siete que soy adulta.

—Lo sé. Si te he mantenido demasiado tiempo en la ignorancia ha sido para protegerte. Arianne, tu naturaleza... Para ti, un secreto sólo es algo divertido de lo que hablar con Garin y Tyene en la cama por la noche. Garin es tan chismoso como sólo pueden serlo los huérfanos, y Tyene se lo cuenta todo a Obara y a Lady Nym. Y si ellas se hubieran enterado... A Obara le gusta demasiado el vino, y Nym está demasiado allegada a las gemelas Fowler, y a saber en quién podrían confiar ellas. No podía correr el riesgo.

Arianne se sentía desconcertada, perdida.

«Prometida. Estaba prometida.»

—¿De quién se trata? ¿Con quién he estado prometida durante todos estos años?

—Ya no importa. Ha muerto.

Aquello la desconcertó más aún.

—Es que los ancianos son tan frágiles... ¿Qué ha sido? ¿Una cadera rota, un enfriamiento, la gota...?

—Un caldero de oro fundido. Los príncipes trazamos nuestros planes con el mayor esmero, y los dioses se divierten volviéndolos del revés. —El príncipe Doran hizo un gesto cansino con la hinchada mano roja—. Dorne será tuyo. Te doy mi palabra, si es que mi palabra significa algo para ti. A tu hermano Quentyn le espera un camino más duro.

—¿Qué camino? —Lo miró con desconfianza—. ¿Qué me estás ocultando? Los Siete me amparen, estoy harta de secretos. Cuéntamelo todo, padre, o nombra heredero a Quentyn y dile a Hotah que venga con el hacha, quiero morir al lado de mis primas.

—¿De verdad crees que les haría daño a las hijas de mi hermano? —Frunció el ceño—. A Obara, Nym y Tyene no les falta nada excepto la libertad, y Ellaria y sus hijas están felices, refugiadas en los Jardines del Agua. Dorea va por ahí arrancando naranjas de los árboles con su mangual, y Elia y Obella se han convertido en el terror de los estanques. —Suspiró—. No hace tanto tiempo que tú jugabas en esos estanques. Te subías a los hombros de una niña mayor... Una niña alta, con el pelo rubio muy fino...

—Jeyne Fowler, o su hermana Jennelyn. —Hacía muchos años que Arianne no recordaba aquello—. Ah, y Frynne, su padre era herrero. Tenía el pelo castaño. Pero mi favorito era Garin. Cuando me subía a los hombros de Garin, nadie nos podía derrotar, ni siquiera Nym y aquella niña tyroshi del pelo verde.

—La niña del pelo verde era la hija del arconde. Tenía que haberte enviado a

Tyrosh en su lugar. Habrías servido como copera del arconte y habrías conocido en secreto a tu prometido, pero tu madre amenazó con hacer una locura si le arrebataba a otro de sus hijos. No quise herirla.

«Esta historia es cada vez más extraña.»

—¿Es ahí adonde ha ido Quentyn? ¿A Tyrosh, a cortejar a la hija del arconte?

Su padre cogió una pieza de *sitrang*.

—Tengo que saber cómo te has enterado de que Quentyn estaba fuera. Tu hermano ha emprendido un viaje largo y peligroso junto con Cletus Yronwood, el maestre Kedry y tres de los mejores caballeros jóvenes de Palosanto. Ha ido a traernos lo que más desea nuestro corazón.

—¿Qué es lo que más desea nuestro corazón? —preguntó Arianne, entrecerrando los ojos.

—Venganza. —Hablabía en voz baja, como si temiera que pudieran oírlo—. Justicia. —El príncipe Doran apretó el dragón de ónix con los dedos hinchados y gotosos, y susurró—: Fuego y sangre.

ALAYNE (2)

Giró el aro de hierro y abrió la puerta, apenas una rendija.

—¿Robalito? —llamó—. ¿Puedo entrar?

—Tened cuidado, mi señora —le advirtió la vieja Gretchel al tiempo que se retorcía las manos—. Su señoría le ha tirado el orinal al maestre.

—Entonces ya no tiene nada que tirarme a mí. ¿No deberías estar trabajando? Y tú, Maddy. ¿Están cerrados todos los postigos? ¿Han cubierto todos los muebles?

—Todos, mi señora —dijo Maddy.

—Más vale que vayas a comprobarlo. —Alayne entró en el dormitorio a oscuras—. Soy yo, Robalito.

Alguien sorbió por la nariz en la oscuridad.

—¿Estás sola?

—Sí, mi señor.

—Pues acércate. Pero nada más que tú.

Alayne cerró la puerta a su paso. Era de roble macizo, de seis dedos de grosor. Maddy y Gretchel podían escuchar hasta hartarse: no oirían nada. Eso era lo que quería. Gretchel era capaz de guardar silencio, pero Maddy era una chismosa incurable.

—¿Te manda el maestre Colemon? —preguntó el niño.

—No —mintió ella—. Me he enterado de que mi Robalito estaba enfermo.

Tras su encuentro con el orinal, el maestre había acudido a Ser Lothor, y Brune, a su vez, a ella.

—Si mi señora puede convencerlo para que salga de la cama por las buenas, no tendrá que sacarlo yo a rastras.

«No podemos llegar a eso», se dijo. Cuando Robert recibía un trato brusco corría el riesgo de sufrir un ataque de temblores.

—¿Tienes hambre, mi señor? —preguntó al pequeño—. ¿Quieres que mande a Maddy a buscar fresas con nata, o pan caliente con mantequilla?

Recordó demasiado tarde que no había pan caliente; las cocinas estaban cerradas, y los hornos, vacíos.

«Si sirve para sacar a Robert de la cama, vale la pena la molestia de encender un fuego», se dijo.

—No quiero comida —replicó el pequeño señor con voz atiplada y de fastidio—. Hoy me voy a quedar en la cama. Puedes leerme un cuento si quieres.

—Está demasiado oscuro, no se puede leer. —Con las gruesas cortinas cerradas, el dormitorio estaba negro como la noche—. ¿Es que mi Robalito se ha olvidado de qué día es hoy?

—No —replicó él—, pero no voy a ir. Quiero quedarme en la cama. Puedes

leerme cosas del Caballero Alado.

El Caballero Alado era Ser Artys Arryn. Según la leyenda, había echado del Valle a los primeros hombres, y había subido a la cima de la Lanza del Gigante montado en un enorme halcón para matar al Rey Grifo. Había cientos de cuentos que narraban sus aventuras. El pequeño Robert se los sabía tan bien que habría podido recitarlos de memoria, pero le seguía gustando que se los leyieran.

—Tenemos que irnos, cariño —le dijo al pequeño—, pero te prometo que cuando lleguemos a las Puertas de la Luna, te leeré dos cuentos del Caballero Alado.

—Tres —replicó él al momento.

Se le ofreciera lo que se le ofreciera, Robert siempre quería más.

—Tres —accedió—. ¿Dejamos que entre un poco de sol?

—No. La luz me hace daño en los ojos. Ven a la cama, Alayne.

Pero ella se dirigió hacia la ventana, esquivando el orinal roto. Lo olía, más que verlo.

—No voy a abrir mucho las cortinas. Lo justo para ver la cara de mi Robalito.

—Vale. —El niño sorbió por la nariz.

Las cortinas eran de suave terciopelo azul. Apartó una, apenas una rendija, y la ató. Las motas de polvo bailaron en un haz de luz matinal. El vaho opacaba los cristales romboidales de la ventana. Alayne frotó uno con la mano, lo justo para ver el cielo azul despejado y el fulgor blanco en la ladera de la montaña. El Nido de Águilas estaba envuelto en un manto gélido; la punta de la Lanza del Gigante, enterrada en una vara de nieve.

Cuando se volvió, Robert Arryn se había incorporado contra los cojines y la miraba. «El señor del Nido de Águilas y Defensor del Valle.» Se tapaba de cintura para abajo con una manta de lana. De cintura para arriba iba desnudo: un niño pálido con el pelo largo como una muchachita. Robert tenía las piernas y los brazos largos y flacos, el pecho hundido y un poco de barriga, y los ojos siempre irritados y llorosos. «No puede evitar ser como es. Nació así, pequeño y enfermizo.»

—Esta mañana pareces muy fuerte, mi señor. —Le encantaba que le dijera lo fuerte que era—. ¿Les digo a Maddy y a Gretchen que te traigan agua caliente para la bañera? Maddy te frotará la espalda y te lavará el pelo; así viajarás limpio, como todo un gran señor. Qué bien, ¿verdad?

—No. Odio a Maddy. Tiene una verruga en el ojo, y me frota con tanta fuerza que me duele. Mi mami nunca me hacía daño cuando me frotaba.

—Le diré a Maddy que frote con más delicadeza a mi Robalito. Cuando estés limpito y fresco, ya verás como te sientes mucho mejor.

—He dicho que no quiero baño, me duele mucho.

—¿Te traigo un paño caliente para que te lo pongas en la frente? ¿O una copa de vino del sueño? Pero un poco, nada más. Mya Piedra está esperando en Cielo, y se

ofenderá si te duermes encima de ella. Ya sabes cuánto te quiere.

—Pero yo no la quiero a ella. No es más que la chica de las mulas. —Robert sorbió por la nariz—. Anoche, el maestre Colemon me puso algo malo en la leche, lo noté en el sabor. Le dije que quería leche dulce y no me la dio. ¡Y eso que se lo ordené! Soy el señor, tiene que hacer lo que le diga. Nadie hace lo que digo.

—Hablaré con él —le prometió Alayne—, pero sólo si sales de la cama. Hace un día precioso, Robalito. El sol brilla; es el día ideal para bajar por la montaña. Las mulas nos esperan en Cielo con Mya...

—Odio a esas mulas que huelen mal. —Al niño le temblaban los labios—. ¡Una vez, una intentó morderme! Dile a Mya que me voy a quedar aquí. —Parecía a punto de echarse a llorar—. Mientras esté aquí, nadie puede hacerme daño. El Nido de Águilas es inexpugnable.

—¿Quién iba a querer hacerle daño a mi Robalito? Tus señores y caballeros te adoran; el pueblo te aclama.

«Tiene miedo, y con razón», pensó. Desde la caída de su señora madre, el niño no se atrevía a asomarse ni a un balcón, y el descenso desde el Nido de Águilas hasta las Puertas de la Luna era tan peligroso que intimidaría a cualquiera. Alayne tenía el corazón en un puño cuando subió con Lady Lysa y Lord Petyr, y todo el mundo estaba de acuerdo en que el descenso era aún más angustioso, porque se iba todo el tiempo mirando hacia abajo. Mya hablaba de grandes señores y osados caballeros que habían palidecido y se habían orinado en los calzones en aquella montaña. «Y ellos no tenían la enfermedad de los temblores.»

Pero no servía de nada pensar en eso. En el fondo del valle, el otoño aún daba los últimos coletazos, cálido y dorado, pero el invierno reinaba ya en la cumbre de la montaña. Habían sufrido tres temporales de nieve, y uno de hielo que convirtió el castillo en cristal durante dos semanas. El Nido de Águilas era inexpugnable, pero también inaccesible, y cada día que pasara haría que el descenso resultara más difícil. La mayoría de los criados y soldados del castillo había bajado ya. Sólo quedaba arriba una docena para atender a Lord Robert.

—El descenso va a ser muy divertido, Robalito, ya lo verás —le dijo con voz melosa—. Ser Lothor irá con nosotros, y Mya también. Sus mulas han subido y bajado por esta montaña un millar de veces.

—Odio las mulas —insistió—. Las mulas son malas. Ya te lo he dicho: cuando era pequeño, una intentó morderme.

Sabía que Robert nunca había aprendido a cabalgar. Le daban igual mulas que asnos o caballos; para él, todo eran bestias temibles, tan aterradoras como los grifos o los dragones. Había llegado al Valle a los seis años, con la cabeza escondida entre los pechos rebosantes de leche de su madre, y desde entonces no había salido del Nido de Águilas.

Pero tenían que marcharse antes de que el hielo cerrara el acceso al castillo. No había manera de predecir cuánto duraría aquel clima.

—Mya no dejará que las mulas te muerdan —le dijo Alayne—, y yo iré justo detrás de ti. Sólo soy una niña; no tengo tu fuerza ni tu valor. Si yo puedo hacerlo, tú también, Robalito.

—Puedo hacerlo —replicó Lord Robert—, pero no me da la gana. —Se limpió los mocos con el dorso de la mano—. Dile a Mya que me voy a quedar en la cama. A lo mejor bajo mañana, si me encuentro mejor. Hoy hace demasiado frío y me duele la cabeza. Tú también puedes beber leche dulce, y le diré a Gretchel que nos traiga colmenas. Podemos dormir y jugar, y darnos besos, y tú puedes leerme cuentos del Caballero Alado.

—Te leeré. Tres cuentos, como te he prometido... cuando lleguemos a las Puertas de la Luna. —A Alayne se le estaba agotando la paciencia. «Tenemos que ponernos en marcha, o todavía estaremos en la zona nevada cuando empiece a ponerse el sol»—. Lord Nestor ha preparado un banquete para daros la bienvenida: sopa de champiñones, venado y pastelillos. No querrás que se lleve una decepción, ¿verdad?

—¿Pastelillos de limón?

A Lord Robert le encantaban los pastelillos de limón, tal vez porque eran los favoritos de Alayne.

—Pastelillos de limón con limón y limón —le aseguró—. Podrás comerte todos los que quieras.

—¿Cien? —preguntó—. ¿Puedo comerme cien?

—Si quieres, sí. —Se sentó en la cama y le acarició el cabello largo, fino. «Tiene un pelo muy bonito.» La propia Lady Lysa se lo cepillaba todas las noches y se lo cortaba cuando era necesario. Después de que cayera, Robert empezó a sufrir ataques espantosos cada vez que se le acercaba alguien con una navaja, de modo que Petyr había ordenado que le dejaran crecer el pelo. Alayne se enrolló un mechón en torno a un dedo—. Bueno, ¿sales de la cama para que podamos vestirte?

—¡Quiero cien pastelillos de limón y cinco cuentos!

«Lo que tendría que darte son cien azotainas y cinco bofetones. Si estuviera Petyr, no te atreverías a portarte así.» El pequeño señor había desarrollado un saludable temor hacia su padrastro. Alayne se obligó a sonreír.

—Como quiera mi señor. Pero nada de nada hasta que te laves, te vistas y nos pongamos en marcha. Vamos, que se nos pasa la mañana.

Lo cogió de la mano con firmeza y lo sacó de la cama, pero antes de que pudiera llamar a los criados, el niño le echó al cuello los brazos flacos y la besó. Fue un beso infantil, torpe. Todo lo que hacía Robert Arryn era torpe.

«Si ciervo los ojos, puedo imaginar que es el Caballero de las Flores.»

En cierta ocasión, Ser Loras le había regalado una rosa roja a Sansa Stark, pero

nunca la había besado. Y desde luego, ningún Tyrell besaría jamás a Alayne Piedra. Por hermosa que fuera, había nacido fuera del matrimonio.

Cuando los labios del niño rozaron los suyos, no pudo evitar recordar otro beso. Todavía sentía aquella boca cruel que presionaba la suya. Había ido a buscar a Sansa en la oscuridad, mientras el fuego verde iluminaba el cielo.

«Me robó una canción y un beso, y sólo me dejó una capa ensangrentada.»

No importaba. Aquel día había quedado atrás, igual que Sansa. Alayne se apartó del pequeño señor.

—Ya basta. Si mantienes tu palabra, podrás darme otro beso cuando lleguemos a las Puertas.

Maddy y Gretchen aguardaban en el pasillo con el maestre Colemon. El maestre se había lavado el pelo para quitarse los excrementos y se había cambiado de túnica. Los escuderos de Robert también se habían presentado allí. Era como si Terrance y Gyles pudieran oler los problemas.

—Lord Robert se siente mejor —les dijo Alayne a las criadas—. Traed agua caliente para que se bañe, pero cuidado, no vayáis a quemarlo. Y no le tiréis del pelo cuando se lo desenredéis; no lo soporta. —Un escudero soltó una risita, que Alayne cortó en seco—. Terrance, saca la ropa de montar del señor, y también su capa más abrigada. Gyles, tú recoge el orinal roto y límpialo todo.

—No soy una fregona. —protestó Gyles Grafton, frunciendo el ceño.

—Obedece a Lady Alayne o se lo diré a Lothor Brune —le dijo el maestre Colemon. La siguió por el pasillo y bajó con ella por la escalera de caracol. —Agradezco vuestra intervención, mi señora. Tenéis buena mano con el niño. —Titubeó—. Mientras estabais con él, ¿habéis visto si tenía temblores?

—Cuando le he dado la mano, los dedos le temblaban un poco, pero nada más. Dice que le pusisteis algo malo en la leche.

—¿Malo? —Colemon la miró, y la nuez se movió arriba y abajo en su garganta—. Sólo era... ¿Le sangraba la nariz?

—No.

—Bien. Eso es bueno. —La cadena le tintineó cuando movió la cabeza; tenía un cuello ridículamente largo y flaco—. En cuanto al descenso... Tal vez sería mejor que le prepararse un bebedizo con la leche de la amapola, mi señora. Mya Piedra puede atarlo al lomo de la mejor de sus mulas, y bajaría adormilado.

—El señor del Nido de Águilas no puede bajar de su montaña atado como un saco de cebada.

Aquello lo tenía bien claro. Su padre le había explicado que no podían permitir que la fragilidad y la cobardía de Robert fueran del dominio público.

«Ojalá estuviera aquí. Él sabría qué hacer.»

Pero Petyr Baelish estaba en la otra punta del Valle, donde asistía a la boda de

Lord Lyonel Corbray. A sus cuarenta y tantos años, viudo y sin hijos, Lord Lyonel iba a casarse con la robusta hija de diecisésis años de un rico mercader de Puerto Gaviota. El propio Petyr había negociado el compromiso. Se decía que la dote de la novia era asombrosa; tenía que serlo, ya que no era de noble cuna. Los vasallos de Corbray estarían presentes, así como los lores Waxley, Grafton y Lynderly, otros señores menores y caballeros hacendados... y Lord Belmore, que hacía poco se había reconciliado con su padre. No se esperaba la asistencia de los otros Señores Recusadores, de modo que la presencia de Petyr era esencial.

Alayne lo comprendía, pero aquello significaba que la carga de llevar a Robalito al pie de la montaña sano y salvo recaía sobre ella.

—Dadle al señor un vaso de leche dulce —le dijo al maestre—. Así no temblará durante el descenso.

—Ya tomó un vaso hace menos de tres días —protestó el maestre Colemon.

—Y anoche quería otro, pero no se lo disteis.

—Era demasiado pronto. No lo entendéis, mi señora. Ya se lo dije al Lord Protector: una pizca de sueñodulce evita los temblores, pero no sale del cuerpo, y con el tiempo...

—El tiempo será lo de menos si el señor sufre un ataque y se cae por la montaña. Si mi padre estuviera aquí, os diría que hay que mantener tranquilo a Lord Robert a toda costa.

—Ya lo intento, mi señora, pero los ataques son cada vez más violentos, y tiene la sangre tan liviana que no me atrevo a sangrarlo. Sueñodulce... ¿Estáis segura de que no le sangraba la nariz?

—Sorbía mucho —reconoció Alayne—, pero no le salía sangre.

—Tengo que hablar con el Lord Protector. Ese banquete... No sé si es buena idea, después de la tensión del descenso.

—No será un gran banquete —lo tranquilizó—. Habrá menos de cuarenta invitados. Lord Nestor y su gente, el Caballero de la Puerta, unos cuantos señores menores y sus criados...

—Ya sabéis que a Lord Robert no le gustan los desconocidos. La gente beberá demasiado, habrá ruido... Y habrá música. La música le da miedo.

—La música lo tranquiliza —lo corrigió—, sobre todo si es de arpa. Lo que no soporta es oír cantar, desde que Marillion mató a su madre. —Alayne había contado aquella mentira tantas veces que ya le parecía recordar así lo ocurrido; lo otro era como una pesadilla que a veces la agitaba en sueños—. Lord Nestor no permitirá que haya bardos en el festín; sólo flautas y violines para el baile.

¿Qué haría ella cuando empezara a sonar la música? Era una pregunta exasperante para la que su corazón tenía una respuesta, y su cabeza, otra. A Sansa le encantaba bailar, pero Alayne...

—Dadle una copa de leche dulce antes de que nos pongamos en marcha y otra en el banquete, y no habrá problemas.

—Muy bien. —Se detuvo al pie de las escaleras—. Pero serán las últimas. Durante medio año o más.

—Eso será mejor que lo habléis con el Lord Protector.

Abrió la puerta y cruzó el patio. Alayne sabía que Colemon sólo quería lo mejor para su protegido, pero lo mejor para Robert *el Niño* no siempre coincidía con lo mejor para Lord Arryn. Eso había dicho Petyr, y tenía razón.

«Pero el maestre Colemon sólo se preocupa por el niño. En cambio, mi padre y yo tenemos que considerar más cosas.»

La nieve cubría el patio; de las torres y las terrazas colgaban carámbanos como lanzas de cristal. El Nido de Águilas se había construido con hermosas piedras blancas, y el manto del invierno lo hacía más blanco todavía.

«Es hermoso —pensó Alayne—. E inexpugnable.»

Por mucho que lo intentaba, no conseguía encariñarse con aquel lugar. El castillo ya parecía desierto como una tumba antes de que los guardias y criados bajaran de la montaña, y era aún peor cuando Petyr Baelish se ausentaba. Allí no cantaba nadie desde la muerte de Marillion. Nadie se reía con demasiada fuerza. Hasta los dioses guardaban silencio. El Nido de Águilas tenía un septo, pero sin septón; un bosque de dioses, pero sin árbol corazón.

«Aquí no obtienen respuesta las plegarias», pensaba a menudo, aunque en ocasiones se sentía tan sola que no podía por menos que intentarlo.

La única contestación era el viento, que suspiraba incesante en torno a las siete esbeltas torres blancas y hacía rechinar la Puerta de la Luna con sus ráfagas.

«Y será mucho peor en invierno —pensó—. En invierno, esto se convertirá en una prisión blanca y fría.»

Pero la perspectiva de salir de allí le daba casi tanto miedo como a Robert. Sólo que ella lo disimulaba mejor. Su padre decía que sentir miedo no tenía nada de malo; lo malo era demostrarlo.

—Todo el mundo vive con miedo —le aseguraba.

Alayne no terminaba de creérselo. Petyr Baelish no le tenía miedo a nada.

«Sólo lo dice para que sea valiente. —Iba a tener que ser muy valiente cuando llegaran abajo, donde el riesgo de que la desenmascarasen sería muy superior. Los amigos de Petyr le habían enviado noticias: la reina había puesto a sus hombres a buscar al Gnomo y a Sansa Stark—. Si me descubren, me cortarán la cabeza —se recordó mientras bajaba por un tramo de peldaños de piedra helada—. Tengo que ser Alayne todo el tiempo, por dentro y por fuera.»

Lothor Brune estaba en la sala del montacargas, ayudando al carcelero Mord y a dos criados a meter arcones de ropa y fardos de tejidos en seis gigantescos barriles de

roble, tan grandes que cada uno podría haber alojado a tres hombres. Los enormes montacargas ofrecían la manera más fácil de llegar a Cielo, el castillo de paso, doscientas varas más abajo. Si no, había que bajar por la chimenea natural de piedra.

«O por donde bajó Marillion; por donde bajó Lady Lysa.»

—¿Ha salido ya de la cama? —preguntó Ser Lothor.

—Están bañándolo. Estará preparado en una hora.

—Más vale. Mya no nos esperará más allá de mediodía. —La sala del montacargas no tenía chimenea, de modo que su aliento se condensaba con cada palabra.

—Claro que nos esperará —respondió Alayne—. Debe esperarnos.

—No estéis tan segura, mi señora. Esa chica es medio mula ella también. Nos dejaría morir de hambre antes de poner en peligro a sus animales. —Sonreía mientras lo decía.

«Siempre sonríe al hablar de Mya Piedra.»

Mya era mucho más joven que Ser Lothor, pero mientras negociaba el matrimonio entre Lord Corbray y la hija del mercader, su padre le había dicho que las muchachas jóvenes siempre eran más felices con hombres de cierta edad.

—La inocencia y la experiencia forman el matrimonio perfecto —le aseguró.

Alayne se preguntó qué vería Mya en Ser Lothor. Con la nariz aplastada, la mandíbula cuadrada y la mata de pelo lanudo y canoso, no se podía decir que Brune fuera atractivo, aunque tampoco era feo.

«Tiene un rostro vulgar, pero honrado.» Había sido armado caballero, pero era de origen muy humilde. Una noche le había dicho que era pariente de los Brune de Vallepardo, una antigua familia de caballeros de Punta Zarpa Rota.

—Cuando murió mi padre acudí a ellos —le confesó—, pero se cagaron en mí y me dijeron que no era de su sangre.

Nunca hablaba de lo que había sucedido después, excepto para decir que todo lo que sabía de armas lo había aprendido de la forma difícil. Cuando estaba sobrio era tranquilo, pero fuerte.

«Y Petyr dice que es leal. Confía en él tanto como en el que más. Brune es un buen partido para una muchacha bastarda como Mya Piedra. Sería diferente si su padre la hubiera reconocido, pero no fue así. Y además, Maddy dice que no es doncella.»

Mord cogió el látigo y lo hizo restallar, y la primera yunta de bueyes se puso en marcha para describir un círculo en torno al cabestrante. La cadena empezó a desenroscarse chirriando contra la piedra; el barril de roble se meció para emprender el largo descenso hacia Cielo.

«Pobres bueyes», pensó Alayne.

Cuando todos se marcharan, Mord los degollaría, los carnearía y se los dejaría a

los halcones. Lo que quedara cuando volviera a abrirse el Nido de Águilas, si no se había estropeado, se asaría para el banquete de primavera. La vieja Gretchen aseguraba que un buen trozo de carne congelada auguraba un verano de abundancia.

—Más vale que lo sepáis, mi señora —dijo Lothor—. Mya no ha subido sola. La acompaña Lady Myranda.

—Ah.

«¿Para qué habrá subido? ¿Sólo para volver a bajar?»

Myranda Royce era hija de Lord Nestor. Cuando Sansa había estado en las Puertas de la Luna, antes de subir al Nido de Águilas con su tía Lysa y Lord Petyr, Myranda se encontraba fuera, pero desde entonces, Alayne había oído hablar mucho de ella a los soldados y criadas del castillo. Su madre había muerto hacía mucho, de modo que Lady Myranda se encargaba del castillo de su padre; según se rumoreaba, cuando ella estaba allí, la corte era mucho más animada.

—Más tarde o más temprano tendrás que conocer a Myranda Royce —le advirtió Petyr en cierta ocasión—. Cuando llegue el momento, ten cuidado. Le gusta hacerse pasar por una locuela, pero en realidad es más astuta que su padre. Vigila tus palabras cuando estés con ella.

«Tendré cuidado —pensó—, pero no sabía que iba a ser tan pronto.»

—Robert estará encantado. —Al niño le caía bien Myranda Royce—. Disculpadme ahora, ser. Tengo que terminar de recoger mis cosas.

Subió a su habitación por última vez. Las ventanas estaban selladas; los postigos, cerrados; los muebles, cubiertos. Ya se habían llevado parte de sus cosas, el resto estaba guardado. Todas las sedas y brocados de Lady Lysa se quedarían allí, junto con los linos más puros, los terciopelos más suaves, los intrincados bordados y el encaje de Myr. Todo lo dejaría en el Nido de Águilas. Abajo, Alayne debía vestir con modestia, como correspondía a una niña de su condición.

«No importa —se dijo—. Las mejores prendas no me atrevo a ponérmelas ni siquiera aquí.»

Gretchen había guardado la ropa de cama, y encima estaba el resto de su vestuario. Alayne ya llevaba medias de lana bajo las faldas, y dos mudas de ropa interior. Se puso una sobretúnica de lana de cordero y una capa de piel, que se cerró con un sinsonte esmaltado, regalo de Petyr. También tenía una bufanda y un par de guantes con forro de piel, a juego con las botas de montar. Cuando se lo puso todo, se sintió más gruesa y peluda que un cachorro de oso.

«Me alegraré de ir así cuando estemos en la montaña —tuvo que recordarse. Echó un último vistazo a la habitación antes de partir—. Aquí he estado a salvo, pero abajo...»

Cuando Alayne volvió a la sala del cabrestante se encontró a Mya Piedra, que aguardaba impaciente con Lothor Brune y con Mord.

«Ha debido de subir en el cubo, a ver por qué tardamos tanto.»

Delgada y nervuda, Mya parecía tan dura como las viejas prendas de montar que llevaba bajo la cota de malla plateada. Tenía el pelo negro como el ala de un cuervo, tan corto y encrespado que Alayne sospechaba que se lo cortaba con un puñal. Los ojos de Mya, grandes y azules, eran su rasgo más bello.

«Sería bonita si se vistiera como una chica.»

Alayne no sabía si a Ser Lothor le gustaba más con las prendas de cuero y la cota de malla o si soñaba con verla vestida con sedas y encajes. Mya decía que su padre era una cabra y su madre una lechuza, pero Maddy le había explicado la verdad a Alayne.

«Sí —pensó mientras la miraba—, tiene sus ojos, y también su pelo, el mismo pelo negro y espeso que compartía con Renly.»

—¿Dónde está? —preguntó la muchacha bastarda.

—Están bañando y vistiendo al señor.

—Pues más vale que se den prisa. Por si no lo notáis, cada vez hace más frío. Hemos de estar por debajo de Nieve antes de que se ponga el sol.

—¿Qué tal el viento? —preguntó Alayne.

—Podría ser peor. Y lo será cuando oscurezca. —Mya se apartó un mechón de pelo de los ojos—. Como siga bañándose mucho rato más, nos quedaremos atrapados aquí todo el invierno y nos tendremos que devorar entre nosotros.

Alayne no supo qué decir. Por suerte, la llegada de Robert Arryn la salvó. El pequeño señor vestía ropajes de terciopelo azul celeste, una cadena de oro y zafiros, y una capa de piel de oso blanco. Cada uno de sus escuderos la sostenía por una esquina para evitar que la arrastrara. El maestre Colemon los acompañaba con una capa gris raída con ribete de piel de ardilla. Gretchel y Maddy los seguían de cerca.

Cuando sintió el viento frío en la cara, Robert lanzó un aullido, pero Terrance y Gyles estaban detrás de él, así que no podía escapar.

—¿Queréis bajar conmigo, mi señor? —preguntó Mya.

«Demasiado brusca —pensó Alayne—. Tendría que haberlo recibido con una sonrisa, y haberle dicho lo fuerte y valiente que parece.»

—Iré con Alayne —replicó Lord Robert—. Sólo bajaré con ella.

—En el cubo cabemos los tres.

—Quiero ir sólo con Alayne. Tú hueles mal, como una mula.

—Como queráis. —El rostro de Mya no reflejaba emoción alguna.

Algunas cadenas del cabestrante tenían cestos de mimbre; otras, recios cubos de roble. El mayor era más alto que Alayne, con refuerzos de hierro en torno a las duelas oscuras. Aun así, tenía el corazón en un puño cuando le dio la mano a Robert para ayudarlo a entrar. Luego cerraron la escotilla a sus espaldas, y la madera los rodeó por todas partes. Lo único que quedaba al descubierto era la parte superior.

«Mejor —se dijo—, así no podemos mirar hacia abajo.»

Abajo sólo había Cielo y cielo. Doscientas varas de cielo. Durante un momento no pudo evitar preguntarse cuánto había tardado su tía en caer, cuál había sido su último pensamiento cuando llegó a la ladera de la montaña.

«No, no puedo pensar en eso. ¡No puedo pensar en eso!»

—¡VA! —oyeron gritar a Ser Lothor.

Empujaron el cubo con fuerza. Se meció, se balanceó, se arrastró por el suelo y, por último, quedó colgado. Alayne oyó el restallido del látigo de Mord y el traqueteo de la cadena. Empezaron a bajar, al principio a trompicones, luego con un movimiento más fluido. Robert estaba muy pálido y tenía los ojos hinchados, pero no le temblaban las manos.

El Nido de Águilas fue menguando por encima de ellos. Las celdas del cielo hacían que el castillo, visto desde abajo, pareciera una especie de colmena.

«Una colmena de hielo —pensó Alayne—. Un castillo de nieve.»

Se oía el sonido del viento que gemía en torno al cubo.

Treinta varas más abajo, una ráfaga repentina los sacudió. El cubo se balanceó, giró en el aire y chocó con fuerza contra la pared rocosa. Les cayeron encima trozos de hielo y nieve; el roble crujío. Robert dejó escapar un grito, se aferró a ella y enterró el rostro entre sus pechos.

—Qué valiente es mi señor —dijo Alayne cuando lo sintió temblar—. Tengo tanto miedo que casi no puedo hablar, pero tú no.

Lo notó asentir.

—El Caballero Alado era valeroso, así que yo también —alardeó contra su corpiño—. Soy un Arryn.

—¿Te importaría abrazarme con fuerza, Robalito? —preguntó, aunque ya la tenía aferrada de tal manera que casi no la dejaba respirar.

—Como quieras —le susurró.

Y así, agarrados, continuaron el descenso hacia Cielo.

«Decir que esto es un castillo es como decir que el charco del suelo del retrete es un lago», pensó Alayne cuando se abrió el cubo para que pudieran bajarse dentro de la edificación.

Cielo era apenas una muralla semicircular de piedras viejas sin argamasa, en torno a un saliente rocoso y la entrada de una cueva. Dentro había almacenes y establos, una sala alargada natural, y los asideros tallados en la roca que permitían subir al Nido de Águilas. Fuera, el suelo estaba cubierto de rocas y piedras rotas. Unas rampas de tierra daban acceso a la muralla. Arriba, a doscientas varas, el Nido de Águilas era tan pequeño que lo podía tapar con una mano, pero mucho más abajo, el Valle se extendía verde y dorado.

Dentro del castillo de paso los esperaban veinte mulas, junto con sus cuidadores y

Lady Myranda Royce. La hija de Lord Nestor era bajita, carnosa, de la misma edad que Mya Piedra; pero mientras Mya era esbelta y nervuda, Myranda era de carnes tiernas y olor dulce, con las caderas anchas, la cintura gruesa y un busto generoso. Los espesos rizos castaños enmarcaban unas mejillas redondas y rojas, una boca pequeña y unos vivarachos ojos marrones. Cuando Robert se bajó del cubo, ella se arrodilló en la nieve para besarle la mano y las mejillas.

—¡Pero qué grande estáis, mi señor! —exclamó.

—¿Verdad? —respondió Robert, satisfecho.

—Pronto seréis más alto que yo —mintió la dama. Se puso en pie y se sacudió la nieve de las faldas—. Y vos debéis de ser la hija del Lord Protector —añadió mientras el cubo se mecía hacia el Nido de Águilas—. Me habían dicho que erais hermosa. Ya veo que es cierto.

Alayne hizo una reverencia.

—Mi señora es muy bondadosa.

—¿Bondadosa? —La joven se echó a reír—. Eso sería de lo más aburrido. Aspiro a ser malévola. Por el camino me tenéis que contar todos vuestros secretos. ¿Puedo llamaros Alayne?

—Como queráis, mi señora.

«Pero no me sacaréis ningún secreto.»

—Soy mi señora en las Puertas, pero aquí en la montaña me puedes llamar Randa. ¿Cuántos años tienes, Alayne?

—Catorce, mi señora.

Había decidido que Alayne Piedra debía ser mayor que Sansa Stark.

—Randa. Me siento como si hubieran pasado cien años desde que yo tenía catorce. Qué inocente era. ¿Todavía eres inocente, Alayne?

Ella se sonrojó.

—No deberíais... Sí, claro.

—¿Te reservas para Lord Robert? —bromeó Lady Myranda—. ¿O hay algún ardoroso escudero que sueña con tus favores?

—No —respondió Alayne.

—Es mi amiga —intervino Robert—. No puede ir con Terrance ni con Gyles.

Ya había llegado un segundo cubo, que fue a detenerse encima de un montón de nieve helada. De él salieron el maestre Colemon y los escuderos Terrance y Gyles. En el siguiente llegaron Maddy y Gretchel, que iban con Mya Piedra. La joven bastarda se puso enseguida al mando.

—Será mejor que no nos amontonemos tan arriba en la montaña —les dijo a los otros muleros—. Yo me llevo a Lord Robert y a sus acompañantes. Ossy, tú baja con Ser Lothor y con los demás, pero dame una hora de ventaja. Zanahoria, tú te encargas de los arcones y las cajas. —Se volvió hacia Robert Arryn con el pelo negro agitado

por el viento—. ¿Qué mula queréis montar, mi señor?

—Todas huelen mal. Me quedo con la gris, la de la oreja mordida. Quiero que Alayne vaya a mi lado. Y Myranda también.

—Sólo donde lo permita el ancho del camino. Vamos, mi señor, os ayudaré a montar. El aire huele a nieve.

Tardaron media hora más en prepararse para partir. Cuando todos estuvieron montados, Mya Piedra gritó una orden, y dos soldados de Cielo abrieron las puertas. Mya encabezaba la marcha, seguida por Lord Robert, envuelto en su capa de piel de oso. Detrás iban Alayne y Myranda Royce; luego, Gretchen y Maddy, y después, Terrance Lynderly y Gyles Grafton. El maestre Colemon cerraba la comitiva, tirando de una segunda mula cargada con sus arcones de hierbas y pócimas.

Al otro lado de la muralla, el viento soplabía con mucha más fuerza. Allí se encontraban por encima de la línea de los árboles, expuestos a los elementos. Alayne se alegró de haberse puesto prendas tan abrigadas. La capa aleteaba con estrépito a su espalda, y una ráfaga repentina le quitó la capucha. Se echó a reír, pero unos pasos más adelante, Lord Robert se estremeció.

—Hace demasiado frío —dijo—. Tenemos que volver y esperar a que haga más calor.

—En el valle hará más calor —le aseguró Mya—. Ya lo veréis cuando lleguemos.

—No quiero verlo —dijo Robert, pero Mya no le prestó atención.

El camino era una retorcida hilera de peldaños de piedra tallados en la ladera de la montaña, pero las mulas lo conocían al dedillo.

«Por suerte», pensó Alayne.

De cuando en cuando, la piedra estaba agrietada por la tensión de incontables estaciones, con todas sus heladas y deshielos. A los lados del sendero había montones de nieve, de un blanco cegador. El sol brillaba, el cielo estaba azul, y los halcones que remontaban los vientos volaban en círculos por encima de ellos.

Allí arriba, donde la ladera era más empinada, los peldaños iban en zigzag y no en línea recta.

«Sansa Stark subió por la montaña, pero quien baja es Alayne Piedra.»

Era una sensación muy extraña. Recordó que durante el ascenso, Mya le había advertido que no apartara los ojos del camino.

—Mirad hacia arriba, no hacia abajo —fueron sus palabras.

Pero en el descenso no era posible.

«Podría cerrar los ojos. La mula se sabe el camino, no me necesita.»

Pero eso habría sido propio de Sansa, de aquella niña asustadiza. Alayne era una mujer, mayor, con el valor de los bastardos.

Al principio montaban en fila, pero más adelante, el sendero se ensanchaba un poco y podían cabalgar hombro con hombro, y Myranda Royce se situó a su lado.

—Hemos recibido una carta de vuestro padre —le dijo en tono tan desenvuelto como si estuvieran sentadas bordando con su septa—. Dice que ya está aquí y que espera ver pronto a su querida hija. Nos escribe que Lyonel Corbray parece muy satisfecho con su reciente esposa, y aún más con su dote. Espero sinceramente que recuerde con cuál de las dos tiene que acostarse. Cuenta también que, para asombro de todos, Lady Waynwood se presentó en el banquete nupcial con el Caballero de Nuevestrellas.

—¿Anya Waynwood? ¿De verdad? —Por lo visto, el número de Señores Recusadores se había visto reducido de seis a tres. El día en que se fueron de la montaña, Petyr Baelish albergaba la esperanza de ganar para su bando a Symond Templeton, pero no a Lady Waynwood—. ¿Algo más? —le preguntó. El Nido de Águilas era un lugar tan solitario que agradecía cualquier noticia del mundo exterior, por trivial o insignificante que fuera.

—No, de vuestro padre no, pero hemos recibido otros pájaros. La guerra sigue en todas partes menos aquí. Aguasdulces se ha rendido, pero Rocadragón y Bastión de Tormentas aún apoyan a Lord Stannis.

—¡Qué sabia fue Lady Lysa al mantenernos al margen!

Myranda le dedicó una sonrisita traviesa.

—Sí, esa gran dama era la esencia misma de la sabiduría. —Se acomodó en la silla—. ¿Por qué serán tan huesudas estas mulas? ¿Por qué tendrán tan mal genio? Mya no les da suficiente comida. Sería más cómodo montar en una buena mula gorda. ¿Sabías que hay un nuevo Septón Supremo? Ah, y la Guardia de la Noche tiene como comandante a un niño, el hijo bastardo de Eddard Stark.

—¿Jon Nieve? —se le escapó, sorprendida.

—¿Nieve? Pues sí, será un Nieve, me imagino.

Hacía siglos que no pensaba en Jon. Sólo eran hermanos por parte de padre, pero Robb, Bran y Rickon habían muerto; Jon Nieve era el único que le quedaba.

«Y ahora yo también soy bastarda, igual que él. Oh, cómo me gustaría volver a verlo, aunque fuera sólo una vez.»

Pero, por supuesto, eso no era posible. Alayne Piedra no tenía hermanos, legítimos ni ilegítimos.

—Nuestro primo Yohn Bronce organizó un combate de todos contra todos en Piedra de las Runas —continuó Myranda Royce, ajena a sus pensamientos—. De poca monta, sólo para escuderos. Era para que Harry *el Heredero* ganara los honores, y así fue.

—¿Harry *el Heredero*?

—El pupilo de Lady Waynwood. Harrold Hardying. Bueno, aunque ahora lo tendremos que llamar Ser Harry. Yohn Bronce lo ha armado caballero.

—Oh. —Alayne estaba sorprendida. ¿Por qué el pupilo iba a ser el heredero de

Lady Waynwood? Tenía hijos de su propia sangre. Uno de ellos era Ser Donnel, el Caballero de la Puerta de la Sangre. Pero no quería parecer ignorante—. Recemos por que sea un buen caballero —se limitó a decir.

—Recemos para que coja las viruelas —dijo Lady Myranda con un bufido—. Ya tiene una hija bastarda con una aldeana, ¿lo sabías? Mi señor padre quiso casarme con Harry, pero Lady Waynwood se negó en redondo. No sé qué fue lo que no le gustó, si mi dote o yo. —Dejó escapar un suspiro—. Pero es verdad que necesito otro marido. Ya tuve uno, pero lo maté.

—¿Qué? —se escandalizó Alayne.

—Oh, sí. Murió encima de mí. Dentro de mí, para ser exactos. Supongo que sabrás qué pasa en el lecho nupcial, ¿no?

Pensó en Tyrion, y en el Perro, en cómo la había besado, y asintió.

—Debió de ser espantoso, mi señora. Que muriera. Así, quiero decir, mientras... Mientras...

—¿Mientras me follaba? —Se encogió de hombros—. Desde luego, fue desconcertante. Y descortés, claro. Ni siquiera tuvo el detalle de sembrarme un hijo. Los viejos tienen una semilla muy débil. Y aquí me tienes, viuda y casi sin usar. A Harry le podía haber tocado alguien mucho peor. Y aún le tocará. Seguro que Lady Waynwood lo casa con alguna de sus nietas, o con una nieta de Yohn Bronce.

—Sin duda será como decís, mi señora —dijo Alayne recordando la advertencia de Petyr.

—Randa. Venga, a ver cómo lo dices. Ran-da.

—Randa.

—Eso está mucho mejor. Me temo que te debo una disculpa, Alayne. Vas a pensar que soy una ramera, pero me acosté con aquel muchacho tan guapo, con Marillion. No sabía que fuera un monstruo. Cantaba tan bien... y hacía maravillas con los dedos. Nunca me lo habría llevado a la cama si hubiera sabido que iba a empujar a Lady Lysa por la Puerta de la Luna. Por norma general, no me acuesto con monstruos. —Examinó la cara y el torso de Alayne—. Eres más guapa que yo, pero yo tengo las tetas más grandes. Los maestres dicen que los pechos grandes no dan más leche que los pequeños, pero yo no me lo creo. ¿Alguna vez has visto a algún ama de cría con las tetas pequeñas? Las tuyas están bien de tamaño para tu edad, pero como son tetas de bastarda, no me preocuparé por ellas. —Myranda se acercó más con su mula—. Supongo que sabrás que nuestra Mya no es doncella.

Lo sabía. Maddy *la Gorda* se lo había susurrado una vez, cuando Mya fue a llevarles provisiones.

—Me lo dijo Maddy.

—Quién si no. Tiene la boca tan grande como los muslos, y sus muslos son enormes. Fue con Mychel Redfort. Era el escudero de Lyn Corbray. Un escudero de

verdad, no como ese patán que tiene Ser Lyn ahora. Se dice que si ha aceptado a ese, ha sido por dinero. Mychel era el mejor espada joven del Valle, y tan galante... O eso creía la pobre Mya, hasta que él se casó con una hija de Yohn Brone. Estoy segura de que Lord Horton no le dejó elección, pero aun así, fue muy cruel con Mya.

—Ser Lothor le tiene mucho cariño. —Alayne miró en dirección a la mulera, que iba veinte pasos por delante de ellas—. O más que cariño.

—¿Lothor Brune? —Myranda arqueó una ceja—. ¿Y ella lo sabe? —No esperó la respuesta—. Pobre hombre, no tiene la menor posibilidad. Mi padre trató de concertarle un matrimonio a Mya, pero no acepta a nadie. Es medio mula.

Alayne no pudo evitar una corriente de simpatía hacia su acompañante. Desde la pobre Jeyne Poole no había tenido una amiga con la que intercambiar chismorreos.

—¿Crees que a Ser Lothor le gusta tal como va, con ropa de cuero y cota de malla? —le preguntó la joven que tanto parecía saber de la vida—. ¿O sueña con verla envuelta en sedas y terciopelos?

—Es un hombre. Sueña con verla desnuda.

«Quiere que me sonroje otra vez.»

—Te pones de un rosa muy bonito. —Fue como si Lady Myranda le leyera el pensamiento—. Cuando yo me sonrojo parezco una manzana. Pero claro, hace años que no me sonrojo. —Se acercó más a ella—. ¿Sabes si tu padre planea volver a casarse?

—¿Mi padre? —Alayne no se había parado a pensarla. La sola idea la hacía estremecer. Sin que pudiera evitarlo, le acudió a la mente la expresión de Lysa Arryn cuando cayó por la Puerta de la Luna.

—Todos sabemos con cuánta devoción amaba a Lady Lysa —dijo Myranda—, pero no puede llorarla eternamente. Necesita una esposa joven y guapa que lo ayude a superar el dolor. Supongo que puede elegir entre la mitad de las doncellas nobles del Valle, porque ¿qué mejor esposo puede haber que nuestro valiente Lord Protector? Aunque preferiría que tuviera un mote mejor que Meñique. ¿Sabes si de verdad lo tiene tan pequeño?

—¿El dedo? —Se sonrojó otra vez—. Yo no... Nunca...

Lady Myranda soltó una carcajada tan sonora que Mya Piedra se volvió para mirarlas.

—No te preocupes, Alayne, seguro que tiene el tamaño necesario.

Pasaron bajo un arco natural creado por la erosión, con largos carámbanos que colgaban de la piedra blanquecina y goteaban por encima de ellos. Al otro lado, el sendero volvía a estrecharse y descendía bruscamente a lo largo de treinta varas. Myranda se vio obligada a situarse tras ella. Alayne soltó las riendas de la mula para que avanzara a su paso. La pendiente de aquel tramo hizo que se aferrara a la silla con fuerza. Los peldaños estaban desgastados por las herraduras de todas las mulas

que habían pasado por allí, hasta el punto de parecer cuencos de piedra. El agua llenaba los cuencos y centelleaba bajo el sol del atardecer.

«Ahora es agua —pensó Alayne—, pero cuando oscurezca se convertirá en hielo.»

Se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento, y respiró profundamente. Mya Piedra y Lord Robert casi habían llegado a la columna de roca donde el sendero volvía a nivelarse. Trató de fijar la vista en ellos, sólo en ellos.

«No me voy a caer —se dijo—. La mula de Mya me llevará.»

El viento silbaba en torno a ella mientras daba sacudidas en la silla bajando peldaño tras peldaño. Aquel tramo le pareció eterno.

Y de repente se encontró en la base con Mya y con el pequeño señor, cobijada tras una columna de roca retorcida. Ante ellos se extendía un collado alto de roca, angosto y helado. Alayne oía el aullido del viento y sentía como le tironeaba la capa. Recordaba aquel lugar de cuando había subido. Había tenido miedo entonces, igual que lo tenía en aquel momento.

—Es más ancho de lo que parece —le estaba diciendo Mya a Lord Robert con voz alegre—. Un paso entero de ancho y sólo ocho de largo, eso no es nada.

—Nada —repitió Robert. Le temblaba la mano.

«Oh, no —pensó Alayne—. Por favor. Aquí no. Ahora no.»

—Es mejor llevar las mulas por las riendas —dijo Mya—. Si a mi señor le parece bien, cruzaré primero con la mía y volveré a por la vuestra.

Lord Robert no respondió. Estaba mirando el estrecho collado con los ojos enrojecidos.

—No tardaré mucho, mi señor —le prometió Mya, pero Alayne dudaba que el muchacho la estuviera escuchando.

Cuando la joven bastarda sacó la mula del refugio de la columna, el viento la apresó entre sus zarpas. Su capa se alzó y aleteó en el aire. Mya se tambaleó y, durante un instante, pareció que iba a caer por el precipicio, pero consiguió recuperar el equilibrio y siguió adelante.

Alayne enlazó la mano enguantada de Robert para contener el temblor.

—Tengo mucho miedo, Robalito —dijo—. Dame la mano y ayúdame a cruzar. Sé que tú no tienes miedo.

El niño la miró con unas pupilas diminutas como cabezas de alfiler en unos ojos tan grandes y blancos como huevos.

—¿No tengo miedo?

—No. Eres mi caballero alado, Ser Robalito.

—El Caballero Alado sabía volar —susurró Robert.

—Más alto que las montañas. —Le apretó la mano.

Lady Myranda se había reunido con ellos junto a la columna.

—Es verdad —dijo al ver lo que estaba pasando.

—Ser Robalito —dijo Lord Robert, y Alayne supo que no podían esperar el regreso de Mya.

Ayudó al niño a desmontar y, cogidos de la mano, salieron al collado con las capas restallando a sus espaldas. A su alrededor todo era aire y cielo; el suelo descendía en brusco picado a ambos lados. Bajo sus pies había hielo y piedras rotas con las que podían tropezar, y el viento aullaba como una fiera.

«Suena como un lobo —pensó Sansa—. Un lobo fantasma, grande como las montañas.»

Y de repente ya estaban al otro lado, y Mya Piedra se reía y levantaba a Robert para darle un abrazo.

—Ten cuidado —le dijo Alayne—. Aunque parezca que no, puede hacerte daño con las sacudidas.

Le buscaron un lugar seguro, una hendidura en la roca para resguardarlo del viento frío. Alayne lo cuidó hasta que cesaron los temblores, mientras Mya Piedra daba la vuelta para ayudar a cruzar a los demás.

En Nieve los aguardaban mulas descansadas y una comida caliente: guiso de cabra con cebollas. Alayne comió con Mya y Myranda.

—Eres valiente además de hermosa —le dijo Myranda.

—No. —El cumplido la hizo sonrojar—. No es verdad. Tenía mucho miedo. No habría podido cruzar sin Lord Robert. —Se volvió hacia Mya Piedra—. Tú has estado a punto de caerte.

—Os equivocáis. Nunca me caigo. —El pelo le cubría la mejilla y le ocultaba un ojo.

—He dicho «a punto». Lo he visto. ¿No has tenido miedo?

Mya sacudió la cabeza.

—Recuerdo que un hombre me lanzaba por los aires cuando era muy pequeña. Es alto como el cielo, y me lanza tan arriba que era como si pudiera volar. Los dos nos reíamos, nos reíamos tanto que casi no podía respirar, y al final me reía tanto que me hice pis encima, y eso lo hizo reír más todavía. Cuando me lanzaba por los aires nunca tenía miedo. Sabía que siempre me cogería. —Se echó el pelo hacia atrás—. Pero un día dejé de verlo. Los hombres vienen y van. Mienten, mueren o nos abandonan. Pero una montaña no es un hombre, y la piedra es hija de la montaña. Confiaba en mi padre y confío en mis mulas. No me caeré. —Se apoyó en un saliente de roca y se puso en pie—. Id terminando. Aún tenemos mucho camino por delante, y huele a tormenta.

La nieve empezó a caer cuando salían de Piedra, el mayor y el más bajo de los tres castillos de paso que defendían el acceso al Nido de Águilas. El sol se estaba poniendo. Lady Myranda sugirió que dieran la vuelta y pasaran la noche en Piedra,

para reanudar el descenso cuando amaneciera, pero Mya se negó en redondo.

—Por la mañana podría haber ocho palmos de nieve, y los peldaños serían traicioneros hasta para mis mulas —dijo—. Será mejor que sigamos. Iremos despacio.

Y eso hicieron. Por debajo de Piedra, los peldaños eran más anchos y menos empinados: entraban y salían de los bosquecillos de pinos altos y árboles centinela gris verdoso que cubrían la parte inferior de la ladera de la Lanza del Gigante. Las mulas de Mya parecían conocer cada raíz, cada roca del camino, y si se olvidaban de alguna, la joven bastarda la recordaba. Ya había transcurrido la mitad de la noche antes de que avistaran las luces de las Puertas de la Luna entre los copos de nieve que caían. La última parte del viaje fue la más tranquila. La nieve caía constante, cubriendo el mundo con su manto blanco. Robalito se durmió en la silla, mecido por el movimiento de la mula. Hasta Lady Myranda empezó a bostezar y quejarse de lo cansada que estaba.

—Os hemos preparado habitaciones a todos —le dijo a Alayne—, pero si quieres, esta noche puedes dormir conmigo. Mi cama es tan grande que caben cuatro personas.

—Será un honor, mi señora.

—Randa. Y tienes suerte de que esté tan cansada. Lo único que quiero es acurrucarme y dormir. Por lo general, las damas que comparten mi cama tienen que pagar un impuesto de almohada y contarme todas las cosas malas que han hecho.

—¿Y si no han hecho cosas malas?

—Huy, entonces tienen que confesarme todas las cosas malas que quieren hacer. Tú no, claro. Basta con mirarte esas mejillas rosadas y esos ojazos azules para ver lo virtuosa que eres. —Bostezó otra vez—. Espero que tengas los pies calientes. Detesto a las compañeras de cama con los pies fríos.

Cuando por fin llegaron al castillo de su padre, Lady Myranda también estaba adormilada, y Alayne soñaba con su cama.

«Será un lecho de plumas —se dijo—, blando, y caliente, con muchas pieles. Tendré sueños agradables, y cuando despierte habrá perros ladrandos, mujeres chismorreando al lado del pozo, espadas resonando en el patio... Y luego, un banquete, con bailes y música.»

Tras el silencio mortal del Nido de Águilas, anhelaba oír el sonido de los gritos y las risas.

Pero cuando los jinetes estaban bajando de sus mulas, un guardia de Petyr salió de la fortaleza.

—El Lord Protector ha estado esperándonos, Lady Alayne —dijo.

—¿Ha vuelto ya? —se sobresaltó.

—Al anochecer. Lo encontraréis en la torre oeste.

Ya no faltaba demasiado para el amanecer, y casi todo el castillo dormía, pero no así Petyr Baelish. Cuando Alayne llegó, estaba sentado junto a la chimenea, bebiendo vino especiado caliente con tres hombres a los que ella no conocía. Todos se levantaron cuando entró, y Petyr le dedicó una sonrisa cálida.

—Hola, Alayne. Ven, dale un beso a tu padre.

Ella lo abrazó, obediente, y le dio un beso en la mejilla.

—Siento haberte interrumpido, padre. No me dijeron que estabas acompañado.

—Tú nunca interrumpes, cariño. Precisamente estaba hablando a estos buenos caballeros de la hija tan obediente que tengo.

—Obediente y hermosa —dijo un caballero elegante y joven, con una espesa melena rubia que le caía por debajo de los hombros.

—Ciento —dijo el segundo caballero, un hombre corpulento con abundante barba entrecana, la nariz protuberante llena de venitas rotas y unas manos nudosas del tamaño de jamones—. Eso se os olvidaba, mi señor.

—Yo haría lo mismo si fuera mi hija —señaló el último, bajo, enjuto, con sonrisa seca, nariz puntiaguda y pelo hirsuto anaranjado—. Sobre todo delante de unos patanes como nosotros.

Alayne se echó a reír.

—¿Sois unos patanes? —preguntó en tono de broma—. Vaya, y yo que os había tomado por tres galantes caballeros.

—Caballeros sí que son —dijo Petyr—. Su galantería está aún por demostrar, pero no perdamos la esperanza. Permite que te presente a Ser Byron, Ser Morgarth y Ser Shadrich. Señores, os presento a Lady Alayne, mi hija natural, lista como ninguna... Con la que necesito hablar a solas, así que, si tenéis la amabilidad de disculparnos...

Los tres caballeros hicieron una reverencia y se retiraron, aunque el alto del pelo rubio le besó la mano a Alayne antes de salir.

—¿Caballeros errantes? —preguntó la niña cuando cerraron la puerta.

—Caballeros hambrientos. Me pareció conveniente contar con unas cuantas espadas más. Corren tiempos cada vez más interesantes, cariño, y en tiempos interesantes, todas las espadas son pocas. La *Rey Pescadilla* ha vuelto a Puerto Gaviota, y menudas historias trae el viejo Oswell.

Sabía que no tenía que preguntar por aquellas historias. Si Petyr quería que las conociera, se las contaría.

—No te esperaba tan pronto —dijo—. Me alegro de que estés aquí.

—Cualquiera lo habría dicho por el beso que me has dado. —La atrajo hacia sí, le sostuvo el rostro entre las manos y le dio un largo beso en los labios—. ¿Ves? Este tipo de besos son los que dicen «Bienvenido a casa». A ver si lo haces mejor la próxima vez.

—Sí, padre. —Sintió que se sonrojaba, y prefirió no seguir hablando del beso.

—No te imaginas la mitad de lo que está pasando en Desembarco del Rey, cariño. Cersei va de estupidez en estupidez, ayudada por su consejo de ciegos, sordos e imbéciles. Siempre supe que llevaría el reino a la ruina y se autodestruiría, pero no imaginaba que fuera a darse tanta prisa. Es un desastre. Creía que contaría con cuatro o cinco años de tranquilidad para plantar unas cuantas semillas y esperar a que madurasen ciertas frutas, pero ahora... Menos mal que se me da bien medrar en el caos. La poca paz y orden que nos dejaron los cinco reyes no sobrevivirán mucho tiempo a las tres reinas.

—¿Tres reinas? —No comprendía nada.

Petyr tampoco le dio explicaciones; sólo volvió a sonreír.

—Le he traído un regalo a mi pequeña —dijo.

—¿Es un vestido? —Alayne estaba tan sorprendida como encantada.

Había oído que las modistas de Puerto Gaviota eran excelentes, y estaba tan cansada de la ropa monótona...

—Algo mejor. Prueba otra vez.

—¿Joyas?

—No hay joyas que puedan competir con los ojos de mi hija.

—¿Limones? ¿Has conseguido limones?

Le había prometido pastelillos de limón a Robalito, y para prepararlos hacían falta limones.

Petyr Baelish la cogió de la mano y se la sentó en el regazo.

—Te he traído un contrato de matrimonio.

—Matrimonio... —Sintió un nudo en la garganta. No quería volver a casarse, todavía no, tal vez nunca—. Es que no... No puedo casarme. Padre, ya... —Miró hacia la puerta para asegurarse de que estaba cerrada, y susurró—: Ya estoy casada. Lo sabes muy bien.

Meñique le puso un dedo en los labios para acallarla.

—El enano se casó con la hija de Ned Stark, no con la mía. Pero tampoco importa. Esto es sólo un compromiso. El matrimonio tendrá que esperar hasta que Cersei esté acabada y Sansa enviude. Lo único que tienes que hacer es conocer al muchacho y ganarte su aprobación. Lady Waynwood no lo obligará a casarse contra su voluntad; en eso se ha mostrado inamovible.

—¿Lady Waynwood? —Arianne casi no se lo podía creer—. ¿Por qué va a casar a uno de sus hijos con una...? ¿Con una...?

—¿... bastarda? Para empezar, no nos olvidemos de que eres la bastarda del Lord Protector. Los Waynwood son una familia antigua y orgullosa, pero no tan rica como se podría pensar, como descubrí cuando empecé a comprar sus pagarés. Lady Anya no vendería nunca a uno de sus hijos. En cambio, a un pupilo... El joven Harry sólo

es un primo, y la dote que le he ofrecido a la señora es aún mayor que la que acaba de recaudar Lyonel Corbray. Tenía que serlo para que se arriesgara a sufrir la ira de Yohn Bronce. Esto dará al traste con sus planes. Eres la prometida de Harrold Hardyng, cariño, siempre que consigas ganarte su juvenil corazón... Cosa que a ti no te costará mucho.

—¿Harry el Heredero? —Alayne trató de recordar qué le había dicho Myranda de él mientras bajaban la montaña—. Acaban de armarlo caballero. Tiene una hija bastarda con una aldeana.

—Y otro bastardo en camino con otra mujer. Sí, es cierto, Harry es muy seductor cuando quiere. Pelo rubio y suave, ojos azul oscuro, hoyuelos cuando sonríe... Y, por lo que dicen, es muy galante. —Petyr le dedicó una sonrisita burlona—. Bastarda o no, cariño, cuando se anuncie este compromiso serás la envidia de toda doncella noble del Valle, y también de unas cuantas de las tierras de los ríos y del Dominio.

—¿Por qué? —Alayne no entendía nada—. ¿Por qué Ser Harrold? ¿Cómo puede ser el heredero de Lady Waynwood? ¿No tiene hijos de su propia sangre?

—Tres —asintió Petyr. A Alayne le llegó el olor del vino en su aliento, el olor del clavo y la nuez moscada—. Y también hijas, y nietos.

—¿No tienen prioridad sobre Harry? No lo entiendo.

—Ahora lo entenderás. Escucha. —Petyr le cogió la mano y le acarició con suavidad la palma—. Empecemos por Lord Jasper Arryn, el padre de Jon Arryn. Engendró tres vástagos: dos hijos y una hija. Jon era el mayor, así que le correspondieron el Nido de Águilas y el título. Su hermana Alys se casó con Ser Elys Waynwood, tío de la actual Lady Waynwood. —Hizo un gesto burlón—. Alys y Elys, qué bonito, ¿no? El hijo pequeño de Lord Jasper, Ser Ronnel Arryn, se casó con una Belmore, pero sólo tocó la campana un par de veces antes de morir de un mal del vientre. Su hijo Elbert nacía en una cama justo mientras el pobre Ronnel agonizaba en otra. ¿Estás prestando atención, cariño?

—Sí. Estaban Jon, Alys y Ronnel, pero Ronnel murió.

—Bien. Sigamos. Jon Arryn se casó tres veces, pero sus dos primeras esposas no le dieron hijos, así que durante muchos años, su sobrino Elbert fue su heredero. Mientras, Elys sembraba como un buen chico los campos de Alys, que paría una vez al año. Le dio nueve hijos: ocho niñas y un precioso niñito, otro Jasper, después de lo cual murió agotada. El pequeño Jasper, sin la menor consideración hacia los esfuerzos realizados para engendrarlo, consiguió que lo matara un caballo de una coz en la cabeza, cuando tenía tres años. Poco después, las viruelas se llevaron a dos de sus hermanas, con lo que quedaron seis. La mayor se casó con Ser Denys Arryn, un primo lejano de los señores del Nido de Águilas. Hay varias ramas de la Casa Arryn dispersas por el Valle, todas tan orgullosas como indigentes, excepto los Arryn de Puerto Gaviota, que tuvieron suficiente sentido común, esa escasa cualidad, para

casarse con comerciantes. Son ricos, pero no precisamente distinguidos, así que nadie habla de ellos. Ser Denys nació de una de las ramas pobres y orgullosas. Pero también era un justador de gran fama, atractivo, galante, todo cortesía. Y tenía el aura mágica de los Arryn, lo que lo hacía ideal para la hija mayor de los Waynwood. Sus hijos llevarían el nombre de Arryn; serían los siguientes herederos del Valle en caso de que le sucediera algo a Elbert. Lo que le sucedió a Elbert fue el Rey Loco Aerys. ¿Conoces la historia?

La conocía.

—El Rey Loco lo asesinó.

—Así fue. Y poco después, Ser Denys dejó a su embarazada esposa Waynwood para ir a la guerra. Murió durante la batalla de las Campanas, de exceso de galantería y herida de hacha. Cuando se lo dijeron a su señora esposa, ella murió del dolor, y su hijo recién nacido no tardó en seguirla. No importaba. Durante la guerra, Jon Arryn se había buscado una esposa joven, y había motivos para suponer que era fértil. Estoy seguro de que albergó grandes esperanzas, pero tú y yo sabemos que lo único que le dio Lysa fueron bebés muertos, abortos y al pobre Robalito.

»Lo que nos lleva a las cinco hijas restantes de Elys y Alys. La mayor tenía cicatrices espantosas, se las dejaron las viruelas que mataron a sus hermanas, así que se hizo septa. A otra la sedujo un mercenario. Ser Elys la repudió, y cuando murió su bastardo siendo aún un bebé, se unió a las hermanas silenciosas. La tercera se casó con el Señor de Los Senos, pero resultó que era estéril. La cuarta iba de camino hacia las tierras de los ríos para contraer matrimonio con un Bracken cuando la secuestraron los Hombres Quemados. Eso nos deja sólo a la más pequeña, que se casó con un caballero hacendado juramentado a los Waynwood, le dio un hijo al que puso por nombre Harrold, y falleció. —Le giró la mano y le dio un beso en la muñeca —. Así que dime, cariño... ¿por qué es Harry *el Heredero*?

—No es el heredero de Lady Waynwood —contestó Alayne, con los ojos abiertos como platos—. Es el heredero de Robert. Si Robert muriera...

Petyr arqueó una ceja.

—Cuando Robert muera. Nuestro pobre y valeroso Robalito es un niño tan enfermizo que sólo es cuestión de tiempo. Cuando muera Robert, Harry *el Heredero* se convertirá en Lord Harrold, Defensor del Valle y señor del Nido de Águilas. Los banderizos de Jon Arryn nunca me aceptarán a mí, y nuestro tembloroso Robert tampoco se ganaría su afecto, pero sí que se lo ganará su Joven Halcón... Y cuando se congreguen para celebrar su boda, y tú aparezcas con tu melena castaño rojiza, con una capa de doncella blanca y gris con el blasón del lobo huargo en la espalda... no habrá caballero en el Valle que no ponga su espada a tus pies para reconquistar lo que te corresponde por derecho de nacimiento. Así que esos son los regalos que te traigo, mi querida Sansa: Harry, el Nido de Águilas e Invernalia. Bien valen otro beso, ¿no

crees?

BRIENNE (8)

«Esto es una pesadilla», pensó.

Pero si estaba soñando, ¿por qué le dolía tanto?

Ya había escampado, pero el mundo entero estaba húmedo. Sentía la capa tan pesada como la cota de malla. La cuerda que le ataba las muñecas también estaba empapada, con lo que todavía le apretaba más. Moviera las manos como las moviera, no se podía soltar. No sabía quién la había atado ni por qué. Trató de preguntárselo a las sombras, pero no le respondieron. Tal vez no la oyeron. Tal vez no fueran reales. Bajo las prendas de lana mojada y la armadura oxidada, sentía la piel acalorada y febril. Tal vez todo aquello no fuera más que un delirio provocado por la fiebre.

Iba a caballo, aunque no recordaba haber montado. Estaba tendida boca abajo, cruzada sobre los cuartos traseros del animal, como un saco de avena. Le habían atado las muñecas y los tobillos. El aire era húmedo; una capa de niebla cubría el mundo. La cabeza le retumbaba con cada paso. Oía las voces, pero lo único que veía era la tierra, bajo los cascos del caballo. Tenía algo roto. Sentía la cara hinchada, tenía la mejilla pegajosa de sangre, y cada movimiento, cada sacudida, le clavaba un puñal de dolor en el brazo. Oía a Podrick llamarla como si estuviera muy lejos.

—¿Ser? —repetía sin cesar—. ¿Ser? ¿Mi señora? ¿Ser? ¿Mi señora?

Su voz era tenue; le costaba oírla. Por último, sólo hubo silencio.

Soñó que estaba en Harrenhal, otra vez en el foso del oso. En aquella ocasión se enfrentaba a Mordedor, enorme, calvo, blanco como un gusano, con llagas supurantes en las mejillas. Se acercó a ella desnudo, acariciándose el miembro y rechinando los dientes. Brienne huyó de él.

—¡Mi espada! —pidió—. ¡Guardajuramentos, por favor!

Los espectadores no respondieron. Allí estaba Renly, con Dick *el Ágil* y Catelyn Stark. Shagwell, Pyg y Timeon miraban también, y los cadáveres que colgaban de los árboles con las mejillas hundidas, la lengua hinchada, las cuencas de los ojos vacías. Brienne lanzó un aullido de terror al verlos, y Mordedor la agarró por un brazo y le arrancó un trozo de cara de un mordisco.

—¡Jaime! —se oyó gritar—. ¡Jaime!

Hasta en lo más profundo del sueño, el dolor seguía presente. El rostro era un suplicio. El hombro le sangraba. Le dolía al respirar. Una punzada le recorría el brazo como un relámpago. Pidió a gritos un maestre.

—No tenemos maestre —dijo una voz de niña—. Sólo estoy yo.

«Estoy buscando a una niña —recordó Brienne—. Una doncella noble, de trece años, con los ojos azules y el cabello castaño rojizo.»

—¿Mi señora? —dijo—. ¿Lady Sansa?

—Cree que eres Sansa Stark —dijo un hombre entre risas.

—No puede seguir así mucho más. Se va a morir.

—Un león menos. Mira qué pena.

Brienne oyó que alguien rezaba. Pensó en el septón Meribald, pero no era una de sus oraciones. «Porque oscura es la noche, y los terrores la pueblan, igual que pueblan los sueños.»

Cabalgaban por un bosque umbrío, un lugar húmedo, oscuro y silencioso donde los pinos crecían muy juntos. El terreno era blando bajo los cascos de su caballo; las huellas que dejaba se llenaban de sangre. Junto a ella cabalgaban Lord Renly, Dick Crabb y Vargo Hoat. La sangre manaba de la garganta de Renly. La oreja arrancada de la Cabra rezumaba pus.

—¿Adónde vamos? —preguntó Brienne—. ¿Adónde me lleváis?

Ninguno le respondió.

«¿Cómo van a responder? Todos están muertos.»

Entonces, ¿ella también estaba muerta?

Lord Renly, su dulce rey sonriente, iba delante de ella. Guiaba el caballo de Brienne entre los árboles. Brienne lo llamó para decirle cuánto lo amaba, pero cuando se volvió y la miró con el ceño fruncido, supo que no era Renly. Renly nunca fruncía el ceño.

«Siempre tenía una sonrisa para mí —pensó—. Excepto...»

—Hace frío —dijo el Rey, asombrado, y una sombra se movió sin que nadie la proyectara, y la sangre de su amado señor corrió por el acero verde de su gorjal y le manchó las manos.

Había sido un hombre cálido, pero su sangre era fría como el hielo.

«Esto no es real —se dijo—. Es otra pesadilla, pronto me despertaré.»

La montura se detuvo de repente. Unas manos bruscas la agarraron. Los haces de luz roja del atardecer se colaban entre las ramas de un nogal. Un caballo rumiaba hojas muertas más allá de los castaños; los hombres que se movían por allí hablaban en voz baja. Diez, doce, tal vez más. Brienne no reconocía los rostros. Estaba tumbada en el suelo, con la espalda contra un árbol.

—Bebed esto, mi señora —dijo la voz de la niña.

Le acercó una copa a los labios. El sabor era fuerte y amargo. Brienne lo escupió.

—Agua —jadeó—. Por favor. Agua.

—El agua no os quitará el dolor. Esto sí. Un poco. —Volvió a acercarle la copa a los labios.

Hasta beber le dolía. El vino le corrió por la mandíbula y le goteó por el pecho. Cuando la copa se vació, la niña volvió a llenarla de un odre. Brienne bebió hasta que no pudo más.

—Ya basta.

—Seguid. Tenéis un brazo roto, y también varias costillas. Dos, puede que tres.

—Mordedor —dijo Brienne recordando su peso, cómo le había clavado la rodilla en el pecho.

—Sí. Menudo monstruo.

Lo recordó todo de repente: los relámpagos en el cielo, el barro en el suelo, la lluvia que repiqueteaba contra el acero oscuro del yelmo del Perro, la terrible fuerza de las manos de Mordedor... De repente ya no soportaba estar atada. Trató de liberarse de las cuerdas, pero sólo consiguió magullarse más. Los nudos que le sujetaban las muñecas estaban demasiado prietos. Había sangre seca en el cáñamo.

—¿Está muerto? —Se estremeció—. Mordedor. ¿Está muerto?

Recordó como le había arrancado carne de la cara con los dientes. La sola idea de que pudiera estar por allí, respirando, le daba ganas de gritar.

—Está muerto. Gendry le clavó una punta de lanza en la nuca. Bebed, mi señora, si no queréis que os lo haga tragarn.

Bebió.

—Estoy buscando a una niña —susurró entre trago y trago. «A mi hermana», había estado a punto de decir—. Una doncella noble de trece años. Tiene los ojos azules y el cabello castaño rojizo.

—No soy yo.

«No.» Saltaba a la vista. Aquella muchacha estaba tan delgada que parecía a punto de morirse de hambre. Llevaba el pelo recogido en una trenza, y tenía unos ojos más viejos de lo que le correspondía por edad. «Pelo castaño, ojos marrones, vulgar... Willow, con seis años más.»

—Eres la hermana. La de la posada.

—Es posible. —La niña entrecerró los ojos—. ¿Y qué si lo soy?

—¿Cómo te llamas? —preguntó Brienne.

Sintió una arcada. Tenía miedo de empezar a vomitar.

—Heddle. Igual que Willow. Jeyne Heddle.

—Jeyne. Desátame las manos. Por favor. Ten piedad. Las cuerdas me están desgarrando las muñecas. Me hacen sangre.

—No me lo permiten. Tenéis que quedarnos atada hasta...

—Hasta que estéis ante mi señora. —Renly estaba tras la muchacha; se apartó un mechón de pelo de los ojos. «No. No es Renly. Gendry»—. Mi señora quiere que respondáis por vuestros crímenes.

—Mi señora. —El vino hacía que le diera vueltas la cabeza. Le costaba pensar—. Corazón de Piedra ¿Te refieres a ella? —Lord Randyll había hablado de aquella mujer en Poza de la Doncella—. Lady Corazón de Piedra.

—Algunos la llaman así; otros le dan nombres diferentes: la Hermana Silenciosa, la Madre Inmisericorde, la Ahorcadora.

«La Ahorcadora.» Cuando cerraba los ojos, Brienne veía los cadáveres que se

balanceaban bajo las ramas desnudas, con el rostro ennegrecido e hinchado. De repente la dominó un miedo atroz.

—Podrick. Mi escudero. ¿Dónde está Podrick? Y los demás... Ser Hyle, el septón Meribald, el perro... ¿Qué le habéis hecho al animal?

Gendry y la chica se miraron. Brienne intentó levantarse y consiguió incorporarse sobre una rodilla antes de que el mundo empezara a dar vueltas.

—Vos matasteis al perro, mi señora —oyó decir a Gendry justo antes de que la oscuridad la engullera otra vez.

Volvía a estar en Los Susurros, ante las ruinas, enfrentada a Clarence Crabb. Era fiero y enorme, montaba a lomos de un uro aún más peludo que él. La bestia pateaba furiosa, dejando profundos surcos en la tierra. Los dientes de Crabb eran afilados, puntiagudos. Brienne fue a sacar la espada, pero tenía la vaina vacía.

—¡No! —gritó cuando Ser Clarence cargó contra ella. No era justo. No podía luchar sin su espada mágica. Se la había dado Ser Jaime. Iba a fallarle, igual que le había fallado a Lord Renly, y la sola idea le provocaba ganas de llorar—. Mi espada. Por favor, necesito mi espada.

—La moza quiere recuperar la espada —dijo una voz.

—Y yo quiero que Cersei Lannister me chupe la polla. ¿Y qué?

—Jaime la llamó *Guardajuramentos*. Por favor.

Pero las voces no escuchaban, y Clarence Crabb cayó encima de ella y le arrancó la cabeza. Brienne se hundió en una oscuridad aún más profunda.

Soñó que estaba tumbada en un bote, con la cabeza en un regazo. Estaban rodeados de sombras, de hombres encapuchados vestidos de cuero y malla que los impulsaban por las neblinas del río con los remos envueltos para no hacer ruido. Estaba empapada en sudor y ardía, y al mismo tiempo estaba tiritando. La niebla estaba llena de rostros.

—Bella —susurraban los sauces de la orilla.

—Monstruo, monstruo —decían, en cambio, los juncos.

Brienne se estremeció.

—Callaos —dijo—. Que alguien los haga callar.

La siguiente vez que despertó, Jeyne le acercaba un cuenco de algo caliente a los labios.

«Caldo de cebolla», pensó Brienne.

Bebió tanto como pudo, hasta que un trocito de zanahoria se le atravesó en la garganta. Toser era un suplicio.

—Tranquila —dijo la muchacha.

—Gendry —jadeó—. Tengo que hablar con Gendry.

—Ha vuelto al río, mi señora. A la forja, para proteger a Willow y a los pequeños.

«Nadie puede protegerlos.» Empezó a toser otra vez.

—Bah, deja que se ahogue. Esa cuerda que nos ahorramos.

Uno de los hombres de sombras apartó a la chica a un lado. Llevaba una cota de malla oxidada y un cinturón tachonado del que colgaban una espada larga y una daga. Se cubría los hombros con una larga capa amarilla, sucia y empapada. Tenía encima de los hombros una cabeza de perro, de acero, que enseñaba los dientes en gesto amenazador.

—¡No! —gimió Brienne—. No, estás muerto, yo te maté.

El Perro se echó a reír.

—Al revés. Seré yo quien te mate a ti. Por mí te mataría ahora mismo, pero mi señora quiere verte ahorcada.

«Ahorcada. —Sintió un escalofrío de pánico. Miró a la muchacha, a Jeyne—. Es demasiado joven para ser tan dura.»

—Pan y sal —jadeó—. En la posada... El septón Meribald dio de comer a los niños... Partimos el pan con tu hermana...

—La inmunidad de los huéspedes ya no es lo que era —respondió la muchacha—, y menos desde que mi señora volvió de la boda. Algunos de los que cuelgan al lado del río también creían que eran invitados.

—Fue un ligero malentendido —dijo el Perro—. Querían camas y les dimos árboles.

—Pero tenemos más árboles —aportó otra sombra. Bajo el yelmo oxidado le faltaba un ojo—. Siempre hay más árboles.

Cuando llegó la hora de montar otra vez, le taparon la cara con un capuchón de cuero. No tenía agujeros para los ojos. El cuero amortiguaba los sonidos. El sabor de la cebolla le impregnaba la lengua, tan intenso como la conciencia de su fracaso.

«Van a ahorcarme.»

Pensó en Jaime, en Sansa, en su padre, que estaba en Tarth, y se alegró de llevar el capuchón. Así podía ocultar las lágrimas que se le agolpaban en los ojos. De cuando en cuando oía conversar a los bandidos, pero no distinguía las palabras. Tras un rato, se dejó vencer por el agotamiento y el movimiento lento y rítmico del caballo.

En aquella ocasión soñó que volvía a estar en su hogar, en el Castillo del Atardecer. El sol entraba por las altas ventanas en forma de arco de su señor padre. Allí estaba a salvo. Estaba a salvo.

Iba vestida de seda: llevaba una túnica azul y roja adornada con soles dorados y medias lunas de plata. A otra niña le habría quedado bien; a ella, no. Tenía doce años, y se sentía fea e incómoda mientras esperaba al joven caballero con quien la había prometido su padre, un chico que tenía seis años más que ella y que, sin duda, algún día sería un campeón de gran fama. Ella temía su llegada. Tenía el busto demasiado pequeño; las manos y los pies, demasiado grandes. El pelo se le encrespaba

constantemente, y le había salido una espinilla al lado de la nariz.

—Te va a traer una rosa —le había prometido su padre, pero una rosa no servía de nada, una rosa no podía protegerla. Lo que quería era una espada.

«*Guardajuramentos*. Tengo que encontrar a la niña. Tengo que recuperar el honor de Jaime.»

Y por fin se abrieron las puertas, y su prometido entró en los salones de su padre. Trató de recibirla como le habían enseñado, pero le salió sangre de la boca. Mientras esperaba se había mordido tanto la lengua que se la había cortado. La escupió a los pies del joven caballero y vio la repulsión dibujada en su rostro.

—Brienne *la Bella* —dijo en tono burlón—. He visto cerdas más hermosas que vos.

Le tiró la rosa a la cara. Cuando se alejó, los grifos de su capa ondearon, se volvieron borrosos y se transformaron en leones.

«¡Jaime! —había querido gritar—. ¡Jaime, volved a por mí!»

Pero su lengua estaba en el suelo junto a la rosa, ahogada en sangre.

Brienne se despertó de repente, jadeando.

No sabía dónde se encontraba. El aire era frío y denso; olía a tierra, a moho, a gusanos. Estaba tumbada en un catre, bajo una montaña de pieles de oveja. Por encima de ella había roca, y de las paredes sobresalían raíces. La única luz procedía de una vela de sebo que humeaba en un charco de grasa fundida.

Apartó las pieles a un lado. Vio que le habían quitado la ropa y la armadura. Llevaba un vestido sencillo de lana marrón, fino pero recién lavado. Tenía el antebrazo entablillado y vendado. Sentía un lado de la cara mojado y rígido. Se lo tocó. Una especie de cataplasma húmeda le cubría la mejilla, la mandíbula y la oreja.

«Mordedor...»

Se puso en pie. Notaba las piernas débiles como el agua; la cabeza, liviana como el aire.

—¿Hay alguien ahí?

Algo se movió en uno de los nichos sombríos que había tras la vela. Era un anciano vestido de harapos. Las mantas con las que se había tapado cayeron al suelo. Se incorporó y se frotó los ojos.

—¿Lady Brienne? Me habéis asustado. Estaba soñando.

«No —pensó—, la que soñaba era yo.»

—¿Dónde estamos? ¿En una mazmorra?

—En una cueva. Al igual que las ratas, tenemos que refugiarnos en nuestros agujeros cuando los perros vienen oliéndonos detrás de nosotros, y cada día hay más perros. —Su ropa parecía los restos de una vieja túnica, rosada y blanca. Tenía el pelo largo, canoso, enmarañado; la piel de las mejillas, floja, y la mandíbula, mal afeitada—. ¿Tenéis hambre? ¿Podréis retener un vaso de leche? ¿Tal vez un poco de pan con

miel?

—Quiero mi ropa. Mi espada. —Se sentía desnuda sin la cota de malla; quería sentir *Guardajuramentos* en el costado—. Y la salida. Mostrandme la salida.

El suelo de la cueva era de piedra y tierra; lo sentía basto y desigual bajo las plantas de los pies. Seguía teniendo nubes en la cabeza, como si estuviera flotando. La luz titilante proyectaba sombras extrañas.

«Los espíritus de los muertos bailan a mi alrededor, se esconden cuando me vuelvo para mirarlos.»

Había agujeros, grietas y hendiduras por todas partes, pero no tenía manera de saber qué pasadizos la llevarían al exterior, cuáles se adentraban aún más en la cueva y cuáles no iban a ninguna parte. Todos eran negros como boca de lobo.

—Permitid que os toque la frente, mi señora. —La mano del carcelero estaba llena de cicatrices y callosidades, pero tocaba con delicadeza—. Ya no tenéis fiebre —anunció con acento de las Ciudades Libres—. Muy bien. Hasta ayer, era como si tuvierais la carne en llamas. Jeyne se temía lo peor.

—Jeyne. ¿La chica alta?

—Esa misma. Aunque no es tan alta como vos, mi señora. La llaman Jeyne *la Larga*. Fue ella quien os arregló el brazo y os lo entablilló tan bien como un maestre. También hizo lo que pudo por vuestro rostro: os lavó las heridas con cerveza hervida para evitar la putrefacción. Aun así... Un mordisco humano es mal asunto; son muy sucios. Estoy seguro de que de ahí viene la fiebre. —Le tocó la cara vendada—. Tuvimos que cortar algo de carne. Mucho me temo que vuestro rostro no quedará muy agraciado.

«Nunca lo fue.»

—¿Queréis decir que tendré cicatrices?

—Mi señora, ese monstruo os devoró media mejilla.

Brienne sintió un escalofrío.

«Todo caballero tiene cicatrices de combate —le había advertido Ser Goodwin cuando le pidió que la enseñara a manejar la espada—. ¿Eso es lo que quieres, niña?»

Pero el viejo maestro de armas se refería a heridas de espada; en ningún momento se le habrían pasado por la cabeza los dientes puntiagudos de Mordedor.

—¿Por qué me entablilláis los huesos y me vendáis las heridas si me vais a ahorcar?

—Ciento, ¿por qué? —Se dedicó a observar la vela como si ya no soportara seguir mirándola—. Me han dicho que luchasteis con valor en la posada. Lim no debería haberse alejado de la encrucijada. Su misión era permanecer cerca, escondido, y acudir de inmediato si veía salir humo de la chimenea, pero cuando le llegó la noticia de que el Perro Rabioso de Salinas se dirigía hacia el norte por el Forca Verde, mordió el anzuelo. Llevamos tanto tiempo persiguiendo a esa chusma... Aun así,

debería haber sido más sensato. Tardó media jornada en darse cuenta de que los titiriteros habían ido por un arroyo para ocultar sus huellas y situarse tras él, y luego perdió más tiempo todavía porque tuvo que dar un rodeo para evitar a una columna de caballeros de los Frey. De no haber sido por vos, al llegar a la posada, Lim y sus hombres sólo habrían encontrado cadáveres. Supongo que por eso os ha vendado Jeyne las heridas. Hayáis hecho lo que hayáis hecho, esas heridas las ganasteis de manera honorable, defendiendo la mejor causa posible.

«Hayáis hecho lo que hayáis hecho.»

—¿Qué creéis que he hecho? —preguntó—. ¿Quiénes sois?

—Al principio éramos hombres del rey —le respondió—, pero los hombres del rey necesitan un rey, y nosotros no lo tenemos. También éramos monjes, pero ahora se ha roto la cofradía. Si queréis que os diga la verdad, no sé quiénes somos ni hacia dónde vamos; sólo sé que el camino es turbulento. Los fuegos no me han mostrado qué hay al final.

«Yo sé qué hay al final. He visto los cadáveres en los árboles.»

—Fuegos —repitió Brienne. De repente lo había comprendido—. Sois el sacerdote myriense. El mago rojo.

Él se miró la túnica harapienta y sonrió con tristeza.

—Más bien el impostor rosa. Sí, soy Thoros, antes de Myr. Mal sacerdote y peor mago.

—Cabalgáis con Dondarrion, el señor del relámpago.

—El relámpago viene y va, y nadie vuelve a verlo. Lo mismo pasa con los hombres. Mucho me temo que el fuego de Lord Beric se ha apagado en este mundo. En su lugar nos guía ahora una sombra más lúgubre.

—¿El Perro?

El sacerdote apretó los labios.

—El Perro está muerto y enterrado.

—Yo lo he visto. En los bosques.

—Un sueño provocado por la fiebre, mi señora.

—Me dijo que iba a ahorcarme.

—Hasta los sueños pueden mentir. ¿Cuánto hace que no coméis, mi señora? Tenéis que estar famélica.

Brienne se dio cuenta de que era verdad. Sentía el estómago vacío.

—Comida... Me sentaría bien, sí, muchas gracias.

—Bien. Sentaos. Luego seguiremos hablando, pero antes comeréis. Esperad aquí.

Thoros encendió un pábilo encerado con la vela que se consumía y desapareció por un agujero negro, bajo un saliente de la roca. Brienne se quedó a solas en la cueva pequeña.

«Pero ¿durante cuánto tiempo?»

Recorrió la cámara en busca de un arma. Se habría conformado con cualquier cosa: un cayado, un garrote, un puñal... Sólo encontró piedras. Una le cabía a la perfección en el puño, pero se acordaba de Los Susurros, y de lo que había pasado cuando Shagwell trató de plantar cara a un cuchillo con una piedra. Cuando oyó las pisadas del sacerdote que regresaba, dejó caer la piedra y volvió a sentarse.

Thoros le llevaba pan, queso y un cuenco de guiso.

—Lo siento mucho —dijo—. La leche que quedaba se ha agriado, y se nos ha terminado la miel. Cada vez hay menos comida. En fin, esto os quitará el hambre.

El guiso estaba frío y grasiento; el pan, duro; el queso, más duro todavía. Y Brienne nunca había comido nada tan delicioso.

—¿Están aquí mis compañeros? —le preguntó al sacerdote mientras devoraba las últimas cucharadas de guiso.

—El septón quedó en libertad y siguió su camino. No había hecho nada malo. Los otros están aquí, a la espera de juicio.

—¿Juicio? —Frunció el ceño—. Podrick Payne no es más que un niño.

—Dice que es escudero.

—Ya sabéis cómo fanfarronean los niños.

—El escudero del Gnomo. Reconoce que ha participado en batallas. Si aceptamos su palabra, hasta ha matado.

—Es un niño —repitió—. Tened piedad.

—Mi señora —le dijo Thoros—, no dudo que haya algún lugar de los Siete Reinos donde queden restos de piedad y misericordia, pero no está aquí. Esto es una cueva, no un templo. Cuando los hombres se ven obligados a vivir como ratas bajo tierra, la piedad se les acaba tan deprisa como la leche y la miel.

—¿Y justicia? ¿Hay justicia en las cuevas?

—Justicia. —Thoros esbozó una sonrisa débil—. Recuerdo la justicia. Tenía un sabor grato. La justicia era nuestra meta cuando nos mandaba Beric, o al menos eso nos decíamos. Éramos hombres del rey, caballeros, héroes... Pero algunos caballeros son oscuros y están poblados de terrores, mi señora. La guerra nos convierte a todos en monstruos.

—¿Me estáis diciendo que sois monstruos?

—Estoy diciendo que somos humanos. No sois la única que ha sufrido heridas, Lady Brienne. Algunos de mis hermanos eran buenas personas cuando empezó todo esto. Otros eran... Dejémoslo en menos buenos. Aunque hay quien dice que no importa cómo empieza un hombre; sólo importa cómo acaba. Supongo que lo mismo se puede decir de las mujeres. —El sacerdote se puso en pie—. Me temo que se nos termina el tiempo. Oigo a mis hermanos acercarse. La señora os manda buscar.

Brienne también oyó las pisadas y vio el parpadeo de la antorcha en el pasadizo.

—Me dijisteis que se había ido a Buenmercado.

—Y así era. Ha regresado mientras dormíamos. Ella no duerme nunca.

«No tendré miedo —se dijo, pero era demasiado tarde—. No dejaré que vean mi miedo», se corrigió.

Eran cuatro, hombres duros de rostro demacrado, con cota de malla y prendas de cuero. Reconoció a uno: era el tuerto que había visto en sueños.

El más corpulento de los cuatro vestía una capa amarilla sucia y andrajosa.

—¿Habéis disfrutado de la comida? —inquirió—. Espero que sí. Probablemente haya sido la última.

Llevaba barba y tenía el pelo castaño; era musculoso, y en algún momento se le había roto la nariz y se le había curado mal.

«Lo conozco», pensó Brienne.

—Sois el Perro.

Él sonrió. Tenía unos dientes horrorosos, torcidos y negros de podredumbre.

—Supongo que sí. Mi señora se cargó al anterior. —Giró la cabeza y escupió.

Recordó los relámpagos, el barro bajo los pies.

—Fue a Rorge a quien maté. Él cogió el yelmo de la tumba de Clegane, y vos se lo robasteis a su cadáver.

—No puso ninguna objeción.

—¿Es verdad? —Thoros dejó escapar un gemido de desaliento—. ¿Llevas el yelmo de un muerto? ¿Tan bajo hemos caído?

El hombretón lo miró con el ceño fruncido.

—Es de buen acero.

—Ese yelmo no tiene nada de bueno, igual que no lo tenían los hombres que lo llevaron —dijo el sacerdote rojo—. Sandor Clegane era un ser atormentado, y Rorge, una bestia con piel humana.

—Yo no soy ellos.

—¿Y por qué te exhibes ante el mundo con su rostro? Salvaje, retorcido, gruñendo... ¿Eso es lo que quieras ser, Lim?

—Mis enemigos se asustan cuando lo ven.

—Yo me asusto cuando lo veo.

—Pues cierra los ojos. —El hombre de la capa amarilla hizo un gesto brusco—. Traed a la puta.

Brienne no se resistió. Eran cuatro, y ella estaba débil y herida, y desnuda bajo el vestido de lana. Tuvo que agachar la cabeza para no darse contra el techo cuando la llevaron por el pasadizo serpenteante. El camino se empinó bruscamente y describió dos curvas antes de desembocar en una caverna mucho mayor, llena de bandidos.

En el centro había un agujero con una hoguera; el humo teñía el aire de azul. Varios hombres se arremolinaban en torno a las llamas para protegerse del frío de la cueva. Otros estaban sentados a lo largo de las paredes, cruzados de piernas en

jergones de paja. También había mujeres, y hasta unos pocos niños que miraban desde detrás de las faldas de sus madres. La única cara que conocía Brienne era la de Jeyne Heddle, *la Larga*.

Al otro lado de la cueva, en un saliente de roca, había una mesa de caballetes. Detrás estaba sentada una mujer vestida completamente de gris, con capa y capucha. Tenía en las manos una corona, una diadema de bronce con espadas de hierro. La contemplaba y pasaba los dedos por las hojas para comprobar el filo. Sus ojos centelleaban bajo la capucha.

El gris era el color de las hermanas silenciosas, las siervas del Desconocido. Brienne sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Corazón de Piedra.

—Mi señora —dijo el hombretón—, aquí la tenéis.

—Sí —añadió el tuerto—. La puta del Matarreyes.

Brienne se sobresaltó.

—¿Por qué decís eso?

—Si me dieran un venado de plata por cada vez que habéis dicho su nombre, sería tan rico como vuestros amigos los Lannister.

—Eso era porque... No lo entendéis...

—¿De verdad? —El hombretón se echó a reír—. Pues a mí me parece que sí. Apestáis a león, mi señora.

—No es verdad.

Se adelantó otro bandido, más joven y ataviado con un grasiendo jubón de piel de oveja. Llevaba *Guardajuramentos* en la mano.

—Esto dice que sí.

Hablabía con acento del norte. Sacó la espada de la vaina y la puso ante Lady Corazón de Piedra. A la luz de la hoguera, las ondulaciones rojas y negras de la hoja casi parecían moverse, pero la mujer de gris sólo se fijaba en la empuñadura: una cabeza dorada de león, con ojos de rubí que refulgían como dos estrellas rojas.

—También está esto. —Thoros de Myr se sacó de la manga un pergamo y lo puso junto a la espada—. Lleva el sello del niño rey y dice que su portador es enviado suyo.

Lady Corazón de Piedra dejó la espada a un lado y leyó la carta.

—Me dieron esa espada para un buen propósito —explicó Brienne—. Ser Jaime le hizo un juramento a Catelyn Stark...

—Eso debió de ser antes de que sus amigos la degollaran —señaló el hombretón de la capa amarilla—. Ya sabemos cuánto valen los juramentos del Matarreyes.

«Es inútil —comprendió Brienne—. Nada de lo que diga va a convencerlos.»

Pese a todo, siguió adelante.

—Le prometió a Lady Catelyn devolverle a sus hijas, pero cuando llegó a Desembarco del Rey ya habían desaparecido. Jaime me envió en busca de Lady

Sansa...

—¿Y qué habrías hecho de haberla encontrado? —preguntó el joven norteño.

—Protegerla. Llevarla a algún lugar seguro.

—¿Por ejemplo? —El hombretón se echó a reír—. ¿Las mazmorras de Cersei?

—No.

—Negadlo cuento queráis. La espada os delata como mentirosa. ¿O queréis hacernos creer que los Lannister regalan espadas de oro y rubíes a sus enemigos? ¿Que el Matarreyes quería que le ocultarais a la niña a su propia hermana melliza? Y el papel con el sello del niño rey sería por si no encontrabais nada mejor con que limpiáros el culo, ¿no? Y vuestras acompañantes... —El hombretón se volvió e hizo una seña, y los bandidos se apartaron para dejar paso a los otros dos prisioneros—. El chico era el escudero del Gnomo, mi señora —le dijo a Lady Corazón de Piedra—. El otro es uno de los cabrones de los caballeros de la Casa del cabrón de Randyll Tarly.

Hyle Hunt había recibido tantos golpes que tenía el rostro hinchado, irreconocible. Cuando lo empujaron hacia delante se tambaleó y estuvo a punto de caer. Podrick lo agarró por el brazo.

—Ser —dijo el chico con tono desdichado al ver a Brienne—. O sea, mi señora. Lo siento.

—No tienes nada que sentir. —Brienne se volvió hacia Lady Corazón de Piedra—. Sea cual sea la traición que creéis que he cometido, Podrick y Ser Hyle no han tenido nada que ver, mi señora.

—Son leones —dijo el tuerto—. Con eso basta. Que los ahorquen. Tarly ha ahorcado a una veintena de los nuestros, y ya va siendo hora de que le respondamos.

Ser Hyle dedicó a Brienne una sonrisa débil.

—Deberíais haber aceptado mi oferta de matrimonio, mi señora —dijo—. Me temo que ahora estáis condenada a morir doncella, y yo, pobre.

—¡Soltadlos! —suplicó Brienne.

La mujer de gris no respondió. Examinó la espada, el pergamo, la corona de hierro y bronce. Por último, se puso la mano bajo la mandíbula y se agarró el cuello como si quisiera estrangularse... pero se limitó a hablar. Tenía una voz torturada, rota. El sonido parecía proceder de su garganta; era en parte graznido, en parte resuello, en parte estertor moribundo.

«El idioma de los condenados», pensó Brienne.

—No entiendo. ¿Qué ha dicho?

—Ha preguntado por el nombre de vuestra espada —dijo el joven norteño del jubón de piel de oveja.

—*Guardajuramentos* —respondió Brienne.

La mujer de gris se llevó la mano a la barbilla y siseó. Sus ojos eran dos pozos rojos que ardían en las sombras. Volvió a hablar.

—Dice que no. Dice que se llama *Rompejuramentos*. Que se forjó para el asesinato y la traición. Dice que se llama *Falsa Amiga*. Igual que vos.

—¿Con quién he sido falsa?

—Con ella —replicó el norteño—. ¿O ha olvidado mi señora que juró servirla? La Doncella de Tarth sólo había jurado servir a una mujer.

—No es posible —dijo—. Está muerta.

—La muerte es como la inmunidad de los huéspedes —murmuró Jeyne Heddle, *la Larga*. Ya no es lo que era.

Lady Corazón de Piedra se quitó la capucha y se desató la bufanda de lana gris que le cubría el rostro. Tenía el pelo blanco como el yeso, seco y quebradizo. Tenía manchas verdes y grises en la frente, y también las marcas marrones de la putrefacción. La carne del rostro le colgaba en jirones desde los ojos hasta la mandíbula. Algunas desgarraduras estaban cubiertas de costras; otras dejaban el cráneo a la vista.

«Su rostro —pensó Brienne—, su rostro, que era tan bello y tan fuerte, con una piel tan tersa...»

—¿Lady Catelyn? —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Dijeron... Dijeron que habíais muerto.

—Y así fue —aseguró Thoros de Myr—. Los Frey le rebanaron el cuello de oreja a oreja. Cuando la encontramos junto al río llevaba tres días muerta. Harwin me suplicó que le diera el beso de la vida, pero había pasado demasiado tiempo. No quise hacerlo, así que fue Lord Beric quien puso los labios en los suyos, y la llama de la vida salió de él para entrar en ella. Y... se levantó. El Señor de la Luz nos ampare. Se levantó.

«¿Todavía estoy soñando? —se preguntó Brienne—. ¿No será otra pesadilla nacida de los dientes de Mordedor?»

—Yo no la traicioné jamás. Decídselo. Lo juro por los Siete. Lo juro por mi espada.

La cosa que había sido Catelyn Stark volvió a llevarse la mano a la garganta; los dedos pellizcaron el espantoso tajo del cuello, y graznó más sonidos.

—Dice que las palabras se las lleva el viento —replicó el norteño a Brienne—. Dice que tenéis que demostrar vuestra fidelidad.

—¿Cómo? —preguntó Brienne.

—Con vuestra espada. ¿No decís que se llama *Guardajuramentos*? Pues mi señora quiere que guardéis el juramento que vos le hicisteis a ella.

—¿Qué quiere que haga?

—Quiere a su hijo vivo, y si no, a los hombres que lo mataron —dijo el hombretón—. Quiere dar de comer a los cuervos, como hicieron ellos en la Boda Roja. Quiere Freys y Boltons, sí. Esos se los proporcionaremos nosotros, tantos como

deseo. De vos sólo quiere a Jaime Lannister.

«Jaime.»

El nombre fue para ella como un cuchillo que le retorcieran en el vientre.

—Lady Catelyn, no... No lo entendéis. Jaime... me salvó de ser violada cuando nos cogieron los Titiriteros Sangrientos, y luego fue a buscarme, saltó desarmado al foso del oso... Os juro que no es quien fue. Me envió a buscar a Sansa para protegerla; no pudo tomar parte en la Boda Roja.

Los dedos de Lady Catelyn se clavaron más profundamente en el cuello. Las palabras salieron a borbotones, rotas y ahogadas, un río frío como el hielo.

—Dice que tenéis que elegir —explicó el norteño—. Coged la espada y matad al Matarreyes, o seréis ahorcada por traidora. La espada o la soga, dice. Elegid, dice. Elegid.

Brienne recordó su sueño, aquel en el que esperaba en los salones de su padre al chico con el que iba a casarse. En el sueño se había cortado la lengua a mordiscos.

«Tenía la boca llena de sangre.» Tomó aliento.

—No puedo hacer esa elección —dijo.

Se hizo un largo silencio. Al final, Lady Corazón de Piedra habló otra vez. En aquella ocasión, Brienne la entendió. Solamente fue una palabra.

—Ahorcadlos —graznó.

—Como ordene mi señora —dijo el hombretón.

Volvieron a atarle las manos y la sacaron de la cueva por un sendero de piedra empinado que llevaba a la superficie. Se sorprendió al ver que, en el exterior, ya había salido el sol. Los haces de luz blanca del amanecer se filtraban entre las ramas de los árboles.

«Hay muchos árboles para elegir —pensó—. No tendrán que llevarnos muy lejos.»

Así fue. Bajo un sauce retorcido, los bandidos le pusieron un nudo corredizo al cuello, lo tensaron y lanzaron el otro extremo de la soga por encima de una rama. A Hyle Hunt y a Podrick Payne les tocaron olmos. Ser Hyle gritaba que él mismo mataría a Jaime Lannister, pero el Perro lo hizo callar con una bofetada. Había vuelto a ponerse el yelmo.

—Si tenéis pecados que confesar a vuestros dioses, este es el momento.

—Podrick no os ha hecho ningún daño. Mi padre pagará un rescate por él. Por algo llaman a Tarth la Isla Zafiro. Mandad a Podrick con mis huesos al Castillo del Atardecer, y os dará zafiros, plata, lo que queráis.

—Quiero recuperar a mi mujer y a mi hija —dijo el Perro—. ¿Puede darme eso vuestro padre? Si no, que se vaya a tomar por culo. El crío se pudrirá a vuestro lado. Los lobos os roerán los huesos.

—¿Vas a ahorcarla de una vez, Lim? —preguntó el tuerto—. ¿O pretendes

matarla de aburrimiento?

El Perro le quitó el otro extremo de la soga al hombre que lo tenía en las manos.

—A ver qué tal baila —dijo, y dio un tirón.

Brienne sintió cómo el cáñamo se le hundía en la piel y la obligaba a levantar la barbilla. Ser Hyle lanzaba maldiciones de lo más elocuente, pero no así el chico. Podrick no levantó la vista en ningún momento, ni cuando le arrancaron los pies del suelo.

«Si es otro sueño, ya es hora de que despierte. Si es verdad, ya es hora de morir.»

Sólo veía a Podrick, con la soga en torno al cuello flaco, sacudiendo las piernas. Ella abrió la boca. Pod pateaba, se asfixiaba, moría. Brienne aspiró a la desesperada mientras la soga la estrangulaba. No había sentido nunca un dolor tan intenso.

Gritó una palabra.

CERSEI (10)

La septa Moelle era una bruja de pelo blanco con el rostro tan afilado como un hacha y los labios fruncidos perpetuamente en un gesto de desaprobación.

«Seguro que esta sigue siendo doncella —pensó Cersei—, aunque a estas alturas tendrá la virginidad más rígida y resistente que el cuero endurecido.»

La escoltaban seis caballeros del Gorrión Supremo, con la espada arcoiris de su orden rediviva grabada en los escudos de lágrima.

—Septa, decidle a Su Altísima Santidad que esto es un ultraje. No toleraremos tamaña osadía. —Cersei estaba sentada al pie del Trono de Hierro, ataviada con seda verde y encaje dorado. Las esmeraldas centelleaban en sus dedos y en su cabellera dorada. Los ojos de la corte y de toda la ciudad estaban clavados en ella, y quería que vieran a la hija de Lord Tywin. Cuando terminase aquella farsa de titiriteros, todos sabrían que sólo tenían una reina verdadera. «Pero para eso tendremos que bailar sin que se vean los hilos»—. Lady Margaery es la esposa de mi hijo, su abnegada compañera y consorte. Su Altísima Santidad no tiene motivos para rozarle un cabello a su persona, ni para confinarlas a ella y a sus primas, a las que tanto queremos. Exijo que las libere de inmediato.

La expresión adusta de la septa Moelle no cambió.

—Le transmitiré a Su Altísima Santidad las palabras de Vuestra Alteza, pero me duele tener que decir que la joven reina y sus damas no quedarán en libertad a menos que se demuestre su inocencia.

—¿Inocencia? Si sólo hace falta ver sus rostros, tan dulces y jóvenes, para ver lo inocentes que son.

—Con frecuencia, un rostro dulce oculta un corazón pecador.

—¿De qué ofensa se acusa a esas jóvenes doncellas? —preguntó Lord Merryweather, que estaba sentado a la mesa del consejo—. Y ¿quién las acusa?

—Megga y Elinor Tyrell están acusadas de impudicia, fornicio y conspiración para cometer traición —respondió la septa—. A Alla Tyrell se la acusa de presenciar su deshonra y ayudarlas a ocultarla. A la reina Margaery se la acusa de lo mismo, así como de adulterio y alta traición.

Cersei se llevó una mano al pecho.

—¡Decidme quién difunde semejantes calumnias sobre mi nuera! No creo ni una palabra de todo eso. Mi querido hijo ama a Lady Margaery con todo su corazón; ella jamás tendría la crueldad de traicionarlo.

—El acusador es un caballero de vuestra propia Casa. Ser Osney Kettleblack ha confesado su relación carnal con la Reina ante el Septón Supremo, delante del altar del Padre.

En la mesa del consejo, Harys Swyft dejó escapar una exclamación, y el Gran

Maestre Pycelle apartó la vista. Un zumbido llenó el aire, como si hubieran soltado un millar de avispas en el salón del trono. Varias damas de las galerías empezaron a marcharse, seguidas por un reguero de señores menores y caballeros situados al fondo de la estancia. Los capas doradas los dejaron salir, pero la Reina había dado instrucciones a Ser Osfryd para que tomara nota de todos los fugitivos.

«De repente, la rosa Tyrell ya no huele tan bien.»

—Ser Osney es joven y lujurioso, no lo ignoro —replicó la Reina—, pero también es un caballero fiel. Si dice que participó en esta... No, no puede ser. ¡Margaery es doncella!

—No. Yo misma la examiné por orden de Su Altísima Santidad. Su virginidad no está intacta. Las septas Aglantine y Melicent os lo confirmarán, al igual que la propia septa de la reina Margaery, Nystérica, que ha quedado confinada en una celda de penitencia por tomar parte en la deshonra de la Reina. También examinamos a Lady Megga y Lady Elinor. Ninguna de las dos estaba intacta.

Las avispas zumbaban tanto que la Reina casi no podía pensar.

«Espero que la pequeña reina y sus primas disfrutaran de sus cabalgadas.»

Lord Merryweather dio un puñetazo en la mesa.

—Lady Margaery prestó juramento solemne delante de Su Alteza la Reina y de su difunto padre; juró que era doncella. Muchos fuimos testigos. Lord Tyrell también testificó sobre su inocencia, al igual que Lady Olenna, cuya reputación es intachable. ¿Queréis hacernos creer que todas esas nobles personas nos mintieron?

—Tal vez también estuvieran engañadas, mi señor —respondió la septa Moelle—. No podría decíroslo. Sólo puedo dar fe de la veracidad de lo que descubrí yo misma cuando examiné a la Reina.

La imagen de aquella vieja amargada metiendo los dedos arrugados en el coñito rosado de Margaery era tan cómica que Cersei estuvo a punto de echarse a reír.

—Insistimos en que Su Altísima Santidad permita que nuestros maestres examinen a mi nuera para determinar si hay algún rastro de verdad en estas injurias. Gran Maestre Pycelle, acompañaréis a la septa Moelle al septo de Baelor *el Bienamado* y volveréis para traernos la verdad sobre la virginidad de Margaery.

Pycelle se había puesto del color de la leche cortada.

«El viejo imbécil no se calla nunca en las reuniones del consejo, y ahora que necesito que diga cuatro palabras se queda mudo», pensó la reina.

—No hace falta que examine sus... partes íntimas. —dijo al fin el anciano, con voz temblorosa—. Me duele tener que decirlo, pero... la reina Margaery no es doncella. Me ha pedido que le prepare té de la luna, y no una vez, sino muchas.

El rugido que siguió a sus palabras fue mayor de lo que Cersei Lannister se había atrevido a esperar.

Ni el heraldo real que golpeaba el suelo con la pica consiguió acallarlo. La Reina

se dejó bañar por el sonido unos instantes, saboreando las palabras que marcaban la caída en desgracia de la pequeña reina. Cuando calculó que ya había durado suficiente se levantó y, con rostro pétreo, ordenó a los capas doradas que despejaran la sala.

«Es el fin de Margaery Tyrell», pensó henchida de júbilo.

Sus caballeros blancos la rodearon cuando salió por la Puerta del Rey, situada tras el Trono de Hierro: Boros Blount, Meryn Trant y Osmund Kettleblack, los últimos hombres de la Guardia Real que quedaban en la ciudad.

El Chico Luna estaba junto a la puerta, con la matraca en una mano y los grandes ojos redondos llenos de confusión.

«Será un bufón, pero un bufón honrado. Maggy la Rana también debería haberse vestido como él, visto lo que sabía del futuro. —Cersei rogaba por que la vieja estafadora estuviera padeciendo en el infierno. La joven reina cuya llegada había predicho estaba acabada; si esa profecía podía ser errónea, las demás también—. Nada de mortajas doradas, nada de *valonqar*. Por fin estoy libre de tu maldad.»

Los que quedaban de su consejo privado la siguieron. Harys Swyft parecía estupefacto. Dio un traspié en la puerta, y se habría caído si Aurane Mares no lo hubiera sostenido por el brazo. Hasta Orton Merryweather parecía nervioso.

—El pueblo le tiene cariño a la pequeña reina —dijo—. No se lo va a tomar bien. Temo lo que pueda suceder a continuación, Alteza.

—Lord Merryweather tiene razón —señaló Lord Mares—. Si a Vuestra Alteza le parece bien, botaré el resto de los dromones. Cuando los vean en el Aguasnegras, con el estandarte del rey Tommen en los mástiles, todos recordarán quién gobierna en la ciudad, quién los protege si la chusma organiza otra revuelta.

No le hizo falta añadir que cuando navegaran por el Aguasnegras, sus dromones impedirían que Mace Tyrell bajara por el río con su ejército, igual que Tyrion había detenido a Stannis en su momento. A aquel lado de Poniente, Altojardín no contaba con potencia naval. Dependían de la flota de los Redwyne, que en aquellos momentos regresaba al Rejo.

—Una medida muy prudente —anunció la reina—. Hasta que pase la tormenta, quiero todos los barcos tripulados y en el agua.

Ser Harys Swyft estaba tan pálido y sudoroso que parecía a punto de desmayarse.

—Cuando Lord Tyrell reciba la noticia, su ira no conocerá límites. La sangre correrá por las calles...

«El caballero de la gallina —pensó Cersei—. Vuestro blasón debería ser un gusano, ser; la gallina es demasiado valerosa para vos. Si Mace Tyrell no se atrevió siquiera a atacar Bastión de Tormentas, ¿cómo creéis que osará enfrentarse a los dioses?»

—No debe correr la sangre; me encargaré de ello —dijo cuando terminó de

farfullar—. Iré en persona al septo de Baelor para hablar con la reina Margaery y con el Septón Supremo. Sé que Tommen los quiere a los dos, y deseará que los ayude a hacer las paces.

—¿Paz? —Ser Harys se secó la frente con una manga de terciopelo—. Si es posible que haya paz... Es muy valiente por vuestra parte.

—Hará falta algún tipo de juicio —continuó la Reina—, para refutar esas calumnias y mentiras, y demostrar al mundo que nuestra querida Margaery es tan inocente como todos sabemos.

—Sí —asintió Merryweather—, pero puede que el Septón Supremo quiera juzgar él mismo a la Reina, como hacía antaño la Fe.

«Eso espero», pensó Cersei. Semejante tribunal no se mostraría magnánimo con las reinas traidoras que se abrían de piernas a los bardos y profanaban los sagrados ritos de la Doncella para ocultar su deshonra.

—Lo importante es averiguar la verdad; estoy segura de que todos estamos de acuerdo —dijo—. Disculpadme ahora, mis señores. Tengo que ir a ver al Rey. No debería estar solo en un momento así.

Cuando su madre volvió con él, Tommen estaba pescando gatos. Dorcas le había hecho un ratón con trocitos de piel y se lo había colgado de un cordel atado a una vieja caña de pescar. A los gatitos les encantaba perseguirlo, y el niño disfrutaba sacudiéndolo por el suelo mientras corrían tras él. Se sorprendió cuando Cersei lo estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la frente.

—¿Qué pasa, madre? ¿Por qué lloras?

«Porque estás a salvo —habría querido decirle—. Porque nunca te pasará nada malo.»

—Te equivocas. El león no llora nunca. —Ya tendría tiempo más tarde para hablarle de Margaery y sus primas—. Traigo unas órdenes que tienes que firmar.

Para no alterarlo, la Reina había dejado en blanco los espacios para los nombres en las órdenes de detención. Tommen las firmó tal como estaban y, como siempre, estampó el sello contra el lacre caliente con toda alegría. Después, Cersei lo mandó salir con Jocelyn Swyft.

Ser Osfryd Kettleblack llegó mientras se estaba secando la tinta. La Reina había escrito los nombres: Ser Tallad *el Tallo*, Jalabhar Xho, Hamish *el Arpista*, Hugh Clifton, Mark Mullendore, Bayard Norcross, Lambert Turnberry, Horas Redwyne, Hobber Redwyne y cierto patán, un tal Wat que se hacía llamar Bardo Azul.

—Son muchos. —Ser Osfryd examinó las órdenes, contemplando las palabras con tanta desconfianza como si fueran cucarachas que se arrastraran por el pergamino; ningún Kettleblack sabía leer.

—Diez. Y tenéis seiscientos capas doradas; más que suficientes para detener a diez, creo yo. Los más astutos habrán huido, si les ha llegado el rumor a tiempo. No

tiene importancia: su ausencia hará que parezcan mucho más culpables. Ser Tallad es un zoquete; puede que oponga resistencia. Aseguraos de que no muere antes de confesar, y no les hagáis ningún daño a los demás. Tal vez algunos sean inocentes.

Era importante que se supiera que la acusación contra los gemelos Redwyne era falsa. Aquello demostraría que el juicio de los demás era justo.

—Los tendremos a todos antes de que el sol llegue a su cénit, Alteza. —Ser Os fryd titubeó—. Se está congregando una multitud ante las puertas del septo de Baelor.

—¿Qué clase de multitud? —Desconfiaba de todo lo inesperado. Recordó lo que había dicho Lord Mares en cuanto a las posibles revueltas. «No había pensado en cómo reaccionaría el pueblo. Margaery era la niña de sus ojos»—. ¿Son muchos?

—Cosa de un centenar. Le están gritando al Septón Supremo que suelte a la pequeña reina. Si queréis, podemos dispersarlos.

—No. Pueden gritar hasta quedarse roncos; no lograrán que el Gorrión cambie de idea. Sólo escucha a los dioses. —Había algo de irónico en que Su Altísima Santidad tuviera una multitud airada ante las puertas, ya que esa misma multitud le había proporcionado la corona de cristal. «Que no tardó en vender»—. Ahora, la Fe cuenta con sus propios caballeros. Que defiendan ellos el septo. Ah, y cerrad las puertas de la ciudad. Mientras no zanjemos este asunto, no quiero que nadie entre ni salga de Desembarco del Rey sin mi permiso.

—Como ordenéis, Alteza. —Ser Os fryd hizo una reverencia y salió en busca de alguien que le leyera las órdenes.

Antes de la puesta de sol, todos los acusados de traición estaban ya bajo custodia. Hamish *el Arpista* se derrumbó cuando fueron a por él, y Ser Tallad *el Tallo* hirió a tres capas doradas antes de que los demás lo sometieran. Cersei ordenó que alojaran a los gemelos Redwyne en habitaciones cómodas de la torre. Los demás irían a las mazmorras.

—Hamish tiene problemas para respirar —informó Qyburn cuando fue a verla aquella noche—. Pide que lo vea un maestre.

—Tendrá un maestre en cuanto confiese. —Meditó un instante—. Es demasiado viejo para ser uno de los amantes, pero seguro que cantó y tocó para Margaery mientras ella se divertía con otros hombres. Necesitaremos detalles.

—Lo ayudaré a recordar, Alteza.

Al día siguiente, Lady Merryweather ayudó a Cersei a vestirse para ir a ver a la pequeña reina.

—Nada demasiado opulento ni vistoso —le dijo—. Algo apropiado, devoto y aburrido, adecuado para el Septón Supremo. Seguro que me hace rezar con él.

Al final optó por un vestido de lana suave que la cubría hasta los tobillos, sin más adorno que unas pocas hojas bordadas con hilo de oro en el corpiño y las mangas,

para aliviar la austeridad del corte. Y lo mejor era que el marrón disimularía la suciedad si al final tenía que arrodillarse.

—Mientras doy consuelo a mi nuera, id a hablar con las tres primas —le dijo a Taena—. Si es posible, ganaos a Alla, pero cuidado con lo que decís. Puede que los dioses no sean los únicos que estén escuchando.

Jaime decía siempre que lo peor de una batalla era el momento previo, mientras se esperaba a que comenzara la carnicería. Al salir, Cersei advirtió que el cielo estaba gris y plomizo. No podía arriesgarse a que le lloviera encima; llegaría empapada y chorreante al septo de Baelor. Tendría que ir en la litera. Eligió como escolta a diez guardias de la Casa Lannister y a Boros Blount.

—Puede que la turba de Margaery no tenga suficiente seso para distinguir a un Kettleblack de otro —le dijo a Ser Osmund—, y no quiero que os veáis obligado a herir a nadie. Más vale que, durante un tiempo, no se os vea mucho.

Mientras cruzaban Desembarco del Rey, Taena sintió una duda repentina.

—Ese juicio... —empezó en voz baja—. ¿Qué pasa si Margaery exige que su culpabilidad o inocencia se determinen por combate?

Una sonrisa aleteó en los labios de Cersei.

—En su calidad de reina, sólo un caballero de la Guardia Real puede defender su honor. Hasta los niños de Poniente saben cómo defendió el príncipe Aemon, *el Caballero Dragón*, a su hermana, la reina Naerys, contra las acusaciones de Ser Morghil. Pero Ser Loras está muy malherido, así que alguno de sus Hermanos Juramentados tendrá que ocupar el puesto del príncipe Aemon. —Se encogió de hombros—. ¿Quién podrá encargarse? Ser Arys y Ser Balon están muy lejos, en Dorne; Ser Jaime se ha marchado a Aguasdulces, y Ser Osmund es hermano del hombre que la acusa, con lo que sólo quedan... Oh, cielos.

—Boros Blount y Meryn Trant. —Lady Taena se echó a reír.

—Sí, y Ser Meryn no se encuentra muy bien últimamente. Recordadme que se lo diga cuando volvamos al castillo.

—Claro, querida. —Taena le tomó la mano y se la besó—. Espero no ofenderos jamás. Cuando estáis airada sois temible.

—Cualquier madre haría lo mismo para proteger a sus hijos —replicó Cersei—. ¿Cuándo vais a traer al vuestro a la corte? Se llama Russell, ¿verdad? Podría entrenarse con Tommen.

—Seguro que estaría encantado, pero ahora mismo es todo tan inseguro... He pensado que es mejor esperar a que pase el peligro.

—Será muy pronto —le prometió Cersei—. Enviad un mensaje a Granmesa y decidle a Russell que empaque su mejor jubón y su espada de madera. Un nuevo amigo será precisamente lo que necesitará Tommen para olvidar su pérdida cuando ruede la cabecita de Margaery.

Bajaron de la litera ante la estatua de Baelor *el Santo*. La reina se alegró de ver que habían limpiado los huesos y la porquería. Lo que le había dicho Ser Os fryd era verdad: aquella multitud no era tan numerosa ni tan rebelde como la de los gorriones. Estaba reunida en grupos pequeños, contemplando con gesto hosco las puertas del Gran Septo, donde había una hilera de septones novicios con picas en las manos.

«Nada de acero», advirtió Cersei.

Era una buena idea o una enorme estupidez; no estaba segura.

Nadie hizo ademán de detenerla. Tanto el pueblo como los novicios se apartaron para dejarle paso. Al otro lado de las puertas, tres caballeros vestidos con las túnicas de rayas de colores de los Hijos del Guerrero las recibieron en la Sala de las Lámparas.

—Vengo a ver a mi nuera —les dijo Cersei.

—Su Altísima Santidad os estaba esperando. Soy Ser Theodan *el Fiel*, antes Ser Theodan Wells. Acompañadme, Alteza, por favor.

El Gorrión Supremo estaba de rodillas, como siempre. En aquella ocasión estaba rezando ante el altar del Padre. En lugar de interrumpir la plegaria por la llegada de la Reina, la hizo aguardar impaciente hasta que terminó. Entonces se levantó y le hizo una reverencia.

—Es un día aciago, Alteza.

—Mucho. ¿Tenemos vuestro permiso para hablar con Margaery y sus primas?

Optó por unos modales humildes y sumisos; con aquel hombre eran los que mejor resultado le iban a dar.

—Si es lo que deseáis... Cuando terminéis, volved a verme, hija mía. Tenemos que rezar juntos.

La pequeña reina estaba confinada en uno de los esbeltos torreones del Gran Septo. Su celda medía doce palmos de largo por seis de ancho, y no contenía nada más que un colchón lleno de paja, un reclinatorio para rezar, una jarra de agua, un ejemplar de *La estrella de siete puntas* y una vela para leerlo. La única ventana era poco más ancha que una tronera.

Cuando llegó Cersei, Margaery estaba descalza y temblorosa, vestida con la túnica de lana basta de una hermana novicia. Tenía los bucles enmarañados y los pies sucios.

—Me han quitado la ropa —le dijo la pequeña reina en cuanto se quedaron a solas—. Llevaba una túnica de encaje marfil con perlas de agua dulce en el corpiño, pero las septas me pusieron las manos encima y me desnudaron. Y a mis primas también. Megga tiró de un empujón a una septa, que cayó entre las velas y se le incendió el hábito. Pero por quien más temo es por Alla. Se puso tan blanca como la leche; tenía tanto miedo que ni siquiera lloraba.

—Pobre niña. —No había sillas, de modo que Cersei se sentó en el colchón junto

a la pequeña reina—. Lady Taena ha ido a hablar con ella para decirle que no la olvidamos.

—Ni siquiera me deja verlas —dijo Margaery, furiosa—. Nos tiene aisladas. Hasta que habéis llegado, no se me ha permitido recibir visitas; sólo dejan entrar a las septas. Hay una que viene una vez por hora para preguntarme si deseo confesar mis fornicios. ¡No me dejan dormir! Me despiertan para exigirme que confiese. Anoche le confesé a la septa Unella que tenía ganas de sacarle los ojos.

«Lástima que no se los sacaras —pensó Cersei—. Que dejaras ciega a una pobre septa anciana terminaría de convencer de tu culpabilidad al Gorrión Supremo.»

—A tus primas las están interrogando de la misma manera.

—¡Malditos sean! —exclamó Margaery—. Ojalá ardan en los siete infiernos. Alla es tan dulce y tímida... ¿cómo pueden hacerle esto? Y Megga... Ya sé que tiene una risa más escandalosa que la de una prostituta de puerto, pero en su interior no es más que una chiquilla. Las quiero tanto como ellas a mí. Si ese gorrión cree que conseguirá que mientan sobre mí...

—Me temo que también están acusadas. Las tres.

—¿Mis primas? —Margaery palideció—. Alla y Megga son poco más que niñas. Esto es... Esto es obsceno, Alteza. ¿Vais a sacarnos de aquí?

—Ojalá pudiera. —Tenía la voz cargada de desconsuelo—. Su Altísima Santidad tiene a sus nuevos caballeros vigilándooos. Para liberarlos tendría que enviar a los capas doradas y profanar este lugar sagrado con una matanza. —Le cogió la mano a Margaery—. Pero no he estado ociosa: he reunido a todos los que mencionó Ser Osney como amantes vuestros. Le dirán a Su Altísima Santidad que sois inocente, y lo jurarán en el juicio.

—¿Un juicio? —Había verdadero miedo en su voz—. ¿Se tiene que celebrar un juicio?

—¿Cómo si no vamos a demostrar vuestra inocencia? —Cersei le apretó la mano para tranquilizarla—. Y claro, tenéis derecho a decidir cómo queréis que os juzguen; para algo sois la reina. Los caballeros de la Guardia Real han jurado defenderos.

Margaery comprendió al instante.

—¿Un juicio por combate? Pero Loras está herido, si no...

—Tiene seis hermanos.

Margaery se la quedó mirando. De repente, retiró la mano.

—¿Estáis de broma? Boros es un cobarde. Meryn es viejo y lento. Vuestro hermano está mutilado. Los otros dos se encuentran en Dorne, y Osmund es un condenado Kettleblack. Loras tiene dos hermanos, no seis. Si hay un juicio por combate, quiero que Garlan sea mi campeón.

—Ser Garlan no es miembro de la Guardia Real —dijo Cersei—. Cuando está en juego el honor de una reina, las leyes y la tradición exigen que su campeón sea uno

de los siete juramentados del rey. Me temo que el Septón Supremo se empecinará en que sea así.

«Yo me encargaré de eso.»

Margaery tardó en responder. Tenía los ojos marrones cargados de desconfianza.

—Blount o Trant —dijo al final—. Tendría que ser uno de ellos. Es lo que os gustaría, ¿verdad? Osney Kettleblack podría hacer pedazos a cualquiera de los dos.

«Por los siete infiernos.» Cersei compuso una expresión dolida.

—Os equivocáis, hija. Lo único que quiero...

—... es a vuestro hijo, y sólo para vos. Nunca tendrá una esposa a la que no odiéis. Y gracias a los dioses, no soy vuestra hija. Marchaos.

—Os comportáis como una idiota. Sólo vengo a ayudaros.

—A ayudar a meterme en el féretro. Os he pedido que os marchéis. ¿Queréis que llame a mis carceleros para que os saquen a rastras, zorra manipuladora?

Cersei se recogió las faldas y la dignidad.

—Seguro que estáis pasando mucho miedo; os perdonaré esas palabras. —Allí, al igual que en la corte, no se sabía nunca quién podía estar escuchando—. Yo en vuestro lugar también estaría asustada. El Gran Maestre Pycelle ha reconocido que os proporcionaba té de la luna, y vuestro Bardo Azul... En fin, mi señora, yo que vos rezaría a la Vieja y a la Madre para pedirles sabiduría y misericordia. Mucho me temo que pronto necesitaréis las dos cosas.

Cuatro septas de rostro arrugado la acompañaron en el descenso por las escaleras de la torre. Cada una parecía más frágil que la anterior. Al llegar al nivel del suelo continuaron bajando, adentrándose hacia el corazón de la colina de Visenya. La escalera terminaba a gran profundidad, donde una hilera de antorchas titilantes iluminaba un largo pasadizo.

El Septón Supremo la esperaba en su pequeña sala de audiencias de siete paredes. La estancia era modesta y sencilla, con las paredes desnudas y amueblada sólo con una mesa de madera basta, tres sillas y un reclinatorio. Los rostros de los Siete estaban tallados en las paredes. Las tallas le parecieron feas y rudimentarias, pero tenían cierto poder, sobre todo en los ojos: esferas de ónix, malaquita y feldespato amarillo, que hacían que las caras parecieran cobrar vida.

—Habéis hablado con la Reina —dijo el Septón Supremo.

«La reina soy yo», estuvo tentada de decirle, pero se contuvo.

—Sí.

—Todos pecamos, incluso los reyes y las reinas. Yo también pequé, y fui perdonado. Pero sin confesión no puede haber perdón, y la Reina no quiere confesar.

—Tal vez sea inocente.

—No. Las septas la han examinado y juran que su virginidad está rota. Ha bebido el té de la luna para matar en su vientre el fruto de los fornicios. Un caballero ha

jurado sobre su espada que ha tenido relaciones carnales con ella y con dos de sus tres primas. Dice que hay otros que han yacido con ella y menciona a muchos hombres, tanto nobles como humildes.

—Mis capas doradas los han llevado a todos a las mazmorras —le aseguró Cersei—. Por ahora sólo se ha interrogado a uno, al cantor que se hace llamar Bardo Azul. Dijo cosas muy perturbadoras. Pese a todo, rezó por que la inocencia de mi nuera se demuestre en el juicio. —Titubeó—. Tommen quiere mucho a su pequeña reina, Santidad, y creo que a él y a sus señores les costaría mucho juzgarla con justicia. Tal vez la Fe deba encargarse del juicio...

El Gorrión Supremo juntó los dedos flacos.

—Lo mismo había pensado yo, Alteza. Maegor *el Cruel* nos quitó las espadas, y Jaehaerys *el Conciliador* nos privó de la balanza del juicio, pero ¿quién puede juzgar a una reina sino los Siete desde los cielos y quienes los sirven aquí? Un tribunal sagrado de siete jueces se ocupará de este caso. Tres de ellos serán mujeres: una doncella, una madre y una vieja. ¿Puede haber alguien más adecuado para juzgar la maldad de las mujeres?

—Eso sería lo mejor. Pero claro, Margaery puede exigir que su culpabilidad o su inocencia se determine por combate. En tal caso, su campeón tendría que ser uno de los Siete de Tommen.

—Los caballeros de la Guardia Real han sido los campeones del rey y la reina desde tiempos de Aegon *el Conquistador*. En ese aspecto, la Corona y la Fe hablan con una sola voz.

Cersei se tapó la cara con las manos, como para ocultar su dolor. Cuando volvió a alzar la cabeza, una lágrima le brillaba en un ojo.

—Sin duda es un día aciago —dijo—, pero me alegra ver que estamos de acuerdo. Si Tommen estuviera aquí, os daría las gracias. Tenemos que buscar la verdad juntos, vos y yo.

—Así será.

—Tengo que volver al castillo. Con vuestro permiso, me llevaré a Osney Kettleblack. El Consejo Privado quiere interrogarlo y escuchar las acusaciones de su propia boca.

—No —replicó el Septón Supremo.

Fue sólo una palabra, una palabra breve, pero para Cersei fue como si le hubieran tirado un cubo de agua helada a la cara. Parpadeó; su seguridad se tambaleó durante un instante.

—Ser Osney estará bien custodiado, os lo garantizo.

—Ya está bien custodiado aquí. Venid; os lo enseñaré.

Cersei sentía los ojos de los Siete clavados en ella, ojos de jade, malaquita y ónix, y sintió un escalofrío repentino, gélido como el hielo.

«Soy la reina —se dijo—. Soy la hija de Lord Tywin.»

Lo siguió de mala gana. Ser Osney no estaba muy lejos. La cámara estaba oscura y tenía una puerta pesada, de hierro. El Septón Supremo sacó la llave que la abría y cogió una antorcha de la pared para iluminar el interior.

—Vos primero, Alteza.

En el interior, Osney Kettleblack colgaba del techo, de un par de cadenas de hierro. Lo habían azotado. Tenía la espalda y los hombros casi en carne viva, y las marcas del látigo le cruzaban también las piernas y las nalgas.

La Reina casi no pudo ni mirarlo. Se volvió hacia el Septón Supremo.

—¿Qué habéis hecho?

—Buscar encarecidamente la verdad.

—Os dijo la verdad. Acudió a vos por su propia voluntad y confesó sus pecados.

—Sí. Eso hizo. He escuchado muchas confesiones, Alteza, y nunca había oído a nadie tan satisfecho de ser culpable.

—¡Lo habéis azotado!

—No hay expiación sin dolor. Como le dije a Ser Osney, todo hombre debería probar el látigo. Pocas veces me siento más cerca de los dioses que cuando me azoto por mi maldad, aunque mis pecados más oscuros no son tan negros como los suyos.

—P-pero... —Tartamudeó—. Predicáis la misericordia de la Madre...

—Ser Osney probará su dulce leche en la otra vida. Tal como está escrito en *La estrella de siete puntas*, todos los pecados se pueden perdonar, pero ningún crimen debe quedar sin castigo. Osney Kettleblack es culpable de traición y asesinato, y el precio de la traición es la muerte.

«No es más que un sacerdote, no puede hacer esto.»

—La Fe no puede condenar a muerte a nadie, sea cual sea el delito.

—Sea cual sea el delito. —El Septón Supremo repitió las palabras con lentitud, sopesándolas—. Es curioso que digáis eso, Alteza, porque cuanto más diligentes éramos en la aplicación del látigo, más parecían cambiar los delitos de Ser Osney. Ahora quiere hacernos creer que nunca tocó a Margaery Tyrell. ¿No es así, Ser Osney?

Osney Kettleblack abrió los ojos. Al ver a la Reina ante él, se pasó la lengua por los labios hinchados.

—El Muro —dijo—. Me prometisteis el Muro.

—Está loco —dijo Cersei—. Lo habéis hecho enloquecer.

—Ser Osney Kettleblack —preguntó el Septón Supremo con voz firme—, ¿tuvisteis relación carnal con la Reina?

—Sí. —Las cadenas tintinearon cuando Osney se retorció—. Con esta. Esta es la reina a la que me follé, la que me envió a matar al viejo Septón Supremo. Nunca había guardias. Sólo tuve que venir mientras dormía y ponerle una almohada en la

cara.

Cersei dio media vuelta y echó a correr.

El Septón Supremo intentó agarrarla, pero era un gorrión viejo, mientras que ella era una leona de la Roca. Lo apartó de un empujón, salió por la puerta y la cerró de golpe.

«Los Kettleblack, necesito a los Kettleblack. Mandaré a Os fryd con los capas doradas, y también a Osmund con la Guardia Real. Osney volverá a negarlo todo en cuanto lo suelten; me libraré de este Septón Supremo, igual que del anterior.»

Las cuatro septas viejas le bloqueaban el paso y la agarraron con manos arrugadas. Derribó a una de un empujón, arañó a otra en la cara y consiguió llegar a las escaleras. A medio camino se acordó de Taena Merryweather y se detuvo, jadeante.

«Los Siete me amparen. Taena lo sabe todo. Si la cogen también a ella y la azotan...»

Consiguió llegar corriendo hasta el septo, pero no más allá. Allí la aguardaban las mujeres, más septas y también hermanas silenciosas, más jóvenes que las brujas de abajo.

—¡Soy la reina! —les gritó al tiempo que retrocedía—. ¡Os haré decapitar, os cortaré la cabeza a todas! ¡Dejadme pasar!

En vez de obedecer, intentaron agarrarla. Cersei corrió hacia el altar de la Madre, pero allí la atraparon; eran una veintena, y la arrastraron mientras pataleaba por las escaleras de la torre. Dentro de la celda, tres hermanas silenciosas la sujetaron mientras una septa llamada Scolera la desnudaba. Le quitó hasta la ropa interior. Otra septa le tiró un vestido sencillo de lana basta.

—¡No podéis hacerme esto! —siguió gritando la Reina—. ¡Soy una Lannister, soltadme, mi hermano os matará, Jaime os rajará del coño a la garganta, soltadme! ¡Soy la reina!

—La reina debería rezar —dijo la Septa Scolera antes de dejarla desnuda en la celda helada.

Ella no era la dócil Margaery Tyrell; no se pondría el vestido ni se sometería al cautiverio.

«Les enseñaré qué significa meter un león en una jaula», pensó Cersei.

Desgarró el vestido, lo hizo mil pedazos, cogió el jarro de la jofaina y lo estrelló contra la pared, y luego hizo lo mismo con el orinal. Al ver que nadie acudía, empezó a golpear la puerta con los puños. Su escolta estaba abajo, en la plaza: diez guardias de la Casa Lannister y Ser Boros Blount.

«Cuando me oigan, vendrán a liberarme; cargaremos de cadenas al condenado Gorrión Supremo y lo llevaremos a rastras a la Fortaleza Roja.»

Gritó, pataleó y aulló ante la puerta y ante la ventana hasta que tuvo la garganta

en carne viva. Nadie respondió a los gritos; nadie acudió en su rescate. La celda empezó a oscurecerse. Cada vez hacía más frío. Cersei empezó a tiritar.

«¿Cómo pueden dejarme así, sin siquiera un fuego? ¡Soy su reina!»

Empezaba a lamentar haber hecho pedazos el vestido. En el jergón de la esquina había una manta desgastada y fina de lana marrón. Era basta y raspaba, pero no tenía nada más. Cersei se acurrucó bajo ella para dejar de tiritar, y no tardó en dormirse, agotada.

Lo siguiente que supo fue que una mano la sacudía. Dentro de la celda, la oscuridad era absoluta; una mujer fea y corpulenta se había arrodillado junto a ella con una vela en la mano.

—¿Quién eres? —quiso saber la Reina—. ¿Has venido a liberarme?

—Soy la septa Unella. He venido escuchar la confesión de vuestros asesinatos y fornicios.

Cersei le apartó la mano de un golpe.

—Esto te costará la cabeza. No te atrevas a tocarme. ¡Fuera de aquí!

La mujer se levantó.

—Volveré dentro de una hora, Alteza. Tal vez entonces estéis preparada para confesar.

Una hora, y otra, y otra. Así transcurrió la noche más larga de la vida de Cersei Lannister, con la única excepción de la del día de la boda de Joffrey. Tenía la garganta tan irritada por los gritos que apenas podía tragar. La celda era gélida. Había destrozado el orinal, de modo que tuvo que acuclillarse en un rincón para hacer aguas menores y ver como corrían en un reguero por el suelo. Cada vez que cerraba los ojos, Unella volvía a aparecer ante ella para sacudirla y preguntarle si quería confesar sus pecados.

El día no llegó acompañado de alivio alguno. Mientras salía el sol, la Septa Moelle le llevó un cuenco de unas gachas grises y aguadas. Cersei se lo tiró a la cara. Pero cuando le llevaron otro jarro de agua, tenía tanta sed que no le quedó más remedio que beber. Le llevaron otro vestido gris y fino que apestaba a moho, y se lo puso para cubrir su desnudez. Y aquella tarde, cuando volvió Moelle, se comió el pan y el pescado, y exigió que le llevaran vino. El vino no llegó, pero sí la septa Unella, que la visitaba cada hora para preguntar si estaba lista para confesar.

«¿Qué puede estar pasando? —se preguntó Cersei cuando la diminuta porción de cielo que veía por la ventana empezó a oscurecerse otra vez—. ¿Por qué no ha venido nadie a sacarme de aquí? —No podía creer que los Kettleblack hubieran dejado abandonado a su hermano. ¿Y qué estaría haciendo su consejo?—. Cobardes, traidores. Cuando salga de aquí, los mandaré decapitar a todos y buscaré hombres de más valía que ocupen su lugar.»

Aquel día oyó gritos en tres ocasiones; era la chusma de la plaza, pero el nombre

que gritaban era el de Margaery, no el suyo.

Estaba a punto de amanecer el segundo día. Cersei lamía los últimos restos de gachas del cuenco cuando la puerta de su celda se abrió inesperadamente para dejar paso a Lord Qyburn. Tuvo que recurrir a todo su autodominio para no echarse en sus brazos.

—Qyburn —susurró—. Oh, dioses, cuánto me alegro de veros. Llevadme a casa.

—No me lo permiten. Os van a juzgar ante un tribunal sagrado de siete jueces, por asesinato, traición y fornicio.

Cersei estaba tan agotada que, al principio, no entendió qué le decía.

—Tommen. Habladme de mi hijo. ¿Sigue siendo el rey?

—Sí, Alteza. Está sano y salvo, tras los muros del Torreón de Maegor, protegido por la Guardia Real. Pero se siente solo. Tiene miedo. Pregunta por vos y por la pequeña reina. Por ahora nadie le ha hablado de vuestras... Vuestras...

—¿Dificultades? —sugirió—. ¿Qué pasa con Margaery?

—También la van a juzgar, el mismo tribunal que a vos. Entregué al Bardo Azul al Septón Supremo, como ordenó Vuestra Alteza. Ya lo tienen aquí, en las mazmorras. Mis informantes me dicen que lo están azotando, pero hasta ahora sólo ha cantado la dulce canción que le enseñamos.

«La dulce canción.» Tenía la cabeza embotada por la falta de sueño. «Wat, su verdadero nombre es Wat.» Si los dioses eran bondadosos, Wat moriría a causa de los latigazos, y Margaery se quedaría sin manera de refutar su testimonio.

—¿Dónde están mis caballeros? Ser Osflyd... El Septón Supremo pretende matar a su hermano Osney; sus capas doradas tienen que...

—Osflyd Kettleblack ya no está al mando de la Guardia de la Ciudad. El Rey lo ha depuesto y ha elegido en su lugar al capitán de la puerta del Dragón, un tal Humfrey Mares.

Cersei estaba agotada, y nada de aquello tenía sentido. ¿Por qué iba a hacer Tommen semejante cosa?

—El chico no tiene la culpa. Cuando el consejo le pone un decreto delante, él lo firma y le estampa el sello.

—Mi consejo... ¿Quién? ¿Quién iba a hacer eso? Vos no...

—Por desgracia, me han echado del consejo, aunque de momento me permiten seguir trabajando con los pajaritos del eunuco. En estos momentos, Harys Swyft y el Gran Maestre Pyelle gobernan el reino. Han enviado un cuervo a Roca Casterly para invitar a vuestro tío a volver de inmediato a la corte y asumir la regencia. Si piensa aceptar, más vale que se dé prisa. Mace Tyrell ha interrumpido el asedio de Bastión de Tormentas y viene hacia la ciudad con un ejército, y Randyll Tarly también está bajando de Poza de la Doncella.

—¿Lord Merryweather aprueba todo esto?

—Merryweather ha renunciado a su sillón en el consejo y ha escapado a Granmesa con su esposa, que fue quien nos transmitió la noticia de las... acusaciones... que había contra vos.

—Así que han soltado a Taena. —Era lo mejor que oía desde el «no» del Gorrión Supremo. Taena podría haber sido su perdición—. ¿Qué pasa con Lord Mares? Sus barcos... Si desembarca a todos sus tripulantes, tendrá suficientes hombres para...

—En cuanto llegó al río la noticia de los actuales apuros de Vuestra Alteza, Lord Mares izó las velas, retiró los remos y se llevó su flota a mar abierto. Ser Harys teme que pretenda unirse a Lord Stannis. Pycelle cree que se dirige a los Peldaños de Piedra para hacerse pirata.

—Mis hermosos dromones... —Cersei estuvo a punto de echarse a reír—. Mi señor padre decía siempre que los bastardos son traidores por naturaleza. Ojalá le hubiera hecho caso. —Se estremeció—. Estoy perdida, Qyburn.

—No. —Le cogió una mano—. Aún queda esperanza. Vuestra Alteza tiene derecho a demostrar su inocencia con un combate. Vuestro campeón está preparado, mi reina. No hay hombre en los Siete Reinos que pueda enfrentarse a él. Basta con que deis la orden...

Fue incapaz de seguir conteniendo la risa. Aquello era tan divertido, tan horriblemente divertido...

—A los dioses les gusta burlarse de nuestros planes y esperanzas. Tengo un campeón al que no podría derrotar ningún hombre, pero se me prohíbe utilizarlo. Soy la reina, Qyburn. Sólo un Hermano Juramentado de la Guardia Real puede defender mi honor.

—Entiendo. —La sonrisa se desvaneció en el rostro de Qyburn—. No sé qué deciros, Alteza. No sé qué puedo aconsejaros...

Pese a su estado de agotamiento y terror, la reina sabía que no podía confiar su destino a un tribunal de gorriones. Tampoco podía contar con que interviniere Ser Kevan, después de las palabras que se habían cruzado en su última reunión.

«Tendrá que ser un juicio por combate. No hay otra salida.»

—Qyburn, por el amor que me profesáis, os ruego que enviéis un mensaje en mi nombre. Si es posible, con un cuervo; si no, con un jinete. Enviadlo a Aguasdulces, a mi hermano. Decidle lo que ha pasado, y escribid... Escribid...

—¿Sí, Alteza?

Se humedeció los labios, temblorosa.

—«Vuelve ahora mismo. Ayúdame. Sálvame. Te necesito como no te había necesitado jamás. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Vuelve ahora mismo.»

—Como ordenéis. ¿«Te quiero» tres veces?

—Tres veces. —Tenía que conmoverlo—. Vendrá. Sé que vendrá. Tiene que venir. Jaime es mi única esperanza.

—Mi reina —titubeó Qyburn—, ¿lo habéis olvidado? Ser Jaime ya no tiene la mano de la espada. Si es vuestro campeón y pierde...

«Abandonaremos este mundo juntos, como llegamos a él.»

—No perderá. Jaime no perderá. No si mi vida está en juego.

JAIME (7)

El nuevo señor de Aguasdulces estaba tan furioso que le temblaban las manos.

—Nos han engañado —dijo—. ¡Este hombre nos la ha jugado bien jugada! —La salivilla rosada le salía de entre los labios mientras le hincaba el dedo a Edmure Tully—. ¡Haré que le corten la cabeza! Yo mando en Aguasdulces por decreto del Rey; yo...

—Emmon —interrumpió su esposa—, el Lord Comandante ya sabe lo del decreto del Rey. Ser Edmure sabe lo del decreto del Rey. Los mozos de cuadra saben lo del decreto del Rey.

—¡Soy el señor y quiero que le corten la cabeza!

—¿De qué se me acusa? —Pese a lo flaco que estaba, Edmure seguía teniendo más planta de caballero que Emmon Frey. Llevaba un jubón acolchado de lana roja con la trucha saltarina bordada en el pecho. Sus botas eran negras, y sus calzones, azules. Tenía el pelo castaño lavado y peinado, y la barba rojiza bien recortada—. Hice todo lo que se me pidió.

—Ah, ¿sí? —Jaime Lannister no había dormido desde que Aguasdulces les abriera las puertas, la cabeza le retumbaba—. No recuerdo haberlos pedido que dejárais escapar a Ser Brynden.

—Me ordenasteis que entregara el castillo, no a mi tío. ¿Acaso tengo la culpa de que vuestros hombres le permitieran cruzar las líneas de asedio?

Jaime no le encontraba la gracia.

—¿Dónde está? —preguntó sin disimular la irritación. Sus hombres ya habían registrado Aguasdulces tres veces, y Brynden Tully no había aparecido.

—No me dijo adónde pensaba ir.

—Y vos no se lo preguntasteis, claro. ¿Cómo salió?

—Los peces nadan. Hasta los negros —sonrió Edmure.

Jaime sintió la tentación de darle un buen golpe en la boca con la mano dorada. Seguro que se acabarían las sonrisas cuando tuviera unos cuantos dientes menos. Para ir a pasarse prisionero el resto de su vida, Edmure parecía demasiado pagado de sí mismo.

—Deabajo de Roca Casterly hay celdas tan ajustadas como armaduras. En ellas no hay forma de volverse, ni de sentarse, ni de llevarse la mano a los pies cuando las ratas se empiezan a comer los dedos. ¿Queréis reconsiderar vuestra respuesta?

La sonrisa de Edmure se esfumó.

—Me disteis vuestra palabra de que se me trataría de manera honorable, como corresponde a mi categoría.

—Y así será —replicó Jaime—. Caballeros más nobles que vos han muerto sollozando en esos calabozos, y puede que hasta algún que otro gran señor. Y un par

de reyes, si mal no recuerdo las lecciones de historia. Si lo deseáis, vuestra esposa puede alojarse en la celda contigua. No quisiera separaros.

—Se fue nadando —dijo Edmure con tono hosco. Tenía los mismos ojos azules que su hermana Catelyn, y Jaime vio en ellos el mismo desprecio con que lo había mirado la dama—. Levantamos el rastrillo de la Puerta del Agua. No del todo; sólo una vara o así, lo justo para que hubiera un hueco bajo el agua y la puerta siguiera pareciendo cerrada. Mi tío es un buen nadador. Cuando oscureció, se escurrió entre las púas.

«Igual que se escurrió bajo nuestra barrera, no me cabe ninguna duda.»

Una noche sin luna, unos guardias aburridos, un pez negro en unas aguas negras flotando en silencio corriente abajo. Si Ruttiger, Yew o alguno de sus hombres habían llegado a oír un chapoteo, lo habrían atribuido a una tortuga o una trucha. Edmure había aguardado casi todo un día antes de arriar el lobo huargo de los Stark en gesto de rendición. El castillo cambió de mano y, en la confusión, llegó la mañana siguiente antes de que informaran a Jaime de que el Pez Negro no estaba entre los prisioneros.

Se asomó a la ventana y contempló el río. Era un luminoso día de otoño; el sol centelleaba en las aguas.

«El Pez Negro debe de estar ya a diez leguas corriente abajo.»

—Tenéis que dar con él —insistió Emmon Frey.

—Lo encontraremos. —Jaime hablaba con una seguridad que estaba lejos de sentir—. He puesto sabuesos y cazadores tras su rastro. —Ser Addam Marbrand estaba al mando de la búsqueda por la orilla sur del río, y Ser Dermot de La Selva, por la norte. Había pensado en utilizar también a los señores de los ríos, pero lo más probable era que Vance, Piper y los demás ayudaran al Pez Negro a escapar en vez de ponerle los grilletes. No tenía demasiadas esperanzas—. Puede que nos esquive durante un tiempo —dijo—, pero al final tendrá que salir a la superficie.

—¿Y si intenta arrebatarme mi castillo?

—Tenéis una guarnición de doscientos hombres. —Demasiado numerosa, desde luego, pero Lord Emmon era de naturaleza ansiosa. Al menos no tendría problemas para darles de comer. Tal como había dicho, el Pez Negro había dejado provisiones más que abundantes en Aguasdulces—. Con todas las molestias que se ha tomado Ser Brynden por abandonarnos, dudo mucho que tenga intención de volver.

«A menos que sea a la cabeza de un grupo de bandidos.»

De lo que no le cabía duda era de que el Pez Negro pretendía seguir luchando.

—Es tu asentamiento —le dijo Lady Genna a su esposo—. A ti te corresponde defenderlo. Si no puedes, préndele fuego y vuelve a la Roca.

Lord Emmon se frotó la boca y retiró la mano manchada de babas rojizas por la hojamarga.

—Desde luego. Aguasdulces es mío; nadie me lo arrebatará jamás.

Lanzó una última mirada de desconfianza en dirección a Edmure Tully mientras Lady Genna lo sacaba a rastras de sus habitaciones.

—¿Hay algo más que queráis contarme? —le preguntó Jaime a Edmure cuando se quedaron a solas.

—Estas eran las habitaciones de mi padre —respondió Tully—. Desde aquí gobernó con sabiduría y bondad las tierras de los ríos. Le gustaba sentarse junto a esa ventana. Había buena luz, y cuando miraba hacia abajo veía el río. Cuando se le cansaba la vista, le pedía a Cat que le leyera. Una vez, Meñique y yo construimos un castillo con bloques de madera ahí, junto a la puerta. Nunca sabréis el asco que me da veros en esta habitación, Matarreyes. Nunca sabréis cuánto os desprecio.

En eso se equivocaba.

—Me han despreciado hombres mejores que vos, Edmure. —Jaime llamó a un guardia—. Llevaos a su señoría a su torre y ocupaos de que le lleven comida.

El señor de Aguasdulces salió en silencio. Al día siguiente emprendería el viaje hacia el oeste. Ser Forley Prester estaría al mando de su escolta de cien hombres, veinte de ellos caballeros.

«Más vale que sean el doble. Puede que Lord Beric intente liberar a Edmure antes de que lleguen al Colmillo Dorado.» Jaime no quería tener que capturar a Tully por tercera vez.

Volvió a sentarse en la silla de Hoster Tully, extendió el mapa del Tridente y lo alisó con la mano dorada.

«¿Adónde iría yo si fuera el Pez Negro?»

—¿Lord Comandante? —Había un guardia junto a la puerta abierta—. Lady Westerling y su hija están aquí, como ordenasteis.

Jaime apartó el mapa.

—Hazlas pasar.

«Menos mal que no ha desaparecido la niña también.»

Jeyne Westerling había sido la reina de Robb Stark, la muchacha que tan cara le había costado. Si tenía un lobo en la barriga, podía resultar más peligrosa que el Pez Negro.

Pero no lo parecía. Jeyne era una muchachita espigada aunque de caderas generosas, de no más de quince o dieciséis años, más torpe que grácil. Tenía los pechos del tamaño de manzanas, una mata de bucles castaños, y los ojos dóciles y marrones de un cervatillo.

«No está mal —decidió Jaime—, pero tampoco justifica el perder un reino.»

Tenía el rostro hinchado y una costra en la frente, semioculta por un rizo.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó.

La niña giró la cabeza.

—No es nada —dijo su madre, una mujer de rostro austero ataviada con una

túnica de terciopelo verde. Llevaba en torno al cuello largo y delgado un collar de conchas marinas doradas—. No quería entregar la coronita que le regaló el rebelde, y cuando fui a quitársela de la cabeza, la muy testaruda se enfrentó a mí.

—Era mía —sollozó Jeyne—. No tenías derecho. Robb la mandó hacer para mí. Me quería.

Su madre hizo ademán de abofetearla, pero Jaime se interpuso entre ellas.

—No pienso tolerarlo —advirtió a Lady Sybell—. Sentaos las dos. —La niña se acurrucó en la silla como un animalillo asustado, pero su madre se sentó rígida, con la cabeza bien alta—. ¿Queréis una copa de vino? —preguntó.

—No, gracias —dijo su madre.

La niña no respondió.

—Como gustéis. —Jaime se volvió hacia la hija—. Siento mucho vuestra pérdida. El muchacho tenía valor, lo reconozco. Tengo que haceros una pregunta. ¿Estáis esperando un hijo suyo, mi señora?

Jeyne se levantó como una exhalación, y habría salido corriendo de la estancia si el guardia de la puerta no la hubiera retenido por el brazo.

—No —dijo Lady Sybell mientras su hija se debatía por escapar—. Ya me aseguré de eso, como me pidió vuestro señor padre.

Jaime asintió. Tywin Lannister no era alguien que pasara por alto detalles así.

—Suelta a la chica. Por el momento he terminado con ella. —Se centró en la madre mientras Jeyne bajaba por las escaleras entre sollozos—. La Casa Westerling ha recibido el perdón, y vuestro hermano Rolph ha sido nombrado señor de Castamere. ¿Qué más queréis de nosotros?

—Vuestro señor padre me prometió buenos matrimonios para Jeyne y para su hermana pequeña. Señores o herederos, me lo juró, nada de segundones ni caballeros de una casa cualquiera.

«Señores o herederos. Claro, claro.»

Los Westerling eran una casa antigua y orgullosa, pero Lady Sybell había nacido con el apellido Spicer, perteneciente a una estirpe de mercaderes enriquecidos. Si no recordaba mal, su abuela había sido una especie de bruja medio loca del este. Y la familia estaba en la ruina. Si las cosas hubieran seguido su curso normal, las hijas de Sybell Spicer habrían podido aspirar a desposarse con segundones, pero un buen cofre de oro de los Lannister haría que hasta la viuda de un rebelde muerto le resultara atractiva a algún señor.

—Esos matrimonios se celebrarán —le aseguró Jaime—, pero Jeyne tiene que esperar dos años antes de volver a casarse.

Si la chica volvía a contraer nupcias demasiado pronto y se quedaba embarazada, no habría manera de impedir los rumores que atribuyeran la paternidad al Joven Lobo.

—También tengo dos hijos varones —le recordó Lady Westerling—. Rollam está conmigo, pero Raynald era caballero y fue a Los Gemelos con los rebeldes. Si hubiera sabido qué iba a suceder allí, no lo habría permitido. —Había un atisbo de reproche en su voz—. Raynald no sabía nada de... del acuerdo al que había llegado con vuestro señor padre. Puede que todavía esté prisionero en Los Gemelos.

«O puede que esté muerto.» Walder Frey tampoco estaría al tanto del «acuerdo».

—Haré averiguaciones. Si Ser Raynald sigue prisionero, pagaré el rescate en vuestro nombre.

—También se habló de buscarle esposa, una prometida de Roca Casterly. Vuestro padre dijo que Raynald estaría en la gloria si todo iba según lo esperado.

«La mano muerta de Lord Tywin sigue controlándonos desde la tumba.»

—Gloria es la hija natural de mi difunto tío Gerion. Podemos organizar el compromiso si lo deseáis, pero el enlace tendrá que esperar. La última vez que la vi, Gloria tenía nueve o diez años.

—¿Hija natural? —Lady Sybell parecía haberse tragado un limón—. ¿Pretendéis casar a un Westerling con una bastarda?

—No, igual que no quiero que Gloria se case con el hijo de una zorra intrigante y cambiacañas. Se merece algo mejor. —Jaime habría estrangulado de buena gana a la mujer con su propio collar de conchas. Gloria era una chiquilla dulce, aunque solitaria; su padre había sido el tío favorito de Jaime—. Vuestra hija vale diez veces más que vos. Partiréis con Edmure y con Ser Forley al amanecer. Procurad que no vuelva a veros hasta entonces.

Llamó a gritos a un guardia, y Lady Sybell salió con los labios apretados. Jaime se preguntó cuánto habría sabido Lord Gawan de las intrigas de su esposa.

«¿Cuánto sabemos los hombres de lo que piensan ellas?»

Cuando Edmure y los Westerling se pusieron en marcha, cuatrocientos hombres cabalgaban con ellos. Jaime había vuelto a doblar la escolta en el último momento. Los acompañó unas cuantas leguas para conversar con Ser Forley Prester. Aunque llevaba una cabeza de toro en el jubón y cuernos en el casco, Ser Forley no podía ser menos bovino. Era un hombrecillo bajo, flaco, testarudo. Con la nariz alargada, la calva y la barba castaña enmarañada, tenía más aspecto de posadero que de caballero.

—No sabemos dónde está el Pez Negro —le recordó Jaime—, pero si puede, liberará a Edmure.

—No lo permitiré, mi señor. —Como la mayoría de los posaderos, Ser Forley no tenía un pelo de tonto—. Llevamos una avanzadilla de exploradores, y por las noches fortificaremos los campamentos. He seleccionado a diez hombres, mis mejores arqueros, que no dejarán solo a Tully en ningún momento. Si se sale del camino, aunque sea sólo un palmo, le clavarán tantas flechas que hasta su madre lo confundiría con un puerco espín.

—Bien. —Jaime prefería que Tully llegara sano y salvo a Roca Casterly, pero si no había más remedio, mejor que muriese a que quedara en libertad—. Será mejor que también pongáis unos cuantos arqueros que vigilen a la hija de Lord Westerling.

—¿La chiquilla de Gawen? —preguntó Ser Forley, desconcertado—. Pero si es...

—La esposa del Joven Lobo —terminó Jaime—, y el doble de peligrosa que Edmure si se nos llegara a escapar.

—Como ordenéis, mi señor. Estará vigilada.

Jaime tuvo que pasar junto a los Westerling cuando su columna retrocedió para regresar a Aguasdulces. Lord Gawen le dedicó un gesto serio, pero Lady Sybell lo miró con ojos como esquirlas de hielo. Jeyne ni siquiera lo vio. La viuda cabalgaba con la vista baja, envuelta en una capa con la capucha puesta. Bajo los pesados pliegues, llevaba ropa de buena calidad, pero rota.

«Se la ha desgarrado ella misma en señal de duelo —comprendió Jaime—. Seguro que a su madre no le ha hecho gracia.»

Se preguntó si Cersei se rasgaría la túnica si alguna vez le llegaba la noticia de su muerte.

No volvió directamente al castillo, sino que cruzó el Piedra Caída una vez más para ir a ver a Edwyn Frey y negociar con él la entrega de los prisioneros de su bisabuelo. El ejército de los Frey había empezado a dispersarse pocas horas después de la rendición de Aguasdulces, cuando los banderizos y jinetes libres de Lord Walder levantaron campamento para volver a sus hogares. Los Frey que quedaban también estaban recogiendo, pero Edwyn se encontraba con su tío bastardo en el pabellón de este.

Los dos estaban inclinados sobre un mapa y discutían acaloradamente, pero se interrumpieron cuando entró Jaime.

—Lord Comandante —saludó Ríos con cortesía gélida.

—Tenéis las manos manchadas con la sangre de mi padre, ser —le espetó Edwyn.

—¿Y eso por qué? —preguntó Jaime, sorprendido.

—Vos fuisteis quien lo mandó a casa, ¿no?

«Alguien tenía que hacerlo.»

—¿Le ha sucedido algo a Ser Ryman?

—Lo han ahorcado junto con toda su partida —dijo Walder Ríos—. Los capturaron los bandidos, dos leguas al sur de Buenmercado.

—¿Dondarrion?

—O Thoros, o esa tal Corazón de Piedra.

Jaime frunció el ceño. Ryman Frey había sido un imbécil, un cobarde y un borracho, y nadie iba a echarlo de menos; desde luego, los Frey no. A juzgar por los ojos secos de Edwyn, ni sus propios hijos iban a llorar su pérdida.

«Aun así... Estos bandidos se están volviendo cada vez más osados, hasta el punto

de atreverse a ahorcar al heredero de Lord Walder a menos de un día de viaje de Los Gemelos.»

—¿Cuántos hombres iban con Ser Ryman? —preguntó.

—Tres caballeros y una docena de soldados —replicó Ríos—. Es casi como si supieran que volvía a Los Gemelos con una escolta reducida.

—Seguro que mi hermano tuvo algo que ver con esto. —Edwyn frunció los labios—. Permitió escapar a los bandidos después de que mataran a Merrett y a Petyr, ya tenemos el porqué. Tras la muerte de mi padre, soy el único que se interpone entre Walder *el Negro* y Los Gemelos.

—No tienes pruebas —dijo Walder Ríos.

—No las necesito. Conozco a mi hermano.

—Tu hermano está en Varamar —insistió Ríos—. ¿Cómo podía saber que Ser Ryman iba a Los Gemelos?

—Alguien se lo diría —replicó Edwyn en tono amargo—. Seguro que tiene espías en nuestro campamento.

«Igual que los tienes tú en Varamar.»

Jaime conocía la enemistad que existía entre Edwyn y Walder *el Negro*, pero le importaba una mierda cuál de los dos sucediera a su bisabuelo como señor del Cruce.

—Perdonad que me entrometa en este momento de dolor —dijo con tono seco—. Tenemos que tratar otros asuntos. Cuando volváis a Los Gemelos, tened la amabilidad de informar a Lord Walder de que el rey Tommen quiere a todos los prisioneros que tomasteis durante la Boda Roja.

—Esos prisioneros son valiosos, ser —protestó Ser Walder.

—Si no valieran nada, Su Alteza no los querría.

Frey y Ríos intercambiaron una mirada.

—Mi señor abuelo esperará una recompensa a cambio de ellos —señaló Edwyn.

«Y la tendrá, en cuanto me crezca una mano nueva», pensó Jaime.

—Todos tenemos esperanzas —dijo con tono afable—. Decidme, ¿se encuentra Ser Raynald Westerling entre los prisioneros?

—¿El caballero de las conchas? —Edwyn soltó una risita burlona—. Ese está dando de comer a los peces en el fondo del Forca Verde.

—Estaba en el patio cuando salieron nuestros hombres para acabar con el huargo —dijo Walder Ríos—. Whalen le exigió la espada, y la entregó sin resistencia, pero cuando los ballesteros empezaron a asaetear al lobo, le arrebató el hacha a Whalen y liberó al monstruo de la red que le habían echado por encima. Al parecer tenía una saeta en el hombro y otra en las tripas, pero aun así consiguió llegar al adarve y tirarse al río.

—Dejó un rastro de sangre en las escaleras —aportó Edwyn.

—¿Llegasteis a encontrar el cadáver? —preguntó Jaime.

—Encontramos un millar de cadáveres. Después de unos días en el río, todos se parecían mucho.

—Tengo entendido que lo mismo les pasa a los ahorcados —replicó Jaime antes de salir.

A la mañana siguiente no quedaba gran cosa del campamento de los Frey aparte de moscas, estiércol de caballo y el cadalso de Ser Ryman, abandonado junto al Piedra Caída. Su primo quiso saber qué debían hacer con él, así como con el equipo de asalto que había construido: arietes, galápagos, torres y trabuquetes. Daven proponía arrastrarlo todo hasta Árbol de los Cuervos, donde le podrían dar buen uso. Jaime le dijo que le prendiera fuego, empezando por el patíbulo.

—Tengo intención de encargarme de Lord Tytos personalmente. Para eso no hacen falta torres de asalto.

Daven le sonrió a través de la barba poblada.

—¿Un combate singular, primo? No parece muy justo. Tytos es un anciano canoso.

«Un anciano canoso con dos manos.»

Aquella noche, Ser Ilyn y él lucharon durante tres horas. Fue uno de sus mejores combates. Si hubieran ido en serio, Payne sólo lo habría matado dos veces. Lo más habitual era una docena de muertes; algunas noches le iba peor aún.

—Si sigo así, dentro de un año posiblemente sea tan bueno como Peck —declaró Jaime, y Ser Ilyn dejó escapar el sonido chasqueante que indicaba que lo encontraba divertido—. Venga, vamos a beber unas copas del excelente tinto de Hoster Tully.

El vino se había transformado en parte de su ritual nocturno. Ser Ilyn era un compañero ideal para beber. Nunca interrumpía, nunca estaba en desacuerdo, nunca se quejaba, nunca pedía favores, y nunca contaba historias largas y aburridas. Lo único que hacía era beber y escuchar.

—Debería cortarles la lengua a todos mis amigos —comentó Jaime mientras llenaba las copas—. Y también a mis parientes. Una Cersei silenciosa, qué maravilla. Aunque echaría de menos su lengua cuando la besara. —Bebió. El vino era rojo oscuro, dulce y espeso. Le calentó el pecho al pasar—. No recuerdo cuándo fue la primera vez que nos besamos. Todo era tan inocente al principio... Hasta que dejó de serlo. —Apuró el vino y dejó la copa a un lado—. Tyrion me comentó que la mayoría de las putas se niegan a besar. «Te follarán hasta que se te salten los ojos, pero no sentirás sus labios en los tuyos», me dijo. ¿Creéis que mi hermana besa a Kettleblack?

Ser Ilyn no respondió.

—No estaría bien que matara a mi propio Hermano Juramentado. Lo que debería hacer es caparlo y enviarlo al Muro. Fue lo que hicieron con Lucamore *el Lujurioso*. A Ser Osmund no le hará gracia que lo capen, claro. Y hay que tener en cuenta a sus

tres hermanos. Los hermanos pueden ser peligrosos. Aegon *el Indigno* ejecutó a Ser Terrence Toyne por acostarse con su amante, pero luego, los hermanos de Toyne hicieron lo posible por matarlo. Lo posible no fue suficiente gracias al Caballero Dragón, pero por falta de ganas no quedó. Está escrito en el Libro Blanco. Todo está en el Libro Blanco, excepto qué hacer con Cersei.

Ser Ilyn se pasó un dedo por el cuello.

—No —respondió Jaime—. Tommen ya ha perdido a un hermano y al hombre al que creía su padre. Si matara a su madre, me odiaría... Y su dulce esposa encontraría la manera de que ese odio redundara en beneficio de Altojardín.

Ser Ilyn esbozó una sonrisa que a Jaime no le gustó nada.

«Una sonrisa desagradable. Un alma desagradable.»

—Habláis demasiado —le dijo.

Al día siguiente, Ser Dermot de La Selva volvió al castillo con las manos vacías.

—Lobos —respondió cuando le preguntó qué había encontrado—. Lobos a cientos. —Se habían llevado a dos de sus centinelas. Los lobos salieron de la oscuridad y los destrozaron—. Hombres armados, protegidos con cotas de malla y petos de cuero endurecido, y las malditas bestias no les tenían miedo. Antes de morir, Jate dijo que la jefa de la manada era una loba de tamaño monstruoso. Por la descripción, casi parecía una loba huargo. También se metieron entre los caballos. Los muy hijos de puta mataron a mi bayo favorito.

—Un círculo de hogueras en torno al campamento los habría disuadido —replicó Jaime, aunque no estaba tan seguro.

¿Sería posible que la loba huargo de Ser Dermot fuera la misma que atacó a Joffrey cerca de la encrucijada?

Con lobos o sin ellos, al día siguiente, Ser Dermot eligió caballos descansados y a más hombres para reanudar la búsqueda de Brynden Tully. Aquella misma tarde, los señores del Tridente fueron a ver a Jaime y le pidieron permiso para volver a sus tierras. Se lo concedió. Lord Piper quería saber también si había noticias de su hijo Marq.

—Se pagará el rescate de todos los prisioneros —le prometió Jaime.

Cuando salieron los señores de los ríos, Lord Karyl Vance se quedó rezagado.

—Tenéis que ir a Árbol de los Cuervos, Lord Jaime —le dijo—. Mientras tenga a Jonos ante sus puertas, Tytos no se rendirá, pero sé que doblará la rodilla ante vos.

Jaime le agradeció el consejo.

El siguiente en partir fue el Jabalí. Quería cumplir su promesa de volver a Darry para luchar contra los bandidos.

—Hemos atravesado medio reino a caballo, y ¿para qué? ¿Para que pudierais hacer que Edmure Tully se meara en los calzones? Nadie compondrá canciones que hablen de eso. Necesito una pelea. Quiero al Perro, Jaime. Y si no, a ese señor

marqueño.

—La cabeza del Perro es toda vuestra si se la podéis cortar —replicó Jaime—, pero a Beric Dondarrion hay que capturarlo vivo: quiero llevarlo a Desembarco del Rey. Si no lo ven morir mil personas, no se quedará muerto.

El Jabalí gruñó objeciones, pero al final accedió. Al día siguiente partió con su escudero y sus soldados, acompañado por Jon Bettley, *el Lampiño*, que había decidido que cazar bandidos era mejor que volver con su esposa, cuya fealdad era legendaria. Se decía que tenía toda la barba que le faltaba a él.

Jaime aún tenía que encargarse del asunto de la guarnición. Todos y cada uno de ellos juraron que no sabían nada de los planes de Ser Brynden ni de adónde podía haber ido.

—Mienten —insistía Emmon Frey; pero Jaime no pensaba lo mismo.

—Si un hombre no comparte sus planes con nadie, nadie lo podrá traicionar —señaló. Lady Genna sugirió que interrogaran a unos cuantos; él se negó—. Le di a Edmure mi palabra de que, si se rendía, su guarnición no sufriría daño alguno.

—Qué caballeroso por tu parte —replicó su tía—, pero aquí lo que hace falta es fuerza, no caballerosidad.

«Pregúntale a Edmure lo caballeroso que soy —pensó Jaime—. Pregúntale por la catapulta.»

Tenía la sensación de que los maestres no lo confundirían con el príncipe Aemon, *el Caballero Dragón*, cuando escribieran la historia. Aun así, estaba satisfecho. La guerra estaba prácticamente ganada. Rocadragón había caído; Bastión de Tormentas no tardaría en caer también, y Stannis podía quedarse con el Muro si quería. Los norteños le tendrían tan poco cariño como los señores de la tormenta. Si Roose Bolton no acababa con él, el invierno se encargaría.

Y él había cumplido su misión allí, en Aguasdulces, sin necesidad de alzarse en armas contra los Tully ni contra los Stark. Cuando hubiera dado con el Pez Negro, podría regresar a su sitio, en Desembarco del Rey.

«Debo estar con mi rey. Con mi hijo. —¿Querría saberlo Tommen? La verdad podría costarle el trono—. ¿Qué prefieres tener, chico? ¿Un padre o una silla? —Le habría gustado conocer la respuesta. «Le encanta estampar su sello en papeles.» Tal vez ni siquiera lo creería. Cersei podía decirle que era mentira—. Mi querida hermana, la manipuladora. —Tenía que buscar la manera de arrancar a Tommen de sus garras antes de que lo transformara en otro Joffrey. Y ya puestos, tenía que buscarle al muchacho un nuevo Consejo Privado—. Si consigo apartar a Cersei, tal vez Kevan acceda a ser la Mano de Tommen.» Y si no, en fin, había otros hombres adecuados en los Siete Reinos. Forley Prester sería una buena elección, y también Roland Crakehall. Si hacía falta que no fuera occidental para tranquilizar a los Tyrell, siempre quedaba Mathis Rowan... O incluso Petyr Baelish. Meñique era tan afable

como astuto, pero no era noble y no contaba con espadas propias, de modo que no supondría una amenaza para los grandes señores. «La Mano perfecta.»

La guarnición de los Tully partió a la mañana siguiente, con todos los hombres despojados de armas y armaduras. Se les entregaron provisiones para tres días y ropa, pero antes tuvieron que jurar que no volverían a alzarse en armas contra Lord Emmon ni contra la Casa Lannister.

—Si tienes suerte, uno de cada diez será fiel al juramento —dijo Lady Genna.

—Bien. Prefiero enfrentarme a nueve hombres que a diez. El décimo podría ser el que me matara.

—Los otros nueve te matarán igual.

—Más vale eso que morir en la cama.

«O en el retrete.»

Dos hombres optaron por no partir junto con los demás: Ser Desmond Grell, el viejo maestro de armas de Lord Hoster, prefirió vestir el negro. Lo mismo decidió Ser Robin Ryger, capitán de los guardias de Aguasdulces.

—Este castillo es mi hogar desde hace cuarenta años —dijo Grell—. Decís que soy libre de marcharme, pero ¿adónde? Soy demasiado viejo y estoy demasiado gordo para hacerme caballero errante. Y en el Muro siempre andan faltos de hombres.

—Como queráis —respondió Ser Jaime, aunque era una verdadera molestia. Les permitió conservar armas y armaduras, y asignó a una docena de los hombres de Gregor Clegane para que los escoltaran hasta Poza de la Doncella. Puso al mando a Rafford, el que llamaban el Dulce—. Aseguraos de que los prisioneros llegan sanos y salvos a Poza de la Doncella —le dijo—, o lo que le hizo Ser Gregor a la Cabra os parecerá una fiesta en comparación con lo que os haré yo.

Pasaron más días. Lord Emmon reunió en el patio a todo Aguasdulces, tanto a la gente de Lord Edmure como a la suya, y durante casi tres horas les habló de lo que esperaba de ellos tras haberse convertido en su amo y señor. De cuando en cuando agitaba el pergamo, mientras mozos de cuadra, sirvientas y herreros escuchaban en silencio hosco, y una lluvia ligera los empapaba.

El bardo que Jaime había arrebatado a Ser Ryman Frey también escuchaba. Jaime se reunió con él tras una puerta abierta. Allí, al menos, no se mojaba.

—Su señoría debería haber sido bardo —comentó el hombre—. Tiene más palabrería que una balada marqueña, y me parece que no se para a respirar.

Jaime no pudo contener una carcajada.

—Mientras pueda masticar, Lord Emmon no necesita respirar. ¿Vas a componer una canción que lo cuente?

—Una balada cómica. Puedo titularla «Hablar a los peces».

—Más vale que no la cantes donde te pueda oír mi tía.

Jaime no se había fijado demasiado en él. Era un tipo menudo, ataviado con

calzones verdes harapientos y una túnica de color verde más claro un tanto desgastada, con parches de cuero marrón en los agujeros. Tenía la nariz larga y afilada, y la sonrisa, amplia. El fino cabello castaño, sucio y enmarañado, le llegaba hasta el cuello.

«Tiene cincuenta años como mínimo —pensó Jaime— con una lira de mala calidad y maltratado por la vida.»

—¿No estabas al servicio de Ser Ryman cuando te encontré? —preguntó.

—Sólo llevaba quince días con él.

—Creía que partirías con los Frey.

—Ese de ahí es un Frey —comentó el bardo haciendo un gesto en dirección a Lord Emmon—, y este castillo parece cómodo para pasar el invierno. Wat *Sonrisablanca* se fue con Ser Forley, así que pensé que podría ocupar su lugar. Wat tiene una voz aguda y melosa con la que no puedo rivalizar, pero yo me sé el doble de canciones picantes que él. Con vuestro perdón, mi señor.

—Te llevarás de maravilla con mi tía —dijo Jaime—. Si quieres pasar el invierno aquí, procura que tus canciones complazcan a Lady Genna. Ella es quien manda.

—¿No sois vos?

—Mi lugar está con el rey. No me quedaré mucho tiempo.

—Lo siento, mi señor. Me sé canciones mejores que «Las lluvias de Castamere». Os podría haber cantado... Uf, todo tipo de cosas.

—Tal vez en otro momento —respondió Jaime—. ¿Cómo te llamas?

—Tom de Sietecauces, si a mi señor le parece bien. —El hombre se quitó la gorra
—. Pero todo el mundo me llama Tom Siete.

—Canta bien, Tom Siete.

Aquella noche soñó que estaba aún en el Gran Septo de Baelor, todavía velando el cadáver de su señor padre. El septo estaba oscuro y silencioso, hasta que una mujer salió de entre las sombras y caminó muy despacio hacia el féretro.

—¿Hermana? —llamó.

Pero no era Cersei. Se trataba de una hermana silenciosa, toda de gris. La capucha le ocultaba el rostro, pero Jaime veía la danza de las velas en los estanques verdes de sus ojos.

—Hermana —dijo—, ¿qué quieres de mí?

La última palabra resonó por todo el septo. *mimimimimimimimimimimimimimimí.*

—No soy tu hermana, Jaime. —Alzó una mano pálida y suave, y se echó la capucha hacia atrás—. ¿Me has olvidado?

«¿Cómo voy a olvidar a alguien a quien no he conocido?»

Las palabras se le atravesaron en la garganta. La había conocido, pero hacía tanto, tanto tiempo...

—¿También vas a olvidar a tu señor padre? Aunque dudo que lo conocieras de

verdad. —Tenía los ojos verdes y el cabello de oro hilado. No habría sabido decir cuántos años tenía. «Quince, o tal vez cincuenta.» La mujer subió por los peldaños que llevaban al férretro—. No soportaba que se rieran de él. Era lo que más odiaba en el mundo.

—¿Quién eres? —Quería oírselo decir.

—Deberías preguntarte quién eres tú.

—Esto es un sueño.

—¿Tú crees? —Le sonrió con tristeza—. Cuéntate las manos, pequeño.

«Una.» Una única mano cerrada en torno a la empuñadura de la espada. Sólo una.

—En mis sueños siempre tengo dos manos.

Levantó el brazo y contempló con incomprendión la fealdad del muñón.

—Todos soñamos con cosas que no podemos tener. Tywin soñaba que su hijo sería un gran caballero, que su hija sería reina. Soñaba que serían tan valerosos, fuertes y hermosos que nadie se reiría de ellos jamás.

—Soy un caballero —le dijo—. Y Cersei es la reina.

Una lágrima rodó por la mejilla de la mujer. Volvió a cubrirse con la capucha, y le dio la espalda. Jaime la llamó, pero ya se alejaba de él; sus faldas susurraban al rozar el suelo.

«No me dejes», habría querido rogarle, pero por supuesto, hacía mucho que lo había dejado.

Se despertó temblando en la oscuridad. La habitación se había tornado fría como el hielo. Jaime apartó las mantas con el muñón de la mano de la espada. Vio que el fuego de la chimenea se había consumido y que el viento había abierto la ventana. Cruzó la estancia a oscuras para cerrar los postigos, pero cuando llegó, su pie descalzo pisó algo húmedo. Se sobresaltó durante un momento y dio un paso atrás. Lo primero que pensó fue que se trataba de sangre, pero la sangre jamás estaba tan fría.

Era nieve, que se colaba por la ventana.

En vez de cerrar los postigos los abrió de par en par. Abajo, el patio estaba cubierto por un fino manto blanco que se iba espesando ante sus ojos. Las almenas de los muros lucían capuchas blancas. Los copos caían silenciosos, y unos pocos entraron por la ventana para ir a derretirse en su rostro. Jaime se veía el aliento.

«Nieve en las tierras de los ríos. —Si estaba nevando allí, quizá nevara también en Lannisport, y en Desembarco del Rey—. El viento avanza hacia el sur, y tenemos vacía la mitad de los graneros.» Podían dar por perdidos todos los cultivos que aún no hubieran recogido. Adiós a las esperanzas de una última cosecha. Se descubrió preguntándose qué haría su padre para alimentar al reino, antes de recordar que había muerto.

Al amanecer, la nieve llegaba ya a la altura de los tobillos; era aún más espesa en

el bosque de dioses, donde los vientos la habían acumulado bajo los árboles. Escuderos, mozos de cuadra y pajes de noble cuna volvieron a ser niños bajo su frío hechizo blanco, y organizaron una guerra de bolas de nieve en los patios y a lo largo de las almenas. Jaime oyó sus risas. Hubo un tiempo, no hacía tanto, en que habría salido con ellos a hacer bolas de nieve para tirárselas a Tyrion cuando se acercara con sus andares de pato, o para metérselas por el vestido a Cersei.

«Pero para hacer una buena bola de nieve hay que tener dos manos.»

Llamaron a su puerta.

—Ve a ver quién es, Peck.

Se trataba de Vyman, el antiguo maestre de Aguasdulces, con un mensaje en la mano arrugada. Su rostro estaba tan pálido como la nieve recién caída.

—Ya lo sé —dijo Jaime—. Habéis recibido un cuervo blanco de la Ciudadela. Ha llegado el invierno.

—No, mi señor. El pájaro viene de Desembarco del Rey. Me tomé la libertad... No sabía... —Le tendió la carta.

Jaime la leyó en el asiento de la ventana, a la luz blanca y fría de la mañana invernal. Las palabras de Qyburn eran escuetas y precisas; las de Cersei, febriles y enardecidadas.

«Vuelve ahora mismo —le decía—. Ayúdame. Sálvame. Te necesito como no te había necesitado jamás. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Vuelve ahora mismo.»

Vyman se había quedado junto a la puerta, a la espera, y Jaime también sentía clavada la mirada de Peck.

—¿Mi señor desea enviar una respuesta? —preguntó el maestre tras un largo silencio.

Un copo de nieve se posó en la carta. Cuando se derritió, la tinta empezó a emborronarse. Jaime volvió a enrollar el pergamo tanto como pudo con una sola mano, y se lo tendió a Peck.

—No —dijo—. Tira esto al fuego.

SAMWELL (5)

La última parte del viaje era la más peligrosa. Los estrechos del Tinto eran un hervidero de barcoluengos, tal como les habían advertido en Tyrosh. Con el grueso de la flota del Rejo al otro lado de Poniente, los hombres del hierro habían saqueado Puerto Ryam, se habían apoderado de Villaparra y de Puerto Estrella de Mar, y los utilizaban como base desde donde atacar a las naves que se dirigían a Antigua.

El vigía avistó tres barcoluengos. Dos estaban a popa, a buena distancia, y la *Viento Canela* no tardó en alejarse de ellos. El tercero apareció al filo del anochecer para cortarles el camino hacia el Canal de los Susurros. Cuando vio subir y bajar los remos, dejando estelas blancas en las aguas cobrizas, Kojja Mo envió a sus arqueros a los castillos con sus grandes arcos de aurocorazón, que podían lanzar una flecha aún más lejos y con más precisión que los de tejo dorniense. Esperó hasta que el barcoluengo estuvo a doscientos pasos antes de dar la orden de disparar. Sam también disparó, y en aquella ocasión, le pareció que su flecha llegaba al otro barco. Bastó con una andanada para que el barcoluengo virase hacia el sur en busca de presas más dóciles.

El anochecer era ya azul oscuro cuando entraron en el Canal de los Susurros. Elí estaba en la proa con el bebé, contemplando el castillo que se alzaba en los acantilados.

—Tres Torres —le dijo Sam—. El asentamiento de la Casa Costayne.

El castillo se recortaba contra las estrellas, y en sus ventanas titilaba la luz de las antorchas. Era un espectáculo espléndido, pero lo entristeció. El viaje tocaba a su fin.

—Es muy alto —comentó Elí.

—Pues ya verás el Faro de Hightower.

El bebé de Dalla empezó a llorar. Elí se abrió la túnica para darle el pecho al niño. Sonrió mientras lo amamantaba, y le acarició el suave pelo castaño.

«Ha terminado por querer a este tanto como al que dejó atrás», comprendió Sam.

Rezaba a los dioses para que fueran bondadosos con las dos criaturas.

Los hombres del hierro se habían adentrado incluso en las aguas resguardadas del Canal de los Susurros. Cuando llegó la mañana, mientras la *Viento Canela* se dirigía hacia Antigua, el casco empezó a tropezar con cadáveres que flotaban a la deriva. Había cuervos posados en algunos, y emprendían el vuelo entre graznidos de protesta cuando la nave cisne perturbaba sus grotescas almadiñas. En las orillas se divisaban campos carbonizados y aldeas quemadas, y en los bajíos y bancos de arena había barcos destrozados. Los más comunes eran los botes de pescadores y los barcos mercantes, pero también vieron barcoluengos abandonados, y los restos de dos grandes dromones. Uno había ardido hasta la línea de flotación, mientras que el otro tenía un enorme agujero en el casco; saltaba a la vista que lo habían embestido.

—Aquí batalla —dijo Xhondo—. No mucho tiempo.

—¿Quién puede haber cometido la temeridad de lanzar un ataque tan cerca de Antigua?

Xhondo señaló un barcoluengo semihundido en las aguas bajas. De su popa colgaban los restos de un estandarte desgarrado y manchado de humo. Sam no había visto nunca aquellos blasones: un ojo rojo con la pupila negra bajo una corona de hierro negro sostenida por dos cuervos.

—¿De quién es ese estandarte? —preguntó.

Xhondo se encogió de hombros.

El día siguiente amaneció frío y nublado. Cuando la *Viento Canela* pasaba ante otra aldea de pescadores saqueada, una galera de guerra salió de la niebla y avanzó hacia ellos. Se llamaba *Cazadora*; llevaba el nombre escrito tras un mascarón de proa en forma de esbelta doncella vestida con hojas que blandía una lanza. Al instante aparecieron otras dos galeras, una a cada lado, como un par de sabuesos que siguieran a su amo. Para alivio de Sam, llevaban el estandarte del rey Tommen, el venado y el león, encima de la torre blanca escalonada de Antigua con su corona llameante.

El capitán de la *Cazadora* era un hombre alto que vestía una capa color gris humo con un ribete de llamas de seda roja. Emparejó su galera con la *Viento Canela*, ordenó que alzaran los remos y gritó que iba a subir a bordo. Mientras sus ballesteros y los arqueros de Kojja Mo se miraban a distancia, él cruzó con media docena de caballeros, saludó a Quhuru Mo con un gesto de la cabeza y solicitó ver sus bodegas. Padre e hija debatieron en privado unos segundos y después accedieron.

—Disculpad —dijo el capitán tras la inspección—. Lamento que las personas honradas reciban un trato tan descortés, pero hay que evitar a toda costa que los hombres del hierro entren en Antigua. Hace apenas quince días, esos cabrones de mierda capturaron un barco mercante tyroshi en los estrechos. Mataron a la tripulación, se pusieron su ropa y usaron los tintes que llevaban para teñirse la barba de medio centenar de colores. Tenían intención de prender fuego al puerto en cuanto entraran y abrir una puerta desde dentro mientras combatíamos el fuego. Les habría salido bien, pero se tropezaron con la *Dama de la Torre*, y la esposa de su jefe de remeros es tyroshi. Cuando vio tantas barbas moradas y verdes los saludó en la lengua de Tyrosh, y ninguno supo responder.

Sam estaba escandalizado.

—¡No es posible que pretendan saquear Antigua!

—No eran simples saqueadores. —El capitán de la *Cazadora* lo miró con curiosidad—. Los hombres del hierro siempre se han dedicado al saqueo. Atacan de repente por mar, cogen un poco de oro y unas cuantas muchachas y se marchan, pero rara vez llegan más de dos barcoluengos, y nunca más de media docena. Ahora nos están atacando con cientos de naves; salen de las islas Escudo y de varias rocas

situadas en torno al Rejo. Han tomado el islote Cangrejo de Piedra, la isla de los Cerdos y el Palacio de la Sirena, y también tienen guaridas en Roca Herradura y en Cuna del Bastardo. Sin la flota de Lord Redwyne, no tenemos suficientes barcos para enfrentarnos a ellos.

—¿Y qué hace Lord Hightower? —preguntó Sam—. Mi padre decía siempre que era tan rico como los Lannister, que podía reunir el triple de espadas que ningún otro banderizo de Altojardín.

—Y más si barre los adoquines —replicó el capitán—, pero las espadas no sirven de nada contra los hombres del hierro, a menos que quienes las esgrimen puedan andar por el agua.

—¡Hightower tiene que estar haciendo algo!

—Desde luego. Lord Leyton se ha encerrado en lo alto de su torre con la Doncella Loca para consultar libros de hechizos. Puede que consiga levantar un ejército de ultratumba. O no. Baelor está construyendo galeras; Gunthor se ha hecho cargo del puerto; Garth está entrenando nuevos reclutas, y Humfrey ha viajado a Lys para contratar barcos mercenarios. Si consigue arrancarle una flota como es debido a la puta de su hermana, les daremos a los hombres del hierro su propia medicina. Hasta entonces, lo mejor que podemos hacer es vigilar el estrecho y esperar a que la zorra de la reina de Desembarco del Rey le suelte la correa a Lord Paxter.

La amargura de las últimas palabras del capitán commocionó a Sam tanto como su significado.

«Si Desembarco del Rey pierde Antigua y el Rejo, todo el reino se hará trizas», pensó mientras veía alejarse la *Cazadora* y sus hermanas.

Empezaba a dudar que Colina Cuerno fuera un lugar seguro. Las posesiones de los Tarly se extendían tierra adentro, entre colinas en las que crecían espesos bosques, cien leguas al noreste de Antigua y muy lejos de cualquier costa. Allí estarían fuera del alcance de los hombres del hierro y sus barcoluengos, aunque su señor padre estuviera ausente, luchando en las tierras de los ríos, y la guarnición del castillo fuera escasa. Sin duda, el Joven Lobo había pensado lo mismo de Invernalia hasta la noche en que Theon *Cambiacapas* trepó por sus muros. Sam no soportaba pensar que quizá hubiera llevado a Elí y al bebé hasta allí con el fin de ponerlos a salvo para acabar por abandonarlos en medio de una guerra.

Se pasó el resto del viaje debatiéndose entre dudas, sin saber qué hacer. Podía llevarse a Elí a Antigua. Las murallas de la ciudad eran mucho más imponentes que las del castillo de su padre, y había miles de hombres para defenderlas, en vez del puñado de soldados que debía de haber dejado Lord Randyll en Colina Cuerno cuando partió hacia Altojardín para responder a la llamada de su señor. Pero en tal caso tendría que esconderla. En la Ciudadela no se permitía que los novicios tuvieran esposas ni amantes, al menos abiertamente.

«Además, si me quedo mucho más tiempo con Elí, ¿cómo voy a juntar fuerzas para dejarla? —Porque tenía que dejarla. O desertar—. Pronuncié el juramento —se recordó—. Si deserto, me cortarán la cabeza, ¿y de qué le serviría eso a Elí?»

Sopesó la posibilidad de suplicar a Kojja Mo y a su padre que se llevaran a la chica salvaje a las Islas del Verano. Pero aquello también entrañaba sus peligros. Cuando saliera de Antigua, la *Viento Canela* tendría que cruzar otra vez los estrechos del Tinto, y tal vez corriera peor suerte en aquella ocasión. ¿Y si no había viento, y los isleños del verano se encontraban a la deriva? Si lo que se decía era verdad, se llevarían a Elí como sierva o esposa de sal, y lo más probable era que considerasen que el bebé era una molestia y lo tirasen al mar.

«Tengo que llevarla a Colina Cuerno —decidió por fin—. Cuando lleguemos a Antigua, alquilaré un carro y unos caballos, y la llevaré yo mismo.» Así se aseguraría de dejarla a salvo en el castillo, y si veía u oía algo que lo hiciera dudar, siempre podía dar media vuelta y volver a Antigua con Elí.

Llegaron a Antigua una mañana fría y húmeda, en medio de una niebla tan espesa que lo único que se veía de la ciudad era el Faro de Hightower. El puerto estaba cruzado por una barrera flotante que enlazaba dos docenas de cascós podridos. Detrás había una hilera de barcos de guerra anclados junto a tres grandes dromones y el buque insignia de Lord Hightower, un imponente navío de cuatro cubiertas llamado *Honor de Antigua*. La *Viento Canela* tuvo que someterse a inspección una vez más. En aquella ocasión, el que subió a bordo fue Gunthor, el hijo de Lord Leyton, que llevaba una capa de hilo de plata y una armadura de lamas grises. Ser Gunthor había estudiado varios años en la Ciudadela y hablaba la lengua del verano, de modo que Quhuru Mo y él se reunieron en el camarote del capitán para hablar en privado.

Sam aprovechó el tiempo para explicarle sus planes a Elí.

—Primero iré a la Ciudadela para entregar las cartas de Jon e informar de la muerte del maestre Aemon. Espero que los archimaestres envíen un carro para recoger el cadáver. Luego conseguiré caballos y un carromato para llevarte con mi madre a Colina Cuerno. Volveré en cuanto pueda, pero tal vez no sea hasta mañana.

—Mañana —repitió ella, y le dio un beso para deseárselo suerte.

Al final, Ser Gunthor volvió a salir y ordenó que abrieran la cadena para que la *Viento Canela* pudiera entrar al puerto. Mientras amarraban la nave cisne, Sam se unió a Kojja Mo y a tres de sus arqueros junto a la plancha. Los isleños del verano estaban resplandecientes con aquellas capas de plumas que sólo se ponían para desembarcar. A su lado se sentía andrajoso, con la ropa negra dada de sí, la capa descolorida y las botas manchadas de salitre.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis en el puerto?

—Dos días, diez días, ¿quién sabe? El tiempo que tardemos en vaciar las bodegas y volver a llenarlas. —Kojja sonrió—. Además, mi padre tiene que visitar a los

maestres grises. Quiere venderles unos libros.

—¿Se puede quedar Elí a bordo hasta que yo vuelva?

—Elí se puede quedar todo el tiempo que quiera. —Clavó un dedo en la barriga de Sam—. No come tanto como otros.

—No estoy tan gordo como antes —se defendió el muchacho.

Era uno de los resultados del viaje hacia el sur, con tantas guardias, y comiendo sólo fruta y pescado. A los isleños del verano les encantaban el pescado y la fruta.

Sam bajó por la plancha con los arqueros, pero al llegar a la orilla se separaron, y cada uno se fue por su lado. Rezó por recordar cómo se llegaba a la Ciudadela. Antigua era un laberinto, y no podía perder tiempo extraviándose.

Era un día húmedo, con lo que los adoquines del suelo estaban resbaladizos, y las callejuelas, envueltas en niebla y misterio. Sam trató de evitarlos y siguió el camino del río que serpenteaba junto a la orilla del Vinomiel cruzando el corazón del casco viejo. Era agradable volver a pisar tierra firme, en lugar de una cubierta que se mecía sin cesar, pero pese a todo se sentía incómodo. Notaba las miradas clavadas en él: lo espiaban desde ventanas y balcones, y lo observaban desde los portales oscuros. A bordo de la *Viento Canela* sabía quién era todo el mundo. En cambio, en aquella ciudad, mirase adonde mirase, únicamente veía desconocidos. Y peor todavía era la posibilidad de que lo viera algún conocido. No había nadie en Antigua que no supiera quién era Lord Randyll Tarly, aunque pocos le tenían afecto. Sam no sabía qué podría resultar peor: que lo reconociera un enemigo de su señor padre o uno de sus amigos. Se cubrió con la capucha y aceleró el paso.

Las puertas de la Ciudadela estaban flanqueadas por una pareja de gigantescas esfinges verdes, con cuerpo de león, alas de águila y cola de serpiente. Una tenía rostro de varón, y la otra, de mujer. Al otro lado estaba el Hogar del Escriba, adonde acudían los antigüeños para que los acólitos les escribieran testamentos y les leyeren cartas. Había media docena de escribas aburridos sentados en tenderetes al aire libre, a la espera de clientes. En otros tenderetes se compraban y vendían libros. Sam se detuvo ante uno que ofrecía mapas y examinó uno de la Ciudadela para averiguar la forma más rápida de llegar al Tribunal del Senescal.

El camino se dividía en el punto donde se alzaba la estatua del rey Daeron I a lomos de un alto caballo de piedra, con la espada alzada en dirección a Dorne. El Joven Dragón tenía una gaviota posada en la cabeza y otras dos en la hoja del arma. Sam tomó la bifurcación de la izquierda, la que seguía el curso del río. En el atracadero de los Sollozos vio a dos acólitos que ayudaban a un anciano a subir a un bote para el corto viaje hasta la isla Sangrienta. Tras él subió una joven madre, de la edad de Elí, con un bebé lloroso en brazos. Bajo el atracadero, unos pinches de cocina vadearon las aguas para recoger ranas. Un grupo de novicios de mejillas sonrosadas pasó corriendo en dirección al septrio.

«Debería haber venido cuando tenía su edad —pensó Sam—. Si me hubiera escapado y me hubiera buscado un nombre falso, habría podido desaparecer entre los demás novicios. Así, mi padre podría haber fingido que Dickon era su único hijo. Ni siquiera se habría molestado en buscarme, a menos que me hubiera llevado una mula. Entonces sí que me habría perseguido, pero sólo por la mula.»

Ante el Tribunal del Senescal, los rectores estaban poniendo en la picota a un novicio mayor.

—Ha robado comida de las cocinas —les explicaba uno de ellos a los acólitos que aguardaban para tirar verduras podridas al prisionero.

Todos miraron a Sam con curiosidad cuando pasó a su lado con la capa negra ondeando como una vela.

Al otro lado de las puertas había un vestíbulo con suelo de piedra y ventanas altas rematadas por arcos. Al fondo vio a un hombre de rostro demacrado, sentado en una tarima, que escribía a pluma en un libro. Vestía una túnica de maestre, pero no llevaba cadena al cuello. Sam carraspeó.

—Buenos días.

El hombre alzó la vista, y al parecer, no mereció su aprobación.

—Hueles a novicio.

—Espero serlo pronto. —Sam sacó las cartas que le había dado Jon Nieve—. Venía del Muro con el maestre Aemon, pero murió durante el viaje. Si pudiera hablar con el Senescal...

—¿Tu nombre?

—Samwell. Samwell Tarly.

Lo anotó en el libro y le hizo una señal con la pluma en dirección a un banco situado junto a la pared.

—Siéntate. Te llamarán.

Sam se sentó en el banco.

Llegaron otros hombres. Unos entregaban mensajes y se iban; otros hablaban con el hombre de la tarima, que los invitaba a atravesar la puerta que tenía detrás y subir por una escalera. Otros se sentaban con Sam en los bancos, a la espera de que los llamaran. Unos cuantos de los que fueron llamados habían llegado después que él, estaba casi seguro. La cuarta o la quinta vez que sucedió, se levantó y cruzó la estancia.

—¿Falta mucho?

—El Senescal es muy importante.

—Vengo del Muro.

—Entonces no te importará esperar un poco más. —Señaló con la pluma—. En ese banco de ahí, bajo la ventana.

Sam volvió al banco. Transcurrió otra hora. Llegaron más visitantes. Todos

hablaban con el hombre del estrado y esperaban un rato hasta que los hacían pasar. En todo aquel tiempo, el portero ni se molestó en mirar a Sam. En el exterior, la niebla se iba despejando a medida que avanzaba el día; la luz brillante del sol entraba por las ventanas. Sam se distrajo contemplando las motas de polvo que danzaban en los rayos. Se le escapó un bostezo, y luego, otro. Se hurgó una ampolla reventada de la mano, antes de apoyar la cabeza en la pared y cerrar los ojos.

Debió de quedarse adormilado. Lo siguiente que supo fue que el hombre de la tarima gritaba un nombre. Sam se puso en pie, pero volvió a sentarse cuando se dio cuenta de que no era el suyo.

—Tienes que darle una moneda a Lorcás; si no, te tendrá tres días esperando —dijo una voz a su lado—. ¿Qué trae a la Guardia de la Noche a la Ciudadela?

Su interlocutor era un joven esbelto, menudo, atractivo, que vestía unos calzones de piel de cervatillo y una cálida brigantina con tachonaduras de hierro. Tenía la piel del color de la cerveza negra ligera y una mata de prietos rizos negros que terminaba en un pico en el nacimiento del pelo, por encima de los grandes ojos negros.

—El Lord Comandante está restaurando los castillos abandonados —explicó Sam—. Necesitamos más maestres para los cuervos... ¿Has dicho una moneda?

—Bastará con una de cobre. A cambio de un venado de plata, Lorcás te lleva a cuestas a ver al Senescal. Lleva cincuenta años de acólito. Detesta a los novicios, sobre todo a los de noble cuna.

—¿Cómo sabes que soy de noble cuna?

—Igual que tú sabes que soy medio dorniense —le dijo con una sonrisa, con el suave acento de Dorne.

Sam buscó una moneda.

—¿Eres novicio?

—Acólito. Alleras, algunos me llaman Esfinge.

Sam se sobresaltó.

—La esfinge es el acertijo, no la que plantea el acertijo —dijo atropelladamente—. ¿Sabes qué significa eso?

—No. ¿Es un acertijo?

—Eso me gustaría saber a mí. Soy Samwell Tarly. Sam.

—Un placer. ¿Y qué asuntos tiene que tratar Samwell Tarly con el archimaestre Theobald?

—¿Así se llama el Senescal? —preguntó Sam, confuso—. El maestre Aemon dijo que era Norren.

—Hace dos períodos que no. Cada año se elige un nuevo Senescal. El cargo se echa a suertes entre los archimaestres, porque casi todos consideran que es una tarea ingrata que los aparta de su verdadero trabajo. Este año, el archimaestre Walgrave sacó la piedra negra, pero como a veces se le va la cabeza, Theobald se ofreció

voluntario para sustituirlo. Es un poco brusco, pero buena persona. ¿Has dicho el maestre Aemon?

—Sí.

—¿Aemon Targaryen?

—Ese fue su nombre, pero todos lo llamábamos maestre Aemon. Murió cuando veníamos en barco hacia el sur. ¿Cómo es que lo conoces?

—¿Cómo no iba a conocerlo? No sólo era el maestre vivo más anciano; también era el hombre más viejo de Poniente. Vivió más historia de la que ha podido aprender el archimaestre Perestan. Podría habernos contado muchas cosas de los reinados de su padre y de su tío. ¿Sabes cuántos años tenía?

—Ciento dos.

—¿Y qué hacía embarcado a su edad?

Sam meditó la pregunta un momento; no sabía hasta qué punto podía revelar la verdad.

«La esfinge es el acertijo, no la que plantea el acertijo.» ¿Sería posible que el maestre Aemon se refiriese a aquel Esfinge? No parecía probable.

—El Lord Comandante Nieve lo envió lejos para salvarle la vida —empezó, titubeante.

Le habló del rey Stannis y de Melisandre de Asshai. No pretendía llegar más allá, pero una cosa llevó a la otra, y acabó hablándole de Mance Rayder y sus salvajes, de la sangre real y de los dragones, y antes de que pudiera darse cuenta le salió todo lo demás: los espectros del Puño de los Primeros Hombres, el Otro a lomos de su caballo muerto, el asesinato del Viejo Oso en el Torreón de Craster, Elí y su fuga, Arbolblanco y Paul *el Pequeño*, Manosfrías y los cuervos, cómo había llegado Jon a Lord Comandante, la *Pájaro Negro*, Dareon, Braavos, los dragones que había visto Xhondo en Qarth, la *Viento Canela* y lo que había susurrado el maestre Aemon cuando se acercaba el fin. Sólo se calló los secretos que había jurado guardar: el de Bran Stark y sus compañeros, y el de los bebés que había intercambiado Jon Nieve.

—Daenerys es la única esperanza —concluyó—. Aemon dijo que la Ciudadela debía enviar a un maestre sin demora, para que vuelva a Poniente con ella antes de que sea demasiado tarde.

Alleras lo escuchó con atención. De cuando en cuando parpadeaba, pero en ningún momento se rió ni lo interrumpió. Cuando Sam terminó, le puso una esbelta mano morena en el brazo.

—Ahórrate la moneda, Sam. Theobald no se va a creer ni la mitad de lo que dices, pero hay otros que tal vez sí. ¿Por qué no vienes conmigo?

—¿Adónde?

—A hablar con un archimaestre.

«Tienes que contárselo, Sam —le había dicho el maestre Aemon—. Tienes que

contárselo a los archimaestres.»

—Muy bien. —Siempre podría volver a intentar ver al Senescal al día siguiente, con una moneda en la mano—. ¿Tenemos que ir muy lejos?

—No mucho. A la isla de los Cuervos.

No les hizo falta ningún bote para llegar a la isla de los Cuervos: un destalado puente levadizo de madera la unía con la orilla este.

—El Grajal es el edificio más viejo de la Ciudadela —le explicó Alleras mientras cruzaban las lentes aguas del Vinomiel—. Se dice que en la Edad de los Héroes era la fortaleza de un señor pirata que se quedaba cruzado de brazos y saqueaba los barcos que navegaban río abajo.

Sam advirtió que las paredes estaban cubiertas de musgo y enredaderas, y que las almenas estaban patrulladas por cuervos, no por arqueros. Nadie vivo recordaba haber visto alzar el puente levadizo.

En el interior del castillo hacía fresco y reinaba la penumbra. Un viejo arciano crecía en el patio, desde que se construyó el edificio. El rostro tallado en el tronco estaba cubierto del mismo musgo violeta que le colgaba de las ramas blanquecinas. Muchas de ellas parecían secas, pero otras tenían aún algunas hojas rojas, y esas eran las favoritas de los cuervos. El árbol estaba lleno de pájaros, y había más en las ventanas rematadas en arco que daban al patio. Los excrementos cubrían todo el suelo. Mientras cruzaban el patio, uno echó a volar, y los demás empezaron a graznarse.

—Las habitaciones del archimaestre Walgrave están en la torre oeste, bajo la pajarera blanca —le dijo Alleras—. Los cuervos blancos y los negros se pelean como dornienses y marqueños, así que hay que tenerlos separados.

—¿Crees que el archimaestre Walgrave entenderá lo que le voy a decir? —preguntó Sam—. Antes has dicho que a veces se le va la cabeza.

—Tiene días buenos y días malos —respondió Alleras—, pero no es a Walgrave a quien vas a ver.

Abrió la puerta de la torre norte y empezó a subir. Sam ascendió por las escaleras en pos de él. Arriba se oían aleteos y murmullos, y de cuando en cuando, un graznido airado, como si los cuervos se quejaran de que los despertaran.

En la parte superior de las escaleras había un joven pálido y rubio, de la edad de Sam, sentado ante una puerta de roble y hierro, mirando atentamente la llama de una vela con el ojo derecho. El izquierdo lo tenía tapado por un mechón de pelo rubio ceniza.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó Alleras—. ¿Tu destino? ¿Tu muerte?

El joven rubio apartó la vista de la vela y parpadeó.

—Mujeres desnudas —respondió—. ¿Y este quién es?

—Samwell. Un novicio recién llegado, que viene a ver al Mago.

—La Ciudadela ya no es lo que era —se quejó el rubio—. Hoy en día aceptan a cualquiera. Perros morenos, dornienses, porquerizos, tullidos, imbéciles, y ahora, una ballena vestida de negro. Y yo que creía que los leviatanes eran grises...

Una capa corta a rayas verdes y doradas le cubría un hombro. Era muy atractivo, aunque tenía los ojos taimados y la boca cruel. Sam lo conocía.

—Leo Tyrell. —Sólo con pronunciar el nombre volvió a sentirse como un niño de siete años a punto de mearse en los calzones—. Yo soy Sam, de Colina Cuerno, el hijo de Lord Randyll Tarly.

—¿De verdad? —Leo le echó otro vistazo—. Me imagino que sí. Tu padre nos dijo que habías muerto. ¿O que ojalá hubieras muerto? —Sonrió—. ¿Sigues siendo tan cobarde como siempre?

—No —mintió Sam, tal como Jon le había ordenado—. Fui más allá del Muro y participé en batallas. Me llaman Sam *el Mortífero*.

Nunca supo por qué lo había dicho. Las palabras se le escaparon sin más.

Leo se echó a reír, pero antes de que pudiera decir nada, se abrió la puerta que tenía a sus espaldas.

—Entra, Mortífero —gruñó el hombre del umbral—. Y tú también, Esfinge. Venga.

—Es el archimaestre Marwyn, Sam —dijo Alleras.

Marwyn llevaba una cadena de diversos metales en torno al grueso cuello. Por lo demás, tenía más aspecto de camorrista portuario que de maestre. Su cabeza era desproporcionadamente grande con relación a su cuerpo, y su manera de proyectarla hacia delante desde los hombros, junto con el recio mentón, hacía que pareciera a punto de matar a alguien. Era bajo y achaparrado, pero con el pecho y los hombros anchos, y una barriga cervecera redonda y dura como la roca, que tensaba los lazos del justillo de cuero que llevaba a modo de túnica. De las orejas y las fosas nasales le salían mechones de pelo blanco. Tenía la frente protuberante, le habían roto la nariz en más de una ocasión, la hojamarga le había dejado los dientes llenos de manchas rojas, y sus manos eran las más grandes que Sam hubiera visto nunca.

El muchacho titubeó, y una de aquellas manazas lo agarró por el brazo y lo obligó a cruzar la puerta. La estancia que había al otro lado era grande y redonda. Había libros y pergaminos por todos lados, esparcidos sobre las mesas y amontonados en el suelo en pilas de seis palmos de alto. Las paredes de piedra estaban cubiertas de tapices descoloridos y mapas desgastados. En la chimenea ardía un fuego que calentaba un caldero de cobre. Fuera lo que fuera lo que había en su interior, olía a quemado. Aparte de aquello, la única luz de la estancia procedía de una vela alta y negra situada en el centro de la habitación.

Tenía un brillo desagradable. Había algo de extraño en ella. La llama no parpadeaba, ni siquiera cuando el archimaestre Marwyn cerró la puerta con tanta

fuerza que revolotearon los papeles de una mesa cercana. Además, aquella luz surtía un efecto extraño en los colores. Los blancos eran tan brillantes como la nieve recién caída; el amarillo brillaba como el oro; los rojos se convertían en llamas, pero las sombras eran tan negras que parecían agujeros que horadaban el mundo. Sam se dio cuenta de que no podía apartar la vista. La propia vela media una vara y era esbelta como un junco, retorcida y estriada, de un negro deslumbrante.

—¿Eso es...?

—¿Obsidiana? —terminó el otro hombre de la estancia, un joven pálido y regordete con los hombros redondos, las manos blandas, los ojos muy juntos y manchas de comida en la túnica.

—Llámallo vidriagón. —El archimaestre Marwyn contempló la vela un instante—. Arde, pero no se consume.

—¿Qué alimenta la llama? —quiso saber Sam.

—¿Qué alimenta el fuego de un dragón? —Marwyn se sentó en un taburete—. Toda la hechicería valyria tenía sus raíces en la sangre o en el fuego. Con una de estas velas de cristal, los hechiceros del Feudo Franco podían ver a través de montañas, mares y desiertos. Eran capaces de entrar en los sueños de las personas y provocarles visiones; podían mantener conversaciones aunque estuvieran a medio mundo de distancia, sentados ante sus velas. ¿No te parece que eso sería útil, Mortífero?

—Así no nos harían falta los cuervos.

—Sólo después de las batallas. —El archimaestre sacó una hojamarga de un fardo, se la metió en la boca y la empezó a masticar—. Cuéntame todo lo que le dijiste a nuestra esfinge dorniense. Ya sé buena parte, y también cosas que ignoras, pero quizás se me haya escapado algún detalle.

No era un hombre al que se le pudiera negar nada. Sam titubeó un momento y volvió a relatar toda su historia a Marwyn, a Alleras y al otro novicio.

—El maestre Aemon creía que la profecía se ha cumplido en Daenerys Targaryen. En ella, no en Stannis, ni en el príncipe Rhaegar, ni en el principito al que estamparon contra una pared.

—Nacido de la sal y el humo, bajo una estrella sangrante. Ya conozco la profecía. —Marwyn giró la cabeza y escupió una flema roja—. No digo que me parezca fidedigna, claro. Como escribió Gorghan del Antiguo Ghis, una profecía es como una mujer traicionera: te la chupa, gimes de placer, y piensas «Qué bien, qué maravilla, cómo me gusta...». Y de repente aprieta los dientes, y los gemidos se transforman en gritos. Gorghan decía que esa era la naturaleza de las profecías: te arrancan la polla de un mordisco en cuanto te descuidas. —Siguió masticando—. Aun así...

Alleras dio un paso para situarse junto a Sam.

—Aemon habría ido con ella si no le hubieran fallado las fuerzas. Quería que le enviásemos un maestre para que la aconsejara y la protegiera, para que la trajera sana

y salva.

—¿De verdad? —El archimaestre Marwyn se encogió de hombros—. Pues menos mal que murió antes de llegar a Antigua. Si no, puede que el rebaño gris hubiera tenido que matarlo, y los pobres viejos lo habrían pasado fatal.

—¿Matarlo? —se escandalizó Sam—. ¿Por qué?

—Si te lo digo, tal vez tengan que matarte a ti también. —Marwyn le dedicó una sonrisa espantosa; los jugos de la hojamarga le corrían entre los dientes—. ¿Quién crees que mató a todos los dragones la última vez? ¿Galantes matadragones con sus espadas? —Escupió—. En el mundo que está construyendo la Ciudadela no hay lugar para la hechicería, las profecías ni las velas de cristal, y mucho menos para los dragones. ¿No te preguntas por qué se permitió que Aemon Targaryen desperdiciara su vida en el Muro, cuando tendría que haber sido archimaestre por derecho? Por su sangre. No se podía confiar en él. Ni en mí.

—¿Qué vais a hacer? —quiso saber Alleras.

—Iré a la bahía de los Esclavos en lugar de Aemon. La nave cisne en que ha venido el Mortífero me servirá perfectamente. El rebaño gris enviará a su hombre en una galera, sin duda. Si tengo buenos vientos, yo llegaré antes. —Marwyn miró otra vez a Sam y frunció el ceño—. En cuanto a ti... Tienes que quedarte y forjarte una cadena. Yo en tu lugar me daría prisa. Llegará un momento en que harás falta en el Muro. —Se volvió hacia el novicio de rostro carnoso—. Búscale una celda seca a Mortífero. Dormirá aquí y te ayudará a cuidar de los cuervos.

—Pero... pero... pero... —farfulló Sam—, los otros archimaestres... El Senescal... ¿Qué les digo?

—Diles lo sabios y bondadosos que son. Diles que Aemon te ordenó que te pusieras en sus manos. Diles que siempre has soñado con el día en que te permitieran colgarte la cadena y servir, que el servicio es el honor más alto, y la obediencia, la virtud más elevada. Pero no digas nada de profecías ni de dragones, a menos que te gusten las gachas con veneno. —Marwyn cogió una sucia capa de cuero que colgaba de un clavo, junto a la puerta, y se la abrochó—. Cuídame, Esfinge.

—Lo haré —respondió Alleras, pero el archimaestre ya se había marchado.

Oyeron sus pisadas escaleras abajo.

—¿Adónde va? —preguntó Sam, asombrado.

—A los muelles. El Mago no es de los que pierden el tiempo. —Alleras sonrió—. Tengo que confesarte una cosa: nuestro encuentro no fue casual, Sam. El Mago me envió a pescarte antes de que hablaras con Theobald. Sabía que venías.

—¿Cómo?

Alleras señaló la vela de cristal.

Sam contempló un momento la extraña llama clara, y después parpadeó y apartó la vista. Al otro lado de la ventana empezaba a oscurecer.

—Hay una celda desocupada bajo la mía, en la torre oeste, con unas escaleras que llevan a las estancias de Walgrave —dijo el joven de la cara regordeta—. Si no te molestan los graznidos de los cuervos, tiene buenas vistas al Vinomiel. ¿Te parece bien?

—Me imagino que sí.

En algún sitio tenía que dormir.

—Te llevaré unas mantas de lana. Por culpa de las paredes de piedra hace frío por las noches, incluso aquí.

—Te lo agradezco. —El chico pálido y blando tenía algo que no le gustaba, pero no quería parecer descortés—. De verdad, no me llamo Mortífero. Soy Sam. Samwell Tarly.

—Yo me llamo Pate —respondió—. Como el porquerizo.

MIENTRAS, EN EL MURO...

¡Un momento, un momento!, estaréis diciendo algunos. ¡Un momento, un momento! ¿Dónde están Dany y los dragones? ¿Dónde está Tyrion? Casi no ha salido Jon Nieve. No se puede acabar aquí...

Pues no, la verdad es que no. Queda mucho por venir. Otro libro tan gordo como este.

No es que me haya olvidado de escribir sobre los otros personajes, claro que no. He escrito muchísimo sobre ellos. Páginas y más páginas, capítulos y más capítulos. Todavía estaba escribiendo cuando me di cuenta de que el libro estaba quedando demasiado largo para publicarlo en un solo tomo... Y ni siquiera estaba cerca de terminarlo. Para contar todo lo que quería contar iba a tener que dividirlo en dos.

Lo más sencillo habría sido coger todo lo que tenía, cortar más o menos por la mitad y terminar con un «Continuará». Pero, cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que los lectores preferirían que relatara en un libro toda la historia de la mitad de los personajes a que relatara la mitad de la historia de todos los personajes. Así que eso fue lo que decidí.

Tyrion, Jon, Dany, Stannis, Melisandre, Davos Seaworth y el resto de los personajes que os apasionan, o a los que odiáis apasionadamente, estarán aquí el año que viene (¡eso espero!) en *Danza de dragones*, que versará sobre lo que ocurre en el Muro y al otro lado del mar, igual que este libro versa sobre lo que ocurre en Desembarco del Rey.

George R. R. Martin
Junio del 2005

APÉNDICE

LOS REYES Y SUS CORTES

LA REINA REGENTE



CERSEI LANNISTER, la primera de su nombre, viuda del [rey Robert I Baratheon], reina madre, Protectora del Reino, señora de Roca Casterly y reina regente;

- los hijos de la reina Cersei:
- [EL REY JOFFREY I BARATHEON], un niño de trece años, envenenado en su banquete nupcial;
- LA PRINCESA MYRCELLA BARATHEON, una niña de nueve años, pupila del príncipe Doran Martell en Lanza del Sol;
- EL REY TOMMEN I BARATHEON, un niño de ocho años;
- sus gatitos, *Ser Garras*, *Lady Bigotes*, *Botas*;
- los hermanos de la reina Cersei:
- SER JAIME LANNISTER, su mellizo, apodado EL MATARREYES, Lord Comandante de la Guardia Real;
- TYRION LANNISTER, apodado EL GNOMO, un enano acusado y condenado por regicidio y parricidio;
- PODRICK PAYNE, escudero de Tyrion, un niño de diez años;
- los tíos, la tía y los primos de la reina Cersei:
- SER KEVAN LANNISTER, su tío;
- SER LANCEL, su primo, hijo de Ser Kevan, antes escudero del rey Robert y amante de Cersei, recién nombrado señor de Darry;
- [WILLEM], hijo de Ser Kevan, asesinado en Aguadulces;
- MARTYN, escudero, hermano gemelo de Willem;
- JANEI, hija de Ser Kevan, una niña de tres años;
- LADY GENNA LANNISTER, tía de Cersei, casada con Ser Emmon Frey;
- [SER CLEOS FREY], hijo de Genna, asesinado por unos bandidos;
- SER TYWIN FREY, llamado TY, hijo de Cleos;
- WILLEM FREY, escudero, hijo de Cleos;
- SER LYONEL FREY, segundo hijo de Lady Genna;
- [TION FREY], hijo de Genna, asesinado en Aguasdulces;
- WALDER FREY, apodado WALDER *EL ROJO*, hijo menor de Lady Genna,

paje en Roca Casterly;

—TYREK LANNISTER, primo de Cersei, hijo de Tygett, difunto hermano de su padre;

—LADY ERMESANDE HAYFORD, niña de pecho y esposa de Tyrek;

—GLORIA COLINA, una niña de once años, hija bastarda del difunto Gerion, tío de la reina Cersei;

—CERENNA LANNISTER, prima de Cersei, hija de su difunto tío materno Stafford;

—MYRIELLE LANNISTER, prima de Cersei y hermana de Cerenna, hija de Stafford;

—SER DAVEN LANNISTER, su primo, hijo de Stafford;

—SER DAMION LANNISTER, un primo lejano, casado con Shiera Crakehall;

—SER LUCION LANNISTER, su hijo;

—LANNA, su hija, casada con Lord Antario Jast;

—LADY MARGOT, una prima aún más lejana, casada con Lord Titus Peake;

—el Consejo Privado del rey Tommen:

—[LORD TYWIN LANNISTER], Mano del Rey;

—SER JAIME LANNISTER, Lord Comandante de la Guardia Real;

—SER KEVAN LANNISTER, consejero de los edictos;

—VARYS, un eunuco, consejero de los rumores;

—GRAN MAESTRE PYCELLE, consejero y sanador;

—LORD MACE TYRELL, LORD MATHIS ROWAN, LORD PAXTER REDWYNE, consejeros;

—la Guardia Real de Tommen:

—SER JAIME LANNISTER, Lord Comandante;

—SER MERYN TRANT;

—SER BOROS BLOUNT, expulsado y después readmitido;

—SER BALON SWANN;

—SER OSMUND KETTLEBLACK;

—SER LORAS TYRELL, apodado EL CABALLERO DE LAS FLORES;

—SER ARYS OAKHEART, en Dorne con la princesa Myrcella;

—el servicio de Cersei en Desembarco del Rey:

—LADY JOCELYN SWYFT, su acompañante;

—SENELLE y DORCAS, sus ayudas de cámara y sirvientas;

—LUM; LESTER *EL ROJO*; HOKE, apodado PATAMULO; OREJAMOCHA, y CEÑOS, guardias;

—LA REINA MARGAERY de la Casa Tyrell, doncella de dieciséis años, viuda del rey Joffrey I Baratheon y, anteriormente, de Lord Renly Baratheon;

—la corte de Margaery en Desembarco del Rey:

- MACE TYRELL, su padre, señor de Altojardín;
- LADY ALERIE de la Casa Hightower, su madre;
- LADY OLENNNA TYRELL, su abuela, una anciana viuda apodada LA REINA DE LAS ESPINAS;
- ARRYK y ERRYK, guardias de Lady Olenna, gemelos de más de dos varas y media de altura, apodados IZQUIERDO y DERECHO;
- SER GARLAN TYRELL, apodado EL GALANTE, hermano de Margaery;
- su esposa, LADY LEONETTE de la Casa Fossoway;
- SER LORAS TYRELL, apodado EL CABALLERO DE LAS FLORES, el menor de sus hermanos, Hermano Juramentado de la Guardia Real;
- las damas de Margaery:
- MEGGA, ALLA y ELINOR TYRELL, sus primas;
- ALYN AMBROSE, escudero, el prometido de Elinor;
- LADY ALYSANNE BULWER, una niña de ocho años;
- MEREDYTH CRANE, llamada MERRY;
- LADY TAENA MERRYWEATHER;
- LADY ALYCE GRACEFORD;
- SEPTA NYSTERICA, una hermana de la Fe;
- PAXTER REDWYNE, señor del Rejo;
- sus hijos gemelos, SER HORAS y SER HOBBER;
- MAESTRE BALLABAR, su sanador y consejero;
- MATHIS ROWAN, señor de Sotodeoro;
- SER WILLAM WYTHERS, capitán de la guardia de Margaery;
- HUGH CLIFTON, un guardia joven y atractivo;
- SER PORTIFER WOODWRIGHT y su hermano, SER LUCANTINE;
- la corte de Cersei en Desembarco del Rey:
- SER OSFRYD KETTLEBLACK y SER OSNEY KETTLEBLACK, hermanos menores de Ser Osmund Kettleblack;
- SER GREGOR CLEGANE, apodado LA MONTAÑA QUE CABALGA, agonizando entre terribles dolores por una herida envenenada;
- SER ADDAM MARBRAND, Comandante de la Guardia de la Ciudad de Desembarco del Rey (los capas doradas);
- JABALAR XHO, príncipe del Valle de la Flor Roja, exiliado de las Islas del Verano;
- GYLES ROSBY, señor de Rosby, aquejado de toses;
- ORTON MERRYWEATHER, señor de Granmesa;
- TAENA, su esposa, una mujer de Myr;
- LADY TANDA STOKEWORTH;
- LADY FALYSE, su hija mayor y heredera;

- SER BALMAN BYRCH, esposo de Lady Falyse;
- LADY LOLLYS, su hija pequeña, embarazada y de pocas luces;
- SER BRONN DEL AGUASNEGRAS, esposo de Lady Lollys, antes mercenario;
- [SHAE], sirvienta de Lollys, antes vivandera, estrangulada en la cama de Lord Tywin;
- MAESTRE FRENKEN, al servicio de Lady Tanda;
- SER ILYN PAYNE, la Justicia del Rey, verdugo;
- RENNIFER MARESLARGOS, carcelero jefe de las mazmorras de la Fortaleza Roja;
- RUGEN, carcelero de las celdas negras;
- LORD HALLYNE *EL PIROMANTE*, sapiencia del Gremio de Alquimistas;
- NOHO DIMITTIS, enviado del Banco de Hierro de Braavos;
- QYBURN, nigromante, antes maestre de la Ciudadela, incorporado recientemente a la Compañía Audaz;
- CHICO LUNA, bufón real, corto de entendederas;
- PATE, un chico de ocho años, niño de los azotes del rey Tommen;
- ORMOND DE ANTIGUA, arpista y bardo real;
- SER MARK MULLENDORE, que perdió un mono y la mitad de un brazo en la batalla del Aguasnegras;
- AURANE MARES, apodado EL BASTARDO DE MARCADERIVA;
- LORD ALEXANDER STAEDMON, apodado EL CODICIOSO;
- SER RONNET CONNINGTON, apodado RONNET *EL ROJO*, caballero de Nido del Grifo;
- SER LAMBERT TURNBERRY; SER DERMOV DE LA SELVA; SER TALLAD, apodado EL TALLO; SER BAYARD NORCROSS; SER BONIFER HASTY, apodado BONIFER *EL BUENO*; SER HUGO VANCE, caballeros juramentados del Trono de Hierro;
- SER LYLE CRAKEHALL, apodado el JABALÍ; SER ALYN STACKSPEAR; SER JON BETTLEY, apodado JON *EL LAMPIÑO*; SER STEFFON SWYFT; SER HUMFREY SWYFT, caballeros juramentados de Roca Casterly;
- JOSMYN PECKLEDON, escudero y héroe del Aguasnegras;
- GARRET PAEGE y LEW PIPER, escuderos y rehenes;
- habitantes de Desembarco del Rey;
- EL SEPTÓN SUPREMO, Padre de los Fieles, Voz de los Siete en la Tierra, un anciano frágil;
- SEPTÓN TORBERT, SEPTÓN RAYNARD, SEPTÓN LUCEON, SEPTÓN OLLIDOR, de los Máximos Devotos, servidores de los Siete en el Gran Septo de Baelor;

—septa Moelle, septa Aglantine, septa Helicent, septa UNELLA, de los Máximos Devotos, servidoras de los Siete en el Gran Septo de Baelor;
—los gorrijones, los más humildes entre los hombres, fervientes devotos;
—CHATAYA, dueña de un burdel de lujo;
—ALAYAYA, su hija;
—DANCY, MAREI, dos chicas de Chataya;
—BRELLA, una criada, antes al servicio de Lady Sansa Stark;
—TOBHO MOTT, maestro armero;
—HAMISH *EL ARPISTA*, un anciano bardo;
—ALARIC DE EYSEN, un bardo que ha viajado mucho;
—WAT, un cantor que se hace llamar *EL BARDO AZUL*;
—SER THEODAN WELLS, un piadoso caballero conocido posteriormente como SER THEODAN *EL FIEL*.

El estandarte del rey Tommen muestra, afrontados, el venado coronado de Baratheon, de sable sobre oro, y el león de los Lannister, de oro sobre gules.

EL REY EN EL MURO



Stannis Baratheon, el primero de su nombre, segundo hijo de Lord Steffon Baratheon y Lady Cassana de la Casa Estermont, señor de Rocadragón, que se ha coronado rey de Poniente;

—LA REINA SELYSE de la Casa Florent, su esposa, actualmente en Guardiaoriente del Mar;
—LA PRINCESA SHIREEN, hija de ambos, una niña de once años;
—CARAMANCHADA, el bufón retrasado mental de Shireen;
—EDRIC TORMENTA, su sobrino ilegítimo, hijo bastardo del rey Robert y Lady Delena Florent, un niño de doce años, actualmente a bordo de la *Loco Prendos* en el mar Angosto;
—SER ANDREW ESTERMONT, primo del rey Stannis, hombre del rey, al mando de la escolta de Edric;
—SER GERALD GOWER; LEWYS, apodado *EL PESCADERO*; SER TRISTÓN DE COLINA CUENTA; OMER BLACKBERRY; hombres del rey, guardias y protectores de Edric;
—la corte de Stannis en el Castillo Negro:

- LADY MELISANDRE DE ASSHAI, apodada LA MUJER ROJA, sacerdotisa de R'hllor, el Señor de la Luz;
- MANCE RAYDER, el Rey-más-allá-del-Muro, prisionero y condenado a muerte;
- EL PRÍNCIPE SALVAJE, hijo de Rayder y su esposa, [DALLA], un recién nacido aún sin nombre;
- ELÍ, ama de cría del bebé, una chica salvaje;
- su hijo, otro recién nacido aún sin nombre, engendrado por [CRASTER], padre de Elí;
- SER RICHARD HORPE; SER JUSTIN MASSEY; SER CLAYTON SUGGS; SER GODRY FARRING, apodado MASACRAGIGANTES; LORD HARWOOD FELL; SER CORLISS PENNY, hombres y caballeros de la reina;
- DEVAN SEAWORTH y BRYEN FARRING, escuderos reales;
- la corte de Stannis en Guardiaoriente del Mar:
- SER DAVOS SEAWORTH, apodado EL CABALLERO DE LA CEBOLLA, señor de La Selva, Almirante del Mar Angosto y Mano del Rey;
- SER AXELL FLORENT, tío de la reina Selyse, el primero de los hombres de la Reina;
- SALLADHOR SAAN de Lys, pirata y mercenario, capitán de la *Valyria* y de una flota de galeras;
- la guarnición de Stannis en Rocadragón:
- SER ROLLAND TORMENTA, apodado EL BASTARDO DE CANTO NOCTURNO, hombre del Rey, castellano de Rocadragón;
- MAESTRE PYLOS, instructor, sanador y consejero;
- GACHAS y LAMPREA, dos carceleros;
- señores banderizos de Rocadragón:
- MONTERYS VELARYON, un niño de seis años, Señor de las Mareas y amo de Marcaderiva;
- DURAM BAR EMMON, un chico de quince años, señor de Punta Aguda;
- la guarnición de Stannis en Bastión de Tormentas:
- SER GILBERT FARRING, castellano de Bastión de Tormentas;
- LORD ELWOOD MEADOWS, el segundo de Ser Gilbert;
- MAESTRE JURNE, consejero y sanador de Ser Gilbert;
- señores banderizos de Bastión de Tormentas:
- ELDON ESTERMONT, señor de Piedraverde, tío del rey Stannis, tío abuelo del rey Tommen, cauteloso amigo de ambos;
- SER AEMON, hijo y heredero de Lord Eldon, en Desembarco del Rey con el rey Tommen;
- SER ALYN, hijo de Ser Aemon, también en Desembarco del Rey con el rey

Tommen;

- SER LOMAS, hermano de Lord Eldon, tío y partidario del rey Stannis, en Bastión de Tormentas;
- SER ANDREW, hijo de Ser Lomas, protegiendo a Edric Tormenta en el mar Angosto;
- LESTER MORRIGEN, señor del Nido de Cuervos;
- LORD LUCOS CHYTTERING, apodado Lucas *EL PEQUEÑO*, un joven de dieciséis años;
- DAVOS SEAWORTH, señor de La Selva;
- MARYA, su esposa, hija de un carpintero;
- [DALE, ALLARD, MATTHOS, MARIC], sus cuatro hijos mayores, caídos en la batalla del Aguasnegras;
- DEVAN, escudero del rey Stannis en el Castillo Negro;
- STANNIS, un niño de diez años, en el cabo de la Ira con Lady Marya;
- STEFFON, un niño de seis años, en el cabo de la Ira con Lady Marya.

El rey Stannis ha elegido para su estandarte el corazón ardiente del Señor de la Luz: un corazón de gules entre llamas naranja en campo de oro brillante. Dentro del corazón figura el venado coronado de la Casa Baratheon, de sable.

EL REY DE LAS ISLAS Y DEL NORTE



Los Greyjoy de Pyke afirman descender del Rey Gris, de la Edad de los Héroes. Según la leyenda, el Rey Gris llegó a gobernar el mar y se desposó con una sirena. Con Aegon Lordragón concluyó la estirpe del último rey de las Islas del Hierro, pero esto permitió a los hijos del hierro recuperar su antigua costumbre de elegir entre ellos al que tendría la primacía. El elegido fue Lord Vickon Greyjoy de Pyke. El blasón de los Greyjoy es un kraken de oro sobre campo de sable. Su lema es Nosotros no Sembramos.

La primera rebelión de Balon Greyjoy contra el Trono de Hierro fue sofocada por el rey Robert I Baratheon y Lord Eddard Stark de Invernalia, pero en el caos que siguió a la muerte de Robert, Lord Balon volvió a proclamarse rey y envió sus barcos a atacar el Norte.

[BALON GREYJOY], el noveno de su nombre desde el Rey Gris, Rey de las Islas del Hierro y del Norte, Rey de la Sal y de la Roca, Hijo del Viento Marino y

Lord Segador de Pyke, fallecido por una caída;

—la viuda del rey Balon, LA REINA ALANNYS de la Casa Harlaw;

—sus hijos:

—[RODRIK], caído durante la primera rebelión de Balon;

—[MARON], caído durante la primera rebelión de Balon;

—ASHA, su hija, capitana del *Viento Negro* y conquistadora de Bosquespeso;

—THEON, que se hace llamar príncipe de Invernalia, apodado THEON *EL CAMBIACAPAS* por los norteños;

—los hermanos del rey Balon:

—[HARLON], fallecido de joven, víctima de la psoriagrís;

—[QUENTON], muerto en la infancia;

—[DONEL], muerto en la infancia;

—EURON, apodado OJO DE CUERVO, capitán de la *Silencio*;

—VICTARION, Lord Capitán de la Flota de Hierro, capitán del *Victoria de Hierro*;

—[URRIGON], fallecido por la infección de una herida;

—AERON, apodado PELOMOJADO, sacerdote del Dios Ahogado;

—Rus y NORJEN, dos de sus acólitos, los hombres ahogados;

—[ROBIN], muerto en la infancia;

—el servicio del rey Balon en Pyke:

—MAESTRE WENDAMYR, sanador y consejero;

—HELYA, mayordomo del castillo;

—los guerreros y espadas juramentadas del rey Balon:

—DAGMER, apodado BARBARROTA, capitán del *Bebespuma*, al mando de los hijos del hierro en la Ciudadela de Torrhen;

—DIENTEAZUL, capitán de un barcoluengo;

—ULLER, SKYTE, remeros y guerreros;

—los aspirantes al Trono de Piedramar en la asamblea de Viejo Wyk:

—GYLBERT FARWYND, señor de Luz Solitaria;

—los campeones de Gylbert: sus hijos GYLES, YGON, YOHN;

—ERIK IRONMAKER, apodado ERIK *EL DESTROZAYUNQUES* y ERIK *EL JUSTO*, un anciano que fue un famoso capitán y saqueador;

—los campeones de Erik: sus nietos UREK, THORMOR, DAGON;

—DUNSTAN DRUMM, apodado EL TAMBOR y EL MANO DE HUESO, señor de Viejo Wyk;

—los campeones de Dunstan: sus hijos DENYS y DONNEL, y ANDRIK *EL TACITURNO*, un gigante;

—ASHA GREYJOY, única hija de Balon Greyjoy, capitana del *Viento Negro*;

—los campeones de Asha: QARL *LA DONCELLA*, TRISTIFER BOTLEY y SER

HARRAS HARLAW;

—los capitanes y partidarios de Asha: LORD RODRIK HARLAW, LORD BAELOR BLACKTYDE, LORD MELDRED MERLYN, HARMUND SHARP;

—VICTARION GREYJOY, hermano de Balon Greyjoy, capitán del *Victoria de Hierro* y Lord Capitán de la Flota de Hierro;

—los campeones de Victarion: RALF STONEHOUSE, *EL ROJO*; RALF *EL COJO*, y NUTE *EL BARBERO*;

—los capitanes y partidarios de Victarion: HOTHAR HARLAW; ALVYN SHARP; FRALEGG *EL FUERTE*; ROMNY WEAVER; WILL HUMBLE; LENWOOD TAWNEY, *EL PEQUEÑO*; RALF KENNING; MARON VOLMARK; GOROLD GOODBROTHER;

—la tripulación de Victarion: WULF *UNA OREJA*, RAGNOR PYKE;

—la compañera de cama de Victarion, una mujer de piel oscura, sin lengua, regalo de su hermano Euron;

—EURON GREYJOY, apodado OJO DE CUERVO, hermano de Balon Greyjoy y capitán del *Silencio*;

—los campeones de Euron: GERMUND BOTLEY, LORD ORKWOOD DE MONTEORCA, DONNOR SALTCLIFFE;

—los capitanes y partidarios de Euron: TORWOLD *DIENTENEGRO*; JON MYRE, *CARAPICADA*; RODRIK FREEBORN, *EL REMERO ROJO*; LUCAS CODD, *EL ZURDO*; QUELLON HUMBLE; HARREN *MEDIORRONCO*; KEMMETT PYKE, *EL BASTARDO*; QARL *EL SIERVO*; MANO DE PIEDRA; RALF *EL PASTOR*; RALF DE PUERTO NOBLE;

—la tripulación de Euron: CRAGORN;

—los señores de las Islas del Hierro, señores banderizos de Balon: en Pyke:

—[SAWANE BOTLEY], señor de Puerto Noble, ahogado por Euron Ojo de Cuervo;

—[HARREN], su hijo mayor, muerto en Foso Cailin;

—TRISTIFER, su segundo hijo y legítimo heredero, desheredado por su tío;

—SYMOND, HARLON, VICKON y BENNARION, sus hijos menores, también desheredados;

—GERMUND, su hermano, nombrado señor de Puerto Noble;

—BALON y QUELLON, los hijos de Germund;

—SARGON y LUCIMORE, hermanos de Sawane;

—WEX, escudero de Theon Greyjoy, un niño mudo de doce años, hijo bastardo de Sargon;

—WALDON WYNCH, señor de Castroferro;

en Harlaw:

- RODRIK HARLAW, apodado EL LECTOR, señor de las Diez Torres, Señor de Harlaw, Harlaw de Harlaw;
 - LADY GWYNESSE, su hermana mayor;
 - LADY ALANNYS, su hermana menor, viuda del rey Balon Greyjoy;
 - SIGFRYD HARLAW, apodado SIGFRYD PELOPLATA, su tío abuelo, amo del Torreón de Harlaw;
 - HOTHO HARLAW, apodado HOTHO *EL JOROBADO*, de la Torre del Resplandor, su primo;
 - SER HARRAS HARLAW, su primo, apodado EL CABALLERO, el Caballero de Jardín Gris;
 - BOREMUND HARLAW, su primo, apodado BOREMUND *EL AZUL*, amo de Colina de la Bruja;
 - banderizos y espadas juramentadas de Lord Rodrik:
 - MARON VOLMARK, señor de Volmark;
 - MYRE, STONETREE y KENNING;
 - el servicio de Lord Rodrik:
 - TRESDIENTES, una anciana, ama de llaves; en Marea Negra:
 - BAELOR BLACKTYDE, señor de Marea Negra, capitán del *Vuelo Nocturno*;
 - BEN BLACKTYDE, apodado EL CIEGO, un sacerdote del Dios Ahogado; en Viejo Wyk:
 - DUNSTAN DRUMM, apodado EL DRUMM, capitán del *Tonante*;
 - NORNE GOODBROTHER, de Piedra Quebrada;
 - STONEHOUSE;
 - TARLE, apodado TARLE *EL TRES VECES AHOGADO*, sacerdote del Dios Ahogado;
- en Gran Wyk:
- GOROLD GOODBROTHER, señor de Cuernomartillo;
 - GREYDON, GRAN y GORMOND, sus hijos trillizos;
 - GYSELLA y GWIN, sus hijas;
 - MAESTRE MURENMURE, instructor, sanador y consejero;
 - TRISTÓN FARWYND, señor de Punta Piel de Foca;
 - SPARR;
 - STEFFARION, su hijo y heredero;
 - MELDRED MERLYN, señor de Guijarra;
- en Monteorca:
- ORKWOOD DE MONTEORCA;
 - LORD TAWNEY;
- en Acantilado de Sal:

—LORD DONNOR SALTCLIFFE;
—LORD SUNDERLY;
en las islas menores y en las rocas:
—GYLBERT FARWYND, señor de Luz Solitaria;
—EL VIEJO GAVIOTA GRIS, sacerdote del Dios Ahogado.

OTRAS CASAS MAYORES Y MENORES

CASA ARRYN



Los Arryn descienden de los Reyes de la Montaña y el Valle. Su estandarte muestra una luna y un halcón, de plata, sobre campo de azur. La Casa Arryn no tomó parte en la guerra de los Cinco Reyes. Su lema es: Tan Alto como el Honor.

ROBERT ARRYN, señor del Nido de Águilas, Defensor del Valle, nombrado por su madre Verdadero Guardián del Oriente, un niño enfermizo de ocho años, llamado a veces ROBALITO;

—su madre, [LADY LYSA de la Casa Tully], viuda de Lord Jon Arryn, despeñada de un empujón por la Puerta de la Luna;

—su padrastro, PETYR BAELISH, apodado MEÑIQUE, señor de Harrenhal, Señor Supremo del Tridente y Lord Protector del Valle;

—ALAYNE PIEDRA, hija natural de Lord Petyr, una doncella de trece años, en realidad Sansa Stark;

—SER LOTHOR BRUNE, un mercenario al servicio de Lord Petyr, capitán de la guardia del Nido de Águilas;

—OSWELL, un soldado canoso al servicio de Lord Petyr, a veces llamado KETTLEBLACK;

—la casa de Lord Robert en el Nido de Águilas:

—MARILLION, un bardo joven y atractivo que gozaba del favor de Lady Lysa, acusado de su asesinato;

—MAESTRE COLEMON, instructor, sanador y consejero;

—MORD, un carcelero brutal con dientes de oro;

—GRETCHEL, MADDY y MELA, sirvientas;

—los Señores del Valle, señores banderizos de Lord Robert;

—LORD NESTOR ROYCE, Mayordomo Jefe del Valle y castellano de las Puertas de la Luna;

—SER ALBAR, hijo y heredero de Lord Nestor;

—MYRANDA, llamada RANDA, hija de Lord Nestor, viuda, pero casi sin usar;

—la casa de Lord Nestor;

—SER MARWYN BELMORE, capitán de la guardia;

- MYA PIEDRA, guía y mulera, hija bastarda del rey Robert I Baratheon;
- OSSY y ZANAHORIA, muleros;
- LYONEL CORBRAY, señor del Hogar;
- SER LYN CORBRAY, su hermano y heredero, que esgrime la famosa espada *Dama Desesperada*;
- SER LUCAS CORBRAY, su hermano menor;
- JON LYNDERLY, señor del Bosque de la Serpiente;
- TERRANCE, su hijo y heredero, un joven escudero;
- EDMUND WAXLEY, el Caballero de Serbaledo;
- GEROLD GRAFTON, señor de Puerto Gaviota;
- GYLES, su hijo menor, un escudero;
- TRISTON SUNDERLAND, señor de Tres Hermanas;
- GODRIC BORRELL, señor de Hermana Dulce;
- ROLLAND LONGTHORPE, señor de Hermana Larga;
- ALESANDOR TORRENT, señor de Hermana Pequeña;
- los Señores Recusadores, banderizos de la Casa Arryn unidos para proteger al joven Lord Robert:
 - YOHN ROYCE, apodado YOHN BRONCE, señor de Piedra de las Runas, de la rama principal de la Casa Royce;
 - SER ANDAR, único hijo vivo de Yohn Bronce y heredero de Piedra de las Runas;
 - la casa de Yohn Bronce:
 - MAESTRE HELLIWEG, instructor, sanador y consejero;
 - SEPTÓN Lucos;
 - SER SAMWELL PIEDRA, apodado SAM PIEDRA, *EL FUERTE*, maestro de armas;
 - banderizos y espadas juramentadas de Yohn Bronce:
 - ROYCE COLDWATER, señor de Comezón de Aguasfrías;
 - SER DAMON SHETT, el Caballero de Torre Gaviota;
 - UTHOR TOLLETT, señor de Soto Gris;
 - ANYA WAYNWOOD, señora de Roble de Hierro;
 - SER MORTON, su hijo mayor y heredero;
 - SER DONNEL, su segundo hijo, el Caballero de la Puerta;
 - WALLACE, su hijo menor;
 - HARROLD HARDYNG, su pupilo, un escudero al que llaman a menudo HARRY *EL HEREDERO*;
 - BENEDAR BELMORE, señor de Rapsodia;
 - SER SYMOND TEMPLETON, el Caballero de Nuevestrellas;
 - [EON HUNTER], señor de Arcolargo, recientemente fallecido;

- SER GILWOOD, el hijo mayor y heredero de Lord Eon, ahora llamado LORD HUNTER, *EL JOVEN*;
- la casa de Lord Hunter, el Joven;
- MAESTRE WILLAMEN, instructor, sanador y consejero;
- SER EUSTACE, segundo hijo de Lord Eon;
- SER HARLAN, hijo menor de Lord Eon;
- HORTON REDFORT, señor de Fuerterojo, casado tres veces;
- SER JASPER, SER CREIGHTON, SER JON, sus hijos;
- SER MYCHEL, su hijo menor, recién nombrado caballero, casado con Ysilla Royce, de Piedra de las Runas;
- jefes de los clanes de las Montañas de la Luna:
- SHAGGA, HIJO DE DOLF, DE LOS GRAJOS DE PIEDRA, en la actualidad al frente de una banda en el bosque Real;
- TIMETT, HIJO DE TIMETT, DE LOS HOMBRES QUEMADOS;
- CHELLA, HIJA DE CHEYK, DE LOS OREJAS NEGRAS;
- CRAWN, HIJO DE CALOR, DE LOS HERMANOS DE LA LUNA.

CASA FLORENT



Los Florent de la fortaleza de Aguasclaras son banderizos de Altojardín. Cuando estalló la guerra de los Cinco Reyes, Lord Alester Florent siguió a su señor y se puso de parte del rey Renly, mientras que su hermano Ser Axell se decantó por Stannis, casado con su sobrina Selyse. Tras la muerte de Renly, Lord Alester se pasó al bando de Stannis con todo el poder de Aguasclaras. Stannis nombró Mano a Lord Alester y le entregó el mando de la flota a Ser Imry Florent, hermano de su esposa. La Flota y Ser Imry cayeron en la batalla del Aguasnegrás, y el rey Stannis consideró traición los intentos de Lord Alester de negociar la paz tras la derrota. Fue entregado a la sacerdotisa roja Melisandre, que lo quemó como sacrificio a R'hllor.

El Trono de Hierro también considera a los Florent traidores por su apoyo a Stannis. Cayeron en desgracia, y Aguasclaras y sus tierras pasaron a manos de Ser Garlan Tyrell.

El blasón de la Casa Florent muestra una cabeza de zorro en un círculo floral.
 [ALESTER FLORENT], señor de Aguasclaras, quemado por traición;
 —su esposa, LADY MELARA de la Casa Crane;

- sus hijos:
 - ALEKYNE, señor desposeído de Aguasclaras, huido a Antigua para buscar refugio con los Hightower;
 - LADY MELESSA, casada con Lord Randyll Tarly;
 - LADY RHEA, casada con Lord Leyton Hightower;
- sus hermanos:
 - SER AXELL, hombre de la Reina, al servicio de su sobrina, la reina Selyse, en Guardiaoriente del Mar;
 - [SER RYAM], muerto al caerse de un caballo;
 - SELYSE, su hija, esposa y reina del rey Stannis I Baratheon;
 - SHIREEN BARATHEON, su única hija;
 - [SER IMRY], su hijo mayor, muerto en la batalla del Aguasnegras;
 - SER ERREN, su segundo hijo, prisionero en Altojardín;
 - SER COLIN, castellano de Aguasclaras;
 - DELENA, su hija, casada con SER HOSMAN NORCROSS;
 - EDRIC TORMENTA, su hijo natural, engendrado con el rey Robert I Baratheon;
 - ALESTER NORCROSS, el mayor de sus hijos legítimos, un niño de nueve años;
 - RENLAY NORCROSS, su segundo hijo legítimo, un niño de tres años;
 - MAESTRE OMER, el hijo mayor de Ser Colin, de servicio en Roble Viejo;
 - MERRELL, el hijo menor de Ser Colin, escudero en el Rejo;
 - RYLENE, hermana de Lord Alester, casada con Ser Rychedr Crane.

CASA FREY



Los Frey son banderizos de la Casa Tully, pero no siempre se han mostrado diligentes a la hora de cumplir con su deber. Cuando estalló la guerra de los Cinco Reyes, Robb Stark consiguió la alianza de Lord Walder dando su palabra de casarse con alguna de sus hijas o nietas. Cuando, sin embargo, se casó con Jeyne Westerling, los Frey conspiraron con Roose Bolton para asesinar al Joven Lobo y a sus seguidores en lo que pasó a conocerse como la Boda Roja.

Walder Frey, señor del Cruce,

—los herederos de su primera esposa, [Lady Perha, de la Casa Royce]:

- [Ser Stevron], el hijo mayor, muerto tras la batalla de Cruce de Bueyes,
- [Coreenna Swann], su esposa muerta de una enfermedad que la consumió,
- Ser Ryman, el hijo mayor de Stevron, heredero de Los Gemelos,
- Edwyn, el hijo de Ryman, casado con Janyce Hunter,
- Walda, la hija de Edwyn, una niña de ocho años,
- Walder, apodado Walder *el Negro*, hijo de Ryman,
- Petyr, apodado Petyr *Espinilla*, hijo de Ryman, ahorcado en Piedrasviejas;
- Mylenda Caron, su esposa
- Perha, la hija de Petyr, una niña de cinco años,
- [Jeyne Lydden], su esposa, muerta al caer de un caballo,
- [Aegon], un retrasado mental apodado Cascabel, hijo de Stevron, muerto a manos de Catelyn Stark en la Boda Roja;
- [Maegelle], la hija de Stevron, fallecida durante un parto, casada con Ser Dafyn Vance,
 - Marianne, la hija de Maegelle, una doncella,
 - Walder Vance, el hijo de Maegelle, escudero,
 - Patrek Vance, el hijo de Maegelle,
 - [Marsella Waynwood], su esposa, muerta de parto,
 - Walton, hijo de Stevron, casado con Deana Hardying,
 - Steffon, llamado el Dulce, hijo de Walton,
 - Walda, apodada Walda *la Bella*, la hija de Walton,
 - Bryan, hijo de Walton, escudero,
- Ser Emmon, segundo hijo de Lord Walder, casado con Genna de la Casa Lannister,
 - [Ser Cleos], hijo de Emmon, asesinado por unos bandidos cerca de Poza de la Doncella, casado con Jeyne Darry,
 - Tywin, hijo de Cleos, escudero de doce años,
 - Willem, hijo de Cleos, de diez años, paje en Marcaceniza,
 - Ser Lyonel, el hijo de Emmon, casado con Melesa Crakehall,
 - [Tion], hijo de Emmon, un escudero, asesinado por Rickard Karstark cuando estaba prisionero en Aguasdulces;
 - Walder, apodado Walder *el Rojo*, hijo de Emmon, de catorce años, paje en Roca Casterly,
 - Ser Aenys, tercer hijo de Lord Walder, casado con [Tyana Wylde], fallecida de parto;
 - AEGON *EL SANGRIENTO*, hijo de Aenys, un bandido;
 - RHAEGAR, hijo de Aenys, casado con [Jeyne Beesbury], muerta de una enfermedad que la consumió;
 - ROBERT, hijo de Rhaegar, un niño de trece años;

- WALDA, apodada WALDA LA BLANCA, la hija de Rhaegar, una niña de once años;
- JONOS, hijo de Rhaegar, un niño de ocho años;
- PERRIANE, hija de Lord Walder, casada con Ser Leslyn Haigh;
- SER HARYS HAIGH, hijo de Perriane;
- WALDER HAIGH, el hijo de Harys, un niño de cinco años;
- SER DONNEL HAIGH, hijo de Perriane;
- ALYN HAIGH, hijo de Perriane, un escudero;
- de su segunda esposa, [Lady Cyrenna, de la Casa Swann]:
- SER JARED, cuarto hijo de Lord Walder, casado con [Alys Frey];
- [SER TYTOS], el hijo de Jared, muerto a manos de Sandor Clegane durante la Boda Roja, casado con Zhoë Blanetree;
- ZIA, la hija de Tytos, una doncella de catorce años;
- ZACHERY, el hijo de Tytos, un niño de doce años entregado a la Fe, aprendiz en el Septo de Antigua;
- KYRA, la hija de Jared, casada con [Ser Garse Goodbrook], muerto durante la Boda Roja;
- WALDER GOODBROOK, el hijo de Kyra, un niño de nueve años;
- JEYNE GOODBROOK, la hija de Kyra, de seis años;
- septon Luceon, de servicio en el Gran Sept de Baelor en Desembarco del Rey;
- de su tercera esposa, [Lady Amarei, de la Casa Crakehall]:
- Ser Hosteen, su hijo mayor, casado con Bellena Hawick;
- SER ARWOOD, hijo de Hosteen, casado con Ryella Royce;
- RYELLA, hija de Arwood, una niña de cinco años;
- los hijos gemelos de Arwood, Androw y Alyn, de cuatro años;
- HOSTELLA, hija de Arwood, recién nacida;
- LYTHENE, hija de Lord Walder, casada con Lord Lucias Vypren;
- ELYANA, la hija de Lythene, casada con Ser Jon Wylde;
- Rickard Wylde, el hijo de Elyana, de cuatro años;
- SER DAMON VYPREN, el hijo de Lythene;
- Symond, casado con Betharios de Braavos;
- ALEXANDER, hijo de Symond, bardo;
- ALYX, la hija de Symond, una doncella de diecisiete años;
- BRADAMAR, hijo de Symond, un niño de diez años, acogido en Braavos como pupilo de Oro Tendyris, un mercader de esa ciudad;
- SER DANWELL, octavo hijo de Lord Walder, casado con Wynafrei Whent;
- [muchos abortos y niños nacidos muertos];
- [MERRETT], ahorcado en Piedrasviejas, casado con Mariya Darry;
- AMEREI, llamada AMI, hija de Merrett, casada con [Ser Pate del Forca Azul],

muerto por Ser Gregor Clegane;

—WALDA, apodada WALDA *LA GORDA*, hija de Merrett, casada con Roose Bolton, señor de Fuerte Terror;

—MARISSA, hija de Merrett, una doncella de trece años;

—WALDER, apodado WALDER *EL PEQUEÑO*, el hijo de Merrett, de ocho años, escudero al servicio de Ramsay Bolton;

—[Ser Geremy], ahogado, casado con Carolei Waynwood;

—SANDOR, el hijo de Geremy, un niño de doce años, escudero;

—CYNTHEA, la hija de Geremy, una niña de nueve años, pupila de Lady Anya Waynwood;

—Ser Raymund, casado con Beony Beesbury;

—ROBERT, hijo de Raymund, acólito en la Ciudadela;

—MALWYN, hijo de Raymund, aprendiz de alquimista en Lys;

—las hijas gemelas de Raymund, Serra y Sarra;

—CERSEI, apodada ABEJITA, hija de Raymund;

—los hijos gemelos de Raymund, JAIME y TYWIN, recién nacidos;

—de su cuarta esposa, [Lady Alyssa, de la Casa Blackwood]:

—LOTHAR, apodado LOTHAR *EL COJO*, duodécimo hijo de Lord Walder, casado con Leonella Lefford;

—TYSANE, hija de Lothar, una niña de siete años;

—WALDA, hija de Lothar, una niña de cinco años;

—EMBERLEI, hija de Lothar, una niña de tres años;

—LEANA, hija de Lothar, recién nacida;

—SER JAMMOS, decimotercer hijo de Lord Walder, casado con Sallei Paege;

—WALDER, apodado WALDER *EL MAYOR*, hijo de Jammos, de ocho años, escudero al servicio de Ramsey Bolton;

—los hijos gemelos de Jammos, Dickon y Mathis, de cinco años;

—SER WHALEN, decimocuarto hijo de Lord Walder, casado con Sylwa Paege;

—HOSTER, el hijo de Whalen, un escudero de doce años al servicio de Ser Damon Paege;

—MERIANNE, llamada MERRY, la hija de Whalen, de once años;

—MORYA, hija de Lord Walder, casada con Ser Flement Brax;

—ROBERT BRAZ, hijo de Morya, de nueve años, paje en Roca Casterly;

—WALDER BRAZ, hijo de Morya, un niño de seis años;

—JON BRAZ, hijo de Morya, de tres años;

—Tyta, apodada Tyta *la Doncella*, una doncella de veintinueve años;

—de su quinta esposa, [Lady Sarya de la Casa Whent]:

—sin descendientes,

—de su sexta esposa, [Lady Bethany de la Casa Rosby]:

- SER PERWYN, el decimoquinto hijo de Lord Walder;
- [SER BENFREY], el decimosexto hijo de Lord Walder, muerto de una herida recibida en la Boda Roja, casado con Jyanna Frey, prima suya;
- DELLA, apodada DELLA LA SORDA, la hija de Benfrey, una niña de tres años;
- OSMUND, el hijo de Benfrey, un niño de dos años;
- MAESTRE WILLAMEN, el decimoséptimo hijo de Lord Walder, de servicio en Arcolargo;
- OLYVAR, el decimoctavo hijo de Lord Walder, antes escudero de Robb Stark;
- ROSLIN, de dieciséis años, casada con Lord Edmure Tully en la Boda Roja;
- de su séptima esposa, [Lady Annara de la Casa Farring]:
- ARWYN, hija de Lord Walder, una doncella de catorce años;
- WENDEL, el decimonoveno hijo de Lord Walder, de trece años, acogido como paje en Varamar;
- COLMAR, el vigésimo hijo de Lord Walder, de once años, prometido a la Fe;
- WALTYR, apodado TYR, el vigesimoprimer hijo de Lord Walder, de diez años;
- ELMAR, el último hijo varón de Lord Walder, un niño de diez años que estuvo prometido a Arya Stark;
- SHIREI, la hija pequeña de Lord Walder, una niña de siete años;
- de su octava esposa, Lady Joyeuse de la Casa Erenford:
- en la actualidad embarazada;
- hijos naturales de Lord Walder con diferentes madres:
- Walder Ríos, apodado Walder *el Bastardo*;
- SER AEMON RÍOS, el hijo de Walder *el Bastardo*;
- WALDA RÍOS, la hija de Walder *el Bastardo*;
- maestre Melwys, de servicio en Rosby;
- Jeyne Ríos, Martyn Ríos, Ryger Ríos, Ronel Ríos, Mellara Ríos, otros.

CASA HIGHTOWER



Los Hightower de Antigua son una de las Casas más viejas y orgullosas de Poniente; su linaje se remonta hasta los primeros hombres. En otros tiempos fueron reyes, y han gobernado Antigua y sus alrededores desde el Amanecer de los Días. En

vez de resistirse a los ándalos, los acogieron de buen grado, y más adelante se arrodillaron ante los reyes del Dominio y les cedieron sus coronas a cambio de conservar sus antiguos privilegios. Aunque poderosos e inmensamente ricos, los Señores del Faro han preferido por tradición el comercio a la batalla, y rara vez han desempeñado un papel de importancia en las guerras de Poniente. Los Hightower fueron una pieza clave en la fundación de la Ciudadela, y hasta la fecha siguen siendo sus protectores. Cultos y refinados, siempre han sido grandes protectores del conocimiento y la Fe, y se dice que algunos de ellos también se han interesado por la alquimia, la nigromancia y otros tipos de hechicería.

El escudo de la Casa Hightower representa una torre escalonada de plata coronada de fuego, sobre campo gris humo. El lema de su casa es: Iluminamos el Camino.

LEYTON HIGHTOWER, VOZ de Antigua, Señor del Puerto, Señor del Faro, Defensor de la Ciudadela, Faro del Sur, apodado EL VIEJO DE ANTIGUA;

—LADY RHEA de la Casa Hightower, su cuarta esposa;

—SER BAELO, apodado BAELO *EL SONRIENTE*, el primogénito y heredero de Lord Leyton, casado con Rhonda Rowan;

—MALORA, apodada LA DONCELLA LOCA, hija de Lord Leyton;

—ALERIE, hija de Lord Leyton, casada con Lord Mace Tyrell;

—SER GARTH, apodado ACEROGRÍS, hijo de Lord Leyton;

—DENYSE, hija de Lord Leyton, casada con Ser Desmond Redwyne;

—DENYS, su hijo, un escudero;

—LEYLA, hija de Lord Leyton, casada con Ser Jon Cupps;

—ALYSANNE, hija de Lord Leyton, casada con Lord Arthur Ambrose;

—LYNESSE, hija de Lord Leyton, casada con Ser Jorah Mormont, en la actualidad principal concubina de Tregar Ormollen de Lys;

—SER GUNTHOR, hijo de Lord Leyton, casado con Jeyne Fossoway, de los Fossoway de la manzana verde;

—SER HUMFREY, el hijo menor de Lord Leyton;

—señores banderizos de Lord Leyton:

—TOMMEN COSTAYNE, señor de las Tres Torres;

—ALYSANNE BULWER, señora de Corona Negra, una niña de ocho años;

—MARTYN MULLENDORE, señor de Tierras Altas;

—WARRYN BEESBURY, señor de Sotomiel;

—BRANSTON CUY, señor de Refugio del Girasol;

—habitantes de Antigua:

—EMMA, sirvienta de El Cálamo y el Pichel, donde las mujeres están bien dispuestas y la sidra es monstruosamente fuerte;

—ROSEY, su hija de quince años, cuya virginidad costará un dragón de oro;

- los Archimaestres de la Ciudadela:
- ARCHIMAESTRE NORREN, Senescal durante el año que termina, con anillo, báculo y máscara de oro blanco;
- ARCHIMAESTRE THEOBALD, Senescal del año venidero, con anillo, báculo y máscara de plomo;
- ARCHIMAESTRE EBROSE, el sanador, con anillo, báculo y máscara de plata;
- ARCHIMAESTRE MARWYN, apodado MARWYN *EL MAGO*, con anillo, báculo y máscara de acero valyrio;
- ARCHIMAESTRE PERESTAN, el historiador, con anillo, báculo y máscara de cobre;
- ARCHIMAESTRE VAEILLYN, apodado VAEILLYN *VINAGRE*, el astrónomo, con anillo, báculo y máscara de bronce;
- ARCHIMAESTRE RYAM, con anillo, báculo y máscara de oro amarillo;
- ARCHIMAESTRE WALGRAVE, un anciano de sesos inciertos, con anillo, báculo y máscara de hierro negro;
- GALLARD, CASTOS, ZARABELO, BENEDICT, GARIZON, NYMOS, CETHERES, WILLIFER, MOLLOS, HARODON, GUYNE, AGRIVANE, OCLEY, todos archimaestres;
- maestres, acólitos y novicios de la Ciudadela:
- MAESTRE GORMON, que desempeña con frecuencia las funciones de Walgrave;
- ARMEN, un acólito con cuatro eslabones, apodado EL ACÓLITO;
- ALLERAS, apodado EL ESFINGE, un acólito con tres eslabones, excelente arquero;
- ROBERT FREY, de dieciséis años, un acólito con dos eslabones;
- LORCAS, un acólito con nueve eslabones, al servicio del Senescal;
- LEO TYRELL, apodado LEO *EL VAGO*, un novicio de noble cuna;
- MOLLANDER, un novicio nacido patizambo;
- PATE, encargado de cuidar los cuervos del archimaestre Walgrave, un novicio poco prometedor;
- ROONE, un novicio joven.

CASA LANNISTER



Los Lannister de Roca Casterly son el principal apoyo del rey Tommen para defender el Trono de Hierro. Aseguran descender de Lann el Astuto, el legendario embaucador de la Edad de los Héroes. El oro de Roca Casterly y del Colmillo Dorado hace de esta la más rica de las Grandes Casas. El blasón de los Lannister es un león de oro sobre campo de gules. Su lema es: ¡Oye mi Rugido!

[TYWIN LANNISTER], señor de Roca Casterly, Escudo de Lannisport, Guardián del Occidente y Mano del Rey, asesinado por su hijo enano cuando estaba en el retrete;

- los hijos de Lord Tywin:
- CERSEI, melliza de Jaime, ahora señora de Roca Casterly;
- SER JAIME, apodado EL MATARREYES, mellizo de Cersei;
- TYRION, apodado EL GNOMO, enano y parricida;
- los hermanos de Lord Tywin y sus vástagos:
 - SER KEVAN LANNISTER, casado con Dorna de la Casa Swyft;
 - LADY GENNA, casada con Ser Emmon Frey, ahora señor de Aguasdulces;
 - [SER CLEOS FREY], hijo de Genna, casado con Jeyne Darry, asesinado por unos bandidos;
 - el hijo mayor de Cleos, SER TYWIN FREY, llamado TY, ahora heredero de Aguasdulces;
 - el segundo hijo de Cleos, WILLEM FREY, escudero;
 - SER LYONEL FREY, el segundo hijo de Lady Genna;
 - [TION FREY], el tercer hijo de Genna, escudero, asesinado cuando estaba prisionero en Aguasdulces;
 - WALDER FREY, apodado WALDER *EL ROJO*, el hijo menor de Lady Genna, paje en Roca Casterly;
 - WAT SONRISABLANCA, un bardo al servicio de Lady Genna;
 - [SER TYGETT LANNISTER], muerto de viruelas;
 - TYREK, hijo de Tygett, desaparecido, se teme que muerto;
 - LADY ERMESANDE HAYFORD, una niña de pecho y esposa de Tyrek;
 - [GERION LANNISTER], desaparecido en el mar;
 - GLORIA COLINA, hija bastarda de Gerion, de once años;
 - otros parientes cercanos de Lord Tywin:
 - [SER STAFFORD LANNISTER], su primo, hermano de la esposa de Lord Tywin, caído en la batalla de Cruce de Bueyes;
 - CERENNA y MYRIELLE, hijas de Stafford;

- SER DAVEN LANNISTER, hijo de Stafford;
- SER DAMION LANNISTER, su primo, casado con Lady Shiera Crakehall;
- SER LUCION, su hijo;
- LANNA, su hija, casada con Lord Antario Jast;
- LADY MARGOT, su prima, casada con Lord Titus Peake;
- el servicio de Roca Casterly:
- MAESTRE CREYLEN, instructor, sanador y consejero;
- VYLARR, capitán de la guardia;
- SER BENEDICT BROOM, maestro de armas;
- WAT SONRISABLANCA, bardo;
- los Señores del Occidente, banderizos y espadas juramentadas:
- DAMON MARBRAN, señor de Marcaceniza;
- SER ADDAM MARBRAND, su hijo y heredero, Comandante de la Guardia de la Ciudad de Desembarco del Rey;
- ROLAND CRAKEHALL, señor de Crakehall;
- [SER BURTON], el hermano de Roland, asesinado por unos bandidos;
- SER TYBOLT, el hijo mayor y heredero de Roland;
- SER LYLE, apodado el JABALÍ, hijo de Roland;
- SER MERLON, el hijo menor de Roland;
- SEBASTON FARMAN, señor de Isla Bella;
- JEYNE, su hermana, casada con SER GARETH CLIFTON;
- TYTOS BRAX, señor de Valdelcuerno;
- SER FLEMENT BRAX, su hermano y heredero;
- QUENTEN BANEFORT, señor de Fuerte Desolación;
- SER HARYS SWYFT, suegro de Ser Kevan Lannister;
- SER STEFFON SWYFT, el hijo de Ser Harys;
- JOANNA, la hija de Ser Steffon;
- SHIERLE, la hija de Ser Harys, casada con Ser Melwyn Sarsfield;
- REGENARD ESTREN, señor de Refugio del Viento;
- GAWEN WESTERLING, señor del Risco;
- su esposa, LADY SYBELL de la Casa Spicer;
- SER ROLPH SPICER, su hermano, recién nombrado señor de Castamere;
- SER SAMWELL SPICER, su primo;
- sus hijos:
 - SER RAYNALD WESTERLING;
 - JEYNE, viuda de Robb Stark;
 - ELEYNA, una niña de doce años;
 - ROLLAM, un niño de nueve años;
 - LORD SELMOND STACKSPEAR;

—SER STEFFON STACKSPEAR, hijo de Selmond;
—SER ALYN STACKSPEAR, el hijo menor de Selmond;
—TERRENCE KENNING, señor de Kayce;
—SER KENNOS DE KAYCE, un caballero a su servicio;
—LORD ANTARIO JAST;
—LORD ROBIN MORELAND;
—LADY ALYSANNE LEFFORD;
—LEWYS LYDDEN, señor de Cuevahonda;
—LORD PHILIP PLUMM;
—SER DENNIS PLUMM, SER PETER PLUMM y SER HARWYN PLUMM, apodado PEÑAFUERTE, sus hijos;
—LORD GARRISON PRESTER;
—SER FORLEY PRESTER, su primo;
—SER GREGOR CLEGANE, apodado LA MONTAÑA QUE CABALGA;
—SANDOR CLEGANE, su hermano;
—SER LORENT LORCH, un caballero hacendado;
—SER GARTH GREENFIELD, un caballero hacendado;
—SER LYMOND VIKARY, un caballero hacendado;
—SER RAYNARD RUTTIGER, un caballero hacendado;
—SER MANFRYD YEW, un caballero hacendado;
—SER TYBOLT HETHERSPOON, un caballero hacendado;
—[MELARA HETHERSPOON], su hija, ahogada en un pozo mientras era pupila en Roca Casterly.

CASA MARTELL



Dorne fue el último de los Siete Reinos en jurar lealtad al Trono de Hierro. La sangre, las costumbres y la historia colocan a los dornienses a cierta distancia de los otros reinos. Cuando comenzó la Guerra de los Cinco Reyes, Dorne no tomó partido, pero con el compromiso entre Myrcella Baratheon y el príncipe Trystan, Lanza del Sol proclamó su apoyo al rey Joffrey. El blasón de los Martell es un sol de gules atravesado por una lanza de oro. Su lema es: Nunca Doblado, Nunca Roto.

DORAN NYMEROS MARTELL, señor de Lanza del Sol, príncipe de Dorne;

- su esposa, MELLARIO, de la Ciudad Libre de Norvos;
- sus hijos:
- la PRINCESA ARIANNE, su hija mayor, heredera de Lanza del Sol;
- GARIN, hermano de leche y compañero de ARIANNE, de los huérfanos del Sangreverde;
- el PRÍNCIPE QUENTYN, recién nombrado caballero, durante mucho tiempo, pupilo de Lord Yronwood en Palosanto;
- el PRÍNCIPE TRYSTANE, su hijo menor, prometido de Myrcella Baratheon;
- los hermanos del príncipe Doran:
 - [la PRINCESA ELIA], esposa del príncipe Rhaegar Targaryen, violada y asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey;
 - [RHAENYS TARGARYEN], su hija pequeña, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey;
 - [el PRÍNCIPE AEGON], un bebé, asesinado durante el saqueo de Desembarco del Rey;
 - [EL PRÍNCIPE OBERYN], apodado LA VÍBORA ROJA, muerto por la mano de Ser Gregor Clegane durante un juicio por combate;
 - ELLARIA ARENA, amante del príncipe Oberyn, hija natural de Lord Harmen Uller;
 - LAS SERPIENTES DE ARENA, hijas bastardas de Oberyn:
 - OBARA, de veintiocho años, hija de Oberyn y de una prostituta de Antigua;
 - NYMERIA, apodada LADY NYM, de veinticinco años, hija de una noble de Volantis;
 - TYENE, de veintitrés años, hija de Oberyn y de una septa;
 - SARELLA, de diecinueve años, hija de una comerciante, capitana de la *Beso de Plumas*;
 - ELLA, de catorce años, hija de Ellaria Arena;
 - OBELLA, de doce años, hija de Ellaria Arena;
 - DOREA, de ocho años, hija de Ellaria Arena;
 - LOREZA, de seis años, hija de Ellaria Arena;
 - la corte del príncipe Doran en los Jardines del Agua:
 - AREO HOTAH, de Norvos, capitán de la guardia;
 - MAESTRE CALEOTTE, instructor, sanador y consejero;
 - medio centenar de niños, tanto nobles como plebeyos, hijos de señores, caballeros, huérfanos, comerciantes, artesanos y campesinos, sus pupilos;
 - la corte del príncipe Doran en Lanza del Sol:
 - LA PRINCESA MYRCELLA BARATHEON, su pupila, prometida del príncipe Trystane;
 - SER ARYS OAKHEART, escudo juramentado de Myrcella;

—ROSAMUND LANNISTER, doncella y compañera de Myrcella, una prima lejana;

—SEPTA EGLANTINE, Confesora de Myrcella;

—MAESTRE MYLES, instructor, sanador y consejero;

—RICASSO, senescal en Lanza del Sol, anciano y ciego;

—SER MANFREY MARTELL, castellano de Lanza del Sol;

—LADY ALYSE LADYBRIGHT, lady tesorera;

—SER GASCOYNE DEL SANGREVERDE, escudo juramentado del príncipe Trystane;

—BORS y TIMOTH, criados de Lanza del Sol;

—BELANDRA, CEDRA, las hermanas MORRA y MELLEI, criadas de Lanza del Sol;

—los Señores de Dorne, señores banderizos del príncipe Doran:

—ANDERS YRONWOOD, señor de Palosanto, Guardián del Camino de Piedra, apodado EL SANGRE REGIA;

—SER CLETUS, su hijo, conocido por su ojo vago;

—MAESTRE KEDRY, instructor, sanador y consejero;

—HARMEN ULLER, señor de Sotoinferno;

—ELLARIA ARENA, su hija natural;

—SER ULWYCK ULLER, su hermano;

—DELONNE ALLYRION, señora de Bondadivina;

—SER RYON, su hijo y heredero;

—SER DAEMON ARENA, hijo natural de Ryon, apodado EL BASTARDO DE BONDADIVINA;

—DAGOS MANWOODY, señor de Sepulcro del Rey;

—MORS y DICKON, sus hijos;

—SER MYLES, su hermano;

—LARRA BLACKMONT, señora de Montenegro;

—JYNESSA, su hija y heredera;

—PERHOS, su hijo, un escudero;

—NYMELLA TOLAND, señora de Colina Fantasma;

—QUENTYN QORGYLE, señor de Asperón;

—SER GULIAN, su hijo mayor y heredero;

—SER ARRON, su segundo hijo;

—SER DEZIEL DALT, el Caballero de Limonar;

—SER ANDREY, su hermano y heredero, llamado DREY;

—FRANKLYN FOWLER, señor del Dominio del Cielo, apodado EL VIEJO HALCÓN, Guardián del Paso del Príncipe;

—JEYNE y JENNELYN, sus hijas gemelas;

- SER SYMON SANTAGAR, el Caballero de Bosquepinto;
- SYLVA, su hija y heredera, apodada SYLVA PINTAS por sus pecas;
- EDRIC DAYNE, señor de Campoestrella, un escudero;
- SER GEROLD DAYNE, apodado ESTRELLAOSCURA, el Caballero de Ermita Alta, su primo y banderizo;
- TREBOR JORDAYNE, señor de Tor;
- MYRIA, su hija y heredera;
- TREMOND GARGALEN, señor de Costa Salada;
- DAERON VAITH, señor de Dunas Rojas.

CASA STARK



El linaje de los Stark se remonta a Brandon *el Constructor* y los Reyes del Invierno. Fueron los Reyes en el Norte y gobernaron desde Invernalia durante miles de años, hasta que Torrhen Stark, *el Rey que se Arrodilló*, juró fidelidad a Aegon *el Dragón* para no tener que presentarle batalla. Cuando el rey Joffrey ejecutó a Lord Eddard Stark de Invernalia, los norteños renegaron del Trono de Hierro y proclamaron Rey en el Norte a Robb, el hijo de Eddard. Durante la guerra de los Cinco Reyes venció en todas las batallas, pero los Frey y los Bolton lo traicionaron en Los Gemelos, durante la boda de su tío, y lo asesinaron.

[ROBB STARK], Rey en el Norte, Rey del Tridente, señor de Invernalia, hijo mayor de Lord Eddard Stark y Lady Catelyn de la Casa Tully, un muchacho de dieciséis años apodado EL JOVEN LOBO, asesinado en la Boda Roja;

- [Viento Gris], su lobo huargo, sacrificado en la Boda Roja;
- sus hermanos legítimos:
- SANSA, su hermana, casada con Tyrion de la Casa Lannister;
- [Dama], su loba huargo, sacrificada en Castillo Darry;
- ARYA, una niña de once años, desaparecida y dada por muerta;
- Nymeria, su loba huargo, rondando por las tierras de los ríos;
- BRANDON, llamado BRAN, un niño tullido de nueve años, heredero de Invernalia, dado por muerto;
- Verano, su lobo huargo;
- los compañeros y protectores de Bran:
- MEEREA REED, una doncella de dieciséis años, hija de Lord Howland Reed

de Atalaya de Aguasgrises;

- JOJEN REED, su hermano, de trece años;
- HODOR, un mozo retrasado mental, de dos varas y media de altura;
- RICKON, un niño de cuatro años, dado por muerto;
- Peludo*, su lobo huargo, negro e indómito;
- la acompañante de Rickon, OSHA, una salvaje antes cautiva en Invernalia;
- JON NIEVE, su hermano bastardo, de la Guardia de la Noche;
- Fantasma*, el lobo huargo de Jon, blanco y silencioso;
- las espadas juramentadas de Robb:
 - [Donnel Locke, Owen Norrey, Dacwy Mormont, SER WENDEL MANDERLY, ROBIN FLINT], caídos en la Boda Roja;
 - HALLIS MOLLEN, capitán de la guardia, que escolta los huesos de Eddard Stark de regreso hacia Invernalia;
 - JACKS, QUENT, SHADD, guardias;
 - los tíos y primos de Robb:
 - BENJEN STARK, hermano menor de su padre, desaparecido más allá del Muro, dado por muerto;
 - [LYSA ARRYN], hermana de su madre, señora del Nido de Águilas, casada con [Lord Jon Arryn], asesinada de un empujón;
 - su hijo, ROBERT ARRYN, señor del Nido de Águilas y Defensor del Valle, un niño enfermizo;
 - EDMURE TULLY, señor de Aguasdulces, hermano de su madre, hecho prisionero en la Boda Roja;
 - LADY ROSLIN de la Casa Frey, esposa de Edmure;
 - SER BRYNDEN TULLY, apodado EL PEZ NEGRO, tío de su madre, castellano de Aguasdulces;
 - los Señores del Norte, señores banderizos del Joven Lobo:
 - ROOSE BOLTON, señor de Fuerte Terror, el cambiacañas;
 - [DOMERIC], su hijo legítimo y heredero, muerto de un mal del estómago;
 - RAMSAY BOLTON, antes RAMSAY NIEVE, hijo natural de Roose, apodado EL BASTARDO DE BOLTON, castellano de Fuerte Terror;
 - WALDER FREY y WALDER FREY, apodados WALDER EL MAYOR y WALDER EL PEQUEÑO, escuderos de Ramsay;
 - [HEDIONDO], un soldado conocido por su mal olor, muerto cuando se hacía pasar por Ramsay;
 - «ARYA STARK», prisionera de Lord Roose, una impostora prometida a Ramsay;
 - WALTON, apodado PATAS DE ACERO, capitán de Roose;
 - BETH CASSELL, KYRA, NABO, PALLA, BANDY, SHYRA, PALLA y LA

VIEJA TATA, mujeres de Invernia prisioneras en el Fuerte Terror;

—JON UMBER, apodado EL GRAN JON, señor de Último Hogar, prisionero en Los Gemelos;

—[JON], apodado EL PEQUEÑO JON, su hijo mayor y heredero del Gran Jon, caído en la Boda Roja;

—MORS, apodado CARRONA, tío del Gran Jon, castellano de Último Hogar;

—HOTHER, apodado MATAPUTAS, tío del Gran Jon, castellano de Último Hogar;

—[RICKARD KARSTARK], señor de Bastión Kar, decapitado por traición y por asesinar prisioneros;

—[EDDARD], su hijo, caído en el bosque Susurrante;

—[TORRHEN], su hijo, caído en el bosque Susurrante;

—HARRION, su hijo, prisionero en Poza de la Doncella;

—ALYS, la hija de Lord Rickard, una doncella de quince años;

—ARNOLF, el tío de Rickard, castellano de Bastión Kar;

—GALBART GLOVER, amo de Bosquespeso, soltero;

—ROBETT GLOVER, su hermano y heredero;

—la esposa de Robett, SYBELLE de la Casa Locke;

—sus hijos:

—GAWEN, un niño de tres años;

—ERENA, recién nacido;

—LARENCE NIEVE, hijo natural de [Lord Halys Hornwood], pupilo de Galbart, un niño de trece años;

—HOWLAND REED, señor de Atalaya de Aguasgrises, un lacustre;

—su esposa, JYANA, de los lacustres;

—sus hijos:

—MEEREA, una joven cazadora;

—JOJEN, un muchacho bendecido con el don de la vista verde;

—WYMAN MANDERLY, señor de Puerto Blanco, inmensamente gordo;

—SER WYLIS MANDERLY, su hijo mayor y heredero, muy gordo, prisionero en Harrenhal;

—la esposa de Wylis, LEONA de la Casa Woolfield;

—WYNAFRYD, su hija, una doncella de diecinueve años;

—WYLLA, su hija, una doncella de quince años;

—[SER WENDEL MANDERLY], su segundo hijo, caído en la Boda Roja;

—SER MARLON MANDERLY, su primo, comandante de la guarnición de Puerto Blanco;

—MAESTRE THEOMORE, instructor, sanador y consejero;

—MAEGE MORMONT, señora de la Isla del Oso;

- [DACEY], su hija mayor y heredera, caída en la Boda Roja;
- ALYSANE, LYRA, JORELLE, LYANNA, sus hijas;
- [JEOR MORMONT], su hermano, Lord Comandante de la Guardia de la Noche, asesinado por sus propios hombres;
- SER JORAH MORMONT, hijo de Lord Jeor, anteriormente señor de la Isla del Oso por derecho propio, un caballero condenado y exiliado;
- [SER HELMAN TALLHART], de la Ciudadela de Torrhen, caído en el Valle Oscuro;
- [BENFRED], su hijo y heredero, muerto a manos de los hombres del hierro en la Costa Pedregosa;
- EDDARA, su hija, prisionera en la Ciudadela de Torrhen;
- [LEOBALD], su hermano, caído en Invernalia;
- la esposa de Leobald, BERENA de la Casa Hornwood, prisionera en la Ciudadela de Torrhen;
- BRANDON y BEREN, sus hijos, también prisioneros en la Ciudadela de Torrhen;
- RODRIK RYSWELL, Señor de Los Riachuelos;
- BARBREY DUSTIN, su hija, señora de Fuerte Túmulo, viuda de [Lord Willam Dustin];
- HARWOOD STOUT, su vasallo, un señor menor de Fuerte Túmulo;
- [BETHANY BOLTON], su hija, segunda esposa de Lord Roose Bolton, fallecida de unas fiebres;
- ROGER RYSWELL, RICKARD RYSWELL, ROOSE RYSWELL, sus pendencieros primos y banderizos;
- [CLEY CERWYN], señor de Cerwyn, caído en Invernalia;
- JONELLE, su hermana, una doncella de treinta y dos años;
- LYESSA FLINT, señora de Atalaya de la Viuda;
- ONDREW LOCKE, señor de Castillo Viejo, un anciano;
- HUGO WULL, apodado CUBO GRANDE, jefe de su clan;
- BRANDON NORREY, llamado EL NORREY, jefe de su clan;
- TORREN LIDDLE, llamado EL LIDDLE, jefe de su clan.

El escudo de los Stark representa un lobo huargo gris que corre sobre un campo de plata helada. Su lema es: Se Acerca el Invierno.

CASA TULLY



Lord Edmyne Tully de Aguas dulces fue uno de los primeros señores del río que juró lealtad a Aegon *el Conquistador*. Aegon lo recompensó otorgando a la Casa Tully el dominio de todas las tierras del Tridente. El blasón de los Tully es una trucha que salta, de plata, sobre campo ondulado de azur y gules. Su lema es: Familia, Deber, Honor.

EDMURE TULLY, señor de Aguas dulces, hecho prisionero por los Frey en la Boda Roja;

—LADY ROSLIN de la Casa Frey, la joven esposa de Edmure;

—[LADY CATELYN STARK], su hermana, viuda de Lord Eddard Stark de Invernalia, asesinada en la Boda Roja;

—[LADY LYSA de la Casa Tully], su hermana, viuda de Lord Jon Arryn del Valle, asesinada de un empujón en el Nido de Águilas;

—SER BRYNDEN TULLY, apodado EL PEZ NEGRO, tío de Edmure, castellano de Aguas dulces;

—la casa de Lord Edmure en Aguas dulces;

—MAESTRE VYMAN, instructor, sanador y consejero;

—SER DESMOND GRELL, maestro de armas;

—SER ROBIN RYGER, capitán de la guardia;

—LEW *EL LARGO*, ELWOOD, DELP, guardias;

—UTHERYDES WAYN, mayordomo de Aguas dulces;

—los Señores del Tridente, señores banderizos de Edmure;

—TYTOS BLACKWOOD, señor del Árbol de los Cuervos;

—[LUCAS], su hijo, caído en la Boda Roja;

—JONOS BRACKEN, señor del Seto de Piedra;

—JASON MALLISTER, señor de Varamar, prisionero en su propio castillo;

—PATREK, su hijo, encerrado con su padre;

—SER DENYS MALLISTER, tío de Lord Jason, miembro de la Guardia de la Noche;

—CLEMENT PIPER, señor del Castillo de la Princesa Rosada;

—SER MARQ PIPER, su hijo y heredero, hecho prisionero en la Boda Roja;

—KARYL VANCE, señor de Descanso del Caminante;

—LIANE, su hija y heredera;

—RHIALTA y EMPHYRIA, sus hijas menores;

—NORBERT VANCE, señor de Atranta, ciego;

- SER RONALD VANCE, apodado EL MALO, su hijo mayor y heredero;
- SER HUGO, SER ELLERY, SER KIRTH y EL MAESTRE JON, sus hijos menores;
- THEOMAR SMALLWOOD, señor de Torreón Bellota;
- su esposa, LADY RAVELLA de la Casa Swann;
- CARELLEN, su hija;
- WILLIAM MOOTON, señor de Poza de la Doncella;
- SHELLA WHENT, señora despojada de Harrenhal;
- SER WILLIS WODE, un caballero a su servicio;
- SER HALMON PAEGE;
- LORD LYMOND GOODBROOK.

CASA TYRELL



Los Tyrell llegaron al poder como mayordomos de los Reyes del Dominio, aunque alegan descender de Garth *Manoverde*, el rey jardinero de los Primeros Hombres. Cuando el último rey de la Casa Gardener perdió la vida en el Campo de Fuego, Harlen Tyrell, su mayordomo, rindió Altojardín ante Aegon *el Conquistador*. Éste le concedió el castillo y el mando sobre el Dominio. Al principio de la guerra de los Cinco Reyes, Mace Tyrell declaró su apoyo a Renly Baratheon y le otorgó la mano de su hija Margaery. Tras la muerte de Renly, Altojardín se alió con la Casa Lannister, y Margaery quedó prometida al rey Joffrey.

MACE TYRELL, señor de Altojardín, Guardián del Sur, Defensor de las Marcas y Alto Mariscal del Dominio;

- su esposa, LADY ALERIE de la Casa Hightower de Antigua;
- sus hijos:
- WILLAS, el primogénito, heredero de Altojardín;
- SER GARLAN, apodado EL GALANTE, su segundo hijo, recién nombrado señor de Aguasclaras;
- la esposa de Garlan, LADY LEONETTE de la Casa Fossoway;
- SER LORAS TYRELL, apodado EL CABALLERO DE LAS FLORES, su hijo menor, Hermano Juramentado de la Guardia Real;
- MARGAERY, su hija, dos veces casada y dos veces viuda;
- las compañeras y damas de Margaery:

- MEGGA, ALLA y ELINOR TYRELL, sus primas;
- ALYN AMBROSE, el prometido de Elinor, escudero;
- LADY ALYSANNE BULWER; LADY ALYCE GRACEFORD; LADY TAENA MERRYWEATHER; MEREDYTH CRANE, llamada MERRY; LA SEPTA NYSTERICA, sus compañeras;
- la madre viuda de Mace, LADY OLENNNA de la Casa Redwyne, apodada LA REINA DE LAS ESPINAS;
- ARRYK y ERRYK, sus guardias, gemelos de más de dos varas y media de altura, apodados IZQUIERDO y DERECHO;
- las hermanas de Mace:
- LADY MINA, casada con Paxter Redwyne, señor del Rejo;
- sus hijos:
- SER HORAS REDWYNE, gemelo de Hobber, apodado HORROR;
- SER HOBBER REDWYNE, gemelo de Horas, apodado BABOSO;
- DESMERA REDWYNE, una doncella de dieciséis años;
- LADY JANNA, casada con Ser Jon Fossoway;
- los tíos y primos de Mace:
- GARTH, apodado EL GROSERO, tío de Mace, Lord Senescal de Altojardín;
- GARSE y GARRETT FLORES, hijos bastardos de Garth;
- SER MORYN, tío de Mace, Lord Comandante de la Guardia de la Ciudad de Antigua;
- [SER LUTHOR], hijo de Moryn, casado con Lady Elyn Norridge;
- SER THEODORE, hijo de Luthor, casado con Lady Lia Serry;
- ELINOR, la hija de Theodore;
- LUTHOR, hijo de Theodore, escudero;
- MAESTRE MEDWICK, hijo de Luthor;
- OLENE, la hija de Luthor, casada con Ser Leo Blackbar;
- LEO, apodado LEO EL PEREZOSO, hijo de Moryn, novicio en la Ciudadela de Antigua;
- MAESTRE GORMON, tío de Mace, de servicio en la Ciudadela;
- [SER QUENTIN], primo de Mace, muerto en Marcaceniza;
- SER OLYMER, el hijo de Quentin, casado con Lady Lysa Meadows;
- RAYMUND y RICKARD, los hijos de Olymer;
- MEGGA, la hija de Olymer;
- MAESTRE NORMUND, primo de Mace, de servicio en Corona Negra;
- [SER VICTOR], primo de Mace, muerto a manos del Caballero Sonriente de la Hermandad del Bosque Real;
- VICTARIA, la hija de Victor, casada con [Lord Jon Bulwer], fallecido a causa de una fiebre estival;

- LADY ALYSANNE BULWER, su hija, una niña de ocho años;
- SER LEO, el hijo de Victor, casado con Lady Alys Beesbury;
- ALLA y LEONA, las hijas de Leo;
- LYONEL, LUCAS y LORENT, los hijos de Leo;
- la casa de Mace en Altojardín:
- MAESTRE LOMYS, instructor, sanador y consejero;
- IGON VYRWEL, capitán de la guardia;
- SER VORTIMER CRANE, maestro de armas;
- MANTECAS, un bufón gordísimo;
- los Señores del Dominio, señores banderizos de Mace:
- RANDYLL TARLY, señor de Colina Cuerno;
- PAXTER REDWYNE, señor del Rejo;
- SER HORAS y SER HOBBER, sus hijos gemelos;
- MAESTRE BALLABAR, sanador de Lord Paxter;
- ARWYN OAKHEART, señora de Roble Viejo;
- SER ARYS, el hijo menor de Lady Arwyn, Hermano Juramentado de la Guardia Real;
- MATHIS ROWAN, señor de Sotodeoro, casado con Bethany de la Casa Redwyne;
- LEYTON HIGHTOWER, VOZ de Antigua, Señor del Puerto;
- HUMFREY HEWETT, señor del Escudo de Roble;
- FALIA FLORES, su hija bastarda;
- OSBERT SERRY, señor del Escudo del Sur;
- SER TALBERT, su hijo y heredero;
- GUTHOR GRIMM, señor del Escudo Gris;
- MORIBALD CHESTER, señor del Escudo Verde;
- ORTON MERRYWEATHER, señor de Granmesa;
- LADY TAENA, su esposa, una mujer de Myr;
- RUSSELL, su hijo, un niño de ocho años;
- LORD ARTHUR AMBROSE, casado con Lady Alyssanne Hightower;
- sus caballeros y espadas juramentadas:
- SER JON FOSSOWAY, de los Fossoway de la manzana verde;
- SER TANTON FOSSOWAY, de los Fossoway de la manzana roja.

El blasón de los Tyrell es una rosa de oro sobre campo de sinople. Su lema es: Crecer Fuerte.

REBELDES, BANDIDOS Y HERMANOS JURAMENTADOS

SEÑORES MENORES, VAGABUNDOS Y GENTE DEL PUEBLO

SER CREIGHTON LONGBOUGH y SER ILLIFER *EL PAUPÉRRIMO*, caballeros errantes y compañeros;

HIBALD, un comerciante asustadizo y tacaño;

—SER SHADRICK DEL VALLE UMBRÍO, apodado *EL RATÓN LOCO*, un caballero errante al servicio de Hibald;

BRIENNE, LA DONCELLA DE TARTH, apodada *BRIENNE LA BELLA*, una doncella con una misión;

—LORD SELWYN, apodado *EL LUCERO DE LA TARDE*, señor de Tarth, su padre;

—[BEN BUSHY, *EL GRANDULLÓN*]; SER HYLE HUNT; SER MARK MULLENDORE; SER EDMUND AMBROSE; [SER RICHARD FARROW]; [WILL *EL CIGÜEÑA*]; SER HUGH BEESBURY; SER RAYMOND NAYLAND; HARRY SAWYER; SER OWEN INCHFIELD; ROBIN POTTER, que fueron sus pretendientes;

RENFRED RYKKER, señor del Valle Oscuro;

—SER RUFUS LEEK, un caballero con una sola pierna, a su servicio, castellano del Fuerte Pardo en el Valle Oscuro;

WILLIAM MOOTON, señor de Poza de la Doncella;

—ELEANOR, su hija mayor y heredera, de trece años;

RANDYLL TARLY, señor de Colina Cuerno, al mando de los ejércitos del rey Tommen en el Tridente;

—DICKON, su hijo y heredero, un joven escudero;

—SER HYLE HUNT, al servicio de la Casa Tarly;

—SER ALYN HUNT, primo de Ser Hyle, también al servicio de Lord Randyll;

—DICK CRABB, apodado *DICK EL ÁGIL*, un Crabb de Punta Zarpa Rota;

EUSTACE BRUNE, señor del Refugio de Malacosta;

—BENNARD BRUNE, el Caballero del Vallepardo, su primo;

SER ROGER HOGG, el Caballero de Cuerno de la Puerca;

SEPTÓN MERIBALD, un septón descalzo;

—su perro;

EL HERMANO MAYOR, de la Isla Tranquila;

—HERMANO NARBERT, HERMANO GILLAM, HERMANO RAWNEY, hermanos penitentes de la Isla Tranquila;

SER QUINCY COX, el Caballero de Salinas, un anciano que chochea; en la posada de la encrucijada:

—JEYNE HEDDLE, apodada JEYNE *LA LARGA*, la posadera, una muchacha alta de dieciocho años;

—WILLOW, su hermana, severa con la cuchara en la mano;

—ATANASIA, PATE, JON PENIQUE, BEN, huérfanos de la posada;

—GENDRY, aprendiz de herrero e hijo bastardo del rey Robert I Baratheon, aunque desconoce su origen; en Harrenhal:

—RAFFORD, apodado RAFF *EL DULCE*; BOCASUCIA; DUNSEN, hombres de la guarnición;

—BEN *PULGARNEGRO*, herrero y armero;

—PÍA, una criada, en otros tiempos hermosa;

—MAESTRE GULIAN, instructor, sanador y consejero; en Darry:

—LADY AMEREI FREY, apodada AMI *TORRE DE ENTRADA*, una viuda joven y amorosa, prometida de Lord Lancel Lannister;

—la madre de Lady Amerei, LADY MARIYA de la Casa Darry, viuda de Merrett Frey;

—MARISSA, la hermana de Lady Amerei, una doncella de trece años;

—SER HARWYN PLUMM, apodado PEÑAFUERTE, comandante de la guarnición;

—MAESTRE OTTOMORE, instructor, sanador y consejero; en la Posada del Hombre Arrodillado:

—SHARNA, la posadera, cocinera y comadrona;

—su marido, apodado ESPOSO;

—CHICO, un huérfano de guerra;

—PASTEL CALIENTE, hijo de un panadero, ahora huérfano.

BANDIDOS Y HOMBRES QUEBRADOS

[BERIC DONDARRION], en tiempos señor de Refugionegro, que ha muerto seis veces;

—EDRIC DAYNE, señor de Campoestrella, un niño de doce años, escudero de Lord Beric;

—EL CAZADOR LOCO de Septo de Piedra, que había sido su aliado;

- BARBAVERDE, un mercenario tyroshi, su amigo de lealtad incierta;
- ANGUY EL ARQUERO, nacido en las Marcas de Dorne;
- MERRIT DE ALDEALUNA, WATTY *EL MOLINERO*, MEG *EL PANTANOSO*, JON DE NUTTEN, bandidos de su grupo;
- LADY *CORAZÓN DE PIEDRA*, una mujer encapuchada, llamada a veces MADRE MISERICORDIA, LA HERMANA SILENCIOSA, y LA AHORCADORA;
- LIM, apodado LIM CAPA DE LIMÓN, en sus tiempos soldado;
- THOROS DE MYR, un sacerdote rojo;
- HARWIN, hijo de Hullen, norteño que estuvo al servicio de Lord Eddard Stark de Invernalia;
- JACK-CON-SUERTE, un fugitivo tuerto;
- TOM DE SIETECAUCES, un bardo de dudosa reputación; apodado TOM SIETECUERDAS y TOM SIETE;
- LUKE *EL LÚCIDO*, NOTCH, MUDGE, DICK *LAMPIÑO*, bandidos;
- SANDOR CLEGANE, apodado EL PERRO, anteriormente escudo juramentado del rey Joffrey, posteriormente Hermano Juramentado de la Guardia Real, visto por última vez febril y moribundo a orillas del Tridente;
- [VARGO HOAT] de la Ciudad Libre de Qohor, apodado LA CABRA, un capitán mercenario de habla torpe, ejecutado en Harrenhal por Ser Gregor Clegane;
- su Compañía Audaz, también denominada los Titiriteros Sangrientos;
- URSWYCK, apodado EL FIEL, su teniente;
- [SEPTÓN UTT], ahorcado por Lord Beric Dondarrion;
- TIMEON DE DORNE, ZOLLO *EL GORDO*, RORGE, MORDEDOR, PYG, SHAGWELL *EL BUFÓN*, TOGG JOTH de Ibben, TRESDEDOS, dispersos y a la fuga;
 - en El Melocotón, un prostíbulo de Septo de Piedra:
 - ATANASIA, la propietaria pelirroja;
 - ALYCE, CASS, LANNA, JYZENE, HELLY, CAMPY, varios de sus melocotones;
- en Torreón Bellota, asentamiento de la Casa Smallwood:
 - LADY RAVELLA, antes de la Casa Swann, esposa de Lord Theomar Smallwood;
 - aquí, allá y acullá:
 - LORD LYMOND LYCHESTER, un anciano de sesos débiles que en cierta ocasión detuvo a Ser Maynard en el puente;
 - MAESTRE ROONE, su joven cuidador;
 - el fantasma de Alto Corazón;
 - la Dama de las Hojas;
 - el septón de Danza de Sally.

LOS HERMANOS JURAMENTADOS DE LA GUARDIA DE LA NOCHE

JON NIEVE, el bastardo de Invernia, Lord Comandante número novecientos noventa y ocho de la Guardia de la Noche;

—Fantasma, su lobo huargo blanco;

—su mayordomo, EDDISON TOLLETT, apodado EDD *EL PENAS*; los hombres del Castillo Negro:

—BENJEN STARK, capitán de los exploradores, desaparecido hace mucho tiempo, dado por muerto;

—SER WYNTON STOUT, anciano explorador, débil de entendederas;

—KEDGE OJOBLANCO; BEDWYCK, apodado GIGANTE; MATTHAR; DYWN; GARTH PLUMAGRÍS; ULMER DEL BOSQUE REAL; ELRON; PYPAR, llamado PYP; GRENN, apodado URO; BERNARR, apodado BERNARR *EL NEGRO*; GOADY; TIM PIEDRA; JACK BULWER *EL NEGRO*; GEOFF, apodado EL ARDILLA; BEN BARBAS, exploradores;

—BOWEN MARSH, Lord Mayordomo;

—HOBB *TRESDEDOS*, mayordomo y cocinero jefe;

—[DONAL NOYE], armero y herrero manco, muerto en la puerta a manos de Mag *el Poderoso*;

—OWEN, apodado EL BESTIA; TIM *LENGUATRABADA*; MULLY; CUGEN; DONNEL COLINA, apodado EL SUAVE; LEW *EL ZURDO*; JEREN; WICK WHITTLESTICK, mayordomos;

—OTHELL YARWYCK, capitán de los constructores;

—BOTA DE SOBRA, HALDER, TONELETE, constructores;

—CONWY, GUEREN, reclutadores errantes;

—SEPTÓN CELLADOR, un religioso borracho;

—SER ALLISER THORNE, anterior maestro de armas;

—LORD JANOS SLYNT, anterior comandante de la Guardia de la Ciudad de Desembarco del Rey, durante breve tiempo señor de Harrenhal;

—MAESTRE AEMON (TARGARYEN), sanador y consejero, un ciego de ciento dos años;

—CLYDAS, mayordomo de Aemon;

—SAMWELL TARLY, mayordomo de Aemon, gordo y aficionado a los libros;

—FÉRREO EMMETT, antes de Guardiaoriente, maestro de armas;

—HARETH, apodado CABALLO; los gemelos ARRON y EMRICK; SEDA; PETIRROJO SALTARÍN, reclutas en periodo de entrenamiento;

los hombres de la Torre Sombría:

- SER DENYS MALLISTER, Comandante de la Torre Sombría;
- su mayordomo y escudero, WALLACE MASSEY;
- MAESTRE MULLIN, sanador y consejero;
- [QHORIN *MEDIAMANO*], al mando de los exploradores, muerto a manos de Jon más allá del Muro;
- hermanos en la Torre Sombría:
- [ESCUDERO DALBRIDGE, EGGEN], exploradores, caídos en el Paso Aullante;
- SERPIENTE DE PIEDRA, explorador, desaparecido en el Paso Aullante;
- los hombres de Guardiaoriente del Mar:
- COTTER PYKE, Comandante;
- MAESTRE HARMUNE, sanador y consejero;
- VIEJO TRAPOSAL, capitán de la *Pájaro Negro*;
- SER GLENDON HEWETT, maestro de armas;
- hermanos en Guardiaoriente:
- DAREON, mayordomo y bardo;
- en el Torreón de Craster (los traidores):
- DAGA, que asesinó a Craster, su anfitrión;
- OLLO *MANOMOCHA*, que asesinó a Jeor Mormont, su Lord Comandante;
- GARTH DE GREENAWAY, MAWNEY, GRUBBS, ALAN DE ROSBY, antes exploradores;
- KARL *EL PATIZAMBO*, OSS *EL HUÉRFANO*, BILL *EL REFUNFUÑÓN*, antes mayordomos.

LOS SALVAJES O PUEBLO LIBRE

- MANCE RAYDER, Rey-más-allá-del-Muro, prisionero en el Castillo Negro;
- su esposa, [DALLA], muerta de parto;
 - su hijo, nacido durante la batalla, aún sin nombre;
 - VAL, la princesa salvaje, hermana menor de Dalla, prisionera en el Castillo Negro;
 - jefes y capitanes salvajes:
 - [HARMA], apodada CABEZA DE PERRO, caída junto al Muro;
 - HALLECK, su hermano;
 - EL SEÑOR DE LOS HUESOS, apodado CASACA DE MATRACA; saqueador y cabecilla de una partida de guerra, prisionero en el Castillo Negro;
 - [YGRITTE], una mujer del acero, amante de Jon Nieve, caída durante el ataque al Castillo Negro;

- RYK, apodado LANZALARGA, miembro de su banda;
- RAGWYLE, LENYL, miembros de su banda;
- [STYR], Magnar de Thenn, caído durante el ataque al Castillo Negro;
- SIGORN, hijo de Styr, el nuevo Magnar de Thenn;
- TORMUND, Rey del Hidromiel en el Salón Rojo, apodado MATAGIGANTES, GRAN HABLADOR, SOPLADOR DEL CUERNO y ROMPEDOR DEL HIELO, apodado también PUÑO DE TRUENO, MARIDO DE OSAS, PORTAVOZ ANTE LOS DIOSES y PADRE DE EJÉRCITOS;
- TOREGG *EL ALTO*, TORWYRD *EL MANSO*, DORMUND y DRYN, hijos de Tormund;
- MUNDA, su hija;
- EL LLORÓN, explorador y cabecilla de una partida de guerra;
- [ALFYN *MATACUERVOS*], explorador, muerto a manos de Qhorin *Mediamano*, de la Guardia de la Noche;
- [ORELL], apodado ORELL *EL ÁGUILA*, cambiapielles muerto a manos de Jon Nieve en el Paso Aullante;
- [MAG MAR TUN DOH WEG], apodado MAG *EL PODEROZO*, de los gigantes, muerto a manos de Donal Noye ante las puertas del Castillo Negro;
- VARAMYR, apodado SEISPIELES, cambiapielles, amo de tres lobos, un gatosombra y un oso de las nieves;
- [JARL], un joven explorador, amante de Val, muerto al caer del Muro;
- GRIGG *EL CABRA*, ERROK, BODGER, DEL, FORÚNCULO, DAN *EL CAÑAMEÑO*, HENK *EL TIMÓN*, LENN, DEDODELPIÉ, salvajes y exploradores;
- [CRASTER], del Torreón de Craster, asesinado por Daga, de la Guardia de la Noche, invitado bajo su techo;
- ELÍ, su hija y esposa;
- el hijo recién nacido de Elí, aún sin nombre;
- DYAH, FERNY, NELLA, tres de las diecinueve esposas de Craster.

MAS ALLÁ DEL MAR ANGOSTO

LA REINA AL OTRO LADO DEL AGUA



DAENERYS TARGARYEN, la primera de su nombre, reina de Meereen, reina de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, Señora de los Siete Reinos, Protectora del Reino, khaleesi del Gran Mar de Hierba, apodada DAENERYS DE LA TORMENTA, LA QUE NO ARDE, MADRE DE DRAGONES;

—sus dragones, *Dragon*, *Viserion*, *Rhaegal*;

—[RHAEGAR], su hermano, príncipe de Rocadragón y heredero del Trono de Hierro, muerto a manos de Robert Baratheon en el Tridente;

—[RHAENYS], la hija de Rhaegar con Elia de Dorne, asesinada durante el saqueo de Desembarco del Rey;

—[AEGON], el hijo de Rhaegar con Elia de Dorne, un niño de pecho, asesinado durante el saqueo de Desembarco del Rey;

—[VISERYS], su hermano, autoproclamado rey Viserys, el tercero de su nombre, apodado el Rey Mendigo, coronado con oro fundido;

—[DROGO], su marido, un gran *khal* de los dothrakis, muerto a causa de una herida;

—[RHAEGO], su hijo con Khal Drogo, nacido muerto, asesinado en el vientre materno por la *maegi* Mirri Maz Duur;

—su Guardia de la Reina:

— SER BARRISTAN SELMY, apodado BARRISTAN *EL BRAVO*, antes Lord Comandante de la Guardia Real del rey Robert;

—JHOGO, *ko* y jinete de sangre, el látigo;

—AGGO, *ko* y jinete de sangre, el arco;

—RAKHARO, *ko* y jinete de sangre, el *arakh*;

—BELWAS *el Fuerte*, eunuco, antiguo esclavo de los reñidores de Meereen;

—sus capitanes y comandantes:

—DAARIO NAHARIS, un extravagante mercenario tyroshi, al mando de la compañía de los Cuervos de Tormenta;

—BEN PLUMM, apodado BEN *EL MORENO*, mercenario mestizo, al mando de la compañía de los Segundos Hijos;

—GUSANO GRIS, eunuco al mando de los Inmaculados, una compañía de infantería de eunucos;

—GROLEO DE PENTOS, antes capitán de la gran coca *Saduleon*, ahora almirante sin flota;

—sus doncellas:

—IRRI y JHIQUI, dos muchachas dothrakis de dieciséis años;

—MISSANDEI, escribe e intérprete naathi;

—sus enemigos declarados o potenciales:

—GRAZDAN MO ERAZ, un noble de Yunkai;

—KHAL PONO, otrora ko de Khal Drogo;

—KHAL JHAQO, otrora ko de Khal Drogo;

—MAGGO, su jinete de sangre;

—LOS ETERNOS DE QARTH, un grupo de brujos;

—PYAT PREE, un brujo qarthiense;

—LOS HOMBRES PESAROSOS, un gremio de asesinos qarthienses;

—SER JORAH MORMONT, otrora señor de la Isla del Oso;

—[MIRRI MAZ DUUR], esposa del dios y *maegi*, sierva del Gran Pastor de Lhazar;

—sus inciertos aliados, pasados y presentes:

—XARO XHOAN DAXOS, un príncipe mercader de Qarth;

—QUAITHE, una portadora de sombras enmascarada de Asshai;

—ILLYRIO MOPATIS, magíster de la Ciudad Libre de Pentos, que concertó su matrimonio con Khal Drogo;

—CLEON *EL GRANDE*, apodado EL REY CARNICERO DE ASTAPOR;

—KHAL MORO, que fue aliado de Khal Drogo;

—RHOGORO, su hijo y *khalakka*;

—KHAL JOMMO, que fue aliado de Khal Drogo.

Por las venas de los Targaryen corre la sangre del dragón: descienden de los grandes señores del antiguo Feudo Franco de Valyria; tienen los ojos color lila, índigo o violeta, y el pelo, plateado o dorado. Para preservar la pureza de su sangre, la Casa Targaryen suele concertar sus matrimonios entre hermanos, primos, o tíos y sobrinos. El fundador de la dinastía, Aegon *el Conquistador*, se desposó con sus dos hermanas y engendró hijos varones con ambas. El estandarte de los Targaryen muestra un

dragón de tres cabezas, de gules sobre campo de sable, que representa a Aegon y a sus hermanas. Su lema es: Fuego y Sangre.

EN BRAAVOS

FERREGO ANTARYON, Señor del Mar de Braavos;
—QARRO VOLENTIN, Primera Espada de Braavos, su protector;
BELLEGERE OTHERYS, apodada LA PERLA NEGRA, una cortesana descendiente de la reina pirata del mismo nombre;
LA DAMA VELADA, LA REINA PESCADILLA, LA SOMBRA DE LUNA, LA HIJA DEL OCASO, RUISEÑOR, LA POETISA, famosas cortesanas;
TERNESIO TERYS, capitán mercante de la *Hija del Titán*;
—YORKO y DENYO, dos de sus hijos;
MOREDO PRESTAYN, capitán mercante de la *Zorra*;
LOTHO LORNEL, vendedor de libros viejos y pergaminos;
EZZELYNO, sacerdote rojo, a menudo borracho;
SEPTÓN EUSTACE, deshonrado y expulsado de la Fe;
TERRO y ORBELO, un par de jaques;
BEQQO *EL CIEGO*, un pescadero;
BRUSCO, un pescadero;
—TALEA y BREA, sus hijas;
ALLEGIRA, apodada ALEGRÍA, propietaria del Puerto Feliz, un burdel cercano al puerto del Trapero;
—LA ESPOSA DEL MARINERO, una prostituta del Puerto Feliz;
—LANNA, su hija, una joven prostituta;
—BETHANY SONROJOS, YNA *LA TUERTA*, ASSADORA DE IBBEN, las prostitutas del Puerto Feliz;
—ROGGO *EL ROJO*, GYLORO DOTHARE, GYLENO DOTHARE, un escritorzuelo apodado PLUMÍN, COSSOMO *EL CONJURADOR*, clientes del Puerto Feliz;
TAGGANARO, un ladronzuelo de los muelles;
—CASSO, apodado EL REY DE LAS FOCAS, su foca entrenada;
—PEQUEÑO NARBO, su colaborador en ocasiones;
MYRMELLO, JOSS *EL TRISTE*, QUENCE, ALLAQUO, SLOEY, comediantes que actúan todas las noches en el Barco;
S'VRONE, una prostituta portuaria con inclinaciones asesinas;
LA HIJA BORRACHA, una prostituta de temperamento variable;
JEYNE *LLAGAS*, una prostituta de sexo dudoso;

EL HOMBRE BONDADOSO y LA NIÑA ABANDONADA, sirvientes del Dios de Muchos Rostros en la Casa de Blanco y Negro;

—UMMA, la cocinera del templo;

—EL HOMBRE ATRACTIVO, EL GORDO, EL JOVEN SEÑOR, EL DEL ROSTRO SEVERO, EL BIZCO y EL HAMBRIENTO, sirvientes secretos de Dios de Muchos Rostros;

ARYA de la Casa Stark, una niña con una moneda de hierro, conocida también como ARRY, NAN, COMADREJA, PERDIZ, SALINA y GATA;

QUHURU Mo, de Árboles Altos, en las Islas del Verano, capitán del barco mercante *Viento Canela*;

—KOJJA MO, su hija, la arquera roja;

—XHONDO DHORU, contramaestre de la *Viento Canela*.

NOTA ACERCA DEL AUTOR

George R. R. Martin nació en 1948 en Bayonne (Nueva Jersey), y en la actualidad reside en Santa Fe (Nuevo México). Hijo de un estibador de familia humilde, su anhelo por conocer los destinos exóticos de los navíos que veía zarpar de Nueva York fue uno de los motivos que lo impulsaron a escribir fantasía y ciencia ficción.

Licenciado en Periodismo en 1970, en 1977 publicó su primera novela, *Muerte de la luz*, novela de culto dentro del género y obra cumbre de la ciencia ficción romántica. Desde 1979 se dedica completamente a la escritura, y de su pluma han surgido títulos como *Una canción para Lya* o *El Sueño del Fevre*, donde su prosa sugerente y poética aborda temas tan poco usuales en el género como la amistad, la lealtad, el amor o la traición, desde una perspectiva despojada de manierismos pero cargada de sensibilidad. Como antologista cabe destacar su trabajo a cargo de *Wild Cards*, antología de mundos compartidos con temática de superhéroes de gran prestigio.

A partir de 1986 colabora escribiendo guiones y como asistente para series de televisión como *The Twilight Zone* o *Beauty and the Beast*, así como en la producción de diversas series y telefilmes. En 1996 inicia la publicación de la serie de fantasía épica *Canción de Hielo y Fuego*, éxito de ventas en Estados Unidos y auténtico revulsivo del género fantástico.

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO:

1996 — *A Game of Thrones*

—*Juego de tronos*, Ed. Gigamesh, Barcelona, 2002

1998 — *A Clash of Kings*

—*Choque de reyes*, Ed. Gigamesh, Barcelona, 2003

2000 — *A Storm of Swords*

—*Tormenta de espadas* (dos tomos), Ed. Gigamesh, Barcelona, 2005

2005 — *A Feast for Crows*, en preparación

NOVELAS:

1977 — *Dying of the Light*

—*Muerte de la luz*, Ed. Edhasa, col. Nebulae núm. 33, Barcelona, 1979

- id., Ed. Gigamesh, Barcelona, 2002
1981 — *Windhaven*, con Lisa Tuttle
—Refugio del viento, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1988
1982 — *Fevre Dream*
—Sueño del Fevre (cartoné), Ed. Acervo, col. Terror, Barcelona, 1983
—id., (rústica), Ed. Acervo, col. Terror, Barcelona, 1983
—id., Ed. Gigamesh, en preparación
1983 — *The Armageddon Rag*
—El rag del Armagedón, Ed. Gigamesh, en preparación
1986 — *Tuf Voyaging*
—Los viajes de Tuf, Ed. B, col. Nova CF núm. 6, Barcelona, 1988
1990 — *Wild Cards VII: Dead Man's Hand*, con John J. Miller

RECOPILACIONES:

- 1976 — *A Song for Lya and Other Stories*
—Una canción para Lya, Luis de Caralt Ed., col. Ciencia Ficción núm. 35, Barcelona, 1974
—id., Luis de Caralt Ed., col. BUC núm. 190, Barcelona, 1982
1977 — *Songs of Stars and Shadows*
1981 — *Sandkings*
1983 — *Songs the Dead Men Sing*
—Canciones que cantan los muertos, Ed. Martínez Roca, col. Super Terror núm. 17, Barcelona, 1986
1985 — *Nightflyers*
1987 — *Portraits of His Children*
2001 — *Quartet*
2003 — *GRRM: A Retrospective*

ANTOLOGÍAS:

- 1977 — *New Voices in Science Fiction*
1979 — *New Voices II*
1980 — *New Voices III*
1981 — *New Voices IV*
1983 — *The Science Fiction Weight-Loss Book*, con Isaac Asimov y Martin H.

Greenberg

- 1984 — *The John W. Campbell Awards, Volume 5*
- 1986 — *Night Visions 3*
- 1987 — *Wild Cards*
 - Wild Cards II: Aces High*
 - Wild Cards III: Jokers Wild*
- 1988 — *Wild Cards IV: Aces Abroad*
- Wild Cards V: Down and Dirty*
- 1990 — *Wild Cards VI: Ace in the Hole*
- Wild Cards VII: Dead Man's Hand*, con John J. Miller
- 1991 — *Wild Cards VIII: One-Eyed Jacks*
- Wild Cards IX: Jokertown Shuffle*
- 1992 — *Wild Cards X: Double Solitaire*
- Wild Cards XI: Dealer's Choice*
- 1993 — *Wild Cards XII: Turn of the Cards*
- Wild Cards XIII: Card Sharks*
- 1994 — *Wild Cards XIV: Marked Cards*
- Wild Cards XV: Black Trump*
- 2002 — *Wild Cards XVI: Deuces Down*
- 2005 — *Wild Cards XVII: Five Card Draw* (en preparación)

PREMIOS:

- 1975 — Hugo por "Una canción para Lya" (en *Los Premios Hugo 1973—1975*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1988)
- 1976 — Locus por "The Storms of Windhaven" (fragmento de *Refugio del viento*)
- 1977 — Locus por *Una canción para Lya*
- 1979 — Nebula por "Los reyes de la arena" (en *Lo mejor de los premios Nebula*, Ed. B, col. Nova CF, Barcelona, 1994)
- 1980 — Hugo y Locus por "Los reyes de la arena" (id.)
- Hugo y Locus por "El camino de la cruz y el dragón" (en *Los Premios Hugo 1980—1982*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1991)
- 1981 — Locus por "Nightflyers"
- 1982 — Locus por "Guardianes" (en *Los viajes de Tuf*)
- Locus por Sandkings
- 1983 — Seiun (Japón) por "Nightflyers"
- 1984 — Locus por "El tratamiento del mono" (en *Canciones que cantan los muertos*)

- 1984 — Gigamesh de terror por *Sueño del Fevre*
1985 — Nebula por "Retrato de sus hijos" (en *Premios Nebula 1985*, Ed. B, col. Libro amigo núm. 39, Barcelona, 1987)
1987 — Gigamesh de terror por *Canciones que cantan los muertos*
1988 — Bram Stoker por "The Pear-Shaped Man"
1989 — World Fantasy por "Cambiando de piel" (en *Visiones nocturnas*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Terror, Barcelona, 1991)
—Gigamesh de ciencia ficción por Los viajes de Tuf
1997 — Locus de fantasía por *Juego de tronos*
—Hugo por "Blood of the Dragon" (Sangre de dragón, fragmento de Juego de tronos, Ed. Gigamesh, Barcelona, 2003)
1999 — Locus de fantasía por *Choque de reyes*
2001 — Science Fiction Weekly por *Tormenta de espadas*
—Locus de fantasía por Tormenta de espadas
2002 — Geffen (Israel) de fantasía por *Tormenta de espadas*
2003 — Ignatus (España) por *Juego de tronos*
2004 — Skylark (NESFA) por *Quartet*
—Ignatus (España) por Choque de reyes
—Ignatus (España) por "El dragón de hielo" (en Gigamesh 34, Ed. Gigamesh, Barcelona, 2003)

GEORGE R. R.
MARTIN

DANZA DE DRAGONES

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO / 5



se



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Tras un largo e infructuoso peregrinaje por las Ciudades Libres para recabar recursos que le permitan reclamar el Trono de Hierro, Daenerys de la Tormenta decide asentarse en Meereen y gobernar la ciudad. Pero esa labor tampoco está exenta de peligros: sus enemigos proliferan, y en los Siete Reinos se tejen redes de conspiraciones de variada índole, todas atraídas por el inmenso poder de los dragones. Mientras tanto, en el Norte, asolado tras la guerra y abandonado a los salvajes que cruzaron el Muro, Jon Nieve se ve obligado a ejercer una delicada diplomacia para preservar la vigilia de la Guardia de la Noche frente a la amenaza que se aproxima implacable y ominosa hacia Poniente.

George R. R. Martin demuestra de nuevo su genio narrativo al retomar personajes y tramas, e hilvanar con todos estos elementos una entrega que, pese a su tremenda complejidad, no decae un ápice en interés ni intensidad. Danza de dragones jalona hasta el momento una saga que, gracias a su impecable adaptación televisiva, pero sustentada en todo momento por sus propios méritos, ha logrado trascender las barreras de los géneros y se ha convertido en un fenómeno mundial y en una de las obras de referencia de la literatura contemporánea. Mientras el trono de Poniente sigue en el aire, Martin se ha erigido ya en soberano indiscutido de verdaderas huestes de lectores de toda ralea.



George R. R. Martin

**Danza de dragones
Canción de hielo y fuego - 5**

Este va para mis seguidores.

*Para Lodey, Trebla, Stego, Pod,
Caress, Yags, X-Ray y Mr. X;
para Kate, Chataya, Mormont,
Mich, Jamie, Vanessa y Ro;
para Stubby, Louise,
Agravaine, Wert, Malt, Jo,
Mouse, Telisiane, Blackfyre,
Bronn Stone, Coyote's Daughter,
y el resto de los locos y las salvajes
de la Brotherhood Without Banners.*

*Para los magos de mi web,
Elio y Linda, señores de Westeros;
Winter y Fabio, de WIC,
y Gibbs, de Dragonstone,
que lo puso todo en marcha.*

*Para los hombres y mujeres de Asshai, en España,
que nos cantaron sobre un oso y una hermosa doncella,
y para los fabulosos seguidores de Italia
que tanto vino me dieron;
para mis lectores de Finlandia, Alemania,
Brasil, Portugal, Francia, los Paises Bajos
y todas las demás tierras lejanas
donde habéis estado esperando esta danza.*

*Y para todos los amigos y seguidores
que aún me quedan por conocer.*

Gracias por vuestra paciencia.

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

El trabajo editorial es, en ocasiones, tremadamente ingrato: son tantos los detalles que hay que tener en cuenta que ni todo el tiempo del mundo, ni todo el esmero, ni las toneladas de cariño que le ponemos evita que algo salga mal. Siempre sale algo mal. Y si, en algún momento, las carencias quedan disimuladas por la calidad del libro, tanto en contenido como en forma, el reconocimiento se obtiene a través de la ausencia de quejas. Asumimos, pues, la maldición del editor que se debe a su catálogo, y no al balance anual.

Cuando empezamos la andadura de traducir al castellano *Canción de hielo y fuego* no sabíamos en qué berenjenal nos estábamos metiendo. Si bien no teníamos ninguna duda de la calidad de la obra y del talento de George R. R. Martin, hubo momentos de incertidumbre. Pero el tiempo ha respaldado la apuesta, y desde aquel invierno del 2002 en que imprimimos una primera edición modesta de *Juego de tronos* hasta este *Danza de dragones* que tienes hoy en tus manos, miles y miles de lectores han quedado fascinados por la magia de esta historia, y han engrosado las filas de una incommensurable legión de admiradores. Admiradores que han estado esperando con ansiedad. Esperamos colmar las expectativas sin que se resienta nuestra prioridad: que el libro, en su totalidad, cumpla con las más altas exigencias.

Por otra parte, reconocemos que disfrutamos del proceso de edición, no tan solo por la satisfacción de un trabajo que creemos bien hecho, sino por los magníficos profesionales (y mucho mejores personas) que han colaborado con la editorial en todas las áreas, con un compromiso hacia los lectores que va más allá de cualquier agradecimiento.

Aun así, no podemos dejar de mencionarlos, dado que, sin ellos, esta *Danza de dragones* quedaría, de alguna manera, incompleta. Así que nuestro infinito agradecimiento a Ana Díaz Eiriz, Virginia Sáenz y Marino Santirso, porque sus ojos ven más allá del Muro de nuestro idioma; a los hombres y mujeres de Asshai, y en especial a Joan Miquel Cano y a David Alcoy, por la comprensión y el cariño puesto en la saga y en el autor; a Adela Ibáñez, porque sin ella esta *Canción* tendría unas estrofas muy diferentes, y a ti, lector, por seguir ahí esperando con infinita paciencia el batir de las alas de los dragones en estas páginas y en nuestra imaginación. Gracias.

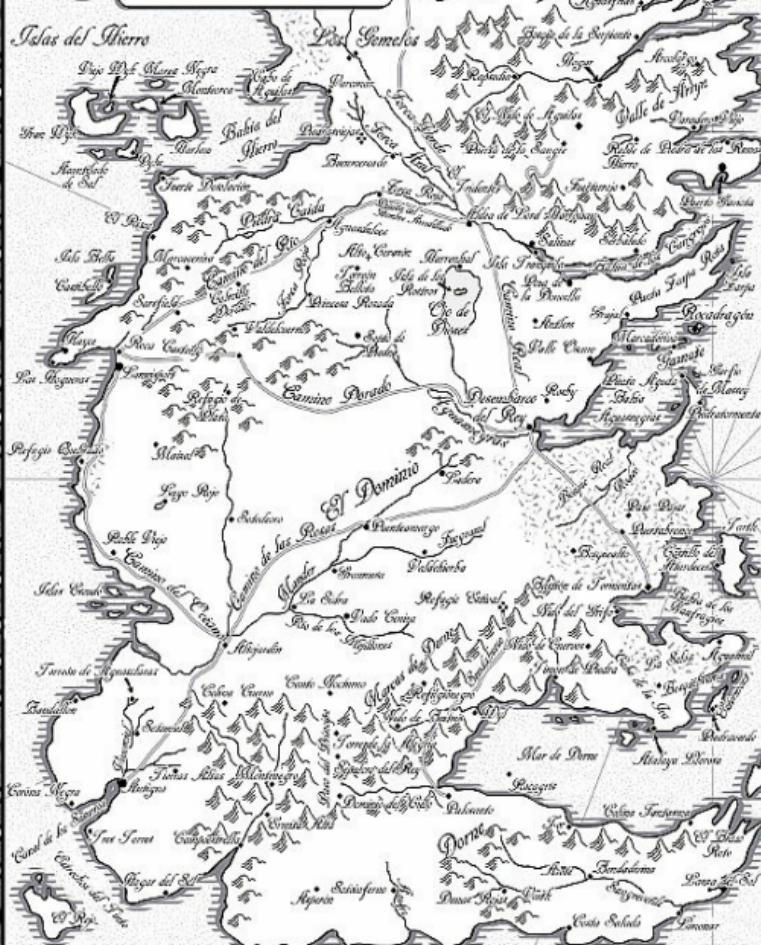
El Norte

- Ciudades • Pueblos • Castillos
- Reinas • Castillos en ruinas



El Sur

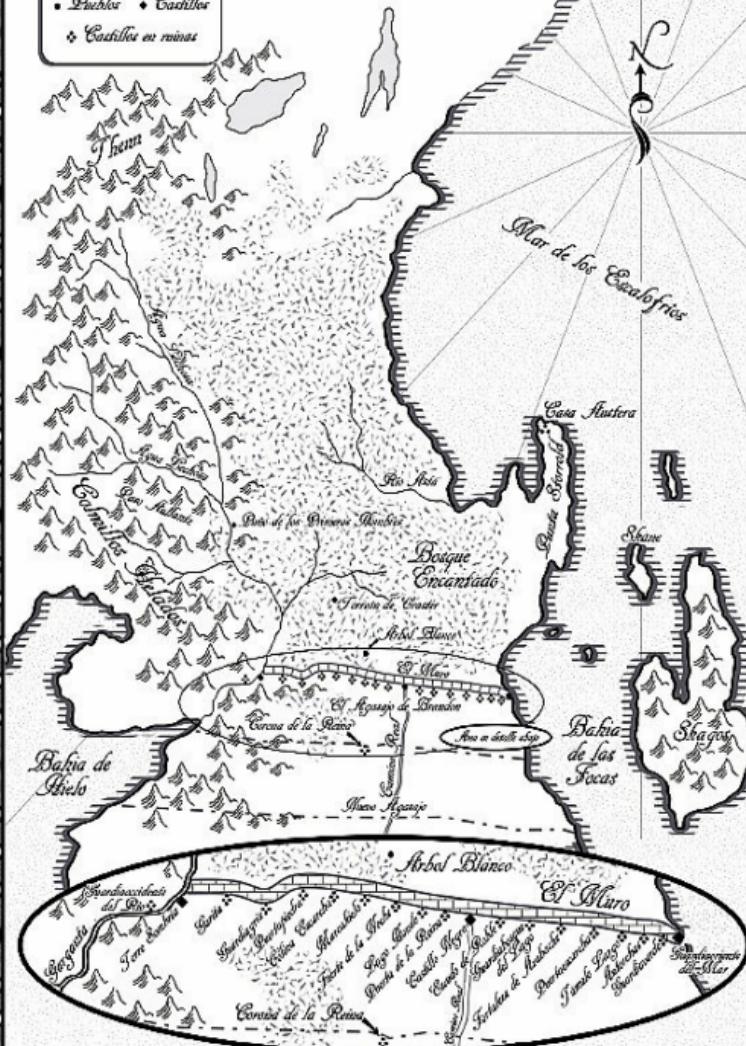
- *Endiades* • *Duchesne* • *Castillo*
• *Raines* ♦ *Castillo en ruinas*

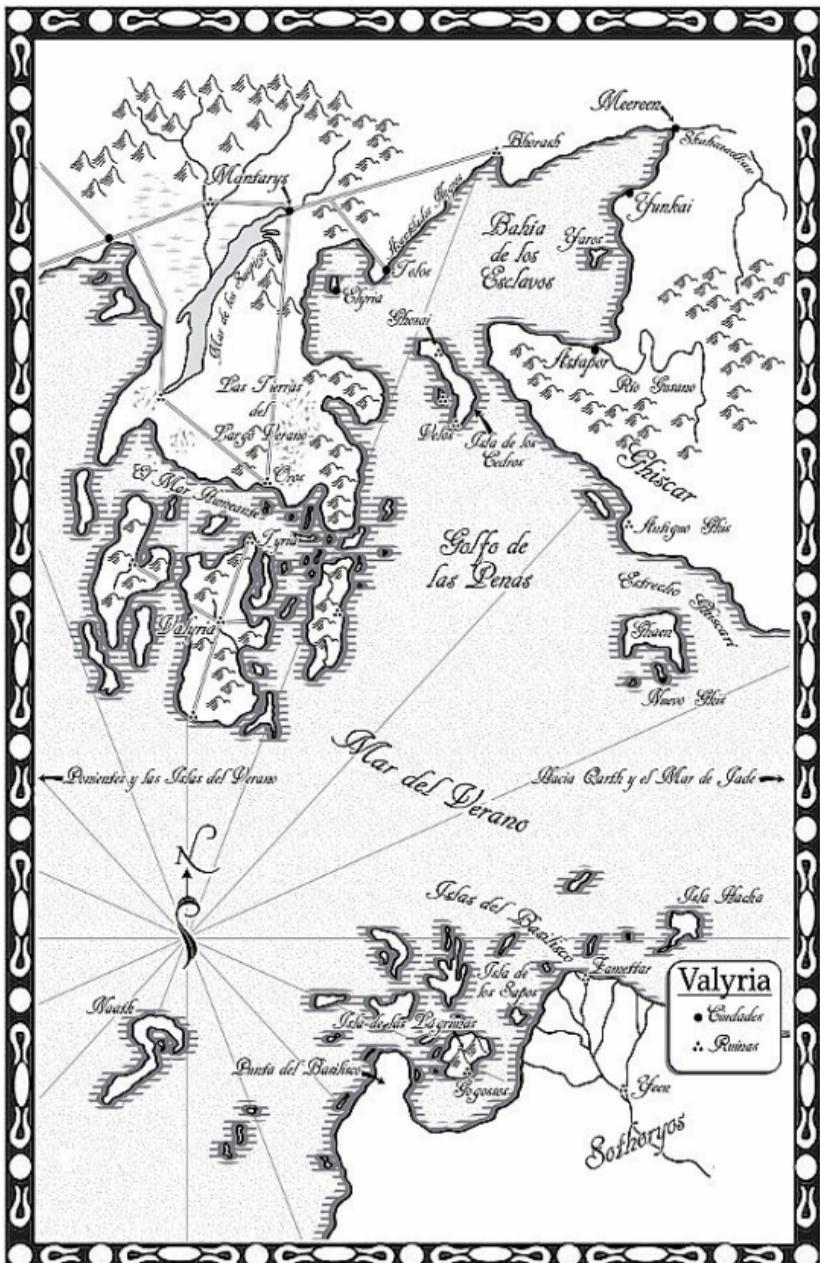


*Las Tierras del Eterno Invierno
(Sin Cartografiar)*

Más allá del Muro

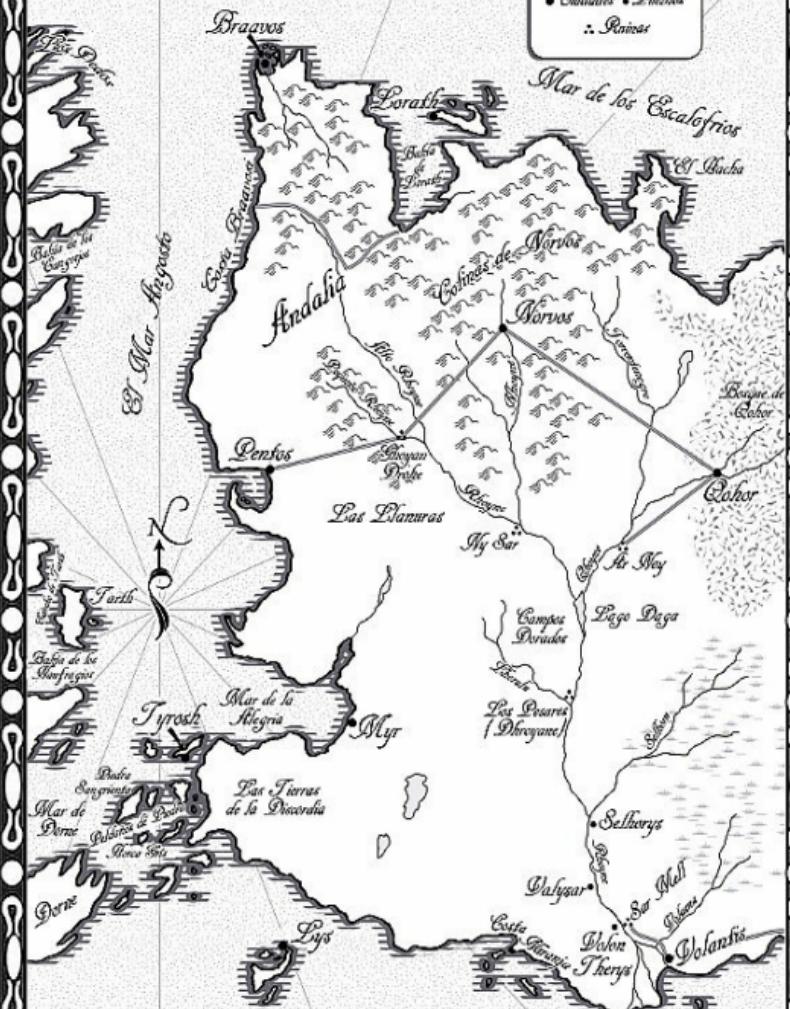
- Pueblos • Casilleros
♦ Casilleros en ruinas





Las Cuidades Libres

• Guidelines • Problems
• Games



El anterior fue jodido. Este ha sido el triple de jodido y además un hijo de puta. De nuevo, mi gratitud a mis sufridos editores a lo largo del tiempo: a Jane Johnson y a Joy Chamberlain de Voyager; y a Scott Shannon, Nita Taublib y Anne Groell de Bantam. Su compresión, su buen humor y sus sabios consejos me ayudaron en las partes más difíciles, y nunca podré agradecerles lo suficiente su paciencia.

Gracias también a mis agentes, igual de pacientes y de gran ayuda: Chris Lotts, Vince Gerardis, el fabuloso Kay McCauley y el difunto Ralph Vicinanza. Ralph, ojalá estuvieras aquí para compartir este día.

Y gracias a Stephen Boucher, el australiano trotamundos que me ayuda a mantener mi ordenador engrasado y a punto cuando se pasa por Santa Fe a desayunar un burrito (en Navidad) con bacon y jalapeños.

De vuelta al hogar, también me corresponde dar las gracias a mis queridos amigos Melinda Snodgrass y Daniel Abraham por su apoyo y su ayuda, a mi webmaster Pati Nagle por mantener mi rincón en Internet, y a la maravillosa Raya Golden por los almuerzos, el arte y ese inquebrantable buen humor que ayudó a iluminar hasta los días más oscuros cerca de la estación Terrapin. Aunque intentara robarme el gato.

Me ha llevado mucho tiempo danzar esta danza, pero seguro que me hubiera llevado el doble si no hubiera sido por la ayuda de mi leal (y mordaz) acólito y a veces compañero de viaje Ty Franck, que se ocupa de mi ordenador cuando no está Stephen, mantiene a las hordas voraces lejos de mi puerta virtual, corrige mis errores, archiva mis cosas, me hace cafés, camina el camino y cobra diez mil dólares por cambiar una bombilla... Todo esto mientras escribe sus propios e increíbles libros los miércoles.

Por último, pero ni muchísimo menos la última, todo mi amor y mi gratitud a mi esposa, Parris, que ha bailado cada paso de esta danza conmigo. Té quiero, Phipps.

GEORGE R. R. MARTIN
13 de mayo de 2011

ACLARACIÓN SOBRE LA CRONOLOGÍA

Ha pasado mucho tiempo entre libro y libro, ya lo sé, así que quizás se imponga recordar unas cuantas cosas.

El libro que tenéis entre manos es el quinto volumen de *Canción de hielo y fuego*. El cuarto fue *Festín de cuervos*, pero este libro no es una continuación en el sentido tradicional, ya que la acción es simultánea.

Tanto *Danza* como *Festín* retoman la trama inmediatamente después de los acontecimientos narrados en *Tormenta de espadas*, el tercer volumen de la serie. *Festín* se centra en lo que sucede en Desembarco del Rey y sus alrededores, así como en Dorne y las islas del Hierro, mientras que *Danza* nos transporta al norte, hasta el Castillo Negro, el Muro y más allá, y también al otro lado del mar Angosto, a Pentos y la bahía de los Esclavos, para retomar las vivencias de Tyrion Lannister, Jon Nieve, Daenerys Targaryen y todos esos personajes que echasteis de menos en el volumen anterior. Son dos libros paralelos, no consecutivos, que no se dividen por la cronología, sino por la geografía.

Aunque solo hasta cierto punto.

Danza de dragones es más largo que *Festín de cuervos* y cubre un periodo mayor. En la segunda mitad de este libro veréis que reaparecen personajes de *Festín de cuervos*. Eso significa exactamente lo que significa: que la narración ha avanzado más allá del punto en que terminaba *Festín*, y los dos hilos han vuelto a unirse.

A continuación llegará *Vientos de invierno*, donde espero que volvamos a temblar de frío todos juntos.

GEORGE R. R. MARTIN

Abril del 2011

PRÓLOGO

La noche apestaba a hombre.

El cambiapieles se detuvo al pie de un árbol y olfateó el aire, con el pelaje pardusco moteado de sombras. Una ráfaga del viento que soplaban entre los pinos llevó hasta él el olor del hombre, por encima de otros más sutiles que hablaban del zorro y la liebre, de la foca y el venado, incluso del lobo. Sabía que estos también eran olores del hombre: el hedor de pieles viejas, muertas, agriadas, casi sofocado por otros más intensos: los del humo, la sangre y la putrefacción. Solo el hombre despojaba a otras bestias de su piel y usaba sus cueros y pelajes para vestirse.

Los cambiapieles no temían al hombre como lo temían los lobos. El odio y el hambre se le agolparon en el vientre, y dejó escapar un gruñido grave para llamar a su hermano tuerto y a su hermana menuda y astuta. Se lanzó corriendo entre los árboles, y su manada lo siguió de cerca. Los otros también habían captado el olor. Mientras corrían, veía por los ojos de sus acompañantes y se divisaba a sí mismo al frente. El aliento de la manada se alzaba en bocanadas cálidas y blancas que brotaban de las alargadas fauces grises. Se les había formado hielo entre los dedos, duro como la piedra, pero había empezado la cacería; la presa aguardaba.

«Carne», pensó el cambiapieles.

Por sí mismo, el hombre era poca cosa. Grande y fuerte, sí, y con buena vista, pero duro de oído y sin olfato. El ciervo, el alce y hasta la liebre eran más veloces; el oso y el jabalí, más fieros. Sin embargo, en manada, los hombres eran peligrosos. Cuando estuvieron más cerca de la presa, el cambiapieles oyó el berrido de un cachorro, el crujido de la nieve caída la noche anterior al quebrarse bajo las torpes patas del hombre, el tableteo de las pieles duras y las largas zarpas grises que llevaban los hombres.

«Espadas —le susurró una voz en su interior—. Lanzas».

A los árboles les habían salido dientes de hielo que los amenazaban desde las ramas desnudas. Un Ojo avanzó veloz por la maleza, levantando la nieve a su paso. La manada lo siguió colina arriba, ladera abajo, hasta que ya no hubo más bosque y tuvo a los hombres ante sí. Uno era hembra, y el bulto envuelto en pieles al que se aferraba era su cachorro.

«Déjala para después; los peligrosos son los machos», le susurró la voz. Se rugían entre sí como era habitual en los hombres, pero el cambiapieles olió su terror. Uno llevaba un colmillo de madera tan alto como él mismo. Se lo lanzó, pero le temblaba la mano, y el colmillo le pasó volando por encima de él.

La manada cayó sobre ellos.

Su hermano tuerto derribó al lanzadientes contra un ventisquero y le desgarró el cuello mientras se debatía. Su hermana, sigilosa, se situó tras el otro macho y

lo atacó por la espalda. De esa manera solo quedaron para él la hembra y el cachorro.

La hembra también tenía un colmillo, pequeño y de hueso, pero lo soltó en cuanto las fauces del cambiapiés se le cerraron alrededor de la pierna. Cayó rodeando con ambos brazos al escandaloso cachorro. No era más que piel y huesos bajo la ropa, pero tenía las mamas llenas de leche. La carne más tierna era la del cachorro. El lobo guardó los trozos más sabrosos para su hermano. La nieve helada fue tiñéndose de rosa y rojo en torno a los cadáveres a medida que la manada se llenaba la barriga.

A leguas de allí, en una choza de adobe y hierba seca sin paredes interiores, con suelo de tierra prensada y techo de paja con un agujero para el humo, Varamyr se estremeció, tosió y se humedeció los labios. Tenía los ojos enrojecidos, los labios agrietados y la garganta seca como la arena, pero el sabor de sangre y grasa le impregnaba la boca aunque su vientre hinchado pedía comida a gritos.

«Carne de bebé —pensó acordándose de Chichón—. Carne humana».

¿Había caído tan bajo como para ansiar carne humana? Casi le parecía oír la voz gruñona de Haggon: «El hombre come carne de animales y los animales comen carne de hombre, pero el hombre que come carne de hombre es una abominación».

«Abominación. —La palabra favorita de Haggon—. Abominación, abominación, abominación». Comer carne humana era una abominación; aparearse como lobo con otro lobo era una abominación; apoderarse del cuerpo de otra persona era la peor abominación posible.

«Haggon era débil y tenía miedo de su propio poder. Murió solo y lloriqueando, y no hasta que le arranqué la segunda vida. —El propio Varamyr había devorado su corazón—. Fue mucho lo que me enseñó, sin duda. Lo último que aprendí de él fue el sabor de la carne humana».

Pero eso había sido como lobo. Nunca había comido carne humana con dientes de hombre. Aun así, no reprochaba a la manada el banquete que se había dado. Los lobos estaban tan hambrientos como él: flacos, helados, famélicos; en cuanto a su presa...

«Dos hombres y una mujer con un bebé; huían de la derrota a la muerte. De cualquier manera, no habrían tardado en morir de frío o inanición. Esto ha sido mejor, más rápido. Misericordioso».

—Misericordioso —repitió en voz alta.

Tenía la garganta seca, pero era agradable oír una voz humana, aunque fuera la suya. El aire pestaba a moho y humedad; el suelo era frío y duro, y la hoguera proporcionaba más humo que calor. Se acercó a las llamas tanto como se atrevió, entre toses y estremecimientos. Le dolía el costado, allí donde se le había abierto la herida. La sangre le había empapado los calzones hasta la rodilla

antes de secarse para formar una costra dura y pardusca.

—Te he cosido como mejor he podido —le había advertido Abrojo—, pero ahora tienes que reposar para que cicatrice, o se te volverán a abrir las carnes.

Abrojo había sido su última acompañante: una mujer de las lanzas, dura como una raíz recrecida, llena de verrugas, de piel curtida. Los demás los habían ido abandonando por el camino: uno a uno se fueron quedando atrás, o se les adelantaron rumbo a sus antiguas aldeas, o hacia el Agualechosa, o a Casa Austera, o hacia una solitaria muerte en el bosque. No le importaba gran cosa qué suerte hubieran corrido.

« Debería haberme apoderado de alguno. De uno de los gemelos, o del grandullón de las cicatrices, o del joven pelirrojo». Pero le había dado miedo. Otra persona podría haberse dado cuenta, y entonces se habrían vuelto contra él y lo habrían matado. Las palabras de Haggan pesaban demasiado, y dejó escapar la ocasión.

Habían sido millares los que llegaron al bosque tras la batalla: hombres y mujeres tambaleantes, hambrientos, asustados, que huían de la carnicería del Muro. Algunos hablaban de volver a las casas que habían dejado atrás y otros de preparar un segundo ataque contra la puerta, pero casi todos estaban perdidos, desorientados, sin la menor idea de adónde ir ni qué hacer. Habían logrado escapar de los cuervos de capa negra y de los caballeros de acero gris, pero en el bosque los acechaban enemigos mucho más implacables. Cada día que pasaba dejaba más cadáveres a lo largo de los senderos. Unos morían de hambre; otros, de frío; otros sucumbían a la enfermedad. A algunos los mataban quienes habían sido sus hermanos de armas en el viaje hacia el sur con Mance Rayder, el Rey-más-allá-del-Muro.

« Mance ha caído», se decían los supervivientes con desesperación. « Mance está prisionero». « Mance ha muerto».

—Harma ha muerto y a Mance lo han capturado; los demás huyeron y nos abandonaron —le había explicado Abrojo mientras le cosía la herida—. Tormund, el Llorón, Seispieles, todos esos valientes... ¿Dónde están?

« No sabe quién soy —comprendió Varamyr en aquel momento—. Claro, ¿cómo iba a reconocerme? —Sin sus bestias no tenía nada de grandioso—. Yo era Varamyr Seispieles; compartí el pan con Mance Rayder. —Había elegido para sí el nombre de Varamyr a los diez años—. Un nombre digno de un señor, un nombre para las canciones, un nombre poderoso y temible». Y aun así había huido de los cuervos como un conejo aterrado. El temible lord Varamyr se había acobardado, pero no estaba dispuesto a permitir que ella lo supiera, así que le dijo a la mujer de las lanzas que se llamaba Haggan. Más tarde se preguntaría por qué había elegido aquel nombre de entre todos los posibles. « Me comí su corazón y me bebí su sangre, y aun así sigue persiguiéndome».

Un dia, mientras huían, llegó un flaco caballo blanco al galope, y su jinete les

gritó que tenían que dirigirse hacia el Agualechosa, que el Llorón estaba organizando un grupo de guerreros para cruzar el puente de los Cráneos y tomar la Torre Sombría. Muchos lo siguieron; muchos más, no. Más adelante, un guerrero de gesto adusto cubierto de pieles y ámbar fue de hoguera en hoguera para instar a los supervivientes a que se dirigieran al norte y se refugiaran en el valle de los thenitas. Varamyr no llegó a saber por qué se suponía que el valle era un lugar seguro cuando sus propios habitantes lo habían abandonado, pero tuvo cientos de seguidores. Otros cientos fueron en pos de la bruja de los bosques, que había tenido una visión de una flota arribada para trasladar al pueblo libre hacia el sur.

—¡Tenemos que buscar el mar! —había gritado Madre Topo, y sus seguidores se encaminaron hacia el este.

De haber tenido más fuerzas, Varamyr habría ido con ellos. Pero el mar era frío y gris, y estaba muy lejos, y sabía que no viviría para verlo. Había estado muerto o moribundo nueve veces, y esa muerte sería la verdadera.

«Una capa de piel de ardilla —recordó—. Me apuñaló por una capa de piel de ardilla».

Su propietaria había muerto, con la parte trasera de la cabeza destrozada, convertida en pulpa roja y astillas de hueso, pero la capa parecía gruesa y cálida. Estaba nevando y Varamyr había perdido la ropa en el Muro: las pieles con que se arrebujaba para dormir, las prendas interiores de lana, las botas de cuero de oveja, los guantes con forro de pelo, sus reservas de comida e hidromiel, los mechones de cabello que guardaba de las mujeres con las que se acostaba y hasta las pulseras de oro que le había regalado Mance... Lo había perdido todo; todo había tenido que dejarlo atrás.

«Ardí, morí, y luego hui enloquecido de dolor y de miedo. —El mero recuerdo hacía que volviera a avergonzarse, pero no había sido el único en huir. Habían sido muchos, cientos, miles—. Habíamos perdido el combate. Habían llegado los caballeros, invulnerables con sus armaduras de acero, y mataban a todo aquel que prefería quedarse y seguir luchando. Había que elegir entre la huida y la muerte». Pero no había resultado tan fácil escapar de la muerte. Al encontrarse en el bosque con el cadáver de la mujer, Varamyr se arrodilló para quitarle la capa y no vio al niño hasta que saltó de su escondrijo para clavarle en el costado el largo cuchillo de hueso y arrancarle la capa de las manos.

—Era su madre —le explicó Abrojo más adelante, después de que el chico escapara—. Era la capa de su madre, y al ver que se la estabas robando...

—Estaba muerta —replicó Varamyr. Entrecerró los ojos cuando la aguja de hueso le perforó la carne—. Le habían machacado la cabeza; debió ser cosa de un cuervo.

—No fue ningún cuervo, fueron unos pies de cuerno, que lo vi yo. —Tiró de la aguja para cerrarle el tajo del costado—. Son unos salvajes. ¿Quién va a

doblegarlos ahora?

« Nadie. Si Mance ha muerto, el pueblo libre está perdido». Los thenitas, los gigantes, los pies de cuerno, los moradores de las cuevas con sus dientes afilados, los hombres de la orilla oeste con sus carros de hueso... Todos estaban perdidos, hasta los cuervos. Tal vez aquellos cabrones de capa negra no lo supieran aún, pero morirían igual que los demás. El enemigo estaba cada vez más cerca.

La voz rasposa de Haggan le volvió a resonar en la mente: « Morirás una docena de muertes, chico, y te dolerán todas, desde la primera hasta la última. Pero, cuando te llegue la muerte verdadera, vivirás de nuevo. Tengo entendido que la segunda vida es más sencilla, más grata» .

Varamyr Seispieles no tardaría en comprobarlo personalmente. Notaba el sabor de la muerte verdadera en el humo acre que impregnaba el aire; la sentía en la calidez que palpaban sus dedos cuando se introducía una mano bajo la ropa para tocarse la herida. Además, tenía el frío dentro, un frío implacable que se le había metido en los huesos. En esa ocasión iba a matarlo el frío.

Su última muerte la había causado el fuego.

« Ardí». Al principio, confuso, creyó que un arquero del Muro le había acertado con una flecha llameante, pero el fuego ya estaba en su interior, consumiéndolo desde dentro. Y el dolor...

Ya había muerto nueve veces. En una ocasión lo atravesó una lanza; en otra fueron los dientes de un oso en el cuello; en otra, la pérdida de sangre al dar a luz a un cachorro muerto. La primera muerte le sobrevino con solo seis años, cuando su padre le destrozó el cráneo con un hacha; pero ni aquello había sido tan atroz como el fuego en las entrañas, chisporroteándose en las alas, devorándolo. Trató de huir volando, pero el pánico avivó las llamas, que ardieron con más virulencia. Un momento atrás estaba muy por encima del Muro, controlando los movimientos de los hombres del suelo con sus ojos de águila. De repente, las llamas le transformaron el corazón en cenizas ennegrecidas y le devolvieron el espíritu a su propia piel entre aullidos. Llegó a perder la razón durante un rato. El mero recuerdo lo hacía estremecer.

Fue entonces cuando advirtió que se había apagado la hoguera.

Solo quedaban unos restos carbonizados de madera con unas pocas ascuas entre las cenizas.

« Aún sale humo; solo falta leña». Apretando los dientes para contener el dolor, se arrastró hasta el montón de ramas rotas que había juntado Abrojo antes de irse a cazar y echó unos palos a las cenizas.

—Prende —graznó—. Arde, ¡arde!

Sopló sobre las brasas al tiempo que elevaba una plegaria muda a los dioses sin nombre del bosque, la colina y el campo.

Los dioses no respondieron. Poco más tarde, el humo también desapareció. La choza estaba enfriándose por momentos. Varamyr no tenía y escasa, pedernal ni

incendaja. Le resultaría imposible volver a encender la hoguera.

—Abrojo —llamó con la voz ronca, quebrada por el dolor—. ¡Abrojo!

Era una mujer de barbilla puntiaguda y nariz aplastada, con un enorme lunar en la mejilla del que crecían cuatro cerdas negras. Era un rostro feo, hosco, pero en aquel momento habría dado cualquier cosa por verlo asomar por la puerta de la choza.

«Tendría que haberme apoderado de ella antes de que se marchara». ¿Cuánto hacía que se había ido? ¿Dos días? ¿Tres? No lo sabía a ciencia cierta. Dentro de la choza reinaba la oscuridad, y se había dejado llevar por el sueño en más de una ocasión, de modo que no podía estar seguro de si era de día o de noche.

—Espera aquí —le había dicho la mujer—. Voy a buscar comida.

Así que se había quedado esperando como un imbécil, soñando con Haggan, con Chichón y con todas las cosas malas que había hecho en su ya larga vida, pero habían pasado días y noches sin que Abrojo regresara.

«No va a volver». Se preguntó si no lo habría traicionado. Tal vez supiera qué pensaba con solo mirarlo, o quizás él hubiera hablado en sus sueños febres.

—Abominación —oyó decir a Haggan.

Era casi como si estuviera allí, en la choza con él.

—No es nada más que una mujer de las lanzas, y fea para más señas —replicó—. Yo soy un gran hombre. Soy Varamyr, el cambiapieles. No es justo que ella viva y yo tenga que morir. —Nadie respondió, puesto que no había nadie. Abrojo se había ido. Lo había abandonado, como todos los demás.

Hasta su propia madre lo había abandonado. «Lloró por Chichón, pero no por mí». La mañana en que su padre lo sacó de la cama para entregarlo a Haggan, su madre no quiso ni mirarlo. El niño chilló y pataleó mientras su padre lo arrastraba por el bosque, hasta que lo abofeteó y le dijo que se callara.

—Tu sitio está entre los de tu calaña —fue lo único que le dijo antes de soltarlo a los pies de Haggan.

«Y era verdad —pensó, tiritando—. Haggan me enseñó mucho, mucho. Me enseñó a cazar y pescar, a despiezar un animal muerto, a quitar las espinas del pescado y a orientarme en el bosque. Me enseñó las costumbres y secretos de los cambiapieles, aunque mi don era mucho más fuerte que el suyo».

Años más tarde había tratado de dar con sus padres para decírles que su pequeño Bulto se había convertido en el gran Varamyr Seispieles, pero los dos estaban ya muertos e incinerados. Ya formaban parte de los árboles y los arroyos, de las rocas y la tierra. Polvo y cenizas. Eso era lo que le había dicho la bruja de los bosques a su madre el día de la muerte de Chichón. Bulto no quería convertirse en un puñado de tierra. El niño soñaba con el día en el que los bardos cantarían sus hazañas y las mujeres hermosas lo cubrirían de besos.

«Cuando me haga mayor seré el Rey-más-allá-del-Muro —se había

prometido. No llegó a tanto, pero estuvo cerca. Los hombres temían el nombre de Varamyr Seispieles. Acudía a la batalla a lomos de una osa de las nieves de casi cinco varas de altura, seguido por tres lobos y un gatosombra, y se sentaba a la derecha de Mance Rayder—. Por culpa de Mance estoy aquí. No debería haberle hecho caso. Debería haberme metido en mi osa para despedazarlo».

Hasta la llegada de Mance, Varamyr Seispieles era un señor, en cierto modo. Vivía solo, servido por sus bestias, en la cabaña de barro, musgo y troncos que había pertenecido a Haggan. Cobraba tributo en pan, sal y sidra a una docena de aldeas, que también le proporcionaban frutas y verduras de sus huertos. La carne se la procuraba él. Cada vez que deseaba a una mujer, enviaba a su gatosombra a acecharla, y la muchacha en la que hubiera puesto el ojo lo seguía dócilmente a la cama. Alguna que otra llegaba llorando, sí, pero llegaba. Varamyr les daba su semilla, se quedaba con un mechón de su pelo para recordarlas y las mandaba de regreso a casa. De cuando en cuando, un héroe de pueblo se le acercaba lanza en ristre con intención de acabar con la bestia y salvar a una hermana, una amante o una hija. A esos los mataba, pero a las mujeres nunca les hizo daño. Incluso bendijo con hijos a más de una.

«Mocosos. Críos menudos y flacos, como Bulto. Ninguno de ellos tenía el don».

El miedo hizo que se pusiera en pie, tambaleante. Se sujetó el costado para detener la sangre que le rezumaba de la herida, caminó como pudo hasta la puerta, apartó la harapienta piel de la entrada y se encontró frente a una muralla blanca. Nieve. No era de extrañar que el interior de la choza estuviera tan oscuro y lleno de humo: la nieve la había cubierto por completo.

Varamyr empujó la nieve, que se desmoronó aún blanda y húmeda. En el exterior, la noche era blanca como la muerte. Jirones de nubes pálidas rendían pleitesía a la luna de plata ante la mirada fría de miles de estrellas. Divisó los montículos de otras chozas enterradas en la nieve y, más allá, la sombra de un arciano con su armadura de hielo. Al sur y al oeste, las colinas eran una vasta extensión blanca donde lo único que se movía era la nieve agitada por el viento.

—Abrojo —llamó Varamyr con voz débil. ¿Cuánto podía haberse alejado?—. Abrojo. Mujer. ¿Dónde estás?

A lo lejos, un lobo aulló.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Varamyr. Conocía bien aquel aullido, tanto como Bulto conocía la voz de su madre. Un Ojo. Era el mayor de sus tres lobos, el más grande, el más fiero. Cazador era más esbelto, más rápido, más joven; Astuta, más taimada. Pero los dos temían a Un Ojo, porque el viejo lobo era indómito, despiadado, feroz.

Varamyr había perdido el control sobre sus otras bestias durante la agonía del águila. Su gatosombra había huido al bosque, mientras que su osa de las nieves se había vuelto contra los que la rodeaban y destrozado a cuatro hombres a zarpazos

antes de que la mataran de una lanzada. Habría acabado con el propio Varamyr si se hubiera puesto a su alcance. Aquella osa lo odiaba a muerte; se resistía rabiosa cada vez que se metía en su piel o la usaba de montura. En cambio, sus lobos...

«Mis hermanos. Mi manada. —Había pasado más de una noche fría durmiendo entre sus lobos, que le proporcionaban calor con los cuerpos peludos —. Cuando muera, devorarán mi carne; el deshielo de la primavera solo encontrará mis huesos». Curiosamente, la idea le resultaba reconfortante. Sus lobos le habían proporcionado alimento muchas veces en sus expediciones, de modo que era justo que él les proporcionara alimento a su vez. Hasta era posible que empezara la segunda vida arrancando a dentelladas la carne cálida y muerta de su propio cadáver.

El animal al que más fácil resultaba unirse era el perro. Vivía tan próximo al hombre que parecía casi humano. Entrar en la piel de un perro era como ponerse una bota vieja, un calzado de cuero ablandado tras mucho uso. La bota se adaptaba al pie y el perro se adaptaba al collar, aunque fuera un collar invisible para el ojo humano. Los lobos eran más difíciles: el hombre podía tratar amistad con el lobo, podía incluso dominarlo, pero no domesticarlo de verdad.

—Los lobos y las mujeres se casan para toda la vida —solía decir Haggon—. Si te metes en uno, es como un matrimonio. A partir de ese momento el lobo formará parte de ti, y tú de él. Los dos cambiaréis.

A otras bestias era mejor ni acercarse, le había asegurado el cazador. El gato era vanidoso y cruel, y se volvía contra el cambiapieles a la menor ocasión. El alce y el venado eran presas: hasta el hombre más valiente se volvía cobarde si pasaba demasiado tiempo en su piel. Haggon tampoco era partidario de osos, jabalíes, tejones ni comadrejas.

—Hay pieles que no te conviene usar, chico. Te convertirías en algo que no te gustaría.

Por lo visto, las aves eran lo peor.

—El hombre no ha nacido para despegarse de la tierra. Si se pasa mucho tiempo en las nubes, ya no quiere volver a bajar. He conocido a cambiapieles que probaron halcones, búhos o cuervos, y luego, incluso con sus propios cuerpos, se quedaban sentados, embobados, mirando al puto cielo.

Pero no todos los cambiapieles eran de la misma opinión. En cierta ocasión, cuando Bulto tenía diez años, Haggon lo llevó a una reunión de gente como ellos y similares. Los hermanos del lobo eran los más numerosos, pero los otros le parecieron más extraños y fascinantes. Borroq se parecía tanto a su jabalí que solo le faltaban los colmillos; Orell tenía su águila; Briar, su gatosombra. En cuanto le puso la vista encima, Bulto supo que él también quería un gatosombra. Además estaba Grisella, la mujer cabra...

Pero ninguno era tan fuerte como Varamyr Seispieles. Ni siquiera Haggon,

tan alto y sombrío, con manos duras como la piedra. El cazador murió entre sollozos después de que Varamyr le arrebatara a Pielgris y lo echara de su piel para apoderarse de la bestia.

«No tendrás una segunda vida, viejo». En aquellos tiempos se hacía llamar Varamyr Trespieles. Con Pielgris eran cuatro, aunque era un lobo decrepito, frágil y casi desdentado que no tardó en seguir los pasos de Haggan.

Varamyr podía apoderarse de cualquier bestia y doblegarla a su voluntad, apropiarse de su carne: perro, lobo, oso, tejón...

«Abrojo —pensó. Según Haggan, era una abominación y el peor de los pecados, pero Haggan estaba muerto, devorado e incinerado. Mance también lo habría maldecido, pero estaba muerto o prisionero—. Nadie lo sabrá nunca. Seré Abrojo, la mujer de las lanzas; Varamyr Seispieles habrá muerto. —Daba por sentado que su don perecería con aquel cuerpo, que perdería a sus lobos y viviría el resto de sus días con la forma de una mujer flaca y llena de verrugas... pero viviría—. Eso, si vuelve. Eso, si tengo fuerzas para apoderarme de ella».

Una oleada de debilidad le recorrió el cuerpo. Cayó de rodillas, con las manos enterradas en un ventisquero. Cogió un puñado de nieve y se lo llevó a la boca, se lo frotó contra la barba y se restregó los labios para sorber la humedad. El agua estaba tan fría que casi no pudo forzarse a tragársela, y de nuevo fue consciente de que estaba ardiendo. La nieve derretida no hizo más que acentuar el hambre. Lo que su estómago pedía a gritos era comida, no agua. Ya no nevaba, pero se estaba levantando un viento que convertía el aire en cristal y le azotaba la cara mientras avanzaba como podía y se le volvía a abrir la herida del costado. El aliento se le condensaba en una nube blanca. Cuando llegó junto al arciano, dio con una rama caída que podía servirle de muleta y cargó todo su peso sobre ella para dirigirse, tambaleante, hacia la choza más cercana. Tal vez los aldeanos hubieran dejado algo atrás al emprender la huida: un saco de manzanas, un trozo de tasajo, cualquier cosa que lo mantuviera con vida hasta el regreso de Abrojo.

Casi había llegado cuando se rompió la muleta y le fallaron las piernas.

No habría sabido decir cuánto tiempo pasó allí tendido, tiñendo la nieve de rojo con su sangre.

«La nieve me cubrirá. —Sería una muerte tranquila—. Dicen que al final entra calor. Calor y sueño».

Sería agradable volver a sentir calor, aunque lo entristecía pensar que nunca vería las tierras verdes, las tierras cálidas de más allá del Muro sobre las que tantas canciones cantaba Mance.

—El mundo de más allá del Muro no es para la gente como nosotros —solía decir Haggan—. El pueblo libre tiene miedo de los cambiapieles, pero también nos honra. Al sur del Muro, los arrodillados nos dan caza y nos sacrifican como a cerdos.

« Me lo advertiste —pensó Varamyr—, pero también fuiste tú quien me llevó a Guardiaoriente». Por aquel entonces, Bulto no tendría más de diez años. Haggon cambió una docena de sartas de ámbar y un trineo cargado de pieles por seis odres de vino, una piedra de sal y una cazuela de cobre. Guardiaoriente era mejor que el Castillo Negro para el comercio: era allí donde atracaban los barcos cargados con mercancías de las fabulosas tierras de allende el mar. Los cuervos conocían a Haggon; sabían que era buen cazador y lo consideraban amigo de la Guardia de la Noche, además de recibir con gratitud las noticias que les transmitía sobre los sucesos del otro lado de su Muro. Algunos también sabían que era cambiapiés, pero eso no se comentaba en voz alta. Fue allí, en Guardiaoriente del Mar, donde el niño que había sido empezó a soñar con el cálido sur.

Varamyr sentía cómo se le derretían en la frente los copos de nieve.

« Esto no es tan malo como morir quemado. Me dormiré y no despertaré, y empezaré mi segunda vida. —Sus lobos ya estaban cerca. Los sentía. Podría abandonar aquella carne débil, ser uno con ellos, cazar de noche y aullar a la luna. El cambiapiés se convertiría en un lobo de verdad—. Pero ¿en cuál?». En Astuta no, desde luego. Haggon lo habría considerado una abominación, pero Varamyr se había metido muchas veces en la piel de la loba cuando Un Ojo la estaba montando. De todos modos, no quería pasarse su nueva vida en aquel cuerpo a menos que no le quedara otro remedio. Cazador, el macho joven, le convenía más... Aunque Un Ojo era más corpulento y feroz, y Un Ojo era el que montaba a Astuta cuando entraba en celo.

« Dicen que se olvida todo —le había dicho Haggon pocas semanas antes de morir—. Cuando muere la carne del hombre, su espíritu vive dentro de la bestia, pero día tras día va perdiendo la memoria, y la bestia es cada vez menos cambiapiés y más lobo, hasta que no queda ni rastro del hombre, solo el animal».

Varamyr sabía hasta qué punto era cierto aquello. Cuando se apoderó del águila que había pertenecido a Orell sintió la rabia del otro cambiapiés, que se rebelaba contra su presencia. A Orell lo había matado Jon Nieve, el cuervo cambiácapas, y el odio hacia su asesino era tan brutal que el propio Varamyr odió también al chico bestia. Supo qué era Nieve en cuanto vio al gran huargo blanco que caminaba en silencio junto a él. Los cambiapiés siempre se reconocían entre sí.

« Mance tendría que haber dejado que me adueñara del huargo. Esa sí que habría sido una segunda vida digna de un rey». Y no le cabía duda de que habría podido. El don era fuerte en Nieve, pero no había recibido entrenamiento y aún se debatía contra su naturaleza en lugar de enorgullecerse de ella.

Varamyr veía los ojos rojos del arciano que lo miraban desde el tronco blanco.

« Los dioses me están juzgando. —Sintió un escalofrío. Había hecho cosas malas, cosas horribles. Había robado, había matado, había violado. Había comido carne humana y había lamido la sangre de los moribundos mientras les manaba roja y caliente de la yugular desgarrada. Había acechado a sus enemigos por el bosque y había caído sobre ellos mientras dormían para arrancarles las entrañas a zarpazos y esparcirlas por el barro—. Y lo deliciosa que era su carne».

—Lo hizo la bestia, no yo —dijo en un susurro ronco—. Ese fue el don que me disteis.

Los dioses no respondieron. El aliento se le condensaba blanquecino y nebuloso, y sintió como se le formaban carámbanos en la barba. Varamyr Seispieles cerró los ojos. Soñó un sueño antiguo, un sueño en el que aparecían una cabaña junto al mar, tres perros gimoteantes y las lágrimas de una mujer.

« Era por Chichón. Lloraba por Chichón; por mí no lloró nunca».

Bulto había nacido un mes antes de lo debido y era tan enfermizo que nadie creía que fuera a sobrevivir. Su madre esperó hasta que tuvo casi cuatro años para ponerle un nombre de verdad, y entonces ya era demasiado tarde. Toda la aldea se había acostumbrado a llamarlo Bulto, el mote que le había puesto su hermana Meha cuando aún estaba en el vientre de su madre. Meha también le había puesto el mote a Chichón, pero el hermanito de Bulto nació a término y llegó al mundo grande, rosado, robusto, mamando con glotonería de la teta de su madre, que iba a ponerle el nombre de su progenitor.

« Pero Chichón murió. Murió cuando yo tenía seis años y él dos, tres días antes del día de su nombre».

—Tu pequeño está ya con los dioses —le había dicho la bruja de los bosques a su madre, que no paraba de llorar—. No volverá a sufrir; para él no habrá más hambre ni lágrimas. Los dioses se lo han llevado a la tierra, a los áboles. Los dioses están a nuestro alrededor, en las rocas y en los arroyos, en los pájaros y en las bestias. Tu Chichón ha ido a reunirse con ellos. Será el mundo y todo lo que hay en él.

Las palabras de la vieja se clavaron en Bulto como un cuchillo.

« Chichón me ve. Está mirándome. Lo sabe. —Bulto no podía esconderse de él, no podía ocultarse tras las faldas de su madre ni fugarse con los perros para huir de la ira de su padre—. Los perros. —Colamocha, Hocico, Gruñón—. Eran buenos perros. Eran mis amigos». Cuando su padre los encontró olfateando en torno al cadáver de Chichón no tuvo manera de saber cuál había sido, así que los mató a los tres a hachazos. Le temblaban tanto las manos que le hicieron falta dos golpes para acollar a Hocico, y cuatro para Gruñón. El olor de la sangre impregnaba el aire y los estertores de los perros eran espantosos, pero Colamocha acudió cuando lo llamó su amo. Era el perro más viejo, y el adiestramiento pudo más que el pánico. Cuando Bulto se metió en su piel, ya era demasiado tarde. « No, padre, por favor», trató de decir. Pero los perros no

hablan la lengua de los hombres, de modo que lo único que emitió fue un gemido lastimero. El hacha acertó al viejo perro en pleno cráneo, y dentro de la cabaña, el niño lanzó un alarido.

« Así fue como se enteraron». Dos días después, su padre se lo llevó al bosque a rastras. Portaba el hacha consigo, así que Bulto pensó que tenía intención de acabar con él del mismo modo que había acabado con los perros. Pero lo que hizo fue entregárselo a Haggan.

Varamyr se despertó de repente, sobresaltado, tembloroso.

—¡Levántate! —le gritaba una voz—. ¡Levántate! ¡Tenemos que marcharnos! ¡Vienen! ¡Son cientos! —La nieve lo había cubierto con un espeso manto blanco. Hacía tanto frío... Intentó moverse y se dio cuenta de que la mano se le había quedado pegada al suelo. Se arrancó un buen trozo de piel al despegarla—. ¡Que te levantes! —le gritó de nuevo la mujer—. ¡Ya vienen!

Abrojo había regresado, lo tenía agarrado por los hombros y lo sacudía al tiempo que le gritaba a la cara. Varamyr olió su aliento y sintió su calidez contra las mejillas entumecidas por el frío.

« Ahora —pensó—. Hazlo ahora o muere».

Reunió las fuerzas que le quedaban, salió de su piel y se introdujo violentamente en la de Abrojo, que arqueó la espalda y gritó.

« Abominación». ¿De quién era el pensamiento? ¿De Abrojo, de Varamyr, de Haggan? No tenía manera de saberlo. Su viejo cuerpo cayó en la nieve cuando los dedos de la mujer lo soltaron. La mujer de las lanzas se retorció con violencia y chilló. Su gatosombra también lo rechazaba con fiereza al principio, y la osa de las nieves había pasado un tiempo enloquecida, lanzando zarpazos a los árboles, a las rocas, al aire. Pero aquello era mucho peor.

—¡Sal de mí! ¡Sal de mí! —oyó gritar a su propia boca.

El cuerpo de la mujer se tambaleaba, caía y volvía a levantarse, agitaba las manos y las piernas en movimientos convulsivos, como en un baile grotesco, mientras los dos espíritus luchaban por la misma carne. Inhaló una bocanada de aire gélido, y Varamyr vivió un instante de gloria en su sabor, en la fuerza de aquel cuerpo joven, hasta que los dientes de Abrojo se cerraron con fuerza y la boca se le llenó de sangre. Se llevó las manos a la cara. Él trató de bajarlas, pero aquellas manos, resistiéndose a obedecerlo, le arrancaron los ojos.

« Abominación», recordó mientras se ahogaba en sangre, dolor y locura. Cuando Varamyr intentó gritar, Abrojo escupió la lengua que habían compartido.

El mundo blanco se volvió del revés y se desmoronó. Durante un momento fue como si estuviera dentro del arciano y, a través de los ojos rojos tallados en la madera, contemplase al hombre que agonizaba en el suelo y a la demente que bailaba ciega y ensangrentada bajo la luna, llorando lágrimas rojas y arrancándose la ropa. Pronto, ambos desaparecieron y él se elevó, se fundió, su espíritu cabalgó a lomos de una ráfaga de viento frío. Estaba en la nieve y en las

nubes; era un gorrión, una ardilla, un roble. Un búho real volaba sigiloso entre los árboles, en pos de una liebre; Varamyr estaba dentro del búho, dentro de la liebre, dentro de los árboles. Bajo la tierra helada, las lombrices cavaban sus túneles a ciegas, y también estaba en ellas.

«Soy el bosque y todo lo que hay en él», pensó exultante. Un centenar de grajos levantaron el vuelo entre graznidos al sentir su paso. Un gran alce berreó, inquietando a los niños que se aferraban a su lomo. Un huargo que dormía levantó la cabeza para gruñir a la nada. Antes de que volvieran a latirles los corazones, ya había pasado de largo en busca de los suyos, en busca de Un Ojo, Astuta y Cazador, su manada. Sus lobos lo salvarían, se dijo.

Aquel fue su último pensamiento humano.

La muerte verdadera llegó de repente. Sintió un golpe frío, como si se hubiera zambullido de súbito en las aguas de un lago helado, y lo siguiente que supo fue que corría por la nieve, bajo la luna, seguido de cerca por sus compañeros de manada. La mitad del mundo era negrura. «Un Ojo», pensó. Aulló, y Astuta y Cazador aullaron con él.

Cuando llegaron a una cima, los lobos se detuvieron.

«Abrojo», recordó. Una parte de él lamentaba lo que había perdido, y otra parte, lo que había hecho. Abajo, el mundo se había transformado en hielo. Las lenguas de escarcha reptaban y se unían subiendo por el tronco del arciano. La aldea desierta ya no estaba desierta. Sombras de ojos azules vagaban entre los ventisqueros. Unas vestían de marrón; otras, de negro; otras iban desnudas y mostraban una carne blanca como la nieve. El viento suspiraba entre las colinas y transportaba su olor hasta los lobos: olor de carne muerta, de sangre seca, de pieles que median a moho, putrefacción y orina. Astuta lanzó un gruñido y enseñó los dientes con el lomo erizado.

«No hombres. No presa. Estos no».

Las cosas de abajo se movían, pero no estaban vivas. Una a una fueron alzando la cabeza hacia los tres lobos de la colina. La última en mirar fue la cosa que había sido Abrojo. Vestía prendas de lana, piel y cuero, y sobre ellas, una capa de escarcha que crujía cuando se movía y brillaba a la luz de la luna. De las yemas de sus dedos colgaban carámbanos rosados, diez largos cuchillos de sangre helada. Y en las cuencas insondables donde habían estado sus ojos brillaba una luz azulada que confería a sus rasgos bastos una belleza escalofriante que no habían tenido en vida.

«Me ve».

No dejó de beber en todo lo que duró la travesía del mar Angosto.

El barco era pequeño, y su camarote, todavía más, y el capitán no le permitía subir a cubierta. El balanceo del barco le revolvía el estómago, y la puñetera comida sabía aún peor cuando la vomitaba. Pero ¿para qué quería tasajo de buey, queso duro y pan agusanado si se podía alimentar de vino? Era un tinto avinagrado y contundente, y a veces hasta eso lo vomitaba, pero siempre había más.

—El mundo está lleno de vino —masculló en la humedad de su camarote. Su padre siempre había despreciado a los borrachos, pero ¿qué importaba? Estaba muerto. Él lo había matado. « Una saeta en el bajo vientre, mi señor, toda para ti. Si llego a tener mejor puntería, te la meto por la polla con la que me hiciste, hijoputa de mierda» .

Bajo la cubierta nunca era de día ni de noche. Tyrion medía el paso del tiempo por las visitas del grumete que le llevaba comidas que no probaba. El chico aparecía siempre con un cepillo y un cubo para limpiar.

—¿Este vino es dorniense? —le preguntó Tyrion en cierta ocasión al tiempo que le quitaba el tapón al odre—. Me recuerda a una serpiente que conocía. El tipo era de lo más divertido, hasta que le cayó encima una montaña.

El grumete no respondió. Era un chaval feúcho, aunque sin duda más atractivo que cierto enano con media nariz y una cicatriz que le cruzaba la cara del ojo a la barbilla.

—¿Te he ofendido en algo? —le preguntó mientras el muchacho se afanaba cepillando el suelo—. ¿Te han dicho que no hables conmigo? ¿O es que un enano se tiró a tu madre? —También aquello quedó sin respuesta—. ¿Hacia dónde vamos? Al menos dime eso. —Jaime había mencionado las Ciudades Libres, pero ninguna en concreto—. ¿A Braavos? ¿A Tyrosh? ¿A Myr? —Tyrion habría preferido ir a Dorne. « Myrcella es mayor que Tommen; según las leyes dornienses, le corresponde a ella subir al Trono de Hierro. La ayudaré a reclamar lo que le corresponde, como sugirió el príncipe Oberyn» .

Pero Oberyn había muerto con la cabeza destrozada bajo el guantelete de ser Gregor Clegane. Y sin el apoyo de la Vibora Roja, ¿Doran Martell querría considerar siquiera un plan tan arriesgado?

« A lo mejor, lo que hace es cargarme de cadenas y devolverme a mi querida hermana. —Tal vez el Muro fuera mejor lugar. Mormont, el Viejo Oso, le había dicho que la Guardia de la Noche siempre tenía necesidad de hombres como Tyrion—. Pero puede que Mormont ya esté muerto. Puede que, a estas alturas, Slynt sea el lord comandante. —Seguro que el hijo del carnicero no habría olvidado quién lo mandó al Muro—. Además, ¿de verdad quiero pasarme el resto de mi vida comiendo tasajo y gachas entre ladrones y asesinos?» .

También era cierto que el resto de su vida no sería muy largo. Janos Slynt se encargaría de eso.

El grumete mojó el cepillo en el cubo y restregó con energía.

—¿Has ido alguna vez a las casas de placer de Lys? —preguntó el enano—. A lo mejor es ahí adonde van las putas.

Tyron no se acordaba de cómo se decía *puta* en valyrio, y en cualquier caso, ya era tarde. El muchacho echó el cepillo al cubo y se marchó.

« El vino me ha reblandecido los sesos. —Había aprendido de su maestre a leer alto valyrio, pero lo que hablaban en las Nueve Ciudades Libres... En fin, no era exactamente un dialecto, sino más bien nueve dialectos que no tardarían en convertirse en idiomas bien diferenciados. Tyron sabía un poco de braavosi y tenía nociones básicas de myriense. En Tyrosh sería capaz de blasfemar, llamar trámposo a cualquiera y pedir una cerveza, todo gracias a un mercenario que había conocido en la Roca—. En Dorne, al menos, hablan la lengua común. —Al igual que sucedía con las leyes y la comida dornienses, el idioma estaba bien condimentado por el rhoynar, pero se entendía—. Dorne, sí. Lo mío es Dorne» . Se acostó en su camastro, aferrado a aquel pensamiento como un niño a su muñeco.

A Tyrion Lannister siempre le había costado conciliar el sueño; en aquel barco, la mayor parte del tiempo le resultaba directamente imposible, aunque en ocasiones conseguía beber lo suficiente para perder un rato el conocimiento. Por lo menos no soñaba. Estaba hasta la coronilla de sueños, aunque también era cierto que no tenía la coronilla a mucha altura.

« ¡Y con qué tonterías he soñado! Amor, justicia, amistad, gloria... Tanto me habría dado soñar con ser alto» .

Todo aquello estaba fuera de su alcance; por fin se había dado cuenta. Ya lo sabía. Lo que seguía sin saber era adónde iban las putas. « Adondequiero que vayan las putas —había dicho su padre—. Esas fueron sus últimas palabras. —La ballesta vibró, lord Tywin cayó sentado y Tyrion Lannister tuvo que anadear por la oscuridad acompañado por Varys. Seguramente había vuelto a bajar por el hueco, los doscientos treinta peldaños, hasta el lugar donde resplandecían las brasas anaranjadas en la boca de un dragón de hierro. No recordaba nada, solo el ruido vibrante que había hecho la ballesta y el hedor de cuando a su padre se le aflojaron los intestinos—. Hasta moribundo fue capaz de llenarme la vida de mierda» .

Varys lo había acompañado por los túneles, pero no cruzaron palabra hasta que hubieron salido junto al Aguasnegras, donde Tyrion había ganado una batalla y perdido una nariz. Entonces el enano se giró hacia el eunuco.

—He matado a mi padre —le dijo en el mismo tono con que habría podido decirle: « Me he dado un golpe en el dedo gordo» .

El consejero de los rumores iba vestido de hermano mendicante, con una

apolillada túnica marrón de tela basta y una capucha que le ocultaba las regordetas mejillas imberbes y la calva.

—No deberíais haber subido por esa escalera —le reprochó.

« Adondequiera que vayan las putas». Tyrion le había advertido a su padre que no repitiera aquella palabra.

« Si no llego a disparar, se habría dado cuenta de que mis amenazas no valían nada. Me habría quitado la ballesta de las manos, igual que me arrancó a Tysha de los brazos. Estaba levantándose cuando lo maté».

—También he matado a Shae —confesó a Varys.

—Ya erais consciente de qué era.

—Sí. Pero no sabía qué era él.

—Pues ya lo sabéis. —Varys disimuló una risita.

« Tendría que haber matado al eunuco, ya puestos. —¿Qué más daba un poco de sangre adicional en las manos? No habría sabido decir qué detuvo su puñal. No fue la gratitud, desde luego. Varys lo había salvado de la espada del verdugo, pero solo porque Jaime se lo había ordenado—. Jaime... No, es mejor que no piense en Jaime».

Para evitarlo abrió otro odre de vino y bebió ansioso como si fuera la teta de una mujer. El tinto le resbaló por la barbilla y le empapó la sucia túnica, la misma que llevaba cuando estaba en la celda. La cubierta se mecía bajo él, y cuando trató de ponerse en pie, se ladeó y lo lanzó contra un mamparo.

« Debe de haber tormenta —pensó—. O a lo mejor estoy más borracho de lo que creía. —Vomitó el vino y se quedó tendido sobre él, sin saber si el barco iba a hundirse—. ¿Esta es tu venganza, padre? ¿Es que el Padre Supremo te ha nombrado su mano?».

—Es el pago que recibe aquel que mata a la sangre de su sangre —dijo mientras el viento aullaba en el exterior.

No era justo ahogar de paso al grumete, al capitán y a toda la tripulación, claro, pero ¿cuándo habían sido justos los dioses? Aquel era el pensamiento que rondaba por su mente cuando lo engulló la oscuridad.

Cuando empezó a recuperar el conocimiento, la cabeza le ardía y el barco daba vueltas a su alrededor, aunque según el capitán habían llegado a puerto. Tyrion le dijo que se callara y se debatió sin energías cuando un corpulento marinero calvo lo cogió debajo del brazo y lo llevó a cubierta, donde lo aguardaba una cuba de vino vacía. Era pequeña y baja, con poco espacio hasta para un enano. Tyrion se resistió tan enconadamente que se meó encima, pero no le sirvió de nada: lo metieron de cabeza en la cuba y le empujaron las piernas hasta que las rodillas le llegaron a las orejas. Lo poco que le quedaba de nariz le picaba de una manera espantosa, pero tenía los brazos tan encajonados que no llegaba a rascarse.

« Un palanquín digno de un hombre de mi altura», pensó mientras clavaban

la tapa. Siguió oyendo las voces cuando lo levantaron en vilo. Cada movimiento brusco hacía que su cabeza se golpeara contra el fondo de la cuba. El mundo giró enloquecido cuando hicieron rodar el pequeño tonel, hasta que se detuvo con un golpe que lo obligó a contener un grito. Otra cuba chocó contra la suya, y Tyrion se mordió la lengua.

Fue el viaje más largo de su vida, aunque no duró más de media hora. Lo levantaron y lo bajaron, lo hicieron rodar, lo amontonaron, lo volvieron del derecho y del revés, y volvieron a hacerlo rodar. Oía los gritos de los hombres por entre las duelas de madera, y le llegó también el relincho de un caballo cerca de donde estaba. Empezó a tener calambres en las piernas atrofiadas, que pronto le dolieron tanto que hasta dejó de notar los golpes en la cabeza.

Todo terminó tal como había empezado, con el barril rodando y deteniéndose de repente. Fueran, unas voces desconocidas hablaban en un idioma también desconocido. Empezaron a golpear la tapa de la cuba, que se rajó de repente. La luz entró a raudales, acompañada de aire fresco. Tyrion inhaló una bocanada con ansiedad y trató de incorporarse, pero lo único que consiguió fue hacer caer la cuba y quedar tendido en la tierra prensada del suelo.

Ante él se alzaba un hombre grotesco de puro gordo, con barba amarilla de dos puntas, que llevaba un mazo de madera en una mano y un escoplo en la otra. La túnica que vestía era tan amplia que habría servido de pabellón en un torneo, pero el cordón con que se la ceñía a la cintura se había desanudado, dejando al descubierto la enorme barriga blanca y unas tetas tan pesadas que oscilaban como sacos de grasa cubiertos de espeso vello rubio. A Tyrion le recordó a una morsa muerta que la marea había arrastrado hasta las cuevas de Roca Casterly. El gordo lo miró desde arriba con una sonrisa.

—Un enano borracho —dijo en la lengua común de Poniente.

—Una morsa podrida. —Tyrion tenía la boca llena de sangre y la escupió a los pies del otro.

Estaban en la penumbra de un sótano alargado, con techo abovedado y muros de piedra descolorida por el salitre. A su alrededor había cubas de vino y cerveza, suficientes para que un enano sediento pudiera beber durante toda la noche. O durante toda la vida.

—Sois insolente. Eso me gusta en un enano. —El gordo se rio, y las carnes se le agitaron con tal violencia que Tyrion temió durante un momento que cayera encima de él y lo aplastara—. ¿Tenéis hambre, mi pequeño amigo? ¿Estáis cansado?

—Tengo sed. —Tyrion se incorporó y logró ponerse de rodillas—. Y estoy sucio.

—Un baño primero, sí —asintió el gordo tras olfatearlo—. Luego, comida y una buena cama, ¿sí? Mis criados se encargarán de todo. —Su anfitrión dejó a un lado el mazo y el escoplo—. Mi casa es vuestra. Cualquier amigo de mi amigo

del otro lado del agua es amigo de Illyrio Mopatis, sí.

« Y cualquier amigo de la Araña Varys es alguien en quien deposito una confianza muy limitada». Pese a todo, el gordo cumplió su promesa de proporcionarle un baño. En cuanto Tyrion se introdujo en el agua caliente y cerró los ojos, se quedó profundamente dormido. Despertó desnudo en un lecho de plumón de ganso tan blando que se sentía como si se lo hubiera tragado una nube, pero tenía la polla dura como una barra de hierro. Rodó en la cama para saltar de ella, buscó un orinal y, con un gruñido de placer, empezó a llenarlo.

La habitación estaba en penumbra, pero entre las tablillas de los postigos se colaban haces de luz solar. Tyrion se sacudió las últimas gotas y anadeó por las ornamentadas alfombras myrienses, suaves como la hierba fresca de la primavera. Se subió como pudo al asiento situado bajo la ventana y abrió los postigos para ver adónde lo habían enviado Varys y los dioses.

Bajo su ventana, seis cerezos de esbeltas ramas sin hojas montaban guardia en torno a un estanque de mármol. Junto al agua había un muchacho desnudo en posición de ataque, con una espada de jaque en la mano. Era ágil y atractivo, de dieciséis años como mucho, con una melena rubia y lisa por los hombros. Parecía tan real que el enano tardó largos segundos en darse cuenta de que era una estatua de mármol pintado, aunque la espada brillaba como el acero auténtico.

Al otro lado del estanque había un muro de ladrillo de cuatro varas de altura con púas de hierro en la parte superior. Más allá se extendía la ciudad, un mar de tejados apiñados alrededor de una bahía. Divisó torres cuadradas de ladrillo, un gran templo rojo y una mansión en la cima de una colina. A lo lejos, la luz del sol resplandecía en las aguas más profundas del mar abierto. En la bahía navegaban barcas de pesca cuyas velas ondeaban al viento, y también alcanzó a ver en el horizonte los mástiles de barcos de mayor tamaño.

« Seguro que alguno va a Dorne, o a Guardiaorient del Mar. —Lo malo era que no tenía dinero para pagar el pasaje ni estaba hecho para manejar un remo —. Siempre puedo enrolarme como grumete y dejar que la tripulación me dé por culo todo el viaje por el mar Angosto».

¿Dónde estaba?

« Aquí hasta el aire huele diferente. —El gélido viento otoñal transportaba el aroma de especias extrañas, y alcanzó a oír voces lejanas que procedían de las calles, al otro lado del muro de ladrillo. Hablaban en algo parecido al valyrio, pero solo entendía una palabra de cada cinco—. Esto no es Braavos —concluyó —. Ni Tyrosh». Las ramas deshojadas y la baja temperatura descartaban también Lys, Myr y Volantis.

Cuando la puerta se abrió a sus espaldas, Tyrion dio media vuelta para enfrentarse a su obeso anfitrión.

—Estoy en Pentos, ¿no?

—Claro. ¿Dónde si no?

«Pentos». En fin, al menos no era Desembarco del Rey. Algo era algo.

—¿Adónde van las putas? —preguntó casi sin querer.

—Las putas están en los burdeles, igual que en Poniente, mi pequeño amigo. Pero a vos no os hacen ninguna falta. Elegid a la que queráis de entre mis criadas; ninguna os rechazará.

—¿Son esclavas? —preguntó el enano con ironía.

El gordo se acarició una punta de la aceitada barba amarilla en un gesto que a Tyrion le pareció de lo más obsceno.

—Según el tratado que nos impusieron los braavosis hace cien años, la esclavitud está prohibida en Pentos. Pero no os rechazarán. —Illyrio hizo una laboriosa reverencia—. Ahora, mi pequeño amigo tendrá que disculparme. Tengo el honor de ser uno de los magísteres de esta gran ciudad, y el príncipe nos ha convocado. —Le mostró los dientes torcidos y amarillentos al sonreír—. Recorred a voluntad la mansión y los jardines, pero no os aventuréis más allá de la muralla bajo ningún concepto. No conviene que nadie sepa que estuvisteis aquí.

—¿Que estuve? ¿Ya me he ido a otro lugar?

—Habrá tiempo para hablar de esto por la noche. Mi pequeño amigo y yo cenaremos, beberemos y haremos grandes planes, ¿sí?

—Sí, mi gordo amigo —respondió Tyrion.

«Quiere sacar provecho de mí».

Los beneficios lo eran todo para los príncipes mercaderes de las Ciudades Libres, soldados de las especias y señores del queso, como los llamaba su padre con desprecio. Si una buena mañana Illyrio Mopatis llegaba a creer que un enano muerto era más valioso que un enano vivo, Tyrion estaría metido en una cuba de vino antes del anochecer.

«Más vale que ese día me pille lejos de aquí». Porque no le cabía duda de que tal día iba a llegar más tarde o más temprano. Cersei no se olvidaría de él, y hasta a Jaime le habría molestado encontrarse a su padre con una saeta en la barriga.

Una suave brisa hacía ondular las aguas del estanque en torno al espadachín desnudo. Le evocó los momentos en que Tysha le acariciaba el pelo durante la falsa primavera de su matrimonio, antes de que él ayudara a los hombres de su padre a violarla. Durante la huida había pensado muchas veces en aquellos hombres, tratando de recordar cuántos eran. Cualquiera diría que era de esas cosas que no se borraban de la memoria, pero lo había olvidado. ¿Cuántos fueron? ¿Doce? ¿Veinte? ¿Ciento? No habría sabido decirlo. Si recordaba que eran todos adultos, altos y fuertes..., aunque a ojos de un enano de trece años, cualquier hombre era alto y fuerte.

«Tysha supo cuántos eran. —Cada uno le había dado un venado, así que solo

habría tenido que contar las monedas—. Una moneda de plata por cada hombre y una de oro por mí» . Su padre se había empeñado en que él también pagara: « Un Lannister siempre paga sus deudas» .

« Adondequiera que vayan las putas» , oyó decir a lord Tywin una vez más, y una vez más vibró la ballesta.

El magíster le había dicho que recorriera a voluntad la mansión y los jardines. En un arcón con incrustaciones de lapislázuli y madreperla había ropa limpia para él, y se la puso no sin dificultades: obviamente, la habían hecho para un niño y era de telas buenas, aunque habría sido mejor que la airearan antes de dársela. Las perneras le quedaban largas; las mangas, cortas, y si hubiera conseguido abrocharse el cuello, la cara se le habría puesto más negra que a Joffrey. También había sufrido el asedio de las polillas.

« Por lo menos no huele a vomito» .

Tyrion empezó el recorrido por la cocina, donde dos mujeres gordas y un mozo lo miraron con desconfianza mientras se servía higos, queso y pan.

—Buenos días os deseo, hermosas damas —les dijo con una reverencia—. ¿Sabéis por un casual adónde van las putas?

No respondieron, de modo que repitió la pregunta en alto valyrio, aunque tuvo que decir « cortesanas» en lugar de « putas» . A aquello, la cocinera más joven y gorda respondió encogiéndose de hombros. ¿Qué harían si las cogiera de la mano y las llevara a rastras a su dormitorio? « Ninguna te rechazará» , le había asegurado Illyrio, pero Tyrion no creía que incluyese a aquellas dos. La joven tenía edad suficiente para ser su madre, y la otra parecía la madre de la primera. Ambas estaban casi tan gordas como Illyrio y tenían las tetas más grandes que la cabeza del enano.

« Podría ahogarme en carne. —Había peores maneras de morir. La de su padre, por ejemplo—. Tendría que haberle hecho cagar un poco de oro antes de que expire». —Lord Tywin había escatimado siempre cariño y aprobación, pero el oro lo repartía a manos llenas—. Solo hay una cosa más patética que un enano desnarigado: un enano desnarigado y sin fondos» .

Tyrion dejó a las gordas en la cocina, con sus ollas y sus hogazas, y buscó la bodega donde lo había decantado Illyrio la noche anterior. No le costó dar con ella. Allí había vino más que suficiente para mantenerlo borracho cien años: tintos dulces del Dominio y tintos recios de Dorne; pentoshis ambarinos y el néctar verde de Myr; sesenta cubas del oro del Rejo y hasta vinos del legendario Oriente, de Qarth, Yi Ti y Asshai de la Sombra. Al final se decidió por una cuba de vino fuerte de la cosecha privada de lord Runciford Redwyne, abuelo del entonces señor del Rejo. Tenía un paladar lúgido y temerario a la vez, y era de un rojo tan oscuro que casi parecía negro a la escasa luz de la bodega. Tyrion llenó una copa, y también una frasca para no quedarse corto, y subió a los jardines para beber bajo los cerezos que había visto por la ventana.

Pero salió por la puerta que no era y no llegó al estanque, aunque tampoco le importó demasiado. Los jardines de la parte trasera de la mansión eran igual de hermosos y mucho más extensos. Los recorrió un rato mientras bebía. Los muros habrían dejado en mantillas a los de cualquier castillo, y las púas de hierro de la parte superior le resultaban extrañas sin cabezas que las adornaran. Tyrion se imaginó la cabeza de su hermana en una de ellas, con la cabellera dorada cubierta de brea y la boca llena de moscas.

«Eso, y la de Jaime justo al lado. Que nada se interponga entre mis hermanos».

Con una cuerda y un arpeo sería muy capaz de salvar aquel muro. Tenía brazos fuertes y no pesaba demasiado, así que podría escalar y saltar, siempre que no se ensartara en una púa.

«Mañana mismo busco una cuerda», decidió.

Durante su recorrido vio tres puertas de entrada a los terrenos de la mansión: la principal, con su caseta de guardia; una poterna junto a las perreras, y una portezuela oculta tras una maraña de hiedra de color claro. La última estaba cerrada con una cadena, y las otras dos, vigiladas por guardias. Los guardias eran regordetes, con la cara lampiña como las nalgas de un bebé, y cada uno llevaba un casco de bronce con una púa. Tyrion reconocía a un eunuco en cuanto lo veía, y de aquellos conocía además la reputación: se decía que no tenían miedo a nada, que no sentían dolor y que eran leales a sus amos hasta la muerte.

«No me iría mal tener unos cientos —pensó—. Lástima que no se me ocurriera antes de quedarme en la miseria».

Paseó por una galería flanqueada por columnas y pasó bajo un arco ojival hasta llegar a un patio de baldosas donde una mujer lavaba ropa junto a un pozo. Parecía de su misma edad, y tenía el pelo de un rojo apagado y la cara ancha cubierta de pecas.

—¿Quieres vino? —le ofreció. Ella se quedó mirándolo, insegura—. No hay otra copa, así que tendremos que compartir esta. —La lavandera siguió retorciendo túnicas para escurrirlas y colgarlas. Tyrion se sentó en un banco de piedra y dejó la frasca al lado—. Dime una cosa: ¿hasta qué punto puedo confiar en el magíster Illyrio? —Aquel nombre hizo que la criada alzara la vista—. ¿Tanto? —Soltó una risita, cruzó las piernas atrofiadas y bebió un trago—. Me resisto a representar el papel que me tiene preparado el quesero, sea el que sea, pero ¿cómo voy a negarme? Las puertas están vigiladas. A lo mejor tú podrías sacarme a escondidas bajo las faldas. Te estaría muy agradecido; hasta podría casarme contigo. Ya tengo dos esposas, ¿por qué no tres? Aunque claro, ¿dónde viviríamos? —Le dedicó la sonrisa más amable que podía esbozar un hombre con solo media nariz—. ¿Te he dicho ya que tengo una sobrina en Lanza del Sol? En Dorne, con Myrcella, podría hacer muchas travesuras. Podría enfrentarla a su hermano en una guerra. ¿A que sería tronchante? —La lavandera colgó una

túnica de Illyrio, tan grande que habría servido de vela para un barco—. Tienes razón, debería darme vergüenza pensar esas cosas. Sería mejor que me fuera al Muro. Se dice que, cuando un hombre se une a la Guardia de la Noche, todos sus crímenes quedan borrados. Pero no te dejarían quedarte conmigo, preciosa. En la Guardia no hay mujeres, no hay ninguna linda pecosa que caliente la cama por la noche, solo viento frío, bacalao salado y cerveza aguada. Aunque a lo mejor el negro me hace más alto. ¿Qué opinas, mi señora? —Volvió a llenarse la copa—. ¿Qué te parece? ¿Norte o sur? ¿Debería expiar mis antiguos pecados o cometer otros nuevos?

La lavandera le lanzó una última mirada, cogió el cesto de ropa y se alejó.

« Las esposas no me duran nada —reflexionó Tyrion. Sin que supiera cómo, la frasca se había quedado vacía—. Parece que es hora de volver a la bodega». Pero el vino fuerte hacia que le diera vueltas la cabeza, y los peldaños de la bodega eran muy empinados.

—¿Adónde van las putas? —preguntó a la colada tendida. Tal vez debería habérselo preguntado a la lavandera. « No estoy insinuando que seas una puta, cariño, pero a lo mejor sabes adónde van. —Mejor incluso, tendría que habérselo preguntado a su padre. “Adondequiera que vayan las putas”, había dicho lord Tywin—. Me quería. Era la hija de un campesino, me quería y se casó conmigo. Depositó su confianza en mí».

La frasca vacía se le cayó de la mano y rodó por el patio. Tyrion se dio impulso para bajar del banco y fue a recogerla. Fue entonces cuando vio unas setas que crecían en una grieta, entre las baldosas: eran muy blancas, con el sombrero moteado por arriba y ribeteado de rojo sangre por debajo. Arrancó una y la olió.

« Deliciosa —pensó—. Y letal». Había siete setas; tal vez los Siete quisieran decirle algo. Las cogió todas, arrancó un guante del tendedero, las envolvió con cuidado y se las guardó en el bolsillo. El esfuerzo lo mareó, así que volvió a subirse al banco, se ovilló y cerró los ojos.

Cuando volvió a despertar estaba de nuevo en su dormitorio, otra vez hundido en el lecho de plumón de ganso, y una chica rubia lo sacudía por el hombro.

—El baño os aguarda, mi señor. El magister Illyrio cenará con vos en una hora.

Tyrion se incorporó y se sujetó la cabeza con las manos.

—¿Estoy soñando, o hablas la lengua común?

—Sí, mi señor. Me compraron para complacer al rey. —Tenía los ojos azules y la piel muy blanca; era joven y grácil.

—Y seguro que lo lograste. Me hace falta una copa de vino.

—El magister Illyrio me ha dicho que tengo que frotaros la espalda y calentarlos la cama. —Le sirvió el vino—. Me llamo...

—Eso es completamente irrelevante. ¿Sabes adónde van las putas?

—Las putas se venden por dinero. —La chica se había sonrojado.

—O por joyas, o por vestidos, o por castillos. Pero ¿adónde van?

—¿Es una adivinanza, mi señor? —No acababa de comprenderlo—. No se me dan bien las adivinanzas. ¿Vais a darme la respuesta?

« No —pensó él—, yo también detesto las adivinanzas» .

—No voy a decirte nada. Y tú devuélveme el favor y haz lo mismo.

« Lo único que me interesa de ti es lo que tienes entre las piernas» , estuvo a punto de decirle. Pero las palabras se le atascaron en la lengua y no le llegaron a los labios.

« No es Shae, no es más que una tonta cualquiera que cree que hablo con acertijos. —A decir verdad, ni siquiera estaba demasiado interesado en su coño —. Debo de estar enfermo. O muerto» .

—¿Qué me decías de un baño? No hay que hacer esperar al gran quesero.

Mientras se bañaba, la muchacha le lavó los pies, le frotó la espalda y le cepilló el pelo. Después le aplicó un ungüento aromático en las pantorrillas para aliviarle los calambres, y lo vistió de nuevo con ropa de niño: unos polvorientos calzones rojo vino y una casaca de terciopelo azul con ribete de hilo de oro.

—¿Me querrá mi señor después de cenar? —le preguntó mientras le ataba los cordones de las botas.

—No. Estoy harto de mujeres. —« Putas» .

La chica se tomó el rechazo demasiado bien para su gusto.

—Si mi señor prefiere un muchachito, me encargaré de que tenga uno esperándole en la cama.

« Mi señor preferiría a su esposa. Mi señor preferiría a una chica llamada Tysha» .

—Solo si sabe adónde van las putas.

La chica apretó los labios. « Me desprecia —comprendió Tyrion—, aunque no más de lo que me desprecio yo. —No le cabía duda de que se había follado a más de una mujer que aborrecía su mera visión, pero al menos las otras habían tenido la amabilidad de simular afecto—. Un poco de desprecio sincero podría resultar refrescante, como un vino ácido después de beber demasiado vino dulce» .

—He cambiado de opinión —dijo—. Espérame en la cama. Desnuda, por favor. Estaré demasiado borracho para pelearme con tu ropa. Tú ten la boca cerrada y las piernas abiertas, y nos irá muy bien. —Le lanzó una mirada lasciva con la esperanza de que lo recompensara con un atisbo de miedo, pero todo lo que vio fue repulsión.

« Nadie tiene miedo de los enanos» . Ni siquiera lord Tywin se había asustado, y eso que Tyrion tenía una ballesta.

—¿Tú gimes cuando te follan? —preguntó a la calientacamas.

—Si mi señor lo dese... .

—Puede que tu señor desee estrangularte. Es lo que hice con mi última puta. ¿Crees que tu amo me pondría algún problema? Seguro que no. Tiene cien más como tú, pero solo a uno como yo.

Sonrió, y en esa ocasión obtuvo de ella el miedo que esperaba.

Illyrio estaba tumbado en un diván, comiendo cebollitas y guindillas de un cuenco de madera. Tenía la frente perlada de sudor, y los ojillos porcinos le brillaban por encima de las gruesas mejillas. Con cada movimiento de sus manos refulgía una piedra preciosa diferente: ónice, ópalo, apatita, turmalina, rubí, amatista, zafiro, esmeralda, azabache y jade; un diamante negro y una perla verde.

« Sus anillos me darían para vivir años y años —pensó Tyrion—, aunque claro, tendría que quitárselos con un cuchillo» .

—Sentaos junto a mí, mi pequeño amigo.

Illyrio le hizo gestos para que se acercara. El enano se subió a una silla. Era muy grande para él, demasiado, un trono acolchado para acomodar las gigantescas nalgas del magíster con gruesas patas para soportar su peso. Tyrion Lannister había vivido siempre en un mundo demasiado grande para él, pero en la mansión de Illyrio Mopatis, las desproporciones llegaban a un nivel grotesco.

« Soy un ratón en la guarida de un mamut, pero al menos el mamut tiene una bodega excelente» . Solo con pensarla le entró sed, y pidió vino.

—¿Habéis disfrutado de la chica que os envíe? —preguntó Illyrio.

—Si hubiera querido una chica la habría pedido.

—En caso de que no os haya complacido...

—Ha hecho todo lo que le he pedido.

—Eso espero. La entrenaron en Lys, donde han hecho del amor un arte. El rey la disfrutó mucho.

—Yo mato reyes, ¿no os habíais enterado? —Tyrion esbozó una sonrisa malévolamente por encima de la copa de vino—. No quiero las sobras reales.

—Como gustéis. Comamos.

Illyrio dio unas palmadas y los sirvientes se apresuraron a acercarse. Empezaron con un caldo de cangrejo y rape, seguido por una sopa fría de huevo y lima. A continuación les sirvieron codornices a la miel, pierna de cordero, hígados de oca con salsa de vino, chirivías con mantequilla y cochinillo asado. Tyrion sintió náuseas con solo ver las fuentes, pero se forzó a probar una cucharada de sopa por pura educación, y aquello lo perdió. Las cocineras eran viejas y gordas, pero sabían lo que se hacían. En su vida había comido tan bien, ni siquiera en la corte.

Mientras mondaba los huesos de su codorniz preguntó a Illyrio por la reunión que había tenido por la mañana. El gordo se encogió de hombros.

—Hay problemas en el este. Astapor ha caído, igual que Meereen. Las ciudades esclavistas ghiscarias, que ya eran viejas cuando el mundo era joven.

—Los criados trincharon el cochinillo. Illyrio cogió un trozo de la piel crujiente, lo mojó en salsa de ciruelas y se lo comió con los dedos.

—La bahía de los Esclavos está muy lejos de Pentos. —Tyrion ensartó un hígado de oca con la punta del cuchillo. « No hay hombre más maldito que aquel que mata a la sangre de su sangre, pero podría hacerme a la idea de vivir en este infierno» .

—Ciento —convino Illyrio—, pero el mundo no es sino una gran telaraña, y basta con tocar un hilo para que los demás vibren. ¿Más vino? —Se llevó una guindilla a la boca—. No, algo aún mejor. —Volvió a dar unas palmadas. Al momento entró un criado con una fuente cubierta y la puso delante de Tyrion. Illyrio se inclinó sobre la mesa para quitar la tapa—. Setas —anunció al tiempo que se elevaba el aroma—. Con un toque de ajo y bañadas en mantequilla. Me han dicho que tienen un sabor exquisito. Tomad una, amigo mío. Tomad dos.

Tyrion ya había pinchado una oronda seta negra y estaba llevándosela a la boca cuando detectó en la voz de Illyrio algo que le hizo detenerse en seco.

—Vos primero, mi señor. —Empujó la fuente hacia su anfitrión.

—No, no. —El magíster Illyrio volvió a empujar las setas hacia él. Durante un brevísimo instante, los ojos de un niño travieso parecieron asomar de la mole de carne que era el quesero—. Vos primero. Insisto. La cocinera os las ha preparado especialmente.

—¿De verdad? —Recordó a la cocinera, sus manos llenas de harina, los grandes pechos surcados de varices—. Qué amable por su parte, pero... no. —Tyrion volvió a dejar la seta en el estanque de mantequilla de donde la había sacado.

—Sois muy desconfiado. —Illyrio sonrió tras la barba amarilla. Tyrion supuso que se la untaba con aceite cada mañana para que brillara como el oro—. ¿Sois cobarde? No es eso lo que tenía entendido.

—En los Siete Reinos, envenenar a un invitado durante la cena se considera una pésima muestra de hospitalidad.

—Aquí también. —Illyrio Mopatis cogió su copa de vino—. Pero cuando es tan obvio que el invitado quiere acabar con su propia vida, el anfitrión debe acomodarse a sus deseos, ¿no? —Bebió un trago—. Al magíster Ordello lo envenenaron con setas hace menos de medio año. Por lo que me han contado, no duele mucho: unos calambres en el estómago, un pinchazo repentino detrás de los ojos y se acabó. Es mejor una seta que una espada en el cuello, ¿no? ¿Por qué morir con la boca llena de sangre, y no de ajo y mantequilla?

El enano clavó los ojos en la fuente. El olor le hacía la boca agua. Por un lado quería comerse aquellas setas, aun sabiendo qué eran. No tenía valor para clavarse un acero frío en el vientre, pero no le costaría tanto comer un trocito de seta, y cuando se dio cuenta sintió un miedo atroz.

—Os equivocáis respecto a mí —se oyó decir.

—¿De verdad? No estoy tan seguro. Si preferís ahogaros en vino, solo tenéis que decirlo y os complaceré al instante, pero ahogaros copa a copa es un desperdicio de tiempo y de vino.

—Os equivocáis respecto a mí —repitió Tyrion en voz más alta. Las setas barnizadas de mantequilla brillaban oscuras, seductoras—. Os aseguro que no quiero morir. Tengo... —La voz se le apagó en un mar de inseguridad.

« ¿Qué tengo? ¿Una vida que vivir? ¿Un trabajo que hacer? ¿Hijos que criar? ¿Tierras que gobernar? ¿Una mujer que amar?» .

—No tenéis nada —terminó el magíster Illyrio por él—, pero eso puede cambiar. —Sacó una seta de la mantequilla y la masticó con deleite—. Exquisita.

—¿No son venenosas? —se enfadó Tyrion.

—No. ¿Por qué iba a deseáros mal alguno? —El magister Illyrio se comió otra seta—. Vos y yo vamos a tener que empezar a confiar más el uno en el otro. Venga, comed. —Volvió a dar unas palmadas—. Tenemos trabajo por delante. Mi pequeño amigo debe conservar las fuerzas.

Los criados llevaron a la mesa una garza rellena de higos, chuletas de ternera blanqueadas en leche de almendras, arenques en nata, cebollitas confitadas, quesos hediondos, fuentes de caracoles y mollejas, y un cisne negro con todo el plumaje. Tyrion no quiso probar el cisne porque le recordaba una cena con su hermana, pero se sirvió generosas porciones de garza y arenques, y también unas cebollitas. Cada vez que vaciaba la copa, un criado volvía a llenársela.

—Bebéis mucho vino para vuestra estatura.

—Matar a la sangre de la propia sangre es un trabajo duro; da mucha sed.

Los ojillos del gordo brillaron como las piedras preciosas de sus dedos.

—En Poniente hay quien diría que matar a lord Lannister no fue más que un buen comienzo.

—Pues más vale que no lo digan muy alto, no sea que los oiga mi hermana; se quedarían sin lengua. —El enano partió en dos una hogaza de pan—. Y tened más cuidado con lo que decís de mi familia, magíster. Puede que haya matado a mi padre, pero sigo siendo un león.

Aquello le pareció graciosísimo al señor del queso, que se palmeó un enorme muslo.

—Los ponentis sois todos iguales: bordáis un animal en un trozo de seda y de repente os convertís en leones, dragones o águilas. Si queréis puedo mostráros leones de verdad, mi pequeño amigo. El príncipe está muy orgulloso de su pequeño zoo. ¿Os gustaría compartir la jaula con ellos?

Tyrion tuvo que reconocer que los señores de los Siete Reinos se ufaban demasiado de sus blasones.

—De acuerdo —admitió—. Los Lannister no somos leones, pero sigo siendo hijo de mi padre, y a Jaime y a Cersei solo los puedo matar yo.

—Qué curioso que mencionéis a vuestra bella hermana —comentó Illyrio

entre caracol y caracol—. La reina ha dicho que otorgará un señorío a quienquiera que le lleve vuestra cabeza, por humilde que sea su linaje.

Tyrion no habría esperado menos.

—Si estáis pensando hacer que cumpla su palabra, pedidle también que se abra de piernas para vos. Es lo justo: la mejor parte de ella por la mejor parte de mí.

—Preferiría mi propio peso en oro. —El quesero se rio con tantas ganas que Tyrion pensó que se le iba a reventar la barriga—. Todo el oro de Roca Casterly, ¿por qué no?

—El oro os lo garantizo yo —dijo el enano, aliviado al ver que no le iba a caer encima una tonelada de anguilas y mollejas a medio digerir—, pero la Roca es mía.

—Claro. —El magister se tapó la boca y eructó—. ¿Creéis que lord Stannis os la entregará? Tengo entendido que es enormemente legalista, y vuestro hermano viste la capa blanca, así que según las leyes de Poniente sois el heredero.

—Sí, Stannis me entregaría Roca Casterly si no fuera por esos asuntos del regicidio y el parricidio; pero dadas las circunstancias, me cortaría la cabeza, y ya soy bastante bajito, gracias. ¿Por qué creéis que querría unirme a lord Stannis?

—¿Por qué si no pensabais ir al Muro?

—¿Stannis está en el Muro? —Tyrion se frotó la nariz—. Por los siete putos infiernos, ¿qué hace allí?

—Me imagino que tiritar. En cambio, en Dorne hace más calor. Tal vez debería haber puesto rumbo hacia allí.

Tyrion empezaba a sospechar que cierta lavandera pecosa dominaba la lengua común mejor de lo que aparentaba.

—Da la casualidad de que mi sobrina Myrcella está en Dorne, y me estoy planteando la posibilidad de coronarla.

Illyrio sonrió mientras los criados les servían cuencos de nata dulce con cerezas.

—¿Qué os ha hecho esa pobre niña para que le deseéis la muerte?

—Ni aquel que mata a la sangre de su sangre tiene que matar a todos sus consanguíneos —replicó Tyrion, ofendido—. He hablado de coronarla, no de matarla.

—En Volantis tienen una moneda que lleva una corona en una cara y una calavera en la otra. —El quesero cogió una cucharada de cerezas—. Pero es la misma moneda. Coronarla es matarla. Dorne podría alzarse por Myrcella, pero con Dorne no basta. Si sois tan listo como dice nuestro amigo, ya lo sabéis.

« Tiene razón en las dos cosas. —Tyrion contempló al gordo con renovado interés—. Coronarla es matarla. Y yo lo sabía».

—Solo me quedan gestos fútiles, y al menos este haría llorar lágrimas

amargas a mi hermana.

—El camino de Roca Casterly no pasa por Dorne, mi pequeño amigo. —El magister Illyrio se limpió la nata de los labios con el dorso de una mano carnosa —. Tampoco pasa por debajo del Muro. Pero os aseguro que hay un camino.

—Me han declarado traidor; soy un regicida y he matado a la sangre de mi sangre. —Tanta palabrería sobre caminos le molestaba. « ¿Qué se cree que es esto? ¿Un juego? » .

—Lo que un rey hace, el siguiente lo puede deshacer. En Pentos tenemos un príncipe, amigo mío. Preside los bailes y los banquetes, y se pasea por la ciudad en un palanquín de oro y marfil. Siempre lo preceden tres heraldos que portan la balanza de oro del comercio, la espada de hierro de la guerra y el látigo de plata de la justicia. El primer día de cada año debe desflorar a la doncella de los campos y a la doncella de los mares. —Illyrio se inclinó hacia delante con los codos en la mesa—. Pero si hay una mala cosecha, si perdemos una guerra, le cortamos el cuello para apaciguar a los dioses y elegimos a un nuevo príncipe entre las cuarenta familias.

—Recordadme que no ocupe nunca ese cargo.

—¿Tan diferentes son vuestros Siete Reinos? En Poniente no hay paz, no hay justicia, no hay fe... Y pronto no habrá tampoco comida. Cuando el pueblo tiene hambre y miedo, busca un salvador.

—Puede que lo busque, pero si lo único que encuentra es a Stannis...

—No me refiero a Stannis. No me refiero a Myrcella. —La sonrisa amarillenta se hizo aún más amplia—. Hablo de alguien diferente. Más fuerte que Tommen, más afable que Stannis, con más derechos que Myrcella. El salvador llegará desde el otro lado del mar para limpiar la sangre de Poniente.

—Hermosas palabras. —Tyrian no parecía nada impresionado—. Pero las palabras se las lleva el viento. ¿Quién será ese salvador?

—Un dragón. —El quesero vio su expresión atónita y se echó a reír de buena gana—. Un dragón con tres cabezas.

Oía al muerto que subía por las escaleras. Lo precedía el sonido lento y acompasado de las pisadas que resonaban entre las columnas violáceas del vestíbulo. Daenerys Targaryen lo aguardaba sentada en el banco de ébano que había designado como trono. Tenía los ojos cargados de sueño, y la melena de oro y plata, revuelta.

—No hace falta que veáis esto, alteza —dijo ser Barristan Selmy, lord comandante de la Guardia de la Reina.

—Ha muerto por mí.

Dany se apretó la piel de león contra el pecho. Debajo solo llevaba una túnica de lino blanco que le llegaba por medio muslo. Cuando Missandei la despertó estaba soñando con una casa que tenía una puerta roja. No había tenido tiempo de vestirse.

—*Khaleesi* —le susurró Irri—, no toquéis al muerto. Tocar a los muertos trae mala suerte.

—A no ser que los toque quien los ha matado. —Jhiqui era de constitución más corpulenta que Irri; tenía caderas anchas y pecho generoso—. Lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —corroboró Irri.

En cuestión de caballos, los dothrakis no tenían rival, pero en otros temas podían llegar a ser completos idiotas. «Además, no son más que unas niñas». Sus doncellas tenían su misma edad; parecían mujeres adultas, con melena negra, piel cobriza y ojos rasgados, pero en el fondo no eran sino chiquillas. Se las habían regalado cuando se casó con Khal Drogo, y el propio Drogo fue quien le regaló la piel que vestía, la cabeza y el cuero de un *hrakkar*, el león blanco del mar dothraki. Le quedaba demasiado grande y olía a moho, pero la hacia sentir como si su sol y estrellas estuviera aún a su lado.

Gusano Gris fue el primero en llegar por las escaleras, con una tea en la mano. Tres púas remataban su casco de bronce. Lo seguían cuatro inmaculados, que llevaban sobre los hombros al muerto. Los cascos de estos solo lucían una púa, y tenían los rostros tan inexpresivos que parecían también repujados en bronce. Depositaron el cadáver a sus pies. Ser Barristan retiró la mortaja ensangrentada, y Gusano Gris bajó la tea para que pudiera verlo.

El rostro del muerto era suave y lampiño, aunque le habían rajado las mejillas de oreja a oreja. En vida había sido alto, con los ojos azules y la piel clara.

«Debió de nacer en Lys o en Volantis; seguro que los corsarios lo capturaron en algún barco y lo vendieron como esclavo en Astapor». Tenía los ojos abiertos, pero eran sus heridas las que lloraban. Y las heridas eran incontables.

—Alteza —empezó ser Barristan—, en los muros del callejón donde lo encontramos había una arpía pintada...

—... con su sangre. —Para entonces Daenerys ya se lo sabía de memoria. Los Hijos de la Arpía asesinaban de noche, y dejaban su marca junto a cada muerto—. ¿Por qué estaba solo este hombre, Gusano Gris? ¿No tenía compañero?

—Había dado orden de que los inmaculados que recorriera las calles de Meereen de noche fueran siempre por parejas.

—Mi reina —respondió el capitán—, vuestro siervo Escudo Fornido no estaba de servicio anoche. Había ido a... cierto lugar..., a beber y a buscar compañía.

—¿Qué quiere decir eso de « cierto lugar» ?

—Una casa de placer, alteza.

« Un burdel. —La mitad de sus libertos procedía de Yunkai, donde los sabios amos eran famosos por el entrenamiento que proporcionaban a los esclavos de cama—. El camino de los siete suspiros. —Los burdeles habían brotado como hongos por todo Meereen—. No saben hacer otra cosa. Tienen que sobrevivir. —La comida se encarecía a diario, y la carne humana se abarataba. Sabía que en los barrios más pobres, entre las pirámides escalonadas de la nobleza esclavista, había burdeles para satisfacer cualquier gusto erótico imaginable—. Pero...» .

—¿Qué buscaba un eunuco en un burdel?

—Hasta aquellos que no tienen las partes del hombre pueden tener el corazón del hombre, alteza —respondió Gusano Gris—. Uno ha averiguado que vuestro siervo Escudo Fornido tenía por costumbre pagar a las mujeres de los burdeles para que se tendieran a su lado y lo abrazaran.

« La sangre del dragón no llora» .

—Escudo Fornido. —Tenía los ojos secos—. ¿Se llamaba así?

—Si a vuestra alteza le place.

—Es un buen nombre. —Los bondadosos amos de Astapor no permitían que sus soldados esclavos tuvieran nada, ni siquiera nombre. Después de que los liberase, algunos de sus inmaculados habían vuelto a adoptar el nombre que les pusieron al nacer, y otros habían elegido uno nuevo—. ¿Se sabe cuántos hombres atacaron a Escudo Fornido?

—Uno lo ignora. Muchos.

—Seis o más —intervino ser Barristan—. Por el aspecto de las heridas, cayeron sobre él desde todos lados. Cuando lo encontraron no tenía la espada, solo la vaina. Es posible que hiriera a algún atacante.

Dany rezó en silencio por que uno de ellos estuviera agonizando en aquel momento, sujetándose el vientre y retorciéndose de dolor.

—¿Por qué le han cortado así las mejillas?

—Graciosa majestad —dijo Gusano Gris—, los asesinos le habían metido a vuestro siervo Escudo Fornido los genitales de una cabra en la garganta. Uno se los quitó antes de traerlo aquí.

«No podían hacerle tragar sus propios genitales; los astaporis se los habían cortado de raíz».

—Los Hijos son cada vez más osados —señaló Dany. Hasta aquel momento se habían limitado a atacar a libertos desarmados, emboscándolos en las calles desiertas o irrumpiendo en sus casas amparados por la noche para matarlos mientras dormían—. Es el primer soldado mío que asesinan.

—El primero, pero no el último —le advirtió ser Barristan.

«Sigo en guerra —comprendió Dany—, solo que ahora me enfrento a sombras». Había albergado la esperanza de descansar de tantas matanzas, de tener tiempo para la reconstrucción, para la curación. Se quitó la piel de león, se arrodilló junto al cadáver y le cerró los ojos sin hacer caso del grito de Jhiqui.

—No olvidaremos a Escudo Fornido. Ordenad que lo laven y lo vistan para la batalla, y enterradlo con el casco, el escudo y las lanzas.

—Se hará como deseáis, alteza —dijo Gusano Gris.

—Enviad a una docena de hombres al templo de las Gracias y preguntadles a las gracias azules si ha ido alguien a pedir que le curen una herida de espada. —Dany se levantó—. Haced que corra la voz de que pagaré mucho oro por la espada corta de Escudo Fornido. Interrogad también a los carníceros y a los pastores; averiguad si alguien se ha dedicado últimamente a capar cabras. —Con un poco de suerte, algún cabrero asustado confesaría—. De ahora en adelante, no quiero que ninguno de mis hombres se quede a solas en las calles después del anochecer, tanto si está de servicio como si no.

—Unos obedecerán.

—Dad con esos cobardes; hacedlo por mí —ordenó Dany con tono fiero. Se echó el pelo hacia atrás—. Dad con ellos para que les demuestre a los Hijos de la Arpía qué significa despertar al dragón.

Gusano Gris hizo una reverencia para despedirse. Los inmaculados volvieron a cubrir el cadáver con la mortaja, lo alzaron sobre sus hombros y lo sacaron de la estancia. Ser Barristan Selmy se quedó allí. Tenía el pelo blanco, y arrugas profundas en las comisuras de los claros ojos azules, pero mantenía la espalda erguida, y los años no le habían arrebatado la habilidad con las armas.

—Alteza —dijo—, mucho me temo que vuestros eunucos no están a la altura de las tareas que les encomendáis.

Dany se sentó en el banco y volvió a cubrirse los hombros con la piel de león.

—Los Inmaculados son mis mejores guerreros.

—Si a vuestra alteza no le molesta que se lo señale, son soldados, no guerreros. Los hicieron para el campo de batalla, para apuntar hacia delante con las lanzas y resistir hombro con hombro tras los escudos. El entrenamiento los enseña a obedecer a la perfección, sin temer, sin pensar, sin dudar... no a desentrañar secretos ni a hacer preguntas.

—¿Me resultarían más útiles unos caballeros?

Selmy estaba entrenando caballeros para que la sirvieran: enseñaba a los hijos de los esclavos a luchar con la lanza y la espada al estilo de Poniente. Pero ¿de qué servían las lanzas contra unos cobardes que se refugiaban entre las sombras para asesinar?

—Para esto no —reconoció el anciano—. Además, vuestra alteza no tiene más caballeros que yo. Los muchachos tardarán años en estar preparados.

—¿Y a quién voy a utilizar, si no es a los Inmaculados? Los dothrakis lo harían peor aún.

Los dothrakis luchaban a caballo, y los jinetes eran más útiles en el campo abierto y en las colinas que en las calles angostas y los callejones de la ciudad. Más allá de la muralla de ladrillos multicolores de Meereen, su autoridad era, en el mejor de los casos, débil. Miles de esclavos seguían afanándose en las vastas fincas de las colinas, donde cultivaban trigo y olivos, pastoreaban ovejas y cabras, y extraían sal y cobre de las minas. En los almacenes de Meereen seguía habiendo cereales, aceite, aceitunas, fruta seca y carne en salazón, pero las reservas eran cada vez más exigüas, de manera que Dany había enviado a su menguado *khalasar*, bajo el mando de sus tres jinetes de sangre, para que sojuzgara tierras más distantes, mientras que Ben Plumm el Moreno se había llevado hacia el sur a los Segundos Hijos para defenderse de las incursiones yunkias.

La misión más crucial se la había encomendado a Daario Naharis, el de la lengua de miel, con su diente de oro, su barbita de tres puntas, su sonrisa traviesa bajo los bigotes morados... Más allá de las colinas orientales había una cadena de montañas de arenisca, de cumbres redondeadas; después llegaba el paso de Khyzai, y al otro lado estaba Lhazar. Si Daario conseguía convencer a los llazareenos para reabrir las rutas comerciales, sería posible que les llegaran cereales por el río o por las colinas, pero los hombres cordero no albergaban la menor simpatía hacia Meereen.

—Cuando los cuervos de tormenta vuelvan de Lhazar decidiré si los pongo a patrullar las calles —le dijo a ser Barristan—, pero hasta entonces solouento con los Inmaculados. —Se levantó—. Vais a tener que perdonarme —dijo—. Los peticionarios no tardarán en estar ante las puertas. He de ponerme las orejas largas y convertirme otra vez en su reina. Llamad a Reznak y al Cabeza Afeitada; los recibiré en cuanto me vista.

—Como ordene vuestra alteza. —Selmy hizo una reverencia.

La Gran Pirámide se alzaba hasta una altura de trescientas varas desde la enorme base cuadrada hasta la elevada cima donde se encontraban las estancias privadas de la reina, rodeadas de follaje verde y estanques aromáticos. El fresco amanecer azul se abría ya sobre la ciudad cuando Dany salió a la amplia terraza. Hacia el oeste, la luz arrancaba destellos de las cúpulas doradas del templo de las Gracias y proyectaba sombras oscuras tras las pirámides escalonadas de los

poderosos.

«En algunas de esas pirámides, los Hijos de la Arpía planean en este momento nuevos asesinatos, y no puedo hacer nada para detenerlos». Viserion percibió su desasosiego. El dragón blanco estaba enroscado en un peral, con la cabeza apoyada en la cola. Cuando Dany pasó junto a él abrió los ojos, dos estanques de oro fundido. Sus cuernos también eran dorados, al igual que las escamas que le bajaban por el lomo desde la cabeza hasta la cola.

—Eres un perezoso —le dijo al tiempo que lo rascaba bajo la quijada. Las escamas estaban calientes, como una armadura que hubiera quedado demasiado tiempo al sol. «Los dragones son fuego hecho carne». Lo había leído en uno de los libros que le había regalado ser Jorah por su boda—. ¿Qué haces que no estás cazando con tus hermanos? ¿Es que te has peleado con Drogon otra vez?

Últimamente, sus dragones estaban cada vez más indómitos. Rhaegal le había lanzado una dentellada a Irri, y Viserion había prendido fuego al *tokar* del senescal Reznak durante su última visita.

«Los he tenido muy abandonados, pero ¿de dónde voy a sacar tiempo para ellos?».

Viserion dio un coletazo y golpeó el tronco con tal fuerza que una pera cayó de la rama y rodó hasta los pies de Dany. El dragón desplegó las alas y, en una mezcla de vuelo y salto, se posó en el pretil.

«Está creciendo —pensó mientras veía como el dragón remontaba el vuelo—. Los tres están creciendo. No tardarán en tener tamaño suficiente para soportar mi peso». Entonces volaría, igual que había volado Aegon el Conquistador, alto, muy alto, hasta que Meereen fuera apenas una manchita que se pudiera ocultar con el pulgar.

Observó como Viserion ascendía en círculos cada vez más amplios hasta que se perdió de vista más allá de las aguas turbias del Skahazadhan. Dany volvió al interior de la pirámide, donde Irri y Jhiqui la esperaban para desenredarle el pelo y vestirla como correspondía a la reina de Meereen, con un *tokar* ghiscario.

Era un atuendo engoroso: una tela larga y suelta que tenía que ponerse en torno a las caderas, bajo un brazo y por encima de un hombro, con los flecos colgantes dispuestos en esmeradas capas. Si no se lo apretaba lo suficiente, se le caería; si se lo apretaba demasiado, se arrugaría y la haría tropezar. Incluso bien puesto el *tokar*, era imprescindible mantenerlo en su sitio con la mano izquierda. Caminar así vestida la obligaba a dar pasos cortos y remilgados, con un equilibrio exquisito, para no enredarse los pies con los pesados flecos. No era atuendo para nadie que tuviera que trabajar: el *tokar* era la vestimenta de los amos, y lucirlo se consideraba señal de poder y riqueza.

Tras la toma de Meereen, Dany quiso prohibir el *tokar*, pero el Consejo la disuadió.

—La Madre de Dragones tiene que vestir el *tokar*, o se granjeará el odio

eterno de sus súbditos —le advirtió Galazza Galare, la gracia verde—. Con las prendas de lana de Poniente o con una túnica de encaje myriense, vuestro esplendor será siempre una forastera entre nosotros, una extranjera grotesca, una bárbara conquistadora. La reina de Meereen tiene que ser una dama del Antiguo Ghis.

Ben Plumm el Moreno, el capitán de los Segundos Hijos, lo había expresado de manera más sucinta.

—Para ser el rey de los conejos hay que ponerse unas orejas largas.

Las orejas largas que vistió aquel día eran de puro lino blanco con un ribete de flecos rematados en borlas doradas. Con la ayuda de Jhiqui consiguió envolverse correctamente en el *tokar* al tercer intento. Irri le llevó la corona, forjada con la forma del dragón tricéfalo de su casa. El cuerpo era de oro; las alas, de plata, y las tres cabezas, de marfil, ónice y jade. Antes de que terminara la jornada, su peso le dejaría los hombros rígidos y doloridos. «La corona no debe ser cómoda», había dicho un antepasado suyo.

«Un Aegon, seguro, pero ¿cuál?».

Cinco Aegons habían gobernado los Siete Reinos de Poniente, y habría habido un sexto si los perros del Usurpador no hubieran asesinado al hijo de su hermano cuando no era más que un niño de pecho.

«Si hubiera vivido, tal vez me habría casado con él. Aegon era más o menos de mi edad, no como Viserys». La madre de Dany apenas la había concebido cuando Aegon y su hermana fueron asesinados. Rhaegar, padre de ambos y hermano de Dany, había muerto antes, a manos del Usurpador, en el Tridente. Viserys, su otro hermano, había muerto entre aullidos en Vaes Dothrak, con una corona de oro fundido en la cabeza.

«Y también me matarán a mí si lo permito. Los cuchillos que acabaron con mi Escudo Fornido iban dirigidos a mi corazón».

No había olvidado a los niños esclavos que habían clavado los grandes amos a lo largo del camino de Yunkai. Los había contado: ciento sesenta y tres, un niño cada legua, clavados a los mojones con un brazo extendido para señalarle el camino. Tras la caída de Meereen, Dany había clavado al mismo número de grandes amos. Enjambres de moscas los acompañaron durante la lenta agonía, y el hedor tardó mucho en desaparecer de la plaza. Pero en ciertas ocasiones tenía la sensación de que debería haber llegado más lejos. Los meereenos eran un pueblo artero y testarudo, y se le oponían a cada paso. Habían liberado a los esclavos, sí, pero solo para volver a contratarlos como siervos con salarios tan escasos que muchos no se podían pagar ni la comida. Los libertos que eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para resultar útiles habían quedado en las calles, al igual que los enfermos y los tullidos. Aun así, los grandes amos se reunían en sus pirámides para quejarse porque la reina dragón había llenado las calles de tan noble ciudad de hordas de mendigos, ladrones y prostitutas.

«Para reinar en Meereen tengo que ganarme a los meereenos, por mucho que los desprecie».

—Ya estoy preparada —le dijo a Irri.

Reznaky Skahaz aguardaban ante las escaleras de mármol.

—Oh, gran reina —declamó Reznak mo Reznak—, hoy estás tan radiante que temo miraros.

El senescal vestía un *tokar* de seda marrón con flecos dorados. Era un hombre menudo y pringoso que olía como si se bañara en perfume y hablaba un dialecto infame de alto valyrio, muy corrompido y maltratado por el ronco gruñido ghiscario.

—Sois muy amable —respondió Dany en el mismo idioma.

—Mi reina —gruñó Skahaz mo Kandaq, el de la cabeza afeitada. El cabello ghiscario era espeso y fuerte; durante mucho tiempo, la moda había impuesto que los hombres de las ciudades esclavistas se lo peinaran en forma de cuernos, de púas o alas. Al rasurarse, Skahaz había dejado atrás al antiguo Meereen para aceptar el nuevo. Los suyos siguieron su ejemplo y otros los imitaron, aunque Dany no habría sabido decir si fue por miedo, por moda o por ambición. Los llamaban *cabezas afeitadas*. Skahaz era el Cabeza Afeitada... y, para los Hijos de la Arpía y los de su calaña, era también el peor de los traidores—. Nos hemos enterado de lo del eunuco.

—Se llamaba Escudo Fornido.

—Si no se castiga a los asesinos, habrá muchos más crímenes.

Hasta con la cabeza rasurada, el rostro de Skahaz era repulsivo: frente simiesca; ojos diminutos con enormes bolsas; nariz grande llena de puntos negros; piel grasienda, que tendía más al amarillo que al ámbar habitual en los ghiscarios... Era un rostro toscio, inhumano, airado. La única esperanza que le cabía a Dany era que fuera, además, un rostro sincero.

—¿Cómo puedo castigarlos si no sé quiénes son? —replicó—. Decidme eso, valeroso Skahaz.

—Enemigos no os faltan, alteza. Desde vuestra terraza se ven sus pirámides. Zhak, Hazkar, Ghazeen, Merreq, Loraq... Todas las antiguas familias de esclavistas. La familia Pahl es la peor. Ahora es una casa de mujeres, de mujeres viejas y amargadas que quieren sangre. Las mujeres no olvidan. Las mujeres no perdonan.

«No —pensó Dany—, y los perros del Usurpador lo descubrirán cuando vuelva a Poniente».

Pero era verdad que la sangre se interponía entre la casa de Pahl y ella. Belwas el Fuerte había matado a Oznak zo Pahl en combate singular. Su padre, comandante de la guardia de la ciudad, había muerto defendiendo las puertas cuando la *Polla de Joso* las hizo astillas. Tres de sus tíos habían estado entre los ciento sesenta y tres de la plaza.

—¿Cuánto oro hemos ofrecido por cualquier información sobre los Hijos de la Arpía? —preguntó a Reznak.

—Cien honores, si a vuestro esplendor le parece bien.

—Mil me parecería mejor. Encargaos de ello.

—Vuestra alteza no me ha pedido consejo —intervino Skahaz el Cabeza Afeitada—, pero, en mi opinión, la sangre se paga con sangre. Elegid a un hombre de cada una de las familias que he nombrado y matadlo. La próxima vez que asesinen a uno de los vuestros, elegid a dos de cada casa importante y matadlos. No habrá un tercer crimen.

—Nooo... —gritó Reznak, horrorizado—. No, bondadosa reina, tamaña crueldad desencadenaría la ira de los dioses. Daremos con los asesinos, os lo prometo, y ya veréis como son gentuza de baja ralea.

El senescal era tan calvo como Skahaz, pero en su caso, los culpables eran los dioses. « Si un solo cabello tuviera la insolencia de aparecer, se encontraría a mi barbero con la navaja lista», le había dicho cuando lo eligió. En ocasiones, Dany se preguntaba si no sería mejor utilizar aquella navaja en la garganta de Reznak. Le resultaba útil, pero le disgustaba profundamente y, desde luego, no confiaba en él. Los Eternos de Qarth le habían dicho que sufriría tres traiciones. Mirri Maz Duur había sido la primera, y ser Jorah, el segundo. ¿Sería Reznak el tercero? ¿O el Cabeza Afeitada? ¡O Daario?

« ¡O será alguien de quien jamás he sospechado? ¡Ser Barristan! ¡Gusano Gris! ¡Missandei!» .

—Os agradezco vuestro consejo, Skahaz —le dijo al Cabeza Afeitada—. Reznak, a ver qué conseguimos con mil honores.

Daenerys se sujetó el *tokar*, pasó ante ellos y emprendió el descenso por la amplia escalinata de mármol. Iba pasito a pasito; de lo contrario se enredaría con los flecos y caería rodando hasta el patio.

Missandei era la encargada de anunciarla. La pequeña escriba tenía una voz dulce y potente.

—¡De rodillas todos para recibir a Daenerys de la Tormenta, La que no Arde, reina de Meereen, reina de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, khaleesi del Gran Mar de Hierba, Rompedora de Cadenas y Madre de Dragones!

La sala estaba abarrotada. Los inocentes estaban firmes, con la espalda contra las columnas, escudos y lanzas en ristre, las púas de los cascos enhiestas como una hilera de cuchillos. Los meereenos se habían agrupado bajo las cristalerías del lado este, y los libertos de Dany, tan lejos como podían de sus antiguos amos.

« Mientras no se mezclen, Meereen no conocerá la paz» .

—Levantaos.

Dany se acomodó en su banco. En la sala, todos se incorporaron.

« Mira, al menos una cosa que hacen igual» .

Reznak mo Reznak tenía una lista. La tradición exigía que la reina empezara con el enviado astaporí, un antiguo esclavo que se hacía llamar lord Ghael, aunque nadie sabía de qué era señor.

Lord Ghael tenía los dientes negros y cariados, y el rostro amarillento y afilado de una comadreja. También tenía un regalo.

—Cleon el Grande envía estas zapatillas como prueba de su amor hacia Daenerys de la Tormenta, la Madre de Dragones —anunció.

Irri tomó las zapatillas y se las puso a Dany. Eran de cuero laminado en oro, con adornos de perlas verdes de agua dulce.

« ¿Acaso cree el Rey Carnicero que conseguirá mi mano a cambio de un par de zapatillas?».

—Qué generoso es el rey Cleon —dijo—. Dadle las gracias por tan hermoso regalo.

« Hermoso, pero de la talla de una niña». Dany tenía los pies pequeños, e incluso así, las puntiagudas zapatillas le apretaban los dedos.

—Cleon el Grande estará satisfecho de que os hayan gustado —dijo lord Ghael—. Su magnificencia me ordena deciros que está preparado para defender a la Madre de Dragones de todos sus enemigos.

« Como me vuelva a proponer que me case con Cleon, le tiro una zapatilla a la cabeza», pensó Dany; pero por una vez, el enviado astaporí no mencionó el matrimonio.

—Ha llegado la hora de que Astapor y Meereen pongan fin al cruel dominio de los sabios amos de Yunkai, enemigos acérrimos de todos aquellos que viven en libertad. El Gran Cleon me ordena deciros que pronto atacará con sus nuevos Inmaculados.

« Sus nuevos Inmaculados son un chiste obsceno».

—El rey Cleon haría mejor en cuidar de sus jardines y dejar que los yunkios se ocupen de los suyos. —No era que sintiera el menor cariño por Yunkai. Cada día lamentaba más no haber tomado la Ciudad Amarilla después de derrotar a su ejército en el campo de batalla. Los sabios amos habían vuelto a capturar esclavos en cuanto les dio la espalda, y estaban muy ocupados recaudando impuestos, contratando mercenarios y pactando alianzas contra ella. Pero Cleon, autodenominado el Grande, no les iba a la zaga. El Rey Carnicero había reiniciado la esclavitud en Astapor; el único cambio consistía en que los antiguos esclavos eran los amos y los amos se habían convertido en sus esclavos.

—Solo soy una niña y desconozco el arte de la guerra —dijo a lord Ghael—, pero ha llegado a nuestros oídos que Astapor se muere de hambre. Que el rey Cleon alimente a su pueblo antes de llevarlo a la batalla. —Hizo un gesto con la mano, y Ghael se retiró.

—Magnificencia —entonó Reznak mo Reznak—, ¿queréis escuchar al noble Hizdahr zo Loraq?

«¿Otra vez?». Dany asintió, e Hizdahr dio unos pasos adelante; era un hombre alto, muy esbelto, con la piel ambarina impoluta. Hizo una reverencia en el mismo lugar donde no mucho antes yacía Escudo Fornido.

«Necesito a este hombre», tuvo que recordarse. Hizdahr era un comerciante adinerado que tenía muchos amigos, tanto en Meereen como al otro lado del mar. Había estado en Volantis, en Lys, en Qarth; tenía parientes en Tolos y en Elyria; incluso se decía que contaba con ciertas influencias en el Nuevo Ghis, donde los yunkios estaban intentando reavivar la enemistad hacia Dany y su reinado.

Y era rico. Increíble, espeluznantemente rico.

«Y será aún más rico si accedo a su petición». Después de que Dany cerrara las arenas de combate de la ciudad, el valor de los títulos de propiedad de los reñidores había caído en picado. Hizdahr zo Loraq los había comprado a manos llenas, y en aquel momento era propietario de la mayor parte de las arenas de Meereen.

El noble tenía el cabello peinado en forma de alas que le brotaban de las sienes, de tal modo que su cabeza parecía a punto de emprender el vuelo. El rostro alargado resaltaba más aún a causa de la barba adornada con anillos de oro. Los flecos de su *tokar* morado eran de perlas y amatistas.

—Vuestro esplendor ya conocerá el motivo de mi presencia.

—Desde luego —respondió ella—. El motivo es que no tenéis nada que hacer aparte de importunarme. ¿Cuántas veces os he dicho que no?

—Cinco, magnificencia.

—Con esta serán seis. No pienso permitir la reapertura de las arenas de combate.

—Si vuestra majestad tuviera la benevolencia de escuchar mis argumentos...

—Ya los he escuchado. Cinco veces. ¿O traéis argumentos nuevos?

—Los argumentos no cambian —reconoció Hizdahr—, pero sí su exposición. Os traigo palabras hermosas, corteses, más adecuadas para inclinar el ánimo de una reina.

—El problema está en la causa que defendéis, no en la cortesía que empleáis. He oído tantas veces esos argumentos que yo misma podría defender el caso. ¿Os lo demuestro? —Se inclinó hacia delante—. Los reñidores forman parte de Meereen desde su fundación. Los combates tienen una naturaleza esencialmente religiosa: son un sacrificio de sangre a los dioses de Ghis. El «arte mortal» de Ghis no es una simple matanza, sino una exhibición de valor, fuerza y habilidad que complace sobremanera a vuestros dioses. Los luchadores victoriosos reciben agasajos y homenajes; a los héroes caídos se los honra y recuerda. Si permitiera la reapertura de las arenas, demostraría al pueblo de Meereen que respeta sus costumbres y tradiciones. Estas arenas son famosas en todo el mundo: atraen comercio a Meereen y llenan las arcas de la ciudad de moneda procedente de los lugares más distantes. Todo hombre tiene sed de sangre, y los reñidores

contribuyen a saciarla, lo que hace de Meereen un lugar más pacífico. Para los criminales condenados a morir en las arenas representan un juicio por combate, una última oportunidad de demostrar su inocencia. —Volvió a apoyarse en el respaldo—. Ya está. ¿Qué tal he estado?

—Vuestro esplendor ha presentado el caso mucho mejor de lo que yo mismo lo habría hecho. Salta a la vista que sois tan elocuente como hermosa. Me habéis convencido.

—Lástima que a mí no. —Dany no pudo por menos que reírse.

—Magnificencia —le susurró al oído Reznak mo Reznak—, permitidme que os recuerde que, según la costumbre, a la ciudad le corresponde una décima parte de todos los beneficios que se generen en las arenas de combate, tras descontar los gastos. Es un impuesto. Se podrían dar muchos usos nobles a ese dinero.

—Es posible —reconoció—, aunque si decidiéramos reabrir los reñideros, deberíamos cobrar el diezmo antes de descontar gastos. Solo soy una niña y desconozco el arte del comercio, pero he tratado con Illyrio Mopatis y Xaro Xhoan Daxos lo suficiente para saber al menos eso. Hizdahr, si dominarais los ejércitos igual que domináis los argumentos, podríais conquistar el mundo..., pero la respuesta vuelve a ser que no. Por sexta vez.

El hombre hizo una reverencia tan pronunciada como la primera. Las perlas y las amatistas tintinearon suavemente contra el suelo de mármol. Hizdahr zo Loraq era, también, muy flexible.

—La reina ha hablado.

« Si no fuera por ese peinado tan ridículo, sería atractivo». Reznak y la gracia verde habían intentado persuadirla para que tomara como esposo a un noble meereeno, cosa que la reconciliaría con la ciudad. Si al final se veía obligada a transigir, valdría la pena tener en cuenta a Hizdahr zo Loraq. « Mucho mejor que Skahaz». El Cabeza Afeitada le había ofrecido repudiar a su esposa para casarse con ella, pero la sola idea le provocaba escalofríos. Al menos Hizdahr sabía sonreír.

—Magnificencia —dijo Reznak tras consultar su lista—, el noble Grazdan zo Galare quiere dirigirse a vos. ¿Deseáis escucharlo?

—Será un placer —dijo Dany mientras contemplaba el brillo del oro y el lustre de las perlas verdes de las zapatillas de Cleon y hacía lo posible por no pensar en cómo le apretaban los dedos.

Ya le habían advertido que Grazdan era primo de la gracia verde, cuyo apoyo le estaba resultando de gran valor. La sacerdotisa era la voz de la paz, la tolerancia y la obediencia a la autoridad legal.

« Quiera lo que quiera su primo, lo escucharé con respeto».

Resultó que lo que quería era oro. Dany se había negado a resarcir a ninguno de los grandes amos por el precio de los esclavos que había liberado, pero los

meereenos no dejaban de idear maneras de arañar unas monedas. El noble Grazdan pertenecía a aquella categoría. Según le explicó, en otros tiempos había sido dueño de una esclava que era una tejedora maravillosa; los productos de su telar se valoraban enormemente, y no solo en Meereen, sino también en el Nuevo Ghis, en Astapor y en Qarth. Cuando la mujer se hacía mayor, Grazdan compró media docena de chicas y le ordenó que las instruyera en los secretos de su arte. La anciana ya había muerto, y las jóvenes, una vez libres, habían abierto un taller junto al puerto, donde vendían sus telas. Grazdan zo Galare quería que se le concediera un porcentaje de sus beneficios.

—Si tienen esa capacidad, es gracias a mí —recalcó—. Yo las saqué del mercado de esclavos y las senté ante el telar.

Dany lo escuchó en silencio, con el rostro impenetrable.

—¿Cómo se llamaba la anciana tejedora? —le preguntó cuando hubo terminado.

—¿La esclava? —preguntó Grazdan, cambiando el peso de un pie a otro, con el ceño fruncido—. Creo que era... Elza, me parece. O Ella. Hace ya seis años que murió. He tenido muchos esclavos, alteza.

—Pongamos que se llamaba Elza. —Dany alzó una mano—. Este es nuestro veredicto: las chicas no tienen que pagaros nada. Fue Elza quien las enseñó a tejer, no vos. Sin embargo, les entregaréis un telar nuevo, el mejor que podáis encontrar. Eso, por haber olvidado el nombre de la anciana. Podéis retiraros.

Reznak iba a llamar a continuación a otro *tokar*, pero Dany ordenó que compareciera un liberto. A partir de aquel momento fue alternando entre antiguos amos y antiguos esclavos. La mayoría de los asuntos que le planteaban tenían que ver con desagravios e indemnizaciones. Tras la caída de Meereen, el saqueo había sido brutal. Las pirámides escalonadas de los poderosos se habían librado de lo peor, pero en las zonas más humildes hubo una auténtica orgía de pillaje y asesinatos cuando se levantaron los esclavos y las hordas hambrientas que la habían seguido desde Yunkai y Astapor entraron como una avalancha por las puertas derribadas. Al final, sus Inmaculados habían restablecido el orden, pero el saqueo había dejado a su paso todo un reguero de problemas. Por tanto, la gente iba a ver a la reina.

Se presentó ante ella una mujer adinerada cuyo esposo e hijos habían muerto defendiendo la muralla de la ciudad. Durante el saqueo, impulsada por el miedo, había huido a casa de su hermano. Al regresar se encontró con que habían convertido su hogar en un burdel, y las prostitutas se engalanaban con sus joyas y vestidos. Quería recuperar la casa y las joyas.

—La ropa se la pueden quedar —concedió.

Dany ordenó que le devolvieran las joyas, pero dictaminó que al huir había abandonado la casa y ya no tenía derecho a ella.

Un antiguo esclavo se presentó para acusar a un hombre de la familia Zhak

Se había casado poco tiempo atrás con una liberta que, antes de la caída de la ciudad, servía al noble de calientacamas. El noble la había desvirgulado, la había utilizado a su gusto y la había dejado embarazada. Su nuevo marido quería que se castrara al noble por el delito de violación, y también una bolsa de oro como pago por criar al bastardo como si fuera su propio hijo. Dany le concedió el oro, pero no la castración.

—Cuando se acostó con ella, vuestra esposa era de su propiedad; podía hacer lo que quisiera. Según la ley, no hubo violación.

Le resultó obvio que la decisión no lo dejaba satisfecho, pero si castraba a todos los hombres que alguna vez se habían acostado con una esclava, no tardaría en reinar sobre una ciudad de eunucos.

A continuación se adelantó un muchachito más joven que Dany, flaco y lleno de cicatrices, que vestía un *tokar* raido con flecos plateados que arrastraban por el suelo. Se le quebró la voz al relatar cómo dos esclavos de la casa de su padre se habían rebelado la noche en que cayó la puerta. Uno asesinó a su padre, y el otro, a su hermano mayor. Ambos violaron a su madre antes de matarla también. El muchacho había conseguido huir con tan solo una cicatriz en la cara, pero uno de los asesinos seguía viviendo en la casa de su padre, y el otro se había alistado con los soldados de la reina y era uno de los Hombres de la Madre. Quería que los ahorcaran a los dos.

«Reino en una ciudad con cimientos de polvo y muerte». Dany no tuvo más remedio que negarse. Había decretado un indulto general para todos los delitos cometidos durante el saqueo, y desde luego, no iba a castigar a un esclavo por alzarse contra sus amos.

Cuando se lo dijo, el muchacho se abalanzó hacia ella, pero se le enredaron los pies con el *tokar* y cayó de bruces contra el suelo de mármol. Belwas el Fuerte se echó sobre él. El corpulento eunuco de piel oscura lo levantó en vilo con una sola mano y lo sacudió como un mastín a una rata.

—Ya basta, Belwas —ordenó Dany—. Suéltalo. —Se volvió hacia el chico—. Conserva ese *tokar* como un tesoro, porque te ha salvado la vida. No eres más que un niño, así que olvidaré lo sucedido hoy aquí. Te recomiendo que hagas lo mismo.

Pero mientras salía, el chico miró hacia atrás, y al verle los ojos, Dany supo que la Arpía había ganado otro hijo.

A mediodía, Daenerys sentía ya el peso de la corona en la cabeza, y la dureza del banco en las posaderas. Había tanta gente esperando sus veredictos que, en vez de retirarse a comer, envió a Jhiqui a la cocina para que fuera a buscar una bandeja con una torta de pan, aceitunas, higos y queso. Fue comiendo a mordiscos mientras escuchaba, y a ratos bebía de una copa de vino aguado. Los higos eran buenos, y las aceitunas, aún mejores, pero el vino le dejaba en la boca un regusto ácido y metálico. Las uvas pequeñas y amarillas que se daban

en aquella zona producían caldos de escasa calidad.

«No tendremos comercio de vino». Además, los grandes amos habían quemado los mejores viñedos junto con los olivos.

Por la tarde se presentó un escultor que le propuso sustituir la cabeza de la gran arpía de bronce de la plaza de la Purificación por otra a imagen de Dany. Ella rechazó la sugerencia con tanta cortesía como pudo. En el Skahazadhan habían pescado una trucha de dimensiones sin precedentes, y el pescador quería regalársela a la reina. No escatimó elogios para el pescado, recompensó al hombre con una buena bolsa de plata e hizo que llevaran la trucha a las cocinas. Un artesano del cobre le había hecho una cota de brillantes anillas para que la vistiera en el combate. La aceptó con grandes muestras de gratitud: era una prenda muy hermosa, y el sol arrancaría bonitos destellos del cobre bruñido, pero si había una batalla de verdad, era más recomendable enfundarse en acero; lo sabía hasta una niña que desconocía el arte de la guerra.

Las zapatillas que le había regalado el Rey Carnicero le resultaban ya insopportables de puro incómodas. Se las quitó y se sentó sobre un pie mientras mecía el otro. No era una pose nada regia, pero estaba harta de ser regia. La corona le daba dolor de cabeza, y tenía las nalgas entumecidas.

—Ser Barristan —comentó—, ya sé qué cualidad debe tener todo rey.

—¿Valor, alteza?

—No —bromeó—, un culo de acero. Lo único que hago es pasarme el día sentada.

—Vuestra alteza carga con demasiadas obligaciones. Tendráis que delegar algunas en vuestros consejeros.

—Consejeros me sobran; lo que necesito son cojines. —Se volvió hacia Reznak—. ¿Cuántos quedan?

—Veintitrés, si a su magnificencia le parece bien. Con otras tantas reclamaciones. —El senescal consultó unos cuantos documentos—. Un ternero y tres cabras. Sin duda, el resto serán ovejas o corderos.

—Veintitrés —suspiró Dany—. Desde que empezamos a pagar a los pastores por los animales que perdían, mis dragones han desarrollado un apetito increíble. ¿Han aportado pruebas?

—Algunos traen huesos quemados.

—Los hombres encienden hogueras. Los hombres asan corderos. Unos huesos quemados no demuestran nada. Ben el Moreno dice que en las colinas cercanas hay lobos de pelo rojo, y también chacales y perros salvajes. ¿Es que vamos a tener que pagar con plata todos los corderos que se descarríen entre Yunkai y el Skahazadhan?

—No, magnificencia. —Reznak hizo una reverencia—. ¡Ordeno a estos granujas que se marchen, o preferís que los haga azotar?

Daenerys cambió de postura en el banco.

—Nadie debe tener miedo de acudir a mi presencia. Pagadles. —Sin duda, algunas reclamaciones serían falsas, pero en su mayor parte eran justificadas. Sus dragones habían crecido demasiado para conformarse con ratas, gatos y perros. « Cuanto más coman, más grandes se harán —le había advertido ser Barristan—, y cuanto más grandes sean, más comerán» . Drogon, sobre todo, se alejaba mucho para cazar, y devoraba un cordero cada día—. Pagadles los animales —dijo a Reznak—, pero de ahora en adelante, los que tengan alguna reclamación tendrán que presentarse en el templo de las Gracias y hacer un juramento sagrado ante los dioses de Ghis.

—Así se hará. —Reznak se volvió hacia los demandantes—. Su magnificencia la reina ha accedido a compensarlos a todos por los animales que habéis perdido —les dijo en ghiscario—. Presentaos mañana ante mis factores y se os pagará en moneda o en especie, como elijáis.

Un silencio hosco recibió el anuncio.

« Deberían estar más contentos —pensó Dany—. Ya tienen lo que venían a buscar. ¿Es que no hay manera de satisfacer a esta gente?» .

Un hombre se quedó en el sitio mientras los demás iban saliendo. Era achaparrado, con el rostro curtido por la intemperie y ropa andrajosa. Llevaba el hirsuto pelo rojinegro cortado como un casco sobre las orejas, y en una mano tenía una saca de tela. Estaba de pie, con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo de mármol, como si hubiera olvidado dónde se encontraba.

« Y este, ¿qué querrá?», se preguntó Dany con el ceño fruncido.

—¡Arrodillaos todos ante Daenerys de la Tormenta, La que no Arde, reina de Meereen, reina de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, khaleesi del Gran Mar de Hierba, Rompedora de Cadenas y Madre de Dragones! —declamó Missandei con su voz aguda y dulce.

Dany se levantó, y el *tokar* empezó a resbalársele. Lo atrapó rápidamente y volvió a ponérselo en su sitio.

—Vos, el del saco —llamó—, ¿queríais audiencia? Podéis acercarlos.

El hombre alzó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos como heridas abiertas. Dany vio por el rabillo del ojo como ser Barristan se acercaba más a ella, una sombra blanca siempre a su lado. El hombre se acercó arrastrando los pies, un paso, luego otro, con la saca aferrada.

« ¿Estará borracho o enfermo?», se preguntó Dany. Tenía tierra bajo las uñas rotas y amarillentas.

—¿Qué sucede? —preguntó Dany—. ¿Queréis exponernos algún agravio, alguna petición? ¿Qué deseáis?

El hombre, nervioso, se humedeció los labios agrietados.

—Traigo... Traigo...

—¿Huesos? —interrumpió con impaciencia—. ¿Huesos quemados?

Él alzó la saca y derramó su contenido sobre el mármol. Eran huesos, sí,

huesos quebrados y ennegrecidos. Los más largos estaban rotos; les habían sacado la médula.

—Fue el negro —dijo el hombre en el gutural idioma ghiscario—. La sombra alada. Bajó del cielo y... y...

« No. —Dany se estremeció—. No, no, oh, no» .

—¿Acaso estáis sordo, idiota? —espetó Reznak mo Reznak al hombre—. ¿Es que no me habéis oído? Id mañana a ver a mis factores y os pagarán la oveja.

—Reznak —intervino ser Barristan con voz queda—, contened la lengua y abrid los ojos. No son huesos de oveja.

« No —pensó Dany—. Esos huesos son de niño» .

El lobo blanco corría por un bosque negro, bajo un acantilado de piedra clara tan alto como el cielo. La luna lo acompañaba, colándose entre las ramas desnudas y enmarañadas, cruzando el cielo estrellado.

—Nieve —murmuró la luna. El lobo hizo oídos sordos. La nieve crujía bajo sus patas. El viento suspiraba entre los árboles.

A lo lejos, muy lejos, alcanzaba a oír la llamada de sus compañeros de manada, de hermano a hermano. También cazaban. Una lluvia torrencial azotaba a su hermano negro mientras despedazaba una cabra enorme, limpiándole la sangre del costado, allí donde el animal le había clavado un largo cuerno. En otro lugar, su hermana alzaba la cabeza para aullar a la luna, y cientos de pequeños primos grises interrumpieron la caza para cantar con ella. Las colinas eran más cálidas allí, y estaban repletas de comida. Muchas noches, su hermana y su manada se atiborraban de carne de oveja, vaca y caballo, las presas de los hombres, y a veces, incluso de la de los propios hombres.

—Nieve —volvió a advertir la luna, socarrona. El lobo blanco caminó por el sendero humano, bajo el precipicio helado. Sentía el sabor de la sangre en la lengua, y la canción de cientos de primos le resonaba en los oídos. Habían sido seis: cinco cachorros ciegos y gimoteantes en la nieve, que mamaban la leche fría de los pezones duros del cadáver de su madre, y él, que se alejaba arrastrándose, solo. Quedaban cuatro..., y había uno al que el lobo blanco ya no podía sentir.

—Nieve —insistió la luna.

El lobo blanco huyó de ella y corrió hacia la cueva de noche donde el sol ya se había escondido. El aliento se le congelaba en el aire. En las noches sin estrellas, el gran acantilado era negro como un tizón, una muralla de oscuridad sobre el vasto mundo. Pero cuando salía la luna, brillaba blanco y glacial como un arroyo helado. El pelaje del lobo era grueso y abundante, pero cuando el viento soplabía sobre el hielo, no había piel que pudiera alejar el frío. Al otro lado, el viento era aún más gélido; el lobo lo sabía. Allí era donde estaba su hermano, el hermano gris que olía a verano.

—Nieve. —Un carámbano cayó de una rama. El lobo blanco se volvió y enseñó los dientes—. ¡Nieve! —Se le erizó el pelaje, y el bosque desapareció a su alrededor—. ¡Nieve, nieve, nieve! —Oyó un batir de alas. Un cuervo atravesaba la penumbra.

Aterrizó en el pecho de Jon con un sonoro golpe.

—¡Nieve! —le gritó a la cara.

—Ya te oigo. —La habitación era oscura, y su camastro, duro. Una luz grisácea se filtraba por las contraventanas, augurando otro día lóbrego y frío—. ¿Así despertabas a Mormont? Quitame esas plumas de la cara. —Jon sacó un

brazo de las sábanas para espantar al cuervo. Era un ave grande, vieja, impertinente y desaliñada, que no tenía ni asomo de miedo.

—Nieve —chilló, volando hasta la cabecera de la cama—. Nieve, Nieve.

Jon agarró una almohada y se la tiró, pero el cuervo la esquivó de un salto. La almohada se estrelló contra la pared, esparciendo todo su relleno justo cuando Edd Tollett el Penas asomaba la cabeza por la puerta.

—Disculpad —dijo, sin prestar atención a la nube de plumas—. ¿Desearía mi señor algo de desayunar?

—Maíz —gritó el cuervo—. Maíz, maíz.

—Cuervo asado —sugirió Jon—. Y media pinta de cerveza.

Todavía le resultaba extraño tener sirvientes; no hacía tanto que era él quien preparaba el desayuno para el lord comandante Mormont.

—Tres raciones de maíz y un cuervo asado —dijo Edd el Penas—. Excelente, mi señor. Hobb acaba de preparar huevos duros, morcilla y manzanas estofadas con ciruelas. Las manzanas estofadas están deliciosas, salvo por las ciruelas. Yo no como ciruelas. Bueno, salvo una vez que Hobb las mezcló con castañas y zanahorias y las escondió en una gallina. Nunca confiéis en un cocinero, mi señor. Os dará ciruelas cuando menos lo esperéis.

—Lo tomaré más tarde. —El desayuno podía esperar, pero Stannis, no—. ¿Algún problema anoche con las empalizadas?

—No ha vuelto a haberlos desde que pusisteis guardias a los guardias, mi señor.

—Bien. —Los caballeros de Stannis Baratheon habían aniquilado a las huestes de Mance Rayder y apresado a mil salvajes más allá del Muro. Muchos prisioneros eran mujeres, y más de un guardia se habían llevado a alguna a hurtadillas para que le calentase la cama. Hombres del rey, hombres de la reina, incluso algún hermano negro: todos lo habían intentado. Los hombres eran hombres, y no había más mujeres en mil leguas a la redonda.

—Dos salvajes más se entregaron anoche —continuó Edd—. Una madre con una niña agarrada a las faldas. También llevaba un niño, un bebé envuelto en pieles, pero estaba muerto.

—Muerto —repitió el cuervo. Era una de sus palabras favoritas—. Muerto, muerto, muerto.

Casi todas las noches llegaba gente del pueblo libre: criaturas ateridas y hambrrientas que habían escapado de la batalla que se libraba bajo el Muro solo para dar la vuelta a toda prisa al comprender que no había adónde huir.

—¿Han interrogado a la madre? —preguntó Jon. Stannis Baratheon había acabado con las hordas de Mance Rayder y había apresado al Rey-más-allá-del-Muro, pero los salvajes todavía estaban fuera: el Llorón, Tormund Matagigantes y mil más.

—Sí, mi señor —dijo Edd—. Pero todo lo que sabía es que huyó durante la

batalla y se escondió en el bosque. Le dimos gachas, la encerramos, e incineramos al niño.

A Jon ya no lo preocupaban los bebés muertos y quemados, pero los vivos eran otro asunto.

« Dos reyes para despertar al dragón. Primero el padre y luego el hijo, y ambos morirán reyes. —Uno de los hombres de la reina había murmurado esas palabras mientras el maestre Aemon le limpiaba las heridas—. “Hay poder en la sangre de un rey —le había advertido el viejo maestre—, y hombres mejores que Stannis han hecho cosas peores”. El rey puede ser duro e implacable, sí, pero ¿un recién nacido? Solo un monstruo entregaría un niño vivo a las llamas» .

Jon meó en el orinal, en la oscuridad de su alcoba, mientras el cuervo del Viejo Oso mascullaba protestas. Cada vez soñaba con los lobos más a menudo, y recordaba los sueños aun en la vigilia.

« Fantasma sabe que Viento Gris murió. —Robb había perdido la vida en Los Gemelos, traicionado por hombres a los que creía amigos, y su lobo había caído con él. Bran y Rickon también habían muerto, decapitados por orden de Theon Greyjoy, otra vez pupilo de su padre... Pero, si los sueños no mentían, los huargos habían conseguido escapar. En Corona de la Reina, uno de ellos había salido de la oscuridad y le había salvado la vida—. Verano, tuvo que ser Verano. Tenía el pelaje gris, y Peludo es negro». Se preguntó si una parte de sus hermanos muertos vivía aún en sus lobos.

Llenó la jofaina con agua de la jarra que había junto a la cama, se lavó la cara y las manos, se vistió de lana negra, se ató el jubón y se calzó un par de botas gastadas. El cuervo de Mormont lo observó con fieros ojos negros y revoloteó hasta la ventana.

—¿Crees que soy tu esclavo?

Cuando abrió las ventanas de celosía con cristales amarillos, el frío de la mañana lo golpeó en la cara. Respiró a fondo para sacudirse las telarañas de la noche mientras el ave se alejaba volando.

« Ese bicho es demasiado listo» . Había pasado años y años con el Viejo Oso, pero eso no le impidió devorarle el rostro cuando murió.

Tras la puerta de su dormitorio, las escaleras descendían hasta una estancia más grande, amueblada con una vieja mesa de pino y una docena de sillas de roble y cuero. Stannis prefirió ocupar la Torre del Rey, y la Torre del Lord Comandante había ardido hasta los cimientos, con lo que Jon no tuvo más remedio que establecerse en las modestas habitaciones de Donal Noye, detrás de la armería. Sin duda, con el tiempo necesitaría algo más grande, pero mientras se acostumbraba a su nuevo cargo, aquello era más que suficiente.

El documento que le había entregado el rey para firmar estaba en la mesa, bajo una copa de plata que había pertenecido a Donal Noye. El herrero manco había dejado pocos efectos personales: aquella copa, seis peniques y una estrella

de cobre, un broche nielado con el cierre roto, y un polvoriento jubón de brocado con el ciervo de Bastión de Tormentas.

« Sus tesoros eran sus herramientas, y las espadas y los cuchillos que forjaba. Su vida era la fragua. —Jon apartó la copa y leyó una vez más el pergamino—. Si firmo esto, se me recordará para siempre como el lord comandante que entregó el Muro, pero si me niego...» .

Stannis Baratheon estaba resultando un invitado bastante quisquilloso, además de inquieto. Había recorrido el camino Real casi hasta Corona de la Reina, merodeado por las chozas vacías de Villa Topo e inspeccionado las ruinas de las fortificaciones de Puerta de la Reina y Castillo de Roble. Todas las noches subía a la cima del Muro con lady Melisandre; durante el día visitaba las empalizadas para que la mujer roja interrogase a los prisioneros.

« No le gusta que le lleven la contraria» . No iba a ser una mañana muy agradable.

Desde la armería llegó un entrechocar de escudos y espadas cuando los nuevos reclutas cogieron sus armas. Alcanzó a oír la voz de Férreo Emmett metiéndoles prisa. Cotter Pyke había lamentado mucho prescindir de él, pero el joven explorador tenía talento para entrenar a otros hombres.

« Le apasiona luchar, y conseguirá que a los chicos también les apasione» . O eso esperaba.

La capa de Jon estaba colgada de un clavo al lado de la puerta; el cinturón de su espada, de otro. Se puso ambos y se dirigió a la armería. Vio que la alfombra donde dormía Fantasma estaba vacía. Tras las puertas había apostados dos guardias, lanza en mano, ataviados con capa negra y yelmo de hierro.

—¿Mi señor necesitará escolta? —preguntó Garse.

—Creo que sabré llegar a la Torre del Rey yo solo. —Jon no soportaba tener guardias siguiéndolo a todas partes. Se sentía como mamá pato a la cabeza de una procesión de patitos.

Los muchachos de Férreo Emmett ya estaban en el patio, con las espadas embotadas en la mano, descargándolas contra los escudos. Jon se paró un momento a observar cómo Caballo arrinconaba a Petirrojo Saltarín contra el pozo. Caballo tenía madera de luchador. Era cada día más fuerte, y poseía instinto. No se podía decir lo mismo de Petirrojo Saltarín: por si el pie zambo no fuera suficiente, tenía miedo de los golpes.

« Quizá sería mejor hacerlo mayordomo» . La pelea terminó de repente, con Petirrojo Saltarín en el suelo.

—Bien peleado —le dijo a Caballo—, pero bajas demasiado el escudo cuando atacas. Deberías corregir eso, o te matarán.

—Bien, mi señor. La próxima vez lo mantendré más alto. —Caballo ayudó al menudo Petirrojo Saltarín a levantarse, y el muchacho hizo una reverencia torpe.

Unos cuantos caballeros de Stannis estaban entrenándose al otro lado del

patio. Jon se percató de que los hombres del rey estaban en una esquina, y los de la reina, en la otra.

«Pero son unos pocos. Hace demasiado frío para los demás». Cuando pasó junto a ellos, una voz atronadora lo llamó.

—¡Eh, chico! ¡Tú! ¡Chico! —No era lo peor que le habían llamado desde que era lord comandante. Hizo caso omiso del grito.

—Nieve —insistió la voz—. Lord comandante. —Se detuvo.

—¿Sí?

El caballero le sacaba casi un palmo de altura.

—Un hombre que lleva acero valyrio debería usarlo para algo más que rascarse el culo.

Jon lo había visto por el castillo: un caballero de renombre, según él mismo proclamaba. Durante la batalla, bajo el Muro, ser Godry Farring había matado a un gigante que huía, atravesándole la espalda con una lanza desde el caballo para después cortarle la cabeza. Los hombres de la reina empezaron a llamarlo Godry el Masacragigantes.

Jon recordó el llanto de Ygritte.

«Soy el último gigante».

—Usa a *Garra* cuando debo.

—¿Y la usáis bien? —Ser Godry desenvainó su propia hoja—. Demostrádnoslo. Prometo no haceros daño, muchacho.

«Qué amable».

—Tendrá que ser en otra ocasión; por desgracia, ahora tengo otras tareas pendientes.

—Ya veo que lo que tenéis es miedo. —Ser Godry hizo un gesto hacia sus amigos—. Tiene miedo —repitió, por si alguien no lo había oído.

—Disculpadme. —Jon les dio la espalda.

El Castillo Negro tenía un aspecto desolado e inhóspito bajo la débil luz del amanecer.

«Mis dominios tienen tanto de ruina como de fortaleza», reflexionó Jon con pesar. De la Torre del Lord Comandante solo quedaba el esqueleto; la sala común era poco más que una pila de vigas negras, y la Torre de Hardin parecía a punto de desmoronarse con la menor ráfaga de viento... aunque siempre lo había parecido. El Muro se alzaba detrás, inmenso, imponente, impasible, atestado de constructores que subían un nuevo tramo de escalera zigzagueante para unirlo a los restos de la anterior. Trabajaban día y noche. Sin la escalera no había forma de alcanzar la parte superior, excepto usando la jaula, pero no les serviría de nada si volvían a atacar los salvajes.

El gran estandarte dorado de batalla de la casa Baratheon restallaba como un látigo sobre la Torre del Rey, desde el mismo tejado por el que Jon había merodeado con su arco no hacía tanto tiempo, en compañía de Seda y Dick

Follard el Sordo, matando thenitas y gente del pueblo libre. Había dos hombres de la reina tiritando en las escaleras, con las manos bajo las axilas y las lanzas apoyadas en las puertas.

—Esos guantes de paño no os servirán de gran cosa aquí —les dijo Jon—. Id a ver a Bowen Marsh mañana, y os dará unos de cuero con forro de piel.

—Iremos, mi señor, gracias —dijo el mayor.

—Si no se nos congelan antes las putas manos —añadió el más joven, exhalando una bocanada de aliento blanquecino—. Y creía que hacía frío en las Marcas de Dorne. ¿Qué sabía yo?

« Nada —pensó Jon Nieve—. Como yo» .

A medio camino escalera arriba se encontró a Samwell Tarly, que bajaba.

—¿Vienes de ver al rey? —le preguntó.

—El maestre Aemon me ha mandado a entregarle una carta.

—Ya veo. —Algunos señores confiaban la lectura de las cartas a sus maestres para que les transmitieran el contenido, pero Stannis insistía en romper el lacre personalmente—. ¿Cómo se lo ha tomado Stannis?

—Por su cara, no muy bien. —Sam bajó la voz—. Se supone que no debo hablar de ello.

—Pues no hables. —Jon se preguntó cuál de los señores vasallos de su padre se había negado a doblegarse a Stannis en aquella ocasión. « Cuando Bastión Kar se puso de su parte no guardó el secreto, precisamente» .

—¿Qué tal te va con el arco?

—Encontré un buen libro sobre el tema —contestó Sam con el ceño fruncido—. Pero es más difícil practicarlo que leerlo. Tengo ampollas.

—Sigue en ello. Puede que necesitemos tu arco en el Muro si aparecen los Otros en una noche oscura.

—Oh, espero que no.

Había más guardias ante los aposentos del rey.

—No se permite portar armas en presencia de su alteza, mi señor —dijo su sargento—. Tendréis que dejarme la espada, y también los cuchillos.

Jon sabía que era inútil protestar, así que se los entregó.

El aire era cálido en la estancia. Lady Melisandre estaba sentada junto al fuego, y su rubí brillaba contrastando con la piel blanca del cuello. Ygritte había recibido el beso del fuego, pero la sacerdotisa roja era fuego puro; su pelo, sangre y llamas. Stannis estaba tras la tosca mesa donde el Viejo Oso se sentaba a comer. La cubría un gran mapa del Norte, dibujado en un trozo de piel desgastado. Una vela de sebo en un extremo y un guante de cuero en el otro lo mantenían extendido.

Aunque el rey vestía calzones de lana y jubón guateado, tenía un aspecto tan incómodo y rígido como si llevase cota de malla y armadura. Tenía la piel blancuzca, apergaminada, y lucía una barba tan corta que parecía pintada. Todo

lo que le quedaba del pelo negro eran unos flecos en las sienes. En la mano llevaba un pergamino con el sello de lacre verde oscuro abierto.

Jon hincó la rodilla. El rey lo miró con el ceño fruncido y agitó el pergamino.

—Levantaos. Decidme, ¿quién es Lyanna Mormont?

—Una de las hijas de lady Maege, señor. La menor. Lleva el nombre de la hermana de mi padre.

—Para buscar el favor de vuestro padre, sin duda. Ya conozco ese juego. ¿Qué edad tiene esa despreciable chiquilla?

—Alrededor de diez años —respondió Jon después de pensar un momento—. ¿Puedo saber en qué ha ofendido a vuestra alteza?

—«La isla del Oso —leyó Stannis tomando la carta— no conoce otro rey que el Rey en el Norte, cuyo nombre es Starl». Diez años, decís, y ya se atreve a desafiar a su rey. —La barba recordadísima adornaba como una sombra las mejillas hundidas—. No quiero que esta noticia corra por ahí, lord Nieve. Bastión Kar está de mi parte, y eso es todo lo que hace falta divulgar. Prefiero que vuestros hermanos no vayan por ahí contando historias sobre cómo esta niña me ha escupido a la cara.

—Como ordenéis, mi señor. —Jon sabía que Maege Mormont había cabalgado hacia el sur con Robb. Su hija mayor también se había aliado con el Joven Lobo. Aunque ambas hubieran muerto, lady Maege tenía otras hijas; algunas, madres a su vez. ¿Habían partido también con Robb? Sin duda, lady Maege habría dejado al menos a una de las mayores de castellana. No entendía por qué era Lyanna quien escribía a Stannis, y no podía evitar preguntarse si la respuesta habría sido distinta en caso de que la misiva hubiera ido sellada con un huargo en lugar de un venado coronado y firmada por Jon Stark, señor de Invernalia.

«Es demasiado tarde para estas consideraciones. Ya he tomado mi decisión».

—Hemos enviado cuarenta cuervos —se quejó el rey—, y no hemos recibido más que silencio y desafíos. Todo individuo leal debe rendir pleitesía a su rey, pero los vasallos de vuestro padre no hacen más que darmel la espalda, con excepción de los Karstark. ¿Arnolf Karstark es el único hombre de honor que queda en el norte?

Arnolf Karstark era el tío mayor de lord Rickard. Se convirtió en castellano de Bastión Kar cuando su sobrino y sus hijos partieron hacia el sur con Robb, y fue el primero en responder a Stannis enviando un cuervo con que juraba su lealtad.

«Los Karstark no tenían más remedio», podría haber repuesto Jon. Rickard Karstark había traicionado al huargo y derramado sangre de leones. El venado era la única esperanza de Bastión Kar.

—En estos tiempos tan confusos, incluso los hombres de honor dudan sobre a quién deben lealtad. Vuestra alteza no es el único que reclama pleitesía en el

reino.

—Decidme, lord Nieve —intervino Melisandre—, ¿dónde estaban esos otros reyes cuando los salvajes atacaron vuestro Muro?

—A mil leguas y sordos a nuestras demandas —contestó Jon—. No lo he olvidado, mi señora, ni lo haré. Pero los vasallos de mi padre tienen esposas e hijos que proteger, y vasallos que morirán si se toma la decisión equivocada. Vuestra alteza les pide mucho. Dadles tiempo y tendréis sus respuestas.

—¿Respuestas como esta? —Stannis estrujó la carta de Lyanna en el puño.

—Los hombres temen la furia de Tywin Lannister incluso en el norte. Los Bolton también son enemigos temibles. No en vano, su emblema es un hombre desollado. El Norte cabalgó con Robb, sangró con él, murió por él. Ha apurado la copa del dolor y la muerte, y ahora venís a ofrecerle otra ronda. ¿Os extraña que no acepten gustosos? Disculpadme, alteza, pero algunos os miran y solo ven otro aspirante condenado al fracaso.

—Si vuestra alteza está condenado al fracaso, también lo está vuestro reino —dijo lady Melisandre—. Recordad eso, lord Nieve. Es al verdadero rey de Poniente a quien tenéis ante vos.

—Como digáis, mi señora. —Jon mantuvo el rostro inescrutable.

—Ahorráis palabras como si cada una fuese un dragón dorado —resopló Stannis—. Por cierto, ¿cuánto oro tenéis guardado?

—¿Oro? —« ¿Estos son los dragones que pretende despertar la mujer roja? ¿Dragones de oro? » —. Los impuestos se nos pagan en especie, alteza. La Guardia de la Noche tiene abundancia de nabos, pero no de monedas.

—Con nabos no placaremos a Salladhor Saan. Necesito oro o plata.

—Entonces necesitáis Puerto Blanco. No es Antigua ni Desembarco del Rey, pero es un puerto próspero. Lord Manderly es el más rico de los vasallos de mi padre.

—Lord « Estoy tan gordo que no puedo montar a caballo ». —La carta de respuesta recibida desde Puerto Blanco hablaba de poco más que la edad y los achaques de su señor. Stannis también había ordenado a Jon que no hablara de eso.

—Quizá a su señoría le gustaría tener una esposa salvaje —dijo lady Melisandre—. ¿Ese gordo está casado, lord Nieve?

—Su esposa murió hace tiempo. Lord Wyman tiene dos hijos mayores, y el de más edad ya le ha dado nietos. Y sí, está demasiado gordo para montar: pesa al menos cuatro quintales. Val no lo aceptaría.

—¿Podráis, al menos por una vez, darme una respuesta que me complaciera, lord Nieve? —gruñó Stannis.

—Esperaba que os complaciese la verdad. Vuestros hombres dicen que Val es princesa, pero para el pueblo libre no es más que la hermana de la esposa muerta de su rey. Si la forzáis a casarse con un hombre a quien no desea, es probable que

le rebane el cuello en la noche de bodas. Y aun en el caso de que lo aceptara como marido, eso no significaría que los salvajes fueran a seguirlo, ni que fueran a seguiros a vos. El único hombre que puede atraerlos a vuestra causa es Mance Rayder.

—Lo sé —contestó Stannis con tristeza—. He pasado horas hablando con él. Lo sabe todo y mucho más de nuestro verdadero enemigo, y no cabe duda de que es un hombre astuto. Pero incluso si renunciase a ser rey, seguiría siendo un perjurio. Si se deja con vida a un desertor, se incita a los demás a que lo imiten. No. Las leyes son de hierro, no de arcilla. Lo que hizo Mance Rayder está castigado en todas las legislaciones de los Siete Reinos.

—Pero la ley termina en el Muro, alteza. Mance podría seros de mucha utilidad.

—Lo será. Pienso quemarlo, y el norte verá cómo trato a los cambiacas y traidores. Cuento con otros hombres para gobernar a los salvajes, y no olvidéis que también tengo al hijo de Rayder. Cuando muera el padre, el cachorro será el Rey-más-allá-del-Muro.

—Vuestra alteza se equivoca. —«No sabes nada, Jon Nieve», le decía a menudo Ygritte; pero Jon había aprendido—. El chico tiene tanto de príncipe como Val de princesa. Nadie se convierte en Rey-más-allá-del-Muro por herencia.

—Mejor —replicó Stannis—. No quiero más reyes en Poniente. ¿Habéis firmado el acuerdo?

—No, alteza. —«Allá vamos» . Jon cerró los dedos quemados y volvió a abrirlos—. Me pedís demasiado.

—¿Pediros? Os pido que seáis señor de Invernalia y Guardián del Norte. Los castillos os los exijo.

—Os hemos cedido el Fuerte de la Noche.

—Ratas y ruinas. Es un pobre regalo que no cuesta nada a quien lo da. Uno de los vuestros, Yarwyck, dice que hará falta medio año de trabajos para hacer habitable ese castillo.

—Los otros no están en mejores condiciones.

—Lo sé, y no importa. Son todo lo que tenemos. Hay diecinueve fuertes a lo largo del Muro, y solo tenéis hombres en tres. Mi intención es tenerlos todos guarneidos antes de que acabe el año.

—No discutiré eso, mi señor, pero se dice que también pretendéis dar estos castillos a vuestros caballeros y señores, para que gobiernen desde ellos como vasallos de vuestra alteza.

—Los reyes son generosos con sus adeptos. ¿Es que lord Eddard no le enseñó nada a su bastardo? Muchos de mis caballeros y señores abandonaron tierras fértiles y castillos recios en el sur. ¿Acaso no merecen una recompensa por su lealtad?

—Si deseáis perder a todos los vasallos de mi padre, no se me ocurre mejor manera que entregar las fortalezas del norte a señores del sur.

—¿Cómo voy a perder a unos hombres que no tengo? Quise entregar Invernalia a un hombre del norte; quizás lo recordéis: al hijo de Eddard Stark. Y me tiró la oferta a la cara. —Dar un motivo de queja a Stannis Baratheon era como echar un hueso a un mastín: lo roería hasta reducirlo a astillas.

—Invernalia corresponde por derecho a mi hermana Sansa.

—¿Os referís a lady Lannister? ¿Tan impaciente estáis por ver al Gomo aupado al trono de vuestro padre? Os prometo una cosa, lord Nieve: eso no sucederá mientras yo viva.

Jon no era tan idiota como para insistir.

—Hay quien dice que pretendéis dar tierras y castillos a Casaca de Matraca y al magnar de Thenn.

—¿De dónde habéis sacado eso?

El rumor circulaba por todo el Castillo Negro.

—Si queréis saberlo, fue Elí quien me lo contó.

—¿Y quién es Elí?

—La nodriza —aclaró lady Melisandre—. Vuestra alteza le concedió libertad para recorrer el castillo.

—No para contar chismes. Se la necesita por sus tetas, no por su lengua. Más leche y menos cotilleos.

—El Castillo Negro no necesita bocas inútiles —asintió Jon—. Enviaré a Elí a Guardiaoriente con el próximo barco.

—Elí está amamantando al hijo de Dalla además de al suyo. —Melisandre jugueteó con su colgante de rubí—. Me parece una crueldad que apartéis a nuestro pequeño príncipe de su hermano de leche, mi señor.

«Cuidado, mucho cuidado ahora».

—La leche de la madre es lo único que comparten. El hijo de Elí es más grande y robusto. Se pasa el día pellizcando al príncipe y dándole patadas, y se queda con toda la leche. Su padre era Craster, un hombre cruel y taimado..., y eso se hereda.

—Yo creía que la nodriza era hija de Craster —señaló el rey, confuso.

—Hija y esposa a la vez, alteza. Craster se casó con todas sus hijas. El hijo de Elí es fruto de su unión.

—¿Su propio padre tuvo un hijo con ella? —Stannis estaba escandalizado—. Hacemos bien en librarnos de esa mujer. No estoy dispuesto a permitir semejantes abominaciones; no estamos en Desembarco del Rey.

—Puedo traer otra nodriza. Si no hay ninguna entre los salvajes, la buscaré en los clanes de las montañas. Hasta entonces bastará con leche de cabra, si a vuestra alteza le parece bien.

—Magro alimento para un príncipe, pero será mejor que la leche de puta, sí.

—Stannis tamborileó con los dedos en el mapa—. Volvamos al asunto de los castillos...

—Alteza, he alojado a vuestros hombres y les he dado de comer, en grave detimento de nuestros suministros —replicó Jon con cortesía gélida—. Les he dado ropa para que no se congelasen. —Aquello no apaciguó a Stannis.

—Sí, habéis compartido vuestro cerdo en salazón y vuestras gachas, y nos habéis dejado unos cuantos harapos negros para mantenernos calientes. Harapos que los salvajes habrían arrancado de vuestros cadáveres si yo no hubiese venido al norte.

—Os he dado pienso para vuestros caballos —continuó Jon, sin darse por enterado—, y cuando esté terminada la escalera os dejaré constructores para restaurar el Fuerte de la Noche. Incluso os he permitido instalar a los salvajes en el Agasajo, que fue donado a la Guardia de la Noche en perpetuidad.

—Me ofrecéis tierras yermas y parajes desolados, pero me negáis los castillos que necesito para compensar a mis señores y vasallos.

—Fue la Guardia de la Noche la que construyó esos castillos...

—Y fue la Guardia de la Noche la que los abandonó.

—... para defender el Muro —concluyó Jon con testarudez—, no para que se convirtieran en tronos de sureños. La argamasa que mantiene en pie esos castillos se hizo con sangre y huesos de mis hermanos ya muertos. No puedo entregároslos.

—¿No podéis o no queréis? —En el cuello del rey, los tendones resaltaban como espadas—. Os ofrecí un apellido.

—Ya tengo apellido, alteza.

—Nieve. ¿Conocéis apellido más funesto? —Stannis se llevó la mano al puño de la espada—. ¿Quién os creéis que sois?

—El vigilante del Muro. La espada en la oscuridad.

—No me vengáis ahora con vuestro lema. —Stannis desenenvainó la espada a la que llamaba *Dueña de Luz*—. Aquí está vuestra espada en la oscuridad. —La luz recorrió la espada, primero azul, luego roja, luego amarilla, luego naranja, iluminando la cara del rey con colores vívidos—. Hasta un novato lo vería. ¿Acaso estáis ciego?

—No, mi señor. Estoy de acuerdo en que los castillos deberían guarnecerse...

—El niño comandante está de acuerdo. Qué suerte tengo.

—... con hombres de la Guardia de la Noche.

—No tenéis suficientes.

—Pues dádmelos, mi señor. Pondré oficiales en todos los castillos abandonados, comandantes experimentados que conozcan el Muro y las tierras de más allá y sepan sobrevivir al invierno que se avecina. A cambio de todo lo que os he dado, concededme los hombres necesarios para las guarniciones. Hombres armados, arqueros, reclutas... Aceptaré hasta lisiados y heridos.

Stannis se quedó mirándolo con incredulidad y después se echó a reír.

—Sois osado, Nieve, pero estáis loco si creéis que mis hombres vestirán el negro.

—Pueden llevar la capa del color que prefieran, mientras obedezcan a mis oficiales como si fueran los vuestros.

El rey no se inmutó.

—Los caballeros y señores que tengo a mi servicio son vástagos de casas nobles, antiguas y honorables. Ni soñéis con que vayan a servir a cazadores furtivos, campesinos y criminales.

« Ni a bastardos» .

—Vuestra mano es contrabandista.

—Lo fue, y por eso le corté los dedos. Tengo entendido que sois el comandante número novecientos noventa y ocho de la Guardia de la Noche, lord Nieve. ¿Qué creéis que opinará de esos castillos el novecientos noventa y nueve? Quizá la visión de vuestra cabeza en una pica lo inspire para cooperar. —El rey dejó la espada en el mapa, siguiendo la línea del Muro. El acero brillaba como la luz del sol en el agua—. Si sois lord comandante es porque yo lo permito. Haríais bien en recordarlo.

—Soy lord comandante porque me eligieron mis hermanos.

Había mañanas en las que Jon Nieve casi no se lo creía; despertaba pensando que todo aquello era un sueño demencial. « Es como estrenar ropa —le había dicho Sam—. Al principio te sientes un poco raro, pero cuando pasa un tiempo empiezas a estar cómodo» .

—Alliser Thorne se queja de la forma en que fuisteis elegido, y lo cierto es que no le falta razón. —El mapa se extendía como un campo de batalla entre ambos, iluminado por los colores de la espada centelleante—. El recuento lo hizo un ciego con ayuda de vuestro amigo el gordo, y Slynt dice que sois un cambiacapas.

« ¿Y quién va a saberlo mejor que Slynt?» .

—Un cambiacapas os diría lo que queréis oír y después os traicionaría. Vuestra alteza sabe que fui elegido con justicia. Mi padre dijo siempre que erais un hombre justo.

Las palabras exactas de Eddard eran « Justo pero implacable» , pero Jon no consideró necesario dar tanta información.

—Lord Eddard no era mi amigo, pero tenía sentido común. Y me habría dado esos castillos.

« Eso, jamás» .

—No puedo hablar por mi padre, pero yo hice un juramento, alteza. El Muro es mío.

—Por ahora. Ya veremos si podéis defenderlo. —Stannis lo señaló con el dedo—. Quedaos con vuestras ruinas, ya que tanto significan para vos. No

obstante, os aseguro que si algún castillo sigue vacío antes de que acabe el año, lo tomaré con vuestro permiso o sin él. Y si uno solo cae en manos enemigas, lo siguiente en caer será vuestra cabeza. Podéis retiraros.

Lady Melisandre se levantó de su sitio junto a la chimenea.

—Con vuestro permiso, mi señor, acompañaré a lord Nieve de vuelta a sus habitaciones.

—¿Por qué? Ya conoce el camino. —Stannis les hizo un ademán para que se fueran—. Haced como os plazca. Devan, comida. Huevos cocidos y limonada.

Tras el calor de las habitaciones del rey, en la escalera de caracol hacia un frío que se clavaba en los huesos.

—Se está levantando viento, mi señora —advirtió el sargento a Melisandre al tiempo que le devolvía las armas a Jon—. Sería mejor que os pusierais una capa más gruesa.

—Mi fe me da suficiente calor. —La mujer roja bajó las escaleras con Jon—. Su alteza os está cobrando afecto.

—Se nota. Solo ha amenazado con decapitarme un par de veces.

Melisandre rio.

—Son sus silencios lo que debéis temer, no sus palabras. —Cuando salieron al patio, el viento hinchó la capa de Jon y la azotó con ella. La sacerdotisa roja apartó la lana negra y lo cogió del brazo—. Puede que tengáis razón sobre el rey de los salvajes. Rezaré al Señor de Luz para que me guíe. Cuando observo las llamas, puedo ver más allá de la piedra y la tierra, y encontrar la verdad en el alma de los hombres. Puedo hablar con reyes muertos y con niños nonatos, y ver cómo pasan los años y las estaciones hasta el final de los tiempos.

—¿Vuestros fuegos no se equivocan nunca?

—Nunca... Aunque los sacerdotes somos mortales y a veces erramos, confundiendo lo que ha de suceder con lo que puede suceder.

Jon sentía el calor que emanaba de ella incluso a través de la lana y el cuero. La visión de ambos entrelazados atraía miradas curiosas.

« Esta noche habrá susurros en las barracas» . Jon se liberó de su brazo.

—Si de verdad podéis ver el mañana en vuestras llamas, decidme cuándo y dónde tendrá lugar el próximo ataque de los salvajes.

—R'hllor nos envía las visiones que considera oportunas, pero buscaré a Tormund en las llamas. —Una sonrisa se dibujó en los labios de Melisandre—. Os he visto a vos en mis llamas, Jon Nieve.

—¿Es una amenaza, mi señora? ¿Pensáis quemarme a mí también?

—Me malinterpretáis. —Lo escrutó con la mirada—. Me parece que mi presencia os incomoda, lord Nieve.

Jon no lo negó.

—El Muro no es lugar para una mujer.

—Os equivocáis de nuevo. He soñado con vuestro Muro, Jon Nieve. La

sabiduría que lo levantó fue grande, y grandes son los hechizos encerrados bajo su hielo. Caminamos a la sombra de uno de los ejes del mundo. —Melisandre alzó la vista para mirarlo, y su aliento formó una nube cálida en el aire—. Este lugar es tan mío como vuestro, y puede que pronto me necesitéis apremiantemente. No rechacéis mi amistad, Jon. Os he visto en la tormenta, en apuros, rodeado de enemigos por todas partes. Tenéis muchos enemigos. ¿Queréis saber sus nombres?

—Ya sé sus nombres.

—No estéis tan seguro. —El rubí rojo de su cuello centelleaba con un resplandor rojo—. No debéis temer a los que os maldicen a la cara, sino a los que os sonríen cuando miráis y afilan sus cuchillos cuando dais media vuelta. Haríais bien en mantener cerca a vuestro lobo. Lo que veo es hielo y cuchillos en la oscuridad. Sangre helada y roja, y acero desnudo. Mucho frío.

—Siempre hace frío en el Muro.

—¿Eso creéis?

—Lo sé, mi señora.

—Entonces no sabes nada, Jon Nieve —susurró ella.

« ¿Cuánto falta?».

Bran no llegó a decirlo en voz alta, pero las palabras le alcanzaban una y otra vez la punta de la lengua mientras la desastrada compañía recorría dificultosamente antiguos bosques de robles y gigantescos centinelas gris verdoso, y pasaba junto a lóbregos pinos soldado y castaños sin hojas.

« ¿Cuánto faltará? —Se preguntaba el chico cuando Hodor trepaba por pendientes rocosas, o cuando descendía por hondonadas oscuras donde regueros de nieve sucia se rompián debajo de sus pies—. ¿Cuánto queda? —pensaba mientras el gran alce chapoteaba en un arroyo medio congelado—. ¿Cuánto falta? Qué frío hace. ¿Dónde está el cuervo de tres ojos?».

Iba balanceándose en la cesta de mimbre que Hodor llevaba a la espalda, y debía agachar la cabeza cada vez que el mozo de cuadra pasaba bajo una rama de roble. Estaba nevando otra vez, una nieve húmeda y pesada. Hodor tenía un ojo tan helado que no podía abrirla. Su espesa barba marrón era una maraña de escarcha, y le colgaban carámbanos de las puntas del bigote. Con una mano enguantada agarraba aún la herrumbrosa espada que había cogido de la cripta de Invernalia, y en ocasiones la utilizaba para cortar alguna rama, provocando un pequeño alud.

—Hod-d-d-dor —decía, tiritando.

Era un sonido extrañamente reconfortante. En el viaje desde Invernalia hasta el Muro, Bran y sus compañeros habían matado el tiempo y las leguas charlando y contándose historias, pero allí era diferente. Hasta Hodor lo percibía. Sus *hodor* eran menos frecuentes que al sur del Muro. De aquel bosque emanaba una quietud que Bran desconocía. Antes de la nieve, el viento del norte formaba remolinos a su alrededor y levantaba nubes de hojas marchitas con un crujido suave que le recordaba el ruido de las cucarachas correteando por una alacena, pero después, una sábana blanca había enterrado las hojas. A veces los sobrevolaba un cuervo que batía el aire frío con enormes alas negras. Por lo demás, reinaba el silencio.

Un poco más adelante, el alce avanzó entre los montones de nieve con la cabeza gacha y las astas cubiertas de hielo. El explorador iba a horcajadas sobre su ancho lomo, silencioso y taciturno. El joven gordo, Sam, le había puesto de nombre Manosfrías porque, aunque su rostro era blancuzco, tenía las manos negras y duras como el hierro, e igual de frías. Llevaba el resto del cuerpo envuelto en varias capas de lana, cuero endurecido y cota de malla, y le ocultaban los rasgos la capucha de la capa y una bufanda de lana negra que le cubría la mitad de la cara.

Tras él iba Meera Reed, que abrazaba a su hermano para protegerlo del frío y el viento. A Jojen le colgaba de la nariz un moco congelado, y tiritaba de

manera incontrolable.

« ¡Parece tan pequeño...! —pensó Bran al verlo tambalearse—. Casi más pequeño que yo, y más débil. Y yo soy el tullido» .

Verano cerraba la marcha del pequeño grupo. El aliento del huargo se condensaba en el aire del bosque. Aún cojeaba de la pata trasera, donde lo había alcanzado una flecha en Corona de la Reina. Bran sentía el dolor de la vieja herida cada vez que se introducía en la piel del lobo. Últimamente pasaba más tiempo en el cuerpo de Verano que en el propio. Sentía el frío a pesar del grueso pelaje, pero también podía ver a más distancia, oír mejor y captar más olores que el chico que iba en la cesta arropado como un bebé.

Otras veces, cuando se cansaba de ser lobo, Bran se metía en la piel de Hodor. El tierno gigante se quejaba cuando lo sentía, y agitaba la greñuda cabeza, pero no con tanta fuerza como aquella primera vez en Corona de la Reina.

« Sabe que soy yo —se decía como si tratara de convencerse—, y ya está acostumbrado. —De todas maneras, nunca se sentía cómodo del todo en la piel de Hodor. El mozo de cuadras no entendía qué pasaba, y Bran podía percibir el regusto del miedo. Se sentía mejor dentro de Verano—. Yo soy él, y él es yo. Siente lo que yo siento» .

A veces advertía como el huargo olfateaba al alce, preguntándose si podía derribar a semejante bestia. Verano estaba acostumbrado a los caballos de Invernalia, pero aquello era un alce, una presa. El huargo percibía la sangre caliente que hervía bajo el manto de pelo. Ese olor era suficiente para despertar su apetito, y Bran también salivaba al pensar en la carne roja y succulenta.

Un cuervo graznó desde un roble cercano, y Bran oyó las alas de otro que se posaba a su lado. Durante el día solo los acompañaba media docena de cuervos, que saltaban de árbol en árbol o viajaban en la cornamenta del alce. El resto de la bandada volaba delante o se quedaba rezagado en la retaguardia. Pero cuando el sol empezaba a ocultarse volvían: bajaban del cielo con alas negras como la noche, hasta cubrir cada rama de cada árbol en leguas a la redonda. Algunos volaban hasta el explorador y le hablaban al oído, y a Bran le parecía que este entendía sus graznidos.

« Son sus ojos y oídos. Exploran por él, y le hablan de los peligros que acechan por delante y los que hemos dejado atrás» .

Como sucedía en aquel momento. El alce se detuvo de repente, y el explorador bajó con presteza a la nieve que lo cubría hasta las rodillas. Verano le gruñó, con el pelaje erizado. No le gustaba el olor de Manosfrías.

« Carne muerta, sangre seca, un atisbo a podrido. Y frío, sobre todo frío» .

—¿Qué pasa? —quiso saber Meera.

—Detrás de nosotros —aviso Manosfrías, con la voz apagada bajo la bufanda de lana negra que le cubría nariz y boca.

—¿Son lobos? —preguntó Bran. Sabían que los seguían desde hacía varios

días. Noche tras noche oían el aullido triste de la manada, y cada noche parecía más cercano.

«Cazadores, y hambrientos. Huelen nuestra debilidad. —Bran solía despertarse temblando varias horas antes del amanecer, y escuchaba las llamadas distantes mientras esperaba a que saliera el sol—. Para que haya lobos, tiene que haber presas», pensó, hasta que se dio cuenta de que ellos eran la presa.

—Son hombres —dijo el explorador con un gesto de negación—. Los lobos aún guardan las distancias, pero estos hombres no son tan recatados.

Meera Reed se quitó la capucha. La nieve húmeda que la cubría cayó al suelo.

—¿Cuántos son? ¿Quiénes son?

—Enemigos. Ya me encargo yo.

—Voy contigo.

—Tú te quedas. Hay que proteger al chico. Hay un lago helado un poco más adelante. Cuando lleguéis, girad al norte y seguid por la orilla. Llegaréis a una aldea de pescadores. Refugiaos allí hasta que me reúna con vosotros.

Bran pensó que Meera iba a discutir, pero su hermano lo evitó.

—Hazle caso; él conoce este terreno. —Los ojos de Jojen eran de un verde oscuro, del color del musgo, pero mostraban un cansancio que Bran no había visto hasta entonces. «El pequeño abuelo». Al sur del Muro, el chico de los pantanos le parecía más sabio de lo que le correspondía por edad, pero allí estaba tan perdido y asustado como el resto. Aun así, Meera siempre le hacía caso.

Y así fue una vez más. Manosfriás se escabulló entre los árboles para volver por donde habían llegado, seguido por cuatro cuervos. Meera, con las mejillas rojas de frío y dos nubes de aliento condensado en las ventanas de la nariz, lo vio alejarse. Volvió a ponerse la capucha y dio un empujón al alce, y reanudaron la marcha. Pero no habían recorrido ni veinte pasos cuando se volvió hacia ellos.

—Dice que son hombres. ¿Qué hombres? ¿Salvajes? ¿Por qué no nos ha explicado quiénes son?

—Ha dicho que él se encarga —apuntó Bran.

—Ya, eso ha dicho. También dijo que nos llevaría hasta el cuervo de tres ojos. El río que hemos cruzado esta mañana es el mismo que cruzamos hace cuatro días, estoy segura. Estamos dando vueltas.

—Los ríos tienen muchas curvas —dijo Bran, dubitativo—, y cuando hay lagos y colinas, hay que dar rodeos.

—Pues yo veo demasiados rodeos —insistió Meera—, y demasiados secretos. Esto no me gusta. No me gusta él, y tampoco me inspira confianza. Tiene unas manos horribles. Esconde el rostro y nunca dice nada. ¿Quién es? ¿Qué es? Cualquiera puede ponerse una capa negra; cualquier persona o cualquier cosa. No come, no bebe, no lo afecta el frío...

«Es cierto». Bran no se había atrevido a comentarlo, pero se había dado cuenta. Cuando encontraban refugio para la noche, Hodor, los Reed y él se juntaban para darse calor, pero el explorador se mantenía apartado. A veces cerraba los ojos, pero Bran no creía que durmiese. Y había algo más...

—La bufanda. —Bran miró a su alrededor incómodo, pero no había ningún cuervo. Todos los pájaros negros se habían ido con el explorador. Nadie más escuchaba. Aun así, habló en voz baja—: Esa bufanda que le tapa la boca nunca se queda rígida, helada, como le pasa a la barba de Hodor. Ni siquiera cuando habla.

—Tienes razón. —Meera clavó los ojos en él—. Nunca le hemos visto el aliento, ¿a que no?

—No. —Una bocanada blanca precedía cada *hodor* de Hodor. Cuando Jojen o su hermana hablaban, las palabras también tomaban forma. Hasta el alce dejaba una nube en el aire al resoplar—. Pero si no respira...

Bran recordó los cuentos que le contaba la Vieja Tata cuando era un crío: «Más allá del Muro hay monstruos, gigantes y goles, sombras que acechan y muertos que caminan —decía mientras lo arropaba con una áspera manta de lana—, pero no podrán pasar mientras el Muro se mantenga firme y existan los hombres de la Guardia de la Noche. Así que duerme, mi pequeño Brandon, mi niño, y sueña con cosas bonitas. Aquí no hay monstruos». El explorador vestía el negro de la Guardia de la Noche, pero ¿y si ni siquiera era un hombre? ¿Y si era una especie de monstruo que los guiaba hacia otros monstruos que los devorarían?

—El explorador salvó de los espectros a Sam y a la chica —señaló Bran, dubitativo—, y va a llevarme hasta el cuervo de tres ojos.

—¿Y por qué no viene el cuervo de tres ojos a nosotros? ¿Por qué no puede venir al Muro? Los cuervos tienen alas. Mi hermano está cada día más débil; no sé hasta cuándo podremos aguantar.

—Hasta que lleguemos —tosió Jojen.

Poco más adelante dieron con el lago prometido y torcieron hacia el norte, siguiendo las instrucciones del explorador. Aquella fue la parte fácil.

El agua estaba congelada, y Bran ya había perdido la cuenta de los días que llevaba nevando, con lo que el lago era un amplio páramo blanco. Era fácil caminar por hielo liso y terreno desigual, pero en los lugares donde el viento había formado montículos de nieve costaba distinguir dónde acababa el lago y dónde empezaba la orilla. Ni siquiera los árboles les servían de guía, porque abundaban en las islas, mientras que en muchas zonas de tierra firme no crecía ninguno.

El alce iba por donde quería, a pesar de los esfuerzos de Meera y de Jojen, que lo montaba. Caminaba bajo los árboles la mayor parte del tiempo, pero cuando la orilla se desviaba hacia el oeste, atajaba por el lago helado, rodeando

montones de nieve más altos que Bran y resquebrajando el hielo bajo las patas. Allí, el viento era más fuerte: un viento frío del norte que aullaba a lo largo del lago, atravesaba como un cuchillo sus prendas de lana y cuero, y los hacía tiritar. Cuando les soplaba en la cara, les llenaba los ojos de nieve y los dejaba medio ciegos.

Pasaron horas y horas en silencio. Las sombras, los largos dedos del crepúsculo, empezaron a colarse entre los árboles. La oscuridad llegaba muy pronto tan al norte, y Bran había aprendido a temerla. Cada día parecía más corto que el anterior, y si ya los días eran fríos, las noches eran atroces.

—Ya tendríamos que haber llegado a la aldea. —Meera los detuvo de nuevo. Su voz sonaba extraña, amortiguada.

—¿Nos la habremos pasado? —preguntó Bran.

—Espero que no; tenemos que encontrar refugio antes de que llegue la noche.

No se equivocaba. Jojen tenía los labios azules, y ella, las mejillas carmesí. Bran no se sentía la cara. La barba de Hodor era hielo sólido. La nieve le llegaba casi por las rodillas, y el niño lo había sentido tambalearse en más de una ocasión. Nadie era tan fuerte como Hodor, nadie. Si hasta él flaqueaba...

—Verano puede buscar la aldea —dijo de repente, empañando el aire con sus palabras. No esperó a oír la posible respuesta de Meera, sino que cerró los ojos y salió de su cuerpo roto.

Cuando entró en la piel de Verano, el bosque muerto cobró una nueva vida. Donde antes había silencio, de pronto podía oírlo todo: el viento en los árboles, la respiración de Hodor, el alce escarbando en busca de comida... Sus fosas nasales se llenaron de olores familiares: las hojas húmedas, la hierba muerta, el cadáver de una ardilla que se descomponía en la maleza, el apesado sudor rancio de los hombres, el tufo almizclado del alce...

«Comida. Carne. —El alce percibió su interés. Se volvió hacia el huargo con cautela y bajó la enorme cornamenta—. No es presa —le susurró Bran a la bestia con compasión—. Déjalo. Corre».

Verano echó a correr por el borde del lago a toda velocidad, levantando una polvareda de nieve a su paso. Los árboles crecían muy juntos, como hombres alineados para la batalla, todos con sus capas blancas. Corrió sobre raíces y rocas y atravesó un ventisquero de nieve vieja, quebrando el hielo a su paso. Tenía las patas mojadas y frías. La colina cercana estaba plagada de pinos, y el aire, saturado del intenso olor de sus hojas. Cuando llegó arriba dio una vuelta, olfateando el aire. Luego alzó la cabeza y aulló.

Ahí estaba el olor. Olor de hombres.

«Cenizas —pensó Bran—. Viejas y tenues, pero cenizas». Era el olor de madera quemada, carbón y hollín. Una hoguera apagada.

Se sacudió la nieve del hocico. Las ráfagas de viento hacían difícil seguir el rastro, y el lobo dio vueltas sin dejar de olfatear. Estaba rodeado de montículos de

nieve y altos árboles cubiertos de blanco. Con la lengua entre los dientes saboreó el aire glacial, y los copos de nieve se le derritieron en la boca y le condensaron el aliento. Cuando trotó hacia el olor, Hodor lo siguió con paso torpe. El alce no se decidía, de modo que Bran se vio obligado a volver a su cuerpo para avisarlos.

—Es por ahí. Seguid a Verano. Lo he oido.

Encontraron la aldea junto al lago cuando la luna creciente empezaba a asomar entre las nubes. Habían pasado muy cerca. Desde el lago, la aldea no difería en gran cosa de otra docena de lugares dispersos a lo largo de la orilla. Estaba enterrada bajo montañas de nieve, y las casas de piedra redondeadas podrían haber sido rocas, montículos o leños caídos, como la trampa que Jojen había confundido con una construcción el día anterior, hasta que excavaron para descubrir tan solo ramas muertas y troncos podridos.

La aldea estaba desierta, abandonada por los salvajes que la habían habitado, como todas las demás. Antes de irse solían prenderles fuego, como si quisieran cerrarse el camino de vuelta, pero aquella se había salvado de la antorcha. Bajo la nieve encontraron una docena de chozas y una edificación con tejado de hierba y gruesas paredes de troncos.

—Por lo menos no da el viento —dijo Bran.

—Hodor —dijo Hodor.

Meera bajó del alce y, con ayuda de su hermano, sacó a Bran de la cesta.

—Puede que los salvajes hayan dejado algo de comida —aventuró.

La esperanza resultó vana. Solo encontraron restos de una hoguera, un suelo de tierra prensada y un frío que se les colaba hasta los huesos. Pero al menos tenían un techo bajo el que cobijarse, y la madera de las paredes los guarecía del viento. Cerca encontraron un arroyo cubierto por una capa de hielo, que el alce tuvo que romper con el hocico para beber. Cuando Bran, Jojen y Hodor estuvieron instalados, Meera se hizo con unos pedazos de hielo para chupar el agua. Estaba tan fría que Bran empezó a tiritar.

Verano no entró en la edificación. El niño percibía el hambre del animal, una sombra de la suya.

—Ve a cazar —le dijo—, pero deja al alce en paz. —Una parte de él también quería ir a cazar. Tal vez más tarde.

La cena consistió en un puñado de bellotas aplastadas y convertidas en una pasta. Estaban tan amargas que Bran tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar. Jojen Reed ni siquiera intentó comerlas. Era más joven y frágil que su hermana, y se debilitaba a ojos vistas.

—Tienes que comer algo, Jojen —le dijo Meera.

—Luego. Ahora solo quiero descansar. —Esbozó una sonrisa triste—. Este no será el día de mi muerte, hermana. Te lo prometo.

—Casi te caes del alce.

—Casi. Tengo frío y hambre, nada más.

—Pues entonces, come.

—¿Pasta de bellotas? Me duele la tripa; eso me pondrá peor. Déjame, hermana. Voy a soñar con pollo asado.

—Los sueños no te mantendrán con vida. Ni siquiera los sueños verdes.

—Pues sueños son lo que tenemos.

« Todo lo que tenemos». La comida que habían llevado desde el sur se había terminado hacia diez días. Desde entonces tenían hambre en todo momento. Ni siquiera Verano era capaz de encontrar presas. Vivían de pasta de bellotas y pescado crudo: el bosque estaba lleno de arroyos helados y lagos negros y fríos, y Meera pescaba con su fisga mejor que otros con anzuelo y sedal. En ocasiones tenía los labios azules por el frío cuando volvía con ellos, con un botín que se retorcía en una lata, pero ya habían pasado tres días desde que pescara por última vez. A juzgar por lo vacío que Bran sentía el estómago, parecían tres años.

Después de tragarse como mejor pudieron la exigua cena, Meera se sentó con la espalda contra una pared y se puso a afilar su puñal con una piedra de amolar. Hodor se acuclilló junto a la puerta, sin dejar de balancearse y musitar: « Hodor, hodor, hodor» .

Bran cerró los ojos. Hacía demasiado frío para hablar, y no se atrevían a encender una hoguera. Manosfriás se lo había desaconsejado: « Este bosque no está tan desierto como parece —había dicho—. No sabéis lo que la luz puede hacer salir de la oscuridad». A pesar del calor que le daba Hodor, se estremeció al recordar aquellas palabras.

El sueño no llegaba, no iba a llegar. En su lugar solo había viento, un viento frío cortante, la luz de la luna en la nieve, y fuego. Estaba otra vez dentro de Verano, a muchas leguas de distancia, y la noche apestaba a sangre. El olor era intenso.

« Una muerte, no lejos. —La carne todavía estaría caliente. La saliva le resbaló entre los dientes cuando se le despertó el hambre—. No alce. No ciervo. No esto» .

El huargo se filtró como una sombra entre los árboles, en dirección a la carne; atravesó charcos de luz de luna y túmulos de nieve entre ráfagas de viento. Perdió el rastro, volvió a encontrarlo y lo perdió otra vez. Cuando intentaba localizarlo de nuevo, un sonido lejano le hizo levantar las orejas.

« Lobo —supo al instante. Siguió el sonido, que se había hecho más débil. Pronto recuperó el rastro de la sangre, pero de repente había otros olores: orina, pieles muertas, mierda de pájaro, plumas y lobo, lobo, lobo—. Una manada» . Tendría que pelear por la carne.

Ellos también lo olieron. Estaban observándolo cuando abandonó la oscuridad de los árboles para salir al claro ensangrentado. La hembra masticaba una bota de cuero que todavía tenía media pierna dentro, pero la soltó cuando lo vio acercarse. El jefe de la manada, un macho viejo y tuerto con el hocico canoso,

se le aproximó gruñendo y enseñando los dientes. Tras él, un macho más joven le mostró también los colmillos.

Los ojos amarillos del huargo absorbieron cada detalle del entorno. Una madeja de entrañas enredada en las ramas de unos arbustos; el vaho que surgía de un vientre abierto en canal, cargado de olor a sangre y carne. Una cabeza con las mejillas desgarradas hasta el hueso, con el cuello rematado en un muñón sanguinolento y las cuencas vacías mirando la luna astada. Un charco de sangre helada con brillos rojos y negros.

« Hombres. —Su hedor llenaba el mundo. Vivos habían sido tantos como los dedos de una pezuña humana, pero no quedaba ninguno—. Muertos. Carne. —Llevaban capuchas y capas, pero los lobos les habían arrancado la ropa en su frenesí por llegar a la carne. Los que aún tenían rostro tenían la barba cubierta de hielo y moco congelado. La nieve había empezado a enterrar lo que quedaba de ellos, en pálido contraste con el negro de las andrajosas capas y calzones—. Negro» .

A leguas de distancia, el chico se agitó, incómodo.

« Negro. La Guardia de la Noche. Eran de la Guardia de la Noche» .

Al huargo no le importaba. Eran comida y tenía hambre.

Los ojos de los tres otros lobos brillaban, amarillentos. El huargo ladeó la cabeza, resopló y mostró los dientes. El macho más joven se echó atrás. El huargo olió su miedo. Sabía que era el más débil. Pero el lobo tuerto contestó con un gruñido y le bloqueó el paso.

« Este es el fuerte: no me teme, aunque soy el doble de grande que él. —Sus ojos se encontraron—. ¡Cambiapieles!» .

Lobo y huargo se atacaron, y ya no hubo tiempo para más pensamientos. El mundo se redujo a dientes y garras, y la nieve voló cuando se enzarzaron y rodaron entre zarpazos, mientras los demás lobos aullaban inquietos. Las mandíbulas del huargo se cerraron alrededor de un pelaje apelmazado por la escarcha y una pata flaca como un palo, pero el lobo tuerto le lanzó un zarpazo a la barriga, se liberó, giró sobre sí mismo y se abalanzó sobre él. Los colmillos amarillentos chasquearon cerca de su cuello, pero se sacudió al viejo primo gris como si fuese una rata, cargó contra él y lo derribó. Arrastrando, desgarrando y mordiendo, pelearon hasta que la sangre tiñó la nieve que los rodeaba, hasta que el lobo tuerto se tumbó boca arriba y mostró el vientre. El huargo hizo amago de morderlo un par de veces más, le olió el culo y levantó la pata encima de él.

Unas pocas dentelladas más y un gruñido de advertencia, y la hembra y el macho débil también se rindieron. La manada era suya.

Así como la presa. Fue olfateando a todos los hombres antes de decantarse por el más grande, una cosa sin rostro que aún agarraba un hierro negro con una mano. La otra había desaparecido, amputada por la muñeca y con el muñón envuelto en cuero. El lobo bebió a lametones la sangre que manaba, lenta y

espesa, del tajo del cuello, y lamió lo que quedaba de nariz y mejillas en el rostro sin ojos; después enterró el hocico en el cuello y lo desgarró para devorar un pedazo de carne tierna. Era lo mejor que había probado nunca.

Cuando acabó con aquel pasó al siguiente, y también engulló los pedazos más selectos. Los cuervos lo observaban desde los árboles con ojos oscuros, agachados y silenciosos, mientras la nieve caía a su alrededor. Los otros lobos tuvieron que conformarse con sus sobras; primero comió el viejo macho, luego la hembra y luego el débil. Ya eran suyos. Eran una manada.

«No —susurró el chico—, tenemos otra manada. Dama ha muerto, y puede que Viento Gris también, pero Peludo, Nymeria y Fantasma siguen en alguna parte. ¿Te acuerdas de Fantasma? —La nieve y los lobos empezaron a desvanecerse. El calor lo golpeó en la cara, reconfortante como el beso de una madre—. Fuego —pensó—, humo». Su nariz captó el olor de carne asada; el bosque desapareció y se encontró de nuevo en la construcción, embutido otra vez en su cuerpo roto, ante el fuego. Meera Reed daba vueltas a un pedazo de carne cruda sobre el fuego.

—Justo a tiempo —dijo. Bran se frotó los ojos con el dorso de la mano y se reclinó como pudo contra la pared—. Casi te pierdes la cena. El explorador ha traído un cerdo.

Tras ella estaba Hodor, que desgarraba con avidez un pedazo de carne chamuscada, con la barba llena de sangre y grasa.

—Hodor —mascullaba entre mordisco y mordisco—. Hodor, hodor.

Hadía dejado la espada en el suelo, a un lado. Jojen Reed mordisqueaba su ración, masticando cada trozo una docena de veces antes de tragarlo.

«El explorador ha matado un cerdo. —Manosfrías estaba junto a la puerta con un cuervo en el brazo. Ambos miraban el fuego, y las llamas se reflejaban en los cuatro ojos negros—. No come nada —recordó Bran—, y tiene miedo del fuego».

—¿No decías que no podíamos encender fuego? —le recordó.

—Las paredes ocultan la luz, y se acerca el amanecer. Pronto nos pondremos en marcha.

—¿Qué ha pasado con esos hombres, los enemigos que nos seguían?

—No os molestarán.

—¿Quiénes eran? ¿Salvajes?

Meera dio la vuelta a la carne. Hodor estaba masticando y tragando, murmurando de felicidad. Cuando Manosfrías se volvió para mirar a Bran, Jojen era el único que parecía darse cuenta de lo que ocurría.

—Eran enemigos.

«Hombres de la Guardia de la Noche».

—Los habéis matado. Tus cuervos y tú. Tenían la cara destrozada y les faltaban los ojos. —Manosfrías no lo negó—. Eran tus hermanos. Los vi. Los

lobos les habían arrancado la ropa, pero aún se notaba. Llevaban capas negras. Como tus manos. —Manosfrías no dijo nada—. ¿Quién eres? ¿Por qué tienes las manos negras?

El explorador se examinó las manos como si no las hubiera visto nunca.

—Cuando el corazón deja de latir, la sangre se acumula en las extremidades, donde se espesa y se coagula. —Su voz era floja, débil—. Las manos y los pies se pudren, y se ponen negros como morcillas. Y el resto, blanco como la leche.

Meera Reed se levantó con la fisga en la mano, aún con restos de carne humeante en las púas.

—Muéstranos el rostro.

El explorador no hizo ademán de obedecer.

—Está muerto. —Bran sintió como le subía la bilis por la garganta—. Es un ser sin vida, Meera. Los monstruos no pueden pasar mientras el Muro se mantenga firme y exista la Guardia de la Noche; eso me decía la Vieja Tata. Fue a buscarnos al Muro, pero no pudo pasar. Mandó en su lugar a Sam, con aquella chica salvaje.

Meera apretó los dedos enguantados en torno al mango de la fisga.

—¿Quién te envía? ¿Quién es el cuervo de tres ojos?

—Un amigo. Un soñador, un mago, puedes llamarlo como quieras. El último verdevidente.

De repente se abrió la puerta de madera. Fuera aullaba un viento sombrío y negro. Los árboles estaban llenos de cuervos que graznaban. Manosfrías no se movió.

—Un monstruo —dijo Bran.

El explorador miró a Bran como si los demás no existiesen.

—Monstruo, sí, pero tuy o, Brandon Stark.

—Tuyo —repitió el cuervo desde su hombro. Fuera, los cuervos de los árboles imitaron el lamento hasta que el bosque nocturno se hizo eco de la canción del asesino: « Tuy o, tuy o, tuy o» .

—¿Habías soñado con esto, Jojen? —preguntó Meera—. ¿Quién es? ¿Qué es? ¿Qué hacemos ahora?

—Iremos con el explorador —respondió Jojen—. Hemos llegado demasiado lejos para dar la vuelta. No llegaríamos vivos al Muro. O vamos con el monstruo de Bran, o morimos.

Salieron de Pentos por la puerta del Amanecer, aunque Tyrion Lannister no llegó a atisbar la salida del sol.

—Será como si nunca hubierais venido a Pentos, mi pequeño amigo —le prometió el magíster Illyrio al tiempo que corría las cortinas de terciopelo morado de la litera—. Nadie debe veros salir de la ciudad, igual que nadie os vio llegar.

—Nadie excepto los marinos que me metieron en la cuba, el grumete que limpiaba mi camarote, la chica que mandasteis para que me calentara la cama y esa traicionera lavandera de las pecas. Ah, y vuestras guardias. Saben que no estáis solo aquí adentro, a no ser que les quitarais el cerebro junto con los huevos.

Ocho caballos de tiro, de gran tamaño, transportaban la litera suspendida entre correas de cuero. Junto a ellos caminaban cuatro eunucos, dos a cada lado, y varios más los seguían para proteger la caravana.

—Los inmaculados no hablan —lo tranquilizó Illyrio—, y la galera que os trajo ya ha puesto rumbo a Asshai. Tardará dos años en regresar, y eso si los mares son bondadosos. En cuanto a mis criados, sé que me aprecian; ninguno de ellos me traicionará.

«No dejéis de creer eso, mi gordo amigo. Cualquier día grabarán esas palabras en vuestra lápida».

—Nosotros deberíamos estar en esa galera —dijo el enano—. La manera más rápida de llegar a Volantis es por mar.

—El mar es peligroso —replicó Illyrio—. En otoño abundan las tormentas, y los piratas tienen sus escondrijos en los Peldaños de Piedra, desde donde lanzan sus ataques contra los hombres honrados. No permitiría que mi pequeño amigo cayera en semejantes manos.

—En el Rhoyne también hay piratas.

—Piratas de agua dulce. —El quesero bostezó, tapándose la boca con el dorso de la mano—. Capitanes cucaracha que luchan por las migajas.

—También he oido hablar de los hombres de piedra.

—Existen, esos desdichados existen, pero ¿de qué sirve hablar de esas cosas? El día es demasiado hermoso para desperdiciarlo en semejantes conversaciones. Pronto veremos el Rhoyne, y allí os libraréis de Illyrio y su barrigón. Hasta ese momento, bebamos, ¡soñemos! Podemos disfrutar de vino dulce y bocaditos salados. ¿Por qué pensar en la enfermedad y en la muerte?

«Eso, ¿por qué? —Tyrion oyó una vez más el sonido reverberante de la ballesta. La litera se mecía con un movimiento tranquilizador que lo hacía sentirse como un niño al que su madre acunara en brazos hasta verlo dormido—. No es que sepa cómo es eso, claro». Los cojines de seda rellenos de plumón de ganso le protegían las nalgas, y las paredes de terciopelo morado se curvaban

para formar un techo y hacían que el interior de la litera fuera cálido pese al frío otoñal del exterior.

Una caravana de mulas los seguía transportando cofres, cubas y barriles, así como cestos de delicias para que el señor del queso no pasara hambre. Aquella mañana comieron salchichas especiadas regadas con una cerveza tostada de bayas ahumadas. Los tintos de Dorne y las anguilas en gelatina les alegraron la tarde. La noche les ofreció lonchas de jamón, huevos duros y alondras asadas rellenas de ajo y cebolla, con cervezas ligeras y excelentes vinos de fuego myrienses para hacer la digestión. Pero la litera era tan lenta como cómoda, y la impaciencia no tardó en apoderarse del enano.

—¿Cuánto tardaremos en llegar al río? —le preguntó a Illyrio aquella velada —. A este paso, cuando vea a los dragones de vuestra reina ya serán tan grandes como los tres de Aegon.

—Ojalá. Los dragones grandes inspiran mucho más temor que los pequeños. —El magíster se encogió de hombros—. Por mucho que deseé recibir a la reina Daenerys en Volantis, debo delegar en Grif y vos. Le seré de más ayuda en Pentos, allanando el camino para su regreso. Pero mientras vaya con vos... Bueno, a un anciano le hacen falta ciertas comodidades, ¿no? Vamos, bebed una copa de vino.

—Decidme —inquirió Tyrion mientras bebían—, ¿qué le importa a un magíster de Pentos quién lleva la corona en Poniente? ¿Qué ganáis con esto, mi señor?

El gordo se limpió la grasa de los labios antes de responder.

—Ya soy viejo, y estoy cansado de este mundo y sus traiciones. ¿Tan raro os parece que quiera hacer algún bien antes del fin de mis días, que ayude a una tierna muchachita a recuperar lo que le corresponde por derecho?

«Sí, y luego me ofrecerás una armadura mágica y un palacio en Valyria».

—Si Daenerys no es más que una tierna muchachita, el Trono de Hierro la cortará en tiernos pedacitos.

—No temáis, mi pequeño amigo. La sangre de Aegon el Dragón corre por sus venas.

«Junto con la de Aegon el Indigno, Maegor el Cruel y Baelor el Confuso».

—Habladme de ella —dijo Tyrion. El gordo se quedó pensativo.

—Daenerys era casi una niña cuando llegó a mí, pero mucho más bonita que mi segunda esposa; tan bella que sentí la tentación de quedármela. Pero también era una cosita tan temerosa, tan espantadiza... Supe que no obtendría placer alguno de copular con ella, así que llamé a una calientacamas y me la follé con vigor hasta que se me pasó la locura. La verdad, no pensé que Daenerys fuera a sobrevivir mucho tiempo entre los señores de los caballos.

—Eso no os impidió vendérsela a Khal Drogo.

—Los dothrakis no compran ni venden. Digamos mejor que su hermano

Viserys se la entregó a Drogo para ganarse la amistad del *khal*. Era un joven lleno de codicia y vanidad. Viserys quería poseer el trono de su padre, pero también quería poseer a Daenerys, y era reacio a entregarla. La noche anterior a la boda de la princesa trató de meterse en su cama alegando que, si no podía tener su mano, al menos tendría su himen. Si yo no hubiera tenido la precaución de apostar guardias ante la puerta de Daenerys, Viserys habría dado al traste con años de planes.

—Por lo que decís, era un completo imbécil.

—Era hijo de Aerys el Loco, sí. Daenerys... Daenerys es muy diferente. — Se metió una alondra asada en la boca y la masticó estrepitosamente con huesos y todo—. La niña asustada que se refugió en mi mansión murió en el mar dothraki, y renació en sangre y fuego. La reina dragón que lleva su nombre es una verdadera Targaryen. Cuando envíe barcos para traerla a casa, puso rumbo hacia la bahía de los Esclavos. En pocos días conquistó Astapor, puso de rodillas a Yunkai y saqueó Meereen. Si marcha hacia el oeste por los viejos caminos de Valyria, la siguiente en caer será Mantarys. Si viene por mar... Bueno, su flota tendrá que aprovisionarse de agua y alimentos en Volantis.

—Por tierra o por mar, hay muchas leguas entre Meereen y Volantis — señaló Tyrion.

—Quinientas cincuenta a vuelo de dragón, por desiertos, montañas, pantanos y ruinas hechizadas por demonios. Muchos perecerán, pero los que sobrevivan serán más fuertes cuando lleguen a Volantis... donde os encontrarán a Grif y a vos esperándolos con un ejército descansado y barcos suficientes para cruzar el mar hasta Poniente.

Tyrion sopesó lo que sabía sobre Volantis, la más antigua y gallarda de las Nueve Ciudades Libres. Había algo que olía a podrido; lo detectaba hasta con media nariz.



TYRION LANNISTER, EN BUSCA DEL LUGAR ADONDE VAN LAS
PUTAS

—Se dice que en Volantis hay cinco esclavos por cada hombre libre. ¿Por qué van a ayudar los triarcas a una reina que ha acabado con la esclavitud? —Señaló a Illyrio—. ¿Por qué vais a ayudarla vos? Puede que el comercio de esclavos esté prohibido en Pentos, pero también tenéis un dedo metido en ese negocio. Un dedo o la mano entera. Y pese a ello conspiráis a favor de la reina dragón, no contra ella. ¿Por qué? ¿Qué esperáis obtener de la reina Daenerys?

—¿Ya volvemos a eso? Sois un hombrecito muy empecinado. —Illyrio soltó una carcajada y se palmeó la barriga—. Como queráis. El Rey Mendigo juró que yo sería su consejero de la moneda, que me nombraría señorial señor, y que en cuanto tuviera la corona me dejaría elegir el castillo que quisiera. Hasta Roca Casterly, si ese era mi deseo.

A Tyrion casi se le salió el vino por los restos de nariz.

—Mi padre se habría reído mucho.

—Vuestro señor padre no habría tenido nada que temer. ¿Para qué iba a querer yo una roca? Mi mansión es tan grande como se puede desejar, y mucho más acogedora que vuestros castillos ponientes, llenos de corrientes de aire. En cambio, el puesto de consejero de la moneda... —El gordo peló otro huevo—. Me gustan las monedas. ¿Hay sonido más dulce que el tintineo de las monedas de oro al entrechocar?

« Los sollozos de una hermana» .

—¿Estáis seguro de que Daenerys cumplirá las promesas de su hermano?

—Puede que sí y puede que no. —Illyrio partió el huevo por la mitad—. Ya os lo he dicho, mi pequeño amigo: no todo lo que hace está encaminado a sacar tajada. Pensad lo que queráis, pero hasta un viejo gordo y estúpido como yo tiene amigos y deudas de afecto.

« Mentiroso —pensó Tyrion—. De esto quieres sacar algo más que monedas o castillos» .

—No es fácil encontrar hoy en día a hombres que valoren la amistad más que el oro.

—Muy cierto —respondió el gordo haciendo oídos sordos a la ironía.

—¿Cómo es que le tenéis tanto cariño a la Araña?

—Nos conocimos de jóvenes, cuando éramos unos críos en Pentos.

—Varys vino de Myr.

—Cierto. No lo conocí hasta mucho después de que llegara, seguido de cerca por los esclavistas. De día dormía en las cloacas y de noche rondaba por los tejados como un gato. Por aquel entonces yo era casi igual de pobre, un jaque con ropa de seda sucia que vivía de su espada. ¿Por casualidad habéis visto la estatua que tengo junto al estanque? La esculpió Malanon cuando yo contaba con diecisésis años. Es hermosa, aunque ahora, cuando la miro, se me llenan los ojos de lágrimas.

—Los años no perdonan. Yo sigo llorando por mi nariz. Pero Varys...

—En Myr, Varys era un príncipe de los ladrones hasta que lo delató un rival. En Pentos lo traicionaba su acento, y cuando se supo que era eunuco no recibió más que desprecio y palizas. Nunca sabré por qué me eligió para protegerlo, pero lo cierto es que llegamos a un acuerdo. Varys acosaba a los ladrones de poca monta y les arrebataba sus ganancias. Yo ofrecía mi ayuda a las víctimas y les prometía recuperar sus objetos de valor por un precio, de modo que pronto todo aquel que sufría una pérdida sabía que debía acudir a mí, mientras que los atracadores y ladronzuelos de la ciudad buscaban a Varys, unos para cortarle el cuello y otros para venderle su botín. Los dos nos enriquecimos, y nos hicimos todavía más ricos cuando Varys entrenó a sus ratones.

—En Desembarco del Rey los llamaba «pajaritos».

—Por aquel entonces eran ratones. Los ladrones viejos eran imbéciles que no pensaban más que en convertir en vino el botín de la noche. Varys prefería a los chiquillos huérfanos. Elegía a los más menudos, los que eran rápidos y silenciosos, y los enseñaba a escalar muros y colarse por chimeneas. También los enseñó a leer. Dejábamos el oro y las piedras preciosas para los ladrones vulgares, mientras que nuestros ratones robaban cartas, libros de cuentas, mapas... Se los aprendían y los dejaban donde los habían encontrado. «Los secretos valen más que la plata y los zafiros», decía Varys. Y es verdad. Me hice tan respetable que un primo del príncipe de Pentos me entregó la mano de su hija doncella. Mientras tanto, los rumores sobre las habilidades de cierto eunuco cruzaron el mar Angosto y llegaron a oídos de cierto rey. Un rey muy intranquilo que no confiaba plenamente en su hijo, en su esposa ni en su mano, un amigo de la juventud que se había vuelto arrogante y demasiado orgulloso. Me imagino que ya conocéis el resto de la historia, ¿no es así?

—En buena medida —reconoció Tyrion—. Veo que sois algo más que un mercachifle.

—Mi pequeño amigo es muy amable. —Illyrio inclinó la cabeza—. Por mi parte, creo que sois tan agudo como me dijo lord Varys. —Mostró todos los dientes amarillos y desiguales al sonreír, y pidió a gritos otra botella de vino de fuego myriense.

Cuando el magíster se adormiló con la frasca de vino junto al codo, Tyrion gateó entre los cojines para liberarla de su prisión de carne y servirse otra copa. La apuró, bostezó y la llenó de nuevo.

«Si bebo suficiente vino de fuego, puede que sueñe con dragones», pensó.

Cuando era un niño solitario en las entrañas de Roca Casterly, muchas veces se pasaba la noche cabalgando a lomos de dragones, imaginando que era un príncipe Targaryen o un señor valyrio de los dragones que sobrevolaba campos y montañas. En cierta ocasión, cuando sus tíos le preguntaron qué quería por su día del nombre, les suplicó un dragón.

—No hace falta que sea grande; puede ser pequeño, como yo.

A su tío Gerion le pareció que era lo más divertido que había oído en su vida, pero su tío Tygett se encargó de devolverlo a la realidad: « El último dragón murió hace un siglo, chico». Aquello le pareció monstruosamente injusto, tanto que por la noche estuvo llorando hasta quedarse dormido.

Pero si se podía dar crédito a las palabras del señor del queso, la hija del Rey Loco había incubado tres dragones vivos.

« Dos más de los que necesita hasta un Targaryen. —Tyrion casi lamentaba haber matado a su padre; habría dado cualquier cosa por ver la cara de lord Tywin cuando descubrieran que había una reina Targaryen camino de Poniente con tres dragones, respaldada por un eunuco intrigante y un mercader de quesos casi del tamaño de Roca Casterly. Estaba tan ahítio que tuvo que desabrocharse el cinturón y la lazada superior de los calzones. Con la ropa de niño que le había dado su anfitrión se sentía como una salchicha—. Como sigamos comiendo así todos los días, alcanzaré el tamaño de Illyrio antes de presentarme ante esa reina dragón» . En el exterior de la litera había caído la noche; dentro reinaba la oscuridad. Tyrion escuchó los ronquidos de Illyrio, el crujido de las correas de cuero y el lento golpeteo de las herraduras metálicas contra el duro camino valyrio, pero lo que su corazón quería oír era el batir de unas alas correosas.

Cuando despertó ya había amanecido. Los caballos seguían su paso, y la litera crujía y se mecía entre ellos. Tyrion entreabrió las cortinas para echar un vistazo al exterior, pero aparte de los prados ocres y los olmos desnudos solo se veía el camino, una ancha vía de piedra que transcurría recta como una lanza hasta el horizonte. Había leído sobre los caminos de Valyria, pero aquel era el primero que veía. El dominio del Feudo Franco había llegado hasta Rocadragón, pero no al continente.

« Es extraño, porque Rocadragón no es más que un islote. Las riquezas estaban más al oeste, pero ellos tenían dragones. Sin duda sabían qué había más allá» .

Había bebido demasiado la noche anterior. El corazón le latía a toda velocidad, y hasta el suave vaivén de la litera le revolvía el estómago. No se quejó, pero Illyrio Mopatis vio su angustia.

—Bebed conmigo —le dijo el gordo—. Lo que os hace falta es, como dicen en Poniente, una escama del dragón que os quemó.

Sirvió dos copas de una frasca de vino de zarzamora tan dulce queatraía más moscas que la miel. Tyrion las espantó de un manotazo y bebió un largo trago. Tenía un sabor tan dulzón que le costó un esfuerzo no vomitarlo. La segunda copa entró con más facilidad, pero aun así seguía sin apetito y rechazó el cuenco de moras con crema que le ofreció Illyrio.

—He soñado con la reina —le dijo—. Estaba de rodillas ante ella y le había jurado lealtad, pero me confundió con mi hermano Jaime y me echó de comer a sus dragones.

—Esperemos que no haya sido un sueño profético. Sois un gnomo listo, tal como me dijo Varys, y Daenerys va a necesitar a muchos hombres listos a su alrededor. Ser Barristan es un caballero valiente y sincero, pero no creo que nadie lo haya calificado jamás de astuto.

—Los caballeros solo saben solucionar los problemas de una manera: esgrimiendo la lanza y atacando. Los enanos miramos el mundo de otro modo. Pero ¿qué hay de vos? Vos también sois listo.

—Me aduláis. —Illyrio sacudió una mano—. Por desgracia, lo mío no es viajar, así que os envío en mi nombre con Daenerys. Al matar a vuestro padre prestasteis un gran servicio a su alteza, y tengo la esperanza de que no sea el único. Daenerys no es estúpida, como lo era su hermano. Sabrá utilizaros.

« ¿De incendaja?». Tyrion esbozó una sonrisa amable.

Aquel día solo cambiaron de tiro en tres ocasiones, pero le pareció que paraban dos veces por hora para que Illyrio pudiera bajar de la litera a mear.

« Nuestro señor del queso tiene el tamaño de un elefante, pero su vejiga es como un cacahuete», pensó el enano. Durante una de las paradas aprovechó para observar el camino detenidamente. Sabía qué iba a encontrar: nada de tierra prensada, losas ni piedras, sino una franja de roca fundida, elevada medio palmo sobre el terreno para que corriera mejor la lluvia o la nieve derretida. A diferencia de los lodazales que llamaban caminos en los Siete Reinos, las sendas de Valyria eran tan anchas que por ellas podían pasar tres carromatos a la vez, sin que el tiempo ni el tráfico las erosionaran, y eso cuatro siglos después de que Valyria hubiera sufrido su Maldición. Examinó la piedra en busca de resquebrajaduras o baches, pero solo vio un montón de estiércol caliente que acababa de soltar un caballo.

Los excrementos le hicieron pensar en su señor padre.

« ¿Estás en algún infierno ahí abajo, padre? ¿En algún infierno helado desde donde puedas ver como siento en el Trono de Hierro a la hija de Aerys el Loco?».

Reanudaron el viaje, e Illyrio sacó una bolsa de castañas asadas y empezó a hablar otra vez de la reina dragón.

—Mucho me temo que solo tenemos noticias pasadas sobre la reina Daenerys. A estas alturas ya habrá salido de Meereen, o eso es lo que cabe suponer. Ya ha conseguido un ejército, una mezcolanza de mercenarios, señores de los caballos dothrakis e infantería de inmaculados, y sin duda lo llevará hacia el oeste para recuperar el trono de su padre. —El magíster Illyrio destapó un frasco de caracoles conservados en ajo, los olió y sonrió—. Solo nos queda suponer que en Volantis obtendréis noticias más recientes de Daenerys —dijo mientras sorbió un caracol de la concha—. Tanto las niñas como los dragones son caprichosos, así que tal vez tengáis que adaptarlos a las circunstancias. Grif sabrá qué hacer. ¿Queréis un caracol? El ajo es de mi propio huerto.

« Si me monto en un caracol iré más deprisa que en la litera». Tyrion rechazó el frasco con un gesto de la mano.

—Parece que confiáis mucho en ese hombre, el tal Grif. ¿Otro amigo de la infancia?

—No. Vos lo consideraríais un mercenario, aunque nació en Poniente. Daenerys necesita hombres dignos de su causa. —Illyrio levantó una mano—. ¡Ya lo sé! Estáis pensando que los mercenarios anteponen el oro al honor, y que ese tal Grif os venderá a vuestra hermana. Os equivocáis. Confío en él como confiaría en un hermano.

« Otro error funesto» .

—En tal caso, yo haré lo mismo.

—La Compañía Dorada marcha en estos momentos a Volantis, donde esperará hasta que llegue nuestra reina del este.

« Bajo el brillo del oro está el amargo acero» .

—Tenía entendido que una de las Ciudades Libres había contratado a la Compañía Dorada.

—Myr. —Illyrio esbozó una sonrisa burlona—. Los contratos se rompen.

—Vaya, el queso da más dinero de lo que creía —dijo Tyrion—. ¿Cómo lo habéis conseguido?

El magíster hizo un gesto para quitar importancia al asunto.

—Algunos contratos se firman con tinta, y otros, con sangre. No puedo decir más.

El enano se quedó dándole vueltas. La Compañía Dorada tenía fama de ser el mejor de los ejércitos libres. La había fundado hacia un siglo Aceroamargo, hijo bastardo de Aegon el Indigno. Cuando otro de los Grandes Bastardos de Aegon trató de arrebatar el Trono de Hierro a su hermanastro legítimo, Aceroamargo se unió a la revuelta. Pero Daemon Fuegoscuro murió en el Prado Hierbarroja, y su revuelta murió con él. Los seguidores del Dragón Negro que sobrevivieron a la batalla pero se negaban a hincar la rodilla huyeron por el mar Angosto, y entre ellos se encontraban Aceroamargo, los hijos menores de Daemon y cientos de caballeros y señores sin tierras que pronto se vieron forzados a vender las espadas para comer. Algunos se unieron al Estandarte Andrajoso; otros, a los Segundos Hijos o a los Hombres de la Doncella. Aceroamargo vio como la fuerza de la casa Fuegoscuro se dispersaba a los cuatro vientos, así que creó la Compañía Dorada para unir a los exiliados.

Desde entonces, los hombres de la Compañía Dorada habían vivido y muerto en las Tierras de la Discordia, luchando por Myr, por Lys o por Tyrosh en cualquiera de sus guerritas intrascendentes y soñando con la tierra que habían perdido sus padres. Eran exiliados e hijos de exiliados, desposeídos y olvidados... pero seguían siendo luchadores temibles.

—Vuestra capacidad de persuasión es admirable —dijo Tyrion a Illyrio—.

¿Cómo habéis convencido a la Compañía Dorada para que se una a la causa de nuestra hermosa reina, cuando se ha pasado buena parte de su historia combatiendo a los Targaryen?

Illyrio hizo un gesto con los dedos para rechazar las objeciones como si fueran moscas.

—Negro o rojo, un dragón es un dragón. Con la muerte de Maelys el Monstruoso, en los Peldaños de Piedra, acabó la línea masculina de la casa Fuegoscuro. —El mercader de quesos sonrió tras las puntas de la barba—. Y Daenerys hará por los exiliados lo que Aceroamargo y los Fuegoscuro no pudieron hacer: los llevará a casa.

« A fuego y espada». Era el mismo regreso que deseaba Tyrion.

—Desde luego, diez mil espadas son un regalo principesco. Su alteza estará de lo más satisfecha.

Las papadas del magíster temblaron cuando inclinó la cabeza con modestia.

—No me atrevería a presumir qué satisface a su alteza.

« Muy prudente por tu parte». Tyrion conocía demasiado bien la gratitud de los reyes. ¿Por qué las reinas iban a ser diferentes?

El magíster no tardó en quedarse profundamente dormido, con lo que Tyrion se quedó a solas con sus pensamientos. ¿Qué opinaría Barristan Selmy de ir a la batalla con la Compañía Dorada? Durante la guerra de los Reyes Nuevepeniques, Selmy se había abierto un camino de sangre entre sus filas para matar al último de los aspirantes Fuegoscuro.

« La rebelión hace extraños compañeros de cama; no debe de haber pareja más extraña que este gordo y yo».

El quesero despertó cuando hicieron una parada para cambiar los caballos, y pidió que le llevaran otra cesta.

—¿Hasta dónde hemos llegado? —le preguntó el enano mientras se hastiaban de capón frío con una salsa de zanahorias sazonada con pasas y trocitos de naranja y lima.

—Estamos en Andalia, amigo mío, la tierra de la que salieron vuestros ándalos. Se la arrebataron a los hombres peludos que la habitaron antes que ellos, primos de los hombres peludos de Ib. El corazón del antiguo reino de Hugor se extiende hacia el norte, pero ahora mismo estamos cerca de su frontera meridional. En Pentos, esta zona se conoce como las Llanuras. Las colinas de Terciopelo, hacia donde nos dirigimos, están al este.

« Andalia». La fe enseñaba que los Siete habían recorrido las colinas de Andalia en forma humana.

—« El Padre alzó la mano a los cielos y sacó siete estrellas —recitó Tyrion—, y las depositó de una en una en la frente de Hugor de la Colina para ponerle una corona resplandeciente».

—No imaginé en ningún momento que mi pequeño amigo fuera tan devoto.

—El magister Illyrio lo miraba con curiosidad.

—Es una reliquia de mi infancia. —El enano se encogió de hombros—. Sabía que no podría ser caballero, así que decidí optar a septón supremo. Con la corona de cristal sería un palmo más alto. Estudié los libros sagrados y recé hasta que me salieron callos en las rodillas, pero mi camino se vio interrumpido de manera trágica: llegué a cierta edad y me enamoré.

—¿De una doncella? Ya sé cómo son esas cosas. —Illyrio se metió la mano por la manga izquierda y sacó un guardapelo de plata. La imagen pintada era la de una mujer con grandes ojos azules y pelo rubio muy claro con mechones plateados.

—Serra. La conocí en una casa de mancebía lysena y me la llevé a casa para que me calentara la cama, pero acabé por casarme con ella. Yo, que me había casado en primeras nupcias con una prima del príncipe de Pentos. Se me cerraron las puertas de palacio, pero no me importó. Era un precio muy bajo por Serra.

—¿Cómo murió?

Tyron sabía que había muerto; ningún hombre hablaría con tanto afecto de una mujer que lo hubiera abandonado.

—Una galera mercante braavosi llegó a Pentos, de regreso de una travesía por el mar de Jade. La *Tesoro* transportaba clavo, azafrán, azabache, jade, brocado escarlata, seda verde... y la muerte gris. Matamos a los remeros cuando bajaron a tierra y quemamos el barco en el lugar donde había anclado, pero las ratas bajaron por los remos y corretearon por el muelle con sus patitas frias como la piedra. La peste se llevó a dos mil personas. —El magister Illyrio cerró el guardapelo—. Conservo las manos de Serra en mi dormitorio. Eran tan suaves...

Tyron pensó en Tysha y contempló los campos por los que otrora caminaron los dioses.

—¿Qué dioses son estos que permiten que existan ratas, plagas y enanos? —Recordó otro pasaje de *La estrella de siete puntas*—. « La Doncella puso ante él a una joven grácil como una bailarina y con los ojos azules como estanques profundos, y Hugor declaró que la tomaría por esposa. Y así fue como la Madre la hizo fértil y la Vieja predijo que engendraría cuarenta y cuatro hijos para el rey. El Guerrero dio fuerza a sus brazos, mientras que el Herrero forjó una armadura de hierro para cada uno» .

—Vuestro Herrero era rhoynar, seguro —bromeó Illyrio—. Los ándalos aprendieron el arte de trabajar el hierro de los rhoynar que vivían a lo largo del río. Todo el mundo lo sabe.

—Nuestros septones no —replicó Tyron—. ¿Quién vive en estas llanuras?

—Campesinos y trabajadores que no pueden ir a otra parte. Hay huertos, sembradíos, minas... Hasta yo poseo algunas, aunque rara vez las visito. ¿Por qué

voy a pasar mis días aquí, con la miríada de delicias que me ofrece Pentos?

—Una miríada de delicias. —«Y unas murallas muy altas». Tyrion hizo girar el vino en la copa—. No hemos visto otra ciudad desde que salimos de Pentos.

—Hay ruinas. —Illyrio señaló las cortinas con una pata de pollo—. Los señores de los caballos vienen por aquí cada vez que a un *khal* se le mete en la cabeza ver el mar. A los dothrakis no les gustan las ciudades; me imagino que eso ya lo sabéis hasta en Poniente.

—Atacad uno de esos *khalasars* y destruidlo, y veréis como no tienen tanta prisa en cruzar el Rhoyne.

—Es más barato comprar a los enemigos con provisiones y regalos.

«Ojalá se me hubiera ocurrido llevar un buen queso a la batalla del Aguasnegras; así conservaría toda la nariz». Lord Tywin siempre había sentido un hondo desprecio hacia las Ciudades Libres. «Luchan con moneda, no con espada —solía decir—. El oro es útil, pero las guerras se ganan con hierro».

—Si se le da oro a un enemigo, volverá a por más, como solía decir mi padre.

—¿Ese mismo padre al que matasteis? —Illyrio tiró un hueso de pollo de la litera—. Los mercenarios no resisten el ataque de los vociferantes dothrakis, eso ya se demostró en Qohor.

—Ni siquiera vuestro valeroso Grif? —se burló Tyrion.

—Grif es diferente. Adora a su hijo, Grif el Joven, como lo llaman. Nunca se ha visto muchacho más noble.

El vino, la comida, el sol y el vaivén de la litera, junto con el zumido de las moscas, se habían aliado para adormilar a Tyrion, de modo que durmió, despertó y bebió. Illyrio le siguió el ritmo copa tras copa y, cuando el cielo se tornó de un violáceo oscuro, el gordo empezó a roncar.

Aquella noche, Tyrion Lannister soñó con una batalla que tenía de rojo las colinas de Poniente. Él estaba en medio, matando con un hacha tan grande como él, y luchaba hombro con hombro con Barristan el Bravo y Aceroamargo mientras los dragones surcaban los cielos. En su sueño tenía dos cabezas, las dos desnarigadas, y su padre iba al frente del enemigo, de modo que lo mató otra vez. Luego mató a su hermano Jaime tras machacarle la cabeza hasta destrozarle la cara, soltando una carcajada con cada golpe. Tyrion no advirtió que su segunda cabeza estaba llorando hasta que la batalla hubo terminado.

Al despertar tenía las piernas rígidas como el hierro. Illyrio estaba comiendo aceitunas.

—¿Dónde estamos?

—Aún no hemos dejado atrás las Llanuras, mi impaciente amigo. El camino atravesará pronto las colinas de Terciopelo. Allí empezaremos a subir hacia Ghoyan Drohe, por encima del Pequeño Rhoyne.

Ghoyan Drohe había sido una ciudad rhoynar hasta que los dragones de

Valyria la redujeron a ruinas humeantes.

«Estoy recorriendo años, no solo leguas —reflexionó Tyrion—. He retrocedido en la historia hasta los días en que los dragones dominaban el mundo».

Tyrion dormitó, despertó y volvió a adormilarse, sin que le importase gran cosa que fuera de día o de noche. Las colinas de Terciopelo le parecieron decepcionantes.

—La mitad de las putas de Lannisport tienen las tetas más grandes que estas colinas —comentó a Illyrio—. Tendrás que llamarlas Pezones de Terciopelo.

Vieron un círculo de piedras verticales, que según Illyrio habían levantado los gigantes, y más allá un lago profundo.

—Aquí vivía una banda de ladrones que atracaba a todos los que pasaban por este camino —le contó—. Se decía que tenían la guarida bajo el agua. También arrastraban bajo la superficie y devoraban a quienes se atrevían a pescar en el lago.

Al anochecer del día siguiente pasaron junto a una gigantesca esfinge valyria acuclillada junto al camino. Tenía cuerpo de dragón y cabeza de mujer.

—Una reina dragón —comentó Tyrion—. Un buen presagio.

—Falta el rey. —Illyrio señaló la peana de piedra lisa ocupada en otros tiempos por una segunda esfinge; estaba cubierta de musgo y enredaderas—. Los señores de los caballos lo cargaron sobre ruedas de madera y lo arrastraron hasta Vaes Dothrak

«Eso también es un presagio, aunque no tan prometedor», pensó Tyrion. Aquella noche, más borracho que de costumbre, se arrancó a cantar de repente.

Anduvo toda la urbe y bajó de su colina,
por callejones y escalas, para ver a su querida.
Era un tesoro secreto, su alegría y deshonra,
nada es torre ni cadena si hay un beso que trastorna.

Era lo único que se sabía de la letra, aparte del estribillo: «Las manos de oro son frías; las de mujer, siempre tibias». Shae lo había golpeado con las manos mientras las manos de oro se le clavaban en la garganta. No recordaba si las tenía tibias o no. A medida que las fuerzas la abandonaban, sus golpes se transformaron en polillas que aleteaban alrededor del rostro de Tyrion. Cada vez que él retorcía la cadena, las manos de oro se hincaban aún más. «Nada es la torre ni la cadena si hay un beso que trastorna». ¡La había besado por última vez después de muerta? Tampoco lo recordaba..., aunque sí recordaba la primera vez que se habían besado, en su tienda, junto al Forca Verde. ¡Qué dulce le había sabido su boca! También recordaba la primera vez con Tysha.

« No estaba más versada que yo. Su nariz no paraba de chocar contra la mía, pero cuando nuestras lenguas se tocaron, ella se estremeció» . Tyrion cerró los ojos para visualizar su rostro, pero a quien vio fue a su padre, acuclillado en la letrina, con la túnica de dormir roja enrollada en la cintura. « Adondequiera que vayan las putas» , dijo lord Tywin, y la ballesta zumbó.

El enano se volvió para hundir los restos de nariz en las almohadas de seda. El sueño se abrió ante él como un foso, y se lanzó sin dudarlo para que lo engullera la oscuridad.

EL HOMBRE DEL MERCADER

La *Aventura* apeataba. Se vanagloriaba de sus sesenta remos, su vela única y un casco largo y esbelto que prometía velocidad.

«Es pequeña, pero puede servirnos —pensó Quentyn al verla. Eso había sido antes de subir a bordo y percibir el olor—. Cerdos», fue su impresión inicial, pero a la segunda bocanada de aire cambió de opinión. Los cerdos tenían un olor más limpio. Aquel era el hedor de orina, carne podrida y excrementos en un orinal; apeataba a cadáver, a pústulas y a heridas infectadas, y era un olor tan fuerte que ahogaba los del salitre y el pescado del puerto.

—Me da ganas de vomitar —comentó a Gerris del Manantial.

Estaban esperando al capitán del barco, y se derretían bajo el calor sofocante al tiempo que se ahogaban en el hedor que les llegaba de cubierta.

—Si el capitán huele como su barco, confundirá tu vómito con perfume —replicó Gerris.

Quentyn estaba a punto de sugerir que probaran suerte en otro barco cuando el capitán apareció por fin, acompañado de dos tripulantes con aspecto de granujas. Gerris los recibió con una sonrisa. No hablaba el volantino tan bien como Quentyn, pero para mantener su tapadera tenía que llevar la voz cantante. En la Ciudad de los Tablones, Quentyn se había hecho pasar por mercader de vinos, pero la farsa había llegado a cansarlo, de modo que cuando los dornienses cambiaron de barco en Lys, aprovecharon para cambiar de papeles. A bordo de la *Triguero*, Cletus Yronwood se hizo pasar por el mercader y Quentyn por el criado; en Volantis, tras la muerte de Cletus, Gerris asumió el papel de mayor importancia.

Gerris del Manantial era alto y de piel clara, con los ojos de color azul verdoso, el pelo como la arena bañada por los rayos del sol y una constitución esbelta, atractiva. Tenía un porte tan confiado que bordeaba la arrogancia. Nunca parecía incómodo, y hasta cuando desconocía el idioma encontraba la manera de hacerse entender. En comparación, Quentyn quedaba muy por debajo con sus piernas cortas y rechonchas, su complexión recia y su pelo castaño como la tierra recién labrada. Tenía la frente demasiado despejada, la mandíbula demasiado cuadrada y la nariz demasiado ancha.

—Tienes cara de honrado —le había dicho una chica en cierta ocasión—, pero deberías sonreír más a menudo.

A Quentyn Martell, igual que a su señor padre, nunca le había resultado fácil sonreír.

—¿Es veloz vuestra *Aventura*? —preguntó Gerris en su titubeante alto valyrio.

—No hay barco más rápido, honorable señor. —El capitán de la *Aventura* reconoció el acento y respondió en la lengua común de Poniente—. La *Aventura*

podría adelantar al mismísimo viento. Decidme adónde queréis ir y os llevaré antes de que os deis cuenta.

—Quiero ir a Meereen con mis dos criados.

Aquello hizo que el capitán se detuviera en seco.

—No sería la primera vez que voy a Meereen. No me costaría encontrar el rumbo, pero ¿para qué? Allí ya no hay esclavos ni nos espera ningún beneficio. La reina de plata ha acabado con todo. Incluso ha cerrado los refideros, así que los pobres marineros no tienen ni adonde ir a divertirse mientras les cargan las bodegas del barco. Decidme, mi buen amigo poniente, ¿qué se os ha perdido en Meereen?

«La mujer más bella del mundo —pensó Quentyn—. Mi futura esposa, si los dioses lo quieren. —En ocasiones, en plena noche, se despertaba imaginando su cuerpo y su silueta, y preguntándose por qué quería casarse con él una mujer como aquella, habiendo tantos príncipes—. Yo soy Dorne. Lo que querrá es Dorne».

—Nuestra familia se dedica al comercio del vino. —Gerris empezó con el embuste que habían acordado previamente—. Mi padre tiene grandes viñedos en Dorne y quiere que abra mercados. Tenemos la esperanza de que las buenas gentes de Meereen estén interesadas en nuestro producto.

—¿En vino? ¿Vino de Dorne? —El capitán no parecía nada convencido—. Las ciudades esclavistas están en guerra. ¿Acaso no lo sabéis?

—La guerra es entre Yunkai y Astapor, según tenemos entendido. Meereen no se ha involucrado.

—Todavía no, pero en estos momentos hay un enviado de la Ciudad Amarilla en Volantis, contratando mercenarios. Los Lanzas Largas ya han embarcado hacia Yunkai, y los Hijos del Viento y la Compañía del Gato los seguirán en cuanto terminen de reclutar más hombres. La Compañía Dorada marcha también hacia el este. Todo el mundo sabe esto.

—Si vos lo decís... Yo comercio con vino, no con guerras. Estaréis de acuerdo en que los vinos ghiscarios son muy inferiores, y los meereenos pagarán un buen precio por mis cosechas dornienses.

—Los muertos no beben vino. —El capitán de la *Aventura* se pasó los dedos por la barba—. Creo que no soy el primer capitán con el que habláis. Ni el décimo.

—No —admitió Gerris.

—¿A cuántos se lo habéis pedido? ¿A cien?

«Casi, casi», pensó Quentyn. Los volantinos presumían de que las aguas de su puerto bastaban para cubrir las cien islas de Braavos. Quentyn no había estado nunca en Braavos, pero se lo creía: Volantis, la ciudad rica, madura y podrida, cubría la desembocadura del Rhoyne como un cálido beso húmedo, y se extendía por colinas y pantanos a ambas orillas del río. Por doquier había barcos

que navegaban río abajo o se dirigían hacia mar abierto, en los muelles y espigones, cargando sus bodegas o descargando mercancías: navíos de guerra, balleneros, galeras mercantes, carracas, cocas pequeñas y grandes, barcoluengos, naves cisne, embarcaciones de Lys, Tyrosh y Pentos, especieros qarthienses del tamaño de palacios, barcos de Tolos, de Yunkai y de las Basilisco. Eran tantos que, al ver el puerto por primera vez desde la cubierta de la *Triguero*, Quentyn había dicho a sus amigos que solo tendrían que quedarse allí tres días.

Pero habían transcurrido veinte y allí seguían, sin barco. El capitán de la *Melantine* los había rechazado, al igual que el de la *Hija del Triarca* y el de la *Beso de Sirena*. Un contramaestre de la *Viajero Osado* se rio de ellos sin disimulo, el capitán de la *Delfín* los insultó por hacerle perder el tiempo, y el de la *Séptimo Hijo* los acusó de ser piratas. Todo aquello el primer día.

El único que les había dado un motivo de rechazo había sido el capitán de la *Cervatillo*.

—Es cierto que voy a poner rumbo al este —les dijo ante unas copas de vino aguado—. Hacia el sur rodeando Valyria, y desde ahí hacia donde nace el sol. Nos aprovisionaremos de agua y víveres en el Nuevo Ghis y luego remaremos hacia Qarth y las Puertas de Jade. No hay viaje exento de peligros, y cuanto más largo, más azaroso. ¿Por qué voy a buscar riesgos adicionales desviándome hacia la bahía de los Esclavos? La *Cervatillo* es mi instrumento de trabajo. No pienso arriesgarla para meter a tres dornienses locos en medio de una guerra.

Quentyn empezaba a pensar que habrían hecho mejor en comprarse un barco propio en la Ciudad de los Tablones, aunque eso habría llamado la atención más de lo que querían. La Araña tenía informadores en todas partes, hasta en los salones de Lanza del Sol. «Dorne sangrará si te descubren —le había advertido su padre mientras contemplaban los juegos de los niños en los estanques y fuentes de los Jardines del Agua—. No te equivoques: lo que hacemos es traición. Confía solamente en tus compañeros y haz lo posible por pasar desapercibido».

Gerris del Manantial dedicó al capitán de la *Aventura* su sonrisa más irresistible.

—Si queréis que os sea sincero, no llevo la cuenta del número de cobardes que nos han rechazado, pero en la Casa del Mercader oí comentar que vos erais más osado, más proclive a correr riesgos a cambio del oro suficiente.

«Es un contrabandista», pensó Quentyn. Eso era lo que opinaban los demás mercaderes del capitán de la *Aventura*.

—Es un contrabandista y un esclavista, mitad pirata y mitad alcahuete, pero tal vez sea lo que buscáis —les había dicho el posadero.

El capitán se frotó el índice y el pulgar.

—¿Qué cantidad de oro consideráis suficiente para este viaje?

—El triple de lo que cobraríais por un pasaje a la bahía de los Esclavos.

—¿Por cada uno de vosotros? —El capitán mostró los dientes en algo que tal vez trataría de ser una sonrisa, pero que distorsionaba su rostro enjuto en un rictus animal—. Es posible. Tenéis razón: soy más osado que la mayoría de los capitanes. ¿Cuándo queréis zarpar?

—Cuento antes.

—Trato hecho. Volved mañana una hora antes del amanecer con vuestros amigos y vuestros vinos. Será mejor zarpar mientras Volantis duerme; así evitaremos cualquier pregunta inoportuna sobre nuestro rumbo.

—Como digáis. Una hora antes del amanecer.

La sonrisa del capitán se calentó considerablemente.

—Es un placer poder ayudaros. Tendremos una feliz travesía.

—No me cabe duda.

El capitán pidió cerveza, y ambos brindaron por el éxito de su aventura.

—Qué hombre más agradable —comentó Gerris después, mientras volvía con Quentyn al pie del muelle donde los aguardaba el *hathay* que habían alquilado. La atmósfera era densa, cálida y pegajosa, y el sol brillaba tanto que ambos caminaban con los ojos entrecerrados.

—La ciudad entera es agradable —asintió Quentyn. «Y hasta empalagosa». Allí se cultivaban remolachas por todas partes, y con ellas se preparaba una sopa fría tan espesa que parecía miel escarlata. Los vinos también eran dulces—. Pero mucho me temo que nuestra feliz travesía también será breve. Ese hombre tan agradable no tiene la menor intención de llevarnos a Meereen. Ha aceptado tu oferta demasiado pronto. Nos cobrará el triple de la tarifa habitual, eso seguro, y en cuanto nos hayamos hecho a la mar nos cortará el cuello y se quedará con el resto de nuestro oro.

—O nos encadenará a un remo junto con esos desgraciados cuyo olor nos llegaba. Vamos a tener que buscarnos otro contrabandista un poco mejor.

El conductor los aguardaba junto a su *hathay*. En Occidente habría sido un vulgar carro de bueyes, aunque mucho más ornamentado que ninguno que Quentyn hubiera visto en Dorne. Y no estaba enganchado a un buey, sino a una elefanta enana con la piel del color de la nieve sucia. En Volantis abundaban aquellos animales.

Quentyn habría preferido ir andando, pero estaban a varias leguas de su posada. Además, el posadero de la Casa del Mercader les había advertido de que desplazarse a pie los marcaría a los ojos de volantinos y capitanes extranjeros. Las personas de nivel viajaban en palanquín o en la parte trasera de un *hathay*... y, por pura casualidad, el tabernero tenía un primo que poseía varios de aquellos cachivaches y estaría encantado de ponerse a su servicio. El conductor era un esclavo del primo, un hombre menudo con una rueda tatuada en la mejilla que no llevaba más ropa que un taparrabos y unas sandalias. Tenía la piel del color de la teja y los ojos como esquirlas de pedernal. Los ayudó a acomodarse en el

banco almohadillado dispuesto entre las dos grandes ruedas de madera del carro y se subió al lomo de la elefanta.

—A la Casa del Mercader —le ordenó Quentyn—, pero ve por los muelles.

Más allá del puerto y la brisa que en él soplaba, en las calles y callejones de Volantis hacía tanto calor que cualquiera podría ahogarse en su propio sudor, al menos en aquel lado del río.

El conductor gritó algo a su elefanta en la lengua local. La bestia empezó a moverse, meciendo la trompa de un lado a otro. El carro echó a andar tras ella mientras el conductor gritaba a marinos y esclavos para que se apartaran del camino. Era fácil distinguir a los primeros de los segundos, porque todos los esclavos llevaban tatuajes: una máscara de plumas azules, un relámpago que iba de la frente a la mandíbula, una moneda en la mejilla, manchas de leopardo, una calavera, una jarra... El maestre Kedry decía que en Volantis había cinco esclavos por cada hombre libre, aunque no llegó a vivir lo suficiente para comprobarlo: pereció la mañana en que los corsarios abordaron la *Triguero*.

Aquel día, Quentyn había perdido a otros dos amigos: Willam Wells, con sus pecas y sus dientes desiguales, tan audaz con la lanza, y Cletus Yronwood, atractivo a pesar de su ojo desviado, siempre procaz, siempre sonriente. Cletus había sido el mejor amigo de Quentyn durante la mitad de su vida; solo les faltó compartir sangre para ser hermanos.

—Dale un beso a tu prometida de mi parte —le había susurrado justo antes de morir.

Los corsarios los habían abordado en la oscuridad, poco antes del amanecer, con la *Triguero* anclada ante las costas de las Tierras de la Discordia. La tripulación los había rechazado, pero les había costado doce vidas. Tras la lucha, los marineros despojaron a los corsarios muertos de botas, cinturones y armas, se repartieron el contenido de sus monederos y les arrancaron las piedras preciosas de las orejas y los anillos de los dedos. Uno de los cadáveres era tan gordo que el cocinero del barco había tenido que cortarle los dedos con una hachuela para quitarle las sortijas, y tres trigueros tuvieron que unir fuerzas para llevarlo rondando hasta la borda y tirarlo al mar. Lo siguió el resto de los piratas, sin una oración ni un atisbo de ceremonia.

Sus muertos recibieron un trato más delicado. Los marinos envolvieron los cadáveres en lona y la cosieron, y lastraron las bolsas con piedras para que se hundieran más deprisa. El capitán ofició la oración ante los tripulantes, que rezaron por las almas de sus camaradas caídos. Luego se volvió hacia sus pasajeros dornienses, los tres que quedaban de los seis que habían subido a bordo en la Ciudad de los Tablones. Hasta el grandullón había salido de la bodega de la nave, con la tez pálida y verdosa y el paso inseguro, para presentar sus últimos respetos.

—Alguno de vosotros debería decir unas palabras por vuestros muertos —

sugirió el capitán.

Gerris había tenido que mentir frase tras frase, porque no podía decir la verdad sobre quiénes eran ni por qué habían llegado hasta allí.

« No deberían haber tenido ese final» .

—Será una aventura que contaremos a nuestros nietos —había augurado Cletus el día en que salieron del castillo de su padre.

—Querrás decir que se la contarás a las mozas en las tabernas —replicó Will con expresión burlona—, a ver si con un poco de suerte se levantan las faldas.

Cletus le dio un empujón.

—Para tener nietos hay que tener hijos, y para tener hijos hay que levantar unas cuantas faldas.

Más adelante, en la Ciudad de los Tablones, los dornienses habían brindado por la futura esposa de Quentyn entre bromas groseras sobre la inminente noche de bodas. También hablaron de las maravillas que verían, las hazañas que llevarían a cabo, la gloria que alcanzarían.

« Y lo único que obtuvieron fue un saco de lona lleno de piedras» .

Quentyn lloraba la pérdida de Will y Cletus, pero a quien más echaba en falta era al maestre. Kedry hablaba los idiomas de todas las Ciudades Libres, hasta el bárbaro ghiscario de la bahía de los Esclavos.

—Os acompañará el maestre Kedry —le había dicho su padre la noche de su partida—. Presta atención a todo lo que te diga; ha dedicado media vida a estudiar las Nueve Ciudades Libres.

Quentyn se figuraba que las cosas les habrían resultado mucho más fáciles si hubieran seguido contando con su guía y ayuda.

—Vendería a mi madre por una brizna de brisa —comentó Gerris mientras avanzaban entre la multitud—. Esto está más húmedo que el coño de la Doncella, y no es ni mediodía. No soporto esta ciudad.

Quentyn no podía estar más de acuerdo. La humedad pegajosa de Volantis le sorbia las fuerzas y le daba la sensación de estar siempre sucio. Lo peor era saber que no mejoraría con la caída de la noche. En las altas praderas situadas al norte de las propiedades de lord Yronwood, el ambiente se refrescaba y limpiaba al anochecer, por caluroso que hubiera sido el día. Allí no. En Volantis, las noches eran casi tan calurosas como los días.

—La *Diosa zarpa* mañana rumbo al Nuevo Ghis —le recordó Gerris—. Así al menos nos acercaríamos algo.

—El Nuevo Ghis es una isla, con un puerto mucho más pequeño que este. Estaríamos más cerca, sí, pero probablemente nos quedaríamos varados. Además, el Nuevo Ghis se ha aliado con los yunkios. —La noticia no había tomado a Quentyn por sorpresa. Tanto el Nuevo Ghis como Yunkai eran ciudades ghiscarias—. Si Volantis se aliara también con ellos...

—Tenemos que buscar un navío que venga de Poniente —sugirió Gerris—.

Un barco mercante de Lannisport o de Antigua.

—No hay muchos que se aventuren hasta aquí, y los que llegan llenan las bodegas con seda y especias en el mar de Jade y ponen rumbo a casa.

—Los braavosis son descendientes de esclavos fugados. No comercian en la bahía de los Esclavos.

—¿Tenemos suficiente oro para comprar un barco?

—¿Y quién lo va a tripular? ¿Tú? ¿Yo? —Los dornienses no habían sido buenos marinos desde los tiempos en que Nymeria quemó sus diez mil naves—. Los mares que rodean Valyria son procelosos, y abundan los corsarios.

—Estoy harto de corsarios. Será mejor que no compremos un barco.

«Para él no es más que un juego —advirtió Qyntyn—. Igual que aquella vez que los seis subimos a las montañas para buscar la guarida del Rey Buitre. —A Gerris del Manantial ni se le pasaba por la cabeza la idea de fracasar; menos aún, la de morir. Ni siquiera la muerte de tres amigos había servido para darle una lección—. Esa parte me la deja a mí. Sabe que está en mi naturaleza ser cauto, igual que está en la suya ser osado».

—Puede que el grandullón esté en lo cierto —dijo Gerris—. Al cuerno con el mar, podemos terminar el viaje por tierra.

—Ya sabes por qué lo propone —replicó Qyntyn—. Prefiere morir antes que volver a pisar otro barco.

Su compañero se había pasado todo el viaje mareado. En Lys había tardado cuatro jornadas enteras en recuperar las fuerzas. Se vieron obligados a hospedarse en una posada para que el maestre Kedry pudiera tumbarlo en un lecho de plumas y darle caldos y pócimas hasta que las mejillas se le pusieron rosadas otra vez.

Era verdad que se podía llegar a Meereen por tierra, por los viejos caminos de Valyria. Los caminos del Dragón, como llamaban a las grandes vías de piedra del Feudo Franco; pero el que discurría hacia el este, desde Volantis hasta Meereen, se había grajeado un nombre más siniestro: el camino del Demonio.

—El camino del Demonio es peligroso y demasiado lento —dijo Qyntyn—. Tywin Lannister enviará a sus hombres a por la reina en cuanto llegue la noticia a Desembarco del Rey. —De eso estaba convencido su padre—. Vendrán armados. Si la encuentran antes que nosotros...

—Esperemos que sus dragones los huelan y se los coman —zanjó Gerris—. Bueno, pues si no hay manera de encontrar un barco y no quieres que vayamos a caballo, ya podemos ir buscando pasaje de vuelta a Dorne.

«¿Y volver a Lanza del Sol derrotado, con el rabo entre las piernas?». Qyntyn no se veía capaz de soportar la decepción de su padre, y el desprecio de las Serpientes de Arena sería atroz. Doran Martell había puesto en sus manos el destino de Dorne; mientras le quedara un soplo de vida, no podía fallarle.

El calor parecía surgir de los adoquines mientras el hathay traqueteaba sobre

sus ruedas rematadas en hierro, con lo que el entorno parecía una escena casi onírica. Tiendas y tenderetes de todo tipo se alzaban entre los almacenes y embarcaderos del puerto. En unas se podían adquirir ostras frescas; en otras, grilletes y cadenas de hierro; en otras, piezas de *sitrang* talladas en jade y marfil. También había templos donde los marineros ofrecían sacrificios a dioses extranjeros, y junto a ellos, casas de mancebia desde cuyos balcones las mujeres llamaban a los transeúntes.

—No te pierdas a esa —apremió Gerris al pasar junto a una casa—. Me parece que se ha enamorado de ti.

« ¿Y cuánto cuesta el amor de una prostituta?». A decir verdad, a Quentyn siempre lo habían puesto nervioso las chicas, sobre todo si eran hermosas. Al llegar a Palosanto se había ofuscado con Ynys, la hija mayor de lord Yronwood. Nunca llegó a decir una palabra de lo que sentía, pero acarició durante años aquel sueño... hasta el día en que la enviaron para contraer matrimonio con ser Ryon Allyrion, el heredero de Bondadivina. La última vez que la había visto tenía un rorro al pecho y un mocoso agarrado de las faldas.

Después de Ynys llegaron las gemelas Del Manantial, un par de doncellas jóvenes de piel tostada que adoraban la cetrería, la caza, escalar y hacer sonrojar a Quentyn. Una de ellas le había dado su primer beso, aunque no llegó a saber cuál. Eran hijas de un caballero hacendado, y por tanto de origen demasiado humilde para considerarlas con vistas al matrimonio, pero a Cletus no le parecía motivo suficiente para dejar de besarlas.

—Cuando te cases, toma a una de ellas como amante. O a las dos, ¿por qué no?

A Quentyn se le ocurrían muchas razones por las que no, de modo que desde aquel momento esquivó en la medida de lo posible a las gemelas, y no hubo un segundo beso.

Más recientemente, a la hija pequeña de lord Yronwood le había dado por seguirlo por todo el castillo. Gwyneth tenía doce años y era una cría menuda y flaca que destacaba por sus ojos oscuros y su melena castaña en una familia de rubios con ojos azules. Pero era lista, tan rápida con las palabras como con las manos, y le encantaba recordarle a Quentyn que tenía que esperar a que floreciera para casarse con ella.

Aquello había sucedido antes de que el príncipe Doran lo convocara a los Jardines del Agua, pero en aquel momento la mujer más bella del mundo lo aguardaba en Meereen. Quentyn estaba plenamente decidido a cumplir con su deber y casarse con ella.

« No me rechazarás. Cumplirás tu parte del acuerdo. —Daenerys Targaryen necesitaría Dorne para hacerse con los Siete Reinos, y por tanto lo necesitaría a él—. Eso no quiere decir que vaya a amarme, claro. Puede que ni siquiera le guste» .

El camino describía una curva en la desembocadura del río, y en el recodo había varios vendedores de animales que ofrecían lagartos ocelados, serpientes rayadas gigantes y ágiles monitos con cola anillada y manitas rosadas de lo más habilidoso.

—A lo mejor a tu reina de plata le gustaría tener un mono —comentó Gerris.

Quentyn no tenía ni idea de qué le gustaba a Daenerys Targaryen. Había prometido a su padre que la llevaría a Dorne, pero cada vez albergaba más dudas sobre su aptitud para tal misión.

« Yo no pedí esto », pensó.

Al otro lado de la ancha franja del Rhoyne se divisaba la Muralla Negra que habían alzado los valyrios cuando Volantis no era más que un puesto avanzado de su imperio: un gran óvalo de piedra fundida, de setenta varas de alto y tan ancha que por su parte superior podían correr a la vez seis cuadrigas, cosa que sucedía una vez al año durante las fiestas que conmemoraban la fundación de la ciudad. Ni forasteros ni extranjeros ni libertos podían cruzar la Muralla Negra salvo que mediara invitación de sus habitantes, vástagos de la Antigua Sangre capaces de remontarse a la mismísima Valyria recitando los nombres de sus antepasados.

Allí el tráfico era más denso; se encontraban cerca del extremo occidental del puente Largo, que unía las dos mitades de la ciudad. Las calles estaban atestadas de carros, carrotones y *hathays*, que provenían del puente o se disponían a cruzarlo. Había esclavos por todas partes, numerosos como cucarachas, que se afanaban para cumplir los encargos de sus amos.

En las inmediaciones de la plaza del Pescado y la Casa del Mercader oyeron unos gritos procedentes de un callejón, y una docena de lanceros immaculados, con sus armaduras ornamentadas y sus capas de piel de tigre, salió de la nada para abrir paso al triarca, que llegaba a lomos de su elefante. Era una bestia inmensa de piel gris con una hermosa armadura esmaltada que tintineaba con cada movimiento, y el castillo que llevaba en el lomo era tan alto que rozó el arco de piedra al pasar bajo él.

—Los triarcas se consideran tan superiores que sus pies no pueden rozar el suelo durante el año que pasan en el cargo —informó Quentyn a su compañero —. Siempre van en elefante.

—Bloqueando las calles y dejando montañas de mierda a su paso —señaló Gerris—. ¿Para qué necesitan tres príncipes en Volantis, si en Dorne nos las arreglamos con uno?

—Los triarcas no son reyes ni príncipes. Volantis es un feudo franco, igual que la Valyria de antaño. Todos los hacendados feudales comparten el poder; hasta las mujeres tienen derecho de voto si poseen tierras. Los tres triarcas se eligen de entre las familias nobles que pueden demostrar que descenden de la antigua Valyria, y ejercen el poder hasta el primer día del año nuevo. Todo esto lo sabrías tú también si te hubieras tomado la molestia de leer el libro que te dio el

maestre Kedry.

—No tenía dibujos.

—Tenía mapas.

—Los mapas no cuentan. Si me hubiera dicho que salían tigres y elefantes, a lo mejor habría probado a leerlo, pero tenía pinta de libro de historia, y claro...

Cuando su *hathay* llegó junto a la plaza del Pescado, la elefanta levantó la trompa y barritó como un gigantesco ganso blanco, reacia a adentrarse en la marea de carros, carromatos, palanquines y peatones. El conductor la golpeó con los talones para obligarla a moverse.

Todos los pescaderos habían salido a pregonar su mercancía. Quentyn entendía como mucho una palabra de cada dos, pero no le hacían falta palabras para reconocer el pescado. Vio bacalao, peces vela, sardinas, toneles de mejillones y almejas... En un tenderete había anguilas colgadas, y en otro se exhibía una tortuga gigantesca, pesada como un caballo, colgada de las patas traseras con cadenas de hierro. Los cangrejos forcejeaban en los toneles de salmuera y algas, y varios vendedores freían pescado con cebollas y remolachas, o vendían un guiso de pescado muy cargado de pimienta que habían preparado en cazoletas de hierro.

En el centro de la plaza, bajo la estatua agrietada y decapitada de algún triarca muerto, una multitud había empezado a arremolinarse en torno a unos enanos que iban a dar un espectáculo. Los hombrecillos llevaban armaduras de madera; parecían caballeros en miniatura que se dispusieran a justar. Quentyn vio como uno montaba a lomos de un perro y otro saltaba sobre un cerdo... para resbalar acto seguido, con lo que provocó una carcajada general.

—Tienen gracia —comentó Gerris—. ¿Nos quedamos a verlos pelear? Te conviene reírte un poco, Quent. Pareces un viejo que lleve meses sin ir al escusado.

«Tengo dieciocho años: seis menos que tú —pensó Quentyn—. No soy ningún viejo».

—No me sirve de nada lo graciosos que sean esos enanos, a menos que tengan un barco.

—Si lo tienen, será pequeñito.

La Casa del Mercader, con sus cuatro pisos, se alzaba sobre los muelles, malecones y almacenes de los alrededores. Allí se mezclaban los comerciantes de Antigua y Desembarco del Rey con sus colegas de Braavos, Pentos y Myr, con ibbeneses velludos y qarthienses pálidos, con hombres de las islas del Verano ataviados con capas de plumas e incluso con enmascarados portadores de sombras de Asshai.

Cuando Quentyn bajó del *hathay* sintió el calor de los adoquines a través de la suela de cuero. Ante la Casa del Mercader, a la sombra, había una mesa dispuesta sobre caballetes y adornada con gallardetes azules y blancos que

ondeaban con cada soplo de aire. Cuatro mercenarios de ojos como pedernal rondaban por las inmediaciones de la mesa y llamaban a cualquier hombre o niño que pasara por allí.

«Hijos del viento. —Quentyn ya los había visto. Los sargentos estaban buscando carne fresca para sus filas antes de zarpar hacia la bahía de los Esclavos—. Cada hombre que se aliste con ellos es otra espada para Yunkai, otro puñal que quiere beber la sangre de mi futura prometida». Un hijo del viento los llamó a gritos.

—No hablo valyrio —le respondió Quentyn.

Sabía leer y escribir alto valyrio, pero no tenía práctica a la hora de hablarlo, y la rama volantina se había alejado mucho del árbol original.

—¿Ponentis? —preguntó el hombre en la lengua común.

—Dornienses. Mi señor comercia con vinos.

—¿Tu señor? Que le den por culo. ¿Qué eres? ¿Un esclavo? Ven con nosotros y serás tu propio señor. ¿Quieres morir en la cama? Nosotros te enseñaremos a manejar la espada y la lanza. Irás a la batalla con el Príncipe Desharrapado y al volver serás más rico que un noble. Tendrás lo que quieras: mujeres, muchachitos, oro... Basta con que seas bastante hombre para cogerlo. Somos los Hijos del Viento y nos cagamos en la diosa asesina.

Dos mercenarios empezaron a vocear una canción de marcha. Quentyn entendió lo suficiente para captar la idea.

«Somos los Hijos del Viento —decía la letra—. Que el viento nos empuje hacia el este, a la bahía de los Esclavos. Allí mataremos al rey carníero y nos follaremos a la reina dragón».

—Si Cletus y Will siguieran con nosotros, volveríamos con el grandullón y les daríamos una buena paliza a estos —dijo Gerris.

«Cletus y Will han muerto».

—No les hagas ni caso —replicó Quentyn.

Entraron en la Casa del Mercader perseguidos por las chanzas de los mercenarios, que los llamaban gallinas sin huevos y niñas miedosas.

El grandullón los esperaba en sus habitaciones de la segunda planta. Aunque el capitán de la *Triguero* les había recomendado aquella posada, Quentyn no tenía la menor intención de dejar sin vigilancia su oro y posesiones. No había puerto sin ladrones, ratas y putas, y en Volantis abundaban.

—Ya iba a salir a buscarlos —dijo ser Archibald Yronwood al tiempo que desatrancaba la puerta. Su primo Cletus era quien había empezado a llamarlo «grandullón», y era una designación muy merecida. Arch media diez palmos y era de hombros anchos y barriga prominente, con piernas como troncos, manos como jamones y cuello inexistente. Una enfermedad infantil lo había dejado sin pelo, y su calva le parecía a Quentyn una roca muy lisa y rosada—. Venga, ¿qué dice el contrabandista? ¿Tenemos barca?

—Barco —corrigió Quentyn—. Sí, nos llevará, pero directos al infierno.

Gerris se sentó en un catre desnivelado y se quitó las botas.

—Dorne me resulta cada vez más apetecible.

—Insisto en que deberíamos ir por el camino del Demonio. Seguro que no es tan peligroso como dicen. Y aunque lo sea, así habrá más gloria para quienes se aventuren por él. ¿Quién se atreverá a importunarnos? La espada de Manan y mi martillo son más de lo que puede digerir ningún demonio.

—¿Y si Daenerys muere antes de que lleguemos a ella? —preguntó Quentyn—. Necesitamos un barco, aunque sea la *Aventura*.

—Si no te importa soportar esa peste durante meses, estás más loco por Daenerys de lo que creía —rio Gerris—. Yo tardaría menos de tres días en rogarles que me mataran. No, príncipe mío, te lo suplico, lo que sea menos la *Aventura*.

—¿Se te ocurre una manera mejor de viajar? —replicó Quentyn.

—Pues sí. Acabo de tener una idea. Te adelanto que no es nada honroso y no carece de riesgos..., pero te llevará junto a tu reina más deprisa que el camino del Demonio.

—Habla —dijo Quentyn Martell.

Jon Nieve leyó la carta una y otra vez hasta que las palabras comenzaron a emborronarse y superponerse.

«No puedo firmar esto. No pienso firmar esto. —Estuve tentado de quemar el pergamino en aquel mismo instante, pero lo que hizo fue beber de la cerveza que había dejado por la mitad durante la solitaria cena del día anterior—. Tengo que firmarlo. Me eligieron para que fuera su lord comandante. El Muro me pertenece, así como la Guardia. La Guardia de la Noche no toma partido».

Sintió alivio al ver a Edd Tollett el Penas abrir la puerta para decirle que Elí estaba esperando. Jon guardó la carta del maestre Aemon.

—La recibiré ahora mismo. —Había temido aquel momento—. Ve a buscar a Sam; después quiero hablar con él.

—Seguro que está abajo leyendo. Mi antiguo septón decía que los libros son muertos que hablan. En mi opinión, deberían quedarse callados. A nadie le interesa el parloteo de los muertos. —Edd el Penas se marchó mascullando algo sobre gusanos y arañas.

Elí se arrodilló nada más entrar. Jon rodeó la mesa y la instó a ponerse en pie.

—No necesitas hincar la rodilla ante mí. Eso se reserva para los reyes. —Aunque Elí era madre y esposa, aún le parecía casi una niña, una cosita delgada envuelta en una vieja capa de Sam. Le quedaba tan grande que bajo sus pliegues se podían esconder varias chicas como ella.

—¿Los niños están bien?

—Sí, mi señor. —La salvaje sonrió con timidez bajo la capucha—. Me daba miedo no tener bastante leche para los dos, pero cuanto más maman, más me sale. Son fuertes.

—Tengo que decirte algo muy duro. —Estaba a punto de decir *pedirte*, pero se dio cuenta justo a tiempo.

—¿Es por Mance? Val le ha rogado al rey que lo perdone. Le ha dicho que, si no matan a Mance, ella se dejará casar con alguno de sus arrodillados y nunca le cortaría la garganta. Van a perdonar a ese tal Señor de los Huesos. Craster siempre juró que lo mataría si asomaba la cabeza por el torreón. Mance no ha hecho ni la mitad de cosas que él.

«Lo único que ha hecho Mance es encabezar un ejército contra el reino que juró proteger».

—Mance pronunció nuestro juramento, Elí. Luego cambió de capa, se casó con Dalla y se coronó Rey-más-allá-del-Muro. Ahora, su vida está en manos del rey. No es de él de quien quiero hablar, sino de su hijo. Del hijo de Dalla.

—¿El niño de teta? —Le temblaba la voz—. No ha roto ningún juramento, mi señor. Duerme, llora y mama, nada más; nunca ha hecho daño a nadie. No dejéis que lo quemen. Salvadlo, por favor.

—Solo tú puedes salvarlo, Eli. —Jon le explicó cómo.

Otra mujer habría gritado y maldecido, lo habría mandado a los siete infiernos. Otra mujer se habría abalanzado sobre él ciega de rabia, le habría pegado, pateado y arrancado los ojos con las uñas. Otra mujer lo habría desafiado.

Eli solo negó con la cabeza.

—No. Por favor, no.

—¡No! —gritó el cuervo haciéndose con la palabra.

—Si te niegas, quemarán al niño. Puede que no sea mañana, ni pasado mañana..., pero será pronto, cuando Melisandre necesite despertar un dragón, levantar viento o realizar cualquier otro hechizo que requiera la sangre de un rey. Para entonces Mance será un montón de huesos y cenizas; ella exigirá a su hijo para el fuego y Stannis no se lo impedirá. Si no te llevas al niño, lo quemará.

—Me iré. Me lo llevaré, me los llevaré a los dos, al niño de Dalla y al mío. —Las lágrimas le rodaron por las mejillas. De no ser por la vela que las hacía brillar, Jon ni se habría dado cuenta de que lloraba.

«Supongo que las esposas de Craster enseñaron a sus hijas a llorar contra la almohada. O quizás salieran de casa para llorar, bien lejos de los puños de Craster». Jon flexionó los dedos de la mano de la espada.

—Si te llevas a los dos, los hombres del rey te perseguirán y te traerán de vuelta a rastras. Quemarían al niño... y a ti con él. —«Si la consuelo, pensará que sus lágrimas pueden conmoverme. Tiene que darse cuenta de que no voy a ceder»—. Solo te llevarás a un niño, y será el de Dalla.

—Si una madre abandona a su hijo, estará maldita para siempre. No se puede abandonar a un hijo. Sam y yo lo salvamos. Por favor. Por favor, mi señor. Lo salvamos del frío.

—Los hombres dicen que la muerte por congelación es casi apacible. Sin embargo, el fuego... ¿Ves esa vela, Eli?

—Sí. —Eli miró la llama.

—Tócala. Pon la mano encima.

Sus grandes ojos marrones se abrieron aún más. No se movió.

—Hazlo. —«Mata al niño»—. Ahora mismo.

La muchacha colocó la mano temblorosa sobre la llama.

—Más abajo. Deja que te besé.

Eli bajó un poco la mano. Luego, un poco más. Cuando la llama le lamió la piel, apartó la mano y empezó a sollozar.

—Es horrible morir quemado. Dalla dio la vida por su hijo, pero has sido tú quien lo ha criado. Salvaste a tu hijo del hielo; ahora tienes que salvar al suyo del fuego.

—Pero entonces, la mujer roja quemará a mi hijo. Si no puede echar a las llamas al hijo de Dalla, echará al mío.

—Tu hijo no tiene sangre real. Melisandre no gana nada entregándolo a las llamas. Stannis quiere que el pueblo libre luche por él; no quemará a un niño inocente sin un buen motivo. Tu chico estará a salvo. Le buscaré una nodriza y crecerá aquí, en el Castillo Negro, bajo mi protección. Aprenderá a cazar y montar; a luchar con espada, hacha y arco. Incluso me haré cargo de que aprenda a leer y escribir. —A Sam le gustaría aquello—. Y cuando tenga edad suficiente, le diré la verdad. Será libre para buscarme, si eso es lo que quiere.

—Lo convertiréis en un cuervo. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la pálida mano—. No. Me niego.

«Mata al niño», pensó Jon.

—Harás lo que te digo. De lo contrario, te doy mi palabra de que el día en que quemen al hijo de Dalla, el tuyo también morirá.

—Morirá —graznó el cuervo del Viejo Oso—. Morirá, morirá, morirá.

La chica se encogió, con la mirada fija en la vela y los ojos llenos de lágrimas.

—Puedes retirarte —dijo Jon tras un largo silencio—. No hables de esto con nadie, pero asegúrate de estar lista para partir una hora antes del amanecer. Mis hombres irán a buscarte.

Eli se levantó y se marchó sin volver a mirarlo, pálida y muda. Jon la oyó atravesar la armería. Iba casi corriendo.

Cuando fue a cerrar la puerta, vio que *Fantasma* roía un hueso de buey, tendido bajo el yunque. El gran huargo blanco le observó acercarse.

—Ya era hora de que volvieras. —Volvió a su silla, a releer la carta del maestre Aemon.

Samwell Tarly apareció poco después, cargado con un montón de libros. Tan pronto como entró, el cuervo de Mormont voló hacia él y le pidió maíz. Sam trató de complacerlo y le ofreció unos granos del saco que colgaba tras la puerta, pero el cuervo quiso picotearle la mano. Sam gritó; el cuervo batió las alas y el maíz saltó por los aires.

—¿Te ha hecho daño este canalla? —preguntó Jon.

—Sí. —Sam se apresuró a quitarse el guante—. Estoy sangrando.

—Todos derramamos sangre por la Guardia. Ponte guantes más gruesos. —Jon empujó una silla hacia él con un pie—. Siéntate y echa un vistazo a esto. —Le tendió el pergaminio.

—¿Qué es?

—Un escudo de papel.

Sam lo leyó atentamente.

—¿Una carta para el rey Tommen?

—En Invernalia, Tommen y mi hermano Bran lucharon con espadas de madera —recordó Jon—. Tommen llevaba tantas almohadillas protectoras que parecía un ganso relleno. Bran lo derribó. —Se dirigió a la ventana y la abrió. El

aire era fresco y vivificante, a pesar del gris plomizo del cielo—. Pero Bran ha muerto, y Tommen, el gordito de cara rosada, está sentado en el Trono de Hierro con una corona entre los rizos dorados.

Sam le lanzó una mirada torva, y durante un momento pareció dispuesto a decir algo, pero tragó saliva y volvió a mirar el pergamino.

—No has firmado la carta —dijo. Jon negó con la cabeza.

—El Viejo Oso suplicó ayuda al Trono de Hierro cien veces. Le enviaron a Janos Slynt. Ninguna carta nos granjeará el afecto de los Lannister, y menos aún cuando sepan que hemos estado ayudando a Stannis.

—Solo en la defensa del Muro; no en su rebelión. Aquí lo pone.

—Puede que lord Tywin no capte el matiz. —Jon volvió a coger la carta—. ¿Por qué va a ayudarnos ahora? ¿Qué ha cambiado?

—No querrá que se diga que Stannis cabalgó en defensa del reino mientras el rey Tommen jugaba con sus muñecos. Eso haría caer la ignominia sobre la casa Lannister.

—Lo que quiero que caiga sobre la casa Lannister es muerte y destrucción, no ignominia. —Jon cogió la carta—. « La Guardia de la Noche no toma parte en las guerras de los Siete Reinos —leyó—. Juramos defenderlos todos, y el territorio corre grave peligro en estos momentos. Stannis Baratheon nos ayuda contra nuestros enemigos del otro lado del Muro, pero no estamos a su servicio...» .

—Bueno, es que no estamos a su servicio, ¿verdad? —Sam se agitó en la silla.

—Le he proporcionado a Stannis provisiones, refugio y el Fuerte de la Noche, además de permiso para instalar en el Agasajo a unos cuantos miembros del pueblo libre. Nada más.

—Lord Tywin dirá que nada menos.

—Pues Stannis opina que no es suficiente. Cuanto más se le da a un rey, más quiere. Caminamos por un puente de hielo, con un abismo a cada lado. Complacer a un rey ya es difícil; complacer a dos es imposible.

—Sí, pero... Si al final vencen los Lannister y lord Tywin decide que hemos traicionado al rey por ayudar a Stannis, podría ser el final de la Guardia de la Noche. Tiene el apoyo de los Tyrell, con todo el poder de Altojardín, y derrotó a lord Stannis en el Aguasnegras.

—Lo del Aguasnegras fue una batalla. Robb ganó todas las batallas, y aun así le cortaron la cabeza. Si Stannis consigue arrastrar al norte...

—Los Lannister también tienen vasallos en el norte: lord Bolton y su bastardo —dijo Sam, tras dudar un momento.

—Stannis tiene a los Karstark. Si pudiera conseguir Puerto Blanco...

—Si pudiera —subrayó Sam—. Si no..., mi señor, hasta un escudo de papel es mejor que nada.

—Es verdad. —« Igual que Aemon. —Había tenido la esperanza de que Sam

Tarly lo viese de otra forma—. Solo es tinta y pergamino» . Resignado, cogió la pluma y firmó—. Trae el lacre. —« Antes de que cambie de idea» . Sam se apresuró a obedecer. Jon estampó el sello de lord comandante y le entregó la carta—. Llévale esto al maestre Aemon cuando te vayas —ordenó—; dile que envíe un pájaro a Desembarco del Rey.

—Muy bien —Sam sonaba aliviado—. Mi señor, si no te importa que te lo pregunte... He visto salir a Eli. Estaba al borde de las lágrimas.

—Val ha vuelto a enviármela a interceder por Mance —mintió Jon. Hablaron un rato de Mance, Stannis y Melisandre de Asshai.

—Sangre —gritó el cuervo interrumpiéndolos cuando acabó con todo el maíz

—Voy a enviar a Eli lejos de aquí —dijo Jon al final—. A ella y al niño. Tendremos que buscar otra nodriza para su hermano de leche.

—Mientras tanto se le puede dar leche de cabra; para los niños de teta es mejor que la de vaca. —A Sam lo incomodaba hablar tan a las claras de pechos femeninos, así que empezó a parlotear sobre historia y sobre niños comandantes que habían vivido y muerto cientos de años atrás.

—Dime algo útil —interrumpió Jon—. Háblame de nuestro enemigo.

—Los Otros. —Sam se humedeció los labios—. Aparecen mencionados en los anales, aunque no tan a menudo como cabría esperar, al menos en los que he leído hasta ahora. Hay más que todavía no he encontrado. Los más viejos se caen a pedazos: las páginas se desmenuzan cuando las paso. Y los antiguos de verdad... O se han deshecho por completo, o están enterrados en algún lugar donde no he buscado aún, o... Bueno, también es posible que no existan, que no hayan existido nunca. Las historias más antiguas se escribieron después de que los ándalos llegaran a Poniente. Los primeros hombres solo nos dejaron runas grabadas en piedra, de modo que todo lo que creemos saber sobre la Edad de los Héroes, la Era del Amanecer y la Larga Noche procede de relatos que escribieron los septones miles de años después. En la Ciudadela hay archimáestres que lo ponen todo en duda. Esas historias antiguas están llenas de reyes que reinaron durante cientos de años y caballeros que cabalgaban por ahí milenarios antes de que existieran los caballeros. Ya conoces las historias: Brandon el Constructor, Symeon Ojos de Estrella, el Rey de la Noche... Decimos que eres el lord comandante número nuevecientos noventa y ocho de la Guardia de la Noche, pero en la lista más antigua que he encontrado pone que hubo seiscientos setenta y cuatro, lo cual indica que se redactó hace...

—Hace mucho —interrumpió Jon—. ¿Qué hay de los Otros?

—He encontrado alusiones al vidriagón. Durante la Edad de los Héroes, los hijos del bosque entregaban a la Guardia de la Noche un centenar de puñales de obsidiana al año. La mayoría de los relatos coincide en que los Otros llegan con el frío. O si no, cuando llegan empieza el frío. A veces aparecen durante las ventiscas y se derriten cuando se despeja el cielo. Se esconden de la luz del sol y

salen de noche..., o bien cae la noche cuando ellos salen. Según algunas narraciones cabalgan a lomos de animales muertos: osos, huargos, mamuts, caballos... No importa, con tal de que la bestia no esté viva. El que mató a Paul el Pequeño montaba un caballo muerto, de modo que esa parte es cierta. Otros relatos hablan también de arañas de hielo gigantes, pero no sé a qué se refieren. A los hombres que mueren combatiendo a los Otros hay que quemarlos; de lo contrario se levantarán y serán sus esclavos.

—Todo eso ya lo sabemos. La cuestión es saber cómo los podemos combatir.

—Según los relatos, la armadura de los Otros es resistente a casi cualquier arma normal —prosiguió Sam—. Llevan espadas tan frías que hacen trizas el acero. Pero el fuego los detiene, y son vulnerables a la obsidiana. Encontré una reseña de tiempos de la Larga Noche que hablaba del último héroe que mataba Otros con una espada de acerodragón. Da a entender que era infalible contra ellos.

—¿Acerodragón? —El término era nuevo para Jon—. ¿Acero valyrio?

—Eso mismo fue lo primero que pensé yo.

—Así que si consigo convencer a los señores de los Siete Reinos de que nos entreguen sus espadas valyrias, habremos salvado el mundo. No es tan difícil.

—«No más que convencerlos de que nos den todos sus castillos y monedas». Rio con amargura—. ¿Has averiguado quiénes son los Otros, de dónde vienen, qué quieren?

—Aún no, pero puede que no haya leído los libros relevantes; quedan cientos que todavía no he mirado siquiera. Dame más tiempo y averiguaré lo que haya que averiguar.

—No queda tiempo. Recoge tus cosas, Sam. Te vas con Elí.

—¿Que me voy? —Miró a Jon boquiabierto, como si no entendiese el significado de sus palabras—. ¿Me voy? ¿A Guardiaoriente, mi señor? O... ¿Adónde...?

—A Antigua.

—¿A Antigua? —repitió Sam con voz aguda.

—Y también va Aemon.

—¿Aemon? ¿El maestre Aemon? Pero... tiene ciento dos años, no puede... ¿Nos envías lejos a los dos? ¿Quién se encargará de los cuervos? Si alguien cae enfermo o herido, ¿quién...?

—Clydas. Lleva años con Aemon.

—Clydas no es más que un mayordomo y está perdiendo la vista. Aquí hace falta un maestre. Aemon está muy delicado, y un viaje por mar... Podría... Es muy viejo, y...

—Su vida correrá peligro. Soy consciente de ello, Sam, pero más peligro corre aquí. Stannis sabe quién es Aemon, y si la mujer roja exige sangre de reyes para sus hechizos...

—Ah. —Las mejillas de Sam perdieron todo el color.

—Dareon se reunirá contigo en Guardiaoriente. Tengo la esperanza de que nos consiga unos cuantos hombres en el sur con sus canciones. La *Pájaro Negro* os llevará a Braavos; una vez allí, busca tú la manera de llegar a Antigua. Si sigues pensando en decir que el hijo de Elí es tu bastardo, mándala con él a Colina Cuerno. Si no, Aemon le buscará un trabajo de criada en la Ciudadela.

—Mi b-b-bastardo. Sí... Mi madre y mis hermanas ayudarán a Elí a criar al niño. Dareon puede acompañarla a Antigua; no hace falta que vaya yo. Estoy... He estado entrenándome con el arco todas las tardes con Ulmer, como ordenaste. Bueno, menos cuando estoy en las criptas, pero también me dijiste que averiguara todo lo posible sobre los Otros. El arco hace que me duelan los hombros y me salgan ampollas en los dedos. —Le enseñó la mano—. Pero sigo practicando. Ahora ya acierto en la diana bastantes veces, aunque sigo siendo el peor arquero que ha habido jamás. En cambio, me encantan las historias que cuenta Ulmer. Alguien debería recopilarlas en un libro.

—Encárgate tú. En la Ciudadela hay pergaminos y tinta, así como arcos. Quiero que sigas entrenándote, Sam. La Guardia de la Noche cuenta con cientos de hombres capaces de lanzar una flecha, pero solo unos pocos saben leer y escribir. Necesito que seas mi nuevo maestre.

—Mi señor..., mi trabajo está aquí, con los libros...

—Los libros seguirán en su sitio cuando vuelvas.

—Mi señor, en la Ciudadela... —Sam se llevó una mano a la garganta—. Obligan a los aprendices a abrir cadáveres. No puedo llevar cadena.

—Sí, puedes, y lo harás. El maestre Aemon es anciano y está ciego; le flaquean las fuerzas. ¿Quién ocupará su lugar cuando muera? El maestre Mullin de la Torre Sombría tiene más de soldado que de eruditio, y el maestre Harmune de Guardiaoriente pasa más tiempo borracho que sobrio.

—Si pides más maestres a la Ciudadela...

—Eso voy a hacer; nos hacen mucha falta. Pero no es tan fácil sustituir a Aemon Targaryen. —«Esto no va como esperaba». Sabía que Elí sería difícil, pero daba por supuesto que a Sam le gustaría cambiar los peligros del Muro por el clima cálido de Antigua—. Creía que te alegrarías —dijo, confundido—. En la Ciudadela hay más libros de los que nadie pueda leer en toda una vida. Allí te irá muy bien, Sam. Estoy seguro.

—No. Puedo leer los libros, pero... Un maestre también tiene que ser sanador, y a mí la s-s-sangre me marea. —Empezó a temblarle la mano, como para demostrar que decía la verdad—. Soy Sam el Asustado, no Sam el Mortífero.

—¿Asustado? ¿De qué? ¿De las burlas de unos viejos? Tú viste a los espectros subir por el Puño, viste una marea de muertos vivientes con las manos negras y los ojos azules llameantes. Mataste a un Otro.

—Fue el v-v-vidriagón, no yo.

—Cállate —espetó Jon. Después de lo de Elí, no le quedaba paciencia para los miedos del gordo—. Mentiste, conspiraste e intrigaste para que me eligieran lord comandante. Ahora me vas a obedecer. Irás a la Ciudadela y te forjarás una cadena, y si para eso tienes que abrir cadáveres, los abrirás. Al menos, los cadáveres de Antigua no pondrán objeciones.



MANCE RAYDER, EL REY-MÁS-ALLÁ-DEL-MURO

—Mi señor, mi p-p-p-padre, lord Randyll, dice, dice, dice, dice... La vida del maestre es una vida de servicio. Ningún hijo de la casa Tarly llevará jamás una cadena. Los hombres de Colina Cuerno no se inclinan ante ningún señor menor. No puedo desobedecer a mi padre, Jon.

« Mata al niño —pensó Jon—. Al niño que hay en ti y al niño que hay en él. Mátalos a los dos, bastardo de mierda».

—No tienes padre. Solo hermanos, solo a nosotros. Tu vida pertenece a la Guardia de la Noche, así que ve a meter en una saca tu ropa interior y todo lo que quieras llevarte a Antigua. Partirás una hora antes del amanecer. Y te voy a dar otra orden: de hoy en adelante no volverás a decir que eres un cobarde. En este último año te has enfrentado a más cosas que la mayoría de los hombres en toda una vida. Te puedes enfrentar a la Ciudadela; te enfrentarás a ella como hermano juramentado de la Guardia de la Noche. No puedo ordenarte que seas valiente, pero sí que ocultes tus temores. Pronunciaste el juramento, Sam. ¿Te acuerdas?

—Lo... intentaré.

—No lo intentarás. Obedecerás.

—Obedecerás. —El cuervo de Mormont batió las grandes alas negras.

—Como ordene mi señor. ¿Lo..., lo sabe ya el maestre Aemon? —Sam parecía hundirse por momentos.

—La idea se nos ocurrió a los dos. —Jon le abrió la puerta—. Nada de despedidas. Cuanta menos gente se entere, mejor. Una hora antes del amanecer, junto al cementerio.

Sam salió tan precipitadamente como Elí, y de pronto, Jon se sintió abrumado por el cansancio.

« Necesito dormir». Había pasado despierto la mitad de la noche, estudiando mapas minuciosamente, escribiendo cartas y trazando planes con el maestre Aemon. No consiguió conciliar el sueño ni después de derrumbarse en su camastro. Sabía a qué se enfrentaría al día siguiente, y se pasó la noche dando vueltas a las palabras de despedida del maestre Aemon.

—Os daré un último consejo, mi señor —había dicho el anciano—, el mismo que le di a mi hermano cuando nos vimos por última vez. Tenía treinta y tres años cuando el Gran Consejo lo escogió para ocupar el Trono de Hierro. Era un hombre adulto y con hijos, pero en algunos aspectos seguía siendo un niño. Egg tenía una inocencia, una dulzura, que todos adorábamos. « Mata al niño que hay en ti —le dije el día en que zarpábamos hacia el Muro—. Para gobernar hace falta un hombre. Un Aegon, no un Egg. Mata al niño y que nazca el hombre» . —El anciano tocó la cara de Jon—. Tienes la mitad de los años que tenía Egg, y me temo que tu tarea es mucho más ingrata. No disfrutarás mucho de tu mandato, pero creo que tienes fuerza para hacer lo necesario. Mata al niño, Jon Nieve. El invierno se nos echa encima. Mata al niño y que nazca el hombre.

Jon se puso la capa y salió a zancadas. Todos los días hacia la ronda por el Castillo Negro: visitaba a los centinelas y escuchaba sus informes directamente; observaba a Ulmer y sus acólitos entrenarse en los blancos de prácticas; hablaba con hombres del rey y de la reina, subía hasta la helada cima del Muro para echar un vistazo al bosque... Fantasma caminaba tras él, como una sombra blanca.

Kedge Ojoblanco estaba al mando del Muro cuando subió Jon. Kedge había visto poco más de cuarenta días de su nombre, treinta de ellos en el Muro. Estaba tuerto del ojo izquierdo y delicado del derecho. Cuando estaba solo en el bosque con un hacha y un caballo, era tan buen explorador como cualquier otro de la Guardia, pero nunca se había llevado bien con los demás.

—Un día tranquilo —le dijo a Jon—. Sin novedad, excepto por los exploradores que se han equivocado de camino.

—¿Qué exploradores se han equivocado de camino? —preguntó Jon.

—Un par de caballeros. —Kedge sonrió—. Han salido hace una hora hacia el sur por el camino Real. Dy wen los ha visto partir, y dice que esos idiotas sureños se habían equivocado de camino.

—Ya veo.

El propio Dy wen le amplió la noticia en los barracones mientras sorbia caldo de cebada de un cuenco.

—Sí, mi señor, los he visto. Eran Horpe y Massey. Dicen que los ha enviado Stannis en persona, pero no adónde ni para qué, ni cuándo vuelven.

Ser Richard Horpe y ser Justin Massey eran ambos hombres de la reina, y gozaban de alta consideración en los consejos del rey.

« Si lo único que quería Stannis era explorar, le habría bastado con enviar un par de jinetes —reflexionó Jon—, pero los caballeros son más adecuados para transmitir mensajes». Cotter Pyke había enviado un cuervo desde Guardiaorienté diciendo que el Caballero de la Cebolla y Salladhor Saan habían zarpado hacia Puerto Blanco para tratar con lord Manderly, de modo que era lógico que mandase más mensajeros. Su alteza no destacaba por su paciencia.

Lo que ya no se sabía era si volverían los exploradores que se habían equivocado de camino. Por muy caballeros que fueran, no conocían el norte.

« Habrá muchos ojos en el camino Real, y no todos serán amistosos. —Pero eso no era asunto de Jon—. Que Stannis guarde sus secretos; bien saben los dioses que yo tengo los míos».

Aquella noche, Fantasma durmió a los pies de su cama, y por una vez Jon no soñó que era un lobo. Sin embargo, pasó una noche intranquila, y dio vueltas durante horas antes de caer en una pesadilla en la que Eli lloraba y le suplicaba que dejase en paz a sus bebés, pero él se los arrancaba de los brazos, les cortaba la cabeza, las intercambiaba y le pedía que las volviera a coser.

Cuando despertó, la figura de Edd Tollett se cernía sobre él en la penumbra de

la habitación.

—Es la hora del lobo, mi señor. Dejasteis instrucciones de que se os despertara.

—Tráeme algo caliente —pidió Jon mientras echaba las mantas a un lado.

Edd regresó, con una taza humeante en las manos, cuando ya se había vestido. Jon esperaba vino especiado caliente y se sorprendió al descubrir que era un caldo ligero que olía a puerros y zanahorias, pero que no parecía llevar ni puerros ni zanahorias.

« Los olores son más intensos en mis sueños de lobo —pensó—, y la comida también tiene más sabor. Fantasma está más vivo que yo». Dejó la taza vacía en la forja.

Tonelete estaba en su puerta aquella mañana.

—Quiero hablar con Bedwyck y Janos Slynt —le dijo Jon—. Que vengan en cuanto amanezca.

En el exterior, el mundo estaba oscuro y silencioso. « Hace frío, pero no es peligroso. Aún no. Hará más calor cuando salga el sol. Si los dioses son misericordiosos, puede que el Muro llore». La columna ya estaba formada cuando llegaron al cementerio. Jon había puesto al mando de la escolta a Jack Bulwer el Negro, que tenía a su cargo una docena de exploradores montados y dos carromatos. Uno transportaba una pila enorme de cajas, arcones y sacos repletos de provisiones para el viaje, y el otro estaba cubierto con un techo rígido de cuero endurecido que lo protegía del viento. El maestre Aemon estaba sentado al fondo, arrebujado en una piel de oso que lo hacía parecer pequeño como un niño. Sam y Elí estaban cerca. Elí tenía los ojos rojos e hinchados, pero llevaba al niño en brazos y lo estrechaba con fuerza. Jon no habría sabido decir si era su hijo o el de Dalla. Solo los había visto juntos en un par de ocasiones; el niño de Elí era mayor y el de Dalla más robusto, pero se parecían tanto en edad y tamaño que nadie que no los conociese bien podría distinguirlos.

—Lord Nieve —llamó el maestre Aemon—, os he dejado un libro en mis habitaciones. El *Compendio jade*. Lo escribió el aventurero volantino Colloquo Votar, que viajó al este y visitó todas las tierras del mar de Jade. Hay un pasaje que os parecerá muy interesante; le he dicho a Clydas que os lo marque.

—Lo leeré, no lo dudéis.

—El conocimiento es un arma, Jon. —El maestre Aemon se limpió la nariz—. Aseguraos de ir bien armado antes de entrar en combate.

—Muy bien. —Jon sintió algo frío y húmedo en la cara. Cuando miró hacia arriba, vio que estaba nevando. « Mal presagio». Se volvió hacia Jack Bulwer—. Id tan deprisa como podáis, pero sin correr riesgos innecesarios. Viajan con vosotros un anciano y un bebé. Encargaos de que no pasen frío ni hambre.

—Vos también, mi señor. —Elí no tenía prisa por subir al carromato—. Haced lo mismo por el otro. Buscadle otra nodriza, como dijisteis. Me lo habéis

prometido. El niño... El hijo de Dalla... Es decir, el príncipe... Buscadle una buena mujer, para que crezca grande y fuerte.

—Tenéis mi palabra.

—No le pongáis nombre. Nada de nombres hasta que cumpla dos años. Trae mala suerte ponerles nombre cuando aún toman el pecho. Puede que los cuervos no lo sepáis, pero es así.

—Como ordenéis, mi señora.

—No me llaméis así. Soy madre, no señora. Soy esposa de Craster e hija de Craster, y también soy madre. —Le entregó el niño a Edd el Penas para subir al carromato y se cubrió con unas pieles. Cuando Edd le devolvió al pequeño, Eli empezó a darle el pecho. Sam apartó la vista, rojo como un tomate, y subió a su yegua.

—¡En marcha! —ordenó Jack Bulwer el Negro al tiempo que hacia chasquear el látigo. Los carromatos empezaron a avanzar. Sam se demoró un momento.

—Bueno, hasta pronto.

—Hasta pronto, Sam —respondió Edd el Penas—. No creo que tu barco se hunda; los barcos solo se hunden si yo estoy a bordo.

—La primera vez que vi a Eli tenía la espalda apretada contra una pared del Torreón de Craster —recordó Jon—. Era una chiquilla flaca de pelo oscuro y barriga enorme, y Fantasma la tenía aterrorizada. Se había colado entre sus conejos, y creo que ella tenía miedo de que la desgarrara para devorar al bebé... Pero no era del lobo de quien debía tener miedo, ¿verdad?

—Es más valiente de lo que ella misma sabe —dijo Sam.

—Tú también, Sam. Que tengas un viaje rápido y seguro, y cuida de ella, de Aemon y del niño. —Las gotas frías en la cara le recordaron el día en que se había despedido de Robb en Invernalia, sin saber que lo veía por última vez—. Y súbete la capucha. Se te está derritiendo la nieve del pelo.

Cuando la pequeña caravana quedó reducida a un punto lejano, el cielo del este había pasado del negro al gris, y la nieve caía pesadamente.

—Gigante ya está a disposición del lord comandante —le recordó Edd el Penas—. Igual que Janos Slynt.

—Sí. —Jon Nieve miró hacia el Muro, que se alzaba sobre ellos como un acantilado de hielo. «Cien leguas de extremo a extremo, y doscientas setenta varas de altura». La fuerza del Muro residía en su altura; la longitud era su debilidad. Jon recordó una cosa que le había dicho su padre: «Ningún muro es más fuerte que los hombres que lo defienden». Los hombres de la Guardia de la Noche eran valientes, pero escasos para la tarea que tenían encomendada.

Gigante estaba esperando en la armería. Su verdadero nombre era Bedwyck. Con menos de ocho palmos de estatura, era el hombre más bajo de la Guardia de la Noche. Jon fue directo al grano.

—Necesitamos más ojos en el Muro, y para eso hacen falta torreones de vigilancia donde nuestras patrullas puedan guarecerse del frío y encontrar comida caliente y monturas descansadas. Voy a guarnecer Marcahielo y voy a ponerte al mando.

Gigante se limpió la cera del oído con el meñique.

—¿Al mando? ¿Yo? ¿Es que mi señor no sabe que solo soy un granjero y que me mandaron al Muro por cazador furtivo?

—Has sido explorador una docena de años. Has sobrevivido al Puño de los Primeros Hombres y al Torreón de Craster, y has vuelto para contarlo. Los más jóvenes te admiran.

—Hay que ser muy poca cosa para admirarme. No sé leer, mi señor. Cuando tengo un buen día sé escribir mi nombre.

—He solicitado más maestres a Antigua. Dispondrás de dos cuervos por si tienes que enviar algún comunicado urgente. Si no, basta con que envíes jinetes. Mientras no tengamos más maestres y más pájaros, necesito establecer una línea de torres con almenaras en la parte superior del Muro.

—¿Y a cuántos infelices voy a tener a mi mando?

—Veinte de la Guardia —contestó Jon—, y diez hombres de Stannis. —«Viejos, novatos, o heridos»—. No serán sus mejores hombres y ninguno vestirá el negro, pero obedecerán. Utilízalos como te parezca. Cuatro de los hermanos que te voy a asignar serán desembarqueños que vinieron al Muro con lord Slynt. Vigila a ese grupo con un ojo, y con el otro presta atención por si aparecen escaladores.

—Podemos vigilar tanto como queramos, mi señor, pero si llegan muchos escaladores a la cima, no podremos echarlos abajo con solo treinta hombres.

«No podríamos ni con trescientos». Jon no quería decirlo en voz alta. Era cierto que los escaladores eran tremadamente vulnerables durante el ascenso, y si se les arrojaban piedras, lanzas y calderos de brea ardiendo, lo único que podían hacer era intentar agarrarse al hielo con uñas y dientes. A veces parecía que era el propio Muro el que se los quitaba de encima, como un perro que se sacudiera las pulgas. Jon lo había visto con sus propios ojos cuando murió Jarl, el amante de Val, cuando una placa de hielo se desprendió debajo de él.

Pero si los escaladores pasaban desapercibidos y conseguían coronar el Muro, todo cambiaba. Si contaban con un poco de tiempo, podían excavar refugios en la pared, atrincherarse y lanzar cuerdas y escalas para que pudieran trepar miles de hombres. Así lo había hecho Raymun Barbarroja, que había sido Rey-más-allá-del-Muro en tiempos del abuelo de su abuelo. Por aquel entonces, Jack Musgood era el lord comandante. Lo llamaban Jack el Juergas antes de que Barbarroja llegase del norte, y después fue para siempre Jack el Dormido. Las huestes de Raymun habían tenido un final sangriento a orillas del lago Largo, cuando quedaron atrapadas entre lord Willam de Invernalia y Harmond Umber,

el Gigante Borracho. Artos el Implacable, el hermano menor de lord Willam, abatió a Barbarroja. La Guardia llegó demasiado tarde para luchar contra los salvajes, pero a tiempo para enterrarlos; esa fue la tarea que le encomendó, enfurecido, Artos Stark mientras lloraba sobre el cadáver decapitado de su hermano.

Jon no tenía la menor intención de pasar a la posteridad como Jon Nieve el Dormido.

—Treinta hombres son mejor que nada —le contestó a Gigante.

—Es cierto —contestó el hombrecillo—. ¿Será solo Marcahielo, o mi señor querrá reabrir también los otros fuertes?

—Con el tiempo los guarneceré todos, pero de momento serán solo Marcahielo y Guardiagrís.

—¿Mi señor ha decidido quién estará al mando en Guardiagrís?

—Janos Slynt —contestó Jon. « Que los dioses se apiaden de nosotros » —. No se obtiene el mando de los capas doradas sin más ni más. Su padre era carnicero. Era capitán de la puerta de Hierro cuando murió Manly Stokeworth, y Jon Arryn puso en sus manos la defensa de Desembarco del Rey. Lord Janos no puede ser tan tonto como parece. —« Y lo quiero lejos de Alliser Thorne » .

—Es posible —contestó Gigante—, pero yo lo pondría en la cocina a pelar nabos con Hobb Tresdedos.

« En tal caso no me atrevería a volver a probar un nabo » .

Ya había transcurrido la mitad de la mañana cuando lord Janos se dignó hacer lo que se le había ordenado y se presentó ante Jon, que estaba limpiando a *Garra*. Otro habría encomendado la tarea a un mayordomo o un escudero, pero lord Eddard había enseñado a sus hijos a cuidar de sus propias armas. Cuando Kegs y Edd el Penas llegaron con Slynt, Jon les dio las gracias e invitó a lord Janos a tomar asiento.

Janos se sentó sin mucha elegancia, cruzó los brazos con el ceño fruncido y no prestó la menor atención al acero desnudo que tenía su lord comandante en las manos. Jon pasó el paño encerado por su espada bastarda, observó el juego de luces de la mañana en sus curvas y pensó en la facilidad con que la hoja atravesaría piel, grasa y tendones para separar la fea cabeza de Slynt de su cuerpo. Cuando un hombre vestía el negro, todos sus crímenes y lealtades quedaban olvidados, pero aun así le costaba considerar a Janos un hermano.

« Hay sangre entre nosotros. Este hombre participó en el asesinato de mi padre y también intentó matarme a mí » .

—Lord Janos —Jon envainó la espada—, voy a daros el mando de Guardiagrís.

—Guardiagrís... —repitió Slynt, desconcertado—. Por Guardiagrís fue por donde escalaste el Muro con tus amigos salvajes...

—Sí. El fuerte se encuentra en condiciones deplorables, así que lo restauraréis

en la medida de lo posible. Podéis empezar por despejar el bosque. Utilizad las piedras de los edificios derrumbados para reparar los que sigan en pie. —«Será un trabajo duro e inhumano —podría haber añadido—. Dormirás sobre piedras, demasiado cansado para quejarte o conspirar, y pronto olvidarás cómo era sentir calor, pero quizás recuerdes cómo era ser un hombre»—. Tendréis treinta hombres a vuestra disposición. Diez de los nuestros, diez de la Torre Sombria y diez que nos dejará el rey Stannis.

La cara de Slynt se había vuelto del color de una ciruela, y la carnosa papada empezó a temblar.

—¿Crees que no sé qué pretendes? No se engaña tan fácilmente a Janos Slynt. Yo estaba al cargo de la defensa de Desembarco del Rey cuando todavía manchabas los pañales. Métete tus ruinas por donde te quepan, bastardo.

«Te estoy dando una oportunidad. Es más de lo que diste a mi padre».

—Me malinterpretáis, mi señor. Es una orden, no un ofrecimiento. Hay cuarenta leguas hasta Guardiagrís. Empaquead vuestras armas y armaduras, despedíos y estad listo para partir mañana con la primera luz.

—No. —Lord Janos tiró la silla al levantarse—. No pienso dejar que me manden a morir congelado y obedecer como un cordero. ¡Ningún bastardo de traidor da órdenes a Janos Slynt! ¡Yo era el señor de Harrenhal! No me faltan amigos, te lo advierto. Ni aquí ni en Desembarco del Rey. Regala tus ruinas a uno de esos imbéciles que te dieron su voto, que yo no las quiero. ¿Me oyés, chico? ¡No las quiero!

—Obedeceréis.

Slynt no se dignó contestar, pero al salir apartó la silla de una patada.

«Todavía me considera un niño —pensó Jon—, un crío inexperto que se deja intimidar por unos cuantos gritos». Su única esperanza era que una noche de sueño devolviera a lord Janos el sentido común.

Pero a la mañana siguiente, esa esperanza demostró ser vana. Jon se encontró a Slynt desayunando en la sala común, con Alliser Thorne y varios de sus amigos. Estaban riendo cuando Jon bajó por las escaleras con Férreo Emmett y Edd el Penas. Detrás de ellos iban Mully, Caballo, Jack Crabb el Rojo, Rusty Flores y Owen el Bestia. Hobb Tresdedos estaba sirviendo unas gachas. Los hombres de la reina, los hombres del rey y los hermanos negros se sentaban en mesas separadas; algunos comían la pasta espesa de los cuencos y otros se llenaban el estómago de pan frito y cerdo. Jon vio a Pyp y a Grenn en una mesa, y en otra a Bowen Marsh. El aire olía a humo y grasa, y el ruido de cuchillos y cucharas resonaba en el techo abovedado.

Todas las voces se acallaron al unísono.

—Lord Janos —dijo Jon—, os doy una última oportunidad. Dejad la cuchara e id a los establos. He mandado ensillar y aparejar vuestro caballo. El viaje a Guardiagrís es largo y arduo.

—Pues sal cuanto antes, chico. —Al reírse, Slynt se derramó las gachas por el pecho—. Guardiagrís es un buen sitio para alguien como tú, bien lejos de la gente decente y devota. Llevas la marca de la bestia, bastardo.

—¿Os negáis a obedecer mi orden?

—Puedes meterte tu orden por el culo, bastardo —respondió Slynt.

Una sonrisa aleteó en los labios de ser Alliser Thorne, que tenía los ojos clavados en Jon. En otra mesa, Godry el Masacragigantes se echó a reir.

—Como queráis. —Jon hizo una seña a Férreo Emmett—. Llevad a lord Janos al Muro...

« ... y encerradlo en una celda de hielo —podría haber dicho. Un día o diez encerrado en hielo sin duda lo dejarían reducido a un guiñapo tembloroso y febril. Y en cuanto saliera, empezaría a conspirar otra vez con Thorne.

» ... y atadlo a su caballo —podría haber dicho. Si Slynt no quería ir a Guardiagrís como comandante, podría ir como cocinero. Pero acabaría por desertar, y ¿cuántos lo acompañarían?» .

—... y ahorcadlo —concluyó.

La cara de Janos Slynt se tornó blanca como la leche. La cuchara se le resbaló entre los dedos. Las pisadas de Edd y Emmett resonaron en el suelo de piedra cuando cruzaron la sala. Bowen Marsh abría y cerraba la boca, pero de ella no salía ninguna palabra. Ser Alliser Thorne llevó la mano a la espada.

« Vamos —pensó Jon. Llevaba a *Garra* colgada a la espalda—. Enseña tu acero. Dame un motivo para hacer lo mismo» .

La mitad de los presentes se había puesto de pie: caballeros y soldados sureños, leales al rey Stannis, a la mujer roja o a ambos, así como hermanos juramentados de la Guardia de la Noche. Algunos habían elegido a Jon como lord comandante. Otros habían dado su voto a Bowen Marsh, a ser Denys Mallister, a Cotter Pyke... y muchos a Janos Slynt.

« Cientos, creo recordar» . Jon se preguntó cuántos de aquellos estarían en la sala. Durante un momento, el mundo osciló en el filo de una espada.

Alliser Thorne apartó la mano de la suya y se hizo a un lado para dejar paso a Edd Tollett.

Edd el Penas cogió a Slynt de un brazo, y Férreo Emmett, del otro. Entre los dos lo levantaron del banco.

—No —protestó lord Janos, salpicando restos de gachas—. No, ¡soltadme! Solo es un crío, ¡es un bastardo! Su padre fue un traidor. Lleva la marca de la bestia, ese lobo suyo... ¡Soltadme! Lamentaréis el día en que pusisteis la mano encima a Janos Slynt. Tengo amigos en Desembarco del Rey, os lo advierto... — Siguió protestando mientras lo subían por las escaleras medio a rastras.

Jon los siguió afuera. Tras él, la estancia se vació. Ya junto a la jaula, hubo un instante en que Slynt se soltó e intentó luchar, pero Férreo Emmett lo cogió por el cuello y lo golpeó contra los barrotes hasta hacerlo desistir. Para entonces, todo el

Castillo Negro había salido a ver qué pasaba. Incluso Val estaba en la ventana, con el largo pelo dorado cayendo en una trenza por el hombro. Stannis estaba en las escaleras de la Torre del Rey, rodeado por sus caballeros.

—Si el chico cree que puede asustarme, se equivoca —oyeron decir a lord Janos—. No se atreverá a colgarme. Janos Slynt tiene amigos, amigos importantes, ¿sabéis...? —El viento se llevó el resto de sus palabras.

« Esto está mal», pensó Jon.

—Deteneos.

—¿Mi señor? —Emmett se volvió, con el ceño fruncido.

—No voy a ahorcarlo. Traedlo aquí.

—Oh, que los Siete nos amparen —oyó lamentarse a Bowen Marsh.

La sonrisa de Janos Slynt fue tan pringosa como la mantequilla rancia. Hasta que Jon volvió a hablar.

—Edd, tráeme un tocón. —Desenvainó a *Garra*.

Tardaron en encontrar uno apropiado, y durante ese tiempo lord Janos intentó refugiarse en la jaula, pero Férreo Emmett lo sacó a rastras.

—No —gimoteó Slynt cuando Emmett lo empujó para obligarlo a cruzar el patio—. Soltadme... No podéis... Cuando Tywin Lannister se entere de esto, os arrepentiréis...

Emmett le dobló las piernas de una patada y Edd el Penas le plantó un pie en la espalda para mantenerlo de rodillas, mientras su compañero le ponía el tocón bajo la cabeza.

—Será más fácil si os quedáis quieto —le prometió Jon Nieve—. Si os movéis, morréis igualmente, pero de forma mucho más sucia. Estirad el cuello, mi señor. —La clara luz de la mañana subió y bajó por la hoja cuando Jon cogió la espada bastarda con las dos manos y la levantó—. Si queréis decir vuestras últimas palabras, este es el momento —dijo, esperando un último insulto.

Janos Slynt torció el cuello para poder mirarlo.

—Por favor, mi señor, piedad. Iré, iré, y o...

« No. Ese barco ya ha zarpado». *Garra* descendió.

—¿Puedo quedarme con sus botas? —preguntó Owen el Bestia cuando la cabeza de Janos Slynt rodó por el barro—. Están casi nuevas y tienen forro de piel.

Jon miró de reojo a Stannis, y sus miradas se encontraron durante un instante. El rey le hizo un gesto de asentimiento y volvió a entrar en la torre.

Cuando despertó estaba a solas, y la litera se había detenido. En el lugar que ocupaba Illyrio solo quedaba un montón de cojines aplastados. El enano tenía la garganta seca y rasposa. Había soñado... ¿qué había soñado? No lo recordaba. En el exterior, varias voces hablaban en un idioma que le resultaba desconocido. Tyrion sacó las piernas por las cortinas y saltó al suelo para encontrarse con el magíster Illyrio, que estaba junto a los caballos con dos jinetes mucho más altos que él. Ambos vestían casaca de cuero desgastado bajo la capa de lana marrón oscuro, pero tenían la espada envainada; el gordo no estaba en peligro.

—Tengo que mear —anunció el enano.

Anadeó para cruzar el camino, se soltó los calzones y vació la vejiga contra un matorral espino. Le llevó un buen rato.

—Al menos mea bien —señaló una voz.

Tyrion sacudió las últimas gotas y volvió a anudarse la ropa.

—Mear es el menor de mis talentos. Tendríais que verme cagar. —Miró al magíster Illyrio—. ¿Conocéis a estos dos, magíster? Parecen forajidos. ¿Voy a por el hacha?

—¿A por el hacha? —se regocijó uno de los corpulentos jinetes, un hombretón de barba descuidada y pelo anaranjado—. ¿Habéis oído eso, Haldon? ¡El hombrecito quiere pelear con nosotros!

Su acompañante era mayor e iba afeitado, con lo que destacaban sus rasgos austeros. Llevaba el pelo recogido en la nuca.

—Los hombres de pequeño tamaño tienen que demostrar su valor con baladronadas improcedentes —afirmó—. Dudo mucho que pueda matar a un pato.

—Que venga ese pato. —Tyrion se encogió de hombros.

—Si insistís...

El jinete miró a su barbudo acompañante, que desenvainó una espada bastarda.

—Yo soy Pato, boquita de letrina.

«Qué chistosos los dioses».

—Había pensado en un pato más pequeño...

El hombretón no pudo contener una carcajada ronca.

—¿Habéis oido, Haldon? ¡Quiere un pato más pequeño!

—Yo me conformaría con uno más silencioso. —El tal Haldon examinó a Tyrion con fríos ojos grises antes de volverse de nuevo hacia Illyrio—. ¿Nos habéis traído baúles?

—Y mulas para transportarlos.

—Las mulas son demasiado lentas. Tenemos caballos de carga; les pondremos los baúles. Encargaos, Pato.

—¿Por qué Pato tiene que ocuparse de todo? —El hombretón volvió a envainar la espada—. ¿De qué os ocupáis vos, Haldon? Quién es el caballero, ¿vos o yo? —Pese a sus protestas, fue a ocuparse del equipaje que cargaban las mulas.

—¿Cómo se encuentra nuestro muchacho? —preguntó Illyrio mientras ataban los baúles con correas. Tyrion contó seis: eran de roble, con abrazaderas de hierro. Pato los levantaba con facilidad y se los echaba al hombro.

—Ya está tan alto como Grif. Hace tres días tiró a Pato a un pesebre.

—No me tiró. Hice como que me caía para que se riera.

—Pues fue todo un éxito —replicó Haldon—. Incluso yo me partí de risa.

—En un baúl hay un regalo para el chico: jengibre confitado. Siempre le ha gustado mucho. —Illyrio parecía extrañamente triste—. Pensé que podría seguir con vosotros hasta Ghoyan Drohe. Un banquete de despedida antes de que partáis río abajo...

—No tenemos tiempo para banquetes, mi señor —dijo Haldon—. Grif quiere que nos pongamos en marcha en cuanto regresemos. Nos han llegado noticias, todas malas. Se ha visto a dothrakis al norte del lago Daga; por lo visto eran jinetes del viejo *khalasar* de Motho, y Khal Zekko no anda lejos; está en el bosque de Qohor.

El gordo dejó escapar un sonido grosero.

—Zekko visita Qohor cada tres o cuatro años. Los qohorienses le dan una saca de oro y vuelve a poner rumbo al este. En cuanto a Motho, sus hombres están tan viejos como él, y su número mengua cada año. La verdadera amenaza es...

—... Khal Pono —terminó Haldon—. Por lo que se dice, Motho y Zekko huyen de él. Según los últimos informes, Pono se encuentra cerca del nacimiento del Selhoru con un *khalasar* de treinta mil personas. Grif no quiere arriesgarse a que nos atrapen mientras cruzamos el río, en caso de que Pono decida llegar hasta el Rhoyne. —Haldon lanzó una mirada en dirección a Tyrion—. ¿A vuestro enano se le da tan bien cabalgar como mear?

—El enano sabe montar —interrumpió Tyrion antes de que el señor del queso respondiera por él—, pero cabalga mejor con una silla especial y un caballo que conozca. Por cierto, también se le da bien hablar.

—Ya se nota. Soy Haldon, el sanador de nuestro pequeño grupo. Los demás me llaman Mediomaestre. Mi compañero es ser Pato.

—Ser Rolly —corrigió el hombre corpulento—. Rolly Campodepatos. Cualquier caballero puede armar caballero a quien quiera, y Grif me armó a mí. ¿Y vos, enano?

—Yollo, se llama Yollo —intervino Illyrio a toda prisa.

« ¿Yollo? Suela a nombre de mono». Peor aún, era un nombre pentoshi, y saltaba a la vista que Tyrion no lo era.

—En Pentos me llaman Yollo —se apresuró a aclarar para arreglarlo de la

mejor manera posible—, pero mi madre me llamó Hugor Colina.

—¿Qué sois? ¿Un pequeño rey o un pequeño bastardo? —preguntó Haldon.

Tyron comprendió que haría mejor en tener cuidado con Haldon Mediomaestre.

—Todo enano es un bastardo a ojos de su padre.

—No me cabe la menor duda. Bueno, Hugor Colina, respondedme a lo siguiente. ¿Cómo mató al dragón Urrax Serwyn del Escudo Espejo?

—Se le acercó oculto tras el escudo. Hasta que Serwyn le clavó la lanza en el ojo, Urrax solo vio su propio reflejo.

—Esa historia se la sabe hasta Pato —replicó Haldon, en absoluto impresionado—. ¿Sabrías decirme el nombre del caballero que intentó utilizar la misma estratagema con Vhagar durante la Danza de los Dragones?

—Ser Byron Swann. —Tyron sonrió—. Le salió mal y acabó asado..., solo que el dragón se llamaba Syrax, no Vhagar.

—Me temo que os equivocáis. En *La Danza de los Dragones: Relato verídico*, el maestre Munkun dice que...

—... que se llamaba Vhagar. El gran maestre, que no maestre, se equivocaba. El escudero de ser Byron vio morir a su señor y así se lo relató a la hija de este. En su carta dice que fue Syrax, la dragona de Rhaenyra, cosa que tiene mucho más sentido que la versión de Munkun. Swann era hijo de un señor marqués, y Bastión de Tormentas defendía la causa de Aegon. Quien montaba a Vhagar era el príncipe Aemond, hermano de Aegon. ¿Por qué iba a querer matarla Swann?

—Procurad no caeros del caballo. —Haldon apretó los labios—. Si os caéis, más os vale volver a Pentos por vuestra cuenta. Nuestra tímida doncella no espera a hombre ni a enano.

—Las doncellas tímidas son mis favoritas. Después de las viciosas. Decidme, ¿adónde van las putas?

—¿Tengo cara de putañero?

—No se atreve —rio Pato, burlón—. Lemore lo obligaría a rezar para pedir perdón, el chico querría apuntarse, y Grif le cortaría la polla y se la haría tragar.

—Es razonable —apuntó Tyrion—; a un maestre no le hace falta la polla.

—Pero Haldon solo es medio maestre.

—Ya que el enano os parece tan divertido, cabalgaréis con él, Pato —bufó Haldon.

Hizo dar media vuelta a su montura. Pato tardó un momento en terminar de amarrar los baúles de Illyrio al lomo de los tres caballos de carga, y cuando acabó, Haldon ya había desaparecido. Aquello no pareció preocuparlo. Montó a caballo, agarró a Tyrion por el cuello del jubón y lo sentó ante él.

—Agarraos bien al pomo y no os pasará nada. La yegua tiene un trote muy tranquilo, y el camino del Dragón es suave como el culo de una doncella.

Ser Rolly cogió las riendas con la mano derecha y la trailla con la izquierda, e hizo que el caballo emprendiera el trote.

—¡Os deseo buena fortuna! —les gritó Illyrio mientras se alejaban—. Decidele al chico que siento mucho no poder asistir a su boda. Me reuniré con vosotros en Poniente, lo juro por las manos de mi amada Serra.

Justo antes de que Tyrion Lannister perdiera de vista a Illyrio Mopatis, el magíster estaba de pie junto a su litera, con su túnica de brocado y los enormes hombros caídos. A medida que aumentaba la distancia y la nube de polvo lo ocultaba, el señor del queso parecía casi pequeño.

Pato dio alcance a Haldon Mediomaestre quinientos pasos más adelante, y cabalgaron juntos desde allí. Tyrion, con las cortas piernas colgando a los lados, se aferró al pomo y se resignó a las ampollas, los calambres y las magulladuras que no tardarían en llegar.

—¿Qué harían con nuestro enano los piratas del lago Daga? —preguntó Haldon.

—No sé. ¿Estofado de enano? —sugirió Pato.

—El peor es Urho el Sucio —le confió Haldon—. Puede matar a un hombre con tan solo su hedor.

—Menos mal que no tengo nariz. —Tyrion se encogió de hombros.

—Si nos encontramos a lady Korra en su *Dientes de Bruja*, pronto perderéis otras partes —sonrió Haldon—. La llaman Korra la Cruel. La tripulación de su barco está formada por hermosas doncellas que castran a todo varón que capturan.

—Aterrador. Estoy a punto de mearme en los calzones.

—Ni se os ocurra —amenazó Pato.

—Como digáis. Si nos encontramos con esa tal lady Korra, me pondré una falda y le diré que soy Cersei, la famosa belleza barbuda de Desembarco del Rey.

Pato no pudo contener la carcajada.

—Sois un hombrecito muy gracioso —bufó Haldon—. Se dice que el Señor de la Mortaja otorgará una dádiva a cualquiera que lo haga reír. Puede que Su Alteza Gris os elija para adornar su corte de piedra.

Pato miró a su compañero, intranquilo.

—No gastéis bromas sobre él —amonestó Pato, intranquilo—. Estamos muy cerca del Rhoyne; tiene oídos en todas partes.

—Sois un pato muy precavido —reconoció Haldon—. Os pido disculpas, Yollo. No os pongáis tan pálido; solo era una broma. El Príncipe de los Pesares no otorga su beso gris a la ligera.

« Su beso gris». La sola idea hizo que se le pusiera la carne de gallina. La muerte ya no resultaba aterradora para Tyrion Lannister, pero la psoriagrís era otra cosa.

«El Señor de la Mortaja no es más que una leyenda —se dijo—, tan real como el fantasma de Lann el Astuto que, según dicen, hechiza los pasillos de Roca Casterly». Pese a todo, no dijo una palabra. Su repentino silencio pasó desapercibido, porque Pato empezó a contarle su vida. Según le explicó, su padre había sido armero en Puenteamargo, así que él nació acompañado por el sonido del acero y jugó con espadas desde muy pequeño. Se convirtió en un muchacho corpulento y atractivo que llamó la atención de lord Caswell, quien le ofreció un puesto en su guarnición. Pero él siempre había aspirado a más. Había visto al enclenque hijo de Caswell convertirse en paje, luego en escudero y por último en caballero.

—Era un mierdecilla flacucho que no servía para nada, pero el viejo señor tenía cuatro hijas y solo un hijo, así que estaba prohibido decir una sola palabra en su contra. En el patio, durante los entrenamientos, los otros escuderos ni se atrevían a ponerle un dedo encima.

—Pero vos no erais tan timorato, claro. —Tyrion veía claramente el rumbo que tomaba la historia.

—Mi padre me hizo una espada larga para celebrar mi decimosexto día del nombre —prosiguió Pato—, pero a Lorent le gustó tanto que se la quedó, y el imbécil de mi padre nunca se había atrevido a negarle nada. Cuando protesté, Lorent me dijo a la cara que mi mano estaba hecha para sostener un martillo, no una espada. Así que cogí un martillo y me harté de darle golpes; le rompí los brazos y la mitad de las costillas. Después de aquello tuve que salir por piernas del Dominio. Crucé el mar para unirme a la Compañía Dorada y fui aprendiz de herrero unos años, hasta que ser Harry Strickland me aceptó como escudero. Cuando Grif envió un mensaje río abajo diciendo que necesitaba a alguien que entrenara a su hijo en el uso de las armas, Harry me mandó a mí.

—¿Y Grif os armó caballero?

—Un año después, sí.

Haldon Mediomaestre esbozó una sonrisa.

—Contadle a nuestro amiguito cómo os ganasteis vuestro nombre, venga.

—Para ser un caballero no basta con el nombre que se obtuvo al nacer —insistió el hombrón—. Y... Bueno, cuando me armó caballero estábamos en un prado, y pasó volando una bandada de patos... ¡Eh, no os riais!

Poco después del anochecer se apartaron del camino para descansar en un patio abandonado y lleno de hierbajos, junto a un viejo pozo de piedra. Tyrion se bajó de un salto para masajearse las pantorrillas y aliviar los calambres, mientras Pato y Haldon abrevaban a los caballos. Entre las losas crecían hierba dura de color pardo y retoños de árboles, y más allá se alzaban los muros de lo que en otros tiempos había sido una gran mansión de piedra. Tras ocuparse de los animales, los jinetes compartieron una sencilla cena a base de cerdo en salazón y alubias blancas frías, que regaron con cerveza. A Tyrion le pareció un agradable

cambio tras los succulentos platos que había compartido con Illyrio.

—Esos baúles que os hemos traído... —empezó mientras masticaban—. Al principio creía que eran oro para la Compañía Dorada, pero luego vi como ser Rolly se cargaba uno al hombro. Si estuviera lleno de oro, no le habría resultado tan fácil.

—Son armaduras. —Pato se encogió de hombros.

—También vestimenta —aportó Haldon—. Ropa cortesana para todo nuestro grupo: lanas finas, terciopelos, capas de seda... No se puede presentar uno ante la reina vestido con andrajos, ni con las manos vacías. El magíster ha tenido la amabilidad de proporcionarnos los regalos más adecuados.

El amanecer los encontró de nuevo a caballo, trotando hacia el este bajo un manto de estrellas. El viejo camino valyrio brillaba ante ellos como una larga cinta de plata que serpenteara entre bosques y valles. Durante un rato, Tyrion Lannister se sintió casi en paz.

—Lomas Pasolargo tenía razón. Este camino es una maravilla.

—¿Lomas Pasolargo? —inquirió Pato.

—Un escriba que murió hace mucho —apuntó Haldon—. Se pasó la vida recorriendo el mundo y escribiendo sobre las tierras que visitaba. Tiene dos libros: *Maravillas* y *Maravillas creadas por el hombre*.

—Un tío mío me los regaló cuando era pequeño —asintió Tyrion—. Los leí hasta que se cayeron a pedazos.

—«Los dioses crearon siete maravillas; los mortales, nueve» —citó el Mediomaestre—. Qué blasfemo, el hombre mortal; mira que superar por dos a los dioses... Pero bueno, así están las cosas. Los caminos de piedra de Valyria estaban entre las nueve maravillas de Pasolargo. En quinto lugar, si mal no recuerdo.

—Cuarto —corrigió Tyrion, que de niño se había aprendido de memoria las dieciséis maravillas. A su tío Gerion le hacía gracia subirlo a la mesa durante los banquetes para que las recitara.

«Y a mí también me gustaba, anda que no. Estar allí de pie, entre los mendrugos, observado por todos y demostrando qué gnomo más listo era». Durante años había soñado con recorrer el mundo y contemplar en persona las maravillas de Pasolargo. Lord Tywin había aniquilado aquellas esperanzas diez días antes de su decimosexto día del nombre, cuando Tyrion le pidió visitar las Nueve Ciudades Libres, como habían hecho sus tíos a la misma edad.

—En mis hermanos se podía confiar; sabíamos que no avergonzarían a la casa Lannister —le replicó su padre—. Ninguno se casó jamás con una prostituta.

—Tyrion le recordó que en diez días sería adulto, libre para viajar adonde quisiera—. Ningún hombre es libre —fue la respuesta de lord Tywin—. Eso solo se lo creen los niños y los idiotas. Vete, vete siquieres. Ponte un traje de bufón y da volteretas para divertir a los señores de las especias y a los reyes del queso.

Pero asegúrate de que te paguen, y ni sueñes con volver. —La seguridad del niño se había derrumbado ante aquello—. Si lo que quieras es un cargo que te permita ser útil, lo tendrás. —De manera que, para conmemorar su llegada a la vida adulta, Tyrion fue nombrado encargado de las tuberías y cisternas de Roca Casterly.

«Supongo que tenía la esperanza de que me cayera en una. —Si había sido así, Tywin se llevó una decepción. Las tuberías nunca habían estado tan desatascadas como cuando Tyrion se hizo cargo de ellas—. Necesito una copa de vino para quitarme el sabor de Tywin de la boca. De hecho, necesito un pellejo de vino».

Volvieron a montar cuando la luna resplandeció alta en el cielo, aunque Tyrion dormitó a ratos contra el pomo, con repentinos despertares. De tanto en tanto empezaba a resbalarse de la silla, pero ser Rolly lo agarraba y volvía a enderezarlo. Cuando llegó el amanecer, al enano le dolían las piernas y tenía las posaderas magulladas y laceradas.

Tardaron un día más en llegar a Ghoyan Drohe, junto al río.

—El legendario Rhoyne —comentó Tyrion cuando divisaron desde lo alto de un risco la lenta corriente verdosa.

—El Pequeño Rhoyne —corrigió Pato.

—Y tanto.

«Bonito río, pero el afluente más pequeño del Tridente es el doble de ancho, y cualquiera de los tres Forcas es más caudaloso. —La ciudad no le resultó más impresionante. Según había leído, Ghoyan Drohe nunca fue grande, pero sí un lugar hermoso, verde y floreciente, una urbe llena de canales y fuentes—. Hasta que empezó la guerra. Hasta que llegaron los dragones». Mil años habían transcurrido; los canales estaban atascados con juncos y lodo, y los estanques, llenos de agua podrida de la que nacían enjambres de moscas. Las piedras caídas de templos y palacios estaban medio hundidas en la tierra, y en las orillas del río crecían sauces viejos y retorcidos.

Entre tanta inmundicia vivían aún unas cuantas personas que cuidaban huertecillos rodeados de malas hierbas. El sonido de las herraduras contra el viejo camino valyrio hizo que la mayoría corriera a esconderse en sus agujeros, aunque los más osados se quedaron al sol para contemplar el paso de los jinetes con ojos desanimados, sin interés. Una niña desnuda, metida en el barro hasta las rodillas, parecía incapaz de apartar la mirada de Tyrion.

«Nunca ha visto a un enano —comprendió—, y menos aún a un enano desnarigado». Hizo una mueca y le sacó la lengua, y la niña se echó a llorar.

—¿Qué le habéis hecho? —preguntó Pato.

—Tirarle un beso. No hay chica que no llore cuando la beso.

Más allá de los sauces retorcidos, el camino se interrumpía bruscamente, de modo que se desviaron hacia el norte durante un trecho y cabalgaron junto al

agua, hasta que la vegetación rala dio paso a un viejo embarcadero de piedra medio sumergido y rodeado de hierbas crecidas.

—¡Pato! —oyeron gritar—. ¡Haldon!

Tyrion ladeó la cabeza y vio a un chico en el tejado de una construcción baja de madera. El muchacho agitaba un sombrero de paja de ala ancha para llamarles la atención. Era esbelto y bien formado, algo larguirucho y con una espesa mata de pelo azul oscuro. El enano le calculó quince o diecisés años.

El tejado sobre el que estaba el chico resultó ser la cabina de la *Doncella Tímida*, una desvencijada barcaza de un mástil, ancha y de poco calado, idónea para subir hasta por los afluentes menos importantes y superar los bancos de arena.

«Fea doncella —pensó Tyrion—, pero a veces las menos agraciadas son las más voraces una vez en la cama. —Las barcazas que surcaban los ríos de Dorne solían estar pintadas con colores vivos y contaban con tallas exquisitas, pero no era el caso de aquella doncella. La pintura era marrón grisácea, descascarillada en algunas zonas, y no había adorno alguno en la caña del timón—. Tiene una pinta espantosa. Sin duda, de eso se trata».

Pato también agitaba los brazos a modo de saludo. La yegua trotó por los bajios, aplastando juncos a su paso, mientras el chico saltaba a la cubierta de la barcaza y aparecía el resto de la tripulación de la *Doncella Tímida*. Una pareja de ancianos con rasgos rhoyne se situó junto a la caña del timón, mientras que una hermosa septa ataviada con una túnica blanca salió por la puerta de la cabina y se apartó un mechón castaño de los ojos. Pero Grif era inconfundible.

—Ya basta de gritos —ordenó, y se hizo el silencio en el río.

«Este causará problemas», supo Tyrion al instante.

Grif llevaba una capa hecha con el pellejo y la cabeza de un lobo rojo del Rhoyne. Por debajo iba vestido de cuero marrón reforzado con anillas de hierro. Su rostro afeitado también parecía de cuero, con marcadas líneas a los lados de los ojos. Tenía el pelo tan azul como su hijo, pero con las raíces rojizas y las cejas más rojas todavía. Llevaba espada y daga al cinto. Si se alegraba de volver a ver a Pato y Haldon, lo disimulaba bien, aunque no se molestó en disimular el disgusto ante la presencia de Tyrion.

—¿Un enano? ¿Qué pasa aquí?

—Ya, ya, me imagino que esperabais un queso. —Tyrion se volvió hacia Grif el Joven y le dedicó su sonrisa más arrebatadora—. El pelo azul te quedará bien en Tyrosh, pero en Poniente, los niños te tirarán piedras y las niñas se reirán de ti.

—Mi madre era una dama de Tyrosh —respondió el muchacho, algo sorprendido—, y me tiñó el pelo en su recuerdo.

—¿Qué pinta aquí esta aberración? —exigió saber Grif.

—Illyrio lo explica en una carta —respondió Haldon.

—Dádmela, y llevad al enano a mi camarote.

« No me gustan sus ojos» , reflexionó Tyrion cuando el mercenario se sentó frente a él en la penumbra del interior de la barcaza, separado de él por el basto tablón de una mesa y una alta vela de sebo. Eran unos ojos azules como el hielo, claros y fríos. El enano desconfiaba de los ojos claros. Los de lord Tywin eran verde claro con motas doradas.

Se quedó mirando al mercenario mientras leía. El mero hecho de que supiera leer ya tenía de por sí un hondo significado. ¿Cuántos mercenarios podían presumir de conocer las letras?

« Y casi no mueve los labios» .

Por último, Grif alzó la vista del pergamo, con sus ojos claros entrecerrados.

—¿Tywin Lannister, muerto? ¿Por vuestra mano?

—Por mi dedo. Concretamente por este. —Tyrion lo alzó para que Grif tuviera ocasión de admirarlo—. Lord Tywin estaba sentado en el escusado, así que le clavé una saeta en las tripas para ver si de verdad cagaba oro. No era así. Una pena; me habría venido de maravilla un poco de oro. También maté a mi madre, pero eso fue antes. Ah, y a mi sobrino Joffrey. Lo envenené en su banquete de bodas y me quedé mirando mientras se asfixiaba. ¿No os lo ha contado el mercachifle? Por cierto, tengo intención de añadir a mis hermanos a la lista, si a vuestra reina le parece bien.

—¿Que si le parece bien? ¿Es que Illyrio se ha vuelto loco? ¿Cómo se le ha pasado por la cabeza que su alteza pueda incorporar a su servicio a un asesino de reyes, a un traidor confeso?

« Buena pregunta» , pensó Tyrion.

—El rey al que maté estaba sentado en su trono, y todos aquellos a los que traicioné eran leones, así que en mi opinión ya le he prestado un excelente servicio a la reina. —Se rascó los restos de nariz—. No temáis, no pienso mataros, no sois pariente mío. ¿Os importa que mire qué os escribió el mercachifle? Me encanta leer lo que se dice de mí.

Grif hizo caso omiso de su petición, y arrimó la carta a la vela hasta que el pergamo se ennegreció, se combó y prendió.

—Hay mucha sangre entre los Targaryen y los Lannister. ¿Por qué ibais a uniros a la causa de la reina Daenerys?

—Por oro y gloria —replicó el enano en tono alegre—. Ah, y por odio. Si conocierais a mi hermana, lo entenderíais.

—Entiendo perfectamente qué es el odio. —Por la manera en que Grif pronunció la palabra, Tyrion supo que era verdad.

—Entonces ya tenemos algo en común. —« Este también ha tragado mucho odio. Hace años que se arropa en odio para dormir» .

—No soy caballero.

« Mentiroso, y además, malo. Eso ha sido muy torpe y muy estúpido, mi

señor».

—Pues dice ser Pato que vos lo armasteis.

—Pato habla demasiado.

—Hay quien consideraría notable que un pato hablara, mucho o poco. Da igual; el caso es que vos no sois caballero y yo soy Hugor Colina, un pequeño monstruo. Vuestro pequeño monstruo, si lo preferís. Tenéis mi palabra de que mi único deseo es servir a la reina dragón.

—¿Cómo pensáis serle de utilidad?

—Con mi lengua. —Se lamió los dedos uno por uno—. Puedo explicar a su alteza cómo piensa mi querida hermana, si es que a eso se le puede llamar pensar. Puedo explicar a sus capitanes cómo derrotar a mi hermano Jaime en batalla. Sé qué señores son valientes y cuáles cobardes, qué señores son leales y cuáles tornadizos. Puedo conseguirle alianzas. Y sé mucho de dragones, como podrá confirmaros vuestro mediomaestre. También soy divertido y como poco. Podéis considerarme vuestro duendecillo particular.

—Quiero que esto quede bien claro, enano —dictaminó Grif tras meditar un momento—. Aquí sois la última mierda. Vigilad vuestras palabras y haced lo que se os diga, o lo lamentaréis.

«Sí, padre», estuvo a punto de responder Tyrion.

—Como digáis, mi señor.

—No soy ningún señor.

—Disculpad, amigo, era simple cortesía. —«Mientes».

—Tampoco soy vuestro amigo.

—Lástima. —«Ni caballero, ni señor, ni amigo».

—No me vengáis con ironías. Os llevaré a Volantis. Si en el trayecto demostráis ser útil y obediente, podéis quedarnos con nosotros para servir a la reina de la mejor manera posible. Si resulta que dais más problemas de los que resolvéis, os tocará apañáros las por vuestra cuenta.

«Ya, y me las apañaré para llegar al fondo del Rhoyne, para que los peces me mordisqueen lo que me queda de nariz».

—*Valar dohaeris*.

—Podéis dormir en la cubierta o en la bodega, como gustéis. Ysilla os dará unas mantas.

—Qué amable. —Tyrion hizo una torpe reverencia, pero se detuvo ante la puerta del camarote y dio media vuelta—. ¿Y si cuando demos con la reina descubrimos que todo eso de los dragones no era más que una invención de marineros borrachos? Abundan las leyendas por el estilo: endriagos, tiburientes, gules, espectros, sirenas, goblins de piedra, caballos alados, cerdos alados..., leones alados...

—Os lo he advertido, Lannister. —Grif lo miró con el ceño fruncido—. Vigilad esa lengua, o la perderéis. Hay reinos enteros en peligro; estamos

arriesgando nuestras vidas, nuestros nombres, nuestro honor. Eso no es ningún juego.

« Claro que sí —pensó Tyrion—. Es un juego de tronos» .

—Como digáis, capitán —murmuró al tiempo que hacía otra reverencia.

El relámpago hendió el cielo del norte y marcó la silueta de la torre de Lámpara de Noche contra el cielo azul blanquecino. El trueno llegó con seis latidos de retraso, como un tambor lejano.

Los guardias escoltaron a Davos Seaworth por el puente de basalto negro y bajo el rastrillo de hierro salpicado de herrumbre. Al otro lado estaba el profundo foso de agua marina, atravesado por un puente levadizo que colgaba de dos cadenas immensas. Las aguas verdosas estaban agitadas y las crestas de espuma batían contra los cimientos del castillo. Más allá había una segunda torre de entrada, aún más grande que la primera; las algas verdosas colgaban como flecos de sus piedras. Davos avanzó a trompicones por el lodazal del patio, con las muñecas atadas. La lluvia fría le agujoneaba los ojos. Los guardias lo obligaron a subir los peldaños que llevaban al gigantesco edificio de piedra de Rompeolas.

En el interior, el capitán se quitó la capa y la colgó de un clavo para no dejar charcos en la raída alfombra myriense. Davos lo imitó, aunque le costó abrirse el broche con las manos atadas. Los modales que había aprendido en Rocadragón durante los años que prestó servicio allí no habían caído en saco roto.

El señor estaba a solas, en la penumbra de la sala, cenando guiso de la Hermana con pan y cerveza. A lo largo de los gruesos muros de piedra había veinte almenaras de hierro, pero solo había antorchas en cuatro de ellas, y ninguna estaba encendida. La escasa luz titubeante procedía de dos altos velones de sebo. A Davos le llegó el sonido de la lluvia que golpeaba las paredes y el tintineo rítmico de una gotera en el tejado.

—Hemos encontrado a este hombre en El Vientre de la Ballena —dijo el capitán—. Intentaba comprar pasaje para salir de la isla. Llevaba encima doce dragones, y también esto. —Puso en la mesa una ancha cinta de terciopelo negro ribeteada de oro en la que se veían tres sellos: un venado coronado de lacre dorado, un corazón llameante y una mano de plata.

Davos aguardó empapado, chorreando, con las muñecas doloridas donde la cuerda mojada le mordía la piel. Bastaría con una palabra de aquel señor para que lo colgaran de la puerta de la Horca de Villahermana, pero al menos había escapado de la lluvia, y lo que tenía bajo los pies era roca firme, no una cubierta que subía y bajaba. Estaba empapado, dolorido y demacrado; agotado por el sufrimiento y la traición, y sobre todo, harto de tormentas.

El señor se limpió la boca con el dorso de la mano y levantó la cinta para examinarla con más atención. En el exterior brilló un relámpago que hizo que las troneras resplandecieran un instante con luz blanquiazul.

« Uno, dos, tres, cuatro —contó Davos antes de que llegara el trueno. Cuando el estruendo murió, oyó el gotear del agua y un rugido sordo en las entrañas del edificio, allí donde las olas chocaban contra los gigantescos arcos de piedra de

Rompeolas y formaban remolinos en sus mazmorras. Era muy posible que acabara allí abajo, encadenado al suelo de piedra húmeda, condenado a morir cuando subiera la marea—. No —trató de convencerse—. Así podría morir un contrabandista, pero no la mano de un rey. Le resultó más valioso si me vende a su reina».

El señor toqueteó la cinta y examinó los sellos con el ceño fruncido. Era un hombretón feo y gordo, con espaldas anchas de remero y cuello inexistente. Tenía el mentón y las mejillas cubiertas de una barba entrecana descuidada, blanca en algunas zonas. Por encima de la frente huidiza era completamente calvo, y tenía la nariz bulbosa enrojecida, los labios gruesos y tres dedos palmeados en la mano derecha. Davos había oído decir que algunos señores de las Tres Hermanas tenían membranas entre los dedos de pies y manos, pero siempre había pensado que era otro cuento de marineros.

—Soltadlo —ordenó el señor al tiempo que se acomodaba en la silla—. Y quitadle esos guantes. Quiero verle las manos. —El capitán obedeció. Cuando levantó la mano mutilada del prisionero, brilló otro relámpago, y la luz proyectó la sombra de los dedos cortados de Davos Seaworth contra el rostro basto y brutal de Godric Borrell, señor de Hermana Dulce—. Cualquiera puede robar una cinta, pero esos dedos no mienten. Sois el Caballero de la Cebolla.

—Así me llaman, mi señor. —Davos también tenía el título de señor, y hacía años que era caballero, pero en lo más hondo de su corazón seguía siendo lo que había sido siempre: un contrabandista de baja estofa que había comprado los honores con cebollas y pescado en salazón—. También me han llamado cosas mucho peores.

—Sí. Traidor. Rebelde. Cambiacapas.

El último insulto lo hizo saltar.

—Nunca he cambiado de capa, mi señor. Soy un hombre del rey.

—Solo si el rey es Stannis. —El señor lo sopesó con ojos duros y negros—. Casi todos los caballeros que llegan a mis playas vienen a buscarme aquí, no a El Vientre de la Ballena. Ese lugar es un hervidero de contrabandistas. ¿Acaso pensáis retomar vuestro viejo oficio, Caballero de la Cebolla?

—No, mi señor. Buscaba pasaje a Puerto Blanco. El rey me envió con un mensaje para el señor del lugar.

—Pues os habéis equivocado de lugar y de señor. —Por lo visto, aquello divertía enormemente a lord Godric—. Estáis en Hermana Dulce, en Villahermana.

—Ya lo sé.

Villahermana no tenía nada de dulce. Era una ciudad repulsiva, una pocilga pequeña y sucia, que apestaba a estiércol de cerdo y pescado podrido. Davos la recordaba demasiado bien de sus tiempos de contrabandista. Las Tres Hermanas había sido uno de los principales puntos de encuentro de los contrabandistas

durante siglos, y aun antes de eso la frecuentaban los piratas. Las calles de Villahermana eran de barro y tablones; sus casas, chozas de caña y adobe con techo de paja, y junto a la puerta de la Horca nunca faltaban hombres colgados con las tripas fuera.

—No me cabe duda de que tenéis amigos aquí —apuntó el señor—. No hay contrabandista que no conozca a alguien en las Hermanas. Hasta yo me llevo bien con algunos. A los otros los ahorco, claro. Dejo que se asfixien poco a poco, mientras los intestinos les golpean las rodillas. —La estancia volvió a iluminarse cuando el relámpago se hizo visible en las ventanas. Dos latidos más tarde llegó el trueno—. Si queríais ir a Puerto Blanco, ¿qué hacéis en Villahermana? ¿Qué os trajo aquí?

—Las tormentas. —« La orden de un rey y la traición de un amigo», podría haber respondido.

Veintinueve barcos habían zarpado del Muro. Davos no creía que quedara a flote ni la mitad. Los cielos negros, los vientos encarnizados y las tempestades los habían perseguido costa abajo. Las galeras *Oledo* e *Hijo de la Madre Vieja* se habían estrellado contra las rocas en Skagos, la isla de unicornios y caníbales donde hasta el Bastardo Ciego se había negado a fondear. La gran coca *Saathos Saan* había zozobrado cerca de los acantilados Grises.

—Stannis los pagará uno por uno —rugió Salladhor Saan—. Con oro contante y sonante.

Era como si un dios airado se estuviera resarciendo de su tranquilo viaje hacia el norte, que habían realizado acompañados por el viento del sur desde Rocadragón hasta el Muro. Otro temporal había arrancado la arboladura de la *Cosecha Generosa*, y Salla tuvo que ordenar que la remolcaran. Diez leguas al norte de la Atalaya de la Viuda, los mares se encabritaron de nuevo y lanzaron la *Cosecha Generosa* contra una de las galeras que la remolcaban, con lo que ambas se hundieron. Algunos marinos consiguieron llegar a nado a puerto. A otros no volvieron a verlos.

—Vuestro rey me ha convertido en Salladhor el Mendigo —se quejó Salladhor Saan a Davos mientras los restos de su flota se arrastraban por el Mordisco—. Salladhor el Machacado. ¿Dónde están mis barcos? ¿Y mi oro? ¿Dónde está todo el oro que se me prometió? —Davos trató de tranquilizarlo sin resultado alguno, asegurándole que recibiría su pago—. ¿Cuándo? ¿Cuándo? —estalló Salla—. ¿Mañana? ¿Con la luna nueva? ¿Cuando vuelva el cometa rojo? Siempre me promete oro y piedras preciosas, pero yo no he visto nada. Dice que tengo su palabra; sí, claro, su real palabra, y lo apunta y todo. ¿Es que Salladhor Saan puede comerse la palabra de un rey? ¿Puede aplacar su sed con pergaminos y sellos de lacre? ¿Puede meter promesas en un lecho de plumas y follárselas hasta que griten?

Davos había tratado de persuadirlo para que mantuviera la lealtad al rey. Le

explicó que, si abjuraba de Stannis, ya podía olvidarse de cobrar el oro que le debía: no era probable que el rey Tommen pagara las deudas de su tío tras derrotarlo. La única esperanza de Salla era seguir leal a Stannis Baratheon hasta que conquistara el Trono de Hierro, o no volvería a ver ni una moneda. Se imponía la paciencia.

Tal vez un señor de lengua melosa habría sabido conmover al príncipe pirata lyseno, pero Davos era el Caballero de la Cebolla, y sus palabras solo sirvieron para indignar aún más a Salla.

—Tuve paciencia en Rocadragón —le replicó—, mientras la mujer roja quemaba dioses de madera y hombres aullantes. Tuve paciencia durante todo el viaje hasta el Muro. Tuve paciencia en Guardiaorient... y frío; tuve mucho, mucho frío. A la mierda. A la mierda la paciencia y a la mierda tu rey. Mis hombres están hambrientos; quieren volver a follar con sus mujeres y contar cuántos hijos tienen; quieren volver a ver los Peldaños de Piedra y los jardines de placer de Lys. Lo que no quieren es hielo, tormentas ni promesas vacías. Este norte es muy frío y está volviéndose más frío aún.

« Sabía que llegaría este momento —se dijo Davos—. Le tenía cariño al muy bribón, pero no soy tan idiota como para confiar en él».

—Tormentas. —Lord Godric pronunció la palabra con tanto afecto como otro habría dicho el nombre de su amante—. Las tormentas ya eran sagradas en las Hermanas antes de la llegada de los ándalos. Nuestros antiguos dioses eran Nuestra Señora de las Olas y el Señor de los Cielos. Cada vez que copulaban había tormentas. —Se inclinó hacia él—. A esos reyes nunca les han importado las Hermanas. Claro que no, ¿por qué iban a importarles? Somos pequeños, somos pobres. Pero aquí estás; las tormentas te han traído a mis manos.

« Un amigo me ha traído a tus manos».

—Dejadme a solas con este hombre —dijo lord Godric volviéndose hacia su capitán—. No ha estado aquí.

—Claro que no, mi señor.

El capitán salió de la estancia dejando las huellas de botas mojadas en la alfombra. Bajo el suelo, el mar rugía inquieto, batiendo contra el pie del castillo. La puerta exterior se cerró con un sonido distante como el de un trueno, y de nuevo, casi a modo de respuesta, brilló un relámpago.

—Mi señor —empezó Davos—, si me enviarais a Puerto Blanco, su alteza lo consideraría una prueba de amistad.

—Puedo enviarlos a Puerto Blanco —reconoció el señor—. Y también puedo enviarlos a cualquier infierno helado y húmedo.

« No creo que haya peor infierno que Villahermana» . Davos se temió lo peor. Las Tres Hermanas eran unas zorras caprichosas, leales solo a sí mismas. En teoría habían jurado lealtad a los Arryn del Valle, pero el Nido de Águilas nunca había controlado realmente las islas.

—Si Sunderland supiera que estáis aquí, me exigiría que os entregara. —Borrell era vasallo de Hermana Dulce, al igual que Longthorpe de Hermana Larga, y Torrent, de Hermana Pequeña; y todos habían jurado lealtad a Triston Sunderland, señor de las Tres Hermanas—. Os vendería a la reina por una olla de ese oro que tanto les sobra a los Lannister. El pobre tiene siete hijos, todos decididos a ser caballeros, así que necesita hasta el último dragón. —El señor cogió una cuchara de madera y volvió a enfrentarse al guiso—. Antes de oír a Triston lamentarse por el precio de los corceles, yo maldecía a los dioses que solo me habían concedido hijas. Ni os imagináis cuánto pescado hace falta para comprar una armadura medio decente.

« Yo también tenía siete hijos, pero cuatro de ellos están muertos e incinerados» .

—Lord Sunderland juró lealtad al Nido de Águilas —dijo Davos—. En justicia, debería ponerme en manos de lady Arryn.

Suponía que tendría más suerte con ella que con los Lannister. Lysa Arryn no había tomado parte en la guerra de los Cinco Reyes, pero era hija de Aguasdulces y tía del Joven Lobo.

—Lysa Arryn murió —dijo lord Godric—. La mató un bardo; ahora, el que gobierna en el Valle es lord Meñique. ¿Dónde están los piratas? —Davos no respondió, y el señor golpeó la mesa con la cuchara—. Los lysenos. Torrent divisó sus velas desde Hermana Pequeña, y antes las vieron los Flint desde la Atalaya de la Viuda. Velas naranja, verde y rosa. Salladhor Saan. ¿Dónde está?

—En alta mar. —A aquellas alturas, Salla ya estaría rodeando los Dedos y bajando por el mar Angosto, de vuelta a los Peldaños de Piedra con las pocas naves que le quedaban. Tal vez se hiciera con alguna más durante la travesía, si tenía la suerte de encontrarse con buques mercantes. « Un poco de piratería para que el viaje no se haga monótono» —. Su alteza lo ha enviado al sur para hostigar a los Lannister y a sus aliados.

Era la mentira que había preparado mientras remaba hacia Villahermana bajo la lluvia. La noticia de que Salladhor Saan había abjurado de Stannis, dejándolo sin flota, no tardaría en circular, pero nadie la conocería de boca de Davos Seaworth.

Lord Godric removió el guiso en el plato.

—Ese viejo pirata, Saan, ¿os mandó a la orilla a nado?

—Llegué a tierra en un bote, mi señor. —Salla esperó hasta que divisaron el faro de Lámpara de Noche desde la proa de la *Valyria* antes de abandonarlo en el mar. Al menos hasta ahí había llegado su amistad. El lyseño juraba que de buena gana se lo llevaría al sur, pero Davos se había negado. Stannis necesitaba a Wyman Manderly, y confiaba en Davos para ganarse su lealtad. No traicionaría esa confianza.

—Bah —le había replicado el príncipe pirata—. Te va a matar con todos esos

honores, amigo mío. Te va a matar.

—Nunca había acogido bajo mi techo a la mano del rey —comentó lord Godric—. ¿Stannis pagaría un rescate por vos?

«¿Lo pagaría? —Stannis había dado a Davos tierras, títulos y cargos, pero ¿pagaría un importe considerable por su vida?—. No tiene oro. Si lo tuviera, aún contaría con el apoyo de Salla».

—Su alteza está en el Castillo Negro, por si mi señor quiere preguntarle.

—¿El Gnomo también está en el Castillo Negro? —gruñó Borrell.

—¿El Gnomo? —Davos no entendió la pregunta—. Está en Desembarco del Rey, condenado a muerte por el asesinato de su sobrino.

—Como decía mi padre, el Muro es el último en enterarse. El enano huyó. Se coló entre los barrotes de su celda y despedazó a su padre con sus propias manos. Un guardia lo vio escapar, ensangrentado de los pies a la cabeza, como si se hubiera bañado en sangre. La reina otorgará un señorío a quienquiera que lo mate.

—¿Queréis decir que Tywin Lannister ha muerto? —A Davos le costaba dar crédito a sus oídos.

—A manos de su hijo. —El señor bebió un trago de cerveza—. Cuando había reyes en las Hermanas, no tolerábamos a los enanos; los echábamos al mar como ofrenda a los dioses. Los septones nos obligaron a abandonar esa práctica. Menuda panda de imbéciles lamecieros... Si los dioses dan esa forma a un hombre, es para indicar que se trata de un monstruo. ¿Por qué, si no, iban a hacerlo?

—¿Me daréis permiso para poder enviar un cuervo al Muro, mi señor?

—«Lord Tywin ha muerto. Esto lo cambia todo»—. A su alteza le interesaría enterarse de la muerte de lord Tywin.

—Se enterará, pero no por mí. Ni por vos, mientras estéis bajo las goteras de mi techo. No permitiré que se diga que he prestado ayuda a Stannis o que le he dado consejo. Los Sunderland arrastraron a las Hermanas a dos de las rebeliones de los Fuegoscurio, y nos costó muy caro. —Lord Godric señaló una silla con la cuchara—. Sentaos; parecéis a punto de derrumbaros. Mi morada es fría, húmeda y oscura, pero no carece de comodidades por completo. Os proporcionaremos ropa seca, pero antes será mejor que comáis. —Llamó a gritos a una mujer, que entró enseguida—. Tenemos un invitado que alimentar. Trae pan, cerveza y guiso de la Hermana.

La cerveza era oscura; el pan, negro, y el guiso, blanco y cremoso. Se lo sirvieron en una hogaza de pan duro vaciada. Abundaban los puerros, las zanahorias, la cebada y los nabos, tanto blancos como amarillos, y además llevaba almejas, bacalao y cangrejo, todo ello en un caldo espeso de nata y mantequilla. Era el guiso ideal para calentar a cualquiera hasta los huesos, lo ideal para aquella noche fría y húmeda. Davos lo devoró, agradecido.

—¿Habíais probado antes el guiso de la Hermana?

—Sí, mi señor. —Era el potaje que se preparaba en todas las tabernas y posadas de las Tres Hermanas.

—Este está mejor, seguro. Lo prepara Gella, la hija de mi hija. ¿Estáis casado, Caballero de la Cebolla?

—Sí, mi señor.

—Lástima. Gella no. Las feas son las mejores esposas. Este guiso lleva tres clases de cangrejo: cangrejo rojo, cangrejo araña y cangrejo conquistador. Yo el cangrejo araña no lo pruebo más que en este potaje. Me hace sentir medio caníbal. —Su señoría señaló el estandarte que colgaba sobre la chimenea negra y fría, donde se veía bordado un cangrejo araña de plata sobre campo sinople y ceniza—. Nos llegó la noticia de que Stannis había quemado a su mano.

«A la mano que me precedió. —Melisandre había entregado a Alester Florent a su dios en Rocadragón para conjurar el viento que los había de llevar al norte. Lord Florent había permanecido fuerte y silencioso mientras los hombres de la reina lo ataban a la estaca, y tan digno como podía mostrarse un hombre medio desnudo; pero cuando las llamas le lamieron las piernas empezó a gritar, y sus gritos los empujaron hasta Guardiaoriente del Mar, o al menos eso decía la mujer roja. A Davos no le había gustado aquel viento; le parecía que olía a carne quemada y emitía un sonido angustioso al pasar entre los cabos—. Podría haber sido yo».

—Nadie me ha quemado —tranquilizó a lord Godric—, aunque en Guardiaoriente estuve a punto de congelarme.

—Así es el Muro. —La mujer les llevó otra hogaza recién sacada del horno. Davos se quedó mirándole la mano, cosa que lord Godric no dejó de advertir—. Sí, tiene la marca, igual que todos los Borrell desde hace cinco mil años. Es hija de mi hija. No la que prepara el guiso, otra. —Partió el pan y ofreció la mitad a Davos—. Comed, está bueno.

Lo estaba. Aunque bien era cierto que a Davos le habría sabido bien un regojo, aquello significaba que estaba allí como invitado, al menos por aquella noche. Los señores de las Tres Hermanas tenían mala reputación, y la de Godric Borrell, señor de Hermana Dulce, Escudo de Villahermana, señor del Castillo Rompeolas y Guardián de Lámpara de Noche, era de las peores... Pero hasta los señores más taimados, los que provocaban naufragios para saquear los barcos, tenían que respetar las antiguas leyes de la hospitalidad.

«Al menos veré el amanecer —se dijo Davos—. Hemos compartido el pan y la sal». Aunque lo cierto era que en aquel guiso de la Hermana había especias mucho más extrañas que la sal.

—¿Esto que noto es azafrán? —El azafrán era más caro que el oro. Davos solo lo había probado una vez, cuando el rey Robert le envió medio pescado durante un banquete en Rocadragón.

—Sí, de Qarth. También lleva pimienta. —Lord Godric cogió un pellizco entre el índice y el pulgar y lo espolvoreó sobre su trozo de hogaza—. Pimienta negra de Volantis, recién molida. No hay nada mejor. Servíos tanta como queráis, si os gusta el picante: tengo cuarenta cofres, además de clavo, nuez moscada y dos marcos de azafrán. Todo lo saqué de una doncella de ojos violeta. —Se echó a reír. Davos advirtió que conservaba todos los dientes, aunque casi todos los tenía amarillos y uno de los superiores estaba muerto y renegrido—. Se dirigió a Braavos, pero un vendaval la arrastró hasta el Mordisco y acabó por estrellarse contra mis rocas. Ya veis que no sois el único regalo que me han traído las tormentas. El mar es cruel y traicionero.

«No tanto como los hombres», pensó Davos. Los antepasados de lord Godric habían sido reyes piratas hasta que los Stark cayeron sobre ellos a fuego y espada; después de aquello, los hermaneños habían dejado la piratería descarada para la gente como Salladhor Saan, y se limitaban a provocar naufragios. Los faros que ardían a lo largo de las costas de las Tres Hermanas debían servir de aviso sobre bajíos, arrecifes y rocas para hacer más segura la travesía, pero en las noches de tormenta o cuando bajaba la niebla, algunos hermaneños se valían de luces falsas para atraer a los capitanes desprevenidos.

—Las tormentas han sido muy clementes con vos al traeros a mis puertas —comentó lord Godric—. En Puerto Blanco os habráis encontrado un recibimiento muy frío. Llegáis tarde. Lord Wyman tiene intención de hincar la rodilla, y no precisamente ante Stannis. —Bebió un trago de cerveza—. En lo más hondo de su corazón, los Manderly no son norteños. No hace más de novecientos años que llegaron al norte, cargados con su oro y con sus dioses. Habían sido grandes señores en el Mander, pero se pasaron de la raya y las manos verdes los derribaron. El rey lobo se quedó con su oro, aunque a cambio les concedió tierras y les permitió conservar a sus dioses. —Mojó un trozo de pan en el guiso—. Si Stannis cree que el gordo cabalgará a lomos del venado, le espera un chasco. Hace doce días, la *Estrellaleón* hizo parada en Villahermana para llenar los depósitos de agua. ¿Conocéis esa galera? Velas escarlata, un león dorado en la proa... Y estaba llena de Freys que iban a Puerto Blanco.

—¿Frey s? —Era lo último que habría esperado Davos—. Teníamos entendido que los Frey mataron al hijo de lord Wyman.

—Ciento —asintió lord Godric—, y la ira del gordo fue tal que juró que solo se alimentaría de pan y vino hasta que llegara la hora de la venganza. Pero antes del anochecer ya estaba atiborrándose de almejas y pasteles. Los barcos circulan sin cesar entre Puerto Blanco y las Hermanas. Nosotros les vendemos cangrejos, pescado y queso de cabra, y ellos nos venden madera, lana y pieles. Por lo que tengo entendido, su señoría está más gordo que nunca, con juramento y todo. Las palabras no son más que aire, y el que sale de la boca de Manderly significa tan poco como el que le sale del trasero. —El señor arrancó otro trozo

del pan para empaparlo en el fondo de la hogaza—. Los Frey le llevaban al gordo imbécil un saco de huesos. Por lo visto se considera cortés entregar a un hombre los huesos de su hijo muerto. Si hubiera sido hijo mío, habría correspondido a su cortesía dándoles las gracias antes de colgarlos, pero el gordo es demasiado noble para eso. —Se metió el pan en la boca, masticó y tragó—. Los Frey pararon aquí y los invitó a cenar. Uno de ellos se sentó ahí mismo, donde estás vos. Rhaegar, dijo llamarse. Casi me reí en su cara. Comentó que había perdido a su esposa, pero que iba a buscarse otra en Puerto Blanco. Los cuervos mensajeros habían estado atareados; lord Wyman y lord Walder habían cerrado un acuerdo y tenían intención de sellarlo con un matrimonio.

Davos se sintió como si su anfitrión le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

« Si eso es verdad, mi rey está perdido. —Stannis Baratheon necesitaba Puerto Blanco desesperadamente. Invernalia era el corazón del norte, pero Puerto Blanco era la boca. Desde hacía siglos, su estuario no se congelaba ni en lo más encarnizado del invierno, lo que representaría una baza considerable en los meses siguientes. También era de vital importancia la plata de la ciudad. Los Lannister disponían de todo el oro de Roca Casterly, y habían adquirido por matrimonio las riquezas de Altojardín. Sin embargo, las arcas del rey Stannis estaban vacías—. Al menos tengo que intentarlo. Tal vez haya alguna manera de impedir ese enlace» .

—Tengo que llegar a Puerto Blanco —dijo—. Señoría, os suplico que me ayudéis.

Lord Godric empezó a comerse la hogaza que hacia de cuenco, arrancando pedazos con sus enormes manos. El guiso había ablandado el pan duro.

—No me gustan los norteños —dijo—. Dicen los maestres que la Violación de las Tres Hermanas sucedió hace dos mil años, pero Villahermana no olvida. Antes de aquello éramos un pueblo libre y nos gobernaban nuestros reyes. Después tuvimos que hincar la rodilla ante el Nido de Águilas para librarnos de los norteños. El lobo y el águila lucharon por nosotros durante mil años, hasta que entre los dos dejaron en los huesos a estas pobres islas. En cuanto a vuestro rey Stannis, cuando era consejero naval de Robert envió una flota a mi puerto sin mi permiso y me obligó a ahorcar a una docena de buenos amigos, hombres como vos. Hasta amenazó con ahorcarme a mí si encallaba algún barco porque Lámpara de Noche se quedaba sin luz. Tuve que tragarme su arrogancia. —Se tragó también un buen pedazo de pan—. Y ahora viene al norte todo humildad, con el rabo entre las piernas. ¿Por qué voy a ayudarlo?

« Porque es vuestro rey legítimo —pensó Davos—. Porque es fuerte y justo, porque es el único que puede devolver la paz al reino y defenderlo de los peligros que nos acechan desde el norte. Porque tiene una espada mágica que brilla con la luz del sol. —Las palabras se le atravesaron en la garganta. No conmoverían al

señor de Hermana Dulce; no lo acercarían ni un paso a Puerto Blanco—. ¿Qué respuesta quiere? ¿Debería prometerle el oro que no tenemos? ¿Un esposo noble para la hija de su hija? ¿Tierras, títulos, honores?». Lord Alester Florent había intentado aventurarse en aquel juego, y la consecuencia había sido que el rey lo había mandado quemar.

—Parece que la mano ha perdido la lengua. No le gusta el guiso de la Hermana, ni la verdad. —Lord Godric se limpió los labios.

—El león está muerto —dijo Davos con voz pausada—. Ahí tenéis la verdad, mi señor. Tywin Lannister ha muerto.

—¿Y qué?

—¿Quién gobierna ahora en Desembarco del Rey? No será Tommen; es un chiquillo. ¿Ser Kevan, tal vez?

—En ese caso ya estaríais cargado de cadenas. —La luz de las velas hizo saltar chispas de los ojos negros de lord Godric—. Quien gobierna es la reina.

«Alberga dudas —comprendió Davos—. No quiere acabar en el bando perdedor».

—Stannis defendió Bastión de Tormentas contra los Tyrell y los Redwyne. Arrebató Rocadragón a los últimos Targaryen. Acabó con la Flota de Hierro en isla Bella. El niño rey no podrá nada contra él.

—El niño rey tiene a sus órdenes todas las riquezas de Roca Casterly y el poder de Altojardín. Tiene a los Bolton y a los Frey. —Lord Godric se frotó la barbilla—. Pero... en este mundo solo hay una cosa segura: el invierno. Ned Stark dijo eso a mi padre en este mismo salón.

—¿Ned Stark estuvo aquí?

—Sí, al principio de la rebelión de Robert. El Rey Loco había enviado hombres al Nido de Águilas para que se cobraran la cabeza de Stark, pero Jon Arryn se mostró desafiante. Sin embargo, Puerto Gaviota se mantuvo leal al trono, y para volver a Invernalia a convocar a sus vasallos, Stark tuvo que cruzar las montañas hasta los Dedos y conseguir que un pescador lo ayudara a cruzar el Mordisco. Hubo una tormenta y el pescador se ahogó, pero su hija consiguió traer a Stark a las Hermanas antes de que se hundiera la barca. Dicen que la dejó con una bolsa de plata y un bastardo en la tripa. Ella lo llamó Jon Nieve; Jon en honor a Arryn.

» Como sea, el caso es que mi padre estaba sentado aquí, donde estoy ahora mismo, cuando lord Eddard llegó a Villahermana. Nuestro maestre quería que le enviáramos a Aerys la cabeza de Stark como muestra de lealtad. Habríamos conseguido una suculenta recompensa, porque el Rey Loco era generoso con quienes lo complacían. Pero para entonces ya sabíamos que Jon Arryn había tomado Puerto Gaviota. Robert fue el primero en coronar la muralla y mató personalmente a Marq Grafton. “Este Baratheon no le tiene miedo a nada —recuerdo que dije—. Lucha como solo puede luchar un rey”. Nuestro maestre se

rio de mí y nos dijo que estaba seguro de que el príncipe Rhaegar derrotaría a aquel rebelde. Fue entonces cuando Stark dijo aquello: "En este mundo solo hay una cosa segura: el invierno. Puede que nos maten, sí, pero ¿y si vencemos?". Mi padre le permitió conservar la cabeza, pero al despedirse le dijo: "Si perdéis, nunca estuvisteis aquí".

—Igual que no he estado yo —dijo Davos Seaworth.

Llevaron ante él al Rey-más-allá-del-Muro con las manos atadas y una soga al cuello.

El otro cabo de la soga iba amarrado a la silla de montar del corcel de ser Godry Farring. El Masacragigantes y su montura iban acorazados con acero nielado; Mance Rayder solo vestía una túnica fina que le dejaba las extremidades expuestas al frío.

«Podrían haberle dejado la capa —pensó Jon Nieve—, la que le remendó aquella salvaje con tiras de seda roja». No era de extrañar que el Muro llorase.

—Mance conoce el bosque Encantado mejor que ningún explorador —le había dicho Jon al rey Stannis, en un último intento de convencerlo de que el Rey-más-allá-del-Muro les sería más útil vivo que muerto—. Conoce a Tormund Matagigantes; ha luchado contra los Otros; ha tenido en su poder el Cuerno de Joramun y no lo ha hecho sonar. No destruyó el Muro cuando tuvo ocasión.

Pero sus palabras encontraron oídos sordos. Stannis no se había inmutado. La ley era clara: la deserción se pagaba con la muerte.

Bajo las lágrimas del Muro, lady Melisandre alzó las pálidas manos.

—Todos debemos escoger —proclamó—. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, señores y plebeyos; nuestras decisiones tienen el mismo valor. —Al oír su voz, Jon Nieve casi percibió el olor de anís, nuez moscada y clavo. Estaba junto al rey, en un cadalso de madera situado sobre el foso—. Escogemos la luz o escogemos la oscuridad. Escogemos el bien o escogemos el mal. Escogemos a los dioses verdaderos o a los falsos.

Mientras Mance Rayder caminaba, el viento hizo que la espesa melena castaña le tapara la cara. Se la apartó de los ojos con las manos atadas, sin dejar de sonreír. Pero cuando vio la jaula, de repente perdió el coraje. Los hombres de la reina la habían construido con árboles del bosque Encantado, con brotes y ramas flexibles, con troncos de pino pegajosos por la resina y con dedos de arciano blancos como huesos. Las habían doblado y enroscado hasta tejer un entramado de madera, que habían colgado a bastante altura sobre un foso profundo lleno de leños, hojas y astillas. El rey salvaje retrocedió ante su visión.

—No —gritó—. Piedad. No es justo, no soy el rey, no...

Un tirón de la cuerda por parte de ser Godry zanjó las protestas, y el Rey-más-allá-del-Muro no tuvo más remedio que avanzar a trompicones. Perdió el equilibrio, y Godry lo llevó a rastras el resto del trayecto. Mance estaba cubierto de sangre cuando los hombres de la reina lo empujaron a la jaula. Después, media docena de soldados aunaron esfuerzos para elevarlo ante la mirada de lady Melisandre.

—¡Pueblo libre! Aquí tenéis a vuestro rey de las mentiras. Y aquí está el cuerno con el que aseguró que derribaría el Muro. —Dos hombres de la reina

presentaron el Cuerno de Joramun, negro con bandas de oro viejo, seis codos de punta a punta. Las bandas doradas estaban grabadas con runas, la escritura de los primeros hombres. Joramun había muerto miles de años atrás, pero Mance había encontrado su tumba bajo un glaciar, en las cumbres de los Colmillos Helados. « Y Joramun hizo sonar el Cuerno del Invierno, y despertó a los gigantes de la tierra» . Según Ygritte, Mance no había llegado a encontrar el cuerno.

« O mentía, o Mance ni siquiera reveló el secreto a los suyos» .

Mil cautivos observaron entre los listones de la empalizada cómo alzaban el Cuerno de Joramun. Todos vestían harapos y estaban medio muertos de hambre. En los Siete Reinos los llamaban « salvajes» ; ellos se autodenominaban « el pueblo libre» . No parecían libres ni salvajes; solo hambrientos, asustados y aturdidos.

—¿El Cuerno de Joramun? —continuó Melisandre—. No, es el cuerno de la oscuridad. Si cae el Muro, también caerá la noche, la larga noche que no termina jamás. ¡No será así! El Señor de Luz ha visto a sus hijos en peligro y les ha enviado un campeón, Azor Ahai redivivo. —Hizo un gesto hacia Stannis con la mano, y la luz centelleó en el gran rubí que llevaba al cuello.

« Él es piedra, y ella, fuego» . Los ojos del rey eran agujeros azules hundidos en un rostro enjuto. Llevaba una coraza gris, y de los anchos hombros le colgaba una capa de hilo de oro adornada con piel. En el peto tenía un corazón llameante incrustado, justo encima de su propio corazón. Sobre la frente lucía una corona roja y dorada con las puntas rematadas en llamas. A su lado, alta y rubia, estaba Val. La habían coronado con un simple tocado de bronce oscuro, y aun así parecía más regia que Stannis con todo su oro. Sus ojos grises permanecían inmutables y no mostraban miedo. Bajo una capa de armiño vestía de blanco y oro; le habían peinado el pelo color miel con una gruesa trenza que le colgaba por el hombro derecho hasta la cintura, y el aire frío le había coloreado las mejillas.

Lady Melisandre no llevaba corona, pero todos los presentes sabían que la verdadera reina de Stannis Baratheon era ella, y no aquella mujer poco agraciada a la que había dejado temblando de frío en Guardiaoriente del Mar. Se decía que el rey no mandaría llamar a la reina Selyse y a su hija hasta que el Fuerte de la Noche fuera un lugar habitable. Jon sintió lástima por ellas. El Muro ofrecía muy pocas de las comodidades a las que estaban acostumbradas las damas sureñas y las niñas de alta cuna, y el Fuerte de la Noche no ofrecía ninguna en absoluto. Era un lugar lúgubre, hasta en sus mejores momentos.

—¡Pueblo libre! —gritó Melisandre—. ¡Contemplad el destino de aquellos que escogen la oscuridad!

El Cuerno de Joramun estalló en llamas, que ascendieron con un sonido sibilante mientras las lenguas de fuego verde y amarillo saltaban y crepitaban. La montura de Jon se agitó, nerviosa, y a lo largo de las filas, todos lucharon por mantenerse en la silla. Un gemido generalizado se alzó tras la empalizada cuando

el pueblo libre vio su esperanza en llamas. Unos cuantos comenzaron a gritar y maldecir, pero la mayoría guardó silencio. Durante un instante, las runas talladas en las cinchas de oro parecieron relucir en el aire. Los hombres de la reina empujaron el cuerno al pozo de fuego.

Dentro de la jaula, Mance Rayder tiraba de la soga que llevaba al cuello con las manos atadas, gritaba incoherencias sobre traición y brujería, y renegaba de su condición de rey, de su pueblo, de su nombre, de todo cuanto había sido. Pidió clemencia, maldijo a la mujer roja y después se echó a reír, histérico.

Jon observaba la escena sin pestañear; no quería aparentar debilidad ante sus hermanos. Había hecho salir a doscientos hombres, más de la mitad de la guarnición del Castillo Negro, que se habían alineado en filas solemnes con la lanza en la mano y la capucha subida para ocultar su rostro... y para no mostrar que, en realidad, casi todos eran novatos y ancianos. El pueblo libre temía a la Guardia. Jon quería que llevase ese miedo consigo a sus nuevos hogares del sur del Muro.

El cuerno cayó entre los troncos, las hojas y las astillas. En un abrir y cerrar de ojos, el pozo entero estuvo envuelto en llamas. Mance, agarrado a los barrotes de la jaula con las manos atadas, lloraba y suplicaba. Cuando el fuego lo alcanzó, empezó a saltar, y sus gritos se convirtieron en un chillido de miedo y dolor. Se agitó en la jaula como una hoja en llamas, como una polilla atrapada en una vela. Jon recordó una canción:

Hermanos, heme aquí en mi último día,
pues el dorniense maldito me ha llevado a la muerte;
y aunque dejar este mundo de todos sea la suerte,
a la mujer del dorniense hice mía.

En la plataforma, Val estaba tan inmóvil que parecía una estatua de sal.

« No va a llorar ni mirar hacia otra parte. —Jon se preguntó qué habría hecho Ygritte en su lugar—. Las mujeres son más fuertes. —Casi sin querer, pensó en Sam, en el maestre Aemon, en Elí y en el niño de teta—. Me maldecirá con su último aliento, pero no tuve alternativa. —Guardiaoriente había informado de fuertes tormentas en el mar Angosto—. Quería mantenerlos a salvo, pero ¿se los habré echado de comer a los cangrejos? ». La noche anterior había soñado que Sam se ahogaba, que Ygritte moría por la flecha lanzada por él (no había sido él, pero siempre soñaba que sí), que Elí lloraba lágrimas de sangre. Jon había visto suficiente.

—Ya.

Ulmer del Bosque Real clavó la lanza en el suelo, descolgó el arco y lo armó con una flecha negra de su carcaj. Donnel Colina el Suave se quitó la capucha

para hacer lo mismo. Garth Plumagrís y Ben Barbas cargaron flechas, tensaron los arcos y lanzaron.

Una flecha alcanzó a Mance Rayder en el pecho; otra, en el estómago, y otra, en el cuello. La cuarta fue a clavarse en una barra de la jaula, y se quedó vibrando durante un momento antes de arder. Los llantos de una mujer resonaron en el Muro cuando el cuerpo del rey de los salvajes cayó inerte, envuelto en fuego.

—Ahora, su guardia ha terminado —murmuró Jon. Mance Rayder había pertenecido a la Guardia de la Noche antes de cambiar la capa negra por otra con parches de seda rojo vivo.

Desde la plataforma, Stannis frunció el ceño. Jon no quería ni mirarlo. El suelo de la jaula se había desprendido, y los barrotes se desmoronaban. Cuanto más subía el fuego, más ramas caían, libres, negras y rojas.

—El Señor de Luz creó el Sol, la Luna y las estrellas para iluminar nuestro camino, y nos dio el fuego para mantener a raya la noche —dijo Melisandre a los salvajes—. Nadie puede resistir sus llamas.

—Nadie puede resistir sus llamas —repitieron los hombres de la reina.

La túnica de la mujer roja, teñida de un escarlata oscuro, le revoloteó en torno al cuerpo, y el pelo cobrizo le formó un halo alrededor de la cara. En las yemas de los dedos le bailaban llamas amarillas que parecían uñas largas.

—¡Pueblo libre! Vuestros falsos dioses no pueden ayudaros; vuestro cuerno falso no os ha salvado; vuestro rey falso solo os ha traído muerte, desesperación, derrota... Pero aquí tenéis al verdadero rey. ¡Contemplad su gloria!

Stannis Baratheon desenvainó a *Dueña de Luz*. La espada lanzó destellos rojos, amarillos y naranjas. Jon ya había visto aquel espectáculo..., pero no de aquella manera, nunca de aquella manera. *Dueña de Luz* era el sol convertido en acero. Cuando Stannis alzó la hoja por encima de la cabeza, los hombres tuvieron que apartar la vista o cubrirse los ojos. Los caballos se alborotaron, y uno llegó a desmontar a su jinete. Las llamas del pozo parecieron encoger ante aquella tormenta de luz, como un perro pequeño que se escondiera de otro más grande. El Muro mismo se tornó rojo, rosa y naranja cuando las oleadas de color bailaron en el hielo.

« ¿Este es el poder de la sangre de un rey?».

—Poniente solo tiene un rey —dijo Stannis. Su voz sonó áspera, sin asomo de la música que desprendía la de Melisandre—. Con esta espada defenderé a mis súbditos y destruiré a quienes los amenacen. Arrodillaos, y os prometo comida, tierras y justicia. Arrodillaos y viviréis. O marchaos y moriréis. La elección es vuestra. —Envainó a *Dueña de Luz* y el mundo volvió a oscurecerse, como si el sol se hubiese escondido tras una nube—. Abrid las puertas.

—¡Abrid las puertas! —bramó ser Clayton Suggs, con una voz tan profunda como un cuerno de guerra.

—¡Abrid las puertas! —repitió ser Corliss Penny, al mando de los guardias.

—¡Abrid las puertas! —gritaron los sargentos. Los hombres se dispersaron para obedecer. Arrancaron las estacas del suelo; tiraron los troncos a zanjas hondas, y las puertas de la empalizada se abrieron de par en par. Jon Nieve levantó la mano y la bajó, y las filas negras se rompieron a izquierda y derecha, despejando un camino hacia el Muro, donde Edd Tollett el Penas empujó la puerta de hierro.

—Venid —instó Melisandre, apremiante—. Venid hacia la luz... o volved a la oscuridad. —Bajo ella, el fuego crepitaba en el foso—. Si escogéis la vida, venid a mí.

Y fueron. Los cautivos empezaron aemerger de su redil, despacio al principio, algunos renqueando o apoyados en sus compañeros.

« Si queréis comer, acercaos —pensó Jon—. Si no queréis morir congelados o pasar hambre, rendios. —El primer grupo de prisioneros rodeó los troncos y atravesó el círculo de estacas, hacia Melisandre y el Muro. Caminaban dubitativos, temerosos de que fuera una trampa. Luego se sumaron más, hasta que formaron una corriente constante. Los hombres de la reina, embutidos en yelmos y chalecos claveteados, iban entregando un pedazo de anciano blanco a cada hombre, mujer o niño: un palo, una rama astillada y blanca como un hueso roto, adornada con hojas rojas como la sangre—. Algo de los dioses antiguos para alimentar a los nuevos». Jon flexionó los dedos de la mano de la espada.

El calor que ascendía del foso de fuego se sentía desde lejos, de modo que para los salvajes tenía que ser abrasador. Vio encogerse a los hombres que pasaban junto a las llamas, y oyó llorar a varios niños. Unos cuantos volvieron al bosque. Vio huir a una joven con un niño de cada mano. Se volvía a cada paso para asegurarse de que nadie los seguía, y cuando llegó a los árboles echó a correr. Un anciano cogió la rama que le tendían y la usó de arma, golpeando a izquierda y derecha hasta que los hombres de la reina lo atravesaron con sus lanzas. Los demás tuvieron que rodear su cadáver, hasta que ser Corliss lo arrojó al fuego. Después de ver aquello, más gente del pueblo libre escogió el bosque, quizás uno de cada diez.

Pero la mayoría respondió a la llamada. Tras ellos solo habían dejado frío y muerte; delante estaba la esperanza.

Avanzaron aferrados a sus ramas de madera, hasta que llegó el momento de alimentar las llamas con ellas. R'hllor era una deidad celosa, siempre hambriona, y cuando el nuevo dios devoró el cadáver del antiguo, las sombras gigantescas de Stannis y Melisandre se proyectaron en el Muro, en negro contraste con los reflejos rojizos del hielo.

Sigorn fue el primero en arrodillarse ante el rey. El nuevo magnar de Thenn era como su padre, solo que más joven y bajo: enjuto, calvo, con canilleras de bronce y una camisa de cuero con escamas cosidas, también de bronce. Después

llegó Casaca de Matraca, envuelto en una armadura tintineante de huesos y cuero endurecido, con una calavera de gigante por yelmo. Bajo los huesos se escondía un ser enclenque y ruin con los dientes negros rotos y un matiz amarillo en el blanco de los ojos.

« Un hombre menudo, malicioso y traidor, tan estúpido como cruel». Jon no creyó ni un momento que fuera a mostrar ninguna lealtad, y se preguntó qué sentiría Val al verlo arrodillarse, perdonado.

Los siguientes fueron los cabecillas menores: dos jefes de los pies de cuerno, cuyos pies eran negros y duros; una anciana sabia reverenciada por las gentes del Agualechosa; el hijo de Alfyn Matacervos, un niño de doce años, esquelético y de ojos oscuros; Halleck, el hermano de Harma Cabeza de Perro, con sus cerdos. Todos se arrodillaron ante el rey.

« Hace demasiado frío para esta pantomima», pensó Jon. « El pueblo libre desprecia a los arrodillados —le había advertido a Stannis—. Dejadle conservar su orgullo y os ganaréis su afecto». Pero su alteza no quería escuchar: « Necesito sus espadas, no sus besos», fue la respuesta.

Tras arrodillarse, los salvajes atravesaron las filas de hermanos negros hacia la puerta. Jon había pedido a Caballo, a Seda y a otra docena de hombres que los guiaran con antorchas al otro lado del Muro, donde los esperaban cuencos de sopa de cebolla caliente, pan negro y salchichas. Y ropa: capas, calzones, botas, túnicas, buenos guantes de piel... Dormirían en lechos de paja limpia, cerca de un fuego que mantendría a raya el frío de la noche; aquel rey era de lo más metódico. Sin embargo, más tarde o más temprano, Tormund Matagigantes volvería a atacar el Muro, y cuando llegase ese momento, Jon no sabía qué lado escogerían los nuevos acólitos del rey.

« Puedes darles tierras y piedad, pero el pueblo libre escoge sus propios reyes y escogió a Mance, no a ti».

Bowen Marsh acercó su montura a Jon.

— Nunca pensé que llegaría a ver este día. — El lord mayordomo había adelgazado considerablemente desde que le hirieran en la cabeza en el puente de los Cráneos. Le faltaba un trozo de oreja.

« Ya no parece una granada», pensó Jon.

— Derramamos sangre para detener a los salvajes en la Garganta — continuó Marsh—. Allí murieron buenos hombres, amigos y hermanos. ¿Para qué?

— El reino nos maldecirá a todos por esto — declaró ser Alliser Thorne con la voz cargada de veneno—. Todo hombre honrado de Poniente escupirá ante la sola mención de la Guardia de la Noche.

« Qué sabrás tú de hombres honrados».

— Silencio en las filas. — Ser Alliser Thorne era más cauteloso desde que lord Janos había perdido la cabeza, pero su malicia seguía igual. Jon había acariciado la idea de darle el mando que había rechazado Slynt, pero prefería tenerlo cerca.

« Siempre fue el más peligroso de los dos. —En su lugar había enviado a un mayordomo canoso de la Torre Sombria para que se pusiera al frente de Guardiagrís. Tenía la esperanza de que las dos nuevas guarniciones cambiaran algo—. La Guardia puede herir al pueblo libre, pero no detenerlo. —Haber entregado a Mance Rayder al fuego no cambiaba aquello—. Seguimos siendo muy pocos y ellos siguen siendo demasiados, y sin exploradores es como si estuviéramos ciegos. Tengo que enviar hombres afuera. Pero ¿volverán?» .

El túnel que atravesaba el Muro era tortuoso y estrecho, y muchos salvajes eran mayores, o estaban enfermos o heridos, con lo que el transcurso de la marcha fue lento. Ya era de noche cuando el último hincó la rodilla. El foso de fuego ardía con poca intensidad, y la sombra del rey en el Muro se había reducido a una cuarta parte de su altura inicial. Jon Nieve veía su aliento en el aire.

« Hace frío, y cada vez más. Esta pantomima ha durado demasiado» .

Unos cuarenta cautivos deambulaban todavía por la empalizada. Entre ellos había cuatro gigantes, unas criaturas peludas y enormes de hombros caídos, piernas largas como troncos y anchos pies desparramados. A pesar de su tamaño podrían haber cruzado el Muro, pero uno de ellos no quería abandonar a su mamut y los otros no querían abandonarlo a él. Los que quedaban eran de estatura humana; algunos estaban muertos y a otros les faltaba poco, y ni sus familiares ni sus amigos cercanos estaban dispuestos a abandonarlos, ni siquiera por un cuenco de sopa de cebolla.

Tanto los que tiritaban como los que estaban demasiado entumecidos para tiritar oyeron la voz del rey que retumbaba en el Muro:

—Sois libres deiros —les dijo Stannis—. Contadle a vuestra gente lo que habéis presenciado. Anunciad a los vuestros que habéis visto al verdadero rey, y que serán bien recibidos en este reino mientras mantengan la paz. Si su intención es otra, más les vale huir o esconderse; no estoy dispuesto a tolerar más ataques contra mi Muro.

—¡Un reino, un dios, un rey! —gritó lady Melisandre.

—¡Un reino, un dios, un rey! —repitieron los hombres del rey golpeándose el escudo con el asta de la lanza—. ¡Stannis! ¡Stannis! ¡Un reino, un dios, un rey!

Jon se fijó en que ni Val ni los hermanos de la Guardia de la Noche coreaban las consignas. Durante el tumulto, los salvajes que quedaban desaparecieron entre los árboles. Los gigantes fueron los últimos en irse, dos a lomos del mamut y los otros dos a pie, y solo quedaron los muertos. Jon observó como Stannis descendía de la plataforma, junto con Melisandre.

« Su sombra roja. Nunca se aparta de su lado» . La guardia de honor del rey los rodeaba: ser Godry, ser Clayton y otra docena de caballeros, todos hombres de la reina, con la luz de la luna reflejada en las armaduras y las capas ondeando al viento.

—Lord mayordomo —le dijo Jon a Marsh—, haz leña de la empalizada y tira los cadáveres al fuego.

—Como ordene mi señor. —Marsh lanzó las órdenes, y un enjambre de sus mayordomos rompió filas para atacar las paredes de madera. Los observó con el ceño fruncido—. Estos salvajes... ¿Creéis que mantendrán su parte del acuerdo, mi señor?

—Unos sí, otros no... Nosotros tenemos nuestros cobardes y nuestros canallas; nuestros débiles y nuestros idiotas, y ellos también.

—Nuestro juramento... Prometimos proteger el reino...

—Cuando el pueblo libre se haya establecido en el Agasajo, se integrará en el reino —apuntó Jon—. Vivimos tiempos desesperados, y vienen tiempos peores. Hemos visto la cara de nuestro verdadero enemigo, un rostro blanco y muerto de ojos azules brillantes. El pueblo libre también lo ha visto. Stannis no se equivoca: debemos hacer causa común con los salvajes.

—Causa común contra un enemigo común, estoy de acuerdo —insistió Bowen Marsh—, pero eso no significa que debamos permitir que diez mil salvajes hambrientos crucen el Muro. Que vuelvan a sus aldeas y que luchen contra los Otros desde allí, mientras nosotros sellamos las puertas. Othell dice que no será difícil. Solo necesitamos llenar los túneles con piedras y echar agua por los matacanes; el Muro se encargará del resto. El frío, el peso... En una sola luna, será como si nunca hubiera habido puerta. El enemigo tendría que excavar para abrirse paso.

—O trepar.

—Es improbable. No son asaltantes que vengan a llevarse una esposa y un botín. Tormund vendrá con ancianas, niños, rebaños de ovejas, cabras y hasta mamuts. Necesita una puerta, y solo hay tres. Y si quiere enviar escaladores..., defenderse de ellos es más fácil que pescar con arpón en una olla.

«Los peces no trepan por las paredes de la olla y le clavan una lanza en el estómago al pescador». Jon ya había escalado el Muro y sabía de qué hablaba.

—Los arqueros de Mance Rayder nos lanzaron unas diez mil flechas, a juzgar por las que hemos recogido —continuó Marsh—. Fueron menos de cien las que alcanzaron a nuestros hombres en la cima del Muro, y casi todas llegaron por capricho del viento. El único que murió allí arriba fue Alyn el Rojo de Palisandro, y lo mató la caída, no la flecha que le dio en la pierna. Donal Noye murió por defender la puerta. Un acto muy noble, pero si la puerta hubiera estado sellada, nuestro valiente armero aún estaría con nosotros. Tanto si nos enfrentamos a cien enemigos como a cien mil, mientras nosotros estemos en lo alto del Muro y ellos abajo, no pueden hacernos daño.

«No le falta razón». Las hordas de Mance Rayder habían caído sobre el Muro como una ola contra una orilla rocosa, aunque quienes lo defendían no eran más que un puñado de ancianos, novatos y tullidos. Aun así, la sugerencia de

Bowen iba contra todos los instintos de Jon.

—Si cerramos las puertas, no podremos enviar exploradores —hizo notar—. Estaríamos ciegos.

—La última expedición de lord Mormont le costó a la Guardia una cuarta parte de sus hombres, mi señor. Necesitamos conservar tantas fuerzas como podamos. Cada muerte reduce nuestro número, y cada vez somos menos... Ocupa el lugar más alto y ganarás la batalla, como decía mi tío. Nada es más alto que el Muro, lord comandante.

—Stannis promete tierras, comida y justicia a todo salvaje que hinde la rodilla. No nos permitirá sellar las puertas.

—Lord Nieve... —Marsh titubeó antes de continuar—: No soy de los que cuentan chismes, pero se rumorea que os mostráis... demasiado amistoso con lord Stannis. Algunos incluso insinúan que sois... un...

«Un rebelde y un cambiacañas, sí, y un bastardo y un cambiapiés, eso también». Puede que Janos Slynt ya no estuviera en la Guardia, pero sus mentiras no se habían esfumado con él.

—Ya sé qué se dice. —Jon había oido los rumores, y también se había fijado en que algunos hombres lo rehuían cuando cruzaba el patio—. ¿Qué quieren que haga? ¿Que luche contra Stannis y contra los salvajes a la vez? Los soldados de su alteza triplican a los nuestros, y además es nuestro invitado. Las leyes de la hospitalidad lo protegen. Y estamos en deuda con él y los suyos.

—Lord Stannis nos ayudó cuando lo necesitábamos —insistió Marsh—, pero sigue siendo un rebelde y su causa está condenada. Tan condenada como nosotros si el Trono de Hierro nos tacha de traidores. Debemos asegurarnos de no escoger el bando perdedor.

—No pretendo escoger ningún bando —dijo Jon—, pero no estoy tan seguro como tú del desenlace de esta guerra, y menos ahora que lord Tywin ha muerto.

—Si las nuevas que llegaban del camino Real eran ciertas, la mano del rey había sido asesinado por su hijo enano mientras estaba sentado en el retrete. Jon había conocido brevemente a Tyrion Lannister. «Me cogió de la mano y me llamó amigo». Era difícil creer que aquel hombrecillo tuviera lo que había que tener para asesinar a su propio padre, pero no cabía la menor duda sobre la muerte de lord Tywin—. El león de Desembarco del Rey es un cachorro, y el Trono de Hierro tiene fama de reducir a jirones incluso a hombres adultos.

—Puede que sea un niño, mi señor, pero... Todo el mundo quería al rey Robert, y la mayoría acepta a Tommen como su hijo. Cuanto más se sabe de lord Stannis, menos gusta, y lady Melisandre gusta todavía menos, con sus fuegos y su lúgubre dios rojo. Se quejan.

—También se quejaban del lord comandante Mormont. Una vez me dijo que a los hombres les encanta quejarse de su esposa y de su señor. Los que no tienen esposa se quejan el doble de su señor. —Jon miró la empalizada de reojo. Ya

habían caído dos paredes, y la tercera estaba en camino—. Te dejo para que acabes con lo que tienes entre manos aquí. Asegúrate de que incineran todos los cadáveres. Gracias por tus consejos; te prometo que pensaré en todo lo que me has dicho.

Cuando Jon volvió a la puerta, aún salía humo del foso y flotaban cenizas en el aire. Una vez allí desmontó para guiar a su caballo hacia el sur por el hielo. Edd el Penas lo precedía con una antorcha. Sus llamas lamían el techo, con lo que a cada paso caían sobre ellos lágrimas frías.

—Ha sido un alivio ver arder el cuerno, mi señor —dijo Edd—. Anoche soñé que estaba meando en el Muro justo cuando a alguien le daba por hacerlo sonar. No es que me queje; es mejor que mi otro sueño, ese en el que Harma Cabeza de Perro me echaba de comer a los cerdos.

—Harma murió —dijo Jon.

—Pero los cerdos no. Me miran igual que el Mortifero miraba el jamón. No digo que los salvajes quieran hacernos daño. Sí, destrozamos sus dioses y los obligamos a quemar lo que quedaba de ellos, pero les dimos sopa de cebolla. ¿Qué es un dios comparado con un delicioso cuenco de sopa de cebolla? A mí no me vendría mal uno.

Jon todavía tenía pegado a la ropa el olor del humo y la carne quemada. Sabía que debería comer algo, pero lo que anhelaba era compañía, no comida.

«Una copa de vino con el maestre Aemon; una conversación tranquila con Sam; unas risas con Pyp, Grenn y Sapo». Pero Aemon y Sam se habían marchado, y el resto de sus amigos...

—Esta noche cenaré con mis hombres.

—Cordero estofado y remolacha. —Edd el Penas siempre sabía qué había para cenar—. Pero dice Hobb que se han acabado los rábanos picantes. ¿De qué vale un cordero estofado sin rábanos picantes?

Desde que los salvajes habían quemado la antigua sala común, los hombres de la Guardia de la Noche comían en el sótano de piedra situado bajo la armería, un espacio cavernoso y tétrico dividido por dos filas de pilares de piedra, con techo abovedado y grandes barricas de vino y cerveza a lo largo de las paredes. Cuando entró Jon, cuatro constructores estaban jugando a los dados en la mesa cercana a las escaleras. Había un grupo de exploradores y varios hombres del rey sentados cerca del fuego, cuchicheando.

Los hombres más jóvenes se habían reunido en torno a otra mesa, donde Pyp había apuñalado un nabo con el cuchillo.

—La noche es oscura y alberga nabos —anunció con voz solemne—. Recemos por la carne, hijos míos, carne con algo de deliciosa salsa encebollada. —Todos sus amigos se rieron: Grenn, Sapo, Seda... Todos estaban allí.

Jon Nieve no se unió a la carcajada.

—Burlarse de las oraciones ajenas es de idiotas, Pyp. Y también es peligroso.

—Si el dios rojo se ofende, que me aniquile ahora mismo.

Ya no sonreía nadie.

—Nos reíamos de la sacerdotisa —dijo Seda, un joven ágil y guapo que había sido prostituto en Antigua—. Solo broméábamos, mi señor.

—Vosotros tenéis vuestros dioses y ella tiene los suyos. Dejadla en paz.

—Ella no deja en paz a los nuestros —replicó Sapo—. Dice que los Siete son dioses falsos, mi señor. Y los antiguos, también. Ha hecho a los salvajes quemar ramas de arciano, ya lo habéis visto.

—Lady Melisandre no es responsabilidad mía; vosotros, sí. No permitiré que haya mala sangre entre los hombres del rey y los míos.

—No refunfuñes más, valiente Sapo —dijo Pyp poniéndole una mano en el hombro a Sapo—; nuestro gran lord Nieve ha hablado. —Se levantó de un salto y le hizo una reverencia burlona a Jon—. Os ruego perdón. No moveré ni una oreja a no ser que su señorial señoría me lo permita.

«Cree que esto es un juego». Jon habría dado lo que fuera por inculcarle algo de sentido común.

—Puedes mover las orejas tanto como quieras. Los problemas vienen cuando mueves la lengua.

—Lo haré andarse con más cuidado —prometió Grenn—, y de lo contrario le daré una colleja. —Dudó antes de seguir—. Mi señor, ¿cenaréis con nosotros? Owen, apártate y haz sitio para Jon.

No había nada en el mundo que Jon desease más.

«No —tuvo que convencerse—, esos días ya pasaron».

Cuando se dio cuenta sintió una puñalada en el estómago. Lo habían escogido para que los dirigiera. El Muro era suyo, y sus vidas estaban en sus manos. Casi pudo oír las palabras de su padre: «Un señor puede amar a sus hombres, pero no puede ser su amigo, porque tal vez un día tenga que juzgarlos o enviarlos a la muerte».

—Quizá otro día —mintió—. Será mejor que cenes por tu cuenta, Edd, tengo trabajo pendiente.

El aire exterior parecía incluso más frío que antes. Más allá del castillo divisó la luz de las velas en las ventanas de la Torre del Rey. Val estaba en el tejado de la torre, mirando el Muro. Stannis la mantenía encerrada en unas habitaciones situadas encima de las suyas, pero le permitía pasear por las almenas para hacer algo de ejercicio.

«Parece tan sola... —pensó Jon—. Tan sola y tan hermosa». Ygritte había sido hermosa a su manera, con aquel pelo rojo besado por el fuego, pero era la sonrisa lo que daba vida a su rostro. Val no necesitaba sonreír; cualquier hombre de cualquier corte del mundo se volvería para mirarla.

Pero sus carceleros no la apreciaban tanto. Se burlaba de ellos llamándolos «arrodillados», y había intentado escaparse en tres ocasiones. En una de ellas,

un carcelero se había distraído, y ella le había arrebatado el puñal y se lo había clavado en la nuca. Un poco más a la izquierda y lo habría matado.

«Sola, hermosa y letal —reflexionó Jon—, y podría haber sido mía. Ella, Invernalia, y el nombre de mi señor padre. —Pero había escogido una capa negra y un muro de hielo. Había escogido el honor—. El honor de un bastardo».

El Muro se alzaba a su derecha mientras cruzaba el patio. En la parte superior, el hielo brillaba claro, pero en la de abajo solo había sombras. En la puerta se veía un brillo anaranjado entre las barras, allí donde los guardias se habían refugiado del viento. Jon alcanzaba a oír el entrecocar de las cadenas de la jaula cuando se balanceaba y pegaba contra el hielo. Más arriba, los centinelas estarían apiñados en la cálida caseta alrededor de un brasero, gritando para hacerse oír por encima del viento. O quizás habrían cejado en el empeño, y cada uno estaría inmerso en su propio pozo de silencio.

«Debería estar patrullando el hielo. El Muro es mío».

Pasaba ante el caparazón hueco de la Torre del Lord Comandante, poco más allá de donde Ygritte había muerto en sus brazos, cuando Fantasma apareció tras él, con el cálido aliento condensándose en el frío. A la luz de la luna, sus ojos brillaban como pozos de fuego. El sabor de la sangre caliente llenó la boca de Jon, y supo que Fantasma había matado aquella noche.

«No —pensó—, soy un hombre, no un lobo». Se pasó el dorso de una mano enguantada por la boca y escupió.

Clydas aún ocupaba las habitaciones situadas bajo la pajarera. Cuando Jon llamó a la puerta, se acercó arrastrando los pies, con una vela en la mano, y la entreabrió.

—¿Es mal momento? —preguntó Jon.

—En absoluto. —Clydas abrió más la puerta—. Estaba especiando vino. ¡Mi señor quiere tomar una copa?

—Será un placer.

Tenía las manos entumecidas por el frío. Se quitó los guantes y flexionó los dedos.

Clydas volvió a la chimenea para remover el vino.

«Tiene por lo menos sesenta años; es un anciano. Solo parecía joven comparado con Aemon». Bajo y orondo, tenía los ojos rosados de una criatura nocturna y unas pocas canas le colgaban del cuero cabelludo. Cuando sirvió el vino, Jon cogió la copa con ambas manos, olfateó las especias y tragó. El calor se le esparció por el pecho. Volvió a beber a sorbos largos y profundos para quitarse el sabor de sangre de la boca.

—Los hombres de la reina dicen que el Rey-más-allá-del-Muro murió como un cobarde, que pidió clemencia y negó ser el rey.

—Así fue. *Dueña de Luz* brillaba con más fuerza que nunca. Tan brillante como el sol. —Jon alzó su copa—. Por Stannis Baratheon y su espada mágica. —

El vino tenía un sabor amargo.

—Su alteza no es hombre fácil. Pocos coronados lo son. El maestre Aemon decía que muchos hombres buenos han sido malos reyes, y que algunos hombres malvados han sido buenos reyes.

—Sabía de qué hablaba. —Aemon Targaryen había visto pasar nueve reyes por el Trono de Hierro. Había sido hijo de un rey, hermano de un rey, tío de un rey—. He mirado el libro que me dejó el maestre Aemon, el *Compendio jade*, sobre todo las páginas que hablan de Azor Ahai. Su espada era *Dueña de Luz* y fue templada con la sangre de su esposa, si es que se puede considerar fidedigno a Votar. Por eso, *Dueña de Luz* nunca está fría al tacto, sino cálida, igual que Nissa Nissa. Durante la batalla, la hoja ardía de calor. Una vez, Azor Ahai luchó contra un monstruo, y cuando clavó la hoja en el estómago de la bestia, su sangre empezó a hervir. Le salieron humo y vapor de la boca, los ojos se le derritieron y le corrieron por las mejillas, y su cuerpo estalló en llamas.

—Una espada que genera calor... —Clydas dejó la frase inconclusa.

—... sería un bien muy preciado en el Muro. —Jon dejó la copa de vino y volvió a ponerse los guantes de piel de topo—. Lástima que la espada que porta Stannis esté fría. Me gustaría ver cómo se comporta su *Dueña de Luz* en batalla. Gracias por el vino. Fantasma, conmigo.

Jon Nieve se puso la capucha y se dirigió a la puerta. El lobo blanco lo siguió hacia la noche.

La armería estaba oscura y en silencio. Jon saludó con un gesto a los guardias antes de pasar junto a las silenciosas filas de lanzas, en dirección a sus aposentos. Colgó el cinturón de la espada de una clavija situada junto a la puerta, y la capa de otra. Cuando se quitó los guantes tenía las manos entumecidas, con lo que le llevó un buen rato encender las velas. Fantasma se enroscó en la alfombra y se quedó dormido, pero Jon aún no podía permitirse el lujo de imitarlo. La maltratada mesa de madera de pino estaba cubierta con mapas del Muro y las tierras de más allá, una lista de exploradores y una carta de la Torre Sombría que mostraba la caligrafía fluida de Denys Mallister.

Releyó la misiva, afiló una pluma y destapó un bote de espesa tinta negra. Escribió dos cartas; la primera para ser Denys y la segunda para Cotter Pyke. Ambos le pedían más hombres con urgencia. Envío a Halder y a Sapo a la Torre Sombría, y a Grend y a Pyp a Guardiaoriente del Mar. La tinta no corría bien, y todas sus palabras sonaban cortantes, bruscas y torpes, pero perseveró.

Cuando por fin dejó la pluma, la habitación estaba fría y en penumbra, y las paredes parecían cernirse sobre él. Posado sobre la ventana, el cuervo del Viejo Oso lo miraba con ojos negros y astutos.

« Mi último amigo —pensó con tristeza—. Será mejor que te sobreviva, o también te comerás mi cara ». Fantasma no contaba. Fantasma era más que un amigo. Fantasma era parte de él.

Jon se levantó y subió las escaleras hasta el camastro que perteneciera a Donal Noye.

«Este es mi destino —supo mientras se desnudaba—, desde ahora hasta el fin de mis días» .

—¿Qué pasa? —preguntó sobresaltada cuando Irri la sacudió suavemente por el hombro. En el exterior era noche cerrada. «Algo marcha mal», supo al instante. —¿Se trata de Daario? ¿Ha sucedido algo?

En su sueño eran marido y mujer, gente sencilla que llevaba una vida sencilla en una alta casa de piedra con la puerta roja. En su sueño, él la besaba por todo el cuerpo, la boca, el cuello, el pecho...

—No, *khaleesi* —murmuró Irri—. Ha venido vuestro eunuco, Gusano Gris, con los hombres de cabeza afeitada. ¿Queréis recibirlos?

—Sí. —Tenía el pelo enmarañado y las ropas de dormir revueltas—. Ayúdame a vestirme. Y tráeme una copa de vino para despejarme la cabeza. —«Para olvidar lo que soñaba». Le llegó el sonido de unos sollozos ahogados—. ¿Quién está llorando?

—Vuestra esclava Missandei —dijo Jhiqui, que llevaba una vela en la mano.

—Mi criada. Yo no tengo esclavos. —Dany seguía sin comprender—. ¿Por qué llora?

—Por el que era su hermano —le respondió Irri.

El resto lo supo por boca de Skahaz, Reznak y Gusano Gris cuando los llevaron a su presencia. Antes de que dijeran una palabra, Dany sabía ya que llevaban malas noticias. Le bastó con ver la expresión del feo rostro del Cabeza Afeitada.

—¿Los Hijos de la Arpía?

Skahaz asintió. Tenía los labios apretados.

—¿Cuántos muertos?

—Nueve, magnificencia. —Reznak se retorció las manos—. Ha sido un ataque sucio e infame. Qué noche más espantosa.

«Nueve. —La palabra se le clavó como un puñal en el corazón. Noche tras noche, la guerra contra las sombras se recredecía al pie de las pirámides escalonadas de Meereen. Mañana tras mañana, el sol salía sobre nuevos cadáveres e iluminaba arpías pintadas con sangre en las paredes cercanas. Cualquier liberto demasiado próspero o locuaz podía ser el siguiente—. Pero nueve en una noche...». Aquello sí que la asustaba.

—Contádmelo todo.

—Tendieron una emboscada a vuestros siervos mientras patrullaban Meereen para defender la paz de vuestra alteza —respondió Gusano Gris—. Todos iban bien armados, con lanza, escudo y espada corta. Iban de dos en dos, y de dos en dos murieron. A vuestros siervos Puño Negro y Cetherys los acribillaron con saetas de ballesta en el Laberinto de Mazdhan. A vuestros siervos Mossador y Duran los lapidaron al pie de la muralla del río. Vuestros siervos Eladon Pelodorado y Lanza Leal fueron envenenados en una casa de vinos a la que solían ir por la noche tras terminar la ronda.

«Mossador». Dany apretó los puños. Unos jinetes de las islas del Basilisco habían secuestrado a Missandei y a sus hermanos en Naath, para luego venderlos como esclavos en Astapor. Pese a su juventud, Missandei había demostrado tal don para los idiomas que los bondadosos amos la habían formado como escriba. Mossador y Marselen no habían tenido tanta suerte: los castraron y los convirtieron en inmaculados.

—¿Habéis capturado a alguno de los asesinos?

—Vuestros siervos han detenido al dueño de la casa de vinos y a sus hijas. Juran que no sabian nada y suplican misericordia.

«Todos juran que no sabían nada y suplican misericordia», pensó Dany.

—Entregádselos al Cabeza Afeitada. Que no se comuniquen entre sí. Skahaz, quiero que los interroguéis.

—Así se hará, adoración. ¿Cómo preferís que sea el interrogatorio? ¿Delicado o brusco?

—Delicado al principio. A ver qué cuentan y qué nombres mencionan. Puede que no tengan nada que ver con esto. —Titubeó un instante—. El noble Reznak dice que han sido nueve. ¿Quiénes más?

—Tres libertos, asesinados en sus casas —respondió el Cabeza Afeitada—. Un prestamista, un zapatero y la arpista Rylona Rhee. Antes de matarla le cortaron los dedos.

La reina dragón tragó saliva. Rylona Rhee tocaba el arpa con tanta dulzura como la Doncella. Cuando era esclava en Yunkai actuaba para todas las familias nobles de la ciudad, y en Meereen se había convertido en cabecilla de los libertos y unkios, a los que representaba en las sesiones del Consejo de Dany.

—¿No tenemos más prisioneros que ese vendedor de vino?

—Uno lamenta confesar que no. Os suplicamos vuestro perdón.

«Más misericordia —pensó Dany—. Tendrán la misericordia del dragón».

—He cambiado de opinión, Skahaz. Que el interrogatorio sea brusco.

—Muy bien —asintió—. Otra posibilidad es interrogar con brusquedad a las hijas mientras el padre mira. Si os parece bien, así les sacaremos unos cuantos nombres.

—Haced lo que podáis, pero quiero esos nombres. —Sentía la rabia como una hoguera en el vientre—. No permitiré que asesinen a más inmaculados. Que vuestros hombres se retiren a los barracones, Gusano Gris. De hoy en adelante vigilarán mis murallas, mis puertas y a mí, nada más. A partir de ahora, los encargados de mantener la paz en Meereen serán los meereenos. Skahaz, quiero que creéis un cuerpo de guardia compuesto a partes iguales por vuestros cabezas afeitadas y mis libertos.

—Como ordenéis. ¿Cuántos hombres?

—Tantos como sean necesarios.

Reznak mo Reznak contuvo una exclamación.

—Magnificencia —intervino—, ¿de dónde sacaremos dinero para pagar el salario de tantos hombres?

—De las pirámides —replicó Dany—. Lo llamaremos «impuesto de sangre». Cada pirámide deberá pagar cien monedas de oro por cada liberto asesinado por los Hijos de la Arpía.

Aquello dibujó una sonrisa en el rostro del Cabeza Afeitada.

—Se hará como decis, pero vuestro esplendor debe saber que los grandes amos de Zhak y Merreq están haciendo preparativos para abandonar sus pirámides y salir de la ciudad.

Daenerys estaba harta, harta de Zhak y Merreq, harta de los meereenos nobles y del pueblo llano.

—Pues que se vayan, pero con lo puesto. Aseguraos de que su oro se quede aquí. Y también sus reservas de comida.

—Magnificencia —murmuró Reznak mo Reznak—, no sabemos si estos nobles señores pretenden unirse a vuestros enemigos. Lo más seguro es que solo vayan a pasar unos días en sus mansiones de las colinas.

—Entonces no les importará que les cuidemos el oro. En las colinas no hay nada que comprar.

—Tienen miedo por sus hijos —insistió Reznak.

«Sí —pensó Daenerys—, y yo».

—A sus hijos también los cuidaremos. Quiero que cada familia entregue a dos vástagos. También los de las otras pirámides. Un niño y una niña.

—Rehenes —señaló Skahaz con tono alegre.

—Pajes y coperos. Si los grandes amos ponen algún inconveniente, explicadles que en Poniente es un gran honor para un niño que lo elijan para servir en la corte. —No se molestó en explicarles el resto—. Id y haced como os he dicho. Tengo que llorar a mis muertos.

Al regresar a sus habitaciones de la parte superior de la pirámide se encontró con Missandei, que lloraba quedamente en su cama y hacía lo posible por contener el sonido de los sollozos.

—Ven a dormir conmigo —dijo a la pequeña escriba—. Aún faltan horas para el amanecer.

—Vuestra alteza es muy bondadosa con una. —Missandei se introdujo bajo las sábanas—. Era un buen hermano.

—Háblame de él —dijo Dany, abrazándola.

—Cuando éramos pequeños me enseñó a trepar a los árboles. Era capaz de atrapar peces con las manos. Un día lo encontré dormido en nuestro jardín; se le había posado encima un centenar de mariposas. Aquel día estaba tan hermoso... Una..., es decir, yo lo quería mucho.

—Igual que él a ti. —Dany acarició el pelo de la niña—. Te sacaré de este lugar espantoso siquieres. No sé cómo, pero conseguiré un barco y te mandaré a

casa. A Naath.

—Prefiero quedarme con vos. En Naath me pasaría la vida aterrada, pensando que podrían volver los esclavistas. Cuando estoy con vos me siento a salvo.

«A salvo». Aquellas palabras hicieron que a Dany se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Quiero mantenerte a salvo, de verdad. —Missandei no era más que una niña. A su lado se sentía con derecho a serlo ella también—. A mí nadie me mantuvo a salvo cuando era pequeña. Bueno, sí, ser Willem, pero luego murió, y Viserys... Quiero protegerte, pero... qué difícil es. Qué difícil es ser fuerte. No siempre sé qué debo hacer. Pero tengo que saberlo. Soy lo único que tienen. Soy la reina, la..., la...

—La madre —susurró Missandei.

—La Madre de Dragones. —Dany se estremeció.

—No. La madre de todos nosotros. —Missandei se abrazó a ella con más fuerza—. Vuestra alteza debería dormir. Pronto llegará el amanecer y se reunirá la corte.

—Las dos tenemos que dormir; soñaremos con días más hermosos. Cierra los ojos.

Missandei obedeció. Dany le besó los párpados y la hizo reír.

Por desgracia era más fácil besar que dormir. Dany cerró los ojos y trató de pensar en su hogar, en Rocadragón, en Desembarco del Rey, en todos los lugares de los que le había hablado Viserys, en tierras más generosas que aquella... Pero sus pensamientos volvían sin cesar a la bahía de los Esclavos, como barcos zarandeados por un mal viento. Cuando Missandei se quedó dormida, Dany se liberó de su abrazo, salió al aire fresco que precedía al amanecer, se apoyó en el pretil de frío ladrillo y contempló la ciudad. Un millar de tejados se extendía bajo ella, pintados de marfil y plata por la luz de la luna. En algún lugar, bajo aquellos tejados, los Hijos de la Arpía estarían reunidos, tramando planes para matarla, para matar a todos sus seres queridos, para volver a encadenar a sus hijos. Allí abajo, en algún lugar, un niño hambriento lloraba pidiendo leche. En algún lugar, una anciana agonizaba. En algún lugar, un hombre y una doncella se abrazaban, se desnudaban mutuamente con manos ávidas... Pero allí arriba solo existía la luna sobre las pirámides y los reñideros, sin atisbo de lo que sucedía abajo. Allí arriba solo estaba ella.

Era de la sangre del dragón. Podía matar a los Hijos de la Arpía y a los hijos de los hijos, y a los hijos de los hijos de los hijos. Pero un dragón no podía dar de comer a un niño hambriento ni calmar el dolor de una moribunda.

«¿Y quién se atrevería a amar a un dragón?».

Se dio cuenta de que estaba pensando otra vez en Daario Naharis, con su diente de oro y su barba de tres puntas, con sus fuertes manos apoyadas en las

empuñaduras del *arakh* y el estilete a juego, de oro forjado con forma de mujeres desnudas. El día de su partida, mientras Dany se despedía de él, se dedicaba a pasar las yemas de los pulgares por toda su superficie, una vez, y otra, y otra.

«Estoy celosa del puño de una espada —había advertido ella—, celosa de mujeres de oro». Sabía que había hecho lo correcto al enviarlo con los hombres cordero. Daenerys Targaryen era la reina, y Daario Naharis no tenía madera de rey.

—Ha pasado mucho tiempo —había dicho a ser Barristan el día anterior—. ¿Y si Daario me ha traicionado y ahora está con mis enemigos? —«Tres traiciones conocerás»—. ¿Y si ha conocido a otra mujer? Tal vez a una princesa lhazareena...

Sabía que al anciano caballero no le caía en gracia Daario ni confiaba en él. Aun así, su respuesta no habría podido ser más galante.

—No hay mujer más bella que vuestra alteza. Habría que ser ciego para no verlo, y Daario Naharis no está ciego.

«No. Tiene los ojos de un azul muy oscuro, casi violeta, y su diente de oro brilla cuando me sonríe». Ser Barristan estaba seguro de que regresaría, y Dany no podía hacer nada salvo rezar para que estuviera en lo cierto.

«Un baño me tranquilizará». Se encaminó descalza por la hierba hacia el estanque de la terraza. El agua fresca contra la piel le puso la carne de gallina al principio, y los pececillos le mordisquearon los brazos y las piernas. Dany flotó con los ojos cerrados.

Un débil susurro le hizo abrirlos. Se incorporó en el agua.

—¿Missandei? —llamó—. ¿Irri? ¿Jhiqui?

—Duermen —fue la respuesta que le llegó.

Había una mujer junto al caqui; llevaba una túnica con capucha. El borde de la prenda llegaba hasta la hierba. El rostro que se divisaba bajo la capucha era duro y brillante.

«Lleva una máscara —supo Dany al instante—, una máscara de madera lacada en rojo oscuro».

—¿Quaithe? ¿Estoy soñando? —Se pellizcó una oreja e hizo un gesto de dolor—. Soñé con vos en la *Balerion* cuando vine a Astapor.

—No soñabais. Ni entonces ni ahora.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis burlado a mis guardias?

—He venido por otro camino. No me han visto.

—Si los llamo, os matarán.

—Os jurarán que no estoy aquí.

—¿Estáis aquí?

—No. Escuchadme bien, Daenerys Targaryen. Las velas de cristal están ardiendo. Pronto llegará la yegua clara, y tras ella, los demás: kraken y llama

negra, león y grifo, el hijo del sol y el dragón del titiritero. No os fieis de ninguno. Recordad a los Eternos. Guardaos del senescal perfumado.

—¿De Reznak? ¿Qué puedo temer de él? —Dany salió del estanque. El agua le corrió por las piernas, y el aire fresco de la noche le erizó el vello de los brazos —. Si queréis advertirme de algo, hablad sin rodeos. ¿Qué queréis de mí, Quaithe?

La luz de la luna brillaba en los ojos de la mujer.

—Mostraros el camino.

—Ya recuerdo el camino. Para ir al norte tengo que ir al sur; para ir al este, al oeste; atrás para ir adelante. Y para tocar la luz tengo que pasar bajo la sombra.

—Se escurrió la melena plateada—. Estoy harta de acertijos. En Qarth era una mendiga, pero aquí soy la reina. Os ordeno que...

—Daenerys. Recordad a los Eternos. Recordad quién sois.

—La sangre del dragón. —«Pero mis dragones rugen ahora en la oscuridad»—. Recuerdo a los Eternos. Me llamaron «hija de tres». Tres monturas me prometieron, tres fuegos y tres traiciones. Una por sangre, otra por oro y otra por...

—¿Alteza? —Missandei estaba ante la puerta del dormitorio de la reina, con un farolillo en la mano—. ¿Con quién habláis?

Dany volvió la vista hacia el caqui. Allí no había nadie. Ni rastro de la túnica ni de la máscara lacada de Quaithe.

«Una sombra. Un recuerdo. Nadie. —Era de la sangre del dragón, pero ser Barristan le había advertido que aquella sangre llevaba una lacra—. ¿Me estoy volviendo loca?». De su padre decían eso, que estaba loco.

—Estaba rezando —le dijo a la chiquilla naathi—. Pronto será de día; más vale que coma algo antes de la audiencia.

—Os traeré el desayuno.

Cuando volvió a quedarse a solas, Dany rodeó toda la pirámide con la esperanza de dar con Quaithe, tal vez tras los árboles quemados y la tierra ennegrecida del lugar donde habían tratado de capturar a Drogon. Pero solo se oía el viento entre los frutales, y en los jardines no había más criaturas que unas cuantas polillas blancuzcas.

Missandei regresó con un melón y un cuenco de huevos duros, pero Dany no tenía apetito. A medida que el cielo se iluminaba y las estrellas iban desapareciendo una tras otra, Irri y Jhiqui la ayudaron a ponerse un *tokar* de seda violeta con flecos de oro.

Cuando llegaron Reznak y Skahaz no pudo evitar mirarlos de soslayo, con el recuerdo de las tres traiciones. «Guardaos del senescal perfumado». Olfateó a Reznak mo Reznak con desconfianza.

«Podría ordenarle al Cabeza Afeitada que lo detenga y lo interroge. —¿Se adelantaría así a la profecía? ¿O aparecería otro traidor que ocuparía su lugar?—.

Las profecías son engañosas —se recordó—, y puede que Reznak sea lo que aparenta, nada más».

Al entrar en la sala violeta, Dany se encontró un montón de cojines de seda en el banco de ébano. Aquello le dibujó una sonrisa triste en los labios. Supo al instante que era cosa de ser Barristan. El anciano caballero era un buen hombre, pero demasiado literal en ocasiones.

« Solo era una broma», pensó, pero se sentó en los cojines.

No tardó en sentir las consecuencias de la noche en vela, y tuvo que contenerse para no bostezar mientras Reznak parloteaba sobre los gremios de artesanos. Por lo visto, los constructores estaban enfadados con ella, y también los albañiles. Había antiguos esclavos que se dedicaban a tallar piedra o poner ladrillos, con lo que quitaban el trabajo a los obreros y maestros del gremio.

—Los libertos trabajan por muy poco, magnificencia —dijo Reznak—. Algunos dicen ser oficiales o hasta maestros, pero por derecho, esos títulos corresponden a los artesanos de los gremios. Suplican a vuestra magnificencia con todo respeto que defienda sus derechos y costumbres, que les vienen de antiguo.

—Los libertos trabajan a precios bajos porque tienen hambre —señaló Dany—. Si les prohíbo dedicarse a la talla o la construcción, lo siguiente será que los cereros, los tejedores y los orfebres llamarán a mi puerta para pedirme que impida a los antiguos esclavos practicar esos oficios. —Se paró un momento a pensar—. Establezcamos que, de ahora en adelante, solo los miembros del gremio pueden decir que son oficiales o maestros... siempre que se abran a cualquier liberto que demuestre poseer los conocimientos necesarios.

—Así será proclamado. —Reznak recorrió la estancia con la mirada—. ¿Querrá vuestra adoración escuchar de nuevo la petición del noble Hizdahr zo Loraq?

« ¿Es que no se va a dar por vencido nunca?».

—Que se adelante.

Aquel día, Hizdahr no vestía su *tokar*, sino que llevaba una túnica gris y azul más sencilla. También se había rasurado.

« Se ha afeitado la barba y se ha cortado el pelo», advirtió Dany. No se había afeitado la cabeza, o no del todo, pero por lo menos se había deshecho de aquellas alas absurdas.

—Vuestro barbero ha hecho un buen trabajo, Hizdahr —señaló—. Espero que hayáis venido a mostrármelo y no a incordiar me más con motivo de los reñideros.

El hombre hizo una marcada reverencia.

—Mucho me temo que no tengo más remedio, alteza.

Dany frunció el ceño. Hasta los suyos insistían constantemente sobre el tema: Reznak mo Reznak no paraba de hablar sobre lo mucho que ganarían con los

impuestos; la gracia verde decía que la reapertura de las arenas complacería a los dioses, y el Cabeza Afeitada aseguraba que con ello se ganarían apoyo contra los Hijos de la Arpía.

—Que peleen —era la aportación de Belwas el Fuerte, que tiempo atrás había sido uno de los campeones de los reñideros.

Ser Barristan sugería que sustituiera las luchas por torneos: sus huérfanos podrían ensartar anillas desde el caballo y combatir en liza con armas embotadas, idea que Dany consideraba tan bienintencionada como inútil. Lo que querían ver los meereenos era sangre, no una exhibición de habilidad; de lo contrario, los esclavos habrían luchado con armadura. La única que compartía la desazón de la reina era Missandei, la pequeña escriba.

—Seis veces ya he denegado vuestra petición —le recordó Dany a Hizdahr.

—Vuestro esplendor tiene siete dioses, de manera que tal vez mire con buenos ojos mi séptima súplica. Y hoy no vengo solo. ¿Querréis escuchar a mis amigos? Ellos también son siete. —Se los fue presentando de uno en uno—. Khazz, Barsena Peloncillo la Valerosa, Camarrón de la Cuenta, Goghor el Gigante, el Gato Moteado e Ithoke el Temerario. Y por último, Belaquo Rompehuesos. Han venido para sumar sus voces a la mía y rogar a vuestra alteza que vuelva a abrir nuestras arenas de combate.

Dany conocía de nombre, aunque no de vista, a sus siete acompañantes. Antes del cierre de los reñideros, eran los esclavos de combate más famosos de Meereen..., y los esclavos de combate, después de que sus ratas de cloaca los liberaran de las cadenas, fueron quienes encabezaron el levantamiento que la hizo señora de la ciudad. Tenía una deuda de sangre con ellos.

—Os escucho —concedió.

Uno tras otro le suplicaron que volviera a abrir las arenas.

—¿Por qué? —quiso saber cuando Ithoke terminó de hablar—. Ya no sois esclavos; ya no tenéis que morir por el capricho de un amo. Os he liberado. ¿Por qué queréis que vuestra vida termine en las arenas rojas?

—Entreno desde tres años —dijo Goghor el Gigante—. Mato desde seis años. Madre de Dragones dice yo libre. ¿Por qué no libre para luchar?

—Si lo que queréis es luchar, luchad por mí —replicó Dany—. Jurad lealtad a los Hombres de la Madre, o a los Hermanos Libres, o a los Escudos Fornidos. Enseñad a luchar a mis otros libertos.

—Antes yo lucho por amo. —Goghor sacudió la cabeza—. Vos decis: «Luchad por mí». Yo digo: «Lucho por mí». —El hombretón se golpeó el pecho con un puño del tamaño de un jamón—. Por oro. Por gloria.

—Todos pensamos lo mismo que Goghor —dijo el Gato Moteado, que llevaba una piel de leopardo al hombro—. La última vez que me vendieron, mi precio fue de trescientos mil honores. Cuando era esclavo dormía sobre pieles y comía carne. Ahora que soy libre duermo en un lecho de paja y, si tengo suerte, como

pescado en salazón.

—Hizdahr asegura que los vencedores tendrán derecho a la mitad del dinero de las entradas —intervino Khrazz—. La mitad, lo ha jurado, y es hombre de palabra.

« No —pensó Daenerys—, es hombre de artimañas». Se sentía atrapada.

—¿Y los perdedores? ¿Qué recibirán los que pierdan?

—Los nombres de todos los valientes caídos quedarán grabados en las puertas del Destino —declaró Barsena. Se decía que durante ocho años había matado a todas las mujeres con quienes la enfrentaron—. A todo hombre y a toda mujer le llega la muerte..., pero no todos son recordados.

« Si de verdad es eso lo que desea mi pueblo —pensó Dany, sin saber qué responder—, ¿tengo derecho a negárselo? La ciudad era suya antes de que llegara yo, y son sus vidas las que quieren malvender» .

—Meditaré sobre lo que me habéis dicho. Os agradezco vuestros consejos.— Se levantó—. Estoy cansada. Continuaremos mañana por la mañana.

—¡Arrodillaos todos ante Daenerys de la Tormenta, La que no Arde, reina de Meereen, reina de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, khaleesi del Gran Mar de Hierba, Rompedora de Cadenas y Madre de Dragones! —declamó Missandei.

Ser Barristan la escoltó hasta sus habitaciones.

—Contadme una historia —pidió Dany mientras subían—. Un relato de hazañas valerosas, y que tenga un final feliz.—Estaba muy necesitada de finales felices—. Explicadme cómo escapasteis del Usurpador.

—No hay nada de valeroso en huir para salvar la vida, alteza.

Dany se sentó en un cojín, cruzó las piernas y alzó la vista hacia él.

—Por favor. Fue el joven Usurpador quien os expulsó de la Guardia Real...

—Joffrey, sí. Alegaron mi edad como excusa, pero no fue por eso. El muchacho quería que su perro, Sandor Clegane, vistiera la capa blanca, y su madre quería que el Matarreyes ocupara el cargo de lord comandante. Cuando me lo dijeron, me..., me quité la capa tal como me ordenaban, tiré la espada a los pies de Joffrey y hablé sin pensar.

—¿Qué dijisteis?

—La verdad: algo que jamás fue bien recibido en aquella corte. Abandoné el salón del trono con la cabeza muy alta, aunque no sabía adónde iba. No tenía más hogar que la Torre de la Espada Blanca. Sabía que mis primos me recibirían bien en Torreón Cosecha, pero no quería que los alcanzara la ira de Joffrey. Mientras recogía mis cosas caí en la cuenta de que yo había sido el causante de mi propia desgracia al aceptar el perdón de Robert. Era digno como caballero; no así como rey, pues no era acreedor al trono que ocupó. En aquel momento supe que, para redimirme, tenía que encontrar al rey legítimo y ponerme a su servicio con lealtad y con todas las fuerzas que aún me quedaran.

—Mi hermano Viserys.

—Tal era mi intención. Cuando llegué a los establos, los capas doradas trataron de apresarme: Joffrey me había ofrecido una torre donde morir y yo había despreciado su regalo, por lo que a continuación pretendía ofrecerme una mazmorra. El comandante de la Guardia de la Ciudad se enfrentó a mí en persona, envalentonado al ver mi vaina vacía, pero solo contaba con tres hombres y yo aún tenía el cuchillo. Rajé a uno que se atrevió a ponerme la mano encima, y a los otros los arrollé con el caballo. Iba picando espuelas hacia las puertas cuando oí a Janos Slynt, que les gritaba que me persiguieran. En el exterior de la Fortaleza Roja, las calles estaban abarrotadas, y eso permitió que me dieran alcance en la puerta del Río. Los capas doradas que me perseguían desde el castillo gritaron a los de la puerta que me detuvieran, y estos cruzaron las lanzas para cortarme el paso.

—¡Y vos sin espada! ¡Cómo conseguisteis pasar?

—Un caballero de verdad vale por diez guardias, y a los hombres de la puerta los cogí por sorpresa. Derribé a uno, le quité la lanza y se la clavé en el cuello al capa dorada que me seguía más de cerca. El otro irrumpió en cuanto crucé la puerta, así que piqué espuelas y galopé por la orilla del río como si me llevaran los diablos hasta que perdi de vista la ciudad. Aquella misma noche cambié el caballo por una bolsa de monedas y unos harapos, y por la mañana me uní a la riada de gente del pueblo que se dirigía a Desembarco del Rey. Había salido por la puerta del Lodazal, de manera que volví por la de los Dioses, con la cara sucia y barba incipiente, sin más armas que un cayado de madera. Con la ropa de tejido basto y las botas llenas de barro, era tan solo uno más de los ancianos que huían de la guerra. Los capas doradas me cobraron un venado y me dejaron entrar. Desembarco del Rey estaba atestado de gente del pueblo que había llegado allí en busca de un refugio para protegerse de las batallas. Me escondí entre ellos. Tenía algo de plata, pero la necesitaba para pagar el pasaje del mar Angosto, de manera que dormí en septos y callejones, y comí en tenderetes de calderos. Me dejé barba y utilicé mi edad de disfraz. Estaba allí el día en que cortaron la cabeza a lord Stark. Cuando vi aquello, entré en el Gran Septo y agradecí a los siete dioses que Joffrey me hubiera arrebataido la capa.

—Stark era un traidor y como tal murió.

—Stark tomó parte en el derrocamiento de vuestro padre, pero a vos no os deseaba mal alguno —señaló Selmy—. Cuando Varys, el eunuco, nos dijo que estabais embarazada, Robert quería que os mataran, pero lord Stark se opuso. Le dijo a Robert que se buscara otra mano, porque él no iba a tomar parte en asesinatos de niños.

—¿Acaso habéis olvidado a la princesa Rhaenys y al príncipe Aegon?

—Jamás. Eso fue cosa de los Lannister, alteza.

—Lannister o Stark, tanto da. Viserys los llamaba «perros del Usurpador». Si

una manada de mastines ataca a un niño, ¿importa mucho saber cuál de ellos le arranca el cuello? Todos los perros son igual de culpables. La culpa... —La voz se le quebró en la garganta. «*Hazzea*», pensó—. Tengo que ver la fosa —dijo con una voz débil como el susurro de un niño—. Por favor, llevadme allí abajo.

Una expresión desaprobadora se dibujó un instante en el rostro del anciano, pero no habría sido propio de él cuestionar las órdenes de su reina.

—Como ordenéis.

La escalera de servicio era el camino más rápido para bajar: no era elegante, sino empinada y estrecha; discurría entre los muros. Ser Barristan cogió un farolillo para evitarle tropeones. Ladrillos de veinte colores diferentes se cerraban en torno a ellos, hasta que se teñían de gris y negro más allá de la luz de la lámpara. En tres ocasiones pasaron junto a guardias inmaculados, tan inmóviles que parecían de piedra. No se oía más sonido que el suave roce de los pies contra los peldaños.

Al nivel del suelo, la Gran Pirámide de Meereen era un lugar silencioso, lleno de polvo y sombras. Los muros exteriores tenían diez varas de grosor. Entre ellos, los sonidos despertaban ecos al cruzar los arcos de ladrillos multicolores y los establos, comederos y despensas. Pasaron bajo tres arcos gigantescos y bajaron por una rampa iluminada por antorchas hasta las criptas inferiores, situadas más allá de las cisternas, las mazmorras y las cámaras de tortura donde en el pasado azotaban, desollaban y marcaban a hierro a los esclavos. Por fin llegaron ante un par de puertas de hierro gigantescas de goznes oxidados, custodiadas por inmaculados. Dany dio la orden y uno de ellos sacó una llave de hierro. La puerta se abrió entre chirridos de las bisagras. Daenerys Targaryen se adentró en el abrasador corazón de la oscuridad y se detuvo ante la tapa de una profunda fosa. Una docena de varas por debajo, sus dragones alzaron la cabeza. Cuatro ojos ardieron entre las sombras, dos de oro fundido y dos de bronce.

—No os acerquéis más. —Ser Barristan la agarró por el brazo.

—¿Creéis que me harían daño a mí?

—No lo sé, alteza, y no pienso poneros en peligro para averiguarlo.

Rhaegal rugió, y durante un instante, una llamarada amarilla transformó la oscuridad en pleno día. El fuego lamió las paredes, y Dany sintió el calor como la bocanada de un horno en la cara. Al otro lado de la fosa, Viserion desplegó las alas y las batió en el aire viciado. Trató de llegar a ella, pero las cadenas se tensaron en cuanto alzó el vuelo y cayó de brúces. Unos eslabones como puños le ataban las patas al suelo, y la argolla de hierro que tenía en torno al cuello estaba sujetada a la pared. Rhaegal estaba encadenado de la misma manera. A la luz del farolillo de Selmy, sus escamas brillaban como el jade. El humo se alzaba de entre sus dientes. A sus pies, por todo el suelo, había huesos rotos y chamuscados. Hacía mucho calor, y apetataba a azufre y carne quemada.

—Han crecido. —La voz de Dany retumbó contra los ennegrecidos muros de

piedra. Una gota de sudor le corrió por la frente y le cayó en un pecho—. ¿Es verdad que los dragones no dejan de crecer nunca?

—Para eso necesitan mucha comida y espacio. Pero aquí, encadenados...

Los grandes amos utilizaban aquella fosa de prisión. Era tan grande que cabían quinientos hombres; sitio de sobra para dos dragones.

«Pero ¿durante cuánto? ¿Qué pasará cuando sean demasiado grandes para la fosa? ¿Se volverán el uno contra el otro, a llamaradas, a zarpazos? ¿Se quedarán flacos y débiles, con la piel arrugada y las alas atrofiadas? ¿Se extinguirá su fuego antes del final?». ¿Qué clase de madre deja que sus hijos se pudran en la oscuridad?

«Si vuelvo la vista atrás, estoy perdida —se dijo. Pero ¿cómo podía no mirar atrás?—. Debería haberlo previsto. ¿Estaba ciega, o cerré los ojos a sabiendas para no ver el precio del poder?».

Viserys le había relatado todas las historias cuando era pequeña. Le encantaba hablar de dragones. Dany sabía cómo había caído Harrenhal. Sabía todo lo que había que saber sobre el Campo de Fuego y la Danza de los Dragones. Uno de sus antepasados, el tercer Aegon, había visto morir a su madre devorada por el dragón de su tío, y eran innumerables las aldeas y reinos que habían vivido aterrados por aquellas bestias hasta que algún valeroso matadragones acudía en su auxilio. En Astapor, los ojos del esclavista se habían derretido. En el camino hacia Yunkai, cuando Daario tiró a sus pies las cabezas de Sallor el Calvo y Prendahl na Ghezn, sus hijos se dieron un banquete con ellas. Los dragones no temían al hombre, y un dragón suficientemente grande para devorar ovejas podía devorar a un niño con idéntica facilidad.

La niña se llamaba Hazzea y tenía cuatro años.

«A no ser que su padre minta. Puede que minta. —Solo él había visto al dragón. Presentaba como prueba unos huesos quemados, pero aquello no demostraba nada. Tal vez hubiera matado él a la niña y la hubiera quemado después. El Cabeza Afeitada le había dicho que no sería el primer padre que se deshacía de una hija indeseada—. O puede que fueran los Hijos de la Arpía, y lo hicieron pasar por obra de un dragón para que la ciudad me odie». Habría querido creerlo... Pero entonces, ¿por qué había esperado el padre de Hazzea hasta que la sala de audiencias estuvo casi desierta antes de exponer su caso? Si hubiera querido inflamar los ánimos de los meereenos contra ella, habría hablado mientras la sala estaba abarrotada. El Cabeza Afeitada le había aconsejado que ordenara la ejecución de aquel hombre.

—O al menos cortadle la lengua. Esa mentira nos puede destruir a todos, magnificencia.

Pero Dany había optado por pagar el precio de la sangre. Nadie supo decirle cuánto valía una hija, así que calculó su valor en cien veces el de un cordero.

—Si pudiera, os devolvería a Hazzea —había dicho al padre—, pero hay

cosas que no están en las manos de nadie, ni siquiera de la reina. Sus huesos descansarán en el templo de las Gracias, y un centenar de velas arderá día y noche en su recuerdo. Volved a verme todos los años en su día del nombre; a vuestros otros hijos no les faltará nada..., pero no debéis hablar jamás de lo sucedido.

—La gente hará preguntas —dijo el lloroso padre—. Querrán saber qué fue de Hazzea y cómo murió.

—La mordió una serpiente —intervino Reznak mo Reznak—. Se la llevó un lobo hambriento. Sufrió una enfermedad repentina. Decid lo que sea, pero ni una palabra de dragones.

Las zarpas de Viserion rascaron las piedras, y los eslabones de las enormes cadenas entrechocaron cuando intentó de nuevo volar hacia ella. Al ver que no podía, soltó un rugido, giró la cabeza hacia atrás tanto como pudo y escupió llamas doradas contra la pared.

« ¿Cuánto falta para que su fuego sea bastante fuerte para resquebrajar la piedra y fundir el hierro? ».

No hacía tanto que Viserion estaba posado en su hombro, con la cola enroscada en torno a su brazo. No hacía tanto que comía de su mano trocitos de carne quemada. Fue el primero al que encadenaron: Daenerys lo guio hasta la fosa y lo encerró con varios bueyes. Tras darse un banquete, el dragón se adormiló, circunstancia que aprovecharon para encadenarlo.

Rhaegal les había dado más trabajo, tal vez porque, a pesar de los muros de ladrillo y piedra que los separaban, oía los rugidos rabiosos de su hermano en la fosa. Tuvieron que envolverlo en una red de cadenas mientras disfrutaba del sol en la terraza, y se resistió tanto que tardaron tres días en bajarlo por la escalera de servicio, sin que dejara de retorcerse y lanzar dentelladas. Seis hombres habían sufrido quemaduras antes de lograr su objetivo.

En cuanto a Drogon...

« La sombra alada », lo había llamado el dolido padre. Era el más grande de los tres y también el más fiero e indómito, con escamas negras como la noche y ojos como pozos de fuego. Drogon se alejaba mucho para cazar, pero cuando estaba saciado se tumbaba al sol en la cúspide de la Gran Pirámide, donde en otros tiempos se alzaba la arpía de Meereen. En tres ocasiones trataron de capturarlo allí, y en tres ocasiones fracasaron. Cuarenta de sus hombres más valientes arrriesgaron la vida en el intento. Casi todos sufrieron quemaduras, y cuatro murieron. Había visto a Drogon por última vez al anochecer, el día de la tercera intentona. El dragón negro emprendió el vuelo hacia el norte, cruzando el Skahazadhan, hacia la alta hierba del mar dothraki. No había vuelto.

« Madre de dragones —pensó Daenerys—. Madre de monstruos. ¿Qué maldición he desencadenado sobre el mundo? Reina soy, pero mi trono es de huesos quemados y reposa sobre arenas movedizas. —Sin dragones no podría

gobernar Meereen, y mucho menos recuperar Poniente—. Soy de la sangre del dragón. Si ellos son monstruos, yo también» .



HEDIÓNDO, UN SÚBDITO DEL BASTARDO DE FUERTE TERROR
POCO ASEADO

HEDIÓNDO

La rata chilló cuando la mordió, y se retorció frenética entre sus manos, ansiosa por escapar. La barriga era lo más tierno. Arrancó la deliciosa carne con los dientes, y la sangre caliente le corrió por los labios. Estaba tan buena que los ojos se le llenaron de lágrimas. Su estómago rugió, y tragó. Al tercer mordisco, la rata había dejado de debatirse, y él estaba casi satisfecho.

Fue entonces cuando oyó voces al otro lado de la puerta de la mazmorra.

Se quedó inmóvil al instante, sin atreverse ni a masticar. Tenía la boca llena de sangre, carne y pelo, pero no se atrevía a tragarse ni a escupir. Escuchó aterrado el susurro de las botas y el tintineo de las llaves, rígido como la piedra.

« No —pensó—, no, por favor, dioses, ahora no, ahora no. —Había tardado tanto en cazar la rata...—. Si me descubren, me la quitarán y se lo dirán a lord Ramsay, y me hará daño».

Sabía que lo mejor sería esconder la rata, pero tenía tanta hambre... Hacía dos días que no comía nada, tal vez tres. Allí abajo, a oscuras, no era fácil saberlo. Tenía los brazos y las piernas flacos como juncos, pero el vientre hinchado, hueco, y le dolía tanto que no le dejaba dormir. Cada vez que cerraba los ojos se acordaba de lady Hornwood. Tras la boda, lord Ramsay la había encerrado en una torre y la había dejado morir de hambre. Al final, la mujer se había comido sus propios dedos.

Se acuclilló en un rincón de la celda, con su trofeo aferrado bajo la barbilla. La sangre le corría por las comisuras de los labios mientras mordisqueaba la rata con los pocos dientes que le quedaban, intentando tragarse tanta carne como fuera posible antes de que se abriera la puerta de la celda. Estaba correosa, pero tan succulenta que creyó que se pondría enfermo. Masticó, tragó y se sacó los huesecillos de los agujeros de las encías, allí donde le habían arrancado los dientes. Le resultaba doloroso tragar, pero tenía tanta hambre que no podía parar.

Los sonidos se acercaban cada vez más.

« Por favor, dioses, que no venga a por mí. —Había más celdas, más prisioneros; a veces los oía gritar a pesar de los gruesos muros de piedra—. Las mujeres siempre gritan más. —Chupó la carne cruda y trató de escupir un hueso de pata, pero apenas tuvo fuerza para hacerlo asomar por encima del labio y se le quedó enredado en la barba—. Marchaos —rogó—, marchaos, pasad de largo, por favor, por favor».

Pero las pisadas se detuvieron justo cuando el sonido era más fuerte, y las llaves tintinearon justo ante su puerta. La rata se le escurrió de las manos; se limpió los dedos ensangrentados en los calzones.

—No —murmuró—, ¡Nooo!

Rascó la paja del suelo con los talones en un intento desesperado de encajarse en la esquina, de fundirse con las húmedas paredes de piedra fría.

Lo más espantoso fue el sonido de la llave al girar en la cerradura. Cuando la luz le dio de pleno en la cara, lanzó un grito y tuvo que taparse los ojos con las manos; si se hubiera atrevido, se los habría arrancado. Tenía la cabeza a punto de estallar.

—No, por favor, lleváosla, pero a oscuras, por favor.

—No es él —dijo una voz de muchacho—. Míralo; nos hemos equivocado de celda.

—La última de la izquierda —replicó el otro chico—. Y esta es la última celda de la izquierda, ¿no?

—Sí. —Pausa—. ¿Qué dice?

—Me parece que no le gusta la luz.

—¿Te gustaría a ti si tuvieras esas pintas? —Escupió a un lado—. ¡Y qué peste! Voy a vomitar.

—Ha estado comiendo ratas —apuntó el segundo muchacho—. Mira.

—Es verdad, qué bueno. —El primero se echó a reír.

« Tuve que comérmelas». Las ratas lo mordían cuando dormía; le roían los dedos de las manos y los pies, y hasta la cara, así que cuando conseguía atrapar una, no dudaba. Comer o ser comido: eran las únicas opciones.

—Es verdad —murmuró—. Es verdad, es verdad, me la he comido. Ella se me estaba comiendo a mí, por favor...

Los chicos se acercaron más, haciendo crujir la paja bajo los pies.

—Háblame —le dijo uno, el más menudo, un chico flaco pero avisado—. ¿Recuerdas quién eres?

El miedo le subió burbujeante por la garganta y solo pudo emitir un gemido.

—Háblame. Dime tu nombre.

« Mi nombre. —Ahogó un grito en la garganta. Le habían enseñado su nombre, se lo habían enseñado, sí, se lo habían enseñado, pero hacía mucho y ya no lo recordaba—. Si lo digo mal, me quitará otro dedo, o algo peor, me..., me...». No quería pensar en eso, no quería pensar en eso. Sentía pinchazos en la mandíbula, en los ojos; el corazón le galopaba.

—Por favor —chilló con voz aguda, débil. Parecía que tuviera cien años. Tal vez los tuviera. « ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ». Marchaos —murmuró entre los dientes rotos, entre los dedos rotos, con los ojos cerrados para protegerse de aquella espantosa luz brillante—. Por favor, llevaos la rata si queréis, no me hagáis daño.

—Hediondo —dijo el chico más corpulento—. Te llamas Hediondo, ¿recuerdas?

El grande era el que llevaba la antorcha. El menudo tenía la anilla con las llaves de hierro.

« ¿Hediondo? ». Las lágrimas le corrieron por las mejillas.

—Me acuerdo. Me acuerdo. —Abrió la boca y volvió a cerrarla—. Me llamo

Hediondo. Rima con fondo.

En la oscuridad no le hacía falta tener nombre, así que era fácil olvidarlo.

« Hediondo, Hediondo, me llamo Hediondo». No era el nombre que le habían puesto al nacer. En una vida anterior había sido otra persona, pero allí, en aquel momento, se llamaba Hediondo. Se acordaba.

También recordaba a los muchachos. Iban vestidos con jubones de lana a juego, los dos gris plata con ribete azul oscuro. Los dos eran escuderos, los dos tenían ocho años y los dos se llamaban Walder Frey. Walder el Pequeño y Walder el Mayor. Solo que el grande era el Pequeño, y el pequeño era el Grande, cosa que a ellos les hacía mucha gracia y a todos los demás les resultaba sumamente confuso.

—Os conozco —susurró entre los labios agrietados—. Sé cómo os llamáis.

—Tienes que venir con nosotros —dijo Walder el Pequeño.

—Su señoría te necesita —aportó Walder el Mayor.

El miedo se le clavó como un cuchillo.

« No son más que niños —pensó—. Son dos críos de ocho años. —Sin duda sería capaz de vencerlos, por débil que estuviera. Podría quitarles la antorcha y las llaves, arrebatarle a Walder el Pequeño el puñal que llevaba al cinto, escapar —. No, no, es demasiado fácil. Es una trampa. Si intento escapar, me quitará otro dedo, me quitará más dientes».

Ya había tratado de huir en otra ocasión. Había sido hacía años, o eso le parecía, cuando aún le quedaban fuerzas, cuando aún se sentía capaz de plantar cara. Aquella vez, las llaves las llevaba Kyra. Le dijo que las había robado, que había una poterna sin vigilancia.

—Llevadme a Invernalia, mi señor —le suplicó, pálida y temblorosa—. Yo no sé ir, no puedo escapar sola. Venid conmigo, por favor.

Eso había hecho. El carcelero estaba borracho como una cuba, desmayado en un charco de vino con los calzones por los tobillos. La puerta de la mazmorra estaba abierta y la poterna sin vigilancia, tal como ella había dicho. Esperaron hasta que la luna se ocultó tras una nube antes de salir del castillo y vadear el río de las Lágrimas, resbalando por las piedras y medio congelados por la corriente. Al llegar al otro lado, la había besado.

—Nos has salvado —le dijo.

« Estúpido. Estúpido».

Todo había sido una trampa, un juego, una broma cruel. A lord Ramsay le gustaba cazar, y sus presas favoritas eran las de dos patas.

Corrieron toda la noche por el bosque oscuro, pero con la salida del sol les llegó el sonido de un cuerno lejano entre los árboles, junto con los ladridos de una jauría.

—Deberíamos separarnos —dijo a Kyra cuando sintieron que los perros estaban demasiado cerca—. No pueden seguirnos a los dos.

Pero la muchacha estaba enloquecida de pánico, y se negó a apartarse de él, aunque le juró que reuniría un ejército de hijos del hierro y volvería a buscarla si era a ella a quien seguían.

Los atraparon en menos de una hora. Un perro lo derribó a él y otro mordió a Kyra en la pierna cuando trataba de arrastrarse colina arriba. Los demás los rodearon ladando, gruñendo y lanzándoles dentelladas cada vez que se movían, y los retuvieron allí hasta que Ramsay Nieve y sus cazadores llegaron a ellos. Por aquel entonces aún era un bastardo, no un Bolton.

—Ah, aquí estáis. —Les sonrió desde la silla de montar—. Me ofendéis, ¿qué manera de despediros es esta? ¿Tan pronto os habéis cansado de mi hospitalidad? —Fue entonces cuando Kyra le tiró una piedra a la cabeza. Falló por un palmo, y Ramsay sonrió—. Habrá que castigarte.

Hediondo recordó la mirada de terror y desesperación en los ojos de Kyra. Nunca le había parecido tan joven como en aquel momento, casi una niña, pero no podía hacer nada para ayudarla.

«Ella nos puso en sus manos —pensó—. Si nos hubiéramos separado, como le dije, uno de nosotros podría haber escapado».

El recuerdo hacia que le costara respirar. Se apartó de la antorcha con los ojos llenos de lágrimas.

«¿Qué querrá de mí esta vez? —pensó, desesperado—. ¿Por qué no me deja en paz? Esta vez no he hecho nada, esta vez no, ¿por qué no me dejan en paz aquí, a oscuras?». Había cogido una rata, una rata gorda y caliente, una rata estupenda...

—¿No deberíamos lavarlo? —preguntó Walder el Pequeño.

—Al señor le gusta que apeste —respondió Walder el Mayor—. Por eso le puso Hediondo.

«Hediondo. Me llamo Hediondo, rima con hondo. —Tenía que recordarlo a toda costa—. Sirve, obedece y recuerda quién eres, y no volverá a pasarte nada malo. Me lo prometió, el señor me lo prometió». Aunque hubiera querido resistirse, no tenía fuerzas: se las habían drenado con hambre; se las habían arrancado junto con la piel. Cuando Walder el Pequeño lo obligó a levantarse y Walder el Mayor le hizo un ademán con la antorcha para que saliera de la celda, obedeció con la docilidad de un perro. Si hubiera tenido rabo, lo habría metido entre las piernas.

«Si hubiera tenido rabo, el Bastardo me lo habría cortado. —El pensamiento lo asaltó sin que pudiera evitarlo, malvado, peligroso. El señor ya no era ningún bastardo—. Bolton, no Nieve». El niño rey del Trono de Hierro había otorgado legitimidad a lord Ramsay, y junto con ella, el derecho de utilizar el apellido de su padre. Cada vez que alguien lo llamaba Nieve le recordaba su origen bastardo, y la ira lo cegaba. Hediondo no debía olvidarlo. Ni su nombre, sobre todo no debía olvidar su nombre. Se le fue de la cabeza un instante, y aquello lo asustó

tanto que tropezó en los empinados peldaños de la mazmorra, se desgarró los calzones contra la piedra y se hizo sangre. Walder el Pequeño tuvo que acicatearlo con la antorcha para que volviera a ponerse en pie y caminara.

Fuera, en el patio, la noche se cerraba alrededor de Fuerte Terror y la luna llena se alzaba sobre las murallas orientales del castillo. Su luz blanca proyectaba en el suelo helado las sombras de las altas almenas triangulares, como una hilera de colmillos negros afilados. El aire era frío y húmedo, y estaba cargado de olores casi olvidados.

«El mundo —se dijo Hediondo—. Así huele el mundo. —No sabía cuánto tiempo había estado abajo, en las mazmorras, pero había sido al menos medio año—. O más. ¿Y si han sido cinco años, o diez, o veinte? ¿Me daría cuenta? ¿Y si me he vuelto loco y ha pasado la mitad de mi vida? —No, era imposible. No podía haber sido tanto tiempo. Los niños seguían siendo niños. Si hubieran pasado diez años, ya serían hombres. Tenía que aferrarse a aquel pensamiento—. No puedo dejar que me vuelva loco. Puede quitarme los dedos de las manos y los pies; puede sacarme los ojos y cortarme las orejas, pero no puede arrebatarme la sesera si no se lo permito».

Walder el Pequeño abría la marcha con la antorcha en la mano, y Hediondo lo acompañaba dócilmente, seguido por Walder el Mayor. En las perreras, los perros ladronaron a su paso. El viento soplaban en el patio y traspasaba la tela desgastada de los sucios harapos con que iba vestido, poniéndole la piel de gallina. El aire nocturno era gélido y húmedo, pero no vio ni rastro de nieve, aunque sin duda se acercaba el invierno. Hediondo se preguntó si seguiría vivo cuando llegaran las nevadas.

«¿Cuántos dedos me quedarán en las manos? ¿Cuántos dedos me quedarán en los pies? —Levantó una mano y se sobresaltó al ver lo blanca y flaca que la tenía —. Piel y huesos. Tengo manos de anciano». Tal vez se hubiera equivocado con lo de los niños. ¿Y si no eran Walder el Pequeño y Walder el Mayor, sino hijos de los niños a los que había conocido?

El gran salón estaba casi a oscuras y lleno de humo. Las antorchas ardían en hileras a derecha e izquierda, y a modo de candelabros las sostenían las manos de esqueletos humanos que sobresalían de la pared. Las vigas estaban ennegrecidas por el humo, y más allá, el techo abovedado desaparecía entre las sombras. Los densos olores del vino, la cerveza y la carne asada impregnaban el aire. El estómago de Hediondo rugió, y la boca se le hizo agua.

Walder el Pequeño le dio un empujón para que avanzara a lo largo de las mesas donde comían los hombres de la guarnición. Todos los ojos estaban clavados en él. Los mejores sitios, cerca del estrado, estaban ocupados por los favoritos de Ramsay, los Bribones del Bastardo: Ben Huesos, el viejo que cuidaba de los adorados terrenos de caza de su señoría; Damon, al que llamaban Damon Bailaparamí, rubio y aniñado; Gruñón, que había perdido la lengua por no

cuidarse de sus palabras cerca de lord Roose; Alyn el Amargo; Desollador; Polla Amarilla. Más al fondo, en la zona de los sirvientes, había otros hombres a los que conocía de vista, aunque no de nombre: espadas juramentadas, sargentos, soldados, carceleros y torturadores. Pero también había desconocidos, rostros que no había visto nunca. Unos fruncieron la nariz a su paso, mientras que otros se rieron al verlo.

« Invitados —pensó Hediondo—. Su señoría ha invitado a sus amigos para que yo los divierta». Sintió un escalofrío de terror.

En la mesa del estrado, el Bastardo de Bolton ocupaba el asiento de su señor padre y bebía de su jarra. Había dos ancianos sentados con él, y Hediondo supo al instante que se trataba de señores. Uno era flaco y de ojos severos, con la barba blanca muy larga y un rostro duro como la escarcha del invierno. Su jubón de piel de oso estaba grasiendo y muy usado; debajo llevaba una cota de malla, incluso durante la cena. El otro señor también era delgado, pero tan contrahecho como erguido el primero: tenía un hombro mucho más alto que el otro, y se encorvaba sobre la hogaza vaciada como un buitre sobre la carroña. Sus ojos eran grises y codiciosos, y su barbita bifurcada, una mezcla de nieve y plata. Solo le quedaban unos mechones de pelo blanco en el cráneo lleno de manchas, pero la capa que vestía era suave y de calidad, de lana gris ribeteada con piel de marta negra, sujetada al hombro con una estrella radiante forjada en plata batida.

Ramsay iba de negro y rosa: botas negras, cinturón negro a juego con la vaina de la espada y chaleco de cuero negro sobre un jubón rosa con forro de seda roja visible entre los cortes del tejido. En su oreja derecha brillaba un granate tallado en forma de gota de sangre. Sin embargo, pese a lo espléndido de su atavío, seguía carente de atractivo: corpulento, cargado de hombros y con unas carnes que apuntaban a un futuro de obesidad. Tenía la piel rosada llena de manchas, la nariz aplastada, la boca pequeña y el pelo largo, oscuro, seco. Sus labios eran gruesos, pero lo primero que se veía de él eran los ojos. Eran los ojos de su señor padre: pequeños, juntos, extrañamente claros. Había quien decía que eran gris fantasma, pero en realidad no eran de un color concreto, sino más bien como esquirlas de hielo sucio.

Al ver a Hediondo, se humedeció los labios y sonrió.

—Ah, aquí está. Mi apestoso viejo amigo. —Giró la cabeza hacia el comensal contiguo—. Hediondo ha estado conmigo desde que yo era niño. Mi señor padre me lo regaló como prueba de afecto.

Los dos señores se miraron.

—Tenía entendido que vuestro sirviente había muerto —dijo el de los hombros encorvados—. Que lo habían asesinado los Stark.

—Como dicen los hombres del hierro, lo que está muerto no puede morir, sino que se alza de nuevo, más duro, más fuerte —comentó lord Ramsay con una risita—. Igual que Hediondo. Aunque hay que reconocer que apesta a tumba.

—Apestá a heces y vómito rancio. —El señor de los hombros encorvados tiró a un lado el hueso que había estado royendo y se limpió las manos con el mantel —. ¿Hay algún motivo para que nos castigéis con su presencia mientras comemos?

El otro señor, el anciano de la espalda erguida y la cota de malla, escudriñó a Hediondo con sus ojos de pedernal.

—Miradlo de nuevo —dijo al primero—. Ha encanecido y ha perdido arroba y media, pero no es ningún criado. ¿Os habéis olvidado de él?

El señor encorvado lo miró con más atención y soltó un bufido de sorpresa.

—¿Ese? No es posible. ¿El pupilo de Stark, el que no paraba de sonreír?

—Ya no sonríe tanto —confesó lord Ramsay—. Me temo que le he roto unos cuantos de esos dientes tan blancos y bonitos que tenía.

—Habráis hecho mejor en cortarle el cuello —apuntó el de la cota de malla—. A un perro que se vuelve contra su amo hay que desollarlo.

—Y lo he desollado —le aseguró Ramsay—. Un poquito por aquí, un poquito por allá…

—Sí, mi señor. He sido malo, mi señor. He sido insolente y… —se humedeció el labio y trató de recordar qué más había hecho. «Sirve y obedece, y te permitirá vivir y conservar todas las partes del cuerpo que te quedan. Sirve, obedece y recuerda tu nombre. Hediondo, Hediondo, rima con sabihondo» —…, y malo, y…

—Tienes sangre en la boca —señaló Ramsay—. ¿Has vuelto a morderte los dedos, Hediondo?

—No. No, mi señor, os juro que no.

En cierta ocasión, Hediondo había tratado de arrancarse un dedo a mordiscos para que dejara de dolerle después de que se lo desollaran. Lord Ramsay jamás se limitaba a cortarle un dedo a nadie; prefería desollárselo y dejar que la carne expuesta se secara, se agrietara y se pudriera. A Hediondo lo habían azotado, cortado y torturado en el potro, pero no había dolor más espantoso que el del desuello. Era un dolor que podía volver loco a cualquiera, y nadie lo resistía mucho tiempo. Más tarde o más temprano, la víctima gritaba: «Basta ya, por favor, basta ya, que deje de doler, ¡cortádmelo!», y lord Ramsay le concedía su deseo. Era un juego, y Hediondo había aprendido las reglas, como podían atestiguar sus manos y sus pies, pero en aquella ocasión las había olvidado y trató de poner fin al dolor él mismo, con los dientes. A Ramsay no le gustó nada, y a Hediondo le costó otro dedo del pie.

—Me he comido una rata —murmuró.

—¿Una rata? —Los ojos claros de Ramsay brillaron a la luz de las antorchas—. Todas las ratas de Fuerte Terror pertenecen a mi señor padre. ¿Cómo te atreves a comerte una sin mi permiso?

Hediondo no supo qué decir, de manera que no dijo nada. Si decía algo y se

equivocaba, le costaría otro dedo del pie, o peor, de la mano. Ya había perdido dos dedos de la izquierda y el meñique de la derecha, pero en el pie derecho solo el meñique, mientras que en el izquierdo solo le quedaban dos dedos. A veces Ramsay comentaba en broma que habría que equilibrarlo.

« Mi señor no lo dice en serio —trataba de convencerse—. No quiere hacerme daño, él mismo me lo dijo, solo me hace daño cuando le doy motivos». Su señor había sido muy bondadoso y compasivo. Por algunas de las cosas que Hediondo había dicho antes de aprender cuál era su lugar, cuál era su nombre, habría podido desollarle la cara.

—Esto se está haciendo aburrido —dijo el señor de la cota de malla—. Matadlo de una vez y acabemos.

—Eso echaría a perder la celebración, mi señor. —Lord Ramsay le llenó la jarra de cerveza—. Tengo una buena noticia para ti, Hediondo. Voy a casarme. Mi señor padre me trae a una Stark, a una de las hijas de lord Eddard, Arya. Te acuerdas de la pequeña Arya, ¿verdad?

« Arya Entrelospiés —estuvo a punto de decir—. Arya Caracaballo. —Era la hermana pequeña de Robb, de pelo castaño, rostro alargado, flaca como un palo y siempre mugrienta—. Sansa era la bonita» . Hubo un tiempo en que creyó que lord Eddard Stark lo casaría con Sansa y lo aceptaría como hijo, pero solo eran ilusiones de niño. En cambio, Arya…

—Me acuerdo de ella. De Arya.

—Será la señora de Invernalia, y yo su señor.

« No es más que una chiquilla» .

—Sí, mi señor. Felicidades.

—¿Estarás a mi lado cuando contraiga matrimonio, Hediondo?

—Si mi señor lo desea... —titubeó.

—Claro que sí, claro que sí.

Dudó de nuevo, temiendo que se tratara de otra trampa cruel.

—Sí, mi señor. Si a vos os complace, para mí será un honor.

—En ese caso tendremos que sacarte de esa horrible mazmorra. Habrá que lavarte y restregarte a base de bien; darte ropa limpia y comida. ¿Qué tal unas gachas? ¿Te apetece? ¿Y un pastel de guisantes con mucha panceta? Tengo que encomendarle una tarea, y para servirme tienes que recuperar las fuerzas. Porque sé que quieres servirme.

—Sí, mi señor. Más que ninguna otra cosa. —Sintió un escalofrío—. Soy vuestro Hediondo. Por favor, permitid que os sirva. Por favor.

—Ya que me lo pides con tanto entusiasmo, ¿cómo voy a negártelo? —Sonrió Ramsay Bolton—. Parto hacia la guerra, Hediondo. Y tú cabalarás conmigo, para ayudarme a traer a casa a la doncella que es mi prometida.

Hubo algo en el graznido del cuervo que hizo que un escalofrío recorriera la espalda de Bran.

« Ya soy casi un hombre —tuvo que recordarse—. Tengo que ser valiente» .

Pero el aire era cortante y frío, y rezumaba miedo. Hasta Verano estaba asustado; se le había erizado el pelaje del cuello. Las sombras se extendían por la ladera, negras y hambrientas. El peso del hielo hacía que todos los árboles crecieran inclinados y retorcidos. Algunos ni siquiera parecían árboles. Estaban apiñados a lo largo de la colina como gigantes, enterrados en nieve congelada desde la raíz hasta la copa, como criaturas monstruosas y deformes encorvadas contra el viento glacial.

—Están aquí. —El explorador desenvainó la espada.

—¿Dónde? —La voz de Meera sonaba apagada.

—Cerca. No sé. En alguna parte.

El cuervo volvió a graznar.

—Hodor —susurró Hodor, con las manos bajo las axilas. De la desaliñada barba marrón le colgaban carámbanos, y el bigote era una maraña de mocos congelados que brillaban rojizos a la luz del crepúsculo.

—Los lobos también están cerca —aviso Bran—. Esos que han estado siguiéndonos. Cuando el viento sopla en nuestra dirección, Verano capta su olor.

—Los lobos son el menor de nuestros problemas —dijo Manosfrías—. Vamos a tener que escalar. Pronto oscurecerá, y deberíais estar a cubierto antes de que caiga la noche, o vuestra calor los atraerá. —Echó un vistazo hacia el oeste, donde la luz del sol poniente se vislumbraba débil entre los árboles, como el resplandor de un fuego lejano.

—¿Esta es la única entrada? —preguntó Meera.

—La puerta trasera está tres leguas más al norte, bajo una sima.

No tuvo que añadir más. Ni siquiera Hodor podía descender por una sima con Bran cargado a la espalda, y Jojen era tan incapaz de caminar tres leguas como de correr mil. Meera observó la colina que se alzaba ante ellos.

—Ese camino parece despejado.

—Parece —recalcó el explorador con un susurro siniestro—. ¿Os dais cuenta del frío que hace? Aquí hay algo. ¿Dónde están?

—Puede que en la cueva —aventuró Meera.

—La cueva está protegida. No pueden acceder a ella. —El explorador señaló con la espada—. Allí está la entrada, a mitad de la pendiente, entre los arcianos. Aquella fisura de la roca.

—La veo —dijo Bran. Había cuervos que entraban y salían volando.

—Hodor —dijo Hodor al tiempo que intentaba buscar una postura más cómoda.

—Solo veo un pliegue en la roca —dijo Meera.

—Hay un pasadizo, un arroyuelo que discurre por la piedra, empinado y tortuoso al principio. Si lo alcanzáis, estaréis a salvo.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—La cueva está protegida.

—Desde aquí habrá poco más de mil pasos —dijo Meera, estudiando la fisura de la ladera.

«Sí —pensó Bran—, pero todos cuesta arriba». La montaña era empinada y estaba poblada por una densa arboleda. Llevaba tres días sin nevar, pero la nieve aún no se había derretido y el suelo era una sábana blanca bajo los árboles, aún limpia y virgen.

—Aquí no hay nadie —dijo Bran, animado—. Mirad la nieve. No hay huellas.

—Los caminantes blancos se mueven ligeros por la nieve —contestó el explorador—. No veréis ningún rastro de su paso. —Un cuervo descendió de lo alto para posarse en su hombro. Solo los seguía una docena de grandes pájaros negros. Los demás habían ido desapareciendo durante la travesía; cada amanecer, al despertar, se encontraban con menos.

—Venid —graznó uno de ellos—. Venid, venid.

«El cuervo de tres ojos —pensó Bran—. El verdevidente».

—No está muy lejos —dijo—. Solo tenemos que subir un poco y estaremos a salvo. Quizá hasta podamos encender una hoguera.

Todos estaban helados, empapados y hambrientos, excepto el explorador, y Jojen Reed se encontraba demasiado débil para caminar sin ayuda.

—Id vosotros.

Meera Reed se agachó junto a su hermano. Estaba recostado contra el tronco de un roble con los ojos cerrados, sacudido por fuertes temblores. Lo poco del rostro que se atisbaba entre la capucha y la bufanda estaba blanco como la nieve que los rodeaba, pero aún se percibían las débiles bocanadas de su respiración. Meera había cargado con él durante todo el día. Bran intentó convencerse de que se repondría con un poco de comida y un buen fuego, pero no las tenía todas consigo.

—No puedo pelear y llevar a Jojen a la vez; la pendiente es demasiado empinada —dijo Meera—. Hodor, sube tú a Bran hasta la cueva.

—Hodor. —Hodor dio unas palmadas.

—Jojen solo necesita comer —dijo Bran, desalentado.

Doce días atrás, el alce había caído desmayado por tercera y última vez. Manosfriás se había arrodillado junto al animal en un banco de nieve y había murmurado unas oraciones en una lengua extraña mientras lo degollaba. Bran lloró como una niña cuando la sangre brillante manó a borbotones. Nunca se había sentido tan tullido como en aquel momento, cuando tuvo que mirar

impotente como Meera Reed y Manosfriás descuartizaban al valiente animal que los había llevado hasta allí. Se prometió no comer, convencido de que era mejor pasar hambre que darse un atracón a costa de un amigo, pero acabó comiendo por duplicado, en su propia piel y en la de Verano. Aunque el alce estaba demacrado y famélico, habían vivido durante siete días de la carne que había trinchado el explorador, hasta que se comieron el último pedazo acurrucados junto al fuego entre las ruinas de un antiguo fuerte.

—Si que necesita comer —admitió Meera mientras acariciaba la frente de su hermano—. Todos lo necesitamos, pero aquí no hay comida. Marchaos.

Bran parpadeó para tratar de contener una lágrima, pero sintió como se le congelaba en la mejilla. Manosfriás cogió a Hodor del brazo.

—Nos estamos quedando sin luz. Si no han llegado aún, no tardarán. Vamos.

Hodor, mudo por primera vez en mucho tiempo, se sacudió la nieve de las piernas y se abrió camino hacia arriba entre los ventisqueros, con Bran cargado a la espalda. Tras ellos subió el explorador, que llevaba la espada en una negra mano. Verano iba detrás. En algunos lugares, la nieve lo superaba en altura, y cada vez que se hundía en la tierra helada, el gran huargo tenía que parar y sacudírsela. Mientras ascendían, Bran se volvió dificultosamente en su cesta y vio a Meera pasar un brazo bajo los de su hermano para ayudarlo a levantarse.

«Pesa demasiado para ella. Está muerta de hambre, y ya no le quedan muchas fuerzas». Meera agarró la fisga con la mano que le quedaba libre y avanzó clavando sus tres dientes en la nieve para obtener más apoyo. Justo cuando comenzaba a subir la colina, con su hermano pequeño a ratos en brazos y a ratos a rastras, Hodor pasó entre dos árboles y Bran los perdió de vista.

La colina se hizo más empinada y los montículos de nieve se quebraban bajo las botas de Hodor. Hubo un momento en el que una roca lo hizo resbalar, y le faltó poco para rodar cuesta abajo. El explorador lo salvó al sujetarlo del brazo.

—Hodor —dijo Hodor.

Con cada ráfaga de viento, el aire se llenaba de un fino polvo blanco que brillaba como el cristal a la luz del atardecer. Los cuervos revoloteaban a su alrededor. Uno se adelantó y desapareció en la cueva.

«Solo quedan cien pasos —pensó Bran—, está muy cerca».

De repente, Verano se detuvo al llegar a una elevación cubierta de nieve virgen. El huargo miró hacia atrás, olfateó el aire, se puso a gruñir y retrocedió con el pelaje erizado.

—Hodor, para —dijo Bran—. Hodor. ¡Espera! —Algo iba mal. Verano lo oía, y él también. «Algo malo. Está cerca»—. Hodor, no, da la vuelta.

Manosfriás seguía camino arriba, y Hodor se empeñaba en seguirlo.

—¡Hodor, Hodor, Hodor! —gritó irritado, en un intento de ahogar las protestas de Bran. Su respiración se había vuelto trabajosa. El aire estaba cubierto de una neblina blanca. Dio un paso, después otro. La nieve le llegaba casi por la

cintura, y la ladera era muy empinada. El gigantón caminaba inclinado hacia delante y se agarraba a rocas y árboles con las manos mientras ascendía. Otro paso. Otro. La nieve que desplazaba Hodor cayó ladera abajo y creó una pequeña avalancha tras ellos.

« Setenta pasos». Bran se estiró hacia un lado para ver mejor la cueva. Pero lo que vio fue otra cosa.

—¡Un fuego! —Por una hendidura, entre los arcianos, se vislumbraba un brillo titilante, una luz rojiza que destacaba en la oscuridad creciente—. Mirad, alguien...

Hodor gritó. Tropezó, se tambaleó y cayó.

Cuando el gran mozo de cuadra giró sobre sí mismo, Bran sintió que el mundo se volvía del revés. Un golpe repentino lo dejó sin aliento, y la boca se le llenó de sangre. Hodor rodaba y rodaba, y aplastaba a cada giro al niño tullido.

« Algo lo ha cogido de la pierna». Durante un instante, Bran pensó que podía ser una raíz que se le había enganchado en el tobillo... hasta que la raíz se movió. Vio una mano y, tras ella, el resto del espectro emergió de la nieve.

Hodor pateó de lleno la cara de aquella cosa con una bota cubierta de nieve, pero el muerto ni siquiera pareció darse cuenta. Rodaron colina abajo entre forcejeos, golpes y arañazos. La boca y la nariz de Bran se llenaron de nieve, pero siguió girando, atado a Hodor. Se dio en la cabeza con algo; no supo si fue una roca, un trozo de hielo o el puño de un muerto, y de repente ya no estaba en la cesta, sino tirado en medio de la ladera, escupiendo nieve, con un mechón de pelo de Hodor en la mano.

A su alrededor, de la nieve empezaron a salir espectros.

« Dos..., tres..., cuatro...». Bran perdió la cuenta. Surgían de improviso entre nubes de nieve. Algunos vestían capas negras; otros, pieles raídas; otros, nada. Todos tenían la piel blanca y las manos negras. Sus ojos brillaban como pálidas estrellas azules.

Tres de ellos cayeron sobre el explorador. Bran vio como Manosfrías le rajaba la cara de lado a lado a uno, pero el espectro seguía avanzando hacia él, haciendo retroceder hacia los brazos de otro. Otros dos perseguían a Hodor, bajando por la pendiente con pasos torpes. Cuando se dio cuenta de que Meera estaba a punto de llegar y toparse con aquello, un terror impotente invadió a Bran. Dio un golpe en la nieve y lanzó un grito de aviso.

Algo lo agarró.

Fue entonces cuando el grito se convirtió en chillido. Bran arrojó un puñado de nieve a la criatura, que apenas pestañeó. Una mano negra se dirigió hacia su cara y otra hacia su estómago, con dedos que parecían de hierro.

« Va a arrancarme las tripas».

Pero, de repente, Verano se interpuso. Bran alcanzó a ver piel que se desgarraba como un trapo y oyó como se astillaba un hueso. Vio una muñeca y

una mano arrancadas de cuajo, con unos dedos que aún se retorcían y una manga de tejido basto de un negro desvaído.

« Negro —pensó—, viste de negro; pertenecía a la Guardia». Verano arrojó el brazo a un lado, giró y hundió los dientes bajo la barbilla del muerto. Hubo un estallido de carne blancuzca y putrefacta cuando el gran lobo gris le arrancó la mayor parte del cuello de un tirón.

Bran se alejó de la mano amputada, que aún se movía. Mientras estaba tendido de bruces y agarrado a la nieve, atisbió por encima aquel resplandor anaranjado entre los árboles, blancos y cubiertos con un manto de nieve.

« Sesenta pasos. —Si conseguía arrastrarse sesenta pasos más, no lo atraparían. Empezó a reptar hacia la luz, con los guantes empapados, agarrándose a raíces y rocas—. Un poco más, solo un poco más y podrás descansar junto al fuego».

Las últimas luces del día ya habían dejado de filtrarse entre los árboles; había caído la noche. Manosfrías se defendía a cuchilladas del círculo de muertos que lo rodeaba. Verano tenía entre los dientes la cara del que había derribado momentos antes y seguía destrozándolo. Nadie prestaba atención a Bran. Arrastró las inútiles piernas tras él un poco más arriba.

« Si consigo llegar a esa cueva...» .

—Hooodor. —Se oyó un gemido desde más abajo, y de repente Bran ya no era Bran, el niño roto que se arrastraba por la nieve: era Hodor, y estaba en mitad de la colina, defendiéndose de un espectro que intentaba alcanzarle los ojos. Se incorporó tambaleándose, dio un rugido y empujó al espectro con fuerza hacia un lado. Cayó sobre una rodilla y empezó a levantarse de nuevo. Bran extrajo la espada larga del cinturón de Hodor. Por dentro aún oía los quejidos del pobre gigante, pero por fuera se había convertido en tres varas de furia armadas con hierro. Alzó la espada y la hizo descender sobre el muerto con un gruñido. La hoja atravesó lana mojada, malla oxidada y cuero podrido, y se hundió hasta lo más profundo de los huesos y la carne.

—¡Hodor! —gritó, y volvió a atacar. Cortó la cabeza del espectro a la altura del cuello, y durante un momento sintió la victoria... hasta que apareció un par de manos muertas que tanteaban en busca de su garganta.

Bran retrocedió ensangrentado, y entonces, Meera Reed clavó la fisga en la espalda del espectro.

—Hodor —volvió a rugir Bran. Le hizo señas para que siguiera ascendiendo por la colina—. Hodor, Hodor. —Jojen desfallecía en el lugar donde lo había dejado Meera. Bran corrió hacia él, soltó la espada, protegió al chico con el brazo de Hodor y volvió a levantarse con torpeza.

—¡Hodor! —gritó.

Meera los guio hacia la cima, alejando con la fisga a cada espectro que se les cruzaba. Aunque no se pudiera herir a aquellos seres, eran lentos y torpes.

—Hodor —decía Hodor a cada paso—. Hodor, Hodor. —Se preguntó qué pensaría Meera si le dijera de repente que la amaba.

Más arriba, unas siluetas en llamas bailaban en la nieve.

« Los espectros —comprendió Bran—. Han prendido fuego a los espectros. —Verano gruñía y lanzaba dentelladas mientras trazaba círculos alrededor del más cercano: lo que quedaba de un hombre enorme, envuelto en un torbellino de llamas—. No debería acercarse tanto. ¿Qué hace? —Entonces se vio tirado de brúces en la nieve. Verano intentaba alejar aquella cosa de él—. ¿Qué pasará si me mata? —se preguntó—. ¿Seré Hodor para siempre? ¿Volveré a la piel de Verano? ¿O simplemente moriré?».

El mundo giró a su alrededor. Árboles blancos, cielo negro, llamas rojas, todo se arremolinaba, cambiaba, daba vueltas, y Bran se sintió caer.

—Hodor hodor hodor hodor. Hodor hodor hodor hodor. Hodor hodor hodor hodor hodor —oyó gritar a Hodor.

Una nube de cuervos salió de la cueva, y vio a una niña que movía de un lado a otro la antorcha que llevaba en la mano. Durante un momento, Bran pensó que era su hermana Arya... lo que no tenía sentido, pues sabía que estaba a mil leguas de distancia, o tal vez muerta. Pero allí estaba, escuálida y harapienta, salvaje, con el pelo enmarañado. Los ojos de Hodor se llenaron de lágrimas que se congelaron al instante.

Todo se volvió del revés una vez más, y Bran volvió a encontrarse en su propia piel, medio enterrado en la nieve. El espectro en llamas se cernía sobre él, con la alta silueta delineada contra los árboles envueltos en nieve. Justo antes de que el árbol más cercano le descargara encima la nieve que lo cubría, Bran vio que era de los que iban desnudos.

No supo nada más hasta que se despertó tumbado en un lecho de agujas de pino bajo un oscuro techo de piedra.

« La cueva. Estoy en la cueva». Aún sentía el sabor de la sangre por haberse mordido la lengua, pero a su derecha ardía una hoguera y el calor le bañaba la cara, y en su vida había sentido nada mejor. Verano olfateaba a su alrededor, y también estaba Hodor, calado hasta los huesos. Meera acunaba a Jojen en el regazo, y la niña que se parecía a Arya los miraba a todos, con la antorcha en la mano.

—La nieve —dijo Bran—. Me cayó encima. Me enterró.

—Te escondí, y yo te saqué. —Meera señaló con la cabeza hacia la niña—. Pero fue ella quien nos salvó. La antorcha... El fuego los mata.

—No, el fuego los quema. El fuego siempre tiene hambre.

Aquella voz no pertenecía a Arya ni a ninguna niña. Era una voz de mujer, aguda y melodiosa, impregnada de una musicalidad extraña que nunca había oído en nadie, y tan triste que desgarraba el corazón. Bran entornó los ojos para verla mejor. Era de aspecto joven, más baja que Arya; se cubría la piel,

moteada como la de una cierva, con una capa de hojas. Tenía unos ojos extraños, grandes y vidriosos, dorados y verdes, con la pupila vertical como los gatos.

«Nadie tiene los ojos así». Su pelo era una maraña de colores otoñales, castaño, rojo y dorado, con enredaderas, ramitas y flores secas enzarzadas.

—¿Quién eres? —preguntó Meera Reed. Bran lo sabía.

—Es una hija del bosque. —Se estremeció, tanto por el asombro como por el frío. Habían caído de lleno en uno de los cuentos de la Vieja Tata.

—Los primeros hombres nos llamaron niños, o hijos del bosque —dijo la mujercilla—. Los gigantes nos llamaron *woh dak nag gran*, el pueblo ardilla, porque éramos pequeños y rápidos y nos gustaban los árboles, pero no somos ardillas ni niños. En la lengua verdadera, nuestro nombre significa «los que cantan la canción de la tierra». Mucho antes de que se hablara vuestra antigua lengua, ya llevábamos diez mil años cantando nuestras canciones.

—Sin embargo, hablas en la lengua común —señaló Meera.

—Lo hago por él, por el pequeño Bran. Nací en la época de los dragones, y durante doscientos años caminé por el mundo de los hombres para ver, escuchar y aprender. Habría seguido caminando, pero me dolían las piernas y tenía el corazón fatigado, así que volví a casa.

—¿Doscientos años? —preguntó Meera.

—Son los hombres los que son niños —sonrió la mujer.

—¿Tienes nombre? —quiso saber Bran.

—Sí, siempre que lo necesito. —Apuntó con la antorcha hacia la fisura negra del fondo de la cueva—. Nuestro camino nos lleva abajo. Ahora tenéis que acompañarme.

—El explorador... —Bran empezó a tiritar otra vez.

—No puede venir.

—Lo matarán.

—No. Lo mataron hace mucho. Venid; abajo hace más calor, y ahí nadie os hará daño. Te espera.

—¿El cuervo de tres ojos? —preguntó Meera.

—El verdevidente.

Echó a andar sin decir más, y los otros no tuvieron más remedio que seguirla. Meera ayudó a Bran a encaramarse de nuevo a la espalda de Hodor, aunque la cesta estaba medio rota y empapada por la nieve. Despues pasó un brazo alrededor de su hermano y lo ayudó a ponerse en pie. Jojen abrió los ojos.

—¿Qué? ¿Meera? ¿Dónde estamos? —Sonrió al ver el fuego—. He tenido un sueño de lo más extraño.

El pasadizo era angosto y retorcido, y tan bajo que Hodor tenía que andar agachado. Bran se agazapó tanto como pudo, pero aun así, enseguida empezó a darse cabezazos contra el techo. A cada roce le caía tierra en el pelo y en los ojos, y llegó a golpearse la frente contra una gruesa raíz blanca que sobresalía de

la pared del túnel y de cuyos dedos colgaban telarañas.

La capa de hojas susurraba tras la hija del bosque, que iba la primera con la antorcha en la mano, pero el túnel daba tantas vueltas que Bran pronto la perdió de vista y solo pudo seguir la luz que se reflejaba en las paredes. Tras un breve descenso, el pasadizo se dividía, pero el ramal de la izquierda era oscuro como boca de lobo, y hasta Hodor supo que debían seguir la oscilante antorcha hacia la derecha.

Las sombras se movían de tal manera que parecía que las paredes se movían a su vez. Bran vio enormes serpientes blancas que entraban y salían de la tierra que lo rodeaba, y el corazón le dio un vuelco. Se preguntó si no habrían entrado en un nido de serpientes de leche o de gusanos de sepultura gigantes, blandos, pálidos y fangosos.

« Los gusanos de sepultura tienen dientes» .

Hodor también lo vio.

—Hodor —protestó, sin ninguna gana de continuar. Pero cuando la mujer se detuvo para que la alcanzaran, la luz de la antorcha se quedó inmóvil y Bran se dio cuenta de que las serpientes solo eran raíces blancas como la que le había dado en la cabeza.

—Son raíces de arciano. ¿Te acuerdas del árbol corazón del bosque de dioses, Hodor? El árbol blanco con hojas rojas. Un árbol no puede hacerte daño.

—Hodor.

Hodor volvió a ponerse en marcha rápidamente tras la niña y la antorcha, hacia las profundidades de la tierra. Pasaron por otra bifurcación, después por otra, y al fin llegaron a una caverna del tamaño del salón principal de Invernalia, con dientes de piedra que colgaban del techo y se abrían paso desde el suelo. La mujercita de la capa de hojarasca se abrió camino entre ellos. De vez en cuando se paraba y los apremiaba haciendo señas con la antorcha. « Por aquí —parecía decir—, por aquí, por aquí, deprisa» .

Encontraron más pasadizos y recovecos a ambos lados, y Bran oyó agua que goteaba hacia su derecha. Cuando miró en aquella dirección se encontró con ojos que los observaban, grandes ojos de pupila vertical que reflejaban la luz de la antorcha.

« Más hijos del bosque —se dijo—; nuestra guía no está sola» . Pero también recordó la historia de la Vieja Tata sobre los que habían acompañado a Gendel.

Hadía raíces por todas partes: se retorcían entre tierra y piedras, cerraban algunos pasadizos y sostenían los techos de otros.

« Lo que no hay son colores —advirtió Bran. El mundo era de tierra negra y madera blanca. El árbol corazón de Invernalia tenía las raíces gruesas como los muslos de un gigante, pero aquellas lo eran más aún, y Bran nunca había visto tantas juntas—. Tiene que haber un bosque entero de arcianos justo encima de nosotros» .

La luz se hizo más tenue. Al ser tan pequeña, la niña que no era niña se movía muy deprisa cuando quería. Algo crujió bajo los pies de Hodor, y se paró tan bruscamente que Meera y Jojen casi se estamparon contra su espalda.

—Huesos —dijo Bran—. Son huesos.

El suelo del túnel estaba cubierto de huesos de pájaros y otros animales. Pero también había otros, algunos tan grandes que por fuerza tenían que ser de gigante, y otros pequeños que podrían corresponder a niños. Bran vio una calavera de oso y otra de lobo; media docena de calaveras humanas y otras tantas de gigantes. Las demás eran pequeñas y de forma extraña.

«Hijos del bosque». Todas estaban rodeadas y atravesadas por raíces. Unos cuantos cuervos los observaron pasar con ojos negros brillantes, posados en algunas de ellas.

El último tramo de su oscuro viaje era el más empinado. Hodor realizó el descenso final de culo, deslizándose a trompicones en medio de un estrépito de huesos rotos, tierra suelta y gravilla. La mujer los esperaba al final de un puente natural que colgaba sobre un profundo abismo. Abajo, en la oscuridad, Bran oyó el sonido del agua al correr.

«Un río subterráneo».

—¿Tenemos que cruzar? —preguntó, mientras los Reed llegaban resbalando por la cuesta detrás de él. La idea lo aterrorizaba. Si Hodor perdía pie en aquel puente tan estrecho, los dos caerían y caerían.

—No, muchacho. Mira detrás de ti.

La mujer levantó un poco más la antorcha, y la luz pareció cambiar y transformarse. Durante un instante, las llamas fueron naranja y amarillas, y llenaron la caverna de un resplandor rojizo; después, todos los colores se apagaron y solo quedaron el blanco y el negro. Tras ellos, Meera ahogó un grito. Hodor se volvió.

Allí había un hombre pálido, vestido con ropa color ébano, inmerso en sus ensueños y sentado en un nido enmarañado de raíces; un trono de arcianos entrelazados que lo abrazaban con sus atrofiados miembros como haría una madre con su hijo. Tenía el cuerpo tan esquelético y las vestiduras tan harapientas que, al principio, Bran pensó que era otro cadáver, un muerto que llevaba tanto tiempo allí sentado que habían crecido raíces sobre él, bajo él y a través de él. Lo que se podía ver de la piel era de color blanco, salvo por una mancha sangrienta que le subía del cuello a la mejilla. Tenía el pelo blanco, fino como las raíces de hierba, y tan largo que llegaba al suelo de tierra. Las raíces se le enredaban por las piernas como serpientes de madera. Una de ellas se había abierto camino a través de los calzones y la carne reseca del muslo, para aparecer de nuevo en el hombro. De su cráneo surgía una mata de hojas rojas, y tenía la frente cubierta de setas grises. Los restos de piel en la cara eran duros y tirantes como si fueran de cuero blanco, pero también parecían desgarrados, y

aquí y allá se veían huesos marrones y amarillos.

—¿Eres el cuervo de tres ojos? —se oyó decir Bran.

« Un cuervo de tres ojos debería tener tres ojos. Él solo tiene uno, y es rojo». Bran sintió como aquel ojo lo miraba fijamente, brillante como un pozo de sangre a la luz de la antorcha. De la cuenca vacía donde debería haber estado el otro ojo crecía una delgada raíz blanca que bajaba por la mejilla hasta llegar al cuello.

—Un... cuervo? —La voz del hombre pálido sonaba seca. Movía los labios despacio, como si hubiera olvidado cómo se construían las palabras—. Lo fui, cierto. Negro mi atuendo y negra mi sangre. —La ropa que llevaba estaba podrida y descolorida, salpicada de musgo y carcomida por los gusanos, pero en otro tiempo había sido negra—. He sido muchas cosas, Bran. Ahora soy lo que ves, y entenderás por qué no podía llegar a ti..., salvo en sueños. Te he observado durante mucho tiempo; te he observado con mil ojos y uno más. Presencié tu nacimiento, y el de tu señor padre antes que el tuyo. Presencié tu primer paso, oí tu primera palabra, formé parte de tu primer sueño. Te vi caer. Y ahora, por fin, has venido a mí, Brandon Stark, aunque has tardado.

—Estoy aquí —dijo Bran—, pero estoy roto. ¿Podrías...? ¿Podrías curarme...? Quiero decir, ¿podrías curarme las piernas?

—No —dijo el hombre pálido—. Eso está fuera de mi alcance.

« Ha sido un viaje muy largo». Los ojos de Bran se llenaron de lágrimas. La estancia resonaba con el ruido del río negro.

—Nunca volverás a andar, Bran —dictaminaron los labios pálidos—. Pero volarás.

Durante largo rato no se movió: se limitó a yacer sobre el montón de sacos viejos que hacía las veces de cama, y a escuchar el viento entre los cabos y el susurro del río contra el casco.

La luna llena pendía sobre el mástil.

«Me sigue río abajo para vigilarme, como un ojo inmenso. —Pese a la calidez de las pieles polvorrientas con que se cubría, el hombrecillo sintió un escalofrío—. Lo que me hace falta es una copa de vino. O una docena». Pero la luna se apagaría antes de que el cabronazo de Grif le permitiera saciar su sed. Lo obligaba a beber agua, así que estaba condenado a noches de insomnio y días de temblores y sudor.

El enano se incorporó y se sujetó la cabeza entre las manos.

«¿He soñado?». No le quedaba ni el más leve recuerdo. Las noches nunca habían sido generosas con Tyrion Lannister, que dormía mal hasta en el más mullido lecho de plumas. En la *Doncella Timida* tenía que dormir en el altillo de la cabina, con un rollo de cuerda a modo de almohada. Se encontraba mejor allí que en la abarrotada bodega del barco; el aire era más fresco, y los sonidos del río, más agradables que los ronquidos de Pato. Tanta comodidad tenía un precio, claro: la cubierta era dura, y se despertaba rígido y entumecido, con calambres y dolores en las piernas.

De hecho, en aquel momento le dolían intensamente, y tenía las pantorrillas duras como palos. Se las masajeó con los dedos para aliviar el dolor, pero cuando se levantó tuvo que apretar los dientes.

«Tengo que bañarme». La ropa de niño que llevaba olía a rayos, igual que él. Los demás se bañaban en el río, pero hasta entonces había preferido no acompañarlos. En los bajíos había visto tortugas capaces de partírlo en dos de un bocado. Pato las llamaba *quebradoras*. Además, Tyrion no quería que Lemore lo vierá desnudo.

Había una escalerilla de madera para bajar del altillo. Tyrion se puso las botas y descendió hacia la cubierta de popa, donde estaba Grif envuelto en una capa de piel de lobo, junto a un brasero de hierro. El mercenario se encargaba de montar guardia toda la noche, por lo que se levantaba cuando el resto del grupo se iba a dormir y se retiraba al amanecer.

Tyrion se acuclilló a su lado y se calentó las manos sobre las brasas. En la orilla cantaban los ruiseniores.

—Pronto se hará de día —comentó a Grif.

—No tan pronto como me gustaría. Tenemos que ponernos en marcha ya.

Si de Grif hubiera dependido, la *Doncella Timida* habría seguido navegando río abajo también de noche, pero Yandry e Ysilla se negaban a poner en peligro

su barcaza en la oscuridad. El Alto Rhoyne estaba lleno de troncos sumergidos y a la deriva capaces de destrozar el casco de la *Doncella Tímida*. Pero Grif no quería excusas; lo que quería era llegar a Volantis.

Los ojos del mercenario no dejaban de moverse, siempre escudriñando la oscuridad en busca de... ¿De qué?

« ¿Piratas? ¿Hombres de piedra? ¿Cazadores de esclavos?». El enano sabía que el río era peligroso, pero Grif no le parecía inofensivo en absoluto. Le recordaba a Bronn, solo que Bronn tenía el negro sentido del humor propio de un mercenario, cosa de la que Grif carecía por completo.

—Mataría por una copa de vino —masculló Tyrion.

Grif no respondió. « Morirás antes de obtenerla», parecían decir sus ojos claros. Tyrion había cogido una borrachera monumental la primera noche que pasó a bordo de la *Doncella Tímida*, y al día siguiente se despertó con una pelea de dragones dentro de la cabeza. Grif lo miró vomitar por la borda de la barcaza.

—Se acabó la bebida para vos.

—El vino me ayuda a dormir —había protestado Tyrion.

« El vino ahoga mis sueños», podría haberle dicho.

—Pues no durmáis —fue la implacable respuesta de Grif.

Hacia el este, las primeras luces del amanecer aclaraban el cielo sobre el río. Las aguas del Rhoyne cambiaron poco a poco del negro al azul para hacer juego con el pelo y la barba del mercenario. Grif se levantó.

—Los demás se levantarán pronto. Quedáis al mando de la cubierta.

A medida que se iba silenciando el canto de los ruiseñores, el de las alondras ocupaba su lugar. Las garcetas chapoteaban entre los juncos de la orilla y dejaban sus huellas en los bancos de arena. Las nubes parecían llamear: rosadas y violeta, pardas y doradas, perladas y azafrán... Una tenía forma de dragón. « Tras haber contemplado el vuelo de un dragón, un hombre ya puede quedarse en su casa y cuidar de su jardín satisfecho —había escrito alguien—, porque no hay mayor maravilla en este mundo». Tyrion se rascó la cicatriz y trató de recordar al autor de la frase. Últimamente pensaba mucho en los dragones.

—Buenos días, Hugor. —La septa Lemore había salido ataviada con la túnica blanca que se ceñía a la cintura con una trenza de siete colores. El pelo le caía por los hombros—. ¿Qué tal habéis dormido?

—A rachas, mi señora. He vuelto a soñar con vos.

« Pero soñaba despierto». Al no poder conciliar el sueño, se puso una mano entre las piernas y se imaginó a la septa encima de él, con los pechos oscilando.

—Sin duda habrá sido un sueño perverso, porque sois un hombre perverso. ¿Queréis rezar conmigo y pedir perdón por todos vuestros pecados?

« Solo si rezamos al estilo de las islas del Verano».

—No, pero dadle un beso con lengua de mi parte a la Doncella.

La septa se echó a reír y se dirigió a la proa de la barcaza. Tenía por

costumbre bañarse en el río todas las mañanas.

—Es obvio que el nombre del barco no lo pusieron en vuestro honor —le dijo Tyrion al ver cómo se quitaba la túnica.

—La Madre y el Padre nos hicieron a su imagen, Hugor. Debemos engorgüellecernos de nuestro cuerpo, porque es obra de los dioses.

« Los dioses debían de estar muy borrachos cuando llegó mi turno. —Pensó el enano contemplando a Lemore mientras se metía en el agua, un espectáculo que siempre le provocaba una erección. La idea de despojar a la septa de su casta túnica blanca y abrirle las piernas era maravillosamente pecaminosa—. La inocencia explodió». Aunque Lemore no era ni mucho menos tan inocente como parecía. Tenía en la tripa unas marcas que solo podían ser fruto de un embarazo.

Yandry e Ysilla se habían levantado con el alba y estaban muy ajetreados. Mientras revisaba los aparejos, Yandry miraba de cuando en cuando a la septa Lemore. Ysilla, su morena y menuda esposa, no parecía darse cuenta: echó unas astillas al brasero de la cubierta de popa, removió las brasas con una pala ennegrecida y empezó a preparar la masa para los bollos del desayuno.

Lemore volvió a la cubierta de la barcaza, y Tyrion saboreó el espectáculo del agua que le corría entre los pechos y de la piel dorada y brillante a la luz de la mañana. Pasaba de los cuarenta y era más atractiva que bonita, pero seguía resultando muy grata a la vista.

« Lo mejor en la vida es estar borracho, y lo segundo mejor es estar salido», decidió. Lo hacía sentir vivo.

—¿Habéis visto esa tortuga, Hugor? —preguntó la septa mientras se escurría el agua del pelo—. La grande crestada.

A primera hora de la mañana era cuando más tortugas se veían. Durante el día se sumergían en las profundidades o se ocultaban en las ensenadas, pero salían a la superficie con los primeros rayos de sol. A algunas les gustaba nadar junto a la barcaza. Tyrion había llegado a distinguir una docena de especies diferentes: grandes, pequeñas, de concha plana, de orejas rojas, de caparazón blando y quebradoras, marrones, verdes, negras, con zarpas y astadas, y tortugas cuyo hermoso caparazón rugoso lucía espirales de oro, jade y nácar. Algunas eran tan grandes que habrían podido soportar el peso de un hombre. Según Yandry, los príncipes rhoyne utilizaban las utilizaban para cruzar el río. Tanto él como su esposa procedían del Sangreverde: eran dos huérfanos dornienses que habían vuelto a la madre Rhoyne.

—Pues me he perdido la crestada. —« Estaba concentrado en la mujer desnuda».

—Lo siento por vos. —Lemore se puso la túnica por la cabeza—. Sé que si os levantáis tan temprano es solo por la esperanza de ver tortugas.

—También me gusta ver salir el sol. —Era como contemplar a las doncellas

que salian desnudas de las aguas: unas eran bellas y otras no tanto, pero todas llegaban cargadas de promesas—. Reconozco que las tortugas tienen sus encantos. No hay nada que me guste tanto como ver un par de hermosas... conchas.

La septa Lemore se echó a reír. Al igual que todos los que viajaban en la *Doncella Tímida*, ella también guardaba secretos. Pues bien, por él podía quedárselos.

«No quiero conocerla; quiero follármela». Ella lo sabía, desde luego. Mientras se colgaba del cuello el cristal que la identificaba como septa y lo cobijaba entre sus pechos, lo atormentó con una sonrisa.

Yandry izó el ancla, cogió una de las largas pértigas que reposaban contra el altillo y apartó la barcaza de la orilla. Dos garzas levantaron la cabeza cuando la *Doncella Tímida* empezó a avanzar río abajo. Yandry se dirigió al timón mientras Ysilla daba la vuelta a los bollos. Puso una sartén de hierro en el brasero, y encima, unas lonchas de panceta. Unos días preparaba bollos con panceta, y otros, panceta con bollos. Una vez cada quince días, con suerte, había pescado. Aquel no era un día de suerte.

Cuando Ysilla dio media vuelta, Tyrion cogió un bollo del brasero y escapó justo a tiempo de su temible cuchara de madera. Estaban mucho más ricos calientes, cuando chorreaban miel y mantequilla. El olor de la panceta frita no tardó en sacar a Pato de la bodega. Olfateó el aire por encima del brasero, recibió el correspondiente cucharetazo de Ysilla y se dirigió a popa para mear por la borda. Tyrion anadeó para reunirse con él.

—Esto sí que es digno de verse —bromeó mientras vaciaban la vejiga—. Un enano y un pato aumentando considerablemente el caudal del caudaloso Rhoyne.

Yandry soltó un bufido despectivo.

—A la madre Rhoyne no le hace ninguna falta vuestra agua, Yollo. Es el río más grande del mundo.

—Basta y sobra para ahogar a un enano, eso seguro. —Tyrion se sacudió las últimas gotas—. Pero el Mander es igual de ancho, igual que el Tridente en la desembocadura. Y el Aguasnegras es más profundo.

—Aún no conocéis el río. Esperad y veréis.

La panceta se puso crujiente y los bollos se doraron. Grif el Joven subió a cubierta, bostezando.

—Buenos días a todos.

El muchacho era más bajo que Pato, pero su porte desgarbado indicaba que aún no había terminado de crecer.

«Con pelo azul o sin él, este chaval lampiño podría tener a la doncella que se le antojara de entre todas las de los Siete Reinos. Lo mirarian a los ojos y se derretirían». Grif el Joven tenía los ojos azules, pero los de su padre eran claros, y los suyos, muy oscuros. A la luz de las velas se volvían negros, y durante el

ocaso parecían violeta. Además tenía las pestañas tan largas como una mujer.

—Huelo a panceta —comentó al tiempo que se sentaba para ponerse las botas.

—A panceta buena —apuntó Ysilla—. A sentarse.

Les sirvió el desayuno en la cubierta de popa, donde obligó a Grif el Joven a atiborrarse de bollos al tiempo que asestaba cucharetazos en la mano de Pato cada vez que intentaba coger más panceta. Tyrion apartó dos bollos, los rellenó de panceta y le llevó uno a Yandry, al timón. Después ayudó a Pato a izar la vela latina de la *Doncella Tímida*. Yandry los llevó hasta el centro del río, donde la corriente era más fuerte. La *Doncella Tímida* era una barcaza excelente, con tan poco calado que podía subir hasta por el afluente menos caudaloso y pasar sobre bancos de arena en los que habrían encallado navíos más grandes, y con la vela izada y la ayuda de la corriente podía alcanzar una velocidad muy razonable. Según Yandry, eso suponía la diferencia entre la vida y la muerte en los tramos altos del Rhoyne.

—Más allá de los Pesares no ha habido ley desde hace mil años.

—Tampoco ha habido gente, por lo visto.

En las orillas se veían ruinas dispersas, en su mayoría columnas de mampostería cubiertas de enredaderas, musgo y flores, pero no había ningún otro indicio de presencia humana.

—No conocéis el río, Yollo. Puede haber un barco pirata al acecho en cualquier afluente, y los esclavos fugados suelen buscar refugio en las ruinas. Los cazadores de esclavos rara vez se aventuran tan al norte.

—Ya me gustaría ver a algún cazador de esclavos, en vez de tanta tortuga.

Como no era un esclavo fugado, Tyrion no tenía nada que temer de los cazadores, y no le parecía probable que ningún pirata fuera a tomarse la molestia de atacar una barcaza que iba río abajo. Las mercancías de valor ascendían desde Volantis.

Cuando se acabó la panceta, Pato dio un golpecito a Grif el Joven en el hombro.

—Ya va siendo hora de magullarlos un poco. Hoy toca con espadas.

—¿Con espadas? —Grif el Joven sonrió—. Me gustan las espadas.

Tyrion lo ayudó a vestirse para el combate con calzones gruesos, jubón acolchado y una vieja armadura de acero muy mellada. Ser Rolly se puso la cota de malla y las prendas de cuero endurecido. Ambos se calaron el yelmo y sacaron espadas largas embotadas del arcón de las armas. Se enfrentaron con energéticos golpes en la cubierta de popa, ante la mirada de todo el grupo.

Cuando luchaban con martillo o hacha romana, la corpulencia y la fuerza bruta de ser Rolly doblegaban enseguida a su pupilo. A espada, los combatientes estaban más igualados. Ninguno de los dos había cogido escudo aquella mañana, de manera que todo el entrenamiento consistía en golpes y paradas a lo largo y

ancho de la cubierta. Los sonidos del combate resonaban en todo el río. Grif el Joven consiguió asestar más golpes, aunque los de Pato eran más fuertes. Al cabo de un rato, el hombretón empezó a cansarse y sus golpes se volvieron algo más lentos, más bajos. Grif el Joven los paró todos y lanzó un furioso ataque que hizo retroceder a su adversario. Cuando llegaron a popa, el muchacho entrelazó su espada con la de Pato y lo empujó con el hombro, haciéndolo caer al río.

El hombretón salió a la superficie escupiendo y maldiciendo, y pidió a gritos que lo pescaran antes de que una tortuga quebradora se le comiera las partes pudendas. Tyrion le arrojó un cabo.

—Los patos deberían nadar un poco mejor —comentó mientras Yandry y él subían al caballero a la *Doncella Timida*.

Ser Rolly agarró a Tyrion por el cuello del jubón.

—¡A ver qué tal nadan los enanos! —se burló al tiempo que lo tiraba de cabeza al Rhoyne.

El enano rio el último; se le daba aceptablemente bien nadar, y nadó... hasta que empezó a tener calambres en las piernas. Grif el Joven le tendió una pértiga.

—No sois el primero que intenta ahogarme —dijo a Pato mientras se vaciaba de agua una bota—. Mi padre me tiró a un pozo cuando nací, pero era tan feo que la bruja del agua que vivía allí abajo me escupió de vuelta a la superficie.

Se quitó la otra bota y dio una voltereta lateral por la cubierta, salpicándolos a todos.

—¿Dónde habéis aprendido a hacer eso? —rio Grif el Joven.

—Me enseñaron los titiriteros —mintió—. Mi madre me quería más que a ninguno de sus otros hijos, porque como era tan pequeño... Me dio pecho hasta los siete años. Eso ponía muy celosos a mis hermanos, así que me metieron en un saco y me vendieron a una compañía de titiriteros. Intenté huir, y el jefe de la compañía me cortó media nariz; así no tendría más remedio que ir con ellos y aprender a ser divertido.

La verdad era bastante diferente. Su tío le había enseñado unas cuantas piruetas cuando tenía seis o siete años, y Tyrion había aprendido con entusiasmo. Se pasó medio año dando volteretas alegremente por todo Roca Casterly, haciendo sonreír a septones, escuderos y criados por igual. Hasta Cersei se rio en un par de ocasiones al verlo.

Todo terminó bruscamente el día en que su padre regresó de un viaje a Desembarco del Rey. Aquella noche, durante la cena, Tyrion quiso sorprenderlo recorriendo sobre las manos la mesa principal en toda su longitud. Lord Tywin no se mostró nada satisfecho.

—Los dioses te hicieron enano; ¿es necesario que también seas bufón? Naciste león, no mono.

«Y ahora estás muerto, padre, así que daré tantas volteretas como quiera».

—Tenéis talento para hacer sonreír a los demás —le dijo la septa Lemore

mientras Tyrion se secaba los pies—. Deberíais dar las gracias al Padre, que otorga dones a todos sus hijos.

—Ciento es —reconoció con una sonrisa.

« Y cuando muera, haced el favor de enterrarme con una ballesta, para que pueda darle las gracias al Padre por sus dones, igual que se las di a mi padre terrenal» .

Aún tenía la ropa empapada tras el involuntario chapuzón, y la tela se le pegaba a los brazos y las piernas de la manera más incómoda. Mientras Grif el Joven se sentaba con la septa Lemore para que lo instruyera en los misterios de la fe, Tyrion se quitó las prendas mojadas y se puso otras secas.

Cuando volvió a cubierta, Pato lo recibió a carcajadas, lo que resultaba comprensible. Aquel atuendo no podía ser más cómico. Llevaba un jubón dividido a lo largo: el lado izquierdo era de terciopelo violeta tachonado de bronce, y el derecho, de lana amarilla con flores bordadas en verde. Los calzones estaban divididos de manera similar: la pernera derecha era verde, y la izquierda, de rayas rojas y blancas. Uno de los cofres que había enviado Illyrio estaba lleno de ropa de niño, polvorienta pero de buena factura. La septa Lemore había cortado cada prenda en dos partes y había cosido las mitades intercambiadas, para hacer rudimentarios disfraces de bufón. Grif se había empecinado en que Tyrion la ayudara a cortar y coser. Sin duda pretendía que fuera una experiencia humillante, pero Tyrion disfrutó con la aguja, y la compañía de Lemore siempre era grata, a pesar de su manía de reprenderlo cada vez que blasfemaba.

« Si Grif quiere hacerme pasar por bufón, le seguiré la corriente» . Sabía que, allá donde estuviera, lord Tywin Lannister contemplaría aquello con horror, y eso hacía la situación mucho más llevadera.

Su otra obligación no tenía nada de bufonesco.

« Pato tiene la espada; yo tengo pluma y pergamo» . Grif le había ordenado que recogiera por escrito todo cuanto supiera sobre los dragones. Era una tarea considerable, pero el enano le dedicaba tiempo todos los días, garabateando tan bien como podía, sentado con las piernas cruzadas en el altillo de la cabina.

Era mucho lo que Tyrion había leído sobre dragones a lo largo de los años. La mayor parte de esos relatos eran patrañas sin la menor credibilidad, y los libros que le había proporcionado Illyrio no eran los que él habría querido. Lo que le habría venido de maravilla era el texto íntegro de *Los fuegos del Feudo Franco*, la historia de Valyria narrada por Galendro. Pero en Poniente no se conocía ningún ejemplar completo, y hasta en el de la Ciudadela faltaban veintisiete pergaminos.

« Seguro que en la Antigua Volantis tienen una biblioteca. Puede que encuentre un ejemplar mejor allí, siempre que halle la forma de atravesar la Muralla Negra y llegar al centro de la ciudad» . Mucho menos esperanzado se sentía en el caso de *Dragones, anfípteros y guivernos: Historia antinatural*, del

septón Barth. Barth, hijo de un herrero, llegó a mano del rey durante el reinado de Jaehaerys el Conciliador. Sus enemigos decían de él que tenía más de brujo que de septón, y Baelor el Santo, nada más ocupar el Trono de Hierro, ordenó que se destruyeran todos sus escritos. Diez años atrás, Tyrion había leído un fragmento de la *Historia antinatural* que, al parecer, se le había escapado a Baelor el Bienamado, pero tenía serias dudas de que la obra de Barth hubiera atravesado el mar Angosto. Y desde luego, era aún más improbable que encontrara el menor rastro del tomo fragmentario anónimo y ensangrentado cuyo título era unas veces *Sangre y fuego*, y otras, *La muerte de los dragones*; se decía que el único ejemplar existente se custodiaba bajo llave en una cripta de la Ciudadela.

Cuando el Mediomaestre apareció bostezando en cubierta, el enano se afanaba en plasmar en el pergamo todo lo que recordaba sobre los hábitos de apareamiento de los dragones, asunto sobre el que Barth, Munkun y Thomax tenían puntos de vista ciertamente distintos. Haldon se dirigió a popa para mear contra el ondulante reflejo del sol en el agua.

—¡Yollo! ¡Al anochecer llegaremos a la confluencia con el Noyne! —gritó el Mediomaestre.

—Me llamo Hugor. —Tyrion levantó la vista del pergamo—. A Yollo lo llevo en calzones. ¿Queréis que lo saque a jugar?

—Mejor no; podríais asustar a las tortugas. —La sonrisa de Haldon era afilada como la hoja de un puñal—. ¿Cómo dijisteis que se llamaba la calle de Lannisport donde habíais nacido?

—Era un callejón, no se llamaba de ninguna manera. —A Tyrion le provocaba un placer cáustico improvisar anécdotas de la pintoresca vida de Hugor Colina, también llamado Yollo, un bastardo de Lannisport.

«Las mejores mentiras son las que se condimentan con una pizca de verdad». El enano sabía que su manera de hablar era propia de Poniente, y de alguien de alcurnia para más señas, así que Hugor debía de ser hijo ilegítimo de algún señor. Lo de Lannisport era porque conocía aquella ciudad mejor que Antigua o Desembarco del Rey, y además porque la mayoría de los enanos, hasta los que procedían de un entorno más agreste, acababan en las ciudades. En los pueblos y en el campo no había ferias ambulantes con monstruos ni espectáculos de titiriteros. Lo que sobraba eran pozos donde ahogar gatitos recién nacidos, terneros de tres cabezas y bebés como él.

—Ya veo que os empeñáis en emborrinar pergaminos, Yollo. —Haldon se ató la lazada de los calzones.

—No todos podemos ser medio maestres. —A Tyrion le dolía la mano. Dejó la pluma y flexionó los dedos regordetes—. ¿Otra partidita de *sitrang*? —El Mediomaestre siempre lo derrotaba, pero era una forma como otra cualquiera de pasar el rato.

—Esta tarde. ¿Queréis estar con nosotros durante la lección de Grif el Joven?

—¿Por qué no? Alguien tendrá que corregiros cuando os equivocáis.

La *Doncella Tímida* contaba con cuatro camarotes. Yandry e Ysilla compartían uno; Grif y Grif el Joven, otro, mientras que la septa Lemore y Haldon tenían camarotes individuales. El del Mediomaestre era el mayor de los cuatro. Una pared estaba forrada de estanterías y cubos llenos de pergaminos antiguos. En otra había estantes de ungüentos, hierbas y pócimas. Los rayos de luz dorada atravesaban el ondulado cristal amarillo del ojo de buey. El mobiliario comprendía un catre, un escritorio, una silla y un taburete, así como el tablero de *sitrang* del Mediomaestre, con sus piezas de madera tallada.

La primera parte de la clase se dedicaba a los idiomas. Grif el Joven hablaba la lengua común como si lo hubieran amamantado con ella, y dominaba el alto valyrio, los dialectos vulgares de Pentos, Tyrosh, Myr y Lys, y el lenguaje comercial de los marineros. El volantino era tan nuevo para él como para Tyrion, así que ambos aprendían cada día unas cuantas palabras mientras Haldon les corrigeaba los errores. El meereeno era aún más complicado: también tenía raíces valyrias, pero las ramas estaban llenas de injertos del áspero idioma del Antiguo Ghis.

—Para hablar bien el ghiscario hay que meterse una abeja por la nariz —se quejó Tyrion. Grif el Joven se echó a reír.

—Otra vez —fue la única respuesta del Mediomaestre.

El muchacho obedeció, aunque en esa ocasión puso los ojos en blanco al ritmo del ceceo.

«Tiene mejor oído que yo —hubo de reconocer Tyrion—, pero me juego lo que sea a que yo tengo la lengua más flexible».

Después de los idiomas llegaba la geometría. El muchacho no tenía tanta disposición para esa asignatura, pero Haldon era un maestro paciente, y Tyrion también resultaba útil. Los maestres de su padre en Roca Casterly le habían enseñado los misterios de cuadrados, círculos y triángulos, y recordarlos le había costado mucho menos de lo que imaginaba. Cuando llegó la hora de la historia, Grif el Joven empezaba a impacientarse.

—La última vez estuvimos hablando de Volantis —le dijo Haldon—. ¿Podéis explicarle a Yollo la diferencia entre un tigre y un elefante?

—Volantis es la más antigua de las Nueve Ciudades Libres, y la primera hija de Valyria —empezó el muchacho con tono aburrido—. Después de la Maldición, los volantinos se consideraron herederos del Feudo Franco y gobernantes legítimos del mundo, pero no se pusieron de acuerdo sobre la manera de poner en práctica ese dominio. La Antigua Sangre era partidaria de la espada, mientras que los mercaderes y prestamistas optaban por el comercio. Se enfrentaron por el control de la ciudad, y las dos facciones fueron conocidas como los tigres y los elefantes, respectivamente.

» Los tigres ocuparon el poder durante casi un siglo tras la Maldición de Valyria, y el éxito los acompañó durante cierto tiempo. Una flota volantina tomó Lys; un ejército volantino capturó Myr, y durante dos generaciones, las tres ciudades se gobernarón desde dentro de la Muralla Negra. Esta situación llegó a su fin cuando los tigres trataron de devorar Tyrosh. Pentos entró en guerra del lado tyroshi, junto con el Rey de la Tormenta poniente. Braavos le cedió a un exiliado lyseno cien navíos de guerra; Aegon Targaryen voló desde Rocadragón a lomos del Terror Negro, y tanto Myr como Lys se rebelaron. La guerra convirtió las Tierras de la Discordia en un erial, y liberó del yugo a las dos ciudades. No fue la única derrota que sufrieron los tigres: la flota que enviaron para hacerse con Valyria desapareció en el mar Humeante. Qohor y Norvos se libraron de los tigres en el Rhoyne cuando las galeras de fuego combatieron en el lago Daga. Los dothrakis atacaron desde el este para echar a los aldeanos de sus chozas y a los nobles de sus haciendas, hasta que entre el bosque de Qohor y los manantiales del Selhoru solo quedaron ruinas y hierbajos. Tras un siglo de guerra, Volantis había quedado deshecha, arruinada y despoblada, y fue entonces cuando se alzaron los elefantes. Desde entonces ocupan el poder. Hay años en que los tigres eligen a un triarca y hay años en que no, pero nunca más de uno, de modo que los elefantes llevan trescientos años gobernando la ciudad.

—Muy bien —asintió Haldon—. ¿Quiénes son los triarcas actuales?

—Malaquo es tigre, y Nyessos y Doniphos son elefantes.

—¿Qué lección nos enseña la historia de Volantis?

—Que si se quiere conquistar el mundo, más vale tener dragones.

Tyrion no pudo contener una carcajada. Más tarde, cuando Grif el Joven subió a cubierta para ayudar a Yandry con las velas y las pértigas, Haldon preparó el tablero de *sitrang* para echar una partida. Tyrion lo observó con sus ojos dispares.

—El chico es listo; lo estás educando bien. Duele reconocerlo, pero ni la mitad de los señores de Poniente son tan leídos: idiomas, historia, canciones, sumas... Menudo potaje para un hijo de mercenario.

—En las manos adecuadas, un libro puede ser tan peligroso como una espada —señaló Haldon—. Esta vez, tratad de ponérmele más difícil, Yollo. El *sitrang* se os da tan mal como las acrobacias.

—Espero a que os confiéis —replicó Tyrion. Empezaron a colocar las piezas a ambos lados de la pantalla divisoria de madera—. Creéis que me habéis enseñado a jugar, pero las apariencias engañan. Puede que aprendiera del mercachifle, ¿no os habéis parado a pensar lo?

—Illyrio no juega al *sitrang*.

« No —pensó el enano—, juega al juego de tronos, y ni Grif ni Pato ni tú sois más que piezas que moverá adonde quiera y sacrificará cuando le convenga, igual que sacrificó a Viserys» .

—Entonces, la culpa la tenéis vos. Es cosa vuestra.

—Os echaré de menos cuando los piratas os corten el cuello, Yollo —rio el Mediomaestre.

—¿Dónde están esos famosos piratas? Empiezo a creer que os los habéis inventado Illyrio y vos.

—Abundan más en el tramo que va desde Ar Noy hasta los Pesares. Por encima de Ar Noy, los qohorienses dominan el río, y por debajo de los Pesares lo dominan las galeras de Volantis, pero el tramo intermedio es de los piratas. El lago Daga está lleno de islotes con cuevas escondidas y fortalezas secretas donde se ocultan. ¿Estáis preparado?

—¿Para vos? No os quepa duda. ¿Para los piratas? Ya no estoy tan seguro.

Haldon retiró la pantalla, y cada uno estudió la distribución de apertura del otro.

—Estáis aprendiendo —apuntó el Mediomaestre.

Tyrion estuvo a punto de coger su dragón, pero se lo pensó mejor. En la última partida la había movido demasiado pronto y la había perdido ante un trabuquete.

—Si al final nos encontramos con esos fabulosos piratas, puede que me una a ellos. Les diré que me llamo Hugor Mediomaestre. —Movió su caballería ligera hacia las montañas de Haldon.

—Hugor Medioseso os quedaría mejor.

—Me basta con la mitad de la sesera para rivalizar con vos. —Tyrion movió la caballería pesada para defender la ligera—. ¿Queréis apostar sobre el resultado?

—¿Cuánto? —inquirió el Mediomaestre con una ceja arqueada.

—No tengo monedas. Nos jugaremos nuestros secretos.

—Grif me cortaría la lengua.



GRÍF EL JOVEN, UN APUESTO MUCHACHO QUE SURCA EL
RHOYNE EN BUSCA DE...

—¿Qué pasa? ¿Tenéis miedo? Yo en vuestro lugar también lo tendría.

—Me derrotaréis al *sitrang* cuando me salgan tortugas del culo. —El Mediomaestre movió sus lanceros—. Acepto la apuesta, hombrecito.

Tyrion extendió la mano hacia su dragona.

Pasadas tres horas enteras, el hombrecillo salió por fin a cubierta para vaciar la vejiga por la borda. Pato estaba ayudando a Yandry con la vela, mientras Ysilla se hacía cargo del timón. El sol brillaba bajo, cerca de los juncales que crecían a lo largo de la orilla occidental, y el viento empezaba a soplar.

« Daría lo que fuera por un pellejo de vino », pensó el enano. Tenía calambres en las piernas después de tanto estar sentado en el taburete, y la cabeza le daba vueltas hasta el punto de que casi cayó al río.

—¿Dónde está Haldon? —le preguntó Pato.

—Se ha acostado, no se siente muy bien. Le están saliendo tortugas del culo.

Se alejó del desconcertado caballero y subió por la escala que llevaba al artillo. Hacia el este, las nubes negras se arremolinaban tras una isla rocosa. La septa Lemore se le unió.

—¿Percibís la tormenta que flota en el aire, Hugor Colina? Eso que tenemos delante es el lago Daga, donde acechan los piratas. Y más allá están los Pesares.

« Los míos, no. Los míos los llevo encima allí donde vaya. —Pensó en Tysha y se preguntó adónde iban las putas—. Puede que a Volantis, ¿por qué no? Tal vez la encuentre allí. No hay que perder la esperanza». ¿Qué le diría cuando la viera? « Perdona que dejara que te violaran, es que creía que eras una puta. ¿Podrás perdonarme? Quiero volver a nuestra casita, a los tiempos en que éramos marido y mujer».

Dejaron atrás la isla. Tyrion contempló las ruinas que se alzaban a lo largo de la orilla oriental: muros inclinados, torres caídas, cúpulas desmoronadas e hileras de columnas de madera podrida, calles anegadas de barro y cubiertas de musgo violáceo...

« Otra ciudad muerta, y esta es diez veces más grande que Ghoyan Drohe». Se había convertido en residencia de las tortugas, las enormes quebradoras. El enano las vio tomar el sol: eran colinas pardas y negras con una cresta dentada en el centro del caparazón. Unas pocas vieron la *Doncella Tímida* y se sumergieron, provocando ondulaciones. No era buen lugar para tomar un baño.

Justo en aquel momento, entre los arbolillos retorcidos y los lodazales que eran las calles, atisbió el brillo plateado del sol en el agua.

« Un afluente —supo al instante—; desemboca en el Rhoyne. —Las ruinas se hacían más altas a medida que se estrechaba la franja de tierra, hasta que la ciudad terminó en un cabo donde se alzaban los restos de un palacio colossal de mármol rosado y verde, con cúpulas y escaleras de caracol semiderruidas que aún se erguían inmenas sobre una galería cubierta. Tyrion divisó más tortugas quebradoras dormitando en atracaderos con capacidad para medio centenar de

barcos. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de dónde estaba—. Eso fue el palacio de Nymeria, y las ruinas son lo único que queda de Ny Sar, su ciudad».

—¡Yollo! —le gritó Yandry—. ¡Decidme otra vez lo de esos ríos de Poniente tan grandes como la madre Rhoyne!

—Estaba equivocado —le respondió—. No hay río en los Siete Reinos que tenga la mitad de anchura que este.

El río que acababa de unirse al primero era casi idéntico al que habían recorrido hasta entonces, y solo ese era casi tan ancho como el Mander o el Tridente.

—Esto es Ny Sar, donde la madre se reúne con Noyne, su hija salvaje —explicó Yandry—, pero no llegará a la máxima anchura hasta haberse reunido con otras hijas. En el lago Daga entra Qhoyne, la hija oscura, cargada del oro y el ámbar del Hacha y de piñas del bosque de Qohor. Más al sur, la madre se encuentra con Lhorulu, la hija sonriente de los Campos Dorados. En la unión estaba antes Chroyane, la ciudad festiva, donde las calles eran de agua y las casas de oro. El río discurre después hacia el sudeste durante muchas leguas hasta que llega reptante a Selhoru, la hija tímida, que oculta su cauce entre juncos y meandros. Allí, la madre Rhoyne es tan ancha que desde el centro no se divisan las orillas. Ya lo veréis, mi pequeño amigo.

«Lo veré», estaba pensando el enano cuando divisó una ondulación a unos siete pasos del bote. Estaba a punto de decírselo a Lemore cuando su causante salió a la superficie, agitando las aguas de tal manera que la *Doncella Timida* se sacudió.

Era otra tortuga, una tortuga astada gigantesca, con el caparazón verde oscuro lleno de manchas marrones, algas y moluscos de agua dulce. El animal alzó la cabeza y bramó, con un rugido ronco más sonoro que el de cualquier cuerno de guerra que Tyrion hubiera oído en su vida.

—¡Nos ha bendecido! —gritó Ysilla con la cara llena de lágrimas—. Nos ha bendecido, nos ha bendecido.

Pato ululaba de alegría, igual que Grif el Joven. Haldon subió a cubierta a ver el motivo de tanta agitación, pero era demasiado tarde: la tortuga gigante había vuelto a desaparecer bajo las aguas.

—¿A qué viene tanto jaleo? —preguntó el Mediomaestre.

—Una tortuga —le explicó Tyrion—. Una tortuga más grande que esta barcaza.

—¡Era él! —exclamó Yandry—. ¡Era el Viejo del Río!

«¿Por qué no? —pensó Tyrion con una sonrisa—. El nacimiento de un rey siempre va acompañado de dioses y portentos».

La *Alegre Comadrona* entró en Puerto Blanco con la marea del anochecer y la vela parcheada ondeando con cada ráfaga de viento. Era una coca vieja, y ni en sus mejores años la habrían calificado de hermosa. El mascarón de proa era una mujer risueña que sujetaba a un recién nacido por un pie, pero tanto las mejillas de la mujer como el culo del niño estaban carcomidos. El casco había recibido capa tras capa de deslustrada pintura marrón, y las velas eran grisáceas y andrajosas. Nadie miraría dos veces aquel barco, salvo para preguntarse cómo podía mantenerse a flote. Pero la *Alegre Comadrona* era conocida en Puerto Blanco, ya que durante años había realizado modestos intercambios comerciales entre aquella ciudad y Villahermana.

No era la llegada con la que soñaba Davos Seaworth cuando zarpó con Salla y su flota. En aquel momento, todo parecía más fácil. Los cuervos no habían llevado al rey Stannis la promesa de alianza de Puerto Blanco, de modo que su alteza decidió que un emisario negociara en persona con lord Manderly. Como prueba de su poderío, se suponía que Davos tenía que llegar a bordo de *Valyria*, la galera de Salla, seguido por el resto de la flota lysena. Todos los barcos llevaban el casco pintado con rayas: negras y amarillas, rosa y azules, verdes y blancas, violeta y doradas... A los lysenos les encantaban los colores vivos, y no había lyseno más colorista que Salladhor Saan.

«Salladhor el Espléndido —pensó Davos—, pero eso se acabó con las tormentas».

Se había visto reducido a entrar a hurtadillas en la ciudad, tal como habría hecho veinte años antes. Mientras no conociera la situación, el marino sería más eficaz que el señor.

La nivea muralla de Puerto Blanco se alzaba ante ellos, en la orilla este, donde desembocaba el Cuchillo Blanco. Desde la última visita de Davos habían transcurrido seis años, y algunas defensas estaban reforzadas. El rompeolas que separaba el puerto interior del exterior contaba con un muro de piedra de doce varas de altura y casi media legua de largo, con un torreón cada cien pasos. También se veía humo en el islote de la Foca, cuando en los viejos tiempos allí solo había ruinas.

«Eso puede ser bueno o malo, según qué bando escoja lord Wyman».

Davos siempre le había tenido cariño a aquella ciudad, desde que la visitó por primera vez como grumete de la *Gato Callejero*. Era una ciudad pequeña, sobre todo comparada con Antigua y Desembarco del Rey, pero también estaba limpia y cuidada, con amplias avenidas empedradas por las que resultaba grato caminar y con tejados de pizarra gris en marcada pendiente. Roro Uhoris, el gruñón capitán de la *Gato Callejero*, aseguraba que era capaz de distinguir un puerto de

otro solo por el olor. Según él, las ciudades eran como las mujeres: cada una tenía un aroma propio. Antigua oía a esencia de flores, como una viuda perfumada, mientras que Lannisport era una lozana campesina con olor a tierra y ecos de humo en el pelo, y Desembarco del Rey apestaba como una puta sucia. En cambio, la esencia de Puerto Blanco era pungente, salina, con un toque de pescado. « Huele como deben de oler las sirenas —decía Roro—. Huele a mar».

« Todavía huele a mar —pensó Davos, pero lo que imperaba era el olor de turba que llegaba del islote de la Foca. La Piedra Marina dominaba las vías de entrada al puerto exterior: era una imponente elevación gris verdosa que se alzaba veinte varas por encima de las aguas. En la parte superior había un círculo de piedras erosionadas, un asentamiento fortificado de los primeros hombres, que llevaba siglos abandonado. Pero ya no lo estaba: Davos divisó escorpiones y bombardas tras los muros que quedaban en pie, y también a los ballesteros que montaban guardia—. Ahí arriba debe de haber mucha humedad. Y hará frío» . Recordó que en todas sus visitas anteriores había visto focas que tomaban el sol en las piedras caídas en el mar. El Bastardo Ciego le hacía contarlas cada vez que la *Gato Callejero* zarpaba de Puerto Blanco. Según él, cuanto mayor fuera el número de focas, mejor suerte tendrían en el viaje. En aquel momento no había ni una: el humo y los soldados las habían espantado.

« Si fuera más sensato, lo interpretaría como una señal de advertencia. Si tuviera una pizca de sensatez, me habría marchado con Salla. —Podría haber vuelto al sur, con Marya y con sus hijos—. He perdido cuatro hijos al servicio del rey, y el quinto es ahora su escudero. Debería tener derecho a disfrutar de los dos que me quedan todavía. Hace demasiado que no los veo» .

En Guardiaoriente, los hermanos negros le habían dicho que las relaciones entre los Manderly de Puerto Blanco y los Bolton de Fuerte Terror eran tensas. El Trono de Hierro había nombrado Guardián del Norte a Roose Bolton, así que lo lógico sería que Wyman Manderly jurara lealtad a Stannis.

« Puerto Blanco no puede defenderse por sí mismo. Necesita un aliado, un protector. Lord Wyman necesita al rey Stannis tanto como Stannis lo necesita a él» . Al menos eso le había parecido cuando estaba en Guardiaoriente.

Villahermana había minado aquellas esperanzas. Si había que prestar oído a lord Borrell, en caso de que los Manderly unieran sus fuerzas a las de los Bolton y los Frey ... No, no podía permitirse el lujo de pensar en aquello. No tardaría en saber la verdad. Deseó con todas sus fuerzas que no fuera demasiado tarde.

« El rompeolas oculta el puerto interior», advirtió mientras la *Alegre Comadrona* arriaba las velas. El exterior era más amplio, pero era mejor fondear dentro, al abrigo de la muralla de la ciudad por un lado, con la mole imponente de la Guarida del Lobo por otro y con la protección adicional del rompeolas. En Guardiaoriente del Mar, Cotter Pyke le había dicho que lord Wyman estaba construyendo galeras de combate. Tal vez al otro lado de las murallas hubiera ya

una veintena de naves listas para hacerse a la mar.

Tras la gruesa muralla blanca de la ciudad, el Castillo Nuevo se alzaba claro y ufano en la cima de la colina. Davos alcanzó a ver también la cúpula del septo de las Nieves, bajo las altas estatuas de los Siete. Cuando fueron expulsados del Dominio, los Manderly llevaron la fe al norte. En Puerto Blanco no faltaba tampoco un bosque de dioses, una maraña de raíces, rocas y ramas encerrada entre los negros muros en ruinas de la Guarida del Lobo, la antigua fortaleza que ya solo se utilizaba de cárcel. Pero el poder verdadero lo tenían los septones.

El tritón de la casa Manderly estaba por todas partes: ondeaba en las torres del Castillo Nuevo, sobre la puerta de la Foca y a lo largo de las murallas de la ciudad. En Guardiaoriente, los norteños parecían muy seguros de que Puerto Blanco jamás rompería la alianza con Invernalia, pero Davos no vio ni rastro del huargo de los Stark.

« Tampoco hay leones. Lord Wyman aún no habrá jurado lealtad a Tommen, o ya habría izado su estandarte» .

Los amarraderos del puerto estaban abarrotados. Un racimo de botes amarrados a lo largo de la plaza del mercado descargaba la captura del día. Vio también tres canoas, unas embarcaciones largas y estrechas ideadas para enfrentarse a los rápidos y los tramos rocosos del Cuchillo Blanco. Pero lo que más le llamó la atención fueron los barcos marítimos: había un par de carracas tan deslustradas y maltrechas como la *Alegre Comadrona*, una galera mercante llamada *Danzarina de Tormentas*, las cocas *Valeroso Magíster* y *Cuerno de la Abundancia*, una galera que por el casco y las velas violeta procedía de Braavos...

... y, más allá, el navío de guerra.

Solo con verlo sintió que le arrancaran la esperanza a cuchilladas. El casco era negro y dorado, y el mascarón de proa, un león que amenazaba con una garra. El nombre del barco era *Estrellaleón*, según se leía en la popa, bajo el estandarte con el escudo del niño rey que ocupaba el Trono de Hierro. Un año atrás no habría sabido leerlo, pero el maestre Pylos le había enseñado unas pocas letras en Rocadragón. En aquella ocasión, la lectura no le proporcionó placer alguno. Davos había rezado para que las mismas tormentas que se habían ensañado con la flota de Salla hundieran aquella galera, pero los dioses se habían mostrado inclementes. Los Frey habían llegado, y tendría que enfrentarse a ellos.

Atracaron la *Alegre Comadrona* al final de un maltrecho muelle de madera del puerto exterior, tan lejos como pudieron de la *Estrellaleón*. La tripulación la amarró y tendió la plancha, y el capitán se acercó a Davos con paso oscilante. Casso Mogat era el típico mestizo del mar Angosto, hijo de una prostituta de Villahermana y un ballenero ibbenés. Solo levantaba dos varas del suelo, era muy hirsuto y se teñía el pelo y los bigotes de color verde musgo, lo que le daba el aspecto de un tocón con botas amarillas. Sin embargo era un buen marino,

aunque un capitán duro con su tripulación.

—¿Cuánto tiempo vais a estar en la ciudad?

—Un día como mínimo; puede que más. —Davos había descubierto que a los señores les gustaba hacerse esperar. Tenía la sensación de que su finalidad era poner nerviosa a la gente y demostrarle su poder.

—La *Comadrona* se quedará aquí tres días, ni uno más. Me necesitan en Villahermana.

—Si todo va bien, puede que vuelva mañana.

—¿Y si todo va mal?

«Puede que no vuelva».

—En ese caso, no hace falta que me esperéis.

Dos aduaneros subieron a bordo al tiempo que él bajaba por la plancha, pero no le dedicaron ni una sola mirada. Querían ver al capitán e inspeccionar la carga; no tenían el menor interés por un marinero vulgar y corriente, y pocos marineros parecían más vulgares y corrientes que Davos Seaworth. Era de estatura mediana, con un severo rostro de campesino curtido por el viento y el sol, barba entrecana y pelo castaño, también salpicado de hebras blancas. Su atuendo era corriente: botas viejas, calzones pardos, túnica azul y un manto de lana sin teñir sujetó con un broche de madera. También llevaba unos guantes de cuero llenos de manchas de salitre, con los que ocultaba los dedos que le había cortado Stannis hacía ya tantos años. No parecía ningún señor, y menos aún la mano del rey. Era lo mejor, al menos hasta que supiera cómo marchaban las cosas por allí.

Recorrió el muelle y atravesó el mercado. La *Valeroso Magister* estaba cargando los toneles de hidromiel que aguardaban apilados en el malecón. Tras unos toneles vio a tres marineros que jugaban a los dados. Más allá, las pescadoras pregonaban la captura del día, y un niño marcaba el ritmo en un tambor al tiempo que un oso viejo bailaba en medio de un corro de marineros de agua dulce. Junto a la puerta de la Foca había apostados dos lanceros con la divisa de la casa Manderly en el pecho, aunque estaban demasiado concentrados en tontear con una prostituta del puerto para prestar la menor atención a Davos. La puerta estaba abierta y el rastrillo levantado, así que solo tuvo que atravesarla como cualquier otro transeúnte.

Al otro lado había una plaza empedrada con una fuente en el centro, de la que surgía un tritón de piedra que media quince codos de la cola a la corona. Tenía la barba rizada cubierta de líquenes, y una púa del tridente se había roto mucho antes de que naciera Davos, pero seguía resultando impresionante. La gente de la ciudad lo llamaba Viejo Pata de Pez; la plaza llevaba el nombre de un señor muerto tiempo atrás, pero todo el mundo la llamaba Patio del Pata de Pez.

Aquella tarde, el Patio bullía de actividad. Una mujer lavaba prendas interiores en la fuente del Pata de Pez y las colgaba a secar del tridente. En los

soportales de los mercaderes, los escribas y los cambistas ya habían instalado sus tenderetes, al igual que un mago errante, una herborista y un malabarista péximo. Un vendedor de manzanas llevaba la mercancía en una carretilla, y una mujer ofrecía arenques encebollados. Los niños y los pollos se cruzaban entre los pies de los viandantes. En anteriores visitas de Davos al Patio del Pata de Pez, las enormes puertas de hierro y roble de la vieja Casa de la Moneda siempre habían estado cerradas, pero en aquella ocasión las habían abierto de par en par. Dentro había cientos de mujeres, niños y ancianos, acuclillados en el suelo sobre pieles. Algunos habían encendido hogueras para cocinar.

Davos se detuvo en los soportales y compró una manzana por medio penique.

—¿Hay gente viviendo en la Casa de la Moneda? —preguntó al vendedor de fruta.

—No tienen otro sitio adonde ir. Casi todos son campesinos de la zona alta del Cuchillo Blanco, y también hay gente de Hornwood. Mientras ese Bastardo de Bolton ande suelto, todos querrán la protección de las murallas. No sé qué pensará hacer el señor con tanta gente; la mayoría no traía más que los harapos puestos.

Davos sintió una punzada de remordimiento.

«Vienen a buscar refugio a una ciudad adonde no han llegado los combates, y ahora llego yo para traerles la guerra a casa». Dio un mordisco a la manzana, cosa que también lo hizo sentir culpable.

—¿Cómo se las arreglan para comer?

—Unas mendigan, otros roban... —El frutero se encogió de hombros—. Muchas jóvenes empiezan en la profesión; es lo que han hecho siempre que no han tenido otra cosa que vender. Los niños, en cuanto levantan dos varas del suelo, buscan un puesto en los barracones de su señoría. El único requisito es que puedan sostener una lanza.

«Está reclutando hombres». Eso era bueno... o malo, según. La manzana estaba seca y harinosa, pero Davos se obligó a darle otro mordisco.

—¿Lord Wyman pretende unirse al Bastardo?

—La próxima vez que su señoría venga a comprar manzanas, se lo preguntaré.

—Tenía entendido que su hija iba a casarse con un Frey.

—Su nieta. Eso mismo tenía entendido yo, pero a su señoría se le ha olvidado mandarme la invitación para la boda. Eh, ¿os la vais a terminar? Si no, dadme el resto, esas semillas son buenas.

Davos le dio el corazón de la fruta.

«Mala manzana, pero por medio penique he descubierto que Manderly está reuniendo un ejército».

Rodeó al Viejo Pata de Pez y pasó junto a una muchacha que vendía tazones de leche de cabra. Desde que había llegado a la ciudad recordaba más cosas

sobre ella. Si seguía en la dirección hacia la que apuntaba el tridente del Viejo Pata de Pez encontraría un callejón con un tenderete de pescado frito, dorado y crujiente por fuera, blanco y jugoso por dentro. Más allá había un burdel más limpio que la mayoría, donde cualquier marinero podía disfrutar de una mujer sin temor a que le robaran la bolsa o lo asesinaran. Hacia el otro lado, en una de las casas arracimadas y pegadas a los muros de la Guarida del Lobo como percebes al casco de un barco viejo, recordaba una cervecería donde servían su propia cerveza negra, tan espesa y sabrosa que un barril valdría su peso en oro del Rejo en Braavos o en el Puerto de Ibben, siempre y cuando los habitantes de la ciudad no se la bebieran toda.

Pero lo que le pedía el cuerpo era vino: vino amargo, negro, triste. Cruzó la plaza y bajó por un tramo de escaleras que llevaba a un tugurio llamado La Anguila Perezosa. En sus tiempos de contrabandista, La Anguila tenía fama de ofrecer las putas más viejas y el peor vino de Puerto Blanco, además de empanadas de carne llenas de grasa y ternillas que en los días buenos eran incomibles, y en los malos, venenosas. Los lugareños evitaban aquel local y lo dejaban para los marineros, que no lo conocían. En La Anguila Perezosa era imposible encontrarse con un guardia o con un oficial de aduanas.

Algunas cosas no cambiaban nunca. En el interior de La Anguila, el tiempo se había detenido. El techo abovedado seguía negro de hollín y el suelo seguía siendo de tierra prensada; el aire apestaba a humo, carne podrida y vomito rancio. Los gruesos cirios de sebo de las mesas desprendían más humo que luz, y en aquella penumbra, el vino que había pedido Davos parecía más pardo que tinto. Junto a la puerta había cuatro prostitutas sentadas, y también bebían. Cuando Davos entró, una de ellas le dirigió una sonrisa esperanzada, pero él negó con la cabeza y la mujer dijo a sus compañeras algo que las hizo reír. Ninguna volvió a prestarle la menor atención.

Aparte de las prostitutas y el dueño, no había nadie más en La Anguila. Era una bodega grande, llena de recovecos y nichos oscuros que proporcionaban intimidad. Se llevó el vino a uno de ellos y se sentó a esperar con la espalda contra la pared.

Contempló el fuego que ardía en la chimenea. La mujer roja era capaz de ver el futuro en las llamas, pero Davos Seaworth solo veía sombras del pasado: los barcos incendiados, la cadena de fuego, las formas verdes que rasgaban el viento de las nubes y, por encima de todo, la Fortaleza Roja. Davos era un hombre sencillo que había ascendido gracias al azar, a la guerra y a Stannis. No comprendía por qué los dioses se habían llevado a cuatro muchachos jóvenes y fuertes como sus hijos y en cambio habían perdonado al cansado padre. Algunas noches pensaba que había sido para que salvara a Edric Tormenta, pero el bastardo del rey Robert ya estaba a salvo en los Peldaños de Piedra, y él seguía vivo.

«¿Acaso los dioses me tienen reservada alguna otra misión? —se preguntó—. Si es eso, puede que se trate de Puerto Blanco». Probó el vino y, acto seguido, vació media copa en el suelo.

A medida que se hacía de noche fueron llegando marineros que ocuparon los bancos de La Anguila. Davos pidió más vino al dueño, que se lo llevó junto con otra vela.

—¿Queréis algo de comer? Tenemos empanada de carne.

—¿Qué clase de carne?

—La normal. Es buena.

Las prostitutas se echaron a reír.

—Si la carne normal fuera gris —señaló una.

—Cierra el puto pico; tú bien que te la comes.

—Yo me como cualquier mierda, pero eso no quiere decir que me guste.

Davos apagó la vela en cuanto el dueño se alejó, y volvió a sentarse entre las sombras. Cuando corría el vino, aunque fuera tan malo como aquel, los marineros eran los seres más chismosos del mundo. Solo tenía que escuchar.

Casi todo lo que oyó era lo mismo que había descubierto en Villahermana, de labios de lord Godric o gracias a los clientes de El Vientre de la Ballena. Tywin Lannister había muerto, asesinado por su hijo el enano, dejando un cadáver tan maloliente que durante días no hubo nadie capaz de entrar en el Gran Septo de Baelor. A la señora del Nido de Águilas la había asesinado un bardo y Meñique gobernaba el Valle, pero Yohn Brone habría jurado poner fin a aquello. Balon Greyjoy también había muerto, y sus hermanos estaban enfrentados por el Trono de Piedramar. Sandor Clegane se había convertido en un proscrito que saqueaba y asesinaba en las tierras del Tridente. Myr, Lys y Tyrosh se habían enfrentado en otra guerra. Una revuelta de esclavos arrasaba el este.

Otras noticias que oyó le resultaron más interesantes. Robett Glover estaba en la ciudad, también tratando de reunir un ejército. Lord Manderly había hecho oídos sordos a sus súplicas: según él, Puerto Blanco estaba harto de guerras. Mala cosa. Los Ryswell y los Dustin habían sorprendido a los hombres del hierro en el río de la Fiebre y habían prendido fuego a sus barcoluengos. Aún peor. Y el Bastardo de Bolton cabalgaba hacia el sur con Hother Umber para aliarse con ellos en un ataque contra Foso Cailin.

—Mataputas en persona —aseguró un hombre que acababa de transportar un cargamento de pieles y leña Cuchillo Blanco abajo—, con trescientos lanceros y un centenar de arqueros. Seguro que a estas alturas ya se les han unido hombres de Hornwood, y también de Cerwyn.

Aquellos fueron lo peor de todo.

—Si sabe qué le conviene, lord Wyman tendrá que enviar hombres a la batalla —comentó el anciano sentado al final de la mesa—. Ahora, lord Roose es el Guardián y Puerto Blanco le debe lealtad; es una cuestión de honor.

—¿Qué sabrán de honor los Bolton? —bufó el propietario de La Anguila mientras servía más vino parduzco.

—Lord Wyman no irá a ninguna parte; ese cabrón está demasiado gordo.

—Tengo entendido que está enfermo, que no hace más que dormir y llorar. No puede ni salir de la cama, de tan mal que está.

—De tan gordo que está, querrás decir.

—Qué tendrá que ver que esté gordo o esté flaco —replicó el propietario—. Los leones tienen a su hijo.

Nadie mencionó al rey Stannis. Ninguno de los presentes parecía saber que su alteza había acudido al norte para colaborar en la defensa del Muro. En Guardiaoriente no se hablaba más que de salvajes, espectros y gigantes, pero allí ni siquiera se pensaba en ellos. Davos se inclinó hacia delante para que lo iluminara la luz del fuego.

—Creía que los Frey habían matado a su hijo —comentó—. Eso se decía en Villahermana.

—Sí, mataron a ser Wendel —corroboró el propietario—. Sus huesos reposan en el septo de las Nieves rodeados de velas. Pero ser Wylis sigue prisionero.

« De mal en peor. —Sabía que lord Wyman había tenido dos hijos, pero creía que ambos habían muerto—. Si el Trono de Hierro tiene a uno de rehén... —Davos había tenido siete hijos y había perdido a cuatro en el Aguasnegras, y sabía que haría cualquier cosa que le exigieran hombres o dioses con tal de proteger a los tres que le quedaban. Steffon y Stannis estaban a miles de leguas de la guerra, a salvo de todo peligro, pero Devan se encontraba en el Castillo Negro de escudero del rey—. El rey cuya causa depende de Puerto Blanco» .

La conversación de los marineros se había centrado en los dragones.

—Estás como una puta cabra —dijo un remero de la *Danzarina de Tormentas*—. El Rey Mendigo lleva años muerto. Un señor dothraki de los caballos le cortó la cabeza.

—Eso es lo que nos han contado —replicó el viejo—. Pero ¿y si es mentira? Murió a medio mundo de aquí, si es que murió. ¿Quién sabe? Si un rey quisiera matarme a mí, a lo mejor me convenía hacerme el muerto. Ninguno de los presentes ha visto el cadáver.

—Tampoco he visto el cadáver de Joffrey, ni el de Robert —gruñó el propietario de La Anguila—. Puede que también estén vivos. Y puede que Baelor el Santo haya estado echando una siestecita todos estos años.

—Pero el príncipe Viserys no era el único dragón. ¿Cómo sabemos que mataron de verdad al hijo del príncipe Rhaegar? Era un niño de teta.

—Y también había una princesa, ¿no? —apuntó una prostituta, la misma que había dicho que la carne era gris.

—Dos —corrigió el anciano—. Una era la hija de Rhaegar, y la otra, su hermana.

—Daena —aportó el que transportaba mercancía por el río—. La hermana era Daena de Rocadragón. ¿O Daera?

—Daena era la esposa del viejo rey Baelor —dijo el remero—. Trabajé en un barco al que habían puesto su nombre, el *Princesa Daena*.

—Si era la esposa del rey, sería reina.

—Baelor no tuvo reina, era santo.

—Eso no quiere decir que no se casara con su hermana —señaló la prostituta—, solo que no se acostó con ella. Cuando lo eligieron rey la encerró en una torre, igual que a sus otras hermanas. Eran tres.

—Daenela —zanjó el propietario—. Se llamaba Daenela. La hija del Rey Loco, quiero decir, no la puñetera esposa de Baelor.

—Daenerys —dijo Davos—. Le pusieron Daenerys en honor a la Daenerys que se casó con el príncipe de Dorne durante el reinado de Daeron II. No sé qué sería de ella.

—Yo sí —intervino el que había sacado a colación los dragones, un remero braavosi que vestía un chaleco de lana oscura—. Cuando íbamos rumbo a Pentos, atracamos junto a un mercante llamado *Ojos Negros*, y estuve en una taberna con el cocinero del capitán. Me contó un cuento sobre una muchachita flacucha que habían visto en Qarth, que intentaba comprar pasaje a Poniente para ella y sus tres dragones. Tenía el pelo de plata y los ojos violeta. « Yo mismo la llevé ante el capitán —me juró aquel hombre—, pero no quiso ni oír hablar del asunto. Me dijo que se sacaba más beneficio del clavo y el azafrán, y que las especias no prendían las velas» .

Hubo una risotada general, aunque Davos no participó. Sabía qué destino había sufrido el *Ojos Negros*. Los dioses eran crueles al permitir que un hombre recorriera medio mundo para luego hacerle perseguir una falsa luz cuando ya estaba llegando a casa.

« El capitán era más valiente que yo —pensó mientras se dirigía hacia la puerta. Con un solo viaje al este podría haber tenido las riquezas de un señor hasta el fin de sus días. Cuando era joven, Davos soñaba con hacer una travesía así, pero los años pasaron danzando como polillas en torno a una llama, y el momento adecuado no se presentó—. Algún día. Algún día lo haré, cuando haya terminado la guerra, cuando Stannis ocupe el Trono de Hierro y ya no necesite de ningún Caballero de la Cebolla. Me llevaré a Devan, y también a Steff y a Stanny, si ya tienen edad. Veremos esos dragones; veremos todas las maravillas del mundo» .

En el exterior, el viento agitaba la llama de las lámparas de aceite que iluminaban el patio. Tras la puesta de sol había refrescado, pero Davos recordaba demasiado bien cómo eran las cosas en Guardiaoriente, cómo aullaba el viento desde el Muro por la noche, cómo atravesaba hasta la capa más cálida y helaba los huesos. En comparación, Puerto Blanco era una bañera caliente. Había otros

lugares donde podía conseguir información: una posada famosa por sus empanadas de lamprea, la cervecería donde bebían los mercaderes de lana y los aduaneros, una sala de espectáculos donde por unas monedas se podía conseguir diversión subida de tono...

« He llegado demasiado tarde» .

Los viejos instintos le hicieron llevarse la mano al pecho, donde antes llevaba las falanges en un saquito colgado de una cinta de cuero. No encontró nada. Había perdido la suerte en los fuegos del Aguasnegras, junto con su barco y sus hijos.

« ¿Qué hago ahora? —Se arrebugó en el manto—. ¿Subo a la colina y me planto en las puertas del Castillo Nuevo para presentar mi petición, por inútil que sea? ¿Vuelvo a Villahermana? ¿Regreso con Marya y mis hijos? ¿Compro un caballo y recorro el camino Real para ir a decirle a Stannis que no tiene amigos en Puerto Blanco, que no le queda ninguna esperanza?» .

La reina Selyse había organizado un banquete en honor a Salla y sus capitanes la noche anterior a la partida de la flota. Cotter Pyke los había acompañado, así como otros cuatro oficiales de alto rango de la Guardia de la Noche. También habían dejado asistir a la princesa Shireen. Mientras servían bandejas de salmón, ser Axell Florent entretuvo a los presentes con la historia de un príncipe Targaryen que tenía un mono. A aquel príncipe le gustaba vestir al animalito con la ropa de su hijo fallecido y fingir que se trataba de un niño, y de vez en cuando intentaba arreglarle un matrimonio. Los señores a los que honraba con su proposición siempre la rechazaban. Tan cortésmente como les fuera posible, pero la rechazaban, por supuesto.

—Vestido con sedas y terciopelos, un mono sigue siendo un mono —dijo ser Axell—. Un príncipe más listo habría sabido que no se puede encomendar a un mono el trabajo de un hombre.

Los hombres de la reina rieron a carcajadas, y unos cuantos miraron a Davos con sonrisitas.

« No soy ningún mono —había pensado—. Soy un señor, igual que tú, y mucho más hombre» . Aún le escocía el recuerdo.

La puerta de la Foca se cerraba de noche, de modo que Davos no podría volver a la *Alegre Comadrona* hasta el amanecer. Tendría que pasar la noche allí. Echó una mirada al viejo Pata de Pez, con su tridente roto.

« He llegado a pesar de la lluvia, la tormenta y el naufragio. No me iré sin cumplir lo que se me encomendó, por inútil que sea» . Había perdido los dedos; había perdido el barco, pero no era ningún mono vestido de seda. Era la mano del rey.

Escalera del Castillo era una calle con peldaños, una avenida de piedra que llevaba desde la orilla del mar, desde la Guarida del Lobo, hasta el Castillo Nuevo, en la cima de la colina. Unas sirenas de mármol iluminaban el camino

con cuencos de aceite de ballena entre los brazos. Cuando Davos llegó arriba, se volvió para mirar atrás. Desde allí se divisaban los dos puertos. Tras el rompeolas, el puerto interior estaba atestado de galeras de guerra: había veintitrés. Por lo visto, lord Wyman era gordo pero no perezoso, y había estado muy atareado.

Las puertas del Castillo Nuevo estaban cerradas, y cuando llamó le abrieron una poterna. El guardia le preguntó qué quería, a lo que Davos respondió mostrándole la cinta negra y dorada con los sellos reales.

—Tengo que hablar con lord Manderly de inmediato —dijo—. El asunto que me trae aquí solo le incumbe a él.

Los bailarines centelleaban al moverse, con cuerpos esbeltos y afeitados cubiertos de aceite. Las antorchas encendidas volaban girando de mano en mano al ritmo de los tambores y la flauta. Cada vez que dos antorchas se cruzaban en el aire, una chica desnuda daba una voltereta entre ellas. Las llamas arrancaban destellos aceitosos de extremidades, pechos y nalgas.

Los tres hombres lucían una erección. Su excitación resultaba excitante, aunque a Daenerys Targaryen le parecía cómica a la vez. Eran de la misma estatura, con piernas largas y abdomen liso, con los músculos tan definidos que parecían labrados. Hasta sus rostros parecían iguales..., cosa bastante extraña, dado que uno tenía la piel oscura como el ébano; el segundo, blanca como la leche, y el tercero brillaba como el cobre bruñido.

«¿Pretenden inflamarme?». Dany se acomodó entre los cojines de seda. Sus inmaculados, apoyados en las columnas, parecían estatuas, con los cascos rematados en púas y los rostros lampiños inexpresivos, a diferencia de los hombres que seguían integros. Reznak mo Reznak tenía la boca abierta, y los labios le brillaban húmedos ante el espectáculo. Hizdahr zo Loraq charlaba con el hombre que tenía al lado, pero no apartaba los ojos de las bailarinas ni un momento. El rostro feo y grasiendo del Cabeza Afeitada era tan adusto como siempre, pero no se perdía detalle.

Resultaba más difícil imaginar las ensueños de su invitado de honor. El hombre de rostro blanco y afilado que compartía con ella la mesa principal estaba radiante con su túnica de seda color tostado bordada con hilo de oro; la calva le brillaba a la luz de las antorchas mientras se comía un higo a mordiscos menudos, precisos, elegantes. En la nariz de Xaro Xhoan Daxos centelleaban ópalos cada vez que giraba la cabeza para seguir los movimientos de los bailarines.

En su honor, Daenerys se había puesto un vestido qarthiense, una prenda fina de brocado violeta cuyo corte le dejaba el pecho izquierdo al descubierto. La cabellera de oro y plata le caía sobre el hombro y le llegaba casi hasta el pezón. La mitad de los presentes la había observado a hurtadillas; Xaro, no.

«En Qarth era igual. —No era esa la forma de dominar al príncipe mercader —. Pero tengo que dominarlo como sea». Había llegado de Qarth en la galeaza *Nube Sedosa*, con una escolta de trece galeras. Su flota era la respuesta a una plegaria. El comercio de Meereen se había reducido hasta desaparecer desde que ella pusiera fin a la esclavitud, pero Xaro tenía la capacidad de devolverlo a la vida.

Los tambores sonaron con más fuerza, y tres chicas saltaron sobre las llamas y giraron en el aire. Los danzarines las sujetaron por la cintura y las bajaron hacia sí. Dany observó con atención cómo las mujeres arqueaban la espalda y

enroscaban las piernas en torno a sus compañeros, que las penetraban al ritmo de la música de flautas. No era la primera vez que presenciaba esos actos, ya que los dothrakis se apareaban tan abiertamente como sus yeguas y sementales, pero sí era la primera vez que presenciaba la lujuria al son de la música. Sentía el rostro acalorado.

« Es por el vino —se dijo. Se dio cuenta de que estaba pensando en Daario Naharis. Su mensajero había llegado aquella mañana: los Cuervos de Tormenta volvían de Lhazar. Su capitán volvía a ella, portador de la amistad de los hombres cordero—. Comida y comercio —se recordó—. No me ha fallado ni me fallará. Daario me ayudará a salvar mi ciudad». La reina ansiaba ver su rostro, acariciar su barba de tres puntas, contarle sus problemas... Pero los Cuervos de Tormenta estaban aún a muchos días de distancia, más allá del paso de Khyzai, y ella tenía que gobernar su reino.

El humo remoloneaba entre las columnas violáceas. Los danzarines se arrodillaron con la cabeza gacha.

—Habéis estado espléndidos —les dijo Dany—. Pocas veces había presenciado tanta elegancia, tanta belleza. —Hizo un gesto a Reznak mo Reznak, y el senescal se apresuró a acudir a su lado; tenía la arrugada piel de la cabeza perlada de sudor—. Acompañad a nuestros amigos a los baños para que se refresquen, y aseguraos de que no les falten comida ni bebida.

—Será un honor para mí, magnificencia.

Daenerys le tendió la copa a Irri para que se la volviera a llenar. El vino era dulce y fuerte, con la fragancia de las especias orientales, mucho mejor que los aguados caldos ghiscarios que había estado bebiendo en los últimos tiempos. Xaro examinó con atención la fuente que le ofrecía Jhiqui y seleccionó un caqui. La piel anaranjada de la fruta hacía juego con el coral que le adornaba la nariz. Le dio un mordisco y frunció los labios.

—Está ácido.

—¿Tal vez mi señor prefiera algo más dulce?

—La dulzura empalaga. La fruta ácida y las mujeres ácidas son lo que da sabor a la vida. —Volvió a morder el caqui, masticó y tragó—. Daenerys, mi bella reina, no hay palabras para describir el placer que siento al estar de nuevo en vuestra presencia. De Qarth partió una niña, tan hermosa como extraviada. Entonces temí que aquel barco la transportara hacia su perdición; pero ahora la veo aquí, en su trono, señora de una antigua ciudad, con un poderoso ejército nacido de sus sueños.

« No —pensó ella—, nacido de la sangre y del fuego» .

—Me alegra que hayáis venido, Xaro. Me congratulo de volver a veros, amigo mío. —« No confío en vos, pero os necesito. Necesito a vuestros Trece; necesito vuestros barcos; necesito vuestro comercio» .

Durante siglos, Meereen y sus ciudades hermanas, Yunkai y Astapor, habían

sido los ejes del tráfico de esclavos, el lugar donde los *khals* dothrakis y los corsarios de las islas del Basilisco vendían a sus prisioneros al resto del mundo, que acudía allí a comprarlos. Poco podía ofrecer Meereen a los comerciantes si no había esclavos. El cobre abundaba en las colinas de Ghis, pero ya no era tan valioso como en los tiempos en que el bronce gobernaba el mundo. Los cedros que otrora crecían a lo largo de la costa ya no existían; cayeron bajo las hachas del Antiguo Imperio o fueron consumidos por el fuegodragón cuando Ghis se enfrentó en guerra a Valyria. Desaparecidos los árboles, la tierra se abrasó bajo el sol ardiente y el viento la dispersó en espesas nubes rojizas.

«Esas calamidades fueron lo que transformó a mi pueblo en esclavista», le había dicho Galazza Galare en el templo de las Gracias. «Y yo seré la calamidad que transforme a estos esclavistas en personas», se juró Dany.

—Tenía que venir —dijo Xaro con tono lánguido—. Hasta la lejana Qarth me llegaron ciertos rumores que me inspiraban temor. Al oírlos no pude contener las lágrimas. Se dice que vuestros enemigos han prometido gloria, riquezas y un centenar de esclavas vírgenes al hombre que os mate.

—Los Hijos de la Arpia. —«¿Cómo lo sabe?»—. Por las noches hacen pintadas en las paredes, y degüellan a libertos honrados mientras duermen. Cuando sale el sol se esconden como cucarachas. Tienen miedo de mis bestias de bronce. —Skahaz mo Kandaq había creado el cuerpo de guardia que le había pedido, compuesto a partes iguales por libertos y cabezas afeitadas meereenos. Patrullaban la ciudad día y noche con capuchas oscuras y máscaras de bronce. Los Hijos de la Arpia habían amenazado con una muerte terrible a cualquier traidor que se atreviera a servir a la reina dragón, así como a sus parientes y amigos, así que los hombres del Cabeza Afeitada se ocultaban el rostro tras chacales, búhos y otras bestias—. Tendría motivos para temer a los Hijos si me encontraran por las calles, pero solo si fuera de noche y yo estuviera desnuda y desarmada. Son unos cobardes.

—El cuchillo de un cobarde puede matar a una reina con tanta facilidad como el de un héroe. Dormiría más tranquilo si supiera que la delicia de mi corazón había conservado a su lado a sus feroces señores de los caballos. Cuando estabais en Qarth había tres que nunca os perdían de vista. ¿Adónde han ido?

—Aggo, Jhogo y Rakharo siguen a mi servicio. —«Está jugando conmigo»—. Pero ella también sabía jugar—. Ciento es que solo soy una niña y no entiendo de estas cosas, pero hombres de más edad y sabiduría me han dicho que para controlar Meereen tengo que controlar las tierras adyacentes, desde el oeste de Lhazar hasta el sur de las colinas y unkias.

—Esas tierras no tienen valor para mí. Vuestra persona, sí. Si algo malo os sucediera, este mundo perdería su sabor.

—Mi señor es muy bondadoso al preocuparse tanto, pero estoy bien defendida. —Dany hizo un gesto hacia el lugar donde aguardaba Barristan

Selmy, con una mano en el puño de la espada—. Lo llaman Barristan el Bravo. Dos veces me ha salvado ya de asesinos.

Xaro echó un vistazo desinteresado a Selmy.

—¿Barristan el Viejo, decís que se llama? Vuestro caballero oso era más joven y os amaba con devoción.

—No quiero hablar de Jorah Mormont.

—Por supuesto. Era un hombre burdo y peludo. —El príncipe mercader se inclinó sobre la mesa para rozarle los dedos—. Hablemos pues de amor, sueños y deseo, y de Daenerys, la mujer más hermosa de este mundo. Vuestra mera visión me embriaga.

—Si estáis embriagado, echadle la culpa al vino. —Dany conocía bien la exagerada obsequiosidad de Qarth.

—Ningún vino me nubla la visión tanto como vuestra belleza. Mi mansión me parece desierta como una tumba desde la partida de Daenerys, y todos los placeres de la Reina de las Ciudades me saben a ceniza. ¿Por qué me abandonasteis?

«Hui de tu ciudad porque temía por mi vida».

—Era hora de partir. En Qarth no me querían.

—¿Quiénes? ¿Los Sangrepura? Les corre agua por las venas. ¿Los Especieros? Tienen requesón en vez de cerebro. Y los Eternos están muertos. Tendríais que haberme aceptado como esposo. Creo recordar que pedí vuestra mano; que incluso llegué a suplicaros.

—Solo cincuenta veces —bromeó Dany—. Os rendisteis demasiado pronto, mi señor. Porque tengo que casarme; todo el mundo está de acuerdo.

—Una *khaleesi* debe tener un *khal* —señaló Irri al tiempo que volvía a llenarle la copa a su reina—. Lo sabe todo el mundo.

—¿Debería proponeroslo de nuevo? —se preguntó Xaro—. No, esa sonrisa la conozco bien. Reina cruel es aquella que juega con el corazón de los hombres. Los humildes mercaderes como yo no somos más que guijarros bajo vuestras sandalias enjoyadas.

Una lágrima solitaria le corrió por la mejilla blanca, pero Dany lo conocía demasiado bien para conmoverse. Los qarthienses eran capaces de derramar lágrimas a voluntad.

—Venga ya, dejadlo. —Cogió una cereza de un cuenco y se la tiró a la nariz—. Puede que sea una niña, pero no soy tan tonta como para casarme con un hombre que encuentra más seductora una fuente de fruta que mi pecho desnudo. Ya he visto en qué bailarines os fijabais.

Xaro se secó la lágrima.

—Supongo que en los mismos que vuestra alteza. Ya veis: somos muy parecidos. Si no queréis tomarme como esposo, me daré por satisfecho con ser vuestro esclavo.

—No quiero esclavos. Os libero.

La nariz enjoyada era un blanco de lo más tentador. En aquella ocasión, Dany le tiró un albaricoque. Xaro lo atrapó en el aire y le dio un mordisco.

—¿Cuándo comenzó esta locura? ¿Tendría que alegrarme de que no liberarais a mis esclavos cuando erais mi invitada en Qarth?

« Entonces no era más que una reina mendiga, y tú eras Xaro de los Trece — pensó Dany —. Y a ti, lo único que te interesaba eran mis dragones» .

—Tratabais bien a vuestros esclavos; parecían satisfechos. No se me abrieron los ojos hasta que llegué a Astapor. ¿Sabéis cómo hacen a los inmaculados, cómo los entrenan?

—Con crueldad, seguro. Cuando un herrero fabrica una espada mete la hoja en el fuego, la golpea con un martillo y la introduce en agua helada para templar el acero. Para obtener el sabor dulce de la fruta hay que regar el árbol.

—Este árbol se regó con sangre.

—¿Y de qué otra manera se puede hacer un soldado? Vuestro esplendor ha disfrutado con mis bailarines. ¿Os sorprendería saber que todos son esclavos, criados y entrenados en Yunkai? Han estado bailando desde que aprendieron a caminar. ¿Cómo, si no, se puede obtener tal perfección? —Tomó un trago de vino y lo paladeó—. También son expertos en todas las artes eróticas. Había pensado en regalárselos a vuestra alteza.

—Sí, por favor. —Dany no se sorprendió en absoluto—. Los liberaré.

El hombre acusó el golpe con una mueca.

—¿Y qué harían con la libertad? Tanto os daría regalarle una cota de malla a un pez. Están hechos para bailar.

—¿Quién los hizo? ¿Sus amos? Tal vez vuestros bailarines preferirían ser albañiles, panaderos o granjeros. ¿Se lo habéis preguntado?

—Y tal vez vuestros elefantes preferirían ser rui señores. Las noches de Meereen estarían pobladas de barritos y no de trinos dulces; vuestros árboles se doblarían bajo el peso de enormes pájaros grises. —Xaro suspiró—. Daenerys, delicia mía, bajo ese hermoso seno late un corazón tierno..., pero aceptad el consejo de una cabeza más vieja y sabia. Las cosas no siempre son lo que parecen. Las cosas que parecen malas a veces son buenas. Por ejemplo, la lluvia.

—¿La lluvia? —« ¿Me toma por idiota, o cree que soy una niña?» .

—Maldecimos la lluvia cuando nos cae encima, pero sin ella nos moriríamos de hambre. Hace falta lluvia en el mundo..., igual que hacen falta esclavos. No, no pongáis esa cara; es verdad. La prueba la tenéis en Qarth. En cuestión de arte, música, magia, comercio..., en todo lo que hace que los hombres estén por encima de las bestias, Qarth sobresale del resto de la humanidad, igual que vos estáis por encima de todos en la cúspide de esta pirámide... Pero abajo, la grandeza de la Reina de las Ciudades reposa sobre los hombros de los esclavos y

no sobre ladrillos. Pensadlo bien: si no queda hombre que no tenga que escarbar en el barro para buscar comida, ¿habrá alguno capaz de levantar la vista para contemplar las estrellas? Si todos tenemos que deslomarnos para construir una choza, ¿quién edificará los templos para mayor gloria de los dioses? Para que unos hombres sean grandes, otros deben ser esclavos.

Era demasiado elocuente para ella. Dany no tenía otra respuesta que la rabia que sentía en el estómago.

—La esclavitud no es lo mismo que la lluvia —replicó—. Me ha llovido encima y me han vendido. No es lo mismo. Ninguna persona puede ser propiedad de otra.

Xaro se encogió de hombros con gesto lánguido.

—Cuando desembarqué en vuestra hermosa ciudad, en la orilla del río tropecé casualmente con un hombre, un hombre que en otros tiempos estuvo en mi casa como invitado, un comerciante que trataba con especias raras y vinos selectos. Estaba desnudo de cintura para arriba, enrojecido por el sol, desollado; parecía que cavaba un hoyo.

—Una zanja, para traer agua con que regar los sembradíos. Hemos pensado en plantar legumbres, y requieren agua.

—Qué amable por parte de mi viejo amigo ofrecerse a cavar zanjas. Y qué raro, conociéndolo. ¿O será que no se le permitió elegir? No, cómo va a ser eso. En Meereen no hay esclavos.

—A vuestro amigo se le paga con comida y alojamiento. —Dany se sonrojó—. No puedo devolverle sus riquezas. En Meereen hacen más falta legumbres que especias raras, y las legumbres requieren agua.

—¿También pondréis a mis bailarines a cavar zanjas? Mi dulce reina, cuando mi amigo me vio, se puso de rodillas y me suplicó que lo comprara como esclavo y me lo llevara a Qarth.

Se sintió como si la hubiera abofeteado.

—Pues compradlo.

—Si eso os complace... A él lo complacería, eso es seguro. —Le puso una mano en el brazo—. Estas son verdades que solo os contaré un amigo. Cuando llegasteis a Qarth como mendiga, os ayudé, y ahora he atravesado muchas leguas y mares tormentosos para ofreceros mi ayuda de nuevo. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar con franqueza?

Dany sentía la calidez de sus dedos.

«En Qarth también era cálido —recordó—, hasta que llegó el día en que dejé de serle útil». Se puso en pie.

—Venid.

Xaro la siguió entre las columnas, hacia los anchos peldaños de mármol que llevaban a sus habitaciones privadas, en la cúspide de la pirámide.

—Oh, mujer bella entre las bellas —dijo Xaro cuando empezaron a subir—,

oigo el sonido de pisadas a nuestras espaldas. Alguien nos sigue.

—¿Acaso tenéis miedo de mi anciano caballero? Ser Barristan ha jurado guardar mis secretos. —Llegaron a la terraza desde la que se divisaba la ciudad. La luna llena flotaba en el cielo negro sobre Meereen—. ¿Damos un paseo? —Dany se cogió de su brazo. El aroma de las flores que se abrían durante la noche impregnaba el aire—. Me habeis hablado de ayuda. Lo que más necesito es comercio. Meereen tiene sal para vender, y también vino...

—¿Vino ghiscario? —Xaro puso cara de desagrado—. El mar nos proporciona toda la sal que necesitamos en Qarth, pero aceptaré de buena gana todas las aceitunas que queráis venderme, y también aceite de oliva.

—No puedo ofreceros nada. Los esclavistas quemaron los árboles. —Durante siglos, los olivos habían crecido a lo largo de las playas de la bahía de los Esclavos, pero los meereenos les habían prendido fuego a medida que avanzaba el ejército de Dany, convirtiéndolo todo en un yermo ennegrecido—. Estamos plantando más, pero tardan siete años en empezar a dar fruto, y treinta en ser productivos de verdad. ¿Queréis cobre?

—Es un metal hermoso, pero tan voluble como una mujer. En cambio, el oro... El oro es sincero. Qarth os pagará mucho oro a cambio de esclavos.

—Meereen es una ciudad libre de hombres libres.

—Es una ciudad pobre que antes era rica. Una ciudad hambrienta que antes estaba ahita. Una ciudad ensangrentada que antes era pacífica.

Las acusaciones lahirieron, porque contenían demasiada verdad.

—Meereen volverá a ser una ciudad rica, ahita y pacífica, y también libre. Si queréis esclavos, acudid a los dothrakis.

—Los dothrakis toman esclavos; los ghiscarios los entrenan. Para llegar a Qarth, los señores de los caballos tendrían que transportar a sus cautivos a través del desierto rojo. Morirían cientos, tal vez miles, y sobre todo, muchos caballos, por lo que ningún *khal* se arriesga. Luego hay otra cosa: Qarth no quiere ningún *khalar* en las cercanías de su muralla. Todos esos caballos... ¡Qué peste! No os ofendáis, *khaleesi*.

—El olor de los caballos es honorable. Más de lo que se puede decir de algunos grandes señores y príncipes mercaderes.

—Hablemos con sinceridad, Daenerys, como los amigos que somos —Xaro hizo caso omiso de la pulla—. No conseguiréis que Meereen vuelva a ser una ciudad rica, ahita y pacífica. Solo la conduciréis a su destrucción, igual que sucedió en Astapor. ¿Sois consciente de que hubo una batalla en los Cuernos de Hazzat? El Rey Carnicero tuvo que retroceder a su palacio, con sus nuevos Inmaculados pisándole los talones.

—Todo el mundo lo sabe. —Ben Plumm el Moreno le había hecho llegar la noticia con dos de sus segundos hijos—. Los yunkios han comprado más mercenarios, y dos legiones del Nuevo Ghis luchan junto a ellos.

—Dos que pronto serán cuatro, y luego diez. Se ha visto a emisarios yunkios camino de Myr y Volantis; van a contratar más espadas. La Compañía del Gato, los Lanzas Largas, los Hijos del Viento. Se dice que los sabios amos cuentan también con los servicios de la Compañía Dorada.

En cierta ocasión, su hermano Viserys había celebrado un banquete con los capitanes de la Compañía Dorada, con la esperanza de que apoyaran su causa. Se comieron su comida, escucharon sus súplicas y se rieron de él. Por aquel entonces, Dany no era más que una niñita, pero aun así lo recordaba.

—Yo también tengo mercenarios.

—Dos compañías. Los yunkios os atacarán con veinte si hace falta. Y no estarán solos: Tolos y Mantarys se han aliado con ellos.

Una noticia aciaga, en caso de que fuera digna de crédito. Daenerys había enviado delegaciones a Tolos y a Mantarys con la esperanza de encontrar en el oeste aliados que compensaran la enemistad de Yunkai en el sur. Sus emisarios no habían vuelto.

—Meereen ha firmado una alianza con Lhazar.

A Xaro le pareció divertidísimo.

—Los señores dothrakis tienen un nombre para los lhazareenos: hombres cordero, porque cuando los esquilan, lo único que hacen es balar. No es lo que se dice un pueblo muy marcial.

« En cuestión de amigos, un cordero es mejor que nada» .

—Los sabios amos deberían tomar ejemplo. Perdoné una vez a Yunkai; no lo haré dos veces. Si se atreven a atacarme, arrasaré su Ciudad Amarilla hasta los cimientos.

—Y mientras arrasáis Yunkai, Meereen se rebelará. No cerréis los ojos ante el peligro que se cierne sobre vos, Daenerys. Vuestros eunucos son buenos soldados, pero su número es escaso para enfrentarse a los ejércitos que enviará Yunkai contra vos cuando caiga Astapor.

—Mis libertos... —empezó Dany.

—Los esclavos de cama, los carníceros y los obreros no ganan batallas.

Dany solo podía esperar que estuviera equivocado. Los libertos no tenían formación de guerreros, pero había organizado en compañías a todos los hombres en edad de luchar, y Gusano Gris los estaba entrenando como soldados.

« Que piense lo que quiera» .

—Olvidáis que tengo dragones.

—¿De verdad? En Qarth era raro veros sin un dragón en el hombro... pero ahora observo que vuestro hombro está tan hermoso y desnudo como vuestro precioso seno.

—Mis dragones han crecido, pero no mis hombros. Ahora están lejos, cazando. —« Perdóname, Hazzea» . Se preguntó hasta qué punto estaría informado Xaro, qué rumores le habrían llegado—. Preguntad si no a los

bondadosos amos de Astapor. —« Vi los ojos derretidos de un esclavista corriéndole por las mejillas» —. Decidme la verdad, viejo amigo: si no es para comerciar, ¿para qué habéis venido a verme?

—Quería traerle un regalo a la reina de mi corazón.

—Decidme. —« Es una trampa» .

—El regalo que me suplicasteis en Qarth: barcos. En la bahía hay trece galeras. Son vuestras si las queréis. Os he traído una flota para que os lleve a vuestro hogar, a Poniente.

« Una flota». Era mucho más de lo que podía esperar, de modo que, por supuesto, sintió desconfianza. En Qarth le había ofrecido treinta barcos, pero a cambio de uno de sus dragones.

—¿Qué pedís a cambio de esos barcos?

—Mi ansia de poseer dragones ha desaparecido. Rumbo hacia aquí, mi *Nube Sedosa* hizo escala en Astapor para proveerse de agua, y vi lo que habían hecho. Esos barcos son vuestros, mi dulce reina. Trece galeras con sus correspondientes remeros.

« Trece. Por supuesto». Xaro era uno de los Trece. Sin duda había convencido a sus compañeros para que cada uno aportara un barco. Conocía demasiado bien al príncipe mercader para creerlo capaz de sacrificar trece naves propias.

—Tengo que meditarlo. ¿Puedo inspeccionar esas naves?

—Os habéis vuelto desconfiada, Daenerys.

« Desde luego» .

—Me he vuelto inteligente, Xaro.

—Inspeccionadlas a vuestro gusto. Cuando estéis satisfecha, juradme que volveréis a Poniente de inmediato y los barcos serán vuestros. Jurádmelo por vuestros dragones, por vuestro dios de siete rostros, por las cenizas de vuestros padres, y marchaos.

—¿Y si prefiero esperar un año, o dos, o tres?

Una expresión de pesadumbre nubló el rostro de Xaro.

—Eso me entristecería mucho, delicia mía..., porque, aunque ahora parecéis joven y fuerte, no viviréis tanto tiempo. No. Aquí no.

« Con una mano me ofrece la miel y con la otra me enseña el látigo» .

—Los yunkios no son tan temibles.

—No todos vuestros enemigos están en la Ciudad Amarilla. Tened cuidado con los hombres de corazón frío y labios azules. No hacia ni quince días que habíais abandonado Qarth cuando Pyat Pree partió con tres de sus compañeros para buscarlos en Pentos.

Aquello le pareció más divertido que amenazador.

—Menos mal que me desvié, ¿no? Pentos está a medio mundo de Meereen.

—Ciento —tuvo que reconocer—, pero más tarde o más temprano les

llegarán noticias de la reina dragón que se encuentra en la bahía de los Esclavos.

—¿Qué pretendéis? ¿Que tenga miedo? Viví con miedo catorce años, mi señor. Tenía miedo todos los días al despertar y todas las noches al acostarme..., pero todos mis miedos ardieron el día en que salí del fuego. Ahora solo tengo miedo de una cosa.

—¿De qué, mi dulce reina?

—Solo soy una niña ignorante. —Dany se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Pero no tanto como para contestaros. Mis hombres examinarán esos barcos, y después os responderé.

—Como vos digáis. —Le rozó el pecho desnudo—. Permitid que me quede para intentar persuadiros —susurró.

Durante un momento se sintió tentada. Tal vez los bailarines habían excitado sus sentidos.

« Podría cerrar los ojos e imaginarme que es Daario». Un Daario imaginado sería menos peligroso que el verdadero, pero desechó la idea.

—No, mi señor. Os lo agradezco, pero no. —Dany se liberó de su abrazo—. Tal vez otra noche.

—Tal vez otra noche. —Su boca aparentaba tristeza, pero en sus ojos se veía más alivio que decepción.

« Si fuera un dragón, podría ir volando hasta Poniente —pensó cuando estuvo a solas—. No necesitaría a Xaro ni sus barcos. —Se preguntó cuántos hombres podrían viajar en trece galeras. Para ir de Qarth a Astapor con su *khalasar* solo había necesitado tres, pero aquello fue antes de que se procurase ocho mil inmaculados, un millar de mercenarios con sus caballos y una vasta horda de libertos—. ¿Y qué voy a hacer con los dragones?».

—Drogon —dijo en un susurro quedo—, ¿dónde estás? —Durante un momento casi le pareció verlo surcar el cielo, ocultando las estrellas con sus alas negras. Se volvió hacia la oscuridad, hacia las sombras donde Barristan Selmy aguardaba en silencio—. En cierta ocasión, mi hermano me enseñó un acertijo poniente. ¿Quién lo oye todo pero no escucha nada?

—Un caballero de la Guardia Real. —La voz de Selmy era solemne.

—¿Habéis oido la oferta de Xaro?

—Sí, alteza. —El anciano caballero hacía lo imposible por no mirarle el pecho desnudo mientras hablaba con ella.

« Ser Jorah no habría apartado la vista. Me amaba como mujer; en cambio, Selmy solo me ama como reina». Mormont había resultado ser un espía; informaba sobre ella a sus enemigos de Poniente, pero también le daba buenos consejos.

—¿Qué opináis de su propuesta? ¿Y de él?

—De él no tengo buena opinión. Pero de esos barcos... Con esos barcos podríamos estar en casa antes de fin de año.

Dany nunca había tenido un hogar. En Braavos hubo una casa con la puerta roja, pero nada más.

—Temo a los qarthienses hasta cuando llegan con regalos, sobre todo si son mercaderes de los Trece. Puede que esas naves tengan la madera podrida, o...

—Si no estuvieran en buenas condiciones, no habrían podido llegar desde Qarth —señaló ser Barristan—, pero vuestra alteza ha sido muy inteligente al pedir que le permitan inspeccionarlos. En cuanto amanezca llevaré al almirante Groleo, a sus capitanes y a cuarenta de sus mejores marineros a examinar esas galeras. Las revisaremos palmo a palmo.

—Sí, adelante. —Era un buen consejo.

«Poniente. Mi casa». Pero si se marchaba, ¿qué sería de su ciudad?

«Meereen no ha sido nunca tu ciudad —le pareció oír a su hermano en un susurro—. Tus ciudades están al otro lado del mar, en tus Siete Reinos, donde te aguardan tus enemigos. Naciste para llevarles la sangre y el fuego».

Ser Barristan se aclaró la garganta.

—Ese hechicero del que hablaba el mercader...

—Pyat Pree. —Trató de recordar su rostro, pero solo consiguió visualizar los labios. El vino de los hechiceros se los había vuelto azules. Lo llamaban *color-del-ocaso*—. Si los conjuros pudieran matarme, ya estaría muerta. Reduje su palacio a cenizas. —«Drogon me salvó cuando iban a sorberme la vida. Drogon los quemó a todos».

—Será como decis, alteza, pero me mantendré atento de todos modos.

—Ya lo sé. —Le dio un beso en la mejilla—. Acompañadme, volvamos al banquete.

A la mañana siguiente, Dany despertó tan llena de esperanza como cuando llegó a la bahía de los Esclavos. Pronto, Daario estaría de nuevo a su lado, y juntos zarparían hacia Poniente.

«A casa». Una de sus jóvenes rehenes le llevó el desayuno. Era una niña regordeta y tímida llamada Mezzara, cuyo padre gobernaba la pirámide de Merreq. Dany le dio un abrazo alegre y un beso.

—Xaro Xhoan Daxos me ha ofrecido trece galeras —comentó a Irri y Jhiqui mientras la vestían para ir a la corte.

—El trece es mal número, *khaleesi* —musitó Jhiqui en el idioma dothraki—. Lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —corroboró Irri.

—El treinta me gustaría más —asintió Daenerys—. Y el trescientos, más todavía. Pero con trece podemos llegar a Poniente.

Las dos muchachas dothrakis cruzaron una mirada.

—El agua venenosa está maldita, *khaleesi* —dijo Irri—. Los caballos no la pueden beber.

—No pensaba beberla —les aseguró Dany.

Aquella mañana solo había cuatro demandantes. Lord Ghael, como siempre, fue el primero en intervenir, y parecía aún más lastimero que de costumbre.

—Esplendor —dijo postrándose en el suelo de mármol a sus pies—, los ejércitos yunkios han caído sobre Astapor. ¡Os lo suplico, acudid al sur con todos vuestros ejércitos!

—Ya le dije a vuestro rey que esta guerra era una locura —le recordó Dany—. No me prestó atención.

—Lo único que quería Cleon el Grande era acabar con los malvados esclavistas de Yunkai.

—Cleon el Grande es esclavista.

—Sé que la Madre de Dragones no nos abandonará cuando más la necesitamos. Prestadnos a los Inmaculados para que defendamos nuestra muralla.

«¿Y quién defendería la mía?».

—Muchos de mis libertos fueron esclavos en Astapor. Puede que algunos quieran acudir en auxilio del rey Cleon, pero serán ellos quienes lo decidan; para eso son libres. Di la libertad a Astapor; a vosotros os corresponde defenderla.

—Entonces, estamos perdidos. Nos disteis la muerte, no la libertad. —Ghael se puso en pie de un salto y le escupió a la cara.

Belwas el Fuerte lo agarró por el hombro y lo estampó contra el suelo con tal fuerza que Dany oyó como se le rompiían los dientes. El Cabeza Afeitada habría llegado mucho más lejos, pero ella lo detuvo.

—Basta —dijo al tiempo que se limpiaba la mejilla con una punta del *tokar*—. Nadie ha muerto nunca de un escupitajo. Llevaoslo.

Lo sacaron a rastras por los pies, dejando a su paso una estela de sangre y dientes rotos. Dany se habría deshecho de buena gana del resto de los demandantes, pero seguía siendo su reina, de modo que los escuchó e hizo lo posible por impartir justicia.

Aquella misma tarde regresaron el almirante Groleo y ser Barristan tras inspeccionar las galeras. Dany reunió a todo el Consejo para que oyera su informe. Acudió Gusano Gris en representación de los Inmaculados, y Skahaz mo Kandaq por las Bestias de Bronce. Sus jinetes de sangre estaban lejos, así que Rommo, un arrugado *jaqqa rhan*, sería la voz de sus dothrakis. A los libertos los representaban los capitanes de las tres compañías que había creado Dany: Mollono Yos Dob por los Escudos Fornidos, Symon Espalda Lacerada por los Hermanos Libres y Marselen por los Hombres de la Madre. Reznak mo Reznak se situó junto a la reina, y Belwas el Fuerte, detrás de ella, con los enormes brazos cruzados ante el pecho. No le iba a faltar asesoramiento.

Groleo era el hombre más desdichado del mundo desde que Dany hizo pedazos su barco para construir las máquinas de asedio con que tomaron Meereen. Había tratado de consolarlo nombrándolo lord almirante, pero ambos

eran conscientes de que era un honor sin sentido; la flota meereena había zarpado hacia Yunkai cuando el ejército de Dany se aproximaba a la ciudad, de manera que el viejo pentoshi era un almirante sin naves. Pero en aquel momento, bajo la barba quemada por el salitre, sonreía con una sonrisa que la reina no le había visto nunca.

—¿Los barcos son seguros? —preguntó esperanzada.

—Razonablemente seguros, alteza. Son viejos, es evidente, pero en su mayor parte están bien conservados. El casco de la *Princesa Sangrepura* está carcomido; preferiría que no perdiera de vista la tierra. La *Narraqqa* necesita timón y aparejos nuevos, y algunos remos de la *Lagarto Rayado* están muy gastados, pero se pueden aprovechar. Los remeros son esclavos, pero si les ofrecemos un sueldo decente, la mayoría se quedará con nosotros. Lo único que saben hacer es remar. Y si alguno prefiere marcharse, siempre podemos sustituirlo por otro hombre de mi tripulación. La travesía hasta Poniente es larga y ardua, pero en mi opinión, con estos barcos podemos llegar.

Reznak mo Reznak dejó escapar un gemido.

—Entonces era verdad. Vuestra adoración tiene intención de abandonarnos.

—Se retorció las manos—. En cuanto os marchéis, los yunkios devolverán el poder a los grandes amos; pasarán por la espada a todos los que os hemos servido con lealtad; violarán y esclavizarán a nuestras hermosas mujeres, a nuestras hijas doncellas.

—A las mías no —gruñó Skahaz el Cabeza Afeitada—. Antes las mataré con mis propias manos. —Se palmeó el puño de la espada.

Dany se sintió como si el golpe se lo hubiera dado a ella en la cara.

—Si teméis lo que pueda sucederos, venid conmigo a Poniente.

—Vaya adonde vaya la Madre de Dragones, los Hombres de la Madre la seguirán —anunció Marselen, el hermano que le quedaba a Missandei.

—¿Cómo? —preguntó Symon Espalda Lacerada, que debía su nombre a una maraña de cicatrices, recuerdo de los latigazos que había sufrido cuando era esclavo en Astapor—. Con trece barcos no hay ni para empezar. No bastaría ni con un centenar.

—Los caballos de madera son malos —protestó Rommo, el viejo *jaqqa rhan*

—. Los dothrakis cabalgarán.

—Unos pueden ir caminando a lo largo de la orilla —propuso Gusano Gris—. Las naves tendrían que seguir nuestro ritmo y reabastecer a la columna.

—Así solo podríais llegar hasta las ruinas de Bhorash —dijo el Cabeza Afeitada—. Más allá, los barcos tendrían que desviarse hacia el sur por Tolos y la isla de los Cedros y rodear Valyria, mientras que la tropa continuaría hasta Mantarys por el antiguo camino del Dragón.

—Ahora lo llaman camino del Demonio —puntualizó Mollono Yos Dob. Con sus manos sucias de tinta y su panza, el comandante de los Escudos Fornidos tenía

más aspecto de escriba que de soldado, pero era listo como pocos—. Muchos moriríamos.

—Quienes quedaran en Meereen envidiarían esa muerte tan sencilla —gimió Reznak—. A nosotros nos harán esclavos o nos echarán a las arenas. Todo será como antes o peor.

—¿Acaso no tenéis valor? —espetó Barristan—. Su alteza os liberó de las cadenas. Ahora os toca a vosotros afilar la espada y defender vuestra libertad cuando se marche.

—Valientes palabras; lástima que vengan de alguien que tiene intención de embarcar hacia el ocaso —le replicó Symon Espalda Lacerada—. ¿Volveréis la vista atrás cuando muramos?

—Alteza...

—Magnificencia...

—Adoración...

—¡Basta! —Dany golpeó la mesa—. No abandonaremos a nadie a su suerte. Sois mi pueblo. —Los sueños de tener un hogar, de tener amor, la habían cegado —. No abandonaré Meereen para que sufra el mismo destino que Astapor. Siento decirlo, pero Poniente tendrá que esperar.

—Pero tenemos que aceptar esos barcos, magnificencia. Si rechazamos el regalo... —protestó Groleo, consternado.

Ser Barristan hincó una rodilla en tierra ante ella.

—Poniente os necesita, mi reina. Aquí no os quieren, pero en Poniente, los hombres acudirán en bandadas en cuanto vean vuestro estandarte; os seguirán los grandes señores, los nobles caballeros. « ¡Ha venido! —anunciarán a gritos con alegría—. ¡La hermana del príncipe Rhaegar ha vuelto a casa por fin! » .

—Si tanto me aman, me esperarán. —Dany se levantó—. Reznak, haced venir a Xaro Xhoan Daxos.

Recibió al príncipe mercader a solas en la sala de las columnas, sentada en su banco de ébano, sobre los cojines que ser Barristan le había proporcionado. Llegó acompañado de cuatro marineros qarthienses que transportaban sobre los hombros un tapiz enrollado.

—Traigo otro regalo para la reina de mi corazón —anunció Xaro—. Lleva en las criptas de mi familia desde que la Maldición cayó sobre Valyria.

Los marineros depositaron el tapiz en el suelo y lo desenrollaron. Era viejo, polvoriento, descolorido... y gigantesco. Dany tuvo que ponerse al lado de Xaro para interpretar el dibujo.

—¿Un mapa? Es muy hermoso.

El tapiz cubría la mitad del suelo. Los mares eran azules; las tierras, verdes, y las montañas, negras y marrones. Las ciudades aparecían representadas en forma de estrellas tejidas con hilo de oro o plata.

« No está el mar Humeante —advirtió—. Valyria no era todavía una isla» .

—Ahí podéis ver Astapor, Yunkai y Meereen. —Xaro señaló tres estrellas de plata situadas junto al azul de la bahía de los Esclavos—. Poniente está... por ahí abajo. —Hizo un gesto vago con la mano en dirección al fondo de la estancia—. Girasteis hacia el norte cuando deberíais haber seguido hacia el sur y el oeste para cruzar el mar del Verano, pero gracias a mi regalo, no tardaréis en volver a vuestro lugar. Aceptad mis galeras con el corazón lleno de gozo y poned rumbo hacia el oeste.

« Ojalá pudiera» .

—Mi señor, acepto de buena gana esos barcos, pero no puedo prometeros lo que me pedís. —Le cogió la mano—. Dadme las galeras con su tripulación y os juro que Qarth contará con la amistad de Meereen hasta que se apaguen las estrellas. Permitidme que las dedique al comercio y os entregaré una generosa parte de los beneficios.

La sonrisa alegre de Xaro Xhoan Daxos se borró de sus labios.

—¿Qué me estáis diciendo? ¿Insinuáis que no vais a marcharos?

—No puedo.

Las lágrimas desbordaron los ojos del hombre y le corrieron a ambos lados de la nariz, junto a las esmeraldas, las amatistas y los diamantes negros.

—Les aseguré a los Trece que prestaríaís oídos a mi sabiduría. Me pesa descubrir que estaba equivocado. Aceptad esos barcos y marchaos, o moriréis entre gritos. No sabéis cuántos enemigos os habéis granjeado.

« Conozco a uno y lo tengo delante ahora mismo, derramando lágrimas falsas» . Aquello la entrusteció.

—Cuando fui a la Sala de los Mil Tronos para suplicar por vuestra vida a los Sangrepura argumenté que solo erais una niña —continuó Xaro—, pero Egon Emeros el Exquisito se levantó y me dijo: « Es una niña estúpida, demente, no escucha, y es demasiado peligrosa para que le permitamos seguir con vida» . Cuando vuestros dragones eran pequeños, eran portentos. Adultos son la muerte, la destrucción, una espada llameante que pende sobre el mundo. No se les permitirá crecer lo suficiente para aparearse. Y a vos tampoco. —Se secó las lágrimas—. Tendría que haberos matado en Qarth.

—Fui vuestra invitada; compartí vuestra carne e hidromiel —le replicó—. En recuerdo de lo que hicisteis por mí, esta vez os perdonaré vuestras palabras, pero no oséis volver a amenazarme.

—Xaro Xhoan Daxos no amenaza —replicó él con frialdad—. Xaro Xhoan Daxos promete.

—Igual que yo. —Su tristeza se había convertido en rabia—. Y ahora os prometo que si no os habéis marchado de Meereen antes de que salga el sol, averiguaremos si las lágrimas de un mentiroso son capaces de apagar el fuegodragón. Abandonad mi presencia, Xaro. Ahora mismo.

El hombre se marchó, pero dejó allí su mundo. Dany volvió a sentarse en el

banco y dejó vagar la mirada por el mar de seda azul, hasta el lejano Poniente.

«Algún día», se prometió.

Al día siguiente, la galeaza de Xaro se había marchado, pero el «regalo» seguía en la bahía de los Esclavos. De los mástiles de las trece galeras qarthienses pendían largos gallardetes rojos que ondeaban al viento. Cuando Daenerys ocupó su lugar en la corte, un emisario de la flota la estaba esperando. Sin pronunciar palabra, puso a sus pies un cojin de seda negra sobre el que reposaba un solitario guante manchado de sangre.

—¿Qué quiere decir esto? —exigió saber el Cabeza Afeitada—. Un guante ensangrentado...

—... significa guerra —dijo la reina.

—Cuidado con las ratas, mi señor. —Edd el Peñas guio a Jon escaleras abajo, con una linterna en la mano—. El chillido que sueltan cuando las pisan es asqueroso. Mi madre hacía un ruido parecido cuando era niño. Ahora que lo pienso, seguro que tenía algo de rata. Pelo marrón, ojos pequeños y brillantes, debilidad por el queso... A lo mejor hasta tenía cola, nunca me dio por mirar.

Todo el subsuelo del Castillo Negro estaba conectado por un laberinto de túneles al que los hermanos denominaban gusaneras. Bajo tierra, todo era oscuridad, así que las gusaneras casi no se usaban durante el verano; pero en invierno, cuando el viento comenzaba a soplar y la nieve a caer, los túneles se convertían en el camino más rápido para moverse por el castillo, y los mayordomos ya estaban haciendo uso de ellos. A medida que iban recorriendo el túnel, acompañados por el eco de sus pisadas, Jon vio velas encendidas en varios nichos.

Bowen Marsh los esperaba en una intersección donde se cruzaban cuatro gusaneras. Con él estaba Wick Whittlestick, alto y delgado como una lanza.

—Este es el inventario de hace tres turnos —le dijo a Jon mientras le tendía un grueso fajo de papeles—, para compararlos con las reservas actuales. ¡Empezamos por los graneros?

Atravesaron la penumbra gris subterránea. Cada almacén tenía una puerta de roble macizo, cerrada con un candado de hierro del tamaño de un plato.

—¿Ha habido robos? —preguntó Jon.

—Aún no —contestó Bowen Marsh—, pero cuando llegue el invierno, su señoría haría bien en apostar unos cuantos guardias aquí abajo.

Wick Whittlestick llevaba las llaves en un aro que le colgaba del cuello. A Jon le parecían todas iguales, pero Wick siempre encontraba la que correspondía a cada puerta. Al entrar se sacaba del zurrón un pedazo de yeso del tamaño de un puño y marcaba cada tonel, cada saco y cada barril para contarlos, mientras Marsh comparaba el recuento anterior con el nuevo.

En los graneros había avena, trigo, cebada y barriles llenos de harina gruesa. En los sótanos había ristras de cebollas y ajos colgados de las vigas del techo, y bolsas de zanahorias, chirivías y rábanos, y las estanterías estaban repletas de nabos blancos y amarillos. En un almacén había quesos tan grandes que para moverlos hacían falta dos hombres. En el siguiente, las pilas de toneles de ternera, tocino, cordero y bacalao en salazón se alzaban hasta quince palmos. De las vigas del techo, bajo el ahumadero, colgaban trescientos jamones y tres mil morcillas. En el armario de las especias encontraron pimienta en grano, clavo, canela, semillas de mostaza y cilantro, salvia, amaro, perejil y bloques de sal. Por todas partes había toneles de peras, manzanas, guisantes e higos secos, bolsas de nueces, castañas y almendras, planchas de salmón ahumado, jarras de

porcelana selladas con cera y llenas de aceitunas en salmuera... Otro almacén estaba abarrotado de cazuelas selladas de liebre, paletilla de ciervo en miel, y coles, remolachas, cebollas, huevos y arenques, todo en escabeche.

A medida que se adentraban en los almacenes, hacia más frío en las gusaneras. No pasó mucho tiempo antes de que Jon viera a la luz de la linterna como se le congelaba el aliento.

—Estamos bajo el Muro.

—Pronto estaremos dentro —contestó Marsh—. El frío mantiene fresca la carne. Para conservarla mucho tiempo es mejor que la sal.

La siguiente puerta con que se toparon era de hierro oxidado y llevaba a un tramo de peldaños de madera. Edd el Penas fue guiándolos con la linterna. Al llegar arriba se encontraron en un túnel tan largo como el salón principal de Invernalia, aunque no más ancho que las gusaneras, con las paredes de hielo revestidas de ganchos de hierro. De cada gancho colgaba un animal: ciervos y alces desollados, costillares de buey, cerdos enormes que se balanceaban desde el techo, ovejas y cabras sin cabeza, y hasta caballos y osos. Todo estaba cubierto de escarcha.

Mientras contaban, Jon se quitó el guante izquierdo y tocó una pata del venado que tenía más cerca. Sintió como se le pegaban los dedos, y al retirarlos perdió un poco de piel. Tenía las yemas de los dedos entumecidas.

« ¿Y qué esperabas? Tienes una montaña de hielo encima de la cabeza, muchas más toneladas de las que Bowen podría contar». De todas formas, en aquella habitación hacía más frío del que debería.

—Es peor de lo que me temía, mi señor —anunció Marsh cuando terminó. Sonaba aún más funesto que Edd el Penas.

Jon tenía la impresión de que los rodeaba toda la carne del mundo. « No sabes nada, Jon Nieve» .

—¿Por qué? A mí esto me parece un montón de comida.

—Ha sido un verano largo. Ha habido muy buenas cosechas y los señores han sido generosos. Tenemos bastante para sobrevivir a un invierno de tres años; cuatro si recortamos un poco. Pero si tenemos que dar de comer a todos esos hombres del rey y a todos los salvajes... Solo en Villa Topo hay mil bocas inútiles, y siguen llegando. Ayer aparecieron otros tres en las puertas, y anteayer, una docena. No podemos seguir así. Dejar que se queden en el Agasajo, pase, pero es demasiado tarde para ponerse a cultivar. De aquí a que acabe el año solo nos quedarán nabos y puré de guisantes. Después tendremos que bebernos la sangre de nuestros caballos.

—Mmm —declaró Edd el Penas—. Nada mejor que una copa de sangre de caballo caliente para una noche fría. A mí me gusta con una pizca de canela.

—También habrá enfermedades —prosiguió el lord mayordomo, sin prestar atención a Edd—, como las que hacen que sangren las encías y se caigan los

dientes. El maestre Aemon decía que eso se resuelve con zumo de lima y carne fresca, pero hace un año que se nos acabaron las limas y no tenemos suficiente forraje para mantener rebaños de los que obtener la carne. Deberíamos sacrificar a los animales que tenemos y dejar solo unas cuantas parejas para la crianza. No nos queda mucho tiempo. Otros inviernos llegaba comida por el camino Real desde el sur, pero ahora, con la guerra... Sé que aún estamos en otoño, pero mi consejo es que empecemos a racionar la comida como si fuera invierno, si mi señor está de acuerdo.

«A los hombres les va a encantar».

—Si no hay más remedio, se hará. Rebajaremos una cuarta parte de la ración de cada hombre.

«Si mis hermanos ya se quejan de mí, ¿qué dirán cuando tengan que comer nieve y pasta de bellotas?».

—Sería de gran ayuda, mi señor. —El tono del lord mayordomo dejó claro que ni siquiera eso sería suficiente.

—Ahora entiendo por qué dejó pasar a los salvajes el rey Stannis. Quiere que nos los comamos —dijo Edd el Penas.

—No creo que lleguemos a eso. —Jon no pudo evitar sonreír.

—Oh, mucho mejor. Tienen pinta de ser bastante fibrosos, y ya no tengo los dientes tan afilados como cuando era joven.

—Si tuviéramos bastantes monedas, podríamos comprar comida del sur y traerla en barco —dijo el lord mayordomo.

«Podríamos —pensó Jon—, si tuviéramos oro y si alguien quisiera vendernos comida. —Pero no se daba ni una cosa ni la otra—. Lo mejor sería recurrir al Nido de Águilas». El valle de Arryn era fértil, todo el mundo lo sabía, y no había sufrido daños durante la contienda. Jon se preguntó qué le parecería a la hermana de lady Catelyn dar de comer al bastardo de Ned Stark. Cuando era niño estaba convencido de que a aquella mujer le dolía en el alma cada bocado que se veía obligada a darle.

—Siempre nos queda la caza —aventuró Wick Whistlestick—. Aún queda algo en el bosque.

—También quedan salvajes, y cosas aún más temibles —comentó Marsh—. No enviaré afuera a ningún cazador. Me niego.

«Ya. Tú cerrarías las puertas para siempre y las sellarías con piedra y hielo». Sabía que la mitad del Castillo Negro era de la opinión del lord mayordomo. La otra mitad se burlaba.

—Sellad las puertas y plantad el culo en el Muro, claro que sí, y veréis como el pueblo libre llega en masa por el puente de los Cráneos o por cualquier otra puerta que creíais haber cerrado hace quinientos años —había declarado a voces el viejo forestal Dywen durante la cena, dos días atrás—. No tenemos hombres suficientes para vigilar cien leguas de Muro, y esto también lo saben Tormund

Culogigante y el puto Llorón. ¿Habéis visto alguna vez a un pato congelado en un estanque, con las patas atrapadas en el hielo? A los cuervos les pasa lo mismo. —La mayoría de los exploradores apoyaba a Dywen, mientras que los mayordomos y los constructores se inclinaban en general por Bowen Marsh. Pero dejaría aquel problema para otro dia. Por el momento, lo acuciante era la comida.

—No podemos dejar morir de hambre al rey Stannis y sus hombres, por mucho que nos apetezca —dijo Jon—. Recordad que podría llevarse todo esto a punta de espada; no tendríamos hombres para impedírselo. Y también tenemos que dar de comer a los salvajes.

—Pero ¿cómo, mi señor? —preguntó Bowen Marsh.

—Ya veremos. —« Ojalá lo supiera» .

Cuando regresaron a la superficie, las sombras de la tarde ya se estaban alargando. Las nubes surcaban el cielo como los jirones de un estandarte, grises, blancas y desgarradas. El patio de la armería estaba desierto, pero dentro, el escudero del rey estaba esperando a Jon. Devan era un muchacho delgado de unos doce años, con ojos y pelo castaños. Lo encontraron junto a la forja, paralizado, mientras Fantasma lo oliisqueaba por todas partes.

—No va a hacerte daño —dijo Jon. Al oírlo, el chico dio un respingo, y el movimiento repentino hizo que Fantasma enseñara los dientes—. ¡No! Déjalo en paz, Fantasma. ¡Aparta! —El lobo volvió en silencio a su hueso de buey. Devan estaba casi tan pálido como él, con el rostro perlado de sudor.

—M-mi señor. Su alteza os ordena que acudáis a su presencia. —El chico vestía el dorado y el negro de la casa Baratheon, con el corazón de los hombres de la reina cosido sobre el suyo.

—Querrás decir que lo solicita —dijo Edd el Penas—. Su alteza solicita que acudáis a su presencia. Así es como debes decirlo.

—Déjalo, Edd. —Jon no estaba de humor para discusiones.

—Ser Richard y ser Justin acaban de llegar —dijo Devan—. ¿Vendréis, mi señor?

« Los exploradores que se equivocaron de camino» . Massey y Horpe habían cabalgado hacia el sur, no hacia el norte. Lo que fuera que hubieran visto no era asunto de la Guardia de la Noche, pero Jon tenía curiosidad por saberlo.

—Como deseé su alteza. —Siguió al joven escudero por el patio, y Fantasma echó a andar tras ellos—. ¡No! Quédate aquí. —El huargo no se quedó, sino que salió corriendo.

Al llegar a la Torre del Rey, Jon tuvo que dejar las armas antes de ser admitido en presencia real. La estancia estaba cálida y atestada. Stannis y sus capitanes se apiñaban alrededor del mapa del norte, junto a los exploradores que se habían equivocado de camino. También estaba Sigorn, el joven magnar de Thenn, vestido con una túnica de cuero con discos de bronce. Casaca de Matraca

se rascaba las muñecas esposadas con una uña rota y amarilla. Una barba de tres días le cubría las mejillas hundidas y el mentón, y sucios mechones de pelo le caían por los ojos.

—Aquí viene —dijo cuando vio acercarse a Jon— el valiente muchacho que mató a Mance Rayder cuando estaba atado y enjaulado. —La enorme piedra preciosa de talla cuadrada que adornaba su pulsera de acero desprendió un brillo rojizo—. ¿Te gusta mi rubí, Nieve? Es una muestra del amor de lady Roja. —Jon no le hizo caso y se arrodilló frente a Stannis.

—Alteza —anunció Devan el escudero—, os he traído a lord Nieve.

—Ya lo veo. Lord comandante, creo que ya conocéis a mis caballeros y capitanes.

—He tenido el honor.

Se había propuesto aprenderse los nombres de todos los hombres que rodeaban al rey.

« Son todos hombres de la reina ». A Jon lo sorprendió que no hubiera hombres del rey con el rey, pero así parecía ser. Si los rumores que habían llegado a sus oídos eran ciertos, los hombres del rey habían despertado la ira de Stannis en Rocadragón.

—Puedo ofreceros vino. O agua hervida con limón.

—No, gracias.

—Como deseáis. Tengo un regalo para vos, lord Nieve. —El rey hizo un gesto con la mano hacia Casaca de Matraca—. Él.

—Dijisteis que necesitabais hombres, lord Nieve, y el Señor de los Huesos es tan hombre como el que más —intervino lady Melisandre con una sonrisa.

—Alteza, no se puede confiar en él. —Jon estaba horrorizado—. Si lo retengo aquí, alguien le cortará el cuello. Si lo envío de explorador, volverá con los salvajes.

—No. No pienso volver con esa pandilla de idiotas —Casaca de Matraca se dio unos golpecitos en el rubí que llevaba en la muñeca—. Pregúntale a tu bruja roja, bastardo.

Melisandre murmuró unas palabras en una lengua extraña. El rubí de su cuello empezó a centellear lentamente, y Jon vio que la piedra más pequeña que llevaba Casaca en la muñeca también brillaba y se oscurecía.

—Mientras lleve la gema está sometido a mí en cuerpo y alma —dijo la sacerdotisa roja—. Este hombre os servirá con lealtad. Las llamas no mienten, lord Nieve.

« Las llamas no, pero tú sí» .

—Seré tu explorador, bastardo —afirmó Casaca—. Te daré sabios consejos o te cantaré bonitas canciones, como prefieras. Incluso lucharé por ti. Pero no me pidas que vista el negro.

« Ni siquiera lo mereces», pensó Jon, pero se mordió la lengua. No

adelantaría nada con discutir delante del rey.

—Lord Nieve, habladme de Mors Umber.

« La Guardia de la Noche no toma partido —pensó Jon. Pero surgió otra voz —: Las palabras no son espadas» .

—Es el mayor de los tíos del Gran Jon. Lo llaman Carroña, porque un cuervo lo tomó por muerto y le sacó un ojo. Él cogió al pájaro y le arrancó la cabeza de un mordisco. De joven era un luchador muy temido. Sus hijos murieron en el Tridente, y su mujer, de parto. Los salvajes se llevaron a su única hija hace treinta años.

—Claro, por eso quiere la cabeza —dijo Harwood Fell.

—¿Se puede confiar en este tal Mors? —preguntó Stannis.

« ¿Mors Umber ha hincado la rodilla?» .

—Vuestra alteza debería hacerle prestar juramento ante su árbol corazón.

—Había olvidado que los norteños adoráis a los árboles —dijo Godry el Masacragigantes con una risotada.

—¿Qué clase de dios deja que los perros le meen encima? —preguntó Clayton Suggs, el compinche de Farring.

Jon optó por hacer caso omiso de ambos.

—Alteza ¿podríais decirme si los Umber se han aliado con vos?

—Solo la mitad, y únicamente si le doy al tal Carroña lo que me pide —replicó Stannis, irritado—. Quiere la calavera de Mance Rayder para usarla de jarra y quiere el indulto para su hermano, que ha cabalgado hacia el sur para unirse a Bolton. Lo llaman Mataputas.

—¡Pero qué nombres tienen los norteños! —A ser Godry también le hizo gracia—. ¿Este le arrancó la cabeza a alguna puta?

—Podría decirse que sí. —Jon lo miró con frialdad—. A una prostituta que intentó robarle hace cincuenta años en Antigua. —Por extraño que pareciera, el viejo Escarcha Umber había creído en su momento que su hijo menor apuntaba maneras de maestre. A Mors le encantaba pavonearse hablando del cuervo que le había arrancado el ojo, pero la historia de Hother solo se contaba en susurros..., seguramente porque la puta a la que destripó había resultado ser un hombre—. ¿Hay algún otro señor que se haya aliado con Bolton?

La sacerdotisa roja se acercó al rey.

—He visto una ciudad de paredes y calles de madera, llena de gente. Los estandartes ondeaban en sus muros: un alce, un hacha de guerra, tres pinos, hachas largas cruzadas bajo una corona y la cabeza de un caballo con ojos fieros.

—Hornwood, Cerwyn, Tallhart, Ryswell y Dustin —informó ser Clayton Suggs—. Todos son unos traidores. Perros falderos de los Lannister.

—Los Ryswell y los Dustin están unidos a la casa Bolton por matrimonio —informó Jon—. Los demás han perdido a sus señores en la guerra; ignoro quién

los encabeza ahora. Pero Carroña no es ningún perro faldero, y vuestra alteza debería aceptar las condiciones.

—Me ha dicho que un Umber nunca luchará contra otro Umber, por ninguna causa. —Stannis rechinó los dientes.

—Si se llega a las espadas, solo hay que mirar dónde ondea el estandarte de Hother y poner a Mors en el otro extremo —dijo Jon, poco sorprendido.

—Eso os haría débil a sus ojos, alteza —protestó el Masacragigantes—. Creo que tenemos que demostrar nuestra fuerza. Hay que quemar Último Hogar hasta los cimientos e ir a la guerra con la cabeza de Carroña clavada en una pica, para dar una lección al próximo señor que se atreva a ofrecer su vasallaje a medias.

—Es un plan magnífico, si lo que queréis es que todas las manos del norte se alcen contra vos. La mitad es mejor que nada. Los Umber no tienen ningún aprecio a los Bolton: si Mataputas se ha unido al Bastardo, debe de ser porque los Lannister tienen cautivo al Gran Jon.

—Eso es una excusa, no una razón —declaró ser Godry—. Si el sobrino muere encadenado, los tíos pueden reclamar sus tierras y señorío.

—El Gran Jon tiene hijos e hijas. En el norte, los hijos siguen teniendo prioridad sobre los sobrinos.

—A no ser que mueran. Los hijos muertos siempre van al final de la cola.

—Insinuadle eso a Mors Umber, ser Godry, y acabaréis sabiendo mucho más de lo que os gustaría sobre la muerte.

—He matado a un gigante, muchacho. ¿Por qué voy a tener miedo de un norteño pulgoso que lo lleva pintado en el escudo?

—Aquel gigante estaba huyendo. Mors no huirá.

—Tenéis la lengua muy afilada porque estáis en los aposentos del rey, muchacho —dijo el gran caballero, enrojeciendo—. En el patio cantaríais otra canción.

—Venga ya, dejadlo, Godry —intervino ser Justin Massey, un caballero entrado en carnes, desgarbado y rubio, que siempre tenía una sonrisa en los labios. Era uno de los exploradores que se habían equivocado de camino—. Todos sabemos que tenéis una espada enorme, no hace falta que la mováis tanto.

—Aquí lo único que se mueve es vuestra lengua, Massey.

—Callaos —interrumpió Stannis—. Lord Nieve, prestadme atención. He permanecido aquí con la esperanza de que los salvajes fuesen suficientemente idiotas para atacar el Muro otra vez. Como no me han dado esa satisfacción, creo que va siendo hora de que me enfrente al resto de mis enemigos.

—Entiendo —dijo Jon con cautela. «¿Qué quiere de mí?» —. No siento el menor aprecio por lord Bolton ni por su hijo, pero la Guardia de la Noche no puede alzarse en armas contra ellos. Nuestro juramento...

—Ya conozco vuestro juramento, lord Nieve, y podéis estar tranquilo en lo que respecta a vuestra rectitud; soy bastante fuerte sin vuestra ayuda. Tengo

intención de atacar Fuerte Terror. —Sonrió al ver la conmoción reflejada en el rostro de Jon—. ¡Os sorprende? Excelente. Lo que sorprende a un Nieve bien puede sorprender a otro. El Bastardo de Bolton ha ido hacia el sur y se ha llevado a Hother Umber; en eso coinciden Mors Umber y Arnolf Karstark. Eso solo puede significar una cosa: que quiere asestar un golpe a Foso Cailin y allanar el camino para que su padre vuelva al norte. El bastardo debe de creer que estoy demasiado ocupado con los salvajes para causarle problemas. Pues que lo crea. Ese chico me ha enseñado el cuello y pienso rebanárselo. Puede que Roose Bolton recupere el norte, pero se encontrará con que su castillo, su pueblo y sus cosechas son todos míos. Si consigo atacar Fuerte Terror por sorpresa...

—No lo conseguiréis —espetó Jon.

Fue como si hubiese golpeado un nido de avispas con un palo. Uno de los hombres de la reina se echó a reír; otro escupió; otro maldijo, y todos los demás intentaron hablar a la vez.

—Ese chico tiene agua lechosa en las venas —dijo Godry el Masacragigantes.

—El cuervo ve proscritos hasta en la sopa —resopló lord Sweet.

Stannis alzó una mano para pedir silencio.

—Explícaos.

«¿Por dónde empiezo?». Jon se acercó al mapa, sujetado por candelabros en las esquinas. Un reguero de cera caliente corría por la bahía de las Focas, lento como un glaciar.

—Para llegar a Fuerte Terror, vuestra alteza debería tomar el camino Real, pasar el río Último, dirigirse al sur desde el este y cruzar las colinas Solitarias —apuntó—. Esas son las tierras de los Umber, y se conocen cada árbol y cada roca. El camino Real transcurre durante cien leguas a lo largo de sus marcas occidentales. Mors masacrará a vuestros hombres a no ser que aceptéis sus condiciones y lo ganéis para vuestra causa.

—Muy bien. Supongamos que hago eso.

—Eso os llevaría a Fuerte Terror, pero si vuestro ejército no puede avanzar más deprisa que un cuervo, o que el fuego de las almenaras, en el castillo sabrán que os acercáis. Será muy fácil para Ramsay Bolton cortaros la retirada y aislaros del Muro sin provisiones, sin refugio y rodeado de enemigos.

—Solo si abandona el asedio de Foso Cailin.

—Foso Cailin caerá mucho antes de que lleguéis a Fuerte Terror. Cuando lord Roose haya unido sus fuerzas a las de Ramsay, os superarán por cinco a uno.

—Mi hermano ganó batallas con peores perspectivas.

—Dais por supuesto que Foso Cailin caerá enseguida, Nieve —objetó Justin Massey—, pero los hombres del hierro son luchadores curtidos, y tengo entendido que el Foso no ha sido tomado jamás.

—Desde el sur. Una pequeña guarnición en Foso Cailin puede desmantelar

cualquier ejército que se acerque por el cenagal, pero las ruinas son vulnerables desde el norte y desde el este. —Jon se dirigió a Stannis—. Es una maniobra audaz, pero el riesgo... —« La Guardia de la Noche no toma partido. Para mí, un Baratheon y un Bolton deberían tener la misma importancia» —. Si Roose Bolton os atrapa entre sus muros con el grueso de su ejército, será vuestro fin.

—El riesgo forma parte de la guerra —declaró ser Richard Horpe, un caballero flaco de rostro demacrado cuyo chaleco guateado mostraba tres esfinges de calavera sobre un campo de cenizas y huesos—. Toda batalla es una apuesta, Nieve. Quien no hace nada también se arriesga.

—Hay riesgos y riesgos, ser Richard. Este... es excesivo. Demasiado pronto, demasiado lejos. Conozco Fuerte Terror. Es un castillo sólido, de piedra, con muros gruesos y torres enormes. Con el invierno tan cerca, lo encontraréis bien aprovisionado. Hace varios siglos, la casa Bolton se levantó contra el Rey en el Norte, y Harlon Stark consiguió sitiarnos. Tuvieron que esperar dos años antes de que el hambre los obligara a salir. Si vuestra alteza quiere tener alguna esperanza de tomar el castillo, necesitará armas de asedio, torres, arietes...

—Si es necesario, podemos construir torres de asedio —dijo Stannis—, y para hacer arietes talaremos árboles. Dice Arnolf Karstark que en Fuerte Terror quedan menos de cincuenta hombres, y que la mitad son sirvientes. Un castillo fuerte con tan poca defensa es un castillo débil.

—Cincuenta hombres dentro del castillo valen por quinientos en el exterior.

—Eso depende de los hombres —intervino ser Richard Horpe—. Los de dentro deben de ser ancianos y reclutas, los que ese bastardo no consideró aptos para la batalla. Nuestros hombres se curtieron en el Aguasnegras, y los encabezan caballeros.

—Ya visteis cómo derrotamos a los salvajes. —Ser Justin se echó hacia atrás un mechón de pelo rubio—. Los Karstark nos han asegurado que se unirán a nosotros en Fuerte Terror, y también contaremos con nuestros salvajes. Trescientos hombres en edad de luchar. Lord Harwood los contó mientras cruzaban la puerta. Las mujeres también lucharán.

—No será por mí —replicó Stannis con tono agrio—. No quiero viudas que me sigan entre lloriqueos. Las mujeres se quedarán aquí, junto con los ancianos, los heridos y los niños. Serán rehenes que nos garantizarán la lealtad de sus padres y esposos. Los salvajes formarán mi vanguardia. Estarán a las órdenes del magnar y sus jefes serán los sargentos, pero lo primero que necesitamos es armarlos.

« Pretende saquear nuestra armería —comprendió Jon—. Comida, ropa, tierras y castillos, y ahora armas. Cada día me arrastra un poco más lejos» . Tal vez las palabras no fuesen espadas, pero las espadas sí que lo eran.

—Podría conseguir unas trescientas lanzas —dijo a regañadientes—. Y

y elmos, si no os importa coger los que están viejos y oxidados.

—¿Y qué hay de las armaduras? —preguntó el magnar—. ¿Nos daréis corazas y cotas de malla?

—Perdimos a nuestro armero con la muerte de Donal Noye. —Jon no dijo nada más.

« Dales cotas de malla a los salvajes y serán el doble de peligrosos para el reino» .

—Bastará con cuero endurecido —dijo ser Godry—. Después de la primera batalla, los que sobrevivan podrán aprovechar lo de los muertos.

« Los pocos que sobrevivan» . Si Stannis situaba al pueblo libre en vanguardia, la mayoría moriría en la primera embestida.

—Puede que a Mors Umber le haga gracia beber de la calavera de Mance Rayder, pero no le parecerá tan divertido ver a los salvajes cruzar sus tierras. El pueblo libre lleva atacando a los Umber desde el Amanecer de los Días; siempre ha cruzado la bahía de las Focas para robar oro, ovejas y mujeres. Una de las que se llevaron era hija de Carroña. Dejad aquí a los salvajes, alteza. Llevarlos solo os servirá para volver en vuestra contra a los vasallos de mi padre.

—No tengo nada que perder; los vasallos de vuestro padre no simpatizan con mi causa. Debo asumir que me ven como... ¿cómo me habíais llamado, lord Nieve? ¿« Otro aspirante condenado al fracaso» ? —Miró el mapa. Durante un buen rato, el único sonido fue el rechinar de dientes del rey—. Dejadme. Todos. Vos quedaos, lord Nieve.

La brusca despedida no le sentó nada bien a Justin Massey, pero no tuvo más remedio que sonreír y retirarse. Lo siguió Horpe, después de mirar a Jon de arriba abajo. Clayton Suggs apuró su copa y susurró al oído de Harwood Fell algo que lo hizo reír. Jon alcanzó a oír la palabra *muchacho*. Suggs era un caballero errante recién armado, tan basto como fuerte. El último en marcharse fue Casaca de Matraca. Al cruzar la puerta hizo una reverencia burlona a Jon, con una amplia sonrisa que dejó a la vista los dientes podridos y rotos.

Al parecer, « todos» no incluía a lady Melisandre.

« La sombra roja del rey» . Stannis pidió a Devan que le llevase más agua con limón, y cuando se la sirvió, bebió un buen trago.

—Horpe y Massey aspiran a ocupar el sitio de vuestro padre. Massey también quiere a la princesa de los salvajes. Sirvió de escudero a mi hermano Robert, y se le contagió su hambre de mujeres. Horpe tomará a Val como esposa si se lo ordeno, pero lo que le gusta de verdad es la batalla. Cuando era escudero soñaba con una capa blanca, pero Cersei Lannister habló en su contra y Robert se la negó. Quizá no se equivocara; a ser Richard le gusta demasiado matar. ¿A quién preferís como señor de Invernalia, lord Nieve? ¡Al sonriente o al asesino?

—Invernalia pertenece a mi hermana Sansa —contestó Jon.

—No quiero oír nada más de lady Lannister ni de sus peticiones. —El rey

dejó la copa—. Vos podríais entregarme el norte. Los vasallos de vuestro padre acudirían prestos a la llamada del hijo de Eddard Stark. Hasta lord Estoy tan Gordo que no Puedo Montar a Caballo. Puerto Blanco me proporcionaría una fuente de provisiones y una base segura a la que retirarme si lo necesitara. No es demasiado tarde para corregir la estupidez que cometisteis, Nieve. Arrodillaos, juradme la lealtad de vuestra espada bastarda y levantaos como Jon Stark, señor de Invernalia y Guardián del Norte.

« ¿Cuántas veces tendré que repetírselo?» .

—Mi espada le debe lealtad a la Guardia de la Noche.

—Vuestro padre también era testarudo, aunque él lo llamaba « honor ». Bueno, el honor tiene su precio, como Eddard aprendió muy a su pesar. Si os sirve de consuelo, Horpe y Massey están condenados a la decepción. Me atrae más la idea de entregar Invernalia a Arnolf Karstark, un buen norteño.

—Un norteño. —Jon se dijo que más valía un Karstark que un Bolton o un Greyjoy, pero aun así, la idea no lo consolaba demasiado—. Los Karstark abandonaron a mi hermano cuando estaba rodeado de enemigos.

—Después de que vuestro hermano le cortara la cabeza a lord Rickard. Arnolf estaba a mil leguas de distancia. Tiene sangre Stark, la sangre de Invernalia.

—No más que la mitad de casas del norte.

—Esas otras casas no me han jurado vasallaje.

—Arnolf Karstark es un anciano de espalda encorvada, y ni siquiera de joven llegó a ser un guerrero de la talla de lord Rickard. Los rigores de la campaña lo matarán.

—Tiene herederos —replicó Stannis—. Dos hijos, seis nietos y unas cuantas hijas. Si Robert hubiera tenido algún hijo legítimo, muchos que ahora están muertos seguirían con vida.

—A vuestra alteza le iría mejor con Mors Carroña.

—Fuerte Terror aclarará ese punto.

—¿Seguís dispuesto a llevar a cabo el ataque?

—¿A pesar de los consejos del gran lord Nieve? Sí. Puede que Horpe y Massey sean ambiciosos, pero no les falta razón. No pienso quedarme cruzado de brazos mientras la estrella de Roose Bolton brilla y la mía se apaga. Debo atacar y demostrar al norte que aún soy temible.

—El tritón de los Manderly no estaba entre los estandartes que vio lady Melisandre en el fuego —dijo Jon—. Si tuvierais Puerto Blanco y los caballeros de lord Wyman...

—Si es una palabra que solo usan los idiotas. No nos han llegado noticias de Davos. Puede que no llegara a Puerto Blanco. Arnolf Karstark dice en su carta que ha habido tormentas terribles en el mar Angosto. Sea como sea, no tengo tiempo para lamentarme ni para esperar más quejas de lord Demasiado Gordo.

He de dar Puerto Blanco por perdido. Sin un hijo de Invernalia a mi lado, mi única posibilidad de ganar el norte consiste en luchar. Eso requiere seguir los pasos de mi hermano al pie de la letra, aunque no es que Robert supiera mucho de letras. Tengo que asestar un golpe mortal a mis enemigos antes de que se den cuenta de que les he caído encima.

Jon se dio cuenta de que había estado malgastando saliva. Stannis tomaría Fuerte Terror o moriría en el intento.

« La Guardia de la Noche no toma partido —dijo una voz. Pero otra contestó —: Stannis lucha por el reino; los hombres del hierro luchan por esclavos y tesoros» .

—Alteza, conozco una forma de encontrar más hombres. Dadme a los salvajes y os diré gustosamente dónde y cómo.

—Os he entregado a Casaca de Matraca, daos por satisfecho.

—Los quiero a todos.

—Algunos de vuestros hermanos juramentados quieren convencerme de que vos mismo sois un salvaje. ¿Es cierto?

—Solo los queréis para detener flechas. Puedo hacer mejor uso de ellos en el Muro. Dádmelos y os mostraré cómo conseguir la victoria... y más hombres.

—Regateáis como una vieja por un bacalao, lord Nieve. —Stannis se rascó la nuca—. ¿Es que vuestro padre os engendró con una pescadera? ¿De cuántos hombres estamos hablando?

—Dos mil. Puede que tres mil.

—¿Tres mil? ¿Qué tipo de hombres son?

—Orgullosos. Pobres. Susceptibles en lo que se refiere a asuntos de honor, pero luchadores fieros.

—Más vale que no sea un truco de bastardo. ¿Cambiaría trescientos soldados por tres mil? Claro que sí, no soy tan idiota. Si dejo también a la muchacha, ¿prometéis vigilar bien a nuestra princesa?

« No es ninguna princesa» .

—Como deseáis, alteza.

—Tengo que haceros jurar ante un árbol?

—No. —« ¿Acaba de bromear?» . Con Stannis no era fácil saberlo.

—Bien, trato hecho. Y ahora, decidme dónde están esos hombres.

—Los encontraréis aquí. —Jon puso la mano quemada en el mapa, al oeste del camino Real y al sur del Agasajo.

—¿En esas montañas? —Stannis lo miró con desconfianza—. Aquí no veo señalado ningún castillo. Ni caminos, ni ciudades, ni aldeas.

—Mi padre solía decir que el mapa no es el territorio. Durante miles de años han vivido hombres en los valles altos y las praderas de las montañas, gobernados por jefes de clan. Vos los consideraríais señores menores, pero ellos no usan ese tipo de títulos. Los campeones de los clanes luchan con mandobles, mientras que

los hombres normales tiran con honda y se apalean con bastones de fresno. Es un pueblo muy belicoso, la verdad. Cuando no pelean entre ellos, atienden a sus rebaños, pescan en la bahía de Hielo y crían los caballos más resistentes que podáis imaginar.

—¿Y creéis que lucharán por mí?

—Si se lo pedís, sí.

—¿Por qué debería mendigar lo que me corresponde por derecho?

—He dicho pedir, no mendigar. —Jon retiró la mano—. No os molestéis en mandar emisarios; vuestra alteza deberá ir en persona. Comed su pan y su sal, bebed su cerveza, escuchad a sus gaiteros, alabad la belleza de sus hijas y el valor de sus hijos, y tendréis sus espadas. Los clanes no han visto un rey desde que Torrhen Stark se arrodilló, así que vuestra llegada los honrará. Pero ordenadles que luchen por vos y se mirarán entre sí y dirán: « ¿Quién es este hombre? No es mi rey ».

—¿De cuántos clanes estáis hablando?

—De unos cuarenta, entre grandes y pequeños. Flint, Wull, Norrey, Liddle... Si os ganáis al Viejo Flint y a Cubo Grande, el resto los seguirá.

—¿Cubo Grande?

—De los Wull. Tiene la barriga más grande de las montañas. Los Wull pescan en la bahía de Hielo y siempre asustan a sus pequeños diciéndoles que los hombres del hierro se los llevarán si no se portan bien. Pero, para llegar allí, vuestra alteza debe atravesar las tierras de los Norrey. Viven cerca del Agasajo y siempre han sido amigos de la Guardia. Puedo ofreceros guías.

—¿Podéis? —A Stannis no se le escapaba una—. ¿O lo haréis?

—Lo haré. Os harán falta. Y también unos cuantos caballos recios. Los caminos de ahí arriba son poco más que senderos de cabras.

—¿Senderos de cabras? —El rey entrecerró los ojos—. Hablo de movernos con presteza ¡y vos me hacéis perder el tiempo con senderos de cabras?

—Cuando el Joven Dragón conquistó Dorne, usó un sendero de cabras para esquivar las torres de vigilancia dornienses del Sendahueso.

—Yo también conozco esa historia, pero Daeron exageró bastante en aquel libro que escribió para mayor gloria de su persona. Fueron los barcos los que ganaron la guerra, no los senderos de cabras. Puño de Roble destrozó la Ciudad de los Tablones y arrasó en su ascenso por el Sangreverde mientras los principales ejércitos dornienses estaban ocupados en el Paso del Príncipe. —Stannis tamborileó con los dedos en el mapa—. ¿Estos señores de las montañas no me cortarán el paso?

—Solo con banquetes. Cada uno intentará eclipsar a los otros con su hospitalidad. Mi padre decía que nunca había comido tan bien como cuando visitaba a los clanes.

—En fin, tendré que soportar unas gaitas y unas gachas a cambio de tres mil

hombres —dijo el rey; aunque, por su tono, ni siquiera aquello le reportaba ninguna satisfacción. Jon se volvió hacia Melisandre.

—Mi señora, debo advertiros: los viejos dioses son fuertes en esas montañas. Los hombres de los clanes no toleran insultos contra sus árboles corazón.

—No temáis, Jon Nieve, no molestaré a vuestros salvajes de las montañas ni a sus oscuros dioses. Mi lugar está aquí, con vos y con vuestros valientes hermanos —contestó Melisandre, divertida.

Aquello era lo último que Jon habría deseado, pero Stannis intervino antes de que pudiera protestar.

—¿Y adónde me sugerís que lleve a estos valientes, si no es a Fuerte Terror?

—A Bosquespeso. —Jon bajó la vista al mapa y señaló—. Si Bolton pretende luchar contra los hombres del hierro, vos debéis hacer lo mismo. Bosquespeso es un castillo situado en una planicie y amurallado, en el centro de un bosque denso, fácil de tomar si es por sorpresa. Es una fortaleza de madera, defendida por un dique de tierra y una empalizada de troncos. Es cierto que el ascenso será más lento por las montañas, pero cuando lleguen arriba, vuestros hombres podrán moverse sin ser vistos y aparecer casi en las puertas de Bosquespeso.

Stannis se rascó la barbilla.

—Cuando Balon Greyjoy se rebeló por primera vez, derroté a los hombres del hierro en el mar, donde son más fuertes. En tierra y por sorpresa... Sí. He conseguido la victoria con los salvajes y su Rey-más-allá-del-Muro. Si derroto también a los hombres del hierro, el norte sabrá que vuelve a tener rey.

« Y yo tendré mil salvajes —pensó Jon—, pero no podrá dar de comer ni a la mitad» .

La *Doncella Tímida* avanzaba a tientas por la niebla, como un ciego por un pasillo que no conociera bien. La septa Lemore estaba rezando; la neblina le amortiguaba la voz y la convertía en un murmullo quedo. Grif paseaba por la cubierta, y bajo la capa de piel de lobo, la cota de malla tintineaba sin cesar. De cuando en cuando se llevaba la mano a la espada solo para comprobar que aún le colgaba al costado. Rolly Campodepatos se encargaba de la pértiga de estribor, y Yandry de la de babor, mientras que Ysilla llevaba el timón.

—Este lugar no me gusta nada —masculló Haldon Mediomaestre.

—¿Os da miedo un poquito de niebla? —se burló Tyrion; pero lo cierto era que había mucha, mucha niebla.

En la proa de la *Doncella Tímida*, Grif el Joven llevaba la tercera pértiga para apartar la baraza de los obstáculos que iban surgiendo de la niebla. Habían encendido fanales en proa y popa, pero la niebla era tan densa que el enano solo veía una luz que flotaba delante de él y otra que lo seguía. La misión que le habían encomendado era cuidar del brasero para que no se apagara.

—Esta niebla no es normal, Hugor Colina —insistió Ysilla—. Apestá a brujería, como sabrás si tuvieras nariz con que olerla. Más de una embarcación ha desaparecido aquí, desde barcazas y navíos pirata hasta grandes galeras fluviales. Vagan por la niebla sin rumbo, en busca de un sol que los esquiva, hasta que el hambre o la locura acaban con ellos. El aire está lleno de espíritus inquietos, y dentro del agua hay almas en pena.

—Ahí veo una —comentó Tyrion.

A estribor, surgida del lecho lodoso del río, había aparecido una mano suficientemente grande para aplastar el barco. Solo las yemas de dos dedos sobresalían de la superficie, pero cuando la *Doncella Tímida* pasó junto ellos, Tyrion alcanzó a ver el resto de la mano ondulante bajo las aguas, así como un rostro blancuzco que miraba hacia arriba. Hablaba con tono despreocupado, pero no estaba tranquilo. Aquel lugar tenía algo de maligno; olía a muerte y desolación.

«Ysilla tiene razón. Esta niebla no es natural. —En aquellas aguas medraba algo maléfico que también impregnaba el aire—. No me extraña que los hombres de piedra se vuelvan locos» .

—No os burléis —advirtió Ysilla—. Los muertos que susurran detestan a los vivos por su calidez, y siempre están buscando almas condenadas que se les unan.

—No creo que tengan mortajas de mi talla. —El enano removió las brasas con el atizador.

—El odio no es lo que motiva a los hombres de piedra, o no tanto como el

hambre. —Haldon Mediomaestre se había cubierto la boca y la nariz con una bufanda amarilla que le amortiguaba la voz—. En estas nieblas no crece nada que un hombre en su sano juicio quiera comer. Los triarcas de Volantis envían una galera río arriba con provisiones tres veces al año, pero los barcos de ayuda suelen llegar tarde, y a veces transportan más bocas que comida.

—Debe de haber peces en el río —apuntó Grif el Joven.

—Yo no me comería un pez que saliera de estas aguas —replicó Ysilla.

—Y sería buena idea no respirar esta niebla —aportó Haldon—. Nos rodea la Maldición de Garin.

« La única manera de no respirar la niebla es no respirar» .

—La Maldición de Garin no es más que la psoriagrís —dijo Tyrion. Aquella enfermedad atacaba sobre todo a los niños, y más en climas húmedos y fríos. La carne afectada se tornaba rígida, se calcificaba y se resquebrajaba, aunque según había leído, el avance se podía detener con barros, cataplasmas de mostaza y baños de agua casi hirviendo, según los maestres, o con oraciones, sacrificios y ayuno, en opinión de los septones. La enfermedad acababa por remitir, dejando a sus jóvenes víctimas desfiguradas pero con vida. En una cosa sí estaban de acuerdo maestres y septones: los niños que llevaban la marca de la psoriagrís no padecerían nunca la enfermedad en su forma más rara y mortífera, y tampoco su temible prima, la veloz peste gris—. Por lo que se dice, la culpa es de la humedad. Lo que hay en el aire son humores malignos, no maldiciones.

—Los conquistadores tampoco creían en la maldición, Hugor Colina —dijo Ysilla—. Los hombres de Volantis y Valyria colgaron a Garin en una jaula dorada y se burlaron de él, que no paraba de llamar a su madre para que los destruyera. Pero durante la noche, las aguas se alzaron y los ahogaron a todos, y desde aquel día no han encontrado la paz. Ellos, que fueron señores del fuego, yacen ahí abajo, en el río. Su aliento frío se alza desde el cielo para crear estas nieblas, y su carne es ya tan pétrea como sus corazones.

A Tyrion le picaba a rabiar el muñón de la nariz. Se rascó con energía.

« Puede que la vieja tenga razón. Este lugar no es bueno, me siento como si estuviera otra vez en aquel retrete, viendo morir a mi padre» . Si tuviera que pasarse la vida en aquella sopa gris mientras la carne y los huesos se le convertían en piedra, él también se volvería loco.

—Que se atrevan a venir a molestarnos. —Por lo visto, Grif el Joven no compartía su aprensión—. Les mostraremos de qué estamos hechos.

—Estamos hechos de sangre y hueso, a imagen del Padre y la Madre —intervino la septa Lemore—. Nada de alardes ni vanaglorias, os lo suplico. El orgullo es un pecado espantoso. Los hombres de piedra también eran orgullosos, y el más orgulloso de todos fue el Señor de la Mortaja.

El calor de las brasas ardientes tornaba rojo el rostro de Tyrion.

—¿De verdad existe ese Señor de la Mortaja? ¿O es otro cuento?

—El Señor de la Mortaja gobierna estas nieblas desde los tiempos de Garin — respondió Yandry—. Hay quien dice que se trata del propio Garin, que se levantó de su tumba de agua.

—Los muertos no se levantan —insistió Haldon Mediomaestre— y nadie vive mil años. Pero sí, existe un Señor de la Mortaja. Ya ha habido como veinte. Cuando muere uno, otro ocupa su lugar. El que hay ahora es un corsario de las islas del Basilisco que pensó que en el Rhoyne conseguiría mejor botín que en el mar del Verano.

—Eso mismo tenía entendido yo —dijo Pato—, pero hay otra versión que me gusta más, la que dice que no es como los demás hombres de piedra, sino que era una estatua hasta que una mujer gris salió de la niebla y lo besó con unos labios fríos como el hielo.

—¡Basta! —ordenó Grif—. ¡Silencio todos!

—¿Qué ha sido eso? —susurró la septa Lemore.

—¿Qué? —Tyrion solo veía niebla y más niebla.

—Algo se ha movido. He visto ondas en el agua.

—Una tortuga, seguro —comentó Grif el Joven alegremente—. Una quebradora de las grandes, nada más.

Clavó la pértiga un poco más adelante para esquivar un obelisco verde.

La niebla se les pegaba al cuerpo, fría y húmeda. Un templo sumergido sobresalía en la oscuridad. Yandry y Pato se apoyaron en sus pértigas y maniobraron con energía para pasar junto a una marmórea escalera de caracol que surgía del lodo y se interrumpía bruscamente en el aire. Más allá había otras formas apenas entrevistas: chapiteles semiderruidos, estatuas sin cabeza, árboles con raíces más grandes que su barcaza...

—Esta fue una vez la urbe más hermosa del río, y también la más rica — comentó Yandry—. Chroyane, la ciudad festiva.

« Demasiado rica, demasiado hermosa —pensó Tyrion—. No es prudente tentar a los dragones». La ciudad sumergida los rodeaba.

Una forma indefinida aleteó sobre ellos en la niebla, con alas blancuzcas y correosas. El enano estiró el cuello para ver mejor, pero la criatura desapareció tan deprisa como había aparecido. Poco después divisaron otra luz flotante.

—¡Barco! —Se oyó una voz tenue a través de las aguas—. ¿Quiénes sois?

—La *Doncella Tímida* —respondió Yandry también a gritos.

—La *Rey Pescador*. ¡Río arriba o abajo?

—Abajo. Pieles, miel, cerveza y sebo.

—Arriba. Cuchillos, agujas, encaje, lino y vino especiado.

—¿Hay noticias de la Antigua Volantis? —inquirió Yandry.

—Guerra —fue la respuesta.

—¿Dónde? —gritó Grif—. ¿Cuándo?

—Cuando cambie el año —fue la respuesta—. Nyessos y Malaquo van de la

mano, y los elefantes llevan rayas.

La voz se fue esfumando a medida que la otra embarcación se alejaba y la luz se atenuaba hasta desaparecer.

—¿Os parece buena idea hablar a gritos en medio de la niebla con barcos que no vemos? —preguntó Tyrion—. ¿Y si llegan a ser piratas?

Habían tenido mucha suerte en ese sentido: en todo el descenso desde el lago Daga, siempre de noche, ningún pirata los había visto y mucho menos atacado. En cierta ocasión, Pato había divisado un casco que, según él, era el de Urho el Sucio. Pero la *Doncella Tímida* navegaba a contraviento, y Urho, en caso de que se tratara de él, no mostró el menor interés.

—Los piratas no entran en los Pesares —señaló Yandry.

—¿Elefantes con rayas? —inquirió Grif—. ¿Qué quería decir con eso? Illyrio ha pagado al triarca Nyessos tanto como para comprarlo ocho veces.

—¿En oro o en queso? —bromeó Tyrion.

—A menos que vuestro próximo chiste sirva para despejar esta niebla, mejor os lo metéis por donde os quepa —le recriminó Grif.

«Sí, padre —estuvo a punto de responder Tyrion—. Me estaré callado. Gracias. —No sabía gran cosa de los volantinos, pero le daba la sensación de que tigres y elefantes tenían buenos motivos para hacer causa común si el enemigo eran los dragones—. Puede que el quesero no haya calculado bien la situación. Se puede comprar a un hombre con oro, pero para asegurar su lealtad hacen falta acero y sangre».

El hombrecillo volvió a remover las brasas para que ardieran mejor.

«Esto no me gusta. No me gusta esta niebla, no me gusta este lugar y Grif no me cae precisamente bien». Conservaba las setas venenosas que había cogido en la mansión de Illyrio, y había días en que estaba tentado de colárselas a Grif en la cena. Lo malo era que Grif apenas probaba bocado.

Pato y Yandry empujaron con las pértigas, Ysilla giró la caña del timón, y Grif el Joven desvió la *Doncella Timida* para apartarla de una torre semiderruida cuyas ventanas los contemplaban como ojos negros y ciegos. La vela de la barcaza colgaba pesada, inerte. Las aguas eran cada vez más profundas, y llegó un momento en que no tocaban fondo con las pértigas. Por suerte, la corriente seguía llevándolos río abajo, hasta que...

Lo único que alcanzó a ver Tyrion fue una figura gigantesca que surgía del río, arqueada y ominosa. Al principio creyó que era una colina que se alzaba sobre un islote boscoso, o una roca colossal cubierta de musgo y helechos, oculta hasta entonces por la niebla. Pero cuando la *Doncella Timida* se acercó, aquello fue cobrando forma. En la orilla había una fortaleza de madera podrida e invadida por la vegetación, adornada por esbeltos chapiteles quebrados en su mayoría, como lanzas rotas. Por doquier había torres sin tejado que apuñalaban el cielo a ciegas. Pasaron junto a salones, pasillos, contrafuertes elegantes, arcos

delicados, columnas acanaladas, terrazas y enrejados.

Todo ruinas, todo desolación, todo muerto.

Allí, el musgo gris crecía espeso, cubriendo las piedras caídas y colgando como un manto de todas las torres. Las enredaderas negras se colaban por ventanas, puertas y arcos, y subían por los altos muros de piedra. La niebla ocultaba tres cuartas partes del palacio, pero a Tyrion le bastaba y le sobraba con lo que había atisbado para saber que el bastión de aquella isla había sido diez veces mayor que la Fortaleza Roja y cien veces más bello. Sabía muy bien qué lugar era aquel.

—El palacio del Amor —susurró.

—Ese nombre le daban los rhoynar —apuntó Haldon Mediomaestre—, pero hace mil años que es el palacio del Pesar.

Las ruinas resultaban tristes de por sí, pero las hacía más tristes aún el saber qué habían sido.

«Aquí hubo risas —pensó Tyrion—. Hubo jardines con flores de colores vivos y fuentes que centelleaban doradas al sol. Esos peldaños resonaron con las pisadas de los amantes, y bajo esa cúpula caída se sellaron con un beso incontables matrimonios. —Volvió a pensar en Tysha, que durante tan pocos días había sido su señora esposa—. Fue Jaime —pensó desconsolado—. Era sangre de mi sangre; era mi hermano mayor, el alto, el fuerte. Cuando yo era pequeño me traía juguetes, aros de barril, tacos de madera y un león tallado. Me regaló mi primer pony y me enseñó a montarlo. Cuando me dijo que te había comprado para mí, no dudé de él, ¿qué motivo tenía? Él era Jaime, y tú, una chica que interpretaba su papel. Me lo había temido desde el principio, desde la primera vez que me sonreíste y me dejaste tocarte la mano. Si ni mi propio padre me quería, ¿por qué ibas a quererme tú, si no fuera por el oro?».

A través de los largos dedos grises de la niebla oyó de nuevo el sonido vibrante de la ballesta, el gruñido de lord Tywin cuando la saeta lo acertó en el bajo vientre, el restallido de sus posaderas contra la piedra cuando se sentó para morir. «Adondequiera que vayan las putas», le había dicho. «¿Y dónde queda eso, padre? —quería preguntarle Tyrion—. ¿Adónde fue Tysha?».

—Nos queda mucha niebla que aguantar?

—En una hora o así saldremos de los Pesares —respondió Haldon Mediomaestre—. En adelante será como un viaje de placer. En el bajo Rhoyne hay una aldea en cada meandro, con huertos, viñedos y campos de cereales dorados por el sol, pescadores en el río, baños calientes y vinos dulces. Selhorys, Valy sar y Volon Therys son ciudades amuralladas tan grandes que bien podrían ser de los Siete Reinos. Lo primero que voy a...

—Hay una luz a proa —les advirtió Grif el Joven.

«Será la *Rey Pescador* o cualquier otra barcaza», se dijo Tyrion, que también la había visto. Pero sabía que no era cierto. La nariz le picaba tanto que

se la rascó con furia. La luz se fue haciendo más brillante a medida que la *Doncella Tímida* se aproximaba. Lo que de lejos parecía una estrella de luz tenue que los llamaba en mitad de la niebla se transformó pronto en dos luces, luego en tres: una hilera de fanales que brillaban en el agua.

—El puente del Sueño —apuntó Grif—. Seguro que en el ojo hay hombres de piedra. Algunos empezarán a aullar cuando nos acerquemos, pero no creo que nos molesten. La mayoría de los hombres de piedra son pobres desgraciados débiles, torpes y descerebrados. Cuando se acerca su fin pierden la razón por completo, y es entonces cuando más peligrosos resultan. Ahuyentadlos con las antorchas si hace falta, pero no dejéis que os toquen bajo ningún concepto.

—Puede que ni siquiera nos vean —apuntó Haldon Mediomaestre—. La niebla nos ocultará hasta que estemos casi junto al puente, y antes de que se den cuenta de que estamos aquí ya habremos pasado de largo.

«Ojos de piedra no ven», pensó Tyrion. Sabía que, en su forma letal, la psoriagrís empezaba en las extremidades: un cosquilleo en la yema de un dedo, una uña del pie que ennegrecía, perdida de sensibilidad... A medida que el entumecimiento ascendía por la mano o pasaba del pie a la pierna, la carne se volvía rígida y fría, y la piel del enfermo adoptaba un tono grisáceo semejante al de la piedra. Tenía entendido que había tres buenas formas de curar la psoriagrís: el hacha, la espada y el machete. Sabía que la amputación del miembro afectado detenía el progreso de la enfermedad a veces, pero no siempre. Más de un hombre había sacrificado un brazo o un pie solo para ver como el otro se le ponía gris. Cuando se llegaba a ese punto ya no quedaba esperanza. La ceguera era lo más habitual cuando la piedra alcanzaba el rostro, y en las últimas etapas, la maldición se adentraba en el cuerpo y afectaba a los músculos, los huesos y los órganos.

El puente se iba agrandando ante ellos. El puente del sueño, lo había llamado Grif, pero aquel sueño había saltado en pedazos. Los arcos de piedra blancuzca se perdían en la niebla, desde el palacio del Pesar hasta la orilla occidental del río. La mitad se había derrumbado bajo el peso del musgo gris y las gruesas enredaderas negras que salían del agua. La madera del ancho puente estaba carcomida, pero algunos fanales que marcaban el camino seguían encendidos. Cuando la *Doncella Tímida* estuvo más cerca, Tyrion divisó las siluetas de los hombres de piedra que se movían cerca de la luz, arrastrando los pies sin rumbo en torno a los fanales como lentes polillas grises. Unos estaban desnudos; otros, envueltos en sudarios. Grif desenenvainó la espada.

—Yollo, encended las antorchas. Tú, chico, llévate a Lemore a su camarote y quédate con ella.

—Lemore sabe ir sola a su camarote. —Grif el Joven miró a su padre, impertérrito—. Quiero quedarme.

—Hemos jurado protegeros —le dijo Lemore con voz amable.

—No necesito ninguna protección. Sé manejar la espada tan bien como Pato; soy medio caballero.

—También eres medio mocoso —replicó Grif—. Venga, obedece.

El joven soltó un par de maldiciones entre dientes y tiró la pértilga contra la cubierta. El sonido levantó ecos escalofriantes en la niebla, y durante un momento fue como si muchas pértilgas cayeran a su alrededor.

—¿Por qué tengo que huir y esconderme? Haldon se queda, igual que Ysilla. ¡Hasta Hugo!

—Sí, pero es que yo soy tan pequeño que puedo ocultarme detrás de un pato.

Tyrion puso media docena de antorchas en los carbones del brasero y cuidó de que prendieran los trapos empapados en aceite.

« No mires al fuego », se dijo. Las llamas le impedirían ver en la oscuridad.

—Sois un enano —replicó Grif el Joven, despectivo.

—Habéis descubierto mi secreto, sí —convino Tyrion—. Abulto la mitad que Haldon, y a nadie le importa un pedo de titiritero si vivo o muero. —« Y a mí menos todavía »—. En cambio, vos... Vos lo sois todo.

—Enano —intervino Grif—, os tengo advertido que...

Un aullido trémulo les llegó de la niebla, tenue, agudo. Lemore dio media vuelta, temblorosa.

—Que los Siete nos amparen. —El puente destruido estaba a media docena de pasos. El agua batía contra sus pilares como la espuma en la boca de un loco. Quince varas por encima, los hombres de piedra gemían y mascullaban bajo un fanal vacilante. La mayoría no prestó atención a la *Doncella Tímida*; tanto habría dado que fuera un tronco a la deriva. Tyrion agarró la antorcha con más fuerza y se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

Y de pronto se encontraron bajo el puente, entre paredes blancas cubiertas por densos tapices de fungosidad grisácea que se cernían amenazadores a ambos lados, golpeados por las aguas furiosas. Durante un momento pareció que iban a estrellarse contra el pilar de la derecha, pero Pato maniobró con la pértilga y volvieron al centro del canal, y al poco pasó el peligro.

Tyrion apenas había tenido tiempo de respirar profundamente cuando Grif el Joven lo agarró por el brazo.

—¿Qué queréis decir con eso de que lo soy todo?

—Si los hombres de piedra se hubieran llevado a Yandry, o a Grif, o a nuestra adorable Lemore... Bueno, los habríamos llorado y habríamos seguido adelante. Pero si os hubiéramos perdido a vos, todo se habría ido al garete y todos estos años de conspiraciones entre el quesero y el eunuco habrían caído en saco roto, ¿no os parece?

—Sabe quién soy. —El muchacho miró a Grif.

« Y si no lo sabía, ahora lo sé ». La *Doncella Tímida* ya estaba a buena distancia corriente abajo del puente del Sueño. Lo único que quedaba de él era

una luz cada vez más lejana a popa, y hasta aquella desaparecería enseguida.

—Sois Grif el Joven, hijo de Grif el mercenario —siguió Tyrion—. O puede que seáis el Guerrero encarnado. Permitidme que os vea mejor. —Levantó la antorcha para iluminar el rostro de Grif el Joven.

—Dejadlo, o lo lamentaréis —amenazó Grif.

—El pelo azul hace que vuestros ojos parezcan azules también —continuó Tyrion, haciendo caso omiso del mercenario—. Eso es bueno. Y el relato de cómo os lo teníais en memoria de vuestra difunta madre tyroshi fue tan conmovedor que casi me hizo llorar. Pero si fuera más curioso, me preguntaría para qué necesita el hijo de un mercenario que una septa impura lo instruya en la fe, o que un maestre sin cadena le enseñe historia y lenguas. Si fuera más listo, me picaría la curiosidad el hecho de que vuestro padre os haya buscado un caballero errante para que os entrene en el uso de las armas, en lugar de mandaros de aprendiz a las compañías libres. Es casi como si quisieran manteneros oculto mientras os preparan para... ¿Para qué? Eso es lo que no alcanzo a dilucidar, pero ya se me ocurrirá algo. Eso sí, he de reconocer que tenéis unos rasgos muy nobles para ser un niño muerto.

—¡No estoy muerto! —protestó el joven, enrojeciendo.

—¿Cómo que no? Mi señor padre envolvió vuestro cadáver en una capa carmesí y os depositó junto a vuestra hermana al pie del Trono de Hierro, a modo de obsequio para el nuevo rey. Los que tuvieron el valor de levantar la capa dijeron más adelante que os faltaba media cabeza.

El muchacho dio un paso atrás, confuso.

—¿Vuestro señor...?

—... padre. Sí. Tywin de la casa Lannister. No sé si habéis oído hablar de él.

—¿Lannister? Vuestro padre...

—... ha muerto. Por mi mano. Así que, si vuestra alteza así lo desea, podéis llamarme Yollo o Hugor, pero sabed que nací Tyrion de la casa Lannister, hijo legítimo de Tywin y Joanna, ambos muertos por obra mía, dicho sea de paso. Todo el mundo os dirá que soy un parricida, un matarreyes y un mentiroso, y es verdad... Pero claro, somos un grupito de mentirosos, ¿no es así? Vuestro presunto padre, por ejemplo. Grif, ¿eh? —El enano soltó una risita—. Dad gracias a los dioses de que Varys la Araña forme parte de la trama; a ese portento sin polla no lo habrás engañado ni por asomo. «No soy ningún señor —dice su señoría—, no soy ningún caballero». Vale, y yo no soy ningún enano. No basta con decir algo para que sea cierto. ¿Quién mejor para educar al hijito del príncipe Rhaegar que el mejor amigo del príncipe Rhaegar, Jon Connington, otrora señor del Nido del Grifo y mano del rey?

—Callaos —ordenó Grif, inquieto.

A babor apareció una enorme mano de piedra bajo la superficie. Asomaban dos dedos.

« ¿Cuántos de estos habrá? —se preguntó Tyrion. Una gota de sudor frío le corrió por la espalda y lo hizo estremecer. Los Pesares los acompañaban. Al escudriñar la niebla vio un chapitel derruido, un héroe sin cabeza, un viejo árbol caído con las raíces asomando por la cúpula y las ventanas de unas ruinas—. ¿Cómo es que todo esto me resulta tan familiar? —Ante ellos, una escalera de caracol de mármol rosa salía de las aguas oscuras formando una elegante espiral que se interrumpía bruscamente a cuatro varas por encima de ellos—. No. Es imposible» .

—Ahí delante —susurró Lemore con voz trémula—. Una luz.

Todos miraron. Todos lo vieron.

—La *Rey Pescador* —dijo Grif—. O bien otra barcaza de ese estilo. —Volvió a desenvainar la espada.

Nadie pronunció palabra. La *Doncella Timida* se dejó llevar por la corriente. Habían tenido arriada la vela desde que entraron en los Pesares, de modo que solo podía ir adonde la arrastrara el río. Pato lo observaba con atención, con la pértiga bien agarrada. Al cabo de un rato, Yandry también dejó de empujar. Todos los ojos estaban fijos en la luz distante. A medida que se iba acercando se convirtió en dos luces, y luego en tres.

—El puente del Sueño —dijo Tyrion.

—Inconcebible —dijo Haldon Mediomaestre, atragantándose—. Lo hemos dejado atrás. Los ríos solo discurren en una dirección.

—La madre Rhoyne discurre como quiere —musitó Yandry.

—Los Siete nos amparen —gimió Lemore.

Sobre ellos, los hombres de piedra empezaron a aullar, y unos cuantos los señalaron.

—Haldon, llevaos abajo al príncipe —ordenó Grif.

Era demasiado tarde; la corriente los tenía prisioneros y avanzaban de manera inexorable hacia el puente. Yandry clavó la pértiga para evitar que se estrellaran contra un pilar, y el impulso los desvió contra un tapiz de musgo gris claro. Tyrion sintió los zarcillos que le acariciaban el rostro, suaves como los dedos de una puta. Oyó un golpe a sus espaldas, y la cubierta se inclinó de manera tan repentina que estuvo a punto de perder el equilibrio y caer por la borda.

Un hombre de piedra había saltado a la barcaza.

Cayó encima del altillo con un golpe tan fuerte que la *Doncella Timida* se balanceó, y rugió una palabra en un idioma que Tyrion no conocía. Tras él cayó otro hombre de piedra, este junto a la caña del timón. Los desgastados tablones de la cubierta se astillaron con el impacto, e Ysilla dejó escapar un grito.

Pato, que era quien estaba más cerca de ella, no perdió el tiempo echando mano a la espada: blandió la pértiga y golpeó al hombre de piedra en el pecho para tirarlo al agua, en la que se hundió sin emitir un sonido.

Grif atacó al segundo en cuanto saltó a cubierta, y lo hizo retroceder con la espada en la mano derecha y la antorcha en la izquierda. Cuando la corriente arrastró a la *Doncella Tímida* bajo el puente, sus sombras se proyectaron contra las musgosas murallas. El hombre de piedra intentó ir hacia popa, pero Pato le cortó el camino con la pértiga. Cuando trató de dirigirse a proa, Haldon Mediomaestre agitó la antorcha ante él para obligarlo a retroceder, de modo que no le quedó más remedio que caminar hacia Grif. El capitán lo esquivó y su espada relampagueó, y saltaron chispas cuando el acero mordió la carne gris calcificada del hombre de piedra, pero un brazo cayó a cubierta. Grif apartó de una patada el miembro amputado. Yandry y Pato se habían acercado con las pértigas, y entre los dos obligaron a la criatura a saltar a las aguas negras del Rhoyne.

La *Doncella Tímida* ya había salido de debajo del puente roto.

—¿Los hemos echado a todos? —jadeó Pato—. ¿Cuántos nos han atacado?

—Dos —respondió Tyrion, tembloroso.

—Tres —corrigió Haldon—. Detrás de vos.

El enano dio media vuelta y lo vio. Se había destrozado una pierna al saltar, y bajo la tela podrida de los calzones y la carne gris que cubrían asomaba el hueso blanco astillado salpicado de sangre parduzca, pero aun así avanzó hacia Grif el Joven. Aunque tenía la mano gris y rígida, la sangre le rezumó entre los nudillos cuando trató de cerrar los dedos para agarrarlo. El chico lo miraba inmóvil, como si él también fuera de piedra. Tenía la mano en el puño de la espada, pero no parecía recordar para qué.

Tyrion le dio una patada en la pierna para derribarlo y saltó sobre él a la vez que agitaba la antorcha contra la cara del hombre de piedra para hacerlo retroceder, tambaleándose sobre la pierna destrozada al tiempo que se defendía de las llamas con las rígidas manos grises. El enano anadeó hacia él, amenazándolo con la antorcha, apuntándole a los ojos con ella.

« Un poco más, venga, solo un paso más, otro. —Estaban en la borda cuando la criatura contraatacó, cogió la antorcha y se la arrebató de las manos—. Mierda puta », pensó Tyrion.

El hombre de piedra tiró la antorcha al río, y se oyó un siseo cuando las aguas negras apagaron las llamas. Entonces aulló. Era de las islas del Verano: la mandíbula y buena parte de la mejilla ya estaban petrificadas, pero la carne que aún no se había tornado gris era negra como la medianoche. La piel se le había agrietado y roto cuando había agarrado la antorcha, y le sangraban los nudillos, pero no parecía darse cuenta. Tyrion pensó que al menos había un aspecto positivo: la psoriagrís era mortal, pero indolora.

—¡A un lado! —le gritó alguien, muy lejos.

—¡El príncipe! ¡Hay que proteger al chico! —gritó otra voz.

El hombre de piedra avanzó a trompicones, con las manos extendidas.

Tyrion se lanzó contra él con un hombro por delante.

Fue como estrellarse contra el muro de un castillo, solo que tenía por cimientos una pierna destrozada. El hombre de piedra cayó hacia atrás, arrastrando a Tyrion consigo. Se alzó una columna de agua cuando atravesaron la superficie, y la madre Rhoyne los engulló a los dos.

El frío repentino golpeó a Tyrion como un martillo. Sintió como una mano de piedra le buscaba el rostro mientras se hundían, y otra se le cerraba en torno al brazo para arrastrarlo hacia la oscuridad. Cegado, con la nariz llena de río, ahogándose y cada vez más hundido, pataleó, se retorció y luchó por liberarse de los dedos que le aferraban el brazo, pero no cedían. El aire se le escapó de la boca en burbujas. El mundo se fue tornando cada vez más negro. No podía respirar.

« Ahogarse no es la peor manera de morir. —Y lo cierto era que había muerto hacía mucho, en Desembarco del Rey. Lo único que quedaba de él era su espejo, un fantasma pequeño y vengativo que había estrangulado a Shae y le había clavado una saeta de ballesta en el bajo vientre al gran lord Tywin. Nadie lloraría al ser en que se había convertido—. Seré el fantasma de los Siete Reinos —pensó mientras se hundía—. No me quisieron vivo; que me teman muerto» .

Abrió la boca para maldecirlos a todos, y el agua negra le llenó los pulmones mientras caía la oscuridad en su derredor.

—Su señoría os recibirá ahora, contrabandista.

El caballero llevaba una armadura de plata con las grebas y los guanteletes nielados, con unas volutas que recordaban matas ondulantes de algas. El yelmo que llevaba bajo el brazo tenía forma de cabeza de tritón, con una corona de madreperla y una barbita de azabache y jade. La barba entrecana del caballero tenía el color gris del mar en invierno.

—¿Vuestro nombre? —preguntó Davos al tiempo que se levantaba.

—Ser Marlon Manderly. —Le sacaba una cabeza y un par de arrobas a Davos, y tenía los ojos gris pizarra y la voz alta—. Tengo el honor de ser primo de lord Wyman, así como comandante de su guardería. Seguidme.

Davos había llegado a Puerto Blanco como emisario, pero lo habían hecho prisionero. Sus estancias eran espaciosas, bien ventiladas y bien amuebladas, pero la puerta estaba custodiada por guardias. Por la ventana divisaba las calles de Puerto Blanco, al otro lado de la muralla del castillo, pero no le estaba permitido recorrerlas. También se veía el puerto, de manera que presenció la partida de la *Alegre Comadrona*. Casso Mogat había esperado cuatro días en vez de tres antes de zarpar, y desde entonces habían transcurrido dos semanas.

Los guardias personales de lord Manderly vestían una capa de lana azul verdoso y llevaban tridentes de plata en lugar de lanzas. Uno caminaba delante de él y otro detrás, y dos más lo flanqueaban. Pasaron junto a los estandartes descoloridos, las espadas oxidadas y los escudos rotos de cien victorias pasadas, y también junto a una veintena de figuras de madera agrietada y carcomida que sin duda habían adornado las proas de otros tantos barcos.

Dos tritones de mármol, primos pequeños de Pata de Pez, adornaban la sala de justicia de su señoría. Los guardias abrieron las puertas, y un heraldo golpeó el viejo suelo de madera con la vara.

—Ser Davos de la casa Seaworth —anunció con voz sonora.

Davos había visitado Puerto Blanco muchas veces, pero nunca había llegado a poner un pie en el Castillo Nuevo, y menos aún en la sala de justicia del Tritón. Las paredes, el suelo y el techo estaban recubiertos con tablones ensamblados con gran habilidad y decorados con todo tipo de criaturas marinas. Davos caminó hacia el estrado por encima de cangrejos, almejas y estrellas de mar, todos semiocultos entre matas de algas negras y huesos de marineros ahogados. A los lados acechaban tiburones blancos desde las paredes pintadas del azul verdoso de las profundidades, mientras anguilas y pulpos se escurrían entre rocas y barcos hundidos. Entre las altas ventanas apuntadas se veían bancos de arenques y grandes bacalaos, y más arriba, cerca de las viejas redes de pesca que colgaban de las vigas, se veía la superficie del mar. A la derecha, una galera de combate se dirigía hacia el sol naciente, y a la izquierda, una vieja coca con las velas hechas

jirones huía de la tormenta. Tras el estrado, entre las olas pintadas, había un kraken y un leviatán gris enzarzados en una pelea.

Davos había albergado la esperanza de hablar a solas con Wyman Manderly, pero se encontró con la sala abarrotada. Las mujeres eran cinco veces más numerosas que los hombres, y los pocos varones presentes tenían la barba canosa o eran demasiado jóvenes para afeitarse. También había septones y hermanas sagradas, con sus túnicas blancas y grises. Más al fondo había una docena de hombres que vestían el azul y el gris plateado de la casa Frey. Sus rostros tenían un aire familiar que hasta un ciego habría visto, y muchos de ellos llevaban la enseña de Los Gemelos, dos torreones unidos por un puente. Davos había aprendido a leer el rostro de los hombres mucho antes de que el maestre Pylos le enseñara a leer palabras sobre el papel.

«Estos Frey darían cualquier cosa por verme muerto», comprendió al instante.

Tampoco vio rastro alguno de afabilidad en los ojos azul claro de Wyman Manderly. El mullido trono de su señoría era de tamaño suficiente para acomodar a tres hombres de constitución normal, pero Manderly casi lo desbordaba. Estaba hundido en el asiento, con los hombros caídos, las piernas estiradas y las manos en los brazos del trono, como si le pesaran demasiado para sostenerlas.

«Los dioses nos amparen —pensó Davos al ver la cara de lord Wyman—, este hombre tiene un pie en la tumba».

Tenía la piel muy pálida, algo cerúlea. Según un viejo refrán, los reyes y los cadáveres siempre atraían a gente dispuesta a cuidarlos, y Manderly lo confirmaba. A la izquierda del trono había un maestre casi tan gordo como el señor al que servía, con las mejillas sonrosadas, los labios gruesos y una mata de rizos dorados. Ser Marlon ocupaba el lugar de honor, a la derecha de su señoría. A sus pies, una dama sonrosada y regordeta ocupaba un taburete acolchado, y detrás de lord Wyman, de pie, había dos mujeres más jóvenes que, a juzgar por su aspecto, debían de ser hermanas. La mayor llevaba la melena castaña recogida en una trenza larga, y la menor, que no tendría más de quince años, lucía una trenza aún más larga teñida de verde chillón. Ninguno de los presentes honró a Davos con una presentación.

—Os encontráis ante Wyman Manderly —empezó el maestre—, señor de Puerto Blanco y Guardián del Cuchillo Blanco, Escudo de la Fe, Defensor de los Desposeídos, lord mariscal del Mander, caballero de la Orden de Manoverde. En la sala de justicia del Tritón, los vasallos y los peticionarios deben arrodillarse.

El Caballero de la Cebolla habría obedecido, pero como mano del rey no podía hincar la rodilla sin dar a entender que el monarca al que servía estaba por debajo de aquel gordo señor.

—No he venido como peticionario —replicó Davos—. Yo también tengo una

sarta de títulos: señor de La Selva, almirante del mar Angosto, mano del rey ...

—Un almirante sin naves y una mano sin dedos al servicio de un rey sin trono. —La mujer del taburete puso los ojos en blanco—. ¿Quién se presenta ante nosotros, un caballero, o la respuesta de un acertijo infantil?

—Es un mensajero, nuera —le respondió lord Wyman—. Una cebolla de mal agüero. A Stannis no le gustó la respuesta que le llevaron los cuervos, así que nos manda a este..., a este contrabandista. —Miró a Davos con unos ojillos rodeados de pliegues de grasa—. No es la primera vez que visitáis nuestra ciudad para llevarnos nuestras monedas y nuestra comida. A saber cuánto me habréis robado.

« No lo suficiente como para que tuvieras que saltarte una comida» .

—Ya pagué por mi pasado como contrabandista en Bastión de Tormentas, mi señor. —Davos se quitó el guante y mostró la mano izquierda, con sus cuatro dedos mutilados.

—¿Las yemas de cuatro dedos son el precio de toda una vida dedicada al robo? —bufó la mujer del taburete. Tenía el pelo rubio y la cara rosada, redonda, regordeta—. Os ha salido barato, Caballero de la Cebolla.

Davos no lo negó.

—Con vuestro permiso, mi señor, quiero solicitar una audiencia privada.

Pero el señor no le concedió su deseo.

—No tengo ningún secreto para mi familia, y tampoco para mis leales señores y caballeros, todos ellos buenos amigos.

—Mi señor —insistió Davos—, no quiero que mis palabras lleguen a los enemigos de su alteza... ni a los de su señoría.

—Puede que Stannis tenga enemigos en esta sala, pero yo no.

—¿Ni siquiera los que mataron a vuestro hijo? —Davos señaló a los Frey—. Fueron sus anfitriones en la Boda Roja.

Un Frey, un caballero alto y flaco, sin rastro de barba pero con un bigote entrecano fino como un estilete myriense, dio un paso al frente.

—La Boda Roja fue obra del Joven Lobo. Se transformó en una fiera ante nuestros ojos y le desgarró el cuello a mi primo Cascabel, un idiota inofensivo. También habría matado a mi señor padre si ser Wendel no se hubiera interpuesto.

—Wendel siempre fue un valiente. —Lord Wyman parpadeó para contener las lágrimas—. No me extraña que muriera como un héroe.

La magnitud de aquel embuste dejó a Davos boquiabierto.

—¿Estáis diciendo que Robb Stark fue quien mató a Wendel Manderly? —espetó al Frey.

—Y a otros muchos, sí, entre ellos a mi hijo Tytos. Cuando Stark se transformó en lobo, sus norteños también cambiaron. Todos tenían la marca de la bestia: cuando un cambiapieles muerde a alguien le transmite su condición, como todo el mundo sabe. Mis hermanos no tuvieron más remedio que matarlos a todos antes de que acabaran con nosotros.

Tenía la desfachatez de sonreir mientras contaba aquel cuento. Davos habría dado cualquier cosa por rebanarle los labios con un cuchillo.

—¿Vuestro nombre?

—Ser Jared de la casa Frey.

—Ser Jared de la casa Frey, yo afirmo que mentís.

Por lo visto, aquello le hizo mucha gracia a su interlocutor.

—Hay quienes lloran al pelar una cebolla, pero yo nunca he tenido esa debilidad. —Se oyó el susurro del acero contra el cuero cuando desenvainó la espada—. Si de verdad sois caballero, defended esa calumnia con vuestro cuerpo.

—No pienso tolerar que se derrame sangre en la sala de justicia del Tritón. —Lord Wyman había conseguido abrir los ojos—. Envainad ese acero, ser Jared, o tendré que pediros que abandonéis mi presencia.

—Bajo el techo de su señoría, la palabra de su señoría es ley. —Ser Jared guardó la espada—. Pero exigiré satisfacción antes de que este Caballero de la Cebolla salga de la ciudad.

—¡Sangre! —aulló la mujer del taburete—. Eso es lo que nos trae esta cebolla de mal agüero, mi señor. ¿No ves que ya está provocando conflictos? Échalo, te lo suplico. Quiere la sangre de tu pueblo, la sangre de tus valerosos hijos. Échalo. Si la reina se entera de que has concedido audiencia a este traidor, tal vez se cuestione nuestra lealtad, y entonces podría..., tal vez...

—No hará semejante cosa, nuera —interrumpió lord Wyman—. El Trono de Hierro no tendrá motivos para dudar de nosotros.

A Davos no le gustó aquello en absoluto, pero no había recorrido un camino tan largo para quedarse con la boca cerrada.

—El niño que ocupa el Trono de Hierro es un usurpador —dijo—, y yo no soy ningún traidor, sino la mano de Stannis Baratheon, el primero de su nombre, rey legítimo de Poniente.

—Stannis Baratheon era hermano del difunto rey Robert —intervino el gordo maestre tras aclararse la garganta—, que el Padre lo juzgue con justicia. Tommen es su hijo legítimo. En estos casos, las leyes de sucesión no dejan lugar a dudas: el hijo va antes que el hermano.

—El maestre Theomore está en lo cierto —señaló lord Wyman—. Conoce bien estos asuntos, y siempre me ha dado buenos consejos.

—El hijo legítimo va antes que el hermano —convino Davos—. Pero Tommen, mal apellidado Baratheon, es tan bastardo como lo era su hermano Joffrey. Los engendró el Matarreyes, contra todas las leyes divinas y humanas.

—Esas palabras constituyen traición, mi señor —intervino otro Frey—. Stannis le cortó los dedos por ladrón; vos deberíais cortarle la lengua por mentiroso.

—Mejor cortarle la cabeza —sugirió ser Jared—. O dejármelo a mí en el

campo del honor.

—¿Qué sabrá de honor un Frey? —replicó Davos.

Cuatro Frey se adelantaron, pero lord Wyman alzó una mano para detenerlos.

—Atrás, amigos míos. Lo escucharé antes de..., antes de tomar una decisión.

—¿Tenéis alguna prueba de ese incesto? —preguntó el maestre Theomore, con las manos fofas entrelazadas en la barriga.

« Edric Tormenta —pensó Davos—, pero lo mandé al otro lado del mar Angosto para ponerlo a salvo de los fuegos de Melisandre» .

—Contáis con la palabra de Stannis de que todo lo que he dicho es verdad.

—Las palabras son aire —dijo la joven que estaba tras el trono de lord Wyman, la más atractiva, la de la trenza castaña—, y los hombres suelen recurrir al engaño para conseguir lo que quieren, como podrá confirmaros cualquier doncella.

—La simple palabra de un señor no basta como prueba —declaró el maestre Theomore—. Stannis Baratheon no sería el primero en mentir para hacerse con un trono.

—No vamos a tomar parte en ninguna traición. —La mujer sonrosada apuntó a Davos con un dedo regordete—. En Puerto Blanco somos buenas personas, honradas y leales. Dejad de derramar veneno en nuestros oídos, o mi señor suegro os mandará a la Guarida del Lobo.

—¿Mi señora me haría el honor de decirme su nombre? —« ¿En qué he ofendido a esta mujer? » .

La mujer sonrosada dejó escapar un bufido airado, y fue el maestre quien respondió.

—Lady Leona es la esposa de ser Wylis, hijo de lord Wyman, actualmente cautivo de los Lannister.

« El miedo habla por su boca. —Si Puerto Blanco jurase lealtad a Stannis, su marido podría pagarla con la vida—. ¿Cómo voy a pedirle a lord Wyman que condene a muerte a su hijo? ¿Qué haría yo en su lugar si tuvieran a Devan de rehén? » .

—Rezo para que nada malo le suceda a vuestro hijo ni a ningún habitante de Puerto Blanco, mi señor.

—Otra mentira —espetó lady Leona desde su taburete. Davos consideró que sería mejor hacer como si no la oyera.

—Cuando Robb Stark se levantó contra el bastardo Joffrey, mal apellidado Baratheon, Puerto Blanco marchó con él. Lord Stark cayó, pero su guerra prosigue.

—Éramos vasallos de Robb Stark —replicó lord Wyman—. ¿Quién es ese Stannis? ¿Por qué nos molesta? Hasta ahora, que yo recuerde, no le había parecido necesario viajar al norte, pero aquí lo tenemos, como un perro callejero, mendigando con el yelmo en la mano.

—Ha venido a salvar el reino, mi señor —insistió Davos—, a defender vuestras tierras de los hijos del hierro y de los salvajes.

Junto al trono, ser Marlon Manderly soltó un bufido desdeñoso.

—Hace siglos que no se ve un salvaje en Puerto Blanco, y los hijos del hierro nunca han atacado estas costas. ¿Lord Stannis nos defenderá también de los tiburientes y los dragones?

Hubo una carcajada general en la sala de justicia del Tritón, pero lady Leona se echó a sollozar a los pies de lord Wyman.

—Hombres del hierro que vienen de las islas, salvajes de más allá del muro... y ahora este señor traidor con sus forajidos, sus rebeldes y sus hechiceros. —Señaló a Davos—. Sí, sí, nos han llegado noticias de vuestra bruja roja. ¡Quiere que demos la espalda a los Siete y adoremos a un demonio de fuego!

Davos no sentía el menor afecto por la sacerdotisa roja, pero no podía dejar sin respuesta la acusación de lady Leona.

—Lady Melisandre es sacerdotisa del dios rojo. La reina Selyse ha adoptado su fe, y como ella muchos otros, pero casi todos los seguidores de su alteza adoramos a los Siete. —Rezó para que nadie le pidiera explicaciones sobre el septo de Rocadragón o el bosque de dioses de Bastión de Tormentas.

« Si me preguntan, tendré que responder. Stannis no querría que mintiera» .

—Los Siete defienden Puerto Blanco —declaró Leona—. No tememos a vuestra reina roja ni a su dios. Que nos lance los hechizos que quiera; las plegarias de los píos nos protegerán de todo mal.

—Claro, claro. —Lord Wyman dio una palmadita en el hombro a lady Leona —. Lord Davos, si es que tenéis semejante título, ya sé qué quiere de mí vuestro supuesto rey: acero, plata y mi rodilla en tierra. —Se movió en el asiento para apoyarse en un codo—. Antes de morir, lord Tywin ofreció a Puerto Blanco pleno indulto por haber apoyado al Joven Lobo. Prometió que me devolvería a mi hijo cuando pagara un rescate de tres mil dragones y demostrara mi lealtad sin atisbo de duda. Roose Bolton, a quien ha nombrado ahora Guardián del Norte, me exige que renuncie a cualquier aspiración sobre las tierras y castillos de lord Hornwood, pero jura que no pondrá un dedo en el resto de mis posesiones. Walder Frey, su señor suegro, me ofrece a una de sus hijas como esposa, y maridos para mis nietas, estas jóvenes que veis detrás de mí. Estas condiciones me parecen muy generosas y son una buena base para una paz justa y duradera. Me pedís que las rechace, así que os pregunto, Caballero de la Cebolla, ¿qué me ofrece Stannis a cambio de mi lealtad?

« Guerra, pesar y los gritos de hombres al arder» , podría haber respondido Davos.

—La oportunidad de cumplir vuestro deber —fue lo que dijo. Era la respuesta que Stannis habría dado a Wyman Manderly.

« El rey habla a través de la mano» .

—Mi deber. Ya. —Lord Wyman se recostó en el trono.

—Puerto Blanco no tiene la fuerza suficiente para resistir por sí mismo. Necesitáis a su alteza tanto como él os necesita a vos. Juntos seréis capaces de derrotar a vuestros enemigos comunes.

—Mi señor —intervino ser Marlon—, ¿me permitís que haga unas cuantas preguntas a lord Davos?

—Como queráis, primo. —Lord Wyman cerró los ojos, y ser Marlon se volvió hacia Davos.

—Decidnos, ¿cuántos señores norteños han jurado lealtad a Stannis?

—Arnolf Karstark ha prometido unirse a su alteza.

—Arnolf no es señor, sino castellano. Pero decidme, ¿de qué castillos dispone en estos momentos lord Stannis?

—Su alteza se ha asentado en el Fuerte de la Noche, y en el sur cuenta con Bastión de Tormentas y Rocadragón.

—De momento —puntualizó el maestre Theomore tras carraspear de nuevo—. Bastión de Tormentas y Rocadragón están mal defendidos y no tardarán en caer. En cuanto al Fuerte de la Noche, es un lugar horroroso, una ruina plagada de espíritus.

—¿Podéis deciros con cuántos hombres cuenta Stannis? —siguió ser Marlon—. ¿Cuántos caballeros cabalgan con él? ¿Cuántos arqueros? ¿Cuántos jinetes libres? ¿Cuántos soldados?

« Demasiado pocos». Davos lo sabía muy bien. Stannis había llegado al norte con mil quinientos hombres, pero si lo confesaba, su misión estaría abocada al fracaso. Trató de dar con las palabras adecuadas, pero no acudieron.

—Vuestro silencio es toda la respuesta que necesito. Vuestro rey no nos trae más que enemigos. —Ser Marlon se volvió hacia su señor primo—. Su señoría ha preguntado al Caballero de la Cebolla qué nos ofrece Stannis. Yo os lo diré: nos ofrece derrota y muerte. Quiere que montéis a lomos de un caballo de aire y plantéis batalla con una espada de viento.

El gordo señor abrió los ojos muy despacio, como si el esfuerzo fuera excesivo para él.

—Como de costumbre, mi primo pone el dedo en la llaga. ¿Tenéis algo más que decirme, Caballero de la Cebolla, o puedo poner fin a esta farsa de titiriteros? Me estoy cansando de veros.

Davos sintió un agujonazo de desesperación.

« Su alteza debería haber enviado a otro, a un señor, a un caballero, a un maestre, a alguien capaz de hablar en su nombre sin hacerse la lengua un lio» .

—Muerte —se oyó decir—. Habrá muerte, si. Su señoría ya perdió un hijo en la Boda Roja. Yo perdí cuatro en el Aguasnegras. Y todo eso, ¿por qué? Porque los Lannister se han apoderado del trono. Si no me creéis a mí, id a Desembarco

del Rey y mirad a Tommen con vuestros propios ojos. Hasta un ciego lo vería. ¿Qué os ofrece Stannis? Venganza. Venganza para mis hijos y los vuestros, venganza para vuestros esposos, padres y hermanos. Venganza para vuestro señor asesinado, vuestro rey asesinado, vuestros príncipes masacrados. ¡Venganza!

—¡Sí! —exclamó una voz aguda. Era la de la joven de cejas rubias y larga trenza verde—. Ellos mataron a lord Eddard, a lady Catelyn y al rey Robb. ¡Era nuestro rey! Era bueno y valiente, y los Frey lo asesinaron. Si lord Stannis está dispuesto a vengarlo, deberíamos unirnos a él.

—Cada vez que abres la boca me entran ganas de mandarte con las hermanas silenciosas, Wylla —dijo Manderly, atrayéndola hacia sí.

—Solo he dicho...

—Ya te hemos oído —interrumpió su hermana—. Niñerías. No debes hablar mal de nuestros amigos los Frey; muy pronto, uno de ellos será tu esposo y señor.

—Ni hablar. —La chica sacudió la cabeza—. Me niego. Jamás. Ellos mataron al rey.

—¡Te casarás con quien te digamos! —Lord Wyman tenía el rostro congestionado—. Cuando llegue el momento pronunciarás tus votos nupciales; de lo contrario, te unirás a las hermanas silenciosas y no volverás a hablar nunca más.

—Abuelo, por favor... —La pobre chica parecía aterrada.

—Cállate, niña —intervino lady Leona—. Ya has oido a tu abuelo. ¡Cállate! Tú no sabes nada.

—Sé qué es una promesa —insistió la muchacha—. ¡Decídselo vos, maestre Theomore! Mil años antes de la Conquista se hizo una promesa, se hicieron juramentos en la Guarida del Lobo, ¡se juró ante los dioses antiguos y los nuevos! Cuando estábamos solos y no teníamos amigos, cuando nos habían expulsado de nuestro hogar y nuestras vidas peligraban, los lobos nos aceptaron, nos dieron de comer y nos protegieron de nuestros enemigos. Esta ciudad se construyó en las tierras que nos entregaron, y a cambio juramos que siempre les seríamos leales. ¡A los Stark!

—Se hizo un solemne juramento a los Stark de Invernalia, sí —dijo el maestre, jugueteando con la cadena que llevaba el cuello—. Pero Invernalia ha caído y la casa de Stark se ha extinguido.

—¡Porque estos los han matado a todos!

—¿Me permitís, lord Wyman? —intervino otro Frey.

—Rhaegar. —Wyman Manderly asintió—. Siempre nos complace escuchar vuestros nobles consejos.

Rhaegar Frey se inclinó para reconocer el cumplido. Era un hombre de alrededor de treinta años, de hombros y barriga redondeados, pero su atuendo era lujoso: jubón de suave lana gris con bordados de hilo de plata, y capa

también de hilo de plata con ribete de piel de marta, que se cerraba en torno al cuello con un broche que representaba las torres gemelas.

—La lealtad es una virtud, lady Wylla —dijo a la muchacha de la trenza verde—. Espero que seáis igual de leal a Walder el Pequeño cuando os unáis a él en matrimonio. En cuanto a los Stark, se ha extinguido la línea masculina de la casa. Todos los hijos de lord Eddard han muerto, pero sus hijas viven, y la pequeña vuelve al norte en estos momentos para casarse con el valiente Ramsay Bolton.

—Ramsay Nieve —replicó Wylla Manderly.

—Como queráis. Sea cual sea el nombre por el que decidáis llamarlo, pronto estará casado con Arya Stark. Si sois fiel a vuestra promesa le juraréis lealtad a él, ya que será vuestro señor de Invernalia.

—¡Nunca será mi señor! Obligó a lady Hornwood a casarse con él, y luego la encerró en una mazmorra y la obligó a comerse sus propios dedos.

Los murmullos de asentimiento recorrieron la sala de justicia del Tritón.

—A la doncella no le falta razón —declaró un hombre corpulento vestido de blanco y violeta, que se sujetaba la capa con un broche con forma de dos llaves cruzadas—. Roose Bolton es cruel y taimado, sí, pero se puede tratar con él. Todos hemos conocido a gente peor. En cambio, su bastardo... Se dice que su残酷 raya en la locura, que es un monstruo.

—¿«Se dice»? —Rhaegar Frey lucía una barba sedosa y una sonrisa cínica—. Sí, claro, es lo que dicen sus enemigos..., pero aquí, el monstruo era el Joven Lobo, más bestia que hombre, hinchado de orgullo y sed de sangre. Y su palabra no valía nada, tal como tuvo la desgracia de descubrir mi señor abuelo. —Extendió las manos—. Entiendo que Puerto Blanco le prestara apoyo; mi señor abuelo cometió el mismo error espantoso. Puerto Blanco y Los Gemelos lucharon hombro con hombro con el Joven Lobo en todas sus batallas, bajo sus estandartes. Robb Stark nos traicionó a todos; abandonó al norte, lo dejó a la cruel merced de los hombres del hierro para labrarse un reino más hermoso a lo largo del Tridente, y luego abandonó a los señores del río, que lo habían arriesgado todo por él; rompió el pacto de matrimonio que había firmado con mi abuelo para casarse con la primera mujer que se encontró en el oeste. ¿Un joven lobo? Un perro vil, eso es lo que era, y como tal merecía morir.

La sala del Tritón había quedado en un silencio absoluto. Davos notaba la gelidez en el aire. Lord Wyman miraba fijamente a Rhaegar como si fuera una cucaracha a la que tuviera ganas de pisar, pero de repente movió la cabeza en un asentimiento brusco que le hizo temblar la papada.

—Como un perro, sí. Solo nos trajo dolor y muerte. Un perro vil. Proseguid.

—Dolor y muerte —repitió Rhaegar Frey—, y este Caballero de la Cebolla os trae más de lo mismo con toda su palabrería sobre la venganza. Abrid los ojos, como los abrió mi señor abuelo. La guerra de los Cinco Reyes toca a su fin.

Tommen es nuestro rey, nuestro único rey. Tenemos que ayudarlo a restañar las heridas de esta lamentable contienda. Como hijo legítimo de Robert, como heredero del venado y del león, el Trono de Hierro le corresponde por derecho.

—Sabias y ciertas palabras —dijo lord Wyman Manderly.

—¡No son sabias ni ciertas! —Wylla Manderly golpeó el suelo con el pie.

—Condenada chiquilla, ¿quieres callarte? —amenazó lady Leona—. Las niñas deben ser un placer para los ojos, no un tormento para los oídos.

Agarró a la chica por la trenza y se la llevó a rastras, sin conseguir que dejara de gritar.

«Adiós a la única amiga que tenía en este lugar», pensó Davos.

—Wylla siempre ha sido una niña muy testaruda —dijo su hermana a modo de disculpa—. Mucho me temo que también será una esposa muy testaruda.

—No me cabe duda de que el matrimonio la ablandará. —Rhaegar se encogió de hombros—. Basta con una mano firme y unas palabras sosegadas.

—Si no, siempre quedan las hermanas silenciosas. —Lord Wyman se acomodó en el asiento—. En cuanto a vos, Caballero de la Cebolla, ya estoy harto de oír hablar de traición. Me pedís que ponga en peligro mi ciudad por un falso rey y un falso dios. Queréis que sacrifique al único hijo que me queda para que Stannis Baratheon pueda plantar ese culo flaco en un trono al que no tiene derecho. No estoy dispuesto a hacer tal cosa ni por vos, ni por vuestro señor, ni por nadie. —El señor de Puerto Blanco se puso en pie laboriosamente. El esfuerzo le congestionó el cuello—. Seguís siendo un contrabandista; habéis venido a robar mi oro y mi sangre, ¡queréis llevaros la cabeza de mi hijo! Creo que seré yo quien se lleve la vuestra. ¡Guardias! ¡Apresad a este hombre!

Davos se encontró rodeado de tridentes plateados antes de que le diera tiempo siquiera a pensar en hacer nada.

—Soy un emisario, mi señor.

—¿De verdad? Os habéis colado en mi ciudad como un contrabandista. Yo diría que no tenéis nada de señor, de caballero ni de emisario; que solo sois un ladrón y un espía, un mercachifle de mentiras y traiciones. Debería arrancaros la lengua con unas tenazas al rojo y entregároslo a Fuerte Terror para que os desollaran vivo. Pero la Madre es misericordiosa, y yo también. —Hizo un gesto a ser Marlon para que se acercara—. Primo, llévate a este individuo a la Guarida del Lobo y córtale la cabeza y las manos. Quiero verlas antes de cenar. No podré probar bocado hasta haber visto la cabeza de este contrabandista en una pica, con una cebolla entre sus dientes mentirosos.

HEDIONDO

Le dieron un caballo, un estandarte, un jubón de lana suave y una cálida capa de piel, y lo dejaron en libertad. Por una vez, no apestaba.

—Vuelve con el castillo —le había dicho Damon Bailaparamí, mientras ayudaba al tembloroso Hediondo a montar en la silla—, o trata de huir y ya veremos hasta dónde llegas antes de que te atrapemos. A él le encantaría. —Sonrió antes de dar un fustazo en la grupa al viejo caballo para que se pusiera en marcha.

Hediondo no se atrevió a volver la vista por miedo a que Damon, Polla Amarilla, Gruñón y los demás fueran tras él, a que todo fuera otra broma de lord Ramsay, una prueba cruel para ver qué hacía si le daban un caballo y lo dejaban libre.

« ¿Creen que voy a intentar escapar?» .

El animal que le habían dado era un jamelgo medio famélico de patas torcidas. Sabía que a sus lomos le resultaría imposible dejar atrás a las excelentes monturas que llevarían lord Ramsay y sus cazadores. Y no había cosa en el mundo que Ramsay disfrutara más que lanzar a sus chicas a aullar tras el rastro de una presa.

Además, ¿adónde podía huir? A su espalda quedaban los campamentos, donde estaban los hombres de Fuerte Terror y también los que los Ryswell habían llevado de los Riachuelos, separados solo por las huestes de Fuerte Túmulo. Al sur de Foso Cailin, otro ejército se acercaba a través del cenagal, un ejército de hombres de los Bolton y los Frey que marchaba bajo los estandartes de Fuerte Terror. Al este del camino se extendía una playa desierta, junto al frío mar salado, y al oeste estaban los pantanos y ciénagas del Cuello, infestados de serpientes, lagartos león y demonios del pantano con sus flechas envenenadas.

No pensaba escapar. No podía.

« Le entregaré el castillo. Le entregaré el castillo. Tengo que entregarle el castillo» .

Era un día gris; lloviznaba. El viento que soplaban del sur era húmedo como un beso. Las ruinas de Foso Cailin se divisaban a lo lejos entre jirones de bruma matutina. Su caballo se encaminó hacia ellas al paso, chapoteando con los cascos en el lodo gris verdoso que cubría el suelo.

« Ya había pasado por este camino» . Era un pensamiento peligroso, y al momento se arrepintió.

—No —dijo—. No, fue otro hombre, fue antes de que supieras cómo te llamabas.

Se llamaba Hediondo; tenía que recordarlo.

« Hediondo, Hediondo, rima con lirondo» .

Cuando aquel otro hombre había recorrido aquel camino, lo seguía un gran

ejército del norte que iba a la guerra bajo los estandartes grises y blancos de la casa Stark. En cambio, Hediondo cabalgaba a solas, con una bandera de paz atada a un asta de pino. El otro hombre cabalgó por allí a lomos de un corcel rápido y brioso; Hediondo iba en un caballo reventado, todo piel, huesos y costillas, y lo guiaba despacio por miedo a caerse. El otro hombre era buen jinete, mientras que Hediondo se sentía inseguro a caballo. ¡Había pasado tanto tiempo...! No tenía nada de jinete; ni siquiera de hombre. Era la criatura de lord Ramsay, menos que un perro, un gusano con forma humana.

—Te harás pasar por príncipe —le había dicho lord Ramsay la noche anterior mientras Hediondo se remojaba en una bañera de agua casi hirviendo—, pero sabemos que no es verdad. Eres Hediondo; siempre serás Hediondo, por bien que huelas. Puede que te engañe la nariz, así que recuerda tu nombre. Recuerda quién eres.

—Hediondo —respondió—. Soy vuestro Hediondo.

—Tú haz esto por mí y serás mi perro; te echaré carne todos los días —le prometió lord Ramsay—. Sentirás la tentación de traicionarme, de huir, de luchar, de unirte a nuestros enemigos... No, no, calla. No quiero que lo niegues. Como me mientes, te corto la lengua. Un hombre, en tu lugar, se volvería contra mí, pero los dos sabemos qué eres, ¿no? Traicióname siquieres, no importa... Pero antes cuéntate los dedos y acuérdate del precio.

Hediondo recordaba el precio.

«Siete —pensó—, siete dedos. Se pueden hacer muchas cosas con siete dedos. El siete es hasta sagrado». Recordó cuánto había sufrido cuando lord Ramsay ordenó a Desollador que le despelajaran el anular.

El aire era denso y húmedo, y había charcos por doquier. Hediondo fue sorteándolos con suma cautela para seguir los restos del camino de troncos y tablones que había tendido la vanguardia de Robb Stark por el suelo blando para acelerar la marcha del ejército. Allí donde se había levantado una imponente muralla quedaban solo sillares dispersos, bloques de basalto negro tan grandes que habían hecho falta cien hombres para colocarlos. Algunos se habían hundido tanto en el lodo que solo se atisaba una punta, mientras que otros estaban esparcidos aquí y allá, como los juguetes abandonados de un dios, agrietados, rotos y cubiertos de líquenes. Las lluvias de la noche anterior habían dejado las rocas húmedas y brillantes, y el sol de la mañana hacía que parecieran cubiertas por una fina película de aceite negro.

Más allá se alzaban las torres.

La Torre del Borracho estaba tan inclinada que parecía a punto de derrumbarse, tal como había estado durante cinco siglos. La Torre de los Hijos se erguía hacia el cielo recta como una lanza, pero su cúspide derruida quedaba abierta al viento y a la lluvia. La Torre de la Entrada, de estructura achaparrada, era la mayor de las tres y estaba cubierta de musgo resbaladizo; un arbolillo

retorcido crecía ladeado entre las piedras de la cara norte, y al este y al oeste aún quedaban en pie algunos trozos de muro.

« Los Karstark se quedaron con la Torre del Borracho y los Umber con la Torre de los Hijos —recordó—. Robb eligió para sí la Torre de la Entrada» .

Si cerraba los ojos, todavía podía ver los estandartes que ondeaban valerosos al viento del norte.

« Ya no queda ninguno; todos han caído» . El viento que le azotaba las mejillas venía del sur, y los únicos estandartes que ondeaban sobre los restos de Foso Cailin mostraban un kraken de oro sobre campo de sable.

Lo vigilaban; sentía los ojos clavados en él. Cuando levantó la vista divisó los rostros blancos que oteaban entre las almenas de la Torre de la Puerta y entre los ladrillos rotos que coronaban la Torre de los Hijos, donde, según la leyenda, los hijos del bosque habían invocado el martillo de las aguas para dividir en dos las tierras de Poniente.

La única vía seca para cruzar el Cuello era el cenagal, y las torres de Foso Cailin taponaban el extremo norte como el corcho de una botella. El camino era angosto, y las ruinas estaban situadas de tal forma que cualquier enemigo que llegara del sur tuviera que pasar bajo ellas y entre ellas. Para asaltar cualquiera de las tres torres, el atacante tendría que mostrar la espalda y dejarla expuesta a las flechas de las otras dos, mientras trepaba por muros de piedra húmeda festoneadas de gallardetes de resbaladiza piel blanca de fantasma. El terreno cenagoso de más allá del camino era infranqueable, un laberinto de arenas movedizas y extensiones de hierba que podían parecer tierra firme pero se tornaban en agua en cuanto se pisaban, todo ello infestado de serpientes mortíferas, flores venenosas y monstruosos lagartos león con dientes como puñales. Igual de peligrosos eran sus habitantes, a los que rara vez se veía pero que siempre estaban al acecho: los moradores de los pantanos, los comerranas y los embarrados. Utilizaban nombres como Fenn, Reed, Peat, Boggs, Cray, Quagg, Greengood o Blackmyre. Los hijos del hierro los llamaban « demonios de los pantanos» .

Hediondo pasó junto a los restos putrefactos de un caballo que tenía una flecha en el cuello. Una larga serpiente blanca estaba metiéndosele por la cuenca del ojo. Detrás del caballo vio al jinete, o lo que quedaba de él. Los cuervos le habían devorado la carne de la cara, y un perro salvaje había horadado la cota de malla para llegar a sus entrañas. Un poco más allá, otro cadáver se había hundido tanto en el lodo que solo asomaban la cabeza y los dedos.

A medida que se acercaba a las torres, los cadáveres abundaban más y más a ambos lados. Los botones de sangre, unas flores de color claro con pétalos gruesos y húmedos como los labios de una mujer, crecían en las heridas abiertas.

« La guarnición no me reconocerá» . Tal vez algunos se acordaran del joven que había sido antes de aprenderse su nombre, pero no conocerían de nada a

Hediondo. Hacía mucho que no se miraba al espejo, pero sabía que debía de estar muy envejecido. El pelo se le había puesto blanco. Buena parte se le había caído, y el que le quedaba estaba reseco y quebradizo como la paja. Las mazmorras lo habían dejado más débil que una vieja y tan flaco que una ráfaga de viento lo derribaría.

En cuanto a las manos... Ramsay le había dado unos guantes para ocultar que le faltaban dedos, y eran unos guantes buenos, finos, de cuero negro flexible, pero cualquiera que se fijara vería que no doblaba tres de los dedos.

—¡Alto ahí! —clamó una voz—. ¿Qué queréis?

—Hablar. —Espoleó al caballo al tiempo que agitaba la bandera de paz de modo que no pudieran dejar de verla—. Vengo desarmado.

No obtuvo respuesta. Sabía que, tras los muros, los hombres del hierro debatían si debían dejarlo entrar o acribillarlo a flechazos.

«No importa». Una muerte rápida sería mil veces mejor que volver con un fracaso a lord Ramsay.

En aquel momento, las puertas de guardia se abrieron de par en par.

—¡Deprisa!

Hediondo estaba girando hacia el lugar desde donde lo llamaban cuando llegó la flecha. Venía de su derecha, del lugar donde grandes trozos de muralla derrumbada yacían medio hundidos en el pantano. La flecha se clavó entre los pliegues de su bandera y quedó colgando, con la punta a un palmo de su rostro. Se llevó un sobresalto tal que soltó la bandera de paz y se cayó de la silla.

—¡Adentro! —gritó la voz—. ¡Deprisa, idiota, deprisa!

Hediondo subió a gatas por los peldaños mientras otra flecha silbaba sobre su cabeza. Unas manos lo agarraron y lo arrastraron adentro, y oyó cerrarse la puerta a sus espaldas con un fuerte golpe. Lo pusieron en pie, lo empujaron contra una pared y le apretaron un cuchillo contra el cuello. Era un hombre barbudo, y tenía la cara tan cerca de la suya que habría podido contarle los pelos de la nariz.

—¿Quién eres? ¿A qué vienes? Responde, venga, o te hago lo mismo que a él.

El guardia movió la cabeza para señalar el cadáver que se pudría en el suelo junto a la puerta, con la carne verde infestada de gusanos.

—Soy hijo del hierro —mintió. El joven que había sido sí que era hijo del hierro, pero Hediondo había nacido en las mazmorras de Fuerte Terror—. Mírame bien. Soy el hijo de lord Balon. Soy tu príncipe. —Tendría que haber pronunciado su nombre, pero se le atascaba en la garganta.

«Hediondo, soy Hediondo, rima con hondo». No, debía olvidarlo de momento. Nadie, por desesperada que fuera su situación, se rendiría a un ser como Hediondo. Tenía que fingir que era un príncipe de nuevo.

El hombre que lo había capturado le examinó la cara con expresión de desconfianza. Tenía los dientes marrones, y el aliento le apestaba a cerveza y

cebolla.

—Los hijos de lord Balon murieron.

—Mis hermanos, no yo. Lord Ramsay me tomó prisionero después de lo de Invernalia. Me envía a pactar con vos. ¿Estáis al mando?

—¿Yo? —Bajó el cuchillo y dio un paso atrás, con lo que estuvo a punto de tropezar con el cadáver—. No, no, mi señor. —Tenía la cota de malla oxidada y las prendas de cuero medio podridas. En el dorso de su mano, una llaga abierta rezumaba sangre—. Al mando está Ralf Kenning; lo ha dicho el capitán. Yo vigilo la puerta y nada más.

—¿Quién era este? —Hediondo dio una patada al cadáver.

El guardia se quedó mirando al muerto como si no lo hubiera visto hasta entonces.

—¿Ese? Bebió el agua. Tuve que cortarle el cuello para que dejara de gritar. Estaba mal de la tripa; es que no se puede beber el agua, para eso tenemos la cerveza. —El guardia se frotó la cara. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos—. Antes arrastrábamos a los muertos a las bodegas, porque las criptas están inundadas. Ahora nadie se toma la molestia, así que los dejamos allí donde caen.

—Las bodegas son más adecuadas. Entregadlos al agua, al Dios Ahogado.

—Aquí abajo no hay dioses, mi señor —replicó el hombre, riendo—. Solo ratas y serpientes acuáticas, unos bichos blancos del grosor de vuestra pierna. A veces suben por las escaleras y nos muerden mientras dormimos.

Hediondo se acordó de las mazmorras de Fuerte Terror que había dejado, de la rata que se retorcía mientras la devoraba, del sabor de la sangre caliente en los labios.

« Si fracaso, Ramsay me meterá ahí otra vez, pero antes me desollará otro dedo» .

—¿Cuántos hombres quedan en la guarnición?

—Unos cuantos —replicó el hijo del hierro—. No estoy seguro. Menos que antes. También hay unos cuantos en la Torre del Borracho, creo. En la Torre de los Hijos, no; no queda nadie. Dagon Codd pasó por allí hace unos días y dijo que solo quedaban dos vivos, que se estaban comiendo a los muertos. Dice que los pasó por la espada.

« Foso Cailin ha caído —comprendió Hediondo—, lo que pasa es que nadie se lo ha dicho a estos» . Se frotó la boca para ocultar los dientes rotos.

—Tengo que hablar con vuestro comandante.

—¿Con Kenning? —El guardia lo miró desconcertado—. No os dirá gran cosa; se está muriendo. A lo mejor se ha muerto ya. No lo veo desde... Ni me acuerdo de cuánto hace que no lo veo.

—¿Dónde está? Llévame ante él.

—¿Y quién vigilará la puerta?

—Este. —Hediondo dio una patadita al cadáver, lo que hizo reír al otro

hombre.

—Claro, ¿por qué no? Venid conmigo. —Cogió una antorcha de la pared y la sacudió hasta que la llama ardió con intensidad—. Por aquí.

El guardia lo precedió por una puerta que daba a una escalera de caracol; la luz de la antorcha brillaba contra los negros muros de piedra.

La estancia superior era oscura y calurosa, y estaba llena de humo. Habían colgado una piel harapienta ante la estrecha ventana para impedir el paso de la humedad, y una lasca de turba ardía en el brasero. La habitación apestaba a moho, heces y orina, el hedor de la enfermedad. El suelo estaba cubierto de juncos sucios, y en un rincón, una pila de paja hacia las veces de cama.

Ralf Kenning tiritaba bajo una montaña de pieles, con sus armas a un lado: hacha y espada, cota de malla, yelmo... En el escudo se veía la mano nebulosa del dios de la tormenta con un rayo entre los dedos, preparado para lanzarlo contra el mar embravecido, pero la pintura estaba descolorida y descascarillada, y la madera había empezado a pudrirse.

Ralf también se pudría. Estaba desnudo y febril bajo las pieles, con la carne blancuzca e hinchada llena de llagas y costras. Tenía la cabeza deformada, con una mejilla hinchada hasta niveles grotescos y el cuello tan embotado de sangre que parecía a punto de engullirle la cara. También tenía el brazo de ese lado hinchado como un tronco, y lleno de gusanos blancos. Por su aspecto, era obvio que no lo bañaban ni lo afeitaban desde hacía muchos días. De un ojo le manaban lagrimones de pus, y tenía la barba llena de costras de vomito seco.

—¿Qué le ha pasado?—preguntó Hedioindo.

—Estaba en las almenas y un demonio de los pantanos le disparó una flecha. No le hizo más que un arañazo, pero... Por lo visto las envenenan; impregnán las puntas con mierda y cosas peores. Le echamos vino hirviendo en la herida, pero no sirvió de nada.

« No puedo tratar con él» .

—Mátalo —ordenó Hedioindo al guardia—. Ya ha perdido la cabeza; la tiene llena de sangre y gusanos.

—Pero... —El hombre lo miró de hito en hito—. El capitán lo puso al mando.

—A un caballo lo rematarías.

—¿A qué caballo? Yo nunca he tenido caballo.

« Yo sí. —Lo invadió una oleada de recuerdos. Los relinchos de Sonrisas sonaban casi como gritos humanos cuando se alzó sobre las patas traseras, con las crines en llamas, cegado por dolor y lanzando coces—. No, no. No era mío, no era mío. Hedioindo nunca ha tenido caballo» .

—Ya lo mato yo.

Hedioindo cogió la espada de Ralf Kenning, que estaba apoyada contra el escudo. Aún le quedaban suficientes dedos para empuñarla. Cuando rozó el hinchado cuello del ser que yacía en la paja con el filo de la hoja, la piel se abrió

y la sangre negra empezó a manar, mezclada con el pus amarillento. Kenning se convulsionó y después quedó inmóvil. Una peste repugnante llenó la estancia. Hediondo corrió hacia las escaleras, donde el aire era húmedo y frío, pero mucho más limpio en comparación. El hijo del hierro salió tras él, muy pálido. Tenía que hacer un verdadero esfuerzo para no vomitar. Hediondo lo agarró por el brazo.

—¿Quién era el segundo al mando? ¿Dónde está el resto de los hombres?

—En las almenas, o abajo, en el salón principal, durmiendo, bebiendo... Si queréis os llevo.

—Vamos. —Ramsay le había dado un solo día.

El salón principal era de piedra oscura y techos altos, lleno de corrientes y jirones de humo, con los muros blancuzcos manchados de moho. Un fuego de turba ardía débilmente en la chimenea ennegrecida por las llamas del pasado. Una colossal mesa de piedra labrada ocupaba la mayor parte de la estancia desde hacía siglos.

« Ahí fue donde me senté la última vez que estuve aquí —recordó —. Robb presidía la mesa, con el Gran Jon a la derecha y Roose Bolton a la izquierda. Los Glover estaban sentados junto a Helman Tallhart, y Karstark y sus hijos, enfrente » .

Alrededor de la mesa, un par de docenas de hijos del hierro se dedicaba a beber. Unos pocos lo miraron con ojos apagados, inexpresivos, pero casi todos hicieron caso omiso de su llegada. No conocía a ninguno. Varios lucían en la capa un broche con forma de bacalao plateado. Los Codd no estaban bien considerados en las islas del Hierro: se decía que los hombres eran ladrones y cobardes, y las mujeres, unas rameras que yacían con sus propios padres y hermanos. No lo sorprendía que su tío hubiera preferido dejar atrás a aquellos hombres cuando la Flota de Hierro zarpó de vuelta a casa.

—Ralf Kenning ha muerto —anunció—. ¿Quién está al mando?

Los bebedores lo miraron sin entender. Uno se echó a reír; otro escupió al suelo.

—¿Quién quiere saberlo? —preguntó al cabo uno de ellos.

—El hijo de lord Balon. —« Hediondo, me llamo Hediondo, rima con sabihondo » . Vengo por orden de Ramsay Bolton, señor de Hornwood y heredero de Fuerte Terror, que me tomó prisionero en Invernalia. Tenéis su ejército al norte, y el de su padre, al sur. Pero lord Ramsay está dispuesto a mostrarse magnánimo si le entregáis Foso Cailin antes de la puesta de sol.

Sacó la carta que le habían dado y la tiró a la mesa, ante los hombres que bebían. Uno de ellos la cogió, le dio unas vueltas entre las manos y toqueteó el sello de lacre rosa.

—Un pergamo —dijo al final—. ¿Para qué nos sirve? Lo que necesitamos aquí es queso y carne.

—Querrás decir acero —señaló el que estaba a su lado, un hombre de barba canosa con el brazo izquierdo rematado en un muñón—. Espadas, hachas. Eso y arcos, cien arcos más, y hombres que lancen las flechas.

—Los hijos del hierro no se rinden —dijo una tercera voz.

—Eso id a contárselo a mi padre. Lord Balon dobló la rodilla en cuanto Robert derribó su muralla; de lo contrario habría muerto, igual que moriréis vosotros si no os rendís. —Señaló el pergamino—. Romped el sello y leed lo que pone. Es un salvoconducto de puño y letra de lord Ramsay. Entregad las espadas y venid conmigo, y su señoría os dará de comer y os dejará ir a la costa Pedregosa para buscar un barco que os lleve a casa. De lo contrario, moriréis.

—¿Es una amenaza? —Un Codd se puso en pie. Era un hombrétón corpulento, pero de ojos saltones, boca ancha y piel blanca, mortecina, como si su padre lo hubiera engendrado con un pez; en cualquier caso, llevaba una espada larga—. Dagon Codd no se rinde ante nadie.

« No, por favor, tenéis que hacer lo que os digo. —Solo con pensar lo que le haría Ramsay si volvía al campamento sin la rendición del fuerte estuvo a punto de mearse en los calzones—. Hediondo, Hediondo, rima con mundo» .

—¿Esa es vuestra respuesta? —Las palabras le resonaron débiles en los oídos—. ¿Este bacalao habla por todos vosotros?

El guardia que le había abierto la puerta no parecía tan seguro.

—Victarion nos ordenó defender el fuerte, que lo oí yo: « No os mováis de aquí hasta que vuelva» . Se lo dijo a Kenning.

—Sí —intervino el manco—, eso dijo. Tuvo que irse a la asamblea de sucesión, pero nos juró que volvería con una corona de madera de deriva en la cabeza y seguido por un millar de hombres.

—Mi tío no volverá —dijo Hediondo—. En la asamblea de sucesión se coronó a su hermano Euron, y Ojo de Cuervo tiene otras guerras que librar. ¿Creéis que os tiene en alguna estima? Pues no es así. Os abandonó a vuestra suerte; se os quitó de encima como se quita el lodo de las botas cuando llega a la orilla.

Por los ojos de los hombres, por las miradas que cruzaron y por sus ceños fruncidos, supo que había dado en el clavo.

« Todos temían que los hubieran abandonado, pero he tenido que llegar yo para transformar ese temor en certidumbre» . No eran parientes de capitanes célebres; por sus venas no corría la sangre de las grandes casas de las islas del Hierro. Los habían engendrado esclavos y esposas de sal.

—Si nos rendimos, ¿nos marchamos y ya está? —preguntó el manco—. ¿Eso pone ahí? —Señaló el pergamino, con el lacre todavía intacto.

—Léelo tú mismo —respondió, aunque estaba casi seguro de que ninguno de ellos sabía leer—. Lord Ramsay da un trato honorable a sus prisioneros mientras le sean leales. —« Solo me ha quitado dedos, y esa otra cosa, cuando podría haberme cortado la lengua o haberme pelado las piernas hasta el muslo» —.

Rendidle las armas y viviréis.

—Mentiroso. —Dagon Codd desenvainó la espada larga—. Te llaman Cambiacapas, ¿por qué vamos a creer lo que nos prometas?

«Está borracho —comprendió Hediondo—; la cerveza habla por él».

—Puedes pensar lo que te dé la gana. Yo he cumplido trayéndoos el mensaje de lord Ramsay, y ahora me vuelvo con él. Esta noche cenaremos jabalí con colinabos, regado con buen vino tinto. Los que me sigan participarán del banquete; los demás, morirán hoy mismo. El señor de Fuerte Terror vendrá con sus caballeros por el cenagal, y las huestes de su hijo caerán sobre vosotros desde el norte. No habrá cuartel. Los que mueran luchando serán los afortunados; los supervivientes irán a parar a manos de los demonios de los pantanos.

—¡Basta! —rugió Dagon Codd—. ¿Crees que vas a asustar a los hijos del hierro con palabras? Vete, corre con tu amo antes de que te raje y te haga comerte las tripas.

Tal vez habría añadido algo, pero de repente abrió desmesuradamente los ojos, y un hacha arrojadiza le brotó del centro de la frente. La espada resbaló de entre sus dedos, y Codd se agitó como un pez en el anzuelo antes de caer de brúces en la mesa.

El manco había lanzado el hacha. Se puso de pie y mostró que ya tenía otra en la mano.

—¿Quién más quiere morir? —preguntó al resto de bebedores—. Solo tenéis que decirlo para que se cumplan vuestros deseos. —Finos regueros de sangre corrían por la piedra desde el charco de sangre que se había formado bajo la cabeza de Dagon Codd—. Yo en cambio quiero vivir, y no pienso pudrirme aquí.

Uno de los hombres bebió un trago de cerveza; otro vació la jarra para dispersar un hilo de sangre antes de que llegara adonde estaba sentado. Nadie dijo nada. Cuando el manco volvió a colgarse el hacha del cinturón, Hediondo supo que había ganado. Casi volvió a sentirse hombre.

«Lord Ramsay estará contento conmigo».

Arrió el estandarte del kraken con sus propias manos, con cierta torpeza porque le faltaban algunos dedos, pero agradecido por los que lord Ramsay le había permitido conservar. Los hijos del hierro no estuvieron preparados para partir hasta media tarde. Eran más de los que había imaginado: cuarenta y siete en la Torre de la Puerta y otros dieciocho en la del Borracho. Dos de los últimos estaban tan próximos a la muerte que no se podía hacer nada por ellos, mientras que otros cinco se encontraban tan débiles que eran incapaces de caminar, pero aun así quedaban cincuenta y ocho en condiciones de luchar. Pese a su estado, se habrían llevado por delante al triple de hombres de lord Ramsay si este hubiera optado por asaltar las ruinas.

«Hizo bien en enviarme», se dijo Hediondo mientras volvía a montar a lomos de su caballo para guiar a la harapienta columna por el terreno pantanoso,

hacia el campamento de los norteños.

—Dejad aquí las armas —dijo a los prisioneros—. Espadas, arcos, puñales, todo. Dispararán contra cualquiera que vaya armado.

Tardaron tres veces más de lo que le había llevado a Hediondo recorrer a solas el camino. Habían armado unas parihuelas rudimentarias para cuatro hombres que no podían andar, y al quinto lo llevaba su hijo a cuestas. La marcha era lenta, y los hijos del hierro sabían muy bien lo expuestos que estaban, a tiro de arco de los demonios de los pantanos y sus flechas envenenadas.

« Si muero, muero. —Hediondo solo esperaba que el arquero tuviera buena puntería, para que la muerte fuera rápida y limpia—. Una muerte de hombre, no el final que tuvo Ralf Kenning» .

El manco encabezaba la procesión, caminando con un marcado cojío. Le dijo que se llamaba Adrack Humble y que tenía una esposa de roca y tres esposas de sal en Gran Wyk.

—Tres de mis mujeres tenían una barriga cuando embarqué —fanfarroneó —, y entre los Humble son frecuentes los gemelos. Lo primero que tendré que hacer cuando llegue será contar a mis nuevos hijos. A lo mejor le pongo a uno vuestro nombre, mi señor.

« Sí, llámalo Hediondo —pensó—, y cuando se porte mal puedes cortarle los dedos de los pies y darle ratas para comer» . Giró la cabeza para escupir y se preguntó si, al fin y al cabo, Ralf Kenning no habría tenido más suerte que él.

Cuando apareció ante ellos el campamento de lord Ramsay, una llovizna había empezado a rezumar del cielo de color grafito. El centinela los vio pasar en silencio. En el aire flotaba el humo de las hogueras para cocinar. Una columna de jinetes cabalgó hasta ellos, encabezada por un señor menor que ostentaba una cabeza de caballo en el escudo.

« Un hijo de lord Ryswell. ¿Roger o Richard?» . Nunca era capaz de distinguirlos.

—¿No había más? —le preguntó el jinete desde su corcel castaño.

—Los otros estaban muertos, mi señor.

—Pues creía que serían más. Los atacamos tres veces y las tres nos rechazaron.

« Somos hijos del hierro —pensó con una repentina oleada de orgullo, y durante un instante volvió a ser un príncipe, el hijo de Balon, con la sangre del Pyke. Pero hasta pensar era peligroso. Tenía que recordar su nombre—. Hediondo, me llamo Hediondo, rima con redondo» .

Ya estaban ante el campamento cuando los ladridos de una jauría delataron la proximidad de lord Ramsay. Mataputas iba con él, así como un puñado de sus favoritos: Desollador, Alyn el Amargo, Damon Bailaparamí y los dos Walder, el Pequeño y el Mayor. Las perras correteaban en torno a ellos y lanzaban gruñidos y dentelladas a los desconocidos.

«Las chicas del Bastardo», pensó Hediondo antes de recordar que nadie debía usar nunca, nunca, nunca, aquella palabra en presencia de Ramsay.

Hediondo bajó del caballo e hincó una rodilla en tierra.

—Mi señor, Foso Cailin es vuestro. Aquí tenéis a sus últimos defensores.

—Qué pocos. Creía que serían más. ¡Y qué enemigos más testarudos! —Los ojos claros de lord Ramsay brillaron—. Debéis de estar muertos de hambre. Encárgate de ellos, Alyn. Que les sirvan vino, cerveza y todo lo que puedan comer. Desollador, lleva a sus heridos a los maestres.

—A la orden, mi señor.

Unos cuantos hijos del hierro mascullaron palabras de gratitud antes de dirigirse dando tumbos a las hogueras donde se preparaba la cena, en el centro del campamento. Un Codd trató incluso de besar el anillo de lord Ramsay, pero lo hicieron retroceder antes de que consiguiera acercarse, y Alison le arrancó un trozo de oreja. Pese a la sangre que le corría por el cuello, el hombre siguió haciendo reverencias e inclinaciones y alabando la generosidad de su señoría.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, Ramsay Bolton dirigió su sonrisa a Hediondo. Lo agarró por la nuca, atrajo su rostro hacia sí y le besó la mejilla.

—Mi viejo amigo Hediondo —le susurró—. ¿De verdad te han tomado por su príncipe? Estos hijos del hierro son imbéciles. Sus dioses deben de estar muertos de risa.

—Lo único que quieren es volver a casa, mi señor.

—¿Y qué quieres tú, mi buen Hediondo? —murmuró Ramsay con la dulzura de un amante. Su aliento olía a clavo y vino especiado—. Tan valeroso servicio merece una recompensa. No puedo devolverte los dedos, pero seguro que quieras algo de mí. ¿Quieres que te libere? ¿Quieres dejar de servirme? ¿Quieres irte con ellos, volver a tus islas desoladas de ese mar frío y gris, para volver a ser un príncipe? ¿O prefieres quedarte y ser mi leal sirviente?

Un cuchillo de hielo le recorrió la espalda.

«Ten cuidado —se dijo—. Ten mucho, mucho cuidado. —No le gustaba nada la sonrisa de su señoría, la manera en que le brillaban los ojos, la gota de saliva que le corría a un lado de la boca. Ya había visto aquellas señales—. No eres ningún príncipe. Eres Hediondo, solo Hediondo, que rima con lirondo. Dile lo que quiere oír».

—Mi lugar está aquí, mi señor, con vos. Soy vuestro Hediondo. Lo único que quiero es serviros. Todo lo que os pido... Un pellejo de vino sería recompensa más que suficiente. Vino tinto, el más fuerte que haya, todo el vino que un hombre pueda beber.

—Tú no eres un hombre, Hediondo. —Lord Ramsay se echó a reír—. Solo eres mi criatura. Pero tendrás ese vino. Encárgate, Walder. Y no temas, no te devolveré a las mazmorras; tienes mi palabra de Bolton. Te convertiremos en perro, ¿qué te parece? Comerás carne todos los días, y te dejaré bastantes dientes

para comerla. Puedes dormir con mis chicas. ¿Tienes un collar que le valga, Ben?

—Lo encargaré, mi señor —respondió el viejo Ben Huesos.

El anciano hizo bastante más: aquella noche, además del collar, Hediondo recibió una manta harapienta y medio pollo. Tuvo que disputárselo con las perras, pero fue la mejor comida que había tomado desde Invernalia.

Y el vino... El vino era oscuro y ácido, pero fuerte. Entre los animales, acuclillado, Hediondo bebió hasta que le dio vueltas la cabeza, vomitó, se limpió la boca y siguió bebiendo. Luego se tumbó de espaldas y cerró los ojos. Cuando despertó, una perra estaba lamiéndole el vómito de la barba mientras las nubes negras cruzaban ante la hoz que formaba la luna. En el campamento se oían gritos. Apartó al animal a empujones, dio media vuelta y siguió durmiendo.

A la mañana siguiente, lord Ramsay envió tres jinetes cenagal abajo para llevar a su señor padre la noticia de que el camino estaba despejado. El hombre desollado de la casa Bolton ondeaba en la Torre de la Puerta, donde Hediondo había arriado el kraken dorado del Pyke. A lo largo del camino de tablones habían clavado estacas de madera en el terreno pantanoso, y en ellas se pudrían los cadáveres rojos, goteantes.

«Sesenta y tres —supo al instante—. Son sesenta y tres». A uno le faltaba un brazo. Otro tenía un pergamo entre los dientes, con el lacre aún íntegro.

Tres días después, la vanguardia del ejército de Roose Bolton se abrió camino entre las ruinas, dejando atrás a los macabros centinelas. Cuatrocientos Frey a caballo, todos vestidos de azul y gris, con lanzas que centelleaban cuando el sol lograba colarse entre las nubes. En cabeza iban dos hijos mayores de lord Walder. Uno era muy fornido, con mandíbula prominente y brazos musculosos. El otro estaba calvo; tenía unos ojillos voraces muy juntos sobre la nariz afilada y una perilla castaña que no conseguía ocultar su falta de mentón.

«Hosteen y Aenys». Los recordaba de los tiempos anteriores a saber su nombre. Hosteen era un toro: aunque costaba enfadarlo, luego era imparable, y se decía que no había luchador más fiero en la estirpe de lord Walder. Aenys era mayor, más cruel, más astuto..., un comandante, no un espadachín. Ambos eran soldados curtidos.

Los norteños seguían de cerca a la vanguardia, con los maltratados estandartes ondeando al viento. Hediondo los vio pasar. La mayoría iba a pie, y eran muy pocos. Recordó el gran ejército que había marchado hacia el sur tras el Joven Lobo, bajo el huargo de Invernalia. Veinte mil espadas y lanzas fueron a la guerra con Robb, pero solo regresaban dos de cada diez, y eran en su mayoría hombres de Fuerte Terror.

En el centro de la columna, justo donde más soldados había, cabalgaba un hombre con armadura gris oscuro sobre una túnica acolchada de cuero del color de la sangre. Las rodelas tenían forma de cabeza humana, con la boca abierta en

un grito de dolor. De los hombros le caía ondulante una capa de lana rosa con gotas de sangre bordadas, y el yelmo cerrado que lucía iba rematado por largos gallardetes de seda roja.

«Roose Bolton no está dispuesto a dejarse matar por la flecha envenenada de un lacustre», pensó Hediondo al verlo. Tras él traqueteaba un carromato cerrado, tirado por seis caballos y defendido en vanguardia y retaguardia por ballesteros. Sus ocupantes iban ocultos a las miradas indiscretas por pesados cortinajes de terciopelo azul.

Un poco más atrás iba el convoy de provisiones: lentos carros cargados de alimentos y del botín adquirido durante la guerra, y carretas donde viajaban los heridos y los tullidos. Cerraban la marcha más hombres de los Frey, quizás más de mil: arqueros, lanceros, campesinos armados con guadañas y palos puntiagudos, jinetes libres, arqueros a caballo y otro centenar de caballeros.

Hediondo, de nuevo vestido de harapos y con collar de perro, siguió a lord Ramsay junto con las perras cuando su señoría se adelantó para recibir a su padre. Pero el jinete de la armadura gris se quitó el yelmo, y el rostro que apareció no era el que esperaba ver Hediondo. La sonrisa de Ramsay se le heló en los labios, y un ramalazo de rabia le cruzó el rostro.

—¿Qué burla es esta?

—Simple precaución —susurró Roose Bolton mientras salía de entre las cortinas del carromato.

El señor de Fuerte Terror no se parecía gran cosa a su hijo bastardo. Iba bien afeitado y tenía un rostro de piel tersa, corriente, nada atractivo pero algo llamativo. Había luchado en muchas batallas, pero no lucía cicatrices, y aunque pasaba de los cuarenta, tampoco tenía arrugas ni apenas líneas que delataran el paso del tiempo. Tenía los labios tan finos que cuando los apretaba desaparecían por completo. Tenía un aire calmado, atemporal: en la cara de Roose Bolton, la ira y la alegría venían a ser lo mismo. Lo único que tenía en común con Ramsay eran los ojos.

«Esos ojos son de hielo. —Hediondo se preguntó si Roose Bolton lloraría alguna vez—. Y si llora, ¿correrán lágrimas frías por sus mejillas? —Hacía una eternidad, un muchacho llamado Theon Greyjoy se había mofado de Bolton cuando estaba en el Consejo de Robb Stark, imitando su voz suave y haciendo chanzas sobre sanguijuelas—. Debía estar loco. Con este hombre no se bromea». Solo había que mirar a Bolton para saber que tenía más crueldad en el dedo meñique que todos los Frey juntos.

—Padre...

Lord Ramsay hincó una rodilla en tierra ante él. Lord Roose lo miró fijamente durante un momento.

—Puedes levantarte.

Se volvió para ayudar a salir a las dos jóvenes que viajaban con él en el

carromato. La primera era bajita y muy gorda, con el rostro redondo y triple papada temblorosa bajo la capucha de marta cibelina.

—Mi nueva esposa —anunció Roose Bolton—. Lady Walda, mi hijo natural. Saluda a tu madrastra, Ramsay. —Él la besó—. Y doy por hecho que recuerdas a lady Arya, tu prometida.

La muchachita era delgada y más alta de lo que recordaba, pero eso era normal.

« Los niños crecen deprisa a esta edad. —Llevaba un vestido de lana gris con ribete de raso blanco, y sobre él, una capa de armiño que se sujetaba con un broche de plata con forma de cabeza de lobo. El cabello castaño oscuro le caía hasta media espalda, y sus ojos....—. Esa no es la hija de lord Eddard» .

Arya tenía los ojos de su padre, los ojos grises de los Stark. A aquella edad, una joven podía crecer unos dedos, dejarse el pelo más largo o adquirir más busto, pero el color de ojos no podía cambiar.

« Esa es la amiga de Sansa —se dijo Hediondo—, la hija del mayordomo. Jeyne, se llamaba Jeyne, Jeyne Poole» .

—Lord Ramsay. —La niña hizo una marcada reverencia. Eso tampoco encajaba. « La verdadera Arya Stark le habría escupido a la cara» —. Espero ser una buena esposa para vos y daros hijos fuertes que se os parezcan.

—Así será —le aseguró Ramsay—. Y muy pronto.

La vela había dejado de arder, ahogada en un charco de cera, pero la luz de la mañana ya brillaba entre los postigos. Jon había vuelto a quedarse dormido mientras trabajaba. La mesa estaba llena de pilas enormes de libros que él mismo había llevado allí, después de pasarse la mitad de la noche rebuscando en sótanos polvorrientos a la luz del farol. Sam tenía razón: era imperativo hacer una lista de todos aquellos libros, clasificarlos y ordenarlos, pero no era un trabajo que pudiesen realizar los mayordomos iletrados. Habría que esperar a que volviese Sam.

« Si es que vuelve. —Jon temía por Sam y el maestre Aemon. Cotter Pyke había escrito desde Guardiaoriente para informar de que la *Cuervo de Tormenta* había presenciado el naufragio de una galera en la costa de Skagos. La tripulación de la *Cuervo de Tormenta* no había alcanzado a distinguir si el barco destruido era la *Pájaro Negro*, un navío mercenario de Stannis Baratheon, o un mercante de paso—. Quería salvar a Elí y al bebé. ¿Me habré equivocado y los he enviado a la tumba? » .

A su lado, casi intacta, estaba la cena de la noche anterior, que se había endurecido al enfriarse. Edd el Peñas había llenado la hogaza casi hasta el borde para que el infame estofado de tres carnes de Hobb Tresdedos reblandeciera el pan duro. Entre los hermanos circulaba la broma de que las tres carnes eran carnero, carnero y carnero, pero en realidad habría sido más acertado decir que eran zanahoria, cebolla y nabo. Los restos del estofado estaban cubiertos por una capa de grasa fría y brillante.

Tras la marcha de Stannis, Bowen Marsh había insistido en que se trasladase a las antiguas habitaciones del Viejo Oso, en la Torre del Rey, pero Jon se había negado. Si ocupaba aquellas estancias, daria a entender que no esperaba que regresara.

Desde que Stannis pusiera rumbo al sur, una sensación de irrealdad se había apoderado del Castillo Negro, como si el pueblo libre y los hermanos negros contuvieran la respiración a la espera de lo que estaba por llegar. Los patios y el comedor estaban desiertos muchas veces; de la Torre del Lord Comandante solo quedaba el esqueleto; la sala común era poco más que una pila de vigas ennegrecidas, y la Torre de Hardin parecía a punto de desmoronarse con la menor ráfaga de viento. La única señal de vida que oía Jon era el débil tintineo de las espadas que llegaba del patio de la armería. Férreo Emmett le decía a voces a Petirrojo Saltarín que levantase el escudo.

« Todos deberíamos levantar el escudo» .

Jon se lavó, se vistió y se fue de la armería, no sin antes haber hecho una parada en el patio el tiempo justo para intercambiar unas palabras de ánimo con

Petirrojo Saltarin y otros reclutas de Emmett. Como siempre, declinó la oferta de Ty de llevar escolta. Ya tenía suficientes hombres alrededor, y si corría la sangre, dos más no supondrían gran diferencia. Pero sí cogió a *Garra*, y Fantasma iba pisándole los talones.

Cuando llegó a los establos, Edd el Penas ya estaba esperando al lord comandante, con el palafrén aparejado. Los hombres preparaban los carros bajo la atenta mirada de Bowen Marsh. El lord mayordomo recorría la columna arriba y abajo, mientras hacía gestos y daba voces, con las mejillas rojas por el frío. Cuando vio a Jon, se le enrojecieron aún más.

—Lord comandante, ¿aún pretendéis hacer esta...?

—¿... tontería? —remató Jon—. Por favor, dime que no ibas a decir *tontería*. Sí, voy a hacerlo. Ya lo hemos discutido. Guardiaoriente requiere más hombres. La Torre Sombría requiere más hombres. Guardiagrís y Marcahielo también, no me cabe duda, y aún nos quedan catorce castillos vacíos y muchísimas leguas de Muro sin vigilancia ni protección.

—El lord comandante Mormont... —Marsh se mordió los labios.

—... murió. Y no a manos de salvajes; fueron sus propios hermanos juramentados quienes lo mataron, hombres en los que confiaba. Ni tú ni yo sabemos qué habría hecho en mi lugar. —Jon dio la vuelta al caballo—. Basta de charla, nos vamos.

Edd el Penas había escuchado toda la conversación. Cuando Bowen Marsh se fue, señaló hacia detrás.

—Granadas. Con todas esas pipas. Matarían de asfixia a cualquiera. Yo preferiría un nabo; nunca se ha visto que un nabo pueda herir a un hombre.

Era en momentos como aquel cuando Jon extrañaba más al maestre Aemon. Clydas se ocupaba bien de los cuervos, pero no tenía ni una décima parte de los conocimientos y la experiencia de Aemon Targaryen, por no hablar de la sabiduría. Bowen, a su manera, era un buen hombre, pero la herida que le habían infligido en el Puente de los Cráneos lo había vuelto más duro de mollera, y en los últimos tiempos se pasaba el día con la manida cantinela de sellar las puertas. Othell Yarwyck era tan impasible y carente de imaginación como taciturno, y los capitanes de los exploradores tenían tendencia a morir tan pronto como les asignaba el cargo.

«La Guardia de la Noche ha perdido a demasiados de sus mejores hombres —pensó Jon mientras los carros empezaban a moverse—. El Viejo Oso, Qhorin Mediamaño, Donal Noye, Jarmen Buckwell, mi tío...».

Cuando la columna emprendió la marcha hacia el sur por el camino Real empezó a caer una nevada ligera. La larga línea de carros se puso en camino dispuesta a atravesar campos, arroyos y colinas arboladas, escoltada por una docena de lanceros y otra de arqueros. En los últimos viajes a Villa Topo habían visto cosas desagradables: empujones, golpes, maldiciones masculladas, muchas

miradas hostiles... Bowen Marsh pensó que sería mejor no arriesgarse y, por una vez, Jon y él estuvieron de acuerdo.

El lord mayordomo iba delante. Jon lo seguía un poco rezagado, en compañía de Edd Tollett el Peñas. Cuando ya estaban a tiro de ballesta del Castillo Negro, Edd acercó su montura a la de Jon.

—¿Mi señor? Mirad ahí arriba. Aquel borracho enorme de la colina.

El borracho no era otra cosa que un fresno que los siglos de viento habían dejado torcido, y tenía rostro: una boca seria, una rama rota por nariz y dos ojos profundamente tallados en el tronco, fijos en el norte del camino Real, hacia el castillo y el Muro.

« Al final, los salvajes se han traído a sus dioses» . A Jon no lo sorprendió; los hombres no abandonaban a sus dioses así como así. De repente, todo el espectáculo que había orquestado lady Melisandre más allá del Muro le parecía más vacuo que una función de títeres.

—Se te parece un poco, Edd —dijo en un intento de tomarse el asunto a la ligera.

—Es cierto, mi señor. A mí no me salen hojas de la nariz, pero por lo demás... A lady Melisandre no le hará ninguna gracia.

—No creo que lo vea. Hazte cargo de que nadie se lo cuente.

—Pero ella ve cosas en sus fuegos.

—Humo y cenizas.

—Y gente que arde. Puede que me vea a mí, con la nariz llena de hojas. Siempre me he temido que acabaría en la hoguera, pero tenía la esperanza de morir antes.

Jon volvió a mirar el rostro. ¿Quién lo habría tallado? Había apostado guardias alrededor de Villa Topo, para mantener a sus cuervos alejados de las salvajes y para evitar que el pueblo libre hiciera incursiones en el sur para saquear algún pueblo que otro. Quien fuera que había tallado el fresno había eludido a todos sus centinelas. Y si un hombre podía escapar de su vigilancia, otros también.

« Podría doblar otra vez la guardia —pensó con amargura—. Y malgastar el doble de hombres, hombres que podrían estar patrullando el Muro» .

Los carros continuaron avanzando hacia el sur con lentitud, por caminos de barro congelado y entre rachas de nieve. Al cabo de un tercio de legua se encontraron con un segundo rostro tallado en un castaño que crecía al lado de un río helado, desde donde sus ojos vigilaban el viejo puente de tablas que lo cruzaba.

—El problema se ha duplicado —declaró Edd el Peñas.

El castaño era un esqueleto desnudo, pero sus ramas marrones no estaban vacías: en una que colgaba por encima del arroyo había un cuervo con las alas erizadas por el frío. Cuando vio a Jon, las desplegó y soltó un graznido. Jon alzó el puño y silbó, y el gran pájaro negro se le acercó revoloteando.

—Maíz, maíz, maíz —graznó.

—Maíz para el pueblo libre, no para ti —respondió Jon. Se preguntó si no acabarían todos comiendo cuervos antes de que terminase el invierno.

A Jon no le cabía duda de que los hermanos que iban en los carros también habían visto aquel rostro. Nadie habló de ello, pero el mensaje estaba claro para cualquiera que tuviera ojos en la cara. En cierta ocasión Jon había oido a Mance Rayder decir que la mayoría de los arrodillados eran ovejas.

« Un perro puede pastorear un rebaño de ovejas —había comentado el Rey-más-allá-del-Muro—, pero el pueblo libre... Bueno, hay gatosombras y piedras. Los unos rondan por donde quieren y harán trizas a tus perros; los otros no se mueven a no ser que les des una patada». Ni los gatosombras ni las piedras estaban dispuestos a abandonar a los dioses que habían adorado toda su vida para inclinarse ante otro que apenas conocían.

Al norte de Villa Topo encontraron al tercer vigilante, tallado en un enorme roble que marcaba la linde de la aldea, con los profundos ojos clavados en el camino Real.

« Esa cara no tiene nada de amistosa —pensó Jon Nieve. Los rostros que habían tallado los primeros hombres y los hijos del bosque en los arcianos tantos eones atrás tenían casi siempre una expresión fiera o adusta, pero aquel roble parecía especialmente iracundo, como si de un momento a otro fuera a arrancar las raíces de la tierra y salir tras ellos entre rugidos—. Tiene las heridas tan recientes como los hombres que lo tallaron».

Villa Topo siempre había sido más grande de lo que parecía; la mayor parte de la aldea estaba bajo tierra, guarecida del frío y la nieve, y en aquellos momentos más que nunca. El magnar de Thenn había quemado el pueblo desierto cuando se disponía a atacar el Castillo Negro, y en la parte superior solo quedaban vigas ennegrecidas y viejas piedras chamuscadas..., pero bajo la tierra helada aún había criptas, túneles y sótanos, y ese era el lugar donde se había refugiado el pueblo libre, apiñado a oscuras como los topos que daban nombre a la aldea.

Los carros se detuvieron en una calle y formaron un semicírculo frente a la antigua herrería del pueblo. Cerca había un grupo de niños de rostro colorado que construían un fuerte de nieve, pero en cuanto vieron llegar a los hermanos de capa negra, se dispersaron y desaparecieron por diversos agujeros. Al poco, los adultos empezaron aemerger. Un hedor lo llenó todo a su llegada: cuerpos sin lavar, ropa sucia, excrementos y orina. Jon vio a uno de sus hombres arrugar la nariz y decir algo al que tenía al lado.

« Se burlan del olor de la libertad —supuso. Eran demasiados hermanos los que bromecaban sobre el hedor que desprendían los salvajes de Villa Topo—. ¿Serán brutos?». Los hombres del pueblo libre no diferían en gran cosa de los miembros de la Guardia de la Noche; los había limpios y sucios, pero casi todos

estaban limpios unas veces y sucios otras. Aquella peste era simplemente el olor de mil personas apiñadas en unos sótanos y túneles que se habían cavado para alojar a no más de cien.

Los salvajes ya habían pasado por aquello. Formaron filas tras los carros, en silencio. Había tres mujeres por cada hombre, muchas con niños delgados y pálidos agarrados a las faldas. Jon vio muy pocos bebés.

« Murieron durante el viaje —comprendió—, y los que sobrevivieron a la batalla cayeron en las empalizadas del rey. —Los luchadores habían salido mejor parados. Justin Massey había dicho durante el consejo que había trescientos hombres en edad de luchar; Harwood Fell los había contado—. También habrá mujeres de las lanzas. Cincuenta, sesenta, puede que hasta cien. —Jon sabía que las cuentas de Fell incluían a los heridos. Vio unos veinte, apoyados en bastones toscos, con las mangas vacías o sin manos, hombres a los que les faltaba un ojo o la mitad de la cara, un hombre sin piernas al que llevaban en volandas dos amigos... Todos estaban macilentos y demacrados—. Están deshechos. Los espectros no son los únicos muertos vivientes» .

Sin embargo, no todos estaban tan destrozados. Había media docena de thenitas, con sus armaduras de escamas de bronce, agrupados junto a una de las escaleras que descendían a los sótanos, con mirada hostil y sin hacer además de juntarse con los demás. Jon vio en las ruinas de la vieja herrería a un hombretón calvo al que reconoció como Halleck, el hermano de Harma Cabeza de Perro. Pero ya no estaban los cerdos.

« Se los habrán comido. —También había otros dos, vestidos con pieles: los pies de cuerno, tan fieros como escuálidos, descalzos hasta por la nieve—. Aún quedan lobos entre esas ovejas» . La última vez que había ido a visitarla, Val se lo había recordado.

—El pueblo libre y los arrodillados se parecen más de lo que piensas, Jon Nieve. Los hombres son hombres, y las mujeres, mujeres, y da igual de qué lado del Muro hayan nacido. Hay hombres buenos y malvados, héroes y villanos, gente de honor, mentirosos, cuervos, bestias... De todo, como en la Guardia.

« Y tenía razón» . Lo difícil era distinguir unos de otros, separar las ovejas de las cabras.

Los hermanos negros empezaron a repartir comida. Habían llevado carne en salazón, bacalao, alubias, nabos, zanahorias, sacos de harina, cebada y trigo, huevos en escabeche, y barriles llenos de cebollas y manzanas.

—Puedes coger una cebolla o una manzana, no las dos. —Hal el Peludo daba explicaciones a una mujer—. Tienes que elegir.

—Necesito dos de cada. Dos de cada para mí, y otras dos para mi hijo. Está enfermo, pero con una manzana se pondrá mejor. —La mujer no parecía entenderlo. Hal negó con la cabeza.

—Tiene que venir y coger su propia manzana, o una cebolla, pero no las dos

cosas. Y tú igual. A ver, ¿quieres una manzana, o una cebolla? Date prisa, que hay mucha gente en la cola.

—Una manzana —contestó. Hal le dio una manzana pequeña, mustia y arrugada.

—¡Muévete de una vez! —gritó el tercero de la cola—. Aquí fuera hace frío.

—Dame otra manzana —insistió la mujer, como si no oyera el grito—. Para mi hijo. Por favor, esta es muy pequeña.

Hal miró a Jon, que negó con la cabeza. Enseguida se quedarían sin manzanas. Si empezaban a dar dos a todo el que las pidiera, los últimos en llegar se quedarían sin ninguna.

—¡Quita de ahí! —gritó la siguiente en la cola. Le dio un empujón en la espalda a la mujer, que se tambaleó, perdió la manzana y cayó al suelo. Toda la comida que sujetaba voló por los aires. Las alubias se desparramaron, un nabo cayó en un charco de barro y un saco de harina se rompió y derramó su precioso contenido en la nieve.

Empezaron a oírse voces airadas, en la lengua antigua y en la común. En otro carro empezó a haber más empujones.

—No es suficiente —gruñó un anciano—. Estáis matándonos de hambre, malditos cuervos. —La mujer a la que habían tirado al suelo estaba arrodillada, recogiendo su comida. Jon vio el brillo del acero desnudo unos pasos más allá. Sus arqueros colocaron flechas en las cuerdas. Jon hizo girar a su montura.

—Apacigúalos, Rory. —Rory se llevó a los labios un cuerno enorme y lo hizo sonar.

Los empujones y alborotos cesaron; todas las cabezas se volvieron; un niño se echó a llorar.

—Nieve, nieve, nieve —susurró el cuervo de Mormont mientras iba de un hombro de Jon al otro, con la cabeza inclinada.

Jon esperó hasta que se acallaron las últimas voces y espolgó al palafrén para que todo el mundo pudiera verlo.

—Os estamos dando tanta comida como podemos, tanta como podemos permitirnos. Manzanas, cebollas, nabos, zanahorias... A todos nos queda un largo invierno por delante, y nuestros almacenes no son inagotables.

—Pues bien que coméis los cuervos —dijo Halleck mientras se hacía sitio a empujones.

«De momento».

—Defendemos el Muro. El Muro protege al reino..., y ahora, también a vosotros. Sabéis a qué enemigo nos enfrentamos. Sabéis qué se nos viene encima. Algunos ya os habéis enfrentado a ellos: espectros y caminantes blancos; muertos de ojos azules y manos negras. Yo también los he visto, he luchado contra ellos, he mandado a uno al infierno. Primero matan, y luego envían a

vuestros muertos contra vosotros. Los gigantes no han podido con ellos, ni los thenitas, ni los clanes del río de hielo, ni los pies de cuerno, ni el pueblo libre... y a medida que los días se acortan y las noches se hacen más frías, ellos se vuelven más fuertes. Cientos de vosotros habéis abandonado vuestros hogares y venido al sur... ¿y para qué? Para escapar de ellos, para estar a salvo. Pues lo que os mantiene a salvo es el Muro. Quienes os protegen son esos cuervos negros a los que denostáis.

—Nos protegéis y nos matáis de hambre —dijo una mujer de las lanzas achaparrada de cara curtida por el viento.

—¿Queréis más comida? —preguntó Jon—. La comida es para los que luchan. Ayudadnos a defender el muro y podréis comer tanto como el resto de cuervos.

« O igual de poco cuando nos quedemos sin nada» .

Se hizo el silencio. Los salvajes cruzaron miradas recelosas.

—Comer —susurró el cuervo—. Maíz, maíz.

—¿Luchar por ti? —dijo una voz de acento marcado. Sigorn, el joven magnar de Thenn, hablaba la lengua común a trompicones en el mejor de los casos—. No luchar por ti. Matar mejor. Matar todos vosotros.

—Matar, matar —repitió el cuervo batiendo las alas.

El padre de Sigorn, el antiguo magnar, había muerto aplastado por una escalera que le cayó encima en el asalto del Castillo Negro.

« Yo respondería lo mismo si me pidieran que hiciera causa común con los Lannister», se dijo Jon.

—Tu padre intentó matarnos a todos —le recordó a Sigorn—. El magnar era un hombre valiente, pero aun así fracasó. Y si hubiera conocido la victoria, ¿quién estaría guardando el Muro? —Se alejó de los thenitas—. Las murallas de Invernalia también eran fuertes, pero hoy Invernalia está en ruinas, quemada y destrozada. Ningún muro es más fuerte que los hombres que lo defienden.

—Nos masacrás, después nos matáis de hambre y ahora queréis convertirnos en vuestros esclavos —dijo un anciano que acunaba un nabo contra su pecho.

—Yo preferiría ir desnudo antes que llevar una de esas andrajosas capas negras a la espalda —gritó en aprobación un hombre fornido de cara rojiza. Una mujer de las lanzas soltó una risotada.

—Ni siquiera tu esposa quiere verte desnudo, Butts.

Una docena de voces sonó a la vez. Los thenitas lanzaban gritos en la antigua lengua. Un niño se puso a llorar. Jon Nieve esperó hasta que el tumulto se hubo acallado y se volvió hacia Hal el Peludo.

—¿Qué le acabas de decir a esa mujer?

—¿Lo de la comida? Una manzana o una cebolla, es lo único que he dicho. Que tenía que escoger —respondió, confuso.

—Tenéis que escoger —repitió Jon Nieve—. Todos. Nadie os pide que os sometáis a nuestro juramento, y me trae sin cuidado a qué dioses adoréis. Mis dioses son los antiguos, los dioses del norte, pero vosotros podéis quedaros con el dios rojo, con los Siete o con cualquier otro que escuche vuestras oraciones. Lo que necesitamos son lanzas, arcos, ojos que vigilen el Muro.

» Aceptaré a cualquier chico que tenga más de doce años y sepa empuñar una lanza o tensar un arco. Aceptaré a los ancianos, a los heridos y a los tullidos, incluso a aquellos que ya no puedan pelear. Pueden realizar otras labores: emplumar flechas, ordeñar cabras, recoger leña, limpiar los establos... Hay muchísimo trabajo. Y sí, también aceptaré a vuestras mujeres. No quiero para nada doncellas tímidas que busquen protección, pero cualquier mujer de las lanzas será bien recibida.

—¿Qué hay de las chicas? —preguntó una. Parecía tener la edad de Arya la última vez que la había visto.

—Aceptaré a las que tengan más de dieciséis años.

—Pero aceptáis chicos de solo doce.

En los Siete Reinos no era infrecuente ver chicos de doce años de pajes o escuderos, y muchos llevaban años entrenándose. Las chicas de esa edad no eran sino niñas.

« Pero estas son salvajes» .

—Como queráis. Aceptaré chicos y chicas de doce años para arriba. Pero solo a aquellos que sepan acatar órdenes, y esto va por todos vosotros. Nunca os pediré que os arrodilléis ante mí, pero tendréis capitanes y sargentos que os dirán a qué hora levantarlos y acostarlos, dónde comer, cuándo beber, qué ropa llevar, y cuándo desenvainar la espada y disparar las flechas. Los hombres de la Guardia de la Noche sirven durante toda su vida. No os pediré lo mismo, pero mientras estéis en el Muro obedeceréis mis órdenes; de lo contrario os cortaré la cabeza. Mis hermanos me han visto hacerlo. Preguntadles a ellos si no me consideráis capaz.

—Cabeza —gritó el cuervo del Viejo Oso—. Cabeza, cabeza, cabeza.

—La elección es vuestra —prosiguió Jon Nieve—. Aquellos que queráis ayudarnos a defender el Muro, volved conmigo al Castillo Negro y me ocuparé de que os den armas y comida. Los demás, coged vuestros nabos y vuestras cebollas, y volved a arrastraros a vuestros agujeros.

La chica fue la primera en adelantarse.

—Yo sé luchar. Soy hija de una mujer de las lanzas.

« Quizá no tenga ni doce años» , pensó Jon, aunque asintió, y la chica se abrió paso entre dos ancianos. No tenía intención de renunciar a su única recluta.

La siguió un par de muchachos que no pasarián de los catorce. Después se acercó un hombre tuerto lleno de cicatrices.

—Yo también he visto a los muertos —le dijo—. Hasta los cuervos son

preferibles.

Una mujer de las lanzas alta, un anciano que se apoyaba en dos bastones, un muchacho de cara ancha con un brazo atrofiado, un joven pelirrojo que le recordó a Ygritte...

—No me gustas, cuervo —gruñó Halleck entonces—, pero ese Mance tampoco me gustó nunca, ni a mí ni a mi hermana, y aun así, luchamos por él. ¿Por qué no luchar por ti?

Aquello derrumbó el dique. Halleck tenía seguidores.

«Mance no se equivocaba».

—El pueblo libre no sigue a nombres, ni a animalitos de tela cosidos a una túnica —le había dicho el Rey-más-allá-del-Muro—. No baila por unas monedas y poco le importa qué ropa lleves, qué cargo representa una cadena o de quién seas nieto. Solo respetan la fuerza. Respetan al hombre por sí mismo.

A Halleck lo siguieron sus primos, y tras ellos, uno que portaba el estandarte de Harma. Después, hombres que habían luchado con ella o habían oído hablar de sus proezas. Ancianos, novatos, luchadores en buena forma, heridos, tullidos, más de veinte mujeres de las lanzas y hasta tres pies de cuerno.

«Ningún thenita». El magnar se volvió y desapareció en los túneles, seguido estrechamente por sus acólitos vestidos de bronce.

Cuando entregaron la última manzana rancia, los carros ya estaban llenos de salvajes, y eran sesenta y tres más que cuando la columna había partido del Castillo Negro por la mañana.

—¿Qué vais a hacer con ellos? —le preguntó Bowen Marsh a Jon durante el regreso por el camino Real.

—Entrenarlos, armarlos, y dividirlos. Enviarlos adonde se los necesite. Guardiaoriente, la Torre Sombría, Marcahielo, Guardiagrís... Tengo intención de abrir tres fuertes más.

El lord mayordomo miró hacia atrás.

—¿También enviaréis a las mujeres? Nuestros hermanos no están acostumbrados a que haya mujeres entre ellos, mi señor. Su juramento... Habrá peleas, violaciones...

—Estas mujeres tienen cuchillos y saben usarlos.

—¿Y qué pasará cuando una le corte el cuello a uno de nuestros hermanos?

—Habremos perdido un hombre —contestó Jon—, pero habremos ganado sesenta y tres. Se te dan bien las cuentas, mi señor. Corrígeme si me equivoco, pero diría que eso nos deja con sesenta y dos luchadores más que antes.

—También habéis añadido sesenta y tres bocas más, mi señor... Pero ¿cuántas de ellas pueden luchar, y de qué lado? Si los Otros llegan a nuestras puertas, es probable que luchen de nuestro lado, os lo concedo... pero cuando llegue Tormund Matagigantes, o el Llorón con diez mil asesinos aullantes, ¿qué pasará ese día? —Marsh no estaba nada convencido.

—Ese dia lo sabremos. Así que esperemos que no llegue.

Soñó con su padre y con el Señor de la Mortaja. Soñó que eran la misma persona, y cuando su padre lo rodeó con brazos de piedra y se inclinó para darle el beso gris, se despertó con la boca seca y polvorienta, con sabor a sangre en los labios y el corazón martilleándole el pecho.

—El enano muerto nos ha sido devuelto —proclamó Haldon.

Tyrion sacudió la cabeza para limpiársela de las telarañas del sueño.

« Los Pesares. Me perdí en los Pesares» .

—No estoy muerto.

—Eso está por ver. —El Mediomaestre lo miraba desde arriba—. Pato, sed buen pájaro y hervid caldo para nuestro amiguito. Debe de estar famélico.

Tyrion se dio cuenta de que se encontraba en la *Doncella Timida*, bajo una manta áspera que apestaba a vinagre.

« Hemos dejado atrás los Pesares. Solo ha sido un sueño que he tenido mientras me ahogaba» .

—¿Por qué huele tanto a vinagre?

—Lemore os ha lavado con vinagre. Hay quien dice que sirve para prevenir la psoriasis. Personalmente, lo dudo, pero tampoco se pierde nada por intentarlo. También ha sido Lemore quien os ha obligado a vomitar el agua de los pulmones cuando Grif os ha izado. Estabais frío como el hielo y teníais los labios azules. Yandry decía que sería mejor devolverlos al río, pero el chico lo prohibió.

« El príncipe. —El recuerdo volvió como una ola: el hombre de piedra que extendía las manos grises agrietadas, la sangre que le brotaba de los nudillos—. Pesaba como una roca y me arrastró al fondo» .

—¿Grif me sacó? —« Mucho debe de odiarme; de lo contrario, me habría dejado morir» . —¿Cuánto tiempo he dormido? ¿Dónde estamos?

—En Selhorys. —Haldon se sacó un cuchillo pequeño de la manga—. Tomad.

Se lo lanzó a Tyrion de forma solapada. El enano pegó un respingo. El cuchillo le aterrizó entre los pies y se quedó vibrando, clavado en la cubierta.

—¿Para qué lo quiero?

—Quitaos las botas y pinchaos uno por uno los dedos de los pies, y luego los de las manos.

—Eso va a doler.

—Más os vale. Hacedlo.

Tyrion se quitó una bota; luego la otra; se bajó las calzas y se examinó los pies. No le pareció que los dedos estuvieran mejor ni peor que de costumbre. Se pinchó con cautela el dedo gordo.

—Más fuerte —apremió Haldon Mediomaestre.

—¿Qué queréis, que me haga sangre?

—Si hace falta...

—Voy a acabar con una costra en cada dedo.

—No os pido que os contéis los dedos; quiero ver un rictus de dolor. Si los pinchazos duelen, no pasa nada. Si no notáis la punta del cuchillo, es hora de que empecéis a preocuparos.

«La psoriagrís». Tyrion hizo un gesto de aprensión. Se pinchó otro dedo y soltó un tajo cuando una perla de sangre manó en torno a la punta del cuchillo.

—Ha dolido. ¿Contento?

—Estoy que salto de alegría.

—Os hueles los pies más que a mí, Yollo. —Pato le dio un tazón de caldo—. Grif os advirtió que no tocárais a los hombres de piedra.

—Sí, pero se le olvidó advertir a los hombres de piedra que no me tocaran ellos a mí.

—A medida que os vayáis pinchando, revisad que no haya zonas de piel grisácea ni uñas ennegrecidas —dijo Haldon—. Si veis uno de esos indicios, no dudéis un momento: es mejor perder un dedo que todo el pie. Más os vale perder un brazo que pasaros el resto de vuestros días aullando en el puente del Sueño. Ahora los dedos del otro pie, por favor, y luego los de las manos.

El enano cruzó las piernas atrofiadas y empezó a pincharse el resto de los dedos.

—¿Me pincho también la polla?

—No estaría de más.

—¡No estaría de más para vos! Aunque, para lo que la uso, tanto me daría cortármela.

—Como queráis. La curtiremos, la rellenaremos y la venderemos por una fortuna. Las pollas de enano tienen poderes mágicos.

—Eso mismo les digo yo a las mujeres. —Tyrion se clavó el puñal en el pulgar, vio aflorar la perla de sangre y la lamió—. ¿Cuánto tiempo tendré que seguir castigándome? ¿Cuándo estaremos seguros de que estoy limpio?

—Seguros del todo? Nunca —replicó el Mediomaestre—. Os habéis tragado medio río. Puede que ya os estéis poniendo gris por dentro, empezando por el corazón y los pulmones. Si es así, no hay baño de vinagre que pueda salvaros y no sirve de nada que os pinchéis los dedos. Cuando acabéis, venid a tomar un caldo.

El caldo estaba bueno, aunque Tyrion advirtió que el Mediomaestre se cuidaba de que la mesa los separase en todo momento. La *Doncella Tímida* estaba atracada en un embarcadero destortalado de la orilla este del Rhoyne. Dos embarcaderos más allá, los soldados de una galera fluvial volantina bajaban a tierra. Las tiendas, tenderetes y almacenes se apretujaban contra un muro de arenisca. Más allá, la luz del sol poniente iluminaba las torres y cúpulas de la ciudad.

«No, no es una ciudad». Selhorys se consideraba un simple pueblo,

gobernado desde la Antigua Volantis. No estaban en Poniente.

Lemore subió a cubierta seguida por el príncipe. Al ver a Tyrion, corrió a abrazarlo.

—La Madre es misericordiosa. Hemos rezado por vos, Hugo.

«Habrá rezado tú, pero menos es nada».

—No os lo tendré en cuenta.

El saludo de Grif el Joven fue menos efusivo. El príncipe estaba de mal humor por haberse visto obligado a permanecer en la *Doncella Timida* en vez de bajar a la orilla con Ysilla y Yandry.

—Lo único que queremos es que estés a salvo —le había explicado Lemore —. Corren tiempos difíciles.

—Durante el trayecto de los Pesares a Selhorys hemos visto en tres ocasiones jinetes que iban hacia el sur por la orilla este. Eran dothrakis. Llegaron a acercarse tanto que les oímos las campanillas de las trenzas, y a veces se pueden ver las hogueras que encienden por la noche al otro lado de las colinas. También nos hemos cruzado con naves de combate y galeras fluviales volantinas abarrotadas de soldados esclavos; salta a la vista que los triarcas temen que haya un ataque contra Selhorys.

Tyrion lo entendió al momento. Selhorys era la única localidad importante de la orilla este del Rhoyne, con lo que estaba mucho más a merced de los señores de los caballos que sus hermanos del otro lado del río.

«Pero no deja de ser un premio menor. Si yo fuera *khal*, fintaría hacia Selhorys, esperaría a que los volantinos se apresurasen a defenderla y me desviaría hacia el sur para entrar en la mismísima Volantis».

—Sé manejar la espada —insistía Grif el Joven.

—Hasta vuestros antepasados más valientes se rodeaban de su Guardia Real en los momentos de peligro.

Lemore se había cambiado la ropa de septa por otra más adecuada para la esposa o la hija de un mercader próspero. Tyrion la observó con atención. No le había costado mucho descubrir qué ocultaba el pelo teñido de azul de Grif y de Grif el Joven; Yandry e Ysilla eran lo que parecían, mientras que Pato era menos de lo que aparentaba. En cambio, Lemore...

«¿Quién será en realidad? ¿Qué hará aquí? Juraría que no es por el oro. ¿Qué relación la unirá con el príncipe? ¿Habrá sido alguna vez una verdadera septa?».

Haldon también se había fijado en el cambio de atuendo.

—¿A qué viene esta repentina pérdida de fe? Os prefería con ropa de septa, Lemore.

—Yo la prefería desnuda —señaló Tyrion.

—Eso es porque tenéis un alma retorcida —dijo Lemore lanzándole una mirada cargada de reproches—. La ropa de septa proclama a los cuatro vientos que venimos de Poniente, y podría atraer más atención de la que nos interesa. —

Se volvió hacia el príncipe Aegon—. No sois el único que se esconde.

Aquello no apaciguó al joven.

« Es el príncipe perfecto, pero sigue siendo un muchacho sin experiencia que lo ignora todo sobre el mundo y sus peligros» .

—Príncipe Aegon —dijo Tyrion—, visto que estamos condenados a quedarnos en el barco, ¿me honraréis con una partidita de *sitrang* para pasar el rato?

—Estoy harto de jugar al *sitrang*. —El príncipe lo miró con desconfianza.

—Harto de perder contra un enano, querréis decir.

Aquello acicateó el orgullo del muchacho, tal como Tyrion había previsto.

—Id a buscar el tablero y las piezas. Esta vez voy a haceros pedazos.

Jugaron en la cubierta, sentados tras la cabina con las piernas cruzadas. Grif el Joven organizó su ejército para un ataque, con el dragón, los elefantes y caballería pesada delante.

« Una formación juvenil, tan osada como estúpida. Se lo juega todo a una victoria rápida» . Dejó que el príncipe hiciera la primera jugada. Haldon se puso tras ellos para observar la partida.

El príncipe fue a coger el dragón y Tyrion carraspeó.

—Yo en vuestro lugar no haría eso. Es un error sacar el dragón tan pronto. —Le dirigió una sonrisa cándida—. Vuestro padre sabía muy bien cuán peligroso es el exceso de osadía.

—¿Conocisteis a mi verdadero padre?

—Lo vi un par de veces, pero yo solo tenía diez años cuando lo mató Robert, y mi padre me tenía escondido debajo de una piedra. No, no se puede decir que conociera al príncipe Rhaegar. Quien lo conocía era vuestro falso padre. Lord Connington era el amigo más querido del príncipe, ¿verdad?

Grif el Joven se apartó un mechón de pelo azul de los ojos.

—Sirvieron juntos de escuderos en Desembarco del Rey.

—Sí, nuestro lord Connington es un buen amigo. Tuvo que serlo para guardar tanta lealtad al nieto del rey que le arrebató tierras y títulos y lo mandó al exilio. Eso sí que fue una pena. De no haber sido así, tal vez el príncipe Rhaegar habría tenido un amigo cerca cuando mi padre saqueó Desembarco del Rey para evitar que estamparan los regios sesos del adorado hijito del príncipe contra la pared.

—No era yo —replicó el chico, acalorado—. Ya os lo he dicho, era el hijo de un curtidor del recodo del Meados cuya madre había muerto en el parto. Su padre se lo vendió a lord Varys por una jarra de dorado del Rejo. Ya tenía otros hijos, pero el dorado del Rejo no lo había probado nunca. Varys entregó el bebé del Meados a mi madre y se me llevó.

—Cierto. —Tyrion movió los elefantes—. Y cuando murió el príncipe del Meados, el eunuco os envió al otro lado del mar Angosto con su gordo amigo el mercachifle, que os escondió en una barcaza y buscó a un señor exiliado que os

hiciera las veces de padre. Es una historia espléndida, y los bardos le sacarán mucho partido cuando os sentéis en el Trono de Hierro... siempre que nuestra hermosa Daenerys os acepte como consorte.

—Me aceptará. Tiene que aceptarme.

—«Tiene que»? —recalcó Tyrion—. Tch, tch. No es algo que a las reinas les guste mucho oír. Sin duda sois el príncipe perfecto: astuto, osado y tan atractivo como podría soñar cualquier doncella. Pero Daenerys Targaryen no es ninguna doncella. Es viuda de un *khal dothraki*, madre de dragones y saqueadora de ciudades. Aegon el Conquistador con tetas. A lo mejor no está tan dispuesta como creéis.

—Lo estará. —El príncipe Aegon parecía consternado. Era obvio que no se había parado a pensar en la posibilidad de que su futura esposa lo rechazara—. Vos no la conocéis. —Cogió el caballo y lo movió con un golpe brusco. El enano se encogió de hombros.

—Sé que se pasó la infancia en el exilio y la pobreza, alimentándose de sueños y planes, huyendo de una ciudad a otra, siempre con miedo, nunca a salvo, sin más aliados que un hermano que, según se dice, estaba medio loco. Y que vendió la virginidad de su hermana a los dothrakis por la promesa de un ejército. Sé que por allí, en medio de la hierba, nacieron sus dragones y, en cierto modo, ella también. Sé que es orgullosa, ¿cómo no iba a serlo? ¿Qué le queda sino el orgullo? Sé que es fuerte, ¿cómo no va a serlo? Los dothrakis desprecian la debilidad. Si Daenerys fuera débil, habría muerto, igual que Viserys. Y sé que es fiera. Astapor, Yunkai y Meereen lo demuestran. Ha cruzado el mar de hierba y el erial rojo; ha sobrevivido a intentos de asesinato, conspiraciones y hechizos, y ha llorado a un hermano, a un esposo y a un hijo, para reducir a polvo las ciudades esclavistas bajo sus lindas sandalias. A ver, ¿cómo creéis que reaccionará esta reina cuando aparezcais con vuestro cuenco de mendigo en la mano y le digáis: «Muy buenas, tiña, soy tu sobrino Aegon, que ha vuelto de entre los muertos. Llevo toda la vida escondido en una barcaza, pero ahora me he lavado el tinte azul del pelo y quiero un dragón, si no es mucha molestia. Ah, por cierto, he comentado que mi derecho al Trono de Hierro es más sólido que el tuy o»?

—No me presentaré ante mi tía como un mendigo. —Aegon apretó los labios, furioso—. Llegaré como su igual, con un ejército.

—Con un ejército pequeño. —«Bien, esto lo ha puesto furioso. Tengo un don especial para enfurecer a los príncipes», pensó el enano acordándose de Joffrey —. La reina Daenerys tiene un ejército considerable, y no gracias a vos. —Tyrion movió los ballesteros.

—Decid lo que gustéis. Será mi esposa; lord Connington se encargará de eso. Confío en él como si fuera sangre de mi sangre.

—Tal vez deberíais ser vos el bufón, y no yo. ¡No confiéis en nadie, príncipe

mío! Ni en vuestro maestre sin cadena, ni en vuestro falso padre, ni en el gallardo Pato, ni en la adorable Lemore, ni en ninguno de estos buenos amigos que os han criado. Por encima de todo, no confiéis en el mercader de quesos, ni en la Araña, ni en la reinecita dragón con la que pensáis casaros. Tanta desconfianza os agriará en el estómago y no os dejará conciliar el sueño, sí, pero eso es mejor que sumirse en aquel que no se despierta. —Empujó el dragón negro al otro lado de una cadena montañosa—. En fin, ¿qué sabré yo? Vuestro falso padre es un gran señor, y yo solo soy un hombre que más bien parece un mono. Pero lo cierto es que haría las cosas de manera diferente.

—¿Cómo de diferente? —Aquellas palabras habían captado la atención del chico.

—Si estuviera en vuestro lugar? Iría hacia el oeste, no hacia el este. Desembarcaría en Dorne y alzaría mis estandartes. Los Siete Reinos no han estado nunca más maduros para la conquista. El Trono de Hierro lo ocupa un niño; el Norte es un caos, las tierras de los ríos están asoladas; un rebelde ha ocupado Bastión de Tormentas y Rocadragón. Cuando llegue el invierno, el reino pasará hambre y ¿quién queda para enfrentarse a todo esto? ¿Quién gobernaría al pequeño rey que gobierna los Siete Reinos? Nada menos que mi querida hermana. No hay nadie más. Mi hermano Jaime está sediento de batalla, no de poder. Ha eludido toda posibilidad de gobernar. Mi tío Kevan sería un regente aceptable si lo obligaran a asumir el cargo, pero por iniciativa propia no lo va a buscar. Los dioses le dieron talante de seguidor, no de cabecilla. —«Bueno, los dioses y mi señor padre»—. Mace Tyrell se haría con el cetro de buena gana, pero mi familia no se apartará para cederle el paso así por las buenas. Y a Stannis lo odia todo el mundo. ¿Quién nos queda entonces? Cersei. Solo Cersei.

» Poniente está desgarrado y sangra, y no me cabe duda de que mi querida hermana estará tratando las heridas... con sal. Cersei es tan bondadosa como el rey Maegor, tan generosa como Aegon el Indigno y tan prudente como Aerys el Loco. Nunca olvida una ofensa, verdadera o imaginaria. Confunde la cautela con la cobardía y la disensión con el desafío. Y es codiciosa: ansia poder, honor, amor... El reinado de Tommen está apuntalado por todas las alianzas que forjó mi señor padre con tanto esmero, pero ella no tardará en destruirlas, de la primera a la última. Desembarcad; alzad vuestros estandartes, y los hombres correrán a unirse a vuestra causa. Todos: señores grandes y pequeños, y también el pueblo llano. Pero no os demoréis demasiado, mi príncipe. Estas circunstancias no durarán. La marea que os levanta no tardará en retroceder. Aseguraos de llegar a Poniente antes de que caiga mi hermana y ocupe su lugar alguien más competente.

—Pero... —El príncipe Aegon dudaba—. Sin Daenerys y sus dragones, ¿qué esperanza tenemos de vencer?

—No tenéis que vencer —replicó Tyrion—. Lo único que debéis hacer es

alzar los estandartes, aglutinar a vuestros seguidores y esperar a que llegue Daenerys para unir sus fuerzas a las vuestras.

—Decís que no me aceptaría.

—Puede que me equivoque. A lo mejor le dais pena cuando os vea llegar mendigando su mano. —Se encogió de hombros—. ¿Queréis jugaros el Trono de Hierro al capricho de una mujer? En cambio, si vais a Poniente... Ah, entonces seréis un rebelde, no un mendigo. Osado, temerario, un verdadero vástagos de la casa Targaryen que sigue las huellas de Aegon el Conquistador. Un dragón.

» Ya os he dicho que conozco a nuestra pequeña reina. Esperad a que se entere de que el hijo asesinado de su hermano Rhaegar sigue vivo y es un valeroso muchacho que ha izado una vez más la enseña del dragón de sus antepasados en Poniente, y que lucha contra viento y marea para vengar a su padre y recuperar el Trono de Hierro para la casa Targaryen, acosado por todos los flancos..., y ella volará a vuestro lado tan deprisa como la puedan transportar el viento y el agua. Sois el último de su estirpe, y a esta Madre de Dragones, a esta rompedora de cadenas, le gustan los rescates por encima de todo. La chica que prefirió ahogar en sangre las ciudades esclavistas a permitir que unos desconocidos siguieran encadenados será incapaz de abandonar al hijo de su propio hermano cuando más la necesita. Y cuando llegue a Poniente y os reunáis será como iguales, como hombre y mujer, no como reina y mendigo. ¿Qué podrá impedir que os ame? —Sonrió, cogió el dragón y lo hizo volar sobre el tablero—. Vuestra alteza tendrá que disculparme, pero tenéis al rey atrapado. Muerte en cuatro jugadas.

El príncipe se quedó mirando el tablero.

—El dragón...

—Está demasiado lejos para salvaros. Deberíais haberlo movido al centro de la batalla.

—¡Pero si me dijisteis...!

—Mentí. No os fieis de nadie. Y tened siempre cerca vuestro dragón.

Grif el Joven se puso en pie bruscamente y volcó el tablero; las piezas de *sitrang* salieron volando en todas direcciones, rebotaron y rodaron por la cubierta de la *Doncella Tímida*.

—Recógelas —ordenó.

« Puede que sí sea un Targaryen» .

—Como desee vuestra alteza. —Tyrion se puso a cuatro patas y se arrastró por la cubierta para recoger las piezas.

Ya estaba poniéndose el sol cuando Ysilla y Yandry volvieron a la *Doncella Tímida*, seguidos por un porteador que empujaba una carretilla cargada de provisiones: harina, sal, mantequilla recién batida, panceta envuelta en lino, sacos de naranjas, manzanas y peras... Yandry llevaba una cuba de vino al hombro, mientras que Ysilla transportaba de igual manera un lucio del tamaño de Tyrion.

Cuando vio al enano al final de la pasarela, Ysilla se detuvo tan bruscamente que Yandry tropezó con ella y estuvo a punto de tirar el lucio al río. Pato la ayudó a sujetarlo, e Ysilla miró a Tyrion y le hizo un extraño gesto, apuntándolo con tres dedos.

«Para librarse del mal de ojo».

—Ya os ayudo con ese pescado —le dijo a Pato.

—¡No! —espetó Ysilla—. Atrás. No toquéis más comida que la que vayáis a comeros.

—Como gustéis. —El enano levantó las dos manos.

—¿Dónde está Grif? —preguntó Yandry a Haldon al tiempo que dejaba la cuba en cubierta.

—Durmiendo.

—Pues despertadlo. Traemos una noticia importante. El nombre de la reina está en boca de todos en Selhorys. Se rumorea que aún están en Meereen, bajo asedio. Si es verdad lo que se dice en los mercados, la Antigua Volantis también va a declararle la guerra.

—Los chismes de los pescaderos no son de fiar. —Haldon frunció los labios—. Pero sí, será mejor que se lo digamos a Grif. Ya sabéis cómo es. —El Mediomaestre bajó a los camarotes.

«La chica no llegó a emprender viaje hacia el oeste. —Habría tenido buenos motivos. Entre Meereen y Volantis había quinientas leguas de desiertos, montañas, pantanos y ruinas, además de Mantarys, con su siniestra reputación—. Una ciudad de monstruos, dicen, pero si marcha por tierra, ¿dónde si no se aprovisionará de agua y comida? Por mar sería más rápido, pero si no tiene barcos...».

Cuando Grif apareció en cubierta, el lucio ya se asaba en las brasas mientras Ysilla lo vigilaba y lo rociaba de limón. El mercenario llevaba cota de malla, capa de piel de lobo, guantes de gamuza y calzones de lana oscura. Si se sorprendió de ver a Tyrion despierto, no lo dejó entrever más allá de su habitual gruñido a modo de saludo. Fue con Yandry junto al timón, donde conversaron en voz muy baja para que el enano no se enterase de nada. Al cabo de un rato llamó a Haldon.

—Tenemos que averiguar qué hay de cierto en esos rumores. Id a la orilla y averiguad cuánto podáis. A ver si encontráis a Qavo, que estará informado. Andará por El Barquero, por La Tortuga Pintada o por los sitios de siempre.

—Vale. Me llevo al enano, que cuatro orejas oyen más que dos. Y ya sabéis cómo es Qavo con el *sitrang*.

—Como queráis. Volved antes de que salga el sol. Si os demoráis por cualquier motivo, id con la Compañía Dorada.

«Así habla un verdadero señor», pensó Tyrion, aunque se guardó de decirlo en voz alta.

Haldon se puso una capa con capucha y Tyrion se cambió el atavío casero de bufón por ropa gris más discreta. Grif le dio a cada uno una bolsita de plata de los cofres de Illyrio.

—Para soltar lenguas —les dijo.

El ocaso dejaba paso a la oscuridad cuando recorrieron la orilla del río. Algunos barcos que vieron parecían desiertos, con las pasarelas levantadas. Otros estaban atestados de hombres armados que los miraron con desconfianza. Al pie de la muralla los tenderetes estaban iluminados con faroles de pergamo que proyectaban charcos de luz coloreada en los guijarros del camino. Tyrion vio como el rostro de Haldon pasaba del verde al rojo y luego al morado. Mezclada con la cacofonía de idiomas desconocidos distinguió una música extraña que procedía de un lugar cercano: una flauta aguda con acompañamiento de tambores. A sus espaldas ladraba un perro. Las putas habían salido: marítimo o fluvial, un puerto era un puerto, y donde hubiera marineros habría prostitutas.

« ¿Mi padre se referiría a esto? ¿Ahí es adonde van las putas? ¿Al mar? —Las prostitutas de Lannisport y Desembarco del Rey eran mujeres libres. Sus hermanas de Selhorys eran esclavas, marcadas como tales por las lágrimas que llevaban tatuadas bajo el ojo derecho—. Más viejas que el pecado y el doble de feas, de la primera a la última. —Casi hacían que cualquiera renunciara al puterío. Tyrion sintió sus ojos clavados en ellos al pasar, y las oyó susurrar y ahogar risitas entre las manos—. Cualquiera diría que es la primera vez que ven a un enano».

Una escuadra de lanceros volantinos montaba guardia en la puerta del río. La luz de las antorchas se reflejaba en las garras de acero que sobresalían de sus guanteletes. Los yelmos que llevaban eran máscaras de tigre, y los rostros que ocultaban con ellos tenían franjas verdes tatuadas en las mejillas. Tyrion sabía que los soldados esclavos de Volantis estaban muy orgullosos de sus rayas de tigre.

« ¿Anhelarán la libertad? —se preguntó—. ¿Qué harían si esa niña reina se la concediera? Si dejan de ser tigres, ¿qué serán? Si yo dejo de ser un león, ¿qué seré?».

Un tigre vio al enano y dijo algo que hizo reír a los demás. Cuando llegaron junto a la puerta, se quitó el guantelete de garra y el guante sudado que llevaba debajo, le rodeó el cuello con el otro brazo y le frotó la cabeza enérgicamente. Tyrion se sobresaltó tanto que ni se le ocurrió oponer resistencia, y todo terminó en un instante.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó furioso al Mediomaestre.

—Dice que da buena suerte frotarle la cabeza a un enano —explicó Haldon tras un intercambio de palabras en el idioma del guardia.

—Decidle que chuparle la polla a un enano da más suerte todavía. —Tyrion se esforzó por dirigir una sonrisa al hombre.

—Mejor no, que los tigres tienen dientes afilados.

Otro guardia les hizo gestos con la antorcha para que cruzaran la puerta, y así, Haldon Mediomaestre entró en Selhorys seguido por Tyrion, que anadeaba tras él.

Ante ellos se abría una gran plaza llena de gente, ruido y luz pese a lo avanzado de la hora. Los faroles colgaban de cadenas de hierro sobre las puertas de tabernas y casas de placer, aunque dentro de la ciudad eran de cristal coloreado, no de pergamino. A su derecha ardía una hoguera ante un templo de piedra roja. Un sacerdote ataviado con una túnica escarlata estaba en el balcón del templo arengando a la pequeña multitud que se había congregado en torno a las llamas. Unos viajeros jugaban al *sitrang* enfrente de una posada; unos soldados borrachos entraban y salían de lo que obviamente era un burdel; una mujer golpeaba a una mula ante la puerta de un establo, un carro de dos ruedas pasó traqueteante junto a ellos, tirado por un elefante blanco enano...

«Esto es otro mundo —pensó Tyrion—, pero no muy diferente del que conozco».

En el centro de la plaza se alzaba la estatua de mármol blanco de un hombre sin cabeza, con una armadura ornamentada hasta límites delirantes, a lomos de un caballo de similares características.

—¿Y este quién es? —preguntó Tyrion.

—El triarca Horonno. Un héroe volantino del Siglo de Sangre. Lo reeligieron triarca año tras año durante cuarenta años, hasta que se cansó de asambleas y se declaró triarca de por vida. A los volantinos no les hizo gracia y lo condenaron a muerte: loataron a dos elefantes, que lo partieron por la mitad.

—A la estatua le falta la cabeza.

—Era un tigre. Cuando los elefantes llegaron al poder, sus seguidores decapitaron las estatuas de todos aquellos a los que culpaban de tanta guerra y muerte. —Se encogió de hombros—. Eran otros tiempos. Venid, vamos a escuchar qué dice ese sacerdote. Me ha parecido oír el nombre de Daenerys.

Cruzaron la plaza para unirse a la creciente multitud congregada ante el templo rojo. Rodeado de gente, al hombrecito le costaba mucho ver algo que no fueran culos. Oía lo que decía el sacerdote, pero no entendía ni palabra.

—¿Comprendéis lo que está diciendo? —preguntó a Haldon en la lengua común.

—Lo comprendería si no tuviera a un enano chillándome al oído.

—Yo no chillo. —Tyrion se cruzó de brazos y miró hacia atrás para ver los rostros de los hombres y mujeres que se habían detenido para escuchar. Se volviera hacia donde se volviera, veía tatuajes.

«Esclavos. Cuatro de cada cinco son esclavos».

—El sacerdote está llamando a los volantinos a la guerra —le dijo el Mediomaestre—, pero en el bando de la justicia, como soldados del Señor de

Luz, R'hllor, que hizo el sol y las estrellas y lucha eternamente contra la oscuridad. Nyessos y Malaquo se han apartado de la luz, según él, y la arpía amarilla del este les ha oscurecido el corazón. Dice...

—Dragones. Eso lo he entendido, ha dicho dragones.

—Sí. Los dragones han venido para transportarla a la gloria.

—Transportarla. ¿A Daenerys?

—Benerro ha enviado noticias de Volantis —confirmó Haldon—. La llegada de esa mujer es el cumplimiento de una antigua profecía. Nació del humo y la sal para renovar el mundo. Ella es Azor Ahai reencarnado, y su triunfo sobre la oscuridad traerá un verano que no terminará jamás. La propia muerte doblará la rodilla ante ella, y todos los que mueran luchando por su causa volverán a nacer.

—¿Tengo que volver a nacer en el mismo cuerpo? —preguntó Tyrion. La multitud crecía por momentos, y notaba empujones por todas partes—. ¿Quién es Benerro?

—El sumo sacerdote del templo Rojo de Volantis. —Haldon arqueó una ceja—. Llama de la Verdad, Luz de la Sabiduría, Primer Servidor del Señor de Luz, Esclavo de R'hllor.

El único sacerdote rojo que había conocido Tyrion era Thoros de Myr, el jaranero, corpulento y campechano Thoros, siempre con manchas de vino en la túnica, que haraganeaba por la corte de Robert trasegando las mejores cosechas de sus bodegas y mostraba las llamas de la espada cada vez que se metía en una liza.

—Me gustan los sacerdotes gordos, corruptos y cínicos —dijo a Haldon—, los que gustan de sentarse en cojines de seda, comer golosinas y follarse a los niños. Los que creen en los dioses son los que dan problemas.

—Este problema en concreto podría sernos útil. Sé adónde podemos ir a buscar respuestas. —Haldon pasó junto al héroe decapitado para dirigirse hacia una gran posada de piedra que daba a la plaza. Sobre la puerta pintada de colores chillones colgaba el caparazón de una tortuga inmensa. Dentro, un centenar de velitas rojas ardían como estrellas lejanas. El aire estaba cargado del aroma de la carne asada con especias, y una joven esclava con una tortuga tatuada en la mejilla estaba sirviendo un vino verde claro.

—Ahí. Esos dos —dijo Haldon desde la puerta.

En un rincón, dos jugadores de *sitrang* estudiaban las piezas a la luz de una vela roja. Uno era flaco y enjuto, de escaso pelo negro y nariz afilada. El otro tenía los hombros anchos, una panza redonda y tirabuzones que le llegaban hasta el cuello. Ninguno de los dos se dignó apartar la vista de la partida hasta que Haldon colocó una silla entre ambos.

—Mi enano juega al *sitrang* mejor que vosotros dos juntos.

El corpulento alzó los ojos para mirar con enfado a los intrusos y dijo algo en la lengua de la Antigua Volantis, demasiado deprisa para que Tyrion entendiera

nada. El delgado se acomodó en la silla.

—¿Está en venta? —preguntó en la lengua común de Poniente—. En la colección de monstruos del triarca no hay ningún enano que juegue al *sitrang*.

—Yollo no es esclavo.

—Qué pena.

El flaco movió un elefante de ónix. Al otro lado del tablero, el jugador que llevaba el ejército de alabastro frunció los labios en un rictus de desaprobación y movió el caballo.

—Qué disparate —señaló Tyrion. Le tocaba a él representar su papel.

—Desde luego —dijo el flaco. Su respuesta fue mover el caballo, tras lo cual hubo una serie de movimientos rápidos, y al final el flaco sonrió—. Muerte, amigo mío. —El hombretón se quedó mirando el tablero, y al cabo de un rato se levantó y gruñó algo en su idioma. Su adversario se echó a reír—. Anda ya, el enano no huele tan mal. —Hizo un ademán a Tyrion para que ocupara la silla vacía—. Vamos, hombrecito. Pon plata en la mesa y a ver qué tal se te da este juego.

« ¿Qué juego? », estuvo a punto de preguntar Tyrion mientras se encaramaba a la silla.

—Juego mejor con la tripa llena y una copa de vino en la mano. —El flaco se volvió y llamó a una esclava para pedirle comida y bebida.

—El noble Qavo Nogarys es el oficial de aduanas de Selhorys —dijo Haldon—. Nunca he conseguido derrotarlo.

—Puede que yo tenga más suerte —dijo Tyrion, que lo había entendido al instante.

Abrió la bolsa y fue poniendo monedas de plata junto al tablero, una encima de otra, hasta que Qavo sonrió. Ambos empezaron a colocar las piezas tras la pantalla del tablero de *sitrang*.

—¿Qué noticias llegan de río abajo? —preguntó Haldon—. ¿Habrá guerra?

—Eso quieren los yunkios. —Qavo se encogió de hombros—. Se hacen llamar « sabios amos ». Sabiduría, no sé, pero astucia no les falta. Su enviado nos trajo cofres de oro y piedras preciosas, y doscientos esclavos, chicas núbiles y muchachitos de piel suave, todos entrenados en el camino de los siete suspiros. Tengo entendido que sus banquetes son memorables, y sus sobornos, espléndidos.

—¿Los yunkios han comprado a vuestros triarcas?

—Solo a Nyessos. —Qavo retiró la pantalla y estudió la disposición del ejército de Tyrion—. Malaquo está viejo y desdentado, pero sigue siendo un tigre, y a Doniphos no lo reelegirán triarca. La ciudad tiene hambre de guerra.

—¿Por qué? —quiso saber Tyrion—. Meereen está a muchas leguas, al otro lado del mar. ¿En qué ha ofendido esa dulce niña reina a la Antigua Volantis?

—¿Dulce? —Qavo se echó a reír—. Si es cierta la mitad de las anécdotas que nos llegan de la bahía de los Esclavos, esa niña es un monstruo. Dicen que tiene

sed de sangre, que quienes osan contradecirla acaban empalados para sufrir una muerte lenta. Dicen que es una bruja que alimenta a sus dragones con carne de recién nacido, que rompe juramentos y treguas, que se burla de los dioses, amenaza a los enviados y se vuelve contra aquellos que la sirven con lealtad. Dicen que es insaciable, que se aparea con hombres, mujeres y eunucos; hasta con perros y niños, y pobre del amante que no logre satisfacerla. Entrega el cuerpo a los hombres para poseer su alma.

«Vaya, qué bien —pensó Tyrion—. Si me entrega el cuerpo, por mí puede quedarse con mi alma para siempre. Con lo pequeña y retorcida que es...».

—Dicen —repitió Haldon—. ¿Quién lo dice? Los esclavistas, los exiliados a los que ha expulsado de Astapor y Meereen. Simples calumnias.

—Las mejores calumnias están aderezadas con un toque de verdad —apuntó Qavo—, pero el verdadero pecado de la chica es innegable. Esa niña arrogante ha decidido acabar con el tráfico de esclavos, y el tráfico de esclavos nunca fue exclusivo de la bahía. Formaba parte del comercio mundial, y la reina dragón ha enturbiado las aguas. Tras la Muralla Negra, los señores de sangre antigua duermen inquietos mientras oyen a sus esclavos afilar los cuchillos en la cocina. Los esclavos cultivan nuestros alimentos, limpian nuestras calles, instruyen a nuestros jóvenes, vigilan las murallas, reman en las galeras, combaten en las batallas... Y cuando miran hacia el este ven el brillo lejano de esa joven reina, la rompedora de cadenas. La Antigua Sangre no lo tolerará, y los pobres también la detestan, porque hasta el mendigo más vil tiene más categoría que un esclavo y la reina dragón le arrebata ese consuelo.

Tyrion movió los lanceros hacia delante. Qavo respondió con la caballería ligera, y Tyrion avanzó una casilla con los ballesteros.

—El sacerdote rojo de fuera cree que Volantis debería apoyar a esa reina de plata, no luchar contra ella.

—Los sacerdotes rojos harían mejor en callarse —replicó Qavo Nogarys—. Ya ha habido enfrentamientos entre sus seguidores y los que adoran a otros dioses. Los discursos incendiarios de Benerro solo servirán para desencadenar una ira brutal contra él.

—¿Qué discursos? —preguntó el enano mientras jugueteaba con su plebe.

—En Volantis, miles de esclavos y libertos abarrotan noche tras noche la plaza del templo para oír los gritos de Benerro sobre estrellas sangrantes y una espada de fuego que limpiará el mundo. —El volantino sacudió una mano—. Ha estado predicando que Volantis arderá si los triarcas se levantan en armas contra la reina plateada.

—Esa profecía puedo hacerla hasta yo. Ah, la cena.

Les sirvieron una fuente de cabra asada sobre un lecho de rodajas de cebolla. La carne era aromática y estaba muy especiada, tostada por fuera y roja y jugosa en el interior. Tyrion cogió un trozo. Estaba tan caliente que le quemó los

dedos, pero estaba tan buena que no pudo contenerse y agarró un pedazo más. Lo regó todo con un licor volantino verde claro que era lo más parecido al vino que había tomado desde hacía siglos.

—Muy bueno —declaró al tiempo que levantaba el dragón—. La pieza más poderosa del juego —anunció mientras retiraba un elefante de Qavo—. Y se dice que Daenerys Targaryen tiene tres.

—Tres —asintió Qavo—, contra tres veces tres mil enemigos. Grazdan mo Eraz no fue el único enviado de la Ciudad Amarilla. Cuando los sabios amos ataquen Meereen, las legiones del Nuevo Ghis lucharán a su lado. Y los tolosos, los elyrios y hasta los dothrakis.

—A los dothrakis los tenéis a vuestras puertas —señaló Haldon—. Khal Pono.

—Los señores de los caballos vienen, les damos regalos y se van. —Qavo sacudió una mano blanca en gesto despectivo.

Movió de nuevo la catapulta, cerró los dedos en torno al dragón de alabastro de Tyrion y lo retiró del tablero. El resto fue una masacre, aunque el enano se las arregló para resistir durante una docena de jugadas.

—Ha llegado la hora de derramar lágrimas amargas —dijo Qavo finalmente mientras juntaba la plata en un montoncito—. ¿Otra partida?

—No hace falta —respondió Haldon—. Mi enano ha aprendido una lección de humildad, y ya es hora de que volvamos a nuestra barcaza.

Fuera, en la plaza, la hoguera seguía ardiendo, pero el sacerdote ya no estaba y la multitud se había dispersado hacia tiempo. El fulgor de las velas iluminaba las ventanas del lupanar, del que salían risas femeninas.

—La noche es joven —comentó Tyrion—. Puede que Qavo no nos lo haya dicho todo, y las putas se enteran de muchas cosas gracias a los hombres a los que atienden.

—¿Tantas ganas tenéis de mujer, Yollo?

—Uno se cansa de no tener más amantes que las manos. —«Puede que Selhorys sea el lugar adonde van las putas. A lo mejor Tysha está aquí, con lágrimas tatuadas en la mejilla»—. He estado a punto de ahogarme. Después de una experiencia semejante, cualquiera necesitaría una mujer. Además tengo que cerciorarme de que no se me ha petrificado la polla.

—Os espero en la taberna que hay junto a la puerta. —El Mediomaestre rio—. No os demoréis mucho.

—Por eso no temáis. Generalmente, las mujeres prefieren despacharme cuanto antes.

El burdel era modesto comparado con los que frecuentaba en Lannisport y Desembarco del Rey. El propietario no hablaba más idioma que el de Volantis, pero entendió perfectamente el tintineo de la plata y acompañó a Tyrion a una estancia que se abría al otro lado de un arco, donde olía a incienso y cuatro esclavas aburridas aguardaban en diversos grados de desnudez. Dos habían visto

al menos cuarenta días del nombre, y la más joven tenía quince o diecisésis años. Ninguna era tan fea como las putas de los muelles, aunque tampoco eran beldades. Una de ellas estaba embarazada; otra estaba gorda y llevaba aros de hierro en los pezones, y las cuatro tenían lágrimas tatuadas debajo de un ojo.

—¿Tenéis alguna chica que hable el idioma de Poniente? —preguntó Tyrion.

El propietario entrecerró los ojos sin comprender, así que le repitió la pregunta en alto valyrio. En aquella ocasión debió de entender alguna palabra, porque replicó algo en volantino, aunque lo único que entendió el enano fue «chica del ocaso». Supuso que se refería a alguna muchacha de los Reinos del Ocaso.

En la casa solo había una de aquellas características, y no era Tysha. Tenía mejillas pecosas y rizos rojos, lo que prometía pechos pecosos y vello rojizo entre las piernas.

—Me vale —dijo Tyrion—. Y una frasca de vino. Vino tinto con carne roja.

—La prostituta le miraba el rostro desnudado con los ojos llenos de repugnancia —. ¿Te molesto, guapa? Soy un ser muy molesto, como sin duda te diría mi padre si no estuviera muerto y enterrado.

La chica parecía poniente, pero no hablaba ni palabra de la lengua común.

«Puede que los esclavistas la capturasen de niña. —Su cuarto era pequeño, aunque había una alfombra de Myr en el suelo y un colchón relleno de plumas en vez de paja—. Los he visto peores» .

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al tiempo que le aceptaba una copa de vino —. ¿No quieres decírmelo? —El vino era fuerte y ácido, y no necesitaba traducción—. En fin, tendré que conformarme con tu coño. —Se limpió la boca con el dorso de la mano—. ¿Alguna vez te has acostado con un monstruo? Es buen momento para empezar. Quitate la ropa y tumbate, si no te importa. Y si te importa, también.

Ella lo miró sin comprender hasta que el enano le quitó la frasca de vino de las manos y le levantó las faldas por encima de la cabeza. Después de aquello, la chica comprendió qué se le solicitaba, aunque no resultó una compañera muy activa. Tyrion llevaba tanto tiempo sin acostarse con una mujer que se corrió dentro de ella a la tercera embestida.

Rodó a un lado, más avergonzado que satisfecho.

«Ha sido un error. Me he convertido en un ser repugnante» .

—¿Conoces a una mujer llamada Tysha? —le preguntó mientras su semilla manaba de ella para derramarse en la cama. La prostituta no respondió—. ¿Sabes adónde van las putas?

Tampoco respondió a aquello. Tenía la espalda surcada de cicatrices.

«Esta chica está muerta. Me acabo de follar un cadáver. —Hasta sus ojos parecían sin vida—. No tiene fuerzas ni para despreciarme» .

Necesitaba vino, mucho vino. Cogió la frasca con las dos manos y se la llevó

a los labios. El vino le corrió garganta abajo, barbilla abajo, le goteó por la barba y empapó la cama de plumas. A la luz de la vela parecía tan oscuro como el que había envenenado a Joffrey. Tras terminar tiró a un lado la frasca vacía y se bajó tambaleante de la cama en busca de un orinal. No lo encontró. El estómago se le volvió de revés, y lo siguiente que supo fue que estaba de rodillas, vomitando en la alfombra, aquella hermosa y gruesa alfombra de Myr reconfortante como las mentiras.

La prostituta gritó horrorizada.

« Le van a echar la culpa a ella», comprendió avergonzado.

—Córtame la cabeza y llévala a Desembarco del Rey —dijo apremiante—. Mi hermana te concederá el título de dama y nadie volverá a azotarte.

La chica tampoco lo entendió aquella vez, así que él le separó las piernas, gateó hasta colocarse entre ellas y la poseyó de nuevo. Aquello al menos sí lo entendía.

Cuando se le acabaron tanto el vino como las ganas de sexo, hizo un bulto con la ropa de la chica y lo tiró al suelo. Ella entendió la indirecta y escapó para dejarlo a solas en la oscuridad, cada vez más hundido en la cama de plumas.

« Estoy como una cuba. —No se atrevía a cerrar los ojos por miedo de quedarse dormido. Tras el velo del sueño lo aguardaban los Pesares. Los peldaños de piedra ascendían interminables, empinados, resbaladizos y traicioneros, y arriba estaría el Señor de la Mortaja—. No quiero conocer al Señor de la Mortaja. —Se vistió a duras penas y se tambaleó en dirección a la escalera—. Grif me va a desollar. Bueno, ¿por qué no? Si hay un enano que merece que lo desuellen, ese soy yo» .

A medio camino escaleras abajo perdió pie, pero se las arregló para parar la caída con las manos y convertirla en una torpe voltereta lateral. Las prostitutas que aguardaban abajo alzaron la vista atónitas cuando fue a aterrizar ante el último peldaño. Tyrion rodó hasta ponerse en pie y las saludó con una reverencia.

—Borracho soy mucho más ágil. —Se volvió hacia el propietario—. Lamento deciros que os he ensuciado la alfombra. La chica no tiene la culpa. Os la pagaré. —Sacó un puñado de monedas y se las tiró.

—Gnomo —dijo una voz ronca a su espalda.

En un rincón de la estancia, entre las sombras, había un hombre sentado con una prostituta que se contoneaba en su regazo.

« A esa chica no la había visto. Si llego a verla subo con ella y no con la pecosa». Era más joven que las otras, esbelta y bonita, con una larga cabellera de un rubio casi blanco. Lysena, probablemente. Pero el hombre cuyo regazo ocupaba era sin duda de los Siete Reinos: corpulento, ancho de hombros, cuarenta años y ni un día menos. Estaba medio calvo, pero tenía una barba descuidada que le cubría las mejillas y la barbilla, y el vello espeso le crecía hasta en los nudillos.

A Tyrion no le gustó su aspecto, y menos aún el gran oso negro que lucía en el

jubón.

«Lana. Va vestido de lana, con este calor. Solo un caballero puede ser tan imbécil».

—Qué agradable sorpresa oír la lengua común tan lejos de casa —se obligó a decir—, pero me temo que os habéis confundido. Me llamo Hugor Colina. ¿Puedo invitaros a una copa de vino, amigo?

—Ya he bebido suficiente.

El caballero apartó a la prostituta y se puso de pie. Tenía cerca el cinturón de la espada, colgado de un gancho. Lo cogió y desenvainó, con un susurro de acero contra cuero. Las prostitutas observaban la escena con avidez, con la luz de las velas reflejada en los ojos. El propietario se había esfumado.

—Sois mío, Hugor.

Tyron sabía que no podría huir, igual que no podría ganar si presentaba batalla. Con lo borracho que estaba, ni siquiera lo derrotaría en un duelo de ingenio. Extendió las manos.

—¿Qué pensáis hacer conmigo?

—Entregaros —dijo el caballero—. A la reina.

Galazza Galare llegó a la Gran Pirámide escoltada por una docena de gracias blancas, muchachas de alta cuna tan jóvenes que aún no habían prestado su año de servicios en los jardines de placer del templo. La digna anciana vestida de verde, rodeada de cándidas niñas con túnica y velo blanco, era un hermoso espectáculo.

La reina les dio una cálida bienvenida y ordenó a Missandei que se encargara de que a las niñas no les faltaran comida y cuidados mientras ella cenaba en privado con la gracia verde.

Los cocineros habían preparado un magnífico banquete de cordero a la miel aromatizado con menta y acompañado de los pequeños higos verdes que tanto le gustaban. Dos de los rehenes favoritos de Dany les sirvieron la cena y se encargaron de que tuvieran las copas llenas en todo momento: eran una niñita de ojos inmensos llamada Qezza y un chico flacucho cuyo nombre era Grazhar. Eran hermanos entre sí y primos de la gracia verde, que los saludó con besos nada más llegar y les preguntó si habían sido buenos.

—Los dos son adorables —le aseguró Dany—. Qezza me canta a veces, porque tiene una voz preciosa, y ser Barristan ha estado instruyendo a Grazhar y a los otros muchachos en las artes de la caballería de Poniente.

—Son sangre de mi sangre —respondió la gracia verde mientras Qezza le llenaba la copa de vino rojo oscuro—. Me alegra de que os complazcan, esplendor. Espero poder hacer lo mismo. —La anciana tenía el pelo blanco y la piel apergaminada, pero los años no le habían nublado los ojos, tan verdes como su túnica, llenos de tristeza y sabiduría—. Perdonad que os lo diga, esplendor, pero parecéis cansada. ¿Estáis durmiendo lo necesario?

—La verdad es que no. —Dany tuvo que contenerse para no soltar una carcajada—. Anoche, tres galeras qarthienses subieron por el Skahazadhan al abrigo de la oscuridad. Los Hombres de la Madre les lanzaron flechas llameantes a las velas y calderos de brea hirviendo contra la cubierta, pero los barcos fueron rápidos y no sufrieron daños de consideración. Los qarthienses quieren cerrarnos el río, igual que nos han cerrado la bahía. Lo peor es que ya no están solos: se les han unido tres galeras del Nuevo Ghis y una carraca de Tolos. —Había propuesto una alianza a los tolosios, que respondieron llamándola puta y exigiéndole que devolviera Meereen a los grandes amos. Pero aun eso era mejor que la respuesta de Mantarys, que le llegó en un baúl de cedro que contenía las cabezas en salmuera de sus tres emisarios—. Tal vez vuestros dioses puedan ayudarnos. Pedidle que envíen un temporal sobre las galeras de la bahía.

—Rezaré y haré sacrificios. Puede que los dioses de Ghis me escuchen. —Galazza Galare bebió un poco de vino, pero no apartó los ojos de Dany—. La tormenta no ruge solo tras la muralla de la ciudad, sino también en su interior.

Tengo entendido que anoche murieron más libertos.

—Tres. —Sintió un regusto amargo en la boca al decirlo—. Los cobardes atacaron a unas tejedoras, unas libertas que no habían hecho daño a nadie. Su único crimen era crear cosas bellas. Tengo sobre mi cama un tapiz que me regalaron. Los Hijos de la Arpía destruyeron su telar y las violaron antes de cortarles el cuello.

—Eso nos habían dicho. Y aun así, vuestro esplendor ha tenido el valor de responder a tal carnicería con clemencia. No habéis dañado a ninguno de los niños nobles que tenéis de rehenes.

—No, aún no. —Dany se había encariñado con sus jóvenes pupilos. Unos eran tímidos y otros traviesos, unos cariñosos y otros huraños, pero todos eran inocentes—. Si mato a mis coperos, ¿quién me servirá el vino y la cena? —comentó, tratando de tomárselo a la ligera. La sacerdotisa no sonrió.

—Se dice que el Cabeza Afeitada quiere echárselos a vuestros dragones. Vida por vida. Que quiere que muera un niño por cada bestia de bronce que caiga.

Dany jugueteó con la comida del plato. No se atrevía a mirar hacia donde estaban Grazhar y Qezza por miedo a echarse a llorar.

« El corazón del Cabeza Afeitada es más duro que el mío ». Habían discutido media docena de veces por el asunto de los rehenes.

—Los Hijos de la Arpía se desternillan en sus pirámides —le había dicho Skahaz aquella misma mañana—. ¿De qué sirve tener rehenes si no los decapitáis? —A sus ojos, no era más que una mujer débil.

« Con Hazzea fue suficiente. ¿Qué clase de paz es la que hay que comprar con sangre de niños? ».

—Ellos no tienen la culpa de estos asesinatos —dijo Dany a la gracia verde con voz débil—. No soy una reina carnícera.

—Y Meereen os lo agradece. Tenemos entendido que el Rey Carnicero de Astapor ha muerto.

—Lo mataron sus propios soldados cuando les ordenó atacar a los yunkios. —Le costaba hasta decirlo—. Aún no se había enfriado su cadáver cuando subió al trono Cleon II. Duró ocho días antes de que le cortaran el cuello. Su asesino aspira al trono, igual que la concubina del primer Cleon. Los astaporis los llaman Rey Asesino y Reina Puta. Sus seguidores se enfrentan en las calles, mientras los yunkios y sus mercenarios aguardan al otro lado de la muralla.

—Corren malos tiempos. Esplendor, ¿puedo tener la osadía de daros un consejo?

—Ya sabéis lo mucho que valoro vuestra sabiduría.

—En ese caso, prestadme oído en esta ocasión y contraed matrimonio.

—Ah. —Era lo que Dany se temía.

—Os he oído decir en varias ocasiones que solo sois una niña. En cierto modo es lo que veo cuando os miro, una niña demasiado joven y frágil para

enfrentarse sola a tan duras pruebas. Necesitáis tener un rey a vuestro lado, alguien que os ayude a llevar esta pesada carga.

Dany ensartó un trozo de cordero, le dio un mordisco y lo masticó con desgana.

—Decidme, ¿ese rey podrá llenarse la boca de aire y soplar para devolver a Qarth las galeras de Xaro? ¿Podrá dar unas palmadas y romper el asedio de Astapor? ¿Podrá poner comida en el estómago de mis niños y devolver la paz a mis calles?

—¿Podréis vos? —replicó la gracia verde—. Un rey no es un dios, pero hay muchas cosas que puede hacer un hombre fuerte. Cuando mi pueblo os mira, ve a una conquistadora venida de allende los mares para asesinarnos y esclavizar a nuestros hijos. Un rey lo cambiaría todo. Un rey de alta cuna y pura sangre ghiscaria haría que la ciudad se reconciliara con vuestro reinado. Si no, mucho me temo que terminará como empezó, con sangre y fuego.

—¿A quién quieren los dioses de Ghis que tome como rey y consorte? —preguntó Dany mientras volvía a juguetear con la comida.

—A Hizdahr zo Loraq —respondió Galazza Galare con firmeza. Dany no se molestó en fingir sorpresa.

—¿Por qué a Hizdahr? Skahaz también es noble.

—Skahaz es un Kandaq, y Hizdahr es un Loraq. Vuestro esplendor me disculpará, pero la diferencia es palpable para cualquier ghiscario. He oído decir muchas veces que la sangre de Aegon el Conquistador, Jaehaerys el Sabio y Daeron el Dragón corre por vuestras venas. El noble Hizdahr es de la sangre de Mazdhan el Magnífico, Hazrak el Hermoso y Zharaq el Liberador.

—Sus antepasados están tan muertos como los míos. ¿Acaso Hizdahr despertará a sus espíritus para defender Meereen de sus enemigos? Necesito un hombre con barcos y espadas, y vos me ofrecéis ancestros.

—Somos un pueblo antiguo. Los ancestros son importantes para nosotros. Contraed matrimonio con Hizdahr zo Loraq y tened un hijo con él, un hijo de la arpia y el dragón. Las profecías se cumplirán en él y vuestros enemigos se derretirán como la nieve.

«El semental que montará el mundo». Dany sabía demasiado bien qué eran las profecías. Eran palabras, y las palabras eran aire. No tendría un hijo de Loraq; no habría un heredero que uniera al dragón con la arpía.

«Cuando el sol salga por el oeste y se ponga por el este, cuando los mares se sequen y las montañas se mezcan como hojas al viento». Entonces y no antes volvería a agitarse su vientre...

... Pero Daenerys Targaryen tenía otros hijos, decenas de millares que la llamaban madre, cuyas cadenas había roto. Pensó en Escudo Fornido, en el hermano de Missandei, en Rylona Rhee, que tan bellas melodías arrancaba del arpa. No había matrimonio que pudiera devolverles la vida, pero si un esposo

contribuía a poner fin a las matanzas, casarse era un deber que tenía para con sus muertos.

« ¿Se volverá Skahaz contra mí si me caso con Hizdahr?» . Confiaba en Skahaz más que en Hizdahr, pero el Cabeza Afeitada sería un rey desastroso. Era rápido en la ira y lento en la misericordia, y no veía qué podría ganar casándose con un hombre tan detestado como ella. Al menos a Hizdahr lo respetaban.

—¿Qué opina de esto mi futuro esposo? —preguntó a la gracia verde. « ¿Qué opina de mí?» .

—Vuestra alteza puede preguntárselo. El noble Hizdahr aguarda abajo. Mandan a buscarlo, si os parece bien.

« Estás yendo demasiado lejos, sacerdotisa» , pensó la reina; pero se tragó la rabia y se forzó a esbozar una sonrisa.

—¿Por qué no? —Mandó llamar a ser Barristan y pidió al anciano caballero que acompañara a Hizdahr a sus habitaciones—. Es un ascenso largo. Que lo ayuden los inmaculados.

Cuando anunciaron al noble, la gracia verde ya había acabado de cenar.

—Si a vuestra magnificencia le parece bien, me despido de vos. No me cabe duda de que tenéis muchas cosas que discutir con el noble Hizdahr. —La anciana se limpió la miel de los labios, dio un beso a Qezza y otro a Grazhar, y se cubrió el rostro con el velo de seda—. Volveré al templo de las Gracias y rezaré a los dioses para que guíen a mi reina por el camino de la sabiduría.

Se marchó, y Dany esperó a que Qezza le llenara la copa de nuevo antes de ordenar a los niños que salieran e invitaran a entrar a Hizdahr zo Loraq.

« Y como se le ocurra decir ni una palabra sobre sus adorados reñidores, a lo mejor lo tiro por la terraza» .

Hizdahr llevaba una sencilla túnica verde bajo el chaleco guateado. Al entrar hizo una marcada reverencia sin perder ni un instante el rostro adusto.

—¿No me sonreís? —le preguntó Dany—. ¿Tanto miedo doy?

—Siempre me embarga la solemnidad en presencia de tanta belleza.

Era un buen comienzo.

—Bebed conmigo. —Dany en persona le llenó la copa—. Ya sabéis por qué estáis aquí. Al parecer, la gracia verde cree que, si os desposo, mis aflicciones se desvanecerán.

—Yo jamás habría tenido la osadía de decir semejante cosa. El hombre nace para luchar y sufrir; sus aflicciones solo se desvanecen cuando muere. Pero si es cierto que puedo ayudaros. Tengo oro, amigos e influencias, y la sangre del Antiguo Ghis corre por mis venas. Hasta ahora no me he casado nunca, pero he engendrado dos hijos bastardos, un niño y una niña, de modo que soy capaz de daros herederos. Puedo reconciliar a la ciudad con vuestro reinado y poner fin a la matanza que azota las calles noche tras noche.

—¿De verdad? —Dany lo miró a los ojos—. ¿Los Hijos de la Arpía

envainarian los cuchillos por vos? ¿Por qué? ¿Acaso sois uno de ellos?

—No.

—¿Me lo diríais si lo fuerais?

—No —rio él.

—El Cabeza Afeitada tiene maneras de averiguar la verdad.

—No me cabe duda de que Skahaz me haría confesar con premura. Un día con él y seré uno de los Hijos de la Arpía; dos días y seré la Arpía en persona. Tres y seré quien mató a vuestro padre en los Reinos del Ocaso, aunque yo era aún un chiquillo. Luego me empalará y podréis ver como muero... pero después de eso continuarán los asesinatos. —Hizdahr se inclinó hacia ella—. O podéis casaros conmigo y tratar de acabar con ellos.

—¿Por qué ibais a querer ayudarme? ¿Por la corona?

—Una corona me quedaría bien, no voy a negarlo, pero no es lo único. ¿Tan extraño os parece que quiera proteger a mi pueblo, igual que vos protegéis a vuestros libertos? Meereen no podrá soportar otra guerra, esplendor.

Era una buena respuesta, una respuesta sincera.

—Yo nunca he querido la guerra. Derroté una vez a los yunkios y me apiadé de su ciudad en vez de saquearla. Me negué a apoyar al rey Cleon cuando marchó contra ellos. Hasta ahora, con Astapor bajo asedio, contengo mi mano. En cuanto a Qarth... Nunca he hecho daño alguno a Qarth...

—Directamente, no, pero Qarth es una ciudad de mercaderes aficionados al tintineo de la plata, al brillo del oro. Cuando acabasteis con el comercio de esclavos, el golpe se dejó sentir desde Poniente hasta Asshai. Qarth depende de sus esclavos, igual que Tolos, el Antiguo Ghis, Lys, Tyrosh, Volantis... La lista es larga, mi reina.

—Pues que vengan. En mí encontrarán un enemigo más duro de pelar que Cleon. Prefiero morir luchando a permitir que vuelvan a encadenar a mis hijos.

—Tal vez haya otra opción. Creo que sería posible convencer a los yunkios para que respeten a vuestros libertos, siempre que vuestra adoración acceda a que la Ciudad Amarilla entrene esclavos y comercie con ellos sin interferencias de hoy en adelante. No tiene por qué correr más sangre.

—Excepto la de los esclavos que los yunkios entrenarán y con los que comerciarán —replicó Dany. Pero sabía que había buena parte de verdad en lo que le decía. « Tal vez sea el mejor final al que podemos aspirar» —. No me habéis dicho que me amáis.

—Lo haré si ello os place, esplendor.

—No es así como responde un enamorado.

—¿Qué es el amor? ¿Deseo? Ningún hombre que sea hombre puede mirarlos y no deseársos, Daenerys. Pero no es el motivo por el que me casaría con vos. Antes de que llegaraís, Meereen estaba agonizando. Nuestros gobernadores eran ancianos de polla mustia y viejas de coño arrugado y reseco como la arena. Les

gustaba sentarse en la cima de sus pirámides para beber vino de albaricoque y hablar de las glorias del Antiguo Imperio mientras los siglos transcurrián y la ciudad se desmoronaba en torno a ellos. Las tradiciones y la precauciones nos aplastaban hasta que vos nos despertasteis con sangre y fuego. Ha llegado una nueva era; ahora son posibles cosas nuevas. Casaos conmigo.

« No es desagradable a la vista y tiene lengua de rey », pensó Dany.

—Besadme —ordenó.

Él le cogió la mano otra vez y le besó los dedos.

—No, así no. Besadme como si fuera vuestra esposa.

Hizdahr la tomó por los hombros con tanta delicadeza como si Dany fuera un pajarillo, se inclinó hacia delante y apretó los labios contra los suyos. Fue un beso ligero, seco y rápido. Ella no sintió nada.

—¿Queréis que os bese de nuevo?

—No. —En el estanque de la terraza donde se bañaba, los peces le mordisqueaban las piernas. Hasta ellos besaban con más fervor que Hizdahr zo Loraq—. No os amo.

—Puede que con el tiempo llegue el amor. —Hizdahr se encogió de hombros

—. A veces pasa.

« No a nosotros mientras Daario esté tan cerca. Es a él a quien quiero, no a ti» .

—Algún día regresaré a Poniente para reclamar los Siete Reinos de mi padre.

—Y algún día moriremos, pero no sirve de nada pensar en ello; prefiero vivir el presente.

—Las palabras son aire, y eso incluye términos como *amor* y *paz* —repuso Dany entrelazando los dedos—. Yo confío más en los hechos. En mis Siete Reinos, los caballeros emprenden gestas para demostrar que son dignos de la doncella a la que aman. Parten en busca de espadas mágicas, de cofres de oro, de coronas robadas del tesoro de un dragón...

—Los únicos dragones de los que tengo noticia son los vuestros —dijo Hizdahr arqueando una ceja—, y las espadas mágicas escasean aún más. Puedo traeros anillos, coronas y cofres de oro, si es lo que queréis.

—Lo que quiero es paz. Decís que podéis ayudarme a acabar con las matanzas nocturnas en mis calles. Hacedlo, pues. Poned fin a esta guerra de sombras, mi señor. Esa será vuestra gesta. Proporcionadme noventa días y noventa noches sin muertes, y sabré que sois digno de un trono. ¿Seréis capaz?

Hizdahr se quedó pensativo.

—¿Noventa días y noventa noches sin un cadáver, y el día que haga el número noventa y uno nos casaremos?

—Puede que sí —respondió Dany con una mirada recatada—. Aunque las niñas solemos ser volubles. Puede que luego quiera una espada mágica.

—También os la conseguiré, esplendor —le contestó riéndose—. Vuestros

deseos son órdenes para mí. Será mejor que digáis a vuestro senescal que vaya haciendo los preparativos de la boda.

—Seguro que el noble Reznak estará encantado.

Si en Meereen corría la voz de que se preparaba una boda, tal vez bastara con eso para proporcionarle unas noches de respiro, aunque los esfuerzos de Hizdahr no dieran fruto.

« El Cabeza Afeitada no se va a alegrar precisamente, pero Reznak mo Reznak bailará de alegría. —Las dos cosas le resultaban igual de preocupantes. Dany necesitaba a Skahaz y a las bestias de bronce, y había aprendido a desconfiar de los consejos de Reznak—. Guardaos del senescal perfumado. ¿Acaso Reznak ha hecho causa común con Hizdahr y la gracia verde para tenderme una trampa?» .

En cuanto Hizdahr zo Loraq se marchó, ser Barristan apareció tras ella con su larga capa blanca. Los años de servicio en la Guardia Real habían enseñado al caballero a hacerse invisible cuando la reina tenía visitas, pero nunca se alejaba demasiado.

« Lo sabe —advirtió Dany al instante—, y no lo aprueba». Las arrugas que flanqueaban la boca del caballero se habían hecho más profundas.

—Bueno, parece que voy a casarme de nuevo —le dijo—. ¿Os alegráis por mí?

—Si eso es lo que ordenáis, alteza...

—Hizdahr no es el marido que me habrás elegido.

—No me corresponde la tarea de elegiros marido.

—Ciento —convino—, pero para mí es importante que lo entendáis. Mi pueblo se desangra, está moribundo. La reina se debe a su reino. Matrimonio o matanza, esas son mis opciones: una boda o una guerra.

—¿Puedo hablaros con sinceridad, alteza?

—Siempre.

—Hay una tercera opción.

—¿Poniente?

—Sí. Juré serviros, alteza. Juré protegeros de todo mal dondequiera que vayáis. Mi lugar está a vuestro lado, ya sea aquí o en Desembarco del Rey..., pero vuestro lugar está en Poniente, en el Trono de Hierro donde se sentaba vuestro padre. Los Siete Reinos jamás aceptarán a Hizdahr zo Loraq como rey.

—De la misma manera que Meereen jamás aceptará a Daenerys Targaryen como reina. En eso, la gracia verde tiene toda la razón. Necesito tener a mi lado a un rey, a un soberano de sangre ghiscaria. De lo contrario, siempre me verán como la bárbara zafia que derribó sus puertas, empaló a sus familiares y robó sus riquezas.

—En Poniente seríais la niña descarriada que vuelve para alegrar el corazón de su padre. Vuestros súbditos os aclamarán cuando cabalgueís entre ellos, y

todos los hombres bien nacidos os amarán.

—Poniente está muy lejos.

—No se acercará mientras sigamos aquí. Cuanto antes nos marchemos de este lugar...

—Lo sé, de verdad, lo sé. —Dany deseaba con todo su corazón hacérselo entender. Deseaba ir a Poniente tanto como él, pero antes tenía que restaurar las heridas de Meereen—. Noventa días son muchos. Puede que Hizdahr fracase, pero mientras lo esté intentando, ganaré tiempo. Tiempo para firmar alianzas, para fortalecer mis defensas, para...

—¿Y si no fracasa? ¿Qué haría entonces vuestra alteza?

—Su deber. —Sintió la palabra como hielo en la lengua—. Vos estuvisteis en la boda de mi hermano Rhaegar. Decidme, ¿se casó por amor o por deber?

—La princesa Elia era una buena mujer, alteza —titubeó el anciano caballero—. Era bondadosa e inteligente, de ingenio rápido y corazón amable. Sé que el príncipe le tenía mucho afecto.

«Afecto. —Era una palabra muy reveladora—. Yo también podría cobrarle afecto a Hizdahr zo Loraq. Con el tiempo».

—También presencie el matrimonio de vuestros padres —continuó ser Barristan—. Perdonadme, pero entre ellos no había afecto, y el reino lo pagó muy caro, mi reina.

—Si no se querían, ¿por qué se casaron?

—Por orden de vuestro abuelo. Una bruja de los bosques le había dicho que el príncipe prometido nacería de esa estirpe.

—¿Una bruja de los bosques? —repitió Dany sorprendida.

—Llegó a la corte con Jenny de Piedrasviejas. Era una persona diminuta, grotesca. Muchos opinaban que se trataba de una enana, pero lady Jenny le tenía mucho cariño y decía que era una hija del bosque.

—¿Qué fue de ella?

—Refugio Estival. —Dos palabras funestas.

—Retiraos, por favor —suspiró Dany—. Estoy muy cansada.

—Como ordenéis. —Ser Barristan hizo una reverencia y dio media vuelta para salir, pero se detuvo al llegar a la puerta—. Disculpad, alteza, tenéis una visita. ¿Le digo que vuelva mañana?

—¿Quién es?

—Naharis. Los Cuervos de Tormenta han vuelto a la ciudad.

«Daario». El corazón le dio un vuelco.

—¿Cuánto hace que...? ¿Cuándo ha...? —No le salían las palabras, pero ser Barristan la entendió.

—Vuestra alteza estaba con la sacerdotisa cuando han llegado. Sabía que no queríais que os interrumpieran, y las nuevas del capitán podían esperar a mañana.

—No. —« ¿Cómo voy a dormir sabiendo que mi capitán está tan cerca?» —. Decidele que suba. Ya... no os necesitaré esta noche; con Daario estaré a salvo. Ah, tened la amabilidad de decirles a Irri y Jhiqui que entren. Y a Missandei.

—Tengo que cambiarme, tengo que ponerme hermosa. —Eso fue lo que dijo a sus doncellas cuando entraron.

—¿Qué quiere ponerse vuestra alteza? —preguntó Missandei.

« Luz de estrellas y espuma de mar —pensó Dany—. Un atisbo de seda que muestre mi pecho izquierdo para deleite de Daario. Ah, y flores en el pelo». Cuando se conocieron, el capitán había estado llevándole flores a diario durante todo el camino desde Yunkai a Meereen.

—Traedme la túnica de lino gris con el corpiño de perlas. Ah, y la piel de león blanco. —Siempre se sentía más segura con la piel de león de Drogo.

Daenerys recibió al capitán en su terraza, sentada en un banco de piedra labrada bajo un peral. La media luna flotaba en el cielo, sobre la ciudad, arropada por un millar de estrellas. Daario Naharis se acercó pavoneándose.

« Se pavonea hasta cuando está quieto» . El capitán vestía un pantalón ancho de rayas remetido en las botas de cuero morado, una camisa de seda blanca y un chaleco de anillas doradas. Llevaba la barba de tres puntas teñida de violeta, los extravagantes bigotes, de dorado, y los largos rizos, de ambos colores a partes iguales. A un lado del cinturón llevaba un estilete, y al otro, un *arakh* dothraki.

—Mi luminosa reina, durante mi ausencia os habéis tornado más bella. ¿Cómo es posible semejante cosa?

La reina estaba acostumbrada a alabanzas por el estilo, pero el cumplido significaba mucho más en boca de Daario que dicho por alguien como Reznak, Xaro o Hizdahr.

—Me informan de que nos habéis prestado un excelente servicio en Lhazar, capitán. —« Te he echado tanto de menos...» .

—Vuestro capitán vive para servir a esta reina cruel.

—¿Cruel?

La luz de la luna arrancó destellos de los ojos del hombre.

—Me adelanté al galope al resto de mis hombres para ver vuestro rostro cuanto antes, y vos me dejasteis languidecer mientras comíais higos y cordero con una vieja reseca.

« No me dijeron que estabas aquí; de lo contrario, tal vez habría cometido la estupidez de haceros entrar al momento» .

—Estaba cenando con la gracia verde. —Le pareció mejor no mencionar a Hizdahr—. Tenía una necesidad urgente que requería su sabio consejo.

—Yo solo tengo una necesidad urgente: Daenerys.

—¿Queréis que os traigan algo para comer? Debéis de estar famélico.

—Hace dos días que no pruebo bocado, pero me basta con saciarme de vuestra belleza.

—Mi belleza no va a llenaros el estómago. —Cogió una pera y se la lanzó—. Comed.

—Como ordene mi reina.

El diente de oro centelleó al morder la fruta; el jugo le corrió por la barba morada. La joven que había en Dany tenía tantas ganas de besarlo que le dolía el pecho.

« Sus besos serían duros e implacables —se dijo—, y le daría igual que le gritara y le ordenara detenerse». Pero la reina que había en ella sabía que sería una locura.

—Habladme de vuestro viaje.

—Los yunkios enviaron mercenarios para cerrar el paso de Khyzai. Los Lanzas Largas, como se hacen llamar. Caímos sobre ellos durante la noche y mandamos al infierno a unos cuantos. En Lhazar maté a dos de mis sargentos por conspirar para robar las gemas y la vajilla de oro que me había confiado vuestra alteza como regalos para los hombres cordero. Por lo demás, todo transcurrió según lo previsto.

—¿Cuántos hombres perdisteis en el combate?

—Nueve, pero una docena de lanzas largas decidió que preferían ser cuervos de tormenta a ser cadáveres, así que al final salimos ganando tres. Les dije que vivirían más luchando al lado de vuestros dragones que contra ellos, y entendieron lo sensato de mis palabras.

—Puede que sean espías de Yunkai —señaló Dany, desconfiada.

—Son demasiado idiotas para ser espías. No los conocéis.

—Vos tampoco. ¿Confiáis en ellos?

—Confío en todos mis hombres. Mientras no los pierda de vista. —Escupió una semilla y sonrió ante sus recelos—. ¿Queréis que os traiga sus cabezas? Lo haré si así lo ordenáis. Uno de ellos es calvo y dos tienen trenzas, y de ellos, uno se tiñe la barba de cuatro colores diferentes. ¿Qué espía luciría una barba así? El que maneja la honda es capaz de acertar en el ojo a un mosquito a cuarenta pasos, y al feo se le dan bien los caballos, pero si mi reina dice que han de morir...

—No he dicho eso, solo que... Bueno, no los perdáis de vista, nada más. —Se sintió un poco tonta al decir aquello. Siempre se sentía un poco tonta cuando estaba con Daario. « Desmañada, infantil y torpe. ¿Qué pensará de mí? ». —. ¿Los hombres cordero nos enviarán comida?

—El trigo llegará en barcazas por el Skahazadhan, alteza, y otras provisiones vendrán en caravanas por el paso de Khyzai.

—Por el Skahazadhan no llegará nada; nos han cerrado el río, y también los mares. Ya habréis visto los barcos en la bahía. Los qarthienses han puesto en fuga a un tercio de nuestra flota pesquera y se han apoderado de otro tercio. El resto no se atreve a salir del puerto. Nos han cortado el poco comercio que nos

quedaba.

—Los qarthienses tienen leche en las venas. —Daario tiró el rabito de la pera
—En cuanto les enseñéis a vuestros dragones, huirán despavoridos.

Dany no quería hablar de los dragones. A la corte seguían llegando campesinos con sacas de huesos quemados y quejas sobre ovejas desaparecidas, aunque Drogon no había vuelto a la ciudad. Según algunos informes, lo habían visto al norte del río, sobre el mar de hierba dothraki. Abajo, en la fosa, Viserion se había arrancado una cadena. Rhaegal y él estaban cada día más fieros. Segundo los inmaculados, en cierta ocasión, las puertas de hierro se pusieron al rojo vivo, y nadie se atrevió a tocarlas en todo el día.

—Astapor también está bajo asedio.

—Eso sí lo sabía. Un lanza larga vivió lo suficiente para decírnos que los hombres se comían entre sí en la Ciudad Roja. Dijo que pronto le tocaría el turno a Meereen, así que le corté la lengua y se la eché a un perro amarillo. Los perros no se comen la lengua de un mentiroso, pero el perro se la comió, así que supe que decía la verdad.

—También tengo una guerra dentro de la ciudad. —Le habló de los Hijos de la Arpía y las Bestias de Bronce; de la sangre en las paredes de ladrillo—. Estoy rodeada de enemigos, dentro y fuera de las murallas.

—Atacad —respondió él al momento—. Cuando alguien está rodeado de enemigos, no puede defenderse. Intentadlo, y el hacha os golpeará por la espalda mientras estáis esquivando el puñal. No. Si os enfrentáis a múltiples enemigos, elegid al más débil, matadlo, saltad sobre su cadáver y huid.

—¿Hacia dónde?

—Hacia mi cama. Hacia mis brazos. Hacia mi corazón.

Los puños del *arakh* y el estilete de Daario eran dos mujeres de oro, desnudas y lujuriosas. Las acarició con los pulgares en un gesto que a Dany le pareció increíblemente obsceno, y le dedicó una sonrisa malévolas. Ella sintió como se le agolpaba la sangre en el rostro. Era casi como si la acariciara a ella.

« ¿Me consideraría lujuriosa si me lo llevara a la cama? —Casi lo deseaba—. No puedo volver a verlo a solas. Es peligroso tenerlo cerca» .

—La gracia verde dice que debo tener un rey ghiscario —le dijo, arrebolada—. Me presiona para que me case con el noble Hizdahr zo Loraq.

—¿Con ese? —rio Daario—. Si lo que queréis es un eunuco en la cama, ¿por qué no con Gusano Gris? ¿De verdad deseáis tener un rey?

« Te deseo a ti» .

—Lo que deseo es paz. Le he dicho a Hizdahr que tiene noventa días para poner fin a los asesinatos. Si lo consigue, lo tomaré como esposo.

—Casaos conmigo y lo conseguiré en nueve.

« Sabéis que no es posible» .

—Lucháis contra sombras en vez de enfrentarlos a los hombres que las

proyectan —siguió Daario—. Matadlos a todos y adueñaos de sus tesoros. Solo tenéis que susurrarme una orden y vuestro humilde servidor os construirá con sus cabezas una pirámide más alta que esta.

—Si supiera quiénes son...

—Zhak, Pahl y Merreq. Y los demás. Esos son. Los grandes amos, ¿quién si no?

«Es tan osado como sanguinario».

—No tenemos pruebas de que sea obra suya. ¿Queréis que mate a mis propios súbditos?

—Vuestros propios súbditos os matarían de buena gana.

Había estado ausente tanto tiempo que Dany casi se había olvidado de cómo era. Tuvo que recordarse que los mercenarios eran traicioneros por naturaleza.

«Vulble, descreído, implacable. Nunca será más que lo que es. Nunca tendrá madera de rey».

—Las pirámides son fortalezas. El coste de hacerlos prisioneros sería espantoso. En cuanto atacáramos a uno, los demás se levantarían contra nosotros.

—Pues sacadlos de sus pirámides con algún pretexto. Una boda, por ejemplo, ¿por qué no? Prometed vuestra mano a Hizdahr, y todos los grandes amos acudirán a presenciar el matrimonio. Cuando estén todos en el templo de las Gracias, caeremos sobre ellos.

«Es un monstruo —pensó, sobre cogida—. Un monstruo apuesto, pero un monstruo».

—¿Me tomáis por el Rey Carnicero?

—Más vale ser carníero que carne. Todos los reyes son carníceros. ¿Las reinas no?

—Esta reina no.

Daario se encogió de hombros.

—La mayoría de las reinas no tienen más función que calentarle la cama al rey y parirle hijos. Si esa es la clase de soberana que queréis ser, haréis bien en casaros con Hizdahr.

—¿Habéis olvidado quién soy? —espetó, furiosa.

—No. ¿Y vos?

«Viserys le habría cortado la cabeza por semejante insolencia».

—Soy de la sangre del dragón. No tengáis la osadía de darme lecciones. —Dany se levantó, y la piel del león se le escurrió de los hombros y cayó al suelo —. Marchaos.

—Vivo para obedeceros —replicó Daario con una amplia reverencia.

Cuando se fue, Daenerys hizo llamar a ser Barristan.

—Quiero que vuelvan a partir los Cuervos de Tormenta.

—Alteza, pero si acaban de regresar...

—Quiero que se vayan. Que patrullen en las cercanías de Yunkai y ofrezcan

protección a las caravanas que se acerquen por el paso de Khyzai. De ahora en adelante, Daario os informará a vos. Encargaos de que reciba todos los honores que merezca y de que se pague bien a sus hombres, pero bajo ningún concepto quiero tenerlo en mi presencia.

—Como ordenéis, alteza.

Aquella noche no pudo dormir; no hacía más que dar vueltas y vueltas en la cama. Incluso llamó a Irri con la esperanza de que sus caricias la ayudaran a descansar, pero al cabo de un rato echó a la muchacha dothraki. Irri era dulce, suave y voluntaria, pero no era Daario.

« ¿Qué he hecho? —pensó mientras se arrebujaba en el lecho solitario—. Con el tiempo que llevaba esperando su regreso, he ordenado que se vaya».

—Ese hombre me convertiría en un monstruo —susurró—. En una reina carnícera.

Pero entonces pensó en Drogon, que estaba tan lejos, y en los dragones de la fosa.

—Tengo las manos manchadas de sangre, y también el corazón. Daario y yo no somos tan distintos. Los dos somos monstruos.

EL CABALLERO PERDIDO

« No tendría que tardar tanto —se dijo Grif mientras recorría de un lado a otro la cubierta de la *Doncella Timida*. ¿Acaso habían perdido a Haldon, igual que habían perdido a Tyrion Lannister? ¿Lo habrían atrapado los volantinos? —. Tendría que haber mandado a Campodepatos con él». No se podía confiar en Haldon ni dejarlo solo; lo había demostrado en Selhorys al permitir que escapara el enano.

La *Doncella Timida* estaba amarrada en uno de los peores sectores del largo y caótico puerto fluvial, entre una barcaza escorada que no se había movido en muchos años y la chalana pintada de colores vivos de un teatro de títeres. Los titiriteros eran un grupito escandaloso y animado que pasaban el rato atacándose entre sí con discursos sacados de sus obras, más borrachos que sobrios.

Era un día cálido y bochornoso, como lo habían sido todos desde que pasaron los Pesares. El inmisericorde sol del sur azotaba la ribera de Volon Therys, pero aquella era la menor de las preocupaciones de Grif. La Compañía Dorada había acampado algo más de una legua al sur de la ciudad, mucho más al norte de lo que esperaba, y el triarca Malaquo había acudido con cinco mil hombres a pie y mil a caballo para cortarles el paso hacia el delta. Daenerys Targaryen seguía a un mundo de distancia, y Tyrion Lannister... En fin, podía estar en cualquier lugar. Si los dioses fueran bondadosos, la cabeza cortada del Lannister ya estaría a medio camino de Desembarco del Rey, pero lo más probable era que estuviera sano y salvo, cerca de allí, más borracho que una cuba y tramando alguna nueva infamia.

—Por los siete infiernos, ¿dónde está Haldon? —se quejó Grif a lady Lemore —. ¿Cuánto se puede tardar en comprar tres caballos?

—Mi señor —respondió ella mientras se encogía de hombros—, ¿no sería más seguro que el muchacho siguiera aquí, en la barcaza?

—Más seguro, sí; más inteligente, no. Ya es un hombre hecho y derecho, y este es el camino que nació para recorrer.

Grif no tenía tiempo ni paciencia para objeciones. Estaba harto de esconderse, harto de esperar, harto de tanta cautela.

« No me queda tiempo para la cautela» .

—Hemos hecho un gran esfuerzo para mantener oculto al príncipe Aegon todos estos años —le recordó Lemore—. Sé que llegará el momento en que deba lavarse el pelo y revelar su identidad, pero aún no, y menos ante un campamento de mercenarios.

—Si Harry Strickland quiere hacerle algo, no podremos protegerlo en la *Doncella Timida*. Strickland tiene diez mil espadas a sus órdenes; nosotros tenemos a Pato. Aegon es todo lo que se puede esperar de un príncipe; seguro

que Strickland y los demás se darán cuenta. Estos son sus hombres.

—Son sus hombres porque vos les habéis pagado; en realidad son diez mil desconocidos armados, sin contar a los parásitos ni a las vivanderas. Es suficiente que nos traicione uno para que acaben con nosotros. Si la cabeza de Hugor valía un señorío, ¿cuánto estará dispuesta a pagar Cersei Lannister por el heredero legítimo del Trono de Hierro? No conocéis a esos hombres, mi señor. Han pasado doce años desde que cabalgabais con la Compañía Dorada, y vuestro viejo amigo ha muerto.

«Corazón Negro. —Myles Toyne estaba tan lleno de vida cuando Grif lo vio por última vez que le costaba aceptar que hubiera muerto—. Una calavera dorada en la punta de una pica, y Harry Strickland, Harry Sintierra en su lugar». Sabía que Lemore no andaba desencaminada. Los hombres de la Compañía Dorada eran mercenarios, por muy caballeros y señores que hubieran sido sus padres y abuelos en Poniente antes del exilio, y no se podía confiar en un mercenario. Aun así...

La noche anterior había vuelto a soñar con Septo de Piedra. Iba de casa en casa solo, con la espada en la mano; derribaba puertas; subía por escaleras; saltaba de tejado en tejado mientras en sus oídos no dejaban de resonar las campanas distantes. El tañido grave del bronce y los tonos musicales de la plata le reverberaban en el cráneo, en una cacofonía enloquecedora que se fue haciendo cada vez más insistente hasta que le pareció que le iba a estallar la cabeza.

Habían transcurrido diecisiete años desde la batalla de las Campanas, pero el sonido siempre le formaba un nudo en la garganta. Había quien decía que el reino cayó cuando Robert mató al príncipe Rhaegar en el Tridente, pero lo cierto era que la batalla del Tridente ni siquiera habría tenido lugar si el grifo hubiera matado al venado en Septo de Piedra.

«Aquel día, las campanas doblaron por todos nosotros. Por Aerys, por su reina, por Elia de Dorne, por su hijita, y por todo hombre leal y toda mujer decente de los Siete Reinos. Y por mi príncipe plateado».

—El plan era no revelar la identidad del príncipe Aegon hasta que estuviéramos ante la reina Daenerys—dijo Lemore.

—Eso era cuando creíamos que venía hacia el oeste, pero nuestra reina dragón ha reducido a cenizas ese plan, y gracias al imbécil de Pentos hemos agarrado a la dragona por la cola y nos hemos quemado los dedos hasta el hueso.

—Illyrio no tenía manera de saber que iba a quedarse en la bahía de los Esclavos.

—Igual que no tenía manera de saber que el Rey Mendigo moriría joven, ni que Khal Drogo no tardaría en seguirlo. No son muchos los planes del gordo que se han hecho realidad. —Grif se palmeó la empuñadura de la espada con la mano enguantada—. Llevo demasiados años bailando al son que toca el gordo, y

¿de qué nos ha servido? El príncipe ya es un hombre, ha llegado la hora de...

—¡Grif! —lo llamó Yandry en voz alta para hacerse oír por encima de la campana de los titiriteros—. ¡Es Haldon!

Y era él. El Mediomaestre tenía aspecto acalorado y sucio, con marcas oscuras en las axilas de la túnica de lino claro y la misma expresión amarga que en Selhorys, cuando volvió a la *Doncella Timida* para confesar que el enano había desaparecido. Pero tiraba de las riendas de tres caballos, y eso era lo único que importaba.

—Que suba el chico —le dijo Grif a Lemore—. Asegurao de que está listo.

—Como queráis —respondió ella de mala gana.

« Así tendrá que ser ». Le había tomado cariño a Lemore, pero eso no quería decir que necesitara su aprobación. Su misión consistía en instruir al príncipe en la doctrina de la fe y la había llevado a cabo, pero ni todas las oraciones del mundo lo sentarían en el Trono de Hierro: eso era cosa suya. Grif le había fallado una vez al príncipe Rhaegar, pero no fallaría a su hijo mientras le quedara aliento.

Los caballos que llevaba Haldon no le gustaron.

—¿Esto es lo mejor que habéis encontrado? —se quejó.

—Pues sí —respondió el Mediomaestre, irritado—. Y más vale que no preguntéis cuánto nos han costado. Los dothrakis están al otro lado del río, así que de repente, la mitad de la población de Volon Therys ha decidido que prefiere estar en cualquier otro lugar, con lo que la carne de caballo se está poniendo por las nubes.

« Tendría que haber ido yo. —Después de lo de Selhorys, le costaba confiar en Haldon. Se había dejado engañar por el enano y por su labia, y le había permitido meterse a solas en un burdel mientras él lo esperaba como un idiota en la plaza. El dueño del burdel les había dicho y repetido que al hombrecito se lo habían llevado a punta de espada, pero Grif no acababa de creérselo. El Gnomo era suficientemente listo para tramar su propia captura, y el borracho del que hablaban las putas bien podía ser un esbirro contratado por él—. Yo también tengo la culpa. Después de que el enano se interpusiera entre Aegon y el hombre de piedra, bajé la guardia. Tendría que haberle cortado el cuello nada más ponerle la vista encima» .

—En fin, tendrán que valer —dijo a Haldon—. El campamento está a poco más de una legua hacia el sur.

La *Doncella Timida* los habría llevado mucho más deprisa, pero prefería que Harry Strickland ignorase dónde habían estado el príncipe y él. Tampoco le gustaba la idea de llegar chapoteando por el lodo de los bajíos de la ribera: así podían presentarse un mercenario y su hijo, pero no un gran señor y su príncipe.

El príncipe salió de la cabina con Lemore, y Grif lo examinó de pies a cabeza. Llevaba espada y puñal, botas negras relucientes y una capa negra con

ribete de seda rojo sangre. Se había lavado y cortado el pelo y lo llevaba recién teñido de azul oscuro, con lo que sus ojos también parecían azules. Lucía al cuello los tres grandes rubíes de talla cuadrada engarzados en una cadena de hierro negro que le había regalado el magíster Illyrio.

«Rojo y negro, los colores del dragón». Era perfecto.

—Tienes aspecto de príncipe —le dijo—. Si te vieras tu padre, estaría orgulloso de ti.

—Estoy harto de teñirme de azul. —Grif el Joven se pasó los dedos por el pelo—. Tendría que habérmelo lavado de una vez.

—Ya falta menos. —A Grif también le gustaría recuperar sus verdaderos colores, aunque el cabello que antes era rojo se había tornado blanco. Dio una palmada al muchacho en el hombro—. ¿Nos vamos? Tu ejército te espera.

—Me gusta cómo suena eso. Mi ejército. —La sonrisa que le iluminó el rostro duró solo un instante—. Pero ¿es mi ejército de verdad? Se trata de mercenarios, y Yollo me advirtió de que no confiara en nadie.

—Es un consejo inteligente —reconoció Grif. Habría sido distinto si Corazón Negro siguiera al mando, pero Myles Toyne llevaba cuatro años muerto y Harry Sintierra era muy diferente. Pero no podía decírselo al muchacho; el enano ya había sembrado suficientes dudas en él—. No todo el mundo es lo que aparenta, y los príncipes tienen más motivo que nadie para desconfiar, pero si te extralimitas, la desconfianza te envenenará, te amargará y te hará tener miedo de todo. —«Eso le pasó al rey Aerys. Hacia el final fue obvio hasta para Rhaegar»—. Lo mejor es un término medio. Que los hombres se ganen tu confianza con servicios leales, sí, pero cuando lo hagan, sé generoso y abre tu corazón.

—Lo recordaré. —El muchacho asintió.

Asignaron al príncipe el mejor de los tres caballos, un gran capón de un gris muy claro, casi blanco. Grif y Haldon cabalgaban a su lado en monturas inferiores. El camino discurría hacia el sur bajo la alta muralla blanca de Volon Therys durante el primer tramo, pero luego dejaba atrás la ciudad para seguir el curso serpenteante del Rhoyne entre bosquecillos de sauces y campos de amapolas, junto a un alto molino de viento cuyas aspas crujían como huesos viejos.

Llegaron adonde estaba la Compañía Dorada, junto al río, cuando ya se ponía el sol por el oeste. El mismísimo Arthur Dayne habría aprobado aquel campamento: compacto, ordenado, fácil de defender... Habían cavado una zanja profunda alrededor, y el fondo estaba sembrado de estacas. Las tiendas estaban dispuestas en hileras, separadas por anchas avenidas. Las letrinas se encontraban junto al río, para que la corriente se llevara los desechos. Los caballos estaban al norte; tras ellos, dos docenas de elefantes pastaban junto al agua y arrancaban juncos con la trompa. Grif observó a las enormes bestias

grises con aprobación.

« No hay corcel de guerra en todo Poniente que pueda resistir contra ellos» .

Los estandartes de combate de tela de oro ondeaban en lo alto de sus astas en el perímetro del campamento. Bajo ellos hacían la ronda los centinelas con armas y armaduras, lanzas y ballestas en ristre, alertas ante cualquiera que se aproximara. Grif había temido que la compañía se hubiera descuidado bajo el mando de Harry Strickland, que siempre le pareció más preocupado por hacer amigos que por imponer disciplina, pero saltaba a la vista que su miedo era infundado.

Al llegar a la entrada, Haldon dijo unas palabras al sargento de la guardia, que envió a un mensajero a buscar al capitán. El hombre que llegó seguía tan feo como la última vez que Grif lo había visto: un mercenario de barriga enorme y hombros cargados, con el rostro surcado de viejas cicatrices, que tenía la oreja derecha como si se la hubiera masticado un perro y carecía de oreja izquierda.

—¿Te han nombrado capitán, Flores? —dijo Grif—. Y yo que creía que la Compañía Dorada tenía nivel...

—Peor que eso, cabronazo —respondió Franklyn Flores—. También me han nombrado caballero. —Agarró a Grif por el hombro y le dio un abrazo de oso—. Tú tienes una pinta horrible, hasta para llevar doce años muerto. ¿Y ese pelo azul? Cuando dijo Harry que ibas a venir, casi me cago encima. Y tú, Haldon, hijo de puta, cuánto me alegro de verte. ¿Todavía vas por ahí con un palo en el culo? —Se volvió hacia Grif el Joven—. Y este debe de ser...

—Mi escudero. Chico, te presento a Franklyn Flores.

El príncipe lo saludó con un movimiento de cabeza.

—Flores es apellido de bastardo. Vienes del Dominio.

—Sí. Mi madre trabajaba de lavandera en La Sidra hasta que la violó un hijo del señor, así que soy una especie de Fossway de la manzana marrón. —Flores les señaló que entraran con un ademán—. Acompañadme. Strickland ha convocado a los oficiales en su tienda; tenemos consejo de guerra. Los puñeteros volantinos están agitando las lanzas y exigen saber qué intenciones tenemos.

Los hombres de la Compañía Dorada, ante sus tiendas, mataban el tiempo jugando a los dados, bebiendo y papando moscas. Grif se preguntó cuántos de ellos sabrían quién era.

« Muy pocos. Doce años son mucho tiempo» . Ni los que habían cabalgado con él reconocerían al exiliado lord Jon Connington, el de la barba rojo fuego, en el rostro surcado de arrugas y afeitado del mercenario Grif, con su pelo teñido de azul. Por lo que a la mayoría de ellos respectaba, Connington se había matado a beber en Lys después de que lo expulsaran de la compañía, deshonrado por robar de las arcas de guerra. La vergüenza de aquella mentira aún le escocía, pero Varys se había empecinado en que era necesaria.

« Lo que menos falta nos hace es que canten losas del valeroso exiliado —le

había dicho el eunuco con una risita, con aquella vocecita remilgada—. Aquellos que tienen una muerte heroica son recordados mucho tiempo, mientras que a los borrachos, los ladrones y los cobardes se los olvida pronto».

« ¿Qué sabrá un eunuco del honor de un hombre? —Grif se había plegado al plan por el bien del muchacho, pero no por eso le hacía la menor gracia—. Si vivo lo suficiente para sentar al chico en el Trono de Hierro, Varys pagará esa humillación y muchas otras, y entonces ya veremos a quién se olvida pronto».

La tienda del capitán general era de tela de oro y estaba rodeada de picas rematadas por calaveras doradas. Una de ellas, más grande que el resto, mostraba deformaciones grotescas, y debajo había otra del tamaño de un puño de niño.

« Maelys el Monstruoso y su hermano sin nombre». Las otras calaveras guardaban cierta semejanza, aunque algunas estaban rajadas o astilladas por los golpes que les habían causado la muerte y una tenía los dientes afilados.

—¿Cuál es la de Myles? —preguntó Grif casi sin querer.

—Aquella, la del final —señaló Flores—. Espera, voy a anunciarte.

Entró en la tienda y dejó a Grif ante la calavera dorada de su viejo amigo. En vida, ser Myles Toyne era más feo que un pecado. Su famoso antepasado, el moreno y atractivo Terrence Toyne sobre el que cantaban los bardos, era tan hermoso que ni la amante del rey pudo resistirse a sus encantos; Myles, en cambio, tenía orejas de sopillo, la mandíbula torcida y la nariz más grande que Jon Connington hubiera visto jamás. Pero, cuando sonreía, nada de eso importaba. Sus hombres lo apodaban Corazón Negro por el blasón que llevaba en el escudo, y a Myles le encantaban el nombre y lo que indicaba.

—Al capitán general deben temerlo tanto sus enemigos como sus amigos —le había confesado en cierta ocasión—. Si mis hombres me consideran cruel, mejor que mejor.

La verdad era muy diferente. Toyne, soldado hasta la médula, era fiero pero siempre justo, un padre para sus hombres y siempre generoso con el señor exiliado lord Jon Connington.

La muerte le había arrebatado las orejas, la nariz y la calidez. Conservaba la sonrisa, transformada en una deslumbrante mueca dorada. Todas las calaveras sonreían, incluso la de Aceroamargo, en la pica alta del centro.

« ¿Por qué demonios sonríe? Murió solo y derrotado, destrozado en una tierra extranjera».

En su lecho de muerte, ser Aegor Ríos había ordenado a sus hombres que hirvieran su cráneo para despojarlo de carne, lo bañaran en oro y lo llevaran al cruzar el mar para reconquistar Poniente. Sus sucesores habían seguido su ejemplo.

Jon Connington podría haber sido uno de esos sucesores si su exilio hubiera transcurrido de forma distinta. Había estado en la compañía cinco años y había

ascendido hasta ocupar el honorable cargo de mano derecha de Toyne. Si hubiera seguido allí, habría sido probable que, tras la muerte de Myles, los hombres se hubieran vuelto hacia él y no hacia Harry Strickland. Pero Grif no lamentaba el camino elegido.

« Volveré a Poniente, y no como calavera en la punta de una pica» .

—Adelante —invitó Flores en la puerta de la tienda.

Los oficiales superiores de la Compañía Dorada se levantaron de los taburetes al verlos entrar. Los viejos amigos saludaron a Grif con sonrisas y abrazos; los nuevos, de manera más formal.

« No todos se alegran de vernos, o no tanto como quieren hacerme creer» . Percibía los puñales que se ocultaban tras algunas sonrisas. Lord Jon Connington estaba en su tumba, y sin duda, muchos consideraban que era el mejor lugar para un hombre capaz de robar a sus hermanos de armas. Si Grif hubiera estado en su lugar, tal vez habría pensado lo mismo.

Ser Franklyn se encargó de presentarle a los demás. Algunos de los capitanes mercenarios, como Flores, tenían apellidos de bastardo: Ríos, Colina, Piedra... Otros llevaban nombres que habían sido grandes en los Siete Reinos. Grif conoció a dos Strong, tres Peake, un Mudd, un Mandrake, un Lothston y un par de Cole. No todos eran auténticos, claro. En las compañías libres, cualquiera podía elegir el nombre que le viniera en gana, pero independientemente de cómo eligieran llamarse, los mercenarios exhibían una especie de burdo esplendor. Al igual que muchos otros soldados profesionales, llevaban todas sus riquezas encima: por doquier se veían espadas enjoyadas, armaduras con incrustaciones, gruesos torques y finas sedas, y cada uno de los presentes llevaba suficientes pulseras de oro para pagar el rescate de un señor. Cada pulsera denotaba un año de servicio en la Compañía Dorada. Marq Mandrake, cuyo rostro marcado de viruelas lucía además un agujero en la mejilla, allí donde se había quemado para borrarse una marca de esclavo, lucía también una cadena de calaveras doradas.

No todos los capitanes tenían sangre poniente. Balaq el Negro, un isleño del verano de pelo clarísimo y piel del color del hollín, estaba al mando de los arqueros de la compañía, igual que en tiempos de Corazón Negro. Llevaba una magnífica capa de plumas verdes y naranja. El cadáverico volantino Gorys Edoryen había ocupado el puesto de Strickland como tesorero. Llevaba una piel de leopardo al hombro, y el cabello rojo como la sangre le caía por la espalda en bucles aceitados, aunque su barba puntiaguda era negra. Grif no conocía de nada al nuevo capitán de los espías, un lyseno llamado Lysono Maar de ojos violeta, cabello ceniza y unos labios que habrían sido la envidia de cualquier prostituta. En el primer golpe de vista, Grif había estado a punto de tomarlo por una mujer. Llevaba las uñas pintadas de morado y los lóbulos de las orejas cuajados de perlas y amatistas.

« Fantasmas y mentirosos —pensó Grif al examinar sus rostros—. Restos de

guerras olvidadas, de causas perdidas, de rebeliones fallidas; una hermandad de caídos y fracasados, los deshonrados, los desheredados. Este es mi ejército. Esta es nuestra esperanza».

Se volvió hacia Harry Strickland. No tenía el menor aspecto de guerrero. Corpulento, cabezón, con afables ojos grises y un cabello ralo que se peinaba hacia un lado para disimular la calva, estaba sentado en una silla plegable con los pies a remojo en un balde de agua salada.

—Perdonad que no me levante —dijo a modo de saludo—. La marcha ha sido agotadora, y enseguida me salen ampollas en los pies. Es una maldición.

«Es una señal de debilidad. Hablas como una vieja». Los Strickland habían formado parte de la Compañía Dorada desde su fundación, ya que el bisabuelo de Harry había perdido sus tierras al aliarse con el Dragón Negro durante la primera rebelión de los Fuegosclaro. «Dorados durante cuatro generaciones», solía alardear Harry, como si cuatro generaciones de exilio y derrota fueran motivo de orgullo.

—Puedo prepararos un ungüento para las ampollas —dijo Haldon—, y hay ciertas sales minerales que endurecen la piel.

—Es muy amable por vuestra parte. —Strickland hizo una seña a su escudero—. Watkyn, vino para nuestros amigos.

—No, gracias —intervino Grif—. Preferimos agua.

—Como queráis. —El capitán general sonrió al príncipe—. Y este debe de ser vuestro hijo.

«¿Lo sabe? —se preguntó Grif—. ¿Qué parte de la verdad le contaría Myles?». Varys había insistido hasta la náusea en la necesidad de guardar el secreto. Solo Illyrio, el eunuco y Corazón Negro conocían los planes que habían trazado entre los tres. El resto de la compañía los ignoraba por completo; lo que no se supiera no se podría escapar. Pero eso se había terminado.

—No hay padre que pueda aspirar a un hijo mejor —respondió—, pero este muchacho no es sangre de mi sangre, y no se llama Grif. Mis señores, os presento a Aegon Targaryen, hijo primogénito de Rhaegar, príncipe de Rocadragón, y de la princesa Elia de Dorne, quien pronto, con vuestra ayuda, será Aegon el sexto de su nombre, rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, y señor de los Siete Reinos.

El anuncio fue recibido en silencio. Se oyó un carraspeo. Uno de los Cole volvió a llenarse la copa de una frasca. Gorys Edoryen, jugueteando con sus tirabuzones, masculló algo en un idioma desconocido para Grif. Laswell Peake tosió, y Mandrake y Lothston cruzaron una mirada.

«Lo saben —comprendió Grif en aquel momento—. Lo sabían desde el principio». Se volvió hacia Harry Strickland.

—¿Cuándo se lo dijisteis?

El capitán general agitó los dedos de los pies dentro del balde.

—Cuando llegamos al río. La compañía estaba intranquila, y con razón. Dejamos de lado una campaña sencilla en las Tierras de la Discordia, y ¿a cambio de qué? ¿A cambio de sudar con este calor de mierda mientras se nos derriten las monedas y se nos oxidan las espadas, mientras rechazamos contratos importantes?

Aquella noticia le puso los pelos de punta a Grif.

—¿Contratos? ¿Con quién?

—Con los yunkios. El enviado que mandaron para galantear a Volantis ya ha puesto en marcha tres compañías libres hacia la bahía de los Esclavos. Quiere que seamos la cuarta y nos ofrece el doble de lo que nos pagaba Myr, además de un esclavo por cabeza, diez por oficial y un centenar de doncellas selectas, todas para mí.

«Mierda puta».

—Para eso hacen falta miles de esclavos. ¿De dónde piensan sacar tantos los yunkios?

—De Meereen. —Strickland hizo una señal a su escudero—. Watkyn, una toalla. Se está enfriando el agua y tengo los dedos como pasas. No, esa toalla no, la suave.

—Lo rechazaríais, claro —dijo Grif.

—Le dije que me lo pensaría. —Harry hizo un gesto de dolor cuando su escudero le frotó los pies—. Cuidado con los dedos. Imagínate que son uvas de piel fina, chico; tienes que secarlos sin estrujarlos. Con golpecitos suaves, sin frotar. Eso, eso es. —Volvió a mirar a Grif—. Una negativa directa habría sido muy poco inteligente. Los hombres se preguntarían si se me habían derretido los sesos.

—Pronto tendrás trabajo para vuestras espadas.

—¿De veras? —intervino Lysono Maar—. Supongo que ya sabéis que la joven Targaryen todavía no se ha puesto en marcha hacia el oeste.

—Eso se rumoreaba en Selhorys.

—No es un rumor: es la verdad, aunque nadie entiende el motivo. Saquear Meereen, sí, claro, ¿por qué no? Es lo que habría hecho yo en su lugar. Las ciudades esclavas rezuman oro y para una conquista hacen falta monedas. Pero ¿por qué quedarse allí? ¿Miedo? ¿Locura? ¿Desidia?

—El porqué no importa. —Harry Strickland desenrolló unas calzas de rayas—. Ella está en Meereen y nosotros aquí, donde cada día molestamos más a los volantinos. Vinimos a aclamar a un rey y a una reina que nos llevarían a casa, a Poniente, pero parece que la Targaryen prefiere plantar olivos a reclamar el trono de su padre. Mientras, los enemigos se agrupan: Yunkai, el Nuevo Ghis, Tolos... Barbasangre y el Príncipe Desharrapado van a plantarle cara, y pronto la atacarán también las flotas de la Antigua Volantis. ¿Qué tiene ella? ¿Esclavos de cama armados con palos?

—Inmaculados —apuntó Grif—. Y dragones.

—Dragones, sí —convino el capitán general—, pero jóvenes, poco más que polluelos. —Se cubrió las ampollas con una calza y se la subió por el tobillo—. ¿De qué le servirán cuando todos los ejércitos que os he dicho se cierren como un puño alrededor de su ciudad?

Tristan Ríos se tamborileó una rodilla con los dedos.

—Razón de más para acudir a su lado lo antes posible. Si Daenerys no viene a nosotros, tendremos que ir a ella.

—¿Acaso podemos caminar sobre las olas? —le preguntó Lysono Maar—. Os recuerdo que no podemos llegar a la reina de plata por mar. Yo mismo me hice pasar por mercader para entrar en Volantis y averiguar cuántos barcos podríamos conseguir. El puerto está atestado de galeras, cacas y carracas de todo tipo y tamaño; aun así pronto me vi reducido a tratar con piratas y contrabandistas. Como seguro que recuerda lord Connington de los años que pasó con nosotros, en la compañía tenemos diez mil hombres. Quinientos son caballeros, con tres caballos cada uno, y hay otros quinientos escuderos con sus correspondientes monturas. También están los elefantes; no podemos olvidarnos de los elefantes. Con un barco pirata no tendríamos suficiente; nos haría falta una flota pirata. Pero aunque la tuviéramos, han llegado noticias de la bahía de los Esclavos. Parece que Meereen está bloqueada.

—Podríamos fingir que aceptamos la oferta de los yunkios —propuso Gorys Edoryen—. Así nos llevarían al este y podríamos devolverles su oro al pie de la muralla de Meereen.

—Un contrato roto es una mancha en el honor de la compañía. —Harry Strickland se detuvo con el pie en la mano—. Os recuerdo que no fui yo, sino Myles Toyne, quien puso su sello en este pacto secreto. Yo lo cumpliría si pudiera, pero no veo cómo. Salta a la vista que la joven Targaryen no piensa venir al oeste. Poniente era el reino de su padre, mientras que Meereen es el suyo. Si consigue doblegar a los yunkios, será la reina de la bahía de los Esclavos. Si no, morirá mucho antes de que lleguemos a su lado.

Grif no se sorprendió. Harry Strickland siempre había sido un hombre afable, mucho más apto para los contratos que para las batallas. Tenía buen ojo para el oro, aunque aún estaba por ver que tuviera agallas para el combate.

—Hay una ruta por tierra —sugirió Franklyn Flores.

—El camino del Demonio lleva a la muerte. Si decimos que vamos a ir por ahí, la mitad de la compañía desertará, y a la otra mitad tendremos que enterrarla a lo largo del trayecto. Siento decirlo, pero el magister Illyrio y sus amigos han cometido un error al cifrar las esperanzas en esa niña reina.

«No —pensó Grif—, cometieron un error al depositar esperanzas en vosotros».

—En tal caso, cifradlas en mí —dijo el príncipe Aegon—. Daenerys es la

hermana del príncipe Rhaegar, pero yo soy su hijo. Soy el único dragón que necesitáis.

—Valientes palabras. —Grif puso una mano enguantada en el hombro—. Pero piensa bien lo que dices.

—Ya lo he pensado —insistió el muchacho—. ¿Por qué voy a correr a las faldas de mi tía como un mendigo? Tengo más derecho al trono que ella. Que sea ella quien venga a mí... en Poniente.

—Me encanta. —Franklyn Flores se echó a reír—. Navegaremos hacia el oeste, no hacia el este. Que la pequeña reina se quede con sus olivos; nosotros sentaremos al príncipe Aegon en el Trono de Hierro. Este chaval tiene agallas.

El capitán general lo miró como si acabaran de abofeteárselo.

—¿Acaso el sol os ha podrido el cerebro, Flores? Nos hace falta la chica; nos hace falta ese matrimonio. Si Daenerys acepta a nuestro principito como consorte, los Siete Reinos lo reconocerán. Sin ella, los señores se burlarán de él y lo tacharán de farsante y usurpador. Además, ¿cómo pensáis llegar a Poniente? ¿No habéis oído a Lysono? No tenemos manera de conseguir barcos.

«Este hombre tiene miedo de luchar —comprendió Grif—. ¿Cómo pueden haberlo elegido sucesor de Corazón Negro?».

—No hay barcos que naveguen a la bahía de los Esclavos, pero a Poniente... Tenemos cerrado el este, no el oeste. A los triarcas les encantará vernos partir, no os quepa duda; hasta nos ayudarán a conseguir pasaje a los Siete Reinos. A ninguna ciudad le gusta tener un ejército a sus puertas.

—No le falta razón —señaló Lysono Maar.

—A estas alturas, podemos estar seguros de que el león ya ha olfateado al dragón —apuntó un Cole—, pero Cersei estará concentrada en Meereen y en esa otra reina. No sabe nada de nuestro príncipe. En cuanto alcemos los estandartes, muchos correrán a unirse a nosotros.

—Algunos —admitió Harry Sintierra—, no muchos. La hermana de Rhaegar tiene dragones; el hijo de Rhaegar, no. Sin Daenerys y su ejército de inmaculados no podremos tomar el reino.

—El primer Aegon tomó Poniente sin eunucos —dijo Lysono Maar—. ¿Por qué no va a hacer lo mismo el sexto?

—Pero el plan...

—¿Qué plan? —interrumpió Tristan Ríos—. ¿El plan del gordo? ¿El que cambia con cada luna? Primero, Viserys Targaryen iba a acudir a nosotros respaldado por cincuenta mil aulladores dothrakis. Luego muere el Rey Mendigo y es su hermana, la voluble niña reina, quien va hacia Pentos con tres dragones recién nacidos. Pero donde aparece la chica es en la bahía de los Esclavos, habiendo dejado a su paso una estela de ciudades en llamas, y el gordo decide que tenemos que reunirnos con ella en Volantis. Ahora, ese plan también se cae a pedazos.

» Estoy harto de los planes de Illyrio. Robert Baratheon se hizo con el Trono de Hierro sin dragones, así que podemos hacer lo mismo. Y si estoy equivocado y el reino no se alza con nosotros, siempre podemos retirarnos al otro lado del mar Angosto, como hicieron Aceroamargo y otros muchos.

—El riesgo... —Strickland negó con la cabeza, obstinado.

—El riesgo no es para tanto ahora que ha muerto Tywin Lannister. Los Siete Reinos están a punto para la conquista. Otro niño rey ocupa el Trono de Hierro, es aún más joven que el anterior, y hay más rebeldes que hojas de otoño.

—Aun así —insistió Strickland—, solos no tenemos la menor posibilidad de...

—No estaremos solos. —Grif se había hastiado de la cobardía del capitán general—. Dorne se nos unirá, no me cabe duda. El príncipe Aegon es tan hijo de Elia como de Rhaegar.

—Cierto —intervino el muchacho—. ¿Quién queda en Poniente para enfrentarse a nosotros? Una mujer.

—Una Lannister —insistió el capitán general—. La zorra contará con el apoyo del Matarreyes, no lo dudéis, y ambos estarán respaldados por la riqueza de Roca Casterly. Además dice Illyrio que ese niño rey está prometido con una Tyrell, así que también nos enfrentaríamos al poder de Altojardín.

Laswell Peake golpeó la mesa con los nudillos.

—Ha pasado un siglo, pero algunos aún tenemos amigos en el Dominio. A lo mejor, el poder de Altojardín no es tanto como imagina Mace Tyrell.

—Príncipe Aegon —intervino Tristan Ríos—, somos vuestros hombres. ¿Eso es lo que deseáis? ¿Qué naveguemos hacia el oeste, no hacia el este?

—Así es —respondió Aegon al momento—. Si mi tía quiere Meereen, que se lo quede. Con vuestras espadas y vuestra lealtad, reclamaré el Trono de Hierro. Si nos movemos deprisa y atacamos bien, obtendremos unas cuantas victorias fáciles antes de que los Lannister se den cuenta de que hemos desembarcado. Eso hará que otros se unan a nuestra causa.

Ríos sonrió con aprobación, mientras que otros intercambiaron miradas pensativas.

—Mejor morir en Poniente que en el camino del Demonio —dijo Peake.

—Yo prefiero vivir —dijo Marq Mandrake entre risas—. Vivir, y conseguir unas tierras y un buen castillo.

Franklyn Flores se dio unos golpecitos en la empuñadura de la espada.

—Con tal de tener ocasión de matar a unos cuantos Fossoway, yo me apunto.

Todos empezaron a hablar a la vez, y Grif supo que la marea había cambiado a su favor.

« No conocía esta faceta de Aegon». No era el curso de acción más prudente, pero estaba harto de prudencia, harto de secretos, harto de esperar. Ganara o perdiera, volvería a ver el Nido del Grifo antes de morir, y lo enterrarían junto a su padre.

Uno a uno, los hombres de la Compañía Dorada se levantaron, se arrodillaron y pusieron la espada a los pies del joven príncipe. El último fue Harry Sintierra, con ampollas y todo.

Cuando salieron de la tienda del capitán general, el sol teñía de rojo el cielo del oeste y dibujaba sombras escarlata en las calaveras doradas ensartadas en las picas. Franklyn Flores se ofreció a llevar al príncipe a dar una vuelta por el campamento para presentarle a los que llamaba «sus muchachos», y Grif dio su consentimiento.

—Pero recordad: por lo que respecta a la compañía, tiene que seguir siendo Grif el Joven hasta que crucemos el mar Angosto. En Poniente le lavaremos el pelo y le pondremos su armadura.

—Entendido. —Flores dio una palmada en la espalda a Grif el Joven—. Venid conmigo. Empezaremos por los cocineros; siempre hay que conocer a los cocineros.

Cuando se alejaron, Grif se volvió hacia el Mediomaestre.

—Coged el caballo, volved a la *Doncella Tímida* y traed a lady Lemore y ser Rolly. También necesitaremos los cofres de Illyrio, todas las monedas y las armaduras. Dadles las gracias a Ysilla y Yandry; ellos ya han terminado. Cuando su alteza esté en su reino, no se olvidará de ellos.

—Como ordene mi señor.

Grif entró en la tienda que le había asignado Harry Sintierra. Sabía que el camino que los aguardaba estaba lleno de peligros, pero ¿y qué? Todo hombre había de morir. Lo único que él pedía era tiempo. Había esperado tanto que, sin duda, los dioses le concederían unos pocos años más, los justos para ver en el Trono de Hierro al muchacho al que había criado como un hijo, para reclamar sus tierras, su nombre y su honor; para acallar las campanas que resonaban en sus sueños cada vez que se echaba a dormir.

A solas en la tienda, mientras los rayos rojos y dorados del sol poniente entraban por la solapa levantada, Jon Connington se quitó la capa de piel de lobo, se sacó por la cabeza la cota de malla, se sentó en una silla plegable y se quitó el guante de la mano derecha. Tenía la uña del dedo corazón negra como el azabache, y el gris llegaba casi hasta el primer nudillo. La yema del anular también había empezado a oscurecerse, y cuando se pinchó con el puñal no sintió nada.

«Es la muerte —supo—, pero lenta. Todavía tengo tiempo. Un año. Dos años. Cinco. Hay hombres de piedra que viven hasta diez. Tiempo suficiente para cruzar el mar y volver a ver el Nido del Grifo. Tiempo para poner fin a la estirpe del Usurpador y devolver el Trono de Hierro al hijo de Rhaegar».

Entonces, lord Connington podría morir satisfecho.

LOS HIJOS DEL VIENTO

La noticia recorrió el campamento como una ráfaga de aire caliente.

« Ya viene. Se ha puesto en marcha con su ejército. Se dirige hacia el sur, a Yunkai, para incendiar la ciudad y pasar a sus habitantes por la espada, y nosotros vamos hacia el norte para reunirnos con ella». Rana se enteró gracias a Dick Heno, que a su vez se lo había oido al Viejo Bill Huesos, a quien se lo había contado un pentoshi llamado Myrio Myrakis que tenía un primo que servía de copero al Príncipe Desharrapado.

—Coz se enteró en la tienda de mando, de labios del propio Daggo —insistió Dick Heno—. Nos pondremos en marcha hoy mismo, ya lo veréis.

Al menos eso fue así. Dio la orden el Príncipe Desharrapado a través de sus capitanes y sargentos: plegad las tiendas, cargad las mulas y ensillad los caballos; marcharemos hacia Yunkai al amanecer.

—No creo que esos cabrones yunkios nos quieran dentro de su Ciudad Amarilla, rondando a sus hijas —predijo Baqq, el ballesteroyriense bizco cuyo nombre significaba « habas »—. En Yunkai nos haremos con provisiones y tal vez con caballos descansados. Y luego a Meereen, a bailar con la reina dragón. Así que salta deprisa, Rana, y afila bien la espada de tu señor, que no tardará en necesitarla.

Quentyn Martell había sido príncipe en Dorne y mercader en Volantis, pero en las orillas de la bahía de los Esclavos no era más que Rana, escudero del corpulento caballero calvo dorniense al que los mercenarios llamaban Tripasverdes. Los hombres que componían los Hijos del Viento se ponían el nombre que les venía en gana y se lo cambiaban a su antojo. A él le habían colgado el de Rana porque saltaba en cuanto el grandullón daba una orden.

Ni siquiera el comandante de los Hijos del Viento revelaba su verdadero nombre. Algunas compañías libres habían nacido durante el siglo de sangre y destrucción que siguió a la Maldición de Valyria; otras acababan de formarse y desaparecerían al día siguiente. La historia de los Hijos del Viento se remontaba a treinta años y en ese tiempo solo habían tenido un comandante, el noble pentoshi de ojos tristes y habla suave que se hacía llamar Príncipe Desharrapado. Tenía el cabello y la cota de malla de color gris plata, pero su capa andrajosa era de retales de tela de mil colores: azul, gris, violeta, rojo, morado, verde, fucsia, bermellón y cerúleo, todos desvaídos por el sol. Según Dick Heno, cuando el Príncipe Desharrapado tenía veintitrés años, los magisteres de Pentos lo eligieron príncipe pocas horas después de decapitar al anterior. En lugar de aceptar, se abrochó el cinto de la espada, montó a lomos de su caballo preferido y huyó a las Tierras de la Discordia para no regresar jamás. Había cabalgado con los Segundos Hijos, con los Escudos de Hierro y con los Hombres de la Doncella, hasta que al fin, junto con cinco hermanos de armas, fundó los Hijos del Viento.

De los seis, solo sobrevivía él.

Rana no tenía la menor idea de si había algo de cierto en aquello. Desde que se alistaron con los Hijos del Viento en Volantis solo había visto al Príncipe Desharrapado una vez, de lejos. Los dornienses eran nuevas manos, reclutas frescos, pasto de flechas, con tres hombres válidos entre dos mil. Su comandante solo se juntaba con gente de más nivel.

—¡No soy ningún escudero! —había protestado Quentyn cuando propuso el embuste Gerris del Manantial, al que allí llamaban Gerrold el Dorniense, para distinguirlo de Gerrold Lomorrojo y Gerrold el Negro, y al que también llamaban a veces Manan desde que, en una ocasión, el grandullón estuvo a punto de llamarlo por su nombre por error—. Me gané las espuelas en Dorne; soy tan caballero como vosotros.

Pero Gerris estaba en lo cierto. Arch y él habían ido a proteger a Quentyn, y para eso debían mantenerlo al lado del grandullón.

—Arch es el mejor luchador de los tres —le había dicho Del Manantial—, pero tú eres el único que puede casarse con la reina dragón.

« Casarme con ella o luchar contra ella; en cualquier caso, pronto la tendré frente a frente». Cuanto más oía hablar de Daenerys Targaryen, más temía el encuentro. Los yunkios aseguraban que alimentaba a sus dragones con carne humana y se bañaba en sangre de vírgenes para conservar la piel suave y tersa. Habas se tomaba a risa todo aquello, pero en cambio daba crédito a los relatos sobre la promiscuidad de la reina de plata.

—Uno de sus capitanes procede de una estirpe de hombres con el miembro de palmo y medio —les dijo—, pero ni con eso puede satisfacerla. Cabalgó con los dothrakis y se acostumbró a que se la follaran los sementales, así que ahora no hay hombre capaz de llenarla.

Libros, el sagaz espadachín de Volantis que siempre tenía las narices metidas en algún frágil pergamo, opinaba que la reina dragón era una demente asesina.

—Su *khal* mató a su hermano para hacerla reina, y después, ella mató a su *khal* para ser *khaleesi*. Hace sacrificios de sangre, miente más que habla, se vuelve contra los suyos por capricho, rompe treguas, tortura a los enviados... Su padre también estaba loco. Lo lleva en la sangre.

« Lo lleva en la sangre. —Era cierto que el rey Aerys II estaba loco; lo sabía todo Poniente. Había exiliado a dos manos y quemado a la tercera—. ¿Debo casarme con Daenerys aunque sea una asesina, como su padre?». El príncipe Doran no había mencionado esa posibilidad.

A Rana le encantaría dejar atrás Astapor. La Ciudad Roja era lo más parecido al infierno que esperaba conocer en vida. Los yunkios habían sellado las puertas para encerrar a los muertos y moribundos, pero los espectáculos que había presenciado mientras cabalgaba por las calles de ladrillo rojo acosarían para siempre a Quentyn Martell. Un río desbordante de cadáveres; sacerdotisas con la

túnica desgarrada, empaladas y rodeadas de moscas verdes; moribundos que se tambaleaban por las calles ensangrentados y llenos de excrementos; niños peleando por perritos a medio asar. El último rey libre de Astapor desnudo en la arena de combate, gritando mientras lo destrozaban una veintena de perros salvajes. Y fuego, fuego por todas partes. Aunque cerrara los ojos volvía a verlo: llamas que ascendían de pirámides de ladrillo más altas que ninguna fortaleza que hubiera visto jamás; columnas de humo grasiendo que subían enroscándose hacia el cielo como gigantescas serpientes negras.

Cuando soplaba el viento del sur, el aire olía a quemado incluso allí, a algo más de una legua de la ciudad. Tras su maltrecha muralla de ladrillo rojo, Astapor seguía humeando, aunque casi todos los incendios se habían apagado ya. Las cenizas flotaban perezosamente en el viento como gruesos copos de nieve gris. Sería un placer alejarse de allí.

—Ya era hora —dijo el grandullón cuando Rana dio con él; estaba jugando a los dados con Habas, Libros y el Viejo Bill Huesos, y perdiendo como de costumbre. Los mercenarios adoraban a Tripasverdes, que en las apuestas era tan temerario como en la batalla, pero mucho menos hábil—. Quiero la armadura, Rana. ¿Me has limpiado la sangre de la cota de malla?

—Sí, mi señor.

La cota de malla de Tripasverdes era vieja y pesada, llena de parches y remiendos, muy usada. Lo mismo se podía decir del yelmo, el gorjal, las grebas, los guanteletes y el resto de las piezas dispares. La armadura de Rana era tan solo un poquito mejor, y la de ser Gerris, mucho peor. «Acero de compañía», como lo llamaba el armero. Quentyn no había preguntado cuántos hombres la habían llevado antes ni cuántos la llevaban puesta al morir. Sus hermosas armaduras habían tenido que abandonarlas en Volantis, junto con el oro y sus nombres verdaderos. Los caballeros adinerados de casas antiguas y honorables no cruzaban el mar Angosto para vender la espada a menos que alguna infamia los empujara al exilio.

—Prefiero pasar por pobre antes que por taimado —exigió Quentyn cuando Gerris les expuso su plan.

Los hijos del viento tardaron menos de una hora en levantar campamento.

—¡Ahora, a cabalgar! —proclamó el Príncipe Desharrapado desde su gran caballo de batalla gris en alto valyrio clásico, que era lo más parecido a un idioma común de la compañía. Su corcel llevaba los cuartos traseros cubiertos de tiras de tela arrancadas de los jubones de las víctimas de su amo. La capa del príncipe estaba cosida con los mismos retales. Era un viejo de más de sesenta años, pero seguía cabalgando muy erguido en la silla y su voz potente llegaba a todos los rincones del campo de batalla—. Astapor solo ha sido un aperitivo, ¡Meereen será el banquete!

Los mercenarios lo aclamaron, y los gallardetes de seda celeste ondearon en

las puntas de las lanzas junto con los estandartes azules y blancos de los Hijos del Viento.

Los tres dornienses gritaron tanto como los demás; el silencio habría llamado la atención. Pero cuando los Hijos del Viento cabalgaron hacia el norte por el camino de la costa, tras los pasos de Barbasangre y la Compañía del Gato, Rana se demoró hasta ponerse a la altura de Gerold el Dorniense.

—Pronto —le dijo en la lengua común de Poniente. Había más ponentis en la compañía, pero no muchos, y ninguno en las inmediaciones—. Tiene que ser pronto.

—Aquí no —advirtió Gerris con una sonrisa falsa de cómico—. Hablamos esta noche, después de acampar.

Había cien leguas de Astapor a Yunkai por el viejo camino de la costa ghiscario, y otras cincuenta de Yunkai a Meereen. Las compañías libres, con buenos caballos, podían llegar a Yunkai en seis días de marcha forzada o en ocho a paso más sosegado. Las legiones del Antiguo Ghis tardarían entre nueve y doce porque iban a pie, y los yunkios y sus soldados esclavos...

—Con los generales que tienen, lo que me extraña es que no marchen hacia el mar —había comentado Habas.

A los yunkios no les faltaban comandantes. Un viejo héroe conocido como Yurkhaz zo Yunzak tenía el mando supremo, aunque los Hijos del Viento solo lo habían visto de lejos, en un palanquín tan pesado que tenían que transportarlo entre cuarenta esclavos.

A los que no había manera de perder de vista era a sus segundos: los señores yunkios correteaban por doquier como cucarachas. La mitad se presentaba como Ghazdan, Grazdan, Mazdhan o Ghaznak: distinguir un nombre ghiscario de otro era un arte que pocos hijos del viento dominaban, así que les habían puesto apodos burlones.

El que más destacaba era Ballena Amarilla, un hombre de una obesidad grotesca que siempre llevaba *tokars* de seda amarilla con ribete dorado. Pesaba tanto que no se tenía en pie por sí mismo, y tampoco podía retener la orina, así que siempre olía a pis, con un hedor tan pronunciado que ni los perfumes más densos conseguían ocultarlo. Pero también era, según se decía, el hombre más rico de Yunkai, y le apasionaban los monstruos. Entre sus esclavos había un niño con patas y pezuñas de cabra, una mujer barbuda, un bicéfalo de Mantarys y un hermafrodita que le calentaba la cama.

—Polla y conejo, todo en uno —les explicó Dick Heno—. Antes, la Ballena tenía un gigante y le encantaba verlo follarse a sus esclavas, pero se le murió, y tengo entendido que pagaría un saco de oro por otro.

Luego estaba la Niña General, que montaba a lomos de un caballo blanco, tenía una larga melena roja y estaba al mando de un centenar de fornidos soldados esclavos que había elegido y entrenado personalmente, todos ellos

jóvenes, esbeltos, musculosos y desnudos con excepción del taparrabos, la capa amarilla y el escudo de bronce alargado con grabados eróticos. Su señora no tendría más de diecisésis años y se creía la Daenerys Targaryen de Yunkai.

El Pichón no era enano, pero cualquiera lo habría tomado por tal con poca luz. Caminaba como si fuera un gigante, con las pueras regordetas muy separadas y el pecho abombado hinchado. Tenía los soldados más altos que hubiera visto jamás un hijo del viento: los más bajos median más de dos varas, y el más alto, casi tres. Todos tenían el rostro alargado y las piernas largas, que lo parecían más aún gracias a los zancos que formaban parte de su ornamentada armadura. Se cubrían el torso con escamas esmaltadas en rosa, y la cabeza, con un yelmo alargado rematado con un pico de acero y un penacho de plumas rosadas. Cada uno llevaba una espada curva a la cadera y portaba una lanza tan alta como él, rematada en ambos extremos por puntas en forma de hoja.

—Los cría el Pichón —informó Dick Heno—. Compra esclavos altos en todo el mundo, los cruza y se queda con los hijos más altos para sus garzas. Cree que algún día podrá prescindir de los zancos.

—Con unas cuantas sesiones en el potro aceleraría el proceso —sugirió el grandullón.

—Son impresionantes —comentó Gerris del Manantial, riendo—. No hay nada que me dé más miedo que un tipo con zancos, escamas y plumas rosa. Si me persiguiera uno de esos, me reíría tanto que se me aflojaría la vejiga.

—Hay quien considera que las garzas son majestuosas —señaló el Viejo Bill Huesos—. Si su rey come ranas a la pata coja, claro.

—Las garzas son cobardes —apuntó el grandullón—. Una vez que Manan, Cletus y yo estábamos cazando, vimos una bandada en los bajíos; estaban dándose un banquete de renacuajos y pececillos. Eran muy bonitas, sí, pero pasó volando un halcón y todas alzaron el vuelo despavoridas, como si hubieran visto un dragón. Levantaron tanto viento que me derribaron del caballo. Cletus consiguió abatir una de un flechazo; sabía a pato, aunque era menos grasa.

Ni siquiera el Pichón y sus Garzas eran tan extrafálicos como los hermanos a los que los mercenarios denominaban Señores del Estrépito. La última vez que los soldados de Yunkai se enfrentaron a los Inmaculados de la reina dragón, rompieron filas y huyeron. Los Señores del Estrépito habían ideado una estrategia para impedir que se repitiera: encadenar a sus hombres en grupos de diez, muñeca con muñeca y tobillo con tobillo.

—Esos pobres cabrones no pueden correr a menos que se pongan de acuerdo para acompañar el ritmo —les explicó Dick Heno entre risas—. Y aunque se pongan de acuerdo, tampoco podrán ir muy deprisa.

—Y a la hora de marchar no les va mucho mejor —observó Habas—. El ruido que arman se oye a diez leguas de distancia.

Había otros igualmente demenciales o incluso peores: lord Nalgasblandas, el

Conquistador Borracho, el Señor de las Bestias, Cara de Flan, el Conejo, el Auriga, el Héroe Perfumado... Unos tenían veinte soldados; otros, doscientos o dos mil, todos ellos esclavos que ellos mismos habían entrenado y equipado. Todos eran ricos, todos eran arrogantes y todos eran capitán y comandante, con lo que no respondían más que ante Yurkhaz zo Yunzak, desdeñaban a los simples mercenarios y mantenían luchas constantes por la preeminencia, tan interminables como incomprensibles. En el tiempo en que los Hijos del Viento recorrieron legua y media, los yunkios se las apañaron para retrasarse una.

—Son una manada de imbéciles malolientes —se quejó Habas—. Y aún no entienden por qué los Cuervos de Tormenta y los Segundos Hijos se pasaron al bando de la reina dragón.

—Creen que fue por oro —señaló Libros—. ¿Por qué crees que nos pagan tan bien?

—El oro está bien, pero vivir está mejor —replicó Habas—. En Astapor nos ha tocado bailar con tullidos. ¿Quieres enfrentarte a auténticos immaculados sin más apoyo que el de esos tipos?

—Ya nos enfrentamos a los Inmaculados en Astapor —apuntó el grandullón.

—He dicho « auténticos inmaculados» . No basta con cortarle los huevos a un chaval y darle un casco puntiagudo para transformarlo en inmaculado. Los de verdad, los que no rompen filas y huyen cuando te tiras un pedo hacia ellos, están con la reina dragón.

—Y también tiene dragones. —Dick Heno contempló el cielo como si temiera que con solo mencionarlos fueran a caer sobre la compañía—. Que no se os embote la espada, muchachos; pronto habrá combate de verdad.

« Combate de verdad» , pensó Rana. Las palabras se le quedaron atravesadas en la garganta. La batalla librada ante la muralla de Astapor le había parecido de lo más auténtico, aunque sabía que los mercenarios no opinaban lo mismo.

—Fue una carnicería, no una batalla —había declarado después el bardo guerrero Denzo D'han.

Denzo era capitán, veterano de cien combates, mientras que la experiencia de Rana se limitaba al patio de entrenamiento y los torneos, por lo que se consideró indigno de discutir la opinión de tan curtido guerrero.

« Pero cuando empezó, vaya si parecía un combate» . Recordó como se le había hecho un nudo en la garganta cuando el grandullón lo había despertado de una patada al amanecer.

—¡Ponte la armadura, haragán! —le había gritado—. El Carnicero viene para presentar batalla. ¡Venga, a menos que quieras que te trinche!

—El Rey Carnicero ha muerto —había protestado Rana, adormilado.

Era lo que habían oído todos al bajar de los barcos que los transportaban desde la Antigua Volantis. Un segundo rey Cleon había lucido la corona poco antes de morir, y en aquellos momentos, los astaporis estaban gobernados por

una puta y un barbero loco cuyos seguidores peleaban entre ellos por el control de la ciudad.

—Igual es mentira —había replicado el grandullón—, o igual se trata de otro carníero. O será que el primero ha vuelto de la tumba para matar a unos cuantos yunkios, ¿qué coño importa? ¡Ponte la armadura, Rana!

En la tienda dormían diez hombres; para entonces ya estaban todos en pie y se ponían como podían calzones y botas, se embutían en largas cotas de malla, se ataban las cinchas de la coraza, se apretaban las correas de grebas y brazales y buscaban yelmos, escudos y cintos. Gerris, tan rápido como siempre, fue el primero en acabar, seguido de cerca por Arch. Entre los dos ayudaron a Quentyn a terminar de ponerse la armadura. Poco más allá, los nuevos Inmaculados de Astapor habían salido por las puertas de la ciudad y estaban formando en hileras al pie de la maltrecha muralla de ladrillo rojo, mientras el sol del amanecer se reflejaba en los cascos de bronce rematados por una púa y en la punta de las largas lanzas.

Los tres dornienses salieron juntos de la tienda para seguir a los combatientes que se dirigían a los caballos.

« Combate. —Quentyn había estado entrenándose con la lanza, la espada y el escudo desde que tenía edad para andar, pero en aquel momento no importaba —. Guerrero, dame valor», había rezado Rana mientras los tambores resonaban a lo lejos, *BUM bum BUM bum BUM bum*. El grandullón le señaló al Rey Carnicero, que montaba alto y rígido el caballo, con una armadura de escamas de cobre que resplandecía al sol de la mañana. Recordó lo que le había dicho Gerris mientras ensillaba, justo antes de que empezara la batalla: « No te apartes de Arch; pase lo que pase, quédate a su lado. Recuerda, eres el único de nosotros que puede casarse con la chica». Para entonces, los astaporis ya avanzaban.

Vivo o muerto, el Rey Carnicero cogió desprevenidos a los sabios amos. Los yunkios aún corrían de un lado a otro con sus *tokars* al viento, en un intento desesperado por imponer algo parecido al orden entre sus esclavos a medio entrenar mientras las lanzas de los Inmaculados chocaban contra la primera línea de asedio. De no ser por sus aliados y por los mercenarios a los que tanto despreciaban, los habrían barrido en aquel mismo instante, pero los Hijos del Viento y la Compañía del Gato montaron a caballo en cuestión de minutos y cayeron sobre los flancos astaporis justo cuando una legión del Nuevo Ghis atravesaba el campamento yunkio desde el otro extremo y chocaba con los Inmaculados, lanza contra lanza y escudo contra escudo.

Lo que siguió fue una carnicería, aunque en aquella ocasión, el Rey Carnicero se vio al otro lado del cuchillo. Daggo fue quien consiguió llegar hasta él, tras abrirse camino entre sus defensores a lomos del monstruoso caballo de guerra, y rajó a Cleon el Grande del hombro a la cadera con un solo golpe de su curvado *arakh valyrio*. Rana no lo vio, pero los que presenciaron la escena

aseguraban que la armadura de cobre de Cleon se desgarró como la seda y que de ella salió, con un hedor espantoso, un centenar de gusanos blancos que se retorcían. Al final resultó que Cleon ya estaba muerto: los astaporis, desesperados, lo habían sacado de la tumba, le habían puesto la armadura y lo habían atado al caballo con la esperanza de inspirar valor a sus inmaculados.

La caída del difunto Cleon fue el golpe de gracia. Los nuevos inmaculados soltaron lanzas y escudos y huyeron, solo para encontrarse con que les habían cerrado las puertas de Astapor. En la carnicería que siguió, Rana desempeñó su papel, que consistió en arrollar con el caballo a los aterrados eunucos, igual que los otros hijos del viento. En ningún momento se despegó del grandullón, y repartió golpes a diestro y siniestro mientras su cuña se introducía en las filas de los Inmaculados como una punta de lanza. Cuando las atravesaron, el Príncipe Desharrapado dio orden de dar la vuelta y repetir la maniobra en sentido contrario. Fue entonces cuando Rana pudo ver mejor los rostros que había bajo los cascós de bronce y se dio cuenta de que casi todos eran de su edad.

«Niños sin experiencia que llaman a gritos a sus madres», pensó, pero aun así los mató. Cuando por fin abandonó el campo de batalla tenía la espada ensangrentada y el brazo tan cansado que casi no podía levantarla.

«Pero no fue un combate de verdad —pensó—. El combate de verdad llegará pronto, y tenemos que estar lejos antes de que empiece, o acabaremos luchando en el bando que menos nos conviene».

Aquella noche, los Hijos del Viento acamparon junto a la bahía de los Esclavos. A Rana le tocó la primera guardia, y lo mandaron a vigilar las líneas de los caballos. Gerris se reunió con él en cuanto se puso el sol, cuando la media luna se reflejaba en las aguas.

—También debería haber venido el grandullón —dijo Quentyn.

—Ha ido a ver al Viejo Bill Huesos para perder el resto de la plata —respondió Gerris—. No lo metas en esto. Hará lo que digamos, aunque no le guste.

—No.

Había muchas cosas que tampoco le gustaban a Quentyn: navegar en un barco atestado, sacudido por los vientos y las mareas; comer pan duro lleno de gorgojos, beber un ron negro como la breva para olvidar; dormir en paja mohosa rodeado de desconocidos malolientes... Todo eso era lo que esperaba cuando garabateó su nombre en un pergamo en Volantis para vender al Príncipe Desharrapado su espada y sus servicios durante un año. Eran las dificultades que había que soportar, lo normal en cualquier aventura.

Pero lo que llegaba a continuación era, simple y llanamente, traición. Los yunkios los habían transportado desde la Antigua Volantis para luchar por la Ciudad Amarilla, y los dornienses iban a cambiar de capa, lo que significaba que iban a abandonar a sus nuevos hermanos de armas. Los Hijos del Viento no eran

la compañía que habría elegido Quentyn, pero había cruzado el mar con ellos, había compartido la carne y el aguamiel con ellos, había luchado a su lado y había intercambiado relatos con los pocos cuyo idioma entendía. Y si todo lo relatado eran embustes, en fin, ese era el precio del pasaje a Meereen.

«No es nada honroso», les había advertido Gerris en la Casa del Mercader.

—Puede que Daenerys esté a medio camino de Yunkai, seguida por su ejército —comentó Quentyn mientras paseaban entre los caballos.

—Puede, pero lo dudo mucho —replicó Gerris—. No sería la primera vez que corren rumores por el estilo. Los astaporis estaban seguros de que Daenerys marchaba hacia el sur con sus dragones para romper el asedio. No acudió entonces y no va a acudir ahora.

—No puedes estar seguro. Tenemos que marcharnos antes de que nos obliguen a enfrentarnos a la mujer a la que he de cortejar.

—Espera a que lleguemos a Yunkai. —Gerris señaló las colinas—. Estas tierras pertenecen a los yunkios. Aquí, nadie querrá alimentar o dar refugio a tres desertores. En cambio, el norte de Yunkai es tierra de nadie.

Era cierto; aun así, Quentyn se sentía incómodo.

—El grandullón está trabando demasiadas amistades. Sabe que teníamos planes de escabullirnos e ir a buscar a Daenerys, pero no le sentará bien abandonar a los hombres junto con los que ha luchado. Si seguimos esperando, tendrá la impresión de que los deja en la estacada la víspera del combate, y eso sí que no lo hará. Lo conoces tan bien como yo.

—Sea cuando sea, será deserción —argumentó Gerris—, y el Príncipe Desharrapado no trata con pinzas a los desertores. Enviará rastreadores en nuestra busca, y que los Siete se apiaden de nosotros si nos atrapan. Si tenemos suerte, nos cortarán un pie a cada uno para que no volvamos a escapar. Si no, nos dejará en manos de Meris la Bella. —Aquello hizo que Quentyn se quedara pensativo, porque tenía miedo de Meris la Bella. Era una poniente más alta que él, de casi dos varas. Tras veinte años en las compañías libres no le quedaba nada de belleza por dentro ni por fuera. Gerris lo cogió por el brazo—. Espera, espera solo unos días más. Hemos cruzado el mundo, ten paciencia unas pocas leguas. Se nos presentará la ocasión al norte de Yunkai.

—Si tú lo dices... —respondió Rana, dubitativo.

Pero los dioses fueron bondadosos por una vez, y la ocasión se presentó mucho antes, al cabo de dos días, cuando Hugh Hungerford detuvo el caballo junto a la hoguera donde estaban cocinando.

—Dorniense, os requieren en la tienda del comandante.

—¿A cuál de nosotros? Todos somos dornienses.

—Entonces, a todos.

Hungerford, amargado y melancólico, con una mano inutilizada, había sido tesorero de la compañía durante un tiempo, hasta que el Príncipe Desharrapado

lo sorprendió robando de las arcas y le cortó tres dedos. Por aquel entonces era un simple sargento.

«¿De qué se tratará?». Hasta entonces, Rana no había visto ningún indicio de que el comandante supiera de su existencia. La única opción que tenían era presentarse ante el jefe, tal como se les había ordenado.

—No reconocéis nada y estad preparados para luchar —dijo Qentyn a sus amigos.

—Yo siempre estoy preparado para luchar —replicó el grandullón.

El enorme pabellón de lona que el Príncipe Desharrapado gustaba de denominar su «castillo de tela» estaba abarrotado cuando llegaron los dornienses. Qentyn tardó en darse cuenta de que casi todos los reunidos procedían de los Siete Reinos o alardeaban de tener sangre poniente.

«Exiliados o hijos de exiliados». Dick Heno aseguraba que había unos sesenta ponientes en la compañía; allí se había congregado al menos un tercio, entre ellos el propio Dick, Hugh Hungerford, Meris la Bella y Lewis Lanster, con su pelo dorado, el mejor arquero de la compañía.

También vio a Denzo D'hán, que estaba al lado de Daggo. Daggo Matamertos, como lo llamaban últimamente, aunque nunca a la cara: tenía un genio rápido y una espada negra curva tan aterradora como su dueño. Había cientos de espadas de acero valyrio en el mundo, pero solo un puñado de *arakhs* de ese material. Ni Daggo ni D'hán eran ponientes, pero ambos eran capitanes y ocupaban un alto lugar en la estima del Príncipe Desharrapado.

«Son sus manos, la derecha y la izquierda. Aquí pasa algo».

—Nos han llegado órdenes de Yurkhaz —empezó el Príncipe Desharrapado —. Los astaporis que quedan vivos han salido del agujero. En Astapor no quedan más que cadáveres, así que están desparramándose por todas partes, y son cientos, puede que miles, todos enfermos y hambrientos. Los yunkios no quieren ni verlos cerca de su Ciudad Amarilla, así que nos han ordenado que les demos caza y los devolvamos a Astapor o los empujemos hacia el norte, hacia Meereen. Si la reina dragón los quiere, que se los quede. La mitad padece la colerina, pero hasta los sanos son bocas que alimentar.

—¿Y si no quieren dar media vuelta, mi señor? —objetó Hugh Hungerford.

—Para eso tenéis espadas y lanzas, Hugh, aunque sería mejor usar arcos y flechas. Ni os acerquéis a los que muestren síntomas de colerina. Voy a enviar a la mitad de nuestros hombres a las colinas, cincuenta patrullas de veinte jinetes. Barbasangre ha recibido las mismas órdenes, así que los gatos también estarán en el campo de batalla.

Los hombres cruzaron miradas y más de uno murmuró una maldición. Los Hijos del Viento y la Compañía del Gato estaban contratados por Yunkai, pero hacía un año, en las Tierras de la Discordia, se habían visto en bandos enfrentados y aún quedaban rencillas entre ellos. Barbasangre, el salvaje

comandante de los gatos, era un gigante estentóreo con una inagotable sed de sangre que no se molestaba en disimular su desprecio hacia los «viejos barbablanca andrajosos».

—Disculpad, mi señor —intervino Dick Heno después de un discreto carraspeo—, pero todos los presentes somos de los Siete Reinos. Mi señor nunca había dividido la compañía por sangre ni por idioma. ¿Por qué ahora nos agrupa?

—Buena pregunta. Vuestra misión es cabalgar hacia el este y adentraros en las colinas, y luego rodear Yunkai y dirigiros hacia Meereen. Si os tropezáis con algún astaporí, forzadlo hacia el norte o matadlo, pero esa no es vuestra misión. Pasada la Ciudad Amarilla, probablemente os encontrareis con patrullas de la reina dragón. Me da igual que sean cuervos de tormenta o segundos hijos: acercaos a ellos y entregaos.

—¿Qué nos entreguemos? —preguntó sorprendido el caballero bastardo ser Orson Piedra—. ¿Queréis que cambiamos de capa?

—Así es —respondió el Príncipe Desharrapado.

«Los dioses están locos». Quentyn Martell contuvo la risa a duras penas.

Los ponentis parecían inquietos. Algunos clavaron la vista en su copa de vino, como si dentro fueran a encontrar alguna inspiración. Hugh Hungerford tenía el ceño fruncido.

—Creéis que la reina Daenerys nos aceptará...?

—Sí.

—Vale, pero luego ¿qué? ¿Qué seremos? ¿Espías? ¿Asesinos? ¿Enviados? ¿Estáis pensando en cambiar de bando?

—Eso es cosa del príncipe, Hungerford —replicó Daggo molesto—. Tú solo tienes que hacer lo que te digan.

—Eso siempre. —Hungerford alzó la mano de solo dos dedos.

—Seamos sinceros —intervino Denzo D'hun, el bardo guerrero—: los yunkios no inspiran confianza. Acabe como acabe esta guerra, los hijos del viento querrán su parte del botín de victoria. Nuestro príncipe hace bien en no cerrarse ninguna puerta.

—Meris estará al mando —dijo el Príncipe Desharrapado—. Conoce mi punto de vista en este asunto, y puede que Daenerys Targaryen se muestre más receptiva a otra mujer.

Quentyn lanzó una mirada hacia Meris la Bella. Cuando los ojos fríos y muertos de la mujer se cruzaron con los suyos, sintió un escalofrío.

«Esto no me gusta».

—Esa chica no será tan tonta como para confiar en nosotros. —Dick Heno también albergaba dudas—. Aunque llevemos a Meris. Sobre todo si llevamos a Meris. Diantres, no me fio de Meris ni yo, que me la he tirado unas cuantas veces...

Sonrió, pero a nadie más le hizo gracia, y a Meris la Bella menos que a nadie.

—Creo que te equivocas, Dick —intervino el Príncipe Desharrapado—. Vosotros sois todos ponentis; procedéis de su tierra natal, habláis su idioma y adoráis a sus dioses. Si hace falta algún motivo, todos habéis sufrido a mis manos. Dick, te he mandado azotar más que a ningún otro hombre de los Hijos, como demuestra tu espalda. A Hugh le corté tres dedos. A Meris la violó media compañía. No fue esta compañía, pero eso no hace falta que lo digamos. Will de los Bosques... Bueno, en tu caso es que eres basura. Ser Orson me culpa por enviar a su hermano a los Pesares, y ser Lucifer aún está resentido por lo de la esclava que le quitó Dago.

—Podría haberla devuelto cuando terminó con ella —se quejó Lucifer Largo—. No tenía por qué matarla.

—Era fea —replicó Dago—. Motivo más que suficiente.

—Webber, tú aún quieres recuperar las tierras que perdiste en Poniente —siguió el Príncipe Desharrapado sin hacer caso de la interrupción—. Lanster, maté a aquel chico al que tenías tanto cariño. Vosotros, los tres dornienses, pensáis que os hemos mentido. El botín de Astapor no fue ni de lejos lo que os prometimos en Volantis, y además me quedé con la mayor parte.

—Eso último es verdad —apuntó ser Orson.

—Los mejores embustes son los que llevan una pizca de verdad —convino el Príncipe Desharrapado—. Todos tenéis motivos sobrados para querer abandonarme, y Daenerys Targaryen sabe que los mercenarios son tornadizos. Sus Cuervos de Tormenta y sus Segundos Hijos habían aceptado oro yunkio, pero no dudaron en unirse a ella cuando la balanza de la batalla se inclinó en su favor.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Lewis Lanster.

—De inmediato. Tened cuidado con los gatos, y con cualquier lanza larga con que os tropecéis. Los únicos que sabemos que la deserción es una estratagema somos los presentes. Si os descubrís demasiado pronto, os mutilarán por desertores u os destriparán por cambiaciones.

Los tres dornienses salieron de la tienda en silencio.

«Veinte jinetes que hablan la lengua común —pensó Quentyne—. De repente, susurrar se ha vuelto mucho más peligroso».

El grandullón le dio una palmada en la espalda.

—¿No es una maravilla, Rana? Vamos a la caza del dragón.

LA NOVIA DÍSCOLA

Asha Greyjoy estaba sentada en el salón principal de Galbart Glover, bebiendo el vino de Galbart Glover, cuando el maestre de Galbart Glover le llevó la carta.

—Mi señora —el maestre estaba nervioso, como siempre que hablaba con ella—, ha llegado un pájaro de Fuerte Túmulo.

Le entregó el pergamino como si le faltara tiempo para librarse de él. Estaba bien enrollado y sellado con un botón de lacre rosa.

«Fuerte Túmulo. —Asha trató de recordar quién gobernaba allí—. Algun señor norteño que no me tendrá ninguna simpatía, seguro». Y aquel sello... Los Bolton de Fuerte Terror iban a la batalla bajo estandartes rosa salpicados de gotitas de sangre, así que no sería raro que usaran lacre rosa también para los sellos.

«Lo que tengo en las manos es puro veneno —pensó—. Debería quemarlo. —Pero rompió el sello, y una tirita de cuero le cayó en el regazo. Cuando leyó las secas palabras escritas en tinta marrón, el nubarrón que pendía sobre ella se hizo aún un poco más denso—. Alas negras, palabras negras». Los cuervos no eran nunca portadores de buenas noticias. El último mensaje que se había recibido en Bosquespeso era el de Stannis Baratheon para exigir pleitesía. Pero aquello era mucho peor.

—Los norteños han tomado Foso Cailin.

—¿El Bastardo de Bolton? —le preguntó Qarl, que estaba junto a ella.

—«Ramsay Bolton, señor de Invernalia», o al menos así es como firma. Pero también hay otros nombres.

Lady Dustin, lady Cerwyn y cuatro Ryswell habían estampado su firma bajo la del Bastardo. Al lado se veía el burdo dibujo de un gigante, la marca de algún Umber.

Habían firmado con tinta de maestre, de hollín y brea, aunque el mensaje estaba garabateado en marrón con una escritura grande, angulosa. Hablaba de la caída de Foso Cailin, del retorno triunfal a sus dominios del Guardián del Norte y del matrimonio que no tardaría en celebrarse. Las primeras palabras eran: «Escribo esta carta con sangre de hombres del hierro», y las últimas, «Os envío a cada uno un trozo del príncipe. Si permanecéis en mis tierras, correréis la misma suerte».

Asha había dado por muerto a su hermano pequeño.

«Mejor muerto que así». Cogió la tira de piel que le había caído en el regazo, la acercó a la vela y contempló como se retorcía y humeaba, hasta que las llamas le lamieron los dedos.

El maestre de Galbart Glover aguardaba junto a ella, expectante.

—No habrá respuesta —informó.

—¿Tengo vuestro permiso para transmitir esta noticia a lady Sybelle?

—Como gustéis.

Asha no habría sabido decir si lady Sybelle se alegraría de la caída de Foso Cailin: aquella mujer vivía en su bosque de dioses sin dejar de rezar ni un momento por el regreso de su esposo y sus hijos, sanos y salvos.

« Otra plegaria que quedará sin respuesta. Su árbol corazón está tan ciego y sordo como nuestro Dios Ahogado. —Robett Glover y su hermano Galbart habían cabalgado hacia el sur con el Joven Lobo. Si la mitad de lo que se decía sobre la Boda Roja era cierto, no volverían al norte—. Al menos sus hijos están vivos, y gracias a mí». Asha los había dejado en Diez Torres, al cuidado de sus tías. La hija pequeña de lady Sybelle aún mamaba, y la había considerado demasiado delicada para exponerla a los rigores de otra travesía tormentosa. Asha le puso la misiva en las manos al maestre.

—Tomad; a ver si esto la alegra un poco. Podéis retiraros.

El maestre hizo una reverencia y se marchó. Tris Botley se volvió hacia Asha.

—Si Foso Cailin ha caído, lo mismo sucederá con la Ciudadela de Torrhen, y luego nos tocará a nosotros.

—Aún falta para eso. Barbarrota los hará sangrar.

La Ciudadela de Torrhen no era un montón de ruinas como Foso Cailin, y Dagmer era de hierro hasta los huesos; moriría antes de rendirse.

« Si mi padre siguiera con vida, Foso Cailin no habría caído jamás». Balon Greyjoy sabía muy bien que tenía una posición estratégica para la defensa del Norte. Euron también lo sabía, pero no le importaba, igual que no le importaba el destino que corriera Bosquespeso o la Ciudadela de Torrhen.

—A mi tío Euron no le interesan las conquistas de Balon, o está muy ocupado cazando dragones. —Ojo de Cuervo había convocado todo el poderío de las islas del Hierro a Viejo Wyk para embarcar hacia las profundidades del mar del Ocaso, seguido por el cachorro apaleado en que se había convertido su hermano Victarion. En Pyke no quedaba nadie a quien recurrir, aparte del señor esposo de Asha—. Estamos solos.

—Dagmer los destrozará —insistió Cromm, que nunca había conocido a una mujer que le gustara la mitad de lo que le gustaba la batalla—. No son más que lobos.

—Los lobos están todos muertos. —Asha dio unos golpecitos con la uña en el lacre rosa—. Estos desolladores los mataron.

—Lo que tendríamos que hacer es ir a la Ciudadela de Torrhen y participar en la batalla —apremió Quenton Greyjoy, primo lejano de Asha y capitán del *Moza Salada*.

—Es verdad —apoyó Dagon Greyjoy, otro primo aún más lejano. Los hombres lo habían apodado Dagon el Borracho, pero borracho o sobrio, adoraba

pelear—. ¿Por qué vamos a dejar que Barbarrota acapare toda la gloria? —Dos criados de Galbart Glover les sirvieron el asado, pero la tira de piel le había quitado el apetito a Asha.

« Mis hombres han perdido toda esperanza de vencer —pensó con pesadumbre—. Ya no buscan más que una buena muerte. —No le cabía duda de que los lobos se la proporcionarían—. Más tarde o más temprano vendrán a recuperar este castillo» .

El sol se ocultaba ya tras los altos pinos del bosque de los Lobos cuando Asha subió por los peldaños de madera hacia el dormitorio que había pertenecido a Galbart Glover. Había bebido demasiado vino y le retumbaba la cabeza. Asha Greyjoy quería a sus hombres, tanto a los capitanes como a los tripulantes, pero la mitad de ellos eran imbéciles.

« Imbéciles valientes, pero imbéciles. Que vayamos con Barbarrota, claro, como si fuera tan fácil...» .

Había muchas leguas entre Bosquespeso y Dagmer, leguas de colinas escarpadas, bosques espesos y ríos bravos, y tantos norteños que no quería ni imaginárselo. Asha disponía de cuatro barcoluengos y menos de doscientos hombres, y eso contando los de Tristifer Botley, en quien no se podía confiar. Pese a toda su palabrería sobre el amor, no se imaginaba a Tris saliendo de la Ciudadela de Torrhen para ir a morir con Dagmer Barbarrota.

Qarl la siguió hasta el dormitorio de Galbart Glover.

—Lárgate —le dijo—. Quiero estar sola.

—No,quieres estar conmigo. —Trató de besarla, y Asha lo apartó.

—Como vuelvas a tocarme, te...

—Te ¿qué? —Desenfundó el puñal—. Desnúdate, venga.

—Anda y que te follen, mocoso imberbe.

—Prefiero follarte a ti.

Le cortó los cordones del jubón con un tajo rápido. Asha echó mano del hacha, pero Qarl soltó el cuchillo, le cogió la muñeca y se la retorció hasta obligarla a estirar los dedos. Luego la tiró a la cama de Glover, la besó con violencia y le arrancó la túnica para liberar sus pechos. Ella trató de darle un rodillazo en la entrepierna, pero Qarl se apartó y la obligó a abrir las piernas.

—Vas a ser mía.

—Te mataré mientras duermes. —Asha le escupió. Estaba chorreando cuando la penetró—. Maldito seas —gimió—. Maldito seas, maldito, maldito seas.

Le chupó los pezones y ella gritó, mitad de dolor y mitad de placer. Su coño se convirtió en el mundo. Se olvidó de Foso Cailin, de Ramsay Bolton y del trozo de piel; se olvidó de la asamblea de sucesión, del fracaso, del exilio, de sus enemigos y de su marido. Lo único que importaban eran las manos de Qarl, su boca, sus brazos en torno a ella, su polla dentro... La penetró hasta que la hizo gritar, y luego otra vez hasta que la hizo llorar, hasta que por fin se derramó

dentro de su vientre.

—Estoy casada —le recordó después—. Me has deshonrado, mocoso imberbe. Mi señor esposo te cortará los cojones y te pondrá un vestido.

Qarl rodó a un lado para quedar tumbado junto a ella.

—Será si puede levantarse de la silla.

La estancia se había enfriado. Asha se levantó de la cama de Galbart Glover y se puso la ropa desgarrada. El jubón se arreglaría con unos cordones nuevos, pero la túnica se había echado a perder.

« De todos modos, no me gustaba... —La tiró al fuego y amontonó el resto de las prendas junto a la cama. Tenía los pechos magullados, y la semilla de Qarl le corría muslos abajo. Tendría que preparar té de la luna; de lo contrario se arriesgaba a traer otro kraken al mundo—. ¿Y qué más da? Mi padre ha muerto, mi madre se muere, a mi hermano lo están desollando y yo no puedo hacer nada. Y estoy casada. Casada y follada..., aunque no por el mismo hombre» .

Cuando volvió a meterse bajo las pieles, Qarl se había dormido.

—Ahora, tu vida está en mis manos. ¿Dónde te clavo el puñal?

Asha se pegó a su espalda y lo rodeó con los brazos. En las islas lo llamaban Qarl la Doncella, en parte para distinguirlo de Qarl Pastor, Qarl Kenning el Raro, Qarl Hachaveloz y Qarl el Siervo, pero sobre todo por sus delicadas mejillas. Cuando Asha lo conoció, Qarl intentaba dejarse barba. « Pelusa de melocotón», le había dicho ella entre risas, y Qarl le confesó que nunca había visto un melocotón, así que lo invitó a acompañarla en el siguiente viaje que emprendiera hacia el sur.

Por aquel entonces aún era verano. Robert ocupaba el Trono de Hierro, Balon cavilaba en el Trono de Piedamar y los Siete Reinos estaban en paz. Asha había estado navegando en el *Viento Negro* para comerciar por la costa y anclaron en isla Bella, en Lannisport y en otra docena de puertos de menor importancia antes de llegar al Rejo, donde los melocotones eran siempre grandes y dulces.

—¿Lo ves? —le dijo la primera vez que puso uno contra la mejilla de Qarl.

El joven le dio un mordisco y el jugo le corrió por la barbilla. Tuvo que limpiárselo a besos.

Se habían pasado la noche devorando melocotones y devorándose entre sí; cuando amaneció, Asha estaba saciada, pegajosa y más feliz que en toda su vida.

« ¿Hace seis años o siete?». El verano era un recuerdo lejano, y hacía tres años que Asha no disfrutaba de un melocotón. Pero seguía disfrutando de Qarl. Los capitanes y los reyes no la apreciaban, pero él sí. Asha había tenido otros amantes: unos compartieron su cama medio año; otros, media noche. Qarl la complacía más que todos juntos. Se afeitaba dos veces al mes, sí, pero la barba frondosa no hace al hombre. A ella le gustaba sentir su piel suave en los dedos, y el roce de su cabello largo y liso en los hombros. Le gustaba su forma de besar, su forma de sonreír cuando le acariciaba los pezones con los pulgares. El vello

que tenía entre las piernas era de un color arena algo más oscuro que el de la cabeza, pero era una pelusa en comparación con la recia pelambre que ocultaba ella bajo la ropa. Eso también le gustaba, y que tuviera cuerpo de nadador, esbelto y atlético, sin una sola cicatriz.

« Sonrisa tímida, brazos fuertes, dedos hábiles y dos buenas espadas. ¿Qué más puede pedir una mujer? —De buena gana se habría casado con Qarl, pero era hija de lord Balon y él era plebeyo, nieto de un siervo—. Demasiado humilde para casarse conmigo, pero no tanto como para que no le chupe la polla» . Sonrió ebria, se metió bajo las pieles y tomó su miembro en la boca. Qarl se movió en sueños, y enseguida se le empezó a poner dura. Asha no tardó en estar húmeda, y él, despierto; se cubrió la espalda con las pieles y lo montó, clavándose en él hasta que no hubo manera de saber de quién era la polla y de quién el coño. En esa ocasión, alcanzaron juntos el clímax.

—Mi hermosa señora —murmuró después con la voz trabada de sueño—. Mi hermosa reina.

« No —pensó Asha—. No soy reina ni lo seré jamás» .

—Anda, duérmete.

Le dio un beso en la mejilla, cruzó el dormitorio de Galbart Glover y abrió los postigos. La luna brillaba casi llena y la noche era tan clara que se veían las montañas, con las cumbres coronadas de nieve.

« Frías, desoladas e inhóspitas, pero tan hermosas con esta luz...» . Las cimas brillaban, pálidas y serradas como una hilera de dientes afilados. Las laderas y los picos más bajos se perdían en las sombras.

El mar estaba más cerca, tan solo a cinco leguas hacia el norte, pero no lo veía; había demasiadas colinas en medio.

« Y árboles, demasiados árboles. —El bosque de los Lobos, como lo llamaban los norteños. Casi todas las noches se oían los aullidos de los animales que se llamaban en la oscuridad—. Un océano de hojas. Ojalá fuera un océano de agua» .

Bosquespeso estaba más cerca del mar que Invernalia, pero seguía demasiado lejos para su gusto. El aire olía a pinos, no a sal. Al noreste de aquellas sombrías montañas grises estaba el Muro, donde Stannis Baratheon había izado sus estandartes. « El enemigo de mi enemigo es mi amigo» , decían los hombres; pero esa moneda tenía otra cara: « El enemigo de mi amigo es mi enemigo» . Los hijos del hierro eran enemigos de aquellos señores norteños a los que tanto necesitaba Baratheon.

« Podría ofrecerle mi cuerpo joven y hermoso» , pensó, al tiempo que se apartaba un mechón de pelo de los ojos; pero Stannis estaba casado, igual que ella, y era enemigo declarado de los hijos del hierro: en la primera rebelión del padre de Asha, había aplastado la Flota de Hierro junto a las costas de isla Bella y había sometido Gran Wyk en nombre de su hermano.

La muralla musgosa de Bosquespeso rodeaba una colina de cima plana, coronada por la fortaleza con su torre de vigía en una punta, que se alzaba quince varas por encima de la colina. Al pie de su ladera estaba el patio amurallado con los establos, el corral, la herrería, el pozo y el redil, todo ello defendido por una zanja profunda, un murete de tierra prensada y una empalizada de troncos. Las defensas exteriores formaban un óvalo siguiendo los contornos naturales. Había dos puertas, cada una protegida por un par de torres de madera cuadradas, y adarves en todo el perímetro. En la cara sur del castillo, el musgo crecía espeso en la empalizada y ascendía por las torres hasta media altura. A este y oeste había campos en los que crecían avena y alfalfa cuando Asha tomó el castillo, pero todo quedó aplastado durante el ataque. Una serie de heladas acabó con las cosechas que plantaron después, con lo que solo quedaban barro, cenizas y tallos mustios o podridos.

Era un castillo antiguo, pero no fuerte. Ella se lo había arrebatado a los Glover, y el Bastardo de Bolton se lo arrebataría a ella. Aunque no la desollaría, no. Asha Greyjoy no se dejaría capturar con vida. Moriría como había vivido, con un hacha en la mano y una carcajada en los labios.

Su señor padre le había dado treinta barcoluengos para capturar Bosquespeso. Le quedaban cuatro, contado el *Viento Negro*, y uno era de Tris Botley, que se le había unido cuando ya huían los demás.

« No. No es justo. Pusieron rumbo de vuelta para jurar pleitesía a su rey. Yo fui quien huyó ». Solo con recordarlo le ardía la cara de vergüenza.

—Vete —había apremiado el Lector mientras los capitanes arrastraban a su tío Euron colina de Nagga abajo para ponerle la corona de madera de deriva.

—Le dijo el cuervo al grajo. Ven conmigo. Te necesito para convocar a los hombres de Harlaw. —En aquel momento aún tenía intención de pelear.

—Los hombres de Harlaw están aquí, al menos los que cuentan. Algunos han gritado el nombre de Euron. No enfrentaré Harlaw contra Harlaw.

—Euron está loco y es peligroso. Ese cuerno infernal...

—Ya lo he oído. Vete, Asha. Cuando Euron tenga la corona te buscará, y más vale que no te ponga un ojo encima.

—Si me alzo con mis otros tíos...

—... morirás como proscrita, enfrentada a todos. Cuando postulas tu nombre ante los capitanes te sometes a su criterio; ahora no puedes ir contra ese mismo criterio. Solo una vez se anuló el dictamen de la asamblea de sucesión. Lee a Haereg.

Solo a Rodrik el Lector se le ocurriría hablar de algún libro viejo mientras sus vidas se mantenían en equilibrio en el filo de una espada.

—Si tú te quedas, yo también —se obcecó.

—No seas idiota. Esta noche, Euron muestra al mundo su ojo sonriente, pero cuando llegue la mañana... Eres hija de Balon, Asha; tienes más derecho al trono

que él. Si te quedas, te matará o te casará con el Remero Rojo. No sé qué es peor. Vete, no tendrás otra oportunidad.

Asha había anclado el *Viento Negro* en el extremo opuesto de la isla temiendo una eventualidad como aquella. Viejo Wyk no era grande, así que podía estar a bordo de su barco antes de que saliera el sol, y de camino hacia Harlaw antes de que Euron se diera cuenta de que se había marchado, pero aun así titubeó hasta que su tío insistió una vez más.

—Por el amor que me profesas, chiquilla, vete de una vez. No me obligues a presenciar tu muerte.

Así que se había marchado, no sin antes pasar por Diez Torres para despedirse de su madre.

—Puede que tardemos en volver a vernos —la había avisado Asha.

—¿Dónde está Theon? —preguntó lady Alannys sin comprender—. ¿Dónde está mi hijito?

Lady Gwynesse solo había preguntado cuándo volvería lord Rodrik.

—Soy siete años mayor que él. Diez Torres me corresponde por derecho.

Asha estaba todavía en Diez Torres, aprovisionando los barcos, cuando le llegó la noticia de su casamiento.

—Mi discola sobrina necesita un hombre que la dome —le contaron que había dicho Ojo de Cuervo—, y sé quién es el indicado.

La casó con Erik Ironmaker, y además encomendó al Destrozayunque el gobierno de las islas del Hierro mientras él cazaba dragones. Erik había sido un gran hombre en sus tiempos, un asaltante intrépido que podía alardear de haber navegado con el abuelo del abuelo de Asha, el Dagon Greyjoy, en cuyo honor habían puesto nombre a Dagon el Borracho. Las viejas de isla Bella todavía asustaban a los niños con cuentos sobre lord Dagon y sus hombres.

«En la asamblea de sucesión ofendí a Erik —reflexionó Asha—. Seguro que no lo ha olvidado».

Tenía que reconocérselo a su tío: con una jugada maestra había transformado a un rival en aliado, había asegurado las islas durante su ausencia y había acabado con cualquier amenaza que pudiera suponer Asha.

«Y seguro que además se lo ha pasado en grande». Según Tris Botley, Ojo de Cuervo había puesto una foca en el lugar de Asha en la boda.

—Espero que Erik no se empeñara en consumar —apuntó ella.

«No puedo volver a casa, pero tampoco puedo quedarme mucho más». El silencio del bosque la volvía loca. Se había pasado la vida entre islas y barcos, y en el mar nunca había silencio. Llevaba en las venas el sonido de las olas contra las rocas de la costa, pero en Bosquespeso no había olas; solo árboles, árboles sin fin, pinos soldados, centinelas, hayas, fresnos, robles viejos, castaños, carpas y abetos. Su sonido era más suave que el del mar, y Asha solo lo oía cuando soplaban el viento: en esas ocasiones, los suspiros la rodeaban como si los árboles

susurrasen en un idioma desconocido.

Aquella noche, los susurros eran más altos que nunca.

« El crepititar de las hojas muertas —se dijo—, el crujido de las ramas al viento. —Se apartó de la ventana, del bosque—. Necesito sentir de nuevo una cubierta bajo los pies. O al menos, algo de comida en el estómago» . Aquella noche había tomado demasiado vino, pero poco pan y nada del asado sangrante.

La luz de la luna le bastó para encontrar la ropa. Se puso unos calzones negros gruesos, una túnica acolchada y un jubón de cuero verde con escamas de acero superpuestas. Dejó a Qarl profundamente dormido y bajó por la escalera exterior de la fortaleza, donde los peldaños crujieron bajo sus pies descalzos. Un centinela que patrullaba la muralla la divisó y alzó la lanza hacia ella. Asha se identificó con un silbido. Mientras cruzaba el patio en dirección a las cocinas, los perros de Galbart Glover se pusieron a ladrar.

« Mejor —pensó—; eso ahogará el sonido de los árboles» .

Mientras cortaba un trozo de un queso amarillo del tamaño de una rueda de carro, Tris Botley entró en la cocina arrebuscado en una gruesa capa de piel.

—Mi reina —saludó.

—No te burles de mí.

—Siempre serás la reina de mi corazón. Eso no cambiará por muchos idiotas que griten en una asamblea de sucesión.

« ¿Qué voy a hacer con este crío? —Asha no dudaba de su devoción. No solo había gritado su nombre en la colina de Nagga, sino que había cruzado el mar para reunirse con ella aunque para eso había tenido que renunciar a su rey, a su familia y a su hogar—. Aunque no se atrevió a desafiar abiertamente a Euron» . Cuando la flota de Ojo de Cuervo se hizo a la mar, Tris se limitó a rezagarse para cambiar de rumbo cuando los otros barcos se perdieron de vista. Pero hasta para eso hacía falta bastante valor; ya nunca podría regresar a las islas.

—Queso? —le ofreció—. También hay jamón y mostaza.

—No es comida lo que quiero, mi señora, bien lo sabes. —Tris se había dejado una barba castaña en Bosquespeso; decía que era para calentarse la cara —. Te he visto bajar desde la torre de guardia.

—Si estabas de guardia, ¿qué haces aquí?

—He dejado allí a Cromm y a Hagen el Cuerno. ¿Cuántos ojos hacen falta para ver crujir las hojas a la luz de la luna? Tenemos que hablar.

—¿Otra vez? —Dejó escapar un suspiro—. Ya conoces a la hija de Hagen, la del pelo rojo. Maneja el timón mejor que cualquier hombre y es bonita de cara. Tiene diecisiete años, y la he visto mirarte.

—No me interesa la hija de Hagen. —Estuvo a punto de tocarla, pero se lo pensó dos veces—. Es hora de partir, Asha. Foso Cailin era lo único que impedía que subiera la marea. Si nos quedamos, los norteños nos matarán a todos; lo sabes de sobra.

—¿Me pides que huya?

—Te pido que vivas. Sabes que te quiero.

« No. Quieres a una doncella inocente que solo existe en tu cabeza, a una chiquilla asustada que necesita tu protección» .

—Yo no te quiero —le replicó sin paños calientes—, y jamás huyo.

—¿Qué te retiene aquí aparte de los pinos, el lodo y los enemigos? Tenemos barcos. Navega conmigo y empezaremos una vida nueva en el mar.

—¿Como piratas? —Casi resultaba tentador. « Que los lobos se queden con sus bosques deprimentes; volveré al mar abierto» .

—Como mercaderes. Viajaremos al este, igual que Ojo de Cuervo, pero volveremos con sedas y especias, y no con un cuerno de dragón. Un solo viaje al mar de Jade y lograremos una fortuna digna de los dioses. Nos compraremos una mansión en Antigua o en cualquiera de las Ciudades Libres.

—¿Qarl, tú y yo? —Vio como se encogía ante la mención de Qarl—. Puede que la hija de Hagen quiera navegar contigo por el mar de Jade. Yo sigo siendo la hija del kraken; mi lugar está...

—¿Dónde? No puedes volver a las islas, a menos que tengas intención de someterte a tu señor esposo.

Asha hizo un esfuerzo por imaginarse en la cama con Erik Ironmaker, aplastada bajo su mole y soportando sus abrazos.

« Peor sería el Remero Rojo, o Lucas Codd, el Zurdo. —En otros tiempos, el Destrozayunques era un gigante de fuerza temible y lealtad inquebrantable que no temía a nada—. Puede que no sea tan grave. Lo más probable es que muera la primera vez que intente cumplir como esposo. —Eso la convertiría en la viuda de Erik mucho mejor que ser la esposa de Erik... o mucho peor, según cómo se lo tomaran sus nietos—. Y mi tío. Al final, todos los vientos me empujan de vuelta con Euron» .

—Tengo rehenes en Harlaw —le recordó—. Y también está Punta Dragón Marino. Si no me dejan heredar el reino de mi padre, ¿qué me impide forjarme otro?

Punta Dragón Marino había tenido más población en otros tiempos; en sus colinas y cenagales aún se podían ver ruinas, restos de antiguas fortalezas de los primeros hombres. En los altozanos quedaban los círculos de arcianos que habían dejado los hijos del bosque.

—Te aferras a Punta Dragón Marino como alguien que se ahoga se aferraría a un trozo de madera flotante. ¿Qué hay allí que pueda desear nadie? No tiene minas de oro ni plata; ni siquiera de hierro ni estaño. Los terrenos son tan húmedos que no se puede sembrar trigo ni maíz.

« No tengo intención de cultivar trigo ni maíz» .

—¿Que qué hay allí? Te lo explicaré: dos largas costas, un centenar de calas ocultas, nutrias en los lagos, salmones en los ríos, almejas en las orillas, colonias

de focas junto a las playas y pinos altos para construir barcos.

—¿Quién va a construir esos barcos, mi reina? ¿Dónde encontrará vuestra alteza súbditos para ese reino, si es que los norteños te permiten conservarlo? ¿O piensas gobernar sobre las focas y las nutrias?

—Las nutrias darían menos problemas que los hombres, te lo aseguro. —Dejó escapar una carcajada triste—. Y las focas son más listas. No, puede que tengas razón. Mi mejor opción sigue siendo volver a Pyke. En Harlaw habrá quien se alegre de mi regreso, y en Pyke también. Además, al matar a lord Baelor, Euron no hizo muchos amigos en Marea Negra. Podría partir en busca de mi tío Aeron e instigar la rebelión en las islas.

No se había vuelto a ver a Pelomojado después de la asamblea de sucesión, pero sus hombres ahogados afirmaban que se había retirado a Gran Wyk, desde donde no tardaría en desencadenar la ira del Dios Ahogado sobre Ojo de Cuervo y sus secuaces.

—El Destrozayunques también anda buscando a Pelomojado y persigue a los hombres ahogados. Ha detenido a Beron Blacktyde para interrogarlo. Hasta el Viejo Gaviota Gris está encadenado. ¿Cómo vas a encontrar al sacerdote si los hombres de Euron no dan con él?

—Es de mi sangre; es hermano de mi padre. —Pobre respuesta, y Asha lo sabía.

—¿Sabes qué me parece a mí?

—Me temo que estoy a punto de saberlo.

—Me parece que Pelomojado ha muerto, que Ojo de Cuervo le cortó el cuello. Ironmaker lo busca únicamente para hacernos creer que escapó. Euron no quiere que la gente lo considere un asesino de la sangre de su sangre.

—Que Ojo de Cuervo no se entere de que has dicho eso. Si supiera que alguien opina que no quiere que lo consideren un asesino de la sangre de su sangre, matará a uno de sus hijos solo para demostrar que se equivoca. —Asha se sentía casi sobria otra vez. Era el efecto que tenía en ella Tristifer Botley.

—Aunque encontraras a tu tío Pelomojado, fracasariais. Los dos estuvisteis en la asamblea de sucesión, así que no podéis alegar que se convocó de manera ilegítima, como hizo Torgon. Según todas las leyes de los dioses y los hombres, debéis someteros a su decisión. No puedes...

—Un momento. —Asha frunció el ceño—. ¿Qué Torgon?

—Torgon el Rezagado.

—Era uno de los reyes de la Edad de los Héroes. —Era todo lo que recordaba—. ¿Qué pasa con él?

—Torgon Hierrogrís era el hijo mayor del rey; pero el rey era anciano, y Torgon, inquieto; así que la muerte de su padre lo sorprendió mientras se dedicaba a saquear el Mander con su fortaleza del Escudo Gris como base de operaciones. En vez de avisarlo, sus hermanos convocaron a toda prisa una

asamblea de sucesión, seguros de que uno de ellos llevaría la corona de madera de deriva. Pero los capitanes y reyes eligieron a Urragon Goodbrother, y lo primero que hizo fue ordenar la muerte de todos los hijos del rey anterior. Así se hizo, y a partir de entonces pasaron a llamarlo Malhermano, aunque no eran parientes suyos. Gobernó durante casi dos años.

Asha recordó el resto de la historia.

—Torgon volvió a su hogar...

—... y firmó que la asamblea de sucesión no tenía validez legal, puesto que él no había asistido. Malhermano había demostrado a aquellas alturas que era tan taimado como cruel, y le quedaban pocos amigos en las islas. Los sacerdotes lo condenaron; los señores se alzaron contra él y hasta sus propios capitanes lo despedazaron. Eligieron rey a Torgon el Rezagado, que gobernó cuarenta años.

Asha cogió a Tris Botley por las orejas y le estampó un beso en los labios. Cuando lo soltó, estaba congestionado y sin aliento.

—¿Qué pasa?

—Pasa que te he besado. Que me ahoguen por imbécil, Tris, debería haber recordado... —Se interrumpió de repente, y cuando Tris fue a decir algo le indicó que se callara y escuchara—. Eso que se ha oído era un cuerno de guerra. Hagen. —Lo primero que se le ocurrió fue que Erik Ironmaker, su esposo, acudía para reclamar a su discola esposa—. Parece que el Dios Ahogado me sonríe. Yo me preguntaba qué podía hacer, y Él me envía enemigos para que luche contra ellos. —Asha se puso en pie y guardó el cuchillo en la vaina—. La batalla viene a nosotros.

Corrió al patio interior del castillo, seguida de cerca por Tris, pero llegó demasiado tarde: la pelea había terminado. Asha se encontró con dos norteños que sangraban junto al muro este, cerca de la poterna, vigilados por Lorren Hachalarga, Harl Seisdedos y Lenguamarga.

—Cromm y Hagen los han visto saltar el muro —le explicó Lenguamarga.

—¿Solo eran dos? —preguntó Asha.

—Cinco. A dos los hemos matado antes de que saltaran, y Harl se ha cargado al otro en el adarve. Estos dos son los que han llegado al patio.

Uno estaba muerto, con los sesos untados en el hacha de Lorren, pero el segundo seguía respirando con dificultad pese a que la lanza de Lenguamarga lo había clavado al suelo en medio de un creciente charco de sangre. Ambos llevaban prendas de cuero endurecido, capa de tonos pardos, verdes y negros, y ramas con hojas entrelazadas en la cabeza y los hombros.

—¿Quién eres? —preguntó Asha al herido.

—Un Flint. ¿Quién sois vos?

—Asha de la casa Greyjoy. Este es mi castillo.

—Bosquespeso es el hogar de Galbart Glover, no de los calamares.

—¿Sois más? —exigió saber Asha. Como no obtuvo ninguna respuesta, agarró

la lanza de Lenguamarga y la hizo girar, y el norteño gritó de dolor al tiempo que brotaba más sangre de la herida—. ¿A qué habéis venido?

—La señora —dijo con un estremecimiento—. Por los dioses, parad. Veníamos a por la señora, a rescatarla. Solo éramos nosotros cinco.

Asha lo miró a los ojos. Al ver la mentira en ellos, se apoyó en la lanza y la volvió a girar.

—¿Cuántos más hay? —preguntó—. Dímelo, o estarás muriendo hasta que amanezca.

—Muchos —sollozó el hombre al final—. Miles. Tres mil, cuatro... ¡aaaaaaahhh!

Le arrancó la lanza y se la clavó en el cuello para poner fin a las mentiras. Según el maestre de Galbart Glover, los clanes de las montañas eran demasiado pendencieros para unirse si no era bajo el mando de un Stark.

« A lo mejor no mentía. A lo mejor solo se equivocaba». Era un sabor que ella misma había probado en la asamblea de sucesión de su tío.

—A estos cinco los mandaron para que abrieran las puertas antes del ataque principal —dijo—. Lorren, Harl, id a buscar a lady Glover y a su maestre.

—Enteros o ensangrentados? —quiso saber Lorren Hachalarga.

—Enteros e ilesos. Lenguamarga, sube a esa torre, maldita sea mil veces, y diles a Cromm y a Hagen que vigilén bien. Si ven algo, allá sea una liebre, quiero enterarme.

El patio de Bosquespeso no tardó en llenarse de gente asustada. Los hombres de Asha estaban ocupados en ponerse la armadura o en subir a los adarves, mientras que los de Galbart Glover miraban a su alrededor con el miedo dibujado en el rostro y hablaban en susurros. Tuvieron que subir de la bodega al mayordomo de Glover, que había perdido una pierna durante la toma del castillo. El maestre no paró de protestar hasta que Lorren le partió la cara de un puñetazo con el guantelete. Lady Glover salió del bosque de dioses del brazo de su doncella.

—Os advertí de que llegaría este día, mi señora —dijo al ver los cadáveres en el suelo.

—Lady Asha, os lo suplico. —El maestre se adelantó con la nariz rota goteando sangre—. Arriad los estandartes y permitidme que vaya a negociar por vuestra vida. Nos habéis tratado con justicia y honor, y así lo diré.

—Os cambiaremos por los niños. —Sybelle Glover tenía los ojos rojos de llorar mucho y dormir poco—. Gawen tiene cuatro años y me he perdido su día del nombre. Y mi hijita... Devolvedme a mis niños y nada malo os sucederá, ni a vos ni a vuestros hombres.

Aquello último era mentira, y Asha lo sabía bien. Sí, tal vez la canjearan, y luego la mandarían en un barco a las islas del Hierro, a los brazos de su amante esposo. Por sus primos se pagaría un rescate, y también por Tris Botley y por

unos pocos más, aquellos cuyos parientes tuvieran dinero para comprar su regreso. Para los demás, el hacha, la horca o el Muro.

«Pero tienen derecho a elegir». Asha se subió a un barril para que todos la vieran.

—Los lobos vienen a por nosotros y nos enseñan los dientes. Estarán ante nuestras puertas antes de que salga el sol. ¿Qué hacemos? ¿Tiramos las lanzas y las hachas y les suplicamos clemencia?

—¡No! —Qarl la Doncella desenvainó la espada.

—¡No! —repitió como un eco Lorren Hachalarga.

—¡No! —rugió Rolfe el Enano, un gigante que le sacaba una cabeza al siguiente hombre más alto de su tripulación—. ¡Jamás!

«Si he de morir, moriré con un hacha en la mano y una maldición en los labios».

—¡A las murallas! —ordenó Asha Greyjoy a sus hombres.

Se dirigió a la atalaya, seguida de cerca por Tris Botley. La edificación de madera era la más alta por aquel lado de las montañas; sobresalía diez varas por encima de los pinos soldado y los centinelas más altos de aquel bosque.

—Allí, capitana —señaló Cromm cuando llegó a la plataforma.

Asha solo vio árboles, sombras, las colinas iluminadas por la luna y, al fondo, los picos nevados. De pronto se dio cuenta de que los árboles se acercaban.

—Jo, jo —rio—. Esas cabras montesas se han puesto capas de pino.

El bosque se movía, avanzaba hacia el castillo como una lenta marea verde. Asha recordó un cuento que le habían contado de pequeña, que versaba sobre los hijos del bosque y sus luchas contra los primeros hombres, cuando los verdevidentes convirtieron los árboles en guerreros.

—No podemos plantar cara a tantos —dijo Tris Botley.

—Podemos plantar cara a los que nos echen, chavalito —replicó Cromm—. Cuantos más sean, mayor será la gloria. Compondrán canciones sobre nosotros.

«Seguro, pero ¿cantarán sobre tu valor o sobre mi estupidez? —El mar estaba a cinco leguas. ¿Era preferible quedarse a luchar tras los fosos profundos y la muralla de madera de Bosquespeso?— De mucho les sirvieron los muros de madera a los Glover cuando tomé su castillo. ¿Por qué van a serme más útiles a mí?».

—Cuando llegue la mañana, lo festejaremos en el fondo del mar. —Cromm acarició el hacha como si se muriera de ganas de usarla.

Hagen bajó el cuerno.

—Si morimos con los pies secos, ¿cómo encontraremos el camino de las estancias acuosas del Dios Ahogado?

—Este bosque está llenos de arroyos —le recordó Cromm—. Todos van a parar a ríos, y todos los ríos llevan al mar.

—Si vivimos, resultará más fácil dar con la forma de volver al mar. —Asha no estaba dispuesta a morir, y menos allí—. Que los lobos se queden con sus bosques sombríos; nosotros hemos nacido para los barcos.

« Yo en su lugar tomaría la costa y prendería fuego a los barcoluengos antes de atacar Bosquespeso» . ¿Quién estaría al mando de sus enemigos?

A los lobos no les resultaría fácil, claro, porque no tenían barcos propios, y Asha nunca acercaba a la orilla más de la mitad de sus naves. La otra mitad permanecía a salvo en el mar, con órdenes de izar las velas y poner rumbo a Punta Dragón Marino si los norteños tomaban la playa.

—Hagen, toca ese cuerno y que tiemble el bosque. Tris, ponte una cota de malla; ya va siendo hora de que pruebes esa espada tan bonita. —Al ver lo pálido que se ponía, le pellizcó una mejilla—. Salpica la luna de sangre a mi lado y te prometo un beso por cada lobo que mates.

—Mi reina, aquí tenemos las murallas —dijo Tristifer—. Pero si llegamos al mar solo para encontrarnos con que los lobos se han apoderado de nuestras naves o las han puesto en fuga...

—... moriremos —concluyó Asha con tono alegre—, pero al menos moriremos con los pies mojados. Los hijos del hierro luchan mejor cuando huelen el mar y las olas suenan a sus espaldas.

Hagen sopló tres veces el cuerno en rápida sucesión: era la señal para que los hijos del hierro volvieran a sus barcos. Abajo se oyeron gritos, ruido de lanzas y relinchos.

« Pocos caballos, pocos jinetes» . Asha se dirigió a la escalera. En el patio se encontró con Qarl la Doncella, que la esperaba con su yegua castaña, su yelmo de combate y sus hachas arrojadizas. Los hijos del hierro estaban sacando los caballos de los establos de Galbart Glover.

—¡Un ariete! —gritaron desde la muralla—. ¡Tienen un ariete!

—¿En qué puerta? —preguntó Asha al tiempo que montaba.

—¡En la norte!

Unas trompetas resonaron al otro lado de la muralla musgosa de Bosquespeso.

« ¿Trompetas? ¿Lobos con trompeta?» . Algo no encajaba, pero no tenía tiempo de analizarlo.

—Abrid la puerta sur —ordenó justo cuando la puerta norte empezaba a estremecerse bajo el impacto del ariete. Se sacó un hacha arrojadiza de mango corto del tahalí que llevaba cruzado al hombro—. La hora del búho ha pasado,

hermanos. Ha llegado la hora de la lanza, la hora de la espada, la hora del hacha. ¡En formación! ¡Volvemos a casa!

Un centenar de gargantas gritaron: «¡A casa!» y «¡Asha!». Tris Botley galopó a lomos de un semental ruano para situarse junto a ella. En el patio, sus hombres formaron filas prietas con los escudos y las lanzas. Qarl la Doncella, que no montaba, ocupó su lugar entre Lenguamarga y Lorren Hachalarga. Hagen iba bajando por los peldaños de la atalaya cuando la flecha de un lobo lo alcanzó en la barriga y lo hizo caer de cabeza al patio. Su hija corrió hacia él entre alaridos.

—Traedla —ordenó Asha.

No había tiempo para el duelo. Rolfe el Enano subió a la chica pelirroja a su caballo, mientras la puerta norte gemía bajo las embestidas del ariete.

«Puede que tengamos que abrirnos camino entre ellos», pensó Asha cuando la puerta sur se abrió de par en par. El camino estaba despejado. ¿Cuánto duraría?

—¡Adelante! —ordenó, y clavó los talones en los flancos de la yegua.

Los caballos y la infantería iban ya al trotar cuando llegaron a los árboles al otro lado del lodazal en que se había convertido el campo, donde los brotes muertos del invierno se pudrían bajo la luna. Asha ordenó a los jinetes que fueran en la retaguardia para mantener en marcha a los rezagados y asegurarse de que nadie se quedaba atrás. Los rodeaban altos pinos soldado y robles viejos y nudosos; el nombre de Bosquespeso era muy adecuado. Los árboles eran gigantescos, oscuros, amenazadores en cierto modo, y sus ramas bajas se entrelazaban y crujían con cada soplo de viento, mientras que las más altas parecían arañar la faz de la luna.

«Cuanto antes nos vayamos de aquí, mejor me sentiré —pensó Asha—. En lo más profundo de su corazón de madera, estos árboles nos detestan».

Avanzaron hacia el sur y hacia el sudeste hasta que perdieron de vista las torres de madera de Bosquespeso y los árboles engulleron el sonido de las trompetas.

«Los lobos ya han recuperado su castillo —pensó—. A lo mejor se conforman con eso y nos dejan en paz».

Tris Botley galopó para situarse junto a ella.

—Vamos en dirección incorrecta —dijo al tiempo que señalaba la luna a través del dosel de ramas—. Para ir hacia los barcos tendríamos que habernos desviado hacia el norte.

—Primero hacia el oeste —insistió Asha—. Hacia el oeste hasta que salga el sol, y luego hacia el norte. —Se volvió hacia Rolfe el Enano y Roggon Barbarroya, sus mejores jinetes—. Adelantaos y aseguraos de que el camino está despejado; no quiero sorpresas cuando lleguemos a la orilla. Si veis lobos, volved para avisarnos.

—Si no hay más remedio... —masculló Roggon a través de su frondosa

barba rojiza.

Los exploradores se perdieron entre los árboles y los demás hijos del hierro reanudaron la marcha, pero iban muy despacio. Los árboles les ocultaban la luna y las estrellas, y el suelo que pisaban era negro y traicionero. No habían recorrido ni mil pasos cuando la yegua de su primo Quenton metió la pata delantera en un agujero y se la rompió. Quenton tuvo que rajarle el cuello para que cesaran sus relinchos.

—Tenemos que hacer antorchas —suplicó Tris.

—La luz atraerá a los norteños.

Asha maldijo y se preguntó si no habría cometido un error al salir del castillo.

«No. Si nos hubiéramos quedado para luchar, ya estaríamos todos muertos.

—Pero avanzar a ciegas en la oscuridad tampoco servía de nada—. Estos árboles nos matarían si pudieran». Se quitó el yelmo para echarse hacia atrás el pelo empapado de sudor.

—Dentro de pocas horas saldrá el sol. Pararemos aquí a descansar hasta que amanezca.

Parar resultó bastante fácil; no tanto descansar. Nadie pudo conciliar el sueño esa noche, ni siquiera Dale Parpadopesado, un remero que tenía fama de echarse una siesta entre bogada y bogada. Unos cuantos hombres se sentaron a pasarse de mano en mano un odre de la sidra de Galbart Glover. Los que habían llevado provisiones las repartieron con los demás, y los jinetes dieron de comer y abrevaron a los caballos. Su primo Quenton Greyjoy apostó a tres hombres en las copas de los árboles para que dieran la voz de alarma si divisaban antorchas en el bosque. Cromm se dedicó a afilar el hacha, y Qarl la Doncella, la espada; los caballos pastaban la hierba muerta y los hierbajos de los alrededores. La pelirroja hija de Hagen agarró a Tris Botley por la mano para llevárselo entre los árboles, y cuando él la rechazó eligió a Harl Seisdedos en su lugar.

«¿Por qué no hago yo lo mismo? —Sería bonito perderse por última vez entre los brazos de Qarl; tenía un mal presagio. ¿Volvería a sentir la cubierta del *Viento Negro* bajo los pies? Y si la sentía, ¿adónde la llevaría?—. Las islas me están vetadas a menos que quiera ponerme de rodillas, abrirme de piernas y aguantar los abrazos de Erik, y ningún puerto de Poniente recibirá bien a la hija del kraken». Podía dedicarse al comercio, como parecía querer Tris, o dirigirse a los Peldaños de Piedra para unirse a los piratas, o...

—Envíaros un trozo de príncipe a cada uno —murmuró.

—Prefiero un trozo de ti —sonrió Qarl—. A ser posible, ese trocito tan tierno que está...

Un objeto salió volando de los árboles y cayó entre ellos con un sonido blando, pegajoso; rebotó y rodó unos palmos antes de detenerse entre las raíces de un roble. Era redondo, oscuro, húmedo, cubierto de pelo largo.

—Rolle el Enano y a no es tan alto —comentó Lenguamarga.

La mitad de los hombres de Asha ya se había puesto en pie para recoger escudos, hachas y lanzas.

«Ellos tampoco han encendido antorchas, y conocen este bosque mucho mejor que nosotros —tuvo tiempo de pensar. De repente, los árboles estallaron a su alrededor y los norteños cayeron sobre ellos entre aullidos—. Lobos. Aúllan como putos lobos. Es el grito de guerra del norte». Sus hijos del hierro respondieron con sus propios gritos, y comenzó la batalla.

Jamás existiría bardo capaz de componer una canción sobre aquella escaramuza; ningún maestre escribiría una crónica para los amados libros del Lector. No ondeó ningún estandarte; no sonó ningún cuerno de guerra; ningún gran señor convocó a sus hombres para dirigirles unas últimas palabras cargadas de emoción. Lucharon a la escasa luz previa al amanecer, sombra contra sombra, tropezando con rocas y raíces, sobre una alfombra de barro y hojas podridas. Los hijos del hierro llevaban cotas de malla y corazas descoloridas por el salitre; los norteños, pieles, cuero y ramas de pino. La luna y las estrellas presenciaron su enfrentamiento mientras los iluminaban con la débil luz que se filtraba por el entramado que los cubría.

El primer hombre que llegó hasta Asha murió a sus pies con la hacha arrojadiza entre los ojos. Aquello le dio un respiro, lo justo para ponerse el escudo.

—¡A mí! —gritó, pero ni ella misma sabía si estaba llamando a sus hombres o a sus enemigos.

Un norteño apareció ante ella y blandió un hacha con ambas manos al tiempo que aullaba su ira sin palabras. Asha levantó el escudo para bloquear el golpe y se le acercó para hundirle el puñal en las tripas. El aullido del hombre cambió de tono durante la caída. Asha dio media vuelta para enfrentarse a otro lobo que la atacaba por la espalda y le lanzó un tajo bajo el yelmo. La estocada de su enemigo la acertó debajo del pecho, pero la cota de malla paró el golpe, de modo que le clavó el puñal en el cuello para que se ahogara en su propia sangre. Una mano la agarró por el pelo, pero lo llevaba tan corto que no pudo hacerle volver la cabeza, así que le descargó el talón en el empeine y se liberó cuando el otro gritó de dolor. Cuando se volvió, su enemigo ya estaba en el suelo, moribundo, todavía con un mechón de su pelo en la mano. Qarl estaba junto a él con la espada larga goteando sangre y la luz de la luna reflejada en los ojos.

Lenguamarga iba contando norteños en voz alta a medida que los mataba.

—¡Cuatro! —gritó mientras uno caía—. ¡Cinco! —un instante después.

Los caballos relinchaban y coceaban con los ojos muy abiertos, enloquecidos por la sangre y la carnicería; todos excepto el gran semental ruano de Tris Botley; Tris aún conseguía ir a caballo, y su animal giraba y se alzaba sobre los cuartos traseros mientras él lanzaba golpes de espada a diestro y siniestro.

«Me parece que voy a deberle algún beso más antes de que acabe la

noche» , pensó Asha.

—¡Siete! —anunció Lenguamarga, pero a su lado, Lorren Hachalarga se revolvaba con una pierna retorcida bajo el cuerpo, y las sombras seguían atacando entre aullidos.

« Luchamos contra la vegetación —se dijo Asha al tiempo que mataba a un hombre que llevaba más hojas que ningún árbol de los alrededores. La idea la hizo reír, y su carcajada atrajo a más lobos, a los que mató, y casi le entraron ganas de empezar a contarlos ella también—. Soy una mujer casada; este es mi retoño» . Clavó el puñal en el pecho de un norteño, a través de las pieles, la lana y el cuero endurecido. Sus rostros estaban tan cerca que le llegó el hedor de su aliento rancio, y la mano del hombre se había cerrado en torno a su cuello. Asha sintió como el hierro resbalaba contra el hueso cuando tropezó contra una costilla y pasó por debajo. El norteño se estremeció y murió. Cuando lo soltó se sentía tan débil que casi cayó sobre él.

Al cabo de un instante estaba con Qarl, espalda contra espalda, los dos rodeados de gruñidos y maldiciones, de hombres valientes que se arrastraban por las sombras y llamaban a su madre entre sollozos. Un arbusto cargó contra ella con una lanza suficientemente larga para atravesarla y ensartar también a Qarl.

« Sería mejor que morir sola» , pensó; pero su primo Quenton mató al lancero antes de que la alcanzara. Justo después, otro arbusto mató a Quenton de un hachazo en la nuca.

—¡Nueve, y malditos seáis todos! —gritó Lenguamarga tras ella.

La hija de Hagen salió desnuda de entre los árboles, con dos lobos pisándole los talones. Asha consiguió arrancar un hacha arrojadiza y alcanzó a uno por la espalda. Cuando cayó, la hija de Hagen se arrodilló junto a él, le cogió la espada, mató al segundo y se levantó de nuevo, llena de sangre y barro, con la larga cabellera roja suelta, dispuesta a entrar en combate.

En algún momento de la batalla, Asha había perdido de vista a Qarl, a Tris, a todos. También había perdido el puñal y todas las hachas arrojadizas, pero tenía en la mano una espada, una espada corta de hoja ancha, casi un machete. Ni bajo tortura habría sabido decir de dónde la había sacado. Le dolía el brazo; la boca le sabía a sangre; le temblaban las piernas, y haces de luz clara del amanecer se filtraban entre las ramas de los árboles.

« ¿Tanto tiempo ha durado? ¿Cuánto llevamos luchando?» .

Su último adversario había sido un norteño que luchaba con hacha, un gigantón calvo y barbudo con una cota de anillas oxidadas que denotaba su condición de jefe o cabecilla. No le hizo ninguna gracia ver que se enfrentaba a una mujer.

—¡Puta! —rugía con cada ataque; su saliva le salpicaba las mejillas—. ¡Puta! ¡Puta!

Asha también quería gritar, pero tenía la garganta tan seca que no le salían

más que gruñidos. El hacha le estaba destrozando el escudo; agrietaba la madera al bajar y arrancaba largas astillas cuando la alzaba de nuevo. Pronto no le quedarían más que virutas en el brazo. Retrocedió, se deshizo de los restos del escudo, retrocedió unos pasos más y bailó a izquierda y derecha para esquivar los hachazos.

Y de pronto se encontró con la espalda contra un árbol; ya no podía bailar más. El lobo levantó el hacha por encima de su cabeza para partir en dos la de Asha, que trató de echarse hacia la derecha, pero tenía los pies atrapados en las raíces. Se retorció, perdió el equilibrio y el hacha le rozó la sien con un chirrido de acero contra acero. El mundo se tornó rojo, luego negro, luego rojo otra vez. El dolor le subió por la pierna como un rayo.

—Maldita puta —oyó decir al norteño, muy lejos, mientras alzaba el hacha para asestar el golpe que acabaría con ella.

En aquel momento sonó una trompeta.

« No es posible —pensó—. En las estancias acuosas del Dios Ahogado no hay trompetas. Bajo las olas, los tritones aclaman a su señor haciendo sonar caracolas» .

Soñó con corazones rojos que ardían y con un venado negro de astas llameantes en un bosque dorado.

Cuando llegaron a Volantis, el cielo ya estaba amoratado por el oeste y negro por el este, y las estrellas empezaban a aparecer.

« Las mismas estrellas que en Poniente —reflexionó Tyrion Lannister. Eso lo habría reconfortado de no encontrarse atado como un pollo y amarrado a una silla de montar. Ya había dejado de debatirse; los nudos estaban demasiado apretados, de modo que optó por quedarse inerte como un saco de harina—. Así ahorro energía», pensó, aunque no habría sabido decir para qué.

Volantis cerraba las puertas al anochecer, y los guardias de la puerta norte se mostraban impacientes con los rezagados. Se pusieron en la cola detrás de un carro cargado de limas y naranjas. Los guardias dejaron pasar el carro, pero el corpulento ándalo con su caballo de guerra, su espada larga y su cota de malla mereció un segundo vistazo, así que llamaron a un capitán. Mientras este intercambiaba unas palabras en volantino con el caballero, un guardia se quitó el guantelete con forma de garra y frotó la cabeza de Tyrion.

—Rezumo buena suerte —le dijo el enano—. Tú libérame, amigo mío, y te aseguro que serás recompensado.

—Guárdate las mentiras para los que hablen tu idioma, Gnomo —le dijo su captor cuando los volantinos los dejaron pasar.

Habían reemprendido la marcha para cruzar la puerta y atravesar la impresionante muralla de la ciudad.

—Vos sí que habláis mi idioma. ¿Puedo conmoveros con promesas, o ya habéis decidido comprarme un señorío con mi cabeza?

—Ya he sido señor, y por derecho de nacimiento. No me interesan los títulos vacíos.

—Pues es lo único que le vais a sacar a mi querida hermana.

—Anda, y yo que tenía entendido que un Lannister siempre paga sus deudas.

—Hasta la última moneda, no lo dudéis..., pero ni una más. Se os servirá la comida que negociasteis, pero no estará aderezada con gratitud y a la larga no os aprovechará.

—A lo mejor, lo único que quiero es que pagues por tus delitos. Aquel que mata a la sangre de su sangre queda maldito a ojos de los dioses y de los hombres.

—Los dioses están ciegos y los hombres ven lo que quieren.

—Yo te veo perfectamente, Gnomo. —La voz del caballero había adquirido de pronto un matiz oscuro—. He hecho cosas de las que no estoy orgulloso, cosas que sumieron en la ignominia mi casa y el apellido de mi padre... pero ¿matar al hombre que te engendró? ¿Cómo pudiste hacer semejante cosa?

—Dadme una ballesta, bajaos los calzones y os lo enseñaré. —« Y de muy buena gana» .

—¿Te parece que esto es una broma?

—La vida me parece una broma. La mía, la vuestra... La de todo el mundo.

Tras atravesar la muralla y entrar en la ciudad pasaron a caballo junto a casas gremiales, mercados y casas de baños. En el centro de amplias plazas, fuentes cantarinas salpicaban a los hombres que, sentados en torno a mesas de piedra, jugaban al *sitrang* al tiempo que bebían vino en copas altas, mientras los esclavos encendían los faroles ornamentados para mantener a raya la oscuridad. A lo largo de la calle empedrada crecían palmeras y cedros, y en cada intersección había un monumento. El enano advirtió que muchas estatuas carecían de cabeza, pero hasta esas resultaban imponentes a la luz violácea del ocaso.

A medida que el caballo se dirigía hacia el sur a lo largo del río, los comercios fueron haciéndose más pequeños y miserables, y los árboles que bordeaban la calle se convirtieron en una hilera de tocones. Bajo los cascotes de su caballo, el empedrado dejó paso a la gramilla, y después, a un lodo blando y húmedo color caca de bebé. Los pequeños puentes que cruzaban los arroyuelos que discurrían hacia el Rhoyne crujían de manera alarmante bajo su peso. En el lugar donde otrora se alzaba un fuerte que dominaba el río no quedaba más que una puerta rota que se abría como una boca desdentada de anciano, mientras las cabras los miraban desde las almenas.

«Antigua Volantis, primogénita de Valyria —pensó el enano—. Orgullosa Volantis, soberana del Rhoyne y amante del mar del Verano, hogar de nobles señores y hermosas damas del más rancio linaje. —Mejor no pensar en las bandas de crios desnudos que pulularían por los callejones y gritaban con vocecita aguda, ni en los jaques apostados a las puertas de las tascas, siempre con la mano cerca del puño de la espada, ni en los esclavos encorvados con las mejillas tatuadas que corretearían de aquí para allá como cucarachas—. Poderosa Volantis, la más grande y populosa de las Nueve Ciudades Libres. —Las largas guerras habían despoblado buena parte de la ciudad, y amplias zonas de Volantis se estaban hundiendo en el lodo sobre el que se construyeron—. Hermosa Volantis, ciudad de fuentes y flores». Pero la mitad de las fuentes se había secado y casi todos los estanques estaban agrietados o llenos de agua hedionda. Las enredaderas trepaban por cualquier grieta de los muros o la calzada, y en tiendas abandonadas y en los templos sin tejado habían arraigado árboles nuevos.

Además estaba el olor que pendía en el aire cálido y húmedo, un olor denso, penetrante y repulsivo.

«Con un toque de pescado, y de flores, y matices de estiércol de elefante. Algo dulzón, algo de olor a tierra, y algo muerto y podrido».

—Esta ciudad huele a puta vieja —anunció Tyrion—. Como cuando una fulana sucia se remoja sus partes en perfume para disimular el hedor que tiene

entre las piernas. No es que me queje, claro. En cuestión de putas, las jóvenes huelen mejor, pero las viejas se saben más trucos.

—De eso entiendes más que yo.

—Claro, claro. ¿Os acordáis del burdel donde nos conocimos? Seguro que entrasteis porque creíais que era un septo, ¿no? La que se contoneaba en vuestro regazo era vuestra hermana virgen, seguro.

—Contén la lengua o te la hago un nudo —replicó, malhumorado.

Tyrion se tragó la réplica. Aún tenía el labio hinchado de la última vez que se había pasado de la raya con el corpulento caballero.

« Las manos grandes y el humor pequeño hacen mala pareja. —Al menos eso había descubierto en el camino de Selhorys. Volvió a pensar en su bota, en las setas que guardaba en la punta. Su secuestrador no lo había registrado tan a fondo como habría debido—. Siempre me queda esa salida. Al menos, Cersei no me cogerá vivo».

Más al sur reaparecían los indicios de prosperidad. No había tantos edificios abandonados; los niños desnudos desaparecieron y en las puertas se veían jaques de ropa más suntuosa. Hasta vieron posadas que parecían aptas para pasar una noche sin temor a amanecer con el cuello rajado. El camino del río estaba iluminado por faroles que colgaban de puntales de hierro y se mecían con el viento. Las calles eran más anchas, y los edificios, más imponentes, algunos incluso tenían cúpulas acristaladas. Anochecía, y los fuegos que ardían bajo ellas brillaban azules, rojos, verdes y violáceos. Pese a todo, en el aire flotaba algo que desasosegaba a Tyrion. Sabía que, al oeste del Rhoyne, los puertos de Volantis estaban llenos de marineros, esclavos y mercaderes, y las tabernas, posadas y burdeles los acogían. En cambio, al este del río no había apenas forasteros de allende los mares.

« Aquí no nos quieren», comprendió el enano.

La primera vez que pasaron junto a un elefante, Tyrion no pudo contenerse y se quedó mirándolo. Cuando era niño había un elefante en la casa de fieras de Lannisport, pero el animal murió cuando él tenía siete años, y además, aquel gigante gris era el doble de grande.

Más adelante les tocó ir tras un elefante de menor tamaño, blanco como un hueso viejo, que tiraba de un carromato ornamentado.

—¿Un carro de bueyes sigue siendo un carro de bueyes si no tiene bueyes? —preguntó a su secuestrador.

Su ingenio no obtuvo respuesta, de modo que volvió a refugiarse en el silencio para contemplar la grupa bamboleante del elefante blanco enano que los precedía.

Volantis estaba atestada de elefantes blancos enanos. A medida que se acercaban a la Muralla Negra y a los populosos barrios más cercanos al puente Largo vieron al menos una docena. Los grandes elefantes grises, aquellos

gigantes con castillos en el lomo, también abundaban, y a la escasa luz del anochecer, los carros de estiércol y los esclavos semidesnudos que los llevaban ya estaban consagrados a su tarea de cargar los humeantes montones que habían dejado los elefantes grandes y pequeños. Enjambres de moscas seguían los carros, por lo que los esclavos del estiércol tenían moscas tatuadas en las mejillas para denotar su misión.

«He aquí una buena profesión para mi querida hermana —pensó Tyrion—. Estaría preciosa con una palita en las manos y moscas tatuadas en sus bellas mejillas sonrosadas».

Por aquella zona tenían que avanzar con extremada lentitud. El tráfico era denso en el camino del río y casi todo se dirigía hacia el sur. El caballero se incorporó a la riada de viajeros, como un tronco atrapado por la corriente. Tyrion examinó a la muchedumbre: nueve de cada diez viandantes llevaban marcas de esclavitud en las mejillas.

—Cuántos esclavos. ¿Adónde van?

—Los sacerdotes rojos encienden las hogueras al anochecer. El sumo sacerdote va a hablar. Si pudiera evitarlo, no pasariamos por el templo Rojo, pero no hay otra manera de llegar al puente Largo.

Tres manzanas más adelante, la calle se ensanchaba para crear una gigantesca plaza iluminada por antorchas, y allí lo vio.

«Los Siete nos guarden, es tres veces más grande que el Gran Septo de Baelor». El templo del Señor de Luz, una monstruosidad de columnas, peldaños, arbotantes, contrafuertes, cúpulas y torres, todo unido como si lo hubieran tallado en una única roca colosal, se alzaba como la Colina Alta de Aegon. Sus fachadas lucían un millar de tonos de rojo, amarillo, naranja y dorado, que se mezclaban y se fundían como nubes al anochecer. Sus esbeltas torres arañaban el cielo como llamaradas detenidas en el tiempo.

«Fuego hecho piedra». A los lados de la escalinata del templo ardían hogueras gigantescas y, entre ellas, el sumo sacerdote había empezado a hablar.

«Benerro». El sacerdote usaba de pedestal una ancha columna de piedra roja, unida por un esbelto puente de piedra a la terraza elevada donde aguardaban los sacerdotes de menor rango y los acólitos. Estos últimos iban ataviados con túnicas amarillo claro y naranja vivo, mientras que los sacerdotes y las sacerdotisas vestían de rojo. En la gran plaza que se extendía ante ellos no cabía ni un alfiler. Muchos fieles llevaban una tira de tela roja prendida en la manga o atada alrededor de la cabeza. Todos los ojos estaban clavados en el sumo sacerdote, excepto los de ellos dos.

—Abrid paso —gruñó el caballero mientras su caballo trataba de abrirse paso por la multitud.

Los volantinos lo dejaron pasar, pero con miradas resentidas y furiosas.

La voz estentórea de Benerro llenaba el lugar. Era alto y delgado, con el

rostro demacrado y la piel blanca como la leche. Llamas tatuadas le cubrían las mejillas, la barbilla y la cabeza rapada, creando una llamativa máscara roja que crepitaba alrededor de los ojos y serpenteaba hacia abajo, alrededor de la boca sin labios.

—¿Es un tatuaje de esclavo? —quiso saber Tyrion.

—El templo Rojo los compra de niños y los hace sacerdotes, guerreros o putas —convino el caballero—. Mira. —Señaló los peldaños, donde una hilera de hombres con armadura ornamentada y capa naranja montaban guardia ante las puertas del templo. Las lanzas que esgrimían tenían la punta en forma de llama —. La Mano de Fuego, los soldados sagrados del Señor de Luz, defensores del templo.

« Caballeros de fuego» .

—¿Cuántos dedos tiene esta mano?

—Un millar. Nunca más y nunca menos. Cada vez que se apaga una llama se enciende una nueva.

Benerro agitó un dedo en el aire, cerró el puño y extendió los brazos con las manos abiertas. Cuando alzó la voz, de los dedos salieron llamaradas que arrancaron gritos de la multitud. El sacerdote se las arregló incluso para dibujar letras de fuego en el aire.

« Glifos valyrios» . Tyrion reconocía uno o dos de cada diez. Uno significaba « maldición» , y el otro, « oscuridad» .

La multitud prorrumpió en gritos. Las mujeres lloraban y los hombres agitaban los puños en el aire.

« Esto me da mala espina. —El enano recordó el día en que Myrcella zarpó hacia Dorne y la turba que se aglomeró mientras volvían a la Fortaleza Roja. Haldon Mediomaestre había pensado en utilizar al sacerdote rojo para la causa de Grif el Joven, pero después de verlo en persona, a Tyrion no le parecía una idea muy sensata. Con un poco de suerte, Grif tendría más sentido común—. Hay aliados más peligrosos que los enemigos, pero lord Connington tendrá que resolver este enigma él solito. Yo no tardaré en ser una cabeza en la punta de una pica» .

El sacerdote señaló la Muralla Negra, que se alzaba tras el templo, y apuntó hacia las almenas, desde donde lo contemplaba un grupo de guardias protegidos con armaduras.

—¿Qué dice? —preguntó Tyrion al caballero.

—Que Daenerys está en peligro. El ojo oscuro ha caído sobre ella, y los lacayos de la noche traman su destrucción; rezan a sus falsos dioses en templos de engaños y conspiran para traicionarla con forasteros sin dios.

« El príncipe Aegon no encontrará muchos amigos aquí. —A Tyrion se le pusieron los pelos de punta. El sacerdote rojo pasó a hablar de una antigua profecía, la promesa de la llegada de un héroe que libraría al mundo de la

oscuridad—. Un héroe, no dos. Daenerys tiene dragones, y Aegon, no. —No le hacía ninguna falta ser profeta para saber cómo reaccionarían Benerro y sus seguidores ante la aparición de un segundo Targaryen—. Grif también se dará cuenta, seguro» , pensó, no sin dejar de sorprenderse de que le importase tanto.

El caballero había logrado abrirse camino por el gentío casi hasta el fondo de la plaza, ajeno a los insultos que les dedicaban a su paso. Un hombre se colocó justo ante ellos, pero el secuestrador echó mano de la espada y la desenvainó lo justo para enseñar un palmo de acero. El hombre desapareció al instante, y ante ellos se abrió un pasillo como por arte de magia. El caballero puso su montura al trote y salieron de la muchedumbre. Tyrion siguió oyendo un rato la voz de Benerro, cada vez más lejana a sus espaldas, y los repentinos rugidos atronadores que provocaban de vez en cuando sus palabras.

Llegaron a un establo, donde el caballero desmontó y a continuación aporreó la puerta hasta que acudió a toda prisa un esclavo demacrado con una cabeza de caballo tatuada en la mejilla. Bajaron al enano de la silla sin miramientos y lo ataron a un poste, y el secuestrador fue a despertar al dueño del establo para regatear el precio del caballo y la silla.

« Sale más a cuenta vender el caballo que llevárselo en barco al otro lado del mundo» . Tyrion vio un barco en su futuro inmediato. Tal vez sí que tuviera algo de profeta.

Tras la negociación, el caballero se echó al hombro las armas, el escudo y las alforjas, y preguntó por la herrería más cercana. También la encontraron cerrada, pero las puertas no tardaron en abrirse a los gritos del caballero. El herrero miró a Tyrion de reojo, asintió y aceptó un puñado de monedas.

—Ven aquí —ordenó el caballero a Tyrion. Sacó el puñal y le cortó las ataduras.

—Os lo agradezco —dijo el prisionero frotándose las muñecas; pero el caballero se echó a reír.

—Guárdate la gratitud para quien la merezca, Gomo. Lo que viene ahora no te va a hacer la menor gracia.

Estaba en lo cierto.

Las esposas eran de hierro negro, grandes y gruesas, y cada una pesaba sus dos buenas libras, o eso calculó el enano. Las cadenas añadian más peso aún.

—Debo de ser más temible de lo que me imaginaba —confesó Tyrion mientras le cerraban a martillazos el último eslabón. Cada golpe le repercutía en todo el brazo, hasta el hombro—. ¿O tenéis miedo de que escape con estas pierneñas atrofiadas?

El herrero ni siquiera se molestó en apartar la vista de lo que tenía entre manos, pero el caballero soltó una risita enigmática.

—Lo que me preocupa es tu lengua, no tus piernas. Con cadenas serás un esclavo y no te escuchará nadie, ni siquiera los que hablen el idioma de Poniente.

—Esto es innecesario —protestó Tyrion—. Seré un prisionerito bueno, de verdad de la buena.

—Pues demuéstralos: cierra el pico.

Tyrion obedeció; inclinó la cabeza, se mordió la lengua y dejó que le encadenara muñeca con muñeca y tobillo con tobillo.

« Puñeteros trastos, pesan más que yo. —Al menos seguía respirando, porque su secuestrador podría haber optado por cortarle la cabeza. Al fin y al cabo, era lo único que Cersei pedía de él. El primer error del caballero había consistido en no cortársela de entrada—. Hay medio mundo entre Volantis y Desembarco del Rey, y en el camino pueden pasar muchas cosas».

Hicieron el resto del trayecto a pie, acompañados por el tintineo de las cadenas de Tyrion, que se afanaba por seguir las zancadas largas e impacientes de su secuestrador. Cada vez que se rezagaba, el caballero lo cogía por los grilletes y le daba un brusco tirón hasta que el enano tropezaba y saltaba.

« Podría ser peor. Podría usar el látigo».

Volantis estaba erigida a horcajadas sobre una desembocadura del Rhoyne, donde el río besaba el mar, y el puente Largo unía sus dos mitades. La parte más antigua y rica de la ciudad se alzaba al este del río, pero allí no gustaban de la presencia de mercenarios, bárbaros ni vulgares forasteros, de modo que debían cruzar hacia el oeste. La entrada del puente Largo era un arco de piedra negra con tallas de esfinges, mantícoras, dragones y otras criaturas aún más extrañas. Al otro lado del arco comenzaba la magna estructura que habían construido los valyrios en su apogeo, el camino de piedra fundida apoyado en pilares gigantescos. Su anchura permitía a duras penas el paso de dos carros a la vez, de modo que, cuando un vehículo lo cruzaba en dirección este y otro en dirección oeste, ambos se veían obligados a avanzar a paso de tortuga.

Por suerte, ellos iban a pie. Al poco de caminar por el puente se toparon con un carromato cargado de melones cuyas ruedas se habían enganchado con las de otro de alfombras de seda, y entre los dos habían interrumpido todo el tráfico rodado. Buena parte de los caminantes también se habían detenido para ver a los conductores gritarse e insultarse, pero el caballero agarró a Tyrion por la cadena y se abrió paso a la fuerza. Un niño trató de quitarle la bolsa de las monedas, pero un buen codazo lo impidió y, de paso, le aplastó la nariz y le llenó la cara de sangre al ladronzuelo.

A ambos lados se alzaban edificios de lo más diverso: tiendas, templos, tabernas, posadas, locales para jugar al *sitrang* y burdeles. Casi todos eran de tres o cuatro pisos, con niveles que sobresalían cada vez más, de forma que los más altos parecían besarse. Cruzar el puente era como pasar por un túnel iluminado con antorchas. Había puestos y tenderetes de todo tipo; tejedores y encajeros exhibían sus productos junto a los cereros y las pescaderas que vendían anguilas y ostras. Cada orfebre tenía un guardia ante su puerta, y cada especiero, dos, ya

que su mercancía valía el doble. Aquí y allá, entre las tiendas, el viajero atisbaba durante un instante el río que estaba cruzando: hacia el norte, el Rhoyne era una franja negra que reflejaba las estrellas, cinco veces más ancho que el Aguasnegras a su paso por Desembarco del Rey. Al sur del puente, el río se abría para fundirse con el mar.

En la parte central del puente colgaban de ganchos de hierro, como ristras de cebollas, manos cortadas de ladrones y rateros. También se exhibían tres cabezas, dos de hombre y una de mujer, cuyos crímenes aparecían detallados en las placas visibles bajo ellas. Un par de lanceros que lucían yelmo brillante y cota de malla se encargaban de vigilarlas. Los dos tenían tatuadas en las mejillas rayas de tigre verdes como el jade. De cuando en cuando agitaban la lanza para espantar a los cernícalos, las gaviotas y las cornejas negras que rondaban a los muertos. Los pájaros se marchaban, pero no tardaban en volver.

—¿Qué hicieron esos? —preguntó Tyrion con toda inocencia.

El caballero leyó las inscripciones.

—La mujer era una esclava que le levantó la mano a su señora. Al viejo lo acusaron de fomentar la rebelión y espiar para la reina dragón.

—¿Y el joven?

—Mató a su padre.

Tyrion dedicó un segundo vistazo a la cabeza podrida.

«¡Si casi parece que sonría!». Poco más adelante, el caballero se detuvo para fijarse en una tiara engastada con piedras preciosas que se exhibía sobre terciopelo morado. Pasó de largo, pero a los pocos pasos volvió a detenerse para regatear por unos guantes en el tenderete de un curtidor. Tyrion agradecía los descansos: el ritmo implacable lo tenía agotado, y las esposas le habían dejado las muñecas en carne viva.

Al otro lado del puente Largo, solo tuvieron que recorrer un corto trecho entre los populosos barrios del puerto de la orilla oeste y bajar por calles iluminadas por antorchas, repletas de marineros, esclavos y jaranderos. Un elefante pasó junto a ellos, cargado con una docena de esclavas medio desnudas que saludaban desde el castillo del lomo y provocaban a los transeúntes con atisbos de sus senos y gritos de «Malaquo, Malaquo». Formaban un espectáculo tan cautivador que Tyrion estuvo a punto de meterse en un humeante montón de excrementos que el elefante había dejado a su paso. Se libró en el último momento, y solo porque el caballero lo apartó de un tirón tan fuerte que lo hizo trastabillar.

—¿Falta mucho? —preguntó el enano.

—Es ahí, en la plaza del Pescado.

Resultó que su destino era la Casa del Mercader, una monstruosidad de cuatro pisos edificada entre los almacenes, burdeles y tabernas de la orilla como un gigantón obeso rodeado de niños. La sala común era más grande que el salón principal de la mitad de los castillos de Poniente: un laberinto penumbroso con un

centenar de rincones privados y nichos ocultos, cuyas vigas ennegrecidas y techos agrietados retumbaban con el estruendo de marineros, comerciantes, cambistas, armadores y esclavistas, todos mintiendo, maldiciendo y engañándose en cincuenta idiomas diferentes.

A Tyrion le gustó la elección del alojamiento. La *Doncella Tímida* llegaría a Volantis más tarde o más temprano, y aquella era la posada más grande de la ciudad, la favorita de navieros, capitanes y mercaderes. En la sala común se cerraban muchos negocios; era algo que se sabía de Volantis. Cuando Grif llegara allí con Pato y Haldon, él volvería a ser libre.

Entretanto debía ser paciente. Más tarde o más temprano llegaría su oportunidad.

Las habitaciones de los pisos superiores eran mucho menos imponentes, sobre todo las baratas de la cuarta planta. La que cogió su secuestrador estaba embutida en una esquina y era abuhardillada. Tenía una tambaleante cama de plumas que olía mal y un suelo de madera tan inclinado que le recordó demasiado vivamente su estancia en el Nido de Águilas.

« Por lo menos esta habitación tiene paredes». También tenía ventanas, que eran su único lujo aparte de la argolla incrustada en la pared, muy útil para sujetar a los esclavos. Su secuestrador se detuvo el tiempo justo para encender una vela de sebo antes de encadenar a Tyrion a la argolla.

—¿Por qué? —protestó el enano mientras oponía una resistencia simbólica—. ¿Por dónde queréis que huya? ¿Por la ventana?

—Podrías.

—Estamos en el cuarto piso y no sé volar.

—Pero puedes caerte, y te quiero vivo.

« Ya lo veo, lo que no sé es por qué. A Cersei le da igual». Tyrion sacudió las cadenas.

—Sé quién sois. —Tampoco le había resultado tan difícil deducirlo: el oso que llevaba bordado en el jubón, su escudo de armas, el señorío perdido que había mencionado... —. Sé qué sois. Y si vos sabéis quién soy, también sabréis que fui mano del rey y formé parte del Consejo, con la Araña. ¿Os sorprendería saber que fue el eunuco quien me hizo emprender este viaje? —« Junto con Jaime, pero a mi hermano mejor no lo meto en esto» —. Soy obra suya, igual que vos. No deberíamos enfrentarnos.

—Acepté el oro de la Araña, no lo niego, pero nunca fui obra suya. —El caballero no parecía nada complacido ante la comparación—. Además, ahora guardo lealtad a otra persona.

—¿A Cersei? No séáis idiota. Lo único que pide mi hermana es mi cabeza, y esa espada que lleváis parece bien afilada. ¿Por qué no acabáis ahora mismo con esta pantomima y así nos ahorrámos todos los malos ratos?

—¿Qué es esto? ¿Un truco de enano? —El caballero rio—. ¡Suplicas la muerte

con la esperanza de que te deje vivir? —Se dirigió a la puerta—. Te traeré algo de la cocina.

—Qué amable por vuestra parte. Aquí os espero.

—Ya lo sé.

El caballero salió y cerró la puerta con una gran llave de hierro. Las cerraduras de la Casa del Mercader tenían fama de resistentes.

«Este lugar es tan seguro como una mazmorra —pensó el enano con amargura—, pero al menos quedan las ventanas. —Sabía que sus posibilidades de zafarse eran nulas, pero se sintió obligado a intentarlo. Los esfuerzos que hizo para sacar una mano de las esposas solo le sirvieron para arañarse más la piel y dejarse la muñeca pegajosa de sangre, y sus esfuerzos y tirones no bastaron para mover la argolla de la pared—. A la mierda. —Se dejó caer tanto como le permitieron las cadenas, porque empezaba a tener calambres en las piernas; iba a pasar una noche infernal—. La primera de muchas, sin duda».

La habitación resultaba sofocante, por lo que el caballero había abierto los postigos para que corriera algo de brisa. Al estar en una esquina del edificio, bajo el alero, contaba con el lujo de dos ventanas: una daba al puente Largo y, al otro lado del río, a la muralla negra del corazón de la Antigua Volantis; la otra se abría a la plaza del Pescado, como la había llamado Mormont. Las cadenas estaban muy tirantes, pero si Tyrion se ladeaba y dejaba que la argolla de hierro cargara con todo su peso, alcanzaba a verla.

«No sería una caída tan espantosa como la de las celdas del cielo de Lysa Arryn, pero acabaría igual de muerto. No sé, si estuviera borracho...».

Pese a lo avanzado de la noche, la plaza estaba abarrotada de marineros juerguistas, putas en busca de clientes y comerciantes que se dedicaban a sus negocios. Una sacerdotisa roja la cruzó con paso apresurado, seguida por una docena de acólitos que portaban antorchas y cuyas túnicas se les enredaban en los tobillos. Poco más allá había dos jugadores de *sitrang* enzarzados en guerra a muerte ante una taberna. Junto a su mesa había un esclavo que sostenía un farol. A oídos de Tyrion llegó el cántico de una mujer; no entendió la letra, pero la melodía era apacible y triste.

«Si supiera lo que canta, a lo mejor me haría llorar». Más cerca se había congregado una multitud en torno a un par de malabaristas que se lanzaban antorchas encendidas.

Su secuestrador no tardó en volver con dos jarras de cerveza y un pato asado. Cerró la puerta de una patada, partió el pato en dos con las manos y le lanzó la mitad a Tyrion. El enano lo habría pillado en el aire, pero las cadenas le cortaron el movimiento cuando trató de levantar los brazos. El ave le acertó en la sien y le bajó, cálida y grasiesta, por la cara, y tuvo que acuclillarse y estirarse para cogerla haciendo tintinear las cadenas. Lo consiguió al tercer intento, y se llevó el pato a la boca con alegría.

—¿Qué tal un poco de cerveza para pasarlo? —Mormont le tendió una jarra —. La mitad de Volantis se ha emborrachado ya; no veo por qué vas a ser menos.

La cerveza era dulce y afrutada; Tyrion bebió un buen trago y soltó un alegre eructo. La jarra era de peltre, muy pesada.

« Me acabo la cerveza y le tiro la jarra. Si tengo suerte, le rompo la cabeza. Si tengo mucha, mucha suerte, fallo y me mata de una paliza». Bebió otro trago.

—¿Es fiesta o algo así? —preguntó.

—Tercer día de elecciones, que duran diez. Diez días de locura: desfiles con antorchas, discursos, titiriteros, comediantes, bailarines, jaques que luchan a muerte en duelos de honor por sus candidatos, elefantes con los nombres de los aspirantes a triarca pintados en el lomo... Esos malabaristas actúan patrocinados por Methy so.

—Pues votaré por otro. —Tyrion se lamió la grasa de los dedos. En la plaza, la multitud lanzaba monedas a los malabaristas—. ¿Todos esos candidatos patrocinan espectáculos?

—Hacen lo que sea con tal de conseguir votos —replicó Mormont—. Comida, bebida, espectáculos... Alios ha puesto en las calles a un centenar de hermosas esclavas para que complazcan a los votantes.

—Me ha convencido —decidió Tyrion—. Traedme a una de esas esclavas.

—Son para los volantinos libres y con propiedades. Al oeste del río no verás muchos votantes.

—¿Y esto dura diez días? —rio Tyrion—. Suena bien, aunque con tres reyes tengo la sensación de que sobran dos. Intento imaginarme gobernando los Siete Reinos junto con mi bella hermana y mi querido hermano. Uno de nosotros mataría a los otros dos en menos de un año. Me sorprende que esos triarcas no hagan lo mismo.

—Algunos lo han intentado, pero puede que los volantinos sean más listos que los ponentis. En Volantis han pasado cosas absurdas, pero nunca han tenido que aguantar a un niño triarca. Cuando sale elegido un loco, los otros dos lo controlan hasta que acaba su año de mandato. Imagina cuántos muertos seguirían con vida si Aerys el Loco hubiera tenido que compartir el poder con otros dos reyes.

« Y en vez de eso tuvo a mi padre», pensó Tyrion.

—En las Ciudades Libres hay quien opina que al otro lado del mar Angosto somos todos unos salvajes —prosiguió el caballero—. Y otros dicen que somos como niños que necesitamos un padre con mano dura.

—¿Valdría la mano de una madre? —« A Cersei le encantaría el consejo, sobre todo si se lo llevas acompañado de mi cabeza» —. Por lo visto conocéis bien esta ciudad.

—Viví aquí casi un año. —El caballero apuró los restos del fondo de la jarra —. Cuando Stark me obligó a exiliarme, hui a Lys con mi segunda esposa.

Braavos habría sido mejor, pero Lynesse quería que fuéramos a algún lugar cálido. En lugar de servir a los braavosis, luché contra ellos en el Rhoyne, pero mi esposa gastaba diez monedas de plata por cada una que yo ganaba, así que cuando volví a Lys me encontré con que ella tenía un amante, que me dijo que me venderían como esclavo para saldar mis deudas a menos que se la entregara y me marchara de la ciudad. Así fue como llegué a Volantis, con la amenaza de la esclavitud, sin más posesiones que la espada y la ropa que llevaba puesta.

—Pero ahora queréis volver a casa.

—Mañana mismo buscaré pasaje en un barco. —El caballero apuró la cerveza—. La cama es para mí; tú quédate con el trozo de suelo que te permitan las cadenas. Duerme si puedes, y si no, piensa en tus delitos. Eso te tendrá entretenido hasta el amanecer.

« Tú también tienes delitos de los que arrepentirte, Jorah Mormont» , pensó el enano; pero le pareció más prudente no decirlo.

Ser Jorah colgó el cinto de la espada del poste de la cama, se liberó de las botas, se sacó la cota de malla por encima de la cabeza y se quitó la ropa interior de lana y cuero con manchas de sudor para dejar al descubierto un torso fornido lleno de cicatrices y vello oscuro.

« Si pudiera desollarlo, vendería esa pelambre para hacer una capa de piel» , pensó Tyrion mientras Mormont se refugiaba en la maloliente comodidad de su combado lecho de plumas.

El caballero no tardó en empezar a roncar, con lo que el prisionero se quedó a solas con sus cadenas. Las dos ventanas estaban abiertas, así que la luz de la luna, aunque menguante, bañaba toda la habitación. De la plaza llegaban los sonidos más diversos: retazos de canciones de borrachos, el maullido de un gato en celo, el entrechocar lejano del acero contra el acero...

« Alguien está a punto de morir» .

Le dolía la muñeca allí donde se había desgarrado la piel, y las cadenas le impedían sentarse, cuánto más acostarse. Lo mejor que pudo hacer fue girarse para quedar apoyado contra la pared, y al poco perdió toda sensibilidad en las manos. Se movió para buscar alivio a la tensión, y la sangre volvió a circular entre agujonazos de dolor. Tuvo que apretar los dientes para no gritar. ¿Cuánto había sufrido su padre cuando se le clavó la saeta en la ingle? ¿Y Shae, cuando retorció la cadena en torno a su cuello mentiroso? ¿Y Tysha, cuando la violaron? El dolor que sentía él no era nada en comparación, pero no por eso sufría menos.

« Que pare, por favor, que pare» .

Ser Jorah se había puesto de lado, de modo que Tyrion solo le veía la ancha espalda, peluda y musculosa.

« Aunque pudiera soltarme, tendría que pasar por encima de él para llegar al cinto de la espada. A lo mejor, si pudiera cogerle el puñal... —¿O tal vez sería mejor intentarlo con la llave? Podía abrir la puerta, bajar con sigilo las escaleras

y cruzar la sala común...—. Y luego ¿qué? ¿Adónde? No tengo amigos ni dinero, ni siquiera hablo el idioma de este lugar».

Al final, el agotamiento pudo más que el dolor y Tyrion se sumió en un sueño inquieto; pero gritaba y se estremecía en sueños cada vez que un calambre le recorría la pantorrilla. Se despertó con los músculos doloridos y se encontró con que la luz de la mañana entraba por las ventanas, clara y dorada como la melena del león de los Lannister. Desde abajo llegaban los gritos de los pescaderos y el traqueteo de las ruedas de hierro contra el empedrado. Jorah Mormont estaba junto a él.

—Si te suelto de la argolla, ¿harás lo que te diga?

—Cualquier cosa menos bailar. Bailar me resultaría muy difícil, porque no siento las piernas. Puede que se me hayan caído. Por lo demás, soy todo vuestro; lo juro por mi honor de Lannister.

—Los Lannister no tienen honor.

Pese a todo, ser Jorah le soltó las cadenas, y Tyrion consiguió dar dos pasos vacilantes antes de caerse. El dolor que sintió cuando la sangre volvió a circularle por las manos hizo que le saltaran las lágrimas, y tuvo que morderse el labio.

—No sé adónde vamos, pero tendréis que llevarme rodando.

El corpulento caballero prefirió levantarla por la cadena de las muñecas, a modo de asa.

La sala común de la Casa del Mercader era un laberinto penumbroso de nichos y reservados, distribuidos en torno a un patio central donde un emparrado de enredaderas en flor proyectaba intrincados dibujos en el suelo de baldosas, y el musgo verde y violeta crecía entre las piedras. Las esclavas corrían de lado a lado y pasaban de la luz a la sombra con frascas de vino, cerveza y una bebida verde helada que olía a menta. A aquella hora de la mañana solo estaba ocupada una mesa de cada veinte.

En una de ellas había un enano de mejillas sonrosadas bien afeitadas, con el pelo castaño rojizo, la frente amplia y la nariz aplastada, con los pies colgando de un taburete alto, que contemplaba con ojos enrojecidos un cuenco de gachas violáceas.

«Qué tío más feo y pequeñajo», pensó Tyrion. El otro enano percibió su mirada. Cuando levantó la vista hacia él se le cayó la cuchara.

—Me ha visto —alertó Tyrion a Mormont.

—¿Y qué?

—Me conoce. Sabe quién soy.

—¿Quieres que te meta en un saco para que no te vea nadie? —El caballero se rozó el puño de la espada—. Si quiere venir a por ti, que lo intente.

«Para que lo mates, claro. No supone ninguna amenaza para un hombretón como tú. No es más que un enano».

Ser Jorah ocupó una mesa en un rincón tranquilo y pidió comida y bebida.

Desayunaron una torta de pan todavía caliente, huevas de pescado rosadas, morcillas con miel y saltamontes fritos, todo ello regado con cerveza negra amarga. Tyrion comió como si no hubiera probado bocado en su vida.

—Tienes buen apetito esta mañana —señaló el caballero.

—Tengo entendido que la comida del infierno es pésima.

Tyrion miró hacia la puerta, por la que acababa de entrar un hombre alto, encorvado, con la barba puntiaguda teñida de un violeta sucio.

« Será un mercader tyroshi». Se coló un ruido del exterior: graznidos de gaviotas, carcajadas femeninas, los gritos de los pescaderos... Durante un momento le pareció ver a Illyrio Mopatis, pero no era más que un elefante enano que pasaba ante la puerta de la posada.

—¿Esperas a alguien? —Mormont untó de huevas un trozo de pan y le dio un mordisco.

—Nunca se sabe a quién pueden traer los vientos. —Tyrion se encogió de hombros—. A mi amor verdadero, al fantasma de mi padre, un pato... —Se metió un saltamontes en la boca y lo masticó—. No está mal para ser un bicho.

—Anoche no se hablaba de otra cosa que de Poniente. Por lo visto, un señor exiliado ha contratado a la Compañía Dorada para recuperar sus tierras. Muchos capitanes de Volantis viajan ahora mismo río arriba, hacia Volon Therys, para ofrecerle sus barcos.

Tyrion acababa de comerse otro saltamontes y estuvo a punto de atragantarse.

« ¿Se burla de mí? ¿Qué puede saber de Grif y de Aegon?».

—Mierda. Yo que pensaba contratar a la Compañía Dorada para recuperar Roca Casterly... —« ¿Será un truco de Grif? ¿Estará sembrando falsos rumores?». Aunque también era posible que el guapo principito hubiera mordido el anzuelo. ¿Los habría hecho desviarse hacia el oeste y no hacia el este? ¿Habría renunciado a sus esperanzas de contraer matrimonio con la reina Daenerys? « Eso sería renunciar a los dragones. ¿Grif se lo permitiría? ». Será un placer contratarlos también a vos. Las tierras de mi padre me corresponden por derecho. Entregadme vuestra espada y, cuando las recupere, os bañaré en oro.

—Ya he visto cómo bañaban en oro a alguien, y no, gracias. Si alguna vez tienes mi espada, será porque te la he clavado en las tripas.

—Remedio seguro contra el estreñimiento. Solo tenéis que preguntárselo a mi padre.

Cogió la jarra y bebió un trago muy despacio para esconder cualquier cosa que pudiera delatar su rostro. Tenía que ser una estratagema para acallar las sospechas de los volantinos.

« ¿Será el plan de Grif? Hacerse a la mar con falsos pretextos y apoderarse de las naves a continuación. —No era mala idea. La Compañía Dorada contaba con diez mil hombres expertos y disciplinados—. Pero no son marineros. Grif

tendría que mantenerlos controlados en todo momento, y si llegaran a la bahía de los Esclavos y tuvieran que luchar...».

La sirvienta se acercó a su mesa.

—La viuda os recibirá ahora, noble señor. ¿Le habéis traído un regalo?

—Sí, gracias. —Ser Jorah le puso una moneda en la mano y le indicó con un gesto que se retirase.

—¿La viuda de quién? —preguntó Tyrion, intrigado.

—La viuda del puerto. Al este del Rhoyne siguen llamándola la puta de Vogarro, pero nunca a la cara.

—¿Quién es Vogarro? —La explicación había dejado al enano como estaba.

—Fue un elefante muy rico, siete veces triarca y toda una autoridad en los muelles. Otros hombres se dedicaban a construir barcos y hacerse a la mar, pero él erigía muelles y almacenes, gestionaba envíos, cambiaba moneda y aseguraba a los navieros contra los peligros del mar. También traficaba con esclavos. Se encaprichó de una esclava de cama entrenada en Yunkai en el camino de los siete suspiros, y se armó un buen escándalo...; pero el escándalo fue aún mayor cuando la liberó y se casó con ella. Después de su muerte, ella siguió con los negocios. Los libertos no pueden vivir tras la Muralla Negra, así que tuvo que vender la mansión de Vogarro y alojarse en la Casa del Mercader. De eso hace treinta y dos años, y aquí sigue hasta la fecha. Es esa que tienes detrás, al otro lado del patio, recibiendo pleitesía ante su mesa habitual. No, no mires. Ahora está acompañada. Cuando acabe nos toca a nosotros.

—¿En qué va a ayudaros esa vieja?

—Ahora verás.

Ser Jorah se levantó, y Tyrion saltó de su silla haciendo tintinear las cadenas.

« Esto va a ser muy instructivo ». La postura de la mujer sentada en su rincón de patio tenía algo de zorrudo, igual que había algo de reptiliano en sus ojos. Tenía el pelo blanco tan ralo que se le veía la piel rosada del cráneo, y lucía bajo un ojo las cicatrices que le había dejado el cuchillo al cortar las lágrimas. En la mesa se veían los restos de su desayuno: cabezas de sardinas, huesos de aceitunas y migas de pan. A Tyrion no se le escapó lo bien elegida que estaba su « mesa habitual »: piedra sólida a sus espaldas, un nicho de vegetación a un lado para facilitar entradas y salidas, y una vista perfecta de la puerta principal de la posada, aunque en un lugar tan resguardado por las sombras que ella resultaba prácticamente invisible.

La anciana sonrió en cuanto le puso la vista encima.

—Un enano —ronroneó con voz tan baja como siniestra. Hablaba la lengua común casi sin acento—. Parece que últimamente hay invasión de enanos en Volantis. ¿Este sabe trucos?

« Sí —habría querido responder Tyrion—. Déjame una ballesta y te enseño mi favorito ».

—No —respondió ser Jorah.

—Lástima. Tuve un monito que hacía trucos, y vuestro enano me lo recuerda mucho. ¿Es mi regalo?

—No. Os he traído esto.

Ser Jorah sacó los guantes y los soltó en la mesa junto al resto de los regalos que había recibido la viuda aquella mañana: una copa de plata, un abanico de filigrana de jade con varillas tan finas que dejaban pasar la luz, un antiguo puñal de bronce con runas... Comparados con semejantes tesoros, los guantes resultaban baratos y de pésimo gusto.

—Unos guantes para mis viejas manos arrugadas. Qué amable. —La anciana no hizo ademán de tocarlos.

—Los compré en el puente Largo.

—En el puente Largo se puede comprar casi cualquier cosa. Guantes, esclavos, monos... —Los años le habían encorvado la espalda hasta dejarla jorobada, pero sus ojos eran negros y penetrantes—. Decidme, ¿en qué puede ayudaros esta pobre viuda?

—Necesitamos llegar a Meereen cuanto antes.

Una sola palabra, y el mundo de Tyrion se volvió del revés. Una palabra.

«Meereen. —¿O había entendido mal? Una palabra—. Meereen, ha dicho “Meereen”, me lleva a Meereen». Meereen significaba vida, o al menos, esperanza de vida.

—¿Por qué acudís a mí? —replicó la viuda—. No tengo barcos.

—Pero tenéis muchos capitanes que están en deuda con vos.

«Dijo que me entregaría a la reina. Sí, pero ¿a cuál? No va a venderme a Cersei; quiere ponerme en manos de Daenerys Targaryen; por eso no me ha cortado la cabeza. Vamos hacia el este, mientras Grif y su príncipe, pobres idiotas, van hacia el oeste. —Aquello era demasiado—. Conjuras dentro de conjuras dentro de conjuras, pero todos los caminos llevan a la boca del dragón». Una carcajada incontenible le subió a los labios, y no pudo controlar la risa.

—Vuestro enano tiene un ataque —señaló la viuda.

—Mi enano va a estarse callado si no quiere que lo amordace.

«¡Meereen!». Tyrion se tapó la boca con las manos. La viuda del puerto optó por no hacerle caso.

—¿Queréis tomar algo? —preguntó.

Motas de polvo flotaban en el aire cuando la criada llenó dos copas de cristal verde para ser Jorah y la viuda. Tyrion tenía la garganta seca, pero a él no le sirvieron bebida. La viuda paladeó el vino antes de tragár.

—Los demás exiliados se dirigen hacia el oeste, según ha llegado a estos viejos oídos. Y esos capitanes que están en deuda conmigo se matan por llevarlos y rascar un poco del oro de las arcas de la Compañía Dorada. Nuestros nobles

triarcas han comprometido una docena de barcos de guerra a esta causa, y se asegurarán de que la flota llegue sin percances a los Peldaños de Piedra. Hasta el anciano Doniphos ha dado su aprobación; ¡es una aventura gloriosa! Y vos queréis ir en sentido contrario.

—Los asuntos que requieren mi atención están al este.

—¿Qué asuntos pueden ser? Nada que ver con esclavos, porque la reina de plata ha puesto fin a eso. También ha cerrado los refideros, así que no puede ser ansia de sangre. ¿Qué otra cosa hay en Meereen que pueda tentar a un caballero poniente? ¿Ladrillos? ¿Aceitunas? ¿Dragones? Ah, veo que se trata de eso. —La sonrisa de la vieja parecía propia de un animal—. Tengo entendido que la reina de plata les da carne de bebé, y que ella se baña en sangre de vírgenes y tiene un amante cada noche.

—Los yunkios os están llenando los oídos de veneno. —La boca de ser Jorah se había transformado en una línea dura—. Mi señora no debería otorgar verosimilitud a semejantes patrañas.

—No soy ninguna señora, pero hasta la puta de Vogarro reconoce la falsedad cuando la oye. Lo que sí es cierto es que la reina dragón tiene enemigos: Yunkai, el Nuevo Ghis, Tolos, Qarth... Sí, y pronto se les unirá Volantis. ¿Para qué queréis viajar a Meereen? Solo tenéis que esperar un poco. Pronto harán falta espadas, en cuanto los barcos de guerra viren hacia el este para acabar con la reina dragón. A los tigres les encanta usar las garras, y hasta los elefantes están dispuestos a matar si se sienten amenazados. Malaquo anhela probar la gloria, y Nyessos debe demasiada parte de su riqueza al tráfico de esclavos. En cuanto Alios, o Parquelleo, o Belicho consiga la triarquía, la flota zarpará.

—Si reelegan a Doniphos... —Ser Jorah la miró con el ceño fruncido.

—Antes saldría elegido Vogarro, y mi amado señor lleva treinta años muerto.

—¿Cómo os atrevéis a llamar cerveza a esto? —gritó un marinero tras ellos—. ¡Es una mierda! ¡Los meados de un mono sabrían mejor!

—Y tú te los beberías —replicó otra voz.

Tyrian se volvió para mirar, con la esperanza de que fueran Pato y Haldon, pero solo vio a dos desconocidos... y al enano, que lo miraba fijamente a pocos pasos. Tenía algo que le resultaba conocido.

—Entre los primeros elefantes hubo mujeres. —La viuda bebió un pulcro traguito de vino—. Ellas acabaron con el dominio de los tigres y pusieron fin a las viejas guerras. A Trianna la reeligieron cuatro veces. Por desgracia, de eso hace trescientos años. Desde entonces no ha habido ninguna mujer en el gobierno de Volantis, aunque las hay con derecho a voto: son mujeres de alta cuna que viven en palacios antiguos del otro lado de la Muralla Negra, no seres despreciables como yo. La Antigua Sangre permitirá que voten sus niños y sus perros antes que un liberto. No, el reelegido será Belicho, o tal vez Alios, pero con uno o con otro habrá guerra. O eso creen ellos.

—¿Y vos? ¿Qué creéis? —inquirió ser Jorah.

« Bien por ti —pensó Tyrion—, es la pregunta correcta».

—Yo también creo que habrá guerra, pero no la que ellos quieren. —La anciana se inclinó hacia delante; le brillaban los ojos—. Creo que R'hllor tiene en esta ciudad más adoradores que el resto de los dioses juntos. ¿Habéis oido predicar a Benerro?

—Sí, anoche.

—Benerro ve el mañana en sus llamas —dijo la viuda—. ¿Sabiais que el triarca Malaquo trató de contratar a la Compañía Dorada? Quería arrasar el templo Rojo y acabar con Benerro. No se atrevió a utilizar a los capas de tigre; la mitad adoran al Señor de Luz. Corren malos tiempos en la Antigua Volantis, sí, hasta para las viudas decrepitas. Pero no tan malos como en Meereen, por lo que tengo entendido. Así que decidme: ¿por qué buscáis a la reina dragón?

—Eso es asunto mío. Puedo pagar por los pasajes, y pagaré bien. Tengo plata.

« Imbécil —pensó Tyrion—. No quiere monedas, sino respeto. ¿Es que no la has escuchado?». Volvió a mirar atrás. El enano se había acercado un poco más a su mesa, y parecía llevar un cuchillo en la mano. A Tyrion se le pusieron los pelos de punta.

—Quedaos con vuestra plata; ya tengo oro. Y también podéis ahorrarros esas miradas torvas. Soy demasiado vieja para que me impresione un ceño fruncido. Ya veo que sois un hombre duro, y seguro que muy hábil con esa espada larga que portáis, pero estáis en mi reino. Me basta con mover un dedo para que viajéis a Meereen, sí, pero encadenado a un remo en el vientre de una galera. —Cogió el abanico de jade y lo abrió. Las hojas se movieron, y un hombre apareció en el arco de vegetación que crecía a su izquierda. Su rostro era un amasijo de cicatrices y en la mano llevaba una espada corta y pesada que parecía un cuchillo de carnicero—. Seguro que os dijeron que buscarais a la viuda del puerto, pero también os tendrían que haber advertido sobre los hijos de la viuda. Pero bueno, la mañana es tan agradable que os lo preguntaré una vez más. ¿Para qué buscáis a Daenerys Targaryen, a quien medio mundo quiere ver muerta?

—Para servirla —respondió Mormont con una mueca de rabia—. Para defenderla. Si es necesario, para morir por ella.

—Así que vais a rescatarla? —La viuda se echó a reír—. ¿Queréis que esta pobre viuda crea que tratáis de rescatarla de tantos enemigos que no puedo ni contarlos? ¿Que sois un valeroso caballero poniente que ha cruzado medio mundo para acudir en auxilio de esta...? Bueno, hermosa seguramente, pero doncella, lo que se dice doncella... —Rio de nuevo—. ¿Pensáis que vuestro enano le resultará grato? ¿Qué creéis? ¿Que se bañará en su sangre o que se conformará con cortarle la cabeza?

—El enano es... —empezó ser Jorah, titubeante.

—Ya sé quién y qué es el enano. —Clavó en Tyrion sus ojos negros duros

como la piedra—. Un parricida, un matarreyes, un asesino, un cambiacañas. Un Lannister. —Hizo que la última palabra sonara insultante—. ¿Qué puedes ofrecer a la reina dragón, hombrecito?

«Odio», pensó Tyrion. Extendió las manos tanto como le permitieron las cadenas.

—Lo que quiera de mí. Consejo sabio, ingenio punzante, volteretas... La polla si la desea, y la lengua si no. Me pondré al frente de sus ejércitos o le daré masajes en los pies. Y lo único que pido a cambio es que me permita violar y matar a mi hermana.

—Por lo menos, este es sincero —anunció la anciana, sonriendo—. En cambio, vos... He conocido a una docena de caballeros ponentis y a miles de aventureros de la misma calaña, y ninguno era tan puro como vos os pintáis. Los hombres son bestias egoistas y brutales. Por dulces que sean sus palabras, los motivos que encubren siempre son negros. No confío en vos. —Los despidió con el abanico, como si no fueran más que moscas que revolotearan en torno a su cabeza—. Si queréis ir a Meereen, id a nado. Mi ayuda no es para vos.

En aquel momento, los siete infiernos se desencadenaron a la vez.

Ser Jorah empezó a levantarse; la viuda cerró de golpe el abanico y el hombre de las cicatrices reapareció entre las sombras... Detrás de ellos gritó una mujer. Tyrion dio media vuelta justo a tiempo de ver al enano que se precipitaba hacia él.

«Es una chica —supo al instante—. Una chica vestida de hombre. Y quiere destriparme con ese cuchillo».

Durante un momento, ser Jorah, la viuda y el hombre de las cicatrices se quedaron paralizados. Los mirones de las mesas cercanas siguieron bebiendo cerveza o vino, pero nadie se adelantó para intervenir. Tyrion movió las dos manos a la vez, pero las cadenas solo le permitieron llegar a la frasca que había en la mesa. La cogió, lanzó el contenido contra el rostro de la enana que lo atacaba y se tiró a un lado para esquivar el cuchillo. La frasca se hizo añicos bajo él al tiempo que el suelo subía para golpearle la cabeza, y la chica se le tiró encima. Tyrion giró hacia un lado y ella clavó el cuchillo entre los tablones del suelo, tiró para recuperarlo, lo alzó de nuevo...

... Y de pronto la vio volando por los aires y pataleando para liberarse de ser Jorah.

—¡No! —aulló la enana en la lengua común de Poniente—. ¡Suelta!

Tyrion oyó como se le desgarraba la túnica en el forcejero. Mormont la tenía agarrada por el cuello, y con la otra mano le quitó el puñal.

—Ya basta.

En aquel momento llegó el posadero con un machete en la mano. Al ver la frasca rota soltó una maldición y preguntó a gritos qué había pasado allí.

—Una pelea de enanos —replicó con una risita el tyroshi de la barba violeta.

—¿Por qué? —quiso saber Tyrion, parpadeando para enfocar a la joven que se debatía en el aire—. ¿Yo qué te he hecho?

—Lo mataron. —De repente, la enana perdió todo deseo de luchar. Se quedó inmóvil, presa de Mormont y con los ojos llenos de lágrimas—. A mi hermano. Se lo llevaron y lo mataron.

—¿Quienes lo mataron? —preguntó el caballero.

—Marineros. Marineros de los Siete Reinos. Eran siete y estaban borrachos. Nos vieron justar en la plaza y nos siguieron. Cuando vieron que yo era una mujer me soltaron, pero se llevaron a mi hermano y lo mataron. ¡Le cortaron la cabeza!

Tyrion la reconoció de golpe. « Nos vieron justar en la plaza». De repente, supo quién era la enana.

—¿Tú montabas la cerda o el perro? —le preguntó.

—El perro —sollozó—. Oppo siempre montaba la cerda.

« Los enanos de la boda de Joffrey. —Su espectáculo era lo que había desencadenado todos los problemas de aquella noche—. Qué curioso es volver a encontrármelos a medio mundo de distancia. —Aunque tal vez no fuera tan extraño—. Si tenían la mitad del cerebro que su cerda, seguro que huyeron de Desembarco del Rey la noche de la muerte de Joff, antes de que Cersei tuviera tiempo de atribuirles alguna culpa en la muerte de su hijo» .

—Soltadla —dijo a ser Jorah Mormont—. No va a hacernos ningún daño. Siento lo de tu hermano, pero nosotros no tuvimos nada que ver con su asesinato. —El caballero soltó a la enana.

—Él sí. —La chica se levantó y se cubrió los pequeños senos con la túnica desgarrada y empapada de vino—. Confundieron a Oppo con él. —Sus sollozos eran una súplica de ayuda—. Debería morir como murió mi pobre hermano. Por favor, que alguien me ayude. Que alguien lo mate.

El posadero la agarró del brazo sin miramientos y la puso en pie sin dejar de preguntarle a gritos, en volantino, quién iba a pagar los daños. La viuda del puerto lanzó una mirada gélida a Mormont.

—Se dice que los caballeros defienden al débil y protegen al inocente. Y yo soy la doncella más hermosa de todo Volantis. —Su carcajada estaba cargada de desprecio—. ¿Cómo te llamas, chiquilla?

—Penny.

La anciana se dirigió al posadero en la lengua de la Antigua Volantis. Tyrion comprendió lo suficiente para saber que le decía que llevara a la enana a sus habitaciones, le diera vino y le buscara ropa. Cuando se marcharon, clavó en él los brillantes ojos negros.

—Yo diría que los monstruos deben de ser más grandes. En Poniente vales un señorío, hombrecito, pero me temo que aquí tu precio no es tan alto. En fin, creo que será mejor que os ayude. Volantis no parece lugar seguro para los enanos.

—Sois un dechado de bondad. —Tyrion le dedicó la más cautivadora de sus sonrisas—. ¿Me quitaréis también estas pulseritas de hierro? Este monstruo solo tiene media nariz, pero ni os imagináis hasta qué punto me pica, y las cadenas no me dejan rascarme. Si las queréis, os las regalo.

—Qué generoso. Pero no, ya cargué con hierro en mis tiempos, y he descubierto que el oro y la plata me gustan mucho más. Además, siento decirte que estamos en Volantis, donde las cadenas y los grilletes valen menos que el pan duro, y está prohibido ayudar a huir a un esclavo.

—No soy esclavo.

—No hay hombre capturado por los esclavistas que no haya cantado esa canción. No me atrevo a ayudarte... en este lugar. —Se inclinó hacia delante—. Dentro de dos días, la coca *Selaesori Qhoran* zarpará en dirección a Qarth, con parada en el Nuevo Ghis. Lleva un cargamento de hierro, estaño, balas de lana y encaje, cincuenta alfombras de Myr, un cadáver conservado en salmuera, veinte tarros de guindillas dragón y un sacerdote rojo. Deberéis estar a bordo cuando se haga a la mar.

—Así lo haremos —respondió Tyrion—. Y muchas gracias.

—No vamos a Qarth —dijo ser Jorah con el ceño fruncido.

—La coca no llegará a Qarth. Benerro lo ha visto en sus fuegos. —La vieja volvió a esbozar aquella sonrisa digna de un animal.

—Será como decís —sonrió Tyrion—. Si yo fuera libre y volantino y por mis venas corriera la sangre, os daría mi voto para la triarquía, mi señora.

—No soy ninguna señora —replicó la viuda—. Soy la puta de Vogarro. Será mejor que desaparezcáis antes de que vengan los tigres. Y si llegáis hasta vuestra reina, transmitidle un mensaje de parte de los esclavos de la Antigua Volantis. —Se tocó la vieja cicatriz de la mejilla, allí donde había llevado las lágrimas—. Decidle que esperamos. Decidle que no tarde.

Al oír la orden, ser Alliser torció la boca en algo parecido a una sonrisa, pero sus ojos permanecieron fríos y duros como el pedernal.

—Así que el bastardo me envía a morir.

—Morir, morir, morir —graznó el cuervo de Mormont.

« No estás ayudando». Jon apartó al cuervo de un manotazo.

—El bastardo os envía a explorar. A localizar a nuestros enemigos y a matarlos si es necesario. Sois hábil con la espada. Habéis sido maestro de armas, aquí y en Guardiaoriente.

—Sí. —Thorne rozó la empuñadura de su espada larga—. He desaprovechado un tercio de mi vida intentando enseñar los rudimentos del manejo de la espada a patanes, cretinos y villanos. De poco me valdrá eso en el bosque.

—Os acompañará Dy wen, y también otro explorador curtido.

—Os enseñaremos todo lo que necesitéis saber —cacareó Dy wen—. Os diremos cómo limpiaros ese culo de alta cuna con hojas, como un buen explorador.

Kedge Ojoblanco le rio la broma, y Jack Bulwer el Negro escupió.

—Os gustaría que me negase —replicó ser Alliser—. Así podríais cortarme la cabeza, como hicisteis con Slynt. No os daré ese placer, bastardo. Es mejor que recéis para que sea la hoja de un salvaje la que acabe conmigo. Aquellos que caen a manos de los Otros no mueren... y nunca olvidan. Volveré, lord Nieve.

—Rezaré por eso. —Jon no contaría con ser Alliser Thorne entre sus amigos, pero aun así, era un hermano, y nadie había dicho que los hermanos tuvieran que caer bien.

Nunca era fácil tomar la decisión de enviar exploradores a las tierras salvajes; sabía que había muchas posibilidades de que no volvieran.

« Son hombres curtidos. —Pero también lo eran su tío Benjen y sus exploradores, y el bosque Encantado se los había tragado sin dejar rastro. Cuando al fin volvieron al Muro dos de ellos, se habían convertido en espectros. Se preguntó, no por primera vez ni por última, qué habría sido de Benjen Stark—. Quizá los exploradores encuentren alguna pista», , se dijo sin acabar de creérselo.

Dy wen estaría al mando de una expedición, y las otras dos quedarían en manos de Jack Bulwer el Negro y Kedge Ojoblanco. Ellos, por lo menos, estaban deseosos de ponerse en marcha.

—Sienta bien volver a ir a caballo —dijo Dy wen desde la puerta, mientras se chupaba los dientes de madera—. Lo siento, mi señor, pero es que nos estaban saliendo ampollas en el culo de tanto estar sentados.

En el Castillo Negro no había nadie que conociera el bosque tan bien como Dy wen: los árboles, los ríos, las plantas comestibles, los senderos de

depredadores y presas...

« Thorne está en mejores manos de las que se merece».

Jon observó la partida de los exploradores desde la cima del Muro: tres grupos de tres hombres cada uno, con un par de cuervos por grupo. Desde arriba, las monturas parecían hormigas, y Jon no distinguía a un hombre de otro. Pero los conocía. Llevaba sus nombres grabados en el corazón.

« Ocho buenos hombres —pensó—, y un... bueno, ya veremos».

Cuando el último jinete desapareció entre los árboles, Jon Nieve montó en la jaula con Edd el Penas. Mientras bajaban con lentitud vieron caer unos cuantos copos de nieve dispersos, que bailaban mecidos por las rachas de viento. Uno de ellos acompañaba el descenso de la jaula, flotando al lado de los barrotes. Caía más deprisa que la jaula y de vez en cuando desaparecía bajo ellos, pero, entonces, una ráfaga de viento lo atrapaba y volvía a empujarlo hacia arriba. Si Jon hubiera sacado el brazo entre las barras, habría podido cogerlo.

—Anoche tuve una pesadilla terrorífica, mi señor —confesó Edd el Penas—. Vos erais mi mayordomo, me preparabais la comida y me recogíais la basura. Yo era lord comandante y no tenía ni un momento de paz.

—Tu pesadilla es mi vida —respondió Jon sin sonreír.

Las galeras de Cotter Pyke habían informado de una presencia cada vez más numerosa del pueblo libre en las orillas arboladas del norte y el este del Muro. Habían avistado campamentos, balsas a medio construir e incluso el casco de una coca dañada que habían empezado a reparar. Los salvajes desaparecían en el bosque cuando divisaban los barcos de Pyke, pero reaparecían en cuanto pasaban de largo. Mientras, por las noches, ser Denys Mallister seguía viendo hogueras al norte de la Garganta. Los dos comandantes demandaban más hombres.

« ¿De dónde voy a sacar más hombres?». Jon había enviado a diez salvajes de Villa Topo a cada uno. La mayoría eran reclutas, ancianos, heridos y enfermos, pero todos estaban capacitados para trabajar en algo. Lejos de quedar satisfechos, tanto Pyke como Mallister escribieron para quejarse.

« Al pedir más hombres me refería a hombres de la Guardia de la Noche, entrenados y disciplinados, cuya lealtad no habría de cuestionarme», había escrito ser Denys. Cotter Pyke había sido más contundente: « Puedo colgarlos del Muro para mantener alejados a los demás salvajes; no creo que me valgan para otra cosa —había escrito en su nombre el maestre Harmune—. No confiaría en ellos ni para que me limpien el orinal, y diez siguen siendo pocos».

La jaula de hierro descendió entre crujidos y repiqueos hasta llegar al final de la larga cadena y detenerse con una sacudida un palmo por encima de la base del Muro. Edd el Penas abrió la puerta y, al saltar afuera, rompió la capa superior de nieve con las botas. Jon lo siguió.

En el exterior de la armería, Férreo Emmett aún daba órdenes a sus reclutas en el patio. La canción del acero contra el acero despertó anhelos en Jon. Le

recordó días más cálidos, más sencillos, cuando solo era un muchacho en Invernalia y combatía con Robb bajo la atenta mirada de ser Rodrik Cassel. Ser Rodrik también había caido, asesinado por Theon Cambiacapas y sus hombres del hierro cuando intentaba recuperar Invernalia. La gran fortaleza de la casa Stark ya no era más que un montón de ruinas abrasadas.

« Todos mis recuerdos están envenenados» .

Al verlo, Férreo Emmett alzó una mano, y cesó el combate.

—Lord comandante, ¿en qué podemos ayudaros?

—Con tres de tus mejores hombres.

—Arron, Emrick y Jace —dijo Emmett con una sonrisa.

Caballo y Petirrojo Saltarín llevaron protectores acolchados para el lord comandante, y una cota de malla para cubrirlos, junto con grebas, gorjal y casco. También le entregaron un escudo negro con borde de hierro para el brazo izquierdo, y una espada larga y romana para la mano derecha. La espada despedía un brillo gris plateado a la luz del amanecer, como si fuera nueva.

« Una de las últimas en salir de la forja de Donal. Lástima que no viviese lo bastante para afilarla» . Tenía la hoja más corta que *Garra*, pero era de acero común, lo que la hacía más pesada. Los golpes serían más lentos.

—Me vale. —Jon se volvió para enfrentarse a sus enemigos—. Vamos.

—¿Con quién queréis pelear primero? —preguntó Arron.

—Con los tres a la vez.

—Tres contra uno? —Jace lo miró incrédulo—. No sería justo. —Era de los últimos reclutados por Conwy, hijo de un zapatero de isla Bella. Tal vez aquello lo explicara.

—Ciento. Ven aquí.

Cuando obedeció, la hoja de Jon lo golpeó en la cabeza y lo tiró al suelo. En un abrir y cerrar de ojos, el chico tenía una bota en el pecho y la punta de la espada en el cuello.

—La guerra nunca es justa —dijo Jon—. Ahora son dos contra uno, y tú estás muerto.

El crujido de la gravilla le indicó que se acercaban los gemelos.

« Estos dos llegarán a exploradores» . Dio media vuelta y paró el golpe de Arron con el borde del escudo, mientras su espada iba al encuentro del de Emrick.

—Esto no son lanzas —gritó—. Acercaos más. —Atacó para mostrarles cómo se hacía. Primero fue a por Emrick. Le dio con la espada en la cabeza, en los hombros, a la derecha, a la izquierda y otra vez a la derecha. El muchacho levantó el escudo e intentó un torpe contraataque. Jon hizo chocar su escudo contra el de Emrick y lo derribó con un golpe en la pantorrilla... justo a tiempo, porque ya tenía a Arron encima, asestándole en la parte trasera del muslo un sonoro golpe que lo dejó sobre una rodilla.

«Eso va a dejar marca. —Detuvo el siguiente ataque con el escudo, se incorporó e hizo retroceder a Arron por todo el patio—. Es rápido —pensó mientras las espadas se besaban una vez, y dos, y tres—, pero tiene que hacerse más fuerte». En cuanto vio el alivio en los ojos de Arron comprendió que tenía detrás a Emrick. Se giró y le asentó un golpe tras los hombros que lo hizo estrellarse contra su hermano. Para entonces, Jace ya se había puesto en pie, así que Jon volvió a derribarlo.

—No me gusta que se levanten los cadáveres. Me entenderás el día en que te encuentres con un espectro. —Dio un paso atrás y bajó la espada.

—El gran cuervo es capaz de picotear a los pequeños —gruñó una voz a su espalda—, pero ¿tiene estómago para enfrentarse a un hombre?

Casaca de Matraca estaba apoyado contra una pared. La espesa barba le cubría las mejillas hendidas, y el fino pelo castaño le caía sobre los ojillos amarillentos.

—Te sobrevaloras —dijo Jon.

—Sí, pero puedo tumbarle.

—Stannis quemó a quien no debía.

—No. —El salvaje le sonrió con aquella boca llena de dientes rotos y cariados—. Quemó a quien tenía que quemar, para que todo el mundo lo viese. Todos hacemos lo que tenemos que hacer, Nieve. Hasta los reyes.

—Emmett, tráele una armadura. Que sea de acero, no de huesos viejos. —Con la cota de malla y la coraza, el Señor de los Huesos parecía hasta más erguido. También más alto, de hombros más anchos y mucho más fuerte de lo que Jon había calculado.

«No es él, sino la armadura —se dijo—. Hasta Sam estaría imponente cubierto de los pies a la cabeza con acero de Donal Noye». El salvaje tiró a un lado el escudo que le ofrecía Caballo, y en cambio pidió un espadón.

—Qué sonido más agradable —dijo mientras cortaba el aire con él—. Revolotea hasta aquí, Nieve, y verás como tus plumas salen volando.

Jon lo embistió con fuerza. Casaca de Matraca dio un paso hacia atrás para detener la carga con un golpe de dos manos. Si Jon no hubiera reaccionado a tiempo con el escudo, le habría destrozado la coraza y la mitad de las costillas. El impacto le entumeció el hombro y lo hizo tambalearse brevemente.

«Es más fuerte de lo que pensaba». Otra sorpresa desagradable fue la rapidez de Casaca. Trazaron círculos el uno alrededor del otro, intercambiando golpes. El Señor de los Huesos daba tanto como recibía. En circunstancias normales, el mandoble debería ser mucho más difícil de manejar que la espada larga de Jon, pero el salvaje lo blandía con una velocidad vertiginosa.

Al principio, los novatos de Férreo Emmett jaleaban a su lord comandante, pero la implacable rapidez de los ataques de Casaca de Matraca tardó poco en dejarlos mudos.

« No puede mantener este ritmo mucho tiempo —se dijo Jon mientras paraba otro golpe. El impacto lo hizo jadear. Aun sin estar afilado, el mandoble quebró el escudo de pino y combó el borde de hierro—. Se cansará pronto. Tiene que cansarse pronto» . Jon lanzó un ataque a la cara del salvaje, que apartó la cabeza hacia atrás. Intentó alcanzarle la pantorrilla, pero su adversario esquivó la hoja con destreza y a continuación estampó el mandoble contra el hombro de Jon, con fuerza suficiente para hacer resonar la hombrera de la coraza y dejarle el brazo entumecido. Jon retrocedió. El Señor de los Huesos fue tras él, sin dejar de reír, complacido.

« Ese monstruo no lleva escudo —se recordó—, y esa espada es demasiado pesada para parar golpes. Debería asestarle dos por cada uno que me da a mí» .

Pero no lo conseguía, y sus acometidas no parecían surtir el menor efecto. El salvaje siempre se las arreglaba para apartarse o echarse a un lado, y la espada de Jon acababa rebotando en un hombro o un brazo. No tardó en darse cuenta de que cada vez cedía más terreno, sin hacer más que intentar esquivar los golpes de su adversario y errar los suyos. Se quitó el escudo, que había quedado reducido a un montón de astillas. El sudor que le corría por el rostro hacía que le picaran los ojos bajo el yelmo.

« Es demasiado fuerte y rápido —comprendió—, y ese mandoble le da todo el peso y el alcance que necesita» . Si hubiera tenido a *Garra*, habría sido un combate muy distinto, pero...

Su oportunidad llegó cuando Casaca arremetió con un movimiento de revés. Jon se lanzó hacia delante y lo embistió, y ambos cayeron al suelo con las piernas entrelazadas. El acero chocó contra el acero. Los dos perdieron la espada mientras rodaban por el suelo. El salvaje lanzó una rodilla entre las piernas de Jon, que se defendió con un puño envuelto en cota de malla. Casaca se las arregló para acabar encima de Jon y cogerle la cabeza con las manos. La hizo chocar contra el suelo y abrió el visor del yelmo de un tirón.

—Si tuviera un puñal, ya tendrías un ojo menos —gruñó, justo antes de que Caballo y Férreo Emmett lo quitasen de encima del pecho de Jon—. Soltadme, malditos cuervos —rugió.

Jon consiguió incorporarse sobre una rodilla. Le resonaba la cabeza y tenía la boca llena de sangre.

—Buena pelea —dijo al tiempo que escupía la sangre.

—No te hagas el listo, cuervo. Ni siquiera me has hecho sudar.

—La próxima vez sudarás —dijo Jon. Edd el Penas lo ayudó a levantarse y le desabrochó el yelmo, lleno de marcas profundas que no tenía al empezar—. Soltadlo. —Jon le pasó el yelmo a Petirrojo Saltarín, que lo dejó caer.

—Mi señor —dijo Férreo Emmett—, todos lo hemos oído amenazaros. Ha dicho que si tuviera un puñal...

—Tiene un puñal. Ahí, en el cinturón.

« Siempre hay alguien más fuerte y rápido —les había dicho ser Rodrik a Robb y a él en cierta ocasión—. Es a esos a los que hay que enfrentarse en el patio antes de encontrárselos en el campo de batalla» .

—¿Lord Nieve? —preguntó una voz débil.

Al volverse encontró a Clydas bajo el arco semiderruido, con un pergamo en la mano.

—¿Es de Stannis? —Jon esperaba alguna noticia del rey. Era consciente de que la Guardia de la Noche no tomaba partido, y no debería importarle qué rey se hiciera con el triunfo, pero le importaba—. ¿De Bosquespeso?

—No, mi señor —Clydas le alcanzó el pergamo. Estaba firmemente enrollado y sellado con duro lacre rosa.

« Solo Fuerte Terror usa lacre rosa» . Se quitó el guante, cogió la carta y rompió el sello. En cuanto vio la firma se olvidó de la tunda que acababa de darle Casaca de Matraca. « Ramsay Bolton, señor de Hornwood» , ponía en letra grande y angulosa. La tinta marrón saltó descascarillada cuando Jon pasó el dedo por encima. Lord Dustin, lady Cerwyn y cuatro Ryswell habían añadido sus marcas y sellos bajo la firma de Bolton. Una mano más tosca había dibujado el gigante de la casa Umber.

—¿Podemos saber qué dice, mi señor? —preguntó Férreo Emmett. Jon no vio motivo para ocultárselo.

—Han tomado Foso Cailin. Han clavado los cadáveres desollados de los hombres del hierro en mojones a lo largo del camino Real. Roose Bolton convoca a todos los señores leales a Fuerte Túmulo, para que confirmen su lealtad al Trono de Hierro y celebren la boda de su hijo con... —Su corazón se detuvo un instante.

« No, es imposible. Murió en Desembarco del Rey, con mi padre» .

—¿Lord Nieve? —Clydas lo miró detenidamente con ojos rosa y apagados—. ¿Os ocurre algo? Parecéis...

—Va a casarse con Arya Stark. Mi hermana pequeña. —Jon casi podía verla en aquel momento: el rostro alargado, desgarbada, toda rodillas nudosas y codos huesudos, con la cara sucia y el pelo enmarañado. Le lavarían la cara y la peinarían, pero aun así no podía imaginársela con un vestido de novia, ni en la cama de Ramsay.

« Por asustada que esté, no lo demostrará. Si intenta ponerle una mano encima, luchará» .

—Vuestra hermana —dijo Férreo Emmett—. ¿Cuántos años...?

« Debe de tener once años —pensó Jon—. Aún es una niña» .

—No tengo ninguna hermana, solo hermanos. Solo a vosotros. —Sabía que a lady Catelyn le habría encantado oír aquellas palabras, pero no por eso se le hacía más fácil pronunciarlas. Agarró con fuerza el pergamo.

« Ojalá pudiera agarrar así el cuello de Ramsay Bolton» .

—¿Vais a contestarle? —preguntó Clydas tras un carraspeo. Jon negó con la cabeza y se alejó de allí.

Cuando cayó la noche, las magulladuras que le había ocasionado Casaca de Matraca se habían puesto moradas.

—Antes de quitarse se pondrán amarillas —dijo al cuervo de Mormont—. Voy a acabar tan cetrino como el Señor de los Huesos.

—Huesos —acordó el pájaro—. Huesos, huesos.

Desde fuera le llegaba un murmullo de voces, aunque era demasiado débil para distinguir las palabras.

« Parece que están a mil leguas. —Eran Melisandre y sus adeptos, reunidos alrededor de la hoguera nocturna. Todas las noches, al atardecer, la mujer roja oficiaba las oraciones del crepúsculo y pedía a su dios rojo que los guiase a través de la oscuridad—. Porque la noche es oscura y alberga horrores». Su rebaño había disminuido mucho desde que se habían marchado Stannis y la mayoría de los hombres de la reina: solo quedaban unas cincuenta personas del pueblo libre procedentes de Villa Topo, un puñado de guardias que le había dejado el rey y una docena de hermanos negros que habían abrazado al dios rojo.

Jon estaba tan agarrotado como si tuviera sesenta años.

« Sueños oscuros y remordimientos. —No era capaz de dejar de pensar en Arya—. No tengo manera de ayudarla. Renuncié a los lazos familiares cuando pronuncié mis votos. Si uno de mis hombres me dijera que su hermana corre peligro, le diría que ya no es asunto suyo. —Cuando se pronunciaba el juramento, la sangre de un hombre se tornaba negra—. Negra como el corazón de un bastardo. —Tiempo atrás le había encargado a Mikken una espada para Arya, una espada de jaque pequeña que pudiera empuñar bien—. Aguja». Se preguntó si aún la tendría. « Tienes que clavarla por el extremo puntiagudo», , le había dicho, pero si intentaba clavársela al Bastardo, podía costarle la vida.

—Nieve —murmuró el cuervo de Mormont—. Nieve, nieve.

Y de repente, no pudo soportarlo más.

Fantasma se encontraba tras la puerta, royendo un hueso de buey hasta el tuétano.

—¿Cuándo has vuelto? —El huargo se levantó y abandonó el hueso para seguir los pasos de Jon.

Mully y Tonelete estaban en la puerta, apoyados en las lanzas.

—Ahí fuera hace un frío espantoso, mi señor —le advirtió Mully, el de la barba naranja enmarañada—. ¿Vais a pasar mucho tiempo fuera?

—No, solo necesito un poco de aire. —Jon salió a la noche. El cielo estaba estrellado, y el viento racheaba a lo largo del Muro. Hasta la luna parecía tener cara de frío. La primera ráfaga que lo atrapó atravesó como un cuchillo todas las capas de lana y cuero y le hizo castañetear los dientes. Cruzó el patio para

adentrarse en las fauces de aquel viento. La capa revoloteaba con fuerza a su alrededor; Fantasma lo seguía.

« ¿Adónde voy? ¿Qué hago? —El Castillo Negro estaba tranquilo y en silencio; sus salones y torres, sumidos en la oscuridad—. Mi trono —reflexionó Jon—. Mi salón, mi hogar, mi dominio. Ruinas».

A la sombra del Muro, el huargo le rozó los dedos. Durante un instante, la noche cobró vida con mil olores, y Jon Nieve oyó el crujido de la nieve al romperse. De repente se dio cuenta de que tenía a alguien detrás. Alguien que olía al calor de un día de verano.

Al volverse vio a Ygritte.

Estaba bajo las piedras chamuscadas de la Torre del Lord Comandante, envuelta en oscuridad y recuerdos. La luz de la luna se reflejaba en su pelo, su pelo rojo besado por el fuego. Cuando la vio, el corazón se le subió a la garganta.

—Ygritte —dijo.

—Lord Nieve. —Era la voz de Melisandre.

—Lady Melisandre. —Jon retrocedió un paso—. Os he confundido con otra persona.

« De noche todas las túnicas son pardas». Pero la suya era roja. No entendía cómo podía haber pensado que se trataba de Ygritte. Era más alta, más delgada, y de más edad, aunque la luz de la luna le quitaba años. De la nariz y las manos desnudas ascendían jirones de bruma blanca.

—Se os van a congelar los dedos —le advirtió.

—Si esa es la voluntad de R'hllor... Los poderes de la noche no pueden tocar a aquellos cuyo corazón está bañado por el fuego sagrado del dios.

—No me preocupa vuestro corazón, sino vuestras manos.

—El corazón es lo único que importa. No desesperéis, lord Nieve. La desesperación es un arma del enemigo, cuyo nombre no debe pronunciarse. No habéis perdido a vuestra hermana.

—No tengo hermanas. —Las palabras se le clavaban como cuchillos.

« ¿Qué sabes de mi corazón, sacerdotisa? ¿Qué sabes de mi hermana?».

—¿Cómo se llamaba esa hermana que no tenéis? —preguntó Melisandre, divertida.

—Arya. —Su voz sonó ronca—. En realidad solo era mi hermana paterna...

—... ya que vos sois bastardo. No lo he olvidado. He visto a vuestra hermana en mis fuegos, huyendo de ese matrimonio concertado. La he visto viniendo hacia aquí, hacia vos. Una muchacha vestida de gris, a lomos de un caballo moribundo; lo he visto con claridad diáfana. Aún no ha sucedido, pero sucederá.

—Miró a Fantasma—. ¿Puedo tocar a vuestro... lobo?

—Mejor que no. —El mero pensamiento lo hizo sentir incómodo.

—No me hará daño. Lo llamas Fantasma, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Fantasma. —Melisandre hizo que la palabra sonase como una canción.

El huargo caminó hacia ella. Desconfiado, la rodeó al tiempo que la olfateaba. Cuando Melisandre alargó la mano hacia él, también la olfateó, y después le frotó la nariz contra los dedos.

—No suele ser tan... —Al hablar, el aliento de Jon se elevó en una nube blanca.

—... ¿afectuoso? El afecto y la calidez tienen la misma fuente, Jon Nieve. — Sus ojos eran como dos estrellas rojas que brillaban en la oscuridad. En su cuello centelleaba el rubí, un tercer ojo que resplandecía más que los otros. Jon había visto los ojos rojos de Fantasma brillar de la misma manera, cuando les daba la luz desde cierto ángulo.

—Fantasma —llamó—. Conmigo.

El huargo lo miró como si fuera un desconocido. Jon frunció el ceño, desconcertado.

—Qué... extraño.

—¿Eso creéis? —Melisandre se arrodilló y rascó a Fantasma detrás de la oreja—. Vuestro Muro es un sitio extraño, pero aquí hay mucho poder para quien sepa usarlo. Hay poder en vos, y en esta bestia. Sería un error oponerle resistencia. Abrazadlo. Usadlo.

« No soy un lobo », pensó.

—¿Cómo?

—Yo puedo enseñaros. —Melisandre pasó un esbelto brazo alrededor de Fantasma, y el huargo le lamió la cara—. El Señor de Luz, en su sabiduría, nos hizo machos y hembras, dos partes de un todo más grande. En nuestra unión hay poder. Poder para crear vida. Poder para crear luz. Poder para proyectar sombras.

—Sombras. —La palabra sonó más siniestra cuando la pronunció él.

—Todo aquel que camina por la tierra proyecta una sombra en el mundo. Las hay delgadas y débiles, y largas y oscuras. Deberíais mirar hacia atrás, lord Nieve. La luna os ha besado y ha dibujado vuestra sombra en el hielo, una sombra de ochenta varas.

Jon miró a su espalda. Allí estaba la sombra, tal como ella había dicho, recortada por la luna contra el Muro.

« La he visto vieniendo hacia aquí, hacia vos —repitió para sí—. Una muchacha vestida de gris, a lomos de un caballo moribundo. Arya. —Se volvió hacia la sacerdotisa roja. Sentía el calor que emanaba de ella—. Tiene poder». El pensamiento surgió de la nada y lo apresó con dientes acerados, pero no quería estar en deuda con la sacerdotisa, ni siquiera por su hermana pequeña.

—Dalla me dijo una cosa hace tiempo. La hermana de Val, esposa de Mance Rayder. Me dijo que la brujería es una espada sin empuñadura. Que no hay manera segura de agarrarla.

—Sabia mujer. —Cuando Melisandre se incorporó, su túnica roja revoloteó al viento—. Sin embargo, una espada sin puño sigue siendo una espada, y es un bien muypreciado cuando se está rodeado de enemigos. Escuchadme, Jon Nieve. Habéis enviado nueve cuervos al bosque blanco en busca de vuestros enemigos. Tres de ellos están muertos. Aún no, pero la muerte está ahí fuera, esperándolos, y se dirigen a ella. Los enviasteis para que fuesen vuestros ojos en la oscuridad, pero no tendrán ojos cuando regresen. He visto sus caras pálidas y muertas en mis fuegos. Cuencas vacías que lloran sangre. —Se echó el pelo hacia atrás, y sus ojos rojos brillaron—. Ahora no me creéis, pero acabaréis dándome la razón, aunque el coste serán tres vidas. Habrá quien diga que es un precio bien bajo por la sabiduría..., pero no teníais por qué pagarlo. Recordadlo cuando contempléis los rostros ciegos y destrozados de vuestros muertos. Y cuando llegue ese día, tomad mi mano. —De su piel pálida emanaba una neblina blanca, y durante un momento pareció que unas llamas hechiceras danzaban entre sus dedos—. Tomad mi mano —repitió— y dejadme salvar a vuestra hermana.

Pese a la penumbra que reinaba en la Guarida del Lobo, Davos Seaworth supo que algo iba mal aquella mañana.

Lo despertaron las voces y se arrastró a la puerta de la celda, pero la madera era gruesa y no consiguió distinguir qué decían. Había llegado el amanecer, pero no así las gachas que le llevaba Garth de desayuno. Aquello lo inquietaba. Todos los días eran casi iguales en la Guarida del Lobo, y los cambios eran siempre para peor.

«Puede que haya llegado el día de mi muerte. Puede que Garth esté afilando a *Lady Lu*».

El Caballero de la Cebolla no había olvidado las últimas palabras que había oído decir a Wyman Manderly: «Primo, llévate a este individuo a la Guarida del Lobo y córtale la cabeza y las manos. Quiero verlas antes de cenar. No podré probar bocado hasta haber visto la cabeza de este contrabandista en una pica, con una cebolla entre sus dientes mentirosos». Davos se dormía todas las noches con aquellas palabras retumbándole en la cabeza, y todas las mañanas se despertaba con ellas. Y por si acaso se le olvidaban, para Garth siempre era un placer recordárselas. Lo llamaba cadáver. «Aquí vienen las gachas para el cadáver», era su saludo matutino; y por las noches se despedía con un: «Apaga la vela, cadáver».

En cierta ocasión, Garth llevó a sus amigas para presentarles al cadáver.

—*Puta* no parece gran cosa —dijo al tiempo que acariciaba una barra de hierro negro y frío—, pero cuando la caliente al rojo vivo y te besa la polla, llamarás llorando a tu mamá. Y esta es *Lady Lu*, la que te cortará las manos y la cabeza cuando lord Wyman dé la orden.

Davos no había visto nunca un hacha tan grande como *Lady Lu*, ni más mortífera. Según comentaban los demás carceleros, Garth se pasaba las horas muertas afilándola.

«No suplicaré misericordia», había decidido. Iría a la muerte como un caballero, y solo pediría que le cortaran la cabeza antes que las manos. Ni siquiera Garth tendría la crueldad de negarle aquello, o al menos eso esperaba.

Los sonidos le llegaban desde el otro lado de la puerta, tenues y amortiguados. Se levantó y empezó a pasear por la celda, que era grande e inusitadamente cómoda. Suponía que en otros tiempos había sido el dormitorio de algún señor poco importante, porque era como tres veces su camarote de capitán en el *Negra Bessa*, y más grande aún que el camarote del que disfrutaba Salladhor Saan en su *Valyria*. La única ventana llevaba años tapiada, pero en una pared había aún una chimenea en la que se podía poner la tetera a calentar, y en la esquina había un nicho que hasta tenía retrete. El suelo de tablones estaba lleno de astillas y el

camastro olía a moho, pero eran molestias insignificantes comparadas con lo que se había temido.

La comida también lo sorprendió: en lugar de gachas, pan duro y carne podrida, lo habitual en cualquier mazmorra, sus carceleros le llevaban pescado fresco, pan recién salido del horno, carnero especiado, chirivías, zanahorias y hasta cangrejos. A Garth no le hacía la menor gracia.

—Los muertos no deberían comer mejor que los vivos —se había quejado más de una vez.

Davos disponía de pieles para abrigarse por las noches, leña para alimentar el fuego, ropa limpia y un velón de sebo. Cuando pidió papel, pluma y tinta, Therry se lo proporcionó todo al día siguiente. Cuando pidió un libro para seguir practicando la lectura, Therry le llevó *La estrella de siete puntas*.

Sin embargo, pese a todas las comodidades, la celda no dejaba de ser una celda. Las paredes eran de piedra maciza, tan gruesas que no le llegaba el menor sonido del mundo exterior. La puerta era de hierro y roble, y los carceleros siempre la tenían atrancada. Del techo colgaban cuatro pares de cadenas de hierro, a la espera de que lord Manderly decidiera entregárselo a *Puta*.

«Puede que sea hoy. La próxima vez que Garth abra la puerta, puede que no sea para traerme el desayuno. —Le rugía el estómago, señal incontestable de que iba pasando la mañana, y ni rastro de su comida—. Lo peor no es morir; lo peor es no saber cuándo ni cómo». En sus tiempos de contrabandista había conocido muchas cárceles y mazmorras, pero siempre las había compartido con otros prisioneros; siempre había tenido con quien hablar, a quien confiar temores y esperanzas. Allí, no. Aparte de los carceleros, Davos Seaworth era el único habitante de la Guarida del Lobo.

Sabía que había mazmorras de verdad bajo las bodegas del castillo: calabozos, cámaras de tortura y pozos húmedos y oscuros transitados por enormes ratas negras. Según sus carceleros, por el momento no tenían ningún ocupante.

—Aquí solo estamos nosotros, Cebolla —le había dicho ser Bartimus. Era el carcelero jefe: un caballero cadavérico con una sola pierna, un ojo inútil y la cara cuajada de cicatrices. Cuando estaba borracho, y se emborrachaba casi todos los días, alardeaba de haber salvado la vida de lord Wyman en la batalla del Tridente. La Guarida del Lobo había sido su recompensa.

El resto de «nosotros» consistía en un cocinero al que Davos no había visto nunca, seis guardias que se alojaban en la planta baja, un par de lavanderas y los dos hombres que se ocupaban del prisionero. Therry era el joven, de apenas catorce años, hijo de una lavandera. El mayor era Garth: corpulento, calvo, taciturno; todos los días vestía el mismo jubón de cuero grasiento y siempre iba con el ceño fruncido. El oficio de contrabandista había enseñado a Davos a distinguir a las malas personas, y Garth era mala persona. El Caballero de la

Cebolla se cuidaba mucho de lo que decía delante de él. Con Therry y ser Bartimus no era tan reticente: les agradecía la comida, les daba pie para que le contaran sus vidas y esperanzas, respondía amablemente a las preguntas que le hacían y no los presionaba nunca con indagaciones. Cuando pedía algo, siempre eran nimiedades: una jofaina de agua y un trozo de jabón, un libro para leer, más velas... Le otorgaban casi todos aquellos favores, y Davos mostraba su gratitud.

Ninguno le hablaba de lord Manderly, de Stannis ni de los Frey, pero si de otras cosas. Therry quería partir a la guerra cuando fuera mayor para participar en batallas y hacerse caballero. También se quejaba mucho de su madre, que por lo visto se acostaba con dos guardias. Como estaban en diferentes turnos, no sabían nada el uno del otro, pero el día menos pensado se darían cuenta y correría la sangre. Algunas noches, el chico llevaba una bota de vino a la celda y, mientras bebián, le pedía a Davos que le hablara de sus días de contrabandista.

Ser Bartimus no estaba interesado en el mundo exterior, ni en nada de lo ocurrido desde que perdió la pierna por culpa de un caballo sin jinete y la sierra de un maestre. Pero había llegado a gustarle la Guarida del Lobo, y no había nada que le gustara más que hablar de su larga y sangrienta historia. La Guarida era mucho más antigua que Puerto Blanco, según le había dicho el caballero a Davos. La construyó el rey Jon Stark para defender la entrada del Cuchillo Blanco de los asaltantes que llegaban por mar. Había sido asentamiento de muchos segundones del Rey en el Norte, de muchos hermanos, de muchos tíos, de muchos primos. Algunos dejaron el castillo en herencia a sus hijos y nietos, con lo que brotaron ramas de la casa de Stark. Los que más duraron fueron los Grey stark, que defendieron la Guarida del Lobo durante cinco siglos, hasta que tuvieron la osadía de apoyar el levantamiento de Fuerte Terror contra los Stark de Invernalia.

Tras su caída, el castillo había pasado por muchas otras manos. La casa Flint lo tuvo un siglo, y la casa Locke, dos. También pasaron por allí los Slate, los Long, los Holt y los Ashwood, todos ellos designados por Invernalia para defender el río. En una ocasión cayó en manos de asaltantes de las Tres Hermanas, que querían convertirlo en su puerta al norte. Durante las guerras entre Invernalia y el Valle sufrió el asedio de Osgood Arryn, el Viejo Halcón, y fue su hijo, al que se recordaba como la Garra, quien le prendió fuego. Cuando el anciano rey Edrick Stark estuvo demasiado débil para defender su reino, los esclavistas de los Peldaños de Piedra tomaron la Guarida del Lobo. Aquellos muros habían presenciado cómo marcaban a sus prisioneros con hierros al rojo y los doblegaban con el látigo antes de mandarlos al otro lado del mar.

—Entonces llegó un invierno largo e inclemente —le explicó ser Bartimus—. El Cuchillo Blanco se congeló, incluso el estuario empezaba a congelarse. Soplaron vientos huracanados del norte que obligaron a los esclavistas a ponerse a cubierto en torno a sus hogueras, y cuando estaban calentándose cayó sobre ellos

el nuevo rey. Era Brandon Stark, el bisnieto de Edrick Barbanieve, al que sus hombres llamaban Ojos de Hielo. Recuperó la Guarida del Lobo, y desnudó a los esclavistas y se los entregó a los esclavos que había encontrado en las mazmorras, cargados de cadenas. Se dice que les arrancaron las entrañas y las colgaron de las ramas del árbol corazón como ofrenda a los dioses. A los antiguos dioses, no a estos nuevos que vienen del sur. Vuestros Siete no conocen el invierno, ni el invierno los conoce a ellos. —Davos no podía negarlo. A él tampoco le hacia la menor gracia el invierno tras su estancia en Guardiaoriente del Mar.

—¿A qué dioses adoráis vos? —preguntó al caballero tullido.

—A los antiguos. —Cuando ser Bartimus sonreía, su cara parecía una calavera—. Mi familia estaba aquí antes que los Manderly. Es muy posible que fueran mis antepasados los que colgaron tripas del árbol.

—No sabía que los norteños hicieran sacrificios de sangre a sus árboles corazón.

—Hay muchas cosas del norte que no sabéis los sureños —replicó ser Bartimus. No le faltaba razón.

Davos se sentó a la luz de la vela y releyó las cartas que había escrito trabajosamente, palabra por palabra, durante los días de encierro.

«Fui mejor contrabandista que caballero —había escrito a su esposa—, mejor caballero que mano del rey y mejor mano del rey que esposo. Lo siento mucho, Marya. Pero te quise. Por favor, perdóname cualquier mal que te haya hecho. Si Stannis pierde su guerra, nosotros perderemos las tierras. Llévate a los niños al otro lado del mar Angosto, a Braavos, y procura que me recuerden con afecto. Si Stannis consigue el Trono de Hierro, la casa Seaworth sobrevivirá y Devan seguirá en la corte. Te ayudará a colocar a los otros chicos con señores nobles, a los que podrán servir de pajes y escuderos, para luego ser armados caballeros». Era el mejor consejo que podía darle, y no le sonaba demasiado sabio.

También había escrito a los tres hijos que le quedaban, para ayudarlos a recordar al padre que había pagado con las puntas de los dedos el nombre que llevaban. Las misivas para Steffon y el pequeño Stannis eran cortas, rígidas, poco naturales. Lo cierto era que no los conocía tanto como había conocido a los mayores, a los que habían ardiido o se habían ahogado en el Aguasnegras. A Devan le escribió una carta más larga para decirle lo orgulloso que estaba de ver a su hijo de escudero de un rey y recordarle que era el mayor y a él le correspondía la misión de proteger a su señora madre y a sus hermanos pequeños. «Dile a su alteza que he hecho lo que he podido —terminaba la carta—. Dile que siento haberle fallado. Perdí la suerte el mismo día en que perdí los huesos de los dedos, cuando ardió el río ante Desembarco del Rey».

Repasó las cartas despacio y las releyó varias veces, siempre con la duda de

si debería quitar una palabra aquí o añadir otra allá. Alguien que veía tan próximo el fin de su vida debería tener más que decir, pensó, pero le costaba lidiar con las palabras.

«No me ha ido tan mal —trató de convencerse—. Ascendí desde el Lecho de Pulgas hasta llegar a mano del rey, y he aprendido a leer y escribir».

Aún estaba inclinado sobre las cartas cuando oyó el tintineo de las llaves de hierro en la argolla. Al instante se abrió la puerta de su celda, pero no entró ninguno de sus carceleros: era un hombre alto y delgado, con el rostro surcado de arrugas, que se sujetaba al hombro una capa, de un escarlata intenso, con un broche de plata en forma de guantelete.

—No tenemos mucho tiempo, lord Seaworth —dijo—. Seguidme, por favor.

Davos miró al recién llegado con cautela. El *por favor* le resultaba desconcertante. Nadie trataba con tanta cortesía a alguien que estuviera a punto de perder las manos y la cabeza.

—¿Quién sois?

—Robett Glover, para servir a mi señor.

—Glover. Vuestra residencia era Bosquespeso.

—Era de mi hermano Galbart y aún lo es, gracias a vuestro rey Stannis. Ha recuperado Bosquespeso de manos de la zorra del hierro que nos lo robó, y está dispuesto a devolverlo a sus señores legítimos. Han pasado muchas cosas mientras estabais encerrado entre estas cuatro paredes, lord Davos. Foso Cailin ha caído, y Roose Bolton ha vuelto al norte con la hija pequeña de Ned Stark. Exige pleitesia, rehenes... y testigos para la boda entre Arya Stark y Ramsay Nieve, su bastardo, porque con ese enlace, los Bolton reclamarán Invernalia. ¿Queréis venir conmigo o no? Por favor.

—¿Qué opciones tengo, mi señor? ¿Acompañaros, o quedarme aquí, con Garth y *Lady Lu*?

—¿Quién es *Lady Lu*? ¿Una de las lavanderas? —Glover se impacientaba por momentos—. Os lo explicaremos todo si venís.

Davos se puso en pie.

—Si muero, suplico a mi señor que se encargue de que estas cartas lleguen a su destino.

—Os doy mi palabra, pero si morís no será a manos de los Glover, ni a las de lord Wyman. Deprisa, seguidme.

Glover lo precedió por una estancia oscura y a continuación bajaron por un tramo de peldaños desgastados. Cruzaron el bosque de dioses del castillo, donde el árbol corazón había crecido tanto que había llegado a ahogar a los robles, olmos y hayas, y sus ramas se extendían como gruesos brazos blancos entre las paredes y ventanas que lo rodeaban. Las raíces tenían el grosor del torso de un hombre, y el tronco era tan ancho que la cara tallada en él parecía gorda y enfurecida. Pasaron el arciano de largo, y Glover abrió una verja de hierro oxidada antes de

detenerse para encender una antorcha. Esperó hasta que ardió con llama viva antes de seguir bajando para llegar a una cripta de techo abovedado con los muros chorreantes llenos de salitre, en la que chapotearon en agua de mar con cada paso. Atravesaron diversas criptas y también celdas pequeñas, húmedas y malolientes, en nada semejantes a la estancia donde habían tenido confinado a Davos. Se encontraron ante una pared de piedra, que se movió cuando Glover la apretó, y al otro lado había un largo túnel estrecho y más peldaños, aunque ascendentes.

—¿Dónde estamos? —preguntó Davos al tiempo que iniciaban el ascenso; sus palabras retumbaron en la oscuridad.

—En la escalera de debajo de la escalera. Este pasadizo discurre bajo Escalera del Castillo y lleva al Castillo Nuevo. Es una ruta secreta, mi señor. No sería buena cosa que os viera nadie; se supone que estáis muerto.

«Gachas para el cadáver». Davos siguió subiendo.

Salieron por otra pared, que tenía un lado de listones y yeso. La estancia con que se encontraron era acogedora, cálida y con muebles cómodos: tenía una alfombra myriense, y en una mesa ardían velas de cera. Davos oyó flautas y violines, no muy lejos. En la pared colgaba una piel de oveja con un mapa del norte de colores desvaídos. Debajo estaba sentado Wyman Manderly, el colossal señor de Puerto Blanco.

—Sentaos, os lo ruego. —Lord Manderly iba ricamente ataviado. El jubón de terciopelo era de un delicado azul verdoso con bordados de hilo de oro en los ribetes, el cuello y las mangas. El manto era de armiño, y se lo sujetaba al hombro con un tridente dorado—. ¡Tenéis hambre?

—No, mi señor. Vuestros carceleros me han alimentado bien.

—Si tenéis sed, hay vino.

—Trataré con vos porque así me lo ha ordenado mi rey, pero no tengo por qué beber con vos.

—Os he dado un recibimiento deleznable, lo sé —suspiró lord Wyman—. Tenía mis motivos, pero... Por favor, sentaos, bebed algo. Os lo suplico. Brindad por el regreso de mi hijo sano y salvo. Wyllis, mi primogénito y heredero, ha vuelto a casa. Eso que oís es el banquete de bienvenida. Están en la sala de justicia del Tritón, comiendo empanada de lamprea y venado con castañas asadas. Wynafryd está bailando con el Frey que será su esposo. El resto de los Frey alza las copas para brindar por nuestra amistad. —Bajo la música, Davos alcanzó a oír el rumor de muchas voces, y también el tintineo de copas y bandejas. No dijo nada—. Vengo de la mesa presidencial —prosiguió lord Wyman—. He comido demasiado, como de costumbre, y todo Puerto Blanco sabe que estoy mal de las tripas. Esperemos que mis amigos los Frey no se sorprenderán si mi visita al retrete se prolonga un poco. —Dio la vuelta a la copa de Davos—. Vamos, vos beberéis y yo no. Sentaos. No tenemos mucho tiempo,

y sí muchos asuntos que tratar. Robett, vino para la mano, por favor. Lord Davos, puede que no lo sepáis, pero estás muerto.

Robett Glover llenó una copa de vino y se la tendió a Davos, que la olió antes de beber.

—¿Cómo morí?

—Bajo el hacha. Pusimos vuestra cabeza y vuestras manos sobre la puerta de la Foca, mirando hacia el puerto. Ahora ya estás muy podrido, y eso que sumergimos vuestra cabeza en brea antes de clavarla en la pica. Según tengo entendido, los cuervos y las aves marinas ya se os han comido los ojos.

Davos se agitó en la silla, incómodo. Estar muerto le causaba una extraña sensación.

—Si no es molestia, me gustaría saber quién murió en mi lugar.

—¿De verdad os importa? Tenéis un rostro muy común, lord Davos, sin ánimo de ofender. Ese hombre tenía el mismo color de piel, la nariz parecida y un par de orejas que no se distinguían mucho de las vuestras, además de una barba larga que cortamos para que se os pareciera más. Lo cubrimos bien de brea, claro, y la cebolla que le metimos entre los dientes le desfiguró los rasgos. Ser Bartimus le serró los dedos de la mano izquierda. Si eso os tranquiliza, era un criminal, y tal vez con su muerte hiciera más bien del que hizo nunca en vida. No tengo nada contra vos, mi señor; la animadversión que os mostré en la sala de justicia del Tritón era una farsa para complacer a nuestros amigos, los Frey.

—Mi señor debería dedicarse al espectáculo —replicó Davos—. Vuestros hombres y vos fuisteis de lo más convincente. Vuestra nuera parecía muy interesada por verme muerto, y la jovencita...

—Wylla —sonrió lord Wyman—. ¿Os fijasteis? Fue muy valiente; hasta cuando la amenacé con cortarle la lengua siguió recordándome que Puerto Blanco contrajo con los Stark de Invernalia una deuda que nunca se podrá saldar. Wylla hablaba con el corazón, igual que lady Leona. Tratad de comprenderla y perdonarla, mi señor. Es una mujer tonta y asustada, y Wyllis lo es todo para ella. No todos los hombres pueden ser un príncipe Aemon, un Caballero Dragón o un Symeon Ojos de Estrella, y no todas las mujeres pueden ser tan valerosas como mi Wylla o su hermana Wynafryd... quien, por cierto, estaba al tanto de todo, pero representó su papel con gran aplomo.

» Hasta el hombre más honrado tiene que mentir cuando trata con mentirosos. No podía enfrentarme a Desembarco del Rey mientras allí estuviera prisionero el único hijo varón que me queda. Lord Tywin Lannister me escribió para decirme que Wyllis estaba en su poder, y que si quería verlo libre e ileso debía arrepentirme de mi traición, entregar la ciudad, jurar lealtad al niño rey del Trono de Hierro... e hincar la rodilla ante Roose Bolton, su Guardián en el Norte. Si me negaba, Wyllis tendría la muerte de un traidor; Puerto Blanco sería arrasado y saqueado, y mi gente sufriría el mismo destino que los Reyne de

Castamere.

» Estoy gordo, y por eso hay quien cree que soy débil e idiota. Puede que Tywin Lannister fuera uno de ellos. Le mandé un cuervo para decirle que me doblegaría y abriría las puertas cuando me devolvieran a mi hijo, pero no antes, y así estaban las cosas cuando murió Tywin. Después vinieron los Frey con los huesos de Wendel, para firmar la paz y sellarla con un matrimonio, pero yo no pensaba darles lo que me pedían mientras Wylis no estuviera sano y salvo, y ellos no querían entregarme a Wylis hasta que demostrara mi lealtad. Vuestra llegada me proporcionó los medios, y por eso hay una cabeza y unas manos pudriéndose en la puerta de la Foca.

—Habéis corrido un gran riesgo, mi señor —señaló Davos—. Si los Frey hubieran descubierto el engaño...

—No he corrido riesgo alguno. Si los Frey se hubieran tomado la molestia de subir a la puerta para examinar con más detenimiento al hombre de la cebolla en la boca, habría echado la culpa del error a los carceleros y os habría entregado para tranquilizarlos.

—Entiendo. —Un escalofrío recorrió la espalda de Davos.

—Eso espero. Decís que vos también tenéis hijos.

«Tres, aunque tuve siete».

—No puedo demorarme más; he de volver al banquete para brindar con mis amigos los Frey —siguió Manderly—. Me vigilan de cerca. Tienen los ojos clavados en mí dia y noche, me olfatean sin cesar por si captan un atisbo de traición. Ya vio a ese arrogante de ser Jared y a su sobrino Rhaegar, el gusano sonriente que lleva nombre de dragón. Detrás de ellos está Symond, que es el que hace tintinear las monedas. Ese ha comprado a varios de mis criados, y a dos caballeros. Una doncella de su esposa ha conseguido meterse en la cama de mi bufón. Si Stannis quiere saber por qué soy tan escueto en mis cartas, es porque ni siquiera confío en mi maestre: a Theomore le sobra cabeza y le falta corazón; ya lo oísteis en el juicio. Se supone que los maestres tienen que olvidar sus antiguas lealtades cuando se ponen la cadena, pero a mí no se me olvida que Theomore nació Lannister en Lannisport y guarda cierto parentesco, aunque lejano, con los Lannister de Roca Casterly. Estoy rodeado de enemigos y amigos traidores, lord Davos. Infestan mi ciudad como cucarachas; de noche siento como me corretean por encima. —El gordo apretó el puño y le temblaron las papadas—. Mi hijo Wendel acudió a Los Gemelos como invitado. Comió el pan y la sal de lord Walder, y colgó la espada de la pared para celebrar un banquete entre amigos. ¡Y lo asesinaron! ¡Lo asesinaron, os lo aseguro! ¡Ojalá esos Frey se atraganten con sus mentiras! Yo bebo con Jared, bromeo con Symond y prometo a Rhaegar la mano de mi nieta, pero no penséis ni un momento que he olvidado. El norte recuerda, lord Davos. El Norte recuerda, y esta farsa está a punto de

terminar. Mi hijo ha vuelto a casa.

Las palabras y el tono de lord Wyman le helaron la sangre a Davos.

—Si lo que buscáis es justicia, alzad la vista hacia el rey Stannis, mi señor. No hay hombre más justo.

—Vuestra lealtad os honra —interrumpió Robett Glover—, pero Stannis sigue siendo vuestro rey, no el nuestro.

—Vuestro rey murió —le recordó Davos—. Lo asesinaron en la Boda Roja, igual que al hijo de lord Wyman.

—El Joven Lobo ha muerto —asintió Manderly—, pero ese valiente muchacho no era el único hijo de lord Eddard. Robett, trae al chico.

—Ahora mismo, mi señor. —Glover salió por la puerta.

« ¿El chico? —¿Era posible que algún hermano de Robb Stark hubiera sobrevivido a la destrucción de Invernalia? ¿Acaso Manderly tenía un Stark escondido en su castillo? —. ¿Lo ha encontrado o lo ha improvisado? ». Fuerza cual fuera el caso, mucho temía que el norte se alzaría por él... pero Stannis Baratheon jamás haría causa común con un impostor.

El muchacho que volvió con Robett Glover no era un Stark ni nadie habría intentado hacerlo pasar por tal. Era mayor que los hermanos del Joven Lobo: aparentaba catorce o quince años, y sus ojos eran aún mayores. Bajo la maraña de pelo castaño oscuro, el rostro era animalesco, con la boca ancha, la nariz afilada y la barbilla puntiaguda.

—¿Quién eres? —le preguntó Davos.

El chico miró a Robett Glover.

—Es mudo, pero le hemos enseñado a escribir. Aprende deprisa. —Glover se sacó el puñal del cinturón y se lo tendió—. Escribe tu nombre para que lo vea lord Seaworth.

En la estancia no había pergamo, así que el chico grabó las letras en una viga de la pared. W... E... X. Marcó la X con más energía. Al terminar hizo girar el puñal en el aire, lo cogió al vuelo y admiró su obra.

—Wex es hijo del hierro. Era el escudero de Theon Greyjoy, y estuvo en Invernalia. —Glover se sentó—. ¿Hasta dónde está informado lord Stannis de lo que sucedió allí?

—Theon Greyjoy, el pupilo de lord Stark, capturó Invernalia, mató a los dos hijos pequeños de Stark y clavó sus cabezas en picas en la muralla del castillo, a la vista de todos. Cuando lo atacaron los norteños pasó por la espada a todo el castillo, hasta el último niño, antes de que lo matara el bastardo de lord Bolton.

—No lo mató —apuntó Glover—. Lo apresó y se lo llevó a Fuerte Terror. El Bastardo se ha dedicado a desollarlo.

—Ese cuento que contáis ya lo hemos oído —lord Wyman asintió—, una historia con más mentiras que palabras. Quien pasó por la espada a toda Invernalia fue el Bastardo de Bolton, que entonces se llamaba Ramsay Nieve,

aunque ahora el niño rey le ha concedido el apellido de Bolton. Y Nieve no los mató a todos: dejó vivas a las mujeres, las ató juntas y las hizo caminar hasta Fuerte Terror para practicar su deporte.

—¿Su deporte?

—Es un gran cazador —dijo Wyman Manderly—, y las mujeres son su presa favorita. Le gusta desnudarlas y soltarlas por el bosque, y les da medio día de ventaja antes de salir a cazarlas con perros y cuernos. De vez en cuando, alguna escapa con vida y puede contarla; pocas tienen tanta suerte. Cuando Ramsay las capture, las viola, las desuelta, echa el cadáver a los perros y se lleva la piel a Fuerte Terror a modo de trofeo. Si le han proporcionado una buena cacería, les corta el cuello antes de desollarlas. Si no, al revés.

—Por los dioses —palideció Davos—. ¿Cómo puede nadie...?

—Le corre el mal por las venas —dijo Robb Glover—. Es bastardo, fruto de una violación. Es un Nieve, diga lo que diga el niño rey.

—¿Cuándo se ha visto nieve tan negra? —apuntó lord Wyman—. Ramsay se apoderó de las tierras de lord Hornwood obligando a su viuda a casarse con él, y a continuación la encerró en una torre y se olvidó de ella. Se dice que la pobre mujer llegó a comerse sus propios dedos. ¿Y cuál es la justicia del rey según los Lannister? Recompasar al asesino con la hijita de Ned Stark.

—Los Bolton siempre han sido tan crueles como astutos, pero este más bien parece una bestia con piel de hombre —dijo Glover.

—Los Frey no son mucho mejores. —El señor de Puerto Blanco se inclinó hacia delante—. No paran de hablar de cambiapiés, y dicen que fue Robb Stark quien mató a mi Wendel. ¡Serán arrogantes...! Ni siquiera esperan que en el norte nos creamos sus mentiras, pero sí que finjamos creerlas para no morir. Roose Bolton miente sobre su participación en la Boda Roja, y su bastardo miente sobre la caída de Invernalia. Y mientras tuvieron a Wylis en su poder, no me quedó más remedio que comerme toda esa mierda y alabar su buen sabor.

—¿Y ahora, mi señor? —preguntó Davos.

«Ahora rendiré pleitesía al rey Stannis», esperaba oír de labios de lord Wyman; pero el gordo le dedicó una sonrisa enigmática, cargada de intención.

—Ahora tengo que asistir a una boda. Estoy demasiado gordo para montar a caballo, salta a la vista. De niño me encantaba cabalgar, y de joven manejaba la montura lo suficientemente bien para conseguir unos cuantos triunfos menores en las justas, pero esos tiempos quedaron atrás. Mi cuerpo se ha convertido en una cárcel más temible que la Guarida del Lobo, pero he de ir a Invernalia. Roose Bolton quiere verme de rodillas, y me muestra el puño de hierro bajo el terciopelo de la cortesía. Viajaré en barcaza y litera, con una escolta de cien caballeros y la compañía de mis buenos amigos de Los Gemelos. Los Frey llegaron por mar y no tienen caballos, así que le regalaré un palafré a cada uno de mis invitados. ¿Aún es costumbre en el sur dar regalos a los invitados?

—Hay quien lo hace, mi señor. Por lo general, el día de su partida.

—En ese caso, quizá me entendáis. —Wyman Manderly se puso en pie trabajosamente—. Llevo más de un año construyendo barcos de guerra. Ya habéis visto algunos, pero hay muchos más escondidos Cuchillo Blanco arriba. Pese a las pérdidas que he sufrido, aún tengo más hombres a caballo que ningún otro señor al norte del Cuello. Mis murallas son fuertes y mis criptas están llenas de plata. Castillo Viejo y la Atalaya de la Viuda me seguirán. Tengo como vasallos a una docena de señores menores y a cien caballeros hacendados. Puedo ofrecer al rey Stannis la lealtad de todas las tierras del este del Cuchillo Blanco, desde la Atalaya de la Viuda y Puerta del Carnero hasta la colina Cabeza de Oveja y los manantiales del Rama Rota. Y eso haré si pagáis mi precio.

—Puedo transmitir vuestras condiciones al rey, pero...

—Si pagáis mi precio vos, no Stannis —interrumpió lord Wyman—. No me hace falta un rey, sino un contrabandista.

—Puede que nunca sepamos bien qué pasó en Invernalia —dijo Robett Glover— cuando ser Rodrik Cassel intentó recuperar el castillo de manos de los hombres del hierro encabezados por Theon Greyjoy. El Bastardo de Bolton jura y perjura que Greyjoy mató a ser Rodrik durante las negociaciones. Wex lo niega, pero no sabremos la verdad hasta que aprenda más letras. Lo cierto es que cuando llegó a nosotros, sabía escribir sí y no... y con eso se puede llegar muy lejos si se formulan las preguntas adecuadas.

—El Bastardo mató a ser Rodrik y a los hombres de Invernalia —dijo lord Wyman—. También mató a los hombres del hierro de Greyjoy. Wex vio cómo los asesinaban cuando intentaban rendirse. Cuando le preguntamos cómo había conseguido escapar él, cogió el yeso y dibujó un árbol con cara.

—¿Lo salvaron los antiguos dioses? —señaló Davos tras pensar unos instantes.

—En cierto modo. Se subió al árbol corazón y se escondió entre las ramas. Los hombres de Bolton registraron dos veces el bosque de dioses y mataron a todos los hombres que encontraron, pero a ninguno se le ocurrió trepar a los árboles. ¿No fue así, Wex?

El chico hizo girar en el aire el puñal de Glover, lo atrapó y asintió.

—Se quedó mucho tiempo en la copa del árbol —siguió Glover—. Dormía en las ramas porque no se atrevía a bajar. Por fin oyó voces debajo.

—Las voces de los muertos —apuntó Wyman Manderly.

Wex les mostró cinco dedos, se los tocó uno por uno con el puñal, dobló cuatro y volvió a tocarse el último.

—Eran seis —interpretó Davos.

—Y dos de ellos eran los hijos asesinados de Ned Stark.

—¿Cómo pudo decirlo eso un mudo?

—Con tiza. Dibujó dos niños... y dos lobos.

—El chaval es hijo del hierro, así que prefirió que no lo vieran y se quedó

escuchando —dijo Glover—. Ninguno de los seis se quedó en las ruinas de Invernalia. Cuatro se fueron por un camino y dos por otro. Wex siguió a los dos, que eran una mujer y un niño. Se mantuvo siempre a contraviento para que no lo oliera el lobo.

—Sabe adónde fueron —intervino lord Wyman.

—Queréis al chico. —Davos lo había comprendido de repente.

—Roose Bolton tiene a la hija de lord Eddard. Para combatirlo, Puerto Blanco necesita al hijo de Ned... y a su lobo. El lobo demostrará que el chico es quien decimos que es, por si en Fuerte Terror se atreven a acusarlo de impostor. Ese es mi precio, lord Davos. Usad vuestros talentos de contrabandista para traermel a mi señor, y Stannis Baratheon será mi rey.

Los viejos instintos hicieron que Davos Seaworth se llevara la mano al cuello. Sus falanges le habían dado suerte y tenía la sensación de que la necesitaría, en grandes cantidades, para hacer lo que le pedía Wyman Manderly. Pero ya no tenía los huesos.

—Tenéis hombres mejores que yo a vuestro servicio; disponéis de caballeros, señores y maestres. ¿Qué falta os hace un contrabandista? Ya tenéis barcos.

—Tengo barcos —asintió lord Wyman—, pero los tripulan hombres del río y pescadores que nunca han llegado más allá del Mordisco. Para esto necesito de un hombre que haya navegado por aguas oscuras y sepa trazar un curso para atravesar el peligro sin ser visto.

—¿Dónde está el chico? —Davos tenía la sensación de que no le gustaría la respuesta—. ¿Adónde queréis que vaya, mi señor?

—Enséñaselo, Wex —ordenó Robett Glover.

El mudo hizo girar el puñal en el aire, lo atrapó y lo cogió por la punta para lanzarlo contra el mapa de cuero de oveja que adornaba la pared de lord Wyman. El puñal se clavó y se quedó vibrando, y el muchacho sonrió.

Durante un momento, Davos sopesó la posibilidad de pedir a Wyman Manderly que lo mandara de nuevo a la Guarida del Lobo, con ser Bartimus y sus cuentos, con Garth y sus letales amigas. En la Guarida, hasta los prisioneros comían gachas por las mañanas, pero en el mundo había otros lugares donde los hombres desayunaban carne humana.

Todas las mañanas, la reina se apoyaba en el pretil y contaba las velas de la bahía de los Esclavos. En aquella ocasión eran veinticinco, aunque algunas estaban muy lejos y se movían, así que no podía estar segura. En ocasiones se saltaba una o contaba otra dos veces.

« ¿Qué más da? A un estrangulador le basta con diez dedos». El comercio era inexistente y los pescadores no se atrevían a salir a la bahía. Los más osados todavía lanzaban sus sedales en el río, pero hasta eso resultaba arriesgado. Casi todos habían dejado la barca amarrada al pie de la muralla multicolor de Meereen. En la bahía también había barcos de la ciudad: navíos de guerra y galeras mercantes cuyos capitanes se habían hecho a la mar cuando Dany emprendió el asedio de la ciudad y que habían regresado para sumarse a las flotas de Qarth, Tolos y el Nuevo Ghis.

La asesoría de su almirante había resultado peor que inútil.

—Mostradles a vuestros dragones —dijo Groleo—. Que los yunkios prueben su fuego, y el comercio se reanudará.

—Esos barcos nos estrangulan y mi almirante solo sabe hablar de dragones —replicó Dany—. Porque sois mi almirante, ¿no?

—Un almirante sin barcos.

—¡Pues construidlos!

—Los navíos de guerra no se hacen con ladrillos. Los esclavistas quemaron todos los áboles en veinte leguas a la redonda.

—Entonces, cabalgad veintidós leguas. Os proporcionaré carromatos, hombres, mulas, lo que necesitéis.

—Soy marino, no armador. Mi misión era llevar a vuestra alteza de regreso a Pentos, pero vos nos trajisteis aquí e hicisteis pedazos mi *Saduleon* para aprovechar unos cuantos clavos y tablones. Nunca volveré a tener un barco como aquel. Puede que nunca vuelva a ver mi hogar ni a mi anciana esposa. No fui yo quien rechazó los barcos que nos ofrecía el tal Daxos y, desde luego, no puedo luchar contra los qarthienses con barcas de pesca.

Tanta amargura la desalentó hasta el punto de que pensó que el canoso pentoshi podía ser uno de sus tres traidores.

« No, no es más que un viejo que está lejos de su casa y se muere de nostalgia» .

—Tiene que haber algo que podamos hacer.

—Sí, ya os lo he dicho. Esos barcos están hechos de sogas, de brea, de lona, de pino qohoriense y teca de Sothoros, de roble procedente de Gran Norvos, de tejo, de fresno, de abeto... De madera, alteza. La madera arde. Los dragones...

—No quiero volver a oír hablar de dragones. Marchaos. Id a rezar a vuestros dioses pentoshis para que envíen una tormenta que hunda los barcos de nuestros

enemigos.

—Los marinos nunca pediríamos tormentas en nuestras oraciones, alteza.

—Estoy harta de que me digáis lo que no haríais. Marchaos.

Ser Barristan se quedó.

—Por ahora tenemos abundantes provisiones en los almacenes —le recordó —, y vuestra alteza ha plantado alubias, viñas y trigo. Vuestros dothrakis han expulsado a los esclavistas de las colinas y han roto las cadenas de sus esclavos, que también están plantando y traerán sus cosechas al mercado de Meereen. También tenéis la amistad de Lhazar.

« Me la consiguió Daario, menuda cosa» .

—Los hombres cordero. Si los corderos tuvieran colmillos...

—Sin duda, los lobos irían con más cuidado.

Los dos se echaron a reír.

—¿Qué tal se desenvuelven vuestros huérfanos?

—Bien, alteza. —El anciano caballero sonrió. Aquellos niños eran su orgullo —. Sois muy amable al interesaros. Cuatro o cinco, y si apuramos, hasta una docena, tienen madera, podrían ser caballeros.

—Con uno sería suficiente, si fuera tan buen caballero como vos. —Tal vez no tardara en llegar el dia en que necesitaría a todos y cada uno de sus caballeros—. ¿Creéis que pueden justar para que los vea?

Viserys le había hablado muchas veces de los torneos que había presenciado en los Siete Reinos, pero Dany no había visto nunca una justa.

—Aún no están preparados, alteza. Cuando lo estén, seguro que estarán encantados de demostraros su habilidad.

—Espero que ese día llegue pronto. —Iba a dar un beso en la mejilla al caballero, pero en aquel momento apareció Missandei en el arco de la entrada—. Dime, Missandei.

—Skahaz os espera, alteza.

—Hacedlo subir.

El Cabeza Afeitada llegó con dos de sus bestias de bronce. Uno llevaba máscara de halcón, y el otro, de chacal. Detrás del metal solo se veían los ojos.

—Esplendor, a última hora de la tarde de ayer se vio a Hizdahr entrando en la pirámide de Zhak. No salió hasta bien avanzada la noche.

—¿Cuántas pirámides ha visitado ya? —preguntó Dany.

—Once.

—¿Cuántos días han transcurrido desde el último asesinato?

—Veintiséis.

Los ojos del Cabeza Afeitada desbordaban rabia. Había sido idea suya que las bestias de bronce siguieran al pretendiente y tomaran buena nota de todo lo que hiciera.

—Hasta ahora, Hizdahr ha cumplido su promesa.

—¿Cómo lo ha hecho? Los Hijos de la Arpía han envainado los cuchillos, pero ¿por qué? ¿Porque el noble Hizdahr se lo ha pedido con buenos modales? Es uno de ellos, os lo digo yo. Por eso lo obedecen. Tal vez sea la mismísima Arpía.

—Si es que hay una Arpía.

Skahaz estaba convencido de que los Hijos de la Arpía tenían en algún lugar de Meereen un cabecilla de alta cuna, un general secreto que dirigía su ejército de sombras. Dany no pensaba lo mismo. Las bestias de bronce habían capturado a docenas de hijos de la arpía, y los supervivientes se dedicaban a escupir nombres después del interrogatorio brusco. Demasiados nombres para su gusto. Habría sido maravilloso que todos los asesinatos fueran obra de un único enemigo al que pudieran capturar y matar, pero Dany se temía que no era así.

« Mis enemigos son legión» .

—Hizdahr zo Loraq es un hombre persuasivo y tiene muchos amigos. También es rico. Puede que haya comprado la paz con oro, o tal vez ha convencido a otros nobles de que nuestro matrimonio es lo que más les conviene.

—Si no es la Arpía, sabe quién es. Me será fácil averiguar la verdad. Dadme permiso para interrogar a Hizdahr, y os traeré su confesión.

—No. No me fio de esas confesiones. Me habéis traído demasiadas, todas inútiles.

—Pero, esplendor...

—He dicho que no.

El ceño fruncido hizo todavía menos atractivo el rostro del Cabeza Afeitada.

—Cometéis un error. El gran amo Hizdahr toma a vuestra adoración por estúpida. ¿Queréis meter una serpiente en vuestra cama?

« Quiero meter a Daario en mi cama, pero lo he alejado de mí por tu bien y el de los tuyos» .

—Podéis seguir vigilando a Hizdahr zo Loraq, pero no quiero que le pase nada malo. ¿Entendido?

—No estoy sordo, magnificencia. Se hará como decís. —Skahaz se sacó un pergamo de la manga—. Vuestra adoración tiene que ver esto. Es una lista de los barcos meereenos que toman parte en el bloqueo y de sus capitanes. Todos son grandes amos.

Dany examinó el pergamo, que enumeraba todas las familias gobernantes de Meereen: Hazkar, Merreq, Quazzar, Zhak, Rhazdar, Ghazeen, Pahl... Hasta Reznaky Loraq.

—¿Qué queréis que haga con una lista de nombres?

—Todos esos hombres tienen parientes en la ciudad: hijos, hermanos, esposa, madre... Permitid que mis bestias de bronce los tomen prisioneros. Así podréis recuperar esos barcos.

—Permitir que las bestias de bronce entren en las pirámides sería una declaración de guerra sin cuartel dentro de la ciudad. Tengo que confiar en

Hizdahr. Tengo que mantener viva la esperanza de paz.

Sostuvo el pergamo sobre una vela para que las llamas devoraran los nombres, pese al ceño fruncido de Skahaz.

Más tarde, cuando ser Barristan le dijo que su hermano Rhaegar habría estado orgulloso de ella, Dany recordó lo que le había dicho ser Jorah en Astapor: «Rhaegar luchó con valentía. Rhaegar luchó con nobleza. Y Rhaegar murió».

Cuando bajó a la sala de mármol violeta, la encontró casi desierta.

—¿Hoy no hay peticionarios? —preguntó a Reznak mo Reznak—. ¿Ningún sediento de justicia? ¿Nadie que pida plata por sus ovejas?

—No, adoración. La ciudad tiene miedo.

—No hay nada que temer.

Pero había mucho que temer, tal como descubrió aquella misma tarde. Cuando Mıldaz y Kezmya, dos de sus jóvenes rehenes, estaban sirviéndole una sencilla ensalada de brotes de otoño y una sopa de jengibre, Irri se presentó para anunciarle que había llegado Galazza Galare con tres gracias azules del templo.

—También ha venido Gusano Gris, *khaleesi*. Suplican hablar con vos; es muy urgente.

—Que pasen a la sala, y llama a Reznak y a Skahaz. ¿La gracia verde ha dicho de qué se trata?

—De Astapor —respondió Irri.

Fue Gusano Gris quien empezó el relato:

—El hombre surgió de la bruma matinal, moribundo, a lomos de una yegua blanca que se aproximaba a la ciudad tambaleándose. La yegua tenía los flancos rosados de sangre y espuma, y los ojos desencajados de terror. El jinete gritó: « ¡Está ardiendo! ¡Está ardiendo! », y cayó de la silla. Hicieron llamar a uno, que dio orden de que llevaran al jinete ante las gracias azules. Cuando vuestros siervos lo introducían en la ciudad, gritó de nuevo: « ¡Está ardiendo! ». Bajo el *tokar* no era más que un esqueleto, todo huesos y carne febril.

—Los immaculados lo llevaron al templo —prosiguió una de las gracias azules —, donde lo desnudamos y lo bañamos con agua fría. Tenía la ropa manchada, y mis hermanas le encontraron media flecha clavada en el muslo; había roto el astil, pero la punta se le había quedado dentro y la herida se le había infectado, envenenándole el cuerpo. Murió en menos de una hora, sin dejar de gritar que estaba ardiendo.

—Está ardiendo —repitió Daenerys—. ¿Qué está ardiendo?

—Astapor, esplendor —aportó otra gracia azul—. Lo dijo en una ocasión. Astapor está ardiendo.

—Puede que la fiebre hablara por su boca.

—Su esplendor dice palabras sabias —intervino Galazza Galare—, pero Ezzara vio algo más.

La gracia azul llamada Ezzara cruzó las manos.

—Mi reina —murmuró—, la fiebre no se la había causado la flecha. Ese hombre se había ensuciado encima, no una, sino muchas veces. Los excrementos le llegaban a las rodillas, y en ellos encontramos sangre seca.

—Dice Gusano Gris que la yegua sangraba.

—Así es, alteza —confirmó el eunuco—. Hizo sangre a la yegua clara con las espuelas.

—Es posible, esplendor —dijo Ezzara—, pero la sangre del hombre estaba mezclada con los excrementos, y le había manchado la ropa interior.

—Le sangraban las entrañas —dijo Galazza Galare.

—No estamos seguros —siguió Ezzara—, pero puede que las lanzas de los yunkios no sean la peor amenaza a la que se enfrenta Meereen.

—Hemos de rezar —dijo la gracia verde—. Los dioses nos han enviado a ese hombre. Es un augurio, una señal.

—¿Una señal de qué? —quiso saber Dany.

—Una señal de ira y destrucción.

La reina se negó a creerlo.

—No era más que un hombre, un hombre enfermo con una flecha en la pierna. Lo trajo un caballo, no un dios. —« Una yegua clara» . Dany se levantó bruscamente—. Os doy las gracias por vuestros consejos y por todo lo que hicisteis por ese pobre hombre.

Antes de salir, la gracia verde besó los dedos de Dany.

—Rezaremos por Astapor.

« Y por mí. Rezad por mí, mi señora» . Si Astapor había caído, no quedaba nada que impidiera a Yunkai volverse hacia el norte. Se dirigió a ser Barristan.

—Mandad emisarios a las colinas para que hagan venir a mis jinetes de sangre. Convocad también a Ben el Moreno y a los Segundos Hijos.

—¿Qué hay de los Cuervos de Tormenta, alteza?

« Daario» .

—Sí. Claro. —Hacía tan solo tres noches había soñado que Daario yacía muerto junto al camino, con los ojos abiertos mirando hacia el cielo sin ver y los cuervos disputándose sus restos. Otras noches daba vueltas en la cama imaginando que la había traicionado como traicionó a los otros capitanes de los Cuervos de Tormenta. « Me trajo sus cabezas» . ¿Y si había guiado a sus hombres de vuelta a Yunkai para venderla por un cofre de oro? « Daario no haría eso. ¡Verdad! —. A los Cuervos de Tormenta, también. Enviad jinetes en su busca.

Los Segundos Hijos fueron los primeros en llegar, ocho días después de que la reina enviara a sus emisarios. Cuando ser Barristan le dijo que el capitán quería hablar con ella, a Dany le saltó el corazón en el pecho al pensar que se trataba de Daario, pero el caballero se refería a Ben Plumm el Moreno.

Ben el Moreno tenía el rostro curtido y lleno de cicatrices, con la piel del color de la teca vieja, el pelo blanco y marcadas patas de gallo. Dany se alegró

tanto de verlo que le dio un abrazo, y en los ojos del hombre brilló una chispa de diversión.

—Me habían dicho que vuestra alteza iba a casarse, pero no que era conmigo.

—Rieron juntos sin hacer caso de la indignación de Reznak, pero las carcajadas duraron poco—. Hemos capturado a tres astaporis. Vuestra adoración tiene que escuchar lo que dicen.

—Hacedlos pasar.

Daenerys los recibió en la majestuosidad de su salón, entre cirios que ardían junto a las columnas de mármol. Al ver que los astaporis estaban famélicos ordenó llevar comida al instante. Aquellas tres personas eran las únicas que quedaban del grupo de doce que había salido de la Ciudad Roja: un albañil, una tejedora y un zapatero.

—¿Qué ha sido de vuestros compañeros? —preguntó la reina.

—Los mataron —respondió el zapatero—. Las colinas del norte de Astapor están plagadas de mercenarios yunkios que dan caza a los que huyen de las llamas.

—Entonces, ¿ha caído la ciudad? Su muralla era gruesa.

—Ciento —dijo el albañil, un hombre encorvado de ojos legañosos—, pero también era vieja y se estaba desmoronando.

—Día tras día nos repetíamos que la reina dragón iba a volver. —La tejedora tenía los labios finos y los ojos apagados, hundidos en el rostro demacrado—. Se rumoreaba que Cleon os había enviado mensajeros y que pronto volveríais.

« Me envió mensajeros —pensó Dany—, hasta ahí es verdad».

—Al otro lado de la muralla, los yunkios esquilmbaban nuestras cosechas y mataban nuestro ganado —intervino el zapatero—. En la ciudad nos moríamos de hambre. Nos comimos los gatos, las ratas, todo el cuero. Una piel de caballo era un banquete. El Rey Asesino y la Reina Puta se acusaron mutuamente de comerse la carne de los muertos. Hombres y mujeres se reunían en secreto para hacer un sorteo y devorar al que sacara la piedra negra. La pirámide de Nakloz fue exploliada e incendiada por los que aseguraban que el culpable de todas nuestras desdichas era Kraznys mo Nakloz.

—Hubo quien decía que la culpable era Daenerys —dijo la tejedora—, pero la mayoría de nosotros os seguía amando. « Ya está en camino —nos decíamos—. Viene a la cabeza de un gran ejército y trae comida para todos».

« Casi no puedo alimentar a mi propio pueblo. Si hubiera marchado a Astapor, habría perdido Meereen».

El zapatero les dijo que la gracia verde de Astapor había tenido una visión según la cual el Rey Carnicero los salvaría de los yunkios, de modo que desenterraron su cadáver, le pusieron una armadura, ataron los hediondos restos a un caballo famélico y lo colocaron al frente de los nuevos inmaculados para que encabezara una incursión, pero la pequeña tropa cabalgó directamente hacia

los dientes de acero de una legión del Nuevo Ghis, que acabó con todos.

—A la gracia verde la empalaron en la plaza del Castigo. En la pirámide de Ullhor, los supervivientes celebraron un gran banquete que duró hasta bien entrada la noche, y lo remataron con vino envenenado para no tener que despertar a la mañana siguiente. Después llegó la enfermedad, la colerina sangrienta que acabó con tres hombres de cada cuatro, hasta que una turba de moribundos enloqueció y mató a los guardias de la puerta principal.

—No —interrumpió el viejo albañil—. Eso fue obra de los que aún tenían salud y querían huir de la enfermedad.

—¿Qué más da? —replicó el zapatero—. El caso es que descuartizaron a los guardias y abrieron las puertas. Las legiones del Nuevo Ghis entraron en Astapor, seguidas por los yunkios y los mercenarios a caballo. La Reina Puta murió con una maldición en los labios, luchando contra ellos. El Rey Asesino se rindió, y lo arrojaron a un reñidero para que lo despedazara una manada de perros hambrientos.

—Incluso entonces había quien decía que ibais a llegar —dijo la tejedora—. Decían que os habían visto a lomos de un dragón, sobrevolando los campos de los yunkios. Os esperábamos día tras día.

« No podía ir —pensó la reina—. No me atrevía» .

—¿Cayó la ciudad? —preguntó Skahaz—. ¿Qué pasó después?

—Después empezó la matanza. El templo de las Gracias estaba lleno de enfermos que habían ido a pedir a los dioses que los sanaran. Las legiones cerraron las puertas y prendieron fuego al edificio. En menos de una hora había focos de incendio en toda la ciudad, que se unieron y se extendieron. Las calles estaban llenas de gente que corría de un lugar a otro para huir de las llamas, pero no había escapatoria. Los yunkios controlaban las puertas.

—Pero vosotros lograsteis escapar —señaló el Cabeza Afeitada—. ¿Cómo?

—Soy albañil de oficio —dijo el anciano—; me dedico a la construcción, igual que mi padre y mi abuelo. Mi abuelo construyó nuestra casa contra la muralla de la ciudad, así que me resultó fácil aflojar unos cuantos ladrillos cada noche. Cuando se lo conté a mis amigos, me ayudaron a apuntalar el túnel para que no se derrumbara. Todos pensamos que no sería mala idea tener preparada una salida.

« Os dejé un consejo para que os gobernara —pensó Dany—: un sanador, un sabio y un sacerdote. —Recordaba cómo era la Ciudad Roja cuando la vio por primera vez: seca y polvorienta tras su muralla de ladrillo rojizo, llena de sueños lúgubres, pero también de vida—. En el Gusano había islas donde se besaban los amantes, pero en la plaza del Castigo les arrancaban la piel a tiras a los hombres y los dejaban como pasto de las moscas» .

—Me alegro de que hayáis venido —dijo a los astaporis—. En Meereen estaréis a salvo.

El zapatero le dio las gracias y el viejo albañil le besó el pie, pero la tejedora la miró con ojos duros como la piedra.

«Sabe que miento —pensó la reina—. Sabe que no los mantendré a salvo. Astapor está ardiendo, y Meereen sufrirá el mismo destino».

—Están llegando más —le anunció Ben el Moreno cuando los astaporis salieron de la estancia—. Estos tres iban a caballo; la mayoría viene a pie.

—¿Cuántos son? —preguntó Reznak.

—Cientos. Miles. —Ben el Moreno se encogió de hombros—. Unos enfermos, otros heridos, otros quemados... Los gatos y los Hijos del Viento están en las colinas, acosándolos a lanza y a látigo, matando a los rezagados.

—Bocas con patas. ¡Y enfermos! —Reznak se retorció las manos—. Vuestra adoración no puede permitir que entren en la ciudad.

—Yo, desde luego, no lo permitiría —dijo Ben Plumm el Moreno—. No soy maestre ni nada parecido, pero sé que hay que separar las manzanas podridas de las sanas.

—No son manzanas, Ben —replicó Dany—. Son hombres y mujeres, enfermos, hambrientos y aterrados. —«Mis hijos»—. Tendría que haber ido a Astapor.

—Vuestra alteza no habría podido salvarlos —dijo ser Barristan—. Alertasteis al rey Cleon del peligro de esa guerra contra Yunkai. Era un imbécil y tenía las manos manchadas de sangre.

«¿Y yo las tengo más limpias?». Recordó lo que le había dicho Daario: que todo rey tenía que ser carne o carníero.

—Cleon era el enemigo de nuestro enemigo. Si me hubiera unido a él en los Cuernos de Hazzat, juntos quizás habríamos aplastado a los yunkios.

—Si os hubierais llevado a los Inmaculados al sur, a Hazzat —objetó el Cabeza Afeitada—, los Hijos de la Arpia...

—Ya lo sé, ya lo sé. Otra vez lo de Eroeh.

—¿Quién es Eroeh? —Ben Plumm el Moreno la miró, desconcertado.

—Una muchacha a la que creí haber salvado de la violación y la tortura. Lo único que conseguí fue empeorar su situación. Y lo único que conseguí en Astapor fue crear diez mil Eroehs.

—Vuestra alteza no tenía manera de saber...

—Soy la reina. Mi obligación es saber.

—Lo hecho, hecho está —zanjó Reznak mo Reznak—. Adoración, os suplico que toméis como esposo al noble Hizdahr, y de inmediato. Él puede hablar con los sabios amos y conseguirnos la paz.

—¿Con qué condiciones? —«Guardaos del senescal perfumado», le había dicho Quaithe. La mujer enmascarada había augurado la llegada de la yegua clara; ¿tendría razón también acerca del noble Reznak?—. Solo soy una niña y no comprendo el arte de la guerra, pero no soy un cordero que entre balando en la

guardia de la arpía. Todavía tengo a mis Inmaculados. Tengo a los Cuervos de Tormenta y a los Segundos Hijos. Tengo tres compañías de libertos.

—Y dragones —añadió Ben Plumm el Moreno con una sonrisa.

—En la fosa, encadenados —sollozó Reznak mo Reznak—. ¡De qué sirve tener dragones si no es posible controlarlos? Hasta los inmaculados tienen miedo cuando llega la hora de abrir las puertas para darles de comer.

—¿Cómo? ¿Temen a los adorables animalitos de la reina?

Los ojos de Ben el Moreno rebosaban risa. El viejo capitán de los Segundos Hijos era un claro ejemplo de las compañías libres, un mestizo con sangre de doce pueblos diferentes en las venas, pero siempre había tenido cariño a los dragones, y ellos a él.

—¿Animalitos? —aulló Reznak—. ¡Monstruos, diréis! Monstruos que se alimentan de niños; no podemos...

—Silencio! —ordenó Daenerys—. No hablamos de eso.

Reznak se encogió visiblemente para protegerse de la furia de su voz.

—Perdonadme, magnificencia, no debería...

Ben Plumm el Moreno lo hizo callar sin miramientos.

—Alteza, los yunkios tenían tres compañías de libertos para enfrentarse a las dos nuestras, y se dice que han enviado emisarios a Volantis para traer de vuelta a la Compañía Dorada. Esos hijos de puta son más de diez mil. Yunkai tiene además cuatro legiones ghiscarias como mínimo, y tengo entendido que han enviado jinetes por el mar dothraki para lanzar contra nosotros a algunos de los *khalasars* grandes. Me parece que necesitamos a los dragones.

—Lo siento, Ben —suspiró Dany—. No me atrevo a soltarlos.

Saltaba a la vista que no era la respuesta que Plumm quería oír. Se rascó las patillas canosas.

—En fin, si no podemos poner los dragones sobre la mesa... Deberíamos marcharnos antes de que esos cabrones yunkios cierren la trampa. Pero si los esclavistas van a vernos la espalda, al menos que paguen por ello. Si pagan a los *khals* para que dejen en paz sus ciudades, ¿por qué no van a pagarnos a nosotros? Podemos venderles Meereen y emprender el viaje hacia Poniente con carros de oro, gemas y demás.

—¿Estáis sugiriendo que saquee Meereen y huya? Ni hablar. Gusano Gris, ¿mis libertos están preparados para la batalla?

—No son inmaculados, pero no os dejarán en mal lugar. —El eunuco se cruzó de brazos—. Uno os lo jura sobre la espada y la lanza, adoración.

—Bien. Muy bien. —Daenerys contempló los rostros que la rodeaban: el ceño fruncido del Cabeza Afeitada; las arrugas y los tristes ojos azules de ser Barristan; la piel pálida y sudorosa de Reznak mo Reznak; las canas y la cara curtida como el cuero viejo de Ben el Moreno; la expresión impávida del lampiño Gusano Gris.

« Daario debería estar aquí, y mis jinetes de sangre —pensó—. Si va a haber una batalla, la sangre de mi sangre tendría que estar conmigo. —También echaba de menos a ser Jorah Mormont—. Me mintió, informó sobre mí, pero me apreciaba y siempre me dio buenos consejos» .

—Ya he derrotado a los yunkios y volveré a derrotarlos. Lo que no sé aún es dónde ni cómo.

—¿Queréis salir a campo abierto? —La voz del Cabeza Afeitada rezumaba incredulidad—. Sería una locura. Nuestra muralla es más alta y gruesa que la de Astapor, y nuestros defensores, más valientes. A los yunkios no les resultará tan fácil tomar la ciudad.

—No, no podemos permitir que nos asedien —protestó ser Barristan—. Su ejército es una amalgama; esos esclavistas no son soldados. Si los pillamos desprevenidos...

—Es improbable —replicó el Cabeza Afeitada—. Los yunkios tienen muchos amigos dentro de la ciudad; se enterarán.

—¿Cómo es de numeroso el ejército que podemos reunir? —preguntó Dany.

—Si me perdonáis que os lo diga, no lo suficiente —replicó Ben Plumm el Moreno—. ¿Qué opina Naharis? Si vamos a luchar, necesitamos a sus Cuervos de Tormenta.

—Daario sigue fuera. —« Dioses, ¿qué he hecho? ¿Lo he enviado a la muerte? » —. Ben, necesito que los Segundos Hijos informen sobre nuestros enemigos. Quiero saber dónde están, a qué velocidad avanzan, cuántos hombres tienen y cómo están dispuestos.

—Necesitaremos provisiones, y también caballos descansados.

—Claro. Encargaos de todo, ser Barristan.

Ben el Moreno se rascó la barbilla.

—Tal vez podríamos atraer a algunos a nuestro bando. Si a vuestra alteza le sobran unas cuantas sacas de oro y piedras preciosas, para que sus capitanes nos entiendan mejor... Bueno, ¿quién sabe?

—¿Comprarlos? ¿Por qué no? —asintió Dany. Sabía que era cosa habitual entre las compañías libres de las Tierras de la Discordia—. Sí, buena idea. Encargaos vos, Reznak. Cuando salgan los Segundos Hijos, cerrad las puertas y doblad la vigilancia en la muralla.

—Se hará como decís, magnificencia —dijo Reznak mo Reznak—. ¿Qué hacemos con los astaporis?

« Mis hijos» .

—Vienen en busca de ayuda, amparo, protección. No podemos darles la espalda.

—Alteza —intervino ser Barristan con el ceño fruncido—, no sería la primera vez que la colerina sangrienta destruye ejércitos enteros. El senescal tiene razón: no podemos permitir que se extienda. No podemos dejar que los astaporis entren

en Meereen.

Dany lo miró, impotente. Menos mal que los dragones no lloraban.

—Se hará como decís. Los mantendremos fuera de la ciudad hasta que... hasta que esta maldición haya seguido su curso. Tenemos que montarles un campamento junto al río, al oeste de la muralla. Les enviaremos los alimentos que podamos. Tal vez podamos separar a los sanos de los enfermos. —Todos se quedaron mirándola—. ¿Me vais a obligar a decirlo dos veces? Id a hacer lo que os he ordenado.

Dany se levantó, apartó a un lado a Ben el Moreno y subió hacia la soledad de su terraza.

Había doscientas leguas entre Meereen y Astapor, pero le pareció que el cielo era más oscuro hacia el sudoeste, sucio y nublado por el humo de la agonía de la Ciudad Roja. «Con adoquines y sangre se construyó Astapor; y con adoquines y sangre, su gente. —La antigua cancioncilla le resonaba en la cabeza —: Huesos y cenizas es Astapor; huesos y cenizas, su gente». Trató de recordar el rostro de Eroeh, pero los rasgos de la muchacha muerta se le seguían borrando.

Cuando por fin se volvió, Daenerys se encontró con ser Barristan, que aguardaba cerca, envuelto en su capa blanca para protegerse del relente.

—¿Podemos presentar batalla? —le preguntó.

—Siempre se puede presentar batalla, alteza. Preguntadme mejor si podemos vencer. Morir es fácil, pero la victoria cuesta más de conseguir. Vuestros libertos están poco entrenados y no tienen experiencia. Vuestros mercenarios sirvieron antes al enemigo, y cuando un hombre se ha cambiado de capa una vez, no tiene escrúpulos por volverse a cambiar. Tenéis dos dragones que no podéis controlar, y tal vez hayáis perdido al tercero. Más allá de esta muralla, vuestros únicos amigos son los lhazareños, que no gustan de la guerra.

—Pero mi muralla es alta.

—No más que cuando éramos nosotros los que estábamos al otro lado, y dentro están también los Hijos de la Arpía. También están los grandes amos: los que no matasteis y los hijos de los que sí matasteis.

—Lo sé. —La reina suspiró—. ¿Qué me aconsejáis?

—Luchar —respondió ser Barristan—. Meereen está atestada y sobran bocas hambrrientas, y dentro tenéis demasiados enemigos. Mucho me temo que no podremos resistir un asedio largo. Permitidme salir al encuentro del enemigo, que sea yo quien elija el campo de batalla.

—Al encuentro del enemigo —repitió ella—, con los libertos que acabáis de decir que están poco entrenados y no tienen experiencia.

—Ninguno de nosotros tenía experiencia la primera vez, alteza. Los Inmaculados nos reforzarán. Si contara con quinientos caballeros...

—Si contariais aunque fuera con cinco... Pero si os cedo a los Inmaculados,

solo contaré con las Bestias de Bronce para defender Meereen.

Ser Barristan no se lo discutió, y Dany cerró los ojos.

« Dioses —rezó—, os llevasteis a Khal Drogo, que era mi sol y estrellas. Os llevasteis a mi valeroso hijo antes de su primer aliento. Ya os he dado mucha sangre. Os lo ruego, ayudadme ahora. Dadme sabiduría para ver el camino y fuerza para hacer lo necesario para proteger a mis hijos» .

Los dioses no respondieron. Dany abrió los ojos de nuevo.

—No puedo luchar contra dos enemigos, uno dentro y otro fuera. Si he de defender Meereen, tengo que contar con la ciudad. Con toda la ciudad. Necesito... Necesito... —No conseguía decirlo.

—¿Alteza? —la animó ser Barristan con voz amable.

« Una reina no se pertenece a sí misma, sino a su reino» .

—Necesito a Hizdahr zo Loraq.

En las habitaciones de Melisandre no reinaba nunca la oscuridad. En el alféizar de la ventana ardían tres velas de sebo que mantenían a raya a los terrores que acechaban en la noche, y otras cuatro titilaban a toda hora junto a su cama, dos a cada lado. La primera lección que aprendían los que entraban a su servicio era que el fuego no debía apagarse nunca, jamás.

La sacerdotisa roja cerró los ojos, y volvió a abrirllos después de rezar para contemplar la chimenea.

« Una vez más». Tenía que asegurarse; no sería la primera que caía víctima de visiones falsas, al ver lo que deseaba ver y no lo que le enviaba el Señor de Luz. Stannis, el rey que cargaba sobre sus hombros con el destino del mundo, Azor Ahai redivivo, corría un gran peligro en su marcha hacia el sur. R'hllor no dejaría de enviar a Melisandre un atisbo del destino que le esperaba.

« Muéstrame a Stannis, mi Señor —rezó—. Muéstrame a tu rey, al instrumento de tu voluntad».

Ante sus ojos bailaron visiones rojas y doradas que se formaban, se fundían y se mezclaban. Eran extrañas, terroríficas, seductoras. Volvió a ver los rostros sin ojos que la miraban desde cuencas vacías que lloraban sangre; luego, las torres cercanas al mar que se derrumbaban azotadas por la marea negra que se alzaba de las profundidades. Sombras con forma de calavera, calaveras que se tornaban niebla, cuerpos entrelazados en abrazos lujuriosos que rodaban y se retorcían. A través de los cortinajes de fuego, grandes sombras aladas volaban por un implacable cielo azul.

« Tengo que encontrar a la muchacha. Tengo que encontrar a la muchacha del caballo moribundo. —Jon Nieve no tardaría en exigírselo. Querría saber más, querría el cuándo y el dónde, y ella no podía decírselo. Solo había visto a la muchacha una vez—. Era una chica gris como la ceniza, y se desmoronó y desapareció ante mis ojos. —Un rostro cobró forma en la chimenea—. ¿Stannis? —pensó durante un momento. Pero no, no eran sus rasgos—. Un rostro de madera, de palidez cadavérica. —¿Aquel era el enemigo? Un millar de ojos rojos flotaba en las llamas crecientes—. Me ve». A su lado, un niño con cara de lobo echó la cabeza atrás y aulló.

La sacerdotisa roja se estremeció. La sangre le corrió muslo abajo, negra y humeante. El fuego estaba dentro de ella; era una agonía, era un éxtasis que la invadia, que la abrasaba, que la transformaba. Visos de calor le trazaban líneas sobre la piel, insistentes como las manos de un amante. Voces extrañas la llamaban desde el pasado. « Melony», oyó sollozar a una mujer. « Lote siete», anunció un hombre. Melisandre lloraba; sus lágrimas eran llamas, pero pese a todo, se zambulló en sus visiones.

Los copos de nieve caían en remolinos de un cielo negro, y las cenizas se

alzaban para recibirlos; el gris y el blanco se abrazaban mientras las flechas llameantes describían arcos sobre la empalizada de madera y seres muertos deambulaban silenciosos por el frío, al pie de un inmenso acantilado gris con un centenar de cuevas en las que ardían hogueras. El viento empezó a soplar de repente y llegó una niebla blanca, de un frío inimaginable, que fue apagando las hogueras una tras otra. Solo quedaron calaveras.

« Muerte —pensó Melisandre—. Las calaveras significan muerte».

Las llamas chisporrotearon, y Melisandre oyó en aquel sonido el nombre susurrado de Jon Nieve. Su rostro alargado flotó ante ella envuelto en lenguas rojas y anaranjadas; apareció y desapareció una y otra vez, como una sombra apenas entrevista tras una cortina agitada por el viento. Era un hombre; luego, un lobo; luego, un hombre otra vez. Pero las calaveras también estaban presentes, lo rodeaban. No era la primera vez que lo veía en peligro, y había intentado ponerlo sobre aviso. Enemigos alrededor, cuchillos en la oscuridad... Pero él no le prestaba atención.

Los incrédulos nunca prestaban atención hasta que era demasiado tarde.

—¿Qué veis, mi señora? —preguntó el niño en voz baja.

« Calaveras. Un millar de calaveras y otra vez al bastardo, a Jon Nieve. —Normalmente, cuando le preguntaban qué veía en el fuego, Melisandre respondía con un simple “muchas cosas”, pero nunca era tan sencillo como parecían indicar sus palabras. Se trataba de un arte que, como todos, exigía control, disciplina y estudio—. Y dolor. También dolor» . R'hllor hablaba a sus elegidos a través del fuego bendito, en el lenguaje de brasas, cenizas y llamas que solo un dios podía dominar de verdad. Melisandre llevaba innumerables años practicando su arte. Había pagado el precio. Ni siquiera en su orden había nadie que tuviera tanto talento como ella para ver los secretos ocultos en las sagradas llamas. Pese a todo, no era capaz de dar con su rey.

« Rezo por un atisbo de Azor Ahai, y R'hllor solo me muestra a Nieve» .

—Devan, tráeme algo de beber —pidió. Tenía la garganta seca.

—A la orden. —El chico llenó una copa con agua de la jarra de piedra que reposaba junto a la ventana y se la llevó.

—Gracias. —Melisandre bebió y sonrió, con lo que lo hizo sonrojar. Sabía que estaba enamorado de ella.

« Me teme, me desea y me adora» .

Pese a todo, Devan no estaba contento allí. Estaba muy orgulloso de ser escudero del rey, y le había dolido que Stannis le ordenara quedarse en el Castillo Negro. Tenía la cabeza llena de sueños de gloria, como cualquier muchacho de su edad, y sin duda había estado imaginando las hazañas que llevaría a cabo en Bosquespeso. Otros chicos de su edad habían viajado al sur como escuderos de los caballeros del rey, y entrarían en combate junto a ellos. Devan debía de sentirse como si lo hubieran excluido para castigarlo por algún error, cometido

por él o por su padre.

Lo cierto era que se encontraba allí porque Melisandre había pedido que se quedara. Los cuatro hijos mayores de Davos habían muerto en la batalla del Aguasnegras, cuando el fuego verde devoró la flota del rey. Devan era el quinto y estaría más a salvo con ella que al lado del rey. Lord Davos no se lo agradecería, y el chico, menos aún, pero le parecía que Seaworth ya había sufrido demasiadas pérdidas. Vivía en el error, pero su lealtad hacia Stannis era inquebrantable. Melisandre lo había visto en las llamas.

Además, Devan era rápido, listo y habilidoso, mucho más de lo que se podía decir de sus otros criados. Stannis le había dejado una docena de hombres para que la atendieran, y casi ninguno servía para nada. Su alteza necesitaba todas las espadas, de modo que solo había podido prescindir de los viejos y los tullidos. Uno se había quedado ciego por un golpe en la cabeza durante la batalla del Muro, y otro, cojo cuando su caballo cayó sobre él y le aplastó las piernas. Un gigante había inutilizado el brazo de su sargento. Tres de sus guardias eran hombres a los que Stannis había castrado por violar a mujeres salvajes, pero también tenía a su servicio a dos borrachos y un cobarde. Hasta el rey reconocía que el último habría merecido la horca, pero procedía de una familia noble, y su padre y hermanos siempre le habían sido leales.

La sacerdotisa roja no dudaba de que los guardias que la rodeaban hacían que los hermanos negros se comportaran con respeto, pero si se viera en verdaderos apuros, los hombres que le había dejado Stannis no le servirían de gran cosa. No le importaba. Melisandre de Asshai no tenía miedo, porque sabía que R'hllor la protegería.

Bebió otro trago de agua, dejó la copa en la mesa, parpadeó, se estiró y se levantó de la silla. Tenía los músculos entumecidos y doloridos, y tras pasar tanto tiempo mirando las llamas, sus ojos tardaron unos momentos en acostumbrarse a la penumbra. Los tenía ressecos y cansados, pero si se los frotaba sería mucho peor. Advirtió que el fuego de la chimenea estaba casi consumido.

—Trae más leña, Devan. ¿Qué hora es?

—Ya casi amanece, mi señora.

«Amanece. Loado sea R'hllor, que nos concede un nuevo día. Los horrores de la noche se alejan. —Melisandre se había pasado las horas sentada junto al fuego, como hacía a menudo. Su cama no se utilizaba mucho desde la partida de Stannis. No tenía tiempo para dormir, cargada con el peso del mundo sobre los hombros. Y tenía miedo de soñar—. El sueño es como una pequeña muerte; los sueños son susurros del Otro, aquel que nos arrastraría hacia la noche eterna. —Prefería pasar la noche sentada ante las llamas sagradas de su señor rojo, bañada en su calidez, con las mejillas arreboladas como si recibiera los besos de un amante. Alguna noche que otra, el sueño la vencía, pero nunca más de una hora. Melisandre rezaba por que llegara el día en que dejará de dormir, en que se

librara de los sueños para siempre—. Melony. Lote siete» .

Devan echó más troncos al fuego hasta que las llamas volvieron a saltar, aguerridas y furiosas, para arrinconar las sombras en los recovecos de la estancia y devorar los sueños que la sacerdotisa roja no quería soñar.

« La oscuridad retrocede de nuevo... por el momento. Pero más allá del Muro, el enemigo se hace cada vez más fuerte y, si prevalece, nunca volverá a amanecer. —¿Sería suyo el rostro que había visto entre las llamas, el que le devolvió la mirada?—. No. Imposible. Tendría un gesto más aterrador, tan frío, negro y espantoso que nadie podría contemplarlo sin morir» . Pero el hombre de madera que había atisbado, y el niño con cara de lobo... Sin duda debían de ser sus siervos, sus campeones, igual que Stannis era el suyo.

Melisandre fue hasta la ventana y abrió los postigos. En el exterior, el cielo clareaba por el este, aunque las estrellas de la mañana aún se aferraban a un cielo negro como la pez. El Castillo Negro empezaba a despertar, y ya había hombres de capa oscura que cruzaban el patio para desayunarse un cuenco de gachas antes de relevar a sus hermanos en la cima del Muro. Unos cuantos copos de nieve entraron por la ventana abierta, arrastrados por el viento.

—¿Mi señora quiere desayunar?—preguntó Devan.

« Comida. Sí, debería tomar algo» . Algunos días se olvidaba por completo. R'hllor le proporcionaba todo el sustento que necesitaba, pero no convenía que los simples mortales lo supieran.

Necesitaba ver a Jon Nieve, no un pan frito con panceta, pero no serviría de nada mandar a Devan a buscar al lord comandante: no acudiría. Nieve prefería seguir alojándose tras la armería, en las modestas habitaciones que hasta entonces ocupara el difunto herrero de la Guardia. Tal vez no se considerase digno de la Torre del Rey, o tal vez no le importara. Cometía un error: la humildad afectada de la juventud era en realidad otro tipo de arrogancia. Un gobernante no debía evitar el ornato del poder, porque el poder mismo emanaba en buena parte de aquel ornato.

Pero el chico no era tan ingenuo como parecía y se negaba a presentarse en las habitaciones de Melisandre como si fuera un mendigo; la obligaba a ir a verlo si necesitaba hablar con él. Por añadidura, en más de una ocasión la había hecho esperar o se había negado a recibirla. Al menos en aquello demostraba cierta astucia.

—Tráeme infusión de ortigas, un huevo duro y pan con mantequilla. Tierno, por favor, nada de pan frito. Busca también al salvaje y dile que tengo que hablar con él.

—A Casaca de Matraca, mi señora?

—Y cuanto antes.

Melisandre se lavó y se cambió de túnica. Tenía las mangas llenas de bolsillos ocultos, y los repasó con sumo cuidado, tal como hacía cada mañana, para

asegurarse de que cada polvo estaba en su sitio. Unos teñían el fuego de verde, azul o plateado; otros hacían que las llamas rugieran y se elevaran a gran altura; otros provocaban humo... Tenía un humo para la verdad; otro para la luxuria; otro para el miedo, y también el espeso humo negro que podía matar a un hombre. La sacerdotisa roja se armó con un pellizco de cada uno.

El cofre labrado con que había cruzado el mar Angosto apenas conservaba una cuarta parte de su contenido. Melisandre disponía de los conocimientos necesarios para fabricar más polvos, pero le faltaban muchos ingredientes de gran rareza.

« Me bastará con los hechizos. —Allí, en el Muro, era aún más poderosa que en Asshai; cada uno de sus gestos y palabras tenía más fuerza, y podía hacer cosas que nunca había hecho—. Las sombras que haga surgir aquí serán temibles; no habrá criatura de la oscuridad que las resista» . Con una magia tal a su alcance, pronto podría prescindir de los simples trucos de alquimista y piromante.

Cerró el cofre, hizo girar la llave en la cerradura y se la guardó en otro bolsillo secreto, en la falda. En aquel momento llamaron a la puerta. Por el sonido trémulo de los nudillos en la madera, se trataba del sargento manco.

—Lady Melisandre, ha venido el Señor de los Huesos.

—Que pase. —Volvió a sentarse ante la chimenea.

El salvaje llevaba un jubón sin mangas de cuero endurecido, con adornos de bronce bajo una deslucida capa en tonos desvaídos de verde y marrón.

« No lleva los huesos» . Lo que sí llevaba era una capa de sombras, jirones de niebla gris apenas visibles que le pasaban por delante del rostro y cobraban nueva forma con cada paso. Feas sombras, feas como sus huesos. El nacimiento del pelo en punta, los ojos muy juntos, los pómulos hundidos y un bigote marrón que se retorcía como un gusano en la boca de dientes cariados.

Melisandre sintió la calidez en la garganta cuando el rubí se estremeció ante la proximidad de su esclavo.

—Os habéis quitado el atuendo de huesos —señaló.

—El traqueteo estaba volviéndome loco.

—Los huesos os protegen —le recordó—. Los hermanos negros no os aprecian demasiado. Me ha dicho Devan que ayer, durante la cena, discutisteis con algunos de ellos.

—Con unos pocos. Estaba tomándome la sopa de judías con tocino y Bowen Marsh no paraba de soltar sandeces grandilocuentes. El Viejo Granada creyó que los estaba espiando y dijo que no estaba dispuesto a tolerar que los asesinos presenciaran sus consejos. Le dije que entonces no deberían reunirse junto a la chimenea. Bowen se puso rojo y, por los ruidos que hizo, parecía que se estaba ahogando, pero nada más. —El salvaje se sentó en la repisa de la ventana y desenfundó el puñal—. Si un cuervo quiere meterme un cuchillo entre las

costillas mientras ceno, que lo intente. La bazofia de Hobb sabría mejor condimentada con un poco de sangre.

Melisandre no prestó atención al acero. Si el salvaje hubiera tenido malas intenciones, lo habría visto en las llamas. Los peligros que la acechaban eran lo primero que había aprendido a ver cuando aún era una niña, una esclava atada de por vida al gran templo Rojo, y seguía siendo lo primero que buscaba siempre que miraba un fuego.

—Lo que tiene que preocuparos son sus ojos, no sus cuchillos —le advirtió.

—Claro, ya, el hechizo. —El rubí de la pulsera negra que llevaba en la muñeca palpitó. Le dio unos golpecitos con el filo del cuchillo, y el acero tintineó contra la piedra—. Lo noto más cuando duermo; siento el calor en la piel hasta a través del hierro. Es suave como un beso de mujer, como un beso vuestro. Pero a veces, en mis sueños, estalla en llamas, y vuestros labios se transforman en dientes. No hay día en que no piense en lo fácil que sería arrancármelo, y no hay día en que lo haga. ¿También tengo que llevar los puñeteros huesos?

—Es un conjuro de sombras e insinuaciones. Los hombres ven lo que esperan ver, y los huesos forman parte de eso. —«¿Cometí un error al salvarlo?»—. Si falla el hechizo, te matarán.

El salvaje se sacó la mugre de las uñas con la punta del puñal.

—He cantado canciones, he luchado en combates, he bebido el vino del verano y me he acostado con la mujer del dorniense. Hay que morir como se ha vivido, y para mí, eso es con el acero en la mano.

«¿Sueña con la muerte? ¿Será que lo ha tocado el enemigo? La muerte es su reino; los muertos, sus soldados».

—Pronto tendrás en qué ocupar tu acero. El enemigo, el verdadero enemigo, se ha puesto en marcha. Los exploradores de lord Nieve volverán antes del anochecer con las cuencas vacías y ensangrentadas.

El salvaje entrecerró los ojos. Ojos grises, ojos marrones. Melisandre veía cambiar el color con cada latido del rubí.

—Sacarles los ojos sería más del estilo del Llorón. Como él dice, no hay más cuervo bueno que el cuervo ciego. A veces tengo la sensación de que le gustaría sacarse sus propios ojos, de tanto como le lloran y le pican. Nieve ha dado por supuesto que el pueblo libre seguirá ahora a Tormund porque es lo que haría él; Tormund le caía bien, y el viejo cretino también apreciaba al chico. Pero si eligen al Llorón... Mala cosa, tanto para él como para nosotros.

Melisandre asintió con solemnidad, como si estuviera de acuerdo con todo lo que decía, pero lo cierto era que el tal Llorón no tenía importancia. No la tenía nadie del pueblo libre. Eran un pueblo perdido, un pueblo condenado cuyo destino se reducía a desaparecer del mundo, igual que habían desaparecido los hijos del bosque. Pero sabía que aquello no era lo que su invitado quería oír, y no podía arriesgarse a perderlo.

—¿Hasta qué punto conocéis el Norte?

—Tanto como cualquier explorador. Unas zonas mejor que otras. Hay mucho norte. ¿Por qué?

—Por la chica —dijo—. Una niña vestida de gris a lomos de un caballo moribundo. La hermana de Jon Nieve. —¿Quién, si no, podía ser? Acudía a él en busca de protección; Melisandre lo había visto con toda claridad—. La he visto en mis llamas, pero solo una vez. Tenemos que ganarnos la confianza del lord comandante, y la única manera de conseguirlo es salvarla.

—¿Qué la salve yo, quieres decir? ¿El Señor de los Huesos? —Soltó una carcajada—. Solo los idiotas confiaban en Casaca de Matraca, y Nieve no es ningún idiota. Si su hermana necesita ayuda, mandará a sus cuervos. Es lo que haría yo en su lugar.

—Pero no estáis en su lugar. Él hizo los votos y no piensa saltárselos. La Guardia de la Noche no toma partido. Vos, en cambio, no sois de la Guardia de la Noche. Podéis hacer lo que le está vetado.

—Eso será si nuestro estricto lord comandante lo consiente. ¿Os ha mostrado el fuego dónde está esa chica?

—He visto agua. Aguas profundas, azules y tranquilas, con una fina capa de hielo en la superficie. Se extendían hasta el horizonte.

—El lago Largo. ¿Qué otras cosas se veían en torno a la chica?

—Colinas. Campos. Áboles. Un ciervo, pero solo una vez. Rocas. Se cuida muy bien de acercarse a las aldeas. Siempre que puede, cabalga por el lecho de los arroyos para que los cazadores no le sigan la pista.

—Eso lo pone más difícil. —Frunció el ceño—. Habéis dicho que venía hacia el norte. En relación con ella, ¿el lago estaba hacia el este o hacia el oeste?

Melisandre cerró los ojos para hacer memoria.

—Hacia el oeste.

—Entonces no viene por el camino Real. Chica lista. Al otro lado hay menos vigilancia y más lugares donde refugiarse. También hay unos cuantos escondrijos que yo mismo he utilizado más de una vez....

Se interrumpió al oír un cuerno de guerra y se puso en pie a toda velocidad. Melisandre sabía que la misma reacción apresurada había tenido lugar en todo el Castillo Negro; que no había hombre ni niño que no se hubiera vuelto hacia el Muro para escuchar, expectante. Un toque largo del cuerno indicaba el regreso de exploradores, pero dos...

«Ha llegado el día —pensó la sacerdotisa roja—. Lord Nieve no tendrá más remedio que escucharme».

Tras el prolongado lamento del cuerno pareció que el silencio durase una hora. Al final, el salvaje rompió el hechizo.

—Solo uno. Son exploradores.

—Exploradores muertos. —Melisandre también se levantó—. Id a poneros los

huesos y esperad. Ahora vuelvo.

—Mejor voy con vos.

—No seáis estúpido. Cuando descubran lo que van a descubrir, solo con ver a un salvaje se volverán locos. Quedaos aquí hasta que se apacigüen los ánimos.

Cuando empezó a bajar por la escalera de la Torre del Rey, escoltada por dos guardias de Stannis, se cruzó con Devan, que subía con el olvidado desayuno en una bandeja.

—He tenido que esperar a que Hobb sacara el pan del horno, mi señora. Todavía está caliente.

—Déjalo en mis habitaciones. —Lo más probable era que se lo comiera el salvaje—. Lord Nieve me necesita al otro lado del Muro. —«Aún no lo sabe, pero pronto...».

Fuera estaba empezando a nevar. Los cuervos se habían aglomerado en torno a la puerta, pero abrieron paso a la sacerdotisa roja y sus guardias. El lord comandante había cruzado ya el hielo en compañía de Bowen Marsh y veinte lanceros. Además había situado a una docena de arqueros en la cima del Muro, por si hubiera enemigos escondidos en los bosques cercanos. Los guardias de la puerta no eran hombres de la reina, pero aun así la dejaron pasar.

Bajo el hielo, en el estrecho túnel serpenteante que atravesaba la mole del Muro, reinaban el frío y la oscuridad. Morgan la precedió con una antorcha en la mano mientras que Merrel le cubría las espaldas con el hacha. Los dos eran borrachos sin remedio, pero a aquella hora de la mañana aún estaban sobrios. Eran hombres de la reina, al menos teóricamente, y ambos sentían un sano temor ante ella; además, cuando no estaba borracho, Merrel resultaba imponente. Melisandre sabía que no los necesitaría aquel día, pero siempre insistía en ir acompañada a todas partes por una pareja de guardias. Servía para transmitir un mensaje.

«El ornato del poder».

Cuando los tres salieron por el norte del Muro, la nieve caía ya sin pausa, y un manto blanco cubría la tierra torturada que iba desde el acantilado de hielo hasta el bosque Encantado. Jon Nieve y sus hermanos negros estaban reunidos en torno a tres lanzas, a siete u ocho pasos de distancia.

Las lanzas, de fresno, median tres varas. La de la izquierda tenía un nudo en la madera, pero las otras dos eran rectas y lisas. En la punta de cada una había una cabeza cortada, con la barba llena de hielo y una capucha blanca de nieve. En el lugar donde estuvieron los ojos solo quedaban órbitas vacías, agujeros negros ensangrentados que los miraban desde arriba con un silencioso gesto de acusación.

—¿Quiénes eran? —preguntó Melisandre a los cuervos.

—Jack Bulwer el Negro, Hal el Peludo y Garth Plumagrís —respondió Bowen Marsh con solemnidad—. La tierra está medio congelada, así que los

salvajes deben de haber tardado horas en clavar tanto las lanzas. Seguro que aún están cerca, vigilándonos. —El lord mayordomo entrecerró los ojos para escudriñar los árboles limítrofes.

—Ahí puede haber un centenar —apuntó el hermano negro del rostro amargado—. Puede haber un millar.

—No —replicó Jon Nieve—. Dejaron sus regalos amparados por la noche y huyeron. —Su gigantesco huargo blanco rondaba entre las lanzas para olfatearlas, y de repente levantó la pata y meó contra la que sostenía la cabeza de Jack Bulwer el Negro—. Si estuvieran cerca, Fantasma habría captado su olor.

—Espero que el Llorón quemara los cuerpos —insistió el amargado, el tal Edd el Penas—. No sea que vengan a buscar sus cabezas.

Jon agarró la lanza que exhibía la cabeza de Garth Plumagrís y la sacudió para desprenderla del suelo.

—Arracad las otras dos —ordenó; cuatro cuervos se apresuraron a obedecer.

—No deberíamos haber enviado exploradores —dijo Bowen Marsh. Tenía las mejillas rojas de frío.

—No es el momento ni lugar para hurgar en esa herida, mi señor. —Nieve se volvió hacia los que se ocupaban de las lanzas—. Arracad las cabezas y quemadlas; que no quede más que el hueso. —De pronto pareció advertir la presencia de Melisandre—. Por favor, mi señora, acompañadme.

«Por fin».

—Como queráis, lord comandante.

Echaron a andar al pie del Muro, y ella lo cogió del brazo. Morgan y Merrel los precedían, y Fantasma les pisaba los talones. La sacerdotisa no decía nada, pero poco a poco fue aminorando la marcha. Allí por donde pasaba, el hielo se ponía a llorar.

«A Nieve no se le escapará el detalle».

Tal como ella había previsto, Jon rompió el silencio bajo la reja de un matacán.

—¿Y los otros seis?

—No los he visto —dijo Melisandre.

—¿Podrían mirar?

—Por supuesto, mi señor.

—Hemos recibido un cuervo de ser Denys Mallister, de la Torre Sombría —le dijo Jon Nieve—. Sus hombres han visto hogueras en las montañas, al otro lado de la Garganta. Dice que los salvajes se están reagrupando en gran número y cree que van a atacar de nuevo por el puente de los Cráneos.

—Puede que algunos. —Tal vez las calaveras de su visión se refirieran a aquel puente, aunque no le parecía probable—. Ese ataque, si tiene lugar, no será más que una distracción. He visto torres junto al mar, sumergidas bajo una

marea negra y sangrienta. Ahí es donde asestarán el peor golpe.

—¿En Guardiaorientे?

—Sería allí? Melisandre había estado en Guardiaorientе del Mar con el rey Stannis; allí era donde su alteza había dejado a la reina Selyse y a su hija Shireen tras reunir a sus caballeros para partir hacia el Castillo Negro. Las torres de su fuego eran diferentes, pero esas cosas ocurrían en las visiones.

—Sí, mi señor. En Guardiaorientе.

—¿Cuándo?

—Mañana. —La mujer extendió los brazos—. En una luna. En un año. Y si hacéis algo, tal vez evitéis que suceda. —« Si no, ¿de qué servirían las visiones? » .

—Bien —asintió Nieve.

Cuando salieron de debajo del Muro, la multitud de cuervos que aguardaba junto a la puerta había crecido, y ya eran unos cuarenta los que se arremolinaban a empujones a su alrededor. Melisandre conocía el nombre de unos pocos: el cocinero Hobb Tresdedos; Mully, el del pelo anaranjado siempre grasiendo; el muchacho de pocas luces al que llamaban Owen el Bestia; el ebrio septón Cellador...

—Es cierto, mi señor? —preguntó Hobb Tresdedos.

—¿Quiénes? —quiso saber Owen el Bestia—. Dywen no, ¿verdad?

—Ni Garth —intervino Alf del Pantanal, que había sido de los primeros en cambiar a sus siete dioses falsos por la verdad de R'hllor—. Garth es demasiado listo para esos salvajes.

—¿Cuántos? —insistió Mully.

—Tres —respondió Jon—. Jack el Negro, Hal el Peludo y Garth.

Alf de Pantanal lanzó un aullido que bien pudo despertar a los que dormían en la Torre Oscura.

—Llévalo a la cama y dale vino especiado —indicó Jon a Hobb Tresdedos.

—Lord Nieve —intervino Melisandre en voz baja—, os ruego que me acompañéis a la Torre del Rey. Hay más cosas que quiero revelaros.

El muchacho la miró a la cara con sus fríos ojos grises, sin dejar de flexionar los dedos de la mano derecha.

—Como queráis. Edd, lleva a Fantasma a mis habitaciones.

Melisandre entendió el gesto y despidió a sus guardias; después cruzaron el patio juntos, a solas. La nieve caía en torno a ellos, y ella caminaba tan cerca de Jon Nieve como se atrevía, lo suficiente para percibir la desconfianza que exudaba como una niebla negra.

« No le gusto, no le gustaré jamás, pero está dispuesto a utilizarme ». Con eso le bastaba. Al principio, con Stannis Baratheon, Melisandre había tenido que bailar al son de la misma música. La verdad era que el joven lord comandante y su rey se parecían más de lo que ninguno de los dos habría querido reconocer. Stannis había sido hijo segundón, siempre a la sombra de su hermano mayor,

igual que Nieve, el bastardo, se había visto constantemente eclipsado por su hermano legítimo, el héroe caído al que los hombres llamaban el Joven Lobo. Ambos eran de naturaleza incrédula, escéptica, desconfiada, y sus únicos dioses eran el honor y el deber.

—No me habéis preguntado por vuestra hermana —dijo Melisandre al tiempo que subían por la escalera de caracol de la Torre del Rey.

—Ya os lo he dicho: yo no tengo ninguna hermana. Cuando pronunciamos el juramento, renunciamos a nuestra familia. No podría ayudar a Arya por mucho que me...

Se interrumpió bruscamente cuando entraron en las habitaciones de la sacerdotisa. El salvaje estaba sentado a la mesa, untando mantequilla con el puñal en un trozo de pan moreno aún caliente. Melisandre se alegró de ver que se había puesto la armadura de huesos. La calavera de gigante partida que le servía de casco reposaba junto a él, en el asiento de la ventana.

—¡Tú! —Jon Nieve se puso tenso.

—Lord Nieve... —El salvaje sonrió mostrando los dientes cariados y rotos. El rubí que llevaba en la muñeca centelleaba a la luz de la mañana como una sombría estrella roja.

—¿Qué haces aquí?

—Desayunar. ¿Quieres?

—No pienso compartir el pan contigo.

—Tú te lo pierdes; todavía está caliente. Al menos hasta ahí llega Hobb. —El salvaje le dio otro mordisco—. Igual de fácil me sería visitarte a ti, mi señor. Esos guardias que tienes ante tu puerta son un chiste malo; alguien que ha escalado el Muro cincuenta veces puede colarse por una ventana sin problemas. Pero ¿de qué serviría matarte? Los cuervos elegirían a otro aún peor. —Masticó y tragó—. Me he enterado de lo de tus exploradores. Tendrías que haberme mandado a mí con ellos.

—¿Para que los traicionaras y se los entregaras al Llorón?

—¿Vamos a hablar de traiciones? ¿Cómo se llamaba tu esposa salvaje, Nieve? Ygritte, ¿no? —Se volvió hacia Melisandre—. Me van a hacer falta caballos, media docena, y que sean buenos. No puedo encargarme yo solo, pero me bastará con unas cuantas mujeres de las lanzas de las que están encerradas en Villa Topo. Para esto son mejores que los hombres; la cría confiará en ellas, y además me ayudarán con una estratagema que se me ha ocurrido.

—¿De qué habla? —preguntó lord Nieve a Melisandre.

—De vuestra hermana. —Le puso una mano en el brazo—. Vos no podéis ayudarla, pero él, sí.

—Ni hablar. —Nieve se liberó de su contacto—. Vos no conocéis a este monstruo. Casaca de Matraca podría lavarse las manos cien veces al día y seguiría teniendo sangre debajo de las uñas. En vez de salvar a Arya, lo que haría

sería violarla y matarla. Ni hablar. ¿Esto es lo que habéis visto en vuestros fuegos? Pues tenéis cenizas en los ojos, mi señora. Si se atreve a salir del Castillo Negro sin mi permiso, le cortaré la cabeza personalmente.

« No me deja otro camino. Sea, pues» .

—Retírate, Devan —dijo.

El escudero salió y cerró la puerta, y Melisandre se tocó el rubí del cuello al tiempo que pronunciaba una palabra.

El sonido resonó de manera extraña en los rincones de la estancia, y les entró por los oídos como un gusano. El salvaje oyó una palabra; el cuervo, otra. Ninguna de ellas era la que había salido de sus labios. El rubí de la muñeca del salvaje se oscureció, y los jirones de luz y sombra que lo rodeaban se estremecieron antes de desaparecer.

Los huesos no cambiaron. Allí seguían las costillas que entrechocaban, las garras y dientes a lo largo de los brazos y en los hombros, la inmensa clavícula amarillenta que le cruzaba la espalda. La calavera de gigante partida siguió siendo una calavera de gigante partida, amarillenta y agrietada, con su sonrisa manchada y enloquecida.

Pero el pico del nacimiento del pelo se disolvió, y el bigote castaño, la mandíbula bulbosa, el rostro demacrado amarillento y los ojillos oscuros se esfumaron. Unos dedos grises reptaron por la melena, y en las comisuras de los labios aparecieron líneas marcadas. De repente era más corpulento que antes, más ancho de hombros y espaldas, con piernas largas, esbelto, sin rastro de barba en el rostro curtido.



MELISANDRE, LA MUJER ROJA, SACERDOTISA DE R'HLLOR

—¿Mance? —Jon Nieve tenía los ojos abiertos de par en par.

—Lord Nieve... —Mance Rayder no sonrió.

—¡Pero si os quemaron!

—Quemaron al Señor de los Huesos.

—¿Qué brujería es esta? —Jon Nieve se volvió hacia Melisandre.

—Llamadla como queráis. Hechizo, apariencia, ilusión óptica... R'hllor es el Señor de Luz, Jon Nieve, y concede a sus siervos la capacidad de tejerla igual que otros tejen con hilo.

—Yo también tenía mis dudas, Nieve —comentó Mance Rayder con una risita—. Pero ¿por qué no dejar que lo intentara? La alternativa era dejarme asar por Stannis.

—Los huesos resultaron de gran ayuda —dijo Melisandre—. Los huesos tienen memoria. Los hechizos más poderosos se componen de cosas así: las botas de un muerto, un mechón de pelo, un saquito de falanges... Unos susurros y una plegaria pueden sacar de esos objetos la sombra de un hombre y envolver a otro con ella, como si fuera una capa. La esencia de quien la lleva no cambia; solo su aspecto.

Hacía que pareciera fácil, sencillo. Nadie que la escuchara imaginaría nunca lo difícil que le había resultado ni cuánto le había costado. Era una lección que había aprendido mucho antes de ir a Asshai: cuanto más fácil parecía la magia, más temor inspiraría el mago. Cuando las llamas lamieron a Casaca de Matraca, el rubí de Melisandre se calentó tanto que tuvo miedo de que le quemara el cuello. Por suerte, lord Nieve la salvó de aquel sufrimiento con sus flechas. El desafío enfureció a Stannis, pero para ella fue un alivio.

—Nuestro falso rey tiene mal carácter, pero no os traicionará —dijo a Jon Nieve—. Tenemos a su hijo, como bien sabéis, y además os debe la vida.

—¿A mí? —Nieve se sobresaltó.

—¿A quién si no, mi señor? Vuestras leyes afirman que sus crímenes solo se pueden castigar con sangre, y Stannis no es hombre que vaya contra la ley... Pero, como tan sabiamente apuntasteis, las leyes de los hombres terminan en el Muro. Os dije que el Señor de Luz escucharía vuestras plegarias. Buscabais una manera de salvar a vuestra hermanita sin mancillar el honor que tanto valoráis; sin violar los votos que pronunciasteis ante vuestro dios de madera. —Señaló con un dedo blanco—. Ahí lo tenéis, lord Nieve. La salvación de Arya. Un regalo del Señor de Luz... y mío.

HEDIONDO

Lo primero que oyó fueron los ladridos de las chicas que volvían a casa. El retumbar de los cascos contra las losas hizo que se pusiera en pie de un salto, con las cadenas tintineando. La que le ataba los tobillos media poco más de un palmo, así que solo podía caminar con pasos cortos, arrastrando los pies. De esa manera era difícil moverse deprisa, pero lo intentó lo mejor que pudo, a saltitos. Ramsay Bolton había regresado y enseguida quería que su Hediondo lo atendiera.

En el exterior, bajo el cielo frío del otoño, una riada de cazadores entraba por las puertas. Ben Huesos iba a la cabeza, y las chicas lo rodeaban sin parar de ladrar y aullar. Tras él llegaron Desollador, Alyn el Amargo y Damon Bailaparamí con su largo látigo engrasado, y después los Frey con los potros que les había regalado lady Dustin. Su señoría iba a lomos de Sangre, un semental alazán que competía con él en cuestión de temperamento. Estaba riéndose, cosa que, como bien sabía Hediondo, podía ser muy buena o muy mala.

Antes de que pudiera discernir si se trataba de lo uno o lo otro, las perras le cayeron encima, atraídas por su olor. Le habían cobrado afecto: pasaba en la perrera más noches que en ningún otro sitio, y a veces, Ben Huesos le dejaba compartir su cena. La jauría corrió por el patio entre ladridos; las perras lo rodeaban, saltaban para lamerle la cara sucia y le mordisqueaban las piernas. Helicent le atrapó la mano izquierda entre los dientes, juguetona, pero con tanta energía que Hediondo tuvo miedo de perder dos dedos más. Jeyne la Roja le plantó las patas en el pecho y lo derribó: era esbelta y toda músculo, mientras que Hediondo era todo piel gris y huesos frágiles, un muerto de hambre de pelo blanco. Apenas había conseguido empujar a Jeyne la Roja a un lado y ponerse de rodillas cuando los jinetes ya estaban desmontando. Dos docenas de ellos habían salido del castillo y dos docenas volvían, de modo que la búsqueda había fracasado. Mala cosa. A Ramsay no le gustaba el fracaso.

«Querrá hacerle daño a alguien». Últimamente, su señor había tenido que controlarse, porque en Fuerte Túmulo había muchos hombres de los que la casa Bolton tenía necesidad, y Ramsay sabía cómo comportarse cuando andaban cerca los Dustin, los Ryswell u otros señores menores. Con ellos era todo cortesía y sonrisas, pero cuando se cerraban las puertas, todo cambiaba.

Ramsay Bolton iba vestido como correspondía al señor de Hornwood y heredero de Fuerte Terror: con un manto de piel de lobo que se cerraba al hombro derecho con los dientes amarillentos de la cabeza del animal para protegerse del gélido otoño. Llevaba a un lado del cinto una falcata ancha y pesada como un cuchillo de carnicero, y al otro, un puñal largo y un cuchillo de desollar de punta curva, muy afilado. Las tres armas tenían empuñaduras parecidas, de hueso amarillo.

—¡Hediondo! —gritó su señoría desde lo alto de la silla de Sangre—. Hueles a

rayos. Me ha llegado la peste nada más entrar en el patio.

—Ya lo sé, mi señor —tuvo que responder Hediondo—. Perdonadme.

—Te he traído un regalo. —Ramsay buscó algo que llevaba atrás, colgado de la silla, y se lo tiró—. ¡Atrapa!

Entre las cadenas, las esposas y los dedos amputados, Hediondo era mucho más torpe que antes de aprender su nombre. La cabeza le chocó contra las manos mutiladas, rebotó contra los muñones de los dedos y cayó al suelo, a sus pies, entre una lluvia de gusanos. Estaba tan sucia de sangre seca que los rasgos resultaban irreconocibles.

—Te he dicho que la atraparas —dijo Ramsay—. Cógela.

Hediondo intentó levantar la cabeza por una oreja, pero no había manera: la carne estaba verde de podrida, y se quedó con la oreja entre los dedos. Walder el Pequeño se echó a reír, y los demás no tardaron en corear las carcajadas.

—Venga, dejadlo ya —rio Ramsay—. Tú, encárgate de Sangre. Le he dado con todo al pobre cabrón.

—Sí, mi señor, como ordenéis. —Hediondo corrió hacia el caballo, dejando la cabeza cortada a los perros.

—Hoy hueles a mierda de cerdo, Hediondo —apuntó Ramsay.

—Toda una mejora para él. —Damon Bailaparamí sonrió al tiempo que enrollaba el látigo.

—Encárgate también de mi caballo, Hediondo —ordenó Walder el Pequeño, descabalgando—. Y del de mi primito.

—De mi caballo me ocupo yo —replicó Walder el Mayor.

Walder el Pequeño se había convertido en el favorito de lord Ramsay y cada día se le parecía más, pero el Frey más menudo era distinto, y rara vez tomaba parte en los juegos y crueidades de su primo.

Hediondo, sin hacer el menor caso a los escuderos, llevó a Sangre a los establos, procurando apartarse a saltitos cada vez que el semental trataba de darle una coz. Los cazadores entraron en el edificio, pero Ben Huesos se quedó para apartar a los perros de la cabeza cortada.

Walder el Mayor lo siguió a los establos con su caballo. Hediondo lo miró a hurtadillas mientras le quitaba el bocado a Sangre.

—¿Quién era? —preguntó en voz baja para que no lo oyieran los mozos de cuadras.

—Nadie. —Walder el Mayor desensilló al ruano—. Un viejo que nos cruzamos por el camino. Iba con una cabra y cuatro cabritillos.

—¿Su señoría lo mató por los cabritos?

—Su señoría lo mató por llamarlo lord Nieve, pero los cabritos estaban buenos. Nos los comimos asados. A la madre la ordeñamos.

«Lord Nieve». Hediondo asintió, y sus cadenas tintinearon mientras forcejeaba con las correas de la silla de Sangre. Lo llamaran como lo llamaran,

era mejor no encontrarse cerca de Ramsay cuando estaba furioso. Ni cuando no lo estaba.

—¿Habéis encontrado a vuestros primos, mi señor?

—No. Ya me lo temía. Están muertos, seguro; lord Wyman los habrá mandado matar. Es lo que habría hecho yo en su lugar.

Hediondo no dijo nada. Cuando su señoría estaba en el castillo, era mejor no decir ciertas cosas, ni siquiera en los establos. Una sola palabra fuera de lugar le costaría otro dedo del pie, o peor aún, de la mano.

«Pero no la lengua. La lengua no me la cortará jamás. Le gusta oírme suplicar que me libere del dolor. Le gusta hacerme pedirlo».

Los jinetes habían estado de caza dieciséis días, durante los que solo habían comido pan duro y carne en salazón, aparte de algún que otro cabrito confiscado, de modo que lord Ramsay ordenó que se organizara aquella noche un banquete para celebrar su regreso a Fuerte Túmulo. Su anfitrión, un canoso señor menor manco llamado Harwood Stout, tuvo suficiente sentido común para no negarse, aunque a aquellas alturas, su despensa debía de estar casi vacía. Hediondo había oído a los criados protestar en voz baja de cómo el Bastardo y sus hombres estaban acabando con las provisiones para el invierno.

—Dice que va a acostarse con la hija pequeña de lord Eddard, pero a los que está jodiendo es a nosotros —se quejó la cocinera de Stout sin saber que Hediondo la escuchaba—. Ya lo veréis cuando empiecen las nieves.

Pero lord Ramsay había ordenado que se celebrara un banquete, así que banquete habría. Dispusieron mesas sobre caballetes en el salón principal de Stout; sacrificaron un buey, y cuando se puso el sol, los cazadores fracasados se atiborraron de asado, costillas, pan de cebada y puré de zanahorias y guisantes, todo ello regado con ingentes cantidades de cerveza.

A Walder el Pequeño le correspondió la misión de mantener llena la copa de lord Ramsay, mientras que Walder el Mayor servía a los demás comensales de la mesa principal. Hediondo estaba encadenado junto a las puertas para que su olor no cortara el apetito a los asistentes al banquete. A él le tocaría comer más tarde, con las sobras que lord Ramsay quisiera echarle. Los perros, en cambio, podían corretear por la estancia y arrancaban carcajadas a todos, sobre todo cuando Maude y Jeyne la Gris atacaron a un sabueso de lord Stout para disputarle un hueso con mucha carne que les había tirado Will Menudo. Hediondo fue el único que no observó la pelea de los tres perros. Tenía los ojos clavados en Ramsay Bolton.

La pelea no terminó hasta que el perro del dueño del castillo estuvo muerto. El viejo animal de Stout no había tenido la menor posibilidad: era uno contra dos, y las perras de Ramsay eran jóvenes, fuertes y fieras. Ben Huesos, que profesaba más cariño a los perros que a su amo, le había contado a Hediondo que cada una llevaba el nombre de alguna campesina a la que Ramsay había cazado,

violado y matado cuando aún era un bastardo e iba acompañado por el primer Hediondo en sus correrías.

—Al menos las que le proporcionaron una buena caza. Las que lloraron, suplicaron y se negaron a correr no tuvieron el honor de renacer en las perras.

A Hediondo no le cabía duda de que en la siguiente camada que saliera de Fuerte Terror habría una Kyra.

—También las tiene entrenadas para matar lobos —le había confiado Ben Huesos.

Hediondo no dijo nada. Sabía bien a qué lobos debían matar las chicas, pero no tenía ninguna gana de verlas disputarse uno de sus dedos cortados.

Dos criados se llevaron los restos del perro muerto y una mujer entró con un cubo, una fregona y un rastrillo para cambiar la paja empapada de sangre. En aquel momento, las puertas de la estancia se abrieron como empujadas por una ráfaga de viento, y entraron doce hombres con cota de malla gris y yelmo de hierro, apartando a un lado a los abotargados guardias de Stout, con sus brigantinas de cuero y sus capas oro y bermellón. Un silencio repentino se hizo en la estancia. El único que reaccionó fue lord Ramsay, que soltó el hueso que estaba mordisqueando, se limpió los labios con la manga y esbozó una sonrisa grasienta y húmeda.

—¡Padre! —saludó.

El señor de Fuerte Terror contempló sin gran interés los restos del banquete, el perro muerto, los tapices de las paredes y a Hediondo con sus cadenas.

—Fuera —dijo en una voz que era apenas un murmullo—. Fuera todos de aquí. Ahora mismo.

Los hombres de lord Ramsay se apartaron de las mesas, dejando las copas y la comida. Ben Huesos llamó a gritos a las chicas, que trotaron en pos de él aún con huesos en las fauces. Harwood Stout hizo una rígida reverencia y abandonó su propia estancia sin decir palabra.

—Desencadena a Hediondo y llévatelo —gruñó Ramsay a Alyn el Amargo, pero su padre levantó una mano de piel blanca.

—No, déjalo.

Hasta los guardias de lord Roose se retiraron y cerraron las puertas a sus espaldas. Cuando se apagó el sonido de los pasos, Hediondo se encontró a solas en la estancia con los dos Bolton, padre e hijo.

—No has encontrado a los Frey desaparecidos. —Por la forma en que lo dijo Roose Bolton era una afirmación, no una pregunta.

—Cabalgamos hasta el lugar donde dice lord Lamprea que se separaron, pero las chicas no encontraron ningún rastro.

—Preguntaste por ellos en los pueblos y en los fortines.

—Una pérdida de tiempo. Para lo que ven, tanto daría que esos campesinos estuvieran ciegos. —Ramsay se encogió de hombros—. Pero ¿qué más da?

Nadie echará de menos a unos cuantos Frey. Si nos hace falta otro, hay muchos en Los Gemelos.

Lord Roose arrancó un trocito de corteza de pan y se lo comió.

—Hosteen y Aenys están destrozados.

—Pues que vayan a buscarlos si quieren.

—Lord Wyman se culpa de lo sucedido. A juzgar por sus lloriqueos, parece que le había cogido mucho cariño a Rhaegar.

Lord Ramsay se estaba enfureciendo. Hediondo se lo notaba en la boca, en su manera de fruncir los gruesos labios, en cómo le resaltaban los tendones del cuello.

—Ese par de idiotas tendría que haberse quedado con Manderly.

—La litera de lord Wyman va a paso de tortuga. —Roose Bolton se encogió de hombros—. Además, la salud y la corpulencia de su señoría solo le permiten viajar durante unas pocas horas cada día, con paradas muy frecuentes para comer. Los Frey estaban deseosos de llegar a Fuerte Túmulo para reencontrarse con su familia; es normal que se adelantaran.

—Si es que se adelantaron. ¿Crees lo que dice Manderly?

—¿A ti qué te parece? —Los ojos claros de su padre centellearon—. De todos modos, su señoría parece muy alterado.

—No tanto como para perder el apetito. Lord Cero debe de haberse traído la mitad de las provisiones de Puerto Blanco.

—Cuarenta carromatos llenos de comida: toneles de vino e hipocrás, barriles de lampreas recién pescadas, un rebaño de cabras, una piara de un centenar de cabezas, cajones de ostras y cangrejos, un bacalao monstruoso... Puede que no te hayas dado cuenta, pero a lord Wyman le gusta comer.

—De lo que me he dado cuenta es de que no ha traído rehenes.

—Sí, yo también me he fijado.

—¿Qué piensas hacer?

—No encuentro solución buena. —Lord Roose cogió una jarra vacía, la limpió con el mantel y la llenó de una frasca—. Por lo visto, Manderly no es el único que organiza banquetes.

—Deberías haberlo organizado tú para darme la bienvenida —se quejó Ramsay—. Y tendría que haber sido en Torre Túmulo, no en esta mierda de castillo.

—Torre Túmulo no es mío y sus cocinas tampoco, así que no puedo disponer de ellas cuando me venga en gana —replicó con voz queda—. No soy más que un invitado. El castillo y la ciudad pertenecen a lady Dustin, que no te soporta.

A Ramsay se le ensombreció el rostro.

—¿Me soportará mejor cuando le corte las tetas y se las eche a mis chicas?

—¿Me soportará mejor si le arranco la piel a tiras para hacerme unas botas?

—No creo, y serían unas botas muy caras. Nos costarían Fuerte Túmulo, la

casa Dustin y los Ryswell. —Roose Bolton se sentó a la mesa frente a su hijo—. Barbrey Dustin es la hermana pequeña de mi segunda esposa; es hija de Rodrik Ryswell, hermana de Roger, de Rickard y de mi tocayo Roose, y prima de los otros Ryswell. Estaba encariñada con mi difunto hijo y sospecha que tuviste algo que ver en su muerte. Lady Barbrey es rencorosa, así que da gracias: si Fuerte Túmulo es leal a los Bolton, es porque aún culpa a Ned Stark por la muerte de su esposo.

—¿Leal? ¡Si no hace más que escupirme! —bufó Ramsay—. Ya llegará el día en que prenda fuego a su querido pueblecito de madera; a ver si apaga las llamas a escupitajos.

Roose hizo una mueca, como si la cerveza le supiera amarga de repente.

—A veces dudo que lleves mi sangre. Mis antepasados han sido muchas cosas, pero nunca idiotas. No, no, cállate, ya has hablado demasiado. Ahora mismo parecemos fuertes, sí. Tenemos amigos poderosos, los Lannister y los Frey, y el apoyo desganado de buena parte del Norte. Pero ¿qué crees que pasará cuando aparezca alguno de los hijos de Ned Stark?

«Todos los hijos de Ned Stark han muerto —pensó Hediondo—. A Robb lo mataron en Los Gemelos, y en cuanto a Bran y Rickon... Metimos las cabezas en brea...». La suya estaba a punto de estallar. No quería pensar en nada de lo que había pasado antes de que supiera su nombre. Había cosas demasiado dolorosas para recordarlas, pensamientos que lo hacían sufrir casi tanto como el cuchillo de desollar de Ramsay...

—Los cachorritos de Stark están muertos —replicó Ramsay al tiempo que se servía más cerveza en la jarra—, y muertos se van a quedar, pero como asomen las narices por aquí, mis chicas se llenarán la barriga de lobo. Cuanto antes aparezcan, antes volveremos a matarlos.

—¿Volveremos a matarlos? —Bolton padre suspiró—. Me parece que te equivocas. A ti no se te habría ocurrido matar a los hijos de lord Eddard, a esos muchachitos a los que quería todo el mundo. Eso fue cosa de Theon Cambiacapas, ¿recuerdas? ¿Cuántos de nuestros vacilantes amigos seguirían a nuestro lado si se supiera la verdad? Solo lady Barbrey, a la quequieres convertir en un par de botas. Unas botas de muy mala calidad, por cierto; la piel humana no es tan dura como la de vaca y es menos resistente. Ahora eres un Bolton por decreto real, así que trata de comportarte como tal. La gente habla de ti, Ramsay. Lo oigo por todas partes: la gente te tiene miedo.

—Mejor.

—Te equivocas. No es lo mejor. Jamás se contaron historias sobre mí. De lo contrario, ¿crees que estaría aquí sentado? Tus pasatiempos son cosa tuya; no te voy a soltar una reprimenda por eso, pero tienes que ser más discreto. Tierras tranquilas y un pueblo callado, esa ha sido siempre mi norma. Que sea también la tuy a.

—¿Para esto has dejado a lady Dustin y a la cerda gorda de tu mujer? ¿Para venir a decirme que me esté quietecito?

—No precisamente. Hay noticias importantes: lord Stannis ha partido por fin del Muro.

Aquello hizo que Ramsay se incorporase de un salto, con una sonrisa en los gruesos labios húmedos.

—Marcha hacia Fuerte Terror?

—No, por desgracia. Arnolf no lo entiende. Jura y perjura que hizo todo lo posible por cebar la trampa.

—Seguro que miente. En cuanto se rasca un poco, debajo de cada Karstark hay un Stark

—Puede que fuera así antes, pero ahora ya no, y menos después de la «rascada» que le dio el Joven Lobo a lord Rickard. Sea como sea, lord Stannis ha arrebatado Bosquespeso a los hombres del hierro y se lo ha devuelto a la casa Glover. Peor todavía, se le han unido los clanes de la montaña: Wull, Norrey, Liddle y todos los demás. Se está haciendo fuerte.

—Nosotros lo somos más.

—Por ahora.

—Pues este es el momento de machacarlo. Permíteme que marche contra Bosquespeso.

—Después de tu boda.

Ramsay golpeó la mesa con la jarra, y los posos de cerveza volaron sobre el mantel.

—Estoy harto de esperar. Tenemos a la chica, tenemos un árbol y tenemos suficientes señores como testigos. Mañana me caso con ella, le hago un hijo y me pongo en marcha antes de que se le seque la sangre del virgo.

«Rezará para que te vayas —pensó Hediondo—. Y rezará para que no vuelvas jamás a su cama».

—Le harás un hijo, pero no aquí —replicó Roose Bolton—. He decidido que vas a casarte con ella en Invernalia.

A lord Ramsay la idea no le hizo la menor gracia.

—Arrasé Invernalia hasta los cimientos, ¿ya te has olvidado?

—No, pero parece que tú sí... Los hombres del hierro arrasaron Invernalia hasta los cimientos y mataron a todos sus habitantes. Fue Theon Cambiacapas.

—Es cierto. —Ramsay lanzó una mirada desconfiada en dirección a Hediondo—. Sí, claro, pero aun así... ¿Una boda? ¿En medio de esas ruinas?

—Invernalia estará en ruinas, pero sigue siendo el hogar de lady Arya. ¿Qué mejor lugar para casarte con ella, llevártela a la cama y reclamar tus derechos? Pero eso es solo la mitad, claro. Tendríamos que ser idiotas para marchar contra Stannis. Que sea Stannis quien venga a nosotros. Es demasiado cauto para venir a Fuerte Túmulo, pero tendrá que ir a Invernalia; sus clanes no abandonarán a la

hija de su adorado Ned en manos de un sujeto como tú. Si Stannis no acude a Invernia, los perderá. Y es un comandante cauteloso, así que convocará a todos sus amigos y aliados. Convocará a Arnolf Karstark.

—Y será nuestro. —Ramsay se lamió los labios agrietados.

—Si los dioses lo quieren. —Roose se levantó—. Te casarás en Invernia. Comunicaré a los señores que nos pondremos en marcha dentro de tres días y los invitaré a acompañarnos.

—Eres el Guardián del Norte, ¡ordénaselo!

—Conseguiré exactamente lo mismo con una invitación. El poder pasa mejor cuando se adereza con cortesía; así que más te vale aprenderlo si piensas gobernar alguna vez. —El señor de Fuerte Terror echó una mirada a Hediondo—. Ah, y desencadena a tu amiguito. Me lo llevo.

—¿Cómo que te lo llevas? ¡Es mío! ¡No puedes quitármelo!

Roose sonrió como si aquello le hiciera mucha gracia.

—Tú solo tienes lo que te he dado y más te vale no olvidarlo, bastardo. En cuanto a este... Hediondo... Si no has acabado con él por completo, todavía puede sernos de utilidad. Quitale esas cadenas, venga, no hagas que lamente el día en que violé a tu madre.

Hediondo vio como a Ramsay se le retorcía y le espumeaba la boca. Tuvo miedo de que salvara la mesa de un salto con el puñal en la mano, pero solo se puso muy rojo, apartó los ojos claros de los ojos aún más claros de su padre y fue a buscar las llaves. Cuando se arrodilló para soltar las cadenas de las muñecas y tobillos de Hediondo, se le acercó mucho.

—No le digas nada y recuerda cada una de sus palabras —le susurró—. Te cuente lo que te cuente esa zorra de la Dustin, vas a volver conmigo. ¿Quién eres?

—Soy Hediondo, mi señor. Soy vuestro hombre. Soy Hediondo, soy Hediondo, mondo y lirondo.

—Exacto. Cuando mi padre te traiga de vuelta, te quitaré otro dedo. Te dejaré elegir cuál.

—¿Por qué? —preguntó con voz quebrada. Las lágrimas le corrieron incontrolables por las mejillas—. Yo no le he pedido que se me lleve. Haré lo que queráis, os serviré, os obedeceré, os... No, por favor...

Ramsay le dio un bofetón.

—Llévatelo —dijo a su padre—. Ni siquiera es un hombre. Me da asco su olor.

La luna ya brillaba sobre la muralla de madera de Fuerte Túmulo cuando salieron. Hediondo oyó el viento que soplaban en las llanuras que rodeaban la ciudad. Había menos de mil pasos desde Torre Túmulo hasta las modestas estancias de Harwood Stout, tras las puertas orientales. Lord Bolton le ofreció un caballo.

—¿Puedes montar?

—Creo... Puede... Sí, mi señor.

—Walton, ayúdalo.

Aun sin cadenas, Hediondo se movía como un viejo. La carne le colgaba flácida de los huesos, y Alyn el Amargo y Ben Huesos decían que tenía espasmos. Y olía tan mal... Hasta la yegua que le llevaron se apartó cuando intentó montar.

Pero era un animal dócil y conocía el camino de Torre Túmulo. Lord Bolton se situó a su lado para cruzar la puerta, mientras los guardias se rezagaban para seguirlos a una distancia prudencial.

—¿Cómo quieres que te llame? —le preguntó el señor cuando bajaban al trote por las anchas avenidas de Fuerte Túmulo.

«Hediondo, Hediondo, yo siempre me escondo».

—Hediondo, si le place a mi señor.

—Si le place a mi señor. —Los labios de Bolton se entreabrieron lo justo para mostrar los dientes. Tal vez estuviera esbozando una sonrisa.

—¿He dicho algo...?

—Has dicho: «Si le place a mi señor», y no «Si a mi señor le parece bien» o cualquier otra expresión más común. Cada vez que abres la boca delatas tu alta cuna. Si de verdad quieras hablar como un campesino, tienes que pronunciar las palabras como si tuvieras la lengua llena de barro.

—Si le pla... Si a mi señor le parece bien.

—Mucho mejor. Despides un olor horrible.

—Os suplico que me... Perdón, mi señor.

—¿Por qué te disculpas? Ese olor es cosa de mi hijo, no tuy a, lo sé muy bien.

Pasaron junto a un establo y una posada de postigos cerrados cuyo cartel mostraba una gavilla de trigo. Hediondo oyó la música que se filtraba por las ventanas.

—Yo conocí al primer Hediondo —prosiguió lord Bolton—. Apestaba, pero no por no lavarse. A decir verdad, en mi vida he conocido a criatura más limpia. Se bañaba tres veces al dia y se ponía flores en el pelo como si fuera una doncella. En cierta ocasión, cuando aún vivía mi segunda esposa, lo pillaron robándole perfume de sus habitaciones. Mandé que le dieran una docena de latigazos, y hasta la sangre le olía mal. Al cabo de un año volvió a intentarlo, pero lo que hizo fue beberse el perfume, y estuvo a punto de morir. No sirvió de nada; había nacido con ese olor. Los aldeanos decían que se trataba de una maldición, que los dioses lo habían hecho así de pestoso para que todo el mundo supiera que tenía el alma podrida. Mi viejo maestre insistía en que eso era el síntoma de una enfermedad, pero por lo demás, el chico era fuerte como un roble. Nadie soportaba tenerlo cerca, así que dormía con los cerdos... hasta el día en que la madre de Ramsay se presentó ante mi puerta para exigirme que le proporcionara un criado a mi bastardo, que estaba cada vez más indómito, y le di

a Hediondo. Fue por hacer una broma, pero Ramsay y él se volvieron inseparables. Lo que no sé es quién corrompió a quién, ¿Ramsay a Hediondo, o Hediondo a Ramsay? —Su señoría miró al nuevo Hediondo con unos ojos claros y extraños como dos lunas blancas—. ¿Qué te ha dicho al oído al quitarte las cadenas?

—Me... Me ha dicho... —«... que no te diga nada». Las palabras se le atragantaron, y se puso a toser de manera incontrolable.

—Respira hondo; ya sé qué te ha dicho. Que me espíes y que no me cuentes sus secretos. —Dejó escapar una risita—. Como si tuviera alguno. Alyn el Amargo, Luton, Desollador, todos los demás... ¿De dónde creerá que han salido? ¿De verdad cree que le son leales?

—Leales —repitió Hediondo. Por lo visto se esperaba que hiciera algún comentario, pero no sabía qué decir.

—¿Mi bastardo te ha contado alguna vez cómo lo concebí?

—Así es... —Se sintió aliviado, porque aquello sí lo sabía—. Sí, mi señor. Visteis a su madre cuando paseabais a caballo y su belleza os subyugó.

—¿Me subyugó? —Bolton se echó a reír—. ¿Con esas palabras te lo dije? Vaya, si al final va a resultar que el muchacho tiene alma de bardo... Aunque si te tragas esa monserga, eres más corto de entendederas que el primer Hediondo. Ni siquiera es cierto lo de que fuera paseando. Estaba cazando un zorro por el río de las Lágrimas cuando pasé junto a un molino y vi a una joven que lavaba la ropa en el arroyo. El viejo molinero se había buscado una nueva esposa, una chica que no tenía ni la mitad de su edad. Era alta, espigada, de aspecto saludable, con piernas largas y pechos pequeños y firmes como dos ciruelas maduras. Bonita, a su manera vulgar. En cuanto le puse los ojos encima, me encapriché. Me correspondía por ley. Dicen los maestres que el rey Jaehaerys abolió el derecho de pernada, todo para apaciguar a la fierecilla de su reina... Pero allí donde mandan los antiguos dioses siguen vigentes las antiguas costumbres. Los Umber también conservan el privilegio, y a ver quién se atreve a negárselo. También los clanes de la montaña, por supuesto, y en Skagos... Bueno, solo los árboles corazón ven la mitad de las cosas que se hacen en Skagos.

» El caso es que el molinero se había casado sin mi permiso ni conocimiento: me había engañado. Por tanto, lo ahorqué y reclamé mis derechos bajo el árbol del que colgaba su cadáver. La verdad es que la mujer no valía ni la soga con la que lo ahorcamos. Encima se escapó el zorro y en el camino de regreso a Fuerte Terror se quedó cojo mi corcel favorito, así que fue un mal día.

» Al cabo de un año, esa misma mujer tuvo el descaro de presentarse en Fuerte Terror con un monstruo berreante de cara congestionada que según ella era mío. En aquel momento debería haber azotado a la mujer y tirado al niño al pozo... pero era verdad que tenía mis ojos. Me dijo la molinera que, cuando el hermano de su difunto marido vio aquellos ojos, le dio una paliza y la echó.

Aquello me molestó mucho, así que mandé que le cortaran la lengua al hermano para asegurarme que no se iría corriendo a Invernia a contar cuentos que incomodaran a lord Rickard. A partir de entonces, cada año enviaba a la mujer unos lechones, unos pollos y una bolsa de estrellas, a condición de que jamás le dijera al chico quién lo había engendrado. Tierras tranquilas y un pueblo callado, esa ha sido siempre mi norma.

—Buena norma, mi señor.

—Pero me desobedeció. Ya has visto cómo es Ramsay, ¿no? Pues fue ella quien lo hizo así, y también a Hediondo. Se pasó la vida llenándole la cabeza de tonterías sobre sus derechos. Debería haberse conformado con moler maíz. ¿De verdad cree que puede gobernar el Norte?

—Pelea por vos —soltó Hediondo sin poder contenerse—. Es fuerte.

—Los toros son fuertes, y los osos. He visto luchar a mi bastardo y no se puede decir que él tenga toda la culpa. Su instructor fue el primer Hediondo, y no había aprendido nunca a usar las armas. Ramsay es fiero, no cabe duda, pero blande la espada como si fuera un cuchillo de carnicero.

—No tiene miedo de nadie, mi señor.

—Pues debería. El miedo es lo que nos mantiene con vida en este mundo de engaños y traiciones. Los cuervos se están congregando incluso aquí, en Fuerte Túmulo, para cebarse con nuestra carne. No se puede confiar en los Cerwyn ni en los Tallhart; mi gordo amigo lord Wyman planea traicionarnos, y Mataputas... Los Umber parecen simplones, pero no les falta astucia. Ramsay debería tenerles miedo, igual que se lo tengo yo. La próxima vez que lo veas, díselo.

—¿Qué le diga... que tenga miedo? —La sola idea hizo que a Hediondo le temblaran las piernas—. Mi señor, si le... Si le digo eso, me...

—Lo sé —suspiró lord Bolton—. Tiene mala sangre. Habría que sangrarlo. Las sanguijuelas chupan la sangre mala, la rabia, el dolor. No se puede pensar cuando se está tan lleno de rabia. Lo malo es que con Ramsay... Mucho me temo que su sangre envenenaría hasta a las sanguijuelas.

—Es vuestro único hijo.

—Por ahora. Tenía otro, Domeric; un muchacho tranquilo pero cabal. Sirvió cuatro años a lady Dustin como paje, y tres en el Valle como escudero de lord Redfort. Tocaba el arpa, leía y cabalgaba como el viento. Lo volvían loco los caballos; ya te lo contaré lady Dustin. Ni la hija de lord Rickard lo superaba, y eso que esa muchacha también era mitad caballo. Redfort decía que sería muy bueno en las justas. No se puede justar bien si no se sabe montar bien.

—Sí, mi señor. Domeric. Ya... Ya había oído hablar de él...

—Lo mató Ramsay. El maestre Uthro dijo que fue una enfermedad de las tripas, pero yo sé que lo envenenó. En el Valle, Domeric había disfrutado de la compañía de los hijos de Redfort y quería tener un hermano, de modo que cogió el caballo y se fue al río de las Lágrimas en busca de mi bastardo. Yo se lo había

prohibido, pero Domeric era adulto y se creía más listo que su padre. Ahora sus huesos reposan bajo Fuerte Terror, junto con los de sus hermanos muertos en la cuna, y solo me queda Ramsay. Dime: si aquel que mata a la sangre de su sangre queda maldito, ¿qué debería hacer un padre si uno de sus hijos mata a otro?

La pregunta le dio miedo. En cierta ocasión había oído comentar a Desollador que el Bastardo había matado a su hermano legítimo, pero no se atrevió a creerlo.

«Tal vez se equivoque. Los hermanos mueren, y no siempre porque nadie los mate. Mis hermanos murieron, y yo no los maté».

—Mi señor tiene una esposa joven que le dará hijos varones.

—Verdad que eso le encantará a mi bastardo? Lady Walda es una Frey, así que será fértil, y por extraño que parezca me he encariñado con esa gordita que tengo por mujer. Las dos anteriores no hacían ni un sonido en la cama, pero esta chilla y se mueve, lo que me resulta cautivador. Si pare hijos con la misma soltura que come tartas, Fuerte Terror estará hasta arriba de pequeños Bolton dentro de nada. Ramsay los matará a todos, claro. Supongo que es lo mejor. No voy a vivir lo suficiente para verlos crecer, y los señores niños son la muerte de cualquier casa. Pero a Walda le dolerá.

Hediondo tenía la garganta seca. Escuchó el sonido del viento entre las ramas peladas de los olmos que bordeaban la calle.

—Mi señor, ¿me permitís una pregunta?

—Claro, pero no te olvides de hablar como los campesinos.

—Mi señor —masculló Hediondo—, ¿para qué me queríais? No le sirvo de nada a nadie. Ni siquiera soy un hombre, estoy destrozado, y este olor...

—Un baño y un cambio de ropa, y todo resuelto.

—Un baño? —Se le hizo un nudo en la garganta—. M-mejor no, mi señor, por favor. Tengo... Tengo heridas..., y esta ropa... es la que me dio lord Ramsay. Me dijo... Me dijo que no me la podía quitar... a menos que me lo ordenara él...

—Llevas harapos —respondió lord Bolton con bastante paciencia—. No son más que trapos rotos y sucios que apestan a sangre y orina. Y no abrigan nada; debes de tener frío. Te daremos prendas de lana, suaves y cálidas, y puede que hasta una capa de piel. ¿Te apetece?

—No. —No podía permitir que le quitaran la ropa que le había dado lord Ramsay. No podía permitir que lo vieran.

—¿Preferirías vestir sedas y terciopelos? Era lo que te gustaba en otros tiempos.

—No —insistió con voz chillona—. No, solo quiero esta ropa. La ropa de Hediondo. Soy Hediondo, soy Hediondo, lo llevo muy hondo. —El corazón le latía como un tambor y el miedo le tornaba aguda la voz—. No quiero bañarme. Por favor, mi señor, no me quitéis la ropa.

—Nos dejarás al menos que te la lavemos?

—No. No, mi señor. —Se apretó la túnica contra el pecho con las dos manos y se encogió en la silla, temeroso de que Roose Bolton ordenara a sus hombres que le arrancaran la ropa allí mismo, en plena calle.

—Como quieras. —Los ojos claros de Bolton contemplaron la luna, inexpresivos, como si no hubiera nada tras ellos—. No tengo intención de hacerte ningún daño. Es mucho lo que te debo.

—¿Si? —Una parte de él gritaba: « Es una trampa; está jugando conmigo. El hijo no es más que la sombra del padre ». Lord Ramsay no hacía más que jugar con sus esperanzas—. ¿Qué...? ¿Qué me debéis, mi señor?

—El Norte. Los Stark quedaron condenados la noche en que tomaste Invernalia. —Hizo un gesto de desdén—. Esto no son más que disputas por los despojos.

El corto viaje terminó ante la muralla de madera de Torre Túmulo. Los estandartes ondeaban al viento en sus torreones cuadrados: el hombre desollado de Fuerte Terror, el hacha de combate de Cerwyn, los pinos de Tallhart, el tritón de Manderly, las llaves cruzadas del anciano lord Locke, el gigante de Umber, la mano de piedra de Flint y el alce de Hornwood. El chevrón de gules y oro de los Stout; el campo ceniza dentro de un trechor doble blanco de los Slate. Cuatro cabezas de caballo, una gris, otra negra, otra dorada y otra marrón, anuncianaban la presencia de los cuatro Ryswell de los Riachuelos. Circulaba el chiste de que los Ryswell no se ponían de acuerdo ni en el color de su escudo de armas. Sobre todos ellos ondeaba el venado con el león del niño que se sentaba en el Trono de Hierro, a mil leguas de allí.

Hediondo oyó girar las aspas del viejo molino cuando pasaron junto a la caseta de la entrada y llegaron al patio de hierba, donde unos mozos de cuadra corrieron a hacerse cargo de sus caballos.

—Por aquí, por favor.

Lord Bolton lo condujo a la edificación central, donde ondeaban estandartes con los emblemas de lord Dustin y su viuda. El del difunto lord Dustin mostraba una corona sobre dos hachas largas cruzadas; el de ella, acuartelado, mostraba las mismas armas y también la cabeza de caballo dorada de Rodrik Ryswell. Al subir por un ancho tramo de peldaños de madera, a Hediondo le empezaron a temblar las piernas. Tuvo que detenerse para recuperar el control, y alzó la vista hacia las laderas cubiertas de hierba del Gran Túmulo. Había quien afirmaba que era la tumba del Primer Rey, que había guiado a los primeros hombres a Poniente. Otros aseguraban que quien yacía allí, a juzgar por el tamaño de la tumba, era un rey de los gigantes. También se decía que no se trataba de una sepultura, sino de una simple colina, pero en semejante caso se trataba de una colina muy solitaria, pues los túmulos eran en su mayor parte tierras llanas y azotadas por el viento.

Dentro del edificio, una mujer se calentaba las manos con las brasas

moribundas de la chimenea. Iba de negro de los pies a la cabeza y no lucía oro ni piedras preciosas, pero saltaba a la vista que era de alta cuna. Tenía patas de gallo y arrugas en las comisuras de la boca, pero mantenía la espalda erguida y era hermosa, con el pelo castaño y blanco a partes iguales peinado en un moño.

—¿Quién es ese? —preguntó—. ¿Dónde está el muchacho? ¡Es que vuestro bastardo se ha negado a devolverlo? ¡Este anciano es su...? ¡Alabados sean los dioses, qué peste! ¡Es que este hombre se ha ensuciado encima?

—Ha estado con Ramsay. Lady Barbrey, os presento a Theon de la casa Greyjoy, legítimo señor de las islas del Hierro.

« No —pensó—. No, no, no digáis ese nombre, Ramsay va a oíros, se va a enterar, va a hacerme daño» .

—No es lo que esperaba. —La mujer frunció los labios.

—Es lo que tenemos.

—¿Qué le ha hecho vuestro bastardo?

—Supongo que quitarle algo de piel. Y algunas partes del cuerpo. Nada esencial.

—¿Está loco?

—Es posible. ¿Importa mucho?

Hediondo no pudo soportarlo más.

—Por favor, mi señor, mi señora, aquí ha habido un error. —Cayó de rodillas, temblando como una hoja en una tormenta de invierno, con las destrozadas mejillas llenas de lágrimas—. No soy él, no soy el cambiacapas, el cambiacapas murió en Invernalia. Me llamo Hediondo. —Tenía que recordar su nombre—. Siempre respondo.

La *Selaesori Qhoran* estaba ya a siete días de Volantis cuando Penny salió por fin de su camarote, como un animalillo asustadizo que asomara de nuevo al bosque tras dormir todo el invierno.

Estaba anocheciendo. El sacerdote rojo había encendido la hoguera nocturna en el gran brasero de hierro que había en medio del barco, y la tripulación se había congregado a su alrededor para rezar. La voz de Morroqo era un tambor grave que parecía surgir de lo más hondo de su gigantesco torso.

—Te damos las gracias por tu sol, que nos aporta calor —rezó—. Te damos las gracias por tus estrellas, que velan por nosotros mientras navegamos por este mar frío y negro.

El sacerdote era corpulento, más alto que ser Jorah y el doble de ancho, y casi siempre vestía una túnica roja con llamas de seda anaranjada bordadas en las mangas, el cuello y el dobladillo. Las llamas que llevaba tatuadas en la frente y en las mejillas eran naranja y amarillas. Portaba un cayado de hierro tan alto como él, rematado en una cabeza de dragón. Cuando golpeaba la cubierta con la base, el dragón escupía llamas verdes.

Sus guardias, cinco guerreros esclavos de la Mano de Fuego, dirigían el coro de respuestas durante las oraciones. Rezaban en el dialecto de la Antigua Volantis, pero Tyrion había oído las plegarias tantas veces que ya entendía lo más importante: «Enciende nuestro fuego, protégenos de la oscuridad, blablablá, ilumina nuestros pasos y manténnos calentitos, la noche es oscura y alberga horrores, salvanos de todo lo que nos da miedo y más blablablá».

No era tan idiota como para decirlo en voz alta. A Tyrion Lannister lo traían sin cuidado los dioses, pero a bordo de aquel barco era mejor mostrar cierto respeto hacia el rojo R'hllor. Jorah Mormont le había quitado las cadenas en cuanto estuvieron lejos de la costa, y no tenía la menor intención de darle motivos para que volviera a ponérselas.

La *Selaesori Qhoran* era una bañera flotante de diez mil quintales con grandes bodegas, castillos de proa y popa, y un mástil solitario en el centro. En la proa lucía un mascarón grotesco, algún personaje devorado por la carcoma y con pinta de estreñido que llevaba un pergamo enrollado bajo el brazo. Tyrion no había visto un barco más feo en toda su vida. La tripulación tampoco destacaba por su belleza: el capitán era un barrigón deslenguado y malhumorado de ojos codiciosos, muy juntos, mal jugador de *sitrang* y peor perdedor. Tenía a sus órdenes a cuatro contramaestres, los cuatro libertos, y cincuenta esclavos, todos ellos con una versión rudimentaria del mascarón de la coca tatuada en la mejilla. Los marineros llamaban Sinnariz a Tyrion, por mucho que repitiera que su nombre era Hugor Colina.

Tres contramaestres y más de tres cuartas partes de la tripulación adoraban fervientemente al Señor de Luz. En cuanto al capitán, Tyrion no estaba tan seguro: salía de su camarote para la plegaria nocturna, aunque no tomaba parte en ella. Pero lo cierto era que, al menos durante aquella travesía, el verdadero capitán de la *Selaesori Qhoran* era Morroqo.

—Señor de Luz, bendice a tu esclavo Morroqo e ilumina su camino por los lugares oscuros del mundo —tronó la voz del sacerdote rojo—. Protege a tu justo esclavo Benerro. Dale valor, dale sabiduría, llena de fuego su corazón.

De pronto, Tyrion advirtió la presencia de Penny, que contemplaba la farsa desde la empinada escalera de madera que bajaba del castillo de popa. Estaba en uno de los peldaños inferiores, así que solo se le veía la cabeza. Bajo la capucha, unos ojos grandes, blancos, brillaban a la luz de la hoguera. La acompañaba su perro, el mastín gris que cabalgaba en sus parodias de justas.

—Mi señora —llamó Tyrion con voz queda.

No era ninguna señora, claro, pero no se acostumbraba a pronunciar su estúpido nombre, y tampoco iba a llamarla *chica* o *enana*. Ella dio un respingo.

—No... No os había visto.

—Es que soy pequeño.

—No me... No me encontraba bien. —Su perro ladró.

«Querrás decir que estabas enferma de dolor».

—Si puedo ayudarlos en algo...

—No.

Volvió a desaparecer en dirección al camarote que compartía con el perro y la cerda. Tyrion no podía reprochárselo. La tripulación de la *Selaesori Qhoran* se había alegrado cuando él subió a bordo, ya que los enanos daban buena suerte. Le habían frotado la cabeza tantas veces y con tanto entusiasmo que de milagro no lo habían dejado calvo. Pero a Penny la recibieron con sentimientos cruzados: era una enana, sí, pero también una mujer, y daba mala suerte llevar mujeres a bordo. Por cada marinero que intentaba frotarle la cabeza había tres que mascullaban conjuros de protección cuando se cruzaban con ella.

«Y cada vez que me ve es como si le echaran sal en la herida. A su hermano le cortaron la cabeza con la esperanza de que fuera la mía, pero aquí estoy, como una puta gárgola, tranquilizándola con palabras huecas. Yo en su lugar estaría deseando empujarme al mar».

Solo podía sentir compasión por la muchacha, que no merecía haber padecido semejante horror en Volantis; ni ella ni su hermano. La había visto por última vez justo antes de zarpar, y tenía los ojos hinchados por el llanto, dos desgarrones enrojecidos en una cara pálida y demacrada. Antes de que izaran las velas ya se había encerrado en el camarote con el perro y la cerda, pero por las noches se la oía llorar. El día anterior había oído a un contramaestre decirle a otro que habría que tirarla por la borda antes de que las lágrimas les inundaran el

barco. Tyrion no estaba completamente seguro de que fuera una broma.

Al terminar las oraciones nocturnas, la tripulación se dispersó: unos fueron a montar guardia; otros, en busca de comida, ron y hamacas, mientras que Morroq se quedó junto al fuego, como todas las noches. El sacerdote rojo dormía de día, pero mientras reinaba la oscuridad montaba guardia ante sus llamas sagradas para que el sol las encontrara vivas al amanecer. Tyrion se sentó delante para quitarse de las manos el frío nocturno. Durante un rato, Morroq no se fijó en él: estaba concentrado en el fuego, inmerso en alguna visión.

« ¿Verá los tiempos que están por llegar, tal como asegura? » . Si era cierto, se trataba de un don temible. Tras unos momentos, el sacerdote alzó la vista y su mirada se encontró con la del enano.

—Hugor Colina —dijo al tiempo que inclinaba la cabeza en gesto solemne—. ¿Habéis venido a rezar conmigo?

—Me dijeron que la noche es oscura y alberga horrores. ¿Qué veis en esas llamas?

—Dragones —respondió Morroq en la lengua común de Poniente. La hablaba muy bien, casi sin acento; sin duda era uno de los motivos por los que el sumo sacerdote Benerro lo había elegido para llevar la fe de R'hllor a Daenerys Targaryen—. Dragones viejos y jóvenes, verdaderos y falsos, luminosos y oscuros. Y a vos. Un hombre pequeño con una sombra muy grande que ruge en el centro de todo.

—¿Que rujo? ¿Yo, con lo buena persona que soy? —Tyrion casi se sentía halagado. « Sin duda, eso es lo que pretende. A todo idiota le gusta sentirse importante» —. Puede que viera a Penny. Somos más o menos del mismo tamaño.

—No, amigo mío.

« ¿Amigo mío? ¿Cuándo hemos llegado a eso? » .

—¿Habéis visto cuánto tardaremos en llegar a Meereen?

—¿Tantas ganas tenéis de ver a la libertadora del mundo?

« Sí y no. Puede que la libertadora del mundo me corte la cabeza o me eche de aperitivo a sus dragones» .

—La verdad es que no —confesó Tyrion—. A mí lo que me interesa son las aceitunas, aunque tengo miedo de morir de viejo antes de probarlas. Si me tirase al mar y nadase como un perrito, llegaría antes. Decidme una cosa, ¿quién era Selaesori Qhoran? ¿Un triarca o una tortuga?

—Ni lo uno ni lo otro —respondió el sacerdote con una risita—. Un *qhoran* no es un gobernante, sino alguien que sirve al gobernante, lo asesora y lo ayuda a llevar a cabo sus planes. En Poniente lo llamaríais consejero, o magíster.

« ¿La mano del rey? » . Aquello le hizo mucha gracia.

—*Y selaesori?*

—Que despidie un aroma agradable. —Se rozó la nariz para ilustrar sus

palabras—. ¿Cómo diríais vosotros? ¿Fragante? ¿Floral?

—¡Así que Selaesori Qhoran viene a significar más o menos «consejero maloliente»!

—«Consejero fragante», más bien.

—Me quedo con «maloliente» —replicó Tyrion con una sonrisa traviesa—. Pero os agradezco la lección.

—Es para mí un placer iluminaros. Tal vez algún día me permitáis enseñaros también la verdad sobre R'hllor.

—Algún día. —«Cuando no sea más que una cabeza en una pica».

El alojamiento que compartía con ser Jorah se podía denominar camarote solo por cortesía. En aquel armario húmedo, oscuro y apestoso apenas había espacio para colgar dos hamacas, una encima de la otra. Cuando llegó, Mormont estaba tumbado en la de abajo y se mecía con el movimiento del barco.

—La chica ha asomado por fin la nariz a la cubierta —le dijo Tyrion—. Pero nada más verme ha vuelto a esconderse.

—Es que no eres muy grato a los ojos.

—No todos podemos ser tan guapos como tú. Esa chica está deshecha. No me extrañaría que la pobre hubiera subido para tirarse por la borda.

—La pobre se llama Penny.

—Ya sé cómo se llama. —Detestaba aquel nombre. Su hermano se hacía llamar Céntimo, aunque su verdadero nombre era Oppo. Céntimo y penique, las dos monedas más pequeñas, las de menor valor, y lo peor era que ellos mismos habían elegido sus nombres. Solo con pensarlo, Tyrion notaba un regusto amargo —. Se llame como se llame, necesita un amigo.

—Pues hazte amigo suyo. —Ser Jorah se incorporó en la hamaca—. Por mí como si quieras casarte con ella.

Aquello también le supo amargo.

—Los iguales se atraen, ¿no? ¿Eso crees? Y tú, ¿qué? ¿Vas a buscarte una osa?

—Fuiste tú quien se empeñó en traerla.

—Dije que no podíamos dejarla tirada en Volantis, pero eso no significa que quiera tirármela, y por si se te ha olvidado, lo único que desea ella es verme muerto. Como amigo le vale cualquiera menos yo.

—Los dos sois enanos.

—También lo era su hermano, y unos borrachos de mierda lo mataron porque lo confundieron conmigo.

—Te sientes culpable, ¿eh?

—No —se defendió Tyrion—. Ya tengo bastantes pecados propios por los que responder; no tuve nada que ver con este. Puede que no me gustara la farsa que representaron su hermano y ella en la boda de Joffrey, pero no les deseaba mal alguno.

—Claro, claro, eres un ser inofensivo, desvalido como un corderito. —Ser

Jorah se puso en pie—. La enana es cosa tuya. Bésala, mátala o dale esquinazo, lo que mejor te pareza. Me es indiferente. —Empujó a Tyrion a un lado para salir del camarote.

« No me extraña que lo hayan exiliado dos veces —pensó Tyrion—. Yo también lo exiliaría si estuviera en mi mano. Es frío, hosco y malhumorado; no sabe bromear ni entiende las bromas... y esas son sus virtudes. —Cuando no estaba durmiendo, ser Jorah se pasaba las horas paseando por el castillo de proa o acodado en la baranda, contemplando el mar—. Busca a su reina de plata. Busca a Daenerys, y daría cualquier cosa por que el barco volara. Bueno, lo mismo haría yo si Tysha me esperase en Meereen».

¿Sería la bahía de los Esclavos el lugar adonde iban las putas? No parecía probable. Por lo que había leído, las ciudades esclavistas eran el lugar del que salían las putas.

« Mormont habría hecho bien en comprarse una» . Tal vez una esclava bonita le hubiera mejorado el humor, sobre todo si tenía el pelo plateado como la zorra que había tenido sentada en la polla en Selhorys.

En el río, Tyrion había tenido que soportar a Grif, pero allí al menos podía entretenerte con el misterio de la identidad del capitán y con la compañía, más grata, de los otros pasajeros de la barcaza. Por desgracia, en la coca todos eran quienes parecían, y el único que ofrecía algo de interés era el sacerdote rojo. « El sacerdote y tal vez Penny. Pero ella me detesta, y no me extraña» .

La vida a bordo de la *Selaesori Qhoran* era de lo más tedioso. La parte más emocionante del día llegaba cuando tenía que pincharse los dedos de las manos y los pies con el cuchillo. En el río se veían cosas admirables: tortugas gigantes, ciudades en ruinas, hombres de piedra, septas desnudas... Nunca se sabía qué pasaría al doblar el siguiente meandro. En el mar, todos los días y todas las noches eran iguales. Tras zarpar de Volantis, la coca había navegado cerca de tierra al principio, de manera que Tyrion podía admirar los golfos, contemplar las bandadas de pájaros que alzaban el vuelo en los acantilados pedregosos y en las atalayas semiderruidas, contar los islotes que pasaban de largo... También vio otras muchas embarcaciones: barcas de pesca, pesados mercantes, ufanas galeras que hendían las olas con los remos para levantar crestas de espuma blanca... Pero cuando se adentraron en aguas más profundas solo quedaron el cielo, el mar, el aire y el agua. El agua era agua, y el cielo, cielo, a veces con alguna nube.

« Demasiado azul» .

Las noches eran peores. Hasta en los mejores momentos le costaba dormir, y aquellos momentos no eran los mejores ni de lejos. Dormir implicaba demasiadas veces soñar, y en los sueños lo aguardaban los Pesares y un rey de piedra con el rostro de su padre. Sus opciones eran a cual menos deseable: encaramarse a la hamaca superior para oír los ronquidos de Jorah Mormont en la

inferior, o quedarse en cubierta para contemplar el mar. En las noches sin luna, el agua era negra como tinta de maestre, de horizonte a horizonte. Oscura, profunda, imponente, hermosa de una manera escalofriante; pero si la miraba demasiado tiempo, Tyrion acababa pensando en lo fácil que sería saltar por la borda y adentrarse en aquella oscuridad. Unas salpicaduras de espuma minúsculas, y la historia patética e insignificante que había sido su vida habría terminado.

«Pero ¿y si mi padre me espera en el infierno?».

La mejor parte de las veladas era la cena. La comida no era excepcional, pero sí abundante. El comedor era diminuto e incómodo, con el techo tan bajo que los pasajeros más altos siempre se golpeaban la cabeza, accidente al que eran especialmente propensos los fornidos soldados esclavos de la Mano de Fuego. Tyrion se lo pasaba en grande riéndose entre dientes cada vez que uno se daba un golpe, pero prefería comer a solas. Le resultaba aburrido y cansado sentarse a una mesa abarrotada, con gente cuyo idioma desconocía, y escuchar conversaciones y bromas sin entender nada. Para colmo de males, con frecuencia se imaginaba que aquellas bromas y las consiguientes carcajadas eran a costa de él.

El comedor también era el lugar donde se guardaban los libros del barco. El capitán, hombre más letrado de lo habitual en el gremio, tenía tres: una recopilación de poemas náuticos que iban de lo malo a lo peor; un sobado volumen sobre las aventuras eróticas de una joven esclava en una casa de mancebía lysena, y el cuarto y último tomo de *Vida del triarca Belicho*, la biografía de un legendario patriota volantino cuya ininterrumpida sucesión de victorias y conquistas llegaba a un final un tanto abrupto cuando lo devoraban los gigantes. Tyrion se había terminado los tres antes de que acabara la tercera singladura, y luego, a falta de otros libros, empezó a releerlos. La historia de la esclava era la peor escrita, pero también la más absorbente, y fue la que eligió aquella noche para acompañar la cena a base de remolachas con mantequilla, guiso frío de pescado y unos bollos que se podrían usar de armas arrojadizas.

Estaba leyendo la narración de cómo la chica y su hermana caían en manos de los esclavistas cuando Penny entró en el comedor.

—¡Oh! —exclamó la enana—. Creía que... No quería molestar, mi señor, no...

—No me molestas. Espero que no vengas a matarme.

—No. —Apartó la vista, sonrojada.

—En ese caso, se agradece la compañía. No es cosa que sobre en este barco. —Tyrion cerró el libro—. Siéntate, come algo. —La chica había dejado casi todas las comidas intactas ante la puerta de su camarote; a aquellas alturas debía de estar muerta de hambre—. El guiso es casi comestible. Al menos, el pescado es fresco.

—No, no puedo comer pescado, una vez se me atragantó una espina.

—Pues bebe vino. —Llenó una copa y la empujó hacia ella—. Cortesía de nuestro capitán. La verdad es que se parece más al pis que al dorado del rejo, pero es que hasta el pis sabe mejor que esa brea negra que los marineros llaman ron. Esto te ayudará a dormir.

La chica no hizo ademán de tocar la copa.

—Gracias, mi señor, pero no. —Retrocedió un paso—. No debería molestaros.

—¿Piensas pasarte el resto de tu vida huyendo? —preguntó Tyrion antes de que le diera tiempo a salir por la puerta.

Aquello hizo que se detuviera en seco. Las mejillas se le pusieron aún más rojas, y durante un momento pareció que se echaría a llorar otra vez, pero la expresión que puso fue desafiante.

—Vos también estáis huyendo.

—Ciento —reconoció—, pero yo huyo hacia algo y tú de algo. Hay una gran diferencia.

—De no ser por vos, no habríamos tenido que huir.

« Ha necesitado valor para decirme eso a la cara» .

—¿De Desembarco del Rey o de Volantis?

—De ninguna de las dos. —Tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¿Por qué no vinisteis a justar con nosotros, como quería el rey? No os habríamos hecho daño. ¿Qué le habría costado a mi señor montarse en el perro y justar para darle gusto al muchacho? No era más que un poco de diversión. Se habrían reído de vos, y ya está.

—Se habrían reido de mí. —« En lugar de eso, hice que se rieran de Joff. Qué buen truco, ¿eh?» .

—Mi hermano dice que hacer reír a la gente es bueno, es una noble misión. Mi hermano dice..., decía... —Las lágrimas le corrieron por el rostro.

—Siento lo de tu hermano. —Tyrion le había dicho aquellas mismas palabras en Volantis, pero la primera vez, la chica estaba tan hundida en el dolor que dudaba mucho que lo hubiera oído. En aquella ocasión lo oyó.

—Lo sentís. Así que lo sentís. —Le temblaba el labio; tenía las mejillas húmedas, y sus ojos eran agujeros enrojecidos—. Nos fuimos de Desembarco del Rey aquella misma noche. Mi hermano dijo que sería lo mejor, antes de que alguien pensara que habíamos participado en el asesinato del rey y quisiera torturarnos para averiguarlo. Primero fuimos a Tyrosh. Mi hermano pensó que ya nos habíamos alejado bastante, pero no era así. Allí conocimos a un malabarista. Se había pasado años y años actuando, día tras día, junto a la fuente del Dios Borracho. Era tan viejo que había perdido destreza; a veces se le caían las bolas y tenía que correr por toda la plaza para recuperarlas, pero los tyroshis se reían y seguían echándole monedas. Hasta que una mañana nos enteramos de

que habían encontrado su cadáver. Junto al templo del dios Trios, que tiene tres cabezas, hay una gran estatua que lo representa. Al pobre viejo lo habían cortado en tres trozos para meterlo en las tres bocas. Pero cuando volvieron a juntar los pedazos del cadáver, faltaba la cabeza.

—Un regalo para mi querida hermana. El viejo también era enano.

—Un hombrécito, sí. Como vos, como Oppo. Como Céntimo. ¿También sentís lo del malabarista?

—Hasta ahora desconocía la existencia de tu malabarista... Pero sí, lamento su muerte.

—Murió por vos. Lleváis su sangre en las manos.

La acusación le dolió, sobre todo cuando tenía tan presentes las palabras de Jorah Mormont.

—Quien tiene su sangre en las manos es mi hermana, y también los animales que lo mataron. Mis manos... —Tyrion se las inspeccionó y apretó los puños—. Mis manos también están manchadas de sangre, de sangre vieja, sí. Si me llamas parricida, no mentirás. Matarreys... Bueno, también respondo a ese nombre. He matado a madres, a padres, a sobrinos, a amantes, a hombres y a mujeres, a reyes y a putas. En cierta ocasión me incomodó un bardo, así que encargué que estofaran al muy cabrón. Pero en mi vida he matado a un malabarista ni a un enano, y no pienso dejar que me culpes por lo que le pasó a tu puto hermano.

Penny cogió la copa de vino que le había servido Tyrion y se la tiró a la cara.

«Igual que mi querida hermana. —Oyó como se cerraba la puerta del comedor, pero no la vio salir: le escocían los ojos y todo estaba borroso alrededor —. Adiós a cualquier posibilidad de hacernos amigos».

Tyrion Lannister no tenía gran experiencia en el trato con otros enanos. Su señor padre no quería nada que le recordara la deformidad de su hijo, y las compañías de titiriteros que incluían a gente pequeña aprendieron pronto a no acercarse a Lannisport ni a Roca Casterly, para no desatar su cólera. Cuando se hizo mayor, Tyrion oyó hablar de un bufón enano que estaba al servicio del dorniense lord Fowler, de un maestre enano de los Dedos y de una enana que había ingresado en las hermanas silenciosas, pero nunca sintió el impulso de ir a conocerlos. También llegaron a sus oídos historias menos fidedignas: una bruja enana que hechizaba una colina en las tierras de los ríos o una puta enana de Desembarco del Rey, famosa por copular con perros. Su querida hermana era quien le había hablado de esta última, e incluso se había ofrecido a buscarle una perra en celo por si quería probar. Cuando Tyrion le preguntó con toda cortesía si se refería a sí misma, Cersei le tiró una copa de vino a la cara.

«Pero aquel vino era tinto, y este, dorado». Se limpió la cara con la manga. Seguían escociéndole los ojos.

No volvió a ver a Penny hasta el día de la tormenta.

El aire salado era denso aquella mañana y no soplaban ni la menor brisa, pero

el cielo estaba rojo fuego en el oeste, y las nubes bajas que lo rasgaban como jirones eran de un escarlata tan vivo como el de los Lannister. Los marineros estaban muy ajetreados atrancando escotillas, tirando cabos, despejando las cubiertas y amarrando todo lo que no estuviera ya amarrado.

—Vienen vientos malos —le advirtió uno—. Sinnariz, abajo.

Tyron recordó la tormenta que había padecido al cruzar el mar Angosto, la manera en que la cubierta saltaba bajo sus pies, los espantosos crujidos del barco, el sabor a vino y vomito en la boca.

—Sinnariz se queda arriba.

Si los dioses querían llevárselo, prefería morir ahogado en el mar que en un charco de su propio vomito. Sobre él, la vela de lona de la coca se tensó lentamente, como la piel de una bestia inmensa que se desperezara tras un largo sueño, y de repente se llenó de viento con un restallido súbito que hizo que pasajeros y tripulantes se volvieran para mirar. Los vientos impulsaron la coca y la sacaron de su rumbo. Tras ellos se aglomeraban nubarrones negros contra un cielo rojo sangre. A media mañana empezaron a ver relámpagos hacia el oeste, seguidos por el retumbar lejano del trueno. El mar se encabritó, y se alzaron olas oscuras para golpear el casco de la *Consejero Maloliente*. Fue entonces cuando la tripulación empezó a arriar las velas. En mitad de la cubierta, Tyrion no hacía más que estorbar, así que subió al castillo de proa y se acuclilló para sentir la bofetada de la lluvia fría en las mejillas. La coca subía y bajaba, con más sacudidas que ningún caballo que hubiera montado en su vida; se elevaba con cada ola antes de precipitarse hacia abajo y volver a subir con movimientos bruscos que le desencajaban los huesos. Pese a todo, estaba mejor allí arriba, donde podía ver lo que pasaba, que encerrado en cualquier camarote sin ventilación. Cuando estalló la tormenta ya había anochecido, y Tyrion Lannister estaba calado hasta la ropa interior. Pese a todo, se sentía eufórico... y más aún cuando encontró a Jorah Mormont en el camarote, borracho sobre un charco de vomito.

El enano se quedó un rato en el comedor tras la cena, y celebró el haber sobrevivido compartiendo unos tragos de ron denso y negro con el cocinero, un patán volantino enorme y grasiendo que solo conocía una palabra de la lengua común, *joder*, pero jugaba al *sitrang* con un estilo feroz, sobre todo cuando estaba borracho. Aquella noche jugaron tres partidas. Tyrion ganó la primera y acto seguido perdió dos. Cuando decidió que ya había tenido suficiente, se dirigió a trompicones a la cubierta para despejarse de ron y elefantes.

Se encontró a Penny en el castillo de proa, donde tantas veces veía a ser Jorah. Estaba ante la baranda, junto al repulsivo mascarón medio podrido, contemplando el mar negro como la tinta. De espaldas parecía menuda e indefensa como una niña.

Tyron pensó que sería mejor no molestarla, pero era tarde; ya lo había oido

llegar.

—Hugor Colina.

—Si prefieres llamarme así... —« Los dos sabemos que no es mi nombre » —. Siento haberte molestado. Ya me voy.

—No. —Tenía la cara pálida y triste, pero no parecía haber llorado—. Yo también lo siento. Lo del vino, quiero decir. No fuisteis vos quien mató a mi hermano, ni a aquel pobre anciano de Tyrosh.

—Tuve algo que ver, pero no por mi voluntad.

—Lo echo tanto de menos... A mi hermano. No...

—Te comprendo. —Sin querer, pensó en Jaime. « Date por afortunada. Tu hermano murió antes de poder traicionarte » .

—Creí que quería morir —siguió ella—, pero hoy, cuando se ha desatado la tormenta y he pensado que el barco podía hundirse, me..., me...

—Te has dado cuenta de que quieres vivir. —« Yo también he pasado por eso. Ya tenemos otra cosa en común » .

La chica tenía los dientes torcidos y no prodigaba las sonrisas, pero en aquel momento le dedicó una.

—¿De verdad guisasteis a un bardo?

—¿Quién? ¿Yo? No, no sé cocinar.

Penny dejó escapar una risita y sonó como lo que era: una jovencita de... diecisiete, dieciocho años? No más de diecinueve.

—¿Qué había hecho ese bardo?

—Componer una canción sobre mí. —« Era un tesoro secreto, su alegría y su deshonra. Nada es torre ni cadena si hay un beso que trastorna » . Era extraño cómo había recordado la letra de repente. Tal vez nunca la hubiera olvidado. « Las manos de oro » .

—Debía de ser malísima.

—La verdad es que no. Tampoco era « Las lluvias de Castamere », pero algunas estrofas estaban... Bueno...

—¿Cómo era?

—No —rio Tyrion—, créeme, es mejor que no cante.

—Mi madre nos cantaba a mi hermano y a mí cuando éramos pequeños. Decía que no hace falta tener buena voz para cantar algo que te guste.

—¿Ella también era...?

—... pequeña? No, pero nuestro padre, sí. Su padre lo vendió a un esclavista cuando tenía tres años, pero se hizo tan famoso como titiritero que compró su libertad. Viajó a todas las Ciudades Libres, y también a Poniente. En Antigua lo llamaban Saltarin.

« Cómo no » . Tyrion trató de no hacer un gesto de desagrado.

—Ya murió —siguió Penny—. Igual que mi madre. Oppo... No me quedaba más familia que él, y ahora también lo he perdido. —Apartó la mirada para

contemplar el mar—. ¿Qué voy a hacer? ¿Adónde puedo ir? No conozco ningún oficio, solo el espectáculo de las justas, y para eso hacen falta dos personas.

«No —pensó Tyrion—, no se te ocurra seguir por ahí. No me pidas eso. Ni lo sueñes».

—Busca a algún chaval huérfano que sea adecuado —sugirió.

—La idea de las justas fue de nuestro padre —siguió Penny como si no lo hubiera oido—. Hasta entrenó a nuestra primera cerda, pero estaba demasiado enfermo para montarla, así que Oppo ocupó su lugar. Yo siempre iba en el perro. Una vez actuamos para el Señor del Mar de Braavos, y se rio tanto que, cuando terminamos, nos dio a cada uno... un gran regalo.

—¿Fue allí donde os encontró mi hermana? ¿En Braavos?

—¿Vuestra hermana? —La chica lo miró sin comprender.

—La reina Cersei.

—No, no. —Penny sacudió la cabeza—. El que nos contrató en Pentos fue un hombre. Osmund. No, Oswald. Bueno, algo así. Se reunió con mi hermano, no conmigo, porque Oppo se encargaba siempre de las negociaciones. Siempre sabía qué teníamos que hacer, adónde era mejor ir.

—Pues ahora vamos a Meereen.

—Querréis decir a Qarth —replicó, sorprendida—. Nos dirigimos hacia Qarth, con escala en el Nuevo Ghis.

—Vamos a Meereen. Cabalgarás tu perro ante la reina dragón y te dará tu peso en oro. Más te vale ponerte a comer más para que estés bien gordita cuando actúes ante su alteza.

Penny no le devolvió la sonrisa.

—Lo único que puedo hacer yo sola es montar en círculo, y aunque consiga que la reina se ría, ¿adónde voy luego? Nunca nos quedábamos mucho tiempo en un sitio. Todos se rién la primera vez que nos ven, pero a la cuarta o a la quinta ya saben qué vamos a hacer antes de que empecemos. Dejan de reírse y tenemos que marcharnos. En las ciudades grandes es donde conseguimos más monedas, pero a mí siempre me han gustado más los pueblos: la gente no tiene plata, pero nos invita a su mesa, y los niños nos siguen por todas partes.

«Eso es porque en esas aldeas de mierda no han visto nunca a un enano —pensó Tyrion—. Los putos criños seguirían a una cabra de dos cabezas si apareciera por allí. Hasta que se aburrieran de oírla balar y la mataran para cenársela». Pero no quería hacerla llorar otra vez.

—Daenerys tiene un corazón bondadoso y es muy generosa —le dijo. Era lo que necesitaba oír la chica—. Seguro que tiene un lugar para ti en su corte. Allí estarás a salvo, fuera del alcance de mi hermana.

—Y vos también estaréis allí. —Penny se volvió hacia él.

«A menos que Daenerys decida que hay que derramar sangre de Lannister para compensar la sangre de Targaryen en que vertió mi hermano».

—Así es.

En los días siguientes, la enana se dejó ver en cubierta con más frecuencia. Al día siguiente, Tyrion se la encontró con su cerda a media tarde, cuando soplaban una brisa cálida y el mar estaba en calma.

—Se llama Bonita —le comentó ella con timidez.

« La cerda Bonita y la enana Penny. Vaya gusto para elegir nombres. — Penny le pasó a Tyrion unas bellotas para que se las diera a Bonita—. No te creas que no sé qué pretendes», pensó mientras la gran cerda resoplaba y gruñía.

No tardaron en sentarse juntos a comer y cenar. Algunas noches estaban solos, y otras, el comedor estaba atestado de guardias de Morroqo. Tyrion los llamaba *dedos* porque, al fin y al cabo, eran hombres de la Mano de Fuego y además eran cinco. A Penny le hizo gracia; su risa era un sonido dulce y cantarín que Tyrion no oía con frecuencia: la herida era demasiado reciente, y el dolor, demasiado profundo. Pronto consiguió que ella también llamara al barco *Consejero Maloliente*, aunque se enfadaba cuando llamaba *Tocina* a Bonita. Para resarcirla, Tyrion intentó enseñarle a jugar al *sitrang*, pero no tardó en darse cuenta de que era inútil.

—No —tuvo que decirle una docena de veces—. El que vuela es el dragón, no los elefantes.

Aquella misma noche, Penny le preguntó sin rodeos si quería justar con ella.

—No —respondió. Tardó en ocurrírsele que tal vez *justar* no quisiera decir justar. Su respuesta habría sido la misma, pero no tan brusca.

Ya en el camarote que compartía con Jorah Mormont, Tyrion dio vueltas y más vueltas en la hamaca durante horas, sin conseguir conciliar el sueño más que unos instantes antes de despertar de nuevo. Sus pesadillas estaban pobladas de manos de piedra gris que trataban de agarrarlo desde la niebla, y siempre había una escalera que subía hacia su padre.

Acabó por darse por vencido y subió a cubierta para respirar el aire de la noche. La *Selaesori Qhoran* había desplegado la gran vela de rayas, y apenas se veía a nadie. Había un contramaestre en el castillo de popa y Morroqo se encontraba sentado junto a su brasero, en el que aún bailaban llamas entre las ascuas.

Las únicas estrellas visibles eran las más brillantes, todas hacia el oeste. Una luz rojiza mortecina, del color de una magulladura, iluminaba el cielo del noreste. Tyrion no había visto una luna tan grande en su vida: monstruosa, hinchada, era como si se hubiera tragado el sol para despertar con fiebre. Su gemela flotaba en el mar, más allá del barco, y se estremecía con cada ola.

—¿Qué hora es? —preguntó a Morroqo—. No puede estar amaneciendo, a menos que el este haya cambiado de sitio. ¿Por qué está rojo el cielo?

—El cielo siempre está rojo sobre Valyria, Hugor Colina.

—¿Estamos cerca? —Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Más de lo que cree la tripulación —respondió Morroq con voz grave—. ¿En vuestros Reinos del Ocaso se conocen las historias?

—Sé que hay marineros que dicen que cualquiera que mire esa costa está perdido. —No creía en aquellas leyendas, como tampoco creía su tío. Gerion Lannister había puesto rumbo a Valyria cuando Tyrion tenía dieciocho años para tratar de recuperar la ancestral espada perdida de la casa Lannister, así como cualquier otro tesoro que hubiera sobrevivido a la Maldición. Tyrion habría dado cualquier cosa por acompañarlo, pero su señor padre había calificado la expedición de misión de idiotas y le había prohibido tomar parte en ella.

« Tal vez no le faltara razón». La *León Sonriente* había zarpado de Lannisport hacia casi un decenio, y no se había vuelto a saber de Gerion. Los hombres que envió lord Tywin en su busca siguieron el mismo rumbo que él hasta Volantis, donde la mitad de su tripulación había desertado y había tenido que comprar esclavos para sustituirla. Ningún hombre libre se alistaba voluntariamente a bordo de una nave cuyo capitán anunciaba sin tapujos su intención de adentrarse en el mar Humeante.

—Entonces, ¿eso que vemos reflejado en las nubes es el fuego de las Catorce Llamas?

—Catorce, catorce mil, ¿quién se atreve a contarlas? Ningún mortal debe mirar fijamente esos fuegos, amigo mío. Son los fuegos de la ira del dios y no hay llama humana que se les compare. Somos seres minúsculos.

—Unos más que otros.

« Valyria». Según las crónicas, el día de la Maldición, todas las colinas de doscientas leguas a la redonda se abrieron para vomitar al aire cenizas, humo y fuego, con unas llamas tan ardientes y voraces que consumían hasta a los dragones que las sobrevolaban. En la tierra se abrieron grandes grietas que engulleron palacios, templos y ciudades enteras. Los lagos hirvieron o sus aguas se transformaron en ácido; las montañas estallaron, y violentos surtidores de fuego escupieron roca fundida a una altura de cuatrocientas varas. De las nubes rojas cayó una lluvia de vidriagón y la sangre negra de los demonios, y hacia el norte, el suelo se desgarró y se hundió cuando el mar furioso se abatió sobre él. La ciudad más esplendorosa del mundo desapareció en un abrir y cerrar de ojos; su fabuloso imperio se esfumó en un día, y las Tierras del Largo Verano quedaron abrasadas, anegadas, y ermas.

« Un imperio construido con sangre y fuego. Los valyrios cosecharon lo que habían sembrado».

—¿Acaso nuestro capitán pretende poner a prueba la maldición?

—Nuestro capitán daría cualquier cosa por estar a cincuenta leguas, tan lejos como sea posible de esa orilla maldita, pero le he ordenado que siga la ruta más corta. No somos los únicos que buscan a Daenerys.

« Grif y su joven príncipe». Entonces, ¡la maniobra de la Compañía Dorada

de navegar hacia el oeste había sido una añagaza? Tyrion sopesó la posibilidad de decir algo, pero se lo pensó mejor. Por lo visto, en la profecía que guiaba a los sacerdotes rojos solo había cabida para un héroe. Un segundo Targaryen no haría más que confundirlos.

—¿Habéis visto a esos otros en vuestros fuegos? —preguntó con cautela.

—Solo sus sombras —respondió Morroqo—. Hay uno que sobresale entre los demás. Es un ser alto y retorcido, con un ojo negro y diez brazos muy largos, que navega por un mar de sangre.



MEERA Y JOJEN REED, LEALES ACOMPAÑANTES DE BRAN STRAK

La media luna formaba un arco fino y definido como la hoja de un cuchillo. Salió un sol pálido; luego se ocultó y luego volvió a salir. Las hojas rojas susurraban al viento. El cielo estaba poblado de nubes oscuras que se convertían en tormentas. Caían los relámpagos y retumbaban los truenos, y los muertos de manos negras y brillantes ojos azules merodeaban alrededor de una fisura de la ladera, pero no podían entrar. Dentro de la colina, a oscuras, el niño tullido estaba sentado en un trono de arciano y oía los susurros mientras los cuervos se le paseaban por los brazos.

—Nunca volverás a andar, pero volarás —le había prometido el cuervo de tres ojos. A veces, desde algún lugar lejano y profundo, llegaba una canción. La Vieja Tata los llamaba «hijos del bosque», pero los cantores se denominaban *los que cantan la canción de la tierra* en la lengua verdadera, que los humanos no hablaban. Pero sí los cuervos. Sus pequeños ojos negros estaban llenos de secretos, y cuando oían las canciones graznaban y le picoteaban la piel.

La luna estaba llena, redonda. Las estrellas giraban en el cielo negro. La lluvia se congelaba nada más caer, y el peso de la nieve quebraba las ramas de los árboles. Bran y Meera se habían inventado nombres para los que cantaban la canción de la tierra: Ceniza, Hoja, Escamas, Cuchillo Negro, Pelo de Nieve y Tizón. Hoja les dijo que sus verdaderos nombres eran demasiado largos para los humanos. Era la única que hablaba la lengua común, así que Bran no consiguió averiguar qué opinaban los demás sobre sus nuevos nombres.

Después de haber padecido un frío que traspasaba los huesos en las tierras de más allá del Muro, la calidez de las cavernas era una bendición, y cuando el fresco se colaba entre las rocas, los cantores encendían hogueras que lo ahuyentaban. Allí abajo no había viento, ni nieve, ni hielo, ni muertos que intentaran atraparlos; solo sueños, teas de juncos y los besos de los cuervos. Y el que susurraba en la oscuridad.

Los cantores lo llamaban «el último verdevidente», pero en los sueños de Bran aún era el cuervo de tres ojos. Cuando Meera Reed le preguntó su verdadero nombre, contestó con un sonido espectral que casi pareció una risa.

—Me he llamado de muchas maneras en vida, pero incluso yo tuve una madre, y el nombre que me dio cuando nací fue Brynden.

—Tengo un tío que se llama así —dijo Bran—. En realidad es tío de mi madre. Brynden, el Pez Negro.

—Tal vez le pusieran ese nombre en mi honor. Aún hay quien lo hace, aunque ya no es tan frecuente como antes. Los hombres tienen tendencia a olvidar. Los únicos que recuerdan son los árboles. —Hablaban tan bajo que Bran tenía que hacer esfuerzos para oírlo.

—La mayor parte de él está unida al árbol —explicó la cantora a la que Meera llamaba Hoja—. Ha traspasado los límites de su mortalidad y aún perdura. Por nosotros, por vosotros, por los reinos de los hombres. A su carne le quedan muy pocas fuerzas. Tiene mil y un ojos, pero hay demasiado que vigilar. Algún día lo sabrás.

—¿Qué sabré? —preguntó más tarde Bran a los Reed, cuando llegaron con antorchas encendidas para llevarlo a una pequeña sala situada junto a la gran caverna, donde los cantores les habían construido unas camas—. ¿Qué recuerdan los árboles?

—Los secretos de los viejos dioses —contestó Jojen Reed. La comida, el fuego y el descanso lo habían ayudado a recuperar fuerzas tras el arduo viaje, pero parecía más triste y taciturno, y su mirada reflejaba cansancio y angustia —. Las verdades que conocían los primeros hombres, ya olvidadas en Invernalia... pero no en los humedales. Nosotros vivimos más cerca de la vegetación, en ciénagas y pantanos, y aún recordamos. Tierra y agua; suelo y piedra; robles, olmos y sauces, todo estaba aquí antes que nosotros y seguirá aquí cuando nos hayamos ido.

—Tú también seguirás aquí —dijo Meera.

Aquello entristeció a Bran. «¿Y si no quiero quedarme cuando os hayáis ido?», estuvo a punto de preguntar, pero se tragó las palabras antes de pronunciarlas. Ya era casi un hombre, y no quería que Meera pensara que era un niño quejica.

—Vosotros también podríais ser verdevidentes —fue lo que dijo.

—No, Bran. —Meera sonaba triste.

—Solo a unos pocos se les permite beber de la fuente verde mientras aún son mortales, para que oigan los susurros de las hojas y vean como ven los árboles, como ven los dioses —dijo Jojen—. Casi nadie tiene esa suerte. Los dioses solo me dieron sueños verdes. Mi tarea era traerte hasta aquí, y ya la he cumplido.

La luna era un agujero negro en el cielo. Los lobos aullaban en el bosque y olfateaban la nieve en busca de despojos. De la ladera surgió una bandada de cuervos que lanzaban graznidos agudos y batían las alas negras sobre un mundo blanco. Salió un sol rojo; luego se ocultó, y cuando volvió a salir tiñó la nieve de sombras rosadas. Dentro de la colina, Jojen estaba sumido en sus pensamientos, Meera estaba inquieta y Hodor vagaba por los túneles oscuros con una espada en la mano derecha y un farol en la izquierda. ¿O era Bran?

« Que no se entere nadie» .

La gran caverna que se abría sobre el abismo era negra como boca de lobo, negra como el carbón, más negra que las plumas de un cuervo. La luz se colaba como una intrusa, ni deseada ni bienvenida, y no tardaba en desaparecer; los fuegos, candiles y teas de junco ardían un rato y se extinguían cuando su breve existencia tocaba a su fin.

Los cantores construyeron un trono para Bran, igual que el que ocupaba lord Brynden, de arciano blanco salpicado de rojo y ramas secas entrelazadas con raíces vivas. Lo colocaron en la gran caverna, junto al abismo, donde el aire negro resonaba con el eco del agua que corría mucho más abajo. Fabricaron el asiento con musgo suave y gris. Primero sentaron a Bran en su sitio y luego lo cubrieron con pieles suaves.

Allí se quedó sentado y escuchó los roncos susurros de su maestro.

—Nunca temas la oscuridad, Bran. —Cuando hablaba torcía un poco la cabeza y acompañaba las palabras con un débil susurro de madera y hojas—. Los árboles más fuertes crecen en los lugares más oscuros. La oscuridad será tu capa, tu escudo, tu leche materna. La oscuridad te hará fuerte.

La media luna formaba un arco fino y definido como la hoja de un cuchillo. Los copos de nieve caían copiosamente, en silencio, y cubrían de blanco los pinos soldado y los centinelas. Se había acumulado tanta nieve que ocultaba por completo la entrada de la cueva, formando una muralla blanca que Verano tenía que escarbar cada vez que quería salir para unirse a su manada y cazar. Bran ya no iba a explorar con ellos tan a menudo como antes, pero algunas noches los observaba desde arriba.

Volar era mucho mejor que trepar.

Entrar en la piel de Verano ya le resultaba tan fácil como ponerse unos calzones antes de romperse la espalda. Cambiar su piel por las plumas negras como la noche de un cuervo había resultado más difícil, pero no tanto como había temido, al menos con aquellos cuervos.

—Un semental salvaje se resistirá y dará coces cuando intenten montarlo, y tratará de morder la mano que quiera ponerle el bocado —había dicho lord Brynden—, pero un caballo que ya haya tenido un jinete aceptará otro. Todos estos pájaros, viejos y jóvenes, están domados. Ahora escoge uno y vuela.

No lo consiguió con el primero ni con el segundo, pero el tercer cuervo lo miró con ojos negros y astutos, ladeó la cabeza y graznó, y de repente ya no era un niño que miraba a un cuervo, sino un cuervo que miraba a un niño. De repente, la canción del río sonaba mucho más alta: las antorchas brillaban con más intensidad, y el aire estaba repleto de olores extraños. Cuando intentó hablar le salió un graznido, y su primer vuelo terminó cuando chocó contra una pared y se encontró de nuevo en su cuerpo roto. El cuervo no resultó herido. Voló hacia él y aterrizó en su brazo; Bran le acarició el plumaje y entró en él una vez más. Antes de poder darse cuenta estaba volando por la caverna, esquivando los largos dientes de piedra que colgaban del techo. Incluso revoloteaba sobre el abismo y bajaba en picado hacia su fría y profunda oscuridad.

En aquel momento se dio cuenta de que no estaba solo.

—Había alguien más dentro del cuervo —dijo a lord Brynden cuando volvió a su piel—. Una chica. La he sentido.

—Una mujer que canta la canción de la tierra —explicó su maestro—. Murió hace tiempo, pero una parte de ella permanece, igual que una parte de ti permanecería en Verano si tu cuerpo de niño muriese mañana. Una sombra en el alma. No te hará daño.

—¿Todos los cuervos tienen cantores dentro?

—Todos. Fueron los cantores quienes enseñaron a los primeros hombres a enviar mensajes por medio de los cuervos..., pero en aquellos días, los pájaros eran capaces de hablar. Los árboles recuerdan, pero los hombres olvidan, así que ahora escriben sus mensajes en pergaminos y los enrollan en las patas de pájaros con quienes jamás han compartido piel.

Bran recordó que la Vieja Tata ya le había contado aquella historia, pero cuando acudió a Robb para que le aclarase si era cierta, su hermano se rio y le preguntó si también creía en los endriagos. Deseó que Robb estuviese allí con ellos.

« Le diría que puedo volar, pero no me creería; tendría que demostrárselo. Seguro que él también podría aprender, y Arya, y Sansa, incluso el pequeño Rickon, y Jon Nieve. Todos seríamos cuervos y viviríamos en la pajarera del maestre Luwin» .

Pero no era más que otro sueño estúpido. Había días en los que Bran se preguntaba si no sería un sueño todo aquello. Quizá se había quedado dormido en la nieve y estaba soñando con un sitio cálido y seguro.

« Tienes que despertarte —se decía—, tienes que despertarte ahora mismo, o seguirás soñando hasta que mueras» . Se había pellizado en el brazo un par de veces, muy fuerte, pero lo único que consiguió fue hacerse daño. Al principio intentó contar los días, apuntándolos al despertar y al acostarse, pero allí abajo, dormir y estar despierto se confundían de una manera extraña. Los sueños se convertían en lecciones; las lecciones, en sueños; las cosas sucedían todas a la vez o no sucedían. ¿Acababa de hacer aquello o lo había soñado?

—Solo un hombre entre mil nace cambiapieles —le dijo un día lord Brynden, después de que Bran aprendiera a volar—, y solo un cambiapieles entre mil nace verdevidente.

—Creía que los verdevidentes eran los magos de los hijos del bosque —dijo Bran—. Quiero decir, los cantores.

—En cierta forma, así es. Aquellos a quienes llamáis los hijos del bosque tienen los ojos dorados como el sol, pero una vez cada mucho tiempo nace uno con los ojos rojos como la sangre, o verdes como el musgo que cubre los árboles en el corazón del bosque. Son señales con las que los dioses marcan a los elegidos para recibir el don. No son muy robustos, y sus años de vida en la tierra son pocos, ya que cada canción debe tener su propio equilibrio. Pero cuando se unen con la madera duran mucho tiempo. Mil ojos, cien pieles y una sabiduría profunda como las raíces de los antiguos árboles. Verdevidentes.

Bran no entendía nada, así que les preguntó a los Reed.

—¿Te gustan los libros? —replicó Jojen.

—Algunos. Me gustan las historias de batallas. A mi hermana Sansa le gustan las besos, pero a mí me parecen una bobada.

—Un lector vive mil vidas antes de morir —dijo Jojen—. Aquel que nunca lee vive solo una. Los cantores del bosque no tenían libros. Ni tinta, ni pergaminos, ni escritura. Solo tenían árboles; sobre todo arcianos. Cuando morían se hacían uno con la madera, las hojas, los troncos y las raíces, y así los árboles recordaban. Todas sus canciones, hechizos, historias y oraciones: todo lo que sabían del mundo. Los maestres te dirán que los arcianos son sagrados para los antiguos dioses, pero los cantores consideran que los arcianos son los antiguos dioses. Al morir se convierten en parte de esa divinidad.

—¿Van a matarme? —preguntó Bran con los ojos muy abiertos.

—No —contestó Meera—. Estás asustándolo, Jojen.

—No es él quien debería tener miedo.

La luna estaba llena, redonda. Verano merodeaba por el bosque silencioso, una sombra alargada, gris, cada vez más escuálida, pues era imposible encontrar presas vivas. La entrada de la cueva seguía protegida, los muertos no podían entrar. Casi todos habían quedado enterrados por la nieve, pero aún seguían ahí, escondidos, congelados, a la espera. Llegaron más cosas muertas a reunirse con ellos, cosas que habían sido hombres, mujeres y hasta niños. Había cuervos muertos posados en las ramas peladas y marrones, con las alas cubiertas de hielo. Un oso de las nieves enorme y esquelético salió de la espesura. Tenía media cabeza desprendida y se le veía el cráneo. Verano y su manada cayeron sobre él y lo despedazaron. Después se dieron un banquete, aunque la carne estaba podrida y medio congelada, y aún se movía mientras lo devoraban.

Al pie de la colina aún quedaba comida: allí crecían cientos de setas diferentes. El río negro estaba lleno de peces blanquecinos y ciegos, pero una vez cocinados sabían igual de bien que los peces con ojos. Tenían queso y leche de las cabras que compartían las cuevas con los cantores, incluso sacos de avena y cebada, y fruta seca que habían recogido durante el largo verano. Casi todos los días comían un guiso de sangre espesado con cebada, cebollas y trozos de carne. Jojen suponía que era carne de ardilla, y Meera decía que era de rata. A Bran no le importaba; era carne y le bastaba con eso. Cocinada quedaba tierna.

Las cavernas eran eternas, enormes, silenciosas. Acogían a más de sesenta cantores y los huesos de miles de muertos, y se extendían por toda la colina hueca.

—Los hombres no deben merodear por aquí —advirtió Hoja—. El río que oís es rápido y negro, y fluye hacia abajo hasta desembocar en un mar sin sol. Hay pasadizos que aún van más abajo, agujeros sin fondo, pozos que salen de la nada y caminos olvidados que llevan hasta el mismísimo centro de la tierra. Ni

siquiera mi pueblo los ha explorado todos, y hemos vivido aquí durante miles y miles de años humanos.

Aunque los habitantes de los Siete Reinos los considerasen una especie de niños, Hoja y su pueblo no tenían nada de infantil. Habría sido más acertado llamarlos *pequeños sabios del bosque*. Eran pequeños en comparación con los hombres, pero los lobos eran más pequeños que los huargos, y eso no los convertía en cachorros. Tenían la piel morena de color nuez, moteada como la de los ciervos, con manchas pálidas, y grandes orejas con las que alcanzaban a oír cosas que escapaban a los hombres. También tenían ojos grandes y felinos, enormes y dorados, capaces de ver el fondo de un pasadizo donde un muchacho solo vería oscuridad. Solo tenían tres dedos y un pulgar en cada mano, con uñas negras recias y afiladas.

Y cantaban. Cantaban en la lengua verdadera, así que Bran no entendía la letra de las canciones, pero sus voces eran puras como el aire del invierno.

—¿Dónde está el resto de vuestro pueblo? —preguntó Bran a Hoja un día.

—En las profundidades de la tierra. En las piedras, en los áboles. Antes de que llegasen los primeros hombres, toda esta tierra a la que llamáis Poniente era nuestro hogar, pero ya en aquellos días éramos muy pocos. Los dioses nos dieron vidas largas pero no numerosas, para evitar que invadiésemos el mundo, al igual que los ciervos invadirían un bosque donde no hubiera lobos que les diesen caza. Aquello sucedió en el amanecer de los días, cuando despuntaba nuestro sol. Ahora está en el ocaso y cada vez somos menos. También hay cada vez menos gigantes, que fueron nuestra desgracia y nuestros hermanos. Los grandes leones de las colinas del oeste quedaron diezmados; ya no se puede decir que haya unicornios y apenas quedan unos centenares de mamuts. Los huargos nos sobrevivirán a todos, pero también llegará su hora. En este mundo que han construido los hombres no hay sitio para ellos, ni para nosotros.

Hoja se entristeció al narrar la historia, y Bran al escucharla.

«Los hombres no se entristecerían; se enfadarian. Los hombres sentirían odio y jurarían una venganza sangrienta. Los cantores cantan canciones tristes, mientras que los hombres luchan y matan», pensó más tarde.

Un día, Meera y Jojen decidieron que querían ver el río, a pesar de las advertencias de Hoja.

—Yo también quiero ir —dijo Bran.

Meera lo miró afligida. Le explicó que el río discurría doscientas varas más abajo; que el recorrido estaba repleto de pendientes pronunciadas y pasajes retorcidos, y en el último tramo había que bajar por una cuerda.

—Hodor no puede bajar contigo a la espalda. Lo siento.

Bran recordó una época en la que nadie trepaba tan bien como él, ni siquiera Robb ni Jon. Por un lado quería gritarles por dejarlo allí, y por otro quería llorar, pero recordó que ya casi era un hombre y no dijo nada. Sin embargo, en cuanto

se marcharon, se apropió de Hodor y los siguió.

El gran mozo de cuadra ya no se resistía tanto como aquella primera vez, durante la tormenta en la torre del lago. Como un perro desposeído de todo espíritu de pelea, cuando Bran se acercaba, Hodor se hacía un ovillo y se escondía. Su escondite estaba en lo más recóndito de su ser, un foso donde ni siquiera Bran podía alcanzarlo.

—Nadie va a hacerte daño, Hodor —le dijo en silencio al niño grande de cuya carne se acababa de apoderar—, solo quiero sentirme fuerte otra vez, un rato, nada más. Te lo devolveré; siempre te lo devuelvo.

Nadie sabía cuándo estaba en la piel de Hodor. Bran solo tenía que hacer lo que le decían y murmurar «Hodor» de vez en cuando, y así podía seguir a Meera y a Jojen mientras sonreía feliz, y nadie sospechaba que era él. Los acompañaba a menudo, sin que nadie se lo pidiera. Al final, los Reed se alegraron de que fuese con ellos. Jojen bajó por la cuerda con mucha facilidad, pero cuando Meera pescó un pez blanco y ciego con su fisga y hubo que subir de nuevo, empezaron a temblarle los brazos y no conseguía llegar arriba, así que tuvieron que atarle una cuerda alrededor para que Hodor tirase de él.

—Hodor —decía cada vez que daba un tirón—. Hodor, Hodor, Hodor.

La media luna formaba un arco fino y definido como la hoja de un cuchillo. Verano desenterró un brazo amputado, negro y cubierto de escarcha, cuyos dedos aún se movían al arrastrarse por la nieve congelada. Aún le quedaba algo de carne con la que llenarse el estómago vacío, y cuando terminó con él rompió los huesos para chupar el tuétano. Hasta entonces, el brazo no pareció recordar que estaba muerto.

Cuando era un lobo, Bran comía con Verano y su manada. Cuando era un cuervo volaba con los demás cuervos, trazaba círculos sobre la colina al atardecer, buscaba enemigos, sentía el contacto gélido del aire. Cuando era Hodor exploraba las cavernas. Encontró cámaras llenas de huesos, pozos que se hundían en lo más profundo de la tierra y un lugar de cuyo techo colgaban esqueletos de murciélagos gigantescos. Incluso cruzó el exiguo puente de piedra que trazaba un arco sobre el abismo y descubrió más pasadizos y estancias al otro lado. Una estaba llena de cantores sentados en tronos de raíces de arciano que se les enredaban en el cuerpo, como Brynden. Casi todos parecían muertos, pero cuando cruzó por delante siguieron la luz de su antorcha con la mirada, y uno de ellos abrió y cerró la boca arrugada, como si intentara hablar.

—Hodor —dijo Bran, y sintió que el Hodor real se revolvía en su escondite.

Sentado en su trono de raíces de la gran caverna, mitad cadáver y mitad árbol, lord Brynden no parecía un hombre, sino una estatua fantasmal de nudos de madera, huesos viejos y lana podrida. La única señal de vida que había en su pálida cara demacrada era el ojo rojo, que ardía como la última ascua de un fuego extinguido, rodeado de raíces retorcidas y jirones de piel blanca y

correosa que aún colgaban de un cráneo amarillento.

Bran todavía se asustaba al ver las raíces de arciano que entraban y salían de su carne marchita, las setas que le crecían en las mejillas, el gran gusano blanco de madera que emergía de donde antaño hubo un ojo. Habría preferido que las antorchas estuviesen apagadas. A oscuras podía imaginar que le hablaba el cuervo de tres ojos y no un macabro cadáver parlante.

«Un día seré igual que él». La sola idea lo aterraba. Ya era bastante grave saberse tullido, con aquellas piernas inservibles. ¿Estaba condenado a perder también el resto, a pasar todos los años que le quedaban con un arciano que crecería en él y a través de él? Hoja les había dicho que lord Brynden extraía su vida del árbol. No comía ni bebía. Dormía, soñaba, vigilaba.

«Yo iba a ser caballero —recordó Bran—. Corría, trepaba y luchaba». Parecía que habían pasado mil años.

¿Y qué era entonces? Solo Bran, el chico roto, Brandon de la casa Stark, príncipe de un reino perdido, señor de un castillo quemado, heredero de ruinas. Había creído que el cuervo de tres ojos sería un hechicero, un mago viejo y sabio que le curaría las piernas, pero comprendió que solo era el sueño estúpido de un chiquillo.

«Soy mayor para esas tonterías —se dijo—. Mil ojos, cien pieles y una sabiduría profunda como las raíces de los antiguos árboles. —Aquello era igual de emocionante que ser caballero—. O casi igual».

La luna era un agujero negro en el cielo. Fuera de la caverna, el mundo seguía su curso. Fuera de la caverna, el sol salía y se ponía; la luna cambiaba; aullaba un viento frío. Bajo la colina, Jojen Reed se mostraba cada día más hosco y aislado, para desesperación de su hermana. Meera se sentaba a menudo al lado de Bran, junto a la pequeña hoguera, hablaba de todo y de nada, y acariciaba a Verano cuando dormía entre ellos, mientras su hermano vagaba solo por las cavernas. Cuando había mucha luz, Jojen trepaba hasta la boca de la cueva. Se quedaba allí durante horas, mirando el bosque, temblando a pesar de estar envuelto en pieles.

—Quiere irse a casa —dijo Meera a Bran—. Ni siquiera va a intentar luchar contra su destino. Dice que los sueños verdes no mienten.

—Está siendo muy valiente —respondió Bran.

«Un hombre solo puede ser valiente cuando tiene miedo», le había dicho su padre hacía ya mucho tiempo, el día que encontraron los cachorros de huargo en la nieve de verano. Aún lo recordaba.

—Está siendo muy estúpido —replicó Meera—. Yo esperaba que cuando encontrásemos a tu cuervo de tres ojos... Ahora no sé ni por qué hemos venido.

«Por mí», pensó Bran.

—Por sus sueños verdes —dijo.

—Por sus sueños verdes. —La voz de Meera sonó amarga.

—Hodor —dijo Hodor.

Meera se echó a llorar. En aquel instante, Bran odió estar tullido.

—No llores. —Quería rodearla con los brazos, estrecharla tan fuertemente como lo abrazaba su madre en Invernalia cuando se hacía daño. Estaba justo ahí, a solo unos pasos, pero tan lejos de su alcance que bien podrían haber sido cien leguas. Si quería tocarla tendría que arrastrarse por el suelo, tirando de las piernas. El terreno era escabroso y desigual, tardaría mucho y acabaría lleno de magulladuras y arañazos.

« Podría ponerme la piel de Hodor —pensó—. Así sería capaz de abrazarla y acariciarle la espalda». Aquel pensamiento lo perturbó, pero cuando aún estaba dándole vueltas, Meera se apartó repentinamente de la hoguera y desapareció en la oscuridad de los túneles. Oyó como se iban apagando sus pasos, hasta que solo quedaron las voces de los cantores.

La media luna formaba un arco fino y definido como la hoja de un cuchillo. Los días transcurrían con rapidez, uno tras otro, cada uno más corto que el anterior. Las noches se hacían más largas. El sol jamás llegaba a las cavernas del interior de la colina. La luz de la luna nunca tocaba aquellos salones de piedra. Hasta las estrellas eran unas desconocidas. Todo aquello pertenecía al mundo exterior, donde el tiempo transcurría en círculos férreos, del día a la noche al día a la noche al día.

—Es el momento —dijo lord Brynden.

Algo en su voz hizo que unos dedos de hielo recorrieran la espalda de Bran.

—¿El momento de qué?

—De que des el siguiente paso. De que seas algo más que un cambiapiéles y aprendas en qué consiste ser verdevidente.

—Los árboles le enseñarán —dijo Hoja. Hizo un gesto, y otro de los cantores, el de cabello blanco al que Meera llamaba Pelo de Nieve, se acercó a ellos. Llevaba en las manos un cuenco de arciano, tallado con doce caras como las de los árboles corazón. Dentro tenía una pasta blancuzca y espesa, llena de vetas oscuras y rojas.

—Tienes que comerte esto —dijo Hoja, tendiéndole una cuchara de madera.

—¿Qué es? —preguntó Bran mientras miraba el cuenco con desconfianza.

—Una pasta de semillas de arciano.

Tenía un aspecto que le daba arcadas. Suponía que las vetas rojas eran solo savia de arciano, pero a la luz de la antorcha recordaban demasiado la sangre. Hundió la cuchara y dudó.

—¿Esto me convertirá en verdevidente?

—Es tu sangre la que te hace verdevidente —dijo lord Brynden—. Esto te ayudará a despertar tus dones y te casará con los árboles.

Bran no quería casarse con un árbol... Pero ¿quién, si no, quería casarse con un chico roto como él?

« Mil ojos, cien pieles, una sabiduría profunda como las raíces de los antiguos árboles. Un verdevidente» .

Comió.

Sabía amarga, aunque no tanto como la pasta de bellotas. La primera cucharada fue la más difícil de tragar, y las arcadas casi lo hicieron vomitar. La segunda le supo algo mejor. La tercera le pareció casi dulce. El resto se lo comió con avidez. ¿Por qué le había parecido tan amargo? Sabía a miel, a nieve recién caída, a pimienta, a canela y al último beso que le había dado su madre. El cuenco vacío se le resbaló de entre los dedos y cayó al suelo de la caverna con un repiqueteo.

—No me siento diferente. Y ahora, ¿qué?

—Los árboles te lo mostrarán. Los árboles recuerdan. —Hoja le tocó la mano. Luego hizo una seña, y los otros cantores se dispersaron por la caverna y fueron apagando las antorchas una por una. La oscuridad se hizo más espesa y reptó hacia ellos.

—Cierra los ojos —le dijo el cuervo de tres ojos—. Sal de tu piel, como cuando vas a reunirte con Verano. Pero esta vez ve hacia las raíces. Síguelas a través de la tierra, hasta los árboles de la colina, y dime qué ves.

Bran cerró los ojos y se liberó de su piel.

« Hacia las raíces —pensó—, hacia el arciano. Conviértete en el árbol» . Al principio, lo único que vio fue la caverna cubierta por un manto de oscuridad, mientras oía el río que corría más abajo.

Y de repente se encontraba otra vez en casa.

Lord Eddard Stark estaba sentado en una roca junto al profundo estanque negro del bosque de dioses, con las blancas raíces del árbol corazón enredadas a su alrededor como los brazos nudosos de un anciano. Estaba limpiando con un paño encerado a *Hielo*, el mandoble que reposaba en su regazo.

—Invernalia —susurró Bran.

Su padre miró hacia arriba.

—¿Quién anda ahí? —preguntó mientras daba la vuelta... y Bran se retiró, asustado. Su padre, el estanque negro y el bosque de dioses se desvanecieron, y se encontró de nuevo en la caverna, con las pálidas y gruesas raíces de arciano acunando sus extremidades como una madre a su hijo. Una antorcha cobró vida ante sus ojos.

—Dinos qué has visto. —Desde muy lejos, Hoja casi parecía una niña, no mucho mayor que Bran o sus hermanas, pero de cerca se notaba que era mucho mayor. Afirmaba haber visto pasar doscientos años.

Bran tenía la garganta muy seca. Tragó saliva.

—Invernalia. He vuelto a Invernalia. He visto a mi padre. No está muerto, nada de eso, lo he visto, ha vuelto a Invernalia, sigue vivo.

—No —dijo Hoja—. No está vivo. No intentes hacerlo volver de la muerte.

—Pero lo he visto. —Bran sentía como la tosca madera le presionaba una mejilla—. Estaba limpiando a *Hielo*.

—Porque querías verlo. Tu corazón añora a tu padre y tu hogar, así que eso ha aparecido en tu visión.

—Un hombre tiene que saber mirar antes de aspirar a ver —dijo lord Brynden—. Lo que has visto son las sombras de días pasados, Bran. Has mirado por los ojos del árbol corazón de tu bosque de dioses. Para los árboles, el tiempo es distinto que para los hombres. Sol, tierra, y agua: esas son las cosas que entienden los arcianos, no los días, los años ni los siglos. Para los hombres, el tiempo es un río. Estamos atrapados en su corriente; nos precipitamos del pasado al presente, siempre en la misma dirección. Las vidas de los árboles son diferentes. Echan raíces, y crecen y mueren en el mismo sitio, y ese río no los arrastra. El roble es la bellota; la bellota es el roble. Y el arciano... Para un arciano, mil años humanos son apenas un momento, y es por esas puertas por las que tú y yo podemos observar el pasado.

—¡Pero me ha oído! —protestó Bran.

—Un susurro en el viento, el crujir de las hojas. No puedes hablar con él por mucho que lo intentes. Lo sé. Yo también tengo mis fantasmas: un hermano al que adoraba, un hermano al que odiaba, una mujer a la que deseaba... Aún los veo a través de los árboles, pero ninguna palabra que yo haya pronunciado les ha llegado jamás. El pasado sigue en el pasado. Podemos aprender de él, pero no cambiarlo.

—¿Volveré a ver a mi padre?

—Cuando sepas usar tus dones podrás mirar lo que quieras y ver lo que han visto los árboles, ya sea ayer, el año pasado, o hace muchas eras. Los hombres viven sus vidas atrapados en un presente eterno, entre las nieblas de la memoria y el mar de sombras, que es todo cuanto conocemos de los días que vendrán. Hay mariposas que viven toda su vida en un solo día, pero para ellas, ese pequeño espacio de tiempo dura tanto como para nosotros los años y las décadas. Un roble vive hasta trescientos años; una secuoya, tres mil. Un arciano puede vivir indefinidamente si nada lo daña. Para ellos, las estaciones pasan como el revoloteo de las alas de una mariposa, y el pasado, el presente y el futuro son lo mismo. Tus visiones tampoco se limitarán a tu bosque de dioses; los cantores tallaron ojos en todos los árboles corazón para despertarlos, y esos son los primeros ojos que aprenden a usar los verdevidentes... Pero con el tiempo verás mucho más allá de los árboles.

—¿Cuándo? —quiso saber Bran.

—Dentro de un año, tres o diez. Aún no lo he visto. Pero llegará con el tiempo, te lo prometo. Ahora estoy cansado, y los árboles me llaman. Seguiremos mañana.

Hodor llevó a Bran de vuelta a su habitación, mientras susurraba «Hodor» en

voz baja y Hoja los precedía con una antorcha. Esperaba encontrar allí a Meera y a Jojen, para contarles lo que había visto, pero sus acogedores huecos en la roca estaban fríos y vacíos. Hodor metió a Bran en la cama, lo cubrió con pieles y encendió un fuego.

« Mil ojos, cien pieles, una sabiduría profunda como las raíces de los antiguos árboles» .

Mientras miraba las llamas, Bran decidió esperar despierto a Meera. Sabía que Jojen iba a entristerse, pero Meera se alegraría por él. No recordó haber cerrado los ojos...

... y, sin saber cómo, había vuelto a Invernalia, al bosque de dioses, y estaba mirando a su padre. Lord Eddard parecía mucho más joven. Tenía el pelo castaño, sin rastro de canas, y la cabeza inclinada.

—... Que crezcan unidos como hermanos y que solo haya amor entre ellos —rezaba—, y que mi esposa encuentre el perdón en su corazón...

—Padre. —La voz de Bran era un susurro en el viento, un crujir de hojas—. Padre, soy yo, soy Bran. Brandon.

Eddard Stark levantó la cabeza y, con el ceño fruncido, miró fijamente el arciano, pero no habló.

« No puede verme —comprendió Bran, desesperado. Quería estirarse para tocarlo, pero lo único que podía hacer era observar y escuchar—. Soy el árbol. Estoy dentro del árbol corazón, veo por sus ojos rojos, pero el arciano no puede hablar, así que yo tampoco» .

Eddard Stark terminó de rezar. Los ojos de Bran se llenaron de lágrimas. Pero ¿eran sus lágrimas, o las del arciano?

« Si lloro, ¿llorará el árbol?» .

El resto de las palabras de su padre quedó ahogado por un repentino repiqueo de madera contra madera. Eddard Stark se difuminó, como la bruma con el sol de la mañana. De repente veía a dos niños bailar en el bosque de dioses, mientras se reían y luchaban con ramas rotas. La niña era mayor y más alta.

« ¡Arya! —pensó Bran con ansiedad mientras la veía subirse a una roca y lanzar desde allí un ataque al chico. Pero era imposible. Si la chica era Arya, el chico tenía que ser Bran, y él nunca había llevado el pelo tan largo—. Y Arya nunca me atacaba de esa manera cuando jugábamos a las espadas» . Golpeó al chico en el muslo, tan fuerte que le hizo perder pie. El niño cayó al estanque, donde se puso a gritar y chapotear.

—Cállate, estúpido —dijo la niña mientras dejaba su rama a un lado—. Solo es agua. ¿Quieres que te oiga la Vieja Tata y que corra a decírselo a padre? —Se arrodilló y sacó a su hermano del estanque, pero antes de que lo hubiera conseguido, la imagen de ambos volvió a desaparecer.

Las siguientes visiones fueron sucediéndose más y más deprisa, hasta que

Bran se sintió desorientado y mareado. No volvió a ver a su padre, ni a la chica que se parecía a Arya, sino a una mujer embarazada que emergía del estanque negro, desnuda y chorreante, y se arrodillaba frente al árbol para suplicar a los viejos dioses un hijo que la vengase. Luego vio como una chica castaña, delgada como una lanza, se ponía de puntillas para besar a un joven caballero tan alto como Hodor. Un joven de ojos oscuros, pálido y fiero, partía tres ramas del arciano y tallaba flechas con ellas. El propio árbol parecía encogerse y hacerse más pequeño con cada visión, mientras que los demás árboles encogían hasta convertirse en retoños y desaparecían, para luego ser sustituidos por otros árboles que también encogían y desaparecían. Los señores que vio a continuación eran altos y fuertes, hombres adustos cubiertos de cota de malla y pieles. Recordaba haber visto algunas de esas caras en las estatuas de la cripta, pero desaparecían antes de que tuviera tiempo de ponerles nombre.

Y entonces observó a un hombre con barba que obligaba a un prisionero a ponerse de rodillas frente al árbol corazón. Una mujer canosa atravesó un montón de hojas rojo oscuro y se acercó a ellos, con una hoz de bronce en la mano.

—No —dijo Bran—. ¡No, no hagas eso! —Pero no podían oírlo, como tampoco podía su padre. La mujer agarró al prisionero por el pelo, le enganchó el cuello con la hoz y se lo rebanó. A través de la niebla de los siglos, el niño roto solo pudo observar como los pies del hombre golpeaban el suelo al caer... Pero cuando la vida lo abandonó en medio de una marea roja, Brandon Stark sintió el sabor de la sangre.

Tras siete días de cielos oscuros y ventiscas, a mediodía había salido el sol. Ya había montones de nieve más altos que un hombre, pero los mayordomos habían pasado el día paleando nieve, y los senderos estaban tan despejados como era posible. El Muro despedía reflejos de luz tenue; todas sus grietas y hendiduras brillaban con un azul claro.

Doscientas varas más arriba, Jon Nieve observaba el bosque Encantado. El viento del norte se arremolinaba entre los árboles y desprendía penachos blancos de nieve de las ramas más altas, como estandartes de hielo. Por lo demás, nada se movía.

« Ni rastro de vida. —Aquello no era del todo tranquilizador; no era a los vivos a los que temía, pero aun así...—. Ha salido el sol y ya no nieva. Puede pasar una luna antes de que volvamos a tener una oportunidad igual de buena. Puede pasar una estación entera».

—Que Emmett reúna a sus reclutas —le dijo a Edd el Penas—. Necesitamos escolta. Diez exploradores, armados con vidriagón. Los quiero preparados para partir en una hora.

—A la orden, mi señor. ¿Quién estará al mando?

—Yo mismo.

Las comisuras de la boca de Edd apuntaron hacia abajo incluso más de lo habitual.

—Habrá quien piense que será mejor que el lord comandante permanezca guarecido y caliente al sur del Muro. No seré yo quien lo diga, pero puede que otros sí.

—Esos otros harían bien en no decir tal cosa en mi presencia —dijo Jon con una sonrisa.

Una repentina ráfaga de viento hizo que la capa de Edd ondease con estrépito.

—Será mejor que bajemos, mi señor. Este viento va a acabar tirándonos Muro abajo, y aún no le he cogido el tranquillo a eso de volar.

Montaron en la jaula para volver al pie del Muro. El viento soplaban frío como el aliento del dragón de hielo de los cuentos que le contaba la Vieja Tata cuando era pequeño. La pesada jaula bajaba entre balanceos. De vez en cuando chocaba contra el Muro y levantaba nubecillas de hielo que destellaban con la luz del sol mientras caían, como fragmentos de cristal roto.

« Vidrio. Nos vendría muy bien algo de vidrio —reflexionó Jon—. El Castillo Negro necesita sus propios jardines de cristal, como los de Invernalia. Podríamos cultivar hortalizas incluso en lo más crudo del invierno. —El mejor cristal era el procedente de Myr, pero un buen vidrio transparente valía su peso en especias, y el cristal verde y amarillo no funcionaba igual de bien—. Lo que necesitamos es oro. Si lo tuviésemos, podríamos traer al Norte aprendices de cristalero y

soplador de vidrio. Les ofreceríamos la libertad a cambio de enseñar su oficio a nuestros reclutas. —Así solucionarían el asunto—. Si tuviéramos oro. Que no tenemos».

Encontró a Fantasma al pie del Muro, revolcándose en un banco de nieve. Al gran huargo blanco parecía encantarle la nieve recién caída. Cuando vio a Jon se levantó y se sacudió.

—¿Irá con vos? —preguntó Edd el Penas.

—Sí.

—Un lobo listo. ¿Iré yo?

—No.

—Un señor listo. Fantasma es mucha mejor elección. Yo ya no tengo dientes para andar mordiendo salvajes.

—Si los dioses son benevolentes, no nos encontraremos ningún salvaje. Me llevaré el caballo gris.

El rumor se extendió con rapidez por el Castillo Negro. Edd aún estaba aparejando el caballo cuando Bowen Marsh cruzó el patio a zancadas para encargarse con Jon en los establos.

—Mi señor, os ruego que reconsideréis vuestra decisión. Los nuevos hermanos pueden prestar juramento en el septo.

—El septo es la morada de los nuevos dioses. Los viejos dioses viven en la madera, y quienes los honran pronuncian el juramento entre los arcianos. Lo sabes tan bien como yo.

—Seda viene de Antigua, y Arron y Emrick, de las tierras del oeste. Los viejos dioses no son los suyos.

—No soy yo el que les dice a los hombres a quién adorar. Tuvieron libertad para escoger a los Siete o al Señor de Luz de la mujer roja, pero escogieron los árboles, con todos los peligros que eso conlleva.

—Puede que el Llorón siga ahí fuera, a la espera.

—El bosque está a menos de dos horas a caballo, hasta con nieve. Deberíamos volver sobre la medianoche.

—Es demasiado tiempo. No es prudente.

—No es prudente, pero es necesario. Estos hombres están a punto de consagrarse a la Guardia de la Noche, de ingresar en una hermandad que se remonta a miles de años y cuya línea no se ha roto nunca. Las palabras son importantes, y también lo son estas tradiciones. Nos mantienen unidos a todos: nobles y pobres, jóvenes y viejos, villanos y hombres de honor. Nos convierten en hermanos. —Jon palmeó a Marsh en el hombro—. Volveremos, te lo prometo.

—De acuerdo, mi señor —dijo el lord mayordomo—, pero ¿vivos, o con la cabeza en una pica y los ojos arrancados? Realizaréis el viaje de regreso en plena noche. La nieve llega por la cintura en algunos tramos. Ya veo que os lleváis hombres curtidos, y eso está bien, pero Jack Bulwer el Negro también

conocía ese bosque. Incluso vuestro propio tío, Benjen Stark...

—Yo tengo algo que ellos no tenían. —Jon giró la cabeza y silbó—. Fantasma, conmigo. —El huargo se sacudió la nieve del lomo y trotó hasta Jon. Los exploradores se apartaron para abrirle camino, y una yegua se puso a relinchar y respingar hasta que Rory dio un fuerte tirón de las riendas—. El Muro es tuy o, lord Bowen. —Condujo al caballo a la puerta y lo llevó por el túnel de hielo que serpenteaba bajo el Muro.

Más allá del hielo, los árboles se alzaban altos y silenciosos, envueltos en espesas capas blancas. Fantasma siguió al caballo de Jon mientras los exploradores y los reclutas se colocaban en formación; luego se detuvo y comenzó a olfatear el aire. Se le congelaba el aliento.

—¿Qué pasa? ¿Hay alguien ahí? —preguntó Jon. El bosque estaba vacío hasta donde le alcanzaba la vista, pero no le alcanzaba muy lejos.

Fantasma saltó hacia los árboles, se introdujo entre dos pinos cubiertos de capas blancas y desapareció en medio de una nube de nieve.

« Quiere cazar, pero ¿qué? —Jon no temía tanto por el huargo como por los salvajes que pudiera encontrarse—. Un lobo blanco en un bosque blanco, silencioso como una sombra. Ni lo verían acercarse» . Lo conocía bastante bien para saber que era inútil seguirlo. Fantasma volvería cuando quisiera, no antes. Jon espolgó su caballo, y los hombres se alinearon a su alrededor. Las pezuñas de las monturas atravesaban la capa de hielo hasta llegar a la nieve blanda de debajo. Se adentraron en el bosque al paso mientras, a sus espaldas, el Muro se iba haciendo más y más pequeño.

Los pinos soldado y los centinelas vestían capa blanca, y los árboles caducos tenían las ramas peladas y marrones cubiertas de carámbanos. Jon envió a Tom Barleycorn de avanzadilla, aunque estaban bastante familiarizados con el camino del bosque blanco. El Gran Liddle y Luke de Aldealarga se adentraron en la maleza, uno hacia el este y otro hacia el oeste, para así flanquear la columna y avisar de cualquier cosa que se les acercara. Todos eran exploradores curtidos, armados con obsidiana y acero, y llevaban un cuerno de guerra colgado de la silla por si necesitaban pedir ayuda.

Los demás también eran buenos hombres.

« Buenos en la batalla, al menos, y leales a sus hermanos» . Jon no sabía qué habían sido antes de pisar el Muro, pero no le cabía la menor duda de que casi todos tenían un pasado tan oscuro como la capa. Pero allí arriba eran justo la clase de hombres que quería que le cubriesen las espaldas. La capucha los protegía del viento cortante, y algunos llevaban bufandas que les tapaban la cara y les ocultaban los rasgos. Aun así, Jon los conocía a todos; llevaba sus nombres grabados en el corazón. Eran sus hombres, sus hermanos.

Había seis jinetes más: una mezcla de jóvenes y viejos, grandes y pequeños, curtidos y novatos.

« Seis hombres que prestarán juramento». Caballo había nacido y crecido en Villa Topo; Arron y Emrick procedían de isla Bella; Seda, de los burdeles de Antigua, al otro extremo de Poniente. Todos ellos eran bastante jóvenes. Pieles y Jax eran mayores: los dos pasaban de los cuarenta, eran del bosque Encantado y tenían nietos. Formaban parte de los sesenta y tres salvajes que habían seguido al Muro a Jon Nieve el día en que les hizo tal oferta y, de momento, los únicos que habían decidido vestir el negro. Férreo Emmett afirmaba que estaban preparados, o tan preparados como podían llegar a estar. Jon, Bowen Marsh y Emmett los habían evaluado y les habían asignado órdenes: Pieles, Jax y Emrick a los exploradores; Caballo, a los constructores, y Arron y Seda, a los mayordomos. Había llegado el momento de que pronunciaran sus votos.

Férreo Emmett iba a la vanguardia de la columna, montado en el caballo más feo que Jon hubiera visto jamás, una bestia grefuda que era todo pelo y pezuñas.

—Se rumorea que anoche hubo problemas en la Torre de las Rameras —dijo el maestro de armas.

—La Torre de Hardin. —De los sesenta y tres salvajes que habían regresado con él de Villa Topo, diecinueve eran mujeres. Jon las había alojado en la torre abandonada en la que dormía él cuando era un recién llegado al Muro. Doce eran mujeres de las lanzas, más que capaces de defenderse, a sí mismas y a las más jóvenes, de las excesivas atenciones de los hermanos negros. Fueron algunos de los hombres rechazados los que dieron a la Torre de Hardin su nuevo nombre. Jon no pensaba tolerar aquella burla.

—Tres idiotas borrachos confundieron la Torre de Hardin con un burdel, eso es todo. Ahora están en celdas de hielo, recapacitando sobre su error.

—Los hombres son hombres, los votos son palabras, y las palabras se las lleva el viento. Deberíais poner guardias para vigilar a las mujeres —concluyó Férreo Emmett con una mueca de disgusto.

—¿Y quién vigila a los guardias?

« No sabes nada, Jon Nieve ». Pero había aprendido; Ygritte había sido su maestra. Si él no había podido respetar sus votos, ¿cómo iba a esperar más de sus hermanos? Sin embargo, jugar con las mujeres salvajes era un peligro. « Un hombre puede poseer una mujer o puede poseer un cuchillo, pero nunca ambos a la vez », le había dicho Ygritte en cierta ocasión. Bowen Marsh no se equivocaba del todo: la Torre de Hardin era como yesca a la espera de una chispa.

—Tengo intención de abrir tres castillos más —siguió Jon—: Lago Hondo, la Fortaleza de Azabache y Túmulo Largo. Los guarneceré con gente del pueblo libre, que estará a las órdenes de nuestros oficiales. En Túmulo Largo solo habrá mujeres, salvo por el comandante y el mayordomo jefe. —Sabía que era probable que hubiera algún lío, pero al menos las distancias eran suficientes para ponerlo difícil.

—¿Y a qué pobre idiota otorgaréis tan selecto cargo?

—Ahora mismo cabalgo a su lado.

La expresión que cruzó el rostro de Férrero Emmett, una mezcla de terror y placer, no tuvo precio.

—¿Qué he hecho para que me odiéis tanto, mi señor?

—No temas, no estarás solo. Te acompañará Edd el Penas como ayudante y mayordomo —dijo Jon con una risotada.

—Las mujeres de las lanzas van a estar contentísimas. Haríais bien en entregar un castillo al magnar.

La sonrisa de Jon murió en sus labios.

—Se lo entregaría si pudiera confiar en él. Mucho me temo que Sigorn me culpa por la muerte de su padre y, lo que es peor, lo instruyeron para dar órdenes, no para acatarlas. No confundas a los thenitas con el pueblo libre: al parecer, en la antigua lengua, *magnar* significa «señor», pero Styr era casi un dios para su pueblo y su hijo está cortado por el mismo patrón. No necesito que se arrodillen, pero sí que obedezcan.

—Sí, mi señor, pero deberíais hacer algo en relación con el magnar. Si pasáis por alto a los thenitas, tendréis problemas.

«Los problemas vienen con el cargo de lord comandante», podría haber contestado Jon. De hecho, su visita a Villa Topo le estaba dando unos cuantos, y el de las mujeres era el menor. Halleck estaba resultando ser tan agresivo como había temido, y había hermanos negros que llevaban el odio al pueblo libre grabado en los huesos. Un seguidor de Halleck ya le había cortado la oreja a un constructor en el patio, y lo más probable era que aquello fuera solo el principio del derramamiento de sangre. Tenía que abrir pronto los fuertes para enviar al hermano de Harma a guarnecer Lago Hondo o la Fortaleza de Azabache, pero por el momento, ninguno de los dos castillos estaba habitable, y Othell Yarwycky sus constructores aún trabajaban en la restauración del Fuerte de la Noche. Había días en los que Jon Nieve se preguntaba si no habría cometido un grave error al evitar que Stannis se llevara a los salvajes para que los masacraran.

«No sé nada, Ygritte —pensó—, y quizás no lo sepa nunca».

Cuando se aproximaban al bosque, los largos rayos rojizos del sol de otoño caían en diagonal entre las ramas de los árboles sin hojas y teñían de rosa la nieve. Los jinetes cruzaron un arroyo congelado, flanqueado por dos piedras dentadas y vestidas con armadura de hielo, y continuaron por un sendero tortuoso hacia el nordeste. Cada vez que soplaba el viento, levantaba nubes de nieve que se les metía en los ojos. Jon se subió la bufanda hasta la nariz y se caló la capucha.

—No queda mucho —dijo a sus hombres. Nadie contestó.

Jon olió a Tom Barleycorn antes de verlo. ¿O lo había oido Fantasma? Últimamente le parecía que el huargo y él eran uno, incluso en la vigilia. Primero apareció el gran lobo blanco, que se sacudía la nieve, y al poco llegó

Tom.

—Salvajes —dijo en voz baja—. En el bosque.

—¿Cuántos? —preguntó Jon mientras hacia un ademán para detener a los jinetes.

—He contado hasta nueve. No hay vigías. Puede que algunos estén muertos, o dormidos. Casi todos parecen mujeres. Hay un niño, pero también hay al menos un gigante. Han encendido una hoguera, y el humo sube entre los árboles. Los muy idiotas.

«Nueve, y yo tengo diecisiete. —De los cuales cuatro eran novatos y ninguno gigante, pero tampoco tenía intención de dar media vuelta y regresar al Muro—. Si los salvajes están vivos, quizás podamos reclutarlos. Y si están muertos... Bueno siempre puede venir bien un cadáver o dos».

—Seguiremos a pie —dijo mientras bajaba con agilidad al suelo helado. La nieve le llegaba por los tobillos—. Rory, Pate, quedaos con los caballos. —Podía haber encargado aquella tarea a los nuevos, pero más tarde o más temprano tenían que iniciarse, y aquel momento era tan bueno como cualquier otro—. Dispersaos en semicírculo; quiero acercarme al bosque por tres flancos. No perdáis de vista a los hombres que tengáis a izquierda y derecha, para que no se ensanchen los huecos. La nieve amortiguará nuestras pisadas; correrá menos sangre si los cogemos desprevenidos.

La noche caía con rapidez. Los charcos de luz ya habían desaparecido cuando el bosque del oeste se tragó la última franja de sol. La nieve rosa volvía a ser blanca; el color los abandonaba a medida que el mundo se oscurecía. El cielo del atardecer se había vuelto de un gris desvaído, como el de una capa vieja lavada muchas veces, y las primeras estrellas empezaban a asomar con timidez.

Un poco más adelante divisó un tronco blanco que solo podía ser de un arciano, coronado con una cabeza de hojas rojo oscuro. Jon alargó el brazo y desenvainó a *Garra*. Miró a su alrededor, hizo una seña a Seda y a Caballo, y se aseguró de que se la transmitían a los demás hombres. Corrieron juntos hacia el bosque, avanzando a zancadas entre ventisqueros de nieve vieja, sin más sonido que el de su respiración. Fantasma corría al lado de Jon, como una sombra blanca.

Los arcianos se alzaban en círculo alrededor del claro. Había nueve, casi iguales en edad y tamaño. Cada uno tenía una cara tallada, y cada una era distinta. Algunas sonreían; otras aullaban; otras le gritaban. A la escasa luz del anochecer parecían tener los ojos negros, pero Jon sabía que de día eran rojos como la sangre.

«Como los de Fantasma».

La hoguera del centro de la arboleda era pequeña y escasa, formada solo por cenizas, brasas y unas cuantas ramas rotas que ardían despacio y desprendían mucho humo. Aun así, tenía más vida que los salvajes que se acurrucaban a su

alrededor. Cuando Jon salió de la maleza solo reaccionó uno de ellos: el niño, que se puso a llorar y a tirar de la andrajosa capa de su madre. La mujer levantó la vista y se sobresaltó. El claro ya estaba rodeado de exploradores, que avanzaban entre los árboles blancos como huesos, con acero brillante en las manos enguantadas de negro, prestos a matar.

El gigante fue el último en verlos. Estaba dormido, acurrucado junto al fuego, pero algo lo despertó: el llanto del niño, el sonido de la nieve al romperse bajo las botas negras, alguien que contenía la respiración... Cuando se movió, fue como si una roca hubiera cobrado vida. Se incorporó con un gruñido y se frotó los ojos con unas manos grandes como jamones para sacudirse el sueño... hasta que vio a Férreo Emmett, con la espada brillando en la mano. Se incorporó con un rugido, agarró un mazo con la enorme mano y lo alzó de golpe.

Fantasma respondió enseñando los dientes. Jon lo sujetó por el pelaje del cuello.

—No queremos luchar. —Sabía que sus hombres podían derribar al gigante, pero no sin pagar un precio. Si llegaba a derramarse sangre, los salvajes se unirían a la pelea. Casi todos morirían allí mismo, y quizás también algunos de sus hermanos—. Este es un lugar sagrado. Rendíos y...

El gigante volvió a bramar de tal manera que hizo temblar las hojas de los árboles, y golpeó el suelo con el mazo. El mango era de nudosa madera de roble y media dos varas, y la cabeza era una piedra del tamaño de una hogaza de pan. El suelo retumbó con el impacto. Varios salvajes corrieron a buscar sus armas.

Jon estaba a punto de desenvainar a *Garra* cuando oyó hablar a Pieles desde el otro lado del bosque. Sus palabras sonaban bruscas y guturales, pero Jon reconoció la antigua lengua por el tono. Pieles habló durante un buen rato, y cuando terminó, el gigante le contestó con una mezcla de gruñidos y rugidos. Jon no entendía ni una palabra, pero Pieles señaló hacia los árboles y dijo algo más, y el gigante señaló también a los árboles, rechinó los dientes y soltó el mazo.

—Ya está —dijo Pieles—. No quieren pelear.

—Bien hecho. ¿Qué le has dicho?

—Que también son nuestros dioses. Que hemos venido a rezar.

—Y eso haremos. Envainad las armas, todos. Esta noche no habrá derramamiento de sangre.

Tom Barleycorn había dicho que había nueve, y así era, pero dos estaban muertos, y otro, tan débil que no llegaría a la mañana siguiente. Los seis que quedaban eran una madre y su hijo, dos ancianos, un thenita herido cubierto de bronce abollado, y un pies de cuerno con los pies tan congelados que Jon supo nada más verlo que jamás volvería a caminar. Más tarde se enteró de que casi todos eran desconocidos entre sí antes de llegar al bosque: cuando Stannis desmanteló las hordas de Mance Rayder huyeron hacia los árboles para escapar de la carnicería, y luego habían vagado sin rumbo durante un tiempo, perdiendo

a familiares y amigos a manos del frío y el hambre. Al final habían acabado allí, demasiado débiles y cansados para continuar.

—Aquí viven los dioses —dijo uno de los ancianos—. Este lugar es tan bueno como cualquier otro para morir.

—El Muro tan solo está a unas cuantas horas de camino, hacia el sur —dijo Jon—. ¿Por qué no os refugiáis allí? Eso han hecho muchos, incluso Mance.

Los salvajes cruzaron miradas.

—Hemos oído historias. Los cuervos quemaron a todos los refugiados —dijo al final uno de ellos.

—Incluso a Mance —añadió la mujer.

« Melisandre —pensó Jon—, tu dios rojo y tú vais a tener que dar muchas explicaciones» .

—Quienes lo deseen pueden volver con nosotros. Hay comida y refugio en el Castillo Negro, y el Muro nos protegerá de las criaturas que habitan este bosque. Tenéis mi palabra de que nadie arderá.

—La palabra de un cuervo —dijo la mujer, abrazando con fuerza a su hijo—. ¿Y cómo sé que vais a mantenerla? ¿Quién sois?

—Soy el lord comandante de la Guardia de la Noche, hijo de Eddard Stark de Invernalía. —Jon se volvió hacia Tom Barleycorn—. Que Rory y Pate traigan los caballos. No pienso quedarme aquí ni un instante más de lo estrictamente necesario.

—Como ordenéis, mi señor.

Hubo un asunto pendiente antes de partir: el motivo que los había llevado hasta allí. Férreo Emmett llamó a sus reclutas y, mientras el resto de la compañía observaba a una distancia prudente, se arrodillaron ante los arcianos. Ya no quedaba luz diurna, y no había más iluminación que la que llegaba de las estrellas y el débil brillo rojizo del fuego que se iba extinguiendo en el centro del claro.

Con la capucha negra y el grueso cuello vuelto también negro, los seis hombres parecían tallados en sombras. Sus voces se alzaron al unísono, diminutas en contraste con la inmensidad de la noche.

—La noche se avecina, ahora empieza mi guardia —dijeron, como habían dicho antes millares de hombres. La voz de Seda era melodiosa como una canción; la de Caballo, ronca y vacilante; la de Arron, un chillido nervioso—. No terminará hasta el día de mi muerte.

« Ojalá esas muertes tarden en llegar. —Jon hincó una rodilla en la nieve—. Dioses de mis padres, proteged a estos hombres. Y también a Arya, mi hermana pequeña, donde quiera que esté. Os lo suplico, que Mance la encuentre y me la devuelva sana y salva» .

—No tomaré esposa, no poseeré tierras, no engendraré hijos —prometieron los reclutas con voces que resonaban a través de los años y los siglos—. No llevaré corona, no alcanzaré la gloria. Viviré y moriré en mi puesto.

«Dioses del bosque, dadme la fuerza necesaria para hacer lo mismo —rezó Jon en silencio—. Dadme sabiduría para saber qué hacer y valor para llevarlo a cabo».

—Soy la espada en la oscuridad —continuaron los seis hombres. A Jon le parecía que, con cada palabra, sus voces cambiaban y se volvían más fuertes, más seguras—. Soy el vigilante del Muro. Soy el fuego que arde contra el frío, la luz que trae el amanecer, el cuerno que despierta a los durmientes, el escudo que defiende los reinos de los hombres.

«El escudo que defiende los reinos de los hombres». Fantasma le restregó el hocico por el hombro, y Jon lo rodeó con un brazo. Percibía el olor del jubón sucio de Caballo, la esencia dulce con que Seda se acicalaba la barba, el intenso hedor del miedo, el abrumador almizcle del gigante. Oía el latido de su propio corazón. Cuando recorrió el claro con la mirada y vio a la mujer y a su hijo, a los dos ancianos y al pies de cuerno lesionado, solo vio personas.

—Entrego mi vida y mi honor a la Guardia de la Noche, durante esta noche y todas las que estén por venir.

Jon Nieve fue el primero en ponerse en pie.

—Alzaos como hombres de la Guardia de la Noche. —Le dio la mano a Caballo para ayudarlo a levantarse.

Empezaba a soplar viento; era hora de irse.

El regreso fue mucho más largo que el viaje al bosque. Aunque el gigante tenía las piernas largas y musculosas, avanzaba a un ritmo muy lento y se paraba continuamente para golpear las ramas bajas de los árboles con el mazo y sacudirles la nieve. La mujer iba a caballo con Rory; su hijo, con Tom Barleycorn, y los ancianos, con Caballo y Seda. Al thenita, sin embargo, le daban miedo los caballos y prefirió ir cojeando a pesar de las heridas. El pies de cuerno no podía montar en la silla y tuvieron que atarlo al lomo del caballo, como un saco de grano, al igual que a la vieja flaca y pálida, a la que habían sido incapaces de despertar.

Hicieron lo mismo con los dos cadáveres, para desconcierto de Férreo Emmett.

—Solo nos entorpecerán, mi señor —dijo a Jon—. Deberíamos despedazarlos y quemarlos.

—No —dijo Jon—. Tráelos; tengo planes para ellos.

No había luna que los guiase de vuelta a casa, y solo de vez en cuando se divisaban estrellas. El mundo era negro, blanco y tranquilo. Era una caminata larga, lenta, eterna... La nieve se les pegaba en las botas y los calzones, y el viento sacudía los pinos y hacía ondear y revolotear las capas. En el cielo, Jon atisbió al Vagabundo Rojo, que los observaba entre las ramas desnudas de los grandes árboles bajo los que caminaban. El pueblo libre lo llamaba el Ladrón. Ygritte siempre le había dicho que el momento más propicio para secuestrar a

una mujer era cuando el Ladrón estaba en la Doncella Luna. No había mencionado cuál era el momento propicio para secuestrar a un gigante.

«O dos cadáveres».

Casi había amanecido cuando volvieron a ver el Muro.

El cuerno de un centinela les dio la bienvenida cuando se aproximaban. El sonido llegó del cielo, como el canto de un pájaro enorme: un solo toque largo, que significaba que volvían los exploradores. El Gran Liddle descolgó su cuerno para responder. Ya en la puerta, tuvieron que esperar un buen rato antes de que Edd el Penas apareciera para correr los cerrojos y quitar las barras de hierro. Cuando vio a la harapienta banda de salvajes, frunció los labios y miró detenidamente al gigante.

—Puede que haga falta mantequilla para que eso pase por el túnel, mi señor.
¿Envío a alguien a las despensas?

—No, creo que cabrá. Sin la mantequilla.

Y pasó... arrastrándose a cuatro patas.

«Sí que es grande este muchacho. Al menos mide cinco varas. Es más grande que Mag el Poderoso. —Mag había muerto bajo aquel mismo hielo, atrapado en un abrazo mortal con Donal Noye—. Un buen hombre». Jon llevó a Pieles a un lado.

—Hazte cargo de él, tú que hablas su lengua. Ocúpate de que coma y búscale un lugar caliente junto al fuego. Quédate con él y vigila que nadie lo provoque.

—De acuerdo —Pieles vaciló un instante—. Mi señor.

Jon envió a los salvajes que quedaban vivos a que les curasen las heridas y lesiones causadas por el frío. Esperaba que casi todos se recuperasen con un poco de comida caliente y ropa más abrigada, aunque era muy probable que el pies de cuerno no volviera a caminar. Mandó los cadáveres a las celdas de hielo.

Mientras colgaba la capa del clavo de la puerta se percató de que Clydas había llegado y había vuelto a marcharse; le había dejado una carta en la mesa. Al primer vistazo supuso que sería de Guardiaoriente o de la Torre Sombría, pero el lacre era dorado, no negro. El sello mostraba una cabeza de venado y un corazón en llamas.

«Stannis. —Jon rompió el lacre, desplegó el pergamo y leyó—. La mano de un maestre, pero las palabras del rey».

Stannis había tomado Bosquespeso, y los clanes de las montañas se habían aliado con él. Flint, Norrey, Wull, todos.

Tuvimos una ayuda inesperada pero muy oportuna: la de una hija de la isla del Oso. Alyseane Mormont, a quien sus hombres llaman la Osa, escondió luchadores en una flota de chalupas pesqueras y cogió desprevenidos a los hombres del hierro cuando abandonaban la costa. Hemos quemado y capturado los barcoluengos de los Greyjoy, y sus

tripulantes se han rendido o han muerto a nuestras manos. Pediremos rescate por los capitanes, los caballeros, los guerreros importantes y otros hombres de alcurnia; a los demás los colgaré...

Los hombres de la Guardia de la Noche juraban no tomar partido en las luchas y conflictos del reino, pero Jon Nieve no pudo evitar sentir cierta satisfacción. Siguió leyendo:

... más y más norteños se unen a nuestra causa a medida que se conoce nuestra victoria. Pescadores, jinetes libres, hombres de las colinas, granjeros de lo más profundo del bosque de los Lobos, aldeanos que huyeron de los hombres del hierro por la costa rocosa, supervivientes de la batalla de las puertas de Invernalia, hombres antes leales a los Hornwood, a los Cerwyn y a los Tallhart... Mientras escribo estas líneas somos cinco mil, y nuestro número crece día a día. Nos han llegado rumores de que Roose Bolton se dirige a Invernalia con todos sus ejércitos para casar a su bastardo con tu hermana. No podemos permitir que restablezca la antigua fuerza del castillo, por lo que vamos a su encuentro. Arnolf Karstark y Mors Umber se unirán a nosotros. Si puedo, salvaré a tu hermana y le encontraré un partido mucho mejor que Ramsay Nieve. Tus hermanos y tú debéis proteger el Muro hasta mi regreso.

Estaba firmada con una letra distinta:

Escrito a la luz del Señor, firmado y sellado por Stannis de la casa Baratheon, el primero de su nombre, rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, señor de los Siete Reinos y Protector del Reino.

En cuanto dejó el pergamo en la mesa, volvió a enrollarse como si deseara proteger sus secretos. No sabía muy bien qué sentimientos le despertaba lo que acababa de leer. Se habían librado muchas batallas en Invernalia, pero ninguna sin un Stark en un bando u otro.

—El castillo es un cascarón vacío —dijo—. No es Invernalia: es el fantasma de Invernalia. —Dolia pensarla, y más aún decirlo. Aun así...

Se preguntó cuántos hombres podía llevar al combate el viejo Carroña y cuántas espadas podría convocar Arnolf Karstark. Al otro lado del campo de batalla estaría la mitad de los Umber con Matapatas, bajo el estandarte del hombre desollado de Fuerte Terror, y casi todos los guerreros de ambas casas

habían marchado al sur con Robb para no volver. Aun en ruinas, Invernalia conferiría una ventaja muy considerable a cualquiera que la tomase. Robert Baratheon se habría dado cuenta enseguida y se habría valido de sus famosas marchas forzadas y cabalgadas nocturnas para hacerse con el castillo cuanto antes. ¿Su hermano sería igual de audaz?

«Supongo que no. —Stannis era un comandante reflexivo, y su ejército era una ensalada a medio digerir compuesta de hombres de los clanes, caballeros sureños, hombres del rey y hombres de la reina, sazonada con unos cuantos señores del norte—. O llega enseguida a Invernalia, o mejor que no vaya». No era quién para asesorar al rey, pero...

Volvío a leer la carta. «Si puedo, salvaré a tu hermana». Un sorprendente gesto de humanidad por parte de Stannis, aunque mutilado por el implacable *Si puedo y el le encontraré un partido mucho mejor que Ramsay Nieve*. Pero ¿y si Arya no estaba allí? ¿Y si era cierto lo que había dicho Melisandre? ¿Su hermana habría escapado de sus captores?

«¿Cómo? Arya siempre ha sido rápida y astuta, pero solo es una niña, y Roose Bolton no es de los que desdeñarían un trofeo de semejante valor».

¿Y si Bolton no había llegado a tener a Arya en su poder? La boda podía ser una simple artimaña para tender una trampa a Stannis. Por lo que Jon sabía, Eddard Stark no tenía motivos para quejarse del señor de Fuerte Terror, pero tampoco había confiado nunca en él, con aquella forma de hablar en susurros y aquellos ojos tan, tan claros.

«Una muchacha vestida de gris a lomos de un caballo moribundo, huyendo de un matrimonio concertado». La fuerza de aquellas palabras le había hecho enviar al norte a Mance Rayder y a seis mujeres de las lanzas.

—Que sean jóvenes y bonitas —había dicho Mance. El rey que había escapado del fuego mencionó unos cuantos nombres; Edd el Penas se encargó del resto y las sacó a hurtadillas de Villa Topo. En perspectiva, todo aquello le parecía una locura. Habría hecho mejor en acabar con Mance cuando se dio a conocer. Profesaba cierta admiración reticente hacia el Rey-más-allá-del-Muro, pero no dejaba de ser un desertor y un cambiácapas. En Melisandre confiaba aún menos, pero allí estaba, depositando en ellos todas sus esperanzas.

«Lo que sea con tal de rescatar a mi hermana. Aunque los hombres de la Guardia de la Noche no tienen hermanas».

De niño, en Invernalia, Jon idolatraba al Joven Dragón, el niño rey que había conquistado Dorne a los catorce años. A pesar de nacer bastardo, o quizás precisamente por eso, Jon Nieve siempre había soñado con conducir a los hombres a la gloria, tal como había hecho el rey Daeron, y con hacerse conquistador cuando creciera. Ya era un hombre, y el Muro era suyo, pero ni siquiera se sentía capaz de conquistar lo único que tenía: dudas.

El hedor del campamento era tan espantoso que Dany tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no vomitar. Ser Barristan arrugó la nariz.

—Vuestra alteza no debería estar aquí, respirando estos humores tan negros.

—Soy de la sangre del dragón —le recordó Dany—. ¿Habéis visto alguna vez a un dragón con colerina?

Viserys aseguraba con frecuencia que a los Targaryen no los afectaban las enfermedades de los hombres comunes, y por lo que ella sabía, era verdad. Recordaba haber tenido frío, hambre y miedo, pero no ninguna dolencia.

—Aun así, estaría más tranquilo si vuestra alteza volviera a la ciudad. —Habían dejado atrás la muralla multicolor de Meereen—. La colerina sangrienta ha sido el veneno de los ejércitos desde la Era del Amanecer. Nosotros distribuiremos las provisiones, alteza.

—Mañana. Hoy estoy aquí. Quiero ver. —Picó espuelas a su plata. Los demás trotaron tras ella. Jhogo cabalgaba justo delante, y Aggo y Rakharo, un poco detrás, con largos látigos dothrakis para mantener a raya a los enfermos y moribundos. Ser Barristan iba a su derecha, a lomos de un pinto gris. A su izquierda cabalgaban Symon Espalda Lacerada, de los Hermanos Libres, y Marselen, de los Hombres de la Madre. Sesenta soldados seguían a sus capitanes para proteger los carromatos de provisiones: todos iban a caballo; eran dothrakis, bestias de bronce y libertos, y lo único que tenían en común era la aversión que les causaba aquella misión.

Los astaporis los seguían tambaleantes, en una espantosa procesión que crecía a cada paso. Algunos hablaban en idiomas que Dany no entendía; otros no podían ni hablar. Muchos levantaban las manos hacia ella o se arrodillaban al paso de su plata. «Madre», llamaban en los dialectos de Astapor, Lys y la Antigua Volantis, en gutural dothraki o con las sílabas fluidas de Qarth, o hasta en la lengua común de Poniente. «Madre, por favor...», «Madre, ayúdame a mi hermana, está enferma...», «Dame comida para mis pequeños...», «Por favor, mi anciano padre...», «Ayúdalo...», «Ayúdala...», «Ayúdame...».

«No tengo más ayuda para vosotros», pensó Dany, desesperada. Los astaporis no tenían adónde ir. Miles de ellos seguían junto a la sólida muralla de Meereen: hombres, mujeres, niños, ancianos, chiquillas y recién nacidos. Muchos estaban enfermos; en su mayoría, famélicos, y todos, condenados a morir. Daenerys no se atrevía a abrirles las puertas. Había hecho por ellos cuanto podía. Les había enviado sanadores, gracias azules, recitadores de hechizos y cirujanos barberos, pero algunos habían caído enfermos también, y sus artes no sirvieron para aminorar el progreso galopante de la enfermedad que había llegado a lomos de la yegua clara. Separar a los sanos de los enfermos también había resultado inútil. Sus Escudos Fornidos lo habían intentado, y apartaron por la

fuerza a los maridos de sus esposas y a los hijos de sus padres, aunque los astaporis llorasen, pataleasen y les tirasen piedras. A los pocos días, los enfermos estaban muertos, y los sanos, enfermos.

Hasta alimentarlos se hacía cada vez más difícil. Cada día les hacía llegar lo que podía, pero cada día eran más y tenía menos comida para ellos. También costaba cada vez más encontrar hombres que llevaran las provisiones: demasiados de sus enviados habían contraído la colerina. A otros los habían atacado en el camino de vuelta a la ciudad. El día anterior habían volcado una carreta y habían matado a dos de sus soldados, de modo que la reina decidió entregar los alimentos en persona. Todos y cada uno de sus consejeros, desde Reznak hasta el Cabeza Afeitada, pasando por ser Barristan, trataron de disuadirla con argumentos fervorosos, pero Daenerys se mostró inamovible.

—No les daré la espalda —dijo con testarudez—. Una reina tiene que conocer el sufrimiento de su pueblo.

Sufrimiento era lo único que no les faltaba.

—Casi no les quedan caballos ni mulas, aunque muchos vinieron cabalgando desde Astapor —le informó Marselen—. Se los han comido todos, alteza, así como a las ratas y perros asilvestrados que han podido cazar. Algunos han empezado ya a comerse a sus muertos.

—El hombre no debe comer carne de hombre —dijo Aggo.

—Lo sabe todo el mundo —corroboró Rakharo—. Quedarán malditos.

—Ya están más allá de las maldiciones —señaló Symon Espalda Lacerada.

Niños de vientre hinchado los seguían, demasiado débiles o asustados para mendigar. Hombres esqueléticos de ojos hundidos se acuclillaban en la arena, entre las rocas, para soltar la vida por las tripas en hediondos chorros rojos y marrones. Muchos cagaban donde dormían, ya demasiado débiles para arrastrarse hasta las zanjas que Dany les había ordenado cavar. Dos mujeres se peleaban por un hueso chamuscado. Cerca, un chiquillo de unos diez años se comía una rata con una mano, mientras con la otra esgrimía un palo afilado por si alguien se atrevía a intentar arrebatarle su botín. Había cadáveres sin sepultar por doquier. Dany vio a un hombre tendido en la arena bajo un sudario negro, pero cuando su montura pasó junto a él, el sudario se disolvió en un millar de moscas. Había mujeres flacas sentadas en el suelo, con bebés moribundos en brazos. Sus ojos la seguían, y las que tenían fuerzas la llamaban.

—Madre... Por favor, madre... Bendita seas, madre...

«Bendita sea —pensó con amargura—. Vuestra ciudad está reducida a huesos y cenizas; vuestra gente muere; no puedo ofreceros refugio, medicina ni esperanza, solo pan duro, carne agusanada, queso resecos y un poco de leche. Bendita sea, bendita sea...». ¿Qué clase de madre era, que no tenía leche para alimentar a sus hijos?

—Demasiados muertos —dijo Aggo—. Hay que quemarlos.

—¿Quién los va a quemar? —preguntó ser Barristan—. La colerina sangrienta está por todas partes. Cada noche muere un centenar.

—No es bueno tocar a los muertos —apuntó Jhogo.

—Lo sabe todo el mundo —dijeron Aggo y Rakharo a la vez.

—Puede, pero hay que hacerlo —replicó Dany. Se detuvo un momento para pensar—. Los Inmaculados no tienen miedo de los cadáveres. Hablaré con Gusano Gris.

—Alteza —intervino ser Barristan—, los Inmaculados son vuestros mejores guerreros. No conviene que la epidemia se extienda entre ellos. Que los astaporis entierren a sus muertos.

—Están demasiado débiles —dijo Symon Espalda Lacerada.

—Con más comida recuperarian las fuerzas —apuntó Dany.

—No podemos desperdiciar comida con los moribundos, adoración —replicó Symon—. No tenemos suficiente para los vivos.

La reina sabía que no estaba errado, pero no por eso le resultaba más fácil escuchar sus palabras.

—Ya estamos a suficiente distancia —decidió—. Les daremos la comida aquí.

Levantó una mano, y los carromatos se detuvieron tras ella. Los jinetes se situaron a su alrededor para impedir que los astaporis se lanzaran sobre las provisiones. En cuanto se detuvieron, los enfermos empezaron a avanzar hacia ellos, cojeando y tambaleándose, cada vez en mayor número. Los jinetes les cortaron el paso.

—¡Esperad vuestro turno! —les gritaban—. ¡Sin empujar! ¡Atrás! ¡Quedaos atrás! Hay pan para todos. ¡Esperad vuestro turno!

Lo único que podía hacer Dany era mirar.

—¿No hay manera de que les prestemos más ayuda? —preguntó a Barristan Selmy—. Vos tenéis provisiones.

—Son para los soldados de vuestra alteza. Tal vez tengamos que resistir un largo asedio. Los Cuervos de Tormenta y los Segundos Hijos hostigan a los yunkios, pero no podrán ponerlos en fuga. Si vuestra alteza me permitiera reunir un ejército...

—Si hay una batalla, prefiero luchar detrás de la muralla de Meereen. A ver cómo se las arreglan para invadir mis almenas. —La reina contempló la escena que se desarrollaba a su alrededor—. Si repartiéramos nuestras provisiones a partes iguales...

—... los astaporis se acabarían la suya en pocos días y nosotros tendríamos mucha menos para resistir el asedio.

Dany miró hacia la muralla multicolor de Meereen. En el aire flotaba una nube de moscas y gritos.

—Los dioses han enviado esta epidemia para hacerme más humilde. Hay

tantos muertos... No permitiré que los astaporis se coman los cadáveres. —Hizo un gesto a Aggo para que se acercara—. Cabalga hasta las puertas de la ciudad y tráeme a Gusano Gris y cincuenta de sus inmaculados.

—La sangre de tu sangre obedece, *khaleesi*.

Aggo hincó los talones en los flancos de su caballo y partió al galope. Ser Barristan se quedó mirándolo con aprensión mal disimulada.

—No es bueno que os quedéis aquí mucho tiempo, alteza. Los astaporis están recibiendo comida, como ordenasteis. Es lo único que podemos hacer por estos desdichados. Deberíamos volver ya a la ciudad.

—Volved vos si queréis. No os detendré. No detendré a ninguno de vosotros.

—Dany se bajó del caballo—. No puedo curarlos, pero sí mostrarles que su madre se preocupa por ellos.

—¡No, *khaleesi*! —Jhogo no pudo contener un grito. La campanilla de su trenza tintineó cuando desmontó—. No os acerquéis más. ¡No! ¡No los toquéis!

Dany pasó de largo a su lado. Cerca había un anciano tendido en el suelo, gimiendo y con la vista fija en las nubes. Cuando se arrodilló contra él, tuvo que arrugar la nariz ante el hedor, pero le apartó el sucio pelo blanco para tocarle la frente.

—Está ardiendo. Necesito agua para bañarlo, aunque sea agua de mar. ¿Me la traes, Marselen? También necesito aceite para la pira. ¿Quién me ayuda a quemar los cadáveres?

Cuando Aggo regresó con Gusano Gris y cincuenta inmaculados al trote tras su caballo, Dany había avergonzado a todos sus hombres lo suficiente para que la ayudaran. Symon Espalda Lacerada y sus hombres estaban separando a los vivos de los muertos y amontonando los cadáveres, mientras que Jhogo, Rakharo y los dothrakis ayudaban a los que aún podían caminar a llegar hasta la playa para que se bañaran y se lavaran la ropa. Aggo se quedó mirándolos como si se hubieran vuelto locos, pero Gusano Gris se arrodilló junto a la reina.

—Uno os ayudará.

Antes del mediodía había ya una docena de piras. Las columnas de humo negro se alzaban para hollar el despiadado cielo azul. Dany se alejó de las hogueras con la ropa de montar sucia y llena de cenizas.

—Adoración —le dijo Gusano Gris—, uno y sus hermanos os ruegan permiso para bañarse en el agua salada cuando terminemos nuestra misión; así nos purificaremos según las leyes de nuestra gran diosa.

La reina ignoraba hasta aquel momento que los eunucos tuvieran una diosa.

—¿Quién es? ¿Uno de los dioses de Ghis?

—La diosa tiene muchos nombres. —Gusano Gris parecía incómodo—. Es la Señora de las Lanzas, la Novia de la Batalla, la Madre de Ejércitos... Pero su verdadero nombre les pertenece solo a unos que quemaron su órgano viril en su altar. No podemos hablar de ella con nadie. Uno os suplica vuestro perdón.

—Como deseéis. Sí, claro, id a bañaros. Gracias por vuestra ayuda.

—Unos viven para serviros.

Dany volvió a su pirámide con el cuerpo dolorido y el corazón en un puño, y se encontró a Missandei leyendo un pergamo antiguo mientras Irri y Jhiqui discutían sobre Rakharo.

—Estás demasiado flaca para su gusto —decía Jhiqui cuando entró—. Eres casi como un chico, y Rakharo no se acuesta con chicos. Lo sabe todo el mundo.

—Lo que sabe todo el mundo es que tú eres una vaca —replicó Irri—. Rakharo no se acuesta con vacas.

—Rakharo es la sangre de mi sangre. Su vida me pertenece a mí, no a vosotras —les dijo Dany a las dos. Rakharo había crecido casi medio palmo en el tiempo que había pasado fuera de Meereen, y al regresar tenía las piernas y los brazos muy musculosos, así como cuatro campanillas en el pelo. Ya era más alto que Aggo y Jhogo, y sus dos doncellas se habían fijado en él—. Venga, callaos de una vez; necesito un baño. —Jamás se había sentido tan sucia—. Jhiqui, ayúdame a quitarme esta ropa, llévatela y quémala. Irri, dile a Qezza que me busque algo fresco y ligero para ponerme. Hace mucho calor.

En la terraza soplaban una brisa fresca, y Dany suspiró de placer al entrar en el agua de su estanque. Dio una orden a Missandei, que se quitó la ropa y se metió en el agua a su vez.

—Una oyó a los astaporis anoche; estaban rascando la muralla —le dijo la pequeña escriba mientras le frotaba la espalda.

Irri y Jhiqui se miraron.

—No había nadie rascando —dijo Jhiqui—. ¿Con qué van a rascar?

—Con las manos. Los ladrillos son viejos y se desmoronan. Están intentando abrir un hueco para entrar en la ciudad.

—De esa manera tardarían años —apuntó Irri—. La muralla es muy gruesa. Lo sabe todo el mundo.

—Lo sabe todo el mundo —corroboró Jhiqui.

—Yo también sueño con ellos. —Dany le cogió la mano a Missandei—. El campamento está a setecientos pasos de la ciudad, cariño. Nadie rascaba la muralla.

—Vuestra alteza siempre tiene razón. ¿Os lavo el pelo? Ya es casi la hora. Reznak mo Reznak y la gracia verde van a llegar para hablar de...

—Los preparativos de la boda. —Dany salpicó a su alrededor al levantarse bruscamente—. Casi me había olvidado. —«Puede que quisiera olvidarme»—. Y cuando se vayan, tengo que cenar con Hizdahr. —Dejó escapar un suspiro—. Irri, tráeme el *tokar* verde, el de seda con ribete de encaje myriense.

—Ese os lo están arreglando, *khaleesi*. El encaje se había desgarrado. Pero tenéis limpio el *tokar* azul.

—Que sea el azul, pues. Les gustará igual.

Se equivocaba solo en parte. La sacerdotisa y el senescal se alegraron de verla ataviada con un *tokar*, vestida por una vez como una dama meereena, pero lo que pretendían en realidad era desnudarla. Daenerys los escuchó con incredulidad.

—Sin ánimo de ofender, no pienso presentarme desnuda ante la madre y las hermanas de Hizdahr —les dijo al final.

—Pero... pero... —Reznak mo Reznak parecía a punto de atragantarse—. Es imprescindible, adoración. La tradición impone que las mujeres de la casa del hombre que se va a casar examinen el vientre de la novia y sus..., eh..., sus partes femeninas, para asegurarse de que están bien formadas y, eh...

—... y son fértiles —terminó Galazza Galare—. Es un antiguo ritual, esplendor. También habrá tres gracias para presenciar el examen y recitar las plegarias oportunas.

—Eso —confirmó Reznak—, y luego os traerán una tarta especial, una tarta solo para mujeres que se sirve el día del compromiso. A los hombres no se les permite probarla, pero me han dicho que es deliciosa y tiene poderes mágicos.

« Y si mi vientre está marchito, si mis partes femeninas están malditas, ¿para eso también habrá una tarta especial? » .

—Hizdahr zo Loraq puede inspeccionar mis partes femeninas cuando nos casemos. —« A Khal Drogo no le pareció que tuvieran nada de malo, ¿por qué este va a ser diferente? » . Que su madre y sus hermanas se examinen entre sí y que les aproveche la tarta. No pienso comérmela, igual que no pienso lavar los nobles pies del noble Hizdahr.

—No lo entendéis, magnificencia —protestó Reznak—. El lavatorio es una tradición consagrada. Significa que estaréis al servicio de vuestro esposo. El atuendo nupcial también está cargado de sentido: la novia se viste con velos de seda rojo oscuro sobre un *tokar* de seda blanca con flecos de perlas.

« La reina de los conejos tiene que ponerse las orejas largas para casarse» .

—Con tanta perla, pareceré un sonajero al caminar.

—Las perlas simbolizan la fertilidad. Cuantas más lleve vuestra adoración, más hijos saludables engendrará.

—¿Y para qué quiero tener cien hijos? —Dany se volvió hacia la gracia verde—. Si nos casáramos por los ritos de Poniente...

—Los dioses de Ghis no bendecirían esa unión. —El rostro de Galazza Galare estaba oculto bajo un velo de seda verde. Solo se le veían los ojos, también verdes, llenos de sabiduría y tristeza—. Para la ciudad, no seríais más que la concubina del noble Hizdahr, no su esposa legítima, y vuestros hijos serían bastardos. Vuestra adoración tiene que casarse con Hizdahr en el templo de las Gracias, ante los ojos de toda la nobleza de Meereen.

« Sacad a todos esos nobles de sus pirámides con algún pretexto», le había dicho Daario.

« El lema del dragón es “Fuego y Sangre”». Dany desechó la idea; no era digna de ella.

—Como queráis —suspiró—. Me casaré con Hizdahr en el templo de las Gracias, vestida con un *tokar* blanco con flecos de perlas. ¿Alguna cosa más?

—Hay otro asunto, adoración —dijo Reznak—. Para celebrar vuestras nupcias, lo oportuno sería que volvierais a abrir las arenas de combate. Sería el regalo de bodas que hacéis a Hizdahr y a vuestro devoto pueblo, y también una señal de que habéis abrazado las antiguas costumbres y tradiciones de Meereen.

—Además, resultaría muy grato a los dioses —añadió la gracia verde con su voz baja y amable.

« Una dote de sangre». Dany estaba cansada de aquella batalla. Ni siquiera ser Barristan creía que pudiera ganar.

—Nunca hubo gobernante capaz de hacer bondadoso a su pueblo —le había dicho Selmy—. Baelor el Santo rezó, ayunó y construyó para los Siete el templo más espléndido que ningún dios pudiera deseiar, pero ni así fue capaz de poner fin a la guerra y la miseria.

« Una reina debe escuchar a su pueblo», se recordó Dany.

—Después de la boda, Hizdahr será el rey. Que las reabra él si quiere; yo no quiero involucrarme en eso. —« Que se manche las manos de sangre él, no yo» . Se levantó—. Y si mi esposo quiere que le lave los pies, que me los lave él a mí primero. Se lo diré esta misma tarde.

Si albergaba dudas sobre cómo se tomaría su prometido semejante actitud, pronto quedaron disipadas. Hizdahr zo Loraq llegó una hora después de la puesta de sol, con un *tokar* color vino con una franja dorada y flecos de cuentas de oro. Mientras le servía vino, Dany le habló de su reunión con Reznak y la gracia verde.

—No son más que ritos sin sentido —declaró Hizdahr—, justo el tipo de cosas de las que tenemos que librarnos. Meereen lleva demasiado tiempo anclada en estas estúpidas tradiciones. —Le besó la mano—. Daenerys, mi reina, de buena gana os lavaré entera si es lo que hace falta para que me toméis como rey y consorte.

—Para que os tome como rey y consorte solo tenéis que proporcionarme la paz. Skahaz me ha dicho que traéis noticias.

—Cierto. —Hizdahr cruzó las largas piernas. Parecía muy pagado de sí—. Yunkai nos dará la paz, pero a cambio de un precio. La interrupción del tráfico de esclavos ha causado una gran commoción en todo el mundo civilizado. Yunkai y sus aliados nos exigen una indemnización en oro y piedras preciosas.

—¿Qué más? —El oro y las piedras preciosas eran cosa fácil.

—Los yunkios reanudarán el negocio esclavista como antes. Reconstruirán Astapor como ciudad especializada en la formación de esclavos, y vos no interferiréis.

—Los yunkios reanudaron el negocio esclavista cuando no me había alejado ni dos leguas de su ciudad, ¿y acaso di media vuelta? El rey Cleon me rogó que me uniera a él contra ellos, y presté oídos sordos a sus súplicas. No quiero guerra con Yunkai. ¿Cuántas veces he de decirlo? ¿Qué promesas quieren que haga?

—Ah, mi reina, esa es la espina de la rosa —suspiró Hizdahr zo Loraq—. Me entristece deciros que Yunkai no tiene fe ninguna en vuestras promesas. Siguen tocando la misma cuerda del arpa, algo sobre un emisario al que prendieron fuego vuestros dragones.

—Solo le quemaron el *tokar* —replicó Dany, resentida.

—Sea como sea, no confian en vos. Lo mismo ocurre con los hombres del Nuevo Ghis. Como vos misma decís a menudo, las palabras son aire, así que ninguna palabra vuestra bastará para sellar esta paz para Meereen. Vuestros enemigos quieren acciones. Quieren vernos casados, quieren verme coronado y gobernando a vuestro lado.

Dany volvió a llenarle la copa, aunque lo que más habría deseado era vaciarle la frasca en la cabeza para ahogar su sonrisa engreída.

—Matrimonio o matanza. Boda o guerra. ¿Tengo que elegir?

—Creo que solo hay una elección posible, esplendor. Pronunciemos nuestros votos ante los dioses de Ghis y construyamos juntos una nueva Meereen.

La reina estaba pensando qué respuesta darle cuando oyó pisadas a sus espaldas.

« La comida », pensó. Sus cocineros habían prometido servir el plato favorito del noble Hizdahr, perro a la miel relleno de ciruelas y pimientos. Pero al volverse fue a ser Barristan a quien se encontró, recién bañado, vestido de blanco y con su espada larga al costado.

—Siento interrumpiros, alteza —dijo con una reverencia—, pero he pensado que querriáis saberlo enseguida. Los Cuervos de Tormenta han vuelto a la ciudad con noticias sobre el enemigo. Los yunkios están en camino, tal como temíamos.

Una expresión de enojo cruzó el noble rostro de Hizdahr zo Loraq.

—La reina va a cenar. Los mercenarios tendrán que esperar.

Ser Barristan hizo como si no lo hubiera oído.

—Le dije a lord Daario que me informara a mí, tal como había ordenado vuestra alteza. Se rio y me dijo que lo escribiría con su propia sangre si vuestra alteza le enviaba a su pequeña escriba para enseñarle a hacer las letras.

—¿Con sangre? —Dany se horrorizó—. ¿Es una broma? No. No me lo digáis. Tengo que verlo con mis propios ojos. —Solo era una niña y estaba sola, y las niñas tenían derecho a cambiar de opinión—. Convocad a mis capitanes y comandantes. Hizdahr, sé que sabréis perdonarme.

—Lo primero es Meereen. —Hizdahr sonrió alegramente—. Tendremos otras noches. Tendremos mil noches.

—Ser Barristan os acompañará.

Dany corrió en busca de sus doncellas; no tenía la menor intención de recibir al capitán vestida con un *tokar*. Se probó una docena de túnicas antes de elegir la que le gustaba, pero rechazó la corona que le ofrecía Jhiqui. Cuando Daario Naharis hincó una rodilla en tierra ante ella, a Dany se le desbocó el corazón. El hombre tenía el pelo salpicado de sangre reseca, y un corte profundo muy reciente en la sien. Llevaba la manga izquierda ensangrentada casi hasta el codo.

—Estáis herido —dijo sobresaltada.

—¿Os referís a esto? —Daario se tocó la sien—. Un ballestero intentó clavararme una saeta en el ojo, pero mi caballo fue más rápido que la flecha. Volaba hacia mi reina para regocijarme en el calor de su sonrisa. —Sacudió la manga, salpicando el suelo de gotitas rojas—. Esta sangre no es mía. Un sargento me dijo que deberíamos aliarnos con los yunkios, así que le metí la mano por la boca y le arranqué el corazón. Pensaba traerlo como regalo para mi reina de plata, pero cuatro hombres de la Compañía del Gato me cortaron el camino y me empezaron a bufar. Uno casi me atrapó, así que le tiré el corazón a la cara.

—Muy caballeresco —dijo ser Barristan en un tono que indicaba que le parecía cualquier cosa menos eso—, pero ¿traéis noticias para su alteza?

—Malas noticias, ser Abuelo. Astapor ha desaparecido y los esclavistas marchan hacia el norte.

—Son noticias viejas y huelen mal —gruñó el Cabeza Afeitada.

—Lo mismo dijo vuestra madre de los besos de vuestro padre —replicó Daario—. Habría llegado antes, mi dulce reina, pero las colinas están plagadas de mercenarios yunkios. Cuatro compañías libres. Vuestros Cuervos de Tormenta tuvieron que abrirse camino entre ellos. Y eso no es lo peor: el ejército yunkio viene por la costa junto con cuatro legiones del Nuevo Ghis. Tienen un centenar de elefantes, con armadura y castillo. También tienen tolosos con honderos y un cuerpo de soldados qarthienses a camello. En Astapor embarcaron otras dos legiones ghisarias. Si nuestros prisioneros dicen la verdad, tocarán tierra más allá del Skahazadhan para aislarlos del mar dothraki.

Mientras hablaba, de cuando en cuando caía una gota de sangre muy roja contra el suelo de mármol, y Dany sentía un alfilerazo.

—¿Cuántos hombres murieron? —le preguntó cuando terminó.

—¿De los nuestros? No me paré a contarlos, pero ganamos más de los que perdimos.

—¿Más cambiacapas?

—Más valientes para vuestra noble causa. A mi reina le gustarán. Uno es hachero de las islas del Basilisco, una fiera, más grande que vuestro Belwas. Tendríais que verlo. También tengo unos cuantos ponentis, veinte o más, desertores de los Hijos del Viento que no estaban satisfechos con los yunkios. Serán buenos cuervos de tormenta.

—Si vos lo decis...

Dany no pensaba poner demasiadas objeciones. Meereen necesitaría muy pronto de todas las espadas posibles. Ser Barristan, en cambio, miró a Daario con cara de pocos amigos.

—Habéis mencionado cuatro compañías libres, capitán. Solo sabemos de tres: los Hijos del Viento, los Lanzas Largas y la Compañía del Gato.

—¡Anda, si ser Abuelo sabe contar! Los Segundos Hijos se han pasado a los yunkios. —Daario giró la cabeza y escupió—. Eso para Ben Plumm el Moreno. La próxima vez que le vea la cara, lo rajará del cuello a la polla y le arrancaré ese negro corazón.

Dany quiso decir algo, pero le faltaron las palabras. Recordó el rostro de Ben, la última vez que lo había visto.

« Era un rostro cálido, un rostro en el que confiaba. —La piel morena y el pelo blanco, la nariz rota y las patas de gallo. Hasta sus dragones estaban encariñados con el viejo Ben el Moreno, que siempre alardeaba de que por sus venas corría una gota de sangre de dragón. “Tres traiciones conocerás. Una por oro, una por sangre y una por amor”. ¿Qué traición era la de Plumm? ¿La segunda o la tercera? ¿Y dónde dejaba eso a ser Jorah, su viejo oso gruñón? ¿Acaso no tendría nunca un amigo en quien pudiera confiar?—. ¿De qué sirven las profecías si no tienen sentido? Si me caso con Hizdahr antes de que salga el sol, ¿desaparecerán todos esos ejércitos como rocío en la mañana y me dejarán gobernar en paz?».

El anuncio de Daario había provocado el caos. Reznak aullaba, el Cabeza Afeitada mascullaba sombrío y sus jinetes de sangre juraban venganza. Belwas el Fuerte se golpeó la barriga llena de cicatrices con un puño y juró que se comería el corazón de Ben el Moreno con ciruelas y cebollas.

—Por favor —dijo Dany; pero solo Missandei pareció oírla. La reina se puso en pie—. ¡Silencio! Ya he oído suficiente.

—Alteza, estamos a vuestras órdenes. —Ser Barristan se dejó caer sobre una rodilla—. ¿Qué queréis que hagamos?

—Seguiremos según lo previsto. Reunid tantas provisiones como sea posible. —« Si vuelvo la vista atrás, estoy perdida» —. Tenemos que cerrar las puertas y situar en la muralla a todos los hombres que estén en condiciones de luchar. No entrará ni saldrá nadie.

La estancia quedó en silencio. Los hombres se miraban entre sí.

—¿Qué pasa con los astaporis? —preguntó al final Reznak.

Dany sintió ganas de gritar, de rechinar los dientes, de arrancarse la ropa, de golpear el suelo con los puños.

—¡Cerrad las puertas! ¿Tengo que decirlo tres veces? —Eran sus hijos, pero no podía hacer nada por ellos—. Salid todos. Vos no, Daario. Hay que limpiarlos esa herida y quiero haceros más preguntas.

Los demás hicieron una reverencia antes de salir, y Dany guio a Daario

Naharis escaleras arriba hacia sus habitaciones, donde Irri le lavó el corte con vinagre y Jhiqui se lo vendó con lino blanco. Cuando terminaron, hizo salir también a las doncellas.

—Tenéis la ropa manchada de sangre —dijo a Daario—. Quitáosla.

—Solo si vos hacéis lo mismo.

La besó. El pelo le olía a sangre, a humo y a caballo, y su boca era caliente y dura. Dany temblaba en sus brazos.

—Creía que seríais vos quien me traicionaría —le dijo cuando se separaron—. Una traición por sangre, otra por oro y otra por amor, tal como me dijeron los hechiceros. Creía... Nunca pensé en Ben el Moreno. Hasta mis dragones confiaban en él. —Agarró a su capitán por los hombros—. Prometedme que nunca os volveréis contra mí. No podría soportarlo. Prometédmelo.

—Nunca, amor mío.

Ella lo creyó.

—Juré que me casaría con Hizdahr zo Loraq si me daba noventa días de paz, pero ahora... Os he deseado desde la primera vez que os vi, pero erais un mercenario tornadizo y traicionero. Alardeabais de que habíais estado con cien mujeres.

—¿Con cien? —Daario disimuló una risita tras la barba violeta—. Os mentí, mi dulce reina. Ha sido con mil. Pero nunca he estado con un dragón.

Ella alzó los labios hacia los suyos.

—¿Y a qué esperáis?

EL PRÍNCIPE DE INVERNALIA

La chimenea estaba llena de ceniza seca y renegrida, y no había en la habitación más calor que el de las velas. Cada vez que se abría una puerta, las llamas se estremecían y temblaban. La novia también estaba temblando. La habían vestido de lana blanca con ribetes de encaje; en las mangas y el corteño llevaba adornos de perlas de río, e iba calzada con unas zapatillas de piel de cervatillo... preciosas, pero que no abrigaban demasiado. Tenía las mejillas blancas, sin sangre.

«Un rostro esculpido en hielo —pensó Theon Greyjoy al tiempo que le echaba por los hombros la capa ribeteada de piel—. Un cadáver enterrado en la nieve».

—Ha llegado el momento, mi señora.

Desde el otro lado de la puerta los llamaba el sonido de laúdes, flautas y tambores. La novia alzó los ojos hacia él, aquellos ojos pardos que brillaban a la luz de las velas.

—Seré una buena esposa para él; le seré fiel... Lo complaceré; haré lo que quiera, le daré hijos, seré mejor esposa de lo que habría sido la auténtica Arya, ya lo verá.

«Sigue hablando así y morirás, o algo peor». Era una lección que había aprendido como Hediondo.

—Sois la auténtica Arya, mi señora. Arya de la casa Stark, hija de lord Eddard y heredera de Invernalia. —Tenía que aprender su nombre, ¡tenía que aprender su nombre!—. Arya Entrelopiés. Vuestra hermana os llamaba también Arya Caracaballo.

—Yo fui quien se inventó ese nombre, porque Arya tenía la cara alargada, como los caballos. Pero yo no; la mía era agraciada. —Las lágrimas acabaron por desbordarle los ojos—. Nunca fui bella, como Sansa, pero todos me decían que era agraciada. ¿A lord Ramsay le parezco agraciada?

—Sí —mintió—. Me lo ha dicho.

—Pero sabe quién soy. Sabe quién soy de verdad; se lo noto cuando me mira. Siempre parece enfadado, hasta cuando sonríe, pero no es culpa mía. Se dice que le gusta hacer daño.

—Mi señora no debería prestar atención a esas... mentiras.

—Se dice que os hizo daño a vos. En las manos y...

—Me... Me lo merecí. —Tenía la boca seca—. Lo hice enfadar. Vos no lo hagáis enfadar. Lord Ramsay es... un hombre bueno, de gran corazón. Si lo complacéis, os tratará bien. Sed buena esposa para él.

—Ayudadme. —La muchacha se agarró a él—. Por favor. Yo os miraba cuando estabais en el patio, jugando con las espadas. ¡Erais tan guapo...! —Le apretó el brazo—. Si huimos, seré vuestra esposa, o vuestra..., o vuestra puta...

Lo que queráis. Podrás ser mi hombre.

—No... No soy el hombre de nadie. —Theon se liberó de su brazo. « Un hombre la ayudaría ». — Por favor, por favor, tenéis que ser Arya, tenéis que ser su esposa. Haced lo que quiera, o... Haced lo que quiera y ya está, y no volváis a decir que sois otra persona. —« Jeyne, se llama Jeyne ». La música era cada vez más insistente. — Ya es la hora. Secaos los ojos. —« Ojos marrones. Deberían ser grises. Alguien se dará cuenta. Alguien se acordará ». — Muy bien. Ahora, sonréid.

La niña lo intentó. Curvó hacia arriba los labios temblorosos, mostrando un poco los dientes.

« Bonitos dientes blancos, pero si lo hace enfadar, dejarán de ser bonitos ». Tres de las cuatro velas se apagaron cuando abrió la puerta para llevar a la novia hacia la neblina donde aguardaban los invitados.

—¿Por qué yo? —había preguntado a lady Dustin cuando le dijo que sería el encargado de entregar a la novia.

—Ya no tiene padre ni hermanos. Su madre murió en Los Gemelos. Todos sus tíos están desaparecidos, muertos o prisioneros.

—Aún le queda un hermano. —« Aún le quedan tres hermanos », podría haber dicho. — Jon Nieve está con la Guardia de la Noche.

—Un hermano bastardo que ha jurado lealtad al Muro. Vos erais el pupilo de su padre, lo que os convierte en lo más parecido que tiene a un pariente vivo. Debéis ser quien entregue su mano.

« Lo más parecido que tiene a un pariente vivo ». Theon Greyjoy se había criado con Arya Stark. Theon Greyjoy habría sabido que era una impostora. Si la gente veía que reconocía a aquella chica como Arya, los señores norteños que se habían reunido para presenciar el enlace no tendrían ningún motivo para dudar de su legitimidad. Stout, Slate, Umber Mataputas, los pendencieros Ryswell, los hombres de Hornwood, los primos Cerwyn, el gordo lord Wyman Manderly... Ninguno de ellos había conocido tan bien como él a las hijas de Ned Stark, y si alguno albergaba dudas en secreto, tendría seso suficiente para no dejarlas traslucir.

« Me están usando para tapar su engaño; le ponen mi cara a esta mentira ». Por eso lord Bolton había vuelto a vestirlo de señor, para que representara su papel en aquella pantomima. En cuanto acabara, en cuanto la falsa Arya estuviera casada y encamada, Bolton ya no necesitaría para nada a Theon Cambiacapas.

—Si nos sirves bien, tras la derrota de Stannis trataremos la mejor manera de sentarte en el trono de tu padre —le había dicho su señoría con aquella voz tan baja, aquella voz hecha para los susurros y las mentiras.

Theon no se había creído ni una palabra. Bailaría al son de su música porque no le quedaba más remedio, pero luego...

« Luego volverá a dejarme en manos de Ramsay —pensó—, y Ramsay me cortará más dedos y volverá a convertirme en Hediondo». A menos que los dioses fueran bondadosos y Stannis Baratheon cayera sobre Invernalia para pasarlo por la espada a todos, él incluido. Era lo máximo a lo que podía aspirar.

Por extraño que pareciera, en el bosque de dioses hacía más calor. Más allá de sus confines, el hielo cubría Invernalia. El hielo sucio hacia traidoros los caminos, y la escarcha centelleaba a la luz de la luna en los paneles rotos de los jardines de cristal. El viento había amontonado la nieve contra las paredes hasta llenar todos los rincones, y había ocultado algunas puertas. Bajo la nieve quedaba la ceniza gris, y aquí y allá se veía una viga ennegrecida o un montón de huesos, aún con restos de pelo y piel. Los carámbanos colgaban de las almenas como lanzas y ribeteaban los torreones como los bigotes rígidos y blancos de un anciano. Pero el suelo del bosque de dioses no estaba congelado, y de los estanques de aguas termales se elevaba un vapor cálido como el aliento de un bebé.

La novia iba de blanco y gris, los colores que habría llevado la verdadera Arya de haber vivido lo suficiente para casarse. Theon iba de negro y oro, con la capa sujetada al hombro con un rudimentario kraken que le había forjado un herrero de Fuerte Túmulo a toda prisa, pero bajo la capucha tenía el pelo blanco y fino, y su piel era del gris enfermizo de un anciano.

« Por fin soy un Stark», pensó. Pasó bajo el arco de piedra con la novia del brazo, mientras los jirones de niebla se les enredaban en torno a las piernas. El sonido del tambor era tan trémulo como el latido del corazón de una doncella, y las flautas sonaban agudas, dulces, cautivadoras... Sobre las copas de los árboles, una luna en cuarto creciente flotaba en el cielo oscuro, semioculta por la niebla, como un ojo que atisbara tras un velo de seda.

Theon Greyjoy conocía muy bien aquel bosque de dioses. Allí había jugado de niño a hacer saltar piedras en el estanque negro, bajo el arciano; había escondido sus tesoros en el tronco de un viejo roble; había cazado ardillas con el arco que él mismo se había fabricado... Más adelante, en muchas ocasiones se refrescó en los manantiales calientes las magulladuras sufridas tras entrenarse en el patio con Robb, Jory o Jon Nieve. Entre aquellos castaños, olmos y pinos soldado había encontrado refugio cuando quería estar solo. Allí había besado por primera vez a una chica, y allí, otra chica diferente lo hizo hombre sobre una manta áspera, a la sombra del alto centinela gris verdoso.

Pero nunca había visto el bosque de dioses como en aquel momento: en penumbra, fantasmal, lleno de neblina cálida, luces flotantes y susurros que llegaban de todas partes y de ninguna. Bajo los árboles, los manantiales calientes humeaban; de la tierra se alzaban nubes de vapor que amortajaban los árboles con su húmedo aliento y trepaban por los muros para formar cortinajes que cubrían las ventanas.

Había una especie de camino, un sendero de guijarros musgosos, casi oculto bajo la tierra y las hojas caídas, con trampas en forma de raíces que sobresalían del suelo. Por allí llevó a la novia.

«Jeyne, se llama Jeyne». No, no debía pensar aquello. Si se le escapaba ese nombre de los labios, le costaría un dedo o una oreja. Caminó despacio, dando cada paso con cautela. Los dedos que le faltaban en los pies hacían que su paso fuera facilante si intentaba darse prisa, y un tropezón sería terrible. Si estropeaba la boda de lord Ramsay con un tropezón, lord Ramsay castigaría su torpeza desollándole el pie que le hubiera faltado al respeto.

La niebla era tan densa que solo se veían los árboles más cercanos, y más allá, sombras altas y luces tenues. Las velas titilaban al borde del sendero serpenteante y entre los árboles, como luciérnagas blancas que flotaran en un cálido puré gris. Aquello parecía un inframundo extraño, un lugar intemporal entre universos, donde los condenados vagaban pesarosos antes de encontrar el camino de descenso hacia el infierno al que los habían hecho acreedores sus pecados.

«¿Todos estamos muertos? ¿Stannis llegó y nos mató mientras dormíamos? ¿La batalla está aún por acontecer, o ya hemos luchado y hemos perdido?».

Aquí y allá, una antorcha que ardía voraz proyectaba un resplandor rojizo sobre los invitados. La niebla moldeaba la luz cambiante y les retorcía los rasgos hasta hacerlos parecer medio animales, medio humanos. Lord Stout se convirtió en un mastín; el anciano lord Locke, en un buitre; Umber Mataputas, en una gárgola; Walder Frey el Mayor, en un zorro; Walder el Pequeño, en un toro rojo al que solo le faltaba un aro en la nariz. En cuanto a Roose Bolton, su rostro era una pálida máscara gris con dos esquirlas de hielo sucio por ojos.

Sobre ellos, los árboles estaban llenos de cuervos, que contemplaban la pompa y el boato desde las ramas desnudas, con las plumas ahuecadas.

«Los pájaros del maestre Luwin. —Luwin había muerto y su torre de maestre había ardido, pero los cuervos seguían allí—. Este es su hogar». Theon habría querido saber qué se sentía al tener un hogar.

En aquel momento, la niebla se abrió como el telón de un espectáculo para mostrar un nuevo escenario. El árbol corazón apareció ante ellos con sus ramas huesudas extendidas. Las hojas caídas rodeaban el grueso tronco blanco en montones pardos y rojizos. Era el árbol que tenía más cuervos posados, y parloteaban en el idioma secreto de los asesinos. Bajo ellos se encontraba Ramsay Bolton, con unas botas altas de cuero gris y un jubón de terciopelo negro con aberturas que dejaban ver el forro de seda rosa tachonado de granates con forma de lágrimas. Una sonrisa le bailaba en el rostro.

—¿Quién viene? —Tenía los labios húmedos y el cuello enrojecido por encima de la ropa—. ¿Quién se presenta ante el dios?

—Arya de la casa Stark se presenta para contraer matrimonio —respondió

Theon—. Es una mujer adulta que ya ha florecido, es de nacimiento legítimo y alta cuna, y acude a rogar la bendición de los dioses. ¿Quién viene a pedirla?

—Yo —respondió Ramsay—, Ramsay de la casa Bolton, señor de Hornwood y heredero de Fuerte Terror; yo vengo a pedirla. ¿Quién viene a entregarla?

—Theon de la casa Greyjoy, que fue pupilo de su padre. —Se volvió hacia la novia—. Lady Arya, ¿aceptáis a este hombre?

La niña alzó los ojos hacia él.

« Ojos marrones, no grises. ¿Es que todos están ciegos? —Durante largos instantes no dijo nada, aunque aquellos ojos suplicaban—. Es tu oportunidad. Díselo. Díselo ahora. Grita tu nombre ante todos. Diles que esa no es Arya Stark; que el Norte sepa que te han obligado a tomar parte en esto» . Eso haría que la mataran, claro, y también a él, pero tal vez Ramsay, iracundo, los matara deprisa. Quizá los antiguos dioses del Norte le otorgaran esa pequeña gracia.

—Acepto a este hombre —susurró la novia.

A su alrededor, las luces que brillaron en la niebla eran un centenar de velas blancas como estrellas amortajadas. Theon retrocedió, y Ramsay y la novia se cogieron de la mano y se arrodillaron con la cabeza inclinada. Los ojos rojos tallados en el arciano los miraron desde arriba, por encima de la gran boca roja abierta que parecía a punto de echarse a reir. En las ramas más altas graznó un cuervo.

Tras unos momentos de oración silenciosa, el hombre y la mujer se pusieron en pie. Ramsay desabrochó la capa que Theon le había puesto poco antes a la novia, la gruesa capa de lana blanca con ribete de piel gris que mostraba el lobo huargo de la casa Stark, y la sustituyó por una capa rosa salpicada de granates rojos como los que adornaban su jubón. En la espalda lucía al hombre desollado de Fuerte Terror en cuero rojo rígido, sombrío y repulsivo.

Todo terminó en un abrir y cerrar de ojos. Las bodas del Norte eran rápidas, Theon suponía que gracias a que no había sacerdotes, pero fuera cual fuera el motivo, en aquel momento le pareció una bendición. Ramsay Bolton cogió en brazos a su esposa y atravesó la bruma con ella, seguido por lord Bolton y su lady Walda, y a continuación, el resto de los invitados. Los músicos volvieron a tocar, y el bardo Abel entonó « Dos corazones que laten como uno» . Dos mujeres unieron sus voces a la suya para crear una dulce armonía.

« ¿Debería rezar? ¿Me escucharán los antiguos dioses si les hablo?» . No eran sus dioses; nunca lo habían sido. Él era un hijo del hierro, hijo de Pyke; su dios era el Dios Ahogado de las islas... Pero Invernalia estaba a muchas leguas del mar, y hacía demasiado tiempo que ningún dios le prestaba oído. Ya no sabía quién era, ni qué era, ni por qué seguía vivo, ni por qué había llegado a nacer.

—Theon —pareció susurrarle una voz.

Levantó la cabeza de golpe.

—¿Quién ha dicho eso?

A su alrededor solo había árboles semiocultos por la niebla. Había sido una voz débil como el crujido de las hojas, fría como el odio.

« ¿La voz de un dios? ¿La voz de un fantasma? —¿Cuántos habían muerto el día en que tomó Invernalia? ¿Cuántos más el día que la perdió?—. Cuando murió Theon Greyjoy para renacer como Hediondo. Hediondo, que rima con fondo» .

De repente deseó estar muy lejos de allí.

Cuando salió del bosque de dioses, el frío se cernió sobre él como un lobo hambriento y lo atrapó entre los dientes. Bajó la cabeza para protegerse del viento y se dirigió a la gran sala; tuvo que apresurarse para no perder de vista la larga hilera de velas y antorchas. El hielo crujía bajo sus botas, y una ráfaga repentina le quitó la capucha, como si un fantasma se la hubiera agarrado con unos dedos gélidos que trataran de desgarrarle la cara.

Para Theon Greyjoy, Invernalia estaba llena de fantasmas.

Aquel no era el castillo que recordaba del verano de su juventud. Lo que quedaba era un lugar herido y maltrecho, más una ruina que una fortificación, un hervidero de cuervos y cadáveres. La gran muralla seguía en pie porque el granito no cedia ante el fuego, pero casi todas las torres y edificios habían perdido la techumbre, y unos cuantos se habían derrumbado. La paja y la madera habían ardido casi por completo, y tras los paneles destrozados del los jardines de cristal, las frutas y verduras que habrían dado de comer al castillo todo el invierno habían quedado muertas, negras, heladas. El patio estaba lleno de carpas semienterradas en la nieve. Roose Bolton había instalado a su ejército dentro de la muralla, y también a sus amigos los Frey. Entre las ruinas había miles de hombres que atestaban los patios o dormían en bodegas, torres sin tejado o edificios que llevaban siglos abandonados.

De las cocinas reconstruidas y los barracones con techo nuevo se alzaban columnas de humo gris. Las almenas estaban coronadas de nieve y plagadas de carámbanos.

« Los colores de los Stark. —Theon no habría sabido decir si le resultaba ominoso o lo tranquilizaba. Hasta el cielo estaba gris—. Gris, gris y más gris. El mundo entero, mire hacia donde mire, es gris. Todo es gris, menos los ojos de la novia. —Los ojos de la novia eran marrones—. Marrones y aterrados. —No era justo que lo mirase implorándole que la rescatara. ¿Qué pensaba? ¿Que iba a presentarse a lomos de un caballo alado para sacarla de allí, como en las leyendas que tanto les gustaban a Sansa y a ella? ¡Si ni siquiera podía ayudarse a sí mismo!—. Hediondo, Hediondo, rima con lirondo» .

Por todo el patio había cadáveres que se mecían colgados de sogas, con rostros hinchados llenos de escarcha. Antes de la llegada de la vanguardia de Bolton, Invernalia estaba atestada de ocupantes indeseados. Sus hombres expulsaron a punta de lanza a dos docenas de ellos que habían anidado entre los torreones y edificios semiderruidos del castillo. A los más osados y pendencieros

los ahorcaron, y a los demás los pusieron a trabajar. Lord Bolton les había prometido clemencia a cambio de sus servicios. Muy cerca de allí, en el bosque de los Lobos, había piedra y madera en abundancia, así que pronto hubo portones nuevos donde estaban los que se habían quemado. A continuación retiraron los escombros del tejado del edificio principal y levantaron otro a toda prisa. Una vez terminadas las obras, lord Bolton ahorcó a los trabajadores. Fiel a su palabra, mostró clemencia y no desolló a ninguno.

Para entonces ya había llegado el resto del ejército de Bolton; hicieron ondear el león y el venado del rey Tommen sobre la muralla de Invernalia al viento aullante del norte, y bajo él, el hombre desollado de Fuerte Terror. Theon llegó con el grupo de Barbrey Dustin, que acompañaba a la señora, a sus hombres de Fuerte Túmulo y a la novia. Lady Dustin se había empeñado en custodiar personalmente a lady Arya hasta que estuviera desposada, pero había llegado el momento.

« Ahora pertenece a Ramsay. Ha pronunciado los votos. —Aquel matrimonio convertía a Ramsay en señor de Invernalia. Mientras Jeyne no desatara su cólera, él no tendría motivo para hacerle ningún daño—. Arya. Se llama Arya».

A Theon le dolían terriblemente las manos a pesar de los guantes forrados de piel; lo que más le dolía eran los dedos que le faltaban. ¿De verdad había habido un tiempo en que las mujeres anhelaban sus caricias?

« Me convertí en príncipe de Invernalia, y estas son las consecuencias. —Creyó que se cantarían canciones sobre él durante cien años, que se relatarían historias sobre su coraje y osadía. Pero si alguien se dignaba hablar de él sería para llamarlo Theon Cambiacapas, y las historias narrarían su traición—. Esta no fue nunca mi casa; no era más que un rehén. —Lord Stark no lo había tratado con crueldad, pero la larga sombra acerada de su mandoble se interpuso siempre entre ellos—. Era amable conmigo, pero nunca cariñoso. Sabía que era posible que algún día tuviera que matarme».

Theon atravesó el patio con la mirada gacha, esquivando las tiendas.

« Fue en este patio donde aprendí a luchar», pensó al tiempo que recordaba los cálidos días de verano que había pasado con Robb y Jon Nieve, bajo la atenta mirada del anciano ser Rodrik. Eran los tiempos en que no le faltaba ninguna parte del cuerpo, los tiempos en que era tan capaz de empuñar una espada como cualquier otro hombre. Pero el patio cobijaba también recuerdos más tenebrosos. Era allí donde había reunido a los hombres de los Stark la noche en que Bran y Rickon huyeron del castillo. Por aquel entonces, Ramsay era Hediondo; estaba a su lado y le susurró que debería desollar a unos cuantos prisioneros para que confesaran hacia dónde habían huido los niños.

« Mientras yo sea príncipe de Invernalia, aquí nadie desollará a nadie —había respondido Theon, sin imaginar lo breve que sería su reinado—. Aquí no me va a ayudar nadie. Los conozco a todos desde pequeño, y nadie va a mover un dedo

por mí». Pese a todo, había hecho lo posible por protegerlos, pero en cuanto Ramsay dejó de ser Hediendo los pasó por la espada a todos, incluidos los hijos del hierro.

«Prendió fuego a mi caballo. —Lo último que vio el día en que cayó el castillo fue a Sonrisas bañado en fuego, con llamas que le devoraban las crines, coceando, relinchando, con los ojos desorbitados de terror—. Fue aquí, en este mismísimo patio».

Las puertas del salón principal se alzaban ante él; eran nuevas: las habían hecho para sustituir a las que se habían quemado, y le parecieron basta y feas, unos simples tablones sin pulir juntados de cualquier manera. Ante ellas montaban guardia dos lanceros que se arrebujaban en sus gruesas capas de piel para intentar resguardarse del frío que les escarchaba la barba. Miraron a Theon con resentimiento cuando pasó cojeando peldaños arriba, empujó la puerta de la derecha y entró en la estancia.

Dentro, el calor era reconfortante, las antorchas lo bañaban todo con su luz y la estancia estaba tan abarrotada como la recordaba de los viejos tiempos. Theon se dejó bañar por la calidez y luego se dirigió al fondo. Los hombres tenían que sentarse muy juntos en los bancos, tanto que los criados apenas podían pasar entre ellos para servirles. Hasta los señores y caballeros de alto rango disfrutaban de menos espacio que de costumbre.

Ya cerca del estrado, Abel rasgueaba el laúd y cantaba «Hermosas doncellas de verano».

«Tiene infusas de bardo, pero no es más que un adulador». Lord Manderly había llegado de Puerto Blanco acompañado por músicos, pero ninguno de ellos cantaba, así que cuando Abel se presentó en el castillo con un laúd y seis mujeres, lo acogieron bien.

—Dos hermanas, dos hijas, una esposa y mi anciana madre —aseguró el cantor, aunque ninguna se le parecía ni por asomo—. Unas bailan, otras cantan, una toca la flauta y otra el tambor. También son buenas lavanderas.

Bardo o adulador, Abel tenía una voz aceptable y tocaba pasablemente. Allí, entre las ruinas, no se podía pedir más.

Los estandartes adornaban todas las paredes: las cabezas de caballo de los Ryswell en oro, leonado, cenizo y sable; el gigante rugiente de la casa Umber; la mano de piedra de la casa Flint de Dedo de Pedernal; el alce de los Hornwood; el tritón de los Manderly; el hacha de combate negra de Cerwyn, y los pinos de Tallhart. Pero los vivos colores no alcanzaban a cubrir las paredes ennegrecidas ni los tablones que tapaban los huecos donde habían estado las ventanas. Hasta el techo quedaba fuera de lugar, con las vigas nuevas de madera clara, cuando las antiguas habían quedado casi negras tras siglos de humo.

Los estandartes más grandes se encontraban detrás del estrado, donde el lobo huargo de Invernalia y el hombre desollado de Fuerte Terror colgaban tras los

novios. La visión del estandarte de los Stark conmocionó a Theon más de lo que habría creído posible.

« No es así, no es así, y los ojos de la chica tampoco son así». El escudo de la casa Poole representaba un roel azur sobre campo blanco con orla gris. Aquellas eran las armas que deberían haber colgado detrás de ella.

—Theon Cambiacapas —le dijo alguien al pasar.

Otros apartaron la vista para evitarlo. Otro escupió al suelo.

« ¿Por qué no?». Era el canalla que había tomado Invernalia a traición, había matado a los que prácticamente eran sus hermanos, había entregado a sus hombres para que los desollaran en Foso Cailin y había llevado a la que prácticamente era su hermana a la cama de lord Ramsay. A Roose Bolton le resultaba útil, pero los auténticos norteños lo despreciaban.

Los dedos que le faltaban en el pie izquierdo le daban un andar inclinado, torpe, cómico... Oyó la carcajada de una mujer a sus espaldas. Hasta en aquel cementerio helado, rodeado de nieve, hielo y muerte, había mujeres.

« Lavanderas». Era la manera cortés de decir *vivanderas*, que era la manera cortés de decir *putas*.

Theon no habría sabido explicar de dónde salían. Aparecían como los gusanos en un cadáver o los cuervos tras una batalla. Eran la retaguardia de todo ejército. Algunas eran putas curtidas, capaces de follarse a veinte hombres en una noche y tumbarlos a todos bebiendo. Otras parecían inocentes como doncellas, pero solo se trataba de un truco del oficio. Había novias de campamento, seguidoras de un soldado al que estaban unidas por palabras susurradas ante cualquier dios, pero condenadas al olvido en cuanto terminara la guerra. De noche calentaban la cama de su hombre; de día le parcheaban los agujeros de las botas; al atardecer le preparaban la cena, y tras la batalla saqueaban cuanto podían de su cadáver. Las había que lavaban y todo. Solían ir acompañadas de mocosos bastardos, crios sucios y lastimosos nacidos en cualquier campamento. Y hasta esas mujeres se atrevían a reírse de Theon Cambiacapas.

« Que se rían». Su orgullo había muerto allí, en Invernalia. En las mazmorras de Fuerte Terror no quedaba lugar para esas cosas. Ninguna risa podía hacer daño al que había probado las caricias del cuchillo de desollar.

Por alcurnia y linaje le correspondía un asiento en el estrado, a un extremo de la mesa, junto a la pared. A su izquierda se encontraba lady Dustin, vestida como siempre con lana negra de corte austero y sin adornos. A su derecha no había nadie.

« Tienen miedo de que la deshonra sea contagiosa». De haberse atrevido, se habría echado a reír.

La novia ocupaba el lugar más destacado, entre Ramsay y su padre. Siguió allí sentada y cabizbaja cuando Roose Bolton propuso un brindis en honor de lady Arya.

—Sus hijos convertirán en una nuestras dos antiguas casas —dijo— y pondrán fin a la larga enemistad de los Stark y los Bolton. —Hablabía en voz tan baja que la estancia entera quedó en silencio, porque los presentes tenían que hacer un verdadero esfuerzo para oírlo—. Siento mucho que nuestro querido amigo Stannis no haya considerado oportuno reunirse aún con nosotros —continuó entre las carcajadas de los presentes—, ya que me consta que Ramsay quería ofrecer su cabeza a lady Arya como regalo de bodas. —Más risas—. Le daremos una bienvenida espléndida cuando llegue, una bienvenida digna de los auténticos norteños. Pero hasta entonces, comamos, bebamos, seamos felices... Porque se nos viene encima el invierno, amigos míos, y muchos no viviremos para recibir la primavera.

El señor de Puerto Blanco había proporcionado la comida y la bebida: cerveza negra y rubia, y vinos tintos, dorados y lavanda, transportados desde el cálido sur en el vientre de sus barcos o envejecidos en sus profundas bodegas. Los invitados se atiborraron de pasteles de bacalao y calabaza, montañas de coles verdes, enormes quesos, humeantes fuentes de carnero y costillas de buey asadas, y por último, tres tartas de boda como ruedas de carro: gigantescos hojaldres rellenos de zanahorias, cebollas, nabos, chirivías, setas y cerdo condimentado flotando en una sabrosa salsa de carne. Ramsay las cortó con su falcata y Wyman Manderly en persona se encargó de servirlas: puso las primeras porciones humeantes ante Roose Bolton y su gruesa esposa Frey, y las siguientes, ante ser Hosteen y ser Aenys, los hijos de Walder Frey.

—Jamás habréis probado una tarta mejor, mis señores —declaró el obeso señor—. Regadla con dorado del Rejo y saboread hasta la última migaja, como voy a hacer yo.

Fiel a su palabra, Manderly devoró seis trozos, dos de cada tarta, sin dejar de relamerse, palmearse la barriga y atiborrarse hasta que tuvo la pechera de la túnica pringada de salsa y la barba salpicada de migas de hojaldre. Ni siquiera Walda Frey la Gorda fue rival para su glotonería, aunque devoró tres trozos enteros. Ramsay también comió con apetito, pero su pálida novia apenas llegó a mirar la porción que le habían puesto delante. Cuando alzó la vista hacia Theon tenía los grandes ojos marrones cargados de miedo.

No se había permitido a nadie entrar con espada, pero todos llevaban puñal, hasta Theon Greyjoy, porque era la única manera de cortar la carne. Cada vez que miraba a la chica que se había llamado Jeyne Poole sentía el peso del acero al costado.

« No puedo salvarla —pensó—, pero me resultaría fácil matarla. Nadie lo vería venir. Podría pedirle que me concediera el honor de un baile y degollarla. Sería lo más misericordioso. Y si los antiguos dioses escuchan mis oraciones, Ramsay, encolerizado, me matará de inmediato». Theon no tenía miedo de morir. Debajo de Fuerte Terror había descubierto que existían cosas mucho

peores que la muerte. Ramsay le había enseñado la lección dedo por dedo, y no la olvidaría jamás.

—No estáis comiendo —observó lady Dustin.

—No.

Le costaba mucho comer; Ramsay le había roto tantos dientes y muelas que le resultaba doloroso masticar. Beber, en cambio, era mucho más fácil, aunque tenía que agarrar la copa con las dos manos para que no se le cayera.

—¿No os gusta el cerdo, mi señor? Pues es la mejor tarta que hemos probado jamás, o eso asegura nuestro grueso amigo. —Movió la copa de vino para señalar a lord Manderly—. ¿Habíais visto alguna vez a un gordo tan feliz? Solo le falta bailar, y está sirviendo la comida en persona.

Era verdad. El señor de Puerto Blanco era la viva imagen del gordo alegre, todo sonrisas y carcajadas, que no dejaba de bromear con otros señores, darles palmadas en la espalda o pedir una canción u otra a los músicos.

—¡Venga, bardo, «La noche que terminó»! —gritó—. Seguro que a la novia le va a gustar. O cántanos la del valiente Danny Flint y haznos llorar.

Cualquiera que lo viera pensaría que era él el recién casado.

—Está borracho —dijo Theon.

—Lo que hace es ahogar el miedo. Es un cobarde de los pies a la cabeza.

Theon no estaba tan seguro. Los hijos de lord Manderly también estaban gordos, pero eso no los había privado de valentía en el campo de batalla.

—Los hijos del hierro también celebran banquetes antes de luchar. Un último beso a la vida, por si acaso la muerte está al acecho. Si viniera Stannis...

—Vendrá, vendrá, no le queda más remedio —replicó lady Dustin con una risita—. Y cuando venga, el gordo se cagará encima. Su hijo murió en la Boda Roja, y aun así ha compartido el pan y la sal con los Frey, los acoge bajo su techo y va a casar a su nieta con uno de ellos. Hasta les sirve tarta. Los Manderly ya tuvieron que huir del sur una vez, expulsados de sus tierras y castillos por sus enemigos. La sangre que corre por sus venas es la misma. No me cabe duda de que el gordo daría cualquier cosa por matarnos, pero aunque le sobre tamaño, le faltan agallas. Bajo esa mole de carne sudorosa late un corazón tan cobarde y servil... como el tuy o.

Las últimas palabras fueron un aguijónazo, pero Theon no se atrevió a responder en los mismos términos. Sabía que pagaría cualquier insolencia con piel.

—Si mi señora cree que lord Manderly piensa traicionarnos, a quien debería decírselo es a lord Bolton.

—¿Crees que Roose no lo sabe? Eres imbécil. Míralo bien, mira cómo vigila a Manderly. Roose no se lleva ni una migaja a los labios hasta que no ve a lord Wyman comer de la misma fuente. Ni prueba el vino hasta que ve a Manderly beber del mismo barril. Creo que le habría encantado que el gordo se guardara

alguna artimaña en la manga; le habría parecido de lo más divertido. No sé si lo sabes, pero Roose no tiene sentimientos. Esas sanguíneas que tanto le gustan le sorbieron las pasiones hace años. No ama, no odia, no sufre. Para él, todo esto no es más que un juego que le hace cierta gracia. Hay quien caza, hay quien cría halcones, hay quien apuesta a los dados y Roose juega con las personas. Contigo, conmigo, con estos Frey, con lord Manderly, con su regordeta esposa nueva, hasta con su bastardo... No somos más que juguetes para él. —Lady Dustin tendió la copa a un criado para que se la llenara, y le indicó que hiciera lo propio con la de Theon—. Seamos sinceros: lord Bolton no se conformará con ser un simple señor. ¿Por qué no Rey en el Norte? Tywin Lannister ha muerto, el Matarreyes está tullido, el Gnomo ha escapado... Los Lannister ya no son lo que eran, y tú tuviste la gentileza de librarlo de los Stark. El viejo Walder Frey no tendrá nada en contra de que su Walda la Gorda llegue a reina. Puerto Blanco podría suponer un problema si lord Wyman sobreviviera a la batalla que se avecina, pero estoy convencida de que no será así. Lo mismo pasará con Stannis; Roose se los quitará de en medio a ambos, igual que se quitó de en medio al Joven Lobo. ¿Quién más queda?

—Vos —señaló Theon—. Quedáis vos. La señora de Fuerte Túmulo, Dustin por matrimonio y Ryswell por nacimiento.

Aquello pareció agradar a la dama, que bebió un traguito de vino, con los ojos chispeantes.

—La viuda de Fuerte Túmulo... y sí, podría suponer una molestia si así lo quisiera. Roose lo sabe, por supuesto, de modo que se esfuerza por tenerme de buen humor.

Habría añadido algo más, pero en aquel momento vio a los maestres. Eran tres y habían entrado juntos por la puerta del señor, tras el estrado: uno alto, otro regordete y el tercero muy joven, aunque por sus túnicas y cadenas parecían tres gotas de la misma fuente negra. Antes de la guerra, Medrick estaba al servicio de lord Hornwood; Rhodry, al de lord Ceryn, y el joven Henly, al de lord Slate. Roose Bolton los había llevado a todos a Invernalia para que se ocuparan de los cuervos de Luwin y volviera a ser posible enviar y recibir mensajes.

Lady Dustin frunció los labios con gesto de asco al ver como el maestre Medrick apoyaba una rodilla en el suelo para susurrar algo al oído de Bolton.

—Si fuera reina, lo primero que haría sería matar a todas esas ratas grises. Correan de aquí para allá y viven de las migajas de sus señores, parlotean entre ellos y susurran a los oídos de sus amos. Pero en realidad, ¿quién es el amo y quién el siervo? Todo gran señor tiene maestre; todo señor menor aspira a tenerlo. Quien no tiene maestre no es nadie. Las ratas grises leen y escriben nuestras cartas, incluso las de los señores que no saben leer, y ¿quién puede asegurarnos que no tergiversan las palabras para perseguir sus fines? ¿Para qué sirven los

maestres?

—Nos curan —dijo Theon. Parecía que era lo que se esperaba de él.

—Sí, nos curan. No he dicho que no sean útiles. Se ocupan de nosotros cuando estamos enfermos y heridos, o preocupados por la enfermedad de un padre o un hijo. Están a nuestro lado cuando somos más débiles y vulnerables. A veces nos curan y les estamos agradecidos. Cuando no lo consiguen, nos consuelan y también les estamos agradecidos. Para demostrar nuestra gratitud los acogemos bajo nuestro techo, les damos acceso a todos nuestros secretos y vergüenzas, aceptamos y seguimos su consejo... Y así, el señor se convierte en siervo.

» Eso fue lo que pasó con lord Rickard Stark. Su rata gris era el maestre Waly's. Qué listos son estos maestres, ¿no? Solo conocemos su nombre, aunque muchos tuvieran apellido antes de llegar a la Ciudadela. Así no sabemos quiénes son en realidad ni de dónde vienen... Pero no es imposible averiguarlo con un poco de astucia. Antes de forjarse la cadena, el maestre Waly's se llamaba Waly's Flores. Flores, Colina, Ríos, Nieve... Son los apellidos que ponemos a los bastardos para reconocerlos; pero en cuanto pueden se los quitan de encima. La madre de Waly's Flores era una Hightower, y su padre, según se decía, un archimaestre de la Ciudadela. Las ratas grises no son tan castas y puras como quieren hacernos creer, y los maestres de Antigua son los peores. En cuanto se forjó la cadena, su padre secreto y los amigos de este lo mandaron a Invernalia, para que emponzoñara los oídos de lord Rickard con palabras dulces como la miel. El matrimonio con la casa Tully fue cosa suya, no me cabe duda, no...

Se interrumpió cuando Roose Bolton se puso de pie, con los ojos claros brillantes a la luz de las antorchas.

—Queridos amigos —empezó, y el silencio que se hizo rápidamente en la estancia fue tal que Theon pudo oír el viento que golpeaba los tablones de las ventanas—. Stannis y sus caballeros han salido de Bosquespeso bajo el estandarte de su nuevo dios, ese dios rojo. Los clanes de las colinas norteñas vienen con él a lomos de sus jamelgos de mierda. Si el clima les es propicio, pueden llegar en menos de quince días. Lord Carroña Umber baja por el camino Real, y los Karstark vienen del este. Su intención es reunirse aquí con lord Stannis y arrebatarnos este castillo.

Ser Hosteen Frey se puso en pie.

—Deberíamos ir a su encuentro. ¿Por qué vamos a darles ocasión de aunar fuerzas?

« Porque Arnolf Karstark solo espera la señal de lord Bolton para cambiar de capa», pensó Theon mientras los demás señores gritaban consejos a la vez. Lord Bolton alzó las manos para demandar silencio.

—Mis señores, este lugar no es apropiado para discusiones de esta índole. Vayamos a una estancia más privada mientras mi hijo consuma el matrimonio. Los demás, quedaos aquí y disfrutad de la comida y la bebida.

El señor de Fuerte Terror salió, seguido por los tres maestres, y otros señores y capitanes se levantaron para ir tras él. Hother Umber, el anciano flaco al que llamaban Mataputas, tenía el ceño fruncido y gesto hosco. Lord Manderly estaba tan borracho que hicieron falta cuatro hombres fuertes para ayudarlo a salir.

—Tendría que haber una canción sobre el Cocinero Rata —iba mascullando cuando pasó tambaleante junto a Theon, apoyado en sus caballeros—. Bardo, cántanos una canción sobre el Cocinero Rata.

Lady Dustin fue la última en levantarse. Cuando salió la dama, la estancia se hizo repentinamente sofocante, y Theon se dio cuenta, al tratar de ponerse en pie, de que había bebido mucho. Se apartó de la mesa y tropezó con una criada, haciéndola derramar una frasca. El vino le salpicó las botas y los calzones como una oscura marea roja. Una mano lo agarró por el hombro, y cinco dedos duros como el hierro se le hincaron en la carne.

—Se requiere tu presencia, Hediondo —dijo Alyn el Amargo, con el aliento maloliente por culpa de los dientes cariados. Polla Amarilla y Damon Bailaparamí estaban con él—. Dice Ramsay que le tienes que llevar a la novia a la cama.

« He hecho lo que me correspondía —pensó con un escalofrío de terror—. ¿Por qué yo? ». Pero no era tan idiota como para poner objeciones.

Lord Ramsay ya había salido de la estancia. Su esposa, abandonada y aparentemente olvidada, seguía encogida y silenciosa bajo el estandarte de la casa Stark con una copa de plata que agarraba con las dos manos. A juzgar por la mirada que le dirigió cuando se acercó a ella, había vaciado aquella copa más de una vez. Quizá creyera que, si bebía lo suficiente, lo que tenía por delante se le haría más llevadero. Theon sabía que no tendría tanta suerte.

—Venid, lady Arya —dijo—. Es hora de que cumpláis vuestro deber.

Theon escoltó a la niña a través de la puerta trasera de la estancia, y cruzaron el gélido patio en dirección al Gran Torreón acompañados por seis hombres de los Bribones del Bastardo. Había tres tramos de peldaños que llevaban al dormitorio de lord Ramsay, una de las habitaciones que menos habían sufrido los efectos del incendio. Mientras subían, Damon Bailaparamí no paró de silbar, mientras que Desollador alardeaba de que lord Ramsay le había prometido un trozo de la sábana ensangrentada como muestra de aprecio.

El dormitorio estaba preparado para la consumación. Todo el mobiliario era nuevo, llegado de Fuerte Túmulo en la caravana del equipaje. La cama con dosel tenía un colchón de plumas y cortinas de terciopelo rojo sangre. El suelo de piedra estaba cubierto de pieles de lobo. En la chimenea ardía un fuego, y en la mesilla de noche, una vela. En el aparador había una frasca de vino, dos copas y medio queso azul.

También había un sillón de roble negro tallado con asiento de cuero rojo. En él estaba sentado lord Ramsay cuando entraron. La salivilla le brillaba en los

labios.

—Aquí llega mi preciosa doncella. Bien hecho, chicos, ya podéis marcharos. Tú no, Hediondo, tú te quedas.

«Hediondo, Hediondo, has tocado fondo. —Sintió calambres en los dedos que había perdido, dos en la mano izquierda y uno en la derecha. Apoyado en su cadera reposaba el puñal, dormido en su vaina de cuero, sí, pero pesado, tan, tan pesado...—. En la mano derecha solo me falta el meñique —se recordó—. Aún puedo empuñar un cuchillo».

—¿En qué puedo servir a mi señor?

—Tú eres quien me ha entregado a la moza, así que te corresponde abrir el regalo. Vamos a echarle un vistazo a la hijita de Ned Stark.

«No es familia de lord Eddard —estuvo a punto de decir Theon—. Ramsay lo sabe, tiene que saberlo. ¿A qué juego cruel está jugando ahora?». La niña estaba de pie junto a la cama, temblando como un cervatillo.

—Lady Arya, tenéis que daros la vuelta; voy a desataros la lazada de la túnica.

—No. —Lord Ramsay se sirvió una copa de vino—. Con las lazadas se tarda mucho. Corta la tela.

Theon desenvainó el puñal.

«Solo tengo que girar y clavárselo. Tengo el cuchillo en la mano. —Pero ya conocía bien el juego—. Es otra trampa —se dijo, recordando a Kyra con las llaves—. Quiere que intente matarlo, y cuando fracase me desollará la mano con la que esgrimió el puñal». Agarró las faldas de la novia.

—No os mováis, mi señora.

La túnica quedaba suelta bajo la cintura, así que no le costó introducir la hoja y cortar hacia arriba con cuidado de no herirla. El acero susurró a través de la lana y la seda. La niña no paraba de temblar. Theon tuvo que sujetarla del brazo para que no se moviera.

«Jeyne, pequeña, ya no estarás risueña». Apretó tanto como le permitió la mano izquierda tullida.

—No os mováis.

Por fin, la túnica cayó al suelo, a sus pies.

—La ropa interior también —ordenó Ramsay. Y Hediondo obedeció.

Cuando terminó, la novia estaba desnuda con la ropa nupcial a los pies, convertida en un montón de trapos blancos y grises. Tenía los pechos pequeños y puntiagudos; las caderas, estrechas e infantiles; las piernas, flacas como las de un pajarillo.

«Es una niña. —Theon se había olvidado de lo joven que era—. Tiene la edad de Sansa; Arya sería aún menor». Pese al fuego de la chimenea, Jeyne tenía la piel de gallina. Hizo ademán de levantar las manos para cubrirse los pechos, pero los labios de Theon formaron un «No» silencioso, y se detuvo en

seco.

—¿Qué te parece, Hediondo? —le preguntó lord Ramsay.

—Es... —« ¿Qué respuesta quiere? ¿Cómo ha dicho la chica antes de ir al bosque de dioses? “Todos me decían que era agraciada”». Ya no lo era; una telaraña de líneas finas, recuerdo de un látigo, le cubría la espalda—. Es muy... muy bella, muy bella.

Ramsay le dedicó su sonrisa húmeda.

—¿Te pone la polla dura, Hediondo? ¿Se te ha puesto gorda dentro de los calzones? ¿Quieres follártela tú primero? —Soltó una carcajada—. Es un derecho que debería corresponder al príncipe de Invernalia, igual que correspondía en los viejos tiempos a todos los señores. La noche de bodas. Pero claro, no eres ningún señor. Solo eres Hediondo. A decir verdad, ni siquiera eres un hombre. —Bebió otro trago de vino y estrelló la copa contra la pared. Ríos rojos empezaron a correr piedra abajo—. Meteos en la cama, lady Arya. Eso, contra las almohadas. Buena esposa. Abrid las piernas; quiero veros el coño.

La chica obedeció, muda. Theon retrocedió un paso hacia la puerta. Lord Ramsay se sentó junto a su desposada, le pasó la mano por la cara interna del muslo y le metió dos dedos. La niña dejó escapar un gemido de dolor.

—Está más seca que un hueso viejo. —Retiró la mano y la abofeteó—. Me dijeron que sabrías complacer a un hombre. ¿Es mentira o qué?

—N-no, mi señor. Me entrenaron.

Ramsay se levantó. Las llamas de la chimenea se le reflejaban en el rostro.

—Ven aquí, Hediondo. Prepáramela.

—Yo... —De entrada no entendió a qué se refería—. ¿Queréis decir...? Mi señor, no... no tengo...

—Con la boca —replicó lord Ramsay—. Y date prisa. Si cuando termine de desnudarme no está húmeda, te corto la lengua y la clavo a la pared.

En el bosque de dioses graznó un cuervo. Aún tenía el puñal en la mano.

Lo envainó.

« Hediondo, Hediondo, eres débil en el fondo» . Se agachó para cumplir su cometido.

—Vamos a ver esta cabeza —ordenó el príncipe.

Areo Hotah pasó la mano por el mango liso de su hacha, su esposa de hierro y fresno, sin dejar de observar. Observó a ser Balon Swann, el caballero blanco, y a los que habían llegado con él. Observó a las Serpientes de Arena, cada una sentada a una mesa distinta. Observó a las damas, a los señores, a los criados, al viejo senescal ciego y al joven maestre Myles, con aquella barba sedosa y aquella sonrisa servil. Semioculto por las sombras, los observó a todos.

« Servir. Proteger. Obedecer». Esa era su misión.

Los demás solo tenían ojos para el cofre. Era de ébano, con cierres y bisagras de plata. Sin duda era una caja bonita, pero muchos de los reunidos allí, en el Palacio Antiguo de Lanza del Sol, podrían morir muy pronto; dependía de lo que hubiera en aquel cofre.

El maestre Caleotte cruzó la estancia en dirección a ser Balon Swann, arrastrando las zapatillas. El hombrecillo regordete tenía un aspecto excelente con su túnica nueva de franjas de diversos tonos pardos y finas rayas rojas. Hizo una reverencia, tomó el cofre de las manos del caballero blanco y lo llevó al estrado, donde aguardaba Doran Martell en su sillón rodante, entre su hija Arianne y Ellaria, la amante de su difunto hermano. Un centenar de velas perfumaba el ambiente. Las piedras preciosas resplandecían en los dedos de los señores, y en los cinturones y las redecillas de las damas. Areo Hotah había sacado brillo a las escamas de cobre de su armadura, de manera que eran como espejos que también reflejaban la luz de las velas.

La estancia había quedado en silencio.

« Dorne contiene el aliento». El maestre Caleotte puso la caja en el suelo, junto al sillón del príncipe Doran. Los dedos del maestre, por lo general siempre seguros y diestros, se movieron con torpeza al abrir el cierre, levantar la tapa y dejar a la vista la calavera que reposaba en el interior. Hotah oyó un carraspeo. Una de las gemelos Fowler le susurró algo a la otra. Ellaria Arena había cerrado los ojos y murmuraba una oración.

El capitán de los guardias observó que ser Balon Swann estaba tenso como un arco. El nuevo caballero blanco no era tan alto y apuesto como el anterior, pero tenía el pecho más ancho, más corpulento, y los brazos, más musculosos. Llevaba la capa nivea cerrada en la garganta con un broche de plata con dos cisnes, uno de marfil y otro de ónix, y a Areo Hotah le dio la impresión de que las aves estaban luchando. Su dueño también parecía un luchador.

« Este no será tan fácil de matar como el otro. No cargará contra mi hacha, como hizo ser Arys. Se refugiará tras su escudo y me obligará a ir a por él». Si llegaba el caso, Hotah estaría preparado. Tenía la hacha tan afilada que habría podido afeitarse con ella.

Se permitió lanzar una breve mirada al cofre. La calavera sonriente reposaba sobre fieltro negro. Todas las calaveras sonreían, pero aquella parecía especialmente feliz.

«Y más grande». El capitán de la guardia no había visto nunca una calavera mayor. La sobreceja era gruesa y marcada, y la mandíbula, enorme. El hueso brillaba a la luz de las velas, tan blanco como la capa de ser Balon.

—Ponedla en el pedestal —ordenó el príncipe. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

El pedestal era una columna de mármol negro cinco palmos más alta que el maestre Caleotte, regordete y menudo. Tuvo que ponerse de puntillas, pero ni aun así llegaba. Areo Hotah estaba a punto de acercarse a ayudarlo cuando Obara Arena se le adelantó. La joven tenía un aura viril y airada incluso sin el látigo y el escudo. En vez de vestido llevaba unos calzones de hombre y una túnica que le llegaba por media pierna, ceñida a la cintura con una cadena de soles de cobre, y se había recogido en un moño la cabellera castaña. Arrebató la calavera de las manos suaves y rosadas del maestre y la colocó en la columna de mármol.

—La Montaña ya no cabalga —dijo el príncipe con voz lúgubre.

—¿Tuvo una agonía larga y dolorosa, ser Balon? —preguntó Tyene Arena con el tono que habría usado otra doncella para preguntar si su vestido era bonito.

—Gritó y gritó durante días, mi señora —respondió el caballero blanco, aunque era obvio que no le agradaba dar aquella contestación—. Se oía en toda la Fortaleza Roja.

—¿Y eso os molesta? —inquirió lady Nym. Lucía un vestido de seda amarilla tan delicado y traslúcido que la luz de las velas dejaba ver el oro y las joyas que llevaba debajo. Su atuendo era atrevido hasta tal punto que el caballero blanco se sentía incómodo solo con mirarla, pero a Hotah le parecía bien: Nymeria era menos peligrosa cuando estaba casi desnuda; de lo contrario, seguro que llevaba encima una docena de puñales—. Todo el mundo coincide en que ser Gregor era un salvaje sanguinario. Si alguien merecía sufrir, era él.

—Tal vez tengáis razón, mi señora —replicó Balon Swann—, pero ser Gregor era también un caballero, y un caballero debería morir con la espada en la mano. El veneno es un arma sucia y traidora.

Lady Tyene sonrió al oírlo. Su vestido era verde y crema, con mangas largas de encaje, tan discreto e inocente que cualquiera pensaría que no había doncella más casta. Areo Hotah no se dejaba engañar. Sus manos blancas y suaves eran tan mortíferas como las manos encallecidas de Obara, o quizás más. La observó con atención, atento al menor movimiento de sus dedos.

—Es cierto, ser Balon, pero lady Nym tiene razón. —El príncipe Doran lo miró con el ceño fruncido—. Si ha habido un hombre que mereciera morir entre horribles sufrimientos, ese fue Gregor Clegane. Asesinó a mi pobre hermana y

estampó la cabeza de su bebé contra la pared. Rezo por que esté ardiendo en algún infierno, y por que Elia y sus hijos hayan encontrado la paz. Esta es la justicia que tanto anhelaba Dorne; me alegro de haber vivido lo suficiente para saborearla. Por fin, los Lannister han demostrado que es cierto que pagan sus deudas, y han pagado esta antigua deuda de sangre.

El príncipe delegó en Ricasso, su senescal ciego, la tarea de proponer el brindis.

—Señoras y señores, bebamos a la salud de Tommen, el primero de su nombre, rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, y señor de los Siete Reinos.

Los criados ya habían empezado a moverse entre los invitados y llenaron las copas mientras hablaba el senescal. Era vino fuerte de Dorne, oscuro como la sangre y dulce como la venganza. El capitán no bebió; nunca bebía en los banquetes. Tampoco lo probó el príncipe; bebió de otro vino que le preparaba el maestre Myles, generosamente aderezado con leche de la amapola para aliviar el dolor de sus articulaciones hinchadas.

El caballero blanco bebió y se mostró debidamente cortés, al igual que sus acompañantes. Lo mismo hicieron la princesa Arianne, lady Jordayne, el señor de Bondadivina, el Caballero de Limonar, la señora de Colina Fantasma y hasta Ellaria Arena, la querida amante del príncipe Oberyn, que estaba con él en Desembarco del Rey cuando murió. Hotah se fijó más en los que no bebían: ser Daemon Arena, lord Tremond Gargalen, los gemelos Fowler, Dagos Manwoody, los Uller de Sotoinferno, los Wyld de Sendahueso...

« Si hay problemas, será uno de estos quien empiece». Dorne era una tierra airada y dividida, y el control que ejercía el príncipe Doran no era tan firme como cabía desear. Muchos señores lo consideraban débil y habrían preferido una guerra declarada contra los Lannister y el niño rey del Trono de Hierro.

En ese sentido destacaban sobre todo las Serpientes de Arena, las hijas bastardas del difunto Oberyn, conocido como la Víbora Roja. Tres de ellas habían asistido al banquete. Doran Martell era un príncipe sabio, y el capitán de su guardia no era quién para cuestionar sus decisiones, pero no entendía por qué había permitido que lady Obara, lady Nymeria y lady Tyene salieran de sus celdas de la Torre de la Lanza.

Tyene masculló algo al oír el brindis de Ricasso, y lady Nym lo desechó con un movimiento despectivo de la mano. Obara esperó a que le llenaran la copa hasta el borde y derramó el contenido en el suelo. Una criada se arrodilló para limpiar el vino, momento que Obara eligió para abandonar la estancia. Poco después, la princesa Arianne se disculpó y salió en pos de ella.

« Obara no volverá su rabia contra la princesita. —De eso, Hotah estaba seguro—. Son primas, y la aprecia mucho».

El banquete se prolongó hasta bien entrada la noche, presidido por la calavera

sonriente colocada en el pedestal de mármol negro. Se sirvieron siete platos en honor de los siete dioses y de los siete hermanos de la Guardia Real. La sopa era de huevo y limón, y los pimientos verdes alargados llegaron rellenos de queso y cebolla. Se sirvieron empanadas de lamprea, capones glaseados con miel y un bagre del fondo del Sangreverde, tan grande que hicieron falta cuatro hombres para llevarlo a la mesa. Después llegó un sabroso guiso de serpiente, con trozos de siete serpientes diferentes cocinados a fuego lento con guindillas dragón, naranjas sanguinas y unas gotas de veneno para darle un poco de mordida. Aun sin probarlo, Hotah sabía que era un plato enormemente picante. Tras la serpiente, los criados sirvieron sorbete para refrescar la lengua, y como remate dulce, a cada invitado se le puso delante una calavera de azúcar horneado. Al romper la costra crujiente la encontraron rellena de natillas con trocitos de cereza y ciruela.

La princesa Arianne volvió justo a tiempo para los pimientos rellenos.

«Mi princesita», pensó Hotah. Pero Arianne era ya una mujer; las sedas escarlata con que se cubría no dejaban la menor duda. Últimamente también había cambiado en otros sentidos. Su plan para coronar a Myrcella se había descubierto y aplastado; su caballero blanco había muerto de la manera más sangrienta a manos de Hotah, y a ella la habían encerrado en la Torre de la Lanza, condenada a la soledad y el silencio. Aquello la había aplacado, pero había algo más, un secreto que le había confiado su padre antes de liberarla, aunque el capitán no sabía de qué se podía tratar.

El príncipe había asignado a su hija un asiento entre él mismo y el caballero blanco, un lugar de gran honor. Arianne sonrió al volver a sentarse y murmuró algo al oído de ser Balon, que prefirió no responder. Hotah observó que comía poco: una cucharada de sopa, un trocito de pimiento, una pata de capón, unas migas de pescado... Rechazó la empanada de lamprea y solo probó una cucharadita del guiso, y aun tan pequeña cantidad hizo que el sudor le corriera por la frente. Hotah lo comprendía bien: cuando llegó a Dorne, la comida picante le hacía nudos en las tripas y le abrasaba la lengua. Pero de eso hacía muchos años. Ya tenía el pelo blanco y era capaz de comer lo mismo que cualquier dorniense.

Al ver las calaveras de azúcar, ser Balon apretó los labios y lanzó una larga mirada al príncipe para dilucidar si estaban burlándose de él. Doran Martell no se dio cuenta, pero su hija, sí.

—Es una bromita del cocinero, ser Balon —comentó Arianne—. Para los dornienses, ni la muerte es sagrada. Espero que no os lo toméis a mal. —Rozó con los dedos el dorso de la mano del caballero blanco—. Y que hayáis disfrutado de vuestra estancia en Dorne.

—Todo el mundo se ha mostrado muy hospitalario, mi señora.

Arianne tocó el broche de los cisnes en combate con que se cerraba la capa.

—Siempre me han gustado los cisnes. No hay ave más hermosa en esta parte

de las islas del Verano.

—Seguro que vuestros pavos reales no están de acuerdo —apuntó ser Balon.

—Seguro —reconoció Arianne—, pero los pavos reales son animales vanidosos y presumidos, siempre exhibiéndose, y con esos colores tan llamativos. Prefiero la serenidad de los cisnes blancos, o la belleza de los cisnes negros.

Ser Balon asintió y bebió de su copa.

«No es tan fácil de seducir como lo fue su hermano juramentado —pensó Hotah—. Pese a su edad, ser Arys era un niño, pero este es un hombre, y un hombre cauto. —Solo había que mirarlo para darse cuenta de que el caballero blanco estaba incómodo—. Este lugar le resulta extraño, no le gusta». Hotah lo comprendía. Dorne también le había parecido estrambótico cuando llegó con su princesa, hacía ya muchos años. Los sacerdotes barbudos le habían metido en la cabeza la lengua común de Poniente antes de enviarlo, pero los dornienses hablaban tan deprisa que no entendía nada. En Dorne, las mujeres eran lascivas; el vino, amargo, y la comida, llena de especias extrañas y picantes. El sol era más cálido que el pálido y débil de Norvos, y día tras día brillaba inmisericorde desde un cielo siempre azul.

El capitán sabía que el viaje de ser Balon había sido más breve, pero también angustioso a su manera. Desde Desembarco del Rey lo habían acompañado tres caballeros, ocho escuderos, veinte soldados y un numeroso grupo de mozos de cuadra y criados, pero en cuanto cruzaron las montañas y entraron en Dorne, tuvieron que detenerse en cada castillo del camino para recibir agasajos y participar en banquetes, cacerías y celebraciones. Cuando por fin llegaron a Lanza del Sol, ni la princesa Myrcella ni ser Arys Oakheart pudieron recibirllos.

«El caballero blanco sabe que algo anda mal —intuía Hotah—, pero no es solo eso».

Tal vez lo pusiera nervioso la presencia de las Serpientes de Arena. Si se trataba de eso, el regreso de Obara debió de haber sido como sal en una herida. La joven volvió a ocupar su lugar sin decir palabra y se quedó sentada, huraña y hosca, sin sonreír ni hablar con nadie.

Ya se acercaba la medianoche cuando el príncipe Doran se volvió hacia el caballero blanco.

—Ser Balon, he leído la carta que me habéis traído de parte de nuestra amada reina. ¿Puedo suponer que estáis al tanto del contenido?

—Lo estoy, mi señor. —Hotah advirtió que el caballero se tensaba—. Su alteza me informó de que se me podría requerir que escoltara a su hija en el viaje a Desembarco del Rey. El rey Tommen languidece de nostalgia por su hermana y desea que la princesa Myrcella regrese a la corte para hacerle una breve visita.

La princesa Arianne compuso un gesto de tristeza.

—Oh, no, ¡con el cariño que le hemos tomado a Myrcella! Mi hermano

Trystane y ella son inseparables.

—El príncipe Trystane también sería más que bienvenido en Desembarco del Rey —respondió Balon Swann—. Estoy seguro de que para el rey Tommen sería un placer conocerlo. Su alteza no tiene muchos amigos de su edad.

—Los lazos que se crean en la infancia pueden durar toda la vida —convino el príncipe Doran—. Cuando Trystane y Myrcella contraigan matrimonio, Tommen y él serán como hermanos. La reina Cersei tiene mucha razón: los niños deberían conocerse y hacerse amigos. Dorne lo echará de menos, claro, pero ya va siendo hora de que Trystane vea algo de mundo, más allá de la muralla de Lanza del Sol.

—Me consta que en Desembarco del Rey será muy bien acogido.

« ¿Por qué sudas ahora? —se preguntó el capitán sin dejar de observarlo—. Hace fresco, y ni siquiera ha probado el guiso» .

—Por lo que respecta al otro asunto que menciona la reina Cersei —siguió el príncipe Doran—, es cierto: el asiento de Dorne en el Consejo Privado ha estado vacante desde la muerte de mi hermano, y ya va siendo hora de que alguien lo ocupe de nuevo. Me halaga que su alteza piense que mi asesoría podría serle de utilidad, pero no me siento con las fuerzas necesarias para emprender semejante viaje. Tal vez si fuéramos por mar...

—¿Por mar? —Ser Balon se sobresaltó—. ¿Os parece...? ¿Os parece seguro, mi señor? El otoño es la estación de las tormentas, según tengo entendido, y los piratas de los Peldaños de Piedra...

—Los piratas. Claro, claro. Tal vez tengáis razón. Es más prudente que volváis por donde habéis venido. —El príncipe Doran le dedicó una amable sonrisa—. Hablaremos mañana. Cuando lleguemos a los Jardines del Agua, se lo diremos a Myrcella. Estoy seguro de que se emocionará mucho, porque ella también echa de menos a su hermano.

—Ardo en deseos de volver a verla —respondió Ser Balon—. Y también de visitar vuestros Jardines del Agua. Tengo entendido que son bellísimos.

—Bellísimos y tranquilos —asintió el príncipe—. Brisa fresca, agua iluminada por el sol y las risas de los niños. Los Jardines del Agua son mi lugar favorito. Los construyó un antepasado mío para complacer a su esposa Targaryen, y que pudiera liberarse del calor y el polvo de Lanza del Sol. Se llamaba Daenerys y era hija del rey Daeron el Bueno; gracias a su matrimonio se incorporó Dorne a los Siete Reinos. Todo el mundo sabía que estaba enamorada de Daemon Fuegoscuro, el hermano bastardo de Daeron, y que la correspondía, pero el rey era sabio y comprendió que el bien de muchos debía anteponerse al deseo de dos, aunque fueran dos personas muy queridas. Daenerys llenó los jardines de niños que reían sin cesar. Al principio, sus hijos, pero más adelante, también los de los señores y caballeros hacendados, a los que llamaron para acompañar a los príncipes. Una tarde de verano más calurosa que de ordinario, Daenerys se

comadeció de los hijos de los mozos de cuadra, cocineros y criados, y los invitó también a usar las fuentes y estanques, tradición que se ha mantenido hasta la fecha. —El príncipe maniobró con las ruedas de su silla para apartarse de la mesa—. Disculpadme, por favor. Tanto hablar me ha cansado mucho, y tenemos que partir con la primera luz del día. Obara, ¿tendrías la amabilidad de ayudarme a llegar a la cama? Nymeria, Tyene, venid vosotras también para darle las buenas noches a vuestro anciano tío.

Obara Arena empujó la silla del príncipe para salir del salón de banquetes de Lanza del Sol y recorrer una larga galería seguida por sus hermanas, la princesa Arianne, Ellaria Arena y Areo Hotah. El maestre Caleotte corrió tras ellos arrastrando las zapatillas; llevaba la calavera de la Montaña en brazos como si fuera un bebé.

—No dirás en serio lo de enviar a Trystane y a Myrcella a Desembarco del Rey —inquirió Obara. Avanzaba a zancadas rápidas, furiosas, demasiado deprisa, y la gran silla de madera traqueteaba contra las losas irregulares del suelo—. No volveríamos a ver a la niña, y tu hijo será rehén del Trono de Hierro toda su vida.

—¿Me tomas por idiota, Obara? —suspiró el príncipe—. Hay muchas cosas que no sabes; cosas que es mejor no tratar aquí, al alcance de los oídos de cualquiera. Si te callas, te prometo que te lo explicaré todo. —Hizo un gesto de dolor—. Más despacio; si me tienes algún afecto, ve más despacio. Ese bache ha sido como si me clavaran un cuchillo en la rodilla.

Obara aminoró la marcha.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Lo que hace siempre —respondió su hermana Tyene con voz ronroneante—. Prolongar la situación, enredarlo todo, intrigar... Es la especialidad de nuestro valeroso tío.

—Sois injustas con él —replicó la princesa Arianne.

—Callaos todas —ordenó el príncipe.

Cuando estuvieron tras las puertas cerradas de sus habitaciones, hizo girar la silla de ruedas para enfrentarse a las mujeres. Hasta aquel esfuerzo lo dejó sin aliento, y la manta myriense con que se cubría las piernas se le quedó atrapada entre dos radios, con lo que tuvo que agarrarla para que no se le cayera. Debajo tenía las piernas blancas, blandas, cadávericas. Las dos rodillas estaban rojas e hinchadas, y los dedos de los pies, como morcillas. Areo Hotah se los había visto mil veces, pero le seguía costando mirarlos.

—Déjame ayudarte, padre. —La princesa Arianne se adelantó.

—Todavía puedo controlar mi manta. —El príncipe consiguió liberarla de la rueda—. Qué menos. —Era poca cosa, pero aún conservaba cierta fuerza en las manos y los brazos, aunque tenía las piernas inutilizadas desde hacía tres años.

—¿Mi príncipe desea que le traiga un dedito de leche de la amapola? —preguntó el maestre Caleotte.

—Con este dolor necesitaría un cubo, pero no, gracias. He de conservar la mente clara. Ya no os voy a necesitar más esta noche.

—Muy bien, mi príncipe. —El maestre Caleotte hizo una reverencia, aún con la calavera de ser Gregor entre las suaves manos rosadas.

—Ya me hago cargo yo de eso. —Obara le quitó la calavera y la sostuvo ante sí—. ¿Qué aspecto tenía la Montaña? ¿Cómo sabemos que se trata de él? Podrían haber metido la cabeza en brea, pero nos mandan los huesos limpios.

—La brea habría estropeado la caja —apuntó lady Nym mientras el maestre salía de la estancia—. Nadie vio morir a la Montaña y nadie vio cómo le cortaban la cabeza. Reconozco que eso me preocupa, pero ¿qué gana la reina zorra con engañarnos? Si Gregor Clegane sigue vivo, más tarde o más temprano se sabrá. Ese hombre media tres varas; no hay nadie como él en todo Poniente. Si de repente aparece alguien que se le parece demasiado, Cersei Lannister quedará como mentirosa ante los Siete Reinos. Tendría que ser muy idiota para correr ese riesgo, y además, ¿qué ganaría con ello?

—La calavera tiene el tamaño adecuado, desde luego —dijo el príncipe—, y también sabemos que Oberyn hirió de gravedad a Gregor. Todos los informes que hemos recibido aseguran que Clegane tuvo una muerte lenta y dolorosa.

—Tal como pretendía nuestro padre —asintió Tyene—. Hermanas, os aseguro que conozco el veneno que usaba; si la lanza arañó la piel de Clegane, está muerto por grande que fuera. Dudad de vuestra hermana pequeña si queréis, pero nunca dudéis de nuestro padre.

—Nunca he dudado y nunca dudaré —replicó Obara, airada. Dio un beso burlón a la calavera—. Es un buen comienzo.

—¿Comienzo? —repitió Ellaria Arena, incrédula—. No lo quieran los dioses, yo creía que con esto terminaba todo. Tywin Lannister ha muerto, igual que Robert Baratheon, Amory Lorch y ahora Gregor Clegane: todos los que tomaron parte en el asesinato de Elia y de sus hijos. Ha muerto incluso Joffrey, que ni siquiera había nacido cuando mataron a Elia. Lo vi perecer con mis propios ojos, luchando por respirar. ¿Quién queda por matar? ¿Han de morir Myrcella y Tommen para que las sombras de Rhaenys y Aegon descansen en paz? ¿Cuándo acabará esto?

—Acabarán igual que empezó, con sangre —replicó lady Nym—. Acabarán cuando rajemos Roca Casterly de parte a parte para que el sol brille sobre los gusanos que devoran el corazón de ese lugar. Acaba con la destrucción absoluta de Tywin Lannister y toda su obra.

—Murió a manos de su propio hijo —espetó Ellaria—. ¿Qué más puedes querer?

—Que hubiera muerto a mis manos. —Lady Nym se sentó de golpe, y la larga trenza negra le cayó por el hombro hasta el regazo. Tenía el pico de nacimiento del pelo de su padre, y unos ojos grandes y brillantes. Curvó en una

sonrisa los labios rojos como el vino—. Así no habría tenido una muerte tan fácil.

—Ser Gregor parece muy solo —comentó Tyene con su voz melosa de septa—. Seguro que le gustaría tener compañía.

Ellaria tenía las mejillas llenas de lágrimas, y los ojos oscuros le centelleaban.

« Hasta cuando llora emana fortaleza» , pensó el capitán.

—Oberryn quería vengar a Elia. Ahora, vosotras tres queréis vengarlo a él. Os recuerdo que tengo cuatro hijas, vuestras hermanas. Mi Elia ha cumplido catorce años y es casi una mujer. Obella tiene doce, está a punto de florecer. Os adoran igual que Dorea y Loreza las adoran a ellas. Si morís, ¿queréis que El y Obella os venguen, y luego, que Dorea y Loree las venguen a ellas? ¿Así queréis que sigan las cosas, en un círculo eterno? Os lo pregunto de nuevo, ¿cuándo acabará esto?

—Ellaria Arena puso la mano en la cabeza de la Montaña—. Vi morir a vuestro padre. Aquí está su asesino. ¿Me llevo una calavera a la cama para que me dé consuelo en las noches? ¿Me hará reír? ¿Me compondrá canciones? ¿Me cuidará cuando esté vieja y enferma?

—¿Qué quieres que hagamos? —inquirió lady Nym—. ¿Bajamos las lanzas, sonreímos y olvidamos lo que nos han hecho?

—Lo queramos o no, habrá guerra —dijo Obara—. Hay un niño sentado en el Trono de Hierro. Lord Stannis tiene el Muro y está atrayendo a los norteños a su causa. Las dos reinas pelean por Tommen como perras por un hueso. Los hombres del hierro han tomado las Escudo y suben por el Mander arrasándolo todo. Se adentran en el corazón del Dominio, así que Altojardín también tiene motivo para preocuparse. Nuestros enemigos están desorganizados: es el mejor momento.

—El mejor momento ¿para qué? ¿Para conseguir más calaveras? —Ellaria Arena se volvió hacia el príncipe—. Se niegan a entender; no lo soporto más.

—Vuelve con tus hijitas, Ellaria —le dijo Doran—. Te juro que no les pasará nada malo.

—Mi príncipe. —Ellaria le dio un beso en la frente y se retiró. Areo Hotah lamentó su partida.

« Es una buena mujer» .

—Sé que quería a nuestro padre —comentó lady Nym—, pero es obvio que no lo conocía ni lo comprendía.

—Lo comprendía mucho mejor que tú, Nymeria. —El príncipe le lanzó una mirada enigmática—. Además, hizo feliz a tu padre. Un corazón bueno puede valer más que el orgullo o el valor. De todos modos, hay cosas que Ellaria no sabe ni tiene por qué saber. Esta guerra ya ha empezado.

—Sí. —Obara rio—. Nuestra querida Arianne se ha encargado de eso.

La princesa enrojeció, y Hotah detectó un destello de ira en los ojos de su padre.

—Hizo lo que hizo también por vosotras, así que sobran las burlas.

—Era una alabanza —insistió Obara Arena—. Demora las cosas cuanto quieras, enrédalas, intriga y pon todos los obstáculos que se te ocurran, tío, pero ser Balon acabará por encontrarse cara a cara con Myrcella en los Jardines del Agua, y seguramente notará que le falta una oreja. Y cuando la niña le diga que tu capitán rajó a Arys con esa espresa de acero que tiene, se va a...

—No. —La princesa Arianne se levantó de los cojines y puso una mano en el brazo de Hotah—. No fue así, prima. A ser Arys lo mató Gerold Dayne.

Las Serpientes de Arena cruzaron miradas.

—¿Estrellaoscura?

—Fue Estrellaoscura —asintió su princesita—. También intentó matar a Myrcella, y eso le dirá la niña a ser Balon.

—Al menos eso es verdad —sonrió Nym.

—Todo es verdad —intervino el príncipe con un gesto de dolor. « ¿Qué le duele más? ¿La gota o la mentira? » —. Y ser Gerold ha huido y ya ha vuelto a Ermita Alta; está fuera de nuestro alcance.

—Estrellaoscura —murmuró Tyene con una risita—. ¿Por qué no? Todo esto es cosa suya. Lo que no se sabe es si ser Balon lo creerá.

—Sí, si lo oye de labios de Myrcella —insistió Arianne.

Obara soltó un bufido de incredulidad.

—Puede que mienta hoy y mienta mañana, pero más tarde o más temprano dirá la verdad. Si permitimos que ser Balon vuelva a Desembarco del Rey y lo cuente todo, sonarán los tambores y correrá la sangre. No debe salir de aquí.

—Sí, claro, podríamos matarlo —asintió Tyene—, pero entonces tendríamos que matar también al resto de su grupo, incluidos esos escuderos tan jovencitos, pobres. Sería un... Un lio.

El príncipe Doran cerró los ojos y volvió a abrirllos. Hotah advirtió que le temblaba la pierna debajo de la manta.

—Si no fuerais las hijas de mi hermano, volvería a meteros a las tres en las celdas y os dejaría allí hasta que se os quedaran los huesos grises. Pero lo que voy a hacer es llevaros a los Jardines del Agua. Allí, si tenéis cerebro suficiente, podréis aprender muchas lecciones.

—¿Lecciones? —bufó Obara—. Lo único que veremos serán niños desnudos.

—Exacto —asintió el príncipe—. Se lo he contado a ser Balon, aunque he omitido ciertas cosas. Mientras los niños chapoteaban en los estanques, Daenerys los contemplaba entre los naranjos y se dio cuenta de una cosa: no era capaz de distinguir a los nobles de los humildes. Desnudos, solo eran niños, todos inocentes, todos indefensos, todos merecedores de amor, protección y una larga vida. « Este es tu reino —explicó a su hijo y heredero—. Recuérdalos y tenlos presentes en todo lo que hagas» . Esas mismas palabras me dijo mi madre cuando tuve edad para salir de los estanques. A un príncipe le resulta fácil ordenar que se esgriman

las lanzas, pero al final, los que pagan el precio son los niños. No impulsarían a ningún príncipe sabio a emprender una guerra sin causa justificada, una guerra que no tuviera esperanzas de ganar.

» No estoy ciego ni sordo. Sé que todas me consideráis débil, miedoso y cobarde. Vuestro padre sí que me conocía. Oberyn siempre fue la víbora: mortífero, peligroso, imprevisible... Nadie se habría atrevido a pisotearlo. Yo era la hierba: agradable, complaciente, de buen olor, mecido por cualquier brisa... ¿Quién tiene miedo de pisar la hierba? Pero es la hierba la que oculta a la víbora de sus enemigos y la protege hasta que ataca. Vuestro padre y yo trabajábamos más unidos de lo que creéis..., pero ya no está con nosotros. Solo queda una pregunta: ¿puedo confiar en que sus hijas me sirvan y acaten mis órdenes?

Hotah las miró de una en una: Obara, con su cuero endurecido de herrajes oxidados, los ojos muy juntos y el pelo color rata; Nymeria, lánguida y elegante, de piel olivácea, con hilo de oro rojo entretejido en la larga trenza negra; Tyene, la de los ojos azules y el cabello rubio, la niña mujer de las manos suaves y las risitas. Fue Tyene la que respondió por todas.

—Lo que nos resulta difícil es no hacer nada, tío. Danos una misión, cualquier misión, y ningún príncipe habrá tenido siervas más leales y obedientes.

—Me alegro de oírla —respondió el príncipe—, pero las palabras se las lleva el viento. Sois hijas de mi hermano y os quiero, pero no puedo confiar en vosotras. ¿Juráis servirme y hacer lo que os ordene?

—Si es necesario... —respondió lady Nym.

—Bien, pues juradlo ahora mismo, por la tumba de vuestro padre.

—Si no fueras nuestro tío... —empezó a decir Obara con el rostro retorcido por la ira.

—Soy vuestro tío. Y vuestro príncipe. Jurad ahora mismo, o marchaos.

—Lo juro —dijo Tyene—. Por la tumba de mi padre.

—Lo juro —dijo lady Nym—. Por Oberyn Martell, la Víbora Roja de Dorne, mucho más hombre que tú.

—Yo también —asintió Obara—. Por mi padre. Lo juro.

El príncipe se relajó parcialmente. Hotah observó como se acomodaba de nuevo en la silla, y extendió la mano para que la princesa Arianne se la cogiera.

—Cuéntaselo, padre.

El príncipe Doran inspiró a fondo, no sin cierta dificultad.

—Dorne todavía tiene amigos en la corte, y nos dicen cosas que no se quiere que sepamos. Esta invitación de Cersei es una artimaña. El plan es que Trystane no llegue a Desembarco del Rey: en el camino Real, unos forajidos asaltarán a la partida de ser Balon durante el viaje de vuelta, y mi hijo morirá. Si me invitan a la corte es para que presencie el ataque con mis propios ojos y pueda eximir a la reina de toda culpa. Ah, y esos forajidos no dejarán de gritar: « ¡Mediohombre! ¡Mediohombre! ». Hasta puede que ser Balon vea al Gnomo, pero nadie más,

claro.

Aree Hotah creía hasta entonces que era imposible impresionar a las Serpientes de Arena. Se equivocaba.

—Que los Siete nos guarden —susurró Tyene—. ¿Trystane? ¿Por qué?

—Esa mujer está loca —dijo Obara—. No es más que un niño.

—Es monstruoso —asintió lady Nym—. Nunca lo habría creído de un caballero de la Guardia Real.

—Han jurado obedecer, igual que mi capitán —señaló el príncipe—. Yo también albergaba dudas, pero ya habéis visto cómo ha reculado ser Balon cuando he sugerido que hiciéramos el viaje por mar. Un barco habría dado al traste con los planes de la reina.

—Devuélveme mi lanza, tío. —Obara tenía el rostro congestionado—. Cersei nos ha mandado una cabeza. Deberíamos corresponder con un saco lleno.

El príncipe Doran alzó una mano. Tenía los nudillos oscuros como cerezas y casi del mismo tamaño.

—Ser Balon está bajo mi techo como invitado, y hemos compartido el pan y la sal. No le haré mal alguno. No. Iremos a los Jardines del Agua, donde escuchará a Myrcella y mandará un cuervo a su reina. La niña le pedirá que capture a quien la hirió, y si Swann es como creo, no podrá negarse. Obara, tú lo llevarás a Ermita Alta para que se enfrente a Estrellaoscura en su guarida. Aún no ha llegado la hora de que Dorne plante cara abiertamente al Trono de Hierro, así que tenemos que devolver a Myrcella a su madre, pero yo no voy a acompañarla. Tú serás quien vaya con ella, Nymeria. A los Lannister no les gustará, igual que no les gustó que les enviara a Oberyn, pero no se atreverán a negarse. Debemos tener una voz en el Consejo y un oído en la corte. Pero ten mucho cuidado; Desembarco del Rey es un nido de víboras.

—Ya sabes que me encantan las serpientes, tío. —Lady Nym sonrió.

—¿Y yo? —quiso saber Tyene.

—Tu madre era septa, y Oberyn me dijo una vez que ya en la cuna te leía pasajes de *La estrella de siete puntas*. También quiero que tú vayas a Desembarco, pero a la otra colina. La Espada y la Estrella se ha refundado, y el nuevo septón supremo no es una marioneta como los anteriores. Tienes que intentar acercarte a él.

—¿Por qué no? El blanco me sienta bien. ¡Me hace parecer tan... pura...!

—Bien —asintió el príncipe—. Bien. —Titubeó un instante—. Si..., si pasa algo, os enviaré noticia por separado. En el juego de tronos, las cosas cambian muy deprisa.

—Sé que no nos fallaréis, primas. —Arianne fue hacia ellas y, una por una, las cogió de las manos y las besó en los labios—. Obara, tan valiente... Nymeria, mi hermana... Tyene, cariño... Os quiero a todas. El sol de Dorne vaya con vosotras.

—Nunca doblegado, nunca roto —exclamaron al unísono las Serpientes de Arena.

Sus primas salieron de la estancia, pero Arianne se quedó, igual que Areo Hotah, como era su deber.

—Son dignas hijas de su padre —comentó el príncipe.

—Tres Oberyns con tetas —sonrió la princesita. El príncipe Doran se echó a reír. Hacía tanto que Hotah no oía una carcajada suya que había olvidado cómo sonaba—. Sigo pensando que a Desembarco del Rey debería ir yo, no lady Nym.

—Es demasiado peligroso. Tú eres mi heredera, el futuro de Dorne. Tienes que estar a mi lado. Pronto habrá otra tarea para ti.

—Eso último que les has dicho, lo del mensaje... ¿Has recibido noticias?

El príncipe Doran compartió con ella su sonrisa secreta.

—Sí, de Lys. Se ha reunido una gran flota que está lista para hacerse a la mar. Sobre todo naves volantinas que transportan un ejército. No se sabe de quién se trata ni cuál es su destino, pero se habla de elefantes.

—¿Y no de dragones?

—No, de elefantes. Pero es fácil esconder un dragón joven en la bodega de una coca. Daenerys es muy vulnerable en el mar; yo en su lugar ocultaría mis intenciones tanto como pudiera para tomar Desembarco del Rey por sorpresa.

—¿Crees que Quentyn estará con ellos?

—Es posible. O quizás no. Cuando toquen tierra, sabremos si se dirigen a Poniente. Quentyn la traerá por el Sangreverde si puede, pero no sirve de nada hablar del tema. Dame un beso; partiremos hacia los Jardines del Agua al amanecer.

«En ese caso, quizás emprendamos la marcha a mediodía», pensó Hotah.

Más tarde, tras la partida de Arianne, dejó el hacha y llevó al príncipe Doran en brazos a la cama.

—Ningún dorniense había muerto en esta guerra de los Cinco Reyes hasta que la Montaña le aplastó el cráneo a mi hermano —murmuró el príncipe en voz baja mientras Hotah lo cubría con la manta—. Decidme, capitán, ¿eso es para mí una vergüenza, o motivo de orgullo?

—No me corresponde a mí decirlo, mi príncipe. —«Servir. Proteger. Obedecer. Votos sencillos para hombres sencillos». Era todo lo que sabía.

Val esperaba junto a la puerta, en el frío que precedía al amanecer, envuelta en una capa de piel de oso tan grande que hasta Sam cabría en ella. Tenía al lado su montura, ensillada y aparejada: un caballo tordo, greñudo y tuerto. La acompañaban Mully y Edd el Penas, que formaban una extraña pareja de guardias. El aliento se condensaba en el aire frío y negro.

—¿Le has dado un caballo ciego? —preguntó Jon, incrédulo.

—Solo está medio ciego, mi señor. Por lo demás está en condiciones —explicó Mully mientras palmeaba al animal en el cuello.

—Puede que el caballo esté medio ciego, pero yo no —dijo Val—. Conozco el camino.

—Mi señora, no tienes por qué hacer esto. Los riesgos...

—... son asunto mío, lord Nieve. No soy una dama sureña, sino una mujer del pueblo libre. Conozco el bosque mejor que todos tus exploradores de capa negra. No tiene fantasmas para mí.

«Eso espero». Jon contaba con ello y confiaba en que Val triunfara allí donde Jack Bulwer el Negro y sus compañeros habían fracasado. Val no tenía nada que temer del pueblo libre, pero ambos sabían con certeza que los salvajes no eran los únicos que acechaban en el bosque.

—¿Llevas suficiente comida?

—Pan duro, queso, tortas de avena, carne, bacalao, cordero en salazón y un pellejo de vino dulce para quitarme toda esa sal de la boca. No moriré de hambre.

—Entonces, es hora de partir.

—Tienes mi palabra, Jon Nieve: volveré con Tormund o sin él. —Val echó un vistazo al cielo. La luna estaba creciente—. Esperadme para la próxima luna llena.

—Bien.

«No me falles, o Stannis me cortará la cabeza. —Stannis le había hecho prometer que vigilaría de cerca a la princesa, y Jon había accedido—. Pero Val no es ninguna princesa; se lo he dicho millones de veces. —Era una excusa muy endeble, apenas una veda sobre su maltrecha promesa. Su padre no lo habría aprobado jamás—. Soy la espada que vigila los reinos de los hombres —se recordó—, y eso tiene que valer más que el honor de un solo hombre».

El camino que atravesaba el Muro era oscuro y gélido como el vientre de un dragón de hielo, y retorcido como una serpiente. Edd el Penas los guio por él con una antorcha en la mano. Mully custodiaba las llaves de las tres puertas, donde unas barras de hierro negro del grosor de un brazo cerraban el pasadizo. Los lanceros que guardaban las puertas inclinaron la cabeza al paso de Jon Nieve, pero observaron sin disimulo a Val y a su caballo.

Tras cruzar una gruesa puerta de madera verde recién cortada, emergieron al norte del Muro. La princesa de los salvajes se detuvo un momento para observar el terreno cubierto de nieve donde el rey Stannis había ganado la batalla. Más allá la esperaba el bosque Encantado, oscuro y silencioso. La luz de la luna convertía el pelo color miel de Val en plata clara y le teñía las mejillas del blanco de la nieve. Respiró profundamente.

—El aire está dulce.

—Tengo la lengua demasiado entumecida. Solo me sabe a frío.

—¿Frío? —respondió Val con una risa suave—. No: cuando haga frío dolerá hasta respirar. Cuando se acerquen los Otros...

Era una idea inquietante. Seis de los exploradores que había enviado Jon seguían desaparecidos.

«Aún es pronto. Aún pueden volver. —Pero una parte de él insistía—: Están muertos, todos ellos. Los enviaste a la muerte, y ahora haces lo mismo con Val».

—Cuéntale a Tormund lo que te he dicho.

—Tal vez no escuche tus palabras, pero las oirá. —Val le dio un beso rápido en la mejilla—. Tienes mi gratitud, lord Nieve. Por el caballo tuerto, por el bacalao en salazón, por el aire libre. Por la esperanza.

Sus aientos se mezclaron en una neblina blanca. Jon Nieve retrocedió.

—Lo único que quiero como muestra de gratitud es...

—... a Tormund Matagigantes. Sí. —Val se caló la capucha de la piel de oso, de piel parda salpicada de gris—. Una pregunta antes de irme. ¿Fuiste tú quien mató a Jarl?

—El Muro mató a Jarl.

—Eso había oído, pero tenía que asegurarme.

—Tienes mi palabra. Yo no lo maté. —«Aunque lo habría matado si las cosas hubieran ido de otro modo».

—Entonces, esto es un adiós —dijo Val, casi juguetona. Jon Nieve no estaba de humor.

«Hace demasiado frío y está demasiado oscuro para juegos, y se está haciendo tarde».

—Solo por ahora. Volverás, aunque solo sea por el niño.

—¿El hijo de Craster? —Val se encogió de hombros—. No es de mi sangre.

—Te he oído cantarle.

—Cantaba para mí. ¿Qué culpa tengo de que me escuche? —Una débil sonrisa le asomó a los labios—. Lo hace reír. Oh, de acuerdo, es un monstruo de lo más encantador.

—¿Monstruo?

—Se llama Monstruo. Tenía que ponerle algún nombre. Asegúrate de que esté a salvo y caliente. Hazlo por su madre y por mí. Y manténlo lejos de la mujer roja. Sabe quién es. Ve cosas en sus fuegos.

«Arya», pensó Jon esperanzado.

—Solo brasas y cenizas.

—Reyes y dragones.

«Otra vez los dragones». Durante un momento, Jon casi pudo verlos serpenteando en la noche, con las alas oscuras recortadas contra un mar de llamas.

—Si lo hubiera sabido, nos lo habría quitado. Al hijo de Dalla, no a tu Monstruo. Una palabra al oído del rey, y habría sido su final. —«Y el mío. Stannis lo habría considerado traición» —. Si lo sabía, ¿por qué no hizo nada?

—Porque no le convenía. El fuego es caprichoso. Nadie sabe qué derrotero tomarán las llamas. —Val subió un pie al estribo, se encaramó al caballo y lo miró desde la silla—. ¿Recuerdas lo que te dije mi hermana?

—Sí. —«No hay manera segura de agarrar una espada sin empuñadura». Pero Melisandre había estado más acertada: hasta una espada sin puño era mejor que las manos vacías cuando se está rodeado de enemigos.

—Bien. —Val giró el caballo hacia el norte—. Hasta la próxima luna llena, entonces. —Jon vio cómo se alejaba, al tiempo que se preguntaba si volvería a verla. «No soy ninguna dama sureña —la oyó decir—, sino una mujer del pueblo libre» .

—Me da igual lo que diga —musitó Edd el Peñas mientras Val desaparecía tras una hilera de pinos soldados—. El aire está tan frío que ya duele respirar. Pararía, pero eso dolería más. —Se frotó las manos—. Esto va a acabar mal.

—Siempre dices lo mismo.

—Sí, mi señor. Y suelo tener razón.

—¿Mi señor? —intervino Mully—. Los hombres dicen que dejar suelta a la princesa de los salvajes...

—... me convierte en medio salvaje, en un cambiácapas que pretende vender el reino a nuestros saqueadores, y a caníbales y gigantes. —Jon no necesitaba mirar ningún fuego para saber qué decían de él. Lo peor era que no estaban del todo equivocados—. Las palabras se las lleva el viento, y el viento sopla siempre contra el Muro. Vamos.

Aún era de noche cuando Jon volvió a sus habitaciones, tras la armería. Se fijó en que Fantasma no había regresado.

«Sigue de caza. —Últimamente, el gran huargo blanco pasaba más tiempo fuera que dentro, y cada vez iba más lejos en busca de presas. Los hombres de la Guardia y los salvajes de Villa Topo habían barrido los campos y colinas cercanos al Castillo Negro, y quedaba poco que cazar—. Se acerca el invierno, y cada vez más deprisa» . Se preguntó si volverían a ver una primavera.

Edd el Peñas fue a las cocinas y regresó enseguida con un cuenco de cerveza negra y una bandeja cubierta. Bajo la tapa había tres huevos de pato fritos que flotaban en grasa, una loncha de panceta, dos salchichas, una morcilla, y media hogaza recién salida del horno. Se comió el pan y medio huevo. También se

habría comido la panceta, pero el cuervo se hizo con ella antes de que tuviera ocasión.

—Ladrón —musitó mientras el pájaro volaba hasta el dintel de la puerta para devorar su botín.

—Ladrón —reconoció el cuervo.

Jon mordió una salchicha. Estaba quitándose el sabor de la boca con un trago de cerveza cuando Edd volvió para decirle que Bowen Marsh lo esperaba fuera.

—Y también Othell y el septón Cellador —añadió.

«Qué rapidez». Se preguntó quién andaría contando chismes. O quiénes.

—Que pasen.

—De acuerdo, mi señor. Yo vigilaría las salchichas de cerca; tienen pinta de estar hambrientos.

No era la palabra que Jon habría escogido. El septón Cellador estaba desconcertado y soñoliento, con aspecto de necesitar urgentemente una copa para sacudirse la resaca, y Othell Yarwyck, el capitán de los constructores, parecía haber comido algo que no acababa de digerir. Bowen Marsh estaba furioso. Jon se lo notaba en los ojos, en la rigidez de la boca, en la congestión de las mejillas redondeadas.

«Ese rojo no es del frío».

—Sentaos, por favor. ¿Puedo ofreceros algo de comer, o alguna bebida?

—Hemos desayunado en la sala común —dijo Marsh.

—Yo comería algo más. Gracias por el ofrecimiento —intervino Yarwyck mientras se dejaba caer en una silla.

—¿Tal vez un poco de vino? —preguntó el septón Cellador.

—Maíz —gritó el cuervo desde el dintel—. Maíz, maíz.

—Vino para el septón y un plato para nuestro capitán de los constructores —pidió a Edd el Penas—. Para el pájaro, nada. El motivo de esta reunión es Val —dijo dirigiéndose a sus invitados.

—También hay otros asuntos —dijo Bowen Marsh—. Los hombres están preocupados, mi señor.

«¿Y quién te ha nombrado portavoz?».

—Yo también. Othell ¿cómo va el trabajo en el Fuerte de la Noche? Me ha llegado una carta de ser Axell Florent, que dice ser la mano de la reina. Dice que la reina Selyse no está satisfecha con su residencia en Guardiaoriente del Mar y desea regresar al nuevo asentamiento de su esposo cuanto antes. ¿Lo ves viable?

—Hemos restaurado la mayor parte del fuerte, y la cocina ya tiene techo. —Yarwyck se encogió de hombros—. Evidentemente, necesitará comida, muebles y leña, pero se puede usar. Lo cierto es que no hay tantas comodidades como en Guardiaoriente y queda bastante lejos de los barcos, en caso de que su alteza deseé abandonarnos, pero... Sí, podría vivir allí, aunque ese sitio tardará años en parecer un castillo decente. Acabaríamos antes si hubiera más constructores.

—Puedo ofrecerte un gigante.

—¿El monstruo del patio? —intervino Othell, repentinamente despejado.

—Dice Pieles que se llama Wun Weg Wun Dar Wun. Ya, es demasiado enrevesado. Pieles lo llama Wun Wun, y parece que con eso basta. —Wun Wun se parecía muy poco a los gigantes de los cuentos de la Vieja Tata, criaturas salvajes que echaban sangre a las gachas del desayuno y devoraban toros enteros con pelo, piel y cuernos. Aquel gigante no probaba la carne, aunque cuando le daban una cesta de raíces parecía un monstruo por la forma en que trituraba cebollas enteras y hasta colinabos crudos entre sus enormes muelas cuadradas—. Es un trabajador abnegado, aunque no siempre es fácil hacerse entender. Habla algo parecido a la antigua lengua, pero no tiene ni idea de la común. Sin embargo, es incansable y tiene una fuerza prodigiosa. Sería capaz de hacer el trabajo de doce hombres.

—Mi... Mi señor, los hombres no... Se dice que los gigantes comen carne humana... No, mi señor, gracias, pero no tengo suficientes hombres para vigilar a semejante criatura...

—Como quieras. —Jon no estaba sorprendido—. Nos lo quedamos aquí. —A decir verdad, era reacio a separarse de Wun Wun. «No sabes nada, Jon Nieve», diría Ygritte, pero Jon hablaba con el gigante siempre que se le presentaba la ocasión, a través de Pieles o de la gente del pueblo libre que habían recogido en el bosque, y estaba aprendiendo mucho sobre su pueblo y su historia. Lo único que echaba en falta era que Sam estuviese allí para documentarlo.

Aquello no significaba que estuviera ciego ante el peligro que representaba Wun Wun. Cuando lo amenazaban respondía de manera violenta, y aquellas manazas eran bastante fuertes para partir un hombre por la mitad. A Jon le recordaba a Hodor.

«Es el doble de grande que Hodor, el doble de fuerte y la mitad de listo. Hasta al septón Cellador se le pasaría la borrachera ante algo así. Pero si Tormund tiene gigantes, Wun Weg Wun Dar Wun puede ayudarnos a tratar con ellos».

El cuervo de Mormont musitó su malestar cuando la puerta se abrió bajo él, lo que anunciaba la llegada de Edd el Penas con una jarra de vino y un plato de huevos con salchichas. Bowen Marsh esperó con manifiesta impaciencia a que Edd acabara de servirle y retomó la conversación en cuanto hubo salido.

—Tollett es un buen hombre, es muy apreciado, y Férreo Emmett ha sido un magnífico maestro de armas. Sin embargo, corre el rumor de que los enviáis fuera.

—Necesitamos buenos hombres en Túmulo Largo.

—Los hombres han empezado a llamarlo el Agujero de las Putas —dijo Marsh—, pero, sea como sea, ¿es cierto que pensáis cambiar a Emmett por el bruto de Pieles como maestro de armas? Es costumbre reservar ese cargo a

caballeros, o al menos a exploradores.

—Pieles es un bruto —aceptó Jon con suavidad—, soy fe. Lo he puesto a prueba en el patio. Es tan temible con un hacha de piedra como cualquier caballero con una espada de acero forjado en castillo. Reconozco que no es tan paciente como me gustaría, y algunos chicos lo temen... Pero eso no tiene por qué ser malo. Algun día se verán envueltos en una pelea de verdad y les resultará útil estar familiarizados con el miedo.

—Es un salvaje.

—Lo era hasta que pronunció sus votos. Ahora es nuestro hermano, y puede enseñar a los muchachos algo más que el arte de la espada. No les vendrá mal aprender un poco de la antigua lengua y ciertas costumbres del pueblo libre.

—Libre —musitó el cuervo—. Maíz. Rey.

—Los hombres no confían en él.

« ¿Qué hombres? —quiso preguntar Jon—. ¿Cuántos?». Pero aquello lo llevaría por un camino que no quería seguir.

—Siento oír eso. ¿Queríais decirme algo más?

—Ese chico, Seda... También se rumorea que planeáis convertirlo en vuestro mayordomo y escudero, en lugar de Tollett —dijo el septón Cellador—. Mi señor, ese chico se prostituía, era... un... Casi no me atrevo a decirlo. Era un catamita maquillado de los burdeles de Antigua.

« Y tú eres un borracho».

—Qué fuera en Antigua no es asunto nuestro. Aprende rápido y es muy listo. Al principio, los otros reclutas lo despreciaban, pero acabó ganándoseles y se hizo amigo de todos. Es valeroso en el combate e incluso sabe leer y escribir, más o menos. Yo creo que será capaz de traerme la comida y ensillar mi caballo, ¿a ti qué te parece?

—Puede —respondió Bowen Marsh, con el rostro pétreo—, pero a los hombres no les gusta. Por tradición, el mayordomo del lord comandante es un muchacho de buena familia adiestrado para el mando. ¿Mi señor cree que la Guardia de la Noche seguirá a un catamita en la batalla?

—Han seguido a hombres peores. —Jon perdió los estribos—. El Viejo Oso dejó a su sucesor unas cuantas notas de advertencia sobre ciertos hermanos. En la Torre Sombría tenemos un cocinero que se dedicaba a violar septas. Se marcaba al fuego una estrella de siete puntas por cada víctima. Tiene el brazo izquierdo lleno de estrellas, desde la muñeca hasta el codo, y también tiene varias en las pantorrillas. En Guardiaoriente tenemos un hombre que prendió fuego a la casa de su padre y atrancó la puerta. Los nueve miembros de su familia murieron abrasados. Da igual qué hiciera Seda en Antigua: ahora es nuestro hermano y será mi escudero.

El septón Cellador se sirvió más vino. Othell Yarwyck clavó el puñal en una salchicha. Bowen Marsh permaneció inmóvil, con el rostro encendido.

—Maíz, maíz, matar —dijo el cuervo mientras agitaba las alas.

—Estoy seguro de que su señoría sabe lo que se hace —dijo el lord mayordomo tras carraspear—, pero ¿qué podéis decir de los cadáveres de las celdas de hielo? Inquietan a los hombres. Y ¿por qué los tenéis vigilados? Es desperdiciar a dos buenos hombres, a no ser que temáis...

—¿... que se levanten? Rezo por que así sea.

—Que los Siete nos asistan —dijo el septón Cellador, pálido. El vino trazaba una línea roja al derramarse por su barbilla—. Lord comandante, los espectros son criaturas monstruosas y antinaturales. Son abominaciones a los ojos de los dioses. No pretenderéis... hablar con ellos, ¿verdad?

—¿Pueden hablar? —preguntó Jon Nieve—. No creo, pero lo cierto es que no lo sé. Puede que sean monstruos, pero antes de morir fueron hombres. ¿Cuánto queda de esos hombres? El que maté intentaba asesinar al lord comandante Mormont. Está claro que recordaba quién era y dónde estaba. —El maestre Aemon habría deducido sus intenciones; Sam Tarly estaría aterrorizado, pero también lo habría entendido—. Mi señor padre decía que un hombre debe conocer a sus enemigos. Sabemos muy poco de los espectros y menos aún de los Otros. Necesitamos aprender.

Aquella respuesta no los satisfizo. El septón Cellador toqueteó el cristal que llevaba colgado al cuello.

—Me parece una imprudencia, lord Nieve. Rezaré a la Vieja para que alcé su farolillo dorado y os guíe por el camino de la sabiduría.

—Seguro que a todos nos vendría bien más sabiduría. —A Jon se le había agotado la paciencia. «No sabes nada, Jon Nieve» —. ¿Hablamos de Val?

—Entonces ¿es cierto? —preguntó Marsh—. La habéis liberado.

—La he dejado más allá del Muro.

El septón Cellador soltó un gemido.

—El trofeo del rey. Su alteza se enojará mucho cuando vea que no está.

—Val volverá. —«Antes que Stannis, si los dioses son benevolentes» .

—¿Cómo podéis estar seguro? —preguntó Bowen Marsh.

—Dijo que volvería.

—¿Y si miente? ¿Y si ocurre alguna desgracia?

—Entonces, quizás tengáis ocasión de elegir a un lord comandante que sea más de vuestro agrado. Hasta entonces, tendréis que seguir soportándome. —Jon bebió un trago de cerveza—. La envié en busca de Tormund Matagigantes, para que le haga una propuesta.

—¿Qué propuesta, si se puede saber?

—La misma que hice en Villa Topo. Comida, cobijo y paz si se une a nosotros, lucha contra nuestro enemigo común y nos ayuda a proteger el Muro.

—Pretendéis dejarlo pasar. —Bowen Marsh no parecía sorprendido. Su tono de voz dejaba entrever que lo sabía desde el principio—. Vais a abrirle las

puertas; a él y a todos sus seguidores. Cientos. Miles.

—Si es que le quedan tantos.

El septón Cellador hizo el signo de la estrella. Othell Yarwyck gruñó.

—Hay quien diría que esto es traición. Estamos hablando de salvajes. Animales, saqueadores, violadores, más bestias que hombres —dijo Bowen Marsh.

—Tormund no es nada de eso —respondió Jon—, no más que Mance Rayder. Pero aunque fuesen todo lo que dices, siguen siendo hombres, Bowen. Hombres vivos, humanos como tú y yo. Se acerca el invierno, mis señores, y cuando llegue, los vivos no tendremos más remedio que enfrentarnos juntos a los muertos.

—Nieve —gritó el cuervo de lord Mormont—. Nieve, Nieve. —Jon no le prestó atención.

—Hemos interrogado a los salvajes que encontramos en el bosque. Nos han contado una historia interesante sobre una bruja de los bosques llamada Madre Topo.

—¿Madre Topo? —repitió Bowen Marsh—. Qué nombre tan raro.

—Parece ser que vive en una madriguera, bajo un árbol hueco. Sea cierto o no, tuvo una visión: una flota que atravesaba el mar Angosto para poner a salvo al pueblo libre. Miles de personas que huyeron de la batalla estaban bastante desesperadas para creerla. Madre Topo ha llevado a sus seguidores a Casa Austera, para rezar y esperar la salvación que viene del mar.

—No soy explorador, pero... se dice que Casa Austera es un lugar blasfemo —comentó Othell Yarwyck con el ceño fruncido—. Maldito. Incluso vuestro tío lo decía, lord Nieve. ¿Por qué querrían ir allí?

Jon tenía un mapa extendido en la mesa. Le dio la vuelta para que los demás pudieran verlo.

—Casa Austera está en una bahía resguardada y tiene un puerto natural con profundidad suficiente para acoger cualquier barco por grande que sea. Hay abundancia de madera y piedra en sus alrededores. El agua está llena de peces, y hay colonias de focas y osos marinos en las cercanías.

—No lo dudo —dijo Yarwyck—, pero no me gustaría pasar una noche allí. Ya conocéis la leyenda.

La conocía. Casa Austera había estado a punto de convertirse en una ciudad, la única ciudad verdadera del norte del Muro, pero seiscientos años atrás se la había tragado el infierno. Había varias versiones: según algunas se había esclavizado a sus habitantes, y según otras se los había masacrado para aprovechar la carne. Las casas y los castillos ardieron con tal intensidad que los vigilantes del Muro, mucho más al sur, pensaron que el sol salía por el norte. Después llovieron cenizas en el bosque Encantado y el mar de los Escalofríos durante casi medio año. Los mercaderes informaron de que allí donde estuvo

Casa Austera solo habían encontrado una desolación de pesadilla; un paisaje de árboles carbonizados, huesos quemados y aguas repletas de cadáveres hinchados, y de las cuevas que tachonaban el gran acantilado que se cernía sobre el asentamiento llegaban unos alaridos que helaban la sangre.

Ya habían transcurrido seis siglos desde aquella noche, pero Casa Austera seguía fuera de las rutas transitadas. A Jon le habían dicho que los salvajes habían ocupado aquel lugar, pero los exploradores afirmaban que las ruinas, cubiertas de vegetación, estaban encantadas, llenas de gules, demonios y fantasmas llameantes a los que volvía locos el sabor de la sangre.

—Tampoco es la clase de refugio que yo escogería —dijo Jon—, pero se oyó decir a Madre Topo que donde los salvajes habían encontrado su condena encontrarían esta vez la salvación.

—Solo en los Siete se puede encontrar la salvación —dijo el septón Cellador, y apretó los labios—. Esa bruja los ha condenado a todos.

—Puede que también haya salvado el Muro —dijo Bowen Marsh—. Son nuestros enemigos. Que recen entre las ruinas, y si sus dioses les envían barcos que los lleven a un mundo mejor, excelente. En este mundo no tenemos comida para ellos.

Jon flexionó los dedos de la mano de la espada.

—Las galeras de Cotter Pyke pasan por la costa de Casa Austera de vez en cuando. Dice que el único refugio que hay allí son las cuevas. Sus hombres las llaman las cuevas de los Lamentos. Madre Topo y sus seguidores morirán allí, de frío y de hambre. Cientos, miles.

—Miles de enemigos. Miles de salvajes.

« Miles de personas —pensó Jon—. Hombres, mujeres y niños». Lo invadió la ira, pero cuando habló, su voz era fría y tranquila.

—¿Estáis ciegos, o no queréis ver? ¿Qué creéis que sucederá cuando esos enemigos hayan muerto?

—Muerto, muerto, muerto —susurró el cuervo desde encima de la puerta.

—Voy a deciros qué sucederá —continuó Jon—: los muertos volverán a levantarse. Todos esos cientos y miles de personas. Resucitarán como espectros, con manos negras y ojos de un azul muy claro, y vendrán a por nosotros. —Se incorporó al tiempo que abría y cerraba los dedos—. Tenéis mi permiso para marcharos.

El septón Cellador se levantó, con el rostro macilento y perlado de sudor; Othell Yarwyck se enderezó con rigidez; Bowen Marsh, pálido, apretaba los labios.

—Gracias por vuestro tiempo, lord Nieve.

Se marcharon sin decir una palabra más.

La cerda era más dócil que algunos caballos que había montado. Paciente, de paso seguro, aceptó a Tyrion con un débil gruñido cuando se le subió al lomo, y se quedó inmóvil mientras él cogía el escudo y la lanza, pero cuando tomó las riendas y le golpeó los costados con los talones se puso en marcha al instante. La llamaban Bonita para acortar su nombre completo, Cerdita Bonita, y la habían entrenado para llevar silla y riendas desde que era una lechona.

La armadura de madera pintada tableteó cuando Bonita trotó por la cubierta. Tyrion tenía las axilas chorreantes de sudor acre, y una gruesa gota le corría por la cicatriz, bajo el enorme yelmo, pero durante un absurdo instante casi se sintió como Jaime cuando entraba en el campo de justas con la lanza en la mano y la armadura dorada resplandeciente al sol.

Cuando empezaron las carcajadas se esfumó el sueño. No era ningún campeón, sino un enano montado en un cerdo y con un palo en la mano, que hacía cabriolas para matar el aburrimiento de unos marineros atiborrados de ron con la esperanza de ponerlos de mejor humor. En el infierno, su padre estaría echando humo, y Joffrey, muerto de risa. Tyrion notaba sus ojos fríos y muertos clavados en aquella farsa, tan ávidos como los de la tripulación de la *Selaesori Qhoran*.

Y frente a él, su rival: Penny iba montada en el gran perro gris y blandía ante ella una lanza de rayas que se balanceaba como si estuviera borracha mientras el animal trotaba por la cubierta. Llevaba escudo y armadura rojos, aunque la pintura estaba desvaída y descascarillada. La armadura de Tyrion era azul.

«No, la mía no. La de Céntimo. Mía no, por favor, no. —Tyrion golpeó las ancas de Bonita con los talones para que cargara, entre los gritos y aclamaciones de los marineros. No habría sabido decir si lo animaban o se burlaban de él, aunque intuía que era lo segundo—. ¿Cómo me he dejado convencer para participar en esta pantomima?».

Lo malo era que conocía muy bien la respuesta. El barco llevaba doce días flotando inmóvil en el golfo de las Penas. La tripulación estaba de muy mal humor, y empeoraría cuando se agotara el ron. El número de horas que se podían dedicar a remendar velas, calafatear grietas y pescar tenía un límite. Jorah Mormont ya había oído comentarios sobre cómo les había fallado «la suerte del enano». El cocinero seguía frotándole la cabeza de cuando en cuando, con la esperanza de que se agitaran los vientos, pero los demás habían empezado a lanzarle miradas asesinas siempre que se cruzaban con él. A Penny le había tocado la peor parte, ya que el cocinero había difundido el rumor de que para recuperar la suerte tenían que estrujar una teta de enana. También empezó a llamar *Tocina* a Cerdita Bonita, broma que había tenido mucha más gracia en

labios de Tyrion.

—Tenemos que hacerlos reír —le había dicho Penny, suplicante—. Tenemos que conseguir que nos aprecien. Si les ofrecemos un espectáculo, se les pasará. Por favor, mi señor.

Y sin saber cómo, cuándo ni por qué, había accedido.

«Debió de ser el ron». El vino del capitán fue lo primero que se terminó, y Tyrion Lannister había descubierto que emborracharse con ron era mucho más rápido.

Así llegó a encontrarse embutido en la armadura de madera pintada de Céntimo, a lomos de la cerda de Céntimo, mientras la hermana de Céntimo lo instruía sobre los detalles más sutiles del arte de las justas simuladas con el que se habían ganado el pan y la sal. Aquello tenía un toque de deliciosa ironía, sobre todo porque Tyrion había estado a punto de morir por negarse a cabalgar al perro para diversión de su retorcido sobrino. Por desgracia, a lomos de la cerda le costaba apreciar debidamente lo divertido de la situación.

La lanza de Penny bajó justo a tiempo para que la punta rompa le rozara el hombro. La de Tyrion, que se mecía incontrolable, chocó estrepitosamente contra el borde del escudo de la enana, que consiguió mantener el equilibrio. Él, como estaba previsto, lo perdió.

«Más fácil que caer de un cerdo...». Aunque caer de aquel cerdo en concreto era más difícil de lo que parecía. Tyrion recordó las lecciones y se hizo una bola al caer, pero aun así golpeó contra la cubierta con violencia y se mordió la lengua con tanta fuerza que notó el sabor de la sangre. Se sintió como si volviera a tener doce años y estuviera dando volteretas laterales por la mesa de la cena en el salón principal de Roca Casterly. Por aquel entonces, su tío Gerion estaba cerca para alabar sus esfuerzos; allí solo contaba con marineros ariscos. Sus risas se le antojaron escasas y forzadas, comparadas con las olas de carcajadas con que habían acogido las cabriolas de Céntimo y Penny durante el banquete nupcial de Joffrey; hasta hubo algunos que silbaban, enfadados.

—Sinnariz monta como tiene cara: horrible —gritó uno desde el castillo de popa—. No tienes cojones, chica te pega.

«Ha apostado una moneda por mí», supuso Tyrion. Pasó por alto el insulto; los había oído peores.

Era difícil ponerse en pie con la armadura de madera, y tuvo que mover los brazos, impotente como una tortuga boca arriba. Al menos, aquello hizo reír a algunos marineros.

«Lástima que no me haya roto la pierna, se habrían tronchado. Y si hubieran estado en aquel retrete cuando maté a mi padre, se habrían reido tanto que se habrían cagado, igual que él; en fin, todo sea por tener de buen humor a estos cabrones».

Al final, Jorah Mormont se compadeció de Tyrion y lo ayudó a ponerse en

pie.

—Pareces un imbécil.

« De eso se trataba» .

—No es fácil parecer un héroe cuando se va montado en un cerdo.

—Será por eso por lo que me mantengo alejado de los cerdos.

Tyron se desabrochó la hebilla del yelmo, se lo quitó y escupió una flemá rosada por la borda.

—Me he mordido la lengua; tengo la impresión de que me la he atravesado.

—La próxima vez, muerde más fuerte. —Ser Jorah se encogió de hombros

—. Si he de ser sincero, he visto justas peores.

« ¿Eso ha sido una alabanza?» .

—Me he caído del puto cerdo y me he mordido la lengua. ¿Qué podía salir peor?

—Podrías haberte clavado una astilla en el ojo y haber muerto.

Penny se había bajado del perro, una enorme bestia gris que respondía al nombre de Crujo.

—No se trata de justar bien, Hugor. —Siempre ponía mucho cuidado en llamarlo Hugor cuando había gente cerca—. Lo que importa es que se rían y nos tiren monedas.

« Menudo pago, a cambio de sangre y magulladuras» , pensó, pero eso tampoco lo dijo.

—Entonces, hemos fracasado, porque no nos han echado ni una moneda.

« Ni un penique, ni un centavo» .

—Ya nos las echarán cuando estén más contentos. —Penny se quitó el yelmo. El pelo color rata le cayó sobre las orejas. También tenía los ojos pardos, bajo las gruesas cejas, y las mejillas sonrojadas. Sacó unas bellotas de una saca de cuero y se las dio a Cerdita Bonita, que comió de su mano entre gruñidos de alegría—. Cuando actuemos ante la reina Daenerys nos lloverá la plata, ya lo verás.

Unos cuantos marineros ya les estaban gritando al tiempo que golpeaban la cubierta con los pies, para que actuaran de nuevo. Como de costumbre, el cocinero era el más vociferante. Tyron había acabado por despreciarlo, aunque era el único jugador de *sitrang* medio decente de toda la coca.

—¿Ves? Les ha gustado —dijo Penny con una sonrisita esperanzada—. ¡Vamos otra vez, Hugor?

Estaba a punto de negarse cuando el grito de un contramaestre lo hizo innecesario. Era ya media mañana, y el capitán quería que volvieran a bajar las lanchas. La gran vela de rayas de la coca colgaba flácida, igual que en días anteriores, y tenía la esperanza de que soplaría viento más al norte. Eso quería decir que había que remar, pero las lanchas eran pequeñas, y la coca, grande. Toarla era un trabajo agotador que dejaba a los marineros acalorados y

sudorosos, con las manos llenas de ampollas y la espalda de calambres, y hasta entonces había resultado inútil. La tripulación no lo soportaba, y Tyrion la comprendía.

—La viuda tendría que habernos embarcado en una galera —masculló con amargura—. Por favor, que alguien me ayude a quitarme de encima estas putas tablas. Me parece que me he clavado una astilla en los huevos.

Mormont puso manos a la obra sin mucho estilo, mientras Penny se encargaba de llevar al perro y a la cerda bajo cubierta.

—Será mejor que le digas a tu dama que atranque la puerta cuando esté en su camarote —le comentó ser Jorah al tiempo que desabrochaba las cinchas que unían el peto con el espaldar—. Oigo muchos comentarios de chuletas, jamones y tocino.

—La mitad de sus ingresos viene de esa cerda.

—Una tripulación ghiscaria se comería también al perro. —Mormont separó las dos partes de la armadura—. Tú diseilo.

—Como quieras. —Tenía la túnica empapada de sudor y pegada al pecho; se la separó, deseando que soplara algo de brisa. La armadura de madera era tan calurosa y pesada como incómoda. Parecía como si la mitad de su volumen lo constituyeran las capas de pintura antigua, cientos de ellas, una sobre otra. Recordó que, en el banquete de bodas de Joffrey, un jinete llevaba el lobo huargo de Robb Stark, y el otro, el escudo y los colores de Stannis Baratheon—. Para justar ante la reina Daenerys nos harán falta los dos animales —dijo. Si a los marineros se les había metido en la cabeza descuartizar a Cerdita Bonita, ni Penny ni él podían hacer gran cosa para evitarlo... Pero la espada larga de ser Jorah haría que se lo pensaran dos veces.

—¿Así piensas conservar la cabeza, Gnomo?

—Ser Gnomo, si no te importa. Y sí. Cuando su alteza averigüe mi verdadero valor, me apreciará enormemente. Al fin y al cabo, soy una cosita adorable, y además sé muchas cosas útiles sobre mi familia. Pero mientras llega ese momento es mejor que la haga reír.

—Haz las cabriolas que quieras; eso no va a limpiar tus crímenes. Daenerys Targaryen no es una niña estúpida a la que puedas distraer con chistes y volteretas. Te tratará con justicia.

« Espero que no». Tyrion escudriñó a Mormont con sus ojos dispares.

—¿Y qué clase de bienvenida te dará a ti esa reina tan justa? ¿Un abrazo cálido? ¿Una risita infantil? ¿Un hacha de verdugo? —Sonrió ante la evidente incomodidad del caballero—. ¿De verdad esperabas que creyera que estabas en misión de la reina en aquel burdel? ¿Que estabas defendiéndola... a medio mundo de distancia? ¿No será más bien que huías, porque la reina dragón te echó de su lado? Aunque no entiendo por qué iba a hacer semejante cosa... ¡Ah, espera! ¡Porque la espiabas! —Tyrion dejó escapar una risita—. Crees que

recuperarás su favor si me entregas. No es muy buen plan, en mi opinión. De hecho, es el plan de un borracho desesperado. Tal vez, si yo fuera Jaime... Pero Jaime mató al padre de Daenerys, y yo solo he matado al mío. Crees que la reina me ejecutará a mí y te perdonará a ti, pero bien puede ser al revés. Tal vez deberías ser tú quien se montara en esa cerda. Puedes hacerte un traje de retales de hierro, como Florian el...

El golpe que le asestó el caballero le hizo girar el cuello y caer con tal fuerza que la cabeza le rebotó contra la cubierta. Se le llenó la boca de sangre mientras trataba de incorporarse sobre una rodilla, y escupió un diente roto.

« Cada día estoy más guapo, pero creo que he puesto el dedo en la llaga» .

—¿Es que el enano ha dicho algo que te ha ofendido? —preguntó Tyrion con inocencia al tiempo que se limpiaba la saliva ensangrentada del labio roto con el dorso de la mano.

—Estoy harto de tu bocaza, enano —replicó Mormont—. Aún te quedan unos cuantos dientes. Si quieres conservarlos, no te me acerques en lo que queda de viaje.

—Va a ser difícil, porque compartimos camarote.

—Búscate otro lugar para dormir. En la bodega, en la cubierta, donde te dé la gana, pero que yo no te vea.

Tyrion se puso en pie.

—Como quieras —respondió con la boca llena de sangre; pero el corpulento caballero ya se había alejado, haciendo retumbar los tablones con sus pisadas.

Abajo, en las cocinas, Tyrion estaba enjuagándose la boca con ron y agua, con los ojos entrecerrados por el escozor, cuando llegó Penny.

—Me he enterado de lo que os ha pasado. Oh, no, ¡estáis herido?

—Un poco de sangre y un diente roto —replicó Tyrion con un encogimiento de hombros. « El que ha salido herido de verdad ha sido él» . Y eso que es un caballero. Lamento decirlo, pero en caso de apuro, no creo que podamos contar con ser Jorah.

—¿Qué le habéis hecho? Oh, tenéis sangre en el labio. —Se sacó un pañuelito de la manga y se la limpió con cuidado—. ¿Qué le habéis dicho?

—Unas cuantas verdades que ser Bezoar no quería escuchar.

—No os burléis de él. ¡Por qué hacéis esas cosas! ¡No se puede hablar así a las personas grandes! ¡Pueden hacernos daño! Ser Jorah podría haberlos tirado al mar, y los marineros no habrían hecho más que reírse mientras os ahogabais. Con las personas grandes hay que tener cuidado. Es lo que me decía siempre mi padre: « Con ellos tenemos que ser alegres, juguetones; mantenerlos sonrientes y hacer que suelten la carcajada» . ¿Acaso vuestro padre no os enseñó cómo comportarlos con las personas grandes?

—Mi padre las llamaba *plebe* —replicó Tyrion—, y no era lo que se dice propenso a la carcajada. —Bebió otro sorbo de ron aguardo, se lo paseó por la

boca y lo escupió—. Pero ya te entiendo. Tengo mucho que aprender sobre ser un enano. ¿Tendrías la amabilidad de enseñarme, entre justas y carreras de cerdos?

—Será un placer, mi señor, pero... ¿qué verdades eran esas? ¿Por qué os ha pegado tan fuerte ser Jorah?

—Por amor, claro está. El mismo motivo por el que guisé a aquel bardo. —Pensó en Shae, en la mirada de sus ojos cuando la estranguló con la cadena retorcida entre los puños. Una cadena de manos de oro. « Las manos de oro son frías, las de mujer, siempre tibias... » —. ¿Eres doncella, Penny?

—Sí, por supuesto. —La chica se sonrojó—. ¿Quién querría... ?

—Sigue así. El amor es locura y la lujuria es veneno. Mantén la castidad: te sentirás más feliz y será menos probable que acabes en un sórdido burdel del Rhoyne con una puta que se parezca un poco a tu amor perdido. —« O que recorras medio mundo con la esperanza de averiguar adónde van las putas » —. Ser Jorah sueña con rescatar a su reina dragón y bañarse en el calor de su gratitud, pero yo sé bien cómo es la gratitud de los reyes, y antes prefiero un palacio en Valyria. —Se interrumpió de repente—. ¿Has notado eso? Creo que el barco se ha movido.

—¡Es verdad! —El rostro de Penny se iluminó de alegría—. Nos estamos moviendo. El viento... —Se precipitó hacia la puerta—. Quiero verlo. ¡Vamos, os echo una carrera! —Y salió a toda velocidad.

« Es joven —tuvo que recordarse Tyrion mientras Penny subía por los peldaños tan deprisa como le permitían las cortas piernas—. Casi una niña ». Aun así, le producía cierto cosquilleo verla tan emocionada, y la siguió a cubierta.

La vela había cobrado vida de nuevo: se hinchaba y se deshinchaba, y las rayas rojas de la lona se retorcían como serpientes. Los marineros estaban muy ajetreados jalando los cabos, mientras los contramaestres rugían órdenes en volantino antiguo. Los remeros de las lanchas habían soltado las amarras y en aquel momento regresaban a la coca a toda la velocidad que les permitían los remos. El viento soplaban del oeste a rachas y remolinos, agitando sogas y capas como un niño travieso. La *Selaesori Qhoran* estaba navegando.

« A lo mejor hasta llegamos a Meereen —pensó Tyrion. Pero cuando subió por la escalerilla que llevaba al castillo de popa, la sonrisa se le borró de la cara —. Aquí, el mar y el cielo están azules, pero al oeste... No había visto nunca un cielo de ese color ». Una gruesa franja de nubes discurría por el horizonte.

—Un bastón perecido —comentó a Penny al tiempo que la señalaba.

—¿Qué significa eso?

—Que se nos acerca un bastardo de tomo y lomo.

Lo sorprendió ver que Morroq y dos de sus dedos de fuego llegaban también al castillo de popa. No era más que mediodía, y el sacerdote rojo y sus hombres no solían salir hasta el anochecer. El sacerdote los saludó con un movimiento

solemne de la cabeza.

—¿Lo veis, Hugor Colina? La cólera de Dios. Nadie puede mofarse del Señor de Luz.

Tyrion empezaba a tener un mal presentimiento.

—La viuda dijo que este barco no llegaría a su destino. Creía que se refería a que, una vez lejos del alcance de los triarcas, el capitán cambiaría el rumbo para ir a Meereen. O que vuestra Mano de Fuego y vos os apoderaríais del barco para llevarnos con Daenerys. Pero no fue eso lo que vio vuestro sumo sacerdote, ¿verdad?

—No. —La voz de Morroqo tenía un tono solemne, como el de una campana fúnebre—. Eso fue lo que vio. —El sacerdote rojo alzó el cayado y señaló hacia el oeste.

—No lo entiendo. —Penny estaba desconcertada—. ¿Qué quiere decir?

—Que más nos vale volver bajo cubierta. Ser Jorah me ha exiliado de nuestro camarote. ¿Puedo esconderme en el tuy o cuando llegue el momento?

—Claro. Seréis más que... Oh...

Durante casi tres horas consiguieron navegar por delante de los vientos, a medida que se les acercaba la tormenta. Hacia el oeste, el cielo se tornó verde, después gris y después negro, con una muralla de nubarrones que se cernía sobre ellos y borboteaba como una cazuela de leche que se hubiera dejado al fuego demasiado tiempo. Tyrion y Penny lo vieron todo desde el castillo de proa, acurrucados junto al mascarón y cogidos de la mano, con sumo cuidado de no entorpecer las maniobras del capitán y su tripulación.

La última tormenta que habían vivido fue algo emocionante, embriagador, una turbulencia repentina que los dejó con la sensación de quedar limpios y renovados, pero aquella era totalmente distinta. El capitán también se había dado cuenta. Puso rumbo al nornordeste para intentar esquivar su curso.

Fue inútil, porque la tormenta era demasiado grande. Alrededor del barco, el mar se encabritó y el viento empezó a aullar. La *Consejero Maloliente* subía y bajaba mientras las olas se estrellaban contra su casco. Tras ellos, los relámpagos caían como puñales, como cegadores arpones morados que tejieran una telaraña de luz sobre el mar. Inmediatamente después llegaban los truenos.

—Ya va siendo hora de que nos escondamos. —Tyrion cogió a Penny del brazo y la llevó bajo cubierta.

Bonita y Crujo estaban enloquecidos de miedo. El perro no paraba de ladrar, y derribó a Tyrion cuando entraron en el camarote. La cerda se había cagado por todas partes. Tyrion limpió como mejor pudo mientras Penny trataba de tranquilizar a los animales, y luego ataron o guardaron todo lo que no estuviera fijo en el sitio.

—Tengo miedo —confesó Penny. El camarote se inclinaba, daba saltos y se balanceaba bruscamente cuando las olas golpeaban el casco.

« Ahogarse no es la peor manera de morir, como averiguaron tanto tu hermano como mi señor padre. Y Shae, esa puta mentirosa. Las manos de oro son frías, las de mujer, siempre tibias...» .

—¿Por qué no jugamos a algo? —propuso Tyrion—. Así no pensarás en la tormenta.

—Al *sitrang*, no —replicó ella al instante.

—Al *sitrang*, no —accedió Tyrion mientras sentía como se elevaba la cubierta bajo sus pies. De todos modos, las piezas saldrían despedidas por todo el camarote y les caerían encima a la cerda y al perro—. ¿De pequeña jugabas al ven a mi castillo?

—No. ¿Podéis enseñarme?

¿Podía? Tyrion titubeó.

« Enano imbécil. Claro que no ha jugado nunca al ven a mi castillo. Nunca ha tenido un castillo» . Se trataba de un juego para niños nobles que tenía como objetivo instruirlos en protocolo, heráldica y alguna que otra cosa sobre los amigos y enemigos de su señor padre.

—No creo que... —Empezó a decir. La cubierta sufrió otra violenta sacudida que lanzó al uno contra el otro. Penny soltó un gritito de miedo—. No, no podemos jugar a eso. —Tyrion apretó los dientes—. Lo siento, no se me ocurre ningún otro juego...

—A mí sí. —Penny lo besó.

Fue un beso incómodo, torpe, apresurado, pero a él lo cogió por sorpresa. Alzó las manos bruscamente y la agarró por los hombros para apartarla, pero lo que hizo fue dudar un instante y luego atraerla hacia sí para abrazarla. La chica tenía los labios secos, duros y más cerrados que la bolsa de un mendigo.

« Menos mal» , pensó. No quería aquello. Le caía bien Penny, le daba pena y hasta la admiraba en cierto modo, pero no la deseaba. Y bajo ningún concepto quería hacerle daño: los dioses y su querida hermana ya le habían proporcionado bastante sufrimiento. De modo que dejó que prosiguiera el beso mientras la sostenía por los hombros, pero él también mantuvo los labios bien cerrados. Mientras, la *Selaesori Qhoran* se sacudía y estremecía.

Al final, la chica se retiró un poco. Tyrion alcanzó a ver su reflejo en aquellos ojos brillantes.

« Tiene unos ojos bonitos —pensó. Pero también vio más cosas—. Mucho miedo, un poco de esperanza..., pero ni una chispa de lujuria. No me desea, igual que yo no la deseo a ella» .

Penny bajó la cabeza, y él la tomó por la barbilla y se la alzó de nuevo.

—No podemos jugar a eso, mi señora. —El trueno retumbó, ya muy cercano.

—No pensaba... Nunca he besado a un chico, pero... Se me ha ocurrido, ¿y si nos ahogamos y nunca he..., nunca he...?

—Ha sido muy hermoso —mintió Tyrion—, pero estoy casado. Mi mujer estaba conmigo en el banquete. Puede que te acuerdes de ella: era lady Sansa.

—¿Esa era vuestra esposa? Me pareció... muy bella...

« Y muy falsa. Sansa, Shae, todas mis mujeres... La única que me quiso de verdad fue Tysha. ¿Adónde van las putas?» .

—Una chica preciosa —asintió Tyrion—, y estamos unidos ante los ojos de los dioses y los hombres. Puede que la haya perdido, pero mientras no lo sepa con certeza, tengo que serle fiel.

—Lo comprendo. —Penny apartó el rostro.

« Es la mujer perfecta para mí —pensó Tyrion con amargura—. Tan joven que aún presta oído a una mentira tan descarada» .

El casco no dejaba de crujir ni la cubierta de sacudirse, y Bonita chillaba de miedo. Penny gateó por la cabina para ir a rodear la cabeza de la cerda con los brazos y murmurarle palabras tranquilizadoras al oído. No se sabía quién estaba reconfortando a quién. Era un espectáculo tan grotesco que tendría que haberle parecido desternillante, pero ni siquiera sonrió.

« Esa pobre chica merece algo mejor que un cerdo. Un beso sincero, un poco de cariño... Todo el mundo, por grande o pequeño que sea, merece al menos eso.

—Fue a coger la copa, pero el ron se había derramado—. Morir ahogado ya es malo, pero morir ahogado, triste y sobrio... ¡es insoportable!» .

Al final no se ahogaron, aunque hubo momentos en que la perspectiva de una muerte tranquila y agradable tuvo cierto atractivo. La tormenta rugió todo el día y hasta bien entrada la noche. Los vientos húmedos aullaban en torno a ellos, y las olas se alzaban como puños de gigantes sumergidos para golpear la cubierta. Más adelante se enteraron de que el mar se había llevado a un contramaestre y dos marineros, que el cocinero se había quedado ciego cuando una cazuela de grasa caliente salió volando y le dio de lleno en el rostro, y que el capitán había caído del castillo de popa a la cubierta principal y se había roto las dos piernas. Abajo, Crujo no dejó de aullar, ladrar y lanzar dentelladas incluso a Penny, y Cerdita Bonita volvió a cagarse por todas partes, con lo que el camarote húmedo y abarrotado se convirtió en una pocilga. Tyrion consiguió superar todo aquello sin vomitar gracias sobre todo a la falta de vino. Penny no tuvo tanta suerte, pero él la sostuvo mientras el casco crujía y gemía de manera alarmante en torno a ellos, como un barril a punto de reventar.

Alrededor de la medianoche, el viento se calmó por fin y el mar se tranquilizó lo suficiente para que Tyrion se arriesgara a subir a la cubierta. Lo que vio no fue nada alentador. La coca flotaba a la deriva en un mar de vidriagón bajo una cúpula de estrellas, pero a su alrededor, en todas direcciones, la tormenta seguía rugiendo. Mirase hacia el este, el oeste, el norte o el sur, veía nubes que se alzaban como montañas negras, con las imponentes laderas y los colosales acantilados centelleantes de relámpagos azules y violáceos. No estaba

lloviendo, pero Tyrion notó la cubierta húmeda y resbaladiza.

Le llegaron unos gritos desde abajo: una voz aguda, chillona, histérica de miedo. También oyó la voz de Morroqo. El sacerdote rojo se encontraba de pie en el castillo de proa y se enfrentaba a la tormenta con el cayado alzado sobre la cabeza mientras rezaba con voz atronadora. En medio del barco, una docena de marineros y dos dedos de fuego se peleaban con los aparejos enredados y la lona empapada, pero no llegó a saber si pretendían izar la vela o arriarla. Fuera lo que fuera, le pareció una pésima idea. Porque lo era.

El viento regresó frío y húmedo, como el susurro de una amenaza; le rozó la mejilla, hizo ondear la vela y agitó la túnica escarlata de Morroqo. El instinto hizo que Tyrion se agarrara a la baranda más cercana justo a tiempo: antes de que pudiera pensar qué hacer, la brisa se transformó en un vendaval aullante. Morroqo gritó algo, y llamas verdes brotaron del morro del dragón que remataba su cayado para perderse en la noche. En aquel momento llegó la lluvia, negra y cegadora, y los castillos de proa y popa desaparecieron tras sendas cortinas de agua. Algo enorme pasó volando por encima de Tyrion, que alzó la vista justo a tiempo para ver como el viento se llevaba la vela con dos hombres aún agarrados a los cabos. Entonces se oyó un crujido.

«Mierda puta —tuvo tiempo de pensar—. Eso ha sido el mástil, seguro».

Se agarró a una soga y la siguió como pudo hasta una escotilla con la esperanza de refugiarse en la bodega, pero una ráfaga de viento lo derribó y otra lo lanzó contra la baranda. Se aferró con todas sus fuerzas mientras la lluvia le azotaba el rostro y lo cegaba. Otra vez tenía la boca llena de sangre. Bajo él, el barco crujía y gemía como un gordo estreñido que se esforzara por cagar.

En aquel momento se partió el mástil.

Tyrion no llegó a verlo, pero lo oyó claramente. Primero se volvió a oír el crujido, seguido por un aullido de madera torturada, y de repente, las astillas y fragmentos saltaron por el aire. Una no lo acertó en un ojo por un dedo; otra se le clavó en el cuello y una tercera le atravesó la pantorrilla, a pesar de las botas y los calzones. Gritó, pero se agarró a la soga con una fuerza desesperada que no sabía ni que tenía.

«La viuda dijo que este barco no llegaría a su destino», recordó. Se echó a reír de manera incontrolable, enloquecida, histérica, mientras los truenos retumbaban, los tablones crujían y las olas se estrellaban a su alrededor.

Cuando amainó la tormenta y los tripulantes que habían sobrevivido subieron junto a la tripulación a la cubierta como gusanos blancuzcos que lucharán por volver a la superficie tras la lluvia, la *Selaesori Qhoran* era un trasto roto que flotaba a duras penas, escorada a proa, con medio centenar de boquetes en el casco, la cubierta encharcada y el mástil de la altura de un enano. Ni el mascarón de proa había salido indemne: le faltaba un brazo, el de los pergaminos. Habían perdido a nueve hombres, entre ellos un contramaestre, dos

dedos de fuego y el propio Morroqo.

« ¿Benerro vería esto en sus fuegos? —se preguntó Tyrion cuando supo que el corpulento sacerdote rojo había muerto—. ¿Y Morroqo?» .

—Una profecía es como una mula a medio domar —se quejó ante Jorah Mormont—. Parece que va a ser útil, pero a la que te fias de ella, te da una coz en toda la cabeza. La púñetera viuda sabía que el barco no llegaría a su destino; eso nos lo advirtió; dijo que Benerro lo había visto en sus fuegos. Pero claro, supuse que quería decir... Bah, no importa. —Apretó los labios—. Lo que quería decir en realidad era que una tormenta de cojones iba a dejarnos sin mástil y a la deriva en el golfo de las Penas hasta que se nos acabara el agua y empezáramos a devorarnos entre nosotros. ¿A quién crees que trincharán primero? ¿Al cerdo, al perro o a mí?

—Al que arme más jaleo.

El capitán murió al día siguiente, y el cocinero, tres noches después. La menguada tripulación hacía lo que podía por mantener el maltratado barco a flote. El contramaestre que había asumido el mando suponía que se encontraban al sudoeste de la isla de los Cedros. Cuando bajaron las lanchas para remolcar la coca hacia la costa más cercana, una se hundió al momento, y los hombres de la otra cortaron amarras y remaron hacia el norte, abandonando el barco y a sus compañeros de tripulación.

—Esclavos —dijo Jorah Mormont, despectivo.

Si lo que decía era verdad, el corpulento caballero se había pasado la tormenta durmiendo. Tyrion tenía sus dudas, pero se las guardaba. Tal vez algún día quisiera morder una pierna a alguien, y para eso le haría falta conservar algún diente. Mormont hacía como si no hubieran discutido, de modo que él optó por imitarlo.

Flotaron a la deriva durante diecinueve días, viendo como se reducían sus reservas de agua y comida. El sol caía implacable sobre ellos. Penny no salía de su camarote, donde se quedaba acurrucada con la cerda y el perro, y Tyrion, cojeando, le llevaba comida y por las noches se olfateaba la herida de la pantorrilla. Cuando no tenía nada mejor que hacer se pinchaba los dedos de las manos y los pies. Ser Jorah se dedicó a afilar la espada todos los días hasta dejarle la punta resplandeciente. Los tres dedos de fuego que quedaban siguieron encendiendo el fuego cuando se ponía el sol, pero llevaban las armaduras ornamentadas mientras dirigían las plegarias de los tripulantes y no se apartaban de sus lanzas en ningún momento. Nadie volvió a frotarle la cabeza a ninguno de los enanos.

—¿Deberíamos justar ante ellos otra vez? —inquirió Penny una noche.

—No, mejor no —replicó Tyrion—. Solo serviría para recordarles que tenemos una cerda bien rolliza.

Aunque también era cierto que Bonita estaba cada dia menos rolliza, y Crujo

se había quedado en los huesos.

Aquella noche soñó que estaba en Desembarco del Rey, con una ballesta en la mano.

—Adondequiero que vayan las putas —dijo lord Tywin, pero el dedo de Tyrion se tensó, la cuerda de la ballesta vibró y la saeta se clavó en el vientre de Penny.

Lo despertó el griterío.

La cubierta se balanceaba bajo sus pies, y durante un instante se sintió tan confuso que creyó que estaba otra vez en la *Doncella Tímida*. Una ráfaga de olor a excrementos de cerdo lo devolvió a la realidad. Los Pesares habían quedado atrás, a medio mundo de distancia, junto con los placeres de aquellos días. Recordó lo hermosa que era Lemore tras sus baños matinales, con las perlas de agua sobre la piel desnuda, pero en aquel barco no había más mujeres que su pobre Penny, la deforme jovencita enana.

Algo estaba ocurriendo. Tyrion saltó de la hamaca, bostezó y buscó las botas. Por demencial que pareciera, también buscó la ballesta, pero no la encontró, por supuesto.

«Lástima —se dijo—, me resultaría útil cuando las personas grandes vengan a devorarme». Se puso las botas y subió a cubierta para ver a qué venían tantos gritos. Penny se le había adelantado y tenía los ojos abiertos de par en par, maravillada.

—¡Una vela! —gritó—. Allí, ¿la veis? ¡Una vela! ¡Y nos han visto! ¡Nos han visto! ¡Una vela!

En aquella ocasión fue Tyrion quien la besó, una vez en cada mejilla, otra en la frente y otra en los labios. Ella se sonrojó y se echó a reír, arrastrada de repente por la timidez, pero no importó. El otro barco se acercaba y era una galera grande, con remos que dejaban una larga estela blanca a su paso.

—¿Qué barco es? —preguntó a ser Mormont—. ¿Alcanzáis a leer su nombre?

—No me hace falta leerlo. Estamos a sotavento y me llega su olor. —Mormont desenvainó la espada—. Es un barco esclavista.

EL CAMBIACAPAS

Los primeros copos llegaron perezosos cuando el sol se ponía ya por el oeste. Cuando caía la noche nevaba tanto que no se veía salir la luna, oculta tras una cortina blanca.

—Los dioses del norte han desencadenado su cólera sobre lord Stannis —anunció Roose Bolton a la mañana siguiente a los hombres que se habían congregado en el salón principal de Invernalia para desayunar—. Aquí es un forastero, y los antiguos dioses no le perdonarán la vida.

Sus hombres lanzaron rugidos de aprobación y golpearon con los puños los largos tablones que les servían de mesa. Invernalia era un montón de ruinas, pero sus muros de granito seguían protegiéndolos de los rigores del viento y la nieve. Tenían suficientes provisiones, bebida en abundancia, hogueras junto a las que calentarse cuando no estaban de guardia, un lugar donde secar la ropa y rincones acogedores para dormir. Lord Bolton había aportado leña suficiente para alimentar el fuego medio año, por lo que siempre reinaba un agradable calor en el salón principal. Stannis no contaba con nada de eso.

Theon Greyjoy no se unió al coro de aclamaciones, y no dejó de advertir que también se abstuvieron los Frey.

«Ellos también son forasteros —pensó al mirar a ser Aenys Frey y a ser Hosteen, su hermanastro. Los Frey, nacidos y criados en las tierras de los ríos, no habían visto nunca tanta nieve—. El norte ya se ha llevado a tres de los suyos». Recordaba bien a los hombres que Ramsay había buscado en vano, desaparecidos entre Puerto Blanco y Fuerte Túmulo.

Lord Wyman Manderly se encontraba en el estrado, entre dos de sus caballeros de Puerto Blanco, atiborrándose de gachas, aunque no parecían gustarle ni la mitad que las tartas de cerdo del banquete nupcial. Cerca de allí, el manco Harwood Stout conversaba en voz baja con el escuálido Umber Mataputas.

Había una hilera de calderos de cobre, y Theon se puso a la cola para que le sirvieran gachas en un cuenco de madera. Advirtió que los señores y caballeros tenían leche, miel y hasta un poco de mantequilla para aderezar su ración, pero a él no le ofrecieron. Su reinado como príncipe de Invernalia había sido muy breve. Ya había desempeñado su papel en aquella pantomima al llevar a la falsa Arya al matrimonio, y Roose Bolton y a no lo quería para nada más.

—El primer invierno del que tengo memoria, nevó tanto que la nieve me cubría hasta la cabeza —comentó un hombre de los Hornwood en la cola, por delante de él.

—Sí, pero es que entonces no levantabas ni dos palmos del suelo —replicó un jinete de los Riachuelos.

La noche anterior, ante la imposibilidad de dormir, Theon había pensado en

escapar, en escabullirse mientras Ramsay y su señor padre estaban concentrados en otros asuntos. Pero todas las puertas del castillo estaban cerradas, atrancadas y bien vigiladas; nadie podía entrar ni salir sin permiso de lord Bolton. Además, aunque hubiera encontrado alguna salida secreta, no se habría fiado. No se olvidaba de Kyra con sus llaves. Y en caso de que pudiera salir, ¿adónde iría? Su padre había muerto, sus tíos no lo querían para nada, ya no podía ir a Pyke... Lo más parecido a un hogar que le quedaba era aquello, el esqueleto de Invernalia.

« Las ruinas de un hombre, las ruinas de un castillo. Este es mi lugar» .

Aún estaba a la cola de las gachas cuando Ramsay llegó al salón como una exhalación, seguido por los Bribones del Bastardo, y pidió música a gritos. Abel se frotó los ojos para despejarse, cogió el laúd y atacó «La mujer del dorniense», mientras una de sus lavanderas marcaba el ritmo con el tambor. Pero el bardo cambió la letra, y en lugar de hablar de hacer suya a la esposa de un dorniense, se refirió a la hija de un norteño.

« Eso puede costarle la lengua —pensó Theon mientras le llenaban el cuenco —. No es más que un bardo. Lord Ramsay podría desollarle las dos manos y nadie diría nada» . Pero lord Bolton sonrió al oír la letra, Ramsay se carcajeó, y los demás comprendieron que tenían permiso para reírse ellos también. A Polla Amarilla le hizo tanta gracia que se le salió el vino por la nariz.

Lady Arya no se encontraba presente para compartir la diversión: no había salido de sus habitaciones desde la noche de bodas. Alyn el Amargo andaba diciendo que Ramsay tenía a su esposa encadenada desnuda a un poste de la cama, pero Theon sabía que no eran más que rumores. No había ninguna cadena, al menos visible; solo una pareja de guardias ante la puerta, para evitar que la niña saliera. « Y solo se desnuda para bañarse» .

Cosa que, por cierto, hacía casi todas las noches. Lord Ramsay quería una esposa bien limpia.

—La pobre no tiene doncellas —le había dicho a Theon—, así que tendrá que conformarse contigo, Hediondo. Estoy pensando en ponerte un vestido... —Se echó a reír—. Puede que te lo ponga, pero tendrás que suplicarme. Por ahora te conformarás con atenderla mientras se baña; no quiero que acabe oliendo igual que tú.

Así que, cada vez que Ramsay quería acostarse con su mujer, Theon tenía que pedir unas cuantas criadas a lady Walda o lady Dustin e ir a buscar agua caliente a las cocinas. Arya no hablaba con ellas, pero era imposible que no le vieran las magulladuras.

« La culpa es suya; no lo ha complacido» .

—Solo tienes que ser Arya —le había explicado en cierta ocasión mientras la metía en el agua—. Lord Ramsay no quiere hacerte daño. Solo nos hace daño cuando..., cuando nos olvidamos. A mí no me ha cortado nunca sin motivo.

—Theon... —susurró, llorosa.

—Hediondo. —La agarró por el brazo y la sacudió—. Aquí soy Hediondo. Tienes que recordarlo, Arya. —Pero aquella chica no era una verdadera Stark, sino la mocosona de un mayordomo.

« Jeyne, se llama Jeyne. ¿Por qué espera de mí que la rescate? —Quizá Theon Greyjoy habría tratado de ayudarla, pero era un hijo del hierro, mucho más valiente que Hediondo—. Hediondo, Hediondo, rima con verriondo».

Ramsay tenía un juguete nuevo para divertirse, un juguete con tetas y coño, pero las lágrimas de Jeyne no tardarían en saberle sosas y querría recuperar a su Hediondo.

« Me desollará poco a poco. Cuando acabe con los dedos seguirá con las manos, y luego, lo mismo en los pies. Pero no me los cortará hasta que se lo suplique, cuando me duela tanto que le ruegue un poco de alivio. —Para Hediondo no habría baños de agua caliente: volvería a revolcarse en la mierda y tenía prohibido lavarse. La ropa que llevaba se convertiría en harapos malolientes, que tendría que llevar hasta que se le pudrieran encima. Su máxima esperanza era que lo devolvieran a las perreras, para estar con las chicas de Ramsay—. Kyra —recordó—. A la perra nueva le ha puesto Kyra».

Se llevó el cuenco al fondo del salón y se sentó en un banco vacío, apartado de la antorcha más cercana. De día o de noche, los bancos de los criados estaban como mínimo medio llenos de hombres que bebían, jugaban a los dados, charlaban o dormían vestidos en los rincones más tranquilos. Sus sargentos los despertaban a patadas cuando les llegaba el turno de arrebujarse de nuevo en sus capas para patrullar la muralla. Pero ni uno de los presentes deseaba la compañía de Theon Cambiacapas, y a él tampoco le entusiasmaba la de ellos.

Las gachas estaban grises y aguadas; apartó el cuenco a la tercera cucharada y las dejó para que se convirtieran en una pasta sólida. En la mesa contigua, unos hombres discutían sobre la tormenta y se hacían cábalas sobre cuánto duraría la nevada.

—Todo el día y toda la noche, y puede que más —insistió un arquero corpulento de barba negra con el hacha de los Cerwyn bordada en el pecho.

Los más ancianos hablaban de nevadas que habían vivido en los inviernos de su juventud, comparada con las cuales aquella no era nada. Los ribereños estaban horrorizados.

« A las espadas sureñas no les gustan la nieve ni el frío» . A medida que iban entrando en la estancia, los hombres se acuclillaban junto a las hogueras o se frotaban las manos sobre los braseros mientras sus capas chorreaban colgadas de los clavos, junto a la puerta. El aire estaba cargado y lleno de humo, y ya se había formado una costra en la superficie de las gachas cuando Theon oyó una voz femenina a su lado.

—Theon Greyjoy.

« Me llamo Hediondo» , estuvo a punto de responder.

—¿Quéquieres?

Se sentó junto a él, en el banco, a horcajadas, y se apartó de los ojos un mechón indómito de pelo castaño rojizo.

—¿Por qué coméis a solas, mi señor? Venid, bailad con nosotros.

—Yo no bailo. —Clavó la vista en las gachas. El príncipe de Invernalía había sido muy buen bailarín, pero a Hediondo le faltaban dedos de los pies, y resultaría grotesco—. Déjame en paz. No tengo dinero.

—¿Me tomáis por una puta? —La mujer le dedicó una sonrisa taimada. Era una de las lavanderas del bardo, la alta y delgada, demasiado flaca y curtida para ser guapa, aunque, en los viejos tiempos, Theon se la habría tirado sin problemas solo para saber qué se sentía con aquellas piernas tan largas en torno a la cintura—. ¿Para qué quiero dinero? ¿Qué puedo comprar? ¿Nieve? —Se echó a reír—. Podrías pagarme con una sonrisa. No os he visto sonreír ni una vez, ni siquiera en el banquete nupcial de vuestra hermana.

—Lady Arya no es mi hermana ni lo ha sido nunca. —« Y yo no sonréo —podría haber añadido—. Ramsay detestaba mis sonrisas, así que me destrozó los dientes a martillazos y ahora casi no puedo ni comer» .

—Pero es una doncella muy hermosa.

« Nunca fui tan bella como Sansa, pero todos me decían que era agraciada» . Las palabras de Jeyne le retumbaron en la cabeza al ritmo de los tambores que tocaban otras dos chicas de Abel. Una tercera se había subido a una mesa con Walder Frey el Pequeño y le estaba enseñando a bailar, entre las carcajadas de los presentes.

—Déjame en paz —replicó Theon.

—¿No soy del gusto de mi señor? Si lo preferís, le digo a Mirto que venga. O a Acebo, si es lo que queréis. Todos los hombres adoran a Acebo. Tampoco son mis hermanas, pero son encantadoras. —La mujer se le acercó más; le olía el aliento a vino—. Si no me queréis sonreír, al menos contadme cómo capturasteis Invernalía. Abel lo narrará en una canción y viviréis para siempre.

—Como un traidor. Como Theon Cambiacapas.

—¿Por qué no como Theon el Astuto? Por lo que nos han dicho, fue una hazaña. ¿Cuántos hombres teníais? ¿Cien? ¿Cincuenta?

« Menos» .

—Fue una locura.

—Una locura gloriosa. Dicen que Stannis tiene cinco mil, pero según Abel, ni con cincuenta mil bastaría para derribar estos muros. ¿Cómo os las arreglasteis para entrar, mi señor? ¿Conocíais algún pasadizo secreto?

« Tenía cuerdas —pensó Theon—. Tenía arpeos. Tenía de mi parte la oscuridad y la sorpresa. El castillo apenas contaba con defensores y los cogí desprevenidos» . Pero no dijo nada. Si Abel componía una canción sobre él, Ramsay le perforaría los timpanos para que no la oyera jamás.

—Podéis confiar en mí, mi señor. Abel confía en mí. —La lavandera puso una mano sobre la de Theon. Las llevaba enfundadas en guantes de lana y cuero; ella las tenía desnudas, bastas, con dedos largos y uñas mordidas hasta la raíz—. No me habéis preguntado mi nombre. Me llamo Serbal.

Theon se apartó bruscamente. Era una trampa; lo sabía.

« La envía Ramsay. Es otra de sus burlas, igual que la de Kyra y las llaves. Es una burla, sí. Quiere que intente escapar, y así podrá castigarme». Le habría gustado darle un puñetazo, borrarle a golpes aquella sonrisa burlona. Quería besarla y follársela allí mismo sobre la mesa hasta que gritara su nombre. Pero sabía que no se atrevería a tocarla, ni por rabia ni por lujuria.

« Hediondo, Hediondo, me llamo Hediondo. No puedo olvidar mi nombre». Se puso en pie como pudo y, sin añadir palabra, se dirigió cojeando hacia las puertas.

Fuera, la nieve seguía cayendo húmeda, pesada, silenciosa, y ya había empezado a cubrir las huellas de los hombres que entraban y salían. Los ventisqueros le llegaban casi a la altura de las botas.

« En el bosque de los Lobos será aún más espesa... y en el camino Real, donde sopla el viento, no habrá manera de huir de ella». En el patio se estaba librando una batalla: los Ryswell atacaban a los niños de Fuerte Túmulo con bolas de nieve. Al alzar la vista divisó a unos escuderos que construían muñecos de nieve a lo largo de las almenas: los armaban con lanza y escudo, les ponían un yelmo de hierro y los colocaban ante la muralla interior como si fueran centinelas.

—Lord Invierno y sus tropas han llegado para combatir a nuestro lado —bromeó uno de los centinelas que montaban guardia ante la puerta... hasta que se volvió y vio con quién estaba hablando. Entonces, volvió la cabeza y escupió.

Más allá de las tiendas, los corceles de los caballeros de Puerto Blanco y Los Gemelos titiraban de frío. Ramsay había incendiado los establos al saquear Invernalia, así que su padre había construido otros nuevos, el doble de grandes, para dar cobijo a los caballos de batalla y palfrenes de sus señores vasallos y caballeros. Todos los demás caballos se encontraban atados con ronzales en los patios, y los mozos de cuadra, protegidos con capuchas, les echaban mantas por encima para protegerlos.

Theon se adentró en las edificaciones más dañadas del castillo. Al sortear el camino, entre las piedras derrumbadas de lo que había sido la torre del maestre Luwin, los cuervos lo contemplaron desde un boquete del muro, al tiempo que murmuraban entre sí. De cuando en cuando, alguno lanzaba un graznido ronco. Se detuvo ante la puerta del dormitorio que fuera suyo, donde la nieve que entraba por la ventana destrozada le llegaba por los tobillos; visitó las ruinas de la forja de Mikken y del septo de lady Catelyn. Al pasar bajo la Torre Quemada se cruzó con Rickard Ryswell, que iba con la nariz pegada al cuello de otra de las

lavanderas de Abel, la regordeta de las mejillas como manzanas y la nariz diminuta. La mujer iba descalza por la nieve y se arrebusaba en una capa de piel. Probablemente no llevaba ropa debajo. Al verlo, dijo a Ryswell algo que le hizo soltar una carcajada.

Theon se alejó de ellos caminando con dificultad. Más allá de las caballerizas había unas escaleras que rara vez se utilizaban, y hacia allí encaminó sus pasos. Los peldaños eran empinados y traicioneros. Subió con suma cautela hasta llegar a las almenas de la muralla interior, muy lejos de los escuderos y sus muñecos de nieve. No le habían dado permiso para rondar por el castillo, pero tampoco se lo habían prohibido, así que, si no salía de las murallas, podía ir adonde quisiera.

La muralla interior de Invernia era la más alta y antigua; sus galerías almenadas se alzaban a más de cincuenta varas de altura, y había un torreón cuadrado en cada esquina. La muralla exterior, construida muchos siglos más tarde, era diez varas más baja, pero también más gruesa, y estaba mejor conservada, con torreones octogonales en lugar de cuadrados. Entre las dos murallas estaba el foso, ancho, profundo... y congelado. La nieve avanzaba ya por su superficie lisa, y se amontonaba también sobre las almenas, ocupaba los espacios intermedios y cubría la cúspide de las torres con un manto blanco.

Más allá de las murallas, hasta donde alcanzaba la vista, el mundo se estaba volviendo blanco. Los bosques, los campos, el camino Real... Todo estaba cubierto con un suave manto de nieve, que había enterrado los restos de Las Inviernas y los muros ennegrecidos que habían dejado los hombres de Ramsay al prender fuego a las casas.

« La nieve oculta las heridas que ha infligido Nieve». No, no era cierto. Ramsay era un Bolton, no un Nieve; un Nieve, jamás.

Más allá, el camino Real había desaparecido, perdido entre prados y colinas convertidos en un vasto espacio blanco. Y la nieve no dejaba de caer silenciosa del cielo, sin que ningún viento la agitara.

« Ahí fuera, en alguna parte, Stannis Baratheon se está congelando. — ¿Tendría intención de asaltar Invernia? —. Si es así, está perdido». El castillo era demasiado fuerte; hasta con el foso congelado, las defensas de Invernia seguían siendo abrumadoras. Theon lo había capturado por sorpresa, porque envió a sus mejores hombres a escalar los muros y cruzar el foso a nado bajo el manto de la oscuridad. Los defensores no supieron que los estaban atacando hasta que ya era demasiado tarde. Stannis no podría utilizar ningún subterfugio semejante.

Tal vez optara por aislar el castillo del mundo exterior y rendir por hambre a sus defensores. Los almacenes y bodegas de Invernia estaban vacíos. Bolton y sus amigos los Frey habían cruzado el Cuello con una larga caravana de suministros; lady Dustin había llevado alimentos y forraje de Fuerte Túmulo, y lord Manderly también había llegado de Puerto Blanco bien aprovisionado... Pero el ejército era muy numeroso: había muchas bocas que alimentar y las

reservas no iban a durar demasiado.

« Pero lord Stannis y sus hombres también tendrán hambre. Y frío, y estarán cansados, no en condiciones de luchar... Pero estarán desesperados por entrar en el castillo para escapar de la tormenta» .

La nieve caía también en el bosque de dioses, pero allí se derretía al tocar el suelo. Bajo los árboles cubiertos por una capa blanca, la tierra se había transformado en lodo. Los tentáculos de bruma pendían del aire como jirones de tejido espectral.

« ¿Por qué he venido aquí? Estos no son mis dioses. Este no es mi lugar» . El árbol corazón se alzaba ante él como un gigante blanquecino, con un rostro tallado y hojas que parecían manos ensangrentadas.

Una fina película de hielo cubría la superficie del estanque, al pie del arciano. Theon se dejó caer de rodillas ante él.

—Por favor —susurró entre los dientes rotos—. Yo no quería... —Las palabras se le atragantaron—. Sálvame —consiguió decir al final—. Concédeme...

« ¿Qué? ¿Fuerza? ¿Valor? ¿Misericordia? —La nieve caía a su alrededor, pálida y silenciosa, sin darle ninguna respuesta. El único sonido que se oía era un sollozo lejano, quedo—. ¿Jeyne? Es ella, que llora en su lecho nupcial. ¿Quién si no? —Los dioses no lloraban—. ¡O sí!» .

Era un sonido tan triste que no pudo soportarlo. Se agarró a una rama para incorporarse, se sacudió la nieve de las piernas y volvió hacia las luces, cojeando.

« En Invernalia hay fantasmas, y yo soy uno de ellos» .

Cuando Theon Greyjoy volvió al patio había más muñecos de nieve. Los escuderos habían creado una docena de señores de nieve para que dieran órdenes a los centinelas de los muros. Uno era obviamente lord Manderly, y Theon no había visto jamás un muñeco de nieve tan gordo. El manco solo podía ser Harwood Stout, y la señora, Barbrey Dustin. El que estaba más cerca de la puerta, con una barba de carámbanos, debía de ser el viejo Umber Matapatas.

Dentro, los cocineros estaban sirviendo con sus cucharones un potaje de carne, cebada, zanahoria y cebolla en cuencos hechos con las hogazas duras del día anterior. Los restos los tiraban al suelo para que los devoraran las chicas de Ramsay y los otros perros.

Las chicas se alegraron de verlo. Lo reconocían por el olor. Jeyne la Roja saltó a lamerle la mano, y Helicent se metió debajo de la mesa y se acurrucó a sus pies para mordisquear un hueso. Eran buenas perras, tanto que a veces costaba recordar que cada una llevaba el nombre de una chica a la que Ramsay había cazado y matado.

Theon estaba cansado, pero tenía suficiente apetito para comer un poco de potaje y beber cerveza. La estancia era ya un caos de voces. Dos exploradores

de Roose Bolton habían vuelto al castillo por la puerta del Cazador para informar de que el avance de lord Stannis era cada vez más lento. Sus caballeros iban montados, y los grandes caballos de batalla se hundían en la nieve. Los rocines de los clanes de las colinas eran mucho mejores, según informaron los exploradores, pero sus jinetes no se atrevían a adelantarse demasiado para no dividir al ejército. Lord Ramsay ordenó a Abel que tocara un himno de marcha en honor de Stannis y su travesía de las nieves, de modo que el bardo tomó de nuevo el laúd y una de sus lavanderas cogió la espada de Alyn el Amargo para ilustrar los espadazos que lanzaba Stannis contra los copos de nieve.

Theon contemplaba los últimos posos de su tercera jarra cuando lady Barbrey Dustin entró en la estancia y envió a dos de sus espadas juramentadas a por él. Luego lo miró desde arriba, desde su asiento del estrado, y frunció la nariz.

—Llevas la misma ropa que en la boda.

—Sí, mi señora. Es la ropa que me dieron. —Esa era una de las lecciones que había aprendido en Fuerte Terror: tenía que aceptar lo que le daban y nunca, nunca, pedir más.

Lady Dustin iba de negro, como siempre, aunque las mangas de su túnica estaban rematadas en piel de ardilla. Llevaba un vestido de cuello alto rígido que le enmarcaba el rostro.

—Tú conoces bien este castillo.

—Lo conocía.

—Bajo nosotros se extienden las criptas donde aguardan los viejos reyes Stark en la oscuridad. Mis hombres no han encontrado la entrada. Han registrado todos los sótanos y bodegas, hasta las mazmorras, pero...

—A las criptas no se llega por las mazmorras, mi señora.

—¿Puedes mostrarme el camino?

—Ahí abajo no hay nada más que...

—¿Starks muertos? Sí. Y da la casualidad de que todos mis Starks favoritos están muertos. ¿Conoces el camino, o no?

—Sí. —No le gustaban las criptas, no le habían gustado nunca, pero las conocía.

—Pues muéstramelo. Sargento, coged un farol.

—Mi señora debería ponerse encima una capa abrigada —recomendó Theon —. Hay que salir al exterior.

La nieve caía más densa que nunca cuando salieron de la estancia, después de que llevaran a lady Dustin una capa de marta. Los guardias apostados en la puerta, protegidos con sus capuchas, casi no se distinguían de los muñecos de nieve, y solo las vaharadas de aire cálido que se les formaban delante de la boca revelaban que seguían con vida. Las hogueras ardían a lo largo de las almenas en un vano intento por detener el avance de la penumbras. El grupo tuvo que

atravesar una explanada de nieve virgen que le llegaba por los tobillos, junto a las tiendas del patio, medio cubiertas y temblorosas bajo el peso del manto blanco.

La entrada de las criptas se encontraba en la parte más antigua del castillo, cerca de la base del Primer Torreón, que no se utilizaba desde hacía siglos. Ramsay lo había quemado durante el saqueo de Invernalia, y buena parte de lo que no ardió en su momento se había derrumbado después. Solo quedaba en pie el cascarón, con un lado completamente abierto a merced de los elementos, por donde iba entrando la nieve. Por todas partes había piedras, grandes cascotes de roca y argamasa, vigas quemadas y gárgolas rotas. La nieve lo había cubierto casi todo, pero parte de una gárgola sobresalía aún de un montón de nieve, con el rostro grotesco gruñendo en silencio y mirando ciego hacia el cielo.

«Aquí encontraron a Bran cuando se cayó». Aquel día, Theon estaba fuera, de caza con lord Eddard y el rey Robert, sin siquiera imaginar las terribles noticias que los aguardaban en el castillo. Recordó el rostro de Robb cuando se lo dijeron. Todos creían que el niño herido iba a morir.

«Los dioses no pudieron matar a Bran, como tampoco pude yo». Le resultaba extraño pensar aquello, y más extraño aún recordar que tal vez Bran siguiera con vida.

—Ahí.—Señaló un lugar donde la nieve se había acumulado contra la pared del torreón—. Ahí abajo. Cuidado con las piedras sueltas.

Los hombres de lady Dustin tardaron casi media hora en dejar la entrada al descubierto, porque tuvieron que quitar nieve y rocas a paletadas. Al final se encontraron con que el hielo había sellado la puerta, y el sargento tuvo que ir a por un hacha. El portón cedió con un chirrido de bisagras y dejó al descubierto los peldaños en espiral que descendían hacia la oscuridad.

—Hay que bajar mucho, mi señora —advirtió Theon.

—Beron, la luz.—Lady Dustin no se dejaba amilanar.

El pasadizo era estrecho y empinado, y siglos de pisadas habían desgastado los peldaños por el centro. Tuvieron que descender en fila: primero el sargento con el farol; luego, Theon y lady Dustin, y por último el otro soldado. Theon siempre había considerado las criptas un lugar frío, incluso en verano, pero en aquella incursión, el aire que lo recibió era cálido. Caliente no, claro, pero sí más cálido que en el exterior. Al parecer, allí, bajo tierra, el frío era constante, inmutable.

—La desposada llora mucho —comentó lady Dustin mientras bajaban con cautelosa lentitud—. Me refiero a la pequeña lady Arya.

«Cuidado, mucho cuidado». Apoyó una mano en la pared. La luz cambiante de la antorcha hacia que los peldaños se movieran bajo sus pies.

—Como... como digáis, señora.

—Roose no está satisfecho. Díselo a tu bastardo.

«No es mi bastardo», habría querido replicar; pero una vocecita en su

interior decía: «Sí que lo es, sí que lo es. Hediondo es de Ramsay y Ramsay es de Hediondo. No debes olvidar tu nombre».

—No se gana nada con vestir a la chica de gris y blanco si luego no hace más que llorar. Puede que a los Frey no les importe, pero a los norteños... Bueno, tienen miedo de Fuerte Terror, pero aprecian a los Stark.

—Vos no —dijo Theon.

—Yo no —confesó la señora de Fuerte Túmulo—, pero los demás, sí. El único motivo de que el viejo Mataputitas esté aquí es que los Frey tienen prisionero al Gran Jon, y ¿crees que los hombres de Hornwood le han perdonado al Bastardo su último matrimonio, cuando dejó a su señora esposa morir de hambre tras comerse sus propios dedos? ¿Qué crees que piensan cuando oyen los sollozos de la nueva esposa, de la adorada hijita del valiente Ned?

«No, no es de la sangre de lord Eddard. Se llama Jeyne y solo es la hija del mayordomo». No le cabía duda de que lady Dustin ya lo sospechaba, pero pese a todo...

—Los sollozos de lady Arya nos hacen más daño que todas las espadas y lanzas de lord Stannis. Si el Bastardo quiere seguir siendo señor de Invernalia, más le vale enseñar a reír a su esposa.

—Ya hemos llegado, mi señora —la interrumpió Theon.

—La escalera sigue hacia abajo —observó lady Dustin.

—Hay niveles inferiores, más antiguos. Tengo entendido que el más bajo de todos se derrumbó hace mucho. Yo nunca he estado allí.

Empujó la puerta y los guio por un largo túnel abovedado, con gigantescas parejas de columnas de granito que se perdían en la oscuridad. El sargento de lady Dustin alzó el farol, y las sombras se movieron y cambiaron.

«Una pequeña luz en medio de una gran oscuridad». Theon nunca se había sentido a gusto en las criptas; sentía cómo los reyes de piedra lo contemplaban desde lo alto con sus ojos de piedra, los dedos de piedra en torno al puño de oxidadas espadas largas. Ninguno era amigo de los hijos del hierro. Una vieja sensación de temor lo embargó.

—¡Cuántos son! —comentó lady Dustin—. ¿Sabes sus nombres?

—Los supe... hace tiempo. —Señaló con un dedo—. Los de este lado fueron reyes en el norte. Torrhen fue el último.

—El Rey que se Arrodilló.

—Exacto, mi señora. Después ya solo hubo señores.

—Hasta que llegó el Joven Lobo. ¿Dónde está la tumba de Ned Stark?

—Al final. Por aquí, mi señora.

Sus pisadas resonaron en las bóvedas cuando echaron a andar entre las hileras de columnas. Los ojos de piedra de los muertos parecían seguirlos, al igual que los ojos de sus huargos de piedra. Los rostros despertaron en él recuerdos lejanos y le devolvieron a la memoria nombres susurrados por la voz fantasmal del

maestre Luwin. El rey Edrick Barbanieve, que gobernó el Norte durante cien años; Brandon el Armador, que se había aventurado navegando más allá del ocaso; Theon Stark, el Lobo Hambriento. «Mi tocayo». Lord Beron Stark, que hizo causa común con Roca Casterly para luchar contra Dagon Greyjoy, señor de Pyke, en los tiempos en que el gobierno de los Siete Reinos estaba en manos del hechicero bastardo conocido como Cuervo de Sangre.

—A ese rey le falta la espada —observó lady Dustin.

Era cierto. Theon no recordaba de qué rey se trataba, pero la espada larga que debería haber tenido había desaparecido. Una marca de óxido anaranjado marcaba el lugar donde había estado. Aquello le causó una gran inquietud. Siempre había oído decir que el acero de la espada mantenía el espíritu del muerto encerrado en su tumba. Si faltaba una espada...

«En Invernalia hay fantasmas. Y yo soy uno de ellos».

Siguieron caminando. El rostro de Barbrey Dustin parecía tensarse más y más con cada paso.

«Este lugar le gusta tan poco como a mí».

—¿Por qué detestáis tanto a los Stark, mi señora? —se oyó preguntar.

—Por el mismo motivo por el que tú los adoras —respondió mirándolo fijamente.

—¿Que yo los adoro? —Theon se detuvo de golpe—. Jamás... Les arrebaté el castillo, mi señora. Maté... maté a Bran y a Rickon; clavé sus cabezas en estacas...

—Cabalgaste hacia el sur con Robb Stark; luchaste a su lado en el bosque Susurrante y en Aguasdulces; volviste a las islas del Hierro como enviado suyo para sellar un tratado con tu padre. Fuerte Túmulo también aportó hombres para la guerra del Joven Lobo. Le di tan pocos como pude, pero algunos tenía que darle para no incurrir en la ira de Invernalia. Así que yo también tenía ojos en aquel ejército, y me mantuvieron informada. Sé quién eres. Sé qué eres. Ahora responde a mi pregunta: ¿Por qué adoras a los Stark?

—Porque... —Theon apoyó una mano enguantada en la columna más cercana—. Porque quería ser uno de ellos...

—Y nunca lo lograste. Tenemos en común más de lo que crees. Venga, vamos.

Un poco más allá, había tres tumbas juntas. Se detuvieron.

—Lord Rickard —observó lady Dustin tras examinar la figura central. La estatua se alzaba imponente sobre ellos, con el barbudo rostro alargado muy solemne. Los ojos eran de piedra, igual que los demás, pero los suyos parecían tristes—. También le falta la espada.

Era cierto.

—Alguien ha estado aquí abajo, robando espadas. También ha desaparecido la de Brandon.

—Qué poca gracia le habría hecho. —La mujer se quitó el guante y le tocó la rodilla, piel blanca contra piedra negra—. Brandon adoraba su espada; disfrutaba afilándola. « Quiero que tenga bastante filo para afeitar un coño» , solía decir. ¡Y lo que le gustaba utilizarla! « No hay nada más bello que una espada ensangrentada» , me comentó en cierta ocasión.

—Así que lo conocisteis.

La luz del farol iluminaba los ojos de la dama, que parecían echar llamas.

—Brandon se crio como pupilo en Fuerte Túmulo con el viejo lord Dustin, padre del que luego fue mi esposo, pero se pasaba la vida cabalgando por los Riachuelos. Le encantaba montar a caballo, y su hermana pequeña era igual que él, ¡menudo par de centauros! Mi señor padre siempre estaba encantado de recibir la visita del heredero de Invernalia. Tenía muchas ambiciones para la casa Ryswell; le habría servido mi virginidad en bandeja a cualquier Stark que pasara por allí, pero no hizo falta. A Brandon nunca le dio reparo coger lo que quería. Ahora soy una vieja reseca, viuda ya ni sé desde hace cuánto, pero todavía recuerdo el momento en que vi mi sangre de doncella en su polla la noche que me tomó. Creo que a Brandon Stark también le gustó verla. No hay nada más bello que una espada ensangrentada, sí. Dolió, pero fue un dolor dulce.

» Pero el día en que descubrí que Brandon iba a casarse con Catelyn Tully... Aquel dolor no tuvo nada de dulce. Te aseguro que no la quería. Me lo dijo la última noche que pasamos juntos, pero Rickard Stark también tenía grandes ambiciones. Ambiciones sureñas que no se harían realidad si dejaba que su heredero se casara con la hija de uno de sus vasallos. Más adelante, mi padre albergó la esperanza de casarme con Eddard, el hermano de Brandon, pero a él también se lo quedó Catelyn Tully. A mí me tocó el joven lord Dustin, hasta que Ned Stark me lo arrebató.

—La rebelión de Robert.

—Lord Dustin y yo no llevábamos ni medio año casados cuando Robert se alzó en armas y Ned Stark convocó a sus vasallos. Le supliqué a mi esposo que no fuera; tenía parientes que podían haber ido en su lugar: un tío famoso por sus proezas con el hacha, un tío abuelo que había luchado en la guerra de los Reyes Nuevepeniques... Pero era orgulloso y no se conformaba con menos que encabezar las tropas de Fuerte Túmulo. El día en que se marchó le regalé un caballo, un alazán con crines como el fuego, el orgullo de las cuadras de mi padre. Mi señor me juró que volvería a lomos de aquel caballo en cuanto terminara la guerra.

» Ned Stark me llevó el caballo cuando volvió a Invernalia. Me dijo que mi señor había muerto con honor, y que estaba enterrado bajo las montañas rojas de Dorne. Los huesos de su hermana sí que los trajo al norte, y aquí reposan... Pero te juro que los de lord Eddard no descansarán jamás junto a los suyos. Se los echaré de comer a mis perros.

—¿Los huesos de lord Eddard? —Theon no entendía nada.

La mujer torció los labios en una sonrisa horrible que le recordó la de Ramsay.

—Catelyn Tully envió al norte los huesos de lord Eddard antes de la Boda Roja, pero tu tío tomó Foso Cailin y cerró el camino. Desde entonces he estado alerta. Si esos huesos emergen alguna vez de los pantanos, no pasarán de Fuerte Túmulo. —Lanzó una última mirada a la estatua de Eddard Stark—. Vámonos; aquí ya hemos terminado.

Cuando salieron de las criptas aún estaba nevando. Lady Dustin había guardado silencio todo el camino de vuelta, pero cuando estuvieron ante las ruinas del Primer Torreón se estremeció y se volvió hacia Theon.

—Más te vale no contarte a nadie lo que he dicho ahí abajo. ¿Lo has entendido?

La entendió perfectamente.

—O contengo la lengua, o la pierdo.

—Roose te ha entrenado bien.

Lady Dustin lo dejó allí solo.

EL TROFEO DEL REY

El ejército del rey partió de Bosquespaso con la primera luz de un dorado amanecer, como una larga serpiente de acero que se desenroscara y saliera de su nido, tras las empalizadas de troncos.

Los caballeros sureños cabalgaban con toda su armadura, mellada y abollada tras muchas batallas, pero todavía suficientemente brillante para reflejar la luz del sol naciente. Sus estandartes y jubones, aunque sucios, descoloridos, rotos y remendados, seguían siendo un torbellino de colores en medio del bosque invernal: el azur, el naranja, el rojo, el verde, el morado, el azul y el oro centelleaban entre los troncos pardos, los pinos y centinelas gris verdoso, y los ventisqueros de nieve sucia.

Cada caballero contaba con escuderos, criados y soldados; tras ellos viajaban armeros, cocineros y mozos de cuadras, hileras de lanceros y hombres armados con hachas, veteranos curtidos en cien batallas y novatos que iban a enfrentarse a la primera batalla de su vida. Por delante marchaban los clanes de las colinas: jefes y campeones a lomos de rocinetos greñudos, con sus hirsutos luchadores que trotaban en pos de ellos envueltos en pieles, cuero endurecido y cotas de malla viejas. Algunos se habían pintado la cara de marrón y verde, y se habían atado ramas de arbustos al cuerpo para ocultarse mejor en la espesura.

Tras la columna principal marchaba la caravana de equipaje: caballos, mulas, bueyes y una hilera interminable de carros y carromatos cargados de comida, forraje, carpas y otras provisiones. Por último, en retaguardia, más caballeros con armadura y unos cuantos jinetes dispersos se aseguraban de que ningún enemigo pudiera caer sobre ellos por sorpresa.

Asha Greyjoy viajaba en la caravana de equipaje, en un carromato cubierto que se movía sobre dos ruedas de hierro, encadenada de pies y manos y vigilada día y noche por la Osa, que roncaba más que un hombre. Su alteza el rey Stannis no quería correr el riesgo de que se le escapara: tenía intención de llevarla a Invernalia y exhibirla con sus cadenas para que los señores del norte vieran a la hija del kraken derrotada y humillada, una prueba de su poder.

La columna avanzó rodeada por el sonido de las trompetas. La punta de las lanzas brillaba a la luz del amanecer, y en los márgenes del camino, la hierba brillaba cubierta de escarcha matinal. Cien leguas de espesura separaban Bosquespaso de Invernalia; algo menos a vuelo de cuervo.

—Quince jornadas —comentaban los caballeros.

—Robert lo habría hecho en diez —oyó Asha alardear a lord Fell. Robert había matado al abuelo de lord Fell en Refugio Estival y, por algún motivo inescrutable, eso había dotado al asesino de una fuerza ultraterrena a ojos del nieto—. Robert llevaría quince días en Invernalia y estaría burlándose de Bolton desde las almenas.

—Más vale que no se lo digas a Stannis, o nos hará marchar también de noche —recomendó Justin Massey.

«Este rey vive a la sombra de su hermano», pensó Asha.

El tobillo le seguía asestando puñaladas de dolor cada vez que cargaba el peso sobre él. No le cabía duda de que tenía algo roto: la hinchazón había desaparecido en Bosquespeso, pero seguía doliéndole. A aquellas alturas, una simple torcedura ya estaría curada. Las cadenas tintineaban cada vez que se movía, y los grilletes le laceraban las muñecas y el orgullo, pero ese era el precio de la rendición.

—Nadie se ha muerto por hincar la rodilla —le había dicho su padre en cierta ocasión—. El que se arrodilla puede volver a levantarse con una espada en la mano. El que no se arrodilla se queda muerto, eso sí, con las piernas bien derechas.

Balon Greyjoy lo había demostrado en persona cuando fracasó su primera rebelión: el kraken hincó la rodilla ante el venado y el huargo, pero solo para levantarse de nuevo tras la muerte de Robert Baratheon y Eddard Stark.

De manera que eso hizo la hija del kraken en Bosquespeso cuando la arrojaron delante del rey, atada y con el tobillo destrozado, pero sin que nadie la violara.

—Me rindo, alteza. Haced conmigo lo que queráis, solo os pido piedad para mis hombres.

Solo la preocupaban Qarl, Tris y el resto de los supervivientes del bosque de los Lobos. En total eran nueve. «Los nueve desharrapados», como los había llamado Cromm, que era quien tenía las heridas más graves.

Stannis les había perdonado la vida, pero Asha no lo consideraba misericordioso. Aquel hombre era decidido, sin duda, y tampoco carecía de valor. Sus hombres decían que era justo, y si su justicia era dura, implacable, la vida en las islas del Hierro ya había acostumbrado a aquello a Asha Greyjoy. Pero no le gustaba aquel rey. Sus ojos azules siempre parecían desconfiados, y por debajo de la piel bullía constantemente una cólera fría. Para él, la vida de su prisionera no significaba nada. No era más que una rehén, un trofeo para demostrar al Norte que había expulsado a los hijos del hierro.

«Pues le va a salir al revés». Si conocía algo a los norteños, derrotando a una mujer no iba a impresionarlos precisamente, y como rehén valía menos que nada. Su tío Ojo de Cuervo era quien gobernaba las islas del Hierro, y le daba igual que estuviera viva o muerta. Tal vez incomodara a Erik Ironmaker, el despojo humano que le había colgado Euron como marido, pero no tenía riquezas suficientes para pagar un rescate por ella. Y no había manera de explicárselo a Stannis Baratheon. El mero hecho de que fuera una mujer parecía ofenderlo. A los hombres de las tierras verdes les gustaban las mujeres suaves, dulces y envueltas en sedas, no embutidas en cuero y cota de malla, con un hacha arrojadiza en cada mano. Sin embargo, por lo poco que había podido ver del rey

en Bosquespeso, le quedaba muy claro que no la habría valorado más si hubiera llevado un vestido. Se había mostrado correcto y cortés con la esposa de Robett Glover, la piadosa lady Sybelle, pero hasta ella lo incomodaba. Por lo visto, el rey sureño era de esos hombres para los que las mujeres pertenecían a otra especie tan extraña e incomprensible como los gigantes, los endriagos o los hijos del bosque. La Osa también le hacía rechinar los dientes.

Stannis solo prestaba atención a una mujer y la había dejado atrás, en el Muro.

—Aunque yo preferiría que estuviera aquí, con nosotros —confesó ser Justin Massey, el caballero rubio que iba al mando de la caravana de equipaje—. La última vez que entramos en combate sin lady Melisandre fue en el Aguasnegras, cuando la sombra de lord Renly cayó sobre nosotros y arrastró a la mitad de nuestra flota a la bahía.

—¿La última vez? —preguntó Asha—. ¿Esa hechicera estaba en Bosquespeso? Porque yo no la vi.

—Eso no fue una batalla digna de tal nombre. —Ser Justin sonrió—. Vuestros hijos del hierro lucharon con valor, mi señora, pero os superábamos con mucho en número y os cogimos por sorpresa. Invernalia sabrá que nos acercamos, y Roose Bolton cuenta con tantos hombres como nosotros.

«O más», pensó Asha. Hasta los prisioneros tienen oídos, y había escuchado las conversaciones en Bosquespeso, cuando el rey Stannis y sus capitanes debatían sobre aquella marcha. Ser Justin se había opuesto desde el principio, así como muchos de los caballeros y señores que habían llegado del sur con Stannis. Pero los lobos se habían empecinado; era intolerable que Roose Bolton controlara Invernalia y había que rescatar a la hijita de Ned de las garras de su bastardo. Eso decían Morgan Liddle, Brandon Norrey, Wull Cubo Grande, los Flint y hasta la Osa.

—Hay cien leguas de Bosquespeso a Invernalia —dijo Artos Flint la noche en que la discusión fue más encendida, en los salones de Galbart Glover—. Algo menos a vuelo de cuervo.

—Una marcha larga —apuntó un caballero llamado Corliss Penny.

—No tanto, no tanto —insistió ser Godry, el corpulento caballero al que llamaban el Masacragigante—. Ya hemos recorrido un largo camino. El Señor de Luz nos iluminará.

—¿Y qué hacemos cuando lleguemos a Invernalia? —inquirió Justin Massey—. Hay dos murallas separadas por un foso, y la interior tiene más de cincuenta varas de altura. Bolton no saldrá a enfrentársenos en terreno abierto, y no tenemos provisiones para un asedio.

—No olvidéis que se nos unirá Arnolf Karstark con todo su ejército —apuntó Harwood Fell—, y también Mors Umber. Contaremos con tantos norteños como lord Bolton. Además, hay bosques espesos al norte del castillo. Construiremos

torres de asalto, arietes...

«Y moriréis como moscas», pensó Asha.

—Sería mejor que pasáramos aquí el invierno —sugirió lord Peasebury.

—¿Pasar aquí el invierno? —rugió Cubo Grande—. ¿Cuánta comida y forraje creéis que tiene Galbart Glover en sus almacenes?

Ser Richard Horpe, el caballero del rostro destrozado y las esfinges de calavera en el jubón, se volvió hacia Stannis.

—Alteza, vuestro hermano...

—Todos sabemos qué habría hecho mi hermano —interrumpió el rey—.

Robert habría galopado él solo hasta las puertas de Invernalia, las habría derribado con su martillo y luego habría avanzado a caballo entre los cascotes para matar a Roose Bolton con la mano izquierda y a su bastardo con la derecha.

—Stannis se puso en pie—. Yo no soy Robert, pero marcharemos y liberaremos Invernalia..., o moriremos en el intento.

Por muchas dudas que albergaran los señores, los soldados parecían tener fe en su rey. Stannis había derrotado a los salvajes de Mance Rayder en el Muro y había desterrado de Bosquespeso a Asha y los hijos del hierro. Era hermano de Robert, el vencedor de la famosa batalla marítima de isla Bella, el hombre que había defendido Bastión de Tormentas durante toda la rebelión de Robert. Y esgrimía un arma de héroe, la espada encantada *Dueña de Luz*, cuyo brillo iluminaba la noche.

—Nuestros enemigos no son tan poderosos como parecen —le aseguró ser Justin a Asha el primer día de marcha—. A lord Bolton lo temen, pero no lo aprecian. Y en cuanto a sus amigos los Frey... El norte no ha olvidado la Boda Roja, y no hay en Invernalia un solo señor que no perdiera a algún pariente allí. Stannis solo tiene que asestar un golpe a Bolton, y los norteños lo abandonarán.

«Eso es lo que queréis creer —pensó Asha—, pero el rey aún no ha asestado ese golpe, y habría que ser idiota para abandonar el bando ganador».

Ser Justin fue a verla a su carromato media docena de veces aquel primer día para llevarle comida, agua y noticias. Era hombre de sonrisa fácil, con una broma siempre a punto, corpulento, con mejillas sonrosadas, ojos azules y una mata enmarañada de pelo rubio claro como el lino. Como carcelero era considerado, siempre solícito para con su prisionera.

—Te desea —le comentó la Osa tras la tercera visita.

Su verdadero nombre era Alysane de la casa Mormont, pero llevaba el apodo con tanta naturalidad como la armadura. La heredera de la isla del Oso era baja, robusta, musculosa, con grandes muslos, grandes pechos y grandes manos callosas. No se quitaba la cota de malla ni para dormir entre pieles; bajo ella vestía cuero endurecido, y por debajo, ropa de piel de oveja con el pelo hacia dentro para que le diera calor. Con tantas capas de ropa parecía casi tan ancha como alta.

«Y fiera». A veces, a Asha Greyjoy le costaba recordar que la Osa y ella eran más o menos de la misma edad.

—Desea mis tierras —replicó—. Quiere las islas del Hierro. —Reconocía los indicios porque ya los había observado en otros pretendientes. Massey no tenía acceso a las tierras y propiedades de su familia, en el sur, así que estaba obligado a buscarse un buen matrimonio o resignarse a ser un caballero más en la corte. Stannis había frustrado los planes de ser Justin de casarse con la princesa salvaje de la que tanto había oido hablar Asha, de modo que había puesto los ojos en ella. Sin duda soñaba con sentarla en el Trono de Piedramar, en Pyke, y gobernar por medio de ella como su amo y señor. Para eso tendría que deshacerse de su actual amo y señor, claro, por no mencionar a su tío, que la había casado con él.

«Ni en sueños —calculó Asha—. Ojo de Cuervo se comerá a ser Justin para desayunar, y ni siquiera tendrá que eructar luego».

Pero eso carecía de importancia. Las tierras de su padre no serían jamás para ella, se casara con quien se casara. Los hijos del hierro no eran un pueblo propenso a perdonar, y Asha había sufrido dos derrotas: una en la asamblea de sucesión, a manos de su tío Euron, y otra en Bosquespeso, a manos de Stannis. Más que suficiente para que la considerasen incapaz de gobernar. Su matrimonio con Justin Massey, o con cualquier vasallo de Stannis Baratheon, haría más mal que bien.

«Al final ha resultado que la hija del kraken era una simple mujer —dirían los capitanes y reyes—. Mira cómo se abre de piernas para su suave señor de las tierras verdes».

De todos modos, si ser Justin quería cortejarla con comida, vino y palabras, no sería ella quien se lo impidiera. Le hacía más compañía que la taciturna Osa, y aparte de él no tenía más que enemigos, cinco mil enemigos, a su alrededor. Tris Botley, Qarl la Doncella, Cromm, Roggon y el resto de su ensangrentado grupo se habían quedado en Bosquespeso, en las mazmorras de Galbart Glover.

El ejército avanzó nueve leguas el primer día, o eso les aseguraron los guías que les había proporcionado lady Sybelle, rastreadores y cazadores leales a Bosquespeso con nombres de clan como Arbolar, Bosques, Rama o Mata. El segundo día recorrieron seis, y la vanguardia salió de las tierras de los Glover para adentrarse en la espesura del bosque de los Lobos.

—R'hllor, envianos tu luz para que nos guíe a través de estas sombras —rezaban los fieles todas las noches cuando se reunían en torno a una hoguera, junto al pabellón del rey, caballeros sureños y soldados por igual. Asha habría dicho que eran hombres del rey, pero los demás hombres de las tierras de la tormenta y las tierras de la corona decían que ellos eran hombres de la reina..., aunque la reina a la que seguían era la que aguardaba en el Castillo Negro, no la esposa que había dejado Stannis Baratheon en Guardiaoriental del Mar—. Oh, Señor de Luz, te suplicamos que nos mires con tus ojos de fuego y nos des calor

y seguridad —rogaron a las llamas—, porque la noche es oscura y alberga horrores.

Un caballero corpulento, de nombre ser Godry Farring, encabezaba la marcha.

«Godry el Masacragigantes. Mucho nombre para tan poco hombre». Farring tenía el pecho amplio y músculos marcados bajo la armadura, y también era, en opinión de Asha, arrogante y vanidoso; hambriento de gloria y sordo a las advertencias, ansiaba alabanzas y era despectivo con los campesinos, los lobos y las mujeres. En eso último se parecía a su rey.

—Dejadme ir a caballo —pidió Asha a ser Justin cuando se acercó a su carromato para llevarle medio jamón—. Me estoy volviendo loca aquí, encadenada. No intentaré escapar; os doy mi palabra.

—Ojalá pudiera complacerlos, mi señora, pero sois prisionera del rey, no mía.

—Y al rey no le basta con la palabra de una mujer.

—¿Por qué va a confiar en la palabra de ningún hijo del hierro? —gruñó la Osa—. Después de lo que hizo vuestro hermano en Invernalia...

—Yo no soy Theon —insistió Asha. Pero no le quitaron las cadenas.

Ser Justin volvió al galope hacia el final de la columna, y Asha no pudo evitar pensar en su madre, en la última vez que la había visto. Había sido en Harlaw, en Diez Torres; una vela titilaba en la habitación, pero no había nadie en el gran lecho de madera tallada, bajo el dosel polvoriento. Lady Alannys estaba sentada junto a la ventana y contemplaba el mar.

—¿Me has traído a mi hijito? —le había preguntado con labios temblorosos.

—Theon no va a venir —le replicó Asha, examinando lo que quedaba de la mujer que la había dado a luz, la mujer que ya había perdido a dos hijos varones. Y el tercero...

«Os envío a cada uno un trozo del príncipe».

Pasara lo que pasara cuando se entablara combate en Invernalia, Asha Greyjoy no creía que su hermano fuera a sobrevivir.

«Theon Cambiacapas. Hasta la Osa quiere ver su cabeza clavada en una pica».

—¿Tenéis hermanos? —preguntó Asha a su guardiana.

—Hermanas —replicó Alyane Mormont, tan brusca como siempre—. Éramos cinco, todas mujeres. Lyanna está en la isla del Oso, y Lyra y Jory, con nuestra madre. A Dacey la asesinaron.

—En la Boda Roja.

—Sí. —Alyane se quedó mirando a Asha un instante—. Tengo un hijo de dos años y una hija de nueve.

—Empezasteis joven.

—Sí, demasiado, pero siempre es mejor que esperar a que sea tarde.

«Una puñalada; más vale que haga como si no la hubiera notado».

—Entonces estáis casada.

—No. El padre de mis hijos es un oso. —Alysane sonrió. Tenía los dientes torcidos, pero su sonrisa buscaba en cierto modo congraciarse—. Las Mormont somos cambiapieles. Nos convertimos en osas y buscamos machos en el bosque. Lo sabe todo el mundo.

—Las Mormont también son luchadoras. —Asha le devolvió la sonrisa.

—Somos aquello en lo que nos habéis convertido. En la isla del Oso, los niños aprenden pronto a tener miedo de los krákens que salen del mar.

« Las antiguas costumbres». Asha se apartó; las cadenas tintinearon débilmente.

Al tercer día, el bosque se tornó más denso en torno a ellos, y los estrechos caminos se convirtieron en angostos senderos por los que pronto fue casi imposible seguir avanzando con los carromatos más grandes. De cuando en cuando pasaban cerca de lugares que Asha ya había visto: una colina pedregosa que, vista desde un ángulo determinado, recordaba una cabeza de lobo; una catarata medio congelada; un arco de piedra natural del que colgaban carámbanos de musgo gris verdoso. Asha reconocía todos los detalles llamativos del paisaje: había pasado por allí cuando cabalgó hacia Invernalia para persuadir a su hermano Theon de que abandonara la plaza conquistada y volviera con ella a la seguridad de Bosquespeso.

« En eso también fracasé» .

Aquel día recorrieron cinco leguas, y hasta eso les pareció mucho.

Cuando llegó el ocaso, el carromato se detuvo bajo un árbol. Mientras soltaba a los caballos, ser Justin se acercó con el caballo al trote y le quitó a Asha los grilletes de los tobillos para escoltarla, junto con la Osa, hasta la carpa del rey. Era su prisionera, desde luego, pero también era una Greyjoy de Pyke, y a Stannis Baratheon le apetecía echarle de comer las migajas de la mesa en la que cenaba con sus capitanes y comandantes.

El pabellón del rey era casi tan grande como el salón de Bosquespeso, pero, al margen del tamaño, no tenía nada de impresionante. Las paredes rígidas de pesada lona amarilla estaban descoloridas y sucias de barro y humedad, y se veían zonas mohosas. En la cúspide del mástil central ondeaba el estandarte del rey, una cabeza de venado con corazón llameante sobre campo de oro. Los pabellones de los señores sureños que habían seguido a Stannis hasta el norte rodeaban tres lados del pabellón. En el cuarto rugía la hoguera nocturna, que lamía el cielo cada vez más oscuro con sus lenguas de fuego.

Cuando Asha entró cojeando, acompañada de sus guardianes, había una docena de hombres cortando troncos para alimentar las llamas.

« Hombres de la reina. —Adoraban a R'hllor el Rojo, que era un dios celoso. El de Asha, el Dios Ahogado de las islas del Hierro, era para ellos un demonio, y ya le habían dicho que, si no aceptaba a aquel Señor de Luz, estaría condenada y

perdida—. No les faltan ganas de quemarme, igual que queman esos troncos y ramas rotas». Algunos lo habían propuesto tras la batalla del bosque, sin importarles que los estuviera oyendo, pero Stannis se había negado.

El rey estaba ante su tienda, contemplando la hoguera.

« ¿Qué ve ahí? ¿La victoria? ¿Un destino terrible? ¿El rostro hambriento de su dios rojo?». Tenía los ojos muy hundidos en las cuencas, y la barba recortada no era más que una sombra que le cubría las mejillas demacradas y la mandíbula huesuda, pero en su mirada había fuerza, una tenacidad férrea que le decía a Asha que aquel hombre nunca, nunca se desviaría de su camino. Hincó una rodilla en tierra ante él.

—Mi señor. —« ¿Soy suficientemente humilde para vos, alteza? ¿Os agrada verme vencida, humillada, rota?». Os suplico que me quitéis estas cadenas de las muñecas. Permitidme cabalgar. No escaparé.

Stannis la miró como habría mirado a un perro que hubiera tenido la osadía de intentar follarse su pierna.

—Esas cadenas os las habéis ganado.

—Así es. Y ahora os ofrezco a mis hombres, mis barcos, mi ingenio...

—Vuestros barcos ya son míos, o los he quemado. Vuestros hombres... ¿Cuántos os quedan? ¿Diez? ¿Doce?

« Nueve. Seis si solo contáis a los que están en condiciones de luchar».

—Dagmer Barbarrota aún defiende la Ciudadela de Torrhen. Es un guerrero valiente y sirve con lealtad a la casa Greyjoy. Puedo entregáros ese castillo y su guarnición.

« Probablemente», debería haber añadido; pero no conseguiría nada bueno dejando que aquel rey viera sus dudas.

—La Ciudadela de Torrhen no vale ni el barro que estoy pisando. Lo que me importa es Invernalia.

—Quitadme estas cadenas y os ayudaré a tomarla, mi señor. Vuestro regio hermano tenía fama de transformar en amigos a sus enemigos derrotados. Haced de mí vuestro hombre.

—Los dioses no os hicieron hombre; ¿cómo voy a haceros yo?

Stannis volvió a clavar la vista en la hoguera y en lo que viera bailar en aquellas llamas anaranjadas. Ser Justin Massey cogió a Asha del brazo y se la llevó al interior de la tienda.

—Habéis cometido un error, mi señora —le dijo—. No le mencionéis nunca a Robert.

« Tendría que habérmelo imaginado. —Asha sabía muy bien cómo funcionaban las cosas con los hermanos pequeños. Recordó a Theon de niño: un chiquillo tímido que se debatía entre el terror y la admiración que sentía hacia Rodrik y Maron—. Nunca lo superan. El hermano pequeño puede vivir cien años, pero toda su vida continuará siendo el hermano pequeño» . Hizo entrechocar sus

pulseras de hierro y se imaginó lo agradable que sería situarse tras Stannis y estrangularlo con la cadena que le unía las muñecas.

Aquella noche, la cena consistió en guiso de venado, gracias a un animal flaco que había cazado un explorador llamado Benjicot Rama. Pero eso fue solo en la tienda del rey. Más allá de sus muros de lona, cada hombre recibió un trozo de pan y una morcilla no más larga que un dedo, y en aquella cena se acabó la cerveza de Galbart Glover.

Cien leguas de espesura separaban Bosquespeso de Invernalia; algo menos a vuelo de cuervo.

—Ojalá fuéramos cuervos —comentó Justin Massey a la cuarta jornada de marcha, el día en que empezó a nevar. Al principio copos dispersos; fríos y húmedos, pero nada que les impidiera avanzar.

Pero al día siguiente también nevó, y al otro, y al otro. Las frondosas barbas de los lobos no tardaron en estar cubiertas de hielo, porque el aliento se les congelaba, pero hasta los sureños más jovencitos se dejaban crecer bigotes y patillas para abrigarse la cara. El terreno no tardó en estar cubierto por un manto blanco que ocultaba las piedras, las raíces retorcidas y las marañas de maleza seca, con lo que cada paso se convertía en una aventura. El ejército del rey se transformó en una columna de muñecos de nieve que avanzaba tambaleante por nieve que les llegaba hasta las rodillas.

Al tercer día de nevada, el ejército empezó a dividirse. Los caballeros y señores sureños avanzaban a duras penas, mientras que a los hombres de las colinas del norte les iba mucho mejor. Sus caballitos eran bestias de paso seguro que, además, comían mucho menos que los palafrenes y muchísimo menos que los enormes caballos de guerra. Por añadidura, los jinetes sabían avanzar por la nieve. Muchos lobos llevaban un calzado extraño: zarpas de oso, como las llamaban, unos curiosos objetos alargados, de madera doblada con tiras de cuero que se ataban a las botas y les permitían caminar por la nieve sin romper la capa superior y sin hundirse hasta los muslos. Algunos hasta tenían zarpas de oso para sus caballos, y los grefudos animales las llevaban como si fueran herraduras, pero ni los palafrenes ni los caballos de guerra las aceptaban. Algunos caballeros del rey intentaron ponérselas a sus monturas, pero los grandes caballos sureños se negaron a moverse o trataron de liberarse de aquellos objetos extraños. Un caballo se rompió una pata cuando trató de avanzar con ellos puestos.

Los norteños, con sus zarpas de oso, empezaron pronto a distanciarse del resto del ejército. Adelantaron a los caballeros de la columna principal, y luego a ser Godry Farring y a su vanguardia. A la vez, los carros y carromatos de la caravana de equipaje iban quedando cada vez más atrás, hasta el punto de que los hombres de la retaguardia tenían que azuzarlos constantemente para que apurases la marcha.

Al quinto día de tormenta, la caravana atravesó una extensión de nieve que

les llegaba por la cintura, y que cubría un lago helado. Cuando el hielo oculto se rompió bajo el peso de los carros, las aguas heladas engulleron a tres conductores y cuatro caballos, así como a dos hombres que intentaron rescatarlos. Uno de ellos era Harwood Fell. Sus caballeros consiguieron sacarlo antes de que se ahogara, pero para entonces ya tenía los labios azules y la piel blanca como la leche. No hubo manera de hacerlo entrar en calor. Estuvo horas titilando, incluso después de que le cortaran la ropa empapada para quitársela, lo envolvieran en pieles cálidas y lo dejaran junto al fuego. Aquella misma noche cayó en un sueño febril del que no despertó.

Esa misma noche, Asha oyó por primera vez a los hombres de la reina murmurar algo sobre un sacrificio, una ofrenda a su dios rojo para que pusiera fin a la nevada.

—Los dioses del norte han desencadenado esta tormenta sobre nosotros — señaló ser Corliss Penny.

—Son falsos dioses —replicó ser Godry el Masacragigantes.

—R'hllor está con nosotros —dijo ser Clayton Suggs.

—Pero Melisandre, no —apuntó Justin Massey.

El rey no decía nada, pero escuchaba; a Asha no le cabía duda. Se quedaba sentado en la mesa principal, con un plato de sopa de cebolla que se le iba enfriando sin que apenas la hubiera probado, y contemplaba la llama de la vela más próxima con los ojos entrecerrados, sin participar en la conversación. Su segundo, el caballero alto y delgado llamado Richard Horpe, hablaba por él.

—La tormenta amainará pronto —declaró.

Pero la tormenta no hizo más que empeorar. El viento se convirtió en un látigo más implacable que el de un esclavista. Asha creía haber pasado frío en Pyke, cuando soplaban el viento procedente del mar, pero no era nada comparado con aquello.

«Este frío podría volver loco a cualquiera».

Ni siquiera les resultó fácil entrar en calor cuando llegó la orden de montar campamento para pasar la noche. Las carpas estaban húmedas y pesaban; costaba levantarlas y más aún volver a plegarlas, y más de una se derrumbó de repente cuando se le acumuló demasiada nieve encima. El ejército del rey se arrastraba por el centro del bosque más extenso de los Siete Reinos, y aun así era difícil encontrar leña seca. Cada noche había menos fogatas en el campamento, y las que conseguían encender generaban más humo que calor. En más de una ocasión tuvieron que tomarse la comida fría o hasta cruda.

Y hasta las hogueras nocturnas tenían que ser más pequeñas y débiles, para desesperación de los hombres de la reina.

—Señor de Luz, protégenos del mal —rezaban, dirigidos por la voz tonante de ser Godry el Masacragigantes—. Muéstranos de nuevo tu brillante sol, calma este viento y derrite esta nieve para que podamos llegar hasta tus enemigos y

aniquilarlos. La noche es oscura y alberga horrores, pero tuyos son el poder, la gloria y la luz. Llénanos con tu fuego, R'hllor.

Más tarde, cuando ser Corliss se preguntó en voz alta si alguna vez se habría congelado un ejército entero durante una tormenta de invierno, los lobos se echaron a reír.

—Esto no es el invierno —declaró Wull Cubo Grande—. En las colinas decimos que el otoño nos besa, pero el invierno nos folla. Esto es un beso otoñal.

«Entonces, quiera el dios que no tenga que ver un invierno». Asha no lo pasaba tan mal; al fin y al cabo, era el trofeo del rey. Recibía comida mientras otros se morían de hambre, y abrigo mientras tiritaban. Los demás se debatían contra la nieve a lomos de caballos agotados, y ella viajaba en un lecho de pieles dentro de un carromato, con una lona tensa que la resguardaba de la nieve, cómoda a pesar de las cadenas.

Los caballos y los hombres de a pie eran quienes peor lo pasaban. Dos escuderos de las tierras de la tormenta mataron a puñaladas a un soldado tras discutir sobre quién tenía derecho a sentarse más cerca del fuego. A la noche siguiente, unos arqueros desesperados por algo de calor prendieron fuego a su tienda, con lo que al menos consiguieron caldear las adyacentes. Los caballos de batalla empezaron a morir de frío y agotamiento.

—¿Qué es un caballero sin caballo? —Era el acertijo que se difundió en el ejército—. Un muñeco de nieve con espada.

Siempre que moría un caballo, lo descuartizaban al instante. Las provisiones también empezaban a escasear.

Peasebury, Cobb, Foxglove y otros señores sureños le pidieron al rey acampar hasta que pasara la tormenta, pero Stannis se negó en redondo. Tampoco prestó atención a los hombres de la reina que acudieron a él para rogarle que hiciera una ofrenda a su hambriento dios rojo. Eso fue lo que le contó a Asha Justin Massey, menos devoto que la mayoría de sus compañeros.

—Con un sacrificio demostraremos al dios nuestra fe, mi señor —le había dicho Clayton Suggs al rey.

—Los antiguos dioses del norte han enviado esta tormenta —añadió Godry el Masacragigantes—. Solo R'hllor puede ponerle fin. Tenemos que sacrificarle un infiel.

—La mitad de mi ejército se compone de infieles —fue la réplica de Stannis—. Aquí no se quemará a nadie. Rezad con más ahínco.

«No se quemará a nadie hoy, ni mañana..., pero si sigue nevando, ¿cuánto tardará este rey en empezar a albergar dudas?». Asha no había compartido nunca la fe de su tío Aeron en el Dios Ahogado, pero aquella noche rezó a Aquel que Habita bajo las Olas con un fervor que Pelomojado no habría podido igualar. Siguieron marchando, aunque cada vez más despacio. Se conformaban con dos leguas al día. Luego, con una. Luego, con media.

Al noveno dia de tormenta, el campamento entero vio a los capitanes y comandantes entrar en la tienda del rey, empapados y agotados, para hincar la rodilla e informarlo de las bajas.

—Un hombre muerto y tres desaparecidos.

—Hemos perdido seis caballos, entre ellos el mío.

—Dos hombres muertos; uno, un caballero. También han caído cuatro caballos. A uno hemos podido levantarla; los otros los hemos perdido: dos caballos de batalla y un palafrén.

El recuento del frío, como lo había oído llamar Asha. La peor parte le había tocado a la caravana de equipaje: caballos muertos, hombres perdidos, carromatos volcados y rotos...

—Los caballos se derrumban en la nieve —dijo Justin Massey al rey—. Los hombres se marchan, y algunos se echan a morir.

—Que mueran —replicó el rey Stannis—. Seguiremos adelante.

A los norteños, con sus rocinés y sus zarpas de oso, les iba mucho mejor. Donnel Flint el Negro y su hermanastro Artos solo habían perdido a un hombre; los Liddle, los Wull y los Norrey, a ninguno. Una mula de Morgan Liddle había desaparecido, pero en su opinión era porque se la habían robado los Flint.

« Cien leguas entre Bosquespeso e Invernalia; algo menos a vuelo de cuervo. Quince días». El decimoquinto día de marcha llegó y pasó, y habían recorrido menos de la mitad del camino, dejando atrás un rastro de carromatos destrozados y cadáveres congelados que la nieve se iba encargando de enterrar. Hacía tanto que no veían el sol, la luna ni las estrellas que Asha empezaba a pensar que no habían sido más que un sueño.

Tuvo que llegar el vigésimo dia de marcha para que se librarse al fin de los grilletes de los tobillos. Esa tarde, uno de los caballos que tiraba de su carromato se desplomó, muerto, y no hubo manera de sustituirlo, ya que los animales de tiro que les quedaban eran para los carros de comida y forraje. Ser Justin Massey se les acercó cabalgando y les dijo que descuartizaran el caballo muerto para comérselo e hicieran leña del carromato; luego le quitó a Asha las cadenas y le frotó las pantorrillas para relajarle la tensión.

—No puedo ofreceros montura, mi señora —le dijo—, y si intentáramos montar los dos en mi caballo, lo mataríamos. Tendréis que caminar.

Cada vez que apoyaba el peso en el tobillo, Asha sentía un dolor punzante.

« El frío me lo entumecerá enseguida —se dijo—. En menos de una hora, ni notaré los pies. —Solo se equivocaba en parte, porque el entumecimiento llegó mucho antes. Cuando la oscuridad forzó a la columna a detenerse, Asha estaba agotada y añoraba la comodidad de su prisión rodante—. Los grilletes me han debilitado». Estaba tan cansada que durante la cena se durmió en la mesa.

El vigesimosexto día de la marcha de quince días consumieron las últimas verduras; el trigesimosegundo, lo que les quedaba de cereales y forraje. Asha

empezó a preguntarse cuánto tiempo podrían subsistir a base de carne de caballo cruda y medio congelada.

—Rama asegura que solo estamos a tres días de Invernalia —comunicó ser Richard Horpe al rey aquella noche tras el recuento del frío.

—Eso, si dejamos atrás a los hombres que están más débiles —apuntó Corliss Penny.

—Los más débiles son casos perdidos —insistió Horpe—. Los que aún conserven fuerzas tendrán que llegar a Invernalia, o también morirán.

—El Señor de Luz nos entregará el castillo —dijo ser Godry Farring—. Si lady Melisandre estuviera con nosotros...

Por fin, tras un día de pesadilla durante el cual la columna apenas avanzó una milla y perdió doce caballos y cuatro hombres, lord Peasebury se volvió contra los norteños.

—Esta marcha ha sido una locura. Cada día hay más muertes, y todo ¿por qué? ¿Por una niña?

—Por la hija de Ned —replicó Morgan Liddle. Era el segundo de tres hijos, así que los otros lobos lo llamaban Liddle el de Enmedio, aunque se contenían si estaba cerca. Era Morgan quien había estado a punto de matar a Asha en el combate de Bosquespeso. Más adelante, durante la marcha, se le había acercado para pedirle perdón... por llamarla puta, no por tratar de abrirle la cabeza con un hacha.

—La hija de Ned —repitió Wull Cubo Grande—. Y ya la tendríamos, junto con el castillo, si no fuerais unos sureños melindrosos que se mean los calzones de seda en cuanto ven un poco de nieve.

—¿Un poco de nieve? —Peasebury apretó con ira los labios suaves, casi femeninos—. Por culpa de vuestro mal consejo emprendimos esta marcha, Wull. Empiezo a sospechar que estáis a sueldo de Bolton. ¿Es eso? ¿Os ha enviado a emponzoñarle los oídos al rey?

Cubo Grande se echó a reír.

—Lord Guisantito, si fuerais un hombre, os mataría por lo que habéis dicho, pero el acero de mi espada es demasiado bueno para mancillarlo con la sangre de un cobarde. —Bebió un trago de cerveza y se secó los labios—. Sí, han muerto hombres, y morirán más antes de que veamos los muros de Invernalia. ¿Y qué? Es la guerra. En la guerra, mueren hombres. Las cosas son como son, como han sido siempre.

—¿Queréis morir, Wull? —Ser Corliss Penny lanzó una mirada de incredulidad al jefe de clan. Al norteño le pareció de lo más divertido.

—Quiero vivir eternamente en unas tierras donde el verano dure al menos mil años. Quiero un castillo en las nubes desde donde contemplar el mundo. Quiero volver a tener veintiséis años, cuando podía luchar todo el día y follar toda la noche. Lo que quieran los hombres no tiene importancia.

» Ya tenemos el invierno casi encima, muchacho, y el invierno es la muerte. Prefiero que mis hombres mueran luchando por la hijita de Ned, y no solos y hambrientos en medio de la nieve, llorando lágrimas que se les congelan en las mejillas. Sobre los hombres que mueren así nadie canta canciones. En cuanto a mí, soy viejo y este será mi último invierno. Quiero bañarme en la sangre de los Bolton antes de morir; quiero sentir las salpicaduras en la cara cuando mi hacha hienda el cráneo de un Bolton. Quiero lamérmela de los labios y morir con ese sabor en la boca.

—¡Sí! —gritó Morgan Liddle—. ¡Sangre y batalla!

Y todos los hombres de las colinas gritaron y golpearon copas y cuernos contra la mesa, con un fragor que apagó cualquier otro sonido en la tienda del rey.

Asha Greyjoy también habría querido luchar.

« Una batalla, una sola, para poner fin a esta agonía. Acero contra acero, nieve rosada, escudos rotos, miembros cercenados, y todo habría terminado» .

Al día siguiente, los exploradores del rey dieron por casualidad con una aldea agrícola abandonada, entre dos lagos. Era un lugar inhóspito y reducido, apenas unas pocas chozas, una edificación central y una atalaya. Richard Horpe ordenó un alto, aunque aquel día el ejército solo había avanzado media milla y aún quedaban varias horas de luz. Pero la luna llevaba ya largo rato brillando en el cielo antes de que llegaran la retaguardia y la caravana de equipaje. Asha iba en ese grupo.

—En esos lagos hay peces —explicó Horpe al rey—. Haremos agujeros en el hielo; los norteños pueden enseñarnos.

Pese a la gruesa capa y la armadura, Stannis parecía tener un pie en la tumba. Las pocas carnes que cubrían aquel esqueleto alto y flaco se habían derretido durante la marcha desde Bosquespeso. Se le adivinaba la forma del cráneo bajo la piel, y rechinaba los dientes con tanta fuerza que Asha tenía la impresión de que se le iban a romper de un momento a otro.

—Pues pescad —dijo como si escupiera cada palabra—. Pero partiremos al amanecer.

Sin embargo, al amanecer, el campamento despertó en medio de la nieve y el silencio. El cielo pasó del negro al blanco sin resultar más luminoso. Asha Greyjoy se incorporó entumecida y helada entre sus pieles, y escuchó los ronquidos de la Osa. Nunca había oído roncar de semejante manera a una mujer, pero durante la marcha había acabado por acostumbrarse, y a aquellas alturas hasta le resultaba reconfortante. Era el silencio lo que la preocupaba: no sonaban trompetas que dieran la orden de montar, formar la columna y emprender la marcha. Los cuernos de guerra no llamaban a los norteños.

« Algo va mal» .

Asha apartó las pieles y salió de la tienda, para lo que tuvo que derribar el

muro de nieve que la había sellado durante la noche. Las cadenas tintinearon cuando se puso en pie y respiró el aire gélido de la mañana. Aún nevaba, incluso con más intensidad que cuando había entrado en la tienda. El bosque había desaparecido, igual que los lagos. Podía distinguir la silueta de las otras tiendas y cabañas, y el tenue resplandor anaranjado de la hoguera que ardía en la cima de la atalaya, pero no la propia atalaya. El resto había quedado engullido por la nieve.

Más allá, Roose Bolton los esperaba tras los muros de Invernalia, pero el ejército de Stannis Baratheon se había quedado aislado por la nieve, bloqueado por el hielo, inmóvil y al borde de la inanición.

La vela estaba casi consumida; apenas quedaba un dedo, que sobresalía de un charco de cera derretida y proyectaba en la cama de la reina la luz de una llama que ya parpadeaba.

« Pronto se apagará —comprendió Dany—, y otra noche habrá llegado a su fin».

Siempre amanecía demasiado pronto.

No había dormido, no podía dormir, no quería dormir. Ni siquiera se había atrevido a cerrar los ojos por temor a encontrarse al abrirlos con que había amanecido. Si pudiera, haría que las noches se prolongaran para siempre, pero tenía que conformarse con seguir despierta y tratar de saborear la dulzura de cada momento antes de que se difuminase en la luz del día.

A su lado, Daario Naharis dormía con la placidez de un recién nacido. Se jactaba de tener un talento especial para conciliar el sueño. Con aquella sonrisa petulante tan suya, afirmaba que, a cielo abierto, muchas veces se quedaba dormido en su montura, para estar bien descansado si se presentaba una batalla. A pleno sol o en mitad de una tormenta, daba igual. « Un guerrero que no duerme no tiene fuerzas para luchar», aseguraba. Tampoco lo perturbaban las pesadillas. Cuando Dany le había dicho que a Serwyn del Escudo Espejo lo perseguían los fantasmas de todos los caballeros que había matado, Daario rio. « Si los que maté y vienen a importunarme, los mataré otra vez».

« Tiene conciencia de mercenario, es decir, no tiene conciencia», comprendió Dany en aquel momento.

Daario estaba tumbado boca abajo, con las finas sábanas de hilo enredadas en las largas piernas y la cara semienterrada en las almohadas.

Dany le pasó la mano por la espalda, a lo largo de la columna. Tenía la piel lisa, casi lampiña.

« Su piel es seda y satén». Adoraba sentir su tacto en los dedos. Adoraba pasarse los dedos por el pelo, masajearle las pantorrillas doloridas tras un largo día a caballo, sostenerle la polla y sentirla endurecerse en su mano. Si hubiera sido una mujer normal, con gusto se habría pasado la vida tocando a Daario, recorriendo sus cicatrices con la mano y preguntándole cómo se había hecho cada una de ellas.

« Renunciaría a la corona si me lo pidiera —pensó Dany. Pero no se lo había pedido, ni se lo pediría jamás. Daario susurraba palabras de amor cuando estaban unidos como un solo cuerpo, pero ella sabía que a quien amaba era a la reina dragón—. Si renunciase a la corona, dejaría de quererme». Además, por lo general, cuando un rey perdía la corona, la cabeza iba detrás, y no se le ocurría ningún motivo para que a las reinas no les pasase lo mismo.

La vela parpadeó por última vez y murió ahogada en su propia cera. La

oscuridad engulló la cama de plumas y a sus dos ocupantes, y llenó hasta el último rincón de la estancia. Dany rodeó a su capitán con los brazos, se apretó contra su espalda y se empapó de su fragancia, saboreando el calor de su carne, la sensación de esa piel contra la suya.

« Recuérdalo —se dijo—. Recuerda esta sensación». Le besó el hombro.

—Daenerys. —Daario rodó hacia ella, con los ojos abiertos, y esbozó una sonrisa perezosa. Ese era otro de sus talentos: se despertaba de golpe, como un gato. —¿Ya está amaneciendo?

—Todavía no. Aún nos queda un rato.

—Mentirosa. Te veo los ojos. ¿Podría verlos si fuese noche cerrada? —Daario apartó las sábanas de una patada y se sentó—. Estamos a media luz. Pronto será de día.

—No quiero que se acabe esta noche.

—¿No? ¿Y por qué no, mi reina?

—Ya lo sabes.

—¿La boda? —se rio—. Entonces, cásate conmigo.

—Sabes que no puedo.

—Eres una reina. Puedes hacer lo que quieras. —Le pasó una mano por la pierna—. ¿Cuántas noches nos quedan?

« Dos. Tan solo dos» .

—Lo sabes tan bien como yo. Esta y la siguiente, y deberemos poner fin a esto.

—Cásate conmigo y tendremos todas las noches del mundo.

« Si pudiera, lo haría. —Khal Drogo había sido su sol y estrellas, pero llevaba muerto tanto tiempo que Daenerys había olvidado cómo era amar y ser amada. Daario la había ayudado a recordar—. Estaba muerta y él me devolvió a la vida. Estaba dormida y él me despertó. Mi valiente capitán» . Aun así, últimamente se estaba volviendo osado en exceso. Al regresar de la última incursión había arrojado la cabeza de un señor yunkio a sus pies y la había besado en la sala delante de todo el mundo, hasta que Barristan Selmy los separó. La ira de ser Abuelo era tal que Dany temió que corriera la sangre.

—No podemos casarnos, mi amor. Ya sabes por qué.

—Pues cásate con Hizdahr. —Saltó de la cama—. Le pondré un hermoso par de cuernos de regalo de bodas. A los ghiscarios les gusta pavonearse de sus cuernos; se los hacen con su propio pelo, con peines, cera y hierros calientes. —Cogió los calzones y se los puso. No se molestaba en llevar ropa interior.

—Cuando esté casada, desearme será alta traición. —Dany se cubrió el pecho con la colcha.

—Entonces, seré un traidor. —Se puso una túnica de seda azul y se alisó las puntas de la barba con los dedos. Había vuelto a teñírsela por ella, de violeta a azul, como la llevaba la primera vez que lo vio—. Huelo a ti. —Se olió los dedos

y sonrió.

A Dany le encantaba el brillo del diente de oro cuando sonreía. Le encantaba el fino vello de su pecho. Le encantaba la fuerza de sus brazos, el sonido de su risa, el modo que tenía de mirarla a los ojos y decir su nombre mientras la penetraba.

—Eres muy guapo —dijo de pronto mientras lo observaba atarse las botas de montar. Algunos días esperaba a que se las pusiera ella, pero por lo visto, ese día no.

« Eso también se acaba» .

—No lo bastante para que te cases conmigo. —Daario descolgó el cinto de la espada del gancho donde lo había dejado.

—¿Adónde vas?

—A dar una vuelta por tu ciudad, para beberme un barril o dos y meterme en alguna pelea. Hace demasiado que no mato a nadie. Tal vez debería buscar a tu prometido.

Dany le tiró una almohada.

—¡Deja a Hizdahr en paz!

—Como ordene mi reina. ¿Darás audiencia hoy?

—No. Mañana seré una mujer casada, y Hizdahr será rey. Que se encargue él de las audiencias; es su pueblo.

—Está su pueblo y está el tuy o. El que liberaste.

—¿Me estás regañando?

—Los que llamas tus hijos. Quieren a su madre.

—¿Me estás regañando de verdad!

—Solo un poco, corazón luminoso. ¿Concederás audiencias?

—Tal vez, después de la boda. Después de que haya paz.

—Ese *después* tuyo no llega nunca. Deberías conceder audiencias. Los nuevos de mi grupo, los hijos del viento que se pasaron a nuestro bando, no creen que existas. Casi todos nacieron y se criaron en Poniente, con la cabeza llena de anécdotas sobre los Targaryen, y quieren ver a una con sus propios ojos. Rana te ha traído un regalo.

—¿Rana? —Dejó escapar una risita—. ¿Y quién es ese?

—Un muchacho dorniense. —Daario se encogió de hombros—. El escudero del caballero grande que llaman Tripasverdes. Le dije que podía dármelo a mí y yo te lo traería, pero no quiso ni oír hablar de ello.

—Vaya, una rana inteligente. Así que le pediste que te diera mi regalo. —Le tiró otra almohada—. ¿Habrá llegado a mis manos?

—¿Acaso sería capaz de robar a mi dulce reina? —Se acarició los bigotes dorados—. Si fuese un regalo digno de ti, yo mismo lo habría puesto en tus suaves manos.

—¿Como prenda de amor?

—Sobre eso prefiero no pronunciarme, pero le aseguré que podría entregártelo él en persona. ¡Harás quedar a Daario Naharis como un mentiroso?

—Como tú quieras. —Dany no podía negarle nada—. Trae a tu rana a la audiencia de mañana, y también a los otros ponientes. —Sería agradable oír a más gente que hablase la lengua común, aparte de ser Barristan.

—Como ordene mi reina. —Daario hizo una profunda reverencia y sonrió antes de irse, con la capa arremolinándose tras él.

Dany se quedó sentada entre las sábanas arrugadas, abrazándose las rodillas, tan triste que ni siquiera oyó a Missandei cuando llegó sigilosa con pan, leche e higos.

—¿Alteza? ¿Os encontráis mal? Una os ha oído gritar en plena noche.

Dany cogió un higo. Era negro y rechoncho, y todavía estaba húmedo de rocío.

« ¡Hizdahr conseguirá hacerme gritar! » .

—Lo que has oido era el viento. —Dio un mordisco, pero la fruta había perdido el sabor en ausencia de Daario. Se levantó con un suspiro, llamó a Irri para que le llevase una túnica y salió a la terraza.

Estaba rodeada de enemigos. Siempre había por lo menos una docena de barcos atracados en la orilla, y en ocasiones eran hasta cien, cuando desembarcaban los soldados. A los yunkios también les llegaba madera por el mar: tras sus zanjas construían catapultas, escorpiones y altos trabuquetes. En las noches silenciosas, el aire cálido y seco le llevaba el repiqueo de los martillos.

« Pero no tienen torres de asedio, ni arietes » . No intentarían asaltar Meereen; esperarían tras las líneas de asedio, lanzando piedras hasta que la enfermedad y la hambruna hicieran que su pueblo se arrodillase.

« Hizdahr me traerá la paz. Tiene que traerme la paz » .

Esa noche, los cocineros le asaron un cabrito con dátiles y zanahorias, pero Dany solo pudo comer unos bocados. La perspectiva de volver a enfrentarse a Meereen la dejaba sin fuerzas. Le costó conciliar el sueño, incluso cuando regresó Daario, tan borracho que apenas se tenía en pie. Dio vueltas bajo las sábanas, soñando que Hizdahr la besaba..., pero tenía los labios azules y magullados, y cuando le introdujo el miembro, lo tenía frío como el hielo. Se incorporó en la cama con el pelo alborotado y las sábanas enredadas. Su capitán dormía a su lado, y sin embargo estaba sola. Quería sacudirlo, despertarlo, hacer que la abrazara, que la follará, que la ayudase a olvidar, pero sabía que en tal caso, él se limitaría a sonreír y bostezar y decirle: « Solo ha sido un sueño, mi reina. Duérmete » .

Se puso una túnica con capucha, salió a la terraza y se aproximó al pretil, desde donde contempló la ciudad como había hecho un centenar de veces.

« Nunca será mi ciudad. Nunca será mi hogar » .

La pálida luz rosada del amanecer la encontró todavía en la terraza, dormida

en la hierba bajo un manto de fino rocío.

—Le he prometido a Daario que hoy celebraré audiencia —dijo a sus doncellas cuando la despertaron—. Traedme la corona. Oh, y algo para ponerme, que sea fresco y ligero.

Bajó a la sala una hora después.

—Arrodillaos todos ante Daenerys de la Tormenta, La que no Arde, reina de Meereen, reina de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, khaleesi del Gran Mar de Hierba, Rompedora de Cadenas y Madre de Dragones —anunció Missandei.

Reznak mo Reznak se inclinó y sonrió.

—Magnificencia, cada día estáis más bella. Creo que la perspectiva de vuestra boda os ha dotado de brillo. ¡Oh, mi reina resplandeciente!

—Llamad al primer peticionario —suspiró Dany.

Había pasado tanto tiempo desde la última audiencia que la aglomeración de casos resultaba abrumadora. La gente se apretujaba al fondo de la sala, y se produjeron escaramuzas para discutir quién tenía prioridad. Inevitablemente, fue Galazza Galare quien se adelantó, con la cabeza alta y la cara oculta tras un reluciente velo verde.

—Vuestro esplendor, sería más conveniente que pudiésemos hablar en privado.

—Ojalá tuviese tiempo —repuso Dany con voz queda; su última reunión con la gracia verde no había ido bien—. Me caso mañana. ¿Qué queréis de mí?

—Me gustaría hablaros de la osadía de cierto capitán mercenario.

« ¿Se atreve a mencionarlo en una audiencia pública? —Dany se encendió de ira—. Tiene valor, lo reconozco, pero si cree que voy a soportar otra regañina, no podría estar más equivocada» .

—La traición de Ben Plumm el Moreno nos ha sorprendido a todos, pero vuestra advertencia llega demasiado tarde. Y ahora quiero que volváis a vuestro templo y recéis por la paz.

La gracia verde hizo una reverencia.

—Rezaré también por vos.

« Otra bofetada», pensó Dany; notó que las mejillas se le ponían rojas.

El resto fue un tedio que la reina conocía muy bien. Permaneció sentada en sus cojines y escuchó, al tiempo que sacudía un pie con impaciencia. A mediodía, Jhiqui le llevó una fuente con jamón e higos. Los peticionarios parecían no tener fin. Por cada dos que se despedían con una sonrisa, otro se iba murmurando o con los ojos enrojecidos.

Ya casi había anochecido cuando apareció Daario Naharis con sus nuevos cuervos de tormenta, los hombres de Poniente que habían desertado de los Hijos del Viento. Dany no pudo evitar lanzarles alguna que otra mirada, mientras se prolongaba la perorata de un peticionario tras otro.

«Este es mi pueblo. Yo soy su legítima reina. —Tenían un aspecto desaliñado, pero qué se podía esperar de unos mercenarios. El joven no le sacaría más de un año; el mayor debía de haber celebrado sesenta días del nombre. Algunos lucían signos de riqueza: brazaletes de oro, túnicas de seda y cintos tachonados de plata —. Todo fruto de saqueos». En general, vestían ropas sencillas que se notaban muy usadas.

Cuando Daario los hizo adelantarse vio que entre ellos había una mujer, grande y rubia, enfundada en cota de malla.

—Meris la Bella —anunció su capitán, aunque Dany la habría llamado cualquier cosa antes que bella. Media casi dos varas y media y no tenía orejas; un tajo le cruzaba la nariz; lucía cicatrices profundas en ambas mejillas y tenía los ojos más fríos que la reina había visto en su vida. En cuanto a los demás...

Hugh Hungerford era delgado y taciturno, de piernas largas y cara alargada, e iba ataviado con ropa elegante, pero deslucida. Webber era bajo y musculoso, y llevaba la cabeza, el pecho y los hombros recubiertos de arañas tatuadas. Orson Piedra, el de la cara colorada, aseguraba que era un caballero, al igual que el espigado Lucifer Largo. Will de los Bosques le lanzaba miradas lascivas incluso mientras se arrodillaba. Dick Heno tenía los ojos de un azul muy llamativo, el cabello blanco como el lino y una sonrisa inquietante. La cara de Jack el Bermejo quedaba oculta tras una hirsuta barba naranja, y no había forma de entenderlo.

—Se cortó media lengua de un mordisco en su primera batalla —le explicó Hungerford.

Los dornienses parecían diferentes.

—Con la venia de vuestra alteza —intervino Daario—, os presento a Tripasverdes, Gerrold y Rana.

Tripasverdes era enorme y calvo como una piedra, con unos brazos tan gruesos que podrían rivalizar hasta con los de Belwas el Fuerte. Gerrold era un joven alto y esbelto de pelo veteado por el sol y ojos joya de azul verdoso.

«Seguro que esa sonrisa ha conquistado el corazón de muchas doncellas». Su capa era de suave lana marrón forrada de seda cruda, una prenda excelente.

Rana, el escudero, era el más joven de los tres y el menos imponente, un muchacho solemne, bajo y fornido, de pelo y ojos marrones. Tenía un rostro cuadrado, de frente alta, mandíbula grande y nariz ancha. La pelusa del mentón y las mejillas lo hacía parecer un niño que intentara dejarse barba por primera vez. Dany no tenía ni idea de por qué lo llamarían Rana.

«A lo mejor salta más alto que los demás».

—Podéis levantarlos —les dijo—. Daario me dice que venís de Dorne. Los dornienses siempre serán bien recibidos en mi corte: Lanza del Sol permaneció fiel a mi padre cuando el Usurpador le arrebató su trono. Debéis de haber afrontado muchos peligros para llegar hasta mí.

—Demasiados —dijo Gerrold, el joven apuesto del pelo con mechones claros —. Éramos seis cuando salimos de Dorne, alteza.

—Lamento vuestras pérdidas. —La reina se dirigió a su compañero, el grande—. Tripasverdes es un nombre extraño.

—Una broma, alteza, por los días que pasamos embarcados. Me sentí tan enfermo durante todo el trayecto desde Volantis que llegué a ponerme verde de náuseas y... Bueno, no debería decir eso.

—Creo que me imagino el resto, ser Tripasverdes. —Dany rio—. Debo llamarlos *ser*, ¿no es así? Daario me dice que sois caballero.

—Con el beneplácito de vuestra alteza, los tres somos caballeros.

Dany miró a Daario y vio prender la ira en su rostro. « No lo sabía» .

—Necesito caballeros —les dijo.

Aquello despertó los recelos de ser Barristan.

—Es muy fácil hacerse pasar por caballero cuando se está tan lejos de Poniente. ¿Estáis dispuestos a defender esa afirmación con la espada o la lanza?

—Si fuera necesario, sí —replicó Gerrold—, aunque ninguno de nosotros pretenderá igualar a Barristan el Bravo. Vuestra alteza, os pido perdón, pero nos hemos presentado ante vos con nombres falsos.

—Sé de alguien que hizo lo mismo en cierta ocasión —dijo Dany—, un tal Arstan Barbablanca. Decidme, pues, vuestros nombres auténticos.

—Con mucho gusto..., pero, si mi reina nos lo permite, ¿no habría un lugar con menos ojos y oídos?

« Juegos dentro de juegos» .

—Como deseáis. Skahaz, haz salir a todos.

El Cabeza Afeitada rugió órdenes a sus bestias de bronce, que arrearon a los otros ponientes y a los demás peticionarios para sacarlos de la sala como si fueran ganado. Sus consejeros permanecieron allí.

—Ahora —dijo Dany—, decidme vuestros nombres.

Gerrold, el joven atractivo, hizo una reverencia.

—Ser Gerris del Manantial, alteza. Mi espada es vuestra.

Tripasverdes cruzó los brazos frente al pecho.

—Y mi martillo de guerra. Soy ser Archibald Yronwood.

—¿Y vos? —preguntó la reina al muchacho que llamaban Rana.

—Con el permiso de vuestra alteza, ¿podría entregároslo antes mi regalo?

—Como gustéis. —Dany sentía curiosidad; pero, cuando Rana se adelantó, Daario Naharis le salió al paso y le tendió una mano enguantada.

—Dadme a mí ese regalo.

Impasible, el robusto joven se inclinó, se desató la bota y extrajo un pergamino amarillento de una solapa escondida.

—¿Este es tu regalo? ¿Un papel garabateado? —Daario le arrancó el pergamino de las manos, lo desenrolló y observó los sellos y las firmas con los

ojos entrecerrados—. Muy bonito, con todos esos ribetes y dorados, pero no sé leer vuestros garabatos de Poniente.

—Dáselo a la reina —ordenó ser Barristan—. Ahora mismo.

Dany advirtió que la ira iba acumulándose en la sala.

—Solo soy una niña, y a las niñas hay que darles sus regalos —dijo con tono alegre—. Daario, por favor, no os burléis de mí. Dádmelo.

El pergamo estaba escrito en la lengua común. La reina lo desenrolló despacio y estudió los sellos y las firmas. El corazón se le aceleró un poco cuando leyó el nombre de ser Willem Darry. Lo leyó una y otra vez.

—¿Podemos saber qué dice, alteza? —pidió ser Barristan.

—Se trata de un pacto secreto —respondió Dany—, sellado en Braavos cuando yo era pequeña. Ser Willem Darry, el caballero que nos sacó a mi hermano y a mí de Rocadragón antes de que nos atrapasen los hombres del Usurpador, lo firmó en nuestro nombre. El príncipe Oberyn Martell lo firmó en nombre de Dorne, con el Señor del Mar de Braavos como testigo —le tendió el pergamo a ser Barristan para que lo leyera—. Estipula que la alianza ha de sellarse con un matrimonio. A cambio de la ayuda de Dorne para derrocar al Usurpador, mi hermano Viserys debía tomar como reina a Arianne, la hija del príncipe Doran.

El anciano caballero leyó detenidamente el pergamo.

—Si Robert hubiera tenido noticia de esto, habría aplastado Lanza del Sol, igual que hizo con Pyke, y se habría cobrado la cabeza del príncipe Doran y la de la Vibora Roja... y seguramente también la de esa princesa dorniense.

—Sin duda, por eso el príncipe Doran optó por mantener el pacto en secreto —observó Daenerys—. Si mi hermano Viserys hubiese sabido que tenía una princesa dorniense esperándolo, habría ido a Lanza del Sol en cuanto hubiese tenido edad para casarse.

—Y el martillo de Robert habría caído sobre él y sobre Dorne —dijo Rana—. Mi padre se conformó con esperar al día en que el príncipe Viserys consiguiese un ejército.

—¿Vuestro padre?

—El príncipe Doran —hincó una rodilla en el suelo—. Alteza, tengo el honor de presentarme como Quentyn Martell, príncipe de Dorne y vuestro súbdito más leal.

Dany se echó a reír. El príncipe dorniense enrojeció; sus consejeros y su corte la miraron perplejos.

—¿Esplendor? —intervino Skahaz el Cabeza Afeitada en ghiscario—. ¿De qué os reís?

—Lo llaman Rana —dijo ella—, y ya sabemos por qué. En los Siete Reinos se cuentan a los niños cuentos sobre ranas que se convierten en príncipes encantados cuando las besa su amor verdadero. —Sonrió y se dirigió a los

caballeros dornienses en la lengua común—. Decidme, príncipe Quentyn, ¿estáis encantado?

—No, alteza.

—Me lo temía. —« Ni encantado ni encantador, por desgracia. Es una pena que el príncipe sea él y no el rubio de los hombros anchos» —. Pero habéis venido a por un beso. Queréis casaros conmigo, ¿no? El regalo que me traéis sois vos mismo. En vez de Viserys y vuestra hermana, somos vos y yo quienes hemos de sellar este pacto si quiero contar con Dorne.

—Mi padre confiaba en que me encontraseis aceptable.

Daario Naharis dejó escapar una risa burlona.

—Me parecéis un cachorro. La reina necesita un hombre a su lado, no un niño llorón. No sois esposo para una mujer como ella. Cuando os laméis los labios, ¿segurís notando el sabor de la leche de vuestra madre?

Ser Gerris del Manantial frunció el ceño al oírlo.

—Cuida tu lengua, mercenario. Estás hablando con un príncipe de Dorne.

—Y con su niñera, por lo visto. —Daario pasó los pulgares por la empuñadura de sus espadas y sonrió con gesto amenazador. Skahaz frunció el ceño como solo él sabía.

—Tal vez este chico sirva para Dorne, pero Meereen necesita un rey de sangre ghiscaria.

—He oído hablar de Dorne —dijo Reznak mo Reznak—. No hay más que arena, escorpiones y montañas y ermas que se cuecen al sol.

—Dorne son cincuenta mil lanzas y espadas comprometidas al servicio de nuestra reina —respondió el príncipe Quentyn.

—¿Cincuenta mil? —se burló Daario—. Youento tres.

—Ya basta —ordenó Daenerys—. El príncipe Quentyn ha cruzado medio mundo para ofrecerme este regalo y no permitiré que se le falte al respeto. —Se volvió hacia los dornienses—. Ojalá hubieseis llegado hace un año. Estoy prometida en matrimonio con el noble Hizdahr zo Loraq.

—Aún no es demasiado tarde... —dijo ser Gerris.

—Eso me corresponde a mí juzgarlo —replicó Daenerys—. Reznak, ocúpate de que se asignen al príncipe y a sus acompañantes habitaciones dignas de su alta cuna, y de que se atiendan sus deseos.

—Como gustéis, esplendor.

—Entonces, hemos terminado por hoy.

La reina se levantó. Daario y ser Barristan la siguieron por las escaleras que conducían a sus aposentos.

—Esto lo cambia todo —dijo el anciano caballero.

—No cambia nada —dijo Dany mientras Irrí le quitaba la corona—. ¿De qué me sirven tres hombres?

—Tres caballeros —dijo Selmy.

—Tres mentirosos —repuso sombríamente Daario—. Me engañaron.

—Y también te compraron, no me cabe duda.

Él no se molestó en negarlo. Dany desenrolló el pergamino y lo examinó otra vez.

« Braavos. Esto se firmó en Braavos, cuando vivíamos en la casa de la puerta roja. —¿Por qué se sentía tan extraña? Recordó su pesadilla—. A veces, los sueños encierran verdades». ¿Significaba que Hizdahr zo Loraq trabajaba para los hechiceros? ¿Podía tratarse de un aviso? ¿Le estaban diciendo los dioses que se olvidase de Hizdahr para casarse con este príncipe dorniense? Algo le acudió a la memoria.

—Ser Barristan, ¿cómo es el blasón de la casa Martell?

—Un sol en su cémit, atravesado por una lanza.

« El hijo del sol. —Tuvo un escalofrío. «Sombras y susurros». ¿Qué más había dicho Quaithe?—. La yegua clara y el hijo del sol. Había también un león y un dragón. ¿O el dragón soy yo? —“Guardaos del senescal perfumado”», de eso sí se acordaba.

—Sueños y profecías. ¿Por qué siempre tienen que ser adivinanzas? Detesto las adivinanzas. Marchaos. Mañana es el día de mi boda.

Esa noche Daario la tomó de todas las formas en que un hombre podía tomar a una mujer, y ella se le entregó de buen grado. La última vez, cuando ya salía el sol, usó la boca para endurecerlo de nuevo, como Doreah le había enseñado mucho tiempo atrás, y lo montó con tal fieraza que la herida del mercenario comenzó a sangrar de nuevo, y durante un dulce instante no supo si estaba dentro de ella o ella dentro de él.

Pero cuando el sol alumbró el día de su boda, Daario Naharis se levantó, se vistió y se abrochó el cinto de la espada con sus mujeres lascivas de oro brillante.

—¿Adónde vas? —le preguntó Dany—. Te prohíbo que salgas de incursión hoy.

—Mi reina es cruel —dijo su capitán—. Si no puedo matar a tus enemigos, ¿cómo voy a entretenerte mientras te casas?

—Cuando caiga la noche ya no tendré enemigos.

—Acaba de amanecer, dulce reina. El día es largo y hay tiempo de sobra para una última incursión. Te traeré la cabeza de Ben Plumm el Moreno como regalo de bodas.

—Nada de cabezas —insistió Dany—. Una vez me trajiste flores.

—Que te las traiga Hizdahr. No es de los que se agacharían a cortar un diente de león, claro, pero tiene siervos que lo harán por él encantados. ¿Tengo tu permiso para irme?

—No. —Quería que se quedase y la abrazara. «Algun día se irá y no volverá. Algun día, un arquero le atravesará el pecho de un flechazo, o lo atacarán diez hombres con lanzas, espadas y hachas para convertirse en héroes.

—Cinco de ellos morirían, pero eso no la ayudaría a soportar la pena—. Un día lo perderé, como perdí a mi sol y estrellas. Pero por favor, dioses, que no sea hoy»—. Vuelve a la cama y bésame. —Nadie la había besado jamás como Daario Naharis—. Soy tu reina y te ordeno que me folles.

Lo había dicho en broma, pero los ojos de Daario se endurecieron al oír sus palabras.

—Follarse a la reina es tarea del rey. Tu noble Hizdahr podrá encargarse de eso, cuando estéis casados. Y si resulta que es demasiado noble para mancharse de sudor, tiene sirvientes que también estarán encantados de hacerlo por él. O tal vez puedas llamar al chico dorniense a tu cama, y a su amigo el guapo, ¿por qué no?—Salió de la habitación.

« Va a salir de incursión —comprendió Dany—, y si se cobra la cabeza de Ben Plumm, irrumpirá en el banquete de bodas y la arrojará a mis pies. Que los Siete me amporen. ¿Por qué no será de alta cuna?» .

Cuando se hubo ido, Missandei llevó a la reina un almuerzo sencillo a base de queso de cabra y aceitunas, con unas cuantas pasas para dar un toque dulce.

—Vuestra alteza necesita algo más que vino para desayunar. Sois muy menuda, y hoy sin duda necesitaréis fuerzas.

Aquello hizo reír a Daenerys, dicho por una chica aún más menuda que ella. Confiaba tanto en la pequeña escriba que a menudo se olvidaba de que acababa de cumplir los once años. Compartieron la comida en la terraza. Mientras Dany masticaba una aceituna, la naathi la miró con ojos de oro fundido.

—No es tarde para anunciar que habéis decidido no casaros.

« Sí que lo es» , pensó la reina con tristeza.

—La sangre de Hizdahr es antigua y noble. Nuestro enlace unirá a mis libertos con su pueblo. Cuando seamos uno solo, también lo será nuestra ciudad.

—Vuestra alteza no ama al noble Hizdahr. Una cree que preferiríais a otro por marido.

« Hoy no debo pensar en Daario» .

—La reina ama a quien debe, no a quien quiere. —Había perdido el apetito —. Llévate esta comida. Ya es hora de que me bañe.

Más tarde, mientras Jhiqui la secaba, Irri le llevó el *tokar*. Dany envidió los holgados pantalones de seda y los chalecos pintados de las criadas dothrakis. Estarían mucho más frescas que ella, con el *tokar* de pesados flecos de perlas.

—Ayudadme a envolverme en esto, por favor. No me las arreglo con tantas cuentas.

Era consciente de que debería estar más emocionada con el día de su boda y la noche que seguiría. Rememoró la noche de su primera boda, cuando Khal Drogo tomó su virginidad bajo unas estrellas extrañas. Recordó que estaba muy asustaba, y también excitada. ¿Sería lo mismo con Hizdahr?

« No. Ya no soy aquella niña, y él no es mi sol y estrellas» .

Missandei volvió a salir de la pirámide.

—Reznak y Skahaz solicitan el honor de escoltar a vuestra alteza al templo de las Gracias. Reznak ha ordenado que os preparen el palanquín.

Los meereenos rara vez montaban a caballo dentro de la ciudad; preferían que sus esclavos los llevaran en volandas sobre palanquines, literas y sillas de mano.

« Los caballos ensucian las calles —le había dicho un hombre—; los esclavos, no». Dany había liberado a los esclavos, pero los palanquines, literas y sillas seguían atestando las calles, y ninguno flotaba en el aire por arte de magia.

—Hace demasiado calor para ir encerrada en un palanquín. Que ensillen a mi plata. No acudiré ante mi señor esposo a hombros de porteadores.

—Alteza —dijo Missandei—, una lo siente mucho, pero no podéis montar con el *tokar* puesto.

Como de costumbre, la pequeña escriba tenía razón. El *tokar* no era una prenda pensada para ir a caballo. Dany hizo un gesto de desagrado.

—De acuerdo, pero no iré en el palanquín; me ahogaría entre todas esas telas. Que准备 una silla de mano. —Si tenía que ponerse las orejas largas, que la viesen todos los conejos.

Cuando Dany hizo su aparición, Reznak y Skahaz cayeron de rodillas.

—Vuestra adoración brilla tanto que cegará a todos los hombres que se atrevan a mirar —dijo el senescal Reznak, que llevaba un *tokar* de brocado granate con flecos dorados—. Hizdahr zo Loraq es muy afortunado al teneros... y vos al tenerlo a él, si me permitís la osadía. Este enlace salvará nuestra ciudad, y a lo veréis.

—Rezamos por ello. Quiero plantar mis olivos y verlos dar fruto. —« ¿Acaso importa que no me complazcan los besos de Hizdahr? La paz me complacerá. ¿Soy una reina o una simple mujer?» .

—Hoy, las multitudes parecerán enjambres de moscas. —El Cabeza Afeitada vestía una falda negra plisada y una coraza musculada, y bajo el brazo llevaba un yelmo de cobre con forma de cabeza de serpiente.

—¿Debería tener miedo de las moscas? Tus bestias de bronce me mantendrán a salvo de cualquier daño.

La base de la Gran Pirámide siempre se encontraba en penumbra. Las paredes de treinta pies de grosor ahogaban el tumulto de las calles y mantenían fuera el calor, de forma que el interior era fresco y oscuro. Su escolta estaba dentro, ya formada ante las puertas. Los establos de caballos, burros y mulas se encontraban en los muros del oeste, y los de los elefantes, en los del este. Dany se había hecho con tres de aquellas bestias extrañas y descomunales. Le parecían mamuts lampiños y grises, aunque les habían recortado y recubierto de oro los colmillos, y tenían los ojos tristes.

Belwas el Fuerte se dedicaba a comer uvas, mientras Barristan Selmy

observaba al mozo de cuadra que ajustaba la cincha de su caballo tordo. Los tres dornienses estaban hablando con él, pero se apartaron cuando apareció la reina. El príncipe dobló una rodilla.

—Vuestra alteza, mi deber es suplicaros. Mi padre está perdiendo las fuerzas, pero su devoción por vuestra causa es tan firme como siempre. Si mi actitud o mi persona no han sido de vuestro agrado, lo lamento, pero...

—Si queréis agradarme, alegraos por mí —replicó Daenerys—. Es el día de mi boda. En la Ciudad Amarilla se bailará, estoy segura —suspiró—. Levantaos, mi príncipe, y sonreíd. Algún día regresaré a Poniente para reclamar el trono de mi padre, y acudiré a Dorne en busca de ayuda. Hoy por hoy, los yunkios han puesto un cerco de acero a mi ciudad. Tal vez muera antes de ver mis Siete Reinos; tal vez muera Hizdahr; tal vez Poniente sea engullido por las olas. —Lo besó en la mejilla—. Vamos. Es hora de que me case.

Ser Barristan la ayudó a subir a la silla y Quentyn volvió con sus compañeros dornienses. Belwas el Fuerte bramó para que abriesen las puertas, y los porteadores sacaron a Daenerys Targaryen al sol. Selmy se situó tras ella en su caballo tordo.

—Decidme —inquirió Dany cuando el cortejo se encaminó hacia el templo de las Gracias—, si mis padres hubiesen sido libres para hacer lo que les dictaba el corazón, ¿con quiénes se habrían casado?

—Eso pasó hace mucho tiempo. Vuestra alteza no habrá oído hablar de las otras personas.

—Pero vos sí. Contádmelo.

El anciano caballero inclinó la cabeza.

—Vuestra madre, la reina, siempre fue consciente de sus obligaciones. —Estaba muy atractivo con su armadura de oro y plata, con la capa blanca ondeando desde sus hombros, pero por su voz era obvio que lo pasaba mal, como si cada palabra fuese una piedra que debía tragarse—. De joven, sin embargo... En cierta ocasión, se enamoró de un joven caballero de las tierras de la tormenta que portó su prenda en un torneo y la nombró reina del amor y la belleza. No duró mucho.

—¿Qué pasó con el caballero?

—Dejó la lanza el día en que vuestra señora madre se casó con vuestro padre. Después se volvió muy piadoso, y se le oyó decir que solo la Doncella podía reemplazar a la reina Rhaella en su corazón. Su romance era imposible, por supuesto. Un caballero hacendado no es consorte digno de una princesa de sangre real.

« Y Daario Naharis solo es un mercenario, ni siquiera digno de abrocharle las espuelas a un simple caballero hacendado» .

—¿Y mi padre? ¿Hubo alguna mujer a la que amase más que a su reina?

—No..., amar, no. —Ser Barristan se agitó incómodo en la silla—. Quizá

desear sería una palabra más adecuada, pero... no eran más que habladurías de las cocinas, susurros de lavanderas y mozos de cuadras...

—Quiero saberlo. No conocí a mi padre. Quiero saberlo todo sobre él. Lo bueno y... lo demás.

—Como ordenéis. —El caballero blanco escogió las palabras con cuidado—. El príncipe Aerys... cuando era joven, se sentía atraído por cierta dama de Roca Casterly, una prima de Tywin Lannister. Cuando ella se casó con Tywin, vuestro padre bebió demasiado vino durante la boda y lo oyeron decir cuánto lamentaba que hubiesen abolido el derecho de pernada. Una broma de borrachos, nada más, pero Tywin Lannister no es de los que olvidan unas palabras semejantes, ni las... libertades que se tomó vuestro padre durante el encamamiento. —Se sonrojó—. He hablado demasiado, alteza. He...

—¡Bienhallada, mi gentil reina! —Otro cortejo se había puesto a la altura del suyo, y Hizdahr zo Loraq le sonreía desde su propia silla.

« Mi rey. —Dany se preguntó dónde estaría Daario Naharis, qué estaría haciendo en ese instante—. Si esto fuera un cuento, llegaría galopando justo cuando el cortejo alcanzase el templo, para batirse con Hizdahr por mi mano» .

Juntos, el cortejo de Dany y el de Hizdahr zo Loraq avanzaron despacio por Meereen, hasta que el templo de las Gracias se alzó imponente ante ellos, con sus cúpulas doradas resplandecientes al sol.

« Qué bonito —trató de pensar la reina; pero en su interior había una niñita tonta que no podía evitar mirar en derredor buscando a Daario—. Si te amase, vendría y te llevaría a punta de espada, igual que Rhaegar se llevó a su norteña» , insistía la niña que era en el fondo; pero la reina sabía que eran tonterías. Incluso si su capitán estuviese lo bastante loco para intentarlo, las bestias de bronce lo despedazarían antes de que pudiese acercarse a cien pasos de ella.

Galazza Galare los esperaba a las puertas del templo, rodeada por sus hermanas vestidas de blanco, rosa y rojo, azul, oro y violeta.

« Hay menos que antes. —Dany buscó a Ezzara y no la vio—. ¿Se la habrá llevado la colerina sangrienta?» . A pesar de que la reina había abandonado a los astaporis para que muriesen de hambre al otro lado de la muralla con el fin de evitar contagios, la enfermedad se estaba extendiendo. Había muchos afectados: libertos, mercenarios, bestias de bronce y hasta dothrakis, aunque por el momento no había tocado a ningún inmaculado. Rezó para que ya hubiese pasado lo peor.

Las gracias le llevaron un sillón de marfil y un cuenco de oro. Sujetando delicadamente su *tokar* para no enredarse con los flecos, Daenerys Targaryen se acomodó en el lujoso asiento de terciopelo, y Hizdahr zo Loraq se arrodilló, le desató las sandalias y le lavó los pies mientras cincuenta eunucos cantaban y diez mil ojos los observaban.

« Tiene manos tiernas —caviló al sentir los cálidos aceites perfumados en los

dedos—. Si también tiene el corazón tierno, puede que con el tiempo llegue a cobrarle afecto».

Cuando terminó de lavarle los pies, Hizdahr se los secó con una toalla suave, volvió a atarle las sandalias y la ayudó a ponerse en pie. Cogidos de la mano, siguieron a la gracia verde al interior del templo, donde el aire estaba cargado de incienso y un manto de oscuridad envolvía a los dioses de Ghis en sus nichos.

Cuatro horas más tarde salieron como marido y mujer, atados por las muñecas y los tobillos con cadenas de oro amarillo.

La reina Selyse se presentó en el Castillo Negro con su hija, el bufón de la niña, criadas, damas, y un séquito compuesto por cincuenta caballeros, espadas juramentadas y soldados.

« Son todos hombres de la reina —comprendió Jon—. Asisten a Selyse, pero a quien obedecen es a Melisandre».

La sacerdotisa roja lo había avisado de la visita de la reina casi un día antes de que llegase el cuervo de Guardiaoriente con el mismo mensaje.

Recibió al grupo junto a los establos, en compañía de Seda, Bowen Marsh y media docena de guardias que vestían largas capas negras. Si la mitad de lo que se decía de la reina era cierto, presentándose ante ella sin una comitiva propia corría el riesgo de que lo confundiese con un mozo de cuadra y le entregase las riendas del caballo.

Las nevadas se habían desplazado por fin hacia el sur y les daban una tregua. Mientras se arrodillaba ante la reina sureña, incluso le pareció que el aire era algo más cálido.

—Alteza, el Castillo Negro os da la bienvenida a vos y a los vuestros.

—Gracias. Os ruego que me escoltéis hasta vuestro lord comandante —respondió la reina, mirándolo desde arriba.

—Mis hermanos me escogieron a mí para tal honor. Soy Jon Nieve.

—¿Vos? Me habían dicho que erais joven, pero... —El rostro de la reina Selyse estaba demacrado y pálido. Llevaba una corona de oro rojo con puntas en forma de llamas, exactamente igual que la de Stannis—. Podéis levantarlos, lord Nieve. Esta es mi hija Shireen.

—Princesa... —Jon inclinó la cabeza. Shireen era una joven poco agraciada, y la psoriagrís la afeaba más aún: le había dejado el cuello y parte de la mejilla grises, endurecidos y agrietados—. Mis hermanos y yo estamos a vuestro servicio —dijo a la muchacha.

—Gracias, mi señor —respondió Shireen, sonrojada.

—Ya conocéis a mi tío, ser Axell Florent —continuó la reina.

—Solo por cuervos. —« E informes». Las cartas que había recibido de Guardiaoriente del Mar hablaban mucho de Axell Florent, y poco de lo que decían era bueno—. Ser Axell...

—Lord Nieve... —Florent era un hombre robusto, de piernas cortas y pecho abombado. Tenía la nariz y la mandíbula cubiertas de vello hirsuto, que también le asomaba por las orejas y por las ventanas de la nariz.

—Mis leales caballeros —prosiguió la reina Selyse—: ser Narbert, ser Benethon, ser Brus, ser Patrek, ser Dorden, ser Malegorn, ser Lambert, ser Perkin. —Iban haciendo una reverencia a medida que la reina los nombraba. No se molestó en presentar al bufón, pero los cencerros del sombrero astado y los

variopintos tatuajes que le recorrián las mejillas hinchadas hacían imposible pasarlo por alto.

«Caramanchada». Las cartas de Cotter Pyke también lo mencionaban; Pyke decía que era retrasado.

La reina hizo una seña a otro curioso miembro de su séquito: un hombre alto y flaco como un palo, con un estrafalario sombrero de tres niveles de fieltro morado que resaltaba más aún su altura.

—Y aquí tenemos al honorable Tycho Nestoris, un emisario del Banco de Hierro de Braavos, que ha venido a hablar con el rey Stannis.

El banquero se quitó el sombrero e hizo una profunda reverencia.

—Lord comandante, agradezco vuestra hospitalidad y la de vuestros hermanos.—Hablabía la lengua común con fluidez y un acento muy leve. Media casi un palmo más que Jon; una barba fina como una cuerda le nacia en la barbilla y le llegaba casi hasta la cintura. Llevaba ropa de un morado sombrío y con ribetes de armiño, y un cuello alto y rígido le enmarcaba el rostro enjuto—. Espero que nuestra presencia no os resulte demasiado molesta.

—En absoluto, mi señor. Sois bienvenido. —«Bastante más que esta reina, la verdad». Cotter Pyke había enviado un cuervo con antelación para avisar de la llegada del banquero. Desde entonces, Jon no había pensado en gran cosa. Se volvió hacia la reina—. Los aposentos reales de la Torre del Rey están acondicionados para vuestra alteza, y os acogerán durante todo el tiempo que deseéis permanecer con nosotros. Os presento a Bowen Marsh, nuestro lord mayordomo. Buscará alojamiento para vuestros hombres.

—Sois muy amable al hacernos un hueco. —Las palabras de la reina eran corteses, pero su tono indicaba que, a su parecer, los hombres solo cumplían su obligación y más les valía que las habitaciones fueran de su agrado—. No nos quedaremos demasiado tiempo; unos días, como mucho. Tenemos intención de dirigirnos a nuestro nuevo asentamiento del Fuerte de la Noche tan pronto como hayamos descansado. El viaje desde Guardiaoriente ha sido agotador.

—Como deseéis, alteza —dijo Jon—. Imagino que tendréis frío y hambre. En nuestra sala común os aguarda una comida caliente.

—Muy bien. —La reina echó un vistazo al patio—. Sin embargo, antes me gustaría hablar con lady Melisandre.

—Por supuesto, alteza. Sus habitaciones se encuentran también en la Torre del Rey. Seguidme, os lo ruego. —La reina Selyse asintió, tomó a su hija de la mano y se dejó guiar por Jon desde los establos. Ser Axell, el banquero braavosi y los demás los siguieron como una bandada de patitos envueltos en lana y pieles.

—Alteza —dijo Jon Nieve—, mis constructores han hecho cuanto estaba en sus manos por preparar el Fuerte de la Noche para vuestra llegada... Pero gran parte sigue en ruinas. Es un castillo grande, el más grande del Muro, y solo hemos podido reconstruirlo parcialmente. Puede que estéis más cómoda si

volvéis a Guardiaoriente del Mar.

—No vamos a volver a Guardiaorienté —respondió la reina frunciendo la nariz—. No nos gusta. Una reina debería ser la señora de su casa. Ese Cotter Pyke que nos mandasteis ha resultado ser un hombre grosero, desagradable, problemático y mezquino.

« Tendrías que oír lo que dice Cotter de ti» .

—No sabéis cuánto lo siento, pero me temo que vuestra alteza descubrirá que las condiciones en las que se encuentra el Fuerte de la Noche os gustarán aún menos. Es un fuerte, no un palacio. Es un lugar lúgubre y frío. Sin embargo, Guardiaorienté...

—Guardiaorienté no es un lugar seguro. —La reina puso una mano en el hombro de su hija—. Esta es la verdadera heredera del rey. Un día se sentará en el Trono de Hierro y gobernará los Siete Reinos. Debe estar a salvo, y es en Guardiaorienté donde se producirá el ataque. Mi esposo ha escogido el Fuerte de la Noche y allí nos asentaremos. No vamos a... ¡Oh!

Una sombra enorme emergió tras el esqueleto de la Torre del Comandante. La princesa Shireen soltó un gritito, y tres caballeros de la reina se sobresaltaron al mismo tiempo. Otro dejó escapar un juramento.

—Que los Siete nos asistan. —La impresión le había hecho olvidar momentáneamente a su nuevo dios rojo.

—No os asustéis —les dijo Jon Nieve—. No va a haceros ningún daño, alteza. Os presento a Wun Wun.

—Wun Weg Wun Dar Wun. —La voz del gigante retumbó como una roca al caer por la ladera de una montaña. Se arrodilló ante ellos. Incluso en aquella postura los sobrepasaba en altura—. Arrodillo reina. Pequeña reina. —Sin duda, Pieles le había enseñado aquellas palabras.

—¡Es un gigante! —La princesa Shireen tenía los ojos como platos—. Un gigante de verdad, como los de los cuentos. ¿Por qué habla tan raro?

—Todavía no conoce bien la lengua común —explicó Jon—. En su tierra, los gigantes hablan la antigua lengua.

—¿Puedo tocarlo?

—Más vale que no —aconsejó su madre—. Míralo. Es una criatura abominable. —Miró a Jon con el ceño fruncido—. Lord Nieve, ¿qué hace esta bestia en nuestro lado del Muro?

—Wun Wun es un invitado de la Guardia de la Noche, al igual que vos.

A la reina no le gustó aquella respuesta, y a sus caballeros tampoco. Ser Axell hizo un gesto de desagrado y ser Brus ahogó una risita nerviosa.

—Tenía entendido que ya no había gigantes —dijo ser Narbert.

—Quedan muy pocos. —« Ygritte lloró por ellos» .

—En la oscuridad, los muertos bailan. —Caramanchada movió los pies en un grotesco paso de danza—. Lo sé, lo sé, je, je, je. —En Guardiaorienté le habían

confeccionado una capa con retales de piel de castor, oveja y conejo. De las astas del sombrero colgaban cencerros y largas tiras de piel de ardilla que le cubrían las orejas. Cada uno de sus movimientos iba acompañado de sonidos tintineantes.

Wun Wun lo miró fascinado, pero cuando intentó acercarse, el bufón saltó hacia atrás, haciendo sonar los cencerros.

—Oh no, oh no, oh no. —Aquello hizo que Wun Wun se levantara. La reina agarró a la princesa Shireen y tiró de ella hacia atrás; los caballeros desenvainaron las espadas, y Caramanchada, alarmado, salió corriendo, tropezó y acabó con el culo hundido en un montón de nieve.

Wun Wun se echó a reír. Las risotadas de un gigante dejarían en ridículo el rugido de un dragón, por lo que Caramanchada se cubrió las orejas, la princesa Shireen apretó el rostro contra las pieles de su madre y un valiente caballero se adelantó blandiendo su acero. Jon alzó una mano para detenerlo.

—Es mejor que no lo hagáis enfadar. Envainad vuestra espada. Pieles, vuelve con Wun Wun a la Torre de Hardin.

—¿Comer ahora, Wun Wun? —preguntó Wun Wun.

—Comer ahora —accedió Jon—. Enviaré una fanega de hortalizas para él y carne para ti —le dijo a Pieles—. Enciende un fuego.

—Lo haré, mi señor, pero en Hardin hace un frío que cala hasta los huesos —contestó Pieles con una sonrisa—. ¿Podría mi señor mandar algo de vino para mantenernos calientes?

—Para ti, pero no para él. —Wun Wun no había probado el vino hasta llegar al Castillo Negro, pero desde entonces había desarrollado una afición gigantesca por él. «Demasiada». Jon tenía bastantes problemas a los que enfrentarse para añadir al lote un gigante borracho. Se volvió hacia los caballeros de la reina—. Mi señor padre decía que no se debería desenvainar una espada a menos que se fuera a hacer uso de ella.

—Pensaba usarla. —El caballero iba afeitado y tenía el rostro curtido por el viento; bajo una capa de piel blanca vestía un jubón de tela de plata con una estrella azul de cinco puntas—. Según tenía entendido, la Guardia de la Noche defiende al reino de estos monstruos. Nadie me había dicho que los tuvierais de mascotas.

—¿Y vos sois...? —«Otro imbécil sureño».

—Ser Patrek de la Montaña del Rey, mi señor.

—Desconozco los usos de vuestra montaña en lo tocante a la inmunidad de los huéspedes, pero en el norte es sagrada. Wun Wun es un invitado.

—Decidme, lord comandante —dijo ser Patrek con una sonrisa—, si aparecen los Otros, ¿también pensáis ofrecerles vuestra hospitalidad? —El caballero se volvió hacia la reina—. Alteza, si no me equivoco, esa es la Torre del Rey. ¿Me concedéis el honor de acompañaros?

—Como deseéis. —La reina aceptó su brazo y pasó por delante de los hombres de la Guardia de la Noche sin mirar atrás.

« Esas llamas que lleva en la corona son lo más cálido que hay en ella» .

—Lord Tycho —llamó Jon—. Esperad un momento, por favor.

—No soy ningún señor —contestó el braavosi al tiempo que se detenía—. Tan solo un mero sirviente del Banco de Hierro de Braavos.

—Cotter Pyke me ha informado de que llegasteis a Guardiaoriente con tres barcos: una galeaza, una galera y una coca.

—En efecto, mi señor. La travesía es peligrosa en esta época. Un barco puede naufragar si va solo, pero tres pueden ayudarse entre sí. El Banco de Hierro siempre es muy prudente con estos asuntos.

—¿Podríamos tener una pequeña charla antes de que partáis?

—Estoy a vuestro servicio, lord comandante. En Braavos solemos decir que no hay mejor momento que el presente. ¿Os parece bien?

—No lo hay mejor. ¿Preferís que vayamos a mis aposentos, o deseáis conocer la cima del Muro?

El banquero miró hacia arriba, donde el hielo se cernía vasto y blanco contra el cielo.

—Ahí arriba hará mucho frío.

—Mucho frío y mucho viento. Al final se aprende a caminar bien alejado del borde. A varios hombres se los llevó el viento. Aun así, en este mundo no hay nada remotamente parecido al Muro. Puede que no tengáis otra ocasión de verlo.

—No cabe duda de que me arrepentiré en mi lecho de muerte, pero tras un día tan largo a caballo, me resulta más apetecible una habitación cálida.

—Entonces vamos a mis aposentos. Seda, tráenos vino especiado, por favor.

Las habitaciones de Jon, tras la armería, estaban bastante aisladas del ruido, aunque eran bastante frías. El fuego se había apagado hacía rato; a la hora de mantenerlo vivo, Seda no era tan diligente como Edd el Penas.

—¡Maíz! —El cuervo de Mormont los recibió con un graznido. Jon colgó la capa.

—Venís en busca de Stannis, ¿no es así?

—En efecto, mi señor. La reina Selyse ha sugerido que enviemos un cuervo a Bosquespeso para informar a su alteza de que lo espero en el Fuerte de la Noche. El asunto que deseo tratar con él es demasiado delicado para confiarlo por carta.

—Una deuda. —« No puede ser otra cosa» . —¿Una deuda suya o de su hermano?

—No sería apropiado por mi parte hablar de las deudas que lord Stannis tenga o deje de tener —respondió el banquero al tiempo que apretaba los dedos—. Respeto al rey Robert... Tuvimos el honor de ayudar a su alteza cuando lo necesitó. Mientras Robert vivió, no hubo problemas. Sin embargo, el Trono de Hierro ha dejado de devolvernos los préstamos.

« ¿De verdad son tan necios los Lannister?» .

—No pretenderéis hacer responsable a Stannis de las deudas de su hermano.

—Las deudas las contrajo el Trono de Hierro —declaró Tycho—, y debe saldarlas quienquiera que se siente en él. Ya que tanto el rey Tommen como sus consejeros están empecinados, nuestra intención era abordar el tema con el rey Stannis. Si se muestra digno de nuestra confianza, le proporcionaremos con mucho gusto cualquier ayuda que necesite.

—Ayuda —gritó el cuervo—. Ayuda, ayuda.

Jon ya se imaginó algo parecido en el momento en que supo que el Banco de Hierro envía un emisario al Muro.

—Lo último que sabemos de su alteza es que se dirigía hacia Invernalia para enfrentarse a lord Bolton y sus aliados. Podéis ir en su busca, pero corréis el riesgo de veros envuelto en la guerra.

—Los que servimos en el Banco de Hierro nos enfrentamos a la muerte tanto como los que servís al Trono de Hierro —contestó Tycho bajando la cabeza.

« ¿Sirvo al Trono de Hierro?» . Jon ya no estaba seguro.

—Puedo proporcionaros caballos, provisiones, guías y lo que preciséis para alcanzar Bosquespeso, pero a partir de ahí tendréis que llegar hasta Stannis por vuestra cuenta. —« Y puede que os encontréis su cabeza clavada en una pica» —. Pero eso tiene un precio.

—Precio —coreó el cuervo de Mormont—. Precio, precio.

—Todo tiene un precio, ¿verdad? —sonrió el braavosi—. ¿Qué necesita la Guardia?

—Para empezar, vuestros barcos. Y sus tripulaciones.

—¿Los tres? ¿Cómo voy a regresar a Braavos?

—Solo los necesito para un viaje.

—Un viaje peligroso, imagino. Habéis dicho « para empezar» .

—También necesitamos un préstamo. Oro suficiente para alimentarnos hasta la primavera; para comprar comida y fletar barcos que nos la traigan.

—¿Hasta la primavera? —Tycho suspiró—. No será posible, mi señor.

¿Qué le había dicho Stannis? « Regateáis como una vieja por un bacalao, lord Nieve. ¿Es que vuestro padre os engendró con una pescadera?» . Tal vez.

Llevó casi una hora convertir lo imposible en posible, y otra más acordar los detalles. La frasca de vino especiado que les había llevado Seda los ayudó a resolver los detalles más conflictivos. Cuando Jon firmó el pergamo redactado por el braavosi, los dos estaban borrachos y tristes. Jon consideró que era una buena señal.

Los tres barcos braavosis elevaban a once la flota de Guardiaoriente, que incluía el ballenero ibbenés que había requisado Cotter Pyke siguiendo las órdenes de Jon, una galera mercante de Pentos, también confiscada, y tres malertchos navios de guerra lysenos: los restos de la antigua flota de Salladhor

Saan, arrastrada al norte por las tormentas otoñales. Los tres barcos de Saan necesitaban reparaciones urgentes, pero a esas alturas ya deberían estar arreglados.

No era muy prudente enviar once barcos, pero si esperaba más, la gente del pueblo libre que se encontraba en Casa Aleria ya habría muerto cuando llegase la flota a rescatarla.

«Hay que navegar ahora, o nunca». Aunque no sabía si Madre Topo y los suyos estarían suficientemente desesperados para confiar sus vidas a la Guardia de la Noche.

Cuando Jon y Tycho Nestoris dejaron la estancia, ya había oscurecido y comenzaba a nevar.

—Parece que ha sido una tregua corta. —Jon se ciñó la capa con fuerza.

—El invierno se nos echa encima. Cuando salí de Braavos ya había hielo en los canales.

—Tres de mis hombres pasaron por Braavos, no hace mucho —le comentó Jon—. Un viejo maestre, un bardo y un joven mayordomo. Iban escoltando a Antigua a una chica salvaje con un niño de teta. ¿Os los habéis encontrado, por casualidad?

—Me temo que no, mi señor. No hay día que no pasen ponientes por Braavos, pero casi todos llegan y se van por el puerto del Trapero. Los barcos del Banco de Hierro amarran en el puerto Púrpura. Si queréis, puedo preguntar por ellos cuando vuelva a casa.

—No será necesario. A estas alturas ya deberían estar a salvo en Antigua.

—Esperemos que sí. El mar Angosto es muy peligroso en esta época del año, y últimamente hemos recibido informes preocupantes de barcos desconocidos avistados en los Peldaños de Piedra.

—¿Salladhor Saan?

—¿El pirata lisen? Hay quien dice que ha vuelto a los sitios que frecuentaba, es cierto. Y la flota de guerra de lord Redwyne también pulula por el Brazo Roto. Sin duda van de camino a casa. Pero esos hombres y esos barcos nos son muy conocidos. No, esas otras velas... Puede que vengan del lejano oriente... Ha habido extraños rumores sobre dragones.

—Ojalá tuviéramos uno aquí. Caldearía el ambiente.

—Bromeáis, pero disculpad si no me río. Los braavosis descendemos de los que escaparon de Valyria y de la ira de los Señores Dragón. No nos los tomamos a broma.

«No, ya veo que no».

—Os presento mis disculpas, lord Tycho.

—No son necesarias. Empiezo a tener hambre. Prestar sumas tan altas abre el apetito. ¿Podrías indicarme cómo llegar a vuestro comedor?

—Yo mismo os acompañaré. —Jon hizo un ademán—. Por aquí.

Habría sido una descortesía no compartir el pan con el banquero, de modo que envió a Seda a por comida. La novedad de los recién llegados había atraído a casi todos los hombres que no estaban de guardia o dormidos, y el sótano estaba abarrotado y cálido.

La reina y su hija no se presentaron; lo más seguro era que estuvieran acomodándose en la Torre del Rey. Los que sí estaban eran ser Brus y ser Malegorn, entreteniendo a los hermanos allí reunidos con las últimas noticias de Guardiaoriente y de más allá del mar. Había tres damas de la reina sentadas juntas, debidamente atendidas por sus criadas y por una docena de admiradores de la Guardia de la Noche.

Junto a la puerta, Axell Florent, la mano de la reina, estaba atacando un par de capones; rebañaba la carne de los huesos y regaba cada bocado con tragos de cerveza. Cuando divisó a Jon Nieve dejó el hueso, se limpió la boca con el dorso de la mano y se le acercó. Las piernas torcidas, el pecho de barril y las enormes orejas le daban un aspecto muy cómico, pero Jon era consciente de que más valía no reírse de él. Era el tío de la reina Selyse y había sido de los primeros en seguirla cuando aceptó al dios rojo de Melisandre.

« Si no es un asesino de la sangre de su sangre, no anda lejos. —El maestre Aemon le había dicho que Melisandre había incinerado al hermano de Axell Florent, y que este había hecho bien poco por evitarlo—. ¿Qué hombre puede ver como queman vivo a su hermano sin siquiera inmutarse?» .

—Nestoris —saludó ser Axell—, lord comandante, ¿os importa si os acompañño? —Se asentó en el banco antes de que tuvieran ocasión de responder—. Lord Nieve, me gustaría preguntaros... ¿dónde puedo encontrar a la princesa de los salvajes de la que habla su alteza?

« A muchas leguas de aquí —pensó Jon—. Si los dioses son benevolentes, ya habrá dado con Tormund Matagigantes» .

—Val es la hermana pequeña de Dalla, que a su vez fue la esposa de Mance Rayder y la madre de su hijo. El rey Stannis tomó prisionera a Val y a la niña cuando Dalla murió de parto, pero no es ninguna princesa tal como vos lo entendéis.

—Sea lo que sea, en Guardiaoriente, los hombres decían que era una moza muy bella —respondió Axell con un encogimiento de hombros—. Me gustaría verla con mis propios ojos. Hay salvajes a las que habría que poner de espaldas para poder cumplir los deberes maritales. Si no es molestia, traedla para que le echemos un vistazo.

—No es un caballo al que podáis examinar.

—Prometo no contarle los dientes. —Florent sonrió—. Oh, no temáis, la trataré con toda la cortesía que merece.

« Sabe que no está aquí. —Ninguna aldea tenía secretos, y el Castillo Negro no era excepción. No se hablaba abiertamente de la ausencia de Val, pero había

hombres que sabían de ella, y por la noche, en la sala común, los hermanos hablaban—. ¿Qué habrá oido? —se preguntó Jon—. ¿Cuánto creerá de lo que ha oido? .

—Disculpadme, pero no voy a traer aquí a Val.

—Iré yo. ¿Dónde la tenéis?

—Está a buen recaudo. —« Lejos de ti » —. Ya es suficiente.

—Mi señor, ¿habéis olvidado quién soy? —El rostro del caballero había enrojecido. El aliento le olía a cerveza y cebolla—. ¿Tengo que hablar con la reina? Una palabra de su alteza, y me traerán a esa salvaje desnuda para que la examine.

« Eso no puede hacerlo ni una reina» .

—La reina no abusaría de nuestra hospitalidad —respondió Jon, con la esperanza de que fuera cierto—. Y lo siento, pero debo ausentarme, o incumpliré mis deberes como anfitrión. Lord Tycho, os ruego que me disculpéis.

—Por supuesto —dijo el banquero—. Ha sido un placer.

Fuera nevaba cada vez con más fuerza. Más allá del patio, la Torre del Rey se había convertido en una sombra voluminosa, y las luces de las ventanas quedaban oscurecidas por la nieve.

Cuando volvió a sus aposentos, Jon se encontró al cuervo del Viejo Oso posado en el respaldo de la silla de roble y cuero, tras la mesa de caballetes. En cuanto entró, el pájaro empezó a chillar y pedir comida. Jon cogió un puñado de grano de un saco, junto a la puerta, y lo desperdigó por el suelo; luego se apoderó de la silla.

Tycho Nestoris había dejado una copia del acuerdo, y Jon la leyó tres veces.

« Ha sido fácil —reflexionó—. Mucho más de lo que esperaba. Mucho más de lo que debería» .

Aquello lo inquietaba. El dinero braavosi permitiría a la Guardia de la Noche comprar comida en el sur cuando empezase a escasear en los almacenes; suficiente comida para todo el invierno, durase lo que durase.

« Un invierno largo y crudo nos dejará con una deuda de tal magnitud que nunca saldremos de ella —se recordó—, pero si la elección es deuda o muerte, más nos vale pedir prestado» .

Sin embargo, no acababa de gustarle, y le gustaría menos aún cuando llegase la primavera y el momento de pagar todo aquel oro. Había quedado impresionado por la cultura y cortesía de Tycho Nestoris, pero el Banco de Hierro de Braavos tenía una reputación temible a la hora de reclamar deudas. Cada una de las Nueve Ciudades Libres tenía su propio banco; algunas contaban con varios, que luchaban por cada moneda como perros por un hueso, pero el Banco de Hierro era más rico y poderoso que todos los demás juntos. Cuando los príncipes dejaban de pagar a los bancos menores, los banqueros arruinados vendían a sus esposas e hijos como esclavos y se cortaban las venas. Cuando

dejaban de pagar al Banco de Hierro, nuevos príncipes aparecían de la nada y ocupaban su trono.

« Tal como está a punto de averiguar Tommen, pobre gordito. —Sin duda, los Lannister tenían sus razones para no saldar las deudas del rey Robert, pero aun así, era una estupidez. Si Stannis era flexible a la hora de aceptar sus condiciones, los braavosis le darían tanto oro y plata como le hiciera falta; lo suficiente para comprar una docena de compañías de mercenarios, sobornar a un centenar de señores, y pagar, dar de comer, vestir y armar a sus hombres—. Si Stannis no yace bajo los muros de Invernalia, puede que ya haya conseguido el Trono de Hierro» . Se preguntó si Melisandre había visto aquello en sus fuegos.

Jon se reclinó en el asiento, bostezó y se desperezó. Al día siguiente prepararía las órdenes necesarias para Cotter Pyke.

« Lleva once barcos hasta Casa Aleria. Vuelve con tanta gente como puedas; da prioridad a las mujeres y los niños. —Era hora de zarpar—. ¿Debería ir en persona, o encomendar la expedición a Cotter? —El Viejo Oso había estado al mando de una expedición—. Sí. Y no volvió» .

Cerró los ojos, solo un momento... y se despertó tieso como una tabla.

—Nieve, nieve —masculló el cuervo de Mormont.

—Mi señor, os reclaman. Disculpad, mi señor. Ha aparecido una chica. —Mully lo zarandeaba para despertarlo.

—¿Una chica? —Jon se sentó y se frotó los ojos para despejarse—. ¿Es Val? ¿Ha vuelto?

—No, mi señor. Ha aparecido a este lado del Muro.

« Arya» . Jon se incorporó. Tenía que ser ella.

—Chica, chica, chica —gritó el cuervo.

—Ty y Dannel la encontraron a dos leguas al sur de Villa Topo, en la persecución de unos cuantos salvajes que pretendían escabullirse por el camino Real. Volvían con ellos cuando se toparon con la chica. Es de alta cuna, mi señor, y pregunta por vos.

—¿Cuántos acompañantes tiene? —Se dirigió a la jofaina y se mojó la cara. Dioses, qué cansado estaba.

—Ninguno, mi señor. Venía sola. Su caballo parecía medio muerto, era todo piel y huesos, estaba cojo y echaba espuma. Lo han sacrificado y han traído a la chica para interrogarla.

« Una muchacha vestida de gris a lomos de un caballo moribundo» . Tal vez los fuegos de Melisandre estuvieran en lo cierto. Pero ¿qué había sido de Mance Rayder y las mujeres de las lanzas?

—¿Dónde está?

—En los aposentos del maestre Aemon, mi señor. —Los hombres del Castillo Negro aún los llamaban así, aunque a aquellas alturas el maestre ya estaría sano y salvo en Antigua—. La chica estaba azul de frío, y temblaba como no he visto

temblar a nadie, así que Ty se la ha llevado a Clydas para que le eche un vistazo.

—Bien. —Jon se sentía como si volviera a tener quince años.

« Hermanita». Se incorporó y se puso la capa.

Aún nevaba cuando cruzó el patio con Mully. Al este despuntaba un amanecer dorado, pero tras la ventana de Melisandre aún titilaba una luz rojiza.

« ¿Es que no duerme nunca? ¿A qué juegas, sacerdotisa? ¿Tenías algún otro encargo para Mance?».

Quería creer que sería Arya. Quería ver otra vez su cara, sonreírle y revolverle el pelo, decirle que estaba a salvo.

« Pero no será así. Invernalia es un montón de ruinas quemadas; ya no hay ningún lugar seguro».

Por mucho que lo deseara, no podía dejar que se quedase allí con él. El Muro no era lugar para una mujer, y mucho menos para una joven de alta cuna. Tampoco pensaba entregársela a Stannis ni a Melisandre. El rey pretendería casarla con uno de sus hombres: Horpe, Massey o Godry el Masacragigantes; y solo los dioses sabían qué querría hacer con ella la mujer roja.

La mejor solución que veía era enviarla a Guardiaoriente y pedirle a Cotter Pyke que la embarcara rumbo a cualquier lugar del otro lado del mar, fuera del alcance de todos aquellos reyes pendencieros. Claro que tendría que esperar a que los barcos regresaran de Casa Austeria.

« Podría volver a Braavos con Tycho Nestoris. Quizá el Banco de Hierro pueda encontrar a una familia noble que la acoja. —Pero Braavos era la ciudad libre más cercana, lo que la convertía en la mejor elección y a la vez en la peor —. Estaría más segura en Lorath o en el Puerto de Ibben». Lo malo era que, la enviara adonde la enviara, Arya necesitaría plata para sobrevivir, un techo bajo el que cobijarse y alguien que la protegiese. Solo era una niña.

Hacía tanto calor en los viejos aposentos del maestre Aemon que la repentina nube de vapor que emergió de ellos cuando Mully abrió la puerta fue suficiente para cegarlos. En el interior, un fuego recién encendido ardía en el hogar; los troncos crepitaban y crujían.

—Nieve, nieve, nieve —llamaron los cuervos desde arriba. La chica estaba acurrucada y profundamente dormida junto al fuego, envuelta en una capa de lana negra tres veces más grande que ella.

Se parecía tanto a Arya que dudó, pero solo un momento. Era una joven alta y delgada, toda piernas y codos, con el pelo castaño recogido en una gruesa trenza y atado con tiras de cuero. Tenía el rostro alargado, la barbilla puntiaguda y las orejas pequeñas.

Pero era mayor, demasiado mayor.

« Esta chica tiene casi mi edad».

—¿Ha comido algo? —preguntó a Mully.

—Solo pan y un poco de caldo, mi señor —Clydas se levantó de la silla—. El

maestre Aemon decía siempre que es mejor no apresurarse. No habría podido digerir nada más.

—Dannel le ha ofrecido un bocado de una salchicha de Hobb, pero no ha querido ni tocarla —dijo Mully después de asentir.

Jon la comprendía. Las salchichas de Hobb estaban llenas de grasa, sal y cosas en las que no quería ni pensar.

—Deberíamos dejarla descansar.

Pero, en aquel momento, la chica se incorporó y se apretó la capa contra los pechos blancos y menudos. Parecía desconcertada.

—¿Dónde...?

—En el Castillo Negro, mi señora.

—El Muro. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. He llegado.

Clydas se le acercó.

—Pobre muchacha. ¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré diecisés en mi próximo día del nombre. Y no soy una niña, sino una mujer adulta y florecida. —Bostezó y se cubrió la boca con la capa. Entre los pliegues asomó una rodilla desnuda—. No lleváis cadena. ¿Sois maestre?

—No —respondió Clydas—. Pero he servido a uno.

« Se parece un poco a Arya —pensó Jon—. Está famélica y muy delgada, pero tiene el pelo del mismo color, y también los ojos» .

—Tengo entendido que has preguntado por mí. Soy ...

—Jon Nieve. —La chica se apartó la trenza hacia atrás—. Mi casa y la vuestra están unidas por lazos de sangre y honor. Escuchadme. Mi tío Cregan me pisa los talones. No debéis permitir que me lleve otra vez a Bastión Kar.

« La conozco» . Jon la miró atentamente. Había algo en sus ojos, en su postura, en su forma de hablar... En un primer momento, los recuerdos lo eludieron, pero al cabo se acordó.

—Alys Karstark —Las palabras hicieron asomar el fantasma de una sonrisa a los labios de la chica.

—No estaba segura de que me recordarais. Tenía seis años la última vez que nos vimos.

—Llegasteis a Invernalia con vuestro padre. —« Y Robb le cortó la cabeza» —. No recuerdo el motivo de vuestra visita.

—Fui a conocer a vuestro hermano. —La chica enrojeció—. Bueno, pusieron alguna excusa, pero esa era la verdadera razón. Robb y yo teníamos casi la misma edad, y mi padre pensó que haríamos buena pareja. Hubo una fiesta. Bailé con vos y con vuestro hermano. Él fue muy galante y me dijo que bailaba muy bien. Vos, en cambio, fuisteis muy hosco. Mi padre me dijo que era de esperar en un bastardo.

—Ya me acuerdo. —Aquello no era del todo cierto.

—Aún sois algo hosco —dijo la chica—, pero os perdono si me mantenéis a

salvo de mi tío.

—Tu tío... ¿es lord Arnolf?

—No es ningún señor —respondió Alys con desdén—. Mi hermano Harry es quien tiene el señorío, y yo soy su heredera legítima. Una hija tiene preferencia sobre un tío. Mi tío Arnolf solo es un castellano. En realidad es mi tío abuelo, el tío de mi padre. Cregan es su hijo, así que podríamos decir que es mi primo, pero siempre le hemos llamado tío. Ahora quieren que sea mi esposo. —Apretó el puño—. Antes de la guerra, estaba prometida con Daryn Hornwood. Esperábamos a que yo floreciese para casarnos, pero el Matarreyes lo abatió en el bosque Susurrante. Mi padre escribió para decir que encontraría otro sueño con quien casarme, pero no tuvo tiempo: vuestro hermano Robb le cortó la cabeza por matar a unos Lannister. —Apretó los labios—. Yo creía que habían ido al sur precisamente para matar a unos cuantos Lannister.

—No... Era más complicado. Lord Karstark mató a dos prisioneros, mi señora, a unos escuderos desarmados en una celda.

La chica no parecía sorprendida.

—Mi padre no gritaba tanto como el Gran Jon, pero no por eso era menos temible cuando se enojaba. Sin embargo, también ha muerto. Y vuestro hermano. Pero aquí estamos los dos, aún vivos. ¿Sigue habiendo alguna reyerta familiar entre nosotros, lord Nieve?

—Cuando un hombre viste el negro deja atrás sus disputas. La Guardia de la Noche no tiene nada contra Bastión Kar ni contra ti.

—Bien. Tenía miedo... Le rogué a mi padre que dejara a uno de mis hermanos de castellano, pero ninguno quería perderse la gloria y la fortuna que podían conseguir en el sur. Ahora, Torr y Edd están muertos. Lo último que supimos de Harry era que lo habían hecho prisionero en Poza de la Doncella, pero de eso hace casi un año. Quizá también esté muerto. No sabía a quién recurrir, salvo al último hijo de Eddard Stark.

—¿Por qué no acudisteis al rey? Bastión Kar ha jurado vasallaje a Stannis.

—Es mi tío quien le ha jurado vasallaje, con la esperanza de que eso provoque a los Lannister y le corten la cabeza a Harry. Si mi hermano muriese, Bastión Kar me pertenecería, pero mis tíos quieren hacerse con mis derechos de nacimiento. Cuando Cregan tenga un hijo mío dejarán de necesitarme. Ya ha enterrado a dos esposas. —Se limpió una lágrima con rabia, igual que habría hecho Arya—. ¿Me ayudaréis?

—Los matrimonios y las herencias son asuntos del rey, mi señora. Escribiré a Stannis de vuestra parte, pero...

Alys Karstark se echó a reír, pero era una risa desesperada.

—Podéis escribirle, pero no esperéis respuesta. Stannis habrá muerto antes de que llegue vuestro mensaje. Mi tío se encargará de eso.

—¿Qué quieres decir?

—Arnolf se dirige a Invernalia, es cierto, pero solo para clavarle un puñal por la espalda a vuestro rey. Llegó a ese acuerdo con Roose Bolton hace tiempo... a cambio de oro, la promesa de un perdón y la cabeza del pobre Harry. Lord Stannis se encamina directo hacia una masacre, así que no puede ayudarme, y tampoco me ayudaría aunque pudiera. —Alys se arrodilló ante Jon, arrebujada en la capa—. Sois mi única esperanza, lord Nieve. En nombre de vuestro padre, os lo ruego: protegedme.

LA NIÑA CIEGA

Sus noches estaban iluminadas por estrellas distantes y el reflejo de la luna sobre la nieve, pero todos los amaneceres la devolvían a la oscuridad.

Abrió los ojos y clavó la mirada ciega en la negrura que la rodeaba; el sueño empezaba a desvanecerse.

« Era tan bonito...». Se humedeció los labios al recordarlo: el balido de la oveja, el terror en los ojos del pastor, los sonidos que hacían los perros cuando iba matándolos uno por uno, los gruñidos de su manada... Desde que había empezado a nevar, la caza era menos abundante, pero aquella noche se habían dado un banquete de cordero, perro, carnero y hombre. A algunos de sus pequeños primos grises les daban miedo los hombres, hasta muertos, pero a ella no. La carne era carne, y los hombres eran su presa. Ella era la loba de la noche.

Pero solo en sueños.

La niña ciega se incorporó, se puso en pie y se desperezó. Dormía en un colchón lleno de trapos sobre un saliente de piedra fría, y siempre se sentía entumecida y agarrotada al levantarse. Caminó hasta la jofaina con pies descalzos, menudos, encallecidos, silenciosa como una sombra; se echó agua fría en la cara y se secó.

« Ser Gregor —pensó—. Dunsen, Raff el Dulce. Ser Ilyn, ser Meryn, la reina Cersei. —Su plegaria matinal. ¿O no?—. No, no es mi plegaria. No soy nadie. Esa es la plegaria de la loba de la noche. Algun día les dará caza, olerá su miedo, probará su sangre. Algun día».

Localizó su ropa interior en un montón, la olfateó para asegurarse de que aún tenía uso y se la puso a oscuras. Su atuendo de criada se encontraba donde lo había colgado: una túnica larga de lana sin teñir, áspera y basta. Se la puso con la facilidad que daba la práctica, y después los calcetines, uno blanco y el otro negro. El negro tenía unas puntadas en la parte de arriba, y el blanco, no. Así sabía cuál era cuál y en qué pie tenía que ponerse cada uno. Tenía las piernas flacas, pero también fuertes y ligeras, y cada vez más largas.

Estaba satisfecha por eso: una danzarina del agua debía tener buenas piernas. Beth la Ciega no era una danzarina del agua, pero tampoco iba a ser Beth para siempre.

Sabía de memoria el camino de la cocina, pero aunque no se lo hubiera sabido, la nariz la habría guiado.

« Guindillas y pescado frito —supo al olfatear el aire que llegaba del final del pasillo—. Y pan recién salido del horno de Umma». Aquellos olores le hicieron rugir el estómago. La loba de la noche se había hartado, pero eso no llenaba la tripa de la niña ciega. Hacía mucho que sabía que la carne de los sueños no la alimentaba.

Desayunó sardinas crujientes, fritas en aceite condimentado con guindillas,

tan calientes que quemaban los dedos. Mojó pan recién hecho en el resto de aceite y lo bajó todo con una copa de vino aguado, sin dejar de disfrutar los sabores y los olores, el tacto áspero de la corteza en los dedos, la untuosidad del aceite, el agujonazo de la guindilla al rozar el arañazo a medio curar que tenía en el dorso de la mano.

«Oido, olfato, gusto, tacto —se recordó—. Los que no pueden ver tienen muchas maneras de conocer el mundo. —Alguien había entrado en la estancia tras ella, silencioso como un ratón, con zapatillas suaves y blandas. Olfateó—. El hombre bondadoso». El olor de los hombres era distinto del de las mujeres, y además había un dejo de naranja en el aire. Al sacerdote le gustaba masticar cáscara de naranja siempre que podía para refrescarse el aliento.

—¿Quién eres esta mañana? —lo oyó preguntar al tiempo que se sentaba a la mesa. A continuación oyó unos golpecitos, seguidos por un crujido leve.

«Ha cascado el primer huevo».

—Nadie —respondió.

—Mentira. Te conozco. Eres esa mendiga ciega.

—Beth. —Había conocido a Beth en Invernalía, cuando se llamaba Arya Stark. Tal vez por eso había elegido el nombre. O tal vez porque le parecía adecuado para una ciega.

—Pobrecita —dijo el hombre bondadoso—. ¿Quieres recuperar la vista? Solo tienes que decirlo y volverás a ver. —Le hacía la misma pregunta todos los días.

—Puede que lo quiera mañana. Hoy, no. —Su rostro era como las aguas tranquilas; lo ocultaba todo, no revelaba nada.

—Como deseas. —Lo oyó pelar el huevo, y captó un tintineo argentino cuando cogió la cucharilla de sal. Se ponía mucha sal en los huevos—. ¿Adónde fue anoche a mendigar mi pobre niña ciega?

—A la Posada de la Anguila Verde.

—¿Qué tres cosas sabes que no supieras antes de despedirte de nosotros?

—El Señor del Mar sigue enfermo.

—Eso no es nuevo. El Señor del Mar estaba enfermo ayer y mañana seguirá enfermo.

—O estará muerto.

—Cuando muera, eso será algo nuevo.

«Cuando muera habrá que elegir otro, y aflorarán los cuchillos». Tal era la costumbre en Braavos. En Poniente, al rey muerto lo sucedía su hijo mayor, pero los braavosis no tenían reyes.

—Tormo Fregar será el nuevo Señor del Mar.

—¿Eso se dice en la Posada de la Anguila Verde?

—Sí.

El hombre bondadoso dio un mordisco al huevo, y la niña lo oyó masticar. Nunca hablaba con la boca llena.

—Hay hombres que encuentran la sabiduría en el vino —dijo después de tragar—. Esos hombres son estúpidos. Seguro que en otras tabernas se mencionan otros nombres. —Dio otro mordisco al huevo, masticó y tragó—. ¿Qué tres cosas sabes que no supieras antes?

—Sé que hay quien dice que Tormo Fregar será el nuevo Señor del Mar —respondió—. Hombres borrachos.

—Mejor. ¿Qué más sabes?

« Que está nevando en las tierras de los ríos, en Poniente», estuvo a punto de decir. Pero le habría preguntado cómo se había enterado, y no creía que la respuesta fuera de su agrado. Se mordió el labio y recordó la noche anterior.

—La prostituta S'vrone está embarazada. No sabe con seguridad quién es el padre, pero cree que puede tratarse del mercenario tyroshi al que mató.

—Bueno es saberlo. ¿Qué más?

—La Reina Tritón ha elegido a una sirena nueva para que ocupe el lugar de la que se ahogó. Es la hija de una criada prestayní. Tiene trece años y carece de fortuna, pero es muy hermosa.

—Igual que todas al principio —replicó el sacerdote—, pero no puedes saber si es hermosa a menos que la hayas visto con tus propios ojos; ojos que no tienes. ¿Quién eres, niña?

—Nadie.

—Yo veo a la mendiga Beth la Ciega, una puñetera mentirosa. Ve a ocuparte de tus deberes. *Valar morghulis*.

—*Valar dohaeris*. —Recogió el cuenco, la copa, el cuchillo y la cuchara, y se puso en pie. Lo último que cogió fue el bastón: media dos varas y tenía el grosor de su pulgar, flexible, con la parte superior envuelta en una tira de cuero. « Cuando se aprende a usarlo es mejor que los ojos», le había dicho la niña abandonada.

Era mentira. A menudo le decían mentiras para ponerla a prueba. No había bastón que superase un par de ojos; sin embargo, le resultaba útil, así que nunca se separaba de él, y Umma había acabado por llamarla Bastón. Pero los nombres ya no le importaban; ella era ella.

« Nadie. No soy nadie. Solo una chica ciega, solo una sierva de El que Tiene Muchos Rostros» .

Todas las noches, en la cena, la niña abandonada le llevaba una copa de leche y le decía que se la bebiera. Tenía un sabor extraño, amargo, y no tardó en aborrecerlo. Hasta el tenue olor que la avisaba antes de que le tocara la lengua le provocaba arcadas, pero siempre apuraba la copa.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar ciega? —preguntaba.

—Hasta que la oscuridad te resulte tan grata como la luz —respondía la niña abandonada—, o hasta que nos pidas que te devolvamos la vista. Pídelo, y volverás a ver.

«Y me echaréis». Era mejor estar ciega. No, no la obligarían a rendirse.

El día en que se despertó ciega, la niña abandonada la cogió de la mano y la guio por las criptas y túneles de la roca sobre la que se había construido la Casa de Blanco y Negro, y por los empinados peldaños de piedra que subían al templo.

—Cuenta los escalones a medida que subas —le había dicho—. Pasa los dedos por la pared. Hay marcas que no se ven, pero se notan perfectamente al tacto.

Aquella fue la primera lección; después llegaron muchas más.

Los venenos y pócimas eran para las tardes. Podía ayudarse del olfato, el tacto y el gusto, pero estos dos últimos podían ser muy peligrosos a la hora de moler venenos, y con algunos de los preparados más tóxicos de la niña abandonada, hasta el olfato tenía sus riesgos. Tuvo que acostumbrarse a las quemaduras en las yemas de los meniques y las ampollas en los labios, y en cierta ocasión se puso tan enferma que pasaron varios días sin que pudiera retener ningún alimento.

La cena era la hora de las lecciones de idiomas. La niña ciega entendía el braavosi, lo hablaba aceptablemente y hasta había perdido casi todo su acento bárbaro, pero el hombre bondadoso no se daba por satisfecho. Insistía en que mejorase su alto valyrio y aprendiera también los idiomas de Lys y Pentos.

Por las noches jugaba con la niña abandonada al juego de la mentira, que sin ojos era muy diferente. A veces no tenía más indicios que el tono o la elección de palabras; otras, la niña le permitía ponerle las manos en el rostro. Al principio el juego era mucho, mucho más difícil, prácticamente imposible..., pero cuando ya estaba a punto de gritar de frustración, todo se hizo más fácil. Aprendió a oír las mentiras, a detectarlas en los movimientos de los músculos que rodeaban la boca y los ojos.

En cuanto al resto de sus cometidos, siguieron siendo casi los mismos, pero cuando los realizaba tropezaba con los muebles, chocaba con las paredes, se le caían las bandejas o se perdía irremisiblemente en el templo. En cierta ocasión estuvo a punto de precipitarse escaleras abajo, pero en otra vida, cuando era una chiquilla llamada Arya, Syrio Forel le había enseñado a mantener el equilibrio, y consiguió enderezarse justo a tiempo.

Había noches en las que habría llorado hasta quedarse dormida de haber sido todavía Arry, o Comadreja, o Gata, incluso Arya de la casa Stark..., pero Nadie no tenía lágrimas.

Sin ojos, hasta la tarea más sencilla resultaba peligrosa. Se quemó cien veces ayudando a Umma en las cocinas. Una vez, picando cebollas, se cortó un dedo hasta el hueso. En dos ocasiones fue incapaz de dar con su celda y tuvo que dormir en el suelo, al pie de la escalera. Los nichos y rincones hacían del templo un lugar traicionero, incluso después de que la niña ciega aprendiera a utilizar los oídos; sus pisadas resonaban en el techo y despertaban ecos en torno a las piernas

de los treinta altos dioses de piedra, con lo que las propias paredes parecían moverse, y el estanque de aguas oscuras también provocaba extrañas reverberaciones en el sonido.

—Dispones de cinco sentidos —le dijo el hombre bondadoso—. Aprende a usar los otros cuatro y tendrás menos cortes, heridas y costras.

Ya era capaz de interpretar las corrientes de aire que notaba en la piel. Por el olor sabía localizar las cocinas, además de distinguir a los hombres de las mujeres. Reconocía a Umma, a los criados y a los acólitos por el sonido de sus pisadas, y los identificaba antes siquiera de que le llegara su olor, aunque no así a la niña abandonada ni al hombre bondadoso, que no hacían el menor sonido a no ser que quisieran. Las velas que ardían en el templo también tenían olores, y hasta las que carecían de aroma dejaban escapar jirones de humo de la mecha. En cuanto aprendió a utilizar la nariz, era como si le hablaran a gritos.

Los muertos también tenían su propio olor. Uno de sus deberes era localizarlos todas las mañanas en el templo, allí donde hubieran elegido tenderse y cerrar los ojos tras beber el agua del estanque.

Aquella mañana encontró a dos.

Uno había muerto a los pies del Extraño, con una sola vela que titilaba sobre él. Notó el calor que desprendía, y su olor le hizo cosquillas en la nariz. Sabía que la vela estaría ardiendo con una llama roja oscura, y para aquellos que tuvieran ojos, el cadáver aparecería bañado en un resplandor rojizo. Antes de llamar a los criados para que se lo llevaran, se arrodilló junto a él y le palpó el rostro: le pasó los dedos por la mandíbula, los pómulos y la nariz, y le tocó el cabello.

«Pelo espeso, rizado. Un rostro atractivo, sin arrugas. Era joven». ¿Qué lo habría llevado allí, a buscar el regalo de la muerte? Muchos jaques moribundos acudían a la Casa de Blanco y Negro para que el fin llegara antes, pero aquel hombre no había recibido herida alguna.

El segundo cadáver correspondía a una anciana, que se había tumbado a dormir en un diván de sueños, en uno de los nichos ocultos con velas especiales que conjuraban visiones de cosas amadas y perdidas. Era una muerte dulce y bella, como gustaba decir el hombre bondadoso. Los dedos le dijeron que la anciana había muerto con una sonrisa en el rostro, y que no hacía demasiado tiempo, porque el cadáver seguía cálido.

«Tiene la piel tan suave... Es como cuero viejo, muy fino, doblado y arrugado mil veces».

Cuando llegaron los criados para llevarse el cadáver, la niña ciega los siguió. Se dejó guiar por sus pisadas, pero cuando bajaron empezó a contar. Sabía de memoria cuántos peldaños tenía cada tramo. Bajo el templo había un laberinto de criptas y túneles donde podían perderse hasta los que tenían un buen par de ojos, pero la niña ciega se lo había aprendido dedo a dedo, y en caso de que le fallara la memoria, el bastón le servía de ayuda.

Los cadáveres estaban tendidos en la cripta. La niña ciega se puso a trabajar en la oscuridad: quitó a los muertos las botas, la ropa y otras posesiones; les vació los bolsillos y contó las monedas. Una de las primeras cosas que le había enseñado la niña abandonada después de que le quitaran los ojos era distinguir una moneda de otra solo con el tacto. Las monedas braavos eran viejas amigas, y solo tenía que rozarlas con las yemas de los dedos para reconocerlas. Las de otras tierras y ciudades le resultaban más difíciles, sobre todo las procedentes de lugares muy lejanos. Los honores volantinos eran muy habituales: monedas diminutas, con una corona en la cara y una calavera en la cruz. Las lisenas eran ovaladas y su grabado era una mujer desnuda. Otras tenían barcos, elefantes o cabras. Las monedas ponentis exhibían el busto de un rey en la cara y un dragón en la cruz.

La anciana no tenía bolsillos ni más riqueza que el anillo que llevaba en un dedo escuálido. El joven atractivo llevaba cuatro dragones dorados de Poniente. Estaba pasando el pulgar por el más desgastado para averiguar a qué rey correspondía cuando oyó que la puerta se abría tras ella con un sonido quedo.

—¿Quién es? —preguntó.

—Nadie. —La voz era grave, ronca, fría...

Y estaba en movimiento. La niña dio un paso a un lado, cogió el bastón y lo levantó para protegerse el rostro. La madera chocó contra la madera, y el impacto estuvo a punto de arrancarle el bastón de la mano. Pero ella resistió, devolvió el golpe... y solo encontró aire allí donde debería estar su adversario.

—No es ahí —dijo la voz—. ¿Estás ciega?

No respondió. Hablando solo conseguiría acallar cualquier sonido que pudiera hacer el hombre. Sabía que estaría moviéndose.

« ¿A la derecha o a la izquierda? ». Saltó hacia la izquierda, golpeó hacia la derecha, nada. Un aguijónazo la alcanzó en la parte trasera de las piernas.

—¿Estás sorda?

Giró en redondo con el bastón en la mano izquierda, descargó un golpe y falló. Oyó una risa a la izquierda; golpeó hacia la derecha. En esa ocasión acertó, y golpeó el otro bastón con el suyo. El impacto le provocó una sacudida dolorosa en el brazo.

—Bien —dijo la voz.

La niña ciega no sabía a quién pertenecía; tal vez a alguno de los acólitos. No recordaba haberla oído nunca, pero ¿quién decía que los sirvientes del Dios de Muchos Rostros no podían cambiar de voz con tanta facilidad como cambiaban de cara? Además de ella, en la Casa de Blanco y Negro vivían dos criados, tres acólitos, la cocinera Umma y los dos sacerdotes a los que llamaba « la niña abandonada » y « el hombre bondadoso ». Solo ellos vivían allí, aunque otros iban y venían, a veces por caminos secretos. Su enemigo podía ser cualquiera de ellos.

La niña saltó a un lado al tiempo que hacia girar el bastón, oyó un sonido a su espalda, se volvió y golpeó el aire. Y volvió a sentir el bastón de su adversario entre las piernas, impidiéndole girar y magullándole la espinilla. Cayó sobre una rodilla, tan fuerte que se mordió la lengua. Y allí se quedó, quieta.

«Inmóvil como una piedra. ¿Dónde está?».

El hombre se echó a reír tras ella. Le dio un golpecito seco en una oreja y, a continuación, otro en los nudillos justo cuando trataba de ponerse en pie. El bastón de la niña cayó al suelo y ella siseó, rabiosa.

—Venga, recógelo. Hoy ya no te voy a pegar más.

—A mí no me pega nadie. —Gateó por el suelo hasta que dio con el bastón, y se puso en pie de un salto, magullada y sucia. La cripta estaba en silencio; su rival se había marchado..., ¿verdad? O tal vez estaba de pie a su lado, y ella no se daba cuenta.

«Trata de oír su respiración —se dijo; pero no oía nada. Esperó un poco más, y después dejó el bastón para seguir trabajando—. Si tuviera ojos, le habría dado una buena paliza». El día menos pensado, el hombre bondadoso se los devolvería, y les daría a todos una buena lección.

Para entonces, el cadáver de la anciana ya estaba frío y el del jaque había empezado a ponerse rígido. La niña estaba acostumbrada. Había días en los que pasaba más tiempo con los muertos que con los vivos. Echaba de menos a los amigos que tenía cuando era Gata de los Canales: el Viejo Brosco con la espalda siempre dolorida, sus hijas Talea y Brea, los titiriteros del Barco, Alegría y sus putas del Puerto Feliz, y el resto de la chusma portuaria. Añoraba sobre todo a Gata, más incluso que sus ojos. Le había gustado ser aquella niña mucho más que ser Salina, o Perdiz, o Comadreja o Arry.

«Cuando maté a aquel bardo, maté a Gata». El hombre bondadoso le había dicho que le habrían quitado la vista de todos modos porque tenía que aprender a utilizar el resto de los sentidos, pero que aún habrían tardado medio año. Los acólitos ciegos eran habituales en la Casa de Blanco y Negro, aunque había pocos tan jóvenes como ella. Pero no se arrepentía. Dareon era un desertor de la Guardia de la Noche y merecía la muerte. Eso mismo le dijo al hombre bondadoso.

—¿Acaso eres una diosa, para decidir quién vive y quién muere? —le había preguntado—. Entregamos el don a aquellos marcados por El que Tiene Muchos Rostros, después de muchas oraciones y sacrificios. Así ha sido siempre, desde el principio. Te he hablado de la fundación de nuestra orden, de cómo los primeros daban respuesta a las plegarias de los esclavos que deseaban morir. En aquellos primeros tiempos, el don solo se entregaba a quienes lo anhelaban... Pero un día, uno de los nuestros escuchó la oración de un esclavo que no pedía la muerte para sí mismo, sino para su amo. Tan fervoroso era su deseo que ofrecía cuanto poseía con tal de verlo cumplido, y a aquel hermano nuestro le pareció que ese

sacrificio sería del gusto de El que Tiene Muchos Rostros. De modo que aquella noche hizo realidad el anhelo del esclavo y luego fue a verlo. « Ofreciste cuanto poseías a cambio de la muerte de este hombre, pero lo único que posee un esclavo es su vida. Eso es lo que quiere el dios de ti: lo servirás durante el resto de tus días». Desde aquel momento fuimos dos. —La cogió del brazo con amabilidad, pero también con firmeza—. Todos los hombres mueren. Nosotros somos instrumentos de la muerte, no la propia muerte, pero al matar al bardo has asumido los poderes del dios. Nosotros matamos hombres, pero no tenemos la osadía de juzgarlos. ¿Lo entiendes?

« No», pensó.

—Sí —dijo.

—Mientes. Y por eso deberás caminar en la oscuridad hasta que veas el camino. A menos que quieras dejarnos. Solo tienes que pedirlo, y te devolveremos la vista.

« No», pensó.

—No —dijo.

Esa noche, tras cenar y jugar un rato al juego de las mentiras, la niña ciega se ató una tira de trapo en torno a la cabeza para ocultar los ojos inservibles, cogió el cuenco de mendiga y le pidió a la niña abandonada que la ayudara a ponerse la cara de Beth. La niña abandonada le había afeitado la cabeza después de que le quitaran los ojos. Decía que era un corte de pelo de titiritero, porque muchos comediantes se rapaban para que les encajaran mejor las diferentes pelucas, aunque también les resultaba útil a los mendigos para mantener a raya las pulgas y los piojos. Pero con una peluca no habría bastado.

—Podría cubrirte de llagas supurantes, pero los posaderos y taberneros no te dejarían entrar —le dijo la niña abandonada. De modo que le puso marcas de viruela y una verruga con un pelo negro en la mejilla.

—¿Estoy muy fea? —preguntó la niña ciega.

—No estás guapa.

—Mejor. —Nunca le había interesado estar guapa, ni siquiera cuando era la estúpida Arya Stark. Solo su padre le decía a veces que era guapa.

« Y Jon Nieve, de vez en cuando. —Su madre le decía que podría ser bonita si se lavara, se cepillara el pelo y cuidara más la ropa que se ponía, tal como hacía su hermana. Para su hermana y sus amigas, y para todos los demás, no era más que Arya Caracaballo. Pero ya habían muerto todos, hasta la propia Arya, y solo quedaba su hermanastro Jon. Algunas noches oía hablar de él en las tabernas y prostíbulos del puerto del Traperío. El bastardo negro del Muro, lo había llamado un hombre—. Seguro que ni Jon reconocería a Beth la Ciega». Aquello la entristecía.

No llevaba más que harapos descoloridos y gastados, pero eran harapos que la abrigaban. Debajo llevaba escondidos tres puñales: uno en la bota, otro en la

manga y el tercero envainado a la espalda. Los braavosis eran en su mayoría un pueblo amable, más propenso a ayudar a una pobre mendiga ciega que a hacerle mal alguno, pero siempre había quienes la consideraban una víctima fácil para robarle lo que tuviera o violarla. Para ellos llevaba los puñales, aunque hasta entonces no se había visto obligada a utilizarlos. Completaba su atuendo con un cuenco de madera agrietado y una soga a modo de cinturón.

Salió del templo cuando el rugido del Titán anunció la puesta de sol; contó los escalones tras cruzar la puerta y se guio con el bastón para llegar al puente y cruzar el canal hasta la isla de los Dioses. Por el modo en que la ropa se le pegaba al cuerpo y por el aire húmedo que notaba en las manos, supo que la niebla era muy espesa. Había aprendido que las nieblas de Braavos también jugaban con los sonidos.

« Esta noche, la mitad de la ciudad estará medio ciega» .

Al pasar junto a los templos, oyó a los acólitos de la secta de la Sabiduría Estelar, que cantaban a los astros del anochecer en la cúspide de su torre de la adivinación. En el aire flotaba un jirón de humo perfumado que la guio por el camino serpenteante hasta el lugar donde los sacerdotes rojos habían encendido los grandes braseros de hierro, ante la casa del Señor de Luz. No tardó en percibir su calor en el aire cuando los adoradores de R'hllor alzaron sus voces al unísono en una plegaria.

—Porque la noche es oscura y alberga horrores.

« Para mí, no» . Sus noches estaban iluminadas por la luna y acunadas por el canto de su manada, con el sabor de la carne roja arrancada del hueso, con los olores cálidos y familiares de sus primos grises. Solo durante el día estaba ciega y aislada.

La zona portuaria no le resultaba desconocida. Gata estaba acostumbrada a vagar por los callejones y muelles del puerto del Trapero, vendiendo los mejillones, ostras y almejas de Brosco. Los harapos, la cabeza rapada y la verruga hacían que ya no pareciera la misma, pero por si acaso procuraba no acercarse al Barco, al Puerto Feliz ni a los otros sitios donde conocían a Gata.

Era capaz de identificar cada posada y cada taberna por el olor. El Barquero Negro apeataba a salmuera; Casa Pynto, a vino agriado, queso hediondo y al propio Pynto, que nunca se cambiaba de ropa ni se lavaba el pelo. En el Remiendavelas, el aire cargado de humo guardaba siempre el olor de la carne asada. La Casa de las Siete Lámparas olía a incienso, y el Palacio de Satén, a los perfumes de las hermosas jovencitas que soñaban con ser cortesanas.

Cada local tenía además sus sonidos propios. Casi todas las noches había actuaciones en Casa Moroggó y en la Posada de la Anguila Verde. En la Taberna del Proscrito eran los propios clientes los que cantaban, borrachos, en una cincuentena de lenguas. La Casa de Niebla siempre estaba abarrotada de remeros que manejaban las pértigas de las barcas serpiente; solían discutir sobre

dioses y cortesanas, y sobre si el Señor del Mar era un idiota o no. El Palacio de Satén era un sitio mucho más tranquilo, donde se oían arrullos amorosos, el suave crujido de las túnicas de seda y la risa de las muchachas.

Beth pedía en un sitio distinto cada noche. Había descubierto enseguida que los posaderos y taberneros toleraban mejor su presencia si no la veían demasiado a menudo. Había pasado la noche anterior frente a la Posada de la Anguila Verde, de modo que giró a la derecha y no a la izquierda tras pasar por el puente Sangriento y se dirigió a Casa Pyno, en el extremo opuesto del puerto del Traperero, en los límites de la Ciudad Ahogada. Pyno era escandaloso y maloliente, pero bajo la capa de ropa sucia y fanfarronería se ocultaba un corazón de oro, y muchas veces la dejaba entrar al calor de la taberna si no había demasiada gente; además, a menudo le daba una jarra de cerveza y un trozo de pan con algo de comer mientras le contaba sus historias. Segundo él, de joven había sido un famoso pirata de los Peldaños de Piedra, y si algo le gustaba en la vida era hablar y hablar de sus hazañas.

Aquella noche, la niña estaba de suerte, porque apenas había nadie en la taberna y pudo sentarse en un rincón tranquilo, bastante cerca del fuego. Apenas se hubo acomodado con las piernas cruzadas, algo le rozó el muslo.

—¿Otra vez tú? —dijo la niña ciega. Le rascó la cabeza detrás de una oreja, y el gato se le tumbó en el regazo y se puso a ronronear. Braavos estaba plagado de gatos, y abundaban sobre todo en Casa Pyno. El viejo pirata pensaba que daban suerte y le limpiaban la taberna de alimañas—. Me reconoces, ¿verdad? —susurró. No había verruga falsa que engañara a un gato; todos recordaban a Gata de los Canales.

Fue una buena noche para la niña ciega. Pyno estaba de un humor excelente y le dio una copa de vino aguado, un trozo de queso maloliente y media empanada de anguila.

—Pyno es muy buena persona —anunció el propio Pyno, y acto seguido se sentó a contarle cómo se había apoderado de un barco con un cargamento de especias, cosa que ya le había relatado en una docena de ocasiones.

A medida que pasaban las horas, la taberna fue llenándose y Pyno no tardó en estar demasiado ocupado para prestarle atención, pero varios clientes habituales le dejaron alguna moneda en el cuenco. Otras mesas las ocuparon forasteros: balleneros ibbeneses que pestaban a sangre y grasa; un par de jaques con el pelo aceitado; un gordo recién llegado de Lorath que se quejó de que las mesas de Casa Pyno no tenían espacio para su barriga. Más tarde llegaron tres lysenos, marineros de la *Buenamor*, una galera azotada por la tormenta que había llegado a duras penas a Braavos la noche anterior, solo para ser confiscada aquella misma mañana por los guardias del Señor del Mar.

Los lysenos ocuparon la mesa más cercana al fuego y conversaron ante sus copas de ron negro como la pez, en voz baja para que nadie pudiera escucharlos.

Pero ella era Nadie, así que lo escuchó casi todo, y a veces hasta casi pudo verlos a través de los ojos entrecerrados del gato que ronroneaba en su regazo. Uno era viejo y otro joven, y el tercero había perdido una oreja, pero los tres tenían el pelo blanco de puro rubio y la piel clara propia de Lys, donde aún corría la sangre del Feudo Franco.

A la mañana siguiente, cuando el hombre bondadoso le preguntó qué tres cosas sabía que no supiera antes, la encontró preparada.

—Sé por qué el Señor del Mar ha confiscado la *Buenamor*. La galera transportaba esclavos, cientos de esclavos, mujeres y niños, todos atados en la bodega. —Braavos había sido fundada por esclavos fugitivos, y el comercio de seres humanos estaba prohibido en sus tierras—. Sé de dónde venían esos esclavos. Eran salvajes de Poniente, de un lugar llamado Casa Austera, muy antiguo, en ruinas. Está maldito. —En Invernalia, cuando aún era Arya Stark, la Vieja Tata le contaba muchas historias de Casa Austera—. Después de la gran batalla en la que murió el Rey-más-allá-del-Muro, los salvajes huyeron y su bruja de los bosques les dijo que tenían que ir a Casa Austera, porque allí los recogerían unos barcos y los llevarian a un lugar cálido. Pero los únicos barcos que llegaron fueron esos dos navíos piratas de Lys, la *Buenamor* y la *Elefante*, que se habían desviado hacia el norte por culpa de una tormenta. Echaron ancla cerca de Casa Austera para hacer reparaciones y vieron a los salvajes, pero eran millares y no tenían sitio para todos, así que dijeron que se llevarían solo a las mujeres y los niños. Los salvajes no tenían comida, de modo que les pidieron que se llevaran a sus esposas e hijas, pero en cuanto los barcos estuvieron en alta mar, los lysenos las ataron y las encerraron en las bodegas. Tenían intención de venderlas en Lys, pero se toparon con otra tormenta y las dos galeras se separaron. La *Buenamor* estaba en tan mal estado que su capitán no tuvo más remedio que atracar aquí, aunque puede que la *Elefante* haya conseguido llegar a Lys. Los lysenos de Casa Pynto creen que regresarán con otros barcos, porque parece que el precio de los esclavos no hace más que subir, y en Casa Austera quedaron miles de mujeres y niños.

—Bueno es saberlo. Son dos cosas. ¿Hay una tercera?

—Sí. Sé que tú eres quien ha estado golpeándome.

Sacó el bastón con un movimiento veloz y le asestó un golpe en los dedos; el báculo del sacerdote cayó al suelo, y él retiró la mano con un gesto de dolor.

—¿Cómo ha podido saberlo una niña ciega?

«Te he visto».

—Te he dicho tres cosas nuevas; no tengo por qué decirte cuatro.

Tal vez al día siguiente le hablaría del gato que la había seguido la noche anterior y se había subido a las vigas para vigilarlos desde arriba.

«O tal vez no». Si el sacerdote podía guardar secretos, ella también.

Aquella noche, Umma sirvió para cenar cangrejos a la sal. Cuando le

tendieron la copa, la niña ciega frunció la nariz y se bebió el contenido de tres tragos; después se atragantó y soltó la copa: le ardía la lengua, y cuando bebió vino, las llamas le bajaron por la garganta y le subieron por la nariz.

—El vino no te ayudará, y el agua solo servirá para avivar el fuego —le dijo la niña abandonada—. Cómete esto.

Le puso un trozo de pan en la mano. Se lo metió en la boca, masticó y tragó. Eso la alivió en parte. Un segundo trozo de pan la alivió un poco más.

Por la mañana, cuando la loba de la noche la abandonó y ella abrió los ojos, vio una vela de sebo que ardía donde la noche anterior no había vela alguna, con una llama temblorosa que se mecía como una prostituta del Puerto Feliz. No había visto nunca nada tan hermoso.

UN FANTASMA DE INVIERNO

El cadáver yacía al pie de la muralla interior, desnucado; lo único que asomaba por encima de la nieve que lo había enterrado durante la noche era la pierna izquierda.

Si las perras de Ramsay no lo hubieran encontrado, seguramente se habría quedado allí hasta la primavera, pero cuando Ben Huesos consiguió apartarlas, Jeyne la Gris había devorado buena parte del rostro del cadáver, hasta el punto de que tardaron medio día en lograr identificarlo: era un soldado de cuarenta y cuatro años que había llegado al norte con Roger Ryswell.

—Era un borracho —declaró Ryswell—. Seguro que estaba meando desde la muralla, resbaló y cayó.

Nadie presentó una versión alternativa, pero Theon Greyjoy no alcanzaba a entender por qué iba nadie a subir por los escalones nevados hasta las almenas, en plena noche, solo para echar una meada.

Aquella mañana, la guarnición desayunó pan rancio frito en grasa del tocino que se sirvió a los señores y caballeros, y no se habló de otra cosa que del cadáver.

—Stannis tiene amigos en este castillo —oyó murmurar a un sargento.

Era un viejo del ejército de los Tallhart: llevaba tres árboles bordados en el deslucido jubón. Acababa de cambiar el turno de guardia, y los hombres que volvían del frío pateaban el suelo para sacudirse la nieve de las botas y los calzones mientras se servía la comida: morcillas, puerros y pan moreno recién horneado.

—¿Stannis? —rio uno de los jinetes de Roose Ryswell—. A estas alturas, Stannis ya debe de estar muerto y enterrado bajo la nieve, o habrá vuelto al Muro con el rabo congelado entre las piernas.

—Con esta tormenta, podría estar acampado a dos pasos de nuestras murallas, con cien mil hombres, y no los veríamos —replicó un arquero que vestía los colores de los Cerwyn.

La nieve había caído día y noche, infinita, interminable, despiadada. Se acumulaba contra las paredes y llenaba los huecos entre almena y almena, mientras que los tejados estaban cubiertos de mantos blancos y las tiendas se combaban bajo su peso. Hubo que tensar cuerdas de un edificio al otro para ayudar a los hombres a cruzar los patios sin extraviarse. Los vigías se apiñaban en los torreones de guardia para calentarse las manos medio congeladas en los braseros, con lo que en los adarves solo quedaban los centinelas de nieve que habían hecho los escuderos, cuyo tamaño y extravagancia aumentaban noche tras noche a medida que el viento y otras inclemencias los iban moldeando a su antojo. De las lanzas que sostenían en los puños de nieve salían carámbanos helados. Y nada menos que Hosteen Frey, que había gruñido mil veces que a él

no le daba miedo un poco de nieve, perdió una oreja por congelación.

Los caballos que estaban en los patios eran los que peor lo pasaban. Las mantas que les habían echado por encima para darles calor se empapaban y se congelaban si no se cambiaban con regularidad, y cuando los hombres encendían hogueras para mantener a raya el frío, eran más dañinas que beneficiosas. Los caballos de batalla tenían miedo de las llamas y se debatían para alejarse, tirando de las cuerdas con que los tenían atados y haciéndose daño, además de herir a las otras monturas. Los únicos que estaban a salvo eran los caballos de los establos, pero no cabía ni uno más.

—Los dioses se han vuelto contra nosotros —se oyó decir al anciano lord Locke en el salón principal—. Así nos muestran su ira, con un viento frío como el infierno y nieve que nunca cesa. Estamos malditos.

—Stannis está maldito —replicó un hombre de Fuerte Terror—. Quien está ahí fuera a merced de la tormenta es él, no nosotros.

—Puede que lord Stannis tenga más calor de lo que nosotros creemos —replicó un jinete libre que no destacaba por su astucia—. Su hechicera invoca fuegos, y a lo mejor, el dios rojo que adora es capaz de derretir la nieve.

« Ha cometido un error », supo Theon al instante. El jinete había subido demasiado la voz, y había llegado al alcance del oído de Polla Amarilla, Alyn el Amargo y Ben Huesos. Cuando se lo contaron, lord Ramsay envió a los Bribones del Bastardo para que arrastraran a aquel hombre a la nieve.

—Ya que quieres tanto a Stannis, vamos a mandarte con él —dijo.

Damon Bailaparamí asestó unos cuantos golpes al jinete con su látigo largo engrasado. Luego, Ramsay ordenó que lo llevaran a la puerta de las Almenas mientras Desollador y Polla Amarilla cruzaban apuestas sobre cuánto tardaría en congelársele la sangre.

Las puertas principales de Invernalia estaban cerradas y atrancadas, y trabadas por el hielo y la nieve hasta tal punto que habría que picar para liberar el rastrillo antes de levantarla. Lo mismo pasaba con la puerta del Cazador, aunque al menos ahí no había hielo, ya que se había utilizado hacia poco. No era el caso de la puerta del camino Real, cuyo puente levadizo tenía las cadenas congeladas y era imposible de manejar. Así que solo quedaba la puerta de las Almenas, un arco pequeño de la muralla interior. No era una de las entradas principales del castillo, porque aunque contaba con un puente levadizo para salvar el foso congelado, no daba a la puerta correspondiente de la muralla exterior, con lo que servía de acceso a los baluartes, pero no al mundo que se extendía más allá.

Llevaron al ensangrentado jinete, que no dejaba de protestar, al otro lado del puente y escaleras arriba. Una vez allí, Desollador y Alyn el Amargo lo cogieron por los brazos y las piernas y lo lanzaron al suelo, treinta varas más abajo. Había tanta nieve que se tragó el cuerpo, aunque, más tarde, los arqueros de las almenas juraron que lo habían visto avanzar por la nieve, arrastrando una pierna

rota. Uno llegó a adornarle la grupa con una flecha.

—En menos de una hora estará muerto —garantizó lord Ramsay.

—O le estará chupando la polla a lord Stannis antes de que se ponga el sol —replicó Umber Mataputas.

—Pues que tenga cuidado de no rompérsela. Con este tiempo, si se la saca, se le congela —rio Rickard Ryswel.

—Lord Stannis se habrá perdido en la tormenta —dijo lady Dustin—. Estará a muchas leguas de aquí, muerto o moribundo. Que el invierno se encargue de él y de su ejército; dentro de nada estarán enterrados en la nieve.

«Igual que nosotros», pensó Theon, asombrado ante tamaña estupidez. Lady Barbrey era del norte y debería medir mejor sus palabras. Tal vez los antiguos dioses estuvieran escuchando.

La cena consistió en puré de guisantes y pan del día anterior, lo que también hizo murmurar a los hombres, que veían como, en los asientos más privilegiados, los señores y los caballeros comían jamón.

Theon apuraba su ración de puré de guisantes, inclinado sobre el cuenco de madera, cuando un ligero roce en el hombro hizo que se le cayera la cuchara.

—No vuelvas a tocarme —dijo al tiempo que se precipitaba a recoger el cubierto antes de que las chicas de Ramsay se apoderasen de él—. No vuelvas a tocarme.

La mujer, otra de las lavanderas de Abel, se sentó a su lado, demasiado cerca. Aquella era joven; tendría quince o dieciséis años, con una pelambrera rubia que pedía a gritos un buen lavado y unos labios regordetes que pedían a gritos un buen beso.

—A muchas chicas nos gusta tocar —respondió con una sonrisita—. Me llamo Acebo, si a mi señor le parece bien.

«Acebo la puta», pensó; pero era bonita. En otros tiempos se habría echado a reír y se la habría sentado en el regazo. En otros tiempos.

—¿Qué quieres?

—Quiero ir a esas criptas. ¿Dónde están, mi señor? ¿Me las enseñaréis? —Acebo juguetó con un mechón de pelo, enredándoselo en el meñique—. Dicen que son muy profundas y oscuras. Buen lugar para tocarse, con todos esos reyes muertos mirando.

—¿Te manda Abel?

—Puede. O puede que haya venido por mi cuenta. Pero si preferís a Abel, lo llamaré, y seguro que le canta a mi señor una canción muy dulce.

Con cada palabra que decía, Theon se convencía más y más de que se trataba de una trampa.

«Pero una trampa, ¿de quién? Y ¿para qué? —¿Qué podría querer Abel de él? No era más que un bardo, un alcahuete con un laúd y una sonrisa falsa—. Quiere saber cómo me apoderé del castillo, pero no para componer una canción. —De

pronto se le ocurrió la respuesta—. Quiere saber cómo entré para saber cómo salir.—Lord Bolton había cerrado Invernalia a cal y canto, y nadie podía entrar ni salir sin su permiso—. Quiere huir con sus lavanderas». Theon lo comprendía perfectamente.

—No quiero saber nada de Abel, de ti ni de ninguna de tus hermanas —dijo pese a ello—. Dejadme en paz.

En el exterior, la nieve se arremolinaba, danzaba. Theon se acercó renqueante a la muralla y la siguió hasta la puerta de las Almenas. Habría confundido a los guardias con un par de los muñecos de nieve de Walder el Pequeño, de no ser por las nubes de vaho de su aliento.

—Quiero pasear por la muralla —les dijo, con lo que su aliento también se condensó en el aire.

—Ahí arriba hace un frío de mil demonios —le advirtió uno.

—Aquí abajo hace un frío de mil demonios —replicó el otro—. Haz lo que quieras, cambiácapas. —Abrió la puerta para franquearle el paso.

Los peldaños estaban cubiertos de nieve, resbaladizos, traicioneros en la oscuridad. Cuando llegó al adarve, no le costó encontrar el lugar desde donde habían tirado al jinete libre. Apartó la nieve recién caída entre las almenas y se inclinó para mirar.

« Puedo saltar —pensó—. Si él ha sobrevivido, yo también puedo. —Sí, podía saltar, y luego...—. Luego, ¿qué? ¿Me rompo una pierna y muero bajo la nieve? ¿Me arrastro para morir congelado un poco más lejos?». Era una estupidez Ramsay le daría caza con las chicas, y Jeyne la Roja, Jez y Helicent lo despedazarian. Eso si tenía suerte. Si no, lo capturarian con vida.

—Tengo que recordar mi nombre —susurró.

A la mañana siguiente, el viejo escudero de ser Aenys Frey apareció desnudo y muerto de frío en el cementerio del viejo castillo, con el rostro tan oculto por la escarcha que parecía que llevara una máscara. Ser Aenys aventuró que su escudero había bebido demasiado y se había extraviado en la tormenta, aunque nadie supo explicar por qué se había quitado la ropa para salir al patio.

« Otro borracho», pensó Theon. El vino tenía el poder de ahogar muchas sospechas.

Más adelante, antes de que acabara la jornada, un ballesteros de los Flint apareció en los establos con el cráneo destrozado. Una coz de algún caballo, dictaminó lord Ramsay.

« Más bien parece un garrotazo», pensó Theon.

Todo le resultaba demasiado familiar, como una representación de títeres que ya hubiera visto, solo que los actores eran otros. Roose Bolton interpretaba el papel que había correspondido a Theon la vez anterior, y los muertos, los que habían correspondido a Aggar, Gynir Napiarroja y Gelmarr el Torvo.

« Hediondo también estaba —recordó—, pero era un Hediondo distinto, un

Hediondo con las manos ensangrentadas y los labios llenos de mentiras dulces como la miel. Hediondo, Hediondo, rima con trasfondo».

Las muertes hicieron que los señores de Roose Bolton discutieran sin tapujos en el salón principal. A algunos se les estaba agotando la paciencia.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos cruzados de brazos, esperando a un rey que no llega nunca? —exigió saber ser Hosteen Frey—. Lo que tendríamos que hacer es salir al encuentro de Stannis y acabar con él.

—¿Abandonar el castillo? —graznó el manco Harwood Stout, con un tono que indicaba que antes preferiría que le cortaran el otro brazo—. ¿Queréis que ataquemos a ciegas, en medio de la nieve?

—Para acabar con lord Stannis, previamente tendríamos que dar con él —señaló Roose Ryswell—. Nuestros exploradores salen por la puerta del Cazador, pero últimamente ya no vuelven.

—Puerto Blanco no teme cabalgar con vos, ser Hosteen. —Lord Wyman Manderly se dio unas palmadas en la enorme barriga—. Encabezad la marcha y mis caballeros os seguirán.

—Sí, de cerca. —Ser Hosteen se volvió hacia el gordo—. Lo suficiente como para clavarle una lanza en la espalda. ¿Dónde están mis parientes, Manderly? Vuestros invitados, los que os devolvieron a vuestro hijo.

—Querréis decir sus huesos. —Manderly pinchó un trozo de jamón con el puñal—. Los recuerdo muy bien: Rhaegar, el de los hombros caídos, con su lengua de miel; el valeroso ser Jared, siempre presto a desenvainar el acero; Symond, el capitán de los espías, contando dinero sin parar. Me entregaron los huesos de Wendel. Quien me devolvió a Wyllis sano y salvo, tal como me había prometido, fue Tywin Lannister, un hombre de palabra, los Siete lo tengan en su gloria. —Lord Wyman se metió la carne en la boca, la masticó con estrépito y chasqueó los labios—. Los caminos son azarosos. Entregué regalos a vuestros hermanos cuando nos despedimos en Puerto Blanco, y juramos que nos volveríamos a ver aquí, en la boda. Hubo muchos, muchos testigos.

—¿Muchos, muchos? —le imitó Aenys Frey—. ¿O vos y los vuestros?

—¿Qué insinuáis, Frey? —El señor de Puerto Blanco se limpió la boca con la manga—. No me gusta vuestro tono. No, no me gusta ni una gota.

—Sal al patio, montaña de grasa, y de lo que no te va a quedar ni una gota es de sangre —replicó ser Hosteen.

Wyman Manderly se echó a reír, pero media docena de sus caballeros se pusieron en pie al instante. Roger Ryswell y Barbrey Dustin tuvieron que calmarlos con palabras sosegadas. Roose Bolton, en cambio, no dijo nada, pero Theon Greyjoy vio en sus ojos claros una expresión que no le había visto hasta entonces: incomodidad y hasta un atisbo de miedo.

Aquella noche, los nuevos establos se derrumbaron bajo el peso de la nieve. Veintiséis caballos y dos mozos de cuadra murieron aplastados por la techumbre,

y tardaron casi toda la mañana en sacar los cadáveres. Lord Bolton se dejó ver un momento en el palenque para inspeccionar el lugar, y luego ordenó que llevaran adentro a los caballos que hubieran sobrevivido, así como a los que quedaban atados a la intemperie. Justo cuando acababan de recuperar los cadáveres de los mozos y de descuartizar a los caballos, descubrieron otra muerte.

Aquella no hubo manera de atribuirla al tropezón de un borracho ni a la coz de un caballo. El muerto era uno de los favoritos de Ramsay, el rechoncho y repulsivo soldado al que llamaban Polla Amarilla. Habría sido difícil decir si hacía honor a su mote, porque le habían cortado el miembro y se lo habían metido en la boca con tanta fuerza que le habían roto tres dientes. Cuando los cocineros lo encontraron junto a las cocinas, enterrado hasta el cuello en la nieve, tenía la polla y todo lo demás azules del frío.

—Quemad el cadáver —ordenó Roose Bolton—, y que no se hable de esto. No quiero que corra la voz.

Pero la voz corrió, y a mediodía, casi toda Invernalia se había enterado de lo sucedido, muchos por boca de Ramsay Bolton, ya que Polla Amarilla era su «chico».

—Cuando demos con el que ha hecho esto, lo desollaré de los pies a la cabeza —prometió Ramsay—. Luego freiré la piel hasta que quede bien crujiente y se la haré comer.

También se dijo que el nombre del culpable valdría un dragón de oro.

Al atardecer, el hedor del salón principal ya era notable. Cientos de caballos, hombres y perros se amontonaban bajo el mismo techo, y los suelos eran un lodazal de barro, nieve derretida y excrementos de caballo, perro y hasta hombre; el aire pestaba a perro mojado, a lana mojada y a mantas de caballo empapadas, y los bancos atestados no ofrecían cobijo alguno, pero había comida. Los cocineros sirvieron grandes tajadas de carne de caballo fresca, tostada por fuera y muy cruda por dentro, con cebollitas y nabos asados... Por una vez, los soldados comieron tan bien como los señores y los caballeros.

La carne de caballo estaba demasiado dura para los destrozados dientes de Theon, y cuando intentó masticarla, el dolor fue insoportable, de modo que aplastó los nabos y las cebollas con la hoja del puñal, para hacerse un puré, y luego cortó la carne en trocitos diminutos para chuparlos bien antes de escupirlos. Así al menos le quedaban el sabor, y parte del alimento, en forma de sangre y grasa. Con el hueso no podía hacer nada, y se lo tiró a las perras. Jeyne la Gris se hizo con él y salió corriendo, seguida por Sara y Willow, que le lanzaban dentelladas.

Lord Bolton ordenó a Abel que actuara durante la comida, y el bardo entonó «Lanzas de hierro» y «La doncella del invierno». Por petición de Barbrey Dustin, que solicitó algo más alegre, cantó «La reina se quitó la sandalia, el rey

se quitó la corona» y «El oso y la doncella». Los Frey se unieron a los cánticos, y hasta algunos norteños golpearon la mesa con el puño al tiempo que aullaban: «¡Un oso! ¡Un oso!», pero el ruido asustó a los caballos, así que tuvieron que callarse, y la música no tardó en cesar.

Los Bribones del Bastardo se reunieron bajo un candelabro con una antorcha que despedía mucho humo. Luton y Desollador se pusieron a jugar a los dados; Gruñón se sentó a una mujer en el regazo para manosearle el pecho, y Damon Bailaparamí se dedicó a engrasar su látigo.

—Hediondo —llamó. Le dio unos golpecitos en la pantorrilla, como si fuera un perro—. Empiezas a oler mal otra vez.

—Sí —dijo Theon con voz queda; no tenía otra respuesta.

—Cuando termine todo esto, lord Ramsay tiene intención de cortarte los labios —dijo Damon al tiempo que pasaba un trapo aceitado a lo largo del látigo.

«Mis labios han estado entre las piernas de su dama. Tamaña insolencia no puede quedar sin castigo».

—Como digáis.

—Me parece que le hace ilusión —se burló Luton.

—Lárgate, Hediondo —bufó Desollador—. Tu olor me revuelve el estómago.

Los demás se echaron a reír, y él salió a toda prisa, antes de que cambiaran de idea. Sus torturadores no lo seguirían afuera mientras quedara comida, bebida, mujeres fáciles y hogueras acogedoras. Cuando se marchó, Abel estaba cantando «Las doncellas que florecen en primavera».

En el exterior nevaba tanto que Theon apenas alcanzaba a ver a un paso de distancia. Se encontró a solas en medio de un desierto blanco, con muros de nieve que se alzaban a su alrededor y le llegaban por el pecho. Cuando alzó la cabeza, los copos de nieve le acariciaron las mejillas como besos fríos. Aún le llegaba la música del edificio que había dejado atrás: sonaba otra canción de melodía triste. Durante un momento, casi se sintió en paz.

Poco más allá se cruzó con un hombre que caminaba en dirección contraria, con la capucha calada y la capa ondeando a la espalda. Sus miradas se encontraron brevemente, y el otro se llevó la mano al puñal.

—Theon Cambiacapas. Theon Matahermanos.

—No, no, yo no... Soy hijo del hierro.

—Un traidor, eso es lo que eres. ¿Por qué sigues respirando?

—Los dioses aún no han acabado conmigo —replicó Theon; se preguntó si aquel hombre sería el asesino que le había cortado la polla a Polla Amarilla para metérsela en la boca; el que había empujado desde las almenas al caballerizo de Roger Ryswell. Era extraño, pero no tenía miedo. Se quitó el guante de la mano izquierda—. Lord Ramsay aún no ha acabado conmigo.

El hombre lo miró y se echó a reír.

—Entonces, te dejo para él.

Theon caminó por la nieve hasta que tuvo los brazos y las piernas empapados y apenas sentía los pies ni las manos. Volvió a encaramarse a la muralla interior. Allí arriba, a cuarenta varas de altura, soplaban algo de viento que agitaba la nieve. Se había acumulado bastante entre las almenas, y tuvo que abrir un agujero con las manos... solo para descubrir que no se veía nada más allá del foso. De la muralla exterior no se adivinaba más que una sombra vaga y unas luces tenues que flotaban en la oscuridad.

« El mundo ha desaparecido». Desembarco del Rey, Aguasdulces, Pyke, las islas del Hierro, los Siete Reinos... Todos los lugares que había conocido, todos los lugares sobre los que había leído o con los que había soñado, ya no existían. Solo quedaba Invernalia.

Estaba atrapado allí, con los fantasmas. Los fantasmas antiguos de las criptas y los más recientes, que él mismo había creado: Mikken, Farlen, Gynir Napiarroja, Aggar, Gelmar el Torvo, la mujer del molinero del Agua Bellota y sus dos hijitos, y todos los demás.

« Son obra mía. Son mis fantasmas. Están aquí y están furiosos». Pensó en las criptas y en las espadas desaparecidas.

Volvió a su cuarto, y estaba quitándose la ropa empapada cuando Walton Patas de Acero fue a buscarlo.

—Ven, cambiácapas. Su señoría quiere hablar un ratito contigo.

No tenía ropa seca, así que volvió a ponerse los harapos mojados y siguió a Patas de Acero hasta el Gran Torreón, donde habían estado los aposentos de Eddard Stark. Lord Bolton no estaba solo: lo acompañaban lady Dustin, pálida y adusta; Roger Ryswell, que se cerraba la capa con un broche en forma de herradura, y Aenys Frey, que estaba junto a la chimenea con las demacradas mejillas enrojecidas por el frío.

—Me dicen que has estado rondando por el castillo —empezó lord Bolton—. Según mis hombres, se te ha visto en los establos, en las cocinas, en los barracones, en las almenas, entre las ruinas de edificios derrumbados, junto al viejo septo de lady Catelyn, en el bosque de dioses... ¿Lo niegas?

—No, mi señor. —Theon puso buen cuidado en hablar como los aldeanos, sin vocalizar; sabía que eso le gustaba mucho a lord Bolton—. No puedo dormir, así que ando por ahí. —Mantuvo la cabeza gacha y la mirada fija en los juncos sucios del suelo. No convenía mirar a su señoría a la cara—. Pasé aquí mi infancia, antes de la guerra. Era pupilo de Eddard Stark.

—Eras su rehén —corrigió Bolton.

—Sí, mi señor. Su rehén. —« Pero era mi hogar; no un hogar de verdad, pero sí el mejor que he tenido» .

—Han matado a varios de mis hombres.

—Sí, mi señor.

—No habrás sido tú, ¿verdad? —La voz de Bolton se hizo aún más suave—.

No pagarías mi bondad con semejante traición.

—No, señor, yo jamás haría eso. Yo... no hago más que andar por ahí.

—Quítate los guantes —intervino lady Dustin.

Theon alzó la cabeza bruscamente.

—No, por favor, no..., no...

—Obedece —bufó ser Aenys—. Enséñanos las manos.

Theon se quitó los guantes y alzó las manos para que se las vieran.

« No es como si te pidieran que te desnudes delante de ellos; no es tan grave ». Le quedaban tres dedos en la mano izquierda y cuatro en la derecha. Ramsay solo le había cortado el meñique de una y el índice y el anular de la otra.

—Esto te lo hizo el Bastardo —dijo lady Dustin.

—Si a mi señora no le importa, fue... fue porque se lo pedí. —Ramsay siempre lo obligaba a pedírselo. « Siempre me hace suplicárselo » .

—¿Y eso por qué?

—Porque... Porque no me hacen falta tantos dedos.

—Con cuatro basta. —Ser Aenys se acarició la barbita castaña que le crecía en el casi inexistente mentón, como una cola de rata—. Cuatro en la mano derecha. Puede esgrimir una espada. O un puñal.

—¿Todos los Frey sois así de idiotas? —se burló lady Dustin—. Fijaos bien en él. ¿Esgrimir un puñal? ¡Apenas tiene fuerzas para sostener una cuchara! ¿De verdad os parece capaz de derrotar al repugnante amiguito del Bastardo, cortarle el miembro y metérselo en la boca?

—Todos los muertos eran hombres fuertes —señaló Roger Ryswell—, y a ninguno lo apuñalaron. El cambiacapas no es el asesino que buscamos.

Los ojos claros de Roose Bolton estaban clavados en Theon, afilados como el cuchillo de Desollador.

—Soy de la misma opinión. Aparte del asunto de la fuerza, no lo creo capaz de traicionar a mi hijo.

—Entonces, ¿quién ha sido? —gruñó Roger Ryswell—. Es obvio que Stannis tiene un hombre dentro del castillo.

« Hediondo no es un hombre. Hediondo, no. Yo, no » . ¿Les habría hablado lady Dustin de las criptas y de las espadas desaparecidas?

—Deberíamos concentrarnos en Manderly —masculló ser Aenys Frey—. Lord Wyman no nos quiere bien.

—Pero quiere su ración de filetes, chuletas y empanadas de carne. —Ryswell no parecía tan seguro—. Para rondar a oscuras por el castillo tendría que apartarse de la mesa, y solo se levanta cuando va al retrete a echar una de sus larguísimas cagadas.

—No digo que haya sido lord Wyman en persona. Lo acompañan cien hombres; cien caballeros. Cualquiera podría...

—Los caballeros no obran al amparo de la oscuridad —replicó lady Dustin—. Y lord Wyman no fue el único que perdió a alguien en vuestra Boda Roja, Frey. ¿O creéis que Mataputas os tiene más cariño? Si no tuvierais al Gran Jon, os sacaría las tripas y os las haría comer, igual que lady Hornwood se comió sus propios dedos. Tanto los Flint como los Cerwyn, los Tallhart y los Slate tenían hombres con el Joven Lobo.

—La casa Ryswell, también —apuntó Roger Ryswell.

—Hasta había algún Dustin de Fuerte Túmulo. —Lady Dustin esbozó una sonrisa feroz—. El norte recuerda, Frey.

—Stark nos deshonró. —A Aenys Frey le temblaban los labios de rabia—. Eso es lo que tenéis que recordar los norteños, si sabéis qué os conviene.

—No ganamos nada con estas discusiones. —Roose Bolton se frotó la boca y señaló a Theon con un ademán—. Puedes marcharte, pero cuidado con dónde te metes, o a lo mejor te encontramos mañana a ti.

—Como digáis, mi señor —Theon volvió a ponerse los guantes en las manos mutiladas y salió cojeando con sus pies mutilados.

De madrugada seguía despierto. Se envolvió en capas y más capas de gruesa lana y piel engrasada, y salió a pasear de nuevo por la muralla interior con la esperanza de que el cansancio le diera sueño. Pronto tuvo las piernas cubiertas de nieve hasta la rodilla, y una nueva capa, aunque blanca, sobre la cabeza y los hombros. En aquella zona del muro, el viento le daba en la cara y la nieve derretida le corría por las mejillas como lágrimas de hielo.

En aquel momento oyó el cuerno.

Era un gemido largo, grave, que parecía flotar sobre las almenas y en la oscuridad del aire para llegar hasta los huesos de cualquiera que lo escuchara. A lo largo de la muralla, los centinelas se volvieron hacia el origen del sonido, con los dedos apretados en torno a la lanza. En las ruinas de edificios y torreones de Invernalia, los señores se callaron a media frase para oír mejor, los caballos relincharon, y los durmientes se agitaron, inquietos. En cuanto se apagó el sonido del cuerno de guerra, empezó a batir el tambor: *BUUUM duuum BUUUM duuum BUUUM duuum*, y un nombre corrió de boca en boca, escrito en vaharadas de aliento blanco.

—Stannis —susurraban los hombres—. Stannis está aquí. Ha llegado Stannis. Stannis. Stannis. Stannis.

Theon se estremeció. A él le daba lo mismo un Baratheon que un Bolton: Stannis había hecho causa común con Jon Nieve en el Muro, y Jon le cortaría la cabeza sin dudarlo.

«Rescatado de las garras de un bastardo para morir a manos de otro. Tiene gracia». Si se hubiera acordado de cómo se hacia, se habría echado a reír.

El sonido del tambor provenía del bosque de los Lobos, al otro lado de la puerta del Cazador.

«Están al otro lado de la muralla». Theon, al igual que muchos otros, echó a andar por el adarve, pero cuando llegaron a las torres que flanqueaban la puerta, no vieron nada más allá del velo blanco.

—¿Qué pretenden? ¿Derribar la muralla a trompetazos? —bromeó un Flint cuando sonó de nuevo el cuerno de guerra—. A lo mejor creen que es el Cuerno de Joramun.

—No creo que Stannis sea tan idiota como para atacar el castillo —comentó un centinela.

—No es como Robert —convino otro hombre de Fuerte Túmulo—. Se quedará ahí fuera, ya veréis. Intentará rendirnos por hambre.

—Pues se le van a congelar los huevos —dijo otro.

—Lo que tendríamos que hacer es salir a plantarle cara —declaró un Frey.

«Eso, adelante —pensó Theon—. Salid a la nieve y morid. Dejadme en Invernalia, a solas con los fantasmas. —Intuía que a Roose Bolton le gustaría ver ese enfrentamiento—. Tiene que poner fin a esto. —El castillo estaba demasiado abarrotado para resistir un asedio largo, y la lealtad de algunos señores era más que dudosa. El obeso Wyman Manderly, Umber Mataputitas, las casas Hornwood y Tallhart, los Locke, los Flint, los Ryswell... Norteños todos, leales durante generaciones a la casa Stark. Lo único que los retenía allí era la niña, que llevaba la sangre de lord Eddard; pero no era más que una marioneta, un corderito con piel de huargo. Entonces, ¿por qué no mandar a los norteños a luchar contra Stannis antes de que se descubriera la farsa?—. Una carnicería en la nieve, y cada hombre muerto sería un enemigo menos para Fuerte Terror».

¿Le permitirían luchar? Así al menos podría morir como un hombre, con la espada en la mano. Ramsay jamás le haría semejante favor, pero tal vez lord Roose, sí.

«Puede que, si se lo suplico... He hecho todo lo que me ha pedido, he representado mi papel. Entregué a la niña». La muerte era el destino más halagüeño al que podía aspirar.

En el bosque de dioses, la nieve se derretía nada más tocar la tierra. El vapor ascendía de los estanques de agua caliente y llevaba consigo los olores del musgo, el barro y la putrefacción. Una niebla cálida pendía por doquier y convertía los árboles en vigías, en altos soldados amortajados con capas de penumbra. Durante el día, el bosquecillo estaba lleno de norteños que acudían a rezar a los antiguos dioses; pero a aquella hora era todo para Theon.

En el centro del bosque lo aguardaba el arciano, con sus sabios ojos rojos. Theon se detuvo al borde del estanque e inclinó la cabeza ante el rostro tallado. Hasta allí le llegaba el retumbar del tambor, *buuum DUUUM buuum DUUUM buuum DUUUM buuum DUUUM*. El sonido, como un trueno distante, parecía proceder de todas partes a la vez.

No soplaban vientos, y la nieve caía recta de un cielo negro y seco, pero las

hojas del árbol corazón crujían su nombre.

—Theon —parecían susurrar—. Theon.

« Son los antiguos dioses —pensó—. Saben quién soy. Conocen mi nombre. Fui Theon de la casa Greyjoy. Fui el pupilo de Eddard Stark, amigo y hermano de sus hijos».

—Por favor. —Se dejó caer de rodillas—. Lo único que pido es una espada. Permitid que muera como Theon, no como Hediondo. —Las lágrimas cálidas le corrieron por las mejillas—. Era hijo del hierro. Era hijo de Pyke, de las islas.

Una hoja cayó meciéndose desde lo alto, le rozó la frente y fue a parar al estanque, donde se quedó flotando en el agua como una mano ensangrentada con sus cinco dedos.

—... Bran —murmuró el árbol.

« Lo saben. Los dioses lo saben. Saben lo que hice. —Durante un momento le pareció que el rostro tallado en la blanca corteza del arciano era el de Bran, y lo contemplaba con ojos rojos, tristes, llenos de sabiduría—. El fantasma de Bran —pensó. Pero era una locura. ¿Por qué iba a perseguirlo Bran? Siempre le había tenido cariño, y no le había hecho ningún daño—. No matamos a Bran. Ni a Rickon. Solo fueron los hijos del molinero, los del molino de al lado del Agua Bellota».

—Necesitaba dos cabezas, o se habrían burlado de mí... Se habrían reído de mí... Se...

—¿Con quién hablas? —inquirió una voz.

Theon dio media vuelta, aterrado ante la sola idea de que Ramsay hubiera dado con él, pero no eran más que las lavanderas: Acebo, Serbal y la otra, cuyo nombre no recordaba.

—Los fantasmas —farfulló—. Me susurran. Saben... Conocen mi nombre.

—Theon Cambiacapas. —Serbal lo agarró de la oreja y se la retorció—. Necesitabas dos cabezas, ¿eh?

—O los hombres se habrían burlado de él —apuntó Acebo.

« No lo entienden». Theon se liberó de la que lo tenía agarrado.

—¿Qué queréis?

—A ti —replicó la tercera mujer, la mayor, que tenía la voz grave y un pelo que empezaba a encanecer.

—Ya te lo dije, cambiacapas: quiero tocarte. —Acebo sonrió y le mostró un puñal.

« Puedo gritar —pensó Theon—. Alguien me oirá. El castillo está lleno de hombres armados. —Por supuesto, estaría muerto antes de que llegaran, y su sangre empaparía la tierra para alimentar al árbol corazón—. ¿Y eso qué tendría de malo?».

—Tócame —dijo—. Mátame. —En su voz había más desesperación que desafío—. Vamos, acabad conmigo igual que acabasteis con los otros, con Polla

Amarilla y los demás. Fuisteis vosotras.

—¿Cómo ibamos a ser nosotras? —Acebo rio—. Somos mujeres, solo tetas y coño. Los hombres nos follan, no nos temen.

—¿Te ha hecho daño el Bastardo? —intervino Serbal—. ¿Te ha cortado los deditos? ¿Te ha hecho pupita en los pies? ¿Te ha saltado los dientes? Pobrecito. —Le dio unos cachetitos—. Eso se acabó, te lo aseguro. Has rezado, y los dioses nos envían a nosotros. ¿Querías morir, Theon? Deseo concedido: tendrás una muerte tan rápida que casi no te dolerá. —Sonrió—. Pero antes, tienes que cantar para Abel. Te espera.

—Lote noventa y siete. —El subastador chasqueó el látigo—. Un par de enanos bien entrenados para vuestra diversión.

Habían plantado el estrado para la subasta allí donde el ancho y pardo Skahazadhan desembocaba en la bahía de los Esclavos. Tyrion Lannister detectó el olor de la sal en el ambiente, mezclado con el hedor de las zanjas que se usaban de letrinas tras los rediles de los esclavos. El calor no lo molestaba tanto como la humedad, porque era como si el aire le cayera a plomo en la cabeza y los hombros, como una manta caliente y húmeda.

—El lote incluye el perro y la cerda —anunció el subastador—. Los enanos los montan. Deleidad a vuestros huéspedes en el próximo banquete que celebreís, o usadlos para gastar bromas.

Los pujadores ocupaban los bancos de madera y bebián zumos. Algunos contaban con esclavos que los abanicaban. Se veían muchos *tokars*, el peculiar atuendo que vestía la Antigua Sangre en la bahía de los Esclavos, tan elegante como poco práctico. Otros llevaban ropa más sencilla: capas con capucha para los hombres y sedas coloridas para las mujeres, que probablemente eran prostitutas, o quizás sacerdotisas. En aquellas tierras orientales costaba establecer la diferencia.

Detrás de los bancos había un grupo de occidentales que intercambiaban bromas y se burlaban de la subasta. Tyrion supo al instante que eran mercenarios. Vio espadas largas, dagas, puñales, hachas arrojadizas y cota de malla bajo las capas. A juzgar por el rostro, el pelo y la barba, muchos de ellos procedían de las Ciudades Libres, pero había algunos que bien podían ser ponientes.

« ¿Habrán venido a comprar, o solo a ver el espectáculo?».

—¿Quién abre la puja por esta pareja?

—Trescientas —ofreció una matrona desde un antiguo palanquín.

—Cuatrocientas —superó un yunkio monstruosamente gordo, desparramado en una litera como un leviatán. Iba enfundado en seda amarilla con ribete de oro y abultaba lo que cuatro Illyrios. Tyrion compadeció a los esclavos que tuvieran que portearlo.

« Al menos a nosotros no nos harán trabajar así. Qué lujo, ser un enano».

—Y una —anunció una vieja vestida con un *tokar* violeta. El subastador le lanzó una mirada cargada de inquina, pero no anuló la puja.

Los marineros esclavos de la *Selaesori Qhoran* se vendieron por separado; sus precios estuvieron entre las quinientas y las novecientas monedas de plata. Un hombre de mar curtido era un bien muy valioso. Ninguno había opuesto la menor resistencia cuando los esclavistas abordaron su maltrecha coca; para ellos solo

era un cambio de propietario. Los contramaestres eran libres, pero la viuda de los muelles había firmado un contrato en el que se comprometía a pagar su rescate si se daba una situación como aquella. Los tres dedos de fuego supervivientes no habían salido aún a la venta, pero eran bienes muebles del Señor de Luz y sin duda los compraría algún templo rojo. Llevaban los contratos grabados en la cara, en forma de llamas tatuadas.

Tyrion y Penny no contaban con ninguna garantía semejante.

—Cuatrocientas cincuenta.

—Cuatrocientas ochenta.

—Quinientas.

Unas pujas llegaban en alto valyrio, y otras, en la lengua criolla de Ghis. Algunos compradores indicaban la puja señalando, con un giro de muñeca o con un movimiento del abanico.

—Menos mal que nos venden juntos —susurró Penny.

—¡Silencio! —El subastador les lanzó una mirada rápida.

Tyrion apretó el hombro de Penny. Los mechones de pelo rubio y negro se le pegaban a la frente, y los restos de la túnica, a la espalda, con una mezcla de sudor y sangre seca. No había sido tan idiota como Jorah Mormont y no se había enfrentado a los esclavistas, pero no por eso había escapado indemne. En su caso, los latigazos se los había ganado por hablar.

—Ochocientas.

—Ochocientas cincuenta.

—Y una.

«Valemos tanto como un marinero —pensó Tyrion. Aunque tal vez los compradores pujaran por Cerdita Bonita—. Una cerda bien entrenada no se encuentra todos los días». Lo que era obvio es que no estaban comprándolos al peso.

La puja empezó a aflojar cuando llegó a las novecientas monedas de plata, y se detuvo en novecientas cincuenta y una, ofrecidas por la vieja. Pero el subastador se había calentado y sabía que nada animaría tanto a los compradores como una muestra del espectáculo de los enanos. Mandó que subieran a los animales a la plataforma. Les resultó difícil montar sin silla ni riendas, así que nada más subirse, Tyrion resbaló de la grupa de la cerda y fue a aterrizar en la suya propia, lo que provocó una carcajada general entre los pujadores.

—Mil —ofreció el gordo grotesco.

—Y una. —Otra vez la vieja.

«Bien entrenados para vuestra diversión». La boca de Penny estaba paralizada en un rictus que intentaba parecer una sonrisa. Donde quisiera que estuviera su padre, probablemente en un pequeño infierno reservado para los enanos, iba a tener que dar muchas explicaciones.

—Mil doscientas. —El levitán de amarillo. Un esclavo que tenía al lado le

ofreció una bebida.

« Limonada, seguro». Aquellos ojos amarillos clavados en el estrado lo ponían nervioso.

—Mil trescientas.

—Y una. —La vieja.

« Mi padre dijo siempre que un Lannister valía diez veces más que ningún hombre corriente» .

Al llegar a las mil seiscientas monedas, la subasta volvió a enfriarse, de modo que el esclavista invitó a los posibles compradores a subir para examinar más de cerca a los enanos.

—La hembra es joven —garantizó—. Podéis cruzarlos y sacar un buen dinero por los cachorros.

—A este le falta media nariz —se quejó la vieja tras mirarlos a fondo. Una mueca de desagrado se le dibujó en el rostro arrugado. Tenía la piel de un color blanco gusano, y con el *tokar* violeta parecía una ciruela pasa enmohecida—. Y tiene cada ojo de un color. Es un ultraje para la vista.

—Mi señora no ha visto aún mi lado bueno. —Tyrion se agarró la entrepierna, por si no lo había entendido.

La vieja siseó, ultrajada, y Tyrion se llevó en la espalda un latigazo que lo hizo caer de rodillas. La boca se le llenó de sangre; sonrió y escupió.

—Dos mil —ofreció una voz nueva desde los bancos.

« ¿Para qué quiere dos enanos un mercenario?». Tyrion volvió a ponerse en pie y lo miró con atención. El nuevo pujador era un hombre de cierta edad y cabello blanco, pero erguido y en forma, con la piel bronceada, coriácea, y una barba entrecana bien recortada. Llevaba una espada larga y unos cuantos puñales medio ocultos bajo la descolorida capa morada.

—Dos mil quinientos. —En esa ocasión se trataba de una mujer, una joven de grandes caderas y senos generosos que vestía una armadura ornamentada. La coraza de acero negro tenía incrustaciones de oro que mostraban una arpía que alzaba el vuelo con cadenas entre las garras. Dos soldados esclavos la habían levantado a la altura de los hombros sobre un escudo.

—Tres mil. —El hombre de la piel curtida se abrió paso por la multitud, mientras sus camaradas mercenarios empujaban a los lados a los compradores para despejar el camino.

« Eso es, acércate más. —Tyrion sabía tratar con mercenarios. No pensó ni un momento que aquel hombre lo quisiera para animar sus banquetes—. Me conoce. Quiere llevarme de vuelta a Poniente y venderme a mi hermana. —Se frotó la boca para ocultar la sonrisa. Cersei y los Siete Reinos estaban a medio mundo de distancia; antes de que llegaran podían pasar muchas cosas—. Conseguí poner a Bronn de mi parte; puede que con este también me salga bien» .

La vieja y la chica del escudo abandonaron la puja cuando llegó a tres mil monedas de plata, pero no así el gordo de amarillo, que escudriñó a los mercenarios con sus ojos amarillos y se pasó la lengua por los dientes amarillos.

—Cinco mil por todo el lote.

El mercenario frunció el ceño, se encogió de hombros y dio media vuelta.

«Siete Infiernos». Si algo tenía claro Tyrion, era que no quería convertirse en propiedad del inmenso lord Ballenamarilla. Se le ponían los pelos de punta solo con ver aquella mole de carne temblorosa en la litera, con ojillos porcinos y unas tetas más grandes que las de Cerdita Bonita, apenas contenidas por la seda del *tokar*. Y el olor que emanaba llegaba hasta el estrado.

—Si no hay más pujas...

—¡Siete mil! —gritó Tyrion.

Una risotada recorrió los bancos.

—El enano quiere comprarse a sí mismo —dijo la chica del escudo.

—Un esclavo listo merece un amo listo. —Tyrion le dirigió una sonrisa lasciva—. Lo malo es que todos vosotros parecéis idiotas.

Eso provocó otra carcajada entre los pujadores y una mueca de desagrado en el subastador, que pasó el dedo por el látigo, indeciso, mientras trataba de dilucidar si le saldría bien la jugada.

—¡Cinco mil es un insulto! —siguió Tyrion—. Sé justar y cantar, y digo cosas muy graciosas. Me follaré a vuestra esposa y la haré gritar. O a la esposa de vuestro enemigo si lo preferís, ¿qué mejor manera de humillarlo? Soy mortífero con la ballesta, y hombres tres veces más altos que yo tiemblan cuando me ven al otro lado de un tablero de *sitrang*. Hasta cocino, aunque no mucho. ¡Ofrezco diez mil monedas de plata por mí! ¡Y las valgo! ¡Las valgo! Mi padre me enseñó a pagar siempre mis deudas.

El mercenario de la capa morada dio media vuelta. Su mirada se encontró con la de Tyrion por encima de las hileras de pujadores, y le sonrió.

«Tiene una sonrisa cálida —pensó el enano—, amistosa. Pero vaya con sus ojos, ¡qué fríos son! A lo mejor prefiero que no nos compre».

La mole amarilla se agitó en la litera, con una expresión de disgusto en la torta enorme que tenía por cara, y masculló unas palabras secas en ghiscario. Tyrion no las entendió, pero el tono lo decía todo.

—¿Eso ha sido otra puja? —El enano ladeó la cabeza—. Ofrezco todo el oro de Roca Casterly.

Oyó el silbido del látigo, agudo y siseante, antes de sentir el golpe. Dejó escapar un gruñido, pero consiguió mantener el equilibrio. No pudo evitar recordar el comienzo de aquel viaje, cuando su problema más acuciante era qué vino tomar con los caracoles a media mañana.

«Mira lo que pasa por perseguir dragones». Se le escapó una carcajada, con lo que salpicó de sangre y saliva a la primera fila de compradores.

—Se cierra la venta —anunció el subastador. Luego le dio otro latigazo, porque sí. Esta vez, Tyrion cayó.

Un guardia lo incorporó bruscamente y otro empujó a Penny con el asta de la lanza para bajarla de la plataforma. La mercancía que se ofrecía a continuación ya estaba subiendo para ocupar su lugar: era una chica de quince o dieciséis años que no viajaba a bordo de la *Selaesori Qhoran*. Tyrion no la conocía.

« Debe de tener la misma edad que Daenerys Targaryen. —El esclavista no tardó en desnudarla—. Al menos a nosotros no nos han humillado así» .

Tyrion contempló las murallas de Meereen, al otro lado del campamento yunkio. ¡Qué cercanas parecían aquellas puertas! Y, si era cierto lo que se decía en los rediles de los esclavos, Meereen seguía siendo una ciudad libre... por el momento. Dentro de sus ruinosas murallas estaban prohibidos la esclavitud y el tráfico de esclavos. Solo tenía que llegar a aquellas puertas y cruzarlas, y volvería a ser un hombre libre. Pero sería imposible, a menos que abandonara a Penny.

« Quería traerse al perro y a la cerda» .

—No será tan terrible, ¿verdad? —susurró Penny—. Ha pagado mucho por nosotros; nos tratará bien, ¿verdad?

« Sí, mientras le resultemos divertidos» .

—Valemos demasiado para que nos maltrate —dijo para tranquilizarla mientras aún le corría por la espalda la sangre de los dos últimos latigazos.

« Pero cuando se aburra de nuestro espectáculo... Y se aburrirá; nuestro espectáculo aburre» .

El capataz de su amo estaba esperando para hacerse cargo de ellos, con dos soldados y un carro tirado por una mula. Tenía el rostro alargado y enjuto, una barbita larga y fina atada con alambre dorado, y el pelo rojo y negro, que le brotaba muy tieso de las sienes para formar dos manos de uñas largas.

—¡Qué criaturitas más adorables! —dijo—. Me recordáis a mis hijos... No, mejor dicho, me recordaríais a mis hijos si no fuera porque están muertos. Yo me encargo de vosotros. ¿Cómo os llamáis?

—Penny. —Su voz era un susurro quedo, asustado.

« Tyrion de la casa Lannister, señor de Roca Casterly, maldito gusano» .

—Yollo.

—Yollo el Valiente, Penny la Bella, sois propiedad del noble y valeroso Yezzan zo Qaggaz, eruditó y guerrero, reverenciado entre los sabios amos de Yunkai. Habéis tenido mucha suerte, porque Yezzan es un amo considerado y benévolos. Será como un padre para vosotros.

« Qué bien» , pensó Tyrion, pero en esa ocasión consiguió mantener la boca cerrada. Pronto tendrían que actuar para su nuevo amo, y era mejor que no le dieran otro latigazo.

—Vuestro padre adora sus tesoros especiales por encima de todas las cosas, y os tendrá en muy alta estima —siguió el capataz—. En cuanto a mí, seré como el ay a que os cuidaba cuando erais niños. Todos mis niños me llaman así, Aya.

—Lote noventa y nueve —anunció el subastador—. Un guerrero.

La chica se había vendido enseguida y ya se la estaban llevando a su nuevo amo, mientras se sujetaba la ropa, hecha un ovillo, contra los pechos pequeños de pezones rosados. Dos esclavos arrastraron a Jorah Mormont al estrado para que ocupara su lugar. El caballero no llevaba nada aparte de los calzones; tenía la espalda en carne viva por los latigazos y el rostro tan hinchado que resultaba irreconocible. Iba encadenado de pies y manos.

« Ahora prueba el metal, como me hizo probarlo a mí », pensó Tyrion; pero, sin que supiera por qué, la desgracia del caballero no le proporcionaba el menor placer.

Mormont tenía un aspecto temible hasta con las cadenas: era una bestia, una mole de brazos gruesos y hombros poderosos, con tanto vello en el pecho que parecía más fiera que hombre. Le habían dejado los dos ojos morados, pozos oscuros en un rostro hinchado de forma grotesca. Llevaba una marca en la mejilla: una máscara de demonio.

Cuando los esclavistas abordaron en oleadas la *Selaesori Qhoran*, ser Jorah los recibió con la espada en la mano, y consiguió matar a tres antes de que lo subyugaran. Los piratas lo habrían matado de buena gana, pero el capitán se lo impidió; siempre se podía obtener una buena cantidad de plata por un guerrero. Así que encadenaron a Mormont a un remo, le dieron palizas de muerte, le hicieron pasar hambre y lo marcaron, pero no lo mataron.

—Este es grande y fuerte —anunció el subastador—. Tiene mucha rabia. Dará un buen espectáculo en los reñideros. ¿Quién ofrece trescientas monedas de plata?

Nadie.

Nadie, por lo visto.

Mormont no prestó la menor atención a la variopinta multitud; tenía los ojos clavados más allá de las líneas de asedio, en la ciudad lejana de la antigua muralla multicolor. Tyrion leyó su expresión como si fuera un libro abierto: « Tan cerca y, a la vez, tan lejos ». El pobre diablo había regresado demasiado tarde. Daenerys Targaryen se había casado, según les habían comentado entre risas los guardias de los rediles. Había tomado como rey a un esclavista meereeno rico y noble, y en cuanto se firmara el fin de las hostilidades, las arenas de combate de Meereen se abrirían de nuevo. Algunos esclavos aseguraban que los guardias mentían, que Daenerys Targaryen jamás firmaría la paz con los esclavistas. La llamaban *mhysa*, « madre ». La reina de plata saldría pronto de su ciudad, aplastaría a los yunkios y rompería sus cadenas, se susurraban los esclavos entre sí.

«Sí, y luego nos hará un pastel de limón y nos curará las pupitas a besos», pensó el enano.

No tenía la menor fe en los rescates regios. Si se hacía necesario, buscaría la libertad por su cuenta. Las setas que llevaba escondidas en la punta de la bota bastarían para Penny y para él. Crujo y Cerdita Bonita tendrían que apañárselas.

Aya siguió instruyendo a los nuevos juguetes de su amo:

—Haced lo que os digan y nada más, y viviréis como pequeños señores, adorados y entre algodones —les prometió—. Desobedeced y... Pero no, no haríais semejante cosa, ¿a que no, mis pequeñines? —Se inclinó para pellizcar a Penny en la mejilla.

—¡Venga, doscientos! —pidió el subastador—. Un gigante como este vale el doble. ¡Será un gran guardaespaldas! ¡No habrá enemigo que se atreva a molestaros!

—Vamos, mis pequeños amigos —dijo Aya—. Os llevaré a vuestro nuevo hogar. En Yunkai residiréis en la pirámide dorada de Qaggaz y comeréis en vajilla de plata, pero aquí vivimos con sencillez, en las modestas tiendas de los soldados.

—¿Alguien me da cien? —casi suplicó el subastador.

Con eso consiguió por fin una puja, aunque fue solo de cincuenta monedas de plata. El pujador era un hombre flaco con delantal de cuero.

—Y una —anunció la vieja del *tokar* violeta.

Un soldado levantó a Penny en volandas para subirla al carro de la mula.

—¿Quién es esa vieja? —le preguntó Tyrion.

—Zahrina —respondió—. Lo suyo son los luchadores baratos; carne para los héroes. Vuestro amigo no tardará en morir.

«No era amigo mío». Pero casi sin darse cuenta, Tyrion Lannister se dirigió hacia Aya.

—No podéis dejar que lo compre.

—¿Qué ruido es ese que has hecho? —Aya lo miró con los ojos entrecerrados.

—Forma parte de nuestro espectáculo. —Tyrion señaló al caballero—. El oso y la doncella. Jorah es el oso, Penny es la doncella y yo soy el valiente caballero que la rescata. Bailo a su alrededor y luego le pego una patada en los huevos. Tiene mucha gracia.

—¿Seguro? —El capataz observó el estrado. La puja por Jorah Mormont había llegado a las doscientas monedas de plata.

—Y una —dijo la vieja del *tokar* violeta.

—Ya. Es el oso. —Aya volvió a atravesar la multitud y se inclinó sobre el gigantesco yunkio amarillo de la litera para susurrarle al oído. Su señor asintió, con lo que le temblaron todas las papadas, y alzó el abanico.

—Trescientos —ofreció con voz jadeante.

La vieja soltó un bufido y dio media vuelta.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Penny en la lengua común.

« Buena pregunta —pensó Tyrion—. ¿Por qué?» .

—Tu espectáculo se estaba volviendo aburrido. Todos los titiriteros tienen un oso que baila.

La chica le lanzó una mirada cargada de reproche y se sentó al fondo del carro, con los brazos en torno al cuello de Crujo, como si fuera el único amigo que le quedaba en el mundo.

« Tal vez lo sea» .

Aya regresó con Jorah Mormont, y dos de los soldados esclavos de su amo lo lanzaron al carro, entre los enanos. El caballero no opuso resistencia.

« Ya no le quedan ganas de luchar. Perdió las fuerzas cuando se enteró de que su reina se había casado —comprendió Tyrion. Unas palabras habían logrado lo que no consiguieron puños, palos ni látigos: quebrar su espíritu—. Debería haber dejado que lo comprara la vieja. Nos va a ser tan útil como los pezones en una coraza» .

Aya subió a la parte delantera del carro y cogió las riendas, y emprendieron la marcha por el campamento de asedio hacia la tienda de su nuevo amo, el noble Yezzan zo Qaggaz. Junto a ellos marchaban cuatro soldados esclavos, dos a cada lado del carro.

Penny no lloró, pero tenía los ojos enrojecidos y tristes, y no los apartaba de Crujo.

« ¿Cree que todo esto se esfumará si no lo observa?» .

Ser Jorah Mormont no miraba nada ni a nadie; se quedó sentado con sus cadenas, melancólico y meditabundo.

Tyrion lo miraba todo y a todos.

El campamento yunkio no era un campamento, sino un centenar de ellos amontonados en forma de media luna en torno a la muralla de Meereen; una ciudad de lona y seda con sus avenidas, sus callejones, sus tabernas, sus prostitutas, sus barrios buenos y sus barrios malos. Entre las líneas de asedio y la bahía, las tiendas habían brotado como setas amarillas. Las había pequeñas y miserables, apenas un trozo de lona sucia para resguardarse de la lluvia y del sol, pero junto a ellas se alzaban tiendas barracón en las que podían dormir cien hombres, y pabellones de seda grandes como palacios con arpías brillantes en los mástiles del techo. Algunos campamentos estaban bien organizados, con las tiendas distribuidas en círculos concéntricos en torno a una hoguera de cocina, con las armas y las armaduras en el círculo interior y los caballos en el exterior. En el resto imperaba el caos.

Las llanuras calcinadas que rodeaban Meereen estaban deforestadas en leguas a la redonda, pero los barcos yunkios habían transportado desde el sur madera suficiente para erigir seis grandes trabuquetes. Los habían colocado a

tres lados de la ciudad, dejando libre solo el río, y en torno a ellos había montones de cascotes y barriles de brea y resina a la espera de una antorcha. Uno de los soldados que caminaban junto al carro vio que Tyrion los miraba, y le explicó con orgullo que cada trabuquete tenía un nombre: *Matadragones, Bruja, Hija de la Arpía, Mala Hermana, Fantasma de Astapor y Puño de Mazdhan*. Los trabuquetes se elevaban más de diez varas por encima de las tiendas, y eran sin duda lo más destacable del campamento.

—Nada más verlos, la reina dragón se puso de rodillas —alardeó—. Y así va a quedarse, chupándole la noble polla a Hizdahr si no quiere que le echemos abajo la muralla.

Tyrion vio cómo azotaban a un esclavo hasta dejarle la espalda cubierta de sangre, en carne viva. Una fila de hombres encadenados pasó junto a ellos; llevaban lanzas y espadas cortas, pero las cadenas los unían tobillo con tobillo y muñeca con muñeca. El olor de la carne asada impregnaba el aire, y vio a un hombre desollar un perro para echarlo a la olla.

También vio a los muertos y oyó a los moribundos. Por debajo de los jirones de humo, el olor de los caballos y el intenso aroma de la sal que llegaba de la bahía, se podía detectar el hedor de la sangre y la mierda.

« La colerina —comprendió al ver a dos mercenarios sacar de una tienda el cadáver de un tercero. Sintió un escalofrío. En cierta ocasión había oido decir a su padre que esa enfermedad podía acabar con un ejército más deprisa que cualquier batalla—. Razón de más para escapar; cuanto antes, mejor» .

Ciento cincuenta pasos más adelante descubrió buenas razones para recapacitar. Se había formado un corro en torno a tres esclavos fugitivos a los que habían capturado.

—Estoy seguro de que mis tesoritos van a ser buenos y obedientes —comentó Ay a—. Mirad lo que les pasa a los que tratan de huir.

Los prisioneros estaban atados a una hilera de cruces, y un par de hombres los utilizaba para probar su puntería con la honda.

—Son tolosios —les comentó un guardia—. Nadie maneja la honda como ellos. En vez de piedras, lanzan bolas de plomo blando.

Tyrion nunca había entendido para qué servían las hondas, cuando los arcos tenían mucho más alcance, pero tampoco había visto nunca a un tolosio en acción. Sus proyectiles de plomo causaban muchísimo más daño que las piedras lisas que utilizaban otros honderos, y hasta más que ningún arco. Uno de ellos acertó a un prisionero en la rodilla, que reventó con una explosión de sangre y hueso, y le dejó la parte inferior de la pierna colgando de un tendón rojo oscuro.

« Uno que ya no irá muy deprisa si intenta escapar otra vez», reconoció Tyrion mientras el hombre empezaba a gritar. Sus alaridos se mezclaron en el aire matutino con las risotadas de los vivanderos y los juramentos de los que habían apostado a que el hondero fallaría. Penny apartó los ojos, pero Ay a la

agarró por la barbilla y le giró la cabeza para obligarla a mirar.

—Presta atención —ordenó—. Tú también, oso.

Jorah Mormont alzó la cabeza y miró a Aya. Tyrion advirtió que se le tensaban los brazos.

« Se va a lanzar contra él, y ese será nuestro fin». Pero el caballero se limitó a poner cara de pocos amigos y volverse para contemplar el sanguinario espectáculo.

Al este, la gigantesca muralla de ladrillo de Meereen parecía relucir bajo el sol de la mañana. Era el refugio que tanto habían deseado alcanzar aquellos pobres imbéciles.

« Pero quizás no siga siendo un refugio mucho tiempo».

Los tres esclavos que habían intentado fugarse ya estaban muertos cuando Aya volvió a coger las riendas y el carro reanudó la marcha.

El campamento de su amo estaba al sudeste de la *Bruja*, casi a su sombra, y se extendía varias fanegas. La sencilla tienda de Yezzan zo Qaggaz era un palacio de seda color limón. En las puntas de cada uno de sus nueve tejados picudos aparecía una arpía dorada que resplandecía bajo el sol, y estaba rodeada de tiendas menos lujosas.

—Ahí viven los cocineros, las concubinas, los guerreros y los parientes menos favorecidos de nuestro noble amo —les explicó Aya—, pero vosotros, mis tesoritos, tendréis el privilegio de compartir su pabellón. Le gusta tener cerca sus posesiones más preciadas. —Miró a Mormont con el ceño fruncido—. Eso no va contigo, oso. Eres muy grande y muy feo; a ti te encadenaremos fuera. —El caballero no respondió—. Lo primero será poneros la argolla al cuello.

Eran de hierro, con un fino baño dorado para que brillaran a la luz. Llevaban grabado el nombre de Yezzan en glifos valyrios, e incluían unas campanillas debajo de las orejas, para que cada paso de sus portadores sonara con un tintineo alegre. Jorah Mormont aceptó su argolla con un silencio hosco, pero Penny se echó a llorar cuando el armero cerró la suya.

—Pesa mucho —se quejó.

—Es de oro macizo —mintió Tyrion al tiempo que le apretaba la mano—. En Poniente, las damas de alta cuna sueñan con llevar un torque como este.

« Y más vale que nos pongan una argolla a que nos marquen a fuego. Una argolla siempre se puede quitar». Recordó a Shae, y recordó también cómo brillaba la cadena de oro cuando la estranguló con ella.

Aya ordenó que engancharan las cadenas de ser Jorah a una estaca, cerca de la hoguera de cocina, y acompañó a los dos enanos a la tienda de su amo para señalarles el sitio donde les correspondía dormir: en una alcoba alfombrada separada de la tienda principal por tabiques de seda amarilla. Compartirían el espacio con otros tesoros de Yezzan: un niño con « patas de cabra» retorcidas y velludas, una chica de Mantarys que tenía dos cabezas, una mujer barbuda y una

criatura esbelta llamada Golosina, ataviada con adularias y encaje de Myr.

—Os preguntáis si soy hombre o mujer —dijo Golosina a los enanos. Se levantó las faldas y les mostró lo que tenía debajo—. Las dos cosas, y el amo me aprecia más que a nada.

« Es una colección de monstruos —comprendió Tyrion—. En algún sitio hay un dios que se está riendo de mí» .

—Qué maravilla —le dijo a Golosina, que tenía el pelo morado y los ojos violeta—. Y nosotros que pensábamos que en esta ocasión seríamos los guapos, para variar.

Golosina soltó una risita, pero a Aya no le hizo gracia.

—Guárdate las bromas para esta noche, cuando actúes ante nuestro noble amo. Si lo complaces, tendrás una buena recompensa. Si no... —lo abofeteó.

—Será mejor que os andéis con cuidado con Aya —les dijo Golosina cuando salió el capataz—. Aquí solo hay un monstruo, y es él.

La mujer barbuda hablaba un dialecto incomprendible del ghiscario, y el chico cabra, la lengua del comercio, una mezcolanza gutural propia de los marineros. La chica de dos cabezas era retrasada; una de las cabezas era del tamaño de una naranja y no decía nada, mientras que la otra tenía los dientes afilados y gruñía a quien se acercara a su jaula. Golosina, en cambio, dominaba cuatro idiomas, entre ellos el alto valyrio.

—¿Cómo es el amo? —preguntó Penny, nerviosa.

—Tiene los ojos amarillos y huele fatal —respondió Golosina—. Hace diez años viajó a Sothoros, y desde entonces se está pudriendo por dentro. Si le hacéis olvidar que se muere, aunque solo sea un rato, será de lo más generoso. No le digáis que no a nada.

Apenas tuvieron aquella tarde para familiarizarse con el hecho de ser una propiedad. Los esclavos de Yezzan llenaron una bañera con agua caliente y permitieron que los enanos se bañaran, primero Penny y luego Tyrion. A continuación, otro esclavo le untó un ungüento en las heridas de la espalda; le escoció mucho, pero impediría que se gangrenaran. Luego le aplicaron unas cataplasmas refrescantes. A Penny le cortaron el pelo y a Tyrion le arreglaron la barba, y también les dieron zapatillas y ropa sencilla pero limpia.

Cuando cayó la noche, Aya regresó para decirles que era hora de representar su número. Yezzan tenía como invitado al comandante supremo de los yunkios, el noble Yurkhaz zo Yunzak, y tenían que actuar ante él.

—¿Le quitamos las cadenas a vuestro oso?

—No, esta noche no —replicó Tyrion—. Hoy solo justaremos para nuestro amo, y guardaremos al oso para otra ocasión.

—Muy bien. Cuando termine vuestro número, ayudaréis a servir el vino y la comida. No se la echéis encima a un invitado, o lo pagaréis caro.

La primera atracción de aquella noche fue un malabarista, al que siguió un

trío de veloces acróbatas. Luego llegó el turno del chico con patas de cabra, que salió y dio unos saltitos grotescos al tiempo que un esclavo de Yurkhaz tocaba una flauta de hueso. Tyrion estuvo tentado de preguntarle si se sabía «Las lluvias de Castamere». Mientras les llegaba el turno de actuar, se dedicó a observar a Yezzan y a sus invitados. La ciruela pasa humana que ocupaba el lugar de honor debía de ser el comandante supremo yunkio; tenía un aspecto tan temible como una diarrea. Otros doce señores yunkios se afanaban por atender todas sus necesidades, y también contaba con dos capitanes mercenarios, cada uno de ellos acompañado por una docena de hombres. Uno de los capitanes era un pentoshi elegante de pelo blanco, que llevaba ropa de seda y una capa que parecía un harapo, de franjas de tela desgarradas y ensangrentadas. El otro era el hombre que había tratado de comprarlos aquella mañana, el pujador de piel curtida y barba entrecana.

—Es Ben Plumm el Moreno —informó Golosina—, capitán de los Segundos Hijos.

«Un poniente y un Plumm. Esto se pone cada vez mejor».

—Vosotros vais a continuación —les comunicó Aya—. Sed divertidos, tesoritos míos, o lo lamentaréis.

Tyrion no dominaba todavía ni la mitad de los trucos de Céntimo, pero era capaz de montar a lomos de la cerda, caerse cuando le tocaba, rodar por el suelo y ponerse en pie de un salto. Todo eso fue muy bien recibido. Por lo visto, dos personas pequeñas balanceándose como si estuvieran borrachas y pegándose con armas de madera resultaban tan hilarantes en un campamento de asedio de la bahía de los Esclavos como en el banquete de bodas de Joffrey, en Desembarco del Rey.

«Desprecio —pensó Tyrion—, el idioma universal».

Su amo, Yezzan, era el que más se reía cada vez que uno de sus esclavos caía al suelo o recibía un golpe, y su gigantesco cuerpo temblaba como la gelatina durante un terremoto; sus invitados esperaron a ver cómo reaccionaba Yurkhaz no Yunzakantes de unirse a las risas. El comandante supremo tenía un aspecto tan frágil que Tyrion temió que una carcajada pudiera matarlo. Cuando el yelmo de Penny salió volando y fue a caer en el regazo de un yunkio de rostro agrio que vestía un *tokar* verde y dorado, Yurkhaz cloqueó como una gallina, y cuando el yunkio metió la mano en el yelmo y sacó una sandía de pulpa chorreante, resolló hasta que se le puso la cara del color de la fruta. Se volvió hacia su anfitrión y le dijo algo que lo hizo reír y chasquear los labios..., aunque a Tyrion le pareció que en los ojos amarillos entrecerrados había un atisbo de ira.

Más tarde, los enanos se quitaron la armadura de madera y las prendas empapadas de sudor que llevaban debajo, y se pusieron túnicas amarillas limpias para servir la cena. A Tyrion le encomendaron una frasca de vino tinto, y a Penny, otra de agua, y pasaron por la tienda para ir llenando las copas con

suaves pisadas que arrancaban susurros a las gruesas alfombras. Era un trabajo más duro de lo que parecía a simple vista, y Tyrion no tardó en sentir calambres en las piernas. Se le abrió una de las heridas de la espalda y la mancha roja atravesó el lino amarillo de la túnica, pero se mordió la lengua y siguió sirviendo vino.

Casi ningún invitado les prestaba más atención que a los otros esclavos, pero un yunkio borracho declaró que Yezzan debería poner a los dos enanos a follar, y otro quiso saber qué le había pasado a Tyrion en la nariz.

« Que se la metí en el coño a tu mujer y me la arrancó de un mordisco», estuvo a punto de responder... Pero la tormenta lo había persuadido de que no deseaba morir todavía.

—Me la cortaron como castigo por mi insolencia, mi señor —fue lo que dijo.

Más tarde, un señor con *tokar* azul ribeteado con ojos de tigre recordó que Tyrion había alardeado durante la subasta de su maestría en el *sitrang*.

—Vamos a ver si es cierto —dijo.

De inmediato llevaron un tablero y unas piezas, y poco después, el señor, con el rostro congestionado de rabia, volcó el tablero y dispersó las piezas por toda la alfombra coreado por las risas de los yunkios.

—Tendrías que haberle dejado ganar —susurró Penny.

—Ahora voy yo, enano. —Ben Plumm el Moreno recogió el tablero con una sonrisa—. Cuando era joven, los Segundos Hijos estuvieron al servicio de Volantis, y allí aprendí a jugar.

—Solo soy un esclavo. Mi noble amo decide cuándo y con quién juego. —Tyrion se volvió hacia Yezzan—. ¿Mi señor?

Aquello le hizo mucha gracia al señor amarillo.

—¿Qué apuesta sugerís, capitán?

—Si gano, me dais a este esclavo.

—Ni hablar —replicó Yezzan zo Qaggaz—. Pero si derrotáis a mi enano, os daré lo que pagué por él, en oro.

—Trato hecho.

Recogieron las piezas de la alfombra y se sentaron a jugar.

Tyrion ganó la primera partida, y Plumm la segunda, y se doblaron las apuestas. Cuando empezó la tercera, el enano estudió a su adversario. Tenía la piel oscura, con las mejillas y el mentón cubiertos por una barba hirsuta entrecana bien recortada, mil arrugas en el rostro, unas cuantas cicatrices antiguas y aspecto afable, sobre todo cuando sonreía.

« El siervo fiel —decidió Tyrion—. El tío favorito de todos, siempre presto a la risa y a las frases hechas, con cierto aire de hombre de mundo. —Todo era artificial. Las sonrisas nunca llegaban a los ojos de Plumm, donde la codicia se ocultaba tras un velo de cautela—. Es ambicioso, pero precavido» .

El mercenario jugaba casi tan mal como el señor yunkio, pero con un estilo

más tenaz y sólido que osado. Cada una de sus aperturas era diferente, pero coincidian en algo: siempre eran pasivas, defensivas, cautas.

«No juega a ganar. Juega a no perder».

Le salió bien en la segunda partida, cuando el hombre pequeño se extralimitó con un ataque poco meditado, pero no en la tercera, en la cuarta ni en la quinta, que fue también la última.

Ya cercano el final de la última partida, con la fortaleza en ruinas, el dragón muerto, rodeado de elefantes y con la caballería pesada en retaguardia, Plumm alzó la vista, sonriente.

—Yollo vuelve a ganar. Muerte en cuatro jugadas.

—Tres. —Tyrion dio unos toquecitos a su dragón—. He tenido suerte. Deberíais frotarme la cabeza a conciencia antes de la próxima partida, capitán. Igual se os pega la suerte a los dedos. —«Perderás igual, pero igual eres un rival medio decente».

Sonrió, se levantó, cogió la frasca de vino y volvió a servir, con un Yezzan zo Qaggaz mucho más rico y un Ben Plumm el Moreno mucho más pobre. Su gigantesco amo, borracho como una cuba, se había quedado dormido en la tercera partida, y la copa se le había resbalado de entre los dedos amarillos para derramar su contenido en la alfombra, pero quizás se sintiera satisfecho cuando despertara.

La salida del comandante supremo Yurkhaz zo Yunzak, apoyado en un par de esclavos corpulentos, fue la señal para que el resto de los invitados también se retiraran. Una vez vacía la tienda, Aya reapareció para decir a los sirvientes que podían darse un banquete con las sobras.

—Comed deprisa. Esto tiene que quedar limpio antes de que os vayáis a dormir.

Tyrion estaba de rodillas, con las piernas doloridas y la espalda ensangrentada, tratando de limpiar la mancha del vino que el noble Yezzan había derramado en la alfombra del noble Yezzan, cuando el capataz le dio un golpecito en la mejilla con la punta del látigo.

—Has estado muy bien, Yollo, y tu mujer, igual.

—No es mi mujer.

—Vale, tu puta. Levantaos los dos.

Tyrion se incorporó, inseguro, arrastrando una pierna temblorosa. Tenía los muslos agarrotados y con unos calambres tan dolorosos que Penny tuvo que ayudarlo a levantarse.

—¿Qué hemos hecho?

—Mucho, mucho —respondió el capataz—. Aya os dijó que, si complacíais a vuestro padre, seríais recompensados, ¿verdad? Pues aunque, como habéis visto, el noble Yezzan no quiere perder a sus tesoritos, Yurkhaz zo Yunzak lo ha convencido de que sería egoísta que se guardara unos juguetes tan entretenidos.

¡Alegraos! Para celebrar el acuerdo de paz, tendréis el honor de justar en el reñidero de Daznak. ¡Vendrán a veros miles de personas! ¡Decenas de miles! ¡Y cómo nos vamos a reír!

JAÍMIE

El Árbol de los Cuervos era antiguo. Entre sus viejas piedras crecía un musgo espeso que trepaba por las paredes como las venas por las piernas de una vieja. Dos grandes torreones flanqueaban la entrada principal del castillo, y otros más pequeños defendían los ángulos de la muralla. Todos eran cuadrados. Las torres cilíndricas y las semicirculares protegían mejor de los ataques con catapultas, ya que era más probable que las piedras se desviaran al impactar contra una pared curva, pero el Árbol de los Cuervos se había erigido antes de que los constructores cayeran en la cuenta.

El castillo dominaba las amplias llanuras fértiles que tanto mapas como hombres denominaban valle Bosquenegro. Era un valle, sí, pero allí no había crecido bosque alguno, negro, marrón ni verde, en miles de años. Si había existido en otros tiempos, pero hacía mucho que el hacha había acabado con el último árbol. En el lugar de robles crecían casas, molinos y torreones. El terreno era un lodazal yermo salpicado por parches de nieve a medio derretir.

En cambio, dentro del castillo quedaba una pequeña parte del bosque. La casa Blackwood seguía adorando a los antiguos dioses, al igual que los primeros hombres anteriores a la llegada de los ándalos a Poniente. Se decía que algunos árboles de su bosque de dioses eran tan viejos como las torres cuadradas de la fortaleza, sobre todo el árbol corazón, un arciano de tamaño colosal cuyas ramas superiores se veían a leguas de distancia, como dedos huesudos que arañaran el cielo.

Poco quedaba de los cultivos, huertos y granjas que en otros tiempos habían rodeado el Árbol de los Cuervos; lo único que encontraron Jaime Lannister y su escolta en las colinas onduladas que daban acceso al valle fue barro y ceniza, y en ocasiones, las ruinas calcinadas de casas y molinos. En aquel erial crecían espinos y matorrales, pero nada parecido a un cultivo. Mirase hacia donde mirase, Jaime veía la mano de su padre, incluso en los huesos que se atisbaban de cuando en cuando junto al camino. Casi todos eran de oveja, pero también los había de caballo y de vaca, y también se veía alguna que otra calavera humana o un esqueleto sin cabeza con hierbajos entre las costillas.

No había grandes ejércitos alrededor del Árbol de los Cuervos, como los había en Aguasdulces. El asedio era más íntimo; se trataba del último paso de un baile que había empezado hacía siglos. Jonos Bracken tenía como mucho quinientos hombres en torno al castillo, y Jaime no vio torres de asedio, arietes ni catapultas. Bracken no tenía intención de derribar las puertas del Árbol de los Cuervos ni tomar por asalto su alta muralla. No había ayuda en perspectiva, así que se daba por satisfecho con rendir por hambre a su enemigo. Sin duda, había habido incursiones y escaramuzas al principio del asedio, y habían volado flechas en ambas direcciones, pero medio año después, todos estaban demasiado

cansados para hacer tonterías, y se habían impuesto la rutina y el aburrimiento, enemigos mortales de la disciplina.

« Ya iba siendo hora de que esto terminara —pensó Jaime Lannister. Con Aguasdulces en manos de su familia, el Árbol de los Cuervos era el último vestigio del breve reinado del Joven Lobo. Cuando se rindiera, su misión a lo largo del Tridente habría concluido, y tendría libertad para volver a Desembarco —. Con el rey —se dijo. Pero una vocecita interior susurró: «Con Cersei»» .

Sabía que más tarde o más temprano tendría que enfrentarse a ella; eso, si el septón supremo no la había ajusticiado antes de que volviera a la ciudad. « Vuelve ahora mismo —le había escrito en la carta que Peck había quemado en Aguasdulces—. Ayúdame. Sálvame. Te necesito como no te había necesitado jamás. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Vuelve ahora mismo» . A Jaime no le cabía duda de que lo necesitaba de verdad. En cuanto a lo demás...

« Ha estado follando con Lancel y con Osmund Kettleblack y, por lo que yo sé, puede que se tire hasta al Chico Luna» .

Aunque hubiera vuelto, no habría podido salvarla. Era culpable de todas las traiciones de que la acusaban, y a él le faltaba la mano de la espada.

La columna llegó al trote entre los campos, y los centinelas la miraron con más curiosidad que temor. Ninguno dio la voz de alarma, cosa que a Jaime le pareció de maravilla. Tampoco les resultó difícil localizar el pabellón de lord Bracken: era el más grande del campamento y el mejor situado, en la cima de una pequeña loma, junto al río, desde donde tenía una buena vista de las dos puertas del Árbol de los Cuervos.

La tienda era marrón y tenía un mástil central, como la mayoría, con el corcel rojo rampante de la casa Bracken en su escudo dorado. Jaime dio orden de desmontar y les dijo a sus hombres que podían mezclarse con los acampados si lo deseaban.

—Vosotros dos, no —dijo a sus portaestandartes—. Quedaos conmigo. No tardaremos mucho.

Jaime se bajó de Honor y se encaminó hacia la tienda de Bracken con la espada envainada. Los guardias apostados junto a la entrada se miraron, nerviosos.

—¿Queréis que os anunciemos, mi señor? —preguntó uno.

—Ya me anuncio yo. —Jaime apartó la lona de la tienda con la mano dorada y se agachó para entrar.

Los encontró en plena acción, tan concentrados en el apareamiento que no se percataron de su llegada. La mujer tenía los ojos cerrados y las manos engarfiadas en torno a la espalda peluda de Bracken, y gemía con cada embestida. Su señoría tenía la cabeza enterrada entre sus pechos y la agarraba por las caderas. Jaime carraspeó.

—Lord Jonos...

La mujer abrió los ojos de golpe y dejó escapar un grito de sobresalto. Jonos Bracken rodó hacia un lado, echó mano de la vaina y se levantó entre maldiciones con el acero desnudo en la mano.

—Por los siete putos infiernos, ¿quién...? —Entonces vio la capa blanca y la coraza dorada de Jaime, y enseguida bajó la espada—. ¿Lannister?

—Siento interrumpiros en tan buen momento, mi señor —se excusó Jaime con un atisbo de sonrisa—, pero la verdad es que tengo un poco de prisa. ¿Podemos hablar?

—Sí. Claro. —Lord Jonos envainó la espada. No era tan alto como Jaime, pero sí más corpulento, con hombros anchos y brazos que habrían sido la envidia de un herrero. La barba incipiente que le cubría las mejillas y el mentón era castaña, del mismo color que los ojos en los que no acababa de disimular la rabia —. Me habéis cogido por sorpresa, mi señor. No se me advirtió de vuestro acceso.

—Y yo he obstaculizado el vuestro. —Jaime sonrió a la mujer de la cama, que tenía una mano entre las piernas y la otra en el pecho izquierdo, con lo que el derecho quedaba expuesto. Tenía los pezones más oscuros que Cersei, y el triple de grandes. Al percibir la mirada de Jaime, se cubrió el seno derecho, dejando el pubis a la vista—. ¿Todas las vivanderas son así de recatadas? Para vender berzas hay que mostrar la mercancía.

—No habéis dejado de mirar mis berzas desde que habéis entrado. —La mujer se subió la manta hasta la cintura y se apartó el pelo de los ojos—. Además, no están en venta.

—Lo siento si os he tomado por lo que no sois. —Jaime se encogió de hombros—. Mi hermano pequeño ha conocido a cientos de putas, pero yo solo me he acostado con una.

—Es botín de guerra. —Bracken recogió los calzones del suelo y los sacudió —. Pertenece a una espada juramentada de Blackwood, pero eso terminó cuando le partí la cabeza. Baja las manos, mujer; mi señor de Lannister quiere verte las tetas.

Jaime hizo como si no lo hubiera oído.

—Os estáis poniendo los calzones al revés, mi señor —dijo a Bracken, que dejó escapar una maldición, y la mujer aprovechó para salir de la cama y recoger su ropa dispersa, cubriéndose los pechos y el sexo con manos nerviosas cada vez que se agachaba o estiraba un brazo. Sus esfuerzos por taparse resultaban más provocativos que la asunción de la desnudez—. ¿Cómo te llamas, mujer? —preguntó.

—Mi madre me puso Hildy, mi señor. —Se puso una camisa manchada y sacudió la cabellera. Tenía la cara casi tan sucia como los pies, y tanto vello entre las piernas que habría podido pasar por hermana de Bracken, pero aun así tenía algo que resultaba realmente atractivo: la nariz respingona, la mata de pelo

indómito... o la pequeña reverencia que hizo después de ponerse la falda—. ¿Habéis visto el otro zapato, mi señor?

Lord Bracken se ofendió ante la pregunta.

—¿Te parece que soy una puta criada, para andar buscándote los zapatos? Lárgate descalza siquieres, pero lárgate.

—¿Mi señor quiere decir que ya no va a llevarme a su casa a rezar con su esposa? —Hildy se echó a reír y lanzó una mirada insinuante a Jaime—. ¿Vos también tenéis esposa?

« No, yo tengo hermana» .

—¿De qué color es mi capa?

—Blanca —replicó—, pero vuestra mano es de oro. Me gustan los hombres con manos de oro. ¿Cómo os gustan a vos las mujeres, mi señor?

—Inocentes.

—He dicho las mujeres, no las hijas.

Pensó en Myrcella. « A ella también tendré que decírselo. —Eso no les iba a hacer ninguna gracia a los dornienses. Doran Martell había comprometido a su hijo con ella creyendo que era de la sangre de Robert—. Nudos y enredos», pensó Jaime. ¡Ojalá pudiera deshacerlos con un tajo de la espada!

—He hecho votos —explicó a Hildy con cansancio.

—Entonces os quedáis sin berzas —replicó la joven con tono travieso.

—¡Fuera de aquí! —rugió lord Jonos.

Se marchó, pero no sin antes darle un apretón a Jaime en la polla por encima de los calzones.

—Hildy —le recordó antes de salir medio desnuda de la tienda.

« Hildy» , pensó Jaime.

—¿Cómo se encuentra vuestra señora esposa? —preguntó a lord Jonos tras la salida de la chica.

—¿Y yo qué sé? Preguntadle a su septón. Cuando vuestro padre nos quemó el castillo, mi esposa decidió que era un castigo de los dioses y ahora no hace más que rezar. —Jonos había conseguido por fin ponerse los calzones del derecho y se estaba anudando la lazada—. ¿Qué os trae por aquí, mi señor? ¿El Pez Negro? Ya estamos enterados de cómo consiguió escapar.

—¿De verdad? —Jaime se sentó en un taburete—. ¿Os lo ha contado él mismo?

—Ser Brynden no habría cometido la estupidez de acudir a mí. No negaré que le tengo afecto, pero eso no me impedirá cargarlo de cadenas si se acerca a mí o a los míos. Sabe que he hincado la rodilla y él debería haber hecho lo mismo, pero siempre ha sido un cabezota. Mi hermano os habría dado fe de ello.

—Tytos Blackwood no ha hincado la rodilla —señaló Jaime—. ¿Es posible que el Pez Negro intente refugiarse en el Árbol de los Cuervos?

—Podría intentarlo, pero para eso tendría que atravesar mis líneas de asedio,

y no me ha llegado noticia de que le hayan salido alas. El propio Tytos va a tener que buscar refugio pronto. Ahí dentro ya solo quedan ratas y raíces; se rendirá antes de la próxima luna llena.

—Se rendirá antes de la puesta de sol. Vengo a ofrecerle condiciones y aceptar su regreso a la paz del rey.

—Ya. —Lord Jonos se puso una túnica de lana marrón con el corcel rojo de los Bracken bordado en la pechera—. ¿Mi señor quiere un cuerno de cerveza?

—No, pero vos no os privéis.

Bracken llenó un cuerno, se bebió la mitad de un trago y se limpió los labios.

—¿Qué condiciones vais a ofrecerle?

—Las de siempre. Lord Blackwood tendrá que confesar su traición y renegar de toda alianza con los Stark y los Tully; prestará solemne juramento ante los dioses y los hombres de que, de hoy en adelante, será leal vasallo de Harrenhal y el Trono de Hierro, y yo le otorgaré el indulto en nombre del rey. También nos llevaremos un par de cofres de oro; es el precio de la rebelión. Y exigiré un rehén, para asegurarnos de que el Árbol de los Cuervos no vuelve a levantarse en armas.

—Su hija —sugirió Bracken—. Blackwood tiene seis hijos, pero solo una hija, y es la niña de sus ojos. Una mocosa; debe de rondar los siete años.

—Es pequeña, pero nos vale.

Lord Jonos apuró la cerveza y dejó el cuerno a un lado.

—¿Qué hay de las tierras y castillos que nos prometieron?

—¿Qué tierras?

—La orilla este del Lavadero de la Viuda, desde Cerro Ballesta a Prado de la Monta, así como todas las islas. El molino Maizmolido, el molino del Señor, las ruinas de Castelbarro, el Rapto, Batalla del Valle, Forjavieja, las aldeas de La Hebillla, Hebillanegra, Hito y Lagobarro, y la ciudad mercado de Latumba. El bosque de la Avispa, el bosque de Lorgen, la colina Verde y las Tetas de Barba. O las Tetas de Missy, como las llaman los Blackwood, pero antes eran las Tetas de Barba. El Árbol de la Miel y todas las colmenas. Lo tengo todo aquí marcado, ¿queréis echarle un vistazo?

Apartó objetos de la mesa hasta dar con un mapa de pergaminio. Jaime lo cogió con la mano sana, pero tuvo que utilizar la de oro para mantenerlo extendido.

—Son muchas tierras —observó—. Una cuarta parte de las que tenéis ahora.

—En otros tiempos, todas estas tierras pertenecían al Seto de Piedra. —Bracken apretó los labios con gesto obstinado—. Nos las robaron los Blackwood.

—¿Qué pasa con este pueblo? Aquí, entre las Tetas. —Jaime dio unos golpecitos en el mapa con un nudillo de oro.

—El Árbol de la Moneda. También fue nuestro, pero hace cien años que es un feudo del rey. No lo metamos en esto; nosotros solo pedimos que nos devuelvan

las tierras usurpadas por los Blackwood. Vuestro señor padre nos las prometió si conseguíamos que lord Tytos se le rindiera.

—Por el camino he visto estandartes de los Tully y los Stark en la muralla del castillo. Eso parece un indicio claro de que no se ha rendido.

—Hemos conseguido que su ejército se encierre en el Árbol de los Cuervos. Si me proporcionáis hombres suficientes, lanzaré un ataque contra la muralla y se rendirán, pero desde la tumba.

—Si os proporciono hombres suficientes seré yo quien los derrote, no vos, así que tendré que recompensarme a mí mismo. —Volvió a enrollar el mapa—. Me lo quedo, si no os importa.

—Quedaos con el mapa; nosotros nos quedaremos con las tierras. Se dice que un Lannister siempre paga sus deudas, y hemos luchado a vuestro lado.

—Ni la mitad de tiempo que contra nosotros.

—El rey ya nos otorgó su perdón. Vuestras espadas acabaron con mi sobrino y con mi hijo bastardo. Vuestra Montaña me robó la cosecha y quemó todo lo que no se pudo llevar; prendió fuego a mi castillo y violó a una de mis hijas. Quiero mi recompensa.

—La Montaña ha muerto, igual que mi padre —replicó Jaime—, y en opinión de algunos, conservar la cabeza es recompensa suficiente. Jurasteis lealtad a Stark y estuvisteis en su bando hasta que lo mató lord Walder.

—A él y a una docena de hombres de mi familia. —Lord Jonos escupió hacia un lado—. Sí, fui leal al Joven Lobo, igual que os será leal a vos mientras me tratéis bien. E hinqué la rodilla porque no entendí la necesidad de morir por los muertos, ni la de derramar sangre de los Bracken por una causa perdida.

—Hombre prudente. —«Aunque hay quien consideraría más honorable a lord Blackwood»—. Tendréis las tierras que pedís, o al menos parte de ellas, ya que habéis obligado a los Blackwood a rendirse parcialmente.

—Me conformaré con lo que mi señor considere justo, pero si me aceptáis un consejo, no sirve de nada tratar con guantes a esos Blackwood. La traición corre por sus venas. Antes de que los ándalos llegaran a Poniente, la casa Bracken dominaba este río; éramos reyes, y los Blackwood eran nuestros vasallos, pero nos traicionaron y usurparon la corona. No hay Blackwood que no sea un cambiácapas; no lo olvidéis cuando les presentéis vuestras condiciones.

—No lo olvidaré —prometió Jaime.

Se dirigió a caballo desde el campamento de asedio a las puertas del Árbol de los Cuervos, precedido por Peck, que portaba el estandarte de paz. Antes de que llegaran al castillo ya había veinte pares de ojos que los observaban desde las almenas. Tiró de las riendas de Honor cuando llegó al borde del foso, una zanja profunda con piedras en el fondo y el agua llena de inmundicias. Jaime estaba a punto de ordenar a ser Kennos que hiciera sonar el Cuerno de Herrock cuando el puente levadizo empezó a bajar.

Lord Tytos Blackwood lo recibió en la liza del castillo, a lomos de un corcel tan flaco como él. El señor del Árbol de los Cuervos era muy alto y delgado, y tenía la nariz ganchuda, el pelo largo y la descuidada barba entrecana, aunque con más canas que otra cosa. En la coraza de la armadura bruñida escarlata llevaba grabado en plata un árbol blanco seco, sin hojas, rodeado por una bandada de cuervos de ónix que levantaban el vuelo. Una capa de plumas de cuervo le ondeaba a la espalda.

—Lord Tytos... —saludó Jaime.

—Mi señor...

—Gracias por franquearme la entrada.

—No diré que sois bienvenido, pero tampoco negaré que esperaba vuestra visita. Venís a por mi espada.

—Vengo a poner fin a esta situación. Vuestros hombres han luchado con gran valentía, pero habéis perdido la guerra. ¿Estáis preparado para rendiros?

—Ante el rey, no ante Jonos Bracken.

—Lo entiendo.

Blackwood titubeó un instante.

—¿Queréis que desmonte y me arrodille ante vos aquí y ahora? —Un centenar de ojos los miraba.

—El viento es frío, y el patio, un lodazal —respondió Jaime—. Podemos dejar lo de arrodillarse para cuando estemos en vuestras estancias, con una alfombra, y después de tratar las condiciones.

—Es muy caballeroso por vuestra parte. Acompañadme, mi señor. En mi castillo andamos cortos de comida, pero nunca de cortesía.

Las habitaciones de Blackwood estaban en el segundo piso de un gigantesco edificio de madera. Cuando entraron ardía un fuego en la chimenea del rincón. La estancia era amplia, con grandes vigas de madera oscura de roble que sostenían el techo elevado. De las paredes colgaban tapices de lana, y una ancha puerta doble de celosía daba al bosque de dioses. Jaime vio, a través de los gruesos cristales amarillos en forma de rombo, las ramas retorcidas del árbol que daba nombre al castillo. Era un arciano viejo, colosal, diez veces más grande que el del Jardín de Piedra de Roca Casterly. Pero aquel árbol estaba seco y muerto.

—Lo envenenaron los Bracken —le explicó su anfitrión—. Hace mil años que no le brota una hoja. Según los maestres, dentro de otros mil años estará petrificado. Los arcianos no se pudren.

—¿Y los cuervos? —quiso saber Jaime.

—Vienen al atardecer para posarse en sus ramas, tal como llevan haciendo durante milenarios. Nadie sabe cómo ni por qué, pero el árbol los atrae todas las noches. —Blackwood se sentó en una silla de respaldo alto—. El honor exige que pregunte por mi señor.

—Ser Edmure está de camino a Roca Casterly, en condición de prisionero. Su

esposa se quedará en Los Gemelos hasta dar a luz, y luego se reunirá con su marido, acompañada por el bebé. Mientras no intente escapar ni rebelarse, Edmure tendrá una vida larga.

—Larga y amarga. Una vida sin honor. Hasta el día de su muerte, los hombres dirán que tuvo miedo de luchar.

«Injustamente —pensó Jaime—. Temía por su hijo. Sabía de quién soy hijo yo; lo sabía mejor que mi propia tía».

—Tuvo que tomar una decisión. Su tío nos habría hecho mucho daño.

—En eso estamos de acuerdo. —La voz de Blackwood no dejaba traslucir nada—. ¿Os importuna que os pregunte qué habéis hecho con ser Brynden?

—Le ofrecí la oportunidad de vestir el negro, pero prefirió escapar. —Jaime sonrió—. ¿Por casualidad lo tenéis aquí?

—No.

—Si lo tuvierais, ¿me lo diríais?

En esa ocasión fue Tytos Blackwood quien sonrió. Jaime juntó las manos, cubriendo los dedos de oro con los de carne.

—Parece buen momento para negociar las condiciones.

—¿Ahora es cuando me pongo de rodillas?

—Adelante, si queréis. O también podemos decir que os arrodillasteis, y ya está.

Lord Blackwood se quedó sentado. No tardaron en llegar a un acuerdo sobre los aspectos más importantes: confesión, lealtad, perdón, cierta cantidad de oro y plata a modo de compensación...

—¿Qué tierras requerís? —preguntó lord Tytos. Jaime le tendió el mapa; le echó un vistazo y dejó escapar una risita—. Claro, claro. Hay que darle su recompensa al cambiácapas.

—Sí, pero menor de lo que imagina, pues prestó un servicio menor. De esas tierras, ¿cuáles accedéis a entregar?

—Sotobosque, Cerro Ballesta y La Hebilla —respondió lord Tytos tras meditar un instante.

—¿Unas ruinas, un cerro y unas cuantas chozas? Vamos, mi señor, tenéis que pagar por vuestra traición. Exigiré como mínimo uno de los molinos. —Los molinos eran una valiosa fuente de impuestos, ya que el señor recibía un diezmo del grano que en ellos se molía.

—Pues el molino del Señor. El Maízmolido es nuestro.

—Y una aldea más. ¿Pedregal?

—Tengo parientes enterrados bajo las rocas de Hito. —Volvió a consultar el mapa—. Dadle el Árbol de la Miel y sus colmenas. Con tanto dulce, engordará y se le caerán los dientes.

—Bien, trato hecho. Solo falta una cosa.

—Un rehén.

—Sí, mi señor. Tengo entendido que sois padre de una niña.

—Bethany. —Lord Tytos acusó el golpe—. Tengo dos hermanos, una hermana, un par de tías viudas, sobrinos, primos... Esperaba que eligierais...

—Tiene que ser un vástagos de vuestra propia sangre.

—Bethany no tiene más que ocho años; es una chiquilla adorable, siempre sonriente. Nunca ha estado a más de una jornada a caballo de aquí.

—¿Y por qué no darle la ocasión de conocer Desembarco del Rey? Su alteza tiene más o menos la misma edad que ella. Le encantaría tenerla de amiga.

—Una amiga a la que ahorcar si su padre hace algo que no le gusta —replicó lord Tytos—. Tengo cuatro hijos, ¿por qué no os lleváis a uno de ellos? Ben tiene doce años y está deseoso de correr aventuras. Sería un excelente escudero para mi señor.

—Tengo tantos escuderos que he perdido la cuenta; se pelean por sujetarme la polla cada vez que voy a mear. Y tenéis seis hijos, mi señor, no cuatro.

—Tenía seis hijos. Robert era el pequeño, y nunca gozó de buena salud. Murió hace seis días, de tripas sueltas. A Lucas lo asesinaron en la Boda Roja. La cuarta esposa de Walder Frey era una Blackwood, pero en Los Gemelos, el parentesco tiene tan poca importancia como el derecho del huésped. Me gustaría enterrar a Lucas bajo el árbol, pero los Frey aún no han considerado oportuno devolverme sus huesos.

—Me encargaré de que lo hagan. ¿Lucas era vuestro hijo mayor?

—El segundo. Mi primogénito y heredero es Brynden. Luego va Hoster; mucho me temo que lo suyo son los libros.

—También tenemos libros en Desembarco del Rey; recuerdo haber visto a mi hermano pequeño leyéndolos de cuando en cuando. ¿Creéis que a vuestro hijo le gustaría echarles un vistazo? Aceptaré a Hoster como rehén.

—Gracias, mi señor. —El alivio de Blackwood era palpable. Titubeó un momento antes de seguir—. Disculpad mi osadía, pero haríais bien en exigir otro rehén a Jonos. Una de sus hijas. Pese a lo mucho que ha ido apareándose por ahí, no le ha llegado la hombria a engendrar hijos varones.

—Tenía un bastardo que murió en la guerra.

—¿Seguro? Harry era bastardo, eso desde luego, pero lo que ya es cuestionable es si Jonos era su padre. Era un muchacho rubio y atractivo, y Jonos no es lo uno ni lo otro. —Lord Tytos se puso en pie—. ¿Me haréis el honor de cenar conmigo?

—Tendrá que ser en otra ocasión, mi señor. —En el castillo se morían de hambre, y Jaime no iba a conseguir nada quitándoles la comida de la boca—. No puedo demorarme más; he de ir a Aguasdulces.

—A Aguasdulces o a Desembarco del Rey?

—A los dos sitios.

Lord Tytos no intentó disuadirlo.

—Hoster estará listo para partir en menos de una hora.

Así fue. El muchacho se reunió con Jaime junto a los establos, con el petate al hombro y un montón de pergaminos bajo el brazo. No tenía más de diecisésis años, pero ya era más alto que su padre, casi tres varas de piernas, espinillas y codos: un chaval larguirucho y desmañado con un remolino de pelo rebelde.

—Lord comandante, soy Hoster, vuestro rehén. La gente me llama Hos —sonrió.

« ¿Se cree que esto es divertido?» .

—¿Qué gente?

—Mis amigos, mis hermanos...

—Yo no soy tu amigo ni tu hermano. —Aquello borró la sonrisa de la cara al muchacho. Jaime se volvió hacia lord Tytos—. No quiero malentendidos, mi señor. Lord Beric Dondarrion, Thoros de Myr, Sandor Clegane, Brynden Tully, la tal Corazón de Piedra y todos esos son forajidos y rebeldes, enemigos del rey y de todos sus súbditos leales. Si llego a enterarme de que vos o los vuestros les dais cobijo, los protegéis o los ayudáis de cualquier manera, os haré llegar la cabeza de vuestro hijo sin dudarlo. Espero que os haya quedado claro. Y que os quede clara otra cosa: no soy Ryman Frey.

—No. —Todo rastro de calidez se había esfumado del rostro de lord Blackwood—. Sé con quién estoy tratando, Matarreyes.

—Bien. —Jaime montó y arrastró a Honor hacia la puerta—. Os deseo buenas cosechas y toda la bienaventuranza de la paz del rey.

No tuvo que cabalgar mucho. Lord Jonos Bracken lo esperaba junto al Árbol de los Cuervos, fuera del alcance de las ballestas. Iba a lomos de un corcel con armadura y llevaba coraza y cota de malla, además de un yelmo de acero gris con el penacho de crin.

—He visto que arriaban el estandarte del lobo huargo —dijo a Jaime en cuanto llegó junto a él—. ¿Se acabó?

—Por completo. Volved a casa y sembrad vuestros campos.

—Espero tener más campos que cuando habéis entrado en ese castillo. —Lord Bracken se levantó el visor.

—La Hebillla, Sotobosque y el Árbol de la Miel con todas sus colmenas. —Se le olvidaba uno—. Ah, y Cerro Ballesta.

—Un molino —replicó Bracken—. Necesito un molino.

—El Molino del Señor.

—Bueno, con ese me basta. Por ahora —bufó. Señaló a Hoster Blackwood, que llegaba cabalgando con Peck—. ¿Ese es vuestro rehén? Os la han dado con queso. Es un debilucho que tiene agua en las venas. Por muy alto que os parezca, cualquiera de mis hijas podría quebrarlo como una ramita podrida.

—¿Cuántas hijas tenéis, mi señor?

—Cinco: dos de mi primera esposa y tres de la tercera. —Demasiado tarde,

comprendió que había hablado más de la cuenta.

—Enviad a una a la corte; tendrá el privilegio de ser una de las damas de la reina regente.

El rostro de Bracken se ensombreció cuando entendió el calado de aquellas palabras.

—¿Así recompensáis la amistad del Seto de Piedra?

—Ser dama de la reina es un gran privilegio —le recordó Jaime—. Convendría que se lo explicaseis así a vuestra hija. Esperamos su llegada antes de que acabe el año.

No aguardó la respuesta de lord Bracken; rozó a Honor con las espuelas doradas y se alejó al trote. Sus hombres formaron y lo siguieron, haciendo ondear los estandartes. Pronto, el castillo y el campamento quedaron atrás, ocultos tras la polvareda que levantaban los cascos de los caballos.

Ni lobos ni forajidos los habían molestado en el trayecto hacia el Árbol de los Cuervos, de modo que Jaime decidió regresar por otro camino. Si los dioses le eran propicios, tal vez se tropezara con el Pez Negro o incluso tentara a Beric Dondarrion para lanzar un ataque poco meditado.

Iban siguiendo el curso del Lavadero de la Viuda cuando empezaron a quedarse sin luz. Jaime hizo llamar a su rehén y le pidió que los guiara al vado más cercano. Cuando la columna pasó chapoteando por las aguas bajas, el sol se ponía tras un par de colinas cubiertas de hierba.

—Las Tetas —señaló Hoster Blackwood.

Jaime recordó el mapa de lord Bracken.

—Hay una aldea entre las dos.

—El Árbol de la Moneda —confirmó el muchacho.

—Montaremos campamento allí para pasar la noche. —Si había algún aldeano, tal vez conociera el paradero de ser Brynden o el de los forajidos—. Lord Jonos me comentó algo sobre el propietario legítimo de las Tetas —comentó al joven Blackwood mientras cabalgaban hacia las colinas, cada vez más oscuras—. Los Bracken las llaman de una forma, y los Blackwood, de otra.

—Sí, mi señor. Así ha sido durante unos cien años. Antes eran las Tetas de la Madre, o las Tetas a secas. Como son dos y parecen...

—Ya veo lo que parecen. —Jaime no pudo evitar recordar a la mujer de la tienda y su manera de intentar ocultar aquellos pezones grandes y oscuros—. ¿Qué pasó hace cien años?

—Aegon el Indigno tomó como amante a Barba Bracken —explicó el instruido muchacho—. Por lo que se dice, era una moza de busto generoso, y un buen día, cuando el rey estaba de visita en el Seto de Piedra, salió de caza, vio las Tetas y...

—Y les puso el nombre de su amante. —Aegon IV había muerto mucho antes de que naciera Jaime, pero estaba suficientemente familiarizado con la

historia del reino para imaginar qué había sucedido a continuación—. Solo que más adelante abandonó a la Bracken y se lió con una Blackwood, ¡a que sí?

—Con lady Melissa —confirmó Hoster—. La llamaban Missy; teníamos una estatua suya en nuestro bosque de dioses. Era mucho más hermosa que Barba Bracken, pero delgada, y se oyó comentar a Barba que era plana como un muchacho. Cuando se enteró el rey Aegon...

—Le dio las tetas de Barba. —Jaime se echó a reír—. ¿Cómo empezó esta enemistad entre los Blackwood y los Bracken? ¿Se recogió por escrito?

—Sí, mi señor —asintió el chico—, pero unas versiones las escribieron sus maestres y otras los nuestros, siempre siglos después de los acontecimientos que narraban en sus crónicas. Todo se remonta a la Edad de los Héroes, a los tiempos en que los Blackwood eran reyes, y los Bracken, señores menores que se dedicaban a la cría de caballos. En vez de pagar los impuestos al rey, emplearon el oro que ganaron con sus caballos para forjar espadas y derrocarlo.

—¿Cuándo fue eso?

—Quinientos años antes de los ándalos; mil si damos crédito a la *Verdadera historia*. Pero nadie sabe cuándo cruzaron los ándalos el mar Angosto. La *Verdadera historia* dice que hace cuatro mil años, pero algunos maestres aseguran que solo hace dos mil. A partir de cierta época, las fechas se vuelven confusas y nebulosas, y la claridad de la historia da paso a la neblina de la leyenda.

«A Tyrion le caería bien este chico. Se pasarian el día hablando y discutiendo de libros». Durante un momento se le olvidó lo resentido que estaba contra su hermano, hasta que recordó lo que había hecho.

—Así que os peleáis por la corona que quitó una familia a la otra en los tiempos en que Roca Casterly aún pertenecía a los Casterly; la corona de un reino que no existe desde hace miles de años, ¿no es eso? —Dejó escapar una risita—. Tantos siglos, tantas guerras, tantos reyes... y nadie ha conseguido la paz.

—Muchos la consiguieron, mi señor. Hemos firmado la paz con los Bracken cientos de veces; en ocasiones hasta se ha sellado con un matrimonio. Todos los Bracken tienen sangre Blackwood y todos los Blackwood tienen sangre Bracken. La Paz del Viejo Rey duró medio siglo, pero surgió alguna nueva disputa y las heridas antiguas volvieron a sangrar. Mi padre dice que siempre es así: mientras los hombres recuerden cualquier afrenta sufrida por sus antepasados no habrá paz duradera, de manera que así seguimos siglo tras siglo. Odiamos a los Bracken y los Bracken nos odian. Mi padre dice que eso no acabará jamás.

—Puede que sí.

—¿Cómo, mi señor? Según mi padre, las heridas viejas no se curan jamás.

—Mi padre también tenía un dicho: nunca hieras a un enemigo si puedes matarlo. Los muertos no se vengan.

—Pero sus hijos, sí —replicó Hoster con tono de disculpa.

—No si se mata también a los hijos. Si no me crees, pregunta a los Casterly. Pregunta a lord y lady Tarbeck, o a los Reyne de Castamere. Pregunta al príncipe de Rocadragón. —Durante un momento, las nubes rojas oscuras que coronaban las colinas le recordaron a los hijos de Rhaegar, envueltos en capas escarlata.

—¿Por eso matasteis a todos los Stark?

—A todos, no —respondió Jaime—. Las hijas de lord Eddard siguen con vida. Una acaba de contraer matrimonio, y la otra... —« ¿Dónde estás, Brienne? ¿La has encontrado?» —. La otra, si los dioses son misericordiosos, se olvidará de que fue una Stark y se casará con un herrero corpulento o con un posadero rechoncho, le llenará la casa de críos y nunca tendrá miedo de que aparezca un caballero para estamparles el cráneo contra la pared.

—Los dioses son misericordiosos —dijo su rehén, inseguro.

« Sí, tú sigue creyendo eso». Jaime picó espuelas a Honor.

El Árbol de la Moneda era una aldea mucho más grande de lo que esperaba. La guerra también había dejado allí su huella: los huertos quemados y la estructura calcinada de casas semiderruidas así lo atestiguaban; pero por cada edificio en ruinas había tres reconstruidos. En el azul cada vez más oscuro del ocaso, Jaime alcanzó a ver una veintena de tejados de paja nuevos, y también puertas de madera fresca. Entre el estanque de patos y la forja del herrero dio con el árbol al que debía su nombre la aldea, un roble alto y viejo, con raíces retorcidas que sobresalían de la tierra como un entramado de serpientes y cientos de monedas clavadas en el grueso tronco.

Peck se quedó mirando el árbol, y luego, las casas vacías.

—¿Dónde está la gente?

—Escondida —replicó Jaime.

Dentro de las casas, todos los fuegos estaban apagados, pero algunos humeaban aún y ninguno estaba frío del todo. El único ser vivo que encontraron fue una cabra que Harry Merrell el Templado vio pastando en un huerto. Pero el pueblo contaba con un torreón tan inexpugnable como cualquiera de los que se veían en las tierras de los ríos, con una muralla de piedra de cinco varas de altura, y Jaime supo que allí encontraría a los aldeanos.

« Cuando vinieron los atacantes, se escondieron tras esa muralla; por eso sigue existiendo el pueblo. Ahora también se esconden, pero de mí». Se encaminó a lomos de Honor hasta las puertas del torreón.

—¡Eh, los de dentro! No vamos a haceros daño, somos hombres del rey.

Unos cuantos rostros asomaron sobre la muralla, por encima de la puerta.

—Fueron hombres del rey los que nos quemaron el pueblo —replicó un hombre—. Antes de eso, otros hombres del rey se llevaron nuestras ovejas. Eran de un rey diferente, pero a nuestras ovejas les dio igual. Los hombres del rey mataron a Harsley y a ser Ormond, y violaron a Lacey hasta que murió.

—No fueron mis hombres —dijo Jaime—. Abrid las puertas.

—Cuando os hay áis marchado.

Ser Kennos se le acercó a caballo.

—No nos costaría mucho derribar la puerta, ni pegar fuego a esto.

—¿Mientras nos tiran piedras y nos lanzan flechas? —Jaime negó con la cabeza—. Correría la sangre, y ¿para qué? Esta gente no nos ha hecho ningún daño. Nos instalaremos en las casas, pero no quiero saqueos. Tenemos provisiones suficientes.

Mientras la luna ascendía por el cielo, ataron los caballos y cenaron a base de carnero en salazón, manzanas secas y queso curado. Jaime comió poco y compartió un odre de vino con Pecky y Hos. Intentó contar las monedas clavadas en el viejo roble, pero se perdió enseguida; eran demasiadas.

« ¿A qué vendrán esas monedas? ». Si se lo preguntaba, el joven Blackwood se lo diría, pero entonces se acabaría el misterio.

Apostó centinelas para asegurarse de que nadie salía de los límites de la aldea, y también envió exploradores para que ningún enemigo los cogiera por sorpresa. Era casi medianoche cuando dos de ellos volvieron con una mujer que habían tomado prisionera.

—Se acercaba a caballo sin siquiera esconderse, mi señor, y exige hablar con vos.

Jaime se puso en pie.

—No pensaba que volvería a veros tan pronto, mi señora. —« Por todos los dioses, parece diez años mayor que cuando nos despedimos. ¿Y qué le ha pasado en la cara? » —. Esa venda... ¿Estáis herida?

—Un mordisco. —Se llevó la mano al puño de la espada que él le había regalado. *Guardajuramentos*—. Me encomendasteis una misión, mi señor.

—Sí, la niña. ¿La habéis encontrado?

—Así es —respondió Brienne, la Doncella de Tarth.

—¿Dónde está?

—A una jornada a caballo. Puedo llevaros hasta ella, pero tenéis que venir solo. De lo contrario, el Perro la matará.

—R'hllor —cantó Melisandre, con los brazos en alto contra la nieve que caía —, tú eres la luz de nuestros ojos, el fuego de nuestros corazones, el calor de nuestras entrañas. Tuyo es el sol que calienta nuestros días; tuyas, las estrellas que nos guardan en la noche oscura.

—Adoremos a R'hllor, Señor de Luz —contestaron los invitados de la boda en un coro de voces disonantes, antes de que una ráfaga de aire helado se llevase sus palabras. Jon Nieve se subió la capucha.

Aquel día, la nieve caía con suavidad, en copos finos que se dispersaban y bailaban en el aire; pero desde el este llegaba un viento que recorría el Muro, frío como el aliento del dragón de hielo de los cuentos de la Vieja Tata. Hasta el fuego de Melisandre temblaba de frío; las llamas se habían apiñado al fondo de la zanja y crujían discretamente mientras la sacerdotisa roja cantaba. El único que parecía no sentir el frío era Fantasma.

—Una boda con nieve presagia un matrimonio frío. Es lo que decía mi señora madre —dijo Alyx Karstark, tras acercarse a Jon.

« Seguro que hubo ventisca el día en que se casó con Stannis —pensó Jon mirando a la reina Selyse. Arropada en su manto de armiño y rodeada de damas, doncellas y caballeros, la reina sureña, pálida y diminuta, tenía un aspecto muy frágil. Sus finos labios dibujaban una sonrisa tensa y gélida, pero sus ojos desbordaban veneración—. Detesta el frío, pero adora las llamas. —Bastaba con mirarla para darse cuenta—. Una palabra de Melisandre, y sería capaz de lanzarse al fuego por voluntad propia y abrazarlo como a un amante».

No todos los hombres de la reina compartían su devoción: ser Brus estaba medio borracho; ser Malegorn agarraba con una mano enguantada el trasero de la dama que tenía al lado; ser Narbert bostezaba, y ser Patrek de la Montaña del Rey tenía cara de pocos amigos. Jon Nieve empezaba a entender por qué Stannis los había dejado con la reina.

—La noche es oscura y alberga horrores —cantó Melisandre—. Solos nacemos y solos morimos, pero en el tránsito de este valle tenebroso sacamos fuerzas unos de otros y de ti, nuestro señor. —La seda y el raso escarlata formaban un torbellino con cada ráfaga de viento—. He aquí a dos personas que van a unir sus vidas, para enfrentarse juntas a la oscuridad de este mundo. Llena sus corazones de fuego, mi señor, para que caminen por tu sendero de luz, de la mano, para siempre.

—¡Señor de Luz, protégenos! —gritó la reina Selyse. Otras voces leales a Melisandre corearon la respuesta: damas pálidas, criadas temblorosas, ser Axell, ser Narbert, ser Lambert, soldados con cota de malla, thenitas con armadura de bronce e incluso varios hermanos negros de Jon—. ¡Señor de Luz, bendice a tus hijos!

Melisandre se alzaba de espaldas al Muro, a un lado de la profunda zanja donde ardía su fuego. Al otro lado, frente a ella, se encontraba la pareja que contraíría matrimonio. Tras ellos estaba la reina, con su hija y el bufón tatuado. La princesa Shireen, tan envuelta en pieles que parecía una bola, exhalaba bocanadas blancas a través de la bufanda que le cubría gran parte de la cara. Ser Axell Florent y los hombres de la reina rodeaban la comitiva real.

Aunque solo había unos cuantos hombres de la Guardia de la Noche reunidos alrededor del fuego, otros observaban la escena desde los tejados, las ventanas y la gran escalera zigzagueante. Jon tomó buena nota de quién había asistido y quién no. A algunos les tocaba guardia y muchos otros estaban durmiéndose, pero unos cuantos habían decidido ausentarse para mostrar su desaprobación. Othell Yarwyck y Bowen Marsh se encontraban entre estos últimos. El septón Chayle había aparecido brevemente, toqueteándose el cristal de siete caras que llevaba colgado al cuello; pero en cuanto comenzaron los rezos, volvió a refugiarse en el septo.

Melisandre alzó de nuevo las manos, y el fuego que ardía en la zanja le saltó a los dedos como un gran perro rojo en busca de un premio. Un remolino de chispas acudió al encuentro de los copos de nieve que caían.

—Oh, Señor de Luz, te damos las gracias —cantó a las llamas hambrientas—. Te damos las gracias por el valiente Stannis, nuestro rey por tu voluntad. Guialo y defiéndelo, R'hllor. Protégelo de la traición de los malvados y dale fuerzas para aniquilar a los que sirven a la oscuridad.

—Dale fuerzas —corearon la reina Selyse, sus caballeros y sus damas—. Dale valor. Dale sabiduría.

Alys Karstark entrelazó el brazo con el de Jon.

—¿Cuánto va a durar esto, lord comandante? Si voy a quedar enterrada en nieve, me gustaría morir como casada.

—Queda poco, mi señora —le aseguró Jon—. Queda poco.

—Te damos las gracias por tu sol, que nos aporta calor —cantó la reina—. Te damos las gracias por tus estrellas, que velan por nosotros. Te damos las gracias por el fuego de los hogares y las antorchas que mantienen a raya la oscuridad. Te damos las gracias por nuestras almas luminosas, por el fuego de nuestras entrañas y nuestros corazones.

—Que se acerquen aquellos que van a unirse —continuó Melisandre. Las llamas proyectaban su sombra en el Muro, y el rubí contrastaba con la palidez de su cuello.

—¿Preparada, mi señora? —preguntó Jon tras volverse hacia Alys Karstark

—Sí. Claro que sí.

—¿No tienes miedo?

La muchacha sonrió, y a Jon le recordó tanto a su hermana pequeña que casi se le partió el corazón.

—Él debería tenérme a mí. —Los copos de nieve se derretían en las mejillas de Alys, pero llevaba el pelo recogido en un remolino de encajes que había encontrado Seda en alguna parte, y, al amontonarse a su alrededor, la nieve había formado una corona de hielo. Tenía las mejillas encendidas y rojas, y le brillaban los ojos.

—Una dama del invierno —dijo Jon mientras le apretaba la mano.

El magnar de Thenn estaba junto al fuego, con su ropa de batalla: piel, cuero, escamas de bronce y una espada también de bronce que le colgaba de la cadera. La calvicie incipiente lo hacía parecer mayor, pero cuando se volvió para observar cómo se acercaba su prometida, Jon vio al muchacho que había en él. Tenía los ojos abiertos como platos, aunque Jon no sabía si era por causa del fuego, de la sacerdotisa o de la mujer de la que debería tener miedo.

«Alys tenía más razón de lo que pensaba».

—¿Quién viene a entregar a esta mujer en matrimonio? —preguntó Melisandre.

—Yo —contestó Jon—. He aquí a Alys Karstark, una mujer adulta florecida, de nacimiento legítimo y cuna noble. —Apretó la mano de Alys por última vez y dio un paso atrás para reunirse con el resto.

—¿Quién viene a pedirla? —preguntó Melisandre.

—Yo. —Sigorn se palmeó el pecho—. El magnar de Thenn.

—Sigorn —dijo Melisandre—, ¿compartirás tu fuego con Alys y le darás calor cuando la noche sea oscura y albergue horrores?

—Juro que así será. —La promesa del magnar se convirtió en una nube blanca en el aire. La nieve le manchaba los hombros y tenía las orejas coloradas —. Por las llamas del dios rojo, daré calor a todos sus días.

—Alys, ¡jurás compartir tu fuego con Sigorn y darle calor cuando la noche sea oscura y albergue horrores?

—Hasta que le hierva la sangre. —La capa de doncella era de lana negra, como las de la Guardia de la Noche. El rayo de sol de la casa Karstark que llevaba bordado en la espalda era de la misma piel blanca que el forro.

Los ojos de Melisandre brillaban tanto como el rubí que llevaba al cuello.

—Entonces, acercaos a mí y sed uno. —A su señal, una pared de llamas se elevó con un rugido y lamió los copos de nieve con lenguas ardientes y anaranjadas. Alys Karstark tomó al magnar de la mano.

Saltaron juntos la zanja.

—Dos se han adentrado en las llamas. —Una ráfaga de viento empezó a levantar la túnica escarlata de la mujer roja, que la bajó con la mano—. Uno emerge. —El pelo cobrizo le bailaba alrededor de la cabeza—. Lo que el fuego ha unido, nadie puede separarlo.

—Lo que el fuego ha unido, nadie puede separarlo —corearon los hombres de la reina, los thenitas y algunos hermanos negros.

« Excepto reyes y tíos», pensó Jon Nieve.

Cregan Karstark había aparecido un día después que su sobrina, acompañado por cuatro soldados a caballo, un cazador y una jauría que rastreaba a lady Alys como si fuera un ciervo. Jon Nieve salió a su encuentro en el camino Real, a media legua al sur de Villa Topo, antes de que tuvieran ocasión de presentarse en el Castillo Negro y solicitar la inmunidad del huésped o una reunión. Uno de los hombres de Karstark le había disparado un dardo de ballesta a Ty y había muerto por ello, lo que dejaba solo a cuatro hombres y al propio Cregan. Afortunadamente, contaban con doce celdas de hielo.

« Hay sitio para todos».

Como muchas otras cosas, la heráldica terminaba en el Muro. Contra la costumbre de las familias nobles de los Siete Reinos, los thenitas no tenían blasón, así que Jon había pedido a los mayordomos que improvisaran, y no se les había dado nada mal. La capa de desposada que Sigorn colocó en los hombros de lady Alys mostraba un disco de bronce sobre campo de lana blanca, rodeado de llamas hechas con jirones de etérea seda escarlata. Si se prestaba atención, también se podía distinguir el rayo de sol de la casa Karstark, suficientemente modificado para que el escudo de armas resultase apropiado para la casa Thenn.

El magnar prácticamente arrancó la capa de doncella de los hombros de Alys, pero le abrochó la capa de desposada casi con ternura. Al inclinarse para besárla en la mejilla, sus aientos se entremezclaron. Las llamas volvieron a rugir, y los hombres de la reina entonaron una oración.

—¿Ya han terminado? —susurró Seda.

—Y que lo digas —murmuró Mully—, y ya era hora. Ellos están casados y yo medio congelado. —Iba envuelto en sus mejores galas negras, de lana tan nueva que aún no había tenido ocasión de desgastarse, pero el viento le había dejado las mejillas tan rojas como el pelo—. Hobb ha preparado vino caliente con clavo y canela. Eso nos caldeará un poco.

—¿Qué es eso del clavo? —preguntó Owen el Bestia.

La nieve había empezado a caer con más fuerza, y el fuego de la zanja ya estaba apagándose. La multitud se dispersó y comenzó a desperdigarse por el patio: hombres del rey, hombres de la reina y el pueblo libre; todos igual de impacientes por escapar del viento y el frío.

—¿Mi señor participará de los festejos con nosotros? —preguntó Mully a Jon Nieve.

—Dentro de un rato. —Sigorn se ofendería si no hacía acto de presencia. « Y a fin de cuentas, este matrimonio es cosa mía» —. Pero antes tengo que ocuparme de otros asuntos.

Jon se abrió camino hacia la reina Selyse, con Fantasma detrás. Sus botas hacían crujir la nieve amontonada al pisarla. Cada vez llevaba más tiempo despejar los caminos que iban de una edificación a otra, y los hombres usaban

con mayor frecuencia los pasadizos subterráneos a los que llamaban «gusaneras».

—... una ceremonia preciosa —estaba diciendo la reina—. He sentido la poderosa mirada de nuestro señor sobre nosotros. No os imagináis la cantidad de veces que le he suplicado a Stannis que renovemos los votos con una auténtica unión en cuerpo y alma, bendecida por el Señor de Luz. Si estuviéramos atados por el fuego, sé que podría darle más hijos a su alteza.

«Para darle más hijos tendrías que llevártelo a la cama». Hasta en el Muro se sabía sobradamente que Stannis Baratheon llevaba años rechazando a su esposa. No había que esforzarse mucho para saber cómo había reaccionado su alteza ante la perspectiva de una segunda boda en plena guerra.

—Si os place, alteza, los festejos nos aguardan —dijo Jon tras hacer una reverencia.

—Por supuesto. —La reina miró a Fantasma con suspicacia y levantó la cabeza hacia Jon—. Lady Melisandre conoce el camino.

—Antes he de atender mis fuegos, alteza. Quizá R'hllor quiera ofrecerme una visión de vuestro esposo. A lo mejor, una imagen de una gran victoria —dijo la sacerdotisa roja.

—Vaya. —La reina Selyse estaba visiblemente afligida—. Desde luego... Recemos para que nuestro señor nos envíe una visión...

—Seda, muéstrale el camino a la reina —dijo Jon.

—Yo escoltaré a la reina hasta la fiesta —dijo ser Malegorn, dando un paso al frente—. No precisaremos a vuestro... mayordomo. —La manera en que pronunció la última palabra dejó claro a Jon que había pensado en usar otra distinta.

«¿Muchacho? ¿Mascota? ¿Puta?».

—Como deseéis. —Jon hizo otra reverencia—. En breve me reuniré con vosotros.

Ser Malegorn ofreció el brazo a la reina, que lo aceptó con rigidez y posó la otra mano en el hombro de su hija. Los patitos reales los siguieron cuando cruzaron el patio, todos al ritmo de los cencerros del sombrero del bufón.

—En el fondo del mar, los tritones se atiboran de sopa de estrellas de mar y los criados son cangrejos —proclamó Caramanchada según caminaban—. Lo sé, lo sé, je, je, je.

—Esa criatura es peligrosa. —El rostro de Melisandre se había ensombrecido—. La he visto muchas veces en mis fuegos. A veces está rodeada de calaveras y tiene los labios rojos, cubiertos de sangre.

«Es un milagro que aún no hayas quemado al pobre diablo».

Una sola palabra al oído de la reina y Caramanchada alimentaría sus fuegos.

—¿Veis bufones en vuestros fuegos, pero ni rastro de Stannis?

—Cuando lo busco, solo veo nieve.

« La misma respuesta inútil» . Clydas había enviado un cuervo a Bosquespeso para avisar al rey de la traición de Arnolf Karstark, pero Jon no sabía si había llegado a tiempo. El banquero braavosi también había partido en su busca, acompañado por los guías que le había proporcionado Jon, pero entre la guerra y el mal tiempo, sería un milagro que lo encontrase.

—Si el rey hubiese muerto, ¿lo sabrías? —preguntó Jon a la sacerdotisa roja.

—No ha muerto. Stannis es el elegido del Señor, destinado a encabezar la lucha contra la oscuridad. Lo he visto en mis fuegos; lo he leído en una antigua profecía. Cuando sangre la estrella roja y reine la oscuridad, Azor Ahai volverá a nacer entre humo y sal para despertar a los dragones de piedra. El lugar del humo y la sal no es otro que Rocadragón.

Jon ya había oído todo aquello.

—Stannis Baratheon era el señor de Rocadragón, pero no nació allí, sino en Bastión de Tormentas, como el resto de sus hermanos. —Frunció el ceño—. ¿Y qué hay de Mance? ¿También se ha perdido? ¿Qué os dicen vuestros fuegos?

—Me temo que lo mismo: solo nieve.

« Nieve. —Jon sabía que nevaba con fuerza en el sur. Se decía que el camino Real ya estaba intransitable a tan solo dos días a caballo de allí—. Melisandre también lo sabe» . Hacia el este, una furiosa tormenta azotaba la bahía de las Focas. Según los últimos informes, la dispar flota que habían reunido para salvar al pueblo libre de Casa Austera seguía resguardada en Guardiaoriente del Mar, atrapada en el puerto a causa de las inclemencias.

—Estáis viendo cenizas que bailan en el aire caliente.

—Veo calaveras. Os veo a vos. Cada vez que miro las llamas aparece vuestro rostro. El peligro del que os hablé se acerca cada vez más.

—Puñales en la oscuridad, ya lo sé. Disculpad, mi señora, pero albergo ciertas dudas. Dijisteis: « Una muchacha vestida de gris, a lomos de un caballo moribundo, huyendo de un matrimonio concertado» .

—Y no me equivoqué.

—Pero tampoco acertasteis. Alyx no es Arya.

—La visión fue acertada; fui yo quien se equivocó al interpretarla. Soy tan mortal como vos, Jon Nieve. Todos los mortales cometemos errores.

—Hasta los que son lord comandante. —Aún no habían regresado Mance Rayder y las mujeres de las lanzas, y Jon no dejaba de preguntarse si la mujer roja había mentido a propósito.

« ¿A qué juega?» .

—Aseguraos de mantener cerca a vuestro lobo, mi señor.

—Fantasma nunca se aleja mucho de mí. —El huargo levantó la cabeza al oír su nombre, y Jon lo rascó tras las orejas—. Disculpadme. Fantasma, conmigo.

Las celdas de hielo estaban excavadas en la base del Muro y cerradas con pesadas puertas de madera, y las había pequeñas y minúsculas. Algunas tenían

tamaño suficiente para que un hombre pudiera pasear; en otras, los prisioneros solo cabían sentados, y otras eran tan angostas que no permitían ni eso.

Jon le había dado a su cautivo más importante la celda más grande, un cubo para cagar, pieles de sobra para no congelarse y un pellejo de vino. Los guardias tardaron cierto tiempo en abrir la celda, ya que se había formado hielo dentro del cerrojo. Los goznes oxidados gimieron como almas en pena cuando Wick Whittlestick abrió la puerta lo bastante para que Jon pudiera entrar. Lo recibió un débil hedor fecal, aunque no tan penetrante como esperaba. Hasta la mierda se congelaba con aquel frío implacable. Jon Nieve vio su tenue reflejo en las paredes de hielo.

En una esquina de la celda había un montón de pieles tan alto como un hombre.

—Karstark—dijo Jon Nieve—. Levántate.

Las pieles se agitaron. Algunas se habían congelado y se habían quedado pegadas, y la escarcha que las envolvía brilló cuando se movieron. Primero emergió un brazo y luego una cabeza: pelo castaño canoso, enmarañado y apelmazado; dos ojos fieros; una nariz; una boca; una barba. El bigote del prisionero estaba adornado con mocos congelados.

—Nieve. —El aliento se condensó en el aire y cubrió de vaho el hielo, tras su cabeza—. No tienes derecho a retenerme. Las leyes de la hospitalidad...

—No eres mi invitado. Has venido al Muro sin mi consentimiento, armado, con intención de llevarte a tu sobrina contra su voluntad. Con lady Alys hemos compartido el pan y la sal; es una invitada. Tú eres un prisionero. —Jon hizo una pausa para que las palabras surtieran efecto—. Tu sobrina ha contraído matrimonio.

Cregan Karstark mostró los dientes.

—Alys era mi prometida. —Aunque ya pasaba de los cincuenta, Cregan era un hombre fuerte cuando entró en la celda. El frío le había arrebatado aquella fuerza, y lo había dejado débil y agarrotado—. Mi señor padre...

—Tu padre es un castellano, no un señor. Y los castellanos no tienen ningún derecho a pactar matrimonios.

—Mi padre, Arnolf Karstark, es el señor de Bastión Kar.

—Según todas las leyes que conozco, un hijo va antes que un tío.

Cregan consiguió incorporarse y apartó de una patada las pieles que se le enredaban en los tobillos.

—Harrion murió.

«O morirá pronto».

—Una hija también va antes que un tío. Si su hermano ha muerto, Bastión Kar pertenece a lady Alys, y ha concedido su mano a Sigorn, el magnar de Thenn.

—Un salvaje. Un salvaje miserable, un asesino. —Cregan apretó los puños.

Los guantes que los cubrían eran de cuero ribeteado de piel, a juego con la capa que le colgaba de los anchos hombros, apelmazada y rígida. El jubón de lana negra mostraba el blasón del rayo de sol blanco de su casa—. Ahora veo qué eres, Nieve. Mitad lobo, mitad salvaje; un bastardo fruto de un traidor y de una puta, capaz de meter a una doncella de alta cuna en la cama de un salvaje apestoso. Dime, ¿la cataste antes de entregársela? —Río—. Mátame si es lo que quieras, pero quedarás maldito por matar a la sangre de tu sangre. Los Stark y los Karstark estamos emparentados.

—Me apellido Nieve. —«Un bastardo»—. Es lo único de lo que pueden acusarme.

—Que venga ese magnar a Bastión Kar. Le cortaremos la cabeza y la meteremos en un retrete, para mearle en la boca.

—Sigorn está al mando de doscientos thenitas —apuntó Jon—, y lady Alys cree que Bastión Kar le abrirá sus puertas a ella. Dos de tus hombres ya le han jurado vasallaje y han confirmado todo lo referente a los planes de tu padre con Ramsay Nieve. Tengo entendido que tienes parientes cercanos en Bastión Kar. Una palabra tuya puede salvarles la vida. Entrega el castillo; lady Alys perdonará a las mujeres que la traicionaron y permitirá a los hombres vestir el negro.

Cregan negó con la cabeza. Los mechones de pelo se le habían convertido en trozos de hielo, y cada vez que se movía entrechocaban con suavidad.

—Jamás —dijo—. Jamás, jamás, jamás.

«Debería cortarle la cabeza y ofrecérsela a Alys y al magnar como regalo de boda —pensó Jon, pero no se atrevía a correr ese riesgo. La Guardia de la Noche no tomaba partido en las disputas del reino, y algunos podrían pensar que ya había ayudado demasiado a Stannis—. Si decapito a este imbécil, dirán que me dedico a matar norteños para entregar sus tierras a los salvajes. Si lo libero, hará lo que pueda para destrozar todo lo que he logrado con lady Alys y el magnar. —Jon se preguntó qué habría hecho su padre y cómo habría resuelto el asunto su tío. Pero Eddard Stark estaba muerto, y Benjen Stark, perdido en el bosque helado de más allá del Muro—. No sabes nada, Jon Nieve».

—«Jamás» es mucho tiempo —dijo Jon—. Puede que cambies de opinión mañana, o dentro de un año. Más tarde o más temprano, el rey Stannis volverá al Muro, y entonces te matará... a no ser que lleves una capa negra. Cuando un hombre viste el negro, todos sus crímenes se borran. —«Incluso los tuyos»—. Discúlpame, por favor, tengo que asistir a una fiesta.

Tras el frío cortante de las celdas de hielo, el sótano estaba tan abarrotado y caliente que Jon tuvo sensación de sofoco nada más pisar la escalera. El aire olía a humo, carne asada y vino especiado. Axell Florent estaba brindando en el momento en el que Jon ocupó su sitio, cerca de la tarima.

—¡Por el rey Stannis y su esposa, la reina Selyse, Luz del Norte! —gritó ser

Axell—. ¡Por R'hllor, Señor de Luz; que nos defienda a todos! ¡Una tierra, un dios, un rey!

—¡Una tierra, un dios, un rey! —corearon los hombres de la reina.

Jon bebió con ellos. No sabía si Alys Karstark sería feliz en su matrimonio, pero al menos lo celebrarían aquella noche.

Los mayordomos sacaron el primer plato: caldo de cebolla especiado con trozos de cabra y zanahoria. No era precisamente un banquete real, pero era nutritivo y sabroso, y calentaba el estómago. Owen el Bestia cogió el violín, y se le unieron varios hombres del pueblo libre con flautas y tambores.

« Las mismas flautas y los mismos tambores que tocaron para acompañar el ataque de Mance Rayder contra el Muro» .

Aquella vez, el sonido resultaba más agradable. Con el caldo llegaron rebanadas de pan moreno y basto, recién salidas del horno. El rostro de Jon se ensombreció cuando vio la sal y la mantequilla en las mesas: Bowen Marsh le había dicho que tenían sal de sobra, pero en un mes se habrían quedado sin mantequilla.

El Viejo Flint y el Norrey ocupaban sendos lugares de honor, justo bajo la tarima. Estaban demasiado mayores para acompañar a Stannis y habían enviado en su lugar a sus hijos y nietos, pero se habían apresurado y habían llegado al Castillo Negro a tiempo para la boda, cada uno con una nodriza. La del Norrey tenía cuarenta años y los pechos más grandes que Jon hubiera visto nunca; la de Flint tenía catorce años y era plana como un muchacho, aunque tenía leche de sobra. Entre las dos, el niño al que Val llamaba Monstruo parecía medrar.

Jon les estaba agradecido, aunque ni se le pasó por la cabeza que dos soldados tan viejos y curtidos hubieran bajado de sus colinas solo por eso. Ambos llevaban consigo a unos cuantos guerreros: cinco el Viejo Flint y doce el Norrey; todos vestidos con pieles andrajosas y cuero remachado, fieros como el mismísimo invierno. Algunos llevaban barba larga; otros tenían cicatrices, y los más, las dos cosas; todos adoraban a los dioses del norte, los mismos dioses que el pueblo libre de más allá del Muro. Sin embargo, allí estaban, brindando por un matrimonio auspiciado por un extraño dios rojo procedente del otro lado del mar.

« Mejor que negarse a beber. —Ni Flint ni el Norrey habían volteado la copa para derramar el vino, lo que habría significado cierto grado de aceptación—. O quizás sea que no quieren desperdiciar un buen vino sureño. No debe de abundar mucho en esas colinas rocosas en las que viven» .

Entre plato y plato, ser Axell Florent sacó a bailar a la reina Selyse, y otros los siguieron; los primeros en buscarse una pareja fueron los caballeros de la reina. Ser Brus ofreció el primer baile a la princesa Shireen, y después sacó a su madre. Ser Narbert bailó con todas las damas de la reina.

Los hombres de la reina superaban a las damas en una proporción de tres a una, así que hasta la más humilde de las criadas se vio obligada a bailar. Tras

unas cuantas canciones, algunos hermanos negros recordaron ciertas habilidades que habían aprendido de jóvenes en cortes y castillos, antes de que sus pecados los enviaran al Muro, y también bailaron. El viejo granuja Ulmer del Bosque Real demostró ser tan hábil para la danza como para el tiro con arco, y no cabía duda de que regalaba los oídos de sus parejas con anécdotas de la Hermandad del Bosque Real, de cuando cabalgó con Simon Toyne y Ben Barrigas y ayudó a Wenda, la Gacela Blanca, a grabar a fuego su blasón en las nalgas de sus prisioneros de alta cuna. Seda, derrochando gracia, bailó con tres criadas, pero ni siquiera intentó acercarse a ninguna dama de alta cuna, cosa que Jon consideró muy prudente. No le gustaba la forma en que miraban al mayordomo algunos caballeros de la reina, sobre todo ser Patrek de la Montaña del Rey.

«Ese quiere derramar sangre —pensó—. Está buscando cualquier provocación».

Cuando Owen el Bestia sacó a bailar al bufón Caramanchada, las risas resonaron en el techo abovedado. Aquello hizo sonreír a lady Alys.

—¿Hay muchos bailes aquí, en el Castillo Negro?

—Siempre que se celebra una boda, mi señora.

—Podríais bailar conmigo, aunque solo fuera por cortesía. No sería la primera vez.

—¿Ya hemos bailado? ¿Cuándo? —bromeó Jon.

—Cuando éramos niños. —Partió un pedazo de pan y se lo tiró a la cara—. Como bien sabéis.

—Mi señora debería bailar con su esposo.

—Me temo que mi magnar no es hombre de bailes. Si no queréis bailar conmigo, al menos servidme un poco de vino especiado.

—Como deseáis. —Jon pidió una frasca con un gesto.

—Bueno —dijo Alys mientras Jon servía el vino—, ya soy una mujer casada. Ya tengo un marido salvaje, con su pequeño ejército salvaje.

—Ellos se denominan *pueblo libre*. Bueno, casi todos. Sin embargo, los thenitas son harina de otro costal. Es un pueblo muy antiguo. —Eso le había dicho Ygritte. «No sabes nada, Jon Nieve»—. Vienen de un valle escondido en el extremo norte de los Colmillos Helados, rodeado de montañas muy altas, y durante miles de años han mantenido más contacto con los gigantes que con otros hombres. Eso los ha hecho ser diferentes.

—Diferentes —dijo Alys—, pero más parecidos a nosotros.

—Sí, mi señora. Los thenitas tienen leyes y señores. —«Saben arrodillarse»—. Extraen cobre y estaño de las minas para fabricar bronce y forjan sus propias armas y armaduras, en vez de robarlas. Es un pueblo orgulloso y valiente. Mance Rayder tuvo que derrotar tres veces al antiguo magnar antes de que Styr lo aceptara como Rey-más-allá-del-Muro.

—Y ahora están aquí, a nuestro lado del Muro. Expulsados de su fuerte de las

montañas para acabar en mi dormitorio. —Sonrió con ironía—. Es culpa mía. Mi señor padre me dijo que tenía que seducir a vuestro hermano Robb, pero solo tenía seis años y no supe.

« Ya, pero ahora tienes casi dieciséis y más vale que sepas seducir a tu nuevo marido» .

—Mi señora, ¿en qué estado se encuentran los almacenes de comida de Bastión Kar?

—No muy surtidos —suspiró Alys—. Mi padre se llevó a tantos hombres al sur que solo quedaron las mujeres y los jóvenes para sacar adelante las cosechas, junto con los viejos y los tullidos que no pudieron ir a la guerra. Los cultivos se estroppearon o se inundaron con las lluvias otoñales, y ahora llega la nieve. Este invierno va a ser duro. Muy pocos ancianos sobrevivirán, y también morirán muchos niños.

Todos los norteños conocían demasiado bien aquella historia.

—La abuela de mi padre era una Flint de las montañas, por parte de madre —le dijo Jon—. Se hacían llamar los Primeros Flint. Proclaman que el resto de los Flint desciende de los hijos menores, que tuvieron que abandonar las montañas en busca de comida, tierras y esposas. Allí arriba, la vida siempre ha sido muy dura. Cuando cae la nieve y la comida empieza a escasear, los más jóvenes tienen que marcharse a Las Inviernas o incorporarse al servicio de algún castillo. Los mayores reúnen todas las fuerzas que les quedan y salen a cazar. Algunos regresan en primavera; otros no vuelven jamás.

—Igual que en Bastión Kar. —Aquello no sorprendió a Jon.

—Mi señora, cuando empiece a faltar comida en tus almacenes, acuérdate de nosotros. Envía a los mayores al Muro, y que pronuncien los votos. Por lo menos, aquí no morirán solos en la nieve sin más consuelo que sus recuerdos. Si sobran jóvenes, envíalos también.

—Como bien decís —le tocó la mano—, Bastión Kar recuerda.

El alce que estaban trinchando olía mejor de lo que cabía esperar. Jon envió una ración a la Torre de Hardin, para Pieles, junto con tres bandejas enormes de verdura asada para Wun Wun, y luego se sirvió una porción generosa.

« Hobb Tresdedos se las ha arreglado muy bien» .

Aquello lo había tenido preocupado. Dos noches antes, Hobb había ido en su busca para quejarse y decirle que se había alistado en la Guardia de la Noche para matar salvajes, no para hacerles la comida.

—Además, nunca he preparado un banquete de boda, mi señor. Los hermanos negros no se casan. Está en los putos votos, maldita sea.

Jon estaba regando un bocado de carne con un trago de vino especiado cuando Cly das apareció a su lado.

—Un pájaro —anunció, y le puso un pergamo en la mano. Estaba sellado con un punto de lacre negro.

Jon supo que provenía de Guardiaoriente antes de abrir el sello. La carta estaba escrita por el maestre Harmune; Cotter Pyke no sabía leer ni escribir. Pero eran las palabras de Pyke, escritas tal como las había pronunciado, directas y precisas:

Hoy, el mar ha estado tranquilo. Han zarpado once barcos hacia Casa Austera con la marea de la mañana: tres braavosis, cuatro lynesos y cuatro nuestros. Hay dos naves lynesas que no aguantarán mucho. Puede que se ahoguen más salvajes de los que se salven. Son vuestras órdenes. A bordo van veinte cuervos y el maestre Harmune. Mandaré informes. Yo estoy al mando desde la *Garra*; Traposal es el segundo, a bordo de la *Pájaro Negro*, y ser Glendon se queda al mando en Guardiaoriente.

—¿Alas negras, palabras negras? —preguntó Alys Karstark.

—No, mi señora. Llevábamos tiempo esperando esta noticia.

«Aunque me preocupa la última parte. —Glendon Hewett era un hombre fuerte y curtido, y dejarlo al mando en ausencia de Cotter Pyke era una decisión muy sensata, pero también era tan amigo como se podía ser de Alliser Thorne, y una especie de compinche de Janos Slynt. Jon aún recordaba como Hewett lo había sacado a rastras de la cama y le había clavado la bota en las costillas—. No habría sido mi primera elección». Volvió a enrollar el pergamino y se lo guardó bajo el cinturón.

A continuación llegaba el plato de pescado, pero mientras cortaban el lucio, lady Alys sacó al magnar a rastras a la zona de baile. Por su manera de moverse, era evidente que no había bailado jamás, pero había bebido suficiente vino especiado para que no le importase mucho.

—Una doncella norteña y un guerrero salvaje, unidos por el Señor de Luz. —Ser Axell Florent ocupó el sitio que acababa de dejar libre lady Alys—. Su alteza lo aprueba. Lo sé porque la reina y yo estamos muy unidos, mi señor. El rey Stannis también lo aprobará.

«A no ser que Roose Bolton haya clavado su cabeza en una pica».

—Pero no todos piensan lo mismo —prosiguió ser Axell. Su barba era un arbusto enmarañado bajo la barbilla hundida; un vello áspero le brotaba de las orejas y de las ventanas de la nariz—. Ser Patrek cree que él habría sido un marido mucho más adecuado para lady Alys. Perdió todas sus tierras cuando vino al norte.

—En esta sala hay muchos que han perdido bastante más que eso —dijo Jon—, y muchos más que han puesto su vida al servicio del reino. Ser Patrek debería considerarse afortunado.

—El rey diría lo mismo si estuviese aquí —dijo Axell Florent con una sonrisa—. Aun así, deberíamos reservar algo para los leales caballeros de su alteza, ¿no creéis? Lo han seguido desde muy lejos, y a un alto precio. También tenemos que conseguir que los salvajes se sientan comprometidos con el rey y el reino. Este matrimonio es un primer paso, pero sé que a la reina la complacería casar también a la princesa salvaje.

Jon suspiró. Estaba harto de explicar que Val no era ninguna princesa, pero por mucho que lo dijera, nadie le hacía caso.

—Sois persistente, ser Axell, eso lo reconozco.

—¿Acaso me culpáis, mi señor? Es un trofeo difícil de conseguir. Tengo entendido que es una muchacha núbil, nada desagradable a la vista. Buenas caderas y buenos pechos; bien dotada para tener hijos.

—¿Y quién sugerís que sea el padre? ¿Ser Patrek? ¿Vos?

—¿Quién si no? Por las venas de los Florent corre la sangre de los viejos reyes de la casa Jardinerío. Lady Melisandre podría oficiar la ceremonia, como ha hecho con lady Aly y el magnar.

—Solo os falta la novia.

—Eso tiene fácil remedio. —La sonrisa de Florent era tan falsa que dolía mirarla—. ¿Dónde está, lord Nieve? ¿La habéis llevado a otro de vuestros castillos? ¿A Guardiagrís o a la Torre Sombría? ¿Al Túmulo de las Putas, con el resto de las zorras? —Se inclinó más hacia él—. Hay quien dice que os la habéis guardado para vuestro propio disfrute. A mí no me importa, siempre que no se quede embarazada; quiero hacerle mis propios hijos. Si ya la habéis adiestrado... Bueno, los dos somos hombres de mundo, ¿verdad?

Jon ya había oído suficiente.

—Ser Axell, si es cierto que sois la mano de la reina, compadezco a su alteza.

—Así que es verdad. —El rostro de Florent enrojeció de ira—. Ya veo que pensabais quedárosla para vos. El bastardo quiere el trono de su padre.

« El bastardo ha renunciado al trono de su padre. Si el bastardo hubiera querido a Val, le habría bastado con pedirla» .

—Os ruego que me disculpéis; necesito tomar el aire. —« Aquí apesta» . Giró la cabeza—. Eso ha sido un cuerno.

Los demás también lo habían oido. La música y las risas se apagaron al instante. Los bailarines se quedaron petrificados, a la escucha. Incluso Fantasma levantó las orejas.

—¿Habéis oido eso? —preguntó la reina Selyse a sus caballeros.

—Un cuerno de guerra, alteza —dijo ser Narbert.

—¿Estamos bajo asedio? —preguntó la reina, llevándose la mano al cuello.

—No, alteza —dijo Ulmer del Bosque Real—. Solo son los vigilantes del Muro.

« Un toque —pensó Jon—. Exploradores que regresan» .

El cuerno volvió a sonar por todo el sótano.

—Dos toques —dijo Mully.

Los hermanos negros, los norteños, el pueblo libre, los thenitas y los hombres de la reina se quedaron en silencio, escuchando. El corazón les latió cinco veces; diez; veinte. Entonces, Owen el Bestia soltó una risa nerviosa y Jon Nieve respiró de nuevo.

—Dos toques —anunció—. Salvajes. —« Vab» .

Por fin había llegado Tormund Matagigantes.

En el salón resonaban risas y unkias, canciones y unkias, plegarias y unkias. Los bailarines bailaban; los músicos tocaban melodías extrañas con campanillas, chirimías y gaitas; los cantantes entonaban canciones de amor ancestrales en la lengua ininteligible del Antiguo Ghis. Corría el vino; no el vino claricho y aguado de la bahía de los Esclavos, sino excelentes caldos del Rejo, dulces y añejos, y vino del sueño de Qarth, aderezado con especias exóticas. Los yunkios habían acudido por invitación del rey Hizdahr para firmar la paz y asistir al renacimiento de las famosas arenas de combate de Meereen, y su noble esposo había abierto la Gran Pirámide para agasajarlos.

« No soporto esto —se dijo Daenerys Targaryen—. ¿Cómo ha podido ocurrir? ¿Por qué estoy bebiendo y sonriendo a hombres a los que preferiría desollar? » .

Les sirvieron una docena de carnes y pescados diferentes: camello, cocodrilo, calamares silbones, pato laqueado y larvas espinosas, además de cabra, jamón y caballo para los menos exquisitos. Y perro: el perro no podía faltar en ningún banquete ghiscario que se preciase. Los cocineros de Hizdahr conocían cuatro formas distintas de prepararlo.

—Los ghiscarios se comen cualquier cosa que nadie, vuele o se arrastre, salvo dragones y personas —le había advertido Daario—, y seguro que también comerían dragones si surgiera la ocasión. —Pero la carne por sí sola no hacía una comida, por lo que también había fruta, verdura y cereales. El aroma de las especias impregnaba el aire: azafrán, canela, clavo, pimienta y otras especias valiosas.

« Esto es la paz. —Dany apenas probó bocado—. Es lo que yo quería, el fruto de mi trabajo, el motivo por el que me casé con Hizdahr. Entonces, ¿por qué sabe tanto a derrota? » .

—No durará mucho, mi amor —le había asegurado Hizdahr—. Los yunkios se marcharán pronto, y con ellos, sus mercenarios y aliados. Tendremos todo lo que deseamos: paz, comida y comercio. El puerto ha vuelto a abrirse, y los barcos pueden ir y venir.

—Les permiten ir y venir, sí, pero los barcos de guerra no se van —replicó—. Pueden volver a estrangularnos cuando les venga en gana. ¡Han abierto un mercado de esclavos delante de mi muralla!

—Fuera de nuestra muralla, mi dulce reina. La paz se firmó con la condición de que Yunkai pudiese reanudar el comercio de esclavos sin impedimentos.

—En su ciudad, no donde yo tenga que verlo. —Los sabios amos habían instalado los rediles de esclavos y la tarima de subastas justo al sur del Skahazadhan, donde el ancho río marrón desembocaba en la bahía de los Esclavos—. Están riéndose en mi cara, convirtiendo en espectáculo mi impotencia para detenerlos.

—Solo es una demostración —repuso su noble esposo—. Un espectáculo, como tú misma has dicho. Que sigan con la pantomima; cuando se vayan, convertiremos ese lugar en un mercado de fruta.

—Cuando se vayan —repitió Dany—. ¿Y cuándo se irán? Se han visto jinetes al otro lado del Skahazadhan; Rakharo afirma que son exploradores dothrakis, con un *khalasar* detrás. Traerán cautivos: hombres, mujeres y niños, regalos para los esclavistas. —Los dothrakis no vendían ni compraban; daban y recibían regalos—. Por eso han organizado este mercado los yunkios: se irán con miles de esclavos nuevos.

—Pero se irán, y eso es lo importante, mi amor. —Hizdahr zo Loraq se encogió de hombros—. Yunkai puede comerciar con esclavos; Meereen, no. Es lo acordado. Sopórtalo un poco más y se acabó.

De modo que Daenerys guardó silencio durante la comida, envuelta en un *tokar* bermellón y unos pensamientos negros, hablando solo cuando le dirigían la palabra, sin dejar de pensar en los hombres y mujeres que los esclavistas vendían y compraban al otro lado de la muralla mientras ellos celebraban un banquete en la ciudad. Que su noble esposo se encargara de conversar y de reír los chistes malos de los yunkios; tal era el derecho y el deber del rey.

Los combates del día siguiente acaparaban buena parte de las conversaciones: Barsena Pelonegro iba a enfrentarse a un jabalí, puñal contra colmillos; combatían Khazz y el Gato Moteado, y en el enfrentamiento final, Goghor el Gigante lucharía contra Belaquo Rompehuesos. Uno de ellos moriría antes de la puesta de sol.

«Ninguna reina tiene las manos limpias —reflexionó Dany. Pensó en Doreah, en Quaro, en Eroeh..., en una niña llamada Hazzea que no había llegado a conocer—. Mejor unos pocos muertos en la arena que miles ante las puertas. Si es el precio de la paz, estoy dispuesta a pagarlos. Si vuelvo la vista atrás, estoy perdida». A juzgar por su aspecto, Yurkhaz zo Yunzak, el comandante supremo yunkio, podría haber nacido antes de la Conquista de Aegon. Arrugado, desdentado y encorvado, llegó a la mesa sobre los hombros de dos musculosos esclavos. Los otros señores yunkios tampoco eran precisamente imponentes: uno era bajo y escuchimizado, aunque los soldados esclavos que lo atendían eran altos y delgados hasta rozar lo grotesco; el tercero era joven y gallardo y estaba en forma, pero tan borracho que Dany apenas le entendía una palabra.

«¿Cómo es posible que semejantes seres me hayan arrastrado a una situación así?».

Los mercenarios eran harina de otro costal. Las cuatro compañías libres que servían a Yunkai habían enviado a sus respectivos comandantes. A los Hijos del Viento los representaba el noble pentoshi al que llamaban el Príncipe Desharrapado, y a los Lanzas Largas, Gylo Rhegan, que tenía más aspecto de zapatero que de soldado y hablaba siempre en susurros. Barbasangre, de la

Compañía del Gato, era más escandaloso que una docena de mercenarios: un hombre descomunal con una barba frondosa y un apetito desmesurado por el vino y las mujeres, que hablaba a gritos, eructaba, se tiraba pedos como truenos y pellizcaba a todas las sirvientas que se le ponían a tiro. De vez en cuando obligaba a una a sentarse en su regazo para estrujarle los senos y manosearla entre las piernas.

También había un representante de los Segundos Hijos.

« Si Daario estuviese aquí, esta comida acabaría en un baño de sangre». Ninguna promesa de paz podría persuadir a su capitán de permitir a Ben Plumm el Moreno pasearse por Meereen y salir con vida. Dany había jurado que los siete enviados y comandantes no sufrirían daño alguno, pero los yunkios no se habían conformado con su palabra y habían exigido rehenes. A cambio de los tres nobles yunkios y los cuatro capitanes de mercenarios, Meereen había enviado a siete de los suyos al campamento de asedio: la hermana de Hizdahr y dos de sus primos; Jhogo, el jinete de sangre de Dany; el almirante Groleo; Héroe, capitán de los Inmaculados, y Daario Naharis.

—Te dejo a mis chicas —le había dicho su capitán al tiempo que le tendía el cinto de la espada con las mujeres lascivas de oro—. Mantenlas a salvo en mi nombre, amada. No queremos que hagan travesuras y corra la sangre entre los yunkios.

El Cabeza Afeitada también se encontraba ausente. Cuando Hizdahr se puso la corona, lo primero que hizo fue destituirlo como comandante de las Bestias de Bronce y colocar en su lugar a su primo Marghaz zo Loraq, un hombre pálido y rollizo.

« Es mejor así. La gracia verde afirma que había sangre entre los Loraq y los Kandaq, y el Cabeza Afeitada nunca ocultó su desdén por mi señor esposo. Y Daario...».

Desde la boda, Daario se había vuelto cada vez más indómito. No estaba satisfecho con la paz, y menos aún con el matrimonio de Dany, y lo enfurecía el engaño de los dornienses. Cuando el príncipe Quentyn les dijo que los otros ponientes se habían pasado a los Cuervos de Tormenta por orden del Príncipe Desharrapado, solo la intervención de Gusano Gris y sus Inmaculados pudo evitar que Daario acabara con todos ellos. Los falsos desertores estaban a salvo, prisioneros en las entrañas de la pirámide, pero la ira de Daario era cada vez más enconada.

« Correrá menos riesgos como rehén. Mi capitán no está hecho para la paz». Dany no podía arriesgarse a que despedazara a Ben Plumm el Moreno, se mofase de Hizdahr ante la corte, provocase a los yunkios o desbaratara de cualquier otra forma el acuerdo por el que había sacrificado tanto. Daario era guerra y congoja; en adelante, debía mantenerlo apartado de su cama, de su corazón y de su persona; si no la traicionaba, la dominaría, y no sabía cuál de las

dos cosas le daba más miedo.

Saciada la gula, y retiradas las viandas a medio comer para dárselas a los pobres congregados abajo, por insistencia de la reina, les sirvieron unas estilizadas copas con un licor especiado de Qarth, oscuro como el ámbar, y comenzó el espectáculo.

Una compañía de eunucos cantores yunkios, propiedad de Yurkhaz zo Yunzak, cantó para ellos en la lengua del Antiguo Imperio, con voces melodiosas y agudas de una pureza inconcebible.

—¿Alguna vez habías oído cantar así, mi amor? —le preguntó Hizdahr—. Poseen la voz de los dioses, ¿verdad?

—Sí, pero no sé si no preferirían poseer los atributos de los hombres.

Todos los artistas eran esclavos; como condición para la paz, los esclavistas debían gozar del derecho de llevar sus pertenencias a Meereen sin miedo de que las liberasen. A cambio, los yunkios habían prometido respetar los derechos y libertades de los antiguos esclavos que había liberado Dany. Un trato razonable, según Hizdahr, pero para la reina tenía un regusto nauseabundo. Bebió otra copa de vino para quitárselo de la garganta.

—Yurkhaz nos dará a los cantantes si son de tu agrado, estoy seguro —afirmó su noble esposo—. Un regalo para sellar la paz; un adorno para nuestra corte.

« Nos regalará a estos eunucos —pensó Dany—, y luego se irá a casa y castrará a unos cuantos más. En el mundo hay niños de sobra» .

Los acróbatas que actuaron a continuación tampoco lograron emocionarla, ni siquiera cuando formaron una pirámide humana de nueve plantas con una niña desnuda en la cima.

« ¿Se supone que representan mi pirámide? —se preguntó la reina—. ¿Se supone que esa chica de la cima soy yo?» .

Después, su señor esposo llevó a los invitados a la terraza inferior, para que los visitantes de la Ciudad Amarilla pudiesen admirar Meereen de noche. Los yunkios paseaban por el jardín en pequeños grupos, bajo los limoneros y las flores nocturnas, con copas de vino en la mano, y Dany se encontró cara a cara con Ben Plumm el Moreno, que se inclinó en una profunda reverencia.

—Estáis bellísima, adoración. Bueno, siempre lo estáis; no hay nadie en Yunkai que pueda competir con vos. Quería traeros un regalo de boda, pero las pujas eran demasiado altas para el viejo Ben el Moreno.

—No quiero vuestros regalos.

—Este lo querriás: la cabeza de un antiguo enemigo.

—¿La vuestra? —dijo ella en voz baja—. Me traicionasteis.

—Esa es una forma demasiado dura de expresarlo, si se me permite la observación. —Ben el Moreno se rascó el bigote gris salpicado de blanco—. Nos pasamos al lado vencedor, eso es todo, igual que habíamos hecho antes. Tampoco fui el único responsable: dejé decidir a mis hombres.

—¿Queréis decir que fueron ellos quienes me traicionaron? ¿Por qué? ¿Acaso traté mal a los Segundos Hijos? ¿Os engañé con la paga?

—Nunca —contestó Ben el Moreno—, pero el dinero no lo es todo, alta y soberana. Lo aprendí hace mucho, a la mañana siguiente de mi primera batalla: hurgaba entre los muertos, buscando algo que saquear, por así decirlo, y me encontré con un cadáver al que un hacha había arrancado el brazo entero de cuajo; estaba cubierto de moscas y de una costra de sangre seca, tal vez por eso nadie lo había tocado, pero debajo de todo eso llevaba un colete tachonado que parecía de cuero bueno. Me figuré que me quedaría bien, así que espanté las moscas y se lo quité, pero el maldito pesaba más de lo previsto: tenía monedas ocultas bajo el forro, una fortuna. Oro, vuestra adoración, dulce oro amarillo, suficiente para vivir como un señor toda la vida. Pero ¿de qué le sirvió? Ahí estaba, con todo su dinero, tirado entre la sangre y el barro con el puto brazo cortado. Y esa es la lección, ¿os dais cuenta? La plata es dulce y el oro es nuestra madre, pero cuando llega la muerte, valen menos que la última mierda que caga un moribundo. Os lo dije en cierta ocasión: hay mercenarios audaces y mercenarios viejos, pero no hay mercenarios audaces y viejos. Mis muchachos no tenían ganas de morir, eso es todo, y cuando les dije que no podíais lanzar a los dragones contra Yunkai, pues...

« Me considerasteis derrotada —pensó Dany—, ¿y quién soy yo para decir que os equivocabais? »

—Comprendo. —Pudo haberlo dejado ahí, pero sentía curiosidad—. Suficiente oro para vivir como un señor, decís. ¿Qué hicisteis con toda esa riqueza?

—Tonto de mí —Ben el Moreno se echó a reír—; se lo conté a un hombre al que tomaba por amigo; él se lo dijo al sargento y mis compañeros de armas me liberaron de la carga. El sargento decía que yo era demasiado joven, que me lo gastaría todo en putas y cosas por el estilo. Aunque me dejó quedarme con el colete. —Escupió—. No confiéis nunca en un mercenario, mi señora.

—He aprendido la lección; algún día tendré que agradecerosla.

—No hace falta. Ya sé qué clase de gratitud tenéis en mente. —Ben el Moreno entornó los ojos, hizo otra reverencia y se alejó.

Dany se volvió para contemplar la ciudad. Más allá de la muralla, junto al mar, las tiendas amarillas de los yunkios se alzaban en filas ordenadas, protegidas por las zanjas excavadas por los esclavos. Dos legiones de hierro del Nuevo Ghis, entrenadas y armadas a la manera de los Inmaculados, se encontraban acampadas al norte del río. Otras dos legiones ghiscarias acampaban al este, cortando el camino del paso de Khyzai. Al sur se distinguían los caballos y las hogueras de las compañías libres. De día se veían finas columnas de humo suspendidas en el cielo como jirones grises; de noche, las hogueras distantes. Junto a la bahía se alzaba la abominación, el mercado de esclavos que habían

plantado a sus puertas; no podía verlo, pues ya se había puesto el sol, pero sabía que estaba ahí y eso la enfurecía más aún.

—¿Ser Barristan? —dijo con voz queda.

—Alteza? —El caballero blanco apareció al instante.

—¿Cuánto habéis llegado a oír?

—Lo suficiente. Estaba en lo cierto: no confiéis nunca en un mercenario.

« Ni en una reina », pensó Dany.

—¿Hay algún miembro de los Segundos Hijos a quien podamos persuadir para... retirar a Ben el Moreno?

—Del mismo modo en que Daario Naharis retiró a los otros capitanes de los Cuervos de Tormenta? —El anciano caballero parecía estar incómodo—. No sabría deciros, alteza. Tal vez.

« No, vos sois demasiado honorable, demasiado honrado ».

—Si no, los yunkios tienen tres compañías más a su servicio.

—Bribones y asesinos, la escoria de cien campos de batalla —advirtió ser Barristan—, con capitanes tan traidores como Plumm.

—No soy más que una niña y no entiendo de estas cosas, pero me da la impresión de que nos conviene que sean traidores. Recordaréis que cierta vez convencí a los Segundos Hijos y a los Cuervos de Tormenta para que se nos uniesen.

—Si vuestra alteza desea hablar en privado con Gylo Rhegan o con el Príncipe Desharrapado, puedo llevarlos a vuestros aposentos.

—No es buen momento; demasiados ojos y oídos. Aunque consiguieseis apartarlos discretamente de los yunkios, se notaría su ausencia. Debemos dar con una forma más discreta de llegar a ellos... No esta noche, pero pronto.

—Como ordenáis, aunque me temo que no soy muy adecuado para semejante tarea. En Desembarco del Rey, estas tareas correspondían a lord Menique o a la Araña. Nosotros, los viejos caballeros, somos hombres sencillos; solo valemos para luchar. —Acarició la empuñadura de la espada.

—Los prisioneros —propuso Dany—. Los ponientes que se pasaron a los Hijos del Viento con los tres dornienses siguen en las celdas, ¿no es así? Usadlos.

—¿Queréis decir que los libere? ¿Lo consideráis prudente? Los enviaron a ganarse vuestra confianza y así poder traicionarlos a la primera oportunidad.

—Pues fallaron; no confío en ellos, ni confiaré nunca. —En honor a la verdad, Dany estaba olvidando qué era la confianza—. Pero podemos utilizarlos. Una era una mujer, Meris. Enviadla de regreso, como... señal de respeto. Si el capitán es espabilado, lo entenderá.

—La mujer es la peor de todos.

—Mejor aún. —Dany reflexionó un momento—. Deberíamos tantejar también a los Lanzas Largas y a la Compañía del Gato.

—Barbasangre. —Ser Barristan frunció más el ceño—. Con el beneplácito de

vuestra alteza, no nos interesa tener nada que ver con él. Vuestra alteza es demasiado joven para recordar a los Reyes Nuevepeniques, pero este Barbasangre es un salvaje de la misma calaña. No tiene honor, solo hambre... de oro, de gloria, de sangre.

—Conocéis mejor a ese tipo de hombres que yo. —Si Barbasangre era de verdad el mercenario más indigno y codicioso, quizás fuera también el más fácil de convencer, pero se resistía a desoir el consejo de ser Barristan en tales asuntos —. Haced lo que os parezca, pero pronto. Si se rompe la paz de Hizdahr, quiero estar preparada. No confío en los esclavistas. —«No confío en mi esposo» —. Se volverán contra nosotros a la primera señal de debilidad.

—Los yunkios también se debilitan. Dicen que la colerina sangrienta se ha propagado entre los tolosios y se extiende por el río hacia la tercera legión ghiscaria.

«La yegua clara. —Daenerys suspiró—. Quaithe me advirtió de la llegada de la yegua clara. También me habló del príncipe dorniense, el hijo del sol. Me dijo muchas cosas, pero todo en acertijos» .

—No puedo esperar a que la plaga me salve de mis enemigos. Liberad a Meris de inmediato.

—Como ordenéis. Aunque... Vuestra alteza, si me permitís el atrevimiento, hay otro camino...

—¿El camino de Dorne? —Dany volvió a suspirar. Los tres dornienses habían asistido al banquete, como tributo obligado al príncipe Quentyn, aunque Reznak se había asegurado de sentarlos tan lejos como fuera posible de su esposo. Hizdahr no parecía celoso, pero a ningún hombre le gustaba la presencia de un pretendiente rival junto a su nueva esposa—. El chico parece agradable y bienhablado, pero...

—La casa Martell es antigua y noble, y ha sido amiga fiel de la casa Targaryen durante más de un siglo, alteza. Tuve el honor de servir con el tío abuelo del príncipe Quentyn en los Siete de vuestro padre. El príncipe Lewyn era el compañero más valiente que ningún hombre pudiera desear. Quentyn Martell es de la misma sangre, si a vuestra alteza le complace recordarlo.

—Me complacería que se hubiese presentado con esas cincuenta mil espadas de las que habla; en vez de eso, trae dos caballeros y un pergamo. ¿Un pergamo me servirá de escudo contra los yunkios? Si hubiese venido con una flota...

—Lanza del Sol no ha sido nunca una potencia marítima, alteza.

—No. —Los conocimientos de Dany sobre la historia de Poniente incluían datos como aquel. Nymeria atracó con diez mil naves en la orilla arenosa de Dorne, pero las quemó todas cuando se casó con el príncipe dorniense y dio la espalda al mar para siempre—. Dorne está demasiado lejos; para complacer a este príncipe tendría que abandonar a mi pueblo. Deberíais enviarlo a casa.

—Los dornienses son célebres por su obstinación, alteza. Los antepasados del príncipe Quentyn lucharon contra los vuestros durante casi doscientos años. No querrá irse sin vos.

«Entonces morirá aquí, salvo que haya en él algo más que lo que salta a la vista» .

—¿Sigue ahí dentro?

—Está bebiendo con los caballeros.

—Traedlo. Va siendo hora de que conozca a mis hijos.

—Como ordenéis. —Una sombra de duda pasó por la cara alargada y solemne de Barristan Selmy.

El rey estaba riendo con Yurkhaz zo Yunzak y los demás señores yunkios. Dany no creía que fuese a echarla en falta pero, por si acaso, les dijo a sus doncellas que, si preguntaba por ella, había acudido a atender una llamada de la naturaleza.

Ser Barristan esperaba en las escaleras con el príncipe dorniense. El rostro cuadrado de Martell se veía enrojecido y congestionado.

«Demasiado vino —pensó la reina, aunque el dorniense se esforzaba por disimularlo. Al margen de la hilera de soles de cobre que le adornaba el cinturón, iba vestido con sencillez—. Lo llaman Rana», recordó. No le extrañaba: no era un hombre agraciado.

—Mi príncipe. —Sonrió—. El descenso es largo. ¿Estáis seguro de que deseáis bajar?

—Si a vuestra alteza le place...

—Entonces, vamos.

Los precedían dos inmaculados que portaban antorchas; tras ellos bajaban dos bestias de bronce, uno con máscara de pez y el otro con máscara de halcón. Incluso en su propia pirámide, en aquella noche feliz, de paz y celebración, ser Barristan insistía en que los guardias la acompañasen adondequiera que fuese. La comitiva recorrió en absoluto silencio el largo camino de bajada, deteniéndose tres veces para tomar aliento.

—El dragón tiene tres cabezas —señaló Dany cuando llegaron al último tramo—. Mi matrimonio no tiene por qué ser el fin de vuestras esperanzas. Sé qué buscáis aquí.

—A vos —repuso Quentyn con torpe galantería.

—No —replicó Dany—. Sangre y fuego.

A su paso, un elefante barritó desde el establo. De abajo respondió un rugido seguido de un calor repentino que la hizo enrojecer. El príncipe Quentyn alzó la vista, alarmado.

—Los dragones saben que está cerca —le dijo ser Barristan.

«Todos los hijos reconocen a su madre —pensó Dany—. Cuando los mares se sequen y las montañas se mezan como hojas al viento...» .

—Me están llamando. Vamos. —Cogió de la mano al príncipe Quentyn y lo guio a la fosa donde estaban encerrados dos de sus dragones—. Esperad fuera; el príncipe Quentyn me protegerá —ordenó a ser Barristan cuando los Inmaculados abrieron las enormes puertas de hierro. Arrastró al príncipe tras de sí y se situó sobre la fosa.

Los dragones estiraron el cuello y los miraron con ojos ardientes. Viserion había destrozado una cadena y derretido las otras; estaba aferrado al techo como un murciélagos blanco gigante, con las garras profundamente clavadas en los ladrillos quemados y a punto de desmoronarse. Rhaegal, todavía encadenado, roía los despojos de un toro. La capa de huesos que cubría el suelo de la fosa se había hecho más profunda desde la última vez que había ido a verlos, y el suelo y las paredes estaban grises y ennegrecidos, con más ceniza que ladrillo. No aguantarían mucho más..., pero detrás solo había tierra y piedras.

«¿Los dragones podrán excavar túneles en la roca, como los gusanos de fuego de la antigua Valyria?». Esperaba que no.

—Tenía... tenía entendido que eran tres. —El príncipe dorniense se había puesto blanco como la leche.

—Dragón está de caza. —No creyó necesario explicarle el resto—. El blanco es Viserion; el verde, Rhaegal. Los llamé así por mis hermanos. —La voz despertaba ecos en las abrasadas paredes de piedra. Sonaba insignificante: la voz de una niña, no la voz de una reina conquistadora ni la voz alegre de una recién casada.

Rhaegal respondió con un rugido y la fosa se llenó de fuego, una lanza roja y amarilla. Viserion rugió a su vez, con llamas naranja y doradas. Cuando batió las alas, el aire se convirtió en una nube de ceniza gris. Las cadenas rotas le repiqueaban en torno a las patas. Quentyn Martell retrocedió de un salto.

Alguien más cruel podría haberse reído, pero Dany le apretó la mano.

—A mí también me asustan; no hay de qué avergonzarse. En la oscuridad, mis hijos se han vuelto asilvestrados y furiosos.

—¿Vais...? ¿Vais a montarlos?

—Solo a uno. Todo lo que sé de los dragones es lo que me contó mi hermano cuando era pequeña, y algunas cosas que he leído, pero se dice que ni siquiera Aegon el Conquistador se atrevía a montar a Vhagar ni a Meraxes, ni sus hermanas a montar a Balerion, el Terror Negro. Los dragones viven más que los hombres, algunos durante cientos de años, así que Balerion tuvo otros jinetes tras la muerte de Aegon..., pero ningún jinete montó jamás a dos dragones.

Viserion volvió a sisear; le salía humo entre los dientes y en el fondo de su garganta se veía el fuego agitándose.

—Son... son criaturas aterradoras.

—Son dragones, Quentyn. —Dany se puso de puntillas y lo besó con suavidad, una vez en cada mejilla—. Igual que yo.

—Yo... también tengo sangre de dragón, vuestra alteza. —El joven príncipe tragó saliva—. Puedo trazar mi linaje hasta la primera Daenerys, la princesa Targaryen hermana del rey Daeron el Bueno y esposa del príncipe de Dorne, que le construyó los Jardines del Agua.

—¿Los Jardines del Agua? —A decir verdad, Dany apenas sabía nada de Dorne ni de su historia.

—Es el palacio preferido de mi padre. Me gustaría enseñároslo algún día. Es de mármol rosa, con estanques y fuentes que miran al mar.

—Suená precioso. —Lo apartó de la fosa. «Este no es su sitio; no tendría que haber venido» —. Deberíais regresar. Temo que mi corte no sea un lugar seguro para vos. Tenéis más enemigos de los que creéis; dejasteis en ridículo a Daario, y no es hombre que olvide semejante desaire.

—Tengo a mis caballeros, mis escudos juramentados.

—Tenéis dos caballeros; Daario tiene quinientos cuervos de tormenta. Y también deberíais guardarlos de mi señor esposo. Parece afable y cordial, lo sé, pero no os dejéis engañar: la corona de Hizdahr proviene de la mía y cuenta con la lealtad de los guerreros más temibles del mundo; si alguno de ellos quisiese ganar su favor eliminando a un rival...

—Soy príncipe de Dorne, vuestra alteza. No pienso huir de esclavos y mercenarios.

«Entonces eres tonto de verdad, príncipe Rana. —Dany contempló a sus feroces hijos por última vez. Los oyó bramar mientras conducía al chico hacia la puerta y vio el juego de la luz en los ladrillos, el reflejo de los fuegos—. Si vuelvo la vista atrás, estoy perdida» .

—Ser Barristan habrá pedido sillas de mano para devolvernos al banquete, pero la subida seguirá siendo tediosa. —Tras ellos, las grandes puertas de hierro se cerraron con un estruendo—. Habladme de la otra Daenerys. No conozco la historia del reino de mi padre como debería; nunca tuve un maestre que me instruyese.

«Solo un hermano» .

—Será un placer, vuestra alteza.

Ya era bien pasada la medianoche cuando se fueron los últimos invitados y Dany se retiró a sus aposentos para reunirse con su rey y señor. Al menos él estaba contento, si bien algo borracho.

—He cumplido mi promesa —le dijo Hizdahr mientras Irri y Jhiqui los preparaban para la cama—. Querías la paz y la has conseguido.

«Y tú querías sangre y tendré que dártela muy pronto», pensó Dany.

—Te estoy agradecida.

La emoción del día había inflamado la pasión de su esposo. En cuanto se retiraron las doncellas, le desgarró el camisón y la tumbó en la cama. Dany lo rodeó con los brazos y le dejó hacer; borracho como estaba, no aguantaría

mucho tiempo dentro de ella. Así fue.

—Quieran los dioses que esta noche hayamos hecho un hijo —le susurró Hizdahr al oído cuando terminó.

«Cuando el sol salga por el oeste y se ponga por el este; cuando los mares se sequen y las montañas se mezan como hojas al viento; cuando tu vientre vuelva a agitarse y des a luz un niño vivo». Las palabras de Mirri Maz Duur le resonaban en la cabeza. El significado estaba claro: era tan probable que Khal Drogo volviese de la muerte como que ella concibiese. Pero había secretos que no se podían compartir, ni siquiera con el cónyuge, así que dejó a Hizdahr zo Loraq con sus esperanzas.

Su noble esposo no tardó en quedarse profundamente dormido, pero Daenerys solo fue capaz de dar vueltas y vueltas a su lado. Quería sacudirlo, despertarlo, obligarlo a abrazarla, besarla, follarla otra vez... Pero de todas formas, volvería a dormirse y dejarla sola a oscuras. Se preguntó qué estaría haciendo Daario. ¿Se sentiría igual de inquieto? ¿Pensaría en ella? ¿La amaba de verdad? ¿La odiaba por haberse casado con Hizdahr?

«Nunca debí llevármelo a la cama. —No era más que un mercenario, indigno de ser consorte de una reina; sin embargo...—. Siempre lo supe, pero me lo llevé a la cama de todos modos».

—¿Mi reina? —dijo una voz queda en la oscuridad.

—¿Quién anda ahí? —Dany se estremeció.

—Solo Missandei. —La escriba naathi se acercó a la cama—. Una os ha oído llorar.

—¿Llorar? No estaba llorando. ¿Por qué iba a llorar? Tengo la paz, tengo a mi rey, tengo todo lo que puede desear una reina. Has tenido una pesadilla, eso es todo.

—Como digáis, alteza. —Se inclinó e hizo ademán de irse.

—Quédate —le pidió Dany—. No quiero estar sola.

—Su alteza está con vos —señaló Missandei.

—Su alteza duerme, pero yo no puedo. Por la mañana me espera un baño de sangre; el precio de la paz. —Sonrió con languidez y dio unos golpecitos en la cama—. Ven, siéntate. Habla conmigo.

—Como deseéis. —Missandei se sentó junto a ella—. ¿De qué queréis hablar?

—De tu casa —contestó Dany—. De Naath. De mariposas y hermanos. Háblame de lo que te hacía feliz, de lo que te hacía reír, de tus recuerdos más queridos; recuérdame que quedan cosas buenas en el mundo.

Missandei hizo todo lo posible. Seguía hablando cuando Dany se quedó dormida por fin, para soñar sueños extraños y difusos de humo y fuego.

La mañana llegó demasiado pronto.

El día se les escabulló igual que Stannis: sin que nadie lo viera aparecer.

Invernalia llevaba horas despierta, con las almenas y las torres rebosantes de hombres ataviados con prendas de lana, malla y cuero, esperando un ataque que no llegaba. El cielo ya clareaba cuando se dispó el sonido de los tambores, aunque los cuernos se dejaron oír tres veces más, un poco más cerca en cada ocasión. Y la nieve no dejaba de caer.

—La tormenta terminará hoy —insistió uno de los mozos de cuadra que habían sobrevivido—. ¡Si es que ni siquiera ha llegado el invierno!

De haberse atrevido, Theon se habría echado a reír. Recordaba los cuentos que les contaba la Vieja Tata sobre tormentas que duraban cuarenta días y cuarenta noches, un año, diez años... Tormentas que enterraban castillos, ciudades y reinos enteros bajo cuarenta varas de nieve.

Se sentó al fondo del salón principal, cerca de los caballos, y observó como Abel, Serbal y una lavandera arratonada de pelo castaño a la que llamaban Ardilla devoraban rebanadas de pan duro fritas en manteca de panceta. El desayuno de Theon fue una jarra de cerveza negra, turbia de levadura y tan densa que se podía masticar. Tal vez, con unas cuantas jarras más, el plan de Abel dejaría de parecerle tan demencial.

Roose Bolton llegó muy pálido, entre bostezos, acompañado de Walda la Gorda, su oronda esposa encinta. Lo precedían varios señores y capitanes, entre ellos Umber Mataputas, Aenys Frey y Roger Ryswell. Wyman Manderly ya se había sentado a la mesa y estaba engullendo sal chichas y huevos duros; a su lado, el anciano lord Locke se llevaba a la boca desdentada cucharadas de gachas.

Lord Ramsay no tardó en hacer acto de presencia, abrochándose el cinturón de la espada mientras se dirigía a la parte delantera del salón.

« Esta mañana está de un humor de perros —advirtió Theon—. Los tambores no lo han dejado dormir en toda la noche, o tal vez alguien haya incurrido en su ira. —Una palabra inoportuna, una mirada poco meditada, una carcajada a destiempo... Eran muchas las cosas que podían provocar el enfado de su señoría y que le costarían a cualquiera una tira de piel—. Por favor, mi señor, no me mires. —A Ramsay solo le haría falta echarle un vistazo para descubrirlo todo—. Me lo leerá en la cara. Se enterará. Siempre se entera». Se volvió hacia Abel.

—No va a salir bien. —Hablabía tan bajo que ni siquiera los caballos habrían podido oírlo—. Nos atraparán antes de que salgamos del castillo. Aunque consigamos huir, lord Ramsay nos dará caza con Ben Huesos y las chicas.

—Lord Stannis está al otro lado de la muralla, y no muy lejos a juzgar por los tambores. Solo tenemos que llegar hasta él. —Los dedos de Abel danzaron sobre las cuerdas del laúd. Tenía la barba castaña, aunque su cabellera larga era canosa

—. Si al Bastardo le da por perseguirnos, tal vez viva lo suficiente para lamentarlo.

«Tú créete eso —pensó Theon—. Ten fe. Repítete que es verdad».

—Ramsay dará caza a tus mujeres —le dijo al bardo—. Las perseguirá, las violará y echará sus cadáveres a los perros. Si le proporcionan una buena caza, puede que ponga sus nombres a la próxima camada de perras. A ti te desollará. Desollador, Damon Bailaparamí y él se lo pasarán en grande contigo, y acabarás por suplicarles que te maten. —Agarró el brazo del bardo con una mano mutilada —. Me juraste que no permitirías que volviera a caer en sus manos. Me diste tu palabra. —Necesitaba escucharlo de nuevo.

—Palabra de Abel —dijo Ardilla—. Firme como un roble.

Abel se limitó a encogerse de hombros.

—Pase lo que pase, mi príncipe.

Arriba, en el estrado, Ramsay estaba discutiendo con su padre. Theon se encontraba demasiado lejos para distinguir las palabras, pero el miedo reflejado en el rostro redondo y rosado de Walda la Gorda lo decía todo. Sí oyó a Wyman Manderly pedir más salchichas, y las risas de Roger Ryswell tras un chiste del manco Harwood Stout.

Se preguntó si vería alguna vez las estancias acuosas del Dios Ahogado, o su fantasma quedaría para siempre en Invernalia.

«Estaré muerto, y nada más. Es mejor que ser Hediondo. —Si el plan de Abel fallaba, Ramsay les proporcionaría una muerte lenta y dolorosa—. Esta vez, me despellejará de los pies a la cabeza, y por mucho que suplique, no le pondrá fin. —Theon no había sentido jamás un dolor comparable al que podía causar Desollador con su cuchillito de desollar. Abel no tardaría en aprender aquella lección, y ¿por qué?—. Jeyne se llama Jeyne, y los ojos están mal. —Una comediante que representaba su papel—. Lord Bolton lo sabe; Ramsay lo sabe, pero los demás están ciegos, todos, hasta este bardo de mierda, con sus sonrisas taimadas. Pues es de ti de quien van a reírse, Abel, y de tus putas asesinas. Vas a morir, y por la chica que no es».

Había estado a punto de decirles la verdad cuando Serbal lo condujo hasta Abel, en las ruinas de la Torre Quemada, pero se había mordido la lengua en el último momento. El bardo estaba decidido a escapar con la hija de Eddard Stark. Si se enteraba de que la esposa de lord Ramsay no era más que la cría del mayordomo...

Las puertas del salón principal se abrieron de golpe.

Entró una ráfaga de viento gélido, y una nube de cristales de hielo invadió la estancia con un centelleo blanquiazul. En medio hizo su entrada ser Hosteen Frey, cubierto de nieve y con un cadáver en brazos. Los hombres de los bancos dejaron en la mesa las tazas y cucharas para contemplar con asombro aquella escena espeluznante. Se hizo el silencio.

«Otro asesinato».

La nieve se iba desprendiendo de la capa de ser Hosteen a medida que avanzaba hacia la mesa principal; sus pisadas retumbaban contra el suelo. Lo seguía una docena de caballeros y soldados de los Frey, entre ellos, un niño al que Theon conocía bien: Walder el Mayor, que en realidad era el menudo, con cara de raposa y flaco como un palo. Tenía el pecho, los brazos y la capa salpicados de sangre.

El olor alborotó a los caballos, que empezaron a relinchar. Los perros salieron de debajo de las mesas olfateando el aire. Los hombres se levantaron de los bancos. El cadáver que ser Hosteen llevaba en brazos brillaba a la luz de las antorchas, con su armadura de escarcha rosa: el frío del exterior le había helado la sangre.

—El hijo de mi hermano Merrett. —Hosteen Frey dejó el cadáver en el suelo, ante el estrado—. Sacrificado como un cerdo y enterrado bajo un banco de nieve. ¡Era un niño!

«Walder el Pequeño»—pensó Theon—. El grandote. —Miró de reojo a Serbal—. Son seis —recordó—, puede haber sido cualquiera de ellas». Pero la lavandera captó su mirada.

—No ha sido cosa nuestra —dijo.

—Silencio —avisó Abel.

Lord Ramsay bajó del estrado para ver el cadáver. Su padre se levantó más despacio, con gesto preocupado y solemne.

—Es una traición. —Para variar, Roose Bolton habló con suficiente fuerza para que su voz se oyera en toda la sala—. ¿Dónde habéis encontrado el cadáver?

—Bajo ese torreón que está en ruinas, mi señor —respondió Walder el Mayor—. El de las gárgolas viejas. —El chico llevaba los guantes empapados en la sangre de su primo—. Le dije que no saliera solo, pero me respondió que iba a reunirse con un hombre que le debía muchas monedas de plata.

—¿Qué hombre? —exigió saber Ramsay—. Dame su nombre, chico; señálamelo y te haré una capa con su piel.

—No me lo dijo, mi señor. Solo me dijo que le había ganado a los dados. —El joven Frey titubeó—. Fueron unos hombres de Puerto Blanco, que enseñan a jugar a los dados. No sé cuáles, pero eran de Puerto Blanco.

—Mi señor —rugió Hosteen Frey—, sabemos bien quién ha hecho esto, quién ha matado a este muchacho y a los demás. No con sus propias manos, claro, porque es demasiado gordo y cobarde para eso, pero dio la orden. —Se volvió hacia Wyman Manderly—. ¡Lo negáis?

El señor de Puerto Blanco se metió media salchicha en la boca.

—Confieso... —Se limpió la grasa de los labios con la manga—. Confieso que apenas conocía al pobre chico. Era escudero de lord Ramsay, ¿no? ¿Cuántos años tenía?

—Celebró nueve días de su nombre.

—Qué joven —suspiró Wyman Manderly—. Aunque puede que haya sido una suerte, en el fondo. De haber vivido, se habría convertido en un Frey.

Ser Hosteen asestó una patada al tablero de la mesa y lo derribó de los caballetes, contra la barriga de lord Wyman. Copas y fuentes volaron por los aires; salieron salchichas despedidas en todas direcciones, y una docena de hombres de Manderly se pusieron en pie entre juramentos. Algunos echaron mano de cuchillos, platos, frascas y cualquier cosa que pudieran utilizar como arma.

Ser Hosteen Frey desenvainó la espada larga y se lanzó contra Wyman Manderly. El señor de Puerto Blanco trató de esquivarlo, pero la mesa lo mantuvo clavado a la silla. La hoja le traspasó tres de las cuatro papadas y la sangre roja salpicó a su alrededor. Lady Walda lanzó un grito y se agarró al brazo de su señor esposo.

—¡Alto! —gritó Roose Bolton—. ¡Esto es una locura!

Sus hombres se precipitaron hacia allí a la vez que los Manderly derribaban los bancos para lanzarse sobre los Frey. Uno intentó apuñalar a ser Hosteen, pero el corpulento caballero giró en redondo y le cortó el brazo por el hombro. Lord Wyman consiguió ponerse en pie, pero se derrumbó al momento. El viejo lord Locke pidió a gritos que acudiera un maestre, mientras Manderly se retorcía en el suelo como una morsa apa leada, sobre un creciente charco de sangre. A su alrededor, los perros se peleaban por las salchichas.

Hicieron falta cuarenta lanceros de Fuerte Terror para separar a los contendientes y poner fin a la carnicería, y para entonces ya habían muerto seis hombres de Puerto Blanco y dos Frey. Bastantes más habían resultado heridos, y Luton, de los Bribones del Bastardo, agonizaba entre gritos, llamando a su madre mientras trataba de meterse las tripas en su sitio por el tajo del que salían. Lord Ramsay lo hizo callar clavándole en el pecho una lanza que le quitó a un hombre de Patas de Acero, pero los gritos, las plegarias y los juramentos siguieron resonando contra las vigas del techo. Walton Patas de Acero tuvo que golpear el asta de la lanza una docena de veces contra el suelo para que se hiciera el silencio, o al menos para que el ruido permitiera escuchar la voz de Roose Bolton.

—Ya veo que todos queréis sangre —dijo el señor de Fuerte Terror. El maestre Rhodry estaba a su lado, con un cuervo posado en el brazo. El plumaje negro brillaba como el carbón aceitado a la luz de las antorchas.

«Está empapado —advirtió Theon—. Y su señoría tiene un pergamo en la mano. Seguro que también está empapado. Alas negras, palabras negras».

—En lugar de utilizar esas espadas unos contra otros, tal vez prefiráis usarlas contra lord Stannis —prosiguió lord Bolton mientras desenrollaba el pergamo—. Su ejército está a menos de tres días a caballo de aquí, detenido por la nieve y al borde de la inanición, y yo ya me he cansado de esperar a que se digne venir.

Ser Hosteen, reunid a vuestros caballeros y soldados ante la puerta principal. Ya que estáis tan deseoso de entrar en combate, seréis vos quien aseste el primer golpe. Lord Wyman, que los hombres de Puerto Blanco se congreguen en la puerta este. Ellos también irán.

La espada de Hosteen Frey estaba enrojecida casi hasta el puño, y las salpicaduras de sangre eran como pecas en sus mejillas. Bajó el arma.

—Como ordene mi señor. Os traeré la cabeza de Stannis Baratheon, pero después terminaré de cortar la de lord Grasas.

Cuatro caballeros de Puerto Blanco habían formado un cerco en torno a lord Wyman, mientras el maestre Medrick se afanaba por detener la hemorragia.

—¡Antes tendréis que pasar por encima de nuestro cadáver! —replicó el de más edad, un hombre de barba entrecana y rostro curtido en cuya sobrevesta manchada de sangre se veian tres sirenas de plata sobre campo púrpura.

—Cuando queráis. De uno en uno o todos a la vez; a mí no me importa.

—¡Basta! —rugió lord Ramsay, con la lanza ensangrentada en la mano—. ¡Una amenaza más y yo mismo os destripo a todos! ¡Mi señor padre ha hablado! ¡Guardad toda esa ira para el usurpador Stannis!

Roose Bolton asintió en ademán de aprobación.

—Bien dicho. Ya tendremos tiempo para pelearnos entre nosotros cuando acabemos con Stannis. —Recorrió la estancia con los gélidos ojos claros hasta que localizó a Abel, al lado de Theon—. ¡Bardo! Ven aquí y cántanos algo que nos sosiegue.

—Como ordene su señoría.

Abel hizo una reverencia y se encaminó hacia el estrado con el laúd en la mano; saltó con agilidad sobre un par de cadáveres y se sentó en la mesa con las piernas cruzadas. Cuando empezó a cantar, una canción lenta y triste que Theon Greyjoy no conocía, ser Hosteen, ser Aenys y sus compañeros Frey se volvieron para sacar sus caballos. Serbal agarró a Theon por el brazo.

—El baño. Tiene que ser ahora.

—¿De día? —Se liberó de su presa—. Van a vernos.

—La nieve nos ocultará. ¿Acaso estás sordo? Bolton va a enviar a sus hombres. Tenemos que llegar al rey Stannis antes que ellos.

—Pero... Abel...

—Abel sabe cuidarse solo —masculló Ardilla.

« Es una locura. Una locura desesperada y condenada al fracaso». Theon apuró el resto de la cerveza y, de mala gana, se puso en pie.

—Ve a buscar a tus hermanas. Hace falta mucha agua para llenar la bañera de mi señora.

Ardilla se escabulló con sus habituales pasos silenciosos, y Serbal salió de la estancia con Theon. Desde que sus hermanas y ella lo habían localizado en el bosque de dioses, no había momento en que no estuviera acompañado de

mujeres. No lo perdían de vista; no se fiaban de él.

«¿Por qué iban a fiarse? Fui Hediondo y podría volver a serlo. Hediondo, Hediondo, rima con me escondo».

Fuera seguía nevando. Los muñecos de nieve que habían hecho los escuderos eran ya gigantes monstruosos de cuatro varas de altura, espantosamente deformados. Serbal y él se encaminaron al bosque de dioses, siempre entre murallas blancas; los caminos que unían los edificios y torreones se habían convertido en una maraña de zanjas heladas que había que despejar cada poco. Era muy fácil perderse en aquel laberinto helado, pero Theon Greyjoy conocía cada giro, cada recoveco.

Hasta el bosque de dioses estaba volviéndose blanco. Sobre el estanque, al pie del árbol corazón, se había formado una fina capa de hielo, y el rostro tallado en la corteza blanca tenía un bigote de carámbanos. A aquella hora no podrían quedarse a solas con los antiguos dioses, así que Serbal tiró de Theon para alejarlo de los norteños que rezaban junto al árbol y lo guio hasta un lugar más aislado, entre la pared de un barracón y una poza de lodo caliente que apestaba a huevos podridos. Theon advirtió que hasta aquel barro empezaba a helarse por los bordes.

—Se acerca el invierno...

—No tienes derecho a pronunciar el lema de lord Eddard —interrumpió Serbal—. No te atrevas, jamás. Después de lo que hiciste...

—Vosotros también habéis matado a un niño.

—No hemos sido nosotros. Ya te lo he dicho.

—Las palabras se las lleva el viento. —«Estas personas no son mejores que yo. Somos iguales»—. Matasteis a los otros, ¿por qué no a este? Polla Amarilla...

—... oíla tan mal como tú. Era un cerdo.

—Y Walder el Pequeño era un cerdito, y al matarlo habéis enfrentado a los Manderly y los Frey. Muy astutos...

—No hemos sido nosotros. —Serbal lo agarró por el cuello, lo empujó contra la pared del barracón y se le acercó mucho a la cara—. Como vuelvas a decir eso, te arranco esa lengua mentirosa, asesino de la sangre de tu sangre.

Theon sonrió, mostrando los dientes rotos.

—No vas a matarme. Os hace falta mi lengua para que los guardias os dejen pasar. Os hacen falta mis mentiras.

Serbal le escupió a la cara, lo soltó y se limpió las manos enguantadas contra las piernas, como si su simple contacto la ensuciara. Theon sabía que no debía provocarla; a su manera, aquella mujer era tan peligrosa como Desollador o Damon Bailaparamí. Pero estaba cansado, tenía frío, le dolían horriblemente las sienes y llevaba días sin conciliar el sueño.

—He hecho cosas espantosas. Traicioné a los míos, cambié de capa, ordené la muerte de hombres que confiaban en mí... Pero no he matado a la sangre de

mi sangre.

—Ya, ya, los pequeños Stark no eran tus hermanos de sangre. Ya lo sabemos.

Cierto, pero eso no era lo que quería decir Theon.

« No eran de mi sangre, pero ni así pude hacerles daño. Los críos que matamos no eran más que los hijos de un molinero. —Theon no quería pensar en la madre de aquellos niños. Conocía de toda la vida a la mujer del molinero; hasta se había acostado con ella—. Pechos generosos con pezones grandes y oscuros, boca dulce, risa alegre. Delicias que no vol veré a probar». Era inútil que se lo explicara a Serbal. No prestaría oído a su negación, igual que él no la creía a ella.

—Tengo las manos manchadas de sangre, pero no es sangre de mis hermanos —dijo con voz cansada—. Y ya he recibido mi castigo.

—Ni para empezar. —Serbal le dio la espalda.

« Mujer estúpida». Theon estaba deshecho, pero seguía teniendo un puñal. No le habría costado nada desenvainarlo y clavárselo entre los omoplatos; eso podía hacerlo hasta con los dientes rotos. Incluso sería un gesto misericordioso: una muerte más rápida y limpia que la que sufrirían sus hermanas y ella a manos de Ramsay cuando las atrapara.

Hediondo podría haber sido capaz. Hediondo habría sido capaz, con la esperanza de complacer a lord Ramsay. Aquellas rameras querían llevarse a la esposa de Ramsay; Hediondo no podía permitirlo. Pero los antiguos dioses lo habían reconocido; lo habían llamado Theon.

« Fui hijo del hierro, hijo del hierro, hijo de Balon Greyjoy y heredero de Pyke». Los muñones de los dedos le picaban, pero no echó mano del puñal.

Ardilla regresó acompañada por las otras cuatro: la flaca y canosa Mirto; Sauce Ojo de Bruja con su larga trenza negra; Frenya, la de la cintura amplia y los pechos enormes; y Acebo, con su cuchillo. Iban vestidas de sirvientas, con prendas de deslucida tela basta y gris, y todas llevaban una capa de lana marrón forrada de piel de conejo blanca.

« Sin espada —advirtió Theon—. Sin hacha, ni martillo, ni más arma que los cuchillos». Acebo se sujetaba la capa con un broche de plata, y Frenya se ceñía la cintura con una cuerda de cáñamo que le daba varias vueltas, de las caderas a los pechos, y la hacía parecer aún más corpulenta. Mirto llevaba otro vestido de sirvienta para Serbal.

—Los patios están atestados de imbéciles —advirtió a las otras—. Van a emprender la marcha.

—Arrodillados —bufó Sauce, despectiva—. Su señorial señor ha hablado y tienen que obedecer.

—Van a morir —canturreó Acebo alegramente.

—Nosotros también —dijo Theon—. Aunque consiguiéramos pasar ante los guardias, ¿cómo vamos a sacar a lady Arya?

—Seis mujeres entran, seis mujeres salen. —Acebo sonrió—. ¿Quién se fija en las criadas? Vestiremos a la Stark con la ropa de Ardilla.

« Son más o menos de la misma estatura. —Theon echó un vistazo a Ardilla —. Puede que salga bien» .

—¿Y Ardilla? ¿Cómo saldrá luego?

—Por la ventana —contestó la chica—, directa de un salto al bosque de dioses. Cuando tenía doce años, mi hermano me llevó por primera vez de expedición al sur de vuestro Muro, y fue entonces cuando me pusieron el nombre. Mi hermano dijo que parecía una ardilla trepando por un árbol. Desde entonces, he escalado el Muro seis veces, para ir y para volver. Creo que seré capaz de escapar de una torre de piedra, sí.

—¿Satisficho, cambiácapas? —preguntó Serbal—. Vamos, en marcha.

Las inmensas cocinas de Invernalia ocupaban un edificio entero, aislado de las otras estancias y torreones del castillo para prevenir los incendios. Dentro, el olor cambiaba de hora en hora, con los aromas de la carne asada, los puerros y las cebollas o el pan recién horneado. Roose Bolton había apostado guardias ante las puertas: con tantas bocas que alimentar, cada migaja era preciosa, y hasta los cocineros y pinches tenían vigilancia constante. Pero los guardias conocían a Hediondo y les gustaba meterse con él cuando iba a buscar agua caliente para el baño de lady Arya. Claro que no se atrevían a ir más lejos: todo el mundo sabía que Hediondo era el juguete de lord Ramsay.

—El Príncipe Pestoso viene a por agua caliente —anunció un guardia mientras abría la puerta a Theon y a las criadas—. Venga, deprisa, que no se escape el aire caliente.

Una vez dentro, Theon agarró a un pinche de cocina por el brazo.

—Agua para el baño de la señora —ordenó—. Seis cubos llenos, y que esté caliente. Lord Ramsay la quiere bien limpia y sonrosada.

—Sí, mi señor —respondió el muchacho—. Enseguida, mi señor.

« Enseguida» tardó en llegar más de lo que Theon habría querido. Las ollas grandes estaban todas sucias, así que el chico tuvo que fregar una antes de llenarla de agua, que luego pareció tardar años en hervir y siglos en proporcionar la suficiente para llenar seis baldes de madera. Las mujeres de Abel aguardaron con el rostro oculto bajo la capucha.

« Lo hacen todo al revés». Las criadas de verdad siempre estaban bromeando con los pinches, coqueteando con los cocineros, robando un pellizco de esto, un mordisco de aquello... Serbal y sus intrigantes hermanas no querían llamar la atención, pero por su silencio hosco, los guardias no tardaron en mirarlas con extrañeza.

—¿Dónde están Maisie, Jez y las otras chicas? ¿Las de siempre? —preguntó uno a Theon.

—Lady Arya no estaba contenta con ellas —mintió—. La última vez, el agua

llegó fría a la bañera.

El agua caliente lanzaba al aire nubes de vapor que fundían los copos de nieve al descender. La procesión de cubos volvió por el laberinto de muros de hielo, mientras el agua se iba enfriando a cada paso. Se cruzaron con muchos hombres: caballeros con armadura, sobrevesta de lana y capa de pieles; soldados con lanzas cruzadas a la espalda; arqueros con el arco sin armar y el carcaj lleno; jinetes libres; mozos de cuadra que llevaban a los corceles por las riendas... Los hombres de los Frey lucían el blasón de las dos torres, y los de Puerto Blanco, el del tritón y el tridente. Se cruzaban en medio de la nieve y se miraban con desconfianza, pero nadie desenvainó la espada.

« No, aquí no. Pero fuera, en el bosque, puede que cambie la cosa» .

Media docena de hombres curtidos de Fuerte Terror montaba guardia ante las puertas del Gran Torreón.

—¿Otro puto baño? —preguntó el sargento al ver los cubos de agua humeante; él tenía las manos metidas bajo los sobacos para darse calor—. Ya se bañó anoche. ¿Cómo puede ensuciarse tanto una mujer que no sale de la cama?

« Es más fácil de lo que crees, si comparte esa cama con Ramsay» , pensó Theon, recordando la noche de bodas y las cosas que les había obligado a hacer.

—Son órdenes de lord Ramsay.

—Pues entrad antes de que se congele el agua —replicó el sargento. Dos guardias abrieron las puertas.

La entrada era casi tan gélida como el exterior. Acebo se sacudió la nieve de las botas y se quitó la capucha.

—Creía que iba a ser más difícil. —Su aliento se condensaba en el aire.

—Hay más guardias arriba, ante el dormitorio de mi señor —le advir tió Theon—. Son hombres de Ramsay. —No se atrevió a llamarlos « bribones del bastardo» allí, donde cualquiera podía estar escuchando—. No os quitéis la capucha y agachad la cabeza.

—Haz lo que te dice, Acebo —intervino Serbal—. Puede que te reconozcan, y no queremos problemas.

Subieron por las escaleras, con Theon a la cabeza.

« He venido por aquí mil veces» , se dijo Theon mientras encabezaba el ascenso por las escaleras. De niño subía corriendo y bajaba los escalones de tres en tres. En cierta ocasión se dio de bruces con la Vieja Tata y la derribó, con lo que se ganó la peor regañina que había recibido en Invernalia, aunque fue poco más que una caricia en comparación con las palizas que le daban sus hermanos en Pyke. Robb y él habían librado muchas batallas heroicas en aquellos peldaños, lanzándose estocadas con espadas de madera; un buen entrenamiento que les enseñó lo difícil que era subir por una escalera de caracol defendida por un rival tenaz. Ser Rodrik solía decir que un buen luchador, en una posición de ventaja, podía cortar el paso a cien hombres.

Pero de eso hacía mucho, y ya habían muerto todos. Jory; el viejo ser Rodrik; lord Eddard; Harwin; Hullon; Cayn; Desmond; Tom el Gordo; Alyn, con sus sueños de convertirse en caballero; Mikken, que le había dado la primera espada de verdad... Hasta la Vieja Tata, con toda probabilidad.

Y Robb. Robb, que había sido un hermano para Theon, mucho más que ninguno de los hijos engendrados por Balon Greyjoy.

«Asesinado en la Boda Roja, por los Frey. Yo tendría que haber estado con él. ¿Por qué no fui? Yo tendría que haber muerto con él».

Theon se detuvo tan bruscamente que Sauce estuvo a punto de chocar contra su espalda. La puerta del dormitorio de Ramsay se alzaba ante él, vigilada por Alyn el Amargo y Gruñón, dos bribones del bastardo.

«Los antiguos dioses están con nosotros». Como solía decir lord Ramsay, Gruñón no tenía lengua y Alyn el Amargo no tenía seso. Uno era brutal y el otro cruel, pero los dos se habían pasado la vida al servicio de Fuerte Terror y siempre hacían lo que les ordenaba.

—Traigo agua caliente para lady Arya —les dijo Theon.

—Prueba a bañarte tú, Hediondo —replicó Alyn el Amargo—. Hueles a meados de caballo.

Gruñón gruñó para indicar que estaba de acuerdo, o quizás ese gruñido intentara ser una risa. En cualquier caso, Alyn abrió la puerta del dormitorio e indicó a Theon y a las mujeres que entraran.

En la habitación no había amanecido; las sombras lo cubrían todo. El último leño crepitaba sin llamas entre las brasas moribundas de la chimenea, y en la mesilla de noche titilaba una vela que iluminaba la cama deshecha, vacía.

«No está —pensó Theon—. Se ha tirado por una ventana, desesperada».

Pero los postigos estaban cerrados para proteger la habitación de la tormenta, y la nieve y el hielo los habían sellado firmemente.

—¿Dónde está? —preguntó Acebo. Sus hermanas vaciaron los baldes en la gran bañera redonda de madera. Frenya cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella—. ¿Dónde está? —insistió Acebo.

En el exterior sonó un cuerno.

«Es una trompeta. Los Frey se reúnen para la batalla». Theon sintió picor en los dedos que le faltaban.

Entonces la vio. Estaba acurrucada en el rincón más oscuro del dormitorio, en el suelo, hecha un ovillo bajo un montón de pieles de lobo. Tal vez no la habría encontrado en la vida de no ser porque temblaba, ya que se había subido las pieles hasta la cabeza para esconderse.

«¿De nosotros? ¿O acaso esperaba a su señor esposo?». La sola idea de que Ramsay pudiera llegar en cualquier momento le dio ganas de gritar.

—Mi señora. —Theon no era capaz de llamarla Arya, pero no se atrevía a llamarla Jeyne—. No hace falta que os escondáis. Estas mujeres son amigas.

Las pieles se movieron, y un ojo brillante de lágrimas los miró.

« Un ojo oscuro, muy oscuro. Es marrón» .

—¿Theon?

—Lady Arya. —Serbal se acercó más—. Tenéis que venir con nosotros enseguida. Hemos venido a llevarlos con vuestro hermano.

—¿Con mi hermano? —El rostro de la niña emergió de entre las pieles de lobo—. Yo no tengo hermanos.

« Ha olvidado quién es. Ha olvidado su nombre» .

—Ciento —dijo Theon—, pero los tuvisteis. Eran tres: Robb, Bran y Rickon.

—Están muertos. Ya no tengo hermanos.

—Tenéis uno —insistió Serbal—. Lord Cuervo.

—¿Jon Nieve?

—Venimos a llevároslo con él, pero tenéis que daros prisa.

Jeyne se subió las pieles de lobo hasta la barbilla.

—No. Es una trampa. Es alguna argucia de... de mi señor, de mi amado señor. Os ha enviado para ponerme a prueba, para comprobar que lo quiero. ¡Lo quiero, lo quiero, más que a nada en el mundo! —Una lágrima le corrió por la mejilla—. Decídselo, id a decírselo. Haré lo que quiera... Todo lo que quiera... con él, o... con el perro, o... Por favor, no tiene por qué cortarme los pies, no intentaré escapar nunca, le daré hijos, lo juro, lo juro...

Serbal dejó escapar un silbido quedo.

—Maldito sea ese hombre.

—Soy una buena chica —sollozó Jeyne—. Me han entrenado.

—Que alguien la haga dejar de llorar —dijo Sauce con el ceño fruncido—. Ese guardia está mudo, no sordo. Van a oírnos.

—Ponla de pie, cambiácapas. —Acebo tenía el cuchillo en la mano—. Levántala, o la levanto yo. Tenemos que largarnos. Levanta a esa putilla y dale un par de bofetadas, a ver si le entra un poco de valor.

—¿Y si grita? —preguntó Serbal.

« Si grita, podemos darnos por muertos —pensó Theon—. Ya les dije que era una locura, pero no me hicieron caso. —Abel los había enviado a la perdición; todos los bardos estaban medio locos. En las canciones, el héroe siempre rescataba a la doncella del castillo del monstruo, pero la vida no era una canción, igual que Jeyne no era Arya Stark—. Tiene los ojos mal. Y aquí no hay héroes, solo putas» . Pero se arrodilló al lado de la niña, apartó las pieles y le acarició la mejilla.

—Me conoces, soy Theon, ¿te acuerdas? Yo también te conozco. Sé tu nombre.

—¿Mi nombre? —Ella sacudió la cabeza—. Mi nombre... es...

Theon le puso un dedo en los labios.

—Ya hablaremos luego de eso. Ahora, tienes que estar muy callada. Ven con

nosotros. Conmigo. Te sacaremos de aquí. Te llevaremos lejos de él.

—Por favor —susurró Jeyne con los ojos muy abiertos—. Si, por favor.

Theon le cogió la mano, y los muñones de los dedos le picaron cuando la ayudó a ponerse en pie. Las pieles de lobo cayeron al suelo; estaba desnuda, con los pequeños pechos blancos llenos de dentelladas. Oyó tragarse saliva a una mujer, y Serbal le puso un fardo de ropa en las manos.

—Vistela. Fueras hace frío.

Ardilla se había quedado en ropa interior, y estaba revolviendo el contenido de un arcón de cedro para buscar algo con que abrigarse. Al final se decidió por un jubón acolchado de lord Ramsay y unos calzones muy usados que le ondeaban alrededor de las piernas como las velas de un barco en una tormenta.

Serbal ayudó a Theon a vestir a Jeyne Poole con la ropa de Ardilla.

« Si los dioses son misericordiosos y los guardias están ciegos, puede pasar por ella» .

—Ahora, vamos a salir y bajaremos por las escaleras —explicó Theon a la niña—. Mantén la cabeza gacha y no te quites la capucha. Sigue a Acebo. No corras, no llores, no hables y no mires a nadie a la cara.

—Quédate a mi lado —suplicó Jeyne—. No me dejes.

—No me apartaré de ti —prometió Theon mientras Ardilla se metía en la cama de lady Arya y se cubría con la manta. Frenya abrió la puerta del dormitorio.

—¿Qué, Hediendo? ¿La has bañado bien? —preguntó Alyn el Amargo cuando salieron.

Gruñón le dio un pellizco a Sauce en un pecho cuando pasó junto a él. Tuvieron suerte de que la eligiera a ella: si hubiera tocado a Jeyne, la niña habría gritado, y Acebo habría degollado al guardia con el cuchillo que llevaba en la manga. En cambio, Sauce se apartó y pasó de largo. Durante un momento, Theon estuvo a punto de desmayarse de alivio.

« No han mirado. No la han visto. ¡Hemos sacado a la niña delante de sus narices! » .

Pero cuando llegaron a las escaleras, el miedo regresó. ¿Y si se encontraban con Desollador, con Damon Bailaparamí o con Walton Patas de Acero? ¿O con Ramsay en persona?

« ¡Los dioses me amparen! Ramsay no, cualquiera menos Ramsay» .

¿De qué había servido sacar a la niña del dormitorio? Seguían en el castillo, con todas las puertas cerradas y atrancadas, y las almenas pobladas de centinelas. Los guardias apostados a la entrada del torreón iban a detenerlos, seguro. Acebo y su cuchillo no servirían de gran cosa contra seis hombres con armadura, espada y lanza.

Pero los guardias del exterior estaban acurrucados junto a las puertas, de espaldas al viento gélido que lanzaba la nieve contra ellos. Ni siquiera el sargento

les dedicó más que un vistazo rápido. Durante un momento, Theon los compadeciò. Cuando se diera cuenta de que su esposa había desaparecido, Ramsay los desollaría, y no quería ni imaginar qué haría con Gruñón y Alyn el Amargo.

A menos de diez pasos de la puerta, Serbal dejó caer el balde vacío y sus hermanas la imitaron. El Gran Torreón ya se había perdido de vista tras ellas, y el patio era una llanura blanca en la que los sonidos amortiguados resonaban con ecos extraños en la tormenta. Las trincheras de hielo se alzaban en torno a ellos a la altura de la rodilla, luego por la cintura, luego por encima de la cabeza. Estaban en el centro de Invernalia, en el corazón del castillo, pero no se veía ni rastro de él. Igual podrían haberse encontrado perdidos en las Tierras del Eterno Invierno, mil leguas más allá del Muro.

—Hace frío —sollozó Jeyne Poole, que se tambaleaba al lado de Theon.

«Y pronto hará más. —Al otro lado de la muralla del castillo aguardaba el invierno con sus colmillos de hielo—. Si es que llegamos hasta allí».

—Por aquí —dijo cuando llegaron a una bifurcación.

—Frenya, Acebo, id con ellos —ordenó Serbal—. Nosotras iremos luego con Abel. No nos esperéis.

Sin añadir palabra, se volvió y se perdió en la nieve, en dirección al salón principal. Sauce y Mirto se apresuraron a seguirla, con las capas ondeando al viento.

«Esto es cada vez más demencial —pensó Theon. Ya le parecía improbable que consiguiieran huir con la ayuda de las seis mujeres de Abel; con dos nada más, era imposible directamente, pero habían llegado demasiado lejos para devolver a la chica al dormitorio y fingir que no había pasado nada. Cogió a Jeyne del brazo y la arrastró camino abajo, hacia la puerta de las Almenas—. Solo es media puerta —se recordó—. Aunque los guardias nos dejen pasar, aún nos quedará la muralla exterior». Los guardias le habían franqueado el paso en ocasiones, por la noche, pero siempre iba solo. No le resultaría tan fácil salir con tres criadas, y si los guardias le quitaban la capucha a Jeyne, reconocerían a la esposa de lord Ramsay.

El pasaje giró hacia la izquierda y, de repente, tras un velo de nieve que no dejaba de caer, apareció ante ellos la puerta de las Almenas, flanqueada por dos guardias que parecían osos con sus prendas de cuero y pieles. Sujetaba una lanza de tres varas.

—¿Quién vive? —gritó uno. Theon no reconoció la voz. El rostro del hombre estaba oculto casi por completo por una bufanda que solo dejaba a la vista los ojos—. ¿Eres tú, Hediondo?

«Sí», estuvo a punto de decir.

—Theon Greyjoy —se oyó responder—. Os... os traigo unas mujeres.

—Tenéis que estar helados, chicos —comentó Acebo—. Esperad, que voy a

daros calor.

Apartó a un lado la lanza del guardia, le aflojó la bufanda medio congelada y le estampó un beso en la boca. Mientras sus labios se tocaban, el cuchillo de la mujer se clavó en la carne del cuello, justo debajo de la oreja. Theon vio como los ojos del hombre se abrían de par en par. Cuando Acebo retrocedió, tenía sangre en los labios, y también manaba sangre de la boca del guardia cuando se desplomó.

El segundo guardia seguía contemplando toda la escena, estupefacto, cuando Frenya le agarró la lanza por el asta. Forcejaron un momento, pero la mujer consiguió arrancársela de las manos y golpearlo en la sien con la madera. Cuando él se tambaleó hacia atrás, Frenya aprovechó para girar la lanza y clavarle la punta en la tripa.

Al verlo, Jeyne Poole soltó un alarido.

—¡Mierda puta! —exclamó Acebo—. Esto va a atraer a un montón de arrodillados. ¡Corred!

Theon le tapó la boca a Jeyne con una mano, la agarró por la cintura con la otra y la obligó a pasar entre el guardia muerto y el moribundo para cruzar la puerta y salvar el foso congelado. Tal vez velaran por ellos los antiguos dioses, porque el puente levadizo había quedado bajado para que los defensores de Invernalia pudieran ir y volver más deprisa de las almenas exteriores. Tras ellos oyeron el sonido de pies que corrían, y también una trompeta, en la cima de la muralla interior.

Cuando llegaron al puente levadizo, Frenya se detuvo y se volvió.

—Vosotros seguid; yo detendré aquí a los arrodillados. —Aún tenía la lanza ensangrentada en las manazas.

Cuando llegaron al pie de la escalera, Theon estaba tambaleándose. Se cargó al hombro a la niña y empezó a subir. Jeyne ya no se debatía, y además era tan menuda... Pero los escalones estaban resbaladizos por la capa de hielo que se había formado bajo la fina nieve en polvo, y a medio camino perdió pie y cayó sobre una rodilla. El dolor fue tan agudo que estuvo a punto de soltar a la niña, y durante un momento temió que aquel fuera el final de su fuga. Pero Acebo lo obligó a ponerse en pie, y entre los dos consiguieron subir a Jeyne a las almenas. Theon se apoyó contra una, jadeante. Abajo, los gritos señalaban el lugar donde Frenya luchaba contra una docena de guardias, rodeada de nieve.

—Ahora, ¿qué? —gritó a Acebo—. ¿Adónde vamos? ¿Cómo salimos de aquí?

La rabia dibujada en el rostro de Acebo se transformó en espanto.

—Oh, no, mierda puta. La cuerda. —Dejó escapar una risa histérica—. La cuerda la tiene Frenya. —De pronto soltó un gruñido y se llevó las manos a la tripa, de donde acababa de brotarle una saeta. La agarró, y la sangre le corrió entre los dedos—. Arrodillados, en la muralla interior... —dijo entre jadeos y, en aquel momento, otra saeta le apareció en el pecho. Fue a agarrarse a la almena

y cayó. La nieve que había soltado la enterró en un lecho mullido.

Se oyeron más gritos a la izquierda. Jeyne Poole se había quedado con la vista fija en Acebo, que yacía en una manta blanca que iba tiñéndose de rojo. Theon sabía que, en la muralla interior, los ballesteros estarían preparándose para disparar de nuevo. Miró hacia la derecha, pero por allí también se acercaban hombres corriendo con la espada desenvainada.

« Stannis —pensó, aterrado—. Stannis es nuestra única esperanza. Tenemos que llegar a él» .

El viento aullaba, y la chica y él estaban atrapados.

Restalló una ballesta. La saeta pasó de largo a un palmo de él, atravesando la nieve helada de la almena más cercana. No había ni rastro de Abel, Serbal, Ardilla ni las demás. Estaba solo con la niña.

« Si nos cogen con vida, nos entregarán a Ramsay» .

Theon agarró a Jeyne por la cintura y saltó.

El cielo era de un azul despiadado, sin el menor rastro de nubes.

« Los ladrillos tardarán poco en recalentarse con este sol —pensó Dany—. Abajo, en la arena, los luchadores notarán el calor a través de las suelas de las sandalias».

Jhiqui le quitó la túnica de seda e Irri la ayudó a entrar en el estanque. La luz del sol naciente resplandecía en el agua, quebrada por la sombra del caqui.

—Aunque haya que abrir las arenas de combate, ¿es necesaria la presencia de vuestra alteza? —preguntó Missandei mientras le lavaba el pelo.

—Medio Meereen acudirá a verme.

—Alteza —dijo Missandei—, una pide permiso para decir que medio Meereen acudirá para ver a hombres que mueren desangrados.

« Tiene razón —reconoció la reina—, pero da igual».

Poco después, Dany estaba tan limpia como podía estar. Se puso en pie, salpicando a su alrededor, y el agua le corrió por las piernas y le perló el pecho mientras el sol ascendía en el cielo; pronto, su pueblo estaría congregado. Habría preferido quedarse todo el día flotando en el estanque perfumado, comer fruta helada en bandejas de plata y soñar con una casa con la puerta roja, pero la reina no era su propia dueña: pertenecía a su pueblo.

—Khaleesi, ¿qué tokar queréis poneros hoy? —preguntó Irri mientras Jhiqui la secaba con una toalla suave.

—El de seda amarilla. —La reina de los conejos no podía aparecer sin sus orejas largas. La seda amarilla era fresca y ligera, y en el reñidero haría un calor abrasador. Las arenas rojas quemarían la planta de los pies a los que estaban a punto de morir—. Con el velo rojo largo por encima. —El velo impediría que el viento le llenase la boca de arena, y el color rojo ocultaría cualquier salpicadura de sangre.

Mientras una le cepillaba el pelo y otra le pintaba las uñas, Jhiqui e Irri charlaban alegremente sobre los combates de la jornada.

—Alteza —Missandei había regresado—, el rey solicita que os reunáis con él cuando estéis vestida, y ha venido el príncipe Quentyn con los dornienses: ruegan que les concedáis audiencia, si os complace.

« Pocas cosas me complacerán en este día».

—En otro momento.

En la base de la Gran Pirámide los esperaba ser Barristan junto a un ornamentado palanquín abierto, rodeado de bestias de bronce.

« Ser Abuelo», pensó Dany. Pese a su edad, se veía alto y apuesto con la armadura que le había regalado.

—Preferiría que hoy os acompañasen vuestros guardias inmaculados, alteza —dijo el anciano mientras Hizdahr iba a saludar a su primo—. Muchas de estas

bestias de bronce son libertos que no han demostrado su valía. —« Y los demás, meereenos de lealtad dudosa», parecía añadir sin palabras. Selmy desconfiaba de todos los meereenos, incluidos los cabezas afeitadas.

—Y seguirán sin demostrarla hasta que les demos la oportunidad.

—La máscara puede ocultar muchas cosas, alteza. El hombre de la máscara de búho ¿es el mismo búho que os guardó ayer y anteayer? ¿Cómo podemos saberlo?

—¿Cómo pretendemos que Meereen confie en las Bestias de Bronce si yo no muestro confianza? Tras esas máscaras hay hombres buenos y valientes; pongo mi vida en sus manos. —Dany le sonrió—. Creo que os preocupáis demasiado. Os tengo a vos a mi lado, ¿qué otra protección necesito?

—Soy viejo, vuestra alteza.

—Belwas el Fuerte también estará conmigo.

—Como digáis. —Ser Barristan bajó la voz—. Alteza, hemos liberado a esa mujer, Meris, tal como ordenasteis. Antes de marcharse, quería hablar con vos, y me reuní con ella en vuestro nombre. Sostiene que la intención del Príncipe Desharrapado era, desde el principio, unir a los Hijos del Viento a vuestra causa; que la envió para que negociara con vos en secreto, pero los dornienses los desenmascararon y los traicionaron antes de que pudiera abordarlos.

« Traición sobre traición —meditó la reina, cansada—. ¿Es que no acabará nunca?» .

—¿Hasta qué punto la creéis?

—No me creo ni una palabra, alteza, pero eso dijo.

—¿Se pasarán a nuestro lado, si es necesario?

—Según ella, sí, pero a cambio de un precio.

—Pagadlo. —Meereen necesitaba hierro, no oro.

—El Príncipe Desharrapado no se conforma con dinero, alteza: Meris afirma que pide Pentos.

—¿Pentos? —Entornó los ojos—. ¿Cómo voy a darle Pentos? Está a medio mundo de distancia.

—Meris ha dado a entender que no le importa esperar hasta que marchemos sobre Poniente.

« ¿Y qué pasa si ese día no llega nunca?» .

—Pentos pertenece a los pentoshis. Además, el magíster Illyrio está en Pentos; él fue quien concertó mi matrimonio con Khal Drogo y me regaló los huevos de dragón; quien os envió a vos, a Belwas y a Groleo. He contraído una gran deuda con él, y no le pagaré entregando su ciudad a un mercenario. Ni hablar.

—Vuestra alteza es sabia. —Ser Barristan inclinó la cabeza.

—¿Has visto alguna vez un día tan propicio, mi amor? —comentó Hizdahr zo Loraq cuando fue a reunirse con él. La ayudó a subir al palanquín, donde

esperaban dos estilizados tronos, uno junto al otro.

—Tal vez sea propicio para ti, pero no tanto para quienes van a morir antes de la puesta de sol.

—Todos los hombres mueren —repuso Hizdahr—, pero no todos pueden morir con gloria, con los vítores de la ciudad resonando en los oídos. —Hizo una seña a los soldados de las puertas—. Abrid.

La plaza que se extendía ante la pirámide estaba pavimentada con adoquines multicolores, y el calor se elevaba de ellos en ondas trémulas. Por todas partes pululaba gente: algunos iban en literas o sillas de mano; otros, montados en burro, y muchos, a pie. Nueve de cada diez se dirigían al oeste por la ancha vía adoquinada, en dirección al reñidero de Daznak. Cuando vieron que el palanquín salía de la pirámide, los que estaban más cerca prorrumpieron en aclamaciones que recorrieron toda la plaza.

«Qué cosas —se dijo la reina—. Me aclaman en la misma plaza donde empalé a ciento sesenta y tres grandes amos».

El cortejo real iba encabezado por un gran tambor que despejaba el camino. Entre redoble y redoble, un heraldo de cabeza afeitada y cota de discos de cobre bruñido gritaba a la multitud que se apartase. *BUM*. «¡Aquí vienen!» *BUM*. «¡Abran paso!» *BUM*. «¡La reina!» *BUM*. «¡El rey!» *BUM*. Tras el tambor iban las bestias de bronce, de cuatro en cuatro. Unos portaban garrotes; otros, bastones; todos llevaban falda plisada, sandalias de cuero y una abigarrada capa de retales cuadrados que hacían juego con los ladrillos multicolores de Meereen. Las máscaras brillaban al sol: jabalíes, toros, halcones, garzas, leones, tigres, osos, serpientes de lengua bifida y espeluznantes basiliscos.

Belwas el Fuerte, que no se llevaba bien con los caballos, marchaba al frente con su chaleco tachonado; su panza bronzeada y llena de cicatrices se balanceaba con cada paso. Irri y Jhiqui lo seguían a caballo, con Aggo y Rakharo, y a continuación iba Reznak en una silla de mano ornamentada, con la cabeza protegida por un toldo. Ser Barristan Selmy cabalgaba junto a Dany, con la armadura resplandeciente al sol y la capa marfileña por los hombros; en el brazo izquierdo llevaba un gran escudo blanco. Un poco más atrás iba Quentyn Martell, el príncipe dorniense, con sus dos acompañantes.

La columna avanzaba lentamente por la larga calle de baldosas. *BUM*. «¡Aquí vienen!». *BUM*. «¡Nuestra reina! ¡Nuestro rey!». *BUM*. «¡Abrid paso!».

A su espalda, Dany oía la discusión de sus doncellas sobre quién ganaría el último combate de la jornada. Jhiqui apostaba por el gigante Goghor, que tenía más aspecto de toro que de hombre y hasta llevaba una anilla de bronce en la nariz. Irri insistía en que el mangual de Belaquo Rompehuesos sería la perdición del gigante.

«Mis doncellas son dothrakis —se dijo—. La muerte cabalga con todo

khalasar». El dia de su boda con Khal Drogo, durante el banquete, resplandecieron los *arakhs*, y unos hombres murieron mientras otros bebián y copulaban. Entre los señores de los caballos, la vida y la muerte iban de la mano, y el derramamiento de sangre bendecía un matrimonio. Su reciente matrimonio quedaría empapado muy pronto. Menuda bendición.

BUM, BUM, BUM, BUM, BUM, BUM. Los tambores aceleraron el ritmo, de pronto enojados e impacientes. Ser Barristan desenvainó la espada cuando la columna se detuvo abruptamente entre la pirámide blanquirrosa de Pahl y la verdinegra de Naqqan.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó Dany, mirando atrás.

—El camino está bloqueado. —Hizdahr se puso en pie.

Un palanquín volcado les cerraba el camino; un porteador se había desplomado en los adoquines, con un golpe de calor.

—Ayudad a ese hombre —ordenó Dany—. Sacadlo de la calle antes de que lo pisoteen, y dadle comida y agua. Por su aspecto, parece que no haya comido en dos semanas.

Ser Barristan miró con inquietud a derecha e izquierda. En las terrazas se veían rostros ghiscarios que los miraban con ojos fríos e indiferentes.

—Alteza, esta parada me da mala espina. Podría ser una trampa. Los Hijos de la Arpía...

—Están domesticados —declaró Hizdahr zo Loraq—. ¿Por qué iban a querer hacer daño a la reina, ahora que me ha aceptado como rey y consorte? Vamos, ayudad a ese hombre, tal como ha ordenado mi bienamada reina. —Tomó a Dany de la mano y sonrió.

Las bestias de bronce obedecieron, bajo la mirada de Dany.

—Esos porteadores eran esclavos antes de mi llegada. Los liberé, pero no por eso pesa menos el palanquín.

—Es cierto —repuso Hizdahr—, pero ahora les pagan por soportar el peso. Antes de tu llegada, el capataz se habría abalanzado sobre el hombre caído y le habría desollado la espalda a latigazos; sin embargo, ahora recibe ayuda.

En efecto, una bestia de bronce con máscara de jabalí había tendido al porteador un pellejo de agua.

—Supongo que debo alegrarme por las pequeñas victorias —reconoció la reina.

—Un paso y luego otro, y pronto estaremos corriendo. Juntos crearemos una nueva Meereen. —Por fin habían despejado la calle—. ¿Continuamos?

« Un paso y luego otro, pero ¿adónde me llevan? ». No podía hacer nada, salvo asentir.

A las puertas del reñidero de Daznak, dos enormes guerreros de bronce estaban enzarzados en un combate mortal. Uno blandía una espada; el otro, un hacha. El escultor los había representado en el acto de matarse mutuamente,

formando un arco sobre la entrada.

« El arte mortal », pensó Dany.

Desde su terraza había contemplado muchas veces las arenas de combate. Las pequeñas salpicaban el rostro de Meereen como marcas de viruelas; las grandes eran llagas supurantes, rojas y en carne viva; pero ninguna podía compararse con aquella. Belwas el Fuerte y ser Barristan se situaron a los lados cuando la reina y su señor esposo pasaron bajo las estatuas para salir a la parte superior de un gran ruedo de ladrillo rodeado de gradas descendentes, cada una de un color. Hizdahr Zo Loraq la condujo escaleras abajo, dejando atrás las gradas negras, moradas, azules, verdes, blancas, amarillas y naranja hasta llegar a la roja, donde los ladrillos escarlata adoptaban el color de la arena que se extendía a continuación. En torno a ellos, los vendedores ambulantes ofrecían salchichas de perro, cebollas asadas y pinchos de cachorro nonato, pero a Dany no le hacían ninguna falta; Hizdahr había surtido el palco con jarras de vino helado y aguadulce; higos, dátiles, melones, granadas, pacanas, guindillas y un gran cuenco de langostas con miel.

—¡Langostas! —bramó Belwas el Fuerte, que se apoderó del cuenco para engullirlas a puñados.

—Son muy sabrosas. Pruébalas, amor mío —le recomendó Hizdahr—. Las marinan en especias antes de echarles la miel, así que son dulces y picantes a la vez.

—Ahora entiendo por qué suda tanto Belwas —contestó Dany—. No, me conformo con los higos y los dátiles.

Al otro lado del reñidero estaban las gracias, vestidas con túnicas vaporosas de diversos colores y apiñadas en torno a la austera figura de Galazza Galare, la única que vestía de verde. Los grandes amos de Meereen ocupaban las gradas rojas y naranja. Las mujeres llevaban velo, y los hombres se habían esculpido cuernos, manos y púas en el pelo. Los parientes de Hizdahr, la antigua estirpe de Loraq, parecían preferir el *tokar* morado, añil o lila, mientras que los de Pahl se decantaban por las rayas blancas y rosadas. Los enviados de Yunkai iban todos de amarillo y ocupaban el palco inmediato al del rey, cada uno con sus esclavos y siervos. Los meereenos de menor categoría se apelotonaban en las gradas superiores, más lejos de la matanza. Los bancos más altos y alejados de la arena, los negros y morados, estaban repletos de libertos y otras gentes del pueblo llano. Dany observó que los mercenarios también se encontraban allí, los capitanes sentados entre los soldados rasos; atisbió el rostro curtido de Ben el Moreno, y los bigotes y trenzas rojo fuego de Barbasangre.

—¡Grandes amos! —Su señor esposo se puso en pie y levantó las manos—. En este día, mi reina ha venido a demostrar el amor profundo que siente por su pueblo. Por su gracia y con su aprobación, os ofrezco ahora nuestro arte mortal. ¡Meereen! ¡Que la reina Daenerys oiga tu amor!

Diez mil gargantas rugieron en agradecimiento; luego, veinte mil; luego, todas. No decían su nombre, que pocos sabían pronunciar, sino que gritaban « ¡Madre! » en la arcaica lengua muerta de Ghis; la palabra era *mhsya*. Pateaban el suelo, se palmeaban el vientre y gritaban: « *Mhsya, Mhsya, Mhsya* », hasta que todo el recinto pareció estremecerse.

« No soy vuestra madre —podría haber respondido en medio del clamor—. Soy la madre de vuestros esclavos, de todos los muchachos que murieron en estas arenas mientras os atiborrabais de langostas con miel» .

—Magnificencia, ¡oíd cómo os aman! —le susurró Reznak

« No, lo que aman es su arte mortal» . Cuando las ovaciones comenzaron a apagarse, se permitió tomar asiento. El palco estaba a la sombra, pero tenía la cabeza a punto de reventar.

—Jhiqui —llamó—, aguadulce, por favor. Tengo muy seca la garganta.

—Khrazz tendrá el honor de realizar la primera matanza del día —le anunció Hizdahr—. Nunca ha existido mejor luchador.

—Belwas el Fuerte era mejor —protestó Belwas el Fuerte.

Khrazz era meereeno, de origen humilde: un hombre alto con una cresta de pelo tieso, negro rojizo. Su adversario era un lancero de piel de ébano de las islas del Verano cuyas ofensivas mantuvieron a Khrazz a raya durante un rato, pero en cuanto se cerró la distancia, el duelo de lanza contra espada corta fue una simple carnicería. Cuando todo acabó, Khrazz le arrancó el corazón al negro, lo levantó con el brazo extendido, rojo y goteante, y le dio un bocado.

—Khrazz cree que los corazones de hombres valientes lo hacen más fuerte —explicó Hizdahr. Jhiqui murmuró en aprobación. En cierta ocasión, Dany se había comido el corazón de un semental para dar fuerza a Rhaego, su hijo nonato..., pero eso no impidió que la *maegi* lo asesinara en su vientre.

« Tres traiciones conocerás. Esa fue la primera; después llegó la de Jorah, y la de Ben Plumm el Moreno fue la tercera» . ¿La aguardaban aún más traiciones?

—Ah —gritó Hizdahr, satisfecho—. Ahora viene el Gato Moteado. Mira cómo se mueve, mi reina. Es un poema andante.

El rival que había encontrado Hizdahr para su poema andante tenía la altura de Goghor y la corpulencia de Belwas, pero era lento. Estaban luchando a dos pasos del palco de Dany cuando el Gato Moteado le cortó el tendón de la corva a su rival, que cayó de rodillas. El Gato le puso un pie en la espalda, le agarró la cabeza y lo degolló de oreja a oreja. Las arenas rojas bebieron la sangre, el viento barrió sus últimas palabras y la multitud vociferó en aprobación.

—Ha peleado mal y ha muerto bien —juzgó Belwas el Fuerte—. Belwas el Fuerte odia que griten. —Se había terminado las langostas con miel; eructó y tomó un trago de vino.

Qarthienses pálidos, negros de las islas del Verano, dothrakis de piel cobriza,

tyroshis de barba azul, hombres cordero, jogosnaitas, hoscos braavosis, semi-hombres de piel atigrada de las selvas de Sothoros: habían acudido de todos los confines del mundo para morir en el reñidero de Daznak.

—Ese promete mucho, dulzura —comentó Hizdahr cuando apareció un joven lyseno, de larga melena rubia que ondeaba al viento. Pero su adversario lo agarró por esa misma melena, le hizo perder el equilibrio y lo destripó. Muerto parecía aún más joven que cuando sostenía la espada.

—Un niño —se lamentó Dany—. No era más que un niño.

—Dieciséis años —insistió Hizdahr—. Un hombre adulto, que se jugó el pellejo voluntariamente por el oro y la gloria. Mi amable reina, en su sabiduría, ha decretado que hoy no muera ningún niño en Daznak, y así será.

«Otra pequeña victoria. Tal vez no pueda lograr que mi pueblo sea compasivo —se dijo—, pero al menos debo intentar que sea un poco menos mezquino». También había intentado prohibir los combates entre mujeres, pero Barsena Pelonegro argumentó que tenía tanto derecho como cualquier hombre a arriesgar la vida. También le habría gustado prohibir los disparates, unos combates cómicos en los que se enfrentaban tullidos, enanos y viejas armados con cuchillos, antorchas y martillos; el disparate se consideraba mucho más gracioso cuanto más ineptos fueran los luchadores. Pero Hizdahr la convenció de que el amor de su pueblo sería mayor si reía con él y la hizo transigir aduciendo que, si no fuera por esos juegos, los tullidos, los enanos y las viejas se morirían de hambre.

La tradición dictaba que se sentenciase a los delincuentes a combatir en las arenas. La reina aceptó que se reanudase esa práctica, pero solo para algunos crímenes: se podía obligar a luchar a asesinos, a violadores y a esclavistas del mercado negro, pero no a ladrones ni a deudores.

Los animales seguían estando permitidos. Dany contempló cómo un elefante se quitaba de encima con facilidad una manada de seis lobos rojos; después llegó el turno del toro contra el oso, en una batalla sangrienta que dejó a ambos animales destrozados y moribundos.

—La carne no se desperdicia —explicó Hizdahr—. Los carniceros utilizan los despojos para hacer un saludable guiso para los hambrientos. Cualquiera que se presente ante las puertas del Destino recibirá un cuenco.

—Buena ley —reconoció Dany. «De las pocas que tenéis»—. Es una tradición que debemos conservar.

Tras los combates de animales llegó una parodia de batalla: seis hombres a pie contra seis a caballo, los primeros armados con escudo y lanza larga, y los segundos, con *arakh dothraki*. Los supuestos caballeros llevaban cota de malla, mientras que los supuestos dothrakis iban sin armadura. Al principio, los jinetes parecían llevar ventaja: arrollaron a dos enemigos y le cortaron la oreja a un tercero; pero entonces, los caballeros supervivientes atacaron a los caballos, y

desmontaron y mataron a los jinetes uno por uno.

—No era un auténtico *khalasar* —sentenció Jhiqui con repugnancia.

—Espero que estos despojos no vayan a parar a tu saludable guiso —dijo Dany mientras retiraban a los caídos.

—Los caballos, sí —contestó Hizdahr—. Los hombres, no.

—La carne de caballo y la cebolla fortalecen —comentó Belwas.

Después de la batalla llegó el primer disparate de la jornada, una justa entre una pareja de enanos, ofrecida por un yunkio que Hizdahr había invitado a los juegos. Uno iba montado en un perro y el otro en una cerda. Las armaduras de madera estaban recién pintadas; una lucía el venado del usurpador Robert Baratheon, y la otra, el león dorado de la casa Lannister, en un claro intento de ganarse el favor de la reina. Las payasadas de los enanos consiguieron que Belwas se desternillara, pero la risa de Dany era débil y forzada.

El enano de la armadura roja se cayó de la silla y se puso a perseguir a la cerda por la arena, mientras el del perro lo seguía al galope azotándole las nalgas con una espada de madera.

—Esto es estúpido y gracioso, pero...

—Ten paciencia, dulzura. Están a punto de soltar los leones.

—¿Leones? —Daenerys le lanzó una mirada interrogante.

—Tres leones. Los enanos no se lo esperan.

—Los enanos llevan espadas y armaduras de madera. ¿Cómo esperas que se enfrenten a los leones? —dijo con gesto indignado.

—Bastante mal —replicó Hizdahr—. Puede que nos sorprendan, pero lo más probable es que se pongan a chillar y a correr intentando salir de la arena: he ahí el disparate.

—¡Lo prohíbo! —La aclaración no le había gustado en absoluto.

—Mi gentil reina, no querrás decepcionar a tu pueblo.

—Me juraste que los luchadores serían adultos que arriesgarían la vida voluntariamente, por oro y por honor. Estos enanos no han accedido a luchar contra leones con espadas de madera. Detenlo. Ahora mismo.

El rey apretó los labios; durante un instante, Dany creyó ver un destello de ira en sus ojos plácidos.

—Como ordenes. —Hizdahr hizo una señal al sobrestante del reñidero—.

Nada de leones —ordenó cuando el hombre trotó hacia él, látigo en mano.

—¿Ni uno, Magnificencia? Entonces, ¿dónde está la diversión?

—Mi reina ha hablado: los enanos no sufrirán daño alguno.

—A la muchedumbre no le va a gustar.

—Entonces saca a Barsena, eso los apaciguará.

—Su adoración sabe qué es lo mejor. —El sobrestante hizo restallar el látigo y se puso a gritar órdenes. Se llevaron a los enanos, perro y cerda incluidos, sin miramientos, entre los silbidos de desaprobación de los espectadores, que

arrojaban piedras y fruta podrida.

La multitud rugió cuando Barsena Pelonegro entró a zancadas en la arena, desnuda salvo por el calcón y las sandalias. Era alta y morena, de unos treinta años, y se movía con la elegancia salvaje de una pantera.

—Barsena es muy popular —aseguró Hizdahr, al tiempo que el clamor crecía hasta llenar el recinto—. Es la mujer más valiente que he visto.

—No hay que serlo tanto para pelear contra chicas. Para enfrentarse a Belwas el Fuerte sí que hace falta valor —se jactó Belwas el Fuerte.

—Hoy se enfrentará a un jabalí —anunció Hizdahr.

«Sí —caviló Dany—, porque no pudiste encontrar a una mujer que le hiciese frente, por mucho que abultase la bolsa».

—Y, por lo que veo, no con una espada de madera.

El jabalí era una bestia enorme, con colmillos de la longitud de un antebrazo y ojos pequeños, inundados de rabia. Dany se preguntó si el que había matado a Robert Baratheon tendría un aspecto tan feroz.

«Una muerte terrible a manos de una criatura terrible». Durante un momento, casi sintió pena por el Usurpador.

—Barsena es muy rápida —le aseguró Reznak—. Bailará con el jabalí, magnificencia, y le lanzará tajos cuando pase a su lado. Estará bañado en sangre antes de caer, ya verás.

Comenzó tal como dijo: el jabalí cargó y Barsena se apartó de un giro, con la hoja centelleando como la plata al sol.

—Necesita una lanza —intervino ser Barristan cuando Barsena saltó para esquivar el segundo ataque del animal—. Esa no es manera de enfrentarse a un jabalí. —Sonaba como un abuelo quisquilloso, como decía siempre Daario.

«Es más listo que los toros —comprendió Dany. La espada de Barsena se iba tornando roja, pero el jabalí tardó poco en dejar de embestir—. No va a seguir atacando».

Barsena también llegó a la misma conclusión. Profiriendo gritos, fue acercándose al jabalí, pasándose el cuchillo de una mano a otra. Cuando la bestia retrocedió, maldijo y le lanzó un tajo al hocico con intención de provocarlo... y lo consiguió. En aquella ocasión, el salto se demoró un instante, y un colmillo le desgarró la pierna izquierda de la rodilla a la entepierna.

Treinta mil gargantas gimieron a la vez. Barsena se agarró la pierna destrozada, dejó caer el cuchillo e intentó apartarse cojeando, pero no se había alejado ni dos pasos cuando el jabalí embistió de nuevo. Dany apartó la mirada.

—¿Te ha parecido lo bastante valiente? —le preguntó a Belwas el Fuerte por encima del criterio que resonaba en la arena.

—Pelear con cerdos es de valientes, pero gritar tanto, no. A Belwas el Fuerte le hace daño en los oídos. —El eunuco se frotó el estómago hinchado, surcado de cicatrices viejas y blancuzcas—. También le da dolor de tripa.

El jabalí hundió el hocico en las entrañas de Barsena y se puso a hozar. El olor colmó la capacidad de aguante de la reina. El calor, las moscas, el vocerío de la multitud...

«No puedo respirar». Se levantó el velo y dejó que se lo llevase el viento. También se quitó el *tokar*; las perlas entrechocaron cuando se desenrolló la seda.

—¿*Khaleesi?* —dijo Irri—. ¿Qué hacéis?

—Quitarme las orejas largas. —Una docena de hombres con espontones irrumpió en la arena para alejar al animal del cadáver y devolverlo al redil. El sobrestante del reñidero iba entre ellos, con un látigo de púas. Cuando fustigó al jabalí, la reina se levantó—. Ser Barristan, ¿podéis devolverme sana y salva a mi jardín?

—Aún quedan cosas. —Hizdahr parecía confuso—. Un disparate, seis viejas y tres combates más. ¡Belaquo contra Goghor!

—Ganará Belaquo —afirmó Irri—. Lo sabe todo el mundo.

—No lo sabe nadie —protestó Jhiqui—. Belaquo morirá.

—Uno u otro va a morir —las atajó Dany—, y el que viva morirá cualquier otro día. Esto ha sido un error.

—Belwas el Fuerte ha comido demasiadas langostas. —El mareo se dibujaba en el ancho rostro de Belwas—. Belwas el Fuerte necesita leche.

—Magnificencia —dijo Hizdahr, sin prestar atención al eunuco—, el pueblo de Meereen ha acudido a celebrar nuestra unión. Ya has oído las aclamaciones; no desprecies su amor.

—Aclamaban mis orejas largas, no a mí. Sácame de este matadero, esposo.

—A sus oídos llegaban los gruñidos del jabalí, los gritos de los lanceros y el restallido del látigo del sobrestante.

—No, mi dulce señora. Quédate un rato, para presenciar el disparate y un combate más. Cierra los ojos; nadie se dará cuenta. Estarán mirando a Goghor y a Belaquo. No es momento de... —Una sombra le cruzó el rostro.

Se apagaron los gritos y el tumulto; millares de voces se acallaron; todos se volvieron hacia el cielo. Un viento cálido rozó las mejillas de Dany y, por encima de los latidos de su corazón, oyó un batir de alas. Dos lanceros huyeron en busca de refugio; el sobrestante se quedó petrificado; el jabalí, gruñendo, regresó junto a Barsena; Belwas el Fuerte gimió y cayó de rodillas.

El dragón describió un círculo por encima de ellos, una silueta oscura que se recortaba en el cielo iluminado por el sol. Tenía las escamas negras, y los ojos, los cuernos y la columna, rojos como la sangre. Siempre había sido el mayor de los tres, pero en libertad había crecido más todavía. Las alas, negras como el azabache, tenían una envergadura de ocho varas. Las batíó una vez mientras sobrevolaba el reñidero, y el sonido fue atronador. El jabalí levantó la cabeza con un gruñido... y el fuego lo envolvió con llamas rojinegras. Dany sintió la oleada de calor a once pasos de distancia. Los alaridos de agonía del animal parecían

casi humanos. Drogon aterrizó sobre los despojos y hundió las garras en la carne humeante; cuando se puso a comer, no hizo distinción entre Barsena y el jabalí.

—¡Por todos los dioses! —gimió Reznak—. ¡Se la está comiendo! —El senescal se tapó la boca. Belwas el Fuerte profirió unas ruidosas arcadas. Una singular mirada cruzó el rostro alargado y pálido de Hizdahr zo Loraq: en parte miedo, en parte luxuria y en parte éxtasis; se humedeció los labios. Dany alcanzaba a ver a los Pahl subiendo en tropel por la escalera, agarrándose el *tokar* y tropezando con los flecos en su prisa por alejarse.

Un hombre quiso hacerse el héroe.

Se trataba de uno de los lanceros que habían salido a por el jabalí. Quizá estuviera borracho, o loco; quizás estuviera enamorado de Barsena Pelonegro en secreto, o hubiera oído rumores sobre la pequeña Hazzea; quizás solo fuera un hombre normal que soñaba con que los bardos cantasen sobre él. Se lanzó hacia delante, espontón en mano, levantando arena roja con los pies, y las gradas prorrumpieron en gritos. Drogon alzó la cabeza, con los dientes chorreando sangre. El héroe se encaramó a su espalda de un brinco y clavó la punta de hierro del espontón en la base del cuello largo y escamoso del dragón.

Dany y Drogon gritaron al unísono.

El héroe se apoyó en la lanza y utilizó su peso para hundir más la punta. Drogon se arqueó hacia arriba con un siseo de dolor y movió la cola como un látigo. Dany lo vio girar la cabeza, que remataba el largo cuello sinuoso, y desplegar las alas negras. El matadragones perdió pie y cayó en la arena; cuando intentó incorporarse, los dientes del dragón se le cerraron firmemente en torno al antebrazo.

—¡No! —fue todo lo que alcanzó a gritar. Drogon le arrancó el brazo y lo arrojó a un lado, como un perro a un roedor en un reñidero de ratas.

—Matadlo —gritó Hizdahr zo Loraq a los lanceros que quedaban—. ¡Matad a esa bestia!

—No miréis, alteza. —Ser Barristan la sujetó con fuerza.

—¡Soltadme! —Dany se liberó de su abrazo. Cuando salvó el pretil, el tiempo pareció transcurrir más despacio. Perdió una sandalia al aterrizar en el reñidero. Mientras corría sentía la arena en los dedos, caliente y áspera; ser Barristan la llamaba y Belwas el Fuerte no dejaba de vomitar. Echó a correr más deprisa.

Los lanceros también corrían. Algunos se abalanzaban sobre el dragón, espontón en ristre; otros corrían en dirección contraria, soltando el arma durante la huida. El héroe se sacudía en la arena; le manaba sangre brillante de la desgarradura del hombro. El espontón seguía clavado en la espalda de Drogon, y se mecía con cada batir de alas. De la herida salía humo. Cuando se acercaron los otros lanceros, el dragón escupió fuego y bañó a dos hombres en llamas negras. Sacudió la cola y partió por la mitad al sobrestante, que intentaba acercarse con sigilo. Otro atacante trató de clavarle el espontón en el ojo, pero el

dragón lo atrapó entre las fauces y lo destripó. Los meereenos gritaban, maldecían y aullaban. Dany oía golpes a su espalda.

—Drogon —gritó—. ¡Drogon!

El dragón volvió la cabeza. Le salía humo de entre los dientes; su sangre también humeaba al caer. Batió las alas una vez más, levantando una tormenta de arena escarlata. Dany entró a trompicones en la sofocante nube roja. Drogon chasqueó los dientes.

—No. —No tuvo tiempo de decir nada más.

« No, a mí no, ¿es que no me conoces? —Los dientes negros se cerraron a escasa distancia de su rostro—. ¡Quería arrancarme la cabeza! ». Cegada por la arena en los ojos, tropezó con el cadáver del sobrestante y cayó de espaldas.

Drogon rugió, y el sonido retumbó en el reñidero. La envolvió una vaharada abrasadora, como la de un horno al abrirse. El dragón estiró hacia ella el cuello largo y escamoso y, cuando abrió la boca, Dany vio astillas de huesos rotos y restos de carne carbonizada entre los dientes negros. Los ojos eran de lava fundida.

« Estoy viendo el infierno, pero no puedo apartar la mirada. —Nunca había estado tan segura de nada—. Si huyo de él, me abrasará y me devorará» .

Los septones de Poniente hablaban de siete cielos y siete infiernos, pero los Siete Reinos y sus dioses se encontraban muy lejos. Si moría allí, ¿se presentaría a reclamarla el dios caballo de los dothrakis? ¿Hendiría el mar de hierba para llevarla a su *khalasar* estrellado, a cabalgar por las tierras de la noche al lado de su sol y estrellas? ¿O serían los dioses enojados de Ghis quienes enviasen a sus arpías a apoderarse de su alma y arrastrarla al tormento? El rugido de Drogon la alcanzó en pleno rostro, con un aliento tan caliente que podría levantar ampollas.

—¡A mí! Prueba conmigo. Aquí —gritó Barristan Selmy, a su derecha.

En los rojos pozos ardientes que Drogon tenía por ojos, Dany vio su reflejo. Parecía tan pequeña, tan frágil, tan débil y asustada…

« No puedo dejar que note mi miedo» .

Tanteó la arena, apartó el cadáver del sobrestante y rozó el mango del látigo. El contacto le infundió valor: era un cuero cálido, vivo. Drogon volvió a rugir, con un sonido tan potente que casi le hizo soltar el arma, y chasqueó los dientes hacia ella.

—¡No! —gritó Dany, al tiempo que lo fustigaba con toda la fuerza de que era capaz. El dragón sacudió la cabeza hacia atrás—. ¡No! —gritó de nuevo—. ¡No! —Las púas le arañaron el hocico. Drogon se irguió. Dany, cubierta por la sombra de las alas, azotó el abdomen escamoso, una y otra vez, hasta que empezó a dolerle el brazo. El largo cuello siniestro se dobló como un arco. Con un silbido, escupió fuego negro hacia ella. Dany se lanzó bajo las llamas mientras blandía el látigo y gritaba—. ¡No, no, no! ¡ABAJO! —El dragón respondió con un rugido cargado de ira y miedo; de dolor. Batió las alas una vez, dos…

... y las plegó. Con un último silbido, se tumbó boca abajo. Manaba sangre negra de allí donde le habían clavado el espontón, y humeaba al caer a la arena abrasadora.

« Es fuego hecho carne —pensó Dany—. Igual que yo».

Daenerys Targaryen saltó al lomo del dragón, cogió el espontón y se lo arrancó. La punta estaba medio fundida; el hierro, incandescente, al rojo vivo. Lo tiró a un lado. Drogon se retorció bajo ella al tensar los músculos para recabar fuerzas. El aire estaba cargado de polvo; Dany no podía ver, no podía respirar, no podía pensar. Las alas negras restallaron como un trueno y, de pronto, vio alejarse la arena escarlata.

Cerró los ojos, mareada. Cuando los abrió, nublados por el polvo y las lágrimas, vislumbró abajo a los meereenos, que se precipitaban por las escaleras hacia la calle.

Todavía llevaba el látigo en la mano. Lo hizo chasquear contra el cuello de Drogon.

—¡Más arriba! —gritó. Con la otra mano se aferró a las escamas, buscando asidero con los dedos. Las amplias alas negras de Drogon hendieron el aire. Dany sentía su calor entre los muslos; tenía el corazón a punto de estallar.

« Sí —pensó—, sí, ahora, ahora, adelante, adelante, vamos, vamos, ¡VUELA!».

Tormund Matagigantes no era alto, pero los dioses le habían otorgado un pecho amplio y una tripa descomunal. Mance Rayder lo había apodado Soplador del Cuerno por la fuerza de sus pulmones, y decía que sus risotadas podían barrer la nieve de las montañas. Cuando bramaba al enfadarse, a Jon le recordaba el barritar de un mamut.

Aquel día, Tormund bramó mucho y muy alto. Rugió, gritó y golpeó la mesa con tanta fuerza que derramó una frasca de agua. Siempre tenía a mano un cuerno de hidromiel, de modo que escupía saliva dulce cuando vociferaba amenazas. Recriminó a Jon Nieve que fuera un cobarde, un mentiroso y un cambiácapas; lo maldijo por ser un arrodillado de corazón podrido, un ladrón y un cuervo carroñero; lo acusó de querer dar por culo al pueblo libre. Le arrojó dos veces el cuerno a la cabeza, aunque no sin antes haberlo vaciado; Tormund no era de los que desperdiciarían un buen hidromiel. Jon aguantó el chaparrón: no levantó la voz ni respondió a las amenazas; pero tampoco cedió más terreno del que tenía previsto.

Al final, cuando en el exterior de la tienda ya se alargaban las sombras del atardecer, Tormund Matagigantes, o el Gran Habladur, Soplador del Cuerno, Rompedor del Hielo, Puño de Trueno, Marido de Osas, Rey del Hidromiel en el Salón Rojo, Portavoz ante los Dioses y Padre de Ejércitos, extendió la mano con decisión.

—Trato hecho, y que los dioses me perdonen. Sé que hay un centenar de madres que no serán capaces.

Jon estrechó la mano que le ofrecía. En su cabeza resonaban los votos de la Guardia.

«Soy la espada en la oscuridad. Soy el vigilante del Muro. Soy el fuego que arde contra el frío, la luz que trae el amanecer, el cuerno que despierta a los durmientes, el escudo que defiende los reinos de los hombres. —Y añadió una frase nueva de cosecha propia—: Soy el guardián que abrió las puertas para dejar entrar al enemigo».

Habría dado cualquier cosa por saber qué hacía lo correcto, pero ya era tarde para echarse atrás.

—Trato hecho —dijo.

El apretón de manos de Tormund casi le rompió los huesos: en eso no había cambiado. También lucía la misma barba, aunque la cara que ocultaba aquel matorral de pelo canoso había adelgazado considerablemente, y profundas arrugas surcaban las mejillas enrojecidas.

—Mance debería haberte matado cuando tuvo ocasión —dijo, mientras ponía todo su empeño en reducir a pulpa y huesos la mano de Jon—. Oro por gachas, y los muchachos... Es un precio atroz. ¿Qué fue de aquel chaval encantador al que

conocí?

«Lo nombraron lord comandante».

—Se dice que un negocio justo siempre deja a ambas partes insatisfechas. ¿Tres días?

—Si es que vivo tanto tiempo. Varios de mis hombres me escupirán a la cara cuando oigan estas condiciones. —Tormund liberó la mano de Jon—. Los tuyos también protestarán, si no me equivoco. Y los conozco; he matado más cuervos de los que recuerdo.

—Será mejor que no cometes eso cuando vengas al sur del Muro.

—¡Ja! —Tormund rio. Aquello tampoco había cambiado: aún se echaba a reír a la mínima ocasión—. Sabías palabras. No quiero que tus cuervos me maten a picotazos. —Dio una palmada en la espalda a Jon—. Cuando toda mi gente esté a salvo tras tu Muro, compartiremos carne e hidromiel. Hasta entonces... —El salvaje se quitó el brazalete del brazo izquierdo y se lo tendió a Jon; luego hizo lo mismo con el del derecho—. Tu primer pago. Heredé estos brazaletes de mi padre, y él del suyo. Ahora son tuyos, cabrón de negro.

Los brazaletes eran de oro viejo, sólidos y pesados, grabados con las runas antiguas de los primeros hombres. Tormund Matagigantes los llevaba desde que Jon lo conocía; eran tan característicos de él como la barba.

—Los braavosis los fundirán para aprovechar el oro, es una lástima. Quizá deberías quedártelos.

—No quiero que se diga que Tormund Puño de Trueno obligó al pueblo libre a entregar los tesoros mientras él conservaba los suyos. —Sonrió—. Pero me quedaré con la anilla que llevo en el miembro; es mucho más grande que esas bagatelas. A ti te quedaría bien en el cuello.

—No cambiarás nunca. —Jon no pudo evitar reírse.

—Ya he cambiado. —La sonrisa se derritió como la nieve en verano—. No soy el hombre que era en el Salón Rojo. He visto demasiada muerte, y cosas aún peores. Mis hijos... —El rostro de Tormund se entristeció—. A Dormund lo mataron en la batalla del Muro; solo era un muchacho. Fue un caballero de tu rey, un cabrón vestido de acero gris con polillas pintadas en el escudo. Vi cómo lo atacaban, pero murió antes de que pudiera llegar hasta él. Y Torwynd... A él se lo llevó el frío. Siempre fue muy enfermizo. Una noche se murió, sin más. Lo peor fue que, antes de que nos diéramos cuenta de que había muerto, se levantó, pálido y con esos ojos azules. Pasó delante de mis narices y fue muy duro, Jon. —Le brillaban las lágrimas en los ojos—. La verdad es que no era muy hombre, pero era mi niño, y lo quería.

—Lo siento mucho. —Jon puso una mano en el hombro de Tormund.

—¿Por qué? No tuviste nada que ver. Tienes las manos manchadas de sangre, como yo, pero no con la suya. —Tormund sacudió la cabeza—. Aún tengo dos hijos fuertes.

—¿Tu hija...?

—Munda. —Aquello le devolvió la sonrisa—. Se casó con ese tal Ryk Lanzalarga, ¿te lo puedes creer? La verdad es que tiene más polla que cabeza, pero la trata bastante bien. Le dije que si alguna vez le hace daño, le arranco el miembro y lo uso de porra para matarlo. —Volvió a palmejar a Jon con fuerza—. Ya va siendo hora de que vuelvas. Si te quedas más tiempo, pensarán que te hemos comido.

—Al amanecer, entonces. Dentro de tres días. Primero, los muchachos.

—Ya te he oído las diez primeras veces, cuervo. Hay quien podría pensar que no nos tenemos confianza. —Escupió—. Sí, primero los muchachos. Los mamuts tendrán que dar un rodeo, así que asegúrate de que los esperan en Guardiaoriente. Yo me encargaré de que no haya peleas ni ataques en tu maldita puerta. Iremos en calma y en orden, como patitos en fila. Y yo seré mamá pato, ija! —Tormund condujo a Jon al exterior de la tienda.

Fuera, el día era luminoso y despejado. El sol había vuelto al cielo tras quince días de ausencia, y al sur se alzaba el Muro, blanco, azul, y brillante. Un dicho que Jon había oído a los ancianos decía: « El Muro cambia tanto de humor como Aerys, el Rey Loco ». Otro rezaba: « El Muro es más voluble que una mujer ». Los días nublados parecía estar tallado en roca blanca; en las noches sin luna era negro como el carbón; cuando había tormenta parecía una escultura de nieve. Pero en días como aquel no había manera de confundirlo con nada que no fuera hielo. En días como aquel, el Muro destellaba como el cristal de un septón; todas sus grietas y brechas reflejaban la luz del sol, y los arcoíris helados bailaban y morían tras ondas translúcidas. En días como aquel, el Muro ofrecía un espectáculo arrebatador.

El hijo mayor de Tormund se encontraba junto a los caballos, hablando con Pieles. El pueblo libre lo llamaba Toregg el Alto. Aunque solo sacaba un dedo a Pieles, le llevaba más de un palmo a su padre. Hareth, el hombretón de Villa Topo al que llamaban Caballo, estaba acurrucado frente a la hoguera, de espaldas a los otros dos. Pieles y él eran los únicos que había llevado Jon a la reunión. Si hubiera acudido con más, se habría interpretado como una señal de miedo, y veinte hombres les habrían valido de poco si Tormund hubiera querido derramar sangre. La única protección que necesitaba era la de Fantasma; el huargo olía a los enemigos a distancia, incluso a aquellos que ocultaban la hostilidad tras una sonrisa.

Pero Fantasma se había ido. Jon se quitó un guante negro, se llevó dos dedos a la boca y silbó.

—¡Fantasma! ¡Conmigo!

Desde arriba llegó el sonido repentino de unas alas. El cuervo de Mormont se acercó revoloteando de la rama de un viejo roble a la montura de Jon.

—Maíz —gritó—. Maíz, maíz, maíz.

—¿Tú también me has seguido hasta aquí? —Jon se acercó para apartar al pájaro de un manotazo, pero acabó acariciándole el plumaje. El cuervo clavó un ojo en él.

—Nieve —murmuró, mientras inclinaba la cabeza con gesto inteligente. Fantasma apareció entre dos árboles, acompañado por Val.

« Parecen hechos el uno para el otro» .

Val iba de blanco de los pies a la cabeza: unos calzones blancos de lana embutidos en unas botas altas de cuero blanqueado, una capa blanca de piel de oso sujetada al hombro por un broche con el rostro tallado de un arciano y una túnica blanca con botones de hueso. Su aliento también era blanco... Pero tenía los ojos azules; la larga trenza, del color de la miel oscura, y las mejillas, rojas por el frío. Hacía mucho tiempo que Jon no veía nada tan hermoso.

—¿Intentas robarme el lobo? —preguntó.

—No es mala idea. Si todas las mujeres tuvieran un huargo, los hombres serían mucho más agradables. Hasta los cuervos.

—¡Ja! —rio Tormund Matagigantes—. No intentes engatusar a esta mujer, lord Nieve, es demasiado lista para los tipos como nosotros. Mejor llévatela cuanto antes, no sea que Toregg se despierte y se la quede.

¿Qué había dicho Axell Florent sobre Val? « Una muchacha núbil, nada desagradable a la vista. Buenas caderas y buenos pechos; bien dotada para tener hijos». Todo aquello era cierto, pero la salvaje era mucho más que eso. Lo había demostrado al encontrar a Tormund, una misión en la que habían fracasado muchos exploradores curtidos de la Guardia.

« Puede que no sea una princesa, pero sería una esposa digna para cualquier señor» .

Pero aquel puente se había quemado tiempo atrás: el propio Jon le había prendido fuego.

—Que se la quede Toregg —proclamó—. Yo hice un juramento.

—A ella no le importa. ¿A que no, muchacha?

Val dio unos golpecitos al largo cuchillo de hueso que llevaba en la cadera.

—Lord Cuervo puede colarse en mi cama cualquier noche, si se atreve. Después de que lo castre, le resultará más fácil mantener sus votos.

—¡Ja! —volvió a reír Tormund—. ¿Has oído eso, Toregg? Mantente alejado de ella. Ya tengo una hija; no necesito otra. —El jefe de los salvajes sacudió la cabeza y volvió a resguardarse en su tienda.

Jon estaba rascando a Fantasma entre las orejas cuando llegó Toregg con el caballo de Val. Aún iba a lomos del jamelgo gris que le había proporcionado Mully el día en que abandonó el Muro, un animal peludo, raquítico y tuerto.

—¿Cómo está el pequeño monstruo? —preguntó mientras se encaminaba con el caballo hacia el Muro.

—El doble de grande que cuando te fuiste, y el triple de gritón. Cuando quiere

mamar, su llanto se oye hasta en Guardiaoriente. —Subió al caballo y cabalgó junto a Val.

—Bueno, te he traído a Tormund, tal como prometí. Ahora, ¿qué? ¿Vas a volver a meterme en mi antigua celda?

—Tu antigua celda está ocupada, y la reina Selyse se ha aposentado en la Torre del Rey. ¿Recuerdas la Torre de Hardin?

—¿Es esa que parece que se va a caer?

—Lleva así cien años. Te he acondicionado la parte de arriba. Tendrás más espacio que en la Torre del Rey, aunque no creo que estés igual de cómoda. No lo llaman Palacio de Hardin, y por algo será.

—Prefiero la libertad a la comodidad.

—Tendrás toda la libertad que quieras en el Castillo, pero lamento informarte de que sigues siendo una prisionera. No obstante, te prometo que no te molestará ninguna visita inoportuna. Son mis hombres los que vigilan la Torre de Hardin, no los de la reina. Y Wun Wun duerme en la entrada.

—¿Tengo un gigante como protector? Ni siquiera Dalla recibía semejante honor.

Los salvajes de Tormund se asomaron desde las tiendas, bajo los árboles sin hojas, y los observaron mientras se alejaban. Por cada hombre en edad de luchar, Jon vio tres mujeres y otros tantos niños, con rostros demacrados, mejillas hundidas y ojos abiertos de par en par. Cuando Mance Rayder guio al pueblo libre hasta el Muro, sus seguidores pastoreaban grandes rebaños de ovejas, cabras y cerdos, pero ya solo quedaban mamuts. Estaba seguro de que, si no hubiera sido por la fuerza de los gigantes, también los habrían sacrificado. Alrededor de los huesos de mamut había mucha carne.

Jon también observó indicios de enfermedad, cosa que le produjo una honda inquietud. Si la gente de Tormund estaba hambrienta y enferma, ¿cómo estarían los millares de personas que habían seguido a Madre Topo a Casa Austera?

«Cotter Pyke los alcanzará pronto. Si los vientos son favorables, puede que la flota ya esté de camino a Guardiaoriente, y los barcos, abarrotados de salvajes».

—¿Qué tal te ha ido con Tormund? —preguntó Val.

—Vuelve a preguntármelo dentro de un año. Todavía queda lo peor: convencer a los míos para que se traguen el guiso que les he preparado. Mucho me temo que a nadie le va a gustar el sabor.

—Puedo ayudarte.

—Ya me has ayudado; me has traído a Tormund.

—Puedo hacer mucho más.

«¿Por qué no? —pensó Jon—. Todo el mundo está convencido de que es una princesa. —Miró a Val, que montaba como si hubiera nacido a lomos de un caballo—. Una princesa guerrera —decidió—, no una criatura endeble que se sienta en una torre a cepillarse el pelo y esperar a que la rescaten un caballero».

—Debo informar de este acuerdo a la reina —dijo—. Puedes venir a conocerla, si te ves capaz de hincar la rodilla. —No era buena idea ofender a su alteza antes de tener ocasión de abrir la boca.

—¿Puedo reírme mientras me arrodillo?

—No. Esto no es un juego. Entre nuestros pueblos corren ríos de sangre, viejos, profundos y rojos. Stannis Baratheon es de los pocos que está a favor de admitir a los salvajes en el reino. Necesito que la reina me apoye en lo que acabo de hacer.

La sonrisa traviesa de Val se desvaneció.

—Tienes mi palabra, lord Nieve. Seré una digna princesa de los salvajes para tu reina.

« No es mi reina —podía haber contestado—. A decir verdad, daría lo que fuera por que se marchase cuanto antes. Si los dioses son benevolentes, el día que lo haga se llevará con ella a Melisandre» .

Hicieron el resto del camino en silencio, con Fantasma pisándoles los talones. El cuervo de Mormont los siguió hasta la puerta y luego se alejó revoloteando hacia arriba mientras desmontaban. Caballo se adelantó con una tea para iluminar el túnel helado.

Cuando Jon y sus acompañantes aparecieron al sur del Muro, un grupito de hermanos negros los esperaba junto a la puerta. Entre ellos estaba Ulmer del Bosque Real, y fue el viejo arquero quien se adelantó para hablar en nombre de todos.

—Si le place a nuestro señor, los muchachos tienen ciertas preguntas. ¿Habrá paz, mi señor? ¿O sangre y hierro?

—Paz —respondió Jon Nieve—. Dentro de tres días, Tormund Matagigantes traerá a su pueblo a este lado del Muro. Vendrán como amigos, no como enemigos. Incluso puede que algunos se nos unan y vistan el negro. Tenemos que darles una buena acogida. Ahora, volved a vuestras tareas. —Le tendió las riendas del caballo a Seda—. Tengo que ver a la reina Selyse. —Su alteza se ofendería si no iba a visitarla de inmediato—. Después tengo que escribir unas cuantas cartas. Lleva a mis aposentos pergамино, plumas y un bote de tinta de maestre negra. Luego convoca a Marsh, a Yarwyck, al septón Cellador y a Clydas. —El septón Cellador estaría medio borracho y Clydas no era el mejor sustituto de un verdadero maestre, pero no tenía nada más. « Hasta que regrese Sam» —. Que vengan también los norteños, Flint y el Norrey. Pieles, tú también.

—Hobb está haciendo tartas de cebolla —dijo Seda—. ¿Les digo a todos que se reúnan con vos para la cena?

—No —dijo Jon tras sopesar la propuesta—. Diles que se reúnan conmigo en la cima del Muro, al atardecer. —Se volvió hacia Val—. Mi señora, acompáñame, por favor.

—El cuervo ordena; la prisionera obedece —dijo en tono travieso—. Esa

reina tuya debe de ser realmente temible si a hombres hechos y derechos les flaquean las piernas en su presencia. ¿Tendría que haberme puesto cota de malla en vez de lana y pieles? Esta ropa me la dio Dalla; preferiría no mancharla de sangre.

—Si las palabras hicieran sangre, harías bien en tener miedo, pero creo que tu ropa estará a salvo.

Se abrieron paso hasta la Torre del Rey, a través de caminos recién despejados que transcurrían entre montañas de nieve sucia.

—Tengo entendido que tu reina luce una frondosa barba negra.

Jon sabía que no debía sonreír, pero no pudo evitarlo.

—Solo tiene bigote, y bastante ralo. Se le pueden contar los pelos.

—Qué decepción.

A pesar de su insistencia en adueñarse de sus dominios, Selyse Baratheon no parecía tener ninguna prisa por cambiar las comodidades del Castillo Negro por las sombras del Fuerte de la Noche. Había apostado a sus guardias, por supuesto: cuatro hombres en la puerta, dos en las escaleras y otros dos en el interior, junto al brasero. Al mando de todos ellos estaba ser Patrek de la Montaña del Rey, que iba ataviado con ropajes de caballero de colores blanco, azul y plata, y con una capa salpicada de estrellas de cinco puntas. Cuando le presentaron a Val, el caballero hincó una rodilla en el suelo para besarle la mano enguantada.

—Sois aún mucho más hermosa de lo que me habían dicho, princesa —declaró—. La reina me ha hablado maravillas de vuestra belleza.

—Es algo sorprendente, dado que no me ha visto nunca. —Val dio unos golpecitos en la cabeza de ser Patrek—. Venga, levántate, señor arrodillado. Vamos, vamos, arriba. —Parecía que estuviera hablando a un perro.

Jon hizo cuanto pudo para no reírse. Con el rostro pétreo, indicó al caballero que solicitaban audiencia con la reina. Ser Patrek envió a un soldado escaleras arriba, a preguntar si su alteza estaba dispuesta a recibirlas.

—El lobo tiene que quedarse aquí —insistió ser Patrek. Jon no se sorprendió: la presencia del huargo ponía muy nerviosa a la reina Selyse, casi tanto como la de Wun Weg Wun Dar Wun.

—Fantasma, espera.

Su alteza estaba cosiendo al lado del fuego, mientras su bufón bailaba al ritmo de una música que solo oía él y hacía sonar los cencerros que le colgaban de las astas.

—El cuervo, el cuervo —gritó cuando vio a Jon—. En el fondo del mar, los cuervos son blancos como la nieve, lo sé, lo sé, je, je, je. —La princesa Shireen estaba acurrucada en un asiento, junto a la ventana, con la capucha calada para esconder la parte más llamativa de la psoriasis que le había desfigurado la cara. No había ni rastro de lady Melisandre, cosa de la que Jon se alegró. Más tarde o más temprano tendría que enfrentarse a la sacerdotisa roja, pero prefería que no

ocurriese en presencia de la reina.

—Alteza. —Hincó la rodilla; Val lo imitó.

—Podéis levantaros —dijo la reina Selyse, tras dejar su labor.

—Permitidme que os presente a lady Val, alteza. Su hermana Dalla era...

—... la madre de ese crío llorón que no nos deja dormir. Ya sé quién es, lord Nieve. —La reina frunció la nariz—. Es una suerte para vos que haya regresado antes que mi esposo, el rey, o habrás tenido muchos problemas. Muchos.

—¿Eres la princesa de los salvajes? —preguntó Shireen a Val.

—Hay quien me llama así —respondió Val—. Mi hermana estaba casada con Mance Rayder, el Rey-más-allá-del-Muro. Murió al dar a luz a su hijo.

—Yo también soy una princesa —declaró Shireen—, aunque nunca he tenido una hermana. Tenía un primo, pero se fue en un barco. Solo era un bastardo, pero me caía bien.

—Vamos, Shireen —dijo su madre—. Estoy segura de que el lord comandante no ha venido a escuchar las hazañas de Robert. Caramanchada, sé un buen bufón y llévate a la princesa a su cuarto.

—Lejos, lejos —cantó el bufón al tiempo que hacía sonar los cencerros del gorro—. Ven conmigo al fondo del mar, lejos, lejos, lejos. —Tomó a la princesita de la mano y se la llevó de la estancia dando saltos.

—Alteza, el cabecilla del pueblo libre ha aceptado mis condiciones —dijo Jon.

—Mi esposo siempre ha querido dar refugio a esos salvajes —dijo la reina Selyse tras asentir brevemente—. Mientras mantengan la paz del rey y obedezcan sus leyes, serán bien recibidos en nuestro reino. —Apretó los labios—. Tengo entendido que tienen más gigantes.

—Casi doscientos, alteza —dijo Val—. Y más de ochenta mamuts.

—Son unas criaturas repelentes. —La reina se estremeció. Jon no sabía si se refería a los mamuts o a los gigantes—. Aunque puede que esas bestias le resulten útiles a mi señor esposo en la batalla.

—Es posible, alteza —respondió Jon—, pero los mamuts son demasiado grandes para atravesar la puerta.

—¿No hay forma de ensancharla?

—Eso sería una... insensatez, a mi juicio.

—Si vos lo decís... —La reina frunció la nariz—. Imagino que sabéis lo que os decís. ¿Dónde pensáis alojar a estos salvajes? Villa Topo no es bastante grande para acoger a... ¿Cuántos son?

—Cuatro mil, alteza. Nos ayudarán a guarnecer nuestros castillos abandonados y así defender todo el Muro.

—Tengo entendido que esos castillos están en ruinas, que son lugares deprimentes, inhóspitos y fríos, poco más que montañas de escombros. En Guardiaoriente nos dijeron que había ratas y arañas.

«Las arañas ya habrán muerto de frío —pensó Jon—, y las ratas pueden constituir una buena fuente de carne cuando llegue el invierno».

—Es cierto, alteza..., pero hasta las ruinas son un refugio, y el Muro se interpondrá entre ellos y los Otros.

—Veo que habéis tenido en cuenta todos los detalles, lord Nieve. Estoy segura de que el rey Stannis estará satisfecho cuando regrese triunfante de la batalla.

«Si es que vuelve».

—Pero en primer lugar —continuó la reina—, los salvajes tienen que reconocer a Stannis como su rey y a R'hllor como su dios.

«Aquí estamos, cara a cara, en este pasillo estrecho».

—Disculpad, alteza, pero esas no son las condiciones que hemos acordado.

—Un descuido imperdonable —contestó la reina con expresión adusta. Cualquier rastro de calidez que pudiera haber en su voz se había desvanecido de un plumazo.

—El pueblo libre no se arrodilla —le dijo Val.

—Pues habrá que hacerlo arrodillarse —declaró la reina.

—En tal caso, alteza, nos alzaremos de nuevo a la menor ocasión —respondió Val—. Bien armados.

—Sois una insolente —respondió la reina, con los labios apretados y un ligero temblor en la barbilla—. Claro que no cabía esperar otra cosa de una salvaje. Tendremos que buscaros un esposo que os enseñe modales. —Se volvió hacia Jon—. No apruebo esto, lord comandante, ni tampoco lo aprobará mi señor esposo. Ambos sabemos que no está en mi mano evitar que abráis vuestras puertas, pero os prometo que habrá consecuencias en cuanto mi marido regrese de la batalla. Quizá queráis reconsiderarlo.

—Alteza —Jon volvió a arrodillarse; Val no lo imitó—. Siento que mis acciones os hayan disgustado. He hecho lo que me ha parecido más adecuado. ¿Tenemos vuestro permiso para retirarnos?

—Sí, y de inmediato.

Cuando ya estaban fuera, lejos de los hombres de la reina, Val dio rienda suelta a su enfado.

—Lo de la barba era mentira. Tiene más pelo en el mentón que yo entre las piernas. Y su hija... la cara...

—Psoriagrís.

—Nosotros lo llamamos *la muerte gris*.

—En los niños no tiene por qué ser mortal.

—Lo es al norte del Muro. La cicuta es un remedio muy eficaz, pero también sirve una almohada o una espada. Si yo hubiera dado a luz a esa pobre niña, la habría liberado de su sufrimiento hace ya mucho tiempo.

Aquella faceta de Val era nueva para Jon.

—La princesa Shireen es la única hija de la reina.

—Lo siento por las dos. La niña no está limpia.

—Si Stannis gana su guerra, Shireen será la heredera del Trono de Hierro.

—Entonces, lo siento por tus Siete Reinos.

—Los maestres dicen que la psoriagrís no...

—Los maestres pueden decir lo que les dé la gana. Si quieres saber la verdad, pregúntale a la bruja de los bosques. La muerte gris permanece latente, pero siempre renace. ¡La niña no está limpia!

—A mí me parece una chiquilla encantadora. No sabes si...

—Sí que lo sé. No sabes nada, Jon Nieve —Val lo agarró del brazo—. Quiero que saques de aquí al monstruo. A él y a las nodrizas. No puedes dejarlo aquí, en la misma torre que la chica muerta.

—No está muerta —dijo Jon, tras zafarse de la mano de Val.

—Claro que sí. Su madre no se da cuenta, y ya veo que tú tampoco, pero lo que tiene dentro es muerte. —Se alejó, se detuvo y regresó a su lado—. Te llevé a Tormund Matagigantes. Ahora, tú tráeme a mi monstruo.

—Lo intentaré.

—No lo intentes, tráemelo. Estás en deuda conmigo, Jon Nieve.

Jon vio cómo se alejaba.

« No puede ser, es imposible que tenga razón. La psoriagrís no es tan mortal como dice, al menos en los niños. —Fantasma había vuelto a marcharse, y el sol se escondía por el oeste—. Me vendría muy bien una copa de vino caliente, y dos me vendrían mejor aún». Pero aquello tendría que esperar. Tenía que enfrentarse a unos enemigos verdaderamente temibles: sus hermanos.

Pieles lo esperaba junto a la jaula, y montaron juntos. Cuanto más subían, más fuerte era el viento. Veinte varas más arriba, la pesada jaula comenzó a balancearse con cada ráfaga de viento, y de vez en cuando rozaba el Muro y desprendía nubecillas de hielo cristalino que, al caer, brillaban con la luz del sol. Subieron por encima de las torres más altas del castillo. A ciento cincuenta varas de altura, el viento tenía colmillos que le tiraban de la capa negra y la estrellaban estrepitosamente contra los barrotes de hierro. A doscientos cincuenta, lo atravesaban de lado a lado.

« El Muro es mío —se recordó mientras los hombres se balanceaban en la jaula—, al menos durante dos días más» .

Jon saltó al hielo, dio las gracias a los encargados de la jaula y saludó con la cabeza a los lanceros que montaban guardia. Ambos llevaban capuchas de lana que les cubrían por completo la cabeza y no dejaban ver más que los ojos, pero reconoció a Ty por la maraña de pelo negro y grasiendo que le caía por la espalda, y a Owen por el salchichón que llevaba en la funda colgada al cinto. De todos modos, los habría reconocido solo por la postura.

« Un buen señor debe conocer a sus hombres» , les había dicho su padre en cierta ocasión a Robb y a él, en Invernalicia.

Se dirigió al borde del Muro y miró hacia abajo, al suelo donde habían caído las huestes de Mance Rayder. Se preguntó dónde estaría Mance.

«¿Te habrá encontrado, hermanita? ¿O solo te usó de ardid para que lo liberase? —Hacía mucho que no veía a Arya. ¿Qué aspecto tendría? ¿Sería capaz de reconocerla? —. Arya Entrelospiés. Siempre llevaba la cara sucia. —¿Conservaría la pequeña espada que le había forjado Mikken? “Tienes que clavarla por el extremo puntiagudo”, le había dicho; unas palabras que le habrían resultado muy útiles en su noche de bodas, si era verdad la mitad de lo que se decía de Ramsay Bolton—. Tráemela, Mance. Salvé a tu hijo de Melisandre, y ahora estoy a punto de salvar a cuatro mil personas del pueblo libre. Me debes a esa niña».

En el bosque Encantado, más al norte, las sombras del atardecer se deslizaban entre los árboles. El cielo del oeste era una llamarada roja, pero al este ya empezaban a aparecer las primeras estrellas. Jon flexionó la mano de la espada y recordó todo lo que había perdido.

«Sam, mi querido gordo idiota, pero qué broma tan cruel me gastaste al proponerte para el cargo. Un lord comandante no tiene amigos».

—¿Lord Nieve? —dijo Pieles—. La jaula está subiendo.

—Ya la oigo. —Jon se apartó del borde del Muro.

Los primeros en llegar arriba fueron los cabecillas de los clanes Flint y Norrey, envueltos en pieles y hierro. El Norrey parecía un zorro viejo: arrugado y de constitución ligera, pero vivaz y de mirada astuta. Torghen Flint le llegaba por la mitad de la cabeza, pero pesaba el doble: era un hombre toscos y robustos de manos grandes como jamones, callosas y de nudillos rojos, y para cruzar el hielo apoyaba todo su peso en un bastón de endrino. A continuación llegó Bowen Marsh, envuelto en una piel de oso, y tras él, Othell Yarwyck y el septón Cellador, que solo iba medio borracho.

—Acompañadme —dijo Jon. Recorrieron el Muro por senderos de gravilla, en dirección al sol poniente. Cuando estuvieron a sesenta pasos del cobertizo, se volvió hacia ellos—. Ya sabéis por qué os he reunido. Dentro de tres días, al amanecer, se abrirá la puerta para que Tormund y su pueblo crucen el Muro. Hay que hacer muchos preparativos.

La noticia se recibió en silencio.

—Lord comandante, hay miles de... —dijo por fin Othell Yarwyck

—... salvajes escuálidos, en los huesos, hambrientos, lejos de casa. —Jon señaló la luz de las hogueras—. Ahí los tenéis. Tormund dice que son cuatro mil.

—Por las hogueras diría que son tres mil. —Bowen Marsh vivía por y para hacer cuentas y mediciones—. Al parecer, los que vienen de Casa Austera con la bruja de los bosques son más del doble. Y ser Denys nos ha escrito para decírnos que hay grandes campamentos en las montañas, más allá de la Torre Sombría...

Jon no lo negó.

—Tormund dice que el Llorón va a intentar atravesar de nuevo el puente de los Cráneos.

El Viejo Granada se tocó la cicatriz que se había hecho mientras defendía el puente de los Cráneos la última vez que el Llorón intentó abrirse camino a través de la Garganta.

—No es posible que el lord comandante tenga intención de permitir que ese... ese demonio también atraviese el Muro, ¿verdad?

—No es que me apetezca. —Jon no olvidaba las cabezas que le había dejado el Llorón, con agujeros sangrientos donde habían estado los ojos. « Jack Bulwer el Negro, Hal el Peludo, Garth Plumagrís. No puedo vengarlos, pero no olvidaré sus nombres». — Pero sí, mi señor, va a atravesarlo. No somos quiénes para decidir qué gente del pueblo libre puede pasar y cuál no. La paz significa paz para todos.

—Más nos valdría hacer las paces con los lobos y los cuervos carroñeros —dijo el Norrey tras carraspear y escupir.

—En mis mazmorras reina la paz —protestó el Viejo Flint—. Dejadme a mí al Llorón.

—¿A cuántos exploradores ha matado? —preguntó Othell Yarwyck—. ¿A cuántas mujeres ha violado, asesinado o secuestrado?

—De mi gente, a tres —dijo el Viejo Flint—. A las que no se lleva, las deja ciegas.

—Cuando un hombre viste el negro, se perdonan todos sus delitos —les recordó Jon—. Si queremos que el pueblo libre luche a nuestro lado, debemos perdonarles su pasado, como hacemos con los nuestros.

—El Llorón no va a pronunciar los votos —insistió Yarwyck—. No va a vestir el negro. Ni siquiera los otros saqueadores confían en él.

—No hace falta confiar en un hombre para que sea útil. —« Si no, ¿cómo ibais a serme útiles vosotros?» —. Necesitamos al Llorón, y a más como él. ¿Quién conoce el bosque mejor que los salvajes? ¿Quién conoce mejor a nuestros enemigos, sino el que ha luchado con ellos?

—El Llorón solo sabe de violación y asesinato —dijo Yarwyck.

—Cuando hayan cruzado el Muro, los salvajes nos triplicarán en número —dijo Bowen Marsh—. Y eso solo con el grupo de Tormund. Si añadimos a los hombres del Llorón y a los que vengan de Casa Austera, pueden acabar con la Guardia en una sola noche.

—No son los números los que ganan guerras. Tendríais que verlos; casi todos están medio muertos.

—Preferiría que estuviesen muertos del todo —dijo Yarwyck—. Si le place a mi señor.

—No me place en absoluto. —La voz de Jon era fría como el viento que les azotaba las capas—. En ese campamento hay cientos de niños, miles; también hay mujeres.

—Mujeres de las lanzas.

—Unas cuantas. Además de madres, abuelas, viudas, doncellas... ¿Quieres condenarlas a morir a todas?

—No debería haber discusiones entre hermanos —dijo el septón Cellador—. Recemos a la Vieja para que ilumine nuestro camino hacia la sabiduría.

—Lord Nieve —dijo el Norrey—, ¿dónde pensáis meter a esos salvajes? No será en mis tierras, espero.

—Sí —declaró el Viejo Flint—. Si queréis que se queden en el Agasajo, es vuestro problema, pero como salgan de ahí, os devuelvo sus cabezas. El invierno acecha, y no quiero más bocas que alimentar.

—Los salvajes se quedarán en el Muro —aseguró Jon—. Los enviaremos a casi todos a nuestros castillos abandonados. —La Guardia tenía ya guarneidos Marcahielo, Túmulo Largo, la Fortaleza de Azabache, Guardiagrís y Lago Hondo; ninguno contaba con hombres suficientes, pero aún quedaban diez castillos vacíos y abandonados—. Hombres con esposa e hijos, huérfanos menores de diez años, ancianas, viudas, mujeres que no quieran luchar... Enviaremos a las mujeres de las lanzas a Túmulo Largo, con sus hermanas, y a los solteros, a otros fuertes que hemos vuelto a abrir. Los que quieran vestir el negro se quedarán aquí, o los enviaremos a Guardiaoriente o a la Torre Sombria. Tormund se asentará en el Escudo de Roble; así lo tendremos cerca.

—Si no nos matan con espadas, nos matarán con la boca. Decidme, ¿cómo piensa el lord comandante dar de comer a Tormund y a los miles de personas que lo acompañan? —preguntó Bowen Marsh tras suspirar. Jon ya había previsto aquella pregunta.

—Con la comida que traigamos por barco, a través de Guardiaoriente. Traeremos tanta como sea necesaria de las tierras de los ríos y las de la tormenta, del Valle de Arryn, de Dorne, del Dominio y desde las Ciudades Libres, por el mar Angosto.

—¿Y cómo vamos a pagar esa comida, si se puede saber?

«Con oro del Banco de Hierro de Braavos», podría haber contestado Jon. Pero se abstuvo.

—He llegado a un acuerdo: el pueblo libre puede quedarse con sus pieles y pellejos: les harán falta para mantenerse calientes cuando llegue el invierno. Pero deben entregar el resto de sus riquezas: oro, plata, ámbar, piedras preciosas, tallas y cualquier cosa de valor. Las enviaremos al otro lado del mar Angosto, para venderlas en las Ciudades Libres.

—Todas las riquezas de los salvajes —dijo el Norrey—. Con eso dará para comprar una fanega de cebada. Puede que dos.

—Lord comandante, ¿por qué no pedís a los salvajes que entreguen también sus armas? —preguntó Clydas.

—Queréis que el pueblo libre luche a vuestro lado frente al enemigo común

—respondió Pieles entre risas—. ¿Cómo se supone que vamos a luchar sin armas? ¿Qué hacemos? ¿Tirar bolas de nieve a los espectros? ¿O nos daréis palos para pegarles con ellos?

« La mayoría de los salvajes tiene poco más que palos», pensó Jon. Garrotes de madera, hachas de piedra, mazos, lanzas de punta endurecida al fuego, cuchillos de hueso, piedra y vidriagón; escudos de mimbre, armaduras de hueso, cuero endurecido... Los thenitas trabajaban el bronce, y los saqueadores, como el Llorón, portaban acero y espadas de hierro procedentes de cadáveres. Pero incluso aquellas armas eran antiguas, y los años y el uso las habían dejado abolladas y cubiertas de óxido.

—Tormund Matagigantes jamás desarmará a su pueblo voluntariamente —dijo Jon—. No es el Llorón, pero tampoco es un cuervo. Si le pido algo así, correrá la sangre.

—Podéis llevar a vuestros salvajes a esos fuertes en ruinas, lord Nieve, pero ¿cómo lograréis que se queden? ¿Qué les impedirá marchar hacia el sur, a tierras más cálidas? —preguntó el Norrey, mesándose la barba.

—A nuestras tierras —apuntó el Viejo Flint.

—Tormund me ha dado su palabra. Nos prestará servicio hasta la primavera. El Llorón y el resto de sus capitanes jurarán lo mismo, o no les permitiremos pasar.

—Nos traicionarán. —El Viejo Flint negó con la cabeza.

—La palabra del Llorón no vale nada —dijo Othell Yarwyck

—Esos salvajes no tienen dios —dijo el septón Cellador—. Hasta en el sur se conoce su fama de traidores.

—¿Recordáis la batalla que tuvo lugar ahí abajo? —preguntó Pieles, cruzándose de brazos—. Yo estaba en el otro bando. Ahora visto el negro y enseño a vuestros muchachos a matar. Algunos me llamarían cambiacapas, y puede que lo sea..., pero no soy más salvaje que el resto de los cuervos. También tenemos dioses. Los mismos que velan por Invernalia.

—Los dioses del norte, desde antes de que se levantara este Muro —dijo Jon—. Esos son los dioses a los que adora Tormund. Mantendrá su palabra. Lo conozco, igual que conocía a Mance Rayder. Recordaréis que pasé un tiempo con ellos.

—No lo he olvidado —dijo el lord mayordomo.

« No —pensó Jon—, ya me imaginaba que no» .

—Mance Rayder también hizo un juramento —prosiguió Marsh—. Juró no llevar corona, tomar esposa ni engendrar hijos. Luego cambió de capa, hizo todo eso y encabezó un ataque encarnizado contra el reino. Lo que espera más allá del Muro son los restos de ese ejército.

—Restos rotos.

—Una espada rota se puede volver a forjar. Una espada rota puede matar.

—El pueblo libre no tiene leyes ni señores —dijo Jon—, pero quiere a sus hijos. ¿Estáis dispuestos a admitir eso, por lo menos?

—No nos preocupan los hijos, sino los padres.

—A mí también me preocupan. Así que he insistido en que nos den rehenes.

—« No soy ese idiota ingenuo por el que me tomáis..., ni soy medio salvaje, penséis lo que penséis ». Cien muchachos de entre ocho y dieciséis años: un hijo de cada uno de sus capitanes y jefes; el resto, escogido por sorteo. Los chicos prestarán servicio como pajes y escuderos, y así nuestros hombres quedarán libres para desempeñar otras tareas. Puede que alguno decida vestir el negro, más adelante. Cosas más raras se han visto. Los demás se quedarán como rehenes para garantizar la lealtad de sus padres.

Los nortefios intercambiaron miradas.

—Rehenes —musitó el Norrey—. ¿Tormund está de acuerdo?

« Tenía que escoger entre eso y ver morir a su pueblo ».

—Él lo llama « mi precio de sangre » —dijo Jon Nieve—, pero lo pagará.

—Sí, ¿por qué no? —El Viejo Flint golpeó el hielo con el bastón—. Cuando Invernalia nos pedía muchachos, los llamábamos pupilos, pero en realidad eran rehenes, y tampoco era tan grave.

—Al menos mientras sus padres no llevaran la contraria a los Reyes del Invierno —dijo el Norrey—, porque entonces volvían a casa con una cabeza menos. Así que decidme, muchacho: si esos salvajes amigos vuestros nos traicionan, ¿tenéis agallas para hacer lo necesario?

« Pregúntale a Janos Slynt ».

—Tormund Matagigantes es suficientemente listo para no ponerme a prueba. Puedo pareceros un novato, lord Norrey, pero sigo siendo hijo de Eddard Stark —Ni siquiera aquello aplacó a su lord mayordomo.

—Decís que esos chicos servirán como escuderos. Eso no querrá decir que vais a entrenarlos con armas, ¿verdad?

—No, mi señor, voy a ponerlos a coser ropa interior de encaje. —Jon se encendió de ira—. Por supuesto que se entrenarán en las armas. También harán mantequilla, cortarán leña, limpiarán los establos, vaciarán los cubos de noche, enviarán mensajes... y en los ratos libres, los instruiremos en el manejo de la lanza, la espada y el arco.

Marsh se puso aún más rojo.

—Disculpadme si hablo con franqueza, lord comandante, pero no encuentro una manera mejor de decir esto: lo que proponéis es poco menos que una traición. Durante ocho mil años, los hombres de la Guardia de la Noche han permanecido en el Muro y han luchado contra esos salvajes. Ahora, pretendéis dejarlos pasar, darles cobijo en nuestros castillos, darles de comer, vestirlos y enseñarlos a luchar. ¿Debo recordaros que hicisteis un juramento?

—Recuerdo perfectamente lo que juré: Soy la espada en la oscuridad. Soy el

vigilante del Muro. Soy el fuego que arde contra el frío, la luz que trae el amanecer, el cuerno que despierta a los durmientes, el escudo que defiende los reinos de los hombres. ¿Son las mismas palabras que pronunciasteis al hacer vuestros votos?

—Lo son, como sin duda sabéis, lord comandante.

—¿Seguro que no se me han olvidado unas cuantas? Las que hablan del rey y de sus leyes, y de cómo debemos defender cada palmo de su tierra y aferrarnos a cualquier castillo en ruinas. ¿Cómo era aquella parte? —Jon esperó respuesta, pero no la obtuvo—. Soy el escudo que defiende los reinos de los hombres. Eso dicen los votos. Así que dime, ¿qué son esos salvajes, sino hombres?

Bowen Marsh abrió la boca, pero de ella no salió palabra alguna. El rubor le subió por el cuello.

Jon Nieve se volvió. Los últimos rayos de sol empezaban a disiparse. Observó como las grietas del Muro pasaban del rojo al gris y después al negro; de vetas de fuego a ríos de hielo oscuro. Más abajo, lady Melisandre ya estaría encendiendo su hoguera nocturna y entonando: « Señor de Luz, defiéndenos, pues la noche es oscura y alberga horrores» .

—Se acerca el invierno —Jon rompió por fin el tenso silencio—, y con él, los caminantes blancos. Es en el Muro donde debemos detenerlos; para eso se erigió. Pero alguien tiene que defender el Muro. Esta conversación ha terminado. Tenemos mucho que hacer antes de abrir la puerta. Tormund y los tuyos necesitarán comida, ropa y refugio. Algunos están enfermos y precisarán cuidados. Esos serán asunto tuyo, Clydas; salva a tantos como puedas.

Cly das entrecerró los ojos irritados y apagados.

—Haré todo cuanto esté en mi mano, Jon, digo..., mi señor.

—Tenemos que preparar todos los carromatos disponibles para llevar al pueblo libre a su nuevo hogar. Esa es tu misión, Othell.

—A la orden —contestó torciendo el gesto.

—Lord Bowen, tú recogerás sus pertenencias. Oro, plata, ámbar, torques, pulseras y collares. Clasificalo, cuéntalo y encárgate de que llegue intacto a Guardiaoriente.

—A la orden, lord Nieve.

« ¿Cómo decía Melisandre? Hielo y cuchillos en la oscuridad. Sangre helada y roja, y acero desnudo» . Flexionó los dedos de la mano de la espada. Se estaba levantando viento.

Cada noche era más fría que la anterior.

En la celda no había chimenea ni brasero. La única ventana estaba tan alta que no le permitía ver el exterior, y era tan estrecha que jamás habría podido pasar por ella, pero tenía tamaño más que suficiente para dejar entrar el frío. Cersei había destrozado la primera muda que le dieron, exigiendo que se le devolviera su ropa, pero solo había conseguido quedarse desnuda y aterida. Cuando le llevaron otra muda, se la puso y dio las gracias con palabras atragantadas.

La ventana también dejaba entrar los sonidos, y era la única manera que tenía la reina de saber qué pasaba en la ciudad, ya que las septas que le llevaban la comida no le contaban nada.

Era algo que no podía soportar. Jaime acudiría presto a rescatarla, pero ¿cómo iba a enterarse de su llegada? Cersei esperaba que no cometiera la necedad de adelantarse a su ejército: le harían falta todas sus espadas para enfrentarse a la harapienta horda de clérigos humildes que rodeaba el Gran Septo. Preguntó muchas veces por su hermano mellizo, pero las carceleras no le dieron respuesta. También preguntó por ser Loras. Según el último informe, el Caballero de las Flores estaba agonizando en Rocadragón tras sufrir heridas terribles durante la toma del castillo.

«Pues que se muera, y cuanto antes», pensó Cersei. La muerte del muchacho crearía una vacante en la Guardia Real, y ahí podía residir su salvación. Lo malo era que las septas guardaban tanto silencio sobre Loras Tyrell como sobre Jaime.

Lord Qyburn había sido su último visitante, y también el único. En el mundo de Cersei, la población era de cuatro personas: ella y sus tres carceleras, tan piadosas como intransigentes. La septa Unella era hombruna y corpulenta, fea, con las manos encallecidas y el ceño siempre fruncido. La septa Moelle tenía el pelo blanco y tieso, y unos ojillos permanentemente entrecerrados en gesto de desconfianza, incrustados en un rostro anguloso y surcado de arrugas. La septa Scolera era baja y rechoncha, de pechos grandes, piel olivácea y olor acre, como de leche a punto de agriarse. Le llevaban a Cersei comida y agua; le vaciaban el orinal y, cada dos días, le quitaban la ropa para lavársela, con lo que tenía que acurrucarse desnuda bajo la manta hasta que se la devolvían. A veces, Scolera le leía fragmentos de *La estrella de siete puntas* o *El libro de la sagrada oración*, pero al margen de eso, ninguna le dirigía la palabra ni respondía a sus preguntas.

Cersei las detestaba y despreciaba a las tres, casi tanto como detestaba y despreciaba a los hombres que la habían traicionado.

Amigos espurios, sirvientes desleales, hombres que le habían jurado amor eterno y hasta la sangre de su sangre: todos la habían abandonado cuando más los necesitaba. El debilucho de Osney Kettleblack se había quebrado bajo el látigo y había llenado los oídos del Gorrión Supremo de secretos que debería haberse llevado a la tumba, y sus hermanos, basura plebeya que ella había encumbrado, se habían quedado cruzados de brazos. Aurane Mares, su admirante, había huido por mar con los dromones que ella le había construido. Orton Merryweather había corrido a esconderse en Granmesa y se había llevado a su esposa, Taena, que había sido la única amiga sincera de la reina en aquellos tiempos espantosos. Harys Swyft y el gran maestre Pyccelle la habían abandonado en su cautiverio para poner el reino en manos de aquellos que habían conspirado contra ella. Meryn Trant y Boros Blount, los protectores juramentados del rey, habían desaparecido de la faz de la Tierra. Hasta su primo Lancel, que tanto amor decía profesarse, era uno de sus acusadores. Su tío se había negado a ayudarla, y eso que ella lo habría convertido en mano del rey.

Y Jaime...

No, eso no podía creerlo; eso no estaba dispuesta a creerlo. Jaime llegaría en cuanto supiera de sus cuitas. «Vuelve ahora mismo —le había escrito—. Ayúdame. Sálvame. Te necesito como no te había necesitado jamás. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Vuelve ahora mismo». Qyburn le había jurado que haría llegar la misiva a manos de su hermano, que se encontraba con su ejército en las tierras de los ríos. Pero Qyburn no había vuelto a visitarla. Bien podía estar muerto, y su cabeza, clavada en una estaca en las puertas de la ciudad, o tal vez languideciera en cualquiera de las celdas negras situadas bajo la Fortaleza Roja, sin haber enviado su carta. Había preguntado por él un centenar de veces, pero sus carceleras no respondían. Lo único que sabía con seguridad era que Jaime no había acudido a su llamada.

«Aún no —se dijo—. Pero vendrá pronto. Y cuando venga, el Gorrión Supremo y esas putas van a saber lo que es bueno».

No soportaba sentirse impotente.

Había proferido amenazas, que fueron recibidas con rostros pétreos y oídos sordos. Había dado órdenes, pero nadie les hizo el menor caso. Había invocado la misericordia de la Madre, apelando al entendimiento natural entre mujeres, pero las tres septas arrugadas habían perdido cualquier vestigio de feminidad al pronunciar sus votos. Había tratado de congraciarse con ellas, hablándoles con dulzura y aceptando mansamente cada nuevo ultraje, pero se mostraron impertérritas. Les había ofrecido recompensas, el indulto, honores, oro y puestos en la corte, pero daban a sus promesas el mismo trato que a sus amenazas.

Y había rezado. ¡Cómo había rezado! Querían plegarias, así que plegarias les había dado, de rodillas como si fuera una prostituta callejera y no una hija de la Roca. Había rezado pidiendo alivio, liberación, la llegada de Jaime. Había

suplicado en voz alta a los dioses que defendieran su inocencia; en silencio, rezaba para que sus acusadores sufrieran una muerte repentina y dolorosa. Rezó hasta que se le quedaron las rodillas en carne viva, hasta que notó la lengua tan pesada que casi habría podido ahogarse con ella. Cersei recordó en aquella celda todas las oraciones que le habían enseñado de niña, inventó otras a medida que las iba necesitando y clamó a la Madre, a la Doncella, al Padre, al Guerrero, a la Vieja y al Herrero. Incluso llegó a rezar al Desconocido.

« Cualquier dios sirve durante una tormenta. —Los Siete se mostraron tan sordos como sus siervos terrenales. Cersei les entregó todas las palabras que conocía; les entregó todo menos sus lágrimas—. Eso, nunca. —No soportaba sentirse débil—. ¡Qué no daría yo por tener una espada y saber manejarla! ». Si los dioses le hubieran dado la fuerza que otorgaron a Jaime y al imbécil fansarrón de Robert, habría escapado por sus propios medios. Tenía el corazón de un guerrero, pero esos dioses, en su ciega残酷, la habían encerrado en el débil cuerpo de una mujer. La reina había tratado de luchar, pero las septas la habían dominado; eran demasiadas, y más fuertes de lo que aparentaban: aquellas viejas feas tenían los músculos duros como raíces de tanto rezar, fregar y tratar a palos a las novicias.

Además, no le permitían descansar. Día y noche, cada vez que cerraba los ojos para dormir, una de sus carceleras acudía a despertarla para exigir que confesara sus pecados. La acusaban de adulterio, fornicio, alta traición y hasta asesinato, pues Osney Kettleblack había confesado que asfixió al septón supremo anterior por orden suya.

« Vengo a escuchar la confesión de tus asesinatos y fornicios», gruñía pomposa la septa Unella tras sacudir a la reina para despertarla. La septa Moelle decía que eran los pecados los que le impedían dormir.

—Solo los inocentes conocen la paz del sueño reparador. Confiesa tus pecados, y dormirás con la tranquilidad de un recién nacido.

Despertar, dormir, despertar otra vez... Las manos de sus torturadoras rompían todas las noches en mil pedazos, y cada noche era más fría y dura que la anterior. La hora del búho, la hora del lobo, la hora del ruiseñor, la salida de la luna, la puesta de la luna, el ocaso y el amanecer; todos ellos se tambaleaban como borrachos. ¿Qué hora era? ¿Qué día era? ¿Dónde se encontraba? ¿Soñaba o había despertado? Los diminutos fragmentos de sueño que le permitían se habían convertido en navajas que le rebanaban el cerebro. Cada día estaba más embotada que el anterior, más agotada y febril. Había perdido la noción del tiempo que llevaba prisionera en aquella celda, en lo alto de una de las siete torres del Gran Septo de Baelor.

« Envejeceré y moriré aquí», pensó, desesperada.

Pero no estaba dispuesta a permitirlo. Su hijo la necesitaba. El reino la necesitaba. Tenía que salir, por arriesgado que fuera. Su mundo se había reducido

a una celda de tres pasos por tres con un orinal, un lecho de paja y una fina manta de lana marrón que le irritaba la piel, pero seguía siendo la heredera de lord Tywin, hija de la Roca.

Extenuada por la falta de sueño, tiritando a causa del frío que se colaba por la noche en la celda de la torre, febril la mitad del tiempo y desfallecida de hambre la otra mitad, Cersei comprendió por fin que debía confesar.

Aquella noche, cuando la septa Unella llegó para despertarla, se encontró a la reina de rodillas.

—He pecado —dijo Cersei. Le costaba vocalizar, y tenía los labios ressecos y agrietados—. He cometido pecados espantosos. Ahora lo sé. ¿Cómo he podido estar tan ciega, tanto tiempo? La Vieja me ha visitado con su farol en alto, y a su santa luz he visto el camino que debo recorrer. Quiero volver a estar limpia. No deseo más que la absolución. Por favor, buena septa, os suplico que me llevéis ante el septón supremo para que pueda confesar mis crímenes y fornicios.

—Se lo diré, alteza —respondió la septa Unella—. Su altísima santidad estará muy satisfecho. La confesión y el arrepentimiento sincero son la única manera en que podemos alcanzar la salvación para nuestras almas.

La dejaron dormir durante el resto de aquella larga noche; horas y horas de maravilloso descanso. Por una vez, el búho, el lobo y el ruisenor pasaron de largo inadvertidos, mientras Cersei disfrutaba de un largo y hermoso sueño en el que Jaime era su esposo y el hijo de ambos seguía vivo.

Cuando llegó la mañana, la reina casi había vuelto a su ser. Cuando sus carceleras fueron a buscarla, balbuceó más tonterías piadosas de nuevo e insistió en lo decidida que estaba a confesar sus pecados para recibir el perdón por sus actos.

—Nos regocijamos —dijo la septa Moelle.

—Vais a quitaros un enorme peso del alma —aportó la septa Scolera—. Después os sentiréis mucho mejor, alteza.

«Alteza». Aquella palabra la emocionó. Durante el largo cautiverio, sus carceleras no solían tomarse la molestia de tratarla con cortesía.

—Su altísima santidad os aguarda —dijo la septa Unella.

Cersei agachó la cabeza, humilde y obediente.

—¿Se me podría permitir que me bañara antes? No estoy en condiciones de presentarme ante él.

—Podéis bañaros más tarde, si su altísima santidad lo permite —respondió la septa Unella—. Lo que debería importarlos es la limpieza de vuestra alma inmortal, no las vanidades de la carne.

Las tres septas la escoltaron por las escaleras de la torre; la septa Unella iba delante, mientras que Moelle y Scolera le pisaban los talones como si tuvieran miedo de que saliera volando.

—Hace tanto que no recibo visitas... —murmuró Cersei mientras bajaban—.

—¿El rey se encuentra bien? Es la pregunta de una madre que se preocupa por su hijo.

—Su alteza goza de buena salud —dijo la septa Scolera—, y está bien protegido, día y noche. La reina no se aparta de su lado ni un solo momento.

«¡La reina soy yo!». Tragó saliva y sonrió.

—Me alegro, me alegro. Tommen le tiene mucho cariño. Nunca presté oído a esas cosas tan horribles que se decían sobre ella. —¿Acaso Margaery Tyrell se había librado de las acusaciones de fornicio, adulterio y alta traición? —. ¿Ya se ha celebrado el juicio?

—Será pronto —respondió la septa Scolera—, pero su hermano...

—¡Silencio! —La septa Unella se volvió para mirar a Scolera con severidad—. Hablas demasiado, vieja idiota. No nos corresponde a nosotras contarle esas cosas.

—Te ruego que me perdonas. —Scolera agachó la cabeza.

Ninguna volvió a decir palabra durante el tiempo que duró el descenso.

El Gorrión Supremo la recibió en su santuario, una estancia austera de siete paredes de piedra, desde las que los rostros de los Siete, tallados de manera rudimentaria, los contemplaban con expresión casi tan amargada y reprobatoria como la de su altísima santidad. Cuando llegó Cersei, lo encontró sentado a una mesa de madera basta, escribiendo. No había cambiado nada desde la última vez que la habían llevado ante su presencia, el día en que la tomaron prisionera: seguía siendo un viejo flaco y canoso, de rostro tan demacrado que parecía muerto de hambre, anguloso y surcado de arrugas, con ojos desconfiados, y vestido con una túnica informe de lana cruda que le llegaba por los tobillos.

—Alteza —saludó—, tengo entendido que deseáis confesar.

Cersei se hincó de rodillas.

—Así es, altísima santidad. La Vieja vino a verme mientras dormía, con su farol en alto...

—Claro, claro. Unella, por favor, quédate para tomar nota de lo que diga su alteza. Scolera, Moelle, podéis retiraros.

Apretó las yemas de los dedos, en un gesto idéntico al que Cersei había visto hacer a su padre mil veces. Cuando la septa Unella se sentó detrás de ella, estiró un pergaminio y mojó la pluma en tinta de maestre, la reina sintió un agujonazo de terror.

—Cuando confiese, ¿se me permitirá...?

—Trataremos a vuestra alteza según la gravedad de vuestros pecados.

«Este hombre es implacable», comprendió. Respiró profundamente para recuperar la compostura.

—Entonces, que la Madre se apiade de mí. He yacido con hombres fuera del vínculo del matrimonio. Lo confieso.

—¿Con quiénes? —Los ojos del septón supremo estaban clavados en ella.

Cersei oyó escribir a Unella. La pluma rasgaba el papel con un sonido tenue.

—Con mi primo, Lancel Lannister. Y con Osney Kettleblack —Los dos habían confesado que se habían acostado con ella, así que no le serviría de nada negarlo—. Y también con sus hermanos. Con los dos. —No sabía qué habían dicho Osfryd y Osmund, y más le valía pasarse en sus confesiones que quedarse corta—. No es excusa para mi pecado, altísima santidad, pero tenía miedo y estaba sola. Los dioses me arrebataron al rey Robert, mi esposo y protector. Me quedé sin nadie a quien recurrir, rodeada de conspiradores, amigos engañosos y traidores que tramaban para asesinar a mis hijos. No sabía en quién confiar, así que... Así que usé los únicos medios de que disponía para procurarme la ayuda de los Kettleblack.

—¿Os referís a vuestras partes femeninas?

—Mi carne. —Se estremeció y ocultó la cara entre las manos. Cuando las retiró, tenía los ojos llenos de lágrimas—. Si. Que la Doncella se apiade de mí. Lo hice por mis hijos, por el reino, y no me proporcionó ningún placer. Los Kettleblack... son hombres duros y crueles que me usaron sin miramientos, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tenía que rodear a Tommen de hombres de mi confianza.

—Su alteza ya contaba con la protección de la Guardia Real.

—La Guardia Real no sirvió de nada cuando murió su hermano Joffrey, asesinado en su banquete de bodas. Ya he visto morir a un hijo, ¡no puedo perder a otro! He pecado, he cometido fornicio, pero lo hice por Tommen. Perdonadme, altísima santidad, pero me abriría de piernas para todo hombre de Desembarco del Rey con tal de proteger a mis hijos.

—El perdón solo viene de los dioses. ¿Qué hay de ser Lancel, que era primo vuestro y escudero de vuestro señor esposo? ¿También a él os lo llevasteis a la cama para procurarlos su lealtad?

—Lancel. —Cersei titubeó. «Cuidado. Lancel se lo habrá contado todo»—. Lancel me amaba. Era casi un niño, pero nunca tuve dudas de su devoción hacia mi hijo y hacia mí.

—Y aun así, lo corrompisteis.

—Me sentía sola. —Contuvo un sollozo—. Había perdido a mi esposo, a mi hijo y a mi señor padre. Era la regente, pero una reina sigue siendo una mujer, y las mujeres somos frágiles vasijas proclives a caer en la tentación... Su altísima santidad sabe que es así. Hasta se sabe de santas septas que han pecado. Me dejé consolar por Lancel. Era bueno y cariñoso, y yo necesitaba a alguien. Estuve mal, lo sé, pero no tenía a nadie más... Una mujer necesita que la amen, necesita tener a un hombre a su lado, es... es... —Empezó a sollozar de manera incontrolable.

El septón supremo no hizo ademán de consolarla, sino que se quedó sentado, mirándola sin pestañear mientras lloraba, tan pétreo como las estatuas de los

Siete del septo que se alzaba sobre ellos. Pasó un largo rato antes de que se le agotaran las lágrimas, aunque los ojos le quedaron hinchados y enrojecidos, y se sentía al borde del desmayo. Pero el Gorrión Supremo no había terminado con ella.

—Esos son pecados comunes —dijo—. De todos es sabido que las viudas son malvadas, y todas las mujeres tienen un corazón lascivo y no dudan en usar su belleza y todo tipo de artimañas para imponer su voluntad a los hombres. En eso no hay traición, siempre que no violarais los votos matrimoniales en vida de su alteza el rey Robert.

—Eso nunca —susurró ella—. ¡Nunca, lo juro!

—Hay otras acusaciones contra vuestra alteza —continuó, sin prestarle atención—. De crímenes mucho más graves que el simple fornicio. Admitís que ser Osney Kettleblack era vuestro amante, y ser Osney jura que asfixió a mi predecesor porque vos se lo ordenasteis. También insiste en que presentó falso testimonio contra la reina Margaery y sus primas, que inventó falsedades de fornicio, adulterio y alta traición, siempre siguiendo vuestras órdenes.

—No —replicó Cersei—. No es cierto. Margaery es como una hija para mí. En cuanto a lo otro... Reconozco que tenía quejas contra el septón supremo, sí. Ocupó ese puesto gracias a Tyrion; era débil y corrupto, una afrenta para la Sagrada Fe. Vuestra altísima santidad lo sabe tan bien como yo. Tal vez Osney pensara que su muerte me complacería. Si es así, me corresponde parte de la culpa... pero jamás pensé en asesinarlo. De eso soy inocente. Llevadme al septo y lo juraré ante el Padre.

—Cada cosa a su tiempo —replicó el septón supremo—. También se os acusa de conspirar para asesinar a vuestro señor esposo, nuestro amado rey Robert, el primero de su nombre.

«Lancel», pensó Cersei.

—A Robert lo mató un jabalí. ¿Qué pasa? ¿Ahora soy una cambiapieles? ¿Se me acusa también de matar a Joffrey, mi amado hijo, mi primogénito?

—No, solo a vuestro esposo. ¿Lo negáis?

—Sí, lo niego. Lo niego ante los dioses y ante los hombres.

—Por último, lo más grave: hay quienes dicen que vuestros hijos no fueron hijos del rey Robert, sino bastardos nacidos del incesto y el adulterio.

—Eso es lo que dice Stannis —replicó Cersei al instante—. Mentira, ¡mentira! Stannis quiere el Trono de Hierro, y los hijos de su hermano se interponen en su camino; por eso alega que no son de su hermano. En esa sucia carta que mandó no hay ni una letra que sea verdad. ¡Todo mentiras!

El septón supremo apoyó en la mesa las palmas de las manos y se levantó.

—Bien. Lord Stannis se ha apartado de la verdad de los Siete para adorar al demonio rojo, y no hay lugar en los Siete Reinos para su falsa fe. —Aquellos casi resultaba tranquilizador. Cersei asintió—. Pese a todo, son acusaciones muy

graves —siguió su altísima santidad—, y el reino tiene que saber la verdad. Si es cierto lo que dice vuestra alteza, en el juicio se demostrará vuestra inocencia.

«En el juicio; pese a todo, habrá juicio».

—Pero si he confesado...

—... algunos pecados, sí. Otros los negáis. En el juicio se pondrán de manifiesto la verdad y la mentira. Pediré a los Siete que perdonen los pecados que habéis confesado, y rezaré para que seáis hallada inocente de las demás acusaciones.

—Me inclino ante la sabiduría de vuestra altísima santidad. —Cersei se levantó muy despacio—. Pero, si me permitís suplicar aunque sea una gota de la misericordia de la Madre..., hace tanto que no veo a mi hijo... Por favor...

Los ojos del anciano eran esquirlas de pedernal.

—No sería oportuno dejar que os acercarais al rey antes de quedar limpia de todas vuestras maldades. Pero habéis dado el primer paso para volver al camino del bien, y a la luz de este progreso permitiré que recibáis otras visitas. Una al día.

La reina se echó a llorar de nuevo, y en aquella ocasión fueron lágrimas sinceras.

—Sois demasiado clemente conmigo. Gracias.

—La misericordia viene de la Madre; dadle las gracias a ella.

Moelle y Scolera la esperaban para encabezar el camino de vuelta a la celda de la torre, y Unella cerraba la marcha.

—Todas estábamos rezando por vuestra alteza —dijo la septa Moelle mientras subían.

—Sí —asintió la septa Scolera—. Seguro que ahora os sentís mucho más ligera; limpia e inocente como una doncella en la mañana del día de su boda.

«En la mañana del día de mi boda estuve follando con Jaime», recordó la reina.

—Así es —dijo—. Es como si me hubieran abierto un forúnculo infectado y ya pudiera empezar a curarse. Casi podría volar. —Se imaginó lo bien que se sentiría estampando un codo en el rostro de la septa Scolera para mandarla rodando escaleras abajo. Dioses mediante, la vieja puta chocaría con la septa Unella y se la llevaría por delante.

—Me alegra veros sonreír —comentó Scolera.

—Su altísima santidad dijo que podía recibir visitas.

—Ciento —asintió la septa Unella—. Vuestra alteza solo tiene que decirnos a quién quiere ver, y le enviaremos recado.

«A Jaime, necesito a Jaime». Pero si su hermano mellizo estaba en la ciudad, ¿por qué no había acudido a verla? Sería mejor que dejara a Jaime para cuando tuviera una noción más clara de lo que sucedía al otro lado de los muros del Gran Septo de Baelor.

—A mi tío —dijo—. Ser Kevan Lannister, el hermano de mi padre. ¿Sabéis si se encuentra en la ciudad?

—Sí —respondió la septa Unella—. El lord regente reside ahora en la Fortaleza Roja. Mandaremos a buscarlo.

—Gracias. —«Lord regente, ¿eh?». No podía fingir sorpresa.

Resultó que el corazón contrito y humilde tenía otras ventajas, aparte de limpiar el alma de pecados. Aquella noche trasladaron a la reina a una celda más grande, dos pisos más abajo, con una ventana que sí le permitía ver el exterior y una cama con mantas cálidas y suaves. A la hora de la cena, en vez de pan duro y gachas de avena le sirvieron capón asado, un cuenco de ensalada con nueces picadas y una montaña de puré de nabos flotando en mantequilla. Se metió en la cama con el estómago lleno por primera vez desde que la habían encerrado, y durmió de un tirón.

Al día siguiente, con el amanecer, llegó su tío.

Cersei estaba desayunando cuando se abrió la puerta y entró ser Kevan Lannister.

—Dejadnos a solas —dijo a las carceleras.

La septa Unella mandó salir a Scolera y Moelle, y las siguió para luego cerrar desde fuera. La reina se puso en pie.

Ser Kevan parecía envejecido. Era un hombre corpulento, de hombros anchos y cintura amplia, con una barba rubia muy recortada que le perfilaba la fuerte mandíbula y amplias entradas en el pelo rubio corto. Vestía una gruesa capa de lana carmesí, que se sujetaba al hombro con un broche dorado con forma de cabeza de león.

—Gracias por venir —dijo la reina.

—Será mejor que te sientes —replicó su tío con el ceño fruncido—. Hay cosas que debo decirte.

Pero Cersei no quería sentarse.

—Sigues enfadado conmigo, te lo noto en la voz. Perdóname, tío. Hice mal en tirarte el vino, pero...

—¿Crees que lo que me importa es una copa de vino? Lancel es mi hijo, Cersei, ¡es tu primo! Por eso estoy furioso contigo. Tendrías que haber cuidado de él; deberías haberle buscado una chica adecuada, de buena familia, y en vez de eso...

—Lo sé. Lo sé. —«Lancel me deseaba más que yo a él, y me juego lo que sea a que sigue igual»—. Estaba sola, tío, fui débil. Perdóname, te lo ruego. Me alegro tanto de verte otra vez... He hecho cosas horribles, lo sé, pero no soportaría que me odiaras. —Le echó los brazos al cuello y lo besó en la mejilla—. Perdóname. Perdóname.

Ser Kevan soportó el abrazo un momento antes de devolvérselo con torpeza, brevemente.

—Ya basta —dijo con una voz que seguía siendo fría, átona—. Te perdono. Ahora, siéntate. Lo que debo contarte no es halagüeño.

—¿Le ha pasado algo a Tommen? —preguntó, aterrada—. No, por favor, no. He pasado tanto miedo por mi hijo... Nadie quería contarme nada. Por favor, dime que Tommen está bien.

—Su alteza se encuentra perfectamente y pregunta por ti a menudo. —Ser Kevan le puso las manos en los hombros para apartarla.

—Entonces, ¿es Jaime? ¿Le ha pasado algo a Jaime?

—No. Jaime sigue en las tierras de los ríos, no sabemos dónde.

—¿Que no sabéis dónde? —Aquello no le gustó en absoluto.

—Tomó el Árbol de los Cuervos y aceptó la rendición de lord Blackwood —explicó su tío—, pero en el camino de vuelta a Aguasdulces, se apartó de su escolta y se fue con una mujer.

—¿Una mujer? —Cersei lo miró, desconcertada—. ¿Qué mujer? ¿Por qué? ¿Adónde fueron?

—Nadie lo sabe, y no hemos recibido más noticias de él. Puede que la mujer fuera lady Brienne, la hija del Lucero de la Tarde.

« ¿Esa? —La reina recordaba a la Doncella de Tarth, una mujerona corpulenta, desmañada y fea que se vestía con cota de malla, como los hombres —. Jaime no me abandonaría nunca por una criatura así. Mi cuervo no le llegó, o ya habría venido» .

—Hemos recibido informes de la aparición de mercenarios por todo el sur —siguió ser Kevan—. Tarth, los Peldaños de Piedra, el cabo de la Ira... Ya me gustaría saber de dónde ha sacado Stannis el dinero para contratar a una compañía libre. Aquí no tengo las fuerzas necesarias para enfrentarme a ellos. Mace Tyrell las tiene, pero se niega a mover un dedo hasta que se resuelva el asunto de su hija.

« El hacha del verdugo resolvería enseguida el asunto de Margaery. —A Cersei no le importaban un bledo Stannis ni sus mercenarios—. Los Otros se los lleven, a él y a los Tyrell. Que se maten entre sí; mejor que mejor para el reino» .

—Por favor, tío, sácame de aquí.

—¿Cómo? ¿Por la fuerza? —Ser Kevan se acercó a la ventana y miró hacia fuera con el ceño fruncido—. Tendría que organizar una carnicería en este lugar santo, y además, no tengo hombres suficientes. La mayor parte de nuestras fuerzas está en Aguasdulces, con tu hermano. No dispongo de tiempo para reunir otro ejército. —Se volvió para enfrentarse a ella—. He hablado con su altísima santidad. No te dejará salir hasta que hayas expiado tus pecados.

—Ya he confesado.

—He dicho « expiado» . Ante toda la ciudad. Caminarás...

—No. —Sabía qué estaba a punto de decir su tío, y no quería escucharlo—.

Jamás. Díselo si es que vuelves a verlo. Soy la reina, no una ramera del puerto.

—No te pasará nada; nadie te tocará...

—¡No! —gritó de nuevo—. Antes la muerte.

—Si eso es lo que quieras, se puede arreglar. Su altísima santidad ha decidido que se te juzgue por regicidio, deicidio, incesto y alta traición.

—¿Deicidio? —Estuvo a punto de echarse a reír—. ¿Cuándo he matado yo a un dios?

—El septón supremo es la voz de los Siete en la tierra, y quien lo ataca a él ataca a los mismísimos dioses. —Su tío alzó una mano para zanjar la protesta que estaba a punto de formular Cersei—. No sirve de nada hablar de eso, y menos aquí. Ya llegará el momento, durante el juicio. —Paseó la vista por la celda. La expresión de su rostro hablaba a gritos.

« Nos están escuchando». Ni en aquel momento podía hablar con libertad. Cersei respiró profundamente.

—¿Quién me va a juzgar?

—La fe —respondió su tío—, a menos que exijas un juicio por combate, en cuyo caso tu campeón será un caballero de la Guardia Real. Sea cual sea el resultado, tus días de gobierno han llegado a su fin. Yo seré el regente de Tommen hasta que cumpla la mayoría de edad. Mace Tyrell es la nueva mano del rey. El gran maestre Pycelle y ser Harys Swyft seguirán como hasta ahora, pero a Paxter Redwyne lo han nombrado lord almirante y Randyll Tarly ha asumido el cargo de justicia mayor.

« Los dos son vasallos de los Tyrell». El gobierno de todo el reino estaba pasando a manos de sus enemigos: los parientes y amigos de la reina Margaery.

—Margaery también fue acusada, igual que sus primas. ¿Cómo es que los gorriones las han soltado a ellas y no a mí?

—Randyll Tarly insistió mucho. Fue el primero en llegar a Desembarco del Rey cuando se desencadenó la tormenta, y se trajo a su ejército. Las jóvenes Tyrell serán juzgadas, pero su altísima santidad reconoce que el caso contra ellas se sustenta a duras penas. Todos los hombres a los que se mencionó como amantes de la reina han negado la acusación o se han retractado, con excepción de tu bardo tullido, que por lo visto está medio loco. Así que el septón supremo ha puesto a las muchachas bajo la custodia de Tarly, y lord Randyll ha jurado por lo más sagrado entregarlas cuando llegue el momento del juicio.

—¿Y quién tiene a sus acusadores? —preguntó la reina.

—Osney Kettleblack y el Bardo Azul están aquí, en las criptas del septo. Los gemelos Redwyne han sido declarados inocentes, y Hamish el Arpista ha muerto. Los demás están en las mazmorras de la Fortaleza Roja a cargo de tu hombre, Qyburn.

« Qyburn —pensó Cersei. Eso era un punto positivo, al fin un clavo al que agarrarse. Estaban en manos de lord Qyburn, que era capaz de obrar maravillas

—. Y cosas terribles. También es capaz de hacer cosas terribles» .

—Hay algo más, y es peor. Siéntate.

—¿Que me siente? —Cersei sacudió la cabeza. ¿Qué podía ser peor? Iban a juzgarla por alta traición mientras la reinecita y sus primas volaban libres como pájaros—. ¿Qué pasa?

—Se trata de Myrcella. Hemos recibido malas noticias de Dorne.

—¡Tyrion! —exclamó. Tyrion había mandado a su hijita a Dorne, y ella había enviado a ser Balon Swann para recuperarla. Todos los dornienses eran serpientes, y los Martell eran los peores. Para colmo, la Vibora Roja había tratado de defender al Gnomo y había faltado muy poco para que obtuviera una victoria que habría exculpado al enano del asesinato de Joffrey—. Ha sido él; ha estado en Dorne todo este tiempo, y ahora tiene a mi hija...

—A Myrcella la atacó un caballero dorniense llamado Gerold Dayne. —Ser Kevan la miró con el ceño fruncido—. Está viva, pero resultó herida. Le rajó la cara y... siento decirte, pero ha perdido una oreja.

—Una oreja. —Cersei se quedó mirándolo, horrorizada. « No es más que una niña; es mi princesita preciosa, tan bella, tan bella... » —. Le cortó una oreja. ¿Dónde estaban el príncipe Doran y sus caballeros dornienses? ¿Cómo es que no fueron capaces de defender a una niña? ¿Dónde estaba Arys Oakheart?

—Murió defendiéndola. Por lo visto, Dayne lo mató.

La Espada del Amanecer había sido un Dayne, pero llevaba mucho tiempo muerto. ¿Quién era aquel ser Gerold? Y ¿por qué quería hacer daño a su hija? No tenía ni pies ni cabeza, a menos que...

—Tyrion perdió media nariz en la batalla del Aguasnegras. La cara rajada y la oreja cortada llevan su firma.

—El príncipe Doran no ha mencionado a tu hermano en ningún momento, y según Balon Swann, Myrcella le echa toda la culpa a ese tal Gerold Dayne. Lo llaman Estrellaoscura.

Cersei soltó una carcajada amarga.

—Lo llamen como lo llamen, es una marioneta de mi hermano. Tyrion tiene amigos en Dorne; tenía planeado esto desde el principio. Fue él quien comprometió a Myrcella con el príncipe Trystane, y ahora entiendo por qué.

—Ves a Tyrion en todas las sombras.

—Es una criatura de las sombras. Mató a Joffrey, a mi padre... ¿Creías que iba a parar ahí? Tenía miedo de que siguiera en Desembarco del Rey y tramara algo contra Tommen, pero debe de haber ido a Dorne para matar primero a Myrcella. —Cersei recorrió la celda, furiosa—. Tengo que estar al lado de Tommen. La Guardia Real es tan inútil como los pezones en una coraza. —Se volvió hacia su tío, furiosa—. ¿Dices que ser Arys ha muerto?

—A manos de ese tal Estrellaoscura, sí.

—¿Está muerto? ¿Muerto, muerto? ¿Seguro?

—Eso nos han dicho.

—Entonces hay una vacante en la Guardia Real. Hay que ocuparla cuanto antes para proteger a Tommen.

—Lord Tarly está preparando una lista de buenos caballeros para que tu hermano tome una decisión, pero hasta el regreso de Jaime...

—El rey tiene potestad para otorgar la capa blanca. Tommen es un buen chico; dile a quién tiene que nombrar y te hará caso.

—¿A quién quieres que nombre?

Para eso no tenía respuesta preparada.

« Mi campeón necesitará un nombre nuevo, además de una cara nueva» .

—Qyburn lo sabrá. En este asunto, confía en él. Tú y yo hemos tenido nuestras diferencias, tío, pero por la sangre que compartimos, por el amor que profesabas a mi padre, por el bien de Tommen y su pobre hermana herida, haz lo que te pido. Ve a hablar con lord Qyburn de mi parte, llévale una capa blanca y dile que ha llegado la hora.

EL GUARDIA DE LA REINA

—Eras el hombre de confianza de la reina —señaló Reznak mo Reznak—. El rey quiere estar rodeado de sus hombres cuando conceda audiencia.

«Sigo siendo un hombre de la reina. Hoy, mañana y siempre, hasta mi último aliento, o el suyo. —Selmy se negaba a creer que Daenerys Targaryen hubiera muerto; quizás por eso lo daban de lado—. Hizdahr se está deshaciendo de nosotros, uno por uno. —Belwas el Fuerte se encontraba a las puertas de la muerte, bajo los cuidados de las gracias azules, en el templo, aunque Selmy albergaba la sospecha de que pretendían rematar la labor de las langostas con miel. Skahaz el Cabeza Afeitada había sido despojado del mando; los inocentes se habían retirado a sus barracones; Jhogo, Daario Naharis, el almirante Grolio y el inocente llamado Héroe permanecían como rehenes de los yunkios; a Aggo, a Rakharo y al resto del *khalasar* de Daenerys los habían enviado al otro lado del río a buscar a su reina perdida; incluso habían sustituido a Missandei, pues el rey no consideraba adecuado que su heraldo fuera una niña y, para colmo una antigua esclava naathi—. Y ahora, yo».

Hubo un tiempo en que la destitución le habría parecido una mancha en su honor. Pero eso habría sido en Poniente; en el nido de víboras que era Meereen, el honor parecía más ridículo que el traje de un bufón. Y la desconfianza era mutua: Hizdahr zo Loraq podía ser el consorte de su reina, pero no sería nunca su rey.

—Si vuestra majestad desea que abandone la corte...

—Vuestro esplendor —corrigió el senescal—. No, no, no, me habéis interpretado mal. Su adoración va a recibir a una delegación yunkia, para negociar la retirada de los ejércitos. Es posible... Bueno, que pidan un desagravio por las vidas que arrebató la furia del dragón. Se trata de una situación delicada; el rey considera que sería mejor que viesen en el trono a un meereeno, protegido por soldados meereenos. Seguro que lo comprendéis.

«Mejor de lo que crees».

—¿Puedo saber a quiénes ha escogido su alteza para que lo protejan?

—Son guerreros temibles, que profesan un gran amor por su adoración —le respondió Reznak mo Reznak, esbozando aquella sonrisa obsequiosa suya—. Goghor el Gigante, Khazz, el Gato Moteado y Belaquo Rompehuesos. Héroes, todos ellos.

«Luchadores de los reñideros, todos ellos». Ser Barristan no se sorprendió. La posición de Hizdahr zo Loraq en su nuevo trono era inestable. Había transcurrido un millar de años desde que el último rey gobernara en Meereen, y había gente de la Antigua Sangre que se creía con más derecho al cargo. Fueran de la ciudad acampaban los yunkios con sus aliados y mercenarios; dentro acechaban los Hijos de la Arpía.

Mientras tanto, los protectores del rey menguaban en número día tras día. El encontronazo con Gusano Gris le había costado a Hizdahr los Inmaculados. Cuando su alteza trató de colocar a un primo suyo al mando, como había hecho con las Bestias de Bronce, Gusano Gris lo informó de que eran hombres libres y solo aceptaban órdenes de su madre. En cuanto a las Bestias de Bronce, estaban compuestas a partes iguales por libertos y cabezasafeitadas, cuya verdadera lealtad era seguramente para con Skahaz mo Kandaq. Los luchadores de las arenas de combate eran los únicos en los que podía confiar el rey Hizdahr, frente a un sinfín de enemigos.

—Ojalá sepan defender a su majestad de toda amenaza. —La voz de ser Barristan no dejaba entrever sus sentimientos: había aprendido a ocultarlos años atrás, cuando servía en Desembarco del Rey.

—¡A su magnificencia! —recalcó Reznak mo Reznak—. El resto de vuestras obligaciones no varía. Si fracasa la paz, su esplendor querrá que os pongáis al frente de sus tropas contra los enemigos de nuestra ciudad.

« Por lo menos tiene algo de sensatez». Belaquo Rompehuesos y Goghor el Gigante podían servirle de escudos, pero la idea de enviar a cualquiera de ellos al frente de un ejército era tan absurda que casi hizo sonreír al anciano caballero.

—Estoy a las órdenes de su majestad.

—Nada de «majestad» —se quejó el senescal—. Ese es el estilo de Poniente. Su magnificencia, su esplendor, su adoración.

« “Su vanidad” sería más apropiado» .

—Como digáis.

—Entonces, hemos terminado. —Reznak se humedeció los labios. En aquella ocasión, la sonrisa empalagosa era una indicación para que se fuera. Ser Barristan se despidió, agradecido de dejar atrás el hedor del perfume del senescal.

« Los hombres deberían oler a sudor, no a flores» .

La Gran Pirámide de Meereen media trescientas varas de la base a la cima. Las habitaciones del senescal estaban en la segunda planta; los aposentos de la reina, igual que los suyos, ocupaban el nivel superior.

« Una subida muy larga para un hombre de mi edad —pensó ser Barristan al llegar a la escalera. Antes recorría ese camino cinco o seis veces al día, al servicio de la reina, como atestiguaba el dolor que sentía en las rodillas y la espalda—. Llegará el día en que ya no pueda enfrentarme a estos escalones, y me temo que pronto. —Antes de ese día debía contar con unos cuantos muchachos preparados para ocupar su lugar al lado de la reina—. Yo mismo los nombraré caballeros cuando sean dignos, y entregaré a cada uno un caballo y unas espuelas de oro» .

En los aposentos de Daenerys reinaban la calma y el silencio. Hizdahr no se había instalado en ellos; había preferido establecer sus habitaciones en lo más

profundo de la Gran Pirámide, rodeado por todas partes de sólidas paredes de ladrillo. Mezzara, Mıldaz, Qezza y el resto de los jóvenes coperos de la reina, que en realidad eran rehenes, aunque tanto Selmy como la reina les habían cobrado tanto afecto que les costaba pensar en ellos como tales, se habían trasladado con el rey, mientras que Irri y Jhiqui habían vuelto con los demás dothrakis. Solo quedaba Missandei, un pequeño fantasma desamparado que vagaba por los aposentos de la reina, en la cúspide de la pirámide.

Ser Barristan salió a la terraza. El cielo de Meereen tenía el color de la piel de un cadáver, pálido, blanquecino y opresivo; una masa interminable de nubes que abarcaba todo el horizonte, una muralla que ocultaba el sol. Nadie contemplaría su puesta ese día, igual que nadie lo había visto salir. La noche sería calurosa, una noche sofocante, húmeda, bochornosa, sin una brizna de aire. Amenazaba lluvia desde hacía tres días, aunque no había caído ni una gota.

«La lluvia sería un alivio; ayudaría a limpiar la ciudad».

Desde allí alcanzaba a ver cuatro pirámides menores, la muralla occidental de la ciudad y los campamentos yunkios levantados a orillas de la bahía de los Esclavos, donde una gruesa columna de humo grasiendo se elevaba, retorciéndose como una serpiente monstruosa.

«Los yunkios están quemando a sus muertos —comprendió—. La yegua clara galopa por los campamentos de asedio. —Pese a todos los esfuerzos de la reina, la enfermedad se había extendido, dentro y fuera de la muralla. Los mercados de Meereen estaban cerrados; las calles, desiertas. El rey Hizdahr había permitido que las arenas de combate continuasen abiertas, pero la asistencia era escasa. Incluso se decía que los meereenos habían empezado a rehuir el templo de las Gracias—. Los esclavistas también le echarán a Daenerys la culpa de eso —supuso con amargura. Casi podía oír los cuchicheos: grandes amos, hijos de la arpía, yunkios; todos corriendo la voz de que su reina había muerto. Así lo creía media ciudad, aunque de momento nadie tenía valor para decirlo en voz alta—. Pero no tardarán».

«¿Adónde han ido a parar todos estos años? —Ser Barristan se sentía terriblemente viejo y cansado. Últimamente, cuando se agachaba a beber en un estanque tranquilo, el rostro de un desconocido lo miraba desde el fondo. ¿Cuándo le habían salido aquellas patas de gallo alrededor de los ojos azul claro? ¿Cuánto hacía que su pelo había dejado de ser como la luz del sol para convertirse en nieve?—. Años, viejo. Décadas».

Sin embargo, tenía la impresión de que acababan de armarlo caballero, después del torneo de Desembarco del Rey. Aún recordaba el roce de la espada de Aegon en el hombro, ligero como el beso de una doncella. Le temblaba la voz cuando pronunció los votos. En el banquete de aquella noche había comido costillas de jabalí al estilo dorniense, con guindillas dragón, tan picantes que le quemaron la boca. Cuarenta y siete años después, el sabor perduraba en su

memoria, pero no habría sabido decir qué había cenado diez días atrás aunque los Siete Reinos dependiesen de ello.

« Seguro que perro cocido o alguna guarería por el estilo» .

Selmy reflexionó, y no por primera vez, sobre los caprichos del destino que lo habían llevado a aquel lugar. Él era un caballero de Poniente, un hombre de las tierras de la tormenta y de las Marcas de Dorne; su lugar estaba en los Siete Reinos, no allí, en la sofocante orilla de la bahía de los Esclavos.

« Vine para llevar a Daenerys a casa. —Pero la había perdido, igual que a su padre y a su hermano—. Hasta a Robert; a él también le fallé» . A lo mejor, Hizdahr era más sensato de lo que parecía.

« Hace diez años habría intuido qué se proponía Daenerys; hace diez años habría sido lo bastante rápido para detenerla. —Sin embargo, se había quedado ofuscado cuando Daenerys saltó a la liza; la había llamado a gritos y había atravesado inútilmente la arena escarlatina en pos de ella—. Me he vuelto viejo y lento. —No le extrañaba que Naharis se burlara de él y lo llamase “ser Abuelo”—. De haber estado Daario junto a la reina, ¿habría sido más rápido?» . Selmy creía conocer la respuesta, aunque no lo complacía.

Esa noche había vuelto a soñar con ello: Belwas, de rodillas, vomitaba bilis y sangre; Hizdahr espoleaba a los aspirantes a matadragones; hombres y mujeres huían presas del pánico, peleaban en las escaleras y se atropellaban entre gritos y alardos. Y Daenerys...

« Tenía el cabello en llamas. Llevaba el látigo en la mano y gritaba; de pronto, se había encaramado al dragón y estaba volando» . Le escocían los ojos por la arena que había levantado Drogon al alzar el vuelo, pero a través del velo de lágrimas pudo ver a la bestia alejarse del reñidero, con las enormes alas negras golpeando los hombros de los guerreros de bronce que guardaban las puertas.

Del resto se había enterado más adelante: la gente se había agolpado al otro lado de las puertas; los caballos, enloquecidos por el olor del dragón, se encabritaron y arremetieron contra la muchedumbre con los cascos herrados; volcaron palanquines y tenderetes de comida sin distinción, y derribaron y atropellaron a los viandantes. Volaron lanzas, silbaron las saetas y algunas dieron en el blanco. El dragón se retorció en el aire con violencia, con las heridas humeando y la chica aferrada a la espalda. Y lanzó fuego.

Las Bestias de Bronce habían tardado lo que quedaba del día y casi toda la noche en recoger los cadáveres. El recuento definitivo fue de doscientos catorce muertos, y el triple de heridos y quemados. Para entonces, Drogon ya había abandonado la ciudad; lo habían divisado por última vez volando muy por encima del Skahazadhan, rumbo al norte. No había ni rastro de Daenerys Targaryen. Unos juraban que la habían visto caer; otros insistían en que el dragón se la había llevado para devorarla.

« Se equivocan» .

Ser Barristan no sabía nada de dragones, al margen de los cuentos que se contaban a todos los niños, pero conocía a los Targaryen. Daenerys estaba cabalgando a lomos del dragón, igual que Aegon había cabalgado a Balerion.

—Tal vez vaya volando hacia casa —caviló en voz alta.

—No —murmuró una voz baja a su espalda—. No sería capaz de hacer nada semejante. No se iría a casa sin nosotros.

—Missandei, niña. —Ser Barristan se volvió—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Poco. Una siente haberlos molestado. —Vaciló—. Skahaz mo Kandaq desea hablarlos.

—¿El Cabeza Afeitada? ¿Has hablado con él? —Imprudente, muy imprudente. La enemistad entre Skahaz y el rey era muy profunda, y la niña no era tonta; debería saberlo. Skahaz se había opuesto sin rodeos al matrimonio de la reina, y Hizdahr no lo había olvidado—. ¿Está aquí? ¿En la pirámide?

—Va y viene cuando le place.

« Sí, muy propio de él» .

—¿Quién te ha dicho que quiere hablar conmigo?

—Una bestia de bronce con máscara de búho.

« Llevaba máscara de búho cuando habló contigo, pero ahora podría ser un chacal, un tigre o un perezoso» . Ser Barristan había detestado las máscaras desde la primera vez que las vio, y nunca más que en ese momento. Los hombres de bien no tenían por qué ocultar la cara. Y el Cabeza Afeitada...

« ¿En qué estaría pensando? —Después de que Hizdahr pusiera al mando de las Bestias de Bronce a su primo Marghaz zo Loraq, Skahaz había sido nombrado guardián del río, responsable de todos los transbordadores, dragas y canales de riego de un tramo de cincuenta leguas del Skahazadhan; sin embargo, el Cabeza Afeitada había rechazado aquel “antiguo y honorable cargo”, como lo había llamado Hizdahr, y había preferido retirarse a la modesta pirámide de Kandaq —. Sin la protección de la reina, corre un gran riesgo al venir aquí» . Y si veían a ser Barristan hablando con él, las sospechas podrían salpicarlo.

El asunto le daba mala espina. Olía a engaño, a mentiras, a susurros y conspiraciones urdidos en la oscuridad, a todo aquello que confiaba en haber dejado atrás junto con la Araña, lord Meñique y los de su ralea. Barristan Selmy no era aficionado a las letras, pero había hojeado el Libro Blanco, donde se recordaban las hazañas de sus predecesores. Algunos habían sido héroes; otros, peleles, cobardes o bellacos. Casi todos habían sido simples hombres: más fuertes y rápidos que la mayoría, más hábiles con la espada y el escudo, y no obstante, presas del orgullo, la ambición, la lujuria, el amor, la ira, los celos, la codicia, el hambre de poder y los demás defectos que aquejaban al común de los mortales. Los mejores habían superado sus debilidades, cumplido con su deber y muerto con la espada en la mano. Los peores...

« Los peores eran los que jugaban al juego de tronos» .

—¿Puedes localizar al búho? —pidió a Missandei.

—Una puede intentarlo.

—Dile que hablaré con... nuestro amigo al anochecer, en los establos. —La puerta principal de la pirámide se cerraba y atrancaba al ocaso; a esa hora no habría nadie con los caballos—. Asegúrate de que se trata del mismo búho. —No sería conveniente que el asunto llegara a oídos de la bestia de bronce incorrecta.

—Una comprende. —Missandei hizo ademán de irse, pero se detuvo un instante—. Se comenta que los yunkios han rodeado la ciudad de escorpiones, para disparar dardos de hierro al cielo si Drogon regresa.

—No es tan fácil matar a un dragón en pleno vuelo. —Ser Barristan también lo había oído—. En Poniente, muchos intentaron abatir a Aegon y sus hermanas. Nadie lo consiguió.

Missandei asintió. Resultaba difícil saber si la había tranquilizado.

—¿Creéis que la encontrarán? La pradera es muy extensa, y los dragones no dejan rastro en el cielo.

—Aggo y Rakharo son la sangre de su sangre... y quién conoce el mar dothraki mejor que los dothrakis? —Le dio un apretón en el hombro—. Si es posible encontrarla, la encontrarán. —« Si es que sigue viva» . Por la pradera merodeaban otros khals, señores de los caballos con khalasars de decenas de miles de guerreros, pero no creyó conveniente mencionarlo—. Sé en cuánta estima la tienes. La mantendré a salvo, lo juro. —Esas palabras parecieron reconfortar a la niña.

« Las palabras son aire —se dijo ser Barristan—. ¿Cómo voy a proteger a la reina si no estoy a su lado?» .

Barristan Selmy había conocido muchos reyes. Había nacido durante el turbulento reinado de Aegon el Improbable, tan querido por el pueblo; él lo había armado caballero. Su hijo Jaehaerys le había otorgado la capa blanca cuando tenía veintitrés años, después de que matara a Maelys el Monstruoso en la guerra de los Reyes Nuevepeniques. Era la misma capa que llevaba cuando, junto al Trono de Hierro, veía cómo la locura consumía a Aerys, el hijo de Jaehaerys.

« Estaba allí; lo veía y lo oía, y aun así no hice nada» .

Pero no, eso no era justo: había cumplido con su deber. A veces, por la noche, ser Barristan se preguntaba si no lo habría cumplido demasiado bien. Había pronunciado sus votos ante los ojos de los dioses y los hombres; no podía romperlos sin mancillar su honor..., aunque durante los últimos años del reinado de Aerys se fue haciendo cada vez más difícil mantenerlos. Había visto cosas cuyo recuerdo le dolía, y más de una vez se preguntaba cuánta de esa sangre se había derramado por su causa. Si no hubiese irrumpido en el Valle Oscuro para rescatar a Aerys de las mazmorras de lord Darklyn, podría haber muerto mientras Tywin Lannister saqueaba la ciudad. El príncipe Rhaegar habría

ascendido al trono y quizá hubiera curado las heridas del reino. Pese a que el Valle Oscuro había sido su momento más glorioso, el recuerdo le dejaba un sabor amargo; pero eran los fracasos lo que lo atormentaba por las noches.

«Jaehaerys, Aerys, Robert. Tres reyes muertos. Rhaegar, que habría sido mejor rey que ninguno de ellos. La princesa Elia y sus hijos: Aegon, que tan solo era un niño de teta; Rhaenys, con su gatito. —Muertos, todos ellos, mientras que él, que había jurado protegerlos, seguía con vida. Y por último Daenerys, su radiante niña reina—. No está muerta; me niego a creerlo».

La tarde le proporcionó un breve respiro de sus dudas. La pasó en la sala de entrenamiento del tercer nivel de la pirámide, trabajando con los chicos, instruyéndolos en el arte de la espada, el escudo, el caballo, la lanza... y la caballería, el código que distinguía a los caballeros de los luchadores de las arenas de combate. Daenerys necesitaría protectores de su edad cuando él no estuviera, y estaba decidido a proporcionárselos. Los jóvenes a los que aleccionaba tenían edades comprendidas entre los ocho y los veinte años. Había comenzado con más de sesenta, pero el entrenamiento había resultado demasiado riguroso para muchos de ellos. Quedaba menos de la mitad, aunque algunos prometían mucho.

«Sin rey al que proteger, ahora tendré más tiempo para prepararlos —comprendió mientras iba de una pareja a otra y las observaba atacarse con espadas embotadas y lanzas de punta romana—. Muchachos valientes. De origen humilde, sí, pero algunos se convertirán en buenos caballeros, y adoran a la reina. De no ser por ella, todos habrían acabado en las arenas de combate. El rey Hizdahr tiene a sus luchadores de reñidero, pero Daenerys tendrá caballeros».

—No bajes el escudo —decía—. Muéstrame cómo atacas. Ahora juntos. Abajo, arriba, abajo, abajo, arriba, abajo...

Más tarde, Selmy salió a la terraza de la reina con una cena frugal y se la tomó mientras contemplaba el ocaso. Sumido en el crepúsculo violáceo observó las hogueras que despertaban una tras otra en las grandes pirámides escalonadas, al tiempo que los ladrillos multicolores de Meereen se tornaban grises y luego negros. Abajo, las sombras se congregaban en calles y callejones, formando estanques y ríos. En la penumbra, la ciudad tenía un aspecto apacible, incluso estaba bonita.

«Es por la peste, no por la paz», razonó el anciano caballero mientras apuraba el vino.

No quería llamar la atención, de modo que, cuando terminó de cenar, se quitó la ropa de la corte y reemplazó la capa blanca de la Guardia de la Reina por otra de viajante, parda y con capucha, como la que llevaría cualquier hombre de la calle, aunque se quedó con la espada y el puñal.

«A fin de cuentas, puede que sea una trampa.—Confiaba poco en Hizdahr, y menos en Reznak mo Reznak. El senescal perfumado bien podía pretender

atraerlo a una reunión secreta para deshacerse de Skahaz y de él de un plumazo, acusándolos de conspirar contra el rey—. Si el Cabeza Afeitada habla de traición, no me quedará más remedio que detenerlo. Hizdahr es el consorte de mi reina, me guste o no. Mi deber es para con él, no para con Skahaz» .

—¿O no era así?

El cometido principal de la Guardia Real consistía en proteger al rey de cualquier daño o amenaza. Los caballeros blancos también juraban obedecer las órdenes del rey, guardar sus secretos, aconsejarlo cuando se lo pidiera y guardar silencio cuando no, cumplir su voluntad y defender su nombre y su honor. En rigor, era el rey quien decidía si la Guardia Real debía proteger también a otras personas, incluso las de sangre real. Algunos reyes consideraban adecuado enviar a la guardia a servir y defender a sus esposas, hijos, hermanos, tíos y primos más cercanos o menos, y a veces incluso a sus amantes, concubinas y bastardos; otros preferían utilizar a sus caballeros y soldados para tal propósito, y mantener a los Siete como guardia personal, siempre a su lado.

« Si la reina me hubiese ordenado proteger a Hizdahr, no me habría quedado más remedio que obedecer. —Pero Daenerys Targaryen no había llegado a instituir una guardia de la reina como era debido, ni había dado instrucciones respecto a su consorte—. El mundo era más sencillo cuando contaba con un lord comandante que decidía esas cuestiones por mí —reflexionó Selmy—. Ahora que el lord comandante soy yo, me resulta difícil hallar el camino correcto» .

Cuando bajó el último tramo de la escalera se encontró a solas en los pasillos iluminados por antorchas que recorrián el interior de los macizos muros de ladrillo de la pirámide. Las enormes puertas estaban cerradas y atrancadas, como esperaba. Cuatro bestias de bronce montaban guardia en el interior, y otras cuatro, al otro lado. Barristan se topó con los primeros: hombretones con máscaras de jabalí, oso, ratón y mantícora.

—Todo está tranquilo, señor —informó el oso.

—Que siga así. —Era costumbre de ser Barristan pasear por la noche para asegurarse de que la pirámide estaba bien guardada.

En las profundidades del edificio había otras cuatro bestias de bronce que custodiaban las puertas de hierro de la fosa en la que estaban encadenados Viserion y Rhaegal. La luz de las antorchas arrancaba destellos de las máscaras: mono, carnero, lobo y cocodrilo.

—¿Han comido? —inquirió ser Barristan.

—Sí, mi señor —respondió el mono—. Una oveja cada uno.

« ¿Durante cuánto tiempo les bastará con eso? » . El apetito de los dragones crecía al mismo ritmo que ellos.

Había llegado la hora de ir al encuentro del Cabeza Afeitada. Ser Barristan pasó frente a los elefantes y la yegua plateada de la reina, de camino al fondo de los establos. Un burro resolló a su paso, y unos cuantos caballos se agitaron con la

luz del farol. Por lo demás, todo estaba oscuro y en silencio.

Entonces, una sombra se desprendió de un establo vacío para convertirse en otra bestia de bronce. Llevaba una falda negra plisada, canilleras y una coraza musculada.

—¿Un gato? —preguntó Barristan Selmy al ver el bronce, bajo la capucha. Cuando el Cabeza Afeitada estaba al mando de las Bestias de Bronce mostraba preferencia por la máscara de cabeza de serpiente, imponente e intimidatoria.

—Los gatos van adonde les place —respondió la voz familiar de Skahaz mo Kandaq—. Nadie les presta atención.

—Si Hizdahr supiera que estáis aquí...

—¿Quién va a decírselo? ¿Marghaz? Marghaz se entera de lo que yo quiero. Las Bestias siguen siendo mías; no lo olvidéis. —La máscara amortiguaba la voz del Cabeza Afeitada, pero Selmy alcanzaba a oír la ira que encerraba—. Tengo al envenenador.

—¿A quién?

—Al confitero de Hizdahr. Su nombre no os diría nada; solo es un instrumento. Los Hijos de la Arpía se llevaron a su hija y juraron devolverla sana y salva cuando la reina hubiera muerto. Belwas y el dragón salvaron a Daenerys, pero nadie pudo salvar a la niña. Se la devolvieron a su padre en plena noche, en nueve trozos: uno por cada año que vivió.

—¿Por qué? —la incertidumbre lo corroía—. Los Hijos habían dejado de matar. La paz de Hizdahr...

—Es pura farsa. No desde un principio: los yunkios tenían miedo de nuestra reina, o de los Inmaculados, o de los dragones. Esta tierra ya había conocido dragones. Yurkhaz zo Yunzak lo sabía; había leído las crónicas, igual que Hizdahr. ¿Por qué no la paz? Daenerys la deseaba, eso era evidente. La buscaba con demasiado ahínco; debería haber marchado sobre Astapor. —Skahaz se le acercó—. Pero eso era antes. Todo cambió en el refugio. Daenerys, desaparecida; Yurkhaz, muerto. En lugar de un viejo león, una manada de chacales. Ese Barbasangre... no tiene ningún interés por la paz. Y aún hay más. Aún hay algo peor. Volantis ha lanzado su flota contra nosotros.

—Volantis. —Selmy notó un cosquilleo en la mano de la espada—. ¿Estáis seguro?

«Pactamos la paz con Yunkai, no con Volantis».

—Por supuesto. Los sabios amos lo saben; sus amigos, también. La Arpía, Reznak, Hizdahr. Este rey abrirá las puertas de la ciudad cuando lleguen los volantinos. Todos los libertos de Daenerys volverán a convertirse en esclavos; incluso algunos que nunca lo fueron se verán cargados de cadenas. Podéis acabar vuestros días en las arenas de combate, viejo. Khazz se comerá vuestro corazón.

—Hay que decírselo a Daenerys. —La cabeza iba a estallarle.

—Para eso habría que encontrarla. —Skahaz lo agarró del antebrazo con

dedos de hierro—. No podemos esperarla. He hablado con los Hermanos Libres, los Hombres de la Madre y los Escudos Fornidos. No confian en Loraq. Debemos deshacernos de los yunkios, pero necesitamos a los Inmaculados. Gusano Gris os escuchará; hablad con él.

—¿Con qué fin? —« Lo que propone es una traición. Una conspiración» .

—Vivir. —Tras la broncinea máscara de gato, los ojos del Cabeza Afeitada brillaban como lagos negros—. Debemos atacar antes de que lleguen los volantinos. Romper el cerco, matar a los señores esclavistas, ganarnos a sus mercenarios. Los yunkios no esperan un ataque. Tengo espías en sus campamentos: la enfermedad se extiende más cada día. La disciplina se ha venido abajo; los señores pasan más tiempo borrachos que sobrios, hartándose en banquetes, fantaseando entre sí sobre las riquezas que se repartirán cuando caiga Meereen, peleando por la supremacía. Barbásangre y el Príncipe Desharrapado se desprecian mutuamente. Nadie espera un enfrentamiento, y menos ahora. Creen que la paz de Hizdahr nos ha vuelto confiados.

—Daenerys firmó esa paz —argumentó ser Barristan—. No tenemos autoridad para romperla sin su consentimiento.

—¿Y si está muerta? —quiso saber Skahaz—. Entonces, ¿qué? Habría querido que protegiésemos su ciudad. A sus hijos.

« *Mhysa*, la llamaban todos aquellos a quienes había liberado de las cadenas» . Los libertos eran sus hijos.

—Madre. —El Cabeza Afeitada estaba en lo cierto. Daenerys quería que sus hijos estuviesen protegidos—. ¿Y qué pasa con Hizdahr? Todavía es su consorte. Su rey. Su esposo.

—Su envenenador.

« ¿Será cierto? » .

—¿Qué pruebas tenéis?

—Esa corona que lleva es prueba suficiente. El trono en el que se sienta. Abrid los ojos, viejo: eso era todo lo que necesitaba de Daenerys, todo lo que quería. Ahora que lo tiene, ¿por qué compartirlo?

« Es cierto, ¿por qué? —En el reñidero hacía mucho calor. Aún podía ver la reverberación del aire en la arena escarlata, oler la sangre que manaba de los hombres muertos para su diversión. Y podía oír a Hizdahr, insistiendo para que la reina probase las langostas con miel: “Son muy sabrosas..., dulces y picantes...”, pero él no había probado ni una. Selmy se frotó las sienes—. Nunca he jurado fidelidad a Hizdahr zo Loraq, y en cualquier caso, me ha dejado de lado, como hizo Joffrey» .

—Ese confitero... Quiero interrogarlo yo mismo. A solas.

—Ah, sí? Podéis interrogarlo como os plazca, si es vuestro deseo. —El Cabeza Afeitada se cruzó de brazos.

—Si... si lo que tiene que decir me convence..., si me uno a vos en esto...,

necesito vuestra palabra de que Hizdahr zo Loraq no sufrirá daño alguno hasta que... A no ser que podamos probar que tuvo algo que ver en esto.

—¿Por qué os preocupáis tanto por Hizdahr, viejo? Si no es la mismísima Arpía, es su primogénito.

—Lo único que sé con certeza es que se trata del consorte de la reina. Quiero vuestra palabra, o juro que os encontrareis con mi oposición.

—En tal caso, tenéis mi palabra. —La sonrisa de Skahaz era despiadada—. Hizdahr no sufrirá ningún daño hasta que se demuestre su culpa, pero cuando quede demostrada, tengo intención de matarlo con mis propias manos. Quiero sacarle las entrañas y mostrárselas antes de dejarlo morir.

« No —pensó el viejo caballero—. Si Hizdahr conspiró para asesinar a mi reina, yo mismo haré el trabajo, pero tendrá una muerte limpia y rápida. —Los dioses de Poniente estaban lejos, pero ser Barristan Selmy guardó silencio un momento para rogar a la Vieja que lo iluminase con su sabiduría—. Por los hijos —se dijo—. Por la ciudad. Por mi reina» .

—Hablaré con Gusano Gris.

EL ASPIRANTE DEL HIERRO

El *Dolor* apareció, solitario, al amanecer, con las lúgubres velas negras recortadas contra el cielo rosa claro de la mañana.

«Cincuenta y cuatro —pensó Victarion con amargura cuando lo despertaron—, y llega solo. —Maldijo para sus adentros la perversidad del Dios de la Tormenta; sentía la rabia como un nudo negro en las tripas—. ¿Dónde están mis barcos?».

Hadía zarpado de las Escudo con noventa y tres de los cien que habían llegado a componer la Flota de Hierro, una flota que no pertenecía a un solo señor, sino al Trono de Piedramar, capitaneada y tripulada por hombres de todas las islas. Eran navíos menores que los grandes dromones de las tierras verdes, sí, pero tres veces más grandes que ningún otro barcoluengo, con casco alto y contundente, perfectos para enfrentarse en batalla con los barcos del rey.

En los Peldaños de Piedra, tras el prolongado viaje a lo largo de la costa desolada y yerma de Dorne, llena de bajios y remolinos, se habían abastecido de cereales, caza y agua dulce. Allí, el *Victoria de Hierro* había capturado un barco mercante, la gran coca *Dama Noble*, que se dirigía a Antigua pasando por Puerto Gaviota, Valle Oscuro y Desembarco del Rey, con un cargamento de bacalao en salazón, grasa de ballena y arenques en escabeche. Aquella comida pasó a engrosar sus despensas. Tres cocas, una galeaza y una galera, los otros cinco trofeos que consiguieron en los estrechos de Redwyne y a lo largo de la costa dorniense elevaron el total a noventa y nueve barcos.

Noventa y nueve barcos habían zarpado de los Peldaños de Piedra en tres flamantes flotas, todas con orden de reagruparse al sur de la isla de los Cedros. Cuarenta y cinco habían llegado ya al otro extremo del mundo: veintitrés de Victarion, en grupos de tres o cuatro y algunos solos; catorce de Ralf el Cojo; tan solo nueve de los que habían zarpado con Ralf Stonehouse el Rojo, y el propio Ralf estaba entre los desaparecidos. Se habían sumado a la flota los nueve trofeos conseguidos en el mar, con lo que el número total ascendía a cincuenta y cuatro... Pero los barcos capturados eran cocas, pesqueros y barcos mercantes y esclavistas, no navíos de guerra. Cuando llegara la batalla, no sustituirían a los barcos perdidos de la Flota de Hierro.

El último en aparecer había sido el *Veneno de Doncella*, tres días atrás. La jornada anterior presenció la llegada de tres barcos juntos, procedentes del sur: la *Dama Noble*, cautiva entre el *Carroña* y el *Beso de Hierro*. Pero los dos días previos no había llegado ninguno, y antes, solo el *Jeyne Decapitada* y el *Témor*, y habían pasado otros dos días de mares desiertos y cielos sin nubes antes de que apareciera Ralf el Cojo con lo que quedaba de su flota: el *Lord Quellon*, el *Viuda Blanca*, el *Lamento*, el *Pesar*, el *Leviatán*, el *Dama de Hierro*, el *Viento del*

Cosechador y el *Martillo de Guerra*, seguidos de seis barcos, dos de ellos tan dañados por la tormenta que llegaron a remolque.

—Tormentas —masculló Ralf el Cojo cuando consiguió llegar hasta Victarion —. Tres tormentas de las fuertes, y entre una y otra, los peores vientos: vientos rojos de Valyria que oían a ceniza y a azufre, y vientos negros que nos empujaron hacia esa costa asolada. Esta expedición estaba maldita desde el principio. Ojo de Cuervo te tiene miedo. Si no, ¿por qué te manda tan lejos? Lo que quiere es que no volvamos.

A Victarion se le había pasado lo mismo por la cabeza cuando se tropezó con la primera tormenta a una singladura de la Antigua Volantis.

« Los dioses aborrecen a todo aquel que mata a la sangre de su sangre — meditó —. De lo contrario, Euron Ojo de Cuervo ya habría muerto a mis manos una docena de veces. —Mientras el mar se embravecía a su alrededor y la cubierta subía y bajaba bruscamente bajo sus pies, había visto al *Festín de Dragón* y al *Marea Roja* chocar con tal fuerza que ambos saltaron en astillas—. Es obra de mi hermano», pensó. Fueron los dos primeros barcos que perdió de su tercio de la flota, pero no los últimos.

Su reacción fue abofetear al Cojo, dos veces.

—La primera es por los barcos que has perdido, y la segunda, por hablar de maldiciones. Como vuelvas a pronunciar esa palabra, te clavo la lengua al mástil. Ojo de Cuervo no es el único que sabe dejar muda a la gente. —El dolor de la mano izquierda hizo que sus palabras sonaran más bruscas de lo que pretendía, pero hablaba en serio—. Vendrán más barcos. Las tormentas han terminado por ahora, y tendré mi flota.

Un mono subido a un mástil chilló despectivo, casi como si percibiera su frustración.

« Bicho escandaloso». Le entraron ganas de mandar a un hombre a cazarlo, pero al parecer, a los monos les encantaba aquel juego, y ya habían demostrado que eran más ágiles que los tripulantes. Pero los chillidos le retumbaban en los oídos y subrayaban el dolor de la mano.

—Cincuenta y cuatro —gruñó.

Para un viaje tan largo, conservar toda la Flota de Hierro era mucho esperar, pero el Dios Ahogado podría haberles concedido al menos setenta u ochenta naves.

« Ojalá nos acompañara Pelomojado o algún otro sacerdote. —Victarion había hecho un sacrificio antes de zarpar y otro en los Peldaños de Piedra, al dividir la flota en tres; pero tal vez se hubiera equivocado de oraciones—. O eso, o el Dios Ahogado no tiene ningún poder aquí». Cada vez tenía más miedo de haberse aventurado demasiado lejos, en mares extraños con dioses desconocidos... Pero las dudas de aquella clase solo se las confiaba a la mujer de piel oscura, que no tenía lengua con que repetirlas.

Cuando divisaron el *Dolor*, Victarion hizo llamar a Wulfe Una Oreja.

—Quiero hablar con el Cobaya. Díselo a Ralf el Cojo, a Tom Sin Sangre y al Pastor Negro. Hay que convocar a todas las partidas de caza; los campamentos de la orilla se levantarán en cuanto amanezca. Que carguen con tanta fruta como puedan y traigan los jabalies a bordo; iremos matándolos a medida que sea necesario. El *Tiburón* se quedará aquí para informar de nuestro destino a los rezagados. —De todos modos, tenían que hacer reparaciones de envergadura en el barco, que las tormentas habían dejado convertido en un cascarón. Con eso, su número se reduciría a cincuenta y tres, pero no había otra solución—. La flota zarpará mañana, con la marea de la tarde.

—Como ordenes, lord capitán, pero si esperamos un día más, puede llegar otro barco.

—Sí, y si esperamos diez días, pueden llegar diez, o ninguno. Ya hemos perdido demasiado tiempo por si avistábamos más velas. La victoria será más dulce cuanto más reducida sea la flota con que la consigamos. —«Y tengo que llegar a la reina dragón antes que los volantinos» .

En Volantis había visto cómo se aprovisionaban las galeras. La ciudad entera parecía ebria: marineros, soldados y caldereros bailaban por las calles con nobles y con gordos mercaderes, y en todas las tabernas y posadas se bebía a la salud de los nuevos triarcas. No se hablaba más que del oro, las piedras preciosas y los esclavos que inundarían Volantis en cuanto mataran a la reina dragón. Victarion Greyjoy no tenía el menor deseo de soportar otro día más de informes por el estilo: pagó el precio del oro por las provisiones y el agua, pese a lo humillante que le resultó, y volvió a hacerse a la mar.

Las tormentas habrían dispersado y retrasado a los volantinos tanto como a ellos. Si la fortuna les era propicia, muchos de sus navíos de guerra estarían hundidos o embarrancados. Pero no todos; no había dios tan generoso, y las galeras verdes que hubieran sobrevivido podían estar ya rodeando Valyria.

«Virarán hacia el norte, hacia Meereen y Yunkai; grandes dromones de guerra llenos de soldados esclavos. Si el Dios de la Tormenta los protegió, a estas alturas pueden estar ya en el golfo de las Penas». Sus aliados ya habían llegado a Meereen: yunkios, astaporis, hombres del Nuevo Ghis, Qarth, Tolos y de Diós sabe cuántos sitios más, hasta los navíos de guerra de Meereen que habían conseguido salir de la ciudad antes de que cayera. Y para enfrentarse a ellos, Victarion contaba con cincuenta y cuatro barcoluengos, cincuenta y tres descontando el *Tiburón*.

Ojo de Cuervo había recorrido medio mundo, robando y saqueando desde Qarth hasta Árboles Altos y atracando en puertos malditos más allá de los cuales solo se aventurarian los locos. Euron se había atrevido hasta con el mar Humeante y había vivido para contarla.

«Y todo eso con un solo barco; si él puede burlar a los dioses, yo también» .

—A la orden, capitán —dijo Wulfe Una Oreja. No era ni la mitad de hombre que Nute el Barbero, pero Ojo de Cuervo le había arrebatado a Nute: al nombrarlo señor del Escudo de Roble se había granjeado la lealtad de la mano derecha de Victarion—. ¡Rumbo a Meereen!

—¿Adónde, si no? Allí es donde me aguarda la reina dragón.

« La mujer más bella del mundo, si mi hermano es digno de crédito. Tiene el cabello de oro y plata y los ojos de amatista. —¡Era demasiado esperar que Euron hubiera dicho la verdad por una vez!—. Puede. —Lo más probable era que se tratara de una mujer normal, con la cara picada de viruelas y las tetas caídas hasta las rodillas, y sus “dragones”, vulgares lagartos tatuados de los pantanos de Sothoryos—. Pero si es como dice Euron... —Habían oído comentarios sobre la belleza de Daenerys Targaryen de labios de piratas de los Peldaños de Piedra y obesos mercaderes de la Antigua Volantis. Tal vez dijieran la verdad. Y Euron no la había elegido para Victarion; la quería para sí—. Me manda como a un criado, a buscársela. ¡Cómo aullará cuando se entere de que me la quedo!». Que los hombres murmuraran; habían llegado muy lejos y habían perdido demasiado para que Victarion virase de vuelta al oeste sin su trofeo. El capitán del hierro apretó el puño sano.

—Encárgate de que se cumplan mis órdenes. Y busca al maestre, que no sé dónde se ha metido, para que venga a mi camarote.

Wulfe asintió y se alejó cojeando. Victarion Greyjoy se volvió hacia la proa y recorrió su flota con la mirada. Los barcoluengos poblaban el mar, con las velas plegadas y los remos fuera del agua, anclados o varados en la playa de arena blanca.

« La isla de los Cedros» . ¿Dónde estaban los cedros? Por lo visto, el agua los había cubierto hacia cuatro siglos. Victarion había bajado a la orilla una docena de veces para cazar, y aún no había visto el primer cedro.

El afeminado maestre con que los había cargado Euron en Poniente decía que aquel lugar se había llamado en otros tiempos la isla de las Cien Batallas, pero los hombres que habían luchado en ellas se habían convertido en polvo muchos siglos atrás.

« La isla de los Monos sería mejor nombre. —También había jabalíes, más grandes y negros que ningún otro que los hijos del hierro hubieran visto jamás, y montones de jabatos que chillaban entre los arbustos. Eran criaturas osadas que no temían al hombre—. Pero ya están aprendiendo» . Las despensas de la Flota de Hierro se habían llenado de jamones ahumados, jabalí en salazón y tiras de tocino.

Pero los monos eran una verdadera plaga. Victarion había prohibido a sus hombres que subieran a bordo a aquellas criaturas demoniacas, pero la mitad de su flota estaba infestada de ellas, incluido el *Victoria de Hierro*. En aquel mismo instante había unos cuantos saltando de mástil en mástil, de barco en barco.

« Ojalá tuviera una ballesta» .

A Victarion no le gustaba aquel mar; no le gustaban aquellos interminables cielos sin nubes ni el sol abrasador que calentaba la cubierta de los barcos hasta que les quemaba los pies descalzos. No le gustaban aquellas tormentas que parecían surgir de la nada. Los mares que rodeaban Pyke eran tormentosos, pero allí, al menos, las tormentas se podían oler antes de que llegaran. Las sureñas eran más imprevisibles que las mujeres. Hasta el color de las aguas era extraño, de un turquesa deslumbrante cerca de la orilla, y mar adentro, de un azul tan oscuro que casi parecía negro. Victarion añoraba las aguas grises verdosas de su tierra, con sus corrientes y sus olas de cresta blanca.

Tampoco le gustaba la isla de los Cedros. Había buena caza, pero los bosques eran demasiado verdes y tranquilos, llenos de árboles retorcidos y extrañas flores de colores vivos que nadie había visto nunca, y entre las ruinas de los palacios y las estatuas de la ciudad inundada de Velos, media legua al norte del lugar donde estaba anclada la flota, acechaban horrores indescriptibles. La última vez que había pasado una noche en la orilla había tenido sueños sombríos y angustiosos, y al despertar tenía la boca llena de sangre. El maestre le dijo que se había mordido la lengua mientras dormía, pero él lo interpretó como una señal del Dios Ahogado, una advertencia de que, si se quedaba allí demasiado tiempo, se ahogaría en su propia sangre.

Según se decía, el día en que la Maldición cayó sobre Valyria, una muralla de agua de cien varas de altura se precipitó sobre la isla y ahogó a cientos de miles de hombres, mujeres y niños, sin que quedara nadie para contarlos, salvo algunos pescadores que estaban en sus barcos y un puñado de lanceros velosios apostados en una torre de piedra, en el monte más alto de la isla, que vieron como las colinas y valles se transformaban en un mar asesino. La hermosa Velos, con sus palacios de cedro y mármol rosado, desapareció en un instante. En el cabo norte de la isla, los muros de ladrillo y las pirámides escalonadas del puerto esclavista de Ghozai sufrieron el mismo destino.

« Con tanta gente como se ahogó, el Dios Ahogado debe de ser muy fuerte aquí —pensaba cuando eligió la isla como punto de reunión para las tres partes de su flota. Pero no era sacerdote; tal vez lo hubiera interpretado todo al revés. Tal vez el Dios Ahogado hubiera destruido la isla en un arranque de cólera. Su hermano Aeron lo habría sabido, pero se encontraba en las islas del Hierro, predicando contra Ojo de Cuervo y su mandato—. Un hombre sin dios no puede sentarse en el Trono de Piedramar» . Pero los capitanes y reyes habían alzado la voz por Euron en la asamblea de sucesión; lo habían preferido a Victarion y a otros hombres píos.

El sol de la mañana arrancaba del agua destellos tan brillantes que hacían daño a los ojos. A Victarion empezaba a dolerle la cabeza, aunque no sabía si era por el sol, por la mano o quizás por las dudas que lo acuciaban. Bajó a su

camarote, más fresco y resguardado del sol, donde la mujer de piel oscura sabía lo que quería sin que tuviera que decírselo. Se acomodó en la silla, y ella humedeció un paño en la jofaina y se lo puso en la frente.

—Bien —dijo—. Bien. Ahora, la mano.

La mujer de piel oscura no respondió: Euron le había cortado la lengua antes de entregársela. A Victarion no le cabía duda de que Ojo de Cuervo se había acostado con ella, también; era el estilo de su hermano.

« Los regalos de Euron están envenenados —se había dicho el día que la mujer subió a bordo—. No quiero sus sobras». En aquel momento había tomado la decisión de degollarla y echarla al mar, como sacrificio de sangre para el Dios Ahogado, pero había ido dejando pasar la ocasión.

Desde entonces habían ocurrido muchas cosas. Victarion hablaba con la mujer de piel oscura, que nunca intentaba responder.

—El *Dolor* es el último —le dijo mientras le quitaba el guante—. Los demás se han perdido, o se han ido a pique, o llegan demasiado tarde. —Hizo un gesto de dolor cuando la mujer pasó la punta del cuchillo bajo el lino sucio de la venda que le envolvía la mano del escudo—. Hay quien dice que no debí dividir la flota. Serán imbéciles. Teníamos noventa y nueve barcos, una bestia demasiado pesada para cruzar los mares con ella hasta el otro extremo del mundo. Si hubiera mantenido los barcos juntos, los más rápidos serían rehenes de los más lentos. Además, ¿dónde conseguiríamos provisiones para tantas bocas? No hay puerto que quiera ver tantos navíos de guerra juntos en sus aguas. De todos modos, las tormentas nos habrían dispersado como hojas al viento por todo el mar del Verano.

Lo que había hecho era dividir la gran flota en escuadrones y enviarlos por rutas diferentes hacia la bahía de los Esclavos. Puso los barcos más rápidos bajo el mando de Ralf Stonehouse el Rojo, que seguiría la ruta de los corsarios por la costa norte de Sothoryos. Cualquier marinero sabía que convenía esquivar las ciudades muertas y putrefactas de aquella orilla bochornosa, pero en los pueblos de barro y sangre de las islas del Basilisco, habitadas por esclavos fugados, esclavistas, desolladores, prostitutas, cazadores, mestizos y otra chusma, aquellos que no temieran pagar el precio del hierro siempre podían hacerse con provisiones.

Los navíos más grandes, pesados y lentos fueron hacia Lys para vender a los prisioneros que habían tomado en las Escudo, a las mujeres y niños de Aldea de Lord Hewett y a los hombres que optaron por rendirse en lugar de morir. Victarion los despreciaba por su debilidad, pero venderlos le dejaba mal sabor de boca. Estaba bien capturar a un hombre como siervo o a una mujer como esposa de sal, pero los seres humanos no eran cabras ni gallinas que se pudieran cambiar por oro. Por eso encargó la transacción a Ralf el Cojo, que utilizaría el dinero para cargar los enormes barcos con provisiones para la larga y lenta travesía

hacia el este por la ruta esclavista.

Sus naves recorrieron la costa de las Tierras de la Discordia para aprovisionarse de comida, vino y agua en Volantis antes de virar hacia el sur rodeando Valyria. Era la ruta más habitual hacia el este, y también la más concurrida, en la que encontrarían trofeos que capturar e islotes donde refugiarse en caso de tormenta, hacer reparaciones y, de ser necesario, llenar las bodegas.

—Cincuenta y cuatro barcos son muy pocos —le dijo a la mujer de piel oscura—, pero no puedo esperar más. La única manera... —Dejó escapar un gruñido cuando ella retiró la venda, llevándose también la costra. La carne que quedó al descubierto estaba verde y negruzca por donde la había cortado la espada—. Solo conseguiremos lo que queremos si cogemos a los esclavistas por sorpresa, como hice en Lannisport. Entrar por mar, acabar con ellos, capturar a la chica y poner rumbo a casa antes de que los volantinos nos caigan encima. —Victarion no era ningún cobarde, pero tampoco era ningún idiota; con cincuenta y cuatro barcos no podría vencer a trescientos—. Será mi esposa, y tú serás su doncella. —Una doncella sin lengua no divulgaría ningún secreto.

Habría seguido hablando, pero en aquel momento llegó el maestre, que golpeó la puerta del camarote con la timidez de un ratoncillo.

—¡Adelante! —respondió Victarion—. Y atranca la puerta. Ya sabes por qué estás aquí.

—Lord capitán. —Además de comportarse como un ratón, también lo parecía, con su túnica gris y su bigotito pardo. «¿Pensará que le da un aspecto más varonil?». Se llamaba Kerwin y, para colmo, era muy joven; tenía unos veintidós años—. ¿Me permitís que os vea esa mano?

«Qué pregunta más idiota». Los maestres resultaban útiles, pero el tal Kerwin solo le inspiraba desprecio. De mejillas sonrosadas y lampiñas, manos tiernas y rizos castaños, era más femenino que la mayoría de las mujeres. Cuando llegó a bordo del *Victoria del Hierro* lucía también una sonrisita afectada, pero una noche, en los Peldaños de Piedra, sonrió a quien no debía y Burton Humble le saltó cuatro dientes. Poco más adelante, Kerwin fue a quejarse al capitán de que cuatro miembros de la tripulación lo habían arrastrado a las bodegas y lo habían usado como a una mujer.

—Esto sirve para poner fin a esas cosas —le había respondido Victarion al tiempo que dejaba un puñal en la mesa, entre ellos. Kerwin lo había cogido, probablemente para no hacerlo enfadar, pero no había llegado a utilizarlo.

—Aquí tienes la mano. Mírala cuanto quieras.

El maestre Kerwin se dejó caer sobre una rodilla para inspeccionar la herida, y hasta la oloisqueó como si fuera un perro.

—Hay que sacar el pus otra vez. Y este color... El corte no se está curando, lord capitán. Puede que tenga que amputaros la mano. —No era la primera vez que lo comentaba.

—Si me cortas la mano, te mato. Pero antes te ataré a la baranda y pondré tu culo al servicio de toda la tripulación. Empieza de una vez.

—Va a doleros.

—Todo duele. —« La vida es dolor, idiota. Solo hay alegría en las estancias acusosas del Dios Ahogado» —. Adelante.

El muchacho, pues costaba considerar hombre a un ser tan suave y rosado, puso el filo del puñal en la palma de la mano del capitán y rajó. El pus que brotó era espeso y amarillo como la leche agriada. La mujer de piel oscura frunció la nariz; el maestre sufrió arcadas, y hasta al propio Victarion se le revolvió el estómago.

—Corta más hondo. Sácalo todo. Quiero ver sangre.

El maestre Kerwin hundió más el puñal, hasta que brotó sangre junto con el pus, una sangre tan oscura que parecía negra a la luz de la lámpara.

La sangre era buena señal, y Victarion soltó un gruñido de aprobación. No parpadeó mientras el maestre manipulaba, apretaba y limpiaba el pus con paños de tela suave hervidos en vinagre. Cuando terminó, el agua limpia de la jofaina era un caldo repulsivo que daba ganas de vomitar.

—Saca de aquí esa mierda. —Victarion señaló con un gesto a la mujer de piel oscura—. Ella puede vendarme la mano.

Aunque el chico se llevó el agua sucia, el hedor no desapareció. En los últimos días estaba siempre presente. El maestre decía que sería mejor drenar la herida en la cubierta, con aire fresco y luz, pero Victarion se negaba; no podía permitir que la tripulación viera aquello. Estaban a medio mundo de su hogar, demasiado lejos para permitir que vieran que su capitán del hierro se estaba oxidando.

La mano izquierda seguía doliéndole con un dolor sordo, persistente. Cuando apretó el puño, el dolor se tornó tan agudo como si se le clavara un cuchillo.

« No, no es un cuchillo, es una espada larga. Una espada larga esgrimida por un fantasma. —Se llamaba Serry, un caballero destinado a heredar el Escudo del Sur—. Lo maté, pero él sigue clavándome su espada desde la tumba. Desde el corazón del infierno al que lo mandé, me hinca el acero en la mano y lo retuerce» .

Victarion recordaba la lucha como si hubiera sucedido el día anterior. Su escudo era un montón de astillas inservibles que le colgaba del brazo, de modo que, cuando la espada larga de Serry descendió hacia él, tuvo que alzar la mano para detenerla. El mozalbete era más fuerte de lo que parecía, y la hoja atravesó las escamas de acero del guantelete, así como el guante acolchado, para enterrarse en la palma de la mano. « Un arañazo de gatito» , se había dicho Victarion en aquel momento. Se limpió el corte, se lo curó con vinagre hervido, se lo vendó y no volvió a pensar en él, dando por hecho que el dolor amainaría y la mano se curaría sola con el tiempo.

Pero la herida se había infectado tanto que Victarion llegó a pensar que la espada de Serry estaba envenenada. ¿Por qué, si no, el corte se resistía a cerrarse? La sola idea lo enfurecía: un hombre de verdad no mataba con veneno. En Foso Cailin, los demonios de los pantanos disparaban flechas envenenadas contra sus hombres, pero ¿qué otra cosa cabía esperar de criaturas tan degeneradas? Serry, en cambio, era caballero y de alta cuna. El veneno era cosa de cobardes, mujeres y dornienses.

—Y si no fue Serry, entonces, ¿quién? —preguntó a la mujer de piel oscura —. ¿Me lo está haciendo ese ratón que tengo por maestre? Los maestres conocen hechizos y otros trucos; tal vez me esté envenenando para que le deje cortarme la mano. —Cuanto más lo pensaba, más probable le parecía—. Fue Ojo de Cuervo quien lo puso a mi servicio. —Euron había sacado a Kerwin del Escudo Verde, donde cuidaba los cuervos e instruía a los hijos de lord Chester para..., o quizás fuera al revés. ¡Y cómo chillaba el ratón cuando un mudo de Euron lo llevó a bordo del *Victoria del Hierro*, arrastrándolo por la cadena del cuello que tan útil resultó en ese momento!—. Si es su venganza, se equivoca conmigo. Euron fue quien se empecinó en que me lo llevara, porque no le parecía fiable como encargado de los cuervos. —Su hermano también le había dado tres jaulas de cuervos para que Kerwin pudiera enviar noticias sobre el viaje, pero Victarion le había prohibido soltarlos. « Que Ojo de Cuervo se muera de impaciencia» .

La mujer de piel oscura estaba poniéndole vendas limpias, y ya había dado seis vueltas a la mano con la tira de tela cuando Longwater Pyke llamó a la puerta para decirle que el capitán del *Dolor* acababa de subir a bordo con un prisionero.

—Dice que nos trae un mago, capitán; que lo ha pescado en el mar.

—¿Un mago? —Acaso el Dios Ahogado le enviaba un regalo allí, al otro lado del mundo? Su hermano Aeron lo habría sabido con certeza, pero Aeron había visto la majestad de las estancias acuosas del Dios Ahogado, en el fondo del mar, antes de volver a la vida. Victarion albergaba un sano temor hacia el dios, igual que todos sus hombres, pero la verdadera fe la depositaba en el acero. Flexionó la mano herida y, con una mueca, se puso el guante y se levantó—. Veamos a ese mago.

El señor del *Dolor* estaba esperando en la cubierta. Era un hombrecillo menudo, tan peludo como feo. Su nombre era Sparr, pero todos los que servían a sus órdenes lo llamaban Cobaya.

—Lord capitán —dijo cuando vio a Victarion—, este es Morroqo, un regalo que nos manda el Dios Ahogado.

El mago era un verdadero monstruo, tan alto como el propio Victarion y el doble de ancho, con una barriga como una roca y una mata enmarañada de pelo blanco que le crecía por toda la cabeza como la melena de un león. Tenía la piel negra; no del marrón de los isleños del verano que navegaban en sus naves cisne,

ni del pardo rojizo de los señores dothrakis de los caballos, ni como la hulla terrosa de la mujer de piel oscura, sino negra. Más negra que el carbón, más negra que el azabache, más negra que el ala de un cuervo.

«Quemado —pensó Victarion—, como si lo hubieran asado sobre las llamas hasta que la carne se abrasara y se le cayera de los huesos. —Los fuegos que lo habían carbonizado le bañaban todavía en la frente y en las mejillas; los ojos del hombre miraban a través de un antifaz de llamas inmóviles—. Tatuajes de esclavo —identificó el capitán—. La marca del mal».

—Lo encontramos agarrado a los restos de un mástil —comentó el Cobaya—. Después de que su barco se hundiera, pasó diez días en el agua.

—Si se hubiera pasado diez días en el agua, habría muerto o habría enloquecido por beber agua salada. —El agua salada era sagrada. Aeron Pelomojado y los otros sacerdotes bendecían a los demás con ella y podían beber un sorbo de cuando en cuando para apuntalar su fe, pero ningún mortal la bebía durante días y vivía para contarlos—. ¿Dices que eres hechicero? —preguntó al prisionero.

—No, capitán —respondió el negro en la lengua común. Tenía una voz tan grave que parecía salir del fondo del mar—. Solo soy un humilde esclavo de R'hllor, el Señor de Luz.

«R'hllor. Un sacerdote rojo». Victarion los había visto en ciudades extranjeras, siempre junto a sus fuegos sagrados, pero vestían suntuosas túnicas rojas de seda, terciopelo o buena lana. Aquel llevaba harapos des coloridos y llenos de salitre que se le pegaban al torso y a las fuertes piernas. El capitán los examinó más de cerca y le pareció que podrían haber sido rojos.

—Un sacerdote rosa —anunció Victarion.

—Un sacerdote del demonio. —Wulfe Una Oreja escupió.

—A lo mejor se le prendió la túnica y por eso saltó al mar —sugirió Longwater Pyke, lo que provocó una carcajada general. Hasta los monos parecían divertirse, chillando sobre ellos. Uno lanzó contra la cubierta un puñado de excrementos.

Victarion Greyjoy desconfiaba de la risa; las carcajadas siempre le dejaban la sensación de que había algún aspecto de la broma que se le escapaba. Euron Ojo de Cuervo acostumbraba a burlarse de él cuando eran niños, igual que Aeron antes de convertirse en Pelomojado. Sus mofas solían ir disfrazadas de alabanzas, y a veces, Victarion no se daba cuenta de que estaban burlándose de él hasta que oía las risotadas. Entonces llegaba la rabia, que le subía hirviendo desde el fondo de la garganta hasta que tenía la impresión de que su sabor iba a ahogarlo. Era la misma sensación que le provocaban los monos. Sus piruetas no consiguieron nunca dibujar una sonrisa en la cara del capitán, por más que la tripulación aplaudiera y silbara.

—Vamos a mandarlo con el Dios Ahogado antes de que nos lance una

maldición —propuso Burton Humble.

—¿Un barco se hunde y solo queda él entre los restos? —aportó Wulfe Una Oreja—. ¿Dónde está la tripulación? ¿Acaso invocó a demonios que la devoraron? ¿Qué le pasó a su nave?

—Fue una tormenta. —Morroq se cruzó de brazos; no parecía asustado, pese a estar rodeado de hombres que pedían su muerte. Aquel mago no les gustaba ni a los monos, que saltaban sobre él de cabo en cabo sin dejar de chillar. Victarion dudaba.

« Ha venido del mar. ¿Por qué lo habría escupido el Dios Ahogado, si no para que lo encontráramos? ». Su hermano Euron se hacía acompañar por magos, así que tal vez el Dios Ahogado quisiera que Victarion contara también con uno.

—¿Por qué dices que es un mago? —preguntó al Cobaya—. Yo no veo más que a un sacerdote rojo harapiento.

—Lo mismo me pareció a mí, capitán, pero sabe muchas cosas. Sabía que íbamos a la bahía de los Esclavos antes de que nadie lo mencionara, y también sabía que estarías aquí, en esta isla. —El hombrecillo titubeó un momento—. Me dijo... me dijo que morirías seguro a menos que lo trajéramos a tu presencia, lord capitán.

—¿Que voy a morir? —bufó Victarion. « Degúéllalo y échalo al mar», estaba a punto de añadir, cuando una puñalada de dolor le subió por la mano hasta el codo, tan intensa que las palabras se le convirtieron en bilis en la garganta. Se tambaleó y tuvo que aferrarse a la borda para no caer.

—¡El hechicero ha lanzado una maldición al capitán! —clamó una voz.

—¡Cortadle el cuello! —gritaron otros hombres—. ¡Matadlo antes de que llame a sus demonios! —Longwater Pyke fue el primero en desenfundar el puñal.

—¡No! —exclamó Victarion—. ¡Atrás todos! Guarda ese acero, Pyke. Cobaya, vuelve a tu barco. Humble, lleva al mago a mi camarote; los demás, volved a vuestras tareas.

Durante un momento, no tuvo la certeza de que fueran a obedecer. Se quedaron en el sitio, murmurando entre sí, algunos con el puñal en la mano, y se miraron como para reunir valor. La mierda de mono llovía en torno a ellos. Nadie hizo ademán de moverse hasta que Victarion agarró al hechicero por el brazo y tiró de él hacia la escotilla.

Cuando abrió la puerta del camarote del capitán, la mujer de piel oscura se volvió hacia él, silenciosa y sonriente, pero, al ver al sacerdote rojo a su lado, mostró los dientes y siseó con la furia salvaje de una serpiente. Victarion la derribó con un revés de la mano sana.

—Cállate, mujer. Sírvenos vino. —Se volvió hacia el negro—. ¿Es cierto lo que dice el Cobaya? ¿Has visto mi muerte?

—Y muchas cosas más.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Moriré en combate? —Flexionó los dedos de la mano sana—. Si me mientes, te romperé la cabeza como si fuera un melón y dejaré que los monos te coman los sesos.

—Vuestra muerte se encuentra entre nosotros ahora mismo, mi señor. Dejadme ver la mano.

—¿Qué sabes de mi mano?

—Os he visto en los fuegos nocturnos, Victarion Greyjoy. Salís de entre las llamas, fiero y decidido, con el hacha chorreando sangre, sin ver los tentáculos que os sujetan por la muñeca, por el cuello, por el tobillo, sin ver los cordeles negros que os hacen bailar.

—¿Bailar? —repitió enojado—. Tus fuegos nocturnos te engañan. No nací para bailar ni soy la marioneta de nadie. —Se quitó el guante y puso la mano enferma ante la cara del sacerdote—. ¿Esto era lo que querías ver? —El vendaje nuevo ya estaba empapado de sangre y pus—. El hombre que me hizo esto tenía una rosa en el escudo, y me arañé con una espina.

—Hasta el arañazo más leve puede ser mortal, lord capitán; pero, si me lo permitís, os curaré. Me hará falta una hoja afilada; mejor si es de plata, pero también vale de hierro. Y un brasero, porque he de encender fuego. Os dolerá; será el dolor más espantoso que hayáis sentido jamás; pero cuando termine, habréis recuperado la mano.

«Todos los magos son iguales; el ratón también me advirtió de que me iba a doler».

—Soy hijo del hierro, sacerdote; me río del dolor. Te daré lo que pides... Pero si fracasas, si mi mano no sana, yo mismo te degollaré y te tiraré al mar.

Morroq hizo una reverencia; los ojos oscuros le brillaban.

—Así sea.

Nadie volvió a ver aquel día al capitán del hierro, pero durante aquellas largas horas, la tripulación de su *Victoria del hierro* aseguró haber oído risas enloquecidas que procedían de su camarote; unas carcajadas sombrías, roncas, demenciales. Cuando Longwater Pyke y Wulfe Una Oreja trataron de abrir la puerta, se la encontraron atrancada. Más tarde se oyeron plegarias, un extraño alarido agudo en una lengua que, según el maestre, era alto valyrio. Al oírlo, los monos chillaron y se tiraron al agua.

Cuando anocheció, a medida que el mar se tornaba negro como la tinta y el sol hinchado pintaba el cielo de rojo sangre, Victarion volvió a cubierta. Iba desnudo de cintura para arriba, y tenía el brazo izquierdo ensangrentado hasta el codo. La tripulación se congregó a su alrededor, intercambiando susurros y miradas, y él alzó la mano ennegrecida; jirones de humo oscuro se alzaron de sus dedos cuando señaló al maestre.

—Degollad a ese y tiradlo al mar, y los vientos nos serán favorables durante todo el viaje hasta Meereen. —Morroq lo había visto en sus fuegos. También

había visto el matrimonio de la mujer, pero eso daba igual. No sería la primera a la que Victarion Greyjoy dejaba viuda.

El sanador entró en la tienda musitando trivialidades amables, pero en cuanto notó el hedor del aire y echó un vistazo a Yezzan zo Qaggaz, se detuvo en seco.

—La yegua clara —dijo a Golosinas.

«Qué sorpresa —pensó Tyrion—, ¿quién se lo iba a imaginar? Aparte de cualquiera que tenga nariz, y yo, que solo tengo media». Yezzan estaba ardiendo de fiebre y se retorcía en un charco de excrementos, un líquido marrón mezclado con sangre. A Yollo y a Penny les había tocado limpiarle el trasero amarillo. Su amo no era capaz de levantar su propio peso ni con ayuda, y tenía que hacer acopio de todas sus exigüas fuerzas para rodar hacia un lado.

—Mis artes no servirán de nada aquí —anunció el sanador—. La vida del noble Yezzan está en manos de los dioses. Procurad que no pase calor; hay quien dice que eso ayuda. Y que beba mucha agua. —Los afectados por la yegua clara siempre tenían sed, y bebían cubos de agua entre cagada y cagada—. Agua limpia, tanta como quiera.

—Pero no del río —apuntó Golosinas.

—Eso, ni pensarlo. —Sin añadir nada más, el sanador se largó a toda prisa.

«Nosotros también deberíamos largarnos —pensó Tyrion. Era un esclavo con argolla dorada y campanillas que tintineaban alegres cada vez que daba un paso—. Uno de los tesoros de Yezzan. Un honor que no se distingue en nada de la pena de muerte». A Yezzan zo Qaggaz le gustaba tener cerca a sus tesoritos, así que a Yollo, Penny, Golosinas y al resto de su colección les correspondió cuidarlo cuando enfermó.

«Pobre Yezzan». El señor del sebo no era tan mal amo: en eso, Golosinas les había dicho la verdad. Sirviendo a los invitados en sus banquetes nocturnos, Tyrion no había tardado en descubrir que Yezzan era uno de los señores yunkios que más habían hablado a favor de mantener la paz con Meereen. Casi todos los demás se limitaban a esperar su oportunidad, cuando llegaran los ejércitos de Volantis, y unos pocos querían tomar la ciudad por asalto de inmediato, no fuera que los volantinos les arrebataran la gloria y la mejor parte del botín. Yezzan no quería ni oír hablar de aquello, y tampoco dio su aprobación a la sugerencia del mercenario Barbasangre de devolver los rehenes meereenos con los trabuquetes.

Pero en dos días podían cambiar muchas cosas. Hacía dos días, Aya estaba sano y robusto. Hacía dos días, Yezzan no había oído los cascos espectrales de la yegua clara. Hacía dos días, las flotas de la Antigua Volantis se encontraban a dos días de distancia. Y en aquel momento...

—¿Yezzan va a morir? —preguntó Penny con aquella vocecita suya de «Por favor, dime que no».

—Todos vamos a morir.

—Quiero decir de la colerina.

—Yezzan no puede morir. —Golosinas los miró con desesperación.

El hermafrodita acarició la frente de su gigantesco amo para retirarle el pelo empapado de sudor. El yunkio gimió, y otro chorro de agua marrón le brotó de entre las piernas. Tenía el lecho empapado y apestoso, pero no había manera de moverlo.

—Hay amos que, cuando mueren, liberan a sus esclavos —dijo Penny.

—Solo a los favoritos. —Golosinas dejó escapar una risita aterradora—. Los liberan de los pesares del mundo, para que acompañen a su querido amo a la tumba y le sirvan en la otra vida.

« Lo sabe mejor que nadie. Será el primero al que corten el cuello» .

—La reina de plata... —empezó el chico cabra.

—... está muerta —insistió Golosinas—. ¡Olvidaos de ella! El dragón se la llevó al otro lado del río; ya se habrá ahogado en ese mar dothraki.

—Nadie se ahoga en la hierba —replicó el chico cabra.

—Si estuviéramos libres, podríamos buscar a la reina —dijo Penny.

« Sí, tú a lomos del perro y yo de la cerda, persiguiendo a un dragón por el mar dothraki» . Tyrion se rascó la cicatriz para contener la carcajada.

—Lo malo es que este dragón se ha aficionado al cerdo asado, y el enano asado es el doble de sabroso.

—Solo estaba pensando en voz alta. Podríamos irnos por mar. Ahora que ha terminado la guerra, vuelve a haber barcos. —« ¿De verdad ha terminado?» . Tyrion albergaba serias dudas. Se habían firmado pergaminos, sí, pero las guerras no se libraban con tinta—. Podríamos ir a Qarth —siguió Penny—. Mi hermano me contaba siempre que las calles están empedradas de jade, y que la muralla de la ciudad es una de las maravillas del mundo. Cuando actuemos en Qarth nos lloverán oro y plata, ya lo verás.

—Algunos barcos de la bahía son qarthienses —le recordó Tyrion—. Lomas Pasolargo vio la muralla de Qarth y a mí me basta con sus libros; no pienso ir más hacia el este.

Golosinas pasó un paño húmedo por el rostro febril de Yezzan.

—Yezzan no puede morir, o todos moriremos con él. La yegua clara no se lleva a todos sus jinetes. El amo se recuperará.

Era mentira, por supuesto; sería un milagro que Yezzan viviera un día más. En opinión de Tyrion, el señor del sebo estaba agonizando de la espantosa enfermedad que había contraído durante su visita a Sothoryos, y aquello no hacía más que acelerar su fin.

« En realidad, casi es lo mejor para él» . Pero no era la suerte que el enano querría para sí mismo.

—El sanador ha dicho que necesita agua fresca. Nosotros nos encargamos.

—Muy bien, gracias. —Golosinas estaba consternado, no solo por la perspectiva de perder la vida: también era el único de los tesoros de Yezzan que

sentía verdadero afecto por su inmenso amo.

—Ven conmigo, Penny. —Tyrion levantó la solapa de la tienda y salieron al calor de la mañana meereena. El aire era húmedo y bochornoso, pero aun así se agradecía en comparación con el olor de sudor, mierda y enfermedad del majestuoso pabellón de Yezzan.

—El amo se sentirá mejor con un poco de agua —dijo Penny—. Lo ha dicho el sanador, así que debe de ser verdad. Agua fresca y limpia.

—El agua fresca y limpia no le sirvió de nada a Aya.

« Pobre Aya. —Los soldados de Yezzan lo habían tirado al carromato de los cadáveres el día anterior, al anochecer; una víctima más de la yegua clara. Cada hora que pasaba morían hombres, así que nadie prestaba atención a otro cadáver, mucho menos si era el de alguien tan poco querido como Aya. Cuando el capataz empezó a sentir retortijones, el resto de los esclavos de Yezzan se había negado a acercársele, y Tyrion fue el único que se ocupó de que estuviera cómodo y de llevarle bebida—. Vino aguado, limonada dulce y un buen caldito de cola de perro con setas. Bébetelo, Aya; tienes que reponer toda esa agua que estás cagando». La última palabra que dijo Aya fue « No» . Las últimas palabras que escuchó fueron: « Un Lannister siempre paga sus deudas» .

Tyrion se lo había ocultado a Penny, pero tenía que hacerle comprender la situación con respecto a su amo.

—Me sorprendería mucho que Yezzan siguiera vivo al amanecer.

—¿Qué pasará con nosotros? —Penny se agarró de su brazo.

—Tiene herederos, sus sobrinos. —Cuatro de ellos habían acompañado a Yezzan desde Yunkai para dirigir su ejército de soldados esclavos. Uno había muerto a manos de los mercenarios de los Targaryen durante una escaramuza, así que los tres restantes se repartirían a los esclavos de la mole amarilla. Pero nada garantizaba que alguno de los sobrinos compartiera el gusto de Yezzan por los monstruos, las rarezas y los tullidos—. Nos heredarán, o puede que nos subasten de nuevo.

—No. —Penny abrió mucho los ojos—. Eso no, por favor.

—Tampoco a mí me apetece mucho.

A pocos pasos de allí, seis soldados esclavos de Yezzan jugaban a las tabas acuclillados en el suelo mientras se pasaban de mano en mano un pellejo de vino. Uno era el sargento Cicatriz, un animal de mal genio con la cabeza más pelada que una piedra y hombros de toro.

« Y también sesos de toro» , recordó Tyrion. Anadeó hacia el grupo.

—¡Cicatriz! —rugió—, el noble Yezzan necesita agua fresca y limpia. Elige a dos hombres y traed tantos cubos como podáis acarrear. ¡Y que sea deprisa!

Los soldados dejaron de jugar, y Cicatriz se levantó con el prominente ceño fruncido.

—¿Qué has dicho, enano? ¿Quién te crees que eres?

—Ya sabes quién soy: Yollo, uno de los tesoros del amo. ¡Haz lo que te he dicho!

Los soldados se echaron a reír.

—Venga, Cicatriz —dijo uno, burlón—. ¡Y que sea deprisa! ¡El mono de Yezzan te ha dado una orden!

—Tú no das órdenes a los soldados —bufó Cicatriz.

—¿Soldados? —Tyrion fingió asombrarse—. Yo aquí solo veo esclavos. Llevas una argolla igualita que la mía.

El brutal revés que le asentó Cicatriz lo hizo caer y le partió el labio.

—La argolla de Yezzan, no la tuy a —dijo el sargento.

Tyrion se limpió la sangre de la boca con el dorso de la mano. Intentó levantarse, pero le falló una pierna y volvió a caer de rodillas, así que Penny tuvo que ayudarlo.

—Golosinas dice que el amo necesita agua —dijo con su mejor versión de un gímoteo.

—A Golosinas, que lo follen, o que se folle él solo. Ese monstruo tampoco nos da órdenes.

« No, claro». Había tardado muy poco en descubrir que entre los esclavos también había señores y plebeyos. El hermafrodita había sido el juguete preferido de su amo durante mucho tiempo, siempre consentido y demasiado mimado, lo que provocaba el resentimiento de los otros esclavos del noble Yezzan. Los soldados estaban acostumbrados a aceptar órdenes de su amo y del capataz, pero Aya había muerto y Yezzan estaba tan enfermo que no podía nombrarle un sustituto. En cuanto a los tres sobrinos, en cuanto se dejaron oír los cascos de la yegua clara, aquellos valerosos hombres libres recordaron de repente que tenían asuntos apremiantes de los que ocuparse.

—El a-a-agua —tartamudeó Tyrion—. El sanador dice que no sea agua del río. Agua fresca y limpia.

—Pues id vosotros a por ella —gruñó Cicatriz—. Y que sea deprisa.

—¿Nosotros? —Tyrion cruzó una mirada desesperada con Penny—. El agua pesa mucho, y no somos tan fuertes como vosotros. ¿Podemos llevarnos el carro de la mula?

—Id a patita.

—Tendremos que hacer una docena de viajes.

—¿Y a mí qué? Como si tenéis que hacer un centenar.

—Es que los dos solos no podemos traer tanta agua como necesita el amo...

—Pues llevaos a vuestro oso —sugirió Cicatriz—. Parece que solo vale para acarrear agua...

—Como digas, amo —respondió Tyrion.

« Eso de “amo” le ha gustado», pensó al ver la sonrisa de Cicatriz.

—Morgo, trae las llaves. Vosotros, enanos, llenad los baldes y volved de

inmediato. Ya sabéis qué les pasa a los esclavos que intentan escapar.

—Ve a buscar los baldes —dijo Tyrion a Penny. Él acompañó a Marga para sacar de la jaula a ser Jorah Mormont.

El caballero no se había adaptado bien al cautiverio. Cuando lo requerían para representar el papel del oso y llevarse a la doncella, se mostraba hosco y poco cooperativo, y arrastraba los pies sin entusiasmo en las escasas ocasiones en que se dignaba tomar parte en la farsa. No había intentado escapar ni se había enfrentado a sus captores, pero hacía caso omiso de las órdenes que le daban, o mascullaba juramentos como toda respuesta. A Ayra no le hacia la menor gracia, y había dejado clara su opinión encerrando a Mormont en una jaula de hierro y ordenando que le dieran una paliza cada noche, mientras el sol se hundía en la bahía de los Esclavos. El caballero encajaba los golpes en silencio, y solo se oían las maldiciones de los esclavos que le pegaban y el sonido sordo de los palos contra la carne maltratada de ser Jorah.

«Es un cascarón vacío —pensó Tyrion la primera vez que vio cómo golpeaban al corpulento caballero—. Tendría que haberme callado; habría sido mejor para él que lo comprara Zahrina».

Mormont salió encorvado de los estrechos confines de la jaula, con los dos ojos morados y la espalda llena de costras. Tenía el rostro tan hinchado y magullado que no parecía ni humano. No llevaba más ropa que un taparrabos, un trapo amarillo sucio y desgarrado.

—Ayúdalos a acarrear agua —le dijo Marga.

La única respuesta de ser Jorah fue una mirada hosca.

«Bueno, hay hombres que prefieren morir a vivir como esclavos». Tyrion no era uno de ellos, por suerte, pero si Mormont asesinaba a Marga, era posible que los otros esclavos no apreciaran la diferencia.

—Vamos —dijo antes de que el caballero cometiera alguna estupidez valerosa. Echó a andar, con la esperanza de que Mormont lo siguiera.

Por una vez, los dioses fueron misericordiosos y Mormont lo siguió.

Dos baldes para Penny, dos para Tyrion y cuatro para ser Jorah, dos en cada mano. El pozo más próximo estaba al sudoeste de la *Bruja*, y hacia él se encaminaron acompañados por el alegre tintineo de las campanillas de las argollas. Nadie les prestó la menor atención; no eran más que esclavos que iban a buscar agua para su amo. La argolla proporcionaba ciertas ventajas, sobre todo si era dorada y llevaba el nombre de Yezzan zo Qaggaz: el tintineo de aquellas campanillas proclamaba muy alto su valor. Un esclavo solo era tan importante como su amo, y Yezzan era el hombre más adinerado de la Ciudad Amarilla; había aportado seiscientos soldados esclavos a aquella guerra, y poco importaba que pareciera una babosa amarilla gigante y apestar a meados. Aquellas argollas les permitían desplazarse libremente dentro de los límites del campamento.

« Hasta que Yezzan muera» .

Los Señores del Estrépito habían puesto a sus soldados esclavos a formar en un campo cercano. El tintineo de las cadenas que los ataban unos a otros creaba una rudimentaria música cuando marchaban por la arena con paso trabado para formar con las lanzas largas. En otros lugares, los equipos de esclavos construían rampas de piedra y arena bajo los maganeles y los escorpiones para hacer que apuntaran hacia el cielo y defender mejor el campamento en caso de que volviera el dragón negro. El enano no pudo contener una sonrisa al verlos sudar y maldecir mientras empujaban las pesadas máquinas por las pendientes. También se veían ballestas por todas partes: uno de cada dos hombres exhibía una, así como un carcaj lleno de saetas colgado del cinturón.

Si hubieran consultado a Tyrion, les habría dicho que no se molestaran. A no ser que un largo dardo de hierro del escorpión acertara al gatito de la reina en pleno ojo, aquellos juguetes no servirían de nada.

« No es tan fácil matar a un dragón. Si le hacéis cosquillas con eso, lo único que conseguiréis será enfurecerlo» .

Los ojos, situados justo delante del cerebro, eran el punto débil del dragón; no el vientre, como narraban las antiguas leyendas. Las escamas del abdomen eran tan duras como las del dorso y los flancos. Tampoco servía de nada apuntar al gaznate; era un despropósito. Tanto daría que aquellos aspirantes a matadragones intentaran apagar un fuego a lanzadas. « La muerte sale por la boca del dragón —había escrito el septón Barth en su *Historia antinatural*—. Pero no entra por el mismo camino» .

Un poco más allá, dos legiones del Nuevo Ghis se enfrentaban, línea de escudos contra línea de escudos, mientras los sargentos, con sus medios yelmos de hierro adornados con penacho de crines, gritaban órdenes en su dialecto incomprendible. A simple vista, los ghiscarios parecían más temibles que los soldados esclavos yunkios, pero Tyrion no estaba tan seguro. La Legión estaba armada y organizada igual que los Inmaculados, pero los eunucos no conocían otra vida, mientras que los legionarios eran ciudadanos libres que se alistaban durante períodos de tres años.

La cola para llegar al pozo se alargaba quinientos pasos.

A menos de un día a pie de Meereen solo había un puñado de pozos, de modo que siempre había que esperar mucho tiempo. La mayor parte del ejército yunkio sacaba el agua para beber del Skahazadhan, cosa que a Tyrion le parecía una pésima idea incluso antes de escuchar la advertencia del sanador. Los más listos cogían el agua corriente arriba, antes de que pasara por las letrinas, pero siempre tras su paso por la ciudad.

Que aún quedaran pozos a menos de un día de marcha de la ciudad demostraba que Daenerys Targaryen era una ingenua en lo que respectaba a los asedios.

« Tendría que haber envenenado hasta el último; así, los yunkios se verían obligados a beber del río. El asedio se habría acabado en un suspiro». No le cabía duda de que eso habría hecho su padre.

Cada vez que se movían, las campanillas de sus argollas tintineaban.

« Es un sonido tan alegre que me dan ganas de sacarle a alguien los ojos con una cuchara. —A aquellas alturas, Grif, Pato y Haldon Mediomaestre ya debían de estar en Poniente con el joven príncipe—. Y yo debería estar con ellos... Pero no, claro, tuve que irme de putas. No me bastaba con haber matado a mi padre; necesitaba vino y coños para celebrar mi desgracia, y aquí estoy, al otro lado del mundo, con una argolla de esclavo y campanillas de oro que tintinean a cada paso que doy. Si me muevo bien, igual puedo tocar “Las lluvias de Castamere”».

No había mejor lugar que los alrededores de un pozo para enterarse de las últimas noticias y rumores.

—Yo sé lo que vi —estaba comentando un esclavo viejo con argolla de hierro oxidado cuando Tyrion y Penny se pusieron a la cola—. Vi como ese dragón despedazaba a la gente y la achicharraba hasta los huesos. Todo el mundo corría intentando salir de la arena, pero yo había ido a ver un espectáculo, y por todos los dioses de Ghis que lo vi. Estaba arriba, en el gallinero, así que me imaginé que el dragón ni me miraría.

—La reina se subió al lomo del dragón y escapó volando —insistió una mujer alta de piel morena.

—Lo intentó —replicó el anciano—, pero no pudo agarrarse. Las saetas alcanzaron al dragón, y una se le clavó a la reina entre esas tetas tan monas y rosadas, me lo han dicho. Cayó al suelo y murió aplastada bajo las ruedas de un carromato. Tengo una amiga que conoce a un hombre que la vio morir.

Cuando se estaba rodeado de gente así, el silencio era muestra de inteligencia, pero Tyrion no fue capaz de contenerse.

—No se ha encontrado el cadáver —dijo.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó el anciano con el ceño fruncido.

—Lo sabe porque estaban allí —intervino la mujer de piel morena—. Son los enanos del espectáculo; justaron ante la reina.

El viejo entrecerró los ojos como si los viera por primera vez.

—Sois los que vais montados en cerdos.

« Nuestra fama nos precede». Tyrion amagó una reverencia y se abstuvo de señalar que uno de los cerdos era más bien un perro.

—La cerda que monto es mi hermana, en realidad. ¿No se nota? Tenemos la misma nariz. Un mago la hechizó, pero si le das un beso con lengua, se transformará en una hermosa mujer. Lo malo es que cuando la conozcas bien querrás volver a besarla para transformarla de nuevo.

Todos estallaron en carcajadas a su alrededor, hasta el anciano.

—Entonces, la visteis. Visteis a la reina —dijo el chico pelirrojo que se había

puesto a la cola tras ellos—. ¿Es tan hermosa como dicen?

« Vi a una muchacha esbelta de pelo plateado, vestida con un *tokar* —podría haberles dicho—. Llevaba un velo, así que no le vi la cara, y además estaba un poco lejos. Y yo iba montado en un cerdo. —Daenerys Targaryen estaba en el palco del propietario de la arena, junto a su rey ghiscario, pero Tyrion se había fijado enseguida en el caballero de armadura blanca y dorada que había tras ella. Tenía la cara tapada por el yelmo, pero habría reconocido a Barristan Selmy entre un millón. Recordó haber pensado que, al menos en eso, Illyrio había dado en el clavo—. Pero ¿me reconocerá él a mí? ¿Y qué pasará entonces?» .

Había estado a punto de descubrirse en aquel momento, pero la precaución, la cobardía, el instinto o lo que fuera se lo impidió. No esperaba que Barristan el Bravo lo recibiera con nada que no fuera hostilidad. Selmy no había aprobado nunca el ingreso de Jaime en su adorada Guardia Real: antes de la rebelión lo consideraba demasiado joven e inexperto; después llegó a decir que el Matarreyes debería teñirse de negro la capa blanca. Y los crímenes de Tyrion eran mucho peores: Jaime solo había matado a un loco, mientras que Tyrion le había clavado una saeta en la ingle a su propio padre, a quien ser Barristan había servido durante años. Tal vez habría optado por arriesgarse, pero en aquel momento Penny le asentó un golpe en el escudo, y pasó la ocasión.

—La reina nos miró justar —estaba contando Penny a los otros esclavos de la cola—, pero fue la única vez que la vimos.

—¡Pero seguro que visteis el dragón! —dijo el anciano.

« Ojalá». Ni siquiera eso le habían concedido los dioses. Justo cuando Daenerys Targaryen salía volando, Aya estaba poniéndoles los grilletes de hierro en los tobillos para que no intentaran escapar en el camino de vuelta. Si el capataz se hubiera marchado después de dejarlos en el matadero, o si hubiera huido como los demás esclavistas cuando el dragón bajó en picado sobre ellos, los dos enanos habrían quedado libres.

« Más bien habríamos salido corriendo, con todas las campanitas tintineando» .

—Ah, pero ¿hubo un dragón? —Tyrion se encogió de hombros—. Yo lo único que sé es que no apareció ninguna reina muerta.

—Había cientos de cadáveres. —El viejo no parecía convencido—. Los arrastraron a la arena y los quemaron, aunque la verdad es que muchos de ellos ya estaban achicharrados. Puede que no la reconocieran, toda quemada, ensangrentada y aplastada. O puede que sí la reconocieran, pero dijeron que no para que los esclavos siguieran tranquilitos.

—¿Por qué te excluyes? —dijo la mujer de piel morena—. Tú también llevas argolla.

—Pero es la de Ghazdor —dijo el viejo, ufano—. Lo conozco desde que

nació; soy como un hermano para él. Los esclavos como vosotros, las sobras de Astapor y Yunkai, os pasáis el día lloriqueando por la libertad, pero yo no le entregaría mi argolla a la reina dragón ni aunque me chupara la polla a cambio. No hay nada como tener un buen amo.

Tyrion no le llevó la contraria. Lo más insidioso de la esclavitud era lo poco que costaba acostumbrarse a ella. La vida de la mayoría de los esclavos no se diferenciaba en gran cosa de la de los criados de Roca Casterly. Sí, algunos amos y capataces eran crueles y brutales, pero lo mismo se podía decir de algunos señores ponentis, sus mayordomos y sus alguaciles. Casi todos los yunkios trataban aceptablemente bien a sus propiedades y se daban por satisfechos con que hicieran bien su trabajo y no causaran ningún problema. Aquel anciano de la argolla oxidada, con su vehemente lealtad hacia lord Nalgasblandas, no era nada excepcional.

—¿Ghazdor el Bueno? —preguntó Tyrion con voz inocente—. Ah, nuestro amo Yezzan habla a menudo de su cerebro. —Lo que Yezzan solía decir venía a ser más o menos « Yo tengo más cerebro en la nalga izquierda que Ghazdor y todos sus hermanos juntos», pero le pareció más prudente no citar las palabras exactas.

Pasó el mediodía antes de que Penny y él llegaran al pozo, donde un esclavo flaco con una sola pierna, encargado de sacar el agua, los miró con desconfianza.

—Aya es el que viene siempre a por el agua de Yezzan, con cuatro hombres y un carro tirado por una mula. —Bajó el balde al fondo del pozo, y se oyó una salpicadura lejana. El esclavo llenó el balde y lo subió; tenía los brazos quemados por el sol y despellejados, flacos, pero todo músculo.

—La mula se ha muerto —dijo Tyrion—, igual que Aya, el pobre. Ahora es Yezzan el que monta la yegua clara, y seis de sus soldados también están con cagalera. ¿Me llenas dos baldes, por favor?

—Como quieras. —Se acabó la conversación indolente. « ¿Oyes los cascos de la yegua?». El embuste relativo a los soldados hizo que el viejo trabajara mucho más deprisa.

Emprendieron el camino de vuelta. Los enanos acarreaban dos baldes de agua fresca llenos hasta el borde, y ser Jorah, cuatro. Cada vez hacía más calor, y el aire denso y húmedo los envolvía como una manta de lana mojada; su carga se hacía más pesada con cada paso.

« Un paseo muy largo para unas piernas tan cortas». Con cada zancada caía agua de los baldes y le salpicaba las piernas al son de la marcha que tocaban las campanillas.

« De haber sabido que iba a acabar así, igual te habría dejado con vida, padre. —A lo lejos, en el este, una columna de humo oscuro se alzaba sobre una tienda en llamas—. Están quemando a los que murieron por la noche».

—Por aquí —dijo Tyrion, señalando hacia la derecha con la barbilla.

—No hemos venido por ese camino —se extrañó Penny.

—Prefiero no respirar ese humo; está lleno de humores malignos. —No era mentira. « No del todo» .

Penny no tardó en empezar a jadear bajo el peso de los baldes.

—Tengo que descansar un momento.

—Como quieras. —Tyrion dejó los baldes en el suelo, agradecido por la posibilidad de tomarse un respiro. Sentía calambres en las piernas, así que se sentó en una roca para frotarse los muslos.

—Si quieres ya te lo hago yo —se ofreció Penny—. Sé qué músculos se agarrotan.

Por mucho cariño que le hubiera tomado a la chica, seguía sintiéndose incómodo cuando lo tocaba, así que se giró hacia ser Jorah.

—Un par de palizas más y serás más feo que yo, Mormont. Dime una cosa, ¿te quedan ganas de pelear?

El corpulento caballero clavó en él los ojos amoratados y lo miró como si fuera un insecto.

—Las suficientes para romperle el cuello, Gomo.

—Bien. —Tyrion recogió los baldes—. Entonces, por aquí.

Penny frunció el ceño.

—Qué va, es por la izquierda —señaló—. Allí está la *Bruja*.

—Y allí, la *Hermana Malvada*. —Tyrion señaló con la cabeza en sentido contrario—. Tú confía en mí; llegaremos antes. —Echó a andar con un tintineo de campanillas, seguro de que Penny lo seguiría.

A veces envidiaba a la chica, con sus sueños inocentes. Le recordaba a Sansa Stark la esposa niña que había perdido. Pese a todo lo que había sufrido, seguía siendo igual de confiada.

« Ya debería haber escarmentado. Es mayor que Sansa, y además es enana, pero se comporta como si se le hubiera olvidado, como si fuera hermosa y de alta cuna, no una esclava en una colección de monstruos. —Por las noches la oía rezar—. Un desperdicio de palabras. Si hay algún dios que escuche, es un dios monstruoso que nos tortura por diversión. ¿Por qué, si no, creó un mundo como aquel, tan lleno de cadenas, sangre y dolor? ¿Por qué, si no, nos hizo como somos? —En ocasiones le daban ganas de abofetear a Penny, de zarandearla, de gritarle, de hacer lo que fuera con tal de despertarla de aquella ensueñación. “Nadie va a salvarnos —habría querido decirle—, y lo peor está por venir”. Pero sabía que no se lo diría jamás. En vez de darle una buena bofetada para que se le cayera el velo de los ojos, siempre acababa apretándole el hombro o abrazándola—. Cada vez que la toco es una mentira. Le he dado tantas monedas falsas que ya se cree rica. —Hasta le había ocultado la verdad sobre el reñidero de Daznak—. Leones. Iban a soltar a los leones para que nos devorásemos» . Habría sido de una ironía exquisita. A lo mejor hasta le habría dado tiempo a soltar una

carcajada amarga, muy breve, antes de que lo despedazaran.

Nadie le había explicado el final que les tenían preparado, al menos con todas las palabras, pero no le había costado imaginárselo bajo los ladrillos del reñidero de Daznak, en el mundo oculto bajo las gradas, en los dominios lóbregos de los luchadores y los criados que se ocupaban de ellos, vivos y muertos: los cocineros que les daban de comer, los herreros que los armaban, los barberos cirujanos que los sangraban, los afeitaban y les vendaban las heridas, las putas que les prestaban servicio antes y después de los combates, y los encargados de sacar de la arena los cadáveres de los perdedores, arrastrándolos con cadenas y ganchos de hierro...

El rostro de Aya le había dado el primer indicio. Cuando terminó el espectáculo, Penny y él volvieron a la cripta iluminada por antorchas adonde llevaban a los luchadores antes y después de los combates. Unos afilaban las hachas, otros hacían sacrificios a dioses extraños y algunos apaciguaban los nervios con la leche de la amapola antes de salir a morir. Los que acababan de combatir y ganar jugaban a los dados en un rincón y se reían como solo pueden reír aquellos que acaban de enfrentarse a la muerte y viven para contarlo.

Aya estaba pagando unas monedas de plata al encargado del reñidero por una apuesta perdida cuando vio a Penny, que volvía con Crujo. El desconcierto desapareció de sus ojos en un instante, pero no antes de que Tyrion comprendiera qué significaba.

« No esperaba que volviéramos. —Miró a su alrededor y estudió el resto de las caras—. Nadie lo esperaba. Se suponía que íbamos a morir». La última pieza del rompecabezas encajó cuando oyó a un entrenador de animales que se quejaba en voz alta al encargado del reñidero:

—Los leones tienen hambre; llevan dos días sin comer. Me dijeron que no les diera de comer e hice caso. La reina tendría que pagar la carne.

—Pues pídele audiencia y reclámásela —replicó el encargado del reñidero.

Pese a aquello, Penny seguía sin sospechar nada. Lo que más preocupada la tenía de lo sucedido en la arena era que la gente no se había reido demasiado.

« Se habrían meado de risa si llegan a soltar los leones», estuvo a punto de decirle Tyrion, pero le apretó el hombro.

—Creo que nos hemos equivocado de camino. —Penny se paró en seco.

—No. —Tyrion dejó los baldes en el suelo. Las asas le habían dejado marcas profundas en los dedos—. Esas de allí son las tiendas que estamos buscando.

—¿Los Segundos Hijos? —Una sonrisa torva cruzó el rostro de ser Jorah—. Si crees que ahí vas a conseguir ayuda, es que no conoces a Ben Plumm el Moreno.

—Pues sí que lo conozco. Plumm y yo hemos jugado cinco partidas de *sitrang*. Es astuto y tenaz, y no es tonto..., pero sí cauto. Prefiere dejar que su adversario corra los riesgos, mientras él aguarda con todas las opciones abiertas para reaccionar según vaya cobrando forma la batalla.

—¿La batalla? ¿Qué batalla? —Penny retrocedió un paso—. Tenemos que volver. El amo necesita agua fresca; como tardemos demasiado, nos azotarán. Además, Cerdita Bonita y Crujo están allí.

—Golosinas cuidará de ellos —mintió Tyrion. Lo más probable era que Cicatriz y sus amigos se dieran un banquete a base de jamón, tocino y sabroso guiso de perro, pero no era lo que Penny quería oír—. Aya ha muerto y Yezzan tiene un pie en la tumba. Anochecerá antes de que nadie nos eche de menos; no vamos a tener una ocasión mejor que esta.

—¡No! Ya sabes qué les hacen a los esclavos que intentan escapar. No, por favor, no permitirán que salgamos del campamento.

—No hemos salido del campamento. —Tyrion recogió los baldes y echó a andar sin volver la vista atrás. Mormont lo siguió, y al cabo de un momento oyó a Penny, que se apresuraba a seguirlo pendiente arenosa abajo hacia el círculo de tiendas desastradas.

El primer guardia apareció cuando ya estaban cerca de los caballos. Era un lancero delgado de barba cobriza; obviamente, un tyroshi.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Qué traéis en esos baldes?

—Agua, con tu permiso —dijo Tyrion.

—Preferiría que fuera cerveza. —La punta de una lanza le pinchó la espalda: un segundo guardia se les había acercado por detrás, y tenía acento de Desembarco del Rey. «Lo peorquito del Lecho de Pulgas».

—¿Te has perdido, enano? —preguntó.

—Venimos a unirnos a vuestra compañía.

A Penny se le cayó un balde de la mano, y la mitad del agua se derramó antes de que tuviera tiempo de recogerlo.

—Aquí ya estamos sobrados de bufones, ¿para qué queremos tres más? —El tyroshi tocó la argolla de Tyrion con la punta de la lanza e hizo sonar las campanillas doradas—. Esclavos fugados, ¿eh? Y tres, nada menos. ¿Qué argolla llevan?

—La de la Ballena Amarilla —aportó un tercer hombre atraído por las voces, un tipo flaco y mal afeitado con los dientes manchados de hoja marga. «Es un sargento —supo Tyrion en cuanto advirtió la deferencia con que lo trataban los otros dos. En lugar de mano derecha tenía un garfio—. Si este no es el hermano hijoputa de Bronn, yo soy Baelor el Santo».

—Son los enanos que quería comprar Ben —dijo el sargento a los lanceros—. Pero el grande... Traedlos a los tres por si acaso.

El tyroshi movió la lanza y Tyrion echó a andar. El otro mercenario, un jovencito, casi un niño con pelusa en las mejillas y el pelo del color de la paja sucia, alzó en brazos a Penny.

—¡Anda, el mío tiene tetas! —comentó entre risas; metió la mano bajo la túnica para confirmarlo.

—Tú llévala y calla —le espetó el sargento.

El muchacho se cargó a Penny a un hombro, y Tyrion caminó tan deprisa como le permitieron las piernas atrofiadas. Sabía adónde iban: a la tienda grande, situada al otro lado del foso de la hoguera, con las paredes de lona pintada descoloridas tras años de sol y lluvias. Unos cuantos mercenarios los miraron al pasar y una vivandera soltó una risita, pero nadie se entrometió.

Dentro de la tienda había taburetes, una mesa de caballetes, un astillero para lanzas y alabardas, un montón de alfombras deshilachadas de colores mal combinados y tres oficiales. Uno era esbelto y elegante, con barba puntiaguda y espada de jaque, y vestía un jubón con cortes que dejaban ver el forro rosa. Otro era calvo y regordete, tenía los dedos manchados de tinta y sujetaba una pluma en la mano.

El tercero era el hombre al que Tyrion quería ver. Lo saludó con una reverencia.

—Capitán...

—Los hemos pillado colándose en el campamento. —El muchacho soltó a Penny en la alfombra.

—Esclavos fugados —declaró el tyroshi—. Con baldes.

—¿Con baldes? —dijo Ben Plumm el Moreno. Nadie le ofreció una explicación—. Volved a vuestros puestos, y ni una palabra de esto a nadie. —Cuando hubieron salido, dedicó una sonrisa a Tyrion—. ¿Vienes a jugar al *sitrang*, Yollo?

—Si queréis... Es un placer ganaros. Tengo entendido que habéis cambiado de capa dos veces, Plumm. Sois mi tipo.

La sonrisa de Ben el Moreno no le llegó a los ojos. Examinó a Tyrion como si fuera una serpiente parlante.

—¿A qué has venido?

—A hacer realidad vuestros sueños. En la subasta intentasteis comprarnos, y luego tratasteis de ganarnos al *sitrang*. Ni cuando tenía la nariz entera era yo tan guapo como para despertar tal pasión..., excepto para quienes conocían mi verdadero valor. Pues mirad, aquí me tenéis, y gratis. Vamos, sed bueno y llamad al herrero para que nos quite estas argollas. Estoy harto del tintineo.

—No quiero problemas con vuestro noble amo.

—En estos momentos, Yezzan tiene entre manos asuntos más apremiantes que la ausencia de tres esclavos: cabalga a lomos de la yegua clara. Además, ¿por qué iban a venir a buscarnos aquí? Tenéis suficientes espadas para espantar a cualquiera que venga a husmear. Arriesgáis poco por mucho.

—Nos han traído la enfermedad —siseó el mequetrefe del jubón con forro rosa—. A nuestras mismísimas tiendas. —Se volvió hacia Ben Plumm—. ¿Le corto la cabeza, capitán? El resto podemos tirarlo a la zanja de las letrinas. —Desenvainó una estilizada espada de jaque con piedras preciosas en la

empuñadura.

—Tened cuidado con mi cabeza, no sea que os salpique la sangre —le advirtió Tyrion—. La sangre contagia la enfermedad. Y tendréis que hervir nuestra ropa, o quemarla.

—Me dan ganas de quemarla contigo dentro, Yollo.

—No me llamo así, ya lo sabéis. Lo habéis sabido desde que me visteis por primera vez.

—Es posible.

—Yo también os conozco, mi señor —siguió Tyrion—. Tenéis la piel más morena que los Plumm del otro lado del mar, pero si vuestro nombre es verdadero, sois de Poniente, aunque sea por sangre y no por nacimiento. La casa Plumm juró lealtad a Roca Casterly, y da la casualidad de que conozco su historia. Vuestra rama brotó de un hueso que escupió alguien al otro lado del mar Angosto, no me cabe duda. Seguro que sois uno de los hijos menores de Viserys Plumm. ¿A qué los dragones de la reina os tenían cariño?

Aquello le hizo gracia al mercenario.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Casi todo lo que se dice sobre los dragones es bazofia para idiotas: dragones que hablan, dragones que atesoran oro y piedras preciosas, dragones con cuatro patas y barriga de elefante, dragones que juegan a los acertijos con esfinges... Bobadas y más bobadas. Pero los viejos libros también relatan a veces cosas que son verdad. No solo sé que los dragones de la reina os tenían afecto; también sé por qué.

—Según mi madre, mi padre tenía una gota de sangre de dragón.

—Dos gotas. O eso, o una polla de diez palmos. ¿Conocéis la leyenda? Yo sí. Como sois un Plumm listo, sabéis que mi cabeza vale un señorío... en Poniente, a medio mundo de aquí. Cuando hayáis cruzado el mar solo quedarán huesos y gusanos; mi querida hermana negará que sea mi cabeza y te escamoteará la recompensa prometida. Ya sabéis cómo son las reinas, todas unas putas caprichosas, y Cersei es la peor.

Ben el Moreno se rascó la barba.

—Podría entregarte vivito y coleando. O meter tu cabeza en un tarro de salmuera.

—O conservarme a vuestro lado. Sería lo más astuto. —Sonrió—. Yo también fui hijo menor, así que estaba destinado a esta compañía.

—En los Segundos Hijos no tenemos sitio para titiriteros —bufó despectivo el jaque de rosa—. Lo que nos hace falta son guerreros.

—Aquí os traigo uno. —Tyrion señaló a Mormont con el pulgar.

—¿Ese? —El jaque se echó a reír—. Es un bicho feo, sí, pero no basta con unas cicatrices para ser segundo hijo.

Tyrion puso en blanco los ojos dispares.

—¿Quiénes son estos amigos vuestros, lord Plumm? El de rosa es muy molesto.

El jaque puso cara de odio mientras el de la pluma se reía ante su insolencia, pero fué ser Jorah quien le proporcionó los nombres:

—Tintero es el tesorero, y el pavo real se hace llamar Kasporio el Astuto, aunque deberíá ser Kasporio el Puto. Mal bicho.

Tras las palizas, el rostro de Mormont estaba irreconocible, pero su voz no había cambiado. Kasporio lo miró sobresaltado, mientras que las arrugas en torno a los ojos de Plumm se hicieron más profundas cuando sonrió divertido.

—¿Jorah Mormont? ¿Eres tú? Te veo menos crecido que cuando te marchaste. ¿Aún tenemos que llamarte ser Jorah?

Mormont frunció los labios tumefactos en una sonrisa grotesca.

—Dame una espada y llámame como quieras, Ben.

Kasporio retrocedió un paso.

—Pero si estás... La reina te echó...

—He vuelto. Soy idiota.

«Un idiota enamorado». Tyrion carraspeó para aclararse la garganta.

—Ya charlaréis luego sobre los viejos tiempos... cuando termine de explicar por qué mi cabeza es más valiosa si sigue sobre mis hombros. Puedo llegar a ser muy generoso con mis amigos, lord Plumm. Si no me creéis, preguntadle a Bronn. Preguntadle a Shagga hijo de Dolf. Preguntadle a Timett hijo de Timett.

—¿Quiénes son esos? —preguntó el que llamaban Tintero.

—Hombres buenos que me sirvieron con la espada y prosperaron a mi servicio. —Se encogió de hombros—. Vale, vale, es mentira. No eran buenos. Eran unos cabrones sanguinarios, igual que vosotros.

—Es posible —replicó Ben el Moreno—. Y también es posible que te hayas inventado los nombres. ¿Shagga? ¿No es nombre de mujer?

—Tenía un buen par de tetas. La próxima vez que lo vea le echaré un vistazo dentro de los calzones para confirmarlo. ¿Aquellos de allí es un tablero de *sitrang*? Traedlo y jugaremos una partida. Pero antes, una copa de vino. Tengo la garganta seca, y ya veo que me va a tocar hablar mucho.

Aquella noche soñó con salvajes que aullaban en el bosque y avanzaban al son del lamento de los cuernos de guerra y del redoble de los tambores. El sonido llegaba, *BUM dum BUM dum BUM dum*, como mil corazones que latieran al unísono. Algunos llevaban lanzas; otros, arcos, y otros, hachas. Muchos iban en carros de huesos, tirados por manadas de perros grandes como ponis. Había gigantes de quince varas de altura que avanzaban con paso torpe y mazas del tamaño de robles.

—¡Firmes! —ordenó Jon—. Que no avancen. —Estaba en la cima del Muro, solo—. ¡Prendedles fuego! —gritó—. Pero nadie lo escuchaba.

« Se han ido todos. Me han abandonado» .

Ascendían saetas encendidas entre siseos, dejando un rastro de fuego a su paso. Los hermanos espantapájaros se derrumbaban, con las capas negras en llamas.

—¡Nieve! —gritó un águila, mientras los enemigos trepaban por el hielo como arañas. Jon vestía una armadura de hielo negro, pero en su puño ardía una espada al rojo vivo. A medida que los muertos alcanzaban la cima del Muro, los enviaba abajo a morir de nuevo. Mató a un anciano, a un muchacho imberbe, a un gigante, a un hombre demacrado de dientes afilados y a una chica con una espesa melena pelirroja. Ya era tarde cuando se dio cuenta de que era Ygritte. Desapareció tan deprisa como había aparecido.

El mundo se desvaneció en una neblina roja. Jon lanzaba estocadas, tajos y golpes de espada. Hizo caer a Donal Noye y le rajó las tripas a Dick Follard el Sordo. Qhorin Mediamano cayó de rodillas, intentando en vano contener el chorro de sangre que le brotaba del cuello.

—¡Soy el señor de Invernalia! —gritó Jon. Robb estaba ante él, con el pelo húmedo de nieve derretida. *Garra* le cortó la cabeza. Una mano nudosa lo agarró con fuerza por el hombro. Dio la vuelta y...

... y se despertó, con un cuervo picoteándose el pecho.

—Nieve —graznó el pájaro. Jon lo espantó. El cuervo chilló disgustado, revoloteó hasta el poste de la cama y desde allí le dirigió una mirada tétrica a través de la penumbra previa al amanecer.

Había llegado el día. Era la hora del lobo. Muy pronto, el sol se levantaría y cuatro mil salvajes cruzarían el Muro en avalancha.

« Es una locura. —Jon se pasó la mano quemada por el pelo y se preguntó otra vez qué estaba haciendo. Cuando abrieran la puerta, ya no habría vuelta atrás—. Tendría que haber sido el Viejo Oso el que negociara con Tormund. Tendría que haber sido Jaremy Rykkr, o Qhorin Mediamano, o Denys Mallister, o cualquier otro hombre con experiencia. Tendría que haber sido mi tío» .

Pero ya era tarde para tales dudas. Toda elección conllevaba sus riesgos; toda elección acarreaba sus consecuencias. Jugaría hasta el final.

Se levantó y se vistió a oscuras, mientras el cuervo de Mormont murmuraba por la habitación.

—Maíz —decía—. Rey. Nieve, Jon Nieve, Jon Nieve. —Era extraño; Jon no recordaba que el pájaro hubiera pronunciado nunca su nombre completo.

Desayunó en el sótano con sus oficiales. La comida consistió en pan frito, huevos fritos, morcillas y gachas de cebada, todo regado con cerveza rubia. Mientras comían repasaron los preparativos.

—Todo está listo —aseguró Bowen Marsh—. Si los salvajes mantienen su parte del trato, todo irá como habéis dispuesto.

«Y si no, se convertirá en una carnicería sangrienta».

—Recordad —dijo Jon—. La gente de Tormund tiene hambre, frío y miedo. Algunos nos odian tanto como vosotros a ellos. Pisamos un hielo muy quebradizo, tanto unos como otros. Si se abre una grieta, nos ahogaremos todos. Si hoy tiene que derramarse sangre, que no sea uno de los nuestros quien aseste el primer golpe, o juro por los dioses antiguos y nuevos que le cortaré la cabeza.

Le respondieron con afirmaciones y susurros.

—Como ordenéis.

—Así será.

—De acuerdo, mi señor.

Uno a uno, se levantaron de la mesa, se colgaron la espada al cinto y, envueltos en cálidas capas negras, salieron al frío.

El último en abandonar la mesa fue Edd Tollett el Penas, que durante la noche había regresado con seis carromatos de Túmulo Largo, más conocido entre los hermanos negros como Túmulo de las Putas. Habían enviado a Edd a recoger a tantas mujeres de las lanzas como fuera posible para llevarlas con sus hermanas.

Jon lo observó mientras mojaba pan en la yema del huevo. Le resultaba extrañamente reconfortante ver de nuevo el semblante austero de Edd.

—¿Cómo van los trabajos de restauración? —preguntó a su antiguo mayordomo.

—Terminaremos en diez años o así —respondió Tollett con su tono lúgubre habitual—. Cuando llegamos, todo estaba infestado de ratas. Las mujeres de las lanzas acabaron con esos bichos asquerosos, y ahora son ellas las que infestan el lugar. A veces desearía que volviesen las ratas.

—¿Qué tal es estar a las órdenes de Férreo Emmett? —preguntó Jon.

—En realidad, Maris la Negra es la que está a sus órdenes la mayor parte del tiempo. Yo me encargo de las mulas. Ortigas dice que estoy emparentado con ellas y es cierto que tenemos el mismo rostro alargado, pero yo no soy ni la mitad de cabezota. De todas formas, juro por mi honor que nunca conocí a sus madres. —Acabó el último huevo y suspiró—. Me gustan los huevos poco

hechos. Por favor, mi señor, no dejéis que los salvajes se coman todas nuestras gallinas.

Fuera, en el patio, el cielo del este había empezado a iluminarse. No había ni rastro de nubes.

—Parece que hará un buen día —dijo Jon—. Un día luminoso, cálido y soleado.

—El Muro llorará, y eso que tenemos el invierno casi encima. No es natural, mi señor. De hecho, creo que es una mala señal.

—¿Y si nieva? —dijo Jon, con una sonrisa.

—Peor todavía.

—¿Qué tiempo te gustaría que hiciera?

—El mismo que junto a la chimenea. Si no os importa, debería regresar con mis mulas. Cuando no estoy con ellas me echan de menos, que ya es más de lo que puedo decir de las mujeres de las lanzas.

Se separaron allí mismo: Tollett fue por el camino del este en busca de los carromatos, y Jon, hacia los establos. Seda ya estaba esperándolo con el caballo ensillado y aparejado: un fogoso corcel gris de crines brillantes y negras como tinta de maestre. No era el tipo de montura que Jon escogería para una expedición, pero aquella mañana le convenía tener un aspecto imponente, y aquel semental era la elección perfecta.

Su escolta también estaba esperándolo. A Jon no le había gustado nunca estar rodeado de guardias pero, aquel día, tener cerca a un buen puñado de hombres parecía lo más sensato. Formaban una estampa lúgubre, todos con cota de malla, casco de hierro y capa negra, y llevaban lanzas altas en las manos y espadas, y puñales en los cinturones. Para la ocasión, Jon desestimó a los reclutas y ancianos que tenía a su cargo y escogió a ocho hombres en la flor de la vida: Ty, Mully, Lew el Zurdo, el Gran Liddle, Rory, Fulk el Pulga, Garrett Lanzaverde y Pieles, el nuevo maestro de armas del Castillo Negro, para mostrar al pueblo libre que incluso un hombre que había luchado por Mance bajo el Muro podía optar a un puesto de honor en la Guardia de la Noche.

Cuando se reunieron junto a la puerta, un fulgor rojo intenso iluminaba ya el este.

« Se están apagando las estrellas», pensó. Cuando reaparecieran brillarían sobre un mundo cambiado para siempre. Unos cuantos hombres de la reina observaban junto a las ascuas de los fuegos nocturnos de Melisandre. Cuando Jon miró hacia la Torre del Rey divisó de reojo un destello rojo tras una ventana. De la reina Selyse no vio ni rastro.

Había llegado el momento.

—Abrid la puerta —dijo Jon Nieve con voz queda.

—¡Abrid la puerta! —gritó el Gran Liddle. Su voz era como un trueno. Doscientas cincuenta varas más arriba, los centinelas lo oyeron y se llevaron el

cuerno de guerra a la boca. El sonido retumbó por todo el Muro y a lo largo del mundo. *Aaa iiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii...*

Un toque largo. Durante más de mil años, aquel sonido había indicado que los exploradores volvían a casa. Aquel día adquirió un nuevo significado. Aquel día convocababa a los salvajes a su nuevo hogar.

A ambos lados del largo túnel, las puertas se abrieron y las barras de hierro se levantaron. La luz del amanecer brillaba sobre el hielo del Muro y despedía destellos rosados, dorados y violeta. A Edd el Penas no le faltaba razón: el Muro lloraría pronto.

« Quieran los dioses que sea el único que llore » .

Seda los guio bajo el hielo con un farol de hierro para iluminar el camino que atravesaba el túnel. Jon lo siguió a pie, con el caballo de la brida. Tras ellos iba la guardia, y más atrás, Bowen Marsh y veinte mayordomos, cada uno con una tarea asignada. Mucho más arriba, Ulmer del Bosque Real había quedado al mando del Muro. Lo acompañaban los cuarenta mejores arqueros del Castillo Negro, listos para responder ante cualquier problema que surgiera abajo con un diluvio de flechas.

Al norte del Muro esperaba Tormund Matagigantes a lomos de una pequeña montura que apenas podía soportar su peso. Junto a él estaban Toregg el Alto y el joven Dryn, los dos hijos que le quedaban, además de sesenta guerreros.

—¡Ja! —exclamó Tormund—. ¿Son guardias lo que veo? ¿Qué ha sido de la confianza, cuervo?

—Tú has traído más hombres que yo.

—Es cierto. Ven aquí, muchacho. Quiero que te vea mi pueblo. Aquí hay miles de personas que no han visto nunca a un lord comandante; hombres hechos y derechos a los que decían de niños que tus exploradores se los comerían si se portaban mal. Necesitan ver cómo eres en realidad: un muchacho de cara larga con una capa negra y vieja. Necesitan saber que no tienen nada que temer de la Guardia de la Noche.

« Preferiría que no lo supieran» . Jon se quitó el guante de la mano quemada, se llevó dos dedos a la boca y silbó. Fantasma llegó corriendo desde la puerta. El caballo de Tormund respingó tanto que estuvo a punto de derribarlo.

—¿Nada que temer? Fantasma, quieto.

—Eres un bastardo de corazón podrido, lord Cuervo. —Tormund, el Soplador del Cuerpo, se llevó el cuerno de guerra a los labios. El sonido retumbó por el hielo como un trueno, y el pueblo libre empezó a avanzar hacia la puerta.

Desde el amanecer hasta que cayó el sol, Jon los observó pasar.

Los primeros fueron los rehenes: cien muchachos de entre ocho y dieciséis años.

—Tu precio de sangre, lord Cuervo —declaró Tormund—. Espero que el llanto de sus pobres madres no te provoque pesadillas. —Algunos chicos llegaron

a la puerta de la mano de sus padres; otros, con sus hermanos mayores. Muchos caminaban solos. Los chicos de quince y dieciséis años eran casi adultos y no querían que los vieran colgados de las faldas de una mujer.

Dos mayordomos se encargaron de contar a los chicos según pasaban y apuntar todos los nombres en pergaminos de piel de oveja. Un tercero recogió sus objetos de valor como peaje y también los enumeró. Los jóvenes se dirigían a un lugar donde no habían estado nunca, para servir a una orden que había sido enemiga de su pueblo durante miles de años, pero aun así, Jon no vio lágrimas ni oyó los lamentos de ninguna madre.

«Es la gente del invierno —recordó—. En el lugar del que vienen, las lágrimas se congelan en las mejillas». Ni un rehén retrocedió ni intentó huir cuando le llegó el turno de pasar por el túnel sombrío.

Casi todos estaban delgados y algunos hasta demacrados, con piernas flacas y brazos finos como ramitas. Jon no esperaba otra cosa. Por lo demás, eran de mil formas, tamaños y colores: vio a chicos altos y bajos, castaños, morenos, rubios como la miel, rubios color fresa y pelirrojos besados por el fuego, como Ygritte. Vio a chicos con cicatrices, chicos cojos y chicos con marcas de viruelas. Muchos de los mayores tenían vello en las mejillas o bigotes ralos, aunque uno lucía una barba tan frondosa como la de Tormund. Algunos vestían pieles suaves y de buena calidad, y otros, cuero endurecido y piezas de armadura; muchos llevaban lana y piel de foca, y unos cuantos iban en harapos. Ninguno estaba desnudo. Los había que portaban armas: lanzas afiladas, mazos de cabeza de piedra, cuchillos de hueso, piedra o vidriagón, garrotes con pinchos y redes, e incluso vio alguna vieja espada roída por el óxido aquí y allá. Los pies de cuerno caminaban por la nieve despreocupados y descalzos. Otros llevaban zarpas de oso y andaban sin hundirse. Seis llegaron a lomos de caballos, y dos, a lomos de mulas. Dos hermanos aparecieron con una cabra. El rehén más corpulento media dos varas y media, aunque tenía cara de niño; y el menor era un chico menudo que afirmó tener nueve años aunque no aparentaba más de seis.

Los hijos de hombres de prestigio fueron de especial interés. Tormund se ocupó de señalarlos según pasaban.

—Ese de ahí es el hijo de Soren Rompescudos —dijo de un joven alto—. Aquel pelirrojo es el de Gerrick Sangrerreal. Afirma descender del linaje de Raymun Barbarroja, pero en realidad es descendiente de su hermano pequeño. —Había dos muchachos que se asemejaban lo bastante como para ser gemelos, pero Tormund insistió en que eran primos, nacidos con un año de diferencia—. A uno lo crió Harle el Cazador, y al otro, Harle el Bello, pero son hijos de la misma mujer. Sus padres se odian, así que yo en tu lugar mandaría uno a Guardiaoriente y el otro a la Torre Sombría.

Presentó a otros rehenes como hijos de Howd el Trotamundos, Brogg, Devyn Desollafocas, Kyleg de la Oreja de Madera, Morna Máscara Blanca, el Gran

Morsa...

—¿El Gran Morsa? ¿De veras?

—En la Costa Helada tienen nombres muy raros.

Tres rehenes eran hijos de Alfyn Matacervos, un infame saqueador abatido por Qhorin Mediamano, o eso decía Tormund.

—No parecen hermanos —observó Jon.

—Son de madres distintas. Alfyn la tenía muy pequeña, más que tú, pero nunca dudó a la hora de meterla donde fuera. Ese tenía un hijo en cada aldea. —Luego apareció un chico escuálido con cara de rata—. Ese es cachorro de Varamyr Seispieles. ¿Recuerdas a Varamyr, lord Cuervo?

—El cambiapieles. —Jon se acordaba perfectamente.

—Sí, cambiapieles, hijoputa y cruel. Es probable que haya muerto. Nadie ha vuelto a verlo desde la batalla.

Dos chicos eran en realidad chicas disfrazadas. En cuanto las vio, Jon pidió a Rory y al Gran Liddle que las llevasen ante él. Una acudió mansamente, y la otra, dando mordiscos y patadas.

« Esto puede acabar mal» .

—¿También tienen padres famosos?

—¿Estos críos escuálidas? No creo, estarán escogidos a suerte.

—Son chicas.

—¿Sí? —Tormund las miró desde la silla con los ojos entornados—. Lord Cuervo y yo hemos hecho una apuesta para ver cuál de los dos tiene el miembro más grande. Bajaos los calzones y dejadnos echar un ojo.

Una chica se puso roja; la otra lo miró desafiante.

—Déjanos en paz, Tormund Matapestes.

—¡Ja! Tú ganas, cuervo. Entre las dos no juntan una polla, pero la pequeña tiene un buen par de huevos. Una mujer de las lanzas en potencia. —Llamó a sus hombres—. Traedles ropa de mujer antes de que lord Nieve se mee en los calzones.

—Faltan dos chicos que las reemplacen.

—¿Por qué? Un rehén es un rehén. Esa espada enorme que llevas puede cortar tanto la cabeza de una chica como la de un chico. Los padres también quieren a sus hijas. Bueno, la mayoría de los padres.

« No me preocupan sus padres» .

—¿Alguna vez oíste a Mance cantar la historia de Danny Flint el Valiente?

—No, que yo recuerde. ¿Quién era?

—Una chica que se disfrazó de chico para vestir el negro. La canción es triste y muy bonita; lo que le pasó ya no lo fue tanto. —En algunas versiones de la canción, el fantasma de la chica aún vagaba por el Fuerte de la Noche—. Mandaré a las chicas a Túmulo Largo. —Los únicos hombres que había allí eran Férrreo Emmett y Edd el Penas, y confiaba en ambos, algo que no podía decir de

todos sus hermanos.

—Los cuervos sois unos pájaros repugnantes. —Escupió el salvaje, que lo había entendido—. De acuerdo, te traeré a otros dos chicos.

Cuando ya habían cruzado el Muro noventa y nueve rehenes, Tormund Matagigantes presentó al último.

—Mi hijo Dryn. Asegúrate de que lo cuidan bien, cuervo, o te arrancaré ese hígado negro y me lo comeré.

Jon inspeccionó de cerca al muchacho.

«Tiene la edad de Bran, o la que tendría si Theon no lo hubiese matado».

Sin embargo, Dryn carecía de la dulzura de Bran. Era un muchacho fornido, de piernas cortas, brazos gruesos y rostro ancho y enrojecido: una versión en miniatura de su padre, con una mata de pelo castaño.

—Será mi propio paje —prometió Jon a Tormund.

—¿Has oido eso, Dryn? Procura que no se te suba a la cabeza. —Se volvió hacia Jon—. Tendrás que darle una buena azotaina de vez en cuando. Y ten cuidado con sus dientes, que muerde.

Agarró de nuevo el cuerno, lo alzó y dio otro toque. Se adelantaron los guerreros, pero eran más de ciento.

«Casi quinientos —calculó Jon cuando los vio salir de entre los árboles—, puede que incluso mil». Solo uno de cada diez iba a caballo, pero todos estaban armados. De la espalda les colgaban escudos de mimbre redondos cubiertos de piel y cuero endurecido, que exhibían pinturas de serpientes, arañas, cabezas cortadas, martillos sangrientos, calaveras rotas y demonios. Unos cuantos llevaban acero robado: restos abollados de armaduras saqueadas a cadáveres de exploradores. Otros llevaban armaduras de hueso, como Casaca de Matraca. Todos vestían piel y cuero.

Con ellos iban las mujeres de las lanzas, de largas melenas que ondeaban al viento. Jon no podía mirarlas sin acordarse de Ygritte: el reflejo del fuego en su pelo, su mirada cuando se había desnudado ante él en la gruta, el sonido de su voz. «No sabes nada, Jon Nieve», le había dicho cientos de veces.

«Ni lo sabía ni lo sé».

—Podrías haber traído antes a las mujeres —le dijo a Tormund—. A las madres y las doncellas.

—Sí, claro. —El salvaje le dedicó una mirada taimada—. Y vosotros podríais haber cerrado la puerta. Pero con unos cuantos guerreros al otro lado, la puerta se mantendrá abierta, ¿verdad? —Sonrió—. Te he comprado el puto caballo, Jon Nieve, pero no creas que no voy a mirarle los dientes. Y no vayas por ahí diciendo que no confío en vosotros. Confío en vosotros tanto como tú en nosotros. —Resopló—. Querías guerreros, ¿no? Ahí los tienes. Cada uno de ellos vale tanto como seis de tus cuervos.

Jon no tuvo más remedio que sonreír.

—Mientras reserven esas armas para nuestro enemigo común, todo va bien.

—Te di mi palabra, ¿no? La palabra de Tormund Matagigantes. Es tan fuerte como el hierro. —Se volvió para escupir.

En el río de guerreros estaban los padres de muchos de los rehenes de Jon. Al pasar a su lado, algunos se quedaron mirándolo con ojos fríos y muertos, y se llevaron la mano a la empuñadura de la espada. Otros le sonrieron como si fuese un familiar lejano y perdido hacía tiempo, aunque aquellas sonrisas le resultaron más incómodas que cualquier mirada. Ninguno se arrodilló, pero muchos le hicieron juramentos.

—Los juramentos de Tormund son los míos —declaró Brogg, un hombre de pelo negro y pocas palabras.

—El hacha de Soren es tuya, Jon Nieve, si la necesitas alguna vez —rugió Soren Rompescudos tras agachar ligeramente la cabeza.

Gerrick Sangrereal, de barba pelirroja, llegó con tres hijas.

—Serán unas esposas excelentes y les darán a sus maridos hijos fuertes de sangre real —presumió—. Al igual que su padre, descienden de Raymun Barbarroja, que fue Rey-más-allá-del-Muro.

Jon sabía por Ygritte que la sangre significaba menos que nada para el pueblo libre. Las hijas de Gerrick eran tan pelirrojas como ella, aunque el pelo de Ygritte era una maraña de rizos, y ellas lo tenían lacio.

« Besadas por el fuego» .

—Tres princesas, a cual más bella —dijo a su padre—. Me encargaré de que las presenten ante la reina. —Sospechaba que Selyse Baratheon se llevaría con ellas mejor que con Val: eran más jóvenes y mucho más recatadas.

« Son hermosas, aunque su padre parece idiota» .

Howd el Trotamundos juró por su espada, el trozo de hierro con más muescas y abolladuras que Jon había visto en su vida. Devyn Desollafocas le regaló un gorro de piel del animal que le daba su nombre, y Harle el Cazador, un collar de uñas de oso. La bruja guerrera Morna se quitó la máscara de arciano el tiempo justo para besarle la mano enguantada y jurar ser su hombre o su mujer, lo que él prefiriese. Y así, siguieron pasando uno tras otro.

Al cruzar, todos los guerreros se desprendían de sus tesoros y los depositaban en el carro que los mayordomos habían colocado junto a la puerta. Pendientes de ámbar, torques dorados, puñales enjoyados, broches de plata decorados con piedras preciosas, pulseras, anillos, copas nieladas, cálices dorados, cuernos de guerra y de cerveza, un cepillo de jade verde, un collar de perlas de agua dulce... Bowen Marsh lo anotó todo meticulosamente. Un hombre entregó una camisa de escamas de plata que sin duda había pertenecido a un gran señor. Otro cedió una espada rota con tres zafiros en la empuñadura.

Había objetos de lo más extraño: un mamut de juguete hecho con pelo de mamut auténtico, un falo de marfil, un yelmo fabricado con la cabeza de un

unicornio, con cuerno y todo... Jon no tenía ni idea de cuánta comida se podría comprar con todo aquello en las Ciudades Libres.

Tras los jinetes llegaron los hombres de la Costa Helada. Jon vio cómo desfilaba a su lado una docena de enormes carros de huesos, que repiqueteaban igual que Casaca de Matraca. La mitad iba sobre ruedas, pero el resto las había reemplazado por patines y se deslizaba con suavidad por la nieve, mientras que los otros zozobraban y se hundían.

Los perros que tiraban de los carros eran bestias aterradoras, grandes como huargos. Las mujeres vestían pieles de foca, y algunas llevaban niños de pecho. Los niños mayores iban a rastras tras sus madres y miraban a Jon con ojos tan negros y duros como las piedras que llevaban en las manos. Algunos hombres lucían gorros con astas de ciervo, y otros, con colmillos de morsa. Jon se dio cuenta enseguida de que no se llevaban bien entre sí. En la retaguardia iba un puñado de renos flacos, y unos perros enormes ladraban a los más rezagados.

—Ten cuidado con estos, Jon Nieve —le advirtió Tormund—. Son unos animales. Los hombres son malos, y las mujeres, peores. —Cogió un pellejo de la silla y se lo ofreció a Jon—. Toma, con esto te parecerán menos fieros, y de paso te dará calor esta noche. No, no, quédatealo. Echa un buen trago.

El hidromiel que contenía era tan fuerte que a Jon se le saltaron las lágrimas y le bajaron serpientes de fuego por el pecho. Bebió con ganas.

—Eres un buen hombre, Tormund Matagigantes. Hasta para ser un salvaje.

—Puede que sea mejor que la mayoría. No tanto como unos pocos.

Los salvajes seguían llegando a medida que el sol se arrastraba por el cielo despejado y azul. Poco antes del mediodía hubo un parón, cuando un carro de bueyes se quedó atascado en un recoveco del túnel. Jon Nieve fue en persona para echar un vistazo. El carro estaba totalmente aprisionado. Los hombres que iban detrás amenazaban con hacerlo pedazos y despiezar al buey allí mismo, mientras que el conductor y su familia juraban matarlos a todos si lo intentaban. Pero con la ayuda de Tormund y su hijo Toregg, Jon se las arregló para evitar que los salvajes llegaran a la sangre, aunque tardaron casi una hora en reabrir el camino.

—Aquí hace falta una puerta más grande —protestó Tormund mientras miraba con preocupación el cielo, donde empezaban a juntarse las nubes—. Este camino es demasiado lento. Es como intentar beberse el Agualechosa con una caña. ¡Ja! Si tuviera el cuerno de Joramun, le daría un buen soprido y treparíamos por los escombros.

—Melisandre quemó el cuerno de Joramun.

—¿En serio? —Tormund se palmeó el muslo y silbó—. Vaya, quemó ese cuerno tan grande y bonito. Me parece un puto pecado. Tenía mil años. Lo encontramos en la tumba de un gigante; ninguno había visto nunca un cuerno tan grande. Sería por eso por lo que a Mance se le ocurrió lo de deciros que era el de

Joramun. Quería que los cuervos pensaraís que era capaz de dejaros vuestro puto Muro a la altura de las rodillas. Pero la verdad es que nunca encontramos el cuerno auténtico, y eso que excavamos muchísimo. Si lo tuviéramos, todos los arrodillados de los Siete Reinos tendrían hielo de sobra para enfriar el vino el verano entero.

Jon giró su montura con el ceño fruncido.

«Y Joramun hizo sonar el Cuerno del Invierno y despertó a los gigantes de la tierra. —Aquel cuerno enorme con bandas de oro viejo, tallado con runas antiguas... ¿Le había mentido Mance Rayder? ¿O era Tormund quien mentía?—. Si el cuerno de Mance era falso, ¿dónde está el verdadero?».

Por la tarde, el sol desapareció de la vista y el día se volvió gris y ventoso.

—Cielo de nieve —anunció Tormund, sombrío.

No fueron los únicos que vieron aquel presagio en las nubes blancas. Parecía instarlos a ir más deprisa, y los ánimos empezaron a caldearse. Hubo un apuñalamiento cuando un hombre intentó adelantarse a otros que llevaban horas en la columna. Toregg arrebató el cuchillo al atacante, arrastró a los dos rivales lejos del tumulto y los envió al campamento salvaje para que empezasen de nuevo el recorrido.

—Tormund —dijo Jon, mientras observaban a cuatro ancianas que empujaban un carro lleno de niños hacia la puerta—, háblame de nuestro enemigo. Quiero saber todo lo posible sobre los Otros.

—Aquí no —murmuró Tormund tras frotarse la boca—. A este lado de tu Muro, no. —Echó una mirada rápida e insegura hacia los árboles cubiertos de un manto blanco—. Nunca andan muy lejos, ¿sabes? No salen de día, ni cuando brilla ese viejo sol, pero no creas que se han ido. Las sombras nunca se van. Puede que no las veas, pero siempre están pisándonos los talones.

—¿Os dieron problemas cuando veníais hacia el sur?

—Nunca atacaron en gran número, si te refieres a eso, pero estaban ahí, en los alrededores. Nos desaparecieron tantos oteadores que perdí la cuenta, y cualquiera que se quedase atrás o se extraviase podía perder la vida. Todas las noches, trazábamos un círculo de fuego alrededor del campamento. El fuego no les gusta nada. Pero luego empezó a nevar... Nieve, aguanieve, lluvia helada... Estaba jodido encontrar madera seca o encender un fuego, y el frío... Algunas noches las hogueras se encogían y morían, así, sin más. En noches como esas, siempre nos encontrábamos algún muerto al amanecer. A no ser que ellos te encontraran antes. La noche en que Torwynd..., mi chico... se... —Tormund apartó la mirada.

—Lo sé —dijo Jon Nieve.

—No sabes nada. —Tormund se volvió de nuevo hacia él—. Sí, ya sé que mataste a un muerto. Mance mató a cientos. Se puede luchar contra los muertos, pero cuando llegan sus amos, cuando empieza a levantarse esa neblina blanca...

¿Cómo se lucha contra la niebla, cuervo? Sombras con dientes... Un aire tan frío que duele hasta respirar, como un cuchillo que atraviesa el pecho... No sabes nada, no puedes saberlo. ¿Tu espada puede atravesar el frío?

« Ya lo veremos —pensó Jon, mientras recordaba todo lo que le había contado Sam y lo que había averiguado en sus viejos libros. *Garra* había sido forjada en los fuegos de la antigua Valyria, en llama de dragón, y protegida con hechizos—. Sam lo llamaba *acerodragón*. Es más fuerte que el acero común, más ligero, más duro, más afilado...» . Pero una cosa era lo que dijeron los libros, y otra, la verdadera prueba que tendría lugar en la batalla.

—No te equivocas —dijo Jon—. No sé nada. Y, si los dioses son benevolentes, no lo sabré nunca.

—Los dioses rara vez son benevolentes, Jon Nieve. —Tormund señaló hacia arriba—. El cielo se está oscureciendo y cubriendo de nubes, y cada vez hace más frío. Mira, tu Muro ya no llora. —Se giró y llamó a su hijo Toregg—. Vuelve al campamento y diles que se apresuren. Los enfermos, los débiles, los holgazanes y los cobardes, que muevan los putos pies. Prende fuego a las tiendas si hace falta. La puerta tiene que estar cerrada antes de que caiga la noche. Cualquier hombre que no haya pasado al otro lado para entonces, que rece para que los Otros lo cojan antes que yo. ¿Me has oído?

—Te he oido. —Toregg azuzó al caballo y se dirigió al galope hacia el final de la columna.

Los salvajes siguieron llegando. Tal como había señalado Tormund, el cielo se iba oscureciendo. Las nubes lo cubrieron de horizonte a horizonte, y todo rastro de calidez se disipó. En la puerta comenzaron los empellones: hombres, cabras y bueyes se empujaban unos a otros para abrirse paso.

« Es más que impaciencia —comprendió Jon—. Están asustados. Los guerreros, las mujeres de las lanzas, los saqueadores: todos temen ese bosque y las sombras que se mueven entre los árboles. Quieren tener el Muro de por medio antes de que caiga la noche. —Un copo de nieve bailó en el aire; luego, otro—. Baila conmigo, Jon Nieve. Pronto bailarás conmigo» .

Los salvajes siguieron llegando. Ya iban algo más deprisa y cruzaban el campo de batalla con presteza, aunque los más ancianos, jóvenes o débiles casi no podían moverse. Por la mañana, el suelo estaba cubierto por un grueso manto de nieve vieja que refulgía blanca a la luz del sol, pero al caer la noche ya estaba marrón, negruzca y cenagosa. El paso continuo de los salvajes había convertido el suelo en barro y mugre. Todos habían ido dejando sus huellas: las ruedas de madera y las herraduras de los caballos; los patines de hueso, cuerno y hierro; las botas pesadas; las pezuñas de cerdos, vacas y bueyes; los pies negros y descalzos de los pies de cuerno. El terreno resbaladizo hacia que avanzasen aún más lentos.

—Aquí hace falta una puerta mucho más grande —volvió a protestar Tormund.

Ya entrada la tarde, la nieve caía de manera constante, pero el río de salvajes se había reducido a un arroyo. De los campamentos recién abandonados salían columnas de humo que se alzaban sobre los árboles.

—Es Toregg —explicó Tormund—. Está quemando a los muertos. Siempre hay alguien que se duerme y no despierta. Están dentro de las tiendas, al menos los que las tienen, acurrucados y congelados. Toregg ya sabe qué tiene que hacer.

El flujo constante ya no era más que un goteo cuando Toregg emergió del bosque. Lo acompañaban doce guerreros a caballo, armados con lanzas y espadas.

—Mi retaguardia —dijo Tormund con una sonrisa en la que faltaban varios dientes—. Los cuervos tenéis exploradores. Nosotros también. Los dejé en el campamento por si nos atacaban antes de que saliera todo el mundo.

—Tus mejores hombres.

—O los peores. Todos han matado algún cuervo.

Entre los jinetes había un hombre que iba a pie, con una gran bestia pisándole los talones.

«Un jabalí —vio Jon—. Un jabalí monstruoso».

La criatura era el doble de grande que Fantasma, estaba cubierta de pelaje negro e hirsuto, y tenía unos colmillos del tamaño del brazo de un hombre. Jon no había visto nunca un jabalí tan grande ni tan feo. El hombre que iba con él tampoco era ninguna belleza: musculoso, de cejas negras, nariz chata, mandíbula oscurecida por una barba incipiente, y ojos pequeños y juntos.

—Borroq. —Tormund volvió la cabeza y escupió.

—Un cambiapiés. —No era una pregunta. Sin saber cómo, se había dado cuenta.

Fantasma volvió la cabeza. Hasta entonces, la nieve había enmascarado el olor del jabalí, pero en aquel momento lo percibió. Se adelantó a Jon y enseñó los dientes con un gruñido silencioso.

—¡No! —espetó Jon—. Fantasma, tranquilo. Quietos. ¡Quietos!

—Jabalies y lobos —dijo Tormund—. Será mejor que dejes a tu bestia encerrada esta noche. Me ocuparé de que Borroq haga lo mismo con su cerdo.

—Levantó la vista hacia el cielo oscuro—. Son los últimos, y en buena hora. Seguro que nieva toda la noche. Ya va siendo hora de que eche un vistazo al otro lado de todo este hielo.

—Ve tú delante —dijo Jon—. Quiero ser el último en pasar. Nos vemos en el banquete.

—¿Banquete? ¡Ja! Me gusta cómo suena esa palabra. —El salvaje giró su montura hacia el Muro y le palmeó el lomo. Lo siguieron Toregg y el resto de los jinetes, que descabalgaron al llegar a la puerta para guiar a sus caballos por las riendas a través del túnel. Bowen Marsh se quedó un rato más para supervisar a sus mayordomos, que tiraban de los últimos carros. Solo quedaron Jon Nieve y su

guardia.

El cambiapiel se detuvo a diez pasos. Su monstruo revolvió el barro con las patas, entre resoplidos. Una fina capa de nieve le cubría el lomo jorobado y negro. De repente gruñó con la cabeza gacha y, durante un momento, Jon pensó que estaba a punto de atacar. Los hombres que lo flanqueaban bajaron las lanzas.

—Hermano —saludó Borroq.

—Será mejor que continúes. Estamos a punto de cerrar la puerta.

—Sí, ciérrala. Y más vale que la cierres a conciencia. Ya vienen, cuervo. —Le dedicó la sonrisa más fea que Jon había visto nunca, y empezó a caminar hacia la puerta. El jabalí lo siguió. Tras ellos, la nieve cubrió las huellas que dejaban.

—Bueno, se acabó —dijo Rory cuando ya no quedaba nadie.

«No —pensó Jon Nieve—. Acaba de empezar».

Bowen Marsh lo esperaba al sur del Muro, con una pizarra de mano llena de números.

—Hoy han cruzado la puerta tres mil ciento diecinueve salvajes —le comentó el lord mayordomo—. Hemos enviado sesenta rehenes a Torre Sombria y a Guardiaoriente, después de darles de comer. Edd Tollett ha regresado a Túmulo Largo con seis carromatos de mujeres; el resto sigue aquí.

—No estarán aquí mucho tiempo —prometió Jon—. Tormund quiere guiar a su gente hasta el Escudo de Roble dentro de uno o dos días. Los demás irán en cuanto decidamos dónde alojarlos.

—Como digáis, lord Nieve. —Hablabía con un tono rígido que dejaba entrever que Bowen Marsh tenía una idea muy precisa de dónde los alojaría él.

Jon regresó a un castillo que no tenía nada que ver con el que había dejado aquella mañana. Desde que lo conocía, el Castillo Negro había sido un lugar de silencio y sombras, donde unos pocos hombres de negro se movían como fantasmas entre las ruinas de una fortaleza que otrora albergara a diez veces más hombres que entonces. Se veía luz en ventanas que Jon siempre había visto oscuras. Por los patios resonaban voces extrañas, y el pueblo libre iba y venía por caminos de hielo que durante años solo habían conocido las botas negras de los cuervos. Delante de los Barracones de Pedernal se encontró con una docena de hombres que se lanzaban bolas de nieve.

«Están jugando —pensó, asombrado—. Adultos que juegan como niños y se tiran bolas de nieve, como hacían Bran y Arya, y Robb y yo antes que ellos».

La vieja armería de Donal Noye, sin embargo, permanecía oscura y en silencio, y las habitaciones de Jon, en la parte de atrás de la vieja forja, estaban todavía más oscuras. Pero aún no había tenido tiempo de quitarse la capa cuando Dannel asomó la cabeza por la puerta para anunciar que Clydas le llevaba un mensaje.

—Que pase. —Jon encendió un cirio en el brasero y prendió tres velas con él.

Clydas entró parpadeando, con el rostro congestionado y un pergamo agarrado firmemente.

—Disculpad, lord comandante. Sé que debéis de estar muy cansado, pero me pareció que queríais ver esto enseguida.

—Bien hecho. —Jon leyó:

En Casa Austeria, con seis barcos. Mar bravía. Perdidas la *Pájaro Negro* y su tripulación; dos barcos y senos encallados en Skane; la *Garra* hace agua. Nada marcha bien. Los salvajes se comen los cadáveres de los suyos. Cosas muertas en el bosque. Los capitanes braavosis solo quieren llevar mujeres y niños en sus barcos. Las brujas nos llaman esclavistas. Renunciamos a hacernos con la *Cuervo de Tormenta*; seis tripulantes y muchos salvajes muertos. Quedan ocho cuervos. Cosas muertas en el agua. Enviad ayuda por tierra; mar azotado por las tormentas. Desde la *Garra*, por la mano del maestre Harmune.

Bajo el texto figuraba la furiosa firma de Cotter Pyke.

—¿Es grave, mi señor? —preguntó Clydas.

—Bastante grave.

«Cosas muertas en el bosque. Cosas muertas en el agua. Quedan seis barcos de los once que zarparon. —Jon enrolló el pergamo con el ceño fruncido—. Cae la noche y comienza mi guerra» .

EL CABALLERO OLVIDADO

—Arrodillaos todos ante su magnificencia Hizdahr zo Loraq, el decimocuarto de su noble nombre, rey de Meereen, Vástago de Ghis, Octarca del Antiguo Imperio, Amo del Skahazadhan, Consorte de Dragones y Sangre de la Arpía — clamó el heraldo. Su voz resonó en el suelo de mármol y retumbó entre las columnas.

Ser Barristan Selmy pasó una mano bajo los pliegues de la capa y aflojó la espada de la vaina. Nadie podía ir armado en presencia del rey, con excepción de sus protectores. Parecía que seguía contándose entre ellos, pese a que lo habían destituido; al menos, no habían intentado quitarle la espada.

En la sala de audiencias, Daenerys Targaryen prefería sentarse en un banco de ébano pulido, liso y sencillo, cubierto con los cojines que le había llevado ser Barristan para hacerlo más cómodo. El rey Hizdahr había sustituido el banco por dos imponentes tronos de madera dorada con respaldo alto tallado en forma de dragón. El rey se sentaba en el de la derecha, con una corona de oro y un cetro enjulado en la mano pálida. El segundo trono permanecía vacío.

«El que importa de verdad —pensó ser Barristan—. Ninguna silla con forma de dragón puede reemplazar a un dragón de verdad, por muy intrincada que sea la talla».

A la derecha de los tronos gemelos se encontraba Goghor el Gigante, una inmensa mole de rostro fiero y surcado de cicatrices; a la izquierda, el Gato Moteado, con una piel de leopardo al hombro; detrás de ellos, Belaquo Rompehuesos y Khazz, el de los ojos fríos.

«Asesinos avezados, todos ellos —se dijo Selmy—, aunque una cosa es enfrentarse a un enemigo en la arena de combate, cuando los cuernos y tambores pregonan su llegada, y otra, identificar a un asesino oculto antes de que ataque».

El día era joven y fresco, pero Barristan Selmy notaba el cansancio en los huesos, como si se hubiera pasado la noche luchando. Cuanto más viejo se hacía, menos sueño parecía necesitar. En sus tiempos de escudero podía dormir diez horas por la noche y aun así llegar al patio de entrenamiento bostezando y dando traspiés. A los sesenta y tres años, cinco horas le parecían más que suficiente, pero esa noche apenas había pegado ojo. Su habitación era una celda diminuta situada junto a los aposentos de la reina, antes destinada a los esclavos; su mobiliario consistía en una cama, un orinal, un armario ropero y hasta una silla, por si quería sentarse. En la mesita tenía una vela de cera de abeja y una estatuilla del Guerrero; aunque no era devoto, lo hacía sentirse menos solo en aquella ciudad desconocida y extranjera, y lo acompañaba en las oscuras vigilias. «Guárdame de estas dudas que me carcomen y concédeme fuerza para hacer lo correcto», rezaba. Sin embargo, ni las oraciones ni el amanecer le

habían proporcionado ninguna certeza.

La sala estaba abarrotada, pero lo que más le llamó la atención fueron las ausencias: Missandei, Belwas, Gusano Gris, Aggo, Jhogo, Rakharo, Irri, Jhiqui, Daario Naharis... En lugar del Cabeza Afeitada había un hombre gordo con coraza musculada y máscara de león, de piernas gruesas que asomaban por debajo de la falda de tiras de cuero: Marghaz zo Loraq, primo del rey, nuevo comandante de las Bestias de Bronce. Selmy ya sentía hacia él un abierto desdén. Había conocido a otros de su calaña en Desembarco del Rey: adulador con sus superiores, duro con sus inferiores, tan ciego como fanfarrón, y muy, muy orgulloso. Demasiado.

« Skahaz también podría estar aquí —comprendió—, con su fea cara escondida tras una máscara». Apostadas entre las columnas aguardaban cuatro decenas de bestias de bronce, cuyas máscaras de cobre bruñido brillaban a la luz de las antorchas. El Cabeza Afeitada podía ser cualquiera de ellos.

La sala retumbaba con un centenar de voces que despertaban ecos en las columnas y el suelo de mármol. El sonido era furioso, amenazador; a Selmy le evocó un avispero justo antes de empezar a vomitar avispas. En los rostros de la multitud vio ira, pesar, sospecha, miedo.

Apenas el nuevo heraldo ordenó silencio en la sala, las cosas empezaron a ponerse feas. Una mujer sollozaba por su hermano, muerto en el reñidero de Daznak; otra, por los daños que había sufrido su palanquín. Un hombre gordo se arrancó los vendajes para mostrar a la corte un brazo quemado, todavía supurante y en carne viva. Y cuando otro, que llevaba un *tokar* azul y dorado se puso a hablar de Harghaz el Héroe, el liberto que se encontraba a su espalda lo tiró al suelo de un empellón. Hicieron falta seis bestias de bronce para separarlos y llevárselos a rastras: un zorro, un halcón, una foca, una langosta, un león y un sapo. Selmy se preguntó si las máscaras encerraban algún significado para los hombres que las llevaban. ¿Se ponían siempre las mismas, o escogían un rostro distinto cada mañana?

—¡Silencio! —suplicaba Reznak mo Reznak—. ¡Por favor! Os responderé si tan solo...

—¿Es cierto? —gritó una liberta—. ¿Nuestra madre ha muerto?

—¡No, no, no! —chilló Reznak—. La reina Daenerys regresará a Meereen a su debido tiempo, en todo su poder y majestad. Hasta entonces, su adoración el rey Hizdahr...

—¡No es mi rey! —vociferó un liberto. Los asistentes empezaron a empujarse.

—¡La reina no ha muerto! —proclamó el senescal—. Los jinetes de sangre de su alteza han cruzado el Skahazadhan para buscarla y devolverla a su amante esposo y a sus leales súbditos. Partieron con diez jinetes selectos cada uno y tres caballos veloces por jinete, para llegar lejos y deprisa. Encontrarán a la reina

Daenerys.

Tomó la palabra un ghiscario alto con túnica de brocado, de voz tan sonora como fría. El rey Hizdahr se revolvía en su trono de dragón, con el rostro como una máscara de piedra en un esfuerzo por aparentar al mismo tiempo preocupación e impasibilidad. De nuevo tuvo que responder el senescal.

Ser Barristan dejó que las palabras untuosas de Reznak le resbalaran. Los años pasados en la Guardia Real lo habían enseñado a oír sin escuchar, cosa que resultaba especialmente útil cuando el orador se empeñaba en demostrar que las palabras son aire. Al fondo de la sala atisbó al principito dorniense y a sus compañeros.

« No tendrían que haber venido. Martell no es consciente del peligro. Daenerys era su única amiga en la corte, y ahora no está». ¿Hasta qué punto comprendían lo que se estaba diciendo? Incluso a él le costaba a veces entender aquel híbrido de la lengua ghiscaria que usaban los esclavistas, sobre todo si hablaban deprisa.

El príncipe Quentyn, por lo menos, escuchaba con atención.

« Es hijo de su padre. —Bajo y fornido, de rostro achatado, parecía un buen chico: serio, sensato, consciente de sus deberes..., aunque no era de los que aceleraban el corazón de las jóvenes. Y Daenerys Targaryen, al margen de todo lo demás, seguía siendo una niña, como ella misma decía cuando le daba por hacerse la inocente. Como toda buena reina, su pueblo era lo primero; de lo contrario, jamás se habría casado con Hizdahr zo Loraq. Pero la niña que era en el fondo anhelaba poesía, pasión y risas—. Quiere fuego, y Dorne le envía barro». El barro servía para hacer cataplasmas contra la fiebre; para plantar semillas y obtener una cosecha con que alimentar a tus hijos; el barro podía nutrir, mientras que el fuego solo consumía, pero los necios, los niños y las muchachas siempre preferían el fuego.

Detrás del príncipe, ser Gerris del Manantial le susurraba algo a Yronwood. Ser Gerris tenía todo lo que le faltaba al príncipe: era alto, esbelto y atractivo, y poseía la gracia de un hombre de espada y el ingenio de un cortesano. Selmy no dudaba que más de una doncella dorniense habría peinado con los dedos los mechones dorados de su pelo y besado aquella sonrisa socarrona que lucía en los labios.

« Si el príncipe hubiera sido él, las cosas podrían haber sido diferentes —no podía dejar de pensar. Pero Gerris del Manantial tenía algo... demasiado agradable para su gusto—. Como una moneda falsa», decidió el anciano caballero. Había conocido a otros como él.

Lo que quisiera que estuviese susurrando debía de ser gracioso, porque su amigo el grandullón calvo rompió a reír en tono bastante alto para que el rey volviese la mirada hacia los dornienses. Al ver al príncipe, Hizdahr zo Loraq puso cara de pocos amigos.

El gesto no le gustó a ser Barristan; y, cuando el rey hizo una seña a su primo Marghaz para que se acercara, y se inclinó y le habló al oído, le gustó menos todavía.

« Mis votos no son para con Dorne —se recordó. Sin embargo, Lewyn Martell había sido su hermano juramentado en los días en que los lazos entre los hombres de la Guardia Real eran fuertes—. No pude hacer nada por el príncipe Lewyn en el Tridente, pero ahora puedo ayudar a su sobrino. —Martell bailaba en un nido de víboras y ni siquiera las veía. Su continua presencia, incluso después de que Daenerys se hubiese entregado a otro ante los ojos de los dioses y de los hombres, provocaría a cualquier esposo, y Qentyn ya no contaba con la reina para protegerlo de la ira de Hizdahr—. Aunque...».

El pensamiento fue tan repentino como una bofetada. Qentyn había crecido en la corte de Dorne; las conspiraciones y los envenenamientos no le resultaban desconocidos. Además, el príncipe Lewyn no había sido su único tío.

« Es de la sangre de la Vibora Roja. —Daenerys había tomado a otro consorte pero, si Hizdahr moría, podría casarse de nuevo—. ¿Y si el Cabeza Afeitada se equivoca? ¿Quién puede asegurar que las langostas eran para Daenerys? Estaban en el palco privado del rey. ¿Y si era él la víctima que buscaban?». La muerte de Hizdahr habría hecho añicos la frágil paz. Los Hijos de la Arpía habrían reanudado los asesinatos, y los yunkios, la guerra. Qentyn y su pacto de matrimonio podrían haber sido la mejor opción que le quedase a Daenerys.

Ser Barristan seguía debatiéndose con aquella sospecha cuando oyó unas botas pesadas que subían por las empinadas escaleras de piedra del fondo de la sala. Habían llegado los yunkios. Tres sabios amos encabezaban la comitiva de la Ciudad Amarilla, cada uno con su séquito armado. Un esclavista vestía un *tokar* de seda granate con flecos dorados; otro, uno de rayas naranjas y azuladas, y el tercero, una coraza con recargadas incrustaciones que formaban escenas eróticas en nácar, jade y azabache. Los acompañaba el capitán mercenario Barbasangre, con un costal de cuero colgado de un fuerte hombro y una expresión jovial y asesina en el rostro.

« No han venido el Príncipe Desharrapado ni Ben Plumm el Moreno. —Ser Barristan miró a Barbasangre con frialdad—. Dame la más mínima razón para que baile contigo y veremos quién rie el último».

—Sabios amos, es un honor —exclamó Reznak mo Reznak, abriéndose paso hacia ellos—. Su esplendor, el rey Hizdahr, da la bienvenida a sus amigos de Yunkai. Comprendemos que...

—A ver si comprendéis esto. —Barbasangre sacó una cabeza del saco y se la tiró al senescal. Reznak se apartó con un chillido de miedo. La cabeza rebotó, manchando de sangre el mármol lila del suelo, y rodó hasta ir a parar al pie del trono de dragón del rey Hizdahr. Por toda la sala, las bestias de bronce apuntaron

con las lanzas. Goghor el Gigante avanzó pesadamente para situarse ante el trono, y Khrazz y el Gato Moteado se apostaron a ambos lados para cubrir al rey.

—No muerde; está muerto —señaló Barbasangre con una risotada.

Con cautela, con mucha cautela, el senescal se aproximó a la cabeza y la cogió remilgadamente por el pelo.

—El almirante Groleo.

Ser Barristan miró hacia el trono. Había servido a tantos reyes que no podía dejar de imaginar cómo habría reaccionado cada uno ante semejante provocación. Aerys habría retrocedido horrorizado y probablemente se habría cortado con los filos del Trono de Hierro; después se habría puesto a gritar que despedazaran a los yunkios. Robert habría pedido a gritos su martillo para pagar a Barbasangre con la misma moneda. Incluso Jaehaerys, al que muchos consideraban débil, habría ordenado la detención de Barbasangre y los esclavistas de Yunkai.

Hizdahr se quedó completamente inmóvil como una estatua. Reznak depositó la cabeza en un cojín de raso, a los pies del rey, y se apartó a toda prisa, con la boca distorsionada por una mueca de desagrado. Ser Barristan percibía el penetrante olor del perfume floral del senescal a varios pasos de distancia.

El muerto miraba hacia arriba con los ojos cargados de reproche. Tenía la barba encostrada de sangre reseca, pero del cuello todavía le goteaba un hilillo rojo. Por su aspecto, había hecho falta más de un tajo para separarle la cabeza del cuerpo. Al fondo de la sala, los peticionarios comenzaron a escabullirse. Una bestia de bronce se arrancó la máscara de halcón y vomitó el desayuno.

Barristan Selmy ya había visto muchas cabezas cortadas, pero aquella... Había cruzado medio mundo con el viejo marino, de Pentos a Qarth y de regreso a Astapor.

«Groleo era un buen hombre. No merecía acabar así. Lo único que quería era volver a casa». El caballero aguardó expectante, tenso.

—Esto... —dijo al fin el rey Hizdahr— esto no... no nos satisface, esto... ¿Qué significa este... este...?

—Tengo el honor de traeros un mensaje del Consejo de Amos. —El esclavista del *tokar* granate desenrolló un pergamino—. Aquí está escrito: «Siete entraron en Meereen para firmar la paz y asistir a los juegos de celebración en el reñidero de Daznak. Como garantía de su seguridad nos fueron entregados siete rehenes. La Ciudad Amarilla llora a su noble hijo Yurkhaz zo Yunzak, que sufrió una muerte horrible cuando se encontraba en Meereen en calidad de invitado. La sangre se paga con sangre».

«¿Por qué lo eligieron a él entre todos los rehenes? —Groleo tenía en Pentos esposa, hijos y nietos. Jhogo, Héroe y Daario Naharis tenían soldados a su mando, pero Groleo era un almirante sin flota—. ¿Lo echaron a suertes, o consideraron que era el menos valioso, el que menos represalias provocaría? —

se preguntó. Aunque era más fácil plantear la pregunta que responderla—. No se me dan bien los acertijos».

—Alteza —intervino ser Barristan—, si tenéis a bien recordarlo, la muerte del noble Yurkhaz fue un accidente. Tropezó en los escalones cuando intentaba huir del dragón y pereció aplastado bajo los pies de sus propios acompañantes y esclavos. O tal vez le reventó el corazón de terror; era un anciano.

—¿Quién es el que habla sin permiso del rey? —preguntó el señor yunkio del *tokar* de rayas, un hombre menudo de barbilla hundida y dientes demasiado grandes para su boca. A Selmy le recordaba un conejo—. ¿Acaso los señores de Yunkai tienen que escuchar el parloteo de los guardias? —Sacudió los flecos de perlas del *tokar*.

Hizdahr zo Loraq no podía apartar la mirada de la cabeza. No recuperó la movilidad hasta que Reznak le susurró algo al oído.

—Yurkhaz zo Yunzak era vuestro comandante supremo —declaró—. ¿Quién de vosotros representa ahora a Yunkai?

—Todos nosotros —contestó el roedor—. El Consejo de Amos.

—Entonces, todos sois responsables de esta transgresión del acuerdo de paz.

—Al fin, el rey Hizdahr había conseguido reunir algo de valor.

—No se ha transgredido nada —respondió el yunkio de la coraza—. La sangre se paga con sangre, y una vida, con otra. En prueba de nuestra buena fe, os devolvemos a tres de vuestros rehenes. —A su espalda, las filas férreas se abrieron para dejar paso a tres meereenos que avanzaban sujetándose firmemente el *tokar*: un hombre y dos mujeres.

—Hermana... —saludó con frialdad Hizdahr zo Loraq—. Primos... —Señaló la cabeza sanguinolenta—. Quidad eso de nuestra vista.

—El almirante era un hombre de mar —le recordó ser Barristan—. Tal vez vuestra magnificencia pueda pedir a los yunkios que nos devuelvan el cuerpo, para darle sepultura bajo las olas.

—Así se hará, si a vuestro esplendor le complace —concedió el señor de dientes de conejo con un gesto de la mano—. En señal de respeto.

—No pretendo ofenderlos —intervino Reznak mo Reznak tras aclararse ruidosamente la garganta—, pero me parece que su adoración la reina Daenerys os entregó..., eh..., siete rehenes. Los otros tres...

—Serán nuestros huéspedes —concluyó el señor yunkio de la coraza— hasta que los dragones estén muertos.

La sala quedó en silencio. Acto seguido, se llenó de murmullos y bisbiseos, de susurros que entonaban maldiciones o plegarias, como un avisero agitado.

—Los dragones... —comenzó a decir el rey Hizdahr.

—Son monstruos; todos pudieron verlo en el refidero de Daznak. No hay paz posible mientras sigan con vida.

—Su Magnificencia la reina Daenerys es la Madre de Dragones —le repuso

Reznak—. Solo ella puede...

—Ya no está —cortó Barbasangre con desdén—. Acabó quemada y devorada; ahora, los hierbajos crecen por los orificios de su calavera.

Aquella afirmación provocó un rugido. Algunos se pusieron a gritar y maldecir; otros, a estampar los pies contra el mármol y silbar en señal de aprobación. Las bestias de bronce impusieron silencio golpeando el suelo con el asta de la lanza. Ser Barristan tenía los ojos clavados en Barbasangre.

«Vino a saquear la ciudad, y la paz de Hizdahr lo privó de su botín. Haría lo que fuese por comenzar el baño de sangre».

—Debo consultar al Consejo. —Hizdahr zo Loraq se levantó lentamente del trono de dragón—. La audiencia ha terminado.

—Arrodillaos ante su magnificencia Hizdahr zo Loraq, el decimocuarto de su venerable nombre, rey de Meereen, Vástago de Ghis, Octarca del Antiguo Imperio, Amo del Skahazadhan, Consorte de Dragones y Sangre de la Arpía —gritó el heraldo. Las bestias de bronce se desplazaron entre las columnas para formar una fila y emprendieron un lento avance al unísono para conducir a los peticionarios fuera de la sala.

Los dornienses no tuvieron que caminar tanto como otros. Como correspondía a su rango y posición, a Quentyn Martell se le habían asignado habitaciones en la Gran Pirámide, dos niveles más abajo: unos preciosos aposentos con terraza y escusado privados. Quizás por ese motivo, sus compañeros y él se rezagaron, esperando a que se disolviera la muchedumbre antes de dirigirse a las escaleras. Ser Barristan los observó, pensativo.

«¿Qué querría Daenerys?», se preguntó. Creía conocer la respuesta. El anciano caballero cruzó la sala a zancadas, con la larga capa blanca ondeando tras él, y alcanzó a los dornienses junto a la escalera.

—En las audiencias de tu padre nunca hay ni la mitad de animación —oyó que bromeaba Gerris del Manantial.

—Príncipe Quentyn, ¿podemos hablar un momento?

—Por supuesto, ser Barristan —Quentyn Martell se volvió hacia él—. Mis habitaciones están más abajo.

«No».

—No soy quién para daros consejos, príncipe Quentyn..., pero si yo estuviera en vuestro lugar, no volvería a mis habitaciones. Deberíais bajar con vuestros amigos y marcharos.

—¿Abandonar la pirámide? —preguntó el príncipe Quentyn con la mirada fija en el caballero.

—Abandonar la ciudad. Regresar a Dorne.

—Tenemos las armas y las armaduras en nuestros aposentos —dijo Gerris del Manantial. Los dornienses cruzaron miradas—. Por no mencionar casi todo el dinero que nos queda.

—Las espadas se pueden reemplazar —advirtió ser Barristan—. Puedo proporcionaros dinero para el pasaje a Dorne. Príncipe Quentyn, el rey se ha fijado hoy en vos y no ha puesto buena cara.

—¿Deberíamos tener miedo de Hizdahr zo Loraq? —preguntó Gerris del Manantial entre risas—. Acabáis de ver cómo temblaba ante los yunkios. ¡Le han enviado una cabeza y no ha hecho nada!

—Los príncipes deben pensar antes de actuar —intervino Quentyn Martell con un gesto de asentimiento—. Este rey... No sé qué pensar. La reina también me previno contra él, es cierto, pero...

—¿Os previno? —preguntó Selmy con el ceño fruncido—. ¿Y por qué seguís aquí?

—Por el pacto de matrimonio... —El príncipe Quentyn se sonrojó.

—Lo negociaron dos muertos, y no decía una palabra de la reina ni de vos. Prometía la mano de vuestra hermana al hermano de la reina, otro muerto. No tiene validez. Hasta que llegasteis, su alteza ignoraba su existencia. Vuestro padre guarda bien los secretos, príncipe Quentyn; me temo que demasiado bien. Si la reina hubiese tenido noticia del pacto en Qarth, puede que no hubiera puesto rumbo a la bahía de los Esclavos, pero llegasteis demasiado tarde. No deseo poner el dedo en la llaga, pero su alteza tiene un nuevo esposo y un antiguo pretendiente, y parece que los prefiere a ambos antes que a vos.

—Este señor ghiscario de poca monta no es consorte adecuado para la soberana de los Siete Reinos —replicó el príncipe, con los ojos oscuros centelleantes de ira.

—Eso no os corresponde juzgarlo... —Ser Barristan se interrumpió, preguntándose si no habría dicho demasiado. «No. Tengo que explicarle el resto» —. Aquel día, en el reñidero de Daznak, parte de la comida que había en el palco real estaba envenenada. Fue pura casualidad que Belwas el Fuerte se la comiese toda. Las gracias azules aseguran que si se salvó fue gracias a su tamaño y su fuerza inusitada, aunque estuvo a las puertas de la muerte. Aún es posible que muera.

—¿Veneno? —La commoción era evidente en el rostro del príncipe Quentyn —. ¿Para Daenerys?

—O para Hizdahr, o puede que para los dos. Aunque el palco era del rey, y él lo había dispuesto todo. Si el veneno fue cosa suya, le hará falta alguien que cargue con la culpa, y ¿quién más indicado que un rival de una tierra lejana, sin amigos en la corte? ¿Quién mejor que un pretendiente rechazado por la reina?

—¿Yo? —Quentyn Martell palideció—. Yo nunca sería capaz de... No podéis creer que tenga algo que ver...

«O dice la verdad, o es un maestro de la comedia» .

—Otros pueden creerlo. Sois sobrino de la Vibora Roja y tenéis buenos motivos para desear la muerte del rey Hizdahr.

—No es el único —protestó Gerris del Manantial—. Naharis, por ejemplo. Y la reina tiene un...

—Un amante —terminó ser Barristan, antes de que el dorniense pudiera decir algo que mancillase el honor de Daenerys—. En Dorne no está mal visto tener amantes, ¿verdad? —No esperó respuesta—. El príncipe Lewyn era mi hermano juramentado. En aquellos tiempos, los miembros de la Guardia Real nos ocultábamos pocas cosas. Sé que tenía una amante, y no se comportaba como si fuera algo vergonzoso.

—No —repuso Quentyn con la cara congestionada—, pero...

—Daario acabaría con Hizdahr en un abrir y cerrar de ojos, si se atreviese —continuó ser Barristan—. Pero no con veneno. Nunca. Y en cualquier caso, no estaba allí. A Hizdahr le encantaría culparlo por las langostas envenenadas, de todos modos, pero aún puede necesitar a los Cuervos de Tormenta, y los perderá si se implica en la muerte de su capitán. No, mi príncipe: si su alteza necesita un envenenador, recurrirá a vos. —Había dicho cuanto podía decir sin arriesgarse. En un par de días, si los dioses les sonreían, Hizdahr zo Loraq habría dejado de gobernar Meereen, pero no le serviría de nada que el baño de sangre que se aproximaba arrastrara al príncipe Quentyn—. Si insistís en quedaros en Meereen, más os vale manteneros alejado de la corte y confiar en que Hizdahr se olvide de vos —concluyó ser Barristan—, aunque lo más prudente sería que embarcarais hacia Volantis, mi príncipe. Cualquiera que sea vuestra elección, os deseo suerte.

No se había alejado ni tres pasos cuando Quentyn Martell se dirigió a él.

—Os llaman Barristan el Bravo.

—Algunos. —Selmy se había ganado aquel sobrenombre a los diez años. Acababan de nombrarlo escudero, pero era tan orgulloso, vanidoso y estúpido que se le había metido en la cabeza que podía enfrentarse a caballeros con experiencia en un torneo, de modo que tomó prestado un caballo de batalla y una armadura de la armería de lord Dondarrion y se inscribió en las lizas de Refugionegro como caballero misterioso.

«Hasta el heraldo se rio. Tenía los brazos tan flacos que, cuando bajé la lanza, bastante tenía con evitar que la punta fuese abriendo surcos en la tierra. —Lord Dondarrion habría tenido todo el derecho de bajarlo del caballo y darle una azotaina, pero el Príncipe de las Libélulas se compadeció del atolondrado niño de la armadura mal ajustada y le concedió la deferencia de aceptar el desafío. Una sola carrera, y todo había acabado. Después, el príncipe Duncan lo ayudó a ponerse en pie y quitarse el yelmo. “Un muchacho —proclamó a la multitud—. Un muchacho muy bravo”—. Hace cincuenta y tres años. ¿Cuántos de los que estaban en Refugionegro seguirán con vida?».

—¿Cómo creéis que me llamarán a mí si vuelvo a Dorne sin Daenerys? —preguntó el príncipe Quentyn—. ¿Quentyn el Cauto? ¿Quentyn el Cobarde? ¿Quentyn el Gallina?

«El Príncipe que Llegó Tarde», pensó el anciano caballero. Pero si algo aprendían los caballeros de la Guardia Real, era a contener la lengua.

—Quentyne el Sabio —sugirió. Confiaba en que fuese cierto.

EL PRETENDIENTE RECHAZADO

Casi había llegado la hora de los fantasmas cuando ser Gerris del Manantial regresó a la pirámide con la noticia de que había encontrado a Habas, a Libros y al Viejo Bill Huesos en una de las bodegas más sordidas de Meereen, bebiendo vino amarillo y viendo matarse entre sí a unos esclavos desnudos y desarmados, de dientes puntiagudos.

—Habas sacó un cuchillo, propuso averiguar si los desertores tenían la tripa llena de cieno amarillo y abrió las apuestas —informó ser Gerris—, así que le lancé un dragón y le pregunté si no le bastaba con oro amarillo. Lo mordió y me preguntó qué pretendía comprar; cuando se lo dije, guardó el cuchillo y me preguntó si estaba loco o borracho.

—Que piense lo que quiera, con tal de que entregue el mensaje —dijo Quentyn.

—Lo entregaré. Seguro que también consigues esa reunión, aunque solo sea para que Harapos le pida a Meris la Bella que te saque el hígado y lo fría con cebolla. Deberíamos hacer caso a Selmy: cuando Barristan el Bravo aconseja correr, es de sabios atarse las botas. Tendríamos que estar buscando un barco a Volantis mientras el puerto siga abierto.

—Nada de barcos. —La mera mención hizo que las mejillas de ser Archibald adquiriesen un tono verdoso—. Prefiero volver a Volantis a la pata coja.

«Volantis —pensó Quentyn—; luego, Lys, y por fin a casa. Vuelvo por el mismo camino, con las manos vacías. Tres valientes muertos y ¿para qué?».

Sería agradable volver a ver el Sangreverde, visitar Lanza del Sol y los Jardines del Agua y respirar el aire puro y fragante de la montaña en Palosanto, en vez de los efluvios sofocantes, húmedos y nauseabundos de la bahía de los Esclavos. Quentyn sabía que de los labios de su padre no saldría ni un reproche, pero tendría la mirada cargada de decepción. Su hermana lo desdeñaría; las Serpientes de Arena se mofarían de él con sonrisas hirientes como cuchillos, y lord Yronwood, su segundo padre, que había enviado a su propio hijo a protegerlo durante el viaje...

—No os retendré aquí —dijo a sus amigos—. Mi padre me encomendó esta tarea a mí, no a vosotros. Volved a casa si queréis y como queráis. Yo me quedo.

—Entonces, Manan y yo también nos quedamos —respondió el grandullón.

A la noche siguiente, Denzo D'hán se presentó en los aposentos del príncipe Quentyn para negociar las condiciones.

—Se reunirá con vos por la mañana, junto al mercado de especias. Veréis una puerta marcada con un loto violeta; llamad dos veces y gritad «Libertad».

—De acuerdo —asintió Quentyn—. Arch y Gerris me acompañarán; decidle que puede llevar también dos hombres, no más.

—Como deseé mi príncipe. —Las palabras eran corteses, pero había malicia

en el tono, y los ojos del poeta guerrero tenían un destello de burla—. Venid al anochecer y aseguraos de que no os siguen.

Los dormientes salieron de la Gran Pirámide una hora antes del ocaso, por si se perdían en algún callejón o no encontraban el loto violeta a la primera. Quentyn y Gerris llevaban la espada al cinto; el grandullón, el martillo cruzado tras la ancha espalda.

—Aún no es tarde para salir de este sainete —suplicó Gerris cuando tomaron un fétido callejón que conducía al viejo mercado de especias. El aire olía a orina, y a lo lejos se oía el estruendo de las llantas de hierro de un carro de cadáveres —. El Viejo Bill Huesos decía siempre que Meris la Bella podía prolongar la agonía de un hombre durante toda una luna. ¡Les mentimos, Quent! Los utilizamos para llegar aquí y luego nos pasamos a los Cuervos de Tormenta.

—Como nos habían ordenado.

—Ya, pero Remiendos no esperaba que lo consiguiéramos —intervino el grandullón—. Los otros, ser Orson, Dick Heno, Hungerford y Will de los Bosques, siguen en alguna mazmorra gracias a nosotros. No creo que al viejo Harapos le hiciera mucha gracia.

—No —reconoció el príncipe Quentyn—, pero le gusta el oro.

—Una pena que no tengamos —dijo Gerris entre risas—. ¿Confías en esta paz, Quent? Yo no. Media ciudad llama héroe al matadragones, y la otra media escupe sangre con solo oír su nombre.

—Harzoo —dijo el grandullón.

—Se llamaba Harghaz —Quentyn frunció el ceño.

—Hizdahr, Humzum, Hagnag, ¿qué más da? Yo los llamo Harzoo a todos. Y ese no tenía nada de matadragones; lo único que consiguió fue dejarse el culo churruscado y crujiente.

—Actuó con valentía.

« ¿Yo habría tenido valor para enfrentarme a ese monstruo con una simple lanza? ».

—Querrás decir que murió con valentía.

—Murió entre gritos —corrigió Arch.

—Aunque vuelva la reina, seguirá estando casada —le recordó Gerris a Quentyn, al tiempo que le ponía una mano en el hombro.

—Lo del rey Harzoo se arregla con un golpecito de martillo —sugirió el grandullón.

—Hizdahr —repuso Quentyn—. Se llama Hizdahr.

—Un beso de mi martillo, y a nadie le importará cómo se llame —insistió Arch.

« No lo comprenden. —Sus amigos habían perdido de vista la verdadera finalidad de su viaje—. Ella no es el objetivo, sino parte del trayecto. Daenerys es necesaria para conseguir el premio; no es la recompensa en sí» .

—Recordad sus palabras: «El dragón tiene tres cabezas. Mi matrimonio no tiene por qué ser el fin de vuestras esperanzas. Sé qué buscáis aquí: sangre y fuego». Yo también tengo sangre Targaryen, como sabéis. Mi linaje se remonta a...

—A la mierda tu linaje —lo atajó Gerris—. A los dragones les importa un comino tu sangre, salvo quizás por su sabor. No se doman con lecciones de historia; son monstruos, no maestres. ¿Estás seguro de que es lo que quieres hacer?

—Es lo que tengo que hacer. Por Dorne, por mi padre, por Cletus, por Will y por el maestre Kedry.

—A ellos les da igual —replicó Gerris—. Están muertos.

—Sí, todos muertos —concedió Quentyn—. Y ¿para qué? Para traerme aquí, para que pudiera casarme con la reina dragón. Una aventura fabulosa, así la llamó Cletus: caminos demoniacos, mares tormentosos y, al final, la mujer más hermosa del mundo; algo para contar a nuestros nietos. Pero como no le dejara un bastardo en la barriga a aquella tabernera que le gustaba, Cletus no tendrá hijos. Will no tendrá su boda. Sus muertes deberían tener algún sentido.

—¿Acaso lo tuvo esta? —Gerris señalaba un cadáver desplomado contra una pared de ladrillo, rodeado de una resplandeciente nube de moscas verdes.

—Ha muerto de colerina; ni os acerquéis a él. —Quentyn lo contempló con repugnancia. La yegua clara había traspasado la muralla de la ciudad; no era extraño que las calles estuviesen tan desiertas—. Los Inmaculados enviarán un carro a recogerlo.

—No me cabe duda, aunque no me refería a eso. Lo que tiene sentido son las vidas, no las muertes. Yo también apreciaba a Will y a Cletus, pero eso no nos los devolverá. Esto es un error; los mercenarios no son de fiar.

—Son hombres como los demás; quieren oro, poder y gloria. En eso deposito mi confianza.

«En eso y en mi destino. Soy un príncipe dorniense, y por mis venas corre la sangre del dragón».

El sol ya había desaparecido detrás de la muralla cuando dieron con el loto violeta, pintado en la desgastada puerta de madera de un pequeño tugurio de ladrillo, en mitad de una hilera de cuchitriles similares, a la sombra de la gran pirámide verde y amarilla de Rhazdar. Quentyn llamó dos veces, según lo acordado; respondió una voz áspera, un gruñido ininteligible en la lengua criolla de la bahía de los Esclavos, una desagradable mezcla de ghiscario antiguo y alto valyrio. El príncipe respondió «libertad» en el mismo idioma.

Se abrió la puerta, y Gerris entró el primero, por precaución. Quentyn lo siguió de cerca, y el grandullón cerró la comitiva. Dentro, los envolvió una neblina de humo azulado cuyo olor dulzón no lograba cubrir los hedores, más intensos: orina, vino agrio y carne podrida. Era un espacio mucho más amplio de

lo que parecía desde fuera, ya que se prolongaba a izquierda y derecha por las casuchas colindantes. Lo que desde la calle parecía una docena de construcciones resultó ser una estancia alargada.

A aquella hora, la casa apenas estaba medio llena. Un puñado de clientes obsequió a los dornienses con miradas de hastío, aburrimiento o curiosidad; los demás se apiñaban en torno al refidero que había al fondo de la estancia, donde dos hombres desnudos se atacaban con cuchillos, entre las aclamaciones de los espectadores.

Quentyn no veía ni rastro de los hombres con los que habían ido a reunirse; de pronto se abrió una puerta en la que no había reparado, por la que entró una anciana marchita con un *tokar* rojo oscuro ribeteado de pequeñas calaveras doradas. Tenía la piel tan blanca como la leche de yegua, y el pelo, tan ralo que dejaba ver el cuero cabelludo.

«Dorne —les dijo—, yo Zahrina. Loto Violeta. Ir abajo, hombres allí». Sujetó la puerta y les indicó mediante gestos que pasaran.

Al otro lado había un tramo de escalones de madera, empinados y retorcidos. Bajó en primer lugar el grandullón, y Gerris se situó en la retaguardia para proteger al príncipe, que iba en medio.

«Una bodega subterránea». Era un descenso largo, y tan oscuro que Quentyn tenía que ir tanteando para no resbalar. Ser Archibald desenvainó el puñal cuando se aproximaban al final.

Salieron a un sótano de ladrillo tres veces mayor que el tugurio de arriba. En las paredes, hasta donde alcanzaba la vista del príncipe, se alineaban enormes cubas de madera. La única luz provenía de un farol rojo que había colgado de un gancho, junto a la puerta, y de una vela negra y grasienta que titilaba en un barril volteado que hacía las veces de mesa.

Daggo Matamuertos caminaba de un lado a otro entre los toneles, con el *arakh* colgado a la cadera. Meris la Bella sostenía una ballesta; tenía los ojos tan fríos y muertos que parecían dos piedras grises. Denzo D'han atrancó la puerta cuando entraron los dornienses y se apostó frente a ella, con los brazos cruzados al pecho.

«Uno más de la cuenta», pensó Quentyn.

El Príncipe Desharrapado en persona estaba sentado a la mesa, con una copa de vino en la mano. A la luz amarilla de la vela, su pelo canoso parecía casi dorado, aunque se le marcaban unas ojeras que parecían alforjas. Vestía una capa de viaje de lana marrón, bajo la que brillaba una cota de malla plateada. ¿Señal de traición o simple prudencia?

«Un mercenario viejo es un mercenario cauto».

—Mi señor, estáis muy distinto sin vuestra capa —comentó Quentyn mientras se aproximaba a la mesa.

—¿Esos andrajos? —El pentoshi se encogió de hombros—. No son más que

trapos... pero infunden temor a mis enemigos, y en el campo de batalla, cuando ondean al viento, imbuyen a mis hombres más valor que ningún estandarte. Además, si quiero pasar desapercibido, no tengo más que quitármelos para que nadie se fije en mí. —Señaló el banco que tenía delante—. Sentaos. Así que príncipe, ¿eh? Ojalá lo hubiera sabido antes. ¿Queréis tomar algo? Zahrina también sirve comidas. El pan está rancio y el estofado es inaudito: sal y grasa, con un bocado de carne o dos. Dice que es de perro, pero yo diría que es de rata. De todas maneras, nadie se ha muerto por comerlo. He llegado a la conclusión de que la comida peligrosa es la tentadora; los envenenadores siempre eligen los platos más selectos.

—Habéis traído tres hombres —señaló ser Gerris con voz tensa—. Acordamos que dos cada uno.

—Meris no es un hombre. Meris, cariño, desátate el jubón y muéstraselo.

—No es necesario —dijo Quentyn. Si los rumores eran ciertos, bajo el jubón de Meris la Bella solo quedaban las cicatrices que le habían dejado los hombres que le cortaron los pechos—. Meris es una mujer, estoy de acuerdo, pero aun así habéis tergiversado las condiciones.

—Desharrapado y tergiversador, menuda pieza. Tres contra dos no es una gran ventaja, reconozcámolo, aunque algo cuenta. En este mundo hay que aprender a aprovechar los regalos de los dioses; es una lección que aprendí a un alto precio. Os la ofrezco en señal de buena fe. —Volvió a señalar el asiento—. Sentaos y decid lo que hayáis venido a decir. Prometo no mataros hasta haberlos escuchado; es lo mínimo que puede hacer un príncipe por otro. Quentyn, ¡verdad?

—Quentyn de la casa Martell.

—Rana os pega más. No acostumbro a beber con mentirosos y desertores; sin embargo, me habéis despertado la curiosidad.

« Una palabra incorrecta, y correrá la sangre en un abrir y cerrar de ojos». Quentyn se sentó.

—Os pido perdón por el engaño; los únicos barcos que zarpaban hacia la bahía de los Esclavos eran los que habíais contratado para traeros a la guerra.

—Todo cambiacañas tiene su historia. —El Príncipe Desharrapado se encogió de hombros—. No sois el primero que me jura su espada y huye con mi dinero. Todos tienen sus motivos: « Mi hijito está enfermo», o « Mi mujer me pone los cuernos», o « Todos los demás me obligan a que les chupe la polla». Un chico encantador, este último, pero no por eso le perdoné la deserción. Otro tipo me dijo que nuestra comida era tan nauseabunda que había tenido que irse para no caer enfermo, así que le corté un pie, lo asé y se lo hice comer. Luego lo nombré cocinero del campamento; la comida mejoró considerablemente, y cuando se le terminó el contrato, volvió a firmar. Vos, sin embargo... Varios de mis mejores hombres han dado con sus huesos en las mazmorras de la reina por culpa de esa

lengua mentirosa que tenéis, y para colmo, dudo que sepáis cocinar.

—Soy un príncipe de Dorne —aclaró Quentyn—. Tenía un deber para con mi padre y mi pueblo; había un pacto secreto de matrimonio.

—Eso tengo entendido. Y cuando la reina de plata vio vuestro jirón de pergamino, se arrojó a vuestros brazos, ¿no es así?

—No —intervino Meris la Bella.

—¿No? Ah, ya me acuerdo: vuestra prometida se montó en un dragón y se largó volando. Bueno, cuando vuelva, no olvidéis invitarnos a la boda. A los chicos de la compañía les encantaría brindar por vuestra felicidad, y a mí me gustan mucho las bodas al estilo de Poniente. Sobre todo la parte del encamamiento, solo que... Oh, esperad. —Se volvió hacia Denzo D'han—. Denzo, ¿no me comentaste que la reina dragón se había casado con un ghiscario?

—Un meereeno noble y rico.

—¿Será verdad? —El Príncipe Desharrapado miró de nuevo a Quentyn—. Seguro que no. ¿Qué hay de vuestro pacto de matrimonio?

—Se rio de él —afirmó Meris la Bella.

«Daenerys no se rio». Quizá el resto de Meereen lo considerase un bicho raro y entretenido, igual que el isleño del verano exiliado que había acogido Robert en Desembarco del Rey, pero la reina siempre le había hablado con amabilidad.

—Llegamos tarde —se defendió Quentyn.

—Una pena que no desertaseis antes. —El Príncipe Desharrapado bebió un trago de vino—. Así que no hay boda para el Príncipe Rana. ¿Por eso habéis vuelto croando? ¿Acaso mis tres valientes muchachos dornienses han decidido cumplir su contrato?

—No.

—Qué fastidio.

—Yurkhaz zo Yunzak ha muerto.

—Menuda novedad; lo vi morir. El pobre vio un dragón, tropezó en la huida, y un millar de sus mejores amigos lo pisoteó. Seguro que la Ciudad Amarilla está inundada de lágrimas. ¿Me habéis hecho venir para brindar en su memoria?

—No. ¿Los yunkios han elegido comandante?

—El Consejo de Amos ha sido incapaz de llegar a un acuerdo. Yezzan zo Qaggaz era quien tenía más apoyo, pero también ha muerto. Los sabios amos se turnan en el mando supremo: hoy le toca al que tus amigos de la tropa apodaban el Conquistador Borracho; mañana, a lord Nalgasblandas.

—Al Conejo —dijo Meris—. Lord Nalgasblandas fue ayer.

—Gracias por la corrección, querida. Nuestros amigos yunkios tuvieron la amabilidad de darnos una lista; tengo que acordarme de mirarla más a menudo.

—Quien os contrató fue Yurkhaz zo Yunzak.

—Así es: firmó el contrato en nombre de su ciudad.

—Meereen y Yunkai han hecho las paces. Se levantará el asedio y se disolverán los ejércitos; no habrá batalla, masacre, ciudad que saquear ni botín que llevarse.

—La vida está llena de decepciones.

—¿Durante cuánto tiempo creéis que los yunkios seguirán pagando los salarios de cuatro compañías libres?

—Una pregunta fastidiosa. —El Príncipe Desharrapado volvió a beber antes de seguir hablando—. Pero así es la vida para los hombres de las compañías libres. Termina una guerra, comienza otra. Por suerte, siempre hay alguien que pelea contra alguien en algún lugar. Puede que aquí mismo: mientras estamos aquí, sentados y bebiendo, Barbasangre trata de convencer a nuestros amigos yunkios para que le presenten otra cabeza al rey Hizdahr; esclavistas y libertos se miden el cuello con los ojos y afilan los cuchillos; los Hijos de la Arpía conspiran en sus pirámides; la yegua clara arrolla a esclavos y señores por igual; nuestros amigos de la Ciudad Amarilla dirigen la vista al mar, y en algún lugar del mar de hierba, un dragón mordisquea la tierna carne de Daenerys Targaryen. ¿Quién gobierna Meereen esta noche? ¿Quién gobernará mañana? —El pentoshi se encogió de hombros—. De una cosa estoy seguro: alguien necesitará nuestras espadas.

—Yo necesito esas espadas. Dorne os contrata.

—No le falta descaro a este Rana —dijo el Príncipe Desharrapado con la vista fija en Meris la Bella—. ¿Tendré que recordárselo? Mi querido príncipe, el último contrato que firmamos os sirvió para limpiaros ese bonito trasero rosado.

—Pagaré el doble que los yunkios.

—En oro y en el momento de la firma, ¿verdad?

—Os daré una parte cuando lleguemos a Volantis y el resto cuando regrese a Lanza del Sol. Cuando zarpamos llevábamos oro, pero habría sido difícil ocultarlo cuando nos unimos a vuestra compañía, así que lo depositamos en los bancos. Puedo mostráros los documentos.

—Ah, papeles. Pero nos pagaréis el doble.

—Sí, el doble de papeles —se burló Meris la Bella.

—Recibiréis el resto en Dorne —insistió Quentyne—. Mi padre es un hombre de honor, y si yo sello un acuerdo, él cumplirá las condiciones. Tenéis mi palabra.

—Vamos a ver si lo entiendo. —El Príncipe Desharrapado se acabó el vino y puso la copa boca abajo entre ellos—. Un mentiroso y perjurio demostrado quiere contratarnos y pagarnos con promesas. ¿A cambio de qué servicios? A lo mejor quiere que mis hijos del viento aplasten a los yunkios y saqueen la Ciudad Amarilla. O tal vez que venzan a un *khalasar dothraki* en campo abierto. O que lo escolten de vuelta a casa, con su padre. ¿U os conformaréis con que llevemos a la reina Daenerys a vuestra cama, húmeda y dispuesta? Decidme la verdad,

Príncipe Rana, ¿qué queréis de mí y de los míos?

—Necesito que me ayudéis a robar un dragón.

Daggo Matamertos soltó una risita; los labios de Meris la Bella se torcieron hasta casi formar una sonrisa; Denzo D'han silbó. El Príncipe Desharrapado se limitó a reclinarse en la silla.

—Con el doble no basta para pagar dragones, principito. Eso lo saben hasta las ranas. Los dragones son caros, y un hombre que paga con promesas debería, al menos, tener el sentido común de prometer más.

—Si lo que queréis es el triple...

—Lo que quiero —dijo el Príncipe Desharrapado— es Pentos.

EL GRÍFO REDÍVIVO

Envío por delante a los arqueros.

Balaq el Negro tenía el mando de mil hombres armados con arcos. De joven, Jon Connington sentía hacia los arqueros el mismo desdén que la mayoría de los caballeros, pero el exilio le había enseñado mucho. A su manera, la flecha era tan mortífera como la espada, así que le había insistido a Harry Strickland Sintierra para que dividiera la compañía de Balaq en diez centurias y enviara una en cada barco para el largo viaje.

Seis de aquellos barcos habían conseguido permanecer juntos lo suficiente para descargar a sus pasajeros en las costas del cabo de la Ira. Los volantinos les aseguraban que los otros cuatro se habían retrasado y no tardarían en llegar, pero Grif pensaba que también podían haberse hundido, o haber tomado tierra en otro lugar. De momento, la compañía contaba con seiscientos arcos. Para aquello, le habría bastado con doscientos.

—Seguro que intentan mandar cuervos —dijo a Balaq el Negro—. Esta es la torre del maestre. —La señaló en el mapa que había dibujado en el barro del campamento—. Hay que vigilarla y abatir cualquier pájaro que salga del castillo.

—Se hará —replicó el isleño del verano.

Un tercio de los hombres de Balaq usaba ballestas; otro tercio, los arcos de doble curva, de cuerno y tendón, típicos de oriente. Pero los mejores eran los arcos largos de tejo que preferían los arqueros de sangre poniente, y entre ellos, los más codiciados eran los grandes arcos de aurocorazón que usaban Balaq y sus cincuenta isleños del verano. Las únicas flechas que llegaban más lejos que las de un arco de aurocorazón eran las de un arco de huesodragón. Pero independientemente de su arma, todos los arqueros de Balaq eran veteranos con vista de águila que ya habían demostrado su valía en un centenar de batallas, ataques y escaramuzas. Volvieron a demostrarla en el Nido del Grifo.

El castillo se alzaba en el cabo de la Ira, un grupo de riscos elevados de piedra rojiza rodeados por tres lados por las aguas agitadas de la bahía de los Naufragios. Ante la única vía de acceso había una torre de entrada; detrás, se encontraba el risco alargado y yermo que los Connington llamaban el Gaznate del Grifo. Si se arriesgaban a pasar por allí, correría sangre, porque el puente natural estaba expuesto a los ataques de las lanzas, piedras y flechas de los defensores situados en las dos torres redondas que flanqueaban la entrada principal del castillo. Y cuando llegaran a aquellas puertas, les echarían aceite hirviendo desde dentro. Grif daba por hecho que perderían un centenar de hombres, tal vez más.

Perdieron cuatro.

Se había permitido que el bosque engullera los prados que llegaban a la torre

de entrada, de modo que a Franklyn Flores le bastó con camuflarse en la maleza para presentarse con sus hombres a veinte pasos de las puertas, antes de salir de entre los árboles con el ariete que habían preparado en el campamento. El crujido de la madera contra la madera hizo que dos hombres se asomaran a las almenas; los arqueros de Balaq el Negro los derribaron antes de que tuvieran tiempo de frotarse los ojos somnolientos. Resultó que la puerta estaba cerrada, pero no atrancada, y cedió al segundo golpe, de manera que los hombres de ser Franklyn ya habían recorrido medio Gaznate antes de que el cuerno de guerra diera la señal de alarma en el castillo.

El primer cuervo salió de la torre cuando los arpeos ya pasaban sobre el muro exterior, seguido por el segundo momentos más tarde. Ningún pájaro llegó a volar cien pasos antes de que lo abatieran las flechas. Un guardia volcó un cubo de aceite sobre los primeros hombres que llegaron ante las puertas, pero como no había tenido tiempo de calentarla, el recipiente causó más daño que el contenido. Pronto se oyó la canción de las espadas en media docena de lugares a lo largo de las almenas. Los hombres de la Compañía Dorada se encaramaron a los adarves al grito de «¡Un grifo! ¡Un grifo!», el grito de batalla ancestral de la casa Connington, lo que sin duda confundió aún más a los defensores.

Todo terminó en cuestión de minutos. Grif recorrió el Gaznate a lomos de un corcel blanco, al lado de Harry Strickland Sintierra. Cuando se aproximaba, un tercer cuervo salió volando de la torre del maestre, pero lo abatió Balaq el Negro en persona.

—Ni un mensaje más —dijo a Franklyn Flores en el patio.

Lo siguiente en salir volando por la ventana de la torre fue el maestre, que agitaba tanto los brazos que casi parecía un pájaro más.

Aquello puso fin a cualquier resistencia, y los guardias que quedaban depusieron las armas. De esa manera, Jon Connington recuperó el Nido del Grifo y volvió a ser su señor.

—Ser Franklyn —ordenó—, id al torreón principal y a las cocinas, y que salga todo el mundo. Malo, lo mismo con la torre del maestre y la armería. Ser Brendel, los establos, el septo y los barracones. Quiero que todos salgan al patio y que no haya ninguna matanza. No olvidéis mirar bajo el altar de la Madre; hay una escalera oculta que lleva a un refugio secreto. Hay otra bajo la torre noroeste; esa baja hasta el mar. ¡Que no escape nadie!

—Nadie escapará, mi señor —prometió Franklyn Flores.

Connington esperó a que se alejaran y llamó al Mediomaestre.

—Haldon, hazte cargo de los pájaros. Esta noche tendré que enviar mensajes.

—Espero que nos hayan dejado algún cuervo.

Hasta Harry Sintierra se había quedado impresionado por la rapidez de su victoria.

—No esperaba que fuera tan fácil —comentó el capitán general mientras

entraban en el salón principal para ver el Trono del Grifo, de madera tallada chapada de oro, donde se habían sentado y habían gobernado cincuenta generaciones de la familia Connington.

—Ya vendrá lo difícil. Por ahora hemos ido cogiéndolos por sorpresa, pero eso se acabará más tarde o más temprano, aunque Balaq el Negro acabe con el último cuervo del reino.

Strickland examinó los tapices descoloridos de las paredes, las ventanas de medio punto con sus vidrieras de miles de rombos rojos y blancos, y las astilleros de lanzas, espadas y martillos de guerra.

—Pues que vengan. Podemos defender este lugar contra un ejército que supere veinte veces en número al nuestro; solo hacen falta suficientes provisiones. También dijisteis que se podía entrar y salir por mar, ¿verdad?

—Sí, hay una cala oculta bajo el risco, que aparece con la marea baja. —Pero Connington no tenía la menor intención de dejar «que vengan». El Nido del Grifo era fuerte, pero pequeño, y mientras estuvieran allí, ellos también parecerían pequeños. Cerca había otro castillo mucho más grande e inexpugnable. «Si lo tomamos, el reino se tambaleará» —. Disculpadme un momento, capitán general. Mi señor padre está enterrado bajo el septo, y hace ya demasiados años que no rezó por él.

—Por supuesto, mi señor.

Pero, cuando se separaron, Jon Connington no fue al septo, sino que se encaminó hacia el tejado de la torre este, la más alta del Nido del Grifo. Mientras subía, recordó las veces que había realizado aquel ascenso, un centenar con su señor padre, que gustaba de contemplar desde allí el bosque, los riscos y el mar, sabiendo que todo lo que veía pertenecía a la casa Connington; y una vez, una tan solo, con el príncipe Rhaegar Targaryen, cuando volvía de Dorne y se alojó allí, junto con su escolta, durante quince días.

«Qué joven era entonces, y yo era más joven aún. Unos críos, los dos. —En el banquete de bienvenida, el príncipe tocó para ellos con su arpa de cuerdas de plata—. Una canción de amor desdichado —recordó Jon Connington—. Cuando acabó, no había en la sala una mujer con los ojos secos». Los hombres, en cambio, no lloraron, y menos su padre, que solo sentía amor por las tierras. Lord Armond Connington se pasó toda la velada tratando de atraer al príncipe a su bando en la disputa que mantenía con lord Morrigen.

La puerta que daba al tejado de la torre estaba tan atascada que era obvio que no se había abierto en muchos años. Tuvo que apoyar el hombro y empujar con todas sus fuerzas para hacerla ceder, pero cuando finalmente consiguió salir a las almenas, el paisaje era tan embriagador como recordaba: el risco, con sus rocas esculpidas por el viento; el mar, que rompía rugiente contra la base del castillo, como una bestia incansable; leguas y leguas de cielo y nubes; el bosque, con sus colores otoñales.

—Las tierras de tu padre son hermosas —había dicho el príncipe Rhaegar allí, en el mismo lugar donde se encontraba Jon Connington en aquel momento.

—Algún día serán mías —respondió el niño que había sido.

«Como si con eso fuera a impresionar a un príncipe, al heredero de todo el Reino, desde el Rejo hasta el Muro».

El Nido del Grifo le perteneció, pero tan solo unos pocos años. Desde aquel lugar, Jon Connington había gobernado sobre tierras que se extendían a lo largo de leguas y leguas hacia el oeste, el norte y el sur, igual que su padre y el padre de su padre. Pero ni su padre ni el padre de su padre habían perdido jamás sus dominios, y él sí.

«Subí demasiado, amé con demasiada pasión, fui demasiado osado. Intenté alcanzar una estrella, no llegué y caí».

Tras la batalla de las Campanas, cuando Aerys Targaryen, en un demencial ataque de ingratitud y desconfianza, lo desposeyó de todos sus títulos y lo mandó al exilio, las tierras y el señorío permanecieron en manos de la familia Connington y pasaron a su primo ser Ronald, a quien Jon había nombrado castellano cuando se marchó a Desembarco del Rey para acompañar al príncipe Rhaegar. Más tarde, tras la guerra, Robert Baratheon había terminado de destruir a los grifos. A su primo Ronald se le permitió conservar el castillo y la cabeza, pero no el señorío, y desde entonces no era más que el Caballero del Nido del Grifo; también le arrebataron nueve décimas partes de sus tierras para distribuirlas entre los señores vecinos que habían apoyado a Robert.

Ronald Connington había muerto años atrás, y el actual Caballero del Nido del Grifo, su hijo Ronnet, había partido a la guerra en las tierras de los ríos, según se decía. Mejor que mejor. Jon Connington sabía que la gente luchaba por aquello que creía suyo, aunque lo hubiera obtenido mediante el robo, y lo último que deseaba era celebrar su regreso matando a la sangre de su sangre. El padre de Ronnet el Rojo se había apresurado a aprovecharse de la caída en desgracia de su señor primo, pero por aquel entonces, Ronnet no era más que un niño. Jon Connington ya ni siquiera detestaba al difunto ser Ronald tanto como antaño. Al fin y al cabo, él había tenido la culpa. Él era quien lo había perdido todo en Septo de Piedra, por su arrogancia.

Jon Connington sabía que Robert Baratheon, solo y herido, se escondía en la ciudad, y sabía también que la cabeza de Robert en la punta de una lanza habría zanjado la rebelión de inmediato. Era joven y altanero, ¿cómo no iba a serlo? El rey Aerys lo había nombrado mano y había puesto un ejército a sus órdenes, y él estaba decidido a demostrar que era digno de aquella confianza y del afecto de Rhaegar. Él en persona mataría al rebelde, y todas las historias de los Siete Reinos hablarían de él.

De modo que avanzó hacia Septo de Piedra, cercó la ciudad y ordenó un registro. Sus caballeros fueron casa por casa, derribaron todas las puertas,

registraron todas las bodegas e incluso recorrieron a gatas las cloacas, pero Robert los eludió. Los habitantes lo apoyaban y lo pasaban de un escondrijo a otro, siempre un paso por delante de los hombres del rey. La ciudad entera era un nido de traidores. Al final, el usurpador acabó escondido en un burdel. ¿Qué rey se escondería tras faldas de mujeres? Pero mientras proseguía la búsqueda, Eddard Stark y Hoster Tully llegaron a Septo de Piedra con un ejército rebelde. Luego llegaron las campanas y la batalla, y Robert salió del burdel con una espada en la mano y estuvo a punto de matar a Jon en los peldaños del antiguo septo que daba nombre a la ciudad.

Después de aquello, Jon Connington se dijo durante muchos años que no había sido culpa suya, que había hecho todo lo humanamente posible. Registró cada agujero de cada choza, ofreció indultos y recompensas, colgó a rehenes en jaulas y juró que no les daría comida ni bebida hasta que le entregaran a Robert. No sirvió de nada.

—Ni Tywin Lannister en persona habría podido hacer más —le insistió una noche a Corazón Negro durante su primer año de exilio.

—En eso te equivocas —replicó Myles Toyne—. Lord Tywin no se habría molestado en buscar a Robert. Habría quemado la ciudad con todo el mundo dentro: hombres, niños, bebés, nobles, santos septones, cerdos, putas, ratas y rebeldes. No habría dejado a uno con vida. Luego, cuando el fuego se hubiera apagado y solo quedaran cenizas y brasas, habría mandado a sus hombres a buscar los huesos de Robert Baratheon. Y al final, cuando hubieran llegado Stark y Tully, les habría ofrecido el indulto real y los dos lo habrían aceptado para luego volver a casa con el rabo entre las piernas.

«Estaba en lo cierto —reflexionó Jon Connington, apoyado en las almenas de sus antepasados—. Yo quería la gloria de matar a Robert en combate singular, y no que se me recordara como a un carnícer. Y por eso, Robert se me escapó y detuvo a Rhaegar en el Tridente».

—Le fallé al padre, pero no fallaré al hijo —murmuró.

Cuando Connington volvió abajo, sus hombres ya habían agrupado en el patio a la guarnición del castillo y a los aldeanos supervivientes. Era cierto que ser Ronnet había partido al norte con Jaime Lannister, pero aún quedaban grifos en el Nido: entre los prisioneros estaban Raymund, el hermano pequeño de Ronnet; su hermana Alyne, y Ronald Tormenta, su hijo bastardo, un muchacho de pelo rojo como las llamas; todos ellos rehenes muy útiles si Ronnet el Rojo volvía y trataba de recuperar el castillo que había robado su padre. Connington ordenó que los confinaran en la torre oeste y apostaran guardias en la puerta. Al oírlo, la chica se echó a llorar, y el bastardo intentó morder al lancero que tenía más cerca.

—Parad los dos —espetó—. No os pasará nada, a menos que Ronnet el Rojo resulte ser un perfecto idiota.

De todos los prisioneros, solo unos pocos vivían allí cuando Jon Connington era el señor del castillo: un viejo sargento tuerto; un par de lavanderas; un encargado de caballerizas que era mozo de cuadra en tiempos de la rebelión de Robert; el cocinero, que había engordado monstruosamente, y el maestro armero. Grif había vuelto a dejarse barba durante el viaje, por primera vez en muchos años, y para su sorpresa, le había salido casi toda roja, aunque había cenizas en medio del fuego. Ataviado con la larga túnica roja y blanca que lucía los dos grifos enfrentados de su casa bordados, parecía el mismo señor que fuera amigo y compañero del príncipe Rhaegar, solo que más viejo y curtido. Pero los habitantes del Nido del Grifo seguían mirándolo sin identificarlo.

—Algunos ya me conocéis —les dijo—. Los demás aprenderéis pronto. Soy vuestro señor legítimo y he vuelto del exilio. Mis enemigos os habrán dicho que estoy muerto. Como podéis ver, es mentira. Servidme con la misma lealtad con que habéis servido a mi primo, y no os pasará nada.

Fue pidiéndoles uno a uno que se adelantaran, les preguntó cómo se llamaban y les ordenó que se arrodillaran para jurarle lealtad. Todo transcurrió muy deprisa. Solo habían sobrevivido al ataque cuatro soldados de la guarnición, el viejo sargento y tres muchachos, y todos depositaron la espada a sus pies. Nadie se negó. Nadie murió.

Aquella noche, los vencedores celebraron un banquete en el que devoraron carne asada y pescado fresco, todo regado con los excelentes tintos de las bodegas del castillo. Jon Connington lo presidió desde el Trono del Grifo y compartió la mesa con Harry Strickland Sintierra, Balaq el Negro, Franklyn Flores y los tres jóvenes grifos que había tomado prisioneros. Los niños eran sangre de su sangre y quería conocerlos mejor, pero cuando el joven bastardo le anunció que su padre iba a matarlo, decidió que ya los había conocido lo suficiente, ordenó que los llevaran de nuevo a sus celdas y abandonó el banquete.

Haldon Mediomaestre no había acudido. Jon fue a buscarlo a la torre del maestre, donde lo encontró encorvado ante un montón de pergaminos y rodeado de mapas extendidos.

—¿Qué buscáis? ¿El paradero del resto de la compañía?

—Ya me gustaría que estuviera en mi mano, mi señor.

Diez mil hombres habían zarpado de Volon Therys con sus armas, sus caballos y sus elefantes. De momento, ni la mitad había atracado en Poniente, en el lugar de desembarco acordado, un tramo de costa desierta que daba paso a la selva. Jon Connington conocía bien aquellas tierras, pues habían sido suyas.

Unos años antes no se habría atrevido a atracar en el cabo de la Ira; los señores de la tormenta eran muy leales a la casa Baratheon y al rey Robert. Pero todo había cambiado con la muerte de Robert y de su hermano Renly. Stannis era tan brusco y frío que habría inspirado poca lealtad, por no mencionar que estaba a medio mundo de distancia, y la casa Lannister no había hecho gran

cosa por ganarse el afecto de las tierras de la tormenta. Además, a Jon Connington no le faltaban amigos allí.

«Los señores más entrados en años me recordarán, y sus hijos habrán oído hablar de mí. Todo el mundo sabe de Rhaegar y de cómo a su hijo le estamparon la cabeza contra una pared».

Por suerte, su barco había sido de los primeros en tomar tierra, con lo que les bastó con levantar un campamento, reunir a los hombres a medida que iban llegando a la orilla y moverse con rapidez para que los señores de la zona no se percataran del peligro. Allí era donde la Compañía Dorada había demostrado su temple. En ningún momento se vieron entorpecidos por el caos que habría surgido inevitablemente con un ejército improvisado de caballeros y levas locales; aquellos hombres eran los herederos de Aceroamargo y habían mamado disciplina.

—Mañana a estas horas deberíamos tener tres castillos —les dijo. Los hombres que habían tomado el Nido del Grifo eran una cuarta parte de su ejército. Ser Tristan Ríos había partido al mismo tiempo que él en dirección al Nido de Cuervos, a la residencia de la casa Morrigen, mientras que Laswell Peake avanzó hacia Aguasmil, la fortaleza de los Wylde, con un ejército comparable a los otros dos. Los demás se habían quedado en el campamento para montar guardia y proteger al príncipe, bajo el mando del tesorero de la compañía, el volantino Gorys Edoryen. Era de suponer que su número iría en aumento, ya que cada día llegaba algún barco—. Pero seguimos contando con pocos caballos.

—Y no tenemos elefantes —le recordó el Mediomaestre. Ni una de las grandes cacas que transportaban aquellos animales había tocado tierra. Las habían visto por última vez en Lys, antes de la tormenta que había dispersado la mitad de la flota—. En Poniente podemos conseguir más caballos, pero los elefantes...

—No importa. —Las enormes bestias habrían sido muy útiles en una batalla campal, sin duda, pero aún faltaba bastante para que tuvieran las fuerzas necesarias para enfrentarse al enemigo en el campo de batalla—. ¿Os dicen algo útil esos pergaminos?

—Desde luego, desde luego. —Haldon le dedicó una sonrisa con los labios apretados—. A los Lannister no les cuesta nada ganarse enemigos, pero conservar a los amigos no se les da tan bien. A juzgar por lo que he leído, su alianza con los Tyrell se está desmoronando. La reina Cersei y la reina Margaery se pelean por el pequeño rey como dos perras por un hueso de pollo, y se ha acusado a las dos de traición y libertinaje. Mace Tyrell ha abandonado el asedio de Bastión de Tormentas para volver a Desembarco del Rey a salvar a su hija, y solo ha dejado un ejército simbólico para mantener a los hombres de Stannis encerrados en su castillo.

—Seguid. —Connington tomó asiento.

—En el norte, los Lannister dependen de los Bolton, y en las tierras de los ríos, de los Frey. Son dos casas con un largo historial de crueldad y traiciones. Lord Stannis Baratheon sigue en rebeldía, y los hijos del hierro han elegido a otro rey en las islas. El Valle no se menciona en ningún momento, lo que parece indicar que los Arryn no han tomado partido.

—¿Y Dorne? —El Valle estaba muy lejos; Dorne estaba cerca.

—El hijo pequeño del príncipe Doran está prometido a Myrcella Baratheon, lo que parece indicar que los dornienses apoyan a la casa Lannister, pero tienen un ejército apostado en el Sendahueso y otro en el Paso del Príncipe, a la espera.

—A la espera. —Frunció el ceño—. A la espera ¿de qué? —Sin Daenerys ni los dragones, todas sus esperanzas dependían de Dorne—. Escribid a Lanza del Sol. Hay que informar a Doran Martell de que el hijo de su hermana sigue con vida y ha vuelto para recuperar el trono de su padre.

—Como digáis, mi señor. —El Mediomaestre echó una ojeada a otro pergamino—. No podríamos haber llegado en mejor momento. Tenemos amigos y aliados en potencia por todas partes.

—Pero no tenemos dragones —señaló Jon Connington—, así que necesitamos algo que ofrecerles para atraerlos a nuestra causa.

—Los incentivos tradicionales son el oro y las tierras.

—Ojalá tuviéramos lo uno o lo otro. Con promesas de oro y tierras convenceremos a algunos, pero Strickland y sus hombres querrán ser los primeros en elegir para quedarse con los mejores terrenos y castillos, los que pertenecieron a sus antepasados antes del exilio. No.

—Mi señor tiene algo más que ofrecer —señaló Haldon Mediomaestre—. La mano del príncipe Aegon: una alianza por matrimonio para atraer a alguna gran casa.

« Una esposa para nuestro amado príncipe. —Jon Connington recordaba demasiado bien la boda del príncipe Rhaegar—. Elia nunca fue digna de él. Ya era frágil y enfermiza, y el parto la debilitó más aún». Tras el nacimiento de la princesa Rhaenys, Elia tuvo que permanecer en cama medio año, y el parto del príncipe Aegon estuvo a punto de matarla. Los maestres comunicaron después al príncipe Rhaegar que no podría volver a concebir.

—Aún es posible que Daenerys Targaryen vuelva algún día —respondió al Mediomaestre—. Aegon debe estar libre para casarse con ella.

—Mi señor sabe qué es lo más adecuado. Pero entonces tenemos que sopesar la posibilidad de ofrecer una recompensa inferior a nuestros posibles amigos.

—¿Por ejemplo?

—Vos. No tenéis esposa. Un gran señor, todavía viril, sin más herederos que esos primos a los que acabamos de desposeer, hijo de una antigua casa, con un buen castillo y muchas tierras fértiles que sin duda le serán devueltas con creces

por un rey agradecido en cuanto triunfemos. Tenéis fama de buen guerrero, y como mano del rey Aegon, hablaréis por él y gobernaréis el reino. En mi opinión, más de un señor ambicioso querrá casar a su hija con vos. Tal vez hasta el príncipe de Dorne.

La respuesta de Jon Connington fue una mirada larga y fría. A veces, el Mediomaestre le resultaba tan irritante como aquel enano.

—No. —« La muerte me sube por el brazo. Nadie debe saberlo, y menos una esposa». Se puso en pie—. Escribid la carta para el príncipe Doran.

—Como mi señor ordene.

Aquella noche, Jon Connington durmió en las habitaciones del señor, en la cama que había sido de su padre, bajo un polvoriento dosel de terciopelo rojo y blanco. Al amanecer lo despertaron la lluvia y el golpe tímido en la puerta de un criado deseoso de averiguar qué le gustaba desayunar a su nuevo señor.

—Huevos duros, pan frito y judías. Y una jarra de vino. El peor que haya en la bodega.

—¿El...? ¿El peor, mi señor?

—Ya me has oído.

Cuando le llevaron la comida y el vino, atrancó la puerta, vertió en una palangana el contenido de la jarra e introdujo la mano. Lady Lemore le había prescrito al enano un tratamiento a base de baños y cataplasmas de vinagre para tratar la psoriasis en caso de que la hubiera contraído, pero si pedía una jarra de vinagre cada mañana, acabaría por delatarse. Tendría que conformarse con vino, y no tenía sentido desperdiciar una buena cosecha. Ya tenía negras todas las uñas menos la del pulgar. En el dedo corazón, el gris pasaba del segundo nudillo.

« Tendría que cortármelos —pensó—, pero ¿cómo iba a explicar la falta de los dedos? —No podía permitir que se conociera su enfermedad. Era extraño, pero los hombres que iban alegres a la batalla y arriesgaban la vida para rescatar a un compañero abandonarían sin pensarlo a ese mismo compañero si supieran que estaba aquejado de psoriasis—. Debería haber dejado ahogarse al puto enano».

Más tarde, otra vez con su indumentaria y sus guantes, Connington inspeccionó el castillo y llamó a Harry Strickland Sintierra y a sus capitanes para celebrar un consejo de guerra. Fueron nueve los que se reunieron en la sala: Connington, Strickland, Haldon Mediomaestre, Balaq el Negro, ser Franklyn Flores, Malo Jayn, ser Brendel Byrne, Dick Cole y Lymond Pease. El Mediomaestre era portador de buenas nuevas.

—Hemos recibido noticias de Marq Mandrake. Los volantinos lo dejaron en la costa, en lo que resultó ser Estermont, con casi quinientos hombres. Ha tomado Piedraverde.

Estermont era una isla cercana al cabo de la Ira que en ningún momento había figurado entre sus objetivos.

—Los puñeteros volantinos tienen tantas ganas de deshacerse de nosotros que nos sueltan en la primera playa que ven —comentó Franklyn Flores—. Seguro que tenemos a los muchachos dispersos por medio Peldaños de Piedra.

—Con mis elefantes —agregó Harry Strickland, desolado. Harry Sintierra echaba de menos sinceramente a sus animales.

—Mandrake no llevaba arqueros —señaló Lymond Pease—. ¿Sabemos si Piedraverde mandó algún cuervo antes de caer?

—Es de suponer —dijo Jon Connington—. Pero ¿qué mensaje podían transportar? Un relato inconexo sobre unos atacantes llegados por mar, en el peor de los casos. —Antes de zarpar de Volon Therys había dado a sus capitanes instrucciones de no exhibir estandarte alguno durante los primeros ataques: ni el dragón de tres cabezas del príncipe Aegon, ni sus grifos, ni las calaveras doradas de la compañía. Era mejor que los Lannister sospecharan de Stannis Baratheon, de los piratas de los Peldaños de Piedra, de los forajidos del bosque o de quien les diera la gana. Cuanto más tardara en reaccionar el Trono de Hierro, más tiempo tendrían ellos para congregar a sus hombres y atraer aliados para su causa—. En Estermont tiene que haber barcos; es una isla. Haldon, enviad un mensaje a Mandrake. Decidle que deje allí una guarnición y que venga, con el resto de sus hombres y con los prisioneros nobles que haya tomado.

—A vuestras órdenes, mi señor. Resulta que la casa Estermont tiene lazos de sangre con los dos reyes, así que serán buenos rehenes.

—Y pagarán buenos rescates por ellos —añadió alegre Harry Sintierra.

—También deberíamos traer al príncipe Aegon —anunció lord Jon—. Estará mucho más seguro tras los muros del Nido del Grifo que en el campamento.

—Mandaré un jinete con el mensaje, pero al chico no le hará gracia eso de estar a salvo, os lo digo yo —apuntó Franklyn Flores—. Quiere ir adonde esté la acción.

«Como todos a su edad», recordó lord Jon.

—¿Ha llegado ya la hora de levantar su estandarte? —quiso saber Pease.

—No, aún no. Que en Desembarco crean que no es más que un señor exiliado que vuelve con unas cuantas espadas mercenarias para recuperar su derecho de nacimiento. No es desacostumbrado; hasta escribiré al rey Tommen para decírselo, y le pediré el indulto y la devolución de tierras y títulos. Así los tendremos entretenidos durante un tiempo, que aprovecharemos para ponernos en contacto en secreto con nuestros posibles aliados de las tierras de la tormenta y el Dominio. Y los de Dorne. —Aquel era un paso crucial. Otros señores menores podrían unirse a su causa por temor a las represalias o con la esperanza de conseguir algo, pero el único que tenía poder para plantar cara a la casa Lannister y a sus aliados era el príncipe de Dorne—. Necesitamos a Doran Martell por encima de todo.

—Pues no lo veo nada claro —replicó Strickland—. El dorniense tiene miedo

hasta de su sombra. No es lo que se dice un tipo osado.

«Más o menos como tú».

—El príncipe Doran es hombre cauteloso, sí, y no se nos unirá a menos que esté convencido de que vamos a ganar. Por tanto, para convencerlo tenemos que hacer una demostración de fuerza.

—Si Peake y Ríos consiguen sus objetivos, tendremos controlado casi todo el cabo de la Ira —replicó Strickland—. Cuatro castillos en cuatro días es un muy buen comienzo, pero todavía faltan la mitad de los hombres. Tenemos que esperarlos. También nos faltan caballos, y no tenemos elefantes. En mi opinión, debemos aguardar, hacer acopio de fuerzas, ganarnos a algún que otro señor menor, dar tiempo a que Lysono Maar envíe espías para averiguar lo que pueda sobre nuestros enemigos...

Connington lanzó una mirada gélida al regordete capitán general.

«Este hombre no es Corazón Negro; no es Aceroamargo; no es Maelys. Esperará a que los siete infiernos se congelen antes que arriesgarse a que le salga otra ampolla».

—No hemos atravesado medio mundo para sentarnos a esperar. Nuestra ventaja estriba en un ataque rápido y eficaz, antes de que en Desembarco del Rey se sepa quiénes somos. Mi intención es tomar Bastión de Tormentas, una fortaleza casi inexpugnable y la única que le queda a Stannis Baratheon en el sur. Cuando esté en nuestro poder, será un fuerte al que podemos retirarnos en caso de necesidad, por no mencionar que con su toma demostraríremos nuestro poderío.

Los capitanes de la Compañía Dorada cruzaron miradas.

—Si los defensores de Bastión de Tormentas aún siguen siendo leales a Stannis, le estaríamos arrebatiando el castillo a él, no a los Lannister —objeto Brendel Byrne—. ¿Por qué no hacemos causa común con él contra los leones?

—Stannis es hermano de Robert; es de la misma calaña que acabó con la casa Targaryen —le recordó Jon Connington—. Más aún, está a mil leguas de aquí, en la otra punta del reino, con el parco ejército que le queda. Tardaría medio año simplemente en llegar, y tiene bien poco que ofrecernos.

—Supongamos que Bastión de Tormentas es tan inexpugnable como decis. ¿Cómo pensáis tomarlo?

—Con astucia.

—Deberíamos esperar. —Harry Strickland Sintierra insistía en demostrar su oposición diametral.

—Y esperaremos. —Jon Connington se levantó—. Diez días, ni uno más. Es lo que tardaremos en prepararnos. El undécimo día por la mañana cabalgaremos hacia Bastión de Tormentas.

El príncipe se reunió con ellos cuatro días después, a la cabeza de una columna de cien jinetes, seguidos por tres parsimoniosos elefantes. Lady Lemore

iba con él, ataviada una vez más con una túnica de septa. Los precedía ser Rolly Campodepatos con una capa nívea ondeando a la espalda.

«Es un buen hombre, íntegro y leal —pensó Connington al verlo desmontar—, pero no es adecuado para la Guardia Real». Había hecho lo imposible por disuadir al príncipe de que otorgara la capa a Pato, insistiendo en que debería reservar aquel honor para guerreros de más renombre cuya lealtad daría lustre a su causa, y para los hijos menores de grandes señores cuyo apoyo pudieran necesitar, pero el muchacho se mostró firme.

—Pato daría la vida por mí si hiciera falta —fue su respuesta—. Eso es lo único que pido a mi Guardia Real. —El Matarreyes era un guerrero de renombre, y también hijo de un gran señor.

«Al menos logré persuadirlo para que dejara vacantes los otros seis puestos; de lo contrario, Pato ya llevaría seis patitos detrás, a cual menos adecuado».

—Acompañad a su alteza a mis habitaciones —ordenó—. Que venga enseguida.

Pero el príncipe Aegon Targaryen no era ni mucho menos tan sumiso como Grif el Joven, y transcurrió casi una hora antes de que se presentara, acompañado por Pato.

—Me gusta mucho vuestro castillo, lord Connington —comentó.

«“Las tierras de tu padre son hermosas”. Eso me dijo, y el viento le acariciaba el pelo de plata, y tenía los ojos violeta oscuro, más oscuro que los de este chico».

—A mí también, alteza. Sentaos, os lo ruego. Ser Rolly, podéis retiraros por ahora.

—No. Quiero que Pato se quede. —El príncipe se sentó—. Hemos estado hablando con Flores y Strickland, y dicen que tenéis intención de asaltar Bastión de Tormentas.

Jon Connington no dejó que la ira asomara a su rostro.

—Supongo que Harry Sintierra intentó convencerlos para que lo retrasáramos.

—Pues sí —convino el príncipe—, pero no lo logró. Harry es más miedoso que una vieja, ¿eh? Tenéis razón, mi señor. Quiero que sigan adelante los planes para ese ataque; con un solo cambio: yo iré al frente.

EL SACRÍFICIO

Los hombres de la reina levantaron la pira en el prado de la aldea.

A decir verdad, era más bien el ventisquero de la aldea. La nieve llegaba por la rodilla en todos los lugares que no habían despejado a golpe de pala, hacha y pico para cavar hoyos en el terreno helado. Desde el oeste soplaban remolinos de viento que lanzaban aún más nieve sobre los lagos congelados.

—No tenéis por qué mirar —dijo Aly Mormont.

—Lo prefiero. —Asha Greyjoy era la hija del kraken, no una niña consentida que no soportase las cosas desagradables.

Había sido un día oscuro, frío, un día de hambre, igual que el anterior y los anteriores. Habían pasado casi todo el tiempo en el hielo, tiritando junto a un par de agujeros que habían abierto en la superficie del lago menor, tratando de sujetar el sedal con las manos entorpecidas por las manoplas. Jornadas atrás, todavía podían atrapar uno o dos peces por cabeza, y los hombres del bosque de los Lobos, más expertos en pescar en el hielo, conseguían hasta cuatro o cinco. Lo único que había logrado pescar Asha en toda la jornada era un frío que la caló hasta los huesos, y Aly no había tenido mejor suerte; llevaban tres días sin capturar un pez.

—Pues a mí no me hace ninguna falta verlo —insistió la Osa.

« No es a ti a quien pretenden quemar los hombres de la reina» .

—Pues marchaos. Os doy mi palabra de que no escaparé. ¿Adónde iba a ir? ¿A Invernalia? —Asha soltó una carcajada—. Tengo entendido que solo son tres días a caballo.

Seis hombres de la reina se afanaban en introducir dos enormes postes de madera de pino en los hoyos que otros seis habían cavado. Asha no tuvo que preguntarles para qué; ya lo sabía.

« Estacas. —Pronto sería completamente de noche y había que ali mentar al dios rojo—. Una ofrenda de sangre y fuego. —Así la llamaban los hombres de la reina—. “Para que el Señor de Luz vuelva hacia nosotros su ardiente mirada y nos libre de esta nieve tres veces maldita”» .

—Incluso en este lugar de miedo y oscuridad, el Señor de Luz nos protege —sermoneaba ser Godry Farring a los hombres congregados para contemplar cómo clavaban las estacas a martillazos.

—¿Qué tiene que ver vuestro dios sureño con la nieve? —quiso saber Artos Flint, cuya barba negra era una costra de hielo—. Es la ira de los antiguos dioses la que cae sobre nosotros; a ellos deberíamos apaciguar.

—Sí —dijo Wull Cubo Grande—. R'hillor el Rojo no pinta nada aquí. Lo único que conseguiréis es enfadar a los antiguos dioses, que observan desde su isla.

La aldea de campesinos se encontraba entre dos lagos, y el mayor de ellos estaba salpicado de pequeñas islas boscosas que asomaban en el hielo como los

puños helados de un gigante ahogado. En una de ellas se alzaba un arciano viejo y retorcido, con el tronco y las ramas tan blancos como la nieve que lo rodeaba. Ocho días atrás, Asha se había acercado con Aly Mormont para ver mejor los ojos rojos hendidos y la boca ensangrentada.

« No es más que savia —se había dicho—, la savia roja que fluye por los arcianos». Pero sus ojos no acababan de convencerse; había que ver para creer, y lo que veía era sangre congelada.

—Los norteños sois los que habéis provocado estas nieves —replicó Corliss Penny—. Vosotros y vuestros árboles demoniacos. R'hllor nos salvará.

—R'hllor nos condenará —insistió Artos Flint.

« Mal rayo parta a todos vuestros dioses» , pensó Asha Greyjoy.

Ser Godry el Masacragigantes inspeccionó las estacas y empujó una para comprobar su firmeza.

—Bien, bien, nos valen. Adelante con el sacrificio, ser Clayton.

Ser Clayton Suggs era la mano derecha o, mejor dicho, el brazo atrofiado de Godry. A Asha le disgustaba profundamente. Así como Farring mostraba una intensa devoción por su dios rojo, lo de Suggs era simple crueldad. Lo había visto junto a las hogueras nocturnas, las observaba boquiabierto y con ojos ávidos.

« No ama al dios, sino las llamas» . Cuando le preguntó a ser Justin si Suggs siempre había sido así, respondió con un rictus de desagrado.

—En Rocadragón se juntaba con los torturadores, y le gustaba echar una mano en los interrogatorios, sobre todo los de mujeres jóvenes.

Asha no se sorprendió; no le cabía ninguna duda de que Suggs disfrutaría mucho quemándola.

« A menos que amaine la tormenta. —Llevaban diecinueve días a tres jornadas de Invernalia—. “Cien leguas de Bosquespeso a Invernalia, algo menos a vuelo de cuervo”» . Pero ellos no eran cuervos, y la tormenta no cesaba. Por las mañanas, Asha se despertaba con la esperanza de ver el sol, solo para encontrarse con otro día de nieve. Todas las chozas y casuchas estaban enterradas bajo un manto cochambroso, y la nieve tardaría poco en sepultar la construcción principal.

Para colmo, no tenían más comida que los caballos que sucumbían, los peces que sacaban de los lagos, cada día más escasos, y los exiguos alimentos que encontraban los forrajeadores en aquel bosque frío y muerto. Los caballeros y los señores del rey reclamaban la mayor parte de cada caballo que perdían, con lo que apenas quedaba nada para los demás; no era extraño que hubiesen empezado a comerse a los muertos.

Asha se había quedado tan horrorizada como los demás cuando la Osa le dijo que habían sorprendido a cuatro hombres de Peasebury descuartizando a un lord Fell difunto, trinchando la carne de los muslos y las nalgas mientras un antebrazo daba vueltas en un espetón; pero en el fondo, no se sorprendió. Se habría jugado

cualquier cosa a que esos cuatro no habían sido los primeros en probar la carne humana durante aquella fatigosa marcha; solo eran los primeros a los que habían pillado.

El rey había decretado que los cuatro de Peasebury pagasen el banquete con la vida... y, según aseguraban los hombres de la reina, su sacrificio haría amainar la tormenta. Asha Greyjoy no tenía ninguna fe en el dios rojo, pero rezaba por que tuvieran razón; en caso contrario habría otras piras, y tal vez ser Clayton Suggs obtuviese lo que tanto anhelaba.

Ser Clayton regresó con los cuatro caníbales, que iban desnudos y con las muñecas atadas a la espalda con cintas de cuero. El más joven lloraba al avanzar a trompicones por la nieve; otros dos caminaban como si ya estuviesen muertos, con los ojos fijos en el suelo. A Asha le llamó la atención lo normal de su aspecto.

« No son monstruos —comprendió—, solo hombres» .

El mayor de los cuatro era su sargento. Solo él se mantenía desafiante, y escupía palabras cargadas de veneno a los hombres de la reina que lo hacían avanzar a punta de lanza.

—¡Que os jodan a todos, y a vuestro dios rojo también! —gritaba—. ¿Me oyés, Farring Masacragigantes? Me reí de tu puto primo cuando murió, Godry. Tendríamos que habérnoslo comido también; olía de maravilla cuando lo asaron. Seguro que el crío estaba tierno y delicioso, de lo más jugoso. —El golpe del asta de una lanza lo hizo caer de rodillas, pero ni así se calló. Al levantarse, escupió una flema de sangre y dientes rotos y continuó—. La polla es lo más rico, si se dora en el espetón hasta que queda bien crujiente; una salchicha gordita. —Siguió lanzando pullas mientras lo envolvían en cadenas—. Ven aquí, Corliss Penny. ¿Qué clase de apellido es ese? ¿Es lo que cobra tu madre, un penique? Y tú, Suggs, maldito bastardo...

Ser Clayton no se molestó en abrir la boca; le rebanó el cuello de un tajo rápido que le dejó el pecho bañado de sangre.

El más joven sollozaba cada vez con más fuerza, y su cuerpo se agitaba. Estaba tan delgado que se le podían contar las costillas.

—No —rogaba—, por favor, estaba muerto, estaba muerto, y teníamos hambre, por favor...

—El sargento ha sido el más listo —comentó Asha a Aly Mormont—. Ha provocado a Suggs hasta que ha conseguido que lo mate. —¿Volvería a funcionar si le tocaba el turno a ella?

Ataron a las cuatro víctimas, los tres vivos y el muerto, espalda contra espalda, dos en cada estaca, y los devotos del Señor de Luz se pusieron a apilar troncos y ramas a sus pies, para después rociar las piras con aceite de lámpara. Tenían que darse prisa, porque la nevada no había aminorado y pronto empaparía la madera.

—¿Dónde está el rey? —preguntó ser Corliss Penny.

Cuatro días atrás, un escudero del rey había sucumbido al hambre y al frío; era un joven llamado Bryen Farring, pariente de ser Godry. Stannis Baratheon había permanecido junto a la pira funeraria, con el rostro sombrío, mientras entregaban el cuerpo a las llamas; después se había retirado a su atalaya y no había vuelto a salir, aunque de vez en cuando veían su silueta en el tejado de la torre, recortada contra el fuego de la almenara, encendida día y noche.

«Habla con el dios rojo», decían algunos. «Llama a lady Melisandre», aseguraban otros. Fuera lo que fuera, a Asha Greyjoy le parecía que el rey se sentía perdido e imploraba ayuda.

—Canty, vete a decirle al rey que ya está listo —ordenó ser Godry al soldado que tenía más cerca.

—El rey está aquí —dijo Richard Horpe.

Sobre la armadura y la cota de malla, ser Richard llevaba un jubón acolchado blasonado con tres esfinges de calavera sobre campo de ceniza y marfil; el rey Stannis caminaba a su lado. Tras ellos, esforzándose por seguirles el paso, Arnolf Karstark cojeaba apoyado en su bastón de endrino. Lord Arnolf los había localizado hacia ocho días; el norteño iba acompañado de un hijo, tres nietos, cuatrocientos lanceros, de los cuales una docena iba a caballo, dos veintenas de arqueros, un maestre y una jaula de cuervos. Pero solo llevaba provisiones suficientes para su sustento.

Asha se había enterado de que Karstark no era un verdadero señor; solo ejercía de castellano de Bastión Kar mientras el legítimo señor siguiera cautivo de los Lannister. Demacrado y encorvado, con el hombro izquierdo un palmo y medio más alto que el derecho, tenía el cuello enjuto, los ojos grises y estrábicos, y los dientes amarillos; estaba casi calvo, salvo por unos cuantos cabellos blancos; llevaba la barba, blanca y salpicada a partes iguales, separada en dos puntas, aunque siempre desgreñada. A Asha, su sonrisa le resultaba un tanto avinagrada. Pero si se podía prestar oído a las habladurías, sería Karstark quien se hiciera cargo de Invernalia si lograban tomarla. La casa Karstark había surgido de la casa Stark en tiempos remotos, y lord Arnolf había sido el primer señor vasallo de Eddard Stark en apoyar a Stannis.

Que Asha supiera, los dioses de los Karstark eran los antiguos dioses del norte, los mismos que adoraban los Wull, los Norrey, los Flint y los demás clanes de las colinas. Se preguntó si lord Arnolf habría ido a presenciar la quema porque el rey se lo había pedido, para que presenciara el poder del dios rojo.

Al ver a Stannis, dos de los hombres atados a las estacas suplicaron clemencia. El rey los escuchó en silencio, con los dientes apretados.

—Podéis empezar —le dijo a Godry Farring.

—Señor de Luz, escúchanos —dijo el Masacragigantes con los brazos levantados.

—Señor de Luz, defiéndenos —entonaron los hombres de la reina—, porque

la noche es oscura y alberga horrores.

—Te damos gracias por el sol que nos calienta, y rogamos que nos lo devuelvas, oh Señor, para que nos ilumine en la búsqueda de tus enemigos — salmodió ser Godry con la mirada vuelta hacia el cielo oscuro, mientras los copos de nieve se derretían en su rostro—. Te damos gracias por las estrellas que velan por nosotros de noche, y te rogamos que arranques el velo que las oculta para que podamos regocijarnos de nuevo en su contemplación.

—Señor de Luz, protégenos —suplicaron los hombres de la reina—, y aleja de nosotros esta noche despiadada.

Ser Corliss Penny se adelantó, con la antorcha asida con las dos manos, y la hizo girar por encima de su cabeza para avivar las llamas. Un cautivo se puso a gemir.

—R'hllor —entonó ser Godry—, te entregamos cuatro hombres malvados. Con alegría y rectitud en el corazón, los encomendamos a tu fuego purificador, para que consuma la oscuridad de sus almas. Abrasa y consume su carne vil, para que su espíritu pueda ascender libre y puro hacia la luz. Acepta su sangre, oh Señor, y derrite las cadenas de hielo que atan a tus siervos. Escucha su dolor y concede a nuestras espadas fuerza para derramar la sangre de tus enemigos. Acepta este sacrificio y muéstranos el camino de Invernalia, para que podamos derrotar a los impíos.

—Señor de Luz, acepta este sacrificio —repitieron cien voces como un eco. Ser Corliss encendió la primera pira y clavó la antorcha al pie de la segunda. Comenzaron a brotar volutas de humo; los cautivos se echaron a toser. Aparecieron las primeras llamas, tímidas como doncellas, danzando y saltando de los troncos a las piernas de los atados. Un momento después, las lenguas de fuego envolvían las estacas.

—Estaba muerto —gritó el chico llorón cuando las llamas le lamieron las piernas—. Lo encontramos muerto..., por favor..., teníamos hambre... —El fuego ya le llegaba por las pelotas; cuando prendió en el vello que le rodeaba la polla, sus súplicas se fundieron en un chillido prolongado e inarticulado.

Asha Greyjoy notaba un regusto de bilis en el fondo de la garganta. En las islas del Hierro había visto a los sacerdotes de su pueblo degollar a esclavos y entregar sus cadáveres al mar para honrar al Dios Ahogado; una costumbre brutal, pero aquello era peor.

« Cierra los ojos —se dijo—. No escuches. Ponte de espaldas. No tienes por qué verlo». Los hombres de la reina cantaban un himno de alabanza a R'hllor el Rojo, pero los alaridos le impedían entender la letra. Se estremeció, pese al calor de las llamas que le azotaba el rostro. El aire estaba cargado de humo y del hedor de la carne quemada, y un hombre seguía tirando de las cadenas al rojo vivo que lo sujetaban a la estaca.

Al cabo de un rato, los gritos cesaron. Sin pronunciar palabra, el rey Stannis

se alejó en dirección a la soledad de su atalaya.

«Regresa a su almenara —comprendió Asha—, a buscar respuestas en las llamas». Arnolf Karstark hizo ademán de salir renqueando tras él, pero ser Richard Horpe lo tomó del brazo y lo condujo a la cabaña principal. Los observadores comenzaron a dispersarse, cada uno rumbo a su hoguera, a dar cuenta de la misera cena.

—¿Disfrutas del espectáculo, puta del hierro? —le preguntó Clayton Suggs, que se le había acercado sigilosamente. El aliento le olía a cebolla y cerveza.

«Tiene ojos de cerdo». Asha lo juzgó muy apropiado: hacía juego con el cerdo alado que le adornaba el escudo y la sobrevesta.

—Espera a ver la multitud que se congregará cuando te llegue el turno de retorcerte en la estaca —prometió Suggs, con la cara tan cerca que Asha pudo contarle los puntos negros de la nariz.

No iba desencaminado. Los lobos no le tenían el menor cariño; era hija del hierro y debía responder por los crímenes de su pueblo: por Foso Cailin, Bosquespelo y la Ciudadela de Torrhen; por siglos de rapina a lo largo de la Costa Pedregosa; por lo que había hecho Theon en Invernalia.

—Soltadme, caballero. —Siempre que Suggs se dirigía a ella, Asha echaba de menos sus hachas. Bailaba la danza del dedo tan bien como cualquier hombre de las islas, y tenía diez que lo demostraban.

«¡Cómo me gustaría bailarla contigo!». Igual que algunos rostros pedían a gritos una barba, el de ser Clayton estaba hecho para estamparle un hacha entre los ojos. Pero claro, no llevaba ninguna encima, de modo que tuvo que conformarse con tratar de escabullirse, con lo que solo consiguió que la agarrase con más fuerza, clavándole los dedos enguantados en el brazo como si fueran de hierro.

—Mi señora os ha dicho que la soltéis —intervino Aly Mormont—. Será mejor que le hagáis caso; lady Asha no está destinada a la hoguera.

—Ya veremos —se empeñó Suggs—. Ya hemos acogido demasiado tiempo a esta adoradora de demonios. —Pero soltó el brazo de Asha; no convenía provocar a la Osa si se podía evitar.

—El rey tiene otros planes para su trofeo. —Justin Massey apareció de repente, con su característica sonrisa fácil en los labios. Tenía las mejillas rojas de frío.

—¿El rey o vos? —Suggs resopló con desdén—. No importan vuestros planes, Massey; irá a parar a la hoguera, con toda su sangre real. La mujer roja dice que la sangre de los reyes tiene poder; un poder que será del agrado de nuestro señor.

—Que R'hllor se conforme con los cuatro que acabamos de mandarle.

—Cuatro patanes de baja cuna; una ofrenda propia de mendigos. Con esa escoria no conseguiremos nunca aplacar la nieve, pero con ella...

—Y si la quemáis y sigue nevando, ¿qué? —atajó la Osa—. ¿A quién

quemaréis a continuación? ¿A mí?

—¡Por qué no a ser Clayton! —propuso Asha, que ya no podía contener más la lengua—. A lo mejor a R'hllor le gustaría tener a uno de los suyos, un hombre de fe que cantase sus alabanzas cuando las llamas le lamiesen la polla.

Ser Justin soltó una carcajada.

—Disfruta de tus risitas, Massey. —Suggs no lo consideraba nada divertido—. Si sigue nevando, ya veremos quién ríe. —Echó una mirada a los cadáveres atados a las estacas, sonrió y fue a reunirse con ser Godry y los demás hombres de la reina.

—¡Mi campeón! —dijo Asha a Justin Massey. Cualesquiera que fueran sus motivos, se lo había ganado—. Muchas gracias por el rescate.

—Así no conseguireís amigos entre los hombres de la reina —advirtió la Osa—. ¡Habéis perdido la fe en R'hllor el Rojo!

—He perdido la fe en muchas cosas —respondió Massey, cuyo aliento se condensaba en el aire—, pero sigo creyendo en la cena. ¡Me acompañarán mis señorías!

—No tengo apetito —replicó Aly Mormont con un gesto de rechazo.

—Ni yo. Pero será mejor que os forceis a comer un poco de carne de caballo, o pronto os arrepentiréis. Salimos de Bosquespeso con ochocientas monturas, pero anoche solo quedaban sesenta y cuatro.

La noticia no la cogió desprevenida. Habían perdido casi todos los caballos de guerra, incluido el de Massey, además de la mayoría de los palafrenes; hasta los robustos rocines de los norteños flaqueaban por falta de forraje. Pero ¿para qué necesitaban monturas? Stannis ya no iba a ningún lado. Hacía tanto que no veían el sol, la luna ni las estrellas, que Asha empezaba a creer que eran fruto de su imaginación.

—Yo sí quiero comer.

—Yo no —Aly volvió a negarse.

—En ese caso, yo cuidaré de lady Asha —ofreció ser Justin—. Tenéis mi palabra de que no la dejaré escapar.

La Osa accedió a regañadientes, haciendo oídos sordos a la burla de su tono, y regresó a la tienda, y Asha y Justin Massey se dirigieron a la construcción principal. No estaba lejos, pero los ventisqueros eran profundos; el viento, inclemente; los pies de Asha, bloques de hielo, y cada paso, una puñalada en el tobillo.

La cabaña, aunque pequeña y humilde, era el mayor edificio de la aldea, así que los señores y capitanes se la habían apropiado, mientras que Stannis se había instalado en la atalaya de piedra de la orilla del lago. Dos guardias flanqueaban la puerta, apoyados en lanzas largas. Uno levantó la cortina engrasada que hacía de puerta para que pasara Massey, y ser Justin escoltó a Asha hacia la acogedora calidez del interior.

Los bancos y mesas de caballetes situados a ambos lados ofrecían espacio para cincuenta hombres, aunque se había conseguido encajar el doble. El suelo de tierra estaba dividido en dos por una zanja para el fuego, bajo la hilera de tragaderas de humo del techo. Los lobos se habían sentado a un lado, y los caballeros y señores sureños, al otro.

A Asha le pareció que los sureños ofrecían un aspecto lamentable, demacrados y con las mejillas hundidas, algunos pálidos y enfermos, otros con la cara enrojecida y cortada por el viento. En contraste, los norteños parecían robustos y saludables: hombretones rubicundos con la barba más frondosa que un arbusto, cubiertos de pieles y hierro. Ellos también tenían frío y hambre, pero habían resistido mejor la marcha, con sus rocinés y sus zarpas de oso.

Asha se quitó las manoplas de piel y flexionó los dedos con una mueca de dolor. A medida que la sangre volvía a circularle por los pies medio congelados el dolor le fue ascendiendo por las piernas. Al huir, los aldeanos habían dejado una buena reserva de turba, de modo que el aire estaba impregnado de humo, además de un fuerte olor terroso. Se sacudió la nieve de la capa y la colgó en un gancho de la puerta.

Ser Justin consiguió sitio en el banco y llevó la cena para ambos: cerveza y filetes de caballo, carbonizados por fuera y rojos por dentro. Asha bebió un trago de cerveza y se abalanzó sobre la comida. La ración era más escasa que la última, pero el olor le hizo rugir las tripas.

—Muchas gracias, caballero —dijo, con la barbillá chorreante de sangre y grasa.

—Justin, por favor. —Massey troceó la carne de su plato y pinchó un pedazo con el cuchillo.

Un poco más allá, Will Foxglove explicaba a los que lo rodeaban que Stannis reanudaría la marcha sobre Invernalia al cabo de tres días; lo había oído de boca de un mozo de cuadra que cuidaba los caballos del rey.

—Su alteza ha visto la victoria en sus fuegos —relató Foxglove—, una victoria que se cantará durante mil años, desde los castillos de los señores hasta las cabañas de los campesinos.

—Anoche, el frío se cobró ochenta vidas. —Ser Justin Massey levantó la mirada de la carne de caballo, se sacó un cartílago de entre los dientes y se lo lanzó al perro que tenía más cerca—. Si proseguimos la marcha, moriremos a cientos.

—Si nos quedamos, moriremos a miles —repuso ser Humfrey Clifton—. Proseguir o morir, es lo que digo yo.

—Proseguir y morir, es lo que yo os respondo. Y ¿qué pasará si llegamos a Invernalia? ¿Cómo nos apoderaremos del castillo? Muchos de nuestros hombres están tan débiles que a duras penas pueden dar un paso. ¿Vais a ponerlos a escalar murallas? ¿A construir torres de asedio?

—Deberíamos quedarnos aquí hasta que mejore el tiempo —propuso ser Ormund Wynde, un viejo caballero de aspecto cadavérico. Por los rumores que había oido Asha, los soldados cruzaban apuestas sobre cuál sería el siguiente señor o caballero en morir, y ser Ormund se mostraba como el claro favorito.

« ¿Cuánto habrán apostado por mí? A lo mejor estoy a tiempo de jugarme algo».

—Aquí, al menos, tenemos cierto refugio —insistió Wynde—, y hay peces en los lagos.

—Poco pescado para muchos pescadores —dijo lord Peasebury con voz sombría. Tenía buenos motivos para el humor lúgubre: los hombres que acababa de quemar ser Godry eran de los suyos, y en aquella misma sala había gente a la que se había oido afirmar que el propio Peasebury estaba al corriente y hasta podía haber participado en los banquetes.

—Tiene razón —rezongó Ned Woods, un explorador de Bosquespaso. Lo llamaban Ned el Desnarrigado, porque había perdido la punta de la nariz en una helada, dos inviernos atrás. Nadie podía jactarse de conocer el bosque de los Lobos mejor que él, e incluso los caballeros del rey más altaneros habían aprendido a hacerle caso—. Conozco esos lagos. Os habéis abalanzado sobre ellos por centenares, como los gusanos sobre un cadáver; habéis abierto tantos agujeros en el hielo que me extraña que no os hayáis hundido todos. Cerca de la isla hay sitios que parecen quesos tras el paso de las ratas. —Sacudió la cabeza—. Los lagos están esquilados. Habéis acabado con la pesca.

—Razón de más para marchar —se empecinó Humfrey Clifton—. Si nuestro destino es morir, que sea con la espada en la mano.

« Proseguir y morir, quedarse y morir, dar marcha atrás y morir». La misma discusión que la noche pasada y la anterior.

—Sois libre de perecer como os plazca, Humfrey —concedió Justin Massey—. Yo, por mi parte, preferiría vivir para ver una nueva primavera.

—Hay quien os tacharía de cobarde —replicó lord Peasebury.

—Mejor cobarde que caníbal.

—Hijo de... —comenzó a decir Peasebury, con el semblante desencajado por la cólera.

—La muerte forma parte de la guerra, Justin. —Ser Richard Horpe estaba junto a la puerta, con el pelo oscuro empapado de nieve derretida—. Quienes marchéis con nosotros tendréis una parte del botín que saqueemos a Bolton y a su bastardo, y una parte aún mayor de gloria imperecedera. Los que estéis demasiado débiles para soportar la marcha quedáis en la mano del dios, pero tenéis mi palabra de que os enviaremos provisiones en cuanto tomemos Invernalia.

—¡No vais a tomar Invernalia!

—Desde luego que sí —dijo una voz chirriante desde la mesa principal,

ocupada por Arnolf Karstark, con su hijo Arthur y sus tres nietos. Lord Arnolf se puso en pie como un buitre que acechase a una presa, apoyando una mano llena de manchas en el hombro de su hijo—. La tomaremos por Ned y por su hija. Y también por el Joven Lobo, que tan cruelmente fue asesinado. Los míos y yo os mostraremos el camino si es necesario. Así se lo he dicho a su bondadosa alteza el rey: « Marchemos, y antes de que cambie la luna nos bañaremos en sangre Frey y Bolton».

Los hombres se pusieron a patear el suelo y golpear las mesas con los puños. Asha observó que casi todos eran norteños; al otro lado de la zanja, los señores sureños seguían sentados en silencio.

Justin Massey aguardó a que se apaciguara el bullicio para hablar.

—Vuestro valor es admirable, lord Karstark, pero eso no basta para abrir una brecha en los muros de Invernalia. Decidme, ¿cómo pensáis tomar el castillo? ¿Con bolas de nieve?

—Talaremos árboles para construir arietes y poder derribar las puertas — respondió un nieto de lord Arnolf.

—Y moriréis.

—Haremos escalas para trepar por la muralla — intervino otro nieto.

—Y moriréis.

—Levantaremos torres de asedio. —Quien alzó la voz fue Arthur Karstark, el hijo menor de lord Arnolf.

—Y moriréis, y moriréis, y moriréis. —Ser Justin puso los ojos en blanco—. Dioses misericordiosos, ¿todos los Karstark estáis locos?

—¿Dioses? —le espetó Richard Horpe—. Olvidáis una cosa, Justin: solo tenemos un dios. No habléis aquí de demonios; ahora, solo el Señor de Luz puede salvarnos, ¿no os parece? —Acentuó sus palabras llevándose la mano al puño de la espada, pero no apartó los ojos del rostro de Justin Massey, que pareció encogerse bajo su mirada.

—El Señor de Luz, claro. Mi fe es tan sincera como la vuestra, ya lo sabéis.

—No pongo en duda vuestra fe, sino vuestro valor. Habéis pregonado la derrota a cada paso desde que salimos de Bosquespeso. A veces no sé de qué lado estáis.

—No estoy dispuesto a dejarme insultar —respondió Massey, mientras el rubor le subía por el cuello. Descolgó la capa húmeda de la pared con un tirón tan brusco que Asha oyó como se desgarraba, pasó junto a Horpe y cruzó la puerta. La ráfaga de aire frío que cruzó la estancia levantó cenizas de la zanja y avivó las llamas.

« No hace falta gran cosa para que se venga abajo —pensó Asha—. Mi campeón tiene los pies de barro». Pese a todo, ser Justin era uno de los pocos que tal vez se opusieran a que los hombres de la reina la quemasesen, así que se levantó, se puso la capa y se adentró en la ventisca para seguirlo. No había dado

ni diez pasos y ya estaba perdida. Alcanzaba a ver el fuego que ardía en la atalaya, un débil resplandor anaranjado que flotaba en el aire, pero el resto de la aldea había desaparecido; estaba sola en un mundo blanco de silencio, abriéndose camino por una nieve que le llegaba a los muslos.

—¿Justin? —llamó. No obtuvo respuesta. A la izquierda oyó relinchar a un caballo.

« El pobre animal parece asustado; quizás sepa que va a convertirse en la cena de mañana ». Asha se arrebató en la capa.

Por casualidad fue a dar al prado de la aldea. Las estacas de pino carbonizadas seguían en pie; el fuego no las había consumido por completo. Vio que las cadenas ya se habían enfriado, pero seguían aprisionando los cadáveres con su abrazo de hierro. Un cuervo, posado en una de ellas, arrancaba jirones de carne quemada de un cráneo ennegrecido. La nieve había cubierto las cenizas de la base de la pira y trepaba por las piernas del hombre, hasta el tobillo.

« Los antiguos dioses quieren darle sepultura —se dijo—. Esto no ha sido obra suya» .

—No te pierdas detalle, puta —dijo la voz grave de Clayton Suggs a su espalda—. Te quedará igual de guapa cuando te asemos. Dime una cosa, ¿los calamares gritan?

« Dios de mis ancestros, si puedes oírme desde tus estancias acuosas, bajo las olas, dame tan solo un hacha pequeña para que se la lance». El Dios Ahogado no respondió; no solía responder, como ningún dios.

—¿Habéis visto a ser Justin?

—¿Ese imbécil arrogante? ¿Qué quieres de él, puta? Si necesitas un polvo, yo soy más hombre que Massey.

« Y dale con *puta*. —No acababa de entender que los hombres como Suggs usasen esa palabra para degradar a las mujeres, cuando las putas eran las únicas que querían tener algo que ver con ellos. Y Suggs era peor que Liddle el de Enmedio—. Pero me lo llama en serio» .

—Vuestro rey castra a los violadores —le recordó.

—El rey se ha quedado medio ciego de tanto mirar al fuego —replicó ser Clayton con una risita—. Pero no tengas miedo, puta, no voy a violarte; después tendría que matarte, y prefiero verte arder.

—¿Habéis oído eso? —De nuevo le llegó el relincho del caballo.

—¿El qué?

—Un caballo. No, más de uno. —Inclinó la cabeza para escuchar. La nieve distorsionaba el sonido, y era difícil saber de dónde procedía.

—¿Es un truco de calamares? No oigo... —Suggs frunció el ceño—. ¡Maldita sea! ¡Jinetes! —Tanteó en busca de la espada, con manos torpes por culpa de los guantes de piel y cuero, hasta que consiguió arrancarla de la vaina.

Ya tenían encima a los jinetes.

Salieron de la tormenta como un escuadrón fantasmagórico: hombres corpulentos, que parecían aún más grandes por las gruesas pieles que vestían, montados en caballitos. Las espadas que llevaban al cinto cantaban la suave canción del acero al repiquetear en la vaina. Asha vio un hacha de guerra colgada de una silla de montar, y un hombre con un martillo a la espalda; también llevaban escudos, pero tan cubiertos de hielo y nieve que era imposible distinguir los blasones. Pese a todas las capas de lana, pieles y cuero endurecido, Asha se sintió desnuda.

« Un cuerno, necesito un cuerno para alertar al campamento» .

—¡Corre, puta estúpida! —gritó ser Clayton—. ¡Corre a avisar al rey! ¡Lord Bolton se nos echa encima! —Por muy bruto que fuera, Suggs no andaba falto de valor. Espada en mano, avanzó por la nieve y se interpuso entre los jinetes y la atalaya del rey, cuya almenara resplandecía tras él como el ojo anaranjado de algún dios extraño—. ¿Quién vive? ¡Alto! ¡Alto!

El jinete que iba en cabeza detuvo el caballo ante él. Había otros detrás, quizá hasta una veintena. Asha no tenía tiempo de contarlos. Podía haber centenares ocultos por la tormenta, pisándoles los talones; podían ser todas las huestes de Roose Bolton agazapadas en la oscuridad y en los remolinos de nieve, a punto de caer sobre ellos. Pero...

« Son demasiados para ser exploradores y muy pocos para ser una avanzadilla. —Y dos iban de negro—. La Guardia de la Noche», comprendió de pronto.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Amigos —respondió una voz vagamente conocida—. Estuvimos buscándoos en Invernalia, pero solo encontramos a Umber Carroña repicando tantos tambores y soplando tantos cuernos como podía. Nos ha llevado cierto tiempo encontrarlos. —El jinete saltó de la silla, se quitó la capucha e hizo una reverencia. Tenía la barba tan espesa y encostrada de hielo que Asha tardó un momento en reconocerlo.

—¿Tris? —dijo por fin.

—Mi señora. —Tristifer Botley se arrodilló—. He venido con la Doncella, Roggon, Lenguamarga, Dedos, Grajo... Somos seis, todos los que estábamos en condiciones de montar. Cromm murió de sus heridas.

—¿Qué pasa aquí? —exigió saber ser Clayton Suggs—. ¿Eres de los suyos? ¿Cómo has escapado de las mazmorras de Bosquespeso?

—Sybelle Glover recibió un generoso rescate por liberarnos, y decidió aceptarlo en nombre del rey. —Tris se levantó y se sacudió la nieve de las rodillas.

—¡De qué rescate hablas? ¿Quién iba a pagar nada por la escoria del mar?

—Yo, mi señor. —El que había hablado se adelantó a lomos de su caballo. Era muy alto y delgado, con las piernas tan largas que resultaba increíble que no le

arrastraran los pies—. Necesitaba una escolta fuerte para llegar sano y salvo hasta el rey, y lady Sybelle necesitaba menos bocas que alimentar. —Las facciones del hombre alto quedaban ocultas tras el embozo, pero llevaba el sombrero más extraño que había visto Asha desde la última vez que visitó Tyrosh: sin ala, de una tela muy lisa, una torre formada por tres cilindros apilados—. Tengo entendido que el rey Stannis está aquí. Es muy urgente que hable con él de inmediato.

—Por el hedor de los siete infiernos, ¿quién sois vos?

—Tengo el privilegio de ser Tycho Nestoris, humilde servidor del Banco de Hierro de Braavos. —El hombre alto desmontó del caballo con un movimiento elegante, se quitó el peculiar sombrero e hizo una reverencia.

De todas las cosas raras que podian haber llegado a caballo en mitad de la noche, lo último que habría esperado Asha Greyjoy era un banquero braavosi; era tan absurdo que no tuvo más remedio que echarse a reír.

—El rey Stannis se ha asentado en la atalaya. Ser Clayton estará encantado de conduciros hasta él, estoy segura.

—Muy amable por su parte. El tiempo apremia. —El banquero la examinó con unos ojos oscuros y suspicaces—. La dama Asha de la casa Greyjoy, si no me equivoco.

—Sí, soy Asha de la casa Greyjoy, aunque en lo de *dama* no todos están de acuerdo.

—Os traemos un regalo —dijo el braavosi con una sonrisa, e hizo una seña a los hombres que lo seguían—. Esperábamos dar con el rey en Invernalia, pero por desgracia, el castillo se halla envuelto en esta misma tormenta. Al pie de la muralla nos encontramos con Mors Umber y una tropa de novatos que esperaban a su alteza, y nos dio esto.

« Una muchacha y un viejo », pensó Asha cuando los arrojaron de mala manera sobre la nieve, ante ella. La chica era presa de fuertes temblores, pese a las pieles que la arropaban; de no haber estado tan asustada, hasta podía ser bonita, aunque la punta de la nariz se le había ennegrecido por la congelación. En cuanto al viejo, daba un poco de repelús; había visto espantapájaros con más carne. La cara era una calavera cubierta de piel, y tenía el pelo blanco como el marfil, y mugriento. Y apestaba. Solo con verlo, a Asha se le revolvieron las tripas.

Entonces, el viejo levantó la mirada.

—Hermana. Ya ves, esta vez te he reconocido.

—¿Theon? —El corazón de Asha dio un vuelco.

Retrajo los labios para esbozar lo que tal vez fuera una sonrisa. Le faltaba la mitad de los dientes, y los que le quedaban estaban rotos y astillados.

—Theon —repitió—. Me llamo Theon. Tengo que recordarlo.

VICTARION

En un mar negro, bajo una luna de plata, la Flota de Hierro cayó sobre su presa.

La avistaron en los estrechos que separaban la isla de los Cedros de las colinas rocosas de la costa astaporí, tal como había predicho Morroqo, el sacerdote negro.

—¡Ghiscarios! —gritó Longwater Pyke desde la cofa.

En el castillo de proa, Victarion Greyjoy observaba la vela del barco; se iba haciendo más grande. No tardaría en oír el movimiento rítmico de los remos y divisar a la luz de la luna la larga estela blanca que dejaba a su paso, como una cicatriz que cruzara el mar.

«No es un navio de guerra —advirtió—. Es una galera mercante, de las grandes». Sería un buen trofeo. Hizo una seña a sus capitanes para que empezara la persecución. Abordarían el barco y se harían con él.

Para entonces, el capitán de la galera ya se había apercibido del peligro. Viró al oeste, poniendo proa a la isla de los Cedros, quizá buscando refugio en alguna cala oculta o con la esperanza de arrastrar a sus perseguidores contra las rocas dentadas que sobresalían a lo largo de la costa noreste, pero transportaba mucha carga, y los hijos del hierro tenían el viento a favor. El *Dolor* y el *Victoria de Hierro* interceptaron a su presa, mientras que el veloz *Gavilán* y el ágil *Danzarín del Dedo* se dispusieron tras ella. Ni siquiera entonces arrió sus estandartes el capitán ghiscario. Cuando el *Lamento* se situó a la altura del trofeo, raspándole el casco de babor y destrozándole los remos, los dos navios se encontraban ya tan cerca de las ruinas malditas de Ghozai que les llegaba el parloteo de los monos, mientras la primera luz del alba se derramaba sobre las pirámides derruidas de la ciudad.

Amanecer Ghiscario: así se llamaba su trofeo, según le dijo a Victarion el capitán de la galera cuando lo llevaron encadenado ante él. Había partido del Nuevo Ghis y volvía por Yunkai después de comerciar en Meereen. No hablaba ninguna lengua civilizada, solo el ghiscario: gutural, todo gruñidos y silbidos; era el idioma más espantoso que Victarion Greyjoy hubiera oído jamás. Morroqo tradujo las palabras del capitán a la lengua común de Poniente. Según afirmaba, la guerra por Meereen ya tenía un vencedor. La reina dragón había muerto, y un noble ghiscario llamado Hizdak gobernaba la ciudad.

Victarion hizo que le arrancaran la lengua por mentiroso. Morroqo le había asegurado que Daenerys Targaryen seguía con vida. R'hllor, su dios rojo, se la había mostrado en sus llamas sagradas. El capitán del hierro no toleraba las mentiras, de modo que ordenó que ataran de pies y manos al capitán ghiscario y lo arrojasen por la borda como sacrificio al Dios Ahogado.

—Tu dios rojo recibirá lo suyo —le prometió a Morroqo—, pero los mares son el dominio del Dios Ahogado.

—No hay más dioses que R'hllor y el Otro, aquel cuyo nombre no se debe pronunciar.

Toda la indumentaria del sacerdote brujo era negra, salvo por los detalles de hilo dorado en el cuello, las mangas y el dobladillo. No había tela roja a bordo del *Victoria de Hierro*, pero no resultaba apropiado que Morroqo siguiera luciendo los harapos estropeados por la sal que llevaba cuando el Cobaya lo rescató del mar, así que Victarion ordenó a Tom Tidewood que le confeccionara ropa nueva con lo que tuviera a mano, e incluso ofreció algunas de sus túnicas para tal fin. Eran doradas y negras, pues el escudo de la casa Greyjoy mostraba un kraken dorado sobre campo de sable, y los estandartes y las velas de sus barcos tenían los mismos colores. Las túnicas escarlata de los sacerdotes rojos resultaban chocantes para los hijos del hierro, pero Victarion albergaba la esperanza de que sus hombres tolerasen mejor a Morroqo cuando luciese los colores de los Greyjoy.

Pero sus esperanzas demostraron ser vanas. Vestido de negro de pies a cabeza y con la máscara de llamas rojas y anaranjadas tatuada, el sacerdote resultaba aún más siniestro. La tripulación lo rehuía cuando caminaba por cubierta, y los hombres escupían cuando su sombra los rozaba por casualidad. Incluso el Cobaya, que había rescatado al sacerdote rojo, presionaba a Victarion para que se lo ofreciese al Dios Ahogado.

Pero Morroqo, a diferencia de los hombres del hierro, conocía aquellas costas extrañas, así como los secretos de los dragones.

«Ojo de Cuervo se rodea de hechiceros; ¿por qué voy a ser menos?». Su brujo negro era más poderoso que los tres de Euron juntos, incluso aunque los metiese en un caldero y los fundiese para convertirlos en uno. Pelomojado no estaría de acuerdo, pero Aeron y sus beaterías estaban muy lejos de allí. Victarion apretó el puño de la mano quemada.

—Amanecer *Ghiscario* no es nombre digno de un barco de la Flota de Hierro. Por ti, hechicero, lo rebautizaré *Cólera del Dios Rojo*.

—Como diga el capitán. —El hechicero inclinó la cabeza, y la Flota de Hierro volvió a contar con cuarenta y cinco barcos.

Al día siguiente los sorprendió una borrasca. Morroqo también lo había predicho. Cuando escampó, descubrieron que tres barcos habían desaparecido. Victarion no tenía forma de saber si habían naufragado o encallado, o si el viento los había alejado de su ruta.

—Saben adónde nos dirigimos —dijo a su tripulación—. Si se mantienen a flote, volveremos a reunirnos. —No tenía tiempo para esperar a los rezagados; su futura esposa se encontraba rodeada de enemigos.

«La mujer más bella del mundo necesita mi hacha con urgencia».

Además, Morroqo le aseguró que los tres barcos seguían a flote. Todas las noches, el sacerdote brujo encendía una hoguera en el castillo de proa del *Victoria de Hierro* y caminaba alrededor de las llamas, entonando oraciones. El fuego arrancaba a su piel negra un brillo de ónix pulido y, en ocasiones, Victarion habría jurado que las llamas que tenía tatuadas también bailaban, retorciéndose y enroscándose, fundiéndose entre sí, mientras sus colores cambiaban con cada movimiento de la cabeza del sacerdote.

—El sacerdote negro está invocando demonios para que vengan a por nosotros —comentó un remero. Cuando Victarion se enteró, hizo que lo azotaran cruelmente hasta dejarlo en carne viva de los hombros a las nalgas.

—Vuestras ovejas descarradas volverán al redil frente a la costa de la isla llamada Yaros —le dijo Morroqo.

—Reza para que sea así, sacerdote —replicó el capitán—. Si no, puede que seas el próximo en probar el látigo.

El mar relucía azul y verde, y el sol brillaba deslumbrante desde un cielo azul y despejado, cuando la Flota de Hierro se hizo con su segundo trofeo, al noroeste de Astapor.

En aquella ocasión se trataba de una coca myriense, la *Paloma*, que iba de camino a Yunkai pasando por el Nuevo Ghis cargada de alfombras, vinos verdes dulces y encaje de Myr. El capitán poseía un ojo myriense que hacía que las cosas lejanas parecieran estar más cerca; se trataba de dos lentes de vidrio encajadas en una serie de tubos de latón dispuestos ingeniosamente, de forma que cada sección se podía introducir en la siguiente, hasta que el ojo quedaba del largo de una daga. Victarion reclamó aquel tesoro para sí, rebautizó la coca como *Alcaudón* y decretó que se retendría a la tripulación para exigir su rescate. No eran esclavos ni esclavistas, sino myrienses libres y marineros curtidos. Los hombres como aquellos valían su peso en oro. La *Paloma* había partido de Myr, así que no les aportó ninguna novedad sobre Meereen ni sobre Daenerys, únicamente noticias trasnochadas sobre los jinetes dothrakis que seguían el curso del Rhoyne, la Compañía Dorada, que se había puesto en marcha, y otras cosas que Victarion ya sabía.

—¿Qué ves? —preguntó aquella noche a su sacerdote negro, que contemplaba la hoguera nocturna—. ¿Qué nos espera mañana? ¿Más lluvias? —Le parecía que olía a lluvia.

—Cielos grises y vendavales —respondió Morroqo—. Nada de lluvia. Por detrás vienen los tigres. Por delante, vuestro dragón os aguarda.

« Vuestro dragón ». A Victarion le gustó cómo sonaba.

—Dime algo que no sepa, sacerdote.

—El capitán ordena y yo obedezco —dijo Morroqo. La tripulación lo llamaba la *Llama Negra*; era el nombre que le había puesto Steffar el Tartamudo, porque no conseguía pronunciar « Morroqo ». Lo llamasen como lo llamasen, el

sacerdote tenía poderes—. Aquí, la línea de la costa va de este a oeste. Cuando gire hacia el norte os encontraréis dos liebres más. Veloces, con muchas patas.

Y así fue. En aquella ocasión las presas resultaron ser dos galeras alargadas, elegantes y veloces. Ralf el Cojo fue el primero en avistarlas, pero pronto dejaron atrás al *Pesar* y al *Vana Esperanza*, así que Victarion envió tras ellas el *Ala de Hierro*, el *Gavilán* y el *Beso del Kraken*, sus tres barcos más rápidos. La persecución duró gran parte del día, pero al final, las galeras fueron abordadas y conquistadas, tras combates breves pero encarnados. Victarion se enteró de que viajaban sin carga, rumbo al Nuevo Ghis, con el fin de aprovisionarse de suministros y armas para las legiones ghiscarias acampadas frente a Meereen... y para llevar a guerrear a nuevos legionarios que reemplazaran a los caídos.

—¿Caídos en combate? —preguntó Victarion. Las tripulaciones de las galeras lo negaron: las muertes se debían a un brote de colerina sangrienta. La yegua clara, la llamaban. Y al igual que el capitán del *Amanecer Ghiscario*, los capitanes de las galeras insistieron en mentir y afirmaron que Daenerys Targaryen había muerto.

—Dadle un beso de mi parte en el infierno en que os la encontréis —les dijo Victarion. Pidió su hacha y los decapitó allí mismo. Después ejecutó también al resto de la tripulación, salvo a los esclavos encadenados a los remos. Victarion en persona rompió las cadenas y les anunció que, desde aquel momento, eran libres y que tendrían el privilegio de remar para la Flota de Hierro, un honor con el que soñaba todo muchacho de las islas del Hierro.

—La reina dragón libera esclavos y lo mismo hago yo —proclamó.

A las galeras las rebautizó como *Fantasma* y *Espectro*.

—Porque pretendo volver y aterrorizar a esos yunkios —le dijo aquella noche a la mujer de piel oscura, después de utilizarla para su placer. Ya estaban cerca, más cerca cada día—. Caeremos sobre ellos como un relámpago —dijo mientras le pellizcaba un pecho. ¿Sería eso lo que sentía su hermano Aeron cuando le hablaba el Dios Ahogado? Casi le parecía oír la voz del Dios emergiendo de las profundidades del mar. «Me servirás bien, capitán —susurraban las olas—. Para eso te creé».

Pero también alimentaba al dios rojo, el dios del fuego de Morroqo. El brazo que le había curado el sacerdote tenía un aspecto grotesco, como una corteza dura y quebradiza desde el codo hasta la punta de los dedos. A veces, cuando cerraba el puño, la piel se partía y humeaba, pero el brazo de Victarion tenía más fuerza que nunca.

—Dos dioses son mejores que uno —le comentó a la mujer de piel oscura—. Ningún enemigo es rival para dos dioses. —Después, la tumbó sobre la espalda y volvió a poseerla.

Cuando los acantilados de Yaros aparecieron por las amuras de babor, Victarion se encontró con sus tres barcos perdidos esperándolo, tal como

prometió Morroqo. Le entregó un torque de oro a modo de recompensa.

Había llegado el momento de tomar una decisión: podía arriesgarse por los estrechos o hacer que la Flota de Hierro rodease la isla. El recuerdo de isla Bella seguía flagelando la memoria del capitán del hierro. Stannis Baratheon había descendido a la vez desde el norte y el sur sobre la Flota de Hierro, mientras esta se encontraba atrapada en el canal que separaba la isla del continente. Aquella fue la derrota más abrumadora que Victarion había sufrido jamás. Pero tardarían días en rodear Yaros, y el tiempo apremiaba. Con Yunkai tan cerca, quizás resultase dura la travesía de los estrechos, pero no esperaba encontrarse con navíos de guerra yunkios hasta estar más cerca de Meereen.

«¿Qué haría Ojo de Cuervo?». Meditó sobre aquello durante un rato; después hizo una señal a sus capitanes.

—Cruzaremos los estrechos.

Consiguieron tres trofeos más antes de que Yaros desapareciera tras sus popas. Una gran galeaza fue presa del Cobaya y el *Dolor*, y una galera mercante cayó en manos de Manfryd Merlyn y su *Milano*. Las bodegas estaban repletas de mercancía: vinos, sedas, especias, maderas extrañas y perfumes aún más extraños, pero el auténtico botín eran los propios barcos. Ese mismo día, el *Siete Cráneos* y el *Perdición de la Esclavitud* apresaron un queche pesquero. Era un trasto pequeño, lento y sucio que ni merecía la pena abordar. Victarion se mostró contrariado al enterarse de que habían sido necesarios dos barcos para reducir a los pescadores, pero gracias a ellos se enteró de que el dragón negro había regresado.

—La reina de plata se ha ido —le dijo el capitán del queche—. Se marchó volando sobre su dragón, más allá del mar dothraki.

—¿Dónde está ese mar dothraki? —exigió saber—. Lo atravesaré con mi Flota de Hierro y encontraré a la reina donde quiera que se encuentre.

—Eso sí que me gustaría verlo —rio el pescador—. El mar dothraki es de hierba, idiota.

No debería haber dicho aquello. Victarion lo cogió por el cuello con la mano quemada, lo levantó a pulso, lo empotró contra el mástil y apretó hasta que el rostro del yunkio se puso tan negro como los dedos que se le hundían en la carne. Pataleó y se debatió durante unos instantes, tratando en vano de librarse de la presa del capitán.

—Nadie llama idiota a Victarion Greyjoy y vive para alardear de ello.

Cuando abrió la mano, el cuerpo inerte del hombre se desplomó en la cubierta. Longwater Pyke y Tom Tidewood lo lanzaron por la borda: una ofrenda más para el Dios Ahogado.

—Vuestro Dios Ahogado es un demonio —dijo Morroqo después—. No es más que un siervo del Otro, el dios oscuro, aquel cuyo nombre no se debe pronunciar.

—Cuidado, sacerdote —le advirtió Victarion—. En este barco hay hombres devotos que te arrancarian la lengua por proferir semejantes blasfemias. Tu dios rojo tendrá lo que merece, lo juro. Mi palabra es hierro; pregunta a cualquiera de mis hombres.

—No será necesario. —El sacerdote negro inclinó la cabeza—. El Señor de Luz me ha mostrado vuestra valia, lord capitán. Todas las noches atisbo en mis fuegos la gloria que os aguarda.

Aquellas palabras complacieron enormemente a Victarion Greyjoy, tal como le contó aquella noche a la mujer de piel oscura.

—Mi hermano Balon era un gran hombre —dijo—, pero yo conseguiré lo que él no logró. Las islas del Hierro serán libres de nuevo, y reinstauraremos las antiguas costumbres. Ni siquiera Dagon lo consiguió.

Aunque ya habían pasado casi cien años desde que Dagon Greyjoy ocupara el Trono de Piedramar, los hijos del hierro seguían relatando anécdotas sobre sus incursiones y sus batallas. En la época de Dagon, el Trono de Hierro estaba ocupado por un rey débil que tenía sus legañosos ojos puestos al otro lado del mar Angosto, donde bastardos y exiliados planeaban una rebelión. Así, lord Dagon partió de Pyke para hacer suyo el mar del Ocaso.

—Se enfrentó al león en su propio terreno y le anudó la cola al lobo huargo, mas ni siquiera Dagon pudo derrotar a los dragones. Pero yo haré mía a la reina dragón. Compartirá mi lecho y me dará muchos y poderosos hijos.

A la caída de la noche, la Flota de Hierro contaba con sesenta barcos.

Las velas extrañas se volvieron cada vez más frecuentes al norte de Yaros. Se encontraban muy cerca de Yunkai, y la costa que se extendía entre la Ciudad Amarilla y Meereen estaría rebosante de mercaderes y barcos de provisiones yendo y viniendo, así que Victarion dirigió la Flota de Hierro hacia aguas más profundas, para impedir que la avistaran desde tierra. Incluso allí se toparía con otros navíos.

—No dejéis que se escapen y alerten a nuestros enemigos —ordenó el capitán del hierro. Ninguno escapó.

El mar estaba verde, y el cielo, gris, la mañana en que el *Dolor* y el *Mozza Guerrera* capturaron una galera esclavista procedente de Yunkai, que se dirigía al norte de la Ciudad Amarilla. En sus bodegas se apiñaban veinte muchachos perfumados y ochenta muchachas, todos destinados a las casas de placer de Lys. A la tripulación ni se le había pasado por la cabeza que se encontraría con semejante amenaza en sus propias aguas, y los hijos del hierro tuvieron pocas dificultades para hacerse con el barco, al que llamaron *Doncella Dispuesta*.

Victarion pasó por la espada a los esclavistas y envió a sus hombres a las bodegas para que desencadenaran a los remeros.

—Ahora remáis para mí. Remad con fuerza y prosperaréis. —A las chicas las repartió entre sus capitanes—. Los lysenos os habrían convertido en putas —

les dijo—, pero nosotros os hemos salvado. Ahora solo tendréis que servir a un hombre, no a muchos. Aquellas que satisfagan a sus capitanes serán tomadas como esposas de sal, todo un honor.

A los chicos perfumados los cargó de cadenas y los arrojó al mar. Eran criaturas antinaturales, y el barco olió mejor una vez purgado de su presencia.

Victarion reclamó para sí a las siete muchachas más apetecibles. Una tenía el pelo cobrizo y las tetas pecosas; otra estaba totalmente afeitada; otra tenía el pelo castaño y los ojos marrones, y era tímida como un ratón; otra tenía los pechos más grandes que hubiera visto nunca. La quinta era una cosita menuda, de cabello negro liso, piel dorada y ojos ambarinos. La sexta era blanca como la leche, y llevaba anillos dorados en los pezones y los labios del sexo. La séptima era negra cual tinta de calamar. Los esclavistas de Yunkai las habían instruido en el camino de los siete suspiros, pero Victarion no las quería para eso. La mujer de piel oscura le bastaba para satisfacer sus apetitos hasta que llegara a Meereen y reclamara a su reina. Ningún hombre necesitaba velas cuando el sol lo aguardaba.

Cambió el nombre de la galera por *Grito del Esclavista*, y así, la Flota de Hierro pasó a contar con sesenta y un navíos.

—Cada barco que capturamos nos hace más fuertes —anunció Victarion a los hijos del hierro—, pero las cosas se pondrán más difíciles a partir de ahora. Es probable que mañana o pasado nos encontraremos con barcos de guerra. Estamos entrando en aguas de Meereen, donde aguardan las flotas de nuestros enemigos. Nos enfrentaremos a barcos de las tres ciudades esclavistas; también de Tolos, de Elyria, del Nuevo Ghis e incluso de Qarth. —Tuvo la precaución de no mencionar las galeras verdes de la Antigua Volantis, que seguramente cruzaban el golfo de las Penas en aquellos momentos—. Esos esclavistas no son nada para nosotros. Ya habéis visto cómo huyen cuando nos ven; ya habéis oído cómo chillan cuando los pasamos por la espada. Cada uno de vosotros vale por veinte de ellos, porque solo nosotros estamos hechos de hierro. Recordad esto en cuanto volvamos a divisar las velas de algún esclavista: no deis cuartel ni lo esperéis. ¿Qué necesidad tenemos de clemencia? Somos los hijos del hierro, y dos dioses nos protegen. Nos apoderaremos de sus barcos, aplastaremos sus esperanzas y teñiremos de sangre su bahía.

Un enorme clamor acogió sus palabras. El capitán asintió, con semblante adusto; y luego mandó subir a cubierta a las siete muchachas que había seleccionado, las más hermosas que habían encontrado a bordo de la *Doncella Dispuesta*. Las besó a todas en las mejillas y les dijo que les esperaba un gran honor, aunque no entendieron ni palabra. Después ordenó que las subieran al queche pesquero que habían capturado, soltaran las amarras y le prendieran fuego.

—Con esta ofrenda de belleza e inocencia honramos a ambos dioses —

proclamó mientras los barcos de guerra de la Flota de Hierro pasaban remando junto al queche en llamas—. Que estas jóvenes renazcan en la luz, libres de toda mácula de lujuria terrenal, o que desciendan a las acuosas estancias del Dios Ahogado para disfrutar de festines, bailes y risas hasta que se sequen los mares.

Casi al final, antes de que el mar se tragara el queche humeante, a Victarion Greyjoy le pareció que los gritos de las siete muchachas se convertían en una canción de gozo y dicha. Entonces se levantó un fuerte viento, un viento que hinchó las velas y los empujó velozmente hacia el noreste y luego de nuevo hacia el norte, rumbo a Meereen y a sus pirámides de ladrillos multicolores.

« Vuelo hacia ti sobre las alas de una canción, Daenerys», pensó el capitán del hierro.

Aquella noche pidió por primera vez que le llevaran el cuerno para dragones que había encontrado Ojo de Cuervo en las humeantes tierras baldías de la gran Valyria. Era un objeto retorcido, de dos varas de largo, de un color negro lustroso, adornado con bandas de acero valyrio oscuro y oro bruñido.

« El cuerno infernal de Ojo de Cuervo». Victarion lo recorrió con los dedos. Era tan cálido y suave como las caderas de la mujer de piel oscura, y brillaba tanto que veía el reflejo distorsionado de sus facciones en las negras profundidades. Las bandas que lo rodeaban tenían grabados extraños símbolos arcanos. Morroq lo llamaba *glifos valyrios*, pero eso era todo lo que sabía Victarion.

—¿Qué pone aquí?

—Muchas cosas. —El sacerdote negro señaló una banda dorada—. Este es el nombre del cuerno: « Yo soy Atadragones». ¿Habéis escuchado su sonido en alguna ocasión?

—Una vez. —Un mestizo de su hermano había hecho sonar el cuerno infernal durante la asamblea de sucesión, en Viejo Wyk. Era un hombre monstruosamente grande de cabeza rapada, y se adornaba los musculosos brazos con brazaletes de oro, azabache y jade; también lucía un enorme halcón tatuado en el pecho—. El sonido que emitió..., no sé cómo explicarlo..., quemaba. Era como si me ardieran los huesos, como si me quemaran la carne desde dentro. Esos símbolos brillaron, primero como fuego rojo y después como fuego blanco, y dolía hasta mirarlos. Parecía que aquel sonido no iba a cesar jamás; era como una especie de aullido sin fin, como mil gritos fundidos en uno.

—¿Qué le ocurrió al hombre que sopló el cuerno?

—Murió. Los labios se le llenaron de ampollas. Su ave también sangraba. —El capitán se golpeó el pecho—. El halcón que llevaba aquí. Todas las plumas supuraban sangre. Me dijeron que el hombre estaba completamente quemado por dentro, pero puede que fuera unuento.

—Era la verdad. —Morroq dio la vuelta al cuerno infernal para examinar las extrañas letras que reptaban a lo largo de la segunda banda dorada—. Aquí lo

pone: « Ningún mortal me hará sonar y seguirá con vida» .

« Los regalos de Euron siempre están envenenados» . Victarion caviló con amargura sobre la traición entre hermanos.

—Ojo de Cuervo me juró que este cuerno sometería a los dragones a mi voluntad, pero ¿de qué me sirve si el precio es la muerte?

—Vuestro hermano no hizo sonar el cuerno personalmente. No lo hagáis vos.

—Morroqo señaló la banda de acero—. Aquí pone: « Sangre por fuego, fuego por sangre» . Da igual quién sople el cuerno; los dragones acudirán a su dueño. Debéis hacerlo vuestro. Con sangre.

Aquella noche se reunieron bajo el templo once sirvientes del Dios de Muchos Rostros, más de los que nunca había visto juntos. Los únicos que entraron por la puerta fueron el joven señor y el hombre gordo; los demás llegaron por pasadizos secretos, a través de túneles y pasajes. Vestían sus túnicas blancas y negras, pero cuando se sentaron, todos se quitaron la capucha para dejar al descubierto el rostro que habían elegido aquel día. Las sillas altas, al igual que las puertas del templo que se alzaba sobre ellos, eran de ébano y de arciano. Las de ébano llevaban, en la parte trasera del respaldo, una incrustación de arciano con un rostro tallado, y las de arciano, un rostro tallado en ébano.

Un acólito montaba guardia en un rincón con una frasca de vino tinto. A ella le había tocado el agua. Cuando algún devoto quería beber, alzaba la vista o movía un dedo, y uno de ellos, o los dos, acudía a llenarle la copa. Pero la mayor parte del tiempo estaban allí de pie, a la espera de miradas que no llegaban nunca.

«Estoy esculpida en piedra —se recordó—. Soy una estatua, como los señores del mar que se alzan a lo largo del canal de los Héroes». La jarra de agua pesaba mucho, pero tenía los brazos fuertes.

Los sacerdotes se comunicaban en el idioma de Braavos, aunque en una ocasión, tres de ellos se pusieron a discutir acaloradamente en alto valyrio. La niña lo entendía casi todo, pero hablaban en voz baja y no siempre alcanzaba a distinguir las palabras.

—Conozco a este hombre —dijo un sacerdote con la cara marcada por la peste.

—Conozco a este hombre —repitió el hombre gordo mientras ella le servía agua.

—Yo no lo conozco —intervino el hombre guapo—. Yo le haré entrega del don.

Más tarde, el bizco dijo lo mismo de otra persona.

Pasadas tres horas de vino y conversación, se marcharon todos los sacerdotes menos el hombre bondadoso, la niña abandonada y el de las marcas de la peste. Había perdido el pelo y tenía las mejillas llenas de llagas supurantes; le goteaba sangre de un agujero de la nariz, y también tenía sangre seca en las comisuras de los ojos.

—Nuestro hermano quiere hablar contigo, niña —le dijo el hombre bondadoso—. Si quieres, siéntate.

Se sentó en una silla de arciano con rostro de ébano. Las llagas supurantes no le inspiraban temor: llevaba demasiado tiempo en la Casa de Blanco y Negro para asustarse de un rostro falso.

—¿Quién eres? —le preguntó el hombre de la peste cuando se quedaron a

solas.

—Nadie.

—No es verdad. Eres Arya de la casa Stark, la que se muerde el labio y no sabe mentir.

—Esa fui. Ya no lo soy.

—¿Para qué estás aquí, mentirosa?

—Para servir. Para aprender. Para cambiar de cara.

—Cambia primero tu corazón. El don del Dios de Muchos Rostros no es ningún juego de niños. Serías capaz de matar por motivos propios, por placer. ¿Lo niegas?

—Lo... —Se mordió el labio, y el hombre la abofeteó. Le ardía la mejilla, pero sabía que se lo había ganado—. Gracias. —Unas cuantas bofetadas más y dejaría de morderse el labio. La que se mordía el labio era Arya, no la loba nocturna—. Lo niego.

—Mientes. Veo la verdad en tus ojos. Tienes ojos de lobo y te gusta la sangre.

« Ser Gregor —pensó sin poder contenerse—. Dunsen, Raff el Dulce, ser Illyn, ser Meryn, la reina Cersei». Sabía que, si decía algo, tendría que mentir, de modo que guardó silencio.

—Me han dicho que fuiste una gata que rondaba por los callejones y olía a pescado, que vendía berberechos y mejillones. Llevabas una vida insignificante, lo adecuado para una criatura insignificante como tú. Solo tienes que pedirlo y te la devolveremos. Empujarás la carretilla, pregonarás tus berberechos y serás feliz. Tienes el corazón demasiado blando para ser una de nosotros.

« Quiere echarme» .

—No tengo corazón; solo un agujero. He matado a mucha gente. Puedo matar, si es lo que queréis de mí.

—¿Te gustaría?

—Puede. —No conocía la respuesta.

—Entonces, este no es tu lugar. En esta casa, la muerte no es plato de gusto. No somos guerreros, soldados ni jaques hinchidos de arrogancia. No matamos para servir a un señor ni para llenarnos la bolsa, y tampoco por vanidad. Nunca otorgamos el don por placer ni decidimos a quiénes matamos. Solo somos sirvientes del Dios de Muchos Rostros.

—*Valar dohaeris*. —« Todo hombre tiene que servir» .

—Las palabras te las sabes, pero tienes demasiado orgullo para servir. Un sirviente tiene que obedecer con humildad.

—Obedezco. Puedo ser más humilde que nadie.

—No me cabe duda de que serías la mismísima diosa de la humildad —dijo con una risita—. Pero ¿estás dispuesta a pagar el precio?

—¿Qué precio?

—El precio eres tú. El precio es todo lo que tienes y todo lo que puedas

esperar tener. Te quitamos los ojos y te los devolvimos. Te quitaremos las orejas y caminarás en silencio. Nos darás las piernas y te arrastrarás. No serás hija de nadie, esposa de nadie ni madre de nadie. Tu nombre será un embuste, y ni la cara que lleves será la tuya.

Estuvo a punto de morderse el labio otra vez, pero se contuvo a tiempo.

« Mi rostro es un estanque oscuro, lo oculta todo, no muestra nada». Pensó en todos los nombres que había tenido: Arry, Comadreja, Perdiz, Gata de los Canales... Pensó en Arya Caracaballo, la niña idiota de Invernalia. Los nombres no tenían importancia.

—Estoy dispuesta a pagar el precio. Dadme un rostro.

—Los rostros hay que ganárselos.

—Decidme cómo.

—Entregando cierto don a cierto hombre. ¿Serás capaz?

—¿A qué hombre?

—A uno que no conoces.

—Hay mucha gente a la que no conozco.

—Pues está entre ellos. Un desconocido. Alguien a quien no odias, alguien a quien no quieras, alguien a quien nunca has visto. ¿Lo matarás?

—Sí.

—En ese caso, mañana volverás a ser Gata de los Canales. Ponte esa cara, escucha y obedece. Y entonces veremos si realmente eres digna de servir al Dios de Muchos Rostros.

De modo que al día siguiente volvió a la casa del canal, con Brosco y sus hijas. Brosco abrió mucho los ojos al verla, y a Brea se le escapó una exclamación.

—*Valar morghulis* —saludó Gata.

—*Valar dohaeris* —respondió Brosco. Y con eso, fue como si nunca se hubiera marchado.

Más entrada aquella misma mañana, cuando empujaba la carretilla por las calles empedradas que se extendían ante el puerto Púrpura, vio por primera vez al hombre al que debía matar. Era un anciano; pasaba con mucho de la cincuentena.

« Ha vivido demasiado —trató de decirse—. ¿Por qué va a disponer de tantos años cuando mi padre tuvo tan pocos?». Pero Gata de los Canales no tenía padre, así que desechó el pensamiento.

—¡Berberechos, mejillones, almejas! —voceó Gata al pasar junto a él—. ¡Ostras y langostinos, navajas gordas! —Hasta sonrió al hombre; a veces le bastaba con una sonrisa para que se detuvieran y le compraran algo. Pero no le devolvió el gesto, sino que la miró con el ceño fruncido y siguió su camino, atravesando un charco. El agua salpicó los pies de la niña.

« Es antipático —pensó mientras lo veía alejarse—. Tiene cara de ser cruel y

malvado». El viejo tenía la nariz afilada y ganchuda; los labios, finos, y los ojos, pequeños y muy juntos. Ya peinaba muchas canas, pero su barbita puntiaguda seguía siendo negra. Supuso que se la teñía, y se preguntó por qué no se había cambiado también el color del pelo. Caminaba algo encorvado, con un hombro más alto que el otro.

—Es una mala persona —anunció aquella noche cuando volvió a la Casa de Blanco y Negro—. Tiene labios crueles, ojos antipáticos y barba de malvado.

—Es una persona como otra cualquiera, con sus luces y sus sombras —replicó el hombre bondadoso con una risita—. No te corresponde a ti juzgarlo.

Aquello hizo que la niña se detuviera un momento para pensar.

—¿Lo han juzgado los dioses?

—Puede que algunos, sí. ¿Para qué sirven los dioses, si no es para juzgar a los hombres? Pero el Dios de Muchos Rostros no sopesa el alma de las personas. Entrega su don a los mejores y a los peores por igual. De lo contrario, los hombres justos vivirían eternamente.

Al día siguiente, mientras estaba observándolo disimuladamente desde detrás de la carretilla, Gata llegó a la conclusión de que lo más espeluznante del viejo eran las manos. Tenía los dedos largos y huesudos, y no paraba de moverlos: se rascaba la barba, se hurgaba una oreja, tamborileaba con ellos en la mesa... No se estaban quietos nunca, nunca, nunca.

«Esas manos son como dos arañas blancas». Cuanto más le miraba las manos, más odio sentía hacia ellas.

—Mueve demasiado las manos —comentó en el templo—. Debe de tener mucho miedo. El don le dará la paz.

—El don da la paz a todo hombre.

—Cuando lo mate, me mirará a los ojos y me lo agradecerá.

—Eso querrá decir que has fracasado. Sería mucho mejor que no llegara a reparar en ti.

El viejo era comerciante o algo parecido, concluyó Gata tras observarlo durante unos días. Su negocio estaba relacionado con el mar, aunque nunca lo había visto pisar un barco. Mataba el tiempo en un garito de sopas cercano al puerto Púrpura, con un tazón de caldo de cebolla que se le quedaba frío en la mesa mientras repasaba papeles, ponía sellos de lacre y hablaba en tono brusco con un desfile de capitanes, navieros y otros comerciantes; ninguno de los cuales parecía buscar su presencia por gusto.

Pero le llevaban dinero: bolsas de cuero llenas de oro, plata y las monedas cuadradas de hierro de Braavos. El anciano lo contaba con sumo cuidado: clasificaba las monedas en pulcros montones y las mordía sin molestarse en mirarlas, siempre con el lado izquierdo de la boca, en el que conservaba todos los dientes. De cuando en cuando hacía girar una en la mesa y escuchaba el sonido que hacía al detenerse.

Una vez contadas y comprobadas todas las monedas, el viejo garabateaba algo en un pergamino, lo sellaba y se lo entregaba al visitante, o bien negaba con la cabeza y le devolvía las monedas. En el segundo caso, el otro se iba congestionado y furioso, o pálido y asustado.

—Le pagan oro y plata, y él no les da más que cosas escritas. —Gata no comprendía nada—. ¿Son idiotas o qué?

—Puede que algunos. Casi todos son cautelosos, nada más. Otros intentan engañarlo, pero no es fácil.

—¿Qué les vende? No lo entiendo.

—A cada uno le escribe un contrato. Si resulta que su barco naufraga por culpa de una tormenta o lo capturan los piratas, se compromete a pagar una parte de la nave y su contenido.

—¿Es como una apuesta?

—En cierto sentido, aunque todos los capitanes esperan perder.

—Sí, pero si ganan...

—Pierden el barco, puede que incluso la vida. El mar es peligroso, sobre todo en otoño. No cabe duda de que más de un capitán ha sentido alivio cuando se hundía en medio de una tormenta, al pensar que gracias al contrato que firmó en Braavos, su viuda e hijos no pasarán necesidad. —Una sonrisa triste se le dibujó en los labios—. Pero una cosa es escribir un contrato, y otra, cumplirlo.

« Uno de esos hombres debe de odiarlo mucho —comprendió Gata—. Uno de ellos vino a la Casa de Blanco y Negro y rezó al dios para que se lo llevara». Le habría gustado saber de quién se trataba, pero el hombre bondadoso no quiso decírselo.

—No es asunto tuy o. ¿Quién eres?

—Nadie.

—Nadie no hace preguntas. —Le cogió las manos—. Si te consideras incapaz de hacer esto, no tienes más que decirlo. No hay motivo para avergonzarse. Algunos han nacido para servir al Dios de Muchos Rostros, y otros, no. Solo tienes que decirlo, y te quitaré la carga de esta misión.

—Lo haré. Ya dije que lo haría, y lo haré.

Pero ¿cómo? Eso era lo más difícil.

Tenía dos guardias: un hombre alto y delgado, y otro bajo y corpulento. Lo acompañaban a todas partes, desde que salía de su casa por la mañana hasta que volvía por la noche, y no permitían que nadie se acer cara al anciano sin su visto bueno. En cierta ocasión, un borracho tambaleante estuvo a punto de tropezar con él cuando salía del garito de sopas, pero el guardia más alto se interpuso entre ellos y derribó al borracho de un empujón. En el garito, el guardia más bajo siempre probaba en primer lugar el caldo de cebolla, y el viejo esperaba para beberlo hasta que estaba frío, tiempo suficiente para asegurarse de que su guardia se encontraba bien.

—Tiene miedo —comprendió—, o sabe que alguien quiere matarlo.

—No lo sabe, lo sospecha —corrigió el hombre bondadoso.

—Los guardias lo siguen hasta cuando va a hacer aguas menores, pero él no los acompaña cuando van ellos. El alto es el más rápido. Esperaré hasta que vaya a aliviarse, entrará en el garito y le clavaré un puñal al viejo en el ojo.

—¿Qué hay del otro guardia?

—Es muy lento y torpe. También puedo matarlo.

—¿Acaso en el campo de batalla eres una carnicera que mata a todo el que se cruza en su camino?

—No.

—Eso creía. Sirves al Dios de Muchos Rostros, y los que servimos al Dios de Muchos Rostros solo entregamos su don a los elegidos, a los que llevan la marca.

« Matarlo a él. Solo a él», comprendió la niña.

Aún tuvo que observarlo tres días más antes de dar con la manera, y necesitó practicar un día entero con el dedal de cuchilla. Roggo el Rojo la había enseñado a utilizarlo, pero no había robado un monedero desde antes de que le quitaran los ojos y tenía que asegurarse de que no se le había olvidado.

« Con velocidad y sigilo, así, sin torpezas», se dijo mientras sacaba la cuchilla de la manga una y otra vez. Cuando supo con certeza que aún se le daba bien, afiló el acero con una piedra de amolar hasta que brilló con luz azul plateada a la llama de la vela. Lo que le faltaba era más complicado, pero contaba con la ayuda de la niña abandonada.

—Mañana entregaré el don a ese hombre —le anunció durante el desayuno.

—El Dios de Muchos Rostros estará complacido. —El hombre bondadoso se levantó—. Hay mucha gente que conoce a Gata de los Canales; si se sabe de esto, Brosco y sus hijas pueden tener problemas. Ya es hora de que dispongas de otro rostro.

La niña no sonrió, pero estaba satisfecha. Ya había perdido a Gata en una ocasión y la había llorado; no quería volver a perderla.

—¿Cómo seré?

—Fea. Las mujeres apartarán la mirada al verte, los niños te señalarán con el dedo y los hombres fuertes se compadecerán de ti; puede que alguno hasta derrame una lágrima. Cualquiera que te vea tardará en olvidarte. Vamos.

El hombre bondadoso descolgó la lámpara de hierro del gancho y la guio más allá del estanque de aguas negras y las hileras de dioses oscuros y silenciosos, hasta los peldaños de la parte trasera del templo. Bajaron por ellos, seguidos por la niña abandonada. Ninguno decía una palabra; solo se oía el susurro quedo de las zapatillas en los escalones. Los dieciocho peldaños los llevaron a las criptas, donde se abrían cinco pasadizos abovedados, dispuestos como los dedos de una mano. Al llegar allí, los escalones se volvían más estrechos y empinados, pero la niña los había subido y bajado corriendo mil veces, y no la asustaban. Otros

veintidós peldaños los llevaron al subsótano, donde los túneles eran angostos y retorcidos, como gusaneras negras que se adentraban en el corazón de la gran roca. Un pasaje estaba bloqueado por una fuerte puerta de hierro. El sacerdote colgó la lámpara de un gancho y se sacó una llave ornamentada de los pliegues de la túnica.

«El santuario». A la niña se le erizó el vello de los brazos. Todavía tenían que bajar más, hasta el tercer nivel, donde se encontraban las cámaras secretas a las que solo podían acceder los sacerdotes.

El hombre bondadoso hizo girar la llave tres veces, con un sonido quedo, y la puerta se abrió en silencio gracias a las bisagras de hierro bien aceitadas. Al otro lado había más peldaños, labrados en la roca. El sacerdote volvió a coger la lámpara y bajó, seguido por la niña, que iba contando los escalones.

«Cuatro, cinco, seis, siete. —Ojalá se hubiera llevado el bastón—. Diez, once, doce». Sabía cuántos escalones había entre el templo y la bodega, y entre la bodega y el subsótano; hasta había contado los de la escalera de caracol que subía a la buhardilla, y los de la escalerilla de madera que llevaba a la trampilla del tejado que daba paso a la alcándara del exterior, siempre azotada por los vientos.

Pero aquella escalera no la conocía de nada y, por tanto, era peligrosa.

«Veintiuno, veintidós, veintitrés. —El aire parecía más frío a cada paso. Cuando llegó a treinta se dio cuenta de que estaban por debajo de los canales—. Treinta y cuatro, treinta y cinco». ¿Hasta dónde iban a bajar?

Llevaba contados cincuenta y cuatro peldaños cuando por fin se detuvieron ante otra puerta de hierro. Aquella no estaba cerrada con llave. El hombre bondadoso la abrió y la cruzó, y ella lo siguió con la niña abandonada pisándole los talones. Las pisadas de los tres resonaban en la oscuridad. El hombre bondadoso alzó la lámpara y abrió los postigos, y la luz bañó las paredes que los rodeaban.

Un millar de rostros la contemplaban desde las alturas.

Estaban colgados de las paredes, ante ella y detrás de ella, a mayor o menor distancia, mirase hacia donde mirase, se volviese hacia donde se volviese. Vio rostros viejos y jóvenes, de piel clara y oscura, tersa y arrugada, con pecas y con cicatrices, caras hermosas y poco agraciadas, hombres y mujeres, niños y niñas, bebés, rostros sonrientes, rostros huraños, rostros que reflejaban codicia, lujuria o rabia, rostros lampiños y barbudos.

«Son máscaras —se dijo—, no son más que máscaras», pero mientras lo pensaba, sabía que no era verdad. Se trataba de pieles.

—¿Te dan miedo, niña? —preguntó el hombre bondadoso—. Aún estás a tiempo de dejarnos. ¿De verdad es esto lo que quieres?

Arya se mordió el labio. No sabía qué quería.

«Si me marcho, ¿adónde puedo ir? —Había lavado y desnudado cientos de

cadáveres; las cosas muertas no le daban miedo—. Los traen aquí abajo y les cortan la cara. ¿Y qué? —Era la loba de la noche; no se asustaba por unos trozos de piel—. Son como caretas de cuero; no pueden hacerme daño».

—Quiero seguir.

El sacerdote la guio hacia el otro extremo de la estancia, pasando frente a una hilera de túneles que conducían a pasadizos laterales; la lámpara iba iluminándolos a su paso. Un túnel tenía las paredes cubiertas de huesos humanos, y el techo reposaba sobre columnas de calaveras. Otro daba a una escalera de caracol que descendía más aún.

« ¿Cuántos sótanos hay? —se preguntó—. Bajan, y bajan, y bajan... ¿Es que no acaban nunca?».

—Siéntate —le ordenó el sacerdote; ella obedeció—. Ahora, cierra los ojos.

—Eso hizo—. Esto te dolerá, pero el dolor es el precio del poder. No te muevas.

« Inmóvil como una piedra», pensó. Se sentó, completamente quieta. El corte fue rápido; la hoja estaba muy afilada. Debería haber notado el metal frío contra la piel, pero era cálido. Notó como le corría la sangre cara abajo, como un velo, cubriendole la frente, las mejillas y la barbilla, y comprendió por qué le había hecho cerrar los ojos el sacerdote. Cuando le llegó a los labios, le supo a sal y a cobre. Se los lamió y se estremeció.

—Tráeme la cara —dijo el hombre bondadoso. La niña abandonada no respondió, pero se oyeron sus pisadas contra el suelo de piedra—. Bebe esto —le dijo a Arya al tiempo que le ponía una copa en la mano.

Se bebió el contenido de un trago. Era muy ácido, como morder un limón. Mil años atrás había conocido a una niña que adoraba los pasteles de limón.

« No, aquella no era yo, solo era Arya».

—Los titiriteros se cambian de cara con artificios —le explicó el hombre bondadoso—, y los hechiceros tejen sus apariencias con luces, sombras y deseos, para engañar a la vista. Aprenderás esas artes, pero lo que hacemos aquí es más profundo. Los hombres sabios pueden ver lo que ocultan los artificios, y las apariencias se disuelven bajo una mirada atenta, pero el rostro que vas a ponerte será tan sólido y verdadero como aquel con el que naciste. No abras los ojos. —Le echó el pelo hacia atrás con los dedos—. Quédate quieta. Vas a notar una sensación extraña; puede que te marees un poco, pero no te muevas.

Sintió un tirón y oyó un susurro cuando le extendieron la cara nueva sobre la antigua. La piel, seca y rígida, le arañó la frente, pero cuando su sangre la empapó se tornó más suave y elástica. Las mejillas se le caldearon y sonrojaron. Sintió que el corazón le aleteaba en el pecho, y durante un momento fue incapaz de respirar. Unas manos se le cerraron en torno al cuello, duras como la piedra, para ahogarla; alzó las suyas para defenderse del atacante, pero no había nadie. La invadió un miedo espantoso, y entonces oyó un sonido, un crujido estremecedor, acompañado por una oleada cegadora de dolor. Ante ella flotó un

rostro, gordo, barbudo, cruel, con la boca deformada por la rabia.

—Respira, niña. Respira y expulsa el miedo. Expulsa las sombras. Él está muerto. Ella está muerta y ya no sufre. Respira.

Se llenó los pulmones con una respiración entrecortada y se dio cuenta de que era verdad. Nadie la estrangulaba ni la golpeaba, pero aun así le temblaba la mano cuando se la llevó a la cara. La sangre seca se desmoronó en escamas cuando la rozó con los dedos, negra a la luz de la lámpara. Se palpó las mejillas, se tocó los ojos y se siguió con el dedo la línea de la barbilla.

—Sigo teniendo la misma cara.

—¿De verdad? ¿Estás segura?

¿Estaba segura? No había notado ningún cambio, pero tal vez fuera una de esas cosas que no se notaban. Se pasó la mano por la cara, de arriba abajo, como había visto hacer a Jaqen H'ghar en Harrenhal. Cuando lo hizo él, su cara onduló y cambió. Cuando lo hizo ella, no pasó nada.

—La noto igual.

—Eso te parece —replicó el sacerdote—. Pero ha cambiado.

—A ojos de otros, tienes rotas la nariz y la mandíbula —intervino la niña abandonada—. También tienes un pómulo hundido y te falta la mitad de los dientes.

Se recorrió la boca con la lengua, pero no encontró agujeros ni dientes rotos.

« Es brujería —pensó—. Tengo una cara nueva. Una cara fea, maltratada» .

—Puede que sufras pesadillas una temporada —le advirtió el hombre bondadoso—. Su padre le daba palizas tan brutales y frecuentes que no dejó de sentir miedo y dolor hasta que vino a vernos.

—¿Lo matasteis?

—Pidió el don para sí, no para él.

« Pues tendríais que haberlo matado a él» .

Fue como si el sacerdote le leyera la mente.

—La muerte acabó por acudir a buscarlo, como les sucede a todos los hombres. Como le sucederá mañana a un hombre concreto. —Cogió la lámpara —. Ya no tenemos nada más que hacer aquí.

« Por ahora» . Las pieles que colgaban sobre ellos parecían seguirlos con los agujeros vacíos de los ojos cuando desanduvieron el camino hacia las escaleras. Durante un momento, casi le pareció que movían los labios y se susurraban secretos con palabras tan quedas que no alcanzaba a oírlas.

Aquella noche tardó en conciliar el sueño. Enredada en las sábanas, en la habitación fría y oscura, se agitaba sin parar, pero seguía viendo las caras en cualquier lado hacia el que se volviera.

« No tienen ojos, pero me ven. —Había distinguido el rostro de su padre en la pared, y a su lado, el de su señora madre. Bajo ellos, en fila, estaban los de sus tres hermanos—. No. Esa es otra niña. Yo soy Nadie, y mis únicos hermanos

visten túnicas blancas y negras». Pero allí estaba el bardo negro, y también el mozo de cuadra al que había matado con *Aguja*, y el escudero regordete de la posada de la encrucijada, y más allá, el guardia al que había degollado en Harrenhal. El Cosquillas también colgaba de la pared, con los agujeros negros de los ojos cargados de maldad. Solo con verlo volvió a sentir el peso del puñal en la mano mientras se lo clavaba en la espalda una y otra vez.

Cuando por fin amaneció sobre Braavos, el día llegó gris y encapotado. Había albergado la esperanza de que hubiera niebla, pero los dioses desoyeron sus plegarias, como solían hacer los dioses. La mañana era fría y despejada, y el viento, cortante.

«Un buen día para morir —pensó. La plegaria acudió a sus labios sin que pudiera evitarlo—. Ser Gregor, Dunsen, Raff el Dulce. Ser Ilyn, ser Meryn, la reina Cersei». Pronunció los nombres en silencio. En la Casa de Blanco y Negro no se sabía nunca quién podía estar escuchando.

Los sótanos estaban llenos de ropa, de indumentaria recogida de los que acudían a la Casa de Blanco y Negro para beber la paz del estanque del templo. Había de todo, desde harapos de mendigo hasta sedas y terciopelos de gran valor.

«Una niña fea tiene que llevar ropa fea», decidió, así que eligió una capa marrón sucia y deshilachada, una túnica verde mohosa que olía a pescado y unas botas pesadas. Por último ocultó el dedal de cuchilla.

No tenía ninguna prisa, de modo que se dirigió al puerto Púrpura por el camino más largo, cruzando el puente que conducía a la isla de los Dioses. Gata de los Canales vendía berberechos y mejillones allí, entre los templos, cuando Talea, la hija de Broso, tenía la sangre de la luna y se quedaba postrada en cama. Casi esperaba verla vendiendo aquel día, tal vez junto a la Casa de las Mil Habitaciones, que alojaba los altares abandonados de los dioses menores caídos en el olvido, pero era una estupidez. Hacía demasiado frío, y a Talea nunca le había gustado madrugar. La estatua que adornaba la entrada del santuario de la Dama Doliente de Lys derramaba lágrimas de plata cuando la niña fea pasó junto a ella. Los jardines de Gelenei estaban adornados con un árbol de cuarenta varas chapado en oro, con las hojas de plata batida. Tras las vidrieras del pabellón de madera del Señor de la Armonía brillaban unas antorchas, que iluminaban medio centenar de mariposas de vivos colores.

La niña recordó que, en cierta ocasión, la Esposa del Marinero la había acompañado en su ronda y había estado hablándole de los dioses más extraños de la ciudad.

—Esa es la casa del Gran Pastor. Trios, el tricéfalo, tiene aquella torre de las tres torretas; la primera cabeza devora a los moribundos, que renacen por la tercera. No sé para qué sirve la de en medio. Esas son las Piedras del Dios Silencioso, y ahí está la entrada del Laberinto del Fijador de Pautas: según sus sacerdotes, solo aquellos que aprendan a recorrerlo pueden hallar el camino de la

sabiduría. Detrás, ese edificio que hay junto al canal es el templo de Aquan, el Toro Rojo. Cada trece días, sus sacerdotes degüellan a un ternero blanco y reparten cuencos de sangre entre los mendigos.

No debía de ser el decimotercer día, porque los peldaños del Toro Rojo estaban desiertos. Los dioses hermanos Semosh y Seloso soñaban en sus templos gemelos, cada uno en una orilla del canal Negro, unidos por un puente de piedra labrada. La niña lo cruzó y se dirigió hacia los muelles; pasó por el puerto del Traperó y junto a las torres y cúpulas medio hundidas de la Ciudad Ahogada.

Se cruzó con un grupo de marineros y senos tambaleantes que salían en aquel momento del Puerto Feliz, pero no vio a ninguna puta. El Barco estaba cerrado y vacío; sin duda, los titiriteros aún dormían. Pero más allá, en el muelle, junto a un ballenero ibbenés, divisó a Tagganaro, el viejo amigo de Gata, que lanzaba una pelota a Casso, el Rey de las Focas, mientras el último ratero al que había contratado trabajaba entre los espectadores. Se detuvo para mirar y escuchar un momento, y Tagganaro no la reconoció, pero Casso ladró y aplaudió con las aletas.

«Sabe quién soy, o quizás es que huele el pescado». Se apresuró a seguir su camino.

Cuando llegó al puerto Púrpura, el viejo ya se había refugiado en el garito de sopas y estaba contando las monedas de una bolsa mientras regateaba con el capitán de un barco. El guardia alto y flaco se encontraba junto a él, de pie, mientras que el bajo y regordete se había sentado cerca de la puerta para ver bien a cualquiera que entrara. Eso no tenía importancia, porque ella no pensaba entrar. Lo que hizo fue acomodarse en los pilotes de madera, a veinte pasos, mientras el viento borrascoso le agitaba la capa con dedos fantasmales.

El puerto estaba muy transitado incluso en los días fríos y grises como aquel. Vio marineros en busca de prostitutas y prostitutas en busca de marineros. Dos jaques pasaron junto a ella, con las galas arrugadas y la espada golpeándoles los muslos, sosteniéndose el uno contra el otro en su caminar ebrio. Un sacerdote rojo se cruzó en su camino, con la túnica escarlata y carmesí chasqueando al viento.

Ya era casi mediodía cuando divisó al hombre que le interesaba, un próspero naviero al que había visto hacer negocios con el viejo en tres ocasiones. Era calvo y corpulento, y llevaba una gruesa capa de lujoso terciopelo marrón con ribete de piel y un cinturón de cuero también marrón adornado con lunas y estrellas de plata. Algún percance le había dejado una pierna rígida, y caminaba despacio con ayuda de un bastón.

Le sería tan útil como cualquiera y más que la mayoría, así que la niña fea se decidió por él. Saltó del pilote para seguirlo a una docena de zancadas, con la cuchilla lista. El hombre llevaba el monedero a la derecha, colgado del cinturón, pero cubierto por la capa. La cuchilla centelleó veloz, silenciosa; un tajo rápido a

través del terciopelo, que su víctima ni sintió. Roggo el Rojo habría sonreído al verla. La niña pasó la mano por la abertura, abrió el monedero con el dedal, se llenó la mano de oro...

El hombre corpulento se volvió.

—¿Qué...? —El movimiento hizo que a la niña se le enredara la capa en el brazo justo cuando lo iba a retirar, y las monedas cayeron al suelo en torno a ellos—. ¡Ladrona!

Alzó el bastón para golpearla, pero ella le dio una patada en la pierna lesionada y echó a correr durante su caída, pasando como un rayo junto a una madre con su hijo. Más monedas se le cayeron de los dedos y rodaron por el suelo. Los gritos de «¡Ladrona! ¡Ladrona!» resonaban tras ella. Un posadero regordete junto al que pasó hizo una torpe tentativa de agarrarla del brazo, pero la niña lo rodeó, pasó junto a una prostituta que se desternillaba de risa y escapó por el callejón más próximo.

Gata de los Canales conocía bien aquellas callejas, y la niña fea las recordaba. Corrió hacia la izquierda, salvó un muro bajo, cruzó de un salto un canal estrecho y se coló por una puerta abierta que daba a una especie de almacén polvoriento. Los sonidos de la persecución llegaban muy lejanos, de modo que se agazapó tras unas cajas y aguardó, abrazándose las rodillas. Se quedó allí casi una hora, hasta que consideró que podía salir sin riesgo; trepó por la pared del edificio y recorrió los tejados, casi hasta el canal de los Héroes. Para entonces, el naviero ya habría recogido las monedas y el bastón, y estaría en el garito de sopas. Tal vez estuviera tomándose un caldo caliente al tiempo que echaba pestes con el viejo de la niña fea que había intentado robarle la bolsa.

El hombre bondadoso la esperaba en la Casa de Blanco y Negro, sentado en el borde del estanque. La niña fea se sentó a su lado y puso una moneda entre ellos. Era de oro, con un rey en la cara y un dragón en la cruz.

—Un dragón dorado de Poniente —dijo el hombre bondadoso—. ¿Cómo ha llegado a tus manos? Nosotros no robamos.

—No lo he robado. Le he cogido una moneda, pero le he dejado otra de las nuestras.

El hombre bondadoso comprendió al instante.

—Y con esa moneda y las otras que lleva en la bolsa, pagará a cierto hombre. Poco después, a ese hombre le fallará el corazón. ¿Es así? Qué triste. —El sacerdote cogió la moneda y la tiró al estanque—. Te queda mucho por aprender, pero quizás no seas un caso perdido.

Aquella noche le devolvieron la cara de Arya Stark

También le llevaron una túnica, una de las túnicas gruesas y suaves que llevaban los acólitos, negra por un lado y blanca por el otro.

—Mientras estés aquí, siempre debes llevar esto —le dijo el sacerdote—, pero no lo necesitarás mucho de momento. Mañana acudirás a Izembaro, para

empezar el primer aprendizaje. Coge la ropa que quieras de las criptas. La guardia de la ciudad está buscando a cierta niña fea que frecuenta el puerto Púrpura, así que será mejor que tengas un nuevo rostro. —Le puso los dedos bajo la barbilla y le movió la cabeza a un lado y otro—. Esta vez, que sea bonito. Tan bonito como el tuy o. ¿Quién eres, niña?

—Nadie.

La reina no logró conciliar el sueño la última noche de su encierro. Cada vez que cerraba los ojos, la cabeza se le llenaba de presagios y fabulaciones de lo que sucedería al día siguiente.

« Me pondrán guardias —se dijo—. No dejarán que se acerque la chusma. Nadie podrá tocarme». El Gorrión Supremo se lo había prometido.

Pese a todo, tenía miedo. El día en que Myrcella zarpó hacia Dorne, el día de las revueltas del pan, había capas doradas apostados a lo largo de la ruta de la comitiva, pero la multitud consiguió romper sus filas para despedazar al viejo septón supremo y violar cincuenta veces a Lollys Stokeworth. Y si aquella criatura fofo y estúpida había incitado a los animales con la ropa puesta, ¿qué lujuria no les inspiraría una reina?

Cersei paseaba por su celda, inquieta, como los leones enjaulados que vivían en las entrañas de Roca Casterly cuando era niña, legado de los tiempos de su abuelo. Jaime y ella siempre se desafiaban a trepar por los barrotes de la jaula, y en cierta ocasión, ella había reunido valor para introducir la mano y rozar a una de las grandes bestias. Siempre había sido más osada que su hermano. El león movió la cabeza para mirarla con sus grandes ojos dorados y le lamió los dedos. Tenía la lengua áspera como una lima, pero no se apartó hasta que Jaime la cogió por los hombros y la separó de la jaula.

—Te toca a ti —le dijo ella—. ¿A que no te atreves a tirarle de la melena?

« No se atrevió. Debí ser yo quien empuñara la espada, no él» .

Recorria la habitación descalza, tiritando, con una fina manta sobre los hombros. Tenía miedo del día que se avecinaba, pero todo habría terminado cuando llegara la noche.

« Solo tengo que caminar un poco y estaré en casa, estaré con Tommen, en mis estancias del Torreón de Maegor. —Según su tío, era la única manera que tenía de salvarse, pero ¿le habría dicho la verdad? No confiaba en él, igual que no confiaba en el septón supremo—. Todavía puedo negarme. Puedo insistir en mi inocencia y jugármelo todo en un juicio» .

Pero no se atrevía a dejarse juzgar por la Fe, como pensaba hacer Margaery Tyrell. La florecita podía permitirse aquel lujo, a diferencia de Cersei, que no contaba con muchos amigos entre las septas y los gorrones que rodeaban al nuevo septón supremo. Su única esperanza radicaba en un juicio por combate, y para eso le hacía falta un campeón.

« Si Jaime no hubiera perdido la mano...» .

Por ahí no llegaba a ninguna parte. Además, su hermano había desaparecido en las tierras de los ríos con la tal Brienne, así que tenía que buscarse otro defensor, o el tormento que la aguardaba aquel día sería el menor de sus problemas. Sus enemigos la acusaban de traición, de modo que tenía que llegar

junto a Tommen a toda costa.

«Me quiere; no rechazará a su propia madre. Joff era testarudo e imprevisible, pero Tommen es un niño bueno, es un reyecito bueno y hará lo que le diga». Si se quedaba allí, estaba perdida, y la única manera de volver a la Fortaleza Roja consistía en caminar. El Gorrión Supremo se había mostrado intransigente, y ser Kevan se negaba a plantarle cara.

—No me pasará nada —se dijo Cersei cuando las primeras luces acariciaron su ventana—. Lo único que sufrirá será mi orgullo. —Las palabras le sonaron vacías.

«Aún es posible que aparezca Jaime. —Se lo imaginó atravesando la bruma matinal, con la armadura dorada brillando a la primera luz del sol—. Jaime, si alguna vez me has querido...».

Cuando fueron a buscarla, las septas Unella, Moelle y Scolera iban a la cabeza del grupo de carceleras, seguidas por cuatro novicias y dos hermanas silenciosas. Cuando vio a las últimas, con su túnica gris, una oleada de terror recorrió a la reina.

«¿Qué hacen aquí? ¿Voy a morir?». Las hermanas silenciosas eran las encargadas de atender a los muertos.

—El septón supremo dice que no me pasará nada.

—Y nada os pasará. —La septa Unella hizo una seña a las novicias, que se acercaron con jabón de sosa, una jofaina de agua caliente, unas tijeras y una navaja de buen tamaño. Cersei sintió un escalofrío al ver el acero.

«Van a raparme. Un poco más de humillación; la guinda del pastel. —No les daría la satisfacción de oírla suplicar—. Soy Cersei de la casa Lannister; soy una leona de la Roca y la reina de estos Siete Reinos, la hija legítima de Tywin Lannister. Y el pelo vuelve a crecer».

—Adelante —dijo.

La mayor de las hermanas silenciosas cogió las tijeras. Sin duda tenía práctica, porque su orden se encargaba de limpiar los cadáveres de los nobles caídos en combate antes de devolverlos a sus familiares, y ese trabajo incluía recortarles el pelo y la barba. Lo primero que hizo fue desnudarle la cabeza; Cersei permaneció sentada, inmóvil como una estatua, mientras las tijeras hacían su labor. Los mechones dorados fueron cayendo al suelo. En la celda no le habían permitido cuidarse el pelo como era debido, pero hasta enmarañado y sucio, seguía brillando al recibir la caricia del sol.

«Mi corona —pensó—. Me quitaron la otra corona, y ahora me arrebatan también esta».

Cuando sus rizos y bucles se hubieron convertido en un montón informe, a sus pies, una novicia le enjabonó la cabeza, y la hermana silenciosa afeitó los restos de pelo con la navaja.

Cersei creía que con aquello habían terminado, pero no era así.

—Quitaos la ropa, alteza —ordenó la septa Unella.

—¿Aquí? —preguntó, sorprendida—. ¿Por qué?

—Tenemos que rasurarlos.

« Van a esquilarme como a una oveja». Se quitó el vestido y lo dejó caer.

—Cumplid vuestro deber.

De nuevo el jabón, el agua caliente y la navaja. Le afeitaron en primer lugar las axilas y las piernas, y por último, el fino vello dorado que le cubría el sexo. Mientras la hermana silenciosa trabajaba entre sus piernas con la navaja, a Cersei le acudieron a la mente las veces en que Jaime se arrodillaba igual que aquella mujer para llenarle los muslos de besos y llevarla al borde de la excitación. Pero sus besos eran cálidos, y la navaja, fría como el hielo.

Cuando terminaron estaba tan desnuda e indefensa como podía estarlo una mujer.

« Ni un pelo tras el que esconderme». Se le escapó, incontenible, una carcajada amarga.

—¿A vuestra alteza le parece gracioso? —preguntó la septa Scolera.

—No.

« Pero algún día te arrancaré la lengua con unas tenazas al rojo, y eso sí que me parecerá tronchante».

Una novicia le había llevado una túnica de septa, blanca y suave, para que se cubriera mientras bajaban por las escaleras de la torre y atravesaban el septo, de manera que ningún fiel tuviera que ver su piel desnuda.

« Que los Siete nos amparen, menudo hatajo de hipócritas».

—¿Se me permitirá llevar sandalias? —preguntó—. La calle está sucia.

—No tanto como vuestra conciencia —replicó la septa Moelle—. Su altísima santidad ha ordenado que salgáis tal como os hicieron los dioses. ¿Acaso llevabais sandalias al salir del vientre de vuestra madre?

—No —tuvo que responder la reina.

—Entonces, ya sabéis.

Una campana empezó a doblar. El largo encarcelamiento de la reina tocaba a su fin. Cersei se arrebujó en la túnica, agradecida por el calor que le proporcionaba.

—Vamos —dijo.

Su hijo la aguardaba al otro lado de la ciudad. Cuanto antes se pusiera en marcha, antes llegaría a su lado.

La piedra basta de los peldaños araño las plantas de los pies de Cersei Lannister cuando empezó a bajar. Había llegado al Septo de Baelor como una reina, en su litera, y salía rapada y descalza.

« Pero salgo, que es lo que importa».

Las campanas de las torres repicaban para convocar a los ciudadanos a presenciar su humillación. El Gran Septo de Baelor estaba abarrotado de fieles

que habían acudido a la ceremonia matinal, y el murmullo de sus plegarias resonaba en la cúpula; pero cuando apareció la comitiva de la reina se hizo un silencio repentino, y un millar de ojos siguieron su recorrido mientras atravesaba el pasillo y cruzaba el lugar de la capilla ardiente de su padre. Pasó entre los creyentes sin mirar a un lado ni a otro, recorriendo con los pies descalzos el frío mármol del suelo. Notaba los ojos clavados en ella, y hasta los Siete, tras sus altares, parecían observarla.

En la Sala de las Lámparas, una docena de hijos del Guerrero esperaba su llegada. Llevaban capas arcoíris, y los cristales que remataban sus yelmos brillaban centelleantes. Su armadura era de plata tan bruñida como un espejo, pero la reina sabía que debajo llevaban una camisa de cerdas. Sus escudos de lágrima lucían una espada de cristal que relucía en la oscuridad, el antiguo blasón de aquellos a los que el pueblo llamaba *espadas*.

Su capitán se arrodilló ante ella.

—Tal vez me recuerde vuestra alteza. Soy ser Theodan el Fiel, y su altísima santidad me ha puesto al mando de la escolta que os acompañará. Mis hermanos y yo nos encargaremos de que atraveséis la ciudad sin sufrir daño alguno.

Cersei recorrió con la mirada los rostros de los hombres situados tras él, y no tardó en verlo: Lancel, su primo, el hijo de ser Kevan, que le había jurado amor antes de decidir que amaba más a los dioses.

« Mi familia me traiciona». No se olvidaría de él.

—Podéis levantaros, ser Theodan. Estoy preparada.

El caballero se puso en pie, se volvió y levantó una mano. Dos de sus hombres se dirigieron a las imponentes puertas y las abrieron, y Cersei salió al aire libre, parpadeando como un topo arrancado de su madriguera.

Soplaban ráfagas de viento que hacían que la túnica le azotara las piernas. El aire de la mañana llegaba cargado con todos los olores habituales de Desembarco del Rey. Percibió el de vino agriado, el del pan en los hornos, el del pescado podrido, y los de los excrementos, el humo, el sudor y la orina de caballo. No hubo jamás flor alguna que le oliera tan bien. Arrebujada en su túnica, Cersei se detuvo ante los peldaños de mármol, mientras los hijos del Guerrero formaban a su alrededor.

De repente se dio cuenta de que estaba en aquel mismo lugar cuando decapitaron a lord Eddard Stark.

« Todo salió mal. El plan era que Joff le perdonara la vida y lo enviara al Muro. —El hijo mayor de Stark lo habría sucedido como señor de Invernalia, pero Sansa se habría quedado de rehén en la corte. Varys y Meñique habían establecido las condiciones, y Ned Stark se había tragado su adorado orgullo y había confesado su traición para salvar la cabecita hueca de su hija—. Yo me habría encargado de casar bien a Sansa, con un Lannister. No con Joff, claro, pero tal vez con Lancel o con cualquiera de sus hermanos pequeños. —Recordó

que Petyr Baelish se había ofrecido a casarse con la muchacha, pero era improcedente, por supuesto; su origen era demasiado humilde—. ¡Si Joff hubiera hecho lo que se le dijo, Invernalia no habría entrado en guerra y mi padre se habría encargado de los hermanos de Robert!».

Pero Joff ordenó que decapitaran a Stark, y tanto lord Slynt como ser Ilyn Payne se apresuraron a obedecer.

« Yo estaba aquí mismo», recordó la reina. Janos Slynt había levantado la cabeza de Ned Stark por el pelo mientras la sangre del norteño corría peldaños abajo, y ya no hubo vuelta atrás.

Todo quedaba tan lejos... Joffrey había muerto, al igual que todos los hijos varones de Stark. Hasta su padre, Tywin Lannister, había perecido, y ella volvía a los peldaños del Gran Septo de Baelor; pero en aquella ocasión, la turba la contemplaba a ella, no a Eddard Stark.

En la amplia plaza de mármol había tanta gente como aquel día en que ajusticieron a Stark. Mirase hacia donde mirase, la reina veía ojos. La multitud parecía compuesta de hombres y mujeres a partes iguales, y algunos llevaban niños a hombros. Mendigos, ladrones, taberneros, comerciantes, curtidores, mozos de cuadra, titiriteros, prostitutas y todos los desechos de la ciudad habían acudido para presenciar la humillación de una reina. Con ellos se habían mezclado los clérigos humildes, unos hombrecillos sucios y mal afeitados, armados con hachas y lanzas y protegidos con restos de armadura oxidada y mellada, cuero agrietado y sobrevestas de tejido basto mal teñidas de blanco con la estrella de siete puntas, emblema de la Fe, el andrajoso ejército del Gorrión Supremo.

Seguía albergando la remota esperanza de que apareciera Jaime y la rescatara de aquella humillación, pero no lo veía por ningún lado. Tampoco veía a su tío, aunque eso no la sorprendió. Durante su visita, ser Kevan había dejado muy clara cuál era su postura: la vergüenza que iba a sufrir no debía empañar lo más mínimo el honor de Roca Casterly, así que ningún león caminaría con ella. Tendría que soportar a solas el tormento.

La septa Unella se situó a su derecha; la septa Moelle, a su izquierda, y la septa Scolera, detrás de ella. Si intentara huir o mostrara resistencia, las tres brujas la arrastrarían de nuevo al interior del templo y nunca volvería a salir de la celda.

Cersei alzó la cabeza. Más allá de la plaza, más allá del mar de ojos hambrientos, bocas abiertas y rostros sucios, al otro lado de la ciudad, se alzaba la Colina Alta de Aegon, y las torres y almenas de la Fortaleza Roja se tornaban rosadas a la luz del sol naciente.

« No está tan lejos. —Cuando llegara a las puertas, lo peor habría pasado, y volvería a ver a su hijo. Tendría a su campeón. Su tío se lo había prometido—. Me espera Tommen, mi pequeño rey. Tengo que ir. Tengo que ir».

—Una pecadora se presenta ante vosotros —declaró la septa Unella, adelantándose—. Se trata de Cersei de la casa Lannister, madre de su alteza el rey Tommen, viuda de su alteza el rey Robert, culpable de maquinaciones y fornicios espantosos.

La septa Moelle, a la derecha de la reina, dio un paso al frente.

—Esta pecadora ha confesado todos sus pecados y ha suplicado perdón y absolución. Su altísima santidad ha ordenado que demuestre el arrepentimiento que siente despojándose de todo orgullo y artificio, y presentándose ante los habitantes de esta ciudad tal como la hicieron los dioses.

—Así —concluyó la septa Scolera—, esta pecadora se presenta ante vosotros con humildad en el corazón, sin secretos ni nada que ocultar, desnuda a los ojos de los dioses y los hombres, para realizar el recorrido como penitente.

Cersei tenía un año cuando falleció su abuelo, y lo primero que hizo su señor padre al sucederlo fue expulsar de Roca Casterly a su amante plebeya. Le arrebataron las sedas y terciopelos que le había regalado lord Tytos, y las joyas de las que ella se había apropiado, y la echaron desnuda a las calles de Lannisport para que todo el oeste la vieran tal como era.

Aunque era muy niña para presenciar el espectáculo, Cersei oyó como la historia se magnificaba al pasar de boca en boca entre las lavanderas y los guardias. Hablaban de lo que lloró y suplicó la mujer, de la desesperación con que se aferraba a la ropa cuando le ordenaron desnudarse, de los esfuerzos inútiles por cubrirse los pechos y el sexo con las manos mientras caminaba descalza y desnuda por las calles, hacia el exilio.

—Con lo engreída y orgullosa que era antes —recordó haber oido comentar a un guardia—, tan altiva que cualquiera diría que se le había olvidado que venía del arroyo. Pero cuando le quitaron la ropa volvió a ser una puta más.

Si ser Kevan y el Gorrión Supremo creían que ella iba a hacer lo mismo, estaban muy equivocados. Llevaba en las venas la sangre de lord Tywin.

«Soy una leona. No van a acobardarme».

La reina se quitó la túnica.

Se desnudó con un movimiento elegante, sin apresurarse, como si estuviera en sus estancias y se dispusiera a tomar un baño, rodeada solo por sus doncellas. Cuando el viento helado le rozó la piel, sintió un violento escalofrío y tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no tratar de cubrirse con las manos, como la puta de su abuelo. Apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas. Estaban mirándola; todos aquellos ojos hambrientos estaban clavados en ella. Pero ¿qué veían?

«Soy hermosa», se recordó. ¿Cuántas veces se lo había dicho Jaime? Hasta Robert se lo reconocía cuando se metía en su cama después de beber demasiado para rendirle ebrio homenaje con la polla.

«Pero también miraban así a Ned Stark».

Tenía que empezar a andar. Desnuda, esquilada y descalza, Cersei Lannister bajó lentamente la amplia escalinata de mármol. Se le había erizado la piel de brazos y piernas, pero aun así mantuvo la cabeza bien alta, tal como correspondía a una reina. Su escolta se desplegó ante ella. Los clérigos humildes empujaban a los hombres a los lados para abrirle camino a través de la multitud, y las Espadas se situaron a ambos lados. Las septas Unella, Scolera y Moelle la seguían, y las novicias de blanco cerraban la marcha.

—¡Puta! —gritaron. Era una voz de mujer. Siempre eran las más crueles a la hora de herir a otras mujeres. Cersei le hizo oídos sordos.

«Habrá más gritos, y serán peores. Estos seres no conocen mayor dicha que la de burlarse de quienes los superan». No podía obligarlos a callar, así que era mejor que no les prestara atención. Tampoco los vería: mantendría los ojos clavados en la Colina Alta de Aegon, al otro lado de la ciudad, en las torres de la Fortaleza Roja, que refulgían a la luz del amanecer. Si su tío mantenía su parte del trato, allí la aguardaba la salvación. «Esto es porque mi tío lo ha querido. Mi tío, el Gorrión Supremo y la florecita, seguro. He pecado y debo expiar mi culpa, exhibiendo mi vergüenza ante todos los mendigos de la ciudad. Creen que doblegarán mi orgullo, que así acabarán conmigo, pero se equivocan».

Las septas Unella y Moelle caminaban a su paso, mientras que la septa Scolera iba tras ellas haciendo sonar una campana.

—¡Avergüéñzate! —gritaba la vieja bruja—. ¡Avergüéñzate, pecadora! ¡Avergüéñzate! ¡Avergüéñzate!

A la derecha, fuera de su vista, un aprendiz de panadero proclamaba su mercancía.

—¡Empanadas de carne! ¡A tres peniques! ¡Calientes! ¡Empanadas calientes!

El mármol estaba frío y resbaladizo, y Cersei tenía que avanzar con cuidado para no caerse. Pasaron junto a la estatua de Baelor el Santo, que se alzaba alto y sereno en su pedestal con un rostro que rezumaba benevolencia. No reflejaba en nada al imbécil que había sido en vida. La dinastía Targaryen había dado al mundo reyes buenos y malos, pero ninguno tan querido como Baelor, el bondadoso rey septón que amaba a su pueblo y a los dioses por igual, aunque mantuvo prisioneras a sus propias hermanas. Era increíble que la estatua no se desmoronara ante la visión de unos pechos; según Tyrion, al rey Baelor le daba miedo verse la polla. En cierta ocasión expulsó a todas las prostitutas de Desembarco del Rey. Rezaba por ellas mientras las llevaban a rastras a las puertas de la ciudad, pero no se atrevió a mirarlas.

—¡Ramera! —gritaron. Otra mujer. De algún lado le lanzaron una verdura podrida, marrón y rezumante, que le pasó volando por encima de la cabeza y fue a estrellarse a los pies de un clérigo humilde.

«No tengo miedo. Soy una leona». Siguió caminando.

—¡Empanadas calientes! —pregonaba el aprendiz de panadero—. ¡Traigo

empanadas! ¡Recién hechas!

—¡Avergüénzate! ¡Avergüénzate! ¡Avergüénzate, pecadora! ¡Avergüénzate! ¡Avergüénzate! —seguía proclamando la septa Scolera.

Las precedían los clérigos humildes que, con sus escudos, forzaban a los hombres a apartarse para abrir un estrecho paso. Cersei los seguía con la cabeza rígida y los ojos clavados en la distancia. Cada paso la acercaba un poco más a la Fortaleza Roja. Cada paso la acercaba un poco más a su hijo, a la salvación.

Tardó lo que le parecieron cien años en cruzar la plaza, pero, por fin, el mármol dejó paso al empedrado bajo sus pies, y las tiendas, establos y casas se cernieron sobre ellos; empezaban a bajar por la colina de Visenya.

La marcha se hizo más lenta. La calle era empinada y estrecha, y la multitud estaba más apiñada. Los clérigos humildes intentaban apartar a empellones a la gente que bloqueaba el camino, aunque no tenía dónde meterse porque los que habían quedado atrás seguían empujando. Cersei trataba de mantener la cabeza alta, pero pisó algo blando y húmedo que la hizo resbalar. Se habría caido si la septa Unella no la hubiera sostenido por un brazo.

—Vuestra alteza debería mirar dónde pisa.

—Sí —respondió con voz humilde al tiempo que se liberaba de su mano.

Estaba tan rabiosa que tenía ganas de escupir. Siguió caminando, envuelta solo en piel de gallina y orgullo. Trató de buscar la Fortaleza Roja con la vista, pero los edificios de madera la ocultaban.

—¡Avergüénzate! ¡Avergüénzate! —iba entonando la septa Scolera al ritmo de su campana.

Cersei intentó caminar más deprisa, pero enseguida tropezó con la espalda de los guardias que la precedían y tuvo que aminorar el paso. La procesión se detuvo cuando los clérigos humildes apartaron del paso a un vendedor ambulante con una carretilla cargada de brochetas de carne. A ojos de Cersei, aquella carne parecía de rata, pero su olor impregnaba el aire, y cuando se despejó la calle y reanudaron la marcha, muchos espectadores estaban mordisqueando los pinchos.

—¿Queréis un poco, alteza? —le gritó uno.

Era una bestia grande, corpulenta, con ojillos de cerdo, barriga enorme y barba negra descuidada que le recordaba la de Robert. Apartó la vista, asqueada, y él le lanzó la brocheta, que le dio en la pierna antes de caer al suelo; la carne medio cruda le dejó un reguero de grasa y sangre en el muslo.

Allí los gritos parecían sonar más altos, quizás porque la turba estaba más cerca. Los más frecuentes eran «Put» y «Pecadora», seguidos de «Zorra», «Traidora» y «Follahermanos». De cuando en cuando, también se escuchaban aclamaciones dedicadas a Stannis o a Margaery. El empedrado estaba muy sucio, y la reina tenía tan poco espacio que ni siquiera podía esquivar los charcos.

«Nadie se ha muerto por mojarse los pies», se dijo. Le habría gustado creer que era agua de lluvia, aunque lo más probable era que se tratara de orina de

caballo.

También llovían desperdicios desde ventanas y balcones: fruta medio podrida, jarras de cerveza, huevos que estallaban con un hedor sulfuroso al estrellarse contra el suelo... Alguien lanzó un gato muerto sobre los clérigos humildes y los hijos del Guerrero. El cadáver golpeó el empedrado con tal fuerza que se reventó y salpicó las piernas de Cersei de entrañas y gusanos. Siguió caminando.

« No veo nada, no oigo nada, son simples insectos», se decía.

—¡Avergüéntate! ¡Avergüéntate! —entonaban las septas.

—¡Castañas! ¡Castañas asadas! —pregonaba un vendedor callejero.

—¡Salve, reina puta! —saludó solemnemente un borracho desde un balcón—.

¡Larga vida a tus regias tetas!

« Las palabras se las lleva el viento —pensó Cersei—. Las palabras no pueden hacerme daño».

A medio camino de descenso de la colina de Visenya, la reina cayó por primera vez al resbalar con algo que probablemente fueran excrementos. La septa Unella la ayudó a ponerse en pie, con una rodilla raspada y ensangrentada. Entre las carcajadas de la multitud, un hombre se ofreció a gritos a darle un besito en la herida para curársela. Cersei miró hacia atrás. Aún divisaba la gran cúpula y las siete torres de cristal del Gran Septo de Baelor, en la cima.

« ¡Qué poco he avanzado!». Y lo peor era que había perdido de vista la Fortaleza Roja.

—¿Dónde...?

—Alteza, tenéis que seguir. —El capitán de la escolta se situó a su lado. Cersei no recordaba su nombre—. La multitud se está volviendo incontrolable.

« Incontrolable, sí».

—No tengo miedo...

—Pues deberíais.

La agarró por el brazo y tiró de ella. Cersei se tambaleó colina abajo, siempre hacia abajo, siempre hacia abajo, apretando los dientes por el dolor a cada paso, apoyada en él.

« Debería ser Jaime el que me sostuviera». Desenvainaría su espada dorada para abrirse camino a tajos por la multitud, y le sacaría los ojos a cualquier hombre que osara mirarla.

Los adoquines irregulares estaban agrietados, eran resbaladizos y le laceraban los delicados pies. Pisó con el talón algo afilado, tal vez un guijarro o un trozo de loza, y gritó de dolor.

—¡Os pedí unas sandalias! —escupió a la septa Unella—. ¡Al menos podríais haberme dado unas sandalias!

El caballero volvió a agarrarla por el brazo como si fuera una criaducha. « ¿Se ha olvidado de quién soy?». Era la reina de Poniente, y aquel hombre no tenía derecho a tratarla con tanta brusquedad.

Ya casi al pie de la colina, la ladera se hacía menos empinada y la calle se ensanchaba de nuevo. Cersei volvió a ver la Fortaleza Roja, que relucía escarlata al sol de la mañana en lo alto de la Colina Alta de Aegon.

«Tengo que seguir caminando». Se liberó de la mano de ser Theodan.

—No hace falta que tiréis de mí. —Avanzó, coja, dejando en las piedras, a su paso, un rastro de huellas ensangrentadas.

Caminó por fango y excrementos, aterida, cojeando. La rodeaba un mar de sonidos confusos.

—¡Mi mujer tiene mejores tetas! —gritó un hombre.

Un carretero lanzó una retahíla de insultos cuando los clérigos humildes le ordenaron que se apartara del camino.

—¡Avergüéñzate! ¡Avergüéñzate! ¡Avergüéñzate, pecadora! —entonaban las septas.

—¡Mirad esto! —gritó una puta desde el balcón de un burdel, al tiempo que se levantaba las faldas para que los hombres la vieran desde abajo—. ¡Aquí no ha entrado ni la mitad de pollas que ahí!

Las campanas sonaban, sonaban, sonaban sin cesar.

—No puede ser la reina —dijo un niño—. Está tan flácida como mi madre.

«Esta es mi penitencia —se dijo Cersei—. He cometido pecados espantosos; así los expío. Todo acabará pronto y podré olvidarlo».

Empezó a ver algunas caras conocidas. Un calvo de patillas pobladas la miraba desde una ventana con el ceño fruncido en un gesto idéntico al de su padre, y se parecía tanto a lord Tywin que la hizo tropezar. Una niña sentada bajo una fuente, empapada por el agua que salpicaba, tenía los ojos acusadores de Melara Hetherspoon. Vio a Ned Stark y, a su lado, a la pequeña Sansa, con la cabellera castaña rojiza y un chuchito gris que tal vez fuera su loba. Todos los niños que le hacían muecas se convertían en su hermano Tyrion, y todos se burlaban igual que se había burlado él cuando murió Joffrey. También Joffrey estaba allí, su hijo, su primogénito, su hermoso muchachito de rizos dorados y sonrisa dulce, con aquellos labios tan bellos que...

En aquel momento se cayó por segunda vez. Cuando la levantaron estaba tiritando.

—Por favor —dijo—. Madre, apiádate de mí. He confesado.

—Así es —replicó la septa Moelle—. Esta es vuestra penitencia.

—Ya queda poco —intervino la septa Unella—. ¿Veis? —señaló—. Solo tenéis que subir la colina.

«Solo tengo que subir la colina». Era verdad. Estaban al pie de la Colina Alta de Aegon, y el castillo se alzaba sobre ellos.

—¡Puta! —se oyó gritar.

—¡Te follas a tu hermano!

—¡Monstruo!

—¿Queréis chupar esto, alteza? —Un hombre con delantal de carnicero se sacó la polla de los calzones y sonrió. No le importaba. Casi había llegado a casa.

Cersei empezó a subir. Allí, los gritos e insultos eran más enconados. La ruta de la expiación no pasaba por el Lecho de Pulgas, de modo que sus habitantes habían acudido a la ladera de la Colina para ver el espectáculo. Los rostros que la miraban burlones desde detrás de los escudos y las lanzas de los clérigos humildes le parecieron deformes, monstruosos, repulsivos. Por doquier había cerdos y niños desnudos; los mendigos tullidos y los rateros pululaban por la multitud como cucarachas; vio a hombres con los dientes afilados como sierras, a viejas con un bocio más grande que la cabeza, a una prostituta con una serpiente enorme alrededor del pecho y los hombros, a un hombre con la cara cubierta de pústulas que rezumaban un pus grisáceo... Todos sonreían, se humedecían los labios y aullaban al verla pasar, cojeando, con el pecho sacudido por la respiración jadeante del esfuerzo. Unos le gritaban proposiciones deshonestas; otros, insultos.

« Las palabras se las lleva el viento —pensó—. Las palabras no me pueden hacer daño. Soy la mujer más hermosa de todo Poniente. Lo dice Jaime, y Jaime no me mentiría jamás. Hasta Robert, que no me quiso nunca, decía lo mismo, me decía que era hermosa, me deseaba» .

Pero no se sentía hermosa. Se sentía vieja, usada, sucia y fea. Tenía en el vientre las estriás de los partos, y sus senos habían perdido la firmeza de la juventud. Sin un vestido que los contuviera, le colgaban contra las costillas, flácidos. « No debería haber aceptado. Era su reina, pero ahora me han visto, me han visto, me han visto. No debí permitir que me vieran. —Con el vestido y la corona, era una reina. Desnuda, ensangrentada y cojeando, solo era una mujer, no muy distinta de las esposas, las madres y las hijitas doncellas de los que la miraban—. ¿Qué he hecho?» .

Notó en los ojos algo que le escocía y le nublaba la vista. No podía llorar; no debía llorar. Los insectos no la verían llorar. Se frotó los ojos. Una ráfaga de viento gélido la hizo tiritar. Y de repente allí estaba la vieja, en medio de la multitud, con las tetas caídas y la piel cetrina llena de verrugas. Se reía igual que los demás, con unos ojos legañosos y amarillentos cargados de maldad. « Reina serás, hasta que llegue otra más joven y bella para derrocarte y apoderarse de todo lo que te es querido» .

De repente no pudo seguir conteniendo las lágrimas, que le corrieron por las mejillas quemándolas como el ácido. Dejó escapar un gemido, se cubrió los pezones con un brazo, se puso la otra mano sobre el sexo y echó a correr colina arriba, adelantando a los clérigos humildes, encorvada, torpe. A los pocos pasos tropezó, se cayó y se levantó, y al poco volvió a caer. Antes de darse cuenta estaba avanzando a cuatro patas colina arriba, como un perro, mientras las buenas gentes de Desembarco del Rey le abrían paso entre risas, burlas y

aplausos.

Y entonces, de improviso, la multitud se dispersó, como si se hubiera disuelto en el aire. Las puertas del castillo se alzaron ante ella, y vio a una hilera de lanceros de yelmo dorado y capa roja. Oyó el gruñido tan familiar de las órdenes de su tío, y divisó un atisbo de blanco a cada lado cuando se le acercaron ser Boros Blount y ser Meryn Trant con sus corazas blancas y sus capas níveas.

—¡Mi hijo! —gritó—. ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está Tommen?

—Aquí no, desde luego. Ningún hijo tiene por qué contemplar la vergüenza de su madre. —La voz de ser Kevan era brusca y cortante—. Dadle algo para que se tape.

Jocelyn se inclinó sobre ella y cubrió su desnudez con una suave manta de lana verde. Una sombra cayó sobre ellos. La reina sintió el acero frío que se interponía entre el suelo y su cuerpo, unos brazos enfundados en armadura que la levantaron con tanta facilidad como levantaba ella a Joffrey cuando era un bebé.

« Un gigante —pensó aturdida, mientras la transportaba a grandes zancadas hacia la torre de entrada. Había oído decir que más allá del Muro, en aquellas tierras salvajes, aún quedaban gigantes—. Pero no es más que un cuento. ¿Acaso estoy soñando? » .

No. Su salvador era real. Media tres varas o más, y tenía unas piernas como árboles, un pecho digno de un caballo de tiro y unos hombros con los que bien se conformaría cualquier toro. Su armadura era de placas de acero esmaltadas de blanco, tan luminosa y brillante como las esperanzas de una doncella, y debajo llevaba una cota de malla dorada. El yelmo le ocultaba el rostro por completo, y lo remataba un penacho con siete plumas de seda, el arcoíris de la Fe. Se sujetaba la capa a los hombros con dos broches dorados en forma de estrella de siete puntas.

« La capa es blanca» .

Ser Kevan había cumplido su parte del trato. Tommen, su hijito adorado, había hecho miembro de la Guardia Real a su campeón.

No vio llegar a Qyburn, pero de pronto lo tenía al lado, trotando para seguir el paso a su campeón.

—No sabéis cuánto me alegra de que hayáis vuelto, alteza —dijo—. Tengo el honor de presentarlos al miembro más reciente de la Guardia Real: ser Robert Strong.

—Ser Robert —susurró Cersei mientras cruzaban las puertas.

—Con el permiso de vuestra alteza, ser Robert ha hecho voto de silencio —le explicó Qyburn—. Ha jurado que no hablará hasta que los enemigos de nuestro rey hayan muerto y el reino haya quedado libre de todo mal.

« Sí —pensó Cersei Lannister—. Sí, sí, ¡sí! » .

Había una verdadera torre de pergaminos. Tyrion suspiró al verla.

—No éramos como hermanos? ¿Y este es el amor que los hermanos se profesan entre sí? ¿Dónde ha quedado la confianza? ¿Qué ha sido de la amistad, del profundo afecto, de la viril camaradería que solo pueden sentir aquellos que han luchado juntos, y juntos han derramado su sangre?

—Cada cosa a su tiempo —replicó Ben Plumm el Moreno.

—Firma antes —añadió Tintas al tiempo que afilaba una pluma.

—Pero si quieres empezar a derramar tu sangre, yo estaré encantado. —Kasporio el Astuto se llevó la mano al puño de la espada.

—Qué oferta más amable, pero no, gracias —replicó Tyrion.

El tesorero le puso delante los pergaminos y le tendió la pluma.

—Esta tinta es de la Antigua Volantis, tan duradera como la de maestre. Solo tienes que firmar las notas e ir pasándomelas. Yo me encargo de lo demás.

—¿Puedo leerlas primero? —preguntó Tyrion con una sonrisa aviesa.

—Si quieres... Pero en todas pone casi lo mismo. Excepto en las últimas, claro, pero ya llegaremos a eso.

« No me cabe duda ». La mayoría de los hombres no tenía que pagar precio alguno por unirse a una compañía, pero él no era como la mayoría de los hombres. Mojó la pluma en el tintero, se inclinó sobre el primer pergamo, se detuvo y alzó la vista.

—¿Cómo quieres que firme? ¿Como Yollo o como Hugor Colina?

—¿Qué prefieres tú? ¿Que te devuelva a los herederos de Yezzan o que te corte la cabeza directamente? —respondió Ben el Moreno con los ojos entrecerrados en un mar de arrugas.

El enano se echó a reír y firmó el pergamo con su nombre, Tyrion de la casa Lannister. Se lo pasó a Tintas, a su izquierda, y examinó la pila que quedaba.

—¿Cuántos hay? ¿Cincuenta? ¿Sesenta? Tenía entendido que hay quinientos hombres en los Segundos Hijos.

—A día de hoy, quinientos trece —respondió Tintas—. Cuando firmes en el libro seremos quinientos catorce.

—Entonces, ¿solo uno de cada diez recibe una nota? No es justo; yo creía que, en las compañías libres, todos los hombres compartían el botín por igual. —Firmó otra hoja.

—Compartimos, desde luego. —Ben el Moreno dejó escapar una risita—. Pero no por igual. En cierto modo, los Segundos Hijos somos como una familia...

—... y en ninguna familia faltan los primos tontos. —Tyrion firmó otra nota. El pergamo crujió cuando se lo pasó al tesorero—. En lo más profundo de Roca Casterly, hay unas celdas donde mi padre nos encerraba a los peores. —Mojó la pluma en el tintero. « Tyrion de la casa Lannister », garabateó bajo la promesa

de pagar cien dragones de oro al portador de la nota. «Cada trazo me deja más pobre..., o me dejaría, si no estuviera ya en la ruina». Tal vez llegara un día en que lamentase haber firmado aquellos documentos, pero en cualquier caso faltaba mucho para eso. Sopló la tinta húmeda, pasó el pergamino al tesorero y firmó el siguiente. Así una vez, y otra, y otra, y otra—. Que sepáis que esto me ofende mucho —comentó entre firma y firma—. En Poniente, la palabra de un Lannister vale tanto como el oro.

—No estamos en Poniente —replicó Tintas, encogiéndose de hombros—. A este lado del mar Angosto, las promesas las escribimos. —Cada vez que Tyrion le pasaba un pergamino, espolvoreaba la tinta con arena fina para secarla, lo sacudía y lo dejaba a un lado—. Las deudas que se escriben en el aire se olvidan con facilidad.

—No en nuestro caso. —Tyrion firmó otra nota, y otra; ya iba a buen ritmo—. Un Lannister siempre paga sus deudas.

—Sí, pero la palabra de un mercenario no vale nada —replicó Plumm con una risita.

«La tuy a no, desde luego —pensó Tyrion—, gracias a los dioses».

—Cierto, pero no seré mercenario hasta que haya firmado vuestro libro.

—Enseguida. Primero, las notas.

—Bailo tan deprisa como puedo. —Habría querido echarse a reír, pero eso lo habría delatado. Plumm se lo estaba pasando en grande, y no tenía la menor intención de estropearle la diversión.

«Mejor que siga pensando que me ha puesto de espaldas y me está dando por culo; mientras, yo seguiré comprando espadas de acero con dragones de pergamino. —Si alguna vez volvía a Poniente y podía reclamar su herencia, dispondría de todo el oro de Roca Casterly para cumplir sus promesas. Si no, seguramente estaría muerto, y sus nuevos hermanos podrían limpiarse el culo con los pergaminos. Tal vez alguno se presentara en Desembarco del Rey con la nota en la mano para pedirle a su querida hermana que pagara la deuda—. Quién fuera cucaracha para verlo desde los juncos del suelo».

Por la mitad de la pila cambiaba el texto de los pergaminos. Las notas de cien dragones eran para los sargentos; luego aumentaban las cantidades de repente, y Tyrion empezó a prometer pagos al portador por un millar de dragones de oro. Sacudió la cabeza, se echó a reír y firmó. Firmó, firmó y firmó.

—Bueno —preguntó por pasar el rato—, ¿cuáles serán mis obligaciones en la compañía?

—Eres muy feo para ponerle el culo a Bokkoko, pero te podemos usar de carne de flecha, para ir en primera línea de combate.

—Y mejor de lo que crees —replicó Tyrion, negándose a morder el anzuelo—. Un hombre pequeño con un escudo grande vuelve locos a los arqueros. Me lo dijo alguien más listo que tú.

- Trabajarás con Tintas —replicó Ben Plumm el Moreno.
- Trabajarás para Tintas —corrigió el interesado—. Me ayudarás a llevar los libros, a contar monedas, a escribir cartas y contratos...
- Encantado. Me gustan los libros.
- ¿Qué otra cosa puedes hacer? —se burló Kasporio—. Luchar, no, desde luego.

—Cuando era joven me pusieron al cargo de los desagües de Roca Casterly —comentó Tyrion como quien no quiere la cosa—. Algunos llevaban años atascados, pero los desatranqué. —Volvió a mojar la pluma; doce notas más y habría terminado—. Podría supervisar a las vivanderas del campamento, para que ningún hombre se encuentre una atascada, ¿no?

Ben el Moreno no le rio la gracia.

—Ni te acerques a las putas —le advirtió—. Casi todas tienen la sífilis, y hablan demasiado. No eres el primer esclavo fugado que se alista en la compañía, pero tampoco tenemos que proclamarlo. No te quiero a la vista de todo el mundo. Dentro de lo posible, no salgas de la tienda, y si tienes que cagar, que sea en el cubo. En las letrinas te vería todo el mundo. No se te ocurra salir del campamento sin mi permiso. Podemos darte una armadura de escudero y hacer creer que le pones el culo a Jorah, pero habrá quien no se lo crea. En cuanto tomemos Meereen y emprendamos la marcha hacia Poniente, puedes pavonearte lo que te dé la gana vestido de rojo y dorado, pero mientras...

—... me esconderé bajo una piedra y no haré el menor ruido. Te doy mi palabra. —«Tyrion de la casa Lannister», firmó una vez más con una rúbrica florida. Era el último pergamino. Quedaban tres notas que, a diferencia de las demás, eran nominales y estaban escritas en vitela fina. Diez mil dragones para Kasporio el Astuto y la misma cantidad para Tintas, cuyo verdadero nombre era, por lo visto, Tybero Istarion—. ¿Tybero? Suena a Lannister. ¿Somos primos lejanos, o qué?

—Puede. Yo también pago siempre mis deudas; es lo que se espera de un tesorero. Firma.

Firmó.

La nota de Ben el Moreno era la última, y estaba escrita en un rollo de badana.

Cien mil dragones de oro, cincuenta fanegas de tierra fértil, un castillo y el título de señor.

«Vaya, vaya, el amigo Plumm no se vende barato». Tyrion se rascó la cicatriz y sopesó la posibilidad de fingir indignación. Cuando dan por culo a un hombre, lo normal es que chille un poco. Tal vez debería soltar unos cuantos tacos

y maldiciones, protestar por el robo y negarse a firmar, para luego acceder de mala gana, rezongando. Pero estaba harto de tanta palabrería, así que hizo un gesto de dolor, firmó y entregó la nota a Ben el Moreno.

—Tienes la polla tan grande como dicen —comentó—. Me doy por jodido y bien jodido, lord Plumm.

Ben el Moreno sopló en la firma.

—No hay de qué, Gnomo. Ahora viene cuando te conviertes en uno de los nuestros. Tintas, trae el libro.

El libro, de cuero con bisagras de hierro, era tan grande como una mesa. Los nombres y fechas que había entre sus pesadas cubiertas de madera se remontaban a hacía más de un siglo.

—Los Segundos Hijos somos una de las compañías libres más antiguas —comentó Tintas mientras pasaba las páginas—. Este es el cuarto libro. Aquí figuran el nombre y otros datos de todos los que han formado nuestras filas: cuándo se alistaron, dónde lucharon, cuánto tiempo sirvieron, cómo murieron... Todo está en el libro. Verás nombres famosos, algunos de tus Siete Reinos. Aegor Ríos sirvió un año con nosotros antes de crear la Compañía Dorada. Tú lo conoces como Aceroamargo. Aerion Targaryen, el Príncipe Luminoso, también fue segundo hijo, igual que Rodrik Stark, el Lobo Errante. No, con esa tinta no. Para esto se usa otra.

Abrió otro frasco y se lo puso delante. Tyrion ladeó la cabeza.

—¿Tinta roja?

—Es una tradición de la compañía —le explicó el tesorero—. En los primeros tiempos, cada vez que se alistaba un hombre, firmaba con su sangre, pero a la larga nos dimos cuenta de que la sangre, como tinta, no vale una mierda.

—A los Lannister nos encantan las tradiciones. Déjame ese cuchillo.

Tintas levantó una ceja, se encogió de hombros, desenvainó el puñal y se lo tendió por el puño.

« Por cierto, Mediomaestre, muchas gracias, pero todavía me duele —pensó Tyrion al tiempo que se pinchaba la yema del pulgar. Se apretó la herida para que una gruesa gota cayera en el tintero, cambió el puñal por una pluma limpia y escribió: "Tyrion de la casa Lannister, señor de Roca Casterly" con letra grande, decidida, justo debajo de la firma mucho más modesta de Jorah Mormont—. Y ya está».

—¿Qué más queréis que haga? —El enano se balanceó en el taburete—. ¿Tengo que recitar un juramento? ¿Tengo que matar a un bebé? ¿Tengo que chuparle la polla al capitán?

—Por mí, chupa lo que quieras. —Tintas dio la vuelta al libro y espolvoreó la página con arena fina—. A casi todos los demás nos basta con la firma, pero oye, no queremos coartar a nuestro nuevo hermano de armas. Bienvenido a los Segundos Hijos, lord Tyrion.

«Lord Tyrion». La verdad era que sonaba bien. Los Segundos Hijos no tenían la deslumbrante reputación de la Compañía Dorada, pero a lo largo de los siglos habían conseguido un puñado de victorias famosas.

—¿Han servido otros señores en la compañía?

—Señores sin tierras —dijo Ben el Moreno—. Igual que tú, Gromo.

Tyrion se bajó del taburete de un salto.

—Acabé muy descontento con mi hermano anterior, así que espero más de los nuevos. ¿Cómo hago para que me den armas y armadura?

—¿También quieres una cerda para montar? —preguntó Kasporio.

—Ah, no sabía que tu mujer estuviera en la compañía —replicó Tyrion—. Te agradezco el ofrecimiento, pero prefiero un caballo.

El jaque se puso rojo, pero Tintas soltó una sonora carcajada, y hasta Ben el Moreno dejó escapar una risita.

—Que lo lleven a los carromatos, Tintas. Que elija lo que quiera del acero de la compañía. Y que vaya también la chica; debería ponerse un yelmo, una cota de malla, algo para que la tomen por un muchacho.

—Sígueme, lord Tyrion. —Tintas le abrió la cortina de la tienda—. Le diré a Snatch que te lleve a los carromatos. Ve a buscar a tu mujer y reuníos con él en la cocina.

—No es mi mujer. ¿Por qué no te la quedas tú? Últimamente no hace más que dormir y lanzarme miradas torvas.

—Deberías pegarle más fuerte y follártela más —le aconsejó el tesorero—. Tráela o no la traigas; a mí no me importa, y a Snatch, menos. Cuando tengas la armadura, ven a verme y te explicaré cómo llevamos los libros de cuentas.

—A tus órdenes.

Tyrion volvió a su tienda, donde Penny dormía en un rincón, acurrucada en un delgado lecho de paja y cubierta con unas mantas sucias. La tocó con la puntera de la bota y la chica dio media vuelta, lo miró entre parpadeos y bostezó.

—¿Hugor? ¿Qué pasa?

—Vaya, al parecer vuelves a tener lengua. —Aquellos eran mejor que el hosco silencio habitual. «Y todo por un perro y una cerda que tuvimos que abandonar. La salvé de la esclavitud; ya podría darme las gracias»—. Como sigas durmiendo, te vas a perder la guerra.

—Estoy triste. —Volvió a bostezar—. Y cansada, muy cansada.

«¿Cansada o enferma?». Se arrodilló junto a ella.

—Estás pálida. —Le tocó la frente.

«¿Aquí dentro hace calor, o tiene un poco de fiebre? —No se atrevió a formular la pregunta en voz alta. Hasta los hombres curtidos como los segundos hijos sentían pánico ante la idea de montar en la yegua clara. Si se les pasaba por la cabeza la posibilidad de que Penny estuviera enferma, la echarían sin pensárselo dos veces—. Hasta puede que nos devolvieran a los herederos de

Yezzan, con notas o sin ellas».

—He firmado en su libro, y a la antigua usanza, con sangre. Ahora soy un segundo hijo.

—¿Y yo? —Penny se incorporó y se frotó los ojos somnolientos—. ¿También puedo firmar?

—Me parece que no. Hay compañías libres que aceptan mujeres, pero... Bueno, no parece que tengan segundas hijas.

—Tengamos —corrigió Penny—. Si eres uno de ellos, debes decir *tengamos*, no *tengan*. ¿Alguien ha visto a Cerdita Bonita? Tintas dijo que preguntaría por ella. ¿Y Crujo? ¿Se sabe algo de Crujo?

« Solo si te crees lo que dice Kasporio». El segundo al mando de Plumm, que no destacaba por su astucia, aseguraba que tres yunkios cazadores de esclavos recorrían los campamentos preguntando por un par de enanos fugados. Por lo que decía Kaspo, uno de ellos portaba una lanza con una cabeza de perro clavada en la punta. Pero con eso no iba a conseguir que Penny saliera de la cama.

—Aún no se sabe nada —mintió—. Vamos, tenemos que buscarte una armadura.

—¿Una armadura? —La chica lo miró con desconfianza—. ¿Por qué?

—Por una cosa que me dijo mi viejo maestro de armas: « No vayas desnudo a la batalla, chico». Siempre le he hecho caso. Ahora que he decidido convertirme en mercenario y vender mi espada al mejor postor, más me vale tener esa espada. —Ni aun así consiguió que se moviera. La agarró por la muñeca, la obligó a ponerse en pie y le tiró la ropa a la cara—. Vístete. Cúbrete con la capucha y agacha la cabeza. Tenemos que parecer un par de niños, por si vienen a buscarnos los cazadores de esclavos.

Cuando los enanos llegaron, Snatch estaba en la carpa que servía de cocina mascando hojamarga, con la capucha calada.

—Me han dicho que vais a luchar en nuestro bando —comentó el sargento—. Seguro que en Meereen se cagan de miedo. ¿Alguno de los dos ha matado alguna vez a alguien?

—Yo —respondió Tyrion—. Caen como moscas.

—¿Con qué los matas?

—Con un hacha, un puñal, una observación certera... Pero soy más mortífero con la ballesta.

Snatch se rascó la barbillla con la punta del garfio.

—Mala cosa, las ballestas. ¿A cuántos hombres has matado con eso?

—A nueve. —Su padre valía por nueve como mínimo. Señor de Roca Casterly, Guardián del Oeste, Escudo de Lannisport, mano del rey, esposo, hermano, padre, padre, padre...

—Nueve —bufó Snatch, y escupió un salivazo de flema rojiza. Tal vez apuntara a los pies de Tyrion, pero le dio en la rodilla. Obviamente, eso era lo que

pensaba de sus nueve. Se llevó a la boca dos dedos rojos de hojamarga y silbó—. ¡Kem! ¡Ven aquí, imbécil! —Kem acudió a toda prisa—. Lleva a lord y lady Gromo a los carromatos, y que Martillo les ponga un poco de acero de la compañía.

—Martillo debe de estar durmiendo la mona —le advirtió Kem.

—Pues méále en la cara y seguro que se despierta. —Snatch se volvió hacia Tyrion y Penny—. Aquí nunca hemos tenido ni a un puto enano, pero sí muchos chavales; eso no falta nunca. Los hijos de tal o cual puta, crios que se escapan de casa para correr aventuras, mocosos que ponen el culo, escuderos... Puede que algunas de sus mierdas valgan para los enanos. Son las mierdas que llevaban cuando murieron, pero seguro que, a un par de cabrones tan valientes como vosotros, eso os da igual. Nueve, ¿geh? —Sacudió la cabeza y se alejó a zancadas.

Las armaduras de la compañía se guardaban en seis carromatos grandes, cerca del centro del campamento. Kem los llevó hasta ellos, dando vueltas a la lanza como si fuera un bastón.

—¿Cómo ha acabado en una compañía libre un chico de Desembarco del Rey? —le preguntó Tyrion.

El muchacho lo miró de reojo con desconfianza.

—¿Quién te ha dicho que soy de Desembarco?

—Nadie. —«Cada palabra que dices apesta al Lecho de Pulgas»—. Te ha traicionado el ingenio; se dice que no hay nadie más astuto que un desembarqueño.

—¿Quién lo dice? —se sobresaltó.

—Todo el mundo —«Yo».

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. —«Desde que me lo he inventado hace solo un momento»—. Mi padre no paraba de repetirlo. —Llegaste a conocer a lord Tywin?

—A la mano? Lo vi una vez, subiendo a caballo por la colina. Sus hombres llevaban capa roja y un leoncito en el yelmo. Eran unos yelmos estupendos. —Apretó los labios—. Pero nunca me gustó. Saquéó la ciudad y luego nos aplastó en el Aguasnegras.

—¿Estuviste en aquella batalla?

—Con Stannis. Lord Tywin se presentó con el fantasma de Renly y nos atacó por el flanco. Yo solté la lanza y salí corriendo, pero luego, en los barcos, va un puto caballero y me suelta: «¿Dónde está tu lanza, chico? Aquí no queremos cobardes». Y se largaron y me dejaron plantado, como a varios millares de hombres. Luego me enteré de que tu padre los mandaba al Muro, a luchar contra Stannis, de modo que crucé el mar Angosto y me alisté en los Segundos Hijos.

—Echas de menos Desembarco del Rey?

—Un poco. Echo de menos a un chico; éramos... amigos. Y a mi hermano

Kennet, pero murió en el puente de barcos.

—Demasiados hombres buenos murieron aquel día. —A Tyrion le picaba la cicatriz de manera insoporable, y se la hurgó con una uña.

—También echo de menos la comida —añadió Kem, pensativo.

—¿La que preparaba tu madre?

—La de mi madre no se la comían ni las ratas. Pero había un tenderete de calderos donde preparaban un guiso gordo increíble, tan espeso que la cuchara se tenía en pie, con trozos de muchas cosas. ¿Probaste el guiso gordo, Mediohombre?

—Un par de veces. Yo lo llamo guiso del cantor.

—¿Por qué?

—Porque está tan bueno que me da ganas de cantar.

—Guiso del cantor. —A Kem le gustó la explicación—. Cuando vuelva al Lecho de Pulgas, lo pediré. ¿Tú qué echas de menos, Mediohombre?

« A Jaime —pensó Tyrion—. A Shae. A mi esposa, echo de menos a mi esposa, a la esposa que casi no llegué a conocer» .

—El vino, las putas y el dinero —respondió—. Sobre todo el dinero, porque con dinero se compran vino y putas. —« También se compran espadas, y Kems que las esgriman» .

—¿Es verdad que los orinales de Roca Casterly son de oro macizo? —le preguntó el chico.

—No te creas todo lo que oyes, y menos si es sobre la casa Lannister.

—Se dice que todos los Lannister son serpientes venenosas.

—¿Serpientes? —Tyrion se echó a reír—. ¿Oyes eso? Es mi señor padre, silbando de rabia en su tumba. Somos leones, o al menos eso decimos siempre. Pero tampoco importa, Kem. Si le pisas la cola a un león o a una serpiente, acabas igual de muerto.

Ya habían llegado a lo que hacía las veces de armería. El herrero, el famoso Martillo, era una mole de aspecto bestial con el brazo izquierdo el doble de grueso que el derecho.

—Se pasa más tiempo borracho que sobrio —comentó Kem—. Ben el Moreno se lo deja pasar, pero algún día conseguiremos un herrero de verdad.

El aprendiz de Martillo era un joven enjuto y pelirrojo llamado Clavo.

« Claro, ¿cómo si no?», pensó Tyrion.

Tal como había profetizado Kem, Martillo estaba durmiendo la borrachera cuando llegaron a la forja, pero Clavo no puso ningún reparo a que los dos enanos rebuscaran en los carromatos.

—La mayor parte es chatarra —aviso—, pero si encontráis algo que os valga, quedaoslo.

Bajo las cubiertas de madera combada y cuero tirante, los carromatos estaban cargados de viejas armas y armaduras. Tyrion miró a su alrededor y no

pudo contener un suspiro de nostalgia al recordar las deslumbrantes hileras de espadas, lanzas y alabardas de la armería de los Lannister, en las entrañas de Roca Casterly.

—Tenemos para rato —comentó.

—Ahí dentro hay buen acero, si eres capaz de encontrarlo —gruñó una voz ronca—. No queda bonito, pero sirve para parar una espada.

Un caballero corpulento saltó de un carromato, cubierto de los pies a la cabeza de acero de la compañía. La canillera izquierda era distinta de la derecha y el gorjal estaba oxidado, mientras que los avambrazos eran lujosos y ornamentados, con flores nieladas. En la mano derecha llevaba un guantelete de escamas de acero, y en la izquierda, un mitón de malla oxidada. Los pezones de la coraza musculada estaban atravesados por anillas de hierro, y uno de los dos cuernos de carnero que remataban el yelmo estaba roto.

Se lo quitó para revelar el maltratado rostro de Jorah Mormont.

« Parece un mercenario de los pies a la cabeza; no es ni de lejos el hombre destrozado que sacamos de la jaula de Yezzan», pensó Tyrion. Las magulladuras del rostro casi habían desaparecido, así como la hinchazón, con lo que volvía a parecer humano, aunque no acababa de parecerse a sí mismo. La máscara de demonio que le habían marcado a fuego en la mejilla derecha para identificarlo como esclavo peligroso y díscolo no desaparecería jamás. Nunca había sido atractivo, pero aquella marca lo convertía en un ser aterrador.

—Con estar más guapo que tú ya me conformo —respondió Tyrion con una sonrisa, y se volvió hacia Penny—. Empieza con ese carromato; yo me encargo de este.

—Acabaremos antes si buscamos juntos. —Cogió un yelmo de hierro oxidado, soltó una risita y se lo puso—. ¿Parezco peligrosa?

« Pareces una titiritera con un orinal en la cabeza».

—Necesitas un yelmo completo. —Cogió uno y se lo puso a la enana.

—Me queda grande. —La voz de Penny resonó en las paredes de acero—. Y no veo nada. —Se lo quitó y lo tiró a un lado—. ¿Qué tenía de malo el otro?

—Que te dejaba toda la cara al descubierto. —Tyrion le pellizcó la nariz—. Me gusta esa naricita y quiero que la conserves por mucho tiempo.

—¿Te gusta mi nariz? —preguntó Penny abriendo mucho los ojos.

« Ay, dioses, los Siete me protejan». Tyrion se volvió y se puso a hurgar en los montones de piezas de armadura del fondo del carromato.

—¿Te gusta alguna otra parte de mí? —insistió Penny.

Tal vez pretendiera parecer juguetona, pero sonó patética.

—Me gustan todas tus partes —replicó él con la esperanza de zanjar el tema—, y las mías me gustan más aún.

—¿Para qué necesitamos armaduras? No somos más que titiriteros; solo hacemos como que luchamos. Fingimos.

—Tú lo haces muy bien. —Examinó una pesada cota de malla tan llena de agujeros que parecía apolillada. «Pero las polillas no comen acero» —. Fingirse muerto es una manera de sobrevivir en la batalla. Hay otra manera, y es llevar una buena armadura. —«Aunque aquí de eso hay poco» . En el Forca Verde había usado trozos dispares de armadura sacados de los carromatos de lord Lefford, con un yelmo cilíndrico que parecía un cubo. El acero de aquella compañía tenía un aspecto mucho peor. No solo era viejo y dispar, sino que también estaba mellado, agrietado y abollado.

—¿Esto es óxido o sangre seca? —Lo olió, pero ni así habría sabido decirlo.

—Mira, una ballesta —señaló Penny.

Tyrion le echó un vistazo.

—No me vale, es de estribo. Tengo las piernas muy cortas. Una ballesta con cranequín me iría mejor.

Pero lo cierto era que no quería usar ballesta; se tardaba demasiado en recargarla. Aunque se apostara en una letrina y esperase a que un enemigo fuera a cagar, lo más probable era que solo consiguiera disparar una vez.

Cogió una maza, pero volvió a dejarla porque pesaba demasiado. Dejó de lado un martillo de guerra demasiado largo, una clava con púas, también muy pesada, y una docena de espadas largas, antes de dar con una daga que le gustó, un buen trozo de acero de hoja triangular.

—Esta está bien —dijo. Tenía un poco de óxido, pero eso la hacía más peligrosa. Dio con una vaina de madera y cuero, y la metió dentro.

—¿Una espada pequeña para un hombre pequeño? —bromeó Penny.

—Es una daga, y la hicieron para un hombre grande. —Tyrion le señaló una vieja espada larga—. Eso es una espada. Prueba a levantarla.

Penny la tomó, la blandió y frunció el ceño.

—Pesa demasiado.

—El acero pesa más que la madera, pero si le cortas el cuello a alguien con eso, no resultará que su cabeza era un melón. —Le cogió la espada y la examinó detenidamente—. Acero barato. Y mellado. Mira, aquí, ¿ves? Retiro lo dicho, para cortar cabezas hace falta una hoja mejor.

—Es que no quiero cortar cabezas.

—Ni tienes por qué. Lanza tajos por debajo de la rodilla: a la pantorrilla, a la corva, al tobillo... Cuando se les cortan los pies, hasta los gigantes caen, y cuando están en el suelo dejan de ser más altos que tú.

Penny parecía a punto de echarse a llorar.

—Anoche soñé que mi hermano seguía vivo. Estábamos justando ante un gran señor, con Crujo y Cerdita Bonita, y todos nos tiraban rosas. Éramos tan felices que...

Tyrion la abofeteó.

Fue un cachetito, un simple movimiento de muñeca, sin fuerza, y ni siquiera dejó marca, pero a la chica se le anegaron los ojos.

—Si quieres soñar, vuelve a dormirte —le dijo—. Pero cuando te despiertes seguiremos siendo esclavos fugados en mitad de un asedio. Crujo está muerto, y seguro que la cerda también. Ahora, empieza a buscar trozos de armadura y póngelos, y si te queda mal, me da lo mismo. Se ha acabado la función. Ahora tienes que luchar, esconderte o cagarte encima, lo que prefieras, pero con una armadura puesta.

Penny se rozó la mejilla, donde la había abofeteado.

—No tendríamos que haber escapado. No somos mercenarios, no sabemos luchar. Con Yezzan no estábamos tan mal. Nada de eso. Aya era cruel a veces, pero Yezzan no. Éramos sus favoritos, sus..., sus...

—Sus esclavos. La palabra que buscas es *esclavos*.

—Vale, esclavos. —La enana se sonrojó—. Pero éramos sus esclavos especiales, igual que Golosinas. Éramos sus tesoros.

« Sus juguetes —pensó Tyrion—, y nos quería tanto que nos mandó a la arena para que nos devoraran los leones» .

Pero a Penny no le faltaba razón. Los esclavos de Yezzan comían mejor que muchos campesinos de los Siete Reinos, y serían menos propensos a morir de hambre en invierno. Los esclavos eran propiedades, sí. Se los podía comprar, vender, azotar y marcar; sus dueños podían utilizarlos para su placer y cruzarlos para conseguir más esclavos. En ese sentido eran como perros o caballos. Pero casi todos los señores trataban bien a sus perros y a sus caballos. Un hombre orgulloso podía gritar que prefería morir libre antes que vivir como esclavo, pero el orgullo era barato; a la hora de la verdad, los hombres capaces de mantener su palabra escaseaban más que los dientes de dragón. De lo contrario, el mundo no estaría lleno de esclavos.

« Nunca ha habido un esclavo que no eligiera serlo —reflexionó el enano—. Puede que tengan que elegir entre las cadenas y la muerte, pero el caso es que tienen elección» .

Tyrian Lannister no se consideraba ninguna excepción. La lengua demasiado suelta le granjeó unos cuantos latigazos al principio, pero no había tardado en aprender a complacer a Aya y al noble Yezzan. Jorah Mormont se había resistido más tiempo, había opuesto más resistencia, pero había acabado igual que él.

« En cuanto a Penny... —Penny había estado buscando un nuevo amo desde el día en que murió su hermano Céntimo—. Quiere alguien que cuide de ella, que le diga qué hacer» . Pero habría sido demasiado cruel decírselo así.

—Los esclavos especiales de Yezzan no escaparon de la yegua clara —le explicó—. Todos han muerto. Golosinas fue el primero. —Según le había dicho Ben Plumm el Moreno, su gigantesco amo había muerto el mismo día en que se fugaron. Ni él ni Kasporio ni ningún mercenario sabía qué había sido del resto de

los esclavos de la colección de Yezzan, pero si Penny necesitaba mentiras para despertar, mentiras le daría—. Siquieres volver a ser esclava, te buscaré un buen amo en cuanto acabe la guerra, y te venderé por una buena cantidad de oro, suficiente para volver a casa —le prometió—. Seguro que algún yunkio amable te regala otra argolla dorada con campanitas que suenen a cada paso. Pero antes tendrás que sobrevivir a lo que se avecina. Nadie compra cómicas muertas.

—Ni enanos muertos —intervino Jorah Mormont—. Lo más probable es que, de aquí a que termine esto, todos seamos pasto de los gusanos. Los yunkios ya han perdido esta guerra, aunque puede que aún tarden cierto tiempo en enterarse. Meereen tiene un ejército de immaculados, la mejor infantería del mundo. Y Meereen tiene dragones, tres, o los tendrá en cuanto vuelva la reina. Y volverá, tiene que volver. En nuestro bando hay tres docenas de señores menores yunkios, cada uno con su ejército de hombres mono mal entrenados: esclavos con zancos, esclavos encadenados... Puede que también tengan legiones de ciegos o de niños paralíticos, no lo descarto.

—Ya lo sé. Ya lo sé —replicó Tyrion—. Los Segundos Hijos están en el bando perdedor. Tienen que volver a cambiar de capa, y de inmediato. —Sonrió—. Yo me encargo de eso.

EL DERROCADOR DE REYES

Los conspiradores, una figura pálida y otra oscura, se reunieron en el silencio de la armería del segundo nivel de la Gran Pirámide, entre hileras de lanzas, haces de flechas y paredes llenas de trofeos de batallas olvidadas.

—Esta noche —informó Skahaz mo Kandaq. Bajo la capucha de su capa de retales asomaba un rostro broncineo de murciélagos chupasangre—. Mis hombres estarán en sus puestos. La contraseña es *Groleo*.

«Sí, es lo apropiado».

—Groleo. Sí, lo que le hicieron... ¿Estabais presente en la audiencia?

—Un guardia más entre cuarenta; todos deseando que aquel tabardo vacío sentado en el trono diese la orden, para poder despedazar a Barbasangre y a los demás. ¿Os parece que los yunkios habrían osado entregarle a Daenerys la cabeza de un rehén?

«No», pensó Selmy.

—Hizdahr parecía consternado.

—Pura comedia. Le devolvieron ilesos a sus parientes de Loraq, ya lo visteis. Los yunkios representaron una farsa, y el noble Hizdahr era el titiritero mayor. Yurkhaz zo Yunzak no fue nunca el problema; los demás esclavistas también habrían pisoteado con gusto al viejo idiota. Solo se trataba de darle un pretexto a Hizdahr para que matara a los dragones.

—¿Se atrevería?

—Se atrevió a matar a su reina. ¿Por qué no a sus animales de compañía? Si no intervenimos, Hizdahr fingirá dudar durante un tiempo para demostrar su renuencia y dar a los sabios amos la oportunidad de librarlo del cuervo de tormenta y el jinete de sangre; entonces actuará. Antes de que llegue la flota de Volantis, los dragones tienen que estar muertos.

«No es de extrañar». Todo encajaba, pero a Barristan Selmy seguía sin gustarle aquello.

—No lo conseguirán. —Su reina era la Madre de Dragones; no permitiría que sus hijos sufriesen ningún daño—. A la hora del lobo. En lo más oscuro de la noche, cuando todo el mundo duerme. —Había oído por primera vez aquellas palabras a Tywin Lannister, ante la muralla del Valle Oscuro.

«Me dio un dia para ir a buscar a Aerys. Me dijo que, si al alba del dia siguiente no había regresado con el rey, tomaría la ciudad a fuego y acero. Era la hora del lobo cuando entré, y la hora del lobo cuando salimos».

—Gusano Gris y los Inmaculados cerrarán y atrancarán las puertas cuando despunte el día.

—Lo mejor sería atacar con la primera luz —señaló Skahaz—. Salir en estampida, atravesar las líneas de asedio y aplastar a los yunkios cuando aún intenten despertarse.

—No. —Ya lo habían discutido—. Existe un armisticio, firmado y sellado por su alteza la reina. No seremos nosotros quienes lo rompamos. Cuando tengamos a Hizdahr, formaremos un consejo que gobierne en su lugar y exigiremos que los yunkios devuelvan a los rehenes y retiren los ejércitos. Si se niegan, y solo si se niegan, los informaremos de que se ha roto el tratado y les presentaremos batalla. Vuestro plan es deshonroso.

—Y el vuestro es estúpido —replicó el Cabeza Afeitada—. El momento es propicio; nuestros libertos están listos y hambrientos.

Era cierto, y Selmy lo sabía. Tanto Symon Espalda Lacerada, de los Hermanos Libres, como Mollono Yos Dob, de los Escudos Fornidos, estaban deseando entrar en combate, resueltos a demostrar su valía y lavar con una marea de sangre y unkia todas las afrentas que habían sufrido. Solo Marselen, de los Hombres de la Madre, compartía las dudas de ser Barristan.

—Ya lo hemos hablado, y accedisteis a hacerlo a mi manera.

—Eso fue antes de que trajesen la cabeza de Groleo —refunfuñó Skahaz—. Los esclavistas carecen de honor.

—Nosotros no —contestó ser Barristan.

—Como queráis —accedió el Cabeza Afeitada después de murmurar algo en ghiscario—. Pero me parece a mí que nos arrepentiremos de vuestro honor trasnochado antes de que acabe la partida. ¿Qué pasa con los guardias de Hizdahr?

—Su alteza aposta a dos hombres para que velen su sueño; uno en la puerta de su dormitorio y el otro dentro, en una alcoba contigua. Esta noche les toca a Khazz y Piel de Acero.

—Khazz —rezongó el Cabeza Afeitada—. Eso no me gusta.

—No es necesario derramar sangre —aseguró ser Barristan—. Mi intención es hablar con Hizdahr; si comprende que no deseamos matarlo, tal vez ordene a sus guardias que se rindan.

—Y si no? Hizdahr no debe escapar.

—No escapará. —Selmy no temía a Khazz, y mucho menos a Piel de Acero; no eran más que luchadores de las arenas de combate. Como guardianes, los antiguos esclavos de la temible colección de los reñidores de Hizdahr resultaban mediocres en el mejor de los casos. Eran veloces, fuertes y fieros, y poseían cierta habilidad con las armas, pero los juegos sangrientos no los preparaban para defender a un rey. En los reñidores, sus adversarios entraban anunciados por cuernos y trompetas y, tras la batalla, los vencedores podían vendarse las heridas y tomar la leche de amapola para aliviar el dolor; sabían que la amenaza ya había pasado, y que eran libres para beber y hartarse de banquetes y putas hasta el siguiente combate. Sin embargo, para un caballero de la Guardia Real, la batalla no conocía fin; las amenazas llegaban de todas partes y de ninguna, en cualquier momento del día o de la noche, y no había trompetas

que anunciasen al enemigo: vasallos, criados, amigos, hermanos, hijos y hasta esposas podían ocultar un cuchillo bajo la capa y el asesinato en el corazón. Por cada hora de lucha, un caballero de la Guardia Real pasaba otras diez mil vigilando, a la espera, oculto y silencioso entre las sombras. Los combatientes del rey Hizdahr empezaban a aburrirse e impacientarse con sus nuevas obligaciones, y los hombres aburridos eran descuidados, de reacciones lentas.

—Yo me ocuparé de Khazz —aseguró ser Barristan—. Procurad tan solo que no tenga que enfrentarme además a ninguna bestia de bronce.

—No temáis. Marghaz estará cargado de cadenas antes de que pueda causar problemas. Las Bestias de Bronce son más, ya os lo dije.

—¿De verdad tenéis hombres entre los yunkios?

—Espías y soplones. Reznak tiene más.

«Reznak no es de fiar. Su olor es demasiado agradable, y su presencia, demasiado repugnante».

—Alguien tiene que liberar a los rehenes. Si no conseguimos recuperarlos, los yunkios los usarán contra nosotros.

—Qué fácil es hablar de rescates. —Skahaz resopló por la nariz de la máscara—. Lo difícil es llevarlos a cabo. Si los esclavistas quieren amenazar, que amenacen.

—¿Y si no se limitan a eso?

—Tanto los echaríais de menos, viejo? Son un esclavo, un salvaje y un mercenario.

«Héroe, Jhogo y Daario».

Jhogo es jinete de sangre de la reina, sangre de su sangre; atravesaron juntos el desierto rojo. Héroe es el segundo al mando después de Gusano Gris. Y Daario... —«Ella ama a Daario». Lo había visto en sus ojos cuando lo miraba; lo había oído en su voz cuando hablaba de él—. Daario es vanidoso e imprudente, pero su alteza lo aprecia. Debemos rescatarlo antes de que sus Cuervos de Tormenta decidan encargarse. No es imposible; cierta vez rescaté al padre de la reina, sano y salvo, del Valle Oscuro, donde estaba cautivo de un señor rebelde, pero...

—No podéis pasar desapercibido entre los yunkios. A estas alturas, todos conocen vuestro rostro.

«Podría ocultarlo, igual que tú», pensó Selmy, aunque sabía que el Cabeza Afeitada tenía razón. Hacía una eternidad de lo del Valle Oscuro; ya estaba mayor para semejantes heroicidades.

—Entonces debemos hallar otra manera; otro rescatador; alguien que no les resulte conocido, que pase inadvertido en el campamento yunkio...

—Daario os llama «ser Abuelo» —le recordó Skahaz—. Mejor no digo cómo me llama a mí. Si vos y yo fuésemos los rehenes, ¿arriesgaría el pellejo por nosotros?

« No lo creo» .

—Tal vez

—Tal vez nos mease encima si estuviéramos quemándonos, pero no esperéis más ayuda de él. Que los Cuervos de Tormenta nombren otro capitán que sepa cuál es su lugar. Si la reina no regresa, habrá un mercenario menos en el mundo. ¿Quién lo lamentará?

—¿Y cuando regrese?

—Llorará, se mesará los cabellos y maldecirá a los yunkios, no a nosotros. No tendremos las manos manchadas de sangre. Podréis consolarla contándole alguna anécdota de tiempos pasados, de esas que le gustan. Pobre Daario, su valiente capitán. Nunca lo olvidará, no... Sin embargo, si muere, mejor para todos, ¿verdad? Incluso para Daenerys.

« Mejor para Daenerys y para Poniente. —La que amaba al capitán era la muchacha que llevaba dentro Daenerys Targaryen, no la reina. El príncipe Rhaegar amó a lady Lyanna y miles de personas murieron por ello; Daemon Fuegoscuro amó a la primera Daenerys y se alzó en rebelión cuando se la negaron; Aceroamargo y Cuello de Sangre amaron a Shiera Estrellademar, y los Siete Reinos sangraron; el Príncipe de las Libélulas amaba tanto a Jenny de Piedrasviejas que renunció a la corona, y Poniente pagó la dote de la novia en cadáveres. Los tres hijos del quinto Aegon se habían casado por amor, contraviniendo los deseos de su padre, y puesto que el extravagante monarca también había seguido el dictado de su corazón para elegir reina, les permitió dar rienda suelta a sus caprichos, y los que podrían haber sido amigos leales se convirtieron en enemigos acérrimos. Siguieron traiciones y tumultos, igual que la noche sigue al día, y todo culminó en Refugio Estival con hechicería, fuego y dolor—. Su amor por Daario es veneno; un veneno más lento que el de las langostas, pero al cabo, igual de mortífero» .

—También están Jhogo y Héroe —repuso ser Barristan—, ambos muy valiosos para su alteza.

—Nosotros también tenemos rehenes —le recordó Skahaz el Cabeza Afeitada—. Si los esclavistas matan a uno de los nuestros, mataremos a uno de los suyos.

De entrada, ser Barristan no entendió a quién se refería, hasta que lo comprendió de repente.

—¿Los coperos de la reina?

—Los rehenes —corrigió Skahaz mo Kandaq—. Grazhar y Qezza son de la sangre de la gracia verde. Mezzara es una Merreq; Kezmya, una Pahl; Azzak, una Ghazeen. Bhakaz es un Loraq, pariente del mismísimo Hizdahr. Todos son hijos de las pirámides, retoños de los grandes amos: Zhak, Quazzar, Uhlez, Hazkar, Dhazak, Yherizan.

—Chicas inocentes y muchachos de mirada cándida. —Ser Barristan había llegado a conocerlos a todos desde que entraran al servicio de la reina: Grazhar,

con sus sueños de gloria; la tímida Mezzara; el perezoso Miklaz; la bonita y presumida Kezmya; Qezza, con sus ojos tiernos y su voz de ángel; Dhazzar, que gustaba de bailar, y los demás—. Son niños.

—Son hijos de la arpía; la sangre se paga con sangre.

—Lo mismo dijo el yunkio que trajo la cabeza de Groleo.

—Tenía razón.

—No lo permitiré.

—¿De qué sirven los rehenes si son intocables?

—Quizá podamos ofrecer a tres niños a cambio de Daario, Héroe y Jhogo —concedió ser Barristan—. Su alteza...

—No está. A vos y a mí nos corresponde hacer lo necesario. Sabéis que tengo razón.

—El príncipe Rhaegar tenía dos hijos —señaló ser Barristan—. Rhaenys era una niña, y Aegon, un bebé. Cuando Tywin Lannister tomó Desembarco del Rey, sus hombres los mataron a los dos; presentó los cadáveres ensangrentados, envueltos en capas carmesí, como regalo para el nuevo rey.

« ¿Y qué dijo Robert al verlos? ¿Acaso sonrió? —Barristan Selmy había sufrido graves heridas en el Tridente, de modo que no tuvo que presenciar el regalo de lord Tywin, pero a veces se lo preguntaba—. Si lo hubiera visto sonreí ante los cadáveres de los hijos de Rhaegar, ningún ejército me habría impedido que lo matara» .

—No estoy dispuesto a consentir el infanticidio. Aceptadlo, o no contéis conmigo.

—Sois un viejo testarudo —dijo Skahaz con una risita—. Esos muchachos de mirada cándida crecerán y se convertirán en hijos de la arpía; matadlos ahora, o tendréis que matarlos entonces.

—A los hombres se los mata por el mal que han consumado, no por el que tal vez perpetrén algún día.

—Pues que así sea —gruñó el Cabeza Afeitada mientras inspeccionaba un hacha que había descolgado de la pared—. Ni Hizdahr ni los rehenes sufrirán daño alguno. ¿Satisfecho, ser Abuelo?

« Nada de esto me satisface» .

—Tendrá que bastarme. Recordad: a la hora del lobo.

—No lo olvidaré. —Aunque la boca de bronce del murciélagos permanecía inmóvil, ser Barristan intuía la sonrisa tras la máscara—. Kandaq lleva largo tiempo esperando esta noche.

« Eso es lo que me da miedo. —Si el rey Hizdahr era inocente, estarían cometiendo traición. Aunque ¿cómo podía ser inocente? Selmy lo había oído instar a Daenerys a probar las langostas envenenadas y gritar a sus hombres que matasen al dragón—. Si no intervenimos, Hizdahr matará a los dragones y abrirá las puertas a los enemigos de la reina. No tenemos elección» . Pero, por muchas

vueltas que le diese, el anciano caballero no veía honor en lo que hacían.

El resto del día transcurrió a paso de tortuga.

Ser Barristan sabía que el rey Hizdahr se había reunido con Reznak mo Reznak, Marghaz zo Loraq, Galazza Galare y el resto de los consejeros meereenos para decidir la mejor respuesta a las exigencias de Yunkai..., pero él ya no formaba parte del Consejo ni tenía rey al que guardar.

Dedicó la mayor parte de la mañana a recorrer la pirámide de arriba abajo para cerciorarse de que todos los centinelas estaban en sus puestos; la tarde la pasó con los huérfanos; incluso blandió personalmente la espada y el escudo para que los chicos mayores tuvieran un rival de nivel. Algunos se habían entrenado para combatir en los reñideros, hasta que Daenerys Targaryen conquistó Meereen y los liberó de las cadenas; ya estaban bien acostumbrados a la espada, la lanza y el hacha antes de que ser Barristan se hiciese cargo de ellos. Unos cuantos bien podían estar preparados. «El primero, el chico de las islas del Basilisco. Tumco Lho. —Negro como tinta de maestre, rápido y fuerte, poseedor de un don innato para la espada; el mejor que había visto desde Jaime Lannister —. Larraq también. El Azote. —Pese a que ser Barristan no aprobaba su estilo de lucha, tenía una habilidad indudable. Larraq debería trabajar durante años hasta llegar a dominar las armas caballerescas: la espada, la lanza y la maza; pero no había quien le plantase cara con el látigo y el tridente. El anciano caballero le había advertido de que el látigo le resultaría inútil contra un adversario con armadura... hasta que lo vio emplearlo: Larraq lo enroscaba en torno a las piernas de sus contrincantes y los derribaba de un tirón—. Aún no es muy caballeresco, pero sí es un luchador fiero».

Larraq y Tumco eran los mejores. Despues iba el Ihazareeno al que los chicos llamaban el Cordero Rojo, aunque por el momento solo contaba con fiereza; le faltaba técnica. Quizá también los hermanos, tres ghiscarios de baja cuna a los que su padre había esclavizado para pagar sus deudas. Con ellos ya eran seis.

«Seis de veintisiete. —Aunque Selmy habría preferido tener más, no era mal comienzo. Casi todos los demás eran menores y estaban más familiarizados con los telares, los arados y los orinales que con la espada y el escudo, pero trabajaban con ahínco y aprendían deprisa. Unos pocos años como escuderos, y tal vez contase con otros seis caballeros que ofrecer a su reina. En cuanto a los que nunca llegarían a un nivel aceptable... Bueno, no todos los muchachos estaban destinados a ser caballeros—. El reino también necesita cereros, posaderos y armeros». Aquello se aplicaba tanto a Meereen como a Poniente.

Mientras observaba la instrucción, ser Barristan sopesó la posibilidad de armar caballeros a Tumco y a Larraq en aquel preciso momento, y quizás también al Cordero Rojo. Solo un caballero podía investir a otro, y si se torcían los planes de aquella noche, podía amanecer muerto o encerrado en una

mazmorra, y ¿quién armaría a sus escuderos? Por otro lado, la reputación de un caballero joven derivaba, al menos en parte, del honor del hombre que le hubiese conferido ese título. Los chicos no ganarían nada si obtenían las espuelas de un traidor, y hasta era posible que acabasen haciéndole compañía en la celda.

«Merecen algo mejor —decidió ser Barristan—. Más vale una vida larga como escudero que una vida corta como caballero mancillado».

Cuando la tarde daba ya paso a la noche, les pidió que depusieran los escudos y las espadas y se acercasen, y les habló de lo que significaba ser caballero.

—Es el código de caballería, no la espada, lo que hace a un caballero —explicó—. Sin honor, en nada se distingue de un vulgar asesino. Más vale morir con honor que vivir sin él. —Le pareció que los chicos lo miraban con extrañeza, pero algún día lo entenderían.

Más tarde, en la cúspide de la pirámide, ser Barristan encontró a Missandei entre pilas de libros y pergaminos, entregada a la lectura.

—Quédate aquí esta noche, niña. Pase lo que pase, no importa lo que veas u oigas, no abandones los aposentos de la reina.

—Una os oye —repuso la muchacha—. Si pudiera preguntar...

—Mejor que no. —Ser Barristan se dirigió, a solas, a la terraza ajardinada.

«No estoy hecho para esto —reflexionó al contemplar la ciudad que se extendía a sus pies. Una por una, las pirámides despertaban; antorchas y faroles cobraban vida y parpadeaban al tiempo que las sombras se congregaban abajo, en las calles—. Conspiraciones, ardides, susurros y mentiras; un secreto dentro de otro, y de algún modo he pasado a formar parte de eso. —A esas alturas ya debería haberse acostumbrado. La Fortaleza Roja también tenía sus secretos—. Incluso Rhaegar. —El príncipe de Rocadragón nunca había confiado en él del mismo modo que en Arthur Dayne, como quedó demostrado en Harrenhal—. El año de la falsa primavera».

El recuerdo seguía evocándole un regusto amargo. El viejo lord Whent había anunciado el torneo poco después de una visita de su hermano ser Oswell Whent, de la Guardia Real. Con Varys susurrándole al oído, el rey Aerys se convenció de que su hijo conspiraba para destronarlo y el torneo de Harrenhal no era sino una estratagema, un pretexto para que Rhaegar pudiese reunirse con todos los grandes señores que acudieran. Aerys, que no había puesto un pie fuera de la Fortaleza Roja desde los sucesos del Valle Oscuro, anunció inesperadamente que acompañaría al príncipe Rhaegar a Harrenhal. A partir de entonces, todo marchó mal.

«Si hubiera sido mejor caballero... Si hubiese desmontado al príncipe en la última lid, igual que desmonté a tantos otros, me habría correspondido a mí nombrar a la reina del amor y la belleza...».

Rhaegar había elegido a Lyanna Stark de Invernia. Barristan Selmy habría hecho una elección diferente. No la reina, que no se hallaba presente, ni Elia de

Dorne, aunque era buena y amable, y aunque habría evitado mucha guerra y congoja. Habría elegido a una joven doncella recién llegada a la corte hacia poco, una dama de compañía de Elia... Comparada con Ashara Dayne, la princesa dorniense parecía una criada de las cocinas.

Incluso después de tantos años, ser Barristan seguía recordando la sonrisa de Ashara, el sonido de su risa. Solo tenía que cerrar los ojos para verla: el largo pelo moreno que le caía por los hombros, aquellos ojos violeta tan cautivadores... Daenerys tenía los mismos ojos. A veces, cuando la reina lo miraba, sentía que estaba ante la hija de Ashara...

Sin embargo, la hija de Ashara nació muerta, y su hermosa dama se arrojó desde una torre poco después, loca de dolor por la hija que había perdido y, tal vez, también por el hombre que la había deshonrado en Harrenhal. Murió sin saber que ser Barristan la amaba.

« ¿Cómo iba a saberlo? —Era un caballero de la Guardia Real que había hecho voto de celibato; hablarle de sus sentimientos no habría traído nada bueno —. Tampoco el silencio tuvo mejores consecuencias. Si hubiese desmontado a Rhaegar y coronado a Ashara reina del amor y la belleza, ¿se habría fijado en mí y no en Stark?». Nunca lo sabría, pero de todos sus fracasos, ninguno lo obsesionaba tanto como aquel.

El cielo estaba encapotado, y el aire, cargado, bochornoso y opresivo, pero transportaba algo que le daba escalofríos.

« Lluvia —pensó—. Se acerca una tormenta. Si no esta noche, mañana. —Ser Barristan se preguntó si viviría para verla—. Si Hizdahr tiene su propia Araña, ya puedo darme por muerto». Si llegaba el caso, tenía intención de morir como había vivido, con la espada larga en la mano.

Cuando las últimas luces desaparecieron por occidente, más allá de las velas de los barcos que navegaban por la bahía de los Esclavos, ser Barristan regresó al interior, llamó a unos criados y les pidió que le calentasen agua para el baño. El entrenamiento con los escuderos en plena tarde lo había dejado sucio y sudoroso.

Cuando llegó el agua, solo estaba templada, pero Selmy se demoró en el baño hasta después de que se hubiera enfriado, restregándose la piel hasta quedarse en carne viva. Tan limpio como podía estar, se incorporó, se secó y se vistió con sus prendas blancas: medias, ropa interior, túnica de seda y jubón acolchado, todo recién lavado y blanqueado. Se puso encima la indumentaria de caballero que le había regalado la reina como muestra de aprecio. La cota era de malla dorada, delicadamente labrada, con anillas tan finas y flexibles como el cuero de calidad; la armadura esmaltada, dura como el hielo y resplandeciente como la nieve recién caída. Se colgó el puñal a un lado y la espada larga al otro, en un cinto de cuero blanco con hebilla de oro. Por último se ciñó la larga capa blanca en torno a los hombros. El yelmo lo dejó en el gancho; la estrecha rendija de los ojos le limitaba el campo de visión, y necesitaba ver lo que se avecinaba. De noche, los

pasillos de la pirámide estaban a oscuras, y los enemigos podían llegar de cualquier lado. Además, pese a que las ornamentadas alas de dragón que lo adornaban ofrecían un espléndido aspecto, brindaban un blanco fácil para espadas y hachas; las reservaría para el torneo siguiente, si los Siete tenían a bien concedérselo.

Armado y protegido, el anciano caballero esperó sentado en la penumbra de su pequeña cámara, contigua a los aposentos de la reina. En la oscuridad, ante su rostro desfilaron los semblantes de todos los reyes a los que había servido y fallado, y los de todos los hermanos que habían servido a su lado en la Guardia Real. Se preguntó cuántos habrían hecho lo que él se disponía a acometer.

«Algunos, sin duda; pero no todos. Muchos no habrían dudado en ajusticiar al Cabeza Afeitada por traidor. —Se puso a llover. Ser Barristan permaneció sentado en la sombra, escuchando—. Suena como las lágrimas. Suena como si llorasen los reyes muertos».

Había llegado la hora.

La Gran Pirámide de Meereen se había construido a imagen de la Gran Pirámide de Ghis, cuyas ruinas colosales había visitado Lomas Pasolargo. Al igual que su vetusta predecesora, cuyas salas de mármol rojo se habían convertido en guarida de arañas y murciélagos, la pirámide de Meereen tenía treinta y tres niveles, un número consagrado por algún motivo a los dioses de Ghis. Ser Barristan emprendió el largo descenso en solitario, con la capa blanca ondeando tras él. No usó la grandiosa escalinata de mármol veteado, sino la escalera de servicio estrecha, empinada y recta que ocultaban en su interior los gruesos muros de ladrillo.

Doce niveles más abajo lo esperaba el Cabeza Afeitada, con las toscas facciones todavía ocultas tras la máscara de murciélagos chupasangre que llevaba por la mañana. Lo acompañaban seis bestias de bronce, todos con máscaras de insecto idénticas.

«Langostas», observó Selmy.

—Groleo —dijo.

—Groleo —respondió una langosta.

—Tengo más langostas, si hacen falta —ofreció Skahaz.

—Con seis bastará. ¿Qué pasa con los hombres de las puertas?

—Son de los míos; no os darán ningún problema.

—No derraméis sangre a menos que sea necesario. —Ser Barristan aferró el brazo del Cabeza Afeitada—. Mañana convocaremos un consejo y explicaremos a la ciudad qué hemos hecho y por qué.

—Como digáis. Que la suerte os acompañe, viejo.

Se fueron por caminos separados. Las bestias de bronce siguieron a ser Barristan escaleras abajo.

Los aposentos del rey estaban enterrados en el mismísimo corazón de la

pirámide, en los niveles decimosexto y decimoséptimo. Cuando Selmy llegó a su altura, encontró las puertas cerradas con cadenas, y a dos bestias de bronce de guardia. Bajo las capuchas de retales, una era una rata, y la otra, un toro.

—Groleo —dijo ser Barristan.

—Groleo —respondió el toro—. La tercera sala por la derecha. —La rata soltó la cadena, y ser Barristan y su escolta cruzaron la puerta, que daba a un estrecho pasillo de servicio de ladrillos rojos y negros, iluminado con antorchas. Sus pasos despertaron ecos mientras atravesaban dos salas y llegaban a la tercera, a la derecha.

Frente a las puertas de madera noble tallada que daban a las estancias del rey aguardaba Piel de Acero, un luchador joven de los reñideros que aún no había alcanzado la categoría superior. Tenía la frente y las mejillas surcadas de intrincados tatuajes en verde y negro, antiguos símbolos de hechicería valyria que supuestamente conferirían a su carne y a su piel la dureza del metal. Marcas similares le cubrían el pecho y los brazos, aunque estaba por ver si detendrían una espada o un hacha. Incluso sin los tatuajes, Piel de Acero habría tenido un aspecto imponente: un joven esbelto y nervudo que le sacaba casi un palmo a ser Barristan.

—¿Quién vive? —dijo, y blandió el hacha larga a los lados para impedirles el paso. Cuando vio a ser Barristan seguido por las langostas de bronce, la bajó—. El viejo.

—Necesito hablar con el rey, con su venia.

—¿A esta hora tan tardía?

—Es tarde, pero apremia la necesidad.

—Le preguntaré. —Piel de Acero llamó a la puerta del dormitorio real con el asta del hacha. Se abrió una mirilla y apareció un ojo infantil; una voz de niño habló desde el otro lado, y Piel de Acero respondió; ser Barristan oyó el sonido que hacían al retirar una barra pesada, y se abrió la puerta.

—Solo vos —ordenó Piel de Acero—. Las bestias aguardarán aquí.

—Como digáis. —Ser Barristan hizo un gesto de asentimiento y una langosta se lo devolvió. Selmy cruzó la puerta, solo.

Oscuras y sin ventanas, rodeadas por todos lados de muros de ladrillo de tres varas de grosor, las estancias donde se había instalado el rey eran amplias y lujosas. Los altos techos descansaban sobre grandes vigas de roble negro, y el suelo estaba cubierto de alfombras de seda de Qarth. En las paredes, antiguos tapices muy descoloridos, de valor incalculable, mostraban la gloria del Antiguo Imperio de Ghis. El más grande representaba a los últimos supervivientes de un ejército valyrio derrotado, sometidos al yugo y encadenados. Dos amantes tallados en sándalo, pulidos y aceitados, custodiaban el arco que conducía a la alcoba real. A ser Barristan le parecieron de mal gusto, aunque sin duda pretendían resultar excitantes.

« Cuanto antes salgamos de este lugar, mejor» .

La única luz provenía de un brasero de hierro. Junto a él aguardaban Draqaz y Qezza, dos coperos de la reina.

—Miklaz ha ido a despertar al rey —anunció Qezza—. ¿Queréis que os traigamos vino?

—No, gracias.

—Podéis sentaros —ofreció Draqaz al tiempo que señalaba un banco.

—Prefiero quedarme de pie. —Oía voces a través del arco que daba al dormitorio; una era la del rey.

Pasó un buen rato antes de que el rey Hizdahr zo Loraq, decimocuarto de su noble nombre, apareciese bostezando y anudándose el fajín que cerraba la túnica de satén verde, lujosamente adornada con perlas e hilo de plata. No llevaba nada debajo; buena señal: los hombres desnudos se sentían indefensos y menos inclinados a actos de heroísmo suicida.

Ser Barristan vislumbró a una mujer que los observaba a través del arco, detrás de una cortina de gasa. También estaba desnuda; los pliegues de seda no llegaban a ocultarle los pechos y caderas.

—Ser Barristan —Hizdahr bostezó de nuevo—, ¿qué hora es? ¿Tenemos noticias de mi dulce reina?

—Ninguna, alteza.

—Magnificencia, por favor —repuso Hizdahr con un suspiro—. Aunque, a esta hora, *somnolencia* sería más apropiado. —El rey se acercó al aparador para servirse una copa de vino, pero en la jarra solo quedaba una gota. Una sombra de contrariedad le cruzó la cara—. Miklaz, vino. Ahora mismo.

—A la orden, adoración.

—Que te acompañe Draqaz. Una jarra de dorado del Rejo y otra de ese tinto dulce; nada de vuestros meados amarillentos, gracias. Y la próxima vez que me encuentre la jarra vacía, puede que tenga que usar la vara con esas mejillas tan sonrosadas que tienes. —El chico salió corriendo, y el rey se dirigió de nuevo a Selmy—. He soñado que encontrabais a Daenerys.

—Los sueños pueden ser engañosos, alteza.

—Esplendor, por favor. ¿Qué os trae ante mí a estas horas? ¿Hay problemas en la ciudad?

—La ciudad está en calma.



SER BARRISTAN SELMY, LA MÁS DÍESTRA ESPADA

—¿Ah, sí? —Hizdahr parecía confuso—. ¿A qué habéis venido?

—A haceros una pregunta, magnificencia. ¿Sois la Arpia?

—¿Os presentáis en mi dormitorio en plena noche para preguntarme eso? ¿Estáis loco? —La copa le resbaló de entre los dedos, rebotó en la alfombra y salió rodando. Hizdahr pareció darse cuenta en ese momento de que ser Barristan llevaba cota de malla y armadura—. ¿Qué...? ¿Por qué...? ¿Cómo os atrevéis...?

—¿El veneno fue cosa vuestra, magnificencia?

—¿Las langostas? —El rey retrocedió un paso—. Fue... Fue el dorniense; Quentyn, el supuesto príncipe. Si no me creéis, preguntad a Reznak.

—¿Tenéis pruebas? ¿Las tiene Reznak?

—No: de lo contrario, los habría prendido. Debería hacerlo de todos modos; Marghaz les arrancará la confesión, estoy seguro. Esos dornienses son todos unos envenenadores; dice Reznak que adoran a las serpientes.

—Se las comen —corrigió ser Barristan—. Eran vuestro reñidero, vuestro palco y vuestros asientos. Cojines mullidos, vino dulce, higos, melones y langostas con miel: todo provenía de vos. Incitabais a su alteza a probar las langostas, pero no las tocasteis.

—Es que... Es que no me sienta bien el picante. Era mi esposa, mi reina. ¿Por qué iba a querer envenenarla?

—¿Ah, sí? —Hizdahr parecía confuso—. ¿A qué habéis venido?

—A haceros una pregunta, magnificencia. ¿Sois la Arpia?

—¿Os presentáis en mi dormitorio en plena noche para preguntarme eso? ¿Estáis loco? —La copa le resbaló de entre los dedos, rebotó en la alfombra y salió rodando. Hizdahr pareció darse cuenta en ese momento de que ser Barristan llevaba cota de malla y armadura—. ¿Qué...? ¿Por qué...? ¿Cómo os atrevéis...?

—¿El veneno fue cosa vuestra, magnificencia?

—¿Las langostas? —El rey retrocedió un paso—. Fue... Fue el dorniense; Quentyn, el supuesto príncipe. Si no me creéis, preguntad a Reznak.

—¿Tenéis pruebas? ¿Las tiene Reznak?

—No: de lo contrario, los habría prendido. Debería hacerlo de todos modos; Marghaz les arrancará la confesión, estoy seguro. Esos dornienses son todos unos envenenadores; dice Reznak que adoran a las serpientes.

—Se las comen —corrigió ser Barristan—. Eran vuestro reñidero, vuestro palco y vuestros asientos. Cojines mullidos, vino dulce, higos, melones y langostas con miel: todo provenía de vos. Incitabais a su alteza a probar las langostas, pero no las tocasteis.

—Es que... Es que no me sienta bien el picante. Era mi esposa, mi reina. ¿Por qué iba a querer envenenarla?

« «Era». La da por muerta» .

—Solo vuestra magnificencia conoce la respuesta. Tal vez desearais poner a otra en su lugar. —Señaló con la cabeza a la joven que atisaba tímidamente

desde el dormitorio—. Puede que a esa mujer.

—¿A esa? —El rey lanzó una mirada rápida a su alrededor—. No es nadie. Una esclava de cama. —Levantó las manos—. No, no quería decir eso; esclava no, liberta. Entrenada para el placer. Hasta los reyes tenemos necesidades. No os preocupéis por ella. Lo importante es que yo nunca haría daño a Daenerys. Nunca.

—Oí cómo insistíais para que probase las langostas.

—Pensé que le gustarían. —Hizdahr retrocedió otro paso—. Dulces y picantes a la vez.

—Dulces, picantes y envenenadas. En el reñidero oí con mis propios oídos como ordenabais a los hombres que matasen a Drogon. A gritos.

—Esa bestia devoró a Barsena. Los dragones se alimentan de carne humana.

—Hizdahr se humedeció los labios—. Lo habíamos visto asesinar, quemar...

—A hombres que pretendían hacer daño a vuestra reina. Hijos de la Arpia, sin duda. Vuestros amigos.

—No eran mis amigos.

—Eso decís, pero os obedecieron cuando ordenasteis que dejaran de matar. ¿Por qué os hacen caso, si no sois uno de ellos? —Hizdahr hizo un gesto de negación, pero no respondió—. Decidme la verdad —insistió ser Barristan—, ¿alguna vez la quisisteis, siquiera un poco? ¿O solo deseabais la corona?

—¿Desear? ¿Os atrevéis a hablarme de deseo? —La cólera desfiguró el rostro del rey—. Deseaba la corona, sí, pero ni la mitad de lo que ella deseaba a ese mercenario. A lo mejor fue su preciado capitán quien trató de envenenarla, por haberlo dejado de lado. Y si yo también hubiese comido las langostas, tanto mejor para él.

—Daario es un asesino, pero no un envenenador. —Ser Barristan se aproximó al rey—. ¿Sois la Arpía? —Se llevó la mano a la empuñadura de la espada—. Decidme la verdad, y os prometo una muerte rápida y limpia.

—Dais mucho por sentado —replicó Hizdahr—. Me he cansado de vuestras preguntas y de vos. Quedáis dispensado de mi servicio; abandonad Meereen de inmediato y os perdonaré la vida.

—Si no sois la Arpía, decidme su nombre. —Ser Barristan desenvainó la espada; el borde afilado reflejó la luz del brasero y se convirtió en una línea de fuego anaranjado.

—¡Khrazz! —gritó Hizdahr, y retrocedió a trompicones hacia la alcoba—. ¡Khrazz! ¡Khrazz!

Ser Barristan oyó una puerta que se abría, a su izquierda. Se volvió a tiempo para ver a Khrazz, que salía de detrás de un tapiz. Se movía lentamente, todavía aturdido por el sueño, pero llevaba en la mano su arma favorita: un *arakh dothraki*, largo y curvado. Una espada para rajar, para provocar cortes y tajos profundos a lomos de un caballo; una hoja asesina contra enemigos medio

desnudos, en el campo de batalla o las arenas de combate. Sin embargo, en aquel espacio cerrado, la longitud del *arakh* sería una desventaja, y Barristan Selmy estaba protegido con acero.

—He venido a por Hizdahr —le advirtió el caballero—. Deponed el arma y manteneos al margen, y no sufriréis ningún daño.

—Voy a comerme tu corazón, viejo —dijo Khrazz con una risotada. Los dos median lo mismo, pero Khrazz pesaba dos arrobas más y tenía cuarenta años menos. Tenía la piel pálida y los ojos mortecinos, y su pelo era una hirsuta cresta rojinegra que iba de la frente a la nuca.

—Venid, pues —invitó Barristan el Bravo. Khrazz obedeció.

«Para esto he nacido —pensó Selmy. Por primera vez en aquel día, se sentía seguro—. El baile, la melodiosa canción del acero, la espada en la mano y el enemigo ante mí».

El luchador de las arenas era rápido como el rayo, más que nadie a quien se hubiera enfrentado ser Barristan. Manejado por sus grandes manos, el *arakh* se convirtió en un borrón sibilante, una tormenta de acero que parecía atacar al anciano caballero desde tres direcciones a la vez. Casi todos los tajos iban dirigidos a la cabeza. Khrazz no era ningún idiota; sin yelmo, el punto débil de Selmy quedaba por encima del cuello.

Bloqueó las acometidas con calma, deteniendo y desviando cada tajo con la espada larga, y las hojas resonaron una y otra vez. Ser Barristan cedió terreno. Vio de reojo que los coperos observaban con los ojos tan grandes y blancos como huevos de gallina. Khrazz maldijo y convirtió un golpe alto en otro bajo, con lo que consiguió esquivar la espada del veterano caballero, solo para arañar inútilmente una canillera de acero blanco. Selmy respondió con un tajo que acertó al luchador de las arenas en el hombro, desgarró la fina camisa de dormir y mordió la carne. La túnica amarilla se fue tornando rosada, y luego, roja.

—Solo los cobardes se visten de hierro —declaró Khrazz mientras describía un círculo. En los reñideros, nadie llevaba armadura; lo que el público pedía eran sangre, muerte, desmembramientos y gritos de agonía: la música de las arenas escarlata.

—Este cobarde está a punto de mataros —respondió ser Barristan al tiempo que giraba con él. Aquel hombre no era un caballero, pero su coraje lo hacía merecedor de cierta deferencia. En sus ojos, ser Barristan leía duda, confusión y un miedo incipiente: no sabía combatir contra un hombre con armadura. El luchador de las arenas reanudó el ataque mientras profería un grito, como si el sonido pudiese acabar con un enemigo que se resistía al acero. El *arakh* golpeó bajo, luego alto, y bajo de nuevo.

Selmy bloqueó los golpes que iban dirigidos a la cabeza y dejó que la armadura se encargase del resto mientras, con la espada, le rajó la mejilla al luchador de la oreja a la boca y le trazó un corte rojo y descarnado a lo largo del

pecho. Aunque de las heridas de Khrazz manaba sangre, solo habían conseguido enfurecerlo; cogió el brasero con la mano libre y lo lanzó contra los pies de Selmy, esparciendo una lluvia de ascuas y carbón recalentado que ser Barristan esquivó de un salto. Khrazz le lanzó un golpe al brazo y acertó, pero el *arakh* solo consiguió descascarillar el esmalte endurecido antes de chocar con el acero.

—En el reñidero te habrías quedado sin brazo, viejo.

—No estamos en las arenas de combate.

—¡Quítate esa armadura!

—No es tarde para que depongáis el acero. Rendios.

—¡Muere! —escupió Khrazz. Pero cuando levantó el *arakh*, la punta se enganchó en un tapiz. Esa era la oportunidad que esperaba ser Barristan: de un tajo, le abrió el vientre al luchador y rechazó el *arakh* que había liberado de un tirón. A continuación acabó con él de una rápida estocada al corazón, mientras las entrañas se le salían del cuerpo como un nido de anguilas aceitosas.

Las alfombras de seda del rey habían quedado llenas de sangre y visceras. Selmy retrocedió un paso; la espada que llevaba en la mano estaba teñida de rojo hasta la mitad. Las alfombras comenzaban a humear aquí y allá, donde habían caído las brasas dispersas.

—No temas —dijo al oír los sollozos de la pobre Qezza—. No voy a hacerte daño, pequeña. Solo he venido a por el rey.

Limió la espada en una cortina y entró en la alcoba, donde Hizdahr zo Loraq, el decimocuarto de su noble nombre, gimoteaba escondido tras un tapiz.

—Por favor —le rogó—, no quiero morir.

—Pocos hombres lo desean, pero todos mueren. —Ser Barristan enfundó la espada y ayudó a Hizdahr a incorporarse—. Venid, os escucharé a una celda. —A aquellas alturas, las bestias de bronce ya habrían desarmado a Piel de Acero—. Os mantendremos prisionero hasta el regreso de la reina; si no hay pruebas contra vos, os doy mi palabra de caballero de que no sufriréis daño alguno. —Tomó al rey del brazo y lo sacó de la habitación. Se sentía extrañamente aturdido, como borracho.

« Fui miembro de la Guardia Real. ¿En qué me he convertido ahora? » .

Miklaz y Draqaz, que habían regresado con el vino de Hizdahr, se quedaron ante la puerta abierta, sosteniendo las jarras contra el pecho y mirando el cadáver de Khrazz con los ojos muy abiertos. Qezza seguía llorando, y Jezhene había ido a consolarla; abrazada a la pequeña, le acariciaba el pelo. Detrás de ellas, otros coperos los observaban.

—Adoración —tutubeó Miklaz—, el noble Reznak mo Reznak me pide que os diga que vayáis inmediatamente. —El chico se dirigía al rey como si ser Barristan no estuviese allí, como si no hubiese un muerto despatarrado en la alfombra y la sangre que le había dado vida no se extendiera en un charco rojo por la seda.

« Se suponía que Skahaz iba a tomar a Reznak bajo custodia hasta que estuviésemos seguros de su lealtad. ¿Algo habrá salido mal?» .

—¿Que vaya adónde? —preguntó ser Barristan al chico—. ¿Adónde quiere el senescal que vaya su alteza?

—Afuera. —Miklaz pareció verlo por primera vez—. Afuera, a la t-t-terraza. A ver... —A ver ¿qué?

—D-d-dragones. Los dragones están sueltos.

« Que los Siete nos amparen» , pensó el anciano caballero.

EL DOMADOR DE DRAGONES

La noche se arrastraba con sus pies negros. La hora del murciélagos dio paso a la de la anguila; la de la anguila, a la de los fantasmas. El príncipe, tumbado en la cama, miraba al techo, soñaba despierto, recordaba, imaginaba y daba vueltas bajo la colcha de hilo. Su mente, enfebrecida, bullía con ideas de sangre y fuego.

Al final, perdida toda esperanza de descansar, Quentyn Martell se levantó y se sirvió una copa de vino para tomársela a oscuras. El sabor le proporcionó un dulce consuelo al paladar, de modo que prendió una vela y se escanció otra copa.

«El vino me ayudará a dormir», se dijo, pero sabía que se engañaba.

Permaneció largo rato mirando la vela; luego, dejó la copa y extendió la mano sobre la llama. Tuvo que apurar hasta la última gota de su fuerza de voluntad para bajarla hasta que el fuego lamiese la carne y, cuando lo consiguió, la retiró de golpe con un grito de dolor.

—¿Te has vuelto loco, Quentyn?

«No, solo estoy asustado. No quiero arder».

—¿Gerris?

—Te he oído moverte.

—No podía dormir.

—¿Y el insomnio se cura con quemaduras? Prueba con leche caliente y una nana; o tengo una idea mejor: vamos al templo de las Gracias a buscar una chica.

—Querrás decir una puta.

—Aquí las llaman *gracias*. Las hay de muchos colores, pero las que follar son las rojas. —Gerris se sentó a la mesa frente a él—. Ya me gustaría que nuestras septas adoptasen esa costumbre. ¿Te has fijado en que de viejas se quedan arrugadas como pasas? A eso lleva la vida de castidad.

Quentyn paseó la mirada por la terraza, por las densas sombras nocturnas, entre los árboles. Se oía el susurro del agua al caer.

—¿Está lloviendo? La lluvia ahuyentará a las putas.

—No a todas. En los jardines del placer hay refugios en los que esperan por la noche hasta que llega algún hombre; las que no elige nadie tienen que quedarse hasta el amanecer, las pobres, solas y abandonadas; podríamos consolarlas.

—Di más bien que podrían consolarme.

—Bueno, eso también.

—No es el tipo de consuelo que necesito.

—¿Tú qué sabes? Daenerys Targaryen no es la única mujer del mundo. ¿Es que quieres morir virgen?

«No quiero morir de ninguna manera. Lo que quiero es volver a Palosanto, besar a tus dos hermanas, casarme con Gwyneth Yronwood, ver como florece su belleza y tener hijos con ella. Quiero participar en torneos, dedicarme a la

caza y la cetrería, ir a Norvos a visitar a mi madre, leer esos libros que me envía mi padre... Quiero que Cletus, Will y el maestre Kedry vuelvan a la vida».

—¿Crees que a Daenerys le haría gracia saber que ando acostándome con rameras?

—Pues igual sí. Por mucho que a los hombres les gusten las doncellas, las mujeres prefieren que los hombres sepan desenvolverse en la alcoba. Es como con la espada: hay que entrenarse para ser bueno.

La pulla le escoció. Quentyn nunca se había sentido tan niño como cuando se vio frente a Daenerys Targaryen, suplicando su mano; la idea de llevársela a la cama lo aterraba casi tanto como los dragones. ¿Y si no lograba satisfacerla?

—Daenerys ya tiene un amante —respondió a la defensiva—. Mi padre no me envió a entretener a la reina en la alcoba; ya sabes a qué hemos venido.

—No puedes casarte con ella; tiene esposo.

—Pero no ama a Hizdahr zo Loraq.

—¿Qué tiene que ver el amor con el matrimonio? Un príncipe debe estar por encima de eso. Tengo entendido que tu padre se casó por amor. ¿Acaso encontró la felicidad?

«Más bien no. —Doran Martell y su esposa norvoshi habían pasado la mitad de su matrimonio separados, y la otra mitad, discutiendo. Por lo visto, había sido la única decisión imponente que su padre había tomado en la vida, la única vez que había permitido a su corazón primar sobre la razón, y nunca había dejado de lamentarlo—. Se supone que eres mi amigo, Gerris. ¿Por qué te mofas de mis esperanzas? Ya tengo bastantes dudas sin que eches más leña al fuego».

—No todos los riesgos conducen al desastre —afirmó—. Es mi deber, mi destino; esta va a ser mi gran aventura.

—Las grandes aventuras están plagadas de muertes.

No le faltaba razón, a juzgar por los relatos: el héroe, con sus amigos y acompañantes, emprendía la misión y se enfrentaba al peligro para regresar triunfante, solo que varios amigos se quedaban por el camino.

«Pero el héroe no muere nunca, y ese tengo que ser yo».

—Solo necesito valor. ¿Quieres que Dorne me recuerde como un fracasado?

—Con el tiempo, Dorne nos olvidará a todos.

—Aún se acuerda de Aegon y sus hermanas. —Se lamió la quemadura de la mano—. Igual que recordará a Daenerys; los dragones no se olvidan con facilidad.

—Eso, si no está muerta.

—Sigue viva; está perdida, pero la encontraré.

«Tiene que estar viva. Y cuando la encuentre, cuando haya demostrado que soy digno de ella, me mirará igual que antes miraba a su mercenario».

—¿A lomos de un dragón?

—Llevo montando a caballo desde los seis años.

—Y también te has caído unas cuantas veces.

—Eso no me impidió nunca volver a montar.

—Quizá porque nunca tuviste una caída de quinientas varas —señaló Gerris—. Y los caballos no se caracterizan por convertir a sus jinetes en un montón de cenizas y huesos carbonizados.

« Ya sé que es peligroso» .

—No quiero seguir hablando de esto. Por mí, puedes irte; embarca y vuelve a casa. —El príncipe se levantó, apagó la vela y, a regañadientes, se metió en la cama, bajo las sábanas de lino empapadas de sudor.

« Ojalá hubiera besado a una gemela Del Manantial, o a las dos; ojalá las hubiese besado cuando aún podía. Ojalá hubiese viajado a Norvos, a ver a mi madre y el lugar donde nació; así sabría que no la he olvidado» . Fuera, la lluvia repiqueteaba contra los ladrillos.

A la hora del lobo se había desatado un temporal que se precipitaba en un torrente gélido y amenazaba con convertir en ríos las calles adoquinadas de Meereen. Envueltos en el fresco previo al amanecer, los tres dornienses tomaron un desayuno sencillo a base de pan, fruta y queso, acompañado con leche de cabra. Cuando Gerris fue a servirse una copa de vino, Quentyn lo detuvo.

—Nada de vino. Despues tendremos tiempo de sobra para beber.

—Eso espero —repuso Gerris.

—Sabía que iba a llover —se lamentó el grandullón, con voz lugubre, tras echar una ojeada a la terraza—. Anoche me dolían los huesos, y eso siempre presagia lluvia. A los dragones no les va a gustar. El agua y el fuego no se llevan bien, es un hecho; se enciende una buena hoguera, se aviva, y de pronto cae un aguacero que empapa la madera y adiós al fuego.

—Pero los dragones no son de madera —dijo Gerris con una risita.

—Algunos sí. El viejo rey Aegon, el mujeriego, construyó dragones de madera para conquistarnos; claro que eso acabó mal.

« Esto también puede acabar mal. —Al príncipe lo traían sin cuidado los desatinos y fracasos de Aegon el Indigno, pero no podía sacudirse los recelos y las dudas, y las rebuscadas chanzas de sus amigos solo conseguían provocarle dolor de cabeza—. No lo entienden. Puede que sean dornienses, pero yo soy Dorne. Dentro de muchos años, cuando haya muerto, esta será la canción que canten sobre mí» .

—Es la hora. —Quentyn se puso en pie de repente, y sus amigos lo imitaron.

—Voy a buscar los disfraces de titiritero —dijo ser Archibald tras apurar la leche y limpiarse el bigote blanco con el dorso de la manaza.

Regresó con el fardo que les había dado el Príncipe Desharrapado en su segunda reunión. Dentro, además de tres capas largas con capucha, confeccionadas con una miríada de cuadraditos de tela cosida, había tres garrotes, tres espadas cortas y tres máscaras de bronce bruñido: un toro, un león y un

mono; todo lo necesario para convertirse en bestias de bronce.

—Si os piden el santo y seña —les había advertido el Príncipe Desharrapado al entregarles el fardo—, decid «perro».

—¿Estáis seguro? —había preguntado Gerris.

—Lo suficiente para apostar la vida.

—Os referís a la mía. —El príncipe comprendió el verdadero significado de aquellas palabras.

—En efecto.

—¿Cómo averiguasteis el santo y seña?

—Nos topamos por casualidad con unas bestias de bronce y Meris se lo preguntó amablemente; pero los príncipes no deberían interesarse por esas cosas, dorniense. En Pentos tenemos un dicho: «Cómete la empanada y no le preguntes al panadero qué lleva».

«Cómete la empanada». A Quentyn le pareció acertado.

—Yo seré el toro —anunció Arch.

—Y yo el león —decidió Quentyn al tiempo que le tendía la máscara de toro.

—Así que me toca hacer el mono. —Gerris se colocó la máscara—. ¿Cómo pueden respirar con esto?

—Póntelo y calla. —El príncipe no estaba de humor para bromas.

El fardo contenía también un látigo de cuero gastado con mango de bronce y hueso que podría arrancarle el pellejo a un buey.

—¿Y esto? —quiso saber Arch.

—Daenerys empleó un látigo para intimidar a la bestia negra —explicó Quentyn, que lo enroscó y se lo colgó del cinto—. Coge también el martillo; tal vez lo necesitemos.

Entrar de noche en la Gran Pirámide de Meereen no era cosa fácil; las puertas se cerraban y atrancaban al ocaso y no se abrían hasta el alba. Había guardias apostados en todas las entradas, y otros que patrullaban la terraza inferior, desde donde alcanzaban a ver la calle; antes era misión de los Inmaculados, pero había pasado a las Bestias de Bronce, y Quentyn tenía la esperanza de que eso los beneficiara.

El cambio de guardia tenía lugar cuando despuntaba el sol; un rato antes, los tres dornienses bajaron por la escalera de servicio. A su alrededor, las paredes eran de ladrillos de medio centenar de colores, pero las sombras los tornaban grises hasta que los alcanzaba la luz de la antorcha de Gerris. No se toparon con nadie durante el largo descenso; solo se oía el roce de las botas contra las gastadas baldosas.

La puerta principal de la pirámide daba a la plaza central de Meereen, pero los dornienses se dirigieron a una entrada lateral que desembocaba en un callejón; la que utilizaban antes los esclavos cuando sus amos los enviaban a algún recado. También la utilizaba el pueblo llano, y por ella entraban y salían los

comerciantes para hacer sus entregas.

La puerta doble, de bronce macizo, estaba cerrada con una gruesa barra de hierro; delante había dos bestias de bronce armadas con garrote, lanza y espada corta. La antorcha se reflejó en las máscaras bruñidas: una rata y un zorro. Quentyn indicó por señas al grandullón que permaneciese oculto entre las sombras, y avanzó acompañado de Gerris.

—Llegáis antes de tiempo —señaló el zorro.

—Si quieres, nos vamos por donde hemos venido —replicó Quentyn con un encogimiento de hombros—. Sois muy libres de hacer nuestro turno; mejor para nosotros. —Sabía que no hablaba como un ghiscario, pero muchas bestias de bronce eran libertos con un sinfín de lenguas nativas, de modo que su acento no llamaría la atención.

—¡Y una mierda! —exclamó la rata.

—Santo y seña de hoy —exigió el zorro.

—Perro.

Las bestias de bronce cruzaron una mirada durante un momento que se le hizo interminable. Quentyn temió que algo marchase mal, que Meris la Bella y el Príncipe Desharrapado les hubieran dado un santo y seña incorrecto.

—Está bien, «perro» —gruñó por fin el zorro—. La puerta es toda vuestra.

A medida que se alejaban, el príncipe consiguió recuperar el aliento. No disponían de mucho tiempo; el verdadero relevo estaría a punto de llegar.

—Arch —llamó, y el grandullón apareció con la máscara de toro reluciendo bajo la antorcha—. ¡Deprisa, la barra! —Era pesada, pero estaba bien engrasada, y ser Archibald la levantó con facilidad y la apoyó en el suelo. Quentyn abrió las puertas, y Gerris salió e hizo señales con la antorcha—. Traedlo ahora mismo, deprisa.

El carro del carnicero esperaba en el callejón, cargado con un buey descuartizado y dos ovejas muertas; el conductor arreó a la mula y entró, acompañado del estruendo producido por las llantas de hierro contra los adoquines. Media docena de hombres lo seguía a pie; cinco llevaban máscara y capa de bestias de bronce, pero Meris la Bella no se había molestado en disfrazarse.

—¿Dónde está tu señor? —preguntó Quentyn a Meris.

—No tengo ningún señor. Si te refieres al otro príncipe, aguarda aquí cerca con cincuenta hombres. Tú trae el dragón, y te sacará de aquí sano y salvo, tal como prometí. Daggo está al mando.

—¿Seguro que en ese carro cabe un dragón? —interrumpió ser Archibald, que lo miraba poco convencido.

—No veo por qué no; hay sitio para dos bueyes. —El Matamuertos iba disfrazado de bestia de bronce, con la cara surcada de cicatrices oculta tras una máscara de cobra, pero lo delataba el característico *arakh* negro que le colgaba

del cinto—. Al parecer, estos bichos son más pequeños que el de la reina.

—La fosa ha decelerado su crecimiento. —Según había leído Quentyn, en los Siete Reinos había sucedido exactamente lo mismo; ninguno de los dragones nacidos y criados en Pozo Dragón, en Desembarco del Rey, se había aproximado siquiera al tamaño de Vhagar o Meraxes, y mucho menos al del Terror Negro, el monstruo del rey Aegon—. ¿Traéis suficientes cadenas?

—¿Cuántos dragones tenéis? —repuso Meris la Bella—. Ahí, bajo la carne, hay de sobra para diez.

—Muy bien. —Quentyn sintió un vahído. Nada de aquello parecía real; tan pronto semejaba un juego como una pesadilla, un mal sueño en el que se veía abriendo una puerta oscura, incapaz de detenerse, aunque sabía que al otro lado esperaban el horror y la muerte. Tenía las palmas de las manos pegajosas de sudor; se las secó contra las piernas—. Habrá más guardias delante de la fosa.

—Ya lo sabemos —replicó Gerris—. Debemos estar preparados.

—Estamos preparados —lo tranquilizó Arch.

—Entonces, por aquí. —Quentyn tenía calambres en el estómago. Sintió la necesidad repentina de hacer de viente, pero no se atrevía a excusarse en ese momento. Pocas veces se había sentido tan niño; aun así lo siguieron Gerris, el grandullón, Meris, Daggo y los demás hijos del viento. Dos mercenarios cogieron las ballestas que escondían en el carro.

Pasados los establos, la planta baja de la Gran Pirámide se transformaba en un laberinto, pero Quentyn Martell había pasado por allí con la reina y recordaba el camino. Franquearon tres enormes arcos de ladrillo, bajaron una empinada rampa de piedra que conducía a las profundidades y dejaron atrás mazmorras, cámaras de tortura y un par de hondas cisternas de piedra. Sus pasos resonaban en las paredes, acompañados por el traqueteo sordo del carro del carnicero. El grandullón agarró una antorcha de la pared para guiar la marcha.

Por fin llegaron ante un par de gruesas puertas de hierro, herrumbosas e intimidatorias, cerradas con una cadena de eslabones anchos como brazos. Su tamaño y grosor bastó para que Quentyn Martell se cuestionase la prudencia de su plan; para colmo, ambas puertas mostraban abolladuras provocadas desde el interior por algo que quería salir. El grueso metal estaba agrietado y resquebrajado por tres sitios, y la parte superior de la puerta izquierda, medio derretida.

Cuatro bestias de bronce montaban guardia; tres llevaban lanza larga, y el cuarto, el sargento, espada corta y puñal. La máscara del oficial tenía forma de cabeza de basilisco; los otros tres llevaban máscaras de insecto.

«Langostas», comprendió Quentyn.

—Perro —dijo.

El sargento se tensó; aquello bastó para que Quentyn Martell comprendiese que algo había salido mal.

—Prendedlos —graznó mientras la mano del basilisco se lanzaba a por la espada.

El sargento era rápido, pero no tanto como el grandullón, que le tiró la antorcha a la langosta más cercana, se llevó la mano a la espalda y cogió el martillo. El basilisco apenas había alcanzado a sacar la espada de la vaina de cuero cuando el pincho del martillo se le estrelló contra la sien y aplastó la fina máscara de bronce, la carne y el hueso. Se tambaleó brevemente hacia un lado, se le doblaron las rodillas y a continuación se desplomó, presa de grotescas convulsiones.

Quentyn se quedó mirando petrificado, con el estómago revuelto. Seguía teniendo la espada envainada; ni siquiera había hecho ademán de desenfundar. Tenía los ojos clavados en el sargento, que agonizaba ante él entre espasmos. La antorcha aún parpadeaba en el suelo, haciendo que las sombras brincasen y se retorciesen en una parodia monstruosa de las sacudidas del caido. No vio la lanza que le arrojó la langosta hasta que Gerris lo apartó de un empujón, y la punta pasó rozando la mejilla de la máscara de león; pese a todo, el golpe fue tan fuerte que casi se la arrancó.

« Podía haberme atravesado el cuello», pensó, aturdido.

Gerris dejó escapar una maldición cuando las langostas lo rodearon. Quentyn oyó unos pasos apresurados, y los mercenarios salieron a la carrera de entre las sombras. Un guardia se paró a mirar el tiempo necesario para que Gerris esquivase la lanza y le hundiera la punta de la espada bajo la máscara de bronce, en la garganta, en el preciso momento en que a la segunda langosta le brotaba una saeta del pecho.

—¡Me rindo! ¡Me rindo! —La última langosta había soltado la lanza.

—No, te mueres. —El *arakh* de acero valyrio de Daggo atravesó carne, hueso y cartílago como si fueran sebo y le cercenó la cabeza—. Demasiado ruido —se quejó—. Cualquiera que tenga orejas nos habrá oído.

—Perro —murmuró Quentyn—. Se supone que el santo y seña de hoy era « perro». ¿Por qué no nos han dejado pasar? Nos dijisteis...

—Os dijimos que vuestro plan era una locura, ¿lo habéis olvidado? —atajó Meris la Bella—. Haced lo que habéis venido a hacer.

« Los dragones —pensó el príncipe Quentyn—. Sí, hemos venido a por los dragones. —Tenía náuseas—. ¿Qué hago aquí? ¿Por qué, padre? Cuatro hombres muertos en menos tiempo del que se tarda en contarlos, y ¿para qué?» .

—Sangre y fuego —susurró—. Fuego y sangre. —La sangre empapaba el suelo de ladrillo y formaba un charco a sus pies; el fuego estaba más allá de las puertas—. La cadena... No tenemos la llave...

—La tengo yo —dijo Arch. Blandió el martillo y, con un movimiento fuerte y rápido, lo estrelló contra el candado, haciendo saltar chispas; golpeó una vez, y otra, y otra; el quinto golpe lo hizo añicos, y la cadena cayó con un repiqueteo tan

fuerte que Quentyn tuvo la certeza de que lo había oido media pirámide.

—Traed el carro. —Los dragones serían más dóciles después de haber comido.

« Que se atiborren de cordero chamuscado» .

Archibald Yronwood abrió las puertas de hierro. Las bisagras oxidadas gimieron lo suficiente para despertar a todos los que no hubiesen oido el candado al romperse. Los inundó una repentina ola de calor, cargada de un tufo de ceniza, azufre y carne quemada.

Al otro lado había una oscuridad infernal que parecía viva y amenazadora, hambriona. Quentyn percibió algo en las sombras, algo que acechaba.

« Guerrero, dame coraje —rezó. No quería seguir adelante, pero no veía otro camino—. ¿Qué otro motivo pudo tener Daenerys para enseñarme los dragones? Quiere que demuestre que soy digno de ella» . Gerris le tendió una antorcha, y Quentyn entró.

« El verde es Rhaegal; el blanco, Viserion —se recordó—. Llámalo por sus nombres, dales órdenes, háblales con calma pero con firmeza; domínalo, como Daenerys dominó a Drogon en la fosa. —La muchacha estaba sola, sin más protección que las finas sedas que vestía, pero no tuvo miedo—. Yo tampoco debo tener miedo; si ella lo consiguió, yo también. —Lo principal era no mostrar temor—. Los animales huelen el miedo, y los dragones... —¿Qué sabía él de dragones?—. ¿Qué sabe nadie de dragones? Hace más de un siglo que desaparecieron de la faz de la Tierra» .

El borde de la fosa estaba justo delante. Quentyn se acercó poco a poco, dirigiendo la antorcha de un lado a otro. Las paredes, el suelo y el techo absorbieron la luz.

« Quemados —comprendió—. Ladrillos ennegrecidos que se desmoronan convertidos en ceniza» . El aire se volvía más caliente a cada paso. Empezó a sudar.

Dos ojos se alzaron ante él.

Eran broncineos, más brillantes que escudos bruñidos, y relucían con su propio calor, ardiendo tras el velo de humo que salía de las fosas nasales del dragón. La antorcha de Quentyn iluminó las escamas oscuras, verdes como el musgo en la espesura del bosque al anochecer, justo antes de que se desvaneciera la última luz. Entonces, el dragón abrió la boca y lo bañó en luz y calor; alcanzó a ver un resplandor de horno cercado de dientes negros y afilados; el fulgor de un fuego dormido cien veces más luminoso que su antorcha. La cabeza del dragón era mayor que la de un caballo, y el cuello se estiraba interminablemente, desenroscándose como una gigantesca serpiente verde, hasta que el dragón irguió la cabeza y aquellos ojos de bronce reluciente se clavarón en él.

« Verdes —pensó el príncipe—, tiene las escamas verdes» .

—Rhaegal. —Tenía un nudo en la garganta y solo pudo emitir un sonido entrecortado, como si croase.

« Rana —se dijo—, he vuelto a convertirme en Rana» .

—La comida —pidió con voz ronca al acordarse—. ¡Traed la comida!

El grandullón lo oyó, cogió por dos patas una oveja del carro y, con un giro, la lanzó a la fosa.

Rhaegal la atrapó al vuelo; volvió rápidamente la cabeza y de entre sus fauces surgió una lanza de fuego, un remolino de llamas naranja y amarillas surcadas de vetas verdes; la oveja ardía antes de empezar a caer, y los dientes del dragón se cerraron en torno al cuerpo humeante, rodeado de un halo de llamas, antes de que se estrellase contra los ladrillos. El aire pestaba a azufre y lana quemada.

« Apestá a dragones» .

—¿No había dos? —preguntó el grandullón.

« Viserion, sí. ¿Dónde está Viserion? —El príncipe bajó la antorcha para iluminar la penumbra del fondo. Vio como el dragón verde desgarraba el cuerpo humeante de la oveja y azotaba la larga cola a los lados mientras comía; aún llevaba al cuello una gruesa argolla de hierro de la que colgaba una vara de cadena rota. Diseminados por la fosa había eslabones destrozados, trozos de metal retorcido y medio fundido mezclados con huesos carbonizados—. La otra vez que vine, Rhaegal estaba encadenado al suelo y la pared —recordó el príncipe—, pero Viserion estaba colgado del techo» .

Retrocedió, levantó la antorcha y echó la cabeza hacia atrás. Durante un momento no vio más que los arcos de ladrillo ennegrecido, tiznados por el fuego de los dragones. Le llamó la atención un poco de ceniza que caía, señal de movimiento. Algo pálido, semioculto, se rebullía.

« Ha excavado una cueva; se ha hecho una madriguera en los ladrillos —comprendió el príncipe. Los cimientos de la Gran Pirámide de Meereen eran suficientemente sólidos y gruesos para soportar el peso del enorme edificio; incluso las paredes interiores tenían una anchura tres veces mayor que el muro de ningún castillo, pero Viserion había excavado un agujero bastante grande para dormir en él, valiéndose del fuego y las garras—. Y yo acabo de despertarlo» .

Vislumbró algo que parecía una gigantesca serpiente blanca que se desenrosaba en el interior de la pared, en la parte que se curvaba hacia el techo. Se desprendió más ceniza, y unos fragmentos de ladrillo se desmoronaron. La serpiente se convirtió en un cuello y una cola, y después apareció la alargada cabeza cornuda, con unos ojos que brillaban en la oscuridad como brasas doradas. Oyó el batir de las alas al desplegarse.

Todos los planes de Quentyn se habían esfumado de su cabeza; oyó a Daggo Matamuertos gritar a los mercenarios.

« Las cadenas. Ha mandado traer las cadenas» , pensó el príncipe dorniense.

El plan era alimentar a las bestias y encadenarlas cuando se quedaran adormecidas, tal como había hecho la reina. A un dragón o, mejor, a los dos.

—Más carne —pidió Quentyn.

«Cuando hayan comido se volverán lentos». Lo había visto en Dorne; funcionaba con las serpientes. Pero allí, con aquellos monstruos...

—Traed... traed...

Viserion se lanzó desde el techo, con las alas de cuero claro desplegadas. La cadena rota que le colgaba del cuello se mecía frenéticamente; las llamas iluminaron la fosa, oro pálido con vetas rojas y naranja, y el aire viciado estalló en una nube de azufre y ceniza caliente mientras las alas batían una y otra vez.

Una mano sujetó a Quentyn por el hombro; la antorcha se le escapó y rebotó contra el suelo antes de caer a la fosa, todavía encendida. Se encontró frente a frente con un mono de bronce.

«Gerris».

—Quent, esto no va a salir bien. Son demasiado indómitos, están...

El dragón se interpuso entre los dornienses y la puerta con un rugido que habría puesto en fuga a un centenar de leones. Movió la cabeza de lado a lado mientras inspeccionaba a los intrusos. Pasó la mirada por los dornienses, los hijos del viento y Daggo, y por último la clavó en Meris la Bella y se puso a olfatear.

«Sabe que es una mujer —comprendió Quentyn—. Está buscando a Daenerys, quiere a su madre y no entiende por qué no ha venido».

—Viserion —gritó, al tiempo que se liberaba del apretón de Gerris. «El blanco es Viserion». Durante un instante tuvo miedo de haberse equivocado—. Viserion —llamó otra vez, buscando a tientas el látigo que le colgaba del cinto.

«Ella intimidó al negro con el látigo; yo tengo que hacer lo mismo».

El dragón conocía su nombre; volvió la cabeza y detuvo la mirada en el príncipe dorniense durante el tiempo que tardó su corazón en latir tres veces; tras los cuchillos negros y relucientes que tenía por dientes ardían incendios blanquecinos; sus ojos eran lagos de oro fundido, y echaba humo por la nariz.

—Abajo —ordenó Quentyn. Entonces tosió, y volvió a toser.

El aire estaba cargado de humo, y el hedor del azufre era asfixiante. Viserion perdió el interés por él, se volvió hacia los hijos del viento y se dirigió a la puerta; quizás había captado el olor de los guardias muertos o la carne del carro; o quizás tan solo había visto que tenía el camino despejado.

Quentyn oyó los gritos de los mercenarios: Daggo pedía las cadenas, y Meris la Bella vociferaba, diciéndole a alguien que se apartase. En el suelo, el dragón se movía con torpeza, como un hombre que anduviese a gatas, pero más deprisa de lo que había supuesto el príncipe dorniense. Como los hijos del viento no acababan de apartarse de su camino, Viserion profirió otro rugido. Quentyn oyó el traqueteo de las cadenas y la fuerte vibración de una ballesta.

—¡No! —gritó—. No, no, ¡no! —Pero era demasiado tarde. Solo había tenido

tiempo de pensar «¿Será imbécil?» cuando la saeta rebotó en el cuello de Viserion para desaparecer en la penumbra, dejando una estela de fuego a su paso: sangre de dragón, de resplandor rojo y dorado.

El ballestero buscaba a tientas otra saeta cuando los dientes del dragón se le cerraron en torno al cuello. Llevaba una máscara de bestia de bronce con las temibles facciones de un tigre. Cuando soltó el arma para tratar de separar las fauces de Viserion, la boca del tigre escupió un chorro de fuego. Se oyó un ligero estallido cuando reventaron los ojos del hombre, y el bronce empezó a gotear. El dragón arrancó un trozo de carne, casi todo el cuello del mercenario, y lo engulló mientras se desplomaba el cuerpo en llamas.

Los demás hijos del viento estaban retrocediendo; ni siquiera Meris la Bella tenía estómago para aquello. La cabeza cornuda de Viserion iba de ellos a su presa, pero al cabo de un momento se olvidó de los mercenarios y dobló el cuello para arrancar otro bocado de carne del muerto, esta vez la pantorrilla.

—¡Viserion! —exclamó Quentyn, más alto que antes, y desenrolló el látigo. Podía hacerlo, iba a hacerlo, su padre lo había enviado a los confines de la tierra para aquello; no le fallaría. —¡VISERION! —Hizo restollar el látigo con un chasquido que resonó en las paredes ahumadas.

El dragón levantó la pálida cabeza y entrecerró los grandes ojos dorados. De la nariz le salían volutas de humo que se elevaban formando espirales.

—¡Abajo! —ordenó el príncipe. «No debe olerme el miedo». Abajo, abajo, ¡abajo! —Blandió el látigo y fustigó la cara del dragón. Viserion siseó.

Entonces, una ráfaga ardiente lo golpeó, y oyó unas alas de cuero; el aire se llenó de ceniza y carbonilla, y un rugido monstruoso resonó contra los ladrillos tiznados y abrasados. Sus amigos gritaban frenéticos.

—Detrás de ti, detrás de ti, ¡detrás de ti! —aulló el grandullón, mientras Gerris gritaba su nombre una y otra vez.

Quentyn se volvió y se cubrió la cara con el brazo para protegerse los ojos del viento tórrido.

«Rhaegal —se recordó—, el verde es Rhaegal».

Cuando levantó el látigo vio que estaba ardiendo. También tenía la mano en llamas. Todo él, todo él se quemaba.

«Oh», pensó. Entonces se echó a gritar.

—Pues que se mueran —dijo la reina Selyse. Jon no esperaba otra respuesta.

«A la hora de decepcionar, esta reina no falla». Pero eso no amortiguaba el golpe.

—Alteza —insistió—, en Casa Austera hay miles de personas que no tienen comida. Hay muchas mujeres...

—... y niños, ya. Una pena. —La reina atrajo a su hija hacia sí y la besó en la mejilla. «La que no está afectada por la psoriagrís», observó Jon—. Lamentamos la suerte de los pequeños, claro que sí, pero debemos ser sensatos. No tenemos con qué alimentarlos, y son demasiado pequeños para ayudar a mi esposo, el rey, en sus guerras. Más vale que renazcan en la luz.

Solo era una forma un poco más comedida de decir: «Pues que se mueran».

La estancia estaba abarrotada. La princesa Shireen estaba al lado de su madre, con Caramanchada cruzado de piernas en el suelo. Tras la reina se encontraba ser Axell Florent. Melisandre de Asshai estaba más cerca del fuego, y el rubí que llevaba al cuello latía al ritmo de su respiración. La mujer roja también tenía su escolta: el escudero Devan Seaworth y dos guardias que el rey había dejado a su cargo.

Los protectores de la reina Selyse se habían situado a lo largo de las paredes de la habitación, una hilera de caballeros deslumbrantes: ser Malegorn, ser Benethon, ser Narbert, ser Patrek, ser Dorden y ser Brus. Con el Castillo Negro atestado de salvajes sedientos de sangre, Selyse no se separaba de sus escudos juramentados de día ni de noche. Al enterarse, Tormund Matagigantes había estallado en carcajadas.

—Tiene miedo de que la violen, ¿eh? Espero que no le hayas dicho lo grande que la tengo, Jon Nieve, eso asustaría a cualquier mujer. Siempre he querido una con bigote. —Pasó largo rato riendo.

«Seguro que ahora no se reiría tanto». Jon ya había perdido bastante tiempo.

—Siento haber molestado a vuestra alteza. La Guardia de la Noche se encargará de este asunto.

—Seguís teniendo la intención de ir a Casa Austera —resopló la reina—. Lo veo en vuestra expresión. He dicho que los dejéis morir, pero no cejáis en esta locura. No lo neguéis.

—Debo hacer lo que me parezca apropiado. Con todos mis respetos, alteza, el Muro está en mis manos, y esta decisión, también.

—Es cierto —reconoció Selyse—, y ya rendiréis cuentas cuando vuelva el rey. Por esta y por otras decisiones que habéis tomado, me temo. Pero ya veo que sois inmune al sentido común. Haced lo que queráis.

—Lord Nieve, ¿quién estará al mando de la expedición? —preguntó ser Malegorn.

—¿Os estáis ofreciendo?

—Tengo cara de idiota?

Caramanchada se levantó de un salto.

—¡Yo estaré al mando! —Sus cascabeles resonaron alegremente—. Nos adentraremos en el mar y luego saldremos. Bajo las olas montaremos en caballitos de mar, y las sirenas soplarán caracolas para anunciar nuestra llegada, je, je, je.

Todos rieron, e incluso la reina Selyse se permitió esbozar una escueta sonrisa. A Jon no le hizo tanta gracia.

—Nevería a mis hombres que hagan nada a lo que yo no esté dispuesto. Encabezará la expedición.

—Sois muy valiente —dijo la reina—. Está bien, lo aprobamos. Algún día, un bardo compondrá una canción conmovedora sobre vos, y tendremos un lord comandante más prudente. —Tomó un trago de vino—. Hablemos de otros asuntos. Axell, trae al rey de los salvajes, por favor.

—Ahora mismo, alteza.

Ser Axell salió por una puerta y al rato volvió con Gerrick Sangrerreal.

—Gerrick de la casa Barbarroja —anunció—. Rey de los salvajes.

Gerrick Sangrerreal era un hombre alto, de piernas largas y hombros anchos. Al parecer, la reina lo había vestido con ropa vieja del rey. Limpio y arreglado, ataviado con terciopelo verde y una capa corta de armiño, con el largo pelo rojo recién lavado y la barba de aspecto fiero recortada y cuidada, el salvaje tenía todo el aspecto de un caballero sureño.

« Si entrase en la sala del trono en Desembarco del Rey, nadie lo miraría dos veces», pensó Jon.

—Gerrick es el auténtico y legítimo rey de los salvajes —dijo la reina—, ya que desciende del gran rey Raymun Barbarroja por línea paterna, mientras que el usurpador Mance Rayder era hijo de una mujer normal y de uno de vuestros hermanos negros.

« No —podría haber dicho Jon—, Gerrick desciende de un hermano pequeño de Raymun Barbarroja. —Para el pueblo libre, aquello tenía tanto peso como ser descendiente del caballo de Raymun Barbarroja—. No saben nada, Ygritte. Y lo que es peor, no aprenderán nunca» .

—Gerrick ha accedido graciosamente a conceder la mano de su hija mayor a mi querido Axell, para que el Señor de Luz los una en sagrado matrimonio —continuó la reina Selyse—. Sus otras hijas se casarán a la vez: la mediana con ser Brus Buckler, y la pequeña, con ser Malegorn de Lagorrojo.

—Caballeros —Jon inclinó la cabeza ante los mencionados—. Os deseo felicidad con vuestras futuras esposas.

—En el fondo del mar, los hombres se casan con peces. —Caramanchada hizo un pequeño paso de baile que arrancó un tintineo a sus cascabeles—. Se

casan, se casan, se casan.

La reina Selyse volvió a fruncir la nariz.

—Ya que vamos a celebrar tres matrimonios, tanto da que sean cuatro. Ya va siendo hora de que esa mujer, Val, siente la cabeza. He decidido que contraiga matrimonio con mi buen y leal caballero ser Patrek de la Montaña del Rey.

—¿Val lo sabe, alteza? —preguntó Jon—. Según las costumbres del pueblo libre, cuando un hombre desea a una mujer la raptá para demostrar su fuerza, su ingenio y su valor. Si la familia de la mujer lo atrapa, el pretendiente se arriesga a llevarse una paliza, y a algo peor si ella lo encuentra indigno.

—Es una tradición salvaje —apuntó Axell Florent.

—Ningún hombre ha puesto en duda mi valor, y no será una mujer quien lo haga —dijo ser Patrek con una risita.

—Lord Nieve, ya que lady Val es ajena a nuestras costumbres, haced el favor de traérmela para que la instruya en los deberes de una dama noble para con su esposo. —La reina Selyse apretó los labios.

«Eso va a salir de maravilla, seguro». Jon se preguntó si la reina estaría igual de impaciente por ver a Val casada con uno de sus caballeros si supiera lo que opinaba de la princesa Shireen.

—Como deseéis —dijo—. Aunque, si puedo hablar con franqueza...

—No, mejor no. Podéis retiraros.

Jon hincó la rodilla, inclinó la cabeza y se retiró. Bajó los escalones de dos en dos, saludando a los guardias de la reina a su paso. Su alteza había apostado hombres en todos los pisos para que la guardaran de los salvajes asesinos. Se volvió a medio camino cuando oyó una voz que lo llamaba desde arriba.

—¡Jon Nieve!

—Lady Melisandre...

—Tenemos que hablar.

—¿Sí? —«No»—. Tengo cosas que hacer, mi señora.

—De eso quiero hablar. —Empezó a bajar hacia él, y el dobladillo de su vestido escarlata provocó un susurro al rozar los escalones. Casi parecía flotar—. ¿Dónde está vuestro huargo?

—En mis habitaciones, durmiendo. Su alteza no tolera a Fantasma en su presencia. Dice que asusta a la princesa. Y mientras estén por aquí Borroq y su jabalí, no me atrevo a soltarlo. —Se suponía que el cambia pieles acompañaría a Soren Rompescudos a Puertapiedra cuando regresaran los carros que habían llevado al clan del Desollafocas a Guardiaverde. Hasta entonces, Borroq se había asentado en una vieja cripta, junto al cementerio del castillo. Parecía más cómodo en compañía de los muertos que de los vivos, y su jabalí era feliz hurgando entre las sepulturas, lejos de cualquier otro animal—. Ese bicho tiene el tamaño de un toro y unos colmillos largos como espadas. Fantasma lo atacaría si anduviera suelto, y uno de los dos no sobreviviría al encuentro.

—Borroq es el menor de tus problemas. Esa expedición...

—Una palabra vuestra habría convencido a la reina.

—Selyse tiene razón, lord Nieve. Que se mueran. No podéis salvarlos. Habéis perdido los barcos...

—Aún quedan seis. Más de la mitad de la flota.

—Habéis perdido los barcos. Todos. No regresará ningún hombre, lo he visto en mis fuegos.

—No sería la primera vez que vuestros fuegos mienten.

—He cometido errores, lo reconozco, pero...

—Una muchacha vestida de gris, a lomos de un caballo moribundo. Puñales en la oscuridad. Un príncipe prometido, nacido de humo y sal. Tengo la impresión de que no hacéis más que cometer errores, mi señora. ¿Dónde está Stannis? ¿Qué hay de Casaca de Matraca y las mujeres de las lanzas? ¿Dónde está mi hermana?

—Todas vuestras preguntas serán respondidas. Mirad al cielo, lord Nieve. Y cuando tengáis vuestras respuestas, venid a buscarme. Tenemos el invierno casi encima. Soy vuestra única esperanza.

—Una esperanza vana. —Jon dio media vuelta y la dejó allí.

En el exterior, Pieles merodeaba por el patio.

—Toregg ha vuelto —informó cuando vio a Jon—. Su padre ha asentado a su gente en el Escudo de Roble y regresará esta tarde con ochenta guerreros. ¿Qué ha dicho la reina barbuda?

—Su alteza no puede ayudarnos.

—Está muy ocupada arrancándose los pelos de la barbillá, ¿verdad? —Pieles escupió—. No importa. Nos bastará con nuestros hombres y los de Tormund.

« Quizá para llegar allí. —Lo que preocupaba a Jon Nieve era el viaje de vuelta, entorpecido por miles de hambrientos y enfermos del pueblo libre—. Un río humano más lento que un río de hielo. —Aquello los dejaba expuestos—. Cosas muertas en el bosque. Cosas muertas en el agua».

—¿Con cuántos nos bastará? —preguntó a Pieles—. ¿Ciento? ¿Dos cientos? ¿Quinientos? ¿Mil? —« ¿Sería mejor llevar muchos o pocos?». Una expedición más reducida llegaría antes a Casa Austera, pero ¿de qué les valdrían las espadas sin comida? Madre Topo y su gente ya habían llegado al extremo de comerse a los muertos. Para darles de comer tendría que transportar carros y animales que tirasen de ellos: caballos, bueyes, perros... En lugar de cruzar el bosque volando, estarían condenados a arrastrarse—. Aún queda mucho por decidir. Que corra la voz. Quiero que todos los cabecillas estén en el salón del escudo cuando empiece la guardia del atardecer. Para entonces, Tormund debería haber regresado. ¿Dónde se ha metido Toregg?

—Con el monstruito, supongo. Tengo entendido que se ha encariñado con una nodriza.

« Se ha encariñado con Val. Su hermana era reina, ¿por qué no va a serlo ella? —En cierta ocasión, antes de que Mance lo derrotara, Tormund había intentado convertirse en Rey-más-allá-del-Muro. Toregg el Alto bien podría tener el mismo sueño—. Mejor él que Gerrick Sangrereal».

—No los molestes, hablaré con Toregg más tarde. —Miró por encima de la Torre del Rey. El Muro lucía un blanco apagado, y el cielo, sobre él, estaba aún más blanco. « Cielo de nieve» —. Limítate a rezar para que no nos caiga otra tormenta.

Mully y el Pulga estaban de guardia en el exterior de la armería, temblando de frío.

—¿No estaríais mejor dentro, a cobijo del viento? —preguntó Jon.

—Sería muy de agradecer, mi señor —respondió Fulk el Pulga—, pero al parecer, vuestro huargo no quiere compañía.

—Ha intentado morderme —corrobó Mully.

—¿Fantasma? —preguntó Jon sorprendido.

—A no ser que su señoría tenga otro lobo blanco, sí. Nunca lo había visto así. Está hecho una furia.

No le faltaba razón, tal como descubrió Jon en cuanto cruzó la puerta. El gran huargo blanco era incapaz de estar quieto. Iba constantemente de un extremo a otro de la armería, pasando cada vez junto a la forja.

—Tranquilo, Fantasma. Tranquilo. Siéntate, Fantasma. ¡Quiet! —El lobo incluso se erizó y enseñó los dientes cuando intentó tocarlo. « Es ese maldito jabalí. Percibe su hedor desde aquí» .

El cuervo de Mormont también parecía inquieto.

—Nieve. —No paraba de chillar lo mismo—. Nieve, nieve, nieve. —Jon lo apartó de un manotazo, y tras pedir a Seda que encendiese la chimenea, lo envió a buscar a Bowen Marsh y Othell Yarwyck.

—Trae también una frasca de vino especiado.

—¿Con tres copas, mi señor?

—Que sean seis. A Mully y al Pulga les sentará bien algo caliente, y a ti también.

Cuando Seda se fue, Jon tomó asiento y volvió a examinar los mapas del norte del Muro. El camino más rápido hasta Casa Austera transcurría por la costa... desde Guardiaoriente. Junto al mar, el bosque era más ralo y había sobre todo llanuras, colinas bajas y marismas. Cuando llegaban las tormentas de otoño con sus aullidos, en la costa caían más aguanieve, granizo y lluvia helada que nieve.

« Los gigantes están en Guardiaoriente, y Pieles dice que algunos nos ayudarán. —El trayecto desde el Castillo Negro era más tortuoso, ya que atravesaba el corazón del bosque Encantado—. Si la nieve alcanza tanta altura en el Muro, ¿hasta qué punto estará peor ahí arriba? » .

Marsh entró entre resoplidos; Yarwyck, con gesto austero.

—Otra tormenta —anunció el capitán de constructores—. ¿Cómo se puede trabajar así? Necesito más hombres.

—Usa al pueblo libre —respondió Jon.

—Esos dan más problemas que otra cosa. —Yarwyck negó con la cabeza—. Son descuidados, negligentes, perezosos... Ciento es que alguno que otro es buen trabajador, pero es casi imposible encontrar un albañil, y no hay herreros. Serán fuertes, pero no saben seguir instrucciones. Y tenemos que convertir todas esas ruinas en fortalezas. No hay manera, mi señor, de verdad. No es posible.

—Lo será —dijo Jon—, o vivirán entre ruinas.

Un señor tenía que rodearse de hombres a los que pedir consejo. Ni Marsh ni Yarwyck tenían nada de lameculos, lo cual estaba bien... Pero rara vez servían de ayuda. Jon se había dado cuenta de que, últimamente, sabía qué iban a decir antes de preguntarles.

Sobre todo en cualquier asunto relativo al pueblo libre, donde su desaprobación era evidente. Cuando Jon instaló a Soren Rompescudos en Puertapiedra, Yarwyck se quejó de que el lugar estaba demasiado aislado. ¿Cómo iban a saber qué se traía Soren entre manos en aquellas colinas lejanas? Cuando asignó el Escudo de Roble a Tormund Matagigantes, y Puerta de la Reina a Morna Máscara Blanca, Marsh señaló que el Castillo Negro tendría enemigos a ambos lados, o bien podrían aislarlos del resto del Muro. En cuanto a Borroq, Othell Yarwyck proclamaba que, al norte de Puertapiedra el bosque estaba lleno de jabalies, y ¿cómo evitar que el cambiapieles se hiciera con su propio ejército de cerdos salvajes?

Colina Escarcha y Puertaescarcha aún estaban sin guarnecer, así que Jon les había pedido opinión sobre los jefes salvajes y señores de la guerra más apropiados para asentarse allí.

—Tenemos a Brogg, a Gavin el Mercader, al Gran Morsa... Howd el Trotamundos va por libre, dice Tormund, pero nos quedan Harle el Caza dor, Harle el Bello, Doss el Ciego... Ygon Oldfather está al mando de un grupo, pero casi todos sus miembros son hijos y nietos suyos. Tiene dieciocho esposas, la mitad de ellas robadas en los saqueos. ¿Cuáles de estos...?

—Ninguno —interrumpió Bowen Marsh—. Los conozco a todos por sus hazañas. Lo que tendríamos que hacer es ahorcarlos, no darles nuestros castillos.

—Sí —convino Othell Yarwyck—. Nos pedís que elijamos entre lo malo y lo peor. Es como si mi señor nos pusiese delante una manada de lobos y nos preguntase cuál nos gustaría que nos desgarrase la garganta.

Con Casa Austeria pasó lo mismo. Seda servía vino mientras Jon relataba su audiencia con la reina. Marsh escuchaba con atención, sin fijarse siquiera en el vino especiado, mientras que Yarwyck bebía una copa tras otra. Pero Jon no había terminado de hablar cuando lo interrumpió el lord mayordomo.

—Su alteza es sabia. Que se mueran.

Jon se apoyó en el respaldo.

—¿Ese es el único consejo que puedes darme? Tormund viene con ochenta hombres. ¿A cuántos enviamos? ¿Deberíamos recurrir a los gigantes? ¿A las mujeres de las lanzas de Túmulo Largo? Puede que la gente de Madre Topo se tranquilice si llevamos mujeres.

—Pues envidad mujeres. Envidad gigantes. Envidad niños de pecho. ¿Eso es lo que quiere oír mi señor? —Bowen Marsh se frotó la cicatriz que se había ganado en el Puente de los Cráneos—. Envidiadlos a todos. Cuantos más perdamos, menos bocas tendremos que alimentar.

Yarwyck no fue de mucha más ayuda.

—Si hay que socorrer a los salvajes de Casa Aleria, que se encarguen los salvajes que tenemos aquí. Tormund conoce el camino y, a juzgar por lo que dice, es capaz de salvarlos a todos con su enorme miembro.

« Esto ha sido inútil —pensó Jon—. Inútil, infructuoso, absurdo».

—Gracias por vuestros consejos, mis señores.

Seda los ayudó a ponerse las capas. Al pasar por la armería, Fantasma los olisqueó, con la cola levantada y el pelo erizado.

« Mis hermanos».

La Guardia de la Noche necesitaba el mando de hombres con la sabiduría del maestre Aemon, la capacidad de aprendizaje de Samwell Tarly, el valor de Qhorin Mediamano, la fuerza perseverante del Viejo Oso y la empatía de Donal Noye. Pero solo los tenía a ellos.

Fuera, la nieve caía con fuerza.

—El viento sopla del sur —observó Yarwyck— y empuja la nieve contra el Muro. ¿Lo veis?

Tenía razón. Jon se fijó en que la escalera zigzagueante estaba enterrada casi hasta el primer descansillo, y las puertas de madera de las celdas de hielo y los almacenes habían desaparecido tras un muro blanco.

—¿Cuántos hombres tenemos en las celdas? —preguntó a Bowen Marsh.

—Cuatro vivos y dos muertos.

« Los cadáveres». Casi se había olvidado de ellos. Había albergado la esperanza de averiguar algo gracias a los cadáveres con los que habían vuelto del bosque de arcianos, pero los muertos se habían obcecado en seguir muertos.

—Tenemos que despejar las puertas.

—Bastará con diez mayordomos y diez palas —dijo Marsh.

—Llévate también a Wun Wun.

—Como ordenéis.

Los diez mayordomos y el gigante tardaron poco en apartar la nieve, pero Jon siguió sin estar satisfecho cuando las puertas quedaron despejadas.

—Por la mañana, esas celdas estarán enterradas otra vez. Más nos vale

cambiar de sitio a los prisioneros antes de que se asfixien.

—¿También a Karstark, mi señor? —preguntó Fulk el Pulga—. ¡No podemos dejar a ese temblando de frío hasta la primavera!

—Ojalá. —A Cregan Karstark le había dado por aullar de noche y lanzar heces congeladas a cualquiera que se acercase a llevarle comida, por lo que los guardas no le tenían mucho cariño—. Llevadlo al sótano de la Torre del Lord Comandante. —Aunque estaba parcialmente derruido, en el antiguo asentamiento del Viejo Oso haría más calor que en las celdas de hielo. Los sótanos estaban prácticamente intactos.

En cuanto los guardias cruzaron la puerta, Cregan se puso a darles patadas, y cuando trataron de agarrarlo, se revolvió, los empujó e incluso intentó morderlos. Pero el frío lo había debilitado, y los hombres de Jon eran más corpulentos, jóvenes y fuertes. Lo sacaron al exterior sin que dejara de debatirse, y lo arrastraron por la nieve hasta su nueva casa.

—¿Qué desea el lord comandante que hagamos con los cadáveres? —preguntó Marsh cuando ya se habían llevado a los vivos.

—Dejadlos aquí. —Si la tormenta los enterraba, estupendo. Al final tendría que quemarlos, pero por el momento estaban encadenados con grilletes de hierro dentro de las celdas. Entre eso y que estaban muertos, deberían ser inofensivos.

Tormund Matagigantes eligió muy bien el momento de su llegada: apareció con sus guerreros, montando un estruendo, cuando ya habían terminado de cavar. Solo se presentaron cincuenta, no los ochenta que Toregg había prometido a Pieles, pero por algo llamaban a Tormund el Gran Hablador. El salvaje llegó con el rostro congestionado, pidiendo a gritos un cuerno de cerveza y algo caliente para comer. Tenía hielo en la barba y escarcha en el bigote.

A Puño de Trueno ya le habían dado las noticias sobre Gerrick Sangrerreal y su nuevo cargo.

—¿Rey de los salvajes? —dijo entre carcajadas—. ¡Ja! Más bien, rey de mi culo peludo.

—Tiene un aire majestuoso —dijo Jon.

—Lo que tiene es una polla roja y pequeña, a juego con el pelo. Raymun Barbarroja y sus hijos murieron en lago Largo, gracias a tus malditos Stark y al Gigante Borracho, pero su hermano pequeño sigue vivo. ¿Te has preguntado alguna vez por qué lo llaman Cuervo Rojo? Rojo está claro, pero *cuervo*... —La boca de Tormund formó una sonrisa desdentada—. Fue el primero en salir volando de la batalla. Años después, compusieron una canción sobre aquello, y el bardo necesitaba algo que rimara con *protervo*. —Se limpió la nariz—. Si los caballeros de tu reina quieren a esas chicas, que se las queden.

—Chicas —graznó el cuervo de Mormont—. Chicas, chicas.

Aquello hizo reír de nuevo a Tormund.

—Eso es un pájaro con sentido común. ¿Cuánto pides por él, Nieve? Yo te he

dado a un hijo; lo mínimo que podrías hacer es darme ese pajarraco.

—Te lo daría si no supiera que te lo ibas a comer.

Aquello también lo hizo reír.

—Comer —dijo el cuervo en tono siniestro, batiendo las alas negras—. ¡Maíz? ¡Maíz?

—Tenemos que hablar de la expedición —dijo Jon—. Quiero que en el salón del escudo hablemos con una sola voz; debemos... —Se interrumpió cuando Mully asomó la nariz, con gesto sombrío, para anunciar que había llegado Clydas con una carta.

—Que te la entregue; la leeré más tarde.

—Como queráis, mi señor, pero... Clydas no parece el mismo... Está más blanco que rosa, no sé si me explico. Está temblando.

—Alas negras, palabras negras —murmuró Tormund—. ¡No es eso lo que decís los arrodillados!

—También decimos: «A la fiebre y al catarro, de aguardiente un buen jarro», y «Con un dorniense no bebas cuando la luna se eleva». Decimos un montón de cosas.

Mully aportó sus dos granitos de arena.

—Mi anciana abuela solía decir: «Los amigos de verano se derriten como la nieve de verano, pero los amigos de invierno son para siempre».

—Ya basta de sabiduría popular por hoy —dijo Jon Nieve—. Haz pasar a Clydas.

Mully no había exagerado: el viejo mayordomo estaba temblando y tenía el rostro blanco como la nieve del exterior.

—Puede que sean cosas mías, lord comandante, pero... esta carta me da mala espina. Mirad.

La única palabra escrita en el pergamo era «Bastardo». No *lord Nieve*, ni *Jon Nieve*, ni *lord comandante*. Solo «Bastardo». Y estaba sellado con lacre rosa.

—Has hecho bien en venir enseguida —dijo Jon. «Y tenías razón al estar asustado». Rompió el sello, desplegó el pergamo y leyó:

Tu falso rey ha muerto, bastardo. Lo aplastamos, junto con todo su ejército, tras siete días de batalla. Tengo su espada mágica. Diselo a su puta roja.

Los amigos de tu falso rey han muerto. Sus cabezas adornan las murallas de Invernalia. Ven a verlas, bastardo. Tu falso rey mentía, y tú también. Anunciaste al mundo que habías quemado al Rey-más-allá-del-Muro, pero lo enviasteis a Invernalia a robar a mi mujer.

La recuperaré. Si quieres volver a ver a Mance Rayder, ven a buscarme. Lo tengo en una jaula, para que lo vea todo el Norte, como

prueba de tus mentiras. En la jaula hace frío, pero le he hecho una capa muy abrigada con la piel de las seis putas que se trajo a Invernalia.

Quiero recuperar a mi mujer. Quiero a la reina del falso rey. Quiero a su hija y a su bruja roja. Quiero a su princesa de los salvajes.

Quiero a su principito, el salvaje de teta. Y quiero a mi Hediondo. Envíame los, bastardo, y no os molestaré ni a ti ni a tus cuervos negros. De lo contrario, te arrancaré ese corazón de bastardo y me lo comeré.

RAMSAY BOLTON
Legítimo señor de Invernalia

—¿Nieve? —dijo Tormund Matagigantes—. Cualquiera diría que la cabeza ensangrentada de tu padre acaba de salir rodando de esa carta.

Jon Nieve tardó un rato en responder.

—Mully, acompaña a Clydas a sus habitaciones. La noche es oscura, y los caminos estarán resbaladizos con tanta nieve. Seda, ve con ellos. —Le dio la carta a Tormund Matagigantes—. Toma, lee tú mismo.

El salvaje miró la carta con recelo y se la devolvió a Jon.

—Tiene mala pinta..., pero Tormund Puño de Trueno siempre ha tenido mejores cosas que hacer que aprender a que le hablen los papeles. Nunca dicen nada bueno, ¿verdad?

—Casi nunca —reconoció Jon. « Alas negras, palabras negras». Los refranes le parecían cada vez más cargados de sabiduría—. La envía Ramsay Nieve. Te la leeré.

Cuando terminó, Tormund lanzó un silbido.

—Ja. Qué hijo de puta. ¿Qué es eso de Mance? ¿Lo tiene en una jaula? ¿Cómo es posible, si tu bruja roja lo quemó ante cientos de testigos?

« Ese era Casaca de Matraca —estuvo a punto de decir Jon—. Fue brujería. Un hechizo, dijo ella» .

—Melisandre... me dijo que mirase al cielo. —Dejó la carta en la mesa—. Un cuervo en una tormenta. Lo vio venir.

« Cuando tengáis vuestras respuestas, venid a buscarme» .

—A lo mejor no son más que mentiras. —Tormund se rascó la barba—. Si tuviera una buena pluma de ganso y un bote de tinta de maestre, podría escribir que tengo el miembro tan largo como el brazo, pero eso no lo haría verdad.

—Tiene a *Dueña de Luz*. Habla de cabezas en las murallas de Invernalia. Sabe lo de las mujeres de las lanzas y cuántas eran. —« Sabe lo de Mance Rayder» —. No. Hay verdad en estas palabras.

—Muy bien. ¿Qué piensas hacer, cuervo?

Jon flexionó los dedos de la mano de la espada.

« La Guardia de la Noche no toma partido. —Abrió y cerró el puño—. Lo

que sugerís es poco menos que traición. —Vio a Robb, con el pelo lleno de nieve que se iba derritiendo—. “Mata al niño y que nazca el hombre”. —Vio a Bran, trepando por las torres, ágil como un mono; oyó la risa de Rickon; vio a Sansa cepillando el pelaje de Dama y cantando—. “No sabes nada, Jon Nieve”. —Vio a Arya, con el pelo enmarañado como el nido de un pájaro—. “Le he hecho una capa muy abrigada con la piel de las seis putas que se trajo a Invernalia... Quiero recuperar a mi mujer... Quiero recuperar a mi mujer... Quiero recuperar a mi mujer...”».

—Creo que vamos a tener que cambiar de planes —dijo Jon Nieve.

Estuvieron hablando casi dos horas.

Con el cambio de guardia, Caballo y Rory habían reemplazado a Fulk y Mully en la puerta de la armería.

—Acompañadme —les dijo al llegar. Fantasma quería seguirlos, pero cuando empezó a caminar sigilosamente tras ellos, Jon lo agarró por el pescuezo y lo empujó al interior; quizás Borroq estuviera en la reunión del salón del escudo, y lo que menos falta le hacía era que su lobo atacase al jabalí del cambiapiés.

El salón del escudo era una de las partes más antiguas del Castillo Negro, un salón de banquetes alargado de piedra negra, surcado de corrientes de aire y con las vigas de roble ennegrecidas por largos siglos de humo. Cuando la Guardia de la Noche era mucho más numerosa había hileras de escudos de madera de colores vivos colgados de las paredes. Por aquel entonces, como en la actualidad, cuando un caballero vestía el negro, la tradición decretaba que abandonase sus viejas armas y adoptase el sencillo escudo negro de la hermandad. Los escudos descartados se colgaban de las paredes del salón.

Cientos de caballeros equivalía a cientos de escudos. Halcones, águilas, dragones, grifos, soles, venados, lobos, guivernos, mantícoras, toros, árboles, flores, arpas, lanzas, cangrejos, krákens, leones rojos, leones dorados, leones jaquellados, búhos, corderos, doncellas, tritones, caballos, estrellas, calderos, hebillas, hombres desollados, hombres ahorcados, hombres quemados, hachas, espadas largas, tortugas, unicornios, osos, plumas, arañas, serpientes, escorpiones y cientos de blasones distintos habían adornado los muros del salón del escudo, decorado con más colores de los que jamás hubiera soñado un arcoíris.

Pero cuando moría un caballero, se descolgaba su escudo para que lo acompañara a la pira o a la tumba; y a medida que pasaban los años, cada vez eran menos los caballeros que vestían el negro. Llegó un día en que dejó de tener sentido que los caballeros del Castillo Negro cenasesen aparte, y se abandonó el salón del escudo. A lo largo del último siglo se había usado en muy pocas ocasiones. Como comedor dejaba mucho que desechar: estaba sucio y era oscuro, con corrientes de aire y difícil de calentar en invierno; tenía los sótanos infestados de ratas, y las enormes vigas de madera, carcomidas y engalanadas de telarañas.

Pero era suficientemente amplio para dar cabida a doscientos hombres sentados, y a un centenar más si se apretaban un poco. Cuando entraron Jon y Tormund, un sonido parecido al de un enjambre de avispas recorrió la sala. A juzgar por el poco negro que se veía, había cinco salvajes por cada cuervo. Quedaba menos de una docena de escudos, grises y lastimosos, con la pintura desváida y la madera agrietada. Pero en los candelabros de hierro de las paredes ardían teas nuevas, y Jon había ordenado que dispusieran bancos y mesas. Si los hombres estaban bien acomodados, serían más propensos a escuchar, como le había explicado el maestre Aemon en cierta ocasión: era más fácil que se pusieran a gritar si estaban de pie.

Dominaba la sala un estrado medio hundido. Jon subió, junto con Tormund Matagigantes, y alzó las manos para pedir silencio, pero solo consiguió que las avispas se agitaran más. Tormund se llevó el cuerno a los labios y dio un toque. El sonido llenó la sala, arrancando ecos de las vigas del techo. Los murmullos cesaron.

—Os he convocado aquí para planificar la liberación de Casa Austera —comenzó Jon Nieve—. Miles de personas del pueblo libre están allí, atrapadas y a punto de morir de hambre, y nos han llegado informes de cosas muertas en el bosque. —A la izquierda vio a Marsh y a Yarwyck Othell estaba rodeado de sus constructores, y a Bowen lo acompañaban Wick Whittlestick, Lew el Zurdo y Alf del Pantanal. A su derecha estaba Soren Rompescudos, con los brazos cruzados. Más allá vio a Gavin el Mercader y Harle el Bello, que cuchicheaban entre sí. Ygon Oldfather estaba sentado entre sus esposas; Howd el Trotamundos, solo. Borroq estaba apoyado en una pared, en una esquina oscura. Afortunadamente, no había ni rastro de su jabalí—. Las tormentas han hecho naufragar los barcos que envié para recoger a Madre Topo y a su gente. Debemos enviar tanta ayuda como podamos por tierra, o dejarlos morir. —Se fijó en que también habían acudido dos caballeros de la reina Selyse: ser Narbert y ser Benethon se encontraban cerca de la puerta, al fondo de la sala, pero el resto de los hombres de la reina brillaba por su ausencia—. Tenía la intención de encabezar yo mismo la expedición y regresar con todos aquellos que pudieran sobrevivir al viaje. —Un fulgor rojo, al final de la sala, le llamó la atención. Había llegado lady Melisandre—. Pero acabo de enterarme de que no puedo ir a Casa Austera. La expedición estará a cargo de Tormund Matagigantes, al que todos conocéis. Le he prometido que pondré a su disposición a todos los hombres que precise.

—¿Y dónde estarás tú, cuervo? —bramó Borroq—. ¡Escondido aquí, en el Castillo Negro, con tu perro blanco?

—No. Yo cabalgaré hacia el sur. —Leyó la carta de Ramsay Nieve.

El salón del escudo enloqueció. Todos empezaron a gritar a la vez, al tiempo que se levantaban y agitaban los puños.

« Y hasta aquí ha llegado el efecto tranquilizador de la comodidad de los

bancos». Se blandieron espadas; las hachas chocaron contra los escudos. Jon Nieve miró a Tormund, que dio un nuevo toque al cuerno, el doble de largo y fuerte que el anterior.

—La Guardia de la Noche no toma partido en las guerras de los Siete Reinos —les recordó Jon cuando vio que volvía a reinar algo parecido a la calma—. No nos corresponde a nosotros oponernos al Bastardo de Bolton, ni vengar a Stannis Baratheon, ni defender a su viuda y a su hija. Esta... criatura que hace capas de piel de mujer ha jurado arrancarme el corazón, y pretendo hacerle pagar esas palabras..., pero no pediré a mis hermanos que rompan sus votos.

» La Guardia de la Noche irá a Casa Austera. Yo iré solo a Invernalia, a menos que... —Hizo una pausa—. ¿Hay algún hombre que quiera acompañarme?

El estruendo fue ensordecedor, más de lo que esperaba, y se armó tanto tumulto que dos antiguos escudos cayeron de la pared. Soren Rompescudos se había puesto en pie, igual que el Trotamundos, Toregg el Alto, Brogg, Harle el Cazador, Harle el Bello, Ygon Oldfather, Doss el Ciego e incluso el Gran Morsa.

« Ya tengo mis espadas —pensó Jon Nieve— y vamos a por ti, Bastardo. —Vio como Yarwyck y Marsh se escabullían hacia el exterior, seguidos de todos sus hombres. Daba igual. En aquel momento, ni los necesitaba ni los quería—. Nadie podrá decir que obligué a mis hermanos a romper sus votos. Si alguien los rompe, seré yo y solo yo». Tormund le palmeó la espalda con una amplia sonrisa sin dientes.

—Bien dicho, cuervo. Ahora, ¡que traigan el hidromiel! Así se hace: primero te los ganas y luego los emborrachas. Acabaremos haciendo de ti un buen salvaje, muchacho. ¡Ja!

—Pediré cerveza —dijo Jon, distraído. Se dio cuenta de que Melisandre se había marchado, al igual que los caballeros de la reina.

« Tendría que haber ido a ver a Selyse en primer lugar —pensó—. Tenía derecho a saber que su esposo ha muerto» .



VAL, LA PRÍNCESA SALVAJE

—Tengo que salir. Encárgate tú de emborracharlos.

—¡Ja! Una tarea para la que estoy más que preparado, cuervo. ¡Ve!

Caballo y Rory acompañaron a Jon cuando abandonó el salón del escudo.

«Cuando haya terminado de hablar con la reina iré a ver a Melisandre —pensó—. Si fue capaz de ver un cuervo en una tormenta, seguro que puede decirme dónde encontrar a Ramsay Nieve». De repente oyó gritos... y un rugido tan fuerte que el Muro pareció estremecerse.

—Viene de la Torre de Hardin, mi señor —informó Caballo. Otro grito interrumpió lo que tuviera que añadir.

«Val —fue lo primero que pensó Jon. Pero aquello no era un grito de mujer —. Eso es un hombre que agoniza». Echó a correr. Caballo y Rory lo siguieron.

—¿Son espectros? —preguntó Rory. Jon no lo sabía. ¿Era posible que los cadáveres se hubieran zafado de las cadenas?

Cuando llegaron a la Torre de Hardin ya no se oían gritos, pero Wun Weg Wun Dar Wun seguía rugiendo. El gigante tenía sujeto por la pierna un cadáver ensangrentado y lo hacía oscilar, igual que Arya de pequeña, cuando blandía su muñeca como si fuera un mangual cada vez que amenazaban con darle verdura.

«Pero Arya nunca desmembraba a las muñecas». El brazo de la espada del muerto estaba a varios pasos de distancia, y bajo él, la nieve iba tiñéndose de rojo.

—Suéltalo —gritó Jon—. ¡Wun Wun, suéltalo!

Wun Wun no lo oía o no lo entendía. Él también estaba sangrando; tenía cortes de espada en el brazo y el estómago. Estampó al caballero muerto contra la piedra negra de la torre, una y otra vez, hasta que su cabeza quedó reducida a una pulpa rojiza, como una sandía de verano. El aire frío hacía revolotear la capa del caballero. Era de lana blanca, bordada con hilo de plata y adornada con estrellas azules. Por todas partes volaban sangre y huesos.

De las construcciones y torres cercanas afluían norteños, gente del pueblo libre, hombres de la reina...

—Formad una hilera —ordenó Jon—. Mantenedlos alejados, sobre todo a los hombres de la reina.

El muerto era ser Patrek de la Montaña del Rey; ya no quedaba ni rastro de su cabeza, pero se lo distinguía por los blasones. Jon no quería arriesgarse a que ser Malegorn o ser Brus o algún otro hombre de la reina intentara vengarlo.

Wun Weg Wun Dar Wun volvió a aullar y retorció el otro brazo de ser Patrek, que se desprendió con una nube de sangre roja y brillante.

«Como un niño que arranca los pétalos de una margarita», pensó Jon.

—Pieles, habla con él y que se calme. En la antigua lengua; entiende la antigua lengua. Los demás, apartaos. Y guardad el acero; estamos asustándolo.

¿No se daban cuenta de que el gigante también estaba herido? Tenía que poner fin a aquello, o morirían más hombres. No tenían ni idea de lo fuerte que

era Wun Wun.

« Un cuerno, necesito un cuerno» . Vio el brillo del acero y se volvió hacia él.

—¡Nada de espadas! —gritó—. Wick, guarda ese...

... « cuchillo» , quiso decir. Cuando Wick Whittlestick le lanzó un tajo a la garganta, la palabra se convirtió en un gruñido. Jon consiguió esquivar el puñal lo bastante para que apenas le hiciera un arañazo.

« Me ha herido» . Cuando se llevó la mano al cuello, la sangre le corrió entre los dedos.

—¿Por qué?

—Por la Guardia. —Wick volvió a atacar, pero Jon lo atrapó por la muñeca y le dobló el brazo hasta que soltó el puñal. El desgarbado mayordomo dio unos pasos atrás, con las manos en alto, como diciendo « Yo no he sido, yo no he sido» . Los hombres gritaban. Jon echó mano de *Garra*, pero tenía los dedos entumecidos y torpes. Por algún motivo, no era capaz de desenvainar.

De pronto apareció Bowen Marsh frente a él, con las mejillas llenas de lágrimas.

—Por la Guardia. —Apuñaló a Jon en el vientre. Cuando retiró la mano, dejó el arma clavada.

Jon cayó de rodillas. A tientas, agarró el puñal y se lo arrancó. La herida despedía humo blanco en el frío aire nocturno.

—Fantasma —susurró. El dolor lo invadió.

« Hay que clavarla por el extremo puntiagudo» .

Cuando el tercer puñal se le hundió entre los omoplatos, dejó escapar un gruñido y cayó de bruces en la nieve. No llegó a sentir el cuarto. Solo el frío...

LA MANO DE LA REINA

El príncipe dorniense tardó tres días en morir.

Exhaló el último aliento entrecortado en la sombría oscuridad previa al amanecer, mientras la lluvia fría que caía siseando del cielo negro convertía en ríos las calles adoquinadas de la vetusta ciudad. El temporal había sofocado los incendios en su mayor parte, pero todavía se elevaban volutas de humo de las ruinas calcinadas de la pirámide de Hazkar, y la gran pirámide negra de Yherizan, donde Rhaegal tenía su guarida, se alzaba en la penumbra como una gorda engalanada con joyas brillantes y anaranjadas.

«Igual resulta que los dioses no están tan sordos —reflexionó ser Barristan Selmy al contemplar los rescoldos lejanos—. Si no fuera por la lluvia, el fuego ya habría consumido todo Meereen».

No vio ni rastro de los dragones, pero tampoco contaba con ello; no les gustaba la lluvia. Una fina raya roja señalaba el horizonte oriental, por donde pronto saldría el sol. Le recordó la primera sangre que manaba de una herida; a menudo, aunque el corte fuera profundo, llegaba antes que el dolor.

Inspeccionó el cielo desde el parapeto del escalón superior de la Gran Pirámide, como todas las mañanas. Aguardaba el amanecer con la esperanza de que la luz le devolviese a su reina.

«No puede habernos abandonado, nunca dejaría a su pueblo», se decía, cuando oyó los estertores del príncipe en las habitaciones de Daenerys.

Ser Barristan entró. La lluvia le chorreaba por la capa blanca, y las botas dejaban huellas húmedas en el suelo y las alfombras. Por orden suya, habían acostado a Quentyn Martell en la alcoba de la reina. Era un caballero, y un príncipe de Dorne por añadidura; al menos merecía morir en el lecho en pos del cual había recorrido medio mundo. El colchón, las sábanas, las mantas y las almohadas apestan a sangre y a humo, y todo el lecho había quedado inservible, pero ser Barristan confiaba en que Daenerys lo perdonaría.

Missandei estaba a la cabecera de la cama; había permanecido con el príncipe dia y noche, ocupada en atender las necesidades que lograba expresar, darle agua y la leche de la amapola cuando tenía fuerzas para beber, escuchar las pocas palabras que en ocasiones murmuraba tortuosamente, y leerle cuando se quedaba callado. Dormía en la silla, a su lado. Ser Barristan había pedido ayuda a los coperos de la reina, pero la visión del hombre quemado era insoportable hasta para los más audaces. Las gracias azules no habían acudido, pese a que las había mandado llamar en cuatro ocasiones; tal vez se las hubiera llevado a todas la yegua clara.

—Honorable señor. —La pequeña escriba naathi levantó la mirada al oír que se aproximaba—. El príncipe ya ha dejado atrás el dolor; sus dioses dornienses se lo han llevado a casa. ¿Lo veis? Está sonriendo.

« ¿Cómo lo sabes? No tiene labios. —Habría sido más misericordioso que los dragones lo devorases; al menos habría sido más rápido. En cambio, aquello...— Es horrible morir quemado. No me extraña que haya tantos infiernos de fuego» .

—Cúbrelo.

—¿Qué hacemos con él? —Missandei cubrió la cara del príncipe con la colcha—. Está tan lejos de casa...

—Me ocuparé de devolverlo a Dorne.

« Pero ¿cómo? ¿Sus cenizas?» . Para eso hacia falta fuego, y ser Barristan no quería ni pensar en ello.

—Tendremos que descarnar los huesos; con escarabajos, nada de hervirlos.

—En su tierra se habrían hecho cargo las hermanas silenciosas, pero estaban en la bahía de los Esclavos, a diez mil leguas de la más cercana—. Deberías irte a dormir, niña, en tu cama.

—Si perdonáis el atrevimiento, una cree que deberíais hacer lo mismo. Nunca dormís toda la noche.

« Desde hace ya muchos años, pequeña; desde el Tridente» . El gran maestre Pyccelle le había dicho en cierta ocasión que los viejos no necesitaban dormir tanto como los jóvenes, pero no se trataba solo de eso; había llegado a una edad en que se resistía a cerrar los ojos por miedo a no volver a abrirlos. Había quien deseaba morir en la cama, durmiendo, pero ese no era un final digno para un caballero de la Guardia Real.

—Las noches son muy largas —dijo a Missandei—, y el trabajo no termina nunca, ni en los Siete Reinos ni aquí. Pero ya has hecho bastante por ahora: ve a descansar.

« Y quieran los dioses que no sueñes con dragones» .

Cuando la niña se hubo marchado, el anciano caballero retiró la colcha para observar por última vez el rostro de Quentyn Martell, o lo que quedaba de él. Había perdido tanta carne que se le veía el cráneo, y sus ojos eran charcos de pus.

« Debió quedarse en Dorne. Debió seguir siendo una rana. No todos los hombres están destinados a la danza de dragones» .

Mientras lo cubría de nuevo, se preguntó si habría alguien que hiciera lo mismo por su reina, o si su cadáver yacería en la alta hierba del mar dothraki con los ojos ciegos fijos en el cielo, sin nadie que lo velara, hasta que la carne se desprendiera de los huesos.

—No —dijo en voz alta—. Daenerys no está muerta; cabalgaba a lomos del dragón, la vi con mis propios ojos —se había repetido un centenar de veces, aunque cada día le resultaba más difícil creerlo.

« Tenía el pelo en llamas. Estaba ardiendo... y, aunque no la vi caer, cientos de personas juran haber visto como caía» .

La mañana avanzó sobre la ciudad. Seguía lloviendo, pero una tenue luz teñía

el cielo oriental. Con el sol llegó el Cabeza Afeitada. Skahaz vestía su indumentaria acostumbrada: falda negra plisada, canilleras y coraza musculara, aunque bajo el brazo llevaba una máscara nueva: una cabeza de lobo con la lengua colgando.

—Así que ya se ha muerto ese imbécil, ¿eh? —dijo a modo de saludo.

—El príncipe Quentyn ha fallecido al despuntar el alba. —No lo sorprendió que Skahaz se hubiera enterado; las noticias viajaban deprisa en la pirámide—. ¿Se ha reunido el Consejo?

—Aguarda abajo a que la mano se digne aparecer.

« No soy la mano —quería gritar una parte de él— y nunca quise serlo. No soy más que un caballero, el protector de la reina ». Pero alguien debía asumir el gobierno con Daenerys desaparecida y el rey cargado de cadenas, y ser Barristan no se fiaba del Cabeza Afeitada.

—¿Se sabe algo de la gracia verde?

—Aún no ha regresado a la ciudad. —Skahaz se había opuesto a enviar a Galazza Galare, y a ella tampoco la entusiasmaba la misión; había accedido en aras de la paz, pero creía que Hizdahr zo Loraq era más indicado para tratar con los sabios amos. Sin embargo, ser Barristan no daba su brazo a torcer así como así, y al final, la gracia verde tuvo que agachar la cabeza y jurar que haría cuanto estuviera en su mano.

—¿Qué pasa en la ciudad? —preguntó Selmy.

—Todas las puertas están cerradas y atrancadas, como ordenasteis. Damos caza a todos los yunkios y mercenarios que puedan quedar dentro de las murallas, y los expulsamos o detenemos, pero a casi todos parece habérselos tragado la tierra. Están escondidos; en las pirámides, sin duda. Los Inmaculados patrullan la muralla y las torres, listos para responder en caso de asalto. Hay dos centenares de nobles reunidos en la plaza, con el *tokar* empapado por la lluvia, pidiendo a gritos una audiencia; exigen la liberación de Hizdahr y mi muerte, y que vos acabéis con los dragones, porque corre el rumor de que para eso están los caballeros. Todavía se siguen sacando cadáveres de la pirámide de Hazkar. Los grandes amos de Yherizan y Uhlez han abandonado las suyas a merced de los dragones.

—¿Y el recuento de asesinatos? —Ser Barristan ya sabía todo lo demás, pero temía formular aquella pregunta.

—Veintinueve.

—¿Veintinueve? —La cifra superaba sus peores temores. Los Hijos de la Arpía habían reanudado su guerra encubierta dos días atrás, con tres muertes la primera noche y nueve la segunda, pero pasar de nueve a veintinueve en una noche...

—Habrá superado la treintena antes del mediodía. ¿A qué viene esa cara tan triste, viejo? ¿Qué esperabais? La Arpía quiere la liberación de Hizdahr, de modo

que ha enviado a sus hijos de vuelta a la calle, cuchillo en mano. Todos los muertos son libertos y cabezas afeitadas, igual que antes. Uno era de los míos, una bestia de bronce. Junto a todos los cadáveres estaba la marca de la Arpía, pintada con tiza en el suelo o marcada en la pared. También había mensajes: «Muerte a los dragones» y «Harghaz el Héroe»; antes de que la lluvia lo borrase, también se vio algún «Muerte a Daenerys».

—El impuesto de sangre...

—Recolectaremos dos mil novecientas monedas de oro por pirámide, si —refunfuñó Skahaz—, pero la Arpía no se detendrá por un puñado de calderilla; eso solo se logrará con sangre.

«Otra vez el asunto de los rehenes. Si le dejase, los mataría uno por uno».

—¿No os cansáis de repetirlo? Os he oído las cien primeras veces. No.

—La mano de la reina —masculló Skahaz—. Más bien parecéis la mano de una vieja, débil y arrugada. Rezo por que Daenerys vuelva pronto a nuestro lado.

—Se cubrió la cara con la máscara de lobo—. Vuestro Consejo aguarda impaciente.

—Es el Consejo de la Reina, no el mío. —Selmy se cambió la capa húmeda por otra seca y se abrochó el cinto de la espada antes de seguir al Cabeza Afeitada escaleras abajo.

Aquella mañana no había peticionarios en la sala de las columnas. Pese a haber aceptado el título de mano, ser Barristan jamás se atrevería a convocar una audiencia sin la reina, ni estaba dispuesto a permitírselo a Skahaz mo Kandaq. Había retirado los grotescos tronos de dragón de Hizdahr, pero tampoco había vuelto a instalar el sencillo banco con cojines que usaba Daenerys, sino que instaló una gran mesa redonda en el centro de la sala, rodeada de sillas altas, para que los hombres se sentaran a hablar de igual a igual.

Se pusieron en pie cuando bajó ser Barristan por la escalera de mármol, con Skahaz el Cabeza Afeitada a su lado. Estaba Marselen, de los Hombres de la Madre, y Symon Espalda Lacerada, de los Hermanos Libres. Los Escudos Fornidos habían nombrado un nuevo comandante, un isleño del verano de piel negra llamado Tal Toraq, puesto que la yegua clara se había llevado a Mollono Yos Dob, su antiguo capitán. También había acudido Gusano Gris, de los Inmaculados, acompañado de tres sargentos eunucos con casco de bronce rematado en una púa. Representaban a los Cuervos de Tormenta dos mercenarios veteranos: un arquero llamado Jokin y un hombre avinagrado y surcado de cicatrices que luchaba con hacha, al que se conocía como el Viudo. Habían asumido el mando de la compañía en ausencia de Daario Naharis. La mayor parte del *khalasar* de la reina, con Aggo y Rakharo, había partido al mar dothraki en su búsqueda, pero el bizco y patizambo *jaqqa rhan* Rommo estaba presente para hablar en nombre de los jinetes que quedaban.

En el lado de la mesa opuesta al de ser Barristan se habían sentado cuatro de

los antiguos guardias del rey Hizdahr: los luchadores de las arenas Goghor el Gigante, Belaquo Rompehuesos, Camarrón de la Cuenta y el Gato Moteado. Selmy había insistido en que asistiesen, pese a las objeciones del Cabeza Afeitada. No podían olvidar que habían ayudado a Daenerys Targaryen a tomar la ciudad. Tal vez fuesen unos brutos sanguinarios, pero habían demostrado lealtad, a su manera. Al rey Hizdahr, cierto, pero también a la reina.

Por último, Belwas el Fuerte entró en la sala con pasos retumbantes.

El eunuco había mirado a la muerte tan de cerca que podría haberla besado en los labios, y eso lo había marcado. Parecía haber adelgazado una arroba, y la piel morena que antes se tensaba sobre el voluminoso torso, atravesada por un centenar de viejas cicatrices, colgaba en pliegues sueltos, flácida y temblorosa, como una túnica demasiado grande. También caminaba más despacio y parecía algo inseguro. Aun así, su aparición alegró el corazón del anciano caballero; Belwas y él habían cruzado el mundo juntos, y sabía que podía confiar en él si se desenvainaban las espadas.

—Nos alegramos de que hayas podido venir, Belwas.

—Barbablanca —saludó Belwas con una sonrisa—, ¿dónde está el hígado encebollado? Belwas ya no está tan fuerte como antes, necesita comer, hacerse grande otra vez. Alguien hizo enfermar a Belwas, alguien debe morir.

«Alguien morirá; seguramente, muchos».

—Siéntate, amigo mío. —Ser Barristan esperó a que Belwas se sentara y se cruzara de brazos, y prosiguió—. Quentyn Martell ha fallecido esta mañana, antes del alba.

—El jinete de dragones —interrumpió el Viudo con una risotada.

—El imbécil, lo llamaría yo —repuso Symon Espalda Lacerada.

«Di más bien el chiquillo». Ser Barristan no había olvidado sus propias locuras de juventud.

—No habléis mal de los muertos; el príncipe ha pagado un precio espantoso por sus actos.

—¿Qué pasa con los otros dornienses? —preguntó Tal Toraq.

—De momento están presos. —Los dornienses no habían ofrecido ninguna resistencia; cuando llegaron las bestias de bronce, Archibald Yronwood sostenía el cuerpo abrasado y humeante de Quentyn Martell. Tenía las manos quemadas porque las había usado para apagar las llamas que devoraban a su príncipe. Gerris del Manantial estaba junto a ellos con la espada desenvainada, pero la depuso al ver a las langostas—. Comparten celda.

—Que comparten horca —dijo Symon Espalda Lacerada—. Han soltado dos dragones por la ciudad.

—Abrid los reñideros y dadles espadas —suplicó el Gato Moteado—. Los mataré a los dos mientras Meereen me aclama.

—Las arenas de combate permanecerán cerradas —repuso Selmy—. La

sangre y la algarabía podrían atraer a los dragones.

—Puede que a los tres —apuntó Marselen—. Si la bestia negra acudió una vez, ¿por qué no va a volver? Esta vez con nuestra reina.

«O sin ella». Ser Barristan estaba seguro de que, si Drogon regresaba a Meereen y Daenerys no iba montada en su lomo, la ciudad estallaría en sangre y fuego. Hasta los hombres sentados a aquella mesa empuñarían los cuchillos unos contra otros. Daenerys Targaryen sería solo una niña, pero era lo único que los mantenía unidos.

—Su alteza volverá cuando vuelva —declaró ser Barristan—. Hemos llevado mil ovejas al reñidero de Daznak; el de Ghazz lo hemos llenado de bueyes, y las Arenas Doradas, de animales que había traído Hizdahr zo Loraq para los juegos. —Por el momento, los dragones mostraban preferencia por el cordero, ya que volvían a Daznak cada vez que tenían hambre. Ser Barristan no había recibido noticia alguna de que se dedicaran a cazar hombres, ni dentro ni fuera de la ciudad. Los únicos meereenos que habían matado los dragones desde Harghaz el Héroe habían sido unos esclavistas que habían cometido la estupidez de enfrentarse a Rhaegal cuando se disponía a establecer su guarida en la pirámide de Hazkar—. Tenemos asuntos más apremiantes que tratar: he enviado a la gracia verde a negociar con los yunkios la liberación de nuestros rehenes, y está previsto que nos traiga la respuesta al mediodía.

—Palabras —señaló el Viudo—. Los cuervos de tormenta conocen a los yunkios; tienen por lengua gusanos que se retuercen según sople el viento. La gracia verde volverá con palabras de gusano, no con el capitán.

—Ruego a la mano de la reina que recuerde que los sabios amos retienen también a nuestro Héroe —intervino Gusano Gris—. Y al señor de los caballos Jhogo, jinete de sangre de la reina.

—Sangre de su sangre —asintió el dothraki Rommo—. El honor del *khalasar* exige que sea puesto en libertad.

—Lo liberaremos —prometió ser Barristan—, pero antes debemos esperar por si la gracia verde logra...

—¡La gracia verde no va a lograr nada! —gritó Skahaz el Cabeza Afeitada, y acompañó las palabras con un puñetazo en la mesa—. Puede que esté conspirando con los yunkios en este preciso momento. ¿Negociar, habéis dicho? ¿Qué tipo de acuerdo?

—Un rescate —respondió ser Barristan—. El peso de cada hombre en oro.

—Los sabios amos no necesitan nuestro oro —intervino Marselen—. Son más ricos que vuestros señores de Poniente.

—Pero sus mercenarios lo querrán. ¿Qué significan para ellos los rehenes? He dado instrucciones a la gracia verde de no presentar la oferta hasta que estén reunidos todos los comandantes. Si los yunkios se niegan, se creará una escisión entre ellos y sus espadas a sueldo.

«O eso espero. —La táctica había sido idea de Missandei; a él no se le habría ocurrido jamás. En Desembarco del Rey, los sobornos eran la especialidad de Meñique, mientras que lord Varys se encargaba de fomentar la división entre los enemigos de la corona. Sus obligaciones eran más sencillas—. Tiene once años, pero es tan inteligente como la mitad de los presentes juntos, y más sensata que cualquiera de ellos».

—Aun así, la rechazarán —insistió Symon Espalda Lacerada—. Exigirán la muerte de los dragones y la liberación del rey.

—Rezo por que estéis equivocado.

«Aunque me temo que tienes razón».

—Vuestros dioses están demasiado lejos, ser Abuelo —le recordó el Viudo—; no creo que oigan vuestras plegarias. ¿Qué haréis cuando la vieja vuelva del campamento y unkio con el recado de escupiros en el ojo?

—Fuego y sangre —dijo Barristan Selmy en voz bajísima.

Todos enmudecieron.

—¡Mejor que hígado y cebolla! —Belwas el Fuerte rompió el silencio al tiempo que se palmeaba el vientre.

—¿Estáis dispuesto a quebrantar la paz del rey Hizdahr, viejo? —preguntó Skahaz el Cabeza Afeitada con la mirada fija en él a través de los ojos de la máscara de lobo.

—Estoy dispuesto a hacerla añicos. —Mucho tiempo atrás, un príncipe lo había llamado Barristan el Bravo; una parte de aquel muchacho continuaba viva dentro de él—. Hemos construido una almenara en la pirámide, en el lugar donde se alzaba la arpía. Madera seca empapada en aceite, protegida contra la lluvia. Si llega el momento, y rezo para que no llegue, encenderemos el fuego; las llamas serán la señal para salir de la ciudad y atacar. Hasta el último de vuestros hombres deberá tomar parte, así que todos deben estar preparados en cualquier momento del día o de la noche. Destruiremos al enemigo, o moriremos en el intento. —Hizo una seña a sus escuderos para que se acercaran—. He preparado unos mapas que muestran la disposición de nuestros enemigos: campamentos, trabuquetes y líneas de asedio. Si conseguimos romper las defensas de los esclavistas, los mercenarios los abandonarán. Sé que tenéis dudas y preocupaciones; exponedlas aquí y ahora. Cuando nos levantemos de esta mesa, debe ser con una sola opinión y un propósito común.

—Entonces será mejor que traigan comida y bebida —le propuso Symon Espalda Lacerada—, porque nos va a llevar un buen rato.

Les llevó el resto de la mañana y la mayor parte de la tarde. Los capitanes y comandantes discutían sobre los mapas como verduleras sobre una cesta de coles. Los puntos fuertes y los débiles, la mejor forma de aprovechar su pequeña compañía de arqueros, si era mejor mandar a los elefantes a romper las líneas y unkias o mantenerlos en reserva, quién tendría el honor de capitanejar la

primera carga, si sería más conveniente desplegar la caballería por los flancos o conservarla en vanguardia...

Ser Barristan dejó que cada uno diese su opinión. Tal Toraq era partidario de marchar sobre Yunkai tras haber atravesado las líneas enemigas; la Ciudad Amarilla estaría casi indefensa, de modo que los yunkios no tendrían más remedio que levantar el asedio y regresar. El Gato Moteado proponía desafiar al enemigo a que enviase un campeón que se le enfrentase en combate singular; Belwas el Fuerte estaba de acuerdo, pero insistía en que debía luchar él, no el Gato. Camarron de la Cuenta explicó su plan para apoderarse de los barcos atracados en el río y transportar por el Skahazadhan a tres centenares de luchadores de las arenas sorteando la retaguardia yunkia. Todos coincidían en que los Inmaculados eran sus mejores soldados, pero no se ponían de acuerdo sobre la forma de desplegarlos. El Viudo quería utilizarlos como puño de hierro para aplastar el corazón de las defensas yunkias; Marselen opinaba que los eunucos estarían mejor situados en los extremos de la línea principal de batalla, donde podrían repeler cualquier intento del enemigo de rodear sus flancos. Symon Espalda Lacerada proponía que se dividiesen y se repartiesen entre las tres compañías de libertos; aseguraba que sus Hermanos Libres eran valientes y estaban dispuestos para la lucha, pero sin el refuerzo de los Inmaculados, temía que sus inexpertas tropas carecieran de la disciplina necesaria para enfrentarse a mercenarios curtidos en el combate. Gusano Gris dijo únicamente que los Inmaculados obedecerían cualquier orden que se les diese.

Cuando todo quedó dicho, debatido y decidido, Symon Espalda Lacerada planteó una última cuestión:

—Cuando era esclavo en Yunkai ayudaba a mi amo a negociar con las compañías libres y me ocupaba de pagarles el salario. Conozco a los mercenarios, y sé que los yunkios nunca podrán pagarles lo suficiente para que se enfrenten al fuego de dragón. Así que os pregunto: si la paz se rompiese y comenzase la batalla, ¿acudirían los dragones? ¿Se unirían a la lucha?

«Acudirán —pudo haber respondido ser Barristan—. El alboroto, los gritos y alardos, el olor de la sangre los atraerán al campo de batalla, como el clamor del reñidero de Daznak atrajo a Drogon a las arenas escarlata. Pero cuando lleguen, ¿distinguirán entre un bando y otro?». Lo dudaba, así que se guardó sus pensamientos.

—No sabemos qué harán los dragones. Si vienen, puede que la sombra de sus alas baste para desalentar a los esclavistas y ponerlos en fuga. —Tras esas palabras, les agradeció su presencia y les dio permiso para retirarse. Gusano Gris se quedó después de que todos se hubieran marchado.

—Unos estarán preparados cuando se encienda la hoguera en la almenara; pero, sin duda, la mano sabe que, cuando ataquemos, los yunkios matarán a los rehenes.

—Haré cuanto esté en mi mano para impedirlo, amigo mío. Se me ha ocurrido... cierta idea. Pero te ruego que me disculpes; ya va siendo hora de que los dornienses se enteren de que su príncipe ha muerto.

—Uno obedece —repuso Gusano Gris con una inclinación de cabeza.

Ser Barristan bajó a las mazmorras en compañía de dos de sus caballeros recién armados. El dolor y la culpa podían enloquecer a hombres buenos, y Archibald Yronwood y Gerris del Manantial habían sido responsables en parte de la muerte de su amigo. Cuando llegó a la celda, ordenó a Tum y al Cordero Rojo que esperasen fuera y entró a solas, para informarlos de que el príncipe había dejado de sufrir.

Ser Archibald, el grandullón calvo, no dijo nada; se sentó en el camastro y se quedó mirándose fijamente las manos vendadas con tiras de lino. Ser Gerris dio un puñetazo a la pared.

—¡Le dije que era una locura! Le rogué que volviésemos a casa. Cualquiera se habría dado cuenta de que esa zorra de reina no quería saber nada de él. Cruzó el mundo para ofrecerle su amor y lealtad, y ella se echó a reír.

—No se rio —objetó Selmy—. Si la conocieseis, lo sabriais.

—Lo desdeñó; él le ofreció su corazón, y ella se lo tiró a la cara y se largó a follar con su mercenario.

—Será mejor que contengáis esa lengua. —A ser Barristan no le caía bien Gerris del Manantial, y no estaba dispuesto a permitirle que vilipendiase a Daenerys—. El príncipe fue el causante de su propia muerte, y vosotros también.

—¿Nosotros? ¿Qué hicimos nosotros? Es cierto que Quentyn era nuestro amigo, y tal vez estuviese un poco loco, como todos los soñadores, pero ante todo era nuestro príncipe. Le debíamos obediencia.

Barristan Selmy no pudo llevarle la contraria; se había pasado la mayor parte de la vida obedeciendo órdenes de locos y borrachos.

—Llegó demasiado tarde.

—Le ofreció su corazón —repitió ser Gerris.

—Lo que necesitaba eran espadas, no corazones.

—También le habría ofrecido las lanzas de Dorne.

—Ojalá hubiese sido así. —Nadie había deseado con más fervor que Selmy que Daenerys se inclinase por el príncipe dorniense—. Pero cuando llegó era tarde, y todo lo que hizo..., comprar mercenarios, soltar dos dragones en la ciudad..., fue una locura. Peor que locura: traición.

—Lo hizo por amor a la reina Daenerys —insistió Gerris del Manantial—; para demostrar que era digno de su mano.

—Lo hizo por Dorne —replicó el anciano caballero, que ya se había hartado de oírlo—. ¿Me tomáis por un viejo chocho? Me he pasado la vida rodeado de reyes, reinas y princesas. Lanza del Sol pretende alzarse en armas contra el Trono de Hierro. No, no os molestéis en negarlo; Doran Martell no es hombre

que reúna sus lanzas sin esperanza de victoria. Lo que trajo aquí al príncipe Quentyn fue el deber; eso y el honor, y la sed de gloria..., no el amor. Quentyn vino por los dragones, no por Daenerys.

—Vos no lo conocíais. Era...

—¡Ha muerto, Manan! —Yronwood se puso en pie—. Las palabras no nos lo devolverán. Cletus y Will también han muerto, así que cierra la puta boca antes de que te la cierre yo de un puñetazo. —El corpulento caballero se volvió hacia Selmy—. ¿Qué vais a hacer con nosotros?

—Skahaz el Cabeza Afeitada quiere colgaros por haber matado a cuatro de los suyos; hombres de la reina. Dos eran libertos que habían seguido a su alteza desde Astapor.

—Ah, sí, los hombres bestia. —Yronwood no parecía sorprendido—. Yo solo maté a uno, al de cabeza de basilisco. Los mercenarios se encargaron del resto, aunque ya sé que da lo mismo.

—Teníamos que proteger a Quentyn —intervino ser Gerris—. Debíamos...

—Cállate, Manan; ya lo sabe. —El grandullón volvió a dirigirse a ser Barristan—. Si tuvierais intención de ahorcarnos, no habríais venido a hablar, así que tenéis otros planes, ¿verdad?

—Así es. —«Puede que no sea tan corto de entendederas como parece»—. Me seréis más útiles vivos que muertos. Servidme, y cuando todo haya acabado os conseguiré un barco para regresar a Dorne y llevar los huesos del príncipe Quentyn a su señor padre.

—¿Por qué siempre en barco? —dijo ser Archibald con un gesto de disgusto—. Pero es verdad, alguien tiene que llevar a Quent a casa. ¿Qué queréis de nosotros, caballero?

—Vuestras espadas.

—Ya tenéis espadas a millares.

—Los libertos de la reina aún no han probado la sangre; en los mercenarios no confío; los Inmaculados son soldados valientes..., pero no son guerreros. No son caballeros. —Hizo una pausa—. Decidme, ¿qué ocurrió cuando tratasteis de llevarlos a los dragones?

Los dornienses cruzaron una mirada. Al final fue Gerris del Manantial el que habló.

—Quentyn le aseguró al Príncipe Desharrapado que podría controlarlos, que tenía sangre Targaryen.

—La sangre del dragón.

—Sí. Los mercenarios tenían que ayudarnos a encadenar a los dragones para llevarlos al puerto.

—Harapos había conseguido un barco —continuó Yronwood—. Grande, por si conseguíamos capturar a los dos. Y Quent iba a montar a uno. —Se miró las manos vendadas—. Pero en cuanto entramos fue evidente que no podía

funcionar. Los dragones eran demasiado fieros. Las cadenas... Había trozos de cadenas por todas partes, eslabones del tamaño de una cabeza esparcidos entre todos esos huesos quebrados y astillados. Y Quent, que los Siete lo tengan en su gloria, parecía a punto de cagarse en los calzones. Daggo y Meris no estaban ciegos, ellos también se dieron cuenta. Pero, entonces, un ballestero disparó. Puede que tuvieran intención de matarlos desde el principio y nos utilizaran para llegar a ellos; con Remiendos nunca se sabe. Se mire como se mire, no fue buena idea; la saeta solo sirvió para enfurecer a los dragones, y no es que antes estuviesen de muy buen humor. A partir de ahí... todo salió mal.

—Y los hijos del viento se esfumaron —dijo ser Gerris—. Quentyn gritaba, envuelto en llamas, y Daggo, Meris la Bella y todos los demás, menos el muerto, se habían escabullido.

—Ah, Manan, ¿qué esperabas? Los gatos matan ratones, los cerdos se revuelcan en la mierda y los mercenarios salen corriendo cuando más falta hacen. No los culpes, solo es la naturaleza de esas bestias.

—Tiene razón —opinó ser Barristan—. ¿Qué le había prometido Quentyn al Príncipe Desharrapado a cambio de la ayuda?

No obtuvo respuesta. Ser Gerris miró a ser Archibald; ser Archibald se miró las manos, luego el suelo, luego la puerta.

—Pentos —comprendió ser Barristan—. Le prometió Pentos. Decidlo; nada de lo que digáis puede ya ayudar ni perjudicar al príncipe Quentyn.

—Sí —convino ser Archibald con tristeza—. Fue Pentos. Los dos dejaron sus marcas en un papel.

« Esta puede ser la oportunidad ».

—Todavía tenemos a los falsos desertores de los hijos del viento en las mazmorras.

—Los recuerdo —dijo Yronwood—. Hungerford, Heno y esa panda. Algunos no eran malos tipos, para ser mercenarios. Otros, bueno..., digamos que no se pierde nada con matarlos. ¿Qué pasa con ellos?

—Voy a devolvérselos al Príncipe Desharrapado, y a vosotros con ellos. Seréis dos entre miles; vuestra presencia pasará inadvertida en el campamento yunkio. Quiero que le entreguéis un mensaje: decidle que os envío en nombre de la reina; decidle que pagaremos su precio si nos devuelve a los rehenes ileso y de una pieza.

—Remiendos no aceptará; lo más probable es que nos ponga en manos de Meris la Bella —dijo ser Archibald con el entrecejo fruncido.

—¿Por qué no? Es bien sencillo. —« Comparado con robar dragones »—. Yo rescaté al padre de la reina del Valle Oscuro.

—En Poniente —objetó Gerris del Manantial—. Esto es Meereen, y Arch ni siquiera puede sostener la espada con esas manos.

—No le hará falta; tendréis a los mercenarios de vuestra parte, a no ser que

hay a juzgado mal al Príncipe Desharrapado.

—¿Podéis concedernos un rato para decidirlo? —pidió Gerris del Manantial, mientras se echaba hacia atrás la mata de pelo dorado por el sol.

—No —contestó Selmy.

—Estoy dispuesto —se ofreció ser Archibald—, siempre que no haya que montar en ningún puto barco. Y Manan también —aseguró con una sonrisa—. Aún no lo sabe, pero ya se enterará.

Y así quedó resuelto.

« Por lo menos, la parte fácil», pensó Barristan Selmy durante la larga subida hacia la cúspide de la pirámide. La parte difícil la había dejado en manos de los dornienses, aunque su abuelo se habría horrorizado. Eran caballeros, al menos formalmente, aunque solo Yronwood parecía hecho de verdadero acero; Gerris del Manantial no era más que una cara bonita con lengua locuaz y una hermosa cabellera.

Cuando el anciano caballero llegó a las habitaciones de la reina ya habían retirado el cadáver del príncipe Quentyn, y seis jóvenes coperos se entretenían con un juego infantil: sentados en círculo, hacían girar por turnos un puñal y, cuando se detenía, le cortaban un mechón de pelo al que estuviese en la dirección en que apuntase. De pequeño, ser Barristan jugaba a algo parecido con sus primos, en Torreón Cosecha..., aunque, si no recordaba mal, en Poniente la cosa iba de besos.

—Bhakaz, una copa de vino, si eres tan amable; Grazhar, Azzak, haceos cargo de la puerta. Espero la visita de la gracia verde; hacedla pasar en cuanto llegue, pero que no se me moleste por ningún otro motivo.

—Como ordenéis, lord mano —respondió Azzak, que se había levantado a toda prisa.

Ser Barristan salió a la terraza. Había dejado de llover, aunque el sol seguía oculto tras una barrera de nubes gris pizarra en su descenso hacia la bahía de los Esclavos. De las piedras ennegrecidas de la pirámide de Hazkar aún se elevaban volutas de humo, retorciéndose como cintas al viento. A lo lejos, al este, más allá de la muralla, vio unas alas blanquecinas que se movían sobre una hilera de colinas. Viserion estaba de caza, o tal vez volaba por simple placer. Se preguntó dónde estaría Rhaegal; hasta entonces, el dragón verde había demostrado ser más peligroso que el blanco.

Cuando Bhakaz le llevó el vino, bebió un largo trago y mandó al chico a por agua. Un par de copas de vino podía ayudarlo a conciliar el sueño, pero tenía que estar despejado cuando volviese Galazza Galare de negociar con el enemigo, así que se lo tomó muy aguado. El mundo fue oscureciéndose a su alrededor. Estaba muy cansado y lleno de dudas. Los dornienses, Hizdahr, Reznak, el ataque... ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Era aquello lo que Daenerys habría querido?

« No estoy hecho para esto». No era el primer hombre de la Guardia Real

que asumía el cargo de mano, pero si uno de los pocos. Había leído la historia de sus predecesores en el Libro Blanco, y se preguntaba si se habrían sentido tan confusos y perdidos como él.

—Lord mano. —Grazhar estaba en la puerta y sostenía un cirio—. Ha llegado la gracia verde, y queríais que os avisara.

—Hazla pasar, y enciende unas velas.

Galazza Galare llegó acompañada de cuatro gracias rosa; Selmy no pudo por menos que admirar el halo de sabiduría y dignidad que la rodeaba.

« Esta mujer es fuerte, y ha sido una amiga fiel para Daenerys» .

—Lord mano —saludó con el rostro oculto por un velo verde de tela brillante—. ¿Puedo sentarme? Tengo los huesos viejos y cansados.

—Grazhar, trae una silla para la gracia verde. —Las gracias rosa se desplegaron detrás de ella, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas en el regazo—. ¿Puedo ofreceros algún refrigerio?

—Os estaría muy agradecida, ser Barristan. Tengo la garganta seca de tanto hablar. ¿Tenéis zumo?

—Lo que deseéis. —Llamó a Keznya y le pidió una jarra de zumo de limón endulzado con miel. La sacerdotisa tuvo que apartarse el velo para beberlo, y Selmy recordó entonces lo vieja que era: lo sobrepasaba en veinte años, si no más—. Si la reina estuviese aquí, sé que también os daría las gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros.

—Su magnificencia siempre ha sido muy gentil. —Galazza Galare se terminó la bebida y volvió a cubrirse con el velo—. ¿Tenemos noticias de nuestra dulce reina?

—Ninguna, por el momento.

—Rezaré por ella. Y, si me permitís la audacia, ¿qué hay del rey Hizdahr? ¿Se me permitirá ver a su esplendor?

—Muy pronto, espero. Os garantizo que no ha sufrido ningún daño.

—Me alegra oír eso. Los sabios amos de Yunkai se interesaron por él; no os sorprenderá saber que quieren que se devuelva la corona de inmediato al noble Hizdahr.

—Así será, si se demuestra que no atentó contra la vida de la reina. Hasta entonces, un consejo de hombres leales y justos gobernará Meereen, y hay un sitio para vos. Sé que tenéis mucho que enseñarnos, vuestra benevolencia, y necesitamos vuestra sabiduría.

—Me temo que me aduláis con cortesías vacuas, lord mano —replicó la gracia verde—. Si de verdad me consideráis sabia, hacedme caso ahora: liberad al noble Hizdahr y devolvedle su trono.

—Solo la reina puede devolvérselo.

—La paz que forjamos con tanto trabajo se agita como una hoja a merced del viento de otoño. —Tras el velo, la gracia verde suspiró—. Vivimos días

aciagos. La muerte acecha en nuestras calles, a lomos de la yegua clara de la tres veces maldita Astapor. Los dragones rondan por el cielo y devoran la carne de los niños. Cientos de personas embarcan hacia Yunkai, Tolos, Qarth o cualquier otro lugar donde puedan encontrar refugio. La pirámide de Hazkar se ha derrumbado y ahora es una ruina humeante, y muchos descendientes de su antiguo linaje yacen bajo las piedras calcinadas. Las pirámides de Uhlez y Yherizan se han convertido en guaridas de monstruos, y sus amos, en mendigos sin techo. Mi pueblo ha perdido toda esperanza y dado la espalda a los mismísimos dioses, y pasa las noches entregado a la bebida y el fornicio.

—Y al asesinato. Esta noche, los Hijos de la Arpía han dejado treinta víctimas.

—Me duele oír eso. Razón de más para liberar al noble Hizdahr zo Loraq, que fue capaz de detener la matanza.

« ¿Y cómo lo consiguió, a menos que sea la propia Arpía?» .

—Su alteza contrajo matrimonio con Hizdahr zo Loraq, lo hizo su rey y consorte y restauró el arte mortal porque él se lo pidió. A cambio, él le dio langostas envenenadas.

—A cambio le dio la paz. Por favor, caballero, no la desdeñéis. La paz es una perla de valor incalculable. Hizdahr es un Loraq; nunca se mancharía las manos de veneno. Es inocente.

—¿Por qué estáis tan segura?

« A lo mejor porque sabéis quién es el envenenador» .

—Me lo han dicho los dioses de Ghis.

—Mis dioses son los Siete, y guardan silencio. ¿Habéis presentado mi oferta, sabiduría?

—A todos los señores y capitanes de Yunkai, como pedisteis... Pero me temo que no os gustará la respuesta.

—¿Se han negado?

—En efecto. Dicen que no hay oro que pueda comprar el regreso de los vuestros, solo la sangre de los dragones.

Ser Barristan se lo esperaba, pero había albergado esperanzas de equivocarse. Apretó los labios.

—Sé que no son las palabras que deseabais oír —señaló Galazza Galare—, aunque he de decir que lo entiendo. Esos dragones son bestias malignas. Yunkai los teme... y con razón, no podéis negarlo. Nuestras historias hablan de los señores de los dragones de la terrible Valyria y de la desolación que llevaron a las gentes del Antiguo Ghis. Hasta vuestra joven reina, la hermosa Daenerys, que se hacía llamar Madre de Dragones... Aquel día, en la fosa, la vimos arder. Ni siquiera ella se libró de la ira de los dragones.

—Su alteza no... No...

—Está muerta, y quieran los dioses otorgarle un dulce sueño. —Las lágrimas

brillaron tras el velo—. Que mueran también sus dragones.

Selmy trataba de hallar una respuesta cuando oyó unas fuertes pisadas. La puerta se abrió de golpe, y Skahaz mo Kandaq irrumpió en la estancia con cuatro bestias de bronce. Cuando Grazhar trató de cortarle el paso, lo apartó de un empellón.

—¿Qué ocurre? —Ser Barristan se incorporó de un salto.

—¡Los trabuquetes! —bramó el Cabeza Afeitada—. ¡Los seis!

—Así es como responde Yunkai a vuestra oferta. —Galazza Galare se levantó—. Os advertí que no os gustaría la respuesta.

« De modo que eligen la guerra. Pues la tendrán». Ser Barristan sintió un extraño alivio; la guerra era algo que entendía.

—Si creen que pueden vencer a Meereen lanzando piedras...

—No lanzan piedras. —La voz de la anciana estaba impregnada de pesar, de miedo—. Lanzan cadáveres.

La colina era una isla de piedra en un mar de verde.

Dany tardó media mañana en bajar, y cuando terminó estaba agotada. Sentía los músculos doloridos, y le parecía que tenía un poco de fiebre. La roca le había dejado las manos en carne viva.

«Pero ya las tengo mejor», decidió mientras se pellizcaba una ampolla reventada. Tenía la piel rosada y sensible, y le manaba un líquido lechoso de las palmas agrietadas, pero las quemaduras se estaban curando.

La colina parecía más imponente desde abajo. A Dany le gustaba llamarla Rocadragón, como la antigua ciudadela que la había visto nacer. No conservaba ningún recuerdo de la Rocadragón original, pero aquella no iba a olvidarla fácilmente. La parte inferior de la ladera estaba cubierta de matorrales y arbustos espinosos; más arriba se alzaba hacia el cielo un escarpado y abrupto laberinto irregular de piedra desnuda. Allí, entre rocas quebradas, crestas afiladas como cuchillas y agujas pétreas, Drogon había construido su guarida en una gruta poco profunda. En cuanto la vio, Dany se dio cuenta de que el dragón llevaba un tiempo morando allí: el aire olía a ceniza; los árboles y rocas de las inmediaciones estaban chamuscados y ennegrecidos, y había huesos rotos y quemados por todo el suelo. Era su hogar.

Dany conocía muy bien la llamada del hogar.

Dos días atrás se había encaramado a una aguja de roca y había vislumbrado agua al sur, el fugaz destello de un reguero bajo el sol poniente.

«Un arroyo», pensó. Era minúsculo, pero la llevaría a otro más grande, que a su vez desembocaría en un riachuelo, y todos los ríos de esa parte del mundo eran afluentes del Skahazadhan; cuando lo encontrase, solo tendría que seguirlo corriente abajo para llegar a la bahía de los Esclavos.

Habría preferido volver a Meereen a lomos del dragón, pero Drogon no compartía su deseo.

Los señores de los dragones de la antigua Valyria controlaban a sus monturas con hechizos de atadura y cuernos mágicos; Daenerys había tenido que arreglárselas con una palabra y un látigo. Montada en él tenía la sensación de estar aprendiendo a cabalgar desde el principio. Cuando fustigaba a su yegua plateada en el flanco derecho, iba hacia la izquierda, puesto que la reacción instintiva de los caballos era la huida; cuando azotaba a Drogon por la derecha, viraba a la derecha, porque el primer instinto de los dragones era el ataque. Aunque a veces no importaba dónde lo golpease: la llevaba adonde le daba la gana. No había látigo ni palabras que hiciesen cambiar de rumbo a Drogon si no le venía en gana. Había observado que el látigo le causaba más molestia que daño; sus escamas se habían vuelto más duras que el cuerno.

Y por muy lejos que volara durante el día, al caer la noche, el instinto lo

impulsaba a regresar a Rocadragón.

« Su hogar, no el mío. —El suyo estaba en Meereen, con su esposo y su amante. Ese era su lugar—. Debo seguir caminando; si vuelvo la vista atrás, estoy perdida» .

Los recuerdos la acompañaban: las nubes vistas desde arriba; caballos del tamaño de hormigas que galopaban por la hierba; una luna de plata tan cercana que casi podía tocarla; ríos resplandecientes y azules que espejeaban al sol.

« ¿Volveré a ver esas maravillas algún día?» . A los lomos de Drogon se sentía plena. En lo alto del cielo, los pesares del mundo no llegaban hasta ella. ¿Cómo podía renunciar a eso?

Sin embargo, había llegado el momento. Las niñas podían permitirse pasar la vida jugando, pero ella era una mujer, reina y esposa, con millares de hijos que la necesitaban. Drogon se había inclinado ante el látigo y ella debía hacer lo mismo: tenía que ponerse la corona y volver a su banco de ébano y a los brazos de su noble esposo.

« Hizdahr, el de los besos tibios» .

El sol calentaba la mañana y el cielo estaba azul y despejado, por fortuna. Solo llevaba unos harapos que poco podían abrigarla. Había perdido una sandalia durante el vuelo desenfrenado desde Meereen, y la otra la había dejado en la cueva de Drogon porque prefería ir descalza a ir medio calzada. El *tokar* y el velo se habían quedado en el reñidero, y la camisola de lino no era lo más indicado para soportar los días calurosos y las noches frías del mar dothraki. Estaba sucia de tierra, hierba y sudor, y había arrancado el dobladillo para vendarse la espinilla.

« Seguro que parezco una muerta de hambre, pero, si los días siguen siendo cálidos, no me moriré de frío» .

Allí había estado casi todo el tiempo sola, herida y hambrienta... y, pese a todo, había disfrutado de una extraña felicidad.

« Unos cuantos dolores, el estómago vacío, las noches frías... ¿Qué importa a cambio de volar? Lo repetiría» .

Se dijo que Irri y Jhiqui estarían esperándola en la cúspide de la pirámide, en Meereen. También estarían la cariñosa escriba Missandei y los pequeños pajes. Le llevarían comida y podría bañarse en el estanque, bajo el caqui, para sentirse limpia otra vez. No le hacía falta ningún espejo para saber que estaba mugrienta.

También estaba famélica. Una mañana había encontrado cebollas silvestres en la ladera sur, y más tarde, el mismo día, una verdura de hojas rojizas que tal vez fuera una extraña especie de repollo; fuera lo que fuese, no le había sentado mal. Aparte de eso, y del pez que había pescado en el estanque que formaba el manantial, frente a la cueva de Drogon, había sobrevivido como podía con las sobras del dragón, huesos quemados y trozos de carne humeante entre carbonizada y cruda. Sabía que no era suficiente. Un día le dio una patada al

cráneo fracturado de una oveja con el pie descalzo y lo mandó rodando colina abajo. Mientras lo miraba caer por la empinada pendiente, hacia el mar de hierba, se dio cuenta de que debía seguirlo.

Emprendió el camino con paso ligero. Sentía el calor de la tierra entre los dedos de los pies. La hierba era tan alta como ella.

« No lo parecía cuando cabalgaba en la plata, junto a mi sol y estrellas, a la cabeza del *khalasar*». Mientras caminaba se daba golpecitos en el muslo con el látigo del sobrestante. Eso y los harapos que la cubrían eran todo lo que se había llevado de Meereen.

Aunque avanzaba a través de un reino verde, no era el verde intenso del verano. Incluso allí se notaba la presencia del otoño, y el invierno no tardaría en llegar. La hierba era más clara de lo que recordaba, de un verde apagado y enfermizo a punto de amarilllear; después, se pondría pardusca. La vegetación estaba muriendo.

Daenerys Targaryen conocía bien el mar de hierba dothraki, que se extendía desde el bosque de Qohor hasta la Madre de las Montañas y el Vientre del Mundo. Lo había visto por primera vez cuando era una niña, recién casada con Khal Drogo cuando se dirigió a Vaes Dothrak para presentarse ante las viejas del *dosh khaleen*. La visión de aquella inmensa pradera la había dejado sin aliento.

« El cielo era azul, la hierba era verde y yo estaba llena de esperanza. —Ser Jorah estaba a su lado, su viejo oso gruñón. Tenía a Irri, a Jhiqui y a Doreah para cuidar de ella, a su sol y estrellas para abrazarla por las noches, y al hijo que crecía en su interior—. Rhaego. Iba a llamarlo Rhaego, y el *dosh khaleen* dijo que sería el semental que montaría el mundo». No había sido tan feliz desde aquellos días en Braavos que solo recordaba a medias, cuando vivía en la casa de la puerta roja.

Pero, en el desierto rojo, toda su alegría se convirtió en cenizas. Su sol y estrellas se cayó del caballo, la *maegi* Mirri Maz Duur mató a Rhaego en su vientre, y ella asfixió con sus propias manos a la cáscara vacía de Khal Drogo. Después, el gran *khalasar* de Drogo se había roto en pedazos. Ko Pono se nombró Khal Pono y se llevó a muchos jinetes y esclavos; Ko Jhaqo se nombró Khal Jhaqo y se llevó más; Mago, el jinete de sangre de Jhaqo, violó y asesinó a Eroeh, una chica a la que Daenerys ya había salvado una vez de sus garras. Solo el nacimiento de sus dragones, entre el fuego y el humo de la pira funeraria de Khal Drogo, la salvó de ser arrastrada a Vaes Dothrak para pasar el resto de sus días entre las viejas del *dosh khaleen*.

« El fuego me quemó el pelo, pero no me hizo ningún daño. —Lo mismo había ocurrido en el reñidero de Daznak; de eso se acordaba, aunque lo que llegó después lo veía a través de una neblina—. Toda aquella gente, los gritos, los empujones...». Recordaba caballos encabritados y sandías que se desparramaban desde un carro volcado. De abajo llegó una lanza, seguida de una

lluvia de saetas. Una le pasó tan cerca que le rozó la mejilla; otras resbalaron en las escamas de Drogon, se alojaron entre ellas o le rasgaron la membrana de las alas. Recordaba cómo se retorcía el dragón, las sacudidas que daba a cada impacto, mientras ella, desesperada, trataba de aferrarse a las escamas de su lomo. Le salía humo de las heridas. Dany vio una saeta estallar en llamas y otra caer, desprendida por el batir de las alas. Abajo había hombres que corrían en círculos, envueltos en llamas y con los brazos alzados, como atrapados en una danza demencial. Una mujer con un *tokar* verde cogió a un niño que lloraba y lo protegió de las llamas con su cuerpo. Recordaba vívidamente el color, pero no el rostro de la mujer, que quedó tirada, abrazada al niño, en el suelo de adoquines, mientras la gente le pasaba por encima. Algunos estaban en llamas.

Después, todo se había desvanecido. Los sonidos quedaron ahogados, la gente empequeñeció, y las flechas y lanzas cayeron sin alcanzarlos cuando Drogon se abrió camino hacia el cielo. La llevó arriba, cada vez más arriba, muy por encima de las pirámides y las arenas de combate, con las alas extendidas para atrapar el aire caliente que se elevaba de los adoquines achicharrados al sol de la ciudad.

«Aunque me caiga y me mate, habrá merecido la pena», había pensado.

Volaron hacia el norte, más allá del río. Drogon planeaba con sus alas desgarradas y magulladas atravesando nubes que ondeaban al viento como los estandartes de un ejército fantasmal. Dany atisbió la orilla de la bahía de los Esclavos y la antigua calzada valyria que discurría a su lado, entre arena y desolación, hasta perderse en el oeste.

«El camino a casa».

Bajo ellos solo estaba la hierba que se mecía al viento.

«¿Han pasado mil años desde la primera vez que volé?». A veces se lo parecía.

El sol calentaba más a medida que ascendía en el cielo, y al poco empezó a darle dolor de cabeza. El pelo volvía a crecerle, pero muy despacio.

«Necesito un sombrero —dijo en voz alta. Allá arriba, en Rocadragón, había intentado confeccionarse uno entretejiendo tallos de hierba, como había visto hacer a las dothrakis durante el tiempo que pasó con Drogo, pero o no usaba la hierba adecuada o, sencillamente, no sabía; el caso era que todos se le hacían pedazos entre las manos—. Tengo que volver a intentarlo —se decía—; el próximo me saldrá mejor. Soy de la sangre del dragón, tengo que ser capaz de hacer un sombrero». Probó una y otra vez, pero el último intento fue tan infructuoso como el primero.

Pasado el mediodía llegó al arroyo que había visto desde la cima de la colina. Era un reguero, un hilillo de agua, no más ancho que su brazo... y el brazo se le había quedado más delgado con cada día que pasaba en Rocadragón. Cuando hizo cuenco con las manos para coger agua y echársela por la cara, se embarró

los nudillos con el fondo. Le habría gustado que estuviese más fría, más clara... Pero no: puesta a cifrar sus esperanzas en deseos, más le valía desear que la rescataran.

Todavía confiaba en que fuesen en pos de ella. Quizá ser Barristan, que era el primero de su Guardia de la Reina y había jurado defenderla con su propia vida; o sus jinetes de sangre, que conocían el mar dothraki y estaban ligados a ella por lazos inquebrantables; o su esposo, el noble Hizdahr zo Loraq, que podía enviar una partida de búsqueda; o Daario... Dany lo imaginó cabalgando hacia ella a través de la pradera, con una sonrisa en los labios y el diente de oro destellando bajo los últimos rayos del sol poniente.

Solo que Daario estaba en manos de sus enemigos, como rehén, para garantizar la seguridad de los capitanes yunkios.

« Daario, Héroe, Jhogo, Groleo y tres parientes de Hizdahr». Suponía que ya los habrían liberado a todos, pero...

Pensó en las espadas de su capitán, colgadas en la pared, al lado de su cama, esperando a que volviese a buscarlas. « Te dejo a mis chicas —había dicho—. Mantenlas a salvo en mi nombre, amada». ¿Hasta qué punto sabrían los yunkios cuánto significaba Daario para ella? Se lo había preguntado a ser Barristan el día en que partieron los rehenes.

—Habrá oido rumores —le respondió—. Hasta puede que Naharis se haya jactado de... de vuestro gran... de cuánto lo aprecia vuestra alteza. Disculpadme si os digo que la modestia no es una de sus virtudes. Está muy orgulloso de su... habilidad con la espada.

« Queríais decir que se jacta de acostarse conmigo. —Pero Daario no habría cometido la estupidez de alardear ante el enemigo—. No tiene importancia; a estas alturas, los yunkios estarán de regreso». Ese era el objetivo de todo lo que había hecho: la paz.

Se volvió para mirar el camino que había recorrido, hacia Rocadragón, que se alzaba sobre la pradera como un puño cerrado.

« Parece tan cerca... Llevo horas caminando, pero da la impresión de que podría tocarla si extendiese la mano». No era demasiado tarde para volver. Había peces en el estanque, junto a la cueva de Drogon. Si había pescado uno el primer día, podría pescar más. Y estaban las sobras. Huesos carbonizados con restos de carne; su parte de las matanzas de Drogon.

« No —se dijo—. Si vuelvo la vista atrás, estoy perdida. —Podía subsistir durante años entre las piedras recalentadas de Rocadragón, cabalgar sobre Drogon de día y roer los restos que dejaba al anochecer, mientras el mar de hierba pasaba del oro al anaranjado a la luz del crepúsculo; pero esa no era la vida a la que estaba destinada. Así que, una vez más, dio la espalda a la colina e hizo oídos sordos a la canción de vuelo y libertad que entonaba el viento al juguetear entre sus crestas rocosas. Siguió el arroyo, que corría hacia el

sursuroeste, o eso le parecía—. Llévame al río, es lo único que te pido. Llévame al río y yo me encargaré del resto».

El tiempo transcurría despacio; el cauce serpenteaba, y Dany lo seguía, marcando el paso con golpecitos del látigo en la pierna, intentando no pensar en la distancia que quedaba, en el martilleo que sentía en la cabeza ni en el estómago vacío.

«Un paso. Y luego otro. Y el siguiente. Y otro más». ¿Qué otra cosa podía hacer?

Su mar estaba en calma. Cuando soplaban el viento, la hierba suspiraba con el entrechocar de los tallos, susurrando en un idioma que solo entendían los dioses. De vez en cuando, el arroyuelo gorgoteaba al topar con una roca. Dany chapoteaba en el barro. A su alrededor zumbaban insectos: libélulas perezosas, brillantes avispas verdes y mosquitos punzantes, tan pequeños que casi no se veían; cuando se le posaban en los brazos los aplastaba a manotazos, distraída. Una vez se encontró con una rata bebiendo del arroyo, y al verla salió disparada y desapareció en la hierba. En ocasiones oía el trino de los pájaros, que le hacía rugir las tripas, pero no tenía una red para atraparlos y aún no había encontrado ningún nido.

«Antes soñaba con volar —pensó—, y ahora que he volado, sueño con robar huevos». Aquello la hizo reír.

—Los hombres están locos; y los dioses, más locos todavía —le dijo a la hierba, y la hierba susurró su aprobación.

Divisó a Drogon tres veces a lo largo del día. La primera estaba tan lejos que podía haber sido un águila que entrara y saliera de las nubes lejanas, pero ya había aprendido a reconocerlo aunque no fuese más que una mota. La segunda vez pasó por delante del sol, con las alas negras desplegadas, y el mundo se oscureció. La última pasó volando por encima de ella, tan cerca que alcanzó a oír sus alas. Durante un instante creyó que iba a convertirse en su presa; pero el dragón pasó de largo sin reparar en ella y se perdió por el este.

«Menos mal».

El crepúsculo la pilló casi por sorpresa. Cuando el sol doraba las lejanas crestas de Rocadragón, se topó con un muro bajo de piedra, medio desmoronado y cubierto de maleza. Quizá hubiese formado parte de un templo o del torreón del señor de aquel pueblo, ya que más allá había otras ruinas: un antiguo pozo y unos círculos en la hierba que señalaban los lugares que habían ocupado las chozas. Le pareció que fueron de adobe y bálgano, aunque largos años de viento y lluvias las habían hecho desaparecer casi por completo. Dany contó ocho hasta que se puso el sol, pero podía haber más, ocultas en la hierba.

El muro de piedra había resistido mejor; aunque en ninguna parte superaba una vara de altura, el ángulo que formaba con otra pared, más baja, aún ofrecía cierto refugio contra los elementos, y pronto caería la noche. Dany se instaló en

aquel rincón, en un nido que se construyó con manojos de hierba que arrancó junto a las ruinas. Estaba agotada, y le habían salido más ampollas en los pies, incluidas dos ampollas gemelas en los meñiques.

«Tiene que ser por mi forma de caminar». El pensamiento la hizo reír.

Cuando el mundo se oscureció, Dany se acurrucó y cerró los ojos; sin embargo, el sueño la rehuía. La noche era fría y la tierra dura, y tenía el estómago vacío. Pensó en Meereen; en Daario, su amado; en Hizdahr, su esposo; en Irri, Jhiqui y la dulce Missandei; en ser Barristan, Reznak y Skahaz el Cabeza Afeitada.

«¿Me creerán muerta? Salí volando a lomos de un dragón. ¿Pensarán que me ha devorado? —Se preguntó si Hizdahr seguiría siendo rey. Su corona dependía de la de ella. ¿Podría conservarla en su ausencia?—. Quería que matasen a Drogon. Le oí gritar: “Matadlo, matad a la bestia”. Y tenía una expresión de deseo. —Y Belwas el Fuerte había caído de rodillas, presa de arcadas y temblores—. Veneno; seguro que era veneno. Las langostas con miel. Hizdahr estaba empeñado en que las probara, pero Belwas se las comió todas». Había convertido a Hizdahr en su rey, lo había acogido en su cama y había abierto los reñideros por él; no tenía motivos para desechar la muerte. Sin embargo, ¿quién podía haber sido, si no? ¿Reznak, el senescal perfumado? ¿Los yunkios? ¿Los Hijos de la Arpía?

Un lobo aulló a lo lejos. El sonido hizo que se sintiera triste y sola, aunque no menos hambrienta. Mientras la luna se elevaba sobre la pradera, Dany cayó al fin en un sueño intranquilo.

Soñó. Todo el dolor, todas las preocupaciones se desvanecieron, y pareció flotar hacia el cielo. Volvía a volar, giraba, reía, bailaba, y las estrellas daban vueltas a su alrededor y le susurraban secretos al oído.

—Para ir al norte tenéis que viajar hacia el sur. Para llegar al oeste debéis ir al este. Para avanzar tendréis que retroceder, y para tocar la luz debéis pasar bajo la sombra.

—¿Quaithe? —llamó Dany—. ¿Dónde estás, Quaithe? —Entonces la vio.

«Su máscara es de luz de estrellas».

—Recuerda quién eres, Daenerys —murmuraron las estrellas, con voz de mujer—. Los dragones lo saben. ¡Lo sabes tú?

A la mañana siguiente despertó agarrotada y dolorida, y llena de hormigas que le trepaban por la cara, los brazos y las piernas. Al darse cuenta, apartó a patadas la hierba seca y pardusca que le había servido de colchón y manta, y se levantó. Tenía picotazos por todas partes, bultitos rojos que le escocían.

«¿De dónde han salido tantas hormigas?». Dany se las sacudió de los brazos, las piernas y la tripa. Se pasó una mano por la pelusa que le cubría el cuero cabelludo y notó que tenía más hormigas en la cabeza y una que le bajaba por la nuca. Se las quitó a manotazos y las aplastó con los pies descalzos. Había

muchísimas.

Resultó que el hormiguero estaba al otro lado del muro. ¿Cómo se las habrían arreglado las hormigas para escalarlo y llegar hasta ella? Las piedras en ruinas debían de parecerles tan altas como el Muro de Poniente. «El muro más grande del mundo», decía su hermano Viserys, tan orgulloso como si lo hubiese construido él mismo.

Viserys le había contado historias de caballeros tan pobres que tenían que dormir bajo los setos que crecían junto a los caminos de los Siete Reinos desde tiempos inmemoriales. Dany habría dado cualquier cosa por un buen seto frondoso.

«A poder ser, sin hormiguero».

El sol comenzaba a despuntar. En el cielo cobalto todavía brillaban unas cuantas estrellas remolonas.

«Quizá una sea Khal Drogo, montado en su semental de fuego, que me sonríe desde las tierras de la noche. —Aún distinguía Rocadragón sobre la hierba—. Parece tan cercana... Ya tengo que estar a leguas de distancia, pero da la sensación de que podría regresar en una hora. —Quería volver a acostarse, cerrar los ojos y abandonarse al sueño—. No, no puedo parar. El arroyo, tengo que seguir el arroyo».

Se detuvo un momento a comprobar el rumbo. No quería ir en dirección contraria y perder el riachuelo.

—Mi amigo —dijo en voz alta—. Si me quedo junto a mi amigo, no me perderé. —Habría dormido al lado del agua si se hubiera atrevido, pero había visto huellas de animales que bajaban a beber, y le daba miedo toparse con ellos por la noche. Dany sería una cena escasa para un lobo o un león, pero una cena escasa era mejor que ninguna.

Cuando supo a ciencia cierta dónde quedaba el sur, contó los pasos. El arroyo apareció al octavo. Hizo cuenco con las manos para beber agua, que le provocó un calambre en el estómago, pero prefería los calambres a la sed. No había nada más para beber, salvo el rocío matinal que refulgía en la alta maleza, y nada que comer, salvo que quisiera alimentarse de pasto.

«Podría comer hormigas». Las amarillas eran demasiado pequeñas para considerarlas alimento, pero las rojas que andaban por la hierba eran más grandes.

—Estoy perdida en medio del mar —dijo mientras avanzaba junto al riachuelo serpenteante—, así que quizás encuentre cangrejos, o un pez bien gordo y sabroso. —El látigo le golpeaba el muslo con suavidad, *zas zas zas*. Un paso detrás de otro, y el cauce la llevaría a casa.

Poco después del mediodía se encontró con un arbusto que crecía junto al arroyo, con las ramas retorcidas cubiertas de bayas verdes y duras. Las miró con desconfianza, pero arrancó una y la mordisqueó. La pulpa era agria y

correosa, y dejaba un regusto amargo que le resultó familiar.

—En el *khalasar* usaban esto para condimentar los asados —resolvió; decirlo en voz alta le daba más seguridad. Le rugía el estómago, y empezó a recoger bayas a dos manos para comérselas a puñados.

Una hora más tarde, los calambres eran tan fuertes que no podía seguir adelante. Pasó el resto del día vomitando una baba verde.

« Si me quedo aquí, moriré. Puede que ya esté muriendo. —¿Aparecería el dios caballo de los dothrakis, hendiendo la hierba, para llevarla a su *khalasar* estrellado, donde cabalgaría por las tierras de la noche con Khal Drogo? En Poniente, los Targaryen entregaban a sus muertos al fuego, pero allí, ¿quién encendería su pira?—. Mi carne será pasto de los lobos y los cuervos carroñeros —pensó con tristeza—, y mi vientre será un nido de gusanos. —Su mirada regresó a Rocadragón. Parecía más pequeña. Vio humo que se elevaba de la cumbre esculpida por el viento, a leguas de distancia—. Drogon ha vuelto de cazar» .

El ocaso la encontró acuclillada en la hierba, gimiendo. Cada deposición era más líquida y maloliente que la anterior. Cuando salió la luna, estaba cagando agua marrón. Cuanto más bebía, más cagaba, pero cuanto más cagaba, más sed tenía, y la sed la impulsaba a arrastrarse hacia el arroyo para sorber más agua. Cuando por fin cerró los ojos, no sabía si tendría fuerzas para volver a abrirlos.

Soñó con su hermano muerto.

Viserys tenía el mismo aspecto que la última vez que lo había visto: la boca desfigurada por el dolor, el pelo quemado, y la cara negra y humeante allá donde el oro fundido le había chorreado por la frente y las mejillas, metiéndosele en los ojos.

—Estás muerto —dijo Dany.

« Asesinado. —Aunque no movió los labios, de alguna forma oía su voz, que le susurraba al oído—: Nunca me lloraste, hermana. Es duro morir sin ser llorado» .

—Hubo un tiempo en que te quise.

« Un tiempo —respondió, con tal amargura que la hizo estremecerse—. Estabas destinada a ser mi esposa, a darme hijos de cabello plateado y ojos violeta, para mantener pura la sangre del dragón. Cuidé de ti. Te expliqué quién eras. Te di de comer. Vendi la corona de nuestra madre para darte de comer» .

—Me hacías daño. Me dabas miedo.

« Solo cuando despertabas al dragón. Te quería» .

—Me vendiste. Me traicionaste.

« No, la traidora fuiste tú. Te volviste contra mí, contra tu propia sangre. Me engañaron, tu esposo caballuno y sus salvajes fétidos, mentirosos y tramposos. Me prometieron una corona de oro y me dieron esto» . Se tocó el oro fundido que le corría por la cara, y le salió humo del dedo.

—Habrías tenido tu corona —replicó Dany—. Mi sol y estrellas la habría conquistado para ti, si hubieras esperado.

« Esperé mucho tiempo; esperé toda la vida. Yo era su rey, su rey legítimo. Se rieron de mí» .

—Debiste quedarte en Pentos con el magíster Illyrio. Khal Drogo tenía que llevarme ante el *dosh khaleen*, pero no era necesario que nos acompañaras. Fue tu elección; cometiste un error.

« ¿Es que quieres despertar al dragón, putilla imbécil? El *khalasar* de Drogo me pertenecía. Le compré cien mil guerreros vociferantes; le di tu virginidad en pago» .

—No lo entendiste nunca. Los dothrakis no compran ni venden: dan y reciben regalos. Si hubieses esperado...

« Esperé. Mi corona, mi trono, a ti. Después de tantos años, lo único que conseguí fue un caldero de oro fundido. ¿Por qué te dieron a ti los huevos de dragón? Deberían haber sido míos. Si hubiese tenido un dragón, le habría enseñado al mundo el significado de nuestro lema» . Viserys se echó a reír hasta que se le cayó la mandíbula, envuelta en humo, y su boca chorreó sangre y oro fundido.

Cuando se despertó, con un grito ahogado, tenía los muslos pegajosos de sangre.

Al principio no supo qué era. En el mundo empezaba a clarear, y la alta hierba crepitaba suavemente al viento.

« No, por favor, quiero dormir un poco más. Estoy muy cansada. —Trató de refugiarse de nuevo bajo la pila de hierba que había arrancado antes de irse a dormir. Algunos tallos estaban húmedos. ¿Había vuelto a llover? Se sentó, temerosa de haberse ensuciado mientras dormía, y al llevarse los dedos a la cara olió la sangre—. ¿Me estoy muriendo?» . Entonces vio la media luna, suspendida muy alta sobre la pradera, y se dio cuenta de que no era más que la sangre de la luna.

Si no se hubiera sentido tan enferma y asustada, habría sido un alivio, pero en vez de tranquilizarse se puso a temblar violentamente. Se frotó con los dedos con la tierra y cogió un puñado de hierba para limpiarse entre las piernas.

« El dragón no llora. —Estaba sangrando, pero era tan solo la sangre femenina—. Pero la luna sigue creciente, ¿cómo es posible? —Intentó recordar cuándo había sangrado por última vez. ¿La pasada luna llena? ¿O había sido la anterior? ¿O la anterior a la anterior?—. No, no puede hacer tanto tiempo» .

—Soy de la sangre del dragón —le dijo a la hierba.

« Lo fuiste —le respondió la hierba en un susurro—, hasta que encadenaste a tus dragones en la oscuridad» .

—Dragón mató a una niña. Se llamaba... Se llamaba... —Dany no se acordaba del nombre. Aquello la entrusteció tanto que habría llorado si no hubiese

consumido ya todas sus lágrimas—. No tendrá nunca una niña. Era la Madre de Dragones.

«Sí —dijo la hierba—, pero te volviste contra tus hijos».

Tenía el estómago vacío, y los pies, doloridos y llenos de ampollas, y le pareció que los calambres habían empeorado. Se sentía como si tuviese las tripas llenas de culebras que se retorcían y le mordían las entrañas. Cogió un poco de agua embarrada con manos temblorosas; a mediodía estaría tibia, pero en el frío del amanecer estaba casi fresca y la ayudaba a mantener los ojos abiertos. Mientras se lavaba la cara vio que volvía a tener sangre en los muslos, y también en la camisola desgarrada. Se asustó al ver tanto rojo.

«Sangre de la luna, no es más que la sangre de la luna. —Aunque no recordaba que hubiese sido nunca tan abundante—. ¿Será por culpa del agua?». Si era el agua, estaba condenada. Tenía que beberla, o moriría de sed.

—Camina —se ordenó—. Sigue el arroyo y te conducirá al Skahazadhan. Una vez allí, Daario te encontrará. —Pero necesitó todas sus fuerzas para ponerse en pie, y cuando lo consiguió, tan solo pudo quedarse parada, enfurecida y sangrando. Levantó la mirada hacia el cielo azul y vacío, y miró al sol con los ojos entornados.

«Ya ha pasado media mañana», comprendió, consternada. Se obligó a dar un paso, y luego otro, y por fin volvió a caminar, siguiendo el pequeño arroyo.

El día era cada vez más caluroso, y el sol le caía a plomo en la cabeza y lo que le quedaba del cabello quemado. El agua le salpicaba los pies; estaba caminando por el arroyo. ¿Cuánto tiempo llevaba así? Le gustaba sentir el blando lodo marrón en los dedos: le aliviaba el dolor de las ampollas.

«La cuestión es seguir adelante, aunque sea por el cauce. El agua fluye cuesta abajo; el arroyo me llevará al río, y el río, a casa».

Pero no sería así; sabía que no.

Meereen no era su hogar ni lo sería nunca. Era una ciudad de gentes extrañas, con dioses extraños y peinados más extraños todavía, de traficantes de esclavos envueltos en *tokars* con flecos, donde la gracia se alcanzaba a través de la prostitución, el asesinato era un arte, y el perro, un manjar. Meereen sería siempre la ciudad de la Arpía, y Daenerys no podía ser una arpia.

«Nunca —dijo la hierba, con la voz gruñona de Jorah Mormont—. Os lo advertí, alteza. Os dije que dejarais en paz esa ciudad; os dije que vuestra guerra estaba en Poniente».

Pese a que la voz no era más que un susurro, Dany tuvo la sensación de que caminaba a su lado.

«Mi oso —pensó—, mi querido oso, que me amó y me traicionó». Lo había echado mucho de menos; quería ver su feo rostro, rodearlo con los brazos y apretarse contra su pecho, pero sabía que, si se volvía, ser Jorah se habría marchado.

—Estoy soñando —dijo—. Sueño despierta, camino en sueños. Estoy sola y perdida.

« Perdida por haberlos quedado donde no debíais estar —murmuró ser Jorah con una voz tan tenue como el viento—. Sola por haberme apartado de vuestro lado» .

—Me traicionaste; me espiabas por oro.

« Por mi hogar. Lo único que quería era regresar a mi hogar» .

—Y a mí. Me deseabas. —Dany lo había visto en sus ojos.

« Es cierto» , susurró la hierba con voz triste.

—Me besaste, aunque no te di permiso. Me vendiste a mis enemigos, pero aquel beso fue de verdad.

« Os di buenos consejos. Os dije que reservarais vuestras lanzas y espadas para los Siete Reinos. Os dije que dejaseis Meereen para los meereenos y partieseis rumbo al oeste, pero no quisisteis escuchar» .

—Tenía que conquistar Meereen, o mis hijos se habrían muerto de hambre por el camino. —Dany aún veía el rastro de cadáveres que había dejado al cruzar el desierto rojo. No era un espectáculo que quisiera volver a presenciar—. Tenía que conquistar Meereen para dar de comer a mi pueblo.

« Y lo conseguisteis, pero os quedasteis allí» , respondió él.

—Para ser reina.

« Ya sois reina —señaló su oso—. De Poniente» .

—Está muy lejos —protestó—. Estaba cansada, Jorah. Estaba harta de guerras. Quería descansar, reír, plantar árboles y verlos crecer. Solo soy una niña.

« No. Sois de la sangre del dragón. —El murmullo se iba haciendo más débil, como si ser Jorah estuviese quedándose atrás—. Los dragones no plantan árboles. Recordadlo. Recordad quién sois, para qué habéis nacido; recordad vuestro lema» .

—Sangre y fuego —les dijo Daenerys a los tallos que oscilaban.

Una piedra giró bajo su pie, y Dany se desplomó sobre una rodilla. Gritó de dolor, esperando contra toda esperanza que su oso la recogiese y la ayudase a levantar. Cuando giró la cabeza para buscarlo, no vio más que un reguero de agua marrón... y un ligero movimiento en la hierba.

« El viento —se dijo—, el viento agita los tallos y los hace oscilar...» . Solo que no soplaban viento. El sol caía a plomo, y el mundo era todo silencio y calor. Por el aire pululaba una nube de mosquitos y sobre el arroyo, una libélula volaba de un lado a otro con rápidos movimientos. Y la hierba se movía sin motivo alguno.

Hurgó en el agua hasta encontrar una piedra del tamaño de su puño y la sacó del barro. Como arma no era gran cosa, pero era mejor que la mano vacía. Por el rabillo del ojo volvió a ver otro movimiento en la hierba, a la derecha. Los

tallos se mecían y se inclinaban, como si estuviesen ante un rey, pero ningún rey se le apareció. Era un mundo verde y vacío. Era un mundo verde y silencioso. Era un mundo que amarilleaba, moribundo.

«Tengo que incorporarme —se dijo—. Debo caminar. Debo seguir el arroyo».

A través de la hierba le llegó un suave tintineo de plata.

«Campanillas —pensó, y sonrió al recordar a Khal Drogo, su sol y estrellas, y las campanillas que llevaba en la trenza—. Cuando el sol salga por el oeste y se ponga por el este, cuando los mares se sequen y las montañas se mezcan como hojas al viento, cuando mi vientre vuelva a agitarse y dé a luz a un niño vivo, Khal Drogo volverá a mi lado».

Pero nada de eso había ocurrido.

«Campanillas», volvió a pensar. Sus jinetes de sangre la habían encontrado.

—Aggo —susurró—, Jhogo, Rakharo. —¿Iría Daario con ellos?

El mar verde se abrió y apareció un jinete. Tenía una trenza negra y brillante, la piel oscura como el cobre brunito y los ojos rasgados como almendras amargas; las campanillas tintineaban en su pelo. Llevaba un cinturón de medallones, un chaleco pintado, un *arakh* en una cadera y un látigo en la otra; de la silla de montar colgaban un arco de caza y un carcaj.

«Un jinete, solo uno. Un explorador». Era uno de los que cabalgaban por delante del *khalasar* para buscar la caza y la hierba más verde, y rastrear a los enemigos dondequiera que se ocultasen. Si la encontraba allí, la mataría, la violaría o la tomaría como esclava. En el mejor de los casos, la mandaría con las viejas del *dosh khaleen*, donde iban las *khaleesis* buenas cuando morían sus *khals*.

Sin embargo, no la vio. Estaba oculta en la hierba, y él miraba en otra dirección. Dany siguió su mirada y vio la sombra en el cielo, con las alas extendidas. El dragón estaba casi a media legua, pero el explorador se había quedado paralizado, hasta que su semental se puso a relinchar de miedo; entonces reaccionó, como si despertara de un sueño, hizo girar su montura y se lanzó al galope por la alta hierba.

Dany lo miró alejarse. Cuando el silencio engulló el sonido de los cascos, empezó a gritar. Gritó hasta quedarse ronca... y Drogon acudió, resoplando columnas de humo. La hierba se inclinó ante él, y Dany se encaramó a su lomo. Sabía que pestaba a sangre, sudor y miedo, pero daba igual.

—Para avanzar debo retroceder. —Apretó las piernas desnudas en torno al cuello del dragón y lo espoleó con el pie. Drogon se lanzó hacia el cielo. Había perdido el látigo, de modo que se valió de manos y pies para hacerlo girar hacia el noreste, por donde se había ido el explorador. Drogon no se hizo de rogar; tal vez oliese el miedo del jinete.

En lo que tardó en latirle el corazón una docena de veces, habían adelantado al dothraki, que galopaba muy por debajo de ellos. A izquierda y derecha, Dany

vio lugares donde la hierba estaba quemada y ceniciente.

«Drogon ya ha pasado por aquí», comprendió. Las marcas de sus cacerías salpicaban el mar de hierba verde, como una cadena de islas grisáceas.

Bajo ellos apareció una enorme manada de caballos. También había jinetes, una veintena o más, pero dieron media vuelta y huyeron nada más ver al dragón. Los caballos echaron a correr cuando la sombra cayó sobre ellos, hoyando la tierra con los cascos en un galope desordenado por la hierba, hasta que los flancos se les cubrieron de espuma. Sin embargo, por muy veloces que fueran, no podían volar. Pronto, uno empezó a quedarse rezagado. El dragón descendió sobre él con un rugido, y al instante, el pobre animal estaba en llamas, aunque se las arregló para seguir corriendo, profiriendo un lamento a cada paso, hasta que Drogon se posó sobre él y le quebró el lomo. Dany se aferró con todas sus fuerzas al cuello del dragón para no caerse.

El cadáver era demasiado pesado para llevarlo a la guarida, así que Drogon se lo comió allí mismo, desgarrando la carne carbonizada rodeado de hierba en llamas, aire cargado de humo y olor de pelo quemado. Dany, muerta de hambre, se bajó y compartió su comida, arrancando trozos de carne humeante del caballo muerto con las manos desnudas y quemadas.

«En Meereen era una reina vestida de seda que picoteaba dátiles rellenos y cordero a la miel —recordó—. ¿Qué diría mi noble esposo si me viera ahora?». Hizdahr se quedaría horrorizado, sin duda. Sin embargo, Daario...

Daario se reiría, trincharía un pedazo de carne con el *arakh* y se acuclillaría a su lado para comer con ella.

Mientras el cielo occidental se teñía del color de la piel magullada, Dany oyó caballos que se acercaban. Se levantó, se limpió las manos en los jirones de la camisola y aguardó junto a su dragón.

Así la encontró Khal Jhaqo cuando medio centenar de guerreros a caballo salieron de la nube de humo.

EPÍLOGO

—No soy ningún traidor —declaró el Caballero del Nido del Grifo—. Soy leal al rey Tommen y a vos.

El goteo constante de la nieve derretida que le caía de la capa para formar un charco en torno a sus pies iba subrayando sus palabras. Había nevado casi toda la noche en Desembarco del Rey, y había cuajado por la altura del tobillo. Ser Kevan Lannister se arrebugó en su capa.

—Eso decís vos, pero ¿qué valen las palabras?

—En ese caso, con la espada os mostraré cuán ciertas son. —La luz de las antorchas arrancaba destellos de fuego de la cabellera y la barba de Ronnet Connington—. Enviadme contra mi tío y os traeré su cabeza, junto con la de ese falso dragón.

Los lanceros de los Lannister, con sus capas rojas y sus cascós coronados por leones, estaban alineados a lo largo de la pared oeste del salón del trono. Los guardias de los Tyrell, con sus capas verdes, se encontraban en la pared opuesta. El frío de la estancia era palpable: aunque ni la reina Cersei ni la reina Margaery se encontraban allí, su presencia seguía envenenando el aire, como si fueran fantasmas en un banquete.

Tras la mesa a la que se habían sentado los cinco miembros del Consejo Privado del Rey, el Trono de Hierro se alzaba como una gigantesca bestia negra, con sus puntas, filos y zarpas semiamortajados por la oscuridad. Kevan Lannister lo percibía tras él, como un picor entre los omoplatos. No costaba nada imaginar al viejo rey Aerys sentado allí, sangrando por algún corte reciente, mirándolos con el ceño fruncido. Pero el trono estaba desierto. Kevan no había considerado necesaria la presencia de Tommen: era mejor que el chico siguiera con su madre. Solo los dioses sabían cuánto tiempo tenían para estar juntos antes del juicio de Cersei... y, probablemente, su ejecución.

—Ya nos encargaremos de vuestro tío y de ese impostor a su debido tiempo —estaba diciendo Mace Tyrell en aquel momento. La nueva mano del rey se había sentado en un trono de roble tallado en forma de mano, una absurda muestra de vanidad que había encargado su señoría el día en que ser Kevan accedió a nombrarlo para el cargo que tanto ansiaba—. Aquí seguiréis hasta que estemos en condiciones de partir, y entonces tendréis ocasión de demostrar vuestra lealtad.

Ser Kevan no lo discutió.

—Escoltad a ser Ronnet a sus estancias —dijo. No hizo falta que añadiera: «Y que no las abandone». Pese a sus estrepitosas protestas, el Caballero del Nido del Grifo seguía siendo sospechoso. Según los informes, los mercenarios que habían desembarcado en el sur estaban al mando de un miembro de su familia.

Cuando el eco de las pisadas de Connington se perdió en la distancia, el gran

maestre Pyccelle sacudió la cabeza con parsimonia.

—Hace muchos años, su tío estaba justo donde él estaba ahora cuando le dijo al rey Aerys que le entregaría la cabeza de Robert Baratheon.

«Es lo que pasa cuando un hombre se hace tan viejo como Pyccelle. Todo cuanto ve y oye evoca escenas de su juventud».

—¿Cuántos soldados acompañaban a ser Ronnet cuando llegó a la ciudad? —preguntó ser Kevan.

—Veinte —respondió Randyll Tarly—, la mayoría del antiguo grupo de Gregor Clegane. Vuestro sobrino Jaime se los entregó a Connington, supongo que para librarse de ellos. No llevaban ni un día en Poza de la Doncella cuando uno ya había matado a un hombre y otro estaba acusado de violación. Tuve que ahorcar al primero y castrar al segundo. Si por mí fuera, los habría mandado a todos a la Guardia de la Noche, con Connington a la cabeza. Semejante basura solo tiene cabida en el Muro.

—Los perros se parecen a sus amos —declaró Mace Tyrell—. Estoy de acuerdo en que la capa negra les habría quedado muy bien. No pienso tolerar a hombres de esa calaña en la Guardia de la Ciudad. —Ya había un centenar de hombres de Altojardín entre los capas doradas, pero era obvio que su señoría no estaba dispuesto a permitir el ingreso de ponentíes como contrapeso.

«Cuanto más le doy, más quiere». Kevan Lannister empezaba a comprender cómo había llegado Cersei a sentir tanto odio hacia los Tyrell, pero no era el momento de provocar una discusión. Randyll Tarly y Mace Tyrell habían llegado a Desembarco del Rey con sus respectivos ejércitos, mientras que la mayor parte de las fuerzas de la casa Lannister seguía en las tierras de los ríos, en número menguante.

—Los hombres de la Montaña siempre fueron buenos luchadores —dijo en tono conciliador—, y puede que nos hagan falta todas las espadas posibles contra esos mercenarios. Si de verdad se trata de la Compañía Dorada, tal como insisten en afirmar los susurradores de Qyburn...

—Llamadlos como queráis —bufó Randyll Tarly—, pero no son más que oportunistas.

—Puede —accedió ser Kevan—, pero cuanto más tiempo dejemos campar a sus anchas a esos oportunistas, más fuertes se harán. Hemos preparado un mapa de incursiones. Gran maestre, por favor.

El mapa era muy hermoso, trazado por un auténtico maestro sobre la más fina vitela, y tan grande que cubría la mesa entera.

—Aquí —señaló Pyccelle con la mano llena de manchas. Al subírsele la manga de la túnica quedó a la vista la piel flácida del antebrazo—. Aquí y aquí. A lo largo de la costa y en las islas. En Tarth, en los Peldaños de Piedra, incluso en Estermont. Ahora nos llegan informes de que Connington avanza hacia Bastión de Tormentas.

—Si es que se trata de Jon Connington —apuntó Randyll Tarly.

—Bastión de Tormentas —gruñó lord Mace Tyrell—. No sería capaz de tomar Bastión de Tormentas ni aunque fuera Aegon el Conquistador. Y si lo consigue, ¿qué más da? Ahora es de Stannis; el castillo pasa de un aspirante a otro, ¿qué nos importa? Lo reconquistaré en cuanto quede demostrada la inocencia de mi hija.

« ¿Cómo vas a reconquistar lo que no has conquistado nunca?» .

—Comprendo vuestro punto de vista, mi señor, pero...

—Los cargos contra mi hija son sucias mentiras —interrumpió Tyrell—. Insisto, ¿por qué tenemos que representar esta farsa? Que el rey Tommen la declare inocente de inmediato y ponga fin a este sinsentido aquí y ahora.

« Sí, y los rumores perseguirán a Margaery toda la vida» .

—Nadie duda de la inocencia de vuestra hija, mi señor —mintió ser Kevan—. Pero su altísima santidad insiste en que se celebre un juicio.

—¡Adónde hemos llegado! —bufó lord Randyll—. Ahora, los reyes y los más grandes señores tienen que bailar cuando pían los gorriones.

—Estamos rodeados de enemigos, lord Tarly —le recordó ser Kevan—. Stannis está en el norte, y los hombres del hierro, en el oeste; y ahora hay mercenarios en el sur. Si plantamos cara al septón supremo, también correrá la sangre por las calles de Desembarco del Rey. Cualquier atisbo de que nos enfrentamos a los dioses arrojará a los beatos en brazos de alguno de esos aspirantes a usurpador.

Mace Tyrell no se dejaba convencer.

—En cuanto Paxter Redwyne limpie los mares de hombres del hierro, mis hijos volverán a tomar las Escudo. La nieve o Bolton se encargarán de Stannis. En lo que respecta a Connington...

—Si es que se trata de él —apuntó lord Randyll.

—En cuanto a Connington —prosiguió Tyrell—, ¿qué victorias ha conseguido para que le tengamos tanto miedo? Tuvo ocasión de aplastar la rebelión de Robert en Septo de Piedra y fracasó, igual que ha fracasado siempre la Compañía Dorada. Puede que algunos corran a unirse a sus filas, sí; mejor para el reino, que se librará de unos cuantos imbéciles.

Ser Kevan habría dado cualquier cosa por compartir aquella seguridad. Había conocido a Jon Connington muy por encima: era un joven orgulloso, el más impetuoso de la bandada de jóvenes señores que se congregaban en torno al príncipe Rhaegar Targaryen y competían por su favor.

« Arrogante, pero competente y activo» . Eso y su habilidad con las armas fueron las razones de que Aerys, el Rey Loco, lo nombrara mano. La pasividad del viejo lord Merryweather había permitido que la rebelión arraigara y se extendiera, y Aerys buscaba a alguien joven y vigoroso para contrarrestar la juventud y el vigor de Robert.

—Demasiado pronto —había declarado lord Tywin cuando la noticia sobre la elección del rey llegó a Roca Casterly—. Connington es demasiado joven, demasiado atrevido, tiene demasiada hambre de gloria.

La batalla de las Campanas demostró que estaba en lo cierto. Ser Kevan había dado por hecho que, después de aquello, Aerys no tendría más remedio que recurrir de nuevo a Tywin, pero prefirió confiar en lord Chelsted y lord Rossart, y lo pagó con la vida y la corona.

«Pero todo eso fue hace mucho tiempo. Si de verdad se trata de Jon Connington, será un hombre diferente. Mayor, más duro, más curtido..., más peligroso».

—Puede que la Compañía Dorada no sea lo único que tiene Connington. Se dice que trae un aspirante Targaryen.

—Otro impostor, nada más —bufó Randyll Tarly.

—Es posible. Y también que no lo sea. —Kevan Lannister estaba allí, en aquella misma estancia, cuando Tywin Lannister depositó los cadáveres de los hijos del príncipe Rhaegar al pie del Trono de Hierro, envueltos en capas rojas. La niña seguía reconocible: sin duda era la princesa Rhaenys; pero el niño... «Un espanto sin rostro, una masa de huesos, sesos y sangre con unos cuantos mechones de pelo rubio. Ninguno de nosotros lo miró con mucha atención. Tywin dijo que era el príncipe Aegon y confiamos en su palabra»—. Hay otras noticias que llegan del este, sobre otra Targaryen de cuya sangre no duda nadie: Daenerys de la Tormenta.

—Tan loca como su padre —declaró lord Mace Tyrell.

«¿Ese mismo padre al que Altojardín y la casa Tyrell apoyaron hasta el amargo final y más allá?».

—Es posible —asintió ser Kevan—, pero al oeste está llegando mucho humo, señal de que hay fuego en el este.

—Dragones. —El gran maestre Pycelle ladeó la cabeza—. Los mismos rumores corren por Antigua; son tantos que no podemos dejarlos de lado. Una reina de pelo de plata con tres dragones.

—Al otro lado del mundo —apuntó Mace Tyrell—. La reina de la bahía de los Esclavos, ¿no? Por mí, que se la quede.

—En eso estamos de acuerdo —dijo ser Kevan—, pero lleva la sangre de Aegon el Conquistador y dudo que se conforme con quedarse en Meereen. Si se le ocurre cruzar a esta orilla y aunar fuerzas con lord Connington y ese príncipe, impostor o no... No, tenemos que acabar de inmediato con Connington y con el aspirante, antes de que Daenerys de la Tormenta venga al oeste.

—Eso es lo que pienso hacer. —Mace Tyrell se cruzó de brazos—. Después de los juicios.

—Los mercenarios luchan por dinero —declaró el gran maestre Pycelle—. Con el oro suficiente puede que convenzamos a la Compañía Dorada para que

entregue a lord Connington y al aspirante.

—Si, pero para eso hace falta oro —intervino ser Harys Swyft—. Y lamento comunicaros que en nuestras arcas no hay más que ratas y cucarachas, mis señores. He vuelto a escribir a los banqueros de Myr. Si acceden a pagar la deuda que contrajo la corona con los braavosis y nos hacen otro préstamo, puede que no tengamos que subir los impuestos. De lo contrario...

—Los magísteres de Pentos también hacen préstamos —aportó ser Kevan—. Probad con ellos. —Los pentoshis serían aún más reacios a ayudar que los cambistas de Myr, pero había que intentarlo. Si no encontraban una nueva fuente de ingresos o convencían al Banco de Hierro para que cediera un poco, no le quedaría más remedio que pagar las deudas de la corona con el oro de los Lannister. No se atrevía a aprobar una subida de impuestos en aquel momento, con los Siete Reinos al borde de la rebelión. La mitad de los señores desconocía la diferencia entre impuestos y tiranía, y apoyaría al primer usurpador que apareciera con tal de ahorrarse una moneda de cobre—. Si todo falla, puede que tengáis que ir a Braavos para negociar en persona con el Banco de Hierro.

—¿Yo? —protestó ser Harys con voz chilonga.

—Sois el consejero de la moneda, ¿no? —replicó lord Randyll con tono brusco.

—Sí. —El mechón de pelo blanco que lucía Swyft a modo de barba se estremeció de rabia—. Pero recuerdo a mi señor que este embrollo no es culpa mía, y que no todos hemos podido disfrutar de la oportunidad de llenar las arcas con el saqueo de Poza de la Doncella y Rocadragón.

—No me gusta lo que insinuáis, Swyft —dijo Mace Tyrell encolerizado—. Os aseguro que en Rocadragón no se encontraron riquezas de ningún tipo. Los hombres de mi hijo han registrado esa espantosa isla lacustre palmo a palmo y no han encontrado ni una piedra preciosa, ni un ápice de oro. Tampoco había rastro de los famosos huevos de dragón.

Kevan Lannister había estado en Rocadragón y dudaba mucho de que Loras Tyrell hubiera registrado a fondo la antigua fortaleza. Al fin y al cabo, la habían construido los valyrios, y todo lo que hacían apestaba a hechicería, por no mencionar que ser Loras era joven, dado a cometer errores de criterio por su precipitación, y había resultado malherido en la toma del castillo. Pero recordarle a Tyrell que su hijo favorito no era perfecto no le serviría de nada.

—Si en Rocadragón hubiera riquezas, Stannis las habría encontrado —declaró—. Pasemos al siguiente asunto. Como sin duda sabéis, tenemos dos reinas acusadas de alta traición. Mi sobrina ha elegido un juicio por combate, según me ha informado. Su campeón será ser Robert Strong.

—El gigante silencioso. —Lord Randyll torció el gesto.

—Decidnos, ¿de dónde ha salido ese hombre? —preguntó Mace Tyrell—. ¿Por qué nadie había oído hablar de él hasta ahora? No habla, no muestra el

rostro, nadie lo ha visto sin armadura... ¿Cómo sabemos siquiera que es caballero?

« Ni siquiera sabemos si está vivo. —Según Meryn Trant, Strong no comía ni bebía, y Boros Blount iba aún más lejos y aseguraba que nadie lo había visto ir al escusado—. Claro que no. Los muertos no cagan. —Kevan Lannister tenía una sospecha muy clara sobre la verdadera identidad del tal ser Robert bajo la deslumbrante armadura blanca, sospecha que sin duda compartían Mace Tyrell y Randyll Tarly. Fuera cual fuera el rostro que se ocultaba tras el yelmo de Strong, debía seguir oculto, al menos de momento. El gigante silencioso era la única esperanza de su sobrina—. Esperemos que sea tan temible como parece».

Pero Mace Tyrell parecía incapaz de ver nada que no fuera el peligro que corría su hija.

—El rey Tommen ha elegido a ser Robert para la Guardia Real —le recordó ser Kevan—, y Qyburn también lo avala. Tal como están las cosas, necesitamos que ser Robert salga victorioso. Si se declara culpable de sus cargos a mi sobrina, se pondrá en duda la legitimidad de sus hijos, y si Tommen deja de ser rey, Margaery dejará de ser reina. —Dejó pasar unos instantes para que Tyrell lo digiriera—. Hay a hecho lo que haya hecho, Cersei sigue siendo hija de la Roca y sangre de mi sangre. No permitiré que la ejecuten por traición, pero ya le he limado las garras. He sustituido a sus guardias por hombres de mi confianza, y en lugar de damas de compañía, ahora tiene a una septa y a tres novicias designadas por el septón supremo. No volverá a tener capacidad de decisión en el gobierno del reino ni en la educación de Tommen. Después del juicio la mandaré de vuelta a Roca Casterly y no volverá a salir de allí. Con eso bastará.

No hizo falta añadir más. Cersei valía menos que nada y carecía de poder. No había en la ciudad un aprendiz de panadero ni un mendigo que no hubiera presenciado su vergüenza; hasta el último curtidor, del Lecho de Pulgas al recodo del Meados la vio desnuda y recorrió con ojos ávidos sus pechos, su vientre, sus partes femeninas... Después de aquello, no había reina que pudiera gobernar. Cersei era una reina, poco menos que una diosa, cuando se mostraba cubierta de oro, seda y esmeraldas; desnuda era simplemente humana, una mujer madura con estrías en el vientre y tetas que empezaban a caer... como habían señalado con entusiasmo a sus maridos y amantes las mujeres de la turba.

« Más vale vivir sin honor que morir con orgullo», se dijo ser Kevan.

—Mi sobrina no volverá a tramarse nada reprobable —prometió a Mace Tyrell—. Os doy mi palabra, mi señor.

—Como digáis. —Tyrell asintió de mala gana—. Mi Margaery prefiere que la juzgue la Fe, para que el reino entero sea testigo de su inocencia.

« Si tu hija es tan inocente como quieras hacernos creer, ¿por qué te empeñas en que esté presente todo tu ejército cuando se enfrente a sus acusadores?», , podría haber preguntado ser Kevan.

—Espero que sea pronto —dijo, y se volvió hacia el gran maestre Pyccelle—.
¿Algo más?

El gran maestre consultó los papeles que tenía delante.

—Hay que dilucidar el asunto de la herencia de Rosby. Se han presentado seis reclamaciones...

—Lo de Rosby puede esperar. ¿Qué más?

—Debemos hacer preparativos para la princesa Myrcella.

—Esto es lo que pasa por hacer tratos con los dornienses —señaló Mace Tyrell—. Seguro que se puede elegir un partido mejor para esa niña.

«Como tu hijo Willas, ¿no? A ella la desfiguró un dorniense, y un dorniense lo dejó tullido a él».

—Sin duda, pero ya tenemos suficientes enemigos sin necesidad de ofender a Dorne. Si Doran Martell une sus fuerzas a las de Connington para apoyar al falso dragón, las cosas se nos pondrán muy feas.

—También podemos persuadir a nuestros amigos dornienses para que se encarguen de lord Connington —aportó Harys Swyft con una risita que empezaba a ser de lo más irritante—. Nos ahorraríamos mucha sangre y problemas.

—Ciento —convino ser Kevan con cansancio; ya era hora de poner fin a aquello—. Os doy las gracias, mis señores. Volveremos a reunirnos en cinco días, después del juicio de Cersei.

—Como deseáis, y que el Guerrero confiera fuerza al brazo de ser Robert. —La frase de Mace Tyrell salió forzada, y su inclinación de cabeza ante el lord regente fue casi imperceptible, pero menos era nada, y ser Kevan Lannister se lo agradeció.

Randyll Tarly abandonó la estancia junto con su señor, seguidos ambos por los lanceros de capa verde.

«El verdadero peligro estriba en Tarly —reflexionó ser Kevan al verlos partir—. Un hombre pequeño pero astuto y con una voluntad férrea, uno de los mejores soldados que ha dado el Dominio. Pero ¿cómo puedo atraerlo a nuestro bando?».

—No le caigo en gracia a lord Tyrell —comentó el gran maestre Pyccelle con tono sombrío tras la salida de la mano—. El asunto del té de la luna... Yo no lo habría mencionado, ¡pero la reina madre me lo ordenó! La verdad, lord regente, dormiría más a gusto con unos cuantos guardias ante mi puerta.

—Lord Tyrell lo interpretaría como un insulto.

—Yo también necesito guardias. —Ser Harys Swyft se tiró de la barbita—. Corren tiempos peligrosos.

«Sí —pensó Kevan Lannister—, y Pyccelle no es el único miembro del Consejo que la mano querría sustituir. —El candidato de Mace Tyrell para el puesto de lord tesorero era su tío, el lord senescal de Altojardín, a quien llamaban

Garth el Tosco—. Lo último que necesito es un Tyrell más en el Consejo Privado».

Ya lo superaban en número: ser Harys era el padre de su esposa, y también podía contar con Pyccelle, pero Tarly era leal a Altojardín, al igual que Paxter Redwyne, lord almirante y consejero naval, que navegaba por las inmediaciones de Dorne para enfrentarse a los hombres del hierro de Euron Greyjoy. Cuando Redwyne volviera a Desembarco del Rey, el Consejo se dividiría en tres contra tres, Lannister contra Tyrell. La séptima voz sería la de la dorniense que escoltaba a Myrcella en su regreso.

«Lady Nym. Que no es ninguna dama, si es cierta la mitad de lo que dicen los informes de Qyburn. —Era hija bastarda de la Víbora Roja, casi tan legendaria como su padre, y estaba decidida a ocupar el asiento del Consejo que tan brevemente había correspondido al príncipe Oberyn. Ser Kevan no había considerado necesario informar a Mace Tyrell de que se aproximaba; sabía que la mano no recibiría la noticia con entusiasmo—. El que hace falta aquí es Meñique. Petyr Baelish sí que tenía talento para sacar dragones de la nada».

—Contratad a los hombres de la Montaña —sugirió ser Kevan—. Ronnet el Rojo ya no los necesita para nada. —No creía que Mace Tyrell cometiera la torpeza de intentar asesinar a Pyccelle o a Swyft, pero si querían guardias para sentirse más seguros, que los tuvieran.

Los tres hombres salieron juntos del salón del trono. En el exterior, la nieve se arremolinaba en la liza como un animal enjaulado que aullara pidiendo libertad.

—¿Habíais pasado tanto frío alguna vez? —preguntó ser Harys.

—El momento adecuado para hablar del frío no es cuando se está a la intemperie, padeciéndolo —dijo el maestre Pyccelle. Se dirigió con paso cansino hacia sus habitaciones, y los demás se quedaron un momento en los peldaños que llevaban al salón del trono.

—No tengo ninguna esperanza en los banqueros de Myr —dijo ser Kevan a su suegro—. Será mejor que os preparéis para ir a Braavos.

—Si es necesario... —Ser Harys no se mostró nada entusiasta—. Pero repito que yo no causé estos problemas.

—No, fue Cersei quien decidió hacer esperar al Banco de Hierro. ¿Sugerís que la mande a ella a Braavos?

—¿A su alteza? —Ser Harys parpadeó—. Sería una... una...

—Era una broma —lo rescató ser Kevan—. No ha tenido gracia, lo sé. Id a calentarlos junto a la chimenea, que yo voy a hacer lo mismo.

Se puso los guantes y cruzó el patio a zancadas, encorvado para protegerse del viento que hacía ondear su capa.

El foso seco que rodeaba el Torreón de Maegor tenía una vara de nieve, y las estacas afiladas del fondo brillaban cubiertas de escarcha. El único acceso del Torreón era el puente levadizo que salvaba aquel foso. Siempre había un

caballero de la Guardia Real apostado allí, y aquella noche estaba de servicio ser Meryn Trant. Balon Swann había partido hacia Dorne en pos del caballero renegado Estrellaoscura; Loras Tyrell se encontraba herido de gravedad en Rocadragón, y Jaime había desaparecido en las tierras de los ríos, con lo que solo quedaban cuatro espadas blancas en Desembarco del Rey, y ser Kevan había encerrado a Osmund Kettleblack y a su hermano Osfryd, a las pocas horas de que Cersei confesara que ambos habían sido sus amantes. Los únicos que quedaban para proteger al joven rey y a la familia real eran Trant, el débil Boros Blount y Robert Strong, el monstruo mudo de Qyburn.

« Tengo que buscar más espadas para la Guardia Real. —Tommen debería contar con siete buenos caballeros. En el pasado, la pertenencia a la guardia era un cargo de por vida, pero eso no había impedido a Joffrey expulsar a ser Barristan Selmy para dejar sitio a Sandor Clegane, su perro. Kevan podía aprovechar ese precedente—. Podría darle una capa blanca a Lancel —reflexionó—. Es más honorable que estar en los Hijos del Guerrero» .

Una vez en sus habitaciones, Kevan Lannister colgó la capa empapada de nieve, se quitó las botas y mandó al criado que echara más leña a la chimenea.

—Y me vendría bien una copa de vino caliente —pidió al tiempo que se sentaba junto al fuego—. Que me la traigan.

Entre el fuego y el vino, no tardó en entrar en calor, pero también empezó a sentirse somnoliento, por lo que no se atrevió a beber otra copa. Aún le quedaba mucho por hacer: tenía informes que leer, y cartas que escribir.

« Y cenó con Cersei y con el rey» . Gracias a los dioses, su sobrina se había mostrado dócil y sumisa desde que hiciera su ruta de penitencia, y según las novicias que estaban a su servicio, repartía las horas de vigilia entre su hijo, la oración y la bañera. Se bañaba cuatro o cinco veces al día, y se restregaba con cepillos de crin y jabón de sosa como si quisiera arrancarse la piel.

« No conseguirá quitarse esa mancha por mucho que se lave. —Ser Kevan recordó a la chiquilla que había sido, tan llena de vida, tan traviesa. Y más tarde, cuando floreció, jamás hubo doncella más hermosa—. Cuántas muertes se habrían evitado si Aerys hubiera accedido a casarla con Rhaegar» . Cersei habría dado al príncipe los hijos varones que tanto deseaba, leones de ojos violeta y melena de plata... Y con semejante esposa, jamás se habría fijado en Lyanna Stark La norteña tenía una especie de belleza salvaje, creía recordar, pero por mucho resplandor que despidiera una antorcha, ¿cómo podía rivalizar con el sol naciente?

Pero no servía de nada lamentar las batallas perdidas y los caminos desechados. Eso era propio de viejos, de hombres acabados. Rhaegar se casó con Elia de Dorne; Lyanna Stark murió; Robert Baratheon tomó a Cersei como esposa, y así estaban las cosas. Aquella noche, el camino lo llevaría a las habitaciones de su sobrina, cara a cara con ella.

«No tengo por qué sentirme culpable —se dijo ser Kevan—. No me cabe duda de que Tywin lo comprendería. Fue su hija quien cubrió de oprobio nuestro nombre, no yo. Hice lo que hice por el bien de la casa Lannister».

No era como si su hermano no hubiera hecho lo mismo. En sus años posteriores, tras la muerte de su esposa, su padre había tomado como amante a la hermosa hija de un cerero. No era extraño que un señor viudo tuviera una plebeya que le calentara la cama, pero lo malo fue que lord Tytos pronto empezó a sentarla a su lado en los banquetes, a cubrirla de regalos y honores, y hasta a pedirle opinión en asuntos de estado. En menos de un año, la moza ya estaba despidiendo criados, dando órdenes a los caballeros de la casa y hasta hablando en nombre de su señoría cuando él se encontraba indisposto. Llegó a ser tan influyente que en Lannisport se decía que, para que el señor escuchara una petición, había que formularla de rodillas ante el regazo de su amante, porque era entre sus piernas donde se encontraba la oreja de Tytos Lannister. Incluso tuvo la osadía de ponerse las joyas de la esposa fallecida.

La situación se prolongó hasta el día en que a su señor padre le estalló el corazón en el pecho cuando subía por las empinadas escaleras que llevaban a la cama de su amante. Todos los interesados que aseguraban ser amigos de la plebeya y buscaban su favor la abandonaron sin pensárselo dos veces cuando Tywin la obligó a recorrer desnuda todo Lannisport, hasta los muelles, como una vulgar prostituta. Ni un hombre la rozó, pero aquel recorrido puso fin a su poder. Tywin jamás habría imaginado que su adorada hija correría el mismo destino.

—No había otra salida —murmuró ser Kevan mientras contemplaba las últimas gotas de vino. Era imprescindible aplacar a su altísima santidad, porque Tommen necesitaría el respaldo de la Fe en las batallas que se avecinaban. En cuanto a Cersei... La niña dorada se había convertido en una mujer vanidosa, codiciosa y estúpida. Si se lo permitían, echaría a perder a Tommen igual que había hecho con Joffrey.

En el exterior se había levantado un viento que sacudía los postigos de su habitación. Ser Kevan hizo acopio de fuerzas y se puso en pie. Había llegado el momento de enfrentarse a la leona en su guarida.

«Le hemos limado las zarpas. Pero Jaime...». No, no podía pensar en aquello.

Se puso un jubón viejo, muy gastado, por si a su sobrina volvía a darle por tirarle una copa de vino a la cara, pero dejó el cinto de la espada colgado del respaldo de la silla. Solo los caballeros de la Guardia Real podían llevar espada en presencia de Tommen.

Ser Boros Blount estaba al cuidado del rey niño y de su madre cuando ser Kevan entró en las estancias reales. Blount llevaba escamas esmaltadas, capa blanca y un yelmo que le dejaba la cara al descubierto, y no tenía buen aspecto. En los últimos tiempos había engordado considerablemente, cosa que se hacía

notar en el rostro y la barriga, y tenía un color enfermizo. Además, estaba apoyado en la pared, como si estar de pie le supusiera un gran esfuerzo.

Se encargaron de servir la cena tres novicias, tres doncellas bien aseadas, de buena familia, entre los doce y los dieciséis años. Con sus suaves túnicas blancas, cada una parecía más inocente y espiritual que la anterior, pero aun así, el septón supremo se había empecinado en que ninguna pasara más de siete días al servicio de Cersei, para evitar que se corrompieran. Se ocupaban del vestuario de la reina, le preparaban el baño y le servían el vino, y por la mañana le cambiaban la ropa de cama. Una de ellas siempre compartía lecho con la reina para asegurarse de que no tuviera otra compañía, y las otras dos dormían en una estancia adyacente con la septa que las supervisaba.

Una chica flaca y larguirucha con la cara marcada de viruelas lo acompañó ante Cersei, que se levantó y lo besó en la mejilla.

—Qué amable por tu parte venir a cenar con nosotros, querido tío. —La reina vestía tan recatadamente como cualquier matrona, con un vestido marrón oscuro abotonado hasta el cuello y un manto verde con capucha que le cubría la cabeza rapada. «Antes del paseo habría hecho alarde de la falta de pelo con una corona de oro» —. Ven, siéntate. ¿Quieres vino?

—Una copa. —Se sentó, aún desconfiado.

Una novicia pecosa les llenó las copas con vino caliente.

—Dice Tommen que lord Tyrell tiene intención de reconstruir la Torre de la mano —comentó Cersei.

—Y asegura que la nueva será el doble de alta que la que quemaste —asintió ser Kevan.

—Lanzas largas, torres altas... —Cersei dejó escapar una risa gutural—. ¿Crees que lord Tyrell insinúa algo?

«Me alegro de que recuerde qué es la risa». Aqueello lo hizo sonreír también a él. Preguntó a su sobrina si tenía todo lo que necesitaba.

—Me atienden bien. Las niñas son un encanto, y las buenas septas se encargan de que no me olvide de rezar. Pero cuando se haya demostrado mi inocencia, me gustaría volver a contar con Taena Merryweather. Podría traer a su hijo a la corte. A Tommen le hace falta estar con otros niños, tener amigos de alta cuna.

Era una petición modesta, y ser Kevan no vio motivo para negarse. El pequeño Merryweather sería su pupilo, y lady Taena acompañaría a Cersei a Roca Casterly.

—La haré llamar en cuanto acabe el juicio —prometió.

La cena empezó con una sopa de carne y cebada, seguida por un par de codornices por cabeza, un lucio asado de más de cuatro palmos de largo con guarnición de nabos y setas, y abundante pan caliente con mantequilla. Ser Boros probaba cada plato que se servía al rey. Era una tarea humillante para un

caballero de la Guardia Real, pero tal vez no fuera capaz de otra cosa en sus actuales circunstancias... y, considerando cómo había muerto el hermano de Tommen, tal vez no fuera mala idea.

El rey parecía más contento de lo que lo había visto Kevan Lannister en mucho tiempo. Desde la sopa hasta los postres, Tommen no dejó de parlotear sobre sus gatitos al tiempo que les daba trocitos de lucio de su regio plato.

—El gato malo estaba anoche delante de mi ventana —informó a Kevan—, pero ser Garras le bufó y se fue corriendo por el tejado.

—¿El gato malo? —repitió ser Kevan, sonriente. « Es un chiquillo adorable» .

—Un gato negro, viejo, con una oreja desgarrada —le explicó Cersei—. Un bicho sucio y muy arisco. Una vez arañó a Joff. —Hizo un gesto de desagrado—. Los gatos nos libran de las ratas, ya lo sé, pero ese... Por lo que me han dicho, ha llegado a atacar a nuestros cuervos.

—Ordenaré que pongan trampas. —Ser Kevan no había visto nunca a su sobrina tan callada, tan mansa, tan recatada. Probablemente era mejor así, pero en cierto modo también lo entristecía. « Su fuego, que tan vivamente ardía, se ha apagado» —. No me has preguntado por tu hermano —comentó mientras esperaban a que les sirvieran los pasteles de crema, que eran los favoritos del rey.

Cersei alzó la vista, y sus ojos verdes brillaron a la luz de la vela.

—¿Jaime? ¿Hay noticias?

—No. Cersei, deberías prepararte para lo...

—Si estuviera muerto, lo sabría. Llegamos juntos a este mundo, y no se iría sin mí. —Bebió un trago de vino—. Tyrion puede marcharse cuando quiera. Supongo que tampoco sabes nada de él.

—No, hace tiempo que nadie intenta vendernos una cabeza de enano.

—¿Puedo hacerte una pregunta, tío?

—Las que quieras.

—¿Piensas traer a tu esposa a la corte?

—No. —Dorna era una mujer afable que solo estaba cómoda en su casa, rodeada de sus amigos y familiares. Había cuidado bien de sus hijos, soñaba con tener nietos, rezaba siete veces al día y le gustaba coser y cuidar de sus flores. En Desembarco del Rey sería tan feliz como los gatitos de Tommen en un nido de víboras—. A mi señora esposa no le gusta viajar. Su lugar está en Lannisport.

—Sabía mujer, aquella que sabe cuál es su lugar.

—¿Qué quieres decir? —No le gustaba cómo sonaba aquello.

—Yo creía saberlo. —Cersei tendió la copa para que la niña pecosa se la llenara. En aquel momento llegaron los pasteles de crema, y la conversación tomó derroteros más animados. Más tarde, cuando ser Boros llevó a Tommen y a sus gatitos al dormitorio del rey, se centraron en el juicio de la reina.

—Los hermanos de Osney no se quedarán cruzados de brazos mientras lo ven

morir —le advirtió Cersei.

—Ya me lo imagino. Por eso los he mandado detener.

—¿De qué se los acusa? —preguntó sorprendida.

—De fornicar con una reina. Su altísima santidad dice que confesaste haberte acostado con los dos, ¿lo has olvidado?

—No. —Se puso muy roja—. ¿Qué vas a hacer con ellos?

—Si reconocen que son culpables, mandarlos al Muro. Si lo niegan, pueden enfrentarse a ser Robert. Esos hombres no deberían haber recibido tales privilegios.

—Los... los juzgué mal. —Cersei bajó la cabeza.

—Al parecer has juzgado mal a muchos hombres.

Iba a añadir algo, pero en aquel momento entró la novicia de pelo oscuro y mejillas rellenas.

—Mis señores, siento interrumpir, pero ha llegado un mensajero. El gran maestre Pyccelle ruega la presencia inmediata del lord regente.

« Alas negras, palabras negras —pensó ser Kevan—. ¿Habrá caído Bastión de Tormentas? ¿O serán noticias de Bolton, del Norte? » .

—Puede que se sepa algo de Jaime —comentó la reina.

Solo había una manera de averiguarlo, así que ser Kevan se levantó.

—Discúlpame, por favor.

Antes de salir se dejó caer sobre una rodilla y besó la mano de su sobrina. Si el gigante silencioso fracasaba, podía ser el último beso que recibiera.

El mensajero era un chiquillo de ocho o nueve años, tan abrigado que parecía un cachorro de oso. Trant lo había hecho esperar en el puente levadizo en lugar de dejarlo entrar en el Torreón de Maegor.

—Ve a sentarte junto a una chimenea, chico —le dijo ser Kevan al tiempo que le ponía una moneda en la mano—. Ya sé ir a las pajarerías.

Por fin había dejado de nevar. Tras un velo de jirones de nubes, la luna llena flotaba redonda y blanca como una bola de nieve, y las estrellas brillaban frías a lo lejos. Ser Kevan cruzó a zancadas el patio del castillo, que parecía un lugar nuevo y misterioso, con las torres llenas de colmillos de hielo; los caminos habían desaparecido bajo el manto blanco, y un carámbano largo como una lanza se desprendió de un tejado y fue a estrellarse a sus pies.

« Otoño en Desembarco del Rey —pensó—. ¿Cómo será en el Muro? » .

Le abrió la puerta una criada, una niña flaca con una túnica forrada de piel que le quedaba muy grande. Ser Kevan dio unas patadas en el suelo para sacudirse la nieve de las botas, se quitó la capa y se la entregó.

—El gran maestre me espera —anunció.

La niña asintió, solemne y silenciosa, y señaló las escaleras.

Las estancias de Pyccelle estaban bajo la pajerera y eran muy espaciosas, con estantes abarrotados de hierbas, emplastos y pócimas, así como libros y

pergaminos. A ser Kevan siempre le había parecido que allí hacía un calor excesivo, pero no en aquella ocasión: sintió el frío nada más cruzar la puerta. En la chimenea solo quedaban cenizas negras y brasas moribundas, y unas pocas velas proyectaban lagos de luz mortecina aquí y allá.

Todo lo demás estaba envuelto en sombras... excepto alrededor de la ventana abierta, donde los cristales de hielo brillaban a la luz de la luna y formaban remolinos arrastrados por el viento. En el alféizar había un gigantesco cuervo blanco de plumas erizadas. Era el cuervo más grande que Kevan Lannister había visto en su vida, mayor incluso que los halcones de Roca Casterly, mayor que el búho más grande. La nieve danzaba en torno a él y la luna lo pintaba de plata.

« No, no es plata. Es blanco. Es un cuervo blanco» .

Los cuervos blancos de la Ciudadela no llevaban mensajes; eso era cosa de sus primos negros. Solo llegaban de Antigua con un cometido: anunciar el cambio de estación.

—Invierno —dijo ser Kevan. La palabra formó una nube blanquecina en el aire, y se apartó de la ventana.

En aquel momento, algo que bien podría ser el puño de un gigante lo golpeó en el centro del pecho. Lo dejó sin aliento y lo hizo regular. El cuervo blanco alzó el vuelo y sacudió las alas claras en torno a su cabeza. Ser Kevan se sentó, o cayó en el alféizar.

« ¿Qué...? ¿Quién...? —Tenía una saeta clavada casi hasta las plumas—. No. No, así fue como murió mi hermano» . La sangre brotaba alrededor del asta.

—Pyccelle —murmuró, confuso—. Ayudadme... yo...

En aquel momento lo vio. El gran maestre Pyccelle estaba sentado a la mesa, con la cabeza apoyada en el gran libro encuadrado en cuero que tenía delante.

« Se ha dormido», pensó Kevan... hasta que parpadeó y vio la herida profunda y roja en el cráneo manchado del consejero, y la sangre que formaba un charco bajo su cabeza, empapando las páginas. Alrededor de la vela se veían fragmentos de hueso y cerebro, islas en un lago de cera derretida.

« Quería guardias —pensó Kevan—. Tendría que haberle puesto guardias». ¿Era posible que Cersei hubiera tenido razón desde el principio? ¿Aquello era obra de su sobrino?

—Tyrion —llamó—. ¿Dónde...?

—Muy lejos —le respondió una voz conocida.

Estaba rodeado de un mar de sombras, junto a una estantería, gordo, pálido, de hombros caídos, con los pies embutidos en zapatillas y una ballesta en las suaves manos empolvadas.

—¿Varys?

—Ser Kevan. —El eunuco dejó la ballesta—. Perdonadme. No os deseo mal alguno, pero tenía que hacer esto por el reino. Por los niños.

« Yo tengo hijos. Tengo esposa. Oh, Dorna...» . Sintió una oleada de dolor y

cerró los ojos. Volvió a abrirlos.

—Hay... hay cientos de guardias de los Lannister en el castillo.

—Pero ninguno en esta habitación, por suerte. Me duele en el alma, mi señor. No merecéis morir a solas en una noche tan fría y oscura. Hay muchos como vos, hombres buenos al servicio de malas causas... Pero vos amenazabais con destruir el trabajo de la reina y reconciliar Altojardín con Roca Casterly, y unir la Fe y los Siete Reinos bajo el mando del pequeño rey, así que... —Entró una ráfaga de viento, y ser Kevan se estremeció—. ¿Tenéis frío, mi señor? No sabéis cuánto lo siento. El gran maestre se ha ensuciado al morir, y el hedor era tan insopportable que tenía miedo de asfixarme.

Ser Kevan trató de incorporarse, pero lo habían abandonado las fuerzas, y apenas sentía las piernas.

—La ballesta me pareció lo más adecuado —prosiguió Varys—. ¡Teníais tanto en común con lord Tywin...! Vuestra sobrina pensará que os han asesinado los Tyrell, quizás en connivencia con el Gnomo. Los Tyrell sospecharán de ella. Alguien encontrará la manera de culpar a los dornienses. Las dudas, la división y la desconfianza minarán el terreno bajo los pies del niño rey mientras Aegon alza su estandarte sobre Bastión de Tormentas y los señores del reino se unen en torno a él.

—¿Aegon? —Durante un momento no entendió nada, pero de pronto lo recordó: un niño envuelto en una capa roja llena de sangre y restos de cerebro—. Está muerto. Muerto.

—No. —La voz del eunuco le sonó más grave—. Está aquí. Aegon ha sido instruido para reinar desde antes de que aprendiera a andar. Ha recibido entrenamiento con las armas, como corresponde a un caballero, pero además sabe leer y escribir, habla varios idiomas, y ha estudiado historia, leyes y poesía. Una septa lo ha instruido en los misterios de la Fe desde que tenía edad para comprender. Ha vivido entre pescadores, ha trabajado con las manos, ha nadado en ríos, ha remendado redes y se ha lavado la ropa cuando lo ha necesitado. Sabe pescar, cocinar y vendar una herida; sabe lo que es sufrir hambre y sentirse perseguido. Sabe lo que es tener miedo. A Tommen le han enseñado que ser rey es un derecho; Aegon sabe que es un deber, que un rey debe poner a su pueblo por delante de todo lo demás y vivir por él, gobernar para él.

Kevan Lannister trató de llamar a gritos a sus guardias, a su esposa, a su hermano... Pero de su boca no salían palabras, sino sangre, y sufrió una violenta convulsión.

—Lo siento mucho. —Varys se retorció las manos—. Estáis sufriendo, ya lo sé, y yo aquí, parloteando como una vieja cotorra. Es hora de acabar con vuestro dolor. —El eunuco lanzó un silbido.

Ser Kevan sentía un frío gélido, y cada bocanada de aire era como una cuchillada de dolor. Divisó un movimiento de reojo, y oyó el sonido quedo de

unos pies calzados con zapatillas. De la oscuridad salió un niño, un chiquillo pálido con una túnica andrajosa, de nueve o diez años como mucho. Otro apareció de detrás de la silla del gran maestre. La niña que le había abierto la puerta también estaba allí. Estaban a su alrededor, media docena de niños y niñas de rostro muy blanco y ojos oscuros.

Armados con puñales.

APÉNDICE

LOS REYES Y SUS CORTESES



EL NIÑO REY

TOMMEN BARATHEON, el primero de su nombre, rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, señor de los Siete Reinos, un niño de ocho años;

- LA REINA MARGAERY de la casa Tyrell, su esposa, casada tres veces y enviudada dos, acusada de alta traición, prisionera en el Gran Septo de Baelor;
- MEGGA, ALLA y ELINOR TYRELL, sus damas y primas, acusadas de fornicación;
- ALYN AMBROSE, prometido de Elinor, escudero;
- CERSEI de la casa Lannister, su madre, reina regente, señora de Roca Casterly; acusada de alta traición, prisionera en el Gran Septo de Baelor;
- sus hermanos y hermanas:
 - [EL REY JOFFREY BARATHEON], el primero de su nombre, su hermano mayor, envenenado en su banquete nupcial;
 - LA PRINCESA MYRCELLA BARATHEON, su hermana mayor, una niña de nueve años, pupila del príncipe Doran Martell en Lanza del Sol, prometida a su hijo Trystane;
- SER GARRAS, LADY BIGOTES, BOTAS, sus gatitos;
- sus tíos:
 - SER JAIME LANNISTER, apodado EL MATARREYES, mellizo de la reina Cersei, lord comandante de la Guardia Real;

- TYRION LANNISTER, apodado EL GNOMO, un enano acusado y condenado por regicidio y parricidio;
 - el resto de su familia:
 - [LORD TYWIN LANNISTER], su abuelo, señor de Roca Casterly, Guardián del Oeste y mano del rey, muerto en el retrete a manos de su hijo Tyrion;
 - SER KEVAN LANNISTER, su tío abuelo, regente y Protector del Reino, casado con Dorna Swyft;
 - sus hijos:
 - SER LANCEL LANNISTER, un caballero de la Sagrada Orden de los Hijos del Guerrero;
 - [WILLEM], hermano gemelo de Martyn, muerto en Aguasdulces;
 - MARTYN, escudero, hermano gemelo de Willem;
 - JANEI, una niña de tres años;
 - LADY GENNA LANNISTER, su tía abuela, casada con ser Emmon Frey;
 - [SER CLEOS FREY], hijo de lady Genna, abatido por unos bandidos;
 - SER TYWIN FREY, llamado TY, hijo de Cleos;
 - WILLEM FREY, escudero, hijo de Cleos;
 - SER LYONEL FREY, segundo hijo de lady Genna;
 - [TION FREY], hijo de lady Genna, escudero, muerto en Aguasdulces;
 - WALDER FREY, apodado WALDER EL ROJO, hijo menor de lady Genna, paje en Roca Casterly;
 - [SER TYGETT LANNISTER], su tío abuelo, casado con Darlessa Marbrand;
 - TYREK LANNISTER, su hijo, un escudero desparecido en las revueltas por la comida en Desembarco del Rey;
 - LADY ERMESANDE HAYFORD, niña de pecho y esposa de Tyrek;
 - [GERION LANNISTER], su tío abuelo, desaparecido en el mar;
 - GLORIA COLINA, su hija bastarda;
- el Consejo Privado del rey Tommen:
 - SER KEVAN LANNISTER, regente;
 - LORD MACE TYRELL, mano del rey;
 - GRAN MAESTRE PYCELLE, consejero y sanador;
 - SER JAIME LANNISTER, lord comandante de la Guardia Real;
 - PAXTER REDWYNE, gran almirante y consejero naval;

- QYBURN, maestre caido en desgracia y reconocido nigromante, consejero de los rumores;
- el Consejo Privado anterior de la reina Cersei:
 - [LORD GYLES ROSBY], lord tesorero y consejero de la moneda, muerto de un catarro;
 - LORD ORTON MERRYWEATHER, justicia mayor y consejero de leyes, que escapó a Granmesa a raíz de la detención de la reina Cersei;
 - AURANE MARES, apodado EL BASTARDO DE MARCADERIVA, gran almirante y consejero naval, que escapó al mar con la flota real a raíz de la detención de la reina Cersei;
- Guardia Real del rey Tommen:
 - SER JAIME LANNISTER, lord comandante;
 - SER MERYN TRANT;
 - SER BOROS BLOUNT, destituido y restituido desde entonces;
 - SER BALON SWANN, en Dorne con la princesa Myrcella;
 - SER OSMUND KETTLEBLACK;
 - SER LORAS TYRELL, apodado EL CABALLERO DE LAS FLORES ;
 - [SER ARYS OAKHEART], muerto en Dorne;
- la corte de Tommen en Desembarco del Rey:
 - CHICO LUNA, bufón real, corto de entendederas;
 - PATE, de ocho años, niño de los azotes del rey Tommen;
 - ORMOND DE ANTIGUA, arpista y bardo real;
 - SER OSFRYD KETTLEBLACK, hermano de ser Osmund y ser Osney, capitán de la Guardia de la Ciudad;
 - NOHO DIMITTIS, enviado del Banco de Hierro de Braavos;
 - [SER GREGOR CLEGANE], apodado LA MONTAÑA QUE CABALGA, muerto por una herida envenenada;
 - RENNIFER MARESLARGOS, carcelero jefe de las mazmorras de la Fortaleza Roja;
- amantes conocidos de la reina Margaery:
 - WAT, un trovador apodado EL BARDO AZUL, prisionero enloquecido por la tortura;
 - [HAMISH EL ARPISTA], un anciano bardo, muerto prisionero;
 - SER MARK MULLENDORE, que perdió un mono y medio brazo en la batalla del Aguasnegras;
 - SER TALLAD, apodado EL TALLO; SER LAMBERT TURNBERRY; SER BAYARD NORCROSS; SER HUGH CLIFTON;
 - JALABHAR XHO, príncipe del Valle de la Flor Roja, exiliado de las

- islas del Verano;
- SER HORAS REDWYNE, puesto en libertad tras resultar inocente;
- SER HOBBER REDWYNE, puesto en libertad tras resultar inocente;
- el principal acusador de la reina Cersei:
- SER OSNEY KETTLEBLACK, hermano de ser Osmund y ser Osflyd, prisionero de la Fe;
- miembros de la Fe:
 - EL SEPTÓN SUPREMO, Padre de los Fieles, Voz de los Siete en la Tierra, un anciano frágil;
 - SEPTA UNELLA, SEPTA MOELLE, SEPTA SCOLERA, las carceleras de la reina;
 - SEPTÓN TORBERT, SEPTÓN RAYNARD, SEPTÓN LUCEON, SEPTÓN OLLIDOR, de los Máximos Devotos;
 - SEPTA AGLANTINE, SEPTA HELICENT, servidoras de los Siete en el Gran Septo de Baelor;
 - SER THEODAN WELLS, apodado SER THEODAN EL FIEL, piadoso comandante de los Hijos del Guerrero;
 - los gorriones, los más humildes entre los hombres, fervientes devotos;
- habitantes de Desembarco del Rey:
 - CHATAYA, dueña de un burdel de lujo;
 - ALAYAYA, su hija;
 - DANCY, MAREI, dos chicas de Chataya;
 - TOBHO MOTT, maestro armero;
- señores de las tierras de la corona, vasallos del Trono de Hierro:
 - RENFRED RYKKER, señor del Valle Oscuro;
 - SER RUFUS LEEK, un caballero con una sola pierna, a su servicio, castellano de Fuerte Pardo en el Valle Oscuro;
 - [LADY TANDA STOKEWORTH], señora de Stokeworth, muerta a causa de una lesión en la cadera;
 - [FALYSE], su hija mayor, muerta mientras gritaba en las celdas negras;
 - [SER BALMAN BYRCH], esposo de lady Falyse, muerto en una justa;
 - LOLLYS, su hija menor, señora de Stokeworth, de pocas luces;
 - TYRION CURTIDOR, su hijo recién nacido, de cien padres;
 - SER BRONN DEL AGUASNEGRAS, su esposo, mercenario convertido en caballero;
 - MAESTRE FRENKEN, al servicio de Stokeworth.

El estandarte del rey Tommen muestra, afrontados, el venado coronado de Baratheon, de sable sobre oro, y el león de los Lannister, de oro sobre gules.



EL REY EN EL MURO

STANNIS BARATHEON, el primero de su nombre, segundo hijo de lord Steffon Baratheon y lady Cassana de la casa Estermont, señor de Rocadragón, que se ha coronado rey de Poniente;

- con Stannis en el Castillo Negro:
 - LADY MELISANDRE DE ASSHAI, apodada LA MUJER ROJA, sacerdotisa de R'hllor, el Señor de Luz;
 - sus caballeros y espadas juramentadas:
 - SER RICHARD HORPE, su segundo al mando;
 - SER GODRY FARRING, conocido como EL MASACRAGIGANTES;
 - SER JUSTIN MASSEY;
 - LORD ROBIN PEASEBURY;
 - LORD HARWOOD FELL;
 - SER CLAYTON SUGGS, SER CORLISS PENNY, hombres de la reina y fervientes seguidores del Señor de Luz;
 - SER WILLAM FOXGLOVE, SER HUMFREY CLIFTON, SER ORMUND WYLDE, SER HARYS COBB, caballeros;
 - DEVAN SEAWORTH y BRYEN FARRING, sus escuderos;
 - MANCE RAYDER, su prisionero, el Rey-más-allá-del-Muro;
 - el hijo recién nacido de Rayder, el príncipe de los salvajes;
 - ELÍ, una salvaje, la nodriza del niño;
 - el monstruo, hijo recién nacido de Elí y [CRASTER], padre de esta;

- en Guardiaorient del Mar:
 - LA REINA SELYSE de la casa Florent, su esposa;
 - LA PRINCESA SHIREEN, su hija, una niña de once años;
 - CARAMANCHADA, el bufón tatuado de Shireen;
 - SER AXELL FLORENT, su tío, el primero de los hombres de la reina, que se autopropone mano de la reina;
 - SER NARBERT GRANDISON, SER BENETHON SCALES, SER PATREK DE LA MONTAÑA DEL REY, SER DORDEN EL ADUSTO, SER MALEGORN DE LAGORROJO, SER LAMBERT WHITEWATER, SER PERKIN FOLLARD, SER BRUS BUCKLER , sus caballeros y espadas juramentadas;
 - LORD DAVOS SEAWORTH, apodado EL CABALLERO DE LA CEBOLLA, señor de La Selva, almirante del mar Angosto y mano del rey;
 - SALLADHOR SAAN de Lys, pirata y mercenario, al mando de la *Valyria* y de una flota de galeras;
 - TYCHO NESTORIS, emisario del Banco del Hierro de Braavos.

El rey Stannis ha elegido para su estandarte el corazón ardiente del Señor de Luz, de gules entre llamas naranja en campo de oro brillante. Dentro del corazón figura el venado coronado de la casa Baratheon, de sable.



EL REY DE LAS ISLAS Y DEL NORTE

Los Greyjoy de Pyke afirman descender del Rey Gris, de la Edad de los Héroes. Según la leyenda, el Rey Gris llegó a gobernar el mar y se desposó con una sirena. Aegon Lorddragón acabó con la estirpe del último Rey de las Islas del Hierro, cosa que permitió a los hijos del hierro recuperar su antigua costumbre de designar un regente en asamblea. El elegido fue lord Vickon Greyjoy de Pyke. El blasón de los Greyjoy es un kraken de oro sobre campo de sable. Su lema es: Nosotros no Sembramos.

EURON GREYJOY, apodado OJO DE CUERVO, el tercero de su nombre desde el Rey Gris, Rey de las Islas del Hierro y del Norte, Rey de la Sal y de la Roca, Hijo del Viento Marino y Lord Segador de Pyke, capitán del *Silencio*;

—[BALON], su hermano mayor, Rey de las Islas del Hierro y del Norte, el noveno de su nombre desde el Rey Gris, muerto de una caída;

—LADY ALANNYS de la casa Harlaw, viuda de Balon;

—sus hijos:

—[RODRIK], caído durante la primera rebelión de Balon;

—[MARON], caído durante la primera rebelión de Balon;

—ASHA, su hija, capitana del *Viento Negro* y conquistadora de Bosquespeso, casada con Erik Ironmaker;

—THEON, apodado por los norteños THEON CAMBIACAPAS, prisionero en Fuerte Terror;

- VICTARION, su hermano menor, lord capitán de la Flota de Hierro, capitán del *Victoria de Hierro*;
- AERON, su hermano más pequeño, apodado PELOMOJADO, sacerdote del Dios Ahogado;
- sus capitanes y espadas juramentadas:
 - TORWOLD DIENTENEGRO; JON MYRE, CARAPICADA; RODRIK FREEBORN; EL REMERO ROJO; LUCAS CODD, EL ZURDO; QUELLON HUMBLE; HARREN MEDIO HOARE; KEMMETT PYKE, EL BASTARDO; QARL EL SIERVO; MANO DE PIEDRA; RALF EL PASTOR; RALF DE PUERTONOBLE;
- su tripulación:
 - [CRAGORN], que tocó el cuerno infernal y murió;
- sus señores vasallos:
 - ERIK IRONMAKER, apodado ERIK EL DESTROZAYUNQUES y ERIK EL JUSTO, lord mayordomo de las islas del Hierro, castellano de Pyke, un anciano que conoció la fama, casado con Asha Greyjoy;
 - señores de Pyke:
 - LORD GERMUND BOTLEY, señor de Puertonoble;
 - LORD WALDON WYNCH, señor de Castroferro;
 - señores de Viejo Wyk
 - LORD DUNSTAN DRUMM, llamado EL DRUMM, señor de Viejo Wyk;
 - NORNE GOODBROTHER, de Piedraquebrada;
 - STONEHOUSE;
 - señores de Gran Wyk
 - GOROLD GOODBROTHER, señor de Cuernomartillo;
 - TRISTON FARWYND, señor de Punta Piel de Foca;
 - SPARR;
 - MELDRED MERLYN, señor de Guijarra;
 - señores de Monteorca:
 - ALYN ORKWOOD, apodado ORKWOOD DE MONTEORCA;
 - LORD BALON TAWNEY;
 - señores de Acantilado de Sal:
 - LORD DONNOR SALTCLIFFE;
 - LORD SUNDERLY;
 - señores de Harlaw:
 - RODRIK HARLAW, apodado EL LECTOR, señor de Harlaw, señor de Diez Torres, Harlaw de Harlaw;

- SIGFRYD HARLAW, su tío abuelo, apodado SIGFRYD PELOPLATA, señor del Torreón de Harlaw;
- HOTHO HARLAW, su primo, apodado HOTHO EL JOROBADO, de la Torre del Resplandor;
- BOREMUND HARLAW, su primo, apodado BOREMUND EL AZUL, señor de Colina de la Bruja;
- señores de islas menores y en las rocas:
 - GYLBERT FARWYND, señor de Luz Solitaria;
- los conquistadores hijos del hierro:
 - en las islas Escudo:
 - ANDRIK EL TACITURNO, señor del Escudo del Sur;
 - NUTE EL BARBERO, señor del Escudo de Roble;
 - MARON VOLMARK, señor del Escudo Verde;
 - SER HARRAS HARLAW, el Caballero de Jardín Gris, señor del Escudo Gris;
 - en Foso Cailin:
 - RALF KENNING, castellano y comandante;
 - ADRACK HUMBLE, al que le falta medio brazo;
 - DAGON CODD, que no jura lealtad a ningún hombre;
 - en la Ciudadela de Torrhen:
 - DAGMER, apodado BARBARROTA, capitán del *Bebespuma*;
 - en Bosquespeso:
 - ASHA GREYJOY, la hija del kraken, capitana del *Viento Negro*;
 - QARL LA DONCELLA, su amante, un guerrero;
 - TRISTIFER BOTLEY, su antiguo amante, heredero de Puerto Noble, despojado de sus tierras;
 - ROGGON BARBARROYA, LENGUAMARGA, ROLFE EL ENANO, LORREN HACHALARGA, GRAJO, DEDOS, HARL SEISDEDOS, DALE PARPADOPESADO, EARL HARLAW, CROMM, HAGEN EL CUERNO y su preciosa hija pelirroja, su tripulación;
 - QUENTON GREYJOY, su primo;
 - DAGON GREYJOY, su primo, apodado DAGON EL BORRACHO.

OTRAS CASAS MAYORES Y MENORES



CASA ARRYN

Los Arryn descienden de los Reyes de la Montaña y el Valle. Su estandarte muestra una luna y un halcón, de plata, sobre campo de azur.

La casa Arryn no participó en la guerra de los Cinco Reyes.

ROBERT ARRYN, señor del Nido de Águilas, Defensor del Valle, un niño enfermizo de ocho años, llamado a veces ROBALITO;

—[LADY LYSA de la casa Tully], su madre, viuda de lord Jon Arryn, despeñada de un empujón por la puerta de la Luna;

—PETYR BAELISH, su padrastro, apodado MEÑIQUE, señor de Harrenhal, Señor Supremo del Tridente y Lord Protector del Valle;

—ALAYNE PIEDRA, hija natural de lord Petyr, una doncella de trece años, en realidad Sansa Stark;

—SER LOTHOR BRUNE, un mercenario al servicio de lord Petyr, capitán de la guardia del Nido de Águilas;

—OSWELL, un soldado canoso al servicio de lord Petyr, llamado a veces KETTLEBLACK;

—SER SHADRICH DEL VALLE UMBRÍO, apodado EL RATÓN LOCO, un caballero errante al servicio de lord Petyr;

—SER BYRON EL BELLO, SER MORGARTH EL FELIZ, caballeros errantes al servicio de Petyr;

—su casa y sus habitantes:

—MAESTRE COLEMON, instructor, sanador y consejero;

- MORD, un carcelero brutal con dientes de oro;
- GRETCHEL, MADDY y MELA, sirvientas;
- los Señores del Valle, vasallos de lord Robert:
- YOHN ROYCE, apodado YOHN BRONCE, señor de Piedra de las Runas;
- SER ANDAR, su hijo, heredero de Piedra de las Runas;
- LORD NESTOR ROYCE, mayordomo jefe del Valle y castellano de las Puertas de la Luna;
- SER ALBAR, hijo y heredero de lord Nestor;
- MYRANDA, llamada RANDA, hija de lord Nestor, viuda, pero casi sin usar;
- MYA PIEDRA, hija bastarda del rey Robert Baratheon, el primero de su nombre, guía y mulera;
- LYONEL CORBRAY, señor del Hogar;
- SER LYN CORBRAY, su hermano y heredero, que esgrime la famosa espada *Dama Desesperada*;
- SER LUCAS CORBRAY, su hermano menor;
- TRISTON SUNDERLAND, señor de las Tres Hermanas;
- GODRIC BORRELL, señor de Hermana Dulce;
- ROLLAND LONGTHORPE, señor de Hermana Larga;
- ALESANDOR TORRENT, señor de Hermana Pequeña;
- ANYA WAYNWOOD, señora de Roble de Hierro;
- SER MORTON, su hijo mayor y heredero;
- SER DONNEL, su segundo hijo, el Caballero de la Puerta;
- WALLACE, su hijo menor;
- HARROLD HARDYNG, su pupilo, un escudero al que llaman a menudo HARRY EL HEREDERO;
- SER SYMOND TEMPLETON, el Caballero de Nuevestrellas;
- JON LYNDERLY, señor del Bosque de la Serpiente;
- EDMUND WAXLEY, el Caballero de Serbaledo;
- GEROLD GRAFTON, señor de Puerto Gaviota;
- GYLES, su hijo menor, un escudero;
- [EON HUNTER], señor de Arcolargo, recientemente fallecido;
- SER GILWOOD, hijo mayor y heredero de lord Eon, ahora llamado LORD HUNTER, EL JOVEN;
- SER EUSTACE, segundo hijo de lord Eon;
- SER HARLAN, hijo menor de lord Eon;
- la casa de lord Hunter, el Joven:
- MAESTRE WILLAMEN, instructor, sanador y consejero;
- HORTON REDFORT, señor de Fuerterojo, casado tres veces;
- SER JASPER, SER CREIGHTON, SER JON, sus hijos;

- SER MYCHEL, su hijo menor, recién nombrado caballero, casado con Ysilla Royce, de Piedra de las Runas;
- BENEDAR BELMORE, señor de Rapsodia;
- jefes de los clanes de las montañas de la Luna:
 - SHAGGA HIJO DE DOLF, DE LOS GRAJOS DE PIEDRA, en la actualidad al frente de una banda en el bosque Real;
 - TIMETT HIJO DE TIMETT, DE LOS HOMBRES QUEMADOS;
 - CHELLA HIJA DE CHEYK, DE LOS OREJAS NEGRAS;
 - CRAWN HIJO DE CALOR, DE LOS HERMANOS DE LA LUNA.

El lema de los Arryn es: Tan Alto como el Honor.



CASA BARATHEON

La casa Baratheon es la más reciente de las grandes casas. Surge durante las guerras de la Conquista, cuando Orys Baratheon, del que se rumoreaba que era hermano bastardo de Aegon el Conquistador, derrotó y mató a Argilac el Arrogante, el último Rey de la Tormenta. Aegon lo recompensó con el castillo de Argilac, sus tierras y su hija. Orys contrajo matrimonio con la chica y adoptó el estandarte, los honores y el lema de su linaje.

En el año 283 tras la Conquista de Aegon, Robert de la casa Baratheon, señor de Bastión de Tormentas, derrotó a Aerys Targaryen, segundo de su nombre, el Rey Loco, para hacerse con el Trono de Hierro. Basó su derecho al trono en su abuela, una hija del rey Aegon Targaryen, quinto de su nombre, aunque Robert preferiría decir que su derecho al trono se basaba en su martillo de guerra.

[ROBERT BARATHEON], el primero de su nombre, rey de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, señor de los Siete Reinos y Protector del Reino, muerto por un jabalí;

—LA REINA CERSEI de la casa Lannister, su esposa;

—sus hijos:

—[EL REY JOFFREY BARATHEON], el primero de su nombre, muerto en su banquete de bodas;

—LA PRINCESA MYRCELLA, pupila en Lanza de Sol, prometida del príncipe Trystane Martell;

—EL REY TOMMEN BARATHEON, el primero de su nombre;

- sus hermanos:
 - STANNIS BARATHEON, señor rebelde de Rocadragón y aspirante al Trono de Hierro;
 - SHIREEN, su hija, una niña de once años;
 - [RENLAY BARATHEON], señor rebelde de Bastión de Tormentas y aspirante al Trono de Hierro, muerto en Bastión de Tormentas rodeado de su ejército;
- sus hijos bastardos:
 - MYA PIEDRA, una doncella de diecinueve años al servicio de lord Nestor Royce, de las Puertas de la Luna;
 - GENDRY, un bandido de las tierras de los ríos, que desconoce su origen;
 - EDRIC TORMENTA, su bastardo reconocido, hijo de lady Delena de la casa Florent, que se esconde en Lys;
 - SER ANDREW ESTERMONT, su primo y guardián;
 - sus guardias y protectores:
 - SER GERALD GOWER; LEWYS, apodado EL PESCADERO;
 - SER TRISTON DE COLINA CUENTA; OMER BLACKBERRY;
 - [BARRA], su bastarda, hija de una prostituta de Desembarco del Rey, muerta por orden de su viuda;
- el resto de su familia:
 - SER ELDON ESTERMONT, su tío abuelo, señor de Piedraverde;
 - SER AEMON ESTERMONT, su primo, hijo de Eldon;
 - SER ALYN ESTERMONT, su primo, hijo de Aemon;
 - SER LOMAS ESTERMONT, su primo, hijo de Eldon;
 - SER ANDREW ESTERMONT, su primo, hijo de Lomas;
- vasallos juramentados a Bastión de Tormentas, los señores de la tormenta;
 - LORD DAVOS SEAWORTH, apodado EL CABALLERO DE LA CEBOLLA, señor de La Selva, almirante del mar Angosto y mano del rey;
 - MARYA, su esposa, hija de un carpintero;
 - [DALE, ALLARD, MATTHOS, MARIC], sus cuatro hijos mayores, caídos en la batalla del Aguasnegras;
 - DEVAN, su hijo menor, escudero del rey Stannis;
 - STANNIS y STEFFON, sus hijos más pequeños;
 - SER GILBERT FARRING, castellano de Bastión de Tormentas;
 - BRYEN, su hijo, escudero del rey Stannis;
 - SER GODRY FARRING, su primo, apodado EL MASACRAGIGANTES;

- ELWOOD MEADOWS, señor del Torreón de la Hierba, senescal de Bastión de Tormentas;
- SELWYN TARTH, apodado EL LUCERO DE LA TARDE, señor de Tarth;
- BRIENNE, su hija, LA DONCELLA DE TARTH, también apodada BRIENNE LA BELLA;
- PODRICK PAYNE, su escudero, un niño de diez años;
- SER RONNET CONNINGTON, apodado RONNET EL ROJO, el Caballero del Nido del Grifo;
- RAYMUND y ALYNNE, sus hermanos pequeños;
- RONALD TORMENTA, su hijo bastardo;
- JON CONNINGTON, su primo, anteriormente señor de Bastión de Tormentas y mano del rey, exiliado por Aerys Targaryen, el segundo de su nombre, aparentemente muerto a causa de la bebida;
- LESTER MORRIGEN, señor del Nido de Cuervos;
- SER RICHARD MORRIGEN, su hermano y heredero;
- [SER GUYARD MORRIGEN], su hermano, apodado GUYARD EL VERDE, muerto en la batalla del Aguasnegras;
- ARSTAN SELMY, señor de Torreón Cosecha;
- SER BARRISTAN SELMY, su tío abuelo;
- CASPER WYLDE, señor de Aguasmil;
- SER ORMUND WYLDE, su tío, un anciano caballero;
- HARWOOD FELL, señor de Bosquealto;
- HUGH GRANDISON, apodado BARBAGRÍS, señor de Buenavista;
- SEBASTION ERROL, señor de Pazo Pajar;
- CLIFFORD SWANN, señor de Timón de Piedra;
- BERIC DONDARRION, señor de Refugionegro, apodado EL SEÑOR DEL RELÁMPAGO, un bandido de las tierras de los ríos, asesinado frecuentemente y presumiblemente muerto;
- [BRYCE CARON], señor de Canto Nocturno, muerto a manos de ser Philip Foote en el Aguasnegras;
- SER PHILIP FOOTE, su asesino, un caballero tuerto, señor de Canto Nocturno;
- SER ROLLAND TORMENTA, su hermano paterno, apodado EL BASTARDO DE CANTO NOCTURNO, aspirante a señor de Canto Nocturno;
- ROBIN PEASEBURY, señor de Campoverde;
- MARY MERTYNS, señora de Bosquebruma;
- RALPH BUCKLER, señor de Puertabronce;
- SER BRUS BUCKLER, su primo.

El estandarte de los Baratheon es un venado coronado negro sobre campo dorado. Su lema es: Nuestra es la Furia.



CASA FREY

Los Frey son vasallos de la casa Tully, pero no siempre se han mostrado diligentes a la hora de cumplir con su deber. Cuando estalló la guerra de los Cinco Reyes, Robb Stark consiguió la lealtad de lord Walder dando su palabra de casarse con alguna de sus hijas o nietas. Cuando, pese a ello, se casó con Jeyne Westerling, los Frey conspiraron con Roose Bolton para asesinar al Joven Lobo y a sus seguidores en lo que pasó a conocerse como la Boda Roja.

WALDER FREY, señor del Cruce;

- de su primera esposa, [LADY PERHA de la casa Royce]:
 - [SER STEVRON FREY], muerto tras la batalla de Cruce de Bueyes;
 - SER EMMON FREY, su segundo hijo;
 - SER AENYS FREY, al mando del ejército de los Frey en el norte;
 - AEGON EL SANGRIENTO, hijo de Aenys, un bandido;
 - RHAEGAR, hijo de Aenys, enviado a Puerto Blanco;
 - PERRIANE, su hija mayor, casada con ser Leslyn Haigh;
- de su segunda esposa, [LADY CYRENNNA de la casa Swann]:
 - SER JARED FREY, enviado a Puerto Blanco;
 - SEPTÓN LUCEON, su quinto hijo;
- de su tercera esposa, [LADY AMAREI de casa Crakehall]:
 - SER HOSTEEN FREY, un caballero de gran reputación;
 - LYTHENE, su segunda hija, casada con lord Lucias Vypren;
 - SYMOND FREY, su séptimo hijo, un contable, enviado a Puerto

- Blanco;
- SER DANWELL FREY, su octavo hijo;
 - [MERRETT FREY], su noveno hijo, ahorcado en Piedrasviejas;
 - WALDA, hija de Merrett, apodada WALDA LA GORDA, casada con Roose Bolton, señor de Fuerte Terror;
 - WALDER, el hijo de Merrett, apodado WALDER EL PEQUEÑO, de ocho años, escudero al servicio de Ramsay Bolton;
 - [SER GEREMY FREY], su décimo hijo, ahogado;
 - SER RAYMUND FREY, su decimoprimer hijo;
- de su cuarta esposa, [LADY ALYSSA de la casa Blackwood]:
- LOTHAR FREY, su decimosegundo hijo, apodado LOTHAR EL COJO;
 - SER JAMMOS FREY, su decimotercer hijo;
 - WALDER, hijo de Jammos, apodado WALDER EL MAYOR, de ocho años, un escudero al servicio de Ramsay Bolton;
 - SER WHALEN FREY, su decimocuarto hijo;
 - MORYA, su tercera hija, casada con ser Flement Brax;
 - TYTA, su cuarta hija, apodada TYTA LA DONCELLA;
- de su quinta esposa, [LADY SARYA de la casa Whent]:
- sin descendientes;
- de su sexta esposa, [LADY BETHANY de la casa Rosby]:
- SER PERWYN, el decimoquinto hijo de lord Walder;
 - [SER BENFREY], el decimosexto hijo de lord Walder, muerto de una herida recibida en la Boda Roja;
 - MAESTRE WILLAMEN, el decimoséptimo hijo de lord Walder, de servicio en Arcolargo;
 - OLYVAR FREY, el decimoctavo hijo de lord Walder, antes escudero de Robb Stark;
 - ROSLIN, de dieciséis años, casada con lord Edmure Tully en la Boda Roja, embarazada de su hijo;
- de su séptima esposa, [LADY ANNARA de la casa Farring]:
- ARWYN, su sexta hija, una doncella de catorce años;
 - WENDEL, su decimonoveno hijo, acogido como paje en Varamar;
 - COLMAR, su vigésimo hijo, de once años, prometido a la Fe;
 - WALTYR, apodado TYR, su vigesimoprimer hijo, de diez años;
 - ELMAR, el vigésimo segundo y último hijo varón de lord Walder, un niño de nueve años que estuvo prometido con Arya Stark;
 - SHIREI, su séptima hija, una niña de siete años;
- su octava esposa, LADY JOYEUSE de la casa Erenford, embarazada;

- hijos naturales de lord Walder con diferentes madres:
 - WALDER RÍOS, apodado WALDER EL BASTARDO;
 - MAESTRE MELWYS, de servicio en Rosby;
 - JEYNE RÍOS, MARTYN RÍOS, RYGER RÍOS, RONEL RÍOS, MELLARA RÍOS, otros.



CASA LANNISTER

Los Lannister de Roca Casterly son el principal apoyo del rey Tommen para defender el Trono de Hierro. Aseguran descender de Lann el Astuto, el legendario embaucador de la Edad de los Héroes. El oro de Roca Casterly y del Colmillo Dorado hace de esta la más rica de las grandes casas. El blasón de los Lannister es un león de oro sobre campo de gules. Su lema es: ¡Oye mi Rugido!

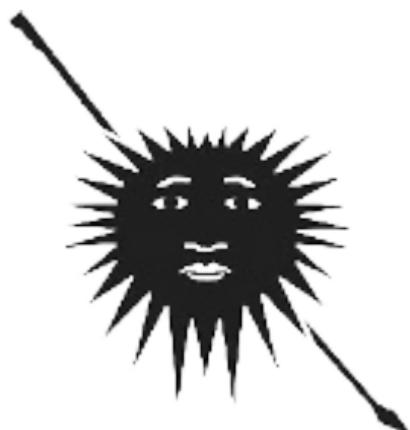
[TYWIN LANNISTER], señor de Roca Casterly, Escudo de Lannisport, Guardián del Occidente y mano del rey, muerto a mano de su hijo enano cuando estaba en el retrete;

—los hijos de lord Tywin:

- CERSEI, melliza de Jaime, viuda del rey Robert Baratheon, el primero de su nombre, prisionera en el Gran Septo de Baelor;
- SER JAIME, mellizo de Cersei, apodado EL MATARREYES, lord comandante de la Guardia Real;
- JOSMYN PECKLEDON, GARRETT PAEGE, LEW PIPER, sus escuderos;
- SER ILYN PAYNE, un caballero sin lengua, anteriormente justicia del rey y verdugo;
- SER RONNET CONNINGTON, apodado RONNET EL ROJO, el Caballero del Nido del Grifo, enviado a Poza de la Doncella con un prisionero;
- SER ADDAM MARBRAND; SER FLEMENT BRAX; SER ALYN STACKSPEAR; SER STEFFON SWYFT; SER HUMFREY SWYFT

- ; SER LYLE CRAKEHALL, apodado JABALÍ; SER JON BETTLEY, apodado JON EL LAMPIÑO; caballeros al servicio del ejército de ser Jaime en Aguasdulces;
- TYRION, apodado EL GNOMO, enano y parricida, un fugitivo exiliado más allá del mar Angosto;
- el servicio de Roca Casterly:
- MAESTRE CREYLEN, instructor, sanador y consejero;
 - VYLARR, capitán de la guardia;
 - SER BENEDICT BROOM, maestro de armas;
 - WAT SONRISABLANCA, bardo;
- los hermanos de lord Tywin y sus vástagos:
- SER KEVAN LANNISTER, casado con Dorna de la casa Swyft;
 - LADY GENNA, casada con ser Emmon Frey, ahora señor de Aguasdulces;
 - [SER CLEOS FREY], hijo de Genna, casado con Jeyne Darry, muerto a manos de unos bandidos;
 - SER TYWIN FREY, el hijo mayor de Cleos, llamado TY, ahora heredero de Aguasdulces;
 - WILLEM FREY, el segundo hijo de Cleos, escudero;
 - los hijos menores de lady Genna, SER LYONEL FREY, [TION FREY], WALDER FREY, apodado WALDER EL ROJO;
 - [SER TYGETT LANNISTER], muerto de viruelas;
 - TYREK, hijo de Tygett, desaparecido, se supone que muerto;
 - LADY ERMESANDE HAYFORD, una niña de pecho, esposa de Tyrek;
 - [GERION LANNISTER], desaparecido en el mar;
 - GLORIA COLINA, hija bastarda de Gerion, de once años;
- otros parientes cercanos de lord Tywin:
- [SER STAFFORD LANNISTER], su primo, hermano de la esposa de lord Tywin, caído en la batalla de Cruce de Bueyes;
 - CERENNA y MYRIELLE, hijas de Stafford;
 - SER DAVEN LANNISTER, hijo de Stafford;
 - SER DAMION LANNISTER, su primo, casado con lady Shiera Crakehall;
 - SER LUCION, su hijo;
 - LANNA, su hija, casada con lord Antario Jast;
 - LADY MARGOT, su prima, casada con lord Titus Peake;
- los Señores del Occidente, vasallos y espadas juramentadas:
- DAMON MARBRAND, señor de Marcaceniza;
 - ROLAND CRAKEHALL, señor de Refugio Quebrado;

- SEBASTON FARMAN, señor de isla Bella;
- TYTOS BRAX, señor de Valdelcuerno;
- QUENTEN BANEFORT, señor de Fuerte Desolación;
- SER HARYS SWYFT, suegro de ser Kevan Lannister;
- REGENARD ESTREN, señor de Refugio del Viento;
- GAWEN WESTERLING, señor del Risco;
- LORD SELMOND STACKSPEAR;
- TERRENCE KENNING, señor de Kayce;
- LORD ANTARIO JAST;
- LORD ROBIN MORELAND;
- LADY ALYSANNE LEFFORD;
- LEWYS LYDDEN, señor de Cuevahonda;
- LORD PHILIP PLUMM;
- LORD GARRISON PRESTER;
- SER LORENT LORCH, un caballero hacendado;
- SER GARTH GREENFIELD, un caballero hacendado;
- SER LYMOND VIKARY, un caballero hacendado;
- SER RAYNARD RUTTIGER, un caballero hacendado;
- SER MANFRYD YEW, un caballero hacendado;
- SER TYBOLT HETHERSPOON, un caballero hacendado.



CASA MARTELL

Dorne fue el último de los Siete Reinos que juró lealtad al Trono de Hierro. La sangre, las costumbres y la historia colocan a los dornienses a cierta distancia de los habitantes de otros reinos. Cuando comenzó la guerra de los Cinco Reyes, Dorne no tomó partido, pero con el compromiso entre Myrcella Baratheon y el príncipe Trystane, Lanza del Sol proclamó su apoyo al rey Joffrey. El blasón de los Martell es un sol de gules atravesado por una lanza de oro. Su lema es: Nunca Doblégado, nunca Roto.

DORAN NYMEROUS MARTELL, señor de Lanza del Sol, príncipe de Dorne;

- su esposa, MELLARIO, de la Ciudad Libre de Norvos;
- sus hijos:
 - LA PRINCESA ARIANNE, heredera de Lanza del Sol;
 - EL PRÍNCIPE QUENTYN, recién nombrado caballero, pupilo de lord Yronwood;
 - EL PRÍNCIPE TRYSTANE, prometido de Myrcella Baratheon;
 - SER GASCOYNE DEL SANGREVERDE, su escudo juramentado;
- sus hermanos:
 - [LA PRINCESA ELIA], violada y muerta durante el saqueo de Desembarco del Rey;
 - [RHAENYS TARGARYEN], su hija pequeña, muerta durante el saqueo de Desembarco del Rey;

- [AEGON TARGARYEN], su hijo, muerto durante el saqueo de Desembarco del Rey;
- [EL PRÍNCIPE OBERYN], apodado LA VÍBORA ROJA, muerto a manos de ser Gregor Clegane durante un juicio por combate;
- ELLARIA ARENA, amante del príncipe Oberyn, hija natural de lord Haryn Uller;
- LAS SERPIENTES DE ARENA, hijas bastardas de Oberyn:
 - OBARA, de veintiocho años, hija de una prostituta de Antigua;
 - NYMERIA, apodada LADY NYM, de veinticinco años, hija de una noble de Volantis;
 - TYENE, hija de una septa;
 - SARELLA, hija de una comerciante de las islas del Verano;
 - ELIA, de catorce años, hija de Ellaria Arena;
 - OBELLA, de doce años, hija de Ellaria Arena;
 - DOREA, de ocho años, hija de Ellaria Arena;
 - LOREZA, de seis años, hija de Ellaria Arena;
- la corte del príncipe Doran:
 - en los Jardines del Agua:
 - AREO HOTAH, de Norvos, capitán de la guardia;
 - MAESTRE CALEOTTE, instructor, sanador y consejero;
 - en Lanza del Sol:
 - MAESTRE MYLES, instructor, sanador y consejero;
 - RICASSO, senescal en Lanza del Sol, anciano y ciego;
 - SER MANFREY MARTELL, castellano de Lanza del Sol;
 - LADY ALYSE LADYBRIGHT, lady tesorera;
- LA PRINCESA MYRCELLA BARATHEON, su pupila, prometida al príncipe Trystane;
- [SER ARYS OAKHEART], su escudo juramentado, muerto a manos de Aree Hotah;
- ROSAMUND LANNISTER, su doncella y acompañante, una prima lejana;
- sus señores vasallos, los señores de Dorne:
 - ANDERS YRONWOOD, apodado EL SANGRE REGIA, señor de Palosanto, Guardián del Camino de Piedra;
 - YNYS, su hija mayor, casada con Ryon Allyrion;
 - SER CLETUS, su hijo y heredero;
 - GWYNETH, su hija menor, una niña de doce años;
 - HARMEN ULLER, señor de Sotoinferno;
 - DELONNE ALLYRION, señora de Bondadivina;
 - RYON ALLYRION, su hijo y heredero;

- DAGOS MANWOODY, señor de Sepulcro del Rey;
- LARRA BLACKMONT, señora de Montenegro;
- NYMELLA TOLAND, señora de Colina Fantasma;
- QUENTYN QORGYLE, señor de Asperón;
- SER DEZIEL DALT, el Caballero de Limonar;
- FRANKLYN FOWLER, señor del Dominio del Cielo, apodado EL VIEJO HALCÓN, Guardián del Paso del Príncipe;
- SER SYMON SANTAGAR, el Caballero de Bosquepinto;
- EDRIC DAYNE, señor de Campoestrella, un escudero;
- TREBOR JORDAYNE, señor de Tor;
- TREMOND GARGALEN, señor de Costa Salada;
- DAERON VAITH, señor de Dunas Rojas.



CASA STARK

El linaje de los Stark se remonta a Brandon el Constructor y los Reyes del Invierno. Fueron los Reyes en el Norte y gobernaron desde Invernalia durante miles de años, hasta que Torrhen Stark, el Rey que se Arrodilló, juró fidelidad a Aegon el Dragón para no tener que presentarle batalla. Cuando el rey Joffrey ejecutó a lord Eddard Stark de Invernalia, los norteños renegaron del Trono de Hierro y proclamaron Rey en el Norte a Robb, el hijo de Eddard. Durante la guerra de los Cinco Reyes venció en todas las batallas, pero los Frey y los Bolton lo traicionaron en Los Gemelos, durante la boda de su tío, y lo mataron.

[ROBB STARK], Rey en el Norte, Rey del Tridente, señor de Invernalia, apodado EL JOVEN LOBO, muerto en la Boda Roja;

—[VIENTO GRIS], su lobo huargo, sacrificado en la Boda Roja;

—sus hermanos legítimos:

—SANSA, su hermana, casada con Tyrion de la casa Lannister;

—[DAMA], su loba huargo, sacrificada en Castillo Darry;

—ARYA, una niña de once años, desaparecida y dada por muerta;

—NYMERIA, su loba huargo, que ronda por las tierras de los ríos;

—BRANDON, llamado BRAN, un niño tullido de nueve años, heredero de Invernalia, dado por muerto;

—VERANO, su lobo huargo;

—RICKON, un niño de cuatro años, dado por muerto;

—PELUDO, su lobo huargo, negro e indómito;

—OSHA, acompañante de Rickon, una salvaje antes cautiva en

- Invernalia;
- JON NIEVE, su hermano bastardo, de la Guardia de la Noche;
 - FANTASMA, el lobo huargo de Jon, blanco y silencioso;
 - el resto de su familia:
 - BENJEN STARK, su tío, capitán de exploradores de la Guardia de la Noche, desaparecido más allá del Muro, dado por muerto;
 - [LYSA ARRYN], su tía, señora del Nido de Águilas;
 - ROBERT ARRYN, su hijo, señor del Nido de Águilas y Defensor del Valle, un niño enfermizo;
 - EDMURE TULLY, su tío, señor de Aguasdulces, hecho prisionero en la Boda Roja;
 - LADY ROSLIN de la casa Frey, esposa de Edmure, embarazada;
 - SER BRYNDEN TULLY, su tío abuelo, apodado EL PEZ NEGRO, anteriormente castellano de Aguasdulces, proscrito;
 - vasallos de Invernalia, los Señores del Norte:
 - JON UMBER, apodado GRAN JON, señor de Último Hogar, prisionero en Los Gemelos;
 - [JON], apodado PEQUEÑO JON, su hijo mayor y heredero del Gran Jon, caído en la Boda Roja;
 - MORS, apodado CARROÑA, tío del Gran Jon, castellano de Último Hogar;
 - HOTHER, apodado MATAPUTAS, tío del Gran Jon, castellano de Último Hogar;
 - [CLEY CERWYN], señor de Cerwyn, caído en Invernalia;
 - JONELLE, su hermana, una doncella de treinta y dos años;
 - ROOSE BOLTON, señor de Fuerte Terror;
 - [DOMERIC], su heredero, muerto de un mal del estómago;
 - WALTON, apodado PATAS DE ACERO, capitán de Roose;
 - RAMSAY BOLTON, su hijo natural, apodado EL BASTARDO DE BOLTON, señor de Hornwood;
 - WALDER FREY y WALDER FREY, apodados WALDER EL MAYOR y WALDER EL PEQUEÑO, escuderos de Ramsay;
 - BEN HUESOS, encargado de las perreras de Fuerte Terror;
 - [HEDIONDO], un soldado conocido por su mal olor, muerto cuando se hacía pasar por Ramsay;
 - los Bribones del Bastardo, soldados de Ramsay:
 - POLLA AMARILLA, DAMON BAILAPARAMÍ, LUTON, ALYN EL AMARGO; DESOLLADOR, GRUÑÓN;
 - [RICKARD KARSTARK], señor de Bastión Kar, decapitado por el Joven Lobo por matar prisioneros;

- [EDDARD], su hijo, caído en el bosque Susurrante;
- [TORRHEN], su hijo, caído en el bosque Susurrante;
- HARRION, su hijo, prisionero en Poza de la Doncella;
- ALYS, la hija de lord Rickard, una doncella de quince años;
- ARNOLF, el tío de Rickard, castellano de Bastión Kar;
 - CREGAN, el hijo mayor de Arnolf;
 - ARTHOR, el hijo menor de Arnolf;
- WYMAN MANDERLY, señor de Puerto Blanco, inmensamente gordo;
- SER WYLIS MANDERLY, su hijo mayor y heredero, muy gordo, prisionero en Harrenhal;
 - LEONA de la casa Woolfield, esposa de Wy lis;
 - WYNAFRYD, su hija mayor;
 - WYLLA, su hija menor;
- [SER WENDEL MANDERLY], su segundo hijo, caído en la Boda Roja;
- SER MARLON MANDERLY, su primo, comandante de la guardería de Puerto Blanco;
- MAESTRE THEOMORE, instructor, sanador y consejero;
- WEX, un niño de doce años, anteriormente escudero de Theon Greyjoy, mudo;
- SER BARTIMUS, un caballero anciano de una sola pierna, tuerto, y que suele estar borracho, castellano de la Guarida del Lobo;
 - GARTH, carcelero y verdugo;
 - LADY LU*, su hacha;
- THERRY, un joven carcelero;
- MAEGE MORMONT, apodada LA OSA, señora de la isla del Oso;
 - [DACEY], su hija mayor, caída en la Boda Roja;
 - ALYSANE, su hija, una joven apodada la Osa;
 - LYRA, JORELLE, LYANNA, sus hijas jóvenes;
 - [JEOR MORMONT], su hermano, lord comandante de la Guardia de la Noche, asesinado por sus propios hombres;
 - SER JORAH MORMONT, hijo de lord Jeor, exiliado;
- OWLAND REED, señor de la Atalaya de Aguasgrises, un lacustre;
 - JYANA, su esposa, una lacustre;
 - sus hijos:
 - MEERA, una joven cazadora;
 - JOJEN, un muchacho bendecido con el don de la vista verde;
- GALBART GLOVER, señor de Bosquespeso, soltero;
 - ROBETT GLOVER, su hermano y heredero;
 - SYBELLE de la casa Locke, la esposa de Robett;

- BENJICOT RAMA; NED WOODS, EL DESNARIGADO, hombres del bosque de los Lobos, juramentados a Bosquespeso;
- [SER HELMAN TALLHART], de la Ciudadela de Torrhen, caído en el Valle Oscuro;
- [BENFRED], su hijo y heredero, muerto a manos de los hombres del hierro en la Costa Pedregosa;
- EDDARA, su hija, prisionera en la Ciudadela de Torrhen;
- [LEOBALD], su hermano, caído en Invernalia;
- BERENA de la casa Hornwood, la esposa de Leobald, prisionera en la Ciudadela de Torrhen;
- BRANDON y BEREN, sus hijos, también prisioneros en la Ciudadela de Torrhen;
- RODRIK RYSWELL, señor de los Riachuelos;
- BARBREY DUSTIN, su hija, señora de Fuerte Túmulo, viuda de [lord Willam Dustin];
- HARWOOD STOUT, su vasallo, un señor menor de Fuerte Túmulo;
- [BETHANY BOLTON], su hija, segunda esposa de lord Roose Bolton, fallecida de unas fiebres;
- ROGER RYSWELL, RICKARD RYSWELL, ROOSE RYSWELL, sus pendencieros primos y vasallos;
- LYESSA FLINT, señora de la Atalaya de la Viuda;
- ONDREW LOCKE, señor de Castillo Viejo, un anciano;
- los jefes de los clanes de las montañas:
 - HUGO WULL, apodado CUBO GRANDE, o EL WULL;
 - BRANDON NORREY, llamado EL NORREY;
 - BRANDON NORREY, EL JOVEN, su hijo;
 - TORREN LIDDLE, llamado EL LIDDLE;
 - DUNCAN LIDDLE, su hijo mayor, apodado EL GRAN LIDDLE, un hombre de la Guardia de la Noche;
 - MORGAN LIDDLE, su segundo hijo, apodado LIDDLE EL DE ENMEDIO;
 - RICKARD LIDDLE, su tercer hijo, apodado LIDDLE EL PEQUEÑO;
- TORGHEN FLINT, de los primeros Flint, apodado EL FLINT o EL VIEJO FLINT;
- DONNEL FLINT EL NEGRO, su hijo y heredero;
- ARTOS FLINT, su segundo hijo, hermano de Donnel Flint el Negro.

El escudo de los Stark representa un lobo huargo gris que corre sobre un

campo de plata helada. Su lema es: Se Acerca el Invierno.



CASA TULLY

Lord Edmyn Tully de Aguasdulces fue uno de los primeros señores de los ríos que juraron lealtad a Aegon el Conquistador. Aegon lo recompensó otorgando a la casa Tully el dominio de todas las tierras del Tridente. El blasón de los Tully es una trucha de plata, que salta, sobre campo ondulado de azur y gules. Su lema es: Familia, Deber, Honor.

EDMURE TULLY, señor de Aguasdulces, hecho prisionero por los Frey en la Boda Roja;

- LADY ROSLIN de la casa Frey, su joven esposa, embarazada;
- [LADY CATELYN STARK], su hermana, viuda de lord Eddard Stark de Invernalia, asesinada en la Boda Roja;
- [LADY LYSA de la casa Tully], su hermana, viuda de lord Jon Arryn del Valle, lanzada al vacío desde el Nido de Águilas;
- SER BRYNDEN TULLY, su tío, apodado EL PEZ NEGRO, anteriormente castellano de Aguasdulces, bandido;
- la casa de lord Edmure en Aguasdulces:
 - MAESTRE VYMAN, instructor, sanador y consejero;
 - SER DESMOND GRELL, maestro de armas;
 - SER ROBIN RYGER, capitán de la guardia;
 - LEW EL LARGO, ELWOOD, DELP, guardias;
 - UTHERYDES WAYN, mayordomo de Aguasdulces;

- los Señores del Tridente, vasallos de Edmure:
 - TYTOS BLACKWOOD, señor del Árbol de los Cuervos;
 - BRYNDEN, su hijo mayor y heredero;
 - [LUCAS], su segundo hijo, caído en la Boda Roja;
 - HOSTER, su tercer hijo, aficionado a la lectura;
 - EDMUND y ALYN, sus hijos menores;
 - BETHANY, su hija, una niña de ocho años;
 - [ROBERT], su hijo menor, muerto por un mal de vientre;
- JONOS BRACKEN, señor del Seto de Piedra;
 - BARBARA, JAYNE, CATELYN, BESS, ALYSANNE, sus cinco hijas;
 - HILDY, una vivandera;
- JASON MALLISTER, señor de Varamar, prisionero en su propio castillo;
 - PATREK, su hijo, encerrado con su padre;
 - SER DENYS MALLISTER, tío de lord Jason, miembro de la Guardia de la Noche;
- CLEMENT PIPER, señor del Castillo de la Princesa Rosada;
 - SER MARQ PIPER, su hijo y heredero, hecho prisionero en la Boda Roja;
- KARYL VANCE, señor de Descanso del Caminante;
- NORBERT VANCE, el señor ciego de Atranta;
- THEOMAR SMALLWOOD, señor de Torreón Bellota;
- WILLIAM MOOTON, señor de Poza de la Doncella;
 - ELEANOR, su hija mayor y heredera, de trece años, casada con Dickon Tarly de Colina Cuerno;
- SHELLA WHENT, señora despojada de Harrenhal;
- SER HALMON PAEGE;
- LORD LYMOND GOODBROOK.



CASA TYRELL

Los Tyrell llegaron al poder como mayordomos de los Reyes del Dominio, aunque afirman descender de Garth Manoverde, el rey jardinerero de los primeros hombres. Cuando el último rey de la casa Jardinero perdió la vida en el Campo de Fuego, Harlen Tyrell, su mayordomo, rindió Altojardín a Aegon el Conquistador, quien le concedió el castillo y el mando del Dominio. Al principio de la guerra de los Cinco Reyes, Mace Tyrell declaró su apoyo a Renly Baratheon y le otorgó la mano de su hija Margaery. Tras la muerte de Renly, Altojardín se alió con la casa Lannister, y Margaery quedó prometida al rey Joffrey.

MACE TYRELL, señor de Altojardín, Guardián del Sur, Defensor de las Marcas y Alto Mariscal del Dominio;

—su esposa, LADY ALERIE de la casa Hightower de Antigua;

—sus hijos:

—WILLAS, el primogénito, heredero de Altojardín;

—SER GARLAN, apodado EL GALANTE, su segundo hijo, recién nombrado señor de Aguasclaras;

—la esposa de Garlan, LADY LEONETTE de la casa Fossoway;

—SER LORAS TYRELL, apodado EL CABALLERO DE LAS FLORES, su hijo menor, hermano juramentado de la Guardia Real, herido en Rocadragón;

—MARGAERY, su hija, tres veces casada y dos veces viuda;

—las acompañantes y damas de Margaery:

- MEGGA, ALLA y ELINOR TYRELL, sus primas;
- ALYN AMBROSE, prometido de Elinor, escudero;
- LADY ALYSANNE BULWER; LADY ALYCE GRACEFORD; LADY TAENA MERRYWEATHER; MEREDYTH CRANE, llamada MERRY; SEPTA NYSTERICA, sus acompañantes;
- LADY OLENNNA de la casa Redwyne, la madre viuda de Mace, apodada LA REINA DE LAS ESPINAS;
- sus hermanas:
 - LADY MINA, casada con Paxter Redwyne, señor del Rejo;
 - SER HORAS REDWYNE, su hijo, apodado HORROR;
 - SER HOBBER REDWYNE, su hijo, apodado BABOSO;
 - DESMERA REDWYNE, su hija, de dieciséis años;
 - LADY JANNA, casada con ser Jon Fossway;
- sus tíos:
 - GARTH, apodado EL GROSERO, tío de Mace, lord senescal de Altojardín;
 - GARSE y GARRETT FLORES, hijos bastardos de Garth;
 - SER MORYN, tío de Mace, lord comandante de la Guardia de la Ciudad de Antigua;
 - MAESTRE GORMON, tío de Mace, de servicio en la Ciudadela;
- la casa de Mace en Altojardín:
 - MAESTRE LOMYS, instructor, sanador y consejero;
 - IGON VYRWEL, capitán de la guardia;
 - SER VORTIMER CRANE, maestro de armas;
 - MANTECAS, un bufón gordísimo;
- los Señores del Dominio, vasallos de Mace:
 - RANDYLL TARLY, señor de Colina Cuerno, comandante del ejército del rey Tommen en el Tridente;
 - PAXTER REDWYNE, señor del Rejo;
 - SER HORAS y SER HOBBER, sus hijos gemelos;
 - MAESTRE BALLABAR, sanador de lord Paxter;
 - ARWYN OAKHEART, señora de Roble Viejo;
 - MATHIS ROWAN, señor de Sotodeoro;
 - LEYTON HIGHTOWER, Voz de Antigua, señor del Puerto;
 - HUMFREY HEWETT, señor del Escudo de Roble;
 - FALIA FLORES, su hija bastarda;
 - OSBERT SERRY, señor del Escudo del Sur;
 - GUTHOR GRIMM, señor del Escudo Gris;
 - MORIBALD CHESTER, señor del Escudo Verde;

- ORTON MERRYWEATHER, señor de Granmesa;
- LADY TAENA, su esposa, una mujer de Myr;
- RUSSELL, su hijo, un niño de ocho años;
- LORD ARTHUR AMBROSE;
- LORENT CASWELL, señor de Puenteamargo;
- sus caballeros y espadas juramentadas:
- SER JON FOSSOWAY, de los Fossoway de la manzana verde;
- SER TANTON FOSSOWAY, de los Fossoway de la manzana roja.

El blasón de los Tyrell es una rosa de oro sobre campo de sinople. Su lema es: Crecer Fuerte.

HERMANOS JURAMENTADOS, SALVAJES Y MÁS ALLÁ DEL MURO



LOS HERMANOS JURAMENTADOS DE LA GUARDIA DE LA NOCHE

JON NIEVE, el bastardo de Invernalia, lord comandante número novecientos noventa y ocho de la Guardia de la Noche;

- FANTASMA, su lobo huargo blanco;
- EDDISON TOLLETT, su mayordomo, apodado EDD EL PENAS;
- los hombres del Castillo Negro:
 - MAESTRE AEMON (TARGARYEN), sanador y consejero, un ciego de ciento dos años;
 - CLYDAS, mayordomo de Aemon;
 - SAMWELL TARLY, mayordomo de Aemon, gordo y aficionado a los libros;
- BOWEN MARSH, lord mayordomo;
- HOBB TRESDEDOS, mayordomo y cocinero jefe;
- [DONAL NOYE], armero y herrero manco, muerto en la puerta a manos de Mag el Poderoso;
- OWEN, apodado EL BESTIA; TIM LENGUATRABADA; MULLY; CUGEN; DONNEL COLINA, apodado EL SUAVE; LEW EL ZURDO; JEREN; TY; DANNEL; WICK WHITTLESTICK, mayordomos;
- OTHELL YARWYCK, capitán de los constructores;
- BOTA DE SOBRA, HALDER, ALBETT, TONELETE, ALF DEL PANTANAL, constructores;
- SEPTÓN CELLADOR, un religioso borracho;

- JACK BULWER EL NEGRO, capitán de los exploradores;
- DYWEN; KEDGE OJOBLANCO; BEDWYCK, apodado GIGANTE; MATTHAR; GARTH PLUMAGRÍS; ULMER DEL BOSQUE REAL; ELRON; GARRETT LANZAVERDE; FULK EL PULGA; PYPAR, llamado PYP; GRENN, apodado URO; BERNARR, apodado BERNARR EL NEGRO; TIM PIEDRA; RORY; BEN BARBAS; TOM BARLEYCORN; GOADY GRAN LIDDLE; LUKE DE ALDEALARGA; HAL EL PELUDO; exploradores;
- PIELES, un salvaje convertido en cuervo;
- SER ALLISER THORNE, anteriormente maestro de armas;
- LORD JANOS SLYNT, anterior comandante de la Guardia de la Ciudad de Desembarco del Rey, durante breve tiempo señor de Harrenhal;
- FÉRREO EMMETT, antes de Guardiaoriente, maestro de armas;
- HARETH, apodado CABALLO; los gemelos ARRON y EMRICK; SEDA; PETIRROJO SALTARÍN, reclutas en periodo de entrenamiento;
- los hombres de la Torre Sombría:
 - SER DENYS MALLISTER, comandante de la Torre Sombría;
 - WALLACE MASSEY, su mayordomo y escudero;
 - MAESTRE MULLIN, sanador y consejero;
 - [QHORIN MEDIAMANO, ESCUDERO DALBRIDGE, EBBEN], exploradores caídos más allá del Muro;
 - SERPIENTE DE PIEDRA, explorador, desaparecido en el Paso Aullante;
- los hombres de Guardiaoriente del Mar:
 - COTTER PYKE, un bastardo de las islas del Hierro, comandante;
 - MAESTRE HARMUNE, sanador y consejero;
 - VIEJO TRAPOSAL, capitán de la *Pájaro Negro*;
 - SER GLENDON HEWETT, maestro de armas;
 - SER MAYNARD HOLT, capitán de la *Garra*;
 - RUSS BARLEYCORN, capitán de la *Cuervo de Tormenta*.



LOS SALVAJES O PUEBLO LIBRE

MANCE RAYDER, Rey-más-allá-del-Muro, prisionero en el Castillo Negro;

- su esposa, [DALLA], muerta de parto;
- su hijo, nacido durante la batalla, aún sin nombre;
- VAL, la princesa salvaje, hermana menor de Dalla, prisionera en el Castillo Negro;
- [JARL], amante de Val, muerto por una caída;
- jefes, capitanes y exploradores salvajes:
 - EL SEÑOR DE LOS HUESOS, apodado CASACA DE MATRACA; saqueador y cabecilla de una partida de guerra, prisionero en el Castillo Negro;
 - [YGRITTE], una mujer de las lanzas, amante de Jon Nieve, caída durante el ataque al Castillo Negro;
 - RYK, apodado LANZALARGA, miembro de su banda;
 - RAGWYLE, LENYL, miembros de su banda;
- TORMUND, Rey del Hidromiel en el Salón Rojo, apodado MATAGIGANTES, GRAN HABLADOR, SOPLADOR DEL CUERNO y ROMPEDOR DEL HIELO, apodado también PUÑO DE TRUENO, MARIDO DE OSAS, PORTAVOZ ANTE LOS DIOSES y PADRE DE EJÉRCITOS;
 - los hijos de Tormund, TOREGG EL ALTO, TORWYND EL MANSO, DORMUND y DRYN, su hija MUNDA;
- EL LLORÓN, explorador y cabecilla de una partida de guerra;

- [HARMA], apodada CABEZA DE PERRO, caída junto al Muro;
 - HALLECK, su hermano;
- [STYR], magnar de Thenn, caido durante el ataque al Castillo Negro;
 - SIGORN, hijo de Styr, el nuevo magnar de Thenn;
- VARAMYR, apodado SEISPIELES, cambiapieles, apodado BULTO de pequeño;
 - UN OJO, CAZADOR y ASTUTA, sus lobos;
 - [CHICHÓN], su hermano, matado por un perro;
 - [HAGGON], su padre adoptivo, cambiapieles y cazador;
- ABROJO, una mujer de las lanzas, recia y poco agraciada;
- [BRIAR, GRISELLA], cambiapieles, muertas hace tiempo;
- BORROQ, apodado EL JABALÍ, un cambiapieles temido;
- GERRICK SANGRERREAL, del linaje de Raymun Barbarroja;
 - sus tres hijas;
- SOREN ROMPESCUDOS, un famoso guerrero;
- MORNA MÁSCARA BLANCA, guerrera bruja y exploradora;
- YGON OLDFATHER, jefe de un clan, con dieciocho esposas;
- EL GRAN MORSA, cabecilla de la Costa Helada;
- MADRE TOPO, la bruja de los bosques, profeta;
- BROGG, GAVIN EL MERCADER, HARLE EL CAZADOR, HARLE EL BELLO, HOWD EL TROTAMUNDOS, DOSS EL CIEGO, KYLEG DE LA OREJA DE MADERA, DEVYN DESOLLAFOCAS, jefes y cabecillas del pueblo libre;
- [ORELL], apodado ORELL EL ÁGUILA, cambiapieles muerto a manos de Jon Nieve en el Paso Aullante;
- [MAG MAR UN DOH WEG], apodado MAG EL PODEROSO, de los gigantes, muerto a manos de Donal Noye ante las puertas del Castillo Negro;
- WUN WEG WUN DAR WUN, apodado WUN WUN, un gigante;
- SERBAL, ACEBO, ARDILLA, SAUCE OJO DE BRUJA, FRENYA, MIRTO, mujeres de las lanzas, prisioneras en el Muro.

MÁS ALLÁ DEL MURO

En el bosque Encantado:

- BRANDON STARK, llamado BRAN, príncipe de Invernia y heredero del Norte, un niño tullido de nueve años;
- sus acompañantes y protectores:
 - MEERA REED, una doncella de dieciséis años, hija de lord Howland Reed, de la Atalaya de Aguasgrises;
 - JOJEN REED, su hermano, de trece años, maldecido con el don de la vista verde;
 - HODOR, un mozo retrasado mental de dos varas y media de altura;
 - MANOSFRÍAS, su guía, vestido de negro, posiblemente anterior miembro de la Guardia de la Noche, en la actualidad un misterio.

En el Torreón de Craster:

- los traidores, anteriormente miembros de la Guardia de la Noche:
 - DAGA, que mató a Craster;
 - OLLO MANOMOCHA, que mató a Jeor Mormont, su lord comandante;
 - GARTH DE GREENAWAY, MAWNEY, GRUBBS, ALAN DE ROSBY, anteriores exploradores;
 - KARL EL PATIZAMBO, OSS EL HUÉRFANO, BILL EL REFUNFUÑÓN, anteriores mayordomos.

En las cavernas, bajo una colina hueca:

- EL CUERVO DE TRES OJOS, también conocido como EL ÚLTIMO

VERDEVIDENTE, hechicero y soñador, antes un hombre llamado BRYNDEN, miembro de la Guardia de la Noche, y ahora más árbol que hombre;

—los hijos del bosque, aquellos que cantan la canción de la tierra, los últimos de una raza en extinción:

—HOJA, CENIZA, ESCAMAS, CUCHILLO NEGRO, PELO DE NIEVE y TIZÓN.

MÁS ALLÁ DEL MARANGOSTO



EN BRAAVOS

FERREGO ANTARYON, Señor del Mar de Braavos, enfermo y a punto de morir;

- QARRO VOLENTIN, Primera Espada de Braavos, su protector;
- BELLEGERE OTHERYS, apodada LA PERLA NEGRA, una cortesana descendiente de la reina pirata del mismo nombre;
- LA DAMA VELADA, LA REINA TRITÓN, LA SOMBRA DE LUNA, LA HIJA DEL OCASO, RUISEÑOR, LA POETISA, famosas cortesanas;
- EL HOMBRE BONDADOSO y LA NIÑA ABANDONADA, al servicio del Dios de Muchos Rostros en la Casa de Blanco y Negro;
- UMMA, la cocinera del templo;
- EL HOMBRE GUAPO, EL HOMBRE GORDO, EL JOVEN SEÑOR, EL DEL ROSTRO SEVERO, EL BIZCO y EL HAMBRIENTO, sirvientes secretos del Dios de Muchos Rostros;
- ARYA de la casa Stark, conocida también como ARRY, NAN, COMADREJA, PERDIZ, SALINA y GATA DE LOS CANALES, una novicia sirviente en la Casa de Blanco y Negro;
- BRUSCO, un pescadero;
- TALEA y BREA, sus hijas;
- ALLEGIRA, apodada ALEGRÍA, propietaria del Puerto Feliz, un burdel cercano al puerto del Trapero;
- LA ESPOSA DEL MARINERO, una prostituta del Puerto Feliz;

- LANNA, su hija, una joven prostituta;
- ROGGO EL ROJO, GYLORO DOTHARE, GYLENO DOTHARE, un escritorzuelo apodado PLUMÍN, COSSOMO EL CONJURADOR, clientes del Puerto Feliz;
- TAGGANARO, un ratero de los muelles;
- CASSO, apodado REY DE LAS FOCAS, su foca entrenada;
- S'VRONE, una prostituta portuaria de tendencias asesinas;
- LA HIJA BORRACHA, una prostituta de temperamento voluble.



EN LA ANTIGUA VOLANTIS

Los triarcas reinantes:

- MALAQUO MAEGYR, triarca de Volantis, un tigre;
- DONIPHOS PAENYMION, triarca de Volantis, un elefante;
- NYESSOS VHASSAR, triarca de Volantis, un elefante.

Habitantes de Volantis:

- BENERRO, sumo sacerdote de R'hllor, el Señor de Luz;
- MORROQO, su mano derecha, un sacerdote de R'hllor;
- LA VIUDA DEL PUERTO, también apodada LA PUTA DE VOGARRO, una liberta pudiente de la ciudad;
- LOS HIJOS DE LA VIUDA, sus fieros protectores;
- PENNY, enana y titiritera;
- CERDITA BONITA, su cerda;
- CRUJO, su perro;
- [CÉNTIMO], hermano de Penny, enano y titiritero, decapitado;
- ALIOS QHAEDAR, aspirante a triarca;
- PARQUELLO VAEALAROS, aspirante a triarca;
- BELICHO STAEGONE, aspirante a triarca;
- GRAZDAN MO ERAZ, un mensajero de Yunkai.



EN LA BAHÍA DE LOS ESCLAVOS

En Yunkai, la Ciudad Amarilla:

- YURKHAZ ZO YUNZAK, comandante supremo de los ejércitos y aliados de Yunkai, esclavista y anciano de alta cuna;
- YEZZAN ZO QAGGAZ, apodado irónicamente LA BALLENA AMARILLA, enormemente gordo, enfermizo, inmensamente rico;
- AYA, su capataz y esclavo;
- GOLOSINAS, un esclavo hermafrodita, su tesoro;
- CICATRIZ, sargento, soldado y esclavo;
- MORGO, esclavo y soldado;
- MORGHAZ ZO ZHERZYN, un noble que suele pasarse con la bebida, apodado irónicamente EL CONQUISTADOR BORRACHO;
- GORZHAK ZO ERAZ, un noble esclavista, apodado irónicamente CARA DE FLAN;
- FAEZHAR ZO FAEZ, apodado irónicamente EL CONEJO, un noble esclavista;
- GHAZDOR ZO AHLAQ, un noble esclavista, apodado irónicamente LORD NALGASBLANDAS;
- PAEZHAR ZO MYRAQ, un noble esclavista, apodado irónicamente EL PICHÓN;
- CHEZDHAR ZO RHAEZLN, MAEZON ZO RHAEZLN, GRAZDHAN ZO RHAEZLN, nobles y hermanos, apodados irónicamente SEÑORES DEL ESTRÉPITO;
- EL AURIGA, EL SEÑOR DE LAS BESTIAS, EL HÉROE PERFUMADO, nobles y esclavistas.

En Astapor, la Ciudad Roja:

- CLEON EL GRANDE, apodado EL REY CARNICERO;
- CLEON II, su sucesor, rey durante ocho días;
- EL REY ASESINO, un barbero, que degolló a Cleon II para robarle la corona;
- LA REINA PUTA, concubina del rey Cleon II, que reclamó el trono tras su asesinato.



LA REINA AL OTRO LADO DEL AGUA

DAENERYS TARGARYEN, la primera de su nombre, reina de Meereen, reina de los ándalos, los rhoynar y los primeros hombres, señora de los Siete Reinos, Protectora del Reino, *khaleesi* del gran mar de hierba, apodada DAENERYS DE LA TORMENTA, LA QUE NO ARDE, MADRE DE DRAGONES;

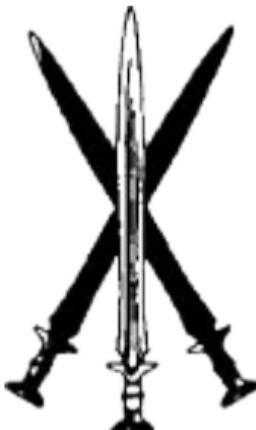
- sus dragones, DROGON, VISERION, RHAEGAL;
- [RHAEGAR], su hermano, príncipe de Rocadragón, muerto a manos de Robert Baratheon en el Tridente;
- [RHAENYS], la hija de Rhaegar, muerta durante el saqueo de Desembarco del Rey;
- [AEGON], el hijo de Rhaegar, un niño de pecho, muerto durante el saqueo de Desembarco del Rey;
- su hermano [VISERYS], el tercero de su nombre, apodado EL REY MENDIGO, coronado con oro fundido;
- su señor esposo, [DROGO], un *khal* de los dothrakis, muerto de una herida;
- [RHAEGO], su hijo con Drogo, muerto en el vientre materno por obra de la *maegi* Mirri Maz Duur;
- sus protectores:
- SER BARRISTAN SELMY, apodado BARRISTAN EL BRAVO, lord comandante de la Guardia de la Reina;
- sus muchachos, escuderos que aspiran a caballeros:

- TUMCO LHO, de las islas del Basilisco;
- LARRAQ, apodado EL AZOTE, de Meereen;
- EL CORDERO ROJO, un liberto lhazareeno;
- LOS CHICOS, tres hermanos ghiscarios;
- BELWAS EL FUERTE, eunuco, antes esclavo en los reñideros;
- sus jinetes de sangre dothrakis:
 - JHOGO, *ko* y jinete de sangre, el látigo;
 - AGGO, *ko* y jinete de sangre, el arco;
 - RAKHARO, *ko* y jinete de sangre, el *arakh*;
- sus capitanes y comandantes:
 - DAARIO NAHARIS, un extravagante mercenario tyroshi, al mando de la compañía Cuervos de Tormenta;
 - BEN PLUMM, apodado BEN EL MORENO, mercenario mestizo, al mando de la compañía de los Segundos Hijos;
 - GUSANO GRIS, eunuco, al mando de los Inmaculados, una compañía de infantería de eunucos;
 - HÉROE, capitán de los Inmaculados, segundo en el mando;
 - ESCUDO FORNIDO, un lancero inmaculado;
- MOLLONO YOS DOB, comandante de la compañía de libertos Escudos Fornidos;
- SYMON ESPALDA LACERADA, comandante de la compañía de libertos Hermanos Libres;
- MARSELEN, hermano de Missandei, eunuco, comandante de la compañía de libertos Hombres de la Madre;
- GROLEO de Pentos, antes capitán de la gran coca *Saduleon*, admirante sin flota;
- ROMMO, *jaqqa rhan* de los dothrakis;
- su corte en Meereen:
 - REZNAK MO REZNAK, su senescal, calvo y empalagoso;
 - SKAHAZ MO KANDAQ, apodado CABEZA AFEITADA, comandante rapado de las Bestias de Bronce, la guardia de su ciudad;
- sus doncellas y sirvientes:
 - IRRI y JHIQUI, dos muchachas dothrakis;
 - MISSANDEI, escriba e intérprete naathi;
 - GRAZDAR, QEZZA, MEZZARA, KEZMYA, AZZAK, BHAKAZ, MIKLAZ, DHAZZAR, DRAQAZ, JHEZANE, niños de las pirámides de Meereen, sus coperos y pajés;
- habitantes de Meereen, vulgo y nobles:
 - GALAZZA GALARE, la gracia verde, suma sacerdotisa del templo

- de las Gracias;
- GRAZDAN ZO GALARE, su primo, un noble;
 - HIZDAHR ZO LORAQ, un noble y acaudalado meereeno, de vieja estirpe;
 - MARGHAZ ZO LORAQ, su primo;
 - RYLONA RHEE, liberta, arpista;
 - [HAZZEA], hija de un granjero;
 - GOGHOR EL GIGANTE, KHRAZZ, BELAQUO ROMPEHUESOS, CAMARRON DE LA CUENTA, ITHOKE EL TEMERARIO, EL GATO MOTEADO, BARSENA PELONEGRO, PIEL DE ACERO, luchadores del reñidero y esclavos liberados;
- sus aliados inciertos, amigos desleales y enemigos conocidos:
- SER JORAH MORMONT, anteriormente señor de la isla del Oso;
 - [MIRRI MAZ DUUR], esposa del dios y *maegi*, sierva del Gran Pastor de Lhazar;
 - XARO XHOAN DAXOS, un príncipe mercader de Qarth;
 - QUAITHE, una portadora de sombras enmascarada de Asshai;
 - ILLYRIO MOPATIS, magíster de la Ciudad Libre de Pentos, que concertó su matrimonio con Khal Drogo;
 - CLEON EL GRANDE, apodado EL REY CARNICERO DE ASTAPOR;
- los pretendientes de la reina:
- en la bahía de los Esclavos:
 - DAARIO NAHARIS, nacido en Tyrosh, mercenario y capitán de los Cuervos de Tormenta;
 - HIZDAHR ZO LORAQ, un noble acaudalado de Meereen;
 - SKAHAZ MO KANDAQ, apodado CABEZA AFEITADA, un noble menor de Meereen;
 - CLEON EL GRANDE, apodado EL REY CARNICERO DE ASTAPOR;
- en Volantis:
- EL PRÍNCIPE QUENTYN MARTELL, hijo mayor de Doran Martell, señor de Lanza del Sol y príncipe de Dorne;
 - sus escudos juramentados y acompañantes:
 - [SER CLETUS YRONWOOD], heredero de Palosanto, muerto a manos de piratas;
 - SER ARCHIBALD YRONWOOD, primo de Cletus, apodado GRANDULLÓN;
 - SER GERRIS DEL MANANTIAL;
 - [SER WILLAM WELLS], muerto a manos de piratas;

- [MAESTRE KEDRY], muerto a manos de piratas;
- en el Rhoyne:
 - GRIF EL JOVEN, un muchacho de dieciocho años y pelo azul;
 - GRIF, su padre adoptivo, un mercenario de la compañía dorada;
 - sus acompañantes, maestros, y protectores:
 - SER ROLLY CAMPODEPATOS, apodado PATO, un caballero;
 - SEPTA LEMORE, mujer de la Fe;
 - HALDON, apodado MEDIOMAESTRE, su instructor;
 - YANDRY, señor y capitán de la *Doncella Timida*;
 - YSILLA, su esposa;
- en el mar:
 - VICTARION GREYJOY, lord capitán de la Flota de Hierro, apodado EL CAPITÁN DE HIERRO;
 - su calientacamas, una mujer de piel oscura, sin lengua, regalo de Euron Ojo de Cuervo;
 - MAESTRE KERWIN del Escudo Verde, su sanador, regalo de Euron Ojo de Cuervo;
 - su tripulación en el *Victoria de Hierro*:
 - WULFE UNA OREJA, RAGNOR PYKE, LONGWATER PYKE, TOM TIDEWOOD, BURTON HUMBLE, QUELLON HUMBLE, STEFFAR EL TARTAMUDO;
 - sus capitanes:
 - RODRIK SPARR, apodado COBAYA, capitán del *Dolor*;
 - RALF STONEHOUSE EL ROJO, capitán del *Bufón Rojo*;
 - MANFRYD MERLYN, capitán del *Milano*;
 - RALF EL COJO, capitán del *Lord Quellon*;
 - TOM CODD, apodado TOM SIN SANGRE, capitán del *Lamento*;
 - DAEGON SHEPHERD, apodado EL PASTOR NEGRO, capitán del *Puñal*.

Por las venas de los Targaryen corre la sangre del dragón: descenden de los grandes señores del antiguo Feudo Franco de Valyria; tienen los ojos color lila, índigo o violeta, y el pelo, plateado o dorado. Para preservar la pureza de su sangre, la casa Targaryen suele concertar sus matrimonios entre hermanos, primos, o tíos y sobrinos. El fundador de la dinastía, Aegon el Conquistador, se desposó con sus dos hermanas y engendró hijos varones con ambas. El estandarte de los Targaryen muestra un dragón de tres cabezas, de gules sobre campo de sable, que representa a Aegon y a sus hermanas. Su lema es: Fuego y Sangre.



MERCENARIOS DE LAS COMPAÑÍAS LIBRES

COMPAÑÍA DORADA, compuesta por diez mil hombres, de lealtad incierta:

- HARRY STRICKLAND, apodado HARRY SINTIERRA, capitán general;
- WATKYN, su escudero y copero;
- [SER MYLES TOYNE], apodado CORAZÓN NEGRO, que lleva muerto cuatro años y fue el anterior capitán general;
- BALAQ EL NEGRO, un hombre canoso de las islas del Verano, comandante de los arqueros de la compañía;
- LYSONO MAAR, un mercenario de la Ciudad Libre de Lys, capitán de los espías de la compañía;
- GORYS EDORYEN, un mercenario de la Ciudad Libre de Volantis, tesorero de la compañía;
- SER FRANKLYN FLORES, apodado EL BASTARDO DE LA SIDRA, un mercenario del Dominio;
- SER MARQ MANDRAKE, un exiliado que escapó de la esclavitud, marcado de viruelas;
- SER LASWELL PEEKE, un señor exiliado;
- TORMAN y PYKEWOOD, sus hermanos;
- SER TRISTAN RÍOS, bastardo, proscrito, exiliado;

- CASPOR COLINA, HUMFREY PIEDRA, MALO JAYN, DICK COLE, WILL COLE, LORIMAS MUDD, JON LOTHSTON, LYMOND PEASE, SER BRENDAL BYRNE, DUNCAN STRONG, DENYS STRONG, CADENAS, JOHN MUDD EL JOVEN, sargentos de la compañía;
- [SER AEGOR RÍOS], apodado ACEROAMARGO, fundador de la compañía, hijo bastardo del rey Aegon Targaryen, el cuarto de su nombre;
- [MAELYS FUEGOSCURO], el primero de su nombre, apodado MAELYS EL MONSTRUOSO, capitán general de la compañía, aspirante al Trono de Hierro de Poniente, miembro de la compañía Banda de los Nueve, muerto en la guerra de los Reyes Nuevepeniques.

HIJOS DEL VIENTO, dos mil hombres montados y a pie, leales a Yunkai:

- EL PRÍNCIPE DESHARRAPADO, antiguo noble de la ciudad libre de Pentos, capitán y fundador;
- DAGGO, apodado MATAMUERTOS, su mano derecha;
- DENZO D'HAN, el bardo guerrero, su mano izquierda;
- HUGH HUNGERFORD, sargento, antiguo tesorero de la compañía, que pagó un robo con tres dedos;
- SER ORSON PIEDRA, SER LUCIFER LARGO, WILL DE LOS BOSQUES, DICK HENO, JACK EL BERMEJO, mercenarios ponientes;
- MERIS LA BELLA, torturadora de la compañía;
- LIBROS, un mercenario volantino y lector voraz;
- HABAS, ballestero de Myr;
- EL VIEJO BILL HUESOS, un hombre curtido de las islas del Verano;
- MYRIO MYRAKIS, un mercenario de Pentos.

COMPAÑÍA DEL GATO, con tres mil hombres, leal a Yunkai:

- BARBASANGRE, capitán y comandante.

LANZAS LARGAS, ochocientos jinetes leales a Yunkai:

- GYLO RHEGAN, capitán y comandante.

SEGUNDOS HIJOS, quinientos jinetes leales a la reina Daenerys:

- BEN PLUMM, EL MORENO, capitán y comandante;
- KASPORIO, apodado KASPORIO EL ASTUTO, un jaque, segundo en el mando;
- TYBERO ISTARION, apodado TINTERO, tesorero de la compañía;
- MARTILLO, un herrero borracho, fabricante de armaduras;

- CLAVO, su aprendiz;
- SNATCH, un sargento manco;
- KEM, un joven mercenario del Lecho de Pulgas;
- BOKKOKO, un hachero con fama de temible;
- UHLAN, sargento de la compañía.

CUERVOS DE TORMENTA, quinientos jinetes leales a la reina Daenerys:

- DAARIO NAHARIS, capitán y comandante;
- EL VIUDO, su segundo al mando;
- JOKIN, comandante de los arqueros de la compañía.

PESAS Y MEDÍDAS

En la edición española de *Canción de hielo y fuego* se utiliza un sistema de pesas y medidas inspirado en el castellano del siglo XVIII. Las equivalencias de las unidades que aparecen con más frecuencia en la obra son las siguientes:

LONGITUD

Dedo: 1,74 cm

Palmo: 12 dedos, o algo más de 20 cm

Codo: 2 palmos

Vara y paso: ambos equivalentes a 2 codos, o 4 palmos

Legua: 5000 pasos, o algo más de 4 km

SUPERFICIE

Fanega: 6440 m²

VOLUMEN

Cuartillo (líquidos): $\frac{1}{4}$ de azumbre, o $\frac{1}{2}$ litro

Azumbre (líquidos): 4 cuartillos, o 2 litros

Cuartillo (áridos): $\frac{1}{4}$ de celemín, o algo más de 1 litro

Celemín (áridos): 4 cuartillos, o 4,625 litros

PESO

Marco: 0.23 kg

Arroba: 11.5 kg

Quintal: 4 arrobas, o 46 kg



GEORGE R. R. MARTIN. Nació en 1948 en Bayonne (Nueva Jersey, EE UU), y en la actualidad reside en Santa Fe (Nuevo México, EE UU). Hijo de un estibador, su anhelo por conocer los destinos exóticos de los navíos que veía zarpar de Nueva York fue uno de los motivos que lo impulsaron a escribir fantasía y ciencia ficción.

Licenciado en periodismo en 1970, en 1977 publicó su primera novela, *Muerte de la Luz*, obra de culto dentro del género y cumbre de la ciencia ficción romántica. Desde 1979 se dedica exclusivamente a la escritura, y de su pluma han surgido títulos como *Una canción para Lya y Sueño del Fevre*, donde su prosa sugerente y poética aborda temas tan poco habituales en el género como la amistad, la lealtad, el amor y la traición, desde una perspectiva despojada de manierismos pero cargada de sensibilidad. Como antologista cabe destacar su trabajo a cargo de «Wild Cards», antología de mundos compartidos con temática de superhéroes, de gran prestigio.

A partir de 1986 escribe guiones y colabora en series televisivas como *En los límites de la realidad* y *La bella y la bestia*, además de realizar tareas de producción en diversos telefilmes. En 1996 empieza a publicar la serie de fantasía épica *Canción de Hielo y Fuego*, éxito de ventas en Estados Unidos y auténtico revulsivo del género fantástico.

CANCIÓN DE HIELO Y FUEGO:

1996.—*A Game of Thrones*

- Juego de tronos*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 14, 2002; col. Éxitos núm. 1, 2006; col. Bolsillo núm. 1 (dos tomos), 2007
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2006
- id., México D.F., Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 2011

1998.—*A Clash of Kings*

- Choque de reyes*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 21, 2003; col. Éxitos núm. 2, 2006; col. Bolsillo núm. 5 (dos tomos), 2008
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2006
- id., México D.F., Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 2012

2000.—*A Storm of Swords*

- Tormenta de espadas* (dos tomos), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 32, 2005; col. Éxitos núm. 3, 2006; col. Bolsillo núm. 7 (tres tomos), 2009
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2006
- id., México D.F., Ed. Plaza & Janés, col. Éxitos, 2012

2005.—*A Feast for Crows*

- Festín de cuervos*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 42, 2007; col. Éxitos núm. 4, 2008; col. Bolsillo núm. 8 (dos tomos), 2010
- id., Barcelona, Ed. Círculo de Lectores, 2008

2011.—*A Dance with Dragons*

- Danza de dragones*, Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 49, 2012; col. Éxitos núm. 5, 2012; col. Bolsillo núm. 9 (tres tomos), 2013

NOVELAS:

1977.—*Dying of the Light*

- Muerte de la luz*, Barcelona, Ed. Edhasa, col. Nebulae núm. 33, 1979
- id., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 11, 2002

1981.—*Windhaven*, en colaboración con TUTTLE, Lisa

- Refugio del viento*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1988
- id., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 48, 2012

1982.—*Fevre Dream*

- Sueño del Fevre* (cartoné; rústica), Barcelona, Ed. Acervo, col. Terror, 1983

- id., Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 46, 2012
- 1983.—*The Armageddon Rag*
- 1986.—*Tuf Voyaging*
—*Los viajes de Tuf*, Barcelona, Ed. B, col. Nova CF núm. 6, 1988; col. Byblos CR núm. 279/1, 2006; col. Zeta Bolsillo CR num. 45, 2009
- 1990.—*Wild Cards VII: Dead Man's Hand*, en colaboración con MILLER, John J.
- 2007.—*Hunter's Run*, en colaboración con DOZOIS, Gardner y ABRAHAM, Daniel [ampliación de *Shadow Tiwin*]

RECOPILACIONES:

- 1976.—*A Song for Lya and Other Stories*
—*Una canción para Lya*, Barcelona, Luis de Caralt Ed., col. CF núm. 35, 1981; col. BUC núm. 190, 1982
- 1977.—*Songs of Stars and Shadows*
- 1981.—*Sandkings*
- 1983.—*Songs the Dead Men Sing*
—*Canciones que cantan los muertos*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Super Terror núm. 17, 1986
- 1985.—*Nightflyers*
- 1987.—*Portraits of His Children*
- 2001.—*Quartet*
- 2003.—*GRRM: A Retrospective*
[También como *Dreamsongs*]
—*Luz de lejanas estrellas* («Autobiografía literaria» 1), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 50, 2012
—*Híbridos y engendros* («Autobiografía literaria» 2), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 51, 2013
—*Un corazón atribulado* («Autobiografía literaria» 3), Barcelona, Ed. Gigamesh, col. Ficción núm. 55, 2015
- 2008.—*Starlady / Fast Friend*

VARIOS:

- 2003.—*Sangre de dragón* («Blood of the Dragon», 1996), Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2003. Fragmento de *Juego de tronos*
- 2004.—*Camino de dragón* («Path of the Dragon», 2000), Barcelona, Ed.

- Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2004. Fragmento de *Tormenta de espadas*
- 2005.—*Hijos del kraken* («Arms of the Kraken», 2003), Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2005. Fragmento de *Festín de cuervos*
- Dominio de dragones* («Daenerys Excerpt from A Feast for Crows»), Barcelona, Ed. Gigamesh, suplemento promocional de col. Ficción, edición conmemorativa Día del Libro, 2006. Fragmento de *Danza de dragones*
- .—*La flor de cristal* («The Glass Flower», 1986), Madrid, Ed. Robel, col. El Doble de Ciencia Ficción núm. 5, 2005, [volumen doble con MACLEOD, Ian R., *Musgo de vida*]
- .—*Shadow Twin*
- «Gemelo sombra», novela corta, en colaboración con DOZOIS, Gardner y ABRAHAM, Daniel. *Asimov Ciencia Ficción* 20, Madrid, Ed. Robel, 2005
- 2006.—*The Ice Dragon*
- «El dragón de hielo», cuento, ilustrado por GILBERT, Yvonne [publicado originalmente, sin ilustraciones, en CARD, Orson Scott (rec.), *Dragons of Light*, 1980]. *Gigamesh* 34, 2003

ANTOLOGÍAS:

- 1977.—*New Voices in Science Fiction*
- 1979.—*New Voices II*
- 1980.—*New Voices III*
- 1981.—*New Voices IV*
- 1983.—*The Science Fiction Weight-Loss Book*, con ASIMOV, Isaac y GREENBERG, Martin H.
- 1984.—*The John W. Campbell Awards, Volume 5*
- 1986.—*Night Visions 3*
- 2009.—*Songs of the Dying Earth*, con DOZOIS, Gardner
- 2010.—*Warriors*, con DOZOIS, Gardner
- Songs of Love and Death: Tales of Star-Crossed Love*, con DOZOIS, Gardner
- 2011.—*Down This Strange Streets*, con DOZOIS, Gardner

Wild Cards:

- 1987.—*Wild Cards*
 .—*Wild Cards II: Aces High*
 .—*Wild Cards III: Jokers Wild*
1988.—*Wild Cards IV: Aces Abroad*
 .—*Wild Cards V: Down and Dirty*
1990.—*Wild Cards VI: Ace in the Hole*
 .—*Wild Cards VII: Dead Man's Hand*
1991.—*Wild Cards VIII: One-Eyed Jacks*
 .—*Wild Cards IX: Jokertown Shuffle*
1992.—*Wild Cards X: Double Solitaire*
 .—*Wild Cards XI: Dealer's Choice*
1993.—*Wild Cards XII: Turn of the Cards*
 .—*Wild Cards XIII: Card Sharks*
1994.—*Wild Cards XIV: Marked Cards*
1995.—*Wild Cards XV: Black Trump*
2002.—*Wild Cards XVI: Deuces Down*
2006.—*Wild Cards XVII: Five Card Draw*
2008.—*Wild Cards XVIII: Inside Straight*
 .—*Wild Cards XIX: Busted Flush*
2009.—*Wild Cards XX: Suicide Kings*
2011.—*Wild Cards XXI: Fort Freak*

PREMIOS:

- 1975.—Hugo por «A Song for Lya» («Una canción para Lya», en *Una canción para Lya y Los Premios Hugo 1973-1975*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1988)
- 1976.—Locus por «The Storms of Windhaven» (fragmento de *Refugio del viento*)
- 1977.—Locus por *Una canción para Lya*
- 1980.—Hugo, Nebula y Locus por «Sandkings» («Los reyes de la arena», en *Nueva Dimensión* 127, Barcelona, Ed. Dronte, 1980; *Los Premios Hugo 1980-1982*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1991; *Lo mejor de los premios Nebula*, Barcelona, Ed. B, col. Nova CF, 1994)
- .—Hugo y Locus por «The Way of Cross and Dragon» («La cruz y el dragón» en *Parsec* 3, Buenos Aires, Ediciones Filofalsia/Taller de ediciones independientes, 1984; «El camino de la cruz y el dragón» en

- Los Premios Hugo 1980-1982*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, 1991)
- 1981.—Locus por «Nightflyers»
- 1982.—Locus por «Guardians» («Guardianes» en *Los viajes de Tuf*)
.—Locus por *Sandkings*
- 1983.—Seiun (Japón) por «Nightflyers»
- 1984.—Locus por «The Monkey Treatment» («El tratamiento del mono» en *Canciones que cantan los muertos*)
.—Gigamesh de terror por *Sueño del Fevre*
- 1986.—Nebula por «Portraits of His Children» («Retratos de sus hijos» en *Isaac Asimov Magazine* 15, Barcelona, Ed. Forum, 1987; *Sinergia* 12, Buenos Aires, Ed. Sinergia, 1987; *Premios Nebula 1985*, Barcelona, Ed. B, col. Libro Amigo núm. 39, 1987)
- 1987.—Gigamesh de terror por *Canciones que cantan los muertos*
- 1988.—Bram Stoker por «The Pear-Shaped Man» («El Hombre con Forma de Pera», en *Gigamesh* 40, 2005)
- 1989.—World Fantasy por «The Skin Trade» («Cambiando de piel», en *Visiones nocturnas*, Barcelona, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Terror, 1991)
.—Gigamesh de ciencia ficción por *Los viajes de Tuf*
- 1997.—Locus de fantasía por *Juego de tronos*
.—Hugo por *Sangre de dragón*
- 1999.—Locus de fantasía por *Choque de reyes*
- 2001.—Locus de fantasía por *Tormenta de espadas*
- 2002.—Geffen (Israel) de fantasía por *Tormenta de espadas*
- 2003.—Ignotus (España) por *Juego de tronos*
- 2004.—Ignotus por *Choque de reyes*
.—Ignotus por *El dragón de hielo*
.—Sky lark (NESFA) por el conjunto de su obra
- 2005.—Ignotus por *Camino de dragón*
- 2006.—Ignotus por *Tormenta de espadas*
- 2011.—Locus por *Warriors*